HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

TESTIMONIOS DE PRENSA N.º 5

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayuntamiento de Madrid

Emilia Pardo Bazán

memoriade

Ayuntamiento de Madrid

EMILIA PARDO BAZÁN

La Vida Contemporánea

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

R 3
ARMARIO 1, BALDA 1

HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID
TESTIMONIOS DE PRENSA N.º 5

EMILIA PARDO BAZÁN

La Vida Contemporánea

memoriademadrid
madrid

madrid
ÁREA DE LAS ARTES

Ayuntamiento de Madrid

TESTIMONIOS DE PRENSA N.º 5

Alberto Ruiz-Gallardón
Alcalde de Madrid

Alicia Moreno
Concejala del Área de Gobierno de las Artes

Carlos Baztán
Coordinador General del Área de Gobierno de las Artes

Juan José Echeverría
Director General de Patrimonio Cultural

María del Carmen del Moral
Jefe del Departamento de Archivos y Bibliotecas

Producción de la Hemeroteca Municipal de Madrid
Edición al cuidado de: Carlos Dorado, Director

Documentación
C. Antón
M.ª L. Concejo
M.ª C. González
B.E. López
F. Mira
J.P. Pedreño
I. Zaragoza
M.ª L. Arenjo
M.ª J. Blázquez
J.I. Gómez
J. González
M.ª C. Muñoz
M.ª R. Rodríguez
M.A. Romo

Asistencia
C. Aguilar
I. Albarracín
J. Ambrona
P. Berrocal
J.M.ª Blázquez
G. Cano
R. Cobos
J.M. Frutos
J. Gómez
M. Guerra
A. Jiménez
I. León
T. López
C.E. Mansilla
M.A. Quiles
L. Rojo
J. Rojo
A. Sánchez
H. Velázquez
J.M. Ysmer

Documentación microfilmada
A. Prast
R. Fonseca
J. Jiménez

Asesoramiento editorial: *J.B. Bermejo*
Secretaría: *A. Hernández*
Coordinación de Prensa: *M. Calvo, B. Torres, J. Monzón e I. Cisneros*
Publicidad: *R. Laiceaga*

Asesoramiento jurídico-administrativo: *J.M. García Callejo, E. Martín, A. Fernández*

Diseño gráfico: Rafael Cansinos
Preimpresión: Ilustración 10
Impresión: Fernández Ciudad
Encuadernación: Ramos

I.S.B.N: 84-7812-594-9
Depósito Legal: M-19932-2005
Printed in Spain

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Introducción 7

Relación Cronológica 35

[Documentos 1-553] 45

Notas 617

Ediciones 625

Índice onomástico 627

Índice de ilustraciones 653

Ayuntamiento de Madrid

La Ilustracion Artística

LA ILUSTRACION ARTISTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

con grabados ejecutados por los primeros artistas del mundo.

Casa editorial de Montaner y Simón.—Barcelona.

Nuestra revista comprende, entre otras, las siguientes secciones:

Sección de Bellas Artes.—Abarca ésta las materias siguientes:

Reproducción de las obras artísticas nacionales y extranjeras de pintura, escultura y arquitectura; consagrando, por lo que á esta última se refiere, especial atención á los monumentos españoles.

Monografías de artistas antiguos y contemporáneos, preferentemente españoles, acompañadas de retratos y de croquis, como también de estudios que permitirán conocer la verdadera fisonomía artística, las tendencias, procedimientos y progresos de un pintor y escultor.

Acontecimientos artísticos y actualidades que por su importancia ofrezcan un interés especial.

Reproducción de cuantos grabados importantes contengan las Ilustraciones y Revistas europeas y americanas.

Novelas Ilustradas.—Para esta sección hemos adquirido la propiedad, entre otras, de la interesantísima novela *En busca de un ideal*, de Juana Mairet, con magníficos dibujos de Marchetti.

Sección literaria.—Las firmas de los escritores más ilustres han honrado y seguirán honrando las páginas de esta sección, que abarca las materias siguientes: artículos literarios, de crítica artística, narraciones, cuentos, novelas, sección científica, noticias varias, especialmente de Bellas Artes, teatros y actualidades. Además, publicaremos en cada número una efemérides artística ilustrada, correspondiente á una fecha de la semana en que el periódico se reparte: el texto de estas efemérides, cuidadosamente acogidas, será del reputado crítico artístico y antiguo colaborador de *La Ilustración Artística*, Sr. Rubio de la Vega, y á cada una acompañará un grabado, reproducción de la obra de arte ó del retrato del artista á que la efemérides haga referencia. No dudamos que esta nueva sección interesante agradará á nuestros suscriptores. También, desde primero de año, insertaremos quincenalmente crónicas de la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán. Con estas crónicas alternaremos las de Paris, de D. Juan Bautista Guerrat, con dibujos de D. Salvador Aspiazu, que hace tiempo venimos publicando y que tan bien acogidas han sido por nuestros suscriptores.

Sección americana.—Teniendo en cuenta la creciente importancia que en Ciencias, Artes y Literatura van adquiriendo las repúblicas hispanoamericanas, recibiremos con gusto los escritos, tanto de artistas puramente literarios como artísticos, con que tengan á bien favorecernos los literatos de dichos países, para su inserción en las columnas de nuestra Revista; así como agradeceremos en extremo el envío de fotografías de monumentos antiguos y modernos, retratos de personas notables en Política, Literatura, Artes y Ciencias, con su correspondiente descripción, á fin de reproducirlos en *La Ilustración Artística*, haciendo constar al pie del grabado el nombre de las personas que nos ayuden á realizar nuestro propósito.

Cubierta de la entrega de *La Ilustración Artística* donde apareció el primer artículo de la serie "La Vida Contemporánea", n.º 718, Barcelona, 30 de septiembre de 1895. A la derecha, inserción publicitaria en el diario *La Epoca* de 4 de julio de 1896 de *La Ilustración Artística* en el que se anuncia la colaboración quincenal de Emilia Pardo Bazán. El grabado de la condesa apareció en el n.º 709 de 1895, p. 22.

Ayuntamiento de Madrid

Introducción

CARLOS DORADO
DIRECTOR DE LA HEMEROTECA MUNICIPAL DE MADRID

Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos con interés sumo una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto e insaciado, porque no volvemos nunca a encontrar ocasión de echar la vista encima a las crónicas restantes! (131)[1]

Es increíble lo poco que lee la gente. El periódico sí que se lee: pero ¿dónde habrá nada tan efímero? Si no se recoge en libros algo de lo que la prensa difunde, será muy difícil a las generaciones venideras juzgar la labor de los más brillantes periodistas, de la cual no podrían tener noticia sino consultando las colecciones que archivan las bibliotecas; y dejo a la consideración al lector lo laborioso de tal indagatoria...(525)

Las generaciones venideras... Los más brillantes periodistas... Hoy se impone, testigos las hemerotecas, el reconocer entre ellos a Emilia Pardo Bazán.

Como es habitual en las generaciones literarias, y con muy pocas excepciones, los escritores de la primera etapa de la Restauración han pasado por esa suerte de purgatorio en el que el "limpia, fija y da esplendor" parece verificarse inmisericorde. Contados nombre han superado la prueba revalorizados.

Desde lejos, parece que todos los escritores de una época van en la misma barca; en realidad, cada uno tripula su esquife. (129)

Como prosistas, Galdós, Clarín, Pardo Bazán... Estos dos últimos, revestidos de interés hacia su obra periodística. En el caso de ella, todavía consolidándose según avanza la recuperación de su extraordinaria actividad en las páginas de la prensa. Diarios y revistas fueron vehículo decisivo en la difusión de su obra de crítica y creación. También –prolífica articulista–, una importante fuente de ingresos en quien, pese a una excelente posición económica familiar, aspiraba a la autosuficiencia pecuniaria que afianza la libertad y la independencia.

La propia escritora, sin embargo, se consideró siempre prioritariamente novelista. No porque le pasase inadvertida la importancia del periodismo:

Y he aquí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica e intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir a la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, a saber que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo. (305)

Tampoco es que se juzgase desprovista de capacidad –consideración ésta que rara vez aparece en el perfil de doña Emilia– como columnista. Tal vez influyó lo, en apariencia, efímero del medio, donde la calidad literaria era de menor apreciación:

Ciertamente todos tenemos contra el adjetivo antiguos rencores. Antiguos, es un modo de decir; porque el adjetivo, todos los días, nos da un disgusto gordo. Le vemos ante nuestros ojos indignados, degradarse, chapuzarse en el

[1] La numeración entre paréntesis remite a la asignada al artículo en la presente recopilación.

Ayuntamiento de Madrid

lodo, gastarse como se gasta una moneda, torcerse, desnaturalizarse, y ponerse en ridículo completamente, infundiéndonos sensación de cansancio y aburrimiento muy profunda. La mayor parte de los adjetivos escritos, en verdad, se oyen como quien oye llover. De antemano sabemos la manera que hay que aplicarlos. Los escritores de raza y altura todavía conservan algo de pudor aunque no siempre; pero, en la literatura corriente, de periódico, es un verdadero desate. (417)

Abona esta idea el cuidado que puso en revisar los textos periodísticos cuando los seleccionaba para ser editados en libro[2]:

Por necesidad, por natural ley, lo que se escribe en un periódico (destinándolo a la breve vida de veinticuatro horas) no se tornea, perfila y acicala como lo que (al menos en la mente del autor) está llamado a la posteridad y a cimentar una fama. (224)

También, el bajo nivel de exigencia en el gran público lector:

El lector pide extensas revistas taurinas, del género inaguantable, con los ceceíllos patosos y los barbarismos achulados tan en moda; quiere además que le tengan al corriente de las probabilidades máximas y mínimas que en Barba de Puerco o en La Ajosa reune la candidatura del niño cunero Refulánez o Merengánez; no perdona el escándalo de la calle H o B, ni el drama conyugal *ni el* crimen pasional, *ni el infundio, ni el timo, ni la* bronca, *ni la* culebra *–en la taberna del Gordo o del Mellao;– pero que no le vengan a* dar la lata *(así se habla, y entre gentes de levita o frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional, del problema económico y del plan curativo aplicable al cuerpo enfermo. ¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres calagurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca, el arado prehistórico, y tan campantes. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la* pátina *o barniz del tiempo, y además sus virtudes y fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni miaja.* (81)

Y teniendo en cuenta que:

Los escritores somos, en cierto modo, como diz que son los gobernantes, que cada país tiene los que puede tener, y en nuestra patria, escribir para *el público es escribir* con *el público, so pena de muerte.* (82)

[2] Véase, a este respecto, el apartado "Ediciones"

En cualquier caso, sus primeros y últimos renglones impresos en vida lo fueron en la prensa, donde apareció su firma a lo largo de cincuenta y seis años y en cerca de un centenar –difícil se presenta el intento de fijarlo con exactitud– de publicaciones periódicas.

Cuando en septiembre de 1895 inicia la serie de "La Vida Contemporánea"en *La Ilustración Artística* cuenta –mejor, oculta–, doña Emilia cuarenta y cuatro años. Estaba en la plenitud de aquella vitalidad arrolladora que no la abandonó jamás. Ha dado a la estampa la mayor parte de las novelas y de los estudios críticos a los que debe su celebridad, si bien no ha publicado ni la cuarta parte de sus numerosísimos cuentos –por el crudo realismo de alguno de los cuales está recibiendo ataques en estos años– y relatos breves. Culminada su admirable empresa del *Nuevo Teatro Crítico*, profesionalmente parece experimentar cierto desengaño y el deseo de replantarse, mujer muy pragmática, sus posibilidades. Es lo bastante perspicaz para advertir que asiste, no al fin del mundo, pero sí al fin de un mundo, y demasiado segura de su credo estético como para sacrificarlo. Y va a dedicarse con más intensidad aún al periodismo[3]. En una entrevista que le hace dos años antes "Claudio Frollo" éste traslada:

Ahora que la novela no se lee ni se hace el drama, y la literatura, en definitiva, tiene poca prosperidad y poco influjo, ustedes, ustedes son los que debían hacer nuestra novela al día, no con malevolencias chismográficas, sino recogiendo todas las palpitaciones de la vida. (...) *Si yo fuera hombre y periodista* (...) *buscaría un rincón de un periódico en el que dedicar diariamente el trozo de existencia experimentado y visto.*[4]

La intensificación de su labor periodística tiene lugar en los últimos años de la década de los ochenta. Parece experimentar el deseo de reajustar su carrera literaria y se siente, alentada por el éxito literario, de público y económico de sus artículos de viajes[5], en ocasiones como enviada especial.

[3] En 1899 escribe: (...) *en diez o doce periódico en los que colaboro* (...). (82)

[4] "Visiteo. Emilia Pardo Bazán", *Heraldo de Madrid*, 8 de junio de 1893, p. 1.

[5] Además de reportajes esporádicos, las grandes series agrupadas, tras reelaboración más o menos profunda, en *Mi romería* (1887-1888), *Al pie de la torre Eiffel* (1889), *Por Francia y por Alemania* (1889), *Cuarenta días en la Exposición* (1900) y *Por la Europa Católica* (1901). También incluyen artículos de viajes: *De mi tierra* (1888) y *Por la España pintoresca* (ca. 1896).

Ayuntamiento de Madrid

Lleva dos años remitiendo a las páginas de *Las Provincias* –el gran diario regional de su buen amigo Teodoro Llorente–, las "Instantáneas", breves artículos costumbristas de los que entran algunos en la recopilación que hace como *Vida Contemporánea*[6], antecedente inmediato de un cultivo más sistemático del género[7] y de hacerlo con ese título.

Y lo transfiere a la espléndida serie que arropan las páginas de *La Ilustración Artística* de Barcelona. El semanario con que obsequiaba desde 1882 la Casa Editorial Montaner y Simón a los suscriptores de su *Biblioteca* tiene las características de las grandes revistas ilustradas del momento, cuyo mejor exponente fue *La Ilustración Española y Americana*. El componente gráfico de La *Ilustración* de Barcelona era también de excelente calidad; en cuanto a los textos, las firmas más célebres son la de Castelar y la de Pardo Bazán, a quien siempre la revista había dedicado una atención muy deferente y de quien había incluido colaboraciones esporádicas entre 1886 y 1893.[8] A la muerte de don Emilio, 25 de mayo de 1899, doña Emilia se ocupa de la sección encomendada al ilustre político, "Murmuraciones europeas", comentarios de política internacional, ahora "Por Europa"[9], dando una vez más muestra de su sorprendente versatilidad.

Por mi parte entiendo que en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo corresponde a su exterioridad. (71)

"La Vida Contemporánea" es, en efecto, una crónica vital de muy amplios márgenes, que se aproxima al diálogo con el lector –en alguna ocasión lo hace consigo misma (206, 254)– por la extraordinaria capacidad de comunicación de una articulista con lúcida idea de su cometido:

En Saint Beuve encuentro las tablas de la ley de la crónica, el decálogo del cronista, para escribir un artículo picante, raudo, alegre, paradójico, no siempre falso; en el cual se debe resbalar y no insistir, rozar a flor de epidermis, sorprender los caprichos y las manías sociales, tomar lo frívolo por lo serio, frívolamente escribir como se habla en un salón, y disfrazar con el buen sentido de la risa, y con el relampagueo de la frase la vacuidad del fondo. (103)

Sabe de la habilidad de intercalar

noticias de las que los franceses llaman piquantes, *y que se prestan a la glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista.* (342)

Pero que siendo

la vida, cuya trama da tela a la susodicha crónica (...) (319)

el lector inteligente demanda algo más:

Son los historiadores literarios y los críticos los que buscan en Jorge Sand un elocuente testimonio acerca del pensar y del sentir de sus contemporáneos. (345)

Va a hablar *De todo* (189) porque todo *se presta a un parrafillo de crónica.* (495), y con gran naturalidad:

Escribimos sin cautela, con espontaneidad (...) *dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala.* (239)

De forma que se nos descubre de vez en cuando y como en relampagueo:

Interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente (...). (100)

Apenas se ha secado la tinta con que trazo los primeros renglones de esta Crónica, (...) *cuando recae mi vista sobre un diario que inserta* (...). (208)

¿Por qué iba yo diciendo todo esto? ¡Ah! Ya recuerdo (...). (224)

Y apenas escrita la afirmación que precede, acude a mi memoria un ejemplo que parece desmentirla. (169)

Y ya empiezo a desdecirme ante mí misma (esto me sucede a cada cuarto de hora). (240)

¿Adónde íbamos con esta digresión? (187)

---

[6] Barcelona, ca. 1896.

[7] Las más numerosas e interesantes series de artículos de costumbres están, además de en *La Ilustración Artística*, en *La Nación* de Buenos Aires (recopilación: *La obra periodística completa en* La Nación *de Buenos Aires (1879-1921)*, ed. de J. Sinovas Mate, La Coruña, 1999; parcial: *Crónicas en* La Nación *de Buenos Aires*, ed. de C. DeCoster, Madrid, 1994) y en: *Diario de La Marina* de La Habana (recopilación parcial: *Cartas de la Condesa en el Diario de la Marina, La Habana (1909-1915)*, ed. de Cecilia Heydl-Cortínez, Madrid, 2003), además de los intercalados en sus colaboraciones habituales en otros diarios. En éstos, son más frecuentes los de carácter costumbrista en *El Imparcial*, entre 1887 y 1920, en *La Época*, entre 1889 y 1896, en *La Gaceta de Galicia*, entre 1890 1903, en *El Liberal*, entre 1892 y 1907, en *Las Provincias* de Valencia, a partir de 1892 y en *ABC*, a partir de 1908; de las revistas, además de en su *Nuevo Teatro Crítico* (1892-1893), en *Blanco y Negro*, a partir de 1908.

Las colaboraciones en *La Ilustración Artística* son las más conocidas y utilizadas como fuente documental. "De sus crónicas –comentará, por ejemplo, una nota necrológica–, las más notables son las que durante varios años publicó en *La Ilustración Artística* con el título de "La Vida Contemporánea". (*ABC*, 13 demayo 1921, p. 9).

[8] V. una muestra de la publicidad de la revista en p. 6.

[9] Trece artículos entre el 11 de junio y el 4 de diciembre 1900.

Ayuntamiento de Madrid

Escrito lo que precede, gran revuelo en los periódicos: se ha descubierto el crimen, completamente, ¡sin dejar lugar a duda! (541)

Como ella juzga de Moliere, *con un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua* (181), o de Lemaitre: *Atrayente. Amable, gracioso, risueño e irónico alternativamente. Y su crítica se leía como hubiera podido leerse la más entretenida novela.* (538)

Es discernible una mayor distensión en los artículos que envía desde el retiro estival en Meirás, más entregada, sin otras solicitudes, a la escritura. Pero siempre con el cuidado y sentido de la responsabilidad que resplandece en toda su obra:

Mis artículos de revista serán todo lo que la crítica demoledora o indulgente dictamine; pero en ellos pongo todas mis facultades.[10]

* * *

Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede a las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro ser. (239)

Confesada también cierta insatisfacción:

Yo tenía escasa confianza en el resultado del retrato. Muchos me han hecho, y ninguno me ha salido bien (116),

de lo que la ilustre periodista parecía no apercibirse por entero era de en qué medida quedaba prendida la imagen de **ella misma** en esa crónica quincenal *de todo*, dejando rasgos preciosos para el intento de trazar un perfil de aquella su rica personalidad.

Podría hablar de sí cuando afirma que *El autodidacta es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho.* (119). O que *repartía por sus venas fuerza, frescura, vivacidad y energía*, como despide a la marquesa de Squilache. (496)

Me lo digo a mi propia, que frecuentemente siento impulsos de entregarme al pesimismo. Después reaccionó; mi carácter activo y animoso recobra su tensión. (501)

Y la confianza propia es el resorte que nos sostiene en toda ardua empresa. (525)

Entre líneas de sus columnas de prensa se deja ver una Emilia más cercana. (Tanto, que en alguna ocasión nos entera del contenido habitual de su bolso de calle, 141). A veces, sorprendida reflexionando en la soledad de su despacho. Siempre muy atenta a la actualidad. Echando mano de sus recuerdos:

Si evoco las memorias de mi niñez, recuerdo que (...). (7)

Cuando yo empecé a escribir (...). (290)

Lo que no quiero omitir es un recuerdo (...). *Voy a contarlo.* (161)

Ahora recapacito y caigo en que no me han gustado nunca las muñecas. Tuve pocas y se me figura que debieron de ser muy baratas. No cosí para ellas, a pesar de que tuve una excelente maestra de labores, que me enseñó primorosas inutilidades, calados, bordados, desflecados, puntos de toda especie. Las muñecas las sustituí con grabados recortados, por medio de los cuales armé un teatrillo en que los pobres títeres de papel representaban... ¿qué? No me acuerdo; improvisaciones, algo que sería de circunstancias, o que sucedería acaso en regiones completamente desconocidas (...). *Lo cierto es que también aquello era fantasmagoría de mis deseos de asistir al teatro, goce que no siempre se concede a los niños, y menos entonces, en que no era todavía institución el teatro por la tarde* (...). *Además, adonde se enviaba a los niños era al Circo, a "los caballitos," y mi afán de ver otra cosa que saltos mortales y perros sabios, debía de ser aspiración confusa, antes que consciente.* (247)

Recuerdos biográficos de todo orden, como la divertida anécdota en su primer baile (301), o de su vida familiar: cariñoso recuerdo del padre (401, 448, 549), dolor por el fallecimiento de la madre (488), orgullo afectuoso por el hijo (338, 339, 353, 440, 443, 444), luto por el esposo (431), recuerdos de parientes más o menos excéntricos (71, 313, 512). Manifestaciones, en fin, del

sacro fuero de la vida privada (310)

donde, aunque gran comunicadora, la Pardo Bazán se mostró siempre muy cuidadosamente reservada.

Tendría algún derecho a suponer que soy de actualidad, [por la cátedra] *y a hablaros de mí misma; pero también tengo derecho a callarme, y lo hago, dejando consignado tan sólo "que no cabe lo que siento / en todo lo que no digo".* (548)

Aplaude a Leconte:

Porque no era este poeta del número de los que gustan de exhibiciones, sino al contrario, enemigo hasta no

[10] "Otros libros. Bibliotheque Espagnole, par Boris de Tannenberg..." *La Lectura*, III (1903) septiembre, p. 108.

Ayuntamiento de Madrid

más de entregar el corazón para pasto del vulgo. No cupo acierto mayor que tender sobre su vida íntima un velo de pudor sentimental, y salvarle de toda profanación, convirtiendo en santuario lo que no debe ser plaza pública. (447)

Aristocrático *instinto del decoro social* (496) que se ve obligada a compaginar con un vehemente, gratificante deseo de vivir la **libertad**:

El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos a aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo a nuestra mentalidad, a nuestro sentido peculiarísimo, de restricción y moderación, de orden artificiosamente establecido y conservado. La libertad es a veces un soplo franco y fuerte, a veces un huracán, a veces un terral cálido que todo lo abrasa: le tenemos miedo; no prestamos fe a sus beneficios.

Simbólicamente le llamamos medicina *a la libertad... Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad.* (149)

La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas. (286)

Libertad como divisa en el marear de la vida social:

Contra las leyes precipitadas y arbitrarias, indiferencia absoluta y la resistencia de la piedra que no se sale de su sitio. (51)

Desde que hay censura militar y rigurosa, me han entrado unas ganas vivísimas de hablar de todo cuanto a la censura puede indigestársele (...). Reprimo, pues, trabajosamente los impulsos de meterme en vedado, y ya que nos obligan a callar lo presente y actual, hablemos de lo eterno: hablemos, pongo por caso, de las benditas Ánimas del Purgatorio. (71)

No sólo *la libertad* política (*lo único que aquí se suele entender por* libertad). (129). También consigna vital:

Y cuanto menos se sistematice el vivir, más grata será la vida. (545)

Descendiendo al detalle de la vida cotidiana:

Considero uno de los muchos abusos del poder del Estado la prescripción del traje. En no ofendiendo al pudor, ¿por qué no se ha de vestir cada cual como mejor le plazca? (138)

Y en al ámbito más inmediato de convivencia:

La familia es muy dulce, muy insinuante y muy contraria a la afirmación de la individualidad. En familia casi no hay modo de almorzar gachas si los demás almuerzan chocolate o café. (316)

Placer de escurrirse solitos, con dulce secreto. (75)

Sin que le pase por alto el peligro de hipocresía por la "necesidad" de contemporizar:

[En discusión con el Padre Coloma:] *Yo le argüía, y mi argumento no fue rebatido, diciéndole que, según eso, lo que se castigaba no era la falta o pecado, sino su publicidad, y la que acertase a esconder sus diabluras, y fuese lo bastante calculadora par no dejar de ellas ni un rastro, sería respetabilísima; de suerte que, en su aspecto espiritual, para Dios que todo lo ve, el sistema del Padre envolvería una injusticia profunda.* (500)

Y sin querer traicionar la **sinceridad**, que fue siempre una de sus grandes cualidades:

Tengo el valor de mis convicciones, y como lo pienso, lo digo. (453)

Yo gusto de una decorosa franqueza, y no hiriendo personalmente a nadie, que esto siempre se debe evitar, digo mi opinión, aunque pugne con lo admitido. (456)

Y no digo más, no porque no se me atropellen en la pluma mil cosas, sino porque su misma cantidad y calidad me impide dejarlas salir. (58)

Digo mi parecer, y lo digo allí donde puedan oírlo, en El Imparcial, *en* El Liberal, *en* El Español, *en* La Época, *aquí, en diez o doce periódico en los que colaboro.* (82)

Con mi sinceridad acostumbrada (...). (84)

Que no es incompatible con el respeto a las mejores maneras:

[Con Sánchez Pérez:] (...) *discutíamos sin llegar nunca a discutir.* (464)

Amigos, algunos muy buenos amigos:

Giner *era, tal vez, el más querido de mis amigos.* (488)

A los que, por su talante franco, no ahorra eventual censura. Por ejemplo, de Cánovas, aporta información de estimable interés recogidas en charla amistosa, sin dejar de señalar ciertos errores en el político (142) y comentar:

Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. "Durante algún tiempo –me dijo él mismo– no hubo en España más rey ni más Roque." Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel periodo efectivamente

Ayuntamiento de Madrid

dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. (300)

O de Castelar (311):

Todo el cariño, todo el respeto que profeso al grande hombre no me harán subscribir a su estilo oratorio, que jamás fue de mi agrado. (423)

También nos entera de sus buenas relaciones con la Casa Real:

Respetuosas peticiones de audiencia, una o dos veces al año. (492)

Afectos que con el paso de los años ve desaparecer desde su jovial observatorio periodístico:

Estoy por cambiar el epígrafe y escribir "La muerte contemporánea"; porque, en verdad, desaparece tal cantidad de gente sonada y conocida. (236)

Relaciones humanas cultivadas pulcra e intensamente, muy en consonancia en quien además de gustar con fruición de la vida social se movía impulsada por un gran deseo de enriquecer su saber, por esa su *apasionada* ***curiosidad*** (306) tan característica de su personalidad:

Yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas láminas de tejidos. (148)

Nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho. (532)

Y quien, como yo, cultiva aficiones múltiples, gustos de arte, de literatura, de sociedad; quien tiene hasta curiosidades intelectuales y psicológicas, puede encontrar en cada amigo una conversación distinta, que responda a tan diversas inclinaciones. (549)

Curiosidad que, aunque mujer en aquella época, no la detiene ni intimida:

Los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan en los bulevares exteriores. (167)

Las canciones de la guillotina que escuché en Montmartre. (383)

En consecuencia también, el apasionamiento por los viajes, algunos en esta etapa de su vida casi en loor de multitud. Desusada y sorprendente popularidad ésta, sólo equiparable a la de algunas mujeres de la Real Familia, alcanzada en la España de entonces por una escritora y a causa de la literatura. Fenómeno lisonjero pero no exento de inconvenientes:

De cinco o seis años acá especialmente me vale estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras (...), que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías (...), nunca indiferencia. (228)

Acaso yo vea este problema como más insoluble y angustioso, porque el ser tan conocido, y a tanta distancia, mi nombre, es causa de que carguen sobre mí mayor número de pedigüeños, de todas clases, colores y marcas. Recibo petitorios de sitios donde ni una vez en mi vida he puesto los pies. Conventos que se están cayendo allá en remotas ciudades, los he de reparar y sostener yo. Personas a quienes agobia la suerte en climas lejanos, aguardan de mí su salvación inmediata. Hasta de Francia recibo epístolas que parten los corazones. (459)

Los viajes, en fin, como fuente de conocimiento y apertura espiritual:

Un viaje en automóvil al través de España, por caminos imposibles y puertos con nieve perpetua no deja de encerrar elementos pintorescos, además de abrir amplio campo a la observación respecto al estado de España, su verdadero estado, fuera del ambiente de Madrid, siempre un poco artificial y distante de la realidad humilde y diaria. (497)

Atmósfera letal en que agoniza España. Vamos a salir de ella por breves días, a pasar la frontera y respirar el aire de los pueblos modernos y a sentir con más viveza el contraste. (81)

En España la afición a viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. (94)

Y si me fuese posible elegir profesión –escribe esto con 65 años–, *o mejor dicho, quehacer perpetuo, he aquí lo que yo sería: viajera incesante por España.* (530)

Lo que dijo no ha mucho un agudísimo escritor [Ramalho Ortigão?], *cabalmente portugués: "La maleta es la antítesis del cetro. Éste esclaviza y aquélla liberta".* (105)

La vida contemporánea, es hacer la maleta e irse por esos mundos. (114)

Aficionadísima a ver rincones y poblachos en que existen recuerdos y se pueden recoger impresiones de arte, muchas veces he arrostrado todos los inconvenientes de la falta de un hospedaje siquiera mediano, y he sufrido no pocas molestias, a trueque de enriquecer mi memoria con la fisonomía de los sitios y monumentos que tienen más atractivo, por lo mismo que están, digámoslo así, inéditos y olvidados. (537)

En consecuencia, y coexistiendo con su ardiente patriotismo, ciudadana del mundo. Recogiendo la opinión de que el automóvil suprimirá fronteras:

Ayuntamiento de Madrid

Vendremos a la soñada y apetecida federación de los Estados Unidos Europeos, a la supresión de las tarifas aduaneras y al más completo cosmopolitismo. (183)

Golosa (168) de los libros, aporta veracidad a sus *Apuntes autobiográficos*, donde se le han censurado siempre petulancia y pedantería. Su admiración es producto de un buen conocimiento de la *Ilíada*, el *Quijote*, la *Biblia*, *Shakespeare*:

Más de un año, acaso dos, me los pasé leyendo y releyendo a Shakespeare en el texto inglés. (52)[11]

La frecuente presencia de citas, versos en diversos idiomas, en los que aparecen inexactitudes aunque no incorrecciones lingüísticas, prueban que recurría más a su extraordinaria capacidad memorística que a la compulsa de biblioteca. Hace pensar que la vanidad que con frecuencia se le aduce llegaba hasta los límites a los que tenía legítimo derecho, consciente de su continuo esfuerzo por el estudio y el aprendizaje:

Una mujer [dice de sí misma], *que algo ha contribuido, con sus estudios y con el ejemplo de una vida estudiosa, a la cultura y a la elevación del nivel intelectual de su patria.* (361)

No hay nada que cure la vanidad como el sentido de lo real, la certeza del empeño de honor cumplido hasta más allá de lo posible. San Buenaventura colgando de un clavo el escalpelo [sic] *y mondando patatas en la cocina, y el hidalgo de Cervantes diciéndole al rústico: "Sentaos, majagranzas, que donde yo estuviere allí estará la cabecera," son las dos fórmulas de ese desdén soberano que vuela más alto que las vanidades.* (117)

Y llega en ocasiones a manifestarse humilde:

Con Giner no solía yo hablar de estas cosas, sino de la marcha de las letras y de algo de pedagogía, en que tanto tenía él que enseñarme. (549)

[Moret]: *Fue siempre estudiante, que es el único medio de ser alguna vez maestro.* (429)

Llegado el caso, confiesa abiertamente sus limitaciones:

Soy tan torpe para esas cuestiones en que median números (...). (136)

Ineptitud para la mecánica (...). (316)

Mi profunda incompetencia en la materia (...) [Matemáticas, a propósito de Echegaray]. (544)

Mi incompetencia en estas cuestiones físico-mecánicas (...). (385)

Así como sus fobias, alguna muy curiosa:

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece. (222)

Yo paso mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negro me es intolerable, me crispa. El lacre negro, no. El papel solo. ¿Por qué? No sé decirlo. (222)

Hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector que seas aficionado a los organillos, a los pianos de manubrio, a las zarzuelas con tangos y a las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría. (266)

Con terror a los ratones, prefiere *ver el cañón de un revólver que nos apunta.* (303)

También nos entera esporádicamente de sus quiebros de salud:

Me salteó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de La Ilustración Artística. *Un mes hace que no tomo la pluma para conferenciar con el público.* (192)

Juvenil padecimiento de viruela (446); cierta enfermedad grave entre 1903 y 1904 (297), una intervención quirúrgica *del galillo* (439)...

En punto a enfermedades, dedica una atención casi obsesiva a las epidemias de gripe, como extraña prefiguración de su propia muerte:

¡La gripe! ¡Que insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa a los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho. (330)

La vigorosa doña Emilia se nos presenta no sensiblera, pero sí dotada de una afinada sensibilidad:

Yo confieso que lo que me saca de quicio es ver pegar a las criaturas. E interviene protestando (130, 146, 281)

El tratar benignamente a los enfermos, a los locos, a los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material... ¡qué signo profundo de cultura! (205)

[11] La consulta del índice que acompaña esta recopilación es ilustrativa al respecto. Cervantes y el *Quijote* son, con mucho, el autor y obra más citados. También Shakespeare, Dante...

Ayuntamiento de Madrid

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. (157)

Yo no sé que le daría al que le pegase a un perro mío. (213)

He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión. (292)

Al tiempo que, con los pies muy bien puestos en la tierra, quiera y sabe gozar de los placeres de la vida. Buen gastrónomo:

Me he preparado una pequeña biblioteca de libros de culinaria. (262)

A fuer de cocinera de afición que soy (...) rezar y comer, en castellano. (514)

Abstemia, casi vegetariana, muy golosa, intercala comentarios, recomendaciones y aun recetas de cocina. (302, 362)

Es natural que os hable de cosas de poca monta, pero no quisiera que dijeseis que también de poca sustancia: y el chocolate es de las más substanciosas que así al pronto se me ocurren. (74)

Aunque experimenta aversión al pan de Madrid (181) confiesa su entusiasmo por la horchata que se degusta en la Villa (285, 336) y su afición a la leche merengada del café de Pombo. (285)

En realidad, aunque no es partidaria del utilitarismo:

De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antítesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto o de aquello, se prepara el terreno a la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu. (288)

También:

A mí me gustó siempre, y nací con disposiciones caseras, de orden, economía y preocupación minuciosa de lo doméstico. (442)

Así la vemos muy atenta a la economía y arreglos domésticos (355) y de espíritu práctico y ahorrativo:

Ningún español calcula lo que representa, al cabo del año, el derroche de una peseta diaria. (152)

He notado siempre que la pequeña economía la despreciamos. "Por eso no voy a ser más rico ni más pobre." "Eso no va a ninguna parte," son nuestras muletillas. (210)

Enemiga de las propinas (273), es divertido leer sus protestas por los abusos de la Compañía de teléfonos (501) o por los precios en el mercado o en el flamante nuevo Ritz:

El te cuesta allí medio duro por taza. (276)

O por los billetes de ferrocarril (465), o las esparcidas recomendaciones prácticas:

Yo decido contárselo a los lectores, para uso de los cuales voy a emborronar algunas noticia útiles. (Describe con detalle un procedimiento contra el robo en los equipajes). (171)

Una de las precauciones más fáciles [en las epidemias] *es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas a la calle. Este sistema economiza combustible.* (148)

Lógica consecuencia de este espíritu práctico, en pugna con su apego por la tradición –una de las muchas contradicciones que asalta, pero no atormentan, el alma de doña Emilia– es su postura frente al torrente de **inventos** técnicos, ya acelerado en los años de cambio de centuria:

A los que cantan las maravillas de la civilización no les llevaré la contraria, así de frente, por no enojarles; pero que ellos me confiesen a su vez que la tal civilización no deja de traer consigo luchas, sofoquinas y un sin fin de trapisondas. (28)

Las máquinas de oír y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se llama fonógrafo. (...). Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva a proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho? (46)

¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el fonógrafo, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco a esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.

Son juguetes, sí; juguetes de niños. (...) No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpitación del corazón, un movimiento del alma. Todo aquello en que entra un elemento matemático es contrario a mí. No poseo esa cosilla: no me presto a esa gimnasia intelectual. (191)

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa a estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones

Ayuntamiento de Madrid

desagradables a los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes. ¡qué fácil y que difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele! (321)

En efecto, tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón, tantas ingeniosidades y maquinillas hasta para facilitar el estornudo, lejos de facilitar complican hasta un grado indescriptible, y acarrean una serie de preocupaciones y molestias peores que el mal que remedian. (501)

Por supuesto hablo de una chimenea de leña (en este particular, como en otros varios, no soy hija de mi siglo, si bien en bastantes me considero hija del que viene). (446)

Pero acaban por imponerse la inteligente estima del progreso y de las ventajas que reporta:

Por mi parte, todo aquello que es adelanto me gusta naturalmente, y soy a ello inclinada; pero veo los adelantos en su aspecto de cultura íntima, no en el de exageración de un confort que no hace feliz, porque causa una ansiedad continua y una tensión violenta. (501)

Claro es que, comparando, confesamos que lo de hoy es gloria. Pero con este argumento, demostraríamos tanto, que no demostraríamos nada. ¿Se queja usted del acetileno, del telégrafo, del teléfono, de los tranvías, de los desinfectantes, del tobogán, del cine? ¿Preferiría usted el candil, el mandadero, la calesa, los microbios, el húngaro con el oso o la mona? Claro que no. (465)

Pero antes de conseguirlo, [innovaciones en la moda] *¡qué lucha se prepara con la imbecilidad de unos, con el misoneísmo de otros!* (377)

¡Lástima que no pueda uno volver al mundo, después de muerto, siquiera un día, a contemplar las diabluras del progreso! (420)

Es posible que, andando el tiempo, ferrocarriles y barcos encuentren la mejor aplicación en transportar, convertidos en cámaras frigoríficas, los alimentos de una a otra nación, de uno a otro continente. El frío mejorará las condiciones de la existencia humana. (337)

Adopta en seguida los adelantos relacionados con su oficio: estilográfica, máquina de escribir Yost (532) y es discernible la gradual aceptación y disfrute de los demás. Así, ante el automóvil:

Si hay algo que esté "llamado a desaparecer" no es la forma poética, son los coches tirados por caballos y mulas. Nadie sospecha la revolución que va a consumarse aquí (señalo al planeta) entro de cortos años, porque esto del automovilismo va deprisa. (98)

Estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va "como alma que lleva el diablo." (...) justamente lo embriagador es eso, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste. (167)

Entre los coches que vienen figura uno que requiere, en quien lo ocupe, intrépido corazón. (...) Peligro por peligro, yo elegiría éste: peligro completo, reconocido, glorioso en su género; no un semi-peligro, que al fin puede costar la vida. Y disfrutaría, por algún tiempo, la sensación embriagadora de correr sobre el filo de la muerte, de verla próxima a cada instante, de devorar el espacio, de suprimir la distancia, de ser lanzado no se sabe adónde, de dejarse atrás a los otros, por veloces que fuesen. (182)

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una excursión deliciosa, sin asomos de panne, *sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo e incomprensible del artilugio.* (316)

Hay una manera de evitar el tren y sus molestias, que no son flojas: este medio es hacer el viaje en automóvil. Para mí es el más grato. (465)

Y el automóvil, el día que acabe de inventarse (por ahora está a medio inventar, no cabe duda), dejará de ser artículo de lujo, y se pondrá al alcance, no diré que de los golfos callejeros, pero de las fortunitas modestas. (489)

Hay sobre todo aquí plétora de automóviles. (...) Y dentro de algún tiempo, sabe Dios cuánto, el automóvil, tal cual es ahora, parecerá un armatoste. Se habrán inventado otros mecanismos, de materias más ligeras y resistentes, de nutrición más regularizada y fácil. (506)

Sin embargo:

La aventura del aire (...). Para mí no existe otra tan pavorosa. Me siento animal terrestre, pegado a la corteza del planeta como una planta. (551)

A decir verdad, así como D. Juan Tenorio no creía en la otra vida, yo no creo en la aviación. (...) D. Juan el burlador se equivocaba de seguro y yo probablemente me equivoco. Pero mientras no venga la estatua de D. Gonzalo a sacarme del error, sin poderlo remediar seguiré escéptica. (363)

Hasta que un burgués cualquiera, con su familia, pueda tomar billete de aeroplano, y hacer un viaje con probabilidades de no estrellarse, la aviación será distracción de millonarios, empeño, loable sin duda, de Sociedades sportivas. (385)

Ayuntamiento de Madrid

No tendría yo inconveniente en apostar algo bueno a que la aviación jamás será invento de aplicación general. Ojalá los hechos me desmintiesen, y confesaría mi error de buen grado. (385)

Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren o inventan los aeroplanos dirigibles a voluntad. ¿Quién no ve en ese descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas? (288)

Al terminarse la guerra, el espíritu humano y su don de dominar la materia habrá adquirido tal vuelo, que hemos de ver cosas asombrosas –sin hablar de la navegación aérea, de la cual se anuncian tantas maravillas para facilitar el transporte no sólo por tierra, sino al través de los mares, de continente a continente. (506)

También acaba siendo una buena aficionada al cine:

Volviendo al cine, confesaré que las películas limitadas a reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad, me gustan muchísimo. (...) Y he aquí cómo las teorías ortodoxas y de estética pueden aplicarse hasta a las cinematógrafos – y salir confirmadas. (321)

Del cinematógrafo no se hacen encomios, pero ha llegado a la perfección, y entrado en los dominios del arte. Mejor que el teatro nos da la plástica y la mímica, y en cuanto a escenografía, pone en juego elementos de realidad, imposibles de llevar a las tablas. (...) Falta sólo al cinematógrafo la voz humana, que substituyen imperfectísimamente los carteles con las explicaciones. Éstas suelen ser risibles, y en un castellano que se lo recomiendo a Cavia. El día que estas explicaciones llenen mejor su objeto, habrá ganado mucho el espectáculo. (485)

Su mismo vocabulario en uso refleja esa aceptación:

En el café está el completo cinematógrafo de nuestra vida nacional. (206)

Vivimos en plena película. (553)

Tanto Clarín como "Fray Candil" denunciaron la ineptitud de la Pardo Bazán para el **humorismo**. Un repaso a su producción literaria depara, ciertamente, tropezar con propósitos de humorismo que se quedan en ñoñerías. La lectura de los artículos costumbristas permite, sin embargo, conformar una opinión muy distinta. Los artículos, como ella decía de los de Lemaître:

Son de amenísima lectura, de punzante y a la par benévola y sonriente ironía, de una gracia delicada y velada, y de un buen sentido que a veces descubre, más que al francés embebido en Voltaire, al latino contemporáneo de Horacio. (470)

Dotada siempre de gran desenvoltura narrativa (Cuentos de Antaño, 20) (Influencias, 37), es chispeante y ocurrente lo mismo al hablarnos de un certamen literario (191) que de sus padecimientos como viajera en ferrocarril:

Considerad el incidente. ¡Seis horas de retraso! Pase si se tratase de una casualidad; pero la Compañía del Norte, en materia de retrasos, es como el célebre estudiante: tiene llena de casualidades la capa. Los jefes de estación sonríen cuando alguien, que espera, desespera. "Todos los días hay retraso, sí, señor... Con eso se cuenta ya..." ¿Para cuándo son las multas? ¡Bah! ¡Multas! ¡Leoncitos a mí! (537)

O al hablar de sí misma (206) y contar episodios biográficos:

En la elegante y magnífica morada de Madama Barratin que me ofreció una fiesta, salió un actor de la Comedia Francesa a decir... fábulas de Lafontaine. Quisiera yo ver a una reunión de españoles si les brindasen como pasatiempo fábulas de Iriarte o de Samaniego. Dirían que eso ya lo habíamos aprendido en la escuela, que era tratarnos como a chiquillos, y que para la fabulita, el nene que vuelve del colegio. (83)

O tratar de costura:

Que la moda prescribiese el tono cuisse de nimphe émue o *el de* rábano afligido (...). (224)

O de cocina:

Creo hacer un beneficio a la humanidad previniéndola contra los gazpachos en que entra en dosis muy altas el pepino. (413)

Roza la comicidad cuando escribe sobre el servicio doméstico (262), (337) o los hábitos de propinas o regalos (273). Es antológica la parodia que hace del futurismo de Marinetti. (417)

La soltura de expresión contribuye a conseguir esta viveza festiva:

Agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, lo metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el idem. (141)

El traslado del habla popular o aldeana, muy logrado y no infrecuente en su obra:

–Que vais mal por ay, moño... Que estáis trabajando sobre el agua y no sobre tierra. ¿Que este es ferrocarril del agua, ridiós!, y en diciendo que icen que llueve, se va a blandar, y en hinchándosele al río los morros, se vos güerve la linia lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la juente! (209)

Ayuntamiento de Madrid

Y la inclusión, pese a sus continuas manifestaciones de repulsa de la *chulería y flamenquismo* que inficiona hasta las clases altas, a giros y expresiones populares, especialmente recogidas del habla de Madrid: *Morapio, un gachó de los de marca de las Ventas, extranjis, romper el alma al duro, tomar dos dedos de luz, arriar los monises, colasas, geta, pasta, pitanza, cortar el pescuezo, aquí de la cascarilla, aflojar la mosca, como si llamaseis a Cachano con dos tejas...*

Y hasta algún chiste, si viene a mano aligerar un asunto grave:

Como dijo el cura tartamudo al ver que su acólito era tartamudo también, "tenemos misa para rato". (536)

Buen pardillo se le ocurre decir del santo patrono de Madrid. (157)

La presencia de **Madrid** en estas crónicas merece detenida consideración. Después de leídas, no es gratuito afirmar que el estudio del costumbrismo madrileño quedaría incompleto si se prescindiese de ellas.

Como a partir de 1890 reparte casi por igual los meses del año en estancias en sus casas de Galicia y de Madrid, es lógico que sean:

Los dos puntos que yo mejor conozca, el país gallego y la capital. (157)

Madrid (*cuarteles de invierno*) no es lugar que, como ciudad, le entusiasme. (Si bien su sentir irá evolucionando, como frente a Castilla, influida, sin duda por algunos de sus amigos intelectuales:

En esa lisura y en esa igualdad hay belleza propia. (171)

Pero se integra encantada, activa, incansable, analista, sugerente, *imprescindible* –ironía manejada por sus enemigos–, a la vida bulliciosa e indolente, alegre y áspera, rutinaria y en transformación, de la diversión y de la cultura de la Corte.

Asiste a *teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de todas clases.* (281). Tanto a salones, tertulias –que ella también organizaba en su casa de la calle de San Bernardo–, bailes (de Escritores, de la Caridad, del Centro Gallego, del Círculo de Bellas Artes, de la Prensa, Azul, (...) *y cito los más sonados* (199), como a exposiciones y museos, inauguraciones y conferencias:

Ello es que parece haberse despertado en Madrid una gran golosina de conferencias. Cada día se anuncian en mayor número y cada vez acude más gente. (431)

Ateneo, Biblioteca Nacional e Instituto Francés, paseos por la Castellana y el Retiro, Hipódromo, Casa de Campo y tiro de pichón. Hasta asiste al boxeo (263). Atenta a la actividad política, sigue en persona los debates del Parlamento:

Estos días mi vida contemporánea *se encierra en las Cortes. Unas cuantas aficionadas a la oratoria y a las filigranas del debate vivimos en la tribuna. Allí nos pasamos seis horas. Leemos, para entretener la espera, mientras no se llega a la orden del día, periódicos y hasta libros; comemos dulces, charlamos, y poco a poco nos familiarizamos con los misterios de la política parlamentaria.* (123)

Parece no querer perderse cualquier (...) *reunión de la gente en un punto dado, a una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, charlar y reírse.* (281).

El Carnaval, cuando *el todo Madrid de la juerga y del bronce se lanza a la Pradera del Canal, a comer, beber, danzar y reír.* (...) *morapio azul y aguardiente bala rasa.* (404)

El Rastro y sus Américas famosas –las únicas Américas que nos quedarán bien pronto a los españoles, por las trazas.

La Ribera, con su violento declive, parece un torrente que arrastra en sus ondas los despojos de una inundación. (55)

Madrid es audaz, jaranero y curioso. (435)

Porque la asidua de reuniones y fiestas aristocráticas, de palacios y casas de alto copete, no deja de ser la escritora de escuela naturalista, excepcional observadora (*En mis últimos flaneos por las calles de la capital* (...). (376), que con interés propio del oficio contempla el ajetreo ciudadano:

Por diez céntimos se puede él [el español] *trasladar cómodamente de un punto a otro, en el coche de mejor movimiento que existe, que es el tranvía: el tranvía, del cual se dicen pestes, pero que es una cosa excelente, muy práctica, muy barata, muy superior al parisiense ómnibus, con su peligrosa y glacial* impériale. *Con el tranvía, las ventajas del coche son accesibles a todas las clases sociales; no hay cansancio, no hay distancias, no hay frío; es en verano el mejor abanico, en invierno una garita protectora, y es además, para el pobre, un Casino, una Bolsa donde se entera del alza y baja, recoge noticias, galantea, charla, dice y oye donaires, hace política y hasta implora caridad. En el tranvía las cocineras y criadas de servir se informan de las casas, comentan los precios de los víveres, inician o desenredan intrigas amorosas; las modistillas se citan con los*

Ayuntamiento de Madrid

horteras, las chulas se mofan de los señoritos, los rateros hacen su agosto, los empleadillos fraternizan con sus jefes, y las Siervas de María y las Hermanas de la Caridad se codean con los Tenorios callejeros y los perdonavidas, sin que ni ellas se espanten, ni ellos se propasen y desvergüencen. En el tranvía se recoge limosna, se deslizan cartas, se leen y se comentan periódicos, se regalan flores, se hacen amistades, se contrata verbalmente, se disputa, se curiosea, se ríe y se goza con la bulliciosa expansión y la intemperante franqueza propias de nuestro humor y de nuestra tradición democrática jamás desmentida.

Y una pincelada muy de su paleta:

¿Por qué este coche tan divertido y tan a mano no le basta a la gente baja de Madrid?: ¿por qué se enfurecen cuando un coche pasa al trote de su tronco más o menos pura sangre). (36)

Os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente –noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfago, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa. (260)

Denuncia las deficiencias en vías y servicios públicos:

Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan ahogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que a cada paso ocurren –procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros,– se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia a dejar pasar a nadie, aunque el transeúnte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer o niño, a quien aplastan con despiadada brutalidad. (158)

[Cuando llueve,] *encharcado, lodoso; Madrid semejante a Londres (...), sus calles tortuosas y su adoquinado infernalmente molesto.* (125)

Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada. (158)

No estaría de más que en ese ombligo de Madrid, los guardias, (como hacen en París y en Londres), detuviesen a la gente y alzasen la insignia de mando, para detener el río de vehículos un instante, dando lugar a los peatones a cruzar de acera a acera. (485)

Traza estampas vigorosas de los tipos que pululan bajo la *claridad de un cielo azul cobalto* (125). Cocheros y serenos. La garapiñera (285). Los chicuelos repartidores de prensa:

¡Dencia! ¡Beral! ¡Parcial! ¡Paña Nueva! (260)

Los *vendedores ambulantes que infestan las calles y plazas.* (152)

También:

El mosconeo que interrumpe la conversación, no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, a la borracha que hiede, a la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo. (235)

Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. (...). Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte (...). Los pedigüeños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran a las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar a un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, o un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos a descuideros. (280)

Esta polilla de la capital, resuelta a erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleidura del género ínfimo y chabacano. (254)

Pedigüeños, petardistas, profesores de esgrima de sable, y demás cofrades de la santa hermandad de la cuesta. (210)

Rufianes, graciosos chocarreros, viciosos prostaicos y malhablados. (172)

Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo: timadores, carteristas, vendedores ambulantes, placeras, menegildas, el hampa y la golfemia. (174)

He encontrado aún infinitos ejemplares de los varios tipos clásicos de la mendicidad callejera. (376)

El *vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. El hampa que degüella no es sino el resultado*

Ayuntamiento de Madrid

matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüeña, insultadora, chirigotera, requebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías. (255)

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense. (235)

Asombraría si no supiésemos hoy la libertad de movimientos de la novelista, en ocasiones muy bien acompañada, su buen conocimiento de los bajos fondos, de la *fermentación pútrida de Madrid.* (295):

La mendicidad es hermana gemela del delito y que una ciudad donde bulle lo que ya todos llaman hampa callejera, por milagro sería tranquila y segura así que anochece. (76)

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades. (141)

* * *

El carácter costumbrista de estas crónicas no excluye en la periodista el examen reflexivo de cuestiones más generales y de mayor envergadura; de la **sociedad** misma y de algunos de sus aspectos fundamentales.

Se suele reprochar en doña Emilia su sentido clasista y su impermeabilidad al problema social, cuestión trágicamente palpitante ya en los años que le tocaron vivir. Ciertos párrafos parecen asentar el cargo. Pero es conveniente una revisión en profundidad al respecto.

No es partidaria, de principio, de la "literatura comprometida":

Declaro paladinamente que la misma escasa atracción que siento hacia la literatura de intenciones sociales, me infunde la pintura de iguales fines. (412)

La política, amalgamada con la literatura, es peor que la sal unida a los calomelanos. (508)

Si bien:

No cabe duda que los grandes acontecimientos modifican profundamente nuestro criterio y nuestras convicciones, o por lo menos las colocan en tela de juicio ante el tribunal de nuestra propia conciencia. Hasta la fecha creí yo que la literatura debía desentenderse, con cierto aristocrático desdén, de las cuestiones sociales. Sin negar el mérito de obras en que influye directamente el estado de la sociedad, prefería las que sólo nacieron y vivieron en las serenas regiones de la belleza pura. –Hoy no diré que haya variado de opinión por completo; sin embargo, noto que mi fe en la estética libre se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letras propiamente dichas conservan su olímpica impasibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes. Tratando de hacer mi composición de lugar, tendencia natural en un espíritu ecléctico, saco en limpio que según la situación de los pueblos debe ser y manifestarse la literatura. (81)

Son innegables las preferencia aristocráticas que presiden pensamiento y vida de la Condesa. Dispersa comentarios de un clasismo literal y hasta pintoresco:

¿Por qué, a lo menos, ya que el billete se ha de tomar con prisas y angustias, no hay tres taquillas, como en Londres, para primera, segunda y tercera, a fin de hacer que la cola sea menos apretada, mal oliente y desagradable? (186)

[El] *darvinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el más aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia.* (155)

Pero se muestra de acuerdo, por ejemplo, con el Padre Sarmiento en su estima de una *aristocracia de sabios, o literatos o inventores, o los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano* (...). *Grande sería su sorpresa* (...) *al ver que hoy los blasones se conceden al dinero, o a la influencia política.* (155)

Es muy exigente hacia esa clase *elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad.* (226):

Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales a muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles o jacas de polo; la otra vive pendiente del pingo y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo a la devoción de alguna Diosa... eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto o con un objeto de puro snobismo; *diversiones de tercer orden elevadas a la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería,* sport y confort (*dos pestes de la alta vida contemporánea*), *se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen a punta de lanza o a tajo de espada bien templada –no tanto como la voluntad.– Ya sé yo que no es tiempo de*

Ayuntamiento de Madrid

héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiendo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando a cara descubierta y a pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan a cada época. (310)

Es la gente conocida *con su relumbrar, unas veces de oro y otras, acaso las más, de similor; con su esnobismo extranjerizado y su alarde frecuente de casticismo, con su mezcla de sangre azul y sangre roja; con su manera de ser peculiar, que conocemos tan a fondo, y que, como en general, lo humano, tiene de malo y de bueno, y de indiferente y de mediocre, y de típico y de vulgar, sin que pueda decirse que cualquier tiempo pasado fue mejor, pues acaso lo que se llama alta sociedad no ha empeorado, y muchos de sus defectos graves responden al usual tejido de la existencia en toda Europa, con las nuevas necesidades y exigencias de dinero y lujo.* (481)

Califico de zánganos a los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante. (235)

Enseñaron su hedionda cara la corrupción y la inmoralidad del pueblo bajo madrileño y del señorío inculto, bárbaro y holgazán, que se gasta en rentas sus francachelas, flamenquería y vicios. (108)

¿No os decía que estos crímenes se prestan a estudios sociales? Y adviértase que, por respetos a la vida privada de familias humildes, pero a quienes no debo tratar con menos consideración que si fuesen ricas y poderosas (...). (120)

Severa con la burguesía:

El burgués actual, terrible amasijo de vanidades y concupiscencias, guarda la tenue *mientras no le acosan los pagarés –no la miseria, como al proletario.* (210)

Sensible a la pobreza:

No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encarecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás a doble precio que hace un cuarto de siglo. (47)

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. (157)

¿Qué se come en casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido a mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres? (202)

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve a agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. (...) Dad a todos sin desconfianza y sin tasa –dice la caridad mística– No deis a nadie al menudeo –responde la beneficencia experimental.– Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de retirados *de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo de la calle, el ochavito y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pedigüeña, asfixiante y lucrativa como un oficio... Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico o sentimental..., pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre.* (133)

Del pobre nos creemos tutores, por el hecho de sacar perezosamente del bolsillo una moneda de cobre y alargársela en la calle, sin otra molestia. Y parece que nos roban, que nos defraudan, cuando en el albergue de alguno de esos remendados plañideros que nos acechan a la puerta de iglesias, tiendas y cafés aparece algo más que el zurrón vacío y el mendrugo de la víspera. ¿Qué tiene de extraño que esos obscuros trabajadores (pedir limosna es género de trabajo, y también es arte, y es a veces, en la estación de invierno, ruda y peligrosa faena) rellenen su hucha y su peto y su alcancía, en el temor de una forzosa suspensión de su labor, de un período de enfermedad y reclusión, o meramente por desquitarse, a solas, en la fría y obscura cárcel de su chiribitil, mirando a la luz de una candileja ahumada los bonitos alfonsos brillantes, cuyo reflejo convierte momentáneamente la mísera covacha en mágico palacio por la fuerza de la imaginación? (208)

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada. (263)

Las indagatorias de los diarios acerca de cómo lo pasan en Madrid los menesterosos, los que no tienen casa ni hogar, apenan el alma, aprietan realmente el corazón, afligido porque no se ve remedio posible a tanto mal. (455)

Ayuntamiento de Madrid

Cuando hay tanta necesidad, tanta miseria, cuando ocurre que se muere la gente en la acera de hambre y de frío. (484)

La nieve, creedme a mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística (...) *es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener o no tener dinero.* (220)

Y sensible a las circunstancias de la masa trabajadora:

Sí; estos vejámenes recaen sobre el trabajador y el pobre; y aun por eso me enardecen doblemente. (132)

Los chicos de las clases trabajadoras no piden golletas. (151)

Comprende, matizando, el inconformismo ante esta situación:

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla. (189)

[Comentando la ley de descanso dominical:] *Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones.* (211)

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate a la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota. (...) *La verdad no suele decírseles a los obreros, generalmente se les adula –aunque no son monarcas– y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como a niños, aunque debiera tratárseles como a enfermos, y enfermas cuya curación nos es indispensable a todos.* (214)

[Hablando de la ley de accidentes de trabajo:] *La indemnización, la previsión legal de tamañas desventuras, es una de las más sabias entre nuestras modernas instituciones. No tiene esto, me parece a mí, nada que ver con el socialismo, al menos en el sentido de aspiración política y transformación social que encierra la palabra. Hay cosas que son naturales, y uno de los grandes motivos de extrañeza en la lectura de la historia es que no se hayan practicado toda la vida. Tal vez lo sencillamente natural y justo sea lo último que se les ocurre a los pueblos, a la humanidad toda; o por lo menos, lo último que pone en práctica.* (208)

El paro general para protestar de la indiferencia con que miran los gobiernos el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, me parece, desde afuera y sin que yo siga asiduamente (por falta de ocasión y tiempo) la marcha de estas cuestiones sociales y económicas, una medida puesta en razón, una protesta lógica y justificada (...) *porque todos sabemos qué son los intermediarios, y los abusos que libremente cometen, lo que hace tan angustiosa la vida de las clases pobres. Es decir, que ese mal tiene remedio posible, y sólo con atar corto a codicias y egoísmos, se remediarían en gran parte la carestía y la miseria.* (236)

Aunque su análisis social peque de candorosa miopía:

Si los obreros economizasen, vivirían, (dentro de su esfera, y así debemos vivir todos), bastante holgadamente. (373)

Los criados son imprevisores por naturaleza: no saben guardar nada de su salario. La virtud de la economía social, mal desarrollada en nuestra tierra, no la practican sino algunos contados sujetos: la mayoría de los pobres no saben economizar, y los pobres lo necesitan más que los ricos, por multitud de razones que no se escapan a la penetración de nadie. (362)

Que las tabernas y los cafés no consuman el jornal que el obrero debe dedicar a su familia. (352)

La información de El Imparcial *sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recargan la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremente de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.*

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea.

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio del trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primer defensa es la moderación de sus hábitos; la segunda, la cooperación para abaratar los artículos de primera necesidad. (214)

No oculta, sin embargo, su escepticismo de principio ante los movimientos socialmente reformistas:

A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto a los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará a ser pocero? No lo saben explicar

Ayuntamiento de Madrid

los teóricos... Sí, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola. (209)

Frente al socialismo, en particular, donde no deja de ver aciertos:

Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, o mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan a la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios? (...) *Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso a favor de la mujer lo dan, en todos los países los socialistas.* (136)

La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra. (193)

Las conquistas de hecho que la mujer va realizando, o que, mejor dicho se le realizan, las debe a la marea creciente del socialismo. (221)

Pero:

La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, alecionados a la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical. (213)

[Ante el estallido de la guerra:] *los socialistas se han acordado ¡por fin! de que la patria existe, que no es un fantasma de ideas.* (469)

[Hablando de monopolios adjudicados:]. *Una de las razones que me hacen temer y dudar del socialismo de Estado, es que el Estado tiene, al menos en España, la propiedad de ciertos ácidos que descomponen cuanto tocan. ¡Ay de nosotros si el Estado se encargase de lactarnos, criarnos, sustentarnos, hacernos trabajar y hasta enterrarnos a su gusto!* (28)

Aparecen ocasionalmente elogios de *El Socialista*: (438), (444), frases de admiración por Vandervelde: (211). Pero se acaban imponiendo el talante independiente y la inclinación conservadora y aristocrática, alentada por el temor a *las muchedumbres anárquicas, revolucionarias.* (534) Para ella la Revolución Francesa fue siempre *la Revolución de 1793* (436) y le dejó profunda huella la visión, repetidamente evocada, del París de la Comuna: *Catástrofes apocalípticas del Año terrible.* (459). *Yo vi a París poco después de la debâcle de Metz y Sedán y el horror de la Commune.* (509). Juzga convencida:

La lucha social o, por mejor decir, antisocial. (391)

Por lo que viene a desembocar en un virtual conformismo:

Querer remediarlo todo... sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades a que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino. (...) *Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre.* (276)

¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que hay quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos a asfixias, reumas y tullimientos. Acaso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo. (286)

Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyérase que sin clases, sin aristocracia, ha venido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades. (319)

El pensamiento cristiano y la beneficencia pueden actuar de correctores:

[Hablando de C. Arenal:] (...) *entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe sin trastornarla, mejorarla, corregirla, e introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario.* (290)

Yo defendí tímidamente esta forma [las diversiones benéficas] *de atender a las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada a nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano.* (308)

Aunque, en definitiva:

Por otra parte, no me inspira gran confianza, para el remedio de la miseria, (hablo de una miseria general, colectiva, como se asegura que es la de Madrid), el paliativo de la beneficencia. Las instituciones benéficas, con razón lo dice Heriberto Spencer, son para los casos excepcionales, y sólo ese carácter puede atribuírseles. (400)

Apunta soluciones que ella misma debía de sospechar de viciada o ingenua aplicación. Es una de las ocasiones en que se hacen patentes las limitaciones de doña Emilia, quien termina por acudir al refugio del silencio:

Ayuntamiento de Madrid

Del fondo de la cuestión nada digo; y, que se me permita la inmodestia: no es que me falta qué decir; es quizás por lo contrario. El silencio unas veces responde a falta de recursos, otras a plétora de impresiones que exteriorizar. No soy la única que calla. ¡Cuántas personas lo hacen, llenas de ideas, llenas de voluntad! Callar es también una fuerza, y una opinión, y un ejercicio moral, y un recurso de buen género.

Y callar es una necesidad cuando las cuestiones, o por mal planteadas desde un principio, o por haber enturbiado su superficie la pasión, han llegado a presentarse en forma tal, que para ilustrarla habría que retroceder, rehacerlas por completo, y gastar, en esta labor, volúmenes en folio, y años de la vida. Esta tarea corresponde a la historia, y la historia no se escribe jamás a raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. Y será una ilusión, pero ilusión que a nadie daña: los que callamos, nos creemos ya historiadores por dentro, en la superioridad de nuestro juicio no viciado por parcialidad política alguna, y acaso consciente de los errores, las debilidades y las muy antiguas causas de las complicaciones y perturbaciones actuales. (381)

En lo que se refiere a la **política** en general se declara *ajena a toda pasión política, patriota a secas.* (59)

La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo o impremeditado de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamente (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencen de que soy la persona mas independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta. (480)

Una vez más emerge su sentido práctico:

La civilización tanto da que la impulse un autócrata indiscutible, como un presidente de república o un rey irresponsable y constitucional. Hágase el milagro y hágalo el diablo, diría si no me pareciese asaz irrespetuoso. (71)

No es terreno, sin embargo, donde deje de opinar con claridad y contundencia, a veces irónica:

Los políticos cambian de grupo lo mismo que cambiarían de casa si en la que habitan no entrase el sol o hubiese una viga en falso. (177)

Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en ejercicio de su cargo. (193)

Centrándose en España:

Por más que discurro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente a la política, no acierto a adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad. (330)

Hay momentos en que se desea que ese partido, que sale a la superficie a la hora de las desdichas y las grandes catástrofes, llegue a la legalidad, para que pierda su carácter de espectro, de revenant, de sombra jamás aplacada. Unos años de mando, ¿qué harían de ese partido? La experiencia sería curiosa, a menos que, como muchos creen, mandasen exactamente igual que los liberales, por ser éstos, en realidad de verdad, unos empedernidos tradicionalistas. (72)

Y a problemas muy concretos:

El abrojo el separatismo, claro está, crece con el riego de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle a sus verdaderas proporciones, quizás harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza, que España entrase por el buen camino, que aborrase, que trabajase, que tuviese muchos buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que sentimos los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!) no habría un separatista para contarlo.

Hasta por experiencia personal conocía yo los efectos de la inquietud separatista. Por conocer mi españolismo, no faltaron regionalistas gallegos que me acusasen de desafecto a Galicia, no obstante haberme pasado buena parte de mi vida literaria describiendo costumbres, estudiando caracteres y pintando paisajes gallegos, con filial interés. Así es que se da un caso curioso: mientras los que me traducen allá por lueñes tierras creen que yo profeso el más apasionado regionalismo artístico y que del perfume de mi tierra está enteramente impregnada mi producción, los de acá me conceptúan castellana *y no me reconocen. La explicación pardiez que es sencilla: yo seré regionalista por amor e instinto; separatista jamás.* (89)

Ayuntamiento de Madrid

¡Fe en las soluciones carlistas! ¡Pues si están ensayadas; si las han aceptado y practicado los gobiernos de la Restauración, y especialmente el liberal! (81)

El sistema parlamentario, en particular, no le inspira simpatía. Más que por el sistema en sí, por su lamentable desarrollo en la práctica. Es de apreciar también aquí el vaivén contradictorio con que se manifiesta en ocasiones el pensamiento de la escritora, ahora entre su condición de *idólatra de la libertad*[12] y ciertas nostalgias del antiguo régimen:

Confieso que no vuelvo de mi asombro considerando el camino recorrido por el parlamentarismo en España en menos de una centuria. Aquel espíritu de libertad, aquel ambiente de discusión y de lucha en que se fraguaron nuestros destinos de pueblo moderno; aquel amor profundo a las instituciones democráticas que expresaban nuestros padres y abuelos en forma más o menos candorosa.

Todo eso ha caducado, todo eso ha pasado, todo eso se ha puesto de moda desdeñarlo, condenarlo y maldecirlo; y no poco a poco, sino de golpe, el catafalco de la mentira parlamentaria se ha venido a tierra, y la aspiración al gobierno absoluto, indiscutido e indiscutible, el ansia enfermiza de la dictadura, se han abierto calle, promulgando el dogma del silencio – el dogma de todas las situaciones de fuerza, la inspiración de los momentos de pánico.

No he sido jamás muy entusiasta del parlamentarismo. En esto parecí reaccionaria, cuando sólo me adelantaba a los sucesos. Un bello discurso me gusta y cautiva como obra de arte, pero raras veces me persuade como obra de sólido raciocinio; y es que los discursos parlamentarios son políticos, *lo cual basta para decir que posponen la sinceridad a un tejido de intenciones y fines peculiares, naturalmente interesados, y que aspiran a ser hábiles antes que a ser heroicamente útiles. No lamento, pues, que el sistema se hunda (y que se hunde es seguro): hasta echaré las campanas a vuelo el día en que las Cortes se nombren de real orden, y no nos pongan en el caso de sufrir los infinitos trastornos y odiosos vejámenes que las elecciones llevan consigo. Si llega a adoptarse tan sabia medida, las Cortes no serán ni más ni menos que hoy la expresión de la voluntad de la patria, pero a lo menos no nos ocasionarán disgustos, y quizás no padeceremos ciertas* vendettas *y castigos que se nos aplican por el delito de que, verbigracia, nuestros colonos den sus sufragios al candidato de oposición.* (59)

Y si valiese mi voto, el alcalde sería el primero siempre; el alcalde popular, elegido por el pueblo. Esta es la tradición, la gran tradición española, que inspiró a nuestros poetas dramáticos, y que nació de nuestro derecho antiguo y de nuestras tradiciones vivas, *naturales, orgánicas.* (117)

Muy desacreditado está el sistema. (...) Sin embargo, no se descubierto hasta la fecha, cosa mejor. (...) Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que ha llegado a viciar o a encubrir lo esencial del mismo. ¿Se le ha ocurrido a nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, unas Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amaños (...)? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad? (137)

Comprendo cuanto del sistema parlamentario se diga, y no se dice poco... Es realmente la más absoluta de las farsas. (240)

¿Quiénes deberían representar a una nación, si estas cosas se hiciesen con algún respeto a la realidad? Sus magnates, sus celebridades, sus prohombres, sin duda; los mejores. Y la representan los tertulianos de un político, los mediocres irremediables, de inutilidad notoria, los intrigantes, los invertebrados y los indocumentados, los antojadizos que adquieren el acta como adquirirían una localidad para los toros, y los mudos del cerebro, cuya lengua trabajosamente articula el sí *y el* no *de ordenanza.* (240)

¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo? (281)

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Éstas lo priman todo. He aquí el motivo por el que los pocos patriotas a secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor a las instituciones parlamentarias. (191)

Cada día parece más absurdo ese método de gobernar a un pueblo. Quizás, para esa fecha se descubra otro modo de gobernar más sincero, más digno y más fácil que éste de los "comicios" con su mentira legal de las mayorías siempre pertenecientes al partido que manda. Y, juzgándonos por

[12] *La Nación* (Buenos Aires), 9 de octubre de 1913.

Ayuntamiento de Madrid

nuestras instituciones políticas, no nos tendrán en "veneración" sino que se reirán de nuestra candidez. (357)

En cuanto a las **guerras**, es de opinión clarividente:

Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. (288)

El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que "un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con una gansada..." Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. (288)

La guerra civil [carlista], *cuyo fondo era religioso, más que legitimista.* (412)

Ya se había manifestado muy sensible ante el conflicto de las guerras coloniales: *En ocasiones como la presente, yo desearía que no hubiese periódicos, agencias telegráficas, correos, cables, vapores... Mañana y tarde sufren nuestros nervios una tensión que no se puede resistir.* (58)

He dicho en otro lugar que la guerra contra España fue incubada artificialmente por cierta prensa energúmena que hoy florece en los Estados Unidos. (64)

No hemos poblado ni beneficiado esas comarcas [Filipinas]; *las hemos recogido y poseído como dueño indiferente de mujer hermosa, que no le dirige una mirada y la acaricia distraído.* (61)

El espectáculo de la Gran Guerra promueve más reflexiones y pronósticos:

Las naciones más cultas de Europa se enzarzan en la guerra comercial, del dinero, y buscan el triunfo sobre hacinamientos de carne humana sangrienta y palpitante y destrozada y retorciéndose de dolor, y todas sus fuerzas se concentran en lograr vender sus marcas y hundir las marcas del enemigo; y las letras, que han anunciado por esta vez el fenómeno social, no conocen más asuntos que los relacionados con los modos de adquirir y los de traficar y los de destruirse. (479)

Nos encontramos como San Agustín moribundo, cuando la irrupción de los bárbaros el norte le hacía creer que el mundo se acababa. (483)

Es una victoria para la causa del feminismo, aunque se origine de un momento de inmensa angustia para la patria. (473)

Pues bien; hoy que el hombre, dejando su oficina, su taller, su arado, su máquina, vuela a alistarse para combatir, la mujer, o llamada oficialmente o por impulso natural, substituye al hombre en mucho de lo que no se creía "propio" de ella, y dirige los tranvías y los trenes, ¡después de tanto como rió París, oh París! La aparición tímida de las cocheras de fiacre, de simón como aquí diríamos. (473)

Estamos en período en que una sociedad desaparece y habrá de formarse otra nueva. (...) Va pues a sufrir una evolución honda la sociedad, cuando el ángel de paz (en cuyos buenos oficios apenas nos atrevemos a creer), tienda sus alas hoy desplumadas por el aire ardiente que levantan los proyectiles. (503)

De suerte que considero verosímil lo que piensan bastantes: la guerra no terminará (yendo todo por sus cauces) hasta 1918. (538)

El día en que los formidables pájaros de guerra digan su última palabra, tal vez será igualmente el último de esa lucha, espantosa, sobre todo por su duración. (479)

Sus análisis son de especial franqueza y rigor cuando están referidos a España:

Sólo que aquí, en esta bendita tierra, siempre original, no valen correspondencias. El día que deberíamos ser Heráclitos, con un pañuelo del tamaño de una toalla, somos el Demócrito que se descalza de risa: el día que no tenemos un ochavo le rompemos la crisma a una onza; el día que nos embargan convidamos al alguacil; el día que hacemos bancarrota organizamos una corrida monstruo, y el día en que nos entierran resucitamos tocando las castañuelas y zapateando seguidillas gitanas. (22)

Dos de los más graves defectos y extravíos nacionales: la divinización de la torería, y el flamenquismo, chulismo y matonismo. (550)

Sus juicios, en particular, sobre la sociedad española de la Restauración son de una dureza que asombra en quien fue figura no sólo aceptada, sino acogida amistosamente por las clases dirigentes y mejor instaladas en el sistema:

La concupiscencia verdaderamente criminal de unos gobiernos que, desde hace muchísimo tiempo, sólo vienen preocupándose de ganar las elecciones, de colocar a sus paniaguados, de la política interior, en suma –pero en la acepción más mezquina y secundaria de la palabra,– sin recordar que España aún poseía ricas colonias, más que cuando se trataba de remitir a esa Jauja las balas perdidas que estorbaban por acá... (58)

Nadie se opone declaradamente a que se haga justicia; de palabra siempre os reconocerán el derecho y la acción más amplia, ningún camino cerrado; pero acercaos a la

Ayuntamiento de Madrid

realidad, y ved qué serie de trampantojos, qué dilatada serie de vallas, qué cadenita de eslabones para ataros las manos, coseros la boca, cortaros los vuelos y asegurar las impunidades más increíbles, sacando blanco como el armiño al que os consta que atentó a vuestra seguridad y a vuestra propiedad... Alguien decía: "Si me acusan de haber robado la Giralda, me constituyo preso." Volved la oración por pasiva y decid: "Si es mía la Giralda y se la llevan a presencia de todo Sevilla, no reclamo porque resultará que jamás existió Giralda." (75)

Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra administración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en este estado de decadencia y de inferioridad, de podredumbre y de anemia profunda; conviene que mejore nuestra situación material, que se atienda a la realidad, la cual se venga siempre de los que de ella prescinden. (78)

Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. "Durante algún tiempo –me dijo él mismo– no hubo en España más rey ni más Roque." Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel período efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. (300)

Siempre que un régimen se inmoviliza, hay a su sombra intereses creados, que no le permiten variar, que consagran su inmovilidad, erigiéndola en dogma. (236)

Todo esto de la política se reduce a un vaivén apariencial, máscaras de intereses. Y el viejo tópico del progreso político se va gastando. Lo prueba el movimiento irresistible de una gran democracia, la mayor de todas, la de los Estados Unidos, hacia el imperialismo. La necesidad de ser fuertes es lo primero, y si la fuerza se consigue imperializando, sería ridículo el fanatismo de la forma de gobierno como esencia de la vida nacional. Los Estados Unidos son demasiado prácticos para dar tanta importancia a cuestiones de forma. Si el Imperio les conviene, harán Imperio. Y se reirán una vez más de las menudencias en que se para la vieja Europa. (357)

Pero en nada se parece la política seria a lo actual, mezquina cuchipanda de egoísmos, codicias y ambiciones, y no vemos por ningún lado al que se eleve por encima de cábalas y conjuras de pasillos del Congreso. La verdad es que tampoco la opinión se preocupa de descubrir a la individualidad llena de prestigios, que pueda tomar en sus vigorosas manos la dirección de España. (440)

Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbanzamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados... Es decir, estamos cansados algunos, *que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?* (175)

Con ley y sin ley, se ha gastado un pico en votos. En Madrid, especialmente, parece que ha corrido el oro o, dígase más exactamente, la plata a ríos. Y no concibo crítica más acerba del sistema que esta venalidad. (528)

Su *interés vivísimo* (77) por Ganivet es consecuente con su análisis y su temperamento emprendedor. Se adhiere a las aspiraciones regeneradoras:

La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar a algunos, bien; a muchos, pase todavía; a un pueblo entero..., tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.

Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla, es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase a sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ser casi perfecto. (119)

Para esa recuperación es imprescindible apelar a la educación:

No sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar a la generación que actualmente se está formando, educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes. (100)

Los que creemos que la educación y el respeto de sí mismo podrán hacer milagros, sobre todo en la nación a vatos africana a que pertenecemos. (104)

Pensar que cuando tanto nos convenía ocuparnos de instrucción pública, de hidráulica, de administración, de sociología, de las doscientas cosas que andan aquí raso por corriente, porque no existen, nos entregamos exclusivamente a discutir con la acción *lo que no es discutible, porque es del fuero de la conciencia y cada cual lo resuelve sin coacción posible; pensar que andamos todavía como en el siglo XVII, enzarzados en esa lucha religiosa que nos fue tan funesta.* (138)

A golpes de enseñanza, de universidades, de cultura, me gustaría que luchasen aquí los pro-cleri y anti-cleri que andan a trastazo limpio. Pero, como decía el gitano del cuento, ¡ya verá usted cómo no viene! (138)

Ayuntamiento de Madrid

[Giner:] *nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España.* (488)

Las naciones son fuertes cuando desarrollan sus músculos por igual; cuando con su ejército guarda proporción su industria, su comercio, su cultura, su acertada administración y régimen; cuando saben economizar y gastar discreta y oportunamente; cuando disciernen las cuestiones de verdadero y vital interés de las cuestiones baladíes, indignas de que se hable de ellas media hora; cuando se preocupan mucho de la instrucción pública, cuando no asfixian a la producción con tributos y vejámenes; cuando organizan su administración de justicia, y cuando para conseguir todo esto se reponen virilmente contra los abusos que cohonesta la política, y no confían a manos pecadoras el mandato en Cortes, camino de la poltrona ministerial. (57)

Educación donde figura el deporte, pero sin apreciaciones excesivas que sólo conducen a una involución:

Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria; sólo que lo estimo como medio, jamás como fin. (...) *No es reprobable (¿qué ha de ser?) todo ese* traquetreo *y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al oscuro abismo de la muerte.* (...) *¡Es bueno, es excelente, montar, cochear, cazar,* alpinistear, *correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades.* (...) *Sí; por regla general, de cien casos en noventa y nueve, cuando hay que llamarle* sportman *a un hombre es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese* sportman, *que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia o verruga social.* (5)

* * *

Como cabía esperar en quien se vio alcanzada de lleno por él a lo largo de toda su existencia, doña Emilia dedica una atención especial al problema del **feminismo**.

Ni entiendo tampoco que, para juzgar la labor literaria de una mujer, haya que estar pensando, con insistencia de idea fija, en que se viste por la cabeza. (539)

Al abordar este asunto del feminismo es muy consecuente con las líneas recurrentes de su pensamiento. Son necesarios inconformismo, denuncias y sugerencias en cuestiones de todo orden. También el razonamiento, la fuerza de los hechos, la ausencia de manifestaciones escandalosas, la instrucción. Planteamientos realistas. Y no perder la esperanza.

La mujer necesita que le reformen el traje, si ha de vivir con salud, haciendo el necesario ejercicio. (...). *Son* [las faldas largas], *en fin, por cualquier lado que se miren, una calamidad de la cual no comprendo cómo no están libres ya las infelices mujeres, cuando sería tan sencillo esgrimir la tijera y dejar las faldas a tal altura que no causen ninguno de los males que dejo indicados.* (56)

Y voto a bríos (lo único que puedo votar), que nada perdemos con la desaparición del sistema parlamentario las mujeres, que tenemos el honor de ser tan contribuyentes como los varones, pero no hemos llegado ni a la dignidad de elegir, prerrogativa que, nominalmente, posee el más ignaro de los españoles, y en realidad de verdad sólo ejerce el ministro de la Gobernación. (59)

Preguntóme la presidente del Ladies' Club si no me parecía un progreso evidente la existencia de un Casino para señoras. Confesé, con mi sinceridad acostumbrada, que el progreso, a mi ver, consistiría en que, sin extrañeza de nadie, a favor del respeto que dicta la buena crianza y que impone la equidad, pudiese la mujer concurrir a los círculos todos. (84)

Yo siempre he dicho –aunque me desalentase el comprobar lo pequeños *que son en esto hasta los más* grandes– *que el derecho de la mujer ha de reivindicarlo el varón, al fin más fuerte y más ilustrado ahora.* (134)

Es la única gran conquista de la humanidad (la más transcendental, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrán obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro el instinto de justicia). (136)

No hemos llegado todavía en España, la "nación católica por excelencia" a preocuparnos de este caso frecuente y baladí: que una mujer que desea y necesita trabajar no encuentre en qué ni en dónde. –En que... ¡Diablo! Sí; hay un trabajo *que siempre encuentra fácilmente, sobre todo en las grandes capitales, la mujer, aunque no sea ni joven ni hermosa, como diz que es la modistilla del crimen.* Trabajo *llaman a su ejercicio las infelices que, de diez a tres de la madrugada, recorren a paso furtivo las calles sombrías y lodosas de Madrid, tapándose medio rostro con el amarillento mantón.* (143)

Ayuntamiento de Madrid

Instrucción, instrucción, instrucción, equidad, equidad, libertad, acceso a todo; que la mujer pueda hacer cuanto le permitan sus facultades, sin tropezar en preocupaciones ni en caprichosas trabas. (178)

Noto algo de consolador, que alienta la esperaza: el hecho de que ninguna persona culta e imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama feminista *y que no debiera llamarse más que* humano. *¡Saltan a la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría a un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.* (180)

Lo altamente perjudicial a la mujer, lo que parece ardid de sus peores y más sañudos enemigos, es la reducción a un tipo único, la simplificación de su figura, la fundición de su individualidad en una sola turquesa. Es necesario a la mujer diversificarse, y por medio de la diversificación, destruir ese concepto funesto de que hay direcciones, actividades, manifestaciones, actos e ideas impropios de una mujer. (183)

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres. (189)

En el mismo hogar, conviene que se especifiquen los derechos y los deberes de la mujer, que se le reconozca su iniciativa, que no sea sólo el ser obediente y sujeto, la primera criada. (197)

Hay convicciones de dos clases: las que nacen de cierta disposición íntima de nuestro espíritu hacia la verdad, y las que impone la vida con sus transacciones, sus desgastes del ideal al áspero roce de necesidades y circunstancias.

Las convicciones primeras hubiesen hecho de mí el más ardiente campeón activo del feminismo. Las segundas me imponen actitud de espectadora, no indiferente, lejos de eso, pero paciente y reflexiva, segura de que no por tirarles de las hojas a los arbustos crecen más pronto, y recelosa, a fuer de individualista, de cuanto la obra colectiva lleva en sí de impuro y turbio. Hablo, entiéndase bien, de la obra colectiva consciente, voluntaria, no de la inconsciente, que es casi siempre admirable y segura. (221)

Se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema: después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano. (290)

Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales. (344)

¿No se considera a la mujer como un niño? ¿No es una menor? ¿En qué quedamos? A los niños la ley los excusa, pero a la mujer, tenida en minoría por el hombre, la ley la condena, y la opinión la juzga de un modo más implacable, en sus extravíos y en sus errores. (457)

Y sería mucho más sencillo partir de la base de que no hay mujer, sino mujeres, tan diversas entre sí como lo son los hombres, y que por esta diversidad inmensa, aumentada con las diversidades del clima, nacionalidad, etc., todo cuanto de la mujer se afirme genéricamente, será de fijo una bobería inefable.

Los que no aceptan que mujeres y hombres son la humanidad, y que la humanidad tiene derechos que son comunes a sus dos géneros, no acertarán nunca. (539)

Atención especial merece la cuestión del maltrato que sufre la mujer por parte del varón:

Ella titubea, llora, luego ríe..., ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos o de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarra las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica..., ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen! (277)

Ahora ha vuelto el Jurado a dar en la flor de absolver libremente a los ciudadanos –esposos o amantes– que se toman por la mano la venganza de sus celos o agravios sexuales. (...) ¿Acaso es dueño el varón de la vida de la mujer? (130)

¿Lo ven ustedes, cómo prosiguen los asesinatos de mujeres? Ahora ya, de una vez, un hombre despacha *a dos juntas, hija y madre. Sistema perfeccionado, con todos los adelantos de la edad moderna; golpe doble... Claro, el individuo habrá dicho para su navaja: "¿Qué me harán si mato una mujer? Poca cosa. ¿Y si mato dos? Lo mismo. Siempre resultará que procedí arrastrado por sentimientos irresistibles".* (173)

Ayuntamiento de Madrid

Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres. El mujericidio *siempre debiera reprobarse más que el* homicidio *¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, a mansalva, a la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta.*

El hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer. (139)

Textos de una viveza expresiva que recurre a la ironía o al sarcasmo:

El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársele, pena de la vida. (169)

Lo del masaje como recurso estético, me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes aún de lo que somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas a sus mitades. De hoy más puede escudarse, justificar sus procederes, con la protesta de que ellos se limitan a cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor. (204)

Un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, a estas fechas, unas diez y seis o diez y siete mujeres sin degollar. (286)

Faceta muy característica y llamativa en la psicología pardobazaniana es la complacencia en la **morbosidad** descriptiva. En coherencia, quizá, con su entusiasta adscripción al naturalismo que, de hecho, no abandonó nunca. También, como hábil periodista, no se le ocultaba que las crónicas de crímenes le brindaban tema de fácil interés para los lectores:

Esto de los crímenes sensacionales ofrece una inapreciable ventaja, que no estimarán en su valor los burgueses, pero que no desdeñan los artistas y jornaleros. (162)

La más negra es la complicidad de los elementos semicultos o cultos –gobierno, prensa– en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del crimen *no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehuyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta, una mirada investigadora. "Música, música" repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea, es* música. *En cuanto a la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuido a estragar el paladar del público, y cuando se echan especias a puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, o viene la inapetencia.* (163)

Pero es innegable su afición por la criminalidad:

He leído bastantes causas criminales francesas (...). (135)

Yo soy aficionada a leer causas célebres, por mis gustos de novelista. (543)

El misterio *de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubre, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebase los límites de la caja de caudales, la cómoda o el armario forzados, el baúl destripado, la cartera substraída.* (143)

Y aún afición en el detalle cruento o brutal:

No faltan horrores en lo que voy a referir, pero son horrores algo menos repulsivos, y entre ellos se desliza una nota cómica: la del buen sentido y la malicia. (48)

Imágenes repulsivas, piernas magulladas, cráneos destrozados e incrustados de vidrios rotos y de astillas de madera, pechos hundidos en que las costillas se enclavijan y se cruzan sobre el corazón, oprimiéndolo y paralizándolo, caras carbonizadas, pies cogidos entre las paredes de la máquina o entre dos maderos. (132)

Debajo de la parrilla descomunal, las encendidas brasas sostenían el calor necesario para que el cuerpo se achicharrase poco a poco. La piel se abría ennegreciéndose y retostándose; la grasa se liquidaba, crujían los huesos a la acción del fuego, que lo acariciaba con horrenda caricia. Y la simpatía por Lorenzo es tal, que por haber sido Valeriano su perseguidor, me alegro de que Sapor, rey de Persia, le venciese, le hiciese despellejar de arriba abajo, como quien vuelve del revés un guante, y tiñendo previamente de rojo su piel, le colgase a la puerta del templo, para escarnio del poder de Roma. (115)

Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre a cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, discernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos o comiéndose (ha sucedido) la nariz o las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea a un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quítame allá esas barreduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desploma bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha a su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular. (126)

Ayuntamiento de Madrid

[Hablando de accidentes de automóvil:] *quebrarse los huesos, magullarse las carnes y descolgarse las vísceras.* (318)

Donde descubrimos, sin embargo, a la periodista más a su gusto es departiendo de temas culturales. Son de bella inteligencia sus reflexiones sobre la **lectura**:

Las lecturas se devoran entre sí y confunden y borran la memoria. (56)

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen malas lecturas. Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible a la no lectura. La única lectura mala, es la lectura única. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar, es el remedio eficaz de haber leído algo.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuido, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed. (149)

Crear la costumbre de la lectura; dar ese pan de papel a ricos y pobres, sería tan bueno como higienizar, como dotar de agua a las tierras sedientas y de semilla a los labradores en años de escasez. El cerebro nacional está tan necesitado de que lo desmonten, aren y siembren como los eriales y los enormes descampados del centro de España. (353)

Si hay superstición fomentable, es esta: la superstición de la lectura, la superstición de lo intelectual. Porque necesitamos leer, y de la lectura saldrá la reflexión, y de la reflexión la extirpación de muchos y muy bárbaros errores. Que hay quien no entiende lo que lee... De acuerdo, pero esta contingencia es desdeñable. Unos entienden, otros barruntan, y todos ganan. Cualquier conflicto es más temible en un país de ignorancia, como toda cualquier infección es peor en una vivienda abandonada y sucia. (353)

Nada creo tan peligroso para independencia del espíritu como una sola lectura. La triaca del libro es el libro. (384)

Dedica mucho espacio a la crítica literaria, vocación arraigada. Nos entera una vez más de su voracidad lectora, de sus preferencias, de su curiosidad por las novedades y de su apego a los clásicos; de su independencia y evolución estimativa:

El silencio es crítica... sobre todo el silencio de personas como yo, que están deseando echar las campanas a vuelo así que aparece en el horizonte un resplandor, una chispa de luz, algo que sea una esperanza y signo para el porvenir. (403)

Nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho. (532)

Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me conformo. (...) ¡Oh Quevedo! ¡Por tu vida! ¿En qué alfiletero modernista se guarda la aguja de marear cultos? (193)

Zola, a mi entender, ya habla muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus. (169)

Enranciamiento de V. Hugo. (167)

El nivel de esta literatura [la francesa], *sin embargo, va descendiendo: las filas clarean, los muy ilustres caen, los secundarios también... El campo se arrasa.* (308)

De su –casi– insistencia en no hablar de autores vivos. Siempre con prudencia y discreción.

De los poetas del siglo XIX en España, es D. Ramón de Campoamor, para mí, el predilecto, exceptuando honrosamente algunas composiciones de Bécquer y varias de Gabriel y Galán. (445)

Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado a mejor vida. (237)

Porque Dios nos libre de varias cosas: de pleiteantes que os explican su asunto; de enfermos imaginarios que os cuentan su mal; de enamorados que os hacen confidencias, y de literatos de vuestra época, que todavía no se han muerto, y de quienes, por consiguiente, sólo primores podéis decir, y sobre decir primores, quedáis indispuestos con ellos todavía, porque nunca cortáis la alabanza a la medida gigantesca de la vanidad. (238)

Yo he propendido, en estas materias, en teoría, a la intransigencia más ruda. ¿Qué no sirve para cómico? A clavetear suela. Un mal artista hace mucho daño a su país. Pero, llegando a la práctica, esa conciencia que no debiéramos tener asoma su compungida cara..., y vienen las componendas, los eufemismos, las atenuaciones, las perífrasis o el silencio, la abstención... Por todos estos períodos he pasado, antes de decidirme a renunciar a la crítica de obras nuevas y actores y autores vivos. Como nunca llueve a gusto de todos, no falta quien diga que eso de no hablar

Ayuntamiento de Madrid

sino de los difuntos es una cobardía. Que le motejen a uno de cobarde, es menos desagradable que la visión o fantasmagoría de cuatro chiquillos hambrientos, a los cuales arrebatamos el mendrugo que iban a roer. (371)

Considera el arte un valor axial en la vida del espíritu:

Y reincido siempre en mi idea: lo único emancipador, es el arte. (399)

Lo único duradero y eterno es el arte. (434)

El arte es más necesario que el pan; el pan solo, seco, desabrido, ni gusta ni aprovecha. (78)

Y es que mi concepto del arte está influido, fatalmente, sin que para eso haya remedio, por los ideales literarios. Siempre veré, detrás de una obra de arte, un concepto, un pensamiento, un símbolo y una manifestación más o menos clara y expresiva de algo cerebral, superior a los sentidos y a la mera reproducción de la realidad sensible. (103)

El arte, sin embargo, es algo sustantivo. Desvanecidas las circunstancias en que se produjo, adquiere, tal vez, más importancia. (...) *Se me objetará que tiene sus fueros el arte. Pero yo responderé que el arte lo que tiene son buenas espaldas para que le carguen responsabilidades que no lo corresponden.* (521)

Siente inquietud por manifestaciones nuevas:

En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII o una flecha ojival del XV. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del XVI. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una fuente monumental? Recurre a alguna de las acquas *romanas, y tan campante.* (21).

Pero, de hecho, ella misma recurre a modelos medievales para construir sus Torres de Meirás. Siente especial aversión, por ejemplo, hacia el modernismo arquitectónico (538). Porque se manifiesta incapaz de perfeccionar su apego al clasicismo.

De igual modo, en pintura, admira las grandes escuelas del pasado, a Velázquez, a Goya, es de los pioneros entusiastas del Greco redivivo: (157)

El Greco gusta o no gusta; pero si gusta, no gusta a medias. (256)

De sus coetáneos sólo merecen su interés y aplauso los maestros en la técnica formal, en la ilusión de verismo; en la capacidad de reproducir realidad y naturaleza.

En las mismas tentativas extravagantes que provocaban la hilaridad y agujoneaban el sprit *de las parisienses (verbigracia, la de los* puntillistas*), se veía una intención bien definida, algo más que el afán de acabar pronto y quitarse de delante del caballete para salir a fumar tomando el sol, ¡lo único que inspira tantos lienzos españoles!* (134)

[Beruete] *es un trozo de verdad.* (...) *Habrá que pensar..., pero, ante todo, hay que mirar y reproducir.* (...) *La realidad palpita en esos lienzos que anima, infatigable, un aliento de amor a lo que es, a la sencillez sublime de lo natural. El arte no necesita más que eso: puede, sin embargo, y hasta debe (si el artista, al hacerlo, obedece a su temperamento, a su sensibilidad especial) salirse de lo real estricto, dar alas a su imaginación, idealizar: pero siempre será esto peligroso en pintura, forma del arte que exige lo concreto, y que de la verdad ha sacado sus mejores triunfos.* (408)

Sólo la escuela verdad. (132)

Lo agrio, lo discordante del color actual (...). (409)

Nunca hubo momento menos estético que el presente. La belleza sola tendrá sus adoradores, me complazco en creerlo, pero son minoría, y los escritores y los artistas quieren que el público no pase distraído por su lado, encogiéndose de hombros.

Necesitan la fama, la popularidad, el ruido, la discusión de sus descubrimientos e invenciones ideales, de su labor, de lo que en ellos difiere de lo ya conocido y visto por otros. Y eso lo hacen buscando la extravagancia, la rareza, lo que excite la curiosidad, pasión propia de las decadencias y que tiene algo de senil. (417)

En cuanto a la música, siempre consecuente consigo misma:

Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda (...) *es una fama injusta,* (...). *A mí no me encanta toda la música que oigo,* (...). *A mí esas piezas tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto a conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva a arrostrar tres horas de música* di camera *en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco al aire libre.* (...) *Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular.* (266)

Pero es ferviente wagneriana desde los tiempos en que esta postura sufría de desconocimiento o de rechazo mayoritario; son abundantísimas las referencias[13]:

Ayuntamiento de Madrid

Y se estrenó La Walkyria, *y no gustó, y salió todo el mundo hablando de jarabe de adormideras, de* lata *insufrible, y renegando de Wagner, y hasta –frase textual– de su señor padre, que lo engendró tan pesado. (...) Y así y todo es de esperar que Wagner triunfará en el "regio coliseo" como ha triunfado ya en los conciertos.* (76)

El tango no será tan inmoral como dicen; pero seguramente es algo grotesco, al lado de un vals. Es una señal del nivel bajo de las costumbres, que han perdido su elegancia y su aire señoril. Todos esos pasos que llevan nombres de animales –del oso, el pavo, del faisán, de la mona, etc.– han de ser forzosamente danzas de caricatura, y lo son faltándoles la graciosa euritmia de los bailes artísticos. (454)

Parece que por tantos caminos por donde se aventuró doña Emilia siempre nos lleva a la encrucijada de tradición y modernidad, de innovación y conservadurismo, de donde no supo, porque no quiso, salir.

¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la antigua? (17)

Pronto se disipó aquella especie de alucinación, en mí tan poderosa, que determina la evocación, por imágenes sensibles, de las edades pasadas. Al subir al automóvil, la realidad se impuso. No estamos en la España de entonces, sin que por eso estemos completamente en la Europa de ahora –al menos en la Europa claramente orientada hacia la vida moderna. –Y estoy por creer que, si estuviésemos de lleno en esta última, miraríamos con más respeto y cariño a la primera. Forma superior de cultura es el amor, la veneración hacia lo tradicional. (307)

La tradición es el escudo más recio contra el enemigo; la tradición hay que conservarla como la sangre de las venas. (511)

Tiene empeño en combatir la "leyenda dorada" del pasado español, tan funesta como la leyenda negra. Siente antipatía por una figura como Felipe II y aun señala los errores de Isabel la Católica (216) a quien por lo demás, como cabía esperar, admiraba. Pero no oculta su añoranza de pasadas épocas:

El tren me despertó. ¡No era el siglo XVII! ¡Qué lástima! (427)

Nosotros suponemos haber descubierto el arte de vivir deleitablemente, pero estoy segura de que eran más sibaritas, en algunas cosas, nuestros abuelos. (449)

Por el siglo XVIII, en particular, *en el cual la sociedad se transformaba* (155):

Los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos (...) practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas. (227)

Una Francia muy grandiosa que 1793 había destruido. (434)

Evocaciones (74) (226), a veces irónicas (242) quizá por reflejar esa tesitura de compromiso entre dos mundos en que la misma escritora se encontraba.

En su postura ante la **historia** hay desconfianza y cautela de juicio; sobre la que le ha tocado vivir no faltan penetrantes ojeadas:

La historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada. (101)

La historia no se escribe jamás a raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. (381)

Nuestra curiosidad, tan legítima, tiene que mortificarse, hasta el día, lejano aún, en que un historiador de la talla de un Momsen o de un Thierry se encargue de referirnos lo que sucedió, y que, ocurriendo, puede decirse, ante nuestros ojos, se reviste, para los contemporáneos del más impenetrable misterio. (477)

Así como Jorge Sand deseaba ver a los hombres ilustres de su época biografiados por Plutarco –es decir, al través del prisma de lo pasado,– yo confieso que anhelaría leer en Toreno o en Mariana la historia de los tiempos en que me ha tocado vivir. (58)

Mil sucesos quedarán en el misterio, y quizás sea obra del siglo XXI restablecer la verdad histórica de lo que presenciamos. Y lo que el siglo XXI rectifique... ¡otros lo leerán, nosotros no! (520)

El mundo va a girar sobre su eje, va sufrir un cambio radical, y serán revisados y tal vez despreciados los valores que obtuvieron alza en el curso del siglo XIX. (527)

Pero acaso es más imponente aún la agitación revolucionaria de Rusia, y los cambios que puede imprimir a Europa. (223)

Amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir (...) estamos empezando, nada más, a notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando

[11] Cf. Índice onomástico de la presente edición

Ayuntamiento de Madrid

estalle , porque prevenir aquí no es sinónimo de gobernar. (229)

Su intransigencia en cuestiones como el patriotismo, en aumento hasta una emotividad algo ingenua, o la justicia, no deben de ocultar su también persistente, sincera y verificable proclividad a la libertad y la tolerancia, que ella suele englobar en su sin desmayo proclamado *ecleticismo.*

El fanatismo es una pose*: siempre ha solido contrastar con la conducta de de los que más alardean de él. Esa seca rigidez, esa falta de penumbra en el pensamiento, esos juicios cortantes como navajas, no suelen corresponder a una estructura interna de gran rectitud.* (519)

Los consagro a defender mi propia causa, pero sin meterme con nadie. Libres son las opiniones literarias y científicas, y las respeto todas. Libre soy también de exponer las mías, y lo haré con la mayor sencillez. (532)

Esto, en fin, va con los gustos y con las épocas, y es menester dejarlo, esperando a que la gente se haga comprensiva, y tenga puertas y ventanas en el cerebro, por donde entre el interés del pasado y presente, cómico y trágico. (518)

Tolerancia y liberalismo que asoman también cuando aborda el tema de la **religión**. Pese a sus protestas de acendrado catolicismo y a sus, por lo general, buenas relaciones con el clero, en la religiosidad de doña Emilia hay mucho de tradición, formalismo, espíritu pagano y motivación estética.

Ganivet, en el Idearium, muéstrase católico, y católico ferviente, pero enemigo de todo empleo de la fuerza, de toda coacción religiosa. Es tolerante... porque cree. (73)

[Hablando de Campoamor] *Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones psicológicas.* (128)

Educación religiosa sólida, sin mancha de supersticiones. (197)

Y el nuevo obispo [de Jaca] *es un espíritu de esa época* [el siglo XVIII] *tan intelectual: estudioso, apacible, libre de intransigencias, que no siempre son fruto de sólida virtud.* (210)

Como mucha gente de mi época, como fue mi padre, era a la vez ferviente católico y liberal de corazón. (401)

No se debe ser supersticioso, convengo; pero es el hombre cosa tan pequeña y deleznable; la suerte le trae y lleva de tal modo, en sus giros, que ante la incertidumbre del destino, y la sombra que nos rodea por todas partes, se comprende que crea en agüeros y en otras niñadas. (468)

Se muestra *aficionadísima a las historias de santas.* (168). Hablando de una procesión:

Y yo prefiero esta solemnidad, a un tiro de pichón o un campeonato de Tennis. *No lo miro por el lado de la devoción, sino por el de la fidelidad al modo de ser español, que se afirma en las solemnidades y en los espectáculos. Mirémoslo sencillamente así: de un espectáculo se trata.* (505)

Es muy revelador un artículo que quiere dedicar a la Inmaculada Concepción (398): de un planteamiento de ortodoxia neocatólica deriva, hacia la mitad del texto, a una descripción muy naturalista de las fiestas aldeanas. También el episodio de la misa de rehabilitación de su amigo Verdaguer: invitada, no asiste finalmente, fatigada por haber acudido a una fiesta la noche anterior. (161)

Por otra parte, aunque:

Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que interviene sacerdotes (213),

tampoco reprime sus censuras: a la vanidad en el clero (117) o:

Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y que están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pacatos y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios. (155)

Y quiere poner al clericalismo en su sitio:

Las manifestaciones anticlericales revelaron, a mi juicio, más que otra cosa, una evolución en la política; las clericales, igualmente, sentido político tuvieron; fueron otro episodio de la lucha entre la España vieja y la España nueva. [Censura tanto] *el romper los vidrios de los conventos, dispersar las procesiones a garrotazos,* [como] *transformar los signos de amor y dulzura, como el Corazón de Jesús, en bandera de combate.* (150)

En realidad, en el espíritu de la escritora, abierto, con contados aunque muy marcados prejuicios y deseoso de un dilatado saber, late su temor reverencial, sigiloso, la suave tristeza ante el misterio que encierran existencia y **muerte**.

Miedo también, es preciso reconocerlo, a ese algo superior *a nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo supernatural.* (271)

Oscuro abismo de la muerte. (5)

No pasa un día sin que la segadora incansable, la Muerte, reúna en sus gavillas las espigas de oro con las espigas verdes aún y que esperan la caricia del sol. (116)

Ayuntamiento de Madrid

El misterio que rodea nuestra vida por todas partes. (492)

* * *

De aquella Emilia Pardo Bazán, *fuerza de la naturaleza* que veía Blanca de los Ríos, como recordaba ella que Michelet veía a Dumas (434), ¿qué queda hoy?

Una espléndida producción literaria –también en el periodismo–, en proceso de revalorización continua. Y una admirable lección de vitalidad.

De sí misma podría decir lo que tanto gustaba de recordar dijo Siéyes:

–¡He vivido! (493)

O lo que escribió de su buen amigo Vidart:

Hallábase siempre dedicado a la investigación afanosa, siempre a la descubierta, y cada año encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: el acto de nacer todas las mañanas; y no con el cuerpo, sino con la mente. (44)

O de George Sand:

Sus ansias de expansión, de eso que después se ha llamado el anhelo de vivir su vida. (545)

O de Madame de Sévigné:

No cupo nunca la queja, la tristeza, el pesimismo; equilibrada como nadie, naturaleza sana y floreciente, la alegría nace en ella de la inteligencia, de la viveza de percepción con que saborea el espectáculo vario y entretenido de la vida. (397)

Al recordarla, sin discontinuidad, sus también amigos Unamuno y Azorín lo harán casi con las mismas palabras que le dedicó el Clarín de su época amistosa:

Una suprema depurada curiosidad trascendental podría llamarse el impulso constante que la mueve.[14]

Dijeron que murió poco conforme. Ella, tan vital... Sí que parecía, con motivo, satisfecha de su paso por el mundo:

Yo, cuando llegue el momento de colgar las armas y desceñir el arnés; cuando tenga que retirarme a la sombra de los árboles o a sombra más obscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado. (137)

C. D.

[14] "Los Pazos de Ulloa", en: *Nueva Campaña*, Madrid, 1887.

Ayuntamiento de Madrid

RELACIÓN CRONOLÓGICA

1895

30 de septiembre: *San Sebastián.* [Veraneo].

14 de octubre: *Biarritz.* [Veraneo. Bayona. Contrabando de alta costura].

1896

6 de enero: *Nochebuena.* [Tristezas presentes. La lotería].

20 de enero: *Clausura.* [El Teatro Real. La Infanta Isabel].

3 de febrero: *Sportman, sportmen y "sporment".* [La moda del deporte].

17 de febrero: *Ex Momo.* [El carnaval].

2 de marzo: *¿Existe la cuaresma?.*

16 de marzo: *Guerra y paz.* [Presagios de guerra en Europa].

13 de abril: *Talia Trasbumante.* [Compañías teatrales de gira. Regionalismo. El teatro escandinavo. Grandes actores].

11 de mayo: *Ermete Novelli y su repertorio.*

25 de mayo: *San Isidro.*

6 de julio: *Polo.* [El polo y otros deportes. Los coches mecánicos].

20 de julio: *Los hornos de las leyes.* [Congreso y Senado en verano].

3 de agosto: *Un hombre de este siglo.* [Muerte de E. de Goncourt. La moda del arte japonés y del arte del siglo XVIII].

17 de agosto: *Marinas.* [Baños de mar].

31 de agosto: *De actualidad.* [La cuestión del teatro libre].

14 de septiembre: *De viaje.* [Segovia].

28 de septiembre de 1896. *Lejos del mundo.* [Toledo].

12 de octubre: *Las vendimias.* [Vendimia y vinos de Galicia].

26 de octubre: *Cuentos de antaño.* [Don Pelayo].

9 de noviembre: *(A la rusa).* [El zar Nicolás en París. Peletería].

23 de noviembre: *Días nublados.* [Crisis de los teatros madrileños. Los sombreros de las espectadoras. Tristezas por la guerra].

7 de diciembre: *Vil metal.* [Dinero para la guerra. Lombroso].

21 de diciembre: *Cuento de navidad.*

1897

11 de enero: *Año más.* [Bretón de los Herreros].

25 de enero: *Tribulaciones.* [Echegaray. Enfermedades nerviosas].

8 de febrero: *De ayer á hoy.* [Prejuicios contra los actores. Sara Bernhardt. Adriana Lecouvreur].

22 de febrero: *El teléfono á domicilio.*

8 de marzo: *Máscaras de teatro y calle.* [López de Ayala. El Teatro de la Comedia. Carnaval. Batalla de flores en Madrid].

22 de marzo: *Las subastas.*

5 de abril: *Cuaresma.* [Ayuno y macrobiótica].

19 de abril: *Devocionarios y rosarios.*

3 de mayo: *"Season".* [Actividades sociales en primavera]

17 de mayo: [Vestimenta femenina. Jardinería. Horchaterías. Corridas de toros, foot-ball y lucha atlética].

31 de mayo: *¿Cuál los mazos del Batán?* [Relevo generacional. Feliu y Codina. Influencia de la literatura francesa contemporánea en la española].

14 de junio: *Coches y ciencia.* [El impuesto sobre los coches de lujo. El tranvía. La envidia. Tiempo de exámenes].

28 de junio: *Influencias.* [La epidemia de las recomendaciones].

12 de julio: [El problema de guardar los libros. El plagio. Suicidio de enamorados].

26 de julio: *Jubileo.* [Santiago de Compostela. Año Santo].

9 de agosto: *Cabos sueltos.* [Los sucesos, en la prensa].

23 de agosto: *La tragedia.* [Muerte de Cánovas].

6 de septiembre: *El silencio.* [Censura en la prensa. El poder de la palabra. Criminales políticos].

20 de septiembre: *Otoñal.* [Alegrías del otoño. La caza. La matanza del cerdo. Los castaños].

4 de octubre: *Recuerdo.* [Luis Vidart].

18 de octubre: *Lo incurable.* [Política e historia. Miserias del parlamentarismo].

1 de noviembre: *Reyes forasteros y costumbres nacionales.* [Visita del Rey de Siam. Civilización y barbarie. Suicidio de dos amantes].

15 de noviembre: [El "conflicto del pan"; su antihigiénica elaboración. Costumbres funerarias].

29 de noviembre: *Recuerdos de un destripador.* [Un "hombre lobo". Causas criminales].

13 de diciembre: *Niños y fieras.* [Los "niños prodigio". El tabaco. La enamorada del domador].

20 de diciembre: *La nochebuena del carpintero.* [Cuento de Navidad].

Ayuntamiento de Madrid

1898

24 de enero: *Porteros y cédulas.* [Reglamento del Gobierno Civil sobre funciones policiales de los porteros].

7 de febrero: *Cleopatra.* [El texto de Shakespeare. Adaptación hecha por Sellés de *Cleopatra*].

21 de febrero: *El arte histórico y el carnaval.* [Sobre el origen del neoclasicismo. Modas de Carnaval].

7 de marzo: *Resurrección.* [El desfile de Carnaval].

21 de marzo: [El Rastro].

18 de abril: *Higiene.* [El Congreso de Higiene. Baño, aseo, higiene pública. Insalubridad de las faldas largas].

2 de mayo: *Las Cortes.* [Apertura de las Cortes. Derechos femeninos. Reflexiones políticas de actualidad].

16 de mayo: *Elegía.* [Pesimismo por la actualidad política. Acerca del descubrimiento de América].

30 de mayo: *Del Parlamento.* [Parlamentarismo español. Ineficacia de los gobernantes. Silencio impuesto].

13 de junio: *Impresiones de arte.* [Filipinas. Exposición del Círculo de Bellas Artes, en el Retiro].

27 de junio: *¡Siempre la guerra!.* [Filipinas. Efectos de la guerra en la agricultura gallega].

11 de julio: *Actualidades.* [Noticias de la guerra].

1 de agosto: *Las víctimas.-Desde casa.* [Héroes. La Coruña, amenazada por la guerra].

8 de agosto: *La novela amarilla.* [Yanquis y cubanos. La prensa amarilla].

22 de agosto: *Mondáriz.* [Salud y aguas minerales. El balneario de Mondariz].

5 de septiembre: *Los Obispos.* [Fiebre de diversiones. Condena por los obispos].

19 de septiembre: *Elocuencia política.*

3 de octubre: *De viaje.* [Molestias en los ferrocarriles de España].

17 de octubre: *Lisboa.*

31 de octubre: *De réquiem.* [Longevidad humana. Cementerios. Costumbres funerarias].

14 de noviembre: *Menestra.* [La censura. Las Ánimas del Purgatorio. Numismática. Un "comedor de paja"].

28 de noviembre: *Margaritas.* [Carlismo].

12 de diciembre: *El Correo.* [Las tarjetas postales. Fallecimiento de Ganivet].

1899

9 de enero: *Artículo... ex colonial.* [El chocolate].

23 de enero: [Delincuencia ciudadana].

6 de febrero: *Crepúsculos.* [El crimen de la calle Mayor. La música de Wagner].

20 de febrero: *La muerta viva.- Campoamor.* [Campoamor. Decadencia de la poesía. Dos nuevas "doloras"].

6 de marzo: [Wagner. El genio alemán. El espectáculo de los debates parlamentarios].

20 de marzo: *Variedades.* [Deficiencias en el Teatro Real. Muerte de R. Nogués. Numismática].

3 de abril: [El teatro de Shakespeare. El público teatral español].

17 de abril: *Asfixia.* [Literatura y sociedad. Inapetencia literaria española. Soluciones carlistas].

1 de mayo: *Desde el extranjero.* [La supuesta extranjerización de España. El compromiso social del escritor. La sociedad francesa].

15 de mayo: *De París y de aquí.* [París y Madrid: sociedad, moda, cocina. Sobre la regeneración de España].

29 de mayo: *Algo de feminismo.*

5 de junio. *Castelar.*

19 de junio: *Velázquez.*

10 de julio: *Arrecos.* [Granizo. Actores italianos en Madrid].

24 de julio: *Barcos. – Actores.* [Una escuela francesa en La Coruña. La afición a las corridas de toros. Antonio Vico].

7 de agosto: *Respirando por la herida.* [Reveses yankis en Filipinas. Regionalismo y separatismo en España].

21 de agosto: *Hidroterapia.* [Mondariz].

4 de septiembre: *Salud en el fango. – La Toja.*

18 de septiembre: *El azote.* [Epidemia de peste bubónica. Higiene y salubridad pública].

2 de octubre: *Rincones y callejas.* [Toledo].

16 de octubre: *Desde el tren.* [El placer de viajar. La afición a los toros. Sarria].

30 de octubre: [Iglesias de Barcelona. Separatismo. Santa Eulalia].

13 de noviembre: *En Zaragoza.*

27 de noviembre: *Entrada de Invierno.* [De vuelta a Madrid: inicio de temporada. Sara Bernhardt].

11 de diciembre: [Automóviles y coches de caballos].

25 de diciembre: *Excursiones.* [Mochuelos en Meirás. Viaje a Gerona]

1900

15 de enero: *Al regreso...* [De inaugurar el curso en el Ateneo de Valencia].

29 de enero: *Música y cuentos.* [La ópera en España. Concurso de cuentos de *El Liberal*].

12 de febrero: *Laberintos.* [Espectáculos, inventos, juguetes. La *grippe*].

26 de febrero: *Crónicas y cuadros.* [La crónica periodística. Sorolla].

12 de marzo: *Adonde va la gente.* [Los fracasos teatrales].

26 de marzo: [Un Infante de Portugal, de viaje por España. Hispanoamérica. Esquimales].

9 de abril: *En los días santos.* [Semana Santa, penitencia, liturgia].

23 de abril: [Semana Santa: Toledo, Sevilla, El Escorial].

Ayuntamiento de Madrid

7 de mayo: Temis. [Crímenes y procesos judiciales].

21 de mayo: *Goya. – Donoso.* [Goya – Donoso Cortés. Traslación de sus restos y los de Moratín y de Meléndez Valdés].

4 de junio: *De la tierra y del cielo.* [Costumbres alimentarias españolas. Eclipse y plantas].

18 de junio: *Progreso. – Cuestión de razas.* [Transporte público entre La Coruña y Santiago de Compostela. Latinos y anglo-sajones].

9 de julio: *Un poco de arte.* [La familia de los Benlliure. San Juan Bautista].

23 de julio: *El hielo. – La catedral de Salamanca. – Los chinos.*

6 de agosto: *Viajes. – Chinitos. – El calor. – Echegaray.*

20 de agosto: *La vida en verano. – Cuestión de ropa. – San Lorenzo mártir.*

3 de septiembre: *Un novelista. – Un pintor.* [Fallecimiento de Eça de Queiroz y de]. Vaamonde].

24 de septiembre: *Etiquetas. – Teatros.* [Vanidad mundana. Sarah Bernhardt. Carolina Otero].

1 de octubre: *Libros de moda.* [*Quo vadis?. Memorias de una doncella de labor*].

15 de octubre: [Supersticiones. Tedio nacional. La Universidad. Vacunas. Esteros y alfombristas. Reformas necesarias en los ferrocarriles.].

29 de octubre: *Un crimen.*

19 de noviembre: *Excursión retrospectiva.* [Exposición de la historia del traje femenino].

3 de diciembre: [Congreso ibero-americano. Un clérigo asesino].

17 de diciembre: *En el Congreso.*

24 de diciembre: *Navidades.*

1901

7 de enero: *Reyes Magos.* [Aguadora de Madrid. La fiesta de los Reyes Magos. Los gitanos].

21 de enero: *Crímenes. – Fecundidad singular. – Los dramas del océano.*

4 de febrero: *El Piano. – Artistas coronados. – Victoria I. – Verdi. – Preludios de Carnaval.*

18 de febrero: *El Carnaval. – Campoamor.*

4 de marzo: *Románticos.* [Larra. A. Aguirre].

18 de marzo: *Divorcios. – Crímenes. – Los Cocheros. – La Educación nacional.*

1 de abril: *Embajadas. – Un libro argentino. – Núñez de Arce.* [Rubén Darío. La poesía en la España actual].

15 de abril: *Descarrilamientos. – Mantillas. – Toros. – Impuestos. – Arte.* [Beruete. Moreno Carbonero].

29 de abril: *Sorolla. – La Reina Natalia. – Los Hambrientos.*

13 de mayo: *Pinceladas.* [La Exposición de Bellas Artes].

27 de mayo: *Criminales.*

10 de junio: [Feminismo. Discurso cronológico].

24 de junio: *Ensaladilla.* [Viaje por Oriente. Apertura de las Cortes. Madrid en verano. Crímenes. Timos. Accidente ferroviario].

8 de julio: *Sobre Ascuas.* [Personajes travestidos. Enfrentamientos religiosos].

22 de julio: [Fotógrafos de afición. Asesinatos de mujeres].

5 de agosto: *Macrobiótica. – Dicha y desdicha del nombre.* [Longevidad. Onomástica pintoresca].

19 de agosto: [Delincuencia].

2 de septiembre: *Una vida.* [El matrimonio Cánovas del Castillo].

16 de septiembre: *Como en las cavernas.* [Un crimen].

30 de septiembre: *La pierna del gobernador.* [Necesidad de reformas en los ferrocarriles de España].

14 de octubre: *Marinos. – Postales.* [Conflictos de los marineros de las Rías Bajas. La moda de las tarjetas postales].

28 de octubre: *Regreso.* [Impresiones de París. Un secuestro].

11 de noviembre: *Heine. – Dos valentones.* [Ordenes religiosas y opinión francesa. Duelo de panaderos].

25 de noviembre: *Los invisibles.* [Los microbios].

9 de diciembre: *Briznas.* [Curiosidades de la Administración. La embriaguez. Antifeminismo. Protestas estudiantiles. Lectura y libertad. La guerra de los boers].

1902

1 de enero de 1902. *Juicio del año.*

20 de enero. *Juguetes.*

3 de febrero de 1902. *El comercio en la calle.*

17 de febrero. *Coro de brujas.* [Una nevada. Una pitonisa. Ocultismo].

3 de marzo. *Pinceladas de literatura.* [Huelga en Cataluña. Literatura catalana contemporánea. La crítica literaria].

17 de marzo. *Fiestas. – De un monje de antaño.* [Madrid en vísperas de la Coronación. El Padre Sarmiento].

7 de abril. [La princesa Rattazzi].

21 de abril. *De todo un poco.* [El descanso dominical. La alimentación en Madrid. Exposición de El Greco. El palacio de Linares].

5 de mayo. *En vísperas.* [Madrid ante la coronación real].

26 de mayo. *Una fecha.* [La Jura del Rey].

9 de junio. *Después de las fiestas.* [De la Jura del Rey].

23 de junio. *Poetas. – Aeronautas. – Trapalones.* [Verdaguer. Accidente de un globo aerostático. Estafadores].

14 de julio. *Notas.* [El nuevo crimen de la calle de Fuencarral. Víctimas del rayo. Enfermedad de Eduardo VII].

28 de julio. *Síntoma.* [El crimen de la planchadora. Dreyfus].

11 de agosto. *Parlamentarismo.* [Santiago de Compostela. El Congreso Católico].

25 de agosto. *Arroyuelos.* [La murmuración].

Ayuntamiento de Madrid

8 de septiembre. *Evocaciones*. [Desde París. En el Museo del Louvre].

22 de septiembre. *En París*. [En París: Representación de Hernani. Peligros de automovilismo. Visita del Sha. Un trovador, juzgado].

6 de octubre. *De vuelta*. [Ávila. Santa Barbada].

20 de octubre. *Reflexiones. – Zola*. [Aumento de la criminalidad. Muerte de Zola].

3 de noviembre. *Fra Diavolo. – Proyecto*. [Bandidos. Proyecto de ley contra la difamación].

17 de noviembre. *Llegada*. [Robos en el tren. De vuelta en Madrid].

1 de diciembre. *Decíamos ayer...* [Criminalidad e indulto. Un asesinato de aldea].

22 de diciembre. [Más asesinatos de mujeres. Peticiones de autógrafos. La celebridad. Visita del Rey de Portugal. Sucesos violentos].

1903

12 de enero. *Policía*. [Prendimiento de célebres delincuentes].

26 de enero. *Siguiendo al muerto*. [Muerte de Sagasta].

9 de febrero. *Clínica*. [Diversos pareceres sobre la oligarquía y el caciquismo en España].

23 de febrero. *De aquí y de allá*. [El crimen de la calle de Fuencarral. Carnaval en Madrid. Muerte del duque de Tetuán. Huelgas].

9 de marzo. *Menestra de cuaresma*. [Excesos de Carnaval. Muerte de E. Blasco. Jóvenes en las discusiones del Ateneo. Atropellos de los tranvías eléctricos. La prostitución femenina].

6 de abril. *Meditación*. [Almas caritativas].

20 de abril. *Un poco de derecho*. [El derecho positivo de la mujer].

11 de mayo. *Ola europea*. [Congreso médico. El laboratorio Municipal de Madrid. Moliére. Sombreros femeninos en el teatro].

25 de mayo. *Así andamos*. [La cárcel de La Coruña. Decadencia del arte español. Automóviles].

8 de junio. [La carrera automovilística París-Madrid. Automóviles. Reivindicaciones femeninas].

22 de junio. *Solución. – El Duelo*. [Un pronóstico del fin de la materia. Suicidio en La Coruña. Liga contra el duelo. Regicidio en Servia].

6 de julio. [Ratones. Profesiones arriesgadas. La Marina española. El regicidio de Servia].

20 de julio. [Inconvenientes de los viajes en ferrocarril. El regicidio de Servia].

3 de agosto. *Sangre azul*. [Estado actual de la nobleza].

17 de agosto. [Nostalgia de la vida campestre. La doctrina de Tolstoy. Ferrocarriles catalanes].

31 de agosto. *De todo*. [La Duquesa de Denia. Asesoramiento jurídico a mujeres. Avances de la medicina. La ley de Lynch. Vida campestre. Viajeros].

14 de septiembre. [Adivinadoras. Postales. Muertes pasionales. Desidia nacional].

28 de septiembre. [Sospechas de prevaricación. El estado moral de la nación].

9 de noviembre. *De nuevo*. [Un indulto. Japoneses. Atrocidades del dominio turco. Crimen en una aldea gallega].

23 de noviembre. [Ridiculeces modernistas. Suicidio de un ministro italiano. Enfermedad del Kaiser. Irresponsabilidad de criminales. La educación de la mujer].

7 de diciembre. [Vacuna y epidemias. Sombreros, fumar y horarios teatrales, en el Congreso].

21 de diciembre. [Suicidios. Más sobre los sombreros en los teatros. Cervantes].

1904

11 de enero de 1904. [Marionetas. Ataque desde Tomelloso].

25 de enero. [Causas de las guerras. Una médica. Feminismo e Iglesia. Oposición popular a la vacunación. Los Consultorios de niños de pecho].

8 de febrero. [El Consultorio de los niños de pecho. Mendicidad callejera].

22 de febrero. [Bailes de Carnaval. La Costa de la Muerte. Opiniones sobre patriotismo. Mujeres en las oficinas del Banco de España].

7 de marzo. [El Congreso].

21 de marzo. [Maeterlinck. El Kaiser en España. Enfermedad de la Duquesa de Alba. Riña y asesinato].

4 de abril. [Instituciones benéficas. El Kaiser. Viajes reales. El Rey, en Barcelona. Carestía de los alimentos. Epidemias].

18 de abril. [Viajes de Alfonso XIII. El circo de Parish. Fallecimiento de Isabel II].

2 de mayo. [Un instituto de belleza. Mujer maltratada. Sorolla].

16 de mayo. [Literatura iberoamericana. Los Juegos Florales de Buenos Aires. Robo de una camelia. Loco muerto de una paliza].

30 de mayo. [Cuestionario desde Méjico. El te y el café. Institutos de belleza. En la Exposición de Bellas Artes].

13 de junio. [Crueldades humanas. El Banco de España subasta oro. Veredictos de Jurado; parcialidad hacia el hombre. Animales y cultura].

27 de junio. [Accidentes de trabajo. Mendigos ahorradores. El ladrón de la Inclusa. Japoneses].

11 de julio. [Inversores extranjeros en España. Casas de aseo. Una turca feminista. Los poceros. Retirada de Bombita].

25 de julio. [El asesino de Lugo. Monumentos a Sagasta. Los ricos y la beneficencia. Abusos de los agentes de orden público. Nuevo obispo en Jaca. Literatura y criminología. Desaparición de la moneda fraccionaria].

8 de agosto. [Cartas y postales. Petrarca. El descanso dominical. Errores ortográficos. Desinfección en las casas de empeño]

Ayuntamiento de Madrid

22 de agosto. [En los toros. Colonia escolar para niños en La Coruña].

5 de septiembre. [Congreso socialista. La guerra ruso-japonesa. El descanso dominical. Vacunación. Maltrato a un perro. Las manías de las preguntas y de las postales. Pornografía. Higiene y cabello].

19 de septiembre. [Horarios de los teatros de Madrid. Noctambulismo. Sobre la situación del obrero. La ley del descanso dominical. La guerra ruso-japonesa. Fotógrafos aficionados].

3 de octubre. [Diversión y salvajismo. El maestro Domínguez. Urrabieta Vierge. Ganivet]

17 de octubre. [Las "gotas" en el café. Los duques de Denia. El palacio de Casa Riera. Isabel la Católica. Santa Teresa].

31 de octubre. [Un duelo mortal en Sevilla. Muerte de la Princesa de Asturias. Mozos salvajes en La Coruña].

14 de noviembre. [Banda criminal en Lugo. Antropología criminalista. Criminal de Oviedo, defendido por la familia. Invierno en Galicia. Día de difuntos. Castañas].

28 de noviembre. [Grandes actrices de París y la edad. Gratificación a los proyectistas de la Gran Vía. La prohibición de las corridas de toros en domingo. La guerra ruso-japonesa. Reacción popular contra un arrendatario de consumos].

12 de diciembre. [Nieve. Opera por teléfono. Catarros].

26 de diciembre. [Feminismo].

1905

16 de enero. [Cambios sociales. La lotería. Los asesinatos del Huerto del Francés. Incremento de la superstición].

30 de enero. [El alma española. Cervantes. Actualidad rusa].

13 de febrero. [Crónicas de salón. Oratorios privados. El Templo de Salomón].

27 de febrero. [Decadencia del Teatro Real].

13 de marzo. [Un velázquez donado al Museo del Prado. El patrimonio artístico español. Centenario del Quijote].

27 de marzo. [Atonía política y homenajes literarios. Gabriel y Galán].

10 de abril. [Homenaje a Gabriel y Galán en Salamanca; la ciudad. Posibilidades del turismo en España. Elogios y ataques].

24 de abril. [La catástrofe del Depósito de aguas. Ante el programa del Centenario del Quijote. Valera].

8 mayo. [Semana Santa en Loja].

22 de mayo. [El Centenario del Quijote. La lengua española en América].

5 de junio. [Granada].

19 de junio. [Silvela].

3 de julio. [Las chinches].

17 de julio. [Mendigos y haraganes en las calles de Madrid].

31 de julio. [R. Fernández Villaverde. Rusia. Carestía de los alimentos básicos. Eclipse de sol].

14 de agosto. [Demanda de críticas literarias. Sobre la degeneración de la raza latina. El tabaco].

28 de agosto. [Rubén Darío].

11 de septiembre. [El eclipse. Cartas de felicitación. Castelar. Estatuas].

25 de septiembre. [Farsa electoral. Utilidad de las Cortes. Visita de Loubet].

9 de octubre. [Alcohólicos].

23 de octubre. [Los personajes de *La Quimera*. Polémica por el lugar de nacimiento de Cervantes. El crimen del Huerto del Francés].

6 de noviembre. [Francia. Cementerios].

20 de noviembre. [Naufragio del "Cisneros" frente a la Costa de la Muerte].

4 de diciembre. [Parricidio en Vigo. Acogida entusiasta a excombatientes de África. La invención del telekino. Muerte de la duquesa de Villahermosa].

18 de diciembre. [Culinaria y gastronomía. El helado. Las especias].

1906

8 de enero. [Juguetes. Recuerdos de infancia].

29 de enero. [Estreno de Berlioz en el Teatro Real. Cogida de Bombita].

12 de febrero. [Apatía nacional. La conferencia de Algeciras. Noviazgo real. Muerte de Cristián IX de Dinamarca. Cleo de Merode. El suceso de la muerta viva. La ley de delitos contra la patria y el ejército. El reumatismo].

26 de febrero. [El hermano vengador. Sobre la crítica a su drama *Verdad*].

12 de marzo. [Muertes de Luis Taboada y del maestro Caballero].

26 de marzo. [Los Reyes de Portugal, en España. Muerte de Pereda].

9 de abril. [Niños prodigiosos. Astronautas. Supersticiones].

23 de abril. [Posibilidades del turismo en España. Restauración de la Alhambra. Agresiones a la mujer].

7 de mayo. [Las calles de Madrid: hampa, guardias, primavera anticipada, vísperas de fiestas].

21 de mayo. [El crimen de la calle del Carmen. El Museo del Prado].

4 de junio. [Drama principesco. Chatfield Taylor. Las invitaciones para las fiestas de las bodas reales].

18 de junio. [El atentado de la calle Mayor].

2 de julio. [Fiestas para las bodas reales. Cambios ministeriales].

16 de julio. [Vida de provincia].

30 de julio. [Dreyfus. Zola].

13 de agosto. [El servicio doméstico].

27 de agosto. [Fiestas en la ciudad de provincias. Boxeo. Muerte de Fernández Duro. Naufragio del *"Sirio"*].

10 de septiembre. [Una biblioteca de Minneapolis].

24 de septiembre. [La "serpiente de verano". Centenario de Hartzenbusch. Tormentas e inundaciones. Insurrección en Cuba].

Ayuntamiento de Madrid

8 de octubre. [De música].

22 de octubre. [Romanticismo].

5 de noviembre. [Enfermedades incurables. Herencia genética. El caso Naundorff].

19 de noviembre. [La pena de muerte. Ramón y Cajal, premio Nobel. Una procesión en el campo].

3 de diciembre. [Juguetes].

17 de diciembre. [Fenómenos paranormales. Inestabilidad gubernamental. La lotería].

1907

1 de enero. [Balance del año transcurrido. Ibsen. La emigración].

14 de enero. [Propinas y obsequios].

28 de enero. [Tiendas de compra-venta].

11 de febrero. [Carestía del pan. Higiene alimentaria. El trancazo. Los conservadores en el poder. Carnaval].

25 de febrero. [Nieve. Pobres y ricos].

11 de marzo. [Horquillas y alfileres. Crímenes de amor. Chistes de la calle; colmos y semblanzas].

25 de marzo. [Torneos y duelos].

8 de abril. [Muerte de J. Gutiérrez Abascal. Semana Santa en Madrid].

22 de abril. [Mendicidad matritense. Don Juan de Austria].

6 de mayo. [Abstención electoral. Importancia del montaje teatral. Embarazo de la Reina. Callejeo de los madrileños. Timos].

3 de junio. [Deportes al aire libre. Verano regio. La ría de Arosa].

17 de junio. [Asesinatos de mujeres. Accidente ferroviario en La Coruña. Las tarjetas de visita].

1 de julio. [Árboles].

15 de julio. [Refrescos. La horchata].

29 de julio. [Asesinatos de mujeres. Riñas mortales. Declive de la belleza física. Ciertas libertades. Dedicación política y matrimonio. Cortes en verano].

12 de agosto. [Hazañas aerostáticas. Trofeos deportivos. Poesías de T. Llorente].

26 de agosto. [Concursos hípicos. Tolstoy y la guerra. Sobre el utilitarismo].

9 de septiembre. [Asociación de amos y escuela de criados].

23 de septiembre. [Concepción Arenal. Sexo y estilo literario].

7 de octubre. [Un suicidio. Escena del siglo XVIII. El Congreso de la Paz. Vandalismo en los museos].

21 de octubre. [El rigor de la Naturaleza. Animales extraños. Las arañas. El arte japonés].

4 de noviembre. [Matrimonios desiguales].

18 de noviembre. [Juegos de mesa. Muerte de Emilio Ferrari].

2 de diciembre. [Suicidio del "Hojalata", asesino de mujeres. Holgazanería. Sabios sin éxito].

16 de diciembre. [Solicitudes de escritores noveles. Muerte del poeta R. Gil].

1908

6 de enero. [Juguetes de los Reyes Magos. La lotería. Pronósticos para el año nuevo].

20 de enero. [La gripe. Suicidio de un terrorista ruso. El café Fornos. Matrimonios por sorpresa].

3 de febrero. [Lluvia en Madrid. Fragilidad de la voz. Robo de una joyería].

17 de febrero. [Regicidio en Lisboa. Actualidad política portuguesa].

2 de marzo. [Un supuesto específico para la curación de la uberculosis. Carnaval. Bailes de máscaras].

16 de marzo. [La cocina de ayer y la de hoy. Una receta].

30 de marzo. [Ratones].

13 de abril. [Empleados estafadores].

27 de abril. [Primavera en Madrid. Prensa y opinión pública. Centenario de la Guerra de la Independencia. Centenario de Espronceda].

11 de mayo. [El termómetro y los microbios. Paludismo en Extremadura].

25 de mayo. [Móstoles. Demolición de la Quinta del Sordo. Indiferencia patriótica. Opereta inglesa. Hípica. Incendio en el Rastro].

8 de junio. [Condesa de Pardo Bazán. Diversiones benéficas. Siniestros automovilísticos. Muerte de F. Coppée].

22 de junio. [Supersticiones].

6 de julio. [Aristócratas contemporáneos].

20 de julio. [Castelar].

3 de agosto. [Niños].

17 de agosto. [Las llaves. Los serenos].

31 de agosto. [La leche, la sangre como alimentos].

14 de septiembre. [Tolstoy].

28 de septiembre. [Chinches y turismo en España. Excursiones en automóvil por Galicia y Portugal].

12 de octubre. [Epidemias e higiene].

26 de octubre. [Educación del paladar. Inundaciones. Automóviles y toreros. Política económica. Perjuicios de la revolución en Rusia].

9 de noviembre. [Moda, sombreros, faldas].

23 de noviembre. [Criminales y opinión pública. Aeroplanos. Bandidos].

7 de diciembre. [El cine. Muerte de Sardou].

21 de diciembre. [Cuento].

Ayuntamiento de Madrid

1909

4 de enero. [Heine].

18 de enero. [La festividad de los Reyes Magos. La educación de los niños].

1 de febrero. [La novela contemporánea. E. Larreta].

15 de febrero. [Conan Doyle. Asesinato regio].

1 de marzo. [Catulle Mendes].

15 de marzo. [Zorrilla].

5 de abril. [Onomástica. Repostería. Regalos].

19 de abril. [Epidemia de tifus. Muerte de Chapí].

3 de mayo. [Anticuarios].

17 de mayo. [Teatros de París].

7 de junio. [En París. Modas. Costumbres. El zoológico. El metro].

21 de junio. [En la Exposición del Círculo de Bellas Artes. Decadencia del toreo].

12 de julio. [Una aeronauta. Actrices. En el Circo].

26 de julio. [La horchata. Balnearios gallegos].

16 de agosto. [Frío y alimentación. Cocineras].

30 de agosto. [Los sucesos de Barcelona. Santiago de Compostela. Guerra en Marruecos].

13 de septiembre. [Exposiciones en Santiago de Compostela].

27 de septiembre. [Una misión de aldea].

11 de octubre. [Anatole France. El patriotismo].

25 de octubre. [El *Quijote* y el Méjico colonial].

8 de noviembre. [Muerte de Lombroso].

22 de noviembre. [Crimen en París. Las tragedias].

6 de diciembre. [El "aguinaldo del soldado". La Guerra de África].

20 de diciembre. [Anatole France y España. El Santo Grial].

27 de diciembre. [Nochebuena. Expedición al polo].

1910

10 de enero. [Trovadores gallegos. Sobre *Amadís de Gaula*. Año nuevo. Muerte del Duque de Sesto].

24 de enero. [Homenaje al Cabo Noval].

7 de febrero. [Regreso de las tropas de la guerra de Africa].

21 de febrero. [Frioleros y calurosos. Salubridad del aire libre; peligros del exceso de confort].

7 de marzo. [De política].

21 de marzo. [Libros, lectura, bibliotecas].

4 de abril. [Semana Santa en Madrid].

18 de abril. [La Gran Vía. Obras domésticas. El abanico].

2 de mayo. [El marqués de Cerralbo. La Prehistoria].

16 de mayo. [La vida humana. Razas. Parlamentarismo. La farsa electoral].

30 de mayo. [Crítica de libros. Petición de prólogos. Aviadores. Niños de primera comunión].

13 de junio. [El te].

27 de junio. [Antropología criminal y periódicos].

11 de julio. [Timos a extranjeros en Madrid. Apertura de las sesiones de Cortes. El viaje de la infanta Isabel a Argentina. Nombramiento de Consejera de Instrucción Pública].

25 de julio. [Verano en Madrid. Recetas de cocina. Veraneo. El comercio madrileño].

8 de agosto. [Sobre la aviación].

22 de agosto. [Las copas de premio. Concursos hípicos. La prensa católica. El obispo López Peláez].

5 de septiembre. [Matrimonios desiguales. El crimen de Gador].

19 de septiembre. [Matrimonios morganáticos. Reyes de Bélgica].

3 de octubre. [Comodidades domésticas. Beneficios y desventajas de la civilización].

17 de octubre. [Burocracia. Desgracias de aviadores. Toreros. Brotes epidémicos en Europa. El nuevo Hotel Ritz].

31 de octubre. [En su biblioteca de Meirás. Dedicatorias].

14 de noviembre. [Nemesio Mogrobejo].

28 de noviembre. [Piedad y crítica].

19 de diciembre. [Muerte de Tolstoy].

26 de diciembre. [Cenas de Nochebuena. Aumento de sueldos].

1911

16 de enero. [Admiradores pedigüeños. La mendicidad en Madrid].

30 de enero. [Muerte de Carolina Coronado. Fernán Caballero. El Padre Coloma. Joaquín Costa].

13 de febrero. [Flaneos por Madrid. Mendigos. Comercios].

27 de febrero. [Pantalones y sombreros femeninos].

6 de marzo. [El uso del tabaco. Moda femenina y moralidad].

20 de marzo. [La falda-pantalón en Madrid. Carnaval].

3 de abril. [Servicio doméstico].

17 de abril. [El debate Ferrer. Parlamentarismo. Lectura y reflexiones desde la butaca].

1 de mayo. [López Silva. El pueblo de Madrid].

8 de mayo. [El teatro francés contemporáneo].

29 de mayo. [Sobre una interpretación de la obra de Cervantes].

12 de junio. [La aviación. En la Exposición de Arquitectura. Vidrieros. Las artes industriales españolas].

26 de junio. [Cambio climático en Madrid. En el Hipódromo. El actor Garavaglia, en Madrid].

10 de julio. [El reuma. El Congreso Eucarístico en Madrid. Posibilidades del turismo en España].

24 de julio. [Actualidad política portuguesa. Ladrones. La obra de Shakespeare].

7 de agosto. [El patrocinio de Santiago].

21 de agosto. [Detención de una fumadora. López Silva. Muerte de Teodoro Llorente. Falta de decoro en una playa de Berlín].

Ayuntamiento de Madrid

4 de septiembre. [El incidente del *Numancia*. El deporte como diversión. Vuelos de espectáculo. El abanico. Epidemia colérica en Europa].

18 de septiembre. [Accidentes automovilísticos. Aseo y pueblos].

2 de octubre. [El robo de la Gioconda].

16 de octubre. [Guerra entre Italia y Turquía. N. Pastor Díaz].

30 de octubre. [El padre Coloma. Fernán Caballero. Muerte del general Ordóñez].

13 de noviembre. [Políticos corruptos. Piratas].

27 de noviembre. [Experiencia francesa de reinserción de delincuentes. Brunetière. Madame de Sévigné].

11 de diciembre. [La Inmaculada Concepción. Fiestas aldeanas].

25 de diciembre. [Un libro de la infanta Eulalia. Cuento de Navidad].

1912

15 de enero. [Decadencia del Teatro Real. Beneficencia pública. Remedios contra la carestía].

29 de enero. [Rufino José Cuervo].

12 de febrero. [Conferencia del Príncipe de Mónaco. La Reina].

26 de febrero. [Un drama de Juan Arzadún].

4 de marzo. [El ayuno].

18 de marzo. [Anticuarios].

1 de abril. [La cuestión académica. Las ostras].

15 de abril. [Novelas policíacas].

28 de abril. [El naufragio del Titanic. Beruete].

13 de mayo. [Joaquín Vaamonde].

27 de mayo. [Actualidad teatral: las compañías de Borelli y de Le Bargy].

10 de junio. [Muerte de Menéndez Pelayo].

24 de junio. [En la Exposición Nacional de Pintura].

8 de julio. [Madrid en verano. Alimentos refrescantes].

22 de julio. [Rousseau].

5 de agosto. [Vegetarianismo. Flores].

19 de agosto. [Japón].

2 de septiembre. [Marinetti y el futurismo].

16 de septiembre. [El reinado de Carlos II].

30 de septiembre. [Atraso en las comunicaciones en Galicia. Mondariz. Santiago de Compostela].

14 de octubre. [Vigo].

28 de octubre. [Perfecto Feijoo y el folklore gallego].

11 de noviembre. [Flaubert].

2 de diciembre. [Asesinato de Canalejas].

16 de diciembre. [Los países balcánicos].

23 de diciembre. [Disquisiciones sobre la guerra. Fin de la campaña del Rif]

1913

6 de enero. [Pompas fúnebres].

20 de enero. [En Alcalá de Henares].

3 de febrero. [Hoteles de Madrid. Crisis teatral].

17 de febrero. [Muerte de Moret. La gripe. El Ateneo. El Teatro Real].

3 de marzo. [Estreno en el Teatro Real. Verduras].

17 de marzo. [La esposa de C. Mendès, en Madrid. Auge de las conferencias. Valle Inclán. Un estreno de Bretón y la ópera española. Aumento contributivo].

31 de marzo. [Antigüedades. Despojo del patrimonio artístico español].

7 de abril. [Corridas de toros; la afición y los socialistas. La romería de la Cara de Dios. Sobre algunas ordenanzas municipales].

21 de abril. [La literatura francesa contemporánea. Balzac].

28 de abril. [Atentado contra el Rey].

12 de mayo. [Religión y patria. Fiestas en Alcalá de Henares. El Empecinado].

26 de mayo. [En la exposición de cruces y crucifijos].

9 de junio. [El crimen del capitán Sánchez].

23 de junio. [Diversiones en Madrid. Los sombreros franceses. La crítica de arte].

7 de julio. [La guerra en África. Las sufragistas. Los *boy-scouts*. Carmen Silva. Discriminación en la educación infantil. Disidencia liberal].

21 de julio. [La lengua castellana. El idioma vascuence. El *Diccionario* de la Academia].

4 de agosto. [Ciertas informaciones sobre ella misma. Publicación de un libro de cocina].

18 de agosto. [La guerra de Africa].

1 de septiembre. [Las mujeres y los toros. El tópico de España en el extranjero].

15 de septiembre. [Campoamor].

29 de septiembre. [La vacuna de la viruela. La decadencia de las civilizaciones].

13 de octubre. [Leconte de Lisle].

10 de noviembre. [Tesoros artísticos de Galicia. Pontevedra. Sobre el origen de Colón].

24 de noviembre. [Otoñal. La chimenea. Ropas interiores. Vida de antaño].

8 de diciembre. [Cambio climático. Innovaciones alimenticias. La antropofagia].

22 de diciembre. [Extravagancias de la moda femenina. Recelos y confianza ante la Banca].

1914

5 de enero. [El abanico].

19 de enero. [Wagner en el Teatro Real].

Ayuntamiento de Madrid

9 de febrero. [Nieve en Madrid. La gripe. El tango].

23 de febrero. [Primavera en Madrid. El tango. Innovaciones en vestuario femenino. Estrenos teatrales. *La Malquerida*].

9 de marzo. [Las bodas "metálicas". Joaquín Costa. Afición española por la música. El castillo de la Calahorra].

23 de marzo. [Atentado contra la *Venus del espejo*. El éxito de los estrenos teatrales. Jura de bandera. Muerte de María Tubau].

6 de abril. [Un estreno de Hervieu, María Guerrero].

20 de abril. [Pedigüeños. El ahorro. Ropa femenina. Sombreros y mantillas].

4 de mayo. [Carestía en Madrid. Gastos de una boda. Artes industriales. El Greco, otros pintores y el alma española. Víctor Hugo y España. Sobre el proyecto de homenaje a Pérez Galdós].

18 de mayo. [Funciones benéficas. Flamenquismo. Pastora Imperio. La danza española. Margarita Xirgu].

1 de junio. [Margarita Xirgu].

22 de junio. [Fiestas benéficas. Sobre neologismos y barbarismos].

29 de junio. [Patriotismo y corridas de toros. Oyentes de oradores parlamentarios].

6 de julio. [Incomodidades de viajar en tren. El viaje en automóvil].

20 de julio. [El atentado de Sarajevo. Discusión sobre la ciudad natal de Cervantes].

27 de julio. [Marineros. La fiesta del Carmen. Verano en Madrid. Toreros. Belmonte].

3 de agosto. [Horticultura. Said Armesto].

17 de agosto. [La guerra europea].

24 de agosto. [El carácter francés. Jules Lemaître].

31 de agosto. [La neutralidad de España. La historia griega y el conflicto europeo].

21 de septiembre. [Sobre la guerra. Los aeroplanos. El cardenal Mercier].

28 de septiembre. [Las mujeres y la guerra. La neutralidad española. Los *Boy-scouts*].

12 de octubre. [Destrucción de la catedral de Reims].

19 de octubre. [La guerra y la moda femenina].

26 de octubre. [La rosa. Floricultura].

9 de noviembre. [La guerra y el comercio, la industria, el frío. Sobre la francofilia].

16 de noviembre. [Día de difuntos. En el campo. La emperatriz Eugenia. La guerra].

23 de noviembre. [El mundo, España, ante la guerra. La literatura del momento. La leyenda negra antiespañola].

7 de diciembre. [Su independencia política y pacifismo. España y la guerra. Carestía. Ante la chimenea].

14 de diciembre. [La crónica periodística de fiestas aristocráticas].

21 de diciembre. [Wagner. Recuerdos de Viena].

1915

4 de enero. [Ante el año nuevo. Carestía. España y la guerra].

18 de enero. [Mendicidad y delincuencia en las calles de Madrid].

25 de enero. [La velocidad de los automóviles. Un estreno de Marquina. De cine. Titta Rufo].

1 de febrero. [Evocación del desastre del 98. Terremoto en Italia. Crimen de año nuevo. Doble suicidio].

15 de febrero. [Un estreno teatral. Cambios futuros por la guerra].

1 de marzo. [Muerte de Giner de los Ríos. Postración por el fallecimiento de su madre].

8 de marzo. [Desorden circulatorio en Madrid. Cortes y Gobierno. Enfermedad de Sarah Bernhardt].

22 de marzo. [Desastre ferroviario. Pasaportes. La guerra y las enfermedades. Peligros del alcohol. Guerra, naranjas y moda].

29 de marzo. [Proscripción del alcohol por la guerra. Francofilia, germanofilia y maquiavelismo británico].

19 de abril. [Su neutralidad ante la guerra. Su relación con la Familia Real. Inseguridad de la Historia. Semana Santa en Madrid. Afición a las flores].

26 de abril. [Petición de paz. Asesinatos de mujeres. Limosnas para el culto religioso y la beneficencia. Monumento a los grandes escritores en castellano. Enfermedad de M. de Cavia. Fiestas en Madrid].

2 de mayo. [Incendio en el Teatro de la Comedia. Enfermedad de M. de Cavia. Asesinatos de mujeres. M. Peña. Daniel Zuloaga. Un discurso de Maura. Bailarinas].

17 de mayo. [Un discurso de Cánovas. Incomodidades para los oyentes en el Congreso. Oradores españoles. Discursos parlamentarios. El Instituto Francés de Madrid].

24 de mayo. [Muerte de la Marquesa de Squilache: Homenaje a su memoria].

31 de mayo. [De Madrid a Galicia, en automóvil].

14 de junio. [Guerra y humor. La catedral de Santiago de Compostela. La catedral de León. Atentado contra el patrimonio artístico].

21 de junio. [Noticias de la guerra. Peregrinación a Santiago de Compostela].

28 de junio. [Muerte del padre Coloma].

12 de julio. [Inconvenientes del teléfono y de otros inventos].

19 de julio. [Las golondrinas. Sobre Alemania. Muerte de Porfirio Díaz].

26 de julio. [Recuerdos del Madrid de antaño].

9 de agosto. [Actualidad de París. La Francia del futuro].

16 de agosto. [En Mondariz].

23 de agosto. [En Mondariz. Actualidad portuguesa. Incorrecciones lingüísticas. Automóviles. Muertes de Ramos Carrión y Vital Aza].

6 de septiembre. [La cerámica de Talavera].

13 de septiembre. [Benavente. Germanófilos. Juegos florales en El Escorial].

Ayuntamiento de Madrid

20 de septiembre. [Guerra y ahorro. El luto].

4 de octubre. [Sobre la actual situación francesa. Ciertos vaticinios sobre el futuro de las naciones. Su novela *Misterio*].

11 de octubre. [La catedral de León. El patrimonio artístico].

18 de octubre. [Otoñal. Mutaciones en huertos y jardines. La mujer y la guerra].

1 de noviembre. [El proyecto de monumento a Cervantes. Cervantes, Shakespeare, Homero].

22 de noviembre. [Campaña en pro del casticismo. La capa española. Neologismos y barbarismos. Trabajo femenino y decoro. Jardinería].

6 de diciembre. [El supuesto retrato de Cervantes].

13 de diciembre. [Sobre Avellaneda, autor del falso *Quijote*].

27 de diciembre. [Conferencia de A. de Beruete Moret sobre Goya].

1916

10 de enero. [La lotería. La apertura del Teatro Real. Las estepas de España. Estrenos teatrales. *Sor Simona* de Galdós. Noticias de China].

17 de enero. [Decadencia del Teatro Real. Clamor de la guerra. La neutralidad española. El fanatismo].

31 de enero. [Montenegro pide la paz. Mendicidad y niños por las calles de Madrid. El Papa y la guerra. La guerra y la leyenda negra española].

7 de febrero. [Vendedores ambulantes extranjeros. Robos. Un estreno de Hermant. Aplazamiento de las fiestas del Centenario de Cervantes. Carestía].

14 de febrero. [Animación en los hoteles. El Centenario de Calderón y la historia de la literatura española. Carestía y escaseces. Extravagancias en la moda femenina].

28 de febrero. [Un poeta urbano. Noticias de Turquía. Carestía del papel. Libros y cuadros nacidos muertos. Bombardeos de zeppelines].

13 de marzo. [Libros de caballerías. Wagner].

27 de marzo. [Mariano de Cavia. Competencia entre el Teatro Real y el de la Zarzuela. Zozobra en Portugal].

3 de abril. [Suicidio de estudiantes. Teatro de humor y chistes de sacacorchos. Un estreno en el teatro Infanta Isabel. Casos de doble personalidad. La temporada del Teatro Real. El timo de las participaciones].

10 de abril. [Fausto y Don Quijote].

24 de abril. [Elecciones. Una encuesta sobre el *Quijote*. Reflexiones acerca de la guerra].

1 de mayo. [Asedio de pretendientes].

8 de mayo. [Albacete].

22 de mayo. [Bergson en España].

29 de mayo. [Importancia del estudio de las literaturas contemporáneas. Derroche de dinero en Madrid].

14 de junio. [El Ballet Ruso en el Teatro Real].

26 de junio. ["Apaches"].

3 de julio. [La ópera barata y el descuido del Teatro Real. Las corridas de toros. Documentos y verdad histórica. Los Borgia. Carestía y escaseces].

17 de julio. [Estoicismo ante la guerra. Irlanda].

24 de julio. [Incomodidades en los ferrocarriles españoles. Obstáculos para el desarrollo del turismo].

31 de julio. [Pronósticos sobre la guerra. El cemento. Muerte de J. Lemaître. Naturaleza del intelectual].

14 de agosto. [Remy de Gourmont. Huysmanns].

21 de agosto. [La gran cruz de Beneficencia para el Rey. Irlanda. Alquimia y descubrimientos químicos. Suicidios por amor].

28 de agosto. [Manuel Reina. Amigos. Heine].

11 de septiembre. [Saludables consejos alimentarios. El crimen de la calle de Lanuza].

18 de septiembre. [El crimen de la calle de Lanuza. Suicidio de Felipe Trigo].

25 de septiembre. [Echegaray].

9 de octubre. [G. Sand].

16 de octubre. [El vino y el agua. Cartas desde la guerra. La pareja Mendoza Guerrero].

23 de octubre. [El problema de la natalidad].

6 de noviembre. [Robos. Asesinato en Austria. Carestía. Necesidad de reformas en el Teatro Real. Supuesta muerte de Luis Medrano. Galdós y el teatro].

13 de noviembre. [Fiestas y gastronomía. Reflexiones ante la Fiesta de los Difuntos. Amigos ya muertos].

20 de noviembre. [Despojo del patrimonio artístico. Estrenos teatrales: Galdós, Oliver. Defectos nacionales. Crímenes pasionales].

4 de diciembre. [Muerte de un aviador. Incumplimiento de las ordenanzas municipales en Madrid. Muerte de Sienczkiewicz. Libertad de Polonia].

11 de diciembre. [Las tribunas del Congreso. Asedio de peticiones de recomendación. Muerte de Gustavo Bauer. Muerte del Emperador de Austria; la emperatriz Isabel].

18 de diciembre. [Estafa en Correos. Exposiciones de arte; venta de cuadros de pequeño formato. Estancamiento teatral. El teatro ideal subvencionado].

Ayuntamiento de Madrid

La Vida Contemporánea

Como norma general se ha respetado en la reproducción de las páginas de *La Ilustración Artística* la maquera original, excepto en las páginas 46, 47 y 133 donde ha sido preciso reajustar las cajas. De las digitalizaciones se han eliminado, dejando los huecos en blanco, elementos ajenos a los textos de Emilia Pardo Bazán, como "sumarios", "advertencias", "pensamientos", etc. En algunos casos en estos huecos se han introducido imágenes relativas al texto. Estas inserciones son fácilmente reconocibles porque están datadas en el pie de fotografía. (N. del E.)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN SEBASTIÁN

De algunos años á esta parte, la corriente de la emigración veraniega española hace un gigantesco remanso en San Sebastián; pero si vale la sinceridad, es preciso reconocer que va el remanso disminuye y que la linda capital de Guipúzcoa ve palidecer su estrella.

Y es natural. Los precios se han remontado de tal suerte, que por una habitación del tamaño de un pañuelo en el tercer ó cuarto piso de un hotel, se piden con la mayor frescura cuatro y cinco duros diarios. Las diversiones de San Sebastián, que son muchas, van también en alto grado contra el bolsillo: el casino es un censo cotidiano de tres ó cuatro pesetas (esto sin dejarse tentar por los famosos *caballitos*, de que luego hablaré); las *cestas* de paseo valen la mitad más caras que los coches de punto de Madrid; las exigencias de la vanidad obligan á llevar gran surtido de ropa de todas clases, porque desde las diez de la mañana se emperejila la gente, y para el casino, las noches de cotillón, se exhiben lo que nuestros vecinos llaman *toilettes catapulteuses;* el palco en los toros, que parece entero y resulta medio (ya diré en qué consiste este milagro), cuesta veinte duros como veinte soles; y así sucesivamente, no hay cosa que no se pague á peso de oro en San Sebastián.

A esto dicen los fondistas y demás naturales que cobran «que como la temporada ó *season* de San Sebastián es brevísima y hay quien la reduce á sólo la *gran semana*, en pocos días de agosto necesitan hacer su ídem, y sacar el jugo al capital invertido en edificio, mobiliario, servicio, etcétera.» Razón convincente para ellos, y no tanto para el veraneante. Alegan también que San Sebastián es corte y que está á dos pasos de Francia. ¿Y qué importa que San Sebastián sea corte, si por los gustos y hábitos de Su Majestad la reina y por las calamidades de la nación rarísima vez da la corte fiesta alguna, ni se ve á las personas reales sino cometiendo la indiscreción de ir á atisbarlas á la playa, mientras respiran el aire del mar, pues el baño se lo han prohibido los médicos? En cuanto á la proximidad de Francia, los trenes están organizados de tal manera y el doble registro es tan impertinente, que ir por recreo á Francia desde San Sebastián, sería un colmo. El viaje á Biarritz, que debería ser cuestión de hora y media, dura lo menos cuatro, y con la pensión insufrible de comer en la estación de Hendaya ó de Irún.

Si bien es verdad que en San Sebastián abundan las diversiones, para el veraneante que no esté muy relacionado é introducido en el gran mundo pueden hasta faltar, ó reducirse al sempiterno discurrir por el *Boulevard* y la Concha, donde como arcaduces de noria van y vienen los que pasean. La gente de la clase media, alegre y aficionada al *trato*, corre peligro de encontrarse aislada en San Sebastián. Los viajeros familiarmente llamados *de botijo* van prefiriendo pasar el calor en puntos donde la sociedad es limitada y franca, los goces iguales para todos, y donde todos, por consiguiente, se conocen, se hablan y fraternizan. Los risibles episodios de la comedia titulada *San Sebastián mártir*, ya no se reproducen, porque las bolsas chicas huyen de aquí; y como estas bolsas, chicas y todo, eran las que engordaban el caldo al pueblo de San Sebastián, he oído hablar varias veces de crisis y de bancarrota, y he observado desanimación en las calles, *truenos* en las compañías de teatro, soledad en los cafés, desaliento en los establecimientos comerciales y, según noticias de los que conocen á San Sebastián de antiguo, cierto vacío en el casino y en la misma playa.

El espectáculo que ésta ofrece es animado, aunque yo no sé cómo hay papanatas que se abonen á él, y se pasen la mañana entera en el balcón corredor de la *Perla*, inmensa caseta de baños, asestando los anteojos marinos á cuanta desgraciada señora entra en el salobre elemento. Y cuenta que lo de *desgraciada* no lo digo sólo porque es harta desdicha bañarse con tanto público, sino porque, en general y sin negar que habrá brillantes excepciones, no son las gracias lo que más abunda en las bañistas de la *Perla*. Mujeres que vestidas de calle parecen hermosas, dejan de serlo en cuanto se embuten la cabeza en el gorro de hule y las flautas en los pantalones y los pies en las alpargatas. Si fuesen coquetas las bañistas, se envolverían todas – como se envuelven muchas – en una capa de hule con capuchón, que las tapase por completo, y que resguardando la decencia, no exhibiese delgadeces y obesidades que el traje de baño exagera hasta la caricatura. Siempre me ha causado sorpresa ver que las señoras, que en la vida normal antes se dejarían matar que salir á la calle enseñando los brazos y luciendo las canillas, en tratándose de baños de mar se lanzan á la exhibición, desdeñando hasta las leyes más elementales del recato y de la estética. Sólo la galería de curiosos impertinentes que las examina debiera molestarlas. ¡Y la salida del Océano! Estremecen aquellas ropas pegadas á la carne y chorreando, aquellos lívidos rostros, aquellos pelos pegados á la faz – el aparato del naufragio, en toda su tristeza.

Sin embargo, cuando el sol, ostentándose en un cielo sin nubes, reverbera sobre el azul intenso del agua; cuando la arena espejea y los montes que cierra la Concha parecen brillar también, el cuadro de la playa no cabe duda que es regocijado, hasta chillón. Las innumerables casetas, pintadas de blanco y verde; los tendederos con tanta trapería, tanto calzón, tanto taparrabos de rayas rojas y amarillas; los chiquillos elegantes, escotados y descalzos de pie y pierna, revolcándose en la arena ó avanzando juguetones para que la ola los atrape; los trajes claros y bonitos de las bañistas, los enormes sombreros de paja floridos como macetas, la nota fina y viva de las transparentes sombrillas de seda, de las blusas charras y de los metálicos cinturones, forma un conjunto muy alegre de colorido y al pronto entretenidísimo.

Apenas sopla la galerna y se entolda el cielo y el mar parece ceniza sucia, se rompió el encanto. Y estos cambios de tiempo repentinos son en San Sebastián muy frecuentes. De cada cuatro días llueve tres y truena uno; el galernazo sopla furioso, los relámpagos se suceden, las ventanas crujen, el viento terral abruma, ráfagas de boca de horno azotan la cara, y hasta que revienta la nube y vacía sus ollas sobre la tierra, no se puede respirar ni vivir. En San Sebastián existe una especie de superstición curiosa. Afirman, alegando pruebas, que el activo y complaciente empresario Arana tiene subvencionada la estación meteorológica del cielo, y que cuando anuncia una corrida de toros, aunque hayan caído chuzos toda la mañana, á la hora de la fiesta se aclaran las nubes y se contiene el aguacero. Al toque de muerte del último buey, caen las primeras gotas del nuevo chubasco.

Es justo decir que aun con este clima variable y revuelto es muy bonito el pueblo de San Sebastián. Limpio, llano, tirado á cordel, reedificado con lujo, poblados de árboles sus anchas calles, lo hermosean especialmente los soberbios edificios públicos, el palacio de la Diputación y los innumerables palacetes, quintas, *chalets*, pabellones, que hormiguean en sus cercanías. Si la gente modesta huye – y con razón – de tan cara ciudad, en cambio la *high life*, que se ha construído deliciosas residencias, veranea gustosa aquí, y forma sus círculos y tiene sus reuniones y sus meriendas con *tennis* y sus excursiones en *yacht* – de todo lo cual ni se entera el honrado vecino de la calle de Postas, que con ánimo de echar una cana al aire se hace unos días donostiarra.

El casino es el mejor de España, tal vez el mejor de Francia, y de seguro uno de los mejores de Europa. En él, como en aguas neutrales, se encuentran y se reunen las dos sociedades, la alta y la media; y los días de gran entrada, de corridas, cohetes, *zenhenzusco* y cotillón, hasta aparece por allí, á guisa de cometa descarriado, la extranjera estrepitosamente vestida, más pintada que un coche, con los ojos alcoholados y las orejas adornadas por sospechosas y descomunales perlas. A diario, siempre se baila en el casino, y claro está que siempre se juega. Omitiendo otros recreos, hablaré sólo del de moda, los *caballitos*. Los considero una especie de ruleta, pero una ruleta adamada, infantil, humorística. Consiste en una gran mesa clásicamente forrada de paño verde, y por la cual un mecanismo hace correr unos nueve ó diez caballos con sus jockeys, imitando los lances de una carrera hípica. Se aventura por aquel caballo ó por este, por el jockey azul ó el jockey encarnado, y según llegan á la meta es la ganancia. Este juguete tienta á las señoras y á los niños: la módica puesta de una peseta y el posible reintegro de ocho ó diez, ilusiona; se juega sin sentir, y se puede perder en una noche, á la callada, bastante dinero. El argumento es que la banca gana siempre y puede embolsarse todos los días ochenta ó cien pesos – tal vez más.

San Sebastián ha servido de vehículo para que nuestros vecinos se aficionen de tal manera á nuestra fiesta nacional taurina, que curada Francia desde hace tiempo de su antigua manía de asonadas y revoluciones, vuelve á alborotarse ahora, sólo por los toritos á la usanza de España. Las corridas atraen un aluvión de franceses. No se oye el domingo sino francés por todas partes, y las mesitas de los *restaurants* al aire libre las tienen ellos embargadas. No se crea que vienen sólo de Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, etc. En Burdeos he visto vender como pan billetes para los Veraguas del 25. Sólo con la ventaja del cambio, pues le pagan á razón de franco la peseta en dinero francés, saca el empresario buen partido de esta afición reciente y decidida.

He dicho que en la plaza de San Sebastián lo que parece un palco resulta medio, y así es, y esta singularidad da lugar á incidentes curiosos. En otras plazas españolas, los palcos están comprendidos entre dos divisiones de tabla. En San Sebastián la división encierra dos órdenes de gradas separadas sólo por dos peldaños de una escalera sin balaustrada, y cada lado es un palco para la taquilla. Compra un forastero de distinción – el rey de Servia, por ejemplo – un palco, cree estar solo ó con su alta servidumbre, y está en familia con Perico de los Palotes, personaje español muy clásico y confianzado.

Unas tertulias características de San Sebastián son las que se forman en las terrazas de las fondas de la Concha. Huyendo del olor á comida y del ahogo de los locutorios públicos, salen las señoras á respirar en las terrazas, absorbiendo el aire del mar y curioseando á la gente que pasea. Las terrazas son el mentidero social y político de San Sebastián. En la de Romero Robledo es diaria la tertulia.

En pocas palabras se resume el problema de San Sebastián. El pueblo es caro porque la gente va poco tiempo, y la gente va poco tiempo porque el pueblo es caro. Se avendrá á la razón, forzosamente, el pueblo, si no quiere sucumbir ante la mortal competencia que le hacen otras playas donde la vida es más rústica, más natural, menos remedadora de la de Madrid, y sobre todo, más barata, gran mérito en estos tiempos de penuria y de lucha económica. Lo deseo por esa que los periódicos llaman *la bella Easo*, y que por la laboriosidad y honradez de sus moradores es digna de mejor fortuna de la que al parecer se le prepara en no remota fecha.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BIARRITZ

Más coquetona que San Sebastián mil veces, conservando en medio de su lujo y su esplendor aristocrático dejos y matices que recuerdan el antiguo pueblecillo de pescadores, Biarritz atrae y convida á un veraneo más grato por muchos estilos que el de la capital de Guipúzcoa.

No es extraño que la situación de Biarritz cautivase á la emperatriz Eugenia instigándola á construir el palacio y el extenso y ameno parque convertidos hoy, ¡oh vicisitudes de la fortuna!, el primero en fonda cara y el segundo en jardines y solares que explota el Ayuntamiento. He oído discutir acaloradamente las playas de Biarritz, su comodidad, su seguridad; tienen fama de pérfidas, pero en todo esto pueden entrar por mucho los inevitables celos de otras playas; lo que no cabe negar es que, á la puesta del sol, las de Biarritz ofrecen un espectáculo grandioso, hasta sublime. Escollos negros donde revienta el furioso oleaje; infinita extensión de un verde sombrío surcado por franjas de blanca espuma; sobre un arco natural de rocas, la imagen de la Virgen, que ha escuchado la plegaria de agonía de los náufragos ya casi hundidos en el abismo..., y al lado de estos furores, ensenadas tranquilas, arenales bonitos, casetas cucas, sillas galápagos de paja, orquestas que tocan mientras se baña la gente, siluetas de bañistas de lo más *coquerchic*..., tal es el aspecto de Biarritz, pueblo tan español como francés, que parece haber heredado la personalidad mixta de la encantadora dama que lo puso de moda.

Aunque caído de su imperial esplendor, no desmayó Biarritz y continúa procurando captarse á los extranjeros. En julio y agosto forman su clientela españoles; en septiembre, octubre y hasta muy entrado el invierno, Biarritz se inunda de ingleses. Las tiendas – que son primorosas – están consagradas mitad á España y mitad á Inglaterra. Esos desmesurados gemelos marinos, esos recios bastones de montaña, esos gorros informes que quitan el sol, á los ingleses se destinan; en cambio esas panderetas de moños rojo y gualda, esos abanicos con majas de traje bordado de lentejuela, esas sombrillas cuyo puño es un estoque de torero, son el genio de España traducido á un francés de folletín. – Una tienda de verdaderos productos españoles, en Biarritz no existe: sería quizás un buen negocio, pero el caso es que aquí España aparece ataviada como la *Carmen* de Bizet.

Antes Bayona disputaba á Biarritz el privilegio del contrabando elegante. A Bayona era adonde las señoras iban para elegir el sombrero, el abrigo, el traje, y á gozar las deliciosas emociones del *paso por alto* en la frontera. Recomendaciones de amigos; estratagemas de todo género, de esas que la guerra justifica; habilidades florentinas y audacias españolas, todo se ponía en juego para evitar pagar los derechos de entrada de los trapitos que habían de lucirse en la próxima estación. Las modistas de Bayona, si tenían la suerte de vender mucho, en cambio tenían la desgracia de que antes de que cantase el gallo renegasen de ellas tres veces sus parroquianas: ningún pingo, apenas cruzada la frontera, se vió que fuese de Bayona; el que menos se ufanó con el nombre del difunto Worth ó con la marca de Doucet ó Laferriére. Esta misma superchería se repite hoy en Biarritz. Así que llega á Madrid, el género biarrés se vuelve parisiense – puro, neto y legítimo, y sube en precio unas tres cuartas partes, – porque hay que decirlo en justicia, las modistas de Biarritz no son careras y trabajan bien – tan bien que facilitan el consabido *timo* de la procedencia parisiense.

Tiene el *paso por alto* el picante atractico de lo prohibido y un saborete dramático, un susto agradable. Es preciso desplegar habilidad suma y valerse de mil tretas para engañar á los *vistas*. Al borde de las faldas flamantes se cose un volante ajado, para demostrar que tocaron el suelo; en los cuellos se colocan golas lacias y encajes sobados y arrugados; á los sombreros se les pasa un agujón para enseñar la picadura; los zapatos se refriegan por la suela contra el piso, y parecen puestos; á guantes y medias se les quita la etiqueta, se enrollan, y ya pierden las trazas de nuevecitos que tenían. Si un moralista me pregunta qué opino de esto del contrabando, me veré apurada para responder. En primer lugar, el que no contrabandea para lucrarse, para comerciar con el género, está en distinto caso del que quizás realiza, en uno de esos negocios de fraude, beneficios de miles de pesetas. La persona que sale de España, gasta dinero, paga el quebranto del cambio y sobre las mil molestias y perjuicios del viaje, por instinto cree que la menor compensación que lograr puede, es traerse un traje ó un abrigo algo más barato, y entiende que no incurre en pecado mortal al eludir disposiciones tan necesarias, pero tan molestas, como las del régimen prohibitivo aduanero. Algo significa el que gente honradísima, delicada en todas las demás cuestiones, incapaz de quitarle á nadie ni un céntimo ni un millón, no escrupulice en *pasar* sus compras, y no crea gravada su conciencia por trapo arriba ó trapo abajo.

Son en Biarritz las fondas menos caras y mejores que en San Sebastián: su mobiliario y su servicio ofrecen ese aspecto limpio y gracioso peculiarmente francés: más fácil sería encontrar en Biarritz una mosca blanca que un mantel sucio ó que una cara fruncida y poco amable en el personal de hospedería. Será efecto del interés, no lo niego; pero el francés que hospeda, chorrea miel y jarabe. Y así como hay poblaciones donde parece que no existen las personas acomodadas, pues por ninguna parte se las ve, en Biarritz se diría que no hay pobres; las calles están llenas de peripuestas damas y caballeros de trazas adineradas y finas, vestidos de buen paño inglés, con cuellos y corbatas de nívea blancura, y barbas bien cuidadas y relucientes. Las tiendas brillan, atestadas de objetos de precio, joyas, flores raras, guantería, perfumería de esa que seduce sólo por los envases de tallado vidrio y de porcelana exquisita; y á las cuatro la confitería y pastelería de moda deslumbra: parece un salón de Madrid, poblado de *first class ladies*, y donde las mesitas para el te, de británica pulcritud, invitan á la conversación confidencial, al íntimo cuchicheo.

¡Ah! Si queréis contrastes, pasad en Biarritz horas como las que yo pasé en compañía de mi buena amiga la condesa de Pinohermoso, dama de tanto entendimiento como alcurnia (y no es poco decir). Saboreamos los goces de la civilización, los mil encantos inocentes de un *confort* que á fuerza de delicadeza casi no parece material; pero al fin, recreos son, y complacencias refinadas, el paseo en coche por sitios amenísimos, la escogida mesa, el trato amistoso y cordial, el curioseo de las tiendas ricas y el delicioso refresco en horas de horrible calor, – y extraño fué el contraste entre este Biarritz y la nota melancólica, severa, casi sobrehumana, del *Refuge*.

¿Qué es el *Refuge*? – preguntaréis. – Cuando el coche avanzaba á paso lento por el camino que conduce á Bayona, entre bosques de pinos marítimos – el árbol gemidor de mi tierra gallega, – hubo de sorprenderme una aparición singular. Era una moza, con una vaca que traía sin duda del pasto; pero lo extraordinario consistía en que la zagala vestía hábitos y tocas monjiles, y encima de ellas la resguardaba del sol amplio capacho de paja, el *paillosson* de las aldeanas bearnesas. – ¿Monja ó pastora? – pregunté. – Las dos cosas – me respondieron. – Estas son las obreras laboriosas que trabajan para las abejas reinas; la labor de estas vaqueras de rosario en cinto sostiene á sus hermanas contemplativas, las Cartujas. – ¡Cartujas en Biarritz! – Cartujas, sí, á dos pasos de Biarritz; cartujas con su eterno silencio, sus rigurosas maceraciones y sus hábitos blancos. Ya las veremos.

Y vimos, en efecto, las dos órdenes que constituyen el *Refuge*. Las primeras (creo que llevan el nombre de Siervas de María) hacen todo lo que pueden para ganar el sustento. Cultivan, venden y alquilan plantas de salón; ejecutan equipos de novia; planchan, bordan, cosen; pueblan de pinos los bosques, llevan el ganado al pasto, labran la tierra, recogen arrepentidas y enseñan á leer y escribir á los niños. Habitan un modesto convento con hermosa iglesia y alegre jardín; salen y entran con libertad, tienen el color sano y jovial el rostro, y sonríen cuando se las mira, como para decir que su yugo es ligero, que viven dichosas. Las segundas se han retirado á un lugar más solitario, donde los pinos espesan su sombra y comunican al paisaje solemne tristeza. No quieren ser turbadas en su contemplación del *más allá* y en sus diálogos con lo infinito. Al entrar en el jardín de las Cartujas – jardín que en vez de bancos y estatuas ostenta tumbas que resaltan sobre el césped y que adorna una cruz formada de guijarros, – todos hablamos en voz baja, como si entrásemos en un templo. Las primitivas celdas son cabañas cubiertas de paja, con suelo de arena, sin más muebles que la dura tarima, una silla, un jarro para el agua y una fuente ó semipalangana para el aseo. Sobre las enlucidas paredes se destaca una gran cruz de madera negra, y estas palabras en francés: *¡Dieu seul!* ¡Dios sólo!

Todo lleva allí el mismo sello de penitencia, de austeridad y de desnudez: en el comedor no hay más adornos que unos calvarios, trabajo hecho en papel por las monjas, y que los cartujos españoles de las Batuecas ejecutaban con corcho; la vajilla es una escudilla de barro y unos cubiertos de palo, todo muy limpio; en esa escudilla la cartuja come una pitanza inverosímil, algo entre cañamones y lentejas, en cantidades que no se miden ni por el apetito ni aun por la necesidad estricta, sino por lo que se puede llamar voto de hambre perenne. Y pálidas, con los ojos bajos, el blanco hábito lleno de polvo, se deslizan las penitentes como fantasmas, procurando que no las veamos y buscando la soledad de algún bosquecillo, el amparo de alguna cabañita de esas que la humedad y las tisis determinadas por ella les ha obligado ya á abandonar, sustituyéndolas por otra morada que apenas se diferencia de la antigua.

Esto sucede á dos ó tres kilómetros de Biarritz. Las noches de fiesta en el Casino, tal vez, si el aire sopla de este lado, pueden las solitarias oir algún acorde de la música, si no lo cubre el rumor de las olas. Ved que con razón hablaba de contrastes. Biarritz es lo que se llama *une ville de plaisir*: ¿quién sospecharía tan cerca á las cartujas, á la última palabra de la mortificación, del desprendimiento de todo lo humano, de la negación de todas las vanidades?

No quiero que se me olvide decir que en el *Refuge* conservan una *Madre de dolor*, ó para hablar en castellano, una *Dolorosa* española, regalo de nuestra renombrada Sor Patrocinio, que pasó allí algún tiempo durante su emigración, á consecuencia de la revolución de Septiembre. Los franceses no saben imprimir carácter tan dramático á las efigies, y todos los santos del *Refuge* parecen de cartón al lado de aquella descolorida y romántica Virgen, de lacerado pecho y fúnebres vestiduras negras.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOCHEBUENA

Mediana habrá sido para muchos este año. Las tristezas de la ausencia, los sobresaltos del miedo y la incertidumbre, lo caliginoso del horizonte, apagan casi las lucecillas misteriosas del pesebre y los resplandores de la estrella de Belén. Los hogares donde falta el padre, el esposo, el hijo, ¡cómo han de estar de fiesta!

No sé si á causa de la gran calamidad de la guerra ó porque llovía, Madrid no ofreció en estos típicos días su animado aspecto de otros años. Hubo menos puestos de comestibles; la incitante exhibición de las confiterías y tiendas de ultramarinos se diría que ha disminuído también, aun cuando alegran la vista los empingorotados ramilletes y los colores de oro y rubí de las botellas; por la calle apenas se oyeron sonajas, ni zambombas, ni guitarreo, ni cantares; la gente no anda en estas fiestas, como solía, de prisa y expansivamente, codeándose, saludándose entre risas, sino que desfila grave, preocupada, carilarga, como si acabase de recibir algún notición funesto. «¡Qué añito!,» murmuran, meneando la cabeza, hasta los que parecen, á primera vista, favorecidos de la fortuna. Y es que todos sienten cruzar por su sien el hálito glacial del temor. El bolsista piensa en la baja; la niña, en el novio que se fué á Cuba y no escribe; el comerciante, en los malos negocios, en la suspensión de pagos; el artesano, en que no se trabaja; el empresario, en que va á principiar la escabrosa, la dura la larga *cuesta de Enero*..., y las sonajitas del villancico, que tan jubilosas repicaban en los hogares, permanecen mudas, y el Niño Dios, al bajar á este mundo, lo encuentra más mísero, más dolorido, más amargado que hace mil ochocientos y pico de años...

Lo único que persevera en España; la única firme y durable de nuestras instituciones, es la lotería. Como sobre todo y contra todo se puede escribir, y las opiniones son libres, la lotería ha padecido y padece igual oposición que los toros. Según dictamen de ciertos moralistas enfáticos y comineros, España demuestra poco amor al trabajo, porque la lotería, embobando y meciendo con quiméricas ilusiones á los españoles, les roba la energía necesaria para emprender y cumplir la cotidiana tarea. Desde que el español tiene en el bolsillo el pedazo de papel en que fía para atrapar á la fortuna, deserta del taller si es obrero, suelta la azada si es jornalero, clava en el acerico la aguja si es costurera, y si es hortera cesa de medir y de doblar varas de tela, y se pasa el día tumbado y la noche entre sueños de oro, para recibir, al celebrarse el sorteo, la cruel decepción, compensada por las ilusiones nuevas del sorteo próximo. Y si tales son los perniciosos efectos de la lotería sobre las energías del pueblo que trabaja, sus efectos morales también pueden calificarse de desastrosos, toda vez que por la lotería los españoles son una nación de jugadores y timberos, presidida por el banquero ó *groupier*, que es el Estado.

Cuando se oyen ó leen estas cosas, hay que realizar un esfuerzo crítico y acordarse de que nada extravía tanto el juicio como el afán de moralizar á troche y moche y la manía de atribuir á mínimas causas grandes efectos. Entrad en cualquier taller, en cualquier fábrica – por ejemplo, la de tabacos de mi pueblo – y mirad con qué silencioso ardor, con qué actividad infatigable avanzan las obreras en su labor monótona. Diríase que no piensan más que en enrollar el pitillo ó en liar el puro. Pues estad ciertos de que cada una de esas mujeres archiva en la faltriquera el número del décimo en que lleva participación, y que ese número, grabado en letras de fuego en las casillas de su cerebro, brillando como un faro, la anima, la consuela, la ayuda á soportar el peso de una existencia de afanes y de trabajo continuo.

Báse la lotería en un concepto profundamente filosófico: el mortal necesita la esperanza, más aún que la felicidad misma. «Sólo con el cebo de la esperanza se traga el anzuelo de la vida,» dijo el poeta. Y ¿qué esperanza habrá que más barata se compre y que más divierta y regocije que la de la lotería, en especial la de Navidad? El que ve próximo á terminarse un año, con todo su acompañamiento de cuidados, penas y fatigas, sueña muy á gusto que el Niño va á traerle en sus manecitas inocentes un rayo de dicha, el bienestar y el descanso para el año venidero. El júbilo de la Navidad anuncia el júbilo del *premio*... Y apenas el desengaño ha tendido su cendal gris sobre el alma, vuelve la esperanza, invisible tejedora, eterna sirena de melodioso canto, á entrelazar sus hilitos de oro y á murmurar dulcemente: «El año que viene será.»

Ni es la de la lotería una esperanza de esas que engañan por engañar. Es una realidad que para los corazones generosos y altruístas compensa el chasco propio con la fortuna ajena. Contribuímos con un óbolo para que otro recoja un tesoro. Nuestro sacrificio es chico, y la obra de caridad que resulta es grande. Todos conocemos gentes á quienes la lotería hizo dichosas. ¡Excelente contribución indirecta, ideal de las contribuciones, que el contribuyente paga tan á placer! Merece notarse que el Estado, nuestro constante enemigo, que se pasa la vida dándonos desazones, sólo ha conseguido poner de acuerdo su interés y nuestro recreo en esta bendita máquina de la lotería. Sin coacciones, sin vejámenes, sin expedientes, sin moratorias, pagamos nosotros y paga él, todo á tocateja, todo de buena voluntad, todo sencillo, todo fácil. De la legalidad del sorteo, nadie duda. Este año Portugal nos arrebata doce millones, y se los mandaremos tan campantes, como si no tuviésemos otra cosa de más prisa y se nos estuviesen pudriendo en el bolsillo esas pesetas.

Uno de los síntomas de nuestro abatimiento en la hora presente, es que se habló poco de *cenas;* la gozosa solemnidad de otros años pareció desterrada de los salones de Madrid. Cierto que las cenas con misa del Gallo no están en olor de santidad ni mucho menos. Aún parece que vibran en el aire los anatemas que lanzó sobre esa mezcla de lo religioso y lo profano y gastronómico el muy reverendo cardenal arzobispo de Toledo D. Antolín Monescillo. Aunque la misa del Gallo es ceremonia de suyo alborozada, debe guardar aquel decoro que sienta bien á todos los actos de devoción y reverencia. San Francisco de Sales, en una obra primorosa, la *Vida de la Virgen María*, extraída de sus escritos por el jesuíta padre Clair, nos pone de manifiesto que el Nacimiento no es solamente alegría, sino que encierra muy graves enseñanzas, casi tanto como la Pasión. «Nuestro Señor – escribe el Santo – vivió siempre en entera abnegación de todo placer sensual. Desde su entrada en el mundo privóse del recreo de los sentidos, y al nacer lo primero que sintió fué un frío riguroso: esto en cuanto al tacto. Para el olfato, ¿qué suavidad y qué aromas ha de haber en un establo? Para el oído, ¿qué música teniendo al lado un asnillo y un buey? El único recreo del Niño fué la celeste leche que fluía de los puros senos de la Virgen, y es preciso confesar que vencía en buen sabor al vino más delicioso.» Con la pobreza y la humildad de este cuadro, realmente forma contraste violento el espectáculo de una misa del Gallo «con cena.»

Profusamente iluminado el salón, donde los convidados aguardan, las conversaciones son bien ligeras, bien mundanas, bien ajenas á los inefables recuerdos que evoca esta noche en que comenzó la redención de la humanidad. Háblase de política, de lances de amor y fortuna, de naderías, y del Misterio no se acuerda nadie. Las damas lucen brocados y sedas, tirabuzones y encajes, y sobre sus gargantas de marfil y entre las ondas de su bien peinada cabellera los diamantes irradian luces. Al brazo llevan el pedazo de blonda, la mantilla blanca ó negra que han de echar por su cabeza y sus hombros, para obedecer á la costumbre, cuando se abran las puertas del oratorio y sea preciso adoptar el respetuoso continente que las circunstancias imponen. La atmósfera es tibia, y en ella flotan aromas leves, penetrantes, el olor de las flores que se esponjan en los jarrones, de las gardenias que marchita el calor de los pechos donde se lucen, de las aguas de tocador y de las brillantinas y aceites con que el peluquero ha lustrado los cabellos y las barbas de los hombres. Otros años, la gente joven confesaba una gran preocupación: ¿se bailará ó no se bailará después de la cena? Este año ni aun se formuló tal pregunta, pues la guerra en la gran Antilla ha suprimido, por una especie de tácito convenio en que el patriotismo y la desanimación se confunden, el baile. No se bailará, pero se cenará con tanta mayor expansión, cuanto más acongojado estuviese el ánimo antes del festín; se olvidarán por un instante todas las ansias, todas las amenazas de este negro año y del que se acerca, y que no ha de ser color de rosa; el vino espumoso que lleva en sus dorados cristales la luz del placer rebosará en la finísima *mousseline*, y el néctar del ingenio se desbordará de los labios, con la agradable cháchara, quizás despellejadora y á veces elogiosa – pues es un lugar común el asegurar que en los salones se murmura siempre. – Ni son estas pláticas mundanas (haciendo abstracción de si cuadran ó no cuadran con la fiesta de Navidad) tan vacías y tan insulsas como algunos creen. A veces son el buen sentido en chispazos, el talento y el juicio en calderilla, la gracia en confites y la cordialidad en su más amena forma.

Una cena donde se charla, es una conquista de la sociabilidad humana; pues los griegos, el pueblo de la cultura, empezó por comer sin despegar los labios: una flautista reemplazaba el ruido de las conversaciones. Separados los hombres de las mujeres, engullían y callaban. Un convidado, que debió de pasar entonces por atrevidísimo innovador, propuso una noche hablar *sobre algo*. Cayó bien la novedad y fué elegido para tema de la disertación el *elogio del amor*. Pedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes, disertan por turno sobre tan sugestivo asunto; y Sócrates mismo, que se cuenta entre los convidados de aquella noche, toma la palabra antes de que Alcibiades, coronado de hiedra y violetas, ebrio, titubeando, venga á caer al lado de su amigo, y le suceda en la tarea de hacer el panegírico del amor, mientras deshoja su corona en la copa de vino de Chipre...

Desde la especie de academia del convite griego á la conversación alada y motejada de nuestros salones, todavía hay gran trecho; hoy lo que más se detesta es la pedantería y los temas señalados de antemano: se habla de lo que salta, de lo actual, y se ríe á expensas de lo que se olvidará antes de haber transcurrido veinticuatro horas.

¿Y qué harán en estos días solemnes de Navidad y principio de año, en esta noche que no se parece á ninguna otra, los que la patria envió á defenderla en el otro hemisferio, los que aún sienten tal vez en las mejillas el beso de la madre y aún creen ver la llama de sus lares calentando la familiar olla? Por grato que sea el lucir de las constelaciones que tachonan el espléndido firmamento de Cuba; por rica que sea la vegetación de la manigua y por templado que corra el aire, ¡cuánto echarán de menos la nieve, el aguacero, la ventisca, el frío riguroso, la desolación del paisaje, la soledad de los campos castellanos ó aragoneses, y la misa del Gallo en la pobre iglesuela de aldea, y el regreso á la luz de los faroles vacilantes, para encontrar ya hirviendo en casa la sopa de almendra y colmado el jarro de mosto!

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

"Tipos madrileños.– La vendedora de paraguas, dibujo de N. Méndez Bringa." 1895, n.º 727, p.805.

Ayuntamiento de Madrid

Caridad, estatua de José Alcoverro

Bella y sentida representación de la más grande de las cristianas virtudes es el grupo escultórico modelado por el discreto artista Sr. Alcoverro.

La nueva obra de este celebrado escultor ha de considerarse como otra manifestación más de sus brillantes aptitudes.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLAUSURA

De seguro no tiene nada que ver que el Real haya cerrado sus puertas con las malas noticias que de Cuba se reciben; y sin embargo, la falta de ese espectáculo familiar, no sólo para las altas clases, sino para la modesta burguesía madrileña, parece un sintoma de la situación congojosa y triste que estamos atravesando, y contribuye á deprimir los ánimos, esparciendo nuevas sombras en el ya enlutado horizonte.

En el Real no se divertía tan sólo la aristocracia de la sangre ó del dinero. Estoy por creer que los que más jugo sacaban á la diversión eran los aguiluchos de la entrada pesetera, y las familias sin pretensiones, contentas en el palco por asientos y en la delantería de paraíso. El mozo estudiante, comprando su entrada y vistiendo su cepilladito y atrasado frac, disfrutaba ración de vista admirando bellezas en los palcos, ó ración de palique charlando con las de butacas durante los entreactos, – muchas de éstas aseguran que por los entreactos valía el Real lo que valía. – La familia obscura y alejada del bullicio, desde sus asientos de palco, allá en las nubes, entre un hormiguero de cabezas, se recreaba en conocer, analizar y comentar las caras, los trajes, la vida y milagros de las señoronas, llevando cuenta de las joyas y de los moños y adivinando casi las conversaciones, y no hay que decir si sorprendiendo las intrigas, estudio de interés muy superior al del drama lírico que en la escena se desenvuelve. ¡Y con qué incansable atención observan *las de arriba* á *las de abajo!* Es un fenómeno constante y que se explica bien si recordamos las leyes de la psicología femenil. *Las de arriba*, sin tratar á nadie, conocen á todo el mundo, y saben de memoria – algunas veces con exactitud – los hábitos, los gustos, hasta los diminutivos del nombre de pila de *las de abajo;* y por ese diminutivo, y no por el título nobiliario, las designan siempre, con alarde confianzudo. Cosa curiosa y muy española: aquí mientras á los grandes escritores ó grandes políticos nunca se les suprime el respetuoso *don*, y sólo hay clásicamente un *D. Benito*, un *D. Emilio*, un *D. Antonio*..., á los duques, á las duquesas, se les trata con llaneza encantadora, y quien haya tenido el capricho de colarse en el paraíso del Real, infaliblemente habrá oído á alguna señorita de la clase de *Miaus* exclamar con desenfado: «Ya llega Pepe Tamames.»

De aquí conviene deducir que las altas clases, lejos de usufructuar el espectáculo, en realidad formaban parte de él, y algún derecho tendrían á que el empresario ofreciese, ya que no parte en las *ganancias*, siquiera un delicado obsequio, un cacharro con flores ó un cartucho de dulces por palco, en Navidades ó en Pascua de Resurrección.

No era solamente la curiosidad, el afán de contemplar de lejos á la *high life*, lo que poblaba las altas regiones del gran coliseo. Algo hemos de conceder á la afición á la música, afición cada día más generalizada. No sólo hemos de concederle algo á esta afición, sino que es preciso confesar que los grandes llenos del Real se debieron á las gargantas mágicas de los Gayarres, de los Massini, de la Patti, de algunas otras estrellas... extinguidas ¡ay! casi todas. Desde que las medianías líricas, las alumnas del Conservatorio y los tenores de sesenta años invadieron ese escenario que oyó resonar el divino acento del cisne roncalés, el público se enfrió y los inteligentes de las alturas perdieron la costumbre de oir con los ojos cerrados, saboreando cada nota.

Puede la crítica buscar razones satisfactorias que expliquen la decadencia de la poesía, sobre todo de la musa romántica; mas ¿cómo explicaríamos la decadencia de las laringes? ¿Por qué no surgen hoy esos cantantes que en otro tiempo, treinta ó cuarenta años ha, electrizaban al auditorio y le transportaban fuera del mundo real con la dulzura de sus gorgoritos? No será porque las voces se coticen hogaño á menos precio que antaño. Un gran tenor, una *diva* refulgente, se harían de oro en poco tiempo; y los medianitos con que nos vamos conformando, no lo son ciertamente en cobrar. La buena voz es lo más caro y lo más raro que existe.

Estos últimos tiempos del Real han sido de abatimiento, en lo que respecta al mérito de los artistas; y cuantos tiempos recuerdo fueron fatales en lo tocante al aparato, vestuario, decoraciones y *mise en scène*. Jamás he comprendido por qué el Real había de tener el privilegio y el fuero de exhibir, sin que nadie protestase, las impropiedades más chocantes, los disparates más estupendos y las mayores ridiculeces. En el *Orfeo*, de Glück, he visto á Orfeo buscando á Eurídice por una selva de cocoteros, palmeras y lianas tropicales. En *Lucía di Lammermoor* la tiple saca botas de raso y vestido de cola, para esperar á Edgardo en el parque. La banda de música que entona en el escenario la marcha de *Aida*, sopla el Triunfo de Radamés en instrumentos de fines del siglo XIX. *Norma* se pasea con zapatitos Luis XV, al pie del roble de Irminsul. Los coristas no se afeitan; parecen bandidos cuando hacen de *caballeros*, y parecen unos honrados cesantes cuando hacen de bandidos; lucen medias de algodón y botas de elástico en la conjura de *Hernani*, por debajo de las amplias capas, y en *Gioconda*, donde les cumplían trajes venecianos, se presentan con una especie de birretes amelonados y unas trusas, á lo Tenorio en provincia.

Difícil que son inconciliables la propiedad y verosimilitud y el drama lírico. Jamás comprenderé por qué en *Traviata*, verbigracia, las mujeres visten á la última moda, y los hombres con casacón y peluca; ni por qué en el *Barbero de Sevilla* D. Bartolo lleva el atavío de los personajes de Molière. Estas inexactitudes serían fáciles de evitar, y contra ellas se ha clamado mil veces sin conseguir modificar la rutina.

Volviendo al Real, es evidente que lo de menos en él para casi todos los espectadores, era lo de teión adentro. La admirable orquesta compensaba las deficiencias de *atrezzo* y guardarropía, y hasta cubría los deslices de los cantantes en lid mortal con afonías y catarros. Los aplausos, los *bravos* más sinceros y ardientes que he oído resonar en el teatro los mereció algún solo de violines, algún preludio, alguna sinfonía – la orquesta en fin. – De la orquesta se puede afirmar que cumplió siempre bien, y en muchas ocasiones se excedió á sí misma. Debe de ser una de las mejores orquestas, si no la mejor, en Europa. Las que oí en Londres, Viena y París no me satisficieron tanto.

Al cerrarse el Real, quién sabe hasta cuando (pues su reapertura encierra problemas muy graves, y sólo el imprevisto giro que aquí suelen tomar los asuntos podría hacer que al imprimirse estas líneas el Real funcione de nuevo), se aíslan, se disgregan, se distancian más y más las clases sociales de Madrid. Esa valla invisible, y á veces recia como el acero, que separa á los que no tienen las mismas costumbres, ni concurren á los mismos sitios, se refuerza con la falta del Real. Era el Real la única sociedad, la única reunión abierta á todo el que pudiese pagar la entrada. No falta quien lo celebre; hay quien se regocija de que sucumba el enemigo de *nuestra Talía*, el rival venturoso de los dramas y las comedias. Ahora se verá si tenía fundamento la afirmación de que en el Real el que mataba aquí el arte dramático. Antonio Vico, que ha deplorado tanto la competencia afortunada que hacían los *fioriture* á los parlamentos de Calderón, va á cerciorarse de si sus quejas eran justas. El Real ha muerto. ¿Resucitará?

De este golpe, por lo pronto, ha de quedar siempre muy dolorido. Si no me engaño, es la primera vez que sufre tal eclipse, y la primera que los abonados, hechos á tomar el Real por casa propia, identificados, digámoslo así, con el asiento que ya se amoldó al cuerpo, se ven en mitad del invierno echados á la calle, y algunos, los que no adoptaron esas minuciosas precauciones que la buena fe descuida, sangrados del bolsillo y sin esperanzas de recobrar su dinero. Ha de persistir en el ánimo y en la memoria una levadura de descontento y enojo, que en lo sucesivo servirá hasta de pretexto á la economía. Es probable que la edad de oro del Real no reflorezca nunca. Otros se felicitan de la clausura del Real, porque armoniza bien con las circunstancias críticas y con el duelo de la nación por sus hijos ausentes y por los que se ausentarán muy pronto, pues estamos próximos á ofrecer nuevo contingente al endriago que nos devora. Sobre la conducta que debe seguirse en ocasiones como la presente, hay juicios contradictorios: unos están por las gaditanas, que bailaban y cantaban bajo las bombas francesas, y otros por las mujeres de Israel, que se desgreñaban y se cubrían la cabeza de ceniza cuando sus maridos é hijos tenían que combatir á los moabitas ó á la gente de Amalec. Si supiésemos de fijo que la clausura del Real contenía á los insurrectos en su marcha sobre la provincia de la Habana, ¡vaya si lo cerraríamos! A piedra y lodo y con nuestras manos propias. Por desgracia, cerrando el Real no cerramos las horribles puertas de bronce del templo de Jano.

Al pensar en que el Real permanece mudo y vacío, pienso también en la más apasionada melómana de toda España, la infanta Isabel Francisca, que escuchaba religiosamente desde la primera nota hasta la última. Mientras duraba levantada la cortina, la infanta no pestañeaba siquiera. En los entreactos manejaba los gemelos y se enteraba de la concurrencia. Tan saludable ejemplo no surtía efecto alguno. Excepto en el palco regio, se charlaba en todos durante la representación. El paraíso solía impacientarse y silbar á los que alzaban el diapasón ó reían fuerte. «Aquí se viene á oir,» gruñían los impenitentes *dilettanti*. «Para meter bulla, que se vayan á sus casas.» Sin embargo, la cháchara no se interrumpía. A lo sumo se velaba, poniendo sordina á las voces.

. . . . . .

Estos puntos suspensivos que acabo de trazar, significan, oh lector, que *jam habemus*... teatro. Ha aparecido ese ser providencial y benéfico, el empresario. Corto ha sido realmente el interregno, que sirvió de descanso hasta á los músicos, ahitos de soplar en sus flautas y cornetines, y á los cantantes, que se habrán puesto á régimen de huevos crudos y pastillas de malvavisco para mondar, limpiar, pulir y refrescar las cuerdas y senos de la garganta. Organice como quiera su *troupe* el empresario, mande cantar aunque sea el *Nabuco*, la *Matilde di Sabrán* ó no vedades del mismo jaez, y no tema que el público muestre descontento. Se me figura que habrá epidemia de tolerancia y peste de benignidad. Los *gallos* podrán pasearse libremente por las tablas, sin que se les retuerza el pescuezo con indignación artística.

No desaprovechen la ocasión los primerizos, los que sueñan con pisar ese escenario que holló la planta de Gayarre y donde todavía parece que va á surgir, produciendo corrientes y escalofríos de entusiasmo, el sin igual *pescador de perlas*. ¡Ay, y qué pocas perlas van quedando en la atmósfera; qué pocas notitas filadas, suaves, estremecedoras, cafdas del collar de los ángeles; aquellas notitas que sacaban del alma el llanto y lo traían á los ojos, y de tal manera deleitaban que hacían daño casi!

Emilia Pardo Bazán

El famoso pintor inglés Federico Leighton, fallecido en 25 de enero de 1896

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SPORTMAN, SPORTMEN Y «SPORMENT»

Aun cuando no falta quien todavía ande renegando de los estilos franceses, la verdad es que si del Oriente vino la luz, de las regiones semipolares viene la moda ahorita mismo. Ha empezado lo británico por la chiquillería (los *babies*, para decirlo en frase ortodoxa) y ha ido subiendo hasta los hombres hechos, derechos y bien barbudos. Las señoras son las que más se defienden de la invasión. Guardan el culto de Francia, permanecen fieles al trapo gracioso, á la instalación ingeniosa, á los hábitos finos, á la molicie, á inmaterialidad de la mujer latina: luchan contra el *brefsteak* sanguinolento, contra el zapato duro, contra el paño recio, contra la polaina, contra el sombrero gacho, contra la equitación y la caza y la bicicleta y el patinaje; en suma, contra todo lo que constituye esa manera de ser á la vez hombruna é insípida que se llama *sport*.

La insipidez del *sport* consiste en que propende á fomentar y desarrollar la vida física amortiguando la actividad del cerebro. Yo no censuro el ejercicio, antes soy su decidida partidaria: sólo que lo estimo como *medio*, jamás como *fin*. Esta existencia que hemos recibido de Dios las pobres *cañas pensadoras*, según frase de Pascal, debe de tener algún objeto superior al de que *Bob* (anglonormando puro) adelante en la pista á *Glaour* (mixto de árabe), ó al de que el *yacht Nightingale* gane unas cuantas brazas de ventaja al *yacht Dove*. No es reprobable (¿qué ha de ser?) todo ese traqueteo y esos afanes que siempre paran en ir más aprisa, más aprisa, como si la corriente del tiempo no nos empujase con harta velocidad al obscuro abismo de la muerte. Sin embargo, que un hombre de bien no llene más fin trascendental que *batir el record* (manes de Cervantes, huíd despavoridos), paréceme algo humillante para el rey de la creación.

Leemos en muy respetables autores y encontramos en el archirrespetable *Génesis* que las especies animales han sido criadas por el Autor del universo, con el encargo de servir al hombre. En nuestra época hemos variado de estilo, y animales vemos por ahí que son servidos, regalados y mimados y hasta tiernamente besados por sus dueños, en premio de que, teniendo cuatro patas, hicieron la gracia y el milagro de moverlas. Nuestra época, que posee la sal de Dios para inventar nombres, ha discurrido este, delicioso: *hombres de caballo*, que son los que se pasan lo más florido de la mocedad y lo más achacoso de la vejez pendientes del rabo de un *poney* ó pensando en suprimir dos centímetros de cuero en las guarniciones del *tandem* que guían...

Ningún escritor pedagógico, es cierto, ha dejado de recomendar los viriles juegos que por *sport* se conocen ¡Es bueno, es excelente, montar, cochear, cazar, *alpinistear*, correr, remar y hasta bailar la mazurca!, con tal que no se haga una religión de estas habilidades. Conviene tener músculos, y también seso; conviene andar, y no conviene menos pensar y discurrir. Una cosa debe decirse en detrimento del *sport* tal cual hoy se practica en España: y es que no da frutos (ó no los vemos). Ni robustece los cuerpos – pues pone grima contemplar á esos consabidos *sportmen*, – ni las voluntades – pues no salen por ahí varones de gran resolución ó iniciativa, ni que en las calzas prietas, verbigracia, de un duelo sepan quedar con lustre, – ni engendra virtudes patrióticas – pues á fe que en Cuba no pululan los voluntarios del *sport*.

Debe reconocerse que esta moda, lo mismo que otras muchas, está prendida con alfileres. No constituye entre nosotros una pasión nacional; no viene de la entraña de nuestro ser. Excepto la bicicleta, el más barato, el democrático, bien podemos decir que los demás *sports* no arraigan: me refiero á los modernos, á los importados. Claro está que el español no necesitó las auras del Támesis para montar soberbios potros, cazar, correr liebres, tirar á la barra, jugar á la pelota y á los bolos, y nadar como un pez en los puertos y en los ríos. Guiar ya no era tan común, y se solía dejar á los cocheros este cargo; el *yachting* y la boga fueron patrimonio de la gente de mar, y no obstante, señoreamos el Océano cuando nuestros magnates no tenían *yachts*, pero sí flotas para el servicio de la patria; el alpinismo se ignoraba, pero flojas marchas las de nuestros tercios, y apenas si les sobraba coraje á los soldados españoles para desalojar de sus posiciones al enemigo, gateando monte arriba, aunque fuese por el filo de un cuchillo ó por las mismas nubes!

En suma, el *sport* es una moda á que sólo rinden tributo los muy desocupados, los millonarios, ó los que viven como si lo fuesen. Cuando se verifiquen en Madrid carreras de caballos, trataré de describir el frío, el aburrimiento que en ellas se respira. Será un cuadro de tintas grises, donde sólo se destaquen los colores crudos del traje de los *jockeys*. No he visto diversión que menos divierta, ni que le sea más indiferente á la multitud. Todo el regocijo de los toros es en las carreras incuria y caimiento. España no se ha enterado del *sport* hípico. En cuanto al alpinismo, los que subimos á las montañas no más que por el gusto de subir y de respirar aire purísimo, constituímos una excepción algo tildada de extravagancia. Por lo que hace al *tennis* y al *foot ball*, quien los ha visto jugar en Inglaterra no los conocerá en España. Se diferencian como un vals de un *minuet* empolvado y encasacanado, ó como un fandango de un entierro. Aquí falta el *entraînement*.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Que en España no hay *sportmen* al estilo inglés, ó por lo menos sigue habiendo los que hubo desde el año de la nanita; los buenos acosadores de osos, los corredores de liebres, los jinetes gallardos, los diestros y firmes honderos, de quienes procede el *pelotari*... La exactitud de mi afirmación se demuestra con sólo reparar cómo y á quiénes dan los diarios ese nombre de *sportmen*, que muchas veces desfiguran grotescamente y usan en plural cuando debe ser en singular, de suerte que leemos párrafos del tenor siguiente: «Ayer han contraído matrimonio en la capilla del Desengaño la bellísima señorita de Angullez y el conocido «*sporment*» vizconde de la Riendalarga. Deseámosles una eterna luna...» y lo que sigue ¡El nombre es tan peregrino aquí como la entidad á que se aplica! Crean ustedes, apenas hayan fijado los ojos en el párrafo relativo al consabido desposorio, que ni el novio es *sportman* ni es cosa alguna, y que por no saber qué calificativo soltarle le han soltado ese.

Sí; por regla general, de cien casos en noventa y nueve, cuando hay que llamarle *sportman* á un hombre, es que no se le puede llamar ninguna otra cosa de este mundo. Si yo perteneciese al sexo que desempeña todos los cargos, puestos y oficios, me enfurecería con quien me dijese *sportman*, que sería tanto como decirme en buenas palabras ocioso, vago de real orden, socio honorario del Inútil Club, y excrecencia ó berruga social. Al poner á alguno de *sportman*, en la mente del periodista se ha enlazado esta serie de razonamientos: «Tenemos á un *punto* que ni lee, ni escribe, ni esculpe, ni labra la tierra, ni lleva la contabilidad de una casa, ni siquiera tornea de afición... ¿Qué diablos le pondré? El *acaudalado*... No, porque consta que no tiene un real partido por medio. El *inteligente*... No, porque se reirían hasta los guardacantones. El *simpático*... Suena mal la palabreja. ¡Idea salvadora! Creo haberle visto una vez en las carreras de caballos y otra en la contrabarrera de la Plaza... Además lleva las levitas bien cortadas y á la última... Hágote *sportman*.»

Este raciocinio por exclusión es sin género de duda el que dió origen á que aparezca entre nosotros la casta nueva de los *esportmen*, que podrá, vista de muy lejos, desde Inglaterra, pongo por caso, hacer cierta ilusión, y figurar que el britanismo ha cundido y puesto su silla en España.

A pesar de que creo que el *sportman*, hoy por hoy, es algo como un ente de razón entre nosotros, no he de negar que existen, en corto número, eso sí, los *hombres de caballo* y hasta los *hombres de cuadra*. Hay en Madrid quien no vive ni respira sino para sus coches, troncos, caballerizas y guadarnés. El año se les va á estos pocos en meditar cómo sacarán, en las próximas carreras, el más lucido tren, el *mail* más nuevo, las libreas más genuinas. Todo cuanto se oye por ahí de lo que varían sus atavíos las mujeres, es flor de cantueso para lo inconstante de la moda en caballos y coches. Una hebilla diferente, un botón plano ó redondo, un resorte más ó menos, son delitos de lesa moda en esto de carrocería. Trenes que á primera vista nos parecen magníficos á los profanos, están para los inteligentes muy anticuados y feos, y reconozco con humildad que me puse colorada de haber elogiado una (á mi entender) preciosa carretela á la gran Daumont, con sus bonitas libreas de raso y sus blancos peluquines, cuando vi la suma de solecismos y de errores que había en la tal carretela, según el parecer de los peritos y maestros en tan arduo asunto.

¡Guarte sobre todo, si no sois profesores, con alabar á los caballos! Un caballo de lujo es como una mujer hermosa: que por hermosa que la supongáis, ha de tener, á la fuerza, alguna falta, sobra, maca ó tacha esencial, si ya no es que tiene una docena. Si se os ocurre decir primores de un caballo y no añadir que hay este pero y aquella manzana, ya os habéis caído del pedestal. Además, un caballo de lujo es (también como una mujer extremadamente bella) objeto delicado, frágil, que demanda cuidados exquisitos. El dueño de un tronco de mérito y precio no puede usarlo sino para ir por ciertas calles, siempre las mismas, con un itinerario fijo como el de la procesión del Corpus, sorteando ciertas cuestas, evitando la mayor parte de las calles, observando de qué lado sopla más fuerte el Guadarrama, para que los nobles animales no expongan á él su pecho húmedo de sudor. Para los usos y necesidades de la vida, las tiendas, el club, las casas de los amigos, el teatro, etc., hay otros troncos, de resistencia y utilidad. Estos tan estimados sólo son de aparato y respeto, como las camas de *parade*, pues se les mira lo mismo que si fuesen los bridones que Júpiter uncía á su carro, y

> ...cuyas crines
> oro resplandeciente parecían,
> y daro bronce el casco sonoroso:

ó más bien aquellos otros por siempre memorables, que guiaba Automedonte, cochero de Aquiles,

> ...Janto y Balio
> que en correr á los vientos igualaban,
> del Céfiro nacidos y la Harpía
> Podarga, que del mar en la ribera
> pacía descuidada, cuando vista
> por el Céfiro fué...

¡Ah! Los sacros caballos de la *Iliada* servían para ganar batallas...

De plata y diamantes herraríamos ahora á los bridones que nos prestasen igual servicio, en vez de lucirse dando un paseíto por determinada acera de determinada calle de Madrid.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EX MOMO

De todos los dioses para quienes ha llegado la hora del crepúsculo, el más decaído, el más envuelto en sombras y cendales de melancolía es precisamente el que, según la opinión vulgar, representa el regocijo frenético y desatado: ese pobrete de Momo, patrono de los Carnavales.

Y digo «según la opinión vulgar» porque si apuramos la materia, Momo no fué un numen carnavalesco hasta que falseando su carácter y colgándole milagros que nunca realizó, poniéndole en las manos atributos que la antigüedad desconocía (como la cabecita de muñeco rodeada de cascabeles é hincada en un palo) la Edad Media, que fué la época más carnavalesca que ha existido, hizo de Momo un diablillo burlón, reidor y travieso. ¡De Momo, que no tenía nada de alegre, expansivo y bullidor, sino mucho de irónico y amargo! ¡De Momo, autor de aquella frase terrible acerca de la ventanilla que debieran llevar en el pecho los hombres, para que se viese lo que guardan en su corazón!

Ni aun por su abolengo pudo ser Momo patrón del Carnaval. A pesar de la copla del villancico, que hace sinónimo de vigilia la Nochebuena, el Carnaval es el tiempo en que menos y peor se suele dormir, y Momo, que nació de la amorosa unión del Sueño y de la Noche, vendría á ser, si patrocinase las Carnestolendas, el dios del desvelo y de los trasnochadores incorregibles.

Bien interpretado, Momo es el dios de la crítica, del análisis y del desengaño triste, por consecuencia. Los pueblos donde cada año, el jueves antes de Carnestolendas se sale con gran aparato de mojiganga á recibir á Momo, confunden las especies; pero están en lo cierto al festejar la venida de unas cuantas horas de goce y alboroto; de olvido de este vivir que, según Shakespeare, no es más que «un cuento sin sentido, narrado por un idiota.»

Ya sé que me aparto de la opinión común al deplorar que el barullo carnavalesco disminuya constantemente, hasta el punto de haber llegado á no notarse; de que los tres días de *Antruejo* sean idénticos ó punto menos á los otros trescientos sesenta y dos del año. La opinión general es desfavorable á esta costumbre, «residuo de las bacanales y saturnales,» como dice severamente alguno de sus acérrimos impugnadores. A mí todas las costumbres tradicionales me gustan, en el hecho de serlo. Dan variedad al año; cortan la monótona sucesión de las semanas y los meses; señalan fecha; esmaltan y varían los recuerdos. Hasta las golosinas clásicas del Carnaval echo de menos, porque aun cuando no regalan el paladar más de lo que lo regalaría cualquier otro manjar *sin día fijo*, ¡hay tantas reminiscencias en cada uno de esos frutos de sartén!.. Los mismos hierros y moldes con que se confeccionaban y preparaban las *orejas de fraile*, las rosas, los pestiños, las estrellas y otras chucherías agradables, tienen en su aspecto algo que habla de alegrías desvanecidas, de expansiones juveniles, del tiempo en que, confundidos entre la multitud gozosa y desocupada, también nosotros salíamos á ver la comitiva de S. M. el rey Momo, las altas carrozas tiradas por fogosos caballos ó por bueyes pacienzudos, cuyos testuces coronaban guirnaldas de hiedra y floripones de papel de plata...

Este climatérico año tienen un arma nueva los que combaten al Carnaval: la guerra, el malestar, la alarma, las tribulaciones de toda especie que cargan sobre nosotros. Hay muchos votos á favor de la supresión completa del Carnaval, de la prohibición de toda máscara, sea alegre ó pensativa (que también de esta clase existen, y no pocas). ¿Qué más? El gobierno ha reprimido, desde los primeros instantes, una de las inocentes expansiones de la malicia y de la sátira popular. En los barrios bajos, las mujeres, con esa viveza y esa espontaneidad que parecen vinculadas al pueblo madrileño, habían armado su pelele de cara negra, su mulato Maceo, para mantearlo. ¿Habrá quien extrañe esta vindicta?, ¿habrá quien censure á las mujeres de Madrid por querer mantear en efigie á Maceo? Juego á la vez más infantil y más patriótico dudo que se le ocurriese á ninguna española castiza, desde los tiempos en que las gaditanas hacían tirabuzones con las bombas francesas. Alguna de esas mujeres que se disponían á hacer brincar en la manta al feroz mulato, tal vez tenga en Cuba al hijo de su alma, al hermano querido, al dulce novio, al compadre, al amigote. . ¿Cuándo pudo ella imaginarse que la ley, que el orden público – respetables entidades que no se oponen á que diariamente se nos satirice á tantos que no hemos declarado la guerra á España – tuviesen algo que objetar á que en un día de Carnestolendas salte por los aires un pelele con un trapo negro por la cara, dando á los madrileños el gustazo de ser, ellos también, por media hora, salvadores de la patria y azote de sus enemigos?

Esta diversión y farándula del *pelele* es lo más neto de nuestras costumbres carnavalescas. Ha inspirado á Goya uno de sus primorosos cartones de tapiz. Trae á la memoria, sin que para ello se necesite echar mano de gran dosis de erudición, aquellas donosas escenas de la venta, en el *Quijote*, y vemos á Sancho por los aires, mientras su señor le mira compadecido desde las bardas del corral. Madrid ha manteado siempre á los enemigos de la patria, y José Napoleón, con su fantástico ojo tuerto, salió lo mismo que una pelota en la pradera matritense, empujado por las manos callosas de las alegres comadres de los barrios. No atino por qué no las dejan ahora desahogar su enojo contra el mulato en esa humorística forma. Hay prohibiciones que no se explican. Si en otro muñeco de los que confeccionaron para su solaz las de los barrios bajos se creyó ver una figura respetable, en caricatura también y también destinada á sufrir la manteadura, ¿por qué no *distinguieron* los agentes del orden?

No faltan doctores á quienes preocupa la mortal enfermedad de Momo. Se desea restaurar el Carnaval; pero un Carnaval decentito, gracioso, cortesano – un Carnaval á *l'usage des demoiselles*. – Se quiere que, en días señalados de antemano por el ayuntamiento, y previo el pago de impuestos que el mismo ayuntamiento señale y recoja y que se destinen á obras caritativas, la gente, disfrazada con elegancia y en bien adornadas carrozas ó en caballos de linda estampa, baje al Retiro, provista de *bouquets*, de violetas y cucuruchitos de finos confites, para arrojarlos, sin quitarse los guantes, á los conocidos y á los contertulios. Afuera los mascarones del polvo, los zaparrastrosos que se envuelven en una colcha de percal rameado desteñida por el uso ó en una zalea de piel de oveja tiñosa; afuera las alusiones políticas demasiado agudas, las caretas ministeriales, las comparsas donde se representa el triste estado del ejército español al través de la salvaje manigua... Un Carnaval correcto es el ideal que persigue el ayuntamiento de Madrid.

¡Ideal inasequible! Porque un Carnaval de ese género no sería Carnaval, sino Cuaresma. El Carnaval es, por su esencia misma, insensatez, desorden y voluntaria infracción de todas las reglas sociales... Es el momento en que el capricho, la espontaneidad, la mofa, la ironía despreciadora de etiquetas y formulismos, se abren paso, rompiendo la valla que les oponen, durante el resto del año, las conveniencias y los miramientos. Carnaval sin locura, no se concibe. Tampoco cae bien un Carnaval aristocrático solo: el Carnaval es una institución democrática. Hay países en que mientras dura el Carnaval, los amos son criados, los criados amos. La misma dura esclavitud romana se ablandaba y se quebrantaban sus hierros en las fiestas saturnales. El mascarón asqueroso y trapajiento tiene el mismo derecho á la vida que el pulcrísimo *incroyable* de calzón de seda verde y dijes de diamantes colgando del chaleco amarillo bordado con plata... Digo más. La alegría carnavalesca, la desatada alegría de los secuaces de Momo, no es compatible con la rigurosa separación de clases que hoy se pretende. Recuérdanme estos conatos de clasificación jerárquica en la calle, el famoso cuento del rey á quien sus nobles pidieron que les acotase un paseo público á fin de que no pudiese mezclarse con ellos el pueblo. «Así lo haré – respondió el soberano: – sólo siento que, establecido el sistema de que cada cual pasee con sus iguales, voy á aburrirme de muerte, pues tendré que andar siempre solo.»

Venecia, el Estado más aristocrático entre cuantos la historia registra, era la ciudad de más bullicioso Carnaval, porque justamente en esos días de delirio fraternizaban las clases. En Madrid, si hoy se quieren implantar las modas de las batallas de flores y de la lluvia de *confetti*, sería preciso traerse también el incomparable clima de ciertas regiones italianas. Venecia, en febrero, goza una primavera esplendorosa. Niza, en enero, se adueña á la luz de la luna, al tibio soplo del aire, entre las olas azules del Mediterráneo. Hay espectáculos, hay festejos que son condicionados por el clima, y en que el gasto principal lo hacen el sol y la naturaleza próvidas. Madrid, que es frío hasta primeros de mayo, y que ahora ha dado en la gracia de ser lluvioso cuando menos se piensa, no sirve para cierta clase de festejos, que además no están asimilados á nuestras costumbres. El año pasado, el conde de Romanones lidió como un héroe para que el Carnaval en el Retiro fuese escogido y animado, sin espantajos ni carátulas horribles, ni mugre, ni hedor de vinazo tabernario. Una selección carnavalesca á toda ley. Pero el conde se olvidó de la meteorología. El cielo, radiante y puro la semana anterior, empezó á obscurecerse, y precisamente el día señalado para la función, cuando ya estaban engalanadas las carrozas, festoneados de flores los paramentos de los caballos y las máscaras de la *high life* femenina abrochándose el último botón del guante claro y apretando los cordones del inmenso *ridículo* atestado de golosinas y de grajeas, empezaron á gotear las nubes y el suelo á convertirse en barro... La gente salió: ¿no había de salir? Comprado ya el permiso para andar por el centro del paseo; hecho todo el gasto y sufrido todo el trabajo; atadas las gomas de la careta..., ¿quién se queda en casa? Pero os aseguro que valor más alto no lo han conocido los siglos. Es increíble que no atrapasen la reina de las pulmonías. Desde un balcón, al abrigo, cerca de la chimenea y no lejos de la bienhechora taza de té, cuyo calorcillo nos ha de volver al cuerpo el alma, vi pasar á los náufragos – no otra cosa parecían. – En una carroza vestida de percalina rosa, iban unas cuantas señoras, de lo más *cremoso*, según fama. Sus trajes, gentil capricho, de percalina rosa también, con enormes capotas directorio, hubieran sido una delicia al sol, al picante sol madrileño, el de los días apacibles, el *berruejazo platero de las cumbres*. Pero empapados en agua, salpicados de cieno, hechos un pingo húmedo, daban lástima y despertaban la idea de muchos catarros, infinitas fluxiones y variedad de reumatismos articulares.

Otra decadencia de Momo son los bailes de máscaras. También en esto han entrado juntas la selección y la desanimación. Hace diez ó doce años, á los bailes del Real concurrían, de tapadillo, damas distinguidas. Se envolvían en el negro capuchón ó se arrebozaban en el rico pañuelo de Manila; pedían el brazo á un caballero de su familia ó de su intimidad, daban una vuelta por el salón ó se refugiaban en el palco; á las dos cenaban, deleitándose en la novedad del caso y en el picantillo del tapujo, y á las tres y media, su coche las llevaba á casa otra vez. Hoy las mujeres que asisten á los bailes de máscara son de lo más ínfimo, socialmente hablando. Entre la misma clase media se ha perdido la costumbre de *dar una vuelta* y *embromar*. El baile de Escritores y Artistas ha sido desbancado por el del Círculo de Bellas Artes, que atrae con el señuelo de las panderetas y los abanicos, donde ponen su firma grandes pintores; así y todo, creo que del baile del Círculo se puede asegurar lo que de los restantes; el mujerío es fatal.

Y los hombres, al convencerse de esta fatalidad, desertan. La única esperanza que no deben perder los empresarios, es que los hombres no se convencen nunca. Su ilusión es tenaz; es una planta que se arranca y renace. Aunque en conversación reconocen que ya no concurren á los bailes del Real mujeres que merezcan la pena de vestirse un frac para ir á verlas, en el fondo del alma acarician el sueño de que irá *alguna*, una señora honrada, guapa y curiosa, que perdida en aquel maremágnum y buscando quien la ampare, se tropezará precisamente con *él* y de aquí resultará una aventura tan deliciosa como poética, un idilio novelesco, sazonado con Champagne y Manzanilla. Si los hombres creyesen sinceramente que al baile sólo van mujeres de esas que se las pueden encontrar con la cara descubierta todos los días, y de las cuales escapan haciendo la cruz; si viesen persuadidos de que la suerte que les puede caer en llevar del brazo á su planchadora, ó á la mujer de su ayuda de cámara, ¡del diablo si iban al Real en tales noches! Preguntadles al día siguiente por las mascaritas que les dieron cordelejo y cenaron á su cuenta, y veréis cómo tratan de dejar asentado que eran todas unas señoras y que no olían á ajo ni á chotuno, sino á lila blanca y *nero mezon hay*...

Decidles entonces que si de acercarse á mujeres finas se trata, esas mujeres finas se encuentran en otros salones á docenas, no habiendo para qué darles caza en el Real, entre dominós y bullanga. Y veréis cómo el sencillo remedio no les gusta, porque... el intringulis consiste en el misterio, en la caza, en los ardides de guerra .. El caso es buscar, como dirá Cervantes, cotufas en el golfo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿EXISTE LA CUARESMA?

Podrá parecer caprichosa la pregunta, y no faltará quien se extrañe al leerla. Prosigan la lectura, y la extrañeza cesará. Yo no pregunto (se comprende) si hay ó no hay cuarenta días del año oficialmente destinados al recogimiento, á la represión de los apetitos y á la observancia especial de ciertos preceptos de la Iglesia. Esos días se encuentran consignados en el calendario; pero esos días son una de tantas *letras muertas* como podríamos descubrir en nuestras costumbres y en nuestro modo de ser moral. Acaso en provincia la Cuaresma existe aún. En Madrid no la veo, no la siento.

Empecemos por el principio, y consignemos lo que es en la corte el austero Miércoles de Ceniza. Un día idéntico al Domingo, Lunes y Martes de Carnestolendas. Digo mal: en las clases populares, mejor se jalea con meriendas, borracheras y juerga tendida el miércoles, que los días anteriores. Ahí están la pradera del Canal y el clásico entierro de la sardina, que no me dejarán mentir. Antaño, las clases acomodadas y pudientes guardaban el miércoles con sumo respeto. La noche del martes ya no se consideraba válida para fiestas ni saraos, porque desde que el reloj marcaba las doce era obligación estricta (y sigue siéndolo, por supuesto) el ayuno. Hoy el martes se aprovecha, estrujando hasta la última gota el vaclo limón del placer, y el miércoles permanece la afluencia de máscaras que bajan al Prado y á Recoletos, la de coches que forman la fila, la de trenes que circulan por el centro del paseo provistos de la costosa licencia municipal ó autorizados por los galones oficiales de cocheros ó lacayos. Aturde el miércoles las calles de la villa la carnavalesca algarabía de voces contrahechas; cae al arroyo la misma lluvia multicolor de *confetti*; rasgan el aire las espirales azules, coloradas, amarillas; la multitud circula con alborozo, tomando el sol, en vez de la ceniza que nos recuerda la vanidad de las cosas humanas y la hora inevitable, ignorada y terrible...

Empieza, pues, la Cuaresma á ser burlada y desdeñada en su origen y fuente, que es el día del *memento* y de la reflexión, preparadora de la contrición y la penitencia. Pasado el miércoles, creeríais tal vez que recobra sus fueros la meditación y el arrepentimiento de los pecados, si no viesels anunciados por todas partes los bailes de Piñata del primer domingo cuaresmal. Observad como los fieles tienen en tan poco los mandatos de la Iglesia, que ni aun se verifican los bailes de Piñata en la noche del sábado, lo cual ahorraría la infracción del ayuno, pues cuando se pasase al *buffet* ya sería domingo, sino el domingo mismo, que viene á ser el lunes. También en este día de la Piñata veréis las calles animadas por el bullicio de las máscaras; volverá el antifaz á cubrir los rostros, correrá el champagne en las cenas, y la pálida Cuaresma se velará la faz con los crespones de su eterna melancolía.

¡El ayuno! El ayuno es, de todos los preceptos, el más desatendido, si bien no le va en zaga la vigilia con abstinencia. Fijad los ojos en cualquier periódico y reparad cómo combinan sus *menus* las fondas y casas de comer, presentando á las ostras estrechamente enlazadas con las perdices y á las langostas dando el brazo á los capones. Entrad en las casas y sorprended las intimidades de la vida de familia: hallaréis que el viernes perseveran las chuletas y el cocido: apenas si los días más señalados de la Semana Santa se come de vigilia. Recorred las pequeñas *tabrds* escogidas, y en muchas encontraréis la tetera y la *bouillotte* flanqueadas por los lindos platos de Sajonia cargados de pastas, de emparedados y de frutadillas. Preguntad á la gente por qué no ayuna, y aunque pocos españoles y ninguna española os responderán que porque no les da la gana, cada cual alegará su pretexto y su disculpa. El uno por joven, por viejo el otro; ésta por anémica, aquélla por nerviosa, la de más allá porque sufrió la *grippe* el año pasado..., ello es que los ayunadores escasean más que los zahories. Y qué, si sacásemos á relucir los secretos de las grandes cocinas, y se divulgase que los cocineros echan substancia de carne y medula de buey á las sopas de vigilia, y picadillo finísimo de jamón á los pasteles de anchoas, logrando así que los convidados salgan bendiciéndole y repitiendo con el más delicioso candor: «¿Ha visto usted qué comida de pescado? Mantiene lo mismo que una de carne. ¡Lo que pueden la habilidad y la ciencia de un buen *cordon bleu*!»

No sólo no se ayuna, sino que casi nadie sabe en qué consiste el ayuno y cómo se guarda.

Consultad la estadística y ella os enterará de que se expenden cada año menos bulas de la Santa Cruzada y de carne. Este dato será doloroso, pero es exactísimo, y prueba que la Cuaresma, como dije, se evapora, se disipa, desaparece de las costumbres de este país tan católico y también ¡ay! tan mal hablado, tan horriblemente blasfemo.

No se tome á paradojas la Cuaresma decae..., por lo mismo que decayó el Carnaval. Los dos eternos enemigos, los irreconciliables, los antagonistas, se han atravesado mutuamente y agonizan juntos. La indiferencia hacia las tradiciones, que es como el olvido de la personalidad, como la pérdida de la fisonomía, como la sumersión en el mar de la indiferencia, cuyas olas se lo tragan todo y borran hasta los vestigios de lo que fué: he aquí el mal que consume á la Cuaresma. Vamos caminando á que el año sea todo igual, monótono, sin esas graciosas interrupciones que tienen en el fondo alto sentido, que son filosofía simbolizada en prácticas populares. Cada fiesta, cada conmemoración de la Iglesia encierra enseñanzas, y el año litúrgico, bien seguido, bien estudiado, sería como una historia del alma humana y de su redención y glorificación.

Ahora se acerca el período en que la Iglesia despliega más grandeza en sus ceremonias y en sus solemnidades. La bendición de los santos óleos; la reconciliación de los penitentes; el Lavatorio, que hace la apoteosis de la suprema humildad; el pavoroso oficio de Tinieblas, que sobrecoge el ánimo; la tierna y reverente Adoración de la Cruz; los sublimes Improperios; la bendición del fuego nuevo y del incienso; el cirio Pascual; la bendición del agua bautismal, son otras tantas estrofas del largo himno de dolor y esperanza que empieza en la imposición de la Ceniza y concluye con el *Aleluya* victorioso de Sábado Santo. Nunca la devoción y la oración parecen más fáciles y gratas que en este tiempo en que el invierno se despide y aún no se atreve á desplegar sus galas la primavera. Nunca está más cerca de nosotros el Salvador, el Héroe cuya gesta divina refieren esas conmovedoras páginas litúrgicas. Sin embargo, ¡cómo se le olvida! ¡Qué lejos del corazón se le lleva!

No negaré que aún quedan casas donde se observa al pie de la letra la disciplina cuadragesimal. En provincia, sobre todo, se ayuna y se guardan las vigilias estrictamente. Si evoco las memorias de mi niñez, recuerdo que el ver infringidos los preceptos de la vigilia y del ayuno era caso punto menos que inaudito en aquel medio ambiente sosegado de capital provinciana. A este propósito referiré un suceddido que demuestra hasta qué punto parecían inverosímiles las infracciones. Existía en mi pueblo natal una Asociación benéfica de damas, fundada y presidida por la condesa de Espoz y Mina y de que formaba parte mi madre. El día de Jueves Santo, durante los Oficios, dos señoras ricamente vestidas de negro pedían para los pobres en la iglesia, teniendo á uno y otro lado á dos niñas asiladas, de las que amparaba la Asociación; y era inveterada costumbre que al salir del petitorio, las niñas se quedasen á almorzar en casa de una de las señoras, antes de retirarse al asilo. Cuando nos tocó el turno de convidar á las niñas, sirvióse en la mesa lamprea, ese admirable pez-sierpe de nuestros mares del Norte, que debe de vencer en sabor y en firmeza á sus celebrados congéneres del lago Fúsaro. Las criaturas - á las cuales me parece estar viendo con su traje de indiana azul y su mantillita blanca de tieso lino – encontraron exquisita la lamprea, y se les dió, para la merienda, en un cesto, lo que había sobrado, con muchos dulces y golosinas. De vuelta al Asilo, alabaron la sabrosa comida, y al preguntarles las Hermanas de la Caridad en qué había consistido, dijeron que, sobre todo, en un gustosísimo plato de carne. ¡Hermanas que tal oyeron! ¡Carne en Jueves Santo! Dejo á la consideración del lector los extremos de asombro y de reprobación que hicieron, el pasmo de unas, la incredulidad de otras; y el caso no era para menos. Por último, una de las niñas debió de añadir: «Y ahí traemos las sobras, madre.» Cortieron al cesto las buenas Hermanas, y no sin gran consuelo descubrieron el cuerpo del delito, la lamprea... que sirvió en tal ocasión para vindicar á mi familia de una nota infamante. El magnífico pez es de tan recia y poderosa comida, que se explica el error de las pobrecillas, las cuales no lo habían probado jamás, ni sabían que existiese.

En Madrid no he visto lampreas. Es preciso reconocer que los rigores de este tiempo penitente son más llevaderos en mis costas que por acá. La lista de una comida de vigilia, no sólo es fácil, sino golosa, en esas tierras del Noroeste, donde el mar cría y sazona tan delicados manjares. En el país gallego, el marisco ofrece variedad increíble, y son tan numerosos los géneros de pescado blanco y azul, que se considera habilidad en una buena ama de casa el conocerlos por sus nombres y saber escogerlos y diferenciarlos. Aunque sólo existiese la sardina, con el gusto que tiene al salir de las olas, sería llevadera la Cuaresma. La sardina no es viajera: quiere, según el dicho popular, que se oiga desde el puerto donde la redaron el chirrido de la sartén en que la fríen; á la corte llega la sardina denegrida, acardenalada, sin la gentil curvatura que guarda su plateado cuerpo mientras está fresca y sólida la carne; y los madrileños ignorarán siempre lo que es una sardina, si no van á catarla á las orillas del Cantábrico. Las reciben en descomposición. Al paladar de los que hemos nacido en la playa no cabe que se le engañe ni con sardinas de tres días, ni con ostras de cuatro ó seis.

En Madrid, el seco bacalao, las ascéticas lentejas y el garbanzo disfrazado con verde capuchón de perejil en potaje son los recursos de la inmensa mayoría de los que aún acatan los preceptos. Las colaciones constituyen un problema de economía doméstica. Patatas, alcachofas, berenjenas, judías, se empeñan en remedar á otros manjares más nutritivos, y se rebozan y se rellenan para fingir que no son verduras, algo semejante á lo que manducaban los primitivos anacoretas, á quienes debemos recordar para no sentir tanto las leves mortificaciones del estómago. No deja de haber poesía en lo que se refiere de San Pablo, el eremita, que vivió sesenta años en una gruta que tenía á la entrada una fuente y una palmera, con cuyos dátiles se mantuvo el santo todo ese tiempo, y lo que consta de San Macario, que más sobrio todavía, se contentaba con tomar para su sustento, los domingos, alguna hoja de legumbre cruda. Hay un rasgo encantador, referido en la *Vida de Santa Paula*, y que él solo pinta la rigurosa penitencia de aquellos ascetas. Pasó por el desierto un viajero compasivo, y dejó á San Macario, en ofrenda, un tentador racimo de uvas tempranas. Aunque atormentado el santo por el hambre y por la sed, desecada la lengua en la ardorosa boca, ofreció el racimo al solitario de la celda más cercana. Éste lo llevó al inmediato, y así sucesivamente el racimo fué dando vuelta á las celdas, que pasaban de ciento, y volvió intacto á San Macario, quien lo gustó por fin bendiciendo á Dios.

¿No es cierto que la anécdota trasciende como una violeta silvestre, y convida á reprimir los ímpetus de la gula, que de tal manera avasallan al siglo en sus postrimerías? Esta excesiva preponderancia de la materia en los últimos años del siglo, si la consideramos bien, produce impresión de fatiga y repugnancia. El precepto del ayuno, cuya utilidad higiénica nadie desconoce, pues está de acuerdo con lo que sabemos del influjo de la estación germinal en el organismo, es también higiénico para el alma. Aprender á privarse de un goce ó de un capricho sin interés egoísta, sin que á ello incite el consejo del médico, sino el recuerdo de que allá hace cerca de dos mil años, en Palestina, el Nazareno pasó cuarenta días sin probar alimentos, en la cima de una montaña, es un rasgo de espiritualidad, de finura, que no exige valor heroico, que sólo pide cierto dominio (muy conveniente) de la voluntad sobre este regalón Sancho Panza que se llama el cuerpo.

Por eso duele ver cómo se evapora la Cuaresma; por eso aflige el que desaparezcan también, al par de las costumbres que, como el Carnaval, son sospechosas de paganismo, las que proceden esencialmente del Cristianismo y encierran, bajo la corteza de un precepto escueto y categórico, la pulpa de una lección. En esta época del año en que el culto ofrece tan tiernos y dramáticos detalles, todo es misterio, todo expresa cosas inefables, enlazadas con el momento más glorioso de la Redención. Si no imitamos á los cristianos de Oriente, que no comen en tres días, no queramos tampoco parecernos á los irracionales, que no son capaces de ayunar.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GUERRA Y PAZ

«Este siglo concluirá entre gran estrépito de armas,» me decía un francés de esos que sueñan todas las noches con *el desquite*, y á quien exaltaban y sacaban de quicio mis ditirambos y cánticos á la paz universal. Ahora conozco que tenía razón sobrada el francés. Adondequiera que convirtamos la mirada, sólo encontraremos

«muertes, asolamientos, fieros males.»

El furibundo Marte se ha apoderado del planeta y lo recorre en su carro sanguinoso, hollando cuerpos humanos, reventando pechos y magullando cabezas. No se oye hablar más que de encuentros, acciones, desastres y rotas; no se discuten más que tesis de derecho internacional; no se evocan más que recuerdos de conflictos entre potencias; no se fabrican más que fusiles, cañones, balas, cartuchos, placas de blindaje y material de sanidad; y el hombre providencial, el esperado y deseado, el que no tendría sino pegar un brinco para colocarse en el pedestal de mármol y oro que está aguardando por la estatua, será el gran capitán, el vencedor, el Napoleón, si pudiese aparecer. Vivimos con la obsesión de la lucha; la fiebre patriótica, respirada en el aire, nos contagia y nos incendia las venas; y el resonar de los himnos y el estruendo de las aclamaciones asorda el aire y nos embriaga como embriagaba al sentenciado á muerte en cruz la *posca*, el amargo brebaje que le impedía pensar en el sufrimiento y en el aniquilamiento inmediato...

Y sin embargo, en este mismo instante, cuando nos aturden las descargas y nos alumbra siniestramente el incendio, en Europa continúa la altiva y creciente propaganda antibélica. En Inglaterra se multiplican las asociaciones pacificadoras; en Francia misma, á pesar del escozor de recientes agravios, el impulso de la opinión es tan favorable á la paz, que hasta los periódicos militares protestan de los nuevos inventos destructores y mortíferos, de las máquinas de matar. En Italia, país entregado al militarismo – nos lo dice el presidente de la Sociedad de Arbitraje, – las Ligas para la pacificación son tan numerosas como potentes. Otro tanto cabe afirmar de Bélgica y de Holanda. En cuanto á los países escandinavos, Dinamarca, Suecia y Noruega, esos pertenecen en absoluto á la causa de la paz y del arbitraje. Y noticia más sorprendente aún: Alemania, la militar Alemania, donde se acogió al pronto con risa y desprecio la idea de las Ligas pacificadoras, las ha visto en pocos años cundir y prosperar, demostrando su vitalidad con *meetings*, conferencias, diarios, revistas, folletos y congresos.

En España, la idea que preside á tales Ligas, apenas tiene prosélitos: somos poco ó nada sociables; pero no vacilo en asegurar que las voluntades y las conciencias, en secreto, están todas afiliadas á la Asociación pacificadora. No escribimos ni nos reunimos clamando «paz y arbitraje;» mas nuestra conducta, desde mediados del siglo, sobre todo en estos últimos años, es la del que por convencimiento aspira á una tranquilidad reparadora, á una tregua indefinida, en que la agricultura, la industria y la hacienda nacional se fortalezcan y respiren. A nadie hemos provocado; para nadie hemos tenido sino consideraciones, respetos y buenas palabras. Hemos extremado la dulzura y la cortesía hasta con pueblos como el marroquí, que confunden la transigencia con la debilidad, y cuya diplomacia á lo salvaje se ha burlado constantemente de nuestra buena fe. Dentro de casa sólo hemos procurado curar heridas y apaciguar rencores: el rastro de ira y discordia que dejan en pos de sí las guerras civiles lo hemos borrado por medio de un generoso espíritu de cordialidad; y si se nos acusa de que sostuvimos fratricida pugna muchos años, diremos como el bastardo de Argelez á su hermano el conde:

> Soy Caín por mi delito,
> mas no por haberte odiado.

A las antillas llevamos esta misma excelente intención, este criterio de armonía, estos temperamentos de indulgencia, de *paternidad*, de concesiones hasta el límite de lo posible. Tal vez nos perdió allí el exceso de nuestra buena fe, el descuido en guarnecer, enfrenar y reducir una comarca donde latía contra la península odio implacable. Hemos padecido error al juzgar de los demás por nosotros mismos, al creer que cuando uno no quiere, dos no riñen, y al dormirnos descuidados á la orilla de ese mar caribe, fecundo en monstruos. Trabajo le mando á nuestro más encarnizado enemigo si intenta descubrir en toda nuestra historia, de veinte años acá, un solo rasgo provocativo, una sola injuria inmotivada á ningún pabellón, un solo hecho que revele el propósito de armar quimera con nadie. España ha practicado la exquisita prudencia de los espadachines viejos, á quienes su historia redime para siempre de la nota de cobardía, y que son, por lo mismo, los hombres más conciliadores.

Ya sé que en este momento, ante ofensas é injusticias notorias, ha sido reemplazada la *bonhomie* constante de nuestro proceder por una furia, un arrebato, una impulsión ciega de resistencia y hasta de ataque. España, que así pensaba en la guerra con los Estados Unidos como en las nubes de antaño, que la consideraba, en frío, una gran calamidad, en ocho días se ha planteado el problema de esa guerra, ha aceptado sus contingencias, y ha exclamado, con la vehemencia de las decisiones súbitas: ¡Adelante! – Pero si las Asociaciones pacificadoras hubiesen conseguido ya imponer su criterio al mundo; si el arbitraje fuese un hecho universal; si nadie dudase que las relaciones y deferencias de los pueblos, como las de los individuos, ó más todavía, deben resolverse por medio de la benevolencia y la justicia, y que la guerra no es un mal necesario, ¡cuán ganancioso saldría España, que tiene de su parte, en esta contienda, el derecho, la razón, la opinión y hasta el buen gusto, pues ha rehuido deslumbrarse y fanfarronerías y hasta el último instante ha querido economizar sangre y lágrimas!

La guerra, en el día, no es un problema que resuelve el valor individual, ni casi el valor colectivo. El heroísmo ha cedido su lugar á otras fuerzas. Con los agobiadores armamentos; con esa marina revestida de escamas de hierro, á guisa de dragón fantástico; con esos proyectiles que se ríen de la distancia; con la ciega potencia de los explosivos y la mecánica acción de las masas que aplastan y trituran á otras masas menores, cual la muela al trigo, de poco sirve la decisión sublime del mártir, de poco la constancia del guerrero, de poco el entusiasmo de un pueblo resuelto á vengar su honra. España podría esperarlo todo del arbitraje. Las naciones Goliat desearán el imperio de la materia y del número; las naciones David el de la equidad y del derecho. España es David. Su honda balear, su honda de pastora y guerrillera, quizás herirá en la frente al desaforado gigantón; pero ¿no preferirías que sin menoscabo del honor pudiese España seguir apacentando el ganado en los ribazos que la primavera se apresta á cubrir de verdor?

***

Hace dos días hablaba en el Ateneo D. Segismundo Moret, y su oración castiza, serena y sólo por momentos indignada, nos mostraba de relieve la enorme sinrazón, la inmensa inconsecuencia que envuelve el exabrupto de las Cámaras norteamericanas.

Para abofetearnos y para echar leña á la hoguera de Cuba, los Estados Unidos, en un día, desmienten toda su historia, pisotean la jurisprudencia que tenían establecida en esta clase de cuestiones, y proceden como el que extremando el agravio busca el choque, y no se cuida ni aun de revestir con apariencias de decoro la torcida intención y el mal deseo.

Los antecedentes que recordaba Moret son tan claros, los hechos tan elocuentes, que una vez más, al oirle, deploré que las Asociaciones pacificadoras no hayan extendido su benéfica acción hasta reinar en los acuerdos de la diplomacia de ambos mundos, y que el arbitraje no sea la solución más frecuente y admitida para reprimir codicias y sujetar apetitos. Si este pleito lo fallase un tribunal imparcial, un tribunal de varones honrados, divinamente para España.

Sabe Dios cuándo rendirán sus frutos estas Asociaciones, ó por mejor decir, el espíritu que las inspira y que se ha manifestado bellamente en muchas páginas de la literatura moderna. Aún están Europa y el mundo bajo la sugestión de las célebres palabras del mariscal Moltke, que proclamó en voz alta, en presencia de los delegados de la paz, que «la guerra es santa y es de institución divina; que es una de las sacras leyes del mundo; que alimenta en el hombre los altos y nobles sentimientos, el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y en suma le impide caer en el materialismo fangoso.» Estas afirmaciones del veterano, del gran estratégico, serían perfectamente exactas si se refiriesen á la guerra de antaño, en que la espontaneidad individual, y para decirlo de una vez, el alma, jugaba tan principal papel. Mas la guerra de hogaño aplica la ciencia á destruir, sólo á destruir, y es un problema que se resuelve con una pila de proyectiles y otra de duros – dinero y municiones, y al derecho que lo parta un rayo. – Por eso hemos perdido el gusto de las aventuras. No somos Quijotes ya, mas tampoco queremos ser Sanchos: ¡no tan calvos que se nos vean los sesos! ¡No renunciamos á defendernos, y sólo de puro patriotas nos hemos declarado sufridos y prudentes, si bien no tanto que la prudencia parezca temor y el sufrimiento poquedad de ánimo!

Por lo demás, nadie que tenga la cabeza sana deseará la guerra, otra guerra, guerra con un enemigo tan inconsiderado y tan ricachón. Nuestra hidalga casa, nuestra vieja cepa no está abonada con el guano que abriga á ese árbol yankee, que por lo aprisa que creció, por lo basto de su madera, por lo chupón y ávido de su raigambre debe de ser un *eucaliptus*, el vegetal *parvenu* ó hecho aprisa. Donde plantéis un *eucaliptus* crecerá á escape, lo secará todo, y se propagará cubriendo y absorbiendo el terreno completamente. ¡Ay de la planta que tenga la desgracia de nacer próxima al tragantón *eucaliptus*! Si Cuba no estuviese cercuita, ¿qué les importaría á esos positivistas de las relaciones internacionales que Cuba ardiera por los cuatro costados?

La cosa no es para que nos pongamos á bailar, ni para que disparemos cohetes; pero tampoco nos aturrulla. No neguemos que estamos en un bache; pero es admirable que se hayan aceptado estas circunstancias con tal presencia de ánimo, con tan sencilla y modesta fortaleza, sin pánico pueril, sin alardes intempestivos. El gobierno, el país, están dentro de su papel. El primero, haciendo lo posible por no agravar el conflicto, se prepara y arbitra medios de resistencia, que llegado el caso nos permitan arrostrar el lance; el país, efervescente, vehemente, nervioso, se agita, como diciendo: «Aquí estoy, y estoy dispuesto.»

No permita el dios de los ejércitos que nos veamos envueltos en dos guerras. Con la que nos aflige bastaría para que tuviésemos el alma en un hilo. Los incesantes sorteos y los reiterados envíos de tropas originan zozobra constante. ¿A quién le tocará mañana? ¿Qué nos reserva el porvenir? En estas horas, que para los más despreocupados é impávidos son de asfixia moral, no puedo menos de tener el pensamiento fijo en un rincón de mi tierra, en un recinto melancólico y grandioso, donde sólo se escucha el tañido de las campanas, la armoniosa queja del órgano y el apagado cuchicheo de los rezos. Sobre un altar resplandeciente de luces, envuelta en las nubes del incienso, se destaca una figura bizantina, la efigie de plata del Apóstol de las victorias, de nuestro numen de la Edad media, del que en su blanco bridón galopaba al través de las nubes, sobre el campo de batalla, como las legendarias valkirias, y se complacía viendo el suelo alfombrado con los cuerpos de nuestros enemigos... Y como la adversidad reanima la fe, murmuro apasionadamente: «¡Santiago, Santiago, cierra España!»

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TALÍA TRASHUMANTE

Al acercarse los días oficialmente tristes de la Pasión, hay una Musa que saca del guardarropa el *ulster*, el neceser de cuero de Rusia con chirimbolos de plata y cristal, el *plaid* escocés y la microscópica almohadita de pluma para la cabeza; y mientras la camarera cierra el gran baúl de cuero y mimbre, asómase al balcón reprimiendo á duras penas la impaciencia, el ansia de nuevos horizontes – porque esa musa tiene temperamento de ave emigrante, y como la blanquinegra golondrina, necesita otros aires, otros cielos, otra luz, – y cree escuchar ya el hondo ruido de la ovación clamorosa que la acoge y la despide, el trueno del aplauso que la arrulla mil veces mejor que la música más dulce...

Desde los tiempos de las farsas, églogas, entremeses y villancicos; desde que la carreta de las *cortes de la Muerte* ascendía por los polvorientos senderos de Castilla y de la Mancha, Talía es trashumante. Talía viaja como viajan todos los que llevan y esparcen alguna *buena nueva* de religión ó de arte, que también es una gran *religión* humana (en el sentido de unión, de asociación que tiene la palabra *religio*). La belleza literaria y la emoción dramática que paladeó en invierno la capital, en primavera la gustan las provincias, y su juicio enmienda ó confirma el de Madrid. El provinciano (¡cuántas veces me ha sucedido esto que describo ahora!), durante las largas noches del invierno, entretiene la tediosa velada leyendo los periódicos donde se reseñan los estrenos. Con la imaginación adivina el recinto iluminado, los palcos atestados, las butacas sin una mella, el paraíso hormigueando, la atmósfera vibrante, las discusiones de los entreactos y el silencio religioso del momento en que sube el telón. ¡Cómo le gustaría estar allí! ¡Qué de incertidumbres al comparar artículos con artículos, críticas con críticas, al ver que el uno ensalza lo que el otro deprime, que éste pone en las nubes la tesis por aquél declarada absurda, que mientras hay quien envuelve en bocanadas de incienso la situación culminante del segundo acto, no falta quien la eche por los suelos y la declare inverosímil, violenta y efectista! ¡Qué curiosidad intelectual suscita la discusión de una obra de arte dramático! El provinciano bien puede comprarla en la librería y leérsela á solas; pero ¿qué idea se formará así? ¿Qué es una comedia despojada de su aparato escénico, sin decoraciones, sin trajes, sin la magia del acento y del *juego* de la actriz, sin el grito de la pasión y sin el retoque gracioso de la malicia y de la risa? Eterno problema, mil veces planteado. El teatro ¿es literatura á secas, ó es literatura auxiliada imprescindiblemente por la representación, el decorado y los trajes? Yo aquí no he de apurar esta cuestión; sólo he de consignar un hecho. Y es que dramas y comedias que entusiasman al estrenarse y siguen electrizando al público mucho tiempo después, dramas y comedias que á mí misma me encantaron en el teatro, apenas me hubiesen conmovido á la lectura. Y al releer las comedias de Lope, Calderón, Moreto y Rojas (no tanto las de Alarcón y Tirso) experimento efectos muy semejantes. Hay obras de estos insignes dramaturgos, sobre todo comedias de enredo, que, respetando todo lo respetable, hoy parecen insufribles, lánguidas, hasta ñoñas. No cabe duda que á los espectadores del siglo XVII debieron de parecerles una delicia.

Volviendo á los viajes de la hermosa Talía, diré que en provincias se la suele recibir con los brazos abiertos. Hay sin embargo excepciones. Recuerdo que, en Marineda, se dió el caso de que llegasen á un tiempo, por Pascua, con sus respectivas *troupes*, la insigne Carolina Civili, el genial Rafael Calvo, y el director de una compañía acrobática, en la cual no faltaban micos amaestrados y caballos que bailaban la polca. El público desamparó por completo á la Civili y á Calvo; les dejó representar á solas *Sofronia* y *La vida es sueño*, y corrió á desternillarse de risa ante las gracias de la señorita Rubí, que era una mona, y la música excéntrica de Tonino ó Pepino, que era un payaso y tocaba playeras rascando una cazuela con un gancho de escarbar la lumbre. Y lo mejor de todo es que Marineda no es un pueblo refractario á la belleza dramática. Poco tiempo después del desaire á Calvo y la Civili, acogió hasta con devoción á Vico, á Mario, á la Mendoza Tenorio. Lo que pasa es que los pueblos son antojadizos, lunáticos, variables, igual que los individuos.

Otras veces sucede que las compañías dramáticas, al llegar á una capital de provincia, la encuentran en temporada de recato, ó de escrúpulos religiosos, ó de encogimiento de bolsillo..., y entonces la temporada se inicia desastrosamente. No es raro que el de bolsillo arañe en la conciencia y proyecte sombras y prevenga reparos y suscite una gran severidad moral. Las señoras, muy cariargas, murmuran bajito que «no pueden» abonarse, porque esas obras del repertorio francés son un horror, un abismo de impurezas y de iniquidades, y no conviene que las niñas se enteren de que en el mundo acontecen tales abominaciones y se dan tales escándalos. «Iremos, *si acaso*, cuando anuncien alguna obrita moral, ya conocida, como *La cruz del matrimonio*...» Tres meses después, á los actores que se marcharon renegando de su suerte y de tanta virtud, sustituyen otros, que se instalan en un barracón y anuncian funciones por horas, costando cada hora un real ó treinta céntimos. El repertorio de esta compañía es – naturalmente – el festivo, con muchos ribetes colorados y verdes á la orilla de la falda. Y aquellas señoras recatadísimas, que se espantaron de *Marianna*, ó de *La dama de las camelias*, van á diario á «reirse un poco» escuchando retruécanos transparentes y presenciando escenillas alegres... de la alegría más subida y fresca.

¿Quién pide lógica á las colectividades? Sería como pedir peras al olmo. ¡A fe que somos lógicos nosotros mismos! Las contradicciones menudean en nuestros juicios y en nuestras acciones, sin que nos demos cuenta de ello.

La Talía emigrante toma varios rumbos. En Barcelona funda grandes esperanzas, porque donde hay dinero y gusto no puede faltar al artista aprobación y recompensa. También confía en Sevilla, en Málaga, en la opulenta Bilbao, en las comerciales Coruña y Santander, en Valencia, donde nunca se desmienten las aficiones literarias. Estos años se va infiltrando en la dramática un elemento nuevo – no tan nuevo, sin embargo, como parece, pues ya se había indicado, verbigracia, en *La payesa de Sarria*, en *El patriarca del Turia*, y antes, en pleno romanticismo, en las escenas tan típicamente andaluzas de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. – Hablo del elemento regional, del que inspiró á Feliu y Codina *La Dolores*, *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen*. No cabe duda que este elemento ofrece recursos pintorescos y da hecho, como si dijéramos, el vestuario y el decorado. *María del Carmen*, en este punto, es un acierto. Aquella campiña inundada de sol, abrasada, clara, refulgente; aquellos trajes de las mujeres y de algunos de los hombres, trajes completamente orientales, de colores ardientes, de blancuras deslumbradoras; aquellas lentejuelas, aquellos mazos de claveles, aquellas ligeras alpargatas; aquel emparrado, aquella merienda al aire libre..., todo contribuye al efecto del argumento y da á la pasión expresada y sentida con tal vehemencia una verosimilitud *climatológica*, metiéndonos por los ojos el *medio ambiente* del asunto. El de *María del Carmen* no se comprendería si le diésemos por fondo el valle sombrío y cubierto de verdor, la iglesuela románica, y el celaje nubloso y gris de una aldea del Noroeste.

Allá va la dama que encarnó á *María del Carmen*; allá va *Sancho Ortiz*; allá va el galán que creó á *Juan José*; allá va *Doña Perfecta*, inseparable ya de la figura escueta y del tonillo meloso con que tan divinamente la caracteriza María Tubau; allá va Mario, el *Penitenciario* incomparable; allá el donoso Balaguer, allá todos los que de octubre á marzo no interrumpieron la faena de las tablas y vuelan ahora á proseguir su arduo trabajo, desparramándose por España, que ojalá les acoja amigablemente y premie sus esfuerzos...

Los que creen que la vida del actor es una serie de festivos lances y de gozosas expansiones, una vida de pájaro volando de rama en rama, ignoran que es en realidad una de las existencias más laboriosas, más sujetas al remo del trabajo, de cuantas forman la complicada mecánica social. El actor empieza su tarea por la mañana y no descansa hasta que da con su fatigado cuerpo en el lecho, á hora muy avanzada de la noche. Para él no hay días de fiesta, ni vacaciones, ni San Desestero, abogado y patrono de la pereza burocrática. Los domingos, el actor trabaja doble: á veces, entre la función de la tarde y la de la noche, sólo le queda tiempo para reparar las fuerzas con ligero tente en pie. La labor de los ensayos es realmente abrumadora: la de aprenderse los papeles de memoria no le va en zaga, pues la memoria, fresca y vivaz en los muchachos, en los adultos suele ser rehacia y dura. Hay tarde en que se ensayan sucesivamente dos ó tres obras; y mientras fuera brilla el sol y el aire primaveral refresca el alma, el actor yace sepultado en un recinto obscuro, alumbrado sólo por una candileja eléctrica, cuyo foco se pierde en las tinieblas del negro escenario y de la sala fantásticamente gris, pues no hay aspecto más raro y más triste que el de un teatro de día, apagadas las luces y desierto.

«Vivimos aquí como el minero en la mina,» me decía con gráfica exactitud un insigne actor.

Tal género de vida no parece á propósito para garantizar la longevidad, y sin embargo muchos de los más famosos y celebrados actores españoles han muerto de avanzada edad y conservado hasta los últimos años facultades para la escena. A Matilde Díez la hemos visto, con sus sesenta á cuestas, personificar *La niña boba*. Mariano Fernández era más que setentón cuando nos deleitaba con sus chistes. De Valero y su larga vida, y la vitalidad que poseyó hasta el último instante para papeles tan terribles como los del protagonista en *Luis XI*, *La carcajada* y *La aldea de San Lorenzo*, no hay para qué hablar, pues no lo habrá olvidado nadie: era ayer cuando el gran actor nos asombraba; su *Luis XI* no tenía por qué rendir el pabellón al de Novelli, con ser éste uno de los mayores triunfos del cómico italiano.

Hoy sólo él queda en Madrid representante de Talía. Va á cerrarse el Real, después de una temporada de inauditos esfuerzos y alternativas penosas, y Novelli heteda el brillante auditorio de la Opera y el de los lunes y viernes clásicos del Español. Hace pocos días he recibido un largo artículo manuscrito, cuyo fin era demostrarme que no era exacto que los españoles formemos parte de la raza latina; y á la verdad, si tal convencimiento se me impusiese, lo echarían abajo las venidas de actores italianos, portugueses y franceses, que representan aquí como en su casa. Mientras no den en acudir á distraernos los actores ingleses, noruegos, rusos, dinamarqueses, suecos y polacos, no creeré que hayamos dejado de pertenecer á la raza latina. No son únicamente los actores; es el teatro de las razas eslava, sajona y germánica el que no consigue cruzar nuestra frontera. Los ensayos de aclimatación de Ibsen han fracasado; veremos qué suerte corren Südermann y otros de su misma laya cuando les llegue la vez. Hay una especie de muro, una cortina que se interpone: nuestra alma y el alma del Norte no acaban de comprenderse. Quizás algún malicioso insinúe que lo que no comprendemos son los idiomas inglés, ruso, etc. Tendrá razón; pero todo es lo mismo, y por algo el italiano y el francés parecen más inteligibles hasta á los mismos españoles que los ignoran. No son sólo diferencias de radicales, de construcción y pronunciación las que encontraríamos en los idiomas del Norte: es que es preciso tener la garganta formada de otra manera para emitir esos sonidos que la nuestra se resiste á tolerar, que nos escorian y raspan la laringe. Al que no entienda el habla de Novelli (y rudos serán los que no la entiendan, porque Novelli articula de un modo perfecto) le hasta la música, la inflexión, el acento. La oportunidad de los aplausos demuestra que el público se entera bien.

Tan culto espectáculo empieza al mismo tiempo que las corridas de toros. De éstas, y de las lindezas que acerca de ellas nos dicen en los Estados Unidos, algo se tratará en las venideras crónicas.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ERMETE NOVELLI Y SU REPERTORIO

La primera vez que el gran comediante italiano vino á Madrid no tuve ocasión de verle. La segunda – dos años hace – fuí asidua á sus representaciones. Comenzó la temporada, por más señas, de un modo lamentable. El teatro de la Comedia, que tan alegre y pulero parece cuando lo anima una regular concurrencia, tenía aspecto de tumba así vacío, frío, mudo, con un palco ó dos ocupados y con diez ó doce personas en las butacas. Tal era la soledad que reinaba allí, que una noche – noche en que por cierto Novelli se excedió á sí mismo bordando el papel sublime del *mercader de Venecia* – vi, no sin gran terror – porque tengo la debilidad de asustarme de las alimañas, – un ratoncillo que discurría por entre las butacas, juzgándose dueño de la situación.

Eso sí: los contados entusiastas que no perdíamos función de Novelli, estábamos engreídos, envanecidos de nuestra superioridad; desdeñábamos, desde nuestra altura, á las gentes de mal gusto que no aprovechaban un espectáculo tan culto, tan artístico y tan rico en emociones y en variados goces como el que nos ofrecía Novelli. Creíamos ser una minoría asaz distinguida – y se me figura que no nos equivocábamos, ¡qué diantre! – En nuestras reducidas cuanto animosas huestes figuraba en primer término la infanta doña Isabel Francisca, apasionada de arte, una de las pocas señoras que van al teatro *á ver lo que hacen*, no *á ver quién está allí*. La duquesa de Osuna y las señoras de Beruete, Canalejas y Llorente eran fijas y constantes. Si el aspecto del teatro casi desierto podía desalentar á Novelli, la constancia y la religiosa atención de algunas espectadoras tenía para él mucho de halagüeño. Le escuchábamos con tal devoción, que el menor ruido nos parecía un atentado. En la primer representación de *Otelo*, un caballero sentado detrás de mi butaca se dedicaba, estando alzado el telón, á explicar á unas damas el argumento. Se me vino á la memoria una conocida anécdota y exclamé, en voz no muy baja: «¡Qué fastidioso de Novelli, que no me deja oir á este señor!»

Después de algunas funciones transcurridas entre la indiferencia ó más bien el desvío del público, empezó á afluir gente, y la temporada concluyó de una manera honrosa, si no lucrativa. Este año, al anunciarse el abono, cubrióse pronto la lista, y el *todo Madrid* – esos dos ó tres círculos sociales que constituyen el núcleo de las *personas conocidas* – se refugió en la Comedia, fijando los jueves para reunirse allí como se reunía en el turno segundo del Real. Las demás noches, aun cuando no es la concurrencia ni tan numerosa ni tan lucida de trapos, moños y títulos nobiliarios, no falta auditorio para Novelli. Los legítimos aficionados prefieren esas noches *sin crème*, porque en ellas saca Novelli á relucir lo selecto del repertorio, mientras los jueves sale del paso con las *farse*, los monólogos ó los comediones de brocha gorda y figurón.

* * *

Antes de decir qué pienso del repertorio de Novelli, intentaré definir la personalidad artística y las especiales aptitudes del gran comediante. A mi juicio, Novelli no es el *galán* (tipo ideal, en España, del actor, merced á las tradiciones y á las tendencias persistentes de nuestra literatura dramática). Novelli es en toda la fuerza de la palabra un *característico*. Jamás veréis que elija un papel de amor y bizarría. No esperéis que encarne á Romeo, ni á Antony. Aunque todo es fácil á su talento, hay cosas que le son inadecuadas. Los grandes triunfos de Novelli los obtiene cuando acentúa el *carácter* de una manera humorística, y mezcla la nota cómica á la alta tensión de la tragedia; cuando es á la vez aterrador y risible. Vedle en *Luis XI*, con su mano retorcida y su labio colgante, haciendo garatusas á las labradoras; vedle de *Shylock*, ceceando, sobándose la barba, arrastrando las chanclas, sucio y mugriento; vedle de *Petruccio*, baladrón y rufianesco, vestido de mamarracho, canturreando, y diréis conmigo que es, ante todo y sobre todo, el *característico*; el actor que prescindiendo de la solemnidad y la nobleza, de la poesía aparente de los papeles, busca la nota artística en ciertos rasgos que sólo el análisis puede suministrar, y sabe excitar la sensibilidad por medio de la risa, que es la nota peculiar del humorismo.

Los que seguimos atentamente el desarrollo de las facultades de este genial actor, percibimos que, sin decaer en lo dramático y lo trágico, se inclina cada vez más á lo cómico (alta comedia, claró está, y al escribir *alta comedia* no me refiero especialmente á la comedia *de levita*, sino á la comedia *muy literaria*). En *El Avaro*, de Molière, puede decirse de Novelli que alcanza la perfección suma. Hay un monólogo, *Diogene* (que es alta comedia, aun cuando sea el héroe un pobrete colillero), donde Novelli demuestra bien lo que afirmo. Mezcla de risa y lágrimas, arrancadas las lágrimas á veces por la risa: tal es la índole del talento, humano y realista, de Novelli.

Debe á la naturaleza el cómico italiano una cara *blanda*, dúctil, movible, de flexibilidad extraordinaria, y unos ojos parleros de sorprendente expresión. He conocido actores de mérito, que han luchado toda su vida con la dureza, con la inmovilidad del rostro. Actor que tenga la cara de madera, jamás dominará al público. Y hay fisonomías así, cerradas, densas, sin juego, sin luz, bellas acaso, ó nobles, ó simpáticas, pero paradas, resistentes, en que la emoción, verdadera ó fingida, no abre surco. La de Novelli es una fisonomía que representa: por eso suele arrancar entusiastas aplausos sin hablar, sin accionar; los silencios, en Novelli, valen oro. Conociendo la acción que ejerce con el gesto, se le podría acusar de que abusa del gesto: jamás veréis en Novelli – como se ve alguna vez en todo el mundo – esa calma del rostro, esa indiferencia inexpresiva, que revela el descanso del alma. Con salir al proscenio y mirar fijamente á los espectadores, le basta á Novelli para conmover, para hacer reir, para embargar el espíritu y sugerir lo que va á manifestar verbalmente. A la cara del actor corresponden sus manos, largas, finas y elocuentes ellas también. Con las posiciones de la mano, con el modo de agarrar, verbigracia, el asa de una taza de te, Novelli sabe decir infinidad de cosas. En *Luis XI*, las manos de Novelli representan tanto ó más que el rostro.

* * *

Dos repertorios tiene Novelli, tan opuestos que apenas se concibe que los explote un mismo actor. A mi ver, se explica el problema suponiendo que Novelli cree que hay dos públicos, y lo que el uno saborea el otro lo rechaza. En esto Novelli no se equivoca. Existe un público muy numeroso, que dice que sólo va al teatro «á divertirse, á pasar un rato de solaz,» y vuelve la cara por no ver cuando Amleto salta frenético á la fosa de Ofelia ó hace tristes reflexiones con la calavera de Yorick en la mano. Existe otro público, goloso de arte, que espera de Novelli algo más de lo que á diario le ofrecen los teatrillos por hora y las exhibiciones grotescas y equívocas de Frégoli, y desea oir las frases de Shakespeare en boca de un intérprete digno de él. Para el primero de estos dos públicos, y acaso para dormitar cada dos noches, se trae Novelli una colección de obrillas de mala muerte, desatinadas, anticuadas, que sólo él conseguiría hacernos tragar. *El rapto de las Sabinas*; *La familia Barilotti*; *La tía de Carlos*; *Las sorpresas del divorcio*, son ejemplares de este género inepto, que divierte á muchos y hastía á no pocos. ¡Salto prodigioso y mortal el que pega Novelli desde esos disparatones hasta las alturas de *Amleto*, *Otelo* y *El mercader de Venecia!*

Siendo Novelli tan admirable en el género cómico, yo encontraría de perlas que nos diese comedias; pero comedias del fuste del *Avaro* y *La Tarasca*. En Molière y en el mismo Shakespeare encontraría filones que explotar. Shakespeare es rico en comedias deliciosas y de fácil arreglo, y si no, ahí están *Mucho ruido para nada* (en castellano deberíamos decir *Más es el ruido que las nueces*), *Las alegres comadres*, y otras cuatro ó seis, que pudieran refrescarse y hacer reir con gracias no menos sazonadas que las de *La Tarasca* ó *bisbética* y su fiero domador. En el teatro francés sobran comedias, sin necesidad de recurrir á las que se han quedado tan rancias y manidas como *Las sorpresas del divorcio*, escrita para circunstancias especiales, los debates sobre el proyecto de ley Naquet.

Tampoco me complacen mucho, en el repertorio de Novelli, ciertos melodramas trasnochados ó lacrimoso-cursis, como *Papá Lebonnard*, y el viejísimo de Giaccometti, *La muerte civil*. Todo ello huele á alcanfor, lo mismo que los armarios donde se guarda ropa en desuso, ó está apolillado, como la misma ropa cuando queda abandonada en las perchas. De Novelli esperamos, y con justa razón, que nos ha de traer, ó las joyas del arte clásicas ya, esos tesoros que las generaciones se transmiten con veneración amorosa, ó lo que hoy se admira y discute y simboliza las nuevas direcciones literarias: Ibsen, Tolstoy, Turguenef, Sudermann, Metterlinck. Avidos estamos de conocer todo eso, para juzgarlo, para reprobarlo si se tercia, para desengaño ó para lección; y cuando Novelli nos ofrece *Los aparecidos*, *Magda*, ó *El pan ajeno*, se lo agradecemos en el alma, y le perdonamos, en atención á la buena obra, las *familias Barilotti*, las insipideces y ranciedades que á fuerza de gracia y de habilidad nos cuela por la garganta...

Lo que no me explico es el porqué Novelli, que conserva en su repertorio el *Luis XI* de Delavigne, no cultiva el teatro de Víctor Hugo. El papel de protagonista en *El rey se divierte*, me parece cortado para Novelli, que haría de él una creación. También echo de menos en su lista el *Ricardo III* y *La ley del Talión*, de Shakespeare. ¡Qué *Ricardo III* sería Novelli! Hasta creo – no sé si me equivoco - que al apoderarse de ese papel no tendría que exponerse á comparaciones, ni que luchar con el recuerdo de Rossi, que algunos evocaban la noche de *Amleto*.

En suma, el repertorio de Novelli nos abre el apetito, sin satisfacerlo del todo. Nos deja, como suele decirse, á media miel. Nos tasa el gusto, cortándolo estrecho para el afán que sentimos de nuevo y de viejo – de nuevo bueno, de viejo sagrado. – Cuando se reparten los programas para cada semana de funciones, y vemos que abundan las farsas y las comedias francesas de chicha y nabo, se nos pone la cara muy larga, muy triste, y cambiamos ojeadas expresivas de palco á palco, de palco á butaca, y subimos las cejas y los hombros, como diciéndonos resignadamente: «Hay *Zia di Carlo* hasta que llueva.»

En esta sección ínfima del repertorio de Novelli se demuestra, no lo negaré, el mérito singular del ilustre comediante. Él consigue que toleremos y que hasta celebremos escenas descabelladas y chistes fiambres. Representadas por otro, ciertas comedias nos infundirían dulce sueño ó una furia insana, que pararía en arrojar á la escena bancos y sillas. Hay que rendir á Novelli la justicia que merece: su maestría lo salva todo. Podría defenderse, con no endebles argumentos, la paradoja de que Novelli suprime el arte dramático, igualando á los desconocidos perpetradores de un sainetón con el genio universal y prodigioso de Shakespeare. Es el modo de representar de Novelli algo equivalente á la salsa con que un gran cocinero sabe dar á todos los manjares igual y grato sabor. No obstante, preferiríamos que la rica salsa cubriese siempre manjares escogidos, sanos y nutritivos... Al buen entendedor, pocas razones. Novelli, que posee cultura literaria, sabrá hacerse cargo.

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN ISIDRO

Curioso espectáculo ofrece Madrid estos días. Un hombre que vivió en el siglo XI, un siervo de la gleba, un destripaterrones, constituye la actualidad; y aunque no se le había olvidado, dijérase que acaba de resucitar, según la acción que ejerce sobre las almas, y la fuerza con que las atrae á sí.

Baldías me parecen las interminables y acaloradas discusiones sobre si la lluvia estaba prevista por el pronosticador *Nokerlesom*, y si estándolo, se puede calificar de milagro de San Isidro el que cayese tan oportuna. Lo indiscutible, lo que se ha visto y saludado con exclamaciones de gozo y gratitud, es que al salir procesionalmente la urna de plata que encerraba el bendito cuerpo, las nubes, que como un toldo gris ceniza velaban el firmamento, fueron obscureciéndose, agrupándose, condensándose, y antes de que la procesión se hubiese recogido á la catedral, las primeras gotas de la anhelada y benéfica lluvia habían caído como rocío amoroso, bebidas por los árboles de los paseos y el seco polvo de las calles, y retintinando sobre los paraguas que con gozo pueril abrían los que, por fe y convicción, empuñaron dicho instrumento al salir, seguros de que el Santo les proporcionaría ocasión de usarlo... Que salió San Isidro, y que al punto llovió: he aquí lo que no puede negarse.

***

De San Isidro dice poco la historia auténtica: es un santo modesto, cuyo nombre ni se enlaza con la resonante epopeya, como San Fernando, ni con los esplendores de nuestra ciencia, como San Isidoro, ni con el tesón de nuestra ortodoxia, como Santo Domingo. Ni fundó, ni escribió, ni combatió, ni siquiera practicó una de esas vidas penitentes, asombrosas y contrarias á los instintos de la naturaleza, cual la de los eremitas y solitarios de la Tebaida. No se cuenta de San Isidro sino que vivió practicando las pacíficas virtudes del labriego castellano. Un hombre de estos del paño pardo, cristiano viejo; un paleto, un tío, con su sayote y sus calzas, su azadón y su bieldo, he ahí á San Isidro. Nadie habrá que menos se parezca á los héroes del Romancero; nadie que tan á la pata la llana, tan á lo villano y á lo rústico, ganase la eterna bienaventuranza. Al pensar en San Isidro, mil veces he recordado las palabras que acerca de Roldán escribe Saint Víctor, en su libro *Hombres y dioses*: «La leyenda – dice el primoroso escritor – suele tener magníficos caprichos, como hada y reina que es. Complácese en exaltar á los humildes, así como á veces la historia se entretiene en rebajar á los soberbios. Mientras ésta borra nombres ó relega á la penumbra á caudillos que realmente estremecieron al mundo; mientras destierra á los limbos del olvido á Ciro y Sesostris, y sólo respeta del reinado de Trajano algún bajo relieve en torno de una columna; mientras extiende las tinieblas de la barbarie sobre las maravillosas hazañas de Aecio y de Póstumo, iguales á los Escipiones y más grandes que Mario, la leyenda, por su parte, recoge un personaje desconocido, envuelto en el polvo de las crónicas; lo incuba, lo embruja, concentra en él todo su poder fecundante, toda la entusiasta virtud de la imaginación popular; y el hombrecillo obscuro surge radiante de su sepulcro hasta entonces ignorado, y el desconocido aparece cercado de mayor gloria que César y Carlomagno sobre su trono.»

Gracias al pobre labriego Isidro de Merlo y Quintana, se recuerda todavía el noble apellido de sus amos, los Vargas, y tiene este linaje historia y blasón imperecedero. Murió San Isidro en edad avanzadísima, poco menos de un siglo, y ese siglo fué de los más agitados de nuestros anales; el siglo del Cid Campeador, de la alborotadora y licenciosa reina Urraca, del insigne Alfonso VII, de Ramiro el Monje, el de la sangrienta campana, y de Alfonso VIII el de las Navas de Tolosa. Mientras el fragor de las armas ensordecía á España; mientras el Cid ensanchaba á Castilla, Isidro y su mujer María de la Cabeza labraban la tierra y abrían el surco, dando gracias á Dios todas las noches por el pan de cada día. Cuando Isidro descansó en el Señor, su cuerpo fué enterrado pobremente en el cementerio de la parroquia de San Andrés. Allí iban los que habían presenciado su muerte á rezar, á pedir intercesión y amparo. Se dice que todo el tiempo que allí pasó el cuerpo venerable le bañó continuamente un arroyo, sin que lograse corromperle la humedad. Cuarenta años después de su muerte fué exhumado el que el pueblo ya aclamaba Santo, y depositado en un arca ó cofre de madera historiada, que es una joya del arte gótico. En ella veremos, narrada por medio de imágenes, la existencia sencilla é idílica del labriego y de su compañera; los campos poblados de mies, los árboles cargados de fruto, la yunta de mansos bueyes arando despaciosamente, guiados por los ángeles de blanca túnica y luengas alas – el poema de la vida laboriosa, de las tranquilas alegrías campestres, que surge fresco y vivaz de entre las románticas nieblas medioevales...

***

Mas no pudieron resignarse los devotos de San Isidro á no asociarle á los advenimientos de la historia. Cuando ya se consumaba la reconquista; cuando la conciencia nacional se consolidaba y se reconocía á sí propia enérgicamente, se quiso hacer del Santo triguero un militar, un Santiago ó un San Jorge, y aturdirle con el estrépito del combate y hacerle cruzar, como irritado numen, sobre el campo de batalla. Esparcióse la conseja de que aquel desconocido pastor, *vir quidam silvestris*, que se apareció á Alfonso VIII antes de la función de las Navas de Tolosa, donde fué destrozado el Miramamolín y establecido el poderío cristiano de la península – el famoso pastor de las Navas, en fin, guía de nuestro ejército y nuncio de la victoria, – no era otro sino San Isidro, enviado por Dios para proteger sobrenaturalmente á los cristianos. Mas los cronistas y narradores que por sus propios ojos vieron la batalla ó vivieron en el tiempo en que se libró, no hacen la más remota alusión á que el tal pastor de ovejas pudiese ser San Isidro. No obstante, la creencia debió de contribuir á que se acrecentase la devoción del labriego. Su cuerpo, ya encerrado en afiligranada y refulgente urna, menos bella que la primitiva arca gótica, fué conservado como un talismán, y cuando el cielo se cierra y la sequía abrasa el suelo – la sequía, la gran calamidad para los labradores, la que tantas veces deploraría San Isidro, – sale procesionalmente para impetrar que la misericordia divina descienda en forma de lluvia...

***

De esta vez no sólo se han sacado en procesión las reliquias, sino que se han expuesto á la pública veneración – algunos periódicos han dicho que á la *adoración*, lo cual es manifiesto error, pues sólo á Dios se le adora. – Lo que se divulgó é imprimió acerca del estado del cuerpo, excitó también, al par que la devoción, la curiosidad. Se deducía de tales noticias que el cuerpo se encontraba incorrupto; que persistía en sus muslos y piernas el rosado color de la carne, y lo mismo en el pecho; que permanecían llenos los globos de los ojos y se conservaban frescos los tejidos. Debió de haber en todo este relato, si no mentira, ni intención de ella, por lo menos piadoso propósito de exaltar al Santo, que no lo ha menester y que infaliblemente preferirá, á la exageración bien intencionada, los ápices de la rigurosa verdad. El cuerpo de San Isidro, que he contemplado dos veces, con bastante detenimiento y con esa minuciosa inspección propia de los miopes, que de cerca ven como linces, es un cuerpo momificado, de notable conservación si se atiende á que cuenta siete siglos, pero con los tejidos obscuros, resquebrajados y pergaminosos de las momias. La cara aparece carcomida, y en la barbilla asoman los blancos huesos de la calavera. Sorprende á primera vista la elevada estatura del Santo, que no cupo extendido en el arca. Lo mejor conservado son los pies, largos, fuertes, con recias uñas – pies de trabajador.

Jamás conseguí ver ningún cuerpo que propiamente deba llamarse incorrupto. Después de la muerte, las carnes ó se pudren y deshacen, ó se amojaman. Ignoro si existen restos en mejor estado que los de San Carlos Borromeo (los que encontré menos ofendidos del tiempo inflexible); y si es verdad que, por ejemplo, en el coro de las Huelgas de Burgos hay una dama del siglo XIII, bonita, fresca, natural, como si se hallase viva. A ser verdad – que lo dudo, – tal prodigio debería exponerse.

***

El ansia del pueblo de Madrid por contemplar los restos de su Patrono es tal, que las inmediaciones del templo parecen estos días real de romería; desde el amanecer espera turno allí un gentío inmenso. Primero se arrodilló ante la urna descubierta y cercada de flores la familia real; después, con papeletas que se habían repartido, entraron los grandes, las autoridades, y muchos más que ni son lo uno ni lo otro. Ahora le toca la vez al pueblo.

La combinación me ha parecido pésima, y lo consigno con desinterés tanto mayor cuanto que logré ser del número de los privilegiados. Si el pueblo encuentra naturalísimo que precedan á todos las reales personas, ya no se resigna tan fácilmente á que el privilegio sea extensivo á quinientas ó seiscientas más, provistas de papeleta. Esto de la papeleta pudo quedarse para después; ante la fe todos somos iguales; la iglesia es el refugio natural del espíritu democrático. Al entrar en el templo por la mañana, escuché entre los grupos frases de descontento. Una pobre vieja, una benta arrancada de una caricatura de *El Motín*, pidió por Dios á un grande, á un señorón, que la hiciese entrar con él; y el señorón, campechanamente, contestó: «Venga usted, señora.» La vieja á poco se desmaya de alegría...

A la tarde sucedió lo que era de temer: el pueblo rompió la valla de agentes – como los héroes de las Navas rompieron la valla de negros que cercaban la tienda del Miramamolín – y se desparramó en el templo, riéndose de papeletas, de jerarquías y de prohibiciones. Allí fueron las carreras y los sustos; cayeron las señoras, las pisotearon brutalmente, hubo achuchones, rosarios rotos, vestidos destrozados, y la guardia civil, para restablecer el orden, metió sus caballos por entre el gentío... Es esta la canción de siempre en Madrid: el llevar papeleta no sirve de nada para ver un espectáculo. Lo mismo aconteció el día de la apertura de las Cortes – y Dios sabe que no es mi ánimo comparar á San Isidro con los diputados. *¡Vade retro!*

Se prepara una solemnidad; se reparten cartulinas; se despliega un aparato de fuerza que asusta; se saca la guardia civil; se agrupan centenares de agentes; pero estos agentes, que parecen puercoespines por los modos que gastan y por las groserías é insolencias que se permiten con el público (á cuyo servicio no creen estar), carecen (por lo mismo) de aquella fuerza moral que en otros países les presta el ser representantes del derecho de todos, y protectores del débil; y el populacho, que los ve á su nivel, á su sabor los arrolla y se ríe de ellos, cobrándose en indisciplina de lo que le deben en educación y en equidad.

Después que la muchedumbre entró en el templo, hiciéronla desfilar tan aprisa ante la urna, que nadie tuvo tiempo de ver nada. ¡¿Adelante, sigan!.. ¡Eh, no pararse!» ¡A esto llaman exponer á la pública veneración los restos del Santo!..

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLO

Este *sport* tiene, como los toros, el atractivo de verificarse al aire libre, en primavera, de modo que nos anticipa las alegres excursiones del veraneo y la higiénica libertad campestre, tan apetecida desde que sufrimos un calor digno del Senegal.

El polo es, para mí y para muchas de sus asiduas espectadoras, preferible á las carreras de caballos. En éstas apenas hay tiempo de ver lo que sucede en la pista. Cruzan los caballos, como aquel de la fantástica leyenda, con vertiginosa rapidez, y cuando queremos adivinar cuál llegará primero á la meta, ya la carrera se ha terminado. A los que no entendemos el teje maneje de las apuestas, las carreras nos parecen tan sólo pretexto para un paseo muy lucido. ¿Muy lucido dije? Recordando la famosa teoría de D. Hermógenes de que todo es relativo, no me retracto; pero si evoco mis recuerdos de Longchamps, tampoco creo que merezca el calificativo.

Siempre concurre á las carreras, en Madrid, poca gente y poquísimos trenes dignos de llamar la atención en el desfile. El lujo de los coches no ha llegado á penetrar en nuestras costumbres, y espero que lucirá la época venturosa en que los vehículos mecánicos sustituyan casi por completo á los de sangre, sin que aquí haya hecho estragos la afición á trenes raros, bonitos y nuevos, tan difundida en Inglaterra y en Francia. La manía cocheril es de esas que no llevamos en la masa de la sangre, y á los pocos que aquí la padecen les ha entrado con la educación inglesa, con los viajes á Londres, con el olor de la atmósfera británica. El español de raza, en materia de coches, no ha llevado el ideal más allá de las carrozas monumentales que salen á relucir en los días de solemnidades palatinas. Entendemos poco de carrocería. La elegancia de forma, la resistencia, la ligereza, la solidez, el charolado, el bonito corte de esquife de un coche primoroso... ¡bah!, todo eso se nos pasa inadvertido... Repito que los coches mecánicos, útiles y sin duda horriblemente feos por la falta de caballos, hallarán aquí bien preparado el terreno.

Nadie se da cuenta de ello, pero esos coches van á traer consigo una revolución en la sociedad y en las costumbres. Por ahora no son accesibles á todas las fortunas; por ahora nadie sabe manejarlos; tal vez están aún muy lejos de los ápices de la perfección, y además corren acerca de ellos noticias alarmantes; se les cree peligrosos, y no se ha olvidado el accidente ocurrido á una familia entera, lanzada á un barranco con grave riesgo de la vida. Sin embargo, cada día anuncian los periódicos un nuevo adelanto en los coches mecánicos; cada día nos familiarizamos más con la idea de que podrán llegar á servirnos, en plazo no muy remoto. Y verdaderamente esos coches, cuando nos adaptemos á ellos, serán una de las mejores conquistas de la civilización. ¡Ahí es nada! Gastando una pequeña cantidad de petróleo ó de electricidad nos veremos libres de lacayos, palafreneros y cocheros; y no necesitaremos tener á un hombre clavado en el pescante horas y horas, expuesto á la intemperie, al calor, al frío; ya la ráfaga boreal que cruza de extremo á extremo el vestíbulo del teatro Real en diciembre, no nos sugerirá la sospecha de que va á costarnos algunos miles de reales, deshaciendo un tronco y dejándonos á pata galana; el sol no nos traerá á la imaginación el tabardillo; no habrá que temer, cuando chacolotea la herradura, que se destroce el casco; no tendremos que pensar en la cebada, en la avena, en la paja, en la escarola, en el forraje de verano y en la abrigada manta para el invierno; no se lidiará con veterinarios; no se gastarán dineros en sedales, en linimentos, en sangrías; no habrá vejigas posadas, ni entabladuras, ni vértigos, ni resbalones cuando hiela, ni toses cuando nieva; no se necesitarán bruzas, almohazas, tijeras esquiladoras, paños...; en suma, nos habremos quitado de cuidar un niño, ó dos..., porque el caballo es, como el chiquillo, un ser delicado, impertinente, lleno de exigencias, de mimos y de alifafes; su salud se resiente con facilidad suma, y es menester, para que estén atendidos dos caballos, que en todo el día no hagan otra cosa dos hombres sino atenderles...

Los coches mecánicos vendrán á resolver este problema, y á libertarnos de la tiranía de los simones y del atraneo de las galeras y carros de transportes y mudanzas. Cuando se aplique el principio científico en toda su extensión y con todas sus beneficiosas consecuencias, no será necesario que tales armatostes ocupen media calle. El coche mecánico, baratísimo, hará varios viajes en el tiempo en que hacía uno solo el gran carro ó la monumental galera. Son incalculables los bienes que puede reportar el coche mecánico. El trabajo de la máquina no se limita, y tendremos el coche *enganchado* á la puerta todo el día y toda la noche, sin miedo á que se canse el automedonte ni los bucéfalos. Hoy el coche parece signo distintivo del lujo; entonces parecerá el signo de la medianía, del modesto desahogo, del recreo y de la comodidad á módico precio..., algo de lo que significa al presente la bicicleta. Será el coche menos *tósico* (como antaño se decía), pero más humano; democratizado, reducido á su natural papel de cachivache útil, y no de ídolo y de objeto de culto y de veneración, al par que motivo de ira y envidia para los que se ven esalpicados por el lodo que levantan las ruedas.» Los coches mecánicos también tendrán ruedas y levantarán lodo, pero ese lodo ya no parecerá tan ofensivo, como no lo parece el que alza, coceando, un humilde borriquillo cargado de cacharros ó de legumbre...

***

Con esta digresión de los coches mecánicos, que por ahora no se han aparecido en Madrid sino á título de curiosidad y rareza, me he olvidado del *polo*. Para los que no conozcan este juego, diré que es una especie de partido de pelota á caballo. Los jugadores se dividen en dos bandos, y cada jugador, al pasar galopando cerca de la pelota, trata de llevársela hacia su terreno; pero viene el del bando contrario, y deshace la obra del anterior; y así, arrebatándose la pelota, ejecutan vistosas evoluciones, que recuerdan las *fantasías* de pólvora de los árabes. Para este juego se necesita montar con maestría, y tener una gran flexibilidad de riñones, pues hay que inclinarse mucho sobre el costado del caballo y asaltar el equilibrio instantáneamente, so pena de ser despedidos. He presenciado algunas costaladas terribles. También requiere el polo buen pulmón y resistencia, es ejercicio en sumo grado violento. No hay necesidad de decir que todas estas habilidades peligrosas y reventadoras nos las envían de Inglaterra. En ese país se aspira á dar á la juventud fuerza, vigor corporal, desarrollo; á formar un animal humano hermoso y robusto, aunque sea á costa de trompazos, encontrones y caídas, de fatigas y fracturas de miembros... Aquí el polo se juega por moda. Los inteligentes aseguran que las jacas que se emplean en Inglaterra para este juego son maestras y excelentes; que se juega siempre con trajes *ad hoc*, y no con la caprichosa y variada indumentaria que aquí; pero los que sólo aquí lo hemos visto, encontramos divertida y animada, aun con jacas baratas y con trajes heteróclitos, esta lid de arrojo y destreza, tan á propósito para habituar á la juventud á que desprecie el peligro; para *desnervarla*.

Tiene además el polo algo que recuerda los antiguos torneos: la presencia de la mujer, su aprobación, su aplauso. La caza es de suyo insociable; la equitación lo mismo; otro tanto podría decirse del *foot ball*, que aquí, por otra parte, no ha cuajado ni lleva trazas de cuajar nunca. El *tennis* es cosa más bien infantil, aunque lo jueguen algunas señoras por lucir el talle; en las carreras, los que toman parte activa en el espectáculo son *jockeys*, gente mercenaria. En el polo, los jugadores son caballeros, y las que presencian, señoras de su misma sociedad, sus hermanas, sus madres, sus novias, sus amigas; y á la cabeza de las damas mironas figura nuestra más decidida *sportwoman*, la infanta Isabel. No separa á los jugadores y al público sino una ligera valla de tablas y por algunas partes sólo una depresión del terreno, y la infanta, en su vehemente afición, se acerca tanto que está á riesgo de que un caballo la arrolle. A mí me agrada del polo su fondo de paisaje. Es un fondo de tapiz goyesco, sobre un celaje azul claro y limpio, con ligeras nubecillas de un blanco algodonáceo, árboles de un verdor mate, de una forma elegante y majestuosa, se apiñan ó se perfilan aislados sobre las escuetas colinas, por cuya ladera baja disperso un rebaño de ovejas negras, pardas, amarillentas, y á cada sombra un grupo de gente del pueblo, mirando cómo juegan los señoritos, merienda alegremente.

En estas últimas partidas de polo hubo algunas carreras de carácter humorístico, con paraguas abiertos, cigarros encendidos y otros adornos extraños al juego en sí, pero encaminados á darle variedad y á demostrar mayor destreza y agilidad en la equitación. Estas *rositas* me recordaban ciertas habilidades propias del toreo de Rafael Guerra. Lo más lindo fué la carrera en *tandem*. El caballo casi en pelota, sujeto por sutiles riendas y galopando delante del jinete que le regía, al par que regía su montura, hacía excelente efecto. Algunos caballos marchaban bien, derechos como flechas, siguiendo el impulso; otros se desviaban, indóciles; alguno rompió las riendas y se fué por los cerros fronterizos, siendo bastante difícil darle alcance...

Lo que me pareció más característico en esta diversión tan inglesa, lo que yo hubiese apuntado en mi cartera, si soy dibujante, fué las siluetas de dos niños, mejor dicho, de un muchacho y una muchacha de la más alta aristocracia española, pero cuyos trajes se veía que acababan de llegar en derechura de Londres, oliendo aún á nieblas, á humo, á violeta y á *fashion*... Era el vestido de la niña negro, de una tela brillante, crespa y sedosa, plegada de alto á bajo como una pantalla fina, y con mil juegos y visos de luz en aquella negrura parecida á la piel lustrosa de un caballo. Un inmenso cuello de encaje color Sevilla y una descomunal pastora verde completaban la *toilette*. Las largas piernas de la muchacha, calzadas con media de seda negra, y los pies grandes, bien puestos, holgados dentro del zapatón de charol, de forma eclesiástica, remataban airosamente la silueta. En cuanto al muchacho, con su ajustado *peti* negro y su sombrerito alto de felpa, con sus pantalones anchos por la rodilla y su talle corto arcaico, me recordaba el característico traje de los mozos de escuadra de Cataluña, copiado de un uniforme inglés de principios de siglo. Los dos hermanos eran una acuarela de Kate Greenaway, clavadita; eran la anglofilia, nota suprema del buen tono actual... hasta que venga á destronar á la *nebulosa Albión* la sombría Dinamarca, ó sabe Dios si la helada Rusia .. El que viva lo verá, y quizás contemplará á los hijos de los duques veniderros adornados con pieles de foca ó con la *tulupa* moscovita.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS HORNOS DE LAS LEVES

Ya se comprenderá que me refiero al Congreso y al Senado, donde hasta muy avanzado el presente mes de julio – los pesimistas anuncian que hasta bastante entrado agosto – se cuecen los padres y abuelos de la patria, acompañados de los curiosos y curiosas de las tribunas públicas y reservadas, bajo una temperatura de esas que disuelven la masa cerebral convirtiéndola en papilla.

Por poco que nos inclinemos á admirar, en casos tales la admiración se impone. Si el frío moderado templa el sistema nervioso, el excesivo calor, que yo sepa, no embravece sino á los toros, cuya poderosa fisiología sanguínea les permite resistirlo sin peligro de anemia. Al hombre le enerva, le echa abajo, le infunde galbana y un decaimiento que sólo pide abanico, hamaca y el vaso de limón al alcance de la desmayada mano. Ante ciertas temperaturas, los principios, las ideas y las mismas rencillas y enemistades se diría que han de desaparecer. Sin embargo, nuestros políticos resisten como Daniel en su horno de Babilonia, y aparecen tan animosos en el ataque, en la defensa, en la rectificación, en la interpelación, en el insulto, en el contra-insulto, en todos los episodios de esa diaria lid, larga, capaz de dar al traste con las fuerzas de cualquiera, como si estuviesen á las frescas orillas del Támesis, en el ventilado y espacioso Parlamento inglés.

Sí, les admiro. Cada vez que asisto á una sesión del Senado, en estos días de fuego, sube de punto mi asombro. Es verdad que los señores mayores prefieren el calor al frío, porque tienen las venas congeladas; pero así y todo, recordando que cuanto más débiles y exhaustos nos sentimos, más nos afectan los cambios de temperatura, debo alabar la constancia y el sufrimiento de los respetables ancianos, que muy correctos de *tenue*, con cuellos planchados, corbata, levita y su chaleco de piqué, arrostran las formidables tardes parlamentarias. Muchos de estos graves personajes, sólo por caso raro y pagando tributo á últimas amistades ó á compromisos ineludibles, se dejan ver en el mundo. Invitados á las fiestas ó á las familiares reuniones, se excusan con el reuma, con el asma, con el trancazo, con los desvanecimientos, los achaques de la edad, en suma. Pero que se trate de la sesión del Senado, y les veréis olvidar los alifafes y correr á ocupar su escaño de costumbre. Es verdad que se oyen por allí nutridas toses, insistentes carraspeos y resuellos fatigados; es verdad que, rendidas al bochorno, varias cabezas cubiertas de nieve ó despojadas hasta de esa nieve misma, caen pesadamente sobre el pecho, y de allí á poco percibimos un ronquido sordo, ó un profundo resoplar, que arranca sonrisas á los espectadores... No obstante, la justicia manda reconocer que no todos los senadores se duermen, y que también hay sesteos en el Congreso. Senadores veréis más despiertos que liebres, y avizorando cuanto pasa, y dispuestos á dar una desazón al gobierno en cuanto se descuide. No hay que fiarse del sueño de los senadores; cierto que no hay que fiarse de cosa ninguna.

***

El Senado, al menos, es, lo repito, habitable, amplio, claro y bien dispuesto. Pero el Congreso parece hecho para que en él no se celebre sesión sino en los meses de diciembre y enero, ¡y guarda al salir la pulmonía! El genio de la incomodidad ha presidido á la construcción del Congreso, que por otra parte, así como carece de aire respirable, carece de condiciones acústicas. Al entrar en esas tribunas del Congreso, tan ahogadas, tan sombrías, con su peligrosa escalera donde es facilísimo torcerse un pie, con sus asientos nada *confortables*, con las enormes columnas que estorban la vista, creemos penetrar en alguna prisión, en alguna escondida reja conventual – lo más opuesto al espíritu comunicativo y libre en que debe inspirarse la vida parlamentaria. – Cuando un orador habla vuelto de espaldas ó de costado á una tribuna, es lo bastante para que en esa tribuna no se le oiga palabra. Los que cogen primera fila todavía pescan algo; los que tienen la desgracia de hallarse en la segunda ó tercera, ya se pueden despedir. No parece sino que á propósito se han arreglado semejantes tribunas de manera que sólo un corto número de privilegiados logre disfrutar del espectáculo. Están además las tribunas situadas á una altura excesiva, como para alejar al público de los oradores; y se ha perdido un gran espacio en el cual podrían haberse abierto otras tribunas bajas, bien colocadas y agradables, desde las cuales se dominaría perfectamente el bemiciclo.

Un Parlamento, en rigor, debería calcularse como se calcula un teatro, procurando que gocen holgada colocación y vista segura el mayor número posible de personas. Discutase enhorabuena el sistema parlamentario, sus inconvenientes y sus ventajas; pero si lo ponemos en práctica, aceptemos sus consecuencias, su modo de ser peculiar, que lleva en sí la máxima dosis de publicidad y de aire libre. No olvidemos que este sistema nació en las plazas abiertas, y que la tribuna de las arengas, la gran tribuna rostral, no estaba defendida por ningún baluarte, ni guardada en ningún recinto, sino que se alzaba en el Foro, teniendo el firmamento por pabellón.

Si las sesiones de los Cuerpos Colegisladores se verificasen todas en invierno, podría excusarse el Congreso tal cual hoy existe, abrigado, cerrado, afelpado, sofocante. Pero no sé cómo se las arreglan los que manejan ese cotarro, que siempre ha de ser de primavera á la canícula la época preferida para las discusiones, hasta que llega el imperioso agosto, ordenando los baños, las aguas, las duchas, las vacaciones á todo bicho viviente – y mal de su grado, las Cortes tienen que interrumpir la brega, porque no hay medio humano de hacer otra cosa. – Repito que sorprende el valor de esos luchadores, que conservan en la parrilla la afluencia de palabra y la expedición de discurso que podrían tener en su gabinete. Se diría que, en vez de aplanarles, el calor les reanima, les enciende el alma y les saca á los labios más chispeadora y vivaz la elocuencia...

A pesar de las detestables condiciones de las tribunas del Congreso, no faltan nunca golosos de este espectáculo, y aun golosas. A diario las tribunas se ven concurridas, y atestadas el día en que se espera discusión borrascosa é interesante. Debo reconocer que la palabra *interesante* no tiene para la mayoría de los asistentes á la tribuna el sentido que yo le atribuiría (y que le atribuirías sin duda tú, lector discretísimo). El interés, en mi opinión, consiste en que hagan uso de la palabra los grandes adalides, no para acusarse y cubrirse de oprobio, no para asestarse puñaladas y sacar al público los sucios trapos y las lacras y miserias que al adversario atribuye la maledicencia, con ó sin base de realidad, sino para decir cosas atañederas al bien público, á la grandeza del país, á su alta cultura moral é intelectual, ó á su conveniencia práctica, á su prosperidad, á su mejor regimiento. En las circunstancias actuales me gustaría que se hablase de la política internacional y de la guerra de Cuba, pero con generoso sentido, sin desahogos de carácter personal entre militares de alta graduación, y sólo con la preocupación trágica y profunda de los males de la patria, y del terrible daño que padecemos, este flujo invencible de sangre y oro que va á dejarnos más ahogados, más infelices, más maltrechos que estuvimos nunca... Pero ya sé y comprendo que semejantes aspiraciones son quiméricas. De tanto como se habrá perorado en la tribuna desde que existe, sólo las Catilinarias y las Filípicas alcanzarán la altura del ideal patriotismo con que sueño. En el Parlamento inglés, en la Convención francesa, en las Cortes españolas, hubo momentos sublimes, y el negarlo fuera injusto, hasta rutinario y cobarde, ya que hoy se ha puesto en moda rebajar á los Parlamentos y olvidar sus pasadas glorias; pero es fuerza reconocer que las mezquindades de partido roban más tiempo, por lo general, que otras cuestiones en que no se conciben banderías, porque son de bandera. Tal vez falta el espíritu público; tal vez ya no late el gran corazón del pueblo. Me inclino á creerlo así: vamos á las Cortes más como *dilettanti*, que como españoles y patriotas.

***

Lo que entusiasma y regocija á los *habitués* de las tribunas, es la habilidad. ¡La habilidad especialmente! Aquí no conocemos el refinamiento artístico de los italianos; pero en materia de arte oratoria hemos llegado á ser tan inteligentes y á hilar tan delgado como en tauromaquia. Muchas veces me ha sorprendido el fenómeno de que mientras, al tratarse de literatura, no suelen oirse juicios atinados y frases discretas, al juzgar á los oradores es casi siempre sagaz é infalible el crítico oyente. Las réplicas intencionadas; las gracias malignas; las picantes ironías; las estocadas rectas y mortales; los rasgos de energía; la mesura en defenderse; el vigor de atacar; la oportunidad y felicidad en recordar; la maña para advertir y demostrar contradicciones; la solidez de los argumentos; la propiedad y elegancia de la dicción; el concierto en accionar; la nobleza en la postura; tantos y tantos matices y toques como forman el conjunto de una oratoria maestra, se aprecian, saborean y comentan con viva sagacidad en las tribunas del Congreso. Asimismo se censuran instantáneamente y del modo más implacable y despiadado las contestaciones turbadas y tropezonas; las soserías é insipideces; las debilidades; los dichos vulgares y cursis; los movimientos torpes, desmañados, mecánicos; las inflexiones de voz rudas y desapacibles, ó atipladas y gangosas; las faltas de aplomo y de dignidad, y sobre todo, ¡sobre todísimo! las... – que me perdonen si recojo esta acepción del arroyo, porque sólo ella, en su trivialidad, puede dar exacta idea de lo que no se consiente en las tribunas – las *latas:* el interminable discurso sobre la carretera de N. á Z..., ó sobre la necesidad urgente de que se reforme el decreto relativo á las obras del malecón de W..., ó sobre otro asunto de igual trascendencia, que en dos palabras cabía.

***

Mucho se ha zarandeado el presupuesto del Congreso con sus partidas de caramelos y azucarillos. Echo mano de todo mi catonismo y no puedo reprobar los caramelos, al menos mientras la mujer no posea y ejerza plenos derechos electorales. El diminuto cucurucho que nos envían á las que frecuentamos las tribunas, esa golosina infantil, es como la dote y el *morgengeld* en el derecho germánico: una especie de compensación, no en demasía espléndida (hay que reconocerlo), pero al cabo galante y dulce, á nuestra incapacidad legal. Parecen decirnos los que nos remiten, por conducto de alguno de los innumerables empleados de la casa del Parlamento, el saquillo de papel con los fragmentos de cuajado almíbar, aromatizados á la menta, al anís ó á la rosa: «Para que no notes que sin ti hacemos las leyes, sin ti que has de padecerlas y acatarlas, y para que no lo lleves á mal, ahí tienes esa chupandina delicada y suave. Nosotros tragamos quina, tú tragas azúcar. No nos envidies.»

En tiempo de calor, sin embargo, *cumpleme declarar* (como diría alguno de los *señores*) que la dádiva de los caramelos no puede, ni aun á título de compensación modesta, convenir á la mujer. Cada caramelo es un rabioso estimulante de la sed, y contribuye á aumentar la sensación de asfixia. Sería acertado introducir una reforma en el presupuesto, y reemplazar en verano los caramelos con la refrigerante horchata de chufas, nuestro delicioso refresco popular y nacional. A los mismos diputados les vendría de perlas la horchata, para moderar ciertas fogosidades en la polémica. No propongo la horchata para los senadores también, mirando á la susodicha nieve de los años. «¡No parece sino que todos somos unos carcamales!» exclamaba, pocas tardes hace, un senador todavía naturalmente pelinegro... Y es que no son sólo las señoras las que detestan que salga á relucir la fe de bautismo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN HOMBRE DE ESTE SIGLO

Aun cuando el asunto que hoy elijo parezca estar fuera del círculo en que se encierran habitualmente estas crónicas, aun cuando pertenece al número de los que suele tratar aquí el egregio Castelar, yo haré por presentar á Edmundo de Goncourt, mi amigo y maestro, que acaba de morir en París, desde tal punto de vista, que se reconozca su derecho á merecer detenida y honorífica mención en las reseñas de la *vida contemporánea*. Edmundo de Goncourt es sin duda un hombre representativo de nuestro siglo, de sus refinadas curiosidades, de su culto místico del pasado, de su pasión por el arte, y tal vez de su esterilidad para crear arte propio, lo cual obliga á la generación presente á vivir de restauraciones arqueológicas. Debemos contar á Goncourt entre los primeros á impulsar este movimiento, entre sus precursores y guías, y reconocer que el despachito de Auteuil era un foco de donde irradiaban luces y chispazos, no tanto de ideas como de aficiones, de revelaciones estéticas, que modificaron sensiblemente el gusto de la generación actual.

Nadie regateará á Edmundo de Goncourt el título de insigne literato y primoroso escritor, ni menos el de erudito: ninguno hubo más sepultado que él en los libros, lo mismo en vida de su hermano Julio y en el ardor de la no interrumpida colaboración que ambos realizaron durante tanto tiempo, que después de la muerte de aquel hermano queridísimo, cuando ya el estudio y el trabajo fueron para Edmundo derivativos de la pena. Sin embargo, yo que tanto he leído las obras de Goncourt, creo que la huella más profunda de su genialidad no está grabada en las letras. Como literatos, los dos hermanos son originales, en el verdadero sentido que una crítica sutil puede atribuir á la palabra *originalidad;* es decir, que su estilo y sus conceptos no pueden confundirse con los de otro escritor de su época, ni referirse á ningún modelo anterior, á ningún predecesor ilustre. Pero esta misma originalidad, esta personalidad tan acentuada de los Goncourt, les ha estorbado para formar prosélitos y escuela literaria. No ha faltado quien trate de imitarles, sin fruto y sin gloria; su nombre fué, durante algunos años, bandera de insurrección; su doctrina del *documento humano* levantó polvareda; sus prolijas descripciones y su empeño de producir, por medio de vocablos, la sensación de la pintura, causaron estragos entre alguna gente joven y otra que no lo era tanto, como Huysmans; mas fué todo ello un pasajero alboroto, remolino de polvo y aire...

Para darse cuenta del verdadero papel de los Goncourt, comparadles con cierta gran figura literaria de su nación y de su siglo: Víctor Hugo. La enorme celebridad, el dinamismo literario del autor de los *Miserables* resaltan á primera vista. No habrá comarca del globo donde no se hayan traducido obras de Víctor Hugo; no habrá periódico ilustrado que no haya publicado su retrato; no habrá persona que sepa leer que alguna vez no haya leído su nombre; con las parodias de sus *orientales* se podría erigir una torre de papel impreso ó manuscrito; con los números de los diarios que le han prodigado alabanzas y dicterios se podrían empapelar las casas de una populosa capital. Pero buscad en las costumbres y en la vida contemporánea rastros del paso de ese rutilante cometa. Nada os lo recordará; en nada lo encontraréis. El mobiliario de vuestra morada, las ropas que os cubren, el arte que os deleita, la mujer que halaga vuestros ojos y vuestro corazón... no os hablan de Hugo y de su gloria literaria, tan reciente y tan fulgurante. Por el contrario, en cualquier detalle de nuestra vida civilizada os sería fácil reconocer la acción de Goncourt, siempre que conozcáis lo bastante su biografía, su historia y el asunto de gran parte de sus libros, de los que hoy se consideran más importantes.

La humanidad es indiferente y olvidadiza. Recibe la dádiva, se la apropia, y sepulta hasta el nombre del donador. Hace pocos días, platicando yo con uno de los contados verdaderos sabios que tenemos en España, salió á relucir otro sabio francés, del cual hablé yo con cierto benévolo desdén, porque no sabía sino que había muerto centenario. «Ese hombre de quien sólo recuerda usted la ancianidad - díjome el sabio español – ha sido sin embargo uno de los bienhechores con quienes somos tan ingratos. Cada vez que encienda usted una bujía, acuérdese de Chevreuil, á quien las debemos.» Goncourt no es un descubridor ni un inventor: es otra cosa, es un *revelador*. La transformación del gusto moderno, desde mediados del siglo, no sostengo que proceda de él exclusivamente, pero sí que en él adquirió conciencia de sí misma. Ya sé que esta transformación del gusto no carece de censores y detractores; que no falta quien la considere una forma de decadencia, un amaneramiento, una afeminación. Nadie podrá negar, así y todo, que ha ensanchado los límites de la belleza, y que ni los que la censuran dejan de rendirle culto: tan rápida y seguramente se ha infiltrado en nuestros sentidos y en nuestra fantasía.

¿Y cuál ha sido el papel de Goncourt en esta transformación? Lo señalaré en breves palabras. El influjo de los Goncourt se manifiesta de un modo principalísimo en el advenimiento del arte japonés y en el triunfo indiscutible del arte del siglo XVIII. Podrían agregarse á las conquistas de Goncourt el *colorismo* y el documento íntimo en la historia. Sigamos las corrientes del gusto actual y hallaremos en su origen á los Goncourt. Sin duda ese gusto estaba en la atmósfera; sin duda la imaginación de nuestro siglo se encontraba predispuesta á recoger y estimar y adaptar se esos elementos de belleza y de carácter; no por eso los Goncourt dejarán de haberlos presentido y apreciado y difundido antes que nadie.

¡Qué pronto cundieron! Hoy llegan á todas partes, hasta á los villorrios, los míseros villorrios de mi tierra, en los cuales ya han penetrado el exótico abanico nipón, el falso mueble de Boule, la silla de bambú y la pieza de rameada batista trianonesca, de la cual la hija del pedáneo ó la sobrina del cura cortarán, por un figurín inspirado en algún cuadro de Watteau, el vestido para lucirel día de la fiesta patronal. Pero no consideremos estas influencias así, en caricatura; estudiémoslas en las esferas más elevadas de la sociedad. Y aquí sí que son una epidemia los dos estilos favoritos de Goncourt, y sobre todo el rococó, el arte anterior á la Revolución francesa, los dos reinados de Luis XV y Luis XVI. Al empezar los Goncourt, hace cincuenta años, á recoger y coleccionar en las tiendas de los anticuarios y chamarileros de París porcelanas, cajitas, telas, bronces, libros, estampas y hasta abanicos de esa época, consiguieron maravillas á precios baratísimos, porque á nadie se le ocurría entonces gastar en baratijas tales, absolutamente pasadas de moda. Pues bien: baste saber que en la actualidad, el objeto de arte que más alto se cotiza en el comercio de antigüedades – más que el bizantino, más que el gótico, é infinitamente más, por supuesto, que el del Renacimiento – es el objeto del siglo décimoctavo, desdeñado ayer. En el presente año – que ha visto morir al último de los Goncourt – no sólo se estima ese estilo, pero se falsifica, se imita rabiosamente, y domina y señores en el mobiliario y el traje. Penetrad en el gabinete de una dama de estas que viven en los ápices de la moda. De fijo que la dama no sabrá el nombre de Edmundo de Goncourt, ni habrá tenido en las manos ninguno de sus libros, así los recreativos como los didácticos. Sin embargo, la susodicha dama y cuanto la rodea está impregnado del gusto y del sentimiento artístico del cual fué Goncourt pregonero. Reviste las paredes un *lampas* de colores suaves y pálidos, copia exacta del que cubría el tocador de María Antonieta. Los muebles son de laca blanca y azul, de formas contorneadas, semejantes á las involuciones de las conchas del mar, y ajustados á un modelo de Versalles. Figuritas de blanco *biscuit*, pastores y pastoras, decoran la chimenea. Sobre una mesa cuyos bronces se inspiran en riquísimos bronces antiguos, se ve un libro metido dentro de una carpeta de brochado Pompadour, con galones de plata vieja. El retrato de la dueña de la casa, que descuella encima del sofá, cercado por finísima moldura dorada de volutas y rosas, no es un *bleo*, es un *pastel*, de tonos apagados, obra reciente que recuerda las joyitas de Latour, esos retratos deliciosos del pelo empolvado y los *fichús* blandamente sujetos sobre el seno por una lánguida flor...

Observad cómo va vestida la dama que se dispone á salir. Ciñe su talle una casaca Luis XV, salpicada de capullos, con botones de esmaltadas miniaturas; y el sombrero que aureola su rostro es un *marquise* atrevido, digno de las cacerías á que asistía la Dubarry con uniforme de *chevau-léger*. Su mano, saliendo de una ola de puntilla rancia, aprieta el puño de la sombrilla, puño de porcelana de Sevres ó de plata cincelada, en forma de cayado – una sombrilla que está gritando por Trianon. – Revolved los armarios de la dama que hasta el nombre de Goncourt ignora, y en ellos encontraréis desde el perfumado saquito guardaencajes, reproducción exacta del que usaban la Lamballe ó la Polignac, hasta el abanico de nácar con galantes pinturas, que en medallones de oro rodeados de turquesas lleva los bustos de la familia del rey decapitado. Estamos invadidos por el siglo XVIII, conquistados y seducidos por su finura, por su gracia, por su distinción, por su aristocracia de pura sangre; y esta restauración victoriosa la empolló Goncourt, no sólo desenterrando y coleccionando preciosidades, sino analizando y estudiando ese período en libros donde la erudición se deriva de la sensibilidad estética.

Alejaos del elegante gabinete, y entrad en cualquier Exposición, en cualquier museo de arte contemporáneo y en los talleres de pintores, escultores, decoradores, y veréis claro, como la luz, la influencia del japonismo, aunque probablemente tampoco muchos artistas contemporáneos sabrán el nombre de Goncourt. No sólo en los cachivaches orientales que adornan y realzan con sus raras formas y su vivo colorido los muros del taller; no sólo en las armas fantásticas, en los sables de esculpida vaina, en los *Kemonos* donde vuelan las grullas y echan fuego por los ojos los dragones y los monstruos quiméricos que parecen abortos de la pesadilla, sino en el lienzo que el artista empieza á manchar, en el dibujo que traza velozmente, en los adornos que desarrolla sobre el recuadro, en el barro que modela os sorprenderá reminiscencias de la peculiar concepción del arte japonés, y se os vendrán á la memoria los curiosos y geniales cuadernos de los grandes artistas japoneses. Hasta en los periódicos ilustrados, en la caricatura, veréis la marca del Japón, el aura oriental. Pasead por las calles de las ciudades más cultas y registrad los escaparates de las tiendas: porcelanas y barros del Japón, biombos del Japón, minutas japonesas para la comida, telas con dibujos japoneses, cenefas japoneses, hasta retratos sobre papel de arroz... Milagro será que en vuestro despacho mismo, cerca del *Buda* dorado, no se luzca el gran vaso de bronce, ese objeto de arte sorprendente y hace años desconocido, ó el grupo de luchadores, que compite con las estatuillas griegas. ¿Que esta invasión no puede ser obra de un hombre solo? Me he anticipado á declararlo, no se me acuse de que le cuelgo milagros á Edmundo de Goncourt. Nadie hace milagros de esa índole, y menos hoy, cuando las relaciones entre los diversos países del globo se estrechan cada día, las comunicaciones son rápidas y frecuentes, cierto término medio de ilustración se ha generalizado, y todo viajero que vuelve de esas comarcas misteriosas conoce lo que debe traer en su maleta, lo pintoresco, lo raro aquí, y lo trae y lo conserva y lo divulga. Lo visto en una de las transformaciones del gusto, si son obra colectiva, tienen sus heraldos, que arrojan en un círculo de inteligentes las primeras semillas, y con su entusiasmo, con su prestigio, con el contagio de su admiración, consiguen aclimatar lo forastero, restaurar lo olvidado y cambiar el rumbo del sentimiento artístico.

¿Adónde irá á parar, ahora que Goncourt ha llegado al término de su carrera, la inestimable colección, los libros únicos, las rarezas cazadas con tales ardideses y una paciencia tan ardorosa, por decirlo así, en los desvanes, en las trastiendas, entre el polvo de los almacenes, dentro de los cajones de un mueble desvencijado y hasta debajo de tierra? Una de las cosas más tristes de este mundo, donde tantas tristezas nos rodean, es la dispersión de las colecciones por muerte del coleccionista. Manos ávidas se tienden hacia los tesoros, á los cuales prestaba su dueño fisonomía personal, el carácter de su espíritu. Todo se descompone, se trastorna, se profana, se desarmonía. Y es el destino: ni una colección se salva. Aunque Goncourt, en vez de mantenerse célibe, hubiese fecundado una familia, sucedería lo propio, pues no sólo es poco frecuente que los hijos tengan las aficiones del padre, sino que suele dolerles ver paralizado el no despreciable capital que la colección representa. Queda el recurso de legarla á otro aficionado manático, ó bien á un Museo: lo primero no lo hacen jamás por envidia y celos póstumos, pues no hay Otelo ni hay tigre comparable á un coleccionista; y lo segundo, si tiene la ventaja de evitar que la colección se desparrame y la arroje la tempestad á la playa inhospitalaria de las tiendas, en cambio roba á esos objetos animados por la voluntad de un hombre *y no sé qué* en que consiste su encanto... Los objetos reunidos por Goncourt formaban parte de su alma; eran algo que me es imposible representarme en otra parte más que en aquella casita de Auteuil, tan pequeña y coca, con su jardín, donde, en vez de los vulgares figurones de cinc con que suelen adornarse los cenadores y los bosquetes, había magníficas porcelanas... ¡Pobre Goncourt! Murió pensando en que todo eso iría á parar á la subasta..., al martillo...

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINAS

Desde que la Virgen del Carmen echa la bendición al mar – según la poética y bonita creencia de estas costas, – es lícito y es higiénico buscar en el «seno de Anfitrite» la curación de todos los males y el método más saludable de cuantos puede seguir la pobre humanidad, tan deseosa de echar remiendos á la negra tela de la vida.

Las aguas del mar, donde la ciencia supone que tuvieron su origen los organismos, donde todavía bullen miríadas de seres en constante actividad de producción, donde el microscopio revela, en una gota, un hervidero de animalillos y de plantas de asombrosa fecundidad; las aguas del mar, saturadas de yoduro, de fósforo y del salubre cloruro de sodio, penetradas de electricidad, calórico y magnetismo, vivientes y ardorosas, frescas á la vez, más que las aguas potables, y puras y limpias á despecho de todas las inmundicias que á ellas confluyen y que se pierden, disuelven y aniquilan en sus profundidades, como un mosquito en un horno encendido; las aguas del mar, amplio é inagotable depósito de salud y fuerza, reciben ahora, con desdeñosa tolerancia, la visita de muchos cuerpos raquíticos y endebles, y les envuelven, compadecidas, en un girón de su manto verde orlado de puntillas y randas de espuma...

Al ver el gentío que hormiguea en las playas, cuesta trabajo creer que hace cosa de un siglo el tomar baños de mar era considerado remedio atrevido y peligroso. Sin duda que los griegos, en su arraigada devoción á la hidroterapia, tenían por hábito y por rito religioso chapuzarse en el mar; pero la civilización occidental trajo mil preocupaciones contra la costumbre oriental de los baños, y hasta nuestra época no se ha estimado el mar como restaurador soberano y eficaz remedio para las debilidades de la niñez y de la juventud. La nota característica del mar, lo que le diferencia completamente de la hidroterapia terrestre ó de agua dulce, es que su acción es más poderosa cuanto más joven es el individuo que la ensaya. Raro parece ver en el balneario termal al niño y al tierno mancebo: raro y casi risible encontrar en el balneario marítimo al anciano, al valetudinario, al moribundo. Aquella máxima famosa que dice: «de cuarenta para arriba..,» sólo es aplicable á la mojadura de agua salada. Diríase que el mar se acuerda de haber sido la cuna y el criadero de la vida orgánica, y por eso estimula la fuerza de la juventud, la savia que asciende en el cuerpo todavía no acabado de constituir. El mar pertenece á los niños; los sanatorios marítimos son hospitales de la infancia. Criaturas entecas y mezquinas, empobrecidas por la residencia en las grandes ciudades, por la mala alimentación, por la reclusión en viviendas sin aire y sin espacio, recobran á los pocos días de permanencia al borde del mar el apetito, la viveza, los cachetes colorados y la bulliciosa inquietud. Porque no es sólo el agua, el ambiente del mar derrama también gérmenes vitales. Esa deleitosa impresión que reciben los pulmones cuando, después de una temporada de residir tierra adentro, se aspira al fin la brisa marina, no nos engaña como engañan otras impresiones agradables: al contrario. El aire del mar á cualquier edad y en cualquier circunstancia – á menos que la tisis haya atacado los pulmones – es medicinal y balsámico.

Dejad libre á un niño en un puerto de mar, y le veis por instinto dirigirse á la playa, como si le llamasen desde ella voces misteriosas. Si se lo permitís, en la playa vivirá el niño. Descalzándose y arregazando los pantaloncitos, se tumbará en el peñascal, lo más cerca posible del agua, gozando en empaparse de la humedad pegajosa y salobre – humedad que ni moja ni enfría. – Sus manos revolverán con fruición la arena, haciendo montoncitos en figura de casas, de fortalezas y de reductos. Al descubrir enterradas y esparcidas almejas, nácares y retorcidos caracoles, sentirá tanto júbilo como por el hallazgo de un tesoro. Las expediciones á *coger conchas* y á pescar son una fiesta para los niños. ¡Qué ilusión el sorprender, en la *poza* tibia aún del calor solar, el vivaz cangrejo, la linda anémona y el extraño erizo! ¡Qué satisfacción orgullosa tan grande la del primer tirón que da al cebado anzuelo el simple pececillo, y qué emoción al sacarlo del agua y arrojarlo palpitante aún en el cesto, reluciente de escamas!

Pues con ser tan sencillo y tan natural el dejar que se acerquen al padre Océano las criaturas, hasta nuestro siglo no se ha observado todo el bien que de él reciben, y el baño de mar, como medicina, empieza á propagarse ahora.

De nuestros días es la vida de playa. De nuestros días las cómodas y decorosas y alegres casetas; de nuestros días los anchos sombreros de espuerta y los gorros de hule y tela embreada; de nuestros días los trajes cómodos y racionales, que salvan el pudor de la mujer, sin estorbar los movimientos indispensables para la natación; de nuestros días los sanatorios marítimos; de nuestros días la lucrativa profesión de bañero y bañera; de nuestros días la animación de algunos puertecillos y playazos, cuyos nombres poco á poco van haciéndose célebres en todo el mundo – Etretat, Trouville, Biarritz, Arcachón, Espinho, Figueira, San Sebastián, las Arenas, el Sardinero y nuestra bellísima Villa García, que los gallegos consideramos la reina de las playas, por su extensión, por su fondo de admirable paisaje y por la suntuosidad de su establecimiento balneario.

Sin fijarme más que en un detalle – la indumentaria, – me admiro del camino que en poco tiempo han adelantado los baños de mar; de cómo se han generalizado, arraigando en las costumbres hasta de la gente menos refinada. Hará cuatro ó cinco lustros, en mi pueblo – puerto de mar, y con muy hermosa bahía, – eran punto menos que desconocidos los trajes de baño para señoras. Si alguna, curiosa ó antojadiza, quería no entrar en las olas sino vestida como corresponde, tenía que sacar trabajosamente el patrón y modelo del figurín francés, cuidando de alargar mucho los calzones, que casi tocasen á los tobillos, por no escandalizar. Así y todo, la novedad del traje con pantalones, «un traje de hombre,» («de marinero,» según las más indulgentes) provocaba acerbas censuras, y era asunto de conversación hasta octubre. La mayor parte de las mujeres que por prescripción facultativa tomaban baños, entraban en las espumosas olas cubiertas con lo que Dios les daba á entender. Generalmente usaban lo que se llama *una túnica*, informe hopa con la cual pensaban resguardar la decencia, cuando en realidad no hay cosa menos decente, pues al penetrar en el agua se hincha como un farol y descubre lo que debiera encubrir. Los sombreros pajazón se ignoraban, y dominaban unos horribles capachos tejidos por los presidiarios, no faltando quien se preservaba del sol con un paraguas blanco todo el tiempo que duraba la inmersión – en cuclillas, porque el nadar era entonces cosa singular y amarimachada, y tenía en las mujeres carácter reprensible. – Algunas veces nos divertíamos en ir á ver, desde las ventanas de las casas que caían á la marina, la pintoresca escena del baño de las mujeres. Había perfiles altamente cómicos en todo aquello. Los chillidos al entrar en el agua, los sustos cuando venía una ola formidable, las cadenas de manos para resistir su empuje, eran asunto de risa. ¿Qué diré de aquel desnudarse á la sombra de una peña – no existía ni idea de casetas, – amparándose con la sábana extendida y sostenida por una criada? La vestimenta era también de lo más variado y caprichoso. Los que llevaban *túnica* hecha *ad hoc* y sin remiendos, eran la crema de la elegancia: la generalidad adoptaba una saya y una chambra vieja: una bata desteñida, un sabanón recompuesto, y hasta tuvimos ocasión de ver á una que había confeccionado su traje de baño con jerga de la que cubre los sacos y cajones de mercancías, é iba pregonando su origen con el letrero *¡Frágil!* estampado en letras gordas y visible sobre las espaldas de la imprevisora bañista...

De estos tiempos en que los baños de mar eran una nota humorística en el vivir, me acordaba yo al ver la bonita playa de la Barceloneta y reconocer allí esa acción benéfica del progreso, que algunos niegan, y otros, más pesimistas (como el filósofo alemán Nietzsche), califican de nefanda. La Barceloneta no es la playa de la *high life*, no es un Biarritz donde todo se paga por las setenas y donde las mujeres que viven de ostentar su belleza y sus caprichos entran en el agua con trajes de *surah* blanco guarnecidos de encaje, y sandalias griegas bien ceñidas sobre el *maillot* de seda nacarada, que se renueva á cada baño. La Barceloneta es la conquista democrática, el goce barato, al cual, para ser exquisito, sólo le estorba eso..., la baratura. Los baños de la Barceloneta son como el pan, como las sardinas, como la fruta en agosto, como el agua cristalina de la fuente pública: no se estiman porque abundan demasiado, porque están al alcance de cualquiera. Oponed la menor dificultad á la posesión de tales bienes, y entonces conoceréis su precio.

A mí el espectáculo de la Barceloneta me sorprendió y me cautivó. Aquellos vaporcitos moscas tan cucos, yendo y viniendo cargados de gente modesta que revelaba en el rostro la esperanza del solaz y la ilusión de la frescura que se prometían disfrutar dentro de breves instantes; aquellas innumerables casetas amarillas, salpicadas por el arenal, á manera de enormes conchas; aquellos kioscos vastísimos, con sus balconajes y barandas que parecían colgados sobre la serena superficie del mar; aquel estrépito de pianos, organillos y músicas; aquellas diversiones sencillas, infantiles – los kalidoscopios, los tíos-vivos, los panoramas; – aquel bullir y hormiguear de la muchedumbre, emperifollada con las galas de la estación, el vestido de claro percal, la sombrilla de colores vivos, el sombrero de paja florido y empenachado; aquellas turbas de niños medio desnudos, revolcándose con fruición en la arena, persiguiéndose hasta empujarse al borde de las ondas – porque el Mediterráneo no tiene *olas;* – y sobre la alegría de este cuadro, el azul purísimo de un cielo incomparable, y un horizonte en que se abrazan y confunden ese cielo y un mar de zafiro también, un mar de Grecia...; todo esto me llenó el alma del contento que experimentamos cuando vemos una forma de la cultura, del bienestar y de la felicidad, puesta al alcance de la gente laboriosa y humilde; un placer honesto y barato, sano y natural, disfrutado por una multitud, que en aquel instante no envidia – ni tiene por qué – ¡á los poderosos, á los millonarios!

Dícese que estos baños en el Mediterráneo no prestan el vigor, no encierran la virtud medicinal de los del Cantábrico. Quizás por eso mismo – porque son recreo y no medicina – parecen tan regocijados, tan animados, tan helénicos los baños de la Barceloneta. Al entrar en el tibio seno del Mediterráneo, los niños ríen y juegan como tritoncillos; al acercarse al Cantábrico, al ver de cerca esa masa de agua densa, verdosa ó gris, rugiente, amenazadora, que rompe en espuma..., pocos son los chiquillos que á su vez no rompen á llorar.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE ACTUALIDAD

A pesar de la indiferencia con que aquí suelen mirarse las discusiones puramente literarias, la promovida por *El Imparcial* estos días acerca del *Teatro libre*, ha despertado relativo interés. Conviene advertir que es un interés de curiosidad, más que de crítica. La gente quiere enterarse. ¿Qué será eso de *Teatro libre*? ¿Se parecerá (en su género) á la enseñanza libre, al libre cambio, al amor libre, á la libertad de cultos y á otras varias que no están en olor de santidad precisamente? ¿Será socorrido pretexto de poner en escena comedias y farsas para hombres solos, de esas que se representan á puerta cerrada? ¿O más bien constituirá una parodia del coliseo de Bayreuth, y funcionará por la mañana, con la sala medio á obscuras y la orquesta agazapada bajo la concha del apuntador?

A tan fantásticas suposiciones ha dado lugar el solo anuncio de la posibilidad de un *Teatro libre*, invención vertida directamente del francés y destinada (ó mucho me engaño) á no prosperar en tierra española. Este parecer fué el que expuse, como en cifra, respondiendo á la pregunta del popular diario madrileño. Y considerando justo que al *Imparcial* se le reserve una investigación que él suscitó, me apresuro á decir que aquí no trataré especialmente la cuestión del susodicho *Teatro libre*. Me limitaré á discurrir sobre el Teatro... esclavo, que es por lo visto el que venimos disfrutando hasta el día. Si sale enredado alguna vez, á manera de gajo de cerezas, el *Teatro libre*, no hay que extrañarlo, porque la actualidad atrae y produce una especie de obsesión. Eso tienen de bueno las hipótesis: hacen pensar. El *Teatro libre* es la última hipótesis de nuestro arte escénico.

Aunque he votado en contra de ella, no por eso soy partidaria – ¡qué había de ser! – de la consagración del *statu quo*. Lo que sostengo es que, para los tiempos que corren, las empresas hacen lo que pueden. Al fin su lema es, por necesidad, el del director que había en el «Prólogo en el Teatro,» del inmortal poema de Goethe: «¿Cómo no he de desear agradar al público, cuando él es quien vive y quien me da vida?» Atentas á estudiar los síntomas reveladores de las variaciones del gusto, las empresas procuran enriquecer el repertorio y acogen con los brazos abiertos lo que ofrece esperanzas de atraer al espectador. No hay doctrina literaria, no hay amor puro al arte que inspire mejor que la conveniencia propia. Su instinto no diré que sea infalible, pero sí agudísimo. Si las empresas padecen errores y admiten y ponen en escena obras destinadas á naufragar, es porque á veces el violento deseo de acertar engaña. ¿Y cómo va á rechazar una empresa la obra del autor famoso, ilustre, aunque note que aquella vez dormita? ¿Cómo va á cerrar sus puertas al principiante que promete? ¿Cómo ha de hacerse la sorda al clamor de los literatos admiradores de ciertos dramas extranjeros, aunque sospeche que aquí no los va á tragar el público?

Desde que la desaparición de la censura de teatros convirtió al auditorio en censor supremo, hubo en España empresas dispuestas á todas las tentativas, y bien se puede afirmar que no yace desconocido ni archivado ningún ensayo dramático de valía, ó solamente de novedad. Nadie gana á valientes á las empresas. En plena efervescencia revolucionaria se estrenó en Madrid *La Carmañola*, comedia reaccionaria de Ramón Nocedal. Sabíase de antemano que estaba prevenida la partida de la Porra; había marejada contra los Nocedales, y la musa satírica acababa de disparar al autor novel un sangriento soneto cuyo cuarteto primero, si mal no recuerdo, decía así:

> «La gloria del sin par Nocedalete
> no amenguará, pardiez, Nocedalito.
> Si aquél fué liberal de chiquitito,
> éste, desde el nacer, gasta bonete.»

No dudaba la empresa que la comedia de Nocedal *junior* traía aparejada gresca, y no obstante, la representó intrépidamente, como si buscase quimera al público, lo mismo que, cerca de un cuarto de siglo después, no faltó quien pusiese en escena, con denuedo, un drama de la señora doña Rosario Acuña, *El Padre Juan*, de tendencias completamente antitéticas á las de *La Carmañola*. No suelen las empresas pecar de medrosas y apocadas. Apenas habrá género, ni especie, ni variedad, ni tendencia, ni *molde* que haya sido recusado (por las empresas, se entiende). Hemos tenido los Bufos, con sus cancanes, sus ritornelos *canaille* parecidos al de la *Blonde Venus*, sus exhibiciones de algodonadas pantorrillas, de escotes barnizados de albayalde y botas imperiales de raso hasta media pierna: hemos tenido (vivo contraste) los dramas góticos y visigóticos, con sus vistas al neocatolicismo, sus reyes y reinas que parecían figuras de baraja, sus largos trozos de verso solemne: hemos tenido los melodramas jurídicos, con sus venenos y sus puñales, sus tribunales reunidos para juzgar al inocente y sentenciarle á muerte, mientras el asesino se oculta; con sus agentes finos sabuesos y con su desenlace final que castiga al malvado: hemos tenido ¡y Dios sabe en qué cantidad! los dramas de conflicto y punto de honor, cuyo protagonista se pasa tres actos dilucidando qué es lo que le mandan hacer la moral y la dignidad, y si debe degollarse ó escabechar al prójimo: hemos tenido dramas que eran alegatos contra la intolerancia religiosa y otros que eran sermones contra la iniquidad y el descreimiento; dramas contra el agio y el afán de negociar, y dramas contra la pereza y el fatalismo; dramas predicadores y dramas sentimentales; dramas (¡todavía!) de moros y cristianos, y dramas patrióticos; y ahora tenemos dramas regionales, con color local y con desfile de trajes y de decoraciones, y dramas psicológicos y dramas *ibsenianos*, y dramas socialistas, y dramas de frac, y de smocking, y de levita, y de blusa, y de chaqueta, y de andrajos! Tampoco nos han faltado comedias de enredo y *quid pro quo*, ni de sátira social, ni de sátira política, ni de carácter, ni de figurón, ni de salón, ni de zahurda; y no se hable de la irrestañable corriente que un día y otro produce sainetes, fines de fiesta, piececillas, apropósitos, despropósitos, humoradas, revistas, viajes... ¿Qué *nos faltará*? En España hay derecho para decir: *nihil novum supra... candilejas*.

No nos hemos reducido á la cosecha de casa. Llovieron traducciones y adaptaciones á porrillo, hechas sin primor, ni discreción, pero continuas, por lo cual es lícito afirmar que de las obras muy celebradas en el extranjero, pocas dejaron de subir tarde ó temprano á la escena española. El teatro francés, sobre todo, ha sido, más que aprovechado, saqueado; y como existen buenas compañías que se dedican á él de preferencia y actrices notabilísimas que lo dominan, ya no parece forastero, es un *género* admitido, sin contrabando. Todo esto, ó mucho me equivoco, ó indica en las empresas de los teatros que en España funcionan, un criterio amplísimo, ningún apego á las tradiciones y un arrojo probado, porque no pocos de los ensayos y experimentos á que se determinaron las empresas, eran (la experiencia lo demostró) calaveradas y temeridades, desde el punto de vista de la taquilla.

Demostrada la exactitud de estos hechos, no halla fácil explicación el anhelo de un *Teatro libre*. ¿Qué necesidad remediaría? La clave de esta aspiración, que á primera vista presenta apariencias insurrectas y airecillos de novedad, está sin embargo en la historia literaria. Es un *avatar*, una encarnación reciente de aquellas antiguas ansias que analizó y definió, en precioso libro, el malogrado crítico catalán José Yxart. Hay que leer y releer las páginas de *El arte escénico en España*, si queremos entender bien el problema de nuestro teatro, é interpretar por sus antecedentes su estado actual, que no es el de postración y anemia que muchos se complacen en suponer. La idea del *Teatro libre* es de las que llama Yxart con frase gráfica *panaceas teatrales*, resultado inevitable de las continuas series de lamentaciones sobre la *decadencia*, sobre la situación precaria y mísera de «la patria escena de Calderón y Lope.» Estas lamentaciones que tan á menudo se oyeron resonar, tomando por base, ya las traducciones y arreglos del francés, ya la afición del público al género zarzuelesco, ya el flamenquismo, ya el can can, ya el supuesto realismo de Echegaray, Cano y Sellés, ya las funciones por horas, ya los adelantos de la escenografía, las decoraciones mejor pintadas y los trajes más ricos y apropiados – que por tales motivos se clamó y se lloró y hubo quien rasgase sus vestiduras y se cubriese la cabeza de ceniza, como los profetas bíblicos; – estas lamentaciones, repito, no han cesado, ni acaso cesarán jamás, y al presente las inspira el drama de *ideas*, de *análisis* y de estudio social, el teatro de Ibsen, algunas tentativas de Galdós. En pequeño, en el reducido círculo que aquí lo encierra todo, se renovaron, después del estreno de *Realidad*, las célebres batallas de *Hernani*. Es indecible la expresión de antipatía ciega, los gestos de tedio con que se anatematiza ese género dramático. El enojo y la reprobación de algunos ha provocado, por reacción muy natural, la devoción y el encomio de otros, que ven en el drama *de ideas* sublimidad recóndita y profundos símbolos de doctrinas negadas á los profanos. Tal entusiasmo puede contribuir á la ilusión del *Teatro libre*, por creer que en él se reunirá un auditorio selecto, capaz de entender y saborear las filosofías de los *Espectros* ó las revelaciones sociales de *Los Tejedores*. En el fondo – y los artículos de Valera lo descubren – lo que hoy fermenta no es el *Teatro libre*, sino aquel mismo *Teatro* perfeccionado, regido intelectualmente, que allá por los años 50 se llamó el *Teatro español*, y en los años 77 se convirtió en una especie de *Teatro modelo*, propugnado por el insigne crítico D. Manuel de la Revilla; una especie de *Comedia francesa*, sostenida y amparada y costeada por el Estado. «No diré que asombre – escribe Yxart, – pero sí que produce un efecto muy cómico, cuando se tienen á mano, en un rimero, documentos análogos de distintas fechas, ver cómo se repiten casi cada lustro los mismos proyectos sin que se realicen nunca, y sin que los proponentes se percaten de aquella absoluta carencia de novedad.» Tampoco los que ahora leen ese nombre sospechoso de *Teatro libre*, pueden imaginar que es, vertido á la moderna y algo desfigurado, pero esencialmente el mismo, el proyecto de Patricio de la Escosura con sus dos direcciones independientes, las reformas del conde de San Luis, algo de las proposiciones de Romea en 1860, el informe de la Academia de Ciencias morales...,» y también el sueño de Revilla y el problema de Cañete y tantos y tantos párrafos como ha dedicado la prensa á la deseada fusión de todos los actores y actrices de primera línea en una sola compañía excepcional – sin tener en cuenta diferencias de género, ni oposiciones de índole, de carácter, de gustos y hasta rivalidades, – que después de todo son cosa natural y humana.

Razón le sobra á Yxart en su hondo estudio. Esas lamentaciones constantes, desde principios del siglo, acerca del teatro, prueban un inveterado é indefinible malestar. Siendo el teatro, amén de una gloria altísima del pasado, un género que aún posee el privilegio de interesar más que los restantes, de producir cierta vitalidad literaria; siendo tal vez la única forma de literatura que no pasa inadvertida, que la mujer y la juventud conocen, es por lo mismo aquello de que nadie está satisfecho, en que todos ven defectos que corregir, errores que evitar, inverosimilitudes, impropiedades, languideces, ataques á la moral, etc. Son constantes las censuras á lo incompleto de las compañías, á la desacertada elección del repertorio, al modo de vestir y de amueblar las piezas: lo clásico aburre, lo moderno subleva, lo ejemplar empalaga, lo artístico escandaliza, lo nuevo indigna, lo conocido es flambre, lo real es grosero, lo ideal es absurdo, el estudio de los caracteres fatiga, y no hay, en suma, autor ni obra que contenten á ese monstruo de mil caras de ojos que se llama público. Por eso el verdadero poeta repetirá siempre las hermosas palabras de Goethe: «No me hables de ese público tumultuoso cuyo aspecto hace replegarse á la inspiración: ocúltame la multitud turbulenta que á pesar nuestro nos empuja hacia el abismo.»

A este malestar y descontento de lo presente – aun cuando lo presente, y el crítico catalán lo ha demostrado bien, no tiene por qué afligirnos, pudiéndose decir, invirtiendo la sentencia, que

> cualquiera tiempo pasado
> fué *peor*, –

se debe el que flote en el aire la ya histórica aspiración del *Teatro modelo*, disfrazada de revolucionaria bajo el nombre de *Teatro libre*. Sin pretender oficiar de Casandra, me atrevo á pronosticar que las cosas seguirán como hasta hoy. Continuarán los actores desavenidos y fiándolo todo al propio esfuerzo asistido; las empresas consultando el horizonte para ver, como en el cuento de *Barba azul*, el camino que blanquea y la hierba que verdea; el público dengoso y descontentadizo, con accesos repentinos de poder, y otras veces con exigencia de cuadros poco edificantes; y de esta confusión saldrá de cuando en cuando un brote de belleza, una realización parcial de los ideales de libertad y vida, que sólo caben dentro del arte. Hasta pudiera suceder – pero ¿quién afirma que sucederá? – que el público llegue á aceptar (no en el *Teatro libre*, al cual iría prevenido, sino en los demás *teatros*, sin rótulo) aquellas concepciones, aquellos «nuevos modos de pensar y de sentir,» aquellas condiciones lógicas de la dramática contemporánea, hoy rechazadas ó acogidas fríamente

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VIAJE

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, meterse en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos mezclados con *snobs* y con haitianos, con la tribu del talco y el oropel, con las semi-mundanas y las bellas cursis disfrazadas de *cremosas;* esa alegre y abigarrada serie de tipos que da asunto á la caricatura y tela inagotable á los periódicos callejeros...no la busquéis en la grave Castilla, que envuelta en su capa de paño pardo, silenciosa y altanera, ve cómo se van reduciendo á polvo sus históricos tomones, sus incomparables templos, toda su grandeza fenecida. Indiferente y estoico, el castellano vegeta sin acordarse de que *más allá* hay movimiento, industria, progreso, especulación y lucro. A él le basta con sus rudas vestimentas, iguales en invierno que en verano, y su sol de oro, que tan regiamente amortaja las viejas piedras, testigos del pasado. Difase que para este ser de corcho no existen el frío ni el calor; en ningún punto de la península se gasta menos percal y cotonía que aquí: los hombres no han adoptado la cómoda blusa, las mujeres ignoran la fresca chambra y la limpia faldita de zaraza; y con sus trajes obscuros de lana y de recio paño, resisten una temperatura que aun ahora, en septiembre, puede calificarse de tórrida.

Venir en esta época del año á Castilla es, pues, como ir á una aldea donde se puedan contemplar soberbios monumentos. Si en las provincias halláis gentío, mucho gentío, todos vuestros conocidos de Madrid, sin que falte ni uno en la formación, aquí saludáis á los muertos gloriosos – los únicos que realmente viven en España, según frase feliz de un ilustre poeta. – Aquí andáis rodeados de sombras, pero sombras de más acción y más relieve para la fantasía, que los vivientes egoístas que bullen y se agitan para no dejar de sí ningún recuerdo. ¿Cómo podríamos resistir la España actual, si no nos refugiásemos en la España antigua? No tenemos otro consuelo; por eso un viaje á Castilla, en medio de esta soledad, ofrece atractivos y hasta calma la inquietud dolorosa que produce la nueva guerra de Filipinas, añadida á la ya crónica y desesperante guerra de Cuba.

En Segovia, nada me recordaba las tristísimas y azarosas circunstancias que padecemos: en Segovia es fácil recogerse en espíritu, no sólo á la Edad media, sino á la época romana, origen de nuestra civilización peninsular. Lo que en Segovia permanece más enhiesto, arrogante y digno de admiración, es una *obra de romanos:* el acueducto. Iglesias y palacios que nos parecen hoy extremadamente vetustos, cuentan doce ó trece siglos menos que el acueducto venerable, el cual se mantiene arrogante y con un aire de solidez y valentía que subyuga el ánimo. El acueducto sugiere no pocas reflexiones. Mientras las instituciones y las creencias de otras edades relativamente cercanas se van y se extinguen, y caen desmoronados los edificios que surgieran á su impulso, el acueducto y su modesto y práctico fin son permanentes. El agua es hoy, como en tiempo de Trajano, la primer exigencia de la cultura, el sello de la urbanidad. Rodando y rodando, hemos vuelto al agua.

Mil veces se ha descrito el atrevimiento y la gallardía de ese largo y hermoso acueducto, formado de sillares enormes, que sólo por su exacto encaje se sostienen, sin rastro de argamasa ni zunchos de hierro: admirable disposición que sorprende más en las dovelas de los arcos, donde se diría que las claves van á resbalar y caer al suelo..., ¡y llevan diez y nueve siglos así! Como los sillares son almohadillados, parece al pronto que se ha formado el acueducto apilando cojines – singular asociación de una idea de blandura y molicie con una obra tan vigorosa, tan varonil, tan latina. – «Esta es obra de esclavos» – me decía el ilustrado arqueólogo marqués de Miranda, que nos acompañaba en sus correrías á través de Segovia, cuando desde la plaza del Azoguejo contemplábamos la prodigiosa elevación de la *puente seca.* – «Aquí no se ha escatimado ni tiempo ni sangre; esto es como las Pirámides de Egipto: los obreros ni se cuentan ni importan; el caso es que la construcción asombre á los siglos venideros.»

En los nichos del más alto pilar del acueducto, á vertiginosa elevación sobre el Azoguejo, colocó la piedad, en vez de las antiguas imágenes de Hércules, dos efigies, de San Sebastián y de Nuestra Señora. Acaso la desnudez de San Sebastián, que arrostraba en cueros los rigores del duro invierno segoviano, sugirió á los cadetes de artillería un proyecto arriesgado y diabólico: el de vestir al Santo. Hay que ver la situación que éste ocupa para comprender la atrocidad. Al nicho no se puede llegar por ninguna parte, sino suspendiéndose en el vacío, sobre un abismo, que es la plaza. Y así lo hicieron, sirviéndose de un trapecio que sostenían con las manos algunos cadetes, de pie sobre la cresta del acueducto, mientras otros, colgados en el aire, vestían al Santo blanca camisa. Que flaqueasen un segundo los puños de los de arriba; que sintiesen un segundo el vértigo de las cumbres..., y los de abajo irían á estrellarse sobre los guijarros de la plaza. No flaquearon: se consumó la temeraria proeza; el Santo quedó vestido, y á la mañana siguiente los segovianos vieron atónitos el caso, en apariencia inexplicable. Deseoso el ayuntamiento de quitar aquel motivo continuo de asombro, burla y comentarios, ofreció dinero al que se atreviese á despojar de su camisa al bendito mártir; pero no apareció quien arriesgase el pellejo, y allí se estuvo con su camisa la efigie, hasta que la intemperie la convirtió en guiñapo, y por último el viento la arrebató...

Entre las iglesias de Segovia, que son muchas y muy bellas, hay una que recuerda una leyenda sombría, de las edades en que la exaltación de la fe solía degenerar en furor. Hablo de la iglesia conocida por *Corpus Christi*, que en su arquitectura arábiga con ribetes de bizantina aparece como hermana de padre y madre de la famosa *Santa María la Blanca* de Toledo. También la de Segovia fué Sinagoga, y en ella celebraban sus ritos los numerosos hebreos ricos é industriosos, que pagaban al obispo de Segovia treinta dineros en oro anualmente por cabeza, en memoria de los que Judas recibió por la cabeza del Cordero. Cuéntase que á principios del siglo XV, un judío, que por señas había sido médico del rey Enrique III, consiguió del sacristán de San Facundo, en desempeño de una cantidad prestada, una Hostia consagrada ya. La tradición afirma que los judíos buscaban las Hostias consagradas para ultrajarlas y atormentarlas, y la de Segovia fué echada á una caldera de agua hirviendo; pero al punto la Sagrada Forma se elevó por los aires, y volando salió de la Sinagoga quebrantando la pared: la hendedura se enseña todavía en el coro de las monjas. Averiguóse el sacrilegio; fueron ahorcados varios judíos, arrastrados y descuartizados otros, y atormentado el médico, hasta que se confesó autor del envenenamiento de Enrique III: obscura serie de crímenes que también se complicó con tentativas de dar ponzoña al obispo. Recuerda esta negra historia, además de la hendedura de la pared, el nombre fatídico de *Mal consejo*, que aún conserva la tortuosa calle donde fué entregada la Hostia. Y si alguien se admira de este drama horrible á fines de la Edad media, voy á darle una noticia que acaso desconocerá, y es: que hoy, á fines del siglo XIX, imputaciones análogas están dando lugar á los disturbios del antisemitismo, no en España, sino en Alemania, en Austria, Hungría, en Polonia, en Rusia y en Servia; dondequiera que hay judería, en fin. No ha mucho tuve ocasión de adquirir y leer un curioso libro titulado *El misterio de la sangre*, donde se narran (autorizándolas con documentos y extractos de la prensa) las lúgubres etapas del martirio sufrido por niños y vírgenes cristianas, á quienes los judíos secuestran y hacen sufrir todas las torturas de la Pasión de Cristo – azotes, espinas, clavos, cruz – á fin de recoger su sangre y amasar con ella los panes ázimos. Si la memoria no me es infiel, la más reciente de estas historias no se remonta á más allá de los años 1870 ó 1875. Son actuales. Sirva de excusa á nuestros antepasados de 1410, y no se les tache de loco fanatismo ni de credulidad nimia. Yo no sé depurar lo que haya de cierto en tan terribles rumores; sólo pretendo que no se acuse una vez más á España de enfermiza superstición, sin que la ayuden á llevar el peso de la acusación naciones muy cultas, en el siglo de las luces.

De las impresiones más gratas que estas ciudades viejas pueden dar al viajero que pica en artista, es la de perderse al azar por sus revueltas callejuelas, su caserío tan variado, como igual y monótono es el de los pueblos de nueva construcción. En Segovia este paseo sin objeto fijo recompensa al que lo da con deliciosas sorpresas. De pronto aparece un cuadro lleno de originalidad y de colorido, que recogimos en la cartera á modo de *apunte* de dibujante. He aquí tres de los que en la mía he archivado: 1.° Angulo de una callejuela tortuosa, de rápida pendiente, que termina en anchas escaleras de guijarro y que alumbra mohoso farol. El rótulo, en letras negras, dice «Calle de la Judería Nueva.» En escorzo, un balcón saliente de hierro forjado, y en él, surgiendo de entre más de una docena de tiestos y cajones en que los claveles y los geranios aplican sobre la negrura del hierro placas bermejas, una cabeza de mujer, joven, muy morena, de ojos grandes y tristes... 2.° Patio de la casa atribuída á D. Alvaro de Luna. Altas y nobles columnas de piedra en cuyos chapiteles se destaca un escudo heráldico, sostienen un corredor de madera negruzca y carcomida, casi deshecha por la vetustez. Trapos y pañales rotos y pobres cuelgan á secar del balaustre. Las enredaderas trepan hasta el techo de salientes vigas. Sobre el alero arrullan las palomas. En un lienzo de pared campea, pintado al temple, inmenso blasón de lunas menguantes. Comadres curiosas, agasajando al seno rollizos mamones, se inclinan para vernos y para comentar nuestra presencia. Un gato ético, consumido de morriña, abre á medias los párpados y vuelve á acurrucarse... 3.° Fachada de un palacio gótico, el del marqués de Alpuente. Todo el frente bordado de finos dibujos de tracería, que revisten la casa como de un velo de delicadísimo y transparente encaje. Sobre este fondo claro é ideal, los ajimeces del piso alto, del más puro estilo, de obscura pizarra, tan bruñida que parece mármol, resaltan vigorosamente. Nos detenemos á admirarlos, y una mano invisible y de seguro blanca y suave, se apresura á abrir las vidrieras para que podamos ver destacarse, sobre las cortinas de seda amarilla, el esbelto parteluz y los treboladros remates de los chapiteles... Y en sitio muy visible leemos este gracioso bando arcaico, que los dueños de la casa han tenido el buen gusto de respetar, y que traslado con su ortografía: «Se proibe berter bajo pena de un ducado.»

Al lado de la preciosa casa gótica del marqués de Alpuente, la tan ensalzada de los *Picos* me pareció de una pesadez y una tosquedad extraordinarias. No siempre lo que alaban las *Guías* es lo mejor. Tampoco el Parral, si se exceptúan el retrato y los enterramientos de los marqueses de Villena, es digno de su fama. Las estatuas del marqués y la marquesa de Villena son de nítido alabastro, muy bien trabajadas al estilo del Renacimiento. Al marqués le acompaña su pajecillo llevando el casco; á la marquesa, su dueña, arrugada vejezuela, halduda y de repulgadas tocas, que sostiene el sombrero de la dama mientras ésta reza devotamente. Y más abajo, en la nave de la iglesia, existe el sarcófago de otra dama, cuya estatua yacente permanece allí, pero cuyos huesos fueron arrojados á un campo por los profanadores de la exclaustración. Años después de la profanación, un labriego que araba la heredad encontró, al lado de una calavera, una sortija de oro. La sortija la formaba un cerco de rosas, y por dentro tenía grabado en caracteres góticos este lema: *Nadie vos ama como vos ama el vueso amador.* El labriego llevó la alhaja á Segovia y le pagó por ella un platero tres duros. Compróla después un conocido aficionado español, y dió por ella cincuenta; verdad que á poco la revendía en París por seis mil francos. Y la prenda de amor con que la noble dama había querido enterrarse, en vez de acompañarla hasta la eternidad, brillará hoy en el dedo de alguna caprichosa inglesa millonaria, ó descansará en los escaparates de algún museo.

¿Qué habrá duradero en el mundo?.. Los huesos de la noble castellana han sido aventados más pronto que las vértebras de carnero con que en Segovia hacen pavimentos de mosaico en los patios y zaguanes..

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

Marte, estatua de José Alcoverro

Tan fácil en concebir como presto en modelar, ha alcanzado el distinguido escultor D. José Alcoverro merecidas recompensas en exposiciones y concursos. Ferviente devoto del clasicismo, no por eso deja de cultivar el género moderno, en el que ha producido obras tan secomendables como la titulada *¡Al Puesto!*, premiada en una de las Exposiciones Nacionales.

La estatua de *Marte*, que damos á conocer á nuestros lectores, hállase dentro del círculo de sus inclinaciones, y aunque modelada con sujeción á las reglas del clasicismo, no produce el cansancio que distingue á las producciones de los seudoclásicos, frías y con ausencia completa de cuanto indica el potente esfuerzo personal del artista.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LEJOS DEL MUNDO

El que padezca ataques de misantropía y no quiera ver gente – entendiendo por *gente* la que conocemos y tratamos, – que se venga á Toledo en esta época del año, y se encontrará como en una Trapa, enriquecida con inagotables magnificencias artísticas. ¡Qué solos quedan los muertos!, diremos recordando á Bécquer. Y muertos son, en realidad, esos edificios calados, bordados y cubiertos de labores; muertos que guardan á otros muertos no menos gloriosos; civilizaciones que acaban en tumbas, como acabó la egipcia, sin duda para demostrarnos por un ejemplo convincente que todo se resuelve en el morir.

Toledo era, hasta hace poco, terror de los viajeros por sus malos hospedajes. Las posadas de Toledo reunían las peores condiciones de estrechez, de incomodidad, de poca policía y hasta de escasez en la comida, que pueden imaginarse. Hoy el capricho de un magnate, el marqués de Castrillo, ha dotado á Toledo de un *hotel* excelente. Verdad que esta excelencia se paga por las setenas. Para Toledo sería más conveniente un hospedaje aceptable y aseado, en condiciones no tan alarmantes para el bolsillo. Tal vez así la gente se acordaría á menudo de que Toledo es á la vez un museo y un relicario, y visitaría con cualquier pretexto la ciudad de los romanos, de los godos, de los árabes, de los reyes, de los emperadores, de los cardenales – de cuanto Dios crió, porque Toledo, como Roma, ha visto florecer y extinguirse cuatro civilizaciones diferentes y hasta antitéticas.

Hoy sólo permanecen las paredes mejor ó peor conservadas. Los actuales moradores de la corte imperial se dirían que han vuelto á los tiempos obscuros de Egica y de Recesvinto. Cuando cruzáis las solitarias calles, empedradas de puntiagudos guijarros, una ventana se entreabre, una cabeza curiosa se asoma y se retira hoscamente. A la puerta de las casas, en el inextricable barrio de la Antequeruela, las mujeres, sentadas en silletas bajas, se peinan al sol, y ejecutan en las cabezas de sus hijos la misma operación que, según el romance, ejecutaba Florinda amorosamente en la espesa cabellera del rey que había de perder á España. Una lechigada de chiquillos – no he visto nunca tantos juntos – os sigue y os acosa, os examina con salvaje curiosidad, comenta vuestro traje y vuestra manera de andar, y acaba por pediros, en monótona cantinela, un *cuquisú* (ignoro qué especie de bicho será, pero me figuro que es el *petit sou* de los mendigos franceses). Y da pena ver á criaturas tan frescas, tan rollizas, tan capaces de inteligencia y de educación, abandonadas así jugando á pordiosear, y demostrando un grado de incultura que asimila las calles de Toledo á las de Tetuán y Tánger. Acordábame yo, mientras me perseguía la bandada de los chiquillos toledanos, de otros niños nacidos en ciudad artística – los de Florencia. – Aquellos muchachos florentinos, dispuestos á servir de *cicerones*, nada piden, pero saben al dedillo lo que puede interesar al viajero. Su frase de admiración es discreta y oportuna; su indicación, útil y provechosa; su acento, al proferir una exclamación admirativa, al nombrar á Dante ó á Donatello, revela un criterio de arte, si no ilustrado, por lo menos justo. En Toledo no habrá granuja que no esté dispuesto á cargar con vuestro saco por dos reales, pero ninguno sabe responder á la pregunta de un extranjero. Se enredan en los pies como animalejos, y sólo sirven de estorbo.

Si exceptuamos la chiquillería, las mujeres que se espulgan al sol ó riegan macetas, y los carreteros y arrieros, en Toledo no se ve más concurso, pues el alegre enjambre de cadetes se circunscribe á la calle del Comercio, y si alguno encontráis por otras calles es seguro que le hallaréis cosido á una reja, pelando la pava. Esta soledad de Toledo tiene su poesía, no hay que negarlo. También puede verse, subiendo las agrias pendientes que del Tajo conducen á la ciudad, una figura que la civilización moderna va haciendo desaparecer en todas partes: la de la moza de cántaro. En Toledo escasea el agua, y la bajada al río es una ocupación cotidiana lo mismo que en tiempos de la *ilustre fregona*.

Grandes apuros pasé, por más señas, queriendo traducir estas dos palabras á unos viajeros franceses con quienes hice conocimiento en el *Hotel de Castilla*. Yo traducía las palabras; pero ¿cómo se les hace comprender la idea? Los franceses, gente en general ilustrada y amable, vienen siempre á España con el propósito de *conocerla* y hasta de *respirarla* y *absorberla* en un santiamén. Se figuran que es una cigarrera ó una maja de fáciles costumbres, que de buenas á primeras abre la puerta á todos. Quieren permanecer en España una semanita, y retirarse pronto á su París – porque el francés no es viajero por naturaleza, – pudiendo decir enfáticamente: «¡Oh, L'Espagne!» Preguntan algo; piensan adivinar mucho; asisten á una corrida de toros; compran dos docenas de fotografías... y ya tienen *su España*, la de su imaginación, en el repertorio. Después escriben – los que escriben – cosas muy raras y muy estrambóticas. Temo que mis amenísimos franceses de Toledo no han de desmentir esta regla. El uno de ellos, novelista y cronista, nos va á retratar Dios sabe cómo (aunque no sin gracia y arte). No acierto á pintar el gran empeño que tenía de ver bailar el fandango. Traté de quitárselo de la cabeza, asegurándole lo que es verdad: que el fandango ya no se baila; que yo soy española y no le he visto fandanguear en toda mi vida. Ni por esas: el francés no renunciaba á su *fandangó*. Juraba y perjuraba que en San Sebastián había presenciado un *fandango* en toda regla. «Sería un *aurrescu*,» le objetaba yo. «Bueno, es lo mismo,» respondió muy satisfecho, á lo cual nada tuve que replicar.

Debo añadir que estos franceses venían penetrados de respeto y de entusiasmo por el arte español. Su emoción ante la catedral y San Juan de los Reyes fué muy verdadera. Lo que pienso que *no entendieron* (es imposible servirse de otra frase) fué el Greco y su pintura. Estoy convencida de que el Greco se parece á las aceitunas: las primeras veces no gusta, y después no hay manjar más sabroso. Para mí el Greco tiene una condición especial: me vuelve indiferente al mérito de otros pintores sanos, normales y equilibrados. Los que visitan la sacristía de la catedral de Toledo no suelen tener ojos sino para el fresco de Lucas Jordán que cubre la bóveda, y que pasa por obra maestra de su fecundo autor. A mí no me atraen los Grecos, sobre todo el *Espolio*, perla indestimable, del más fino y puro oriente. Aquellas cabezas pálidas, de una fuerza de expresión dolorosa, rebosando espíritu, me hacen detestar las rollizas figuras de Jordán, vulgares y bien diseñadas, antipáticas de puro correctas. Una de las cosas que me parecen menos auténticas es la supuesta locura del Greco demostrada por sus cuadros. Melancólico debió de serlo siempre, eso sí, y basta ver su retrato para encerrarse de que la tristeza, una especie de terror misterioso, envolvía el alma de este extraño artista, cuyos ojos miran de un modo tan particular. La aristocracia del Greco consiste en este sello de melancolía incurable, altanero y sin embargo humilde, con mística humildad. Lo que más me gusta del Greco son sus ángeles. Como los de Goya en los muchos de San Antonio de la Florida, los ángeles del Greco son mujeres, pero ¡qué mujeres tan ideales, tan extrañas, tan semejantes á lirios! Sus formas graciles y ondulosas, castas á fuerza de delicadeza, parecen aún más soñadas por la prolongación de las alas finas y palpitantes. Los ángeles de otros pintores, aun los de Murillo, y lo digo con valor, no son al lado de los del Greco, sino materia, cuerpos de manos muy bien pintados, niños bonitos agrupados hábilmente, pero que se disponen á echar á correr ó ven un juguete ó un cucurucho de dulces. Los ángeles del Greco son criaturas sobrehumanas. Este genio único heredó el sentimiento vehemente de los primitivos y se anticipó al castizo realismo de Velázquez. La flor de la pintura española es el Greco, aunque Velázquez sea su tronco robusto.

Aun cuando no existe relación positiva entre el genio del Greco y algunas leyendas toledanas de la más poéticas, yo me complarco en imaginar lo que serían estas leyendas interpretadas por aquel artista tan original, tan enemigo del convencionalismo religioso. Siento que el Greco no nos dejase una *Santa Casilda*. ¿Habéis olvidado ya quién fué Santa Casilda? Nada menos que la hija del rey moro de Toledo Almenón, tantas veces ensalzado en los romances porque en efecto reunía el infiel la caballerosidad á la tolerancia, y la cortesía á la más exquisita cultura. Sin embargo, como la época en que reinó Almenón no era nuestra blanda época actual, los cautivos cristianos de Toledo se pudrían en unas mazmorras llenas tidas y tenebrosas, sin más sustento que un negro pan y un cántaro de agua descompuesta y tibia. Casilda no pudo resistir tal espectáculo, y por secretas escaleras y pasadizos se acostumbró á bajar á las celdas llevando refrescos y viandas á los presos. Ella le hablaban de sus creencias, de su Dios crucificado de *Lela Marien*, la dulce madre de todos los hombres, y Casilda escuchaba juntando las manos, abismados sus grandes ojos negros en un extático transporte. Un día, al bajar á los calabozos con la falda atestada de comida para los cautivos, Casilda se encontró á su padre, el poderoso Almenón, que alarmado por sospechas y delaciones, la preguntaba severamente qué llevaba en el regazo. Casilda sonrió: «Son flores,» dijo abriendo la mano y extendiendo la tela recamada de plata. Una fragancia exquisita se derramó por el ambiente, y Almenón vió con sus mismos ojos una cosecha de rosas, blancas como la aurora, rojas como los labios de la doncella, sonrosadas como sus mejillas, todas frescas, recién cortadas, salpicadas del aljófar del rocío que bañaba los jardines del palacio real y de las vegas de Toledo.

Almenón no era un padre feroz, como el de la gloriosa Santa Bárbara. No persiguió á su hija; la dejó que siguiese cogiendo aquellas rosas divinas de caridad y de entusiasmo. Hasta permitió que algún tiempo después, molestada por grave enfermedad de flujos de sangre, buscase la curación en un viaje á tierra de cristianos, bañándose en un lago bendito cuyas aguas tenían la virtud de sanar el cuerpo y el alma. Casilda regresó á Toledo curada y bautizada, y resuelta á acabar sus días en la penitencia y el retiro. Por una celdilla en sitio agreste, dejó Casilda, la infanta mora, su camarín alicatado y bordado de versículos del Corán, su baño de alabastro donde las esclavas negras derramaban esencias de Alejandría, sus trajes de gasa salpicados de perlas, la música de sus guzlas y el brioso y guerrero eco de los añafiles, que animaban á batallar contra el cristiano á los gallardos jinetes africanos de la guardia de Almenón. La conquista del alma de Casilda fué anuncio profético de la de Toledo. Muerto Almenón, Alfonso VI, *de la mano horadada*, entró victorioso por la elegante puerta del arco de herradura, llamada «Antigua de Bisagra,» y al pie de la cual me gustaría ver crecer algunos rosales, en memoria de Santa Casilda.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS VENDIMIAS

Parecerá sorprendente, pero el verano no es la mejor estación gallega. En los meses de julio y agosto llueve, hace viento, no pocas veces frío, y el paisaje tiene un verdor menos limpio y grato á la vista que en septiembre y octubre. Llegado el equinoccio, si alguna vez San Francisco trae enredadas en su temible *cordonazo* las tormentas, truenos, relámpagos y rachas de huracán, también suele ofrecer á Galicia una veintena de días tibios, pacíficos, espléndorosos, de una sequedad y suavidad de ambiente, de una magnificencia azul, que sorprende y encanta como un regalo de Dios.

Al mismo tiempo que

«el aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,»

renuévase la naturaleza de galas nuevas también. Siempre han tropezado los pintores del campo gallego con el inconveniente de que la tonalidad uniformemente verde de los prados y las arboledas convierte un lienzo de paisaje – á poco que se les vaya el pincel – en ensalada de lechuga y berros. No por otra causa artistas tan eminentes como Pradilla y Beructe han preferido retratar tipos y costumbres ó copiar riberas y playas, ó empaparse en el verdor continuo, monótono, de los bosques y los valles. *Verde Erin* han llamado poéticamente á Galicia, y si no es *Erin* (aunque la enlacen con *Erin* parentescos de raza bien notorios), á *verde* por lo menos puede asegurarse que no la gana ninguna tierra del mundo. No obstante, si los pintores aprovechasen la tonalidad del otoño, podrían sorprender matices cálidos y ricos, sobre todo en los países de vino, donde la parra adquiere tan bellas tintas purpurinas y doradas.

Al acercarse el momento de la vendimia, conviene advertir que nos quedamos en familia, casi solos, los peraneantes de por acá. Azoradas levantaron el vuelo las aves de paso, no ciertamente porque las haya dispersado el primer soplo otoñal, aquí tan benigno, sino porque las llamaban á sus nidos y á sus cobijaderos diversísimos intereses, múltiples razones, de economía, de conveniencia, de necesidad ó de gusto y recreo, pues también sucede volar desde Galicia á París ó á Baden. Mas como quiera que por desgracia aquí las aves de paso forman una bandada bien reducida, y el verdadero veraneo lo constituyen los propietarios que vienen á disfrutar de sus quintas y posesiones, apenas se nota la diferencia, y en ciertas comarcas, donde se celebra la vendimia, nunca como ahora reinó el bullicio, estallaron los cohetes y menudearon romerías y bailes.

Aunque no suelen figurar los *crus* gallegos en ninguna lista de fonda ó banquete, lo cierto es que Galicia produce clases de vino agradabilísimas para mesa y para servir con el pescado, las ostras y los mariscos, en vez de los famosos y caros *Sauternes* y *Chably*. Ligero, refrescante, acidulado, sano como pocos, el vino gallego ni fatiga el estómago ni daña al cerebro. Hay clases muy diversas, desde el exquisito Ribero de Avia, ensalzado por la pluma de Miguel de Cervantes, y el meloso *tostado*, hasta la *piquette* ó *chacolí* de mis Marinas, que sólo á título de refresco se puede recomendar. Hácese este vinagre de uvas agraces, bravas ó *feras*, como aquí dicen, y es axiomático entre los que conocen tal casta de uva, que si alguien coloca un gajo de ellas en el rabo de un perro, el animalito echa á correr y no para en todo un día.

Me apresuro á añadir que esta calidad del vino *mariñán* se debe, no tanto al clima, á la falta de sol que madure el racimo, como al mal cultivo y defectuosa elaboración. Cuando aquí alguien se toma el trabajo de cuidar las viñas, escoger la uva y realizar debidamente las faenas del lagareo y del envase, obtiene un vino claro, color de topacio, amable al paladar, y en todo semejante á las clases inferiores (que en España bebemos por superiores) del celebrado Rhin.

De cualquier modo, en este país no hay vendimia propiamente dicha. La vendimia, con su incomparable animación, sus cantares, sus risas, su embriaguez, su regocijo eternamente pagano, pertenece á los dos Riberos, el Ribero Avia y el Ribero Miño; á esa tierra semi-italiana, de laderas escarpadísimas, donde, plantada en forma de anfiteatro, recoge la cepa, según la frase de Dante, *il calor del sol, che si fa vino – giunto al umor che dalla vite cola*.

Por despeñaderos en que el menor traspié puede llevar al descuidado á estrellarse sobre las lajas que rugiendo combate el río, ascienden sin miedo los *carretones*, llevando á las espaldas el inmenso cestón ó *culeiro*, cuyos bordes rebosa el racimo, de granos negros y bruñidos como cuentas de ónice, aunque los empañe ese imperceptible vaho pegajoso que indica la madurez y calidad de la uva. Mientras los de los canastos trepan monte arriba, allá en lo hondo de la cañada resuena el canto de los vendimiadores y vendimiadoras. Es una melodía viva, interrogadora, diálogo en que el hombre requiebra y la mujer se defiende con las armas de la burla y el desdén. Mientras caen los racimos en los cestos, desgránanse igualmente las coplas risueñas y provocativas y los *ailadás* picarescamente retadores.

Hay una parte de la faena de la vendimia que no quisiera describir, porque conozco damas que con presenciarla una vez han renunciado para toda su vida á catar el vino. No en balde se toma el racimo por símbolo de la humillación que ensalza. Para subirse á la cabeza, tiene que prestarse á que lo estrujen los pies; ¡y qué pies, Dios santo! Endurecidos por la fatiga; jamás entregados á la ciencia y á los finos instrumentos del pedicuro; con un dedo de polvo y barro sobre cada dedo de carne, van aquellos pies zahareños y montunos á lavarse, por primera vez en el año, con el fresco zumo que suelta la uva al reventar...

Demasiado sabemos, señores químicos, que la fermentación es uno de los milagros de la naturaleza, la cual da al hombre el admirable ejemplo de eliminar lo sucio y lo impuro, y transformarse sin conservar más que los elementos confortativos, nutritivos y generosos; sí, lo sabemos, y que de tantas porquerías sale una cosa excelente y neta por demás; y con todo eso, como la fermentación se verifica allá en las obscuras entrañas del tonel, y la faena de los *pisones* se hace ante nuestros ojos, y les vemos surgir todos morados con las heces, habiéndose bañado en el zumo que luego hemos de guardar, estimar y beber..., los sentidos son más fuertes que el raciocinio, y no extrañamos la determinación de las que se consagran al agua, al agua casta, humilde y preciosa...

No insistamos más en este punto negro de las vendimias. Pensemos sólo en lo que las hace tan animadas, tan distintas de las otras fiestas del campo. Mientras duran, ningún cosechero pone coto ni á la golosina de las mozas que pican el racimo, ni á la sed de los gañanes. Uva y vino á discreción, engendran una alegría de vivir que se revela en los cantos, en las bromas, en las danzas. Por las noches, en vez de entregarse rendidos al sueño, se congregan los trabajadores ante la puerta de la bodega ó en el patio de la solariega casa, y la pandereta repica y las conchas resuenan, y las *postizas* se entrechocan, preludiando la *ribeirana*. Los maliciosos insinúan que durante las vendimias y al retorno de la labor, todavía se rinden más sacrificios á Eros que á Baco, y es más frecuente encontrar las palomas del carro de Citerea que los tigres de la carroza del gran Dionisos. Problemas mitológicos que no me encargo de resolver.

El señorío de estos países viticolas, tan sociable como se suele mostrar durante el verano, en tiempo de vendimia se dispersa, y cada cual atiende á su viña, á sus cubas, á sus lagares, á preparar la cosecha para que el vino no desmienta sus condiciones, y el arriero comprador, al extenderlo sobre la blanca manga de su camisa, no tuerza el gesto encontrando en el color pálido ó sospechoso del *caldo* la prueba de su inferioridad. Galicia no tiene que temer, como Castilla, Aragón y Navarra, ahogarse en su propio vino. El que aquí se produce consúmese parte en la comarca, parte en la exportación á América, donde lo pagan bien, y á algún punto de España – Madrid especialmente. – Es este vino uno de los más puros y sin mezcla que pueden encontrarse; salvo el azufre que para evitar el oídium recibió la uva, y la pez de la corambre, los dos catadores del cuento de Sancho no encontrarían en él sabor extraño alguno: merece el dictado de moro, y los cosecheros de las márgenes del Avia prefieren que se les tache de atrasados en los procedimientos, á que se insinde siquiera que bastardean la que puede llegar á ser sangre de Cristo, con cualquier indecencia francesa, como el perfume de raíz de lirio que comunica al Burdeos su ponderado *bouquet*.

No sé si la pasión por los frutos de la tierra me lleva á ensalzar más de lo debido el vino *ribeirano*; lo que sí afirmo, y nadie lo desmentirá, es que la vendimia debe revestir especial poesía y atractivo pintoresco en una comarca que tendrá similares, pero no superiores en belleza, ni en España ni en el mundo.

Siguiendo el curso del Avia, río coronado más que de espadañas y lirios, de pámpanos y lozanas hojas de vid, se admira una serie de vistas paradisíacas; y en el condado de Salvatierra, país de viñedo también, el Miño ve madurar á diestro y siniestro el néctar galaico y el lusitano. Sin duda el clima influye menos de lo que suele creerse en la calidad de la uva, pues los pocos grados de diferencia que existen entre las regiones más frías de Galicia y las márgenes del Duero, no impiden que aquí recojamos el vino menos alcohólico que existirá en el mundo, y los portugueses el más rico en alcohol, el terrible y delicioso *Oporto*, complemento de las sobremesas británicas, enemigo del hígado, al cual ataca sañudamente, y digno heredero de aquellos vinos densos y obscuros, como el falerno y el másico, que los cónsules romanos conservaban en ánforas puntiagudas.

Otros vinos celebrados en Galicia son el de las márgenes del Ulla, y el de los escarpes del Sil. Podrán estos vinos valer poco ó mucho, como el de Ribadavia, á pesar de los encomios de Cervantes, testigo de mayor excepción, aunque ninguno de sus encarnizados comentadores y biógrafos ha averiguado que fuese devoto de Baco en grado sumo; pero la región donde se producen es sin discusión pintoresca y extremada. ¿Y qué más se le ha de pedir á un vino? No puede presumir de otro tanto el de Jerez, que se da en una tierra seca, árida y calcinada por el sol, donde la vendimia no puede ser labor alegre, á pesar del carácter animado de los hijos del país.

Después de la vendimia y las operaciones del lagareo y el envase, viene otra labor graciosa y delicada, de la cual suelen encargarse las mujeres, y muchas veces las señoras, por no fiar á nadie tal cuidado. Es la cuelga del racimo, no sólo del que ha de servir para postre en la mesa, sino del que, secándose poco á poco y reconcentrando en la capsulita de cada globo de uva la esencia y fragancia del zumo, como en rico pomo de ágata, ha de ponerse en condiciones de suministrar el *tostado*, único vino dulce que posee Galicia, y que se asemeja mucho al *Pedro Jiménez*. El *tostado* no se vende: se guarda en la bodega del cosechero; algunas veces se entierra, para desenterrarlo el día de la boda de un hijo ó del bautizo de un nieto, y entonces suele aparecer convertido en una pella de azúcar.

Dentro de breves días, el mosto nuevo hervirá en las fustallas, y para dar pretexto á las primeras libaciones, vendrá la friolera castaña vestida de cuero, acurrucada en el ollón ó saltando gozosa entre la brasa, nuncio del invierno, que nos empuja hacia la ciudad.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUENTOS DE ANTAÑO

Pasar ocho ó diez días en Toledo, sin más propósito ni ocupación que empaparse de su ambiente y recorrer sus callejuelas intrincadas y sus costanillas y *rodanderos;* vagar por entre maravillas artísticas en completa soledad, excitar la fantasía, salir momentáneamente de la realidad vulgar y no contar alguna mohosa leyenda... no cabe en lo posible. Diréis tal vez que las leyendas no encajan bien en el marco de la vida *contemporánea.* Es un error. Nuestra vida está hecha, como decía el gran poeta, de la tela de nuestros sueños: no vivimos sólo en el sentido fisiológico, ni aun en el intelectual: también se vive por la imaginación, y de esa vida nace muchas veces el arte. No hay artista contemporáneo, no hay siquiera aficionado á la belleza artística, que no viva, por ejemplo, una semana en el siglo XIII, cuatro días en el XVI, quince en la época romana, un mes en Grecia..., todo ello según los gustos, las predilecciones estéticas, las lecturas y la sensibilidad de cada cual. Nuestra fantasía moderna es una planta que toma jugo del pasado; y este fenómeno ya no es de hoy, ni se deriva, como algunos creen, del romanticismo: en el período clásico sucedía lo propio: hoy se evoca la Edad media, entonces se evocaban las edades paganas, el Olimpo y los Campos Elíseos, pero siempre el *ayer.* Vivamos, pues, por una hora entre los visigodos, y recordemos en qué misteriosas y maravillosas circunstancias vino al mundo el infante D. Pelayo, duque de Cantabria, iniciador de la reconquista y fundador de la nacionalidad española. El verdadero sabor de esta leyenda lo apreciaríais bien si la escuchaseis á orillas del Tajo, en un lugar donde el río ensancha su cauce y se apresura con viva corriente, entre espesos cañaverales, salvias floridas y silvestres heliotropos, para sosegarse cuando besa el pie de la esbelta torre semi-árabe conocida por *el baño de la Cava,* como si ante el recuerdo más ó menos apócrifo de nuestra perdición, el sacro río sintiese melancolía y se deslizase tímido y callado. Allí, al pie de una noria moruna, cuyos cangilones suben llenos de agua fresquísima – mientras el labrador de la vega acomoda pimientos y berenjenas en una cesta de mimbre para llevarlos al mercado al amanecer, – es donde debe leerse la interesante historia de los amores y desventuras de doña Luz, nieta de Chindasvinto, y del duque D. Favila, aquel á quien ahogó un oso, cazando en los breñales asturicenses.

Ha de saberse, pues, que el rey Egica, antepenúltimo en la serie de los monarcas godos, había subido al trono casándose con la hija de Ervigio, destronador de Wamba. Egica era sobrino del desposeído rey, y Ervigio, al darle la mano de su hija Egilona, le hizo jurar que ampararía á toda su raza, y que jamás trataría de vengar el destronamiento de Wamba y el veneno que le había propinado para volverle chocho y lelo. A pesar del juramento, Egica no olvidaba el agravio de su tío, y el crimen de Ervigio al envenenarle y desposeerle: en términos que, muerto Ervigio ya, su yerno apeló á un Concilio para que de su juramento le desligase, y apenas desligado, apresuróse á repudiar á la reina Egilona y perseguir de muerte á toda la estirpe de Ervigio, con dura mano y saña, dicen los historiadores, que, por otra parte, no afean en esto el proceder de Egica.

Cuando pienso en la conducta del rey, comprometiéndose á proteger la sangre de Ervigio y haciendo lo contrario, hasta el extremo de repudiar á la pobre Egilona, que de nada tenía la culpa, y que ya le había dado un hijo varón, no puedo menos de creer que el busilis de los actos del godo fué que Egilona «no halló gracia en sus ojos,» según la frase bíblica. Si á Egica le gustase por los gustares la señora Egilona, á buen seguro que así se acuerda de las demasías que su padre cometió con Wamba, como de las nubes de antaño. Forzosamente Egilona padecía erisípela en la cara, ó tenía cansado el aliento, ó las piernas torcidas; aunque también pudo ocurrir que siendo la leyenda que voy á narrar verdadera y auténtica, y enamorándose Egica rabiosamente de la sin par doña Luz, le desagradase Egilona á pesar de ser un dechado de gracias y perfecciones; que si el amor es ciego, el enamorado sólo tiene ojos para lo que le cautiva y embelesa.

Era doña Luz, según se ha dicho, nieta del rey Chindasvinto y hermana de D. Rodrigo, andando los tiempos vencido en el Guadalete; y como por ser tal su calidad vivía en palacio, al lado de Egica y Egilona, encontró fácil ocasión el godo de prendarse de su candor y beldad. Pero la doncella tenía ya hecha elección, y correspondía al amor de su tío carnal el duque D. Favila, que por verla y requerirla se vino desde Cantabria á la corte de Toledo. Opuso, pues, doña Luz á las pretensiones del rey un pecho de diamante, y en cambio abrió á D. Favila las puertas del corazón, y una noche, las de su aposento, con el honesto fin de prometerse por su esposa, delante de una imagen de la Virgen. En aquel tiempo semejantes promesas poseían una fuerza y un valor de que hoy carecen, y revestían cierto carácter de legalidad, especialmente cuando no había otro recurso; así es que comprometidos ante Dios doña Luz y el duque de Cantabria, viéronse otras muchas veces, á hurto de todos, en aquel mismo lugar, y la dama se encontró encinta «por permisión divina,» añade algún cronista viejo.

Ya entonces el desdeñado Egica andaba receloso y barba sobre el hombro, sospechando que doña Luz ocultaba otro amor; mas por mucho que atisbó, no sorprendió las nocturnas visitas de D. Favila, de lo cual se deduce que doña Luz estaba bien servida de medianeros, ó que Egica no nació para polizonte. Fué preciso que (como dice el doctor Lozano) empezasen las dueñas y el rey á mirar á doña Luz más á las basquiñas que á la cara, para que el cotarro se descubriese. La avergonzada y medrosa doña Luz, sintiendo que se acercaba la hora, ordenó á sus confidentes que hiciesen construir en secreto un arca embreada donde no entrasen aire ni claridad, y cuando hubo llegado el trance y venido al mundo un hermoso infante, lo bautizó con agua, le llamó Pelayo, le puso al cuello ciertas señas, cédulas y medallas, y á media noche las fieles criadas echaron el arca al Tajo, donde era más recia la corriente.

Dirás, lector, que si en el arca no entraba aire, el niño se asfixiaría. Lo mismo se me ocurrió á mí, y sospecho que deben andar en este punto poco verídicos el moro Rasis y otros cronistas, y que doña Luz sin duda mandó hacer en la tapa del arca algún agujero por donde el chiquitín respirase. Ello es que el arca, que encerraba la salvación de España, el futuro vencedor de Covadonga, descendió llevada por las ondas, envuelta en un grande y dorado resplandor, lo cual consoló á las criadas mucho, y á la desconsolada madre cuando se lo refirieron. Y también debió de holgarse el Tajo, no teniendo ya que envidiar al Nilo su Moisés. Deslizóse el arca suavemente río abajo, y cerca de la villa de Alcántara la vió un caballero que se divertía en cazar, y que era por señas tío de doña Luz; casualidad feliz, como lo fué que, habiendo recogido el buen caballero el arca y sacado al niño, que estaba á punto de muerte, pudiese inmediatamente descubrir á una señora recién parida, que se ofreció á amamantarle. Y ya tenemos al tierno don Pelayo sano y seguro.

Rabioso entretanto de celos el rey Egica, como había observado el embarazo de doña Luz, y notado que ya el talle de ésta recobrara su primitiva esbeltez juncal, se dió como Herodes á hacer pesquisa de los niños bastardos nacidos en Toledo y sus contornos desde tres meses hacía, con propósito de hacer una hecatombe general, á fin de que el de doña Luz no escapase. Pero acaeció que, siendo indudablemente aquellos tiempos punto menos corrompidos que los actuales y Toledo harto más poblada que en el día, Egica se encontró una lista de treinta y cinco mil y pico de rapaces, nacidos fuera de la Iglesia en tal plazo; y como no era fácil degollarlos á todos, fué preciso no degollar á ninguno.

Frustrado este ardid, Egica, á quien no se le quitaba la mala intención, discurrió otro arbitrio para vengarse, y fué buscar un caballero felón y malsufrido, que delante de toda la corte retase de inocente y liviandad á doña Luz, pidiendo para ello ejemplar castigo, por haber cometido el pecado en el palacio real. La afligida y abochornada señora pidió que la concediesen espacio para hallar un campeón de su honra; publicóse la liza según las costumbres de aquel siglo, y D. Favila, que se hallaba en sus estados de Cantabria, tuvo tiempo de venir y aceptar el reto del difamador de la dama, arrojándole la gabardina, que equivalía al guante; al otro día, en público palenque, lidiaron primero con lanza y á caballo, con espada y á pie después, hasta que Favila, sujetando al traidor boca á tierra, le cortó la cabeza á cercén, y lanzó el sangriento trofeo á los pies de su secreta esposa.

Ya se colige que Egica quedó hecho una sierpe, y no dejó de incitar á otro mal hidalgo para que insistiese en la acusación á doña Luz; por lo cual hubo nuevo palenque, nueva victoria de D. Favila, y otra cabeza más que mordió el polvo con lívidos labios á las plantas de la injuriada princesa. Y aquí de la confusión de Egica, de la alegría de doña Luz y del asombro de la corte, que aplaudió la cortesía de Favila, no menos que su coraje y denuedo.

Las noticias del palenque llevaron á la corte á aquel caballero, tío de doña Luz, que había recogido el niño del arca. Una sospecha cruzó por su mente, y para apurarla interrogó á la camarera de doña Luz. La camarera, leal hasta el crimen, al recelar que aquel señor podía conocer el secreto de su ama, le llevó á una ventana que daba al río, con ánimo de despeñarle; pero arrepentida de su mal propósito, acabó por confesarle íntegra la verdad de los ocultos amores y del nacimiento del infantico Pelayo. Y el buen viejo, deseoso de arreglar este enmarañado asunto, reunió á los parientes y deudos de doña Luz, y les propuso que para restaurar completamente su honra la casasen con el vencedor del palenque, D. Favila, que tan bien había sabido defenderla y volver por ella. De mal sima gana tuvo el rey que otorgar el permiso, pero no sin buscar reservadamente una especie de jayán terrible y feroz, que desafiase á Favila, á ver si en el tercer lance lograba, con matarle, impedir la boda. Tanta maldad no podía consentirla la Providencia, que protegía visiblemente á D. Pelayo y á sus padres. Y cuando estaban ya los dos campeones lanza en ristre y preparándose á la embestida, apareciése en la arena un santo ermitaño, á cuyo aspecto venerable, luengas barbas, inspirado rostro y fulgurantes ojos bajaron las armas los dos enemigos, y el atravesado de Egica se echó á temblar. Motivo había para el temblor, porque el ermitaño, allí delante de todo el mundo, le cantó al rey las verdades, y se enteraron la corte y el pueblo toledano de que sólo el mal deseo y el torpe amor de Egica eran motivos de la acusación á doña Luz y los desafíos y ataques consiguientes. A la reprensión del hombre de Dios se ablandó el corazón del culpable rey; arrepintióse, cesó el desafío, se celebraron las bodas, apareció don Pelayo en brazos de su ama, y quedaron todos contentísimos. Esta es la leyenda del salvador de España, del nuevo Moisés, y sentiré que los asturianos se combatan, que de fijo la combatirán, por no perder la honra de haber dado cuna á Pelayo en las montañas donde nació nuestra independencia.

Los finos amantes doña Luz y D. Favila se quisieron entrañablemente hasta el fin. ¿En qué se funda esta afirmación siempre atrevida? En un capitel del claustro de la colegiata de Santillana, testimonio fehaciente y auténtico. Allí se ve á D. Favila despidiéndose de su esposa para salir á la caza del oso que tan cara le costó, y á doña Luz suplicante, acongojada, herida por cruel presentimiento, tendiendo los brazos para detener en ellos al intrépido cazador, á quien aguarda la muerte en los de la fiera.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

(Á LA RUSA)

París se ha portado como quien es en la recepción de su augusto huésped. Ese pueblo gasta, cuando se le pone entre ceja y ceja, mucha sal y no poco arte. Nunca se le frustra nada; ni los festejos ni las revoluciones. La misma maña se da á obsequiar monarcas que á descabezarlos. Así tiende guirnaldas de finos farolillos de colores, como enciende los sediciosos *lampions* ó cuelga de la *lanterne* á los aristócratas, dándoles una música, por cierto bien distinta del himno al zar. París tiene nervios de mujer, y por eso, de la noche á la mañana (¿qué es un siglo sino un día de las naciones?) se transforma y pasa de rugiente calcetera de la guillotina á *ingenue* vestida de blanco que, deslizándose por el Sena á bordo de engalanada embarcación, presenta un ramillete de flores raras al que sus abuelos llamarían *tirano del Norte*...

El joven y simpático tirano – los tiranos podría decir, porque Nicolás de Rusia se trajo á su *tirana* y hasta á una *labruxilla* encantadora de pocos meses, – habrá llevado recuerdos muy gratos de la ciudad regicida, vuelta para él en mansa paloma monárquica y leal. Los soberanos rusos dieron una prueba de valor entregándose á la muchedumbre, y la muchedumbre correspondió á la confianza de la imperial pareja suprimiendo toda broma pesada, bombas explosivas y otros excesos. Nada turbó la alegría; ningún desesperado quiso inmortalizarse al estilo de Eróstrato, cometiendo una barbaridad muy gorda; y hoy la superficie de París, alborotada por el paso del huésped, empieza á serenarse, como un lago suizo después de la tormenta.

Sin embargo, no creáis que París al apagar las luces y cerrar las ventanas, como se hace en un palacio suntuoso después de un sarao, se olvida del héroe de la fiesta, ni borra la impresión de la honra recibida. Vamos á tener este año una invasión del gusto ruso en todo y por todo. Apicio, cuando su cocinero le acertaba con el paladar, le enviaba de regalo un plato de oro; nosotros, si un torero se porta bien, le damos la oreja; París, á sus amigos los pone de moda, los hace dueños del tocador y árbitros de la elegancia. Tiene que defender el cetro del buen gusto, porque Inglaterra se lo está arrebatando: Inglaterra, en la actualidad, es más *chic* que Francia: empezó por cortar mejor la ropa de hombre, siguió por vestir deliciosamente á los mocosos ó *babies*, apoderóse luego de las *girls* ó muchachas semi-casaderas, y ya ha puesto su silla en todas partes, en el traje, en el mobiliario, en la decoración de las habitaciones, en el modo de servir las mesas y hasta en los juegos. Sólo le queda á Francia un dominio propio: la indumentaria femenina, en la edad de agradar. Mientras la mujer, sin saberlo ó á sabiendas, aspira á reinar y turbar los corazones, se viste á la francesa, y trae de París ó siquiera de Francia los moños y los pingos. La moda parisiense lleva más malicia que la de Londres; tiene intención, coquetería, y por decirlo así, *literatura*. Este año, y sabe Dios si el que viene, las corrientes literarias de la moda serán eslavas; el terreno está preparado, porque desde 1881 los bárbaros vienen apoderándose insensiblemente de París.

El pueblo ruso atesora elementos pintorescos capaces de refrescar la imaginación exhausta ya de los modistos, que no saben á qué santo encomendarse para discurrir algo inédito. En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII ó una flecha ojival del XV. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del XVI. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una fuente monumental? Recurre á alguna de las *aguas* romanas, y tan campante. – Lo propio el modisto. Buscando la novedad consulta lo más viejo: las estampas arcaicas, los cuadros de los pintores primitivos, los figurines de la modista de María Antonieta. No se quebrará los cascos, no: ahí están Ana de Austria y madama de Pompadour para sacarles de apuros. Así una mujer contemporánea parece á veces que se ha desprendido de un lienzo de Rubens, de una tabla de Mieris ó Terburg ó de una acuarela de Lancret. El arte infesta los talleres de modas; á bien que el taller de modas suele meterse en el de los artistas; retratos y esculturas conozco que son figurines.

El estilo ruso entró en las costumbres francesas, y después en las europeas, llevado de la mano por la literatura. Hay que reconocer en Francia esta excelente condición: que es hospitalaria y que no se desdeña de aprender nunca: su espíritu, abierto y claro, allí está como un espejo para reflejar la belleza, sin preguntarle si es morena ó blonda, tropical ó boreal. La literatura rusa parecía lo más apuesto á la estética francesa: así y todo, ha encontrado abiertos los brazos, francos los corazones y esa comprensión y esa tolerancia que tanto dicen en favor de la cultura de un pueblo. Si bien se mira, *comprender* es función natural de la gente culta. La *incomprensión* da la medida exacta del atraso y la barbarie. Ved el efecto que produce en una aldea el oír pronunciar una lengua extranjera: la risa estúpida, el grosero asombro de los patanes ante aquellos sonidos á que no están habituados. Notad, en los que viajan sin poseer nociones de tolerancia internacional, el enojo y el despecho que les causa que las cosas no sean ni se llamen allí como son y las llamamos aquí. Una señora conocida mía, que había varado en París, no pudo avenirse nunca á que en la lista de la lavandera francesa los calzoncillos se llamasen *caleçons*. «Paso que las enaguas sean *jupons*, aunque me suena bastante mal; paso que á las chambras les digan *camisoles*, y no negará usted que es muy raro; pero á los calzoncillos *caleçons*! No transijo con eso.» En medio de la risa que me causaba la extravagante manía de la excelente señora, no pude menos de pensar que como ella discurren millares de personas al parecer sensatas. Nuestros vecinos, en este particular, están muy adiestrados. No haya miedo de que se sorprendan ó extrañen de ningún habla ni de ninguna costumbre forastera. Al contrario, saben acogerlas con simpatía. No improvisan recibimientos como el del zar, sino que los preparan largo tiempo, por medio de una asimilación gradual y complaciente: como los romanos (que jamás llegaron á mayor altura en el simbolismo), tienen abierto el Panteón, donde acogen los ritos, las creencias, las supersticiones de los demás pueblos. Países hay muy hospitalarios para el cuerpo, donde siempre es mal acogida el alma. Los franceses saben dar hospitalidad al alma de las naciones.

Hace años ya que se familiarizaron los parisienses con el alma rusa. La literatura terció en esta unión; los libros fueron los galeotos; pero había raíces muy viejas de aspiraciones á alianzas: era inolvidable la entrevista de Tilsitt, sueño efímero, que tuvo por despertar el incendio de Moscou, la formidable retirada por entre los hielos de las estepas, y la caída del imperio napoleónico, á la cual también por acá ayudamos. En aquel entonces Napoleón deseaba la alianza rusa para hacer polvo á Inglaterra: hoy la quiere Francia para erguirse retadora ante Alemania. A principios del siglo – ¡increíble parece que no hayan transcurrido más que ochenta y tantos años desde estos fantásticos sucesos!, – Alejandro y Napoleón no se contentaban con menos que repartirse el mundo. La república de 1896 no pide tanto... Que pueda recobrar á la aldeanita del lazo de terciopelo negro sobre las trenzas doradas, y se dará por satisfecha..., al menos durante algunos meses.

Entretanto vestirán á la rusa las señoras, y las pieles se impondrán. Y aparte de todos los recuerdos históricos y de todas las combinaciones políticas, ¿no son muy lindas las pieles? En primer lugar, tienen un abolengo bien ilustre: con pieles se vistió por primera vez el género humano. Supongo que no estarían curtidas, porque no se conocían aún los procedimientos de la tenería, y las ropas de Adán y Eva debían de oler mal á pocos días de desolladas. Hoy, que se curte tan divinamente (desde que Nerunco enseñó este útil arte á los moradores de la industriosa Sidón), no podemos comprender abrigo más dulce que el de piel, que desarrolla una atmósfera tan suave alrededor del cuerpo. Hasta las regiones hiperbóreas se adelantan los atrevidos cazadores persiguiendo á los animales que tienen la desgracia de deber á la naturaleza una hermosa vestidura. No proceden de Rusia, sin embargo, algunas de las pieles que hoy se estiman y usan más: la elegante chinchilla, esa preciosa rata tan bien vestida de gris plateado, se cara en Bolivia y en el Perú; en cambio la reina de las martas, la fina marta cebellina tan ensalzada por Cervantes, sólo la encontraríais en la península de Kamschatka, y anda tan retraída, que cada día es más cara su rica piel color de avellana, halagadora y eléctrica al tacto como una cabellera bien peinada y copiosa de mujer rubia. Hacia Rusia hay que buscar también al zorro azul, á la bonita liebre polar, al castor arquitecto y al armiño, el del heráldico pelaje, aquél todo poesía, de quien hemos hecho el emblema de la pureza, aunque sólo es blanco é inmaculado en invierno, y su extraña metamorfosis de verano podría dar que pensar, haciendo de él más bien el símbolo de la hipocresía, revestida ante el público de apariencias candorosas.

No hay adorno más magnífico y señorial que las pieles. Lástima que anden tan baratas las imitaciones del *petit gris* y hasta de la marta; lástima que el conejo, y el gato, llamado festivamente *nutria de buhardilla*, quieran remedar los delicados afores de nutria verdadera y de legítimo castor. Una piel ordinaria es como un encaje mecánico: más valdría prescindir de ese falso y triste lujo. Las pieles malas hasta no abrigan. Mas no hemos de suponer que, en Rusia misma, las pieles ricas no son un lujo. Si tal creyéramos, nos pondríamos al nivel de aquel inglés chusco y cándido, que entendía que en España el *sherry* era la bebida usual de las clases jornaleras. No: en Rusia el zorro azul, la marta cebellina y el armiño andan por las nubes, y los pobres *moujik* ó labriegos se honran con la *tulupa*, que es buenamente pellejo de borrego, curtido como Dios les da á entender, y por consecuencia, apestoso.

Es increíble lo que el contacto de Francia con Rusia ha influido en el consumo de la peletería. En mi niñez recuerdo que llamaba la atención una señora con pieles. (Con pellejo sano no las había ni ahora ni entonces, porque la murmuración es más antigua que las modas rusas.) La que se permitía el derroche de poseer una *palatina*, especie de rotonda corta, muy desgraciada por cierto, la sacaba sólo los días de repique gordo y la custodiaba bajo fanal. Hoy las chaquetas de nutria de mil y dos mil pesetas de coste no llaman la atención; y á la salida de los bailes quizás veis entreabrirse sobre un escote desnudo de burguesa el largo capote forrado de imperial armiño...

Este invierno, más que nunca, estarán en favor las pieles, y también las gorras moscovitas, los boas, los samovares, los trajes rígidos, como los que llevan los *iconos* ó imágenes bizantinas, las diademas altas, y ¿quién sabe si la gallarda *troika*? Me sorprendería que alguna de esas Frinés parisienses, que tienen imaginación, no saliese al Bosque en *troika*, muy envuelta en tiras de zorro azul, con los tres caballos blancos, el de en medio trotando y los de los lados galopando, con campanillas de plata, y el cochero vestido de terciopelo, luciendo la roja camisa y las altas botas, la barba color de lino, la tez blanca y rosada, los ojos fríamente azules – de los cocheros eslavos, – y por fondo de la decoración los árboles salpicados de nieve, y el lago inmóvil, preso en cárcel de cristal, convidando al raudo patinaje.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DÍAS NUBLADOS

Por una vez, los hechos sociales tienen lógica: no siempre hemos de ser el pueblo de los viceversas. – Digo esto fundándome en que los teatros de Madrid sufren una crisis penosa, y á excepción del Español, único que resiste á la mala racha, se encuentran en peligro de cerrar sus puertas bien pronto. Claro que este es un caso de los más sencillos y naturales: á tantas calamidades como pesan sobre España; á tantos duelos, lágrimas y lutos, corresponde exactamente el descenso del bolsillo y del humor y el absentismo del público. Sólo que aquí, en esta bendita tierra siempre original, no valen correspondencias. El día en que deberíamos ser Heráclitos, con un pañuelo del tamaño de una toalla, somos el Demócrito que se descalza de risa; el día en que no tenemos un ochavo le rompemos la crisma á una onza; el día en que nos embargan convidamos al alguacil; el día en que hacemos bancarrota organizamos una corrida monstruo, y el día en que nos entierran resucitamos tocando las castañuelas y zapateando seguidillas gitanas. Ni pizca me hubiese maravillado si este año, este año precisamente, los empresarios se redondeasen y las contiendas se excediesen á sí mismas en la próxima Navidad.

¿Es un bien ó es un mal este desahogo y este *qué se nos da á mí* de nuestra raza? ¿Somos héroes ó somos figurones de piedra berroqueña? ¿Tenemos el alma de un Marco Aurelio ó almas de cántaro? El problema es curioso desde el punto de vista de la psicología etnológica – (dos palabras muy feas y que parecen pedantescas; me lo parecen á mí, que acabo de trazarlas). – Quiero decir, en castellano claro como el agua, que me gustaría averiguar por qué razón se diferencian tanto las gentes sin más que nacer del lado allá ó del lado acá de una cordillera. Ahí están esos franceses, que después de veintiséis años no se han consolado de las desventuras de la guerra. Se diría que no piensan en otra cosa: al menos hablan de ello tan á menudo, que es de creer que lo tienen siempre presente. Ha nacido una generación nueva, la de entonces es casi vieja, y sin embargo el escozor no se les quita; la hora de la prescripción no llega. Nosotros, aunque en el primer momento nos tragamos el mundo, difícilmente cultivamos con paciencia un sentimiento nacional. Quizás, lo repito, sea éste un don feliz, que debamos agradecer á la naturaleza.

A pesar de nuestra fiema, este año hemos llegado á impresionarnos con lo que nos sucede. El caso no es para menos. Dos guerras coloniales nos devoran. Nos cuestan sangre; pero sangre y valor nadie negará que aquí abundan, y por falta de esa *primera materia* animosa, de ese protoplasma heroico, no ha de plegarse jamás nuestra bandera. Por desgracia no basta la sangre. El dinero es el nervio de estas guerras sostenidas á tal distancia, contra tales enemigos, y sobre todo contra tales climas. El dinero no es inagotable, ni es ¡ay! lo que más nos ha sobrado nunca... No nos sobraba cuando venían los galeones de Méjico cargados de barras de plata; ¿qué será hoy, cuando por el contrario es nuestra pobre plata la que se va á derretir bajo el sol de Cuba y entre las ondas del archipiélago filipino?

En esto del dinero ven todos la clave de los acontecimientos futuros. Aliento, lo hay para más aún de lo que traemos entre manos. Lástima que el aliento, la resolución, la constancia, el desprecio de la muerte – las grandes virtudes españolas – no puedan acuñarse y correr por moneda. Siempre la hidalguía tropieza en ese miserable obstáculo del dinero. ¡Impura realidad! Los soldados gastan, gastan muchísimo, aun cuando los cuitados de ellos no pasan vida regalada, ni cosa que se le parezca. ¿De dónde van á salir las misas de los fusiles, las misas de tanta gente como allá enviamos? En este esfuerzo supremo ¿quién nos ayuda? ¿Qué Wellington, qué tropas auxiliares nos prometen socorro? ¿Son ilimitados nuestros recursos? ¿Resistiremos? ¡Tristísimo problema! No había nadie capaz de vencernos, si se lidiase sólo con el alma... y aun con el cuerpo. El Aquiles español tiene el punto vulnerable en la faltriquera...

No son sólo los teatros los que se resienten de esta situación tan angustiosa. Los salones permanecen cerrados: no se baila. Y el baile – que parece cosa tan frívola – es un elocuente síntoma social y hasta político. Según se siente, así se danza. En las saturnales revolucionarias se bailaba la grosera y cínica carmañola; en las voluptuosas fiestas del Directorio empezó á aparecer el vals sugestivo y febril. Cuando la juventud, á quien impulsa al movimiento el hervor de su sangre y la integridad de sus fuerzas, no baila, es que un marasmo profundo ó una inquietud devoradora dominan á la sociedad. La acción de abrir un piano, de preludiar un rigodón, de organizarlo, ha llegado ya á tener cierto carácter inconveniente. Nadie prohibe los bailes, y sin embargo los bailes disminuyen; la melancolía y la austeridad del Palacio Real, con sus puertas cerradas desde antes de media noche, se infiltra, se comunica á las mansiones aristocráticas; sin querer, por el contagio de las amarguras y las zozobras que todo el mundo sufre, imita la burguesía este proceder de las altas clases; y el raudo cotillón es un proscrito, que espera la llegada del carnaval para presentarse tímidamente, con sus bandejas de baratijas, los abanicos japoneses, los moños de cinta con cascabeles dorados, los espejillos y las sombrillas de colorines... ¡Ay del cotillón! ¡Qué cara tan mustia tiene el cotillón interminable y clásico, la *zangrla suelta* de baile, favorable á los enamorados; qué alicaído está, qué mudo su vibrante ritmo, qué lacias sus flores, qué silenciosas las sonajas de sus panderetas!

Fué ayer cuando una tarde veraniega, límpida, más bien fresca, de esas tardes de terciopelo que tiene el estío en Galicia, se reunió bastante gente joven debajo de los árboles de mi Granja, y bailaron en el amplio hemiciclo, que sombrean acacias enormes. Pues bien: uno de aquellos muchachos, casi niños, ya pagó su tributo á la muerte, bajo el firmamento turquí de la Habana, mortífero para el peninsular. Increíble nos parece, á los que recordamos al jovencillo, imberbe y rubio, que haya sido la guerra la que segó su vida cuando alboreaba; pero ¿quién no tendrá hoy en su familia, entre sus amigos, de estos dolores, de estas impresiones que son como una ducha glacial, algo que corta el aliento? ¿Cómo sería posible que el cotillón no se escondiese tras las cortinas de seda, avergonzado, encogido, temeroso de moverse, no vayan a tilintear con imprudencia los dorados cascabeles y á repicar las sonajas argentinas, gozosas como una plática de amor á los veinte años?

Y en cuanto á los teatros, no creo que pueda salvarlos de la crisis ni la Paz y Caridad... Me han asegurado que uno de los más importantes ya habría dado fin á la temporada, á no tener fija la esperanza en el drama de Dicenta, que todavía no ha principiado, cuando esto escribo, ni á ensayarse. La fortuna y la popularidad de *Juan José* engolosinan al empresario. ¡Si saliese otro drama tan aplaudido, tan comentado, tan bien acogido, tan prohibido! ¡Si le naciese á *Juan José* un hermanito chico que se le pareciese mucho en la buena sombra! Porque, debemos reconocerlo, *Juan José* tuvo sombra; la tuvo hasta en causar espanto á mucha gente, que tal vez se asustó más de lo que el caso requería. En un periódico tradicionalista leí no ha mucho esta frase á lo Veuillot: «Satanás y Dicenta pueden regocijarse; han conseguido su objeto...» ¡Satanás y Dicenta! Yo no digo que *Juan José* sea un tratado de moral ni un cuadro edificante, ni una escuela de paciencia y resignación; es un drama de amor, y de amor nada pettarquista; pasa entre obreros, y por lo tanto no huelen á opononax los personajes. De eso á convertirlo en manifiesto socialista... Bien se ve que en materia de literatura socialista no estamos aquí hechos á bragas, y nos hace llagas cualquier cosa. Si conociésemos bien, por ejemplo, las poesías revolucionarias de Burns, la de Nekrassof, la dolorosa *Canción de la camisa* de Tomás Hood... La literatura desesperada viene del Norte; Dicenta, realmente, ni aun en *Juan José* es un desesperado; sus obreros tienen rasgos de buen humor, cierta conformidad estoica en medio de la miseria; el fondo es sombrío, pero por la estrecha ventana de la buhardilla entra un rayo de sol, que es la pasión; porque, culpable y todo, cuando el alma conserva energía para querer tanto, bien puede regenerarse; y *Juan José*, para regenerarse, ¿qué necesitaría? Haber tropezado con una mujer que le quisiese de veras y con un maestro de obras menos pillo.

Mientras no se estrena la nueva obra del consorcio de Satanás, los teatros languidecen; y no sé por qué se ha levantado tal cruzada contra los sombreros de las señoras, precisamente hoy que la gente deserta de las butacas. Se declama á propósito de los sombreros, se reniega y maldice de ellos; pero nadie da en el *quid*, nadie comprende que las señoras no tienen la culpa. Las señoras están enseñadas á huir como del fuego de la menor originalidad, novedad ó excentricidad en la manera de conducirse. Lo único que no puede hacer una señora, so pena de gravísima reprobación y de exponerse á serios disgustos, es inventar costumbres. El tacto consiste en seguir las ya establecidas, paso á paso, con mesurado continente; ahí está el toque de lo adamado y señoril. ¿Qué dirían los mismos que incitan á las señoras á presentarse en las butacas sin sombrero, de la primer amazona que acometiese la faraña? ¿Cómo juzgarían su conducta? De seguro que muy severamente, ó lo que es peor aún, con ironía y chunga. «Ha querido distinguirse y llamar la atención; no la guía la caridad, ni el respeto al derecho ajeno, al derecho del espectador que ha comprado su localidad y exige con razón ver el espectáculo; no; lo que busca la muy caridalantera es que la miren, que se fijen en ella, que la lleven y traigan.» Eso dirían nuestros dulces y galantes señores de la primera ó de las diez primeras que les complaciesen quitándose el sombrero. No les arriendo la ganancia á las pobrecillas, como no se la arriendo jamás al que toma una iniciativa, por ridícula que sea, contraria al uso.

Los directores de los teatros sí que podrían resolver la cuestión, vedando el sombrero en las butacas. Sólo que los directores, por estos tiempos que corren, no están para perder ni un espectador. ¡Que vayan las señoras, calcularán ellos, así ostenten en la cabeza la nao Santa María!

Si las desgracias de la nación repercuten tan hondamente en la vida de las capitales, al fin más desahogada, envuelta en el tráfago de asuntos y distracciones, pensad ¡qué será en el campo, donde las ideas son tan limitadas y tan escasos los temas de conversación! En las veladas junto al fuego donde se cuece el pobre caldo de berzas, alimento del campesino, en el atrio de la iglesia, á la salida de misa mayor, mientras se vocea y puja la gallina de las bendiciones, ánimas del Purgatorio, creed que se habla de la guerra, de esa guerra lejana y misteriosa, tan mal de entender, tan enigmática para el aldeano. No pueden darse cuenta del por qué andamos á tratazos con los negros. Lo único que saben estos *mujiks*, estos hombrecillos del terruño, resignados, maliciosos á ratos, muy fatalistas, es que les llevan allá á sus hijos á morir como moscas,» dicen ellos en su lenguaje pintoresco y gráfico. Lo único que saben es que las contribuciones arrecian; que los consumos, ese impuesto ya tan despiadado, tiene ahora una razón diabólica con el aditamento de la sal; que se habla de una quinta de diez y ocho á cuarenta años, y que sea leva formidable llega á ser un hecho, sólo que darán para labrar la tierra las mujeres... «¡Y todos por los negros!,» añaden ellos con expresión de asombro «¡Nada, por los negros! ¿Qué les hemos hecho á los negros?,» preguntan. Sería tan penoso desengañarles, decirles que los negros no hubiesen danzado este horrible danzón del machete y de la tea, á no ser por los blancos, nuestros hermanos, sangre nuestra, más que les pese, porque de los mansos indios de Cuba no queda ni la memoria.

A mi juicio, creen los aldeanos que Cuba es una inmensa isla llena toda de negros. Como aquí se pasan años sin ver á un negro y hay ancianos de setenta que no los han visto en su vida, suponen que el negro será un bicho, un feroz espantajo, una especie de monstruo con garras, piel de oso y ojos de lumbre. Así es que la idea de ir á batirse con esos endriagos, entre pantanos, malezas erizadas de agudas espinas, calor sofocante y lluvias sin término, les estremece. Que llegue, sin embargo, el momento, y los veréis ir resignados al cuartel, al buque, á la contienda. «Si está de Dios – dicen moviendo la cabeza – también aquí podemos morir. Allá iremos todos cuando Dios quiera...» Y hablando así, recogen la azada y prosiguen la labor.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

"El cartero.– Correo de la guerra, dibujo de N. Méndez Bringa". 1896, n.º 281, p. 833.

Ayuntamiento de Madrid

"Madrid.—La Nochebuena en las calles, dibujo de Méndez Bringa." 1896, n.º 782, p. 853.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIL METAL

Aquella ingeniosa teoría según la cual en España no había más numerario que un solo duro, que iba pasando de mano en mano hasta volver á las primeras que lo entregaron á la circulación, ha quedado plenamente desmentida al cubrirse con exceso, con sobras, el empréstito nacional para la continuación de la guerra. Se ha demostrado que en España hay muchos duros, y que estos duros, lejos de circular tímidamente y como el que se oculta para salvar la vida, se han arrojado á la plaza con la arrogancia bizarra y generosa de los *Conquistadores* del famoso soneto de Heredia, que no eran otros sino nuestros abuelos, yendo á conquistar lo que hoy derrochan los nietos por conservar la parte ideal de la conquista. «Como bandada de gerifaltes que sale del sangriento nido, cansados de soportar su altiva miseria, dejan á Palos de Moguer los aventureros, embriagados por un sueño brutal y heroico. Van á conquistar el metal fabuloso que madura en las lejanas minas de Cipango, y los vientos alisios impelían sus entenas hacia el misterioso límite del mundo occidental.» ¡Ah, y qué caro nos cuesta el sueño heroico de aquellos aventureros altivos!

Fué en efecto la codicia uno de los móviles á que se debió la expedición inmortal de Palos de Moguer, y no cabe duda que el metal fabuloso de Cipango entró por mucho en la decisión de los que acompañaron al genovés vagabundo y creyente, que también esperaba encontrar, al fin del viaje, un inexaurible tesoro con que libertar el Santo Sepulcro de Jerusalén, renovando las empresas de la Cruzada. Mas el pecado de los épicos aventureros lo hemos expiado bien. «Los padres comieron el agraz, y á los hijos se les alargaron los dientes.» ¡Cuántas personas de las que acaban de ofrecer en el altar de la guerra millones, ni siquiera sospecharán que su oferta es el resto de la noble y envidiada culpa que cometió nuestra raza al ver por primera vez, en un firmamento desconocido, ascender nuevas estrellas que surgían del fondo del Océano!

América nos dió, es cierto, su plata y su oro. Hemos derretido los amuletos, las elegantes placas repujadas con que se adornaba Moctezuma; hemos arrancado de la morena garganta de la virgen azteca el collar de escarabajos, y de su cabellera el largo punzón; hemos cargado de barras de plata los ventrudos galeones, y hemos trasladado á España las riquezas del continente nuevo... Y nunca hemos sido más pobres, nunca hemos luchado con tal miseria, como en ese tiempo en que al parecer teníamos la despensa atestada. Llegó un día en que la despensa nos faltó, y lo poco que nos quedaba de nuestro imperio colonial empezó á costarnos dinero. La isla de Cuba, desde hace muchos años, olgo decir que nos empeña. Lejos de mí el pretender, como diz que pretendía Chateaubriand, conocer las cuestiones de hacienda al dedillo: repito lo que he oído y nada más. Aun sin guerra me han asegurado que Cuba nos dejaba un déficit. Con la guerra, estamos enterrando allí millonadas. Ya sé que al defender á Cuba defendemos nuestra honra, procedemos como procede una nación que se tiene en algo. No censuro ni puedo censurar á los que han entendido así el honor nacional. Sólo quiero hacer ver como hemos rescatado el pecado de codicia de aquellos invencibles gerifaltes. Pues qué, ¿los Argonautas de la Hélade, al salir con sus cuarenta y tres bajeles, de los cuales el principal había sido dirigido nada menos que por la diosa Minerva en persona—(me extraña que la marina no reclame el patronato de esta diosa que tan bien sabía construir bajeles), —los Argonautas, digo, al poner la proa á Colcos, al tripular esa nave donde iban el divino Orfeo para animarles con sus cantos y el divino Esculapio para curar sus enfermedades; donde navegaban Hércules y Teseo, Castor y Polux, sangre de Júpiter, —qué buscaban, qué pretendían, qué reclamaban, á qué se dirigían acompañados de la poesía y de la ciencia y de los dioses y de los héroes? A conquistar el *vellocino de oro*, que era para ellos lo que para los aventureros de Palos de Moguer el metal fabuloso de Cipango. Y no lograron riquezas; sólo Jasón encontró una esposa terrible en la célebre maga y encantatriz Medea, hija del rey de Colcos. Mas ellos no salían en busca de mujeres: oro querían, y de oro el que encontrasen, á buen seguro que dejasen á vida un solo grano, á pesar de los cantos de Orfeo. No hay que asustarse porque nuestros abuelos hiciesen lo mismo.

España ha visto con agradable sorpresa que aún tiene oro, ó cosa equivalente: y la floresta de millones que repentinamente ha brotado del suelo, como esos jardines encantados, primaverales, que en la Edad media aparecían en mitad de diciembre al conjuro de un Alberto Magno ó de un Fausto, causó asombro y alegría, porque el dinero es más difícil de encontrar que la sangre. Han surgido las millonadas donde menos se contaba con ellas, al impulso de ese sentimiento tan profundo, tan vasto, tan natural, tan hermoso, que se llama patriotismo, y que nos tiene acostumbrados á los milagros, porque su oficio es hacerlos. Cierto que la aparición de los millones, cuando hay quien los posee, no es un milagro en el sentido teológico; no se opone á las leyes naturales, ni las deroga; y sin embargo, de milagro califica la voz general estas sorpresas de los advenimientos, cuando superan á la esperanza y burlan la previsión de los pesimistas...

El empréstito nacional ha sido el premio gordo que le ha caído á la patria en la lotería de este triste y largo año de 1896. Largo le llamo porque también llaman largos á los días sin pan, y el año que nos brindó la nueva guerra no puede preciarse de no haber sido de una desesperante é insufrible lentitud. «¿Hoy es todavía ayer, madre?,» preguntaba el pobrecillo del delfín preso en la Torre del Temple, al ver que cada mañana les traía á los cautivos las mismas penas. España podía hacer igual pregunta al leer en caracteres negros sobre la página blanca del almanaque: 1.º de enero de 1897...

La verdad es que formamos parte de una nación extraña, imprevista, de las que guardan sorpresas al que mejor la conozca. Parécese España, en su psicología, á esas mujeres del pueblo, todas corazón, que tienen unos prontos que asombran y unos arrebatos que son un poema cada uno de ellos. Para mí, lo más increíble es que tanto dinero saliese á luz cambiándose por papel. El papel, en títulos de la Deuda, no suele parecerles, á los que no entienden de valores públicos, más que un papel... mojado ó de estraza. ¡Cambiar *buenas pesetas contantes y sonantes por tres renglones*! ¡Qué de intrépida confianza, qué de energía supone tal acción!

Verdad es que en la vanguardia precedían á los modestos capitalitos, á las alcancías rotas para este caso especial, las enormes señoriales arcas repletas, como los cuarenta millones de reales de la condesa de Bornos, y los ocho de los duques de Alba; las cajas pletóricas, como las de los Torrelagunas, los Ortuetas y los Villamejor, y las carteras bien guarnecidas de otros capitalistas, aristócratas, políticos, propietarios..., sin hablar de la huchilla de las infantas, una huchilla llena de caras de su hermano y padre, galería de retratos de familia... Y esto anima á los modestos compradores de una ó dos accioncitas. Cuando tanta gente de pro se embarca, es que no peligra la nave. Las economías estarán seguras, y si no lo están, al menos tendremos el gusto de que Maceo y los del *Katipunán* no se salgan con la suya...

¿Quién osará todavía decir pestes del dinero? La lluvia de millones que descargó sobre el Banco de España, esos fantásticos y deslumbradores trenes ahitos de acuñado metal, que entraron por la vasta puerta, es lo que nos permite levantar la cabeza y sostener nuestro pabellón firme, erguido, pese á quien pese, allí donde nos atacan, no con las armas, ¡olalá!, sino con la insidia de una eterna sublevación que no cesa de porque no da la cara, pero que nos sangra diariamente en las cuatro venas, y de cada una nos extrae un millón de realitos. «El dinero es una fuerza social, una palanca,» escribía Emilio Zola hace muchos años, «merced á él seremos respetados y dignos.» Refiríanse estas palabras á la literatura; constituían el tema de un artículo en que el novelista francés comparaba la suerte de un literato de antaño y otro de hogaño, el primero reducido á morirse de hambre si no acertaba á prendarse de su ingenio algún rey ó gran señor y á otorgarle una pensioncilla, el segundo bien remunerado por los editores y el público, seremos é independiente merced á su trabajo y á sus méritos. Como el individuo, así el Estado. Un Estado libre y fuerte necesita dinero, dinero y dinero...

Visto que España es generosa, no le falta más que procurar ser rica. Nadie se hace rico por recetas. A conocerse recetas de enriquecer, cada quisque se las guardaría para sí. Más puesto que todo suceso mundano no pide que se deduzca de él la moraleja que necesariamente encierra, la del empréstito nacional debe ser que España procure ser rica. Si hay que trabajar, trabajen; si privarse, privense; si ayunar, ayunen al traspaso, con lentejas y acelgas ó con pan seco y duro; todo menos que venga otro empréstito y no quede la patria tan airosamente como quedó en el primer ensayo de la fuerza de su bolsillo.

Es en efecto la primera vez que por medios indirectos, por suscripción voluntaria, no por impuestos extraordinarios y recargos á la tributación, contribuye España para ayudar á resolver un conflicto. Semejantes medios representan un poderoso estímulo á la conciencia nacional. Y no está de más el estimularla. Tales síntomas de disolución corren desde mediados del siglo, que no es únicamente entre criollos y mulatos donde ha encontrado calor de seno la víbora de separatismo. ¿Quién ha olvidado las recientes manifestaciones, singulares y tristísimas, de los *bizkaitarras*? Si se pregunta á la honrada, á la viril gente bilbaína, ríe desdeñosamente y achaca á extravagancia y á demencia el grito sacrílego que pedía para la patria muerte y deshonra .. Y en efecto, este grito, en otras circunstancias, bien podría ser contestado alzando los hombros. Son los momentos actuales los que prestan gravedad á cualquier síntoma de esta clase. Necesitamos más que nunca adherirnos, estrecharnos, sentirnos unidos para creernos fuertes.

Preveo que nuestras dos guerras separatistas, y quizás la de Filipinas mejor que la de Cuba, han de dar ocasión á los partidarios de la escuela de Lombroso para escribir páginas interesantes y aportar curiosas observaciones. Lombroso, de quien hace cuatro años se hablaba mucho aquí y á quien ya nadie cita ni recuerda, no merece

ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

En sus libros, semigeniales, hay mezcladas con broza de inexactitudes y de noticias mal interpretadas y no muy bien depuradas, páginas que sugieren ideas y que empalman felizmente con los hechos. Entre éstas recuerdo ahora, porque se enlaza con la historia de nuestras tribulaciones, cierto capítulo de *El crimen político*, que lleva por epígrafe: *Criminales políticos por contagio epidémico.* ¡Qué bien retratados están los rebeldes cubanos y filipinos en esas «multitudes excitables, ansiosas de novedad, de imaginación ardorosa, ricas de fe y de ignorancia,» que «por sugestión y por una especie de borrachera moral, fanatizadas por el ejemplo de los cabecillas, por los gritos y el contacto, pierden la conciencia individual, y se arrojan á actos que uno solo no hubiese tenido jamás ni la audacia ni siquiera la idea de realizar!» Sighele, citado por el mismo Lombroso, cree que en tales momentos reaparece el salvaje bajo el hombre civilizado; pero en el mayor número de nuestros insurrectos, ¿cómo ha de reaparecer, si jamás desapareció? Esos caviteños que tienen á una señora blanca desnuda, que la pegan todos los días como se pega á las bestias..., es decir, como no se pega á las bestias cuando la civilización ha dulcificado algo los instintos de ferocidad; que la obligan á barrer el suelo con la boca y que la empujan á espolazos; esos cuantos dos que proyectan el envenenamiento colectivo, es un día fijo, de todos los blancos y de cuantos á los blancos tengan adhesión; esos que se tatuan la piel para afiliarse á una causa política, ¿creería Lombroso que se han dejado la civilización como se deja un abrigo en la antesala? No lo dudemos, de la vasta superficie de la tierra—reducida si se compara á la del mar—sólo una centésima parte estará empezando á ser civilizada..., ¡y sabe Dios!

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUENTO DE NAVIDAD

Voy á contaros un cuento de la gran Noche, que me refirió un viejo peregrino, cansado ya de recorrer todos los caminos y senderos de este mundo y deseoso únicamente de recostar la cabeza en una piedra y morir en paz. Si el cuento es algo sombrío, atribuídlo á la fatiga y á las muchas desventuras del que me narró esta especie de sueño.

La noche de Navidad de uno de estos últimos años, habéis de saber que nuestro Señor Jesucristo en persona quiso bajar á la tierra y recorrerla, porque, como nadie ignora si ha leído el texto santo, las delicias de Jesús son morar entre los hijos de los hombres.

Dejó, pues, su trono y su asiento á la diestra del Padre, y ocultando la majestad y la belleza de su aspecto bajo forma que no deslumbrase á los ojos mortales, y que á veces ni aun fuese visible para ellos, descendió al mundo, deseoso de encontrar piedad, amor y fraternal regocijo. La naturaleza parecía asociarse á la solemnidad del día: en el firmamento, claro como una bóveda de cristal, brillaban los astros de oro y de esmeralda pálida, titilando como una mirada cariñosa: ni corría un soplo de aire, ni una partícula de humedad condensada en figura de nubecilla empañaba la magnificencia de la hora nocturna. En el polo donde primero se apoya el pie sagrado de Jesús, enciéndese súbitamente, como para festejarle, una espléndida aurora boreal: reflejos abrasadores, purpúreos y anaranjados colorean la nieve y arrancan de los enormes témpanos centelleo diamantino. Mas ¿qué le importa á Jesús la magia del espectáculo? Lo que él busca es luz de aurora en los corazones; le atraen los fenómenos del alma, no los juegos de un meteoro en las rocas insensibles y en las heladas estepas. Y pasa adelante.

El primer lugar donde encuentra hombres, es una llanura árida, el fondo de un valle que altas montañas limitan y coronan. Hombres, sí, cubren el suelo de la llanura, apretados como la mies cuando la siega la guadaña del segador; pero tiesos, inmóviles, yertos, crispados en posiciones violentas; y en sus rostros lívidos vueltos hacia el cielo resplandece de dulce claridad estelar, en sus ojos abiertos y sin mirada, una expresión de rabia ó de espanto persistía aún, á despecho de la muerte... Porque eran cadáveres los que cubrían la llanura, y la llanura era un campo de batalla. Jesús, pensativo, los contempla breves instantes. En los pechos abiertos, las heridas hermejas parecen bocas; en las frentes destrozadas, los negros coágulos de sangre parecen mariposas fúnebres de esa horrible especie llamada *Atropos*, que lleva sobre el corselete la figura de un cráneo. Algunos de los hombres que yacen en la llanura respiran todavía, porque, prestando oído, se percibe su ronco estertor agónico. Una mujer anciana, deshecha en llanto, amparando con la mano una trémula lucecilla, cruza inclinándose para ver los rostros: busca tal vez á su hijo entre los muertos. Un caballo sin jinete pasa, olfateando la cárnicería y huyendo enloquecido... Y Jesús sigue se aleja.

Entra en una ciudad populosa. Por las calles circula gente alborozada, gozando la deliciosa templanza de una noche tan apacible que parece primaveral. Voces vinosas entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz coplas equívocas; las panderetas repican insensatamente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se entarzan en el aire como brujas volando al sábado. La multitud, desparramándose por las calles, se arremolina ante los cafés atestados, sofocantes de calor; á veces un grupo se cuela por la puerta de alguna hedionda tabernucha, de donde salen pateos, algazara, blasfemias y vaho de aguardiente.

Ante una de estas innobles guaridas se para el Nazareno. Ve allá en el fondo un grupo alrededor de una mesa: dos hombres y una mujer. Ella da cuerda á entrambos; los provoca, los enreda; ellos beben copa tras copa, y disputan. El uno arroja un vaso á la cara del otro: el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora chorreando heces de vino mezcladas con sangre. Los demás bebedores intervienen, amonestan al sano, aplacan al herido, le enjugan la faz, bromean, obligan á los adversarios á reconciliarse, los incitan á que se abracen riendo; el sano tiende los brazos, con cordialidad y sin recelo alguno; el herido desliza en el bolsillo la mano abierta; corta el aire el relámpago de una navaja, y cae un hombre con el pulmón partido.

Jesús se desvía, sigue andando, y ve un portal grandioso, iluminado, sostenido en columnas de rojo mármol con chapiteles de bronce. Sube la escalera, que reviste densa alfombra y decoran nobles tapices de batallas y cacerías, y penetra en una antecámara donde hacen la guardia criados de calzón corto y armaduras ecuestres auténticas. La antecámara da acceso á un salonc ito sin muebles, alumbrado por cientos de globos eléctricos, y en el fondo del salonc ito, bajo celajes de tul fino batidos como espuma, aparece un encantador Belén, un Nacimiento para niños millonarios, obra de arte más que de ingenua devoción. Al través de los campos y los montes imitados con musgo y piedra pómez, salpicados de palmeritas enanas y de gentiles y diminutos cedros, se deslizan murmurando riachuelos naturales, que sin duda algún ingenioso mecanismo hidráulico hace correr. De los montes de piedra pómez, en cuyas cimas reluciente polvo blanco remeda la nieve, desciende el torrente Cedrón y sobre el césped natural de los jardines se lanzan y se pulverizan en el aire enhiestos surtidores. Un lago en miniatura refleja en su cristalino seno las torres de Jerusalén, el circuito de sus murallas, las cúpulas del templo y los apretados olivos del huerto de Getsemaní, que trepan por la ladera. Los mil pintorescos detalles de los Nacimientos no faltan en éste, sólo que las figuras, perfectamente modeladas, son muñecos primorosos, y desde el grupo de pastores que se arrodilla como en éxtasis, hasta los Reyes Magos que caballeros en sus dromedarios asoman por una garganta salvaje, cada figurilla revela la mano de hábil escultor. El prodigio es la gruta; hecha de cristales de roca menudísimos y cristalizaciones de amatista, se irisa con múltiples cambiantes al herirla la luz del foco eléctrico en forma de estrella, que, suspendido de un hilo de perlas, oscila á gran altura. Y en la gruta deslumbradora, entre un asno y un buey de plata cincelada, la Virgen, de oro, vela al Niño, de oro y esmalte también, con la cabecita de madreperla. Para ostentar dignamente aquel grupo, joya de la orfebrería florentina del Renacimiento, tal vez de Benvenuto Cellini, aquellas efigies en que la riqueza de la materia compite con lo inestimable de la ejecución se ha armado, sin género de duda, el Belén suntuoso, y han corrido lostorrentes y las cascaditas bajo las palmeras y los olivos. Lo extraño era que no hubiese nadie, nadie absolutamente, en el salón, nadie para admirar tal maravilla, nadie para acompañar al niño Jesús de oro y piedras, á fin que no se helase en su gruta de cristalizaciones, entre los reflejos violáceos de la amatista y los destellos multicolores de la diáfana roca... Y sin embargo, el palacio no debía de estar desierto, sino al contrario, lleno de gente: se notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que sólo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta. Del fondo de una galería llegaba á veces prolongado murmullo, las rotas cadencias de una música alada y sensual, el gorjeo de las risas. Jesús adelantó y se encontró en la galería, bello jardín de invierno, decorado por gigantescas plantas y árboles de remotos climas, gomeros y lantanas de enormes hojas, cicas y pandanos de complicada estructura semejantes á pagodas y obeliscos de porcelana verde. Esparcidas por el jardín se veían las mesas donde cenaban alegres grupos, mujeres engalanadas, acribilladas de pedrería, hombres que ostentaban sobre la solapa de grana de su frac gardenias ya mustias por el calor. La orquesta de cuerda, oculta en un kiosco árabe que revestían floridas enredaderas, acompañaba suavemente el rumor de las conversaciones y de las carcajadas melodiosas, el tiquitaca de las transparentes copas que el Champagne orlaba de espuma, y el levísimo choque de los platos, que la destreza de los criados amortiguaba lo posible. Era una lujosa cena de Navidad. Jesús retrocedió, volvió al salon del Nacimiento, donde se vió otra vez en el establo, niño y solo. El roce de unos pasos sobre el pavimento de incrustaciones de madera se dejó oir, y una mujer, una jovencilla, de ojos azules, de blanco traje apenas escotado, penetró en el saloncito, fué derecha al Belén, y envió una tierna sonrisa al Niño, que contempló largamente. Después, como el que tiene que ocultar una escapatoria, volvió precipitadamente á la galería, donde tal vez la echasen de menos. Era la hija del dueño de la casa. El Niño de oro ya no sentía tanto frío, y Jesús, extendiendo la mano, bendijo á la doncellita, la única que se acordaba del misterio...

Salió del palacio sin volver atrás la vista, y alejóse del pueblo, de la gran ciudad corrompida y fangosa, como se había alejado del siniestro y sangriento campo de batalla. Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal: nubarrones densos y obscuros como plomo corrían por el cielo: ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles, y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Jesús se encontró en una aldea de pescadores, mísera aldehuela, suspendida como nido de gaviota en una escotadura de la costa salvaje. A pesar de la hora, bastante avanzada para gente que suele economizar luz, nadie duerme en la aldea: ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas pértigas, de bicheros, de cestos y de sacos, se dirigen en tropel hacia la playa, despreciando el viento que les azota el rostro y la lluvia que empieza á caer traída por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del Océano: olas gigantescas, con cresta de espuma, se alzan descubriendo abismos, y el sulfuroso zigzag de un relámpago alumbra en el fondo de la sima á una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las luces, las hacen brillar, y el barco, que en ellas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, maniobra hacia la costa, y, precipitándose, va á chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los náufragos, que á la luz de otro relámpago se habían visto sobre el puente, en actitudes de terror y desesperación, se arrojan al agua asidos á tablas, cogidos á cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con las monstruosas olas que los sacuden y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las luces, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan á los náufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con remos, con palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez; pero antes les despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el sobaco al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden á los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélago, inertes ya. Y dando de jábilo, ó gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovecharse de la feliz albana, y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Natividad del Señor...

El Redentor ha huído de la playa: sus ojos están nublados, su alma triste hasta la muerte, como lo estaba cuando sudó sangre en Getsemaní. Y su corazón, abrasado de caridad como nunca, insaciable en amar á los hombres, siente las espinas de la corona que se le clavan, agudas é invisibles. ¡Para esta raza había nacido en el establo y había muerto en la cruz! Entrando en una de las cabañas que los pescadores dejaron desiertas al salir á su horrible pesca de náufragos, divisa, en un rincón, cerca del fuego, un niño arrodillado. Al verse tan solo, el rapaz ha tenido miedo, y se ha acercado al hogar buscando abrigo, y reza buscando amparo y protección. Jesús le coge en brazos, le besa, le acuesta, le pone la mano en los ojos y le deja tranquilamente dormido, soñando con los ángeles. Y al ascender otra vez al cielo, se lleva Jesús en el hueco de la mano cuatro perlas: las lágrimas de una madre que buscaba á su hijo en el campo de batalla; el abrazo de un hombre que pide le sea perdonado un agravio; la sonrisa de una doncella, y la oración de un inocente.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑO MÁS

Al ver en la eternidad el de 1896, hemos brindado de todo corazón, en la mesa de un gran patriota, por que el nuevo año no se parezca á su antecesor. Y hay síntomas de que no se parecerá, y esperanzas de que será mejor – al menos para nosotros. – De las dos guerras, una por lo menos está herida en el ala, y la otra será dominada infaliblemente si se despliegan la energía y el rigor que los acontecimientos imponen. En previsión de que así suceda, podrían añadirse muchas observaciones para lo venidero, no pocos avisos á nuestros políticos, desprevenidos siempre en lo que se refiere á las colonias. Si se consigue apagar el incendio de Filipinas, habrá que pensar después en el modo de que no vuelva á reproducirse; habrá que poner en práctica medidas y arbitrios para que ese inmenso archipiélago, feracísimo y poblado por gentes á las cuales debemos ser superiores en cultura y en moralidad, no vean en nosotros á una gente inicua, á unos explotadores, sino á unos protectores, cuya autoridad se funda en la superioridad precisamente.

A Filipinas van también funcionarios honradísimos, y alguno conozco yo; pero es lo cierto que por todos los gobiernos y por todos los partidos políticos, Filipinas ha solido considerarse especie de *remediavagos* peninsulares, asilo de incurables perezosos ó viciosos, capa de *engrais* favorable al cultivo de esos hongos oficinescos y burocráticos que aquí brotan al amparo de las influencias oficiales. Hace tiempo oí contar que en un café de Madrid, un funcionario destinado á Filipinas lanzó esta frase efícacamente ingeniosa: «Me envían á Ilo-Ilo, pero yo sabré convertirlo en *guita-guita*.» Ello puede ser chusca invención, ó agudeza sin trascendencia real; pero ¡qué mal suena en nuestros oídos cuando vemos salir trenes y trenes con carga de soldados que van á Oceanía á extinguir con su sangre la hoguera que estas centellas prendieron tal vez!

***

Dejando tal asunto, que contrista, recordemos que el año 96 ha concluído entre aplausos tributados á la memoria del Moliére español, ó sea D. Manuel Bretón de los Herreros. Se había pensado en solemnizar el centenario de su nacimiento, que sucedió el 19 de diciembre de 1796, en el pueblo de Quel, provincia de Logroño; la idea era acariciada por dos escritores muy queridos del público y espacios de dar calor de vida á cualquier proyecto, *Kasabal* y Mariano de Cavia: se susurraba que en un señorial palacio no acabado de decorar todavía, podría organizarse un baile en que damas y caballeros vistiesen los trajes de la época de Bretón; se soñaba, en fin, una curiosa reconstrucción de tipos y costumbres, pretextada por un homenaje al príncipe de los autores cómicos españoles en el presente siglo, dictado que se aplica á Bretón de los Herreros. No llegaron á cuajar estos proyectos, y todo lo que se hizo en honra á Bretón reducíose á una velada en el Ateneo, obsequio tributado á él, pero en ningún teatro, con que los actores se dieran á arrostrar el frac de ala de pichón y las actitudes del peinado de castillo y de *bateriat*. Estamos más distantes de 1830 que del siglo XVII. La España de la que nos parece contemporánea, mientras la de Bretón no la encontraríamos, yerta y mustia, revolviendo los cajones y armarios de nuestras abuelas. Al morir Bretón en la fecha relativamente reciente de 1873, está punto menos *pasado* que hoy. No sé si diga que está ba más, porque la tendencia de nuestra cultura presente es á que reverdezcan los troncos viejos y ducos.

***

Lo único que de Bretón persiste en la memoria los aficionados á las letras son ciertas anécdotas rentes á su carácter irritable y violento (¿quién lo vinaría al leerle?) y algunos epigramas oportunos y sazonados, migajas caídas de su pluma (nunca cribiré, tratándose de Bretón, *de su lira*). Nadie era el que asestó al famoso médico y filósofo Mavivían en la misma casa y con las puertas de los enfrentadas el cómico y el doctor, y á éste le abarrían los continuos campanillazos de la gente que se vocaba creyendo llamar á la puerta de Bretón de Herreros, por lo cual colocó en la suya el siguiente cartel:

«En esta mi habitación
no vive ningún Bretón.»

El desahogo era inocente, pero se le indigestó autor de *Marcela*, que acto continuo replicó en su tro predilecto (cito de memoria y no respondo de exactitud):

«En aquesta vecindad
vive un médico poeta
que al pie de cada receta
pone *Mata*... y es verdad.»

Mucho contribuyó á agriar el genio de Bretón desdicha de haber perdido un ojo. Las burlas que recordaban este defecto físico le enfurecían, y Vera de la Vega, Espronceda y Larra no las escasearon ciertamente. Entre sí llamaban á Bretón el *Tuerto*, á veces, con más dureza, *ese maldito tuerto*; porque mientras los románticos del Parnasillo hacían gala vida bohemia y de no tener un ochavo que no derrochasen inmediatamente, Bretón (que había realizado vanos esfuerzos por adaptarse al romanticismo literario) tampoco en el vivir se les parecía, guardando cuidadosamente el dinero y no malgastando aquella fibra robusta que le permitió llegar á la avanzada edad de setenta y siete años; y esta doble parsimonia incomodaba á los chispacantes perdidos que no compredían que nadie se defendiese ni contra la miseria ni contra los males. Ventura de la Vega se indignaba cuando, al pedir á Bretón un duro, Bretón le respondía asperamente: «Si fumases del estanco y gastases camisas gordas como las mías en vez de esa camisa de olán, no andarías siempre fastidiando á los amigos.»

Los presentes se reían de la filipica; y Ventura de la Vega, sin perder minuto – me lo ha referido un testigo presencial, señor anciano cuando le conocí, íntimo amigo de todos los literatos de aquel período – se arrancaba con la siguiente quintilla:

«Una víbora pisó
A Manuel Bretón el tuerto.
¿Qué dirán que sucedió?
¿Murió Bretón? No por cierto:
¡La víbora reventó!»

Aunque no alcance Bretón á la cima de la gloria dramática, debemos sentir que no se haya celebrado cumplidamente el centenario de su nacimiento. Somos tan ricos en esto del teatro, que desdeñamos las pequeñas; en el estuche de Bretón las hay; y si no se quiere que se les llame perlas, les llamaremos granitos de sal castiza y de mostaza ligera, que no levanta ronchas: la mostaza del moralista y del satírico superficial y sin hiel, y la sal ática y limpia de un gran hablista y de un hombre de buen sentido vulgar, pero sano y sin afectación. El trato con Bretón puede servir de descanso y de medicina en estos tiempos de teatro complicado y febril. En la tersa corriente bretoniana no veremos copiarse sino rostros conocidos, escenas sencillas y de un humorismo familiar. No nos dará jaqueca Bretón, á no ser por la prestigiosa maraña de sus rimas y el martilleo de su vivaz estilo poético. Sólo temo que un autor de tan grata y entretenida lectura no pueda ya cautivar al espectador. Por eso es lástima que no se haga la prueba.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TRIBULACIONES

Hace dos ó tres días tuve el gusto de ver á D. José Echegaray explicando matemáticas sublimes en su cátedra libre de Estudios superiores del Ateneo. Digo á propósito que le vi y no que le oí, porque oir es entender, y si no, la palabra es un vano ruido, y confieso que ruido y nada más eran para mí las fórmulas algebraicas erizadas de *alfas* y de *betas* que ensartaba, ante el encerado, con una precisión y una calma notoriamente científicas el autor de *El Gran Galeoto*. Aquello me sonaba á chino puro. Sin embargo, los atendientes le prestaban atención profunda, y no me cabe duda, debían de enterarse muy bien. Se les conocía en la cara. Eran en su mayoría muchachos como de diez y siete á veintidós, arrebujados en sus capas, descoloridos por la fatiga del *surmenage* intelectual que producen los terribles y abstrusos estudios de la ingeniería. Me parece á mí (todo esto se reduce á conjeturas), que dirían para sus adentros: «¡Ojalá el libro de la asignatura fuese tan luminoso y tan bien hilado y tan sencillo como esta explicación que nos da don José!»

Por mi parte, no reconocía á Echegaray en aquel señor catedrático tan penetrado de su misión docente. En Echegaray siempre había visto al encantador *flâneur*, cuando no al autor dramático empapado de teatro hasta los huesos; siempre le había encontrado ó en el *camerino* de María Guerrero ó en el saloncito de Mario ó en la mesa de Castelar ó en las escaleras de la Academia, con su discurso bajo el brazo los días de recepción solemne; y me costaba trabajo convencerme de que fuese el mismo, y me acordaba de la sorpresa de Alejandro Dumas cuando veía á Chateaubriand dar de comer, en el corral, patriarcalmente, á las gallinas y á los pollos. No es que yo compare la enseñanza de Echegaray á la distracción del autor de *Atala*; es que no hay cosa más difícil de modificar que la idea formada ya acerca de un personaje literario, político ó eminente por cualquier otro concepto. Nadie puede ignorar que Echegaray es un ingeniero matemático; se lo han dicho, hasta en son de censura, para explicar por sus condiciones de matemático y geómetra cierta rigidez fatalista que en sus dramas creían notar; además, Echegaray ha escrito obras de vulgarización científica; y con todo, al verle así ofuscando de matemático y nada más que de matemático, ante un auditorio especial, lejos del rumor de los aplausos – aunque tan cerca, topográficamente, del teatro Español, donde los cosecha, – me causó un singular efecto. Apareciase otro Echegaray: uno de los varios hombres en que puede descomponerse todo hombre, y que después de bien aislados, si se encontrasen, tal vez no se reconociesen, ni en la esfera de las ideas ni en la de la realidad.

Bien mirado, quizás sea el culto de la esfinge de los números lo que ha influído sobre el carácter de Echegaray y le ha diferenciado tanto de los demás literatos, que en general son fogosos, sensibles, vehementes y quisquillosos, que sienten la censura como se siente el efecto de un líquido corrosivo, y el elogio como un vaho dilatador de la garganta y alegrador de las pajarillas. Echegaray es apacible y frío, de una frialdad suave y graciosa, amenísima en la conversación, pero que á guisa de la coraza ó saquete de seda acolchada que usaban algunos guerreros del Renacimiento, rechaza y hace caer al suelo los dardos. No le considero modesto, porque no he conocido aún caso de modestia, y digo de la modestia lo que Voltaire de los fantasmas y aparecidos: todos hablan de ellos y nadie los ha visto jamás. Pero si Echegaray no es modesto ni viene á cuento que lo sea, aparece al menos poco impresionable, poco nervioso, tranquilo y muy superior al oleaje de las opiniones contradictorias que acerca de su teatro se han sostenido y se sostienen aún, pues Echegaray no es de los que consagra la aprobación general. Habla de sus fracasos y de sus triunfos con esa voz clara y sin vibración con que hablamos hoy, por ejemplo, de Hurtado de Mendoza ó de Cervantes. No se le mueve ni un músculo de la faz cuando, por ejemplo, nos dice pacíficamente: «Aquella noche (la de tal ó cual estreno), ¡qué enfadado, qué furioso estaba el público conmigo! Vamos, que temí que tirasen los bancos á la escena.» Y con la misma igualdad de tono y la misma placidez de fisonomía, declara poco después, refiriéndose, verbigracia, al estreno de *En el seno de la muerte* ó de *Mancha que limpia*: «¡Ah, sí, esa vez salimos muy bien: estaban de un humor excelente, y hasta las mismas cosas por las cuales yo temí que se alborotarían, las recibieron á palmadas!»

Puede ser este sosiego, en Echegaray, fruto de una disciplina de la voluntad que logra imponerse y subyugar á los nervios; mas yo, desde que le he visto tan embebido ante aquel encerado cubierto de signos para mí caballísticos y endiabladamente confusos, atribuyo á la ciencia matemática – que debe de infundir en el ánimo cierto desdén hacia las agitaciones, las vehemencias de lenguaje y de acción y los desentonos – esa ecuanimidad, único preservativo del autor dramático contra las emociones de una profesión hecha de molde para dilatar un aneurisma y para enviar á la clínica del doctor Simarro lucido contingente de enfermos ilustres. Si Echegaray fuese impresionable, no le arriendo la ganancia. Hace bien en mantenerse así, risueño, ligero de alma, al menos en lo exterior, y creo que por dentro también, pues no cabe ficción tan continuada y tan parecida á la verdad.

Ya que he nombrado al doctor Simarro, por asociación de ideas se me ocurre hablar de una de las negruras de la vida contemporánea: las enfermedades nerviosas. Aunque va pasando de moda padecer de los nervios, y pocas señoras se quejan de ese mal indefinible, lo que desaparece y lo que todos ridiculizamos son los nervios *imaginarios*, ciertos frecuentes desternples de humor y de salud que á los nervios se achacaban; pero no así los verdaderos padecimientos nerviosos, que van haciendo más estragos cada día, por mil causas complejas, dependientes de nuestra organización social.

Los nervios no se calman y fortifican más que con la vida tranquila, con mucho aire libre, mucho baño frío, mucha regularidad en las horas, comida sana y nutritiva, y las menos emociones posibles, sean gratas ó ingratas, que para el caso da lo mismo, y tal vez las gratas son peores. Las pasiones violentas, los cuidados devoradores, la vanidad, la lucha por los puestos elevados y por los empleos lucrativos – ó modestos, pues esto es relativo, como todo lo demás, y un empleo de sueldo escaso se disputa hoy á dentelladas; – la incesante actividad del cerebro, generalmente desordenada; la precipitada lectura de periódicos, y en los periódicos, del telegrama conciso y seco; las muchas ideas puestas en circulación y que probablemente son superiores al alcance de la mayoría; el arte prodigado, la industria barata, los viajes fáciles y rapidísimos, en el zarandeo del tren ó en la impetuosa palada del vapor; la manía de la igualdad social, que impone al pueblo las necesidades de la clase media, á la clase media las de la aristocracia y á la aristocracia las de los monarcas y príncipes de sangre real; la noción de la dignidad individual, que difunde el orgullo y el amor propio y los exalta produciendo necias cavilosidades é insensatas concupiscencias; tantas y tantas causas de que se atiranten los nervios como hoy existen, explican el gran número de locos y de melancólicos que encontramos á cada paso, y los suicidios cuyo relato pone pavor en el alma, descubriendo un abismo de amargura bajo la capa de flores de la civilización.

Hace pocos días – todos lo hemos leído con hondo escalofrío de espanto – era un artista, joven, cubierto de gloria, que tenía hogar, amigos, admiradores, el que voluntariamente daba el salto á la eternidad, y no en un arranque momentáneo de delirio, de obcecación, sino después de largas meditaciones, después de rumiar tranquilamente su infausto propósito, y deliberar si le convenía, más que el frío cañón de la pistola, el paso arrollador del tren destrozando sus huesos y convirtiendo su cuerpo en un puñado de sangriento lodo. A estilo del que sale, por las tardes, á recrearse en el campo para descansar de la asidua labor y á esparcir la imaginación buscando nuevas inspiraciones, ideas fértiles, simbolismos profundos y hermosos, salía Susillo, recorriendo las márgenes del río y estirando las piernas..., pero lo que buscaba era un lugar donde morir, y la idea que perseguía, la de realizar pronto y con el dolor menor posible su plan. Siempre noté en las composiciones de Susillo la influencia del sistema nervioso. No eran plácidas, serenas ni robustas aquellas esculturas tan lindas; revelaban cierta fiebre, mucho sentimiento y suma inquietud. Las figuras de Susillo, aunque respiren alegría, como las del precioso relieve que representa, si no me engaño, una Bacanal, son demasiado finas para el arte escultórico: palpitan, se retuercen, tienen espasmos, por decirlo así. El que las modeló debía de ser un espíritu intranquilo, un hombre á quien no dejaba descansar el mañana; un afanoso de gloria y de prosperidad, mal preparado á las decepciones y á las limitaciones inevitables en la carrera artística – y en todas.

La tristeza del drama de Susillo no es mayor que otras tristezas más calladas y sordas, que se esconden detrás de las paredes del manicomio ó de la clínica. Cae como la losa del sepulcro el más profundo olvido sobre el desgraciado á quien borra de la lista social una enfermedad ocasionada por las vigilias, por los cálculos y los empeños de acrecer la hacienda ó de salvarla cuando la comprometieron desdichadas especulaciones. El cerebro no ha podido resistir la obsesión y ha sucumbido; y la locura, peor que la muerte, deshace un hogar y separa. Dios sabe hasta cuándo, á dos seres felices, que se querían, dejando huérfanos á unos niños encantadores, y reclu yendo á un hombre en la soledad y en la sombría paz de la llamada *casa de salud*, como se llama *pelón* al que no tiene pelo...

Los economistas os dirán que todas estas catástrofes son debidas precisamente al desarrollo de la riqueza pública, que jamás ha sido tan sorprendente como hoy. Ese desarrollo ha abierto las válvulas de la codicia; y olvidando que para vivir dichosos, si supiésemos moderar los deseos, nos bastaría lo que bastaba á Epicuro, pan y frutas, agua clara, el aire balsámico del campo y la tutela de Minerva, maestra y doctora de la templanza, todos aspiramos á más, con aspiración desordenada que turba el alma y consume el corazón. Un médico eminente, Bergeret, nos lo dice en su *Tratado de las pasiones:* «He asistido á muchos locos y he visto muchos incendios causados por el ansia de riquezas. En las calles de una ciudad donde residí vagaba hace poco un hombre que tenía la manía de que todo el mundo le debía dinero. Muy serio, en mitad de la calle, se dirigía al primero que pasaba, y declaíe con severidad: – ¿Cuándo va V. á pagarme lo que me debe? Voy cansándome ya de esperar. – Los que estaban en el secreto le respondían sonriendo: – Mañana. – Pero si alguno, mal informado, le contestaba naturalmente: – ¡Nada debo á usted!, – el loco se ponía furioso, y era peligrosa su exaltación.» En las calles de Madrid hemos visto más que esto: un loco, creyéndose archimillonario y repartiendo á manos llenas plata y billetes.

También causa las alteraciones nerviosas el empobrecimiento de la sangre, á quien los antiguos médicos calificaban de *moderadora de los nervios*. Se padece mucho de anemia, y los daños de la anemia refluyen en el sistema nervioso necesariamente. Y así como el Renacimiento buscó el elixir vital, que en el siglo XVIII se jactaba de haber descubierto el célebre charlatán Cagliostro, hoy se busca el *reconstituyente*, la preparación que, á estilo del bendito bálsamo de Fierabrás, devuelve en un santiamén las fuerzas y el vigor pristino á los cansados y exhaustos por la lucha. El reconstituyente es menos malo, sin embargo, que el excitante, en forma de alcohol, ó que los estupefacientes, como el tabaco y la morfina: porque todo lo que excita ó calma artificialmente, gasta y deprime á proporción nuestro organismo.

La verdad es que en España, aunque existen todas las aberraciones y todas las manías de la civilización refinada, no pasan de la categoría de excepciones bastante raras aún. No abundan las señoras morfinómanas – aunque todos conocemos alguna – y deben de ser bien contadas las fumadoras de opio y las bebedoras de éter y alcohol.

En Inglaterra hay damas aficionadas no sólo al alcohol, la morfina y el opio, sino al cloral, el cloroformo, el éter, la clorohidrosina y otros venenos que momentáneamente prestan ánimos y hacen olvidar las preocupaciones de cada quisque... ¡Qué caro pagan ese pequeño alivio, esa breve residencia en las regiones del *paraíso artificial!* De los morfinómanos, unos se quedan imbéciles; otros caen en profundo colapso; otros contraen mortales enfermedades crónicas, como la albuminuria; y todos, al salir del pasajero estado de excitación y de bienestar, rápido como un relámpago, sufren agonías del insomnio que la morfina causa, del asma y sofocación especial que la morfina engendra, y de las torturas morales que acompañan al despertar cruelísimo de esta especie de dementes. El catálogo de sus males es tan horrible, que una mujer del pueblo, acostumbrada á la morfina, declaraba pasar tal vida, que ansiaba morirse «aunque se fuese al infierno.» Así es la humanidad.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AYER Á HOY

No hace muchos días nos enteraron los periódicos de que una actriz francesa, Sara Bernhardt, acaba de ser condecorada por el gobierno con la Legión de Honor, distinción altísima, que á pesar de la costumbre ya inveterada que tiene Sara de recibir obsequios y de ser como una especie de ídolo para sus compatriotas, llegó á conmoverla y á vidriar de lágrimas sus ojos. El hecho de que sea condecorada una mujer, una actriz – cuando las bandas, cruces y condecoraciones se las suele reservar exclusivamente para sí el hombre, como se lo reserva casi todo de tejas abajo, – es más significativo, socialmente, de lo que á primera vista parece. La honra concedida á Sara Bernhardt sirve como de norma para apreciar lo que hemos andado en poco más de un siglo y las transformaciones de la vida contemporánea.

Actores y actrices eran, en la sociedad antigua, mal mirados y tenidos por gentes que se lucraban de una profesión en cierto modo infamante. Reuníanse, para mantener esta preocupación, ideas de dos órdenes: el social y el puramente religioso. Las primeras enseñaban que el divertir y recrear á los demás es oficio que envilece; y no distinguían entre diversión y diversión. Las segundas infundían la creencia de que el teatro, resto y reliquia de las épocas de paganismo, relaja las costumbres é incita á pecar. El miedo al arte y á sus seducciones y prestigios no ha desaparecido aún; y triste es reconocerlo, si no en tanto grado como el teatro, la literatura, y en especial la recreativa y bella, y la novela en primer término, son todavía un espantajo para mucha gente apocada y de miras estrechas, de esa gente que no puede hacerse superior á la atmósfera en que respira, y contra la cual un día el padre Coloma se encendió en ira literaria.

No bastó para rehabilitar al teatro y á los actores, ni el origen litúrgico y eclesiástico del teatro moderno, nacido de los *misterios* que se representaban en los atrios ó dentro del templo mismo; no bastó el torrente de gloria que sobre la escena derramó nuestra musa en los siglos de oro; no bastó la inspiración seráfica de los *Autos sacramentales;* no bastó la afición decidida de algunos monarcas españoles y franceses á la literatura dramática, ni la instalación de escenarios en la misma corte, ni la protección que dispensaron á actores y autores, ni el trato familiar que llevaron con ellos. La posición del actor y de la actriz en sociedad siguió siendo anómala y falsa, muchas veces humillante; y en la última hora de la vida, cuando á tantos próceres y poderosos que han oprimido al mundo con sus delitos, sus vicios, su injusticia ó su inepcia, se les hacen ostentosos funerales y se les erigen ricos mausoleos con encomiásticos epitafios, la actriz que había arrancado lágrimas, conmovido el corazón, traído la risa á los labios, regocijado y elevado el espíritu de sus contemporáneos, poniéndoles en contacto con la belleza y el arte, sirviéndoles la sal cómica para que sazonase su vida y la ambrosía clásica para que nutriese su inteligencia; la actriz, vuelvo á decir, no podía enterrarse en sagrado, y sus despojos corrían la suerte del cuerpo muerto del perro ó del loro favorito, que á deshora escondía un criado en cualquier rincón del patio ó del jardín.

La condecoración que hoy brilla en el pecho de Sara Bernhardt es, á mi ver, desagravio de una de estas atrocidades sociales, cometida en 1730 en la persona de la ilustre comedianta Adriana Lecouvreur. La indignación que produjo el sepelio de Adriana, las protestas y quejas de los filósofos y de los escritores, influyen, después de tantos años, para que el gobierno francés dé alta y pública señal de respeto y de agrado á la profesión que ejerció Adriana, y la pongan en su propia esfera, al nivel de la virtud heroica, del valor militar, de los descubrimientos y trabajos científicos, de los servicios prestados á la patria en cualquier orden de la actividad humana. Más que recompensa á Sara Bernhardt, significa reparación á la memoria de Adriana Lecouvreur.

El mismo día que leí la noticia de que Sara había sido agraciada con la Legión de Honor, casualmente vino á mis manos un libro en que se refiere con nuevos datos la vida y fin de Adriana. Pocas novelas ofrecen mayor interés; y en efecto, ¿qué es la mejor novela, sino un mal retrato de la realidad? El drama de Scribe y Legouvé, titulado *Adriana Lecouvreur*, que estrenó Raquel y que representó en Madrid Sara Bernhardt no hace mucho, se limita á reflejar, en su desarrollo, algo del carácter trágico que tuvo la vida privada de la gran actriz.

Era Adriana Lecouvreur hija de un sombrerero muy pobre, muy iracundo y que murió loco. La niña contaba trece años, cuando, como por juego, resolvió encargarse, en una compañía de aficionados, del papel de Paulina en el drama *Poliuto:* vestida con ropa que le prestó la doncella de una señora rica, sorprendió al público «por un modo de recitar enteramente nuevo.» La novedad del modo de recitar de Adriana consistía en la naturalidad y la verdad: entonces los cómicos declamaban enfáticamente, cantaban y adoptaban posturas estatuarias. Aquella humorada decidió de la suerte de Adriana: el actor Le Grand la enseñó, la preparó y le buscó contrata para los teatros de provincia, escuela donde los actores noveles se forman hoy como entonces.

Caracterizaban á Adriana el sentimiento, la pasión, el decoro y la delicadeza: su alma se reflejaba en su escuela de declamación, y prestaba calor de verdad en sus labios, á los acentos de Fedra, de Andrómaca y de Roxana. Eran en la Lecouvreur serios y entrañables los afectos, y como sentía, así recitaba, transmitiendo su emoción á los espectadores. Faltábale energía y chorro de voz; poseía las cuerdas suaves y conmovedoras.

En los primeros años de sus correrías en provincia, Adriana encontró ocasiones y peligros de que no pudo defenderse; pero no servía para la vida galante, porque quería de veras, y padecía y se quebrantaba su salud cuando recibía desengaños. Soñaba con la constancia y el matrimonio; pero el destino le reservaba mayores agitaciones en París.

Su gran talento dramático, su sencillez, su deliciosa naturalidad, el sentimiento contagioso que rebosaba de su voz y de sus actitudes, la elevaron en poco tiempo al primer puesto entre las actrices de su época, y á pesar de la envidia, fué saludada reina del género fino, raciniano puro, y de la comedia de carácter. Su índole generosa y franca se hizo superior á las intrigas y á las rencillas de entre bastidores, y su entendimiento y distinción le abrieron las puertas de la alta sociedad; tuvo por amigos y amigas al duque de Richelieu, al conde de Caylus, á la duquesa de Maine, á la duquesa de Gesores, á hombres célebres, á damas honestas y linajudas; en su casa se celebraban cenas donde chispeaban la agudeza y la discreción; y Adriana cifraba su orgullo, no en trastornar cabezas, sino en saber sentir é inspirar la amistad, á pesar de su profesión y de su sexo.» En aquel entonces, Adriana evitaba cuidadosamente los extravíos sentimentales, y vivía con suma regularidad y orden, sin una deuda, sin una falta.

La desgracia, para acercarse á ella, tomó la forma del conde Mauricio de Sajonia, mozo ilustre y gallardo, hijo reconocido de Federico Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia. Era Mauricio un caballero aventurero, con porvenir de héroe y esperanzas de rey. La sociedad parisiense le mimó, le festejó, le puso de moda en pocos días; Adriana, lisonjeada por sus homenajes, se consagró á pulir y dulcificar su condición y sus costumbres, á inspirarle gustos selectos y aficiones artísticas. Los vicios vulgares, la brutalidad soldadesca de Mauricio, se corrigieron con el trato de Adriana, que había adivinado – escribe uno de sus biógrafos – al héroe bajo la corteza ruda del sátiro. «Puede decirse del vencedor de Fontenoy – añade el mismo escritor – y de su bella institutriz, que con él aprendió todo, menos el arte de la guerra, que ella sabía por instinto, y la ortografía, que no llegó á poseer jamás.» Por eso decía con gracia Mauricio: «Para lo que ahora quieren hacerme académico, lo cual me presentaría como una sortija á un gato.»

Varios años duró la intimidad entre Mauricio y Adriana, y la actriz tuvo que sufrir infidelidades y ligerezas de frialdad; pero, prendada y rendida de veras, supo conservar á su lado al inconstante. Había entonces en París una duquesa, la de Bouillón, soberbia viana y antojadiza; y esta señora, á quien sus cronistas chos llevaban á frecuentar los bastidores, se fijó en Mauricio de Sajonia, y le requirió. No hizo caso Mauricio, y la Bouillón quedó lastimada en su amor propio. Aquí encontramos el punto obscuro de la biografía de Adriana Lecouvreur, la cuestión en que cuantos escribieron acerca de ella, aun sirviéndose de documentos, no han podido ponerse de acuerdo más. Quejábase Adriana de cólicos y de fuertes dolores intestinales, pero tenía que desempeñar el papel de Jocasta en el *Edipo* de Voltaire, y otro largo y difícil en el fin de fiesta. Representó á maravilla, pero en los entreactos se desmayó: retirósе á su casa, se metió en la cama, y cuatro días después se supo que había fallecido entre horribles convulsiones. Le hicieron la autopsia: tenía las entrañas gangrenadas. Hablóse de veneno; se nombró á la duquesa de Bouillón; y un testigo coetáneo dice: «Si la señora duquesa acusaba la voz pública hubiese aparecido entonces en la comedia, de fijo la echan del teatro ignominiosamente.»

¿Fué verdad lo del veneno? Repito que el punto no se ha podido esclarecer. Hay quien da crédito á la atroz venganza de la duquesa, dictada, no sólo por el rencor celoso, sino por el orgullo herido, á causa de haberla señalado con el dedo desde la escena Adriana, en una representación de *Fedra*. Existen hipótesis y conjeturas, y se evoca la figura cómica y siniestra, digna de Víctor Hugo, del abate jorobado, quien la duquesa encargó de llevar á Adriana la muerte en una caja de esmalte henchida de pastillas venenosas, y á quien, porque los remordimientos le hacían parlanchín, pusieron á buen recaudo en la Bastilla. La familia de Bouillón era poderosa é influyente en la corte, y la opinión estaba soliviantada por los rumores del crimen.

Lo indudable, lo que importa para estudiar el estado social de entonces, es la suerte que corrieron los restos de la mujer que había subyugado por su mérito del arte á su país, la que tenía su casa hecha un museo, la amiga de tanto personaje, la intérprete de Racine y Corneille. Mientras los criados saqueaban los armarios y se llevaban los objetos de valor, la autoridad negaba permiso para enterrar á Adriana en el cementerio de su parroquia, y disponía que, á fin de evitar habillas, el cadáver fuese sacado de noche y sepultado sin pompa alguna. En efecto á las doce el cuerpo de Adriana, sin ataúd, fué trasladado por dos mozos de cuerda á un coche simón, bajado en un arrabal no lejos del Sena, y echado en un hoyo con una capa de cal viva. Hay quien dice que el sitio escogido fué precisamente bajo un guardacantón, en la esquina de aquel triste sepulcro.

No tanto los actores como los literatos y los poderosos protestaron de este hecho inexplicable. Voltaire, que rara vez ha solido tener accesos de sensibilidad, tuvo uno que le dictó los siguientes versos

. . . . . .

Ils privent de la sepulture
celle qui dans la Grèce aurait eu des autels.
Quand elle était au monde, ils soupiraient pour elle:
je les ai vus soumis, autour d'elle empressés:
sitot qu'elle n'est plus, elle est donc criminelle:
elle a charmé le monde, et vous l'en punissez!

. . . . . .

Y en tanto que la pobre Adriana era arrojada así como un trapo, al basurero, ¿qué hacía el hombre por quien acaso había absorbido el veneno que con dicha una rival? Aquí sí que se echa de menos la novela; ¡la verdad es tan fea y tan antipática! Mauricio de Sajonia sólo pensó en reclamar el coche y los caballos que Adriana usaba y que le pertenecían á él. No acompañó siquiera el cuerpo á su última morada, ni guardó fidelidad á aquel recuerdo quince días. Los únicos que no olvidaron á Adriana fueron los escritores y los poetas. Pero la negra página de su existencia ha servido para infundir respeto y estimación al arte dramático.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

"¡Cuánto gusto, aunque sea gusto incompleto, pues no la veo!"
1896, n.° 748, p. 317.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL TELÉFONO Á DOMICILIO

A los que cantan las maravillas de la civilización no les llevaré la contraria, así de frente, por no enojarles: pero que ellos me confiesen á su vez que la tal civilización no deja de traer consigo luchas, sofoquinas y un sin fin de trapisondas. Compramos muy caros – no sólo en el sentido literal, sino en el simbólico – los refinamientos de comodidad que exige la vida moderna y que la complican hasta un grado increíble.

Debo añadir, sin embargo, que estos inconvenientes que creo advertir en la civilización son mucho mayores en los países semicivilizados, como nuestra patria, donde realmente la cultura social es una delgada lela ó cáscara de cebolla, una cosa superficial, que apenas reviste el fondo de atraso debido á tantos siglos, que le prestaron en su no interrumpida labor un modo de ser tradicional casi incompatible con muchos de los adelantos contemporáneos. Aquí no se empollan, no se crían, no se fomentan, no se propagan las novedades: vienen del extranjero, preparadas, arregladas, con su forma y sus condiciones, y aparecen en España á manera de aerolito, caídas de las nubes, sin precedentes ni raíces en la sociología. Al asomar la desconocida *mejora* produce en algunos espíritus pasajero entusiasmo; la gente se las promete muy felices, y hay un momento en que todos anhelan, en momentáneo y generoso arrechucho, plantearla y disfrutarla y hasta recomendarla á los amigos. Pero entre la aspiración y la realidad, media, ya se sabe, un abismo: en la práctica se tocan las dificultades y los quebrantos, que hacen casi inaccesibles esas novedades tan provechosas, en apariencia, destinadas á facilitar y hermosear la vida del mayor número – novedades que debieran ser, no costoso recreo de algunos elegidos de la fortuna, sino patrimonio de la clase media y hasta del pueblo. ¿Por qué no?

Lo primero que sucede es que la novedad, oculta y convertida en mito, es privilegio y monopolio de una empresa poderosa, que entendiéndose con el Estado y pagándole pingües diezmos y primicias, se reserva el derecho de estrujar al público cinco veces más de lo que á ella la explota el Estado, y de imponer siempre al público las condiciones más vejatorias y onerosas, á cambio del servicio más detestable. Constituídas estas empresas industriales en forma de Compañías, redactan un reglamento que el complaciente Estado sanciona y que tiene fuerza de ley excepcional; en ese reglamento hay su penalidad, contra el público, naturalmente, y penalidad muy grave á veces, sobre todo en lo que se refiere al bolsillo (¿á qué estamos, fuerta?), y en cuanto á garantías concedidas al público para que á su vez pueda hacer válido su derecho, cuando ve lesionados sus derechos y desatendidas sus reclamaciones..., el reglamento guarda un silencio elocuentísimo, ó se parapeta tras de una denegación previa, de una cautela prudente, todavía más expresiva. Un estudio hábil y exquisito para abrumar de responsabilidades y para envolver al público en cortapisas y trabas sutiles como aquellas con que prendieron á Gulliver, y quedarse en cualquier caso libres y exentas de cargos, de cuidados y de culpas: tal es la marcada tendencia que informa los reglamentos de las Compañías que padecemos.

Parecía natural que el Estado, al aprobar un reglamento que hace ley, al conceder á unos industriales el privilegio de beneficiar exclusivamente una invención ó una mejora cuyo fin último debe ser el bien general y no la utilidad de una empresa; al confiar á determinada razón social la misión de distribuir cosas tan indispensables á la vida como el agua, la luz, el calor, el sonido ó la velocidad, tuviese en cuenta el interés de todos, y pensase en algo más que en sacar un nuevo impuesto ó en complacer y auxiliar á los capitalistas que forman la Compañía. Una de las razones que me hacen dudar y temer del socialismo de Estado, es que el Estado tiene, al menos en España, la propiedad de ciertos ácidos que descomponen cuanto tocan. ¡Ay de nosotros si el Estado se encargase de lactarnos, criarnos, sustentarnos, hacernos trabajar y hasta enterrarnos á su gusto!

Tal vez sea España el único país del mundo en que los ferrocarriles hacen echar de menos con nostalgia la galera, el carromato y los buenos tiempos de la arriería; la electricidad, la época pintoresca del tríptico velón de Lucena y del candil; el canal del Lozoya, la subida penosa del *maestro de baile* por las pendientes escaleras y el palique del astur con la maritornes á la vera del fogón; y el teléfono, los recados y misivas depositados por un gallego «en propia mano» y la célebre carta del payo, que antes de entregarla exigía perentoriamente la respuesta...

De todas las Compañías que sufrimos en Madrid, la única que ha empezado á tratar de hacer accesible al público la mejora que representa, es sin duda la Compañía de alumbrado y calefacción por gas. Aparte de cierta relativa complacencia que puede observarse en sus relaciones con los clientes, manifiesta una propensión constante á rebajar los precios, y justamente estos días he oído decir que se celebrará una reunión para hacerlos más módicos. ¿A qué se debe esta saludable inclinación; á qué la propaganda activa que realiza esta Compañía anunciando y divulgando las innumerables aplicaciones del gas corriente á los mil usos de la vida doméstica – cocina, plancha, baños, etc? – A la virtud del maravilloso talismán de la industria que se llama *competencia:* á la necesidad de luchar y defenderse cuando aparece en escena el alumbrado por la electricidad. La Compañía del gas se ha hecho tolerable al público, á pesar de que aún conserva resabios, y uno de ellos, el más curioso en mi entender, el de la *grafomanía*. Para solicitar que un tubo de plomo que conduce el fluído á la antesala se prolongue, verbigracia, hasta el pasillo y alimente un mechero, os obliga la Compañía del gas á gastar un litro de tinta. No he visto afición igual al papeleo, al expediente, á las firmas; no he visto desconfianza mayor, cuando el interés de estas empresas estaba en allanarlo todo. No hay cosa tan molesta como el papeleo, y por no firmar tantas veces una bobería, hay quien se encoge de hombros y prefiere quedarse sin gas hasta la consumación de los siglos.

Así que las Compañías ó Sociedades ven en perspectiva la competencia, por instinto natural se hacen menos fieras y tiránicas; son más racionales sus exigencias, y más discreta su acción. Pero ¡ay del que necesita servicios que dispensa una sola mano privilegiada! Ese sufrirá todo el rigor de la ley marcial y pasará bajo las horcas caudinas del reglamento, resignado de antemano á cuantas molestias se le inflijan y á cuantas decepciones le aguarden.

El teléfono, en las capitales populosas, donde las distancias son formidables, y donde no se puede tener, como en Filipinas, un sirviente para cada menester; donde los recados menudean y los avisos llueven, es algo imprescindible; es un criado casi mudo y que no come; es la solución de grandes problemas domésticos. Sí, es todo eso: ó al menos, eso debería ser; y lo sería, si tuviesen teléfono á domicilio todas ó siquiera la mayor parte de las personas á quienes su estado, condición y oficio obliga á frecuentes relaciones y comunicaciones con las demás. Si el teléfono se circunscribe á unos cuantos centenares de abonados, en una capital como Madrid, donde podrían tenerlo diez mil personas, pierde su utilidad. ¿De qué me sirve instalar teléfono, si no lo instalan las gentes con quienes deseo comunicar? De lo que servirá la elocuencia en un desierto.

Y ¿por qué, vamos á ver, no instalan teléfono las nueve décimas partes de las personas que pueden instalarlo y que sin duda lo necesitan, para comunicar con sus superiores, con sus dependientes, con sus clientes, con sus amigos y con sus proveedores? ¿Es por *misoneismo*? ¿Es porque creen que el teléfono, sobre ser el más *sazarante* de los ruidos, es también una especie de intruso impertinente, una oreja de Dionisio abierta para recoger las confidencias de vuestra intimidad, algo que os despierta á las altas horas con tirriliintilín apremiante y provocativo, un duende que no os permite aislaros ni estar completamente solos y recogidos en el silencio del gabinete de trabajo?

No creo que mucha gente, al privarse de teléfono, obedezca á consideraciones de esta índole. La razón verdadera de que en Madrid el teléfono tenga poco partido, es en primer lugar su elevado coste, y en segundo su servicio deficientísimo y calamitoso y las tranquilas de su mañoso reglamento.

Del servicio no se oyen más que pestes. Es un tópico de los salones renegar de él, y ha heredado el teléfono las culpas que antes se cargaban al correo. Puede á veces caber en esto alguna exageración; pero algo tendrá el agua cuando tanto la bendicen, y el público no es capaz de confabularse á fin de repetir las mismas lamentaciones por gusto y por capricho. La manera especial de ser del teléfono, la facilidad con que pueden las telefonistas rehuir prestar el servicio, á poco que se lo propongan, dejando sin respuesta las llamadas, ó alegando que no contestan del punto con el cual se pide comunicación – afirmación cuya exactitud no es posible desmentir ni comprobar, al menos en un largo plazo de tiempo, – origina estos abusos. Así es que las relaciones entre el público y las señoritas telefonistas tienen de todo, excepto de cordiales. Por otra parte, el teléfono – y esto sí que ignoro si es culpa de los empleados ó defecto de la instalación telefónica – rara vez transmite la voz perceptible. El diálogo más frecuente entre el comunicante y el comunicado es el que sigue (acento de mal humor, no reprimido por la presencia de nadie):

– Hable usted más claro. No le oiigo.
– ¿Eh? ¿Ech? ¿Quién ceee?
– ¡Que no se oooooye!
– ¡Yo á usted ni palaaaaabra!

Aquí una serie de porracitos en el tímpano y de sones inarticulados, roncos, semejantes al chillido de una rata ó al zumbido de un moscón. El del otro lado se desespera, patalea, levanta las manos al cielo, y al fin grita:

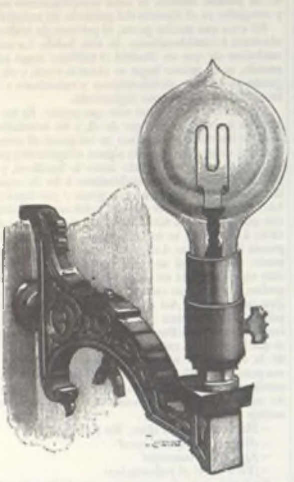
– ¡Centraaaal!
– ¿Qué se ofrece?, responde una voz cristalina de puro clara, que suena como si la boca que la modula estuviese aplicada á nuestro oído.
– Que no está bien puesta la comunicación... A usted la oigo lo mismo que si la tuviese aquí, á mi lado, y al Sr. H ó X... no le puedo entender, ni él á mí, una jota.
– Bueno, dígame lo que quiere decirle, y se lo comunicaremos...
– No, si yo – ¡siempre que no consideren ustedes exorbitante esta pretensión! – lo que deseo es comunicar con el Sr. X ó H... y no con ustedes, ni por medio de ustedes.
– Pues entonces... (Otros sonidos confusos y otros porrazos en el tímpano, que saben á gloria.)

¿Usted creerá que después del episodio se perfecciona el sistema? Por lo regular, se queda usted ante el aparato un cuarto de hora esperando, esperando, y desesperando; y cuando volvea usted otra vez el manubrio, resulta que «han creído que usted había acabado ya» y han suprimido la comunicación. Si le hacen el favor de restablecerla, vuelven las interpelaciones con vocales repetidas, los ¡oeche! y el ruido como de tábano que se bate contra un vidrio ó que zumba cautivo bajo una taza...

Pues á pesar de tantas adversidades, el teléfono obtendría el puesto que le corresponde en nuestras costumbres, si su precio lo pusiese al alcance, no de todas las fortunas, pero al menos de las fortunas medianas. Cuesta cinco duros mensuales y no es permitido abonarse por menos de un semestre: es decir, representa un gasto anual de treinta duros lo menos; añádase el interés de la fianza, y encontraréis invertida en el teléfono la renta de un capital de mil duros, al 5 por 100, respetable suma que pocos pueden consagrar á un detalle del servicio. Si el teléfono bajase á mitad de su coste, el número de abonados ascendería, no al doble, sino al triple ó cuádruple: ventaja positiva para la Sociedad. La Sociedad alega que no puede; que las exigencias del Estado no le permiten sin grave quebranto de sus intereses rebajar la cuota. ¿Esto es verdad? No se sabe; todo es misterioso y casi masónico en estas Sociedades y Compañías; pero el público malicia que, á no ser el monopolio de la concesión, tendríamos este servicio más accesible y corriente, por menos dinero: por la mitad ó la tercera parte. Mucho me queda todavía que contar del teléfono y de su papel en la vida contemporánea: sólo que la crónica se acaba. Dejémoslo para otra quincena.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid



"Lámpara de incandescencia Maxim." 1898, n.º 881, p. 742.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MÁSCARAS DE TEATRO Y CALLE

Estos días ha intentado Emilio Mario sacar á luz algunas comedias viejas y antiguas, que antaño electrizaron al público y fueron objeto de discusiones y apasionadas controversias, y que hoy deben escucharse, si no con entusiasmo, al menos con el religioso silencio que imponen las obras clásicas, sancionadas ya por el tiempo. La primera, escogida por Mario para su beneficio, fué *Muérete y verás*, de Bretón de los Herreros. Yo no sé si á la gente, en general, le produjo la misma impresión que á mí: de mí sé decir que me sorprendió la maestría de la factura y la extremada sencillez, casi elemental, de la trama. Desde el primer acto se ve patente el desenlace; así es que el estímulo de la incertidumbre y de la curiosidad no sostiene el interés del espectador: el autor se priva voluntariamente de este recurso. Tampoco se vale de frases de relumbrón, ni de alambicadas ingeniosidades, ni de golpes trágicos de sentimiento. Toquecitos ligeros; apacibles escenas en que no hay un grito ni una contorsión de cuerpo ó de alma; sales cómicas y nada de pimentón ni de especias; la sensibilidad recatada y pudorosa, la energía contenida y sólo manifestada en las acciones, y sobre todo el cuadro de una época trazado discretamente, con media docena de pinceladas rápidas y con profusión de medias tintas..., he ahí el arte de Bretón, algo anticuado, pero exquisito. *Muérete y verás* fué bordado delicadamente por los actores del teatro de la Comedia, vestidos con rigurosa exactitud á la moda de los años 30. Los hombres parecían *currutacos* y las mujeres *lechuguinas*. El traje de la mujer, en aquel tiempo, era tan fino y tan sencillo como las mismas comedias de Bretón: nada más pulcro y decente, nada más atractivo que aquella falda algo corta descubriendo el zapato de raso y las galgas cruzadas sobre la blanca media; aquellos corpiños altos y bien ceñidos, aquellos *chales* que señalan el talle airoso, y aquellos peinados de canastillo y bucles que dejan libre la nuca y la garganta y encuadran el rostro afinando su óvalo suave.

La segunda exhumación fué *El tanto por ciento*. Esta comedia de Ayala es relativamente de ayer. No hay que contar muchos años para recordar las discusiones que suscitó su estreno; y cuando digo discusiones, más bien debería decir aclamaciones, porque el juicio de la crítica y de los espectadores fué desde el principio favorable á esta producción de Ayala, estrenada, si no me engaño, allá por 1860 á 1861. Por ella le ofreció la prensa, y costearon mediante suscripción sus admiradores, una corona de laurel de oro, y por ella fué Ayala reconocido jefe de una escuela que pretendía conciliar el espíritu romántico y la perfección y mesura de un clacisismo en cierto modo realista. Esa hora que no siempre oyen sonar los escritores una vez en la vida, y en que su inspiración se funde con el alma del público, sonó para Ayala al producir *El tanto por ciento*. Se le saludó y proclamó gran moralista, satírico profundo y admirable disector del alma humana. Revistió *El tanto por ciento* los caracteres de un acontecimiento literario de primer orden; y la moral del desprendimiento y hasta de la imprevisión, que el poeta procuraba inculcar en las escenas del drama, tuvo, ya que no discípulos prácticos, por lo menos imitadores teóricos en centenares de autores de comedias que maldijeron del interés y elevaron altares á la prodigalidad y á la holgazanería.

Anoche asistí á la representación de *El tanto por ciento*, ante un público que ya debe de tener puesto en olvido el nombre de Adelardo López de Ayala. Con sorpresa noté desde el primer instante que la actitud de ese público era, más que otra cosa, hostil al drama, y que si en las escenas donde la Cobeña y Thuillier tenían parlamentos largos, de pasión, sonaba el aplauso, rumores de descontento acogían en cambio los diálogos de los demás personajes. No era posible dudarlo: lo que hasta *Consuelo* pasó por obra maestra de Ayala, *aburría* al público; al mismo público que complacido y atento escuchara pocos días antes *Muérete y verás* de Bretón. ¿Les parecía más lánguida la comedia de Ayala? Tal vez... y yo confieso que me sucedía algo de lo mismo. *El tanto por ciento*, en determinados momentos, me pesaba como plomo. Sin embargo, Ayala no ha perdonado medio para animar el diálogo, y ha buscado elementos cómicos en las figuras de Petra, de Ramona, de Sabino y hasta de Andrés, el tronado vividor y calavera. ¿Por qué lo cómico de Ayala parecerá hoy tan apagado, tan inerte, tan soso – digámoslo de una vez? – «Estos chistes hacen llorar,» exclamaba un espectador para quien era nuevo *El tanto por ciento*, y en general todo el repertorio de Ayala.

El respeto, en literatura, debe cultivarse como se cultiva una virtud: hasta á contrapelo del gusto, yo creo que es preciso respetar nombres como el del autor de *Consuelo*; y si en mi interior compartía la impresión de fatiga del público, procuré no dejarla asomar al rostro. Lo único que deseaba vivamente era darme cuenta del *porqué* de esta impresión. ¿Es que la obra de Ayala no está divinamente construída, como á torno? No por cierto: difícilmente se podrá imaginar un arte más consumado y diestro y mayor habilidad para tocar resortes. Atribuyo la frialdad con que escuchamos la obra á otras causas: la tesis ha caducado: el *negocio* que Ayala estigmatiza y flagela es una cosa, y lo que en el día entendemos por *negocio*, otra: no se puede convencer el público, toda vez que la definición de Ayala y la suya no concuerdan. En *El tanto por ciento* Ayala presenta como *negocio* una serie de infames charranadas: Andrés escondiéndose alevosamente en el cuarto de una señora y saliendo de él á vista de todo el mundo, con el mal fin de desacreditarla y casarse con ella y gozar de su riqueza; Petra dejando calumniar á su bienhechora y amiga, cuya inocencia le consta, por un fin de lucro; los criados procurando la desdicha de sus amos; Roberto traicionando la amistad y ejercitando la sórdida usura; en fin, un hormiguero de bajezas y ruindades que no hay por donde cogerlo, que Ayala califica de *negocio* y el espectador de *maldad* pura y neta. Por otra parte, en España no hace estragos el afán de negociar, sino más bien la pereza, la apatía y el sueño ó modorra del capital; todo el mundo encuentra más cómodo invertir sus caudales en *papel del Estado*, cortando descansadamente el cuponcito y gastándose lo que viene así, como de momio, en pasarlo lo mejor posible. Anatematizar la industria, el comercio y la actividad podrá ser muy español, pero ya nadie cree que sea conveniente y útil á la patria, ni sano y fortificante como enseñanza y lección. La tesis de Ayala, mal planteada, ha envejecido, mientras la miga filosófica de *Muérete y verás* tiene una actualidad eterna.

El culto teatrito de la Comedia va á perder su fisonomía el año próximo. Se convertirá en un teatro más *por horas*. El «género chico» plantará su enseña triunfante en ese recinto donde habitó tanto tiempo una Talía seria ó cómica, siempre señoril y discreta. El público especial del teatro de la Comedia – público sano, sólido y algo remirado en cuestiones de moral – se ha enterado de la noticia con extrañeza y con pena. Estaba acostumbrado á su repertorio, á sus actores, á sus cómodas butaquitas, á su templado ambiente, á aquella atmósfera de formalidad en la diversión y de corrección burguesa en la literatura. La nueva etapa de su coliseo favorito rompe hábitos que forman ya parte de su ser. Veremos si la compañía que ha de sustituir á la de Mario consigue una concurrencia tan fiel y adicta como la que acudía á la Comedia, aun en este año triste y angustioso para todo el mundo, y más para los que de recrear al público viven.

***

¿Y el Carnaval?, preguntarán los que todavía están encariñados con la tradición y recuerdan tiempos prósperos para la careta y el disfraz. ¡Ah! ¡El Carnaval! Ni mejor ni peor que otros años... Más santo: más banquetes que en Cuaresma, y muchos bailes públicos, tal vez animados para los hombres de quince á veinticinco años de edad: es cuanto puede decirse del Carnaval de 1897. A mí, en esta época, me gusta mucho mirar los escaparates. Son alegres y bonitos en su colorido los disfraces, las caretas, los abanicos, las panderas, los *confetti* y los guitarros encintajados y erizados de moños chillones. El regocijo, que acaso no existe ya en las almas, se ha quedado relegado á las cintas y á los cascabeles y á los vivos y gayos tonos de los adminículos y chirimbolos carnavalescos. Al mirar ciertas caretas, fantaseamos las bromas ingeniosas que podrían abrirse paso al través de esos sardónicos labios de cartón y de esos bigotes de tieso y fosco *crepé*. La seda de los dominós, la luz que juega en los pliegues del raso, evocan carnavales de Italia, fiestas venecianas, con góndolas que ostentan un collar de farolillos rojos, verdes y amarillos, cuyo reflejo enciende el agua sombría de los canales. Recuérdame los versos de Alfredo de Musset, tan saturados de embriaguez romántica, donde describe el dominó negro de la siracusana, y su diálogo con el extranjero que pasa y á quien sonríe. Pero el que quiera imaginar ó soñar el Carnaval, que no lo vea sobre todo en las calles, entre el polvo y el bullicio, la gresca y la jarana, en esa serie de innobles disfraces que son la danza macabra de la miseria. Que cierre los ojos para no contemplar el repugnante espectáculo de los pobres demonios enfundados en percalina negra, con rabo colorado y cuernos del propio matiz embadurnados de almagre; de los andróginos cuyo seno está hecho de rollos de trapos y cuyas botas parecen cogedores de la basura; de los chiquillos sepultados en una chistera derrengada y sin forma blandiendo una escoba vieja; de las muchachas envueltas en una colcha, rodando por las calles entre cuchufletas y requiebros bárbaros; de los andaluces y valencianos pedigüeños, que tienden á los coches la mano con uñas de riguroso luto; del asqueroso mascarón que columpia el *higuí*; y sobre todo, de la tristeza general que se revela en todos estos pobres infelices, que probablemente llevan el estómago vacío, á no ser que dance en él la matinal copa de aguardiente... ¿Hay cosa más fúnebre que la apariencia de la diversión y la realidad de un sombrío aburrimiento? ¿Hay nada tan melancólico como la caricatura del placer?

La batalla de flores se ha quedado en proyecto. No sé cuándo se convencerán de que no cabe batalla de flores en climas que no las producen. Si hay que comprar á peso de oro los proyectiles, pocos guerreros se atreverán á entrar en liza. Una rosa vale un *perro* en Madrid el resto del año; y en Carnavales valdría una *perrera* si la *batalla* fuese un hecho. Déjenles esas batallas á Niza, á Valencia, á los países en que la flor está en las costumbres y al nivel del pueblo, que la canta en sus coplas amorosas y la prende en la cabeza y en el seno de sus mujeres. En Madrid sólo los ricos pueden darse este lujo poético: sólo los ricos ven flores todo el año. Por eso, y no porque destrozarían las platabandas y jardines del Retiro los combatientes, no cuajó la batalla de flores. ¡Para flores están los tiempos! Una batalla de hortalizas tendría siquiera el resultado práctico de que los pobres golfos hambrones recogerían del arroyo alcachofas y lechugas y harían caldo ó menestra para devorarlo al día siguiente como pan bendito...

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

LAS SUBASTAS

Entre las diferentes maneras de pasar las horas de la tarde, sobre todo durante este mes de marzo, de temperatura desigual, tan pronto fría como tibia y perezosa, en que el paseo no atrae, hay que contar el nuevo entretenimiento de las subastas que se verifican en dos ó tres salones situados en calles céntricas, y donde se reune, de seis á ocho, un público curioso y franco de bolsillo. Todo lo que se canta se vende; para todo hay licitadores, con gran admiración de los que hemos oido decir que falta dinero y que las circunstancias son aflictivas y angustiosas.

En las subastas á que he asistido dominan tres clases de objetos: chirimbolos japoneses – abanicos y pantallas de chimenea, – cacharros, panderetas pintadas y cuadros. De éstos, el surtido es inmenso é inagotable. Asusta pensar lo que se embaduna de tela y de papel en el mundo. Al servirme del verbo *embadurnar*, no lo hago en sentido despreciativo: uso esa palabra genéricamente. Los pintores dicen *manchar*, y llaman *manchas* y *manchitas* á bocetos algunas veces deliciosos. Empleo el verbo *embadurnar* porque los colores siempre quitan la limpidez á la tela ó al papel, siquiera los extienda la mano del mismísimo Velázquez; y repito que es mucho, que es extraordinario lo que hoy se embaduna. Existe una legión de pintores buenos, aceptables, agradables, que saben su oficio, que poseen el secreto de ciertas pinceladas y ciertas triquiñuelas que antaño se desconocian ó eran patrimonio únicamente de los maestros. Existen además los maestros reconocidos é indudables, que no sólo saben dar esas mismas pinceladas y sorprender esos mismos efectos de luz, sino que ticnen *algo más*, un aire propio suyo y una suma de ideas que les pertenece y que corre después por ahí reproducida en miles de ejemplares. Lo que ya casi no existe son pintores resueltos y honradamente detestables, de esos Orbanejas que en otro tiempo se iban de convento en convento y de casa en casa, alternando el San Antón con la Purísima, y el Cristo vertiendo almazarrón con el San Jerónimo semejante á un haz de espárragos barbudo... Este tipo clásico, ingenuo y primitivo, ha desaparecido de la superficie de la tierra. Hoy, hasta las diminutas tablas que se ofrecen á dos y á tres pesetas en los cafés, tienen una apariencia de maestría, unos brochazos desenfadados, unos golpes de verde y de azul que parecen decir: «Aquí está el genio, obligado por la necesidad á venderse muy baratito.»

⁂

Las vergonzantes ofertas de los cafés quizás han dado origen á la idea de las subastas públicas. En efecto, la cuestión de venta era para los artistas problema insoluble. ¿Quién se atreve á subir á un estudio y regatear al mismo autor un cuadro? Es imposible discutir precios en tales condiciones: al fin no se trata ahí de una vara de lienzo ni de un cuarto arroba de ardear. No hay forma de acercarse á un pintor ó un escultor para pedirle que rebaje diez duros. Los aficionados á cuadros modernos tenían el recurso de entenderse con uno de esos intermediarios que ahorran al artista la molestia y al comprador el sofoco. Pero en cambio, la mitad del vellón de la oveja se quedaba en la zarza. El parroquiano lo sospechaba, y no le hacía maldita la gracia el caso. Al artista le constaba, y tampoco debía de parecerle justo. El público, escamado, se desviaba cada vez más de los talleres.

Por otra parte (es preciso decirlo todo), los precios que los artistas señalaban en las exposiciones á sus cuadros horripilaban y encogían los bolsillos. Se hablaba de miles de pesetas, y hasta de miles de duros, como agua. Contribuían á este exceso las adquisiciones del Estado, siempre bien pagadas, y la media docena de casos felices en que algún millonario, algún antojadizo pudiente, se enamoraba de un asunto ó de una manera, y cubría de oro su capricho. La fastuosa leyenda corría de estudio en estudio, y no la codicia, el amor propio, se excitaba y se traducía en exigencias imposibles de satisfacer. «¿Vale menos mi cuadro que el de X.?,» pensaba para sí el artista, sin calcular que las preferencias artísticas son tan inexplicables, y á veces tan infundadas, como las amorosas. Y el cuadro, tasado en exorbitante precio, se revestía de una capa de polvo en un rincón del estudio, cuando no en el desván, hasta que el azar de los mercados extranjeros permitía deshacerse de él sin rubor en una cantidad infinitamente más discreta, ó hasta que – se han dado casos – sobre el lienzo con tanta ilusión *manchado*, pasaba el cuchillo implacable, preparándolo á ser otra vez útil para recibir nuevas *manchas*, evitando el dispendio de otro lienzo.

La dificultad de discutir condiciones de adquisición fué causa de que, poco á poco, hoy que tanto se regala á pretexto de fiestas onomásticas y bodas, se perdiese la costumbre de regalar cuadros. Se entra en casa del joyero, del florista, del mueblista, del confitero, y no se sube al estudio del pintor, porque el gasto que se va á hacer en la joyería ó en la tienda de flores puede calcularse duro arriba ó abajo, y el de un cuadro es absolutamente incalculable, fantástico y desconocido. Un cuadro no tiene tasa; y cuando digo que no tiene tasa, no es porque necesariamente sea excesivo su coste, sino porque así puede representar una respetable suma como una cantidad ínfima. Del cuadro adquirido en el taller, mano á mano y cara á cara, al cuadro pescado en el río revuelto de las almonedas, las ventas judiciales, las testamentarías y las tiendas de anticuario, va – en igualdad de mérito y firma – una distancia formidable, que asusta y confunde. Y después, el rubor, ese sentimiento penoso á que antes me refería... El comprador ve en un estudio ó en una Exposición, por ejemplo, una cabecita abocetada de mujer, ó un vasito con dos rosas, ó un grupito de árboles que sombrea un puente rústico; la tabla es como la palma de la mano, rodeada por un marco descomunal, que se la come. «*Esto* me convenía á mí para obsequiar á Fulana,» piensa allí en sus adentros. «¿Qué pedirán por *esto*? El artista habrá tardado en hacerlo media hora... Bueno, pero estas cosas no se miran así; la firma es lo que se busca; y después, el marco es de lujo... ¡Ea! Cincuenta ó sesenta duritos habrá que soltar.» Y en voz un poco velada por la emoción, el aspirante se entera de la tasa. «Tres mil pesetas.» Un sudor frío le brota del pelo. «¡Atiza!» Y al retirarse precipitadamente con las manos en los bolsillos, dice alto: «Las vale, ya lo creo que las vale... Es una maravilla de factura...»

Las subastas han venido á remediar estos inconvenientes morales y materiales. Sale el cuadro; se canta su asunto, su autor, su tasa imaginaria (la real es la que decidirán las pujas) y, á partir de una suma insignificante, voces salidas de la concurrencia ofrecen lo que place á cada cual. En general, los cuadros, sin subir á aquellas inconmensurables alturas, sin cernerse en las nubes, suelen alcanzar un precio razonable y decoroso. Es de advertir que á este público mercado salen las primeras firmas: en una subasta á que asistí anteayer, se vendieron Pradillas y Sorollas. Ninguno llegó á las mil pesetas; alguno quedó por bajo de quinientas. Pero considérese lo difícil que es hoy, en momentos tan poco favorables al arte y á todo lo que representa un lujo y una superfluidad, arrancar mil pesetas á cambio de un lienzo ó una tabla. Bien mirado, el resultado de la subasta es un brillante triunfo para los artistas ilustres.

No hay objeto que no suba. Confieso que me admira el caso. Esos mismos objetos, expuestos en el escaparate de una tienda, probablemente allí se están años y años sin que á nadie se le ocurra pedirlos. Salen al tablado de la subasta, y al punto son pujados, disputados y adquiridos, á un precio poco diferente del que en la tienda tendrían. He visto platos modernos, imitación de los modelos hispano-árabes, de reflejos, que en el depósito de la Moncloa y en las fábricas de Manises se venían á nueve ó diez pesetas, y en la subasta á ocho ó nueve. ¿Es esa problemática diferencia de diez *perros grandes* la que engatusa y decide á los compradores? Creo que no; que más bien es el *sport* de la puja, el gustazo de llevarse lo que otro solicita y de vencerle delante de todos con un desembolso y un rasgo de generosidad. Este móvil psicológico ya lo había yo observado en la licitación del pollo de las Animas.

⁂

¿Qué es el pollo de las Animas?, preguntará alguien que no esté al corriente de los usos y costumbres de mi tierra. Es un donativo en especie que algún devoto ofrece á las benditas ánimas del purgatorio, y que el párroco, á fin de convertirlo en numerario, vende en el atrio de la iglesia «á pujas» á la salida de la misa mayor. De pie sobre el tapial que cerca el atrio ó sobre una silla traída de la sacristía, el sacristán eleva la mercancía con la diestra, la columpia de las patas y chilla: «¡Un real, á la una! ¡Un real, á las dos!» (Allí se cuenta todavía por reales, cuartos y hasta ochavos.) El pollo de las Animas no suele ser de los más gordos y lucidos; por lo regular tiene la pluma abarrascada, el pescuezo flaco y los ojos tristes. No obstante, la gente aldeana, que es ducha y que da tres vueltas á la faja antes de malgastar un céntimo, puja con ahinco el pollo, cuya adquisición produce emociones semejantes á las de la caza y la pesca, ó á las del contrabando.

⁂

Las subastas satisfacen este instinto de lucha y de porfía que existe en la naturaleza humana. Divierten más que una sencilla compra, un rápido contrato verbal. Tienen lances. El mismo violetero que se vendió minutos ha en tres reales – es decir, el mismo no, pero uno idéntico, – se vende ahora en seis ó en ocho. ¿Por qué? Porque los licitadores están más vibrantes, más animados y con más humor de quitarse unos á otros el gusto. Además hay dichos, agudezas, incidentes, comentarios; todos vuelven la cabeza cuando alguien *sube* de pronto, y este movimiento halaga la vanidad del que acaba de revelar que posee una respetable suma y va á gastársela en un capricho. «¿Quién es ese Creso?» Y el Creso ríe, y otro Creso desconocido salta, impensadamente, con una oferta mayor, dejando tamañito á su contrincante... Todo alarde de fuerza entraña un goce de amor propio; toda discusión enciende y exalta; los espectadores pendientes de la puja son un auditorio como otro cualquiera, ante el cual no gusta quedar vencido... Y he aquí el secreto de las subastas, y por qué en ellas corre y se despacha lo que tal vez en el almacén no correría nunca, aunque fuese muy lindo y saliese realmente barato.

Y como las subastas sirven también de mataderos de ese inmortal llamado Tiempo – que se burla de nuestras asechanzas contra su vida, porque está seguro de que él acabará por dar cuenta de la nuestra, – no es extraño que se hayan puesto tan de moda, y que vayan entrando en nuestras costumbres, con su americanismo positivista, su noción de que todo en el mundo tiene un precio hecho – todo hasta el Arte, el cual, para los idealistas, vale tanto que no vale nada, – pues lo que carece de precio carece de valor, por carta de más.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUARESMA

El precepto de la Iglesia en esta época del año nadie duda que además de religioso es higiénico. En primavera hay una ebullición de la sangre y una especie de plétora vital. El organismo se encuentra más sobrecargado que otra cosa; la nutrición es excesiva, la oxidación difícil, y nuestros antepasados no iban tan fuera de camino al aconsejar en primavera la sangría y los purgantes, los refrescos de canchalagua y la limonada de crémor, honrada poción que ya apenas se oye nombrar por ahí, que va siendo una reminiscencia de la niñez...

¿Comemos lo que debemos comer, ó se come mucho más de lo necesario? ¿El hombre es animal omnívoro, ó carnívoro, ó más bien frugívoro? ¿La vida se alarga ó se acorta por la copiosa ó substanciosa alimentación? Hay partidarios y defensores acérrimos de estas contradictorias teorías. No están conformes, por cierto, ni los médicos ni los sabios; y el que en cuestión tan capital hubiese de guiarse por opiniones científicas, no se vería en mal aprieto, pues la ciencia es cosa muy elástica y que dice sí, no, y qué sé yo, en todo lo opinable y discutible.

Sufre la ciencia, ó lo que así se llama, oscilaciones y vaivenes, que se deben á corrientes intelectuales, filosóficas, reflejadas en los consejos prácticos de los doctores. En el siglo pasado estaba de moda la sobriedad, y se recomendaba como virtud, necesaria y conveniente no sólo al cuerpo, sino al alma. No se había echado en olvido entonces que la doctrina cristiana incluye entre los pecados la gula, y que si embriagarse de vino es perder la razón, embeodarse de comida es perder la delicadeza y el buen gusto y ponerse en un estado que repugna hasta en el animal irracional. Con textos latinos y griegos se encomiaba la abstención y la medida en el comer, y en los libros de *macrobiótica* ó prolongación de la vida humana, lo primero que se encargaba era la parquedad en la mesa, los manjares sanos, sencillos y pocos, regados con licor de la fuente. Se corroboraban estos consejos con detalles acerca del régimen que había observado siempre tal ó cual anciano centenario; su vasito de leche por la mañana, sus sopas de ajo y su par de huevos á mediodía, y su chocolate por la noche: todo ligero, metódico y casi eremítico. Solían citarse también casos de longevidad en los monasterios, bajo un sistema de escasez y frugalidad que tiene carácter de penitencia rigurosa. Un puñado de hierbas, cuatro acelgas mal cocidas y peor sazonadas, unos puches de centeno, y ahí tienen ustedes á un viejecito olvidado por la muerte, que arrebata á los muchachos disolutos y chorreando bríos, y no se decide á llamar á la puerta del humilde fraile nonagenario, mantenido con lo que se mantendría un jilguero.

En nuestro siglo cambian las opiniones: la sobriedad pasa de moda, y se ponen en las nubes los beneficios de la carne cruda y cruenta. No se oye hablar más que de anemia; no se aspira más que á enriquecer y fortalecer los glóbulillos. Todo padecimiento se origina de la falta de los elementos constituyentes de la sangre; y los químicos, poniendo en prensa el magín, se dan á inventar preparaciones que concentren, compriman y reduzcan la substancia de la carne de buey, para que en una cucharadita nos comamos un *beefsteak* muy gordo, y en una píldora nos asimilemos un solomillo entero y verdadero. El ideal de la ciencia parecía ser entonces el hombre-tigre: á más carne, más fuerza. Había en esto algo de la superstición de ciertos ferocísimos salvajes, de quienes se cuenta que devoran el corazón y los meollos de los enemigos muertos en la guerra, creyendo así apropiarse todo el valor y todo el *pesquis* de sus víctimas, que por maravillosa operación de la naturaleza se les infundiría al digerir tan asqueroso alimento. Los médicos, al hartarnos de carne de buey, pensaban comunicarnos y transmitirnos la robustez del vigoroso rumiante.

Empezó á desacreditarse este sistema por la alarma que cundió respecto á la triquina. Aunque ésta era un huésped del jamón, se receló que también podrían albergarlo las carnes ensangrentadas; y al lado de la triquina se alzó el espectro de la tenia, esa serpiente interior, nacida y criada en la selva de nuestras entrañas, y que nos devora poco á poco, si no conseguimos matarla allí en las cuevas donde se refugia. El dilema de la carne apareció bien planteado: carne cocida, no nutre; carne cruda, nutre, pero cría bichos. Y los *beefsteaks* colorados empezaron á caer de su pedestal, y el cerdo á inspirar repugnancia, y otra vez se alzó, vestido de ropaje científico á la última moda, la vieja teoría del frugalismo y del vegetarismo.

Con tanto como se hablaba de la higiene, se había puesto en olvido la dietética, que cuida de no dar al estómago más de lo que el estómago pide y requiere, y establece un régimen muy estricto y riguroso para asegurar la salud por medio de una prudente abstención. De esta idea nació la rehabilitación del vegetarismo. Una de las tradiciones más respetables invocadas en favor del alimento vegetal exclusivo, es la de los pueblos de la India. En la India, las clases aristocráticas sólo se alimentan de vegetales; el pueblo es el único necrófago, ó comedor de cuerpos muertos. Al aristócrata que se le cogía consumiendo alimentos impuros, se le degradaba; pasaba á la casta inferior, en castigo de su pecado.

En la Biblia encontramos también los preceptos mosaicos, que vedaban ciertas carnes como alimento impuro. Las doctrinas religiosas, en su origen, se confunden con las enseñanzas científicas; ó por mejor decir, son un medio de que las enseñanzas científicas lleguen al pueblo ignorante en forma tal que no las pueda discutir. Lo mismo en la India que en Palestina, el clima impone el alimento vegetal de un modo preferente, si no exclusivo; y los ingleses, dominadores de la India, que pretendieron llevar á aquel país cálido sus costumbres de devorar carne cruda, lo pagan con terribles enfermedades del hígado, que les hacen mortífera la residencia. Nosotros, los españoles, no sufrimos el clima de la India, pero hace aquí bastante calor para que el ayuno y el vegetarismo nos venga de perlas: contra la opinión general, entiendo que sería sano y provechoso que todo el mundo ayunase, si no á pan y agua, por lo menos en la forma permitida por nuestra religión.

La plaza de Madrid, bien surtida de legumbres y frutas, da la base para un excelente ensayo de vegetarismo religioso. Abundan las sanas y gruesas patatas, las mantecosas alcachofas, los blandos tomates, las habichuelas y judías caras á Pitágoras, y ya empieza á venderse, aunque no todavía por las calles, el nunca bien ponderado espárrago, ese talismán contra todos los reatos y alifafes de la vida sedentaria, el mejor remedio alcalino, el más sabroso de los manjares sosos. Hay además exquisitas verduras, y frutas de todas las regiones y latitudes: para el pueblo, la dorada naranja, el refrescante de la sangre, el sorbete de los pobres; para la gente opulenta, la fresa temprana y el suave plátano. No cabe duda que, aparte del aspecto moral, esta alimentación vegetarista tiene un aspecto estético muy atractivo. Comparad un puesto ó tenderete de fruta á una carnicería. Ésta no nos inspira todo el horror que podría y quizás debería inspirarnos, porque nos hemos acostumbrado ya á ese cuadro espeluznante de costillas, piernas, cabezas y entrañas despedazadas, colgadas de garfios y rezumando sangre á gotas. Pero si lo pensamos bien, el espectáculo es atroz, y no tendría nada de extraño que llegasen á prohibirse, andando el tiempo, las exhibiciones de carneros, cerdos y terneros abiertos en canal y destrozados, ó de aves muertas, con los ojos vidriados y las patitas rígidas. Ved en cambio la frutería. ¡Qué alegremente irradia el sol sobre las pirámides de naranjas y sobre los dátiles relucientes y melosos! ¡Qué bonitas son las coloradas manzanas, qué encantadoras las fresquísimas sandías, qué sanas y recias las castañas y bellotas, qué apetecibles las históricas granadas, y qué simpáticas las uvas, con las cuales el hombre tiene el mal gusto de hacer vino!

No evoca la fruta sino ideas halagüeñas, dulces y pacíficas: vemos el huerto y sus árboles cargados de flor en primavera, de pomas en el verano y como vemos el lindo cerezo salpicado de bolas de coral, el acerolo cuajado de puntos de oro; el pavío rompiéndose bajo el peso de sus globos rosados; respiramos el azahar del limonero y nos parece percibir la fragancia que delata á la fresilla en el bosque. En cambio la carnicería nos recuerda el sacrificio de los pobres borregos, las escenas crueles del macelo, el cuchillo hincándose en la garganta y descuartizando los miembros todavía calientes y palpitantes: cosa más á propósito para quitar el apetito que para abrirlo á la gula.

La Iglesia supo lo que se hacía al instituir la Cuaresma; pero bien se puede afirmar que la inmensa mayoría de los fieles no hace caso de tan sabia y provechosa cortapisa al apetito y á la mala costumbre de comer más de lo necesario. Sobre el daño de no moderar la comida, podría un predicador elocuente tejer un sermón fundado en las exhortaciones de los Padres de la Iglesia, entre las cuales sobresalen las homilías del Crisóstomo, que era un resuelto partidario de la higiene vegetalista. La descripción que hace San Juan Crisóstomo de los males que acarrea el abuso de las carnes y del vino, son de completa actualidad. Salen á relucir los reumatismos, la gota, los infartos del hígado, los humores y acritudes que se engendran de la intemperancia. «Los ascetas – dice el santo patriarca de Constantinopla – no saben qué es carnicería; allí no veréis correr sangre, ni percibiréis el tufo á matadero... Nuestras comidas de frutas y legumbres complacen hasta á los ángeles del cielo, y líbrenos Dios de imitar á los lobos y á los tigres, sobrepujándoles en ferocidad, pues estas bestias son por naturaleza carnívoras; nosotros no, y poseemos además un juicio y un raciocinio de que no hacemos uso...» Y San Jerónimo, con mayor energía, dice: «El uso de la carne de los animales no se conocía antes del diluvio; mas desde esa triste época nos metieron entre los dientes los nervios y el fétido jugo de la carne, y Cristo, que vino á restaurar todo en su estado de primitiva pureza, no quiere que comamos carne, según dice el apóstol Pablo...»

La ciencia médica, ó al menos una escuela médica modernísima, recuerda hoy estos presentimientos y doctrinas del espiritualismo cristiano, y se une á la Iglesia para ensalzar el ayuno cuadragesimal, fuente de salud y de vida.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

Ensueño, cuadro de Pedro Saenz

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DEVOCIONARIOS Y ROSARIOS

¿Habéis fijado la atención alguna vez en esos objetos que son de devoción y de adorno juntamente? Se os ha ocurrido observar cómo transforma la moda, que en todo se mete y no deja quieta cosa alguna, lo que más perenne é inimitable debe ser, y cómo se diferencian los rosarios y los devocionarios antiguos de los actuales.

El devocionario no es sino el arcaico horario ó misal, reducción del enorme códice con miniaturas donde se contenían los Evangelios, y que necesitaba atril. Los horarios eran idealmente hermosos antes de que los echase á pique la invención de la imprenta. Sus páginas de vitela, de un suave blancor amarillento, estaban bordadas por el infatigable pincel del miniaturista: cada letrita era una malla de encaje, cada capital una estrella, y las orlas y láminas otros tantos prodigios que hoy se buscan y estiman y admiran, y también se imitan ¡ay! desgraciadamente. El horario era algo personal: cada devoto lo bastante rico para darse el lujo de poseer y manejar ese objeto de arte, que se heredaba como los tapices y las joyas, lo hacía á su gusto y le comunicaba su espíritu. El misal de cierto monarca demasiadamente inclinado á galanteos, contenía una serie de representaciones de las penas que en el infierno se aplican á este pecado. Detrás de la esbelta castellana iba el paje con el horario, y en sus hojas más ó menos fatigadas del contacto de los dedos, blandas ya con esa blandura suave y amorosa de la vitela, podía adivinar, por los pasajes preferidos, las ideas y preocupaciones de su dueña, las tristezas secretas que embargaban su corazón.

Desde que la imprenta, apresurada y brutal, sustituye al paciente amanuense y al delicado iluminador, el horario empieza á perder su poesía... Al principio aldavía es una mezcla de los dos sistemas: las miniaturas son impresas, las mayúsculas miniadas, hasta que la máquina se apodera de las mayúsculas también. Confieso que gran parte de la ilusión del famoso horario regalado por D. Juan Tenorio á doña Inés, y en el cual se encierra la incendiaria carta – el filtro envenenado que abrasa la mano de la incauta novicia – se me desvanece, al pensar que tal horario no era miniado y manuscrito, aunque tuviese «manecillas de oro.»

En el día, la transformación del devocionario indica un regreso hacia las épocas mejores de este objeto religioso. Los de rezo habían llegado á ser, de todos los libros, los más toscos y prosaicos. Su tipo de letra basto y desgastado por las tiradas á millares, sus orlas vulgarísimas, eran deshonor de la tipografía y horror de los inteligentes. El texto, por ley natural, descendía también. Poseo devocionarios españoles de mediados del siglo, que reemplazan las sublimes preces de la liturgia con otras chabacanas y de bajísimo estilo, compuestas sin duda por algún sacerdote más devoto que docto. El devocionario se había aplebeyado, y su papel de ínfima clase, sus cantos amarillos [illegible] á lo pedestre de su texto y á lo detestable de sus láminas. Repito que hoy se nota una reacción favorable á la belleza del devocionario, el cual ciertamente debía ser la prenda de más valor que toda mujer católica aspirase á guardar en sus armarios, pues ninguna se presta tanto al decorado lujoso: cuando menos, debería costar un devocionario lo que un regular brazalete ó una peineta de diamantes.

Hoy los libros de devoción – sean misales, semanarios, oficios de la Virgen, horarios (de éstos hay pocos, pues los seglares ya no rezan horas), oficios de difuntos ó Ejercicios ignacianos – lucen una impresión más esmerada, mejor gusto en la selección de láminas y viñetas. Las hay que reproducen cuadros clásicos, de Murillo y Rafael: las hay que imitan las pinturas primitivas, los dípticos y trípticos de Angélico y Van Eyck, con su colorido. La forma de los libros también ha ganado: prolongada y esbelta, se adornan las tapas con remates de metal que aspiran á tener estilo, y recuerdan las manillas y cantoneras góticas, ó los ricos esquinales del período del Renacimiento.

Por desgracia, los devocionarios de pretensiones artísticas, en su mayor parte están invadidos por el cine y la pseudo piel de Rusia. ¿Cómo explicar lo antipático y *anti-religioso* de estas dos materias? El cine ó símil bronce es una plaga, una úlcera de la vida moderna. En quinqués, candelabros, arañas, estatuas, ornato de muebles, crucifijos, benditeras, cofres, jarrones..., en todo se encuentra este pestífero metal, tan grosero, tan delezнable, tan refractario á la línea elegante que parodia. Si el cine me repugna, tampoco soporto el níquel en los devocionarios, ni aun el acero: los devocionarios, ó deben ser sencillísimos, lisos, sin zarandajas ni arrequives, ó deben tenerlos de plata. Por lo que hace á la piel de Rusia, es la cifra de lo moderno y de lo archiprofano. Cuando el aire nos trae en sus alas una bocanada de piel de Rusia, inmediatamente evocamos la idea de la petaca bien rellena de *londres*, con su monograma de oro que supera una corona heráldica, ó de la cartera provista de tarjetas y billetes de Banco, y en cuya bulsa más recóndita se alberga una linda fotografía de mujer. No; la piel de Rusia no se amalgama bien con el perfume del incienso. El recogimiento, si lo hay, se disipa al aroma de esa piel ya algo cursilona, próxima á entrar en sus categorías más inferiores de imitación, dentro de la industria popular á real la pieza. Porque la piel de Rusia, ó lo que llaman así en el comercio, es demasiado barata, se ha propagado mucho, y los devocionarios del olorcillo consabido se pueden adquirir á precios módicos. – La mujer verdaderamente refinada se dedicará á buscar una de esas pieles antiguas, preparadas y curtidas por los árabes, que son inalterables y flexibles, y con ella encuadernará sus libros de rezo. Y la que no quiera refinamientos, se contentará con el humilde *Enchiridion* sólidamente empastado, de letra gruesa, de respetable tamaño – cosa seria y austera, que respira piedad y formalidad.

En cuanto al rosario, ¡qué escala tan variada recorre, desde el opulento rosario de perlas engarzado en oro, hasta el pobrecillo de huesos de aceituna pasados por un cordel, regalo habitual de los franciscanos que vuelven de Tierra Santa! De la Edad Media apenas se conservan rosarios; en cambio, en el siglo XVII, en España, el rosario es una prenda usual, como lo fué después la tabaquera: se lleva á todas horas, y los señores graves y las dueñas halduda y de repulgadas tocas echan al cuello el rosario de cuentas gordas como avellanas – hay autores que escriben *como nueces*, pero tengo para mí que será una exageración. – Retratos de gollilla he visto en Museos y casas de anticuarios, que, como el de Felipe II, están en actitud de pasar las cuentas del rosario devotamente.

Nuestras abuelas, que usaban mantilla, no prescindían del rosario, no ya al cuello ni á la cintura, sino arrollado á la muñeca: un brazalete bonito y airoso, con sus medallas y crucecillas que lo remataban, no sin gracia. El rosario de oro, el abanico de nácar ó de sándalo, la mantilla de blonda, son elegancias que nos han parecido añejas, y que hoy, pensándolo mejor, se nos figuran exquisitas. Los rosarios más primorosos de esa época solían ser de oro cincelado, muy sutiles: habíalos también de recia pedrería, y no dejaban de estilarse unos dieces que llamaban *camándulas*, que eran de marfil y tenían al extremo una calavera, de un realismo violento, que por el otro lado era la Santa Faz de Jesucristo. Estos dieces no se arrollaban á la muñeca, sino que se enganchaban al dedo meñique por un aro ó sortija de plata.

Dos grandes depósitos de rosarios he visto en el mundo: Lourdes y Roma. En Lourdes, debo declararlo, todos los rosarios son feos. El industrialismo fran[illegible] buen gusto, en los rosarios de Lourdes se olvida de su prurito de agradar. El rosario clásico de Lourdes, la gran corona de quince dieces, de madera trabajada toscamente, y de cuentas gordas, no ya como nueces, sino como razonables ciruelas claudias, es el único que me parece simpático, pues representa bien el aspecto montañoso y salvaje de aquellas gargantas imponentes: labor de pastorcillo, hecha con navaja, á la sombra de un roble. – Roma ha conservado sus tradiciones de metrópoli del arte hasta en los rosarios: el rosario más sencillo, más barato, más ascético, procura en Roma revestirse de colores atractivos. En los rosarios algo costosos ya se nota ese encanto colorista de los objetos traídos de Oriente, de países donde todavía no se perdió el sentido de la nota pintoresca y de la fisonomía expresiva de las cosas. No he visto emplear en otra parte, para rosarios, las materias que en Roma: diríase que no se encuentran sino allí, especialmente ciertas ágatas y cornalinas que ellos llaman *pietre dure*, y de las cuales labran también camafeos, cajitas y sellos. Entre estas *pietre dure* hay dos muy lindas conocidas por «rojo antiguo» y «verde antiguo» – esta última creo que será una variedad de la serpentina, – que adquieren un pulimento encantador. Aparte del rojo y del verde, hay otras innumerables. La malaquita, el ónice, la amatista, el cristal de roca, el coral sanguíneo, el coral rosa, el coral blanco, el granate, el ágata amarillo, el ojo de gato, el zafiro, la calcedonia, la venturina, el jacinto de Compostela, la madreperla, el alabastro, se tallan en facetas ó se pulen en esferitas para los rosarios. Algunos de ellos, por gracioso capricho, son de todas estas piedras mezcladas y hacen un efecto pintoresco hasta lo sumo.

No es indiferente que los objetos religiosos sean bellos, y que por su belleza nos atraigan y se nos hagan familiares y queridos. El hombre – sobreentiéndase la mujer – es un ser que necesita que lo conduzcan á lo bueno por todos los medios. «Somos – dice Pascal – autómatas, á la vez que espíritus; la costumbre nos guía y nos conduce á todo; la costumbre inclina al autómata, y éste arrastra al espíritu sin que lo advierta. Hay que preparar la máquina.» No es el mejor medio de *preparar la máquina* á las prácticas religiosas el que todo lo relacionado con la vida devota sea horrible, basto, ordinario, ó lúgubre y triste. El cuidado y esmero en adornar el misal y en hacer del rosario una joya prueban el lugar que ocupaba en el alma la religiosidad. No me puedo resignar á que hoy las mantelerías de comer se adornen con encajes soberbios y cuesten miles de pesetas, y en los manteles de altar se introduzca el encaje de algodón y el tul barato.

Así es que estos días de Semana Santa, en la calle, sin querer, miro hacia los rosarios y los devocionarios, más que hacia los flamantes trajes de seda bruchada y terciopelo negro y hacia las mantillas que sólo en Jueves y Viernes santo ven el sol, dejando su prisión alcanforada.

Un rosario fino, una medalla con diamantes, un libro rico y serio, me atraen y me hacen formar buena idea de la que los lucе. También me interesan los libros muy usados viejos y pobres – por otro concepto.

¡Qué de consuelos, qué de diálogos del alma con el *más allá* representan esos libros humildes, que aprieta contra el pecho una mano desecada por la edad, rugosa, temblona y muchas veces desfigurada por el trabajo! Todas las mañanas ese libro ha sido un bálsamo, todas las noches sus palabras se han grabado en el cerebro para proporcionar un sueño dulce, después de la fatiga y la labor, ó después de dolores y padecimientos difíciles de sufrir. Abridlo y veréis que entre sus páginas conserva á veces la flor suelta de una coronita fúnebre, una carta gastada por los dobleces, del hijo ausente, la estampa del corazón de Jesús, la papeleta de comunión..., y ¿quién sabe si la de empeño de un mantón raído, último baluarte contra el frío del invierno! «Venid á mí los que estáis cargados de tribulaciones, y yo os aliviaré,» dice á cada párrafo ese libro que no vale dos reales, bisunto, blancuzco por las esquinas, el misal de la criada de servir ó de la jornalera... – Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

(SEASON)

En algo nos hemos de parecer á Inglaterra, ya que no sea ni en la formalidad, ni en el color del pelo, ni en la afición á los viajes, ni en otras muchas cosas que caracterizan á nuestros vecinos mar en medio; y nos parecemos en que hemos hecho de los meses de primavera la época más animada y bullanguera de todo el año. Mientras los primeros meses del invierno se deslizan como dormidos, lánguidos y apacibles, la Pascua da la señal de un recrudecimiento del bullicio y la alegría, de la sociabilidad y del derroche. Una parodia de la *season* británica, que allí se justifica porque es realmente el único tiempo en que se puede vivir en Londres; pero aquí no tiene más explicación que nuestro prurito de imitar á diestro y siniestro, y de seguir la corriente, así no sepamos adónde conduce.

La primer brisa templada y perfumada que respiramos – lejos de incitarnos á disfrutar la paz bucólica y de recordarnos el huerto en flor, los frutales cubiertos de nieve fina blanca ó rosada, el arroyuelo entre las mentas, los berros y los lirios, el prado festoneado de margaritas y la playa salpicada de conchas y orlada del verde tafetán de las algas cinteras, – nos anima á perder el tiempo revolviendo las tiendas de modas, y comprando trapos y más trapos para sostener la campaña de la *season*. A la hora en que la naturaleza y el campo nos solicitan, no tenemos ojos ni espíritu sino para las ciudades, para la polvorienta zambra de la ida á la Plaza de toros, ó el asfixiante recreo de los teatros de verano, donde la frescura es nominal y el calor efectivo.

Estudiad en los periódicos la dirección de los viajeros y excursionistas de esta época primaveral. Veréis que no se encaminan á los cortijos, á las haciendas, á los castillos ni á las viejas mansiones solariegas ocultas en el fondo de algún valle: adonde van – salvo honrosas excepciones – es á Sevilla ó á París. Sevilla es agradable para quien tenga allí preparado alojamiento cómodo; pero el que haya de recurrir al hotel, á la fonda ó á la tradicional casa de huéspedes, bien caro pagará el gusto de ver unas cuantas procesiones, oir las *saetas* y asistir á una *juerga* gitana, de esas que, convertidas en espectáculo pagado, han perdido ya – en mi concepto – todo su genuino y extraño sabor, y se han amanerado como los asuntos de las panderetas pintadas y los tangos zarzueleros.

Sevilla, y toda ciudad que tiene carácter realmente pintoresco y original, interesa más en épocas que no son de festejos. En general, los festejos van siendo algo de que la humanidad se fatiga. Al ver cómo se desborda por las calles el río humano en tiempo de fiestas, parece, al contrario, que las fiestas están ahora en su apogeo; pero adviértase que la humanidad, cuando se fatiga, empieza á fatigarse por la cabeza; es decir, que la gente *comprensiva*, como ahora dicen, es la que con su hastío y su desdén va atacando *ciertas* costumbres, y poco á poco, cuando se enteran los de abajo, las costumbres desaparecen. ¿Quién duda que los faroles de iluminación, las ruidosas ferias, las bandas de música, los mismos bailes gitanos y flamencos, son cosa de que está saciada la aristocracia intelectual?

En cuanto á los toros, la cuestión es mucho más compleja y difícil de resolver de una plumada. Los toros, combatidos unánimemente por los pensadores, no decaen, porque los sostienen los artistas; y los artistas son la mitad de la inteligencia – *la inteligencia bella*, la comprensión iluminada por la estética. – Que el espectáculo sea más ó menos inmoral, ni hay aquí para qué discutirlo, ni tiene realmente que ver con el aspecto intelectual de la cuestión. Inmoral no es lo mismo que tonto; y los espectáculos tontos son los que decaen. Ya sé que para muchos el espectáculo taurino merece la calificación de bárbaro; pero tampoco el concepto de barbarie es idéntico al de tontería: al contrario, la barbarie implica cierta grandiosidad y evoca una serie de impresiones pintorescas, originales y atractivas.

Los toros se encuentran hoy en plenitud de popularidad y moda. Años atrás les hacían competencia los frontones; pero fué efímero el entusiasmo con que al pronto acogió Madrid esta distracción sana, insulsa y campestre. Un partido de pelota no es propiamente un espectáculo. Si se le mira desde el punto de vista del desenfrenado juego á que sirve de pretexto, tampoco cabe defender su moralidad. Y el peligro de que la pelota se tuerza y vaya á herir la cara ó la cabeza de un espectador, no es tan remoto que no retraiga á la gente, y en especial á las señoras.

La corriente vuelve hacia su cauce antiguo: los toros son el acontecimiento magno de nuestra *season*. En esta semana de Pascuas se celebran nada menos que cinco corridas – se vive en la Plaza casi. – El hecho tiene mucho de anómalo, cuando parece que deberíamos estar que no hubiese por donde cogernos, de apurados, afligidos y desalentados, con las dos guerras y los conflictos de toda especie que amagan y nublan el porvenir; pero hay en España, y tal vez no sólo en España, sino en el mundo entero, una peregrina virtud de olvido, descuido y alegre imprevisión, que á no dudarlo hace más leves las cargas y las desdichas, y ayuda á pasarlas de un modo soberanamente filosófico. En efecto, puede sostenerse que no existiría el mal si no existiese su imagen, la representación que se hace del mal nuestra cuitada mente. ¿Qué le importan al mulo, al buey ó al caballo el hambre de la India, la pelea de turcos y griegos, ó la insurrección tagala? Nada seguramente; y no será porque no puedan alcanzarle, directamente ó de rechazo, las consecuencias de estos desastres, sino porque no es capaz de representárselos, de poner la consideración en ellos. Ahora bien: si nosotros conseguimos no representarnos tampoco esas calamidades, está probado que las habremos suprimido. He aquí la filosofía de la fiebre de diversiones en las actuales circunstancias.

***

Se ha dejado sentir esta fiebre en la concurrencia al Real de primavera, el teatro del Príncipe Alfonso. Cada noche hay un lleno, en un recinto vastísimo. Se aprovecha con afán la ocasión de saturarse de música, que en invierno cuesta más cara, y ciertamente ni es mejor ni peor que la oída en este tiempo. Una compañía desigual – como lo fué la del Real todo este año; – unos coros vestidos de la manera más risible – como en el Real sucede también; – una excelente orquesta – como en el Real igualmente, – y un cuerpo de baile medianillo... – Todo calcado en el regio coliseo; lo único en que noto diferencia, es en la atmósfera, cargada de humo de cigarro. Falta, eso sí, aquel *foyer* fino y selecto, con ínfulas de salón; aquella elegancia tranquila y perseverante del Real; hay esa confusión y esos empujones á la entrada y por las escaleras, que caracterizan á los circos; y los claveles y los confites que hasta los mismos palcos vienen á ofrecer ramilleteras y muchachuelos, son un detalle absolutamente incompatible con la seriedad del Real. Mas de telón adentro, lo repito, noto bien poca diferencia. Los que pretenden que el Real deja comidos los bolsillos, ¿qué habrán dicho al comprender que hay bolsillo para la coletilla ó posdata del Real y para todo cuanto vengan á brindar al público de Madrid los empresarios?

Hacen bien éstos en gastar cierto desenfado y confianza con el público. Hay mucha *bonhomie* en el modo de ser de los espectadores, tan resueltos en aflojar la mosca y tan poco exigentes en lo demás. Cuando en *Gioconda* se ve desfilar á los coristas del Príncipe Alfonso, con medias gordas de algodón blanco, zapatos de becerro ordinario ni embetunados siquiera, calzones de panilla raída, gorras de plato con una esterilla dorada, rostros ariscos y barbas de ocho días, queriendo representar á los elegantes patricios de Venecia, la gente mejor trajeada, más artísticamente ataviada y de más hermosas y pulcras caladuras que recuerda la historia y que inmortaliza la pintura; cuando aparecen aquellas fachas singulares, y se adelantan hacia las candilejas mostrando las lacras y las de mas de la vestimenta del rostro, la gente suelta una risa benévola, se mira para comunicarse el buen humor, se encoge de hombros, y no pasa de ahí: ya ha perdonado. Al otro día se repite la misma escena, y así sucesivamente hasta el final de la temporada, en que los coristas guardan cuidadosamente sus calzones de panilla y sus gorras de plato, para volver á sacarlas en la temporada siguiente. Yo creo que el público prefiere poder soltar esa carcajadita – tener ese derecho – á que los actores vistan con propiedad y con cierto decoro. Si se presentasen según corresponde, ¿de qué nos íbamos á reir?

***

Uno de los rasgos característicos de esta *season* es la afluencia de extranjeros. España conserva todavía su atractivo de picante manola, su gracia exótica y moruna y su indiferencia por la admiración que causa. No hemos entrado en hacernos fondistas de oficio; continuamos siendo hidalgos y caballeros, desdeñosos de la ganancia que podría reportarnos el exhibir la hermosura de nuestras costumbres y de nuestros paisajes y monumentos, la típica fisonomía de nuestras clases sociales. Así y todo, y quizás más todavía por eso mismo, los de extranjis afluyen y se entusiasman con la menor cosa.

***

Ha ocurrido estos días un incidente de que se hizo eco la prensa y que, por extraña asociación de ideas, me recordó otro sucedido hará tres ó cuatro años. Del primero – el reciente – son héroes la dama extranjera de una princesa española y un *gentil hombre dor*, como dice la cancioncilla de la ópera *Carmen*. Pasaba el torero por la Puerta del Sol, y la dama se quedó mirándole, como se mira á una figura típica y gallarda, en quien se encarna momentáneamente la belleza propia de una raza y de una comarca del mundo. Así se mira al palikaro en las calles de Atenas, al *highlander* de la guardia de Su Graciosa Majestad en las calles de Londres; al modelo transtiberino de la *Trinità dei Monti* de Roma, y al rígido ulilano en la *Bavaria* de Munich. Pero el torero no entendería de estos tiquis miquis de estética internacional, y soltó á la dama, con salero y picardía, algo por este estilo:

«¿Me *quié* usté retratar, prenda?»

La dama, al punto, sacó una maquinilla instantánea, y cátalo retratado. El torero quería recoger la prueba á domicilio, pero la dama se ofreció á llevársela á un café; y al café acudió á llevársela en efecto, acompañada por respetable rodrigón, con la mezcla de atrevimiento y dignidad de una miss Helyett paraciega.

***

El segundo incidente, el ya antiguo, tiene por heroína á una dama inglesa, por señas amiga mía, esposa de un diputado socialista; dama que vino á Madrid con objeto de perorar en un *meeting*. Así lo hizo; pero al día siguiente, al cruzar la Puerta del Sol – en la Puerta del Sol es donde sucede todo, – dos gomosos, enterados de que era la oradora, se acercaron y deslizaron en su oído una injuria en lengua inglesa. La dama se volvió, apretó los dientes, y de una soberana bofetada de su sólida palma – palma de jugadora de *lawn tennis* y de remadora – envió al más próximo á rodar al arroyo. Acudieron los guardias; ella refirió sencillamente el hecho, y la autoridad y el público arremolinado dieron la razón á la abofeteadora. El gomoso se retiró, sacudiéndose con el pañuelo la ropa manchada y haciendo de tripas corazón por no ponerse más en berlina, mientras la inglesa sonreía candidamente á sus improvisados partidarios.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Muchas veces se me ha ocurrido establecer una comparación entre los árboles y las mujeres – comparación triste para éstas, y sobre todo para los maridos y padres que tienen que cultivar en su huerto los gentiles árboles y arbustos humanos. – He aquí el tema de mi comparación: los árboles, á cada primavera, se cubren naturalmente de hojas y flores. Después, en el estío, dan su fruto..., los que lo dan; ó toman y consolidan su recia y útil madera, que un día servirá – si el reinado del hierro no la destrona definitivamente – para los variadísimos menesteres de la construcción.

La mujer, en primavera, también se cubre de flor y de hoja, pomposa, fresca, de lindos colores; pero ¡ay! no creáis que esto sucede naturalmente, sino al contrario, muy á redopelo y á fuerza de sangrías al bolsillo. La flor y hojarasca de la mujer, en primavera, se paga á peso de oro.

En cuanto á dar fruto, sí que lo da, y sin aguardar al estío; en cualquier estación del año. Sólo que este fruto no se come (¡Dios nos asista!), y en vez de servir de alimento á su dueño, quiere ser alimentado, mantido, instruído, divertido... ¡Un fruto muy costoso el dar árbol femenino! Fruto con dientes.

Por otra parte, el árbol femenino no se cubre de hoja en primavera tan sólo. Por lo menos tiene en el año dos épocas de necesitar vestimenta. La entrada del invierno también es formidable para los honrados padres de familia, á quienes preceden, en los paseos, dos ó tres parejitas de muchachas más ó menos agraciadas y casaderas. Sin embargo, el invierno se presta más al aprovechamiento de los trapitos y á las ingeniosas combinaciones y variaciones sobre temas conocidos ya. La primavera, con su claro sol y sus modas atrevidas y picantes, es doblemente incitadora al gasto en pensillos y á la variación y capricho de los *toilettes*. La tentación del pingo es insidiosa, por la misma forma de baratura que reviste. Telitas pesetera, canoas de paja, sombrillas de percal, parecen así al pronto lo más accesible, y poco á poco, sumando lo que cuestan esas menudencias tan sopladas, tan abufladas y vaporosas, asusta el total que arroja la suma.

⁂

En cambio Madrid está bonito y alegre apenas empiezan á despuntar sobre las aceras polvorosas ó regadas de fresco los trajes y los sombreros primaverales, de claros y limpios colores. Este año los sombreros son gayos, una nota franca y campestre, que en las playas y en los senderos de aldea redoblará su gracia vivaracha y chillona. Los sombreros todos rojos parecen amapolas gigantescas; los morados, enormes *bluets* (hay *bluets* morados, se lo advierto á los que no conozcan sino la variedad azul); los verdes, un trozo de prado donde surgen los cálices de la manzanilla y del acónito; los amarillos, un haz de paja trigal, en el cual se deslizaron casualmente, bajo la afilada guadaña del segador, algunos lirios.

⁂

He hablado de *bluets* morados, y me han inspirado una digresión que nada tiene que ver con las modas de primavera, aunque sí con la floricultura y la botánica. Es el caso que estos días se ha publicado en periódicos extranjeros una curiosa lista de garrafales desatinos, anacronismos y errores cometidos por los escritores de mayor fama y justo crédito en las letras. Entre estos errores figuran las flores inventadas – flores que no existen en la naturaleza; – y en el número de estas flores quiméricas, el articulista encargado de catalogar los gazapos incluye la *rosa verde*. Al leerlo no pude menos de exclamar: ¡á la justicia ahorcan! En efecto, aquí quien comete el *lapsus* y demuestra no estar fuerte en botánica, es el susodicho articulista.

La rosa verde existe, y la vemos florecer, desde muchos años hace, en el jardín y hasta en los setos de mi Granja de Meirás. Su nombre técnico es *viridiflora*. Pertenece á la dilatada familia de las *lunarias*. Confieso que es una rosa bastante fea, y que, si no se considerase su rareza, la arrancaríamos. En jardinería hay que declararla útil para *patrón:* en ella se injertan perfectamente las otras variedades más bellas, amarillas, blancas, rosadas ó purpúreas. De suerte que la rosa verde no sólo existe, sino que, entre los botánicos, ya no es ninguna novedad. ¿Quién sabe si otros supuestos errores de autores ilustres no tienen más fundamento que la ignorancia del Aristarco reparón?

⁂

Volviendo á las calles de Madrid – de este Madrid tan atractivo y tan animado en medio de sus innumerables inconvenientes y defectos, de su detestable urbanización, de sus mefíticos olores y de su empedrado con justicia comparado á abiertas bocas de perros de presa, que van mordiendo al paso los pies de los transeuntes, – en la presente época del año, uno de los elementos de animación de las calles, son las horchaterías.

Así como la horchata de chufas no se conoce, que yo sepa, en ninguna parte del mundo sino en España, tampoco tienen idea los extranjeros de lo que es una horchatería, y su sorpresa, al ver estos coquetones establecimientos, es gratísima. La horchatería es lo contrario del café. En el café hay siempre olores fuertes, vaho de cigarro, atmósfera cargada y espesa, barullo de encarnizadas discusiones, porrazos sobre las mesas y en los billares, sillas que arrastran, y cierto deseseo inevitable donde se sirven y consumen tantos manjares y bebidas diferentes. La horchatería, al contrario, es pulera, nítida, clara, despejada y de un ambiente ligero. Allí no se discute, no se arma bulla: la refrigerante y deliciosa horchata templa la sangre y aplaca los nervios.

Teófilo Gautier, en su *Viaje á España* – titulado *Tras los montes*, – dedica á los refrescos españoles, y en particular á la horchata, un ditirambo que no me resuelvo á llamar *caluroso*, porque es todo lo contrario, refrescante en grado sumo.

Por cierto que habla Gautier de cierto refinamiento que yo no he oído mentar nunca, y que si se practicaba entonces, dudo mucho que se practique ahora, pues costaría caro. Trátase de los sorbetes de mantecado hechos con huevos nonnatos, ó mejor dicho, no puestos, sacados del intestino de las gallinas muertas. Sin duda esos huevos son más finos, y no hay que recelar que estén averiados ó podridos; pero dudo que los cafeteros se consagren á buscarlos para mejorar el vulgarísimo sorbete de mantecado, de que tanto consumo se hace en Madrid apenas empieza el calor á ser asfixiante y digno de la zona tórrida.

⁂

Por ahora todavía no molesta. La primavera de Madrid, que es tan corta, reviste caracteres de extraordinaria benignidad y dulzura. Las lluvias de esta semana han rociado el aire y han sentado el polvo. En cambio han ocasionado una desazón á los aficionados á la tauromaquia, que es tanto como decir á la inmensa mayoría de los madrileños, cuando obligaron á suspender en el cuarto toro una corrida de domingo, dejando á los espectadores á media miel. Si España fuese el país de la lógica (pero ya sabemos que le han llamado «el de los viceversas»), parecería caso admirable el de que con una corrida cada dos días no esté desierta la plaza. No se explica de dónde puede salir tanto dinero, tanto humor, tanto pañolón de Manila y tanta naranja. Sólo en la corrida magna de los ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de Miura, estoqueados por Mazzantini, *Guerrita*, *Bombita* y Reverte, se calcula que ha tirado por la ventana el pueblo de Madrid unos veinticinco mil duros – medio millón de reales. – Al ver esto los hacendistas y arbitristas, no pueden menos de decir: «Este pueblo es inagotable. Apretemos: duro en los impuestos, duro en las gabelas, duro en los consumos, duro en las cédulas, recargos y multas de toda especie.»

⁂

A decir verdad, el aspecto económico de la cuestión taurina me preocupa mucho más que su aspecto moral y filantrópico. Hay cosas vulgares y dichas cien veces, pero que nunca se habrán dicho bastante, puesto que la gente las echa en olvido. Una de estas vulgaridades convenientes de recordar, es que las diversiones de los pueblos que se llaman civilizados y nos tratan á nosotros de bárbaros, son cien veces más bárbaras y feroces que las nuestras.

En los Estados Unidos, no hay placer comparable, para la juventud, al de un buen partido de *foot ball*. En el *foot ball* está siempre presente el médico, con su cajita de instrumentos, sus vendas y sus compresas, dispuesto á curar al infeliz que ha sido arrollado, pateado, aplastado por los treinta jugadores que cayeron sobre él como un alud.

Hay otro placer más vivo que el del *foot ball*, que al fin es diversión de muchachos: éste, peculiar á los hombres, es la lucha atlética á puñadas.

Con el torso desnudo, las manos enguantadas según la regla del juego, dos hombres se acometen, ante un concurso que ríe, que vocifera, que cruza apuestas, que apunta cifras, que saca billetes y oro. Las puñadas caen como granizo duro sobre la carne descubierta; por ojos, nariz y boca y oídos sale la sangre, llamada por los aficionados *claret*, por su semejanza con cierta bebida que está de moda y á que presta color rojo el vino de Burdeos. Entre arremetida y arremetida, á los campeones se les lava el sudor, se les frota el cuerpo, como se frota el de los caballos en las carreras. El público suspira de gozo, se crispa de alegría, aplaude hasta la desolación, y los porrazos que van derechos á la cara, que desbaratan una nariz ó revientan un ojo, son los que más le electrizan.

Este «espectáculo atroz, mengua...» de donde sucede, tiene sus defensores, y no falta quien alegue razones en favor suyo, así como en alabanza de las brutalidades del *foot ball*, demostrando que es la vitalidad de la raza la que inspira esos desahogos, que prueban su energía viril. Aceptemos estas circunstancias atenuantes, pero que nos concedan á nosotros también algo en abono de la fiesta nacional. Que por lo menos no vean en ella un símbolo de nuestra vida y de nuestro espíritu. Esta fiesta es relativamente reciente; en los tiempos en que hemos condensado nuestra tradición, no existía, ó era uno de tantos *juegos nobles*, como el romper lanzas, el bohordar tablado, el cazar con azor, halcón ó neblí, el acosar y el derribar, las cañas, los torneos, las sortijas y las bizarrías á la jineta. No se ha arraigado en el pueblo el rejoneo y estoqueo de toros hasta la época barroca y decadente – el siglo XVIII.

⁂

Por cierto que en la corrida magna á que antes me referí ha sucedido un incidente curioso. En la lidia se ha quedado *tonto* un Veraguas. ¿Que un toro no puede volverse *tonto* como las personas? Pues sí que puede. Dos coces de un caballo en la región frontal dejaron al Veraguas en tal estado de imbecilidad, que ni hacía caso del trapo, ni al presentarse los cabestros les reconoció, ni quiso seguirles. También los animales pueden perder, por lesiones en el cerebro, la memoria, el sentimiento, la comprensión – es decir, los rudimentos que de todo esto tengan, y que en ellos reciben el nombre de *instinto*. – El público creyó que se trataba de un toro manso y blando, de *un buey*, como dicen, y se armó una gritería y una silba fenomenal. Y se trataba de un lisiado, sencillamente. Una fiera convertida en idiota.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿CUAL LOS MAZOS DEL BATÁN?

Esta popular sentencia, que enseña que los nacidos reemplazan á los fallecidos, y cierto pasaje sublime de la *Ilíada*, en el episodio del combate de Glauco y Diomedes, que viene á significar lo mismo, nos ofrecen un consuelo algo fatalista, al momento en que vemos caer y desaparecer á nuestros semejantes. El divino ciego de Esmirna lo dijo con su sencillez primitiva y su energía jamás superada:

«Como nacen las hojas en los bosques,
también nacen los hombres en la tierra.
Si unas hojas abate al suelo el viento,
otras nuevas la selva brota y cría,
haciéndolas surgir la primavera.
Esto mismo sucede con los hombres.
Una generación ahora se extingue,
y otra después florece...»

Pero... si en el bosque son iguales las hojas que despuntan cada abril..., los hombres – es el privilegio de nuestra raza – salen diferentísimos. Por eso no puede servirnos de consuelo, ni cosa que lo valga, el pensar que cuando ciertas hojas humanas se van, arrastradas por el cierzo frío del otoño, acudirán á sustituirlas otras hojas muy parecidas á ellas por fuera, y diferentísimas por dentro... El hombre es una hoja, sí, pero una hoja con alma; «frágil caña, pero caña pensante,» que decía Pascal.

Hay generaciones más fecundas, más copiosas de savia que otras; las hay robustas, gigantes, y las hay entecas y pigmeas: ¿quién duda que Alemania, por ejemplo, á fines del siglo pasado produjo una camada de titanes? No comparemos, pues, al juego de los mazos del batán, ni al sube y baja de los cangilones de la noria, este flujo y reflujo del género humano. Los *superhombres* ó *progenerados*, los genios y los semigenios, son un lujo que la naturaleza no despliega todos los días. Después de sacar de su ardiente horno una hornada exquisita, saca otras, sin color ni sabor, mal cocidas y desazonadas. No nos conformamos, no, tan fácilmente, si pierde sus hojas el árbol del arte y de la ciencia. ¡Sabe Dios cómo y cuándo reverdecerá!

***

Al escribir lo que antecede he estado pensando en D. José Feliu y Codina. Ha muerto este autor, tan simpático y que se había hecho popular tan pronto, dejando un hueco – bien aparente en la literatura dramática, – un vacío visible, como la mella en una dentadura compacta. Nos quedan dramaturgos que ya tienen un pasado gloriosísimo, y todavía no han cerrado el ciclo de su producción abundante y variada – y ya todos los que me leen han adivinado á Echegaray; – nos quedan otros con alientos juveniles y estímulos de triunfos recientes; nos quedan, sí, acaso más en este terreno que en ninguno, mantenedores, ó, como ahora dicen, *campeones* nacionales; pero el lugar que Feliu y Codina se había conquistado era un lugar propio, aparte, definido, característico: tal vez pecaba, ó empezaba á pecar, de esto último: del carácter pintoresco tomado, no como fondo y medio, sino como asunto y fin último del drama. Mas su inteligencia y su buen gusto habrían puesto, á tiempo, el límite allí donde era conveniente que se pusiese, y lo demás quedaba fiado á su inspiración, á su numen.

Tiempo tenía de reencarnarse, porque Feliu y Codina apenas llegaba á la madurez, y toda su fama se la había ganado desde hará cuatro ó cinco años; desde 1892, en que se estrenó *La Dolores*, perla del teatro de Feliu y del teatro español. Antes de esa fecha, Feliu era un autor estimado, un literato serio, selecto; pero la celebridad no le había salpicado la frente con la espuma de las marejadas impetuosas. Yo había asistido al estreno de *Un libro viejo*, creo que en 1891, y recuerdo que me agradó mucho el primer acto, y en general la traza del drama todo, y lo dije así en el *Teatro crítico*. Soy tan descuidada, que nunca tengo conmigo y á mano mis propios libros, de suerte que no puedo citar el texto; lo que sé es que Feliu y Codina me demostró gran reconocimiento por él, y que al estrenarse *La Dolores* en Madrid mostró empeño en que yo asistiese á la *première*. No me fué posible, y supe el feliz resultado por las alabanzas de la prensa. Sin embargo..., ¿cómo ocultarlo?, estas alabanzas no me impidieron suspender el juicio hasta ver por mis ojos qué era la guapa moza de Calatayud... No es que la prensa yerre por costumbre al elogiar: es que á veces comenta con las mismas frases, al parecer igualmente calurosas y encomiásticas, los verdaderos y espléndidos triunfos y los casi fiascos; es que hay giros y frases hechas con que la benevolencia periodística encubre las derrotas..., y es que, en lo teatral, la resolución definitiva queda siempre encomendada al público. Quise, pues, ver *La Dolores*, y la vi una noche en que estaba punto menos que desierto el teatro de la Comedia. Mi sorpresa, mi emoción fueron profundísimas. Aunque en Feliu y Codina, desde *Un libro viejo*, barruntase yo que había condiciones de dramaturgo, no podía haber adivinado que estallarían en creación tan genial, de una originalidad tan fresca, sentimental y castiza, de un romanticismo realista y popular tan hermoso. Salí del teatro entusiasmada, y poco después escribí de *La Dolores* algo que también tuvo la suerte de contentar á Feliu y Codina. Porque este excelente y malogrado autor (1) era modesto. Su modestia, ciertamente, no consistía en lo que creen muchas gentes que la modestia ha de consistir, á saber: en protestas de inferioridad y nulidad tan exageradas como artificiosas, en una actitud reservada é imposible ante los homenajes de la admiración, en toda esa comedia que debiera haberse desacreditado ya, y no obstante aún arranca aplausos; ¡tan cierto es que á la humanidad se la entretiene siempre con los mismos sonajeros y las mismas lilailas! La modestia de Feliu y Codina se revelaba precisamente en la espontaneidad y complacencia con que acogía el elogio, señal de que no despreciaba la opinión ajena; en lo que lo agradecía, señal de que no pensaba que se le debiese de derecho; y en la calma y apacibilidad con que recibía las observaciones, fundadas ó infundadas, demostrando perpetuo afán de adelantar, de perfeccionarse. Era difícil que, después del raro acierto de *La Dolores*, Feliu y Codina encontrase pronto otra joya equivalente. *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen* no llegaron á *La Dolores*: se quedaron en fábulas interesantes, aplaudidas, con escenas de mucho efecto, maestras, que demuestran el gran instinto dramático patente ya en *Un libro viejo*. Mas ¿quién podrá asegurar que Feliu no tenía en su imaginación y en su mente repuesto de ideas y fuerza bastante para acertar otras veces del todo, como en *La Dolores* acertó? La gloria dramática de Feliu y Codina germinó tarde, y duró poco: cuatro años apenas disfrutó de la fama, de la consideración, de la popularidad, de esa seguridad moral que presta un primer golpe afortunado. Las obras que produjo después de *La Dolores* tampoco son caídas ni fracasos; y si lo hubiesen sido, eso no supondría que el autor no tuviese preparados brillantes desquites, pues en el teatro, ya se sabe, hay que contar una de cal y muchas de arena. Encantado ahora con la idea del regionalismo escénico, que resulte tan lucidamente el problema de las decoraciones y los trajes y da forma especial al sentimiento, Feliu emprenderá otros caminos, seguiría filones no explotados. El porvenir que ofrecía á Feliu tantas esperanzas, lo truncó una muerte súbita, brutal, una especie de mazazo ó puñalada traicionera... Y los que éramos amigos suyos – amigos de su musa, apreciadores de su carácter, – hemos sentido, al saber la desaparición de este catalán insigne, lo que se siente hallando rota y por el suelo el ánfo-

(1) Es muy frecuente oir usada con risible impropiedad la palabra *malogrado*. El escritor ó el artista que mueren después de larga carrera y de dar su cochinete máximo de trabajo, no puede decirse que se malogran. Feliu y Codina se malogró realmente; mas ¿quién no se asombrará al leer, como yo leí no hace mucho, que Zorrilla fué un poeta malogrado?

ra digna de un museo, el busto trabajado por primoroso cincel... El ingenio de Feliu no había rendido la cosecha que aguardábamos. Cuando hojas así caen de la rama, la tristeza del invierno se apodera de nosotros.

***

Ya que de autores y de teatros hemos hablado hoy, no quiero omitir una rectificación, enlazada con una de mis crónicas anteriores en que traté de D. Manuel Bretón de los Herreros. Recordaba en aquella crónica el epigrama sangriento que en un momento de impaciencia lanzó contra el autor de *Marcela* el autor de *La muerte de César*, y que empieza así:

«Una víbora picó...»

Pues bien; desde Rancagua (Chile) me escribe un suscriptor de La Ilustración y lector de mis crónicas, el Sr. D. Patricio Venegas, para decirme, con suma cortesía, que la flor ó si se quiere el cardo de ese epigrama no nació en el jardín de Ventura de la Vega, sino que fué trasplantado del huerto del poeta francés La Martiniére, donde brotó por primera vez en esta forma:

«Un gros serpent mordit Aurélie.
¿Que croyez vous qu'il arriva?
Qu'Aurele en mourût? Bagatelle:
ce fut le serpent qui creva.»

Me doy prisa á declarar que ignoraba la existencia del epigrama francés, y por lo tanto me contaba en el número de los que creyeron original, y hasta improvisado, el de Ventura de la Vega. Por lo demás, el hecho no me sorprende: bastantes veces, leyendo libros franceses, encontramos en ellos cosas que después, transportadas á nuestro idioma por autores eminentes, pasan plaza de inéditas y nunca oídas. En cierta ocasión leí una crítica que ponía en las nubes una novela corta, muy dramática por cierto, de un afamado novelista andaluz; y en lo que más insistía el crítico – francés por señas – era en el carácter *tout à fait espagnol*, castizo, neto, del asunto de la tal novela. ¿Qué diría el francés si supiese que la novela aludida por español no era sino el precioso cuento de Hipólito Lucas, titulado *El clavo*? Para disimularlo vestirlo con el ropaje de su estilo mágico, no necesitó el novelista á que aludo ni aun saber francés, pues *El clavo* se publicó traducido por A. Magariños Cervantes en el *Museo de las familias* el año 1854. Retorciendo á los autores españoles que escribieron desde mediados del pasado siglo, sale jugo francés á chorros. Se dicen y escriben pestes contra Francia se invocan los dioses de la patria á cada momento, pero no se evita esa influencia continua, honda, y á la larga (así lo creo), más bien provechosa que letal. Siempre que registremos y escudriñemos la literatura francesa nos admirará la persistencia y magnitud de su influjo irresistible. Lo que menos descubre la admiración del genio francés sobre la inteligencia española son, si se quiere, merodeos y pecadillos de mera cuantía como el del epigrama de Vega; de superior importancia me parecen las grandes corrientes que arrastran á un escritor, que lo impregnan de pies á cabeza, haciéndole ser reproducción fidelísima, por supuesto involuntaria é inconsciente, del tipo de un escritor francés, que ha deslumbrado su fantasía y ha apoderado de su espíritu. Y este fenómeno se ha visto á cada momento. Aquí hemos tenido nuestros Alfonsos Karr, nuestros condes de Maistre, nuestros Dumas, nuestros Sué, nuestros llorones Lamartines. No hablo sino de lo que ya pertenece á la historia. Eran *pseudos*, pero en muchos resplandecía un talento superior á su molde, cualidades propias, que á fin y al cabo encontraron expresión adecuada y felicísima. ¿Qué culpa tiene nadie de que el pensamiento francés haya sido, desde hace cien años ó cien cincuenta, más intenso, más rico, más vibrante, más original é innovador que el nuestro, como el nuestro tenía esa misma superioridad en el siglo XVII, y ellos nos imitaban, traducían y copiaban? Ni se cree ya hoy dejan de hacerlo ocasionalmente..., y puede decirlo, verbigracia (es el primero que se me ocurre), Paul Ginisty...

Queda complacido mi corresponsal chileno, y sepa que en nada puede molestarme, al contrario, el que me digan (y tan respetuosamente) lo que no se debe. Recuerdo, que es harto más de lo que quisiera, el epigrama de La Martiniére, al pronto, me sonó á cosa conocida; quizás lo hubiese leído ya sin fijarme en él, á pesar de la coincidencia con el de Vega; pero en plata, tanto monta haber olvidado, que no haber sabido una noticia literaria. Lo único que le falta por llegar á sabio al que ha manejado y revuelto muchos libros, es memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

COCHES Y CIENCIA

El impuesto sobre los coches de lujo, que tiene el defecto de dar satisfacción á la envidia, tiene asimismo el de desluci r bastante las fiestas, las contadas fiestas al aire libre que se celebran en Madrid. Las personas más ricas y antojadizas se tientan la ropa antes de decidirse á pagar un año de contribución por el gusto de sacar un *mail* ó un *four in hand* el día de las carreras, ó en Carnavales, con media docena de máscaras bulliciosas. Este impuesto, como todos los que recaen sobre las superfluidades, está destinado á producir muy poco y molestar mucho, hallando á la gente rica á gastarse su dinero de otras maneras inaccesibles á las uñas del fisco y á los arbitristas municipales. El que había de sostener un tren de gran lujo y dar lícita ganancia á cocheros, lacayos, caballerizos, fabricantes de coches, pajeros, tratantes en caballos, guarnicioneros..., etc., se compra, verbigracia, un brillante gordo – que *no come pan* – y se lo planta en la corbata, ó se lo cuelga de las orejas... y nadie le pide un céntimo por el gusto.

Para mí la contribución de coches es antipática, porque, lo repito, complace á la baja envidia del populacho. Lo que más indigna al español que va á pie es un coche: y aquel lugar común de la salpicadura de barro, conserva todavía fuerza bastante para concitar pasiones y solivi antar los ánimos de los que transitan á pie. Singularidad de la naturaleza humana, que no lleha de envidiar nunca lo verdaderamente envidiable, los bienes reales y efectivos y á todos superiores que Schopenhauer clasifica admirablemente en sus *Aforismos acerca de la sabiduría en la vida*, por otro nombre, *Parerga y Paralipómena*. El mayor bien de la tierra es la salud, y no veréis que generalmente cause envidia.

Prueba al canto: id por la calle á paso ligero, con piernas ágiles, con aire saludable, con esa animación que presta el ejercicio físico, y no escucharéis una exclamación envidiosa de los demás transeuntes. En cambio, que cruce un coche, y vaya reclinado en él un anciano valetudinario, una señora obesa ó demacrada, visiblemente enferma... y se oirán los acostumbrados anatemas contra tal medio de locomoción, y las inevitables hipótesis acerca de la salvación del alma del que gasta carruaje, «porque no ha de tener gloria aquí y gloria allá,» según el asombroso descubrimiento de los teólogos de la envidia, que mandan á las calderas de Pedro Botero en derechura á cuantos no usan la carroza barata de San Francisco.

***

¿Es, acaso, la comodidad del coche lo que se envidia? Mal conocería á los españoles quien tal creyese. El español apenas estima el *confort*, apenas sabe apreciar esa inteligente armonía del modo de vivir con las necesidades físicas é intelectuales, que es para el sajón un ideal constantemente perseguido. Ni llegar pronto ni ir sentado á gusto le parecen cosas muy envidiables al obrero ó al menestral madrileño, que cierra los puños y masculla sordas imprecaciones cuando ve pasar los trenes elegantes y aristocráticos. Por diez céntimos se puede ir trasladar cómodamente de un punto á otro, en el coche de mejor movimiento que existe, que es el tranvía; el tranvía, del cual se dicen pestes, pero que es una cosa excelente, muy práctica, muy barata, muy superior al parisiense ómnibus, con su peligrosa y glacial *impériale*. Con el tranvía, las ventajas del coche son accesibles á todas las clases sociales; no hay cansancio, no hay distancias, no hay frío; es en verano el mejor abanico, en invierno una garita protectora, y es además, para el pobre, un Casino, una Bolsa donde se entera del alza y baja, recoge noticias, galantea, charla, dice y oye donaires, hace política y hasta implora la caridad. En el tranvía, las cocineras y criadas de servir se informan de las casas, comentan los precios de los víveres, inician ó desenredan intrigas amorosas; las modistillas se citan con los horteras, las chulas se mofan de los señoritos, los rateros hacen su agosto, los empleadillos fraternizan con sus jefes, y las Siervas de María y las Hermanas de la Caridad se codean con los Tenorios callejeros y los perdonavidas, sin que ni ellas se espanten, ni ellos se propasen y desvergüencen. En el tranvía se recoge limosna, se deslizan cartas, se leen y comentan periódicos, se regalan flores, se hacen amistades, se contrata verbalmente, se disputa, se curiosea, se ríe y se goza con la bulliciosa expansión y la intemperante franqueza propias de nuestro humor y de nuestra tradición democrática jamás desmentida. ¿Por qué este coche tan divertido y tan á mano no le basta á la gente baja de Madrid?; ¿por qué se enfurecen cuando un coche pasa al trote de su tronco más ó menos pura sangre?

***

Como todos los fenómenos psicológicos, la envidia encierra un problema extraño. Se envidia lo que no se desea; se envidia lo que no se necesita; se envidia lo que no envuelve ningún goce, ninguna felicidad verdadera; se envidia sobre todo lo vacío y lo inútil, lo que se relaciona con el amor propio y la vanidad.

Los países donde no se trabaja mucho, donde se cultiva la arrogancia y la bravata, son más fértiles en esa cosecha de ortigas y cardos que forma el jardín de la envidia. Un hombre muy ilustre me decía una vez, con gracia y humorismo: «En otras naciones, el escritor envidia al escritor, la hermosa á la hermosa, el banquero al banquero: España ofrece la particularidad de que los curas envidian á las bailarinas, los pintores á los toreros, los notarios á los tenores, y así por el estilo.» Reímos de la *boutade*, pero no podíamos menos de encontrarle miga y fondo de exactitud. El menestral que va á pie no envidia el coche porque sea cómodo ni porque sea abrigado: la prueba es que no se envidia á los que toman un simón, y el simón, en cuanto abrigo y comodidad, equivale al tren más magnífico. Se envidia la categoría del coche, la estética de su elegancia, el primor de su limpieza, el piafar de su fogoso tronco, la gravedad respetuosa y la tiesura correctísima del cochero, la travesura del lacayillo, los colores de la cucarda, el raso moteado ó el terso *chagrin* del forro, la corona heráldica pintada en la portezuela, – y más aún las pelucas blancas, los calzones cortos, las gorras de jockey, las botas de campana, las libreas de seda, el rumbo de los cuatro hermosos animales enganchados á la d'Aumont, arrastrando como una pluma la carretela airosa... Es decir, se envidia la exterioridad, la bizarría del lujo, lo que no es positivo, sino decorativo, ideal...

Sirva esto de demostración al dicho de un moralista, según el cual la envidia, y en general todas las malas pasiones, brotan de la raíz de ciertos sentimientos nobilísimos, en alto grado generosos y hasta poéticos. Al envidiar lo que carece de verdadero valor, lo que, obtenido, no acrecienta la felicidad ni el bienestar, la humanidad revela un desinterés romántico, una carencia absoluta de egoísmo.

Estamos en el tiempo de los exámenes, y á estas fechas se decide la suerte de nuestra estudiosa juventud. Es decir, se decide la de la estudiosa y también la de la holgazana y desaplicada; porque nadie creerá que se presenten á examen solamente los chicos estudiosos, ni que éstos formen en ninguna Universidad, Academia, Instituto, Colegio ni Escuela, compacta mayoría.

Una de las razones, acaso la principal, en que puede fundarse el escepticismo respecto á la asiduidad de los estudiantes, es lo mucho que se les encuentra por ahí, no sólo en tiempo de vacaciones, sino durante todo el curso. *Por ahí* quiere decir paseos, teatros, calles, cafés, tertulias .. y á horas avanzadas de la noche, que parecen indicar que al día siguiente no tienen pensado asistir á clase, ni ganas. Y, sin querer, hacemos en voz baja la reflexión del zapatero – que por si mis lectores la ignoran, voy á contársela.

***

«Érase un zapatero que vivía en la esquina de una callejuela, á la vuelta de la cual se encontraba situado cierto colegio famoso. Habían notado los colegiales, al verles pasar el zapatero, dejando de machacar su suela ó de clavar su lezna, mirando por la estrecha ventanuca levantaba la cabeza, la balanceaba de hombro á hombro, y exclamaba en voz clara y sonora: «No lo entiendo.» Las primeras veces, los colegiales tomaron á risa la frase, creyendo que lo decía un alelado ó un demente; pero á fuerza de oírsela repetir, y siempre con tono reflexivo y cabeceo sentencioso, llegaron á sospechar que ocultaba algún concepto injurioso y despreciativo. Persuadidos de esto, avisaron al rector, acudió el rector en queja al corregidor de la ciudad, y éste se apresuró á llamar al maestro de obra prima y á ordenarle que sin tardanza y so pena de castigo, explicase la frase misteriosa.

«Señor corregidor, dijo el pobre hombre, ahora mismo se la voy á explicar á usía. Como yo veo á los colegiales pasar por delante de mi establecimiento por la mañana; como vuelvo á verles pasar á mediodía; como otra vez pasan á la tarde, y no es caso raro que á la noche, doy en cavilar ¿cuándo estudiarán? Y por eso exclamo á diario y en alta voz: *no lo entiendo*.»

«A fe, buen hombre, saltó el corregidor, que no lo entiendo yo tampoco: idos en paz, pues á nadie habéis agraviado.»

Regresó en seguida el zapatero, libre y contento, á su portal, y sentóse, como de costumbre, á batir suela sobre el poyo de las encallecidas rodillas; y á cada vez que veía pasar á los colegiales, asomaba la gaita por la ventana, y decía ya sin temor alguno, con todo el brío de quien posee el amparo de la autoridad: «Yo no lo entiendo, ni el señor corregidor tampoco.»

***

No solamente es difícil averiguar cuándo estudian muchos estudiantes, sino que el sistema de enseñanza, tal cual se practica, en cierto modo se opone al estudio.

Interrumpidas las clases por continuas é injustificadas vacaciones, el menor pretexto sirve además para que se cierren las aulas: festividades que la Iglesia no prescribe ó que ha abrogado ya, santos y cumpleaños de infantas é infantes, llegadas de generales, salidas de tropas..., ¿yo qué sé? Todo se traduce en asueto..., y el asueto en pereza, y la pereza en indiferencia, y esta indiferencia, al aproximarse los exámenes, cede de repente el puesto á una especie de frenesí, á un repentón de última hora, á una indigestión de lectura atropellada, prendida con alfileres y salteada, que no adquirida. El estudiante, á quien todo el año conocisteis alegre, sociable y comunicativo, de improviso se retrae, se encierra, no le ve ni el sol; el que *pedaleaba*, abandona su bicicleta: el que montaba, deja en la cuadra el caballo; los hay que hasta riñen con sus novias temporalmente, á fin de que no les distraiga cosa ninguna. La semana anterior al llamamiento crece la fiebre de los estudiantillos. No comen, y para desvelarse y pasarse la noche sobre los libros, preparan una decocción feroz, llamada *café de exámenes*. La mañana les sorprende con los codos sobre la mesa, los dedos hundidos entre la revuelta cabellera, y en ese estado en que ya es difícil averiguar si se duerme ó se vela ó se lucha con las visiones de la calentura. Los que así creen poder disponerse á un examen, son como los que creen reparar un ayuno de mesa con un atracón desatinado y una borrachera encima...

Sin embargo, examen va, examen viene, año tras año, los muchachos van echando bigote y barba, las carreras terminándose; y salen hechos unos juristas, unos médicos, unos farmacéuticos, unos doctores de Filosofía y Letras (¡ah, pobres letras, pobre filosofía, pobres ciencias, casi siempre, en nuestra asendereada patria!), y son ellos los que, á su vez, sentados detrás de una mesa, ya entrecanos, gruesos, con cara surcada de arrugas y nublada de preocupaciones, han de examinar á los mocitos de mañana, á los otros desventurados que acaban de chapuzarse en el *café de exámenes* y de pasarse la noche con los pies metidos en un barreño de agua fría, á fin de evitar el sueño. Y los estudiantes de entonces les tendrán á ellos el mismo terror que ellos han tenido á los catedráticos de su tiempo; y ellos, olvidando sus propios tropezones, fruncirán el entrecejo cuando el alumno titubee al responder á una pregunta capciosa, entrevesada y mal formulada – que casos de éstos se dan también á docenas...

¡Junio! ¡Qué mal se compensan tus rojas cerezas y tus amarillas calabazas! Un cerezo cargado de fruta, y encaramada en él una campesina fresca y de alegre humor, cogiendo cerezas y echándolas abajo... ¡Qué estudiante no sueña con este idilio!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

INFLUENCIAS

Un escritor insigne decía hablando de Francia: «De las personas que nos encontramos en la calle, la tercera parte lo menos va á cualquier sitio á solicitar de cualquiera cualquier cosa.» En España tendría que extender su afirmación, y contar que son más de la mitad de los transeuntes; y el resto, gente que sale á «matar el tiempo,» ese recalcitrante inmortal que acaba por enterrar á sus asesinos.

Lo único en que aquí suele derrocharse actividad, es, efectivamente, en fomentar, desarrollar y cruzar influencias de toda especie, devanándolas en complicada madeja, para conseguir de tal manera lo que sería mejor obtener por medio del trabajo, la industria y la constancia. ¿Es que nuestra raza carece de la fuerte iniciativa de la raza sajona, la que redobla tan vigorosamente el pronombre personal *I, myself,* y se apoya, como en férrea columna, en el *self-help,* la ayuda propia? ¿Es resultado de una larga práctica de determinados sistemas políticos, en los cuales lo hacen todo el favoritismo y el capricho de los gobernantes, y poco ó nada el mérito, la energía y el valer del sujeto? ¿Es la maravillosidad, es la propensión de nuestra meridional fantasía á inventar y forjar golpes de la suerte, inverosímiles é inauditas combinaciones del acaso: á soñar la mágica varilla del brujo, la casualidad feliz que hace encontrarse en un mesón ó en una feria y fraternizar al general con el recluta, al rey con el pastor, al millonario con el mendigo, cambiando de súbito la decoración del destino, convirtiendo al recluta en oficial, en primer ministro al pastor, al mendigo en capitalista? ¿Es que en efecto se consigue aquí todo, ó casi todo, por el atajo de las influencias y de las recomendaciones, y que ese camino tortuoso es, realmente, más seguro y firme que el camino recto, pero pedregoso y áspero, de la laboriosidad y del merecimiento? Confieso que muchas veces he meditado acerca de este problema, al ver la formidable importancia que revisten en la vida contemporánea «los empeños.»

Hablo ¡ay! de males que padezco, de chinchorrerías que me abruman. No soy personaje político, no soy ministro, subsecretario, director, obispo, gobernador civil, diputado, senador, cacique, ni cosa que lo valga. Me paso la vida entre mis libros: puedo llamarme en cierto respecto un cero á la izquierda, y si el rodar de la bola trae para España complicaciones, desventuras, crisis, bajadas y subidas, no es ciertamente que yo empuje ni con el dedo meñique la bola susodicha. Pues á pesar de estas condiciones en que me ha colocado la condición de mi sexo: á pesar de que las incapacidades legales de la mujer deberían servir siquiera para que no nos hostigasen «recomendando,» no pasa día sin que me vea agobiada de solicitudes, sin que de palabra y por escrito soliciten de mí tirios y troyanos, hasta indiferentes y desconocidos, un sinnúmero de favores, puestos, momios, gangas, empleos, cargos, ascensos, colocaciones, traslaciones, ventajas y beneficios. A mí me piden que pida indultos, que dé capellanías, curatos y canongías, que haga fallar pleitos en este sentido ó en el de más allá; que ponga en colegios gratis á niños y niñas; que vindique agravios, que repare injusticias, que maneje palillos tan delicados como los de oposiciones y concursos á cátedras, notarías y registros de la propiedad; que active la concesión de pensiones, el cobro de atrasos, y hasta, por pedir, me piden neutralidad... ¡Esto es lo más fácil de conceder!

La recomendación es capciosa é insidiosa. ¿Por qué hemos de negarnos á una obra benéfica, un acto de generosidad realizado así al descuido, como quien no hace nada, sin que nos cueste sacrificios en metálico, sin más gasto que el de saliva ó tinta? Es el argumento que emplean los solicitantes para forzar la voluntad. «Una palabrita, dos renglones de su puño... y me he salvado: mis hijos tienen pan, de mi casa se va la miseria...» ¿Quién se resiste? Es decir, ¿quién no se alegraría de acceder y triunfar? Sólo que la suposición es gratuita, pues no creo que ni aun las personas que decisivamente influyen, las *buenas cuñas,* influyan así, con una palabra, con dos renglones. Las plazas, hasta las más ínfimas y mezquinamente retribuídas, no se conceden y reparten á voleo, como piensan los milagreros de la recomendación. Andan tan perseguidas, escatimadas y rebuscadas; está la heredad tan espigada, que hay quien considera menos dificultoso improvisar un ministro, que nombrar un portero del ministerio. Juegan en esta clase de asuntos múltiples resortes, incalculable número de esfuerzos se entrecruzan y entretejen; hay negocio «de colocación» que constituye una verdadera telaraña fina, un laberinto de influencias en diferentes sentidos, dominado por una influencia ó dirección principal que acaba por vencer é inutilizar los restantes. Obtener la posesión de un exiguo sueldo para un protegido, supone semanas y á veces meses y hasta puede suceder que años de postulación paciente, asidua, resignada, heroica. Cualquier recomendación implica un gasto de tiempo que no calculo en menos de veinticuatro horas una con otra; y desprecio por insignificantes, séanlo ó no, los gastos de envío de recados, porte de cartas, etc.

Ahora bien: el tiempo es lo que más suele escasear para los que residen en grandes centros de población y tienen un tablero de quehaceres de mil casillas. Si pudiéramos ir cogiendo uno por uno á los que piden recomendaciones y exponerles el argumento de Rothschild, no sé si les convenceríamos (el solicitante es más terco que mula manchega): pero de fijo les inspiráhamos compasión. Es el caso que Rothschild tuvo el humor y la paciencia de ir apuntando en un cuaderno todas las peticiones de dinero que le dirigían y de sumar las partidas al cabo de algunos años; y la suma de los petitorios arrojaba un total muy superior á la fortuna regia de Rothschild. El archimillonario enseñaba la adición á los pedigüeños y decía: «Si yo hubiese accedido á los ruegos de esta gente, ya lo ve usted..., hace tiempo que estaría completamente arruinado: pediría limosna á mi vez.» Apliquemos á las recomendaciones el procedimiento de Rothschild, y sumemos. Por término medio, una persona que no es poderosa recibe al mes sobre cincuenta ó sesenta cartas ó solicitudes verbales recomendando algo. El mes (no siendo el de febrero) lleva de treinta á treinta y un días. Figurémonos que cada recomendación, entre informes, pasos, carteo, visiteo y demás gestiones, no roba sino *cuatro* horas. Hemos dicho sesenta recomendaciones: á cuatro horas una, en treinta días son doscientas cuarenta horas: diez días, salvo error de cuenta. Pero como el día no tiene más que doce horas útiles, pues hay que descontar siquiera las de comer, dormir, asearse y vestirse, aparecen ya dedicados al desempeño de las recomendaciones unos veinte días del mes. Quedan diez para los asuntos personales de cada cual, para el trabajo, para el recreo, para la familia, para los viajes, para administrar nuestros intereses: en suma, para lo que nos importa á nosotros mismos y no á los demás... ¿Salta ó no salta á la vista lo absurdo de esta hipótesis? Y sin embargo, es tan exacta como la cuenta de Rothschild el rico. Una con otra, las recomendaciones no salen á menos. Si las hay que se despachan con una carta, las hay también que requieren asiduidades varios días. Los indultos - tan difíciles de conseguir - imponen una peregrinación (iba á decir de Herodes á Pilatos, pero diré de Zeca en Meca), un detenido examen de datos y antecedentes, una odisea oficinesca, un gasto de fuerza y de voluntad que asustan. ¡Y qué triste es, entre paréntesis, esto de los indultos! ¡Qué concepto se forma de una sociedad donde la vida humana puede ser pedida y otorgada mediante *recomendaciones!* ¡Qué aspecto tan extraño y lúgubre el problema de la influencia!

Sólo el contestar á las cartas de recomendación (si se contestase), exigiría el dispendio y el tono de un secretario: es decir, que las recomendaciones atendidas nos pondrían en el caso de crear un nuevo empleo á costa de nuestro presupuesto particular. Así es que por fuerza hay que ser mal criado, incivil, grosero y sordo, dando la callada por respuesta expresiva. A decir verdad, no creo que se peque de grosería cuando el corresponsal desatendido es una persona que no conocemos y á quien no debemos sino la equidad que se debe á todo prójimo, pero ninguna especial consideración. La absoluta imposibilidad de contestar á tanta carta y de recibir á tantos como llaman á la puerta, es ya abonada excusa, pues á lo imposible nadie está obligado. En mi domicilio de Madrid, verbigracia, se presentan mañana y tarde gentes que desean verme con urgencia, á fin de *pintarme el caso,* así diría un personaje de Pereda, ó para *decir su hecho,* según la frase usual de S[illegible] del Río. El título que alegan más comúnmente es que son de mi pueblo, el cual (la Coruña) tiene una población de cincuenta mil almas. Figúrese el piadoso lector que se haya de franquear la puerta á cincuenta mil personas, y que todas se creen revestidas de derecho á encomendarnos la gestión de sus *petites affaires.* Cuando los que acometen la puerta son despedidos, suelen enfurecerse y prorrumpir en dicterios. «¿Cómo se entiende? ¿No me recibe?» Y hubo alguno que añadió: «¿Conque es escritora y no recibe?» Este, sin duda, identificaba el concepto del escritor con el del memorialista de á real. ¡Oh Mes[illegible]

Hay en las recomendaciones algo muy divertido que llamaremos «la cadena sin fin.» Fulanito que recomienda á Menganito, para que Menganito lo haga á Perencejo, y Perencejo á su vez traslade la recomendación á Zutana, la cual ha de *apretar* con Perico de los Palotes; sólo que Perico de los Palotes no es más que una rueda para prender en otra, el señor de Piave, y el Sr. de Piave la influencia decisiva para el Excmo. Sr. de Pezuñarco..., y *così via discorrendo,* desde el hisopo hasta el cedro asciende gradualmente la recomendación y llega al fin de su viaje que ya no la conoce su propio inventor. Ni rastro queda en ella de la eficacia del primer deseo; con indiferencia profunda se la transmiten unos á otros los Zutanos, Menganos, Fulanitas y Excmos. Sres., acompañándo la consabida fórmula: «Contésteme usted para cumplir con un amigo.»

Estudiando la psicología de los *influyentes,* estoy segura de que ese aire precavido, desconfiado, cerrado y metido en sí que con frecuencia adoptan los hombres políticos, no se debe más que al terror de las recomendaciones. Andan cariacontecidos y mal engestados, y no pueden entregarse á la expansión por atender á parar el sablazo de influencia que les descargan en cualquier esquina de un salón, en la calle, en misa (si es que la oyen), á la puerta de su casa, al comer y al dormir... «Dondequiera nuestros enemigos nos acometen y persiguen,» - reza la cartilla. Compadezcamos á esos míseros poderosos de la tierra; mucho bien pueden hacer; harto pueden gozar favoreciendo y suscitando la divina armonía de la gratitud...; pero en cambio, ¡qué de acosones! ¡Qué de negativas, qué de efugios, qué de escapatorias, qué ardides de Piel Roja, qué estratagemas de pirata! ¡Qué sofoquinas, cuánta promesa escrita en el aire, cuánto embuste, cuánta labor sutil para no descontentar á nadie y dar una esperanza á todos; qué de pactos, de transacciones y de cambios de influencia entre personajes: qué abroquelarse, qué recogerse en la concha de tortuga de los aplazamientos!

Las recomendaciones son un aspecto tan peculiar de nuestra vida contemporánea, que he de volver á hablar de ellas: no he agotado la materia hoy, ni mucho menos. Y si me he nombrado á mí misma, espero que el lector no lo lleve á mal, puesto que no ha sido con intentos de alabanza: me he presentado únicamente como *caso* de la terrible epidemia que padecemos. ¡Caso que por cierto no deja de ser curioso! Hay en España á estas fechas algunos centenares de personas que sólo ven en mi constante vocación literaria, en mi vehemente afición al estudio y á la palabra escrita, el aspecto útil que para ellas pueden revestir estas mis manías (es posible que así las consideren). Mi asidua labor, mis cicatrices de veterano significan para las personas á que me refiero algo que imaginan que puede serles materialmente útil, y me piden - sin conocerme, ó como algunos dicen, «sin que yo tenga el honor de conocerles» - el destino, el sueldo, la nómina, la colocación. Y si del montón de mis libros no puede exprimirse este jugo, ¿de qué sirven? Maldito si valía la pena de haberlos emborronado.

. . . .

Seamos justos. No siempre me escriben para tratar de empleos. Hay aún por ahí quien se acuerda de las letras por las letras. Entre ellos está otro nuevo corresponsal sobre Bretón y Ventura de la Vega, á quien prometo responder en mi crónica próxima. En ésta las influencias lo han absorbido todo, como lo absorben y lo dominan en la vida real, saturando nuestra atmósfera de electricidad buscona y pedigüeña.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

"Fig. 1.– M. Dussaud y el joven sordo-mudo aplicando a su oído el auditivo telefónico. El aparato no funciona y el semblante del sordo-mudo tiene su expresión de tristeza habitual."

"Fig. 2.– Reproducción de una fotografía instantánea tomada mientras el aparato toca la Marsellesa. El semblante del sordo mudo se alegra y el oyente marca el compás."

1897, n.º 793, p. 174.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido en mi pasada crónica responder á una carta de índole literaria que me escriben desde esa Barcelona tan intelectual, en que tanto se lee y se digiere tan bien lo leído; y lo hago con gusto, como siempre que se dirigen á mí personas que demuestran interesarse en estas cuestiones, halagando así la pacífica manía de los que las tenemos por importantísimas y nos pasamos la vida curioseándolas.

Trátase en la carta á que me refiero, y que viene firmada por el Sr. Ignacio Genover, del ya asendereado epigrama que Ventura de la Vega disparó contra D. Manuel Bretón de los Herreros en ocasión de no querer éste prestarle unos duros con que pensaba solucionar, como ahora dicen, no sé qué conflictos económicos. Recordarán mis consecuentes lectores que desde América me escribía el Sr. Venegas para advertirme que ese epigrama no era de Vega, sino traducción literal del poeta francés La Martiniére (un vate algo menor que Lamartine). Publiqué muy gustosa esta advertencia sin extrañar el hecho denunciado, que es frecuentísimo en las letras españolas; las cuales, desde fines del para nosotros venturoso siglo XVII, último de nuestro esplendor y poderío, han dejado de dominar é influir, y son poderosamente influídas y dominadas. Mas para consuelo del amor propio nacional, el Sr. Genover me recuerda que á su vez La Martiniére tomó este epigrama de un poeta de la Antología griega. Lo admito sin vacilar, y no anoto la cita, según las indicaciones del Sr. Genover, porque tengo ese libro y otros muchísimos en cajones clavados, esperando la hora en que á mi reducida estantería de la Granja de Meirás suceda una desahogada biblioteca en el Pazo, que está construyéndose. ¡Ah! Los que conocen la vida contemporánea saben bien qué problema representan en ella los libros. Nada requiere tan buena y cómoda colocación, tan á mano, tan fácil y ordenada, si se ha de beneficiar la lectura; porque tener los libros amontonados y revueltos equivale á no tenerlos; y nada ocupa más espacio, un espacio casi incompatible con la estrechez y penuria de las viviendas – aun las que pasan por buenas en las grandes capitales. – En Madrid vierais las casas de todos los estudiosos que no poseen una quinta ó un caserón de provincia donde almacenar y acomodar libros; vierais, digo, esas casas recargadas por todas partes de estantes y tableros, aprovechando pasillos, antesalas, los menores rincones y dependencias donde es posible colgar una tabla abrumada de papel impreso. Las moradas de D. Juan Valera, D. Juan Facundo Riaño, Emilio Castelar y otros «amigos de la letra de imprenta,» me recuerdan siempre el caso de aquel estrafalario, Tomás Quincey, que alquilaba una casa é iba metiendo y apilando en ella libros y más libros, folletos y más folletos, papeles y más papeles, hasta que ya sólo quedaban para el tránsito por entre los rimeros de papelería unos senderitos angostos, por los cuales no cabía una persona corpulenta, y había que escurrirse y deslizarse como un reptil y de costado. Así que estos mismos senderos se rellenaban también, Quincey se declaraba *snowed up (nevado,* sepultado bajo la nieve del papel), y bonitamente echaba la llave á la casa y alquilaba otra, también para rellenarla y abandonarla así que la viese hasta los topes. Siéndome imposible emplear el costoso sistema de Quincey, y teniendo bien puesto el vicio de los libros; viendo crecer de un modo terrorífico mi fondo de biblioteca y soñando con alojarla de un modo conveniente algún día, por hoy la guardo en gran parte prisionera en jaulas, que es lo propio que si no la poseyese. Por tan plausible razón no consulto la edición de la *Biblioteca Universal* á que se refiere el Sr. Genover; y repito que creo, á estilo del boticario, «como si lo viera,» que el consabido epigrama se remonta á Grecia, y que allí lo cazó La Martiniére. Porque es caso muy general que al investigar el origen de las obras literarias se les encuentre numerosa ascendencia y descendencia no menos abundante; como sucede á este epigrama de la culebra, serpiente ó víbora que reventó con el veneno absorbido al picar al literato. El Sr. Genover saca á luz, además del ascendiente, el descendiente del epigrama; y es otro epigrama de Voltaire contra Fréron, que habré leído lo menos dos ó tres veces, porque otras tantas he recorrido de cabo á rabo al «patriarca de Ferrey,» el cual, como escritor, cada día me encanta más por la viril sencillez y tersura de su prosa – al paso que me cansan el lirismo y la afeminación de Rousseau. – No estaba, sin embargo, presente á mi memoria el epigrama, que casi palabra por palabra tradujo Ventura de la Vega aplicándolo al autor de *Marcela:*

L' autre jour, au fond d' un vallon,
un serpent mordit Jean Fréron:
¿que pensez vous qu' il arriva?
Ce fut le serpent qui creva.

***

Es bien cierto el dicho de Brunetiere; que el autor más original, aunque haya escrito cien volúmenes, sólo tiene uno ó parte de él que le pertenezca, que sea suyo y nada más que suyo. Casi siempre que apuramos una genealogía literaria comprobamos esta verdad. Hace algunos años publiqué en *El Liberal* un cuento, y á pesar de haber advertido que estaba tomado de una colección de cuentos chinos, hubo quien advirtió que era de Voltaire. Insistí en que ni era de Voltaire ni mío más que por la respectiva redacción, y que el asunto se encontraba originariamente en los susodichos cuentos chinescos, recogidos por los misioneros y los padres jesuítas; y como estos escarceos son divertidos, anuncié que iba á publicar otro cuento y ofrecí un insignificante premio al que dijese de qué autor *español* había tomado su asunto. Salió el cuento, titulado *La hierba milagrosa,* y llovieron sobre mi escritorio cartas citando los varios autores, extranjeros y españoles, donde existen redacciones más ó menos variadas de su argumento. Nadie acertó, sin embargo, con el autor español donde yo lo había encontrado, en un parrafillo: este autor era Luis Vives, en su *Institución de la mujer cristiana.* Pero de la disquisición saqué en limpio que apenas existe cuento sentencioso, moral ó fantástico que no se halle en veinte ó treinta autores, los cuales se lo pasan de mano en mano como el cucurucho de papel, y no tienen más cuidado que transmitirlo encendido, es decir, en bello estilo y con redacción y sentimiento personal. Y es digno de notarse que muchos cuentos vulgares, al través de los anillos de esa cadena, llegan á ser joyas – como sucedió á la regocijada historieta del *Corregidor y la Molinera,* que tan castizo y artístico sello adquirió pasando á la pluma de Alarcón desde el inagotable fondo del *folklore* ó sabiduría popular.

***

El pueblo es la cantera donde yace en bloque, en compacto y denso bloque, no sólo la materia literaria y estética, sino los sentimientos y las pasiones. Ved ese episodio de Madrid, ese doble suicidio, repetido casi en las mismas circunstancias con tres años de intervalo. Al lado de esta trágica escena, ¡qué mezquinas parecen nuestras preocupaciones literarias, qué pigmeas las luchas políticas, qué bajas las aspiraciones positivistas de los que quieren abrazar los bienes terrenales, como si hubiesen de poseerlos por una eternidad!

Esos enamorados de Madrid, en quien alguien ha querido ver la prueba de la supervivencia del romanticismo, son la prueba de su cursi anemia. Cambian los ideales artísticos, pero no cambian los puramente humanos; y esa pareja que Dante hizo girar en la *bufera* de su Infierno, arrastrada y prolongando por los siglos de los siglos su abrazo desesperado y estéril, aparece á cada vuelta de la rueda del tiempo, como para decirnos que hay algo que no varía á merced de las distintas civilizaciones y los diversísimos estados de la colectividad. He oído calificar de muy distinta manera el suicidio del Romeo y la Julieta madrileños; y claro es que las calificaciones dependen del punto de vista en que se coloca el censor. La Iglesia nos enseña que el suicidio es un pecado mortal; la ciencia lo considera consecuencia de un estado patológico; la filosofía entiende que lo determina una perturbación de la razón; el egoísta, metido en su concha de tortuga, se encoge de hombros ó se ríe de que haya quien deje esta vida por su gusto; el moralista truena contra esa violenta substracción al deber social; y todos tienen razón desde su cátedra ó desde su ventanillo; pero el artista, desde su nube, desde el mirador del alcázar de sus sueños, la tiene también cuando exclama: «¡Hermosa tragedia!,» y, pensativo, afila el lápiz ó enristra la pluma...

Ni combinada por un dramaturgo insigne sería la tragedia más completa, sentida y rica en detalles que le prestan interés. Escenas, pocas: una de amoroso idilio, otra de muerte. ¡Pero con qué exactitud y rigor se cumplió el programa trazado de antemano por los novios! ¡Qué lejos estuvieron de vacilar, de temer, de hacer alharacas y remilgos; qué entereza, qué decisión estoica en esa niña de diez y seis años y ese mozo de veinte! ¡Con cuánta serenidad se ataron y enlazaron para que no los desuniesen y separasen ni las convulsiones de la agonía! ¡Con qué sonriente y tierna aquiescencia presentó ella la sien al cañón de la pistola, como presentaría la mejilla al beso! ¡Con qué energía é instantaneidad envió él la muerte ofrecida y se dió la propia, deseoso de llegar á la inexplorada costa al mismo tiempo que su amante; de no hacerse esperar ni un segundo en las tristes playas de la muerte!

Hay una novela de Pablo Bourget, *El discípulo,* donde se estudia un caso de la enfermedad moral dominante en estos últimos años del siglo, que es una especie de parálisis de la voluntad. El héroe de la novela, pervertido por las doctrinas del filósofo Adriano Sixto, mortificado en su orgullo y en su amor propio por su inferioridad social, se propone seducir á una señorita de noble familia, y lo consigue, con la promesa de que morirán juntos bebiendo un veneno. Pero llegado el momento de expiar con tan terrible castigo el extravío amoroso, el joven discípulo del determinista Sixto no encuentra en su alma fuerzas para el sacrificio, y entonces la señorita, indignada y despreciándole, se da la muerte ella sola. La idea de Bourget – que la civilización, el refinamiento y el abuso del análisis quitan el vigor de la acción y matan el heroísmo natural – parecería demostrada por el doble suicidio de Madrid, si no recordásemos que casos parecidos han tenido por actores á príncipes reales, herederos de una doble corona.

El caso de Madrid, de todos modos, merece un lugar especial en la estadística de estos sucesos, más frecuentes de lo que se cree. La edad de la Julieta, diez y seis años, una edad de adolescente que es una sonrisa; la del Romeo, veinte, un poema de juventud y de esperanzas; las cartas que proclamaban á la vez su felicidad, su gozo en la tumba, su espiritualismo en el ruego de ser enterrados juntos, y por último, el típico motín de cigarreras, gracias al cual pudo realizarse este deseo, y los huesos de los dos amantes se ven reunidos en la misma sepultura, apoteosis final digna del pueblo de D. Juan Tenorio, donde hay un Dios de clemencia y una teología y una casuística propias de tan soñadora religión..., todo esto compone un suceso real demasiado bonito, inverosímil, como lo parecen á primera vista ciertos dramas de la verdad. La verdad no sufre competencias cuando se resuelve á hacer arte; la verdad es el poeta más inspirado, el dramaturgo más fecundo en peripecias, el historiador más rico de doctrina, el novelista más interesante y que menos «se cae de las manos,» y por eso yo disculpo á los aficionados á saber vidas ajenas; porque cada vida, ajena ó propia, puede contener un mundo de enseñanza y de hermosura, y la curiosidad tiene la llave de ese misterioso mundo.

Los periódicos, con motivo del doble suicidio y del entierro de los amantes, han elogiado á las cigarreras. A mí no me sorprende nada bueno ni heroico de cuanto hagan estas mujeres generosísimas, á quienes tuve ocasión de ver muy de cerca durante más de un mes en la Fábrica de Tabacos de mi pueblo. Son el desinterés en persona. ¡Pobres jornaleras, que podrían amotinarse por mil motivos egoístas, por más salario, por consignas, por la incomodidad é insalubridad de los talleres..., y sólo se alborotan y encrespan por una poesía, por una estrofa – por reunir en el sepulcro á Julieta y Romeo!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

"Fig. 1.—Dispositivo del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros."

"Fig. 2.—Funcionamiento del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros."

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUBILEO

Mezclados con las solemnidades y fiestas mundanas, ocupan lugar en nuestra vida contemporánea *españoles* ciertos festejos tradicionales, que lejos de perder su interés y su encanto con el transcurso del tiempo, se diría que adquieren en estos últimos años del siglo, de tan compleja estructura íntima, nuevo realce. No pretendo probar que el Jubileo del Apostol Santiago, el venerable *Año Santo*, sea hoy externamente lo que fué en la Edad media; pero sí que, gracias á la facilidad de las comunicaciones y al renacimiento de la tradición, atrae á cada paso mayor concurrencia. Este año afluyen á Santiago viajeros numerosísimos de toda España, y si la ciudad compostelana tuviese disponibles más alojamientos, más forasteros acudirían.

Santiago merece la visita. Prescindamos de la belleza del país gallego, de su amenidad y frescura, de sus incomparables condiciones y sus gracias idílicas; supongamos á Compostela enclavada en las llanuras más áridas y desoladas del mundo, ó empinada sobre las montañas más inaccesibles, y todavía reunirá mérito suficiente para recompensar con usura las molestias y dispendios del viaje. En nuestra patria, donde cada pueblo viejo es un relicario y un museo cada parroquia; donde el arte ha corrido como río caudaloso, bañando paisajes diversos y pintorescos; donde se encuentran más bellezas en una provincia sola que suelen encontrarse en naciones enteras—Santiago sobresale, no sólo por los recuerdos, sino por el valor intrínseco de los monumentos.—Voy á indicar, sencilla y claramente, como se debe hablar cuando no se tienen pretensiones doctorales, en qué fundo esta afirmación.

En el culto que hoy rendimos á las antigüedades, entran dos elementos diversísimos que importa distinguir, porque casi todo el mundo los confunde. Una cosa es el interés *histórico* y *arqueológico*, otra el *estético*. Visitamos la casa de un anticuario, verbigracia, y vemos, confundidos en gracioso revoltijo, mil cachivaches heterogéneos que nos embelesan por su misma extraña disparidad. Un ahumado retrato de golilla desaparece bajo un retazo de raído tisú; un rudo cerrojo gótico reposa cerca de un abaniquito Luis XV, afiligranado y galante; hebillas de pedrería falsa oprimen un iluminado misal del XIII; y un cuadrángano de devoción, enorme y de mala mano, se oculta á medias detrás de un sofá barroco de dorado copete. En estos trastos, en todos, hasta en el más desvencijado y apolillado, hay algo que halaga la vista, que nos entretiene, que nos enseña á conocer épocas pasadas y estados sociales que ya desaparecieron; así fácilmente tomamos por emoción artística ese movimiento de complacencia, esa satisfacción de la curiosidad, ese *divertimiento* del ánimo. Pero, de pronto, entre las baratijas y los trastos, sorprende nuestra mirada un objeto distinto de los demás, que reina como el sol entre los planetas menores: un objeto que fija la atención de otra manera, por otro concepto: un cuadro en que se reconoce la factura del maestro, una talla de mano de célebre escultor, un tapiz de prodigiosa finura, un mueble raro auténtico, rico de incrustaciones, impecable de forma; una bandeja de plata de gran estilo; y al punto aquella especie de juego de la fantasía provocado por las baratijas, se convierte en emoción más elevada, más intensa, más próxima al ideal: es la emoción estética pura, nacida de la contemplación de lo bello. Hay en la belleza una categoría superior, y lo que forma parte de esta categoría tiene que reunir, al sentimiento y á la concepción del artista, *la perfección en el desempeño*, sin la cual no se concibe hermosura artística digna de este nombre.—Ahora bien; en Santiago de Compostela existe uno de estos tipos de belleza completa; lo que es el Partenón á la arquitectura pagana, es á la arquitectura y escultura cristiana el pórtico de *la Gloria* en la catedral de Santiago. Este pórtico puede clasificarse, sin duda, por su estilo, que es románico (hay quien dice bizantino); pero se sale de los estrechos límites de la clasificación y pertenece al corto número de obras capitales que arrancan de una inspiración directa de la naturaleza y la verdad. El románico, estilo algo achaparrado y que muchos autores caracterizan por la misma tosquedad y rudeza de su forma y ornamentación, estilo que se combina bien con lo *frusto* de la piedra granítica, sin duda ha marcado su sello en el pórtico de la Gloria, porque la obra más genial tiene que sujetarse al ambiente y á la época en que se produce; pero allí se han vencido y como desdeñado las incorrecciones y convencionalismos del románico, y se ha conseguido la plena realidad en el modelado de los cuerpos, en la expresión de las cabezas y en el plegado de los paños; se ha hecho todo lo que haría un escultor helénico, y además se ha ostentado cuanta nobleza, distinción y afinamiento luce la escuela de pintura llamada *primitiva*, con la elegancia y sentimentalismo de ciertos relieves de Donatello; modo de ser que delata gran cultura y delicadísima idealidad. El arte del pórtico de la Gloria sienta los pies en el suelo y con la cabeza toca al Empíreo. Los que trabajaron en ese pórtico, bajo la dirección del maestro Mateo, sin duda alguna imitaban fielmente el natural; y sin embargo allí hay *más* que el natural; el natural solo no produciría sino una serie de estudios magistrales; nunca la armonía del conjunto ni el simbolismo que obliga á recordar, cuando se mira este pórtico único y sin rival, el poema de Dante, la *Divina Comedia*.

No se me atribuya que digo que en Santiago no hay que ver sino el pórtico de la Gloria. Monumentos tiene Santiago á docenas, y una plaza del Hospital que por la grandeza de sus ámbitos y la suntuosidad de los cuatro edificios que forman su cuadrilátero puede ser envidia de la misma Roma. Sólo quiero hacer comprender que la *Gloria* es una cosa aparte, excepcional. El arquitecto, el maestro Mateo, se representó á sí propio en una estatua orante de doncel, con linda cabellera rizada en bucles, postrado delante del altar, como si en vez de premio á su inspiración sólo demandase perdón de sus culpas. La gente sencilla, las aldeanas, tienen por costumbre inveterada llevar á los recién nacidos á darles un coscorrón contra la cabeza de la estatua, á fin de que se les comunique aquel talentazo, aquel chirumen donde cupo la maravilla del pórtico, el universo entero del espíritu, con el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno, las jerarquías celestiales, los apóstoles, los evangelistas, los profetas, los Anuarios, los ángeles, los arcángeles, los pecados, los vicios, Adán y Eva, y en que las orquestas de los bienaventurados parecen contestar á las lamentaciones de los réprobos. El homenaje ingenuo de las aldeanas al maestro Mateo recuerda el respeto supersticioso con que el pueblo florentino miraba á Dante, cuando creía que la palidez de su cara era un rastro de su bajada al Infierno, un signo de la comunicación con el otro mundo. Sólo que las pobres aldeanas santiaguesas no se contentaron con atribuir virtud de abrir las inteligencias al contacto de la testa de piedra del arquitecto de la Gloria: le canonizaron, llamándole *Santo dos croques* (santo de los testarazos ó de los chichones.) Esta misma candorosa forma de la admiración á la inteligencia he visto en Orense cuando se inauguró la estatua del Padre Maestro Feijoó: las mujeruca se arrodillaban y le rezaban devotamente un Padre Nuestro.

Del tropel de forasteros que rebosa por las calles de Santiago en estos días, sólo una mínima parte habrá acudido al cebo de la arqueología y del arte. El resto va por ver gente, por divertirse, por decir que sabe lo que es un Año Santo en Compostela. Del programa de los festejos forman parte integrante las funciones de carácter más ó menos religioso, en la magnífica Basílica y fuera de ella: la novena al Apóstol, la exposición en los claustros de la colección de tapices antiguos, la solemne velada en el Ateneo León XIII, bajo la presidencia de tan conspicuo personaje y docto escritor como el padre Cámara; la función del Círculo Católico en la iglesia de San Agustín; el reparto de bonos á los pobres en Santo Domingo; las suntuosas Vísperas de la Catedral, con asistencia de quince ó diez y seis obispos y el cardenal al frente, y el día 25, la solemnísima función en que oficia de Pontifical el arzobispo y vuela por los aires, «de nave á nave,» el rey de los incensarios, el enorme *Botafumeiro*; no faltando la procesión minuciosa, el motete á toda orquesta, y al Ofertorio la ofrenda nacional presentada por el gobernador de la provincia, que pronuncia ó lee en voz alta un discurso dirigido al Apóstol, implorando para España todo género de bienes, auxilios y especialísimas gracias, y durante el cual, los que tenemos alguna imaginación, nos figuramos ver (figuración pura, naturalmente) que la santa efigie, abrumada bajo el peso de su clavina de plata, va poco á poco volviéndose, y acaba por presentarnos, en vez del plácido y grave semblante, el dorso de metal... Y ello será aprensión, ¿pero habrá quien niegue que los españoles tenemos *el santo de espaldas?*

Para mayor dolor, toda la octava de esa función ostentosa luce expuesto en la nave del coro el insigne gallardete de Lepanto, el que ondeaba en la capitana de Don Juan de Austria, el que simboliza nuestra victoria contra los eternos enemigos de nuestro poder naval y del nombre cristiano. Tristeza profunda causa el contemplar esa enseña gloriosísima.

Aparte de los festejos religiosos, abundan los de ligeros. Dianas, cucañas, retretas con faroles, exposiciones de ganados, verbenas, iluminaciones, gigantes, enanos, gaitas, *ciclalgatas* (¡qué vocablo, válgame Dios!), y la noche de los fuegos artificiales, el gran regocijo popular por excelencia, el que pertenece á los sencillos de corazón y á los devotos espontáneos á la gente de las aldeas comarcanas, que acude como acudiría en el siglo XII; que duerme en la calle, bajo un pórtico, como entonces se dormía, aprovechando la tibia noche veraniega; que se empuja y se codea y bulle en la vasta plaza del Hospital, con la cabeza levantada, abierta la boca y exhalando á cada árbol de luciérnaga y á cada rueda de colores un ¡aaah! encantador por lo ingenuo, un grito infantil, contemporáneo de la Catedral Vieja y la inauguración del pórtico de la Gloria.

Hay también mucha concurrencia de *snobs* recién de distintos puntos de la península, con el fin siniestro de robar corazones en el teatro, en el paseo de la Alameda y en el baile del casino. Son estos mozos tan donosamente borroneados por Cilla, Mecachis y Pons, tan gráficamente descritos por Luis Taboada; los del blanco botín y el tieso cuello de *pajaritas*; los de la flor en el ojal y la esencia en el pañuelo de ancho listón... Hay que verles cuando salen de su casa de huéspedes, cuando invaden los cafés, cuando hacen molinetes con el junquillo al paso de una beldad indígena ó forastera; hay que verlos... por más que no ofrecen novedad alguna; en su género son tan invariables como las esculturas de la Gloria.

EMILIA PARDO BAZÁN

"Fig. 3.—La aplicación de los rayos X á los registros aduaneros."

Las tres ilustraciones proceden de 1897, n.° 811, p. 458.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CABOS SUELTOS

Seguramente que la prensa es gentil invención, y el humilde obrero y la persona alejada de los grandes centros sabe hoy más noticias en una hora que nuestros abuelos en un año; pero tiene la prensa un defecto gravísimo; es como el famoso reloj de Burgos: apunta y no da. Escribe todos los días el primer acto de un drama, y jamás quiere ofrecer á los conmovidos espectadores el desenlace; inicia en alta y resonante voz una historia que interesa, y en lo mejor la trunca; su canción no se acaba; su relato tiene cabeza y le faltan los pies. Haced la observación y reconoceréis que es muy exacta. Jamás os dirá la prensa cómo terminan los lances que nos refiere, con los cuales pica nuestra curiosidad, para dejarnos, al fin y á la postre, con un palmo de narices.

¡Que se ha caído de un andamio un albañil y le han llevado al hospital con pocas esperanzas de vida. – Hétenos ya compadecidos y deseosos de saber si esas pocas esperanzas se convirtieron en realidades; y nos gustaría mucho que un suelto á los ocho días nos enterase de la entrada en convalecencia del desventurado albañil. – Pues ese suelto no aparecerá jamás: toda la vida nuestro corazón compasivo ignorará la suerte final del pobre diablo. – Que ha sido desbalijada una casa y se sigue la pista á los ladrones. – Despidámonos, hasta el valle de Josafat, de esa pista: nunca la encontraremos. – Que se ha fugado un cajero, que se ha evaporado una pareja amorosa, que se ha arrojado de un quinto piso una muchacha desesperada y romancesca, que aparece envenenado un vejete, que se ha sacado de un pozo un fragmento de pierna y la mitad de un costillar humano... – Apuesto lo que no tengo á que jamás llegaré á averiguar, por medio de la prensa se entiende, si se descubrió la guarida del cajero y se recobró lo *birlado*; dónde se encuentra el arrulladero de la pareja amorosa, y si el lance acabó en la iglesia; por qué la precipitada del quinto piso adoptó resolución tan radical; quién le dió al anciano el jicarazo, y de quién era aquella pierna mutilada... – El periódico, que lanza el primer día la noticia con estrépito, con los redobles correspondientes á los sucesos extraordinarios, al segundo ya sólo le consagra diez renglones, distraídos y fríos; al tercero dos líneas casi ininteligibles, y al cuarto lo ha relegado al cajón de los expedientes muertos, y trompetea con furia otro evento cualquiera – guerra, desfalco, inundación ó parricidio. – olvidado á su vez á la vuelta de media semana. Yo creo que de esta inconstancia, de esta caza de la noticia repentina, incompleta y confusa como una charada casi siempre, se origina esa impresión de esterilidad y de vacío que deja en el ánimo la lectura de las secciones noticieras y de la parte estrictamente consagrada á la actualidad en los periódicos. Una inmensa fatiga nace de esa incoherente amalgama de noticias sin antecedentes ni consiguientes, sin ilación ni clave. Por eso hay quien todavía prefiere el artículo político y quien busca como una golosina la sección literaria. En lo político sí que se enlazan los sucesos y se mira una cuestión por todos sus aspectos y se discurre sutilmente acerca de los móviles de las acciones más insignificantes; y en la literaria, el escritor que cuenta un cuento se cree en el caso de decir *en qué paró*; si en boda, si en entierro... A lo menos esta ventaja tenemos los cuentistas – historiadores al modo lírico, en tono menor, pero historiadores. – La historia, en el noticierismo, es un picadillo: *disjecta membra*, que dijo el profano: y nuestro interés y nuestra emoción se pierden en el vacío, y nuestra curiosidad, sinapismo perpetuo, sigue estimulándonos, y la picazón no se nos quita nunca. ¡De cuántas historias, que la prensa había iniciado y dejado colgadas, á estilo de la cabeza sangrienta del folletín, *ne* buscado yo las huellas en referencias particulares, como se busca el segundo tomo de una novela después de que la casualidad nos hace devorar el primero!

Facilísimo es cerciorarse de este procedimiento en la prensa. Fijaos en los dramas que ahora mismo ruedan por las columnas de todos los diarios. Hay un joven que aparece muerto al pie de las tapias de la quinta de su padre: sobre la conducta de este joven, sobre sus antecedentes, sobre la persona del asesino, todas son conjeturas, comentarios, revelaciones contradictorias. Sin embargo, nuestro instinto parece que nos dicta una hipótesis; para fundarla, necesitaríamos que la prensa, que dispone de tantos medios de investigación, nos trazase, con la precisa puntualidad del coleccionista de *documentos humanos*, la biografía del joven Ricardo Olivier, los orígenes de la escisión entre el malaventurado mozo y su padre, el carácter y antecedentes de éste – algo en fin que diese luz acerca de los motivos que pueden sugerir á todo un pueblo la suposición terrible y monstruosa de que un padre ha asesinado á su hijo. – Pero abre los diarios, y ya ha caído el peso del silencio sobre este espeluznante drama; ya no se consagran ni las dos líneas de despedida á la *muerte misteriosa*. Ahora empiezan las lentas actuaciones judiciales, y el misterio, en vez de esclarecerse, probablemente se obscurecerá más y más. A no ser que el acaso nos lleve á tropezar con alguna persona enterada, nunca volveremos ni á sospechar quién fué el que arrastró por las ropas el cadáver de Ricardo Olivier, con la espina dorsal fracturada y magulladas las sienes.

Hace pocos días era otro negro enigma el que nos proponía la letra de molde. En la bóveda de un edificio adherente á una iglesia habían aparecido docenas de cajas con restos humanos, de niños y de mayores; un cementerio clandestino en toda regla, ó mejor dicho – si no fuese algo irreverente la expresión, – una fábrica de conservas humanas, hedionda fábrica donde el sueño de la muerte se dormía en cajones desvencijados, entre el polvo y las telarañas de un desván. Un sacristán codicioso, indiferente, como por desgracia suelen serlo muchos de su profesión al respeto y al decoro del templo, traicionando la confianza que en él se había depositado, era quien traficaba de tan repugnante manera, recogiendo en secreto los cadáveres para hacinarlos en aquel sitio, donde al fin los denunció el hedor de la podredumbre. Esto, y la prisión del sacristán, es lo que de las noticias de la prensa hemos podido deducir. Después ya nada más se supo, y quedaron puestas en el magín de muchos lectores media docena de interrogaciones lo menos. ¿Con qué objeto se entregaban al sacristán esos cuerpos muertos, que según la prensa no presentan señales de violencia, huellas de heridas ó golpes? ¿Qué economía resulta de comprar tan extraño sepulcro, exponiéndose á todos los inconvenientes y riesgos de una causa, si no se trata de ocultar ningún crimen? ¿Pueden desaparecer en una ciudad treinta ó cuarenta personas, muchas de ellas adultas, sin que nadie sospeche nada, sin que la justicia se alarme? ¿Puede ponerse en libertad, como decían los diarios, al hombre en cuyas manos se encuentra un matute fúnebre de tal magnitud? ¿Cabe que ese contrabando permanezca oculto durante años, sin que el vecindario sospeche algo; sin que las desapariciones, el traslado de los cadáveres desde la casa mortuoria á la del sacristán enterrador, levante esos rumores que entre la gente del pueblo cunden lo mismo que la llama en la mies seca, y que, por lo lúgubre del asunto, tenían que ser en este caso doblemente graves, doblemente hondos, más difíciles de acallar y de extinguir?

Ni la más insignificante explicación de todos estos problemas he visto en ningún diario. La razón de un hecho tan inusitado y sospechoso como el del sacristán de Sevilla (creo recordar que de Sevilla era), me la he buscado yo, en la carestía de los entierros y en la antigua y tradicional afición de las gentes á ser sepultadas en las iglesias. Presumo que el sacristán ofrecía á sus parroquianos depositar los difuntos que le entregaban bajo las losas de la nave del templo. Esto era halagüeño para la familia, y más si el estipendio se reducía á dos ó tres duros, y se ahorraban mucho dinero y cien enojosas formalidades. Al pobre le cuesta relativamente carísimo el nacer, el casarse, el morirse; así es que evita casarse todo lo que puede, y morir, se muere porque no hay más remedio; pero como le dejasen, á buen seguro que ni en broma se muriese. Por donde el sacristán tenía una constante clientela, y depositaba á sus *parroquianos* en sitios de esos que jamás se registran, ni se visitan, y donde tal vez presumía que se quedasen sin dar guerra hasta el momento en que sonase la trompeta del Juicio final...

Hoy, lo que creo que preocupa más la atención del público, es la desaparición de un niño, á quien unos creen arrebatado para suprimirle ó secuestrarle, y otros para rodearle de toda clase de felicidades y bienes terrenales, encumbrándole á una posición muy alta. Ese condesito de nombre romancesco, Fernán González, antes jugando en pernetas con los pilluelos de la plaza de Vigo, y ahora reclinado en una berlina de ocho resortes – si es que no yace en el fondo del mar con una bala de grueso calibre al cuello, – constituye una de las novelas más interesantes que habrá escrito la gran novelista llamada *la realidad*, la cual se mete en el bolsillo, no digo yo á los Balzac y á los Walter Scott, pero también, en ocasiones, á los Ponson du Terrail y Dumas; á los de más descabellada y fértil fantasía, á los más fecundos en sorpresas, complicaciones, aventuras y lances inverosímiles.

Apostaré, sin embargo, que con todo el *clavo* que tiene la novela de Fernán González, pasados los primeros momentos la prensa cesará de agitarla, y sólo por casualidad sabremos acaso, dentro de diez ó de doce años, si los vivimos, en qué quedó. ¿Se acuerdan ustedes de una boda que dió que imprimir en ambos mundos, en todos los idiomas conocidos; que hizo jugar el telégrafo, que puso en movimiento á las agencias, que revistió los caracteres de un acontecimiento internacional, aunque en el fondo se redujese á una intriga de amor asaz baladí? ¿Se acuerdan ustedes de doña Mercedes Martínez Campos y el señor Mielvaque? Después de tanto ruido, verdad que sería agradable leer alguna vez tres renglones que dijesen, verbigracia: «Aquel matrimonio que nos ocupó durante un mes ó mes y medio, reside ahora en tal parte, tiene un chico y dos chicas, y se encuentra bien de salud.» Pues nada: no he vuelto á ver impreso el nombre de esa pareja. Cuando censuran á los novelistas que dejan en la obscuridad la suerte ulterior de sus héroes, deberían hacerse cargo de que así queda la de los personajes «de carne y hueso» en la vida real.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA TRAGEDIA

¿Y de qué habíamos de hablar? ¿Acaso pensamos en otra cosa; acaso esta tragedia de la vida real no nos absorbe, no borra todo lo demás, no obliga á poner en olvido las guerras, el problema económico, las amenazas del sombrío porvenir?

Pocos días hace, releía yo en la novela de Alfonso Daudet *El Nabab* la admirable descripción de la muerte del ministro de Estado, duque de Mora – muerte ocasionada por una causa tan ignominiosa como gloriosa es la que lleva al sepulcro á D. Antonio Cánovas del Castillo. – Inexplicable sensación, que ahora me parece semejante á vago presentimiento, me sobrecogía al recorrer las páginas donde el novelista francés expresa el terror, el retemblido que produce en las entrañas de la sociedad la caída de uno de estos árboles gigantescos, cuya sombra se extiende á tanta distancia del tronco robusto, erguido y colosal... Casualmente la misma tarde vi cortar un árbol enorme. Atacado por el hacha, sujeto con cuerdas para que al desplomarse no derribase muros y no destrozase plantaciones, al quedar prendido sólo por unas cuantas pulgadas de madera á su base anchísima, de pronto, á un nuevo esfuerzo de los trabajadores que atirantaban las maromas, oyóse formidable crujido, intenso desgarramiento de fibras; la atmósfera gimió y resolló fragorosamente – como una persona que se asfixia, – rasgada y herida por el rápido paso del grueso mástil; y al chocar éste contra la tierra, oyóse un golpe mate y profundo, y la ramazón susurró con ese susurro prolongado y solemne que se nota por la tarde en el seno de los bosques muy frondosos. – Y después, tumbado ya el árbol, extinguido el eco de su caída, nos figuramos que se había quedado todo en derredor sordo y silencioso, en un silencio fúnebre, extraño, una parálisis repentina de la naturaleza... ¡Cuántas veces me acuerdo, desde el día 8 de agosto, del desplome del árbol grande!

No es posible contar las múltiples ramas ni las hondas raíces de ese roble majestuoso que se llamaba Cánovas del Castillo. El estupor que causa su muerte prueba hasta qué punto penetraba en el subsuelo y señoreaba el aire. Combatido por los huracanes, importunado por los vientecillos de la sátira, la envidia y la hostilidad, no he visto otro que menos se conmoviese, que mejor diese el hermoso ejemplo del estoicismo en la acción. Los que éramos sus amigos, nada más que sus amigos, y le escuchábamos y recogíamos las migajas de su sabiduría y nos complacíamos refinadamente en saborear su ingenio, claro y vivo como terrón de sal pura; los que le preguntábamos para oirle y aprender, y sobre cualquier cuestión que se ofreciese al discurso, veíamos con asombro nunca disminuído salir de sus labios la sentencia profunda, la observación radiante de luz, la explicación satisfactoria é inesperada, la doctrina copiosa y jugosa y rebosando esa amarga dulzura de la experiencia; los que comprobábamos á cada momento cuánto le importaban la literatura y el arte, el interés con que seguía la evolución estética, podíamos creer, y á veces creíamos, que aquel docto varón había nacido, más que para la diaria batalla política, para la paz de la biblioteca, para trazar con seguro pulso páginas históricas, ó para legar á la posteridad alguna colección de máximas al estilo de las de La-rochefoucauld ó Chamfort. Sin embargo, de pronto, en medio de animada conversación, en la cual parecía haber sacudido todo el peso de preocupaciones graves, un incidente cualquiera, una carta que le presentaban cerrada y enigmática como el destino, una alusión á sucesos recientes, la entrada apresurada de algún personaje político, ensombrecían por breves instantes su frente, inteligentísima bajo la aureola del poblado cabello blanco, denso aun en las entradas como el pelo de un joven; y la transición, en él rapidísima, de la vida puramente intelectual á la vida activa y de combate, descubría el temple de un alma de acero, la energía prodigiosa de un organismo en que el amplio cerebro, en vez de absorber las fuerzas vitales, las centuplicaba y las transformaba en inquebrantable voluntad.

Aquella entereza magnánima y varonil enseñaba á Cánovas á olvidar, ó á hacer como si olvidase – con un buen gusto que rayaba en aticismo – los peligros de que vivía rodeado. Cuando le encontrábamos en la severa sala de las armaduras (la sala donde presumo, á la hora en que esto escribo, que habrán expuesto su cadáver); cuando le oíamos de sobremesa referir episodios de la mocedad, evocar memorias de la época romántica, dibujar á grandes rasgos las figuras de Ayala, de la Avellaneda, de Zorrilla, ó recitar, alardeando de feliz memoria, estrofas de Quintana ó de Leopardi; cuando perfilaba, con meridional gracejo, la sabrosa anécdota, ó grababa en frase indeleble el histórico recuerdo, no podía menos de pegársenos su serenidad, aunque bajo nuestros pies – en los sótanos del elegante palacio á la italiana, el palacio de las flores, que criaba en sus estufas y en sus jardines magníficos los tulipanes y las orquídeas de las tres *corbeilles* de la mesa, siempre frescas, renovadas como por mano de los silfos – velaban día y noche hombres armados, una brigada de policía, destinada á impedir que la piqueta de los minadores subterráneos llegase á los fundamentos de la galería ó del comedor, y pudiese interrumpir el banquete el pavoroso trueno de la dinamita.

Hubo, sin embargo, un momento en que sentí, y debieron de sentir también otros, el frío del temor, la impresión fatídica de un *aviso*. No es que tengamos la pretensión de leer en lo futuro, ni que ningún agente extranatural se encargue de anunciárnoslo: es sencillamente que las combinaciones posibles de los sucesos se nos presentan á la imaginación, y ésta se sobrecoge y espanta. En el momento á que aludo vi lo que no suele verse en esas existencias, tan brillantes, que concitan y exasperan las malas pasiones: vi, digo, el lado obscuro, el punto negro, la fatal zona de sombra. Fué la primera vez que visité la *Huerta* después del atentado de la bomba, del cual no se habló mucho en Madrid, y por el cual nadie apareció menos alarmado que el propio Cánovas del Castillo, contra quien se dirigía. El criminal que intentó lanzar dentro del parque y hacia la morada del insigne político la máquina explosiva, fué castigado inmediatamente por su mismo crimen: la bomba le destrozó. Tal desenlace parecía á algunos de los mejores amigos de Cánovas un signo de su buena estrella, un golpe acertado y hasta ejemplar de la suerte. Sólo un detalle de aquel suceso me quedó clavado en la fantasía, asombrándola. Y fué que, mientras el cuerpo despedazado del sectario iba á caer á un desmonte próximo, su mano derecha – la mano que había arrojado la bomba, – separada del brazo, salvando la tapia, caía dentro del parque. Al cruzar por las calles de éste, enarenadas, silenciosas, apenas alumbradas por algún foco eléctrico; al pensar en lo que representa de bienestar y de goce, en medio de la aridez y el bullicio de Madrid, una *huerta* semejante, que no es el mezquino jardinete de los hoteles á la moderna, sino un pedazo de sitio real, con su arbolado vigoroso y añoso, su lago, sus fuentes abundantes y claras, sus rincones de sombra y frescor, sus alegres perspectivas de paisaje, de sol filtrado al través de la verdura; al observar una vez más lo bien que el tan apacible y rico fondo se destacaba la figura del sabio, del pensador, del hombre de Estado que allí tenía sus delicias, un involuntario pavor se apoderó de mí, recordando que en aquellas mismas frondas grandiosas y tranquilas, sobre la felpa verde del *grass* cuidadosamente recortado – al borde de aquel lago donde nadaban los cisnes negros y blancos, haciendo ondular con reposo su fino cuello, quizás entre los macizos de rosales, – acababa de caer, como siniestro aerolito, la mano destrozada del anarquista, ¡la horrible mano exangüe!

Muchas veces esta idea me causó frío en el corazón; muchas veces pensé en aquel despojo humano lanzado por ciega rabia destructora en medio del lujo y de la grandeza, como para abofetear á lo más alto, al poder, al genio, á la inteligencia, soberana del mundo... Mas, ya lo he dicho, la sangre fría es contagiosa, la calma infunde calma, y en medio de estos momentáneos recelos que acaso sentíamos muchos sin decírnoslo, Cánovas nos parecía invulnerable... Si es cierto, como refieren los periódicos, que allá en su juventud, una gitana le predijo que moriría de muerte violenta, la predicción no debió de hacerle otra mella que á Julio César los prodigios que, según Suetonio, anunciaron su próximo fin, las advertencias de los augures y los tristes sueños de la fiel Calpurnia. En estos últimos días de la vida de Cánovas, no sé que pueda haber nada más trágico que la confianza y descuido de hombre tan amenazado y tan emplazado como él; su indiferencia hacia las precauciones, sus salidas á pie y solo, sus hábitos iguales á los del bañista más obscuro que se sienta á la puerta del balneario para leer pacíficamente el periódico; mientras el asesino, con perseverancia que eriza el cabello, le seguía, le avizoraba, pisaba sus huellas hora por hora, aguardando el momento seguro y favorable, y pasaba rozándole, sin que ningún estremecimiento secreto advirtiese á la víctima que su destino estaba allí cerca, implacable y en acecho.

Hay quien dice que el desenlace de la vida de Cánovas fué tal cual él lo desearía, y glorioso á proporción de su gloria. No niego que campea imponente la estatua sobre el pedestal de mármol negro y pórfido rojo que terribles circunstancias alzaron; pero no nos sirve de consuelo á los que por él sentíamos afecto inalterable, ni creemos, dígase la verdad, que muriendo de muerte menos horrenda no reconociera la posteridad sus merecimientos ni justipreciase su valía. Pudo al borroso y frío Carnot realzarle la puñalada de otro asesino italiano; Cánovas no necesitaba tal realce. Prometíale su robusta complexión salud en la longevidad, y su experiencia creciente y su prudencia acendrada por los años, le señalaban para consejero y moderador político, cuando no fuese piloto en ejercicio de esta pobre nave tan combatida y batida por las tormentas. Deja á la patria á orillas del precipicio, cercada de peligros y agobiada de tribulaciones infinitas; y las abundantes lágrimas que he visto derramar, á la noticia del asesinato, á personas que nada debían á Cánovas, que nada esperaban de él, que sólo de vista y nombre le conocían, que en vida ni aun eran entusiastas de su política y de sus principios, no demuestran solamente la delicadeza de sensibilidad y la humanitaria protesta de las conciencias honradas contra un acto bárbaro é inicuo: responden á la convicción de que al derrumbarse Cánovas, se derrumba el baluarte de España, la fortaleza donde nos refugiábamos, donde se reconcentraba enérgica la defensa nacional...

Por eso el dolor de todos ha respondido al dolor de una mujer tan noble y buena siempre como infeliz ahora – dolor sagrado, que hasta parece que lo profana la tinta de imprenta al caer sobre él, – y que merece el respeto del silencio, la callada simpatía que se inclina profundamente, pensando en el único consolador verdadero – que no es por cierto el tiempo, no. Más arriba.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL SILENCIO

La resolución que adoptó el Gobierno de impedir que la prensa llene sus columnas con detalles de los últimos momentos y suplicio del criminal reo del asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo, ha sido juzgada diversamente, como fué, es y ha de ser diversamente juzgado cuanto se haga en el mundo; porque ni cuando el Redentor descendió á él agradó á todos, muy lejos de eso, y baste tal ejemplo para consolarnos de no ser nunca doblón de á ocho.

Claro es que la prensa siente á par del alma no explotar y agotar un asunto *sensacional* ó *emocionante*, porque con los de esta índole teje la tela efímera de la actualidad; y el no poder enviar á las cajas los telegramas y los relatos de los corresponsales produce cierto mal humor que se revela en protestas más ó menos disimuladas contra la medida. No obstante, los que conocen la imaginación del hombre – no siempre ha de ser el corazón – se han puesto de parte del Gobierno, aprobando el sistema de silencio absoluto que cae como mortaja de nieve sobre el infeliz sentenciado á desaparecer de la sociedad, porque la hirió alevemente en las entrañas.

Puédense calcular las distancias interplanetarias, el peso y volumen del sol, la marcha de los astros por el espacio infinito; no se puede calcular jamás adónde llega la vanidad humana, ni qué carga de trabajos y sufrimientos es capaz de arrostrar un mortal, no ya por la gloria, por la fama solamente, sea mala ó buena. Elevaron los jonios, en la poderosa ciudad de Éfeso, un templo que se contó entre las maravillas del mundo. Era su anchura de unos setenta metros y lo soportaban ciento veintisiete pilares, de veinte metros de alto, en cuyos capiteles y ornato habían trabajado los más hábiles escultores griegos. Se invirtieron más de dos siglos en erigir tan admirable fábrica, que consagrada á Diana y enriquecida con oro, plata y marfil, fué orgullo de los efesios y asombro de los que acudían en peregrinación desde lejanas tierras á visitarla y á ofrecer sacrificios á la diosa. Una noche tuvo la deidad que abandonar su santuario; la llamaba fuera un deber imperioso: asistir al feliz alumbramiento de Olimpias, que en aquel instante daba á luz á Alejandro, el que había de ser Magno andando los tiempos. Aprovechando la corta ausencia de la blanca Diana, un malvado penetró en el templo rematado tras el manto una tea, y cuando toda Hermia en Éfeso, la roja luz de las llamas anunció que se reducía á pavesas la maravilla del orbe. Fué preso el incendiario y le aplicaron la tortura, á fin de que revelase quiénes eran los enemigos de la ciudad que le habían inducido á destruir su mejor prenda, su más preciada joya; pero él, negando que tuviese cómplice alguno, declaró que sólo le guiaba el deseo de perpetuar su nombre y que pasase á las generaciones futuras, ya que no con la dorada aureola del genio, con la rojiza del crimen. Y entonces los magistrados, hiriéndole por donde pecaba, prohibieron bajo severísimas penas pronunciar ni escribir el nombre de aquel que había quemado el templo. La prohibición fué desacatada, y bastantes historiadores consignaron el nombre odioso y abominable que, en efecto, ha llegado hasta nosotros grabado en letras de fuego. Yo censuro á los que no obedecieron la ley de aquellos justos jueces, y me complazco en cumplirla á los veintidós siglos y medio de promulgada; por mí no sabrás, ¡oh lector!, cómo se llamaba el que abrasó el monumento á fin de inmortalizarse. Caiga la obscuridad sobre quien buscó la publicidad á cualquier precio, y olvídesele como se olvida la piedra en que tropezamos y que después no distinguimos de las otras, aunque haya estado á pique de costarnos la vida.

Lo que prueba esta historia de la quemazón del templo, es que en psicología sociológica no hay progreso alguno. Los móviles de vanidad monstruosa que guiaban á un efesio contemporáneo de Filipo y anterior trescientos y pico de años al advenimiento de Cristo, son los que hoy determinan quizás ciertos actos horribles que nos estremecen como una pesadilla; y los métodos de represión y castigo empleados por la autoridad constituída á fines del siglo XIX no se diferencian de los que ponían en práctica los representantes de la confederación jónica en los primeros días de la existencia de Alejandro Magno. Tampoco han aprendido los escritores ni pizca, puesto que hay en ellos el mismo prurito de hablar y repetir nombres vedados, reprobados y reprobables, que demostraron Teopompo y otros autores contemporáneos del incendiario de Éfeso.

Posee la palabra, hablada ó escrita, tal fuerza de expansión y tal dinamismo, que se diría que en ella reside la raíz misteriosa de la acción y la esencia de la voluntad. Si las cosas no se hablasen ni se escribiesen, acaso nunca llegarían á ejecutarse. Quitad la efervescencia de la propaganda, quitad la agitación del aire, y no se producirá la crisis activa. Sin el verbo, nunca serán hechas las cosas. Todo principio político ó social, antes de armar los brazos, pone en ejercicio las lenguas y las plumas, y crea una literatura propia – oral ó escrita: – discursos, arengas – esas prolijas declaraciones á que los criminales políticos demuestran tanta inclinación, – artículos, versos, dramas, tratados, biografías y hasta jaculatorias: de éstas compusieron los nihilistas rusos algunas muy notables. Hay revoluciones que nos han legado, en primer término, no hechos, sino frases sentenciosas, lapidarias y á veces magníficas por su concisión. Todo este caudal literario es el campo de cultivo de los gérmenes que van después á propagar la epidemia.

Así la llaman los tratadistas: hoy es un concepto generalizado el ver en los motines y asonadas, y aun en los atentados que se cometen aisladamente, casos de una enfermedad del alma, que se pega. Lombroso, en su libro *El crimen político y las revoluciones*, donde hay, como en otras obras del mismo autor, observaciones luminosas mezcladas con peregrinos errores y con datos mal depurados y generalmente inexactos, estudia este fenómeno de la *impulsión epidémica*, y describe gráficamente á las muchedumbres excitables, de ardiente imaginación, ricas en fe, en ignorancia y en heroísmo, y predispuestas á la embriaguez moral, acrecentada por los gritos recíprocos, el contacto, el valor que infunde el estar juntos, y que llega al extremo de suprimir el sentimiento de la conciencia individual, y arrastra á cometer acciones que uno solo ni se atrevería á realizar, ni siquiera le pasaría por las mientes que pudiesen llevarse á cabo. Como consecuencia de estos fenómenos, resurge el instinto sanguinario, la inclinación natural al homicidio, que largos años de normalidad y múltiples elementos de cultura moral habían adormecido y apaciguado; entonces la crueldad, la ferocidad, el ansia de destruir ciegamente y de hacer daño por gusto de hacerle, aunque ningún provecho reporte, ni alivie la situación de nadie, ni gane nada la misma causa de los malhechores, aparecen cual escorpiones irritados, ansiosos de morder y matar. Mas lo que Lombroso no dice explícitamente es que un individuo puede ser atacado de esa enfermedad epidémica sin necesidad del contacto inmediato de la multitud. No es necesario que le rodeen los cuerpos de los demás enfermos: basta con sus espíritus: basta el contagio transmitido á distancia, con sutiles efluvios, por la palabra hablada ó escrita. Aquel *tolle, lege*, que una voz hizo resonar en los oídos de San Agustín cuando lloraba bajo la higuera, y que para su bien escuchó; aquella excitación á leer, á asimilarse la substancia del verbo, óyenla por su mal y su perdición los que no habían nacido para comprender, sino para vivir en su esfera humilde, mil veces más venturosos. No se ha estudiado el problema de si la lectura y la instrucción convienen indistintamente á todos los hombres. Difícil sería que el Estado, y hasta que los mismos profesores, dedicados á la enseñanza, señalasen con acierto los individuos aptos para aprender, á quienes el estudio aprovecha, mejora y moraliza realmente; pero es indudable que no son todos; es indudable que hay cabezas mal organizadas, que no resisten el embate de las ideas adquiridas por la lectura. Así como vemos mucha gente con pulmones, piernas y brazos endebles, conocemos infinitos cerebros de escaso vigor, entendimientos flacos, jorobados y tuertos, meollos sin consistencia; y si á veces pecan por perezosos, lentos, cerrados y duros, donde cae la instrucción como en las peñas la simiente, otros adolecen de combustibles, ilusos y fáciles á la sugestión, incapaces de análisis y crítica; y para éstos, determinadas teorías son como ciertos grabados y ciertas noveluchas eróticas para los adolescentes. Entre estos hombres agusanados por los libros, víctimas de una obsesión ó idea fija que se hinca en su inteligencia y la desorganiza hasta llevarla á los linderos de la locura, se reclutan los regicidas, los dinamiteros, los asesinos fríos y los suicidas indirectos, los incendiarios, los que cometiendo un italianismo se suelen conocer ya por el calificativo de *matoides* que les da Lombroso.

Los únicos fanáticos políticos que he visto de cerca eran nihilistas. A pesar de la aureola que presta la persecución, á pesar de que la convicción suele ser comunicativa para las personas de mi sexo, siempre noté que entre aquellos sectarios y mi inteligencia se alzaba una pared – no puedo expresar sino así lo que sentía. – Los que á la novela hemos consagrado buena parte de nuestra actividad literaria, hacemos profesión de comprenderlo todo, de encontrar en los más singulares casos algo que explique, si no justifique, los desvaríos del pensamiento y las aberraciones de la sensibilidad. No obstante, me costaba gran trabajo reunir la necesaria cantidad de simpatía y de tolerancia cuando, al correr de las pláticas, notaba de pronto que aquellos cerebros no funcionaban normalmente; que, semejantes á D. Quijote, cuerdos siempre que de otras cuestiones se tratase, aparecía en el nihilista de acción, al tocarse el punto del tiranicidio – llamémosle así, – esa zona de sombra del alma donde agitan las Furias su cabellera de sierpes. Y sin embargo, ¿cómo comparar á los nihilistas, procedentes de una nación donde por fin el régimen existente puede llamarse despotismo, de una nación donde se aplicaban castigos y penas que aquí desconocemos por fortuna, con los criminales políticos que surgen en países tan libres y tan sometidos á la normalidad legal como Francia, Italia y España?

Dejemos caer sobre esta nueva úlcera social, más extensa de lo que tal vez supongan los espíritus optimistas, el bálsamo bienhechor y calmante del silencio. No ayudemos á que se difunda la infección, no seamos vehículo del contagio, al menos en estos artículos ligeros, que ni aun tendrían la excusa de querer mover el ánimo á serias consideraciones. Quizás la enfermedad, declarada á mediados del viejo siglo, decrezca en los primeros años del que ya asoma en el horizonte. Las sectas son como meteoros: no tienen la duración y consistencia de las opiniones templadas que en la razón se fundan. Los trastornos son fugaces, la evolución lenta, firme y perseverante. Esperemos callando.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OTOÑAL

La estación más grata del año no es la primavera; es el otoño, particularmente en el campo. La primavera sólo abunda en flores: el otoño colma los fruteros, las despensas, las trojes, y en este tiempo los tarros de conservas y de almíbar, repletos de dulzura, van alineándose en las estanterías de las alacenas, prometiendo recreo al paladar y postres para todo el invierno. Estación favorable á la paz de la vida doméstica, estación de reposo y de ligera y suave melancolía, no te aprecian en tu valor los que sólo te representan con los símbolos de la caída de las hojas, del cielo nebuloso y la tierra húmeda y ensopada por las primeras lluvias constantes.

Una de las alegrías del otoño es la caza. Por acá, en la llanura, á orillas del mar, apenas conocemos este goce propio de las tierras altas, de la montaña y del interior. La perdiz huye de nuestras planicies, de nuestras vegas de maizal, de nuestros campos demasiado labrados, arados y desmontados, de este terreno fatigado y exhausto á fuerza de cultivo – como huiría una libre y nómada hija del Egipto de una comarca perfectamente civilizada, donde todo contrastase con su instinto de vagancia y de independencia. – La perdiz prefiere las quebradas, las hoces barrancosas y profundas, los despeñaderos, los montuosos flancos de las sierras, el arbolado vigoroso y rústico que crece entre los escarpes de las rocas y que jamás conoció el filo de la podadera ni el sostén de la estaca. A la perdiz que no la quieran atraer con jardines, parques, calles regulares y bien enarenadas, fuentes que no surtan por virtud natural de las hendeduras de las peñas, ni charcas que no haya formado sin intervención del hombre el caer del agua llovediza, el deshielo ó los manantiales que se abren salida al través de la corteza terrestre. Busca la perdiz el sencillo y campestre aroma de los brezos, el espinoso roce de las bravas aliagas, el inmenso ámbito de las selvas é inaccesibles picachos, el agua purísima de los arroyos que el invierno convierte en desatados torrentes. Gusta de poner su nido en las escondidas breñas, y que sus polluelos nazcan rodeados de cajigas, pinos y espinares, madroñeras y hayas, retamares y lentiscos. Hay en la carne morena de la perdiz, en sus rojas canillas finas y secas, dejos deliciosos de la montaña, una gracia indómita, algo que en las especies animales como en la especie humana dice á gritos: *libertad*.

Sin embargo, la perdiz se domestica y llega hasta á prestarse – ¡indigna bajeza! – á atraer á sus hermanas con su canto engañador al lazo y á la muerte. Algunas perdices he tenido en jaulas, que comían por la mano y demostraban complacencia al hablarlas y festejarlas sus carceleros. Tanto influyen la desgracia y la fuerza de los sucesos, que cambian la propia condición, volviéndola en otra muy distinta. No son sólo las inofensivas perdices las que se someten á la ley del vencido: animales más monteses y las mismas fieras se amansan algo entre cuatro paredes; los leones en los circos llegan á tirar de una carroza, guiados – ¡oh ignominia! – por un mono, que empuña las riendas de la cuadriga rugidora y terrible.

Algunas veces la perdiz, á manera de espíritu inquieto que persigue la calma después de la agitación, deja el monte y ronda por los sembrados y hasta los huertos y vegas, con objeto de pastar la hierbezuela fresca y tiernecita. En nuestras aldeas tiene la perdiz fama de ecléctica en sus gustos y aficiones, y un cantar popular asegura que «la perdiz come de toda hierba.» Lo seguro es que hacia fines del verano, cuando la verdura se agosta, la perdiz busca su vida fuera de las asperezas donde mora por costumbre.

¡Qué alegre es ver llegar al cazador con el zurrón repleto de conejos, liebres, perdices y codornices! Nuestra sensibilidad es caprichosa: nos conmueve mucho el sartal de pajaritos muertos, pero nadie se enternece á la vista de la perdiz difunta. Al verla con su plumaje de tonos serios y obscuros, sólo se recuerda el buen bocado, el *chaud froid* ó el asado con salsa de limón y pimiento. ¡Ay infeliz de la que nace suculenta y exquisita! He notado siempre esta particularidad: las aves de mesa, cuando son apetitosas, no dan lástima bajo el cuchillo ni bajo el plomo. Tampoco da lástima el marrano, á pesar de la crueldad feroz con que lo sacrifican y de la larga agonía que le imponen dejándole desangrarse lentamente. La compasión se reserva para los seres bonitos é inútiles, los que no se pueden freir ni asar, como las golondrinas y los pechirrojos, y para ciertos animales de quienes hizo símbolos encantadores la religión: las palomas y los borregos. En mi niñez no había cosa que me desesperase y afligiese como saber que acogotaban á un *Espíritu santo*. Aun hoy, los borreguitos blancos, con su dulce balido que implora, su mansa cabeza que busca el halago de la mano, su cuello envedijado que está pidiendo el lacito de seda azul colocado por una pastora Watteau, de cayado de flores, me inspiran una simpatía y una piedad de esas que sólo infunden la inocencia, la infancia y la absoluta imposibilidad de defenderse. No así el cerdo, tan feo, tan innoble, tan hozador, tan sucio, tan propenso á las enfermedades cutáneas, tan grasiento, tan gruñón, tan torpe y tan inoportuno, tan antipático en suma. No hay nadie que no celebre la muerte del cerdo, que no vea en ella asunto de regocijo y holgorio. Y el otoño, entre sus sonrisas y sus promesas, cuenta la de la época de la *matanza*, período de abundancia y refocilamiento general, único solaz gastronómico en la pobre choza del labrador de mi tierra.

***

Algún día aparecerá un curioso coleccionista de antigüedades que recoja las recetas de la clásica cocina española y las ofrezca al público en toda su ingenua y primitiva complicación (es un error creer que son sencillos los guisos patriarcales). Allí aparecerán catalogadas las infinitas combinaciones de ese *mondongo* que, como se enseña una ciencia, enseñaban antaño las madres á sus hijas. Allí saldrán á relucir los misterios y artes de las salchichas, salchichones, longanizas, chorizos rabiosos y mansos, morcillas blancas, negras, dulces, picantes, de sangre y de carne; butifarras, *Pedros-Péres*, sobreasadas y demás embutidos, grandes amigos y consocios del jarro y del vaso, despertadores de la sed y estimulantes del apetito. Allí se aprenderá cómo ha de aprovecharse hasta la última fibra y la última piltrafa de grasa del marrano; qué especiales preparaciones y condimentos necesitan y requieren su lomo, sus codillos, su hígado, sus peludas orejas y su retorcido rabo; cómo se tuestan los gustosos chicharrones, y cómo se limpian y se lavan las flexibles tripas; cómo se hacen tortas, *filloas* y galantinas de la sangre y de la cabeza; cómo, en resolución, se adapta á los más diversos fines y adopta las más variadas formas ese animal impuro, cuyos restos pueden figurar en la humilde mesa del pobre, y reforzar el suntuoso banquete del millonario, según la exterioridad y el decorado, digámoslo así, que ofrezcan; pues el mismo jamón que en robustas magras fríe la ventera para el trajinero y el mozo de mulas, preparado á la francesa y cortado en sutiles lonchas que cerca tembladora gelatina, honra las listas de los refinados golosos y adorna el *buffet* en los aristocráticos saraos.

En septiembre todavía el marrano puede prometerse larga vida, una vida de tres ó cuatro meses, y las manzanas y las castañas, aquéllas caídas ya del árbol, éstas principiando á madurar y á desprenderse casualmente revestidas del rudo erizo, van criándole lomos y afinando el gusto y sabor de sus carnazas acolchadas de tocino y grasa compacta y dura. Aquí, á orillas del mar, hay cochinos que se alimentan de los residuos de la playa, con marisco y sardina, y su carne guarda siempre el gusto á saín y la acritud salada de los alimentos de que se formó. En cambio los marranos que en la aldea viven de castaña y bellota, producen el estimado jamoncillo gallego, pequeño y de mal ver al lado del de Granada ó Westfalia, pero sabroso más que ninguno.

Una de las notas características del otoño gallego es la importancia que el castaño adquiere desde que madura su fruta. Ya no es sólo el árbol que da [illegible] bra y hermosea; es el postre del aldeano, es el [illegible] de la chiquillería, que se junta para asar las [illegible] en el fondo del bosque ó en la linde de una [illegible] y no envidia, al saborearlas, ni al propio em[illegible] de la China. Y en los pueblos recuérdese qué [illegible] desempeña la castaña asada, aquí donde no co[illegible] mos la freiduría de patatas al aire libre, el atrac[illegible] de aquel *cornet de frites* con que en París se reg[illegible] los estudiantes, las modistillas, los obreros y los [illegible] bretes famélicos, los que no tienen en su casa [illegible] en el hogar. La castaña asada es en Madrid [illegible] y sustento; calienta las manos, rechaza el frío y e[illegible] gaña el hambre. En la aldea llama por el mosto, [illegible] niza las veladas junto á la lumbre, y mientras [illegible] entre el rescoldo las castañas pegando estallidos, [illegible] murmuraciones, los cuentos de asombro y [illegible] las consejas y las lamentaciones fundadas en la [illegible] dida de la cosecha y la falta ó sobra de la lluvia [illegible] vierten tanto á estas pobres gentes como podría[illegible] vertirlas y solazarlas la más ingeniosa y amena [illegible] lia. Hay en la velada aldeana, como en el salón [illegible] do de brocado, sus agudezas, sus burlas, sus [illegible] escandalosas, sus sazonados cuentecillos y sus al[illegible] nes pérfidas y malignas. Hay también su poco de [illegible] lítica, su mucho de censura á la inmoralidad [illegible] nistrativa y su boletín diario de las guerras, [illegible] tado por las angustias de las madres que tienen [illegible] *moso* allá..., ¿dónde?, ¡ni ellas mismas lo saben! [illegible] jos, muy lejos, eso sí; en una tierra mala, que [illegible] come á la gente...» Según dicen con expresiva y [illegible] tera frase, «no son los del otro bando, es la tierra [illegible] que mata allí.»

Tan mala es aquella tierra, que hasta nos envía [illegible] pestilencias y sus contagios. Estos días la campa[illegible] de la iglesia de mi aldea dobla á muerto con frecuen[illegible] cia suma. El terruño del humilde cementerio [illegible] describí en *Los Pazos de Ulloa*, aparece removido [illegible] fresco por el azadón. Lo que envía pasto á la [illegible] insaciable es *un mal de allá*, una infección, [illegible] *cattiva* traída por los soldados que vuelven de C[illegible] y Filipinas, exhaustos y moribundos, á los hospi[illegible] y sanatorios de la costa. Hay quien cree que [illegible] contagio sea una fiebre amarilla atenuada, [illegible] da, puesta al diapasón de nuestro clima y de [illegible] tras costumbres. Atenuada será, pero la campana [illegible] bla á veces, y aun dobló esta tarde, para [illegible] que dejaba el mundo un mozo de veinte años, [illegible] trabajador, á quien hará veinte días vi manejar [illegible] ánimos el pico. El mal empieza traidoramente, [illegible] una indisposición, asunto de risa, y acaba en la [illegible] pultura. Se oye, sí, á menudo la triste campana [illegible] cando á sacramentos, á muerto, á funeral...

«Y lo peor es que este año se pierde el vino – [illegible] un anciano cosechero. – Con el agua y la niebla se [illegible] tidió la uva...» Este es el tono apacible que em[illegible] el aldeano para hablar de sus mayores contrarieda[illegible] des. Nunca se les ve descompuestos, alboro[illegible] desesperados. La desesperación huye de la [illegible] turaleza: tiene su asilo en la negra miseria de las [illegible] dades, aquí desconocida.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Recuerdo

En este año que corre, la muerte parece escoger cuidadosamente sus víctimas entre mis amigos predilectos. Después de la conmoción profunda que me ocasionó la tragedia de Santa Agueda, pocas desgracias podrían afligirme tanto como la pérdida de Luis Vidart. No me creería autorizada para comunicar á mis lectores de La Ilustración esta pena, si no me diese pleno derecho á hacerlo el ser Vidart uno de los hombres de mayor valía, de los escritores más doctos y de los pensadores más originales que en España poseíamos. Consagrar estas páginas á su memoria, no es complacencia de la amistad, sino acto de justicia.

Todos los diarios insertan una reseña de su biografía, y varias publicaciones ilustradas su retrato, haciéndose así tributo merecido al que consagró la vida entera al estudio y á la reflexión, y fué aquí verdadero iniciador de muchas corrientes de ideas que otros divulgaron ó ahondaron después. En esto consiste, á mi juicio, la característica de la labor de Luis Vidart y su importante papel en nuestra cultura, ya desde antes de la revolución de 1868. Buzo incansable, investigador apasionadísimo, no era del número de los que adoptan una posición fija, de los que no cambian ni se inquietan; lejos de eso, diríase que el espíritu de Vidart, sediento de verdad y de luz, hallábase siempre dedicado á la investigación afanosa, siempre á la descubierta, y cada año encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: *el acto de nacer todas las mañanas;* y no con el cuerpo, sino con la mente.

Otros hombres – la mayor parte de ellos – no se entusiasman por cuestiones del orden especulativo, sino, á lo sumo, durante cierto período de la juventud; al acercarse á la edad madura, son las cosas prácticas las que les llaman la atención, las que absorben sus esfuerzos y su energía toda. Vidart no sufrió este cambio, que en cierto sentido podríamos llamar descenso; acaso contribuyó á que no lo sufriese la independencia de su desahogada posición, el no verse compelido á luchar por la vida obscuramente y á diario; pero en cualquier situación que se encontrase, su tendencia sería á olvidarse de lo positivo y consagrarse á dar vueltas y más vueltas á los problemas de la metafísica y la ética, ó á dilucidar asuntos históricos. Era casi indiferente á los intereses puramente materiales; y del mundo apenas veía las formas y los accidentes externos, lo plástico y lo tangible, sino lo interno, los conceptos abstractos, las leyes morales, las grandes síntesis y los fenómenos de la idea revelados en el espacio y el tiempo. Por eso no tenía ni vanidad, ni envidia, ni soberbia, ni codicia, ni ambiciones, ni ruines ansias de lucro; y ni en la política, ni en las letras, ni en la vida social le vimos nunca batallar por obtener nombradía, puestos, honores, satisfacciones del amor propio, venganzas, dinero ni poder. Para que Vidart fuese (al fin de sus años y poseyendo tan gloriosa hoja de servicios) individuo de número de la Academia de la Historia, se necesitó que sus amigos le pinchásemos, como suele decirse, y que estimulase nuestra iniciativa la que latía ya en la intención y en el deseo de todos.

A pesar de este carácter modesto, no era Vidart de los sabios retraídos, huraños y metidos en su concha; antes al contrario, nadie se mostró más comunicativo, más aficionado al trato y roce con sus semejantes, más fácil en conferir lo que leía ó pensaba, más abierto y humano entre gentes. De tal modo prevaleció en él esta índole franca y expansiva, que si no se toma en cuenta la labor verbal, no se apreciará debidamente la influencia de Vidart en las ideas filosóficas, históricas y literarias de estos últimos treinta años: influencia harto mayor de lo que creen ó afectan creer los que no le igualan en conocimientos y todavía menos en nobleza y sencillez de ánimo. Conversador y discutidor infatigable, y siempre sobre temas intelectuales (aquí donde hay más propensión á disputar y charlar que paciencia para leer), difundió Vidart bastantes opiniones y conceptos que hoy son patrimonio del público, mediante insensible propaganda, y en este respecto no cabe dudar que sus escritos sólo representan una parte de su trabajo – la única, es cierto, que podría conocer la posteridad, pues lo hablado se lo lleva el aire.

Ostentan los escritos de Vidart (hoy dispersos en periódicos y revistas, en libros que van siendo raros y en innumerables folletos) el sello de la personalidad de su autor, tal cual la he retratado fielmente. Escribió de filosofía, de historia; trazó estudios biográficos sin cuento y críticas bibliográficas; debatió asuntos muy varios, técnicos y científicos, y hasta se ensayó en el drama y la poesía. Su estilo era más persuasivo que galano: no aspiraba á deslumbrar y cautivar, sino á convencer, y la honradez de la intención se comunicaba á la frase, clara, castiza, tersa y adecuada, sobre todo en los escritos históricos y biográficos, lo mejor sin duda de cuanto Vidart produjo. La palabra no era para él instrumento de arte, sino medio de expresar y dar á conocer la verdad, según al escribir la veía en su conciencia; pues Vidart, por la misma seriedad, libertad y sinceridad de sus convicciones, varió y *evolucionó* bastante: en política, desde el republicanismo á la dictadura autocrática, por la cual abogaba últimamente con muy ingeniosas y peregrinas razones; en literatura, desde el semi-romanticismo realista de su grande amigo Fernán Caballero, al naturalismo de Zola y de Tolstoy, de quienes había llegado á ser admirador ferviente; en filosofía, desde el pesimismo determinista á una especie de idealismo místico; de esta evolución final es buen testigo su edificante y cristiana muerte, con todos los Sacramentos de nuestra madre la iglesia, pedidos por él y recibidos con devoción profunda.

Las principales campañas sostenidas por Vidart son conocidas y algunas memorables. Fué, si no el primero – y quizás pudiera otorgársele la primacía, al menos entre los contemporáneos, – de los primeros defensores y abogados de la existencia de la llamada *filosofía española*, del caudal de investigación propia de nuestra nación, que debiera conocerse por *filosofía hispano-árabe*; idea que después robusteció con datos y pruebas el erudito Menéndez y Pelayo. A Vidart se debió en gran parte, si no en todo, la exhumación de nuestras olvidadas glorias militares y literarias á la vez, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Las últimas polémicas de Vidart las ocasionó el centenario de Cristóbal Colón y la serie de conferencias que con tal motivo se pronunciaron en el Ateneo de Madrid. Indignaba á Vidart el error común de que á pretexto de Colón fuese acusada nuestra patria de atroz ingratitud y crueles tratos á un extranjero ilustre; y no creía que los derechos de la verdad debían sacrificarse en el altar de la poesía y la leyenda, y que las pinturas caprichosas y románticas de una figura histórica hayan de prevalecer eternamente. Novelistas y poetas disfrazados de historiadores, como Lamartine y Rosselly de Lorgues, habían hecho de Colón un arcángel, un mártir, un santo, un inspirado y un ser fantástico y prodigioso; Vidart emprendió la tarea de ofrecer al público la efigie del Colón auténtico, siempre grande, pero á cuya grandeza hay que asociar nombres de héroes españoles, como los hermanos Pinzones, verbigracia. Aunque la opinión sustentada por Vidart fuese la de la mayoría de los doctos en la materia, la de Fernández Duro, el Padre Cappa, Oliveiro Martins, y también en el fondo la de Cánovas del Castillo, el haberse constituído Vidart en su más activo propalador y podemos decir vulgarizador, hizo que contra él se dirigiesen las sátiras, las diatribas y las insulsas chirigotas, reservadas á todo el que lucha con el *misoneísmo* de la multitud. Alguna de estas flechas no enherboladas vino á caer dentro de mi huerto, por haberme yo arrimado al parecer de Fernández Duro y Vidart, y en general de los novísimos críticos de Colón, en mi conferencia sobre *Colón y los franciscanos;* y es indecible el buen humor con que comentábamos tales desahogos de la prensa menuda; porque Vidart, en confianza, era de alegre y benigna condición, á pesar de sus alardes pesimistas y sus teorías sobre el mal de la vida y la *infelicidad*.

El instinto de sociabilidad que dominaba en Vidart, le impulsó á intentar constituir en su casa, y bajo la égida de la señora de Vidart, excelente, virtuosa y finísima dama perteneciente á muy linajuda familia de Andalucía, lo que suele llamarse un salón literario. Tal intento fracasó por fin, y tenía que fracasar en estos tiempos de vanidad exasperada y de pretensiones desmedidas; pero Vidart, persona en extremo cortés, cumplido caballero á la antigua española en todas sus relaciones sociales, recibió un desengaño y jamás acertó á darse cuenta de por qué es hoy imposible reunir á treinta ó cuarenta personas para leer prosa ó versos y hablar de letras y artes, sin exponerse á treinta ó cuarenta serios disgustos. Y es que el ideal de Vidart era la asociación, la efusión, el compañerismo de la inteligencia, virtudes y hábitos que van desapareciendo en nuestra vida literaria, tan anárquicamente individualista. Así y todo, y á falta de salón, Vidart consiguió reunir muchos y muy leales amigos, á quienes su falta será doblemente sensible, puesto que en él veían un lazo de unión y en su casa un terreno franco y neutral donde se encontraban los que cultivan las mismas aficiones. Y en la tertulia de D. Juan Valera, tan reducida como atractiva, animada por la encantadora facundia y la amena sabiduría del autor de *Pepita Jiménez*, nuestros ojos buscarán siempre con inconsolable tristeza el sitio vacío del autor de *Letras y armas*.

Ya sabíamos que por ley natural le veríamos desaparecer, probablemente antes que nosotros, y sin embargo no nos acostumbramos á la idea de que aquel hombre de entendimiento tan vivaz y de tan fresco espíritu – aunque físicamente quebrantado por los achaques propios de la edad y por el ningún cuidado con que atendía á su salud, – no está ya entre nosotros, no vendrá á darnos su parecer sobre el libro más reciente, el último discurso, el drama estrenado ó la flamante teoría filosófica. Vidart era ante todo una inteligencia, un ser pensante, pero también el mejor de los amigos, el más afectuoso, y en mi casa y en algunas otras casas de Madrid su llegada era una fiesta y le querían hasta los perros... No es un modo de decir, no; uno de los rasgos de sensibilidad del excelente Vidart, rasgo transmitido quizás por Fernán Caballero, era el cariño que manifestaba á los pobres animales, nuestros *hermanos inferiores*. Me han dicho que la fatal caída que causó la muerte de Vidart, se debió al movimiento de inclinarse para acariciar en la calle á un mísero can abandonado, y no dudé ni un momento de la verdad de esta versión, reveladora de una nota típica en quien fué el más ardiente impugnador y acérrimo adversario de las corridas de toros.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LO INCURABLE

¿Hay cosa más contemporánea ni más actual que la política? En ella vivimos, nos movemos y somos, aun los que menos motivos tenemos de acordarnos de ella. Sería tan inútil pretender evitar el influjo absorbente de la política, como querer no respirar el aire que es nuestro ambiente. Que nos guste ó no nos guste, se nos ha de colar en los pulmones.

La prensa está monopolizada y tiranizada por la política; las conversaciones también. Esto indica que nos encontramos en un momento crítico de la Historia, porque la política de hoy es la historia de mañana; lo que ahora nos parece choque de guijarros y pedrezuelas en la playa, será después rumor profundo del mar, voz de lo pasado. Y cuando los que han de seguirnos estudien la situación presente, su desarrollo, sus diversas fases, creo que se admirarán de cómo hemos podido resollar y existir entre tal desbordamiento de ambiciones y tal conflicto de intereses, vanidades, rencillas, rencores, delaciones y acusaciones mutuas; en esta profunda anarquía moral, la peor de todas.

Una nota de la política del día es ser esencialmente chismográfica. ¡Las calabazadas que se darán los futuros historiadores para interpretar los artículos alusivos, las insinuaciones continuas de la prensa! Y cuando aparezcan, si es que aparecen, las Memorias ó el Diario secreto de algún observador minucioso y agudo, de un Saint Simón ó una Madama de Aulnoy de la última mitad del siglo XIX, ¡qué hormiguero de leyendas, qué hervir de anécdotas y cuentos, qué matorral psicológico se descubrirá allí, y qué haceciIlo de rayos de luz se proyectará sobre estas obscuridades y nieblas de la historia política, esclareciendo los móviles de muchos actos al parecer inexplicables y anómalos!

Antaño la tarea del historiador era más fácil. Con observar detenidamente al rey, á la reina, á la favorita ó el favorito, y á media docena de personajes eminentes, príncipes, generales, cardenales ó ministros, tenía en la mano, por decirlo así, los ases de la baraja. Actualmente, toda la baraja se vuelve ases. Hemos sustituído la monarquía tradicional con la monarquía colectiva, y padecemos centenares de régulos autónomos. La idea tan difundida de que impera el caciquismo no es más que versión popular del estado en que nos encontramos y reconocimiento de la verdad de mi tesis: que nos mandan infinitos reyes, aunque al parecer acatamos uno solo, el cual ni manda ni gobierna.

Sería tiempo perdido el que gastásemos en clamar contra este modo de ser de «nuestras democracias.» Tan persuadidos andamos de ello, que no sólo no clamamos, pero ni chistamos. Granjearíamos fama de extravagantes, si por fortuna ya no la tenemos bien sentada. Nuestra voz se perdería en el desierto; nuestras quejas serían objeto de mofa, y sobre todo, no remediaríamos punto. Causas muy complejas y muy poderosas determinan siempre este género de situaciones, y sólo otras causas análogas y de mayor fuerza las modifican. Paciencia, pues, que cada siglo tiene sus cojeras y sus alifafes.

No es nuevo, por otra parte, el escribir largo y tendido acerca de las tales cojeras. Max Nordau consagró un capítulo substancioso en su mejor libro, *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, á la *mentira política*. Empieza recontando con mucho donaire el fárrago de documentos que necesita un mozo para demostrar un hecho que salta á la vista – el hecho de que ha nacido, – y para ejercer una profesión, para casarse, para poner una tienda, para todo lo que se puede intentar y emprender, que sin excepción está sometido á las exigencias inaguantables del Estado y al formulismo de los papelotes. «Y sin embargo – añade Nordau, – con el actual sistema de gobierno, tan complicado, con tantísimo infundio que parece el cuento de nunca acabar, con tanto escribir, protocolizar, funcionar, prohibir, autorizar, dar y tomar del Estado en todas las relaciones y actos de nuestra existencia, ni está garantizada nuestra propiedad, ni nuestra seguridad, ni nuestra vida. En compensación de todos los sacrificios de sangre, dinero y libertad, que el ciudadano ofrece al Estado, no recibe más servicios que el de la justicia, por otra parte desatinadamente cara é interminable, y el de la instrucción...» ¡Instrucción, justicia! Los que leemos este párrafo de Nordau pensamos en los famélicos maestros, en las escuelas desmanteladas, en los libros de texto fabricados Dios sabe cómo é impresos en papel de estraza, que cuestan el ejemplar á doscientos, trescientos ó quinientos reales – valor intrínseco de la edición entera; – en los exámenes de favor, mogollón y momio, ó de iracunda venganza; en las cátedras abandonadas por los alumnos al menor capricho, en las oposiciones donde se lleva el gato al agua quien mejores padrinos consigue; en los litigios que duran cuarenta años y por último arruinan al que los gana; en cuanto se llama aquí justicia é instrucción..., y encontramos que, verdaderamente, lo que nos da el Estado no es para alucinar á nadie, particularmente considerando lo que nos pide, que no es grano de anís...

Pero la más irrisoria y burlesca de las mentiras políticas que sobre nosotros proyectan sombra es para Nordau el parlamentarismo: *grande y absoluta mentira*, repite con insistencia; y mentira que, para mejor engañarnos, no se cubre con la máscara del pasado, de la tradición, sino con la del progreso y del porvenir. A mí los duros calificativos y las acres censuras de Nordau me han servido de consuelo. Temía yo que sólo fuese España la nación inhábil para adaptarse al régimen parlamentario, pero del libro á que me refiero saco en limpio que cuecen habas en todas partes. Tampoco en Bélgica, ni en Inglaterra, naciones donde el parlamentarismo nos figuramos que brota del suelo como la planta indígena, son las elecciones ni las Cortes expresión del mandato y de la voluntad popular. También allí para los diputados son letra muerta los intereses altos y generales, y sólo importan los relativos y ocasionales que pueden influir en la conservación del distrito, y por consiguiente en el propio medro. Tampoco allí es el país el que imprime dirección á sus representantes, sino los ministros los que, reuniendo en torno suyo á éstos como á dócil grey, por medio de ellos imponen su voluntad omnímoda á la masa. Tampoco allí ni ministros ni diputados asumen la menor responsabilidad efectiva, y por más injusticias, abusos, delitos y gatuperios que cometan, no incurren en la pena menor. Lo que se dice de Inglaterra y Bélgica parece – ¡triste satisfacción para nosotros! – escrito de España y por España. No nos apresuremos á creer que aquí existen males y vicios de que están exentos los demás pueblos; son males universales, vicios de nuestro siglo, de los cuales ninguna nación, por lo visto, se exime. Y este es nuevo motivo para que no gritemos ni protestemos contra lo que ocurre, así ocurran demoniuras. Ley fatal la de los tiempos, hemos de sufrirla resignados.

Lo estamos de antemano al trueno gordo de las elecciones que se acercan. Si bien se considera, esto de disolver las Cámaras cuando cae el gobierno, por sí solo demuestra la inconmensurable mentira convencional del régimen parlamentario. ¿Es otro el país al día siguiente de haber caído Azcárraga y subido Sagasta? No habrá nadie que no se ría de esta interrogación. El país es el mismo; su pulso no tendrá un latido más; su tesoro, por ahora, ni un ochavo menos; pero no es el mismo el ministro de la Gobernación, ni los gobernadores civiles, y poco á poco, á golpe de procesamientos y destituciones, otras irán siendo las diputaciones provinciales, otros los municipios, otros los funcionarios de arriba abajo d escala, otro en fin ese tinglado oficial que la consigna para reclutar otra mayoría, diferente la anterior, si no en procedimientos y condicio en banderín de enganche. ¿Cómo se recluta eso bien lo sabemos, bien lo saben hasta los pesinos, más escépticos y desengañados de lo parece, al menos en mi tierra, donde los paletos distinguen por una sagacidad y un talento que admira.

Ya se preparan á vender el voto, por dinero que lo valga – rebaja de consumos, recomendación eficaz, destinillo, protección en cualquiera forma. Si no les vale algo el votar, no votarán; se quedarán tranquilamente en la heredad, cavando ó do: harto les consta que no por abstenerse aparecer su voto, atribuído á quien menos á quien se le antoje al alcalde, ó al secretario, maneje la mecánica electoral. Los augures se de su religión caduca y falsa; los electores se su soberanía, de su función, de su carácter y derechos. Si les preguntáis por sus opiniones testan que no saben qué es eso, ni con qué se ni para qué puede servir. En lugar de opinión cuando más un nombre propio: D. Zutano. Irían de D. Zutano les mande ir. ¿Y D. Zutano? adonde D. Mengano disponga. D. Mengano drá lo que quiera el Excelentísimo é Ilustrísimo D. Perengano. Este, á su vez, lo que sea servido jefe. ¡Y gracias si hay jefe, en estos tiempos

He visto, en cierta ocasión, los movimientos tronco de un insectillo decapitado. No cabe expresión de angustia que el pataleo frenético automáticos movimientos del bicho. Realmente es para menos: le faltaba la cabeza. Ahora muchos políticos sufren la agonía de aquel pobre les falta la cabeza visible, y se agitan desesperados á derecha é izquierda, en suprema convulsión. jefe de partido no se improvisa, dicen bien lo dicen. Hay en todos los partidos, y más en el servador, bastante número de hombres que serían paces de jefatura; pero necesitarían, para conseguirla y ejercerla, que desde hace años se les reconociese la aptitud, y haber esperado que los sucesos les rían á puesto tan alto; y no sólo convenía que biesen creído ellos, llenos de fe en su destino, que á su vez lo hubiese creído el público. De la che á la mañana no se inventa una personalidad quien todos, tácita ó explícitamente, ven, reconocen al caudillo, al guía, al ungido de la na y del pueblo. En esto sí que, probablemente casará cualquier intento de artificiosa compo El jefe no se nombra: *deviene*, y perdónese el nismo.

Lo único que hay de verdadero acaso en la tira política que á todos nos envuelve y nos es la persona, el individuo más ó menos genial consigue destacarse de la colectividad y agrupar torno suyo energías y voluntades. Si pudiese carse un jefe indiscutible como se fabrica un do, no hubiese producido tan honda conmoción muerte del gran Cánovas. La del rey Alfonso demostró que, en nuestra organización actual, fácil de reemplazar un monarca que un jefe de partido. Verdadera fórmula democrática, entre que no pasan de fórmulas pintadas en telones bambalinas.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

USOS FORASTEROS Y COSTUMBRES NACIONALES

El exotismo (si se permite el retruécano) es exótico en España. Planta aclimatada en el terruño del bulevar parisiense, no medra en nuestro suelo, ni la fuerza de nuestro ambiente, ni le tomamos gusto aquí. La venida de los aschantis y del rey de Siam parece oscurecer mi aserto, pero lo confirma. Todos los síntomas del movimiento que produjo la llegada de estos turistas de color obscuro, son de curiosidad y risa, ninguno de verdadero interés, de interés humano, filosófico y caritativo. Entre las muchas é ingeniosas chirigotas que estos días dedica la prensa á nuestros ahumados y cobrizos huéspedes, he buscado sin encontrarlo el rastro de una disertación, de un estudio algo serio sobre el lugar que ocupan en el mundo y en la escala del reino hominal los siameses y los aschantis. Nos hemos divertido en grande con los muñecos procedentes del Africa y de la Indo-China, sin averiguar si son algo más que muñecos, y si bajo su piel atezada ó amarillenta hay algo que se parezca á nuestra alma... Pasan ante nosotros como viviantes enigmas esas sombrías siluetas, y la mirada que en ellas fijamos no se diferencia poco ni mucho de la que consagraríamos al ara ó al papagayo de lindo plumaje, salvo que el papagayo es bonito y los muñecos muy feos, ¡feos como el coco!

En mi niñez me amenazaban, para corregirme, con un negrazo que pedía limosna por las calles de mi pueblo, y á quien el vulgo había otorgado patente de hidalguía colgándole un *don* como una casa: llamábanle *D. Alejos* grandes y chicos. Era inofensivo el pobre moreno, pero eso sólo lo comprendimos después los chiquillos de entonces; y cuando nos decían que venías el negro, nos echábamos á temblar. La idea mirta que me ha quedado de aquel *D. Alejos*, primero objeto de terror, después objeto de compasión risueña, resurge en mi mente estos días á causa del rey de Siam. Este personaje de abanico que se ha sentado en un palco al lado de la reina regente, de gran uniforme, cruzado el pecho por bandas, estrellado de condecoraciones, correcto, grave, diplomático; este señor á quien le presentan las damas de la corte y á quien se recibe á los acordes de un himno, á quien tratan de *Majestad* los cortesanos europeos, ante quien presenta armas la tropa, ¿es un rey efectivo, ó es un monigote de tibor, un *samuray* descendido de algún cacharro de porcelana y despojado de sus atavíos pintorescos y estrambóticos, para adoptar el disfraz de la civilización y venir á embromarnos?

Las versiones que corren acerca de la persona de Chulalong no sacan de dudas á nadie. Mientras unos afirman que es sujeto que recibió en Inglaterra educación escogidísima y nos le representan poco menos que como á un Pedro el Grande de Siam, empeñado en transportar á sus reinos la cultura, el adelanto y las luces de Europa, otros describen el descomunal serrallo, las prehistóricas amazonas y las románticas degollaciones por leve sombra de celos, con cabezas presentadas en bandejas – el aparato de la corte de un Tiberio, en el siglo en que reinaba Augusto. – ¿Cuál de estas dos imágenes es verdadera y fiel trasunto del viajero siamés? Me inclino á creer que la segunda. Nuestro planeta está todavía muy lejos, muy lejos de tener medianamente civilizada una mínima parte de su superficie. La barbarie sumerge y señorea el resto; la barbarie es aún hoy el estado normal. Estos reyes que salen de su casa resueltos á transformar un país, no ven que la transformación tiene que empezar por arriba, por ellos mismos, en primer término. No me convencerán á mí de que el siamés puede hacer obra civilizadora, si antes no licencia su ejército de víctimas y de *soldados*, si no deja salir de su palacio á ese millar de hombres que le guardan noche y día, como la cohorte oculta en los subterráneos del castillo de Herodes. No puede ser civilizador, por lo menos en la acepción que los europeos atribuímos á esta palabra, quien tiene cuatro mil esposas ó esclavas (viene á ser lo mismo para el caso) y reune á los treinta años varias docenas de hijos. Se me dirá que esas son las costumbres de allá, la tradición, el inveterado uso. Yo respondo que tales usos y tradiciones son absolutamente incompatibles con la civilización moderna, y que el rey de Siam haría mejor en vivir como sus antepasados y en no pretender vestirse de máscara y fundar en su patria un carnaval perpetuo.

Llevarán á Bangkok, de nuestros adelantos, lo externo, la cáscara, lo que se ve con los ojos; los medios de locomoción especialmente: caminos de hierro, vapores, tranvías eléctricos, bicicletas, automóviles; llevarán también las máquinas de oir y hablar pronto, telégrafos y teléfonos, y esa caricatura del sonido que se denomina fonógrafo. Igualmente se asimilarán los trastos de matar aprisa y mucho: fusiles Mauser, cañones de tiro rápido, grandes torres de combate para los recios acorazados, torpederos y caza-torpederos, explosivos de los más devastadores. Acaso acepten (esto ya no me parece tan seguro) los métodos de nuestro arte de curar, la antisepsia, los anestésicos. Digo que esto no me parece tan seguro, porque la vida humana tiene poco valor en esas naciones de Oriente, donde la raza es prolífica, insensible al dolor, indiferente á la muerte, y donde un reo de pena capital encuentra por dinero quien se preste á sustituirle, como aquí se encuentran para el servicio militar sustitutos.

Mas ¿qué importa, en realidad, la adopción de estos adelantos, si no se modifica la organización social, si no se cultiva á proporción la inteligencia, la moralidad, la justicia, el derecho? Ir más de prisa ó más despacio, es una ventaja relativa: si todos disfrutan del tren, no he de viajar yo en galera; convenido; pero si suponemos que no hay trenes para nadie, las condiciones se igualan, y vamos en galera ó en palanquín ó á pie tan ricamente. Lo que en absoluto puede llamarse desdicha é iniquidad, es la situación de cuatro mil seres humanos secuestrados por el capricho de uno solo, condenados á cautiverio y á soltería ó viudez perpetua, y no al resignado, voluntario y á menudo feliz celibato de los conventos, sino á la rabiosa soltería de los harenes, donde todo es envidia, chisme, delación, sospecha, tedio y desesperación. Una señora que ha viajado por esos países semifantásticos de la Indo-China y Persia, afirma que las reclusas de los harenes viven contentas con su suerte, entregadas á juegos infantiles, á cultivar la golosina y la vanidad más fútil, rascando guitarrillos ó aporreando pianos – el piano ya ha llegado hasta allí, – tomando sorbetes y atracándose de dulces, mirándose al espejo y pintándose las uñas. Acaso sea verdad, y la mayoría de las encerradas del rey de Siam no conciban otro destino más venturoso. Cuéntase que cierta mujer árabe, al servicio de un cónsul inglés, hubo de embarcarse para Inglaterra, y fué interrogada por sus compatriotas, al regresar, acerca de las magnificencias y grandezas de la nación que había recorrido. Ella alabó á su manera, con encomiásticas frases, los caminos, los coches, los trenes, las casas, la riqueza y magnitud de las ciudades, la fertilidad y esmerado cultivo de las campiñas, y en suma, hizo de Inglaterra cumplido panegírico. Envidiaban los que la oían la ventura de los ingleses; pero así que la mujer añadió que en Inglaterra no había encontrado ni una sola palmera para un remedio, á pesar de buscarla sin interrupción desde el día de su llegada hasta el de su salida, los árabes instantáneamente mudaron de parecer, y retractándose prorrumpieron en exclamaciones de lástima hacia los infelices moradores de la Gran Bretaña, sentenciados á pasarse la vida sin comer dátiles. ¿Quién sabe si, en efecto, las encerradas de Bangkok no se compadecen de las europeas, bien como infinitas europeas se compadecen de las pobrecitas norteamericanas, condenadas á una libertad y una iniciativa superiores á las que aquí posee la mujer?

De todas suertes, la empresa del rey de Siam, puesto caso que en efecto este soberano sueñe en civilizar á su grey, no ha de negarse que es empresa peliaguda; y si el soberano no conoce que el primer obstáculo para esta civilización á la europea es su propio casa, el enjambre de sus bellas señoras, peor que peor. Va á tener muchos disgustos el buen monarca, empezando por el de privarse totalmente de inocentes satisfacciones semejantes á aquella de marras, de la cabeza cortada. Que un rey de Siam no pueda ni descabezar á una hermosura, es el relajamiento del principio de autoridad y el desquiciamiento de las bases en que la sociedad reposa. Más le vale al caballero del blanco elefante sagrado seguir cortando en paz y en gracia de Buda las cabezas que se le antojen, y dejarse de monsergas civilizadoras, que á él le han de fastidiar, sin hacer felices á sus súbditos.

* * *

Y por el siamés ¿van á quedarse en el tintero los dos últimos amantes que quisieron morir juntos, con arreglo al último figurín de la pareja que les precedió hará unos meses? Es preciso reconocerlo: acciones de este género, realizadas en forma tal, suspenden el juicio entre la reprobación explícita, la involuntaria ironía y la no menos involuntaria admiración hacia el valor salvaje que revelan, y que es lástima que se emplee tan mal, ahora que tenemos guerra por todas partes. Los escritores que han emprendido en Francia la glorificación y apoteosis de la energía, Taine, Stendhal, Mauricio Barrés, no en balde hicieron de Italia y de España sus comarcas favoritas. Lo que á Barrés enamora en España, es la violencia de sus sensaciones, la exasperación de todo su ser; lo que celebra del arte español, son las escenas de horror, las fúnebres y macabras imaginaciones de un Valdés Leal, las representaciones de sangre y martirio; lo que encuentra característico, el deleite que se goza en las corridas de toros. «España es el país más desenfrenado del mundo,» exclama en tono de profunda simpatía. Le recomiendo á mi amigo Barrés esta pareja, la de la calle de las Huertas: va á parecerle de perlas y oro, porque, no puede negarse, ha revelado una energía rayana en frenesí. El cálculo de vanidad, la aspiración á una especie de bastarda gloria póstuma que á no dudarlo presidió al doble crimen, no disminuyen, antes aumentan, la suma de energía necesaria para consumarlo. Obsérvese que estos amantes no se entregaron á la muerte, sino más bien obligaron á la muerte á que se les entregara. La violentaron, la retorcieron, se apoderaron de ella, no mirándola cara á cara, sino abrazándola con insana furia. En vez de elegir el carbón ó el veneno ó siquiera el revólver, medios semi-pasivos, apelaron á la terrible navaja nacional, aquella que en tiempos más altos sirvió para tomar cañones á la carrera. Y del primer navajazo, el hombre, iba á decir la fiera, partió el corazón á la mujer, la cual cayó sin proferir un grito; del segundo, buscó el hombre su propio corazón, y como sintiese que no lo encontraba, que no llegaba á él, dentro de la misma herida revolvió el arma sin sacarla, y esta vez el corazón quedó partido instantáneamente. No hubo agonía, no hubo quejidos, no hubo ni el más leve indicio que denunciasen á los transeuntes que aquellos dos cuerpos humanos, extendidos el uno al lado del otro, eran dos cadáveres. Hermoso caso, ¿verdad Barrés? Stendhal diría del asesino y suicida de la calle de las Huertas: «Era todo un hombre.»

Lo mismo puede decirse que era todo un jaball; ambas tesis pueden defenderse con argumentos capciosos, con ejemplos y con raciocinios. Yo me inclino á admirar la energía, pero aplicada á nobles fines, á ejemplares acciones, á heroicos esfuerzos que nos eleven y nos infundan satisfacción y contento de pertenecer á la misma especie que el individuo enérgico que los ejecuta. Todas las cosas son buenas bien dispuestas y ordenadas, y en su lugar y ocasión.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin imitar á aquella señorita desconocedora de las realidades, que indicaba para los pobres faltos de pan el remedio de que comiesen pastelillos y bizcochos, á mí me sucede que al oir hablar del «conflicto del pan» me cuesta trabajo comprender su importancia, porque el pan apenas lo pruebo. Aparte de que es alimento considerado muy malsano á poco que se adultere, y excesivamente fácil de adulterar mezclando á la harina cal y greda (medio casi infalible de producir dispepsias, anemias y tuberculosis), el pan, francamente, se elabora de tal modo, que es necesario tener un estómago de hierro para no estremecerse al pensar lo que comemos cuando llevamos á la boca un mendrugo. ¡Dios piadoso, y cómo se elabora el pan!

¿Lo sabéis, lo sospecháis acaso, pulcras lectoras, las que os enjuagáis la boca seis veces al día, las que os pulís las uñas al salir de un baño perfumado, las que pondríais el grito en el quinto cielo si divisaseis una manchita, una sombra, en el terso mantel, ó en el reluciente cuchillo una empañadura insignificante? ¿Lo sabéis, lo sospecháis, lectores exigentes, que si encontraseis en la sopa un pelo de la cocinera desertaríais de vuestro hogar y os iríais á comer de fonda? ¿Con qué creéis que se amasa el dorado bollito, tan apetitoso y coquetón, oculto entre la nívea servilleta? ¿Creéis que lo sazona la sal, que lo ha ligado el agua? Sudor humano es lo que traba la miga é impregna la corteza; sudor arrancado por la fatiga á cuerpos desaseados de operarios, que hunden los pies en la masa, y la patean y la soban hasta que está en punto de ir al horno.

A la verdad, estremece pensar que un artículo «de primera necesidad» sufre tales peripecias. Que los que temen el borrico en zorza se abstengan de chorizo y salchichón; que los que no gustan de la fécula de patata renuncien al queso de Gruyére, santo y bueno. Pero que si hemos de comer pan tengamos que ingerir lo más repugnante, lo que nos haría desmayarnos de asco, me parece una de las señales clarísimas del atraso de nuestra civilización, de su impotencia para hacer menos desagradable la vida. No vayáis nunca á una tahona los que seáis *paniegos*, como dicen en Castilla, ó *panegíricos*, como cuentan que decía un trastrocador de *voquibles* famoso en mi pueblo. No vayáis á una tahona, porque después no podríais ni ver el pan; á menos que sea una de esas honradas tahonas de mi tierra, donde se hace el pan *completo*, y donde las mujeres, remangadas, luciendo los blancos brazos rollizos, amasan con la mano – el instrumento de trabajo de las razas superiores, – mientras las inferiores, las amarillas, se sirven de los pies, como los jimios, ¡hasta para edificar!

Por otro lado, el «conflicto del pan» implica una de las muchas contradicciones económicas de que nuestra organización adolece. Hay artículos, y bien indispensables para la vida (no sólo de pan vive el hombre, dice la Escritura), que suben y suben y llegan á las nubes, sin que ni el Gobierno, ni la opinión, ni los diarios, ni los sociólogos, se enteren de cómo se remontan y llegan á la región de lo inaccesible. Sólo las amas de casa, clase modestísima y útil, se enteran de que aquel «renglón» va tomando proporciones aterradoras. Sube el petróleo; suben el carbón y la leña; sube la legumbre; suben los garbanzos, el aceite, el tocino y la carne; sube la leche; suben el chocolate y el café; suben los géneros, los aranceles y las contribuciones como la espuma, sin que nadie chille, sin que se crea amenazado el orden social. Lo único que no puede subir es el trigo, y el pan por consiguiente. ¿Qué dirán de esto Gamazo y sus electores y acérrimos partidarios, aquellos que le votarían á él antes que á D. Juan de Padilla que resucitase? – según me declaró un vecino de Villalar, por cierto en la misma casa donde Padilla pasó la última noche, víspera de su degollación.

Si Gamazo y sus electores y mi amigo el director del *Norte de Castilla* dijesen que esto es una injusticia manifiesta y una anomalía extraña, razón tendrían, vive Dios. No se concibe que subiendo todos los productos, se mantenga estacionario uno solo. Se objetará que el pan es el recurso del pobre. No; el pobre también necesita el resto: vestido, calzado, calefacción, bebida, luz y casa. El pobre mismo ha encarecido también; hablo del pobre que trabaja, del que gana su salario. Los jornales han aumentado sensiblemente en todas partes, y sobre todo en los grandes centros el obrero se cotiza quizás á doble precio que hace un cuarto de siglo. Estos son hechos, y la economía política, que decían antaño, los problemas económicos, que dicen ahora, con hechos se resuelven. De todas maneras, sin que intentemos resolver cuestión tan pavorosa, ¿no podría inventarse una máquina de amasar el pan que nos redima de los actuales procedimientos pedestres y hediondos?

***

¿Será cierto que la incredulidad, el escepticismo y el materialismo ganan terreno cada día? ¿Será verdad que no se espera en el más allá ni en la vida futura? Estoy por decir que, al menos en apariencia, nunca se habrá creído en ella más firmemente. Tomemos por norma el respeto y veneración á los muertos. El culto de los manes se ha dicho siempre que revelaba la convicción profunda de la inmortalidad del alma. Si pensásemos que detrás de la losa no hay más que un puñado de ceniza, y que esa ceniza es cuanto nos queda de los seres queridos, no se explicarían las asiduidades y los cuidados que vemos consagrar á las tumbas. Del cementerio antiguo, triste, abandonado, invadido por las hierbas y las ortigas, donde los muertos se quedaban tan solos, al cementerio actual, esmeradamente cultivado como un jardín, espléndidamente iluminado en estos días, embalsamado por las flores, atestado de coronas y exvotos, va sorprendente diferencia. Se multiplican los mausoleos lujosos y las capillitas recordatorias; los escultores tienen un porvenir abierto por la muerte; el mármol blanco invade nuestras necrópolis, poblándolas de bustos de azúcar de pilón y obeliscos de confitería; pero sobre todo los floristas, industria nueva, se aprovechan de esta creciente devoción á los manes.

Días hay en Madrid en que no encontraríais á las tres de la tarde, ni aun pagándola á peso de oro, una violeta, una lila, una camelia blanca, un crisantelmo (*crisantelmo* se dice en castellano, y no *crisantema*, aunque el Diccionario de la Academia, con su acostumbrada y encantadora concisión de sordo mudo, no lo traiga de un modo ni de otro). No encontraréis, repito, ninguna flor de las que con más ó menos propiedad se aplican á las coronas que á los muertos se ofrecen. En cambio, algún carro fúnebre desaparecerá bajo la carga de tanta corona inmensa, cuyas cintas llevan grabado en oro el nombre del donante. Esta novedad de las coronas es francesa, y ha venido á sustituir casi por completo á la costumbre rancia y española de las misas y los sufragios por el alma; y al reconocerlo, me dan impulsos de desdecirme y de afirmar que, en vez de probar tantas flores y tantas luces una creencia espiritualista, lo que prueban es que á falta de la fe, la vanidad, la ostentación y la rutina saben hacer prodigios.

Las coronas son muy bonitas, ¿quién lo duda? Producen un efecto grato á la vista y al olfato, cubriendo y disimulando la lividez del cadáver, engalanando el ataúd, revistiendo de los esplendores de un mes de mayo la negrura de las últimas horas. Pero las coronas cuestan un sentido, miles de duros, de que se aprovechan las tiendas de flores naturales y artificiales y las de cintas de raso y gro; y si somos cristianos, si somos católicos, si esperamos en la gracia de Dios y en el colectivismo admirable de los sufragios, haríamos bien en reservar un poco de lo que se gasta en *rositas* para ofrecer el Santo Sacrificio por las almas de los muertos, y en elevar á Dios el aroma de las preces y el solemne eco de los salmos del Oficio de difuntos.

La muerte es cosa muy seria, muy trágica – á pesar de que el hábito diario nos ha familiarizado con ese terrible tercer acto del drama de la vida. – La Iglesia ha sabido revestir de dignidad y de [illegible] todos últimos instantes, el duelo, la aflicción [illegible] sepulcro. En esto sí que no caben innovaciones, como las que solicito y deseo para elaborar el pan, tradicional me parece insustituíble, y aunque [illegible] lo pareciese por razones más altas, me lo [illegible] por conveniencia y decoro. Todas las coronas [illegible] mundo no son nada al lado de una misa; y si [illegible] ta de lujo, en vez de coronas me agrada sobre [illegible] pulturas el gran paño heráldico, ricamente bordado, que cubrió los restos del padre y cubrirá los de [illegible] hijos, simbolizando la familia y la religión á [illegible]

En grave apuro se vería el que investigase el [illegible] gen de las ideas que se refieren á la muerte, á [illegible] contrarlas diametralmente opuestas en una [illegible] raza, la raza aria, por ejemplo. Nosotros creemos [illegible] la tierra es sagrada cuando la bendice el sacerd[illegible] y porque la creemos sagrada depositamos en ella [illegible] sacratísimo, los restos de nuestros muertos, lo [illegible] nos queda de lo que más se amó; y los parsis, por [illegible] contrario, al creer que la tierra es santa, tendrían [illegible] un sacrilegio enterrar en ella á los muertos, pues [illegible] gan que sería impurificar y manchar el seno d[illegible] tierra. De ahí esos enterramientos tan extraños, [illegible] torres fúnebres llamadas con expresiva frase *de [illegible] lencio*, en las cuales los cadáveres, descubiertos [illegible] desecan al sol, por el procedimiento de los [illegible] sos, hasta que se disuelven del todo, y quedan [illegible] huesos blancos, mondos y limpios, que van hacin[illegible] dose en un rimero en el fondo de la torre. Coincide en esto con los maoríes, gente muy religiosa [illegible] modo, que cuelga los muertos de los árboles, en [illegible] especie de hamaca, á estilo de nido de pájaro. Por sin género de duda, el modo más extraño de [illegible] tar á los muertos es el que gastan otras tribus [illegible] salvajes aún que los maoríes, y más supersticiosas más *animistas* en sus creencias. Anticipándon[illegible] Brown-Sequard, suponen que el que come del cuer[illegible] de un valiente se hace valiente como él, y el que [illegible] me de un sabio se asimila la sabiduría; así es que [illegible] sumo honor fúnebre entre esas tribus es ser devo[illegible] do, si son de músicas discordantes. Si es cierto [illegible] el cuerpo del hombre es templo y alcázar á lo [illegible] ¿qué mejor panteón que un templo y un alcázar? [illegible] eso, no ha muchos días tuve ocasión de leer un [illegible] teresante articulito, donde se demostraba que la [illegible] tropofagía no se ha de considerar, como han [illegible] hasta hoy los ignorantes, un acto de salvaje y bár[illegible] ra crueldad, sino una ceremonia religiosa, que [illegible] muestra en alto grado la fe y la piedad de los que [illegible] ejecutan y su espiritualidad delicada y exquisita.

¡Oh, mis colegas los escritores!

Emilia Pardo Bazán

Arrestado é interrogado, el hombre prestó una declaración asaz curiosa: declaró que desde hacía años, por haberle maldecido su padre, por temporadas se convertía en fiera montés, empezando por quitarse la ropa y revolcarse en el suelo, desnudo, y hallándose transformado en lobo, con todos los instintos del lobo más carnicero y sanguinario, acometiendo, destrozando y devorando á las gentes sin dejar más que los huesos, y aprovechando, para cometer tales desafueros, la fragosidad y aspereza de la sierra de San Mamed. Juntábase con otros lobos en manada y con otros hombres igualmente cambiados en lobos, y reunidos mataban y comían, durando tal situación hasta el día de San Pedro del año 1852, en que le constaba que los efectos de la maldición habían cesado, porque sintió extinguirse en su alma la sed de sangre y en sus nervios el impulso de muerte. «Nada temía yo – añadió el acusado – al realizar las matanzas, porque estaba seguro de que no me prendería nadie: me protegía mi mal sino, la fuerza misma que me impulsaba á asesinar. ¡Cuántas veces he oido atribuir á los lobos la muerte de los que yo había desgarrado con dientes y uñas..., y lo he escuchado en silencio!»

Esta declaración singular, que tanto juego dió después, y el hecho probado de la desaparición de varias personas, especialmente mujeres y niños, de quienes no se encontraba ni rastro, á quienes no se había vuelto á ver jamás, movió al juzgado de la villa de Allariz á encargar á cuatro médicos y dos cirujanos que reconociesen al procesado é informasen acerca de su estado mental. Yo me represento á los seis facultativos (ignoro si alguno de ellos vive todavía) conferenciando entre sí y sonriendo con esa sonrisa peculiarmente galaica que suele dilatar la faz de D. Eugenio Montero Ríos – sonrisa apacible y finísimamente escamona, que es un poema de penetración y de sutileza. Creed que si hay cosas difíciles en el mundo, la más difícil es pegársela á un gallego. – Acerca del *Hombre-lobo*, redactaron los médicos un informe contundente, verdadero documento de psicología. Estudiaron de un modo sucinto, pero á fondo, el carácter de aquel criminal que no ofrecía señal ninguna de enajenación, que gozaba de salud excelente, que poseía más que mediana inteligencia, que revelaba profunda hipocresía en su humilde apostura y continuos alardes de devoción y religiosidad, rosario en mano y rezos en boca. En vez de locura, lo que observaron en Blanco fué bellaquería y disimulo; y en lugar del sino funesto determinado por la maldición paterna y la supuesta licantropía, lo que vieron fué el sórdido interés, el cálculo mezquino, pero infernal, con que el *Hombre-lobo*, siempre necesitado de dinero, sacaba á despoblado á sus víctimas después de seducirlas prometiéndoles colocación ventajosa fuera de su aldea, no sin persuadirlas á que antes vendiesen cuanto poseían y se llevasen el dinero consigo, y asesinándolas en lugar salvaje y desierto, donde los lobos se cebasen en los cadáveres, y á los lobos pudiese atribuirse la muerte. A la novela romántica de la conversión en lobo, sustituyeron los facultativos de Allariz la novela realista, mucho más verosímil, de una criminal y sórdida especulación.

En vista de este informe sentenció el juez á Manuel Blanco á pena de muerte, y en la Audiencia de la Coruña pidió la confirmación de esta sentencia el fiscal D. Luciano de La Bastida, quien señaló los móviles del único hecho que no se explicaba bien en tan dramático proceso: la confesión espontánea del criminal, que hubiese podido negar, no existiendo, como no existía, lo que algunos consideran cuerpo del delito; pues de las personas desaparecidas no se encontró más resto ni huella que un solo hueso carcomido en la espesura de un monte. La Bastida creyó que Blanco había confesado en el aturdimiento de los primeros instantes de su detención, porque se creyó perdido, y no vió más recurso que urdir una espeluznante novela á fin de revestir de inconsciencia sus meditados asesinatos; y también porque del seno de los grandes crímenes secretos se alza un eco sordo, una voz sin cuerpo, que todos oyen y que á nadie se refiere, que marcha con el criminal y que le envuelve en su atmósfera: y esta aura zumbaba insinuante alrededor de Manuel Blanco, á quien, sin que se precisase el motivo de sobrenombre tan extraño, conocían todos por «el del unto.»

Así el proceso y á dos dedos del patíbulo el *Hombre-lobo*, como el relato de su extraña historia se divulgase mucho en los periódicos y resonase hasta fuera de España, cátate que aparece en escena un sabio francés trayendo á la causa los elementos de ofuscación del sentido común que á veces, por obra y gracia de la sabiduría, introducen los sabios en las cosas más claras y evidentes. Llamábase el tal M. Philips, y se dedicaba á dar lecciones experimentales de lo que él nombraba *electro-biología*, y que, si no mienten las señas, era ni más ni menos que lo que hoy se llama *sugestión hipnótica*, pues los experimentos realizados por M. Philips en las sesiones de su curso, se parecen como dos gotas de agua á los que se cuentan de Charcot en la Salpetriére, cuando no á los ejercicios de fascinación de Onofroff en los teatros. Apoyándose en la base de sus experimentos y de su nueva ciencia, el Sr. Philips, en comunicación dirigida al ministro de Gracia y Justicia, sostenía la posibilidad de que un hombre se crea convertido en lobo, de que destroce á otro con los dientes y las uñas, de que se vuelva antropófago, y de que, en vez de criminal, sea un pobre loco digno de lástima. Y á pesar de las objeciones muy razonadas del Fiscal, no se necesitó más que esta comunicación del magnetizador francés para que subiese en la balanza de la opinión el platillo de la clemencia. Los nueve ó más horribles asesinatos, cuya verdadera forma y cuyos cruentos detalles sólo las encinas y los riscos de la sierra podrían referir, pues nadie más los presenció, no justificaron la última pena impuesta por los tribunales; esparcíase ya el concepto de identidad de la locura y el crimen, y aún no se había cortado el nudo gordiano como lo cortan los criminalistas de hoy, que si opinan que todo criminal es un demente, también entienden que el loco por la pena es cuerdo, y han bautizado con el nombre de *eliminación* lo que antes se llamaba buenamente *castigo* y *vindicta pública*.

Después de una defensa en que salieron á relucir todos los casos de errores de la justicia cuando condenó á inocentes, y todos los casos de vesanía, perturbación y monomanía registrados en los libros de medicina; como la Audiencia de la Coruña insistiese en pedir garrote para Manuel Blanco, el movimiento de la opinión, provocado por la comunicación de M. Philips, fué tan decisivo, que la reina Isabel II indultó al *Hombre-lobo*, conmutando la pena capital por cadena perpetua. Y el destripador ingresó en presidio, siempre humilde, siempre con los ojos bajos, siempre rezador, siempre dedicado á hacer calceta y á referir, con una especie de crudeza bíblica, el modo que había tenido de despedazar á sus víctimas.

Leída casi á medio siglo de distancia esta causa que oí narrar como pavorosa conseja en mi niñez, siento – ¿y por qué no decirlo? – una impresión de comedia semejante á la que noto al recorrer otros procesos modernos, donde los criminales y sus defensores se convierten en novelistas sensacionales para despistar ó burlar á la justicia humana. Tal vez sea cierto que hoy ha desaparecido la fe en lo maravilloso, la creencia en cosas peregrinas y fuera del orden natural; sin embargo, la maravillosidad, instinto jamás vencido, se ha refugiado y atrincherado en los dominios de la administración de justicia, especialmente en las causas criminales. Cualquier paparrucha que se disfrace de histerismo, de monomanía, de perversión, de alucinación; cualquier cosa que la razón no pueda explicar y que repugne al buen criterio, conviértese en baluarte inexpugnable donde el defensor se ampara y lucha, antes por la vida, hoy hasta por la absolución del reo, mañana tal vez por su recompensa. Parecerá que estoy rehabilitando teorías añejas y principios casi arrinconados si digo que la parte de la responsabilidad moral y del libre albedrío son mucho mayores de lo que se cree; que los criminales en general discernen muy bien lo que hacen y saben que es malo; que las anomalías y las vesanias capaces de obscurecer enteramente el juicio son menos frecuentes de lo que se supone, y que abunda más la iniquidad que la insensatez y el desvarío. No es moda pensar así, pero yo no tengo la culpa de haber encontrado en mi vida infinitamente más pícaros redomados que maniáticos impulsivos, y sobre todo, de haber visto que los maniáticos impulsivos, cuando se trata de su conveniencia, aciertan muchas veces á dominar los impulsos ciegos de la manía, sin que los casos especiales que en contra se podrían citar sean más que raras excepciones. Por eso, al cabo de tantos años, al desenterrar en estas páginas el recuerdo de la un tiempo célebre causa del *Hombre-lobo*, muy propia y adecuada para dar cimiento de aire á las fucubraciones de algún lombrosista, me complazco en desagraviar la memoria de aquellos seis honrados, cuerdos y sagaces cuanto modestos facultativos de Allariz, tratados poco menos que de asnos con orejeras por los que entonces empezaban á hacer pinitos filosóficos, y también la de D. Luciano de La Bastida, á quien conocí mucho y que era un jurisconsulto serio, no obstante lo cual lo arrolló y derrotó M. Philips con su *electro biología*, ciencia que los formales magistrados que concurrían á mi casa de tertulia no dejaban de llamar irreverentemente *una mojiganga*.

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RECUERDOS DE UN DESTRIPADOR

Empiezo por advertir que el destripador cuya historia voy á exhumar aquí, no es el mismo de quien escribí hace tiempo una novelita titulada *Un destripador de antaño*. La resonancia que estos días obtienen en la prensa las hazañas del atroz destripador francés Vacher, me han sugerido el recuerdo de cierto célebre destripador gallego, del cual podemos hablar sin miedo á que tropiece la pluma con los más espeluznantes pormenores de la criminal leyenda transpirenaica. No faltan horrores en la que voy á referir, pero son horrores algo menos repulsivos, y entre ellos se desliza una nota cómica: la del buen sentido y la malicia.

Por lo pronto, la existencia, no de uno, sino de varios destripadores, en mi tierra y desde principios á mediados del siglo, demuestra que esos monstruos no son frutos podridos y envenenados de una civilización extrema, como por ahí se dice y repite, sino, al contrario, casos de regresión al fiero instinto natural, que pueden darse, y acaso se dan con más frecuencia, en regiones atrasadas. No era ningún *decadentista*, ni ningún refinado, el espantoso *Sacamantecas*; era sencillamente un bruto. El destripador gallego que voy á recordar, aunque rudo é ignorante, presenta la particularidad de no tener de bruto ni chispo: pertenece á la especie de los tartufos del crimen; como que su inteligencia y habilidad fueron tales, que logró embromar á los sabios, á los tribunales de justicia, al gobierno y á la reina, y evitar el condigno castigo, salvando la piel.

Esto sucedía hará unos cuarenta años. Hallándose trabajando en la villa de Escalona una cohorte de segadores gallegos, se presentaron al alcalde para avisarle de que entre ellos se encontraba un hombre de vida vagabunda, de profesiones muy diversas, á quien el rumor público acusaba de varios crímenes. Siniestra, muy siniestra debía ser la fama del segador para que sus paisanos se resolviesen á delatarle; pues el gallego teme más á la justicia que á los malhechores, y propende, antes que á denunciar, á encubrir. Pero el caso era extraordinario: tratábase de la desaparición y asesinato de muchas personas á quienes al mismo había «sacado el unto,» llevándolo á vender á Portugal, pues el unto «de persona» ya se sabe que posee virtudes mágicas, y los drogueros y botiqueros lo pagan á peso de oro.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NIÑOS Y FIERAS

La cuestión de los «niños actores» se ha abierto camino estos días al través de tantas otras como nos preocupan y forman la negra trama de la vida nacional. Esas criaturas, sentenciadas á un trabajo *artístico* de nueve á una de la noche, y al estudio y ensayo de ese trabajo el resto del día; desquiciadas de sueño y comida, privadas de esparcimiento y reposo, han inspirado más de un artículo filantrópico, una *campañita* que el público, por otra parte, acoge con la indiferencia con que suelen mirarse en España estos problemas.

No somos un pueblo á quien la pedagogía y la antropocultura le importen gran cosa, ciertamente. Compasivos y hasta blandos de corazón cuando vemos de cerca los males, nos falta por completo el resorte de la unión y asociación para evitarlos y prevenirlos. El impulso individual puede hacer milagros aquí, donde nacieron un Mañara y un San Juan de Dios; el colectivo sólo produjo una obra maestra, la Compañía de Jesús, y para eso tuvo San Ignacio de Loyola que ir á fundarla á París; si se queda en España no la funda.

Volviendo á los niños de la Zarzuela, digo que habría un medio seguro de evitar que los sometiesen á esa labor impropia de sus tiernos años; y sería, sencillamente, no acudir al teatro cuando ellos trabajasen. Yo no los he visto nunca: tal espectáculo no me atrae; los *pequeños prodigios* me son hasta antipáticos – la precocidad me repugna tanto como las pretensiones juveniles persistentes en la vejez. – A cada edad lo suyo. Un niño, que recite su fabulilla, y mejor cuanto más de reata; que cabalgue el alazán de cartón, que esgrima el sable de madera; pero, por los clavos de Cristo, que no juegue en serio ni al actor, ni al soldado, ni al enamorado, ni al sabio, ni al poeta; que no «borde» en el piano, ni en el violín, ni dé esperanzas, ni le nombren los periódicos, ni haga más que conjugar regularmente los verbos irregulares, dormir doce horas, merendar pan y queso y pegar en los vidrios calcomanías.

En la cuestión de «los niños actores» va envuelta una grave responsabilidad social y moral. No son sólo niños; hay también niñas, cuyo candor se mancha, cuyos labios se enlodan al dar paso á la cancioncilla impura, á la alusión libre, á la reticencia deshonesta... Y no digo bien; estoy siguiendo la rutina al considerar que esto es un peligro y una degradación para las niñas solamente. Entre los más perniciosos *errores comunes* se cuenta el de suponer que únicamente la pureza de las niñas se ha de cuidar y preservar, y que los varones pueden sin inconveniente, desde los primeros albores de la vida, depravar la imaginación, corromper el alma, emponzoñar las fuentes de la sensibilidad y estragar en flor los sentidos. Las razas vigorosas se forman con el respeto á la niñez y á la adolescencia, y el mayor cuidado en no pervertirla. No cabe duda; la raza sajona tarda más que la latina en romper el cascarón de la inocencia, y el fruto sazonado á tiempo tiene después otro sabor, doblemente grato.

Que la profesión de actor expone al niño á una excitación sexual tempranísima y deplorable, no lo podrá negar quien conozca poco ó mucho la índole de esa profesión. Los actores que ya cuentan la edad conveniente para ejercerla no están expuestos á daño alguno; las actrices españolas suelen ser mujeres de intachable conducta y excelentes madres de familia; pero es que cabalmente conocen y miden el peligro, y el uso de razón les presta cautela y dignidad. El niño mal podría precaver ciertos riesgos; sus curiosidades le atormentan; sus propias alas de ángel le llevan al abismo. ¿A qué insistir en lo que no requiere demostración? A nadie se ocultan las consecuencias que el estado de actor puede acarrear á un niño.

El doctor Moreau enseña que los chicos precoces son todos candidatos á la locura, en mayor ó menor grado. Sin embargo, cuando la precocidad es una disposición natural, un impulso genial mejor dicho, no lleva en sí la amenaza de tan graves desórdenes como cuando resulta de una cultura forzada y artificiosa, que estimula violentamente un cerebro normal y mediano. Rameau tocando divinamente el clave á los siete años, Mozart componiendo sonatas á los seis, Pascal publicando á los doce un tratado de las secciones cónicas, no hacían más que seguir la corriente de su propio espíritu; y acaso necesita mayor esfuerzo y se infiere más daño la diminuta actriz de la Zarzuela para cantar un tango ó para representar una escenilla picaresca, subrayando efectos y marcando intenciones con el gesto y la voz.

* * *

Después de reconocer que el hecho de organizar compañías de «niños actores» constituye un abuso y también una ilegalidad – pues existen numerosas disposiciones que implícitamente lo prohiben, y están en vigor y sólo necesitarían una ligera aclaración para que se pudiese calificar de delito público la salida á las tablas de criaturas menores de doce y diez y seis años, – conviene añadir que no es este el único ejemplo de la indiferencia con que aquí se miran la salud y la moralidad del niño. Algunas veces, en la calle, he oído las conversaciones de los chicuelos – no ya de los que visten el desarrapado traje de golfos ó el mugriento andrajo de la mendicidad, sino de esos niños de mejillas relucientes en que se notan las huellas del agua fresca, de pelona bien recortadita, de calzado lustroso y de ojos alegres: niños de familia acomodada, alimentados y cuidados, con hogar, con instrucción – y he escuchado salir de su boca de rosa las palabras más brutales y groseras, los dichos más horriblemente cínicos, cuyo sentido no sé si comprenderían por entero, ¡y ojalá no! Mientras encendían el apestoso cigarro, que chupaban de un modo inhábil, apretando los dientes y hundiendo los carrillos, y reían con la fresca risa de su adorable edad, las frases indecentes brotaban á chorros, los juramentos y las blasfemias se atropellaban, y yo recordaba la princesa de los cuentos de hadas, aquella que al hablar soltaba, en vez de perlas y rosas, feos lagartos, asquerosos sapos y negras víboras. ¿Por qué se expresaban así los infelices niños? ¿De qué modo habían adquirido el estribillo canallesco? Fácilmente se adivina: repetían lo que aprendieron de los grandes. No inventan los chicos: imitan lo que ven, lo que oyen; son jimios; se moldean en los mayores; si los mayores rezan, rezan, y si juran y reniegan, reniegan y juran también. La sucia boca del español adulto hace la sucia boca del niño; sólo que en el niño resalta más lo antipático, lo brutal de esta costumbre, á que sin notarlo pagan tributo casi todos, y que es una de nuestras inferioridades, externa si se quiere, pero ¡cuán trascendental! á lo interno!

Jamás se les ocurriría á los chicos la extravagancia de fumar, si no advirtiesen que á sus padres se les cae de los dedos el cigarro, llegando el há- á constituir necesidad tan imperiosa, que en el vía, los cortos instantes que el reglamento obl- prescindir del cigarro, vierais á los hombres des- segados, nerviosos, contraídos y tristes como mas, acechando el momento de bajarse, no por al término del viaje, sino por sacar la petaca ó la jetilla, restallar el fósforo y disfrutar las inefables licias del chupetón. Por fuerza han de creer los que el cigarro contiene el paraíso de Mahoma, observar en los mayores tal entusiasmo por él, ni cinco minutos viven y respiran sin disfrutarlo. cigarro y la blasfemia son, para el niño, símbolo la toga viril. Ser hombre no es ser sabio, ni ser no, ni ser fuerte, ni ser laborioso; ser hombre es mar sin tregua una hierba que sabe mal y decir chas obscenidades y muchos pecados. – ¡Pobres niños!

* * *

Sin salir del tema de la infancia, sépase que estos días se admiran en el Retiro dos cachorrillos de la cosa más linda del mundo. La infancia es gra- sa en las especies animales como en la humana; esos leones pequeños tienen los juegos, las mone- y las espontaneidades de una criatura mimada y til; en términos que dan tentaciones de traérselos a casa, ni más menos que si fuesen perritos ó gatos mésticos, y, andando el tiempo, no hubiesen de cer, rugir y devorar.

Corrió hace ya dos ó tres años por Madrid la ticia de que una señorita muy fina y acaudala- huérfana y libre, se había enamorado ciegamente un domador de leones. El caso, asaz romántico, tenía nada de maravilloso, porque el valor, en cu- quier forma que se presente, ejerce influencia y prestigio sobre la imaginación de la mujer, y la misma temeridad del arrojo contribuye á la ción. La señorita no perdía una noche del Circo de su predilecto realizaba los ejercicios de su pr- sión; y cada vez que le veía expuesto al peligro, da vez que le contemplaba intrépido y sonriente, su delgado latiguillo en la mano, dominando mirada y la actitud á las fieras, el entusiasmo ilusión crecían, la pasión se hincaba más adentro aquel alma de mujer. El domador no sospecha- nada de su triunfo. Estaba acostumbrado á declaraciones de mujeres excéntricas, pero no se daba poco ni mucho – es bien natural – de los mientos callados que sus habilidades podían nar en las espectadoras. Sabía que por él latían chos corazones femeniles: que fuese de terror, compasión ó de amor, no le importaba, en porque un interés más profundo, el del combate peligro diario, le absorbía enteramente. Sin em- go, una noche, al terminar el número é incli- para agradecer los aplausos, notó que dos ojos dos de lágrimas le envolvían en su mirar, y que cara pálida, llena de ansiedad, permanecía hacia él mientras iba retirándose. De esta observación á las demás sólo había un paso; el domador siguió observando y pronto pudo cior- ciorarse de lo que ya decía todo el mundo: aquella señorita iba al Circo diariamente, entraba mente á la hora en que el domador aparecía, marchaba cuando éste daba por concluído su jo. La certidumbre de haber inspirado una discreta, sincera y pura no le fué indiferente al mador; por espacio de una semana, la energía al entrar en la jaula desarrollaba siempre, estímulo grato, algo que se parecía á poético llo, y su actitud fué más noble y resuelta que y su mirada brilló con resplandores eléctricos subyugar á sus feroces amigos, dos grandes africanos, macho y hembra, y dos jaguares del sil, todavía más temibles é indómitos que los

Mas como quiera que el plazo de la contrata piraba, y el domador tenía que estar antes de en Viena, deseó dejar á la enamorada un suyo; y averiguando el domicilio de la señorita remitió, bajo perfumado sobre, una magnífica grafía... ¿suya? ¡No mil veces! La fotografía sino de *Drago*, el león macho (animal hermoso con una melena regia y unas posturas de soberana majestuosa dignidad). Y cuando los confidentes domador le preguntaron por qué no enviaba trato propio y sí el de la fiera, contestó riendo:

– Porque esa señorita no me quería á mí, mis leones.

Este suceso se me acordó al ver los preciosos leoncillos del Retiro, dignos por su gentileza de que cualquier señorita conserve su retrato.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA NOCHEBUENA DEL CARPINTERO

José volvió á su casa al anochecer. Su corazón estaba triste hasta la muerte: nevaba en él, como empezaba á nevar sobre los tejados y las calles, sobre los árboles de los paseos y las graníticas estatuas de los reyes españoles, erguidas en la plaza. Blancos copos de fúnebre dolor caían pausadamente en el alma del carpintero sin trabajo, que regresaba á su hogar y no podía traer á él luz, abrigo, cena, esperanzas.

Al emprender la subida de la escalera, al llegar cerca de su mansión se sintió tan descorazonado que se dejó caer en un peldaño con ánimo de pasar allí lo que faltaba de la alegre noche. Era la escalera glacial y angosta de una casa de vecindad, en cuyos entresuelos, principales y segundos vivía gente más que medianamente acomodada, mientras en los terceros y cuartos, ó llámense buhardillas y buhardillones, se albergaban menesterosos artesanos. Un mechero de gas alumbraba los tramos hasta la altura de los segundos; desde allí arriba, la obscuridad se condensaba, el ambiente se hacía negro y era fétido como el que exhala la boca de un sucio pozo. Nunca el aspecto desolado de la escalera y sus rellanos había impresionado así á José. Por primera vez retrocedía, temeroso de llamar á su propia puerta. ¡Para las buenas noticias que llevaba!

Altas las rodillas, afincados en ellas los codos, fijos en el rostro los crispados puños, tiritando, el carpintero repasó los temas de su desesperación y removió el sedimento amargo de su ira contra todo y contra todos. ¡Perra condición, centellas, la del que vive de su sudor! En verano, cebolla, porque hace un bochorno que abrasa y los pudientes se marchan á bañarse y tomar el fresco. En Navidad, cebolla, porque nadie quiere meterse en obras con frío, y porque todo el dinero es poco para leña de encina y abrigos de pieles. Y qué, ¿el carpintero no come en la canícula, no necesita carbón y mineral cuando hiela? El patrón del taller le había dicho, meneando la cabeza: «Qué quieres, hijo, yo no puedo sacar de donde no hay... Ni para Dios sale un encargo... Ya sabes que antes de soltarte á ti he *soltao* á otros tres... Pero no voy á soltar á mis sobrinos, los hijos de mi hermana..., ¿sabes? Ya me quedo con ellos solos... Búscate tú por ahí la vida... A ingeniarse se ha dicho...»

– ¡A ingeniarse! ¿Y cómo se ingenia el que sólo sabe labrar madera, y no encuentra quien le pida esa clase de obra?

Un mes llevaba José sin trabajar. ¡Qué jornadas tan penosas las que pasaba en recorrer á Madrid buscando ocupación! [illegible] le despedían con frases de conmiseración y vagas promesas; de allá, con secas y duras palabras, hasta con marcada ironía... «¡Trabajo! Este año para nadie lo hay...,» respondían los maestros, coléricos, malhumorados ó abatidos. De todas partes brotaba el mismo clamor de escasez y de angustia; doquiera se lloraban los mismos males: guerra, ruina, enfermedades, disturbios, catástrofes, miedo, encogimiento de los bolsillos... Y José iba de puerta en puerta, mendigando trabajo como mendigaría limosna, para regresar á la noche con el semblante hosco y el ceño fruncido, y contestar á la interrogación siempre igual de su mujer, con un movimiento de hombros siempre idéntico, que significaba claramente: «No, todavía no.»

La mala racha les cogía sangrados, después de larga enfermedad, una tifoidea, de la chica mayor, Felisa, convaleciente aún y necesitada de alimento substancioso; después de la adquisición de una cómoda y dos colchones de lana, que tomaron el camino de la casa de empeños á escape; después de haber pagado de un golpe el trimestre atrasado de la vivienda y oído de boca del administrador que no se les permitiría atrasarse otra vez y al primer descuido se les pondría de patitas en la calle con sus trastos... En ocasión tal, un mes de holganza era el hambre en seguida, el ahogo para el resto del venidero año. ¡Y el hambre en una familia numerosa! Nadie se figura el tormento del que tiene obligación de traer en el pico la pitanza al nido de sus amores, y se ve precisado á volver á él con el pico vacío, las plumas mojadas, las alas caídas... Cada vez que José llamaba y se metía buhardilla adentro, el frío de los desnudos baldosines, la nieve de la apagada cocina se le apoderaban del espíritu con fuerza mayor; porque el invierno es un terrible aliado del hambre, y con el estómago desmantelado muerde mil veces más riguroso el soplo del cierzo que entra por las rendijas y trae en sus alas la voz rabiosa de los gatos...

En todo esto cavilaba José. No, no era posible que él pasara aquel umbral sin llevar á los que le aguardaban allí dentro, famélicos y transidos, ya que no las dulzuras y regalos propios de la noche de Navidad, por lo menos algo que desanublase sus ojos y reconfortase su espíritu: algo que les abrigase el cuerpo. Permanecía así, en uno de esos estados de indecisión horrible que constituyen verdaderas crisis del alma, en las cuales zozobran ideas y sentimientos arraigados por la costumbre, por la tradición. Honrado era José, y á ningún propósito criminal daba acogida, ni aun en aquel instante de prueba; las manos se le caerían de vergüenza antes que extenderlas á la ajena propiedad; pero esta honradez tenía algo de instintivo; y lo que se le turbaba y confundía á José era la conciencia, en pugna entonces con el instinto natural de la hombría de bien, y casi reprobándolo. Él no robaría jamás, eso no...; pero vamos á ver, los que roban en casos análogos al suyo, ¿son tan culpables como parece? A él no le daba la gana de abochornarse, de arrostrar el feo nombre de ladrón; – unas horas en la cárcel le costarían la vida; moriría del berrinche, de la afrenta; bueno; esas eran cosas suyas, repulgos de su dignidad, que un carpintero puede tenerla también; mas los que no padeciesen de tales escrúpulos y cometiesen una barbaridad, no por sostener vicios, por mantener á la mujer y á los pequeños..., ¿quién sabe si tenían razón á su modo? ¿Quién sabe si eran mejores maridos, mejores padres? El no traía á los suyos más que necesidad y lágrimas...

José gimió, se clavó los dedos en la cabeza, y estúpido de amargura, miró hacia abajo, hacia la parte iluminada de la escalera. Por allí mucho movimiento, mucho abrir de puertas, mucho subir y bajar de criados y dependientes llevando paquetes, cartitas, bandejas: los últimos preparativos de la cena, el turrón que viene de la turronería, el bizcochón que remite el confitero, el obsequio del amigo, que se asocia al júbilo de la familia con las seis botellas de Jerez dulce y las rojas granadas. Una puerta sola, la de la viuda anciana y devota, doña Amparo, no se había abierto ni una vez; de pronto se oyó estrépito, una turba de chiquillos se colgó de la campanilla; eran los sobrinos de la señora, su único amor, su debilidad, su mimo... Entraron como bandada de pájaros en un panteón; la casa, hasta entonces muda, se llenó de rumores, de carreras, de risas. Un momento después, la criada, viejecita tan beata como su ama, salía al descanso y gritaba con cascada voz:

– ¡Eh, Sr. José! ¿Está por ahí el Sr. José? Baje, que le quiero un recado...

En los momentos de desesperación, cualquier eco de la vida nos parece un auxilio, un consuelo. El que cierra las ventanas para encender un hornillo de carbón y asfixiarse, oye con enternecimiento los ruidos de la calle, los ecos de una murga, el ladrido del perro vagabundo. José se estremeció, y con voz ronco de emoción contestó bajando á saltos:

– ¡Allá voy, allá voy, señora Baltasara!.

– Entre... – murmuró la vieja. – Si está desocupado nos va á armar el Nacimiento, porque han *venío* los chicos, y mi ama, como está con ellos que se le cae la baba pura...

– Voy por la herramienta – contestó el carpintero pálido de alegría.

– No hace falta... Martillo y tenazas hay aquí, y clavos quedaron del año *pasao*, como yo lo guardo todo, bien apañaditos los guardé...

José entró en el piso invadido por los chiquillos y en el aposento donde yacían desparramadas las figuras del belén y las tablas del armadijo en que había de descansar. Entre la algazara empezó el carpintero á disponer su labor. ¡Con qué gozo esgrimía el martillo, escogía la punta, la hincaba en la madera, la remachaba! ¡Qué renovación de su ser, qué bríos y qué fuerzas morales le entraban al empuñar, después de tanto tiempo, los útiles del trabajo! Pedazo á pedazo y tabla tras tabla, iba sentando y ajustando las piezas de la plataforma en que el belén debía lucir sus torrecillas de cartón pintado, sus praderas de musgo, sus figuras de barro toscas é ingenuas. Los niños seguían con interés la obra del carpintero, no perdían martillazo, preguntaban, daban parecer, y correaban con palmadas y chillidos cada adelanto del armatoste. La señora, entretanto, colgaba en la pared unas agrupaciones de bronce y vidrio para colocar en ellas bujías. Los criados iban y venían, atareados y contentos. Fuera nevaba, pero nadie se acordaba de eso; la nieve, que aumenta los padecimientos de la miseria, también aumenta la grata sensación del bienestar íntimo, del hogar abrigado y dulce. Y José, asentaba, clavaba la madera, hasta terminar su obra rápidamente, en una especie de transporte, reacción del abatimiento que momentos antes le ponía al borde de la desesperación total...

Cuando el tablado estuvo enteramente listo, y José hubo dado alrededor de él esa última vuelta del artífice que repasa la labor, doña Amparo, muy acabadita y asmática, le hizo seña de que la siguiese, y le llevó á su gabinete, donde le dejó solo un momento. Los ojos de José se fijaron involuntariamente en los muebles y decorado de aquella habitación ni lujosa ni mezquina, y sobre todo, le atrajo desde el primer momento una imagen que campeaba sobre la consola, alumbrada por una lamparilla de fino cristal. Era un San José de talla, escultura moderna, sin mérito, aunque no desprovista de cierto sentimiento; y el santo en vez de hallarse representado con el Niño en brazos ó de la mano, según suele, estaba al pie de un banco de carpintero, manejando la azuela y enseñando al Jesusín, atento y sonriente, la ley del trabajo, la suprema ley del mundo. José se quedó absorto. Creía que la imagen le hablaba; creía que pronunciaba frases de consuelo y de cariño infinito, frases no oídas jamás. Cuando la señora volvió y le metió dos duros en la mano, el carpintero, en vez de dar gracias, miró primero á su bienhechora y después á la imagen; y á la elocuencia muda de sus ojos respondió la de los ojos de la viejecita, que leyó como en un libro en el alma de aquel desventurado, deshecho física y moralmente por un mes de ansiedad y amargura sin nombre. Y doña Amparo, muy acostumbrada á socorrer pobres, sintió como un golpe en el corazón: la necesidad que iba á buscar fuera de casa, visitando zaquizamíes, la tenía allí, á dos pasos, callada y vergonzante, pero urgente y completa. Alzó los ojos de nuevo hacia la efigie del laborioso Patriarca, y bondadosamente, tosiqueando, dijo al carpintero:

«Ahora subirán de aquí cena á su casa de usted, para que celebren la Navidad.»

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PORTEROS Y CÉDULAS

El reglamento que ha ideado el gobernador civil de Madrid, erigiendo á los porteros de las casas en agentes de policía, ó mejor dicho, en espías asalariados por los mismos á quienes deben espiar, ha producido un efecto especialísimo, que conviene advertir para darse cuenta del estado de alma colectivo de una generación, en el mismo umbral del siglo XX. Cuando Gustavo Flaubert encontraba, en los libros que leía, algo que le parecía muy absurdo, escribía al margen: «Gigantesco!!,» con tres admiraciones. Pues bien: no se habla á nadie en Madrid que no encuentre «gigantesco!!» el reglamento susodicho, y sin embargo, nadie cree necesario protestar muy enérgicamente de él, porque hay la firme y consoladora convicción de que no se llevará á efecto la serie incalculable de vejámenes que entraña.

La apatía del público es, pues, un indicio de buen sentido y de serenidad plausible. ¿A qué soliviantarse por molestias imaginarias, que no llegarán á tomar cuerpo? Contra las leyes precipitadas y arbitrarias, indiferencia absoluta y la resistencia de la piedra que no se sale de su sitio. Se obedece, pero no se cumple, y no se cumple porque no hay modo.

En otros siglos las leyes se basaban en las costumbres; y así, buenas ó malas, las leyes tenían su lógica y su razón de ser. Si las costumbres revestían carácter de dureza y violencia, duras y violentas eran asimismo las leyes; seguramente nos parecen inicuas, bárbaras y crueles muchas providencias que leemos en las Partidas; pero remontándonos á la época en que se dictaron, es fuerza reconocer que guardan armonía con el criterio social. La misma Inquisición, que hoy se considera tan odiosa, no lo era cuando se instituyó, muy al contrario. Los escritores contemporáneos al establecimiento de la Inquisición, sólo tenían alabanzas y respeto para el que llaman sin reticencia *El santo Tribunal de la Fe*. Los impugnadores vienen siglos más tarde, cuando ya la Inquisición, lejos de derivarse de las costumbres (que son manifestación concreta de las ideas y los sentimientos), pugna con aquéllas y con éstos. Los que aspiran á destruir la Inquisición, los que escriben libros como *Bororquia* ó *La inquisición sin máscara*, se puede decir que dan gran lanzada á moro muerto: la Inquisición era un cadáver antes de que finalizase el siglo XVIII. Mientras la Inquisición tuvo vida, la tomó de los jugos del cuerpo social. Y lo propio sucedió á otros tribunales que á distancia nos representamos, no sólo aborrecibles, sino aborrecidos y execrados universalmente. El tribunal de los Diez, de Venecia, el mismísimo tribunal revolucionario enviando las gentes á hornadas á la guillotina, no se hubiesen sostenido veinticuatro horas, si fuesen completamente antipáticos, inaguantables, y en especial, ridículos para la sociedad en que funcionaban. Existían en esta sociedad cimientos en que se basaban y apoyaban esos tribunales excepcionalísimos; las circunstancias los hacían, por corto ó largo tiempo, posibles, y hasta, si atendemos á consideraciones históricas muy importantes, oportunos y convenientes en alguna manera. Quizás evitaban daños mayores, y contribuían á bienes incalculables. Por eso se les soportaba y se les temía. Lo temible implica fuerza y poder.

Pensará alguien que éstas son honduras y filosofías inadecuadas, tratándose de un reglamento de los porteros de Madrid. Guardadas las distancias, no hay cosa incomparable á otra de su género. El tal reglamento es una restauración (en parodia) de los procedimientos inquisitoriales; y no según fueron realmente, sino cual los pinta el autor de *Bororquia;* con el espionaje y la delación por base de la justicia. En novelas terroríficas y en descabellados folletines (*El judío errante* ó *Rocambole*, verbigracia), solemos leer que un poder oculto en la sombra aplica el sistema de introducir en las casas, con disfraz de sirviente, al que ha de sorprender y revelar lo que en ellas ocurre, y prestar así al poder consabido armas para dominar y tener en un puño, bajo la presión de terror misterioso, á los individuos y á las familias. Dírase que el novelón fantástico va á encarnar en la realidad, gracias al reglamento de los porteros, y que, si no da al traste con tales disposiciones una carcajada y un encogimiento de hombros, volveremos á los tiempos clásico-románticos de los *sospechosos*, y aun de las encantadas alacenas de la primer *Dama duende*.

¡Y qué policía, Dios santo, la que se componga de individuos poseídos de sentimientos casi siempre hostiles, indiscretos, dañinos por necesidad! ¡Qué dirán, qué contarán, cómo interpretarán las acciones, pasos y movimientos de sus inquilinos y amos! ¡Qué explicaciones las suyas, al llegar los días en que la policía, según lo estatuído en el reglamento, venga á «cambiar impresiones» acerca de lo que en la casa sucede! Lo repito: en abreviatura y caricatura, tendremos Inquisición doméstica, la Inquisición de la chismografía, con la diferencia de que los familiares del Santo Oficio eran escogidos entre lo más granado, social, intelectual y moralmente, entre los ingenios, los nobles, los grandes señores, los sacerdotes virtuosos é ilustrados de aquel tiempo, y los familiares de esta Inquisición nueva se reclutan en clase humildísima y forzosamente destituída de cultura, entre los que desempeñan las modestas funciones de *pipelés*, ganando un sueldo á proporción de su oficio.

Hay un aspecto de esta «cuestión de los porteros» que juzgo extremadamente curioso. Es la primera vez (que yo sepa) que encontramos á la mujer investida del cargo de agente policíaco. En Francia, después del desastre, cuando se padecía la obsesión de las traiciones y se achacaba á tenebrosos manejos el triunfo de las armas germánicas, se habló mucho de espías del bello sexo, á sueldo de los prusianos, y se escribieron sobre tan sugestivo tema novelas y dramas, descollando entre estos últimos el famoso de Alejandro Dumas, *La mujer de Claudio*. Sólo que estas espías eran damas muy elegantes, guapas y comprometedoras, que aprovechaban sus gracias y zalamerías para sacar los ochavos, como suele decirse, á los personajes, diplomáticos, políticos y militares de alta graduación. Las porteras madrileñas, que no se parecen en nada á las bellas culebronas de la literatura francesa, son, si no me equivoco, las únicas hembras encargadas – y no en secreto, sino á cara descubierta, oficialmente, – de vigilar á los habitantes de una gran población, por encargo de la autoridad gubernativa... Esta debería, por lo menos, ya que no las señala sueldo, regalar á cada portera un vistoso uniforme con el oso y el madroño bordados en realce!

Que el portero ejerza sobre el inquilino superior inspección y vigilancia rigurosa, será una impertinencia intolerable (y no tolerada, lo presumo), pero no remediará ningún daño, no disminuirá el número de establecimientos equívocos ni de los robos domésticos en Madrid. Vigilara la verdadera policía, la que cuesta dinero á la nación, y otro gallo nos cantara, y los delitos no quedarían impunes.

Por contera, el reglamento hundirá en la miseria á innumerables familias que no tienen pan que llevarse á la boca sino el que la portería les vale. Excluyendo á los mayores de sesenta años, se deja sin empleo lo menos á una tercera parte de los porteros de Madrid. El de mi casa, por ejemplo, tiene quizás sus setenta cumplidos; en su portería se está, sin embargo, constantemente, sin guardar cama un día solo. ¿Qué haremos de este servidor, que ocupa su puesto desde hace veinte años ó más, si se pone en vigor el célebre reglamento? ¿Le echamos á la calle á pedir limosna? Y si no podemos pensionarle, ¿le concederá el gobernador una plaza en el hospital de inválidos de nueva creación, que debe ser complemento de sus disposiciones á roso y velloso? Porque un hombre pase de los sesenta, si tiene salud y ánimos para un trabajo que no requiere esfuerzo muscular, una labor sedentaria y mansa como la de guardar la portería, ¿va á quitársele el modo de vivir? Confieso que la perspectiva de unos cuantos centenares de viejos como el de mi casa, que en un día mismo se viesen precisados á tender la mano para no morirse de hambre, es lo que me soliviantara y me impide tomar enteramente á broma el reglamento. ¡Sesenta años! ¡Cuántos años tienen muchos altos empleados, muchos ministros, el mismo presidente del Consejo? Y ¿acaso se necesita menos fuerza, disposición, rejo y brío para llevar en peso los destinos de la nación (particularmente ahora) que para barrer las escaleras dos veces por semana, frotar con tiza los aldabones de las puertas y responder, en soñolienta voz, que el Sr. X... ó la señora de H... viven en el segundo y que hay entresuelo?

¡Ah! Uno de los terribles males de nuestra época es la manía de legislar demasiado y sobre cosas existen, sobre los más insignificantes pormenores del *train train* diario. Complicada así la vida, entra á los que la consideramos una especie de sea de la civilización, y se sueña con la isla donde ni hay funcionarios, ni administración, ni peles, ni tanta y tanta fórmula hueca, tanta lla, tanta mecánica odiosa é inútil. Que se las cédulas personales, corriente; pero ¡hacer para soltar el dinero! ¡Correr de una oficina á subir pisos y más pisos, recibir empellones, soñones, y encontrarse «que ya ha pasado la La odisea del que «va á tomar la cédula» se quién lo duda, á ser cantada por la musa regocijada de López Silva; pero á la vez podría comentada amargamente por el autor de *de corte y alabanza de aldea*, ó el de *Madrid y estafermos de la corte*. Verdaderos fermos son estas molestias gratuitas, ideadas para sacar de quicio á la gente más sufrida, da y apacible del universo, que son sin duda los tribuyentes españoles.

Encogiéndose de hombros, con pullas comentarios humorísticos, sobrellevan las invenciones que no parecen tener otro fin sino hacer que se den á todos los diablos. Hay mucho de filosofía, algún poco de idealismo, te de fatalismo musulmán y sus miajas de paciencia. De estos elementos resulta un blando y sano, fondo del carácter *bon enfant*, el que aquí predomina. Vengan leyes, decretos y reglamentos; se oirán como quien ve ver; probablemente no se llevarán á efecto; pereza de hacerlos cumplir los mismos que curren y promulgan; cuando el mal sea excesivo exceso saldrá el remedio; por otra parte, no que cien años dure; cada día trae el suyo, y distinto de los anteriores; vamos andando, Dios mejorará sus horas... Y de estas reflexiones mana la tranquilidad y el buen corazón en adversos, prendas características de la

. . . . . .

Escrito lo que antecede, al punto de enviar rreo mi crónica, oigo decir que el reglamento porteros morirá nonnato, que no llegará á ni una hora: la prensa, que, á pesar de los presta de vez en cuando excelentes servicios que censura, ha salvado al Gobernador de los flictos que le acarrearía el bendito reglamento empeñase en llevarlo á la práctica. No hueja embargo, ni una línea de este artículo, ni de más que se escriban. Aviso para los que quieran taurar inquisiciones baratas.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLEOPATRA

Estos días vivimos bajo la obsesión de Cleopatra y Marco Antonio. Una época decisiva en los anales de la humanidad sale del olvido en que yacía sepultada; olvido relativo, porque la historia está ahí para recordárnosla incesantemente á los que gustamos de las sonoras canciones con que la historia sabe arrullar. Pero estos tales somos pocos, y la mayoría no se acuerda de Cleopatra, á pesar de la eterna seducción de esfinge que rodea y envuelve á la hija de los Lágidas, la gitana que pudo cambiar la faz mundo.

Contrapuestos y en lucha los pareceres; zarandeada la cuestión de la tragedia *Cleopatra* por plumas y lenguas, en nada contribuiría á esclarecerla un dictamen más, y no será el mío el que venga á sumar confusiones á las que ya abundan en la discusión de la tragedia arreglada por Eugenio Sellés con escenas de Guillermo Shakespeare. Mi opinión, por otra parte, no podría menos de resentirse del ascendiente que en mí ejerce, no sólo la ilimitada admiración por Shakespeare, sino la amistad hacia Sellés, autor por tantos conceptos celebrado y famoso. Respecto á Shakespeare, no hablo de memoria al estampar esa palabra tan prodigada: *admiración*. Más de un año, acaso dos, me los pasé leyendo y releyendo á Shakespeare en el texto inglés; de suerte que, involuntariamente, aprendí de memoria innumerables frases y trozos enteros de sus mejores dramas y comedias, y llegué á considerar sus obras como se consideran esos libros capitales donde todos encuentran lo que buscan, y que, abiertos al azar, siempre ofrecen una sentencia ó lección adecuada á la necesidad de quien los consulta. Tan familiarizada llegué á encontrarme con Shakespeare, que de noche, en familia, durante las veladas de invierno, solía coger el texto y traducir en alta voz, de corrido y sin diccionario, alguno de sus mejores dramas. Hay en Shakespeare – autor que rebasa del límite puramente *literario* y llega á la *superliteratura*, á eso que parece flor espléndida de la naturaleza y no engendro de la ficción – una originalidad que en parte es propia de su raza y de su tierra, y en parte mayor, fruto del temperamento dramático más poderoso que produjeron los siglos, y acaso producirán nunca. Originalidad verdadera, tanto más verdadera, personal é íntima, cuanto que entre los asuntos de los dramas y comedias de Shakespeare, tal vez no existe uno solo que rigurosamente le pertenezca: son tomados de aquí y de allí, de la tradición, de la leyenda, de la historia, y sobre todo del teatro ajeno; algunos (como *El moro de Venecia*) habían sido explotados ya por varios autores cuando Shakespeare les echó la zarpa leonina.

Y también hay en Shakespeare – negarlo sería grado de fanático – mil rarezas, desplantes, extravagancias, trivialidades y groserías, imposibles de llevar á la escena contemporánea, en la cual no faltan ciertamente groserías y trivialidades, pero... de otra índole. Los *gongorismos*, digámoslo así, de Shakespeare; los alambicamientos, ampulosidades y arabescos de su musa – parecidos á inverosímiles dislocaciones de *clown* británico – son otra dificultad con que tropezará de fijo quien emprenda una adaptación de Shakespeare al teatro moderno. «¡Vaya si por acá cocemos las habas del gongorismo!,» – me dirán. – «A calderadas – respondo. – Sólo que nuestras habas gongorinas se parecen á las inglesas como se parece un *plum pudding* á una morcilla extremeña ó una sobrasada de Mallorca.»

Esto quiere decir (implorando disculpa por lo vulgar de la comparación culinaria) que Shakespeare, autor universal si los hubo, es muy inglesazo; como todos los genios, lleva en la planta de los pies tierra del suelo donde nació, tierra que pesa á veces en las alas del drama (porque en las comedias, sobre todo en *La doma de la Taraxa* y en *Como gustéis*, están iluminadas con reflejos vivos y graciosos del sol meridional.)

Volviendo á *Cleopatra*, no muy festejada ni halagada por el público de Madrid, diré que, sin ser de lo mejor é indiscutible de Shakespeare, es uno de sus dramas históricos que tienen el privilegio de interesar y dejar profunda huella en la memoria. La gitanilla, la sierpe del Nilo, al través de tantos siglos, aún nos fascina, aún se nos enrosca al pecho. Es la última hechicera de la antigüedad; la última que, según la expresiva frase de Salomón, arrebata los corazones sólo con el crujido de las sandalias. Los encantos del Oriente se condensan en Cleopatra para rendir á sus pies al Occidente triunfador.

La biografía de Cleopatra, conocida y narrada con suma riqueza de detalles, es una novela psicológica, de sentimiento actual, contemporáneo. Hija de Tolomeo Auletes, que falleció el año 51 antes de Cristo, Cleopatra, casándose con su hermano Tolomeo, ocupó á los diez y seis años el trono de Egipto. Tenía por capital de sus Estados una ciudad prodigiosa: Alejandría, la de las perspectivas ilimitadas, la del puerto bullicioso, la de los monumentos gigantes – entre ellos una Biblioteca de setecientos mil volúmenes: – un París cosmopolita de entonces, floreciente y corrompido, intelectual y comercial, con barrios enteros de gente opulenta, de edificios de mármol y jaspes, y barrios de miseria, ya sospechosos y peligrosos como son hoy algunos de Londres. Cleopatra era ambiciosa: quería el poder absoluto, y pronto su talento, su cultura y su carácter la hicieron única soberana, excluyendo al débil rapaz á quien llamaba hermano y esposo. Con las armas en la mano, disputáronse el poder los dos hijos de Tolomeo Auletes: la victoria definitiva sería para el que lograse la protección del omnipotente Julio César; y éste permaneció indeciso, inclinándose más bien al hermano. Era que no había visto á Cleopatra, y como hacerse ver de César era difícil, pues el enemigo guardaba las entradas de Alejandría por tierra y mar, discurrió Cleopatra una estratagema: hízose envolver y empaquetar en un saco de jerga, como una mercancía, y á hombros de un fiel servidor fué llevada hasta la misma cámara del romano. Abrióse el envoltorio, y salió de él la que los historiadores de su tiempo han llamado *hermosa entre las mujeres*.

No fué necesario más. César pertenecía á Cleopatra y era dueño de Roma, y contra viento y marea la restableció y aseguró en el trono. Tolomeo pereció ahogado en el Nilo, y el dictador y la reina, á bordo de su palacio flotante, cuyos techos incrustan las amatistas, los topacios y las ágatas preciosas, entre cánticos y festines, van por el Nilo abajo, en delicioso viaje, pasando la luna de miel. Un hijo, Cesarión, es el fruto de sus amores. César, cada vez más subyugado, lleva á Cleopatra á Roma á que asista á su triunfo, y por un instante la orgullosa Roma, inclinándose ante la reina extranjera amada de César, empieza á temer que á sus dioses sustituyan los númenes del Egipto, el ladrante Anubis y Ra el del pico de buitre – sin sospechar que muy en breve un Dios de verdad iba á dejarlos iguales á todos. – César, enloquecido, erigió en el templo de Venus la estatua de oro de Cleopatra; murmuróse que quería legar el imperio romano al hijo de la egipcia, y Bruto y Casio, al esgrimir el puñal contra el gran César, contaron con la impopularidad que le atrafan tales rumores.

Asesinado César, Cleopatra se volvió prudentemente á Alejandría, y prestó apoyo al partido de los vengadores del muerto; pero fué su apoyo tan inhábil y tan inútil, que Marco Antonio, después de la batalla de Filipos, antes se creyó enemigo que aliado de la soberana de Egipto. Suele producirse en el destino de los humanos – y especialmente en ciertos destinos trágicos, inmensos, destinados á llenar la historia – un curioso fenómeno de reincidencia: dos veces el golpe de la suerte se ofrece de un modo idéntico, y se produce, casi con las mismas circunstancias, igual crisis en la vida. Por segunda vez Cleopatra veía pendiente su corona, su grandeza y su existencia del capricho del árbitro del mundo, y el árbitro del mundo le era adverso; y por segunda vez, según había seducido al omnipotente César, se proponía seducir al omnipotente Marco Antonio. Por segunda vez también bastó que se mostrase, que apareciese ante los ojos del caudillo romano. Y si había deslumbrado á César saliendo de un saco de burda tela y exhibiendo el esplendor de su juventud, ahora, más artificiosa y más experta, madura para los filtros amorosos, ideó el efecto teatral que, después de hechizar á Marco Antonio, todavía excita, á la vuelta de diez y nueve siglos, la imaginación de cuantos sienten el arte y la belleza: la aparición en Tarco, remontando el Cidro en un bajel que parece concha de oro, con velas de púrpura, «tan perfumadas, que en ellas el aire enfermaba de amor;» remos de plata, «que hacían gemir de amor á las olas,» y bajo el toldo de áureo tisú que la defiende de los rayos solares, Cleopatra, en representación de la diosa Afrodita, cercada de niños y de lindas muchachas que figuran los Amores, las Ninfas, las Gracias y las Nereidas, mientras las flores inundan el suelo, los aromas se elevan en espirales sutiles desde los cincelados pebeteros, y una orquesta suave, oculta en las entrañas del buque, acompaña las canciones lánguidas como suspiros y los himnos voluptuosos que turban el alma. No era preciso tanto para que fuese Marco Antonio – durante toda la vida y hasta la muerte trágica que le costó su pasión – el esclavo sumiso de la gitana; más esclavo que César, el cual no llegó al extremo de envilecerse y degradarse.

La segunda etapa de la vida de Cleopatra es sobrado conocida; tiene una hermosura magnífica y una realidad terrible; ha inspirado á pintores, escultores y poetas. Shakespeare la escogió para el drama cuya refundición ó reducción tanto se ha discutido en Madrid estos días, y que ya su traductor Sellés ha retirado del teatro. De los tres dramas trágicos de Shakespeare que tienen asunto romano (*Coriolano, Julio César, Antonio y Cleopatra*), este último es el que ofrece los elementos de una creación pasional. No hay público alguno que no sea capaz de sentir la pasión; y la pasión, en toda su fuerza y energía, con toda su destructora actividad, con su mezcla de cieno y de oro, es la clave del episodio de Antonio y Cleopatra: Antonio no es un capitán ni un político, sino un enamorado, á quien el fuego del mal de Fedra y Safo devora la medula de los huesos. Si Shakespeare, prescindiendo de la política y de la guerra, sólo hubiese visto en Antonio la pasión, haría una tragedia rival de *Otelo*. No lo hizo así por atenerse á la historia, al través de la cual, sin embargo, se trasluce bien el carácter íntimo, *lírico*, del episodio de Antonio. En los amores de la reina de Egipto y del triunviro romano, y en su tremendo desenlace, no hay una tragedia, sino infinitas tragedias; cada actor puede entresacar la suya; la cantera es inagotable; numerosos pasajes de Plutarco, de Dion Casio y de Josefo pueden servir de bases para lo que llama Sardou *la scène a faire*; la escena conmovedora, que ha de estremecer al público electrizado de entusiasmo. ¿Que cómo se escribe esa escena? ¡Ah! Ahí está el secreto del genio dramático, ahí el albur del acierto... Acaso no se escribirá nunca. Acaso, ¿quién sabe?, el hecho de que una Cleopatra de Shakespeare, arreglada por autor tan ilustre como Sellés, no haya sido bien recibida, excitará el amor propio de algún dramaturgo, que intente de nuevo la formidable empresa...

Yo me alegraría de que así sucediese. Cleopatra, con sus arterías, sortilegios, gracias y monadas gitanescos; su mezcla singular de debilidad femenil y viril firmeza; su insaciable ambición y su anhelo, que dos veces estuvo á pique de realizar (sin más armas que sus ojos) de imponer la ley del Oriente á Roma y al mundo occidental, lo cual hubiese variado por completo la dirección de la historia y de la civilización, hasta un extremo que nos es imposible concebir; con su tranquila expectación de la muerte, dedicándose á buscarla lo más dulce posible, semejante á un sueño delicioso; con su resolución intrépida de no ser llevada á Roma como lo había sido su hermana Arsinoe; de «no ser triunfada;» de no entrar, en medio de la rechifla y los insultos del populacho, allí donde se había elevado su estatua de oro, su estatua de diosa..., es *algo* que comprendo que arrastre y seduzca á nuestro siglo y le dé el bebedizo que trastornó la razón á César y á Antonio: y el poeta que consiguiese evocar á Cleopatra, despertar á la momia de su apacible sueño, reanimarla y devolver la vibración á sus nervios y el calor á su sangre, segura tendría una ovación en cualquier teatro; porque Cleopatra ya no tiene patria; ó mejor dicho, es cosmopolita como Alejandría.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL ARTE HISTÓRICO Y EL CARNAVAL

El estreno en el teatro de la Princesa de la obra de Victoriano Sardou *Madame Sans-Gêne*, traducida y adaptada á la escena española bajo el título de *La corte de Napoleón*, ha sido un acontecimiento desde el punto de vista de la exactitud, propiedad y lujo en trajes, decoraciones y mobiliario, y como por aquí no estamos muy habituados á semejantes fortunones, nos ha sorprendido de un modo doblemente grato el esfuerzo de la empresa Palencia-Tubau, y hemos pasado una noche deliciosa creyendo ver desfilar ante nuestros ojos las viñetas de los abanicos de setenta ú ochenta años de fecha, y las escenas contemporáneas de la gran Staël y los albores del romanticismo.

Fué una época realmente galana y bizarra en el vestir y en el adorno de las habitaciones esa que aparece fielmente representada en *La corte de Napoleón*. Las mujeres vestían con una libertad muy próxima á la licencia, y los hombres con un fasto asiático que trascendía á campaña de Egipto y á incursión á tambor batiente por imperios tan impregnados aún de orientalismo como Austria, Hungría, Rusia y Polonia; el gusto, cautivo aún en las prisiones del clasicismo del siglo XVIII, era una especie de salto atrás dejando de esta parte al cristianismo, y retrocediendo, no tanto á Grecia como al estilo romano, derivado de Grecia, y cuyos muebles, vasijas y elementos decorativos eran entonces muy familiares, no sólo á Francia, sino á España, que conserva delicadísimos trabajos y modelos de este género en sus Reales sitios y en algunas mansiones de la grandeza. No se vivía á la griega únicamente en Francia: en España – pugnando con el carácter nacional – también se había aclimatado ese gusto, algo frío, de elegancia sobria y exquisita.

En cuanto á la moda de vestirse á la griega, será curioso tal vez recordar dónde nació. Puede creerse que fué en una cena, en el taller de la famosa artista Madama Vigée Lebrun, á cuyo pincel maestro se deben tantos hechiceros retratos de la infortunada reina María Antonieta. Una noche había convidado la pintora á doce ó quince personas, con objeto de que escuchasen leer al poeta Le Brun; y como antes de la reunión se leyesen algunas páginas de *Los viajes del joven Anacarsis*, obra tan favorecida y celebrada entonces, al llegar á la descripción de una comida griega y la explicación de varias salsas, el hermano de la Vigée exclamó: «Deberíamos hacer que esto lo probasen hoy nuestros convidados.» Al momento la pintora llamó á su cocinera, la enteró, y se convino que haría cierta salsa helénica para el capón y otra para la anguila. Esta idea suscitó la de disfrazarse con trajes griegos para sentarse á la mesa. El taller estaba lleno de paños y telas en las cuales envolvía á sus modelos la Vigée, y el conde de Parois, que vivía en la misma casa, era coleccionista y poseía centenares de curiosos vasos etruscos. Se le pidió contingente, y trajo cantidad de copas, vasos, ánforas, cráteras y platos de la más característica forma. Limpió la Vigée los cacharros seculares, y los colocó, sin mantel, sobre una mesa de madera lisa y llana; después hizo el fondo del comedor con un inmenso paño plegado á la antigua, sujeto por medio de clavetones, como suele aparecer en los cuadros de Poussin; colgó del techo una lámpara adecuada, y esparció rosas por el suelo y sobre la mesa. Según iban llegando los convidados, que eran en su mayor parte mujeres bonitas, la Vigée las peinaba y vestía á su modo, transformándolas en atenienses. A Lebrun-Píndaro, el relamido poeta, le quitan los polvos blancos de la cabeza y le colocan una corona de laurel; le plegan un manto rojo, remedando la púrpura, y hele convertido en Anacreonte. Todos los demás convidados se van transformando así, y por último la pintora se arregla también con una corona de rosas y un velo de gasa. Dos jovencillas, con blancas túnicas, un ánfora bajo el brazo, se disponen á escanciar la bebida; y todos los comensales, á coro, entonan un himno pagano de Gluck, el autor de *Orfeo*, acompañado con la lira por uno de los presentes que ha convertido en lira nada menos que una guitarra.

El espectáculo era pintoresco y lindo hasta lo sumo; la cena fué frugal y extraña: una torta amasada con miel y salpicada de pasas de Corinto; por bebida, vino de Chipre. A los postres, Le Brun recitó anacreónticas. Al día siguiente no se hablaba en la corte de otra cosa sino de la cena griega de Madama Vigée; á los quince días toda Europa la comentaba. En Versalles se dijo que había costado veinte mil francos; en Viena que sesenta mil; en San Petersburgo que ochenta. «Y la verdad – escribe Madama Vigée – es que debió de costarme poco más ó menos quince francos.»

Lo cierto es que la comentadísima cena griega trajo indudablemente la moda – que estaba en la atmósfera – de vivir á la griega todo lo posible. Para las mujeres muy hermosas, de formas arrogantes y perfectas, de proporciones estatuarias, los estilos griegos eran tentadores. Nadie desconoce aquel primoroso retrato de la Récamier, envuelta en los paños elegantísimos de una túnica antigua, alto el talle, forma que exagera la longitud de los clásicos brazos, y desnudo el pie, digno de una escultura de Fidias. Pero tales novedades tenían que durar poco: no sólo eran incompatibles con la modestia y el recato que han llegado á ser una necesidad moral en los pueblos civilizados á la moderna, sino que hasta pugnaban con los rigores del clima y con las exigencias de la vida actual. Por eso en *La corte de Napoleón* luce la Tubau, sobre un traje majestuoso de corte griego, un manto ó *pelisse* bien septentrional, aforrado de arriba abajo de pieles de armiño.

Por señas que este manto me hizo pensar que no hay nada tan difícil como dejar satisfecho á un público, cuando este público no es, en conjunto, ni enteramente culto ni enteramente ignorante; cuando tiene una semi-cultura que basta para hacerle exigente, y no le predispone á darse cuenta de lo relativo de ciertas cosas. Dígolo porque he oído en serio poner á los trajes de *La corte de Napoleón* el defecto de que las pieles *no son auténticas*. Querían que la Tubau se gastase en el manto de armiño unos sesenta ó setenta mil francos, que es lo que podría costar si la piel fuese verdadera. El armiño vale carísimo, y poco se ve por acá que no sea imitación; las *queues d'hermine* que este año se llevan tanto, suelen trascender á gato y á conejo legítimo, aun en los cuellos de chaqueta, donde entran por cantidad mínima. La diferencia entre la imitación y la verdad sólo se aprecia desde cerca y al tacto: en el escenario producen admirable y rico efecto las pieles falsas, que, falsas y todo, no son baratas cuando se emplean en tales proporciones. Decían, para censurar las pieles de la Princesa, que en París *Madame Sans-Gêne* lucido pieles incontestables. Así será, y no lo dudo de la fastuosa Sara, que hizo cincelar frascos de incrustados de brillantes, con blasón y corona la *Princese Georges;* pero es de advertir que en París un drama que *se da bien* puede alcanzar á las doscientas ó trescientas representaciones sin gran esfuerzo, mientras que en Madrid se acaban en seguida escape, el tabaco y el público.

***

Con la reaparición del neo-clasicismo en el teatro ha coincidido el Carnaval, sus bailes, sus disfraces, sus caprichos; y á pesar del desaliento que reina, del pesimismo que no muere – ni padece enfermedad ninguna, que aquí la eterna enferma es la esperanza – mucha gente, en estos momentos, piensa en el atavío que lucirá, y en la *cabeza* que va á hacerse. ¡Hacerse una cabeza! ¡Ahí es un grano de anís! No nos vendría mal averiguar el secreto de cómo se *hacen cabezas*..., cabezas administrativas, cabezas políticas, cabezas económicas, cabezas científicas, cabezas estratégicas, cabezas morales y cabezas diplomáticas. Si de *cabezas* andamos mal, en cambio recogemos siempre riquísima cosecha de *cabecillas*: este diminutivo ha venido á ser una de las fórmulas de nuestra decadencia y de nuestra peculiar desventura. Cabecillas á cientos salían en el período de las guerras civiles: cabecillas á granel salen ahora en la gran Antilla y en Filipinas: los mambises y los tagalos nos han «cogido el aire,» nos han sustraído el modelo de ese tipo genuinamente peninsular, que empieza en Viriato y acaba en el cura Santa Cruz, y es asombroso lo bien que se les adapta, cómo lo reproducen en infinitas copias, variantes y posturas.

Si se tratase de cabecillas, poco ó nada habría que discurrir. Vengan Aguinaldos, vengan Garcías, Gómez y Maceos, y cátate un baile siniestro, macabro, como ahora dan en escribir; un baile en que sería preciso que la orquesta reprodujese las cadencias de Saint Saens, el ruido de los fémures y tibias que se entrechocan y de las costillas descarnadas que suenan como castañuelas. Pero se trata de cabezas, y ahí sí que me explico las vacilaciones, las consultas á grabados y figurines, las visitas al Museo y á los talleres de pintor, de que habla estos días la prensa.

¡Una cabeza! Se me dirá que cada cual tiene la suya, y que le va con ella tan ricamente, salvo los días en que duele y se pone jaquecosa. Otros observarán, y con razón, que lo que se pide es, no un cerebro, una cabeza *por dentro*, sino la exterioridad de la cabeza, la hermosa vegetación del cabello y la máscara de la piel. Estos tienen razón; y si no fuese así, la empresa de hacer una cabeza sería irrealizable. Cabezas hay que pueden adornarse á la vista; pero allá en los alcázares del pensamiento, sólo Dios, en su inmenso poder, acertaría á arreglarlas.

Marchará, pues, el reloj de la inteligencia como guste, adelantando ó atrasando; y el peluquero hará maravillas en lo visible. Los polvos á la marechala, blancos y rubios, caerán con la lluvia de Dánae sobre los bucles, las *cocas*, las *baterías*, los ... las trenzas artísticamente colocadas. Entre el ... grupo de plumas, el atrevido lazo ó la caprichosa *fantasía*, resplandecerán como gotas de agua ó chispas de fuego las *aigrettes* de diamantes, los soles de brillantes, las plumas de pavo real cuajadas de esmeraldas y rubíes; y veremos muchos rostros perder el tipo actual, moderno, y adquirir, por el sortilegio de un peinado ó de un prendido, la fisonomía de otra época, el carácter de alguno de esos tipos históricos que están presentes siempre á la memoria. Madama de Lamballe, Madama de Pompadour, la Maintenon, la Montespan, la Valliére, la Récamier, María Antonieta – ¡sobre todo María Antonieta!, – porque la desdichada reina de Francia tiene el privilegio de influir en la moda, á estas alturas del siglo XIX que casi está empalmando ya con el XX, más de lo que influía cuando, joven y encantadora Delfina, sus palabras eran un imán, y sus deseos órdenes en Versalles, Fontainebleau y Trianon. Sus peinados, sombreros, pañoletas, abanicos, botas y cajitas para confites, son el ideal de la moda en este instante, aquella mezcla de sencillez, de refinamiento y de originalidad á la inglesa que se nota en todo lo que pertenece al reinado de Luis XVI, se procura y se busca, sin acertar siempre á encontrarla, porque ese período histórico es la armonía de tantas cosas...

De cualquier modo, el Carnaval tiene la ventaja de que ayuda á aprender historia y comunica entusiasmo artístico. En el Carnaval y en algunos de sus festejos hay un aspecto ideal y fino que la imaginación agradece.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

beles, con sus múltiples surtidores vibrando en la limpia atmósfera, parecía dar la espalda y menospreciar, en su serenidad de diosa, el bureo de las tribunas revestidas de la bandera española, adosadas á la fuente y en donde hormigueaba un gentío inmenso. Al frente, en perspectiva prolongadísima, la calle de Alcalá, por donde un río de gente bajaba á la plaza y quería internarse en Recoletos pugnando con la que ya se empujaba, codeaba y estrujaba en el paseo, desparramándose después de la estatua de Colón hacia el Obelisco y confundiéndose con otra corriente que descendía de la calle de Génova. Y en el fondo del cuadro, dominando con su mole enorme la plaza, la calle de Alcalá y el Prado, alzábase el Banco de España, á guisa de alegoría ó símbolo del poder del dinero, sin el cual ni habría festejos, ni habría guerra allá en las Antillas, ni paz en el archipiélago magallánico.

Y en el espacio libre de la plaza, al pie de las tribunas adosadas á la Cibeles, pululaban las máscaras que, á tal distancia, me parecían, con sus ropas de colorines, flores enormes agitadas por el viento. Iban, venían, saltaban, trepaban á los carruajes afianzándose en los estribos ó reclinándose en la capota, y muchas de ellas, de las que lucían trajes de *bebés*, se cogieron de las manos y armaron corros de baile, girando en loco remolino, entre el vuelo de sus faldas y el flotar de sus luengas melenas de estopa ó de seda, que remedaban perfectamente las hermosas y abundantes cabelleras de los niños... Era un asunto delicioso para un caricaturista humorístico que reprodujese fielmente aquellas exageradas siluetas á lo Kate Greenaway, con las pamelazas haciendo sombra al rostro, y las zancas largas embutidas en medias rosa ó negras, y el pie aprisionado en los zapatos de charol, bajos y amplios, al estilo inglés...

Las máscaras más estudiadas, las de traje rico, pensado con mucha anticipación, combinado artísticamente, no querían estropearlo tomando parte en la bullanga de los corros, y se limitaban á pasear gravemente, tiesas, dejándose admirar y contemplar y curiosear por la gente de á pie y por la que ocupaba coches y tribunas. Algunas de estas máscaras – acaso las dos mejores, más espléndidamente trajeadas, – en coche iban también, luciendo bordado de perlas finas y auténticas sobre los soberbios brocados del ropaje. Los disfraces de animales, que dieron tela á no pocos epigramas, eran, en realidad, ingeniosos y lucidos; además, *disfrazaban* completamente: el objeto de no ser conocido se logra mejor vistiéndose de *animal* que de *persona*, lo cual dice mucho en favor de la racionalidad del que adopta semejantes disfraces. El *gato con botas* de los cuentos de Perrault estaba encantador: tenía la forma exacta del gatito blanco, y hasta la gracia y truhanería del personaje creado por el *Homero de la infancia*, como llaman á Perrault los críticos franceses. Abríanse también paso por entre la multitud un oso danzarín, una zancuda grulla, un perro de aguas bien esquilado, con sus pulseras, hopitos y moño; un gallo vigilante, un cocodrilo fantástico, unas tortugas perezosas y muy relucientes de coraza .. El pueblo, el buen pueblo que se divierte y goza con lo más insignificante, que no tiene gastado el paladar ni embotado el gusto por la saciedad y el tedio, celebraba y aplaudía estas extravagancias donosas, propias de Carnestolendas.

En días tales no envidiéis al que arrastra carretela á la d' Aumont: envidiad al que se sienta en modesta sillita, y madruga y se adelanta desde las primeras horas de la mañana á coger sitio en primera fila, para que nadie le quite su predilecto lugar, entre dos árboles. En esa fila hay á veces mujeres muy hermosas, de la clase media ó burguesía secundaria, que pasan el año sin recibir ovaciones, y que el domingo y martes de Carnaval se desquitan anchamente, oyendo mil hiperbólicos piropos y viendo llover sobre sus cabezas la galantería en forma de avalancha de menudos papelitos color de oro ó de «mil colores,» según el grito de los que expenden en las aceras y en las esquinas de las bocacalles esa mercancía efímera y graciosa...

No ha faltado quien clame estos días contra los *confetti*, quien reniegue de ellos porque manchan, porque se vuelven una plasta entre el barro, porque se introducen en el peinado y en los trajes, porque obligan á barrer y á limpiar. Séame permitido defender á los *confetti*, hacer su apología. Somos desagradecidos y olvidadizos; las mejoras no nos arrancan un aplauso, ni nos desfruncen el ceño. Puesto que es cosa convenida que en Carnavales hay que arrojar algo contra el transeunte, ¿habrá proyectil más inofensivo que los *confetti*? Yo recuerdo, en mi pueblo y en los días de mi niñez, cómo lanzaban desde las ventanas y desde todas partes harina, huevos podridos y habichuelas averiadas y duras; y un alcalde-aficionado al progreso y enemigo de la barbarie ideó, como gran adelanto, prohibir por medio de un bando los huevos y los jeringazos de agua fría y sucia, y reemplazarlos con anises y almendras, que era galante enviar á las señoritas situadas en la atalaya de los balcones. Los tales anises y peladillas no dejaban, así y todo, de descalabrar, de magullar las narices y levantar chichones en la frente; además provocaban tal codicia en los granujillas y golfos, que se deshacían á sopapos por alcanzar una almendra caída entre el fango y pisoteada ya. Espectáculo ciertamente impropio de la cultura de mi pueblo, pero menos desagradable que el de los churretones de harina ó los huevos escalfados sobre algún sombrero ó alguna manteleta flamante. Ahora bien: los *confetti* son el último paso en el terreno del mejoramiento de las costumbres carnavalescas. Ni lastiman, ni manchan, ni ofenden por ningún estilo; y cuando sentimos venir por el aire esa lluvia de gayos colores, esas estrellitas diminutas que no carecen de semejanza con los pétalos de las flores, no tenemos por qué enojarnos ni indisponernos, y las señoras que protestan de los *confetti* me parece que harían bien en irse de paseo á la Moncloa ó al Pardo durante los días del Carnaval madrileño.

Y algunas se indignan, hasta enfurecerse de veras. Me han contado que el domingo una señora contestó á una nube de *confetti* descargando un bofetón en la cara del atrevido mortal, que con el carrillo hinchado y el alma atónita, no podía explicarse tanto rigor. En efecto, no era *casus belli* el de la nube de papelillos, y á fe que si Júpiter recibe tal acogida de Dánae, se vuelve al Olimpo escarmentado y más que de prisa.

Si yo fuese Jurado no sé qué carroza premiaría de las varias que se presentaron al concurso; pero desde el balcón la que me sorprendió y me agradó con extremo fué la del semanario *Blanco y Negro*, que llevaba el sello de buen gusto y delicadeza artística que suele caracterizar á tan bonita publicación. La gigantesca paleta, en que los colores estaban representados por niñas, era una idea nueva y poética; y verla desembocar por la calle de Alcalá, una fiesta para los ojos y una sonrisa viviente, una sonrisa que anda.

Creo que por todo lo reseñado se comprenderá que este Carnaval ha sido, como al principio dije, una resurrección... El supuesto muerto no estaba sino dormido, y sólo esperaba lo que las notas del arpa de Becquer ó las inspiraciones del genio: ¡la chispa reveladora! A las primeras insinuaciones de los que tienen por misión organizar, se organizó un Carnaval magnífico. Expliquen como puedan el milagro los aficionados á explicárselo todo: yo creo que hay fenómenos morales que no tienen explicación plausible, sino en la complejidad del alma de los pueblos. Florencia gozó y se divirtió más que nunca después de haber pasado por los horrores de la peste negra; los franceses, al apagarse la sangrienta hoguera de la revolución, iniciaron los regocijos y el libertinaje del Directorio; pero nosotros les *batimos el record* (¡qué bárbara frase!) repicando las castañuelas y agitando los cascabeles de la clásica Locura, mientras todavía nos oprimen las entrelazadas sierpes de las furias, símbolo de la guerra, y cuando nos amagan todo género de asolamientos y fieros males.

Por momentos, al presenciar la carnavalesca algazara, se me oprimía el corazón. Recuerdos y temores lo asaltaban; escenas horribles se desarrollaban en mi fantasía. Tantos muertos, tanta gente moza que se embarca diariamente y ó regresa mortinata ó no regresa jamás. ¿Y el dinero? ¿Podrá nadie suponer que nos amague la bancarrota, cuando rueda el oro en mil formas y se ostenta la riqueza á puñados en los solaces del Carnaval? ¡Enigma, eterno enigma; España, esfinge de las naciones!

Y lo bueno del caso es que la impresión definitiva que España produce – con todas sus anomalías é imprevistos cambios, con su carácter de hermosa *Pródiga*, que tan bien encarnó en el personaje de D. César de Bazán, en su *Ruy Blas*, el genio de Víctor Hugo – es una impresión de simpatía y de agrado singular. No se le atan cabos, pero se siente y sufre el ascendiente de su inalterable buen humor, de su resignación fanfarrona, de su nobleza espontánea y de su generosidad que no se desmiente ni se agota nunca. Sucede con España lo que decía el célebre novelista Iván Turguenef que sucedía con *la santa Rusia:* ¡cuántas veces lo recuerdo, cuántas me parece más que aplicable á nosotros, hecho para nosotros expresamente y de encargo! «A la santa Rusia – escribía Turguenef desde su destierro de París, desde las tristes márgenes del Sena; – á la santa Rusia no se la puede comprender, pero hay que amarla.»

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RESURRECCIÓN

Hay que hablar de este Carnaval animadísimo, de este renacimiento sorprendente y no tan artificioso ó artificial como muchos suponen. No diré que sin la iniciativa de autoridades y corporaciones se hubiese podido realizar; sólo sí que esas corporaciones y autoridades encontraron maduro el espíritu público de nuestra extraordinaria capital madrileña, y organizaron la animación que preexistía. ¿Cómo podía preexistir en las actuales circunstancias? ¿De qué estaba formada la alegría bulliciosa cuyo espectáculo presenciamos? ¿Se condensaba en ella la espuma de la tristeza, el residuo de tantas amarguras, no pasadas, sino, por desgracia, presentes y muy presentes, actualísimas? ¿Es que nuestra débil alma no puede soportar mucho tiempo seguido la pesadumbre, y pide deshogo, solaz, entretenimientos pueriles, ocupaciones ínfimas y gratas; es que somos niños, nunca personas de edad madura? ¿Es que del heroísmo tenemos la nota del negocio, como dix que la tenían los griegos, y nos pertenece el privilegio de morir cantando y de poner al enemigo, no cara fiera, sino cara risueña, ó mejor aún, la carátula grotesca y mofadora del Carnaval?

Lo cierto es que Madrid, á pesar del frío y de la lluvia que amagaba y descargó por fin el lunes convirtiendo en charcos los arroyos, se echó á la calle enloquecido, prodigando *confetti*, entretejiendo serpentinas, alborotando, embromando, recogiendo dulces y flores. Desde el balcón del palacio de los marqueses de Linares dominábase una perspectiva realmente digna del pincel de Goya. En primer término, al través de los árboles del paseo de Recoletos, despojados de hojas y recortándose finamente sobre el cielo, la cuádruple hilera de coches, que de vez en cuando sorcaba, á manera de bajel, inmensa carroza tirada por caballos ó bueyes y atestada de cocineros ó de contrabandistas, una red de serpentinas brotaba del carro y desgarrándose pintorescamente, dejaba serpear en el aire millares de hilos dorados, rojos y azules. Más al fondo, la blanca y gallardísima Ci-

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Siguen siendo – como en tiempos de D. Ramón de la Cruz – las horas de la mañana las predilectas del Rastro. Para *rastrear* hay que madrugar, con lo cual está dicho que los durmientes crónicos no rastrearemos jamás cosa alguna que valga media peseta.

Si se han de conseguir en el Rastro *lances* y *gangas*, es preciso ir muy temprano, dicen todos los expertos é inteligentes; llegar á tiempo de espumar la olla, que á las nueve ó diez de la mañana ya está espumada por los innumerables prenderos, aficionados, curiosos, coleccionistas y maniáticos que allí se descuelgan á pescar en el sucio y revuelto oleaje de las tiendas, tinglados, tenderetes, barracas y puestos que forman el Rastro y sus Américas famosas – las únicas Américas que nos quedarán bien pronto á los españoles, por las trazas. – Los que vamos á eso de las once ó doce de la mañana, antes ó después de la misa, sólo encontramos ya polilla, polvo, mugre, usagre, moho, orín, trapos y ferranchos viejos. ¿Es que antes había existido otra cosa? Aquí entran mis dudas. No me atrevería á jurar que sí ni que no.

Está, en efecto, tan rebuscado, apurado y aquilatado todo, que si alguna verdadera obra de arte, algún cuadro de mérito, algún libro raro saliese á los puestos del Rastro, antes de aparecer desaparecería. Dícese – es la leyenda que se oye repetir por todas partes con eco misterioso – que antaño el Rastro era como esos remolinos del mar, donde entre algas, conchas, arena y lodo se enredan y depositan joyas magníficas y vasos de precioso metal, despojos de naufragio, y donde el buzo encuentra tesoros que le enriquecen para toda su vida. No dudo que esta leyenda se funde en la verdad, y sólo por ella se explica que personas de muy escasa fortuna hayan reunido, á mediados de este siglo, notables colecciones que representan un valor de muchos miles de duros. Con paciencia é inteligencia, en el Rastro se encontraba de todo. Hoy se han abispado tanto los anticuarios, al olor del dinero de los extranjeros, que apenas asoma en el Rastro cualquier fruslería de algún mérito, la arrebatan, y allí sólo queda lo desechado; lo que no llena las condiciones del arte.

Así y todo, el aspecto del Rastro es pintoresco en grado sumo. La Ribera, con su violento declive, parece un torrente que arrastra en sus ondas los despojos de una inundación. Los puestos y baratillos atraen la mirada, solicitando la curiosidad con las mil futesas que se hacinan en sus mostradores. El carácter dominante de la mercancía del Rastro es estar amontonada y exigir del comprador un trabajo de registro y expolio, que presta á la adquisición algo de los encantos de la caza ó la pesca. Yo creo que el atractivo del Rastro consiste en eso. El comercio moderno ha simplificado de tal suerte las compras, que ya no son divertidas. Con el precio fijo ha desaparecido la emoción del regateo. Con la claridad, limpieza y orden de los establecimientos actuales, el comprador no se siente explorador: una breve exhibición, un seco «Envíemelo usted,» y ya está. No así en el Rastro. Allí todo se discute, todo se mira y remira, todo se reduce á la mínima expresión de dinero: trasto hay por el cual piden ciento y que os lleváis á casa en diez, porque probablemente ni aun vale cinco; y se ajusta hasta la conducción, recargada *à priori* y rebajada *à posteriori*, lo mismo que las demás cosas...

¡Trozo de Madrid típico y animado y castizo, á pesar del transcurso del tiempo y la mano niveladora de la civilización! A dos pasos del Rastro está el mercado de la Cebada, siempre inundado de sol, siempre alborozado por la greguería y los pregones de las vendedoras, y en que las notas gayas y alegres son las banastas de naranjas y los haces de flores, vendidas al peso como la legumbre. Sin transición se pasa del mercado bullanguero al otro mercado, más grave y flemático – desde los comestibles, que son necesarios para la vida, hasta los trapos, guiñapos y trastajos, que suelen ser inútiles. – Los vendedores del Mercado apuran al comprador, le llaman, le incitan, le ofrecen su mercancía, que no puede aguardar; los del Rastro los ven pasar en silencio, con una especie de apatía desdeñosa: raro es el que se molesta en dirigiros la palabra, en incitaros á entrar en su tenducho: ya entraréis, si os da la gana; ya volveréis, si sois de ley...

En cambio, cuando os decidís á entrar, los del Rastro os reciben mejor, mucho mejor que las placeras. Éstas, á la primer palabra del regateo, suelen espetar una fresca ó una injuria. Los otros os acogen con la grave cortesía del pueblo español no maleado aún por el bárbaro *sans façon* chulesco: os ofrecen asiento, os permiten mirarlo y examinarlo todo, y sin señal de desconfianza os dejan solos ante los cajones llenos de chucherías. La confianza, en el Rastro, ha llegado á constituir una segunda naturaleza; allí todo está abierto, todo tirado por los suelos y el arroyo, todo á la vista, y los prenderos confiesan ingenuamente que ni saben lo que tienen, ni llevan cuenta, ni se precaven de nadie. Aunque no os conozcan y no saquéis dinero, se empeñan en entregar lo comprado. «Va volverá usted... cuando pueda..., y no se moleste en bajar por tan poca cosa...» Apenas se da caso de que uno del Rastro haga facturas por escrito: los contratos son verbales, y son sagrados. Si algún prendero exige *señal*, es porque sin la *señal* no se juzgan comprometidos á reservaros el objeto que elegistéis. Hay cierta hidalguía, que aún huele á tradición, en esas humildes Américas, atestadas de restos y reliquias de pasadas grandezas y desvanecidos bienestares...

Allí se encuentra de cuanto Dios crió «excepto de lo que se necesita,» suelen decir los maliciosos y los enemigos de las compras «de lance.» Es muy cierto que de todo se encuentra; pero, generalmente, descabalado y faltoso, ó por lo menos disparejo. Si hay unos bonitos gemelos de teatro casi nuevos, milagro será que conserven su caja; si parece un buen instrumento de geodesia ó de física, el diablo que averigüe adónde habrá ido á parar el estuche; si pescáis una graciosa figurita de una pastora de porcelana, sabe Dios dónde sesteará el pastor; si descubrís un cuadro regular, busca el marco. A los libros ha de faltarles la portada, ó el colofón, ó las dos cosas, amén de varias hojas que volaron, sin duda en otoño; las esculturas carecen de dedos, ó de pies, ó de brazos, ó de pedestal; los abanicos, de tornillo y varillas; las cómodas, de tiradores; un zarcillo anda suelto; á un brazalete le arrancaron las piedras; á San Antón le quitaron el *yankee* (frase textual, y no mía); á Santa Teresa la desplumaron; y necesitáis pasar una mañana escudriñando si habéis de encontrar algo casado en las Américas – pues allí la soltería de los objetos es la ley general; ¡no he visto oposición como ella al sacramento del matrimonio!

La extremada confianza de los prenderos y baratilleros no se altera por los frecuentes robos que se cometen allí. Casi en mi presencia desaparecieron no ha muchos días, de una barraca de las Américas, dos candelabros de bronce, dicen que bastante voluminosos, que un *vivo* se llevó ocultos baja la capa. Las capas son, como en los tiempos del sainetero D. Ramón de la Cruz, las encubridoras y disimuladoras de las picardías. Dos candelabros de bronce no son una baratija; ya hacen bulto. Sin embargo, delante de las mismas narices del dueño los afanó el ladronzuelo, fingiéndose curioso, distraído y receloso de las pulmonías. ¡Lo que son las casualidades! Puede que no hubiese en todo el Rastro otra pareja, otro casamiento verídico, sino el de los candelabros en cuestión, que su malaventurado poseedor auguraba ser «de estilo Luis XV.» Por eso quizás volaron; por lo de casados, quiero decir. Como que les molestaría ser los únicos unidos legalmente, allí donde todo anda suelto, señero y libre, ó á lo sumo «casado sin dispensa.»

Hay una parte del comercio del Rastro que da mucha luz sobre las miserias y estrecheces de infinitos habitantes de la villa y corte. ¿En qué estado de inopia, en qué apuros se verá el que baja al Rastro á comprar un par de botas ó de zapatos de lance? Hay que ver ese calzado para compadecer al que, de madrugada y con la minuciosidad del que adquiere sin tener dinero más que para la indispensable adquisición, va examinando uno por uno los deteriorados pares, ya torcidos, ya rotos, ya agrietados, ya limados y apurados hasta lo inverosímil, con los cuales espera remediarse un infeliz, más pobre que el que desechó las miseras *cañotas*. Hay pares de calzado á dos, á tres, á cuatro reales – y los hay que por diferencias de céntimos se dejan y se toman. – Al pasar lo más lejos posible de tan repugnante mercancía, se experimenta compasión pensando cuántos y cuántos la aprecian y la buscan para no andar con las plantas de los pies sobre los duros guijarros.

Y lo mismo sugieren las prendas de ropa. Tanto gabán raído y grasiento; tanto pantalón desflecado; tanto chaleco hecho trizas; tanto sombrero apabullado y sin copa, tienen quien los ferie, tienen quien los codicie, tienen quien los pague con el fruto de su sudor y de su trabajo á las altas horas de la noche. Tal cual son las destrozadas prendas, espantan el frío y cubren las carnes, y acaso preservan de la traidora pulmonía ó del insidioso reuma á su dueño. Acaso los primorosos abrigos que expone en su escaparate Isern, acaso las blandas pieles que se exhiben en la calle del Carmen, no son tan apetecidas como los guiñapos que se columpian al sol en el Rastro..

A cada uno de esos despojos le llega su San Martín. No hay cosa que no se venda, á la corta ó á la larga. Lo mismo el anticuado chirimbolo ó el broche de pedrería falsa, que el arma herrumbrosa y el telescopio inglés pasado de moda y contemporáneo de los descubrimientos de Herschell..., encuentran su parroquiano y desaparecen del Rastro al fin. ¿Qué diréis que he visto *despachar* no ha muchos días? Un sombrero de señora, un sombrero elegante, que á nadie se le ocurriría que iba á saltar en tales sitios. Y forgé en mi mente una historia: la esposa que compra el sombrero muy caro; el marido que se enoja y censura; la mujer que revende en dos duros lo que le costó quince ó veinte; la prendera, que á la otra semana, lo cede por cinco á la modista que otra vez se lo emboca á una *lionne*, la cual ni aun sospecha que el remate de su esbelta figura estuvo en el Rastro en compañía de una silla paticoja, una artesa rota y un sofá con hernias de cerro...

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

HIGIENE

Entre los aprestos belicosos de que estos días tanto se habla, y entre las suscripciones y funciones patrióticas para adquirir á toda prisa instrumentos de destrucción y muerte, el Congreso de Higiene es de seguro una nota curiosa por el contraste. Al lado de la humanidad deseosa de aniquilarse por medio de los fulminantes, los explosivos, los proyectiles y toda suerte de máquinas mortíferas, aparece tímidamente, como en minoría, la humanidad solícita en *conservarse, en prolongar los términos de la vida*, y especialmente en hacerla mejor, más grata, más noble, más dulce y llevadera para los que sufren... Y digo que aparece en minoría, porque, no cabe duda, aun sin las peculiares circunstancias que hoy por hoy nos inclinan á unir la idea de la guerra con la de la honra, la guerra es más popular que la higiene.

El nombre de la higiene suena bien, pero no despierta ningún eco misterioso y poético en nuestra imaginación ni hace vibrar ningún sentimiento en nuestro espíritu. La higiene es, sin embargo, muy antigua; por lo menos se habla de ella desde tiempos remotos. Higia, diosa de la Salud, era hija de Esculapio, dios de la Medicina, y tenía templos y altares en Grecia y Roma. Algunas veces (admiremos el profundo simbolismo de aquellas edades) se identificaba á Higia, diosa de la Salud, con Minerva, diosa de la Sabiduría, como dando á entender que lo más sabio que puede hacer el hombre, es cuidarse y mantenerse sano como una manzana... de las que no están podridas, ni agusanadas, ni secas. Las estatuas de la diosa Higia la representaban coronada, envuelta en limpia túnica, con una copa en la mano y en la copa una sierpe que bebía. La sierpe, emblema de la prudencia, era otro consejo: si eres prudente, consérvate en buen estado y disposición, bebe las aguas de la salud, que es la gran maestra de todo, hasta de moral... Y los romanos, que habían heredado las tradiciones del simbolismo griego, colocaban la estatua de Higia en el templo de la Concordia, significando así que para vivir en paz es necesario no estar enfermo, pues la enfermedad trae el mal humor, y el mal humor genera las rencillas, discordias y luchas amargas.

Colocaban los antiguos á la higiene precediendo á la medicina, porque creían y profesaban que la higiene vale más que los remedios, por buenos y eficaces que se supongan. Estimaban la higiene justamente como preservativo de la medicina; lo cual demuestra que la idea de *prevenir* y no *reprimir* es vieja como el mundo. Si leemos los códigos religiosos, de venerable origen, las leyes de Manú y nuestros libros bíblicos, los encontramos atestados de preceptos de higiene. Los médicos saben muy bien que Moisés entendía á maravilla el modo de precaverse de las enfermedades cutáneas, en aquel ardiente clima y dado aquel régimen alimenticio. A los israelitas, y en general á los pueblos de raza semítica, les conviene el baño como el pan, y no se bañarían casi nunca, porque eran sucios entonces, si su religión no les prescribiese las frecuentes abluciones, que á falta de agua realizaban con el polvo del desierto. Una gente que no gastaba ropa interior, tenía que bañarse doblemente á menudo, y los legisladores y profetas lo comprendieron así. La lepra y la sarna, terribles azotes de los pueblos errantes por la abrasada extensión de arena del desierto, disminuyeron cuando Israel fijó sus tiendas y se habituó á las delicias del baño. Lo mismo sucedió en la India. El baño era cosa sagrada y devota, pero tan agradable, que por fuerza tenía que convertirse en placer á la larga.

Los griegos, tan radicales y tan humanos en todo, empezaron por el principio: desde el primer momento declararon que era placer, y de los mayores, y además una especie de obligación, impuesta por el respeto que el hombre debe á su cuerpo, á la belleza de las formas. Porque la higiene – para aquella raza tan culta – se confundía, más que con la moral, con la estética. Era fea la suciedad, y por eso la reprobaban y aborrecían. El agua contribuía á purificar la línea y á robustecer el organismo. El membrudo atleta, el págil, el discóbolo, no se concebían sino bien bañados, ungidos de aceite, flexibles y robustos á la par. Y los romanos heredaron algo de este criterio, con mayor refinamiento, poniendo á la higiene al servicio del deleite, del lujo y del egoísta goce. Las magníficas ruinas de las Termas me parecieron, cuando estuve en Roma, de lo más imponente y serio entre lo mucho que queda en pie todavía de la grandeza romana; y Agripa, fundando las primeras y legándolas al pueblo, un hombre más adelantado y racional que la mayor parte de los bienhechores modernos. Al fundarse unas nuevas *Termas*, el esplendor iba en aumento. Las de Diocleciano eran mejores que las de Tito, las de Tito fueron superiores á las de Agripa; pero las de Caracalla sobrepujaron en fausto á todas las anteriores. En ellas había – como consecuencia del concepto de identidad entre Minerva é Higia – una galería destinada especialmente á que, en espera del baño ó descansando de él, conversasen ó departiesen doctos, literatos y filósofos: detalle que he oído comentar maliciosamente, diciendo que no vendría mal hoy el habituar á los sabios á estas discusiones balnearias, y de paso al exquisito aseo que sin duda las acompañaba.

Contenían también las Termas de Caracalla lugares á propósito para *toda clase de sports, gimnasia*, juegos, lucha, ejercicios corporales; y en las cámaras destinadas al baño se podía disfrutar cualquier grado de temperatura,

desde *el ardiente* hasta el helado polo...

y cuantas especies de fricciones, amasaduras, vapuleos y azotainas recomienda la ciencia para que el baño tonifique y haga entrar en reacción la piel. He leído últimamente, no sé en qué tratado (las lecturas se devoran entre sí y confunden y borran la memoria), que la higiene ha dado en nuestro siglo pasos de gigante y que se encuentra á una altura antes desconocida. Recordando las Termas romanas me siento inclinada á creer que no es verdad. Las mejores casas de baños de París y Londres son una mísera parodia de aquellos suntuosos palacios de la higiene, en una de cuyas salas pudo erigir una basílica entera el grandioso Miguel Angel. Ni por sueños se concibe hoy cosa así. Tampoco las cloacas – recuerdo la Cloaca Máxima – han adelantado lo que razonablemente cabría esperar, dado el tiempo transcurrido y el conocimiento que hoy se tiene de los métodos de desinfección y aislamiento. Las cloacas son el reverso de la medalla en que las Termas constituyen el anverso; las cloacas – tan repugnantes – deberían ser lo primero en que pensase el legislador y el higienista. Sanear y aislar sus cloacas, el ideal de las ciudades; y la ciudad que resuelva satisfactoriamente este problema, apartará de sí las enfermedades que de pronto caen, con la solemnidad de un castigo de Dios, sobre los centros de la vida civilizada...

Hace pocas noches hallábase lleno de gente el *foyer* del teatro Real al terminarse la función. No necesito decir si la gente era aristocrática, si estaban bien prendidas las señoras, ni si flotaría en el aire el aroma de mil esencias delicadas y escogidas. El concurso se agrupaba, reía; la atmósfera era tibia; las luces se reflejaban en las estrellas y tembleques de brillantes. ¡Cuadro digno de una pluma atildada y melíflua de revistero del gran mundo! De pronto, la concurrencia empezó á dar señales de extrañeza é inquietud; unos bromeaban, otros hacían gestos de desagrado; los pañolitos de encaje, saliendo del pico del corpino ó del recóndito bolsillo de la falda, se acercaban precipitadamente á la nariz... En pocos momentos se hizo insufrible la pestilencia, el hedor realmente capaz de producir un síncope. Era – tal se creyó, por lo menos – una ruptura de cañería, un vaho de alcantarilla que al través del piso asfixiaba y horripilaba á los elegantes favorecedores de nuestro primer escenario lírico. Espanta pensar que tan cerca, tan cerca, corren ríos de inmundicia, y que si los sentidos, relativamente groseros y botos, no advierten la infección cuando va algo tapada, no por eso deja de emponzoñar el aire y de insinuarse en nuestros pulmones sin que lo notemos. Mi pecho sintió una nostalgia indecible de los castañares y los balsámicos pinares de mi tierra; aquella brisa del mar, cargada de sales frescas y bienhechoras, me pareció entonces la más deliciosa de las bebidas, el alimento verdadero y puro de los dioses, los antiguos dioses enamorados de la salud.

Lo primero que habrán notado los Congresistas de Higiene es que las calles de Madrid suelen no oler bien, y que muchas apestan. Lo segundo que observarán es que las columnas indispensables son un foco de fetidez y que es preciso pasar á quince varas de distancia por no caer muerto. Lo tercero, que ciertos departamentos no menos necesarios, en las casas, están muy descuidados y hediondos. Lo cuarto... Prefiero suspender la fácil enumeración de ciertas calamidades, y no describir los puestos de frutas y legumbres al aire libre; las confiterías y pastelerías donde se reproducen á diario escenas del poema burlesco *La Mosquea*; los carros de la carne con sus sangrientos despojos balanceándose y azotando el rostro del transeunte; la mendicidad insistente y pegajosa con su exhibición de lacras y miserias fisiológicas; los grupos poco edificantes que se ven á boca de noche en las esquinas; y en fin, pongan ustedes todas las etcéteras que gusten, pues no costaría trabajo, aunque sí causaría repulsión, describir infinitos abusos muy opuestos á la higiene, pero que no hay trazas de que se corrijan ni se estirpen nunca en nuestra bendita metrópoli, que alguien llamó *La capital de la muerte*.

Si los congresistas extranjeros han venido aquí á algo más que á presenciar y aplaudir corridas de toros, no dudo que observarán con interés estas graves deficiencias de nuestra vida material, que tan hondamente repercuten en la moral y en la intelectual. También sería de desear que se fijase el Congreso en las cuestiones de indumentaria. La mujer necesita que le reformen el traje, si ha de vivir con salud, *haciendo el necesario ejercicio. Me gustan mucho* las faldas largas y las considero irreemplazables para los salones; pero en la calle les atribuyo todo género de inconvenientes y les achaco todo linaje de perjuicios. Recogen la suciedad y los microbios, y los insinúan en el organismo; barren las basuras y las traen á casa con el mayor cuidado, como si fueran algún tesoro. Imposibilitan casi la marcha; hacen perder el uso de una mano, dejando á la mujer manca, al obligarla á alzar y sostener la falda de encima, para que al cabo y al fin siga con la de debajo evitando molestias á los barrenderos asalariados de la villa y atesorando porquerías y detritus arrojados á la vía pública. Son contrarias al pudor y decoro, pues los días de lluvia exponen á lucir más de lo preciso las extremidades. Son caras, porque siempre están rozándose y destrozándose. Son feas por lo mismo: porque se convierten con suma rapidez en pingajos detestables. Son malsanas, porque se mojan á despecho de toda precaución, al tocar con las botas y medias las humedecen y exponen á la mujer á mil padecimientos. Son estorbosas, porque se enredan en los pies y no dejan andar. Son, en fin, por cualquier lado que se miren, una calamidad de la cual no comprendo cómo no están libres ya las infelices mujeres, cuando sería tan sencillo esgrimir la tijera y dejar las faldas á tal altura que no causen ninguno de los males que dejo indicados.

¿Se tratará de esto en el Congreso de Higiene? ¿Saldrá de él la fundación de unas Termas públicas y baratas, y una buena reforma en el alcantarillado? ¿O todo se reducirá á discursos, apretones de manos, palabreo, obsequios á eminencias, y nos quedaremos lo mismo que estamos, en igual abandono y descuido, con el Lozoya que arrastra cieno y el Manzanares que corre sobre un lecho de impurezas?

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS CORTES

Por las circunstancias especialísimas en que se abren estas Cortes del 98, su apertura fué, más que un suceso de los que ya forman parte en la vida habitual de Madrid, una solemnidad que tenía algo de imponente y trágica. Recordábame la de otras Cortes abiertas en críticos momentos, cuando la musa de Núñez de Arce gritaba á España para avisarla de los peligros y alejarla de las insidias de la anarquía y el desorden. Las Cortes de 1873 se abrieron sobre un volcán; las de 1898 se abren sobre un abismo...

Nadie lo diría, sin embargo, al advertir el aspecto del salón del Senado donde se celebró la ceremonia. Tanto cuanto es sombrío y tétrico el rojo salón del Congreso, es el del Senado coquetón y lindo. Su decoración blanco y oro; sus tribunas amplias y bien asociadas; la claridad que generosamente lo ilumina, le prestan una alegría juvenil, que contrasta con la edad provecta y la tendencia irresistible al sueño de la mayoría de los respetables abuelos de la patria. Suponed que en este recinto ya parecido á una sala de baile se agolpa un concurso, más que brillante, rebrillador: los hombres de frac ó de gran uniforme, recargados de condecoraciones y bandas, las mujeres vestidas de seda y terciopelo, con los trajes bordados de lentejuelas y guarnecidos de encaje, y los sombreros, los atrevidos y arrogantes sombreros que prescribe la moda actual, ladeados y empenachados de plumaje de colores, remedando una bandada de aves exóticas, que ya volase sobre los escaños, ya se posase en las tribunas. Imaginad la del cuerpo diplomático, llena de damas que recogen al brazo su manto de corte y cuya frente se corona de círculos de pedrería; pensad en la nota chillona y decorativa del disfraz medioeval de los maceros, y figuraos la entrada de la corte, con más colores, más sedas, más diademas de brillantes, más ondular de plumas, la nube del encaje de los velos que cae sobre la inmensa cauda del traje de ceremonia; comprended que esta multitud empavesada y engalanada charla, ríe, discute por lo bajo, cruza bromas y dichos ingeniosos..., y tendréis una idea de lo que era el salón del Senado momentos antes de que la reina, con voz débil y dolorida, empezase la lectura del discurso de la Corona, discurso breve como una queja, conciso con la terrible concisión de los momentos únicos de la historia de un pueblo...

***

Es de advertir que, siguiendo una costumbre inveterada, al repartir las papeletas de convite para la sesión regia, se había dado un número veinte veces mayor del que podría caber en las tribunas, colocándose muy apretada la gente. Hubo papeletas para «el todo Madrid elegante» (Dios nos perdone el galicismo), y como el *todo Madrid* no coge, ni prensado como las sardinas, en las tribunas, el *todo Madrid* no quiso renunciar al derecho, adquirido con la papeleta, de presenciar la ceremonia, y las señoras, no impetuosamente, sino deslizándose, invadieron el salón y privaron de sus escaños á los senadores. ¿Cómo tomaron éstos la invasión femenina? No puedo creer lo que he oído asegurar: que han pensado privar de sueldo por quince días á los porteros que la toleraron. Y no lo puedo creer porque conozco la galantería, la cortesía, la dulzura de carácter del presidente del Senado. Estoy cierta de que veía complacidísimo á las damas ocupando el salón.

Esto de que las señoras, invitadas ya, se jurguen con derecho á ocupar asientos, mientras existan disponibles, sólo les parecerá mal á las gentes de escasa educación – que son, por desgracia, bastantes. – Las que tengan más amabilidad que egoísmo, amén de una leve tintura de espíritu de justicia, cederán siempre el asiento á las damas, por lo menos mientras no se establezca la igualdad de derechos de los dos sexos. Si se le niega á la mujer la opción á la senaduría, no puede ningún senador gruñir porque ocupe su escaño de terciopelo y madera, corto tiempo, una dama: ó justicia seca y equidad absoluta (y yo por mi parte las prefiero), ó galantería y rendimiento, y sombrero en mano. Por faltarnos lo primero, seremos un pueblo atrasado; si también nos faltase lo segundo, nos convertiríamos en un pueblo de cafres.

***

La exactitud de estas observaciones resaltaba más en la sesión regia, porque el primer magistrado de la nación, el ser de cuyos labios iban á salir las palabras que notificasen á la patria la inminencia de un acontecimiento tan magno, el que declararía la guerra y se identificaba con España al declararla, el que ejercía el poder sumo... ¡era una mujer! Y si esta mujer no tuviese allí el derecho de ocupar el asiento más alto y de encarnar la más elevada jerarquía, no tendría ni el de sentarse en los escaños, á menos que se lo otorgase la galantería exquisita de un senador resignado á permanecer en pie tres cuartos de hora.

¡Picante contraste! Una mujer, en nombre de España, declaró la guerra á los Estados Unidos, y en aquel país del feminismo no se les ha ocurrido todavía ser gobernados por una presidenta de la República. ¿Quién es capaz de sospechar lo que ganaríamos nosotros con la presidencia femenina? Las mujeres, en los Estados Unidos como en el resto de Europa, son enemigas de la guerra. No lo son de un modo tímido y especulativo: lo son activamente: han formado en todas partes ligas y asociaciones para la paz y el desarme, y estas asociaciones, de las cuales en un principio se rió y burló la militar Alemania, constituyen hoy un poder, tienen fuerza moral y no han influído poco en que no vuelva á encenderse la lid entre Francia y el pueblo germánico. Francia, por boca de sus más altas inteligencias, declaró no ha mucho que todo se gasta con el tiempo, incluso el odio, y que ya la idea del famoso desquite ó *revanche* carecía del mágico atractivo que pudo tener allá por los años de 1890. En los Estados Unidos, la *Women' Association*, que en la época de la Exposición Universal me dispensó la honra de invitarme á asistir á sus sesiones ofreciéndome hospedaje, es – ó era entonces, por lo menos – hostil y repulsiva á toda idea de guerra. Y lo son, en los mismos Estados Unidos, muchas personas racionales, afinadas, diferentes de esas brutales turbas que una caricatura de Baltimore representa en figura de aulladores dogos. No olvidemos que ha sido una mujer norteamericana la que elevó su voz para declarar honradamente que España no cometía en Cuba tales crueldades, ni mataba de hambre á los reconcentrados, ni ejercitaba tales fantásticos actos de tiranía.

Pero en Norte-América predomina – no hay que dudarlo – y ha vencido en esta ocasión – harto lo sabemos, por desdicha, – el espíritu de rapacidad y de conquista sin reparar en medios, que caracteriza á la raza anglo-sajona y que á duras penas han contrastado á veces ciertos instintos morales que surgen de pronto en el alma del bárbaro. Que los Estados Unidos proceden en esta ocasión como el bandido que despoja al viajero indefenso, cosa es que nadie ignora, y se me figura que nadie seriamente discute. Nuestra situación les envalentona, y osan lo que no osarían si nuestras fuerzas se encontrasen intactas. La calificación de la conducta de los Estados Unidos es fácil y sencilla: proceden como ladrones, y ladrones cobardes, que no gustan de exponer el pellejo sino sobre seguro. Llegan hasta el extremo de que todavía, después de encontrarnos exangües y sin una peseta, no se creen capaces de vencernos ellos solos y buscan alianzas y ofrecen piltrafas del despojo, reuniéndose con otros fuertes colosos, con otros voraces carniceros, para escupir al Eccehomo de las naciones – que á tal punto consideran reducida á España.

Lo repito: la calificación del hecho es fácil; sólo que no puede servirnos de gran cosa el repetirla. El siglo XIX, que nació mecido por tan generosas ilusiones, bañado por tan resplandeciente aurora de derecho y libertad, termina con la apoteosis de la implacable Fuerza, hecha en el terreno filosófico y poético por Federico Nietzsche, y hecha con los cañones, probablemente á corto plazo, por los Estados Unidos y quién sabe si por Inglaterra también. España será un nuevo ejemplar del titán Prometeo, encadenado á su roca porque Hefestos ó Vulcano disponía de dos agentes que se llamaban *la Fuerza* y *la Violencia*. La lección que se desprende de tales sucesos es que conviene ser fuerte á toda costa. ¿Cómo es fuerte una nación? No sólo por los armamentos, no sólo por tener barcos, no sólo por sostener y movilizar ejércitos numerosos de mar y tierra. Hay naciones que precisamente han marchado á la ruina y á la ruina por ese camino: Italia se cuenta en el número. Las naciones son fuertes cuando desarrollan sus músculos por igual; cuando con su ejército guarda proporción su industria, su comercio, su cultura, su acertada administración y régimen; cuando saben economizar y gastar discreta y oportunamente; cuando disciernen las cuestiones de verdadero y vital interés de las cuestiones baladíes, indignas de que se hable de ellas media hora; cuando se preocupan mucho de la instrucción pública; cuando no asfixian la producción con tributos y vejámenes; cuando organizan su administración de justicia, y cuando para conseguir todo esto se reponen virilmente contra los abusos que cohonesta la política, y no confían á manos pecadoras el mandato en Cortes, camino de la poltrona ministerial. El fortalecerse es obra colectiva; han de tomar parte en ella todos, desde el más alto hasta el más bajo. Colectivamente nos hemos debilitado, hasta hallarnos inermes frente al problema de esta hora triste y memorable.

Es justo decir que España, en las ocasiones señaladas y excepcionales, está á una altura infinitamente mayor de lo que podía presumirse; á una altura moral que sería envidiable si nuestros enemigos envidiasen y codiciasen algo que no pueda reducirse á valores positivos. Ha demostrado España – colectivamente también, – paciencia, resignación, valor, moderación, hidalguía, desprendimiento y presencia de ánimo. Ni el miedo ni la ira la han perturbado un solo instante. Resuelta y serena, ha puesto el pecho á la adversidad; ha rehuído cometer excesos y atentados so color de patriotismo; se ha mantenido en la esfera del derecho y de la razón, y al paso de Woodford por las calles de Madrid no ha sonado un silbido, ni en la sesión regia atronaron los ámbitos más gritos que los que en cualquier otro momento serían naturales y lógicos. Y esto no es temor ni es abatimiento: las frases que á media voz se cambiaban allí, llevaban el sello de una esperanza inextinguible. Se confiaba en nuestros buques, en el ejército de Cuba, en la defensa de nuestros puertos, en la justicia de nuestra causa, en el instinto de conservación de los mismos rebeldes cubanos; y aquella descuidada alegría, aquella energía peculiar demostrada otras veces, lució también en esta sobre las frentes de los que vieron inaugurar las Cortes del 98, abiertas sobre un abismo...

Yo creía divisar á D. Quijote que se erguía con la aureola de su honor y de su caballeresca altivez, después de haber sido apaleado por yangüeses, apedreado por villanos, derribado por el disfrazado campeón de la Blanca Luna y hollado por las pezuñas de una piara de marranos. No cabe duda, D. Quijote es nuestro eterno símbolo. En él estaremos representados hasta el último día de nuestra historia. Ese loco, en el fondo tan cuerdo y humano, es el gran español.

Enhiesta la lanza, fortalecido el corazón, impávido y resuelto, D. Quijote espera. No sabe cuál será el primer follón ó malandrín con quien tenga que habérselas; pero sea el que sea, encontrará á quien hablar, y no se irá vencedor de balde, si consigue vencer y desarzonar al noble hidalgo. ¿Quién afirmaría que éste saldrá ganando con tener que retirarse á su lugarón apacible? Por redimir entuertos y amparar doncellas allende los mares, no es poco lo que Alonso Quijano el bueno ha padecido y gastado de su hacienda y de su limpia sangre. Restañará sus heridas, se aplicará el milagroso bálsamo..., y vivirá más dichoso en un lugar de la Mancha, en el riñón de España, la que ni quiso ser colonia ni acertó á tenerlas... por sobra de idealidad, por exceso de altruismo, por pretender ante todo llevar el Evangelio adonde los yankees sólo llevaron la horca, el rifle y el revólver, y los ingleses el hambre, el aguardiente y el algodón...

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ELEGÍA

En estas ocasiones de grandes é irremediables desventuras, había antaño un refugio seguro y apacible: el convento, el monasterio. Los desengañados y los tristes; los arrepentidos y los inciertos; los náufragos del amor, de la ambición y de la gloria; todos los que habían aspirado á un ideal y lo habían visto desvanecerse, allí se cobijaban, encontrando el sumo bien en la calma y monotonía de una existencia que se asemejaba á la continua actividad sorda y regularizada de un reloj colocado en un rincón y que, cubriéndose de polvo y sin que nadie cuente los minutos que va señalando, funciona siempre con la misma paciente continuidad, entre el olvido y el silencio.

Al caer sobre España, espesas como granizo, tantas tribulaciones, no inferiores á las que reseñó con pluma de oro Rivadeneyra, se echa de menos el oasis de los monasterios retirados y ocultos en los bosques, lejos de toda comunicación; se envidia á los Camaldulenses, á los solitarios del Monte Casino, á los reclusos del convento de Bolarque, á los Carmelitas que allá en las Hurdes, en el fondo del valle de las Batuecas, en sus celdas forradas de corcho, donde ni el ruido de los pasos despertaba un eco, se arrodillaban para rezar, ignorando lo que sucedía en el mundo y sin que el estrépito de los cañones consiguiese retumbar en su pacífica morada...

***

Sí: lo más envidiable de la vida monástica era – ¿quién lo duda? – el carecer de noticias. No porque los monjes y frailes profesasen aquel desdén filosófico que dictó una copla muy expresiva:

De saber nuevas
non vos curedes,
que hacerse han viejas
y las sabredes...

sino porque la mortificación de la curiosidad era una de las reglas de moral monástica. A los monasterios y conventos llegaban muy tarde – si es que llegaban – ciertas noticias que hoy padecemos y que tienen el don de gastar y consumir estérilmente nuestra energía nerviosa. Hacemos un continuo derroche de fuerza moral, y necesariamente tiene que sernos funestísimo. ¿Lo creerá nadie que esto lea? En ocasiones como la presente, yo desearía que no hubiese periódicos, agencias telegráficas, correos, cables, vapores .. Mañana, tarde y noche sufren nuestros nervios una tensión que no se puede resistir. Despertamos, y el primer trago de veneno nos lo administran los diarios de la mañana, en los cuales vemos y recontamos los peligros que nos amagan, las humillaciones que se nos infligen, el dinero que se nos funde y derrite como la sal en el agua, la baja pavorosa de los fondos, los tropezones de los políticos, la gigantesca mala sombra que se proyecta sobre nuestro horizonte entenebreciéndole. Rehacemos ánimo merced á un esfuerzo de la voluntad; tomamos el chocolate procurando que no se nos indigeste; nos levantamos, nos vestimos, salimos á la calle, deseosos de esparcir la melancolía, de espantar el mal humor y de despejar la cabeza... El primer amigo que encontramos casualmente y nos para á fin de saber «qué ocurre» y cuáles son nuestras impresiones, nos gratifica con las suyas, que peores no caben y son cien veces más descorazonadas y pesimistas que las nuestras. El segundo amigo remacha el clavo del primero; y el tercero completa la obra de los dos anteriores, con una especie de visión apocalíptica de todas las calamidades del orbe reunidas y desplomadas sobre nuestras cabezas. Así, la pena que ya teníamos en el cuerpo se multiplica por la pena de los demás, y nuestra propia fisonomía acongojada y melancólica se nos aparece reflejada infinitas veces, como en los fragmentos de un espejo turbio.

***

Además, la impresión es doblemente enervante por lo que en sí lleva de antitético y de contradictorio. Cada persona juzga de los acontecimientos con arreglo á su criterio peculiar, dictado generalmente por sus intereses y simpatías: para el uno, toda la culpa de las desdichas de la patria la tienen el partido conservador, Weyler y los voluntarios; para el otro, son las reformas, el régimen autonómico y la proverbial debilidad de los gabinetes liberales lo que ha enredado la madeja; éste opina que el intríngulis consiste en que, antaño, la isla de Cuba era considerada como una especie de cajón ó basurero donde arrojábamos los despojos y deshechos de nuestra cocina política, y enviábamos á nuestros inválidos para que se repusiesen, criasen sangre y llenasen la escuálida bolsa; aquél siente que semejantes detalles carecen en absoluto de importancia, y que la verdadera razón de todo este desquiciamiento está en el predominio físico de la raza negra, y en su terrible propagación y expansión, en un clima hecho para ella expresamente y que para ella no ofrece peligros.

Consideraciones del orden económico, del orden estratégico, del orden etnográfico, del político, hasta del sentimental, son el fondo de las conversaciones que ahora se suscitan á cada paso, y que versan sobre los acontecimientos. Y por turno, al escuchar á cada uno de los opinantes, os parece que tienen razón ó por lo menos una parte de razón, esa chispa de razón que, mediante un poco de buena voluntad, se encuentra en todos los pareceres y en todos los raciocinios de los hombres..., hasta en los más desatinados y absurdos. Especialmente, los que no estamos casados con nuestro dictamen y somos propensos á escuchar el ajeno con atención y deferencia; los que vemos, en cualquier materia que se ofrezca al discurso, los múltiples aspectos que puede presentar, sus pros y sus contras, padecemos en casos tales un achaque muy penoso: el de la indecisión y confusión.

***

Cuando las cosas han pasado hace mucho tiempo y la historia nos las cuenta á su modo, aceptamos el relato del historiador y nos avenimos á él, lo cual, sin género de duda, es ventaja muy grande. Sucede con la historia escrita lo que con los retratos pintados: al hacerlos, se discuten acaloradamente; quién los encuentra poco parecidos, quién feos, quién excesivamente aduladores y mucho más hermosos que el original; pero corren los años; olvídase la faz de carne, é insensiblemente la reemplaza, en la memoria y en la imaginación, la faz hecha de pinceladas, la efigie guardada en el lienzo. Así se forma una certidumbre que es como todas las certidumbres: más ó menos positiva en su origen; pero que proporciona, una vez robustecida y afirmada, reposo al pensamiento y calma al corazón...

De suerte que no vacilo en afirmarlo: una de las cosas peores que hoy nos suceden, es no saber á qué atenernos, ni á quién echar la culpa de tanta catástrofe, del fracaso inmenso de nuestra política, nuestro régimen y nuestras esperanzas, desde la Restauración acá.

Así como Jorge Sand deseaba ver á los hombres ilustres de su época biografiados por Plutarco – es decir, al través del prisma de lo pasado, – yo confieso que anhelaría leer en Toreno ó en Mariana la historia de los tiempos en que me ha tocado vivir.

***

Advierto un curioso fenómeno, que se acentúa según crece la gravedad de las circunstancias y se concretan los temores y los augurios funestos. Es lo que podemos llamar la impopularidad de Cristóbal Colón y la falta de fe en la presciencia de la Reina Católica. Nótese que Colón é Isabel I todavía eran, hará unos diez años, sagrados como un dogma; venerados é intangibles. Juzgarles analíticamente; pesar sus actos en la balanza en que aquilata la historia el mérito y premio de los grandes personajes, se consideraba desacato, profanación é imperdonable irreverencia. El año del Centenario sufrimos recio vapuleo los que en una ú otra forma nos atrevimos á echar los lentes á Colón y encontramos en él, no al vidente sublime, al profeta, sino tan sólo al experto marino y explorador afortunado que, creyendo descubrir el paso hacia las Indias Occidentales, puso el pie, sin saberlo, en un nuevo continente. Mi inolvidable amigo Luis Vidart me traía á cada paso números de periódicos que nos ponían de hoja de perejil, prodigándonos calificativos tan extraños como el de *folicularios de ambos sexos y reptiles marítimos*, por haber dicho que Colón no salió del puerto de Palos seguro de lo que iba á hacer, y que al pisar tierra americana creyó estar hollando el mismísimo suelo del Catay, que así llamaban entonces á la China. Mayor y más furiosa sería la detracción que cayese sobre nosotros, si hubiésemos indicado entonces, aun tímidamente, lo que en conversaciones particulares solíamos zarandear: la habilidad, previsión y tacto políticos respectivos de Isabel la Católica y su marido Fernando de Aragón. Los que sentíamos, en este particular, mejor de D. Fernando, teníamos á nuestro favor un voto de tan alta calidad como el de D. Antonio Cánovas del Castillo, el cual, sin desconocer el carácter simpático y noble de la buena reina, no estaba á bien con el impulso que hacia América nos comunicó, impulso del cual es símbolo ó emblema (cruelísimo ahora, por cierto) la conocida y desmentida leyenda de las joyas.

Dirección fatal aquella que, á cambio de algunas páginas de gloria como no puede ostentarlas quizás nación alguna del mundo, nos empobreció y nos desangró y nos llevó á continuar la cruzada ideal, mientras las demás naciones eran ya cultivadoras ó industriosas y creaban y fomentaban en sí el espíritu de la edad moderna. Entre Colón, que nos empujaba á países desconocidos, á regiones fantásticas más allá de los mares, y Jiménez de Cisneros, que señalaba con el dedo á las tierras africanas, optamos por el primero, cuando el segundo representaba más genuinamente nuestra tradición, nuestra historia, la natural expansión que podíamos apetecer y buscar. Sería injusto que le achacásemos á Isabel la Católica toda la responsabilidad de la empresa americana; pero así como ha solido atribuírsele el mérito y condensar en su poética figura la luz, ahora, que tocamos el desengaño, hay propensión á hacerla responsable de él.

***

Una distinción es preciso hacer, porque conviene mirarlo todo. Como raza, tal vez debemos alegrarnos de cubrir tan vasta superficie y poblar tan diversas, fértiles y hermosas tierras. Como nación, sólo daños, adversidades y desdichas nos han venido de nuestra aventura transatlántica. Me refirieron una vez que cierto escritor norteamericano, al ver en el testamento de Isabel la Católica la firma de la reina, se inclinó y la besó devotamente. Bien hizo el yankee, porque si no es por tan alta señora no serían ellos nación. Y conste que no pretendo afirmar lo contrario, á saber: que nosotros dejaremos de ser nación, por lo mismo que elevó á nación á un puñado de aventureros y de fanáticos.

Nadie puede leer en el porvenir. Razón de más para declarar doblemente admirable cualquier rasgo de previsión, así sea tamaño como el dedo meñique. El tino y prudencia de los que nos retrajan de la prodigiosa aventura americana, para empujarnos hacia nuestra colonia natural y orgánica, el Mogreb, que en realidad no es sino continuación de España hacia el Sud, merece ser reconocido, aplaudido y celebrado. España ha sido víctima del romanticismo que lleva en las venas; lo es todavía á estas horas, aunque en sus desventuras actuales no tenga menos parte que el romanticismo, la ciega imprevisión y la concupiscencia verdaderamente criminal de unos gobernantes que, desde hace muchísimo tiempo, sólo vienen preocupándose de ganar las elecciones, de colocar á sus paniaguados, de la política interior, en suma – pero en la acepción más mezquina y secundaria de la palabra, – sin recordar que España aún poseía ricas colonias, más que cuando se trataba de remitir á esa Jauja las balas perdidas que estorbaban por acá...

Días de amarga tristeza aquellos en que se tocan las consecuencias de tan persistentes descuidos, errores é indiferentismos. Nunca como hoy se ha demostrado que la política es cosa que á todos nos importa, y que al intervenir en ella, en la medida de nuestras fuerzas, cumplíríamos un deber. Esperemos cuando menos que las presentes adversidades puedan servir de lección para lo futuro á un pueblo que, poseyendo tantas virtudes y cualidades dignas de simpatía y hasta de admiración, ha carecido de guía y dirección práctica que lo lleve á honrosos y felices destinos. Y no digo más, no porque no se me atropellen en la pluma mil cosas, sino porque su misma cantidad y calidad me impide dejarlas salir.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DEL PARLAMENTO

El debate parlamentario en el Congreso ha ofrecido un curioso espectáculo, asaz interesante para los que enlazan el pasado con el presente y los consideran en su íntima conexión, ó en sus contrastes, ejemplares como un desengaño. Recordando las Cortes de Cádiz, reunidas en momentos supremos también, el contraste es vivísimo. Aquellas Cortes fueron convocadas por impulso de la nación, á fin de que sirviesen de áncora salvadora y de faro que señalase la ruta; éstas se convocaron porque no había otro remedio sino acatar la fórmula; y si lo hubiese, sin convocar se quedan. En aquéllas se cifraba la esperanza; en éstas se ve el peligro, el coco, una amenaza para el orden. Aquéllas representaban, sin embargo, la voluntad y el pensamiento de España, y éstas, como nadie ignora, la labor de esa especie de mecánica que en las esferas oficiales se maneja y que fabrica mayorías y minorías á gusto del poder, como el hornero bollos en punto y sazón, por medio de recetas invariables. Enérgicas y llenas de voluntad aquellas Cortes gaditanas, no se las temía, se las amaba, se confiaba en ellas; amañadas y dóciles éstas, se las teme más que á un cartucho de dinamita, y todos los esfuerzos de los que nos gobiernan se encaminan á tapar la boca á los diputados, como si de ella fuesen á salir estragos, asolamientos y fieros males sin número.

* * *

Espectadora desinteresada, aficionada á presenciar, ajena á toda pasión política, patriota á secas, confieso que no vuelvo de mi asombro considerando el camino recorrido por el parlamentarismo en España en menos de una centuria. Aquel espíritu de libertad, aquel ambiente de discusión y lucha en que se fraguaron nuestros destinos de pueblo moderno; aquel amor profundo á las instituciones democráticas que expresaban nuestros padres y abuelos en forma más ó menos candorosa, que tomó por lema la consabida frase *Constitución ó muerte*, y que en efecto, no verbalmente, sino con su sangre generosa sellaron tantos que ha poco se llamaban mártires y ya deben llamarse ilusos; aquellas magníficas tempestades de la Tribuna, resonantes como el Océano, de las cuales surgieron nuestras nuevas leyes; todo eso ha caducado, todo eso ha pasado, todo eso se ha puesto de moda desdeñarlo, condenarlo y maldecirlo; y no poco á poco, sino de golpe, el catafalco de la mentira parlamentaria se ha venido á tierra, y la aspiración al gobierno absoluto, indiscutido é indiscutible, el ansia enfermiza de la dictadura, se han abierto calle, promulgando el dogma del silencio – el dogma de todas las situaciones de fuerza, la inspiración de los momentos de pánico.

No he sido jamás muy entusiasta del parlamentarismo. En esto parecí reaccionaria, cuando sólo me adelantaba á los sucesos. Un bello discurso me gusta y cautiva como obra de arte, pero raras veces me persuade como obra de sólido raciocinio; y es que los discursos parlamentarios son *políticos*, lo cual basta para decir que posponen la sinceridad á un tejido de intenciones y fines peculiares, naturalmente interesados, y que aspiran á ser hábiles antes que á ser heroicamente útiles. No lamento, pues, que el sistema se hunda (y que se hunde es seguro); hasta echaré las campanas á vuelo el día en que las Cortes se nombren de real orden, y no nos pongan en el caso de sufrir los infinitos trastornos y odiosos vejámenes que las elecciones llevan consigo. Si llega á adoptarse tan sabia medida, las Cortes no serán ni más ni menos que hoy la expresión de la voluntad de la patria, pero á lo menos no nos ocasionarán disgustos, y quizás no padeceremos ciertas *venditas* y castigos que se nos aplican por el delito de que, verbigracia, nuestros colonos den sus sufragios al candidato de oposición. Y voto á bríos (lo único que puedo votar), que nada perderemos con la desaparición del sistema parlamentario las mujeres, que tenemos el honor de ser tan contribuyentes como los varones, pero no hemos llegado ni á la dignidad de elegir, prerrogativa que, nominalmente, posee el más ignaro de los españoles, y en realidad de verdad sólo ejerce el ministro de la Gobernación, pudiéndose decir que España es un estado regido por un Gran Elector..., no de Baviera, sino de Babia.

Sí, lo repito; ya no creemos en *el sistema;* pero mientras nos rija, mientras sea forma combatida y desprestigiada, pero vigente, de nuestra vida política, no me explico la tendencia del debate á que acabo de asistir, ni comprendo que el público acepte y patrocine la idea de que en un país con instituciones parlamentarias, al punto en que se desarrollan sucesos de importancia excepcional, se declare patriótica aquella célebre consigna:

Con el rey y la inquisición... ¡chitón!

No es hora esta de hablar, sino de proceder – oigo que repiten por ahí. – No alcanzo, y me pesa, las razones en que se funda este toque de silencio. A nadie se le ocurrirá dudar que cuando estalla una guerra, se impone la acción; pero ¿es incompatible esta acción con los discursos parlamentarios? Mientras los diputados ejercitan su derecho, la escuadra sigue navegando, los astilleros trabajando, las fábricas fundiendo municiones, el soldado peleando, el jefe mandando, la sangre corriendo. Nada se retrasa ni se estorba porque en el Congreso y en el Senado hablen hasta quedarse afónicos. Podrá á lo sumo resultar que el debate es estéril, pero nadie ha sabido explicarme por qué ni cómo es perjudicial – para la patria, bien entendido. – Que moleste al Gobierno, conformes; pero llévenlo en paciencia: son gajes del oficio, como diz que dijo el rey Humberto al pasarle el sombrero una bala.

El debate es estéril, afirman, porque no nos da un cañón ni un barco más. ¡Insigne perogrullada! ¿Es que esperábamos que las palabras se transformasen en armamento? Y sin embargo..., así como el toque de los clarines israelitas hizo caer las murallas de Jericó, inspirando á Víctor Hugo aquel hermoso apóstrofe: «¡Sonad, sonad siempre, clarines del pensamiento!...,» pudiera suceder que voces elocuentes diesen, si no los cañones fundidos, la fuerza que lleva á fundirlos, ó excitasen el sentimiento de la responsabilidad tremenda que entraña el poder y que obliga á desplegar mayor actividad, á afrontar con mayor decisión y energía críticas situaciones. Es imposible que cuando una nación se encuentra con el conflicto que hoy padece España, se conforme á no resollar, á no pensar, á no recordar; es imposible que no se agite, que permanezca muda, inmóvil, esperando la consigna, como el centinela. Lo que sucede nos llega demasiado adentro para que guardemos ese silencio mortal. Si callásemos, nos embrutecería mos; estaríamos lelos ó difuntos y habría cesado de funcionar nuestro cerebro y de latir nuestro corazón. ¿Cómo no ha de reflejarse en las Cortes esta ansiedad nuestra? Y al cabo, allí la discusión siempre es más templada, ilustrada é instructiva que en los corrillos y en los cafés; hay contradicción autorizada, y por consiguiente se necesita fundar lo que se dice, razonar el ataque, robustecer el argumento. Si se me preguntase mi impresión, diría que, lejos de hallar en el debate parlamentario esa verbosidad que se censura, creo que se habló poco, muy poco, de lo que nos hiere el alma. Cierto que á veces han sido verbosos, pero ¿cuándo? Cuando pretendía cada quisque patrocinar su solución política y propagar sus aspiraciones particulares; cuando nos ofrecían sus repúblicas y sus tradicionalismos á guisa de elixir de perfecto amor de Dulcamara, de cúralo todo y universal panacea; pero ¿quién habrá encontrado pesadez ni habladuría hueca y tonta lo que se refería á la guerra misma, á sus orígenes, á las imprevisiones ó torpezas que prepararon la situación actual, á los vicios radicalísimos de nuestro modo de ser gobernados, cuyas fatales consecuencias tocamos, no con la mano, sino con el corazón, despedazado de dolor y henchido de ardientes lágrimas?

* * *

Vano es hablar de lo que ya pasó, claman algunos, como si *lo que pasó* no fuese la historia, y la historia no fuese maestra de la verdad, y al conocer la historia contemporánea, reciente, actual, no fuese cosa necesaria, indispensable, para la enmienda y corrección de los procedimientos que nos han precipitado en esta honda sima. Jamás la teoría de los hechos consumados había tenido más absurda aplicación. Nos abruman las catástrofes, y se reprueba la investigación de sus causas, como si fuese un delito, cuando más bien estamos enfermos de indiferencia, de inercia, de abatimiento de la opinión. He leído, entre las muchas noticias que estos días corrieron, que nuestros enemigos los yankis, notando la poca habilidad y acierto de su almirante Sampson, piensan relevarlo sin tardanza. Hacen bien, hacen bien. Si en España el desacierto se pagase, no sería crónico el desacierto. La opinión se forma, se vigoriza, con el conocimiento de la realidad, con el conocimiento de los sucesos, de sus fuentes y concausas; y como se acrimina á los que intentan depurar los hechos y á los que quieren saber se les envía á Salamanca ó se les califica de traidores y por poco se les achaca la pérdida de nuestro imperio colonial y el infausto día de Cavite, vivimos como niños pequeños, con el dedito en la boca, y nos cogen de sorpresa las calamidades, desprevenidos para el remedio. Nuestra actitud pasiva, de gente silenciosa, pero dispuesta á todos los sacrificios, se explicaría si tuviésemos *fe* en los que nos dirigen. ¿La tenemos? Responda en conciencia cualquier español.

* * *

La guerra internacional nos ha cogido amodorrados. Ocho días antes de declararse, gente muy formal aseguraba, sonriendo y derramando satisfacción por todos los poros, que nunca llegaría á surgir. «¿Pero usted cree ese infundio de la guerra?,» me decían apiadados de mi sencillez. Y mientras aquí nos paseábamos por el Limbo, hacía nueve meses (el tiempo necesario para que se engendre y nazca una criatura) que Leiter, el famoso acaparador que apandó en Chicago con la cosecha enterita del Far-West, afirma que todos los compradores de grano de América han hecho dos cuartos de lo mismo, almacenando cada uno lo que pudo, porque sabían de fijo que la guerra era inminente. Y añade Leiter, contestando á los que le increpan acusándole de imponer el hambre al mundo entero para realizar un colosal negocio: «Con tal que coman los norteamericanos, poco me importa que ayunen todos los demás.» ¡Ah! ¡Cómo les envidio á los yankis este sugeto! Sí, se lo envidio, y les envidio los nueve meses y quizás los nueve años y no sé si podría escribir los nueve lustros que hace que obedecen á una idea fija, á un plan meditado, de un maquiavelismo burdo, pero terrible, al paso que nosotros no nos acordábamos ni de su existencia, y la víspera de la ruptura de hostilidades aún creíamos que Mac-Kinley nos miraba con buenos ojos y que la disensión se arreglaría en familia...

Cualquier cosa antes que esa inocente candidez. Que se hable, que se discuta, que se despierte España; que sea consciente, no resignada y fatalista. El fatalismo, allá para los moros. Sintámonos miembros vivos de la patria todos y cada uno. La pasividad ciega no la infunden sino los jefes inmortales y certeros, los héroes. Que Hernán Cortés fanatizase á sus huestes, se concibe. Hoy no tenemos Corteses, ni siquiera Pizarros. Tratemos de ver, tratemos de comprender. ¡Cuando pienso que si nuestros gobiernos hubiesen visto y comprendido á tiempo y con tiempo, tal vez podríamos dar una lección á estos nuevos bárbaros del petróleo! ¡Cuando pienso que nuestra noble y viril defensiva podría convertirse en ofensiva resuelta y victoriosa! ¡Que podríamos cerrar el siglo con un triunfo!..

* * *

Y quieren que ni aun nos quede el derecho de hablar, de gemir, de quejarnos; Raquel, llorando á sus hijos, no podía consolarse porque estaban muertos; á nosotros nos dicen que no lloremos alto, precisamente porque el daño se consumó, porque ya sucedió lo que había de suceder... Pues por eso, por eso cabalmente, no nos avenimos á repetir á coro con los gobernantes:

Nous sommes vieux, soyons tranquilles,
dormons a l' ombre des bouleaux.
Trêve a ces débats de famille.
. . . . . .
Voyez Ulm, votre soeur jumelle;
tenez vous en repos comme elle...
. . . . . .

Otro día hablaremos de *la forma;* hablaremos de esos grandes artistas que se llaman oradores parlamentarios.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

en relieve, una frondosa orla de plantas tropicales – palma, areca, helechos, aros y lianas, – que entrelazan su follaje de oro y á un lado una cortina recogida que completa la composición; y supera el centro de la orla un busto en alto relieve de Cánovas, rodeado de una corona de siempreviva con corazón de brillantes y sostenida por el león español La labor es primorosa, obra de plateros, manileños también. Los rótulos é inscripciones chispean como trazados con luz: son de brillantes y de diminutos zafiros. Las ideas que despierta la contemplación de la placa podrían, en cambio, escribirse con tinta muy negra y desleirse en agenjo. No sólo porque renueva la memoria y el dolor del siniestro atentado de Santa Agueda, que prepararon nuestros enemigos con atroces campañas de difamación y calumnia, sino porque ocurre que este mapa del archipiélago, dominado por la imagen de un muerto insigne, es á manera de otro retrato de persona difunta ya, conmemoración de algo que desaparece, que se disipa, que se hunde en el Océano... «¿Quién sabe si pronto no tendremos más Filipinas que estas?» Y el corazón se oprimía, y las chispas de lumbre de las piedras preciosas y del oro eran como irisaciones del sol en gotas de llanto...

***

La tarde está hermosa; la vegetación del Retiro, regada, no solamente por las bocas, sino por los aguaceros de la pasada semana, tiene ese verdor ideal que parece un sueño de primavera; los carruajes, sin levantar polvo, ruedan suavemente por las calles y las avenidas, bajo el doble toldo de las ramas de los árboles y de las sombrillas de seda, abiertas como inmensas flores. El estanque – ese estanque donde no ha muchos días apareció un cadáver, sin que á estas horas se haya averiguado todavía si delataba asesinato ó suicidio, ni nadie haya vuelto á acordarse de esa víctima casi anónima – duerme sosegado, con ligera ondulación superficial, que da á sus aguas aspecto de sedosa tela de *moiré* azul. La gente entra en el *Palacio de cristal* á visitar la Exposición del Círculo de Bellas Artes.

Recorremos la galería, examinando los cuadros, y notando, como síntoma, la reaparición de un género años ha completamente en desuso: me refiero al pastel. Ha vuelto á ponerse en moda ese procedimiento tan fino y delicado, gracias á los mundanísimos retratos del artista Joaquín Vaamonde, por cuyo taller desfilaron todas las señoras de alto coturno de Madrid, y muchas de París, Londres y América. Como un tiempo Federico Madrazo, Vaamonde se ha creado su especialidad en estudios que, al copiar á la mujer, la idealizan, sorprendiéndola en el momento mejor, cuando su hermosura brilla con más hechizo, su silueta es más gentil, su atavío más artístico, sus líneas más airosas; revelando su belleza, en fin, y no ofendiéndola y mermándola con durezas y arrebatos de color, con implacables realismos que buscan la mancha de la tez, lo marchito de la forma y la huella siempre visible, pero no siempre evidente, del estrago de los años. Sin embargo, el que crea que Vaamonde es exclusivamente un pintor de damas y el pastel es – como he oído sostener á algunos – un procedimiento afeminado, cambiará de parecer si se fija en el retrato del eminente violinista Pablo Sarasate, obra también de Vaamonde, que figura en esta Exposición. El tipo mongoloide y la aborrascada cabellera de Sarasate (que tiene, como todos saben, una cabeza sumamente original y característica) han sido interpretados por el retratista con extraordinaria energía y fuerza. Hay otro pastel en la Exposición – obra de Marinas – que también demuestra cómo la virilidad no está en el procedimiento, sino en la mano. Representa el pastel á que me refiero una especie de mendigo ó paleto, vestido de paño pardo, con abarcas, y es obra hermosa, que respira verdad y españolismo, unido á la minuciosa y sincera observación que distinguió á la escuela flamenca.

Sin disputa, la perla de la Exposición son dos retratos de Domingo, un niño y una mujer entrada en años y envuelta en un mantón de los que llamaban *de alfombra*, ó sea de cachemir. Como el cazador que ve salir de la espesura una pieza real, así se quedaban parados y absortos los inteligentes ante tales trozos de pintura, que recuerdan la manera vigorosa y sugestiva de Rembrandt. Es lástima, lástima grande, que uno de esos retratos, dignos de la mejor sala de un Museo, y que debe de estar pintado hace ya bastantes años, tenga el corte oval, la figura de medallón que solía darse á los retratos hacia 1870. La figura de medallón roba campo á las cabezas y las empequeñece; tiene algo de artificioso, que contrasta con la sencillez de la acostumbrada figura cuadrilonga, más natural y por lo mismo más bella.

De Villegas llaman la atención dos estudios, un óleo y una acuarela, si no me engaño. El primero es el Dogo ó Duc de Venecia Marino Faliero, sentado en su trono; el segundo, Marino Faliero también, contemplando, abismado y tétrico, cómo se retiran, mudos y sin volver la cara, los que acaban de sentenciarle á muerte. El colorido y el sentimiento de ambos estudios son dignos de toda alabanza. Villegas ha llegado á reproducir fielmente la luz peculiar de Venecia, esa luz caliente, rica, intensa, que se refracta y juega en los vidrios ambarinos y azulinos de Salviati. El brocado de oro del traje del Duc es una nota encantadora para los que recordamos las entonaciones del firmamento, del mar y de los viejos palacios de la reina del Adriático. Pero no es sólo la factura lo que debe estimarse en Villegas: la actitud del Duc es expresiva y revela la tragedia de aquella alma de anciano conspirador por cariño á una esposa joven, por vengar su honra, por cobrarse de una infame sátira.

Menéndez Pidal, uno de nuestros pintores más serios, más concienzudos, ha afirmado sus grandes dotes en un cuadro de muy buena composición y ejecución, y de asunto interesante y poético, aunque no tanto como el del celebrado *Cristo de la Vega*, que fué un verdadero acierto en este sentido; Martínez Abades ha enviado marinas muy lindas. Lo que presenta Sorolla tiene carácter de estudio más que de composición meditada y detenida; pero en cuanto al desempeño, en este artista siempre magistral, se puede decir que lleva la marca de la garra del león.

Si mi propósito fuese hacer una reseña de esta Exposición, no dejaría de mencionar otros cuadros y de nombrar á otros artistas; pero por rápidamente que desfilemos dando la vuelta á la galería, no es posible dejarse en el tintero el *clou*, el monumento fúnebre de Gayarre, obra de Benlliure. Los periódicos lo han descrito, las publicaciones ilustradas deben de haberlo reproducido, y yo sé decir que este sarcófago, admirado sin tasa y criticado sin medida, me produjo una impresión especial, diversa de la que causan otros monumentos sepulcrales. No era, sin embargo, impresión inadecuada al destino del monumento, sino de melancolía; pero de una melancolía suave y apacible, casi consoladora. Es imposible idear manera más graciosa de hacer insensible el peso de la vida y el trance de la muerte, que la adoptada por Benlliure al concebir este sarcófago elevado, sostenido en alto, como si ya flotase en las regiones de la inmortalidad, en el éter divino de los cielos; ligereza aérea que tan bien se adapta á la reputación y á la gloria del cantante, escrita en el aire y por el aire borrada al punto mismo; y no cabe idea más *literaria* que la de ese genio que se inclina y aplica el oído para percibir misteriosas armonías que salen del sepulcro... El monumento á Gayarre simboliza el efecto de su acento angelical, que tantas veces conmovió nuestra alma, que nos arrancó lágrimas y nos hizo olvidar las miserias de la vida. No comprendo ciertas censuras, ni quiero que me regateen el placer de admirar y de sentir. A Gayarre no le conviene una sepultura fastuosa como la del condestable D. Alvaro de Luna, ni severa y tatídica como la de Napoleón. Monumento tan leve, tan inmaterial, modelado con nerviosa vehemencia, está en relación con la voz espiritualísima del incomparable tenor, aquella voz que tenía alas y que parecía venir de otras regiones.

***

Un pintor de fama ya consagrada por el tiempo, Alvarez, ha terminado el retrato en grupo del rey y la reina Regente, gran lienzo que se destina al Senado. Ya se sabe el trabajo ímprobo y las dificultades que esta clase de retratos implica; apenas cabe ahondar el estudio del augusto modelo, por no fatigarlo é importunarlo, y es preciso acudir al auxilio de la fotografía, traidora aliada de la pintura. Alvarez, luchando con tales inconvenientes, ha conseguido dar al cuerpo de la reina regente su mismo aire y á su rostro la expresión habitual, entristecida y dulce. Los rasos, bordados, cintas, joyas, paños de terciopelo y demás accesorios, están desempeñados con la minuciosidad y la observación paciente que á Alvarez distingue. Una nota desentona en el cuadro: el pantalón de uniforme, *garancé*, del rey; un rojo moderno, desagradable á la vista, sobre un carmesí apagado, del tono simpático de las telas antiguas. Esto no se podía evitar, pues no ha sido poco triunfo conseguir que no desarmonice más aún. El retrato es, según conviene á su objeto, decorativo, solemne, y como obra de Alvarez, compuesto y pintado á conciencia.

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

IMPRESIONES DE ARTE

Al palacio que todos conocen en Madrid por *la Huerta*, ha llegado, como prenda de unión entre España y sus colonias, un recuerdo que Manila consagra á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo. No puede ser más oportuno, en estos tristes momentos, el homenaje. La gran placa de plata con relieves de oro representa el archipiélago magallánico en toda su vasta extensión. Allí se destacan, recortadas y dentadas como encaje, las innumerables islas que componen esa región tan privilegiada de la naturaleza como mal beneficiada y aprovechada por los hombres. El cincel del orífice ha señalado y hecho resaltar la forma volcánica de las islas mayores, su espinazo y sus dos vertientes, en las cuales brota una flora magnífica y por las cuales se despeñan innumerables ríos, torrentes y arroyos, fecundizando las opimas cosechas. Al ver estas islas de oro, claveteadas de rubíes, mi imaginación evocaba las otras, las verdaderas, las que rodea, no una inmóvil hoja de plata, sino el peligroso y artero mar de la China, fecundo en tormentas, baguíos y tifones. Si nosotros fuésemos una raza con verdaderas aptitudes colonizadoras, mercantiles é industriales, ¡qué partido habríamos sacado de ese paraíso, que acaso en plazo breve será el paraíso perdido para nosotros!

El suelo de Filipinas es de una fertilidad realmente paradisíaca. Sólo con el algodón y el abacá, el café, el tabaco y el azúcar que en Filipinas es fácil cosechar en cantidad cien veces mayor de lo que se cosechaba, España pudo haberse apoderado de los mercados del mundo, compitiendo de un modo triunfal con los ingleses y los norteamericanos. Nosotros no servimos para eso. Recogemos lo que Dios nos da buenamente, y no pensamos en otra cosa. Sólo al ver que nos lo disputan, que lo codician, que se tienden asechanzas á nuestra propiedad, nos damos una palmada en la frente y reconocemos lo que valía la prenda antes desdeñada. Que nos pidan nuestra sangre y la derramaremos. Sangre, sí; actividad, laboriosidad, constancia, esfuerzos diarios, no.

Todos estos pensamientos, que nada tienen de alegres, me los sugería la contemplación del espléndido tributo que á la memoria de Cánovas dedican los manileños. La placa, que tendrá de alto unos setenta y cinco centímetros, ofrece, además del mapa

Ayuntamiento de Madrid

"Guerra de Filipinas.– Cavite.– Las cocinas improvisadas en el campamento de Daralicán. – Condimentación del rancho por compañías."

"Guerra de Filipinas.– Cavite.– Distribución del rancho en el campamento de Daralicán". Ambas ilustraciones prodecen de 1897, n. 797, p. 228.

Ayuntamiento de Madrid

"Guerra de Filipinas.—Cavite.—La misa de campaña en el campamento de Daralicán."

"Islas Filipinas.—Vivienda de indígenas en los alrededores del pueblo de Calamba (provincia de La Laguna)."

1897, n.º 797, p. 229.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡SIEMPRE LA GUERRA!

Es un caso realmente curioso y que convida á meditar el de la importancia y relieve que de pronto han adquirido, desde los últimos infaustos acontecimientos, nuestras... ¿puede decirse nuestras? posesiones del Archipiélago Magallánico. ¿Verdad que no me equivoco al asegurar que hasta el doloroso calvario, que empieza por la rebelión tagala y acaba..., ¡más vale no pensar cómo acabará!, de cien españoles, noventa y nueve ni se acordaban de que ahí teníamos tan dilatados dominios?

El recuerdo de Manila y de las Filipinas en general nos acudía rara vez á la memoria. Era una tierra pintoresca y riente, pero muy distante, muy perdida en las soledades del Océano; olvidábamos su existencia y nos faltaba, por decirlo así, la noción de su realidad. De aquellas comarcas nos llegaban ciertos objetos conservando todavía en sus formas y labor la gracia y la ingenuidad del arte de las razas no civilizadas á nuestro estilo: petacas de paja delicadamente entretejida, cofrecillos y muebles de laca con incrustaciones de nácar y flores y aves de brillantes colorines; cajas de sándalo profijamente esculpidas; bastones y arcas de madera de alcanfor ó de otras incorruptibles especies que allá se crían; enormes valvas de tridacne, que como gigantescas tazas de nácar esperan recoger el agua bendita de las iglesias; abanicos pesados, de varillas de filigrana de plata ó carey, con los chinitos de cara boba, de marfil, y túnica de seda; colchas bordadas, en las cuales luce una flora extravagante, barroca é imposible; perlas y madreperlas; tejidos de nipis y cortinas de bambú... De todo el bagaje filipino, lo único que ha arraigado en el gusto español—¡pero con qué raíces tan hondas!—es el clásico mantón. Ese trapo recamado de follaje y floripones que se agrupan alrededor de un ave del Paraíso, y que orlan, á guisa de arrancados y flotantes pétalos de ilang, los flecos provocativos, red de prender corazones; ese trapo es ya más peninsular, más andaluz, más madrileño, que asiático. Yo no me represento, envuelta en el mantón, á la mestiza del archipiélago, de rostro deprimido, chata nariz, achocolatada tez y cabello azulado y lacio, sino á la garbosa hija de Sevilla ó á la gaditana de quebrada cintura, cuando no á la fresquísima y salada chulapa del Rastro ó del barrio de Maravillas, que al ceñir á las curvas de su talle el mantón de seda, le prestan un encanto bien opuesto á la rigidez asiática de su estilo propio. Lo que es la capa para el español, ha venido á ser el mantón para la española de rumbo. En el extranjero ha empezado también á estimarse y saborearse la poesía y el picante atractivo del mantón, y á cada viaje que hace á Madrid la famosa Carolina Otero, se lleva dos ó tres de los mejores y más recargados de trabajo y de más ancho fleco que encuentra en las prenderías, para enriquecer la colección que ya posee y con la cual se engalana al ejecutar en no sé qué *Folies* las danzas hispano-moriscas...

No cabe duda; á Manila la conocíamos aquí por el mantón, asociando al trapo bonito nociones del orden regocijado y calaveresco, cañas de manzanilla y polos y peteneras suspirados y gemidos con la ronca languidez de la enamorada tórtola. El mantón nos traía imágenes flamencas, resonantes tablados, guitarreo, pataditas, palmadas con redoble, mazos de claveles ya casi marchitos y bocanadas de azahar sevillano puro: lo que no evocaba ni por casualidad, era el conjunto magnífico de tierras que Magallanes y Legazpi descubrieron y cristianizaron, el primero á costa de su vida...

Y sin embargo, ¡qué recursos ofrece ese territorio! Si un día Europa, cansada de tanto producir, seca y flácida como valerosa nodriza que dió leche á innúmeras generaciones, no pudiese sustentar ya á sus naturales, ahí están esas islas encantadas brindando abundancia á millones de hombres. Asombra que mientras aquí, no diré precisamente en España, pero en todo el viejo continente, es un problema el que la gente menesterosa coma y viva, hay en el globo extensiones inmensas de tierra feracísima, donde la existencia del pobre podría ser dulce y fácil, renovándose la edad de oro ó siglo de Saturno. Las islas Filipinas guardan todavía su secreto; apenas han sido recorridas ni registradas; la amenidad y variedad de sus paisajes, la exuberancia de su vegetación, no han atraído á los emigrantes; no hemos poblado ni beneficiado esas comarcas; las hemos recogido y poseído como dueño indiferente de mujer hermosa, que no le dirige una mirada y la acaricia distraído.

Dicen los que conocen bien á Filipinas que la empresa de cultivar y explotar esas regiones vírgenes, penetrando en los bosques colosales y en las selvas jamás holladas por humana planta, requiere un gasto de fuerzas proporcionado á la extensión del terreno y á la magnitud imponente de la vegetación, semejante en su intrincada lozanía á la del período carbonífero, y que el mayor inconveniente con que sería preciso luchar, es el de la influencia depresiva del clima sobre el hombre. Parece que allí se disuelve la sangre, se relaja la fibra, se embotan los nervios y se *aplatana* el organismo todo, hasta tal punto que la voluntad, la actividad y la energía desaparecen. No queda sino la pereza, la inercia y un vivir semejante al de la planta ó del árbol, en que la maximal beatitud física mata el esfuerzo y suprime la iniciativa, clave de todo progreso y resorte del trabajo. Porque no ha de creerse que civilizar, adelantar, es ninguna canonjía; al contrario, es lucha, pena, faena, dolorosa tensión de las fuerzas todas; no niego que hay una satisfacción orgullosa en la victoria que las conquistas de la civilización representan, pero no sé si podría afirmarse que hay goce y felicidad, y que estos cuatro días de estar en el mundo que se nos otorgan al nacer, no se engañan mejor y más blandamente en una casucha de tabla ó nipa, con techo de paja, abanicándose y comiendo un puñado de arroz, que en el fondo de una forja, sudando el quilo, ó en las entrañas de una mina, arrancando carbón para alimentar al monstruo devorador de la industria.

Codiciosas hormigas, incansables agenciadores, responded: ¿será de clavo pasado la solución de este problema? Entre el obrero que fabrica en Inglaterra, escuálido de fatiga y de miseria, clavos y cadenillas de metal, ó el indígena tagalo de cuclillas á la sombra de un cocotero, mascando su betel ó divirtiéndose en azuzar al gallo de combate, ¿cuál se ós figura más venturoso?

Se eslabonan en mi mente estas reflexiones con los episodios de la guerra, con esa sarta de angustiosas noticias que cada mañana nos brindan, á guisa de aborrecible desayuno, el veneno y la hiel de las crecientes desdichas de la patria. ¿Por qué tanto pelear? ¿Qué ventaja sacarán esos malayos de uncirse al carro de una nación ávida é inquieta? El siglo XVIII, antes de producir la sangrienta revolución de 1793, generó un hormiguero de ideas filosóficas y de sistemas y utopías doradas, entre las cuales predominó el encomio y apoteosis de la vida salvaje. Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau, Diderot, D'Alembert, pusieron en las nubes la dicha de que se goza en ciertas islas agrupadas en remotos archipiélagos, y donde la benignidad y templanza del clima, la inocencia de las costumbres y lo feraz del territorio, crean una existencia muelle, descuidada y venturosa. Haiti, las Marquesas, la isla de Borbón, aparecieron como oasis donde los espíritus fatigados de la civilización podían reposar y regenerarse. Un paraíso de ese género poseen los isleños de Filipinas, ¿y quizás aspiran á trocarlo por un país surcado de carreteras, cruzado por la locomotora, arañado por la esteva y la azada, ennegrecido por el torrente de humo que vomita la chimenea de la fábrica, claveteado por los postes del telégrafo y donde todo se compra y se adquiere con el sudor de la frente?

***

Si las circunstancias y el humor permitiesen algún alarde festivo, propondría una adivinanza: ¿en qué se parece la agricultura gallega á la hermosa estatua de la Venus de Milo? Y no habría nadie que no contestase inmediatamente: en que le faltan brazos.

Este rincón de Galicia donde me encuentro ha pagado pródigamente su diezmo de sangre á la patria. De las parroquias vecinas, riberanas, marineras y pescadoras; de toda esta costa del mar Cantábrico, cuyas azules olas se amansan en la ría del Ferrol, ha salido buena parte de las víctimas de Cavite, y muchas pobres familias, en este instante, acaso rezan, lloran y recuerdan al que para siempre desapareció.

Las quintas, llevándose á los mozos; los impuestos y gabelas, obligando á emigrar á los hombres ya maduros, reducen á Galicia á la situación en que es fama que se encontraba el Paraguay después de la desastrosa guerra con el Uruguay. Contaba el ya difunto escritor Eloy Perillán Buxó que en campos y ciudades sólo se veían grupos de mujeres, sexo débil, y los galanes, si escasos en número, podían llamarse afortunados, por ser requeridos y buscados como artículo raro y precioso, de lo cual, en algunas ocasiones, resultaban incidentes dignos de la musa cómica. En nuestra tierra gallega, donde la mujer es tan apacible como laboriosa, desde hace años se ha resignado á trabajar la tierra, ruda labor más propia de varoniles brazos; y ellas siembran, ellas cavan, ellas siegan, ellas atan y *trudan* el trigo, ellas abren los canales de riego para el maíz, ellas cortan la hierba y el escajo, y pronto, si Dios no lo remedia, las veremos encargadas de las únicas faenas de que se eximieron hasta hoy: conducir el arado y descargar el *mallo*—es las mojas, operaciones que requieren vigor sumo. Si no aparecen hombres, no por eso se quedarán en barbecho nuestros verdes campos.

***

La vanidad nobiliaria hace estragos en las razas nuevas. Síntoma que descubrieron los debates del Congreso: un filipino algo poeta, si no recuerdo mal, el Sr. Paterno, sólo quería que le nombrasen príncipe, duque y por consecuencia grande de España, en premio de haber mediado en el pacto y convenio de Biacnabató. Por supuesto, libre de gastos y sahumado. De menos hizo Dios á algunos, habrá discurrido para su sayo el *ita* ó *aeta*, ó como se llamen los misteriosos aborígenes de Luzón, de los cuales también es aristocrático descender, á pesar de que eran negros, lanudos y feísimos. «El caso—seguirá pensando Paterno—es acertar á nacer *hijo del Sol*.»

En estos tiempos de democracia, de igualdad y de despreocupación, hay un afán nunca visto por blasonarse; en los Estados Unidos es oficio lucrativo el de *pintor de antepasados*, ó sea inventor de retratos de familia; las millonarias norteamericanas se casan con títulos tronados, locas de contento, y los *itas* quieren cubrirse en la plaza de Oriente.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ACTUALIDADES

En todo conflicto general hay casos particulares que despiertan el interés y la conmiseración: esto sucede ahora, en la catástrofe de Filipinas, con la suerte de la esposa é hijos del general Augustí, detenidos por los rebeldes y en su poder como *rehenes* desde hace días. ¿Cómo *rehenes*? ¿No es cierto que la palabra suena á cosa de otros tiempos, á reminiscencias de épocas de barbarie y ferocidad absoluta? La idea de los *rehenes* evoca escenas terribles, verdaderas tragedias históricas; se recuerda á Catalina Esforcia y su arranque de heroico impudor sobre el adarve, cuando el enemigo amenazaba degollar á los hijos de la valerosa mujer; se alza la figura épica de Guzmán el Bueno ahogando la voz de la naturaleza y lanzando desde los muros de Tarifa el cuchillo... Pero ¿es que no han corrido siglos desde entonces? ¿Permanece la humanidad en la posición que tenía, ó ha evolucionado hacia la dulzura de costumbres, hacia el derecho, hacia el espíritu cristiano que cada vez penetra más en las entrañas del mundo?

No cabe dudar que la evolución existe, cuando todavía los tagalos, en quienes la crueldad es innata, como lo es en todas esas razas asiáticas que no sienten el dolor y que arrostran la muerte con indiferencia glacial – razas para las cuales ha sido preciso inventar torturas, porque cansan á los verdugos, – cuando todavía los tagalos, repito, no han hecho jigote á la familia de Augustí. Sin embargo, me ocurre una duda. Si no los han hecho jigote, ¿será que la ferocidad disminuye en los tagalos, ó será más bien que los norteamericanos han dado consigna, no queriendo cargar ante las demás naciones con el sambenito de un hecho bárbaro y nefando?

Yo no me fiara de la benignidad tagala, si no viese detrás la cautela yanki, y el respeto á los alemanes, y el temor á los ingleses. Entregado el tagalo á sí mismo, haría de la señora de Augustí lo que hizo de otra pobre dama peninsular, á la cual uncieron al yugo que servía para los carabaos, y desnuda y á cuatro patas la obligaron á servir á sus tiranos á la mesa. He visto la noticia en un diario, y la traslado de él, si bien no me explico cómo es posible servir una mesa á cuatro patas. De todas suertes y en cualquier posición que adoptase, no debía de estar muy á gusto la señora, á quien descargaban incesantes varazos en los lomos sus brutales verdugos.

¿Y por qué hemos de decir que son los tagalos solamente los que se ensañarían en los rehenes, pudiendo? No ha pasado mucho más de un cuarto de siglo desde que fueron sacrificados los *otages* en el patio de la Roquette, en París. Sacerdotes y seglares en confuso montón, y entre ellos el arzobispo, cayeron bajo las balas de los comunardistas, sin que les valiese su inocencia ni su dignidad social. Nada, nada; la señora y los hijos de Augustí viven, y hasta están en Pampanga bien tratados, porque no conviene enajenarse las simpatías de Europa. De todos modos, buena señal es que las simpatías de Europa se enajenen cometiendo ciertos atentados, y yo no puedo menos de reconocer que la evolución tal vez consiste en eso: no en que se suprima el instinto que empuja al crimen, sino en que ese instinto se refrene y obedezca á consideraciones de *público decoro*. Homenaje del mal al bien, será la salvación de esa familia que, así y todo, estará padeciendo un martirio indecible, una verdadera agonía. No hablemos del infeliz esposo y padre, en tan duro trance colocado.

***

Una tentativa de desembarco del enemigo en la costa cubana, rechazado gloriosamente; nuestras tropas abrasando, desde la manigua, á los *caballeros* norteamericanos, esos *jinetes recios* ó *rough rider* que creyeron fácil hincar el diente en la piña y no contaron con las espinosas hojas que rodean el exquisito fruto... Yo me figuro que en esa acción ó escaramuza de Jaragua estaban en su elemento los españoles. Era un lance de guerra de guerrilla, la genuinamente nacional, la que hicimos á los franceses y también, ¡ay!, por largo tiempo, á nosotros mismos, hermanos contra hermanos, en las asperezas de Vizcaya y en las frondosidades abruptas de Navarra y Guipúzcoa. Toda la pena que causa leer en la historia ó en narraciones novelescas como *Zumalacarregui*, de Galdós, los sangrientos y tétricos anales de la enconada lid civil, se convierte en gozo cuando vemos aprovechada á favor de la causa nacional la singular aptitud del celtíbero para el combate al pormenor, de ataque inesperado y de resistencia audaz, de emboscada y dispersión; clase de guerra que tanto se asemeja á la caza, lucha de los tiempos primitivos, en que todo se fía al valor individual, al instinto y á la no aprendida estrategia, y nada ó casi nada á los medios que con dinero se adquieren, á esos inventos nuevos que llaman científicos...

Uno de los primeros *jinetes recios* santiguados para el otro mundo por las balas de nuestros Mauser, ha sido un millonario, un poderoso de la tierra donde el becerro de oro posee un templo más magnífico que el que alzaron los filisteos á su ídolo Dagón. La caridad nos manda que compadezcamos al prójimo, pero el sentido común nos sugiere una frase castiza: ¡Bien empleado! ¿Quién le mandaba, vamos á ver, al ricachón mozo y en perfecto estado de salud – ¡tantos bienes terrenales como representan estas condiciones! – meterse en isla de once mil leguas? El que ve derramado su vino, profanado el santuario de sus amores, arrasada é incendiada la casa donde nació, pisoteada la imagen santa á que dió culto; el que ve arder sus mieses, llorar de vergüenza á su esposa, gemir á su padre anciano, caer tumbado patas arriba de un bayonetazo al fiel perro; el que, en una palabra, ve la patria invadida por el extranjero, natural es que salte como una fiera, y muerda y ruja á estilo de león, y agarre el fusil y no descanse hasta hacer una atrocidad; y por eso en las guerras de invasión es soldado el niño y soldado el viejo, y soldado el cura y soldado la mujer, y se alzan hasta las piedras al paso del ejército que huella el sacro suelo natal. Pero que un burgués rico se vaya nada más que por recreo, á guisa de divertido *sport*, á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, sin ofrecer ni la excusa de que le anima el levantado propósito de combatir por la libertad, puesto que Cuba ya era libre del todo y autónoma y señora de sus destinos..., es hazaña que merece el castigo de que la bala de un pobre diablo de soldado español – que no tendrá en el bolsillo dos perras chicas, pero tiene sobrado acierto en la puntería, firmeza en el pulso y serenidad en el corazón, – vaya recta adonde la guía el hado, y deje en un segundo al millonario sin millones y al mozo sin mocedad, por haber olvidado el prudente consejo de Estenelo á Diomedes en el libro V de la *Ilíada*:

«..... de aquí huyamos
no sea que, siguiendo tan furioso
en la primera fila osadamente,
pierdas tu dulce vida...»

***

Mientras corren estos días fecundos en sorpresas y acontecimientos, el vivir en puerto de mar añade interés á la existencia. Estamos pendientes de un bombardeo que, eso sí, nos anuncian – es preciso ser justos – con la debida anticipación, para que nos dispongamos y preparemos según corresponde, y tengamos tiempo, ya que no de fortificar la costa, prevención que no hubiese estado de más si se adoptase hace dos ó tres meses, al menos para confesarnos y otorgar testamento, encomendarnos á Dios y despedirnos de las personas queridas. Lo que sucede es que, por nuestro genio y humor especial, no se nos antojará hacer ahora nada de eso, sino al contrario, puede que nos dé por reir cuando les veamos amenazar, y por tomar á diversión las bombas, y á solaz veraniego y á cohete de fiesta su estruendo formidable.

Ya se sueltan á docenas notas humorísticas relacionadas con el bombardeo. Hay quien piensa pintar de verde la fachada de su casa de campo, á fin de que no sea posible hacer blanco en ella; y como nunca faltan pusilánimes y medrosos, sobran gentes maleantes que se ríen del miedo ajeno, y lo explotan como mina de regocijo y jarana, para contrarrestar la depresión que forzosamente han de causarnos tantas y tan tristes nuevas como se reciben á cada correo...

Las discusiones de probabilidades son el entretenimiento de las tertulias caseras y corros que se forman en las romerías campestres; y de tan contradictorios dictámenes cualquiera saca en limpio si, por ejemplo, mi pueblo, la Coruña, es ó no plaza fuerte, y en qué consiste que lo sea ó no lo sea; bien es verdad que muchos dan por hecho que á los yankis les es indiferente que lo sea ó no para tratar de reducirla á pavesas...

En épocas de mi niñez, de que casi no conservo memoria clara, vinieron á mi pueblo también buques de guerra yankis – ¿dónde estarán ahora? – Uno de ellos creo que se llamaba el *Stone vall* ó cosa así. Venían á combatir, pero no con nosotros; aspiraban á luchar entre sí; el uno era nordista, el otro sudista – federal y confederado, como se decía entonces. – Ardía en los Estados Unidos la guerra de secesión, y los dos hermosos navíos proyectaban medir sus fuerzas á la vista de nuestras costas. Refiérase que el uno perseguía al otro desde el Atlántico, y el perseguido no quería dar la cara. Pensamos que al fin se trabarían de cañones allá lejos, mar afuera, y mucha gente subió á la Torre de Hércules para gozar del espectáculo del combate naval. Este, por fin, no se realizó; el confederado huyó otra vez... La reprobación fué general y unánime:

– Maldita la gana que tienen de batirse estos cobardones.

Han pasado años desde la guerra de secesión... ¿Dónde estarán los oficiales que tripulaban aquellos barcos? ¿Vendrá alguno, viejo y achacoso, á bordo de los que nos bombardeen?

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS VÍCTIMAS. – DESDE CASA

Inclinémonos ante las víctimas, si son pocas, tan pocas como por ahí se dice, con doblado respeto, con doblada veneración, porque se necesita también doble heroísmo para ser héroe cuando los demás sólo aspiran á perder la única ocasión de hacer su vida bella y gloriosa.

¿No es cierto que merece atención este fenómeno? Nace un hombre en cualquier esfera social, alta ó humilde, pero destinado, al parecer, á no distinguirse en cosa alguna de los demás de su generación y estado. Abraza una carrera y obscuramente la sigue, ó es llamado al servicio de las armas, número entre otros números, átomo entre la masa, cero agregado á infinitos ceros, y allá va adonde el azar le empuja, anónimo, sordo, desconocido, callado, cumpliendo faenas vulgares (tan vulgares si manda como si obedece), sin que de su vida y de sus hechos se entere nadie más que su familia, si la tiene – su amada, si algún corazón femenino late por él. – De pronto, un día la casualidad le coloca allí donde se decide, en lucha desigual, la suerte de la patria, ó donde, cuando menos, es preciso afirmar claro y alto su dignidad y su honra; y entonces ese ser que ni brilló en las artes, ni ahondó en las ciencias, ni se destacó por cima de la sociedad á cuenta de poseer riquezas ó nombre excelso, en una hora, en un segundo quizás, con una única tensión de la voluntad, hace que su nombre resplandezca como un astro en el cielo de la humanidad entera, porque los héroes no son patrimonio exclusivo de una nación; pertenecen á todas, enorgullecen á todas.

El capital quizás peor empleado, gastado con más estúpido derroche, es la vida humana. El que se consume por medio de la incontinencia; el que se intoxica por medio del alcohol; el que se revienta á fuerza de trabajo y privaciones para juntar un caudal que sólo disfrutarán sus herederos; el que trasnocha y se deja vencer por la gula, se atraca del manjar que le es más dañoso ó arrostra la temperatura que le desquicia; el que monta el potro que le ha de estampar los sesos en la acera; el que cabalga la bicicleta que le ha de lanzar contra el pretil, despilfarran una cantidad que, mejor empleada, les compraría un puesto honroso en la historia. La vida al fin la hemos de perder; bella ocasión de perderla si hacemos algo que inspire estrofas como las de Leopardi:

«Antes caerán apagadas en el mar las estrellas, que se olvide la memoria ó el nombre de los héroes. Vuestra tumba es un ara, y á ella vendrán las madres á enseñar á sus hijos las hermosas huellas de vuestra sangre vertida por la patria. Yo también, ¡oh bendecidos!, ¡oh bienaventurados!, me postro en tierra y beso las señales de vuestros pies. ¡Alabanza y honor eterno á vosotros!»

⁂

Tú, el que te diriges furtivamente al solitario paseo, después de haber entrado unos instantes en casa de un armero para adquirir sin regatear un revólver, y en un café para escribir con pulso temblón una carta á algún amigo y otra al juez de guardia; tú, pálido suicida, desertor medroso de la existencia, que no supiste resistir sus embates, que no acertaste á ver luz en el caos de tan sombríos pensamientos, ¿no es cierto que envidias desde allá á Lazaga, alma antigua, alma de bronce, que no quiso sobrevivir á su noble barco?

Tú, el que livido de terror consultas al médico si te queda un mes de tregua para arreglar tus asuntos; tú, el que sientes en las venas el frío de la tumba cuando tu esposa, que vela á tu cabecera, te insinda que es bueno *disponerse* y te anuncia la visita de un sacerdote que viene nada más que á saber *cómo sigues*, ¿no es cierto que envidias, que debes envidiar con todas las fuerzas de tu acobardado espíritu, á Cadarso, el que tuvo por sepulcro las olas de la bahía de Cavite, por sudario ideal nuestra ensangrentada y querida bandera?

Trance seguro é inevitable el de la muerte, ¿por qué se le teme tanto? No he podido comprenderlo nunca. Riqueza mayor que ninguna la vida, ¿por qué se emplea tan mal, en cosas tan fútiles y despreciables?; ¿por qué, á cada día que transcurre, los hombres se la regatean más y más á los grandes fines sociales y heroicos, y la prodigan y malbaratan en lo más ínfimo, cuando no más indigno?

Me sugiere estas reflexiones y estos asombros la especie que tanto corre por ahí – me cuesta trabajo estamparla. – Dicen que han economizado su sangre algunos que á España se la debían en justa ley; que han dejado protestar la letra, malos pagadores, á la hora del terrible vencimiento.. Antes de discurrir sobre la posibilidad del hecho (á la severa historia toca aquilatar su realidad), que no se nos pase por alto el propósito de los norteamericanos de enviar pieles negras á arrostrar el peligro que estaba destinado para los pieles blancas. Delegar el valor; batirse por poder; hacerse representar en la batalla por una especie de mozos de cuerda de la guerra, que lleven el peso agobiador para otros hombros más débiles.., es una idea muy yanki, práctica hasta lo sumo, y tan honrosa para el que la concibe y la lleva á efecto, como era honroso para el protagonista de cierto cuento libertino francés, cuando se ve compelido á desposarse, encargar á un amigo que le sustituya temporalmente y recoja en su lugar las primicias del nupcial amor.

La solución ideada por los yankis ha sido defendida ingeniosamente y propuesta como fórmula de la guerra en lo venidero. Nada de ejército, nada de presupuesto de guerra permanente. Allá en el fondo del Africa, donde las costumbres y el clima inspiran la ferocidad y crean hábitos guerreros, se forma un inmenso depósito de soldados dispuestos á acudir adonde se les llame y contrate. Una nación, antes de declarar la guerra, se tienta el bolsillo y encarga al vivero ó plantel militar tantos miles ó cientos de miles de hijos de Cam como le permite el estado de sus fondos. La nación enemiga hace otro tanto, y al fin y á la postre queda vencedora la que pudo alquilar mayor número de negros – la que tuvo más dinero, – lo mismo que ahora sucede.

⁂

Escribo estos párrafos saturados de tristeza hallándome á tres leguas de mi pueblo natal, Marineda de Cantabria, á quien la gente llama la Coruña, y en ocasión de anunciarse el próximo arribo de la escuadra del comodoro Watson, dispuesto á santiguar con peladillas de acero á los puertos de la costa cantábrica. Este anuncio ha creado, desde el primer día, dos bandos opuestos: el de los asustados y el de los sosegados; el de los que sueñan con cañonazos y el de los que se encogen de hombros como diciendo: «Bien, pues que disparen; ya se cansarán.»

El bando de los asustados, semejante á un bando de palomas, alza el vuelo y se dispersa. Vense las carreteras atestadas de carros, carromatos y zorras, con carga de muebles; es el ajuar de las familias que emigran en busca de un asilo, lejos, lo más lejos posible, de la costa, donde no llegue ni el estampido ni el proyectil, ni aun las noticias del estrago; y tal espectáculo acrece el susto y la alarma en los sencillos aldeanos, que cuentan de los yankis cosas horribles: una lavandera, verbigracia, afirma que sabe de buena tinta que todo yanki tiene *siete carreras de dientes* – una más que los tiburones. – Es tanto lo que ciega el miedo, que me han referido de una señora que no quiso aguardar ni un día para alejarse de los terribles barcos. Fué inútil que le representasen que no había urgencia, que sobraba tiempo, que podía disponer la marcha con toda comodidad y sosiego: no hubo razones que la convenciesen; en el acto antecogió cuanto poseía, mobiliario, ropa, provisiones de boca, papeles, trastos y cachivaches caseros; fletó una lancha, embarcó en ella el bagaje y la impedimenta apresuradamente, y se metió en la embarcación, á pesar de las protestas del patrón y los marineros, que declaraban excesiva la carga; y ya en mitad de la bahía, como un movimiento de la embarcación hiciese inclinarse hacia un lado el lastre, el agua penetró impetuosa, la lancha empezó á hundirse, y allá cayeron al fondo, revueltos en confusión espantosa, sillas, bancos, mesas, barricas de Jérez, cestas con pollos y gallinas, la lata de petróleo..., y también las personas, salvadas milagrosamente; y he aquí cómo estuvo la buena señora á pique de ahogarse, por evitar un peligro imaginario y huir ganando horas de unos enemigos que acaso no hayan llegado todavía á las islas Canarias.

Los indiferentes no nos movemos de nuestro sitio. No es que creamos que los yankis no pueden venir; es más: contamos con que vendrán, porque hasta hoy cumplieron bien todos sus programas, sin suprimir ni el más leve detalle de la función. Como lo anuncien, aquí les tendremos irremisiblemente. Lo que aquí se discute es si Marineda es ó no es playa bombardeable; en general, supónese que la granizada descargará en Ferrol, en el Arsenal y el Departamento.

Plaza fuerte era Marineda en la memorable fecha de 1589, cuando Drake y Norris, ávidos de botín, asaltaron la Coruña con aquellas tropas suyas que, según los documentos contemporáneos, se entretenían demasiadamente en las bodegas, por lo cual era fácil á los coruñeses matar descuidados y borrachines á no pocos ingleses. De todas las relaciones que de aquel cerco nos han quedado, se desprende que Marineda cumplió bien entonces su obligación. Rudo debió de ser el asedio, y de él hemos encontrado todavía señales y rastros en las paredes de nuestra vieja casa, al extraer de ellas las balas inglesas incrustadas desde hace tres siglos. No sé si en 1589 contenía más hierro la sangre española ó si la dificultad de las comunicaciones impedía escapar á uña de caballo; lo cierto es que las mujeres no pensaban en abandonar la ciudad, y lejos de eso, las encontramos en lo más apretado del cerco «rellenando fosos, tapiando puertas y brechas, enterrando á los muertos, y teniendo y poniéndose muchas de ellas con picas y morriones y peleando varonilmente.»

Tal era el estado de ánimo de entonces: es verdad que en aquel tiempo todo era diferente; que España, en vez de crujir y desmoronarse y soltar esparcidos por el suelo los restos de lo que fué su gloria y poderío, estaba aún en el apogeo de su robusta virilidad, frescos los laureles, vivos los sentimientos. En el día, tales nos han puesto entre unos y otros, á tal extremo nos tienen reducidos, que hay horas en que pensamos si no sería mejor *no haber nacido*, como nación; no haber tenido esas páginas brillantes y esos triunfos que tan caros estamos pagando. ¡Felices los pueblos que carecen de historia! ¡Felices los que no pueden evocar, para mengua del presente, un pasado escrito con cifras de luz sobre el amplio cielo de dos mundos, en ninguno de los cuales parece que encuentra hoy descanso el inmenso cadáver de nuestra grandeza!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

pan una Antilla como quien se merienda un *sandwich* ó un *cake*?

⁂

Ellos, los insurrectos, que estaban entre bastidores y conocían las bambalinas perfectamente, ¿habrán dado crédito nunca á la *novela amarilla*, forjada de mancomún por los filibusteros y los yankis? ¿Serán como el niño, que arma un espantapájaros ó un pelele, lo tizna de carbón, lo arrima á la pared, y luego huye despavorido, chillando, de miedo á su propia obra?

Obra suya es, en efecto, la historia de las simpatías yankis por los infortunios cubanos, historia que ha dado la vuelta al mundo. Así como nosotros (pero en serio; nosotros somos así) nos hemos decidido á una guerra por mantener incólume nuestro honor, aunque se llevase el diablo el territorio, la hacienda, el ejército, la marina, la industria, el comercio, la prosperidad nacional y otras bicocas, los yankis adoptaron desde el primer día la actitud de la caridad y la compasión, aparentando que un sentimiento y sólo un sentimiento basta á imponer tan grave decisión como la de lanzarse á la guerra internacional casi por vez primera en su historia. Y ahora, cuando ya es imposible encubrir la hilaza, he aquí que los mismos que vieron tejer y ayudaron á tejer la trama burda, se dan por ofendidos y por resentidos. ¿Os creíais beligerantes? Yo os trataré como á bandoleros. ¿Esperabais que yo os instalase en las plazas expugnadas por mis cañones? Antes dejaré que sigan administrando los funcionarios de la nación enemiga. ¿Servisteis de pretexto, de medio, de escabel? Afuera, de un puntapié desdeñoso.

⁂

He dicho en otro lugar que la guerra contra España fué incubada artificialmente por cierta prensa energúmena que hoy florece en los Estados Unidos, y añadí que esta misma prensa ha difundido, no ya en Norte-América, sino en el mundo entero, innumerables ejemplares de una novela por entregas que se deja atrás á la colección de Ponson du Terrail, pontífice de los inventores descabellados. Bien saben los editores que tales novelas son las más leídas; que una narración inspirada en la verdad y de selecta forma literaria jamás conseguirá llegar á las masas, las cuales, aquí como en Pekín, se van dócilmente tras de la ficción sin pies ni cabeza.

En el novelón propagado por la prensa amarilla España desempeña sucesivamente el papel de traidor, atormentador, follón y malandrín, opresor de andantes doncellas, dinamitero y verdugo. No faltará quien entienda que Europa se encogió de hombros, y que la novela como novela se ha tomado. Pues no hay tal cosa: la credulidad patrocinó lo que empolló la malicia, y esa idea siempre fantástica y peregrina, de falso color local, que de España forma el mundo, adquirió nuevos matices y revistió aspectos nuevos: ya no fué España la gitana ó la flamenca que se hace rajas bailando y meneando las castañetas – con que reemplazó los leones de nuestro escudo el bueno de Chatfield Taylor, – sino que volvió á ser el tétrico inquisidor que lleva la carga de leña al quemadero de Fuencarral, ó destila la gota de agua sobre la cabeza de sus víctimas. La novela amarilla, en su género basto, nos hizo un daño incalculable: sublevó contra nuestra causa la imaginación y la sensibilidad de Europa: nosotros, ciertos de lo absurdo de la patraña, ó no hicimos caso ó soltamos la risa, y nuestro mutismo no se tomó á menosprecio de inocente, sino á silencio y confesión tácita de culpado. Las naciones, lo propio que los individuos, guardan indeleble la mancha de la calumnia.

Si la tristeza que se apodera del ánimo al coordinar ciertos datos permitiese humorísticos alardes, podríamos suponer cómo titularía Ponson du Terrail las diferentes partes de la interminable novela amarilla. Es verosímil que los títulos se asemejasen á estos: *La fiesta de sangre ó la maldición de España. – El tigre castellano. – Los hambrientos de Occidente. – Las heroínas cubanas ó los redentores de Evangelina. – Los subterráneos de Barcelona. – La dinamita, ó la bahía fatal. – Un fundido. – Los mutiladores...*

⁂

¿Verdad que es digno de nota el caso de un pueblo en que se organiza por sistema el embuste difamador contra otro pueblo? ¡Forma de *delito colectivo* que se le olvidó á doña Concepción Arenal! Me apresuro á reconocer que no todo es inventado en la novela amarilla; sólo que la verdad está allí como la historia en las obras de Alejandro Dumas; tan desfigurada y alterada, tan vestida de máscara, que no la conocería la madre que la parió. Negar que en las luchas coloniales españolas se han cometido barbaridades, equivaldría á negar que han costado sangre, dinero y disgustos. Repetir una vez más que tales demasías las impone la fatalidad del estado de guerra, parece una perogrullada. Insistir en que el enemigo las cometió mucho mayores, que ahorcó, incendió, forzó, taló é hizo saltar trenes..., olvidado de puro sabido. Insistir en que otras naciones, y los Estados Unidos los primeros, no procedieron de distinto modo cuando, verbigracia, invadieron la Georgia y la Carolina del Sur, y se apoderaron de Atlanta..., fastidioso que no nos lo repitan. Sólo que, de todos estos lugares comunes, que á nuestra vivera meridional repugnan y hastían, las pesadas razas del Norte no se han enterado aún; y las románticas *spinters*, que forman el *terar sexo* británico, creen de buena fe que sólo los españoles, estos fieros y crueIísimos descendientes de Pizarro, Almagro y Cortés, llevan la iniquidad hasta el extremo de no disparar con melocotones confitados, y no obsequiar con *pudding* á los prisioneros incendiarios, facinerosos, asesinos y espías.

⁂

Por si alguien se figura que los títulos atribuídos á los tomos de la novela amarilla son caprichosos, advierto que, verbigracia, el primero figura al frente de un folleto en lengua inglesa que me han enviado de Nueva York. *La maldición de España* es, en concepto del folletista, los toros. Por los toros estamos fuera del concierto de las naciones civilizadas, y Cristo, nuestro *Lord*, no puede mirarnos con buenos ojos; que si nos dedicásemos á reventar cotillas á puñetazo limpio, de mejor concepto gozaríamos en la corte celestial.

En cuanto al episodio de las heroínas cubanas, puede leerse, ilustrada con retratos, en la amena *Revue des Revues*. Pero, sin género de duda, el más *rocambolesco* de la serie es el tomo que intitula *La bahía fatal*. Todo aficionado á las emociones peculiares del género reconocerá la *manera* del maestro sensacionista, en esa historia de bahía surcada por minas y contraminas, rellena de explosivos, que una mano artera, de noche, misteriosamente, va á poner en contacto con el buque yanki. Se parecen como dos gotas este relato y el de las fazañas de Rocambole en pro de los fenianos, allá en lo hondo del Támesis... ¿Quien le dijera á Cervantes que á estas alturas habían de resucitar los libros de caballerías, con sus lagos subterráneos, con sus encantos y desencantos de princesas, y resucitar, no en la literatura solamente, sino en la política y la guerra internacional?

Nadie vuelva á incurrir en la bobería de creer que estas consejas no nos hacen daño, que estas bufonadas no se vuelven tragedias. Aparte de la sombra que proyectó en nuestro horizonte el *Maine*, recuerdo que era por este tiempo, el año pasado, cuando tan á menudo venían á caer sobre mi mesa impresos de todas clases – como, por ejemplo, el libro de Tarrida del Mármol, – en que se consagraba á las Erinas ó Furias la magna cabeza que poco después atravesaba certero balazo. En el atentado del 8 de agosto el matador fué anarquista, el impulso filibustero y *amarillo;* y los novelistas del otro lado del Atlántico debieron de frotarse las manos viendo reproducirse ese fenómeno singular de sugestión, tantas veces registrado por la historia. Los lugares varían, el procedimiento es el mismo: que un predicador puritano truene desde el púlpito contra la reina de Escocia, ó que un periodista como Rochefort, haciendo la causa filibustera, señale á las venganzas anarquistas el jefe del gabinete español, el resultado es el crimen político.

Abierto ya de par en par el templo de Jano; encendida la guerra, los novelistas amarillos no han querido descansar; su último y repugnante engendro es el episodio que titula *Los mutilados*... A bien que rectificó el almirante yanki. La menos dañina de las trapisondas amarillas fué la que supongo que se llamaría *Un fandtico;* el maquinista español á bordo de un buque enemigo; sorprendido dicho maquinista al intentar volarlo, y fusilado en circunstancias altamente dramáticas y pintorescas. Se afirmó, se desmintió, se afirmó otra vez..., y como nunca falta imaginaciones fecundas que ayudan á los novelistas de oficio, un periódico de mi tierra averiguó que el patriota fusilado era gallego, fijó el punto de nacimiento, hizo su biografía y le dedicó una oda pindárica... Después quedamos en que jamás había existido.

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA NOVELA AMARILLA

El desprecio y la indiferencia con que nuestros vencedores tratan á sus aliados los insurrectos cubanos, es el único consuelo, la única nota agradable que para nosotros ha surgido en medio de la interminable serie de calamidades y de reveses que nos agobian. Somos como el hombre ultrajado y vendido por una mujer, que experimenta cruel alegría al ver á la perjura maltratada, desdeñada y humillada por el mismo á quien sacrificó su honra y su reposo. ¿A qué negarlo? Si los yankis causan daño é infligen mortificaciones, no á Cuba, sino á los insurrectos que con tal rabia y tal saña han maldecido de nuestro nombre y de nuestra dominación – á pesar de llevar en las venas nuestra sangre y en el abolengo nuestros apellidos peninsulares, – será para nosotros alegría, alegría profunda. ¿Qué habían creído esos necios? ¿Que en el día á nadie se le importan los males de nadie – y doy por supuesta y reconocida la existencia de los males de Cuba, – si en remediar esos males no hay un interés egoísta, un interés directo y positivo? ¿No han visto á Polonia hecha picadillo? ¿Se han olvidado de Creta, de la Grecia toda? ¿No nos ven á nosotros, metódicamente aplastados por los yankis, prensados como la uva en el lagar, pulverizados como el grano de trigo bajo la muela, sin que las famosas «grandes potencias» hagan caso ninguno de nuestros clamores, y eso que, al parecer – sin que intentemos penetrar en los abismos de la diplomacia, – su cuenta les tendrá poner coto á la voracidad de los tiburones del Atlántico, que se zam-

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MONDÁRIZ

No siempre hemos de tratar de guerras y paces; no siempre hemos de revolver el hierro en la herida; no todo ha de ser lamentos é indignación; un instante de tregua se concede al mayor sufrimiento, y por hoy me propongo no aludir siquiera á lo que nos preocupa actualmente, aunque verán ustedes como al fin y á la postre caigo en ello sin querer, porque no hay camino que no conduzca adonde tenemos fijo el corazón...

Lo cierto es que mi programa, en esta crónica de la vida contemporánea, es decir algo del famoso balneario de Mondáriz, donde se encuentra actualmente el otro cronista de La Ilustración Artística – Emilio Castelar. – De las aguas de Mondáriz espera el alivio de su padecimiento reumático el gran español, y su estancia allí es signo indudable de la verdadera representación y papel medicinal de esos manantiales sobre cuyo surtidor podría escribirse con doradas letras: «Aquí se curan los estragos del pensamiento y los daños de la civilización.»

***

Obsérvese que entre las aguas minerales las hay que es honroso beber, y las hay que es sospechoso y denigrante... No he de especificar estas últimas, líbreme Dios, por lo mismo que su nombre y virtudes están en la memoria y en la mente de todos; pero al frente de las primeras, de las que *viste bien* tomar y necesitar, figuran las *bicarbonatado sódicas* – Vichy, Mondáriz. – Sin afirmar que sólo acuda á estas fuentes la gente de entendimiento, de actividad cerebral y de alta cultura, digo que en ellas siempre la he visto en mayoría. La fatiga intelectual y sus consecuencias terribles se remedian con los álcalis y los gases carbónicos. Al través de la sangre curan el espíritu, y así son remedio para el alma y para la materia.

Los que piensan, luchan, estudian y escriben, hállanse expuestos á perder el equilibrio sanitario con facilidad suma. El que no es nervioso de nacimiento, acaba por ser nervioso de adquisición; el que trajo al mundo un estómago de hierro, acaba por no digerir; el que no sospechaba el amargor de la hiel y lo creía tal vez figura retórica, se siente impregnado de ella, con el hígado infartado, la boca pastosa y seca, los ojos amarillentos; el que dormía como un tronco, encuentra á su cabecera el fantasma delirante del tercio insomnio. La *mens sana*, el maduro raciocinio, se engendra quizás del cuerpo enfermo, y el individuo superior echa de ver que ha enriquecido su cerebro, pero ha debilitado su organismo, y que el pobre *andrajo*, como llamaba á la carne cierto genio ultraespiritualista, se venga cruelmente.

Goncourt lo nota en un pasaje de su interesante *Diario*: todos los literatos están más ó menos enfermos, todos absorben potingues y drogas. «Belot – escribe el autor de *Germinia Lacerteux* – se nos presenta con su cara de buen año, colorada y risueña; pero al sentarse á la mesa, saca del bolsillo un frasquito de gotas amargas de nuez vómica.» Lo que caracteriza el padecimiento de origen intelectual, es ser *interno*, y de diez veces nueve, de pulmón abajo. El estómago, el hígado, los riñones, los intestinos, puntos vulnerables; como que no faltan médicos ilustres que erigen en axioma esta afirmación: «Quienes mejor digieren son los necios.»

***

A Mondáriz, milagroso para el estómago, afluyen nuestros ilustres enfermos,» los descalabrados de las letras, de la política y del arte. Si deseáis conocer, sorprender en su vida diaria á los escritores españoles de renombre, á los políticos de talla, á Mondáriz. Por allí ha desfilado en pocos años lo escogido de la *inteligencia* española. Yo espero no morirme sin haber visto acudir á la de otros países – la de la América del Sur ya empieza, la de Portugal aprendió el camino antes que nosotros. – Los ingleses, golondrinas, aves de paso, llegarán pronto á enterarse de que en el balneario gallego, para ellos de tan fácil acceso por Vigo, existen los elementos de *confort* y de recreo sin los cuales el anglo sajón no comprende la vida: el baño, la luz, el aseo, el calor, el lavado á máquina, la carne y la leche en abundancia y de primera, el parque con sus umbrías, el paisaje con sus hechizos, el palenque para el *tennis*, el río para el *sport* de la pesca y de la boga... Y el día en que se enteren, nos expulsarán de Mondáriz á los españoles, porque vendrán á bandadas á corregir con la alcalinización los excesos del *porto* rojo, del *sherry* ambarino, de la densa y biliosa cerveza y del abrasador *wisky*...

***

La verdad es que nos parece un sueño – á los que conocimos á Mondáriz cuando era mísero grupo de ruines casuchas, y no nos caemos de viejos aún – el estado del Mondáriz actual, donde se eleva el mejor establecimiento balneario, sin disputa el más suntuoso de la península, y á su alrededor nacen cada año hoteles espaciosos, y brotan á docenas esos lindos edificios peculiares de la provincia de Pontevedra, todos de albo granito, con alegres tejados de un rojo de coral. Porque Mondáriz no es cual otros balnearios que he visto, una construcción aislada entre montañas ásperas, abruptas rocas y en una especie de desierto: es un palacio situado en un oasis salpicado de habitaciones humanas, que, andando el tiempo y si la bonanza continúa, llegarán á constituir, como en Carlsbad, como en Vichy, una población compacta, caprichosamente apiñada, con una red de calles de pintoresca irregularidad. El terreno, en sitio tan privilegiado, ya va adquiriendo subido valor.

***

Tanta riqueza, tanta vida, la ha creado principalmente un hombre de modestos recursos, que empezó sin disponer de capitales, pero que rebosaba inteligencia y actividad: Enrique Peinador, de quien no escribo esto porque le profese amistad, sino á quien precisamente profeso amistad por haber hecho esto. Si en España existiesen muchos, muchos espíritus emprendedores y dotados de la *imaginación de lo real* que posee Enrique Peinador, no nos veríamos hoy en el caso de envidiar las condiciones prácticas y creadoras de la raza que nos ha puesto en la garganta el pie. Enrique Peinador no es exclusivamente un industrial, aunque su empresa constituya tan lucrativa y floreciente industria, pues las aguas de Mondáriz, seguro preservativo contra las enfermedades que originan los climas tropicales, se exportan al mundo entero y en especial á las Américas españolas – ¡sí, españolas siempre, por el idioma, por la raza, por la civilización entera, mal que les pese á los que desearían raernos de la faz de la tierra, á nosotros que la hemos redondeado! – Decía que Enrique Peinador, en este positivo negocio de las aguas de Mondáriz, ve más allá del negocio: ve la prosperidad de una región, ve á los extranjeros afluyendo á Galicia, descubriendo sus bellezas, trayendo aquí adelantos y bienes; ve la superioridad de España sobre Francia en cuanto estas fuentes se dejen atrás á las de Vichy, y ve el bienestar de la mejoría difundidos entre los miles de personas que pagan anual tributo á las náyades de Troncoso y de la Gándara. Y porque ve todo lo que digo, Peinador ha gastado pródigamente, al erigir el soberbio hotel, en muchas cosas que son puro lujo y poesía, y que tienen algo de lo excesivo que Bourget nota en la civilización de los Estados Unidos; á este orden de gastos de imaginación corresponde la bella y artística escalera del hotel, un modelo de suma elegancia, construído *ad hoc*; la proyectada *serre* de orquídeas, que el vapor del agua tibia se encargará de desarrollar; el espléndido decorado del comedor, y otros refinamientos que no sé si en algún punto de España podrán encontrarse. Para completar la silueta del creador de Mondáriz, añadiré que en vez de aguardar á que le construya el gobierno el trozo de ferrocarril que necesita para llevar cómodamente á los viajeros desde Salvatierra hasta el balneario, se le ha ocurrido lo que se le ocurriría á un yanki (con paz sea dicho), construir él mismo el ferrocarril, explotarlo él mismo..., y la ayuda del gobierno que la esperen con calma los apocados y los débiles.

***

Y en esta época del año para los trashumantes, no concibo veraneo más agradable que el que ofrece Mondáriz. La clase de dolencias que allí se curan atrae una muchedumbre que no parece enferma, y que sólo aspira, en apariencia, á divertirse. El que quiere sociedad la encuentra á todo momento, y el que desea evitar la promiscuidad algo pegajosa de los balnearios, tiene espacio por donde extender sus pasos, sin tropezar con nadie más que con su propia sombra. De la encantadora amenidad de la comarca, ¿se ha dicho y escrito tanto! Aunque Mondáriz en general se puede llamar país montañoso, tiene rientes vegas y la vid pinta de carmín sus pámpanos en las laderas suaves; las márgenes del río Tea guardan rincones de una frescura deleitosa, y los viejos puentes del siglo XV, los desmoronados castillos, los conventos, las ermitas, ofrecen asuntos de excursiones variadas. A corta distancia, relativamente, de Mondáriz, están Puenteareas, el balneario de Caldelas de Tuy, el mismo Tuy, Vigo, Orense, Salvatierra, Portugal. Las azules sierras del vecino reino se otean desde lo alto de las almenas del roquero de Sobroso.

Los verdaderos dolientes (que, ya se sabe, constituyen la minoría), en Mondáriz hallan, además del remedio eficaz dosificado, decantado, filtrado y sazonado por la naturaleza, un médico eminente, el director, Isidro Pondal, hombre de sagacísima y certera observación, de estudio grave, de experiencia insustituíble para esas aguas en las cuales lleva ejerciendo creo que veinte años. Mi afición á la medicina me ha hecho conocer á muchos doctores ilustres, en cuya conversación encuentro siempre gusto y enseñanza; por eso me he acostumbrado á discernir el médico de alto vuelo, y digo que lo es Isidro Pondal y que merece la frase que el universalmente renombrado Durand Tardel, lumbrera de la ciencia francesa, pronunció en Vichy cuando le enseñé un directorio trazado por otro gran médico español, Pérez Costales: «Señora, teniendo en su patria de usted estos doctores, no creo que sea sino galantería el consultarme á mí.»

***

Acaso me preguntará alguno de mis constantes lectores (sé que los tienen estas crónicas), si en Mondáriz es todo bueno, ó si mi afecto á la tierra gallega me dicta estas alabanzas. Responderé al lector que evoque sus recuerdos, que repase las crónicas anteriores, y vea si en ellas domina, trátese de lo propio ó de lo ajeno, exagerado optimismo. Cuando no puedo alabar aquello que sin embargo es para mí querido y allegado, guardo silencio. Pero sería la mayor de las injusticias no elogiar lo bueno, sólo porque lo tenemos cerca y lo miramos con predilección.

Por otra parte, es consolador, y más en estos instantes, que algo *nuestro* valga y prospere. ¿Cómo no ha de regocijarnos que se cree inmensa riqueza donde vimos un yermo? Mondáriz es lo contrario de España: ésta, ayer fué poderosa, gloriosa, envidiada..., hoy se viene á tierra, se desmigaja – permítaseme este verbo familiar.

***

No quiero, sin embargo, que se me acuse de que tengo á Mondáriz por cosa perfecta. Además de las imperfecciones inevitables en toda obra humana, hay en Mondáriz otras bien fáciles de evitar y que se remediarán, no lo dudo, con el tiempo. Citaré, por ejemplo, los mendigos. De ellos está infestado aquel hermoso lugar: en doble fila acometen al que baja á la fuente de Troncoso, con plañideros relatos y postulación encarnizada. Por si el municipio de Mondáriz quiere tomar mano, diré lo que ocurre en el balneario de Ontaneda (Santander). Durante toda la temporada, en Ontaneda, ni un sólo mendigo me salió al paso. Recorrí la montaña, paseé los caminos, sorprendida de no ver pobres pedigüeños. El día de mi marcha, cuando cargaban los equipajes en el coche que había de llevarnos á Renedo, ocho ó diez pordioseros me tendieron la mano, exclamando: «Nos prohibe el Ayuntamiento pedir, excepto el último día.» Agradecida y gustosa los socorrí de una vez. ¡Sabio municipio el de Ontaneda!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS OBISPOS

No hay día que no confirme la aseveración de que España es un país singular y al cual no se le atan cabos. No hace un año catan un ministro y un Gabinete y un partido y una política entera, porque se litigaba entre el Estado y un obispo la posesión de los predios de un santuario. Caso tal parece más propio de las épocas de fe exaltada que de nuestro siglo XIX. Pero aquí está el reverso de la medalla. No un obispo, varios obispos toman hoy la palabra y en sendas pastorales reprueban el exceso de diversiones y el furor de regocijos y zambras que contrasta con el abatimiento de la patria infeliz. Esto, que recibe mayor autoridad por decirlo un obispo, sería verdad aunque lo dijese Juan Peranzules. Pues bien: España, la católica España, oye á sus obispos como quien oye llover, y sigue jaleándose, con febril animación de tísico que valsa, antes de acabar de echar el pulmón por la boca.

Sería injusto, injustísimo, atribuir sólo á las clases pudientes y aristocráticas este vértigo de la «danza macabra ó danza de la muerte» española... En España, tocante á danzas, *no hay clases*. Tan alto suenan los pianos de manubrio, los organillos y las murgas villanescas, como los violines del cotillón *smart*. Al país entero se le puede cantar en tono de bajo profundo aquel estribillo piadoso:

> Jóvenes que estáis bailando,
> al infierno vais saltando...

⁂

No hay tema tan socorrido y lucido como el de presentar las virtudes del pueblo en contraste con los vicios de los ricos; pero aquí, donde existe tan poca gente que con propiedad deba llamarse rica, siendo lo general un mediano y corto pasar, y donde ni por la instrucción descuellan extraordinariamente los acomodados sobre los pobres, difícilmente cabría encontrar gran diferencia de nivel moral, y si tal diferencia existiese, ya se habrían verificado cambios trascendentales en el país. El pueblo – por lo menos el que yo veo de cerca, la población *urbana* (!) de Madrid y la población rural de mi aldea – demuestra la misma repugnancia á la actividad y al trabajo, igual anhelo de excitaciones malsanas, igual afición á lo que sólo definiremos expresivamente con el nombre de *juerga*. En Madrid no necesitan pretextos para festejar á San Lunes: se toman el asueto porque sí, y empalman la broma de una semana con la broma de la semana siguiente, entre teatrillos por horas, Viveros, Ventas del Espíritu Santo, rondas de copas, farolillos y mucho *marcarse*. En el campo, una especie de recato obliga á buscar la complicidad de los santos y santas de la corte celestial, y la haraganería se disfraza de devoción. No bastan los domingos ni las fiestas de guardar prescritas por la Iglesia: se inventan otras, y no le digáis al campesino que en semejantes fiestas por él mismo decretadas unza al carro la pareja de bueyes, ni dé un azadonazo. ¡Más pronto trabajará el domingo! Las fiestas suelen durar – en estos meses en que la agricultura exige tanta asiduidad – cuatro ó cinco días seguidos, y ya el viernes y el sábado – rendida la gente del bailoteo, floja para la labor – se incorporan al resto de la semana, disipada en *gaudeamus*.

⁂

Nadie deduzca de mis palabras que los pobres están divinamente y que, por las señas, se les puede todavía recargar la contribución un poquito, siquiera un diez por ciento, en los presupuestos inmediatos. Los pobres están muy mal, como está muy mal la nación en conjunto. Precisamente, si algo revelan estas diversiones que los venerables obispos pierden el tiempo en condenar, es el malestar profundo, la decadencia tal vez irremisible de una nación. Dime qué te divierte, y te diré quién eres.

Ese labriego que desperdicia, de los 365 días del año, cerca de la mitad en fiestas donde se le calientan los cascos y reparte palos y dice y hace otras cosas *non sanctas*, come á diario unas berzas sin grasa y una corteza mohosa de pan de maíz, duerme confundido con los animales, y sus niños patullan descalzos. Ese artesano de la corte que no pierde verbena ni corrida de toros, que estira los Carnavales hasta la Piñata y la Navidad hasta mediados de enero, habita un zaquizamí sin aire respirable, se mantiene con judías y gallinejas, trasuda inmundicia y su boca es una sentina de groserías insolentes. Esa familia tenida por rica, que gira en el torbellino de las distracciones, ha carecido siempre de dinero para alargarse dos estaciones más allá de San Juan de Luz, para asomarse á Europa, para dar á sus hijos é hijas completa educación, para el baño cotidiano, para adquirir libros, para consultar y atender en serio verdaderas enfermedades, para poseer un jardín donde se espacie el ánimo y se robustezca el cuerpo, para adquirir una obra de arte, para todo lo que es cultura humana y ornato delicado de la existencia...

Si se les recarga la contribución, no por eso veréis disminuir esos regodeos hueros ó perjudiciales; no se apagará un farolillo, no enmudecerá un organillo, no quedará desocupado un asiento en la plaza ni en el teatro. Lo que sucederá es que el labriego acortará la ya mísera ración, que el artesano buscará un tabuco todavía más obscuro y angosto, que la familia suprimirá un principio de la mesa y despedirá al profesor de dibujo ó de inglés..., y que todos lo pasarán peor, y serán más desgraciados, más sucios, más escrofulosos, más ignorantes, resultando de esta pérdida individual la pérdida colectiva, el *menos valor* – como diría Herberto Spéncer – para la nación española.

⁂

Alguien ha sostenido, no sin razón á mi ver, que esta fiebre de diversiones que en tan impropios momentos parece haberle entrado á España, no es brutal indiferencia, sino desesperado escepticismo. Hay circunstancias que obligan á echarse el alma á la espalda, y la cuenta del perdido, y como diría Sancho, todo á doce, aunque no se venda...

De una parte, el convencimiento de que el esfuerzo es estéril y vana la intención; de otra, el afán de aturdirse y olvidar humillaciones candentes aún en las mejillas; de otra, las amenazas del porvenir, más obscuro después de la paz que antes; porvenir que horripila mirar frente á frente, pueden explicar la actitud en que nos hemos colocado y en que se colocaron también ciertas naciones en horas no menos críticas: Bizancio, por ejemplo. Es imposible que esta misma España, en distintas condiciones que las actuales, no recapacitase, no sintiese, no llorase, no tuviese una de esas crisis de dolor que redimen y dignifican...

Estamos enfermos, estamos infestados; padecemos invasión de esos entes que Alejandro Dumas, hijo, describió á maravilla en *La Extranjera*, bajo el nombre de *vibriones*. «Son – dice – vegetales nacidos de la corrupción parcial de los cuerpos, que hasta hoy se tomaron por animales, á causa del movimiento ondulatorio que les es peculiar. Su función consiste en corromper, disolver y destruir las partes todavía sanas del organismo. Son los obreros de la muerte. Las sociedades son organismos también, que se descomponen en ciertos aspectos y en momentos dados, y producen vibriones con forma humana, que parecen seres animados sin serlo, y que hacen inconscientemente cuanto pueden por corromper, disolver y destruir el resto del cuerpo social. Por fortuna la naturaleza no quiere muerte, sino vida: resiste á los agentes de la destrucción y vuelve contra ellos mismos los principios morbosos que contienen...» De estos vibriones tenemos á millares hoy: el vibrión social, que sólo piensa en reírse y en que se ría el mundo entero; el vibrión político, que sigue dando vueltas á la desvencijada maquinaria electoral, como si no existiese cosa mejor que hacer; el vibrión seudo-patriota, que se agita para disfrazar y encubrir *lo sucedido*, como si fuese algún secreto; el vibrión aprovechado, que busca manera de calentarse y asar sus castañas en la hoguera que nos devora...

⁂

Ya que he citado á un moralista como Dumas hijo, espigaré en sus obras otro párrafo enteramente aplicable á nuestra situación actual. «¡Cuidado! – dice á sus compatriotas en la apología de su drama *La mujer de Claudio*. – Atravesamos tiempos difíciles, acabamos de pagar caros – y aun seguiremos pagándolos – nuestros últimos errores: no es hora de ser libertinos, escépticos, ligeros, bromistas; por algún tiempo siquiera, seamos graves. Dios, la patria, la familia, el trabajo, el hijo..., cosas serias, muy serias, surgen ante nosotros. ¡O todo eso vive, ó morimos! Recojamos estos elementos de eternidad, y hagamos de ellos nuestra comunión y nuestra conciencia... ¡Sí no...! El extranjero que nos ha vencido quiere rematarnos y nos acecha y ronda; el genio maléfico que nos ha seducido y pervertido se queda á nuestro lado, amenazador; el hijo con quien contamos y en quien nuestro espíritu ha de revivir, la generación que ha de darnos el desquite, vacila entre el trabajo y el goce, entre el ideal y la pasión; seamos cautos, morigerados, resueltos, implacables: cualquiera que sea la tentación que pretenda desviarnos del camino, rechacémosla; cualquiera que sea el obstáculo que se eleve contra nosotros, suprimámoslo: de otro modo, seremos raídos de la lista de los vivientes.» ¡Cómo se reirán, al leer este párrafo, los *vibriones* nacionales que ahora mismo, sin asomos de pudor, á dos pasos del sitio en que caen como moscas las víctimas repatriadas de la guerra, alzan la copa llena de espumoso champagne y redondean el brazo para ceñir el talle de las damiselas y arrastrarlas á una vuelta de vals – vals que en tales circunstancias recuerda más que nunca la ironía fúnebre de la danza de la muerte! – Mi pluma se niega á indicar siquiera dónde están esos vibriones...

⁂

No cabe duda, la razón asiste á los venerables obispos, el patriotismo habla por su boca; las frases de sus pastorales vienen á decir lo que decía Dumas á los franceses – y nadie extrañe la analogía, porque la moral y el decoro son un campo cerrado en que, véngase de donde se venga, es muy fácil acercarse y hasta tropezar. – Dios, la patria, la educación, las profesiones, el ejército, la marina, la política, son cosas serias, muy serias..., y las desgracias de un pueblo sólo obtienen respeto cuando ni las merece ni las sufre en silencio amodorrado ó, lo que es peor, en estúpido acceso de insano regocijo...

Pero, lo repito, de los venerables obispos nadie hace caso cuando tocan á privarse del holgorio. Una de las cosas que más bastardean los países cuando por la pendiente de la fatalidad son conducidos á la decadencia, es la religión. Al par que se desarrolla y cultiva una intransigencia medrosa y pueril, se pierde aquel sentido robusto y amplio de la fe que unía la idea de la patria con la idea de Dios, y hacía del altar foco sagrado del fuego heroico.

Las sensatas advertencias de los obispos adquieren doble fuerza ante el espectáculo que hemos presenciado estos días, el desfile de moribundos y muertos conducidos en camillas desde el vapor *Alicante* hasta el Lazareto. Digo *muertos*, porque muchos que salieron vivos del barco eran cadáveres antes de tocar la tierra. Digo que *cuarenta y ocho* expiraron en tan corto trecho... ¡Cuarenta y ocho! Obscuras víctimas que cayeron al primer soplo del aire de la tierra natal... Obispos españoles y patriotas, bajad la cabeza cubierta de canas, postrad, postrad, pedid por nosotros... La oración alivia, y ¡Dios no será sordo, como los hombres de endurecido corazón.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ELOCUENCIA POLÍTICA

Ahora que se han abierto otra vez las Cortes y en ellas debería estar fija la atención de la nación entera, colgada de los labios de sus representantes, si ellos se pusiesen á la altura de las circunstancias, me parece favorable ocasión de decir el efecto que me produjeron los que merecen el calificativo de grandes oradores parlamentarios. Está en moda, ya lo sé, renegar de la oratoria y atribuir á ella (como otros los atribuyen á las corridas de toros) los males de la patria; se maldice de la palabra, se maldice de los discursos, se condena un arte, como si los muchos políticos que en las Cortes españolas hacen el papel de *bueyes mudos* pudiesen aducir mayores títulos á la gratitud de los españoles que los oradores, los cuales, al fin y al cabo, por mas que lo intenten si así conviene á sus fines políticos, no pueden ocultar del todo la verdad, ni evitar que salga á luz en las controversias apasionadas y en los empeñados debates. Yo sostengo que los oradores serían muy útiles si el público que asiste á las tribunas fuese más numeroso, más ilustrado en conjunto, más reflexivo y más capaz de sacar consecuencias de lo que oye. El nivel de los oradores es, sin género de duda, superior al del auditorio.

***

Todos saben que el más excelso de nuestros oradores guarda silencio desde hace años. No hay, pues, para qué repetir aquí lo que fué Emilio Castelar en la tribuna. Las generaciones nuevas, que no le han alcanzado, tendrán por legendarios los pormenores de un arte supremo sólo comparable al de Demóstenes; y no digo al de Cicerón, porque la oratoria ciceroniana era oratoria de leguleyo, y siempre se le conoció al acusador de Catilina que en los primeros años de su vida civil había sido abogado y no político. Desde que se retiró de la arena Castelar, falta en las Cortes españolas un género entero: el del gran discurso, grande no por la extensión ni por la duración, sino por el vuelo y el sentido general, comprensivo y amplísimo: el discurso que equivale á un *mens sana in corpore sano*. Los ideales humanos, la magnificencia de las perspectivas históricas, inspiraban esos discursos inolvidables, y determinaban un oleaje de ideas y de sentimientos que ya no suele producirse en las Cámaras sino por caso rarísimo.

El talento de Castelar estaba en perfecta armonía con las cuestiones que se agitaban en su época. Hoy la política sigue rumbos diferentes. No son tanto los problemas del orden especulativo como los utilitarios los que se imponen á la atención de los oradores y los que van interesando también al público. El bien general, la conveniencia, el progreso material, el porvenir económico de la nación, si no constituyen todavía un *fin* para nuestros gobernantes, son ya un arma poderosa, un resorte en el cual se apoyan ó quieren apoyarse. Si hablan hoy de tolerancia, de libertad de conciencia, de sufragio, no cautivarán la atención como hablando de la deuda ó de las alianzas internacionales.

***

Esta dirección nueva influye en el carácter de la oratoria. No es la hora de los líricos y de los idealistas; es la hora de los razonadores y de los realistas. Se empieza á echar cuentas, á sumar, á restar, y vamos alejándonos á todo vapor de aquel tiempo en que un discurso de hacienda dejaba desierto el salón y desalojadas las tribunas. El mejor discurso de Romero Robledo, en la última temporada, sobre hacienda versó.

Y ya que incidentalmente he nombrado á Romero Robledo, por él empezaré. Su campaña de franca oposición ha sido tal vez la obra maestra de su larga y animada carrera política. Sus cuatro discursos, sin hablar de las rectificaciones é incisos, pueden ponerse por modelos de habilidad, de originalidad, de cortesía en la forma, de intención y sabrosa malicia en el fondo. De Romero cabe decir que adivina lo que no sabe; habla de hacienda, de fortificación, como un libro, y sin alardes pedantescos de ciencia, revela en sus observaciones, casi siempre atinadas y muchas veces atinadísimas, esa luz del buen sentido y de la rápida comprensión del meridional, que se comunica y persuade sin esfuerzo. La forma, en Romero, es fácil, espontánea, selecta sin estudio, nunca chabacana ni vulgar; la frase, corriente y sencilla, pero decorosa y bella; la gracia, señoril y pulcra; la entonación, simpática y justa; ya vibrante, ya contenida; ora apasionada, ora dulce y atractiva por su aparente ingenuidad y modestia. La retórica de Romero no puede aprenderse ni enseñarse; es expresión de un temperamento. La voz tiene tonos gratos, plateados, y el ligero y fino ceceo andaluz no obscurece la pronunciación. No sé lo que sería Romero cuando el bisturí del doctor alemán no había tocado á su rostro; sé que hoy, después de sufrimientos tan horribles, es un orador que no cede á ninguno. Las profundas y acaso incontrastables corrientes adversas á Romero no han podido impedir que, al día siguiente de sus magistrales oraciones, la prensa entera le saludase y aclamase.

***

Si queremos encontrar en otro orador el más perfecto contraste con Romero, tenemos que nombrar á D. Nicolás Salmerón. He oído repetir que á Romero, como le dejen hablar, no le ahorcan; y que á Salmerón, por el contrario, y con ser grandísimo, admirable orador, si habla le ahorcan más pronto. Y consiste en que su oratoria es dura, broncínea, inflexible – su estilo de una austeridad dórica, su acento condenatorio y sus calificativos raspantes como el papel de lija. – Acaso contribuya á este carácter de la elocuencia salmeroniana – por lo menos en las Cortes – la manifiesta hostilidad con que se le ve levantarse. La mayoría liberal y la compacta minoría silvelista demostraron, en las sesiones á que yo asistí, poquísima ó ninguna urbanidad con Salmerón. Desde el pataleo hasta la invectiva y el insulto, han puesto en juego todos los recursos para ahogar su palabra. Confieso que llegó á impacientarme muchas veces esta descortesía. Yo deseaba escuchar; Salmerón tiene autoridad sobrada para ser escuchado; tiene además facultades notables, un metal de voz grave, timbrado, extenso; una dicción severa, poco adornada, pero enérgica y musculosa; y el que le oye desapasionadamente y sin consignas, ha de reconocer, no sólo las dotes del orador, sino las del dialéctico y del lógico. Los que más distanciados nos encontramos de Salmerón por las ideas, le oímos, sin embargo, con interés, y estamos en el deber de prestarle atención. No lo ha creído así la Cámara, y cada discurso de Salmerón fué una escandalera.

***

El otro extremo de la oposición lo representa Mella Fanjul, el Macabeo carlista. Aunque las mayorías-minorías también se creyeron en el caso de cubrir con murmullos la voz de Mella, sobre todo cuando lanzó una cita bíblica muy discutida y comentada, se veía que no lo hacían con saña, y es que Mella no se parece á Salmerón; no irrita, no exaspera, no dice cosas amargas, ó las dice de otro modo. Distingue á Mella, más que la trabazón y fuerza de los argumentos, la frescura, número, afluencia y relieve del período; es además en extremo feliz, oportuno y chistoso en comparaciones, observaciones y descripciones. Cuando prescinde de la tradicional retórica del partido; cuando no combate con los molinos de viento, sino con gente de carne y hueso, su elocuencia gana muchos quilates. Hay en su estilo bondad, donosura y juventud. Lástima que esfuerce demasiado la voz, que hable demasiado aprisa y que derroche laringe, descuido que siempre paga caro, á la larga ó á la corta, el orador.

***

Canalejas, por el contrario, en el único discurso que le oí, sabe emplear y repartir perfectamente sus caudales de voz, de gesto, de palabra. Parecióme tan hermoso discurso un modelo de equilibrio, y sin duda era todo menos improvisado. El gran efecto que produjo se derivaba de lo calculado y medido de cada párrafo y de su enlace con el anterior y su acción sobre el siguiente. Si quisiese expresar mi idea con una imagen, diría que el discurso de Canalejas recordaba cierta figura defensiva usada entre los griegos y romanos y que se llamaba *el testudo ó la tortuga:* hacíase elevando los escudos sobre la cabeza y las primeras filas ante el pecho, de modo que formasen un todo compacto, una caparazón, que burlaba las flechas y las espadas. ¡Ay de la *tortuga*, sin embargo, si lograba el enemigo introducir en alguna junta el arma! Desplazado un escudo, desbaratábase todo el artificio. Así estuvo á pique de sucederle á Canalejas con una pregunta impensada de Linares Rivas, que, sin pronunciar discurso alguno, sostuvo bien su papel de jefe de grupo por medio de breves interpelaciones.

***

Ya sé que no está de moda alabar á Moret, pero yo he dado asilo en un rincón de mi estudio á la sinceridad cuando esta pobrecilla iba á ser apedreada, y no puedo menos de declarar que lo que repite el vulgo acerca de la oratoria de Moret, todo eso de las pompas de jabón, de los cohetes de lucería, de los trinos de canario y las flores de trapo, etcétera, es uno de tantos errores comunes que nos evitan á los españoles la fatiga de pensar y de analizar y el trabajo de aplaudir. El discurso magno, que podemos llamar apologético, de Moret, se distinguió precisamente por sus acentos viriles, por su elegancia noble y su fuerza patética; hubo momentos en que adquirió el interés vehemente de un drama. El sentimiento caldeaba los párrafos, pero el buen gusto y el aticismo lo reprimían: el orador arrastraba y movía al auditorio, sabiendo permanecer dueño de sus emociones; dominándolas, aunque no quería ocultarlas, al contrario. La voz de Moret es magnífica, rica en matices, manejada con arte sumo; su estilo, ameno, vario, levantado, á veces poético, pero no recargado, no pomposo; su acción, sobria y adecuada. No habría injusticia mayor que regatearle á este hombre el lauro de orador insigne.

***

A D. Francisco Silvela le había oído antes de estas Cortes y en ocasión solemne: el día en que consumó su ruptura con D. Antonio Cánovas. Causóme impresión que nunca olvidaré aquella sesión terrible, lucha de león y toro, en que suspendíamos el aliento para no perder sílaba. Al escuchar otra vez á Silvela, vi confirmado mi juicio de la primera hora: el efecto de su oratoria, lejos de desvanecerse en el aire, es más seguro al contrastarlo la reflexión. Habla en especial para la inteligencia, no para la fantasía ni para el sentimiento; habla también para el ingenio; sus chistes, sus donaires, son al agua fuerte: su distinción es seria, su estilo calza guante blanco, y debajo lleva guantelete de hierro; su dicción clásica, pura, deleita á los que no hemos perdido la afición á los modelos del habla castellana. El sabor intelectual, de alta cultura, de la oratoria de Silvela se reconoce en que, cuando explica un concepto ó un vocablo, los refuerza en vez de atenuarlos, indicio de que el pensamiento va todavía más allá que su expresión verbal, y que ésta tiene un contenido, por decirlo así, inagotable.

Mucho diría aún de Silvela, pero no cabe en el espacio de esta crónica. Y cuenta que en ella no he citado á Pidal, por retraído y ausente; á Sagasta, por acatarrado y huído; á Pi y Margall, porque el Gobierno le dejó sin distrito, en castigo tal vez de haber previsto y anunciado completamente todo lo que nos ha sucedido en las colonias, por lo cual pasó plaza de mal español entonces y se ha quedado fuera del Congreso ahora, cuando podría disfrutar del desagravio.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VIAJE

Hace años dije que en España teníamos de los viajes, no esa idea amable y simpática que en otros países se tiene, sino un *concepto penal*. Las circunstancias no han cambiado desde que formulé esta observación. ¡Cambian tan poco las circunstancias en España, sobre todo para mejorar! Por nosotros no pasa un día, ni una lección de la experiencia.

Sigue considerándose, con razón, que el acto de adquirir un billete de ferrocarril es el primer paso en una serie de molestias y contrariedades que harán por tiempo determinado de la vida un infierno. Los viajes de placer, de curiosidad y estudio son aquí fruta rara, fantasía original. El billete de circulación que yo compré y uso, lleva el número fatídico de 13. No se ha despachado en la estación legionense mas que una docena del fraile de tales billetes desde que se anunciaron, que si no me equivoco debió de ser allá en el mes de junio – ¡y estamos casi en octubre! – Y es que estos billetes, á pesar de sus ventajas y de su baratura, representan el viaje por capricho, por diversión ó instrucción, no por la urgente é ineludible necesidad de trasladar de un punto á otro los molidos huesos.

En mis excursiones por Europa noté lo contrario: de diez viajeros, lo menos dos llevaban esos cuadernitos blancos ó rosa en los cuales se van estampando sellos. Aquí sucede, dado el poco uso que de ellos se hace, que los revisores á duras penas los entienden, y dudan y vacilan y se equivocan á menudo. En el trayecto me ha sucedido ya que quisiesen arrancar del librito una hoja que no debía ser arrancada, y que, á serlo, me haría perder gran parte del recorrido á que tengo opción. Y no era por mala voluntad, sino por desconocimiento del manejo de los susodichos cuadernitos.

⁂

Sin que en ello vea nadie alarde de presunción, he de decir que, cuando á mí me ocurra en viaje alguna contrariedad, le ocurrirán á otros ciento, pues no sólo tengo hábito de viajar, sino que mi costumbre de cobijarme en el departamento reservado para señoras me pone al abrigo de bastantes molestias. Así y todo, no hay viaje que no me ofrezca ocasión de comprobar abusos, desórdenes y deficiencias inconcebibles en un país que al fin está en Europa. El reglamento no es malo, pero no se cumple á raja tabla sino para la conveniencia de las Empresas.

⁂

En el reservado para señoras, verbigracia, han ido introduciéndose corruptelas y descuidos. Apenas se da caso de que los billetes se pidan, como está dispuesto, por la ventanilla y en las estaciones. Siempre han de exigirlos haltándose el tren en marcha, abriendo confianzudamente la puerta y saltando adentro el empleado. Cuando se les recuerda lo prescrito, algunos se atufan ó se indignan y declaran que conocen muy bien el reglamento, lo cual debía servir para que lo acatasen; otros alegan distracción, y casi todos insisten, *ya que están allí*, en que se les presente el billete. Indudablemente no hay costumbre de que el público conozca sus derechos y los haga respetar. El sueño tranquilo, la seguridad de que debe disfrutar una viajera en el reservado, que para eso es reservado, desaparecen desde el momento en que, á las altas horas de la noche ó de la madrugada, se abre la portezuela y se entran como Pedro por su casa una corriente de aire y un empleado descorriendo la cortinilla de la luz y pidiendo el billete. Y esto se repite diez veces, mil; no es casualidad, es mala maña adquirida, el eterno abuso, el eterno «es lo mismo» español.

Conviene establecer que nada *es lo mismo*. Todo importa, todo debe ir por su camino, y en este punto no culpo sólo á los empleados; cumplo también al público pagano, que no procura por sí, y hasta propende á mirar como un ser extrafalario y un bicho raro al que mantiene la legalidad (*en forma cortés*, pero categórica). Siempre que en los tranvías de Madrid he procurado que se conservase en vigor la prohibición de fumar en el interior del coche, instando al cobrador á que haga cumplir el reglamento, he tenido en contra, no ya á los que fumaban, sino ¡oh asombro!, á las mujeres, víctimas de la humareda y la peste del cigarro estanquil.

⁂

Volviendo á los ferrocarriles (ó *ferros-carriles*, como dicen muchas personas que la echan de finas), el reservado de señoras, á pesar de la familiaridad con que lo tratan los empleados, es todavía una isla de refugio; pero qué, ¿se ha de componer el mundo de gente acomodada que puede adquirir billete de primera? ¿Por qué no hay reservados en todas las clases, al menos en segunda, á ejemplo de Francia? ¿Es que no tienen pudor, es que no tienen decoro que guardar las mujeres desde el momento en que su bolsillo no les permite sufragar más que billete de las clases inferiores? La moral ¿no debe conservar sus privilegios en todas las esferas sociales?

Un solo departamento se concede aquí á los que se sienten molestados por el humo del cigarro: en los demás fuman los hombres como carreteros. En el extranjero sucede lo contrario: hay un departamento para fumadores; en los restantes no se fuma. Se considera excepcional lo que nosotros juzgamos normal y orgánico.

Pues ese departamento, único á que podrán acogerse los que no soporten el humo en recinto tan angosto, los que se mareen, los que van enfermos, los que padecen del estómago ó sienten congestionados los bronquios, ese departamento de *no fumadores* se halla convertido en fumadero universal. Una inglesa á quien le contaba yo este rasgo característico de nuestras detestables costumbres, se resistía á creerlo. – Para algo, decía ella candorosamente, se cuelga una tabilla que reza «No fumadores.» – ¡Ah!, se cuelga, respondía yo, para que un individuo listo fume solo, después de expulsar á los demás. Y se cuelga para tener el gustazo de contravenir lo mandado, linaje de placer genuinamente nacional. Yo he viajado algunas veces en ese departamento, y las cuento por batallas. Con la mayor naturalidad, mis compañeros de viaje sacaban sus avíos de fumar, abrían su petaquita, encendían su fósforo... Y había que oirles al punto en que yo intervenía. El uno declaraba serle imposible vivir sin fumar; el otro defendía *aquel* cigarro, después del cual no volvería á delinquir; muchos, con malos modos, me enviaban á paseo, aprovechándose de que no estaba presente empleado ninguno, y al aparecer el empleado saltan del paso mintiendo como bellacones: el cigarro fumado estaba, la colilla arrojada en algún tunel, y vaya usted á abrir una información probatoria de que minutos antes funcionaba activamente la chimenea y emponzoñaban el ambiente, ya viciado por la respiración, nubes hediondas y emanaciones de nicotina.

⁂

El público, lo repito, hace buenas á las Compañías, y por su parte las Compañías se gozan en dificultar los viajes como si no tuviesen sobre la tierra otra misión ni otro quehacer más urgente. Ejemplo: el viajero que lleva billete tomado para un punto y al llegar á aquel punto desea continuar su viaje, y cree que en dieciséis ó veinte minutos que el tren se detiene no le será difícil realizar tan inofensivo propósito, ya está fresco. A mí me ha ocurrido dos veces en este viaje, y he pasado las penas del purgatorio. Una mujer menos veterana en la brega del ferrocarril pierde el tren, como tres y dos son cinco. En Orense – es conveniente citar *nominatim* á fin de que cargue con la culpa quien la tiene, – al paso del tren que sale de Vigo á las cinco de la tarde, consigna el Itinerario veinticinco minutos de parada, tiempo que juzgué más que cobrado para tomar billete y reexpedir mi baúl. La primera parte de la faena, ó sea tomar billete, se presentó desde luego erizada de dificultades. En la taquilla se negaron á servirme, mandándome esperar por tiempo indefinido y sin alegar razones de la espera. Es de advertir que no había al pie del ventanillo nadie más que yo; no era, pues, el apuro de la concurrencia lo que impedía atender á mi sencilla pretensión de comprar un billete por mi dinero. Esperar, sin saber por qué ni hasta cuándo, habiendo que reexpedir un equipaje y coger un tren, no deja de ser dureza. Cuando después de bastante tiempo y de mil incidentes tragicómicos conseguí tener el billete en la mano, al intentar reexpedir mi baúl me dijo el factor, entre chistes é ironías que demostraban su ingenio, que ya era tarde, y que ó el baúl ó yo ó *entrambos á dos* nos quedaríamos en tierra. Al manifestar mi sorpresa por tan grata noticia y alegar mi incalificabilidad, pues si había tardado no era ciertamente por mi gusto, tuve mi merecido: las delicadas chanzas del humorístico factor se convirtieron en severas amonestaciones, mejor dicho, en gruñidos sardónicos, y como el lector comprenderá, el tiempo, entretanto, seguía su alado curso, y el tren, según el factor indignado repetía, no iba á detenerse por mí. ¡Triste verdad! En efecto, si no ando lista, sin mí se larga el tren. En el camino me explicaron que la carrera de obstáculos que encontré á mi paso era debida á que en la estación ignoraban *que yo era yo*. ¡Naturalmente! Si lo saben, me conceden la extraordinaria franquicia de venderme el billete á tiempo y reexpedirme el baúl sin lucha homérica. ¿Pues qué pensaban ustedes? De algo ha de servir la notoriedad literaria. Y los que no sean más que simples viajeros, que se fastidien. Hablando en serio, ¿qué les parece á ustedes? ¿Verdad que la igualdad ante la taquilla debería ser un hecho? Porque, en la taquilla, esta igualdad existe ya en forma económica: todo el mundo paga – ¡vaya si paga!. – no siendo ciertos señores á quienes las Compañías llevan gratis y con sahumerio...

⁂

En otra estación, donde quise también continuar, y donde tenía parada bastante, cerrada encontré á piedra y lodo la consabida taquilla en que debían despacharse los billetes. Por fortuna el jefe era persona atenta y servicial, que los hay, y gracias á eso se respira. En estos viajes por España, la psicología del empleado es importantísima para el viajero. La organización defectuosa y los inveterados abusos impunes y triunfantes, hacen que no esperemos sino en que la casualidad nos depare funcionarios humanos y discretos; pero ¡guay de nosotros si tropezamos con un personal como el de Orense!

⁂

Casi me da vergüenza estar tratando despacio de estas incomodidades y miserias sufridas en un viaje en que, á cada estación, veo cruzar por los andenes las demacradas y amarillentas figuras de los repatriados, presencio escenas tiernas y desgarradoras – las mujeres del pueblo dándoles de beber, confortándoles, llamándoles *hijos*, – y considero cuán poca cosa son, al lado de los infinitos padecimientos del soldado, los menudos alfilerazos, las dificultades amontonadas á placer, las groserías y las impertinencias que tan pronto dan rabia como risa. Pero si bien se mira, hay más conexión de la que parece entre una cosa y otra, entre los males del soldado y los malecillos del viajero por España. Achaques de nuestra condición son los que han parado así al militar, y los que le traen ahora, exánime y moribundo, sin socorro, sin consideraciones que la humanidad reclama imperiosamente tratándose de moribundos y agonizantes, rodando por cruces, empalmes y vías, seca la garganta, vacío el vientre, rendidos el cuerpo y el espíritu. Y determinaciones de nuestro modo de ser peculiar son las que hacen que los viajes por España parezcan castigo en vez de recreo, y que se reciba maltrato donde hay razón para exigir condescendencia y buena voluntad. La gota de agua, que cría la perniciosa humedad, es también la que socava y derrumba el edificio.

⁂

No me faltarán, en la próxima crónica, episodios que referir; sólo lamento que no sean aventuras extraordinarias al estilo de Alejandro Dumas, sino á lo sumo prosaicas contrariedades que encierran un poco de enseñanza y se prestan á reflexiones pesimistas.

Emilia Pardo Bazán

Avila de los Caballeros.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LISBOA

Cuantas veces vengo aquí, otras tantas me llevo la impresión de que nada efectivo y real nos separa á españoles y portugueses; de que somos un pueblo mismo, una misma raza – es decir, que de razas en otro tiempo pobladoras del suelo ibérico, descienden igualmente los extremeños y los portugueses de *aleu Tejo*, los gallegos y los portugueses riberanos del Miño. – Por qué razones se separó Portugal de España y quiso ser independiente, mientras Aragón ó Galicia se adherían más y más á la nacionalidad española, es cuestión que á primera vista no se resuelve de un modo satisfactorio; hay que leer despacio la historia, y todavía después de leería, atribuir gran papel en este fenómeno á la acción de sucesos ignorados, á pequeñas intrigas y á la ambición personal, que fomentó aspiraciones populares y ahondó abismos entre el viejo *Portucale* y las demás regiones de la Península, al fin asociadas bajo el nombre genésico de *España*.

Y fueron España y Portugal, al separarse, como hermanos gemelos y enemigos que todo lo pueden conseguir por medio de un ímpetu fratricida, excepto borrar la semejanza extraordinaria que les denuncia en las venas la misma sangre. El sabio y malogrado escritor portugués Oliveira Martins demostró en su importante libro *Historia de la civilización ibérica*, que España y Portugal, separados, han corrido igual suerte, como si continuasen juntos, porque si es fácil realizar la división política y geográfica, es inasequible infundir alma distinta en pueblos que la tienen idéntica, y cuyos elementos tradicionales en nada difieren. Á un tiempo y por conceptos análogos desempeñaron Portugal y España brillante papel en el mundo; á un tiempo decayeron y murieron también... *Morir* es el verbo que Oliveira Martins emplea, y nadie ha de protestar ya por creerlo demasiado riguroso.

Una ventaja nos lleva Portugal: y es que se resiste algo más que nosotros á dejarse deponer yerto y helado en el sepulcro. Portugal desea revivir. Se da cuenta de su atraso, de sus deficiencias, de los peligros que el porvenir le guarda, y ansía ser nación europea, fuerte en su línea, con cultura á la moderna, cosa que nosotros jamás hemos ansiado, y que hasta hemos repugnado, en nombre de un falso y fuguesto casticismo. En Portugal se vive, por decirlo así, más cerca de Europa. Evidente síntoma de esta vida europea, es el conocimiento y fácil manejo de varios idiomas, en España privativo de la *high life* y en Portugal extensivo á la clase media más ó menos ilustrada y no extraño hasta en el pueblo. En cuanto á los españoles, no hablan sino su lengua: son como aquel cura que sólo sabía leer en su misal. Conozco literatos insignes que se jactan de ello, cual si la ignorancia pudiese ser mérito nunca. *No* haber leído autores franceses es diploma que algunos reclaman, y que no les exime de cometer galicismos, ni de escribir un castellano duro y pobre. Pero se alaban de su estólida virginidad, y hay quien se la cuenta por gloria. Précianse de legos, y contribuyen á que su patria lo sea, y se aduerma, indolente odalisca, recogidos los brazos tras de la nuca, cerrados los negros ojos, dejando correr el tiempo, que no vuelve.

Los portugueses aprenden el francés desde niños. El español lo saben, lo hablan si llega ocasión, pero le hacen poco caso. Comprenden que de España no han de venirles destellos de luz. Nos devuelven y pagan la amodorrada indiferencia con que miramos aquí la literatura y el arte lusitano. Digo *miramos*, pero á cada uno lo suyo: por mi parte, siempre he seguido con interés el movimiento literario de esta España chica que llaman Portugal. Estoy familiarizada con los libros de los mejores escritores actuales, por lo cual debo de haberme ganado nota de fantástica y antojadiza. A Madrid, en efecto, van compañías dramáticas italianas y compañías francesas, y el público llena el teatro; pero en actores portugueses no se piensa. ¿Quién diablos ha de abonarse para oir declamar *en gallego*?

A su vez, los portugueses se han plantado en las traducciones de Pérez Escrich. Los escaparates de las numerosas y bien surtidas librerías lisbonenses, atestados de obras inglesas y francesas, italianas y alemanas, apenas muestran, vergonzante y corrido, algún título español. Se diría que nos separan de Portugal miles de leguas. Y es que nos separa algo que aisla más que la distancia: la frialdad, el desvío, el convencimiento de que, tal cual estamos, no sacaríamos nada en limpio con tratarnos íntimamente. Somos como esas familias que viven pared por medio y al encontrarse en la calle ni cruzan saludo. Al Congreso de la Prensa, ahora celebrado en Lisboa, concurrió *un* solo representante español: en esto estamos á la altura de la República del Transvaal, también representada unipersonalmente en dicho Congreso.

No ocultemos nuestras flaquezas de literatos. Sentí profunda pena al ver que tantos portugueses conocen mi nombre..., por mis trabajos de colaboración en la *Revue des revues*, trabajos que á veces, por comodidad, redacto en francés. En cambio experimenté alegría pueril, rejuvenecedora, al encontrar en Portugal alguien que lee estas sencillas crónicas mías de LA ILUSTRACIÓN, *como el drabe lee el Korán*... Descontemos la hipérbole inspirada por la cortesía, y aún quedará bastante para servirnos de consuelo. – Y el que no se consuela es porque no quiere. – ¡Sería tan triste creerse desconocido en un país que miramos con predilección!

***

Ya han corrido años desde que por primera vez hojeé el poema de Camoens á bordo de un barquichuelo que seguía la corriente, entonces apacible, del Tajo. Todos mis viajes á Portugal me hacen evocar un cuadro de marina, un maravilloso fondo azul ó verde glauco, la extensión de la espléndida bahía. Ya es la salida del *Ville du Havre*, á la hora en que el sol desciende tiñendo el oleaje de púrpura; ya la torre de Belén, primoroso relicario de piedra, joyel gótico digno de conservarse en una vitrina – destacándose sobre un mar nacarado, de ópalo, á la luz de la aurora; – ya, en la encendida noche de Cascaes, un agua del tono del estaño en fusión, que por momentos, con mágica viveza, el violeta y el anaranjado de los árboles de fuego inflamaban convirtiéndolo en lago de cuentos de hadas, de libros de caballerías y encantos. Siempre asocio á Lisboa, en mi imaginación, con alguno de esos espectáculos incomparables en que colaboran la naturaleza y el hombre. Una bahía como la de Lisboa, una desembocadura como la del Tajo, hacen ellas solas la gran capital, y el polvoriento Madrid, acurrucado en sus estepas á guisa de mendigo castellano envuelto en pardos harapos, jamás se prestará á fiestas y solemnidades.

Además, este clima es un clima edénico. Los días se bañan en oro, en tallado turquí se rebozan las noches; la luna, en la placidez de un ambiente elástico y tibio, tiene una claridad argentina, misteriosa y pura; las plantas tropicales, las pimenteras de Cayena, las majestuosas araucarias, las cañas y los bambúes, vegetan al aire libre; estamos en octubre, y las mujeres van vestidas de batista y gasa; el cuerpo pide refrescos de hielo, deliciosas *carapinhadas de tangerina*, y la piedra de los monumentos góticos, lo torre de Belén, la sorprendente iglesia de los Jerónimos, adquieren al sol cálidas tintas doradas, que recuerdan la tez de los pueblos de la India descubiertos en las audaces empresas de los navegantes del siglo XV. Lisboa es siempre la seductora morena, á pesar de sus tentativas de ataviarse á estilo británico y del sorprendente cambio de sus costumbres.

Estas, en un cuarto de siglo, han sufrido notable y ventajosa transformación. Naturalmente, al transformarse las costumbres, es que evoluciona la mujer. Hará veintitantos años, aún vivía oculta y enclaustrada la portuguesa. La importancia de la ventana ó *janella*, en estos países de tradición semítica, se explica porque la *janella* es el único respiradero de la mujer, el marco de su pálido rostro de reclusa. Así es que en las *janellas* echaron el resto los arquitectos de la época marmolina, é hicieron de ellas camarines, altares, hornacinas de un *rococó* voluptuoso y naturalista á la vez. Hoy la portuguesa ha roto la valla de la *janella* y vive en la *rua*; los celos africanos del varón ya no la tienen en perpetuo encierro; sale sola ó acompañada, toma la *sege*, el tranvía ó el camino de hierro, visita, regatea, compra. Antaño, sólo se echaban á la calle las viejas, las desechadas, las dueñas halduda y barbudas que iban á rezongar en las iglesias ó á cumplir los menesteres domésticos, cabás al brazo y sombrilla en puño. Hoy se encuentran en las aceras más mujeres que hombres.

¡Curiosa observación! La libertad ha hermoseado á la portuguesa, que (no sé cómo decirlo, pues no parece amable) gozaba, en este particular, de una triste reputación, en términos que el donoso y humorístico escritor Ramalho Ortigao dedicó un meditado estudio á investigar las causas de la inferioridad del tipo femenino en Lisboa, y creyó descubrirlas en la escasez de agua y en la contemplación de las antiestéticas estatuas de los reyes. En el día, la portuguesa es, por término medio, lo mismo que la española: si no una belleza escultural, por lo menos una mujer agradable y atractiva.

Para atraer la mirada de un artista, las pescadoras, las aldeanas. Ninguna pasó á mi lado sin obligarme á seguirla con los ojos. Derechas como troncos de pinos marítimos; descalzo el airoso pie, ó calzado con la curva chinela veneciana y oriental; arrolladas las azules sayas y ceñidas en torno á la cadera con la faja obscura, que da á la vestimenta el plegado de un helénico ropaje; gallardamente tocada la cabeza con el bonito sombrero de terciopelo negro, bajo el cual flota el pañuelo y se destacan los enormes aretes de filigrana de oro, estas sardineras, estas ribereñas, son todavía de lo poco pintoresco que queda en el mundo.

En lo que no ha variado Portugal, en lo que no cambian ni Lisboa ni Oporto, es en la afición á las joyas. Se pierde la cuenta de las platerías y tiendas de joyero que se extienden á lo largo de las calles del *Ouro* y de las *Flores*. Medallas, brincos y patenas de dimensiones inverosímiles, descomunales corazones y encomiendas de filigrana, dijes raros, sortijones de médico antiguo, de los que se lucían al tomar el pulso, arracadas que son un pináculo de iglesia, cables áureos del templo de Egas Moniz, ¿quién se pondrá todo esto? ¿Las campesinas solamente? ¿Será cierto que llevan su dote al cuello, en los dedos y en las orejas?

Al ver tanto oro, tanta plata, tanto amarillento brillante del Brasil, de nuevo me parece Lisboa una ciudad exótica, parienta cercana de Benarés ó de Nijni Novogorod – un país donde no existen los Bancos, ni se ha introducido el lujo á la moderna, lujo tranquilo, refinado, sólido, – lujo con pantalla y pedal.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE REQUIEM

Aun cuando ya prescribieron aquellos artículos de retórica funeraria que antaño solían consagrar los periódicos de Madrid y provincias, en primera plana y con orla negra, á la conmemoración de fieles é infieles Difuntos; aun cuando el subgénero literario que constituían tales artículos está mandado recoger, y yace en el almacén de trastos viejos, en compañía de los cuadros de pelo con la urna, el sauce llorón y allá á lo lejos el rielar de la pálida luna sobre el lago, el asunto que los artículos trataban es ¡ay! de actualidad perpetua, y así como los místicos pudieron decir que la muerte es la única verdad de la vida, los cronistas debemos afirmar, sin temor á que nadie nos desmienta, que no hay cosa más contemporánea que el morir.

Nos han informado estos días los periódicos de que en los cementerios matritenses, durante un período de tiempo relativamente corto, han sido sepultadas doscientas mil personas; la mitad del censo de la capital. Medio Madrid, en cortos años, ha emigrado á la necrópolis. Con mayor lentitud le pueblan y rellenan los humildes camposantos rurales; pero al fin llega el instante en que ya no cabe más carne muerta bajo la tierra fertilizada por el horrible abono, y es preciso remover las fosas, juntar y hacinar los huesos en el osario, y dejar libre el espacio en que poco á poco vendrán á tumbarse y á dormir el sueño inquebrantable y sin pesadillas los que hoy tanto se afligen por un aumento en los consumos ó por una merma en la cosecha del maíz...

***

A pesar del neomisticismo literario y artístico, hoy se descuida bastante la contemplación espiritual de la muerte; los más la consideran con la indiferencia que inspira un fenómeno natural, desenlace y peripecia última del drama de la vida, y nunca, por otra parte, se ha procurado retardar el desenlace con tanto empeño y prolijos cuidados. La higiene, que es la medicina preventiva, y la medicina, que es la higiene represiva, ganan terreno incesantemente. La persona más desprevenida de su salud toma hoy precauciones y se atiende con medicamentos y métodos que eran desconocidos á nuestros padres. Sería curioso poder averiguar si con tanto remedio, tantos baños y aguas, tanto régimen y tan numerosa atención otorgada al cuerpo, es hoy superior la longevidad en la especie humana. Comparemos una clase de datos estadísticos: las fechas del nacimiento y fallecimiento de los escritores célebres de Francia, por ejemplo, en el siglo XVII y en el XIX. Tomemos, al azar de la serie, en un Manual de literatura, catorce nombres del 1600 y otros catorce del 1800. He aquí el resultado: Siglo XVII. Viall, 36 años de vida; Pascal, 43; Volture, 50; Descartes, 54; Molière, 55; Hardy, 61; Balzac – el poeta, – 64; Vaugelas, 65; La Rochefoucauld, 68; Malherbe, 73; La Fontaine, 74; Bossuet, 77; Corneille, 79; la señorita de Scudéry, 94! – Siglo XIX. Baudelaire, 48; Balzac – el novelista, – 51; Flaubert, 59; Gautier, 61; Renán, 64; Taine, 65; Vigny, 66; Augier, 69; Jorge Sand, 72; Dumas, hijo, 74; Sainte Beuve, 75; Leconte de Lisle, 76; Michelet, 76; Víctor Hugo, 83. – Es decir, que en el siglo XVII encontramos un escritor que pasa de los 30, otro que pasa de los 40, tres que pasan de los 50, cuatro que pasan de 60, cuatro que pasan de 70 y uno que pasa de 90; y en el XIX, hay uno que pasa de 40, dos de 50, cinco de 60, cinco de 70 y uno de 80. El término medio de la longevidad parece superior en nuestro calumniado siglo; pero sería preciso, para afirmarlo, comparar mayor número de fechas, y además, los escritores suelen, no sé por qué, tener la vida dura; así es que sólo á título de curiosidad, al acercarse el día de Difuntos, he cotejado dos generaciones literarias, á ver cuál de las dos arraigó más tiempo sobre el planeta.

***

Si antaño se ha repetido que todo el año es Carnaval, hogaño debe decirse que fué todo él Difuntos. Hemos enterrado, sucesivamente, la esperanza, la honra nacional, la reputación que aún hacía en Europa poético y glorioso nuestro nombre; hemos enterrado la fortuna pública, la herencia de nuestros antepasados, la soberanía española en Ultramar, la fe en muchas cosas, en infinitos hombres, en instituciones y organismos que nos parecían inmortales; y hasta hemos acompañado á la sepultura á nuestro propio corazón de patriotas, helado y paralizado por tantos desengaños, lacerado por tantas espinas. En vez de preguntar quién se ha muerto aquí, pregunte: mos quién ha quedado vivo; qué es lo que todavía palpita, qué es lo que aún siente circular el torrente de la sangre por las venas.

Si bien lo miráse mos, el lugar más adecuado para reunirnos este invierno sería alguna Sacramental. Nadie se horripile, nadie diga que evoco imágenes repulsivas. Los cementerios no tienen en sí mismos cosa que repugne, asuste ó entristezca: Teófilo Gautier, al describir los de Turquía, traza un cuadro tan riente y seductor, que cautiva la fantasía y los sentidos. Son los cementerios turcos, según el relato del brillante estilista, vastos jardines poblados de enormes cipreses centenarios, y donde las rosas, los laureles y las adelfas crecen y embalsaman el aire con su penetrante perfume. Las aves, atraídas por el espeso y cerrado ramaje de los viejos árboles protectores, gorjean y anidan en paz. Las tumbas, ocultas por el musgo y la tupida vegetación, sólo se adivinan por las estelas ó cipos de mármol pintados de azul, terminados por un turbante y que llevan inscrito en oro algún versículo sagrado, alguna sentencia elocuente. Me figuro yo que las tales estelas deben de asemejarse á los techos árabes de la Alhambra, ó á los trozos de su delicada arquitectura. Lo que más contribuye á quitar á los camposantos (llamémoles así) turcos todo sello de tristeza, todo aspecto depresivo para el ánimo, es que los toman como centro de recreo y de honesto esparcimiento los habitantes de Constantinopla. Hacen el oficio de los *squares* ó parques públicos en Inglaterra y Francia; son los pulmones de la capital, y al pie de las sepulturas y al fresco abrigo del arbolado platican las comadres del barrio, juegan los niños, se merienda, se respira la deliciosa brisa del Bósforo. Algo muy semejante á esto cuenta Pedro Loti en su novela *Fantasma de Oriente*.

No se crea, sin embargo – y hay que decirlo para dar á cada cual lo suyo, – que la charla y la reunión de gente en Turquía son cosa que mete bulla. La gravedad del musulmán le permite recrearse en un cementerio sin faltar al respeto á la muerte, que es para ellos muy venerable. La convivencia con los difuntos no entraña irreverencia; al contrario, cariño y asiduidad. Nosotros nos acordamos de los nuestros una vez al año; ese día les ofrecemos flores, luces, oraciones; el turco, en cambio, no deja pasar día sin cultivar el jardinete ó canastilla de flores que planta al pie de la estela fúnebre.

El cementerio de Pera – turco también – domina una vista admirable; se otea y registra desde él la entrada del Bósforo, el mar de Mármara, la línea preciosa del Serrallo, las torres y cúpulas de la ciudad; y por gozar de tan hermoso panorama, acude la gente elegante por vía de distracción, y se da cita allí lo más selecto de la sociedad cosmopolita que en Constantinopla reside. Análoga costumbre seguían los romanos, convirtiendo á la Vía Apia, doble hilera de sepulcros, en animado y concurrido pasco. Los *columbarios*, elegantes edículos donde se guardaban en ligeras urnas de rojizo barro las cenizas de los muertos, eran también á manera de pabellonci tos donde cada familia distinguida, en las tardes veraniegas, recibía á sus amigos y conversaba con ellos, viendo pasar el gentío.

Ya sé que nuestras ideas religiosas y nuestras convicciones pugnan con este modo de entender la muerte. Sin embargo, no sería difícil recordar ciertos hábitos y tradiciones que en la conmemoración de los Difuntos y en las ceremonias fúnebres introducen la nota familiar, casi diré la nota alborozada y festiva. En Madrid, por ejemplo, nadie ignora que en el día de Difuntos se expenden en las confiterías dulces especiales, buñuelos y *huesos de muerto*, lúgubre golosina cuya forma recuerda la de una tibia humana. En mi tierra se solemniza la fecha con castañas nuevas y vino mosto, el primer vinillo de la recién pisada uva. El mosto, que es picón y vivaracho, no inclina, ¡qué ha de inclinar!, á reflexiones de ultratumba; pero los buñuelos madrileños, ya se sabe que llaman á gritos por el tinto viejo, y las excursiones al Campo santo suelen dar fin en los santuarios de Baco, á quién sabe si en sitios peores. ¿Y qué diré de los famosos y nunca bien ponderados *velatorios*, ni de las comilonas y refrescos que se consumen con el muerto de cuerpo presente? Cuantos han vivido en el campo saben á qué atenerse respecto á tan desaforado abuso. En casa muy hidalga, pero de aldea, vi yo con mis propios ojos los preparativos de uno de esos festines que en tan extraña ocasión se ofrecen y aceptan, y aún no he vuelto del asombro que me produjeron aquellas groseras bodas de Camacho disfrazadas de entierro. Codillos y cachuchos de marrano por medias docenas; un rimero de quesos; dos cestas de ojaldres, polvorones, mantecadas, biscotelas y mazapán; carne en zorza para mantener á un regimiento; y por añadido, apopléticas botas de añejo Rivadabia, sin que faltase el oloroso café, ni los cajones de puros. Y como yo manifestase disgusto y reprobación, dijéronme (y me decían la verdad) que en el país sería en extremo mal mirada y censurada la omisión del opíparo banquete. No es sólo en España donde así se piensa. En la admirable novela *El deseo*, de Hermann Sudermann, cuya acción pasa en Alemania, encuentro el relato de un atracón mortuorio; otro puede leerse en el *Assommoir*, de Zola, que tiene por escenario los barrios bajos de París.

Todo el mundo es como nuestra casa... Dondequiera se pueden registrar estos contrastes casi humorísticos entre la majestad de la muerte y la prosa de la vida, entre el hoyo y el bollo. Acabo de leer un ameno libro que se titula *Cartas finlandesas*, del Sr. Ganivet, y no es el capítulo menos entretenido el que lleva por epígrafe «Cómo se mueren los finlandeses.» Parece que aquella gente, de suyo formal y práctica, al sentir que *va de veras*, se traslada voluntariamente al hospital. Lo hacen los ricos igual que los pobres: es un medio de evitar los quebrantos, los trastornos y los dispendios que trae consigo, pasada á domicilio, una larga enfermedad. Añade el cronista que los entierros son una de las fiestas más animadas del país; que la traslación del cadáver es en cierto modo procesional, y que las esquelas de defunción publicadas en los periódicos ostentan un derroche de lirismo increíble, á pesar de lo cual, la familia «que llora con profundo duelo» al difunto, la enlutada familia, se va á derramar sus ríos de lágrimas... al teatro; pues cabalmente, dicen, por lo mismo que les agobia la tristeza, son quienes han menester distracción, y no aquel á quien nadie se le ha muerto...

Seamos tolerantes con el criterio de cada nación. Pensemos lo que dirá de nosotros el finlandés á quien se le ocurra escribir las *Cartas españolas*, al observar que el día de Difuntos todos los teatros de España funcionan para representar un drama de amores, raptos, desafíos, cuchilladas, travesuras, apuestas, celos, sacrilegios, asesinatos, orgías y diabluras de toda especie; un drama en que al final, es decir, después de morirse el héroe y autor de tantos desafueros, recibe en premio la gloria, ganada por un punto de contrición entre un millón de pecados mortales... ¡Y si supiese el finlandés que á mí misma, que escribo esto, no me agrada pasar el día de Difuntos sin oir el *Tenorio!*

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA

Desde que hay censura militar y rigurosa, me han entrado unas ganas vivísimas de hablar de todo cuanto á la censura puede indigestársele; porque así es la humanidad, y así será hasta que, por acabársele al planeta el calórico ó el ázoe, ó el agua ó el aire, desaparezcan de su superficie los últimos restos de nuestra casta. Reprimo, pues, trabajosamente los impulsos de meterme en vedado, y ya que nos obligan á callar lo presente y actual, hablemos de lo eterno: hablemos, pongo por caso, de las benditas Animas del Purgatorio.

¿Creéis que tal asunto es más adecuado para un libro de devoción que para una crónica? Por mi parte, entiendo que en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo corresponde á su exterioridad. Mas, aun cuando limitásemos el terreno de la crónica acotándolo donde terminan las costumbres, siempre estarían dentro de la crónica, y sin violencia, las benditas ánimas. Su devoción, que á decir verdad va entibiándose un poco, ha sido y es todavía de las más acendradas y fervientes. En ella se enlazan dos sentimientos: la gran solidaridad que estableció el cristianismo, y la supervivencia del afecto á las personas queridas. Los vivos prestan ayuda á los muertos, con oraciones, sufragios, limosnas, penitencias, mortificaciones y otras buenas obras *satisfactorias;* he aquí la solidaridad de los que une la misma fe. Entre los muertos hay *ánimas* especialmente amadas: á esas puede socorrerlas el vivo de un modo especial también. No es necesario que los sufragios se apliquen á la masa: cabe aplicarlos por los individuos que nos importan. Dogma tan consolador, tan humano, tenía que penetrar en los corazones, en la fantasía, en la voluntad.

Quitado el purgatorio, la existencia de ultratumba se desvanece como un sueño. El cielo se aleja, el infierno se sepulta en lóbregas profundidades; los deseos, las energías del mortal no llegan ni á la mansión de la bienaventuranza ni á la de la perdición eterna: todas las lágrimas, todos los gemidos de los vivientes no alcanzan á acrecer en un átomo la gloria infinita ni la infinita condenación. Mediante el purgatorio, la muerte separa menos; en el destino de las ánimas siguen influyendo los vivos que no las olvidan. Siempre me ha extrañado que algunos por otra parte creyentes en la inmortalidad no comprendan el purgatorio.

En las creencias populares tiene cariñosa acogida *el ánima en pena.* Al través del gemido del viento, piensan oir sus quejas prolongadas y sobrenaturales. La bruma invernal, que se alza del valle al anochecer, es la figura del ánima, envuelta en su mortaja todavía. Las mujerucas de la aldea consideran al ánima en pena un numen benéfico, y creen á puño cerrado que puede guiarlas al escondrijo en que se oculta un tesoro. No hay iglesia, ni la más pobre, que no tenga su cepillo de ánimas, donde la piedad va depositando óbolos humildes, limosnitas para aliviar los sufrimientos de los que podemos llamar *corrigendos del otro mundo.* Por cierto que el cepillo de las ánimas me proporcionó ocasión de observar un detalle asaz curioso. Uno de mis tíos maternos, don Santiago Piñeiro, general de artillería por más señas y grande amigo de la famosa y discreta condesa del Campo de Alange, fué el más encarnizado numismático que ha existido en España. Su afición á reunir ochavos viejos le hizo correr mil aventuras por poblachones y despoblados, y sus tiberios por un Tiberio de oro, ó sea un *áureo de Tiberio,* para decirlo correctamente, jamás se borran de mi memoria. Ahora bien: la mayor parte de los hallazgos felices de mi tío (en el ramo de cobre y plata, por supuesto), procedieron del cepillo de las ánimas. Ninguno de los remansos en que se detiene la moneda ofreció al fanático coleccionista tan deliciosas sorpresas, tan inefables emociones, como el bendito cepillo. Comparado con él, era paja la hortera de las tiendas de ultramarinos, el mugriento cajón de las tabernas, el repleto calcetín del labriego ahorrador, el peto del niño, la alcancía de la vieja. En todos estos rinconcillos donde la pecunia se detiene más ó menos tiempo, se encontraban á veces ejemplares interesantes – grandes bronces romanos, pesetas felipeñas, ochavos morunos; – pero la flor de la canela, las más auténticas antiguallas, la moneda de la Edad media española, las rarezas celtibéricas, coloniales y municipales, en el cepillo de las ánimas se habían de pescar. ¿Es que la compasión y la devoción no consiguen nunca desterrar el cálculo y el egoísmo, y que las personas más dispuestas á socorrer á las ánimas rebuscan, con tacañería pueril, el más roñoso ochavo para ofrecerlo á las pobres almas cuyos huesos calcina el fuego del purgatorio? ¿Es que las costumbres tradicionales llevan en sí la imposición del objeto tradicional también, y que el pagar un bock de cerveza con moneda reluciente y de nuevo cuño es tan lógico como echar al cepillo de las ánimas la rancia peseta de flechas y yugo ó la blanca pedreña? No acierto á resolver esta duda. Lo que sé es que actualmente anda todo tan rebuscado y esquilmado, que ni en el cepillo aparecen más que los vulgares y odiosos *perros chicos y grandes.*

Creo que no podrá decir la censura que no me mantengo en los límites de lo más permitido é inofensivo. A buen seguro que tachen algo en estas crónicas, ni en ningún escrito mío, desde que vivimos bajo una legislación parecida á la célebre del *caviar* en Rusia. ¿Saben ustedes lo que era el tal *caviar?* Unas grandes plastas de tinta ó de negro humo, que en la frontera aplicaban los policías á los artículos de periódico ó á las páginas de libro que no juzgaban oportuno que leyesen los súbditos del autócrata. Así, con negro antifaz, entraba la prensa y entraba la palabra escrita en aquella inmensa nación. Dije *entraban,* y no estoy segura de que no sigan entrando: sospecho que todavía se mantendrá la vigilancia rigurosa, aunque hayan desaparecido ciertas formas excesivamente tiránicas que irritaban y que provocaron las tremendas represalias nihilistas. Y – es preciso no alterar nunca la verdad de los hechos – el sistema restrictivo empleado en Rusia no impide que sea este vasto imperio, amén de poderoso, uno de los más intelectuales, adelantados y simpáticos países del mundo. Ahora que se estila alabar las instituciones de los Estados Unidos, á mí me cae más en gracia ensalzar á Rusia. ¿Ha sido de Wáshington ó ha sido de San Petersburgo de donde salió la voz pacificadora, la que aboga por el desarme universal? ¿Es en Wáshington ó en San Petersburgo donde se rinde homenaje, no á un caudillo triunfador ni á un inventor de máquinas mortíferas, sino á un escritor, excelso artista, pero también ferviente revolucionario, el conde León Tolstoy? Hace años que confío en Rusia para asegurar el porvenir de Europa y contener á los mahometanos, que son muy poéticos vistos en grabados, acuarelas y *terra-cottas,* pero que son una peste para la civilización del mundo. La civilización tanto da que la impulse un autócrata indiscutible, como un presidente de república ó un rey irresponsable y constitucional. Hágase el milagro y hágalo el diablo, diría si no me pareciese asaz irrespetuoso.

A propósito de civilización, leo en los periódicos un sucedido pintoresco hasta lo sumo, y que merecería no caer en el olvido, donde diariamente van á sepultarse tantas cosas. Trátase de un español que apostó, no como D. Juan Tenorio que seduciría á una novicia y soplaría la dama á un amigo, sino que se zamparía una ración entera de pienso – su paja y su cebada, sin beber, que tampoco las caballerías beben hasta que han dejado el pesebre limpio como una patena. – Quien tal apuesta, tal realiza; nuestro héroe se tragó en efecto la paja hasta la última brizna y la cebada hasta el postrer grano. Borrico que pensase aprovechar las migajas del banquete, buen chasco se lleva. El síntoma de que á los españoles empiece á despertárseles la afición á esta clase de alimentos, no deja de ser algo significativo; parece indicar sospechas y recelos de que, al paso que vamos, sea preciso recurrir á ellos muy en breve, si ya no es que hasta eso nos falte, y nos veamos reducidos, en tiempo de paz, á los arbitrios que para engañar el hambre usaron en tiempo de guerra los heroicos sitiados de Calahorra, Gerona y otras ciudades gloriosísimas. Lo que no tiene tan fácil explicación es que al aspirante á cuadrúpedo le hayan preso, igual que si fuese reo de algún delito, ó de una mera infracción á las ordenanzas municipales. «¿Qué ley, qué pragmática prohibe sustentarse con pienso?» preguntará asombrado el de la apuesta. «¿Es más criminal, verbigracia, comer paja que comerse los fondos H ó B? ¿No es peor comerse á la patria por un costado?» Y en cuanto á las tendencias de animalidad que el hecho descubre, ¿qué tienen de censurables en esta época de nuestra historia? ¿No dijo Miguel Angel, por la boca muda de una de sus más sublimes creaciones, que hay horas tristes en que agrada y conviene ser de piedra – no oir, no ver, no sentir, no reflexionar? – Pues yo sostengo que el hombre de la cebada y de la paja no exagera tanto como el autor de la *Noche:* éste quería volverse mineral, el otro se conforma con ser bestia.

Realmente, si se extrae oro del mar y manteca del petróleo y del carbón, ¿por qué de la paja no se han de extraer substancias alimenticias para el hombre? La cebada ya sabemos que es manjar admitido y hasta gustoso. De la cebada se hacen exquisitos refrescos, apetitosa sopa, tortas excelentes y croquetas nada inferiores á las de arroz. Además se saca alcohol; y el hombre, que tiene sobre los animales la superioridad de embriagarse á menudo, debe estimar todos los productos naturales que encierran el *paraíso artificial* de la bebida alcohólica.

Lo dicho: es grandísima arbitrariedad que no le dejen á un hombre honrado saborear el pienso á sus anchas. Bajo Fernando VII, lo que se reprimía severamente era la fatal manía de pensar; sin embargo, á nadie se le ocurría poner coto al pienso. Nos estaba reservado perfeccionar el sistema, y por legislarlo todo, ir á legislar hasta lo que á cada cual se le antoja comer. A fe que los encargados de llevar á la cárcel al *pensador,* no se preocuparán poco ni mucho de cubrirle la mesa, ahora que se acercan las Navidades, con capones, perdices, besugos, terrinas de Estrasburgo y compotas rajadas de canela. ¡Injusticia notoria! Si la autoridad prende al modesto ciudadano que se conforma con el sencillo *menú* de la mula ó del rocín, en conciencia está obligada á proporcionarle manjares más suculentos, más dignos de la alteza del rey de la creación. Yo apostaré – y vaya de apuestas – á que el supuesto delincuente exclamaría de buen grado, dirigiéndose al que decretó que le metan en chirona:

> «......... Hombre injusto,
> ¿piensas que sólo de la paja gusto?
> También si me dan grano como grano...»

¡Y jamón, y torreznos, y solomillos, y chuletas! ¡Pues naturalmente! Hagan á su vez una apuestita los que mirando con excesivo celo por la cultura general echaron el guante al *pensador:* apuesten á darle todos los días lo que él pida por lista, y ya me dirán maravillas. La paja se la dejará á *los otros.*

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARGARITAS

El anuncio de que los carlistas van á echarse al monte otra vez, me ha recordado aquella famosa serpiente que se muerde la cola, símbolo de la Historia, en opinión de Vico (el filósofo). – No sé si se muerden la cola otras naciones; pero España... ¡con qué fruición y constancia se entrega á ese significativo *sport!*

Morderse la cola es sin duda el carlismo, no por ser carlismo, sino por seguir siéndolo. – Trataré de explicar este concepto un poco obscuro, aunque lo siento mejor que lo defino. – En cierta ocasión, viajando, no en ferrocarril, ni siquiera en coche de líneas, sino en nuestra ligera cesta de mimbres, que nos permitía detenernos donde más nos agradase, paramos en un mesón del camino, y oímos perorar á un zapatero con báquica elocuencia. Nos cayó en gracia el pellejo aquel, y por hacerle hablar le preguntamos si era casado. «No, respondió con energía. – ¿Soltero? – ¡Tampoco! – ¿Viudo? – ¡Menos!» Ya despierta la curiosidad, como ni de eclesiástico ni de fraile tenía trazas, insistimos: «¿Pues qué es usted entonces? – ¡Reincidente!,» declaró con brío. Por más que hicimos no le sacamos otra declaración. «¡Reincidente, reincidente!,» repetía haciendo eses y con estropajosa lengua. El carlismo se parece á aquel zapatero, no digo en la embriaguez, sino en la misteriosa *reincidencia*, que no sabemos que estado será..., pero es un estado.

⁂

Nótese que yo no hago la crítica, ni menos la censura, del carlismo. Sin tal vez, hay en él mucho de castizo, y por consiguiente, de simpático á los españoles. Los carlistas reniegan de ser llamados *absolutistas;* vamos no obstante á suponer que lo sean: ya la palabra *absolutismo*, después de nuestras infinitas desventuras, no tiene el sonido repulsivo y siniestro que antes. Donde no asusta el dictador, el rey absoluto no sé por qué había de asustar. No existe en mí rastro de prevención contra los carlistas, y aunque es discutible, en mi opinión, su derecho estricto á cantar la parte de Pilatos en el drama lírico de nuestra Pasión y Muerte nacional, como en efecto, aunque han pertubado, no han gobernado, ni gozado, aparecen menos reos que *los otros* de la sangre del Justo. Hay que reconocer todo esto, así como varias cosas más que se me ocurren y no escribo, y que antes son en pro que en contra de la causa fénix, siempre reducida á cenizas y siempre resucitada; y el que recuerde ciertos artículos míos que dieron por resultado la escisión definitiva del partido tradicionalista, no dudará de que no soy un sañudo enemigo de esa causa. Lo único que me parece terrible es su reincidencia, su sintomática reincidencia.

¿Volver ahora á las compras é introducciones furtivas de pertrechos, municiones, armas, correaje y botiquín? ¿Otra vez á desenterrar los trabucos mohosos, los fusiles de chispa, los cuchillos de caza, las navajas albaceteñas? ¿Que resuenen los ecos de los montes con el *desperta ferro!* ¿Que se lea nuevamente, *de oculis*, el *Cuartel Real!* ¿Que preparemos, en los viejos Pazos, el escondrijo por si tenemos que ocultar á algún fugitivo cabecilla? ¿Que barran cuidadosamente las celdas del castillo – cárcel militar, – en que han de ser custodiados los presos políticos? ¿Más boinas de chapa dorada y C. VII? ¿Más recortes rojos sobre blanca franela, con la leyenda, empapada en llanto y besada con fervor, «Detente, bala; el corazón de Jesús está conmigo.»

¡Vive Dios!, que esto remoza, y á cualquiera se le quitan de encima veinte y pico de años. No nos encontramos en el de 1898, sino en el de 1873; no ha sucedido, ¡qué alegría!, nada de lo que deploramos; son un mal sueño la guerra norteamericana y la pérdida de nuestras últimas colonias... Todavía galopa la infanta Nieves por los fragosos caminos de Cuenca á Teruel: veo flotar suelto el dormán de la intrépida amazona, aquel dormán que en la peligrosa sorpresa ha de salvarla, porque, desabrochándolo con heroica sangre fría, lo deja en manos del soldado que lo asió. Todavía recorre Sabalis las asperezas de las quebradas profundas de Cataluña, las márgenes del Llobregat ó del Ter; todavía en la cima de Mendizorrotz truena el cañón, y esa muchedumbre que veo bullir en son de fiesta acercándose á la ribera del mar, son gentes que se encaminan á Guernica para ver á D. Carlos jurar solemnemente, so el roble, los fueros de Vizcaya...

Y los que *entonces* presenciaron todo esto; los que pueden decir «allí estaba yo» dudaron, cuando ante sus ojos se desarrollaban tales acontecimientos, si la mancha blanca que aparecía y desaparecía entre los riscos, era la boina de Radica ó la capa milagrosa de Cabrera... La serpiente que se mordía la cola y que vuelve á mordérsela con furia hoy, engañaba y engaña á quien la contempla: mientras las demás naciones evolucionan, renuevan la historia, cambian de piel, España continúa describiendo la O enorme, el círculo de la eternidad, como si el siglo no hubiese transcurrido y estuviésemos en los años que precedieron á la muerte de Fernando VII, en los primeros hervores del *descontento* y de la conjura *apostólica*.

⁂

Hay momentos en que se desea que ese partido, que sale á la superficie á la hora de las desdichas y las grandes catástrofes, llegue á la legalidad, para que pierda su carácter de espectro, de *revenant*, de sombra jamás aplacada. Unos años de mando, ¿qué harían de ese partido? La experiencia sería curiosa, á menos que, como muchos creen, mandasen exactamente igual que los liberales, por ser éstos, en realidad de verdad, unos empedernidos tradicionalistas.

Nótese que la cuestión de derecho ha pasado á ser muy secundaria. Nadie la discute. Perdería el tiempo el D. Miguel Sánchez que hoy escribiese otro libro sobre la «Novedad é ilegitimidad del carlismo» para demostrar con gran copia de documentos y citas que la ley sálica ó francesa siempre ha sido rechazada en nuestro país; que, según nuestros antiguos jurisconsultos, la mujer es «enteramente capaz del cetro;» que Juan de Rojas, Simancas, Covarrubias, Burgos de Paz, Valenzuela Velázquez, *et sic de cæteris*, han estado conformes en la misma opinión, y Salazar de Mendoza ha dicho que excluir á las hembras es cosa odiosa, irracional, inicua, equivalente á desheredar, y contraria, según Molina, al derecho español; que los teólogos también enseñan que la mujer puede y debe reinar; que esto se esfuerza hasta con textos de la Sagrada Escritura; que el *Auto acordado* á ley carlista está truncado y le falta una cláusula esencialísima; que los mismos obispos aconsejaron á Carlos IV su derogación; y que, en suma, el carlismo, en vez de ser la tradición, es una especie de secta novísima y heterodoxa. – A su vez malgastará papel y tinta el que, siguiendo las huellas de mi antiguo amigo el docto abogado don Félix Alvarez Villaamil, se consagre á sostener tesis enteramente contraria á la del famoso padre Sánchez, y dé á luz una *Cuestión dinástica*, donde se les aporreen los huesos á todas las señoras que han ejercido en España el poder real, desde Ermesinda, hija de Pelayo, hasta Isabel II. – Tales debates apenas interesarían al público, ni los leería. El carlismo no es ya pleito de sucesión, reivindicación de mayorazgo: es una de las formas que reviste el pesimismo y el dolor nacional, uno de los *otracosismos* (valga la palabra) en que vagamente se espera...

¿Recordáis la leyenda del rey Artús? Desapareció, pero cruza transformado en cuervo por los cielos grises y brumosos del país de Gales. ¿Y Federico Barbarroja? Algún día le verá Alemania salir de la cueva que en las márgenes del Rhin le presta asilo: su barba ha crecido tanto, que da la vuelta siete veces á una mesa de piedra. ¿Y D. Sebastián de Portugal? Tampoco yace en la tumba: el Africa le devolverá al fin, mutilado y glorioso. Los pueblos no creen en la muerte de lo que encarna sus aspiraciones, y la Tradición, alma del pueblo, medula de sus huesos, se resiste á extenderse en el sepulcro...

⁂

Todos estos pensamientos – más bien melancólicos, y sugeridos por la noticia de un empréstito que nos amaga con una guerra civil – me acudían á la hora en que las últimas gotas de la lluvia temblaban aún en la corola amarilla de las margaritas arbóreas. Cubiertas de flor tan lindas plantas ahora en invierno como en primavera, parecían una sábana de plateadas estrellas, con áureo corazón. Eran las margaritas vivo comentario á mis reflexiones. Un tiempo, ellas, las flores del amoroso interrogatorio, las flores de Gretchen, fueron símbolo de la tradición en España. Se hacían de trapo, de plata, de esmalte, de oro, de perlas, de brillantes, y se lucían en los sombreros, en la garganta, en las orejas, en el moño, en el pecho, en brazaletes, en cinturones... Llamábanles en Francia *le bijou carliste;* y en los saraos, flores de lis y margaritas se miraban de reojo, como desafiándose. ¿Quién se acuerda ya de las pobres margaritas? La naturaleza las produce hoy tan frescas, tan lozanas, tan graciosas en su sencillez semicampestre; pero nada representan; y las mujeres jóvenes y hermosas que antaño las ostentaron, para combatir un régimen político y manifestar su entusiasmo hacia otro, son ahora matronas que no recuerdan por qué, entre los estuches de su guardajoyas, hay uno que encierra una *extraña* de pétalos de diamantes con un topacio en medio... Doña Margarita de Borbón debió, á su nombre de flor, el privilegio de imponer modas; y dudo que las damas carlistas actuales, por muy entusiastas que las supongamos, adornen sus vestidos y abrigos con una *berta*, hoy que las bertas no se estilan...

⁂

También el destino de las esposas de los Pretendientes es, á distancia de años, una repetición de emociones análogas, un cuento que se parece al que oímos contar la víspera. La princesa de Beira disfrutó de la emoción de oirse llamar reina, en territorio español; doña Margarita escuchó igualmente, en el país basco, no la frase con que saludan á Macbeth las brujas, y que es profecía, sino otra más expresiva, que supone la profecía realizada. Lo mismo que la esposa de D. Carlos María Isidro de Borbón, la de D. Carlos de Borbón y Austria de Este fué, en territorio español, recibida á vuelo de campanas, á los acordes de la marcha real, entre iluminaciones, cohetes y al eco de aclamaciones delirantes de entusiasmo. Las dos damas habían pasado la frontera furtivamente, las dos se despertaron sobre un trono, chiquito, sí, pero al fin trono. ¡Qué recuerdo para el destierro! ¡Qué novela para estarla revisando siempre, en la soledad! Yo comprendo que á doña Berta de Rohán le palpite el corazón muy fuerte; que á D. Jaime, mozo, animoso, habituado á vestir el uniforme, deseoso quizás de estrenar las armas, le dé vueltas en las venas la sangre – al fin sangre real española. – El desengaño, cuando llegue, que llegará más pronto de lo que nadie se figura, con la probable imposibilidad de galvanizar el cadáver del espíritu belicoso carlista, será para estos dos – para la esposa y el hijo, – total y profundo.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL CORREO

Dícese que desde el recargo de cinco céntimos en el franqueo de cada carta, recargo establecido en concepto de impuesto de guerra, ha bajado mucho la renta de Correos, lo cual, si á primera vista no arguye patriotismo, también, mejor considerado, arguye que bastante apurados estaremos los españoles, cuando nos arredra ese *perrillo chico*, que todos suelen afiojar insensiblemente y con buen humor: el niño para las altramuces, cacahuetes ó caramelos, el hombre para la caja de cerillas, la mujer para el «cieguecito» ó el «albañil que *sacalo* del andamio» y el mismo mendigo para la copa de vinazo azul ó el vaso de café de recuelo.

Al mismo tiempo, hay en el español, por lo que al correo respecta, un extraordinario alarde de rumbo, de despilfarro diré mejor: aludo á su repugnancia á usar la tarjeta postal. Cómoda y barata á la vez, la tarjeta postal debía ser el predilecto medio de comunicarse por escrito en un país que necesita hacer ahorros; porque la tarjeta postal no sólo es económica para quien la envía, sino para quien la recibe, dado que no se pagan por ella los cinco céntimos de porte que exige la carta cerrada. El espíritu de solidaridad social escasea tanto entre nosotros, que ningún español genuino dejará de exclamar, alzando los hombros, al leer lo que antecede: «¡Pues me tiene á mí con cuidado que el prójimo se gaste 0,05 en recoger lo que me da la gana de escribirle!» ¡Oh español castizo y neto! Pues el prójimo hace contigo lo que tú haces con él, y á su vez te echa la contribución de los 0,05. De suerte que tu espléndido, al prescindir del beneficio de las postales, grava cada mensaje epistolar tuyo con 0,05, valor que atribuyo al papel y sobre; 0,10, diferencia de franqueo (con el recargo); 0,05, porte al cartero; total, 0,20. Supongamos, por fijar un tipo, que escribes ó recibes al mes... cincuenta? cartas cerradas que te dicen lo que podrían decirte en postal sin inconveniente alguno, y cátate un gasto mensual inútil de diez pesetas, y anual de ciento veinte, que podrías dedicar á algo más grato para ti que acrecer la renta de Correos.

Estoy convencida de que el pueblo casi no sabe lo que son las postales, ni cómo se usan, ni si llegan alguna vez á su destino. En las carterías de aldea y en los estancos de los pueblos pequeños, pero donde existen Juzgado municipal, ayuntamiento, policía y hasta luz eléctrica, pediríais en balde una tarjeta postal. ¿Es cálculo hábil de la Administración para que todo el mundo pase bajo las horcas caudinas de los 0,20 de franqueo, ó es sencillamente el descuido que engendra en el vendedor el que nadie pida determinado artículo? Lo cierto es que yacen «en el panteón del olvido involuntario,» como dice un personaje de zarzuela, las útiles y manejables tarjetas postales, y que en mi correo, tan formidable como variado, apenas se ve una postal en lengua castellana, y en lenguas extranjeras llegan infinitas.

Influye acaso en la repulsión que inspira la postal la idea de que todos los de Correos leerán lo que en ella se dice. Y yo pregunto: ¿qué importa, cuando no se dice nada que importe? Las nueve décimas partes de las cartas no le interesan sino al que las escribe; concedo, aunque no es seguro, que le interesen también al que las lee; mas para el empleado, que con la cabeza hecha un bombo y el cuerpo rendido del trabajar, clasifica la correspondencia para despacharla, ¡valiente plato de gusto enterarse de las insignificancias que contiene la postal! Si al empleado le tentase la curiosidad (y lo digo juzgando de la psicología del empleado por la de los que no lo somos), le tentaría con el señuelo de la carta cerrada; no de la abierta. Y si le tentase la codicia, lo propio. Se despega, se profana, se registra, se viola lo muy recatado y defendido; no lo que es del dominio público.

No aspiro á hacer competencia á mi amigo y pariente Pardo de Figueroa, más conocido bajo el seudónimo del *Doctor Thebussem*; no pongo la mira en ser *cartera honoraria*, á pesar de que en estos tiempos de recargos é impuestos progresivos no es de despreciar la franquicia; y sólo la sinceridad y el deber de dar á cada cual lo suyo me mueven á estampar que el correo, en España, no está ni mal organizado ni mal servido. El público á veces se perjudica por desconocimiento del mecanismo postal; y después se desquita y consuela calumniándolo, echándole las culpas de cuanto malo ocurre: la verdad es que se trabaja en Correos, y en general se cumple. Hay sus faltillas, bueno... Perfecto sólo Dios, según la frase usual. Deben de estar muchas veces á pique de volverse locos, con tanto cartulario, tanta letra mala, tanto impreso de toda clase, los sobres de adivina adivinanza, que nos obligan á exclamar cuando los recibimos: «¡No sé cómo diablos ha podido llegar esto!» Un día, hace bastantes años, recibí yo de América una carta con la siguiente dirección: *«A la autora de San Francisco de Asís. – España.»* Ni más ni menos ni más señas. La carta vino como una flecha, recta á su destino. He guardado el sobre, en testimonio de la agudeza y erudición bibliográfica de los funcionarios del ramo.

Y las postales, créanlo ustedes, llegan exactamente igual que las cartas cerradas; ni se pierden, ni nadie se dedica al *sport* de leerlas. El comercio empieza á adoptarlas, dando muestras de buen sentido, y es posible que algún día se generalice su uso, sobre todo si los que tanto miran los 0,05 del recargo se convencen de que cuestan esas cartulinas 0,20 menos que una carta común y corriente.

***

Llegaba á este punto de mi crónica cuando el correo me trae la triste nueva del fallecimiento del escritor granadino Angel Ganivet.

En otra crónica anterior le consagraba mención elogiosa á propósito de sus *Cartas finlandesas*, por las cuales acababa de enterarme de que existía, no en España, sino muy lejos de ella, un escritor lleno de ingenio y de picante atractivo. Leídas las *Cartas finlandesas*, mi deseo de poseer los demás libros, algunos raros ya en el mercado, de tan chispeante autor, deseo manifestado al docto catedrático de Granada Sr. González Garbín, me valió, además del *único* ejemplar que le quedaba á Ganivet de su *Granada la bella*, una carta que por extremadamente halagüeña para mí debo á un tiempo esconder y conservar como oro en paño, en memoria de tan corta como agradable relación literaria. ¡No dió tiempo la muerte ni á que yo respondiese á Ganivet, manifestándole mi gratitud, diciéndole el interés vivísimo que despertó en mí el *Idearium*! Séame lícito entretejer aquí, á modo de corona de siempreviva, algunas impresiones acerca de este libro muy singular.

Ganivet, en el *Idearium*, muéstrase católico, y católico ferviente, pero enemigo de todo empleo de la fuerza, de toda coacción religiosa. Es tolerante... porque cree. Al combatir como error vulgar ó común la idea de que las naciones protestantes poseen mayor cultura y mayor influencia política que las adheridas al catolicismo, cita á Bélgica: «Allí – advierte – no se emplea sistemáticamente la fuerza.» Nosotros, por haberla empleado largos siglos, estamos ya, en opinión del autor, como embotados, anestesiados, dormido el nervio religioso; y siente Ganivet que para vigorizar nuestro catolicismo, nos harían falta unas cuantas docenas de herejes, pero verdaderos, revoltosos, de talla, contra los cuales reaccionaríamos, despertándose así nuestra alma, en lo más íntimo y sensible de sus fibras.

Si esta es la explicación del actual indiferentismo religioso que en España hace estragos, la de nuestro espíritu de independencia está en nuestro territorio: somos independientes porque formamos una península: nuestra forma nos aísla, sin alcanzar á evitarnos las invasiones de que las islas como la Gran Bretaña están casi exentas; expuestos á la agresión, cultivamos el propósito de rechazarla; hemos llegado, con la imaginación, á creernos isleños. «Nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia.»

Una de las páginas más profundas del *Idearium* y más aplicable ahora, es la que establece la distinción, mejor dicho, la oposición entre el «espíritu guerrero» y el «espíritu militar.» El primero es espontáneo, el segundo reflejo; aquél está en el hombre, éste en la sociedad... «Una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles... España es por esencia un pueblo guerrero, no un pueblo militar.» A la tétrica luz de los recientes sucesos, ¡cuánta enseñanza encierra la fórmula indiscutible de Ganivet! Y no puede negarse; pruébase con la historia en la mano. Mi nunca olvidado amigo Cánovas del Castillo defendió un día, teniendo la bondad de discutir conmigo, la superioridad del valor pasivo y obediente, mudo y mecánico, sobre el valor tumultuoso, individualista – el valor de guerrilla. – Yo, aprendiendo en las doctas palabras del maestro, sostenía mi afirmación: será más grande el soldado-máquina, pero no será español jamás. Aquí, lo bueno que se hizo, hízose por arranque, como dice Ganivet; sin compás, plan ni medida. Y esto es tan nuestro, que los extranjeros no lo comprenden, no se dan cuenta de ello, y califican de bandoleros á nuestros espontáneos é *inspirados* conquistadores.

***

Necesitaría extenderme en triple ó cuádruple espacio del que estas crónicas usufructúan en La Ilustración, si quisiese recontar los puntos de vista nuevos, muchas veces felices, siempre expuestos de un modo sugestivo que hace pensar, que encuentro hojeando el *Idearium*, obra tan compendiosa y tan nutrida. Escrito por un meridional, el libro es claro, sucinto, sin alardes de método ni extensas demostraciones; libro *de guerrilla* también. Ejemplos familiares y de carácter pintoresco lo ilustran, quitándole toda pretensión de tratado de filosofía. Es un estudio del alma española, que revela á un hombre capaz de razonar, como dicen los pintores, la figura de la patria. Se ve que está escrito al correr de la pluma, pero sobre material que el autor ha meditado despacio y sentido con calor de cariño. Es libro de joven por los manantiales que brotan de él; libro jugoso, vibrante – un libro que palpita. ¡Van escaseando tanto los libros así!

Hay un insidioso galicismo, que empleo de mala gana, y que no sé evitar: Ganivet muere *sin dar su medida*. Quizás, viviendo, no produjese cosa más eléctrica que el *Idearium*; como el malogrado Joaquín Bartrina, con quien tiene Ganivet vaga semejanza intelectual – á pesar de ser católico y optimista, y Bartrina lo contrario, – es probable que nos haya dejado la medula honda de su espíritu en su breve tomo de poesías. De los cuatro períodos que según Pablo Bourget comprende la vida del gran escritor – el primero en que se le ignora, el segundo en que se le aclama para hacer rabiar á los que le preceden, el tercero en que se le difama porque triunfa, el cuarto en que se le perdona porque se le olvida, – Ganivet sólo conoció el primero, y empezaba á saborear el segundo, que gracias á su muerte está ahora en la plenitud... Sí, ahora la prensa, cada día más avara de sitio, más cerrada á lo que es verdaderamente literario y sin embargo no es teatral, entierra á Ganivet con una apoteosis. Peor suerte tuvo España, á quien entierran clandestinamente.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

"Barcelona. Concurso de carteles Amatller. Los carteles premiados." 1914, n.º 1695, p. 419. De arriba a abajo y de izquierda a derecha, carteles de. Rafael Penagos. Miguel Soldevila, José Triado, Rafael Penagos, Vicente Climent y Francisco de A. Galí.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ARTÍCULO... EX COLONIAL

Es natural que os hable de cosas de poca monta, pero no quisiera que dijeseis que también de poca substancia: y el chocolate es de las más substanciosas que así al pronto se me ocurren. Además, el chocolate, en las actuales circunstancias, no carece de alta simbólica. En él están cifradas nuestras glorias y nuestras desventuras. Cuando ganamos á América, revelamos al mundo el chocolate; cuando la perdimos definitivamente, lo primero que notamos en la esfera de la economía doméstica, es que el cacao se ha puesto por las nubes... El chocolate fué nuestro vellocino de oro. Al invadirnos el te (el te, sajón más que chino), podemos dar por consumada nuestra humillación y nuestra anulación ante la historia futura.

Cuando se ufanaban con el chocolate nuestras mesas, nuestra bandera flotaba al aire tan orgullosa, tan respetada, tan gaya de color. – Eran los tiempos del jubón, del coleto, de la valona, de las espadas de taza, de los chambergos con cintillo de pedrería; eran después los del tontillo, de la casaca, del espadín de acero, del calzón corto, de la media de seda que dibuja la pierna torneada y nerviosa. – Eran los tiempos en que el grave jerónimo, el docto benedictino, el capuchino de luenga barba, concurrían á la merienda ó refacción familiar de las casas ilustres, y los criados, á las cinco en punto, entraban las salvillas, las bandejas, las mancerinas cargadas de bizcochos, de tortas, de polvorones, de tazones chinescos ó jícaras de plata rebosando hirviente mosto, cuyo aroma sería capaz de resucitar á un muerto – á un muerto español, naturalmente. – La deliciosa bebida era el tema de aquellas colaciones clásicas, pero tema tan enriquecido con variaciones golosas y aun artísticas, que él solo formaba un aspecto peculiar, acaso el más sibarítico, de nuestro vivir. Para el chocolate trabajaban los alfares de Talavera y Alcora, modelando y pintando esas mancerinas de graciosa forma salpicadas de menudas florecillas, que hoy buscan los coleccionistas con interés. Para el chocolate se labraba la plata de Méjico, relevando en ella rosas de resalte y festones y astrágalos que contorneaban la maciza salvilla trípode. Para el chocolate se grababan en la Granja los cristales transparentes como el mismo aire. Colmados de la rica agua de fuente, se disolvía en ellos el perfumado azucarillo, cuyos remansos de espuma apartaba la cucharilla desdeñosa, antes de que la bebida llegase á los labios. Había inteligentes que preferían, para el chocolate, el agua sin ningún aditamento; el agua clara, pura y tan fría, que helaba por fuera el vaso. Aquellas generaciones que desconocían el alcohol amílico – generaciones de bebedores de agua y de añejo moro, sin bautizo, – fueron las que glorificaron nuestra historia. Desde que ha venido el te á encalabrinarnos los nervios, acabáronse los Churrucas y no queda un Alvarez de Castro ni para señal.

⁂

Al chocolate, en vez de indigestas pastas é insípidas galleticas, le acompañaban conservas en caja, de esas que todavía se elaboran en los conventos, y dulces de almíbar, caseros y de un sabor inolvidable. La brillante pasta de membrillo, la compleja *tropezada*, la perada, el limoncillo amargo, la melosa guinda, el translúcido espejuelo, el rubio cabello de ángel, el melocotón dorado, se lucían en tacitas de cristal con asa ó en platillos de loza, al presente guardados en las vitrinas. Había quien, menos espiritual, reforzaba el chocolate con magras de jamón granadino, ó lo glosaba con un par de huevos estrellados. Lo indudable es que el chocolate nunca se tomó desparramándose la gente jícara en mano, ni al vuelo, de pie y como en viaje, al modo que se toma el te; el chocolate siempre se gozó *á pulso*, con solemne mesura; el chocolate exige sentarse, y mejor si es en un gran sillón de los llamados *fraileros*, con su cordobán, sus clavos de asterisco, sus brazos anchos y su profundo asiento. He visto uno de éstos que tenía delante una especie de avance ó mesilla de quitasipón, donde á voluntad se fijaba la mancerina del chocolate ó el atril del libro. ¡Qué descansada vida la del que así reparó y atendió á las necesidades del cuerpo y del alma, al sosiego del venerable chocolate y al delcite de la tranquila lectura! Con una almohada tras de la nuca para la siesta y un rosario al cinto para la oración, ¿qué más necesitaba el dueño del sillón antiguo, que de cierto ni sentía nostalgias, ni padecía neurastenia, ni recibía periódicos, ni pertenecía á ningún comité, ni salía á aguas en el verano?

⁂

Yo me representé cómo pasaba las horas, cómo entretenía el tiempo el poseedor del sillón. Madrugador, de fijo; pero no cazador, que sería opuesto al regalado *forniente* en que se saborea el caracas ó el macaraibo. Quien caza, se desayuna con rústicas migas, y no gobiernan sus días mantequillas y pan tierno, que dijo el regocijado poeta. El del sillón madrugaba para oir su misita en la parroquia, y volverse á la cama á esperar que Febo tendiese su cabellera de rayos – ardid de devoto para edificar á los vecinos y no estropear la salud. – A las once echaría un paseito hasta la Carrera de San Jerónimo, á ver qué se dice de noticias, qué traen el *Mercurio* y la *Gaceta*. Ya no se hablaba entonces del formidable turco, y claro es que no se mentaba aún al advenedizo yanki, que estaba ocupado en erigir chozas donde hoy se yerguen metrópolis inmensas; pero salían á relucir el ambicioso inglés, el entremetido francés, el industrioso holandés, y á veces – como quien trata de habitantes de otro planeta, – el moscovita, el chino y el polaco. Estos eran á la sazón figurones de comedia trágica; con unas varas de velludo y unas tiras de piel de conejo, ó con una coleba de Manila, los actores que desempeñaban papeles del teatro de Comella los caracterizaban que no había más que pedir.

Volvía el del sillón á su morada, y á las doce y media ó á la una despachaba la suculenta comida y á dormitar en el precioso mueble, mientras el lucio Micifuz se acurrucaba junto al brasero, sobre la mullida zalea, y allá en otra estancia, la sobrinilla ó la joven esposa hacía sonar dulce y apagada melodía en el clave. A las cuatro, la bandeja del chocolate venía á buscar su sitio en el avance del sillón; el mortal feliz rechazaba el atril, dejaba en él el último tomo de las *Cartas Eruditas* de Feijóo ó el *Antitheatro* de Salvador José Mañer, y majestuosamente, *á pulso*, con lenta fruición voluptuosa, espultaba el bizcocho de canela en el pocillo, lo desbarbaba y escurría en el borde, y lo alzaba después hasta la boca, sintiendo el vigor y el aroma de la americana bebida, antes que en el paladar, en el cerebro – porque el chocolate es un corroborativo cerebral, más aún que el café...

⁂

No se apresuren los fabricantes de chocolate á darme las gracias por la apología. Encomio, no el chocolate que por ahí se vende, sino el que tomaba el dueño del sillón. Es este de ahora una deliciosa plasta; era aquél un vigoroso compuesto, «mucho aromático y potente.» Fabrícase éste con más hojarasca que cacao, y mucho azúcar que tape las faltas; la muele la máquina inerte y lo presenta la industria en relucientes libritas de muy buen ver, análogas á huesos *glacés* de Francia: aromatizalo con vainilla, envuélvelo en plateada camisa, recórtale con regularidad y delicadeza..., y cuando sale de la chocolatería en humeante chorro, es una especie de engrudo color de barro cocido, un puré, que pesa en el estómago y enlota las encías, igual que una cucharada de puches. No entraba en el otro, en el chocolate de nuestros bisabuelos, más que la legítima haba de Marañón ó Guayaquil, trabajada por el brazo forzado; que incorporaba el grano al grano en mantecosa pasta; y si algún azúcar y unas raspas de canela ó de jengibre le comunicaban algo de *sainete*, era todo lo que se consentía de añadido, y aun los ortodoxos lo miraban con disgusto. Unas señoras americanas muy distinguidas me regalaron un chocolate que, á la vista, parecía grosero trozo de piedra negruzca. Lo habían elaborado exactamente como lo elaboraban los aztecas antes de conocer á Hernán Cortés. No he probado nunca cosa más rica. Y es que el chocolate no quiere adornos ni perfeccionamientos; sazonarlo es como pintar con carmín la rosa, ó echar almíbar en el melón de Valencia.

⁂

Hé aquí por qué no se ha podido restaurar el chocolate. Se aspira á ello; se intenta, en la buena sociedad, sustituir el te, tan cursi, tan burgués, tan resobado, con el chocolate, mucho más noble; pero se tropieza siempre con el inconveniente de que se paga chocolate y se compra fécula. Detrás del te y el chocolate hay una cuestión social: no se restaura una bebida sin restaurar un mundo, sin restaurar una época, sin restaurar una nación. Nuestro menguado sino nos condena á te y pastas..., porque nos conduce á imitar, á perder lo que fué bueno de nuestro pasado, sin encontrar ni instituir lo que es óptimo en el presente de otros pueblos.

Yo creo que en España no se puede hacer cosa alguna derecho colectivamente; aquí sólo el individuo se afirma con cierta energía, y sólo esfuerzos aislados logran algún feliz suceso. No pierdo de vista el chocolate en esta digresión: al contrario. A pesar de los tiempos malos y de las adulteraciones del que llamó Linneo *manjar de los dioses*, el que desee disfrutarlo en su pureza no tiene más que llamar al chocolatero que venga con su tostador, su cilindro, su rodillo, sus moldes, y dirigirle la composición, con aquella inteligencia y esmero que el caso requiere. Sólo el perfume que despide la pasta alimenta y conforta más que una libra de ese antipático chocolate bonito de los escaparates, que haría sonreir de desdén á Mocterezuma. No es digno de tomar chocolate el que no lo hace en casa, á estilo del tiempo de Carlos IV, y no encarga al maestro que, al terminar la tarea, no deje de modelar con las sobras un par de conchitas del Apóstol, un figurón narigudo, una flor ó una rosca...

No, el chocolate no se prestará nunca á los *buffets* de las actuales reuniones, donde los hombres se agolpan quitando el sitio á las damas, y donde se pide en voz alta lo que se desea, ni más ni menos que en un *bar* ó en un baile público. El chocolate nació para ser ofrecido con reverencia á la señora por el caballero de empolvada peluca, y para que ella lo tomase sin desconponerse, puleramente. No consiente el chocolate prisas, ni descomedimientos, ni empujones, ni excesiva libertad de maneras. Es un cortesano, es un señor el chocolate. Bebida de emperadores, de prelados, de pontífices, de reyes, de bellezas calzadas de rosa, con tacón alto y giróndulas de diamantes, exige para enfriar aire de abanico de marfil con pinturas Watteau, para limpiarse servilleta blanquísima, para entremés pulidos versos moratinianos...

Es una elegancia más que desaparece, y un artículo más de que se ha apoderado la industria, poniéndolo en manos de todos, pero en tal estado que no lo conocerá la madre que lo parió, justificando la dolorosa y colérica exclamación del huésped barato, que al temojar un mendrugo en polvo de teja disuelto con agua, gruñe: «A cualquier cosa llaman chocolate las patronas...»

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Doblo un periódico francés donde he leído: «Según era previsto, los autores del crimen de la calle Pierre Leroux acaban de caer en manos de la policía,» y me doy á meditar en los tristes destinos de España, reina mucho más infortunada que la viuda de York.

Aquí, cuando se comete un crimen, los autores, *según era previsto*, tarde ó nunca caen en manos de los agentes de la ley. Cosa doblemente extraña, puesto que vivimos en chico, todo el mundo conoce á todo el mundo, y se sabe al dedillo, con pelos y señales, la vida, costumbres y porqués de cada quisque, sus inclinaciones, sus antecedentes y hasta el número de camisas que tiene en la lavandera. Madrid es una casa de vecindad de tabiques delgados é indiscretos, y aquí el oficio de policía parece realmente, así al pronto, una prebenda descansada. No se ha menester los prodigios de sagacidad de los Macé y los Vidocq. Pero es el caso que sucede un crimen, y dijérase que la protectora nube que envolvió los solaces de Juno y Júpiter en el monte sacro, cerca y escuda la persona del criminal. Así notamos que á todo crimen se le llama *misterioso*, confundiendo la noción del *misterio* con la de la impunidad y soltura de los malhechores.

Casi ningún crimen debiera ser misterioso para una policía que guarda en sus cajones y en sus archivos los retratos, la historia, la filiación de cuantos pícaros se pasean, tranquilos é insolentes, por donde mejor les acomoda. Sabemos de sobra que el hampa está catalogada y clasificada, y si lo dudásemos, nos convencerían de ello los periódicos, hablando á cada paso del *conocido espadista* H ó del *afamado descuidero* R. Cuando roban el reloj á persona que tiene agallas é influencia para no quedarse sin hora – verbigracia mi paisano el general Sánchez Bregua, – á las veinticuatro, plazo máximo, el reloj parece. El mundo delincuente, el mundo criminal, son, en este respecto, como la buena sociedad: no hay caras nuevas; se sabe de memoria quién irá á tal *soirée*. No se escapa ni una malla de esa red: y no obstante, he aquí que se da un golpe, y los criminales no son habidos.

Creeríase que rige un *modus vivendi*, y que el delito ha llegado á ser profesión legal y el crimen sencillamente una quiebra del oficio – como llamó el rey Humberto al balazo que le dispararon. – ¿Y quién se admira? ¿No es oficio, y lucrativo y semi-honroso, la mendicidad? ¿No tiene sus fueros, sus pragmáticas, su novela, su bastarda poesía, su aureola y especialmente su pingüe fruto y rendimiento? ¿No leemos que los harapos aparecen aforrados en billetes y que en los jergones infectos se ocultan depósitos de esas monedas de oro que ya son rarezas de anticuario? Pues ahora, en el movimiento regresivo de España hacia las más sombrías perspectivas de su ayer, robar vuelve á ser ocupación normal y pacífica, como en tiempos de Monipodio. La escala de las profesiones irregulares é ilegales, pero sancionadas por el hábito y la vista gorda, empieza en el mendigo y acaba en el asesino. No falta quien simultanea, y cuando menos en esa hampa cuya colección de variados tipos retrata de mano maestra el insigne Salillas, los que no roban encubren ó protegen, y la noción del respeto á la propiedad y de su adquisición por el trabajo, suprimida y negada por la mendicidad callejera, es arrojada á las gemonías por el carterista, el descuidero ó el atracador que procede tan á gusto y sin trabas en las calles y paseos de la corte, como el cazador en coto propio ó el pescador en su pesquería ó esclusa.

Recorred las vías concurridas y céntricas de Madrid, y os perseguirá el mendigo, insistente, porfiado, pegajoso, insultante si no le dais, si le dais solapadamente irónico y motador. No darle es negarle lo suyo; darle es *caerse* de inocente; en el primer caso, ataque soez; en el segundo, chanflona burla. Subid al tranvía: el pordiosero se ha convertido en descuidero ó carterista: no pide; acecha. Ojo al remontoir, ojo al portamonedas que tenéis que sacar para pagar el billete, *ojo al alfiler de corbata*, *ojo* al *broche*, *ojo* á los lentes de oro, al paquete que lleváis bajo el brazo, al libro de misa, á la respiración... Bajaos del tranvía y cruzad á pie, al anochecer, por algún sitio más apartado: transformación: el atracador entra en escena. Eran las armas del mendigo sus plañideras historias, sus afirmaciones de «no haberse desayunao,» de ser huértano, de poseer diez y seis hijos, de haber dejado á su esposa agonizando; le valía al descuidero su pupila de ave de presa, sus dedos sutiles y flexibles, que palpan el aire; pero el atracador empalma y esgrime la chirriante faca, ó blande el recio garrote, ó hace relucir el albaceteño puñal. Ya no es la bolsa, es la vida lo que peligra; ya no os sustrae lo superfluo de la vestimenta, el alfiler ó el dije, sino que, despacio y metódicamente, seguro de la ausencia y la sordera incurable de los que debieran auxiliaros, os va despojando de cuanto lleváis puesto, os quita la capa, el traje, la ropa interior, os descalza, os deja en cueros vivos..., y así, llena de ignominia, tiritando, atada de manos y pies, queda la víctima sobre el fango helado ó sobre los puntiagudos adoquines, esperando el filo de la pulmonía – si ya no es que antes de alejarse el atracador da gusto á la navaja envainándola dos ó tres veces en el vientre del mísero expoliado...

He dicho que estas cosas suceden en los sitios menos concurridos, pero seamos puntuales: uno de los recientes atracos, de los fresquitos, tuvo por escenario la Puerta del Sol. Es fama que en Londres existe un barrio donde la policía avisa que no se puede entrar sin exponerse al atraco seguro. Hemos dejado en la infancia á los londinenses. Todo Madrid es Whitechapel.

Se me dirá que el ejemplo de Inglaterra nos absuelve y nos consuela mucho. Pero nótese, en primer lugar, que en Londres el atracado lo es porque quiere: con no ir al barrio sospechoso, nada le pasará. En segundo, adviértase que Londres es enorme, y Madrid muy chiquito; y vuelvo á repetir que no cabe escribir *Los misterios de Madrid* como se escribieron los de París y Londres, porque en Madrid no hay misterios: se trata la gente tú por tú, se sabe perfectamente de qué pie cojea el vecino y en qué rama posa cada pajarraco, se conocen guaridas y huroneras, y en pocas horas, con buena voluntad, se barrería de pícaros la corte. En ella moran – con tan burgués sosiego como el párroco en su rectoral, el comerciante en su lonja, el canónigo en su silla de coro y en la esquina ó en la tienda de vinos el agente – los ladronzuelos, jiferos, chiquiznaques y pipotas... Y el delito, emburguesado, toma apariencias bonachonas – es un gremio, una cofradía, una categoría social.

Sólo cuando el pie resbala en un charco de sangre; cuando en una casa cerrada desde hace días se descubre el cadáver de un cura, literalmente cosido á puñaladas: sólo cuando la prensa comenta el *misterio* y la opinión pública sale un instante de su modorra, espoleada por el miedo y el espanto, la policía, á su vez, se despereza, da tres pasos al frente..., y ahí tenéis arrestado, con gran asombro suyo, al carterista Domenech.

El caso es característico; y sin preguntar – naturalmente – ni lo más mínimo de lo que respecta á la culpabilidad de Domenech en el horrendo asesinato del cura, nos fijaremos en este tipo de delincuencia, porque su examen confirma lo anteriormente expuesto.

Sea ó no sea el asesino, Domenech es carterista de profesión; es joven, pero desde que sale á la escena del mundo no se le conoce otra manera de vivir. Verdad que con ninguna otra, á menos que fuese la de tenor ó torero, podría, en juveniles años, haberse granjeado la bonita suma á que ascienden ya sus caudales. Según las noticias de la prensa – ella responderá de estos datos si fuesen erróneos, – á Domenech podrán ahorcarle por asesinato, pero ya no le ahorcarían por cosa de un millonejo. Este sujeto ostenta magníficas joyas, con las cuales deslumbra á las mujeres; vive al modo principesco, y lleva consigo, en la cartera – ¡claro es! – una suma que no baja de doce ó catorce mil duros. Se ha echado en Madrid una amante, y en provincia teje un idilio casto y puro; una niña hermosa, sin sospechar el género de industria que sostiene el lujo de su novio, está dispuesta á ir con él al altar. No hay que decir si á Domenech se lo sabe de memoria la policía: hasta creo que existirá una lista de las carteras cuya desaparición puede atribuírsele, y cuyos ex dueños, carilargos y compungidos, habrán ido á reclamar... á Pilatos, que es el jefe de la oficina de reclamaciones. Sin embargo, hasta que el cura Melias aparece rígido, mechado á puñaladas; ó por mejor decir, hasta que este hecho, por las circunstancias que lo rodean, consigue herir la imaginación del público, Domenech se pasea tranquilo, y desempeña sin ser inquietado sus tareas profesionales. Cuando le arrestan, demuestra sorpresa *profunda, casi indignación de virtuoso perseguido.* ¿Hombre, prenderle á él? ¿Por qué, á santo de qué, en castigo de qué? Él se reconoce, se confiesa carterista de oficio; pero ¡bah!, ¿dónde se ha visto que por carterista se moleste á nadie? Entendámonos, vive Cristo, y déjese en paz á la gente buena. Él no ha cometido el crimen; y no habiendo cometido el crimen, está en el caso de millares de españoles que se buscan la vida como pueden, y se las bandean á su modo, sin temor al contratiempo de que la ley meta las narices en sus asuntillos particulares...

Habránle dicho á Domenech lo del rey Humberto: quiebras del oficio, ¡qué caramba! Si Domenech, en efecto, no ha matado al cura, no por eso deja de quebrar, porque con el revoltijo del asesinato han salido á la superficie las carteras, y los miles de duros que contenían y que formaban un bonito peculio, y auguro que el desenlace de la tragicomedia podrá ser que los miles volarán y á su dueño lo enjaularán para que no vuele en Ceuta – si es que cuando se falle la causa ó causas que á Domenech se siguen, somos todavía dueños de «nuestros presidios africanos.»

¿Que todo ello infunde ganas de llorar? ¡Quia! La fuente de las lágrimas se ha secado. Ya no se llora: ya se expresa la reacción humorística con la chanzoneta, la agudeza, el encogimiento de hombros, y el uso de revólver para el caso de atraco fulminante.

Allá en el siglo XV, muchas ciudades italianas, donde la seguridad dejaba que desear y el alumbrado eléctrico dicen los eruditos que no lucía aún, se organizaron de curiosa manera. Cada casa, guarnecida de almenas y acribillada de saeteras, fué una fortaleza inexpugnable; y los aficionados á salir de noche ó noctívagos, renunciando al placer de escurrirse solitos, con dulce secreto, se vieron en la necesidad de reclutar y equipar una escolta que, bien provista de armas y empuñando hachas ó sosteniendo farolillos, les acompañase, les guardase las espaldas y en caso de necesidad empeñase campal batalla en algún callejón desierto ó en alguna plaza sombría. Puesto que hoy manifestamos tan marcada tendencia á rehabilitar el pasado, y ya que los mendigos, los atracadores y los *gatunos*, como dicen en Portugal, parásitos engendrados por la miseria fisiológica y la descomposición de nuestro organismo, pululan y amenazan invadirlo todo, ¿por qué no imitamos á los florentinos, á los bergamascos, á los paduanos de la Edad media? Leo en la prensa que en cierto barrio de Madrid ya los vecinos rondan por turno de noche. Rondemos; será pintoresco; tendrá fisonomía. Licencien á los del orden, y que cada cual guarde y custodie su propiedad, su vida. No se debe ser nada á medias, ni civilizado ni bárbaro; toda situación franca tiene las ventajas de sus inconvenientes.

Recurrir á la ley para defenderse de los ladrones parecerá natural, pero de hecho lo tengo por imposible. Está erizado de peligros el camino de la defensa legal; la ley nos sostiene como la cuerda al ahorcado. Es ya lugar común que en España se teme bastante menos á los malhechores que á la justicia. El malhechor nos limpia de una vez, rápidamente, y los procedimientos legales nos perturban, amenazan, torturan, empobrecen y sacrifican por tiempo indefinido, sin probabilidades de llegar á vindicar nuestro agravio. Esto está en la conciencia de todos, y por íntegros que sean en particular, todos y cada uno de los encargados de administrar justicia, los defectos inherentes á esa rueda son tales, que al fin y al cabo sale aplastado y hecho cisco el inocente. De esto podría contar mucho por experiencia propia, si lo juzgase ahora oportuno. Las molestias y vejámenes á que se expone quien denuncia un hecho punible son capaces de desalentar al más Quijote. Asfixiante atmósfera pesa sobre cuanto pudiera redimirnos. Nadie se opone declaradamente á que se haga justicia; de palabra siempre os reconocerán el derecho y la acción más amplia, ningún camino cerrado; pero acercaos á la realidad, y ved qué serie de trampantojos, qué dilatada serie de vallas, qué cadenita de eslabones para ataros las manos, coseros la boca, cortaros los vuelos y asegurar las impunidades más increíbles, sacando blanco como el armiño al que os consta que atentó á vuestra seguridad y á vuestra propiedad... Alguien decía: «Si me acusan de haber robado la Giralda, me constituyo preso.» Volved la oración por pasiva y decid: «Si es mía la Giralda y se la llevan á presencia de todo Sevilla, no reclamo, porque resultará que jamás existió Giralda.»

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

CREPÚSCULOS

Hace quince días hablábamos de atentados, sea contra la tranquilidad, sea contra la hacienda, sea contra la seguridad y la vida de los habitantes de la corte española; y el tema sigue siendo más que nunca actual, llegando ya á preocupar los ánimos y á suscitar inquietudes y alarmas serias. Es uno de los aspectos de nuestra decadencia, uno de los eslabones de la cadena con que el Africa tira de nosotros hacia sí, este recrudecimiento de la delincuencia, ahora que la guerra se ha terminado (ya sabemos cómo).

Comparando épocas con épocas, me ha sucedido en los dos últimos años notar gran similitud entre las postrimerías del siglo XVII y el desdichado tiempo actual. Una obra de imaginación, *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, acude frecuentemente á mi memoria. Hay sin duda en *Ruy Blas* mucho de caprichoso y fantástico, infinitas incongruencias de esas que observa y corrige mi sabio amigo Alfredo Morel Fatio, en sus *Estudios sobre España* (donde se burla con tanta sal de los gazapos de la Academia Española); hay una donosa genealogía de los Bazanes fundada en erratas de imprenta; hay libertad en la invención...; pero, como reconoce el mismo erudito tan bien enterado de nuestras cosas que ya quisieran estarlo así los españoles, el medio ambiente de *Ruy Blas*, muy superior á *Hernani*, no difiere esencialmente del que podríamos reconstituir estudiando los monumentos escritos de aquellos luctuosos días. – Lo que presta á *Ruy Blas*, en el fondo, carácter de verdad extraordinaria, son las sorprendentes aplicaciones que de su texto pueden hacerse á las actuales circunstancias, en este período de reincidencia de nuestra historia.

Recuérdese que en *Ruy Blas* se habla de un ladrón llamado *Matalobos*, venido de Galicia por más señas, y que á su sabor, sin miedo á alguaciles ni á corchetes, pide bolsa ó vida y aligera de ropa y alhajas á los transeuntes. Los *Matalobos* de ahora vienen de todas partes, de Alicante, por ejemplo; pónense en camino convencidos de que Madrid es una selva, y en ella seguro y fructuoso el golpe, la impunidad certísima; llegan, ven confirmadas sus esperanzas por la facilidad con que se les acoge y hospeda y agasaja en la propia casa de la designada víctima, y con un optimismo de conjeturas que espanta, deciden acogotar á tres ó cuatro personas, arrambiar con lo que encuentren y volverse á su pueblo á disfrutar en paz el fruto de la hazaña. Grande habrá sido la sorpresa, no menor el desencanto de los cándidos paletos (cándidos, sí, en medio del crimen), al ver que en este Madrid, á pesar de todo, aún es ardua empresa despachar al otro mundo tanta gente sin que se alborote la vecindad. «Nos han engañado; han abusado de nuestra credulidad infantil,» dirán los dos enamorados muchachos que acudieron con ánimo de enlazar la luna de miel con la luna roja de sangre, y unir el idilio á la tragedia doméstica. ¡Qué sorpresa al despertarse de su sueño de amor y oro con la hoja puesta y las manos atadas atrás!

Y es indiscutible: los jóvenes asesinos de la calle Mayor han creído poder consumar el degüello y el despojo sin dificultad alguna, marchando *la acción*, que diría Macbeth, como una seda. Aquí está lo grave del caso. Asesinatos y robos los hubo en todo tiempo y los habrá siempre por preventivas y represivas que sean las leyes, por estrechamente que se ejercite la vigilancia. No vive más el leal de lo que quiere el traidor, ni vamos á colocar un policía detrás de cada ciudadano. Pero reviste carácter antisocial y disolvente hasta la médula el crimen, cuando alienta al criminal, y no sin fundamento, la esperanza de la impunidad en reiterados ejemplos basada, y la convicción de que están á merced del puñal las vidas y al alcance de las uñas las haciendas. Esto es lo que reviste de tinte más sombrío los atentados que menudean en el momento presente.

Causas sociales profundas contribuyen á la alarma y al disgusto general. Por fin empieza á vislumbrarse lo que hace tiempo decíamos algunos, á riesgo de pasar por nada caritativos y asar pedernaleños de entrañas: que la mendicidad es hermana gemela del delito, y que una capital populosa donde bulle lo que ya todos llaman hampa callejera, por milagro sería segura y tranquila así que anochece. Recluir en Asilos á los pordioseros, pronto se dice, pero me parece medicina ineficaz. Estos remedios mecánicos no llegan á lo vivo de los tejidos, á lo íntimo de un organismo tan enfermo. Claro es que por primera providencia se les recluye, y no lo desapruebo; sin embargo, no basta. El hábito del trabajo, la economía y previsión, la conciencia racional del deber, no se forman con dar el gazofilacio de un Asilo á esta humanidad inferior, embrutecida y picardeada á la vez. La situación de España, los tristes motivos que determinan su pobreza, su atraso, su bajísimo nivel en lo relativo á estos problemas, tampoco se modifican haciendo cuerdas de mendigos y confundiendo al verdadero necesitado, al que tiende la mano por hambre y carencia de trabajo – hay algunos, – con el siniestro rondador de butanda al hombro, que elige el sitio más solitario de una encrucijada de calles, ó el ángulo desierto de una plazuela, para murmurar en voz ronca y con actitud amenazadora: «¡Soy un *artista* desgraciado!.. ¡Socórrame usted, hermano!»

¿Qué vemos en la pareja alicantina que se fugó de su lugar y llegó á Madrid para combinar, entre dos caricias, una degollación y un espolio? – Más que la maldad, la estupidez; el desconocimiento de las primeras nociones de la cultura moral humana, y hasta de la mera previsión. – De los dos maderos del patíbulo – ignorancia y miseria, – es el primero el que á éstos les sujetó, en medio de las sombras acumuladas en su inteligencia. Ensalzó el docto Miguel de Unamuno, en humorística paradoja, á los *idiotas*, es decir, á los pobres de espíritu, pegados á su terruño, sin ideas, sin raciocinios ni sutilezas críticas de ninguna clase. No dire yo que no exista el *idiota* sencillo y dulce, el *buen salvaje*, que dice Salillas; pero Dios nos libre del *idiota* tigre á quien no contiene ni el instinto de conservación, porque la atrofia de su cerebro no le permite calcular las probabilidades de un hecho. Parecíales á los dos idiotas del crimen de la calle Mayor que todo el monte era orégano, y vinieron con una inocencia paradisíaca, con la inconsciencia del animal, á echarse sobre su presa. Un poco de luz en el entendimiento no hace santos á los malvados, estoy conforme; no obstante, los avisa y reprime, los detiene quizás al borde del precipicio. Se ha clamado pidiendo la pena capital para los paletos de la calle Mayor. Que la merecen no es dudoso, y sin embargo, la sociedad, la patria, los que la desgobiernan, los que la roen y consumen y cierran sus ojos y tapan sus oídos para que la catalepsia se prolongue, deben meter la mano en el seno y ver si no son también responsables de la sangre derramada...

* * *

Y se estrenó *La Walkyria*, y no gustó, y salió todo el mundo hablando de jarabe de adormideras, de *lata* insufrible, y renegando de Wagner, y hasta – frase textual – de su señor padre, que lo engendró tan pesado. Algunos, es cierto, estuvimos como en misa, y nos dejamos halagar deleitosamente el oído y la imaginación con el perfectísimo tercer acto de la segunda parte de la tetralogía; con la maravillosa *cabalgada* y la divinamente suave y misteriosa *encantación del fuego*, páginas que ellas solas bastan para disputar á Wagner por incomparable artista – Yo no soy ni melómana de oficio, ni wagnerófila iniciada. Jamás se me ha ocurrido que por oír con tal delicia la *encantación del fuego*, estoy en el deber de alzar los hombros desdeñosa cuando canten *El barbero de Sevilla*. También *El barbero* me gusta, me inunda el espíritu de una alegría maliciosa, me recuerda á Andalucía, con sus noches claras y tibias, sus balcones y sus rejas. Y es preciso que tengamos sitio para todo lo bello, paladar hecho á distinguir todo manjar selecto y fino. Por eso me ha parecido triste que el público de Madrid, en conjunto, no haya sabido escuchar á Wagner.

El libro de Rodrido Soriano, *La Walkyria en Bayreuth*, amenísimo estudio que tampoco es de un fanático wagnerista, sino de un apreciador inteligente y de un expositor y vulgarizador utilísimo, podía haber servido de catecismo á los profanos. Me cuento en el número, y declaro que, no habiendo podido asistir á las representaciones de *La Walkyria* en Bayreuth, la obra de Soriano me sirvió para entenderla y disfrutarla mejor en Madrid, donde, á pesar de hastantes defectos y faltas en el desempeño, *atrezzo*, mecánica, vestuario, colorido de la orquesta, etcétera, etc., el estreno era un plato de gusto, una novedad atractiva que debió causar algo más que mohines de desagrado y simulaciones de bostezo.

Enhorabuena si bostezasen en nombre de una teoría estética, de latinismo ó siquiera de patriotismo mal entendido, como los franceses después de la guerra. Eso sería algo; sería una idea, sería un movimiento intelectual; habría discusión, lucha, calor, energía, sentimiento. El bostezo del público del Real ha sido meramente una protesta contra la atención y el recogimiento que exige la música de Wagner. Nada que obligue á concentrarse, nada que mueva á reflexión. – Y aquí entran mis dudas. ¿Es necesario concentrarse para sentir la hermosura del *fuego encantado*, el brío marcial y terrible de la gritería walkyriana, las frases de acero de Brunilda, la melodía delicadísima y sugestiva del *Canto á la primavera*? ¿No bastan los nervios, la imaginación, el oído? Creo que sí. Hay mucho de leyenda en esto de que sea preciso estudiar metafísica ó matemáticas sublimes antes de comprender á Wagner. La suma belleza artística siempre es directa, fulminante, fuerte y poderosa. Se impone. ¡Y sostener que Wagner adormece! Lo que hace es despabilar. Una audición *sentida* de *La Walkyria* consume mucho fluido nervioso. Naturalmente, el que se propone no escucharla no gasta un céntimo... Es el caso del público que salía al *foyer* del Real, caviloso y aburrido, quejándose de la extensión de la obra, que en día de estreno terminaba á la una y media – el público que diariamente asiste á la última función de Apolo, ve por centésima vez el mismo sainete, y se retira á las dos, ó las dos y media, – contento, brumeando, brillantes los ojos y florida la solapa del frac.

El público español, en general, es enemigo de lo nuevo y de lo extranjero, sólo por ser extranjero y nuevo. Nuestra naturaleza nos inclina al oficio de aduaneros intelectuales. Nuestro orgullo vano nos incita á desdeñar lo que no producimos, al mismo tiempo que no prestamos gran atención á lo que producimos, como si fuese tan fácil hinchar un perro. En la segunda representación de *La Walkyria* no faltó quien remedase, aprovechándose de la semioscuridad en que queda la sala, gruñidos de animales y ronquidos irónicos. He aquí el medio de la cultura dominante; por esta medida la despachamos... Arriba y abajo se parecen más de lo que á primera vista creerá cualquiera. ¡Imitar el cerdo en *La Walkyria*!

Y así y todo es de esperar que Wagner triunfará en el «regio coliseo» como ha triunfado ya en los conciertos. Llegará á oírse la tetralogía como se oyen *Lohengrin* y *Tanhauser*, y acaso, acaso, un empresario valiente, andando el tiempo, se atreva con *Parsifal*. Para entonces ya estaremos archiregenerados, nos habrán vuelto del revés, y formaremos parte de Europa. *Parsifal* será para nosotros un símbolo. Ya se sabe que Parsifal es el destinado á rescatar los pecados y los yerros de Amfortas, el que disipa las sombras y las tinieblas del mal, el que restaña la sangre de la eterna herida.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

LA MUERTA VIVA. – CAMPOAMOR

Esta muerta viva es la literatura. Cuando parece que, rezados los responsos, regada la fosa de agua bendita, echada la última paletada de tierra sobre el donoso cuerpo, allí se va á quedar hasta que la trompeta del ángel lo despierte el día del Juicio, de pronto se ve agitarse el recién apisonado terrón, saltar las motas á uno y otro lado, y alzarse llena de vida á la supuesta difunta...

Lo que me sugiere el párrafo que acabáis de leer es el proyecto de coronación del autor de las *Doloras*, con tanto brío y fortuna lanzado á la opinión por D. Francisco Romero Robledo. La incansable actividad, el don de reunir y atraer voluntades que posee este orador insigne, no se consagran ahora á combinaciones políticas, sino á una empresa literaria, pero también nacional: la apoteosis del que muchos tienen por el más ilustre de los poetas españoles vivos.

La ancianidad de Campoamor contribuye á que este proyecto encuentre acogida simpática en todas partes. Las protestas, si alguna hubiese, vendrán de esos espíritus descontentadizos que nunca faltan; no impedirán que pueda llamarse unánime la aprobación con que España recibe el anuncio de que el poeta va á obtener la consagración definitiva de su gloria.

A la edad que Campoamor alcanza – ochenta y dos años, – ya se han acallado hace tiempo los gritos rabiosos de la envidia, y hasta las contradicciones de la crítica se han resuelto en la superior armonía de ese juicio sereno que puede llamarse el de la posteridad. Aunque la frescura eterna de su inspiración le haga parecer muy actual, Campoamor es un antepasado; no hay que olvidar que las *Doloras*, en apariencia niñas de vivos ojos y delgado talle, son unas respetables dueñas quintañonas; ¡como que vieron la luz pública en el año 45!

Nuestro siglo, en sus dos primeros tercios, es la época de los grandes poetas líricos, individuales y personales. Va van quedando tan pocos, que casi podríamos afirmar que ha desaparecido esa generación vinculada á la inmortalidad. Así lo dije hace algunos años, al escribir la biografía de Campoamor. No es fenómeno aislado, peculiar de una nación, ni siquiera de una raza: en toda la superficie del planeta van cayendo á tierra esos árboles llenos de pájaros cantores. A la generación poética hay que buscarla en el sepulcro. Ya al amparo de la tosca lápida que corona, en islote solitario, una cruz – como Chateaubriand, que fué un sumo poeta lírico, aunque escribiese en prosa; – ya bajo el plañidero sauce cuya sombra es leve y dulce – como Alfredo de Musset, el de los divinos sollozos; – ya en el vulgar nicho del cementerio público, como nuestro Espronceda; ya en las sombrías bóvedas del Panteón, como Víctor Hugo, duerme la extinguida familia de los que en la frente recibieron el beso abrasador de la musa, que inocula la convulsión sagrada. No carecemos de poetas, que hacen versos muy hermosos, y sin embargo no vemos quién podría reemplazar á los cantores que nacieron con el siglo. La decadencia del ideal poético y la degeneración del subjetivismo, que ya no tiene aspiraciones insaciables para el espíritu, sino para el cuerpo, han traído esta especie de agostamiento de la poesía actual, corta de resuello, ininteligible y alambicada muchas veces – sin culpa voluntaria de sus cultivadores. ¡Cosas de los tiempos!

Campoamor pertenece á la pléyade. Se le ha discutido; se le ha negado; se le ha combatido; la general aprobación tributada á Zorrilla no fué patrimonio del autor del *Tren expreso*. Y es que Zorrilla representaba lo genérico, lo que está sin anotar, lo que pertenece á todos, como esos terrenos baldíos que según fama constituyen buena parte del territorio español, y Campoamor era la proyección de un *yo* poderoso, fuerte, original – la sombra refulgente, permítaseme la frase, de sí mismo. El que se afirma en sí propio, niega, poco ó mucho, á los demás, y por lo tanto les irrita y saca de sus casillas. – Por eso decía yo hace años: «Siempre hallan más fácil aplauso – pero también más fácil olvido – los que visten con espléndido ropaje las ideas y sentimientos comunes, que los que expresan su personalidad. Campoamor es el más apedreado de nuestros grandes poetas, el que con mayor impavidez ha recibido el lodo que arroja con ambas manos la *bêtise*, exclamando al lanzar el primer sucio pellón *¡inmoralidad!*, y al disparar el segundo *¡plagio!* Ha padecido también otras censuras no tan venenosas, pero mejor fundadas, que provenían de gente docta: las *censuras formales*, basadas en los descuidos, prosaísmos ó caprichosas infracciones de las leyes retóricas que Campoamor se permite.» El tiempo, que todo lo calma, ha calmado aquellas polémicas; la verdadera originalidad de Campoamor está reconocida, porque el ser original no consiste en no repetir frases ni pensamientos ajenos, sino en que los escritos tengan carácter y estilo propio, revelador de una individualidad. Y mientras las leyendas de Zorrilla y sus estrofas brillantes y musicales van consiguiendo cada vez menos lectores, las *Doloras*, contemporáneas del *Tenorio*, están en labios de todos, como el *Tenorio* mismo...

Aunque sean odiosas las comparaciones, la literatura viene comparando. No es mi ánimo poner á Campoamor más alto que Zorrilla. No es tampoco discutirle en relación con los poetas que justamente han merecido el aplauso y la admiración de sus contemporáneos y han tenido de ello pruebas muy lisonjeras; y encuentro de mal gusto colocar el uno frente al otro, como á gallos en circo de reñidero, al autor de las *Doloras* y al de *El idilio*. Hay gente que no presta oído á estas hermosas *músicas celestiales* del arte y las letras, sino con el deseo de encontrar celos y rencillas – miserias, en suma. – Y no es únicamente en el terreno literario donde se da tal espectáculo. A un novelista famoso, se contrapone otro novelista, no menos celebrado; á una actriz de mérito, otra meritoria actriz; á una mujer bella y morena, otra bellad rubia; á un escultor naturalista, otro clásico, y á un torero adornado, otro torero sobrio y *dórico* en su estilo. Como si no se pudiesen estimar y comprender y saborear por turno los diversísimos géneros de belleza, gracia y habilidad que Dios permite que existan á fin de que nos recreemos en lo variado de sus obras.

Aunque otorguemos preferencia á uno de esos dos poetas, novelistas, escultores, etc., no aminoramos la reputación del otro. El gusto es libre, mas nunca enemigo de la equidad.

⁂

Volviendo á la coronación de Campoamor, que tiene en Romero adalid incansable – ahora sí que podría repetir Campoamor aquella célebre frase suya: «Si yo no siguiera la suerte de Romero Robledo, habría que colocarme en la Puerta del Sol como la *Estatua de la Ingratitud*.» – diré que el proyecto no es inoportuno porque nos encontremos todavía en el novenario de nuestro duelo nacional. ¡A fe que guardamos bien el novenario! Ni en paseos, ni en teatros, ni en diversiones de ninguna clase se advierte la menor desanimación porque hayamos experimentado tan crueles pérdidas. No veo que nadie lleve rigurosamente el luto de la patria. Dirase que hay fiebre de olvidar y ganas de sacudir la pesadilla. Pues si no se interrumpe la vida normal en ninguna de sus manifestaciones, ¿por qué se ha de sacar á relucir el pañuelo-sábana de los viudos de sainete únicamente á propósito de la coronación de Campoamor?

Romero Robledo se propone que la fiesta sea digna de su objeto. Ha pensado – por ahora no está maduro el plan, sino en germen en la vivísima fantasía de su creador – que la ceremonia solemne se verifique en mayo, clásico mes floreal, en el embalsamado Retiro, de literarias tradiciones, cuando el aura es suave y la perfuman las acacias y los jacintos. Y quiere que la fiesta se deje atrás á la que en Francia dedicaron á Víctor Hugo.

⁂

¿Cómo acogerá Campoamor la apoteosis? ¿Se negará, se resistirá, no querrá prestar á la ceremonia el realce de su presencia? Es de esperar que sí; y es de desear que la exhibición del venerable *doloristа* se reduzca á lo estrictamente necesario, á fin de evitarle fatiga y de no quebrantar su salud. Por lo demás, la presencia de Campoamor, á pesar del grave peso de los años, es todavía hermosa y simpática. No ha caducado el retrato que hice de él en la Biografía. «Campoamor es de mediana estatura y más que medianamente grueso, sin llegar al extremo de esa obesidad aflictiva que padecía Alarcón, y que roba toda vivacidad á los movimientos y á las actitudes. Su cabeza, grande sin desproporción, respira vida, fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda, y poblado aún hasta cubrir todo el cráneo y aureolar la frente (hace años que renunció á arrancarse las canas), realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre, y que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy perfiladas, toman expresión de la maliciosa luz que irradian los ojos, y las acentúan las patillas pulcras, senatoriales, que ostentando la misma blancura del pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos ríen, pero en la caída de la boca hay aquella vaga melancolía, aquella fría niebla que Pidal llamó el *dejo montañés*.»

⁂

No debemos coronar á Campoamor del tieso laurel, que huele á Academia y á odas pindáricas recalientes; le conviene más la guirnalda de rosas que la antigüedad concedía á sus poetas líricos. Una rosa en el pico de una paloma: tal podrá ser el escudo de Campoamor...

Y á la mujer corresponde dar vida, con sus simpatías y sus admiraciones calladas y por lo mismo más profundas, á la idea de la apoteosis campoamoriana. El mundo exclusivamente femenil, el que la mujer no sólo lleva en sí, pero suscita y saca de la nada en el hombre – el mundo del sentimiento y de la pasión, – es el dominio propio de Campoamor. En España los poetas líricos cantaron y endecharon sus propias cuitas, sus afanes, sus ensueños; no se cuidaron de saber si en la mujer existía algo que respondiese á igual origen, una cuerda que vibraba al inspirar. Creyeron sin duda que podían aplicar á la mujer lo que Leopardi dice del ejecutante de música, que ignora lo que su habilidad hace sentir al que le oye...

Ningún poeta castellano, antes de Campoamor, se tomó el trabajo de interpretar á la mujer. – La mujer se lo ha agradecido. Desde que se lanzó á la publicidad el proyecto, ¡cuántas hermosas y aristocráticas bocas lo han aprobado con entusiasmo! ¡Cuántas frases de perlas he oído, qué corrientes de simpatía se han despertado!

⁂

Termino esta crónica campoamoriana regalando al lector dos joyas que Campoamor me ha ofrecido estos días; dos doloras de muy reciente fecha:

EL PODER DEL LLANTO

A Emilia Pardo Bazán.

I

Dió el cielo á la mujer miles de encantos
y además de ser tantos
son éstos de un poder irresistible:
además de lo bueno y lo sensible
une al pudor, en cuya frente para
todos beben su copa de locura,
el dejo celestial de sus acentos,
y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, al gran Lope recordaba
nuestra insigne escritora, y replicaba:
«¿Y á qué olvidar nuestro mayor encanto?
Para ablandar lo duro del destino,
ha dado Dios á la mujer el llanto,
que es lo que hay en lo humano de divino.»

DESPUÉS DEL PRIMER SUEÑO

Se casaron los dos, y al otro día
la esposa, con acento candoroso,
al despertar, le preguntó al esposo:
¿Me quieres todavía?

Es Campoamor... el de siempre.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

¡Bayreuth en Madrid! – Los que recuerden una de mis últimas crónicas y la acogida que el público dispensó á *La Walkyria*, una de las partes más bellas de la tetralogía, no dejarán de notar evidente contradicción entre este hecho y la frialdad y hasta hostilidad que Wagner encontró en nuestras esferas de cultura social más elevada. – Este fenómeno del misoneísmo artístico; la repulsión contra Wagner de los que se han acostumbrado á *Hugonotes* y *La Africana*, había que esperar que se produjese, y estar prevenido, sin temor ni cuidado alguno, en la seguridad de la victoria definitiva. Por todas partes Wagner ha suscitado las mismas protestas, y al cabo ha triunfado, no con el triunfo efímero que proporciona la curiosidad, sino subyugando á las masas con el vigor que lleva en sí, para imponerse, el artista soberano.

No cabe duda, Ricardo Wagner es el último genio que ha producido Alemania – la cual, desde que se ha constituído en imperio, desde que cosechó laureles y cifró su porvenir en la gloria de las batallas, parece haber entrado en un período de esterilidad, agotada por las dos ó tres generaciones magníficas que se sucedieron en ella. – Los genios alemanes á primera vista no son amables, quizás ni aun son inteligibles, para las naciones meridionales. Como el zumo fermentado del lúpulo, amargan á quien los prueba; pero su amargor, á pocas vueltas, se pega al paladar y al alma, haciendo insulsas ó empalagosas otras bebidas. A los genios alemanes les caracterizan dos atributos: la extensión y la profundidad. Tiene su arte la amplitud y contenido rico y jugosamente intelectual de su idioma, en el cual las palabras se sujetan, amoldan y ciñen á la idea con plasticidad sorprendente, ayudadas por una sintaxis que dimana de la razón, más que de las exigencias retóricas y descriptivas. Donde un genio alemán sienta el pie, su huella, como huella de ser sobrenatural, queda marcada indeleblemente. No habrá ningún poema que borre la memoria de *Fausto;* no aparecerá un lírico más grande que Enrique Heine; no ahondará ningún filósofo más que Kant; no aparecerá un moralista práctico que nos enseñe y nos guíe con más alta y desengañada experiencia que Schopenhauer. Y ya creo que puede afirmarse que ningún artista poseerá en mayor grado que Wagner el tecnicismo y la inspiración reunidos, y el sentido á la vez poético y profético que hace del artista la encarnación de los destinos de un pueblo, de una raza, de un conjunto humano.

Wagner no triunfó como Moltke, desde los primeros hechos de armas. Al contrario: la vieja leyenda, que ya parece resobada y poco verosímil, del genio desconocido, maltratado, despreciado, la realizó Wagner hasta tal punto, que en París, del teatro de *Variétés* le expulsaron alegando... que no sabía música. – Cuando ofreció á la *Grande Opera* de París su poema el *Buque fantasma*, se lo compraron en quinientas pesetas, sin más condición que una: que la partitura había de escribirla otro. «Y un año más tarde – dice Cátulo Mendes en su prólogo al libro *Ricardo Wagner*, – el *Buque fantasma*, firmado por cierto autor dramático que no nombraré, porque ya ha muerto, y puesto en música por un compositor á quien es ocioso nombrar, porque nunca ha existido, se representaba en la Real Academia de Música. Asistía á esta representación Ricardo Wagner, y para pagar su asiento había tenido que vender su perro á un viajero inglés con quien casualmente tropezó en una estación de ferrocarril.» París, que desconoció á Wagner obscuro, rechazó, negó, quiso cerrar el camino á Wagner glorioso ya; pero fué tan inútil como todo lo que se dirige al mismo fin, de pretender apagar astros. Soplaréis la bujía, extinguiréis el foco eléctrico aislando los hilos; con agua sofocaréis el fuego del horno..., pero á la inaccesible estrella no alcanza el soplo de nuestro aliento, ni el aire de fuelle manejado por manos envidiosas y coléricas. Wagner forma parte de la Vía láctea.

⁂

Por eso no había que asustarse cuando *Brunhilda* y *Wotan* cayeron tan poco en gracia á los madrileños. En los conciertos ya Wagner reina y pone su silla; llegará á imperar en el Real también. La compañía de Bayreuth y la tetralogía obtendrán primero un éxito de curiosidad y acaso de ese *snobismo* inofensivo que se expresa por medio de la conocida fórmula «¿Adónde vas, Vicente? Adonde va la gente;» y sin embargo, la gran belleza wagneriana dejará residuos y memorias en el oído, en la fantasía, en el sistema nervioso de un pueblo menos ineducable que mal educado, artísticamente hablando; y poco á poco se familiarizará con los personajes de la leyenda renana, como se ha familiarizado con el Caballero del Cisne y la maga Ortruda.

Traer á Madrid la obra titánica de Wagner, no se figurarán muchos que tiene que ver gran cosa con esa regeneración de que tanto nos hablan; pues desengáñense: la belleza es un regenerador poderoso. Algunos profesamos como dogma que todo lo bello es necesariamente bueno. Y los pueblos en que se ha cultivado la sacrosanta belleza, no han sido por cierto ni los menos heroicos ni los de menos gloriosos destinos. Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra administración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en ese grado de decadencia y de inferioridad, de podredumbre y de anemia profunda; conviene que mejore nuestra situación material, que se atienda á la realidad, la cual se venga siempre de los que de ella prescinden; pero el ideal del arte ejerce esa fuerza sutil y misteriosa de los filtros; es una corriente de electricidad excitadora, que reanima el organismo comunicándose á sus centros y determinando las acciones y reacciones vitales. El arte es más necesario que el pan; el pan solo, seco, desabrido, ni gusta ni aprovecha. Venga esa gran corriente de poesía del Norte á inundar nuestras almas agostadas por la desconfianza y el dolor.

⁂

Asistir estos días á las sesiones del Parlamento, es como presenciar una consulta entre doctores, á dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen más que apreciaciones de carácter sanitario, médico ó higiénico; en el debate abundan las palabras que antes sólo resonarían en las clínicas y en los consultorios. Durante la sesión de anteayer he contado más de cincuenta *depuraciones* y las *regeneraciones* no bajarían de sesenta y tres.

¡Depurar, regenerar! Son los verbos de moda actualmente. La matrona rolliza que antes solía representar á España, debe en buena ley ser reemplazada por una figura enteca, escrofulosa, llena de tumores y de costurones – que bebe la *Emulsión Scott* – mientras el león, comido de miseria, según lo pintó Víctor Hugo, calienta á un rayo de sol sus pelados miembros y se mosquea con la flácida cola.

Lo curioso es que, hallándose todos conformes en la existencia de la enfermedad, cuando llega el caso de circunscribir y determinar sus síntomas, no hay medio de hacerlo: cada parte del organismo español se declara sana, fuerte, limpia, inmejorable. Si un diputado como Sol y Ortega, ejerciendo de *enfant terrible*, quiere tirar de la manta, ¡santo cielo!, hay que oir los gritos primero, las sarcásticas risitas después. España necesita depurativos, corriente; se depurará (¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, preguntan los indiscretos, persuadidos de que no hay efecto sin causa, y de que si hace falta depurativo, existe impureza). Se depurará... bebiendo zarzaparrilla, un calmante, que nos refresque, porque estamos en primavera y no convienen fogosidades ni arrebatos. Enfriados con la zarzaparrilla, se repartirán á los españoles patriotas abanicos japoneses, y se les recomendarán, para los meses de julio y agosto, baños templados (los de mar son tómicos en demasía) y tomar el aire á la puerta de casa. Y si así no quedamos depurados y limpios, será que tenemos una sangre peor que la de Caín.

⁂

Yo voy á las Cortes sin fe política de ninguna especie, sin esperanzas, sin ilusiones del orden práctico, como se va á un espectáculo que deleita y enseña. Deleitan los oradores de primera tijera, grandes artistas en su género; enseñan hasta los malos oradores, en los cuales se ve menos rebozada la verdad, el cuadro efectivo de nuestra vida nacional, con sus enfermedades tal vez incurables, con sus deficiencias que sólo podrá remediar el tiempo, si se emplea bien. – La fisonomía moral de España la refleja íntegra y expresiva el espejo del Congreso. ¿Qué puede ser España? No lo preguntéis; mirad y la respuesta os saltará á los ojos. Repasad esas filas de cabezas que forman como una guirnalda de un moreno sucio sobre el rojo de los escaños y el negror de los trajes, de las levitas generalmente mal cortadas, peor llevadas, cepilladas con descuido. Estudiad la expresión de los rostros, y os dirán más que cien peroraciones. Estudiad hasta el acento, hasta el gesto, hasta el modo de dejar el sombrero debajo ó al lado; todo significa mucho; todo tiene su lenguaje. No descuidéis el banco azul, que también él revela infinitas cosas. Fijaos en el temblor de las manos, en la contracción de los labios, en lo forzado de la enervada sonrisa, en la palidez de las frentes; notad las actitudes estudiadamente confianzudas, que pretenden disimular inquietudes y recelos; observad si descubrís allí la suma de inteligencia y de enérgico deseo, de esa voluntad noble y pura que se escribe, á la larga, en la máscara viril del hombre de Estado, por medio de líneas imposibles de falsificar; mirad abriendo los ojos, prestad oído, porque hasta en el golpe de la mano sobre el tablero del pupitre encontraréis delatado cuanto en vano pretende ocultar detrás de sus gasas polvorientas y marchitas la retórica de oratoria parlamentaria.

Entretanto, algunas veces, cuando se levanta el gran guerrillero á quien yo, en mi nomenclatura caprichosa de novelista, llamo *Juan Martín el Empecinado;* cuando acaricia el aire la palabra torneada, elegantísima, pulcramente literaria, del que llamaré *Rivadeneyra-Lemaître;* cuando en fin salta el aria de bravura, ó las filigranadas variaciones, ó el *allegro vivace*, ó el recitado donosísimo, el aficionado al arte que se oculta bajo la corteza del patriota aprovecha la ocasión feliz y se recrea en el espectáculo, que por ser bello es bueno, según antes decíamos. – Y la experiencia que allí se atesora, aunque tenga sedimento de amargura, porque deja pocas ilusiones respecto al porvenir, también es fortificante. Lo peor es vivir entre engaños y mentiras. Las Cortes, para quien se habitúa á la atenta observación, son, ¡parecerá increíble!, el *Palacio de la verdad*.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

VARIEDADES

¿Qué darán en el Real esta noche?, es la interrogación dirigida á las siete de la tarde por medio Madrid al otro medio. Los carteles dicen *haches;* los diarios, la víspera ó de mañana, han dicho *erres:* y de seguro serán *equis* ó *sedas* lo que se cante por fin. Ha transcurrido una larga temporada – la temporada casi enterita – sin que ni por casualidad una vez se llegue á cantar lo anunciado. Se cuenta con *La Walkyria* y aparece *Carmen;* se espera *Lohengrin* y salta *La Africana;* se anuncia *Gonzalo de Córdoba* y se cae en buena *Sonámbula*... Lo peor de todo, que nunca es *mudarse por mejorarse*. Siempre el cambio se realiza en perjuicio del público: siempre se trata de que zampe culebra por anguila.

Aun cuando no fuese así, y la variación redundase en ventaja, no es buen sistema andar variando. Tal vez los empresarios de teatros no sabrán qué se entiende por *cristalización*. *Cristalizar* es prepararse al goce por medio de la fantasía, que lo anticipa y lo reviste de prismas brillantes. Cuanto mejor el sueño que la realidad, tanto es superior al recreo mismo el cálculo y la esperanza de un recreo seguro. Cada ópera tiene sus aficionados y partidarios; hay quien se deleita con Wagner y quien delira con Meyerbeer; hay quien saborea como confites las dulzurillas de *Sonámbula*. Ahora bien: el que ve en el cartel que le ofrecerán lo que prefiere, pasa las horas del día en un estado de grata excitación, figurándose que ya escucha las melodías predilectas, que ya resuenan en sus oídos las deliciosas notas. Al llegar y ver el cambio su decepción es grande, mayor que sería el gusto de la variación si ésta saliese á medida del deseo; porque se pierde la labor cristalizadora, la trama de la fantasía, rota en un momento.

Tantas fluctuaciones, tanta indecisión, responden á las mil y una dificultades con que se lucha cuando se quiere sostener el prestigio del Real sin cantantes de empuje. No parece sino que en el firmamento se han apagado las estrellas una por una. Ya nunca se electriza el público; á veces silea impaciente. Ibós, el único que rompía la capa de hielo de la indiferencia, no canta, porque no le pagan, según dice, aunque la Empresa afirma lo contrario: que todavía la debe dinero el célebre tenor. Y en estas disputas, los *dilettanti* son los que se quedan sin el santo (Ibós) y la limosna (el importe del abono).

El santo, de espaldas al Real, está de cara á los demás teatros. *Cyrano de Bergerac* logra este año el favor que el año pasado monopolizó *La corte de Napoleón*. Contribuyen á atraer al público á *Cyrano* diversos motivos: decoraciones bonitas, lindos trajes bien adaptados á la época, animación y variedad de las escenas, gracia, petulancia y sentimentalismo del verso... Aquí donde se han escrito en verso tan bellos dramas, se ha adolecido siempre de servir el verso como se sirve el cocido en Castilla: sin adornos de ninguna especie, solo, completamente solo, aislado, en largas tiradas declamatorias ó con interminables diálogos, sin que los ojos del espectador se recreen en nada que les distraiga y entretenga, sin que su imaginación se empape en el ambiente que corresponde á aquella poesía, á la manifestación oral de aquellos sentimientos. Suponed á un hombre *de ahora* asistiendo á una representación de *El Trovador* – en el cual hay *tela* para un éxito como el de *Cyrano*, pero *tela* que no se ha cortado ni plegado mañosamente – y figuraos que mientras oye á Manrique y á Leonor requebrarse y exhalar sus quejas, no ve en torno de esas dos aisladas figuras románticas nada del ambiente romántico también, nada de la compleja vida mediocval española; la dama viste vagamente como visten todas las damas de teatro, un traje que así puede ser del siglo XV como del XVII; el Trovador lo mismo; el convento tampoco tiene fisonomía propia, parece un *Sacré Cœur;* ni menos el campamento de gitanos, ni la corte de los reyes: hay en todo ello infinitos elementos pintorescos que no se han explotado, y que se deja á cargo del espectador adivinar, suponer ó fantasear, trabajo del cual se engendra inevitable fatiga. En vez de entretenerle, sorprenderle, deslumbrarle, se le obliga á que sin más ayuda de los sentidos que lo que entra por el oído – los versos, – *se haga* la atmósfera de ilusión en que es preciso alentar para sentir el entusiasmo lírico...

Dirán que es falta de respeto al genio pensar en que deben modificarse sus creaciones; pero yo sostengo que si se modificasen de la manera que dejo indicada, tendríamos aquí, refrescando nuestros laureles, muchos *Cyranos* que explotar. *El Trovador*, *Los amantes de Teruel*, *Traidor, inconfeso y mártir* ofrecen por metros esa *tela* de que antes hablábamos. Para hacer más comprensible lo que digo, voy á citar dos obras de nuestro teatro en las cuales se ha tenido en cuenta la *atmósfera:* estas dos obras son *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y *Don Juan Tenorio*. Los actos del *aguaducho* y *de la venta*, el reparto de la sopa, en el drama del duque de Rivas; el acto de la hostería, el enredo de la reja, la escena con el escultor, etc., en *Don Juan*, animan y varían la acción, entretienen, ilusionan sin esfuerzo, y acaso se les debe, en gran parte, la popularidad y la vitalidad de ambos dramas románticos, que siguen gustando y atrayendo gente al teatro, lo mismo que en sus buenos tiempos. Otros dramas son muy hermosos literariamente considerados, y sin embargo derraman hielo; no se puede luchar con el frío que desarrollan. El modo de deshelarlos, yo lo sé; pero hablarían de sacrilegio... Respeto al templo, aunque lo veamos convertido en panteón.

Sucede con esos dramas algo de lo que con las óperas del antiguo repertorio: se ponen en escena con una especie de *qué se me da á mí*, dejando que los méritos de nuestro Señor Jesucristo, la fama literaria ó musical, convenzan al espectador y le hagan tolerante con cuantas deficiencias y chapucerías se puedan cometer. En vez de considerar que la consagración de una obra obliga á respetarla, entienden lo contrario. Risa da ver cómo se presentan en el Real las obras clásicas. Antaño, *Dinorah* tenía su cascadita de agua natural, cuyo ruido fragoroso y rústico se asociaba tan bien á la música del acto del puente roto. Ahora la hacen en seco. – Antaño, la cabrita era un precioso animalejo bien domesticado, blanco, pulcro. Este año sacaron una chiva negra, asquerosa. La *cerina capretttina* venía en derechura de algún desmonte de Vallecas. – Menudencias, se dirá. En arte escénico no hay menudencias. Importa todo.

¿Qué mas? Apenas estrenada *La Walkyria* ya se toman confianzas con ella. No hablemos del ridículo modo de vestir de la tiple, que sale de *Sieglinda* con corsé muy entallado y tacones Luis XV; pero el rayo de Wotan, que tronza la espada de Segismundo, ha sido suprimido por completo desde el primer día, y el descuido y negligencia son tales, que en la famosa *cabalgada* de las Walkyrias se ve cruzar las nubes á una guerrera con manto verde, y á los tres segundos, habiéndose mudado sin duda, aparece en escena con manto rojo. – ¿Qué será *La Walkyria* en el Real, dentro de dos ó tres años, cuando ya la tengan por vieja y como á vieja la abandonen?

En *La Africana* ya no hay decoración *que virar:* Nelusko nos cuenta que el barco debe virar, y el barco quieto. En *Roberto el Diablo*, suprimidos los fuegos fatuos, y así, poco á poco, se va dejando sin trufas el trufado de las óperas... y al espectador con la mitad de la ilusión solamente.

Ha desaparecido estos días del mundo de los vivos el general D. Romualdo Nogués, tipo muy español, muy castizo, muy original y asaz curioso – un objeto más para colección, siendo él un tenaz coleccionista. – Se le echará de menos, no sólo en alguna tertulia de gente aristocrática, sino en esas otras tertulias pacíficas de dos ó tres aficionados, siempre los mismos, que á la caída de la tarde, en invierno, se forman alrededor del brasero barroco en alguna trastienda de anticuario. Nogués era un inteligente, no un aficionado antojadizo, de los que no saben á punto cierto lo que desean y adquieren. Era además coleccionista, especialista; compraba objetos de arte español, y había constituído una especie de museo histórico, en alto grado notable. Su rico monetario contenía una moneda de oro de peculiar interés para los españoles: dejemos la palabra al dueño: «Cuando en 1868 se trató de variar el tipo de la moneda, al encargado de hacer el dibujo para representar á España le prestó un coleccionista (era el propio Nogués) el *duro* de Adriano con el reverso *Hispania*. De él copió la matrona recostada sobre montañas, con el ramo de olivo en la mano y el conejo á los pies. Olvidaron grabar el nombre de la nación á que pertenecía la moneda: después *lo enmendaron* y añadieron el peñón de Gibraltar. Por indicación del aficionado pusieron en el escudo las barras de Aragón y las cadenas de Navarra. Continúa el mismo, aumentado con las lises de los Borbones. En la confección de las nuevas armas de la patria, al numismático que intervino, reaccionario por quijotismo, corresponde una partícula de la gloria de la gloriosa.» La moneda romana del *soldado viejo* fué, pues, el modelo de los *perros chicos y grandes* que nos inundan.

Entre las genialidades de Nogués merece recordarse su obstinación en cultivar el fatídico número *trece*. Propúsose, y lo consiguió, reunir ni más ni menos de *trece* jarras españolas, de maciza plata, sobredoradas, repujadas y cinceladas; *trece* bandejones de plata también, de los siglos XVI, XVII y XVIII; *trece* campanillas; y aspiraba á *trece* docenas de veneras de la Inquisición, que, según Nogués decía, juntaba sólo por tema, porque otro aficionado de esta corte le aseguró que ni media docena conseguiría reunir. Las veneras de la Inquisición, por más señas, son joyas encantadoras en su forma y primorosas en su hechura. Los emblemas del Santo Oficio – la rama, la espada, la cruz – se combinan en pedrería, sobre cristal de roca, esmalte verde, oro cincelado, plata – siempre diferentes; – se ve que las tales veneras constituyeron una coquetería del traje y una presea caballeresca.

En todo era Nogués español rancio. El día en que visité su colección no me ofreció el te fino y el *lunch* á la inglesa con que obsequiaba el marqués de Arcicollar, sino, á la aragonesa, mistela y orejones. Los libros de Nogués son realmente cajones de anticuario: se encuentra en ellos de todo, anécdotas á miles, detalles raros, incongruentes, rasgos de chistoso ingenio, crudezas y franquezas de verdadero soldado, un españolismo acérrimo, y más que nada la ostentación de una facultad preciosa que conservó Nogués hasta el último período de su robusta senectud: la frescura de la memoria. Nogués lo recordaba todo, y todo en el mismo plano, como se observa en esas tablas flamencas donde los segundos términos están detallados con igual minuciosidad que los primeros. La memoria, en este grado, estorba para la composición literaria. La incoherencia que se nota en la curiosísima autobiografía de Nogués, consiste en que no hay penumbra de recuerdo, ni gradación de impresiones. Su memoria de acero no escogía.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

El año pasado, en el teatro Español, fracasó un arreglo de Shakespeare – más que arreglo, completa refundición, – cuyo autor era Eugenio Selles. No vendría á cuento discutir ahora el acierto ó desacierto del refundidor, el desempeño de los papeles principales, encomendado el de *Cleopatra* á María Guerrero y el de *Antonio* á Vico, ni menos revolver la arqueología faraónica para indagar si los detalles de indumentaria, mobiliario y demás particularidades de la *mise en scène* se ajustan á las semínimas de la ciencia y de los descubrimientos más recientes. Después de todo, un público que no se convence con Shakespeare, no anima gran cosa á los empresarios á meterse en honduras y derroches. Aquí se pueden arriesgar cuartos en decoraciones destinadas á una zarzuelilla, que si prende bien, recompensará el esfuerzo; pero *correrse* en las alturas literario-escénicas, eso sí que sería atrevimiento, ó mejor dicho, temeridad insigne.

A pesar de la lección experimental y del manifiesto desvío, la compañía del teatro de la Comedia se decidió este año á servir al público de la corte otro trozo del gran Guillermo. El cual no es tan sólo el primer creador de figuras trágicas y dramáticas, sino el más sazonado y deleitable y profundo autor cómico: la risa, el discreteo, la agudeza, le pertenecen tan de derecho como le pertenecen las lágrimas y las convulsiones del dolor desesperado ó los sublimes arranques de la pasión en su paroxismo. Y tiene todavía Shakespeare en su lira otra cuerda, que ni es trágica ni es cómica, sino por turno alegre ó triste; llámanse *comedias* algunas creaciones de Shakespeare, que yo llamaría *poemas fantástico-reales:* uno de estos fué el elegido para tantear de nuevo el terreno y ver si Shakespeare, resueltamente, es ó no *autor de cartel* en Madrid.

La comedia, que en inglés se titula *Twelfth night*, ó *What you will*, y que en español recibió el lindo nombre de *Cuento de amor*, es en efecto un cuento... en el sentido más poético, más juvenil, de la palabra. Del arreglo, adaptación y transformación de la obra sekspiriana encargóse Jacinto Benavente, y nunca las cualidades finamente literarias y la sensibilidad hiperneviosa de este autor se lucieron como en la refundición del *Cuento*. Con aérea ligereza y con intensa penetración á la vez, tradujo las frases, los conceptos, las ideas de aquel poemita sentimental-humorístico, en el cual una mezcla deliciosa de ternura y de ingeniosidad, de gracia y de melancolía, revelan el paso del Niño inspirador, del Ciego divino, del Amor en fin, mágico prodigioso que todo lo embellece, lo dora, lo reviste de irisación sombría y fulgurante...

⁂

Asistí al estreno. Confieso que estuve pendiente del diálogo, de los incidentes sencillísimos, importantes *hacia dentro*, de la comedia. Era como un sueño, pero de esos sueños que hacen sentido, que riman y se enlazan armoniosamente, desarrollando perspectivas de ilimitada belleza – cosa fluida, á la vez sutil y penetrante como un aroma que embriaga. Los actores se movían en un ambiente menos grueso y denso que el de la realidad; la fábula tenía alas, y la imaginación revolaba feliz. – Nadie como Shakespeare, terrible realista, crudo y sangriento, ha sabido reconocer los derechos de la fantasía y abrirnos de par en par el palacio de los sueños azules y color de rosa. Y el habla castellana, empleada con certero tino por Benavente, era luminosa y elástica al revestir los pensamientos del autor de *La Tempestad*...

⁂

Los actores representaban muy bien. La Cobeña y Thuiller estaban elegantes; las líneas de los preciosos trajes venecianos realzaban la figura; la ilusión, por este concepto, se completaba; la decoración, semejante á un país de abanico, á un jardín de misterio y poesía, aumentaba el efecto. Nos alejábamos – ¡qué satisfechos! – del mundo tangible; estábamos á cien leguas de los desastres, de la marejada política, de las hipótesis electorales, de la flamenquería, de la trama burda y vulgar de la vida diaria. Éramos – por espacio de tres horas – habitantes de una isla desconocida, y nos arrullaba el rumor de olas suaves que se quebraban en playas de arena de oro. Saborear la impresión, entregarse á ella sin desconfianzas ni objeciones que demuestran estrechísimo criterio... Así aconsejaba el instinto.

⁂

Lo hice, y me salió la cuenta, porque pasé una noche encantadora. Y creía de buena fe que la pasaba igual la mayoría del público. En esto recibí un desengaño. Los espectadores salían ó descontentos ó como aquel á quien le dan incomprensible broma y no sabe si reírse ó amostazarse. – Por segunda vez Shakespeare «no entraba» en Madrid.

«¡Qué inverosímil!,» decían á voz en cuello los mismos que antaño gritaban contra los desmanes del realismo.

«¡Qué insulso! ¡Qué falto de argumento!,» exclamaban los mismos que ven doscientas noches seguidas un pasillo, cuyo autor redujo su ambición á reproducir, con diferente música, el pasillo del año anterior, que á su vez reproduce el de 1897.

Y había otros más quejosos aún: otros que se preguntaban, en tono confidencial: «Y ¿qué quiere decir esto? ¿Usted ha visto *la miga*? ¿Se enteraron ustedes? ¿Han entendido ustedes algo?

¡Ah! Es preciso repetir que «el espectáculo está dentro del espectador;» fuera, nunca. Confirmando las teorías idealistas y subjetivistas de los France y los Lemaître, nadie acierta á salir de su *yo*, nadie ve sino los fantasmas que se reflejan en las paredes de su interior caverna. Es inútil representar una ficción cultísima y delicada para un público sin preparación, sin antecedentes. Resbala la belleza íntima y enseñadora sobre ciertas imaginaciones, como el aceite sobre el acero. No pueden recibirla porque no saben abrirse, cual la rosa, admitiendo el rocío menudo que la abrillanta. – En obras del género de *Cuento de amor* tiene el espectador que colaborar, tiene que prestarse, no sólo por medio de la buena voluntad y la complacencia, que siempre se le supone al que adquiere una localidad y la ocupa, sino con el auxilio de algo que no se compra en la taquilla; un depósito de sensibilidad y una suma de ideal artístico, imposible de crear en el espacio de una noche...

⁂

Tal vez es de los síntomas expresivos y claros de nuestra general decadencia que no se pueda reunir mucha gente para saborear obras de Shakespeare, ni aun arregladas por eminentes literatos españoles. No digiere tal alimento el estómago nacional. En Shakespeare hay siempre más contenido que cáscara y oropel; y en el teatro que España prefiere, la vestidura y la exterioridad, lo saliente y de realce predominan. El entendido crítico catalán José Yxart, que estudió á fondo este modo de ser de nuestra raza, refiere en uno de sus libros: «Hará cosa de dos años, algunos literatos y artistas de buen humor concibieron la idea de escribir un drama en versos muy sonoros, pero que no dijeran nada absolutamente. Escrito el drama, trataron de experimentar el efecto que produciría en el público, para lo cual eligieron un teatro de un pueblo de la costa. El drama, según cuentan, empezó así:

»Ya amanece claro el día
por detrás de los torreones
y pasean los leones
entre néctar y ambrosía.

»Y continuaba durante tres actos en la misma forma.

»Pues bien: el público no percibió el engaño hasta muy adelantada la representación. Oía con entonación rimbombante y melodiosa ese *amanece, torreones, leones, néctar*, y la sugestión de estas imágenes confusas le bastaba para sentir una excitación análoga á la que produce la poesía.»

No diré que sea fácil embocarles á los espectadores habituales de la Comedia el *cameto* que tardaron bastante en advertir los del pueblecito de la costa. Claro que los periodistas, los críticos, la gente en conjunto, no iba á dejar que los leones se pasasen impunemente entre néctar y ambrosía, ó como quien dice, entre Pinto y Valdemoro. Habría que *razonar* estos leones, este néctar, con arreglo á las fórmulas dramáticas al uso. Y una vez razonados, entonces sí que podrían pasearse á sus anchas, y arrancar palmoteos, y lágrimas y explosiones de entusiasmo. Efectos y efectos; telas de relumbrón, con florones barrocos y rameados de oro falso, consiguen arrebatar. Una tela tan sedeña y tan flexible como la de *Cuento de amor*, debí prever que no sería de moda.

⁂

Si yo fuese archimillonaria, construiría y sostendría un teatro donde representasen á Shakespeare. No diariamente, porque el arte, á diario, pierde la fuerza sugestiva y degenera en hábito ó inerte rutina; pero con frecuencia, siempre que el alma lo pidiese. En Shakespeare se encuentra todo: la comedia, la tragedia, los grandes dramas de la historia. Cuando España se *regenere*, como ahora se suele decir, podrá subir Guillermo á la escena española. Guillermo, que es un creador completo, necesita públicos completos, capaces de sentir y gozar con el terror, con la reflexión, con la pasión, con el sueño, con la sal concentrada y con la emoción intensa. Público en que haya más sanguíneos, nerviosos y biliosos, que linfáticos y anémicos. Público que sepa reconocerse á sí propio en cada matiz, aspecto y *posición* de la vida humana. – Mientras no sea así, á Shakespeare, para que el público lo acepte, será preciso envolverle en el mantón de las donosas *bravías* ó disfrazarle convirtiendo á *Troilo y Cresida* en zarzuela bufa: y mejor que mejor si de la *Comedia de equivocaciones* puede salir una piececilla de *quid pro quos*, de las *Alegres comadres* una gresca en una taberna de las Vistillas, del *Mercader de Venecia* un episodio de casa de préstamos y capa empeñada..., y así sucesivamente.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

Alejandro Volta.
Centenario del descubrimiento de la pila de su nombre

convicciones, ó por lo menos las colocan en tela de juicio ante el tribunal de nuestra propia conciencia. Hasta la fecha creí yo que la lijeratura debía desentenderse, con cierto aristocrático desdén, de las cuestiones sociales. Sin negar el mérito de obras en que influye directamente el estado de la sociedad, prefería las que sólo nacieron y vivieron en las serenas regiones de la belleza pura. – Hoy no diré que haya variado de opinión por completo; sin embargo, noto que mi fe en la estética libre se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letras propiamente dichas conservan su olímpica impasibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes. Tratando de hacer mi composición de lugar, tendencia natural en un espíritu ecléctico, saco en limpio que según la situación de los pueblos debe ser y manifestarse la literatura. Un pueblo próspero, feliz, con amplios horizontes, es natural que tenga una literatura independiente y desligada de compromisos, que volando por esfera superior y distinta de la práctica, no aspire á más fin que realizar y expresar la hermosura ó la verdad íntima, el lirismo. Un pueblo como el español, tan atrasado, tan desorientado y tan infeliz, necesitaría más bien una literatura de acción, estimulante y tónica, despertadora de energías y fuerzas, remediadora de daños. Sólo que...

Sólo que, en tal pueblo español, nadie leería esa literatura (ni la otra). Precisamente he aquí uno de los síntomas de nuestra grave enfermedad; la inapetencia literaria. A no ser por el auxilio *in extremis* del mercado de América, bueno andaría nuestro comercio de libros. Esto evita cargos de conciencia á los escritores, y les tranquiliza respecto á su delicada y honrosa misión. Como no sea para influir sobre los sud-americanos, no sabemos para qué se escribiría aquí algo relativo á nuestras catástrofes. Señalaba yo al Sr. Macías Picavea, autor de *El Problema Nacional*, libro notabilísimo, puntos que en otra edición me agradaría infinito ver tratados por tan competente pluma; y el Sr. Macías me contestaba, entre escéptico y modesto, que no era verosímil segunda edición de su obra. Hubiérase publicado ésta en Francia á raíz de los desastres, y las ediciones se multiplicarían, y la prensa llenaría sus columnas con el examen de las opiniones, datos y apreciaciones del autor. Aquí no he visto que ningún periódico se tome tal molestia. ¿Culpa de los periodistas? Sí, pero del público, del medio ambiente, en primer término. El lector pide extensas revistas taurinas, del género inaguantable, con los cecesillos patosos y los barbarismos achulados tan en moda; quiere además que le tengan al corriente de las probabilidades máximas y mínimas que en Barba de Puerco ó en La Ajosa reúne la candidatura del niño cunero Refulínez ó Merengínez; no perdona el escándalo de la calle H ó B, ni el «drama conyugal,» ni el «crimen pasional,» ni el infundio, ni el timo, ni la *bronca*, ni la *culebra* – en la taberna del Gordo ó del Mellao; – pero que no le vengan á *dar la lata* (así se habla, y entre gentes de levita ó frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional, del problema económico y del plan curativo aplicable al cuerpo enfermo. ¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres calagurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca, el arado prehistórico, y tan campantes. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la *pátina* ó barniz del tiempo, y además sus virtudes y fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni miaja... ¿Problema económico? Vayan pagando el cupón, y trampa adelante... Y ¿a!, no nos obliguen á enterarnos de eso; déjennos en paz. Sobre que estamos tan mal y tan agobiaditos, aún quieren que nos echemos al coleto libros y artículos que nos han de cargar la cabeza en balde...

***

Mis crónicas de La Ilustración Artística dieron motivo á que me escribiesen desde América varios españoles, quejosos de mi pesimismo y lamentándose de que yo insistiese en señalar ciertos defectos de la infortunada patria. Creían aquellos españoles, de honrada intención, pero equivocadísimos, que se hace un bien á las naciones contribuyendo á engañarlas y á engreírlas en falso. Las faltas individuales debe disimularlas la caridad y atenuarlas la benignidad y la prudencia; los errores colectivos conviene denunciarlos sin miedo. Y las mismas faltas individuales, cuando afectan á la colectividad en derechura, es preciso que salgan á luz, que se castiguen del modo más severo y ejemplar. – Como quiera que ello sea, si los españoles que desde América se dirigen á mí – y á quienes no puedo responder particularmente por falta de tiempo, debiendo mis escritos servir de contestación, – leen atentamente los diarios y llegan á conocer alguno de los libros á que aludí al comenzar la presente crónica, ¡cuán benigna y anodina les parecerá mi crítica, cuán teñido de rosa mi pesimismo, cuán suave mi pluma! Pone espanto lo que se imprime ahora, y cuenta que es flor de cantueso al lado de lo que se dice, de lo que se murmura, de lo que se insinúa y de lo que se averigua á cada minuto.

***

Van llegando los testigos oculares, arroja el mar á nuestras costas los rotos despojos del gran naufragio, y aprendemos cosas sospechadas vagamente y sobrepujadas por la negra realidad. – De un muy extraño fenómeno, determinado por la pérdida de las Antillas, me entera la meritísima escritora y española Eva Canel, recién llegada de Cuba. Dícenme esta señora (y ella misma lo prueba experimentalmente) que á consecuencia de lo ocurrido, los partidarios de la causa española en Cuba se han hecho todos carlistas. ¿Por qué? Eso es lo que no me parece satisfactoriamente explicado: no acierto á comprender la razón, quizás por culpa de mi desconocimiento de aquella atmósfera, de las complicadas peripecias de aquella lucha. Acaso deba achacarse á la desesperación, á la rabia, al natural desconsuelo de una gente más patriota que la patria misma, y á quien la patria envió soldados y dinero, pero no jefes ni calor de simpatía, y á quien quitó, por combinaciones políticas, que ahí está lo malo, el único caudillo que les infundía confianza, el general Weyler. A un monje muy discreto le oí decir que D. Carlos es *el claro ardiendo* á que se agarra España en sus momentos de suprema agonía. Tiene la ventaja de ser *otra cosa*, diferente de lo que existe, y lo que existe nos ha lanzado al abismo. ¡Lástima no poder abrigar fe ciega en D. Carlos! (No me refiero á la persona, hablo de los principios y soluciones que D. Carlos representa). A los españoles de las Antillas quédales, por lo menos, una ilusión. Peor andamos los que las hemos perdido todas.

***

¡Fe en las soluciones carlistas! ¡Pues si están ensayadas; si las han aceptado y practicado los gobiernos de la Restauración, y especialmente el liberal! – No podría D. Carlos, por mucho que se lo propusiese, restringir más en España la acción del espíritu moderno, ni aislarnos más de Europa. Las instituciones que significan progreso, aquí han sido letra muerta. En carlista y en integrista hemos vivido, sentido y pensado, por miedo á los intregristas y carlistas, por no darles armas, por no padecer guerras civiles. Política que los liberales extremaron, pues necesitaban demostrar que no era su ánimo innovar cosa alguna: que el *statu quo* no tiene tan convencidos prosélitos. Claro que el gobierno no se estaba quieto del todo: paralítico de las regiones donde se asienta el corazón, conservaba no obstante en actividad la mano izquierda y el estómago; éste, ya se sabe para qué: aquélla... para dar vueltas y más vueltas al manubrio electoral. – Y ya que he nombrado á Macías Picavea, con una cita suya terminaré: «Así se explica el fenómeno, inconcebible para quienes lo observan sin estar en el secreto, de no hablarse jamás, ni preocuparse, entre ministros, senadores, diputados, altos funcionarios, diputados de provincia y concejales, de asuntos de higiene, pedagogía, técnica administrativa, organización militar, poder naval, sociología política, problemas de producción, exploraciones geográficas, cuestiones coloniales, evolución de las grandes competencias mercantiles..., materia de la complejísima vida civil en las sociedades modernas, sino únicamente, cerradamente, febril y morbosamente, de recomendaciones, de puestos, de intrigas, de sonrisas prometedoras, de semblantes adversos, de lisonjas, de granjerías, de fórmulas conciliatorias ó venganzas de camarillas, de quejas en el reparto del botín ó satisfacciones bien retribuídas, de amenazas ó esperanzas, de combinaciones de personal, de ascensos, de olvidos, de murmuraciones, de crisis..., una chismografía feminista y camarillesca, que á los iniciados les cosquillea deliciosamente, les sacude con voluptuosa vibración los nervios, les enajena y transporta..., pero á un hombre íntegro y sano le abruma, le asfixia, y llega á producirle hasta las repugnancias del impudor y las náuseas del emético...»

Cuadro trazado de mano maestra, palpitante de realismo. Atmósfera letal en que agoniza España. – Vamos á salir de ella por breves días, á pasar la frontera, á respirar el aire de los pueblos modernos y á sentir con más viveza el contraste... La próxima crónica la escribiré en París, donde la mucho que se hablará del *affaire* me recordará lo poco que aquí importa la *dreyfusade*.

Emilia Pardo Bazán

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASFIXIA

¿Dónde hay cosa más actual que las desdichas de España? Actual, sí, y al mismo tiempo ¡tan antigua! No viene de ayer, ni de anteayer... De siempre, ó por lo menos de épocas que ya no alcanza la memoria.

Tales ideas me asaltan al leer los dolorosos y angustiosos títulos de una docena ó docena y media de libros que tengo sobre la mesa, como elementos dispersos de consulta y meditación para la conferencia que he de dar en París dentro de pocos días. Entre esos libros hay algunos de autor extranjero, en que nos ponen como chupa de dómine; y los más son españoles y constituyen una verdadera «Elegía á la pérdida de España.»

Es curioso que los libros españoles á que me refiero, en su mayor parte, sean obra de autores, si no por completo desconocidos, al menos no muy nombrados anteriormente. Los literatos de gran renombre de España no han abierto la boca en esta ocasión. Declame no sé quién hace pocos días: «En España no debe de haber poetas, cuando no han cantado ni llorado la catástrofe nacional.» Otro tanto podría afirmarse, así en conjunto, de los prosistas famosos.

***

No cabe duda que los grandes acontecimientos modifican profundamente nuestro criterio y nuestras

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL EXTRANJERO

Ha sido en España muletilla el clamar que nos extranjerizábamos, que perdíamos nuestro sello castizo, que adoptábamos los estilos de otras naciones. No era muletilla inofensiva, sino mortífera, como la quijada de asno de Sansón; generalmente los que la esgrimían con furia proponíanse estorbar algún adelanto, mantener algún error añejo, apuntalar alguna preocupación ruinosa, á cuya sombra medraban. Y, en pos, innumerable hueste de los sencillos y de los románticos iba por ahí repitiendo á coro que España, ¡lástima grande!, no estaba ya como en tiempos de Nuño Rasura...

Al hacer ahora, en momentos bien amargos, una especie de examen de conciencia nacional y un inventario de las ideas que han circulado é influído más en la orientación de nuestro pensamiento, veo destacarse esa, y me ocurre preguntar: *¿estábamos* realmente extranjerizados? ¿Dónde y cómo?

Que algunos aristócratas ó plutócratas monten sus caballerizas á la inglesa; que los pingos se traigan de este coquetón París; que se redacten las minutas de los banquetes en francés y se coma á medio asar el solomillo; que se traduzcan y arreglen á centenares sainetes y melodramas, apenas trasciende en la vida de un pueblo. De las civilizaciones extranjeras nos asimilamos lo insubstancial, el *suero*, cuando nos conviene lo nutritivo, la *nata*. Apropiarse los ideales modernos en lo que tienen de hondo y de serio y de decisivo, no sería *extranjerizarse*, sino *humanizarse*. Adoptar una cultura es *sentirla* y *vivirla*, como se *vivió* la cultura helénica y la latina bajo el Renacimiento. Esos héroes y esos sabios españoles de los siglos de oro, que nos parecen tan castizos, eran por dentro muy griegos y muy romanos, y extrañan de sus modelos de la antigüedad, no ya nata, sino medula de león.

Hoy cae en desuso la muletilla; nadie censura el extranjerismo; al contrario. Hasta entre la gente más propensa á criar moho se oyen frases de admiración y de envidia á las cualidades características de otros países y otras razas. – ¡Oh, si fuésemos como ellos!, murmuran con desaliento y pena. ¡Si fuésemos tenaces, previsores, laboriosos, aprovechados, prácticos! ¡Si tuviésemos su organización, sus instituciones, sus costumbres, su constancia, su instrucción y su dinero! – Y la patulea humilde, aquella que sólo sabe que hay patria porque le piden el hijo ó le cobran el tributo aunque no pueda pagarlo, añade bajito cosas todavía más tristes y más recias de oir... Las naciones, que se forman y consolidan por el entusiasmo y la gloria, se disgregan insensiblemente por las decepciones y las nobles aspiraciones fallidas, y llegan á verse, no ya *sin pulso*, sino atacadas de esa gangrena seca en que al paciente se le caen los dedos y ni lo nota...

Ante este nuevo estribillo, que consiste en la proclamación de nuestra inferioridad, me pongo á pensar si mudaremos la piel; si bastará tal convicción para modificarnos, – en una palabra, si hay propósito de la enmienda, viril resolución de arrostrar el porvenir y dominarlo, ó sólo maksano abatimiento y estériles lamentaciones. – Y así como los místicos se creían dejados de la mano de Dios cuando las fuentes de su alma se secaban y las lágrimas no acudían á sus ojos, auguro mal de nuestro arrepentimiento porque no viene acompañado de llanto y dolor; encuentro fundada la extrañeza con que se comenta, en otros países, el que hayamos tenido fiestas y diversiones y negocios públicos no menores que los de otros años que no fueron para España terribles; quisiera que sucediese aquí algo parecido á lo que me sucedió en Francia, reciente el desastre y la pérdida de Alsacia y de Lorena: que por no desentonar tuve que dejar mi traje gris de viaje y ponerme uno negro, ¡pues las mujeres de negro vestían todas, llevando el luto de la patria!

Entre las dos muletillas, la de antes y la de ahora, quizás la última sea menos nociva. La perpetua queja de los castizos contra el extranjerismo, envolvía la afirmación tácita de que no tenemos nada que aprender de nadie. La resobada enumeración de las grandezas clásicas, Otumba, Lepanto, Pavía, Bailén, etcétera, implicaba la persuasión de que basta un pasado para remedio de un presente, y que con los méritos de los difuntos ya pueden hombrear los vivos. El suponer que abundando en nuestro propio sentido caminábamos derechos, equivalía á abrazarnos al error, con tal que hubiese nacido en casa.

Si positivamente estuviese España en uno de esos momentos críticos en que se delibera para cambiar de conducta; si este enfermizo sopor fuese, allá por dentro, la suprema crisis en que se convierte el espíritu á la luz y se ve lo que antes ocultaba un velo; si una reacción secreta y generosa se disfrazase bajo las apariencias del sueño ó del desmayo..., entonces los escritores hallaríamos modo de empezar á decir mucho que callamos, de puro desalentados y de puro escarmentados también. Entonces señalaríamos peligros, indicaríamos reformas, pondríamos el dedo en la llaga quizás. Los escritores somos, en cierto modo, como diz que son los gobernantes, que cada país tiene los que puede tener, y en nuestra patria, escribir *para* el público es escribir *con* el público, so pena de muerte.

Uno de los aspectos en que más le convendría á España no haber sido tan *castiza*, es este de la tolerancia y respeto á la opinión manifestada por escrito, sobre todo cuando difiere de la preocupación general. Se ha necesitado aquí valor á toda prueba, un género peculiar de valor, para indicar por escrito cosas que la conciencia sentía, que el entendimiento preveía, que el tiempo demostró. No faltaba, por ejemplo, quien entendiese que era necesario, y más que necesario urgentísimo, conceder á Cuba, en paz y en buenas condiciones para nosotros, la independencia; pero ¡ay del que se atreviese á susurrarlo! Aun entre un círculo de amigos, cubría nuestra voz la reprobación unánime, cuando manifestábamos, antes de declararse la guerra, ciertos pareceres. Y sin embargo, era tan fácil hacer de Casandra *non unquam credita Teucris*...

Se me dirá que el escritor está obligado á clamar hasta en el desierto. En el desierto, bueno; en el desierto nadie nos hará caso, pero nadie nos tirará piedras tampoco. Lo arduo es clamar metido en la foss de los leones, ó en el horno de Babilonia. Y lo sandio es tal vez clamar cuando de nada sirve. Los redentores no se sacrifican estérilmente; aspiran á redimir; si no esperasen fruto, se quedarían en su casa bien callados. ¿Puede España ser redimida *aún*? ¿Quién tiene fuerzas para conseguirlo?

No seremos seguramente los escritores, puesto que se nos lee bastante menos de lo que desearíamos. Me sugiere esta reflexión el artículo del *Heraldo de Madrid* que acabo de recibir, que se titula *La leyenda muerta* y que se refiere á la conferencia que pronunció en la *salle Charras* hace tres días. Quéjase el articulista de que no escribo para el público, ni tampoco Galdós, ni otros varios, y por eso no puedo contribuir á remediar los males de la patria. A fe que siento curiosidad de saber, por lo que á mí respecta, si no es para el público para quien estoy escribiendo sin cesar. Que el público lea o no lo que le destino, es otra cosa. Acaso no llegue á enterarse de ello, aunque, relativamente y dado el público que en España existe, yo suponía haber llegado hasta él; ¡pero que por mi culpa se quede sin establecer la comunicación!..

«Entre vosotros hablo y enseño todos los días,» dijo Jesús; y aunque parezca profanación, que en mi propósito no lo es, y la costumbre de citar textos evangélicos lo autoriza, repetiré esa misma frase. – No tengo autoridad para enseñar; digo mi parecer, y lo digo allí donde puedan oirlo, en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *El Español*, en *La Epoca*, aquí, en diez ó doce periódicos donde colaboro – no en libros misteriosos, recónditos y de difícil adquisición y manejo. – Y si se trata de las cualidades del estilo, tampoco por ellas ha de quedarse nadie sin entenderme. Soy de una claridad diáfana. El que no me comprenda es de los que no ven por tela de cedazo.

Me he quedado, pues, boquiabierta al enterarme de que peco de *ininteligible*. Todo sea por Dios, y hablemos de Francia.

Este país se encuentra aparentemente dividido y agitado por el famoso *affaire* Dreyfus, que da pasto á las conversaciones y comidilla y entretenimiento á los periódicos; mas si se desdeña la superficie y se busca el fondo, el verdadero estado de Francia, debe notarse que subsiste aquí una tranquilidad casi absoluta. Esas discusiones, esas polémicas acaloradas de la prensa, los lances personales que de ellas surgen á veces, me recuerdan la tempestad imitada de *Guillermo Tell*. Mientras los actores, en un barquichuelo, luchan con las olas de lienzo y los escollos de cartón, los espectadores, cómodamente instalados en su butaca ó en su anfiteatro, los ven sin temor subir y bajar, girar y hundirse ó salvarse. Francia está en el secreto del *affaire*, convencida de que no peligra su porvenir. Los trastornos militares..., ¿quién tiene prestigio para causarlos? El golpe de Estado..., ¿quién lo va á dar? – Las revoluciones y los cambios de régimen reconocen siempre causas profundas del orden económico, y en Francia esas causas no existen. En Francia se trabaja mucho y se ahorra tanto como se trabaja. Creo que esto va dicho con claridad pedestre, con un vulgarismo nada literario. El francés sabe ganar y guardar el dinero, y no es caso raro que un mozo de *restaurant* tenga sus diez ó doce mil francos de economías, ó que una modesta vendedora de *quatre saisons*, vulgo legumbres, posea sus cincuenta mil para retirarse al campo á descansar de la vida laboriosa en los años de la vejez.

No existen verdaderas razones para que Francia sufra un trastorno capital. Quizás el *affaire*, mirado así, sea hasta un desahogo conveniente y sano. Una nación tan fuerte, rica, poblada é inteligente como Francia, necesita algo para entretenerse y solazarse, algo que la distraiga, anime y divierta; no cabe tampoco que todos piensen de igual manera; siempre existirán corrientes opuestas en una gran colectividad. Hay en Francia militarismo y espíritu reaccionario; hay radicalismo y nacionalismo; hay judíos y hay antisemitas; hay de todo, y de todo conviene que haya. *Oportet haereses esse*. Es bueno que salten disidentes – para que se entienda. – La cuestión es que los disidentes no lleguen á asfixiar á la patria, y que la opinión, libremente expresada, no adquiera esa fuerza explosiva que tiene el champagne justamente porque lo embotellan. Aquí hay libertad y tolerancia, y mi impresión rápida de viajera es que Francia pertenece al número de las contadas naciones en que el estado de cosas ha llegado á consolidarse por tiempo indefinido.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE PARÍS Y DE AQUÍ

Mis observaciones acerca de París tienen por fuerza que referirse á otras análogas observaciones acerca de Madrid, pues observar es comparar. Y lo primero que noto es que en los salones españoles el trato es menos reservado que en los parisienses. Aquí todo el mundo conoce íntimamente á todo el mundo; el círculo es reducido, invariable, y la tendencia del carácter á la familiaridad se manifiesta en la chanza, en el discreteo, en la interpelación directa y espontánea, en la respuesta franca y confianzuda. Allí, aun en el salón donde más se escoge, no todos saben quiénes son todos, lo cual obliga á permanecer en su lugar, á no traspasar el límite prefijado, con cierta cautela y corrección diplomáticas.

En los salones franceses no se juega: ni una mesa de *whist*. Dicen que hará cosa de ocho ó diez años se jugaba bastante, pero que ahora el juego ha pasado de moda enteramente. En Madrid sucede lo contrario: no sólo la gente formal, la del tresillo, sino la gente joven, muestra casi mayor afición al juego que al baile. También la música y los versos, desacreditados aquí, están en París muy en favor, no ya en las tertulias literarias (en éstas acaso menos), sino en reuniones donde el elemento intelectual no predomina. Es cosa corriente llamar á los actores que trabajan en los teatros para que reciten, y se les escucha con religioso silencio, con impresión al parecer grata. En la elegante y magnífica morada de Madama Barratin, que me ofreció una fiesta, salió un actor de la Comedia Francesa á decir... fábulas de Lafontaine. Quisiera yo ver á una reunión de españoles si les brindasen como pasatiempo fábulas de Iriarte ó de Samaniego. Dirían que eso ya lo habíamos aprendido en la escuela, que era tratarnos como á chiquillos, y que para la fabulita, el nene que vuelve del colegio. Dudo que hubiera fuerzas humanas que nos obligasen á escuchar atentamente. Verdad que eso de escuchar atentamente es raro en Madrid. Se habla sin cesar en el teatro Real, estando levantada la cortina; se alborota en los demás teatros, en todas partes – excepto quizás en la tribuna del Congreso. – En las sesiones Académicas cuesta trabajo que dejen oir los discursos; y en los conciertos clásicos, ha sido necesario que la energía de los aficionados reprima la charla; lo han conseguido, pero no sin lucha. Dos anécdotas. – Cuando vino á Madrid creo por primera vez Ermete Novelli, detrás de una señora que quería enterarse de cómo representaba el *Otello* el gran actor italiano, sentáronse dos damas que se pasaban el acto entero platicando con un sujeto de esos que explican el argumento y hacen crítica á su modo. Cansóse la señora, y medio volviéndose exclamó: «Maldito de Novelli, que no me deja oir á este caballero.» Fué eficaz el recurso: el parlanchín tuvo por conveniente respetar el derecho, adquirido al comprar la localidad, de oir lo que se dijese desde la escena. – En una casa aristocrática de Madrid se daban conciertos muy escogidos, música excelente, *di camera*. El dueño se secaba la garganta de tanto hacer ¡*ssssit*!, ¡*ssssit*! á cada número. Y no sabiendo á qué santo encomendarse, acabó por sacar un cartel donde en letras gordas como nueces rezaba: «Se suplica el silencio.» Algo logró, sobre todo el primer día..., que al segundo, el bisbiseo y las risas menudas y los diálogos tras el abanico volvieron á demostrar que la música domestica á las fieras y no acalla á los racionales.

Acostumbrada á estas genialidades de la sociedad madrileña, no ha dejado de sorprenderme el interés y complacencia con que la música y la poesía son recibidas en los salones de París. Aquí se calificarían de *latas* (antipática palabra) tales solaces artísticos. Otro rasgo que no está en nuestra condición: una señorita que sale á recitar sus propias poesías, que refiere en ellas la historia de sus amores malogrados con el heredero de un trono; que se expresa con sensibilidad y vehemencia extraordinaria, y que no determina en los espectadores ni cuchicheos maliciosos ni comentarios malévolos, sino sólo el elogio á lo que elogiarse merece, al valor de la poesía, á la maestría y fuerza del modo de decir. Es muy probable que en Madrid los sentidos versos de Elena Vacaresco se tomasen únicamente por donde queman; confieso que me pareció muy sensata y respetuosa la actitud de los que en París la oían.

En cambio – es preciso ser justos, – ciertas cancioncillas que en sociedades muy selectas de París se aplauden, son algo fuertes y picantes, á mi modo de ver, para un salón. En esta parte quizás llevan ventaja nuestras costumbres. No me asustaría de las cancioncillas en un teatro alegre: cada cosa tiene su atmósfera, su horizonte propio. En un salón, la *diseuse*, subrayando osada y picarescamente ciertos pasajes, está como gallina en corral ajeno. A bien que, lo repito, la cultura del auditorio suaviza las asperezas. El modo de oir, fino, cortés, de buen gusto, salva las escabrosidades de la *chansonette*, así como da su valor propio á la fábula, al poema, al *pezzo di musica* sabia. No parece sino que están repitiendo aquellos espectadores: «Cada manifestación del ingenio ó del arte encuentra en nosotros fibra que herir. Nada desconocemos, nada es ajeno á nuestra variada ilustración. Reímos y celebramos la *chansonette*, comprendemos el sentimiento en la poesía, y en esto estriba nuestro refinamiento precisamente.»

⁂

Otra impresión *comparativa* es la de los trajes. La moda de este año casi desnuda á la mujer: en Madrid todavía se lleva ropa interior, enaguas, y mangas en los cuerpos: en París la falda del traje modela estrictamente las formas, la manga ha desaparecido, el busto surge entero del corpiño, sujeto sólo en los hombros por ligera guirnalda de flores ó cadenilla de brillantes ó de perlas. En Madrid todavía se ven cabezas reducidas: en París los peinados son enormes, anchísimos, crespos, y los adornos sobresalen á uno y otro lado de la sien, como en el famoso busto de Elche. – Amenaza el turbante imperial y asoma ya el inmenso pájaro del paraíso que lucían nuestros abuelos.

Al buffett se le consagra menos tiempo en París que en Madrid. En varias casas se sirven los refrescos en bandejas, lo mismo que en la *Soirée de Cachupin*, lo cual tiene el inconveniente de que los criados, si no son muy cuidadosos, manchan los trajes. Esto de las bandejas *pasantes* me parecía á mí muy bien suprimido, pero noto que todavía *se lleva* por allá. En cambio las comidas son excelentes, servidas como por invisibles duendecillos, y las mesas ofrecen un golpe de vista admirable, y las frutas y flores maravillan. ¿Quién dijo que eran insípidas la fruta y la hortaliza francesas? La traerán de los confines del mundo, pero no cabe nada tan delicioso como la fresa y los *asperges* de París en esta época del año. Nuestra famosa fresilla de Aranjuez tiene que rendir el pabellón ante el fresón rojo y terso como el coral, jugoso, perfumado, que en París presentan con tal coquetería, en unos tiesteciillos de barro que cogen hasta media docena de fresones, donde no pueden estropearse, tapados por hojas que les guardan la frescura.

Es artista el francés, hasta cuando es verdulero, cocinero ó catasalsas. El menor detalle lo cuida, lo ajusta, lo lleva á la posible perfección. Se come con los ojos, se recrea el ánimo con la limpieza y alegría de las mesas, con la nitidez de los escaparates. – El campo en las cercanías de París está convertido en jardín, y debe de ser uno de los estudios más atractivos que allí pueden hacerse el de recorrer las huertas de legumbres y de frutales, viendo los sistemas de cultivo y los mil y un artificios para corregir á la naturaleza y mejorar sus productos.

No tuve tiempo para ejecutarlo; casi no lo tuve para atender á los obsequios que me prodigaron los hispanófilos, los literatos, las señoras feministas, las señoras socialistas, las señoras que miran con desagrado el socialismo y el feminismo, nuestros amables embajadores, los periódicos, las revistas, los sudamericanos, tanta y tanta gente que ha extremado la bondad y la cortesía con el ave de paso. El mayor motivo de reconocimiento lo encuentro en lo delicado, oportuno y bien medido de los agasajos, y en que con ocasión de ellos se haya recordado siempre á España con simpatía y cordialidad profunda, interesándose por su *relèvement*, como allí dicen. Se conoce bastante bien en París la situación de nuestra desdichada patria, que por algún concepto recuerda á los franceses la que Francia atravesó después de la guerra y de la *Commune*, y aleccionados por la experiencia, ven nuestro problema con lucidez: comprenden que aquí importan dos asuntos – hacienda y pedagogía, – el uno urgente, urgentísimo el otro, aunque el segundo parezca, y sea en efecto, obra de paciencia y de largo esfuerzo nacional... Con el arreglo de la cuestión económica podrá sostenerse á flote nuestro crédito y se evitarán los peligros de intervenciones que siempre han de fundarse en algo, y que sin pretexto no parece verosímil que lleguen á realizarse; con la reforma y ampliación de la Instrucción pública, podrá infundirse á todas las clases de la sociedad española el indispensable concepto de la vida moderna, que nos falta; podrán desenvolverse nuestras aptitudes y florecer nuestra industria y acaso determinarse alguna actividad científica, que tanto necesitamos. A los franceses no les parece imposible que consigamos resultados brillantes en este terreno, porque ellos, al reconocer que les habían vencido, no las tropas de Moltke, sino los maestros de escuela alemanes, reconocieron también que era indispensable cambiar de rumbo y apretar en la instrucción sin descanso. Todavía no les parece suficiente lo hecho, y tienen razón, porque nobleza obliga, y la hegemonía de las naciones más ó menos propiamente llamadas latinas pone á Francia en el caso de no contentarse con una relatividad que nosotros, por ahora, ya quisiéramos para los días de fiesta.

¡Si los españoles pudiesen presentir y adivinar, en el infinito que á veces les ilumina, la importancia de esta cuestión de la enseñanza para la vida nacional! Por desdicha, la infecunda *blague* que de nosotros se ha enseñoreado, también infesta el terreno de la enseñanza. Joaquinito Rodajas nos divierte más de lo que nos indigna; es un tipo favorito para nosotros; le hemos cobrado afición. Un chico que no sabe nada y que al preguntarle contesta desatinos..., ¿donde hay cosa tan chistosa? – Y celebramos de todo corazón á Joaquinito Rodajas. – Casi le preferimos al tipo del estudiante aplicado. Hemos erigido en axioma que los que *después* fueron grandes hombres, estudiaron mal y poco y se atracaron de *suspensos*. No conozco leyenda poética más española que la de la ciencia infusa de Raimundo Lulio. Quisiéramos ser como aquel extraordinario filósofo y propagandista de la Edad Media: retiramos á una cueva algún tiempo y salir de la cueva sabiendo, por arte de birlibirloque, todas las disciplinas divinas y humanas, mientras que en las hojas de los árboles que cierran la boca de la caverna aparecen letras escritas, y los cantos de las aves resuenan como glosas latinas, arábigas, siriacas y caldeas. Así, por magia, sin tener que calentarse los cascos...

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ALGO DE FEMINISMO

¿Y por qué no? Mi viaje á París me ha refrescado estas ideas que casi se difuman y desvanecen en la atmósfera española. – En Francia el feminismo no ocupa ciertamente el lugar que en los países del Norte: no puede asegurarse que ni en las costumbres ni en la vida social la cuestión feminista esté, por ahora, planteada con carácter de apremiante urgencia; lo cual no impide que exista, que se la tenga presente, como se tiene un negocio y un quehacer de esos que no ahogan, pero alguna vez aprietan.

Hay en Francia muchos feministas. Son gente tranquila, cauta, más bien conservadora; poseen el buen sentido de la lógica y tienen la virtud de la calma: dejan desenvolverse los acontecimientos; quieren que sus vecinos de allende la Mancha les den hecho el trabajo de experimentación, los encajes, siempre arriesgados y difíciles; encomiendan la parte que podemos llamar de *extravagancia* que en sí lleva toda innovación, las crudezas y las rarezas – antipáticas al gusto y á la fina crítica, – á los Estados Unidos; fían en el auxilio de la raza anglo-sajona para asaltar las posiciones á vanguardia; y serenamente cubren la retaguardia, en tanto que llegue el momento de avanzar á su vez. No aspiran, al menos por ahora, á plantear ninguna novedad que lastime intereses creados, ni que escandalice á la gente seria, ni que se preste al ridículo; no quieren molestar ni perturbar: saben que todo llega á su tiempo, que todo sucede cuando debe suceder, y fían seguramente en el porvenir. Así, poco á poco, va reclutando prosélitos y ganando simpatías la causa y los derechos de la que hace medio siglo se conocía por «la más bella mitad del género humano.» Simpatías doblemente valiosas, porque son las de hombres formales, de ilustración demostrada, acostumbrados á pensar y á regir la opinión, y que un día dado, entendiéndose á media palabra, podrán hacer sin lucha y sin *efusión de sangre del espíritu*, lo que ahora acaso no se lograría sin la costa de lides encarnizadas y crueles.

Yo creo que este género de feminismo es el que más promesas encierra y más fruto ha de rendir; sedimento que va depositándose y que al acumularse en el fondo del vaso hará que se desborde; pero también considero que deben estimarse y reconocerse los esfuerzos de las mujeres, más radicales, más impacientes, como es natural, y muy ingeniosas y graciosas en el modo de defender y de sostener sus aspiraciones. En primera línea, en este terreno, figura el diario *La Fronde*, fundado hace tres años, escrito sólo por señoras y dirigido por una joven y guapa, Madame Marguerite Durand.

Es un periódico de combate, pero nadie lo diría al penetrar en la redacción, en la cual se advierte la pulcritud y el sosiego propios de una vivienda femenil – iba á decir conventual. – Todos los empleados son mujeres; creo que también los cajistas; el crujir de una falda de seda, un paso menudo y apresurado, una frase delicadamente dicha, el rasgueo de las plumas, son los ruidos característicos de la redacción de *La Fronde*. A las cinco se sirve el te, con sus *cakes* y sus madecillas de *pudding* – lo mismo que en un salón, lo mismo que en la intimidad familiar. – No obstante su juventud periodística, *La Fronde* está bien instalada, bien alhajada, con desahogo suficiente, el *confortable* discreto propio de las moradas de mujeres solas. No andan por los suelos colillas de cigarro, ni pedazos de papel roto; no se baten las puertas; no están manchadas ni pringosas las mesillas del te. El instinto de orden y economía de la hembra se revela en los menores detalles. A modo de divisa, al frente de cada número se lee la siguiente advertencia: «*La Fronde*, periódico diario, político, literario, está dirigido, administrado, redactado é impreso por mujeres.» Y debajo, otro aviso significativo y arrogante: «*La Fronde* es el único periódico que publica *suplemento diario*.»

La señora María Luisa Nervu, primer periodista que me salió al encuentro á mi llegada á París, en la estación de Orleáns, me aseguró que casi siempre sucedía lo mismo; que casi siempre la *reporter* se adelantaba á los *reporters*. El hecho no me sorprendió, pues sabía que en Inglaterra la mujer trabaja á maravilla en el noticierismo, y no había olvidado á cierta Mistress, esposa del corresponsal que el *Times* envió á Madrid después de los sucesos de la revolución de Septiembre, y que no sólo era más activa y diligente en recoger impresiones y noticias que su esposo, sino que se encargaba de redactar los artículos que él firmaba y que en Inglaterra servían de base de información para la marcha de la política española.

⁂

Es *La Fronde* un periódico muy despabilado, y está, valga la frase, siempre al quite. Cuanto puede redundar en honra ó provecho de la mujer, encuentra en *La Fronde* decidido apoyo y firme defensa. No obstante este que podemos llamar tema obligatorio y peligro de monotonía, en su lectura puede calificarse de amena y chispeante *La Fronde*. Parece excusado agregar que no se queda atrás en las polémicas, y que en la réplica ni son cortas ni perezosas las periodistas. A los problemas de la pedagogía y de enseñanza dedica una atención muy preferente; por el índice semanal del suplemento diario puede formarse idea de la variedad atractiva que ofrece el periódico. El lunes, noticias y correspondencias del extranjero; el martes, cuestiones de beneficencia; el miércoles, ciencias ocultas, quiromancia, nuevos descubrimientos científicos; el jueves, juego y *sport*, crítica literaria, ojeada á las revistas; el viernes, modas, recetas, gobierno de casa, medicina práctica; el sábado, enseñanza exclusivamente; y el domingo, respuestas á todas las preguntas que formulan los lectores durante la semana. No se dirá que el programa no es completo.

Entre paréntesis: al hacer observar lo que tiene de honroso para un periódico el consagrar un día de la semana exclusivamente á las cuestiones de enseñanza, es preciso añadir que también indica gran cultura en el país donde eso puede hacerse y el público lo acoge gustoso. No debemos suponer que sea por dañada intención ni por empeño de contribuir á nuestro atraso por lo que los diarios españoles, que ofrecen amplio y generoso espacio á las revistas de toros, no tocan las cuestiones pedagógicas sino cuando, mediante imposiciones políticas, hay que atacar ó defender los planes de un ministro de Fomento. Es indudable que no hablan de enseñanza los periódicos españoles... sencillamente porque á los lectores les fastidiaría.

⁂

Lo único que podría objetarse al diario feminista *La Fronde*, es que consagra demasiada atención, demasiado texto, al famoso *affaire Dreyfus*. *La Fronde* es dreyfusista acérrima, y ante el *bordereau* y las tenazas y ratonetas del célebre proceso, olvida lo demás, aunque de cuestiones feministas se trate. Yo no censuro á *La Fronde* porque sea dreyfusista: mal podría hacerlo, cuando ni antes de mi viaje á Francia, ni ahora, he conseguido formar opinión acerca de este enredadísimo é inextricable nudo gordiano. ¿Y cómo se permitiría un extranjero opinar, si los franceses no han llegado á entenderse, si se tiran los trastos con ensañamiento mayor cada día? Lo único que se me ocurre es que, para *La Fronde*, el asunto Dreyfus es de interés secundario: debe ser preferente la causa feminista, y á veces no lo parece; dijérase que lo más importante hoy para la mujer es la suerte del prisionero de la isla del Diablo. Cierto que así demuestra una vez más *La Fronde* que es un verdadero periódico, y sigue el movimiento general de la prensa al enzarzarse en la cuestión Dreyfus, al votar en ella, al llevar su contingente en pro ó en contra; no está fuera de la corriente de la opinión contradictoria, sino dentro, remando en la regata de los dos bandos que la dividen. Quizás, en este concepto, hace bien *La Fronde*. Y por otra parte, ¿es tan difícil, escribiendo para franceses, abstenerse en la cuestión Dreyfus? He notado que en todas partes se empezaba por no querer hablar *de eso*, y sin poder evitarlo, al fin asomaba la conversación prohibida, cargante, aborrecible ya para la inmensa mayoría; y reconociendo que era dar vueltas á una rueda sin fin en el vacío, que era buscarse la jaqueca, que era echar á perder el encanto de la *causerie* – lo que más estima el francés, – se hablaba, se hablaba, se seguía hablando – discutiendo, que es lo peor.

⁂

Transfórmase la apacible redacción de *La Fronde* cuando dan una fiesta como la que me dedicaron, y que no sólo fué espléndida, sino de un sabor marcadamente parisiense – alegre, animada, modernista, de notas vivas, picarescas, de *esprit*. – En vez de señoritas aficionadas que lucieran sus habilidades al piano ó de poetisas que leyesen composiciones más ó menos líricas, las frondistas, derrochando buen gusto y dinero, llamaron á los mejores actores, á los cantantes de la ópera, á las bailarinas españolas, á la orquesta húngara, al *chansonnier* de moda, y organizaron un programa sumamente divertido, en el cual incluyeron el pasillo-revista *La dame de chez Maxim*, que consigue ahora en París el éxito que aquí logró *La gran vía*, por ejemplo. Una fiesta así debe de costar mucho: el periódico que gasta tales lujos, á la fuerza tiene vida muy próspera, muy desahogada. Las paredes y techo de las salas de *La Fronde* estaban literalmente bordadas con festones de camelias naturales: cosa también muy cara en París.

⁂

En esfera más modesta que *La Fronde* conozco otros periódicos feministas, redactados también en todo ó parte por señoras; citaré *Le Pain* (*El pan*), y *Simple Revue* (*La Revista*). *El pan*, que ha recibido en su seno á algunas disidentes de *La Fronde*, es un periódico socialista cristiano, propagandista de los intereses de las clases pobres, de la mujer y del niño; enemigo declarado del lujo excesivo, de la inmoralidad, de las corridas de toros, de la guerra; partidario del desarme, y coincidiendo con *La Fronde* en otorgar puesto preferente á los temas de enseñanza y pedagogía. *Simple Revue* tiene más bien carácter literario y mundano. – Deben de existir otras publicaciones en que la mujer, cuando menos, tome parte muy activa: pero se comprenderá que mi corta estancia de nueve días no me permitió enterarme de su existencia.

⁂

Mi visita al Ladies' Club me produjo una impresión singular: en vez de estar en un *club* me figuré que estaba en algún monasterio – monasterio aristocrático, como las Salesas ó las Huelgas, porque las damas allí reunidas parecían pertenecer á una clase social fina y elevada. – El *Ladies Club* es un Casino para señoras. Hállase situado frente al templo de la Magdalena, en el corazón de París. Igual quietud, igual recogimiento, la propia limpieza que en la redacción de *La Fronde*. No se oye ni un mosquito. Muebles muy elegantes, de seda, de colores claros; flores y objetos de arte en chimeneas y consolas; tocador primoroso; alfombras tupidas; el bienestar, la *respectability* de una casa seria y de buenas costumbres. No sé si la fisonomía del Ladies' Club variará al dar una fiesta, pues la que estas señoras tuvieron la bondad de ofrecerme se verificó después de mi marcha, lo cual sentí mucho – pero érame imposible detenerme ni un día más.

Preguntóme la presidente del Ladies' Club si no me parecía un progreso evidente la existencia de un Casino para señoras. Confesé, con mi sinceridad acostumbrada, que el progreso, á mi ver, consistiría en que, sin extrañeza de nadie, á favor del respeto que dicta la buena crianza y que impone la equidad, pudiese la mujer concurrir á los círculos todos, y muy especialmente á aquellos que tienen carácter intelectual, en que se lee y se entretiene honesta y lícitamente el tiempo. Y al decirme la presidente que á eso se llegaría, pero que por hoy era peregrina novedad el Centro mixto, señalé al templo de la Magdalena, que veíamos desde la ventana, y exclamé: «Ahí tiene usted un Centro donde siempre se han reunido mujeres y hombres.»

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CASTELAR

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, los españoles, todos cuantos en ambos mundos hablen nuestra lengua, están de pésame, de riguroso luto. Emilio Castelar ha muerto... ¡Cuatro palabras que encierran tanta tristeza, otra tristeza más, otro velo fúnebre echado sobre nuestras almas de patriotas!

Hemos perdido lo que equivale á una Antilla, una tierra que nos pertenecía, de perspectivas luminosas, de lujosa vegetación tropical, de inagotables producciones, de horizontes infinitos; un florón de la diadema de la belleza; un organismo tan privilegiado, tan único, que lo había formado en sus moldes elegantes Grecia, consolidado en su noción de libertad política Roma, penetrado de su ideal tradicionista y de sus gustos de esplendor y opulencia literaria España, y si en sus labios elocuentes las abejas del Atica anidaban y destilaban miel, en su corazón ardía el fuego de nuestros lares, y en su fantasía maravillosa no había cuadro de la historia, aspiración de los pueblos modernos ni predicado de la filosofía que no cupiese y se formulase en lenguaje, más que humano, divino; lenguaje que, al desaparecer Castelar, enmudece, como enmudeció el canto al morir Gayarre, el de la voz celeste y desconocida, modulada por una laringe de extraña contextura, sorprendente para los médicos y anatómicos.

Cuando salíamos al extranjero, el eco de España que resonaba en nuestros oídos era el nombre mágico de Castelar. Desde lejos, lo que se veía era su gloria, era su notoriedad inmensa, su prestigio comparable al de un Víctor Hugo en Francia ó de un Gladstone en Inglaterra. Por Castelar estábamos en relación directa con Europa, vivíamos en contacto con los pueblos civilizados y llegábamos hasta donde no alcanzaban otras manifestaciones de nuestra actividad y de nuestra energía. Por Castelar gozábamos las simpatías de América, no sólo de la América del Sur ó latina, sino de la otra, la del Norte, donde se saludaba á Castelar con respeto. No ha impedido este respeto, me dirán, que llegada la hora nos despojasen y agrediesen. Cierto; pero ¿quién sabe si, á no ser por Castelar, no nos hubiesen atacado más pronto? Nadie habrá olvidado la historia del *Virginius*, la conducta firme y acertadísima de Castelar, el peligro evitado, conjurado siquiera por largo tiempo.

Siempre que llegaba á Madrid un extranjero de alguna distinción, escritor, político, pensador, artista, lo primero, pregunta ba por la vivienda de Castelar. En aquel santuario quería depositar la ofrenda de su admiración; que abandonar á Madrid sin conocer á Castelar, sería como ir á Roma y no ver al Papa. El tono de voz con que pronunciaban su nombre, era ya por sí solo halagüeña lisonja. En virtud de esos contrastes que tan á menudo encierra la vida, sucedióme más de una vez acabar de leer el artículo de periódico español donde con indecible insolencia y befa se atacaba al tribuno excelso, y recibir la visita de algún norteamericano ó de algún inglés, en su tierra ilustre, que venía á rogarme le proporcionase medio de presentar sus homenajes al primero de nuestros compatriotas. Si hubiese querido Castelar admitir las invitaciones que desde América se le dirigían, para que visitase aquellas regiones por él soñadas y cantadas mil veces en sonoros párrafos, ningún monarca habría tenido recibimiento semejante; á nadie esperaba triunfo mayor. Dejar las costas de la patria donde despiden la calumnia, la envidia y la malevolencia, y pisar las de un país nuevo donde acogen el entusiasmo y la veneración rayana en culto, no sería mal viaje, y es lástima que no haya dorado los últimos años de Castelar la luz de esa apoteosis. Pero le adherían á España lazos de cariño y de apego invencible, que atan más que los lazos de la familia y del hogar doméstico. Era para Castelar, el acérrimo español, familia y hogar toda la patria.

No he conocido persona que tuviese más á España y á la vida española en la medula de los huesos. Todo lo español – usos, costumbres, tradiciones, arte, poesía, paisaje, monumentos – le cautivaba una especie de transporte, le encantaba, sin examen, sin exclusión posible, sin crítica, con amorosa ceguera. Los años de emigración pasados en el extranjero, el trato con los hombres más eminentes de nuestro siglo, el rumor halagüeño que de Europa ascendía hasta él, saludándole maestro universal en el arte de la palabra; la vibrante é intensa vida intelectual de París, la magnificencia y solidez de las instituciones en la Gran Bretaña, los tesoros artísticos de Italia, que tanto pudieron sin embargo sobre la lozana fantasía de Castelar, nada supo atraerle y embelesarle como le atraía y embelesaba su España, y no sólo la España de Madrid, sino cualquier rincón de la península, el más olvidado, el más desconocido, el más rural y humilde, que no tuviese otras galas sino el manto azul del cielo y la verde alfombra de la tierra, ni brindase más distracciones que la misa en rústica ermita y las faenas agrícolas en el campo cubierto de mieses.

Había que oirle describir, comentar, aquilatar con adjetivos felices y galanas pinturas las bellezas de España, la rica diversidad de sus regiones, la poesía de sus usanzas, la fertilidad de su territorio y hasta el dulce y sazonado gusto de sus frutas y sus alimentos. Como se copian en el cristal de un puro y profundo lago las perspectivas, adquiriendo fantástico realce, se copiaban en la imaginación de aquel gran poeta en prosa las maravillas del panorama nacional, y puedo asegurar que de él aprendí á sentir y á saborear mil hermosuras que acaso me pasarían inadvertidas si Castelar no me las indicase con una palabra. La excursión al valle de Loyola que en compañía de Castelar realicé, es recuerdo indeleble. ¡De qué modo expresaba y resumía en frases de generosa y cálida simpatía lo peculiar de aquellos puntos de vista y lo significativo de aquel santuario, templo y casa de otro español eternamente memorable, de San Ignacio!

Mi tierra, Galicia, merecía á Castelar especialísima predilección. La consideraba mucho más pintoresca que Asturias y Santander; y aunque sus brumas le entristecían un poco, pues Castelar necesitaba cielos claros, sol radiante y aire seco y perfumado como el del Mediodía, también probaba el encanto misterioso y ensoñador, característico de nuestra música regional, de nuestro celticismo innegable, de nuestras supersticiones y leyendas, de la frescura y placidez de la campiña gallega, y hasta de la gaita que llora las querellas de un pasado remotísimo. Es lo cierto que con cualquier aspecto de la naturaleza que Castelar se pusiese en contacto, obraba el filtro, la poesía inmanente, que él llevaba dentro de sí; viniese de donde viniese la ráfaga de aire, el arpa vibraba melodiosa; porque era el alma de Castelar parecida á la de Víctor Hugo, de cristal, con mil voces, toda ecos, toda resonancia, pronta á transformar el aire en cántico, en himno órfico, en estrofa, en luminosa serie de palabras voladoras y veloces como aves del cielo...

¡Qué artista pierde el mundo! Las facultades geniales de la raza nunca se condensaron más brillantemente que en Castelar. Así su estilo llegó á inocularse y á dominar por espacio de tantos años á la oratoria, y no sólo á la parlamentaria, sino á la del púlpito, de la cátedra, del Ateneo, del foro. Quisieron todos ser Castelares, quisieron todos agotar la copa de Hércules, privilegio sólo á Alejandro concedido. Creyeron que sorprendiendo ciertos procedimientos retóricos, captarían el alma que los vivificaba, la imaginación que los coloreaba y encendía. En apariencia no hubo cosa más fácil que imitar á Castelar. Cualquiera realizaba el *pastiche* del artículo castelarino. En realidad sólo fueron parodias, eternamente las mismas, cansado trillar de prosa alrededor de una imagen que había revoloteado, mariposa multicolor, en labios del mago, del artífice incomparable. Y fué de los artículos y de los discursos seudo castelarinos lo que de los *pequeños poemas y dolores* seudo-campoamorianas...

Nadie, nadie recogerá ese instrumento maravilloso, roto por la mano de la muerte; nadie sustituirá á Castelar; nadie ocupará su puesto en la política ni en el arte español. Al desaparecer nuestra soberanía en América, desaparece también nuestro hombre representativo, el faral que desde alta mar se divisaba é iluminaba nuestras playas, sembradas de despojos del naufragio. Envuelto en la púrpura de los celajes de nuestro Poniente, acuéstase el gladiador invicto, para descansar y olvidar los dolores de esta tristísima etapa, y, entre sollozos, murmuramos los versos del poeta:

> Tú dormirás en paz, ¡oh varón fuerte!,
> con el sol de la patria que declina,
> y es venturosa y envidiable suerte
> reposar en los brazos de la muerte,
> cuando todo es dolor, vergüenza y ruina...
> . . . . . .
>
> EMILIA PARDO BAZÁN

Madrid. – Salida del cadáver de D. Emilio Castelar de la estación del Mediodía (de fotografía instantánea de Company)

Madrid. – Llegada del cadáver de D. Emilio Castelar al Palacio del Congreso de los Diputados (de fotografía instantánea de Company)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VELÁZQUEZ

Velázquez *de actualidad*. ¡De actualidad! ¡Qué figura tan *mezquina* hace esta palabreja al lado del nombre glorioso, en su orden y esfera comparable al de Cervantes, y superior al de Calderón, si pudiese ser superior la verdad *externa* al ensueño! – ¡Velázquez *actual*! Hay cosas que no son actuales nunca; es su privilegio, es su blasón.

Como á todo genio indiscutible, á Velázquez puede considerársele de muy varios modos, y calificarle al mismo tiempo de universal y de nacional; expresa á la humanidad *(Las borrachos)* y expresa enérgicamente á su raza y pueblo *(Las meninas)*. Por eso la gloria de Velázquez, cual la de Cervantes, hace rendir el pabellón á los más exigentes y rigurosos críticos extranjeros. No así la de Calderón, exclusiva, peculiar de determinado pueblo en determinado momento de la historia. Los alemanes han admirado mucho á Calderón; los franceses é ingleses, por ejemplo, no han podido asimilárselo nunca.

***

Velázquez es un pintor nacional, enteramente nacional, y acaso lo que de español hay en su arte sea más perdurablemente español que otras manifestaciones al parecer señaladas con el carácter especial que se nos atribuye. Taine, para definir nuestro arte, nos llama «una monarquía de inquisidores y de cruzados, que conservaban los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la ferocidad y la intolerancia y el misticismo de la Edad Media,» y opina que, en esta atmósfera sobresaturada de fanatismo, «los máximos artistas son los hombres que han poseído en más alto grado las facultades, los sentimientos y las pasiones de ese público que los rodeaba.» Semejante teoría, que el maestro de la crítica aplica inmediatamente á Lope de Vega y á Calderón, sería difícil de aplicar á Miguel de Cervantes y á don Diego de Silva Velázquez; y en efecto, guárdase Taine de sacarla á relucir con motivo de ninguno de los dos mayores astros de nuestro cielo. Porque en el extranjero hay propensión á vernos al través de nuestra leyenda tan sólo, y el lado realista, el enérgico estudio de la verdad sin aditamentos que nuestro arte encierra, ha solido dejarse á un lado, costumbre de los que defienden una tesis al encontrar documentos que la contradicen y hasta la destruyen.

***

Y Velázquez, bien mirado, tiene más de español rancio y puro que Calderón. Taine enseña que el carácter más estable, en arte, es siempre el más elemental y sencillo; que su duración la causa su profundidad. Observación sagacísima, ajustada al arte español enteramente. Lo que notamos en él de tiempo inmemorial, desde el Arcipreste de Hita y la *Celestina*, es un realismo franco, á veces cínico por su indiferencia. El misticismo metafísico de Calderón llega después, dura relativamente poco, y nunca obtiene tan completo predominio que á su lado no se alce la figura de Quevedo. Es por consiguiente el realismo ese carácter persistente á que alude Taine, y que resalta á las claras cuando comparamos entre sí las manifestaciones artísticas de nuestra patria. No hay sino ver en el Museo del Prado, en Madrid, en las salas llamadas de Alfonso XII, la inferioridad de las tablas españolas, al lado de las de los maestros *cuatrocentistas* italianos y alemanes. La fórmula artística (ya sé que digo una cosa contra el sentir común, pero es verdad) no encaja en el arte español. Aquellas delicadezas ensoñadoras de Angélico, que mojaba el pincel en la increada luz del Paraíso de Dante; aquellos paganismos ideales de Patinir; aquellos mismos desenfrenos imaginativos del decadente Bosco, no se adaptan fácilmente á nuestro modo de ser: la pugna de la genialidad española con el estilo general de las tablas del XV resalta á la primer ojeada. Y cuenta que se habían establecido en Castilla artistas italianos, flamencos, franceses – los Starnina, Rogel, los Juanes de Borgoña – poniendo cátedra de misticismo y de idealismo refinado, y á su enseñanza se plegaban, no sin protesta interior, aquellos castellanos, aragoneses y catalanes que, si se dejasen llevar de su instinto, se anticiparían dos siglos á Velázquez en la imitación directa de la naturaleza.

Dominados por el influjo europeo, nuestros pintores del XVI, quieren empezar, sin embargo, á sobreponerse á él. La empresa era difícil, porque no sé de arte más internacional que la pintura del Renacimiento. Todo se vuelve, en aquella época, viajar y trasiego continuo de artistas. Nuestros Juanes, Becerras, Céspedes y Ribaltas emigran á Italia; aquí se nos vienen Tibaldi y *el Greco*. Este extranjero, por raro caso, es quien mejor se penetra de ciertos matices de nuestra psicología, quien encarna á la España soñadora. La gravedad, la seriedad, la dignidad hidalga y la melancolía tétrica que ya empezaba á dominarnos, luchando con el paganismo renaciente, nadie los habrá expresado en el mundo, ni el propio Velázquez, como supo expresarlos *el Greco*, sobre todo en algún retrato y en varias hermosísimas cabezas de su obra maestra *Entierro del conde de Orgaz*. *Greco* es un pintor español hasta la medula.

***

De las tres escuelas principales en que se dividió la pintura española – valenciana, sevillana y castellana ó madrileña, – las dos primeras son las que se ajustan á leyes recibidas de otros países, que por la gloria de las armas habíamos llegado á creer nuestros entonces. Los grandes valencianos son casi italianos por la factura y el color: recuérdese á Juan de Juanes. En los sevillanos comienza á brillar la originalidad de España, y su sentimiento religioso ya se revela con vigor enérgico y dulzura incomparable en Zurbarán y Murillo. Y, entre paréntesis: ¡pobre Murillo! ¡Que desacreditado está, y cuánto ha bajado su papel, diremos en vulgar frase, desde que los peritos y los críticos, formando compacto escuadrón, se colocaron del lado de Velázquez y minaron y socavaron la fama del «pintor de las Concepciones!» ¿Qué sucederá cuando en 1918 se cumplan los trescientos años de su nacimiento, ó en 1982 los de su muerte, «causada por su mucha honestidad,» según sus biógrafos afirman? ¿Se le hará centenario, se le consagrará una apoteosis? Lo dudo, porque repito que Murillo, en el concepto científico del arte, ha perdido crédito en estos últimos tiempos, no obstante la popularidad y simpatías de que goza entre el vulgo, juez á su manera y estilo, según el corazón y la fantasía, casi siempre. Antes quizás se exaltaba demasiado á Murillo; hoy se le rebaja desmedidamente. Antes se le concedía el primer lugar; hoy ni el segundo. En todo cabe exageración y extremo. Nos hemos cansado de Murillo, como nos hemos cansado de Bellini y de Donizzeti: al uno le mataron los cromos y oleografías baratas, á los otros el piano casero y los callejeros organillos. Por fortuna lo mejor de Murillo es lo que menos corre en estampas alemanas para devocionario. También Murillo, el célico, el vaporoso, el de los rompimientos de gloria y las miriadas de angelitos portadores de rosas y palmas, era de su raza y de su nación, y sentía y retrataba la verdad, con sincero y franco pincel; á veces, hasta con pincel implacable, crudísimo. Y si no, véase el celebrado cuadro del Museo del Louvre *La vieja y el muchacho*; véase otro de la misma catadura y parecido asunto, uno de los incomparables *Granujas* del Museo de Munich, y véase la clínica fidelidad con que aparecen copiadas las enfermedades y lacras de los pordioseros en el lienzo justamente célebre, de tanta elevación moral como verdad, *Santa Isabel de Hungría*.

***

No llegó más allá Velázquez, en quien la naturalidad y el don de trasladar al lienzo lo que veían sus ojos de tal manera resaltaron. Sólo que los ojos de un pintor nunca ven la verdad sino bajo la condición de poner en ella el sello de su genialidad propia. Es imposible ser más fiel que Velázquez, y con todo, aquello es Velázquez, más aún que la gallarda estampa de tal personaje, ó la catadura de cual borracho, enano ó bufón. Real es cuanto Velázquez nos presenta, pero real en él, por él, á su modo, con su peculiar luz y su toque amplio, inimitable.

Mejor que Moro, que Sánchez Coello, que Pantoja de la Cruz – con ser éstos tan maestros retratistas – supo Velázquez poner en una cabeza humana toda la vida de una época. Acaso en esto sea Sánchez Coello su único rival afortunado. Pero las figuras de Sánchez Coello pecan de rígidas; los trajes, adornos, galones y joyeles adquieren excesiva importancia; no domina lo principal á lo accesorio, como domina en Velázquez.

Lo que se advierte en este prodigioso artista que surgió cuando se precipitaba nuestra decadencia, es la cualidad más extraña en épocas tales: la que no poseyeron ni Murillo, ni Goya, ni Fortuny; el equilibrio, la salud mental, la razón serena, la normalidad completa é inalterable. Por esta cualidad hay gente, hay críticos modernos, que no se satisfacen con Velázquez: le encuentran apagado de imaginación, falto de sentimiento, hasta ordinario y bastote (contra esto último protesto enérgicamente). Imaginación y sentimiento, ¿quién duda que no los tuvo Velázquez, ni pudo en esto rivalizar con *el Greco*, su guía y predecesor? Con *el Greco* podemos soñar, podemos trasladarnos á otra vida; con Velázquez tenemos que permanecer en esta, pegados á la tierra, la roja y pardusca tierra castellana, respirando el claro ambiente de las sierras ó el polvo amarillo de las llanuras, pisando las alfombras palaciegas – sin gran dosis de ideal, á no ser que traiga el ideal en sí, estrechamente adherido, el propio asunto del cuadro – verbigracia, el de las *Lanzas*, con su atmósfera de valor y de militar cortesanía.

No ideas, sino pinceladas, es lo que se busca en Velázquez, y lo que le vale los homenajes de la nueva generación de técnicos; que si *el Greco* expusiese hoy algunos de sus lienzos rarísimos y sugestivos, se reirían de él, como se rió el público del Salón parisiense del pintor de la *Obra*.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑICOS

Alguna vez se ha de escribir con menos gravedad, y hasta en solfa, si se puede; porque las mismas desgracias, en el carácter español, tan pronto determinan quejas como provocan humorismos. Y si aquí vamos á aguardar, para adoptar tono festivo, á tener razones suficientes de contento, Jeremías sería á nuestro lado un Mesejo ó un Carreras. ¡Ea!, á mal tiempo buena cara, y hagamos de tripas corazón para referir nuestras últimas calamidades.

¿Calamidades he dicho? Sí; y no obstante, existe una honrada clase española sobre quien graniza Dios bendiciones, en forma contundente, ora de peladillas de arroyo, ora de meteoros acuosos más duros y más gordos que las propias guijas. Se adivinará que esta clase escogida y favorita de la Providencia son los vidrieros. No creo fácil averiguar por qué merecimientos especiales se han hecho acreedores á tanto beneficio: no en vano se dice que los designios de la infrascrita Providencia son misteriosos, inescrutables, y también que la fortuna, esa ciclista prehistórica, dedicada á pedalear desde los tiempos más remotos, usa una venda espesísima, que sólo se quita para prestársela á los gobernantes.

Quevedo escribió «La hora de todos y la fortuna con seso:» lo cual indica que la fortuna, que hace tiempo no nos gobierna, tuvo seso siquiera una hora. Excepto esa hora, que para los vidrieros ha sonado, veremos á la fortuna siempre de cabeza, hecha una pensionista del doctor Simarro, y no de Ezquerdo, porque los republicanos históricos ni aun con la camisa de fuerza logran atrapar á la fortuna. Métanse á vidrieros, y ellos me dirán maravillas.

Los vidrieros atraviesan actualmente su edad de oro. Confabulados el cielo y la tierra, el Señor Dios que mueve su carro ligero y reluciente entre las nubes y la Liga de Productores de Zaragoza, han resuelto no dejar en España vidrio sano, ya que de los huesos se hablan encargado los yankis, ni cortos ni perezosos en la faena. Madrid, después del pedrisco, se quedó como un miope á quien le destrozan las gafas, como un gomoso á quien le pulverizan el brillante *monocle*. Pena causaba considerar aquel estrago, y únicamente se templaba el dolor al acordarse de los vidrieros consabidos. Cavilarían ellos oyendo rebotar el descomunal granizo: «Ahí me las den todas, y así me las diesen cada semana.»

***

Sólo en mi casa, doscientos cincuenta vidrios cayeron en fragmentos menudísimos, con estrépito horroroso. Y nótase la ventaja de la artillería celeste sobre la artillería callejera é insurreccional. Difícilo que los amotinados, con sus almendras de cuarzo, puedan nunca batirle el *record* á las nubes con sus buches de agua en estado sólido. ¿A que los alborotadores no rompen en media hora, en un inmueble modesto, doscientos cincuenta vidrios enteros y diversas fracciones ó hendeduras de otro?

Yo digo que si continúan los númenes y los hombres gastando chanzas así, y cargando el peso de su enojo en lo más frágil de lo que está á la vista, en el vidrio, inocente víctima de las discordias civiles y de los fenómenos meteorológicos, habrá que pensar en retroceder unos cientos de años (maniobra que practicamos sin gran esfuerzo) y recurrir á las vidrieras emplomadas, ó al papel untado de aceite, ó á la sencilla y fuerte reja, tan poética, sobre todo si la enrama el jazmín. Como los norteamericanos son el mismísimo demonio, yo apostaré que enterados de la instabilidad de las cosas humanas en general, y de los vidrios españoles en particular, inventan un metal transparente, lo tejen, y nos remiten un millón de yardas por el primer vapor, á fin de asegurar el orden público y prevenir los catarros, recrudecidos por las corrientes de aire. Todavía verán ustedes cómo no es á los vidrieros, sino á la raza anglo-sajona, á quien van á reportar lucro nuestros vidrios rotos.

Tienen de bueno estas ocurrencias que descubren primores y arcaicidades del habla castellana. Ahora alcanzo yo por qué el Diccionario enseña que *levantarse el granizo* significa *originarse pendencias y desazones*. En otras épocas se juraría que la estupenda granizada fué anuncio y señal de lo venidero. Bien claramente nos avisaba el cielo de que cerrásemos las maderas é hiciésemos acopio de cristales por lo que pudiese tronar. Cierto que el aviso fué peor que el daño, y preferible la enfermedad al remedio, pues mientras el pedrisco atmosférico sólo en una casa hizo añicos doscientos cincuenta cristales, la granizada económica se contentó con romper diez en todo Madrid, según autorizadas noticias del propio presidente del Consejo de ministros.

***

Naturalmente, quienes sufren más en casos análogos al del pedrisco, son los edificios que tienen el tejado de vidrio – verbigracia el Senado y el Congreso. – Podrán excusarse alegando que su aspiración era recibir luz de arriba, la cual parece estarles negada; pero lo que consiguieron, ahora se ha visto, es presentar mayor blanco á los tiros de la ira de Dios, única que puede alcanzarles, pues las pedradas de la calle no llegan á la techumbre. Piensan los padres conscriptos para su faltriquera que no les ha de arruinar el ramo de desperfectos, y ¿quién sabe si aplican irreverentemente á los meteoros acuosos y al que les envía, la célebre frase del baturro al tren en marcha: «Chufla, chufla, que como no te apartes tú!..»

***

La verdad es que caen sobre nosotros, á la continua, las plagas de Egipto. Probada tenemos la resignación, ganada la vida eterna, si con trabajitos se gana. El programa del invierno dicen que será una subida general de precios, la angustia económica elevada al cubo. ¿No les parece á ustedes que mientras llega el día del Juicio final, debemos hablar de otra cosa?

Asunto alegre, gente que se va satisfecha: los cómicos italianos. Ha hecho su agosto en primavera la compañía Mariani, que atrajo al lindo teatro de la Comedia la flor y nata de la sociedad de Madrid. Esta sociedad, aquí y en todas partes, es caprichosa; la lógica no es su asignatura predilecta. Los autores dramáticos españoles se lamentan siempre de que en castellano no se pueda soltar ni una pulla, ni un equívoco, ni una frase al agua fuerte, y en italiano se diga y haga todo con beneplácito de la concurrencia. Es decir, en castellano también hay libertad, bajo condición de que se hable en broma y en un acto, dos á lo sumo. Los amordazados, aquellos á quienes se les grita, en dramático estilo, «sella el labio,» «ten la lengua, ó te la arrancaré,» suelen llamarse Echegaray, Guimerá, Sellés, etc.

En justicia debemos reconocer que si á los italianos se les consiente decir lo que gusten, acaso porque se charla en vez de oirles, no se les permite hacer todo lo habitual en mimos, arrullos, besuqueos y zalamerías. Ahí se cortó bastante; se puso el veto á escenas enteras. Por lo demás, las piezas escabrosas de argumento fueron las que llevaron golpe de gente al teatro, siempre concurrido y muchas veces atestado, á pesar del calor. Advertían los italianos: «Cuidado, que vamos á representar algo que tiene sal y pimienta.» Animación, demanda de billetes. Insistían á la otra semana: «Atención, señores, no llamarse á engaño: preparamos una comedia que arde en un candil.» Los revendedores sin manos para despachar. Alzaban la voz, chillaban: «Que ahora sí que *Los Rozzeno* son un escándalo.» Codazos, empellones, ni un palco vacío, ni sitio para un alfiler... ¡Oh fruta prohibida, y qué sabor conservas al través de las edades!

***

La Mariani es una actriz encantadora. No nos empeñemos en señalarle puesto, en colocarla á tantos escalones debajo de la Duse, á tal ó cual distancia de Sarah ó de Réjane. Prescindamos de clasificaciones; no nos echemos á perder el goce, los momentos agradabilísimos que la Mariani nos ha proporcionado. La Mariani es la gracia en persona; atrae más de lo que subyuga; deleita más de lo que fascina. Carece de amplitud trágica; á sus manecitas torneadas no les caería bien el puñal de Lady Macbeth, la copa de veneno de Lucrecia Borgia. Hay en su figura seducción, monería, algo simpático que cautiva el alma – no hay majestad, ni esa fuerza terrible que adquiría por momentos la faz de Adelaida Ristori. – El triunfo de la Mariani es, pues, la comedia con situaciones dramáticas, en las cuales la ternura y la sensibilidad bastan para conmover. Nunca amanerada, sencilla y dulce casi siempre, donosa y coqueta sin esfuerzo, la Mariani es del número de esas artistas que no fatigan aunque se las oiga muchas noches seguidas: no conociendo la afectación, jamás nos hace conocer el fastidio. Llena la escena, y al mismo tiempo no la obstruye; deja sitio á sus compañeros; no se los traga.

Por eso lucieron bien sus facultades y concurrieron á hacer tolerables y hasta gratas producciones á menudo vulgares é insípidas, artistas que no aparecían precedidos de estruendosa fama, como el característico Paladini, que sin embargo, en ciertos papeles – por ejemplo, el *Alfio* de *Cavalleria rusticana* – considero que llega al ápice de la perfección. Paladini es un artista sobrio, sin desplantes; casi no alza la voz; acciona poco; expresa con la cara y los ojos, evitando descomponer las facciones; no abusa de la movilidad que en actitudes y fisonomía les viene de casta á los italianos. Su juego, ceñido, contenido, libre de énfasis en el ademán como en la dicción, confieso que es de lo más serio que he visto en arte: de lo más hondo. Fáltale brillantez, y las primeras veces que trabaja no resalta quizás. Hay que estudiarle en varios papeles y reconocerle el mérito de que se adapta á cada uno, y entra en él sinceramente, á conciencia.

***

Estos actores italianos, y en general los extranjeros, deben de alimentarse con rabillos de pasas, pues su feliz memoria les permite prescindir casi enteramente del apuntador ó *suggeritore*. Es de las cosas que más me complacen. En oyendo al apuntador, y milagro que no se le oiga, se aguó la diversión, se disipó la ilusión, se desataron los nervios. ¿Y qué decir, cuando se le ve el brazo, que asoma fuera de la concha?

También he observado en la compañía italiana, y lo observaba igualmente el público, que las escenas de conjunto, sin duda por primor de ensayo, ó por aptitud de las segundas partes, salen como una seda. Un altercado en una casa de juego, lo desempeñaron con tal perfección, que hacía daño. El motín de trabajadores de *La Quiebra*, de Björnstorne – motín que pasa entre bastidores, que se oye y no se ve, – da frío y miedo. Y la alegre orgía de *La dama de las camelias* es una filigrana en su género. En nuestros teatros suelen frustrarse tales escenas; carecen de naturalidad; salta á la vista la violencia, lo falso, y se desgracia un drama por lo secundario (como si hubiese nada secundario en arte).

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

BARCOS. – ACTORES

Una escuadra francesa, no la más importante, la del Norte, ha fondeado estos días en la bahía de mi pueblo natal, *Marineda de Cantabria*, vulgo la Coruña. – Entraron los acorazados de dos en dos, en solemne muestra, majestuosos, abriendo ancho surco de plata, despidiendo abullonadas banderolas de humo: el estandarte tricolor se desplegaba á la palpitante brisa de la tarde, á las caricias de un sol más claro y ardoroso de lo que suele ser en el país gallego. El día, como escogido por la naturaleza, irradiaba esplendores; día de fiesta, de alborozo y ruido, y al mismo tiempo de paz. Alfombraban la tierra, cual dorado y muelle tapiz, las recién segadas mieses; en los setos la madreselva se cubría de flores color de ágata, embalsamadoras del aire; los cerezos, al borde de la carretera, todavía ostentaban su fruto de pulido granate; y el mar, extendido á lo lejos y señoreado por la ingente torre herculina, semejaba un lago de turquesa en fusión, regia alfombra para los acorazados franceses... El espectáculo era alegre y bello, pero á mí me infundía una molestia sorda, casi una indignación, de seguro una añoranza... Cuando retumbó el cañón saludando á la plaza, y el cañón devolvió el saludo en voz no menos grave, mi espíritu se quería salir del cuerpo; tan violenta emoción causaba aquel tronar de la pólvora, aquel incidente vulgar, evocando recuerdos, conmemorando aniversarios, removiendo heces de pasados pero aún frescos desencantos amarguísimos...

***

Al día siguiente llenaban la bahía los grandes buques extranjeros, de nombres sonoros y terroríficos, el *Formidable*, el *Redoutable*, que despiertan ecos lejanos, glorias de Trafalgar, insignes figuras de esforzados marinos, el poderío de Napoleón, el heroísmo de los Nelson y los Churruca... Entretenido era girar alrededor de los barcos, encontrando al paso ya un luengo y cilíndrico *destroyer*, ya un sucinto torpedero, en cuyo tubo relucía amenazador el cigarro del proyectil; cruzándose con las numerosas y raudas lanchitas de vapor á cada instante destacadas del costado de los buques, blancas como palomas, tripuladas por marineros de blanco traje, animados por el tricolor banderín que parecía cucarda revolucionaria fija sobre la nívea cofia de una jovencilla parisiense contemporánea de María Antonieta. No cabe expresar lo que animaba la bella concha de Marineda tal ir y venir de faldas y botecillos, muchos de ellos cargados de señoritas y señoras deseosas de visitar los acorazados; pero en medio del pintoresco espectáculo, volví á sentir la misma congoja indefinible del día anterior. No hay que disimularlo: mi angustia se llamaba *envidia, tristeza del bien ajeno* – mal de que todos se declaran exentos y libres, y todos padecen en alguna ó muchas ocasiones, por feliz y magnánima que sea su alma, por noble que tengan el sentir. – Yo envidiaba, sí, con envidia que debía de amarillearme el rostro, los barcos, los oficiales, las aguerridas dotaciones de la marina de Francia. Y es la envidia tan ciega, que no se me venía al pensamiento lo que bien sabía: que ni aquellos barcos ni aquellos hombres ni todo el poderío naval de nuestra «hermana latina» son más que tortas, pan pintado y flor de cantueso para el poderío formidable, tremendo, fantástico, de nuestros devoradores y tragantes cuñados los anglo-sajones. Hace poco que una Revista, queriendo mostrar gráficamente las fuerzas navales de Inglaterra y de las demás naciones de Europa, representó á la nación de la Gran Bretaña en figura de descomunal gigantón; la de Francia era un hombre de corta estatura, nosotros un enanillo.

***

El paso de esta escuadra no ha dejado de ocasionar sus inevitables..., digo, no, sus *evitables* piques, descontentos y críticas. No estaban conformes los autores en el cuánto y el cómo de los obsequios. Se les ofreció á los franceses – á quienes en otra ocasión la Coruña había acogido y festejado de una manera muy cordial, – una función de gala en el teatro con Vico, y una corrida de toros con *Bonarillo* y *Minuto*. Por lo que hace á claro-obscuro y contraste, no pudo estar mejor discurrido el programa. Pasar del clasicismo de Vico, de las delicadezas psicológicas y las alturas morales del *Drama nuevo*, de las esferas más puras del arte y las magnificencias de la poesía, á los brutales y sangrientos lances de la lidia taurómaca..., es como ver á España por el anverso y el reverso, es recorrerla en un solo día de límite á límite, intelectualmente hablando. Por desgracia (siempre sucede así) lo que los franceses pudieron apreciar mejor fué la corrida. Capas, banderillas, espadas, hablan un idioma que, como el volapük y con más razón que el volapük, puede preciarse de universal. Del *Drama nuevo* (que no gustó en París, lo cual ya es mal precedente para que les guste á los franceses en la Coruña) supongo que se habrán quedado en ayunas las nueve décimas partes de los marinos de la escuadra, aunque el almirante Sallandrouze de Lamornaix y algunos oficiales se expresaban correctamente en castellano. De los toros se enteraron divinamente y á la primer ojeada. Entusiasmados, encantados de los adornos y floreos de *Minuto*, se querían echar al ruedo, se desollaban las manos á fuerza de aplaudir, y no sabiendo cómo expresar la satisfacción, arrojaban á la plaza las gorras de uniforme. Era cosa de decirles que pues les gustaba tanto, se lo llevasen á casa y no nos lo restituyesen nunca. ¡Ah, si valiese regalar ó traspasar lo que no conviene! ¡Famoso paquete de desechos el que armaríamos, y pocos trastos desvencijados que íbamos á meter en él! Lo malo es que serían como las zapatillas de Abdul Mejid: nos los volverían á casa y tendríamos nuevamente que cargar con ellos...

***

No por esto me cuento en el número de los que les echan la culpa de todo á los toros y á las corridas. ¡Quiá! El daño está más adentro... He sostenido varias veces que en las demás naciones no faltan espectáculos que vencen á éste en barbarie y ferocidad, sin igualarle en brillantez, destreza y gracia. Lo que me impacienta, mirando al porvenir de nuestra patria y á su honra y provecho, es la *afición*.

La *afición*, tal cual aquí existe, no puede negarse que es una especie de peste ó sarampión maligno. Cinco días antes y cinco después de la corrida ni se habla ni se piensa sino en ella, en sus lances, peripecias, incidentes y pormenores. Se discute una suerte, se delibera acerca de una estocada, con gravedad y empeño que á no ser tristes serían cómicos. Los diarios, avaros de espacio para las letras, la ciencia y aun la misma información instructiva y culta, abren sus columnas de par en par á la insoportable revista taurómaca, extensa, minuciosa, con ceceos y barbarismos, ordinarieces y *calò*, de estilo bajo y burdo. Increíble parece que no hastíe un género tan ruin, tan simplón, en el cual han malgastado tinta ciertas plumas dignas de mejor empleo. Bueno que asistamos á la corrida, si tenemos humor y gana; bueno que pasemos allí dos ó tres horas, y celebremos la habilidad de los lidiadores; pero ¡por compasión!, que no nos endilguen al día siguiente el inventario de las verónicas y navarras, de los pares al cuarteo y las estocadas caídas, con más la cuenta de los millmetros que se *torció* el diestro, y el índice de las *palmas* y *tabacos*...

***

Vico abandona á España; sale hacia América, con intención de permanecer año y medio en aquellas tierras y regresar para retirarse de la escena definitivamente. Desde lejos, en las tablas, Vico, como todos los obesos, ó que tienen tendencia á la obesidad, parece viejo; visto de cerca, su cara, sus ojos, su tez, conservan un brillo extraordinario de juventud. Si Vico hubiese tenido la suerte de no echar carnes, de sostenerse en los consagrados setenta kilogramos, setenta y cinco á lo sumo – podría hacer los papeles de galán, de Tenorio, de Trovador, electrizando á la concurrencia. Tal vez no se ha calculado lo que influyen algunos kilogramos de tejido adiposo en la suerte del hombre, del artista en especial. Vico delgado era actor para veinte años todavía, y actor incomparable – porque el genio, la inspiración, no tienen que ver con la gordura. – Ha sido el exceso de crasitud lo que alteró la hermosa voz (tan semejante á la de Alejandro Pidal) y empastó, por decirlo así, la laringe de Antonio Vico. Cuando Vico habla sin esforzarse, á media voz; cuando no sube el tono, su pronunciación es admirable, su dicción no tiene igual. Hay que oírle las frases *llanas, profundas*, de *Traidor, inconfeso y mártir*, drama de Zorrilla que es su triunfo. No volveremos á encontrar otro *Gabriel de Espinosa* como Vico; ni á nadie le oiremos declamar con tan sombría y patética expresión el terrible papel de *Walter* en *La muerte en los labios*, de Echegaray. Yo no sabía qué actor era Vico, hasta la noche en que le vi estrenar *La muerte en los labios*. Encarnar un papel simpático, un papel en que todo el mundo encuentra atractivo, que se lleva los corazones, un papel de *Don Juan* ó de *Gabriel de Espinosa*, el uno mozo aturdido, pero con alientos y arranques generosos; el otro víctima inocente de la fatalidad, sucumbiendo noble y voluntariamente al rigor del destino, no puede compararse á personificar el odioso tipo del fanático sediento de sangre y de tortura, que sacrifica á su propio hijo en aras de ceguedad impía y de teológicas sutilezas. *Walter* es un monstruo maléfico; el público se siente predispuesto en contra de *Walter* desde que pisa las tablas. Y no obstante, el talento de Vico logró hacer de *Walter* una personalidad conmovedora á veces. Inevitable estremecimiento corría por las venas de los espectadores cuando *Walter*, abrazado al cuerpo de *Conrado*, sollozaba y rugía: «¡Socorro!.. ¡Se escapa la sangre por entre mis dedos!.. ¡Vertí tanta, y no puedo atajar la de un hombre!»

***

Los dos actores que estrenaron *La muerte en los labios* faltan ya de la escena española: Rafael Calvo, que hacía el *Conrado*, arrebatado en el apogeo de su gloria por un contagio horrible; Antonio Vico, empujado á América por la necesidad de vivir y de ganar el reposo de los últimos años.. ¡Quiera Dios otorgar á Vico cuanta prosperidad desee, y trágale aquí otra vez, con ánimos para nuevas campañas teatrales!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

RESPIRANDO POR LA HERIDA

No lo puedo evitar, ni me importa que se califique de pueril y de mezquino este sentimiento; llámenle como gusten y repréchenlo si les parece: yo me alegro, me alegro, me alegro tres veces y tres mil, de los reveses, desengaños y complicaciones que atrae á los yankis la injustísima anexión de Filipinas.

Ojalá que en la garganta del dogo que á dentelladas nos ha despedazado, se atragante ese hueso, y le produzca la asfixia. Permita Dios que la resistencia de los indígenas, el clima, la topografía, la indisciplina de soldados voluntarios y bisoños, todos los elementos que pueden hacer fracasar una campaña, se reunan y se den la mano para arrojar vergonzosamente de aquel paraíso á los que pusieron asechanzas á nuestro calcañal.

No me dediqué al cultivo de la bravata y el reto cuando la guerra se declaró. Al contrario: me gané el dictado de *mala española* por sostener que á toda costa debía evitarse aquel horrendo y fatídico conflicto. Tampoco he rendido parias á la literatura suina, ó cerdosa, que dió bastante juego, como debe recordarse, allá en la primavera del pasado año, mientras nos hundíamos. Y nadie me gana en sinceridad para reconocer las deficiencias lastimosas de nuestra vida nacional y pública – en la privada no considero que al escritor le sea lícito intervenir. – Los *errores comunes*, tiene no sólo el derecho sino el estricto deber de corregirlos hasta donde alcance el publicista, y creyéndolo así he trabajado para estirparlos, arrostrando todo género de riesgos y padeciendo no pocas impertinencias. Pues bien; mis campañas en pro de la verdad me autorizan para regocijarme ahora con los yerros de nuestros enemigos. La codicia ha roto el saco, y tal vez el gigantazo descomunal ha encontrado en la raza amarilla su David.

⁂

Pudieron nuestros desaciertos al no prevenir y nuestra desmaña al no extinguir una insurrección que de palabra vencíamos diariamente, determinar y fundamentar la intervención de los Estados Unidos en Cuba; pero la anexión de la Antilla, y más aún la de Filipinas, quitaron la careta á la verdadera intención de un pueblo que tuvo el mal gusto de cultivar, en vísperas del siglo XX, la hipocresía – el vicio de las épocas serviles. – A decir verdad, la anexión de Filipinas realizáronla casualmente; no estaba en el programa, lo cual no les disculpa, porque un pueblo grande y consciente debe saber con exacta fijeza lo que quiere y adónde va. La escuadra yanki, al principiar la guerra, no se encontraba cerca de Manila obedeciendo á propósitos de estrategia naval; la idea de apoderarse del archipiélago filipino no había surgido en la mente de Mac Kinley. Se proponía únicamente destruir nuestra flota y arsenales y descargar sobre nosotros golpe recio; después, imposiciones de la insaciable Inglaterra, la de los dientes enormes, determinaron la ocupación y captura de aquellas ricas colonias españolas.

Y la opinión sensata de los Estados Unidos, que siempre miró con disgusto la aventura filipina, se pronuncia cada vez más contra Mac Kinley y su política exterior, al ver la brillante defensa que de la recién ganada autonomía hacen los tagalos. Esa raza mirada hasta hace poco con desdén benévolo, como raza de niños, revela y demuestra ahora una energía y una aptitud singular para la guerra de guerrilla, de estratagema y emboscada, en que el terreno se defiende palmo á palmo. Los yankis han sufrido ya, en el tiempo que hace que lidian con las fuerzas de Aguinaldo, sorpresas parecidas á las que en España, en 1808, experimentaron los ejércitos de Napoleón. Destacan los yankis un piquete de soldados para guarnecer un fuerte, y al enviar provisiones no hallan en el fuerte sino cuerpos sin cabeza y cabezas separadas del tronco; sitúan ocho ó diez parejas de polizontes distribuídos en una larga calle, y evapóranse tres de las parejas sin volver á parecer nunca, y sin que los demás hayan advertido siquiera de qué modo fueron sus compañeros amordazados y arrastrados al suplicio. Todo lo utiliza el tagalo en contra del yanki: accidentes del terreno, producciones de la naturaleza, ponzoñas mortíferas de la exuberante flora y la rara fauna de aquellos países feracísimos y todavía misteriosos. Por medio de una manga hábilmente dirigida proyectan sobre los norteamericanos agua en que han macerado una planta cuyo zumo produce horribles irritaciones en la piel; y los yankis, ignorando el sencillo remedio con que se curan esas irritaciones, se revuelcan entre crueles torturas. Así, en las guerras de independencia, el suelo y el aire se alían con los hijos del país.

⁂

Que estos ardides y este sistema de lucha no son niñerías despreciables, pruébalo la continua demanda de refuerzos que dirige el general en jefe de los *Sams* al Senado de Wáshington. Tropas y más tropas arriban y desembarcan y son diezmadas por las enfermedades ó por el *bolo* de los que ya no llamo insurgentes, pues lo serían contra nosotros, pacíficos poseedores durante tantos siglos, nunca contra el invasor que empieza por entrar á saco, á sangre y fuego en Manila, y no teme emplear iguales medios al avanzar tierra adentro en la región. Van además las huestes yankis soliviantadas por el espíritu de indisciplina más franco y brutal, y no reparan, al menor motivo de descontento, en tirar al agua, en mitad de la bahía, á sus jefes. Y una nación que jamás fué militarista, que en ningún tiempo fió á la violencia sus destinos, se ve ahora arrastrada por la dura Inglaterra á la lid constante, abierta – á esa normalidad de la guerra que nos ha arruinado, destruído y agotado á los españoles. – No quiero hablar de las inhumanidades y actos de barbarie que por consecuencia natural de semejante régimen se ven los yankis constreñidos á autorizar y á cometer. Habría sin embargo que catalogarlos y clasificarlos con método, para que hiciesen juego con los que á nosotros se nos achacaron, y fueron – ¡oh sombra de Tartufo! – la causa y origen de la intervención de los anglonorteamericanos en Cuba...

⁂

Y ya que de la patria y de su mal sino tratamos, encaja bien en esta crónica una ligera referencia á los sucesos de Barcelona con motivo de la visita de la escuadra francesa al puerto de la hermosísima ciudad condal.

Sin ser estadista, sin tener obligación de tomar el pulso á las ideas que van cundiendo en España, diez ó doce ó quince ó veinte años antes de que pensasen en ocupar el banco azul los Sres. Polavieja y Durán y Bas, nos sabíamos de memoria lo que ahora parece sorprender á muchos políticos que gobernaron, gobernarán ó gobiernan. El regionalismo es añejo en varias provincias españolas, y á la vuelta del regionalismo lírico está su forma aguda, el *separatismo*. ¿Cómo había de ignorar estas tendencias quien diariamente leía en periódicos, versos y libros de su región diatribas y quejas, unas veces contra Madrid, otras contra Castilla, y siempre, en el fondo, contra el conjunto de la patria española? Hasta por experiencia personal conocía yo los efectos de la inquietud separatista. Por conocer mi españolismo, no faltaron regionalistas gallegos que me acusasen de desafecto á Galicia, no obstante haberme pasado buena parte de mi vida literaria describiendo costumbres, estudiando caracteres y pintando paisajes gallegos, con filial interés. Así es que se da un caso curioso: mientras los que me traducen allá por lue-

ñes tierras creen que yo profeso el más apasionado regionalismo artístico y que del perfume de mi tierra está enteramente impregnada mi producción, los de acá me conceptúan *castellana* y no me reconocen. La explicación pardiez que es sencilla: yo seré regionalista por amor é instinto; separatista jamás.

Dicho esto, puedo añadir que el separatismo, ya existente, había de acentuarse y exasperarse, por ley natural, con tantos desaciertos y desdichas. En naciones bien gobernadas y prósperas, no se conoce el separatismo. Un día me dijo cierto religioso muy discreto y agudo: «Don Carlos es el *clavo ardiendo* de los españoles.» Tenía en mucha parte razón el religioso; sólo le faltó añadir que de *clavos ardiendo* poseemos una cesta. No hay teoría ni solución política que, á su hora, no haya sido *clavo ardiendo*. Nuestro hondo malestar, nuestras continuas decepciones, la instabilidad é inseguridad de todas las cosas y de todos los aspectos de nuestra vida, la sorda irritación que á la larga engendra en espíritus honrados y sinceros el abuso hidrópico – imposible de desarraigar al parecer, pues es como las malas hierbas, que para una que se corte brotan ciento, – ¿en qué han de traducirse sino en el movimiento instintivo de agarrarse á cualquier cosa, al carlismo, al federalismo, al separatismo, al *inglesismo*, que tiene ya sus convencidos partidarios?

Enfermo desahuciado, á curanderos se acoge, y por ensalmo piensa curarse. El abrojo del separatismo, claro está, crece con el riego de nuestras lágrimas de patriótico dolor. Para reducirle á sus verdaderas proporciones, quizás harto mezquinas, bastaría que luciese sobre nosotros un rayo de esperanza, que España entrase por el buen camino, que ahorrase, que trabajase, que tuviese muchos buenos maestros de escuela y pocos caciques, que gastase más en aprender que en reforzar un ejército y una marina, fatalmente incapaces, aunque se compusiese exclusivamente de héroes, de sostener el día de mañana nuestro pabellón. Bastaría, en fin, hacer lo que *sentimos* los pocos que desde una situación independiente, desligada de compromisos políticos y con absoluta imparcialidad, miramos el giro de los sucesos. No es lisonja, es convicción: si toda España fuese como Cataluña (¡ojalá!), no habría un separatista para contarlo.

⁂

Lo que repito que me extraña, es la extrañeza de los políticos. ¿Cómo han de maravillarme los gritos separatistas, á mí, veterana de las luchas contra el separatismo insidioso, declarado en conversaciones, y á veces desmentido en letras de molde? ¿Habamos á esperar que después de Cavite y *lo demás*, disminuyese la falange separatista?

Por eso siempre me descubriré con respeto ante el verdadero patriota; el que, luchando para mejorar nuestro estado de cultura, para colocarnos en la línea de otras naciones, para elevarnos, con la doctrina, con las obras, con la labor, con la sinceridad generosa que envuelve la lección y procura la enmienda, aporte la única medicación eficaz para esa llaga del separatismo: la reforma y restauración de España.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

HIDROTERRAPIA

Si la humanidad tuvo su origen en el agua, es preciso confesar que no lo ha olvidado y conserva gratitud á su abuela. El agua ocupa puesto preferente en la vida actual: otros ídolos se van, éste ve sus altares cada día más alumbrados y su templo cada vez más concurrido.

Escribo así porque me encuentro donde debe encontrarse en el mes de agosto la persona que se respeta: una de estas Mecas de la salud llamadas balnearios, y camino de otra Meca semejante. Estoy en Mondariz y no tardaré en trasladarme á la Toja.

De la Toja no he hablado jamás á los lectores de estas crónicas, y cuenta que lo merece, así es que dedicaré unas páginas á tan curiosos manantiales; de Mondariz sí he contado algo aquí mismo, pero poco en relación á lo que Mondariz merece. Además, en Mondariz se suceden tan rápidamente los cambios y transformaciones y las mejoras se precipitan de tal manera, que siempre hay que decir mucho nuevo.

***

No hará más de veinticinco años que era Mondariz un rincón olvidado de Galicia, una de esas aldeillas en que el viajero pide al pasar cualquiera de los objetos indispensables para la vida, y no lo encuentra. La fama naciente de las milagrosas virtudes del manantial había impulsado á dos industriales modestísimos, un *brasileiro* y una *modista*, si no me engaño, á recibir huéspedes. Cómo los recibían, es todo un poema de sencillez primitiva. El comedor de la *modista* me contaron que tenía el piso de tierra. La casa del *brasileiro*, de la cual puedo dar noticias, puesto que la habité, alardeaba de mejor servida: se comía, por lo menos, sobre un piso de tablas. Aparte de este refinamiento, allá se irían en *confort*. El cuarto en que vivíamos era un desván: en la parte abuhardillada, no había medio de incorporarse sin tropezar con el techo. La comida, aderezada por la menos hábil de las guisanderas, brillaba por la variedad: pollo asado á mediodía, pollo con patatas á la noche. Recuerdo que unos portugueses que estaban allí remojando también el estómago y alcalinizando la sangre, no toleraban tanto pollo. «¡Frango, e sempre frango!,» gritaban enfurecidos. Un día, amostazados ya de veras, quisieron romperle al mesonero una costilla, y se armó en la casa una gazapera formidable.

Modesto como el hospedaje era el contingente de bañistas. Portugal suministraba el grueso de la concurrencia (en Portugal se supo de Mondariz, antes que en España.) Nuestro amenísimo Luis Taboada derramaría sal describiendo los tipos de aquella buena gente, y sus *toilettes*, de riguroso trapillo. Curas flatulentos, rechonchos, fomentadores de sardina, algún averiado *bacallaoheiro*, dos ó tres *lisboetas* negruzcas, enfundadas en túnicas color tabaco de hoja, era la representación de ese Portugal tan simpático y que, como Mondariz, también ha adelantado y mejorado hasta el punto de no parecer el mismo de hace un cuarto de siglo, y de que al adelantar la cultura se haya embellecido la raza, no siendo hoy ya las mujeres de Lisboa aquellas secas viragos que describía, con más gracia y mordacidad que compasión, Barnalho Ortigao en sus *Farpas*.

***

El Mondariz de entonces, cuando el lugar que hoy ocupa el primer establecimiento balneario de España era una gándara poblada de picantes tojos y la fuente una charca donde de bruces estancaba su sed el ribereño del Tea, está descrito con referir un detalle de mi estancia allí. – Habiendo sabido que á corta distancia, media legua ó poco más, se elevaban las ruinas del castillo de Sobroso, decidimos visitarlo, y á pie y guiados por un *picariño* de la aldea, realizamos la nada difícil excursión, cuyo mayor riesgo lo constituía la subida algo pendiente por angosta trocha, y el escalar los derruídos sillares para ascender á la barbacana. Con todo eso, á los escasos y timoratos agüistas debió de sonarles á inaudita fazaña, y sobornaron á nuestro guía á fin de saber con certeza si habíamos subido ó no al Sobroso. ¿Qué dirían de esto los alpinistas suizos? ¿Los que trepan como por juego á la Jungfrau y al Finsteraarhorn?

***

Ahora, en Mondariz, la invasión de las capas superiores sociales, que en las aguas bicarbonatado-sódicas siempre predominan, se marca por matices que interesan al aficionado á observar las costumbres.

Fórmase, entre diez y doce de la mañana, ante el afortunado manantial de la Gándara, larga cola de agüistas, que esperan turno para recibir de manos de graciosa rapaza el vaso donde las burbujillas del agua danzan caprichosamente, con cristalinas irisaciones. En esa cola, generalmente ni hay empujones, ni groserías, ni prisas; hay saludos amables, preguntas corteses, sonrisas de inteligencia, ofrecimientos de cesión de sitio á las señoras, apresuramiento en pasar el vaso antes que se disipe el gas de mano de la moza á la del agüista; y en vez de desprenderse de aquella aglomeración de gente el vaho característico de los cuerpos mal aseados, ese tufo repugnante por excelencia, se alzan á veces ráfagas de perfumería fina y delicados ramos de flores prendidas en el pecho. Y la cola, no obstante, es de lo más democrático: no hay allí privilegios; ningún favorecido logra beber antes que otro el agua: los mendigos tienen derecho á incorporarse á la cola: lo que pasa es que los mal vestidos huyen instintivamente de la exhibición, y cada año *la cola* de Gándara se parece más á los grupos de la salida del teatro Real ó del concierto, á cualquier reunión de gente acomodada y escogida.

***

Otro pequeño signo característico (los más característicos son los más pequeños) lo dan los perros. Los perros, sí. – No conozco animal que así se adapte á la socialización y á los remilgos y perfeccionamientos de la vida moderna como el perro. En estado salvaje, famélico, con el pelo erizado, sumido el vientre, regañado el hocico y los dientes aguzados por el hambre, el perro tiene carácter de fiera. Acogedle, mimadle, acariciadle, dadle de comer con abundancia, y el perro se volverá afable, regalón, complaciente, manso. Admitidle en la sala, y ya de mala gana se irá á la cocina. Habituadle al baño, y parecerá aburrido y desgraciado el día en que no resbale sobre su piel el agua clara y no impregne su pelaje la espuma del jabón. Elevadle á la categoría de dije, de monada, de juguetito predilecto, y ya detestará el merodeo y la caza, la libre vida del can vagabundo, errático; ofrecedle un almohadón de seda, ó el tibio regazo con su hueco de cuna y sus blanduras de nido, y ya no se avendrá á hacerse una rosca en el santo suelo.

Pues bien: en Mondariz, los perros, allá por el año 1875, eran canes proletarios, hoscos, feroces, trasijados, semejantes á lobos. Hoy, por el jardín y parque del establecimiento, vense retozar ó cruzar gravemente, marcando el paso por el de sus amas, esos perrillos de lujo y de raza noble, con genealogía y abolengo, hidalgos de la especie perruna: el *bulldog*, de negro morro aplastado, de fealdad bismarquiana, imponente, adornado el recio cuerpo gris, que parece tallado en mármol, con el aparato de tiras de marroquí rojo que guarnecen diminutos cascabelillos; el sutil galgo, aristocráticamente desdeñoso y que evita apoyar sus patas exquisitamente frágiles en el polvo y el barro, eligiendo los sitios más pulcros; el *griffon*, que es el más lindo de los fenómenos; el diminuto faldero, blanquísimo, igual á los que en cañamazo bordaban nuestras abuelas, y el inglesito de hocico puntiagudo, haciendo ufano su collar de plata con dijes de oro, que á cada movimiento tilintean. – El perro es vanidoso, y gusta del adorno; tiene conciencia de su belleza, y se pavonea lo mismo que una mujer guapa, cuando le alaban y celebran.

***

Asimismo las flores... ¡Qué flores las del Mondariz de antaño, del Mondariz en que Enrique Peinador no había empezado á dar impulso á su iniciativa creadora! Cuando algún agüista obsequioso deseaba ofrecer flores tenía que subir á la casa del fotógrafo,» en lo alto del monte, y devastar un jardincillo humilde, para reunir un mísero ramillete. Se celebraba la aparición de un capullo en la tierra como la aparición de una estrella en el cielo. – Ahora las rosas abundan en los macizos, la *serre* espera sus orquídeas y sus plantas preciosas, las enredaderas tropicales embalsaman el ambiente. En aquel país, de clima admirable, se desconocía la fruta: sólo agrias manzanas y peruétanos se cogían. Ya en la mesa aparecen los dorados melocotones, las pavías con su toque de carmín, las grandes peras de Bélgica y de Francia, de azucarada pulpa, fundentes y deliciosas.

***

Una menudencia no menos expresiva que las anteriores es la *moneda* de Mondariz. Chapas de aluminio con la palabra *Peinador* y la indicación del valor que representan, corren facilitando el cambio y simplificando las transacciones. Hasta la misma frontera portuguesa esta moneda fiduciaria se acepta y se cotiza a la par. La conocen bien en Valença y Viana, y saben que la ficha de Mondariz es dinero. Los incautos bañistas que al partir se la sueltan á los cocheros creyéndola ya inútil, suelen dar sin querer propinas espléndidas de veinte ó treinta reales.

***

Lo repito: no hay cosa más elocuente que las pequeñeces. Por ellas conocemos íntimamente el progreso. El agua, el agua fresca, picante, viva, apagadora de la sed como ninguna, nos sabe mejor cuando la tomamos pudiendo coger una rosa, descansar en un mueble elegante y cómodo, bañarnos en una pila ancha de rico mármol, oír en el salón música de Beethoven, y á la vez en el parque la gaita gallega. ¡Santa industria!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

SALUD EN EL FANGO. – LA TOJA

Háblase del fango, en dramas, comedias, novelas y artículos sentimentales, con desprecio tan profundo como injustificado y caprichoso. ¿Qué es el fango, en rigor? Tierra y agua – el mundo entero. – Vil é impuro se le llama, y no atino porqué. Tanto valdría llamar impuro al negro terruño donde el trigo brota.

***

Los baños de la Toja son de fango. La Toja, una isla en la ría de Arosa, en esta provincia de Pontevedra cuya galanura y belleza se han hecho proverbiales ya en España. Por si el lector no sabe lo que es una ría – advirtiendo que sólo existen verdaderas rías en el país gallego, – diré que son brazos de mar que al internarse en la tierra reciben mezcla de agua dulce. A dos pasos de la brava costa, donde el airado Océano rompe sus espumas; cerca de la terrible playa de la Lanzada, con sus olas gigantes, se tienden y culebrean las suaves rías, mansas y halagadoras, entre doble festón de pinares y de rientes campos de vid y maizales, con playitas coquetonas y ensenadas diminutas teñidas por el rosa fugaz de las nubes ó por el azul de un celaje puro. Así como á Suiza la caracterizan los lagos, Galicia posee en sus rías la nota dominante de su incomparable hermosura.

***

Algunas islas salpican caprichosamente el curso de las Rías Bajas, y la de la Toja fué hasta no hace mucho islote abandonado y desierto, donde no se alzaba ni rastro de humana vivienda. Los maravillosos manantiales que brotaban en su suelo se descubrieron por rara casualidad, semigrotesca. Cuando en Andalucía quieren expresar la aridez y ruindad de un predio, dicen que sólo sirve «para revolcadero de un burro.» Pues bien: en la Toja se reconoció el tesoro que la isla contenía, por haber servido de revolcadero de un burro precisamente. Cuenta la leyenda que en el Grove, aldeíta de la costa fronteriza, un aldeano poseía un borrico tiñoso, tan pelado y tan cubierto de costras y matadura que daba horror. Apiadado su dueño, no queriendo matarle, le abandonó en la isla; y grande fué su asombro al encontrar, á la vuelta de algún tiempo, un rucio sano, gordo y sin mácula, y al observar que el animal tenía costumbre de revolcarse en cierto charco fangoso, donde surtía un chorro de agua hirviente. De este descubrimiento á ensayar el remedio en un ser humano poco va; y al ver que el hombre enfermo se curaba igualmente, descubiertas quedaban las virtudes de estos barros.

***

La medicina tendrá que estudiarlas muy á fondo, pues no basta la experiencia cosechada ya para conocer el extenso radio que la acción de estos manantiales abarca. Los profanos sólo podemos decir lo que salta á la vista. Lo primero que sorprende en los manantiales de la Toja es la extraña circunstancia de que broten casi juntos, á distancia cortísima, tres chorros, el uno casi hirviendo, el otro templado, el otro enteramente frío, como si para templar y graduar un baño los repartiese por grifos desde invisibles calderas un experto bañero. Mis conocimientos en geología é hidrografía no son bastantes para decidir si este caso es realmente tan extraño como parece. Muchos creen explicarlo todo aseverando que la isla es de origen volcánico. No falta, sin embargo, quien asegure que no hay tal origen volcánico; y en efecto, la estructura de la isla, á mi parecer, poco ó nada se diferencia de la de cualquier cerro de los muchos que se alzan en estas márgenes. Si el hecho de los tres manantiales que surten á tan diferente temperatura no es asombroso dentro de la ciencia, para los que no somos sabios confieso que sorprende y que hasta mueve á admiración.

***

Unica en el mundo es la composición del agua turbia y rojiza que de los manantiales se derrama. Lo mismo el *sprudel* ó hervidero que los otros chorros, llevan disueltos en su corriente poderosos elementos vitales: yoduro, bromuro, cloruro de sodio, litina, arsénico – una composición que tiene algo de alquimia celestial. – Sumergidos en el baño de la Toja, los cojos andan, los ciegos ven, los atacados de males perniciosos salen curados y limpios. Realmente se ven aquí milagros, y se recuerdan – dentro de lo humano – los efectos de la piscina probática, después de que agitaban su tersa superficie las alas del ángel.

***

Venimos á la Toja algunos que no padecemos cosa grave, y sólo buscamos en los barros riqueza para la sangre y sedación para los nervios; pero la mayoría de los concurrentes *traen malicia*, como aquí dicen. Abundan sobre todo los cojos, y de los cojos, las nueve décimas partes son niños, á quienes las escrófulas obligan á usar muletas. Es conmovedor ver á los cojitos, deseosos de jugar con los otros niños sanos, de travesear alegremente, y corriendo con su pata encogida, risueño el rostro que empalideció la enfermedad. A veces, á la puerta del balneario, esperando á que se desocupe la pila, un grupo triste – un padre llevando en brazos un bulto que es el cuerpo de una niña enferma, envuelta en mantas. – Generalmente los niños, en esta isla, parecen flores marchitas; si no son escrofulosos, son por lo menos linfáticos; muchos atacados de clorosis, de anemia, de esa desnutrición que roba el fostato á los huesos; niños seriecitos, de ojos azules reflexivos ya, de piel casi transparente, con tonos de cera, de lacio pelo rubio, parecidos á los infantes que retrató Sánchez Coello. A pocos baños sus mejillas se sonrosean, sus pupilas brillan; su sangre, regenerada y tonificada, corre rápida, y les impulsa á la actividad: se les oye gritar, se les encuentra en el muelle ó en los pinares, bulliciosos como deben ser los chicos, pues no hay pena mayor que ver á una criatura «formal.»

***

El día en que la Toja sea lo que debe ser, y se entere España de que los barros de Lonjo curan hasta el *lupus* horrible y contienen hasta la lepra devoradora; que sobre todo atajan en su misma fuente el gran mal de nuestro siglo, el que prepara la tuberculosis, azote de la juventud, aquí habrá un Sanatorio especial para los niños. En esta atmósfera, saturada de la resina de los pinares, del salitre del mar, de las emanaciones vigorizadoras del triple chorro, los niños se impregnarán de vida, criarán fuerza, sangre roja, sólidos huesos, y saldrán á la batalla que aguarda á todo hombre, recios, firmes, animosos – libres de impurezas y de miserias fisiológicas.

***

Dada la índole de las enfermedades que aquí se curan hoy por hoy (pues pocos adoptan la Toja como *prevención* y casi todos la emplean para *represión*), parece extraño oir resonar las notas del piano y saber que en el salón se baila. El piano, eso sí, es una carraca; y el salón infunde melancolía, por lo tétrico del escaso alumbrado y lo lastimoso de la decoración, ya muy sucia, como lo está todo en este establecimiento. Y es curioso que, no obstante el aburrimiento que infunde verse encerrado en un islote, recluído en incómodo alojamiento, obligado á disputar como se disputa un tesoro la posesión de una pila – porque faltan pilas y habitaciones en esta época del año, – no obstante ser tantos de los bañistas enfermos graves, de empobrecido organismo, anden de excelente humor, contentos como unas pascuas, y ni aun esas quejas de la comida, del alojamiento, de los precios, del trato, que suelen oirse en los balnearios, y más cuando se hallan en estado tan primitivo como por mil circunstancias se halla éste, revelan acritud ni enojo. Y es que los bromuros disueltos en el precioso fango é incorporados por medio de la absorción al licor de las venas, difunden paz y sosiego en el ánimo. No ha mucho oí que decía un bañista: «Aquí tengo el genio mucho menos iracundo.»

***

De manantiales afuera, todos los balnearios descuidados se parecen; todos presentan el mismo aspecto; por todos desfilan iguales tipos. La única diferencia es que en la Toja no se ven aguiistas de afición. El que llega, después de dificultosísimo viaje, á esta isla, es porque trae la firme resolución de aprovechar los baños. Así se explica que hace unos cuantos días, cuando alguno de los propietarios quiso levantar las pilas é impedir que se bañase el público, éste se armó de palos y á su vez se dispuso á allanar la casa de baños y conquistar el agua á viva fuerza. Estos baños se toman con la misma fe que el pan bendito: se toman ahora en reducidos y destartalados camarotes, como se tomaban hace quince años ó veinte, cuando el enfermo tenía que cavar ó mandar que cavasen un hoyo en la tierra, y reclinarse en aquel remedo y contraste de la sepultura, cubierto con una sábana y dejándose penetrar por el salutífero fango hasta los huesos.

***

Y yo os digo que donde está el fango de la Toja, del país de los grandes manantiales minerales – Galicia, – rindan el pabellón los demás fangos y salitres de Europa, que no son para descalzarlo. Sólo que la Toja es, por hoy, como el diamante en su ganga, como la crisálida en su capullo. Aquí no se oye hablar ningún idioma extranjero; aquí no vienen ni portugueses; de Madrid poca gente; de las provincias españolas casi ninguna. Y no sé lo que sucederá si algún día se hacen famosos los baños de la isla. Temo que no haya barro á mano, barro suficiente.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL AZOTE

Oyendo hace pocas noches una conferencia acerca de la peste bubónica, dada por un médico de gran reputación, se me ocurrían ideas muy contradictorias, tan pronto de un pesimismo negro, como de un optimismo consolador y hasta risueño y regocijado, que contrastaban con el asunto de la conferencia, asaz fúnebre.

Decíanos el distinguido conferenciante que la peste es causada por lo mismo que causa otras enfermedades implacables, destructoras de la humanidad: un bacilo ó microorganismo, el cual, encontrando terreno favorable para desarrollarse, pulula con la espantosa fecundidad de esos invisibles bichejos, y ocasiona tanto estrago. En dibujos y grabados de Revistas científicas nos enseñó el famoso bicho, el *bacilo Jersin*, en miriadas semejantes á dispersa arenilla de escribir. La célula atacada por el bacilo aparecía del color y forma de un tomate maduro, supongo que tumefacta y desorganizada ya: así deben de estar las células en los bubones. Y al enterarnos de la vida y milagros del bacilo, supimos que era el de vida más dura, el menos sibarita y exigente, el que á cualquier temperatura se acomoda, y vive en climas fríos y en climas cálidos y en invierno y en verano y en las ropas y en los muebles y en las moscas y en las ratas y en las pulgas... En fin, un bacilo insinuante, adaptable, cosmopolita. Contra él, según la opinión del doctor, no valen acordonamientos, no sirven las ridículas y desacreditadas fumigaciones, son tiempo perdido los períodos de observación, porque el bacilo es capaz de *dormir* meses enteros, á reserva de *despertar* cuando menos se espera, y no hay observación ni cuarentena que tanto pueda prolongarse.

Descripción y noticias son estas para infundir pesimismo al propio Pangloss que resucitase. – Perseguir, combatir, desterrar á semejante bacilo, parece empresa imposible. ¿Cómo se le cierra el paso á un enemigo que está en todas partes y nos embiste cogiéndonos descuidados y á mansalva? ¡Razón tienen los de Oporto al quejarse de que se les perjudica inútilmente, y deben abrirse sin tardanza las fronteras, cerrar los ojos y esperar resignados y con el alma recomendada lo que Dios nos depare!

Pero detrás del veneno, la triaca. – El mismo sabio que acababa de demostrarnos con palabra elocuente como no hay medio humano de evitar el bacilo, agregó inmediatamente que la obra infernal del bacilo, la peste bubónica, se remonta, en la historiografía de la epidemia, á venerable antigüedad. Era ya el bacilo de Jersin el que hería sin compasión, llevado por el gladio de fuego del ángel, á los primogénitos de Egipto, en los días luctuosos de las siete plagas; era él quien desolaba á Grecia según el relato de Tucídides; era él quien invadía las blancas tiendas de guerra de los Cruzados, delante de San Juan de Acre y Antioquía; él, quien en un fardo de bordadas telas de Oriente se introducía en Venecia y sembraba allí el terror y la desolación; él, quien en el siglo XVIII diezmó á Marsella y en el XIX á Barcelona. Y á cada ramalazo que sobre Europa descargaba, llevábase millones de vidas; millones, literalmente. – Saquemos la optimista consecuencia: si hoy la peste, dueña del campo en Oporto durante meses enteros en que se ignoró su existencia, no ocasionó más que un daño de tan relativa insignificancia..., convendrá creer una de dos cosas, igualmente tranquilizadoras: ó que los progresos, relativos también, pero innegables, de la higiene, son obstáculo al antes fulminante desarrollo de las epidemias, ó que esa especie de *vacuna atmosférica*, esa difusión que ha atenuado tantos virus, atenúa el de la India, y lo hace benigno y poco menos que *leve*.

***

Si hay un consejo sanitario que dar, es este: *limpieza, limpieza, limpieza*. – No voy á incurrir en la vulgaridad de asegurar que la limpieza es cosa fácil ni barata. He oído á veces repetir: «Los pobres podrían ser limpios: agua para lavarse la tiene cualquiera.» A esos les llevaría yo á las fuentes de mi pueblo, que es importante capital de provincia, de unas 50.000 almas – la Coruña. – Y verían como, por una *sella* de agua, corre á veces la sangre. ¡El agua escasea en tantos sitios! Y hasta donde no escasea, ¡qué esfuerzo para el pobre ir á buscarla, tener vasija donde recogerla, traerla á casa con mil fatigas, bajo la lluvia, bajo el sol, perdiendo el tiempo que otros trabajos le reclaman! – El agua, además, supone *jabón*. El jabón cuesta caro. Y os hablo de lo más elemental de la limpieza, el a, b, c: *agua, jabón*. Pensad en las esponjas, en los múltiples cepillos, en los alcoholes, elixires, desinfectantes, en las montañas de ácido bórico, en las toallas y bañadores, en los muebles y artefactos que reclaman el aseo de una persona medianamente pulcra. Calculad si es dado al pobre mudarse con frecuencia, bañarse nunca enteramente, friccionarse, cumplir los ritos de esta religión del aseo que tiene sus iniciados, sus fanáticos, y también ¡ay! sus numerosos disidentes y heresiarcas. – Si el pobre carece de pan, no soñar en que compre jabón de Mora; si guisa las patatas *viudas* en desportillado puchero, no lo pidáis que posea un *tub* ni siquiera un barreñón para sanificar su piel...

***

Y sin embargo – la convicción gana terreno todos los días, – si fuese posible conseguir que las muchedumbres se lavasen y barriesen su casa todos los días; si al reunirse mucha gente en un local llegase á no exhalar esa gente el más repulsivo de los malos olores, las enfermedades infecciosas se habrían concluído, ó reducido á la mínima expresión. El día en que los hombres quieran gastar en *vivir, y vivir racionalmente*, lo que ahora consagran á *matarse científicamente*, – el Estado de todas las naciones, con las economías que realice en Guerra y Marina, establecerá el servicio de *baños públicos, gratuítos*, que para las especiales circunstancias presentes acaba de crearse en Oporto, y ofrecerá al contribuyente y al trabajador – como se ofrece ahora el alumbrado, el empedrado, el alcantarillado, las vías públicas y los parques y *squares* donde juegan los niños – el aseo, esa necesidad del cuerpo trascendente al alma; porque la suciedad es hermana de la ignorancia y de la barbarie – hermana gemela – y el alcoholismo nace principalmente del abandono en el hogar. Si se comprendiese cuánto puede disminuir la mortalidad el aseo, se haría por él – y no sólo en interés de los pobres.

***

Barrer – nos decía el doctor – parece la cosa más tonta, más sencilla; pero tiene su intríngulis... Y tanto como lo tiene. Uno de los países que producen á la vista mayor impresión de limpieza, son las Provincias Vascongadas. Y es muy cierto que allí se friegan los pisos, que allí se *hace sábado*. Sin embargo, desde que Cervantes habló de la ferocidad de las «pulgas vascongadas» hasta el día, no han disminuído estos incómodos parásitos. Plagada está de ellos la Euskal-erría. Y es porque las mujeres de aquella tierra no saben el secreto. Las pulgas depositan sus huevecillos en las juntas del piso, en los ángulos de la habitación, en los rincones. La escoba, el frotador, no les alcanzan. La cera del entarimado les ofrece un asilo. El único medio – bien sencillo – de desterrarlos y matar en germen la cosecha de pulgas, es barrer sembrando antes el piso de serrín húmedo ó de hierba también rociada. Los huevos se pegan á la hierba y al serrín, y nos dejan libres.

En cuanto á las moscas, también se evitarían si se cuidase de lavar los vidrios á menudo, y mezclando sublimado al agua. Las moscas gustan de dejar sus gérmenes en el rincón del vidrio, que en pocas casas anda lavado y pulido como debiera. Registrando esos escondrijos, se hace una Saint Barthélemy de moscas futuras. El blanqueo, la humilde cal de nuestros antepasados, también las espanta, y en general ahuyenta á los insectos. Lo detestable es el papel pintado, las alfombras y tapices, los cortinajes, sobre todo si no hay cuidado exquisito para sacudirlos, cepillarlos y desinfectarlos. En el Hotel *Terminus* de Bilbao, recuerdo que el olor de los manjares, archivado y enranciado en las tupidas cortinas del comedor, me sublevaba el estómago hasta el punto de no dejarme comer. Eran un nido las tales cortinas, y yo hubiese preferido á aquel falso lujo molesto, el aire y la luz á torrentes y unos visillos planchados de la víspera.

***

Hay otra cuestión, relacionada íntimamente con la salud pública, que tomaremos, con pinzas, por ingrata y fea. Se trata de oficinas que en los países del Norte parecen salas, y según nos vamos corriendo hacia el Sur conviértense en antros y *malebolges* (léase la *Divina Comedia*). Olvidóse Demolins de esta observación en su interesante obra titulada «En qué consiste la superioridad de los anglo-sajones.» Latinos eran no obstante, y me parece que de la más pura latinidad, los romanos, que con tan admirable intuición de la higiene – téngase en cuenta la época – construyeron la soberbia *Cloaca máxima*, cuyos restos aún hoy son asombro del viajero. No ha adelantado mucho el alcantarillado desde la *Cloaca máxima* hasta el día. Roma, entonces, era más sana que lo fué en la Edad Media. Es verdad que también los romanos (latinos, insisto en ello) habían fundado, á porfía, con empeño, con esplendidez, las Termas públicas, palacios de la salud. – Lo que se deduce es que los pueblos *fuertes* y *dominadores* son los que atienden á estas cuestiones tan primarias. Ayer fueron los latinos, hoy los anglo-sajones, mañana..., ¿quién sabe? La raza amarilla puede llegar á reivindicar sus derechos al trono pacífico.. ¡No! ¡Pacífico no! En esto de *pax*, iguales los anglo-sajones y los latinos, iguales los amarillos y los blancos. La guerra es la epidemia, y la epidemia que no se combate con antiséptico alguno.

***

Un curioso efecto de la epidemia se ha dejado sentir en mi pueblo. El alcalde, provisto de energía y de hachas y picos, dedicóse en persona al derribo y arrasamiento de las pocilgas donde los moradores escondían, cuidaban y engordaban á los de la piara de Epicuro. (¡Pobre Epicuro, ilustre hijo de Samos, delicado, honesto y cultísimo filósofo, cómo te calumnian y desdoran los que te suponen rodeado de cerdos!)

Esto de los cerdos en las ciudades es una inmundicia, quién lo duda; pero lo es porque se ha implantado la errónea idea de que al cerdo le aprovecha vivir entre suciedad, cuando al contrario nada le hace más bien que las abluciones, el baño, el exquisito aseo. Todos los tratados de agricultura y ganadería lo enseñan; sin embargo, la rutina prevalece, y la mezquina ganancia que reporta sostener uno de esos feos bichos con las sobras de la comida infesta las poblaciones y apesta el aire. Dícese que pasaban de mil los gorrinos (con perdón) descubiertos en la ciudad y sus barrios extramuros. Alguno de estos interesantes perseguidos se sospecha que vive refugiado en el corazón del caserío, en edificios de calles céntricas. Se les sigue la pista. Por algo decíamos que era conveniente el susto de la epidemia. Al menos se han tomado medidas de policía, se ha combatido la diaria infección del abandono. Que no se les quite el miedo á los alcaldes.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RINCONES Y CALLEJAS

Lo mejor de Toledo, donde tanto bueno hay que escudriñar, son sus rincones, sus calles angostísimas, pendientes, los recovecos que en ellas favorecen el palique al través de la reja y el furtivo asome de la niña que atisba á su galán; los ángulos de sus plazas desiertas, los pasadizos de sus callejuelas pintorescamente retorcidas, sus patios tranquilos, de un recogimiento monástico. – A Toledo se viene á perder el rumbo y á encontrarse gratamente sorprendido por mil detalles que no se sospechaban: aquí un escudo que blasona una portada, allí una puerta con hierros artísticos, más lejos un balcón cargado de plantas y flores, hecho un verdadero pensil, que esparce y desacuelga sobre el ladrillo ennegrecido y tostado por el tiempo la clara verdura de las enredaderas y el vivo colorido de los geranios rojos y rosas.

⁂

Entremos en una calle: la forman únicamente las altísimas tapias de dos conventos; es decir, de un solo convento, al cual pertenecen los edificios de uno y otro lado, comunicados por medio de un camino subterráneo, que ofrece á la imaginación ancho campo en que espaciarse, fantaseando novelas y dramas. Las tapias son de desmesurada altura; el trecho que las divide, asaz breve; y así metida entre muros, la calle recoge el sol como un horno, y el calor os achicharra los sesos, mientras no llegáis á un rinconcillo benéfico, en que se proyecta sombra. Desde el refugio miráis á las tapias, y lo primero, observáis que no hay ventanas de asome. Las monjas tomarán el aire, si es que lo toman, por algún patio interior; es inconcebible que no respiren, que vivan á obscuras. Pero la idea semítica de la clausura de la mujer no puede expresarse con más elocuencia que por medio de esa pared ciega, que sólo adornan, sin rasgarla, los elegantes ajimecillos mudéjares, dibujados con suprema gracia por medio del ladrillo, y tapiados desde su origen. Allá arriba, sobre el cielo de un azul de añil, se recortan las torres, primorosa obra mudéjar. Los moros batalladores y sus bastardos los moriscos sumisos y cristianizados tienen en el arte una nota distintiva: la de haber prestado dignidad y belleza á materiales frágiles y sin valor. Labrar el mármol, como hicieron los griegos, y asombrar con él á las generaciones futuras, es menos que legarles maravillas imperecederas sirviéndose del yeso y del ladrillo, del humilde ladrillo recocho. Cal, barro – y les basta para alzar un Partenón á los moros. – Lo que sorprende en esas torres de iglesia, de las cuales existen muchas en Toledo, es la maestría en el manejo y colocación del ladrillo. Más que colocarlo, puede decirse que lo modelaban. Los «ojos de buey» ó rosetoncillos, abiertos como flores misteriosas; las hiladas de ajimeces, calados y aéreos; las finas saeteras; las cornisas airosas que rompen la monotonía de la línea y bordan con festón ligero el edificio – todo es ladrillo y ladrillo nada más. La piedra entra en estas construcciones, pero no decora; y entra por modo tan extraño, que merece la pena de consagrarle párrafo aparte.

Me lo hizo notar mi *cicerone*, un respetable canónigo de la Santa Iglesia primada, ferviente admirador de Toledo, con cuyos monumentos y curiosidades hállase identificado hasta tal punto, que lo mira «más que como cosa propia.» En todas las ciudades históricas existe este mismo tipo humano, adherido á las piedras cual el liquen, pegada el alma á las bellezas que tanto conoce. La costumbre, lejos de embotar la admiración, la ha transformado, convirtiéndola en cariño idólatra.

Y nadie explica ni enseña mejor un pueblo que tales apasionados de él, penetrados de su espíritu, y exclusivistas.

– Vea usted – me decía en substancia el inteligente *cicerone* – cómo están construídas estas paredes. A primera vista, y aun fijándose, no parece sino que son obra de un arquitecto loco, que se propuso dar con el edificio en el suelo, apenas terminado. En efecto, la base, hasta más de la altura de un hombre; lo que en todas partes se funda en materiales más sólidos y de mayor resistencia, es aquí *tierra*..., sencillamente *tierra*; nada más. ¡La piedra va encima!

– ¡Tierra! – repetí atónita.

– Tierra. Sobre la franja de tierra, ¡vea usted!, otras franjas de mampostería, separadas de trecho en trecho por doble línea de ladrillos colocados de plano, cuyos cantos se ven por fuera. Y en lo alto, sobre la mampostería trabada con recia argamasa, el ladrillo – y con el ladrillo, nace el adorno, empiezan los ajimeces y las ventanerías, los rosetones y los cornisamentos...

– Pero esa tierra, ¿cómo se sostiene? ¿Cómo aguanta el peso de lo que lleva á cuestas? ¿Cómo no se ha hundido mil veces el convento y las torres y todo lo que vemos ahí?

– ¡Ah! ¡Ese es el secreto de estas interesantes construcciones! El muro de tierra se llama *tapial*. De él eran las paredes de aquel famoso *artificio de Juanelo*, cómicamente descrito por Quevedo, y que hace años fué preciso volar, á fin de que los ingenieros dispusiesen del sitio necesario para ciertas obras. Y cuando todos creíamos que con la voladura iba á producirse formidable explosión, cátate que apenas estalla la pólvora, amortiguada por la resistencia increíble del tapial. – Y hubo que atacarlo con la piqueta, que apenas mordía, y gastar tiempo sin tasa en deshacer aquellas durísimas paredes...

– Y hoy día – interrogué – ¿sigue construyéndose de tapial?

– Se construye, pero se desmorona fácilmente. *Ellos* tenían sus máculas, sus artes para darle á la tierra la densidad del mármol. Sin duda le mezclaban un hormigón especial, algo cuya composición se ignora...

Miré al viejo muro con mayor respeto. Miré ya con interés todos los paredones. En la esquina de la torre de Santo Tomé, noté sorprendida que la pared, lejos de *restar*, como se dice en términos de albañilería, hace saliente en el segundo cuerpo, con el aplomo de una torre que se cree afianzada en anchos sillares, y no en un puñado de lodo cocido por el sol de tantos siglos. Y en el Alcázar – el Alcázar del Renacimiento, que desde lejos parece masa de granito que domina á Toledo con soberbia – observé también la construcción de pedruscos, algo que de cerca parece labor de confitería, trapezones de azúcar ó de dulce sobre un conglomerado de piñonate.

⁂

Un patio de Toledo. – Zapatas de madera pintadas de verde sostienen el corredor. Las plantas trepadoras, los tiestos de albahaca y clavel, lo alegran. En un ángulo, robusta columna románica, de piedra, del tiempo de los Alfonsos gloriosos, carga con el peso de la escalera. Enfrente, sobre una puertecilla, osténtase un rectángulo de delicadísimo alicatado árabe.

Estos restos admirables se encuentran allí sin que nadie les haga caso: así estaban desde el tiempo de «los padres,» y «los hijos» los miran con indiferencia – algún tanto modificada cuando los alaba el viajero.

Entro en el patio sin conocer á los dueños de la casa; me reciben como si me hubiesen tratado toda la vida; son gente modesta, de una cortesanía sencilla y natural, hidalga. El marido se parece á los bustos de emperadores romanos que se ven en el Museo *degli Antichi*: cabeza de medalla latina, facciones correctas, grueso, afeitado, grave, afable. La mujer, más vivaracha, recuerda el tipo gitanesco de Sevilla. Me siento en el sofá de paja, pido agua del aljibe, y á mi vista la cogen y me la ofrecen helada, cristalina dentro del limpio vaso. Son semi-árabes, y la hospitalidad les sale por los poros, como hábito de raza, como deber. El patio es fresco, y su traza orientalizante recuerda las descripciones de Amicis, de otros patios de Argel y Tánger. Aquellos toledanos á la antigua pertenecen de lleno al mundo encantador de la tradición.

El vaso de agua me sabe á gloria, y antes de entrar en Santo Tomé á saludar por décima ó duodécima vez al *Greco*, descanso un rato, muy á gusto.

⁂

¡El cuadro del Greco! – Como la música de Wagner, que á cada audición despierta y hiere nuevas fibras en nosotros, á cada visita, de año en año, me remueve más intensamente la sensibilidad, no sé si diga artística, porque ese cuadro pertenece á la esfera del *super-arte* y toca en lo sublime místico. – Es un cuadro *de almas*.

¡Y qué almas! – Almas de fuego, de un fuego puro, celeste; almas iluminadas, proyectadas al cielo que las supera y las llama con angélicas voces. – Almas de creyentes, de caballeros, de héroes, de ascetas, de visionarios. San Agustín, que sostiene amorosamente en sus brazos el cadáver ricamente armado de punta en blanco del conde de Orgaz, me impresiona menos que los caballeros que detrás del santo se agrupan, penetrados de tan ardiente devoción. En el santo (magníficamente pintado, quién lo duda) se observa el empeño del artista por crear una figura *noble*, mientras los caballeros son retratos de personas vivas entonces y que tenían esas mismas caras extraordinarias, extáticas, místicas, irradiando claridad y fuerza moral; todo el vigor de una época expresado en unos cuantos rostros. Con verlos quedan explicados los batalladores de Flandes é Italia, los conquistadores del Perú y de Méjico, los arrepentidos Mañaras y Gandías, los enamorados de Teruel, los penitentes del desierto de Bolazque, los piadosos y los heroicos, los humildes y los arrogantes, los firmes en la silla y los arrodillados del reclinatorio, todo lo que nos hizo y nos deshizo, lo que nos dió carácter y sentido en la historia y en la poesía. ¡Qué caras, qué caras idealmente hermosas las del cuadro del Greco!

⁂

Y al salir de la iglesia, otra vez las calles de Toledo. Un rincón moro, un pasadizo cubierto como todavía deben de verse muchos en Tetuán. Después, el Zoco, ese resto vivo de otras edades, donde la luz eléctrica parece un solecismo, una desafinación que no se perdona. En el Zoco, en las callejas, ante la catedral, dondequiera que pueden instalarse una vieja haciendo media, dos canastos y unas balanzas de anticuada forma, el lindo puesto de fruta. Inundado de fruta, rebosando fruta, queda Toledo. Nota de color para impresionistas. Los melones, de un verde sombrío y aterciopelado, se desparraman por la acera. A su lado amontónanse los melocotones color de paja y carmín; las acerolas del rosa más fuerte; las azofaifas de aventurina; las almecinas, granitos de oro; las marjoletas, gruesas cuentas de coral, y sobre las uvas transparentes revolotean las avispas, zumbando, ebrias de azúcar, y la bermeja piel de los pimientos reluce como bruñido jaspe. Es precioso el puesto de fruta, teniendo por fondo la puerta de la catedral, bordada y afiligranada, cuajada de estatuas de santos en hornacinas góticas, y de labores maravillosas de tracería y hojarasca.

⁂

De noche, á la luz de la luna, la catedral más bella aún. La luna es el complemento eterno (aun hoy que el romanticismo ha perdido actualidad) de ciertas perspectivas que llevan en sí un romanticismo natural, inevitable. Solitarias ó punto menos las toledanas callejas, buscamos en ellas el farolillo del Cristo, la reja de la *Virgen de los alfileres* y el efecto de la luna sobre los adornos y realces de la catedral (una de las más hermosas de España, á pesar de los pegotes neogriegos que la afean y deshontan). La luna, pródiga de su blanca claridad, acude puntual á la cita, inunda y baña las agujas de las torres, y las presta fantástico relieve, de soñada decoración. Y disfrutando la apacibilidad del instante en que el calor remite un poco – de diez á once y media – libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisii* – á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote, – me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como cierto personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós, sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL TREN

Calumniamos á nuestro siglo y nos mostramos ingratos al quejarnos de él como solemos hacerlo á cada instante. Alabar tiempos pasados es más fácil que sería resignarse á volver á ellos, si esto cupiese en lo posible. Que nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y del caracol, y oiríamos las protestas y los gritos desesperados de una generación habituada ya á la *ruda locomotora*.

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, de sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á su mejora. La rapidez, convengo, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen esos que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, de esos ramalillos tan útiles que enlazan entre sí las grandes arterias y las vivifican, viajar por España supone doble gasto de tiempo que en el extranjero, para ver la misma extensión de país. De Madrid á la Coruña, verbigracia, en silla de posta se iba en tres días y dos noches, relativamente más pronto que ahora por el tren en horas veinticuatro, y es que en vez de acortar hacia Zamora, da el camino innecesarias vueltas por Palencia y León, atravesando los campos más áridos y feos de la Península. Podría tal viaje realizarse en quince horitas, adelanto de ventajas incalculables para los veraneantes y los que del veraneo viven.

***

En nada se refleja tan claramente la estrechez de nuestra vida moderna como en el corto número de trenes y su enlace dificultoso. Al acercarse á regiones donde hay vida industrial y fabril, Cataluña, Vizcaya, las pulsaciones de la circulación se acentúan, los trenes salen con frecuencia, el viaje se facilita y arregla de suyo. Pero donde la industria no ha exhalado su soplo bienhechor, los trenes van á paso de tortuga y salen con desesperantes intervalos.

Y así y todo, el recuerdo del ayer y la comparación consuelan. No sé cómo se podía viajar por gusto antaño, si bien consta que no faltaba quien lo hiciese, y arrostrase las molestias sin cuento y los peligros, entonces reales y efectivos, de tal empresa. Y es que, desde los tiempos consabidos que se pierden, etcétera, esto de viajar ha tenido sabor de miel, misterioso encanto. Hoy viaja el individuo; entonces se trasladaban las tribus y los pueblos, siguiendo el curso del sol ó la honda corriente de algún río. Ahora que las grandes colectividades humanas parecen haber echado raíces, y que positivamente las masas están incomunicadas y sólo se amalgaman por el violento choque de la guerra, el individuo se desquita. Los adelantos han facilitado y repartido en porcioncillas la odisea.

***

En España la afición á viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo ó se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas «comodidades de su casa» sin las cuales mucha gente no comprende la vida.

¿Qué se saca de un viaje? Es difícil al pronto reducir á cifras tal género de utilidad. Pero, según decía aquel respetable canónigo toledano á quien días pasados me referí, *la pintura vence al verso;* no hay como lo que entra por los ojos, lo que vemos y tocamos. Todas la descripciones de Toledo no equivalen á un paseíto por las callejas y rinconadas de la imperial ciudad en compañía de una persona familiarizada con sus secretos. Eruditos libros de arqueología no suplen á la contemplación del viajero embelesado. En esto de los viajes hay mucho que no es reductible al conocimiento, que no es *aprender*, que va más lejos y corresponde á las esferas delicadísimas del sentimiento. Así un viaje – por ejemplo el de Goethe á Italia, el de Gogol á España – determinan á veces nuevas orientaciones para el artista.

***

También acerca del estado social de una nación se *aprende* mucho viajando por ella. No diré que un extranjero, al pasar de prisa por España, tenga probabilidades de acertar en sus precipitados juicios; en cambio, el español, conociendo ya el terreno que pisa, ve en un momento la señal característica de un período, el sentido que lleva la vida patria. En este particular, el viaje que acabo de realizar ahora, y que ha comprendido tantas y tan bellas regiones, no pudo infundirme ideas menos gratas y tranquilizadoras. No he visto grandes adelantos, y más frecuentes han sido las señales de estacionamiento, por no decir de retroceso, en la dirección de las energías nacionales.

Si en muchos pueblos se han erigido teatros, en casi ninguno ha dejado de alzarse, flamante, insolente de vida, con su arquería mudéjar, la plaza de toros. No sé por qué achacan á Fernando VII – aquel grosero chulapón injerto en ladino gobernante, que tan á fondo nos conocía – la difusión de la tauromaquia en España. Es ahora, es hoy, el momento en que se vive para los toros. No me desgrada á mí tal diversión; al contrario, confieso que me entretiene mucho; pero no me entretiene como un buen drama ó una representación de *La Walkyria*. No es lo malo que haya toros, sino que ellos absorban nuestro jugo y constituyan, á estas alturas, nuestra única y exclusiva preocupación..., ¡cuando debiéramos preocuparnos de tantas y tantas cosas! Y el arte mismo ¿puede existir entre tal atmósfera, de palmas, tabacos y mantanillas?, ¿puede sostener siquiera la competencia? Acuso á los toros de que agotan toda la sensibilidad nerviosa de que disponen los españoles, y devorando y abrasando su sangre, como la devora y abrasa un vicio, un hábito desordenado, los deja fríos é inertes para todo lo demás; no sólo para lo conveniente, sino también y en primer término para lo bello, para los goces de la imaginación y de los sentidos mismos, en lo que pueden tener de escogido y de culto y de intenso. El pueblo que se entrega á los toros completamente, no volverá á enriquecer las artes como las enriquecimos nosotros en los siglos que pasaron.

***

Lo primero que con orgullo me enseñaron en todas partes «los indígenas» fué la plaza recién salida del cascarón. Después vi también muchos conventos de nueva planta, mientras los antiguos se desmoronan ó están convertidos en almacenes y cuarteles. Se gasta en elevar edificios de mal gusto, templos que parecen de alcorza, y las maravillosas iglesias de antaño, profundamente sentidas y caldeadas por la fe, se agrietan ó se hunden. El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerando Pilar no era grande la concurrencia de fieles cuando oí misa.

En cuanto á las actividades propias de nuestra época y á las necesidades que sienten hoy los pueblos con mayor eficacia, apenas se me revelaron por señales ostensibles durante este viaje. Fué en Zaragoza donde advertí incremento industrial; la sangre de la industria que la arteria del canal reparte, ha sido allí fecunda engendradora. No se me han metido por los ojos las escuelas: no era mi propósito enterarme de este ramo, pues me atrae lo tradicional, pintoresco y legendario antes que la pedagogía; pero si al cabo hubiesen existido esas Escuelas acabadas de construir, relucientes y fresquitas, no dejaría de verlas, como ví los circos taurómacos, que tampoco buscaba.

***

Por la visita á unas Escuelas comenzó, sin embargo, mi viaje esta vez. Invitáronme los Sres. de Oñate, hijos del fundador, el rico fabricante de chocolate D. Matías López, á ver las Escuelas del lindo pueblecito de Sarria. Sucedíame con este pueblo lo que tan á menudo suele ocurrir: precisamente por tenerlo al paso, y cruzar por él todos los años varias veces, al subir de la Coruña al centro de España, jamás se me ocurría detenerme allí. Y cuando le llamo lindo pueblecito, no es por adjetivar: es que el paisaje de Sarria, un paisaje *de transición*, donde se transforma insensiblemente la blandura mimosa de la campiña gallega en la severidad no adusta aún de los primeros campos de Castilla, merece el calificativo. El fondo de montañuelas realza el cuadro de la llanura con depresiones suaves, salpicada de blancas casitas, de chalets, de Pazos solariegos, de arbolado y de jardines. El pueblo forma una colina, trepando las nuevas calles á enlazarse con las antiguas, que ascienden hasta rendirse á los pies del castillo señorial, el cual todavía mantiene erguido su torreón. No lejos del castillo, reposa soñando el convento y su iglesia monumental, que estaban desmoronándose y con gran oportunidad se encargaron de mantener en pie, echando techos y pisos, los Padres Mercedarios. Estos religiosos, envueltos en su blanco sayal, son un toque poético muy en armonía con el edificio y el pueblo, con el ambiente de sosiego y calma que en él se respira. Lástima que usen los Padres esos feos sombreros curvos, negros, de teja, adoptados hoy por todas las órdenes monásticas, sin exceptuar la franciscana, y que echan á perder el efecto de los hábitos más nobles. Dentro del claustro, donde no hay que llevar sombrero, el Mercedario, con su vestimenta de lana nívea, reclinado en un pilar ó nimbada la cabeza por un arco que sostienen capiteles de imaginería, da la acuarela ya hecha al pintor. He notado que los Mercedarios de Sarria son muy jóvenes todos; algunos parecen adolescentes, y con su cara imberbe y la modestia mística de su actitud, se están desprendiendo de alguna tabla medioeval.

***

Volviendo á las Escuelas, diré que el Sr. López no pudo hallar mejor empleo para regular parte de su hacienda, laboriosa y honradamente adquirida. Es toda esta familia en extremo caritativa y aficionada á hacer el bien, y no hay iglesia ni hay necesitado en Sarria (y supongo que lo mismo sucederá en El Escorial, donde funciona la gran fábrica de chocolate) que no conozca los efectos de su bondad previsora. Probado por repentinas desgracias y crueelísimas pérdidas de seres queridos, Matías López, que era un *self made man*, hijo de sus obras ascendido mediante su trabajo de posición humilde á la opulencia, sintió que debía, por decirlo así, pagar réditos á Dios, y dejó instituídas las Escuelas de Sarria; su viuda completará la obra fundando el hospital. Las Escuelas han costado más de medio millón de reales: el edificio es desahogado, ventiladísimo, entrando en él aire y luz á chorros; la instalación escolar, desde la peculiar hechura de los pupitres hasta los dos inmensos patios de recreación, descubre que la dirigió mano experta y entendida; el material, tan abundante que en largos años no se agotará el que hay de repuesto, es de última, con sus ricos muestrarios de objetos para las «lecciones de cosas» y sus cartones completísimos para enseñanza de Historia y Geografía; y las dependencias, cómodas, amplias, decorosas, encierran las viviendas del profesor y de la profesora, que encuentran allí modesto bienestar y seguro asilo.

***

Después de visitar las Escuelas nuevas, el paseo por Sarria nos llevó casualmente á tropezar con la Escuela antigua. Ni el más empedernido apasionado de la tradición resiste á una *lección de cosas* semejante. – Ver por los ojos, que diría el señor canónigo de Toledo. – La Escuela antigua, donde aprendió á deletrear Matías López, debió de grabar en su imaginación de niño el horror á semejante antro. Sostenido por postes de piedra, lóbrego, húmedo, infecto, se levanta aquel local miserable, en comparación del cual es alegre la cárcel contigua. Allí debieron de resonar firmes los palmetazos, arrancar sangre de las carnes infantiles las rudas disciplinas, y ostentarse el gorro de borricales orejas, castigo de los tumbones y desaplicados. Y quizás ni aun eso, porque tales severidades revelan algún celo en el dómine. Lo más probable es que se pareciese esta escuela á aquella que describe Galdós en *El doctor Centeno*: alianza del tedio con la rebeldía; reunión de chiquillos aburridos de muerte ó engrescados á trueque de combatir un fastidio invencible, el de la reclusión en calabozo mefítico y asfixiante. Y yo pensaba en la Escuela actual, con ínfulas de palacio, con salubridad y alegría y vistas y luz y hasta diversión para los pequeñuelos.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

En Barcelona hay que estarse una quincena para empezar á ver, ó pasar como el relámpago. No pudiendo hacer lo primero, opté por lo segundo. Llegar, dormir una noche en el hotel, tomar el primer tren, continuar á Gerona, á la mañana siguiente...

Pero había contado sin la huéspeda. Y la huéspeda fué mi torpeza para descifrar los Itinerarios. – Si el que me lee es persona capaz de entender fácilmente la *Guía oficial de los Caminos de hierro*, me inclino, le saludo. Me cuesta un trabajo desmedido relacionar los trayectos, y me equivoco frecuentemente al combinar las horas. No debe de ser culpa de la *Guía*, sino, lo repito, de mi poca disposición para el manejo de ese mamotreto, no tan enrevesado, sin embargo, como el célebre *Guide Chaix*, al cual puse el sobrenombre de *Libro de los Vedas*. – Parece que había un expreso á las nueve de la mañana; pero el tal expreso se me escabulló, y sólo me enteré de que salía el tren de la una de la tarde, mixto, por más señas, y sin otros coches que los de segunda y tercera clase. ¿Quién no se zafa de tan incómoda carreta, y no aguarda el expreso de la noche? Me encontré en Barcelona dueña de unas cuantas horas, nada difíciles de entretener en tan magnífica ciudad.

***

Hay en Barcelona, aparte de la espléndida catedral, dos ó tres templos que son mis predilectos, acaso porque los vi despacio la primera vez que visité esa ciudad, llamada por Cervantes (que era viajero de profesión y testigo de cuantía) «flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España,» y quedé para toda la vida encantada de su doble fisonomía, mitad industrial, mitad artística, tan artística como la de Santiago ó Salamanca. – Como quien refresca dulces memorias de amistades que no se han extinguido, así fuí á saludar por tercera vez á Santa María del Mar, á Santa María del Pino, á San Pablo del Campo.

Inspirados en un ideal genérico los templos, ninguno es igual á otro; cada cual tiene su alma propia, su sentido peculiar; en eso consiste su hechizo; la variedad dentro de la unidad, ley de belleza. – Santa María del Mar es una iglesia semi-aérea, en que la ligereza del estilo gótico de toda Cataluña y Aragón se exagera, si cabe; la finura de sus dos campanarios, la tenuidad de sus pilares, la altura de sus arcos, me recuerdan una sonata de Chopin, el compositor que con menos cantidad de notas construye más elegantemente la música. En cuanto á Santa María del Pino, iglesia gótica también, parece un trasunto de las beldades del período romántico; con su portada relativamente pequeña, su rosetón inmenso – el predominio de la mirada, los grandes ojos soñadores. – San Pablo del Campo pertenece á otra época muy distinta y todavía más hondamente religiosa: es fábrica bizantina; consta su existencia desde el siglo x. Allí buscó asendereada sepultura el conde Wifredo segundo; allí se ensañó Almanzor, el terrible asolador de templos cristianos. Y es que los templos, en los días de Almanzor, eran como la Acrópolis en las ciudades griegas y latinas: servían para invocar al Numen, y también para combatir á los enemigos de la patria. San Pablo ó *San Pau* conserva su rudo aspecto de fortaleza medioeval, recia, baja, ceñuda y sólida. ¡Qué contraste con las dos Santas Marías, donde la tranquila seguridad del triunfo de la Cruz florece en las abiertas rosas y en las torres frágiles y galanas! Al frente de San Pablo, en la portada robusta, se desarrolla un simbolismo de piedra: peces, estrellas, cabezas, una mano que bendice ó señala – confusa alegoría tal vez de la creación.

Lo que más me gusta de *San Pau* es el reducido claustro, con sus arcos trilobulados, y la complicada é ingenua labor de sus capiteles. Hállase en tales claustros el silencio, la soledad, la calma profunda y que deja al espíritu del viajero libertad para pensar en lo que se quiere, y fantasear lo que no existe. A veces, en alguno de estos claustros, por mí tan frecuentados, se me ocurre que el apego al pasado puede ser excesivo y asemejarse á una especie de enfermedad moral, y que al culto de las ruinas puede aplicársele la estrofa de Heine:

> Tanto y tanto los muertos he invocado
> al mágico poder de mi conjuro,
> que vinieron al fin... y hora, al nublado
> no quieren retornar de su antro oscuro...

***

Y no son momentos estos en que la actualidad no interese, con el mar de fondo del regionalismo y con los problemas planteados y jamás resueltos que aquí se agitan con violencias de palabra y de acción peligrosísimas.

Sólo que las antiguallas no nos traen penas, como las trae lo presente. Vivamos entre los muertos. – La función de teatro, inauguración del Romea, á que asistí invitada por mi sabio amigo Sanz y Escartín y su familia, tenía también fuerte sabor arcaico; era *Batalla de Reinas*, el celebrado drama de *Serafí Pitarra*, conjunto de reminiscencias románticas, donde tan pronto vemos la amenazante cuerda cortada de *La campana de la Almudaina*, como la escena capital de la *María Estuardo*, de Schiller. Damas y paladines, cuitas de amor y arranques de odio fiero, valentías y traiciones, todo expresado en forma rotunda y altisonante, por actores y actrices vestidos con prendas de esa guardarropía que no corresponde á ninguna época de la Edad Media y á todas puede aplicarse con intrepidez.

Sin violentar la realidad, yo situaba aquellos figurones bajo las arcadas de *San Pau* ó dentro de la altísima nave de Santa María del Mar, y allí adquirirían más realce, con el fondo apropiado á su estilo.

***

También visité la catedral, y la fuerza de las circunstancias me obligó á pensar en el destino terrenal de Santa Eulalia de Barcelona, toda vez que en el cielo bien sabemos que figura entre los coros de los que lavaron su túnica en la sangre del cordero. Parece que Santa Eulalia se ha convertido – de fijo sin pretenderlo – en patrona del regionalismo intransigente y antiespañol. Por cierto – ya que toco este asunto de pasada, de pasada lo diré también – que un periódico de Barcelona que á raíz de mi conferencia de París me trató de mala patriota, forma ahora, según dicen, en las filas de esta bandería enemiga de la patria. – Volviendo á Santa Eulalia, ante cuyo sepulcro me he detenido pensativa en la catedral, diré que si monopolizasen á esta Santa los enemigos de la unidad, los que tenemos la flaqueza, reprobada por Heine, de sentir profundamente el lazo patriótico, nos agarraremos á la otra Santa Eulalia, la de Mérida, cuya historia y actas me parecen todavía más conmovedoras que las de la barcinonense.

***

Notable parecido existe, sin embargo, entre ambas heroínas. Casi identidad; gemelismo absoluto. La Iglesia celebra el 12 de febrero á Santa Eulalia de Barcelona, y el 10 de diciembre á Santa Eulalia de Mérida. Las dos vivieron en el mismo siglo. Supongo que la palma de la primer mártir encendió en noble emulación á la otra. El ejemplo vino del pueblo. Eulalia de Barcelona era plebeya; Eulalia de Mérida de padres nobles; fuera de esta diferencia originaria, creyéranse pareja de azucenas en una sola vara, abiertas al mismo sol. La virgen de Barcelona tenía trece años cuando se fugó de su casa; la fuga en busca del martirio, que era la suprema aventura, en aquellos primeros siglos del cristianismo, de los corazones juveniles; y, según costumbre de los confesores cristianos, se fué á la plaza pública á increpar al procónsul Daciano, enviado á España para ahogar en sangre la doctrina. Ya se sabe lo consiguiente á la confesión pública: el potro, la cruz, las hachas encendidas á los costados, hasta que Eulalia expira, saliendo de su boca una paloma blanquísima, y cubriendo la nieve con casto sudario su destrozado cuerpo.

Leed ahora la historia de la virgen emeritense. Más niña que la otra, á los doce años, arrostra el martirio, bajo el mismo Daciano, el perseguidor implacable de los cristianos españoles. También huye de su casa de noche, con una amiga y compañera llamada Julia; y como Julia anduviese aprisa, Eulalia le dice sonriendo: «Por aprisa que vayas, yo he de ser la primera en morir.» Y llega ante el prefecto, y confiesa, y empiezan los suplicios, los azotes con látigos emplomados, el aceite hirviendo, las uñas de hierro, que desgarran la carne infantil – y la frase hermosa «Ya está grabado en mi cuerpo con estos caracteres el nombre de mi Esposo» – y la muerte en la hoguera, con la paloma que sale de la boca, y la misma cándida mortaja de nieve. Es Prudencio, el poeta de los mártires, quien nos ha referido las proezas de esta Eulalia. Ante su altar, uno de los primeros que se levantaron en tierra española, crecían tres árboles cargados de olorosa flor, que en mitad del invierno embalsamaba el aire. El rezo de la Iglesia en su fiesta nos dice que por Eulalia se probó cómo el débil vence al fuerte. No cabe duda, la virgen de Mérida eclipsa á la de Barcelona, y es curioso recordar este fragmento de Leyenda áurea, estas narraciones sencillas y encantadoras del Año cristiano, ahora que del sepulcro de una Santa Eulalia se quiere que salga, no la paloma con la oliva de la paz, sino la Medusa de la discordia más horrible.

***

Extraña crónica de viaje – ahora lo advierto. – Pero si siempre me gustan las digresiones, en viaje especialmente las encuentro sabrosas y necesarias. Un día pasado dentro de varias iglesias, de las cuales salí para escribir, ¿qué había de inspirarme sino estos cuentos de santidad? Más vale recordar los tiempos de la fe, que lamentar las profanaciones artísticas que afean el claustro de la incomparable catedral de Barcelona; los retablos nuevos, de un dorado charro, que contrastan con aquella maravillosa rejería gótica, fina como la pluma y flexible como las ramas, y con otros retablos amorosamente acariciados por el tiempo.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera – ¡cómo lo recuerdo! – me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acribilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan endebles, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descalabrar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo la constancia, el tesón inquebrantable de la raza; ese resorte que nosotros perdimos, que ahora sostiene á los *boers* y les enseña á poner al coloso inglés la ceniza en la frente. Éramos nosotros los *boers* de entonces, animados por verdadera fe religiosa y energía propia de nuestra leyenda. Y como, en aquella primer visita á las ilustres tapias, aún no habían sucedido nuestras desventuras, y con un poco de optimismo cabía esperar que bajo la ceniza se conservasen las chispas de aquel fuego, yo tuve unas horas de engreimiento patriótico, de alegría objetiva, de ilusión. Decayó mi entusiasmo cuando conseguí que me permitiesen ver la Aljafería. Los salones de soberbias techumbres artesonadas al estilo árabe, pero que pregonan la reconquista en sus yugos y flechas, nudos gordianos, letreros del *Tanto monta* y otros emblemas de los Reyes Católicos, sirven ahora de arsenal, y allí se ven en hileras y trofeos el armamento destinado al ejército español. Soy lega en estas materias, pero me sucede lo que á los hombres que sin entender de modas, por impresión juzgan del atavío de una dama, y suelen acertar. Así á bulto me parecieron anticuados los modelos de fusiles, y no me satisfizo ni la colocación, ni la limpieza de aquella armería. Salí de allí preocupada. No me distrajo ni el famoso balcón de la Gitana, desde el cual el conde de Luna ordenó que cayese la cabeza de su hermano el trovador Manrique, y hasta se me figuró que la leyenda en que se fundó García Gutiérrez es una descabellada patraña.

Por entonces aún estaba en pie un monumento que Zaragoza, no muy abundante en edificios artísticos, relativamente á otras ciudades españolas, no debe consolarse nunca de haber perdido: la Torre inclinada, que á pesar de su respetable fecha de cuatro siglos, *nueva* seguía llamándose. Curiosa torre, que conservaba en su adorno tan elegante y delicado huellas visibles de que en ella trabajaron reunidos maestros cristianos, judíos y moros. La mezcla del gusto gótico y del árabe, en la torre hermosísima, parecía emblema de lo que hubiera debido ser España si hubiésemos sabido amalgamar y fundir con la nuestra las razas conquistadas, en vez de arrojarlas de nosotros como el mar arroja el cuerpo muerto. Esas torres, en que se unieron los dos grandes elementos hispanos, el cristiano y el sarraceno, y dieron por resultado una joya primorosa del arte; esa torre que fué además profundamente nacional por su heroica misión de anunciar la caída de las bombas durante el sitio, era para mí toda la nacionalidad. Con tal cariño la miraba, que un chicuelo baturro, acercándose á mí, y burlándose, por supuesto, me interpeló:

– ¿Te gusta la Torre Nueva, franchuta?

¡Ay, si me gustaba! Mis ojos no sabían apartarse de sus torrecillas menudas, de sus franjas de arabescos, de sus góticas galerías, de sus ojivas finas y estrechas, de la curiosa, atrevida, gallarda columna de crecientes pies de elevación, y á la cual la inclinación misma prestaba singular encanto, como el de un enigma... Cuando volví á Zaragoza, la Torre Nueva había desaparecido, bárbaramente arrasada, sin que la piadosa idea de reconstruirla en otra parte hubiese germinado en los cerebros de los vándalos demoledores...

***

¿Y á qué negarlo? Si la Torre Nueva se captó toda mi benevolencia, el templo del Pilar fué una decepción. No esperaba encontrar allí la primitiva capilla construída por el apóstol Santiago para conmemorar la aparición de la Virgen en carne mortal, primer altar erigido á Nuestra Señora en el mundo; pero tampoco me formaba idea de una basílica tan profana. Por extraño caso, ha sido desgracia para los monumentos levantarse en países ricos y poderosos. El vandalismo hizo en ellos doble estrago. Las edénicas tierras de Levante, que acabo de recorrer, apenas conservan iglesias góticas, y de románico no se hable. El exceso de bienestar se tradujo en impías reconstrucciones, y se barrieron los escombros para alzar edificios de mal gusto. Del Pilar tal cual se construyó en el siglo XIII, no quedan sino el retablo y la sillería del coro. Las postrimerías del siglo XVII, con el torrente de barroquismo que en ellas se desató, grabaron su sello en este templo del Pilar, vasto sin grandeza y rico sin magnificencia. Los techos al fresco, la traza de las columnas, hacen pensar en un teatro; por mejor precisar la impresión, en el suntuoso vestíbulo de un palacio allá en Roma. El templo no es *mariano*, no es un afeminado camarín como el de la Divina Peregrina en Pontevedra; ni aun reviste ese carácter, es más frío, más desconcertado. Y sin embargo, bajo estas bóvedas que aplanan el alma en vez de elevarla al cielo, es donde ha brotado con más fuerza y empuje la florescencia de la fe ardiente, incondicional, enajenada. Como si estudiasen el modo de acrecentarla, la sacratísima efigie apenas se ve: no se distinguen sus lineamentos. Tanta plata, tantas alhajas, tanto cirio, la verja que no permite acercarse al altar, impiden que los ojos distingan pormenores.

Gana así, con el misterio, la devoción. ¡Cómo se ha extendido! No ya Zaragoza, sino Aragón; no ya Aragón, sino toda España, hacen de esta Virgen el Paladio nacional. Y nótese que la afición á la *Pilarica – la mada* diría, si me atreviese á aplicar tal nombre á cosas tan superiores á él – es de ahora, reciente, y en gran parte obra de artistas, de literatos, de músicos, de periodistas. Los milagros y grandezas de los santos, por cierto, eran más discutidos antaño que hoy. Ahora nadie aplica la crítica á la mayor ó menor autenticidad de los sucesos prodigiosos en que el Pilar funda sus preeminencias; en otras épocas se hilaba delgado en tales puntos; había exclusivismos, particularismos de la devoción, emulaciones entre pueblos y envidias entre santuarios; la tradición del Pilar, que se apoya en un códice existente en el archivo de la catedral de Zaragoza, no hay que decir si fué combatida. En el día ni aun la conoce la gente que va á postrarse allí, y mientras otros santuarios y otras efigies nombradísimas, como la de Guadalupe, van quedando relegadas al olvido, el Pilar sube y triunfa, no tanto por el esfuerzo de los verdaderos devotos como por un impulso general, de la colectividad, por mejor decir, de la nacionalidad, cuyo desmayado aliento y decaída pulsación se concentran en el Pilar marmóreo, último emblema de cualidades y virtudes propias del alma española, que poderosamente contribuyeron al antiguo engrandecimiento de la patria.

***

Por eso, principalmente, ningún español, al sentar el pie en Zaragoza, deja de visitar la simbólica columnita. Y por eso me sorprendió no encontrar la Basílica más concurrida. Era la misa de doce la que oí. La primera vez que vine á Zaragoza no se cabía; la segunda, recuerdo que había bastante gente, y que los baturros, después de haber rezado, se despedían con la mano, familiarmente, de la Virgen. Ahora la soledad, la falta del apasionado murmurio de los rezos, me causó una especie de frío. Cualquier otra iglesia quizás me agradase más solitaria; aquélla, el Pilar... ¡atestada, rebosando!

Entre las personas que me acompañaron al Pilar estaba el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y de la Asamblea, Basilio Paraíso. Del templo salimos para almorzar en la Quinta Julieta, un sitio amenísimo, de una coquetería de jardín de abanico, y donde la abundancia de agua de que se puede ufanar Zaragoza ha permitido simular un riachuelo y formar dos estanques orlados de flores y arbustos, en que bogan patos y gansos, atropellándose para llegar al puentecillo desde el cual les arrojamos mendrugos de pan. El sol espléndido, el día dorado y tibio, de dulce otoñada, llenaba el espíritu de placidez gozosa. Se me habían disipado los pensamientos relacionados con los destinos de la patria, únicos que tuve otras veces en Zaragoza; y sólo pensaba en lo grato del instante, viendo desde el balconcillo de la quinta la perspectiva de la ciudad – que después fuimos á contemplar desde el Cabezo de Buena Vista. – Hablábamos de política, y casi me costaba trabajo seguir el hilo de la conversación. Campo, sol, flores, agua, son poderosos calmantes. La Zaragoza heroica, la que hizo morder el polvo á las águilas imperiales, desaparecía para mí. A lo lejos divisábamos, no sólo cúpulas y torres de iglesias, sino chimeneas de fábricas, que se han multiplicado en estos últimos tiempos, creando una Zaragoza industrial muy activa, deseosa de emular á Cataluña en laboriosidad y riqueza legítimamente ganada.

Entre los recuerdos mejores del viaje cuento el almuerzo zaragozano, que me proporcionó ocasión de escuchar á Paraíso. El nombre de este aragonés apenas era conocido en España hace un año, y ahora se pronuncia y repite dondequiera, ya con el acento de la esperanza y de la simpatía, ya con el del enojo y la reprobación – que así se repiten los nombres si la fama los lleva en sus alas. – Basilio Paraíso vino á mi pueblo, á la Coruña, en junio, á celebrar un *meeting*, y me fué imposible oirle y hacerle los honores del castillo de Santa Cruz, por lo reciente del fallecimiento de Emilio Castelar. La fortuna me deparó ahora conocer más íntimamente al regenerador económico, que á decir verdad me produjo impresión del todo favorable. Basilio Paraíso tiene la franqueza algo ruda de su raza, una ingeniosidad espontánea, la tenacidad, la derechura y el sentido práctico. Modesto, su rápida popularidad ni le ha desvanecido ni ha despertado su ambición. Se propone un fin, y va á él resueltamente, á pesar de los compromisos políticos, de los quebrantos de la salud y del abandono de los quehaceres. Este hombre ilustrado, que estudió dos carreras, es fabricante de lunas, ó mejor dicho, adorna y pule las lunas que vienen fabricadas de Saint Gobain, las decora al estilo veneciano, dora los marcos y los talla ricamente; una industria bonita, fina, en que las mujeres encuentran empleo y labor, porque son más cuidadosas para la difícil aplicación de la hojuela de oro. Lástima que España no esté llena de fabricantes por el estilo... ó por otro: no seamos exigentes.

En el jardín de la fábrica, bajo el cenador de enredaderas, de España hablamos, de su porvenir, de sus abiertas llagas. Y sin que Paraíso haga alardes de patriotismo – en la misma calma de su voz, desmentida por el estremecimiento de sus nervios, visible en la cara – comprendo que este español ha sufrido, ha sentido, ha llorado quizás por dentro, y tampoco cree que tengamos el derecho de cruzarnos de brazos... Su remedio será más ó menos infalible – no es aquí lugar de discutirlo, – pero él quiere aplicar remedio, y lo aplica.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

MME. REJANE

En el próximo número publicaremos una semblanza de esta eminente actriz, que con éxito tan brillante está dando actualmente una serie de representaciones en el teatro Principal de Barcelona. Al publicar hoy su retrato, nos limitamos á enviar nuestro entusiasta aplauso á la que con razón se considera como una de las más legítimas glorias de la escena francesa.

LA VIDA CONTEMPORANEA

ENTRADA DE INVIERNO

Esta estación es atractiva, y comprendo perfectamente á los ingleses que han impuesto á Europa la moda de quedarse hasta muy tarde en el campo, aprovechando las últimas sonrisas de la naturaleza, que se prepara á arroparse en los armiños de enero.

En la época que ahora estamos atravesando, en el país del Noroeste, el paisaje es más hermoso quizá que en tiempo alguno. Despójanse de hoja los castaños y los olmos, y dibujan sobre el cielo la fina crestería rojiza de su complicado ramaje. Los prados tienen un verde de felpa delicadísimo, y los montes un violeta suave, en que los rayos oblicuos del sol proyectan líneas de oro. Los frutos del otoño se recogen y acaban de madurar en casa, al abrigo de la escarcha y de la lluvia. La castaña, con su ropón de brillante paño, la camuesa fragantísima, el pero sabroso, la manzana rusa de helado corazón, la pera de invierno con su granujienta pulpa, el níspero más dulce cuanto más podrido (como algunas gentes de sociedad), el amarillo acerolo, lisonjean el gusto y adornan la mesa. No hace frío; el aire es apacible y elástico. Las flores tardías tienen el encanto peculiar de todas las cosas postreras, de las que ya no volverán á suceder, de las que no tienen porvenir porque son constantes y sin sustitución posible. Diríase que una languidez penetrante emana de esas rosas cuyos pétalos caen flojos, de esas primeras violetas que embalsaman sin descubrir sus cálices color de melancolía, de esos grandes crisantelmos del Japón, desmelenados, derribados sobre la tierra, de esos rododendros y azaleas blancas que, engañadas por el sol de noviembre, florecen fuera de tiempo, con gracia pudorosa de niña precoz. Y hasta tiene poesía la negra bandada de cuervos salpicando de manchas de tinta el cielo azul, y exhalando un graznido que no es ronco ni desapacible, porque la distancia le presta sonido como de arrullo.

***

En las ciudades esta época también tiene una frescura especial. Se combina y arregla la vida para el invierno; se desechan los cuidados antiguos, se rehace, por decirlo así, la existencia de cada uno. El gusto de pisar otra vez las calles cuyo pavimento nos parecía ya duro á fuerza de andar por él; la excitación de la ciudad después de una larga temporada soñolienta y vegetativa, de campo; el ruido de oleaje de la multitud; todo alboroza, en los primeros instantes del cambio de residencia.

Madrid tarda, sin embargo, en eslabonar la cadena de sus fiestas y saraos. En esta época no se baila, no se encienden las arañas de los salones. Es verdad que ya salones y arañas no suelen brillar para fiestas de verdadero lucimiento; y las actuales mundanas siempre experimentan la nostalgia de aquellos días de la Monijo... Los cronistas de la vida elegante no cesan de recordar á la madre de la emperatriz, á María Buschental, á la condesa de Campo Alange. No conocí á la primera, y es un recuerdo vago á fuerza de ser lejano haber visto á la segunda, en el *foyer* del teatro Real, envuelta en un albornoz de rayas charras, de mal gusto, y disimulando á fuerza de afeites el estrago de los años. A la tercera la conocí tanto, que fué una de mis mejores amigas. No sabré encarecer bastante la gracia de su ingeniosa conversación, la espontaneidad de sus arranques, la lealtad de sus amistosos afectos, el estilo de gran señora que en todo y para todo sabía tener. Su colección magnífica de abanicos y tabaqueras, que se complacía en enseñar y comentar, me dió asunto para interminables excursiones históricas. Aquella noble dama no había recibido otra instrucción sino la que en su tiempo solía darse á las señoritas, por alta posición que ocupasen; pero el natural despejo, los viajes, el encontrarse dentro del foco mismo de la historia, que es la aristocracia de sangre, la habían enseñado mucho, sin esfuerzo, sin pedantería, y por eso su conversación, mosaico de recuerdos, era un tesoro, y sus cartas un primor, digno del siglo XVIII, al cual, por el espíritu y el carácter, pertenecía la condesa. Un día, la contemplación de un busto de bronce, romano por más señas, nos sugirió qué sé yo cuántas ideas y reminiscencias, las cuales, si pasasen al papel, serían tal vez curiosas. Por desgracia la condesa era ya anciana cuando la conocí. ¡Si hubiese vivido nada más que otros veinte años! – Al llegar las personas á recoger caudal de experiencia, rico tesoro de recuerdos, es cuando la muerte se las lleva, como si envidiase el contento que nos dan...

***

Dejada atrás esta memoria, diré que el invierno próximo se anuncia, más que bullicioso, tranquilo. El *train-train* de todos los días continuará invariable. Pequeños sucesos en reducido escenario. No ha sido muy trascendental la visita de los dos príncipes alemanes, si ya no es que el mozo llega con el tiempo á sentarse en el trono de España á título de rey consorte; y todo ello requiere acontecimientos, muertes, bodas, eventos cuyo misterio se reserva el destino. El mayor de los príncipes, según he oído decir á alemanes, desempeña un papel eminentemente decorativo en la corte. Su desmedida estatura le hace muy ornamental, y siempre que hay un entierro, un bautizo regio, una coronación, alguna de esas ceremonias á que los tronos envían representantes, allá va el príncipe, á lucir la presencia.

Si dudásemos del carácter, más histórico que otra cosa, de la institución de la monarquía, nos convencería esta observación, de cómo va unido á las condiciones personales el prestigio del monarca y de los que le representan. Un emperador romano, conocido por Maximiliano Hercúleo, fué elevado al solio en consideración á su gigantesca estatura. Un enano, un jorobado, no pueden reinar.

***

Uno de los síntomas de la postración actual – mayor de lo que á primera vista puede suponerse – es la carencia de polémicas literarias y artísticas. No se discute de arte, porque á nadie le importa ni preocupa eso. La misma sátira, que por lisonjear instintos naturales de malevolencia y frivolidad tenía lectores, va perdiéndolos. La indiferencia se sobrepone á la malignidad. Por eso no ha sorprendido ver que los periódicos agitaban la cuestión de cómo debe hacerse el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla; si empleando la canturia propia de los tiempos melenudos, ó con la naturalidad y realismo del teatro de hoy.

El problema es un problema de entrada de invierno, porque el *Don Juan* abre la temporada del frío, con su poesía de cementerio y sus arrestos bizarros de galantesador envuelto en la capa. Las razones en pro y en contra del tono enfático en el *Don Juan* no me han convencido mucho. Yo no creo que hay un molde sacramental para caracterizar un personaje. Cada actor puede sentirlo é interpretarlo á su manera, y en aquel momento producirnos sensación que nos conmueva y nos haga percibir la poesía especial del tipo. Novelli, por ejemplo, crea un Luis XI diferente del que Valero creaba; Mounet Sully ya lo comprende de otro modo; cada artista tiene su escuela, y puede lograr por medio de ella efectos grandes é inesperados. Sarah Bernhardt aclimata un *Hamleto* distinto del de Irving, y no es malo, no, el *Hamleto* de Sarah; dado que ni *Hamleto* existió, ni aunque existiese sería fácil averiguar cómo hablaba y cómo vestía y cómo se las había con su madrastra y su Ofelia y sus amigos y enemigos.

Si se me preguntase mi predilección, siempre votaría á favor de la naturalidad, de la dicción dramática sí, pero no *cantabile*, no con crescendos musicales y arpegios de voz y aires de bravura. Ahí están, por ejemplo, en el *Tenorio*, las nunca bien ponderadas y archiconocidas décimas del sofá. ¿Comprende nadie, ni cabe en cabeza humana, que en una noche de luna, entrando por la ventana la fragancia de los azahares, reunidos don Juan y doña Inés se pongan á gritar? ¿No es más lógico que aquello que van á decirse se lo digan á media voz, como un susurro dulcísimo? La eficacia de las frases de don Juan ¿no ganará mucho con el misterio y la reprimida vehemencia? ¿Se concibe un seductor á berridos?

***

Sarah Bernhardt, estos días, ha recreado al público madrileño, con su arte y también con sus perifollos. Es asombrosa la gran actriz, no sólo por lo que hace, sino por lo que se conserva, con una juventud eterna, como la primavera de la isla de Calipso. ¡Trabajar tanto y vivir tanto! Y no es que la distancia á que solemos ver á las actrices favorezca á Sarah y disimule en su persona la obra de los años. Hace pocos meses tuve el gusto de encontrarme al lado de Sarah, en su *camerino*, en París. Era el intervalo del acto tercero al cuarto, si no me equivoco, de la *Dama de las camelias*. Vestíase la actriz para el baile, y en sus crespos cabellos rubios lucía ya dos grupos de camelias rosa. Se daba blanquete á la garganta, colorete á los labios, sin interrumpir la conversación. El traje era de rosa blanco, de un blanco nacarado, y los grandes pliegues de la tela envolvían el cuerpo con majestuosas inflexiones. Pidió sus sortijas, y le trajeron una bandeja llena, de la cual eligió diez ó doce, porque en sus largos dedos delgados la sortija cae bien. Y al gritar el avisador: «¡Madame Sarah!,» era una impresión extraordinaria la rapidez con que se irguió, eléctricamente, respondiendo con toda su alma al llamamiento del público. Su alta estatura parecía mayor aún en el *camerino* bajo de techo y lleno de ramos de flores, de orquídeas ramas y plantas de salón. Recogió su cola, dejando ver que bajo la luenga y magnífica falda iba desnuda, es decir, que no llevaba otra ropa (sin duda para conseguir el efecto estatuario de la actitud en escena) y enseñando el pie largo, bien calzado, y la media de seda bordada hasta más arriba del tobillo; sonrió, saludó y se fué. Era inverosímil que tuviese la edad que le atribuyen los diarios; era una mujer joven, nerviosa, fuerte á la vez, de formas extrañas, entre mórbidas y seráficas, de lineamentos realmente tentadores para el lápiz y el pincel. ¡Y cómo hizo después la escena del desmayo!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

Cada vez que – al subir por la ancha carretera de Marineda á Betanzos, al paso vivo de las jacas que arrastran el coche – veo pasar á nuestro lado, anunciándose antes con su anheloso *¡teufl, ¡teufl*, el bicíclo automóvil, que cruza semejante á una exhalación y deja por memoria un olor pestífero á mineral ó gasolina, se me ocurre que los caballos ya van pareciéndose á las ballestas y lanzas cuando las desterraba la artillería naciente, y que dentro de poco los que nos empeñemos en continuar haciendo uso de la tracción animal, seremos algo anacrónicos, como era Don Quijote al encasquetarse el yelmo de Mambrino y cubrirse el pecho con la coraza comida de orín y empuñar el descomunal lanzón.

Si hay algo que esté «llamado á desaparecer» no es la forma poética, son los coches tirados por caballos y mulas. Nadie sospecha la revolución que va á consumarse aquí (señalo al planeta) dentro de cortos años, porque esto del automovilismo va de prisa (en España no, pero va en el resto del mundo); y es seguro que en lo por venir el caballo, nobilísimo animal, cuadrúpedo asociado á todas las glorias militares de los bípedos (excepto á las navales), quedará relegado á los Museos de Historia Natural, donde se enseñará su esqueleto como hoy se enseña el del mastodonte, el plesiosauro y el megalosauro antediluvianos.

Si en esta perspectiva entra alguna exageración, por lo menos habrá que convenir en que la misión del caballo quedará reducida únicamente á lo que ya hoy tiene de ostentosa y puramente suntuaria. Los duques de Alba del porvenir no renunciarán, es probable, al goce de albergar en fastuosas caballerizas á unos cuantos troncos *select*, rusos, mecklemburgueses ó húngaros, cruzados de esto, de aquello ó de lo de más allá, para solazarse en guiarlos, adestrarlos y pasearlos á son de bocina; los románticos que quieran galopar á campo traviesa, ó soñar dejando que las riendas floten sobre el cuello sudoroso del bruto, no renunciarán al potro árabe ni á la yegua inglesa de fino cuello. Pero estas serán superfluidades, singularidades, caprichos y gustos personales, sin trascendencia á la vida general, que se desarrollará con escolta y comitiva de automóviles, en vehículos, bicicletas, triciclos, con la electricidad á la mano y el gas pronto á suministrar fuerza motriz.

***

Arrastrar coche fué antaño uno de los privilegios de la opulencia. Creíase que el ahorro de las piernas y la posibilidad de trasladarse rápidamente de un lugar á otro era como la ejecutoria de los poderosos. Poco á poco, se democratizó también el coche. Primero, se estableció la posta; después, las carrozas de alquiler. En España, calesines y calesas pulularon, prestando el alegre tiitineo de sus cascabeles á los regocijos de la gente de buen humor. La plebe se arregló como pudo, con las galeras, las carretas, los carros, las tartanas. En mi país, las mozas vuelven de la siega empingorotadas sobre la mies, y el labrador que regresa de vacío, habiendo vendido á buen precio en la ciudad sus hortalizas ó su leña de pino bravo, también trepa al carro céltico, y se deja conducir regaladamente. No puede decirse que los menesterosos hayan desconocido siempre el gusto de ir *en patas ajenas*. A cada paso adelante que daba el siglo, España, renqueando, trataba de asemejarse, de seguir la estela de los adelantos que hacen tan cómoda y grata la vida. Tuvimos ferrocarriles, tardecito; ómnibus y tranvías, tardecito; tranvía eléctrico (mirándolo punto menos que como la octava maravilla) este año de 1899. Y á paso de tortuga, con timideces de doncella púdica que se asoma á la puerta del cuarto de un doncel, van apuntando los automóviles, última palabra de la locomoción en este siglo que tanto la ha facilitado, generosamente.

***

Siempre que empieza á popularizarse uno de estos inventos indiscutibles, pero discutidos en detalle, son de oír los diálogos que se cruzan, y en los cuales generalmente domina la nota *misoneísta* y el temblor del miedo á lo desconocido.

– Yo ni por mil duros me embarco en semejante chocolatera.

– A mí el olor me da náuseas.

– Es peligrosísimo.

– La familia H se despeñó, y el Sr. N se fracturó un brazo. ¡A ver!

– En las cuestas arriba se *planta*.

– En las cuestas abajo se *desboca*.

– Requiere un maquinista muy experto, y si no, no funciona.

– Y ese maquinista tiene que ser extranjero, y no se conforma con menos de un duro diario.

– ¡Yo encuentro feísimo ese armatoste.

– ¡Quién lo duda! Como que lo bonito de un coche es el tronco.

– Y cuestan un ojito de la cara. El de H... se llama doce mil pesetas.

– Rebaje usted. No hay semejante cosa.

– Serán seis mil.

– En fin, que ni regalado.

– ¡Ni regalado!, repite el coro de los que detestan la novedad, venga de donde viniere.

***

De suerte que por ahora, los atrevidos nautas descubridores que han importado á mi pueblo los *teuf teuf* tienen contra sí á una hostil y recelosa mayoría. El convencimiento de que el automovilismo es el «carruaje enganchado» para todos, no ha penetrado aún en los cerebros, así como las pupilas no han acertado á habituarse á la forma peculiar de esos carruajes sin tronco, semejantes, preciso es reconocerlo, á una sartén sin mango.

Partidaria decidida del automóvil, confío en la próxima Exposición Universal francesa para que se aclimate en este rincón del mundo. La Exposición (cabe anunciarlo sin ínfulas de profeta) ha de sacar á luz mil inventos y reformas que hagan desaparecer las actuales dificultades del automovilismo, y sobre todo permitan ofrecer al público el cachivache en condiciones accesibles á los bolsillos. La primer máquina de coser que he visto había costado cerca de ochocientos francos y era de muy difícil manejo; tanto, que acabamos por arrumbarla. Cada aguja que se rompía, conflicto; cada vez que se aflojaba la tensión, ahogo. Los defectos quizás superasen á las ventajas, y sin embargo se vela *allí* un progreso enorme, un gigantesco desarrollo para la industria, la esperanza de ventajas incalculables para la humanidad. No tardó mucho tiempo en perfeccionarse la máquina, y en poder obtenerla las clases modestas en las condiciones actuales, que hacen de ella el precioso auxiliar de la jornalera y de la costurerilla humilde. En la más recóndita aldea se escucha ya el traqueteo de la máquina de coser. Espero que no transcurrirán muchos años sin que las carreteras se llenen de automóviles.

***

Por lo pronto, va á establecerse una línea de estos vehículos entre la Coruña y Santiago; pues somos tan desdichados, que no hay trazas de que la capital de Galicia y la Jerusalén de Occidente se vean unidas por una vía férrea. Esta empresa hará que se les pierda el miedo á los automóviles. La rutina quizás se avenga á soltar los andadores de niño y el báculo senil en que se apoya para recorrer todos los días, despaciosamente, la misma senda. Es de advertir que en este trayecto de Compostela á la ciudad herculina permanece y dura en todo su esplendor la tradicional y clásica *diligencia* de nuestros bisabuelos. El tiro de doce mulas que responden ó mejor dicho atienden por *Coronela* y *Generala*; el mayoral de blusa, gordo, con su montera de piel, su tagarnina al canto de la boca y su blasfemia en la punta de la lengua sucia; el zagal menudo, ágil, con su vara y su faja roja y sus listas piernas de galgo; las guarniciones mugrientas, rotas, atadas con cordeles; la *baca* enorme, atestada de fardos y bultos y baulazos; el *cupé* aéreo, adonde trepan los aficionados al aire libre y á las buenas vistas; la *berlina*, el sitio de preferencia, adonde es preciso encaramarse poniendo el pie en la rueda salpicada de barro; el *interior*, innoble, pestífero, plagado de olores repugnantes y con vidrios que dejan sospechar si se habrá acabado el agua en la provincia; todo este aparato de la diligencia de principios del siglo continúa inalterable. Lo único en que conocemos que se ha progresado, es en que á esta venerable diligencia no suelen asaltarla ya ni foragidos ni facciosos. El elemento altamente pintoresco del asalto ha desaparecido, y el viaje se verificaría con absoluta tranquilidad, á no existir unas revueltas y despeñaderos donde la diligencia, á veces, gusta de pegar una cabriolas y dejarse rodar hasta el fondo del valle. Sería dificilísimo averiguar por qué existen rachas de vuelcos. A lo mejor la diligencia se siente formal y deja transcurrir un año, año y medio, sin dar el *pinche*, como aquí se dice. Y de súbito, en un mes, en una semana, vuelca varias veces.

***

Lógicamente, debiera volcar todos los días (mañana y tarde; sale á las doce y á las ocho). En efecto, ó las reglas del equilibrio no rigen, ó tiene que venirse al suelo un coche cuando es más estrecho de abajo que de arriba y le pesa mucho más la cabeza que los pies. En tal caso está la diligencia consabida, y tenemos que agradecerle de todo corazón que sólo obedezca á la ley de gravedad así, de tiempo en tiempo.

No falta quien murmure si, más que otras razones, influirá en los vuelcos el zumo parral. Al salir la diligencia de noche, raro es que el mayoral no lleve el cuerpo aforrado y abrigado interiormente. Suben las mulas despacio las cuestas de la carretera, y al lento rodar del inmenso vehículo, mayoral y viajeros descabezan un sueño, más ó menos reparador. Y cuando ronca descuidadamente el mayoral y los viajeros sueñan que están en su camita, muy sosegados..., *¡patatrás!*, de repente el coche se inclina, crujen los muelles, el tiro, loco, se arroja por la pendiente ladera al precipicio...

Por peligrosos que sean los automóviles, no lo serán tanto como la arcaica y patriarcal diligencia, de aspecto engañosamente bonachón.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EXCURSIONES

¿Os acordáis, en esta época del año, de los pajarillos? No es tan rigurosa aquí la estación como en los países del Norte, donde cae la nieve á copos y viste de escarchada blancura la campiña: nosotros disfrutamos de un invierno casi dulce, húmedo sí, pero sin rigores propiamente dichos, y así y todo los pájaros sufren en la estación presente, y se les ve desaparecer de día en día, sin que sus pitíos de alborozo se escuchen ni aun en los sitios donde más suelen bullir durante el verano.

Sobre la tierra endurecida por la helada se posan á veces, con vivos movimientos de la cola y la cabecita, sacando el cuello, saltando más lejos si su vista perspicaz descubre un gusano ó una larva dormida entre la hierba. Después, recelosos, suben de nuevo á las desnudas ramas de las acacias. Allí se juzgan en salvo. Y tienen razón: acá no se conocen las escopetas. Ni hay cazadores, ni tiene el pájaro enemigos. Ni aun con liga los cogemos. ¿Para qué?

***

Hace unos meses, en la torre que todavía no se habita, hizo nido (confundiéndola sin duda con unas ruinas) una familia de lechuzos. *Curuxas* les llaman los aldeanos, y su grito triste, de noche, se cree presagio de toda especie de desventuras. En el hueco del ventano, donde los monstruos y las alimañas quiméricas se retuercen en los capiteles, incubó sus huevos la sombría pájara nocturna. Cuando salieron los polluelos, blanquísimos, voraces, la pájara se echó á cazar, y les trajo diariamente carne fresca de ratón ó de paloma. Era la cara que tenía más á mano, y la que más lisonjeaba el apetito de los pequeñuelos. Sorprendimos á la familia y nos apoderamos de dos pollos, que parecían bolas de nieve por su blancura extraordinaria; sería más exacto aún compararlos á dos enormes borlas de cisne para polvos de arroz. Sus ojos redondos, negrísimos, no velan. Su cara cómica era una visión de Goya, una pesadilla extraña. De tiempo en tiempo exhalaba el lúgubre chillido que sugiere ideas extramundanales. – Sin darnos cuenta del objeto con que ejercitábamos tan peregrina obra de misericordia, nos dedicamos á criar á los lechuzos. No sallan baratos: era preciso mantenerlos á fuerza de carne y de pescado, que engullían ávidamente. Pero ni envolviéndolos en algodón en rama, ni atacándolos de ternera cruda, conseguimos que olvidasen su libertad salvaje y su nido altivo en las labradas piedras. Languidecieron y expiraron. El pájaro es un ser incoercible: no dominamos su independencia sino haciéndole muy infeliz.

***

¿Qué instinto los lleva á emigrar? ¡Ley singularísima y providente! En las vigas, en el voladizo de las solanas, veo el nido de golondrina vacío, seco, abandonado. Las inquilinas de esa cajita de brizna y hojuelas están en el Africa ahora. ¡Ellas felices! Cuando la lluvia y el viento hacen crugir los cristales y el suelo se encharca, ¿quién no envidia á las aves que podrán posarse en las palmeras y nadar en el azul sin límites? Acuden á la memoria los versos de Zorrilla:

> Tomó un esposo la golondrina
> y un nido en Cádiz le construyó...

***

Todas estas son, en plata, soledades del Africa, que me han quedado desde que estuve tan cerca de ella que con unas horas de vapor podía plantarme en Tánger y respirar el aire de otra parte del mundo. Desde este viaje conozco que me ha nacido en la imaginación una palmera y que se me han bañado en sol hasta las últimas celdillas del cerebro. Y hablo de la tierra recorrida como si antes de haberla visitado yo no existiese.

***

Una impresión de las mejores es Gerona. A la idea de este pueblo van unidos dos recuerdos literarios: uno, el del *Episodio nacional* del mismo título: otro, el del drama también de Pérez Galdós, fundado en ese episodio, que estrenó Vico en el Español – si no me engaño – y que recibió el público con disgusto marcado. Después de haber visitado en Figueras la prisión de Alvarez de Castro – cuya noble figura está bien dibujada en el *Episodio*, – gustábame ver el pueblo que defendió aquel valiente español del antiguo cuño; quería recorrer la ciudad generosa, que puesta á la boca de España supo detener al enemigo. Estas cosas, actualmente, despiertan tan raros sentimientos, provocan un estado de ánimo tan especial, que puedo decir que mi viaje ha tenido dos caras, una riente, de alegría y disipación del espíritu, en lo que puedo llamar la parte africana de España, donde el cielo y el suelo juntamente fueron una fiesta para mis ojos; otra, de nostalgia y melancolía y de esa contemplación triste que Schopenhauer califica de sana, pues en ella la medida de la salud la da el dolor. Y es muy cierto; en tales tristezas lo que sufre es lo mejor y lo más intacto del alma, y la lepra del indiferentismo se conoce en que el espíritu permanece insensible al cauterio de la vergüenza. De corcho sería yo si pasase por Figueras y Gerona con iguales impresiones que por Alicante y Murcia, recreándome en el paisaje y con los sentidos abiertos solamente á la magia del color y á lo pintoresco del cuadro.

¡Inolvidable Gerona! Es exactamente cual yo la veía en mi magín, al figurarme el canto homérico de la defensa. Fuí á la Catedral sin guía, y al punto acerté con ella y con su interminable escalinata. En el claustro, de románica traza, un canónigo, luciendo la elegante vestimenta de seda carmesí, leía en su libro de rezo, á la luz que penetraba por las arcadas y la puerta que encuadraba un fondo de montaña azul, y en primer término el campanario de San Félix flanqueado de negros cipreses. Parecíame estar en alguna pensativa *Certosa* italiana.

Ya las callejuelas de Gerona me habían recordado á Venecia, en su parte que podemos llamar *terrestre*, donde no hay canales para las góndolas. Los que escriben de Gerona suelen expresar este mismo concepto. La ciudad es pintoresca en grado sumo, con sus luengos soportales misteriosos, sus calles en cuesta, donde no penetra el sol, sus plazoletas desiertas, de un romanticismo grave, español, que pide á gritos el chambergo y el manto y la tizona y la estocada. El telón de fondo, severo, montañoso; los puentes que parecen capricho de escenografía; el dédalo de las edificaciones; la Catedral encerrada, casi oculta, que de pronto desarrolla la inmensa gradería de ochenta y seis peldaños... Sugestión para la fantasía, que ya no la necesitaba, bastándole los ecos de bronce con que aquí retumba la historia.

De antiquísima fundación es Gerona, y puede decirse que al través de los siglos ha vivido siempre arma al brazo. Situada en la vía militar romana, sufrió la repercusión del duelo entre Cartago y la república latina, que se venían aquí á ajustar sus empelladas cuentas. No se romanizó tanto como Tarragona, y cosa rara, tuvo un golpe de debilidad con los moros, á quienes abrió sus puertas, sus puertas siempre terribles para el sitiador. No la cogió en tan buen momento Felipe el Atrevido, el cual *no la pot aver per forsa, más per fam...*

¡Cosa digna de recordarse! Esta ciudad que había de poner á los ejércitos de Francia la ceniza en la frente, ¡fué francesa largos años!, hasta que las rojas barras de Vifredo el Velloso, estampándose en su escudo, la agregaron al condado de Barcelona.

Aparte del claustro, la Catedral no me atrajo por belleza de la arquitectura, sino únicamente por haber sido el centro espiritual, el foco ardoroso del heroísmo gerundense. El frontis, que ha sido comparado con gran exactitud á una estatua gótica con sombrero de tres picos, no merece elogios. Interiormente sí, es la Catedral de grandes proporciones y traza elegantísima. En el fondo, tres rosetones simbolizan la Trinidad. Sobre la puerta de la sacristía existe un sepulcro que evoca una tragedia: es el de Ramón Berenguer *Cap de estopa*, asesinado en una cacería. ¡Cuántos comentarios, qué terror y qué compasión habrá suscitado entonces este suceso! Hoy es preciso buscarlo en las crónicas, y aun así no nos conmueve. Sería necesario, para sentirlo, ponerle música de Wagner.

***

El canónigo de ropaje carmesí, que leía con tanta atención su librito de oraciones, en la paz de aquel claustro medioeval, accedió á mis ruegos de que se me permitiese ver las joyas del Tesoro, especialmente la cruz procesional, que ya conocía desde la Exposición de arte retrospectivo, tan bien organizada bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, durante el Centenario de Colón, último alarde de nuestra fenecida gloria. Entre otros trabajos de no tanto mérito, logré volver á admirar la soberbia cruz, de esmaltes góticos, enriquecida con perlas. Después invertí más de una hora en la Catedral, sin mirarla: sentada en un banco, recogiendo mi espíritu, no sé si con verdadera religiosidad, ó sólo con patriotismo doloroso que de religiosidad se vestía. Érame imposible establecer la línea divisoria entre estos dos sentimientos. ¡De tal suerte nos han acostumbrado á identificarlos! Nuestra triste época, que lo desintegra todo, va aislando ya la patria de la religión. No era así cuando llovían sobre Gerona las granadas francesas. ¡Cuántas veces se habrá agolpado en la nave que yo veía solitaria, la población que no sabía rendirse, tomando al cielo por testigo de que merecían la protección divina y de que la patria es otra forma de la fe y de la energía moral que engrandece á los pueblos!

No eran de color de rosa mis ideas allí en el banco, entre la penumbra que la tarde al avanzar comenzaba á extender por la nave de la Catedral gerundense. Quería surgir la esperanza como surge la elegante y erguidísima flecha de San Félix, que se ve en Gerona desde todos lados; y pensando en que allí encontró honrosa sepultura el ínclito defensor de Gerona, se me ocurrió cuán difícil sería acertar hoy con el hombre digno de que en su tumba se escribiesen frases del expresivo epitafio de Alvarez de Castro:

> . . . . . .
> hic vir, hic est heros,
> nullum morituros in oevum.
> . . . . . .

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AL REGRESO...

Si valiese traer á esta sección de La Ilustración Artística una exacta referencia de nuestras propias impresiones, sobre todo cuando son extremadamente lisonjeras, yo hablaría aquí largo y tendido, llenando páginas y páginas, del viaje á Valencia, del cual vuelvo ahora mismo, interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente. La mayor parte de este viaje, sin embargo, pertenece de derecho al público, y en realidad ni es inmodestia ni indiscreción que yo le dedique algunos párrafos, rehuyendo lo que suene á egoísta complacencia, deteniéndome sólo á recordar lo que tenga significación general, y aun eso muy por alto, por no incurrir en exceso.

⁂

No fuí esta vez á Valencia como otras había ido, y voy á cuantas ciudades y pueblos interesantes é históricos existen en España, llevando la curiosidad por guía y por ley el capricho. Fuí llamada por el Ateneo valenciano á disertar en la sesión inaugural del curso, sesión solemnísima, muy diferente de lo que suelen ser tales sesiones, que de ordinario se concretan á formulismos. El Ateneo valenciano, huyendo de esa retórica que infunde sopor á los mismos que de ella se sirven, había pensado con tiempo, hacía meses, en dedicar su actividad á algo superior á la instalación de un salón de lectura ó á la organización de una velada con poesías y piano. Habíase resuelto nada menos que á ser una energía activa en la nación, llevando adelante, con el entusiasmo que caldea y la tenacidad que mantiene, la campaña de la educación integral, gratuita y obligatoria. Era esta campaña, y es, y quiera Dios que siga siendo, una imposición del actual momento, algo que se respira en el aire; no sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar á la generación que actualmente se está formando, y educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes. El mérito del Ateneo de Valencia consiste en haber proclamado esta aspiración; en no haberse encogido de hombros, ni tumbado á dormir la siesta – la siesta española, la perezosa siesta del meridional feliz á la sombra de sus emparrados, al olor de sus jazmines, al abaniqueo de sus brisas, bajo la languidez que desciende del cielo turquí.

⁂

No se lleva como se quiere una campaña de tal índole. El Ateneo se halla dispuesto á combatir, á practicar el precepto del Apóstol: *Insiste oportuna é inoportunamente*. Ante los poderes públicos, de importunidades suelen vestirse las reclamaciones nuevas. Aconseja la comodidad el *statu quo*, estado de momia seca, sin reacciones vitales. Evítese el movimiento, porque la momia se hace polvo al tocarla; respétese el rancio barniz secular, porque él protege la conservación aparente de la momia. Esa quietud, bello ideal de los gobiernos en los países entumecidos, no es solamente inmovilidad; es en efecto atraso, que va graduándose en razón de lo que se acelera el adelanto en otras naciones. Si uno se para y otro anda, es innecesario decir lo que sucede.

Determinado el Ateneo á dar su batalla en pro de la cultura, practicó gestiones cuya historia no sería breve, pero cuyo resultado por ahora se limita al rastro y huella abiertos en la opinión pública. Al que crea que esto es poco, he de recordarle que hace cosa de tres años nadie absolutamente se preocupaba de dos cuestioncillas tan baladíes como la instrucción y los presupuestos. Hablábase de política, como si fuese algo que no se relaciona directa ni indirectamente con el saber y el dinero, las dos arrolladoras fuerzas que rigen á la sociedad. Se bravateaba, se alardeaba de una fe extraordinaria en las virtudes milagrosas que había de demostrar España sacándolas no sabemos de dónde, quizás de la retorta del marqués de Villena, y la gente parecía no sospechar ni de una manera remota que es preciso, indispensable, tener hacienda y tener escuelas, pagar, robustecerse y adoctrinarse. Hasta eran escuchados con gusto los que sostenían la conveniencia de la santa ignorancia y los encantos de la fresca y suave indolencia nacional. Ignorar, ser pobre..., un ideal, un sueño. Pero sueño de asceta, sueño para fray Junípero. Cuando lo sueña una nación..., ¡qué despertares se le preparan! La dulce indiferencia hacia el oro y la ciencia puede practicarla el individuo, nunca la colectividad. Las mismas órdenes mendicantes, colectivamente, han construído, estudiado, enseñado, labrado monumentos hermosísimos, desplegado actividades propiamente humanas. Aunque campañas como la del Ateneo de Valencia no produjesen más bienes y frutos que cooperar á que España «avive el seso y despierte,» sería incalculable su valer y sus merecimientos. Nada se pierde: nada cae enteramente sobre roca.

⁂

Cuando pasé por Valencia, allá en septiembre, la invitación del Ateneo para que pronunciase el discurso inaugural me esperaba en Madrid. Casual fué todo. Yo, á no ser por la peste bubónica, ó mejor dicho, las fumigaciones y precauciones sanitarias que la peste dicta y que hacen intransitables las fronteras, hubiese ido á Portugal, no á las provincias de Levante. Aun después de encontrarme en Valencia, que es una ciudad especialmente capciosa y atractiva, todavía entre la invitación del Ateneo y el deseo de aceptarla se interponía el programa de mis quehaceres y trabajos, en su mayor parte inaplazables. La campaña de la educación integral me decidió. Quería coadyuvar á ella; érame grato asociarme á tal idea, contribuir á su desarrollo, estrecharme moralmente con la sociedad que la impulsaba.

⁂

Y ya he perdido el mérito, porque he sido tan recompensada de mi labor, que si no voy á inaugurar el Ateneo de Valencia, pierdo una de las mejores páginas de mi vida literaria, una hoja de oro. Al lanzar á la publicidad un libro, apenas nos damos cuenta del efecto que produce, suponiendo que alguno produzca. La acción del libro es muda y sorda: no vemos sus manifestaciones; no asistimos al brote del germen que deposita en el suelo. Con el discurso sucede lo contrario. Su acción es fulminante; á nuestra vista se ejerce. Bajo el poder de la palabra, sentimos cómo penetra la idea que hincamos, por decirlo así, en los que nos escuchan. Hay algo de sugestión, algo de conjuro, en este caso misterioso. La complexión de los públicos es distinta: he podido ya establecer comparaciones. En Madrid el oyente está, al pronto, distraído: cuando *entra* en prestar atención, es que hemos obtenido ya sobre él una victoria; lleva siempre el madrileño algo de esa prevención del espectador que paga, en noche de estreno; hay un *reventador* inconsciente en cada uno que escucha. En Francia, en cambio, tiene el auditorio formado propósito de oir, sí, de oir atentamente, con formalidad, con corrección; pero de tasar y justipreciar lo que se oye; de analizar; de no perder ripio; de saber por qué le dicen esto ó lo otro; en fin, es un público que estudia y reflexiona. Quiere aplaudir, quiere halagar, mas con la certeza de que no yerra al otorgar su aprobación inteligentísima. Está aquella gente muy sobre sí, y por lo mismo, al romperse el hielo somos dueños del campo. Esto pude notar en París. Al pronto, cortés y culta atención, reserva y calma; después, una especie de confianza repentinamente establecida; á cada párrafo, señales evidentes de como se enteraban, ideas cogidas al vuelo, intenciones adivinadas, lectura entre líneas, adivinación, aplauso á su hora – esa claridad de percepción tan propia del refinamiento y del hábito del ejercicio intelectual.

⁂

Y el público de Valencia, distinto del de Madrid y del francés. Muy inteligente, pero todavía más sensible, más artista; con la fuerza de emoción que se comunica y va del auditorio al orador, y vuelve del orador al auditorio. Corriente eléctrica, los nervios la transmiten, y el resultado es una transformación del modo de decir, más intenso, más dramático, más espontáneo también, porque deja de ser lectura y se convierte en recitación, no sirviendo las cuartillas más que de guía y como de hilo conductor que impide perderse. ¡Y qué sensación embriagadora, ver al público, con sus mil ojos y su alma compuesta de tantos espíritus diferentes, opuestos, inconciliables tal vez fuera de allí, aunarse, amalgamarse, identificarse, y venir hacia nosotros, arrastrado por unos sonidos, por el eco de una voz! Yo percibía que el público se me acercaba, y que le tenía, por decirlo así, en las manos. Mis sentimientos se le comunicaban; el entusiasmo patriótico descendía á él por mediación de mi acento. A mi vez, sufría la influencia y el contagio de aquel entusiasmo. Era una hora muy hermosa de la vida.

⁂

Si hay quien por medio del papel impreso desahoga rencores, da quejas, esparce melancolías y zurce divagaciones, ¿por qué no ha de ser lícito expresar alegrías de tan noble origen, goces de tan elevada naturaleza? Tarde olvidaré estos días pasados entre el halagüeño ruido – como de olas que acarician una playa del Mediterráneo – de un pueblo entero que agasajaba en mí á lo más alto y bello y culto, las Letras. Tantos y tan rendidos homenajes me los habían ganado unos rasgos de tinta sobre unas cuartillas; fuerza quizás, bien mirado, más real y persistente que ninguna. De esto no debemos avergonzarnos, sino enorgullecernos con santo orgullo. Se honran los que acatan esta fuerza; nos honramos los que la representamos, si la ofrecemos al ideal de la hora presente, lo que llamé *el altar de Nuestra Señora de la Patria*.

⁂

Y en ciudades tan artísticas como Valencia, todo adquiere sello de poesía infinita, todo es materia dispuesta para la belleza de la forma. Aquellos pueblecillos de la Huerta, dorados y con reflejos orientales, de palmeras africanas, de vegas rientes, de templos de azules cúpulas que figuran lirios invertidos, de casas vestidas de graciosa cerámica con vivos colores; aquel divino Salón de la Lonja, de columnas aéreas, de proporciones majestuosas, con sus mesas dispuestas para el desconmunal banquete; aquel Paraninfo atestado de gente, inundado de luz; aquel claustro que vestían ricos tapices y guirnaldas frescas; aquella tribuna toda de flores; aquellas alquerías animadas por la morisca algazara de los bailes populares; todos los lugares en que se celebraron las fiestas, eran diferentes allí de lo que serían en otra tierra y bajo otro cielo. Esto que se llama el ambiente, ejerce un prestigio que no cabe desconocer. Valencia es la ciudad española de atmósfera más italiana. Aun en nuestra encogida y triste época, hay allí una especial vibración de sentimiento estético, una facilidad para asimilarse el arte, que se nota y no se define. La educación completa obraría prodigios en tan sensible y entusiasta raza. La gente del campo, la de esfera más modesta, me ha producido impresiones de extraordinaria percepción artística é intelectual. Y no quiero decir más, porque no debo gloriarme sino en el Señor: es decir, no debo recordar las propias venturas, sino las esperanzas generales, el aura de resurgimiento y de renovación que he creído respirar, cuando noté que mis palabras no caían en el vacío, que mis afanes encontraban eco, y que al auscultar, el corazón de España latía aún... Valor y adelante.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

MÚSICA Y CUENTOS

Uno de los fenómenos que tendrían más difícil explicación, caso de tener alguna, es el de la esterilidad de la ópera española. ¿Hay acaso condiciones de clima bajo las cuales la ópera se produce, como las hay favorables á la madurez de los plátanos, de los melones y de los albérchigos? ¿Hay países, en este terreno, privilegiados? Y si los hay, ¿en qué se conocen y qué circunstancias influyen para lograr el privilegio? Imposible decirlo. – Alemania é Italia, no sólo no se parecen, sino que contrastan en todo; en raza, en clima, en creencias, en civilización. Sin embargo, Alemania é Italia *crían* la ópera.

***

Va Francia no la cría sino laboriosamente, como fruto de estufa, como algo más debido al artificio y á la sabia composición y cultivo intensivo que á fuerzas propias del suelo. Y en llegando á la parte de acá de los Pirineos, la ópera se agosta y languidece, hasta quedarse más seca que el esparto.

Ya sé que mi afirmación, como todas las afirmaciones de carácter general, puede desmentirse con citas y datos que encierran una verdad parcial y relativa. No por eso dejará de ser exacta, en conjunto. Que á los esfuerzos realizados haya correspondido algún resultado; que se hayan escrito óperas, y entre ellas no falte algo que alabar y se note el loable empeño de asimilarse los métodos que tanta gloria han valido á los maestros alemanes de nuestro siglo, no desvirtúa lo aseverado antes. Podrá existir una ópera ó dos ó seis que sean dignas de aprecio y de loor, y no existirá, realmente, ópera española, con vitalidad artística suficiente y caracteres propios.

***

La misma lengua castellana diríase que se opone á que llegue á obtenerse tal resultado. Tenemos el derecho de proclamarlo los que hace muchos años nos servimos de este idioma al cual se aplican á bulto calificativos, unos más fundados que otros: – el español es duro para el verso y para el canto: sólo es amplio, sonoro y lleno en el período de la prosa. – Alguna razón de ser reconocerá el fenómeno, por pocos observado, de la relativa inferioridad de nuestra poesía lírica en los llamados *siglos de oro* de la literatura. Para libretos de ópera, el castellano se *desfoga*. Hay dialectos ó lenguas regionales en la península que vencen en semejante respecto al castellano. El gallego (no lo tomen á risa los que creen que sólo hablan gallego los aguadores de sainete) es más eufónico para el canto, mucho más. He comprobado que media hora de recitar versos castellanos fatiga la garganta y enronquece la voz doblemente que una hora de recitar versos gallegos ó italianos. Lo ligado y dulce de la pronunciación es auxiliar del ritmo y acaricia el oído.

El año pasado se cantó en el Real *La Walkyria* en español, y recuerdo que, á pesar de la sublimidad de la partitura, el público sentía ganas de reir cuando alguna frase, por ejemplo aquella de «Prepara el hidromiel,» se destacaba sobre la música y resonaba secamente. Este año, al estrenarse la *Raquel*, de Bretón, ha sucedido lo propio. Parece que versos enteros promovieron la hilaridad del público – y yo creo que esta hilaridad no se explica por la calidad literaria ó literaria más bien del libreto (malo de remate, según fama), sino sólo por la extrañeza que origina la lengua española en libretos de ópera, y por lo inadecuado de la misma lengua para la dulzura y lo fundente musical. La risa y la chacota nacen de la mortificación del oído.

Se me objetará con las zarzuelas. Las zarzuelas, es cierto, se han cantado en español siempre, y no han provocado á risa. Quizás sea porque las zarzuelas no tienen las pretensiones de la ópera, ni se exhiben en el Real, ni se asiste á ellas con frac y gardenia á la *boutonnière*. No se ha estudiado bastante el influjo de la gardenia en el ojal para predisponer á la severidad y á la ironía. Lo cierto es que las zarzuelas han merecido mejor trato que las óperas. Yo, que no entiendo de música, que estimo siempre el esfuerzo y el trabajo artístico, porque sé cuánto cuesta, cuán arduo es, me guardaría de calificar severamente ni á la recién estrenada *Raquel* ni á ninguna de las óperas españolas que han aparecido con varia fortuna en el teatro Real: me limito, pues, á decir que, habitualmente, los espectadores salen rabiando de los estrenos á que aludo. Cierto que también salían furiosos de la *Walkyria* y del *Barco fantasma* y de *Lohengrin* la primera vez; cierto que han ido habituándose á algunas obras españolas, por ejemplo *Los amantes de Teruel* y *Garín*, oídas ambas ya con tolerancia y aun con gusto y complacencia y admiración. Sin embargo, este despego, este movimiento de prevención, mucho indican. No *entra* en la gente la ópera nacional.

***

Es un error palmario de los maestros españoles conceder tan escasa importancia al libreto. El libreto ejerce influencia capital; é influencia no menos decisiva, la habilidad en reducir, proporcionar y equilibrar la cantidad de música. Se queja todo el mundo de lo extenso; nadie lamenta que las cosas sean breves. Y nótese que caen en el error de la prolijidad los más expertos y sabios músicos, poetas, oradores y novelistas. No vale la experiencia para enseñarles á precaverse. Wagner es prolijo, quién lo duda; pueden los demás escudarse con su mal ejemplo; sólo que ni aquí abunda la paciencia alemana para escuchar y sentir, ni ha de negarse al genio verdaderamente excepcional de Wagner algún privilegio excepcional igualmente.

De todo lo que voy diciendo se desprende que la *Raquel* de Bretón – no la he oído todavía – no agradó; no fué bien acogida, ni correspondió á las esperanzas que en ella habían depositado los muchos admiradores que posee el maestro. No es razón para desanimarse, ni para que se digan pestes – las dicen muchos – de la música española. Aunque estas latitudes no sean favorables al florecimiento de la música, una nación debe intentarlo todo. Dicen los inteligentes que hay tesoros en los archivos de nuestras catedrales; sabemos los aficionados á las costumbres populares que en las regiones de España existen de liciosos temas y canciones fresquísimas y de marcado sabor. Estos elementos, y la graciosa música derivada de ellos, y que retoza en las zarzuelas y se mete por los oídos y no nos deja vivir á fuerza de insinuarse y de *pegarse*, constituyen, es innegable, un contingente que España haría mal en despreciar. La ópera es forma la más exquisita; pero hay otras muchas formas musicales interesantes, gérmenes acaso de un desarrollo que traerá el porvenir, modificando quizás el genio de nuestra raza.

***

A la música ligera y alegre sería pedantesco tratarla con desdén. Su facilidad está llena de encanto. En esto descollamos los españoles. En toda Europa y por supuesto en las dos Américas se ejecutan y tararean nuestros pasos dobles, tangos, danzas, jotas y coros humorísticos. Me refirió una viajera que en el primer café cantante de Nueva York donde puso el pie, la recibió el terceto de los ratas de la *Gran Vía*. Este terceto parecía algo local, algo propio sólo del ambiente madrileño, y no obstante era artículo de exportación, género internacional. Puesto que hemos logrado dominar este género, atengámonos á él. Escriban óperas enhorabuena, pero confiemos en las zarzuelillas y en su picaresca sandunga.

***

Y los que escriban óperas, que escarmienten; que mediten bien el libreto. A veces, como decían nuestros padres, más cuesta el salmorejo que el conejo. Es lástima que el elemento musical se elabore con primor, con estudio y detenimiento, y el literario aparezca relegado, no á segunda, á décimoctava fila. Hablo, en lo que se refiere á *Raquel*, de memoria; pero es tan unánime la opinión de la prensa y de los que asistieron al estreno, en lo que se refiere á la inferioridad del libreto, que debe de valer muy poco. Y la leyenda se prestaba; había allí, ó podía haber, calor de romanticismo, fuerza de pasión, color de Edad Media, muchas cosas favorables á la inspiración musical. Que fuese ó no fuese conseja, fábula y hasta calumnia lo de los amoríos del rey con la hebrea, importaría un bledo; el poeta tiene derecho á aprovechar mentiras poéticas, que acaso – ¿quién podría afirmar lo contrario? – se fundan en alguna verdad transmitida por la tradición é ignorada por la historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada.

***

El Liberal ha abierto un concurso de cuentos, y publicado los temas, creo que seiscientos sesenta y siete, nada menos, de los presentados á este concurso. Si cada cuento es de un cuentista, floreciente en cantidad anda la literatura cuentera en nuestra patria. Cerca de setecientos cuentistas, no creo que los tenga Francia, país donde el cuento se ha cultivado, desde la reina Margot y Voltaire y Diderot acá, con brillantez y con fortuna. Lo que sospecho es que muchos habrán enviado su docena de cuentos, por si no acierta uno que acierte otro.

Es entretenida y sugiere observaciones curiosas la lectura de los temas. Los encuentro cortos y expresivos, y otros que parecen más adecuados á una *Memoria* presentada á la *Academia de ciencias políticas y morales*. Verbigracia: «El vicio y la miseria son el fin de los países mal gobernados.» – «La honradez será premiada.» – «Son infinitos Dios, el tiempo y el espacio.» – «El hábito constituye en el hombre una segunda naturaleza.» – «En el modo de ver está el gran secreto del arte.» – «El placer y el dolor corren parejas por el mundo.» – «El estrecho de Behring fué un día el puente ó el istmo.» – «La misión del hombre en el mundo es amar y proteger á la mujer.» – «Hay una cosa que deben evitar siempre los hombres.» – «Caridad es el amor á Dios, reflejado sobre los hombres.» – «Matad la necesidad y quebrantaréis el vicio.» Etcétera, etcétera.

Vienen después los lemas latinos, que abundan como la hierba, y son aquellos de candonga y muletilla archiconocidos, de sonido tan familiar ya como el de un *Dominus sobiscum*. Por ejemplo: «*Deus est charitas.*» – «*Nihil novum sub sole.*» – «*Suum cuique tribuere.*» – «*Spero lucem post tenebras.*» – «*Remember.*» – «*Labor prima virtus.*» – «*Corriget videndo mores.*» – «*Nosce te ipsum.*» En fin, el latín de andar por casa, confianzudo y sobado y vencido por el uso y el abuso de varias generaciones.

Los hay asimismo inspirados en un sentimiento patriótico y de actualidad, que se reflejará probablemente en el texto del cuento, como se ha reflejado en el lema. Véanse algunas muestras: «¡Viva España!» – «Patria.» – «*Pro patria.*» – «Por mi Dios y por mi patria.» – «Morir por la patria no es morir.» – «*Dulce et decorum est pro patria mori.*» – «Castilla.» – «Patria (otra vez).» – «Victoria por los boers.» – «Ejército español.» – «¡Loor eterno á España!»

Algunos encierran un consejo literario, un conato de programa estético. Véase la clase: «El arte de la literatura es la cristalización de la vida.» – «El naturalismo es la literatura del siglo XX.» – «Realidad, altura, concisión.» – «Todo cuento, ó debe ser gracioso, ó tener moraleja.» – «El cuento debe ser en la prosa lo que el soneto es en la poesía.» – «Todo por el arte.» – «Quien hace un cuento hace ciento.» – «Un cuento debe ser una novela en pequeño.» – «El cuento es la forma literaria del porvenir.» – «El cuento puede ser espejo de las costumbres.» – «Para cuentecitos estamos.» – «El cuento es lo primero que se inventó.»

Y por remate de esta especie de disección de los lemas, en los cuales encuentro materia para reflexiones que omito, he de decir que algunos lemas descubren cierta sencillez idílica y cierta naturalidad y hombría de bien incontestables. Ahí van dos ó tres: «¿Qué mal café dan en los de Madrid!» – «Quinientas pesetas (el acreedor).» – «La virtud siempre halla recompensa.» – «Los cuentos son un recurso ameno para los periódicos diarios...»

¿Verdad que tales lemas sosiegan los nervios como la tila?

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LABERINTOS

O hay espectáculos que dependen de la época en que se verifican, y no son concebibles, fuera de aquella época misma, en ninguna otra, ó lo que nos cuentan del Circo Romano es fantasía y hablar por hablar. Desde hace tres ó cuatro años se intenta aquí aclimatar la diversión de las luchas de fieras, y no se consigue, no porque la piedad y el horror á la sangre y á la carnicería lo impidan, sino buenamente porque la lucha... no sale. Ya es un león que se acoquina y se mete en los rincones, depuesta su ferocidad y todo acongojado y medrosico ante los cuernos del toro; ya es una pantera que parece un gato, y gato manso, de los que al amor del brasero roncan cerrando los ojos; ya una hiena de excelentes sentimientos, afiliada acaso á las Ligas de la paz; ya un oso que se limita á bailar, haciendo méritos para lucir el frac rojo, en vez de acometer y de estrechar con su mortal abrazo al enemigo. La creación se pone mansa; la fauna pierde sus bríos y su fiereza; ya no hay animales de esos que en la Edad Media, entre el simbolismo de los Bestiarios, asomaban vomitando fuego, incendiando con su aliento, tragando con sus bocazas á la gente. – Y por eso no cuajan las luchas del circo redivivas.

***

Mala cosa es la mansedumbre. Pone triste ver á un león que se humilla, que tiembla y mete la cola entre las zancas. La imaginación asocia la actitud del gran felino á ideas bien tristes. De humillaciones de león está tejida la tela de nuestras desgracias. Por eso no quiero asistir á semejantes peleas, en las cuales falta el elemento artístico de la vieja Roma y sólo aparece el industrialismo de los modernos tiempos.

***

Un espectáculo curioso y de carácter más bien científico que artístico, aunque de invención española, es el *Laberinto árabe*, que estos días se exhibe en el *Teatro Moderno*. El origen de los laberintos se pierde – como diría algún sabio de celuloide – en la más remota antigüedad. Los primitivos laberintos eran cementerios subterráneos, cruzados por calles, callejuelas y encrucijadas, y de esta forma sepulcral ya extinguida son todavía rezagos las Catacumbas, en las cuales el viajero se perdería á no guiarle, con sus cerillas encendidas, el capuchino práctico ya en conocer las revirevueltas y complicaciones de la red. El enorme laberinto egipcio permanece sepultado bajo tierra, como uno de tantos problemas arqueológicos, que algún día quizás saldrán á luz, al practicarse excavaciones ó cuando la casualidad lo quiera, pero que por hoy ni aun háy modo de sospechar cómo han de esclarecerse. El tal laberinto era inmenso, y contenía vías, templos, pórticos, escalinatas, colosos, cuanto sabía encerrar en las entrañas de la tierra el pueblo que construyó las Pirámides. Y ahí estará ese laberinto, soterrado, oculto, guardándonos revelaciones que harán la felicidad de los futuros investigadores... El misterio de los laberintos de la antigüedad es psicológico y literario. El de Creta, el más famoso, el que más habia á la imaginación, sólo en ella ha existido. Es un laberinto fabuloso enteramente: es el alma humana, llena de complicaciones y de abismos. Es Fedra, el delirio sentimental, la gran víctima de la pasión – personaje que la Edad moderna no ha sabido concebir, y que tiene la sublimidad de las épocas primitivas, allá cuando el deseo y el remordimiento eran fuerzas iguales. ¿Qué importa que el laberinto no haya existido jamás? Son verdad, verdad terrible, Fedra y Pasífae, la calcinada sangre maldita por Venus, la raza fatal consumida por llamas nefandas y horribles. Y ese obscuro laberinto, prisión de monstruos, del cual no acertaba á salir el mismo que lo había trazado, es Psiquis, ¡ay!, Psiquis, la Psiquis sombría que no admite explicación ni posee clave, la profundidad no iluminada por las antorchas, el eterno secreto, la desesperación del moralista, el tesoro del artista, que de ese seno profundo extrae perlas.

***

Vuelvo al laberinto árabe. En este no hay nada que asuste, y sin embargo advierto esa impresión de fatiga nerviosa que prepara el camino á los fenómenos hipnóticos. Está hecho el laberinto por medio de una combinación de lunas de espejo, y una red de galerías sostenidas en columnas árabes, del estilo de la Mezquita de Córdoba. El laberinto es reducido; ocupa poco espacio, pero la gracia de la construcción está en que parece ocupar mucho, y á sus galerías no se les ve el fin. Nadie creerá que siendo tan chico parezca tan difícil orientarse en él y buscar la salida. Ello es que así sucede, y que hasta hoy no sé si alguien ha logrado resolver el enigma propuesto á los que en el laberinto entran, aunque sin la sanción penal de ser devorados por el Minotauro.

Las lunas de los espejos, colocadas hábilmente, copian y devuelven la imagen de los visitadores del laberinto, multiplicándola de tal manera, que ocho ó diez personas que allí se reunan parecen una inmensa muchedumbre que por pasadizos sin término afluye á un punto central. Un perrillo se convierte en veinte ó treinta perrillos que corretean por todas partes, y marean y aturden con sus saltos, de fantástica rapidez. Hay un rincón á gabinete que se llama «de los Enamorados,» porque desde él se ve venir á la misma persona cien veces, desde cien puntos distintos, pero en igual dirección: hacia la otra persona que aguarda en el gabinetito, y cuya retina se llena de aquella imagen, como se supone que está lleno de ella el corazón. Ilusión verdaderamente amorosa, esa aparición continua del mismo ser en todos los ámbitos del espacio. A los que pretenden salir del *laberinto* se les lleva á una cámara que tiene doce puertas, de las cuales sólo una conduce afuera. Y nadie tiene el acierto de empujar la puerta dichosa, la puerta única.

***

Este laberinto geométrico, con sus combinaciones de óptica que ayudan á confundir los sentidos y á trastornar la cabeza, me recordó mil cosas de la niñez: las quintas y casas de campo en que jugué y corrí con la chiquillería, los primos, las primitas, los amigos de los primeros años. Había *laberinto* entonces, como ahora, infaliblemente, hay campo de *lawn tennis*. Eran los laberintos campestres de antaño hechos de mirto, y bustos y estatuas de yeso guarnecían sus bosquetes y templetes seudo-mitológicos. Solíamos apostar á quién salía primero del laberinto; y la verdad es que allí no tenía la empresa nada de difícil. Aquellos laberintos eran la inocencia misma, el candor vegetal. Las paredes verdes se estremecían al eco de las carcajadas; el follaje retemblaba al paso de la tropa alegre y jubilosa que se perseguía, empujándose ocultándose, volviendo á abrirse camino, y aun brecha, entre las ramas desgarradas. Y un olor fresco, amargo, floreal, impregnaba las ropas, mientras las hojitas charoladas del mirto se quedaban presas en los sueltos cabellos ó en las trenzas de las mayorcitas – entonces el pelo se entrenzaba desde los diez años ó antes.

***

Ya los laberintos de árboles son una cosa arqueológica, tan arqueológica como los otros laberintos de Egipto y Creta. Procedían de la jardinería francesa, acompasada y regular y decorativa, de la época de Luis XIV, y llegaron aquí con el retraso con que todo suele llegar, retraso de más de un siglo. Venían en derechura de Versalles y Choisy; y traían el madrigal y el asunto de país de abanico, á nuestras severidades escurialenses, á las graves arideces de los fondos de Velázquez y Ribera. Idea infantil y afeminada la del laberinto francés, aquí cundió, sin arraigar. Y era más poético aún nuestro Generalife, con sus calles de arrozares y las sorpresas de sus graciosos surtidores de agua, que esas marañas discurridas por Leclerc y adornadas con redondillas galantes, fuentes de mármol con tritones y driadas y fabulillas de Lafontaine, inscritas en zócalos y recuadros color de rosa, por los cuales trepan las enredaderas salpicadas de blanquecina flor.

***

Al lado del laberinto hay un panorama de Jerusalén, muy bien presentado, tanto que produce la ilusión de un circuito extensísimo, y en realidad, como el laberinto, ocupa poco trecho. Algo semejante he visto en París, en la época de la última Exposición: un panorama de la guerra franco-prusiana. Aquél, entre la ensangrentada nieve, presentaba hileras de cadáveres y huellas de incendio; éste nos lleva al bendecido Portal y á las dulces puerilidades de la mística Noche. Los adelantos de la ciencia en sus aplicaciones á estos espectáculos son aquí casi desconocidos. Apenas empiezan á popularizarse los cinematógrafos, los fonógrafos, los graffófonos, los kalidoscopios, todos esos recreos con nombres griegos, que en el extranjero se encuentran á cada paso.

¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el graffófono, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco á esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.

***

Son juguetes, sí; juguetes de niños. No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpitación del corazón, un movimiento del alma. Se ven, y pasan sin grabar un recuerdo, ni excitar la ternura, como la excitan las muñecas, ó el valor, como lo excitaban los caballos y los soldados de plomo. No entran, digámoslo así, en el alma de la niñez. Y los grandes tampoco sacamos de allí más que cansancio. Conozco que no se han hecho para mí tales invenciones, y huyo de ellas lo más lejos posible. Me hacen el efecto de un problema de ajedrez, juego á que nunca he podido dedicarme, por no entenderlo. Todo aquello en que entra un elemento matemático es contrario á mí. No poseo esa cosilla; no me presto á esa gimnasia intelectual. Y así es que admiro mucho á los jugadores de ajedrez, aunque sean autómatas.

***

¡Dios os preserve de la *grippe*! Es el azote que ahora cae sobre Madrid, y creo que sobre Barcelona todavía con mayor fuerza y violencia. Mucha desinfección, mucho ejercicio, sobriedad, nada de disgustos... y la *grippe* está vencida. Es un enemigo que sólo ataca las plazas desmanteladas.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÓNICAS Y CUADROS

Con motivo de haber abierto *El Liberal* un concurso á certamen para premiar crónicas periodísticas, se ha discutido mucho estos días qué es una crónica y cómo se caracteriza propiamente ese género, de origen no tan francés como la gente supone, ya que Feijóo fué realmente algo cronista, y no hay que decir si lo fueron otros periodistas españoles de la primera época de la prensa.

No faltó quien sostuviese que no podía ser *crónica* lo que el popular diario designaba para el premio, en atención á que había de tratarse en ella de algo todavía no transcurrido: del Carnaval. La crónica, decían, versa sobre asuntos de actualidad: sobre lo presente; sobre lo que está aconteciendo. Otros entendían la cuestión de muy distinto modo, más rectamente, á mi ver: en primer lugar, Carnaval lo hay todos los años; el Carnaval es de actualidad constante; no es un hecho que se presenta alguna vez y después pasa á la categoría de los olvidados. Y además, es actual lo que pronto sucederá y cuya proximidad se anuncia – como es igualmente actual lo que acaba de suceder.

⁂

Saco en consecuencia que el asunto señalado por *El Liberal* es muy periodístico, adecuado para una crónica y con la nota de actualidad que el género exige imperiosamente. Y también comprendo que no por eso encierra menos dificultades y será menos digno de alabanza el que lo trate y desempeñe con perfección.

Yo no lo he intentado. No porque la *crónica* no me atraiga, sino porque me hacen fuerza los argumentos de los que han entendido que estos certámenes son patrimonio de la juventud literaria. Puede que tengan razón. Sería tan grato ver aparecer en el palenque á esa juventud, numerosa, briosa, animosa, brillante, soñadora, con el empuje que prestan los pocos años y con la cantidad de esperanzas y alegrías que acompañan á los períodos aurorales de la existencia, que verdaderamente es cosa de dejarles el campo libre en las justas del entendimiento y del arte. Venga la juventud, en buen hora; yo creo que todos los escritores ya duchos en las lides de la pluma la invocan como la Walkyria á Sigfrido, llamado á continuar el heroísmo y la gesta épica de Sigmundo. Los anillos de la cadena no deben romperse, la serie no debe interrumpirse; llegue ya esa juventud.

⁂

La crónica periodística la hacen á maravilla nuestros vecinos. El *Figaro*, *Los Debates*, *El Tiempo*, *Gil Blas*, están salpicados de crónicas ingeniosas y deliciosas, que desfloran un tema, se enroscan alrededor de él, lo acarician, lo tratan del modo más atractivo, chispeante y ameno, y del suceso sin aparente importancia, de la frusleria, de la observación sensacional, pero que el público no interpreta, hacen bocado dulce para el lector, golosina siempre fresca é incitante. Se cree por lo general que la crónica es efímera; que su efecto se borra apenas el periódico ha caído al cesto de los papeles desechados. Sin duda que es efímera la crónica; nadie archiva las crónicas, y á veces los mismos que las escriben se desdeñan de recogerlas en volumen, considerándolas hojas que se lleva el aire, palabras dispersas que no merecen durar. Mas no por eso dejan de producir su efecto, de contribuir en su medida á la cultura, vulgarizando mil impresiones delicadas y aficionando á una lectura más fina y más sugestiva que la de los mazorrales *fondos*. Los *fondos*, aquellas indigestas empanadas de antaño, han tenido ya que adaptarse á la gracia y ligereza de la crónica, para que el público los tolere.

⁂

Las mujeres descuellan como cronistas periodísticas. Las redactoras de *La Fronda*, con *Severine* á la cabeza, hacen primores en ese terreno, siguiendo la tradición de aquel célebre vizconde de Launay, que también era una mujer, y que dejó un insuperable modelo de crónicas en sus folletines semanales de *La Prensa*. Eran tan entretenidos, que los analizó Sainte Beuve y los definió con palabras en las cuales encuentro las tablas de la ley de la crónica, el decálogo del cronista, para escribir el artículo «picante, raudo, alegre, paradógico, no siempre falso; en el cual se debe resbalar y no insistir, rozar á flor de epidermis, sorprender los caprichos y las manías sociales, tomar lo frívolo por lo serio y lo serio frivolamente, escribir como se habla en un salón, y disfrazar con el buen sentido la risa, y con el relampagueo de la frase la vacuidad del fondo.»

En suma, la crónica es un fruto del ingenio y de la habilidad literaria. El sentimiento exaltado, la vehemencia, no caben en la crónica. Tampoco la gravedad, la machacona insistencia.

Después de las crónicas de Delfina Gay y de algunas páginas de Alfonso Karr y *Figaro*, quizás no he leído en ese estilo nada que tanto me gustase como ciertos artículos contenidos en la colección *As farpas*, del eminente escritor portugués Ramalho Ortigão. Hace tiempo que no oigo hablar del autor de *As farpas*, y cuando hace un año estuve en Lisboa, durante los festejos del Congreso de la Prensa, supe que se encontraba enfermo, retraído, abatido por sus males, en el campo – en ese período de la vida en que las letras ya nos abandonan. Aquella pluma llena de donaire creo que se ha secado. Ningún escritor peninsular puede, á mi juicio, disputarle á Ramalho la primacía de la crónica.

⁂

Estos días ha surgido en la prensa una discusión acerca de la clase de premio que el Jurado quiso ó no quiso otorgar al pintor Sorolla en la Exposición de Berlín. El asunto tiene ya muchos años de fecha, y en todo esto de las calificaciones oficiales caben errores y aciertos. Lo que no cabe es duda alguna acerca del carácter y puesto de Sorolla en nuestra pintura Moderna. Hay ocasiones en que, por necesidad ó por gusto, formamos en nuestra mente algo que podría llamarse el cuadro sinóptico del *valor nacional* (tomada la palabra *valor* en su amplio sentido; la calidad por la cual una cosa es digna de estimación y aprecio). El encargo de la *Sociedad de edición artística*, que me pide un libro sobre *El arte español en el presente siglo*, me ha obligado á encasillar, por decirlo así, en la cabeza el arte contemporáneo. La primer casilla de la nueva generación, la ocupa Sorolla.

No le señalo este lugar por razones de escuela ó de sistema. Yo en pintura, y generalmente en lo que se refiere á las artes plásticas, nunca fuí *realista*, ni *naturalista*, ni ninguno de esos dictados que aquí han tenido á veces el sonido de motes feos, y siguen teniéndolo, ya que hace pocos días leí en un diario que un artículo ha sido denunciado al fiscal «por naturalista.» Mis opiniones acerca de arte no son denunciables. Me agrada el arte casi inmaterial. Las estatuas griegas me persuaden por la belleza, ritmo y armonía de sus líneas, no porque sean reales, pues ni en la raza más perfecta del mundo sería real tanta nobleza de formas; y en cuanto á los pintores que se dejan impregnar completamente de realidad, por ejemplo Velázquez, no me causan aquella impresión singular y verdaderamente refinada que, verbigracia, el Greco ó el incomparable Botticelli. Y es que mi concepto del arte está influído, fatalmente, sin que para eso haya remedio, por los ideales literarios. Siempre veré, detrás de una obra de arte, un concepto, un pensamiento, un símbolo y una manifestación más ó menos clara y expresiva de algo cerebral, superior á los sentidos y á la mera reproducción de la realidad sensible. Todo esto voy diciéndolo para que no se atribuya á prevenciones sistemáticas (aunque podría atribuirse á todo menos á eso) el sitio preeminente que otorgo á Sorolla, en cuyos estudios la verdad del ambiente, del sol, del color, de la figura, es algo extraordinario.

⁂

En compañía de un ilustre paisajista fuí al taller de Sorolla, donde no había estado hacía tiempo, y vi lo que tenía dispuesto para remitir á la Exposición Universal, con algo más destinado á la venta, no pocos bocetos y estudios, y hasta un *panneau* decorativo destinado á la *serre* de los marqueses de Valdeterrazo. Naturalmente atrajo mis miradas y cautivó mi atención el *gran cuadro*, del cual tanto se habla, y que por fin ha recibido el nombre de *Triste herencia*. Triste es, no sólo la herencia, sino la impresión que causa en el ánimo aquel trozo de verdad trasladado á la tela por la mano del gran artista. No sé si los dolores y los males del tiempo viejo, de los pasados siglos, llegan á sernos indiferentes y hasta á causarnos cierta impresión humorística, ó si es que la intención, en los pintores de otras épocas, no era tan caritativa y profunda como la de los actuales; lo cierto es que los granujas, gollos, bobos, pobres de ropa, miserables en fin, de Murillo y de Velázquez, no deprimen el ánimo como lo deprimen, en el lienzo de Sorolla, las criaturas raquíticas, cojas, ciegas, escrofulosas, que hunden sus cuerpos en el mar ó aguardan en la playa el instante de chapuzarse también.

⁂

No me cabe duda; el cuadro hace sentir porque está sentido antes. No basta ciertamente exponer un pedazo de la vida, con indiferencia, á nuestros ojos; en el modo de exponerlo, en la intención, está el secreto del efecto que produce. Sorolla vió la escena á orillas del mar; presenció la operación de bañar á las criaturas recogidas en un Asilo, á quienes un hermano de San Juan de Dios lleva á que busquen en las ondas un poco de fortaleza y de vigor para su empobrecido organismo; y Sorolla afirma que no hizo más que reproducir lo que sus pupilas vieron. Para mí es indudable que Sorolla reprodujo *una emoción*, y que por eso, aparte de prodigiosos méritos de factura que tratándose de Sorolla había que descontar de antemano, y sin los cuales la obra no sería lo que es, la emoción eleva esa misma obra por cima de sus hermanas, y el público de París, acostumbrado á admirar al genial valenciano, se dará cuenta de esta superioridad moral del cuadro, y la sentirá como yo la sentí.

⁂

Los sufrimientos de la humanidad no importaban gran cosa á los artistas antiguos. Búsquese un rastro de piedad en la pintura clásica, y no se encuentra. Sentimiento religioso, sí; pero no humano. Los tiempos no eran compasivos. Murillo, el célico Murillo, pinta el granuja, con su roña y su miseria á cuestas, y no se le ocurre otra cosa. Sorolla pinta la lástima, el ansia caritativa, que nos aqueja hoy, en este siglo calumniado, en el cual ha sido rehabilitada la niñez, regulado su trabajo, casi establecido su derecho á la vida y á la salud. Y esto, que Sorolla lleva dentro, á fuer de hijo del siglo, es lo que se revela en el lienzo al cual auguro en Francia gran notoriedad, porque de esa fuerza no serán muchos los que lleguen á la Exposición. Aunque el cuadro provoque á tristezas, admirable es el cuadro. Yo no lo juzgo á estilo de taller; yo no voy á detallar ciertas particularidades; yo no expreso sino la impresión de conjunto. Ya sabremos cómo ha dejado nuestro pabellón el autor de *Triste herencia*.

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ADONDE VA LA GENTE

Esto de los estrenos teatrales es como los números de la lotería. Los jugadores de oficio, naturalmente supersticiosos, creen en números *bonitos y feos:* unos que por su aspecto prometen el premio, señalan hacia el porvenir dorado con una línea de guarismos, y otros que anuncian ya la decepción no se sabe en qué signos misteriosos. Y llega el día del sorteo, y se desmienten las profecías todas; el número feo saca el gordo, el bonito ni aparece en la lista oficial. Así los estrenos. Se esfuerzan los autores, los de más claro y merecido renombre; echan el resto los compositores, los que figuran en primera línea, y presentan, bajo los mejores auspicios, con buenos intérpretes, en sazón favorable, una obra. Todo el mundo se promete aplaudirla; la atmósfera es propicia, los vientos soplan en bonanza, y desde las primeras palabras el público se indispone, se alborota, juega de los pies y las manos, de las cejas y los labios fruncidos, de la frase desdeñosa y el juicio duro é implacable, y echa abajo, en veinticinco minutos, lo que costó meses de labor y faena, y lo que esperaba con excelentes disposiciones hace media hora. Tal suerte corrió la obra de Eugenio Sellés *Campanas y cornetas;* tal la de Dicenta, Paso y Chapí *La cortijera.* Esta última no ha sido lo que se llama rechazada por el público; pero no ha tenido la acogida que los nombres de sus autores vaticinaban.

***

No queda por eso lastimado su prestigio ni mermada su reputación. Son baches en un camino recorrido con felicidad, y á cuyo término se encuentra la victoria. Se tropieza, pero se llega. Y no hay ningún autor dramático que no haya tropezado. Los autores de libros tropiezan también, y constaría el tropiezo si la opinión de los lectores pudiese manifestarse en la forma categórica que reviste la de los espectadores. ¿Quién lo duda?

Hasta cabe afirmar que de diez tentativas dramáticas fracasan ocho. Cuanto más elevado y ambicioso es el intento, más probable el fracaso, ó el semifracaso, ó el apagado *succès d' estime.* Regla aplicable á los celebrados, á los fecundos dramaturgos; los cuales siguen siéndolo, con eso y con todo, y el día de mañana, los historiadores literarios escogen entre la densa producción dos ó tres títulos, y en ellos cifran y resumen la personalidad de un Echegaray ó un Tamayo. Ninguno pasa de ahí. Ni pasó Lope.

***

El Carnaval ha huído dejando un rastro polícromo de serpentinas, *confettis* y plumeros de papel, especie de espantamoscas que este año han hecho furor en los paseos. Primero, la inundación de papelitos redondos, la nube colorada ó azul deshecha en gotas secas y suaves; después, el golpe, no siempre inofensivo, de la espiral de papel, rollo de cinta que se desgarra en el aire; luego, el plumerito mosqueador, que sacude los *confettis* y limpia, zorregando, el cuello y los hombros de las *víctimas.* Todo ello es motivo de bromas, algazara y dicharachos entre máscaras, mascarones y ciudadanos pacíficos, de esos que salen á tomar el sol y disfrutar de la alegría del bullicio en Recoletos y la Castellana.

Los síntomas que han distinguido á este Carnaval de 1900 de los Carnavales ya fenecidos, acaso no son muy visibles, pero merecen notarse, porque se prestan á reflexiones.

Síntoma primero. Un dineral gastado en papel. Madrid ha desaparecido, por espacio de cuatro días, bajo la malla de las serpentinas y la grajea de los *confetti.* Esto parece demostrar que hay dinero, y que Villaverde está en lo firme al creer que el limón rebosa zumo.

Síntoma segundo. Otro dineral invertido en permisos para la fila de coches, entradas en el Retiro, licencias de circular fuera de la fila, asientos y palcos en las tribunas, y no digo *etcétera,* pues no sé de más tributos (ahora ya se quiere que tributen los *confettis).* La moraleja de este segundo síntoma es igual á la del primero: repleto se halla el al parecer estrujado limón con que las clases acomodadas rocían sus ostras.

Síntoma tercero. Indicios de rehabilitación de los bailes de máscaras. Éstos habían caído en el mayor descrédito, y eran ya una diversión casi ilícita, para hombres solos, y para mujeres también, pero nunca para señoras. Parece que este año, en el del *Círculo de Bellas Artes,* se han lanzado mascaritas pulcras, delicadas, gente *bien,* como ahora se dice cometiendo insoportable galicismo. Síntoma, á mi juicio, de que la imaginación reclama sus derechos y el atractivo del misterio, de la careta y del dominó, lleva tras sí al eterno chiquillo.

Síntoma cuarto. Definitiva consagración del miércoles de Ceniza y del domingo de Piñata como días carnavalescos, iguales en todo al domingo, lunes y martes de Carnestolendas. Hasta hoy solo el pueblo, en sus francos y burdos pasatiempos, desacataba los preceptos de la Iglesia, y al aire libre y con bullanga infernal *enterraba la sardina* y bebía y comía sin acordarse del ayuno, de la vigilia y de la ceniza, símbolo de vanidades y miserias humanas, de arrepentimientos y penitencias. Ahora ya nadie deja de ver en el miércoles flaco «un día lo mismo que los otros.» El Carnaval se ha apoderado de esas veinticuatro horas: el Tenorio ha pervertido á esa reclusa. Y la Piñata, último ritornelo de alegría, la pecaminosa Piñata, que en mi juventud los confesores no perdonaban ni aceptaban jamás, se cuela bajo la conocida fórmula de *soirées* que empiezan á las doce de la noche del sábado.

***

Aún podría caber en la lista algún síntoma consolador: la desaparición, no completa, pero muy adelantada, de las máscaras sucias, zarrapastrosas, de colcha y escoba, de percalina y caretas de cartón barato. Tales máscaras escasearon en el Carnaval de 1900. Los que creemos que la educación y el respeto de sí mismo podrán hacer milagros, sobre todo en la nación á ratos africana á que pertenecemos; los que hemos notado mil veces, con el espíritu entristecido y fatigado, qué impulsos de grosería asoman á cada instante, como ortigas en viejo palacio, en las capas sociales del pueblo madrileño; los que oímos sin poderlo evitar, en calles, paseos y espectáculos, las palabras más soeces, más escandalosas, usadas en el lenguaje corriente, sin otra causa que el mal hábito contraído, tenemos que saludar, en la menor conquista de la belleza, la pulcritud y el decoro, un soplo de aire civilizador.

Pero ¡atención!, como dice un personaje galdosiano. No es sólo el pueblo, no, el que necesita en este respecto corregirse. El martes, desde lo alto de una carroza elegante, bien adornada, aparatosa, voces que no la broma únicamente había enronquecido, disparaban, á manera de *confetti,* esos mismos vocablos de que el pueblo abusa... ¿Se es pueblo por el hecho de vestir chaqueta? ¿Se es pueblo por el traje, ó más bien por lo que, bajo el traje y bajo la armazón de huesos y pellejo, hay en el espíritu? ¿Existe una aristocracia nativa, ó tal vez innata, una inclinación invencible á los buenos modales y á la expresión culta y noble? Quién lo duda. Yo he conocido obreros, sirvientes, labriegos, que, sin entender los formulismos, procedían y se expresaban de la manera más cortés. Eran madera de *gentlemen.* Un labriego recordaré siempre, arrendatario nuestro, que en su estilo campesino tenía hasta dejos de *dandy. Dandy* envuelto en tierra y con las manos endurecidas por el manejo del azadón, pero con rasgos, atisbos é instintos propios de la hidalguía castellana. Una especie de *Crespo,* del *Alcalde de Zalamea.* En la fábrica de cigarros de mi pueblo también he conocido mujeres humildísimas, llenas de señorío, adamadas... porque sí. Esta virtud de la naturaleza la encubre, pero no la eclipsa nunca del todo, la condición social. Es lo que se puede llamar, en psicología, el *principio de individuación,* y lo que expresa el común decir cuando afirma que «cada uno es cada uno.» En lo que yerra es en añadir «y nadie es mejor que nadie.»

***

A última hora, la autoridad ha prohibido los plumeros y también las serpentinas y *confetti* en los teatros. Acertadísimo me parece lo primero; lo segundo nos priva de un pintoresco cuadro; pero es cierto que las serpentinas, arrojadas de alto y á plomo, pueden causar daño, dolor y hasta lesión grave. Cuando se arrojan poniendo cuidado en desenrollarlas, no lastiman, forman una rejilla desde el techo hasta el suelo, y cuando se tiene además la amabilidad de desgarrar esta rejilla por medio de los bastones, al alzarse el telón, se ve la escena.

Las serpentinas enteras son un serio peligro. He oído decir que estos días el golpe de una serpentina en un ojo va á dejar tuerta á una señorita. Triste recuerdo tendrá de los regocijos de un carnaval (¿quién lo diría?) más animado que los anteriores.

***

En el Real la novedad ha sido *La bohemia,* de Puccini. Opera muy bonita, muy agradable, de muy fácil digestión, al alcance de todos (sin que esto sea despreciarla), se ganó desde el primer instante las simpatías de la platea y del paraíso, de hombres y mujeres, de aficionados y sordos. Los cantantes la bordaron: la pareja de *Mimí* y *Rodolfo* – (la Stehle y Garbín) – parece que cultiva esa operita simpática como se cultiva la especialidad fructuosa, y ya dominan su papel de un modo que no puede menos de conquistarles el aplauso. Y en cuanto al asunto – de pleno romanticismo literario – tiene, para la multitud, la ventaja de llegar tarde, de ser viejo. La multitud odia la verdadera novedad. Variadle la sazón, el guiso, acaso las especias, pero respetad los componentes; no se han hecho para la multitud las sorpresas y los cambios repentinos.

Hace sesenta ó setenta años, los bohemios escandalizaban. La novela de Murger pareció disolvente, de terribles consecuencias, enemiga del orden. ¿Cómo se entiende? ¿Deudas, trampas, *collages* (sirvámonos de esta palabra, que no suena mal), alborotos en cafés y tascas, platos hechos añicos, botellas apuradas, gabanes empeñados, tisis, poesía, disparates á diestro y siniestro? La sociedad protestaba, condenando severamente tales direcciones literarias. Ya se sabe, esta protesta no puede faltar nunca. Se protestó contra aquello, y contra lo que vino después, y se continúa protestando, si aparece algo que tenga trazas de innovación. Así que sale la última moda, los que protestaron de la anterior se reconcilian con el ya atrasado figurín. ¡Qué diablo! Bien miradas las cosas, eran pobres chicos de buen humor, no hacían daño á nadie, más que á sí mismos, y ya se demostró que, á pesar de toda la gresca, el mundo ha seguido rodando, sin rotura del muelle real ni falta de la rueda catalina... Y *La bohemia* entra en la ortodoxia; *la mère y conduira sa fille...,* el hombre sensato sonreirá gustoso á la *vecchia zimarra...,* y ese momento del arte será respetado y admitido, con cierta benévola indiferencia...

Esto pensaba yo mientras en la escena los héroes de Murger bebían, reían, componían versos, pintaban, amaban – y los pálidos fantasmas de 1824 á 1830, saliendo de su tumba, adquirían por un momento relieve, color, vida espectral...

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hemos tenido aquí estos días á una alteza portuguesa. El infante es, al parecer, sencillo, afable, apático, tranquilo, y por su aspecto exterior y por lo que se sabe de su carácter, la plácida y lenta sangre sajona domina en él á la sangre meridional lusitana, viva y acre. La impresión que produce el infante es de *bonhomie*, de un excelente señor que no se mete con nadie, que no siente ambiciones ni se queja de que la suerte le hiciese nacer algo más tarde para quitarle la corona, y se limita á vivir

«ni envidiado ni envidioso.»

⁂

Y aquí hemos de reconocer que los tiempos cambian mucho, y no para mal, al contrario. ¿Qué se hicieron aquellos hermanos y tíos de reyes de las épocas merovingias, carlovingias y visigóticas, y aun más cerca; aquellos hermanos y tíos que dieron tanto juego á los dramaturgos y á los pintores, y cuyo *sport* favorito era decalvar, sacar los ojos, cortar los nervios y tendones de los pies, ó más radicalmente la cabeza, á sus hermanos y sobrinos, para quitarles bonitamente el trono? Ahora las cosas pasan de un modo enteramente distinto; ó por mejor decir, no pasan de ningún modo. Los allegados al trono no sueñan con él; hasta los hay que hacen lo posible por evitar que les toque el turno, como ciertos archiduques austriacos. Los más de ellos, en la penumbra, dejan correr las horas y los años con ocio y dignidad, cultivando sus manías favoritas, halagadas por el *mundo elegante*, que ve en ellos el reflejo fascinador del sol. De éstos se me figura que es el duque de Oporto, nuestro huésped.

Más feliz acaso que su hermano mayor, no tiene que atender á las consideraciones y miramientos que por lo común sujetan á los monarcas, impidiéndoles hacer lo que en aquel momento fuere de su real agrado. El infante viaja. Esto de viajar es un placer casi vedado para los reyes en el día. Son tantas las dificultades que se ofrecen al anuncio de un regio viaje, que los reyes van pareciéndose á esos objetos delicados de sobremesa y vitrina, para los cuales tres mudanzas equivalen á un incendio. Si el viaje es por Europa, complicaciones diplomáticas; si el viaje es por sus propios reinos, temores políticos. Antaño viajaban mucho más los reyes; conocían el mundo, aprendían lecciones provechosas. Isabel la Católica apenas hizo otra cosa sino viajar por sus Estados, arrostrando molestias, pero enterándose de lo que convenía que supiese. Eran tiempos en que la monarquía circulaba; y se podía decir entonces lo que dijo no ha mucho un agudísimo escritor, cabalmente portugués: «La maleta es la antítesis del cetro. Éste esclaviza y aquélla liberta.»

⁂

Ventaja es, pues, para el infante de Portugal haber nacido con retraso; así es dueño de pasear por donde quiera, y si se lo consiente el estado de su bolsillo, puede hasta permitirse pasar uno ó dos meses en la Exposición, divirtiéndose, comiendo en los *restaurants* de moda, donde se guisa bien, y asistiendo á los teatrillos, donde se retuerce el chiste y se exhibe la plástica femenina. Si este infante tuviese las aficiones científicas de su tío el ex emperador del Brasil, hasta podría cometer la extravagancia, duramente calificada de fijo por los *sportmen* del tiro de pichón, de frecuentar las Bibliotecas, los laboratorios, las Academias y las casas de los sabios. A bien que el infante no parece tocado de estas vesanias. En vez de obsequiarle con una sesión de la de Ciencias, lectura de Memoria, discursos, siesta disimulada, etc., se le ha ofrecido un partido de polo en el Hipódromo, y S. A. ha correspondido á la atención regalando para premio cuatro ricos maceteros de plata.

⁂

El *sport* es una de las formas de la anglomanía portuguesa. No la censuro. Ser anglómano es ser algo. He dicho en otra ocasión que Portugal, en varios conceptos, se encuentra más adelantado que nosotros; se preocupa más de la instrucción pública y de muchas cosas que interesan á los pueblos modernos. Quizás á esto haya contribuído la anglomanía. De seguro no lo ha estorbado, ni ha servido para establecer cierto escepticismo y cierto sentido irónico de lo más burdo, pero de lo más funesto, que aquí se ha amparado en el flamenquismo. Imitar á los ingleses no puede traer malas consecuencias *colectivas*, aunque tenga, como todas las imitaciones, su parte de dulce ridiculez *individual*. Nuestros *sportmen* en vano quieren parecerse á sus modelos del ahumado Londres. El sol, el garbanzo, la peculiar vida española asoman á cada instante bajo la corteza de la británica tiesura y frialdad, de engomada elegancia y de atletismo. El español es pequeño, vivo, nervioso; el inglés, alto, robusto, flemático. Los juegos, los ejercicios ingleses, quieren una raza fuerte. Aquí se aclimatan como la orquídea en el invernadero; siempre son cosa rara y privilegio de alta sociedad, ó pretexto para verse y encontrarse en el *stand*, como sucede con las carreras de caballos.

⁂

El infante portugués, en los primeros momentos, excitó la curiosidad porque se creyó que podría venir, como en los cuentos y las zarzuelas, en calidad de viajero pretendiente. Poco tardó este rumor en ser desmentido. Bastaba ver al duque de Oporto, que cuenta treinta y pico de años, y representa muchos más, y está grueso y calvo, para comprender que no tiene trazas de aspirante á la mano de una jovencita como la princesa de Asturias. El enlace de esta primaveral flor de lis se supone concertado ya con un primo suyo, vástago de una dinastía destronada de la rama de Borbón. (No es D. Jaime, el hijo de don Carlos). Sólo el tiempo podrá decir si en efecto es cosa acordada la boda de la princesa con el descendiente de aquel ingenioso monarca tan graciosamente retratado por Alejandro Dumas en sus *Viajes*. Por hoy es un rumor, y la política, que nunca descansa, teje sus telas grises con los hilos luminosos de la dicha de un alma juvenil é inocente.

⁂

La actualidad es el viaje de los marinos del crucero *Presidente Sarmiento* á Madrid, á recibir los obsequios que á porfía les previenen las autoridades, las corporaciones, las sociedades, los diarios, las esferas oficiales y las que más directamente representan la opinión pública y el sentimiento nacional. Los marinos vienen por tan corto tiempo – de exprés á exprés, según noticias – que no van á alcanzar para migajas. Es fácil que los mate el pueblo de Madrid, como dicen que murió el gitano, de un *orsequio*. Acerca de las razones que pueden mediar para que los marinos no se detengan sino tan breves horas, se susurra algo relacionado también con la política internacional.

Vengan por el tiempo que vengan, que sean bienvenidos.

Una de las escenas que más me hubiese gustado presenciar, por los ecos y las vibraciones que despertaría en el alma, es la visita que hicieron los de la Embajada marroquí á la torre de la Vela, en Granada. Al contemplar la vega incomparable; al abarcar el conjunto de la ciudad, de la Sultana, ceñida aún con el collar de sus torreones; al encontrar las huellas de su paso y de su dominación en aquellos jardines todavía orientales y en aquella mágica arquitectura, es fama que los moros, con religioso fatalismo, inclinaron la frente, cruzaron los brazos sobre el pecho, y con grave tono exclamaron: «¡Sólo Alá es grande!» – Si ahora los marinos de la escuadra argentina pudiesen objetivar sus impresiones, al pisar las orillas del suelo ibero, al bajarse del tren en la capital de España (¡ya no *de las Españas!*), veríamos el más perfecto contraste con las nostalgias y las melancolías de los moros. Alegres y orgullosos estarán al sentirse jóvenes y fuertes retoños de un tronco viejo al cual le han amputado sus mejores ramas. Se sentirán ellos, los argentinos, vivos y caminando hacia el porvenir en una nación que sólo tiene de hermoso y de sugestivo su pasado. Y por opuesta razón que los moros, contemplando en qué paró tanta gloria y tanta empresa y tanta conquista y tanto inventar mundos, podrían pronunciar los marinos sentenciosamente esta frase, que es el epitafio de la vanidad y del orgullo de los pueblos: «¡Sólo Dios es grande!»

⁂

Hay otra lección que puede desprenderse de la venida de los marinos argentinos y de la fiebre de obsequiarles que se ha desarrollado en Barcelona y en Madrid, comparada á la cortés y benévola indiferencia con que se ha visto pasar al hermano de una testa coronada. Y es que España, á pesar de su desorientación, se da cuenta, no tan claramente como sería de desear, pero con bastante viveza, de lo que la importa. Nada nos importa tanto como estrechar los lazos con las repúblicas sudamericanas. Ahí tenemos lo mejor de nuestra herencia; ahí se vinculan nuestras esperanzas. El comercio, el pensamiento, la existencia de la raza española, concentran en la América latina tal suma de intereses, materiales y espirituales, que en vez de admirarnos de la acogida hecha á los marinos, debiéramos extrañar la ignorancia en que aquí se vive respecto á esas tierras donde se habla nuestra lengua, y alienta, vivificado por todas las auras sanas de la moderna civilización, nuestra personalidad característica.

⁂

Jamás he podido ver en un americano del Sur á un extranjero. La etnografía, la filología, la historia, nos unen de tal modo, que libres de nuestro dominio político siguen atados á España por lazos invisibles. Nos quieren, nos leen, nos dirigen testimonios de afecto. Nos socorren cuando sufrimos calamidades públicas. Nos respetan, por lo general, como se respeta á un antecesor. Nosotros les *soñamos*. Desembarcar en un puerto de América, constituiría para mí una de esas impresiones por las cuales merece vivirse la vida. Cuanto más patriotas somos, mayor gratitud, mayor idealidad para la raza española de allende los mares. La patria no es sólo una expresión geográfica; es principalmente una expresión histórica y una especie de templo en que vamos asilo á la tradición, á la esperanza del progreso y al noble instinto de engrandecimiento y de expansión intelectual y moral de las familias humanas. Todo lo que no haya sabido realizar España, nos queda el consuelo de creer que puedan realizarlo y están realizándolo ya en gran parte las naciones jóvenes de la América latina. En ella, pues, se refugia el ideal.

⁂

Los esquimales están siendo visitadísimos en sus cabañas é instalaciones del Retiro. Se han puesto de moda. Las señoras van allí como se va á un teatrillo grotesco. Ya no me queda espacio para describir hoy á esos «hijos del polo,» pero no quiero omitir la frase que se les atribuye. En su chapurrado inglés dicen que hacen un gran elogio de Madrid, de su temperatura, que nosotros creemos fría y ellos califican de benigna y deliciosa, de la amabilidad de la gente, del lujo, de la hermosura del arbolado y hasta de la belleza femenina; pero – añaden suspirando – «¡el pescado está demasiado fresco! ¡No nos dejan pudrirlo á nuestro gusto!»

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN LOS DÍAS SANTOS

Alguno dirá que esta crónica reviste semejanza con un sermón. Así como así estamos en Semana Santa, y es preciso acordarse de este tiempo y de las solemnidades, demasiado puestas en olvido, con que la iglesia lo conmemora.

En otras edades la Semana Santa era un acontecimiento: las gentes se preparaban de antemano, por el ayuno cuadragenario, á asociarse á los dolores de la divina víctima. En sus Sacramentarios y Antifonarios, las iglesias advertían, por el tono de las oraciones, por la elección de las lecturas, por el sentido de las consagradas fórmulas, que había que pensar en el drama del Calvario. Sin perdonar medio se insinúa esta advertencia tan conforme al sentido cristiano: ya velando las imágenes, ya repitiendo las alusiones al gran acontecimiento de la redención por el sacrificio. San Juan Crisóstomo llamaba á esta semana la «Semana grande.» También recibía el nombre de «Semana penosa ó dolorosa,» por los padecimientos que en ella sufrió Cristo; de «Semana de indulgencia,» porque en ella se suele buscar, en la confesión, el perdón de los pecados, y de «Semana Santa,» por la santidad de los misterios que en ella se recuerdan. Y este último nombre es el que ha prevalecido. Los días que la componen están canonizados: se llaman *Martes Santo, Jueves Santo...*, etc.

***

Los nombres duran más que las cosas: más que las costumbres, que los sentimientos, que los preceptos, que la fe. ¿Dónde están aquellos ayunos de los primeros creyentes? ¿Dónde los escrúpulos de nuestros abuelos? San Epifanio dice que algunos cristianos ayunaban desde el Lunes Santo hasta el canto del gallo al amanecer el Domingo de Pascua. Los menos fervorosos iniciaban este *traspaso* del Jueves Santo á la madrugada del Domingo. Todavía hoy, en esos países orientales donde no se ha extinguido el misticismo, donde aún se crían sectas y recorren las calles los flagelantes y los iluminados, y hay extáticos y profetas, se practica este género de ayuno y se exalta con la inanición el sentimiento religioso.

Se acostumbraba también en otras épocas no dejar solitarios los templos un instante en Semana Santa, ni de día ni de noche. Inmensa multitud los llenaba, y el rumor de los rezos nocturnos subía llenando las altas bóvedas de las catedrales. Allí permanecían los fieles hasta el alba, hora de la primera misa, y entonces otros venían á sustituirles, mientras los que habían velado se recogían á disfrutar algún reposo. En tales días nadie trabajaba ni traficaba. La vida material estaba como en suspenso. Los esposos se apartaban, los servidores no atendían á sus tareas; se vivía con el espíritu. Y cuando después de este paréntesis en que se contrariaban todos los instintos y se rompía la cadena de los quehaceres y de las satisfacciones, hasta de las más lícitas, venía la fiesta de Pascua..., era realmente la Pascua florida, la Pascua gozosa, la Pascua primaveral, el renacimiento de las alegrías, de la vida tumultuosa y bullente, de los regocijos, de la mesa opípara, de la expansión juvenil; Pascua, verdadera Pascua. Nada avalora el goce como las privaciones. En aquellos tiempos había claro-obscuro en la existencia.

Y es que entonces la sociedad entera estaba como empapada en el espíritu religioso. Las leyes, reflejo de las costumbres y expresión de los sentimientos, concurrían á solemnizar el tiempo de la Semana Santa. El Código de Teodosio vedaba perseguir á nadie en justicia en toda la Cuaresma. El acreedor no podía reclamar su dinero; la vindicta pública no perseguía al criminal. Siete días antes de Pascua y siete después, se consideraban domingos. No sólo se interrumpía la justicia, sino que se desbordaba la clemencia. Los Poderes de aquellos siglos, anticipándose á las ideas del conde Tolstoy, daban libertad á los presos é indultaban á los reos de muerte. Los amos no imponían castigos á sus esclavos: los reyes absolvían á los rebeldes y facciosos: todo en memoria de Jesús, del monarca espiritual, según el Crisóstomo nos enseña: *regnante Domino nostro Jesu Christo*. Y los ricos daban más limosna, y los pobres descansaban del duro trabajo. Tales eran las huellas que el cristianismo grababa en la sociedad civil.

Actualmente... Declaro que me veo en grave apuro si he de aquilatar hasta qué punto nuestra sociedad es menos cristiana que aquélla. Por una parte veo que en aquélla, con ser tan religiosa, existía esclavitud, tormento, crueldades, tiranías: por otra, que en ésta se agota tranquilamente la fe. Acabo de leer en un periódico cierto telegrama que ha fijado mi atención. ¡Qué síntoma! Dice así: *Monomanía religiosa*. Ciudad Real. (La fecha). Durante tres días ha permanecido en esta capital el ex empleado del Banco D. José Ortiz Fallón, que recorre España haciendo penitencia. Por todo equipaje lleva dos peludos liados al cuerpo, una pequeña manta andrajosa, un morralito y una capa de hule. Al hombro lleva una pesada cruz de hierro en la que se lee: *Obras y no palabras*. Durante su permanencia en ésta, que ha sido en casa de un barrendero, sólo se le ha visto cuando iba á orar. No ha permitido recibir auxilios ni limosnas. Este desgraciado, á quien la mayor parte de las gentes le han creído poseído de una ardiente monomanía por efecto de su excesiva fe religiosa, ha sido tratado con toda clase de consideraciones y respetos.» Y el nombre del corresponsal.

***

¿Queréis meditar este telegrama, redactado sin mala intención, con la sencillez del que sólo se propone transmitir una noticia rara y curiosa para dar atractivo á la lectura del periódico?

Empezad por el título: «Monomanía religiosa.» Es decir, que el que recorre España haciendo penitencia, sólo puede ser un maniático. Sin embargo, así la han recorrido, y supongo que en equipaje de no mayor lucimiento que el del Sr. Ortiz. San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán – no cito más que santos renombradísimos y populares. Seguid por la fórmula de cortesía: *Don* José Ortiz y Fallón. Nuestros antecesores le llamarían el *hermano José*, como las gentes de Italia llamaban á San Francisco *frate Francesco*, nuestro hermano. Porque el hombre que renegaba del mundo y sus vanidades, adquiría el título de hermano de los demás hombres. Nos hemos vuelto ceremoniosos: y la ceremonia y el cumplido son vallas que se alzan entre los corazones y las voluntades. – Continuad observando. El mismo penitente se da cuenta de que no está en armonía con los que le rodean: que ni ellos le comprenden ni él les comprende á ellos, y altivo, cauto, para salvar su dignidad, se niega á aceptar limosna. ¿Qué valla más alta, ni más recia, ni más infranqueable? San Francisco aceptaba la limosna hasta tal punto, que no permitía á sus frailes rehusar ni aun los alimentos espléndidos y gozosos. Debían comerlos y comer también la bazofia. Todo igual. Lo que les diesen. Era la santa limosna, la santa pobreza; era la dádiva cristiana y fraternal. Pero el penitente Ortiz, el que no se atreve á ser el *hermano José*, tampoco se atreve á parecer un pedigüeño, un mendigo. Come de lo suyo, en la humilde casa del barrendero. Quizás el barrendero le mantiene; de todos modos, no se sabe. Acata el penitente la ley social de que nadie se entere de nuestro modo de vivir, ni tenga derecho á preguntarnos de dónde nos viene el pedazo de pan, con tal que no se lo pidamos ostensiblemente á nadie.

***

¡Ah, penitente Ortiz! En esto no te alabo. Si eres un creyente, de esos que parece que van acabándose –y conste que yo no te califico de *maniático*, y que me parece de perlas el lema que llevas escrito en tu pesada cruz de hierro; – si eres, digo, un creyente, un *Nazarín* á lo divino, no te preocupes de lo que puedan pensar los filisteos: camina intrépido, tendiendo la mano, y dando luego á otro pobre de Dios lo que hayas recogido. Si no tienes este valor, métete en un convento, como le decía Hamleto á Ofelia. Allí la regla encauzará tu piedad; allí la obediencia te señalará lo que debes orar, lo que debes vestir, lo que debes comer, lo que debes hacer á cada hora del día. Y si quieres ser más libre, si te pesa ese yugo, refúgiate á una cueva. Hay en España un solitario que se ha refugiado no sé en qué breñas y soledades. Para ese, el mundo se encuentra todavía como en el siglo del Crisóstomo y de Teodosio. Los árboles no varían; la naturaleza entona ahora los mismos cánticos de esperanza y de fe. Las águilas hacen su nido en los riscos inaccesibles. Allí puedes ser el *hermano Ortiz*... con tal que no veas á ninguno de tus hermanos, ni de tus hermanas... A éstas sobre todo, dirá algún humorista.

***

Lo cierto es que el buen Ortiz es ya el único mortal que por veredas y calles y plazas practica el más conmovedor de los ritos de Semana Santa, el más expresivo: la *Adoración de la Cruz*.

Verificase ésta el día de Viernes Santo, cuando se han acabado las plegarias generales, después de que se ha implorado á Dios por la conversión de los paganos. La Cruz, símbolo del sufrimiento y de la redención, se adoró en la cristiandad desde el siglo IV de la Iglesia; desde Jerusalén. Empezó este culto en los momentos en que la emperatriz Santa Helena acababa de descubrir la verdadera Cruz; las gentes estaban deseosas de contemplar el *Lignum*, y cuando lo veían prorrumpían en sollozos, en gritos de entusiasmo, y se postraban, *taz* contra tierra, haciendo todos los extremos y manifestaciones de la mayor piedad y ternura. Aquel siglo IV fué el momento en que el mundo oriental y el latino, llamados á separarse después para siempre, se unieron y quisieron fundirse en la idea cristiana. – La *Cruz* y el *Logos* se abrazaban con estrecho abrazo. – De todas partes concurrían á Jerusalén los peregrinos para asistir á la adoración; en Semana Santa acampaban al raso, por la imposibilidad de que encontrasen techo. Duró este fervor hasta que en el siglo VII se hizo general la ceremonia de la Adoración en todos los templos del orbe cristiano.

¿Habéis asistido alguna vez á este rito? Lo describiré fielmente. El celebrante, para cumplirlo, despójase de la casulla, á fin de presentarse con mayor humildad y modestia al pie del árbol de la vida. Situándose después en el lado de la Epístola, se vuelve hacia el pueblo. El diácono toma entonces la Cruz velada de negro que está entre los cirios, y la coloca en manos del celebrante, el cual descubre la Cruz hasta el travesaño, la levanta y dice al pueblo: «Este es el madero de la Cruz, del cual ha estado pendiente la salvación del mundo.» Los fieles se arrodillan, pero ya en ninguna parte alzan la voz para exclamar: «Venite, adoremus.» Silenciosos y distraídos quizás asisten al resto de la ceremonia sin comprenderla. Adelántase el celebrante, sin apartarse del lado de la epístola, y los que le alcanzan descubren el brazo derecho de la Cruz. Entonces eleva la Cruz más alto, y en tono más fuerte repite: «Este es el madero...» Así como la primer elevación representa la primer predicación del Evangelio, en el seno del apostolado, la segunda representa el Evangelio anunciado á los judíos, cuando los Apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo, fundan la Iglesia dentro de la Sinagoga. Por tercera vez avanza el sacerdote, cara al pueblo: acaba de descubrir la Cruz, el brazo izquierdo; y ya sin velo alguno la levanta más alto todavía, repitiendo la proclama: «Ecce lignum...» Significa la tercer elevación el Evangelio predicado universalmente, la *catolicidad*.

Ya descubierta y elevada, la Cruz está expuesta á la adoración. Entónanse en el templo los famosos *Improperios*, las quejas del Mesías contra los judíos que le desconocieron al verle. Mezclado con ellos resuena el oriental *Trisagio*, que aún hoy se dice en griego, como si la iglesia bizantina no se hubiese escondido de la romana. Esas aisladas palabras griegas parece que lloran, que plañen la separación. Y el canto del Improperio resuena doloroso y nostálgico: «¿Qué te hice, oh pueblo mío? ¿Por qué has clavado á tu Salvador en una cruz? Yo te planté como la más hermosa de mis viñas, y tú me diste á beber vinagre, y atravesaste mi costado con tu lanza...» Al final de esta elegía tan hermosa, el himno triunfal del poeta Claudiano «Dulce lignum, dulces clavos, dulce poudos sustinet» suele traer la expresión del consuelo y de la mística victoria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toledo y Sevilla se disputan á los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer á la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce á cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden á Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca – antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las *juergas* y gitanerías – el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

⁂

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores, Pasos, Dolorosos*, encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñolerías; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales – entonces ni viejo ni obeso – apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercar á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía. – Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altezas de extranjis, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieron tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zaragatas de Silverio y oir el continuo castañeteo de los palillos en el real. – Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

⁂

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la devoción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más este carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos más que en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere – todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta. – Las ergu idas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca que se hacinan como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla*, que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje, y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Oserate l' altissimo poeta...

⁂

La idea del Escorial fué sin embargo en su origen una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entretenerse Felipe II. Le había destruído á San Lorenzo una iglesia y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierto que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasiadamente extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan altiva y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecérselo al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enardece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente, á los tres días – confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romano. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojes, de uniforme verdor, como cabujones de clara esmeralda; las estatuas acaramela das por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrida del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

⁂

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico, majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados. – Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa obscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! – el único Alfonso del panteón. – ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura, que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de *europeos*, como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que según D. Antonio Cánovas del Castillo suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina – ojos ya de enfermo – al decirme: «*Si vivo*, algo haré que deje memoria de mi nombre.»

⁂

El salón de Batallas, en el Escorial, es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bizarría y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional...

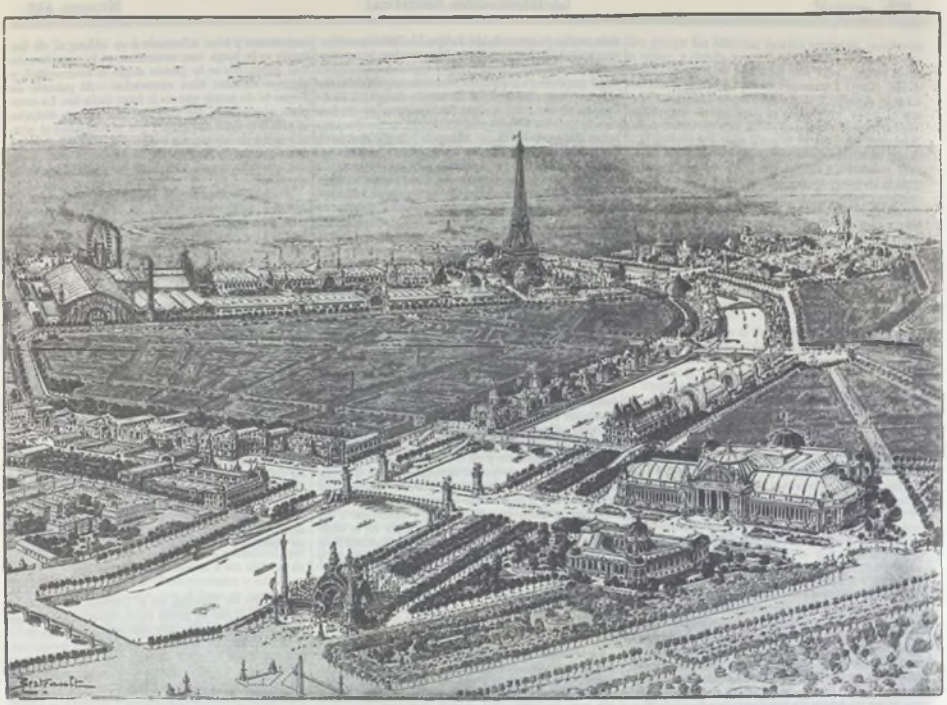
Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma ó Comunión de Carlos II*, última obra maestra que produjo la expirante escuela española, antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los burdos efectos de Jordán. Ese cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorta en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, pero capaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida la de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven que reprender y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena* de Tintoretto y que *La túnica de José*, brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, ¡naturalmente!, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises, en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco donde se lee: *Domenico Theotocopuli*.

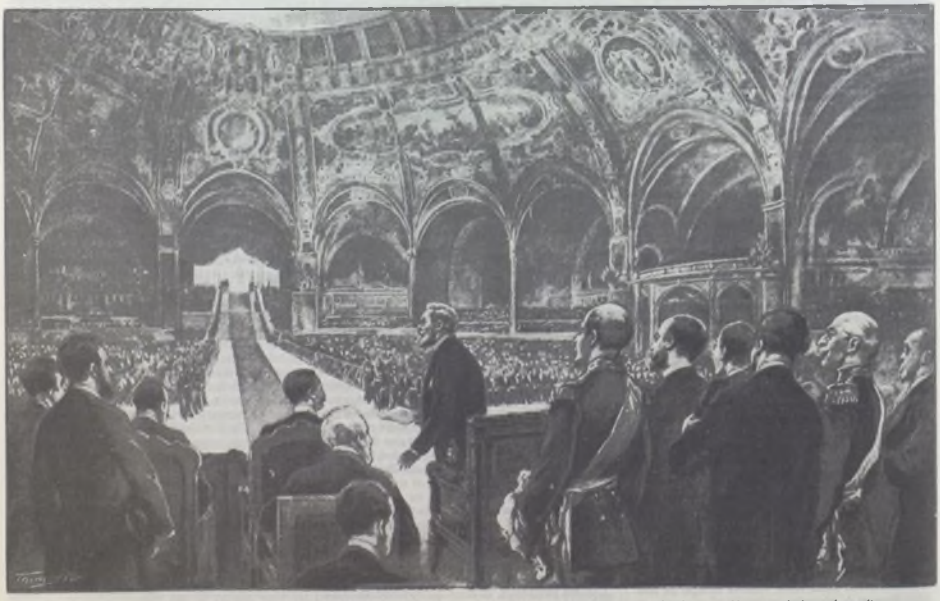
Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Memling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo – algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid



"París.– La exposición universal á vista de pájaro."



París. – Inauguración de la exposición universal. El presidente de la República M. Loubet declarando abierta la Exposición, en el Salón de Fiestas, dibujo tomado de una fotografía.
Ambos dibujos son de 1900, n.º 958, p. 305.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TEMIS

Casi siempre que por circunstancias fortuitas se ve de cerca algún aspecto de la vida nacional, aparece en su desnudez y de realce nuestro estado de atraso y las reconocidas deficiencias que nos traen *así*. (Creo que todo el mundo entenderá *cómo* nos traen.)

Recuerdo que una de estas impresiones tristes la determinó el celebre proceso del crimen de la calle de Fuencarral. Al agitarse el légamo, salieron á la superficie cosas que aturdían. Apareció la máquina destartalada y caduca de nuestra organización jurídico-penal-social, comida de orín, ó apestando á aceite de candil, funcionando entre chirridos y descarrancándose á cada movimiento de trabajo; enseñaron su bedionda cara la corrupción y la inmoralidad del pueblo bajo madrileño y del señorío inculto, bárbaro y holgazán, que se gasta sus rentas en francachelas, flamenquerías y vicios; vicios en las humildes Rondas de la capital, en los modestos suburbios, arquitecturas murales propias de Babilonia ó las ciudades de la Pentápolis, sobre las cuales llovió el fuego del cielo; se advirtió la poca reflexión de un público que aceptaba sin examen las versiones más absurdas y más folletinescas á lo Richebourg y Montepin, y el apasionamiento y el desacierto en todos los que alternaron en tan campaneado asunto; se apreció, en suma, un estado moral é intelectual triste y de ese excesivo neurosismo, con fondo de frivolidad, que acusa la flaqueza colectiva, impidiendo las reacciones de una opinión sana, ilustrada y seria.

***

Deseosa de ver si en once años ha mejorado el espíritu general y derivado hacia saludable reforma las costumbres, cojo un libro acabado de publicar, en el cual, como en los muy leídos y conocidos de Albert Bataille, se reseñan los debates de los procesos y causas notables, recientes, bajo este título: «El año en las Salesas.» El autor de las crónicas judiciales á que me refiero es el Sr. D. José Luis Castillejo, que escribe en *El Heraldo de Madrid* bajo el seudónimo muy literario de *El licenciado Vidriera*. Su obra, aunque no fuese de entretenida lectura, como es, siempre constituirá un *documento humano* interesante.

Lo primero que se observa en la lista de crímenes reseñados por el Sr. Castillejo, es la expansión del individualismo, la nota de la anarquía romántica, que prevalece en nuestro pueblo. Un sentimiento de rencor, de odio ó de celos, se exterioriza en la acción, por medio del revólver ó de la faca, porque el impulso bárbaro, primitivo, no encuentra freno en ningún orden de consideraciones, ni en el criterio ambiente, el cual más bien es favorable á tales arrebatos. Son crímenes que están en la atmósfera, que se respiran. El pueblo bajo, en Madrid, es provocante, pendenciero y soberbio: tiene la lengua desatada, soez, picante como una guindilla; la mano pronta y traicionera; la intención más negra que la mano. La facilidad en la agresión se halla estereotipada en el lenguaje, en la crudeza camorrista de las palabras. Ciertas frases, como «echar fuera las tripas,» «sacar el mondongo,» «mascar la nuez,» «comer los hígados,» «pisar el bandullo,» «cortar la cara,» «patear la cara,» «cortar el cuello,» «partir el corazón» y otras peores, que prestan repulsiva realidad física á la amenaza, encarnándola en imágenes sensibles, se oyen á cada instante en las riñas de plazuela y taberna, y obsesionan el cerebro hasta traducirse en actos. No hace muchos días me detuve, pensativa y preocupada, á escuchar cómo se injuriaban dos chiquillos, golfos de ocho á nueve años á lo sumo. Acusábanse mutuamente, con expresiones atroces, de nefandas obscenidades que ni su edad les permitía cometer; y entre puerro y cebolla, se prometían partirse, cortarse, pisarse y rajarse todo cuanto cabe maltratar así en un cuerpo humano. No llegaba, claro está, la sangre al río, ni aun á los rostros sucios y desvergonzadnelos el puño ó la mano abierta; pero ¿quién duda que allí fermentaba lo que años después, con la fuerza acrecida y la acometividad desenvuelta y el vino alborotador, sería base de uno de tantos crímenes?

***

Yo no entiendo de leyes, como diz que dijo cierto político español de antaño: no tengo más guía que el sentido raro ó común ó como ustedes gusten; y creo notar en el libro del *Licenciado* cosas que me parecen singulares y que acaso, para los versados en cuestiones jurídicas, sean lo más natural y lógico del mundo.

No soy enemiga, sino partidaria, del Jurado, sobre todo cuando lo componen personas ilustradas é independientes; pero no me ha convencido el sistema de formular las preguntas á que el jurado da respuestas de *sies* ó *noes*, según las cuales el acusado sale condenado ó absuelto. Muchas veces el jurado se ve en el caso de responder negativamente á una pregunta relativa á sucesos patentes, sabidos, archidemostrados. ¿No podría hacerse de manera que, sin consecuencias opuestas á las intenciones y propósitos del jurado en lo que respecta á la suerte del acusado, las respuestas fuesen siempre acordes con la realidad de los hechos probada hasta la evidencia?

Por las respuestas del jurado aparece quizás que Fulano *no* ha matado á Mengana, mientras consta que *sí* la mató. Y esta ficción, necesaria para que el jurado no condene cuando quiere absolver, parece escarnio de la verdad, allí donde más se la debe respetar y proclamar públicamente. Un formulismo que obliga á la mentira, trae ya consigo el desprestigio de la ley. Acaso dirán que esto se hace en todas partes; que hemos traducido de un idioma extranjero el Jurado. Pues está mal hecho dondequiera que se haga así; lo primero que importa es la claridad, y evitar hasta la sombra de contradicciones y absurdos, que desorientan á los profanos – la inmensa mayoría. – La justicia debiera presentarse vestida de cristal.

***

Veo también que es frecuente absolver á los asesinos y homicidas, dejarlos ir libres, sin el menor castigo, aunque el crimen esté plenamente probado, hasta la saciedad. ¿Por qué esta indulgencia? Si la ley no admite término medio, si las penas son desproporcionadas, ¿no puede reformarse el Código? ¿No sería mejor reformarlo, que dejar salir sin pena alguna, cuando no en triunfo, al que mató á su semejante?

Comprendo la clemencia incondicional en la duda; comprendo que donde quepa un error judicial, un desacierto, una iniquidad involuntaria, se opte por no imponer el menor castigo. Este no es el caso á que me refiero. En el libro se reseñan crímenes que han quedado absolutamente impunes. ¿Es por lenidad, por mal guiada simpatía hacia ciertos fenómenos de la pasión, ó es porque la ley no deja campo abierto á la justa proporción de las penas? En cualquiera de estos casos, es preciso reconocer que cojea Temis.

La fama de estas benignidades suele llevársela el Jurado. Pero noto que también las Audiencias y el Tribunal Supremo tienen sus veleidades de blandura. El Tribunal Supremo conmuta la sentencia de muerte de un fratricida, que quita á una escopeta la carga de perdigones, la sustituye por bala, se aposta en el camino por donde ha de pasar su hermano, se oculta detrás de un roble, le descerraja el tiro, le ve caer á doscientos pasos de distancia, carga de nuevo la escopeta, se acerca y le remata á quemarropa. Y el Supremo, para fundar la conmutación, entiende que el hecho no fué premeditado. – ¡Pues si llega á premeditarlo! – Por su parte, la Audiencia de Madrid absuelve libremente á un farmacéutico que ni siquiera por equivocación, sino por no tener la medicina que se le pedía, por no desmentir el axioma profesional de que en toda botica hay de todo, le suelta á un enfermo nada menos que una inyección de aguarrás, con lo cual le hace dar cada salto que llega al techo...

Algún homicida aparece irresponsable por locura histero epiléptica; y aunque sobre esta extención podría hablarse mucho, no cabe duda que la reclusión en un manicomio defiende á la sociedad lo mismo que la reclusión en un penal, si de defensa se trata. Más difícil sería cohonestar el que otros homicidas, enteramente cuerdos, pero de los que matan «por una mujer,» se vayan del Tribunal á la calle, mientras un infeliz buhonero borracho se pasa diez meses á la sombra por el delito de haber gritado «¡Viva la República!» bajo la influencia del espíritu parral.

***

Una reclamación á una compañía ferroviaria, de indemnización por perjuicios irrogados con motivo de la llegada con retraso de un tren, fué, por supuesto, desestimada. La idea de que quien establece un servicio público contrae una responsabilidad, no ha penetrado aún en los cerebros y en las costumbres. La prueba es que la tal reclamación es la primera que en España se ha formulado. El hecho de que los trenes lleguen con retraso es ya tan consuetudinario, que no origina protestas, sino á lo sumo bromas y ese resignado movimiento de hombros con el cual nos avenimos á lo que no puede evitarse, á las fatalidades y miserias impuestas por la naturaleza de las cosas. Ni aun se nos ocurre preguntar, ¿por qué venimos retrasados? Tan indiscreta curiosidad nos la guardamos en el bolsillo. ¿A qué meternos en honduras? Son inescrutables designios de los que nos hacen el favor de transportarnos de un lado á otro. Demasiada bondad la suya.

Por eso considero que debemos incluir entre los espíritus díscolos, impertinentes y exigentes al procurador de Salamanca que reclamó contra la compañía, bajo el especioso pretexto de que necesitaba llegar á Madrid puntualmente. Es el caso que tenía celebrado con una persona de la corte un contrato de préstamo, con la cláusula de que si en día y hora determinados no le satisfacía el importe, habría de entregarle una cantidad en concepto de indemnización. «Llegado el vencimiento (copio textualmente), salió el prestatario para Madrid al objeto de cumplir su compromiso, y salió en el tren que tiene su llegada á las seis de la mañana; pero ¡oh infortunio!, el citado tren llegó aquel día con la friolera de cinco horas de retraso. Y como no se encontrase el procurador de Salamanca en Madrid á la hora convenida, tuvo que pagar á su acreedor la pena estipulada.» En consecuencia, pidió la gollería de una indemnización de mil y pico de pesetas. A bien que tan exorbitantes pretensiones se desestimaron...

No falta quien crea que si en España llega á desarrollarse cierta actividad industrial, y el sentido de los negocios se impone, se difundirá la perniciosa idea de que el tiempo tiene su valor, y de que en todas partes el retraso de los trenes, salvo en casos excepcionalísimos y justificados, se castiga con multa y puede dar lugar á indemnizaciones. Pero esto será *ad kalendas graecas*, porque la piel del león de nuestro escudo hace rato que oculta á una tortuga entre sus crines.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GOYA. – DONOSO

Goya es de actualidad. Ciento cuarenta obras de su fecundísimo y genial pincel se hallan expuestas en el ministerio de Fomento, en una sala dispuesta *ad hoc*, adornada con tapices y que ya se ha abierto al público, entrándose en ella por dinero y gratis. También se ha celebrado con gran solemnidad, entre motín y motín, la traslación de sus restos y los de de Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés. Huesos de hombres que fueron algo afrancesados sin dejar de ser buenos españoles – como sucede frecuentemente en las épocas de decadencia nacional, cuando la mejor manera de amar á la patria es querer inocular en sus venas la cultura de otras naciones más felices y prósperas.

Con este motivo he repasado las notas que tengo sobre Goya para un libro en preparación referente al *arte moderno;* y su personalidad exuberante se me aparece con mayor relieve, llena de brío y de animación. El gran artista se destaca sobre sus compañeros de *traslación de restos* y llena solo un período que sin él sería el triunfo de lo convencional y de la imitación fría y desmayada. Es el único verdadero *genio* de los cuatro trasladados.

⁂

Goya, aunque tan próximo á nosotros, tiene ya una leyenda que no cede á la del Españoleto ó de Murillo, y es en balde que el entendido y competente D. Ceferino Araujo Sánchez haya querido disiparla, porque las leyendas tienen siete vidas como los gatos, y cuando acá las matan, allá resucitan. La leyenda nos representa á un Goya calavera, mujeriego perdido, matón, pendenciero, romántico, enredado en lances con las manolas y las damas de alta alcurnia, y la verdad nos le muestra *en prosa*, clasicón, pacífico, hombre de familia; aragonés neto. La leyenda nos dice que Goya fué un satírico trascendental, un tremendo simbolista, casi apocalíptico; la crítica del Sr. Araujo (en esto excesivamente negativa) rebaja mucho de estas profundas intenciones y le califica más bien de un escéptico dispuesto á sonreir con ironía ante la comedia humana, y antes que pronto al sacrificio, deseoso de transigir con lo que se adaptase á sus conveniencias y propósitos. Hasta de su exaltación patriótica duda la crítica de Araujo, y no sólo duda, sino que la niega á puño cerrado. Para Goya, tan feroz era el español que mataba al francés, como el francés que fusilaba al español. La fiereza, la barbarie, la estupidez humana en conjunto es lo que Goya veía y lo que satirizaba sin compasión y sin hacer excepciones en pro de determinados ideales.

Tratándose de Goya, es natural que se haya formado leyenda. Porque si no hay sugestión legendaria en la vida y carácter del pintor, la hay y poderosísima en sus obras. Lo que en sus actos no existe, lo ve la fantasía al través de aquella producción tan expresiva, enérgica, inmensa, variada, castiza, original hasta dar en extravagante. Sucédele á Goya lo que á Cervantes; se descubre en sus obras un *contenido* enorme, y el interpretarle es la tarea más fácil y grata del mundo; forjar sobre el autor una novela, sólo requiere algo de imaginación efectista.

La novela forjada sobre Goya por el escritor francés Carlos Iriarte tiene todos los requisitos. Goya aparece convertido en galán de comedia antigua; por una riña á cuchilladas se ve precisado á ausentarse de Zaragoza; para realizar el viaje á Roma, careciendo de recursos, se mete á torero y va con su cuadrilla de plaza en plaza; en Roma sigue siendo «el aventurero de siempre, persiguiendo trantiberinas y riñendo á navajadas con los hombres del pueblo;» intentando el rapto de una monja, ni más ni menos que D. Juan Tenorio; sorprendido por los frailes; acosado por la Inquisición, y obligado otra vez á huir, á regresar á España, donde continúa sus valentías al arma blanca y sus conquistas amorosas, entreveradas con zambras y desafueros, puñadas y coces, burlas á boticarios y otros lances propios de aquel pintamonas del período romántico, Cabrión, á quien Eugenio Sue retrató en *Los misterios de París* quemando la sangre con sus travesuras al portero Pipelet. Estas calaveradas siente Araujo con mucha exactitud que acaso las realizase la *partida del trueno*, pero que las más serán puras invenciones, referidas en España á Iriarte, y atribuídas á Goya creyendo hacerle así más interesante á los extranjeros; «porque los españoles tenemos á gala que nos crean guapetones.»

Los supuestos amoríos entre la duquesa de Alba y Goya son lo que más ha cundido de la leyenda, dentro de la misma patria del gran pintor. Todos han oído mil alusiones á esta historia de galantería, que se cree revelada en tapices y cuadros. Y sin embargo, ninguna prueba es fácil alegar en confirmación de semejante historia, que desmienten las noticias cronológicas y los datos claros y seguros y á la cual quita toda verosimilitud el estado y condición de Goya, buen marido, padre de familia, entrado en años y nada galante ni romántico por dentro, como era seguramente Moratín.

La cuestión respecto á la sátira de Goya es la misma que se ha suscitado con respecto á Cervantes mil veces. ¿Fué intencionado todo lo que creemos ver en *El Quijote*? ¿El instinto nada más, la espontaneidad del artista, dictaron episodios como los del *Cuerpo muerto* y la *Insula Barataria*, ó se desahogaba allí la observación amarga de un espíritu que veía más claro que sus contemporáneos y dejaba consignada su perspicacia para que lo entendiesen los venideros? ¿Se puede creer que nadie lance flechas con los ojos vendados y dé en el blanco seguramente? ¿No existen, en todas las épocas, personas que han visto más claro que la sociedad que los rodeaba, y dádose cuenta de los errores generales, y tirado á corregirlos por la insinuación, ya que no podían por el ataque directo y explícito? – Hemos conocido y conocemos casos de esto, y no nos asombran. Lo asombroso no es que una inteligencia recta y clara y no viciada conozca la verdad, sino que posea, en la cantidad que lo posela Goya, el genio necesario para dar forma docente y ejemplar á ese conocimiento, dentro del arte más intenso y más sugestivo. No faltaría en tiempo de Goya, ni ha faltado en tiempo alguno, una reducida minoría persuadida de que *el sueño de la razón engendra monstruos;* lo difícil es ser Goya para saberlo formular con el lápiz de un modo que jamás se olvide.

⁂

Después de Goya, el más genial de los trasladados es Juan Donoso Cortés, primer marqués de Valdegamas y autor muy renombrado, no sólo en España, sino en Europa, del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Quisiera hacer comprender bien la diferencia que existe entre estos dos personajes, y por qué veo tan superior á Goya. Hay en momentos dados corrientes y movimientos sociales que encarnan en algunos individuos más ó menos representativos, y los acuñan, por decirlo así, en medallas que se parecen las unas á las otras, como se parecen las monedas de una misma época. La corriente del renacimiento religioso ó neo-catolicismo, determinada por los excesos de la revolución y la violencia arrolladora é invasora del Imperio francés, y por la explosión romántica, en su esencia cristiana, produjo las figuras de los Bonald, De Maistre, Ozanam, Chateaubriand, Veuillot, Montalembert, y en España, la de Donoso Cortés. Estas figuras se asemejan. Marcado aire de familia las sella, á pesar de las diferencias individuales. Son *pléyade*, son *constelación*. Es indudable que son fruto y resultado del ambiente; que á nacer en otro siglo, no dirían lo que dijeron. – Goya, por el contrario, se presenta como un fenómeno aislado, acaso contrapuesto á todo el movimiento artístico y de su edad, y sin secuaces ni escuela en las siguientes. Lo individual (tal vez la clave de lo genial) es en él tan fuerte y pujante que rompe por todo, se sobrepone á todo, y se muestra inimitable, libre, salvaje, sin freno ni ley, ó mejor dicho, bajo la suma ley de su propia energía. Es decir, que Goya da de lo suyo, y Donoso recibe, es impulsado por algo que viene de afuera. Por eso le tenemos en opinión de un grande hombre, pero no de un genio propiamente dicho.

⁂

Debemos considerarle, especialmente, un admirable orador, aquí y en el siglo de los oradores extraordinarios. Con sorpresa, al releer el celebrado fragmento de Donoso sobre *la Biblia*, parecíame estar releyendo trozos de Emilio Castelar. Es la misma generalización histórica de alto vuelo, son las mismas enumeraciones prestigiosas y brillantes, los mismos largos párrafos, la misma retórica lujosa, meridional y engalanada. En cuanto á las *profecías* de Donoso, uno de los rasgos en que más se asemeja al conde De Maistre, no sería arduo descubrir en los escritos de Castelar varias que también se realizaron. El que conoce bien el mapa político europeo, trata á los grandes personajes, está informado y además posee facultades de primer orden, ¿es mucho si alguna vez profetiza? Lo que Donoso anunciaba respecto al advenimiento próximo del Imperio en Francia, sin duda muchos lo estaban viendo venir entonces; lo que no hicieron fué escribirlo. Entre las combinaciones horribles de los acontecimientos futuros, hay muchas que la lógica anuncia y que proclamadas de antemano pueden graduarse después de *proféticas*. Sin tener las aptitudes de Donoso para la política y la historia, el poeta José Zorrilla vaticinó el desastre de Sedán en aquellos conocidos versos:

«Oye, Francia versátil y altanera,
que juegas con la fe de las naciones...»

⁂

Juan Donoso Cortés poseía un espíritu soñador, un alma ardiente y mal avenida con la realidad. Acaso en el siglo XV las heroicas empresas, las aventuras, le servirían de válvula. En la Edad Media, el claustro – que entonces no era el retiro, sino un foco de actividades psicológicas inextinguible – le hubiese ofrecido el medio más adecuado á su índole. Él lo decía: la vida ideal es la vida monástica; y sin embargo permaneció en el siglo. Presenció la destrucción de los monasterios españoles, con sus tesoros de arte y de recuerdos; vió degollar á los frailes, y experimentó una impresión parecida á la que causaron á De Maistre las jornadas revolucionarias. Su imaginación viva y de mucho claroscuro quedó herida. Puede extrañarse que Donoso, con tales antecedentes, no figurase entre los carlistas jamás y fuese el acérrimo defensor de Cristina; y de hecho, la prensa tradicionalista ha bebido copiosamente en los escritos del marqués de Valdegamas. Gabino Tejado, su discípulo, amigo y biógrafo, cumplió la evolución que parecía natural en Donoso Cortés: murió carlista resuelto y militante.

Si llegar á la celebridad y á los honores rápidamente fuese lo bastante para ser dichoso, mal se explicaría la melancolía que asombró los últimos años de la vida de Donoso Cortés, y su temprana muerte. Su carácter, aunque orgulloso y arrogante, es noble y simpático, y hoy el interés del crítico se concentra en su alma, más todavía que en sus obras, con ser éstas notables y significativas de un período de la historia del pensamiento.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Con un modismo que ya va cayendo en desuso, «estar de servilleta en botón,» se expresaba antaño la idea del convite á comer. Sin duda entonces revestía mayor solemnidad; hoy es cosa usual, frecuentísima, dentro de nuestras costumbres, que, si bien asaz despacio, van europeizándose – y no subrayo la palabra porque no tiene para mí sonido extraño, antes creo que expresa felizmente un concepto que percibíamos y no formulábamos por falta de voz correspondiente.

Hubo un tiempo, y lo recuerdan gentes que no han llegado á la vejez, en que á la hora de comer se cerraba á piedra y lodo la puerta de las casas, aun de las ricas y abundantes de despensa y cueva. Terminada la comida – la patriarcal comida, á las dos de la tarde – volvía á franquearse el portón. Y obsérvese cómo el menor detalle revela el tejido y enlace de un estado social: el hábito de cerrar la puerta para comer decía á gritos: «En esta casa no vive más que un vecino: del sótano á la buhardilla, tiene un solo morador.» Desde que los edificios, divididos en pisos, comprenden varias viviendas, no podría verificarse ese cierre arbitrario.

***

Y el contraste entre antaño y hogaño es tal, que ahora los personajes, hombres políticos y de negocios, excesivamente ocupados todo el día, señalan para recibir á sus íntimos la hora del almuerzo y sobremesa. Nadie se apura y encoge porque le vean comer. La comida es igual, ó al menos muy análoga, en todas partes. Si Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre levantasen la cabeza, no reconocerían á la España de fritangas con apestoso aceite, los guisotes con ajo y cebolla, y la olla podrida. Encontrarían á la vuelta de cada esquina el plato francés ó inglés y el *menú* que podrían haberles servido en algún restaurant del *boulevard*.

Hablo, naturalmente, de las clases acomodadas, mejor dicho, ricas. En esferas modestas es distinto: se come á la antigua, garbancesca usanza, y no falta quien achaque la decadencia nacional á la alimentación mala y floja; pues, colectivamente hablando, este pueblo pastor y agricultor no es un pueblo carnívoro. No sé si tienen razón los que tal dicen; pero sé que conozco personas enemigas del rosbif, y disfrutando de salud y fuerza para vendérselas á más de cuatro inglesas nerviosas.

La carne va desacreditándose mucho: ya le lleva ventaja, como alimentación fortalecedora, la leche; la pastoril y bucólica leche. Por otra parte, en climas templados ó mejor calurosos, la carne es madre del reuma. – Épocas históricas recordamos en que sin duda los españoles eran duros como piedra y realizaban empresas que piden energía y voluntad, comiendo peor que se come ahora. Hoy el alimento es variado, agradable, presentado con limpieza; se consume más ternera y vaca, menos cerdo y embutidos; han entrado en el mercado general peces, mariscos y legumbres que antes se consideraban rarezas exquisitas; el azúcar se ha puesto al alcance de cualquiera; el café, la cerveza, ciertos refrescos, no son patrimonio sólo del que vive en la capital: no hay aldea en que no se encuentren. Por no hablar sino de un refresco, el humilde y plebeyo *boliche*, esa limonada gaseosa barata, ¡cuántos bienes le debemos! Y digo *le debemos*, no porque yo la pruebe nunca, sino porque noto sus efectos bienhechores en los aldeanos de mi tierra. Haciendo competencia al aguardiente de caña y al amílico, remojando la seca garganta sin atufar el cerebro ni abrasar las entrañas, el boliche habrá evitado muchos garrotazos y no pocas cuchilladas en las romerías y ferias, y bastantes escenas de brutalidad al regreso á casa. Para decirlo de una vez: desde que se ha popularizado el boliche, supongo que nacen menos criaturas marcadas con el estigma degenerativo del alcoholismo – único estigma acaso cierto y fatal.

***

Volviendo á las comidas... En España los ricos comen bastante bien; lo que todavía no se sabe (descuéntense las excepciones honrosas) es beber á proporción de la comida. Rara vez se sirve una con los vinos que corresponden por derecho á cada plato. El gran champagne *extra dry*, el inseparable compañero del asado en Inglaterra, es substituído por marcas dulces é inferiores. No obedece este fenómeno constante á espíritu de economía, sino á tradiciones de sobriedad que están en la medula de la gente ibera. Así como la función crea el órgano, la necesidad y el instinto originan la costumbre. Y el español no experimenta necesidad alguna de regar lo que engulle sino con Lozoya ó á lo sumo con alguno de los pastosos ó claretes vinos peninsulares. Somos en esto tan poco refinados, que la industria de clasificar y elaborar bien los vinos es relativamente nueva.

La indiferencia hacia las bebidas acaso será cualidad que nos realce. Es tan corto el número de borrachos en nuestra patria, que este vicio se mira, especialmente en el campo, como un desdoro, un baldón. En la mujer origina desprecio y reprobación muy severa. El clima, el sol, el carácter, se oponen á que en país de tan excelente y abundante cosecha de vino cunda la embriaguez. Y no se diga que estas reflexiones no vienen á cuento tratándose de comidas de personas de buena posición, que en ningún caso se alegrarían á la mesa. Precisamente á la mesa es donde suelen los anglosajones empinar el codo. Nadie ignora la mala maña inglesa de que, al servirse el café, antes de alzarse los manteles, se queden bebiendo los hombres, y las señoras se retiren á otra habitación, ni más ni menos que en la cena de *Lucrecia Borgia* cuando se apagan las luces. Beber es aquí un exceso; allí, un *sport*.

A ser posible revelar los nombres de señorones ingleses y *yankees* á quienes suele verse *too full* – como ellos dicen, – se sorprenderían los lectores; porque entrarían en la lista gentes del más alto copete y coturno, y no quedarían á salvo la pairía y la diplomacia. Existe quizás una balanza de virtudes y vicios, en cuyos platillos se compensan el bien y el mal. Nosotros somos, ¡ay!, es cierto, indolentes, desidiosos, enfermos de la voluntad; pero ellos, ¿cómo diablos hacen para conservarla incólume en medio de la disolución del alcohol?

***

A estas horas en España no se habla más que del eclipse y de la cáfila de sabios que se han venido á verlo; sabios entre los cuales descuella Camilo Flammarión. Al decir que descuella, hablo, por supuesto, desde afuera, el sitio que corresponde á un archiprofano. Puede suceder que los otros sabios, de la retahila cuyos nombres resuenan por vez primera en nuestros oídos, atesoren mayor ó más sólido caudal de ciencia que el simpático autor de la *Pluralidad de mundos*. Flammarión concedo que es un ingenioso novelista, una especie de Julio Verne del espacio, que pone á la astronomía al servicio de la ficción. Recuérdese su obra *Lumen, historia de un cometa*. En las narraciones de que consta este libro, se ve de cuerpo entero al ameno vulgarizador, al escritor que posee el don de interesar divirtiendo. Por poco aficionado que se sea á la astronomía, *Lumen* entretiene. Es preciso confesar que atraen y maravillan aquellas hipótesis de los soles que dan luz azul, luz roja ó luz color de violeta – á diferencia del nuestro, que la emite blanca, – y de aquellos mundos donde el hombre mide 50 metros de estatura, vive por término medio cuatro siglos y pesa 1.500 kilos; ó donde, al contrario, se disipa, es gaseoso y flota en el aire como una bola de jabón. Todo ello agrada, interesa y hasta suspende el ánimo; pero más que la severa disquisición del hombre de ciencia en su laboratorio, recuerda el *Viaje á la luna* de Cyrano de Bergerac, ó el *Micromegas* de Voltaire.

***

Parece ocioso decir que la severa disquisición, erizada de cifras, no la leeríamos, porque no la entenderíamos siquiera. La astronomía es acaso la ciencia menos accesible á los aficionados ó *dilettanti*. Los millares de curiosos que se dedicarán el día del eclipse á ahumar vidrios y mirar al cielo á través de ellos, sacarán lo que el negro del sermón. Por eso, precisamente, nos atenemos á la astronomía amena y recreativa del autor de *Lumen*. Ella nos da una idea, ligera sí, pero adecuada á nuestros medios de conocimiento, de lo que ocurre en los vastos, en los inconmensurables espacios que se extienden por todas partes alrededor de nuestro planeta. Por ella sabemos nuestra verdadera categoría celestial, nuestra posición astronómica; que somos un planetilla de menor cuantía, reducido y sin importancia, y la creación perdería bien poco si desapareciésemos. Sería como si á un vasto jardín le quitan un grano de arena. Verdad que todavía hay quien supone menos que nosotros, Mercurio y Marte, por ejemplo; que existen otros de nuestra misma talla, como Venus, y son bonitos y los poetas los cantan; pero ¡qué vergüenza si nos comparamos á Júpiter, que es más de mil veces mayor que la Tierra y además tiene cuatro lunas; á Saturno, que nos sobrepuja setecientas y pico de veces y gasta unos anillos tan hermosos; al propio Urano, que abulta por ochenta y dos Tierras, y á Neptuno, que vale por cien! Si mortificase nuestro amor propio esa importancia secundaria que aun dentro de nuestro sistema nos corresponde, podemos consolarnos pensando en los asteroides, grajea planetaria esparcida por el cielo. Nosotros somos, en el firmamento, la medianía; ni tan chiquitos que no se nos vea, ni tan grandes que llamemos la atención. Desde Júpiter somos invisibles. De todo ello se deduce que no nos sientan bien el orgullo ni la vanidad, y que deberíamos preciarnos de globo modesto y sensato, avenido con su puesto, sea el que sea.

***

La contemplación del cielo nos achica, pero nos calma. ¿Qué importan nuestras miserias, nuestras ansias, nuestras alegrías, lo que llamamos gloria, arte, riqueza, felicidad, ante esa inmensidad abrumadora? Esta reflexión de un personaje del drama de Galdós *Realidad*, ha suscitado muchas burlas, pero es bien profunda y verdadera. No hay cosa que sosiegue el ánimo como las conclusiones de la astronomía. Pensar que existen millones y millones de bolas mayores, menores, iguales á la Tierra; con sus polos, su ecuador, sus continentes, sus mares, sus nieves, sus lluvias, sus gases, su envoltura atmosférica, y sus habitadores, y su fauna, y su flora, y sus afanes, y sus desdichas, y todo lo que por acá se gasta; pensar que lo que tan grande creemos es un mínimo incidente sin eco en esa creación desmedida y colosal..., no nos consolará ni pizca, pero nos obliga á hacer un gesto indiferente y á pensar: «¡Valiente cosa!»

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PROGRESO. – CUESTIÓN DE RAZAS

Es edificante y curioso, y mucho de lección envuelve, el caso sucedido estos días en mi tierra natal con un invento nuevo. Hace lo menos veinte años que la antigua y monumental Santiago de Compostela y la industriosa y fabril Coruña suspiran por tener una línea férrea que, enlazando con la general, facilite la comunicación entre ambas ciudades, que se ven obligadas á realizar por medio de los coches-diligencias más feos, sucios, destartalados, apestosos, incómodos y peligrosos de cuantos conozco. Desgraciadamente los suspiros de ambas *urbes* tenían bastante de platónicos y no poco de egoístas. Santiago deseaba la línea férrea, convenido; pero... siempre que no le reportase á la Coruña ciertas ventajas. Y la Coruña anhelaba el mismo adelanto... con tal que Santiago no resultase favorecido. Y vino á ser lo del ferrocarril un pugilato de pellizcos y torniscones entre una dueña noble y devota y una obrera gallarda y en lo mejor de su edad.

Excuso decir que los respectivos caciques se hicieron cómplices y coautores de las morosidades y marañas por las cuales la ansiada línea férrea no llegó á construirse. Que si ha de pasar por aquí el trazado; que si ha de torcer por allá; que con tal condición apoyo; que sin ella combato y obstruyo... Y en estas disputas llegaron los perros, es decir, los automóviles, y se decidió fundar una empresa, desterrando la vetusta diligencia, cuyos vuelcos retraían á mucha gente del viaje. No era, sin embargo, la cosa tan sencilla como á primera vista parecía. En primer lugar, el camino de la Coruña á Santiago es un abecedario en que faltan las rectas *ies* y sobran las rabituertas *eses*. Para mayor dificultad, las *eses* están colgadas sobre precipicios. El coche que allí se inclina no da contra un seto ni va á tumbarse sobre un prado, sino que se despeña al fondo de un valle, de una altura de ocho ó diez metros. Quien vuelca vuelca desde un tercer piso, lo cual centuplica la amenidad de la situación. Así es que los vuelcos de la diligencia llamada (¡oh ironía de los nombres!) *la Ferrocarrilana* han solido ser fatales. El ilustre actor Emilio Mario se dejó aquí á uno de sus compañeros, despachurrado trágicamente al trasladarse la compañía de la Coruña á Santiago. Siempre que Mario hablaba de este trayecto se ponía grave, se le fruncían las negras cejas y se le contraía la rasurada faz.

Como la lógica no es el fuerte de las multitudes, no debemos extrañar que, no obstante la tradición de los vuelcos de la diligencia, uno de los primeros síntomas *mizoneístas* que se notaron al divulgarse la noticia de que se iba á establecer el servicio de automóviles fuese el temor á los vuelcos. La inmensa mayoría de la humanidad es así: la alarma menos volcar de un coche ya conocido y ser destrozada por ruedas viejas. Lo pavoroso es sufrir accidentes en un artefacto no usado hasta entonces.

Somos la minoría aquellos que encontramos sazón y gusto en lo nuevo, y precisamente creemos que, de exponerse á un percance, exponerse por algo que no encaja en la rutina. Juntamente profesamos la opinión de que el innovador está obligado á un cuidado exquisito para no hacer antipática la innovación. Y los automóviles que vinieron aquí á asustar á la gente parece que tenían el inconveniente gravísimo de ser material de desecho, adquirido con rebaja. Además, no resolvían el problema de la rapidez en el transporte: lo que la diligencia recorría en seis horas, lo andaban ellos en cuatro ó cinco: ventaja insignificante.

¿Por cuánto tiempo quedará en la memoria y en los sentidos de la gente de esta tierra infiltrado el horror al automóvil? Es de suponer que ya no lo perderán nunca. En los pocos días que funcionó el invento ocurrieron varios lances, uno de muy graves consecuencias. Se arrojaron del coche distintas personas, enloquecidas de terror; fué aplastado un caballo, y no sé si todavía hubo algo más. Un grupo de aldeanos, contemplando la desgracia, decían á voces: «De esto tienen culpa los que gobiernan.» Y el gobernador lo oía: como que precisamente, asistiendo á las pruebas, iba en el vehículo.

Pues bien, por una vez puede decirse á boca llena: casualmente de este desvío no tiene el gobierno la culpa. La iniciativa privada, á la cual interesaba tanto que el resultado fuese satisfactorio, pudo darnos el progreso en buenas condiciones. Otros países aventajados del movimiento industrial, como es Galicia relativamente á Vizcaya y Cataluña, se les han de presentar los adelantos en su última y más alta expresión, porque su misoneísmo es al de otras provincias como 4 es á 1. Y si han de recibir con relativa indulgencia los adelantos, tienen que ver muy á las claras su excelencia. Ahora se anuncia la adquisición de mejor material; pero apuesto á que el ensayo, por feliz que sea, no borrará la impresión desagradable de los fracasos primeros. De aquí deduzco que todos cuantos aspiramos á difundir algo nuevo tenemos el estricto deber de elaborarlo con detención y primor, porque la novedad *en las costumbres*, no *en las modas*, lleva ya en sí algo que subleva y repele, y sólo con blandura, maña, cuidado y astucia se vence esa involuntaria repulsión de la multitud, apegada inconscientemente á lo antiguo, aunque reniegue de él y conozca y deplore sus males.

Un autor que supongo americano, pues su libro está impreso en Montevideo, D. Víctor Arreguine, ha emprendido la tarea de refutar la célebre obra de Demolins, abogando por la superioridad de los latinos sobre los anglo sajones. En opinión del señor Arreguine – que parece persona de talento y escribe bien y con soltura – no existe, hablando con propiedad, raza latina ni raza sajona. Todos arios, indoeuropeos. Es muy cierto: no negamos verdad tan demostrada y conocida. Pero tampoco negará el señor Arreguine que, ramas de un mismo tronco, para seguir la imagen, distamos mucho de parecernos y de dar igual fruto. No sólo no nos parecemos, sino que se diría que nuestros ideales se repelen. Ni en religión, ni en arte, ni en sociología, tenemos las mismas concepciones. La libertad individual, el protestantismo, son sajones; la libertad política, el catolicismo, son latinos. Las excepciones no dicen nada en contra de esta observación general. Un objeto de tocador, un pliego de papel, un sombrero, os gritan á voces: *Made in England, made in Germany*...

Siendo exacta aquella definición del hombre es un animal que se acostumbra á todo,» no negaré yo que la fuerza socializadora de la imitación y la del contacto puedan hacer que el individuo se adapte á la especial manera de ser de la agrupación. Mas ¿en qué consiste que la agrupación se determina en cierto sentido y no en otro? No hay remedio sino reconocer la obra misteriosa de las afinidades étnicas. No vale decir que el suelo, el clima, el ambiente, lo hacen todo. Los boers se llevaron al Africa su ideal; los ingleses se lo llevan á todas partes. La Biblia y la tetera aparecen en Australia ó en Java, en Canarias ó en Klondyke. Y el mismo Sr. Arreguine lo reconoce; confiesa que el inglés es siempre inglés – inglés fatal, inglés *desinglesable*.

Yo creo que el Sr. Arreguine tiene razón en gran parte de lo que dice, pero no saca consecuencias exactas de su razón. Los anglo sajones son más crueles y más rapaces en sus conquistas que los latinos – ya se sabe. – Hace tiempo que los bien informados se ríen de nuestra *leyenda negra*. El Padre Las Casas, si viese á los hambrientos de la India y á los infelices *sioux*, tendría que llorar para toda su vida. Cabrillos de leche fueron nuestros conquistadores al lado de lord Clive. Pero no se trata de eso, no se trata de humanidad *colectiva* cuando se sostiene y propugna la superioridad *actual* de los anglo sajones.

Actual; importa fijarse bien en que esta cuestión es una cuestión de cronología. La civilización antigua, con su sello evidentemente artístico, pertenece á la raza heleno latina (llamémosle raza, para entendernos, á ese conjunto de pueblos). La civilización primitiva oriental, religiosa, había pertenecido á la raza india y semítica. Y la moderna, científica, pertenece á la raza anglo-sajona. No se puede discutir. No es un pugilato de virtudes. La *superioridad* no consiste en el ejercicio de esta ó de aquella *virtud*, consiste en la fuerza, consiste en la salud, el vigor, la energía, la actividad.

Que hay también energías morales en los países anglo-sajones, y altruismo, y hogar, y familia, y respeto á la mujer, y una apasionada y tenaz protección á la infancia, eso no lo podemos negar los latinos más latinos, y yo lo soy en alto grado, refractaria sin querer, por instinto, á lo que no lleva el sello de la raza y de la cultura latina. Virtudes llamo á esas predisposiciones del alma sajona; pero no habrá existido en el mundo raza ni nación alguna que presente completo el cuadro de las virtudes humanas. Quizás cada energía nacional lleva inherentes ciertos males ó desórdenes morales. Los fenicios y los daneses eran engañadores porque eran industriosos y traficantes. Los ingleses son duros y egoístas porque son resueltos y porque se les deja ejercitar el *self help*. La misma conciencia de su superioridad les hace negreros, esclavistas, utilitarios, persuadidos de su derecho contra todos. La convicción de que se debe desarrollar en primer término la energía, acarrea los castigos en las escuelas y la brutalidad en los juegos. Es, en algún modo, el antiguo criterio de los espartanos. Esa gente que goza con las sensaciones violentas y ásperas, que sufre con deleite la intemperie, el agua, la nevasca, que tiene sentidos menos finos que el latino y temperamento más robusto, necesariamente, al apoderarse de las conquistas científicas de nuestro siglo, tiene que ser una raza *superior* – dominadora.

Repito que el Sr. Arreguine es persona de mucho talento: su error es un error *latino*, simpático, artístico: funda la superioridad, que él cree indiscutible, de los latinos en sentimientos, en apitudes, no en *hechos*, no en *realidades*. ¡Ojalá acertase el Sr. Arreguine! Y puede que acierte... con el tiempo este hispano-latino de la América del Sur. Lo que es hoy no me negará que los anglo sajones avanzan, que se tragan el globo. Y se lo tragan, no como se tragaron á Europa sus antepasados los bárbaros, para aceptar inmediatamente las ideas y el arte y el espíritu de las razas vencidas, no; ellos ahora imponen su concepción peculiar de la vida y del mundo... Han descubierto una infinidad de secretos; nos los transmiten. Han averiguado – ya lo sabía Bacón – que hasta para un ángel el hombre tiene que empezar por ser una sana y equilibrada bestia..., sí, un animal poderoso y bien constituído – algo como el Pegaso, nuestro Pegaso latino, que es caballo y luce alas, ó como la Esfinge, latina también – porque todos los mitos hermosos son latinos – que ostenta gallarda cabeza y seno de mujer sobre ancas de fiera...

El mismo entendido escritor reconoce que no estamos en nuestro apogeo. Con esa confesión me basta. Por lo demás, no creo herida de muerte tampoco yo á la raza latina. Acaso, con las duras lecciones recibidas, aprenderá y se amoldará á la vida moderna, á la cual en Europa se muestra bastante inadaptable. Yo le podría citar al Sr. Arreguine síntomas, en España misma, de esa transformación ó evolución de las ideas consecutiva al dolor de las palizas y de las afrentas nacionales. Francia, no se puede negar, también ha entrado en los caminos de la regeneración, y está desconocida en muchas cosas, aunque en otras persevere en su doctrinarismo.

La hibridación ó cruce del ideal latino con el ideal anglo-sajón puede dar frutos preciosos. Un recastado, ó media sangre (hablo simbólicamente), que conserve su finura y su sentido de artista y adquiera vigor y voluntad, puede ser el tipo perfecto á que la humanidad llegue en su progreso indefinido. Shakespeare era algo así: su propia lengua, la que el gran dramaturgo escribe, está plagada de latinismos: es latino á medias.

¿Quién sabe si el escenario de esa transformación de la humanidad, que sueño, serán las jóvenes naciones de la América española, cuya federación podría contener la ola sajona, dándonos otra vez el puesto que nos corresponde en el planeta? Todo aquello que no veo factible en nuestro viejo continente y nuestra vieja nacionalidad, se lo encomiendo á la América del Sur, que no sufre los *obstáculos tradicionales* que aquí padecemos, que ha recibido esas transfusiones de sangre extranjera que renuevan la raza por la amalgama, y que representa para España el elixir de juventud de *Fausto*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE ARTE

Con motivo de los premios otorgados en la Exposición á los envíos españoles, se habla mucho de arte estos días, y se discute el valor, significación y alcance de esas medallas de honor que reparte Francia entre las naciones.

En España, como no está muy difundida la cultura artística, y se juzga, en general, por lo que se oye antes que por un criterio independiente, las medallas tienen más resonancia que las obras. Debería ser lo contrario. Una obra tiene significación positiva y representa una personalidad. Pero la medalla es el juicio *hecho*, el juicio que no es necesario fundar en la reflexión y el conocimiento, que se acepta con la aquiescencia involuntaria que prestamos á la autoridad, venga de donde venga y por el solo hecho de serlo.

⁂

Entre los premiados ahora en París se cuenta un individuo de una de esas familias de bendición como á veces aparecen en la historia del arte: un Benlliure. Sería curioso averiguar por qué fenómeno fisiológico brota en una estirpe la vena artística, ya en una misma generación, ya en varias sucesivamente. El hecho es constante, y de él dan testimonio, por no hablar sino de nuestros días, las familias de D. Vicente López, el insigne retratista; de D. José Madrazo, en tan largá dinastía perpetuada; de D. José Balaca, padre de dos pintores estimables; de los Bellver, escultores; de los Camurón, de los Ferrant, Jiménez Aranda, Masriera..., y tantos y tantos que podrían añadirse á la lista. Una advertencia conviene hacer, y es: que siempre se perjudican algo unos á otros los dinastas. Por lo pronto, á no mediar una superioridad extraordinaria y sin discusión reconocida (el caso de D. Vicente López), fácilmente se produce la confusión: la gloria se distribuye y atenúa, y se diría que toca á menos á cada cual, que el público la tasa más avaramente. Como la gran fecundidad, antaño tenida por cualidad gloriosa, ha venido á ser una especie de falta ó de abuso en el artista, éste no gana nada con que el vulgo mal enterado le atribuya las obras de sus hermanos, padres ó hijos, máxime si son flojas. Que sean los Benlliures dedicados al arte prueba que hay en esa raza una veta de oro; y al mismo tiempo, en causa de que cuanto hace un Benlliure resulta multiplicado por cuatro, para los profanos, que son la mayoría.

⁂

¡Y qué diablo! Todos somos algo profanos en la materia. Yo conocía y admiraba trabajos de tres Benlliures, José, Juan Antonio y Mariano; pero del otro artista de la familia, Blas Benlliure, tengo la primer noticia hoy. Y si esto me sucede á mí, que soy algo aficionada y vivo en Madrid y he estado en Roma en el estudio de Benlliure, ¿qué será á los diez y seis millones y novecientos noventa y nueve mil españoles restantes?

No se trata ahora de aquilatar el mérito absoluto de estos artistas, vivos, jóvenes aún, y para quienes tardará en venir la posteridad, con sus fallos decisivos, imparciales é irrevocables. Acabo de leer dos artículos: uno en *El Heraldo*, supongo que de Saint Aubin, donde se hace su apología; otro en *El Nacional*, del Sr. Pedre, donde pone al escultor como digan dueñas. Situémonos á igual distancia de todo apasionamiento, y confesemos que las esculturas de Mariano Benlliure son acaso las que con mayor unanimidad se aprecian hoy en España. No recuerdo si aquí mismo he manifestado la impresión que me produjo su *Sepulcro de Gayarre*. Fué gratísima. Ya sé que aquella es escultura *nerviosa*, no *muscular*. Pero ¿por qué hemos de desdeñarla?

Aquella creación delicada y feliz actuaba sobre los nervios y la fantasía. *No era escultura*, dicen los severos. No importa. Alguna vez nos cansaríamos de lo macizo, de lo clásico. El *nerviosismo* del arte actual penetra, no sólo en la literatura, la música y la pintura, sino en el taller del escultor, del cual parece que debieran alejarlo las tradiciones. La escultura, cuando se deja dominar por los nervios, es arte de decadencia, pero gana en expresión lo que pierde en solidez. Por este camino ha ido mil veces la escultura; no es de hoy el afán de ensanchar sus horizontes venciendo el obstáculo de la materia, de la gravedad, que sufre la escultura más que ningún otro arte. Lucca y Andrea della Robbia, sin ir más lejos, eran nerviosos, expresivos, en medio de su exquisita elegancia de florentinos del *cuattrocento*. Expresivos han sido nuestros escultores en madera, sin exceptuar al mismo Alonso Cano, de tan clásico estilo. Acaso el mármol se opone á esta reivindicación de libertad; acaso la cera, el barro, la madera, dan más vado al capricho y á la novedad fantástica. El mármol y el bronce exigen la majestad y pureza de la línea en primer término. Figuraos un relieve de Susillo en barro y en mármol, y os daréis cuenta de esta diferencia. ¿Cuándo rehabilitarán la escultura en madera? ¿Cuándo se vuelve á encarnar y estofar, como en los siglos XV, XVI y XVII? ¿Cuándo se reconocen los derechos de la policromía, no desdeñada por los mismos griegos?

⁂

Volviendo á la familia de Benlliure, encuentro en ella una de las leyendas más frecuentes en las biografías de artistas y escritores: la de la precocidad. José Benlliure, el pintor, expuso cuadros á los doce ó trece años, y nada menos que cuadros históricos y de asunto tan serio como *El cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías*. A la misma edad, el *bambino* se trasladó á Madrid y se dedicó en el Museo á copiar á Velázquez. Esto ocurría el año 1872, reinando el caballeresco D. Amadeo de Saboya. Llegó á sus oídos el caso notable del rapazuelo artista, y el monarca facilitó recursos al muchacho y le encargó un retrato del príncipe de Asturias. A los diez y nueve años, Benlliure ganaba un premio en Exposición. – Pero tanta precocidad se queda chiquita al lado de la de su hermano Mariano, que á los nueve años modelaba en cera un grupo, y á los once la estatua ecuestre del rey Alfonso. No sé si el retratista, Juan Antonio, habrá sacado, á los cinco años de edad, el parecido.

Estos niños, aunque precoces, no han vivido poco: su existencia es hermosa, rica en producción. Tengo yo la fortuna de no ser en arte nada intransigente; me gusta lo fuerte y majestuoso, pero también lo fino, delicado y bonito. Cuando oigo decir que Mariano Benlliure y el malogrado Susillo no poseen más que gran habilidad y destreza, un *faire* sorprendente, y que les falta la amplitud y energía de un Rodin y la solidez y realismo de un Carpeaux, no discuto. Acaso lleven razón los que así juzgan, dentro de una técnica rigurosa y estrecha; pero cuando he visto aquel sepulcro de Gayarre, tan inmaterial, tan gracioso, tan aéreo, he experimentado un goce, que no por ser distinto del que me produce el grupo de la *Danza*, en la *Grande Opera*, deja de ser legítimo y verdadero.

¿En qué consisten las decadencias? ¿Cómo se miden? Ardua empresa sería marcar sus límites justos. Escultor de decadencia es el Bernino; y no conozco obra helénica que me atraiga y subyugue más que su *Santa Teresa en éxtasis*. No me asusta la palabra *decadencia*. Sé que con ella es fácil condenar las tres cuartas partes de la producción artística. Y cuenta que si en algún ramo del arte se ha llegado á la perfección en una época dada, y cabría el exclusivismo para aproximarse á aquel ideal, es en la escultura. Mas ni la escultura ni ningún ramo del arte pueden permanecer fijos en un momento de su historia. A principios del siglo la pintura se afanó por parecerse á la estatuaria; hoy la estatuaria se afana en romper sus líneas asemejándose á la pintura.

⁂

Hay momentos en que la Naturaleza atrae más que el Arte. Fiesta de la Naturaleza, del solsticio de verano, es la que se celebra en estos días de San Juan y San Pedro. En las poblaciones, verbenas, con sus farolillos, sus puestos de golosinas, de avellanas, torrados y almendras; sus buñolerías, sus horchatas y refrescos, su típica mezcla de gente *smart* y gente del bronce, de damas que por un instante gustan de mezclarse con el pueblo, y de airosas chulas con sus mantones de Manila ricamente bordados; y en el campo, hogueras ó, como en mi país se dice, *lumeiradas*, alrededor de las cuales bailan en círculo mozos y moras, en las cuales la rama del pino exhala su resinoso efluvio y chisporrotea lanzando á lo lejos las partículas encendidas que, según la creencia popular, son espíritus que desde el fuego se lanzan al infinito espacio...

¿Por qué se festeja tanto, en todas partes, entre los Juanes al Bautista? No encuentro explicación satisfactoria. No es que no lo merezca; todos los santos merecen todo; pero vamos, que no son costal de paja el Evangelista, el Crisóstomo, el de Dios, el de Mata, el Clímaco, el Damasceno, el de Ribera, el de Sahagún, el de Regis, el Nepomuceno, el Silenciario, el Limosnero y el Taumaturgo. Acabo de leer un artículo de Sánchez Pérez, por cierto muy ingenioso, donde se entretiene en contar los San Juanes del Santoral, para venir á sacar en limpio que, de los sesenta y un Juanes y Juanas puestos por la Iglesia en los altares, no hay más que uno á quien se recuerda, festeja y solemniza; y es la noble víctima de Herodías, el severo censor de Herodes, el primo de Cristo, que saltó de gozo en el vientre de su madre Isabel cuando se acercó á abrazarla la Virgen encinta del Mesías.

La misma Iglesia, no contenta con celebrar su Natividad, dedica una fiesta á su Degollación; conmemora aquel episodio, que tanto ha inspirado al arte, de la danza premiada con una sangrienta cabeza en una fuente. Desde Botticelli hasta Puvis de Chavannes, el asunto ha tentado á los artistas. Pintores y escultores se han apoderado de la tragedia del castillo de Maqueronte, y algunos cuadros de la escuela española, atribuídos á Murillo, lo presentan en todo su horror: la cabeza lívida sobre la fuente, entre coagulada sangre, y al lado la espada que la segó de los hombros.

⁂

Cierto es que la historia de San Juan Bautista debió de causar terror y enojo en sus contemporáneos. Era San Juan, si así puede decirse, una especie de tribuno, á cuyos acentos prestaba resonancia el estado de Judea, perdida su independencia, sometida al yugo extranjero y sumida en el envilecimiento y en la corrupción. Aunque la idea y definición de la patria sea moderna, el sentimiento es antiguo; y los judíos, al escuchar al Bautista, debieron experimentar el bochorno de su condición humillante. El Precursor era popular. Aunque clamaba en el desierto, á escucharle acudían millares de hombres. El aspecto de su cuerpo tostado y desecado por el sol y el ayuno – su alimento eran langostas y miel silvestre, – de sus pupilas de fuego, de su cabellera y barba incultas, esparcidas como una aureola alrededor de las expresivas facciones; la piel de camello que ceñía sus lomos, su única vestidura; la severidad y energía viril de sus acentos, todo era parte á conmover y persuadir á aquel pueblo habituado á los videntes y que reconocía en el hijo del sacerdote Zacarías al último profeta de Israel. Tal fe inspiraban sus predicaciones, que después de que Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, le hubo encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte, la multitud se precipitaba á oír su voz al través de la reja de la cárcel. Y Juan, cargado de cadenas, seguía predicando; porque el tirano había encadenado sus miembros, pero no su espíritu y su voz. Esa fué la causa de su muerte. Herodías sólo le pedía silencio: al ver que no callaba, aspiró á degollarle, y se cuenta que, cuando al fin tuvo en su poder la lívida cabeza, con la aguja de su pelo atravesó la lengua, como Fulvia la de Cicerón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL HIELO. – LA CATEDRAL DE SALAMANCA. – LOS CHINOS

Cuando leo estos días en la prensa discusiones acerca de si el hielo es provechoso, perjudicial ó neutro para la salud, pienso en cómo cambian, no los tiempos, sino los hombres... Hace unos quince siglos se disputaba si la luz era creada ó increada, y si el Verbo era ó no consubstancial...

La medicina no es una ciencia exacta, ni de ello se precia, y la higiene todavía menos. Lo digo por la diversidad de pareceres de los eminentes doctores que *El Liberal* consultó acerca de cuestión que nadie llamará candente, pero sí palpitante. El uno encarece los efectos estimulantes del hielo como digestivo. El otro exagera sus resultados perniciosos, su acción depresiva ó irritante. Este lo recomienda, siempre que se use moderadamente. Aquél lo prohibe, y también prohibe el agua. Punto en que aparecen unánimes: el hielo debe hacerse de agua esterilizada, limpia de microbios y bacterias dañinas.

¡El agua! Cuando no sabíamos que es el vehículo de las enfermedades más horribles, de las infecciosas; cuando sólo veíamos en ella la linfa cristalina de las fuentes, la bebíamos con deleite dondequiera que nos asaltase la sed. No inspiraba desconfianza. Uno de los goces del viaje era probar las aguas, compararlas, discurrir sobre su delgadez ó grosura. Hoy, ninguna persona prudente bebe agua que no conozca sin hervirla ó filtrarla. Día llegará en que el mundo no produzca suficiente agua mineral para el consumo de los precavidos. Si queréis evitar las fiebres, los catarros intestinales, la colerina, las mil indisposiciones que viajando son más fáciles de contraer, comed de todo, no bebáis casi de nada; infusiones, fruta, cerveza – vino no, porque no es fácil encontrarlo *moro*, y es de suponer que los taberneros, fieles al ritual, no hierven el agua con que lo bautizan.

Volviendo al hielo, si hay puntos de España donde no se necesita usarlo, y Galicia se cuenta en el número, no sé cómo se podría prescindir en otros de la agradable sensación del terroncito que enfría la bebida. El hielo es recreo de los ojos, tanto como del paladar. Romped una barra de hielo en pedazos, agrupad los cristales en una *corbeille* de transparente Baccarat, colocad encima, artísticamente, unas hojas de hiedra y algunos capullos de rosa, y no podréis tener mejor centro de mesa. ¿Qué diré si sobre el hielo y entre el hielo desparramáis encendidas fresas y cerezas sombrías como el granate? La vista es encantadora, y además la fruta se hiela y está deliciosa al gusto. He oído decir – porque no lo he visto – que para la mesa, en los Estados Unidos, hay reposteros y cocineros artistas que esculpen el hielo, lo tallan y cincelan, como si fuese madera ó mármol, y presentan una estatua, un grupo, un busto, una composición decorativa, cuyas líneas van borrándose á cada cucharada de sopa y á cada bocado y á cada trago. Y la obra de estos escultores caseros viene á ser como un símbolo de la de otros artistas, de la pluma, de la gubia ó del pincel, cuya fama dura un día, cuya gloria muere y se deshace en agua á cada vuelta de la manecilla del reloj.

¡Arde la catedral de Salamanca! La noticia es otra más en el número de las malas y amargas que sobre España llueven en este siglo. No sólo desapareció nuestro orgullo y nuestra pret histórica, sino que se arruinan muchos de los monumentos que la atestiguaban. Aquella célebre broma de Mariano de Cavia sobre el incendio del Museo del Prado, cada mañana, al despertarnos y abrir el periódico, tememos verla convertida en realidad tristísima.

Salamanca es de las pocas ciudades españolas que todavía no he visitado, habiéndomelo propuesto infinidad de veces, porque sentiría morirme sin conocer del todo, ya que no el planeta, ni siquiera Europa (¡qué sujetos nos tiene la distancia y la imperfección de las comunicaciones!), al menos la Península. Y me es simpática esa ciudad, por el chasco que, según la historia, dieron sus mujeres al cartaginés Aníbal. ¡Encantadora conseja! El caudillo sitió la ciudad, y la redujo al extremo. Los salmantinos se rescataron ofreciendo crescientos talentos de plata (de carne y hueso nos harían mucha falta ahora) y crescientas personas en rehenes. Pero no entregaron lo ofrecido, y Aníbal volvió á sitiarles. Esta vez no quiso dejar á los salmantinos sino la vida y la ropa que llevasen puesta: dinero, joyas, muebles, esclavos, todo se atribuyó al botín. Pero las mujeres, que no temían ser á la puerta registradas, sacaron espadas escondidas bajo sus túnicas. Y cuando las tropas de Aníbal se cebaron en el saqueo, entregaron á sus hijos, hermanos y esposos las armas, y cayendo sobre el vencedor, lo destrozaron y recobraron libertad y bienes. Por eso Plutarco llamó á Salmántica «ciudad grande.»

Desde muy antiguo fué Salamanca silla episcopal. Raimundo de Borgoña y Urraca, su mujer, hija de Alfonso VI, erigieron la catedral, con el piadoso interés y las ricas donaciones que entonces se estilaban en casos semejantes. No era en aquellos días Salamanca la «madre de la ciencia,» sino una de esas ciudades militares de la Edad Media, donde se vivía armas al brazo. Sus moradores salían al campo á hacer presa y ganar botín, y volvían trayendo consigo cautivos y reses. Un episodio de aquellas correrías reviste carácter esencialmente español. Al encontrarse los guerreros salmaticenses con el ejército del emir Taxfín, les preguntó quién era su jefe. Aquellos legítimos y castizos iberos contestaron orgullosamente y montados en cólera que allí no había jefes, sino que cada cual era jefe de sí mismo. Ante tal respuesta, el sarraceno les acuchilló creyéndoles insensatos. Debiera más bien perdonarles por haber respondido la verdad y dado en una frase la fórmula de la idea nacional. Desde los militares hasta los escritores, ¡quién habrá aquí que no haya renegado de la subordinación y aspirado, con instinto anárquico, á repetir la declaración de los salmantinos en la llanura de Badajoz! Y el caso es que aquellos guerreros sin cohesión ni disciplina no escarmentaron, y sufrieron derrota sobre derrota hasta que acabaron por donde debían haber principiado: por ponerse á las órdenes de un jefe, que les hizo victoriosos.

Nadie ha podido averiguar quién fué el arquitecto de la antigua catedral de Salamanca. Empezada en el siglo XII, no estaba terminada en el XIII. En la bóveda, en el siglo XV, un Nicolás Florentino (no hay que preguntar de dónde llegaba) trazó el asunto en que podría y debía emplear sus brochas un pintor contemporáneo de Dante Alighieri: el Juicio final, con todo su tremendo aparato de castigos y su consoladora exhibición de glorias y recompensas. Entre los sepulcros de la catedral vieja hay algunos bellísimos, como el del chantre Aparicio. Por fuera, esta catedral vieja presenta cierto aspecto oriental, merced á la figura bulbosa y al techo de escamas de una de sus torres, rasgo característico. Habló de esta catedral antigua antes que de la nueva, porque, según hace notar un escritor español, es acaso el único ejemplar (dicho sea para baldón de la humanidad, añade el escritor con sumo acierto), en que se edificó lo nuevo sin derribar lo antiguo, y en que no se regatearon unos cuantos pies de tierra para evitar la destrucción de un monumento. Eran los primeros años del siglo XVI. La gran mano de Cisneros impulsaba la obra.

Y la obra adelantó rápidamente. Muestra de la decadencia gótica, ya la quisiéramos hoy para considerarla señal de vida y de fuerza en nuestra desmayada y bastarda arquitectura. Esos adornos de prolija labor, esos follajes, tréboles, filigranas y molduras, esas cornisas en que anidan monstruos y figurillas raras, están llenos de empuje y de elegancia y son de admirable riqueza. ¡Con qué brío se retuercen los leones heráldicos, yerguen el cuello las bichas, se enrosca la elegante hoja de cardo, y bajo qué delicado doselete se cobijan las estatuillas de los obispos, con el báculo empuñado, flotantes las vestiduras, en la bella fachada de la catedral! ¡Qué graciosa hojarasca, qué finos remates, qué lujo y profusión de adorno! Los periódicos no detallan el siniestro: no sé si ha sufrido esta parte tan hermosa del edificio.

Nos contentaríamos hoy con poseer, no ya al Antón Egas que planeó la catedral en el siglo XVI, sino al calumniado y deprimido José de Churriguera, que más tarde puso en ella sus manos, no tan pecadoras como se dice, ni mucho menos, rehaciendo la torre y la cúpula. Supongo que es esta torre la que arde, carbonizadas sus vigas y desprendidas sus campanas. Cuando el fuego se comunica á un monumento de la España vieja, quisiéramos enviar al teatro del siniestro toda el agua de nuestros ríos, y para proyectarla, todo el esfuerzo de nuestros brazos.

Declaro que los chinos, que ahora son el pueblo de moda y han relegado á la penumbra el Transvaal, constituyen para mí un enigma más indescifrable que el de la esfinge.

Si leo sus anales, si repaso su historia y lo que aparece escrito acerca de sus leyes, creencias y costumbres, me los figuro sensatos, pacíficos, apegados sí á la tradición, pero á una tradición relativamente culta, que hasta se caracteriza por un sello intelectual. Hubo épocas en que los misioneros – tan cruelmente tratados por este pueblo que sin embargo no demuestra gran fanatismo religioso y en el cual se practica una confesión racionalista y atea, la de Confucio, y otra panteística y humanitaria, el budismo, – hubo épocas, digo, en que los misioneros ofrecieron á Europa, como modelo, las instituciones, las ideas morales, el código chinesco. Se ha citado para ejemplarizar su amor filial, su respeto á la autoridad constituída, su veneración á los antepasados, su laboriosidad, y se ha hecho un idilio de aquel emperador, Hijo del cielo, que un día se bajaba del inaccesible trono, y empuñando el arado, trazaba un surco, para demostrar á sus vasallos que el hombre ha de ganar el pan con el sudor de su frente.

¡Pobre *leyenda de oro* de los chinos! Tú te has disipado también. Yaces enterrada bajo un quiosco de esmalte azul con argentinas campanillas, y alrededor de tu tumba crecen esos arbolitos microscópicos y esos *kibricus* sangrientos que se ven en los bordados de tus telas y en el decorado caprichoso de tus lacas.

Si hemos de fiarnos de lo que afirma un general chino, Tcheng-Ki-Tong, que no se desdeña de esgrimir la pluma, China es aún hoy aquella tierra de virtudes y sensatez de que hablaban los buenos misioneros. El emperador (¿y la *emperatriz?*) se atiene á la sabia máxima del *Ta Kio ó Grande Estudio:* «Obtén el amor del pueblo y conseguirás el imperio.» En China se ha realizado (sigue hablando el general) la aspiración socialista: la tierra es propiedad nacional y su dueño es el que la cultiva. Tienen ocho ministerios, casi iguales en su objeto á los nuestros, sólo que les falta el de Gobernación y les sobra el de Ritos. Los funcionarios se eligen entre los literatos exclusivamente. No existen abogados, procuradores ni curia alguna. No hay código civil; sólo se conoce el penal. El emperador es jefe ó papa de las tres religiones reconocidas oficialmente en el Imperio, á fin de evitar discusiones é intolerancias. La *censura* funciona desde ocho siglos antes de la Era Cristiana. Por otro nombre, se llama esta censura *el tribunal que vela por todo.* Los censores de la Inquisición china son grandes letrados, académicos. Y en Hankín, ciudad de dos millones de habitantes, sólo se registró en treinta años un homicidio...

¿A que á muchos se les ocurre que es lástima que las potencias destruyan esta organización social?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIAJES. – CHINITOS. – EL CALOR. – ECHEGARAY

La vida contemporánea, es hacer la maleta é irse por esos mundos... Los periódicos no hablan sino de expediciones; no hay quien en estos momentos no se dirija aquí ó acullá, adentro ó afuera, según sus aficiones, gustos y necesidades. Los unos se van á las playas, donde se respira anchamente la brisa salitrosa; los otros prefieren los aires fríos y puros de la sierra; éstos se lanzan á arrostrar los precios exorbitantes de la Exposición, contemplando allí todas las maravillas que pregonan los diarios; aquéllos, más cautos ó ahorrones, se encierran en sus casas, abrazados á la jarra del agua fresca, y aguardan á que pase el sofocón que nos abruma.

Y entretanto, la prensa, á falta de asuntos más substanciales, trae y lleva el de las *trallas ó cerco de jareta*, acerca del cual, gallega como soy, no tengo opinión alguna, pues los pareceres andan discordes, y si para algunos la trainera es la destrucción de la pesca, para otros es la vida y el sustento de los pobres. No es posible, lo repito, entender esta cuestión no siendo de oficio sardinero, fomentador ó un nuevo Cornide, tan inteligente en piscicultura. La verdad es que nos devanaríamos los sesos y andaríamos preocupadísimos siempre, á no resignarnos de antemano á que son infinitas las discusiones en que no podríamos echar nuestro parecer en la balanza.

Obscuro también, entre los más obscuros, es ese problema chino de tan palpitante actualidad. Si un pueblo fantástico, que apenas miramos sino como tema ornamental de telas, abanicos, porcelanas, biombos y cajas de laca, se aparece pretendiendo influir en la vida de los blancos europeos, ó segregarse de ellos alzando, en el terreno moral, otra muralla como aquella que se extendía desde el golfo de Liao-Tung ó mar Amarillo, hasta la extremidad occidental de la provincia del Chen si, en un espacio de quinientas á seiscientas leguas, el caso merece pensarse. La muralla da idea de la insensatez china, del delirio manso y tenaz de esas cabezas de calabacín con rabos de ratón. El emperador que fundó la celebre muralla se llamaba Tsin chi-hoang-ti, y de él habría mucho que decir; no pasó inadvertido para la historia. Fué el gran enemigo de los literatos, y se apoyó en los militares. Reinaba unos doscientos diez y nueve años antes de la Era cristiana, pues este singular pueblo chino posee las instituciones más antiguas del mundo. Los literatos, empeñados en servir de algo, dirigían acertadas observaciones al Hijo del Cielo; pero él los mandaba... á estudiar, previniéndoles que ya les avisaría cuando necesitase sus consejos y advertencias. Después este emperador, atento á las soluciones prácticas, hizo que le llevasen en un palanquín al convento de bonzos situado en la cima de una montaña, para buscar allí el elixir de la inmortalidad. Y entonces los literatos, convencidos de que tenían que habérselas con uno de esos reyes inquietos á quienes el soberano poder ofusca y ciega, de suerte que no reconocen valla ni freno á sus caprichos, le recordaron que el mando se acaba, que no son eternos los emperadores, y le recomendaron que imitase las hermosas acciones de los monarcas de las dinastías *Yu* y *Tcheu*. Y el soberano, cansado de encontrar en los literatos un límite á su absoluto poder, ordenó una quema general de libros, devastación más terrible y pérdida mayor que la de Omar. Sólo Dios sabe qué preciosos documentos y datos para la historia perecieron en tan bárbaro auto de fe, tratándose como se trataba de un pueblo que tenía anales escritos miles de años antes del nacimiento de Cristo. Poco después, cuatrocientos sesenta literatos que no habían querido expresarse en sentido favorable á la conducta del emperador, fueron ejecutados con los refinamientos de crueldad habituales en China.

Este Nerón sinense es el autor de la gran muralla. Su carácter emprendedor, su orgullo, su deseo de aislarse del resto del mundo y de conservar á China – contra las doctrinas de Confucio – en estado de eterna ignorancia, madre de la sumisión incondicional, le sugirieron el proyecto. Casi siempre estos déspotas locos han dejado rastro de su paso por el trono en construcciones extraordinarias, por nadie pensadas ni discurridas. Tsin-chi-hoang-ti, entre otras ocurrencias, tuvo la de copiar en el suelo, con palacios, ciudades y aldeas, las constelaciones del cielo, la Vía Láctea. En cuanto á la muralla, cuyo diseño total debemos á los misioneros, es obra tan desmesurada, que con los materiales en ella empleados podría construirse un muro de seis pies de altura y dos de espesor, que diese dos veces la vuelta al mundo. Guarnecía esta muralla-fortaleza un millón de soldados, y no bastó para impedir la invasión tártara; como no basta jamás un obstáculo material para evitar un suceso que está en la conciencia de la historia. Por eso la muralla de la China será siempre emblema del afán con que el pueblo sinense procura separarse del resto de la humanidad, y archivar á todo trance sus antiguas instituciones, leyes, costumbres y usanzas.

¿Es un bien, es un mal ese sentimiento tenacísimo que apega á los pueblos á su ser moral y les obliga á seguir siendo lo que una vez fueron? ¿Es salud, es enfermedad? Nadie podría resolver de plano estas preguntas, sin vacilación, sin convertir la mirada hacia sí mismo, hacia la patria donde nació y en la cual mil detalles podrían recordarle las tenacidades del tradicionalismo en el Celeste Imperio.

Porque, á no dudarlo, esta arremetida de los chinitos contra los extranjeros es un caso de tradicionalismo. China es tradicionalista como ningún pueblo del orbe lo ha sido ni lo será. Y China – pueblo de cuya existencia solemos olvidarnos – es el más antiguo y el más vasto imperio de la tierra. Su civilización se remonta á edades en las cuales Europa se encontraba cubierta de selvas é infestada de *ursus* y renos; y su civilización alboreó, creció y se desarrolló dentro de su mismo territorio, sin que ni el comercio ni la conquista le trajesen elementos de fuera para dirigirla ó modificarla. Ni aun la introducción de una creencia tan extendida como el budismo influyó en la cultura china; estaba del todo formada cuando recibió las doctrinas de *Fo* ó Sakiamuni.

La propia configuración de China la condena al aislamiento. Es una inmensa meseta salpicada de montañas, separadas del resto del universo por mares, cordilleras y desiertos. Rica y fértil, bastándose á sí propia, China aborrece al extranjero porque no le necesita. La solidaridad humana – sentimiento muy *escrito*, pero muy poco real – ha nacido quizás de la imperiosa ley del cambio; del comercio. En la prodigiosa extensión de China concúcense todos los climas, desde los polares á los tórridos; y este país, variadísimo y de terruño profundo y rico, está cubierto de densa población. En su territorio nacen el oro y el hierro, y también se conocen, ¡producción extrañal, pozos de fuego líquido, como los hay de agua en nuestras regiones.

Ante ese pueblo arraigado, solariego en el globo, nosotros somos unos *parvenus*, unos señores de ayer acá. Nuestras historias más viejas parecen recientísimas al lado de esos anales de cuatro mil años antes de nuestra era. A esa fecha se remontan los caracteres, los difícilísimos caracteres de la escritura china. Y aun antes de esa fecha, la China aparece ya mandada y regida por un emperador.

Ved el tradicionalismo chino. Nunca se conoció allí otra forma de gobierno sino el imperio. Grecia, Roma, tienen repúblicas, cónsules, tribunos, tiranos, césares; los hebreos, jueces, reyes, tetrarcas; los chinos, desde hace sesenta siglos, vienen sujetos á un emperador. Todo lo bueno que se hace, todo lo útil que se inventa, á los emperadores se atribuye. El uno idea la guitarra, redacta el calendario, profesa, como Orfeo, la música; el otro construye el primer arado, enseña al pueblo á sembrar el trigo, escribe el primer libro sobre arte militar, instituye la medicina. ¡Extraña tierra! Yo confieso que de todas las cosas raras de China, la que más me preocupa es el *dragón*. ¿De dónde se origina ese culto y veneración por el dragón? ¿Qué es el dragón? ¿Existe siquiera algo que se parezca á ese fabuloso animal, viviente en la fantasía de todos los pueblos antiguos, que para nosotros simbolizó el mal, y para los chinos el bien, el honor, lo más sagrado de la tierra? Fu-hi, el emperador mítico, el Moisés chino, dijo que había visto sus leyes escritas en el dorso de un dragón. Desde entonces, el dragón es el numen de China.

Desde fuera, es muy fácil reírse de esta civilización tantas veces secular y de esta raza amarilla, pedantesca y pueril, que toda se vuelve máximas y sentencias morales; pero yo comprendo el fanatismo tradicionalista de los chinos: su organización es sólida, y su aislamiento, su *muralla*, una fuerza más. Poseen un gobierno paternal y una administración barata. Su arte, aunque amanerado, es delicado y exquisito. De lo que sucede hoy allí, nada sabemos á ciencia cierta. Se oyen cosas novelescas, dramáticas, pero no se confirman. Ignoramos por qué va á encenderse acaso la guerra universal. No estamos seguros de que los diplomáticos hayan sido asesinados con lujo de horribles detalles. Todavía puede suceder que resuciten, que se aparezcan sanos y buenos, rodeados de toda su familia, de la cual refiérese que han hecho una hecatombe antes de sucumbir. Puede ser que de esta falsa alarma resulte asegurado y protegido en China el cristianismo, única religión con la cual se han mostrado intolerantes esos tranquilos racionalistas que admitieron sin oposición el budismo, á título de religión sencilla, para el pueblo.

El calor es otro tema de actualidad. En Madrid el termómetro marca 41 grados á la sombra: una temperatura propiamente senegaliana. En Londres, en París, en Nueva York, se muere de insolación la gente; y sin embargo, no se ha pasado de 37 allí. Y al leer estos datos aterradores en la prensa, me siento penetrada de reconocimiento profundo hacia Galicia, la fresquísima región donde el calor es un nombre vano, donde nunca falta la deliciosa brisa de montaña ó de mar, donde no se ha registrado una defunción por calor desde que el mundo es mundo, y donde, como estos últimos quince días, suave velo de grises nubes mitiga el ardor del sol, y refresca la atmósfera, al anochecer, fina *brétema* húmeda, bienhechora de los pulmones.

Seguramente Galicia es el país más fresco de España en verano y el más templado en invierno. En la provincia de Pontevedra el termómetro no oscila más de lo que oscila, por ejemplo, en Alicante. Aquí se desconoce la nieve y se ignora el excesivo ardor del sol. Una eterna primavera, gracias á la cual las camelias y las begonias florecen al aire libre y las rosas dan doble cosecha, en mayo y en noviembre.

El calor de este año en Europa debe de ser diferente del que en otras épocas se ha padecido, puesto que se discute, entre los sabios, si hace tanto calor en el Congo, y si llegó jamás á este extremo en París y Londres. Y de la discusión ha resultado que, en efecto, sólo dos veces durante este siglo se sintió igual calor, y que en el Congo hace menos, sólo que lo hace más tiempo seguido. Pero consolémonos: los mismos sabios vaticinan que todavía nos queda un mes de sufrir las caricias del sol canicular, y que, si el calor se aplaca, se desarrollarán tormentas violentísimas.

En casos como el presente, debían modificarse los trajes, y admitirse el escote en la calle, y suprimirse el atroz cuello almidonado que padecen los hombres. He aquí por qué el calor en el Congo no es tan insufrible como aquí. Los congoleses van ligeros de ropa, se bañan en los ríos cuatro ó seis veces al día, comen vegetales, y así sobrellevan bien los rigores del estío. No sabemos que en el Congo se caigan muertas las personas como en los Estados Unidos y Francia.

Una obra de Echegaray, *El loco Dios*, nos viene de fuera, y por ello excita doble interés en nuestro público. Lo que se estrena en París reviste aquí cierto carácter de novedad extraña, más graciosa é interesante que si hubiese nacido en la escena española. Veo que en Barcelona se han dividido las opiniones, y que unos aplaudieron con entusiasmo lo que otros recibieron con desagrado ostensible. Asimismo veo que el primer acto gustó sin discusión alguna. Es ya achaque antiguo este en el teatro de Echegaray. Si los últimos actos correspondiesen á los primeros, no habría existido otro dramaturgo de más alto vuelo y de concepción más atrevida y maravillosa que el ilustre autor de *El gran Galeoto*.

No conozco su última producción, pero ya sé que en ella habrá la marca, la garra, el sello especial de este autor que posee tantos dones, y á quien sólo faltaría (¿pero acaso es compatible con su modo de ser?) acercarse á la realidad para recibir de ella el agua de vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA VIDA EN VERANO. – CUESTIÓN DE ROPA

SAN LORENZO MÁRTIR

El tema que propuso para uno de sus últimos concursos *El Liberal*, «*La vida en verano*,» encierra una de las más fáciles y difíciles charadas que al ingenio español se le habrá encomendado descifrar. Para descifraría de cualquier modo, sirve cualquiera; pero si se van á condensar en un artículo los preceptos de la higiene veraniega, ¡qué substancioso artículo habrá que escribir!

La vida en verano, á decir verdad, sería lo mismo que la vida en invierno, si en verano no hiciese calor. Ya sé que parece perogrullada; y sin embargo, no todos se fijan en que resume sucintamente la fórmula del artículo sobredicho: una cuestión de temperatura. En los países donde no quema el sol, se vive tan ricamente durante la canícula, sin precaución higiénica ninguna; sin abanico siquiera.

***

Donde el rubicundo Febo..., etc., hay que pensar en precaverse, lo primero de todo, contra un achaque natural: el afán inmoderado de beber. Esta costumbre es la que debe combatirse, en primer término porque trae fatales consecuencias. En viaje, el ansia de remojar la garganta adquiere caracteres febriles. He observado estos días, en las estaciones recorridas desde Galicia hasta París, que la gente se precipita sobre el agua como el ciervo perseguido y alterado se arroja á la charca. Los botijos corren que es un portento. Las aguadoras hacen – nunca con mayor exactitud se usó el modismo – su agosto.

El mejor consejo que podría dárseles á los sedientos sería el de resistir la sed. Los daños del verano son hijos del agua, en su abuso interno (el externo es recomendable y menos frecuente, por desgracia). Convertido en filtro el cuerpo, bebe lo que suda y suda lo que bebe. Y esa agua que se echan al coleto, cruda y desazonada, llena de microbios, no calma la necesidad de frescura húmeda que se experimenta; más bien la irrita y recrudece. El agua recogida Dios sabe donde; procedente quizás de pozos ó pantanos; tomada acaso de un río, no lejos del remanso en que se lavan las inmundicias de una aldea ó de un villorrio, puede comunicar el tifus, las calenturas malignas y la colerina estacional. En este capítulo, como en otros muchos, la cuestión de salud puede ser meramente cuestión de dinero. El que se lleve consigo unas botellas de agua mineral, en el viaje, quizás se evita el mayor riesgo de los que entran por la boca y pueden dar al traste con la vida.

***

Beber la menos agua posible; y si se bebe, que no vaya sola, sino acompañada del sabroso y fino azucarillo español ó de la empalagosa, pero sedante, flor de azahar francesa; mejor todavía de unas gotas de coñac ó ron del superior y añejo; preferir la bebida *caliente*, única que apaga la sed, á la bebida *fría*, que la exaspera, y comer sin gula ni exceso alimentos de fácil asimilación: he aquí los únicos preservativos contra ese mal congojoso de que he visto aquejados á mis compañeros de viaje, y del que todos sufren, resecado el gaznate por el polvillo de carbón y el que se levanta de la vía.

Otra condición de la vida en verano sería modificar el traje, particularmente el de los hombres. Estos infelices, de quienes ha decretado la moda que no pueden sentir calor como lo sienten las mujeres, y que bajo temperaturas de Africa han de ir con su cuello tieso y su ropa de paño, son víctimas de su propia ley, pues ellos decretaron, por boca de elegantes gomosos y sastres de moda, que han de conservar á toda costa la corrección de la indumentaria. Sería más conforme á la naturaleza que pudiesen envolverse en batista ó *foulard*; pero están ofrecidos á la lana, y lana gruesa y forrada además de fuertes géneros de cruzado de algodón; y por debajo de las prendas de lana, sobre el pecho, que cubre el chaleco, llevan una camisa planchada que parece de cine barnizado, y á veces una camiseta de punto. . Sólo con pensar en ponerse todo eso, se experimenta sensación de asfixia.

***

¿Por qué no viste el género humano enteramente con arreglo á las estaciones? ¿Por qué, sin ofensa del pudor, salvando las exigencias de honestidad reclamadas por la cultura, no adopta un traje que deje la respiración libre, el cuerpo desembarazado, los movimientos fáciles? ¿Por qué la bata – todo lo elegante que se quiera, como las de la época de María Antonieta y de la Recamier – no se adopta para las mujeres? ¿Por qué el hombre no usa, en agosto, el racional, el cómodo traje de los marineros? Somos tan descuidados de la higiene; atendemos tan poco á las primeras necesidades de la vida, que en los barcos de guerra el oficial no suelta el uniforme de paño, mientras sus subordinados van limpios, á gusto y con una silueta mucho más airosa, dentro de la planchada camiseta.

En estos países más ó menos meridionales, no nos damos cuenta de que no podemos vestir á la inglesa. En mi departamento iba una señora, que llevaba escrito en el moreno cutis, en la corta estatura, en las redondas formas, que había nacido á regular distancia de la pérfida Albión. Un bozo pronunciado sombreaba sus labios, y su acento meloso y nasal la denunciaba – á pesar de hablar francés con corrección – por portuguesa. Esta señora reproducía un figurín de Oxford Street. Desde la bota de cuero naranja con suela saliente y el terno de flexible mezclilla algo peluda, hasta la pechera de color terminada por exagerada tirilla blanca y la corbata y cinturón de piel cerrado por recio broche, no le faltaba á la dama aquella ningún requisito. Como la corrección, en viaje, prohibe quitarse el velo, ella conservaba el suyo, espeso y bordado, sobre las mejillas, en que el sudor brillaba. ¡Desventurada señora! A pesar del velo, de los guantes, de la pechera atirantada, del *costume complet* masculino, de la corbatita con su interrogante de brillantes y rubíes, del sombrero de paja marrón que adornaba un ala de *lofóforo*, yo me la figuraba con sayas de zaraza, despechugada, en una hamaca brasileña, que columpia un *preto*, mientras otro hace aire con un abanico de hojas de palma.

***

En cambio, una inglesa que saltó en el departamento en Biarritz, era acabado modelo de esa ideal compostura y esa aparente indiferencia ante las molestias y el calor, que hace á la raza británica tan á propósito para recorrer el mundo sin fatigarse ni retroceder nunca. Blanca como el armiño y sonrosada como una concha de Venus; delgadita y alta, lisa de espaldas y rasa de pecho; con el pelo rubio claro atusado cuidadosamente, la inglesa, después de haber colocado al primor sus trastos en la red, una maletita cerrada por sólido correaje y una de esas fundas de lona pintada de ocre que sirven de envoltorio á los paraguas y sombrillas, se sentó con naturalidad, y del saquito de mano, que no había soltado, sacó un libro de Ruydard Kipling. El tren cuneaba, el polvo sofocante metíase por las ventanillas y depositaba su cendal grisiento sobre nuestras caras y nuestros trajes; el calor era horrible; las estaciones desfilaban con la monotonía de la fatiga..., y la inglesa, seria, recogida, reclinada en el ángulo del vagón, continuaba rumiando su sueño imperialista, su sueño de dominar el mundo, fomentado por la lectura del ilustre partidario del triunfo definitivo y absoluto de la Gran Bretaña..

***

Ya que estamos en agosto; que respiramos fuego; que la política duerme y la sociedad se dispersa, ¿por qué no hemos de hablar de un santo? Su fiesta se celebra en este mes y su recuerdo parece que aumenta las sensaciones abrasadoras de la rigurosa canícula. La vida contemporánea, en efecto, para muchos es viajar, para otros rezar y pensar en las realidades de ultratumba; y los santos nunca *pasan de moda*, aunque en la devoción hay sus modas también.

El santo que ahora recuerdo es un mártir, y un mártir que sucumbió por el fuego: pensando en tal hecho histórico, nos estremecemos, aun estando á 41 grados y sintiendo que se nos arde la sangre en las venas. Tal efecto nos produce la hermosa leyenda áurea del aragonés Laurencio, que confesó á Cristo en el tercer siglo de la iglesia.

El que lee las Actas de este mártir, adivina dónde nació. Sólo un aragonés podría vivir así, y aun cuando los cordobeses y los valencianos se empeñan en hacer suyo á San Lorenzo, es pretensión vana. San Lorenzo sólo pudo ver la luz del día en Huesca ó en Zaragoza.

Lorenzo era muy joven cuando emprendió el viaje de Roma, foco entonces de la propaganda cristiana. En aquel tiempo se podía decir de Roma y de su Coliseo lo que un papa al emperador de Alemania que le pedía reliquias: el papa se bajó, recogió un puñado de polvo y se lo entregó al emperador exclamando: «Tomad: aquí hasta el polvo es santo.» San Sixto, el papa que entonces ocupaba la silla de San Pedro, ordenó de diácono al joven aragonés. Lorenzo guardaba y custodiaba las vestiduras, los vasos sagrados y el fondo de limosnas que la iglesia repartía entre los pobres.

Apenas se encargó de este grave y delicado ministerio, alzóse la persecución. Las persecuciones no han sido, como muchos creen, un fenómeno constante desde que los poderes, en Roma, empezaron á combatir el cristianismo; fueron, por el contrario, accesos ó rachas de violencia, alternando con épocas de relativa paz. Había emperadores feroces y sanguinarios, y otros que se preciaban de transigentes, y dejaban á los cristianos vivir á su guisa y practicar libre, si no públicamente, las ceremonias de su culto. De este número, de la clase de los tolerantes, parecía Valeriano, aquel guerrero César que desbarató los ejércitos de los godos y que con tal energía se opuso á la irrupción de los bárbaros. Valeriano trataba á los cristianos afectuosamente; entre los servidores de palacio contábanse á docenas, y algunos desempeñaban los más elevados cargos cerca de la persona del emperador. Pero Macriano, que aspiraba al Imperio y sólo logró la tiranía, con el prestigio del militar arrojado y del compañero de armas valerosísimo, incitó al César á renovar crueldades ya algo caídas en desuso.

San Sixto fué el primero á quien prendieron; Lorenzo, al saberlo, corrió á ofrecerse al sacrificio. El papa le encargó de distribuir entre los pobres el dinero de que era depositario, y ocultar y salvar los vasos y ornatos del culto. Al oir hablar de tesoros, se creyó que Lorenzo custodiaba caudales inmensos. Le ordenaron entregar y presentar sus tesoros sin tardanza, y él presentó los pobres, los míseros andrajosos socorridos. «Estas son – dijo – las riquezas de los cristianos.» Fué azotado, desencuadernado en el potro, sometido al suplicio del *escorpión*, que despedazaba lentamente las carnes; y entretanto Lorenzo repetía: «Soy cristiano... y soy ibero.» Ya por último, cansados de atormentar aquel cuerpo recio, juvenil, vigoroso, aparentemente insensible al dolor, idearon tostarle á fuego lento.

***

Debajo de la parrilla descomunal, las encendidas ascuas sostenían el calor necesario para que el cuerpo se achicharrase poco á poco. La piel se abría, ennegreciéndose y retostándose; la grasa se liquidaba; crujían los huesos á la acción del fuego, que los acariciaba con horrenda caricia. Y Lorenzo, el aragonés, decía á los que le miraban asarse: «De este lado ya estoy bien; que me vuelvan del otro.»

No sé por qué – ó mejor dicho, lo sé, aunque difícilmente lo definiría – este santo mártir, cantado por nuestro gran poeta Prudencio, ejerce sobre mi fantasía acción extraordinaria. Es que veo en él el símbolo, la encarnación del carácter nacional, en aquellos siglos de gloria en que erigíamos la enorme parrilla de granito que se llama el monasterio escurialense.

Y la simpatía hacia San Lorenzo es tal, que por haber sido Valeriano su perseguidor, me alegro de que Sapor, rey de Persia, le venciese, le hiciese despellejar de arriba abajo, como quien vuelve del revés un guante, y tiñendo previamente de rojo su piel, le colgase á la puerta del templo, para escarnio del poder de Roma.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN NOVELISTA. — UN PINTOR

No pasa día sin que la segadora incansable, la Muerte, reuna en sus gavillas las espigas de oro con las espigas verdes aún y que esperaban la caricia del sol. Allá van, juntas bajo el golpe de la afilada segur, verdes con maduras. Así acaba de confundir ahora la madurez del gran artista Eca de Queiroz, muerto en París, de una tisis á los intestinos, y la juventud esperanzada de Joaquín Vasmonde, el retratista de las elegancias, que ha sucumbido á la tuberculosis en nuestra casa de Meirás, á corta distancia de la Coruña, el pueblo en que Vasmonde había visto la luz.

***

Eca de Queiroz era portugués. Esa pequeña nación peninsular, que en muchos respectos ha sabido organizarse á la moderna, más que nosotros; que cuida bastante, si no todo cuanto convendría, de la instrucción pública y de la cultura general; que ha producido en este siglo literatos eminentes y grandes historiadores, dió, en la novela, contingente no menos lucido, con Camilo Castello Branco y Eca de Queiroz. Hay una fatalidad que pesa sobre los escritores, en los países pequeños y sin decisiva importancia en la vida universal. El pintor, el escultor, el músico, hablan un lenguaje accesible á todos; llevan á todas partes sus creaciones, sin necesitar intérprete. No así el escritor, y menos aún el escritor artista, y especialmente el novelista, que observa y reproduce fielmente el cuadro de la humanidad. Cuanto más verdaderas y profundas sean sus observaciones acerca de lo que le rodea; cuanto mejor se impregne de esa realidad que sintió Balzac y que sangra, por decirlo así, en sus páginas hermosas, menos inteligible y simpático será para los lectores de otros países diferentes, en que la realidad adopte otras formas y aspectos, y en que las costumbres, al variar, imprimen también variación aparente á los sentimientos, por más que sea idéntico el fondo humano.

Lo que voy diciendo tiende á explicar por qué no son muy conocidos en Europa los nombres de Camilo Castello Branco y de Eca de Queiroz, los dos grandes novelistas portugueses de estos últimos veinticinco años. Uno y otro copiaron á lo vivo el pequeño mundo portugués, mérito difícil de comprender y de apreciar en este París donde se forjan las reputaciones europeas.

Castello Branco estudió con intensidad y con una verdad casi anatómica lo rural, la aldea y el pueblecillo portugués, tan semejantes á la aldea y al pueblecillo gallego; con su espíritu tradicional y rutinario, su persistencia, en muchos respectos, de la organización medioeval, sus señorones cazadores y mujeriegos, sus aldeanos humildes, su clero atrasado, sus preocupaciones, la atmósfera, en suma, de las orillas del Duero y del Miño; Eca de Queiroz se consagró con preferencia á analizar la sociedad de Lisboa, la espuma, la nata y flor, la burguesía, sus vicios, su hipocresía, sus pretensiones, sus manías de imitación inglesa y de *snobismo*, como ahora se dice. De este estudio salieron algunos trozos realmente magistrales, en *A reliquia*, *O primo Basilio* y *Os Maias*. El *Primo Basilio*, á mi parecer, es más verdad, si cabe, que *Madama Bovary*, y está hecho con una precisión, con una crueldad fría de disector, que coloca á su autor muy cerca del «impasible» Flaubert. *Os Maias* son un documento admirable, algo prolijo, hondo, firme, de la alta vida lisbonense, saturada de anglicismo, pero en cuyo fondo late el falso espíritu romántico, imposible de desterrar; un cáncer que también padecemos aquí.

Tenía Eca de Queiroz merecimientos suficientes para haber atraído la atención y merecido la alabanza de París. No lo logró, ignoro por qué causas; si por apatía, ó porque la literatura de más allá del Pirineo todavía no ha empezado á abrirse camino en Francia. No se puede achacar á que Eca de Queiroz vegetase obscurecido, pues hace lo menos quince ó veinte años que el autor del *Primo Basilio* vivía en Londres y París, donde tuve ocasión de conocerle y tratarle. Desempeñaba un puesto diplomático, creo que el Consulado de Portugal, y hacía una vida retirada, de esas que suelen traducirse en abundante producción literaria ó científica. Sin embargo, *Os Maias*, última novela suya que ha llegado á mis manos, y supongo que la última publicada, tiene ya bastantes años de fecha.

***

Acaso sintiese Eca de Queiroz el desaliento, frecuente en los que escriben para muy reducido público y se reconocen superiores al teatro en que funcionan. Había sido traducido el *Primo Bazilio* por la Sra. de Rute, en la hoy *Nouvelle Revue internationale* y entonces *Matinées Espagnoles*; y quizás fué mayor decepción el que, traducida, no despertase interés, que el conservarla desconocida y sin relación con el público europeo por falta de traductor. Son cuestiones de suerte. No reconozco que valga más, verbigracia, el polaco Sienkiewicz, hoy tan de moda, que Eca de Queiroz, ni que sea más digno de despertar la atención de Europa con sus novelas.

Era Eca de Queiroz hombre muy culto, de alta estatura, de figura finísima; un *gentleman*, un *Maia*, un europeo en la más completa acepción de la frase. Su cara, entristecida, delataba ya, cuando le conocí, el estrago de algún padecimiento interno. Tal vez fuese la falta de salud lo que le obligó á dejar ociosa la pluma. Ello es que, muerto Herculano, muerto Oliveira Martins, muerto Camilo Castello Branco, Portugal no podría experimentar pérdida más sensible que la que sufre al desaparecer Eca de Queiroz.

***

Joaquín Vasmonde no había llegado á la celebridad. Era, sí, conocidísimo y estimadísimo en los círculos del gran mundo, clientela asidua de su taller. En Madrid, en París, en Londres y pronto en Nueva York, la *crema* se había disputado é iba á seguir disputándose á Vasmonde. Era esta una de esas ironías del destino, que casi siempre nos empuja hacia el Norte, mientras la voluntad nos llevaría hacia el Sur.

Nacido en una capital de provincia gallega, medio poco favorable á la vocación artística, ésta se reveló en Vasmonde tan incontrastable, que le impulsó á emigrar á la América del Sur, en edad más que juvenil, tierna y adolescente. En América, el muchacho batalló por la vida, se dedicó á trabajos manuales, fué albañil, comió mal, y siempre se resintió de este período bohemio, en que su débil estómago perdió fuerzas y quedó mal preparado para repartir energías al organismo. Por último consiguió sostenerse pintando, difícil problema, al fin resuelto. ¿Dónde aprendió, cómo se formó su talento delicado y *usancé* de pastelista? Ni había ido á Roma, ni á París, ni á Madrid; ni conocía museos, ni sospechaba lo que era asistir al estudio de las celebridades y recibir enseñanza, cuando, deseoso de adquirir todo lo que le faltaba, volvió á Europa, cinco años hace. Desembarcó en Marineda, y todavía me parece ver el improvisado taller que en Meirás se arregló para mi retrato; las colchas de percal colocadas de modo que tamizasen la luz, y hasta un cuadro, puesto á guisa de mampara, ante los vidrios de una ventana que daba al jardín. Yo tenía escasa confianza en el resultado del retrato. Muchos me han hecho, y ninguno ha salido bien. El de Vasmonde dejó satisfechos á los que lo vieron, y quedó terminado en tres sesiones.

***

Expuesto en Madrid, en mi biblioteca, á principios del invierno de 1895, el nombre de Vasmonde se repitió con encomio, y empezaron á llover encargos. La primera señora que quiso ser retratada por el todavía desconocido artista, fué la condesa de Pinohermoso, incansable en protegerle recomendándole y elogiándole. Después de esta inteligente y noble dama, se interesaron por Vasmonde otras muchas, lo más granado de Madrid, especialmente la condesa de Casa Valencia y la duquesa de Alba. Fué moda retratarse con Vasmonde. No tenía el pintor hora ni minuto libre. Asediado, ahogado de trabajo, se veía precisado á rehusar encargos á cada momento. Su taller olía á violeta, á Rimmel, á *foin coupé*. Por las sillas andaban esparcidos trajes de esos que valen ó cuestan miles de pesetas, y que son un sueño adorable, de encajes, de gasas y de terciopelos de reflejo. Aquí se veía olvidado un abanico; allí una caja de polvos de arroz, de plata y cristal. Invitaciones para comidas y saraos caían como granizo en el estudio. De todas las maneras de sonreír que tiene el mundo, sonreía al artista de la elegancia y de la finura exquisita.

***

Y él vivía desesperado, renegando de aquella, para otro, lisonjera suerte. Conmigo desahogaba sus aspiraciones frustradas, ó que él creía tales. ¿Cuándo iba á verse libre de pintar sedas y perlas, flores y lazos, y á poder entregarse al estudio y culto apasionado de la verdad? Hasta cierto punto yo no podía menos de darle la razón. Es imposible eternizarse en el retrato bonito, de niños rubios con cuello de Inglaterra y mujeres vestidas por Worth. Vasmonde comprendía que no estaba familiarizado aún con los secretos de su arte. Pintaba maravillas al pastel; no sabía lo que es pintar al óleo.

***

Su afán, residir largo tiempo en el extranjero, y allí educarse, completar su iniciación artística. Su ídolo, Sorolla, y la pincelada viril, amplia, fuerte, con luz plena y realidad hasta brutal. Su tormento, la ocupación á que se consagraba. Yo solía recordarle, para calmar su fiebre, la frase de Alfredo de Musset: «Mi vaso es chico, pero bebo en mi vaso.» Arte eran también, arte menor, si se quiere, pero con sus cualidades propias, y no á todos accesibles, aquellos retratos de hermosuras, que tan bien encajaban en el marco Luis XV, sobre la seda brochada de flores. Arte, aquellos niños dignos del pincel de un discípulo de Reynholds. Arte, aquellas damas envueltas en una nube, aquella duquesa de Alba con chaquetilla torera, aquella ideal figura de María Teresa Casa Valencia vestida de blanco. Arte, y ya enérgico, aquella admirable cabeza de Sarasate el violinista.

***

Él no se conformaba, y sólo le servía de consuelo pensar que ahora, en Nueva York y en París, con el precio de un solo retrato podría vivir un mes ó dos, aún derrochando como de costumbre, y estudiar seriamente, practicar con algún maestro indiscutible, y la ironía del destino á que antes aludí quiso que, en el mismo punto de ir á realizarse la aspiración ardentísima, un átomo, un microorganismo, el bacilo de Koch, flotando en el aire, ó comunicado por un contacto casual, entrase en su boca, y de allí bajase á los pulmones. La tuberculosis se desarrollaba, lenta, implacable, devoradora, y ya la mano no pudo volver á asir el lápiz, ni el cuerpo á moverse de un sillón, que por expreso deseo del moribundo se colocaba lo más cerca posible de las flores, al lado de la fuente, cuyo ruido distraía sus pesadas modorras calenturientas.

***

No queda, pues, de Vasmonde sino lo que él deseaba romper y destruir: sus retratos coquetones, sus cabezas de mujeres guapas y ataviadas por el gran modisto. Acaso, como Andrés Chenier, se lleva un mundo no realizado á la tumba. Acaso lo esperase, por el contrario, el desengaño de la impotencia artística. Nunca lo sabremos.

Pocos días antes de morir, díjome tristemente, mirando á las *rapazas* aldeanas que segaban hierba en nuestro prado:

— Esos eran los modelos que hubiese querido pintar yo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ETIQUETAS. – TEATROS

He visto que estos días, con motivo del viaje de los reyes á las costas cantábricas, se promovieron cuestiones de etiqueta y de precedencia entre diversos funcionarios del orden civil y militar. No voy á censurar á estos funcionarios, que probablemente serán amigos ó al menos conocidos míos; voy sólo á deplorar, una vez más, nuestro estado de pensamiento, nuestro atraso en la evolución de la conciencia nacional. Ser el primero en el desvelo por el bien público, en el desempeño del cargo, es honroso. Ser ó dejar de ser el primero en la colocación, durante una ceremonia, es insignificante. Pero nos hemos acostumbrado á que el valor del individuo y aun de las clases se funde en cosas que les son ajenas, no en lo que valen y representan por sí mismos, y de ahí la exasperación de las vanidades y el abuso y derroche de honores y pompas y cortesías y formulismos, que sobre falsear nuestra noción de la realidad, nos pone en ridículo ante el resto del mundo.

Como los pavos, no damos importancia al cuerpo, donde están el corazón y las entrañas, ni á la cabeza, donde está ó debiera estar el seso, sino á la cola, á un apéndice de plumaje inútil, pero que luce colorines y aparenta majestad. Hacer la rueda y abrir la cola, y si otro pavo logra pasar delante, encender de cólera el moco, es el resumen de la función social.

La ola de las vanidades sube de tal manera, que ha invadido hasta la clase en que al parecer debe la vanidad andar sujeta á consideraciones de muy otra índole: hablo del clero. Cruces, bandas, tratamientos, cargos más ó menos imaginarios, pero «honoríficos,» como las *procapellanías de honor* y las *camarerías secretas de capa y espada;* todos esos juguetes del vanisterio universal son apetecidos y solicitados por quienes sólo debieran buscar el olor de la virtud y el cumplimiento de la ardua misión. Y nótese que á veces los vanidosos son por otra parte gente buena, de vida recomendable, excelentes costumbres; pero ha influído en ellos el ambiente de mentira y de farsa que respiramos, y en el cual los verdaderos merecimientos se posponen al aparato oficial de la distinción, que ya, á fuerza de prodigarse, ni aun distingue.

En verdad os digo que en los pueblos serios y fuertes la vanidad existe – claro que sí, pues es una flaqueza esencialmente humana, lo eternamente pueril de la humanidad, – pero no lo absorbe todo; se encierra en sus límites, se contiene, y no influye de un modo sensible en el mecanismo general; no provoca conflictos, no da chispazos. Cuando encontréis á una nación decaída y podrida, como Turquía, ó enferma, como Austria, tened la certeza de que prodiga las ceremonias, las condecoraciones, las bandas, los signos exteriores y mentidos del valer. Alguien observó, en el tratado que sancionó la pérdida de nuestras colonias, el contraste entre las firmas: los vencedores *apenas su llamaban Pedro;* tenían su nombre, la sencilla expresión de su cargo, y les bastaba; los vencidos, en cambio, ¡éramos tanta y tanta cosa de dignidades y de honores! Llevábamos encima tres siglos de etiqueta: la etiqueta que nació en España cuando fenecieron las energías civilizadoras y las viejas libertades.

En el fondo, el español no es vanidoso; propende, al contrario, por su tendencia al realismo, á distinguir lo interno de lo externo. Pero ha adquirido ese vicio, como ha adquirido otros muchos, al bastardearse, al decaer, al hundirse el terreno firme en que sentaba la planta. Pocas etiquetas y pocas vanidades teníamos cuando los almogávares se apoderaban de la etiquetera Bizancio. No hay nada que cure la vanidad como el sentido de lo real, la certeza del empeño de honor cumplido hasta más allá de lo posible. San Buenaventura, colgando de un clavo el capelo y mondando patatas en la cocina, y el hidalgo de Cervantes diciéndole al rústico: «Sentaos, majagranzas, que donde yo estuviere allí estará la cabecera,» son las dos fórmulas de ese desdén soberano que vuela más alto que las vanidades.

Aconseja juiciosamente un diario, que puesto que á cada solemnidad oficial han de suscitarse esas cuestiones de precedencia; puesto que este pleito y esta zambra se renueva cada mes ó cada dos meses entre alcaldes, gobernadores, capitanes generales, jefes de departamento, párrocos, obispos, rectores de Universidad ó de Instituto, presidentes de Congreso, Senado, Audiencia, etc., etc., sería bueno que de una vez se estableciese la jurisprudencia que en casos tales debe regir, y quién ha de sentarse ó colocarse en el puesto de honor, y en el que sigue, y en el tercero, y en el cuarto; y encasillar ya definitivamente nuestro *tekin*, como han hecho los rusos, más prácticos y enemigos de complicaciones. Dar á la entrada un número, y así se evitarían disgustos y lances. La vaguedad en la colocación es otra etiqueta más: es que todos quieren ser primero y no se quiere descontentar á nadie. Y si valiese mi voto, el alcalde sería el primero siempre; el alcalde popular, elegido por el pueblo. Esta es la tradición, la gran tradición española, que inspiró á nuestros poetas dramáticos, y que nació de nuestro derecho antiguo y de nuestras instituciones *vivas*, naturales, orgánicas. ¡El alcalde! Eso era mucho, era lo más, bajo Felipe II todavía. Al hundirse el alcalde se hunde España. Voto por el alcalde, y ruego al alcalde que se acuerde siempre de su filiación.

Creo que estas desazones por ceremonial es lo único que de particular ocurre en mi patria, mientras yo me paseo por París y describo en *El Imparcial* la Exposición. Sólo allí hablo de ella. Aquí insistiré en algo que no tiene que ver con la Exposición y de que ya alguna vez creo haber tratado: la célebre actriz Sara Bernhardt, que gracias á sus frecuentes *tournées* por España es en cierto modo una artista internacional, aunque tenga en París su campo de batalla, su teatro propio.

La campaña de Sara Bernhardt este año es de las que dan opción á la cruz laureada; campaña de valentía y de resistencia. Siempre he admirado, en esta hebrea tan inteligente, la voluntad y el amor al trabajo: ahora las cualidades que en ella reconozco se revelan en grado tal, que las creo la base de toda la fama adquirida.

Bien sé que es indiscreto hablar de la edad de las mujeres, y aun de la de los hombres; pero incurro en indiscreción á propósito de Sara, sin otro fin que el de alabarla más y exponer las razones en que mi encomio se funda. Según los que parecen mejor informados, ya no cumple Sara los sesenta. Organización delicada y con predominio del sistema nervioso, minada en su juventud por la tisis y quebrantada en la edad madura por graves padecimientos, Sara no cesa de trabajar desde hace un largo tercio de siglo, prefiriendo los papeles más fatigosos, más extensos, de mayor estudio y de efectos y escenas más fuertes. Otras actrices se reservan, se economizan, despliegan arte para defenderse del letal desgaste que lleva consigo la labor de las tablas. Sara, por el contrario, está más satisfecha cuanto más se prodiga; quiere llenar la escena todo el tiempo que dure la función, y hoy, á la edad que queda dicha, arrostrando el riguroso calor de este verano excepcional, encarna, durante *seis* larguísimos actos, en los cuales apenas se ausenta de la escena minutos, el personaje de *un muchacho de veinte años*, gallardo, esbelto y soñador.

Y no sólo no está ridícula personificando al duque de Reichstadt, sino que difícilmente actor alguno ni actriz, en lo venidero, borrará el recuerdo de Sara en la creación de Rostand. Si he de ser sincera del todo, añadiré que esta obra del autor de *Cyrano* me dejó algo fría. Una misma situación, sostenida por espacio de seis actos, engendra languidez. Que desaparezca Sara, y el *Aiglón* no podrá representarse sin que el público se canse de un drama tan monótono y de unos parlamentos, en verso, tan interminables. El *Aiglón*, realmente, es un monólogo dicho por Sara. Aquella vida y variedad de las escenas de *Cyrano*, aquel sentido de lo pintoresco de las multitudes, no asoma en el *Aiglón*.

Sara ha salvado á Rostand, con su energía, con el calor y animación que en ciertos momentos comunica al papel y con la elegancia de su figura, en la cual faltan esas curvas muelles y camosas que delatan siempre á la mujer vestida de hombre. Las líneas de Sara, al representar al duque de Reichstadt, son tan gentiles, que un gran pintor ó escultor las reproduciría gustoso. La naturaleza cortó el cuerpo de esta actriz, de aventajada estatura y muy flaca en sus primeros años, por tal patrón, que el uniforme, el capote militar y el traje de 1830 tenían que caerle bien. La hermosa cabeza, larga, oblonga y fina, y el rizado cabello, completan la ilusión. Estoy por creer que ni el propio duque de Reichstadt fué tan apuesto mozo; y dicen que lo era muchísimo.

Insisto en la energía, insisto en la voluntad, porque Sara lucha consigo misma, en primer término, para lograr el triunfo, que al fin consigue. De suyo, Sara es afectada, enfática en la dicción: no tiene naturalidad, ni arranque genial, ni ternura. Venciéndose, estudiando, *queriendo*, obtiene los efectos intensos de este papel. Son muchos y muy diversos; una escala. La pena oculta, en la despedida á su madre María Luisa; la cólera, en la protesta contra los dómines que falsean la historia y le ocultan las victorias de Napoleón; la melancolía, al desgarrar los billetes de amor que recibe; la alegría, al encontrar que sus soldaditos de madera visten uniforme francés; el entusiasmo, al creerse capaz de seguir las huellas de su padre; la desesperación y la epilepsia, cuando rompe el espejo, al cerciorarse de que los rasgos de su fisonomía no son napoleónicos, sino de la dinastía austriaca; el cariño, el mimo y la travesura infantil, en la encantadora escena con su abuelo, el viejo emperador; el delirio y la agonía, en el campo de batalla de Wagram y en el palacio de Schoenbrunn – otros tantos esfuerzos de Sara, esfuerzos conscientes, calculados (no fruto de la inspiración), – que dan el resultado más artístico. Y todas las noches representa Sara con igual maestría. La desigualdad es patrimonio del genio, del indócil y caprichoso genio. La voluntad vela y no desmaya. Sara es voluntad.

Se ha calificado de drama *nacionalista* la última obra de Rostand. Quizás esta idea influye en el público y contribuye á arrancar aplausos. Los recuerdos gloriosos le hacen vibrar. Sin embargo, una crítica serena no encontrará que es nacionalista ni militarista el *Aiglón*. Al revés. La guerra y la gloria se manifiestan allí como productos de una fatalidad misteriosa, del hado, que se complace en el juego trágico y en la ilusión engañosa, riéndose de los mortales, de su vanidad, de su locura. Esta concepción profunda, al estilo griego, velada en los primeros actos, se revela en el quinto, en la escena, realmente épica y sublime, del campo de batalla de Wagram. A presencia del hijo de Napoleón, que entre la sombra nocturna vela el cadáver del leal granadero, se realiza algo semejante á lo que refiere la balada alemana: los muertos en la batalla se reaniman, viven con vida espectral, asoman sus caras lívidas, demacradas, de ojos sin pupila, y entre el vago resplandor de los fuegos fatuos y el humo de las descargas, allá á lo lejos se escuchan sus gritos, el clamor y el estrépito del combate, el jay! de los heridos, el último ronco resuello de los moribundos. Cuando cesa la visión á la luz del amanecer, sentimos la misma impresión que siente el *Aguilucho:* esa carnicería hay que expiarla, y el hijo es la víctima ofrecida por los gloriosos crímenes del padre. No importa que los muertos, antes de volver á tenderse en sus fosas, hayan absuelto al conquistador aclamándole una vez más: el sueño del hijo de Napoleón se ha disipado; no es posible que la historia reproduzca tan terrible gesta, y más vale que el pollo de águila imperial sucumba en su dorada jaula antes de probar las alas para encarnar el desastre, como después Napoleón III.

Después del *Aiglón*, ¿deberé hablar de la *Fiesta en Sevilla*, estreno en las *Folies Marigny*, con la Otero y coro de *toreadores*, picadores, chulos, gitanas, naranjeras, vendedoras de rositas de olor y demás tipos españoles á rabiar, presentados como aquí se presenta lo español generalmente? ¿Qué decir de tal estreno? La Otero, aunque demasiado repintada y estucada, es muy guapa, y luce unas joyas que, si no son falsas ni ajenas, valdrán miles de duros. Baila bien y representa regular, no sin gracia y viveza de actitudes. Estas *Folies Marigny* tienen un público de ensalada, de gente alegre y *non sancta* y de señoras elegantes y aristocráticas, parecido al que á veces se reune en «la cuarta» de Apolo. Sólo que aquí la función se acaba temprano, como las de todos los teatros de París. En París se trabaja mucho, se madruga, y los hábitos de los laboriosos se imponen á los haraganes.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

"El Dr. Ferrán sangrando un caballo para la obtención de sueros." y "El Dr. Ferrán en su mesa de trabajo, acompañado de su auxiliar Sr. Grove."
1907, n.º 1.355, p. 815.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LIBROS DE MODA

Voy á hablar de un libro que rápidamente se ha puesto de moda; que es el más visible en los escaparates de París, con su blanca cubierta y las letras negras y grandes de su breve título, elegido con habilidad suma. Un libro que, en estos tiempos de indiferencia, en que se publican muchos buenos libros y apenas habla de ellos nadie, ha conseguido romper la costra de hielo; del cual habla Valera con envidia dulce y noble; que se vende como pan bendito, y del cual renuevan diariamente los libreros la provisión dos ó tres veces. Me refiero á la novela de la época neroniana *Quo vadis?*, de Sienkiewicz.

∴

La compré para entretener el tedio del viaje, esas horas en que no se sabe qué hacer del tiempo, y casi sentía llegar – con todo lo que se desea salir del cautiverio del vagón – porque me faltaban algunos pliegos de lectura. El interés se había despertado, y no era interés bastardo, del que provocan los acontecimientos y los enredos complicados y absurdos, no: era legítimo interés de lector que aprecia, en primer término, el sabor literario de una obra. Las descripciones, el estudio de los caracteres, me habían cautivado hasta el punto de que, recién llegada, cansada, deseosa de dormir, todavía tarde en apagar la luz y seguí leyendo.

La novela es larga. Aunque no molesten cuando se lee á gusto, yo advertía las dimensiones del libro. La acción se desarrolla sin prisa, sin digresiones impertinentes, porque todo concurre al efecto. Cuando terminé y recobré sus derechos la crítica y quise darme cuenta de las razones que hacen tan atractiva la novela de Sienkiewicz, se me figuró que una de las más poderosas es que ese polaco viste con ropa nueva cosas antiguas.

Me explicaré. El espíritu humano no goza, al pronto, con lo nuevo; al contrario, lo repele. Adquiridos ciertos hábitos, cuéstale mucho trabajo perderlos. Sufre al desasirse de lo que le perteneció. Se encariña con las ideas. No las suelta á tres tirones. Esto explica la supervivencia de infinitas cosas que ya nadie tiene por buenas, y á las cuales sin embargo nadie renuncia.

En literatura hay todavía personas que no han salido del período romántico. En música se oyen acaloradas defensas de la italiana, de Bellini y Donizetti. En cualquier ramo es fácil la observación; las ideas y los gustos estéticos tienen siete vidas.

No obstante, hay un aguijoncillo que estimula á la novedad. Mortifica ignorarla, y seduce conocerla. Entre estas dos tendencias naturales, tiene seguro el triunfo un autor que, como Sienkiewicz, sepa conciliar con arte la innovación y la tradición. Por ésta se le perdona aquélla. Por aquélla se remoza ésta, y adquiere aire de juventud.

∴

Sienkiewicz se acordó del éxito de *Fabiola*, de Wiseman, drama psicológico muy tierno y bien estudiado, y volvió á *Fabiola* del revés. En la novela del ilustre cardenal es la mujer, orgullosa, fría y empedernida en el paganismo, la que se convierte al ver sufrir martirio al hombre á quien acaso amaba en secreto; en *Quo vadis?* es el hombre, Vinicio, quien abre los ojos al cristianismo con el ejemplo y los sufrimientos de la mujer adorada, Licia. Naturalmente el estilo, el arte de novelar, son diferentísimos en Sienkiewicz y en Wiseman. Como que el polaco ha tomado por modelo á Gustavo Flaubert, en *Salambó*. Aquella minuciosidad arqueológica, aquel estudio concienzudo del ambiente, que en *Salambó* llega á causarnos la ilusión de la realidad histórica evocada y saliendo de la tumba, brillan también en *Quo vadis?* La tarea es más fácil; Roma es más conocida que Cartago. De Roma, de la Roma de los Césares, y sobre todo de Nerón, se ha escrito hasta la saciedad. Los documentos abundan. En esto mismo anduvo hábil Sienkiewicz. Agrada más lo ya familiar, lo que no causa inusitada extrañeza.

∴

De los tiranos de Roma, el más pintoresco es Nerón. Sus crímenes y sus caprichos tienen un color de arte y de refinamiento poético y bárbaro á la vez. Nerón *se presta*. Sienkiewicz lo sabía y tenía ejemplos de ello. Cuadros, estatuas, poesías, libros, le daban el patrón y el modelo que imitar con soltura, con esa flexibilidad del eslavo que se presta á todo. Las cenas de Nerón, las crueldades de Nerón, los amores de Nerón, los cánticos de Nerón.., tema muy explotado, pero todavía capaz de inspirar y de despertar el sentimiento. El grupo que más llama la atención del público este año en París, en la sección de escultura, es una composición neroniana, una orgía de la época de *Quo vadis?*, semejante á la descrita en *Quo vadis?*

Con más frescura, con una maestría que Sienkiewicz no llega á superar, pintó Alejandro Dumas la época neroniana en la preciosa novela *Acteа*. De *Actea* y de *Fabiola* procede *Quo vadis?* No lo digo para quitarle mérito. Es que en literatura no hay planta que nazca sin semilla. Todo tiene precedentes. La originalidad consiste en el sello personal, no en decir algo que jamás se haya dicho – ¡porque se ha dicho tanto y tanto!

∴

Hay fortuna y desdicha para las novelas. *Actea*, que es una de las mejores de su autor, no tiene mucha fama. Yo la he leído varias veces, siempre con gusto. También cuento entre los predecesores de *Quo vadis?* otra novelita, *Marcia*, de Madama Bourdon; y puede contarse el poema *Morkenis*, de Luis Bouilliet. Registrando y recordando aparecerían más abuelos y padres de la felicísima novela de Sienkiewicz. Repito que el trabajar sobre lo conocido, es llevar mucho adelantado para agradar á la inmensa mayoría de los que leen.

Por otra parte, *Quo vadis?* ha conseguido recomendación en las familias cristianas, lo cual prueba que se difunde el buen gusto y hasta cierta libertad, pues la novela, aunque de asunto tan elevado y edificante, tiene cuadros muy vivos. La orgía en el palacio imperial y los amores de Petronio con la vestíplice pueden contarse en el número. Yo encuentro en esta novela que los caracteres de mujer son menos verdad que los de los hombres. El de Petronio (que, *por dentro*, es el verdadero héroe del libro) me parece superior á toda alabanza. Tiene además el mérito de no parecerse á ningún personaje de *Fabiola* ni de *Actea*. Petronio es una cara conocida, un literato de nuestro siglo. Traedle al *boulevard*, introducidle en un círculo artístico ó intelectual de París, y no se sorprenderá poco ni mucho. Ha visto, desde la Roma de Nerón, la humanidad entera, con sus vicios y sus elevaciones espirituales. Lo sabe todo.

Vinicio también es un hombre *real*, lleno de vida. La pasión, la divinidad poderosa que le domina y le impulsa á sacrificar su posición, sus ideas, su vida, á una mujer, ó más bien á un ideal, está estudiada con admirable destreza. Como Mato, el héroe de Flaubert, Vinicio, desde que la pasión le toca con su dedo de fuego, lo olvida todo: nombre, gloria, patria, espíritu de conquista, disciplina militar, y sólo piensa en la aparición misteriosa que turbó sus sentidos. Es la locura mansa y oculta del amor, que no se diagnostica, según la ciencia, pero que, en realidad, trastorna el alma como trastorna el cerebro un veneno sutil ó un generoso licor. Es el bebedizo, las hierbas mortales en que la Edad Media, feliz al expresar por imágenes y mitos los pensamientos, simbolizaba la fiebre amorosa. De locos como Vinicio no digamos que esté lleno el mundo, pero hay algunos, bastantes, y nadie conoce, al ver su apariencia tranquila, que son presa de una vesanía. Vinicio es un demente. En realidad, si leemos despacio el libro, damos la razón al experto Petronio: Vinicio jamás se convierte: jamás es cristiano: únicamente es un enamorado, cuya pasión ha ido depurándose al influjo de trágicas y terribles circunstancias, que hacen del brillante tribuno militar el manso neófito.

∴

Otro libro de moda, las *Memorias de una doncella de labor*, por Octavio Mirbeau. ¡Qué diferente de *Quo vadis?* Este es el libro malsano, el libro que nadie confiesa, el libro que deja amargo sabor. En él se recuentan las torpezas y las ignominias de la sociedad actual (que, me inclino á creerlo, serán muy semejantes á las de cualquier sociedad de cualquier época que eligiésemos. Acaso sean menores. En esto soy optimista). Pero ya se sabe que ciertas clases sociales ven más de cerca la miseria humana, y entre estos observadores necesariamente crueles, si la caridad ó la filosofía no suavizasen la observación, figuran los médicos, los confesores y los servidores. El servidor es como un mueble: ante él nadie se recata. Si al confesor se le abre la conciencia, al servidor se le deja por hábito de par en par. Los servidores asisten á todo, se enteran de todo, y mudos como esfinges presencian, sin que su opinión se consulte, ni se respete su sensibilidad moral, lo mismo que no se tiene en cuenta su organización física. Así como se les ordena hacer lo que el amo no quiere hacer en persona, se les impone el espectáculo de miserias que los amos pueden aparentar que no ven. Y el silencioso lacayo ó la callada y sonriente doncellita, sin embargo, son gente, tienen oídos y ojos.

∴

Así es que, cuando se deciden á tener lengua, cuentan maravillas. Muchas veces serán maldicientes, serán infames delatores ó interesados espías; otras son los testigos más sinceros y menos recusables. Hay de todo. No siempre los amos miden altura moral superior á la de sus criados. Hasta se dan casos en que estos últimos son más corteses y más cultos que los que los pagan. Yo conocí á cierto señor (empingorotado y con sus dosis de pretensiones literarias y además aficionado á hacer chistes flamencos), que una vez quiso tener un criado al alta escuela, y lo encargó á Londres, ni más ni menos que si se tratase de un impermeable ó de un juego de tijeras. Le enviaron el inglesito, muy atildado de patillas y muy derecho de cuello; uno de esos servidores que adornan una antesala, más que la adornaría una armadura antigua. ¡Qué cosas vería el servidor, que á los dos meses se despidió y se volvió á las orillas del Támesis! Y cuando le preguntaron la razón, respondió con un gesto indescriptible, un movimiento de ojos y de labios casi insignificante, pero en que había mundos de desdén: «¡No es lo bastante *gentleman* para que yo le sirva!»

∴

Es probable que el inglés tuviese razón. Tampoco á mí me parecía *gentleman* aquel señor, con sus cuentos verdes ó sucios y sus familiaridades de malísimo tono. Pero aun entre los que en público disimulan y parecen la quinta esencia de la cortesía, ¡qué de revelaciones en el trato interno! ¡Qué berrugas, qué aspectos del carácter descubiertos con el roce del tiempo y de la libertad! Así como mucha gente cree que en casa no existe otro calzado sino la babucha vieja, hay quien, en la vida doméstica, considera que la grosería y la brutalidad es una de las formas de la comodidad y el descanso. Y los que así entienden la vida, dan á sus criados un espectáculo que inspira libros como el de Mirbeau, aunque no lleguen á escribirse estos libros. ¡Si los amos pudiesen oír las conversaciones de antesala y cocina! ¡Si al caer la máscara artificiosa del respeto *en presencia* pudiesen darse cuenta de lo que sale á la superficie!

∴

De cualquier modo, el consuelo está en recordar que ni estas son cosas nuevas, ni dejarán de ser actuales mientras exista el mundo, á no ser que se obtenga una total modificación del servicio doméstico aplicando á la vida diaria el principio escrito al frente de los *restaurants* automáticos en París: «Sírvete á ti mismo.» Servirse á sí mismo, es el ideal. Con esto, y con que se logre también instalar las cocinas colectivas y no sea necesaria la cocinera, ni la inspección de la compra, ¡qué ventaja para las amas de casa! El milagro vendrá, como otras muchas cosas, de los Estados Unidos, donde ya parece medio resuelto el problema. Substituir al hombre con la máquina, nunca sería más conveniente que en este caso. Díganlo cuantos lean la última obra del autor de *El calvario* y la mediten.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"El Dr. Ferrán practicando la vacunación antirrábica á varios individuos de una misma familia, mordidos recientemente por un perro hidrófobo. (Fotografías de A. Merletti.)"
Véanse ilustraciones de la página anterior.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al leer la lista de las supersticiones, los anales de lo que llaman el *fetichismo* en Cornouailles y en Bretaña, pareciame estar viendo n.i tierra gallega, con sus típicas costumbres y su género de devoción y sus fiestas y romerías. ¿A qué se deberá esta semejanza de dos pueblos tan distantes y enclavados en tan diversa nacionalidad? Quizás á que, originariamente, son uno solo. Los celtas gálicos de Bretaña quedáronse allí, los de Galicia descendieron, buscando el extremo límite de Europa, el cabo *Finisterre*, donde terminaba el mundo conocido. Y por eso, con la tenacidad propia de una raza que ni cambia ni olvida, los bretones practican y siguen las mismas supersticiones que los gallegos.

Esos santos extraños y casi desconocidos que inventan los bretones por detrás del Santoral, para sus devociones particulares libres, los invoca también el gallego; no son los mismos, pero son otros, igualmente obscuros, á quienes encarga la protección de su hacienda ó de su salud. Ahí está el humilde San Amar de Oira, «hecho de palo;» ahí San Mamed, de quien no saben nada sino que le hacen una gran fiesta porque sí; ahí Santa Minia de Briones, que sospecho que no debe de encontrarse en el martirologio; ahí ese San Pedro nuevo, de una parroquia cercana á Betanzos, á quien se han obstinado en tributar culto, á pesar de las reiteradas advertencias del reverendo arzobispo de Santiago, que les ordena esperar á que la iglesia reconozca los merecimientos y la santidad de ese varón y le ponga en los altares. Y mientras los santos declarados tales caen en el olvido, San Pedro, el de Betanzos, canonizado por sufragio popular, ve reunirse treinta mil devotos al pie de la iglesia, en la parroquia donde nació; la concurrencia más formidable que se puede juntar ante un santuario, en una aldea de Galicia.

¿Cómo queréis que un pueblo infantil no pague tributo á la superstición? Es la esencia misma de su ser íntimo. No le pidamos el racional obsequio de la fe; de la fe alta y limpia, que mira al cielo. Su efusión religiosa ha de estar condicionada por la pobreza de su espíritu. Dios mira sin duda con indulgencia esa pueril devoción. Y en hombres que todavía no se han desprendido de la naturaleza primitiva, excusa y perdona el fetichismo del árbol, de la fuente, de la piedra movediza, del dolmen en que sacrificaron sus antepasados.

La única manera de desterrar las supersticiosas prácticas sería la instrucción. Con lo cual queda dicho que en España tienen asegurada larga vida. No llevamos trazas, no, de regenerarnos por el lado de la escuela y de la cátedra. Tan penosa convicción ha inspirado estos días los discursos de los profesores que han abierto las Universidades españolas. Ninguno se forja ilusiones: todos sienten á su alrededor el vacío.

La desconfianza y el recelo, el pesimismo profundo que de nosotros se ha apoderado; esta especie de desgana intelectual que se presenta aquí como el más peligroso de los fenómenos, en el orden moral, porque supone la relajación completa de la fibra, tienen síntomas tan expresivos como el deseo de suprimir Universidades, de acortar hasta la mísera ración de ciencia que se reparte á los españoles oficialmente. El tedio de la Universidad, el tedio del ejército, el tedio de la marina, el tedio de la política, formas similares del marasmo que se ha apoderado de nosotros y que nos conduce hasta las lindes del ansia suicida, vaga, pero honda. España no sólo merece, sino que anhela morir para acabar de una vez.

Y dice un profesor eminente, que estudia el caso: «¡Para lo que hacen las Universidades! ¿Qué es una Universidad española? O mejor, ¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obra de empeño verdaderamente científico y social ve el *cwlgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es una *oficina*, un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores, jcanónigos del siglo! Cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del conjunto de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal ó la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal supremo de justicia.»

No suelo ser aficionada á largas citas, pero la anterior contiene un retrato tan de mano maestra, que no he podido menos de trasladarlo. Eso, es en efecto, la Universidad, y eso he comprendido que era desde mis quince años, que ya están lejos, sin que á pesar del tiempo transcurrido pudiese observar tendencias hacia la vitalidad, hacia la organización eficaz y fecunda. Al contrario: en otras épocas bien puede asegurarse que escaseaba menos que ahora la juventud entusiasta de algo, llena de algún ideal. Desde el período romántico hasta el que yo alcancé, esa juventud había ido decayendo, pero conservaba aún cierto fuego sagrado, cierto rescoldo de generosas aspiraciones. Hoy la juventud escolar es de corcho. Sólo piensa en divertirse... á su modo, vacío y frío también, y en obtener vacaciones para verse libre hasta de las dos ó tres horas de remar en la galera universitaria. Los grandes movimientos que llevan á nuestro siglo, ya expirante, hacia luminoso fin, envuelto en apoteosis de gloria, sólo obtienen, de nuestra triste juventud, la indiferencia que ignora ó la *claque* que caricaturiza. En dos ocasiones solemnes pude convencerme del estado de alma de esa juventud, fruto de las Universidades españolas: la última y la más dolorosa fué la del entierro de Emilio Castelar, cuyo féretro debieran haber seguido, ya que no entusiasmados y vibrantes como los escolares rusos portadores del de Dostoyeuski, al menos respetuosos y graves. – ¡Al cabo, tratábase de un muerto! – Una de las más bellas energías juveniles es, creedlo, la veneración á los ilustres. ¡Ay de la juventud que no siente ese misterioso respeto, esa emoción que dignifica, esa devoción activa y fuerte, necesaria para los individuos y robustecedora del principio de nacionalidad! Otra fibra relajada, otra virtud que se ha ido de nosotros. Y adviértase que según decrece el culto de los héroes y de los grandes hombres en España, el nivel desciende, la talla se reduce y la generación nueva se compondrá de pares... iguales entre sí como los soldaditos de plomo.

Mas cuando el profesor citado antes nos pregunta si otros organismos pueden citarse como modelo al lado de la Universidad, me apresuro á decir que ninguno. Si cuantas veces hemos censurado á determinadas clases nos respondiesen con este argumento, nos taparían la boca. El mal es general y los generales tan malos como los profesores, viene á decir el Sr. Posada, en el trabajo que estas reflexiones me sugiere. Mil veces verdad. La sátira se embota y el látigo se cae de las manos. Fustigar á algunos, bien; á muchos, pase todavía; á un pueblo entero..., tarea casi imposible. He aquí el problema de España. No basta amputar el brazo; habría que amputar el cuerpo.

Yo creo que el español que tenemos más cerca para regenerarla, es nuestro propio individuo. Si cada cual se educase á sí mismo, ¡qué España tan robusta veríamos surgir! El caso es que ser capaz de educarse, de corregirse, es ya casi ser perfecto. El autodidacto es siempre un individuo que rebosa energía y se siente capaz de mucho. Se hace su mundo aparte, como Robinsón. Quizás España se salvaría poblándose de Robinsones, que cada cual por su lado y á su manera se trazasen la vida. Barriendo la anticuada decoración de la España de estos últimos treinta años, los Robinsones que deseo la salpicarían de islas, creando en ellas juveniles sociedades – algo fresco y vivo. – ¿Dónde está el Robinsón?

Leo en un diario que Ramón Cajal vá á montar en el Instituto de Alfonso XIII un departamento para el tratamiento de la rabia. Paréceme bien, pero creo que todavía no es segura la eficacia del método nuevo, derivado de los experimentos de Pasteur. He oído á facultativos dignos de respeto emitir dudas acerca de ese particular; no parece enteramente seguro que la inoculación del suero antirrábico preserve de la hidrofobia ó la cure; muchos prefieren atenerse al clásico cauterio. Siempre es bueno, de todos modos, que se trabaje en ese sentido y que se trate de estar á la misma altura que otras naciones donde los laboratorios de vacuna contra las infecciones van obteniendo resultados aún no muy conocidos, pero sorprendentes. La rabia resiste al tratamiento. Se ha conseguido más contra el veneno de las serpientes, contra la peste bubónica y contra el tifus. Y quién sabe lo que se podrá todavía lograr prosiguiendo en tales estudios. A veces yendo en determinada dirección se avanza en otra, en la que menos se sospechaba. Ya es verosímil que el hombre llegue á desterrar y á dominar contagios de los muy horrendos. Europa, que se libró del hambre, se librará de la peste. ¿Cuando le toca la vez á la guerra? No hay que desconfiar: estamos en camino.

Una huelga de actualidad es la de estereros y alfombristas. Por este tiempo, todo el mundo, en Madrid, piensa en cubrir con géneros que abriguen los pies los desnudos baldosines del pavimento. Si supiesen qué malsanas son las alfombras, acaso no se diesen tanta prisa. Los gérmenes sépticos se abrigan y calientan en el para ellos alto y denso bosque de la lana de las alfombras, ó en los valles hondos de las esteras. La salubridad requeriría que sólo se usase el piso de madera, y se suprimiesen los desagradables, glaciales, sucios y pesados baldosines. La gente y los edificios vivirían más y mejor.

Los estereros y alfombristas alegan que les hacen trabajar *veinte* horas diarias. Si es cierto, razón les sobra para declararse en huelga y hasta buscar otro oficio. ¡Veinte horas! Habra exageración. ¿Cuándo comen y duermen esos obreros? ¿De qué modo distribuyen el día?

Una de las cosas desagradables del oficio de alfombrista debe de ser el temor y disgusto con que se les recibe en los hogares, aun después de haber reclamado sus servicios. Vienen siempre á molestar, á revolverlo todo, á poner la casa patas arriba, á estropear muebles, á obligar á los servidores á labor extraordinaria. Todo lo que ocurre de malo en la quincena, se achaca á los estereros. El amo se pasea con aire aburrido, esperando que se vayan los invasores, ó coge el sombrero y se larga de mal humor, abandonando el campo al enemigo. Las señoras se desconsuelan: no se puede hacer nada en día de estero. ¡Ni aun vivir! El comedor es un Sahara polvoriento; la sala, una prendería. Y esto recae sobre los obreros, á quienes se les da la propina de mala gana. Es un oficio ingrato.

¿Cuándo se realizan los anuncios de reforma en el servicio de ferrocarriles, los bienes que esperamos del joven ministro Sr. Gasset?

¿Cuándo tendrán los coches de primera timbres de alarma?

¿Cuándo se arregla y limpia y desinfecta el material, cuya suciedad (en los primeros) subleva el estómago?

¿Cuándo se pone coto á la facultad que parecen tener las empresas de retrasar á su gusto las horas de llegada y salida?

¿Cuándo..., etc., etc.?, porque los etcéteras serían innumerables, y yo he tocado varias veces este punto sin obtener fruto alguno de mis incesantes clamores.

Lo del retraso iba ya picando en historia; y tanto picaba en historia, que dió lugar á motines. En la estación de San Sebastián se alborotaron los viajeros. Retrasos con motivo ó siquiera con pretexto, acostumbrados estamos á perdonarlos; pero ahora ya ni ese trabajo se toman las compañías; se retrasan porque les da la gana, y cambian los itinerarios á su gusto. El español, paciente y resignado, y hasta bromista, y con tiempo sobrante, se conforma. Más pronto que en galera ya se llega, y ¡las galeras las tenemos tan cerca aún! De modo que... calma y buen tiempo, y vengan retrasos, que eso es peccata minuta. Júzguese de las proporciones que el retraso habrá adquirido, para ocasionar un motín de pacíficos viajeros.

¿Y por qué no se cobran multas? ¿Por qué esas empresas, que tienen una legislación penal propia y severísima contra el viajero, están exentas de responsabilidades cuando faltan á su deber?

Por qué, por qué, por qué, por qué me retiré... No hay vicio más funesto y tonto que este de indagar los porqués de las cosas. ¡Curiosidad sacrílega! No rasguemos el velo del santuario. Por algo será, pero nosotros no debemos inquirirlo. Sería destruir la poesía y el misterio en que se envuelven los viajes por tierra española.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN CRIMEN

Se ha cometido estos días en mi pueblo natal, la Coruña, un crimen que es, en su género, una obra maestra. Si mis lectores viven en provincia, habrán notado lo difícil que es ejecutar el menor movimiento, realizar el acto más insignificante y de menor trascendencia, sin que dos docenas de ojos lo sorprendan y otras dos docenas de lenguas lo comenten, interpreten y desmenucen. Pues bien: sin que ojos ni oídos pudiesen rastrearlo, en calle céntrica, fueron asesinadas dos personas; y desde hace ocho ó diez días, el juez se vuelve loco para encontrar sobre quien recaigan, con apariencias de fundamento, las sospechas de haber sido autor ó cómplice en este, por ahora, misterioso doble crimen.

***

No se cuentan las víctimas en el número de aquellas que viven aisladas y apartadas de todo trato, siendo difícil conocer sus costumbres y saber quien las visita. Los asesinados, marido y mujer, eran dueños de una tienda á la cual concurría numeroso público. A espaldas de la ley, esta tienda era fígon: se servían en ella comidas y cenas á deshora. Pasaban por gente honrada y buena, y la mujer hasta gozaba de cierta popularidad; hacía limosnas, fiaba, era generosa, tenía un corazón de oro, de oro blando. Considerando, á la luz que arroja este crimen (los crímenes son gran base de estudio social), la composición de ciertas capas de nuestro pueblo, que no son todavía clase media, pero que tendrían en su mano poder serlo, á nada que se ilustrasen, y comparándolas á las capas afines de otros países más adelantados, vemos de relieve la inferioridad ingénita nuestra: la falta radical, absoluta, de nociones de cultura y de instrucción. Malo es que se cometan crímenes; pero por fin el crimen es caso anormal, que se denuncia á sí mismo por el escándalo ó la indignación que produce, mientras esa sucia y mansa gangrena de la incultura profunda, admitida como un hecho contra el cual no se reacciona, nos corroe á diario y á todo momento.

Cuando se cometió el famoso crimen de la calle de Fuencarral, recuerdo que me horripilaron, más que los indicios de matricidio y los detalles ruentos y feroces, las en apariencia sencillas y vulgares y *tabaderas* revelaciones del modo de vivir y del *entourage* de una señora que poseía cuatro ó cinco ó seis mil duros de renta. Nos hacen reir ciertos episodios referidos, con el chiste y naturalidad que le distinguen, por Luis Taboada; y no comprendemos lo trágico del fondo de esas descripciones y pinturas, copiadas (todos convienen en ello) de la vida real. A mí, después de haber reído, me queda un fondo de tristeza, pensando precisamente que esa empequeñecida y semibestial existencia es la de la masa, la del conjunto anónimo, al cabo y al fin ¡creador de los destinos nacionales!

***

La pareja asesinada, á fuerza de vender, fiar, prestar y trabajar, había reunido un bonito peculio. Poseía pagares á su favor por sumas bastante fuertes, y en diversos escondrijos de la tienda se han encontrado crecidas cantidades, aparte de lo que hayan podido llevarse los asesinos, si algo se llevaron, que no se sabe todavía. La voz general supone á los esposos una fortunita redonda de más de veinte mil duros; lo suficiente para gozar de una tranquila vejez.

Pero los dos infelices eran incapaces de aspirar á ella, por falta de conocimiento, por carencia, no ya de altos ideales, pero ni del más humilde ideal de un bienestar que no les importaba, cuya necesidad no sentían. No se puede decir que fuesen avaros, puesto que, á su manera, trataban de hacer algún bien; y sin embargo, murieron de la muerte violenta destinada á los avaros, porque su incultura no les permitió comprender el peligro de esos escondrijos de dinero á domicilio, que exaltan la imaginación de los malhechores y les hacen fantasear tesoros. Quizás les infundía terror el Banco, y eran de los muchos que suponen vagamente que el dinero, confiado á los establecimientos de crédito, se evapora. No se puede decir que no fuesen trabajadores ni económicos – dos grandes virtudes sociales, sin duda, – pero lo eran de un modo animal, sin finalidad, sin discernimiento. El francés trabaja y ahorra, y es indecible lo que representan de voluntariosa constancia esas economías de tenderitos, sirvientes, porteros, labradores, lo que allí llaman *la media de laine de Jacques Bonhomme*. Pero á medida que Jacques Bonhomme va hinchando su media, se afina su instinto, se despierta su inteligencia y se desarrollan sus facultades en beneficio de la cultura general. Limpian y frotan, leen y discurren; viven, en suma, con alguna espiritualidad; sueñan una casita de campo para los últimos días, sueño entre poético y prosaico, en que hay rosales y coliflores..., sueño, en substancia, poco distinto del sueño aristocrático de los grandes señores y los monarcas que buscan libertad y soledad en románticos castillos y palacios rodeados de lagos y selvas. Y así, de esa muchedumbre ahorrona y consagrada á incesante labor, va formándose una nación, no sólo rica, sino ilustrada y venturosa.

***

Porque, en efecto, si el trabajar y el ahorrar no tuviesen otro objeto del que tenían en los esposos asesinados de la Coruña, habría que preferir la mendicidad arrogante de los españoles del siglo XVII, que al cabo era estética. Vegetaban los cónyuges envueltos en una suciedad repulsiva, entre mugre y harapos, en una atmósfera mefítica, sin aire, sin luz, sin agua – las virtudes teologales de la civilización. – Su ignorancia (origen de su modo de vivir) era tal, que para llevar la contabilidad de ventas, préstamos y deudas, la mujer (más inteligente y activa que el marido, como suele observarse en las parejas donde falta completamente la instrucción), garrapateaba en un libro ciertas rayas y círculos, á manera de signos cabalísticos, que le servían de memorándum. No advirtiendo la necesidad de respirar ni de hacer ejercicio, y por supuesto, no sospechando siquiera la de ver algo distinto de las paredes de su casa, esta mujer no había puesto el pie fuera de ella ni los domingos desde hacía más de treinta años. No sabía cómo es un ferrocarril, ni la forma de la locomotora. El benéfico asueto, el día de recreo que con tal avidez se toman las clases laboriosas; la pueril, pero útil y sana curiosidad, madre del conocimiento, eran letra muerta para la tendera de la Coruña. He ahí por qué aseguro que el trabajo y el ahorro, en estas condiciones, no me son simpáticos. Más me gusta un *lazzarone*, tendido en un muelle inundado de sol, ante un mar azul, desnudo, comiéndose una raja de *cocomero*.

***

He dicho que el crimen era en su género obra maestra, y lo repito, aunque creo que en otro país, con otra policía, con vigilancia, no habían de conseguir sus autores la impunidad, que llevan trazas de lograr aquí. Habitaban las víctimas un bajo, en calle céntrica y frecuentada, y su vivienda constaba de dos partes, alcoba y tienda, y una cocina, separadas por la escalera que conduce á los otros pisos. La tienda era de esas enciclopédicas, principalmente de comestibles, pero donde también se encuentran fósforos, libretas, lápices, artículos varios que no son del ramo de ultramarinos. Sus ribetes tenía de taberna y de casa de comidas, pero no oficialmente. En la cocina-trastienda, de muy asqueroso aspecto, se detenían á veces los parroquianos, despachando una cazuela de guisado y apurando un jarro de vino. Al sonar la hora reglamentaria, cerrábase la puerta: los clientes salían cuando les parecía, terminada la refacción. Así pudieron, ayudados de las víctimas, entrar y quedarse dentro los asesinos la noche *de autos*.

Pidieron de cenar, y la tendera, solícita, complaciente, preparó el guisado; los huesos del codillo de cerdo que lo componían, se encontraron bajo la mesa. A la luz de un candil y de un quinqué de petróleo, los futuros criminales, sentados, entretenían la espera remojando el gaznate. Por fin les sirvieron la cena, y la despacharon con excelente apetito. Como se hacía tarde, la mujer envió á su marido, viejo y catarroso, á la cama, y se quedó atendiendo á los parroquianos. Aunque vieja también, era fuerte, incansable. El marido, acostumbrado á estos episodios de última hora, se durmió tranquilamente. Cerrada la puerta, acabada la cena, alta la noche, en silencio el barrio, estaba preparado el escenario del crimen. Concertáronse los asesinos con una seña decisiva, y aprovechando un momento en que la tendera, de espaldas, fregaba la loza, se arrojaron sobre ella: uno le tapó la boca, otro le pasó al cuello un cordel, y con auxilio de una trébede, que hizo oficio de torniquete, le dieron garrote rápidamente, limpiamente, sin que pudiese exhalar un grito, ni siquiera patalear, meter bulla, despertar á su marido, que roncaba el primer sueño.

En él le sorprendieron, con una puñalada tan atroz y certera, que le partió el pulmón, del cual salían por la herida pedazos. Como la muerte, en esas heridas, no es instantánea, le apretaron la nuez hasta asfixiarle. Tampoco pudo exhalar un ay. Después, no se sabe qué hicieron. ¿Registraron despacio la casa, y se llevaron importantes sumas? Las que dejaron, ¿las dejaron por astucia, por disimulo, ó sencillamente por no encontrarlas, en la precipitación de un registro en que las manos tiemblan y el miedo agiganta los rumores de fuera ó los que vienen de los pisos altos? ¿Se creyeron sorprendidos y optaron por huir, con las manos ensangrentadas y vacías? Aquí empiezan las hipótesis, las conjeturas, las opiniones, y por ahora, ninguna hay que explique satisfactoriamente lo ocurrido.

***

El crimen debió de cometerse de doce y media á una y media. A las once y media hubo quien vió gente, dos hombres, sentados en la trastienda, ante una mesa, en actitud de cenar. A las dos, el sereno, observando que estaba abierta la puerta, la empujó, sorprendido, penetró en la tienda llamando, y encontró parte del cuadro del crimen, el viejo apuñalado en su cama, y más adelante la mujer, ahorcada al pie del fregadero.

Los cuerpos conservaban calor. Son, pues, exactas y precisas las horas, y acaso no habían traspuesto los asesinos la esquina de la callejuela inmediata, cuando el crimen se descubrió.

Y sin embargo, nada concreto, nada positivo se ha logrado averiguar. Hay pistas, hay presos; pero no es fácil, por los datos hasta hoy obtenidos, decir de cierto que tiene la justicia en su poder al culpable. Tinieblas entre las cuales asoma á veces una ráfaga de claridad, velada por sombras y dudas. No se ha encontrado un arma, ni una prenda de ropa, ni ningún objeto de esos que suele olvidar el criminal y que le delatan. No hay una prueba contra nadie. No se puede afirmar que el delincuente sea el que está en la cárcel, y á quien el instinto popular acusa. Y desde luego, si es él, ¿dónde anda su cómplice ó cómplices? ¿Intervino, en efecto, una mujer en la terrible escena? Otros tantos enigmas. Este crimen, cometido en un pueblo de provincia, no tiene eco; pero es de los más obscuros y misteriosos que he visto.

***

Y el preso por sospechas de que sea uno de los autores, es un sujeto, en opinión general, de pésimos antecedentes, de la peor fama; uno de esos hombres á quienes nadie ve con gusto en su casa, ni siquiera en la vecindad: en pleito antiguo ya con la justicia, y señalado con el dedo por sospechoso y equívoco. ¿Y cuál es, me preguntaréis, la profesión que el tal individuo ejerce? ¿Cuál el oficio que la sociedad le confía? ¡Ah, queréis saberlo! Pues el preso en la cárcel de la Coruña, porque desde el primer momento recayeron en él las sospechas de la policía y de la multitud; el que yo me guardaré de afirmar que sea el asesino y ladrón, pero está conceptuado capaz de serlo..., es, oídlo bien, *un maestro de escuela*.

***

¿No os decía que estos crímenes se prestan á estudios sociales? Y advirtase que, por respetos á la vida privada de familias humildes, pero á quienes no debo tratar con menos consideración que si fuesen ricas y poderosas, no hablo de otras llagas, no entro en otros análisis, no saco consecuencias de otros hechos y situaciones que con motivo de este proceso se han patentizado, descubriendo la extensión de nuestros males nacionales... Pero os aseguro que, así como se ve el mundo de los infusorios en una gota de agua, en este crimen se ven estados colectivos que dan lugar á meditaciones muy serias.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EXCURSIÓN RETROSPECTIVA

Aunque yo no he hablado aquí de nada que con la Exposición se relacione, como una página suelta y aparte, con aspecto puramente histórico, he inscrito en mi cartera algunas apuntaciones referentes á la historia de mi sexo, narrada en páginas de bulto en el palacio llamado del Traje.

Puedo decir de estos apuntes lo que Espronceda del *Canto á Teresa*: son un desahogo de mi imaginación: sáltelos el que así lo desee.

⁂

Para construir este palacio, cuya idea inició el modisto Félix, se formó una sociedad por acciones con capital de dos millones de francos. No sé si habrá cubierto gastos esta suma; y de hecho, los fragmentos de telas antiguas, expuestos en el palacio y encerrados en veinticinco vitrinas, valen harto más: pero pertenecen á un aficionado que los facilita á la Sociedad. Un retal de tela antigua, auténtica y única, no tiene precio. Las telas antiguas del Palacio del Traje es lo que menos mira el público, y lo que más debe admirar el inteligente.

Sorprenden los conocimientos que supone una reconstrucción así. Los peluqueros, bordadores, pasamaneros, encajeros, adornistas, plumistas, sastres, muebleristas, tapiceros, sombrereros, tejedores, joyeros, cuya labor reunida constituye la exposición del traje, tienen que atesorar noticias en ramos muy importantes para no cometer anacronismos y poder resucitar con viveza y verosimilitud los tiempos pasados. Respecto á los que modelaron las figuras de cera, no sería justo regatearles el dictado de artistas.

⁂

Ya he dicho que, al lado del cuadro plástico completo que representa un momento de la historia de la indumentaria, encontramos los tejidos y objetos correspondientes. Son telas extrañas de lino, lana, seda y brocado. Son camisas, zapatos, gorras, cinturones, broches, extraídos de los sepulcros, en necrópolis registradas ahora por primera vez, y *documentan* el cuadro, atestiguando la fidelidad escrupulosa de la reconstitución.

Nada de telones ni de dioramas: todo de realce y bulto, aspirando á producir ilusión perfecta. No falta más que la vida.

Son los cuadros representación de una costumbre, ceremonia ó hecho histórico que puede dar idea del espíritu dominante en una edad. El primer cuadro nos muestra los patricios romanos en la colonia de Arsinoe, en Egipto, viendo cómo un *psilo* ó encantador de serpientes hace bailar á una culebra. Los trajes, latinos, pero con ribetes asiáticos. En el segundo aparece un atrio de Roma, en la época de Trajano, y ropa y arquitectura son del más puro clasicismo. El magnífico *atrio* es el patio que aún hoy se conserva en ciertas comarcas españolas: tiene su fuente y su piscina, y la escena representa el momento en que los histriones, llamados para entretener una tarde de ocio, declaman ante tres elegantes patricias algún fragmento de tragedia, con acompañamiento de flauta doble. Las damas del atrio son ya *mujeres*, en el sentido de que conocen y practican los refinamientos del tocador, del baño, del traje: nadie ignora cómo se lavaban, perfumaban, rizaban, teñían, pintaban, adornaban y engalanaban las contemporáneas de Augusto. Contraste: el cuadro tercero muestra á las mujeres galas en la época de la invasión romana. Las antepasadas de la parisiense están medio desnudas, desgreñadas, descalzas de pie y pierna, hechas una lástima; refugiadas en grosero barracón que más parece cueva, prestan oído, con terror, á los ruidos que revelan la aproximación de los soldados de César y que las anuncian el cautiverio ó la muerte. Considero un rasgo de coquetería francesa el cuadro de esta barraca. Parece que dice: «¡Cuánto va de ayer á hoy! Mirad los orígenes de esta Francia actual, flor de refinamiento en las artes de la mujer.»

⁂

El más lujoso de los cuadros plásticos es el cuarto, titulado *Homenaje á la emperatriz Teodora*. La cámara del trono, la figura de la Augusta, las vestiduras de los magnates y prelados que suben la escalinata de rodillas para prosternarse y besar los imperiales pies, son ascuas de oro y ríos de pedrerías, y cataratas de esmalte, filigranas y gemas. El quinto reconstruye las *Termas de Juliano*, cuyas ruinas se conservan en París. En el siguiente alborea la Edad Media; corre el siglo VII; quedan atrás Roma y Bizancio, y los bárbaros galos empiezan á tomarse el desquite, por más que todavía, en el ropaje de Santa Clotilde, personaje principal de la escena, se adviertan reminiscencias romanas. La santa, con túnica bordada, manto de cenefa y monjil, bajo un pórtico románico parecido á muchos que aún se ven en iglesias españolas, distribuye limosna á los mendigos. De esta edificante escena saltamos al siglo XII, en pleno período feudal, asistiendo á una velada en un castillo; vemos al castellano calentarse á la llama del mediano monte de leña que arde en la vasta chimenea; á la castellana, con su corona de baronía y su amplio manto, agasajando á su niño, y semejante á las efigies románicas de Nuestra Señora, que acaso no eran sino copias de la realidad. Las sirvientes preparan la mesa; los mesaderos guardan la entrada, lanza en puño; bárbaras pinturas decoran las paredes. Pasamos al siglo XIII, y sorprende lo que en cien años, con las Cruzadas, la poesía de los trovadores, el movimiento franciscano, los viajes á Oriente, la teología y la escolástica, la nueva arquitectura, ha cambiado y se ha afinado el aspecto de la vida y el traje como signo. De la ruda vivienda feudal del siglo XII á ese primoroso relicario flordelisado y calado, de elegancia suprema, en que se agrupan Blanca de Castilla, San Luis y Margarita de Provenza, hay un mundo: hay todo un florecimiento artístico, intelectual y político, la plenitud y la expansión de una civilización completa en su género.

⁂

Al llegar al siglo XV, un curioso cuadro, *Les Hennins*, nos enseña cómo nació el sombrero. Esos cucuruchos y esos cuernos de terciopelo, raso, brocado de oro y perlas, que sujetan un ligero velillo flotante, son los padres del tocado femenino actual, uno de los triunfos de Francia. La expresión misteriosa de candor y austeridad de las figuras de mujer en las tablas y tapices del siglo XV, proviene de la moda del *hennin*, que, obligando á rasurar ó epilar la frente y las sienes, prolongaba la parte superior de la fisonomía, y comunicaba al rostro un misticismo semejante al que da la tonsura monástica. Esas frentes inmensas y puras de los cuadros y tallas del siglo XV son artificiales. ¡Qué desencanto!

⁂

Desde los *hennins*, la corona heráldica, colocada sobre el pelo resguardado por la redecilla de perlas, desaparece, y el sombrero se anuncia, haciendo su aparición primera en el siglo XVI. La transformación del *hennin* en sombrero se ve en el cuadro que representa á dos patricias venecianas que, magníficamente ataviadas, dignas del pincel de Veronese, salen de su palacio y se disponen á saltar en la góndola, y en el siguiente, *Entrevista del campamento del Brocado de oro*, donde las damas que engalanadas con espléndidos atavíos se asoman á la ventana de la tienda real, ostentan ya sombreros de plumas que, sin variación alguna, servirían á una gomosa de hoy.

Deteniéndose en este siglo tan pintoresco y suntuoso, los cuadros nos hacen ver á Catalina de Médicis en el laboratorio de Rugiero; asistimos á una procesión bajo Enrique III, y vemos á Enrique IV recibiendo con transporte una flor que desde su balcón le arroja Gabriela de Estrees, vestida como un retrato de Moro. El recuerdo de Rubens y el siglo XVII lo evoca la imponente figura de María de Médicis, toda de terciopelo flordelisado de oro, guarnecidos y forrados de armiño la falda y el manto, con el inmenso cuello alto á que ha dado nombre, y esas enormes perlas cuyo reflejo nacarado se comunica á la tez. A mediados del XVII, el traje de la mujer, y también el del hombre, tiene un momento encantador que debiera eternizarse; un momento estético, acaso nunca igualado: el estilo Luis XIII. Y digo Luis XIII, porque en España, por ejemplo, el traje á mediados de ese siglo es lúgubre ó enfático; la melancolía y la falsa hinchazón de nuestra decadencia se reflejan en él. La Francia, al contrario: ¡qué sencillez tan ideal y qué distinción tan aristocrática en la moda masculina y femenina de ese cuadro, *Marión Delorme en 1640*! El cabello airosamente dispuesto encuadrando la cara, el ancho cuello de encaje, la artística manga, la faldamenta ni hueca ni angosta, en la mujer, hacían un conjunto señoril, decoroso, gracioso, y acaso por el traje Marion Delorme no parezca la bétera que fué, sino la más cumplida dama.

⁂

Pronto se echa á perder la moda: se infla el ropaje, se yergue como almenado torreón el tocado y se desvanecen los contornos entre caudalosos pliegues de tela. Esta evolución fatal nos la presenta el cuadro de *Las hijas de Luis XIV sorprendidas por el Gran Delfín fumando en pipa*, y el retrato plástico de María Leckzinska, en traje de corte. De tan funesta dirección salieron las enormes pelucas, las faldas de tontillo y las caderas de mimbre y alambres llamadas *paniers*.

Al llegar al estilo Luis XV no se debe describir: todo el mundo se lo sabe de memoria. Es una época revivida y más conocida hoy que, por ejemplo, la de 1840. Así es que no se le ha consagrado en el Palacio del Traje sino un cuadro, *Las visitas*. Dos recuerdan la época de María Antonieta: un paseo en bote por el lago de Trianón, escena mágica de tapiz de Goya, y un palco de la Opera. El titulado *Los dos besos* pertenece ya á la Revolución, y es imposible idear nada más lindo que la figura de mujer en ese cuadro. Después, el taller de modista de sombreros bajo el Directorio; la prueba del manto nupcial á Josefina, á la cual asiste preocupado y grave el vencedor de Europa; la divertida escenita del *Norte*, en 1820, y el bautizo en la época romántica: otros tantos primores.

⁂

Las modas del segundo Imperio, últimas históricas, son incoherentes y desairadas, sin modestia.

Sólo me gusta el peinado, largo y deshecho en abundantes rizos ó prolongado en zorongo. Pero los volantes en pabellón y escalera, el miriñaque, el polisón, las bertas, las sosas mangas, incómodas y fuera de su sitio, las colas infinitas, no tienen pizca de garbo. Faltaba á este segundo Imperio un ideal, siquiera fuese el secatón ideal greco-romano del primero; faltábale un estilo: nuestra compatriota Eugenia de Guzmán no supo imprimírselo, á pesar de la natural distinción de su figura de cisne.

⁂

Enumerando rápidamente los cuadros, no me queda tiempo para decir nada de los peinados de las sesenta muñecas de peluquero que empiezan en Enrique II y acaban en 1900, y están lo que se dice bordadas en pelo, una serie de maravillas del arte capilar... Ni de los accesorios, abanicos, pieles, ramilletes, pomos de esencia, cuya historia puede estudiarse en las galerías y tiendecillas de los rincones del palacio. Mi pensamiento está fijo en aquellas hembras galas trémulas y haraposas, y al ver los trajes de actualidad, los abrigos regios, los *deshabillés* incitadores, las bordadas y vaporosas túnicas de baile, me dije á mí misma:

– En estos diecinueve siglos ha sido creada la mujer.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No puedo hablar del Congreso ibero americano. He llegado á Madrid cuando estaba ya á mitad de su curso. No se me ocurrió tomar parte en sus deliberaciones. Ciertamente su objeto y fin no podían serme más simpáticos, más gratos, más íntimos con la intimidad del pensamiento y del esfuerzo constante. Han solido tacharme de inmodestia muchos que si estuviesen en mi pellejo no cabrían en él; pero aunque huyo de envanecerme, no soy tan modesta que crea que mi labor literaria, cruzando el Atlántico, no ha sido un hilo más en la dulce red que el arte tiende para enlazar y unir á la raza española, y estos hilos son, á mi ver, más fuertes que la trama de las ceremonias oficiales. El escritor, el artista, integra siempre; las ceremonias oficiales muchas veces desintegran. separan lo que aspira á unirse.

***

Se resintió el Congreso de lo que suele resentirse casi todo: de insuficiente preparación, de falta de ensayos, como si dijésemos. El tiempo vino corto, y por eso el contingente de América – entendiéndose por contingente de América los americanos venidos expresamente de allá – fué casi nulo. Organizóse el Congreso en su parte americana con personalidades de diplomáticos acreditados en las diferentes naciones europeas, y residentes en ellas desde hace años, que no necesitaron pasar el Océano para acudir á Madrid, ni apreciaron, por consiguiente, las diferencias, los contrastes, las similitudes, los parentescos, con aquella viveza de ilusión que podrían apreciarlos quienes viniesen directamente de Méjico ó de Montevideo. Aun entre los diplomáticos americanos residentes en Europa he notado abstenciones tan importantes como, verbigracia, la del entendidísimo é ilustre representante de Costa Rica D. Manuel María de Peralta.

Es Peralta, no sólo el diplomático correctísimo, sino el sabio de gabinete, el estudioso incansable, el escritor que ha acertado á poner en claro las cuestiones más importantes para su país. El conocimiento exacto que tiene de las cuestiones americanas le señalaba en el Congreso un puesto, no ya de honor, sino de utilidad y necesidad. ¿Por qué no vino en esta ocasión á Madrid el que dejó aquí gratos recuerdos de afecto, amistad y cortesía?

***

Dicen los que siguieron atentamente las deliberaciones del Congreso, que en él se rindió mayor culto á la efusión, á los vagos y vastos proyectos ambiciosos para lo porvenir, á lo que llamaríamos lirismo, que á los acuerdos de positiva utilidad. Añaden que en esto nos mostramos más jóvenes los españoles, que las jóvenes naciones á quienes abríamos los brazos. Y se ha observado un fenómeno todavía más digno de estudio: que todo cuanto proponíamos los españoles creyendo apuntar una gran novedad, lo tenían ya realizado los americanos, desde hacía tiempo, en sus respectivas patrias. Es decir, que habían madrugado, mientras nosotros dormíamos nuestra siesta, nuestra canónica perezosa, con orquesta de ronquidos. Se hablaba, pongo por caso, de fundar escuelas, y Montevideo respondía que las tiene tan vastas como nuestro Palacio Real, dejándonos con la boca abierta y el espíritu pasmado. Del Congreso de los americanos de origen ibérico (creo que es inexacto decir *latino*), hay que sacar en consecuencia que la raza no es inferior ni refractaria á los adelantos *per se*. sino *per accidens*, cuando la rodean circunstancias como las que España sufre. Si la raza no es inferior, hay esperanzas, dado que las circunstancias se modifiquen. ¡Pero cuánto tenían que modificarse! ¡Qué cambios, qué evolución tan profunda y, debemos confesarlo, tan inesperada sería esa!

***

Otra observación interesante: el Congreso, según se murmura, no ha disfrutado de aquella libertad de acción que sería de desear, cohibido y moralmente amordazado por la vigilancia celosa de la nación que aspira al Imperio de todo el nuevo continente. La suspicacia, la zarpa dura de los Estados Unidos paralizaban, allá en el fondo, ciertos entusiasmos y ciertos deseos bonísimos, generosos, tan naturales como el cariño que se profesa á la familia propia. Al través de las deliberaciones de este Congreso, se transparentaban ya las del *otro*, del que convocan los yanquis para fecha próxima. Se respiraba, sin querer, aires del Norte.

Es curioso que las verdades históricas más grandes y patentes no lleguen á obtener prestigio hasta después de reiterados escarmientos. La división, entre los hijos de la raza ibera, ha sido fenómeno constante en nuestra historia, y por él se han explicado muchas adversidades y muchos desencantos. La solidaridad, esa gran virtud que estrecha los vínculos de las naciones, nos ha faltado, y por eso hemos visto reducida á polvo y á atomísticos fragmentos la labor de nuestras indomables energías de antaño. Hoy queremos, ante la desgracia y en un día, aprender la cohesión. Y no es fácil. La cohesión es voluntad, la voluntad es la musculatura del alma. Sin ejercicio no se robustece. Un acto de voluntad, un desarrollo de voluntad, pueden salvar á un pueblo, como salvó á D. Juan Tenorio un punto de contrición. Pero no es tan fácil como parece ese movimiento interior, esa descarga eléctrica. El fluído tiene que encontrarse en reserva, acumulado.

***

La calle de Alcalá acaba de presenciar un suceso sangriento, no sólo sangriento por fuera; algo que hace sangre en el espíritu. Dos sacerdotes del Crucificado, dos ministros de una religión de amor y paz, han caído heridos por la bala de un revólver. El uno asesinó al otro, y se suicidó después. En el sitio más público de la corte, ante una multitud espantada, ocurrió este drama horrible. Sería preciso comentarlo con tino exquisito, para huir igualmente de las apasionadas diatribas contra el estado de ciertas clases, que son el tuétano de la vida moral de una raza, y de la indulgencia bonachona, ó más bien indiferente, que no atribuye trascendencia á cosa alguna, y ve en todo el caso aislado, prescindiendo del nexo, de la relación inevitable de los sucesos particulares con la vida colectiva. Por el tremendo hecho de la calle de Alcalá no hemos de deducir que todo el clero se halla corrompido y entregado al desenfreno, ni que le falta hasta la fe que prohibe la desesperación suicida; pero tampoco hemos de desconocer que necesitados de altos ejemplos en todas las esferas, estos incidentes trágicos y brutales, tan públicos además, vienen á echar leña al fuego que nos consume.

***

No hace mucho referían los diarios la epopeya de un cura párroco, en cuya parroquia hacía estragos la viruela. Una pobre mujer, una feligresa, había sucumbido al repugnante mal. Su familia, en fuga. En fuga todos los vecinos. En huelga el sepulturero. El cuerpo, descomponiéndose, insepulto. Y entonces el cura recordó que enterrar á los muertos es obra de misericordia; que esta fué acaso la primera ejercitada por los cristianos en sus tiempos de angélico fervor; que donde todos pueden olvidar el deber, el sacerdote está obligado á recordarlo y cumplirlo..., y corriendo á la casa mortuoria, amortajó con sus manos el hediondo cadáver, doblemente desfigurado y espantoso; lo cargó á hombros, porque nadie le quería ayudar, y empuñando la azada, abrió la fosa en el cementerio, y dió tierra bendita á aquel despojo en que había latido la humana conciencia... Obscuro acto realizado en una aldehuela, nadie quizás lo recuerde; pero yo me complazco en saludar al cura del villorrio, que rescata los pecados de sus congéneres, los capellanes castrenses de la calle de Alcalá.

***

Conociendo la índole y naturaleza del pueblo español, me apresuro á declarar que no le asusta tanto como puede creerse el hecho de que un sacerdote santigüe á tiros á otro, ó al mismísimo prelado. El crimen del cura Galeote no causó gran emoción en este país, habituado á las fazañas de los guerrilleros de sotana y trabuco. Yo misma, en momentos dados, conozco que el hábito de ver guerrear á los ordenados *in sacris* me quita algo de extrañeza cuando en la paz revelan disposiciones belicosas. Me pone también en confusión el distinto criterio con que juzgo acciones que á primera vista se asemejan. Para mí, el cura Merino, echando la llave á su iglesia, terciándose el manteo y saliendo «á matar franceses,» es en extremo simpático. En él no echo de menos ninguna virtud cristiana ni sacerdotal. A su manera, me gusta tanto como el enterrador voluntario de que antes hablé. Y si me gusta el cura Merino, ¿por qué detesto á los trabucaires?, ¿por qué me causan escalofríos los del revólver en plena calle de Alcalá?

¿Soy un español más, igual á la masa que gusta, por encima de todo, de las bizarrías y guapezas, de la afirmación individualista?

¿O es que el cura Merino, cuando salió á correr aventuras, era la *Patria*, y la *Patria* todo lo justifica, todo lo engrandece, todo lo ilumina con su luz sideral, resplandor de una gloria que jamás debemos consentir ver eclipsada?

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

hablar de política. Con el rey y la Inquisición..., chitón. Estamos en tiempo de suspensión de garantías. Ya nos hemos habituado á esta situación. El día en que podamos escribir cuanto se nos pase por el magín, no se nos pasará cosa alguna, y nos encontraremos como en la gloria.

Pero dejando á un lado la política, hay en las Cortes infinidad de aspectos que no carecen de interés. Desde luego, el estudio comparativo de la oratoria; la observación de los infinitos detalles por los cuales puede un orador cubrirse de gloria ó ponerse en berlina. Este último caso no es frecuente; en cambio es frecuentísimo el de no ser atendido. Las tres cuartas partes de los oradores hablan para las banquetas y entre la absoluta indiferencia y distracción de las tribunas. He notado que esto ocurre cuando los oradores adoptan un tono uniforme y mesurado, ó cuando tratan de asuntos de interés local y restringido, á los cuales no aciertan á comunicar ese calor que los hace importantes, aunque sea momentáneamente, para el auditorio.

***

Hay, además de lo que se dice, el gesto, el modo de decirlo; y esto influye mucho, y debiera ser objeto de un estudio detenido y concienzudo. La oratoria es arte, y por consiguiente tiene sus recursos artísticos y sus calculados efectos. Hay orador que dice cosas bastante aceptables, y se pierde por la acción torpe, difícil ó inadecuada al fin. Muchos gesticulan de una manera mecánica, que no es sino el desahogo de la nerviosidad, el inconsciente traqueteo de la alimaña inquieta. Los más barren sin cesar, con las palmas de las manos, la cima del escaño que tienen delante, ó la meseta del banco azul; y á fe que poco necesitarán limpiarlas los encargados de esta labor; bastan los diputados ó los ministros para dejar esas superficies como patenas. Otros cazan moscas al vuelo, abriendo y cerrando la diestra sin saberse por qué. Otros giran los brazos como aspas de molino. Muchos pegan palmadas y recios puñetazos á la mártir madera que tienen delante. Alguno adopta, por parecer fino, una gesticulación adamada y repulgada. Tal hay que no se atreve á descoser los codos del cuerpo y habla amarrado, á guisa de momia egipcia.

Todo esto podría constituir una oratoria defectuosa, y sin embargo es preferible cualquier defecto al vicio de la monotonía y languidez y á la desgracia de hablar bajito, para el cuello de la camisa. El orador más desmandado, más turbulento, más ilógico, gustará si posee la cualidad irreemplazable: la vida, la animación, el calor de la frase y del sentir. Ayer pude comprobar esta verdad. Un joven orador carlista consumió un turno. Supongo que en toda la Cámara no había otro carlista más que él, y que en las tribunas sus correligionarios tampoco abundaban. Sin embargo, desde las primeras palabras, dichas con brío, con acometividad, en voz alta, clara y resonante, la Cámara estaba inclinada á su favor. No les importaba lo que dijese, ni sus opiniones; era la vivacidad, era el sentimiento lo que les atraía. Los periódicos se quejan de que se haya *jaleado* ese discurso y lo achacan á mala voluntad contra el gobierno. Yo no lo entiendo así. Es que la gente, por instinto, se prenda de lo que vive.

Ya conozco que es difícil, al hablar de carreteras ó del artículo H de la ley X, ó de la industria corcho-taponera y perjuicios que se le irrogan con la disposición A ó B, desplegar sensibilidad y vehemencia. Para esto quizá se necesite conservar ese entusiasmo por los principios que va desapareciendo. Y para agradar hablando en tono mesurado, que es como la media voz de los tenores, es preciso haber llegado á la altura de los grandes atletas y maestros de la palabra.

¿Y por qué ha de ser orador cada hijo de vecino, vamos á ver? Esa gracia y excelencia es como las demás: no á todos concedida. Ni aun el habla la poseen cuantos seres humanos andan por ahí. Bastantes son mudos. ¡No pocos valdría más que lo fuesen! Y esta es la conclusión que se deduce de la asistencia al Parlamento.

***

Las tribunas del Congreso tienen su psicología. El público en ellas es muy variado; el de cada tribuna posee su fisonomía especial. La diplomática suele estar vacía, ó la ocupan dos ó tres damas, muy envaradas, que no entienden jota, porque suelen ser extranjeras. La del presidente es el punto de cita de las señoras de la buena sociedad que tienen aficiones ó conexiones políticas. El personal de esta tribuna generalmente simpatiza con el gobierno, y echa á buena parte las habilidades ministeriales. La oposición empieza en la tribuna de ex diputados, donde son bien acogidos los discursos de los *leaders* de minoría y aprobados con entusiasmo los ataques al gabinete. Es indudable que el núcleo de ex diputados está como las almas que, saliendo de la isla de la bienaventuranza, ven en ella, rodeados de esplendores y goces, á otros seres más felices. Al lado de los ex diputados, una tribuna levantisca y temible, la de la prensa. En ésta se han producido conflictos, despejos por celadores, retiradas entre protestas y murmullos de indignación, grescas de las cuales se habla mucho durante veinticuatro horas, y después se olvidan rápidamente, previas las indispensables satisfacciones y desagravios. Más allá, la tribuna pública, donde se podría creer que late el corazón popular y alienta la opinión callejera, si no se supiese que hay quien ejerce la modesta industria de vender el puesto, ocupado á veces desde las ocho de la mañana en la cola y en los asientos, al burgués ó al provinciano curioso que no tiene ganas de perder el tiempo y de esperar en un pie como las cigüeñas, y paga su sitio allí cual pagaría á un revendedor una buena butaca de quinta fila en Apolo ó la Comedia.

En las demás tribunas el público es mixto. Señoras, militares, sacerdotes, gente de procedencias diversas y que oye con formalidad, sin permitirse rumores de aprobación ni de censura. El comentario, en voz baja y en tono discreto; las apreciaciones, mitigadas por un respeto involuntario «á lo que se hace allí.»

Yo, que no he creído nunca que el respeto sin base racional sea una virtud, no puedo menos de extrañar algunas costumbres que veo arraigadas en el Congreso español. Por ejemplo: tengo en concepto de costumbre nada recomendable el que entren con bastón los representantes del país en el salón de sesiones. ¿Para qué demontres se necesita el bastón donde no hay que andar? Ocurre la idea de que el bastón únicamente puede emplearse si se arma allí una zapatiesta y haya que romperlo en costillas, y cada vez parece menos admisible. Como los bastones suelen ser unos objetos muy feos, de forma grotesca, rematados en cabezas de papagayos, dogos ó cosa por el estilo, se prestan á mil pullas y comprometen á sus poseedores. ¿No fuera mejor dejarlos en el guardarropa?

***

Y estoy á mal, á cien bombas, con el abuso del cigarro en el Congreso. Los que asomándose vergonzantes por detrás de los biombos, á la entrada del salón, se delatan por la columna de humo, parecen sin duda á aquella especie de hombres esclavos de un hábito, que enfermarían si en dos horas no pudiesen ahumar. Mucho se ha escrito en pro y en contra del cigarro, y no me cuento en el número de sus detractores; sin exageración ni manía, el tabaco no será tan perjudicial como dicen, cuando vemos fumadores que llegan á viejos, gordos, buenos y sanos. El cigarro debe de ser, como otras mil cosas, excelente, usado con moderación; el caso es no convertirlo en indispensable, en una necesidad que lleva á prescindir de la cortesía y de las conveniencias. Bien mirado, no existe en el mundo nada á que deba habituarse el sabio. La sabiduría rompe las cadenas de la fatalidad y nos deja libres de esas tiránicas ataduras liliputienses de la costumbre.

Tampoco debe omitirse que las tribunas del Congreso son el prototipo de las molestias y de la incomodidad. Sólo se oye y se ve en primera fila; y eso, relativamente. Las tribunas de la izquierda no oyen ni ven bien más que á los oradores de la derecha, y viceversa. Además, la disposición de las gradas es tal, que todos los días se cae alguien y está á punto de romperse un tobillo. La altura y la distancia parecen calculadas para aislar á los oradores de los espectadores. La voz se pierde. A poco que se llenen las tribunas, ó que adelante la estación, el calor se hace asfixiador, insufrible. Es cierto que existen ventiladores de rotación; pero están en el techo; proyectan el aire fresco hacia afuera, á lo alto, y como dice una espectadora ingeniosísima, así que empiezan á funcionar, San Pedro se pone el abrigo y los de la tribuna continúan ahogándose.

Y siendo así, me preguntarán: ¿por qué concurrir á ese espectáculo incómodo? ¡Ah! Porque ese espectáculo, al fin, tiene algo de lucha, y por consecuencia emociones y encantos peculiares, lo que la batalla lleva consigo de acre y punzante atracción. No es lo mismo leer el relato de una batalla que presenciarla. Por eso, aunque el asiento sea detestable, el calor fuerte, la espera desesperadora, en estas largas tardes de invierno, de humedad y neblina, el Congreso tiene sus fieles partidarios.

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN EL CONGRESO

Estos días mi *vida contemporánea* se encierra en las Cortes. Unas cuantas aficionadas á la oratoria y á las filigranas del debate vivimos en la tribuna. Allí nos pasamos seis horas. Leemos, para entretener la espera, mientras no se llega á la orden del día, periódicos y hasta libros; comemos dulces, charlamos, y poco á poco nos familiarizamos con los misterios de la política parlamentaria. No teman mis lectores que les comunique esta ciencia arcana, y en opinión de muchos, funesta. Ya sé que ahora no se puede

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** la interesante y famosa obra de Enrique Sienkiewicz

QUO VADIS?

que es el quinto y último tomo correspondiente á la serie de 1902. La edición que publicamos, *cuidadosamente traducida y sin alteraciones ni supresiones que desfiguren la obra original*, va ilustrada con multitud de láminas dibujadas por el notable artista C. Minardii.

Nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores sobre las obras que en el prospecto repartido con el número anterior anunciamos para la serie de la **Biblioteca Universal** correspondiente al año 1901. Dichas obras son:

LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA

obra escrita en francés por Gustavo Le Bon

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN REFUNDIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

Magníficas ilustraciones de monumentos, tipos, costumbres, etc.

Esta obra, tan amena como interesante, es el resultado de un largo viaje de exploración y de estudio que, expresamente comisionado por el gobierno francés, ha realizado recientemente su autor el eminente orientalista é historiógrafo Gustavo Le Bon, y es al propio tiempo la obra de un literato que sabe presentar las materias más importantes bajo una forma brillante y atractiva.

ASTRONOMÍA POPULAR

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO

Nueva edición refundida de la obra publicada con el título El Telescopio moderno, y con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha, por

D. AUGUSTO T. ARCIMIS

DE LA REAL SOCIEDAD ASTRONÓMICA DE LONDRES

El simple título de esta obra y el nombre de su autor constituyen el mejor elogio de este libro, en el cual se tratan todas las cuestiones con la astronomía relacionadas, en forma científica, pero al alcance de los más profanos en materias astronómicas.

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARÁCTER

obra escrita en inglés por Arturo Paterson

Un tomo profusamente ilustrado con reproducciones de curiosos dibujos, esculturas y cuadros existentes en museos, bibliotecas y colecciones particulares de Inglaterra.

El período que este libro comprende es uno de los más interesantes de la historia de Inglaterra, y aunque se ha escrito mucho sobre él, la obra de Paterson lo presenta bajo un aspecto completamente nuevo, fijándose principalmente en la personalidad de Cromwell, estudiando en documentos la vida pública y privada de éste y enlazándola con los acontecimientos históricos.

CONDICIONES PARA EL REPARTO

DE ESTAS PUBLICACIONES

Todas las semanas recibirán los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** un número de La Ilustración Artística que constará por lo menos de 16 páginas, al que se acompañará cada quince días El Salón de la Moda, periódico ilustrado con profusión de grabados intercalados en el texto y una lámina de figurines iluminados impresa en papel superior. Al recibir este reparto semanal abonará el suscriptor *cuatro reales* y después le serán entregados durante el año periódicamente, sin pago ninguno, los cinco tomos de la **Biblioteca Universal** anteriormente referidos, lujosa y sólidamente encuadernados.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NAVIDADES

Ahí está la Nochebuena, con sus panderetas y rabeles, sus chicharras y sus tambores, sus pueriles regocijos y sus satisfacciones íntimas, de hogar... No hay fiesta más igual á sí misma, y sin embargo, su monotonía es como la del pan blanco y el sano puchero: no cansa, no engendra tedio nunca. Todos los años trae idénticas impresiones, la poesía de una incomparable dulzura religiosa y doméstica, el culto de la niñez y la maternidad y el de los dioses Lares – que desde los tiempos primitivos profesa el hombre, simbolizándolo en el fuego. – Remontaos todo lo que podáis á las fuentes, á los orígenes de las creencias; subid á la India, llegad á las mesetas del Himalaya, donde descendieron en compactas emigraciones las razas superiores, las que habían de dominar el Universo, y encontraréis este culto, en una ó en otra forma; casi siempre personificada la divinidad en la dulce llama que una mano piadosa sostiene, y á la cual se calientan juntos los padres y los hijos.

⁂

Claro es que el advenimiento de Jesucristo y la historia de su vida prestaron distinta significación á la fiesta de la familia y del hogar; pero en su esencia no la modificaron: pruébanlo las reminiscencias paganas y ancestrales, de alta antigüedad, que se notan en ella, en ciertos países de Europa, y especialmente en las comarcas que pobló la raza céltica. Son cosas que van mucho más allá de la era cristiana, no cabe duda; y aun sin salir de la misma era, la fiesta de Navidad se cuenta entre las más antiguas, de primitiva tradición. Ya en el segundo siglo de la Iglesia, y antes de que mediase, se solemnizaba la Navidad. Lo curioso es que, en aquellas remotas edades, la Navidad era movible: se celebraba cuando en mayo ó cuando en enero. Fué preciso, en el siglo cuarto, abrir una indagatoria respecto á la verdadera fecha del nacimiento del Señor, y resolver, por común acuerdo entre doctores, que era la del 25 de diciembre esta fecha bendita.

⁂

¡La Navidad celebrada en mayo! ¿No es verdad que desconcierta y cambia todas las ideas que asociamos á esa noche memorable entre las noches? Las sensaciones del frío, la lluvia, la nieve, el hielo, las unimos, involuntariamente, á los episodios del nacimiento del humilde Redentor. Cuando la savia rompe en brotes y en florescencias embalsamadas; cuando la atmósfera se entibia con los soplos precursores del verano; cuando las estrellas dulcemente titilan en un cielo de velludo azul, no nos representamos al Niño desnudo, amoratado, trémulo, necesitando, para desentumecerse, el aliento de la mula y del buey... La costumbre es una segunda naturaleza; y aun cuando no sepamos por qué se ha fijado para el natalicio de Jesús la noche del 24 del mes riguroso, no podemos habituarnos ya á celebrarlo en otro mes cualquiera del año; á no identificarla con la fiesta del fuego familiar, y con el sueño de la naturaleza, que reposa..

⁂

El carácter infantil y gozoso de esta fiesta se debe á la Edad Media, al candor de la *obscuridad gótica*, que predisponía al miedo, pero también á la risa. Si los profanos aprovechaban los días de Carnaval para hacer locuras, los creyentes las hacían en Navidad, y dentro de las iglesias y catedrales. Todavía hoy quedan rastros, indicios de estas sagradas niñerías. La misa del Gallo, en ciertas capitales de provincia, es una explosión de risa y de buen humor, y no hace cuatro lustros que, en la catedral de Santiago, se veían y se deseaban para sostener, durante esa misa, á media noche, el orden y la compostura. No era sino júbilo, pero júbilo bullicioso, estudiantil, semejante al que despiertan las voces del órgano en sus registros más frescos y campestres, al acompañar los villancicos el concierto de pájaros que trina y gorjea como celebrando el fausto Nacimiento, al despertarse las luces de la estrella que guía á los reyes y á los pastores.

⁂

En la Edad Media, como el templo era el centro de la vida y substituía á las ágoras y á las basílicas civiles de Grecia y Roma, en ella nacía y se repercutía toda manifestación del sentimiento popular, y no deben considerarse irreverentes, aunque á nuestra corrección moderna lo parezca, las diversiones y los ritos bufonescos de la Navidad, análogos á la célebre *Fiesta del asno*. Los misterios de Nochebuena, representados en las catedrales, entretenían y solazaban á los villanos, cual entretiene ahora el café ó el teatrillo. En aquellas grotescas farsas, en que desempeñaban papel la mula y el jumento, y las rusticidades y simplezas de los zagales y zagalas, de los Brases y Mengas, arrancaban carcajadas continuas, nacía el teatro, germinaba toda una rama, y lozanísima, de la literatura nacional. Entre misterio y misterio, villancico y villancico, se cenaba, dentro de la misma iglesia, sin pensar que fuese profanación. La colación que hoy cada cual se prepara en su casa, y según sus medios, cerrando la puerta para que no se cuele el vecino y el pobre, se realizaba entonces, quizás con mayor espíritu evangélico, en común, sin ocultarse.

¿Quién sabe si, bien mirado, aquella gente sencilla no rendía más verdadero homenaje al nacimiento del Redentor, que los hoy congregados á oír la misa en suntuoso oratorio, para saborear después la exquisita cena?

⁂

La devoción varía según las épocas. La misa del Gallo, aunque siempre concurrida, se ha vuelto seria y formal. Sólo en algunos rincones de provincia, ó dentro de los conventos de monjas, conserva su sello de expansión infantil. En las casas «bien» (perdónese el atroz galicismo) se oye la misa del Gallo con tanta formalidad como indiferencia interna. Y es que esa fiesta, popular, *social* en el sentido hondo de la palabra, no compagina bien con la separación por castas de los elementos sociales. Así es que en Francia, los poderosos se acuerdan ese día de los menesterosos, y de mil maneras, ingeniosamente, fraternizan con ellos. Uno de los modos de fraternizar es el *Arbol*.

⁂

Sueño de los niños pobres, entretenimiento y alarde generoso de los niños ricos, el *Arbol*, el inmenso pino cubierto de candelillas, salpicado de flecos de oro, cuajado de juguetes y golosinas, reune en la sala de honor del castillo á los aldeanos, identificándoles, toda una noche, con el señor territorial. Las miradas de las criaturas devoran anticipadamente los cucuruchos de dulces, las muñecas, los polichinelas vestidos de raso, los conejitos mecánicos que tocan el tambor, los ferrocarriles, los barcos, las maravillas de la juguetería francesa y alemana, tan barata y tan graciosa; pero en los *Arboles* hay á veces cosas más substanciales, abrigos, trajes, alimentos, libros de enseñanza, bolsitas con dinero; y las madres, previsoras, ansían que les toque el boen lote, el que remedia la necesidad y resuelve problemas prácticos, siempre planteados en las casas de los humildes...

⁂

El *Arbol*, de todas suertes, no es lo castizo, lo nacional. Lo español es el *belén*. La costumbre de hacer *Nacimientos* acaso procede del siglo XVI, época en la cual, según los entendidos, se comenzó á modelar figuritas de barro y de cera representando los principales personajes de tan tierno episodio. En el siglo XVII, los mejores escultores y tallistas no se desdeñaron de hacer portalitos, reyes magos, pastores, camellos, mulas y bueyes. En el XVIII, en palacio se encargaban los Nacimientos, con figuras de gran tamaño, á artistas de renombre. Algunos se conservan todavía, y son muy hermosos, dignos de figurar en Museos.

De esas creaciones de los maestros de la escultura genuinamente española, descienden, no en línea recta, sino con mancha de bastardía, los feos y ordinarios monigotes que se venden en la plazuela de Santa Cruz, en las tiendas y barracas, desde dos semanas antes de Nochebuena. Toscos cual son, los monigotes alegran el alma de los chiquillos; son su predilecto juguete en estos días.

No puede negársele cierta fisonomía pintoresca, en sus charros colorines y sus actitudes forzadas, donde se adivina la huella de algo que fué arte, y que ha ido desfigurándose, en reproducciones sucesivas.

Yo miro con simpatía á las figurillas de barro del *belén*.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES MAGOS

Madrid está muy diferente de sí mismo cuando, como estos días, lo envuelve la neblina y lo moja la lluvia. El cielo gris no encaja en la idea que de Madrid tenemos. Asociamos, en nuestro pensamiento, á Madrid con la claridad de un cielo azul cobalto, con la transparencia cálida y seca del aire y con la alegría de un sol de oro, que ilumina regiamente los edificios y baña las plazas en ondas de luz. Madrid encharcado, lodoso; Madrid semejante á Londres..., lo desconocemos, renegamos de él; y sus calles tortuosas y su adoquinado infernalmente molesto nos parecen todavía menos propios de una gran capital.

***

Los Reyes van á venir, pero ya no se les aguarda con alboroto y estrépito, ni mis paisanos los pobres gallegos laboriosos salen, en la noche del 5 al 6, armados de escalera y forrado el cuerpo con reiteradas libaciones de aguardiente, á saludar á los Magos, y á buscarse algún garrotazo de los agentes de policía. Era una fiesta vinosa, popular, que, según observaba reiteradamente la prensa, desdecía ya de la cultura y de la civilización – como desdecía el aguador mismo, protagonista de aquella clásica algarada. – Al ser conducida á Madrid la cinta, no siempre cristalina, del Lozoya, los aguadores recibieron golpe mortal. Van prolongando su existencia merced á las *turbias* del río y á las no menos turbias y contradictorias afirmaciones de la Facultad, que tan pronto señala al *bacilo* del tifus residencia en el Manzanares ó en los viajes antiguos, como le supone agazapado preferentemente en el légamo que acarrea el Lozoya; pero es una institución acabada; es un oficio que se va; es un modo de vivir que desaparece. Y sería curiosísimo saber por qué razón, entre las demás profesiones y oficios, se distinguían los tertulianos habituales de la Fuente del Berro por su celo en esperar á los Santos Reyes.

***

No menos atractivo para un erudito en materia de orientalismo, escritura é historia antigua, sería dedicarse á investigar el origen de esa fiesta de los Reyes, en torno de la cual se espesan las tinieblas y se condensa la incertidumbre. Poco ó nada se barrunta: el fundamento de la tradición es un texto de los Evangelios, que únicamente habla de *magos*, no de *reyes;* y los magos podían ser sacerdotes ó sabios, de esos santones á quienes venera el pueblo por su virtud ó por su conocimiento de lo que hoy se llama *ocultismo* y *teosofía*, ó sencillamente de algunos efectos y fenómenos naturales, que eran, en aquellos tiempos remotos, desconocidos del vulgo y daban al que podía interpretarlos ó predecirlos la misma autoridad que entre los indios dió el anunciado eclipse á Cristóbal Colón. Algo de esta condición científica de los tres Magos se trasluce por el hecho de seguir á una estrella desconocida. Es posible que Gaspar, Baltasar y Melchor fuesen astrónomos, ó mejor dicho astrólogos, y el rutilante astro nuevo, que brillaba de tan inusitada manera en el firmamento sombrío y aterciopelado del Oriente, les llamaría la atención hasta el extremo de impulsarles á reunir la caravana y á cargar de riquezas y tesoros los camellos y dromedarios, para rendir tributo á la potencia que del cielo acababa de descender á Palestina.

Si yo me decidiese á adoptar un criterio definido en estos asuntos, diría que los Magos no pudieron ser más que sacerdotes. ¿De qué culto? Probablemente del magdeísmo. Lo de sacerdotes no quita á lo de astrónomos, al contrario. Sabemos que la astronomía, en sus comienzos, fué una ciencia sacerdotal. Desde los hierofantes y arúspides griegos, que leían el porvenir en las entrañas de las víctimas, hasta los sacerdotes egipcios y persas, todos se dedican á observar el cielo y á sacar presagios y fórmulas mágicas del curso de los cuerpos celestes. El conocimiento de ciertos secretos que se conservaban y transmitían como tesoro de una clase y de una categoría social, y que no era lícito comunicar sino á ella y aun en sus más elevadas jerarquías, se convertía en instrumento de fuerza y poder. El sacerdote aterraba á la muchedumbre haciendo que sobre el altar cayese el rayo, ó apremiando por medio de conjuros á la luna, á fin de que descendiese sobre la tierra. Los que más se distinguieron en el arte de los sortilegios, encantos y brujerías fueron los egipcios. Extinguido aquel culto eminentemente simbólico; aniquilado el poder de los Faraones; sepultos entre la arena del desierto líbico los monumentos de tanta grandeza y de tanto poder, todavía persiste – ¡hay cosas indestructibles! – la fama de la habilidad egipcia para la magia; y de esta creencia perseverante y tenaz son buena prueba las hazañas de los gitanos y gitanas, sus artes de decir la buenaventura, sus *timos* á los incautos, sus infinitas máculas y roncerías para hacerse pasar por adivinadores del porvenir. Singular persistencia de la tradición, que en países donde ni se sospecha la existencia del viejo Egipto, miles de años después de que los sacerdotes faraónicos celebraron por última vez los ritos de la magia, rodea todavía de una aureola de poder sobrenatural á los descendientes de la raza procedente de las márgenes del Nilo.

***

Sería natural que en este pueblo, en las tribus errantes que en el siglo XV se esparcieron por Europa viniendo de Valaquia y Hungría y que tomaron el nombre de *Zíncales* y de *Sintos (indianos*, que nosotros, guturalizando el sonido, convertimos en *gitanos)* existiese la costumbre de recibir á los Magos, acaso ascendientes suyos, tronco de su árbol. Sacerdotes y gitanos serían quizás los Magos, allá cuando esta raza, degradada hoy, alzaba orgullosa su morena frente. La tradición del color obscuro de uno de los Reyes; el que los expositores hayan representado en ellos á los gentiles (para los hebreos, *egipcio* era sinónimo de *gentil y pagano);* el hecho mismo de emprender la caminata con tal facilidad, propia de gente nómada, parece indicar que no va mi suposición enteramente destituída de fundamento. Y tal vez á esta creencia de que los Magos del Evangelio fuesen lo que en la Edad Media se entendía por *bohemios* y *zíngaros*, se deba la indulgencia y bondad que con los bohemios tuvieron los Papas, al otorgarles salvoconducto para peregrinar por la cristiandad toda. Jamás la intolerancia religiosa, tan exacerbada contra los israelitas, se ensañó con los gitanos. Hubo para ellos indulgencia. La Inquisición no se dignó concederles los honores de la hoguera sino cuando alguna vieja zíngara exageraba sus brujerías. Por su misteriosa y secreta fe no fueron perseguidos. Y nótese (en confirmación del supuesto de que eran gitanos los llamados *Reyes Magos),* cómo coincide la inmigración de los gitanos en Europa, con el desarrollo de la magia y de los procesos de hechicería, largamente descritos en la interesante obra de Görres *Mística divina, natural y diabólica.*

***

Volviendo á los Magos, ¿quién les puso la corona?, ¿quién les invistió del regio poder? La misma fuerza que hizo música á Santa Cecilia y caballero andante á San Jorge. El arte.

Los pintores primitivos, esos grandes artistas que no han sido igualados en la representación de asuntos religiosos, al tomar por tema predilecto la Epifanía, se complacieron en revestir á los Magos con las insignias reales, adoptando la hipótesis de San León, que ignoramos en qué se pudo fundar. A los pintores les agradaba y convenía que los Magos apareciesen revestidos de fastuosos ropajes, de pellizas aforradas de marta y de armiño, bordadas de oro, ó envueltos en caudales mantos de terciopelo que derramaban sus pliegues sobre el piso de tierra y la esparcida paja del pesebre en la cueva de Belén. Coronas de oro recamadas de perlas y de joyeles de toda pedrería; vasos cincelados y filigranados que contienen el oro, la mirra y el incienso; almohadones de estofa magnífica, con gruesos borlones de canales; objetos de lujo y de arte, de los que se usaban en el siglo XV, eran para los pintores de aquella época tan socorridos como son para los de hoy los mobiliarios barrocos que con fruición reproducen en *La Vicaría* y otros cuadros de parecido asunto. Los Magos, convertidos en Reyes, alegraban y enriquecían la humildad del santo establo y la modestia del traje de la Virgen y de San José. Artista hubo que, no contento con vestir de Reyes á los Magos, ataviá á la Virgen como á una Berenice ó una Zenobia.

***

Ha ido aclimatándose en España una costumbre francesa propia del día de Reyes: es verdad que no pasa de las clases acomodadas; al pueblo no sé que haya llegado todavía, á pesar de que no son muy caros sus elementos – una torta que cuesta desde una peseta en las confiterías, y unos cuantos granos de te. – Me refiero al famoso *gâteau des Rois*, base hoy de una infinidad de reuniones íntimas de buena sociedad, ó de sociedad mediana – que en la viña del Señor hay de todo.

Esta costumbre, del haba y torta de Reyes, derivada según opiniones del paganismo, es en Francia inmemorial. Los monarcas elegían por *rey*, en tal ocasión, á un niño pobre y designado por la suerte del haba; le recogían, le adoptaban, le daban enseñanza y pan, le ponían al abrigo de la miseria para toda su vida, y en suma le hacían feliz. La solemnidad de los Reyes (que en esto revelaba su origen enlazado con las saturnales) aparecía consagrada á Baco, igual que las Carnestolendas. Nada tiene de extraño, pues, que los aguadores, al salir á esperar á los Magos con antorchas, realizasen una verdadera y groserísima saturnal.

***

Hoy el festejo orgiástico se ha convertido en inocente regocijo de familia, en mansa ceremonia de salón, y el *haba*, emblema de *Febo* ó reminiscencia lejana de la adoración de los egipcios y los pitagóricos á la nutritiva leguminosa, en figurilla ó amuleto de porcelana, que no puede hacer más daño serio que romper una muela á quien se atropelle al mascar.

Las tortas son dos. Pártense en varios pedazos, más ó menos grandes; una de las tortas se destina á las señoritas casaderas, otra á los señoritos solteros. El señorito que se encuentra el haba – la cual á veces no es *haba*, sino *chiquilla*, un nene de porcelana que puede simbolizar el amor ó cosas todavía más atrevidas, – ese tiene que ofrecer á la señorita correspondientemente agraciada un obsequio cualquiera: caja de dulces, ramillete de flores, saco de seda para abanico y gemelos, *bibelot* de *biscuit*, uno de esos objetos fútiles é inútiles, pero encantadores, con que sueñan las muchachas. A veces, de este azar sale algo serio y definitivo, amoríos ó bodas...

***

Para los niños también es señalado el día de Reyes. Dejen ó no los zapatitos en la chimenea, los papás babosos suelen depositar, furtivamente y aprovechando el sueño de sus vástagos, un cargamento de juguetes sobre la cama. Al despertar, las criaturas piensan seguir soñando. Allí tienen al conejito de móviles orejas, que golpea un dorado tambor; al pollchinela de traje de raso verde y rojo; á la muñeca de grandes ojos azules y rizosa cabellera dorada; al llorón bebé de gordos carrillos; al ejército de soldados de plomo, correctos y envarados en su uniforme de colorines; á todas esas parodias de la vida que en la tierna fantasía del niño sustituyen á la vida real, y que le causan profundas alegrías y tempranos dolores, demostrados por las abundantes lágrimas... Felices ellos si pudiesen seguir siempre consagrando el pensamiento á la muñeca y al bebé. Vendrán la esposa, los hijos, la vida de carne y hueso, con mayor conciencia de sí propia..., y el hombre hecho se acordará con nostalgia de cuando le traían los Santos Reyes unas glorias y unas penas de cinc y de cartón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÍMENES. – FECUNDIDAD SINGULAR. – LOS DRAMAS DEL OCÉANO

La criminalidad en España no disminuye. Hay épocas en que arrecia. Se dan rachas, lo mismo que en los descarrilamientos y choque de trenes. La crónica negra de los diarios asusta en ciertos días del mes. No sé si acierta ó se equivoca un distinguido penalista que hace coincidir el aumento de la criminalidad con el aire Sur: lo que aseguro es que hay semanas criminales.

***

Uno de los patriotas de la mentira, amigos de echar tierra á todo y desfigurar los hechos, me combatía porque afirmé que en Francia la criminalidad disminuye. Citábeme los casos que ocurren en los arrabales solitarios de París y en los extraviados bulevares exteriores. Partidas ó gavillas de ladrones los infestan, y el que se descuida y va solo y de noche y sin armas por esos lugares sospechosos, tiene la seguridad de encontrarse con el garrote del *souteneur* ó el cuchillo del *rodeur*. «¿Es lícito – exclamaba mi patriota – darnos por ejemplo á Francia?»

– Sí que es lícito, respondía yo. Los fenómenos sociales se han de juzgar reflexionando. Las impresiones de lectura de periódicos engañan. Relacione usted causas y efectos, y entonces comprenderá. – ¿Quiénes cometen esos crímenes relatados en la prensa francesa?

– ¿Quiénes han de ser? Perogrullada. Los malhechores.

– No perogrullada. En España, también hay malhechores criminales, pero buena parte de los crímenes los comete la gente de bien.

– ¿Qué está usted diciendo?

– Lo que usted oye. La gente de bien; personas excelentes á veces, pero impulsivas, faltas no ya de cultura, sino de la instrucción más elemental, á obscuras, sin respeto á la ley, con falsas nociones del punto de honra; en fin, salvajes sin malignidad, ó niños sin criterio moral, como son siempre los niños y los salvajes. Ahí tiene usted el mayor contingente de la criminalidad española.

– ¿Sabe usted que es curiosa la observación?

– No sé si es curiosa, pero es exacta y nueva.

***

Léanse despacio las noticias de crímenes en nuestra patria. ¡Qué á menudo resulta vagamente simpático el criminal! Ya un mancebo enamorado deja seco al padre ó al hermano de su ídolo, porque se oponían á las relaciones. Ya otro Romeo entusiasta y que no concibe la existencia sin la pasión, levanta la tapa de los sesos á su adorada cuando ésta se niega á proseguir el idilio, y acto continuo aplica el cañón del revólver á su propio oído y cae exánime sobre el cuerpo de la víctima. Ya dos galanes, disputándose el cariño de una bella, se lían á navajazos ó á palos ó á tiros de revólver, y no sosiegan hasta quedar en el sitio, abierta la garganta ó traspasado el pulmón. Ya un viudo, á quien se le ha ocurrido, en uso de su derecho, contraer segundas nupcias, es afrentado con bárbara cencerrada, y sale al balcón y la dispersa á trabucazos, causando dos ó tres bajas entre los músicos. Ya un pastor, por venganza, pega fuego á los pajares, los hatos, la choza de su enemigo. Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre á cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, disciernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos ó comiéndose (ha sucedido) la nariz ó las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea á un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quítame allá esas barreduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desploma bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha á su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular...

***

¿No es cierto que todos estos criminales españoles habían nacido para el bien; que Lombroso no encontraría en ellos estigma alguno, ni sacaría en limpio gran cosa del examen de sus mandíbulas, cigomas y arcos superciliares, como no fuese la estupidez y la tontería, y que no son ellos, es el estado social lo que delinque?

Hasta en los delitos no pasionales; hasta en los atentados á la propiedad, suele delinquir la sociedad por mano del individuo. Si no se educa y prepara al hombre para ganarse la vida; si á la mujer se le cierran los caminos por donde iría á conquistar el pan honradamente, se hace germinar la delincuencia y la criminalidad

«como en sombrío matorral los hongos.»

Que los ladrones de oficio roben y asesinen, será malo, pero es un mal difícil de evitar completamente. Considero más triste que engruesen las falanges del crimen individuos que no son llevados á él ni por inclinación irresistible ni por hábito contraído en el medio social. De estos últimos no nos faltan; pero los criminales españoles más numerosos son los ocasionales, como la famosa, popular y aplaudida Lucrecia de la calle de Postas.

***

Algo se roza con la delincuencia ocasional (al fin es un fraude) el hecho, comentado por los diarios, de que *naciesen* el primero de año y siglo tantas criaturas, para aprovechar las 150 pesetas de prima que á estos nacimientos ofreció el Municipio de Madrid. El fraude era por cierto facilísimo de perseguir y descubrir restableciendo la normalidad de la estadística, barajada por la supuesta fecundidad extraordinaria de las mujeres en un mismo espacio de veinticuatro horas. No sé si han puesto los medios ó se ha preferido hacer la vista gorda y dejar consignado el curioso fenómeno de que determinado y solemne día del año la natilidad aumentó de una manera impensada y sorprendente, saltando desde un diez á un ochenta ó cien. Realidad ó farsa (de cierto lo segundo), el siglo se ha venido trayendo en las manos una caja llena de bebés llorones.

***

¡Terrible comienzo de siglo el que vieron los pasajeros del encallado vapor *Rusia*! Alguno habrá pisado tierra con el pelo blanco, que lo tendría negro antes de desencadenarse el temporal. No se olvidarán, no, de esos días espantosos. Clavado el buque en los peñascos, olas gigantes barrían la cubierta, y á duras penas conseguían los pasajeros no ser barridos también. Agarrados á los palos, amarrados con cuerdas, los sostenía, más que la fuerza de las amarras, el invisible cabo de la esperanza, que hasta en medio de la agonía presta vigor al espíritu. El oleaje, entretanto, iba desbaratando la popa, y el buque se inclinaba gradualmente hacia el abismo. El agua se metía en él, con fragoroso resuello de monstruo que ansía acabar de tragarse su presa. En vano habían pedido socorro. Imposible llevárselo; ni lancha ni embarcación de ninguna clase podían luchar victoriosamente con las montañas de agua embravecidas. El viento, huracanado, furioso, les impedía lanzar un cabo á la playa. No quedaba más recurso que esperar, esperar... el desenlace, la muerte. Y así, sin comer, sin beber, sin dormir, empapados de agua, flagelados por el viento, aguardaban á que un crujido mayor les diese la señal de morir. Erguido, sereno, el capitán resistía en pie, animando á los desesperados, arbitrando los pocos medios de defensa que aún podían emplearse. Tres días con sus noches estuvieron así, en capilla, encomendando á Dios el alma los que tuviesen fe, viéndose ya en el negro abismo de la nada los descreídos, y repasando cada cual su vida entera para llorar, arrepentirse, recordar, sentir... Quizás ni aun eso. El mero instinto de conservación, la pura animalidad, en tales ocasiones críticas se imponen. Sólo se ve el espanto, el horror de lo que se acerca y que la cólera de los elementos reviste de tan tremendo aparato. Muchos pasajeros, sobrecogidos por un desmayo mortal, eran los más felices: no se daban cuenta de lo que iba á pasar allí. Para ellos, ya se había acabado la tragedia.

¡Cómo les latiría el corazón, á los que no habían perdido el conocimiento, al notar que, *por fin*, una lancha conseguía dirigirse hacia el buque! La voluntad del cielo había aplacado el huracán; el amanecer traía con su luz el indulto.

***

No tuvieron la misma suerte los pobres traineros de mi país, tripulantes de la barca *Encarnación*, de la matrícula de Puentedeume. Fué drama más rápido, menos angustioso, pero más cruel en sus resultados, pues dejó en el fondo del mar á cinco hombres y en el desamparo á cinco familias. Mil veces se ha hecho la sentida relación de las angustias que lleva consigo el oficio del pescador. Ellos, no obstante, ni se ocupan ni se preocupan del peligro, y estoy por decir que á sus mujeres é hijos les pasa otro tanto. La frecuencia embota el miedo. Están foguea dos. He podido observarlo, porque paso el verano á orillas del mar. Las disposiciones relativas á aparejos de pesca, las alzas y bajas del mercado, las probabilidades de un buen *lance*, dan más que hablar á los pescadores que las contingencias de una desgracia. Son gentes expuestas á una enfermedad que no padecen los terrícolas: cuentan con ella, y no la recuerdan mucho, á no ser cuando un zarpazo ó una dentellada les obliga á recordar involuntariamente que se pasan la vida en la jaula de una fiera y desafiándola. La costumbre lo gasta todo. «¿Quién sabe dónde está su suerte? – me preguntaba cierto día, después de oír el relato del naufragio de un transatlántico, un marinero de mi costa, viejo color de yesca, duro y derecho como un roble, de faja, zuecos y camiseta á rayas que modelaba el tórax fornido. – ¡Cuántos irían en ese buque grande que se embarcarían por primera vez, que no habrían pensado embarcarse nunca, y que dejaron la piel ahí y no en su casa, descansados, con médico y confesor! Y yo – repetía el viejo, – yo que llevo la *sinfinidá* de años de correr los temporales; yo que si no salgo á la mar no tengo qué darles á los chiquillos para que coman; yo que si me retuercen echo sain; yo, si Nuestra Señora de la Guía lo permite, en tierra he de acabar, como la sardina que la suelten en la playa y allí da las boqueadas y se queda tiesa...»

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL PIANO. – ARTISTAS CORONADOS. – VICTORIA I. VERDI. – PRELUDIOS DEL CARNAVAL

Manifiestan admiración estos días los periódicos ante la precocidad de un muchacho de trece años, Jesús Guridi, nacido en Vitoria, que toca el piano con maestría, y le anuncian una carrera de gloria y triunfos. Mucha gente piensa contribuir con dinero para que pueda completar sus estudios fuera de España. Bien está; no discutamos nunca ningún entusiasmo; pero entonces, ¿qué guardaremos para el otro niño pianista (éste sí que es niño de veras), Pepito Arriola, el gallego de Betanzos? ¿Qué premio, qué ovación, qué laurel para sus *tres años y medio* de edad?, ¿para su organización fenomenal y prodigiosa, que causó asombro á psicólogos y filósofos como Richet? Sería preciso erigirle un monumento.

⁂

Todo vale y nada debe despreciarse; pero yo confieso que esa habilidad del piano (salvo en casos excepcionalísimos como el de Pepito Arriola), me parece más estimable que admirable. Es un ejercicio mecánico y manual. A no presentar excepcionales dotes, los pianistas no merecen el alto nombre de *artistas*. Verdad que también suelen aspirar á este dictado los fotógrafos. Claro es que en todo cabe *arte*, hasta en la manera de disponer unos dulces en un platillo; pero si por arte se entiende algo más que la destreza, si traducimos el arte en el sentido de *creación*, entonces es preciso no prodigar el título de artista á cualquier aprovechado alumno, de esos que se desencuadernan las falanges haciendo escalas arriba y abajo del teclado y molestando á los vecinos. Esto no va contra el chico de Vitoria, que acaso sea una organización musical privilegiada, como la de aquel conmovedor *Sanko* que figura en un precioso cuentecillo de Sienkiewicz; y para eso puede servir el piano; para revelar las disposiciones maravillosas de los que las tengan. Por lo demás, el piano, en la Europa civilizada, es como la *balalaika* en Rusia y como el guitarrillo ventrudo en el Japón: un entretenimiento para todos y á merced de todos. Arte, sólo en casos raros.

⁂

Y puesto que de arte hablamos, recordemos que estos días se ha colgado en palacio una copia de Murillo, firmada por *Isabel de Borbón* y fechada el año 1848. La noticia sorprende á muchos, que ignoraban que hasta mediados del siglo, los reyes y los infantes tenían su maestro de dibujo y pintura, y practicaban con bastante asiduidad. Los maestros no eran grano de anís: D. Vicente López, D. Federico Madrazo... La reina gobernadora, Cristina de Borbón, expuso «con aplauso de la corte y del público» algunas copias muy notables. Pintar constituía entonces parte de la educación de un caballero ó de una dama. A la verdad, lo considero preferible al piano: no hace ruido, y adorna las paredes.

⁂

Seré de muy mala entraña, pero no puedo afligirme con la muerte de la reina Victoria. No es por ningún motivo relacionado con la guerra de los boers por lo que no puedo afligirme. Cabe profesar una simpatía inmensa á ese gran pueblo luchador y viril, sin alimentar rencor alguno contra la soberana de Inglaterra y emperatriz de las Indias. Sólo que seamos razonables: las gentes se han de morir alguna vez. Y cuando se mueren á los ochenta y un años, después de una existencia colmada de todos los bienes y todas las caricias de la fortuna, de todas las bienandanzas de la familia – esposa enamorada y correspondida, dichosa madre, veneradísima abuela y bisabuela; y además, idolatrada reina de una nación cuyos destinos son cada día más brillantes y radiosos; y por contera, opulentísima propietaria, suntuosa coleccionista de perlas, especialista en encajes, dueña de palacios de hadas en comarcas que respiran romanticismo; – cuando se muere, digo, después de una vida tal, ¿qué se deja por hacer en el pícaro mundo? ¿Qué se malogra?

Me objetarán que por lo mismo... Quien tanto pierde, mucho sentirá dejar el mundo. Pero aparte de que el apego á la vida no es menor en el pordiosero que se calienta al sol en una esquina que en el monarca de doble diadema, debe considerarse cómo murió la reina Victoria, perdiendo lentamente y sin sufrir las facultades y el sentido. Feliz hasta la última hora, ni aun supo que iba á despedirse de cuanto hermoseaba y doraba aún, con reflejo de alegría, su venturosa ancianidad. La relación de su enfermedad última es la de un decaimiento natural en la vejez: ni dolores, ni conciencia de su estado. A veces se paralizaba su lengua; otras su estómago, fatigado, no quería digerir. Su cerebro se cansaba; sus nervios se alteraban un poco; tenía somnolencia y decaimiento; y por fin, sin un instante de calentura, dulcemente, expiró como había vivido: rodeada de su familia y entre las aclamaciones de simpatía y amor de una nación que algunos consideran la primera del mundo.

⁂

Sin embargo, el médico que refiere los últimos instantes de Victoria I, afirma que contribuyeron á su enfermedad y fallecimiento las penas domésticas y las ansiedades é incertidumbres del ejercicio del poder... Esto demuestra, si necesitase demostración, que todo lleva su contrapeso; que el mayor bien se compra y se paga á precio altísimo. Desde lejos, ¿qué destino más hermoso que el de la reina constitucional de Inglaterra? Y la historia lo dirá así; incluirá su reinado entre los gloriosos fuera y entre los tranquilos dentro; recontará las prosperidades, los adelantos de la nación y de la raza; alabará la prudencia, la sensatez de la mujer que hizo arraigar la dinastía usurpadora de Hannóver y olvidar para siempre la legítima, pero funesta, de Estuardo; lo que no podrá... es sondear el corazón de Victoria I, y el corazón no siempre se colma con lo que debería colmarlo, ni se aquieta en medio de las grandezas y bienes del mundo, ni aun entre las satisfacciones más puras del hogar y de la sangre. Hay una medida de dolor que se colma de una ó de otra suerte para cada mortal, y la regia abuela, que vió sucumbir al nieto en las tierras lejanas del Africa, en una guerra injusta, acaso conoció amarguras de imposible alivio, y pasó horas en que se cambiaría por cualquier vejezuela del Continente que tuviese el derecho de no enviar á la guerra á sus hijos.

⁂

Otro destino colmado, lleno hasta los bordes, dulce cuanto cabe aquí, fué el de Verdi el músico. Estos patriarcas del arte, los Víctor Hugo, los Verdi, salvados de la noche de olvido é indiferencia que envuelve á los viejos por la luz del arrebol magnífico de su ocaso, también pueden contarse entre los viejos felices. Verdi ni aun conoció el desencanto de que la tendencia artística por él simbolizada caía bajo el desdén de una nueva generación musical. No hubo para Verdi ese desdén. El supo prevenirlo adaptándose, modificando sus procedimientos, dando como fruto lozano de su verde vejez la hermosa *Aida* y el juguetón, fresco y humorístico *Falstaff*.

Y en Italia, comprendiendo lo que pierden al desaparecer ese astro de primera magnitud en quien sobrevivía la época radiante del romanticismo, ha procedido como debe: el gobierno ha demostrado que ese duelo por un artista es duelo público, *oficial* y nacional. Aquí, donde la esfera oficial se encuentra tan aislada de la del arte que sólo las reune á veces, casualmente, la política – cuando, verbigracia, hacen senador á un poeta porque también fué ministro, – aquí leemos con asombro los acuerdos adoptados por las Cámaras italianas.

En ellas han hecho el elogio de Verdi diputados de todos los partidos, *incluso del socialista*. Subrayo, porque aquí el socialismo no ha llegado á las Cámaras, y si llegase, ¿quién es capaz de jurar que el arte mereciese su entusiasmo, ó por lo menos sus respetos?

Y después de ese elogio en que vibraban las más hondas aspiraciones de la raza, su ideal artístico, la Cámara decidió que por espacio de una semana sus paredes estuviesen vestidas de luto; que se diese el pésame á los Ayuntamientos de Busseto y Milán; que una comisión de la Cámara asista á la manifestación conmemorativa de Verdi, y que la sesión se levante en señal de duelo. En Roma, en Milán, en Turín, en Venecia, la gente expresa su sentimiento con afectuosas demostraciones. No se quedarán atrás los reyes. La dinastía de Saboya siempre ha extremado el halago para los artistas, los escritores, los sabios, los poetas. Muerto César Cantú, la figura más europea de Italia era el autor de *Aida*. No llegaron á acercársele los jóvenes, los nuevos, los Masagni, los Leoncavallo... La ley de diferencia de estatura entre las dos generaciones no se ha desmentido en este caso tampoco. El coloso era Verdi.

⁂

Se acerca el Carnaval y se preparan los disfraces. He dicho otras veces que el Carnaval es un difunto que no muere nunca. Se le entierra y saca una mano, como los asesinados de leyenda y cuento terrorífico. Esa mano agita una cabeza de Locura con cascabeles, y al son argentino y gracioso se congregan los dementes de cuatro días. Vedles cubrir el rostro con el antifaz; vedles envolver el cuerpo en oropeles y trapos de colores. Por algún tiempo olvidarán los males, las preocupaciones incesantes y mezquinas, los desengaños y los afanes de la ambición, las puñaladas del amor... La ilusión reirá un instante, mostrando sus dientes de perlas en su boca primaveral y purpúrea. Es cosa muy buena la ilusión, y no comprendo por qué se maldice del Carnaval.

¿Quién más contento que el individuo vestido de demonio rabudo, ó de mamarracho envuelto en una colcha chillona, ó de *boer* aprovechando la sencilla indumentaria de un cazador de los que salen al monte los domingos? ¿Quién más feliz que la mamá cuando lleva de la mano á su chiquilla convertida en manola, en charra, en turca, en *maravillosa*, en petimetra, en *Josefina*, en *Madama Pompadour*? ¿Y cuando sube á la fotografía, y retrata á la criatura? ¿Y cuando sé la lleva *á enseñar* á las amigas de confianza, que la devoran á besos y la atracan de dulces?

No se cambia entonces la mamá por nadie de este mundo. Pasea su juguete vivo por la villa y corte, recogiendo elogios y recreando la vanidad. La niña va muy seria, convencida de que la miran y de que obtiene un *succès*. Es cosa de comérsela... Pero á la noche se acuesta rendida, y por la tarde ha tenido dos ó tres *perreras* porque la molestaba la peluca, la apretaban los zapatos, se la hincaban en la carne las joyas, la dolía la cabeza y la hacía guerra el sueño... y la naciente indigestión. ¡Quiera Dios que no acabe la broma en escarlatina ó difteria!

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

"Vendedor de caretas, dibujo de N. Méndez Bringa." 1896, nº 738, p. 149

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL CARNAVAL. – CAMPOAMOR

Yo hablaría del dios Momo, pero ¡si nadie se acuerda de él más que para servirle, es decir, para divertirse, porque divertirse es servir al alegre y sarcástico inmortal! Este año, á decir verdad, el Carnaval callejero empezará muy tarde. No observo la afición á arrojar *confetti*, inocente pasatiempo de los años anteriores. En esta semana que al Carnaval precede, estaban ya las calles salpicadas de papelillos, y las serpentinas principiaban á desarrollar sus roscas multicolores desde las ventanas al suelo. Hogaño la multitud no piensa en solazarse. Constantemente agrupada en las calles de San Bernardo, Isabel la Católica, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y Plaza de Oriente, profiere vivas y mueras, hierve como el agua puesta á la lumbre, tira piedras y rompe faroles, si puede, y hasta que el Domingo de Carnestolendas asome Febo su rubia faz, no acudirá á la memoria de los madrileños que estamos en Carnavales, que hay que ponerse la máscara y echar *confetti* á todo trapo.

***

Yo ya he manifestado aquí mismo mis simpatías por los *confetti*. Ni manchan, ni lastiman, y alegran la vista de un modo extraordinario. Dios castiga á las autoridades, no sin palo ni piedra. ¿No queréis inofensivos y regocijados *confetti*, la lluvia de mil colores que anima el aire? Pues tomad motines, tomad *pedradas, tomad bastonazos, tomad cuanto da de sí* la inquietud y el descontento popular. ¡Pobres *confetti*, la más barata y honrada de las expansiones de Carnaval! ¿Qué os achacan? Que os enredáis en el cabello, que os escondéis entre los adornos de sombreros y capas, que ensuciáis el arroyo (en Madrid, ensuciar el arroyo es otro colmo lo mismo que lavar el agua), que constituís un ataque á la libertad individual» de los señores y señoras á quienes alevres manos cubren de papelillos. ¡Vaya unos pecados que han cometido los *confetti!* Las muchachas bonitas, al recibir sobre la cabeza un puñado de papelillos, sonríen. Sólo las gentes viejas y malhumoradas demuestran impaciencia y enojo.

***

Al llegar aquí la crónica, recibo una noticia bien triste... Campoamor ha muerto. El estrépito del motín no basta para apagar la resonancia del fúnebre tañido. Campoamor ha muerto. El siglo XX no le concedió, de esa vida que tanto amaba, sino un mes y once días. A la hora en que el gran baile de palacio estaba en su plenitud – á la una y media de la noche, – Campoamor se despedía para siempre del mundo.

Tenía ochenta y tres años. Había nacido en 1817 en Navia, pueblecillo de Asturias. Era muy viejo, y además valetudinario, y sin embargo asociábamos á su nombre ideas primaverales. La misma edad que él contaba aquel otro D. Ramón, Navarrete, asistente obligado á todas las *soirées* del gran mundo; y mientras en Campoamor, retirado, se veía una representación de la eterna frescura de la Musa, de Navarrete se hacía el símbolo de la caducidad, repitiendo el conocido estribillo:

Nació el año diez y siete
el señor de Navarrete.

***

Campoamor, por parte de padre, descendía de humildes labradores; por parte de madre, era de familia hidalga y muy preciada de linaje. Murió el padre muy joven. La madre, activa y enérgica, no debía de profesar gran afición á las letras, cuando á su muerte se encontraron en su poder los libros de su hijo intonsos, sin cortar las hojas.

Hasta los nueve años, Campoamor, ya huérfano de padre, vivió en el antiguo *Pazo* de Piñera, residencia solariega de su tía la señora de Campoosorio. El poeta decía que allí había adquirido la afición á vivir cómodamente y los hábitos de pereza. Allí también se robusteció su cuerpo, se enriqueció su sangre y adquirió el equilibrio y la salud que le predestinaron á la longevidad.

En Puerto de Vega estudió humanidades y se encariñó con Horacio y Virgilio. De Horacio tenía mucho Campoamor; la humorística melancolía, las suaves lágrimas que por la brevedad de la existencia y lo prosaico del amor llora el alma. Si aborreció los preceptos que le enseñaba aquel insufrible dómine D. Benito, tan semejante al Pupilo Orbilio, preceptor de griego de Horacio, en cambio el espíritu horaciano infiltróse en sus venas.

Hasta cerca de los veinte años vivió en la aldea ó en reducidos pueblecillos Campoamor. A los diez y ocho se le ocurrió ingresar en la Compañía de Jesús. Era la misteriosa crisis de religiosidad que, en las naturalezas poderosas, suele coincidir con los primeros albores del sentimiento sexual y las primeras revelaciones fisiológicas. En Campoamor la religiosidad era vago impulso de sentimentalismo, que no le impedía encontrar las iglesias muy sucias, el rosario muy monótono, los crucifijos muy sangrientos y fúnebres, y los rezos *una pesadilla*. Al mismo tiempo «sentía vértigos, veía apariciones, creía en brujas...»

El conato de ceñir la faja jesuítica es una de las páginas más curiosas de la biografía de Campoamor. El no la ha referido, en su estilo de peculiar encanto. Cuando desistió de tales proyectos, vínose á Madrid, y encontró un hogar cariñoso en la casa del doctor D. José Serra y Ortega, tío del niño que fué después insigne escritor dramático y amigo inseparable de Campoamor – Narciso Serra.

Al pronto se aficionó á la Medicina. Pero no pudiendo fumar (Campoamor aborrecía siempre el tabaco), no pudo tampoco resistir la cátedra de anatomía. El marqués de San Gregorio, célebre facultativo, le dijo entonces: «Deje usted la Medicina y dedíquese á las Letras. Para médico le sobran á usted muchas arrobas de agudeza: en la literatura está su porvenir.»

***

Abandonada la Medicina, intentó Campoamor estudiar Derecho; pero invencible fastidio le apartó de la casa de Temis, como le había apartado de la de Esculapio. Por fin acertó con su natural vocación, consagrándose á las letras y á la política. Ingresó en el que llamaban entonces *partido moderado*, y fué de los entusiastas de la reina gobernadora, Cristina de Borbón, á la cual celebró en verso y prosa. A los treinta años el conde de San Luis le nombró *jefe político* de la provincia de Castellón. Hizo un gobernador resuelto y algo arbitrario, y tuvo, con ocasión de su mando, bastantes disgustos y desafíos. De Castellón pasó á Alicante, y allí conoció á la que después fué su esposa, doña Guillermina O'Gorman, «una Gracia que vale por tres: la reunión de Aglaya, Talía y Eufrosina; el pudor, la alegría y la hermosura juntas; ó, como dice más elegantemente Séneca, la que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

***

Mucho amó Campoamor á esta señora: mil cariñosos extremos se recuerdan de su intimidad conyugal; pero, como no hay dicha completa, bastante le hizo sufrir la extraña manía religioso sentimental que padecía doña Guillermina O'Gorman. La dama, para casarse con el poeta, había roto otras relaciones ya antiguas, y creíase culpable de la muerte de su primer novio, que sucumbió víctima de la tisis. Esta idea fija acaso determinó la neurosis, que se revelaba en crisis de asco, en horror á todo contacto humano, en convencimiento de que estaba maldita por habérsele caído al suelo, al comulgar, la partícula sagrada. Y Campoamor, á la puerta de un templo, decía á sus amigos: «Salgo de oir misa. Prefiero oir misa que oir á mi mujer.» Es de advertir que en los últimos años de la vida, Campoamor recobró la fe de su juventud y se confesó muy devotamente. Pero mientras vivió doña Guillermina – que, entre paréntesis, era de origen irlandés, – Campoamor tuvo miedo á la censura doméstica, procuró ocultar lo que escribía, y hacer creer á su esposa que era el más ortodoxo de los literatos.

***

Y será esta pusilanimidad doméstica la única que á Campoamor puede reprocharse. Porque en el terreno político nadie fué más entero, nadie más capaz de cualquier acto de verdadera audacia. En Valencia, siendo gobernador, abrió las puertas á los amotinados y se expuso tranquilamente á la suerte horrible de Camacho, arrastrado por las turbas. En el desafío con Topete, dió pruebas de increíble serenidad, á pesar de hallarse muy enfermo de calenturas cotidianas. Por poco cuesta aquel lance la vida á Topete, y evita la revolución de 1868.

***

La Restauración no vió en Campoamor al antiguo *moderado*, sino al poeta insigne, y Cánovas del Castillo y Romero Robledo colmaron de atenciones y distinciones al autor de las *Doloras*. Campoamor ejerció altos cargos, y hubiese podido ser más, en el orden político, si ya la ambición no hubiese apagado sus fuegos y la vejez que empezaba no impusiese á aquel epicúreo el reposo, el dulce ocio y el único afán de prolongar la existencia. Hace dos años, quisimos Romero Robledo y yo iniciar un homenaje público y universal: la coronación de nuestro primer poeta lírico. Campoamor se opuso, no con falsa modestia, sino con terror verdadero. Creía él que la coronación le costaría la vida. Encerrado en su casa de la calle de Recoletos; saliendo únicamente á las horas de sol, abrigadísimo, en coche cerrado; sometido al régimen más minucioso y estricto, Campoamor temía la emoción, la alteración de sus hábitos, aunque sólo fuese un día. Y sin embargo, ¡quedábanle ya tan pocos!

***

¿Qué tendrá la vida, que así la amen el menos cobarde, el más viejo, el más pesimista, el enfermo, el casi impedido por los achaques y la edad? ¿Qué tentrá la vida, que Campoamor la amó más que á la gloria?

Al morir Campoamor desaparece una de las ya contadísimas grandes figuras que nos había legado el siglo XIX. Se apaga un astro. Se condensa la sombra. Inútil y encerrado entre cuatro paredes, mientras vivía era luz, era rayo de sol aún. ¡Pobre maestro! ¡Quién pudiera haberte hecho el regalo de Mefistófeles á Fausto – la juventud!

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ROMÁNTICOS

La casualidad ha evocado á un mismo tiempo en mi pensamiento la memoria de dos literatos de la generación romántica, ambos suicidas; muy conocido é ilustre el uno, obscurecido el otro á pesar de reales merecimientos: Mariano José de Larra y Aurelio Aguirre Galarraga. Al primero le presta actualidad el fallecimiento, estos días, de su hijo Luis Mariano y el aniversario de su propia muerte, el 13 de febrero de 1837; al segundo, la publicación, en la *Biblioteca Gallega*, de sus *Poesías selectas*.

Los dos fueron casos muy caracterizados de esa «enfermedad del siglo» que cundió por Europa, del año 20 al 50, haciendo estragos en lo mejor, más florido, más selecto y fervoroso de la juventud. Algunos la padecieron como se padece un ataque de *influenza*, molestia transitoria, pero curable; otros sucumbieron. No faltó quien, por *snobismo* literario, la afectase – así Zorrilla, por ejemplo, en sus primeras poesías y especialmente en la que leyó sobre la tumba de Larra y que le valió inmensa y repentina celebridad.

⁂

En Larra y en Aguirre el mal estaba radicado en las medulas. Por curiosa similitud, los dos eran profundamente románticos en el espíritu y en la acción, y clásicos, muy clásicos, en el gusto literario. De estas sorpresas reservan los períodos de transición á quien los estudia. Desde lejos, parece que todos los escritores de una época van en la misma barca; en realidad, cada uno tripula su esquife. He oído contar cien veces entre los corifeos del romanticismo á Ventura de la Vega, y Ventura de la Vega fué un clásico neto, censor del romanticismo, en sátiras moratinianas. Una cosa es la bohemia, otra el romanticismo literario.

Quien contemple la típica figura de Aurelio Aguirre, en actitud byroniana, envuelto en su montecristo azul, le tiene por romántico de marca. Quien le lea, reconoce en él al alumno aventajado de los mejores poetas españoles anteriores al romanticismo, como Quintana y Gallego. La imitación de Byron y Espronceda, si bien existe, es menos visible que la huella de los maestros de la rima castellana. No hay que preguntar cuál eco resuena en canciones como la dedicada *A la juventud:*

. . . . . .
Su libertad al árabe ganada
con siete siglos de espantosa guerra
defenderán los hijos de Pelayo
en lucha noble hasta perder la vida.
. . . . . .
¡Sonó en el cielo su tremenda hora!
El genio de Austerlitz, Marengo y Jena,
juguete vil de la fortuna, llora
sobre el pardo peñón de Santa Elena.
. . . . . .

De Quintana es la cita que encabeza la delicada poesía «A una huérfana;» y de Quintana es *el aire*, por decirlo así, de muchas poesías de Aurelio Aguirre. Un Quintana más dulce, más fresco, menos broncíneo y escultural. Y para encarecer su admiración á Quintana, declara Aguirre, dirigiéndose á su *Elvira:*

. . . . . .
bella mujer, no jugues que es locura...,
el nombre de *Quintana* yo le diera
por tu sonrisa angelical y pura.

Más adelante, en una poesía dedicada á Quintana, repite Aguirre su profesión de fe al poeta «que encendió en los corazones la llama del honor y del patriotismo.»

⁂

El muy discreto prologuista de la colección de Aguirre, D. Leandro de Saralegui, observa en el poeta la falta del localismo, de la nota regional. Atisbos de ella no puede negarse que existen en Aguirre, como, por ejemplo, en la poesía *Delirio*, cuando exclama:

. . . . . .
¿Es Galicia, Galicia la olvidada,
que con voz lastimera
al verse torpemente calumniada
viene á pedirme una canción guerrera?
. . . . . .

Pero entonces, los particularismos apenas alentaban, ahogados en germen por la gran aspiración nacional colectiva, la libertad. Aurelio Aguirre fué uno de sus apasionados cantores. «Mi corazón late entusiasmado á la voz de la libertad,» repite á cada instante. Lo proclama en el famoso brindis, lo dice con acentos realmente grandiosos en la poesía *A los mártires de Carral*. Parece que esta fe tan robusta, estallando en inspiraciones, debía sostener las almas, preservarlas del desaliento y la desesperación. No es así. La libertad, diosa adorada con juvenil entusiasmo, costaba tanta sangre, tanto dolor, que el romanticismo del alma encontraba en ella pábulo y aliento. Era un drama muy cruento el de la conquista de la libertad; contenía muchos y muy negros episodios de calabozos, horcas, fusilamientos, emigraciones, fugas, escondites y miseria. Los nervios estaban en tensión continua. Las pasiones se exaltaban á compás del peligro. Solís, el simpático «mártir del Carral,» iba tras la faja de general, ganada con una hazaña loca, para poder ofrecerla á una señora de quien estaba perdidamente enamorado. Encontró, en vez de la faja, el calvario, la larga agonía, sobre el heno que le sirvió de cama en su improvisada cárcel, y después la ascensión al teatro del suplicio, el pelotón, las balas... Esta tragedia sucedió cuando Aurelio Aguirre era niño, é hizo en su fantasía impresión profunda. Quizás determinó su amor á la libertad *política* (lo único que aquí se suele entender por *libertad*), y le contagió de ardiente tristeza romántica, predisponiéndole al suicidio.

⁂

Larra pudo contribuir, con el ejemplo, á impulsar á tal extremo á un poeta que había cantado las excelencias y la hermosura de la vida. Larra es muy anterior á Aguirre – éste fué un rezagado, como suele suceder á los que vivieron en provincia, antes de que se estableciesen comunicaciones fáciles y frecuentes. – Larra, clásico por escuela, era romántico por carácter, aunque lo contrario dijese Zorrilla. El descontento y el orgullo, la apoteosis del *yo*, signo peculiar del romanticismo, fueron distintivos de Larra. Su vida y su muerte pertenecen en pleno á la corriente de ideas del romanticismo. Murió, ó mejor dicho, se mató, en la edad romántica por excelencia, que empieza á los veinticinco y acaba á los treinta y cinco. Larra contaba veintiocho cuando apoyó sobre su sien el cañón de la pistola. Antes de los veinticinco no se ha vivido, no se ha gustado el agenjo y la miel de la existencia. Después de los treinta y cinco, la fisiología puede más que la psicología, y con el alma despedazada se vive. Alfredo de Musset, desde los treinta, no pensó en morir por desengaños. Antes sí, y en poco estuvo que no tuviese el fin de Larra.

⁂

Larra fué precoz. Niño casi, experimentó las torturas del amor; muy joven escribió sátiras; á los veinte se casó: él ha condenado, en uno de sus mejores artículos de costumbres, las uniones prematuras, el casarse pronto y mal.» No se aviene al hogar; sigue su vida bohemia, de guerrillero de la sátira política. Combate en *El pobrecito hablador;* escribe novelas y dramas; viaja; se impregna en París de las nuevas direcciones románticas; conoce á los jefes del cenáculo. Vuelve á España, y encuentra la diferencia, que le lastima y le hiere y acentúa su pesimismo y su disgusto, haciendo de él uno de tantos *afrancesados* modernos, palpitantes de asfixia en el ambiente español. Y así va acercándose al momento supremo, á la bala fatal, al desenlace anunciado, preparado, cuyas causas aún se discuten hoy.

⁂

Zorrilla, contemporáneo de Larra, que sin duda tenía autoridad, como testigo ocular, nunca quiso convenir en que fuese el amor, el amor verdadero, quien impulsó á Larra al suicidio. El juicio de Zorrilla sobre Larra era asaz severo: lo había condensado en un verso memorable,

«broté sobre la tumba de un malvado...»

y si bien más adelante quiso retractarse y suavizar en letras de molde un calificativo tan categórico, de palabra no cabe decir de ningún hombre cosas peores. Según el autor del *Tenorio*, era *Fígaro* un ser insufrible, un monstruo de vanidad, indiscreto hasta la indelicadeza, veleidoso en amor, y sólo por terquedad y despecho se quitó la vida cuando la señora de C... le significó terminantemente la definitiva ruptura.

Otro testigo coetáneo, pariente de Zorrilla por cierto, me refirió varias veces la tremenda escena. *Fígaro* había rogado á aquella dama, á la cual le unían las candentes memorias de cinco años de pasión, que antes de abandonarle le concediese una última entrevista. ¡Doloroso ruego! Quizás no exista, en el catálogo de los sufrimientos pasionales, otro como el de pedir una hora á quien ofreció la vida entera, y que esa hora sea regateada con avaro desdén... Después de muchas cartas, *Fígaro* obtuvo ver á la señora de C... Pero ésta temía quizás la sugestión de la conversación á solas, y se acompañó de una amiga, que debía de ser á prueba. En el sombrío y vasto caserón en que *Fígaro* las esperaba, se desenvuelve el epílogo: ruegos, quejas, lágrimas quizás. Ella, indiferente, helada, se niega á reanudar las relaciones. Aquello se ha concluído para siempre. La amiga siéntese conmovida, y al bajar la escalera la dice algo que pudo ser esto: «Queda desesperado. Temo que haga cualquier disparate.» *Ella* ríe, se encoge de hombros. Al salir de la casa, se oye un golpe sordo y profundo. La amiga se estremece. «Parece un tiro... – No hagas caso, responde la amada. No le conoces. Habrá pegado un portazo, por asustarme.»

⁂

¿Quién escruta del todo el misterio de un alma? El desamor, ¿es el torrente que anega, ó sólo la gota de agua por la cual rebosa la copa? Con aquella mujer ó sin ella, ¿sería Larra siempre un desesperado? Imposible resolver este problema. Sólo el mismo Larra nos sacaría de dudas. Zorrilla, en estas materias, merecía poco crédito, por razones que serían largas de apuntar. Si la psicología de Larra es extraña, la de Zorrilla es extrañísima, y su manera de apreciar verbalmente hechos y personas, corrosiva y maldiciente hasta la ferocidad.

Los hechos, sin embargo, parecen claros como el agua. Los últimos escritos, las últimas palabras de *Fígaro*, nos le muestran oprimido bajo el peso de una melancolía que en su edad y circunstancias no es caprichoso atribuir á la pasión. Sus indiscreciones, sus vanidades, sus mismas infidelidades, no son argumento contra la hipótesis de que estuviese realmente enamorado, y que la falta de aquella mujer le enemistase con la vida. Sólo por amor propio, sólo por dar un disgusto – á quien no se había de disgustar, pues *Fígaro* le era ya indiferente – nadie se levanta la tapa de los sesos. A lo sumo lo haría un necio, un aturdido unequetrefe, y á *Fígaro*... ¡quién le califícará así!

He tratado, inútilmente, de ver un retrato de la señora de C..., alguna de esas miniaturas de la época, con peinado de cesto, bucles y escote insolente: una figurita de abanico *restauración*, ó como aquí decimos, *cristina*. No sé si existe. Acaso valdrá más que no exista, porque ¿y si era fea, bigotuda, amarillenta, chata? No nos acerquemos demasiado á la realidad.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DIVORCIOS. – CRÍMENES. – LOS COCHEROS.
LA EDUCACIÓN NACIONAL

Me ha parecido curiosa la indagatoria realizada por un periódico francés para saber á qué atenerse respecto al matrimonio y al divorcio; periódico partidario de que el divorcio se conceda sin necesidad de fundamentos jurídicos, sólo por el consentimiento mutuo de los contrayentes, y hasta por la voluntad y ruego de uno solo. Mucha gente conocida francesa ha respondido á las consultas, y estas contestaciones, en tan grave asunto, son, sin género de duda, un síntoma importante, digno de tenerse en cuenta, á pesar de que la mayor parte de los diputados y senadores interrogados se han abstenido de contestar, recelosos del compromiso que la respuesta había de crearles.

A Poincaré, diputado, no le asusta el divorcio por mutuo consentimiento en la ley, una vez que se halla establecido en las costumbres. En cambio se opone al divorcio por voluntad de uno solo. Jorge de Portoriche lo admite por voluntad de uno, de dos y, sobre todo, de tres. Al hacer esta profesión de fe añade: «Y adviértase que yo estoy casado y soy feliz desde hace veinte años.» Enrique Regnier encuentra lógico el divorcio por voluntad de dos ó de uno, aunque cree que será delicada y difícil la aplicación de esta ley. Jorge Renard supone lo mismo, pero con restricciones todavía mayores, y obligando al cónyuge que rompa el matrimonio, si es rico, á asegurar al otro la subsistencia. Julio Renard, también casado y dichoso en su matrimonio, se estremece ante la hipótesis de vivir con una mujer á quien no amase, aunque tuviese de ella más hijos que engendraron los patriarcas de la Biblia. Gustavo Rivet, diputado, declara que cree, como Rousseau, que «el ser humano es dueño de sí mismo.» J. H. Rosny va más lejos: en su indignación contra el matrimonio según hoy existe, lo declara ignominioso, y opina que, mientras la ley no se reforme, nadie debe casarse. Marcela Tynayre dice que así como la ley no pregunta á los esposos por qué se unen, ni considera si están en condiciones de unirse, tampoco debe preguntarles por qué se apartan. Gustavo Toudouze entiende que el divorcio limitado y con «fundamentos» hace más daño que bien. Octavio Uzanne quiere el divorcio para redimir «al que ya no ama» del «suplicio de ser amado.» Emilio Zola proclama que la verdad, la belleza y la dicha consisten en la unión indisoluble, pero indisoluble por el amor, no por la fuerza legal. Julieta Adam no sólo condena el divorcio fácil, sino todo divorcio; y se declara arrepentida de haber sido partidaria de éste en otro tiempo. Beauguer, diputado, ensalza las ventajas del matrimonio *renovable* en plazos de tres, seis ó nueve años – como los votos que pronuncian ahora muchas órdenes religiosas. Julio Case escribe que no caben términos medios: ó el matrimonio indisoluble, ó el divorcio libre. Chastenet, diputado, indica la necesidad de una reparación á la mujer, caso de divorcio, como compensación de «cierto capital, de especial índole, que aporta al matrimonio,» lo cual no reza con las viudas. Henry Coulón, abogado, se declara ferviente partidario del divorcio por consentimiento mutuo. Delpech, senador, afirma que la unión está disuelta desde que falta la concordia. Luciano Descaves se admira de que el divorcio libre no esté ya establecido. Eduardo Estaunié lo considera de «mero sentido común.» Gerville Reache, diputado, está conforme. Pascual Grounet, diputado, lo conceptúa de derecho humano, y se escandaliza de que ya no venga practicándose, por costumbre inmemorial, siquiera en los matrimonios sin hijos. Abel Hermant, condenando el divorcio por voluntad de un solo cónyuge, lo aprueba cuando hay mutuo consenso. Juan José Renaud cree que no tardará en ser ley petición tan justa. Jorge Lecomte, á pesar de ver inconvenientes en el divorcio libre, lo prefiere á las farsas del divorcio «fundado.» Luciano Leduc, abogado, anuncia que el divorcio libre suprimirá una de las muchas mentiras convencionales de nuestra civilización; el presidente Magnaud lo considera humano y moral; J. Marni, lo mismo; Morinaud, diputado, declara que si el matrimonio se convierte en un infierno, nadie está obligado á sufrir el infierno en vida; y por último, Naquet entona un himno de victoria, porque ve que *su idea* se ha abierto camino y ya la llevan á sus consecuencias últimas.

Como se ve, las opiniones son radicales. Suprimo muchas por no incurrir en monotonía. Hay rasgos de originalidad: hay quien anhela que se establezca el divorcio por favorecer al matrimonio, para que la gente se case sin miedo. Este opinante asegura que, en la mayoría de los casos, la gente, ya unida y libre para desunirse cuando quiera, no se desune. Quizás no ande muy lejos de la verdad, si nos atenemos á los datos que arrojan las causas criminales en Madrid. Es frecuentísimo que aparezcan uniones ilegales consolidadas por la costumbre hasta un punto increíble. Dígalo el caso de la Lucrecia de la calle de Postas, de que hablé hace días aquí y que me parece muy significativo.

En Francia, como se ve, se estira la cuerda hasta romperla; en España se aprieta el lazo hasta ahogar. Aquí y allí se peca por exceso de radicalismo. Ahora ha vuelto el Jurado á dar en la flor de absolver libremente á los ciudadanos – esposos ó amantes – que se toman por la mano la venganza de sus celos ó agravios sexuales. Estos días ha salido á la calle, y hasta ovacionado, un esposo calderoniano que mató á puñaladas á su rival – en riña, lo cual le excusa plenamente, – pero apuñaló, bastante después, á mansalva á su mujer, acribillándola. El abogado defensor alegó costumbres y leyes de los griegos. Más cerca tenemos otras costumbres y leyes: la del tormento, las de los procedimientos inquisitoriales, las de la justicia feudal, etc., etc. Sin embargo, no pueden ni recordarse dentro de nuestra sociedad moderna, dentro de nuestro sentido jurídico. ¿Acaso es dueño el varón de la vida de la mujer? ¿Acaso la ley va á autorizar con su autoridad, á ninguna comparable, el derecho de vida y muerte de un individuo sobre otro individuo? ¿Por qué, si volvemos á tiempos bárbaros, no volvemos enteramente, y no abrasamos la lengua al blasfemo, y no extendemos el derecho de vida y muerte al padre sobre el hijo? Espanta pensar el atraso en que todavía se encuentra Europa, y – como decía el lego – particularmente nosotros.

La huelga de cocheros sigue, atenuada ya por el ingreso de muchos nuevos aurigas, que no conocen ó conocen mal su oficio. No ocurren, sin embargo, tantas catástrofes como podrían temerse, dada esta invasión de profanos en *el arte*. Lo peor es que no saben camino ni carrera. Los hay que para hacer un viaje desde la plaza de Oriente hasta el final de la calle de Ferraz, emprenden la vuelta por la Puerta del Sol. De todas suertes, se ha resuelto el problema. A los ocho días habrán estos nuevos cocheros aprendido «su Madrid» y lo recorrerán como si en la vida hubiesen hecho otra cosa. El oficio de aguador se aprende al primer viaje; el de cochero simón, á pocos viajes; y no lo digo por desdeñar á los simones, no; porque conviene recordar que ni los cocheros de casa grande asisten á otra universidad que los simones, ni muchos cocheros que vemos pavonéandose en el pescante de algún landó blasonado son sino los mismos que ayer bajaban la alquila y conducían parejas á las Ventas del Espíritu Santo. Es justo también que declaremos que los simones, poco prácticos en el oficio y todo lo que se quiera, guiando jamelgos resabiados que arrastran desvencijados vehículos, no ocasionan más desgracias, proporcionalmente, al cabo del año, que sus superiores jerárquicos los cocheros particulares.

Dura es la vida del cochero simón, sobre todo en estos días de nieve, frío intenso, lluvia incesante y viento duro. Sírveles de abrigo, en ocasiones, el cafetucho ó la taberna; pero hay sitios y horas en que no tiene refugio, como no sea la acera ó el quicio de alguna puerta, cuando no – aprovechando la ausencia del parroquiano – el mismo coche. Esto no es correcto, lo reconozco; pero ¿quién tiene valor para enojarse si, al ir á entrar en la alquilona berlina, después de hacerla aguardar horas y horas á la puerta en una noche de nieve, se encuentra al cochero agazapado dentro, dormido como un cepotro? ¿Se iba á helar ese pobre hombre en su asiento elevado? ¿Iba á tiritar contra el tablero de una puerta cerrada, única defensa contra la intemperie?

No quiere esto decir que tengan ó no tengan razón los huelguistas en lo que piden. Son cuestiones que, á no estudiarlas, no se conocen por adivinación, ni se pueden juzgar por impresiones, y menos por la impresión molesta de no encontrar coche fácilmente cuando se necesita. Lo único que digo es que la vida del cochero de punto no carece de molestias. Y debo añadir otra observación reciente: los cocheros de punto van haciéndose menos groseros, más razonables en su proceder con el público. Ya no se *equivocan* tanto en contar las horas; ya no gruñen desmedidamente cuando la propina no está cortada á medida del deseo; ya han aprendido á dar gracias; ya no arman bronca con el parroquiano; en suma, van adquiriendo esa dosis de cortesía sin la cual no son posibles las relaciones comerciales, y que por error se cree aquí que ha de estar vinculada en las clases altas y ricas, cuando no hay situación en que de ella pueda prescindirse.

No es decible lo que mejorarían nuestras costumbres si esta idea cundiese. Un cochero, un aguador, un mozo de cordel, una verdulera, pueden y deben, en su esfera, ser *personas bien educadas*.

Pero ¿acaso lo son los agentes de la autoridad? ¿Lo son los funcionarios de las oficinas? ¿Existe esa dosis, que juzgo indispensable, de buenos modales y complacencia, en ninguna dependencia del Estado? ¿No se ve en todas, junto al desaseo y al aspecto inhospitalario de los lugares, la impertinencia y la grosería en las personas? El suelo manchado, sin barrer, sembrado de colillas; las paredes ennegrecidas; los desvencijados muebles, ¿no son *esquemas*, representaciones gráficas de lo que pasa en el alma de los que se agitan en tal medio, y á quienes ni se les ocurre introducir allí, con la limpieza, la noción de la dignidad y de la cultura?

Mil veces me he entretenido apuntando rasgos de los agentes de orden público en la coronada villa. Les he visto, en el ejercicio de sus «funciones,» pegar sin compasión á los chiquillos y piropear intencionadamente á las mujeres. Una mañana, en la estación del tranvía, me dirigí á un agente requiriéndole para que hiciese que se cumpliese la ley: que la gente entrase por la plataforma de atrás y saliese por la de delante. Su respuesta fué (literal): «Sólo por no hacer lo que dice usted, salgo yo por donde se me antoja.» Y salió por la plataforma trasera, molestando á los que, cándidos, cumplían la ley y entraban por el sitio debido.

Otra vez que pregunté á un agente la dirección de una calle, me contestó iracundo: «¿No tiene usted ojos? ¿Cree usted que estoy aquí para eso?» Y estaba cruzado de brazos, sentado en un banco de una plazuela. Cuando me dirigí, no ya á un agente, sino á un inspector, para saber cuáles son las disposiciones legales en un asunto de su incumbencia, por poco me prende. Es de advertir que en cambio, si creen ó sospechan que la persona que les interroga puede ser relación de algún personaje, entonces, ¡oh!, entonces, *es podenco*...

No se llamen frusterías. Cosas muy serias, porque no constituyen excepción, sino que forman la regla general, la atmósfera diaria, en la cual la ley pierde su acción, y el abuso es la normalidad, lo corriente y moliente.

Yo confieso que lo que me saca de quicio es ver pegar á las criaturas. No las educamos, pero las brutalizamos. Un día, á mi presencia – no en Madrid, – le soltaron tres horribles palos á un chico de siete años á lo sumo; sus gritos, sus ayes de verdadero acerbo dolor me resonaron dentro del alma: mi hijo tenía entonces esa edad. Me precipité, y no sé qué le dije á aquel idiota. De seguro delinquí más que habría delinquido el chiquillo, porque desacató á la autoridad cuanto desacatarse puede. Me hicieron saludos, me dieron excusas, me hablaron de lo malos y traviesos que son los chicos y me rogaron que no dejase sin pan á un padre de familia... ¡Padre de familia! El que había descargado sobre las tiernas carnes del niño desvalido aquellos latigazos feroces que acaso le costasen la vida ó la salud – la salud, único tesoro del pobre – tenía hijos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EMBAJADAS.--UN LIBRO ARGENTINO.–NÚÑEZ DE ARCE

Con corta diferencia de tiempo va á recibir Madrid dos embajadas extraordinarias: la del representante de S. M. Eduardo VII de Inglaterra, para notificar lo que todos sabemos, ó sea su elevación al trono de sus mayores (que lo calientan no hace mucho), y la de la grande, espléndida y moderna ciudad de Buenos Aires, representada por su intendente y una comisión, que trae el obsequio del magnífico jarrón de Benlliure, ofrecido á la reina.

El diferente sentido de las dos embajadas no se ha escapado al sutil olfato de la multitud. La multitud no es lerda. ¡Qué ha de ser! Yo sostengo que aquí en España se podría gobernar bastante bien sólo con dejarse guiar por el instinto de la multitud. Casi siempre – no diré que no haya excepciones, pero es en casos que tienen explicación fácil – acierta el pueblo, dirigido por su criterio más derecho que un huso. Y presenciamos con asombro cómo los gobiernos, caminando á tientas, tropiezan aquí y allí, por no atender al susurro continuo y humilde de las voces de la opinión vulgar.

La cual, en este caso, yendo rectamente á su fin, se muestra fría, glacial, indiferente, respecto á los enviados de S. M. Británica, y en cambio hierve en entusiasmo al solo anuncio de la llegada de los argentinos – que, dicho sea entre paréntesis, por un aplazamiento muy comentado no vendrán á Madrid hasta fines de abril – y se prepara á acogerles y festejarles con la mayor y más franca cordialidad; brazos abiertos, mano tendida.

Ya que de hispano-americanos se habla, y aunque Rubén Darío es autor vivo, ¡y tan *vivo!*, y yo sólo hablo de los muertos, voy á recordar aquí que acabo de leer un recién llegado libro suyo. Se titula *España contemporánea* y contiene las crónicas enviadas por el brillante escritor al periódico *La Nación*, de Buenos Aires. Alabo esta buena costumbre de reunir y conservar las crónicas periodísticas. ¡Cuántas veces cogemos un diario; leemos en él, con interés sumo, una crónica que guarda conexión con otras y forma parte de una serie, y nos queda el apetito abierto é insaciado, porque no volvemos nunca á encontrar ocasión de echar la vista encima á las crónicas restantes! Por otra parte, la colección de Rubén Darío tiene unidad. Es la narración de un viaje y de las impresiones en él recibidas. Trata de España con espíritu literario, fijándose sobre todo en las manifestaciones del arte y en el estado de las letras. Por lo cual constituye un documento de excepcional interés.

El pintor que quiere retratarse, tiene que ver su imagen reflejada en un espejo. Algo semejante les sucede á las naciones. Para conocerse, no les queda otro recurso sino mirarse en estos espejos lucientes y claros – los escritores de fuera. – Las mismas diferencias que la luna del espejo da en cuanto al color, las alteraciones que puede hacer sufrir á las líneas, son enseñanza.

No dudará nadie que Rubén Darío, salvando detalles, ha visto justo. Tanto ó más que su instinto inteligente, le ha guiado su afecto á España. No se puede hablar de un país profesándole odio, repulsión y mala voluntad sistemática. La misma reprensión, la advertencia, han de fundarse en simpatía; si no, pierden su virtud educadora. Rubén Darío encabeza sus crónicas con un canto de amor á España. «Si ya no es la antigua poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender á ella mucho más.» Después de tal consigna, el estudio sobre España, ó mejor dicho (no cae bien la árida palabra *estudio*), la impresión artística y social de España ha de ser grata y jugosa, fresca, y aunque alumbrada por las luminarias de la fantasía, muy digna de tomarse en cuenta como dato.

El poeta argentino desembarca en Barcelona, y le envuelven las múltiples y raudas corrientes de opinión de la gran ciudad industrial. Ve á los anarquistas, á los obreros que en las horas de descanso hablan de la R. S., á los autonomistas, los francesistas, los separatistas; pero ve también el trabajo, la cultura, las chimeneas de las fábricas, los progresos admirables de la tipografía, el desarrollo de la voluntad, toda esa fuerza, ese vigor que, dígase lo que se quiera, han puesto á Cataluña á la cabeza de España y de las regiones españolas, haciendo de ella *nuestra única Europa;* y Darío lo reconoce, lo siente, lo admira, como es razón admirarlo.

Después llega á Madrid, y su fina sensibilidad percibe el indiferentismo de la capital de España ante la catástrofe acabada de suceder, la firma del tratado de París, y todo lo que con esta fatal fecha se relaciona. La tristeza inmensa de las cosas, que España ha resuelto no advertir, nótala el extranjero, y la deja transparentar en sus páginas. «Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo...» Bien, ¿y qué?, dicen los madrileños saliendo de capa á tomar el sol.

También nota Rubén Darío el fenómeno usual del desconocimiento absoluto de América que en Madrid existe. Es una cosa hasta curiosa. No enterados á medias, no: absoluta, completamente ignorantes. De eso de no saber hacia dónde cae Méjico. Y no hablo de la muchedumbre: personas obligadísimas á estar informadas, á adquirir, por lo menos, la *tintura*.

Lo notable es que á esa América desconocida (casi como antes de Colón, Pinzón y Pizarro) se la profesa cariño. Un cariño indefinido, maquinal, pero sinceríssimo. La emancipación de las colonias, una tras otra, no dejó aquí gérmenes de odio. El tiempo ha trocado la indiferencia en inclinación. Las muestras de cordialidad, las voces de ánimo que de allá nos han venido, convierten la inclinación en una especie de romántico entusiasmo. Díganlo recientes solemnidades; piénsese en el movimiento de opinión producido por los anuncios de la llegada de la comisión bonaerense. Atender, obsequiar, jalear..., todo lo que ustedes gusten. Indagar, enterarse, tomar ejemplo de tantas cosas como podría tomarse..., nunca.

Al hablar de quien esto escribe, Rubén Darío me otorga la propiedad de una anécdota sobre Víctor Hugo, referida por mí en estos términos: «Cuando se publicaron las *Doloras* de Campoamor, Víctor Hugo, celoso de esa gloria, dijo: *Voy á hacer un volumen de Doloras...*, y escribió *Chansons des rues et des bois.*» Pues le advierto á mi amigo el poeta que la anécdota será inverosímil, pero no es mía. Castelar fué quien me refirió esta tarasconada; y la refería á menudo; gustaba de contarla en todas partes. En mi opinión, la asombrosa memoria de Castelar no le era infiel. Oir hablar Víctor Hugo de *algo* nuevo en poesía y no querer ejercitarlo, imposible. No quiere decir que establezcamos comparaciones entre Campoamor y Víctor Hugo. ¡Son tan diferentes! En fin, conste que la anécdota no me pertenece. *Suum cuique.*

Del amenísimo libro se podría extractar lo bastante para llenar una crónica, recogiendo opiniones muy certeras y muy independientes acerca de las letras, el arte, las clases sociales, la enseñanza, tantos y tantos temas que aquí vienen siempre, más ó menos falsificados y velados, á buscar la luz pública. Rubén Darío, que es lo bastante *hispano* para conocernos rápidamente y asimilarse esta atmósfera, no es *español*, no se encuentra cogido y amordazado por esas invisibles mordazas de la *camaraderie* y la complicidad periodística. Por eso, en sus hermosas parrafadas libres y palpitantes aletea con bastante frecuencia la entera verdad, esa verdad cuyas formas estatuarias ya se nos van olvidando, desde que ni por casualidad un día las admiramos al sol, desnudas de ropa.

Así es que el libro de Rubén Darío, como al principio dije, es un espejo donde nos contemplamos para interpretar nuestra fisonomía moralista, nuestra *facies* poco tranquilizadora para el pronóstico de nuestro porvenir. Recrea, pero también enseña y advierte; y esto último, sin que se lo haya propuesto el escritor, más que nada artista, sensitivo y prendado del carácter pintoresco de España.

Acabo de leer que se encuentra enfermo de mucho cuidado D. Gaspar Núñez de Arce. A la hora en que escribo, no se sabe que la enfermedad sea de muerte; pero se presume, con fundamento, que en eso puede parar. Es un mal terrible el que padece el autor de los *Gritos del combate:* se llama la *melena*, y consiste en vómitos de sangre procedente del estómago. Núñez de Arce presenta este fenómeno patológico por segunda ó tercera vez. La primera, hace años, puso ya su vida en inminente riesgo. Salvó y acabó de consolidar la curación en las aguas de Mondáriz, para el estómago incomparables. Allí, por las mañanas, en el paseíto de digestión de la linfa maravillosa, he conversado con Núñez de Arce diariamente, largamente, adquiriendo la convicción de que el sonoro y grandilocuente poeta es un espíritu entristecido, pesimista y tradicionalista. El descubrimiento no me sorprendió. Ni es casi descubrimiento. Acercaos á casi todos los españoles ilustres, famosos, entrados en años; añadad la superficie del liberalismo político – una cascarilla, que desaparece al primer capirotazo con la uña, – y encontraréis, resistente, dura, consolidada, la madera de la tradición. Tampoco es raro el caso de esa especie de ascetismo melancólico, de ese recelo angustioso de la Vida y de la Libertad, que he comprobado en Núñez de Arce. Su cabeza, que reclama el pincel de Pantoja de la Cruz ó del Greco, no miente. Es una cabeza *felipista*, escurialense; una cabeza de la vieja España, gris, pétrea, dolorida é inquisitorial.

Si Núñez de Arce salva – y ojalá salve, porque ya este desmoche de glorias nos va dejando demasiado mochos, demasiado pelados, sin cosa que enseñar á los forasteros; – si Núñez de Arce salva, repito, y lee esta crónica, se sonreirá, con su amarillenta y mustia sonrisa, al leer lo que voy escribiendo. Porque de buena fe se cree Núñez de Arce *hijo de su siglo:* liberal. ¿Acaso no es sagastino, consecuente fusionista, uno de los prohombres del partido que hoy ocupa el poder?

Y á fe que sentiremos la pérdida de Núñez de Arce cuando suceda – Dios lo disponga lo más tarde posible, – pero nuestro sentimiento no tendrá que ver con la política poco ni mucho. Políticos como Núñez de Arce, ni mejores ni peores, ni más activos ni más pasivos, los contamos por gruesas. De ellos podríamos decir lo que decía cierto conocido mío, al ver caer á un granuja de un cerezo, en el mes de junio: «No se apure usted, que todos los días nace un millón.» Pero de poetas como Núñez de Arce, sí que entran pocos en libra, y cada día van entrando menos. Notad cómo desaparece esa especie literaria – el poeta. – En España, muerto Campoamor, si muere Núñez de Arce, bien poco queda que se vea de lejos. Se escriben versos, muchos versos, y hasta sonoros y de vuelo lírico (recordad ciertos parlamentos de *Nerón*, la traducción del *Cyrano*), pero el poeta por aclamación no aparece; no se levanta la frente apolínica, irradiando entre las otras. Mi opinión de que el escritor y el literato son obra de su tiempo, se confirma al comprobar esta escasez. Poetas tendríamos si la estación fuese favorable á tal cosecha. Es que ha llegado el invierno de la poesía; es que no la siente ya la raza, como tal vez la sintiese hace veinticinco años; como de cierto la sentía hace cincuenta. Las últimas tentativas para infiltrar en el público la poesía van unidas al nombre de Núñez de Arce y á la memoria de Rafael Calvo, cuando leía en los teatros *El vértigo*, *El idilio* y el *Raimundo Lulio*. Moda pasajera, que no llegó á arraigarse. La última producción de Núñez de Arce, *Sursum corda*, á nadie se le ha ocurrido declamarla. Esa golosina de la rima, esa afición al verso *oído*, resonante como una sinfonía de Verdi, pasó. España, que va haciéndose inteligente en música, va ensordeciendo para el verso.

Los de Núñez de Arce, rotundos, bien medidos, bien aconsonantados, pertenecen al número de los que ganan en labios de un gran lector como el pobre Rafael. Desde que no se leyeron en alto, se leyeron menos de todas maneras.

Quiera Dios aliviar el cruel padecimiento del vate y prolongar su existencia amenazada. Los hombres como Campoamor, como Núñez de Arce, como Zorrilla, aunque guarden silencio y se hayan recogido al descanso y á la soñolencia de los últimos años de la vida, son adorno de su patria; *hacen compañía*, digámoslo así, con su presencia sola.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESCARRILAMIENTOS. – MANTILLAS. – TOROS. IMPUESTOS. – ARTE

Los siniestros en el ferrocarril y en los tranvías eléctricos preocupan la atención y hacen encogerse de miedo los espíritus. Imágenes repulsivas, piernas magulladas, cráneos destrozados é incrustados de vidrios rotos y de astillas de madera, pechos hundidos en que las costillas se enclavijan y se cruzan sobre el corazón, oprimiéndolo y paralizándolo, caras carbonizadas, pies cogidos entre las paredes de la máquina ó entre dos maderos, acompañan á la noticia del descarrilamiento ó del choque. Estas catástrofes ferroviarias son tremendas; pero lo parecen más todavía, por el aparato que las acompaña. El estrépito de los vagones al destrozarse, el incendio que estalla cuando la caldera hace explosión, aumentan el horror del percance. La gente lee estremecida los detalles espeluznantes, la lista de heridos y muertos, y piensa en que se acerca el verano, época de viajes, y será preciso arrostrar las contingencias del tren, si ha de trasladarse á San Sebastian ó Zarauz. Mientras no se invente algo que le substituya, al tren habrá que atenerse; porque las antiguas diligencias no eran tampoco muy seguras.

⁂

Este año se han visto pocas mantillas en Semana Santa: en cambio, la primer corrida de toros – una tarde espléndida, de calor, que parecía hecha de molde para contrastar con lo desapacible y frío de este largo invierno – dió ocasión á que aleteasen las blancas blondas alrededor de los rostros (no siempre bellos), y á que los alegres y radiantes pañolones de Manila luciesen al sol sus floripondios y sus pajarracos extraños. Hemos perdido á Manila, pero ¡Dios sea loado!, nos queda el pañolón, y garbo suficiente en el mujerío para lucirlo y ostentarlo en días solemnes y para echarlo como al desgaire sobre la delantera del palco, durante la lidia: de lo más pintoresco que se puede ver. Y á pesar de la escasez angustiosa de toreros (han ido muriéndose ó cortándose la coleta los que triunfaban en el redondel), á pesar *de todo*, los toros siguen siendo la gran preocupación de la raza. Los periódicos, aun los que con mayor persistencia han hecho campañas «regeneradoras,» continúan dedicando á una corrida sus tres mejores columnas, cuando no cuatro ó cinco. Este derroche de literatura y sitio en favor de las astas declaro que me consterna. Comprendo la asistencia á la plaza: por fin allí se ve la función, con todos sus lances, peripecias, adornos y sustos. Pero ¡que al día siguiente la prensa no tenga asunto que no sacrifique á la corrida! ¡Que endilgue una prolija relación describiéndonos la estampa de cada toro, contando minuciosamente las arremetidas que dió, los coleos, los pases, los pinchazos, los achuchones, los pares, las estocadas, los intentos de descabello!.. Vamos, eso ya no se puede sufrir; es decir, no se podría, si fuésemos diferentes de lo que somos. ¿Cabría educarnos, acostumbrarnos á que, pasada la hora del espectáculo, nadie se acordase de él, ni emplease la semana en comentarlo? ¿Por qué no lo intentáis, periodistas, compañeros míos? ¿Por que no suprimís las revistas de toros, y dedicáis ese espacio y esas galanas plumas á oficios más educadores, y á la larga, hasta más recreativos y amenos?

⁂

A la puerta de la plaza, un cuadro digno del Riff. Pasa una infeliz mujer, llevando en la mano un botijo lleno de un licor muy conocido en las fuentes de vecindad. Al dependiente de consumos (mala bestia) se le antoja que aquello es peleón. La mujer, con la viveza característica de las madrileñas, le hace ver que es linfa transparente y pura. El dependiente, que sin duda aspiraba á recibir tratamiento, castiga el desacato con un diluvio de injurias, un tremendo bofetón y la amenaza de disparar un revólver que enarbola y apunta á la cara de la *criminal*. Y se forman grupos en actitud hostil. ¡Lástima fuera! Los grupos se compondrían de personas pacíficas y calmosas, cuando no castigaron al dependiente, allí mismo, según correspondía. Dicen que los españoles somos ingobernables. Sospecho que, por el contrario, no cabe pueblo tan resignado, sufrido y fatalista. Esto de los consumeros va picando en historia: ni en Turquía se presenciarán escenas más deprimentes para la dignidad humana, más propias de un rebaño sometido al arbitrio y al abuso. Diariamente se lee, como si fuese la cosa más sencilla (la repetición de ciertas enormidades parece que lejos de suscitar indignación provoca indiferencia), que en las casillas de consumos han apaleado hasta la muerte á un hombre; que á otro le han soltado un tiro que le partió la columna vertebral; que á una mujer la han sometido á registros indecorosos; que han vertido la leche del cántaro, única hacienda de la pobre lechera, aldeana, ó roto el cesto de huevos, ó pisoteado la legumbre; que á éste le abofetearon, á aquél le deslomaron, al uno le decomisaron, á la otra la desnudaron... Así recibe la gran ciudad, la metrópoli, á los que en ella entran; así acoge el emporio de civilización á los comarcanos... Y esto es continuo; y jamás se sabe que se aplique correctivo, y el impuesto crece, crece, como hidrópica sanguijuela, imponiendo á los clases humildes, no sólo el hambre, sino el garrotazo, igualándolos á los pecheros de la Edad Media (¡qué diferencia había!)

Sí; estos vejámenes recaen sobre el trabajador y el pobre; y aun por eso me enardecen la sangre doblemente. Los «señores» no tenemos que recelar de los consumeros sino un chaparrón de groserías, muchas impertinencias y bastantes exacciones y *descuidos*, cuando, por ejemplo, nos aforan un cajón con diez langostas y nos lo devuelven prudentemente aligerado de dos ó tres. ¡Bagatela! Es de desear, en interés del mejoramiento de las costumbres, que un día los consumeros santigüen á garrotazos á un señorito, ó se obstinen en que una petimetra lleva matute en el ruedo de la rozagante falda. A ver si así ocurre lo que ocurrió cuando el señor gobernador volcó en un camino detestable y se rompió una pierna: que en seguida, volando, se compusieron y rellenaron todos los caminos de la provincia.

⁂

De lo que no habla mucho la prensa – consagrada á no dejarnos ignorar ningún puyazo ni ningún re corte – es de los preparativos de la Exposición de Bellas Artes, ó Salón, como dicen en Francia. Sin darme cuenta del porqué, se me figura que esta Exposición no será de las peores, especialmente si el Jurado adopta un criterio, no estrecho y cerrado, pero algo menos amplio y benigno que otros años, para la admisión de obras. Siempre han adolecido nuestras Exposiciones de mucho trigo, ó por mejor decir, de mucha cizaña. El no querer descontentar á nadie se traduce en descontentar definitivamente al público y á la opinión. ¿A qué viene llenar salas y salas con lienzos de mala mano? ¿No es hacerle un servicio al mismo expositor, cuando no ha medido sus fuerzas y envía lo primero que se le ocurre, impedirle presentarse así, con aspecto tan ingrato?

Pocas salas y bien revestidas: este es el ideal de una Exposición *bisanual* de Bellas Artes. En dos años no se produce tanto bueno, ni aun regular, que cubra paredes y paredes; y la fecundidad, por sí sola, no basta á recomendar á un país en materia artística.

Dos talleres he visitado ya, y he visto dos *envíos* preparados. El del paisajista Aureliano Beruete me ha llamado mucho la atención. No porque no conociese ya trabajos de este artista, que no es principiante, sino maestro, y que está representado en el Museo moderno nacional; sino porque pude comprobrar, en conjunto de su envío, una de las particularidades que más me interesan, como observación enseñadora: el *adelanto* por la *perseverancia y la energía*, sin introducir innovación alguna en el estilo ni en los procedimientos. Beruete pinta hoy exactamente de la misma manera que hace veinte años. Se coloca ante la naturaleza, ante el trozo de paisaje que quiere reproducir, y lo reproduce con una sinceridad absoluta, con la misma luz y color que en la realidad tiene. Ni más, ni menos. Nada de supercherías; nada de *truc*; nada de preferencia por esta ó aquella hora, por este ó aquel lugar; nada de concesiones á lo «bonito,» á lo «poético,» al subjetivismo de melancolía ó de deleite que puede expresarse por medio de un paisaje. Sólo la escuela verdad. Si es un pedregal, es un pedregal, gris, tétrico, desolado; si un árbol en otoño, allí está con sus tonos purpúreos y rojizos; si un arroyo, vemos su cristal; si una playa, su húmeda arena; pero ni pastores, ni pastoras ni pescadoritas, ni asomo de lirismo y literatura. Para Beruete, un paisaje no ha sido nunca «un estado de alma.»

⁂

No poniendo de sí mismo en el paisaje más que la visión lúcida y firme y la traducción concienzuda y fiel, Beruete ha conseguido, por la sola virtud de la *verdad*, llegar á infundir á sus paisajes ese no sé qué misterioso que inclina el ánimo á la contemplación y que he sentido y percibido tantas veces en los paisajes naturales. Este efecto, no advertido hasta hoy, me produjeron los cuadros del envío de Beruete al Salón próximo. A fuerza de maestría en la reproducción de cielo, suelo, árboles y agua; á fuerza de justeza en los ambientes y en los tonos de la verdura, de las rocas, del caserío, de los edificios viejos, de los troncos desnudos y vestidos de follaje ó de temprana flor primaveral, Beruete, sin proponérselo, sugiere indirectamente la hermosa tristeza en el inefable consuelo que encontramos en el campo y que me es tan familiar y tan querido. Las grises lejanías de Toledo, las nacaradas é irisadas entonaciones de Venecia, se reflejan en su paleta como en un espejo limpio. No sé decir más para alabar este envío de un artista que toma por lo serio el arte y que ha hecho de él una religión en la vida.

⁂

En el taller de Moreno Carbonero sólo un lienzo está dispuesto para ir á la Exposición. Es un retrato de la niña de los Sres. de Iturbe, con el traje de Infanta de Velázquez que vistió en los cuadros vivos. Naturalmente, se trata de un pie forzado que al artista se ha impuesto, y que sí, de una parte, le da hechas muchas combinaciones y resueltos muchos problemas, de otra le cohibe para revelar su temperamento personal y manifestarse tal cual es. Al imitar punto por punto la colocación, la vestimenta, el colorido del célebre cuadro de Velázquez, Moreno Carbonero sólo puede probar que domina el *métier*, renunciando de antemano á la originalidad, á su nota propia. Dentro de lo que pudiéramos llamar *pastiche*, el retrato está muy bien pintado. Hay detalles, como la cortina y el sillón, que revelan al eminente maestro. Cuando el tiempo apague un poco los tonos, hoy demasiado vivaces, de la pintura, el retrato ganará en encanto y atractivo.

La cabeza de la niña, que debe de tener gran semejanza, desentona sobre aquel fondo y accesorios del siglo XVII. Nada menos parecido á las lánguidas, altivas, anémicas y aristocráticas infantas de Velázquez y Sánchez Coello, que esta criatura, de tipo popular y respirando salud por sus carnosos labios y su arremangada nariz. Se le despega el inmenso tontillo, la pluma al lado y el atavío malva, plata y rojo de la descendiente de Carlos V.

⁂

Mi próxima visita será al taller de Sorolla que, generoso y fecundo, presenta nada menos que doce cuadros, de los cuales se cuentan maravillas. Sin duda que después de haberlos visto podré consolarme de no alcanzar á ver entera la Exposición.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOROLLA. – LA REINA NATALIA. – LOS HAMBRIENTOS

No me equivocaba al supener que, anticipando la visita al taller de Sorolla, había visto lo mejor de la futura Exposición de Bellas Artes. No por eso me consuelo de quedarme con la curiosidad respecto á muchos expositores jóvenes que acaso encierren en sus lienzos la promesa y la esperanza del porvenir. De todas maneras, Sorolla es el pez gordo; y ahora en Madrid, como en París el año pasado, sus obras son el documento firme que España puede presentar en abono de sus pretensiones artísticas, únicas á que todavía no ha renunciado completamente.

⁂

En el envío de Sorolla hay de todo – paisaje, composición, – pero domina el retrato. No era el retrato, años hace, el triunfo de Sorolla. Hoy se muestra tan fuerte en eso como en lo demás. El retrato es un género que se impone al artista cuando el artista llega á tan alta notoriedad y reconocida maestría como Sorolla ha llegado. Aunque no quisiese, Sorolla se vería obligado, por mil circunstancias, á *ahondar* en el retrato y á poner en él toda la intensidad y el vigor de su gran talento.

Aunque el retrato es, en mi opinión, lo más interesante y lo más verdadero de cuanto se puede pintar; aunque por ciertos retratos del Museo doy todos los cuadros de composición imaginables, y una propina encima, me explico las predilecciones de Sorolla. Sorolla, á mi parecer (no diré que este juicio sea irrevocable, pues aún debo estudiar mejor el asunto), es un artista que ha logrado apoderarse del secreto de la pincelada y dominar los efectos de luz: pinta tan magistralmente como rápidamente: sabe lo que ha de hacer, y lo hace muy pronto, sin tanteos ni arrepentimientos. Fogoso en la factura, prefiere, al retrato que le sujeta y cohibe, la libertad del paisaje ó de la figura *que casi forma un todo con el paisaje;* el marinero, la pescadora, el bañista, el carretero, la aldeana, modelos impersonales, aunque marcados con ese sello de realidad y de energía que Sorolla imprime á cuanto reproduce. El retrato – el buen retrato – es lo individual, es el lirismo, la concentración del mundo en una persona, lo *único* de Max Stirner; y para llegar á manifestarlo así, por medio del pincel, se requiere una sumisión y una paciencia que Sorolla va adquiriendo – siempre *frecuente*, siempre, allá por dentro, revolucionario y ansioso de pintar, al aire libre, lo que le dé la gana – un toque de sol sobre una peña, que la transforma en oro.

⁂

Descollar, como Goya, en el capricho original y en la *traducción* de almas y fisonomías que es el retrato, esto lo conseguirá Sorolla, en virtud de sus facultades excepcionales, pero es la verdadera labor ardua. El retrato, y sobre todo el de señora, se le ha resistido mucho. Su brocha cargada de colores, hecha á tender sobre la tela el brochazo genial, se contenía y se empobrecía. Algunos retratos de la primera época de Sorolla parecen pintados al temple: son pálidos y secos.

⁂

Inmenso adelanto noto por este concepto en Sorolla. No en vano pasa el tiempo, ni en vano se visita la Exposición de París, en cuya Centenal y Decenal el retrato brilló á tal altura, y en donde Carolus Duran, Bonnat, Constant, Chartran, Lehnbach y tantos otros, alemanes, ingleses, suecos, noruegos, que harían interminable la lista, nos encantaron con retratos á veces sencillísimos. Sorolla, entre otros méritos, tiene el de pensar, leer, estudiar y reflexionar acerca de su arte. No es Sorolla una máquina que pinta; sus ojos y sus dedos están servidos por un cerebro, cada día más culto, más serio, más capaz de regir las naturales y altas facultades del pintor. Por eso creo que hará de sí lo que se proponga, y ya ha logrado hacerse retratista.

⁂

Uno de los mejores retratos que envía á la Exposición es el de mi amiga María Teresa Bernete: de extraordinario parecido, sorprendida la expresión plácida y bondadosa del rostro, armonizada la *toilette* y pintados con maestría suma los negros encajes de Chantilly y la blanca seda del viso. Otro retrato *de lujo*, decorativo, que con el tiempo será de galería de antepasados: el de la duquesa de Villahermosa, condesa de Guaqui. El ropaje es un bello alarde de factura. El retrato de la esposa del pintor, sencillamente vestida de gris, contrasta con los esplendores del atavío de la duquesa. El de D. Raimundo Villaverde, de una gran semejanza y sólidamente pintado, es el clásico retrato de salón de actos, Paraninfo ó Congreso: la levita cerrada, la actitud solemne, la mesa con tapete rojo, y sobre la mesa la presidencial campanilla. Por bien hechos que estén, no suelen entusiasmarme retratos así. En cambio atrae mis miradas el grupo de la familia del pintor. He oído que lo comparan á las Meninas, y es indudable que hay en él algo de velazquismo, pero ¡tan vaciado en el molde de Sorolla! En la composición se observará quizás la influencia del célebre lienzo; en la factura está Sorolla sin mezcla, y Sorolla *del mejor*, como dicen nuestros vecinos. Una niña, en primer término, es un prodigio de verdad.

No sé si incluir entre los retratos el caprichoso y original estudio que representa á la esposa del pintor, recién parida, en la cama, contemplando á su nene. Por la semejanza podría ser retrato; pero allí no hay esa sujeción á que antes me refería, la tiránica imposición del *individuo:* allí Sorolla ha dado gusto á la pupila y al pincel. Un *scherzo* inspirado, sobre motivos de un candor primaveral, como el que en este momento me entra por la ventana en la florescencia de los frutales todos cubiertos de fina nieve. El estudio de la parida, la blancura uniforme sin monotonía, sin más que la nota morena de la madre y la nota rosa del niño, solamente Sorolla era capaz aquí de emprenderlo y ejecutarlo. A mí ese cuadro me interesa infinito. No será lo mejor que Sorolla envía á la Exposición; pero es de seguro lo más extraño, nuevo y como suyo.

⁂

Envía además el pintor valenciano el conocido y comentado cuadro *Triste herencia*, escenas de la recolección de la pasa, marinas, paisajes, sus favoritos paisajes inundados de sol y cocidos por una luz casi metálica. Remesa suficiente para mostrar la escala completa de sus aptitudes y para que un extranjero venido á la Exposición pueda apreciar sin error el temperamento de este artista poderoso y espontáneo, el más espontáneo y poderoso que hemos producido de Fortuny acá. Lo que me agradó comprobar en la visita al taller de Sorolla, es el indudable..., ¿diré *adelantol*, no: la palabra no expresa bien mi pensamiento. Desarrollo, desenvolvimiento, afirmación de las cualidades genuinas. San Pablo recomendaba á los cristianos que abundasen en su propio sentido. El consejo, en arte, tiene su aplicación; sin embargo, no á todos viene bien: abundar en su propio sentido, para muchos es amanerarse, y sólo para algunos es expresar lo que se lleva dentro, el mundo que cabe en la visión de un artista dotado por la naturaleza como Sorolla.

Tenemos entre nosotros – es decir, en Madrid – á la reina Natalia de Servia. Es una reina modesta, humana, que se viene á hacer visita de pésame á unos amigos, simples particulares, los marqueses de Castrillo; que avisa por medio de un parte, el cual naturalmente se retrasa; que no encontrando á nadie en la estación, se va al hotel, lo mismo que los demás mortales en caso análogo..., en suma, una *persona natural*, sin misterio, acaso sin etiquetas ni ceremonias; y digo *acaso*, porque nunca he tenido el honor de hablar á la viuda de Milano.

Ha tenido esta señora una triste y dura escuela: la degracia. No desciende de cien reyes: es hija de un coronel, y su esposo, Milano Obrenovitch, que se casó con ella atraído por su belleza y discreción, la hizo pagar muy caro este honor con infidelidades escandalosas y disensiones y reyertas continuas. El hijo, que suele ser la compensación de esta clase de desencantos en la vida de la mujer, y que al pronto parecía llamado á llenar las aspiraciones de la más cariñosa madre, tampoco parece que las haya llenado. Lejos de la patria, ó al menos del país del cual se llamó reina; lejos del hijo, hoy unido á la famosa Draga; retirada en invierno á Biarritz, ese rincón elegante donde se refugian las grandes señoras decadentes, Natalia debe de pensar muchas veces que es el suyo un destino malogrado. ¡Hay tantos así! ¡Más desventurada todavía la que fué un tiempo emperatriz de los franceses y hoy pasea por las orillas del Mediterráneo y entre las brumas de Inglaterra la honda melancolía, la nostalgia incurable de sus recuerdos!

⁂

Servia, un tiempo sometida á Turquía, lo está hoy á Rusia, mediante la sumisión de la dinastía Obrenovitch. Algunos héroes habían luchado para hacerla libre, y los nombres de Czerny y de Miloch brillan en lo que pudiéramos llamar el *romancero* servio. Desde la gloriosa epopeya de la independencia, á principios del siglo pasado, luchan en Servia disputándose la corona dos dinastías: la de Obrenovitch, hoy reinante, y la de Karageorgevitch. Así á distancia, no conociendo muy á fondo los asuntos servios, confieso que me es más simpática esta última, proscrita y destronada desde hace más de cuarenta años. Quizás la veo al través de la simpática personalidad de mi amigo el príncipe Bojidar Karageorgevitch, literato y artista hasta la medula, y muy apasionado de España. También podrá ser que influya en mí la mala y justa fama de Milano, que sobre reproducir exactamente, pero en basto y en feo, la figura de aquel rey de Iliria descrito por Alfonso Daudet, que empeñaba la corona para regalar á las modistas de París, se mostró después cruelísimo tirano, ejecutando en Belgrado crueldades sin número, y estableciendo una especie de terror absolutista digno de Fernando VII. A bien que ya ha ido á reunirse con sus abuelos, y no hará más diabluras. Milano Obrenovitch tuvo de lista civil medio millón de francos – cien mil duros – que no llegaban á medio diente. Para procurarse dinero se agitó siempre, alterando la tranquilidad en Servia hasta los últimos años de su vida.

⁂

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve á agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. ¿Se socorre en efecto á los verdaderos necesitados? ¿Se distribuye bien, se sabe emplear con acierto lo mucho que se recoge para emplearlo en obras de caridad? ¿En qué se distingue al pobre efectivo, que no tiene que llevar á la boca, del falso pobre que oculta entre sus andrajos billetes de Banco y doblas de oro?

Dad á todos sin desconfianza y sin tasa – dice la caridad mística. – No deis á nadie al menudeo – responde la beneficencia experimental. – Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de *retirados* de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo en la calle, el ochavito y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pedigüeña, astrosa y lucrativa como un oficio... Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico ó sentimental..., pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS

Tengo que rectificar lo dicho hace pocos días en este mismo sitio acostumbrado: los periódicos, por regla general, han concedido á la Exposición de Bellas Artes tanto espacio y tanta atención, poco más ó menos, como á una corrida de Beneficencia, y *El Imparcial* le consagra dos hojas enteras, de nutrida y detenida información. El ejemplo que da *El Imparcial* no me satisface solamente porque representa un adelanto en las costumbres periodísticas, sino porque indica (pues la prensa no suele hacer estas cosas á humo de pajas) que el público se va interesando en algo diferente de la cogida del diestro *Brutandillo* y el crimen sensacional de la *Tripicallera*. Aunque se deba á curiosidad y á *snobismo*, es bueno que la gente (como en países más cultos) agite las cuestiones de estética, y solicite conocer nombres de artistas, detalles de su biografía, juicios acerca de su estilo, condiciones y valer. Cada *Salón* debe constituir una solemnidad, y ojalá que el atractivo de la pintura y escultura modernas determine un aumento en el número de visitantes de los Museos de arte antiguo, asaz abandonados y solitarios en Madrid.

***

Se han realizado mis temores. En esto sí que no tengo que rectificar. Hay crítico que asegura bajo su firma que de los mil y pico de cuadros presentados en la Exposición, debieran haber sido rechazados mil. No en vano dije que me infundía miedo la habitual transigencia apática de los Jurados de admisión. No es saludable, para la educación de la juventud que ha de seguir una senda tan erizada de dificultades de otro orden, esa bondad calamitosa con que se aceptan impremeditados ensayos. Hablo así, apelando á mi razón, sin negar que mi corazón podría aconsejarme mal, dado caso que yo formase parte del Jurado. Recuerdo que en cierta ocasión, en Madrid, oí á un artista lamentar que iba á verse rechazado un cuadro suyo, y sin conocer la obra (ni casi al autor) me apiadó su desesperación, que parecía ser del género de las que ponen en la diestra el revólver, y espontáneamente, en el acto, me fuí á ver á un vocal influyentísimo, amigo mío, y le arranqué la promesa de admitir el cuadro, *fuese como fuese*. Comprometido ya el amigo, pronunció estas frases: «Mi única compensación y el único castigo que usted ha de sufrir, es que se venga ahora mismo á ver el cuadro que patrocina.» No podía negarme. Entramos en la sala donde se depositaban las obras de suerte incierta todavía, y quedéme estupefacta, mejor diría aplastada, ante un descomunal lienzo de ocho metros de longitud por cinco de altura, pintado á brochazos gordos como un telón, pero sin perspectiva ni claroscuro, y cuyo asunto, á primera vista, era difícil de adivinar – y no porque encerrase ningún símbolo. – Confieso que sentí encima de mi conciencia todo el peso de aquel bastidor, y en mi boca, como mordaza, aquella tela que estaría mejor empleada en sábanas para los hospitales; y me entró vergüenza de haber increpado momentos antes á una persona formal y bien intencionada, llamándole apagaluces y enemigo de los genios en embrión. Él, acostumbrado á escenas de tal naturaleza, sonreía maliciosamente y preguntaba: «¿Qué tal? ¿Lo admitimos ó no lo admitimos?» Luché un instante conmigo misma, y por fin contesté suspirando: «Habrá que admitirlo. Póngalo usted donde menos se vea..., en interés del autor.» No quiero suprimir la moraleja de este recuerdo, que tiene ya de fecha catorce años. El artista á quien apadriné no tardó mucho en diseñar la portada de un libelo contra mí. Es lo único que de él he sabido en todo este tiempo.

***

La lenidad que censuro en el Jurado, es dañosa hasta á los artistas novicios. Dos efectos puede surtir el que á un joven le rechacen una obra: ó impulsar á consultar mejor las fuerzas, á emplear superiores medios, ó desalentar hasta el punto de que renuncien al arte los que se ven imposibilitados de figurar en la Exposición. El primer efecto no hay que decir si es beneficioso. El segundo no cabe en nadie que sienta vocación y se crea nacido para el arte y para la gloria. Reveses inmerecidos no desaniman á ningún hombre fuerte, á ningún atleta. Esto, suponiendo que sean inmerecidos los reveses; que es mucho suponer. Aquí, la excepción y lo inusitado es la severidad; la plaga y la costumbre, la indulgencia. Pero son hábitos difíciles de corregir, inveterados ya; obedecen á causas sociales que nadie desconoce, y no conseguiríamos desarraigarlas por mucho que las reprendiésemos. Preferible es abrir el paraguas, dejar pasar esa inundación de cuadros, y entre ellos elegir los nombres y las obras que lo merezcan, para dedicarles honrosa mención.

***

De algunas de las más notables ya dí cuenta, por haber visitado los talleres de Beruete, Moreno Carbonero y Sorolla. De las otras sólo puedo hablar por referencia. No cabe disfrutar á un mismo tiempo los recreos y solaces de la corte y la primavera en el campo; me he venido á mi retiro, que está adorable de frescura con los árboles brotando hojas bajo la capa de nieve florida, y tengo que atenerme á lo que dicen los periódicos, todos conformes en que esta Exposición, si no es peor que las anteriores, es tan mala como la peor. El Jurado habrá sido de merengue: en cambio los críticos se muestran duros y aconsejan *mucho* – no me resuelvo á decir que *mal* – á los artistas españoles. Hasta hoy existía en los escritores propensión á cultivar, tratándose de arte, y sobre todo de arte pictórico, la nota del patriotismo *chauvin*, que consiste en encontrar excelente todo lo nuestro, sólo por ser nuestro, y sostener que en ese ramo estamos á la altura de cualquier nación, entre las más adelantadas y grandes de Europa. Hoy creo que se nos han barrido de los ojos las telarañas. A ello ha contribuído no poco – aparte de esa educación que hasta involuntariamente recibe el espíritu con la lectura, la reflexión y el continuo roce de la comunicación intelectual, por mil caminos establecida – el magno Certamen de París. ¡Cuánta y cuán seria pintura, venida de todas partes, se ha podido admirar, hace un año, en el *Grand Palais*! ¡Qué mundos de enseñanza en esa exhibición de cuadros donde – al revés, por lo visto, que en la de Madrid – sería embarazoso tener que eliminar, porque dominaba lo bueno, lo excelente!

La lección que de allí se desprendía, para los artistas españoles, la han aprendido, cuando menos, los críticos; de lo cual no me asombro... No es lo mismo predicar que dar trigo, dice el refrán. El trigo que *nos dan* (generalmente) los artistas españoles, es de dos clases, pero de igual procedencia. Si flojean en el dibujo y si sus asuntos no están pensados, es que dibujar y pensar son cosas que requieren esfuerzo, paciencia, atención sostenidísima; *trabajo*, en suma. *Trabajar* les parece á bastantes artistas de nuestra raza un vilipendio; en esto opinan como opinaba (antaño, sobre todo) la gente de sangre azul.

El brochazo fogoso, el hacer abocetado, la mancha impresionista que con afectada negligencia deja descubierto el lienzo por muchas partes; la tablita emborronada con cuatro pinceladas gruesas y chillonas – lo que se despacha en una hora y no exige calentarse los cascos – es en pintura... (¿y por qué no decir en literatura?) uno de los ideales de la raza, á la triste hora presente. Nada parecido á eso he visto en París, al apreciar en conjunto la pintura europea. Al contrario: la impresión capital que de allí me he traído es la del esfuerzo, la de la acción; el desarrollo de voluntad y de energía, el estudio constante, perseverante, que no pierde de vista ni un minuto su objeto. En las mismas tentativas extravagantes que provocaban la hilaridad y aguijoneaban el *espíritu* de las parisienses (verbigracia, la de los *puntillistas*), se veía una intención bien definida, algo más que el afán de acabar pronto y quitarse de delante del caballete para salir á fumar tomando el sol, ¡lo único que inspira tantos lienzos españoles!

***

Y en otras direcciones del arte en el extranjero, verbigracia, en la pintura *esmaltista*, ¡qué exceso, qué derroche de prolija labor! Del dibujo no quiero decir nada, porque diría primores. Así como el pianista profesional necesita ejercitarse bastantes horas diariamente, el pintor ha de dibujar siempre, dibujar sin descanso, no creerse nunca dueño de la línea. El ejemplo de Goya y de otros artistas que cometieron graves errores de dibujo, no debe seguirse... en eso. Cuando Goya quería, dibujaba maravillas; y sobre todo, era un temperamento tan poderoso, tan absorbente, que no sufre ancas. Digo la verdad: no las sufre.

***

Veo con gusto que entre los pintores que adelantan, que van cuesta arriba, es citado Víctor Morelli. Le cuento entre mis amigos y sé que no va con él nada de lo anteriormente dicho acerca de la pereza, la carencia de rumbo fijo y el afán de acabar pronto, para liarse en la capa y darse una vuelta de callejeo. Víctor Morelli es un obrero infatigable, que se encierra con la obra y lucha á brazo partido hasta conseguir poner en ella todo lo que cabe en sus facultades. Modesto y propicio siempre á escuchar el consejo y aun la censura, Morelli sin embargo no se desanima; no deja caer los brazos inertes á lo largo del cuerpo. Cuando pinta cuadros de historia, no descansa hasta procurarse modelos y accesorios justos, para no incurrir en el menor anacronismo. Y así Morelli, sin ser uno de los artistas geniales que todo lo avasallan, no se para, no se *queda:* en cada Salón sube un peldaño, adquiriendo nuevos derechos á la estimación y al elogio. Los que conocemos su carácter generoso, su sincera admiración por los maestros, su falta absoluta de envidia, de acritud y de pretensiones, nos alegramos viendo ascender más en el arte que en su carrera á este honrado y serio trabajador, joven aún y llamado sin duda á conquistarse un puesto, por derecho propio, en buena lid.

***

Las mujeres han concurrido, no sin lucimiento, á la Exposición. Las bellas flores de Fernanda Francés, las frutas tan verdaderas y apetitosas de María Luisa de la Riva Muñoz, sostienen el pabellón feminista, si he de juzgar por las muestras, que ya conozco, del talento de estas pintoras españolas. Y sin salir del terreno en que me encuentro, no pierdo la ocasión de felicitar á los pintores que, según noticias, han tenido estos días un rasgo de dignidad y de probidad, al interesarse en que sea admitida á oposiciones para la pensión de Roma una señorita, sobrina de Pradilla, á quien se trataba, en las esferas oficiales, de excluir por *razón* de su sexo, interpretando á la chinesca ciertos artículos del reglamento que vedan la presencia de *mujeres* en la Academia de Roma. El sentido de esta prohibición, tratándose de una residencia de hombres mozos y alegres, claro es que no podrá ser otro sino el de que no lleven allí sus amigas y armen francachelas. Con una señorita que cultiva el arte, ¿cómo va á regir esa disposición preventiva del reglamento?

Si mis informes no están equivocados, y en efecto se debe á los artistas el que no se haya cometido una iniquidad con la artista (hablo condicionalmente; ¡fío tan poco en la equidad de nuestros señores y amos!); si realmente, por una vez, han hecho lo que deben y lo que se haría en una nación civilizada, mi cordial enhorabuena. El arte, la ciencia, las letras, ó son el más pueril ejercicio, ó son escuela de libertad, de justicia, de guerra á las preocupaciones y á las sinrazones, vengan del público, vengan del Estado. Yo siempre he dicho – aunque me desalentase el comprobar lo *pequeños* que son en esto hasta los más *grandes* – que el derecho de la mujer ha de reivindicarlo el varón, al fin más fuerte y más ilustrado ahora. Esos opositores al premio de Roma, sean quienes fueren, merecen toda mi simpatía. ¡Que Dios les haga unos Velázquez!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRIMINALES

Asombra el estrago que los años producen, no sólo en el físico, sino en el alma, volviéndonos desconfiados de todo bien y recelosos, tardos al entusiasmo, fáciles en admitir la hipótesis de todo mal. Sin querer y sin poder remediarlo, los que no tenemos alquilado un piso en el Limbo, nos asemejamos á aquel boticario que á cada murmuración ó acusación contra alguien repetía: «¡Como si lo viera!,» meneando en cambio la cabeza en señal de duda cuando le referían algún rasgo de bondad ó de heroísmo. Yo, sin embargo, creo en el bien; hasta creo en una inmensa tendencia á la bondad que existe en el corazón humano y por la cual se sostiene el equilibrio del mundo moral, pues si á toda hora todo hombre cometiese iniquidades, viviríamos en un estado inconcebible. Lo que se nos aguza y despierta al roce de la experiencia, no es, á decir verdad, el pesimismo, sino una especie de facultad crítica, que nos enseña á discernir lo teatral de lo natural, lo amañado de lo sincero, lo verosímil de lo inverosímil. Por eso, desde el primer instante supuse que el padre de los cinco niños asesinados en Corancez era su verdadero asesino; por eso, desde el primer instante dudé de la aureola de mártir del cura de Laval, olfateé el *canard* en su propia salsa.

Líbreme Dios de creer imposible el sacrificio del confesor consintiendo en morir antes que revelar el secreto de la confesión. Este caso, y otros igualmente sublimes, pueden presentarse, y en la historia religiosa están consignados. El deber, la fe, se imponen y originan rasgos de abnegación y desprecio de la vida. Militares condenados á muerte á quienes se permitió salir de un campamento enemigo bajo palabra, volvieron á él para ser acribucados. Sin ir tan lejos: todos hemos conocido en Madrid á cierto ministro chino, que llamado por su emperador para ser decapitado, á sabiendas fué y presentó el cuello, cuando no le hubiese sido difícil esconderse en los Estados Unidos ó en algún otro país de libertad. Hay mujeres que dan la vida por la honra; el darla hombres y mujeres por las creencias religiosas es frecuentísimo. Aunque la vida sea el único tesoro que perdido no se recobra, la humanidad no es tan avara de ella que no la arriesgue con relativa indiferencia, unas veces por cosas buenas y grandes, otras por cosas malas y baladíes. No era, pues, el hecho en sí lo que me incitaba al escepticismo en la cuestión del abate Bruneau. Eran las circunstancias, era el escenario, era el modo y la forma de presentarse el drama lo que me ponía en alarma y me infundía una suspicacia de polizonte experto.

He leído bastantes causas criminales francesas: toda la colección de Albert Bataille, donde, á pesar del poco talento del cronista, hay cosecha larga de documentos humanos. Sin negar que en Francia pueden los tribunales ordinarios cometer un error; sin acatar, ni mucho menos, la santidad de la cosa juzgada, me parecía difícil que cometiesen una equivocación tan grosera como enviar á la guillotina á un sacerdote, cuando pudiese caber duda acerca de su culpabilidad. Sería error creer que en esto pudiese influir el ser Francia una república, ni las corrientes del laicismo. Por el contrario: así como Francia, en el hecho de ser república, la única república que constituyó á la vez una gran nación europea, se consideró obligada á extremar el rigor de la represión con los anarquistas de acción, y promulgó leyes excepcionales para asegurar el orden, en el espíritu de los jueces debe de existir la noción de que comprometerían y avergonzarían á Francia y á su forma de gobierno ejecutando á un sacerdote cuyo crimen no estuviese bien probado. Además, si un sacerdote es acusado injustamente de un crimen, no le faltan medios de defenderse: hay mucha gente, clases sociales enteras, que están interesadas en sacar á luz su inocencia. Aunque selle sus labios el secreto de la confesión impidiéndole delatar al verdadero culpable, no por eso le está vedado vindicarse de otro modo, con sus antecedentes, con sus actos el día y á la hora del crimen, etc. Entre los rumores que corrieron ahora, dícese que existía un documento probando que al cometerse el asesinato del cura Fricot, no estaba en el presbiterio el cura Bruneau. Si poseía esta cuartada, ¿qué canon le obligaba á no producirla? Aquí se confunden dos cosas: el silencio obligatorio y heroico del confesor, y la lícita defensa sin acusar á nadie. La defensa de la honra, en la teología católica, es más que un derecho: es un deber. Sin nombrar á la criminal, sin aludir á ella en lo más mínimo, pudo defenderse el cura Bruneau. No digo quién fué; á nadie acuso; pero voy á demostrar que yo no fuí. ¿Cabe nada más sencillo? ¿Habían de reunirse tales apariencias, de sumarse tales datos, que la atroz equivocación llegase al extremo de hacer subir á un inocente, á un mártir, al patíbulo, y había de permanecer esto tan callado, tan oculto, seis ó siete años, para volver á la superficie y estallar como una bomba en este crítico momento?

Nada es imposible, ciertamente: todo sucede en el mundo. No obstante, hay casos que no tienen cara de ser verdad, y este del cura Bruneau era del número. En cambio, el crimen de Corancez, aunque parezca inverosímil, de horrenda inverosimilitud, desde luego me dió en el pensamiento ese golpecillo misterioso de la evidencia, que el magistrado debe evitar, para que no influya en su decisión, pero que el espectador no evita, sobre todo en países donde no existe la ley de Lynch.

Si alguna vez cabe lamentar la falta de esa ley en el derecho consuetudinario latino (aunque en Cataluña existió y se llamó justicia catalana), es ahora, ante el crimen del labrador de Corancez. Comparado con éste, es flor de cantueso el del cura Bruneau, y suena á injusticia que los dos hayan de sufrir igual castigo, el mismo tajo de la máquina de Guillotin. Criminales como el de Corancez han vuelto á acreditar en la ciencia penal moderna el concepto de la necesidad de la pena de muerte, hoy defendido y apoyado por la mayoría de los autores penalistas.

Bruneau aparece como un criminal de ocasión, y hay en su historia indicios de verdadero arrepentimiento: el siniestro parricida de Corancez presenta el tipo acabado de ese criminal incapaz de arrepentirse, anomalía moral, á quien el acto, el crimen mismo, *revela*, pero no *desmiente*. En los anales—tan nutridos!—de la maldad humana, no conozco caso más monstruoso. Sorprender primero al perro leal, guardián de la casa, que se acerca halagador á su amo; después á cinco niños (¡cinco!) á quienes se ha engendrado, y dar muerte á estas seis criaturas (el perro me indigna también, poco menos que los niños, por la ocasión y el fin con que su amo le acogota), es cosa poco frecuente, aun revolviendo la crónica negra de muchos años. ¡Cinco niños! Quisiera uno poder penetrar en el cerebro de ese padre, sorprender el horrendo fenómeno de sus ideas, de sus sentimientos, en esa hora. Hay padres de todas clases: los hay que no quieren con exceso á su progenitura. Los hay duros, rigurosos, egoístas, crueles. Pero infaliblemente, si esos padres tienen cinco hijos, habrá uno con el cual sean más blandos, para el cual conserven algo de calor en las entrañas. Quizás ellos mismos no lo sepan: quizás se crean indiferentes á la voz, á la cara, á la mirada de aquel ser salido de su ser. Mas en el momento supremo, de peligro, de súplica, lo notarán: sentirán el movimiento hondo de la ternura involuntaria, del instinto. Para el de Corancez no existió ese movimiento. Con la precisión metódica del que siega trigo, con la tranquila fuerza del que despachurra insectos, sin temblor en la mano que empuñaba por turno la maza y el cuchillo, fué machacando cráneos, partiendo pulmones. Alguna de las víctimas se despertó, juntó las manos pidiendo compasión, se arrodilló llorando: no por eso interrumpió el padre su tarea. Como el ídolo insensible de Moloch, que recoge á las criaturas y las introduce en el horno ardiente para consumirlas, se dirá que ni tuvo oídos ni ojos. Iba á matar, y mató. Se dan casos de criminales que durante el crimen parecen embriagados de horrible frenesí, y después caen en un amodorramiento estúpido, en el marasmo de la naturaleza agotada. El de Corancez tampoco tuvo esto de humano. Rematados los cinco niños, esparcidos por suelo y paredes sus sesos y su sangre, representó la infernal comedia de herirse, para despistar á la justicia y achacarlo todo á unos ladrones imaginarios.

Este parricida es el criminal más grande entre los que hoy existen detenidos en todas las cárceles del mundo. Aumenta la magnitud de su crimen la miseria del móvil. No por pasión, ni por amor á una mujer; no por quedarse libre para contraer segundo matrimonio, se decidió Brierre á cometer el acto sin nombre. Quizás este fuese un estímulo ocasional; el verdadero motivo fué sencillamente de economía: no tener que alimentar y vestir á sus hijos; no tener esa traba, esa obligación, ese dispendio. Es un hombre que echó sus cuentas, sumó, restó, y se arregló á lo que resultaba de la resta y de la suma. El espantoso cuadro titulado *Las bocas inútiles*, que vi el año pasado en la Exposición, acudió á mi memoria. Los niñitos del labriego, bocas inútiles, ¡á suprimirlas! ¿Qué dirá de esto el autor de *Fecundidad*? O antes ó después, ello es que se suprime á los pequeñuelos...

Del hombre de Corancez la ciencia jurídica nos dice lo siguiente: que ni es un impulsivo ni un idiota; que su inteligencia no deja nada que desear; que no presenta síntoma alguno nosológico, si se exceptúa la completa ausencia de sentido moral, que no nos atrevemos á decir si es enfermedad ó locura, pero de seguro es misterio... ¡Locura! ¡Qué palabra tan difícil de acotar! ¿Quién señalará sus límites! ¿Quién precisará su carácter verdadero! En el teclado del espíritu de Brierre hay, según la expresión de un médico francés, una tecla desafinada, una sola... Y basta para desconcertarlo todo.

Una de las condiciones características de los criminales es la falta de emoción. Fríos y pálidos como el mármol se quedan ante lo más conmovedor, ante lo que debiera llegarles más adentro. Ni pestañean sus ojos, ni la sangre acelera su curso enrojeciendo las mejillas y revelando la sensibilidad. Impasibles ven el cadáver de sus víctimas. Así ha sucedido á Brierre, que desde la prisión, no cuidándose ni de salvar las apariencias manifestando algún sentimiento por el tremendo fin de cinco hijos, sólo piensa y sólo habla de su cerdo, de su avena, de su ropa, de las cosas materiales, únicas que existen para ese hombre extraño, á quien los antiguos excluirían de la humanidad. A una mujer falta de sentido moral, cuando la preguntaban por qué había coadyuvado á un robo con asesinato, respondía: «Por tener una bonita cofia...»

Lejos estamos del tipo del criminal antiguo, clásico, chorreando conciencia, trasudando remordimientos, á quien se le eriza el pelo á las altas horas de la noche, porque cree escuchar un doloroso gemido en la sombra... Este criminal de ahora, efectivo, estudiado según la naturaleza, según la realidad cruda y fuerte, no conoce más remordimientos que uno: el de no haber sabido combinar mejor el crimen, para despistar á la opinión y á la justicia. Y á veces, ni eso. Un respetable sacerdote, que ha vivido años enteros en las prisiones, el abate Moreau, confiesa lleno de tristeza que en ciertos miserables no hay medio de despertar sentimientos honrados: ni la idea cristiana, ni su propio interés. «Se inclina uno más bien á considerarles fieras con rostro humano que individuos de nuestra raza.»

La confesión es más preciosa y significativa en labios de un sacerdote, que cree en el arrepentimiento, en la gracia y en la infinita misericordia. Claro es que nadie puede limitar esta esfera divina. Hablamos de lo humano. En lo humano, fieras son, y fieras indomesticables. La ley penal, que también es obra de hombres, se atiene á esta noción, y resuelve eliminarles. Es la última palabra; eliminar. Como el organismo elimina los principios tóxicos...

A tal conclusión se ha llegado después de un siglo entero de convencionalismo é ideas caritativas acerca de la posible enmienda del criminal. Los observadores nos dicen que aun los mismos criminales eminentísimos, como el de Corancez, á pesar de su indiferencia y su embrutecimiento, aman la vida y temen á la pena de muerte, envalentonándose cuando observan que se aplica pocas veces ó se tiende á suprimirla. El efecto de la amenaza—dice Garofalo—es sensible hasta en los alienados, según notan á cada paso los médicos. Sin embargo, con esta clase de criminales, el castigo, más que preventivo, es eliminativo; la supresión de la fiera.

¿Habrá alguien que sienta piedad del padre matador de cinco hijos pequeños? Puede que sí. La compasión es inmensa como la iniquidad. En el alma humana caben la bondad y la benevolencia sin mezcla de mal, como cabe el mal puro, satánico, la capacidad entera del crimen, sin nada que lo atenúe.

Y falta nos hace en esta ocasión una Santa Teresa, que tuvo lástima hasta del diablo, para compensar la impresión de repugnancia que causa el labriego Brierre.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los lectores de estas crónicas reconocerán que no abuso de la nota feminista, que rarísima vez les hablo de las ventajas obtenidas en otros países, sin efusión de sangre, por más de la mitad del género humano (existe en el mundo mayor número de mujeres que de hombres). Y es que en España me acomete, respecto á esta cuestión, algo como acceso de pereza y fatalismo. ¡Vivimos, particularmente en esto, tan atrasados! ¡Sería tan difícultoso romper nuestra costra de incultura, modificar nuestro criterio, propiamente musulmán en cuanto se refiere á la mujer! Y al mismo tiempo, ¡por ahí fuera van las cosas tan de prisa! Ese figurín lo recibiremos aquí un día, muy bien empaquetado, de París, sin haber tenido que arrostrar hasta entonces la malignidad de la turba á quien Leopardi llamaba

> ..... gente
> sciocca, vil, cui spesso
> argomento di riso e di trastullo
> son dottrina e sopor. ..

y entre la cual figuran los ignorantes voluntarios ó involuntarios que visten levita, más de un siglo hace estigmatizados por Fray Benito Jerónimo Feijóo. (Entonces vestían chupa y casaca; no vayan á sacarme á plaza el anacronismo.)

Sin embargo, hay momentos en que lo interesante y simpático del movimiento feminista impulsa á dedicarle algunos renglones. Es la única gran conquista de la humanidad (la más trascendental, de fijo, en sus resultados y en su alcance) que se habrá obtenido pacíficamente, sin costar una lágrima ni una gota de sangre, sólo con la palabra, el libro y el instinto de justicia, que dormido desde hace tantos siglos, combatido por tantas y tan arraigadas preocupaciones, se despierta poco á poco. No hay opinión, no hay doctrina política, no hay fase de la evolución social que no se compre á precio de mil luchas, de dolores sin cuento. Muertes, incendios, explosiones, crímenes, depredaciones de todas clases encontraréis, no sólo en los anales de los partidos extremos y de las teorías consideradas utópicas, sino en los de las opiniones que más se derivan de la tradición y más alto proclaman el imperio del orden. Cuando oigo hablar de las explosiones de dinamita de los anarquistas, de las huelgas de los socialistas, ó mejor dicho, de incidentes que se producen en algunas huelgas, pregunto: Y qué, ¿los demás partidos visten túnica blanca? ¿No apelan á la fuerza para triunfar? ¿Reparan en medios? ¿Ha sido nuestra historia, en todo el pasado siglo – sin ir más lejos ni remontarnos al diluvio – otra cosa que una serie de motines, alzamientos, barricadas, bombardeos, partidas echadas al campo, deportaciones, registros domiciliarios, cárceles, horcas, fusilamientos, saqueos, incendios, embargos de bienes, talas de campos, destrucción de monumentos artísticos, desmanes por aquí y barbaridades por allá?

En la reivindicación de los derechos de la mujer, nada parecido encontraremos. Paz, calma, razón, paciencia, constancia, las únicas armas para conseguir el fin. Lento el progreso, lentísimo; en cambio, cada paso que se adelanta es prenda segura del adelanto sucesivo, del otro paso firme. Como los viajeros alpinistas, que necesitan abrir en la roca el hueco para colocar el pie, pero acaban por llegar á la cumbre y plantar en ella su bandera, los defensores del derecho de la mujer avanzan solitarios, jamás cansados, aprovechando las mismas asperezas para ganar terreno y culminar su obra verdaderamente redentora. Y digo los defensores y no las defensoras, porque, para que todo sea hermoso en este movimiento, hasta son varones los que en primer término se consagran á él. El hombre es más ilustrado y más fuerte: le corresponde el puesto de abanderado. En España, para una mujer que como doña María de Zayas proteste de la sujeción de su sexo, hay tres ó cuatro hombres eminentes que hablan más alto en favor de la causa feminista. En los primeros siglos de la iglesia (época de mujeres extraordinarias, no sólo por la piedad, sino *por la cultura*) se alzó en favor de la mujer la voz atronadora y prestigiosa de San Jerónimo.

Como ha de decirse la verdad, tengo que confesar que el gran impulso á favor de la mujer lo dan, en todos los países, los socialistas. Empresa tan justa se la ha dejado á su cargo la burguesía, empeñada en sostener el sentido del derecho romano y la consiguiente esclavitud de la mujer. Hay cosas tan evidentes para quien las mira sólo á la luz de la equidad, que es maravilloso que existan varias maneras de entenderlas y juzgarlas. ¿Por qué la burguesía se ha obstinado en privar de derechos políticos y de bastantes derechos civiles á la mujer, elemento esencialmente conservador, apegado como ninguno á la propiedad particular é individual, á la herencia, á la estabilidad social? ¿Por qué ha preferido tener á su lado una odalisca ó un ama de llaves, á una auxiliar inestimable, constante, tenaz y segura? ¿Por qué la ha puesto en el caso de esperar su emancipación de los partidos colectivistas, de una nueva organización de la sociedad, de una aspiración nueva?

En efecto, la burguesía, que hizo las revoluciones políticas, no las hizo sino para el varón: á la mujer se puede afirmar que en vez de aprovecharla, la perjudicaron; antes de ellas no era tan inferior al hombre. Un marido del siglo XVIII, sin derechos políticos, se encontraba más cerca de su esposa que el burgués elector y elegible del siglo XIX. Hoy, él ha andado, ella no se ha movido; distancia incalculable los separa. Los derechos políticos influyen en los derechos civiles; en nuestra organización presente, la política ejerce coacción sobre todo. La condición de la mujer contemporánea se resiente – hasta qué punto, lo han dicho con lógica inflexible Stuart Mill y tantos otros – de la anomalía creada por los acontecimientos que engrandecieron al hombre y dejaron á la mujer en su reducida esfera de acción, en su rincón de Cenicienta. Sólo la revolución económica, iniciada desde mediados del siglo, lleva en su programa la igualdad. Fenómeno tan significativo que debiera hacer reflexionar á los estadistas – si son dignos de este nombre.

Verdad es que en el terreno económico, ¿cuándo ha existido la desigualdad entre los sexos? El cuadro es antiguo ya: la mujer ha trabajado siempre; las labores más duras, más penosas, nunca se le han vedado en nombre de la debilidad y delicadeza de su organismo. En el muelle suele presenciarse una escena curiosa. Cuando llega el momento de la descarga de los barcos, se oye por todas partes resonar este grito: «¡Eh, aquí las mujeres!» Y un hato de ellas, descalzas, en pernetas, desgreñadas, curtidas por el sol, el aire y la ruda faena, se precipitan, disputándose el saco de carbón ó de cal, la barrica de aguardiente, el fardo aplastante que les valdrá unos cuantos reales de ganancia. «¡Eh, aquí las mujeres!» ¡Qué contraste entre el grito que llama á las miserables á sudar y reventarse, y el grito contrario «¡Eh, fuera las mujeres!,» que cierra á la mitad del género humano todos los caminos por donde se va á obtener un puesto decoroso, lucrativo, honorífico, algo que sea provecho y ventaja, lo que el burgués se ha reservado para sí, gruñendo y rabiando como el perro cuando tiene un hueso y teme que se lo disputen!

Yo he visto á las mujeres, en mi tierra, segando, cavando, cargando el carro, pisando el *tojo*, juntando el estiércol, trabajando en obras públicas chapuzadas en agua hasta el muslo, partiendo piedra, sin que nadie les preguntase si estaban encintas ó lactando – particularidad que tanto preocupa á los que se aterrorizan ante la hipótesis de que una *diputada* llevase en su seno un animado germen de humanidad. – Yo las he visto haciendo oficios de mozos de cordel en las estaciones, porteando bultos; yo las he visto (no digan que es hipérbole) ayudando á tirar de una carreta. Todo esto pueden hacerlo con libertad absoluta, y ni se hunde el firmamento ni tiemblan las esferas interrumpiendo su armonioso giro. Lo que haría rasgarse el velo del templo y abrirse en los peñascos cada grieta atroz, sería que una mujer se sentase en una oficina á despachar expedientes, ó en la sala de sesiones de un ayuntamiento á deliberar, como sucede ahora en el Estado de Kansas. Porque es harto sabido que estas funciones las desempeña el hombre con tal puntualidad, actividad, legalidad y maestría, que no acertaría la mujer de substituirle ni el espacio de una hora.

Las anteriores digresiones – ya es tiempo de declararlo – me las ha sugerido la lectura de un periódico extranjero, donde veo que la mujer va á formar parte del Jurado, en Francia; la idea ha sido bien recibida y prosperará. Esto que llaman algunos penalistas *extravagante institución del Jurado* y que yo ahora ni defiendo ni examino, ó no es nada, ó es la intervención de la opinión y del sentimiento público en la administración de justicia. Existiendo el Jurado, funcionando normalmente, ¿cómo se puede excluir de él á la mujer? Hay delitos y cúmenes que el hombre, por instinto y sin mala intención, juzga apasionadamente siempre, porque afectan al sexo, á los privilegios que el varón se arroga, á sus preocupaciones hereditarias y emocionales. Hace falta oír á la otra parte; es necesario que tenga voz y voto la mujer.

La mujer no hace las leyes, ni puede siquiera designar al que ha de hacerlas; pero las sufre de lleno, sin atenuaciones; la penalidad es para ella igual en todo caso y mayor en algunos que para el varón. Así se entiende la justicia. Sí, tienen razón los propagandistas de la vecina república: en el Jurado hace falta, mucha falta, la representación de medio género humano, hasta hoy juzgado, sentenciado, ejecutado por el otro medio. ¿Seríamos los españoles, que hemos tenido una penalista, una jurista como doña Concepción Arenal, los llamados á asombrarnos de la innovación?

También va ganando terreno la idea de combatir el infanticidio habilitando muchas casas de maternidad donde con absoluta reserva y gratuitamente sean recibidas todas las mujeres que se vean en el caso de tener que ocultar su desventura, fruto de una falta que no fueron ellas solas á cometer... La causa de esta medida tan caritativa como racional es el temor que infunde á pensadores y patriotas la despoblación de Francia. Procurando que se salven esos niños infelices que á veces la desesperación de las madres arroja á un pudridero, Francia acrecentará la falange de hijos naturales de la cual procedieron los d' Alembert, los Dumas y los Jorge Sand. La bastardía, en la historia, presenta contingente bastante lucido. Entre los bastardos abundan las criaturas robustas, aptas y vivaces – siempre que las angustias y ocultaciones de la madre no les originen enfermedades ó debilidades congénitas. – La cristiana institución de esas casas de maternidad evitará á muchos seres humanos las lacras y miserias fisiológicas que Sorolla retrató en su lienzo *Triste herencia*. Es lo menos que puede hacer una sociedad algo civilizada por los que sin delito nacen afectados de una irregularidad y bajo el peso de una humillación.

¡Todavía se discute si estamos en el año 1901 ó en el 1902! Acabo de recibir un folletito, obra de don Pedro Pablo Blanco, que defiende á capa y espada la hipótesis de que el siglo empezó el 1.º de enero del año anterior, ya apenas me atrevo á decir qué fecha tenía. En efecto, soy tan torpe para estas cuestiones en que median números, que casi prefiero decirle al Sr. Blanco que tiene razón. Y eso que creo firmemente que no la tiene. Para mí es una discusión de palabras: el Sr. Blanco quiere que el año no exista mientras no haya transcurrido: yo diría al revés; que así que ha transcurrido es cuando ya no existe, y que sólo mientras está en curso tiene existencia (¡real ó imaginaria?, vaya usted á saberlo: esto del concepto del tiempo es un hondo problema filosófico). Afirma también que un año no es año desde que empieza, sino hasta que acaba; y en mi humilde opinión sí lo es, como el día y la hora, al menos ideológica y abstractamente, pues si vamos á encerrar estas cosas en la realidad concreta, se nos escapan.

El tiempo, forma de la intuición sensible, ¿cómo se mide? De un modo convencional. Pero admitida esa convención, no puedo avenirme á que, si una decena empieza á contarse por el *uno*, resulte que no contiene diez unidades, sino nueve. El uno es el uno, el dos el dos... y de aquí no me apeo. Será que me falta la cabilla de las matemáticas. Me falta, corriente; pero la razón (que es la base de las matemáticas mismas) me dice á voces que 10 son 10 y no 9. Y que el cero á la izquierda no es nada, absolutamente nada (excepto en política, donde á veces no dejan de representar cantidad positiva los ceros á la izquierda).

En resumen: no sabemos en qué siglo estamos; no sabemos (desde la reforma del horario) en qué hora vivimos; y á poco que pensemos en esta incertidumbre, se nos va á levantar una jaqueca fenomenal, y vamos á ser de la opinión de aquellos que maldicen de los relojes, porque echan á perder todos los gustos. Repito que estoy muy dispuesta – por no discutir ni calentarme los cascos – á pasar por cuanto el señor Blanco quiera y disponga, y á fechar: Junio de 1902... ó lo que me manden, como aquel cortesano que, preguntándole el rey la hora, exclamaba: «¡La hora que V. M. guste.»

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ENSALADILLA

Vuelvo de Orense con el alma llena de infinita gratitud, con provisión de consuelo y de alegría para mucho tiempo. Esta vocación literaria mía, que no ha dejado de costarme desazones y luchas, me ha valido también, en justa recompensa, horas y días inolvidables. ¿Qué más se puede pedir? Todo lo que es combate se cifra en la esperanza de una victoria, doblemente deseada y saboreada si vence por nosotros y con nosotros una idea que vale más que nosotros valemos. Yo, cuando llegue el momento de colgar las armas y desceñir el arnés; cuando tenga que retirarme á la sombra de los árboles ó á sombra más obscura aún, no podré decir que no he recogido el fruto espiritual abundante y sazonado. Y no se me reprenda este pequeño desahogo personal, que las fiestas de Orense *vida contemporánea* son, y de ellas podría decir mucho en esta crónica, si justamente no me lo estorbase el pudor de hablar de cosa propia, de algo que me toca tan de cerca y tanto me honra. Ni una palabra más acerca del radiante viaje ayer terminado; á pesar de mi costumbre de enterar á los lectores de La Ilustración Artística de mis correrías y excursiones por España y por fuera de España, esta vez prescindo de toda nota pintoresca.

Ya están abiertas las Cortes. ¡Fuego de Dios con las Cortes y el calor que en ellas hace! No comprendo por qué siempre se convocan las Cortes en el rigor del verano, lo mismo que si se aspirase á que los padres de la patria no salgan con vida de la empresa.

Cuando digo que se convocan las Cortes en el rigor del verano, cometo una inexactitud: muchas veces se convocaron con tiempo fresco, pero se prorrogaron hasta los meses más crueles. Las de 1850, en ese particular, anduvieron gobernadas por mano acertada en graduar temperaturas. Abriéronse en octubre. Algunas otras, como las de 61, 62, 64, en noviembre y diciembre. Pero desde 1880 acá, noto la tendencia á abrirlas en marzo, abril, mayo y junio, que es tanto como sentenciar al horno de Babilonia á los que han de reñir la parlamentaria batalla.

Muy desacreditado está el sistema. No lo está aquí tan sólo: en muchas naciones latinas, sobre todo latinas, corren malos vientos para él. Sin embargo, no se ha descubierto, hasta la fecha, cosa mejor. La reunión y la deliberación por medio de la palabra las encontraremos en el origen mismo de la vida de los pueblos, en los países primitivos, en la pipa ó *calumet* del gran consejo indio, en la asamblea de los ancianos de Israel, en la *Ilíada*, donde, en momentos de peligro, vemos cómo se juntan y deliberan los jefes, en forma realmente parlamentaria. Milton otorga al parlamentarismo más rancio abolengo; en el Infierno nos describe las sesiones de un parlamento de demonios.

Enormes son sin duda los defectos de que adolece la institución; de seguro está tan enferma como las demás, como lo está en España todo; y no obstante, sería difícil reemplazarla: no se ve el medio. Es el parlamentarismo una de las muchas cosas que aquí no pecan por esencia, sino por cúmulo de accidentes que han llegado á viciar ó á encubrir lo esencial mismo. ¿Se le ha ocurrido á nadie pensar lo que serían, lo que podrían ser unas Cortes sinceras, unas Cortes elegidas libremente por la nación, sin coacciones, sin influencias, sin amaños, sin ese encasillado que se parece al *tchin tchin* del mandarinato en los países sujetos al látigo y á lo inflexible de la jerarquía? ¿Existiría espectáculo más hermoso? ¿Qué no saldría de ahí? ¿No encontraríamos, en esa reunión de hombres verdaderamente delegados por España, el fondo de nuestra alma y de nuestra voluntad?

Hay quien dice y asegura que para cumplir este prodigio, no bastaría que el gobierno tuviese un arranque de sinceridad y abnegación y prescindiese de gobernadores, caciques y auxiliares de todo género. Es más: hay quien cree que ni por quererlo y ordenarlo el gobierno se conseguiría. Así como un ratón mecánico, después de haberle dado cuerda, marcha él solito, el país tiene cuerda de obediencia y sólo haría las elecciones á gusto del poder... ó no las haría, se retraería, se quedaría en su casa, y el día solemne de las elecciones nos encontraríamos sin diputados, artículo, como nadie ignora, de primera necesidad.

Al abrirse las Cortes los espectáculos se cierran. Queda Madrid entregado á las diversiones propias del verano; diversiones de botijo, estoy por llamar á esas óperas baratas, esos teatrillos sin consecuencias, esos jardines agradables, frescos, insípidos, donde casi no hay flores y en vez del rumor de los árboles movidos por el viento, se oye una orquesta. ¿No habéis notado el aspecto triste de las grandes poblaciones en tiempo de verano? Por ahora aún conserva Madrid su alegre fisonomía de primavera: el riego refresca sus *squares*, las horchaterías tienen parroquianos y parroquianas elegantes, el paseo ofrece, entre el remolino de los coches que ruedan suavemente por la tierra húmeda, el cuadro variado de las modas de estío, de los atrevidos sombreros de estación, de los colores claros de la ropa; pero esto poco va á durar: dentro de un mes, así que el sol de julio derrame sus olas de fuego, la Castellana y el Retiro empezarán á despoblarse, las calles á quedarse medio desiertas, las tiendas á no vender, los puestos de horchata y limón á instalarse en mitad de la acera, apoderados de la esquina, y la gente á recluirse entre cuatro paredes, hasta la hora del anochecer, en que se atrevan á respirar un poco, en sillas á la puerta de casa, ó al pie de las fuentes, al regalo de la humedad del agua fluyente y viva. Alguien ha descrito la tristeza propia de los países de nieblas y fríos; ¡cuánto más aburrido es un pueblo donde hace tanto calor y que se queda vacío casi por completo, desierto y habitado, con gente y sin personas!

Los crímenes continúan á la orden del día. Crímenes pasionales, crímenes acompañados de robo: poca variedad, poca amenidad en este aspecto de la crónica. Cuando leo en un periódico «Horrible crimen,» de antemano podría relatar lo que sigue. La variedad más frecuente es esta. Un obrero – hojalatero, zapatero, vidriero, ya se recordará la enumeración de *La verbena de la Paloma* – tiene relaciones con una muchacha (que siempre fué honra.) La muchacha, ó porque su amartelado galán le pega, ó porque acostumbra estar beodo, ó porque tiene sus queridas, ó por cualquier otra frusleria del mismo jaez, determina romper y no acordarse más del santo del nombre de aquel individuo. Él no está conforme: desea continuar. Ella le significa su resolución: él se lamenta, se mesa los cabellos, profiere imprecaciones sordas y reniega de su indecente suerte. Ella, firme que firme. Pasan dos meses ó tres. La muchacha, aburrida de coser ó de fregar, decide asistir á un baile ó darse una vuelta por la plazuela. El ex novio la sigue allí, y apenas le echa la vista encima, la apremia para reanudar. Niégase la chica por última vez; el galán saca un revólver ó empalma una faca de grandes dimensiones y la clava con insistencia en la región H ó B del cuerpo de la desdichada. Cae ella, sin proferir un grito, en un charco de sangre: él la besa; se entrega á los guardias; le juzgan; el defensor le pinta como un Otelo forrado en Wérther; el tribunal le aplica cuatro ó seis años, si no le absuelve... y aquí no ha pasado nada, señores.

Porque la lenidad con esta clase de crímenes es grande. Sale bastante barato dar muerte á una mujer. Sería conveniente que costase algo más: tal vez así lo pensarían mejor los celosos y los apasionados. La palabra *pasión* se toma aquí en un sentido vago y falso, como antes se tomaba la palabra *honor*. Tal *pasión* es sólo capricho, sensualidad, vanidad mortificada. Para discernir cuál es pasión verdadera, si el asesino era realmente un maniático de pasión ó es sólo un violento que satisface su inclinación á la violencia, debiera averiguarse cuidadosamente la vida anterior, el comportamiento, el cómo se hubo siempre el matador con la víctima. Si el supuesto loco de amor es un vicioso, un mujeriego infiel, uno de los muchos que maltratan á la infeliz á quien acabarán por asesinar, la severidad de los jueces debería apoyarse en estos datos, la pena debería ser fuerte y máxima.

Unos delincuentes á quienes yo absolvería son los gitanos estafadores por el procedimiento de la buenaventura. ¿Absolver he dicho? Estoy por añadir que les daría un premio. Como que les encuentro donaire, gracia y garabato, mientras los estafados me parecen unos majaderos merecedores de eso y mucho más. Si les sacan el dinero, bien empleado: ¿quién les manda ser idiotas y supersticiosos?

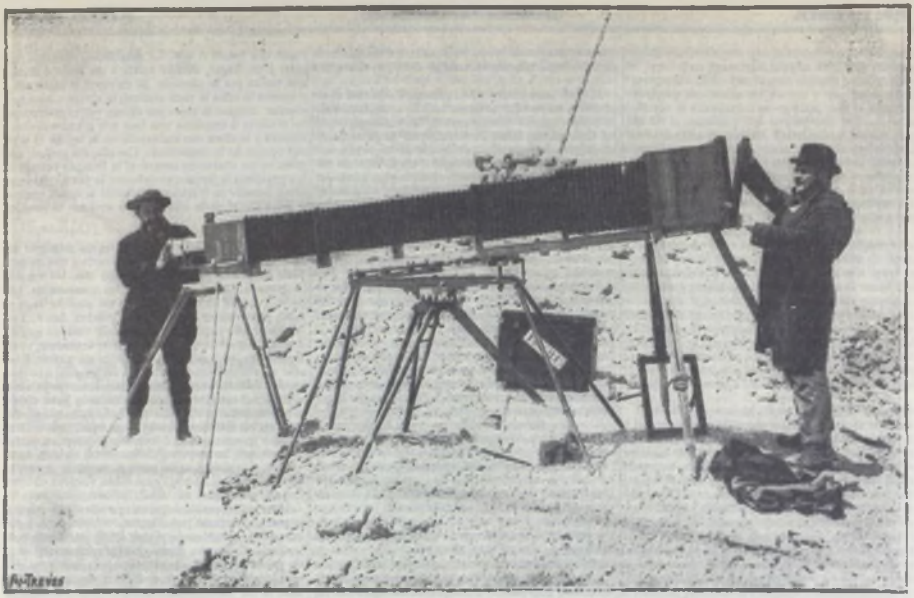
Véase, por ejemplo, lo que estos días ocurre á una Menegilda llamada Josefa Varela. Remitió ésta á una hermana suya una cantidad de dinero, y en la duda de si lo había ó no lo había recibido, quiso consultar el horóscopo de la cartomancia, que para tales casos es lo indicado y seguro. Dos gitanas tan listas como ella era simple, la llevaron á casa de otra egipcia, la cual, mediante treinta y cinco céntimos – el precio de una cajetilla de cigarros – la sacó de dudas echando las cartas y declarando no recibido el dinero. Al mismo tiempo, la anunció un premio á la lotería, y consiguió que la doméstica entregase, para lograr el anunciado premio, todos sus ahorros, un reloj con su cadena y una falda. Y hubiese traído el redaño, si se lo piden. ¿Castigar á las gitanas? Mejor fuera sentenciar á la incauta, para escarmiento de otros incautos, á llevar una albarda los días de fiesta.

El vizconde de Irueste, persona muy conocida en la sociedad madrileña, y que acaba de morir de un ataque al corazón, es una nueva y tardía víctima de aquel terrible descarrilamiento del Sur Expreso que yo anuncié en una de mis primeras crónicas de la Exposición universal. ¡Como que no podía menos de suceder, dado el estado de la vía entre Bayona y Burdeos! Pocos días después de mi predicción (fácil era profetizar lo que saltaba á los ojos) ocurrió la catástrofe. El vizconde salió ileso, según los periódicos anunciaban. Ileso, sí; pero como las personas á quienes hiere el rayo, que se mantienen en pie algún tiempo, en virtud de extraña y misteriosa fuerza, y de súbito caen para no levantarse más. No era sin embargo el vizconde hombre de ánimo apocado ni de condición asustadiza: al contrario, pasaba por espadachín y pendenciero, dedicábase á atrevidos *sports*, y una de las muchas veces que tuve el gusto de hablar con él, vestía la casaca roja del *gentlemen rider* y venía de correr liebres en la Venta de la Rubia con la infanta Isabel, que tampoco peca de medrosa y sedentaria. Pero ¿quién ignora que en esto del valor existen anomalías singulares? ¿Quién desconoce que el estado del ánimo, la hora, el sitio, las circunstancias, determinan la impresión y la hacen á veces profunda y mortal?

El vizconde de Irueste quedó herido de muerte al presenciar el espantoso descarrilamiento. El cuadro de horror que le rodeaba le hizo tal efecto, que no pudo resistirlo su organismo. En la fuerza de la edad, lleno de vida, le mató una impresión más moral que física, aunque físicamente también el sacudimiento no sería flojo. Y he aquí un caso en que parece difícil aplicar las leyes referentes á indemnizaciones, por siniestros, en las compañías ferroviarias.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid



"Fig. 1.– Aparato telefotográfico Gargiolli, instalado en el Monte Mario"

"Bicicleta de familia" Ambas ilustraciones de 1896, n.º 768, p. 638.

Ayuntamiento de Madrid

"El 'Ping-pong,' nuevo juego de moda en Inglaterra, dibujo de Frank Craig." 1901, n.º 1.017, p. 422.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOBRE ASCUAS

¡Cuánto siento que sea tan escabrosa la inaudita novela que estos días se ha divulgado en la prensa y que tiene por escenario de sus más sorprendentes capítulos mi pueblo natal! Si no mediase la dificultad que crea la índole del asunto – dificultad casi insuperable cuando se escribe para una publicación que ha de penetrar en las familias, aunque también penetran los periódicos diarios y á fe que no se andan con melindres ni se muerden la lengua, – pocos relatos serían más interesantes que el relato circunstanciado de este caso peregrino, ¿qué digo peregrino?, nunca visto ni oído, que yo sepa, pues no recuerdo nada parecido en los anales de la historia.

Sólo un episodio de la vida de Domicio Enobardo Nerón, en el paroxismo de su época delirante, puede asimilarse al suceso de la Coruña. Ni me atrevo á recordar este episodio, ni á establecer las comparaciones que se atropellan bajo la pluma. Hay, sin embargo, en el caso especialísimo á que aludo tantos aspectos diferentes, que por alguno de ellos se le puede considerar sin faltar á ningún respeto, sin temor de que se escandalice nadie. Una publicación también muy acreditada en el hogar y muy mirada en lo que inserta, *La Ilustración Española y Americana*, dió cabida, ó por mejor decir, encargó al sabio escritor D. Antonio Sánchez Moguel un estudio biográfico de la famosa Catalina de Erauso, conocida por el clásico sobrenombre de *La monja alférez*. A la biografía acompañaba el retrato, que representa á la monja armada con coraza, y muestra la forma de su cuerpo, raso y ancho como el pecho de un hombre. La fisonomía de la mujer, aunque imberbe, también es viril; sus facciones, duras y acentuadas, cual corresponde á la aventurera y belicosa hembra que se escapó de su convento por el gusto de andar en batallas, pendencias, quimeras y desafíos, y que en tantos años de vida soldadesca, de frecuentar garitos y dar y recibir cuchilladas, siempre logró engañar acerca de su sexo, y que se la tuviese, no sólo por varón, sino por varón de los más matones y desalmados, de los que por quítame allá esas pajas esgrimían la daga y el estoque y enviaban á un cristiano al otro mundo.

Ahora bien: la ya semi-célebre Elisa Sánchez Loriga, maestra de escuela de Calo, es, como la *monja alférez*, una equivocación de la naturaleza, que al darle figura masculina le dió en grado igual el ansia de parecer hombre y de realizar, para conseguirlo, los mayores extremos. La destreza y resolución con que urdió la maraña para soltar, por decirlo así, la personalidad femenina, y adquirir *legalmente* la condición varonil, revelan inteligencia nada común y son materia de asombro para el novelista, que apenas acertaría á idear enredo semejante. Nadie ignora que las trabas legales nos sujetan y envuelven en su tupida red al individuo, ahogándole. Para el acto más insignificante é inocente que se pretenda llevar á cabo, para cualquier relación civil ó familiar, para cobrar la pensión modesta de un retiro, para vender, enajenar, comprar, ¡para recoger un certificado del correo!, hace falta llenar requisitos que embarazan la acción y obligan á ir, como suele decirse, de Herodes para Pilatos, zarandeando documentos y exhibiendo comprobantes. Max Nordau consagra largas páginas, en sus *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, á explicar y deplorar el trabajo que le cuesta á un individuo en la sociedad moderna probar una cosa evidente: que ha nacido. – Esto de «sacar los papeles» no lo consigue á dos por tres aun el que los tiene claros como el agua y no se propone ser más de lo que es, ni aspira á cambiar de estado civil y convertirse en *otro*. ¿Qué maña, qué arte no habrá tenido que poner en juego Elisa, decidida á dejar de ser tal Elisa, é *inventar*, dentro de la ley y con todas las circunstancias exigidas, un personaje imaginario, un Mario Sánchez Loriga, que contrae matrimonio canónica, civil y jurídicamente?

A fin de lograr sus propósitos, Elisa representó á la perfección, según se desprende de las noticias de la prensa, el papel de neófito, cristiano y católico, de súbdito inglés que no ha sido bautizado. Con el bautizo obtuvo la partida de bautismo; con la partida de bautismo, el certificado de soltería; por la nacionalidad inglesa, resultó libre de quintas; ya tenemos la base de la unión conyugal. Y contraído el matrimonio, ante el párroco y el juez; corridas las amonestaciones á su tiempo; hecho todo como lo pide la ley, sin faltar una tilde, ¿cualquiera duda de que ese muchacho alto, esbelto, huesudo, que fuma, que escupe por el colmillo, que anda con desembarazo, no es un varón indiscutible, probado, auténtico, investido de todos los derechos políticos y civiles de que disfruta el varón dentro de nuestra organización social?

Declaro que, para conseguir esta transmigración de hembra á hombre – lo único, según fama, que no cabe en las atribuciones del Parlamento inglés, – se necesita una habilidad extraordinaria, y que quien la ha realizado, cualesquiera que sean sus fines, no es un ser vulgar.

Muchas fueron, y respetables y expertas y constituídas en autoridades diferentes, las personas á quienes engañó diestramente esta notable mujer, capaz de competir, si hubiese nacido en otro siglo, con el famoso caballero ó *caballera* de Eon, que apenas ha cesado de ser un enigma histórico. Este personaje hizo lo contrario que Elisa Sánchez Loriga: siendo hombre, se envolvió en la piel de una mujer, y pasó por mujer siempre que convino á sus negociaciones políticas y diplomáticas. Era capitán de dragones, que parece lo más opuesto á llevar faldas; pero necesitó entrar en la corte de Rusia, aproximarse á la zarina Isabel, para apoyar las pretensiones del príncipe de Conti á la corona de Polonia, y cátate á mi caballero Carlos de Eon de Beaumont disfrazado de mujer y convertido en lectora de la emperatriz. Poco después recobró su sexo, figuró como *hermano de sí mismo* (otro tanto hizo Elisa Sánchez Loriga) y fué secretario de la Embajada, para perder á Bestucheff y servir diplomáticamente á Francia, aprovechando las ventajas del tratado de Versalles. Después de esta etapa, el caballero de Eon se batió firme y duro en Ostervich, en Utrecht, en varios lances y empeños donde probó su corazón animoso. Cuando dejó la espada fué para volver á la diplomacia, en la cual pocos han mostrado tan maravillosas aptitudes: representó á Francia en Londres, y de puro leal y útil que se hacía al rey, empeñáronse los cortesanos en derrocarle, y lo consiguieron. El arma que con más fortuna y empeño manejaron contra él, era un arma singular: sostenían, á pulso cerrado, que el caballero de Eon, cuando fué en Rusia *lectora* de la emperatriz, no estaba disfrazado; que aquel era su verdadero sexo; que era mujer, en una palabra.

Y este punto se discutió y se ventiló con interés tal, se debatió con tanto calor, que en Londres, tierra prometida de las apuestas, se apostaron fuertes sumas; se crearon (¡increíble parece!) compañías que emitieron acciones en pro y en contra, y varias veces fué objeto el caballero de tentativas de rapto, de las cuales hubiese sido víctima, á no valerle sus puños y su espada de militar aguerrido. La consecuencia de estos sucesos, extraordinaria, rarísima, es uno de esos hechos históricos que tienen difícil explicación. Muerto Luis XV, protector decidido del caballero, y habiendo éste pasado á Francia para arreglar asuntos propios, como se presentase en Versalles con su uniforme de capitán de dragones, la reina María Antonieta ordenó que se retirase á su casa y no volviese á ponérsele delante sino con traje de mujer. Podría esto ser un capricho, una genialidad de la entonces joven y alegre reina, que en todo buscaba distracciones; pero cabe dudarlo, cabe pensar en alguna otra razón, al ver que el gobierno, al mismo tiempo, ordenó al caballero de Eon que usase siempre las vestiduras femeniles. Esta orden era cosa resuelta y decidida de antemano; ya varias veces el caballero había desistido de volver á Francia, sabedor de que, al llegar allí, le esperaba el castigo de vestir de mujer constantemente. Por cierto que consideró muy de los muchos abusos del poder del Estado la prescripción del traje. En no ofendiendo al pudor, ¿por qué no se ha de vestir cada cual como mejor le plazca?

Y el caballero de Eon – que tenía cincuenta años y debía de ser un filósofo á su manera, de seguro un sujeto de inteligencia vivísima – se avino, de repente, al capricho de la suerte que se obstinaba en hacerle pasar por mujer, se calzó los chapines, adoptó los *panieri* rameados, los altos peinados y las graciosas cofias de la moda María Antonieta, dejó colgar los tirabuzones hasta el *fichú*, y firmó siempre, con humorístico orgullo, «La caballera de Eon de Beaumont.» Mujer me quieren – debió decirse – pues mujer me soy. Los acontecimientos le vengaron de la afrenta, si afrenta existía; la Revolución sobrevino; la cabeza de la austriaca, la altiva cabeza, rodó al cesto del verdugo; y el antiguo capitán de dragones, seguro en la emigración bajo sus atavíos femeniles, sólo introdujo una modificación: en vez de «la caballera» se llamó «la ciudadana.»

Hubo, sin embargo, momentos en que los hábitos del otro sexo se le hicieron pesados de llevar, y hay que decirlo en honra del caballero de Eon: fué cuando Francia tuvo que combatir al extranjero. Alegando sus proezas, sus heridas, su limpia historia militar, pidió volver al ejército al estallar la guerra entre Inglaterra y Francia. La contestación fué encerrarle en un castillo. Aunque menos severamente, con igual desdén le trataron la Convención y el primer cónsul, ante quienes renovó quince ó veinte años después la misma demanda. Resignado, se conformó á vivir obscuramente en Londres, y el que todos se empeñaban en recluir en la más estrecha y dura prisión, que es la prisión de unas faldas, se ganó la vida con el viril oficio de dar lecciones de esgrima, porque el caballero era un espadachín consumado.

Pues bien, insisto en ello: ni el caballero de Eon, ni aquella doña Feliciana Enríquez de Guzmán, que se disfrazó de hombre para seguir al campamento al galán de quien estaba enamorada, le ponen la ceniza en la frente á la maestra de escuela de Calo, con su *completo* de paño obscuro, su corbata torera, su sombrero flexible y su tipo de muchacho. Y es cuanto puedo decir sobre esta novela digna del folletín, sobre este suceso digno de la atención de Lombroso, Garofalo y Tardieu, de los juristas, de los psicópatas, de los que estudian y ahondan, con la severidad y dignidad propias de la ciencia, los misterios del corazón humano, selva obscura, que dijo la Sabiduría.

En toda la península se corea el Rosario de la Aurora: las procesiones acaban á farolazos, ó á garrotazos, para hablar con exactitud. Pensar que cuando tanto nos convenía ocuparnos de instrucción pública, de hidráulica, de administración, de sociología, de las doscientas cosas que andan aquí raso por corriente, porque no existen, nos entregamos exclusivamente á discutir *con la acción* lo que no es discutible, porque es del fuero de la conciencia y cada cual lo resuelve sin coacción posible; pensar que andamos todavía como en el siglo XVII, enzarzados en esa lucha religiosa que nos fué tan funesta; pensar que esto ya casi no sucede sino aquí, que tenemos el triste privilegio de ser los únicos en Europa que representan el tercer acto de *Hugonotes* y se preparan á representar el cuarto con el aparato que su argumento requiere..., es para darse á Barrabás... lo cual también, dirán algunos, es, en cierto modo, tomar partido en esta antipatriótica querella.

A golpes de enseñanza, de universidades, de cultura, me gustaría que luchasen aquí los pro-cleri y anti-cleri que andan á trastazo limpio. Pero, como decía el gitano del cuento, ¡ya verá usted cómo no viene! Y puede que venga lo de antes, lo de siempre, las tan acreditadas partidillas... Desangrado y desmedrado cuerpo de España, ¡cuándo dejarás de servir de mesa de anfiteatro y redondel de toros!

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los enigmas que más despiertan mi curiosidad, es averiguar cómo viven los fotógrafos de oficio, ahora que tanto ha cundido y se ha esparcido la moda y la costumbre de las fotografías de afición. Verdad es que estas fotografías tienen para mí un nombre especial: las llamo *fotografías invisibles*, en vez de *instantáneas*, como suele llamarles la gente. Invisible es lo que no puede verse, y rarísimo caso es que se vean los resultados del trabajo de los fotógrafos de afición. Siempre ha de suceder una calamidad: ó se rompe la placa, ó se agua el clisé, ó se borra, ó sale con viruelas, ó queda allí, en un rincón, guardado, sin revelar, por los siglos de los siglos. Y generalmente es esto lo mejor de cuanto puede sucederle á la víctima de tal género de fotografías. Porque si llega el caso de que las revelen y las trasladen al papel, las exclamaciones son unánimes. «Pero ¿qué es esto? ¿Cómo hemos salido? ¿Soy yo así? ¡Jesús, hija, cómo te han puesto! ¡Pero qué atrocidad! ¿Quiénes son esas? ¡Si parecemos fieras! ¡Si parecemos monstruos! ¡Ay, yo estoy negra! ¡Anda, si parezco la abuelita!» Etcétera, etcétera.

⁂

En las vocaciones de aficionados, suele correr parejas el entusiasmo que siente el que las ejercita, con la severidad y la risa del público. Esta regla no se desmiente en los fotógrafos de afición. Llega á adquirir en ellos caracteres de manía el afán de rivalizar con los Nadar y los Franzen. No viven sino para la maquinilla y las películas. Por tomar instantáneas, las toman de las cosas más insignificantes, vulgares y baladíes, como aquellos discípulos y neófitos del naturalismo que lo describían todo sin examen ni discernimiento, y hacían el inventario de los objetos contenidos en una alacena, sin perdonar lo más mínimo. Los fotógrafos de afición «sacan» un árbol, una casucha, una fregona, un cerdo, y he visto yo, en la colección de placas de un aficionado, seis que reproducían una misma garita, delante de la misma pared rasa y desnuda de un mismo cuartel.

⁂

No hablemos de los destrozos que «la afición» causa en la ropa. Con los ácidos y las preparaciones químicas se estropean las manos y los trajes. La piel de las manos vuelve á salir; pero el paño y la tela no se restauran, y esta es una de las razones por que las madres de familia abominan de los adelantos científicos que han puesto la fotografía al alcance de todos. Hay aficionados, no cabe negarlo, tan diestros como los del oficio. Insisto en decir que lo que más los diferencia, es la *invisibilidad*. Como al fotógrafo le vale dinero enviar las pruebas y las copias, las envía. Como al aficionado le cuesta dinero la misma operación, rehuye hacerla – acaso la pereza tenga en esto tanta parte como la economía. – Yo en esto hablo por experiencia. Pasarán de mil las veces que he sido blanco del objetivo de esas maquinillas más ó menos portátiles. Pasarán de quinientas las promesas solemnes de enviar «inmediatamente» la prueba. No llegarán á diez los que llenaron este compromiso, espontáneamente contraído. Y de esos diez caballeros de la Tabla Redonda, sólo cinco presentaron «productos» que se pueden mirar sin horror.

⁂

Debiéramos aceptar una forma de la solidaridad: todo el que sea blanco de una maquinilla, debería soltar una peseta para contribuir á los gastos del aficionado, obligándole así, de un modo delicado é indirecto, á rematar la suerte. Yo he observado que la mayoría de estos fotógrafos de afición son mozalbetes á quienes el bozo no les ha salido, y que, por lo tanto, suelen tener quien les riña si derrochan. Ayudándoles el público, se facilitaría su situación en el seno de la familia, y todos saldríamos ganando; porque, sin poderlo remediar, cuando nos retratan tenemos la curiosidad de nuestra propia estampa, el afán de ver lo que dice la implacable fotografía – ese instinto que mueve á detenerse cuando cruzamos por delante de un espejo, y en el cual no tiene tanta parte la vanidad como la especie de sugestión que ejerce el *yo* sobre sí mismo.

⁂

En esto de los retratos es donde más clara aparece la psicología del *yo*, los misterios de la humana vanidad. Todo retratista tiene ocasión de estudiar á fondo la miseria del hombre. (Y de la mujer, por supuesto). Estoy escribiendo una novela, la historia de un célebre retratista que murió joven, y acuden á mí en tropel los recuerdos de las revelaciones de aquel artista malogrado, que recogía diariamente más documentos humanos de los que podía necesitar ningún Zola (de antaño) ni ningún Flaubert, para realizar sus duros análisis. Pero, sin necesidad de evocar memorias, entrad en el portal de una fotografía, y mirad detenidamente aquella serie de estampas: leeréis en ellas la vanidad, la preocupación del *yo*, el afán de afirmarse como *algo* que existe y que llena un papel, el impulso egoísta y presuntuoso del que se retrata y que sale á la cara de un modo inevitable. Desde el soldado que estrena el uniforme y se retrata muy cuadrado para enviar la tarjeta á la novia, hasta el misacantano que se coloca sentado gravemente, el codo apoyado sobre una mesa de tapete, al lado un Cristo, entre las manos un libro – todos, militares con cruces, curas de lustroso manteo, alcaldes de levita y bastón de borlas, menegildas de zapatos blancos, señoritos de americana rabicorta, chiquillas de pelo suelto, hasta niños de pecho en cueritos, enseñando lo que más valdría tapar, – todos *posan*, es decir, todos se preocupan (sabiéndolo ó por instinto obscuro) del efecto que producen, de lo que de ellos va á fijar y sorprender la reveladora máquina. La expresión de las caras lo dice; lo proclama á gritos. ¡Y qué de fealdades, qué de ridiculeces descubre la tal máquina traidora! ¡Qué grupos de novios, atontados, ella de blanco, él de negro, inefablemente ridículos; qué chiquillos tan horrendos; qué soldados tan brutos; qué señoritas tan esmirriadas; qué triste idea dan del estado de la raza los ejemplares exhibidos en los portales de los fotógrafos, máximo si creemos, como es natural, que éstos procurarán enseñar lo mejor de la colección, el fondo del baúl!

⁂

Siguen á la orden del día los asesinatos de mujeres. Han aprendido los criminales que eso de «la pasión» es una gran defensa prevenida, y que por «la pasión» se sale á la calle libre y en paz de Dios, y no se descuidan en revestir de colores pasionales sus desahogos mujericidas. Hace pocos días, en Madrid, un individuo escabechó limpiamente, de certera cuchillada en mitad del corazón, á una infeliz muchacha que iba á la compra. No se puede decir que fuese traición la que cometió este individuo: no se le debe acusar de alevosía: él anunció, con la anticipación debida, lo que iba á suceder: él avisó para que se preparasen. «Que voy á matar á esa chica,» dijo en tiempo. «Que la mato.» Peor para la chica, y para la autoridad, si no lo evitaron, si le dejaron que cumpliese el fino gusto.

¿Pasión? No: codicia, vileza y barbarie, como casi siempre. No sé si el Jurado se compone de románticos, que creen en la pasión como en un fenómeno universal: si es así, que se estudien los jurados á sí propios. Se habla mucho de pasión, pero es como los duendes: todos los nombran y nadie los ve. La pasión, aunque sea excusa, debe ser excusa rarísima, lo más excepcional, lo más probado. La pasión es noble, y estos criminales mujericidas obedecen á los impulsos más innobles y bajos. Enhorabuena los jaques de Andalucía que liándose al brazo la faja y abriendo la faca con los dientes, se destripan cara á cara: enhorabuena; esto es lucha feroz, pero generosa y altiva. Mas el que acecha al paso á una mujer, la atraviesa el corazón ó la degüella, y después alega que la quería, que la adoraba, que *no podía vivir* sin ella precisamente..., á ese, todo el rigor de la ley, porque además de criminal es un cobarde.

⁂

Generalmente resulta, como creo que ya ha resultado en este caso, que el supuesto enamorado Amadís es buenamente un *alphonse*, y la víctima su *marmita* ú olla del cocido, la que le da de comer y para cigarros. No trabajar y vivir como un sultán – el ideal grosero de esos tenorios de plazuela. – La desdichada que ya no puede soltar jugo, es víctima dispuesta al sacrificio, inmolada á una venganza ruin y salvaje. De diez casos, en nueve encontraréis este elemento repulsivo: el dinero, en vez de la pasión; la holgazanería del asesino, que aspiraba á sostenerse con el trabajo de la víctima. ¡Si en esto ven los señores del Jurado y los magistrados un motivo de interés y de conmiseración, una causa de indulgencia, allá ellos! Yo veo razón de indignada severidad.

⁂

El *mujericidio* siempre debiera reprobarse más que el *homicidio*. ¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, á mansalva, á la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y sin embargo, los anales de la criminalidad abundan en mujericidios, impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen. Así como el cura del castillo de Locubín creía que por ser sacerdote no iría al patíbulo, el hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer. Los resultados de esta creencia los vemos diariamente. ¿Hasta cuándo durará esta racha de *pasión* tan útil para los cuchilleros y los armeros que venden revólveres baratos?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA MACROBIÓTICA. – DICHA Y DESDICHA DEL NOMBRE

Mientras preparo la maleta para salir á respirar un poco del lado de Europa, con ánimo de visitar un país católico, que es al mismo tiempo nación moderna y adelantadísima y donde no se va á las procesiones con revólver, ni éstas se terminan á garrotazos y balazos (como si estuviésemos, salvo los perfeccionamientos del armamento, en plena época de la Liga, en el oleaje que rodeó la vida azarosa de Guisa el *Balafré*), me entretengo á ratos en leer el último libro recibido, obra de mi amigo el francés Juan Finot, director de la *Revue*, y se me ocurre hacer un beneficio á la humanidad – á la parte de humanidad que me lee – transmitiendo unas cuantas de las buenas noticias que nos da Finot, conforme, por cierto, con teorías que alguna vez he tenido en estas crónicas ocasión de desarrollar.

Es natural que los lectores ya ni lo recuerden, pero hube de decir entonces que, lejos de acortarse el plazo de la vida, como pretenden los que ensalzan el tiempo pasado, se prolonga, y no de un modo insensible, sino bastante considerable (en algunas naciones, en medio siglo, se han ganado de *seis á ocho* años, que no es grano de anís). Sostuve igualmente que el estudio y la cultura, en vez de abreviar la existencia, hasta se diría que la fortalecen. Para demostrarlo presenté una estadística de literatos y pensadores, elegidos al azar, longevos casi todos, y aumentando la longevidad según nos acercábamos á la época contemporánea. La cosa es tan sencilla, que me parecía casi un lujo añadir demostraciones. ¿Qué planta prospera mejor, tarda más en secarse, la bien abonada, regada y aireada, ó la que se abandona? Pues la planta humana nunca gozó de tan inteligente y esmerado cultivo como en el día. Hoy se cuida al hombre desde el mismo vientre de su madre. La higiene y la alimentación adecuada en las clases pudientes, las leyes de protección á la mujer en las obreras, van (lentamente aún, es cierto) favoreciendo al niño en el claustro materno, en el cual se adquieren ya distintas predisposiciones, decisivas para toda la vida á veces. El día en que aprenda la humanidad lo que saben los labradores, que la semilla echada en el surco requiere cuidados si ha de germinar en condiciones de producir buena cosecha, atenderá extraordinariamente á la mujer encinta, y se considerará agravante, en todo delito ó crimen, el ir contra la mujer por la presunción de que puede hallarse en ese estado y ser dos las víctimas, y no la menos infeliz, andando el tiempo, la que antes de ver la luz contrajo enfermedades que, ocultas, aparecerán un día en todo su horror y harán que el hombre reniegue de haber nacido.

Volviendo al libro de Finot (se titula *Filosofía de la longevidad*), declaro que es uno de los más curiosos y consoladores que cabe leer. Verdad que, al principio, nos desalienta un poco transcribiendo datos según los cuales hubo en la antigüedad individuos que alcanzaron edades hoy inaccesibles, por mucho que extendamos el cálculo optimista. Por ejemplo: Rogerio Baun asegura que en 1245 vivía aún un mocito que en 362 había asistido al Concilio de París, que decía tener la friolera de 983 años lo menos. De un habitante de Goa aparece que llegaba á los cuatro siglos. El escocés Mac Crain, á los dos pasados. El alemán Popalio, á los cinco. ¿Pues y los patriarcas de la Biblia? Estos grandes generadores no conocieron las enfermedades de la medula, y duraron trescientos ó cuatrocientos años, como quien no dice nada. Matusalén – prototipo de la longevidad, que si está en el cielo debe de ser allí abogado de los vejestorios – no se contentó con menos de 969.

Como estas cosas sucedieron hace mucho tiempo, podría aguársenos el gusto de saberlas con la inquietud de dudar si las entendemos bien, si no hay error; y aquí empiezan los beneficios del libro á que me refiero, pues rebuscando y juntando datos cada vez más recientes y corroborados, va probando que si los novecientos años es cuenta galana, en cambio á los ciento y pico llega cualquiera, con algo de buena voluntad y unas miajas de suerte. Es sumamente lisonjero pensar que un pescador de cien años atraviesa aún á nado los ríos; pero, si cabe, aún sonreirá más á los vejetes el caso del famoso aldeano noruego J. Garrington, que á los 151 años tuvo un chiquitín, tan rollizo y tan frescote.

Antes que los casos anormales, hallo lisonjero y satisfactorio el crecimiento de la vida dentro de la normalidad. «Resulta – escribe Finot – que en Francia, mientras al comienzo del siglo el término medio de la vida no era más que de 35 ½ años, entre 1877 y 1881 pasaba de 40 años: (40 ½ para los hombres y 42 para las mujeres). Y sin embargo – añade – no es Francia de los países más favorecidos en este respecto. Fijémonos, verbigracia, en los países escandinavos, cuya estadística rigurosa data de más de 100 años; nos asombraremos de la regularidad casi matemática con que allí se manifiesta la disminución constante de las defunciones. La bienhechora ciencia va protegiendo la vida. Sólo con la suerotерapia se salvan de la difteria, anualmente, millares de niños. ¿Quién sabe si entre ellos se cuenta el hombre futuro, que engrosará con nuevos descubrimientos ó con nuevas obras de arte sublime el caudal de las generaciones?»

Deducciones muy entretenidas se sacan de la estadística comparada, en este negocio de la macrobiótica. Allá en 1838, los académicos vivían, por término medio, 68 años; ahora viven 71 años y cuatro meses. ¡Se les ha concedido prórroga! Son los de la Lengua (ó Instituto) los más favorecidos, pues los de Morales tienen dos meses menos, los de Ciencias dos años, los de Bellas Artes uno... – Que digan luego que la profesión no ejerce un influjo decisivo, capital, en todo el ser. – Los novelistas, poetas y dramaturgos también gozan de largo plazo sobre el planeta; y hasta se ha llegado á averiguar que los historiadores viven más que los que hacen la historia, ó sea los hombres de Estado, y que éstos disfrutan de un año ó dos más que los agitadores políticos, que á su modo son hombres de Estado también.

La mujer, en cualquier situación ó condición que la supongamos, muere más tarde que el hombre. Es la única compensación de la naturaleza á muchas inferioridades físicas, entre ellas el mayor número de enfermedades, pues la hembra padece bastantes más que el varón. Tal vez consista la diferencia en que la mujer sufre las enfermedades que Dios la envía, y el hombre las que él mismo se busca y proporciona. A pesar de todos los achaques inherentes á la función de la maternidad, la mujer dura mucho, y es en el sexo femenino crecida la proporción de centenarios. Según el último censo indio, dice Finot, había, de 380 centenarios, 247 mujeres, cifra tanto más digna de atención, cuanto que el número de mujeres, en aquella comarca, es inferior al de hombres. Dirase que la naturaleza nos fabrica con metal de mejor ley, y que esta superioridad metálica es extensiva á las hembras de todas las especies. Basándose en datos suministrados por la embriología, la mujer posee relativamente más elementos de vida que el hombre. «En el mundo animal, basta alimentar bien á la madre para aumentar la proporción de nacimientos femeninos. Sometiendo al régimen del hambre á las larvas de las falenas y mariposas, salen machos.»

Esta noticia es ya bastante singular, y pugna no poco con las ideas corrientes; y habrá de causar extrañeza á los que piensan por cédula y patrón, que cuanto más pobre es un país más hombres nacen en él, y que en la fuerte raza sajona sea casi de un tercio más la proporción de nacimientos femeninos; pero todavía sorprenderá doblemente el saber que en bastantes ancianos, pasados los ochenta, aparece la tercera dentición. Un Sr. Peter Bryan echa los dientes – angelito – á los ciento diecisiete años!

¿Y en qué consiste – preguntarán afanosos los viejos incipientes – el método para conseguir tan dichosos resultados? ¿Qué conviene hacer para durar y remozarse de tal suerte?

Ahí está el busilis. No se conoce sistema probado, y sin embargo, debe de haberlo, pues lo que aprovecha en general á la especie aprovecha al individuo, y si la especie ha ganado en vida, el individuo, siguiendo la marcha de la especie (higiene, nociones científicas), acertará el camino para durar. Uno de los medios recomendados es... comer poco. Y si se come mucho – como en Inglaterra – hacer ejercicio á proporción; *quemar* el residuo de la alimentación no asimilada. El abuso del alimento es más perjudicial que las privaciones. Comemos tres veces lo que necesitamos; de ahí las enfermedades que nos acosan. Nos viciamos en comer, como podríamos viciarnos en beber. Y hay mucha gente que cree – de buena fe – que la bebida es vicio, y el atracarse, no sólo cosa lícita, sino loable. ¿Qué más da ingerir con exceso líquidos que sólidos?, dice la razón. Pero las rutinas arrollan á la razón casi siempre.

Es, sin embargo, tan cierto que el abuso de la comida constituye un daño mayor aún que el de la bebida, que entre los centenarios se cuentan alcohólicos, pero no se cuentan glotones. La *gerocomia* (arte de prolongar la vida humana) predica las virtudes de la sobriedad, repite á cada momento el consejo de la sabiduría antigua: moderación, moderación y moderación.

Pasando de la muerte al pórtico de la vida, al nacimiento, encuentro en los diarios un caso ocurrido en Valencia, con la imposición de nombre á una niña. La escena ocurrió en el registro civil, y el padre de la criatura deseaba que ésta se llamase, durante su peregrinación por el mundo, *Electra*, como la protagonista del drama de Galdós. En el registro se negaron á inscribirla con tal nombre, pero al fin tuvieron que hacerlo, de orden superior, y *Electra* se llamará la chica, á quien compadezco, como á todo el que lleva un nombre que entraña significación y parece señalar rumbos, límites y orientaciones para la existencia. Leyendo este incidente de actualidad, recordé otro análogo, acaecido en Marineda; sólo que éste – cosa más grave – ocurría ante la pila bautismal. El padre, creyente, pero avanzadísimo en ideas, se empeñaba en que á su vástago se le había de poner *León Gambetta*, al derramar sobre su frente el agua bautismal. «Pero si no puede ser, objetaba tranquilamente, sin enojarse ni asustarse, el cura. *León*, corriente, se hará; pero *Gambetta* es apellido. ¿Cómo quiere usted que impongamos apellidos en la pila? El apellido lo da la ascendencia. Apellido, el de usted y el de su madre llevará este rapaz.» No se convencía el padre, y seguía porfiando que por *León Gambetta* se cristianase su hijo. «Vamos á ver, repuso el cura en tono conciliador y afable, se me ocurre una idea. ¿Por qué no le ponemos *Julio Simón*? Eso es lícito: hay *San Simón* y *San Julio*. Y Julio Simón, si no me equivoco, era tan republicano como León Gambetta...»

Si les parece á ustedes demasiado ingenioso y agudo este cura (tomado de la realidad), cotéjenlo con el feligrés que un día, resuelto y determinado, pidió que á un chiquitín se le impusiese el nombre bravío y sanguinario de *Tigre*. Y cuando el párroco le respondió, escandalizado, que en la pila no pueden imponerse nombres de animales, saltó exclamando con gran viveza: «¿Cómo que no se puede? ¿Pues no se llama *León* el mismo papa?»

Mil veces se me ha ocurrido dudar si es tributo de admiración ó muestra de desprecio el dar á un animal el nombre de una celebridad humana. Hay los dos casos, pero me inclino á que el primero es más frecuente. Hacia 1870, infinitos caballos y perros tuvieron el honor de atender por *Bismarck*. Ahora son innumerables los que atienden por *Kruger* y *Boer*. Otra particularidad en la que he podido fijarme: los nombres de los toros. Son infinitos, nunca repetidos, generalmente adjetivos substantivados, en extremo castizos, expresivos y pintorescos. Del cartel de una corrida, lo que suele atraer mi vista son los nombres. Dan testimonio de la riqueza, de la fertilidad y plasticidad del idioma, cuando lo maneja el mejor hablista, que es el pueblo, la raza, usando elementos genuinos y puros. Observad los nombres de los toros, y os sorprenderá, como á mí, su variedad y su sabrosa gracia.

Y ya que se trata de nombres, sepa Mariano de Cavia, que me alude, que estoy conforme con él en que *Yolanda* es *Violante*, pero no en que haya palabra alguna intraducible. Seremos torpes al querer traducirla, pero traducción ha de tenerla. ¡Naturalmente!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque no suelo hablar aquí de mis viajes, por hacerlo en otra parte, la influencia de los lugares que visito no puede menos de sugerirme reflexiones que involuntariamente acuden á la pluma, y suelen presentarse en forma de comparación. – Así, noto que en París la criminalidad disminuye. No se concibe una capital populosa sin criminalidad, como no se concibe un árbol añoso y frondosísimo sin líquenes y rugosidades en la corteza; pero, relativamente á Madrid y considerada la diferencia de población, mejora la estadística parisiense.

Lo primero que aprecio es que aquí son bastante menores los peligros de robo. ¡Como que son mayores las actividades del trabajo! El robo es, lo mismo que el trabajo, un modo de adquisición de lo necesario ó conveniente para la vida; sólo que el ladrón adquiere sin gastar fuerzas, sin dar nada en cambio, sin pagar, digámoslo de una vez. El que se habitúa á pagar, ó sea á trabajar, encuentra molesto y vergonzoso el ser insolvente. Por eso aquí apenas se roba.

¡Y cuidado si abundan ocasiones para descuideros! Todo está á mano, todo fácil de coger; existe una confianza extraordinaria; las mercancías se desbordan sobre la acera y llegan al arroyo. Hay más. He oído decir que en ciertos grandes almacenes hacen la vista gorda al robo de menudencias, con tal de atraer gente y de no molestar á nadie. No sé si es cierto, pero lo parece, al ver la tranquilidad con que todo se deja á disposición del público. No obstante, la crónica de los latrocinios en París, relatada por los diarios, cabe en un papel de fumar.

En Madrid, en cambio, no es posible distraerse un minuto en parte alguna sin encontrar nuestra propiedad disminuída. Un ejército de vagabundos, ladrones profesionales ú ocasionales, acecha los momentos en que cualquier circunstancia solicita la atención, y aprovecha ese rápido instante para despojaros. Cuando las señoras se bajan de los coches, suelen dejar caer algún objeto y entre el remolino de la bajada no advertirlo al pronto. Ya lo ha advertido el solícito descuidero, que está al quite mendigando ó rondando por allí, haciéndose el sueco para que no se le conozca la intención. Dos segundos después, el objeto ha desaparecido para siempre.

En París se me cayó ayer, desabrochándose de la cintura, una bolsa de seda donde llevaba el portamonedas, el pañuelo, los gemelos, el lápiz, mil menudencias necesarias. Ocho ó diez gritos me advirtieron. La frutera ambulante, los cocheros, los transeuntes, me llamaban á voces y á porfía, para advertirme que había perdido la bolsa, que la tenía allí, en la acera. No se les ocurrió recogerla; eso no; tuve que volver atrás y alzarla del suelo yo misma. Galantería, ninguna, ni falta que hace. Servicialidad, honradez, sí.

Recordé entonces lo que me pasó en Madrid este invierno. En mi barrio, á la puerta de mi casa, se me cayeron los lentes, con su cadena de pedrería, al arroyo. Lo vieron varias personas. Lo comentaron, entre sí, por supuesto. Vivo como una centella, un cochero del punto que está frente á mi puerta los recogió, en silencio, y los llevó á casa de un platero, del de más cerquita, para ver lo que el platero le daba por su hallazgo. Como el platero, sospechando que se trataba de un objeto robado, ofreció una suma cortísima, al cochero se le ocurrió que sacaría mejor tajada trayéndomelos á mí, con las albricias que yo le diese. Por otra parte, contribuyó á que adoptase esta resolución el que sus compañeros de punto, ojo avizor también, le habían visto recoger la joya y podían avisarme; y tanto podían, que me avisaron, en efecto, algunas horas después. En suma, el cochero me trajo los lentes, y yo le dí una buena propina. Es indudable que allí no existía propósito deliberado de substraer nada; pero la estricta honradez pedía otra cosa: que todos, al ver caer los lentes y que yo seguía mi camino inadvertida, gritasen como gritan aquí, hasta que yo me volviese y recogiese mi propiedad del suelo.

Y esta es la antesala del delito, lo que á nadie subleva, lo que sólo se comenta sonriendo y encogiéndose de hombros, porque, ya se sabe: harto hacen con respetar lo que uno lleva puesto ó guardado, sin que también respeten lo que uno deja caer, olvida ó presenta fácil á la captación. El libro de los señores Quirós y Llanas Aguilaniedo *La mala vida en Madrid*, nos entera de cosas infinitamente graves y abre una ventana por donde penetra luz que alumbra siniestramente nuestro estado social. Los instintos del hombre son los mismos, de seguro, en todas partes; eran probablemente en las épocas más obscuras de la prehistoria muy poco diferentes de lo que hoy son; lo que modifica, diversifica y reprime esos instintos, son las circunstancias, la educación (en el sentido social de la palabra), el ambiente, etc. El número de personas fatalmente consagradas al crimen es menor de lo que se cree. ¿Acaso no existen naciones donde la criminalidad escasea, llega casi á desaparecer? (Suiza, el Transvaal). Sin aspirar á un ideal tan completo de moralidad, es necesario convenir en que la capa de estiércol, el terruño de barbarie, hace brotar la venenosa flora del crimen. Víctor Hugo tuvo una de sus intuiciones geniales cuando supuso que, pasando por un lugar sombrío y habiendo visto alzarse amenazadores en él dos maderos, los montantes de la guillotina, les preguntó su nombre, y el uno respondió «Ignorancia» y el otro «Miseria.»

No hay tierra que no pueda producir criminales; pero hay tierras que producen naturalmente, por ineludible ley, esa cosecha de hongos emponzoñados. ¿Por qué hemos de creer que existe en París alguna aberración, depravación ó monstruosidad desconocida en Madrid? En las mismas aldeas, en el Escorial, patria del *Chato*, ¿no hemos visto la corrupción romana, los refinamientos de Tiberio, dándose la mano con la mayor estupidez y la vida más animal y baja posible? Defendamos á la civilización de acusaciones infundadas. Que el vaso de iniquidad sea de barro grosero ó sea de cristal, ágata y oro..., siempre será mejor lo último. La grosería añade quilates al mal.

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades; y no anda el vicio escaso ni oculto, ni estalla de repente, inesperado, el crimen: al contrario, el aire está infestado por sus emanaciones, la calle regada por la sangre que tan á menudo se vierte. El mujericidio es plato diario: ya no se lee, por monótona y aburrida, la sección periodística donde se refieren las fazañas de los Antonys, Otelos, Tenorios de plazuela y *médicos de su honra* baratos, que con la faca ó el revólver suprimen á la que se les resiste ó les tortura el corazón. Un rufianesco romanticismo inspira estas tragedias, que ya á nadie le importan un pitoche, pero que, por las revelaciones que encierran, deberían importarle mucho al sociólogo.

Y todavía esos mujericidas resueltos son la Tabla redonda, la aristocracia callejera del crimen. Ved la hampa, los falsos mendigos, los equívocos industriales, el inmenso rebaño de las infelices degradadas, los seres rebajados, torcidos, entregados á la abyección: ahí se recluta el ejército criminal. Mil veces habréis leído y escuchado que la mujer española será poco instruída, será atrasada, pero que, *en cambio* (¡válgate Dios por *cambio!*), conserva las virtudes del hogar, es sobre todo buena madre, madre apasionada y tierna. Pierdo la cuenta de los casos, recogidos en periódicos, de crueldades horribles de madres con sus niños. Ayer era una bruja que poco á poco va quemándole al pequeñuelo los ojos con substancias corrosivas, hasta cegarle; hoy – en el *Heraldo* que acabo de recibir – es una fiera, Rosa Bouzas, que envía á su hijo á pedir limosna, y cuando no trae á casa la cuota fijada de antemano, dos pesetas diarias, le ata á un banquillo y le golpea con un zueco, rompiéndole la cabeza y ensangrentando su cuerpo por varias partes. Las cuerdas que sujetaban á la víctima estaban tan hincadas, que para desatarle hubo que cortarlas con un cuchillo. Citemos textualmente: «En la casa de socorro, adonde fué conducido, el médico Sr. Durbán le curó de una herida de tres centímetros en la cabeza y contusiones en diversas partes del cuerpo, algunas producidas por los mordiscos de la desalmada madre.»

Esto no requiere comentarlo ni adornarlo; es de Shakespeare, de pies á cabeza; da escalofríos sin necesidad de retórica. Pero todavía falta lo peor: al lado de la furia del infierno que acaba á mordiscos con el fruto de sus entrañas, la mansa Celestina que – según el mismo número 3.913 del mismo diario – vende á su hija de trece años por cien pesetas. ¿Hay quien crea que cien pesetas resuelven para nadie ningún problema económico? No; cien pesetas de la venta de una criatura son de seguro para el vicio, son para el alcohol; no son apreciables ante la codicia siquiera. Los autores de *La mala vida en Madrid* nos informan de la frecuencia de este inicuo trato, mejor dicho, trata, pues es renovar la esclavitud en medio de nuestra sociedad que la condena... verbalmente. Y la prueba de que es sólo verbalmente, la extraemos del propio *Heraldo*, que no tiene desperdicio. «El delito parece – y esto es gravísimo – que se ha sancionado en la Sección de Higiene del Gobierno civil...» «Se repiten con dolorosa frecuencia estos casos de inmoralidad y de barbarie...»

Siempre, buscando bien, encontramos la responsabilidad de arriba en la criminalidad de abajo. En España, sobre todo, donde la costumbre es creer que fatalmente ciertas clases son irredimibles y aceptarlas como se acepta el frío y el calor. Ha de haber pícaros, ha de haber patulea de galeotes, ha de haber un contingente fijo de malhechores y de criminales: eso proclama nuestra novela picaresca, nuestra literatura. Son esferas á las cuales no desciende el gobernante; tratándose de los miserables, el gobernante español cree que su misión está reducida á la represión cuando la justa indispensable, y el resto del tiempo, al olvido y á la indiferencia. Las clases desheredadas son miradas como miran las amas de casa poco cuidadosas el desván: allí pueden hacinarse telarañas, suciedad, ratones, bichos; con tal que no salgan de allí, que no pretendan acercarse á los pisos donde vive la gente acomodada, lo mejor es dejarlos en paz, que se pudran en su propio jugo. La afirmación es triste cuanto verdadera.

Y un día, ¿qué digo un día?, casi diariamente, escápase del desván un bicho, un monstruo, la araña ó el ciempiés, y le vemos, con esguinces de repulsión, trepar mostrando su cuerpo disforme por las cortinas de seda ó las paredes vestidas de brocado. Mejor es limpiar el desván todos los días, llevar á él la luz y el aire, no desmayar en la tarea. Es lo del mal social como los microbios de la tuberculosis, de que tanto se habla actualmente. Parece, al pronto, que su número y su insidiosa pequeñez harían inútil toda campaña que contra ellos se emprendiera. Ello es, sin embargo, que las precauciones adoptadas contra los microbios, cuando son generales, surten efecto: la tuberculosis disminuye. No escupir en el suelo, airear bien, asear mejor, aislarse cada cual, no de un modo inhumano, sino de un modo aséptico, reduce la cifra de las invasiones de esa enfermedad terrible, á la cual sucumbe, según dicen, más de la tercera parte de la población. Es preciso rendirse á los hechos y tener fe en la campaña sanitaria.

Para remate de la crónica recojo estas dos perlas de cultura:

«De uno de los cuarteles de la guardia civil que hay en Madrid salía un oficial de dicho cuerpo, cuando un hombre le dijo atrevidamente:

– »Con ese trajecito no tendrá usted frío, ¿eeeeh?

»El oficial no hizo entonces caso; pero al pasar nuevamente por el mismo sitio, el guasón repitió la broma. Sentó ésta tan mal á dicho señor que, agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, le metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el ídem. El apaleado, según nuestras noticias, denunció el hecho, y por un Juzgado de Madrid se trabaja para dirimir este nuevo caso de derecho de broma y palos...»

«En las primeras horas de la noche pasada armó un escándalo en un aguaducho del distrito del Hospital el que fué inspector de policía Sr. Carbonell, declarado cesante hace varios días. Vino una pareja de guardias de seguridad, y como premio á su celo recibieron dos soberanas bofetadas, que les propinó el mismo Sr. Carbonell. Entonces detuvieron á éste y lo condujeron á la delegación de vigilancia citada, donde después de amarrarle con unas cuerdas, le dieron los guardias una paliza fenomenal, poniéndole el cuerpo lleno de contusiones y causándole una gran lesión en un ojo. Qué tal sería su estado, que el juez de guardia D. Luis Rubio Contreras tuvo que personarse en la delegación, donde tomó declaración al apaleado y maltrecho ex inspector de policía.»

Y así se entiende el respeto á la vida humana, á la ley, en nuestra corte. ¿Quién no ve la estricta y lógica correlación entre la delincuencia popular y la delincuencia oficial, en las esferas donde la legalidad debiera tener su asiento?

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA VIDA

La que acaba de extinguirse al bajar al sepulcro, Joaquina Osma de Cánovas del Castillo, es de las enteras, de total unidad psicológica, inspirada siempre, desde la juventud, por un mismo sentimiento invariable, concentradísimo, fatal y mortal, como son esa clase de afectos, demasiado fuertes para que los resista la pobre organización humana.

***

La noble mujer con quien casó en segundas nupcias Cánovas del Castillo, diez años después de la Restauración de Alfonso XII, tenía dos personalidades: una para el público, otra para sus amigos íntimos. El público la miraba, cuando no con sorda ó declarada hostilidad, con cierto recelo y extrañeza: sus amigos la adorábamos. Hablo de los amigos de última hora que, después de la tragedia del 8 de agosto de 1897, nos habíamos agrupado en derredor suyo, buscando y encontrando en la viuda de Cánovas lo último que quedaba de aquel hombre tan indiscutiblemente grande, cualesquiera que fuesen los errores de su política. – La frase que acabo de escribir prueba hasta qué punto viviendo Joaquina persistía la memoria reciente de Cánovas. Mientras Joaquina alentase en el mundo, jamás lastimaría yo su sensibilidad aludiendo á posibilidad de errores en el mundo idolatrado, en el cual sólo veía las incomparables dotes y méritos que nadie le podrá negar, y no esos desaciertos que la historia juzga, y que son el lote de nuestros hombres de Estado, desde ¡ay!, hace mucho, mucho tiempo.

Como yo no tenía – ni deseaba tener – el encargo de juzgar biográfica é históricamente á Cánovas, á quien tanto cariño profesé (no más del que merecía, del que inspiraba su trato), no cabía en mí aplicar una crítica minuciosa á sus actos políticos, y si la hubiese aplicado, también encontraría materia de alabanza en infinitos respectos, y siempre de admiración y de respeto para el orador, el sabio, el estadista de firme carácter y de inspiración rápida y poderosa. Pero sería conocer mal á Joaquina creer que la menor restricción no apenaría su alma. La hermosa venda del amor y de la fe cubría sus ojos, y su opinión era como su ilusión: completa, absoluta.

***

¿Quién ahondará nunca el extraño misterio que encierra la génesis del amor? Reunía Cánovas del Castillo, de sobra, las condiciones requeridas para captarse la admiración de sus contemporáneos. Su palabra arrebatadora, sobria, intencionada, templada en Toledo, cincelada en Milán, era luz de la tribuna parlamentaria. Su enciclopédica erudición era adorno de las Academias. Sus escritos documentarán y guiarán á los historiadores futuros. Su iniciativa política, su enérgica voluntad, bien hemos visto, por triste experiencia, cómo constituían, en medio de todo, un elemento de cohesión y de estabilidad dentro del desquiciamiento de España. Pero al dejar de ver en él la mentalidad y considerar únicamente la envoltura física, dijérase imposible el más leve indicio de amorosa turbación, especialmente en una niña aristocrática, dama exquisita, criada entre armiños y encajes, galanteada y cortejada por los más estirados petimetres de la corte. Cánovas era descuidado y abandonado en su atavío, indiferente á la exterioridad, hasta el extremo de que se contaba que sus levitas las probaba el secretario. Calzaba mal los pies y rara vez enguantaba las manos. Su rostro, aunque iluminado frecuentemente por los destellos de la inteligencia, era irregular y duro de expresión; sus ojos afectados de estrabismo. Veinte y pico de años llevaba de delantera á Joaquina en el camino del vivir, y cuando la condujo al altar, el cabello de aquel hombre ya tenía el baño de plata que revela, además de la edad implacable, la fatiga vital, el cansancio. – Y sin embargo, no pienso que haya habido en el mundo mujer más enamorada, más ilusionada, que Joaquina Osma, especie de Artemisa.

***

¿A qué discutir este género de documentos humanos? Nadie los cree; la sociedad no quiere admitir los casos pasionales, que perturban su equilibrio, fundado en los sentimientos tranquilos, en los medios tonos. La sociedad es como la pintó Chambort: normal, prudente y escéptica: la pasión le parece lo que acaso realmente será: una demencia lúcida. Para el novelista, para el psicólogo, resplandece la belleza de esa demencia, si así puede calificarse. Pero la gente – ¡bah! – se asemeja á Fernando el Católico, que apenas enviudó Juana de Castilla le buscaba marido conveniente, sin pensar en cosa tan rara como la persistencia del sentimiento, eterno, indestructible.

La opinión no quiso ver en la elección de Joaquina sino un cálculo ambicioso, el afán de compartir la posición de un conde-duque de Olivares, amo de España. De aquí procedió la prevención satírica con que se juzgó el matrimonio, el carácter de Joaquina, sus menores acciones, hasta sus gestos, sus hábitos perezosos de americana, sus inocentes niñerías, por ejemplo, su afición á los animales domésticos, titís, perros y aves. Mi observación continua me demostró que, fuese el que fuese el origen, allí pasión había, y pasión honda, con sus accidentes y hasta con sus torturas y sus sospechas, que caben en el alma más generosa. El origen pudo ser, no la ambición descarnada y seca, ávida y egoísta, sino la admiración, fuente de amor, y de amor intenso. Dinástica ferviente, Joaquina admiraba en Cánovas al restaurador de la dinastía; dama del gran mundo, al ingenio de salón y al conversador delicioso; mujer intelectual, á la inteligencia (por la inteligencia sentía Joaquina una especie de culto, y era esta de las notas más simpáticas en su carácter). De aquí, lo repito, pudo saltar la chispa, y no es maravilla que saltase; el tiempo, la oposición de los padres, la extrañeza de los que la rodeaban, la creciente importancia de la figura de Cánovas, la convirtieron en hoguera. Dado el punto de partida; admitido el brote del amor hacia quien no atrae mediante las gallardías de la figura ni las elegancias del atavío, cada circunstancia confirma el fenómeno. La discreción y la gracia incomparable de Cánovas, sus triunfos políticos y parlamentarios, el propio espumarajo de odios, envidias y sátiras que removían á sus pies, debieron de ser parte á empeñar más en su resolución á la hija de los marqueses de la Puente.

***

Realizado su ideal algo tarde; unida á Cánovas á los treinta y cinco ó treinta y seis años; perdidos, como ella decía, diez de felicidad, no hubo esposa más amante é irreprochable. No dejaba de encontrar peligros la situación de una mujer tan festejada y halagada, siempre girando en el torbellino de fiestas y solemnidades, con una corte masculina formada de hombres expertos y duchos, malentes y maliciosos, que no conocían escrúpulos, ni respetarían la jefatura, en el terreno en que nada se respeta. El gustillo y el triunfo de turbar la paz doméstica de Cánovas tentaría á no pocos, y hubiesen sobrado moscones alrededor de la entonces linda y brillante novia. Sin huir de la sociedad, sin dejar de prestarse á cuanto exige una excepcional posición, dando en su palacio fiestas magníficas, que animaba con su viveza y su donaire, Joaquina salvó á la vez su fama y el sosiego y la dignidad de su compañero, y el furor político, de rabiosas fauces, no pudo hincar el diente en el hogar de Cánovas del Castillo.

La piedra de toque de aquel cariño fué la muerte. Ella probó, como sabe probar la gran reveladora, los quilates de un alma. Joaquina, que había sido una perfecta casada, fué ejemplo memorable de viudas, y á escribir hoy Luis Vives, la dedicaría con justicia el más expresivo de sus panegíricos. No era ciertamente el deber; era la pasión, la que ante el espectáculo del asesinato ofuscó la razón de una mujer débil aunque valerosa. Oir referir á Castelar las manifestaciones de aquel dolor sin consuelo, era como leer un drama de Schiller ó de Tamayo. Sólo en las regiones de la poesía creemos encontrar lo que la realidad nos brinda, no á cada momento, pero algunas veces, para probarnos que poesía y realidad son una misma cosa vista por diferentes aspectos. ¡Horas terribles, que determinaron la enfermedad mortal en Joaquina y aceleraron la explosión de la que latía oculta en el organismo de Castelar, habiendo hecho el anarquista, no golpe doble, como ahora dicen, sino golpe triple, y en qué víctimas! ¡Designios de la Providencia, juicios de Dios, abismo grande!

***

Una mujer pagada de ostentaciones y vanidades, una mujer que no hubiese recibido á la vez la herida en el cerebro y en el corazón, y que pudiese, no digo olvidar, pero siquiera distraerse y aliviarse, tenía ante sí un porvenir relativamente halagüeño y dichoso, de lícitas satisfacciones de amor propio. Joaquina no había subido desde modesta esfera social á las alturas, ni volvía, al perder á Cánovas, á la modesta obscuridad de su origen: el título y la grandeza que recibió no recalan en persona á quien enaltecieses una pulgada, socialmente hablando; y su situación siempre eminente estaba ahora basada en la aureola del recuerdo del grande hombre, cuya falta se notaba más cada día, cuyo prestigio póstumo crecía al compás de nuestras desgracias. Libre, rica, ilustre, otra se hubiese resignado. Ella no podía: allá dentro no encontraba á qué asirse para vivir. Jamás olvidaré la primer entrevista que tuvimos después de la desgracia, cuando regresé á Madrid de mi temporada de campo. Duró hora y media, y creo que la desdichada señora no pronunció en ese tiempo veinte palabras. Sollozos convulsivos, unos brazos débiles que se crispaban agarrándose á mi cuello, un balbuceo confuso, en tono de queja confidencial, inarticulada, y sólo una afirmación enérgica, repentina – ¡demasiado demostrada por los hechos! – el deseo firme de morir, de morir pronto, de irse de aquí, de reunirse con él. Y la palidez de la cara; y la disnea congojosa, que dos ó tres veces me hizo levantarme con ánimo de pedir auxilio; y el temblor de todo el cuerpo; y el azulado matiz de los labios; y ese no sé qué indefinible de las grandes catástrofes interiores, decían más claramente aún que aquella mujer no podía, no sabía, no quería vivir. Era cosa resuelta.

***

Cuatro años aleteó con la flecha clavada, con alternativas de aparente mejoría, con momentos en que sus fieles, Romero Robledo, el duque de Tetuán, Cerralbo, Castellano, Weyler, Collantes, Vilana, quien esto escribe, nos decíamos al salir de su lado: «Parecía muy animada hoy.» «Le ha sentado bien la estancia en San Juan de Luz...,» ó otro de esos lugares comunes que se repiten creyéndolos á medias, por comunicarse una impresión agradable. En nuestra amistosa inquietud, cualquier síntoma nos era precioso: nos alegrábamos de verla animar su luto con un ramo de violetas, con un medallón de brillantes, ó de escuchar de su boca una gracejada, una donosa réplica, un rasgo de fino humorismo. – De pronto, nos avisaban tristemente los reiterados achaques, aquella debilidad y aquel desequilibrio nervioso, aquel no tocar á la comida, aquel volver á la idea fija, al recuerdo de la fecha siniestra, que cubría su espíritu como de un velo de sombra y sangre. – Y había instantes en que sabíamos que no estaba entre nosotros más que su cuerpo; su alma, allá, lejos, abismada, absorta en la tragedia, reviviendo el momento atroz, ensanchando la herida por donde se le iban el juicio y los restos de la quebrantada salud.

***

Ante esa existencia que llenó un sentimiento, ante ese corazón que no pudo seguir palpitando después del supremo dolor, la posteridad hará como hizo el anarquista: se inclinará y repetirá: «No va nada con usted. Es usted una señora honrada, digna de mi respeto.»

Emilia Pardo Bazán

Ayuntamiento de Madrid

"La musicoterapia aplicada á la anestesia provocada. Aparato empleado por M. Dossner para anestesiar a un individuo." 1901, n.° 1 019, p. 454.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUNO EN LAS CAVERNAS

Lo que vengo repitiendo aquí un día y otro, se ha confirmado de la más espantosa manera con el horrible caso acaecido en Madrid hace unos días, y del cual la prensa habló poco y cesó de hablar pronto, mientras prodiga columnas al vulgarísimo y repulsivo crimen de Carabanchel que, no se sabe por qué razón, ha interesado al público de las rotativas.

Yo tengo por crímenes vulgares los que llevan por móvil el robo, y no les llamo verdaderamente *misteriosos* nunca, porque el *misterio*, en un crimen, no consiste en que se ignoren los autores (á esta cuenta son *misteriosos* casi todos los crímenes que se cometen en España, donde nunca «son habidos» los autores susodichos). El *misterio* de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubre, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebase los límites de la caja de caudales, la cómoda ó el armario forzados, el baúl destripado, la cartera substraída.

No diré que en el crimen de Carabanchel no haya revelaciones elocuentes acerca de nuestro estado social. Se puede sumar ese crimen al de la Coruña, de los tenderos asesinados (por cierto que quedó impune completamente; el de Carabanchel, menos mal, se ha descubierto), y tomarlo como indicio de la manera de ser de muchísima gente española, capaz de llegar á ganar y tener dinero, y absolutamente incapaz de emplearlo bien, ni aun en provecho y gusto propio. La vida sórdida, sucia y asfixiante de los dos tenderos marinedinos, se asemeja á la vida no menos irracional del asesinado de Carabanchel. Tiene, sin embargo, en él menos excusa: pertenecía á más alta clase, había sido como quien no dice nada diputado y hombre político, y pasaba sus últimos años en un retiro bien distinto del de los sabios de Grecia, que se retiraban para cultivarse á sí propios y deleitarse en mayor espiritualidad. Este pobre señor, víctima de los arroperos, Muelas y demás bergantes, se retiraba á pasar su existencia entre sacos de huesos de cerdo y salazones, y el aspecto del lugar en que guardaba su mercancía y donde cayó bajo el cuchillo, basta para demostrar en qué pie de aseo y esmero tenía montado el tráfico.

Observadlo: en estos crímenes que persisto en llamar insignificantes, por su vulgaridad, las víctimas son siempre personas que viven de un modo bajuno y ridículo, sin obedecer á las leyes de la urbanidad y delicadeza social y del propio decoro. ¡Víctimas, en suma, poco interesantes! Tal era el cura Melías; tal doña Luciana Borcino; tal los tenderos de la Coruña; tal el Sr. Agustí. – La sociedad no puede prescindir de perseguir con igual eficacia todo crimen; pero el que estudia los fenómenos sociales y no es juez ni fiscal, no comparará nunca á doña Luciana Borcino ni al cura Melías con la joven modista cuya historia merecería ser referida por Víctor Hugo é incluída en la galería de figuras populares y tristemente hermosas donde brillan *Fantina* y *Cossette*.

La modistilla carecía de trabajo. No hemos llegado todavía en España, la «nación católica por excelencia,» á preocuparnos de este caso frecuente y baladí: que una mujer que desea y necesita trabajar no encuentre en qué ni en dónde. – En qué... ¡Diablo! Sí; hay un *trabajo* que siempre encuentra fácilmente, sobre todo en las grandes capitales, la mujer, aunque no sea ni joven ni hermosa, como diz que es la modistilla del crimen. *Trabajo* llaman á su ejercicio las infelices que, de diez á tres de la madrugada, recorren á paso furtivo las calles sombrías y lodosas de Madrid, tapándose medio rostro con el amarillento mantón. Pero este trabajo no le convenía á la modistilla: tenía la tema de ser honrada, el propósito de conservar lo que no dan, á quien no lo lleva en el alma colocado allí por Dios, ni las más altas posiciones ni las educaciones más refinadas y pulcras, y como manera de ganarse el pan, no sabía ni quería conocer sino el trabajo..., el trabajo inaccesible, en el verano, cuando los talleres interrumpen su labor y la amarga *cebolla* brota entre las piedras caldeadas de la desierta villa y corte.

El trabajo era tanto más necesario cuanto que no sostenía sólo la vida de la modistilla, sino la de su madre y un hermanito de corta edad. Los seres queridos aguardaban en casa el pan y el sustento, y ella, la que debía aportarlo, la que se había impuesto la tarea de llevar en el pico al humilde nido la cotidiana pitanza, volvía de vacío, humillada, dolorida, con la vergüenza en el rostro y el desaliento en el corazón. Un día tras otro día, ya sabemos cómo se desenvuelve el trivial y doloroso viacrucis dentro de las familias pobres: hoy se empeña lo superfluo – si algo tienen superfluo; – mañana lo necesario, pasado lo indispensable – el instrumento del trabajo, la máquina de coser. – Vence el término de la casa; por todas partes apremian los acreedores de una peseta ó de cincuenta céntimos, mucho más implacables y feroces que los de mil duros; la cocina no tiene carbón, la despensa está barrida, la percha vacía, el baúl rebañado, la cama sin sábanas, el estómago desfallecido envía al cerebro vapores de alucinación mortal..., y la modistilla, antes que ver ese cuadro, quiere dejar el mundo. Ahí están las aguas del estanque de la Moncloa, brindando seguro y tranquilo lecho y bálsamo para olvidar penas y luchas.

Es de noche. Sale de casa, y con el paso automático de los que van á cumplir repentina determinación, guiados por una idea fija, cruza los barrios extraviados de Madrid, se mete en los terrenos solitarios y en los ásperos desmontes que rodean de aridez á la Cárcel Modelo. Dos hombres, al paso, la dirigen un requiebro brutal, de esos que nuestro pueblo suelta como soltaba la hallesta el toseo venablo. Ella avanza indiferente, sorda, abismada en sus preocupaciones y ansiosa de llegar cuanto antes al término del lúgubre paseo. Ellos, en cambio, han reparado, han visto: tal vez han observado la extraña y anormal situación de ánimo de la gallarda moza; de seguro han devorado con los ojos la belleza, sospechado el abandono, la soledad, la indefensión, todo lo que pone en sus zarpas de fiera la presa fácil.

Una ojeada, un codazo les basta para entenderse y concertarse en el propósito criminal. Son hombres de acción á su manera: de acción violenta casi siempre. Su oficio es cruel: apostados al ingreso de las ciudades, armados, investidos de derechos que el Fisco les atribuye, registran la cesta del pobre, recaudan el más oneroso y odioso de los tributos, el que origina la carestía, aquel cuyo resultado directo es el hambre, por la cual va la modistilla al suicidio. No son para ellos cosa nueva ni las groseras licenciosidades con la mujer, ni la riña á brazo partido y tiro limpio con el varón. Tienen esa arrogancia del funcionario español, que se siente un poco señor feudal de la inerme, sencilla y desvalida muchedumbre, ignorante de la ley y del derecho. ¡Son además *hombres! Hombres* que se creen dueños de la mujer en el hecho de que es mujer, criterio que se revela en la osadía y arrebato con que á ellas se dirigen, y en la facultad de matarlas que se arrogan con tal lisura, á pretexto de amor, de celos ó de honra.

A paso de lobo la siguen, entre la sombra; ella ni les siente venir. La alcanzan pronto, la acometen, la amordazan, la amarran, la sujetan por medio de una piedra enorme sobre el pecho. ¡Destino extraño! Ella iba á morir; pero ¿cómo había de imaginar que antes iba á la tortura y á la vergüenza? Animosa, recobrada, despertada de su fúnebre sueño hipnótico por la realidad, lucha, se defiende rabiosamente, con las uñas, con el cuerpo, con inconsciente energía. Su cara se ensangrienta, sus muñecas se destrozan, y en un momento de cansancio de los dos brutos, consigue huir, consigue que sus voces sean oídas, que se aproxime gente. Los malvados la persiguen á tiros: descargan sus revólvers contra la desventurada, para evitar que hable, que los acuse; y animándose mutuamente al asesinato como se habían animado al atropello, el uno aconseja al otro que «apunte á la cabeza.» Y el tiro sale, y sólo por milagro, por el temblor de la mano criminal, ó por la falencia habitual en la puntería del revólver, la que iba á perecer ahogada no perece atravesada de un balazo en la sien.

¿Y qué ocurre cuando la pobre modistilla va á quejarse deshecha en llanto y con el rostro bañado en sangre ante quienes están obligados á velar por ella y por todos? Desde luego ya no piensa en el suicidio. Acaso quiere vivir para ver castigados á sus infames opresores. *Elle a promis de ne plus recommencer*. Así se titula un capítulo conmovedor de *Fromont jeune et Risler aîné*, el que refiere la odisea de la infeliz cojita Delobelle en busca del último consuelo, el fracasado suicidio... ¿Habrá prometido *no hacerlo más* la modistilla madrileña? ¿Qué drama se representó en su espíritu, después de la escena salvaje ante el asilo de María Cristina?

Estimo, sin amarle, al pueblo norteamericano. Grandes fuerzas y grandes energías se desarrollan en su cuerpo joven y robusto. Una de ellas es, á mi ver, la aplicación de la ley de Lynch. Esa ley revela el vigor de ese pueblo. «Que otro haga justicia por mí,» dice el enervado. «Yo me sé hacer justicia,» exclama el fuerte apretando los recios puños. En ciertos casos, en ciertos crímenes, en ciertas iniquidades demasiado escandalosas, ¿qué mejor que la ley de Lynch? Los dos héroes del asalto de la Cárcel Modelo, allá en Pensylvania ó en el Texas, á las dos horas de cometido el atentado, se balancearían colgados de una rama, si ya no es que les habían tendido, amordazados y maniatados á su vez, sobre una pila de leña rociada de petróleo (ó leña verde, para que durase más el suplicio). Así se hace cuando á la facultad de indignación se junta el impulso de la acción, inmediata y fulminante, propia de hombres resueltos y avezados á defender la vida, á ganarla, á afirmarla contra la naturaleza y contra los malhechores. Aquí la ley de Lynch no existe (á pesar de la *justicia catalana*), ni acaso convendría; pero en el caso de la modistilla, ¿qué simpática parece la ley de Lynch!

Sobre todo porque... Yo no sé qué creo ver en este crimen. Se me figura, leyendo los diarios, que es uno de los muchos sucesos á los cuales se les pone sordina. Su castigo no será probablemente tan ejemplar como lo pide el horror inicuo del caso; ya se empiezan á buscar excusas – leo en *El Imparcial* que en un «centro oficial» corre la voz de que la modistilla no era tan honrada como se creyó al principio...

¿Y con qué fin se dice eso en un centro oficial? ¿Es para disculpar á los criminales, dos veces criminales, amén de cobardes y alevosos? ¿Es que se quiere sentar la jurisprudencia ó esparcir la idea de que á una mujer en cuyo pasado ó presente exista alguna sombra, forjada por la calumnia quizás – y si es real, para el caso da lo mismo, – pueden burlarla é intentar asesinarla dos hombres, y que la culpabilidad de estos dos hombres se mide por los grados de pureza que mida la fama de la víctima?

¿Acaso á esa mujer, sea cual sea su conducta antes del momento del crimen, aunque fuese la escoria de la calle, no deben protegerla la ley y la sociedad? ¿Se impone menor pena en el Código á los que roban y matan á un usurero ó á un libertino, que á los que roban y matan á un hombre probo y estimado de sus conciudadanos? Y porque supongamos que una mujer pobre, una humilde modista, ha incurrido en debilidades ó en errores sentimentales, ó de cualquier índole, ¿es menos infame su opresión, es menos sagrada su seguridad, su honra, su vida, sus derechos de ser humano, en medio de una sociedad que se dice civilizada?

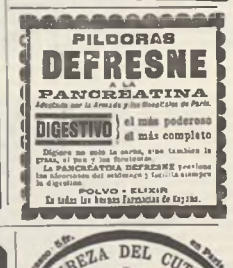
¡Cuánto y cuánto hay que corregir y rectificar en la opinión para que sea recta y auxilie y vigorice á la titubeante justicia! Por delitos que no arguyen maldad se va á presidio. Por el espantoso atentado del asilo de María Cristina, ¿qué penalidad se impondrá? El consumero que huyó, ¿será *habido*? El que está preso, ¿sufrirá una condena seria, ó saldrá pronto á pasearse y acechar á otra mujer indefensa, asegurándola mejor con la muerte, para que no le denuncie?

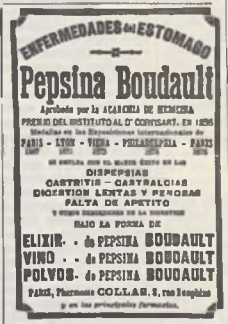
Este crimen sí que lleva trazas de *misterioso*...

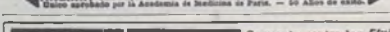
¡Execración contra los que lo cometieron y contra quien no lo reprueba desde el fondo del alma con la tremenda severidad que inspira!

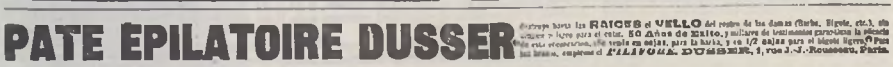
Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid









Montaje de reclamos publicitarios aparecidos en diversos números de *La Ilustración Artística*.

Ayuntamiento de Madrid

"Máquina instalada en Pasadena (California) para utilizar energía solar" 1901, n.º 1.027, p. 583.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LA PIERNA DEL GOBERNADOR

Érase un pueblo desviado de la capital, y servido por un camino carretero que cada año las lluvias del invierno y el tránsito incesante de galeras, carromatos y carros de labranza, iban poniendo en estado tan lastimoso, que antes parecía despeñadero y precipicio. De vez en cuando, los vecinos acudían respetuosamente á la Superioridad (con S grande) en demanda de compostura y reparación para el camino; pero la Superioridad, metiéndose unos tacos de algodón en rama en el hueco de sus orejas de mercader, pasaba á asuntos más urgentes (para ella), y la única variación que en su suerte advertía el vecindario, consistía en algunos baches y tumbos más, causados por nuevas descalabraduras del caminito dichoso. Y así como el que se cae en un pozo grita una hora ó dos pidiendo ayuda, y por fin, ronco y cansado, guarda silencio, los vecinos acabaron por aburrirse y dejar en paz á la Superioridad, que tiene que esquilar otros borregos y no ha de estar ahí á disposición del primer importuno que chille.

⁂

Además de su legua de mal camino tenía aquel pueblo su cacique correspondiente, hombre adinerado, el cual, con motivo de un suceso de familia, el nacimiento de un robusto vástago que apadrinaba el señor gobernador civil, dispuso gran convite y holgorio, y alquiló en la capital coches que trajesen á la autoridad y su séquito. Se realizó el viaje felizmente, si bien con la incomodidad de los baches continuos; hubo bateo y comilona, y se ordenó el regreso ya entrada la noche, en ocasión de estar los cocheros bastante más alumbrados que las calles del humilde pueblecillo. Apenas salieron de él los coches, llegando al hoyo que está pasada la piedra judiciaria ó rollo antiguo, oyóse un estrépito y crujido alarmante, fragoroso, y el vehículo en que iba el señor gobernador, volcado lo mismo que un falucho en día de tormenta, se acostó en la carretera, ruedas al aire. El cochero salió botado, y fué á descrismarse contra una piedra; el tiro de mulas, despavorido, se arrojó por el talud, arrastrando al coche hasta destrozarlo; y cuando se pudo acudir á aquel juicio final, pudo verse que, entre otros desperfectos de suma consideración, el señor gobernador se había roto por el fémur la pierna derecha.

⁂

Le trasladaron en parihuelas á brazo de robustos mozos; vino el albéitar, que tenía muy buenas manos, y tan buenas las tuvo, en efecto, que después de hacer sufrir al desdichado herido mil agudísimos dolores estirándole bárbaramente la pierna á fin de reducir la fractura, y entablillándole como entablillaron á Sancho en el famoso combate de la Barataria, al llegar de la ciudad un buen médico cirujano y levantar el apósito y las tablillas para darse cuenta del estado de la pierna, encontró en ella espantosa inflamación y los dos fragmentos del hueso montados uno sobre otro. Fué preciso renovar la cura, los dolores, la extensión, la colocación de aparato; y cuando, al cabo de cuarenta días de forzosa inmovilidad y molestias sin número, pudo el señor gobernador emprender su regreso á la capital, iba apoyado en una muleta, que ya no pudo soltar nunca. Cojo se quedó, tan cojo como el herrero Vulcano, á quien, según nadie ignora, su cariñoso papá soltó desde regular altura para que se rompiese, no sólo las piernas, sino toda la osamenta.

La moraleja del cuento es que, apenas el señor gobernador pudo darse cuenta del percance ocurrido, faltóle tiempo para disponer que se compusiese el camino del pueblo, aquel mal despeñadero acribillado de hoyos y descarnado por las intemperies invernales, y cuya recomposición y arreglo inútilmente solicitaban hacía años los vecinos, acudiendo respetuosamente á la sorda Superioridad. El camino quedó como una sala. ¡Daba gloria!

⁂

Los periódicos nos enteran de que al director de los ferrocarriles del Norte le han sido substraídos, mientras echaba un sueñecillo en el tren, un puñado de miles de francos. (A 42'45 por 100 el cambio, á estas horas). Los cacos hubieran podido ser cogidos, á existir unos timbres de alarma que permitiesen detener el tren. Como no existen, el tren no se detuvo, y los ladrones, con su «preciosa carga» (aquí sí que encaja bien la frasecilla), pusieron pies en polvorosa, y écheles usted un galgo á la carrera.

Y dígase á chorros la verdad: yo me congratulo, me felicito de que por esta vez la guardia civil no haya logrado cumplir su ardua y salvadora misión. ¡Que los dejen en paz, que los dejen! Ellos han sido el mal camino lleno de hoyos y despeñaderos, donde el gobernador, providencialmente, se ha roto una pierna...

⁂

Porque, señores, lo de los timbres de alarma ya pica en historia. Ocho días antes del robo de los miles de francos del ala al director de los ferrocarriles, eché la vista encima, en el balneario de Mondáriz, al ex ministro D. Rafael Gasset. Mi primer pregunta versó sobre los ferrocarriles y las mil reformas que exige su desastroso estado, principiando por la de los timbres de alarma, naturalmente. Recordaba yo que Gasset había fijado á las compañías un plazo «improrrogable» para establecerlos en todos los coches. Y estaba bien segura de que ese plazo «improrrogable» de dos ó tres meses (si la memoria no me es infiel) se había prorrogado dos años ó más, y lo que venga, pues no hay indicio alguno de que se piense en cumplir aquella disposición, que sin embargo no ha sido derogada. De esto hablábamos, en el camino de León á Monforte, las viajeras del «reservado de señoras.» Cada una de ellas refería su correspondiente historia de miedo y de peligro, correspondiente á la ocasión en que casualmente habían viajado solas, de noche, enchiqueradas en un departamento sin comunicación con otro ninguno, á merced del ladrón ó del osado que en él se introdujese á mansalva, aprovechando el aislamiento absoluto de una mujer. Desde luego, la que así viaja, no tiene derecho á conciliar el sueño ni un instante. Dormido iba el director de los ferrocarriles cuando le limpiaron el maletín, saco ó lo que fuese, donde llevaba los consabidos miles. Es, pues, necesario, á quien en tales condiciones se encuentra, no pegar ojo, y pasarse la noche fija la mirada en la ventanilla y atento el oído al girar posible del pestillo de la portezuela. El ruido del viento, el crujido del tren, toman entonces siniestra importancia. ¿Será el malhechor, que aprovecha las largas horas de la obscuridad para intentar su atentado impunemente? Y la mujer, ¿á quien el Estado tiene tanta obligación de proteger y amparar, puesto que la declara débil y la priva de derecho de toda especie en atención á su debilidad!, tiembla, porque ante el asalto no tendría más defensa que sus gritos, y sus gritos se perderían entre el ruido y trajín y resuello del tren...

⁂

¿Por qué – preguntarán muchos – no se va esa mujer á otro departamento? ¿Por qué encerrarse en el «reservado de señoras?»

Pues sencillamente, curioso lector, porque en otro departamento los riesgos serían iguales, si no mayores, y las garantías de seguridad menores todavía, menores infinitamente.

Los demás departamentos del tren están igualmente incomunicados; tampoco en ellos (claro está) existen timbres de alarma. Como se viaja tan poco en nuestro país (y no hay que extrañarlo, vistas las infinitas molestias que entrañan siempre aquí los viajes), en invierno y de noche es frecuente que en un departamento se vaya solo. Pero en un departamento sin tablilla, el público está autorizado para entrar. La mujer que va sola fuera de su reservado, no tiene derecho á oponerse al ingreso de viajeros del sexo fuerte; y así, en vez de habérselas con el primer malhechor, á quien puede negar la entrada, se las habría con varios, instalados, unidos y dueños de despojarla y maltratarla ó matarla, sin oposición y con toda comodidad y aseo.

⁂

Sean, pues, ensalzados los graciosos rateros que quebraron la pierna del gobernador. ¡Ah, esa pierna cuánta falta hace quebrarla cada día una vez! Y ¿podría saberse por qué razón los timbres de alarma no están instalados todavía en el Norte, después de la apremiante circular de Gasset y el famoso plazo «improrrogable»? ¿Podría saberse por qué no se cumple ¡aún! una medida que todos aplaudieron, cuya necesidad se demuestra á cada instante y que en ningún país civilizado se omite, siendo como es elementalísima, natural, exigible por el derecho de defensa y el instinto de conservación?

Somos de tal condición, que no nos acordamos de Santa Bárbara – y eso muy poco – sino cuando truena. El robo al director de los ferrocarriles, el asesinato de la modista francesa, refrescaron momentáneamente la impresión de que se necesitan timbres de alarma. – ¿Quién no habrá olvidado ya el asesinato de la modista francesa? – Volvía, creo que desde Málaga, de una *tournée* en que había recogido el dinero de muchos trajes vendidos á parroquianas. Se dirigía á Francia, é iba en el reservado de señoras. Se la encontró á la mañana siguiente, al pedir el revisor los billetes, apuñalada, robada, en un charco de sangre. El drama se desarrolló á las altas horas. La mujer debió de gritar, de luchar desesperadamente con el asesino ó los asesinos; pero el traqueteo del tren cubriría sus voces, y la sombra del túnel protegería la huída de los criminales, cargados con su botín.

⁂

Si yo fuese presidente del Consejo de Ministros y desempeñase un alto cargo en el Consejo de administración de los ferrocarriles, como le sucede á don Práxedes Mateo Sagasta, el tiempo de mi mando sería el tiempo de las reformas necesarias, solicitadas por la opinión, impuestas por la justicia. No consentiría yo que por descuido ó preocupación de otros asuntos políticos se me quedase ése sumergido en el tintero de la presidencia. Lo de los timbres de alarma, que es un detalle, preocupa por las consecuencias que puede acarrear; y sin embargo, hay cuestiones de superior importancia, pendientes hace veinte años; condiciones impuestas á las compañías y que éstas no llenan; cuyo cumplimiento, según me ha dicho persona competente, eluden año tras año, con perjuicio de los intereses comerciales y grave perjuicio de la salud y bienestar de los viajeros. Me refiero á las estaciones definitivas, jamás construídas – eternamente reemplazadas por las provisionales. – ¡Con qué lujo de severidad obligan las compañías á acatar el reglamento en las cláusulas á su favor, y con qué soltura desacatan todo lo mandado, prevenido y estipulado en favor del público! Y bien: son negociantes, que van á su negocio. El gobierno que vaya al suyo: al negocio nacional, al negocio de la cultura.

Esto de los ferrocarriles es una de las causas de irritación y de queja más constantes. No debemos olvidar ni un segundo que los medios de comunicación son: 1.º, el camino de Europa: 2.º, la primer impresión por la cual Europa nos juzga. – ¡Ah! es un grado de anís! Yo me propongo no dejarlo de la mano, aunque, por desgracia, cualquier político de altura valdría para esto más que yo. ¡Qué hemos de hacerle! No podemos (y bien lo sentimos) romperle á cada político un par de huesos, no por hacerles daño, sino para lección y aviso...

EMILIA PARDO BAZÁN

"Cámara fotográfica monstruo." 1901, n.º 1.033, p. 679.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINOS. – POSTALES

No he conocido nunca planteado con tal desnudez el arduo problema social, como en este pleito de los aparejos de pesca en las rías gallegas, pleito que ha obligado á un ministro español á salir de la profesional apoteosis de los ministros, y venirse acá con todo el tren á ver si lo remienda.

Siempre es de buen efecto que los ministros se muevan y se tomen el trabajo de mirar las cosas por sus propios ojos, recibiendo directamente – lo directamente posible – el hálito de la realidad; pero hecha esta declaración obvia y sencilla, añado que, en el pellejo del señor duque de Veragua, el estadista más ducho habría de verse apurado para encontrar á la cuestión del *xeito* y la *traiña* compostura que no sea una mala soldadura, de esas de estaño, que saltan pronto. A Cristóbal Colón en persona, tronco de la casa ducal, quisiera yo en la ría de Arosa concertando á traineros y jeiteros. En sus tiempos, Colón no se andaría con chiquitas: apelaría á los recursos que le sirvieron siempre para acallar sediciones: con ahorcar á los cabezas de motín, y á los restantes echarles bonitamente unos grillos, cátate á la ría transformada en balsa de aceite. Sólo que los tiempos varían.. y hoy ese sistema va desacreditándose.

***

El problema es tremendo y peliagudo. Las dos partes, si se las oye, parecen tener razón. Líbreme Dios de dársela á ninguna de ellas. Para eso no soy ni ministro de Marina, ni hombre de Estado, ni alcalde, ni gobernador, ni diputado, ni fomentador, ni cosa que lo valga. Todas estas entidades que acabo de nombrar se ven en calzas prietas ante la insoluble cuestión. Los traineros invocan la ley, los jeiteros el hambre de miles de familias pobres, que vivían del mar, privadas del medio de subsistencia. Y aquí está el conflicto, el terrible conflicto, que no hago sino referir y que tiene á la ría en constante ebullición tormentosa.

Conociendo como conozco el carácter de mis paisanos, no me hubiese sido difícil augurar que aquí el peligro revolucionario va unido á las cuestiones económicas. No es avaro el gallego: en este concepto, la fama se pasa de injusta; no es ni avaro, ni ahorrador, ni negociante: dadle el pan de cada día – y ración bien frugal, bien escasa – y se contenta, permanece pasivo; no sueña en mejorar de fortuna, ni en cambiar de estado. Pero aquel mendrugo diario no se lo quitéis, ó lo empujaréis á las resoluciones extremas. La apatía misma de su carácter le conduce á mirar como único bien la estabilidad, la seguridad del mohoso mendrugo, la certidumbre del *caldo* á su hora. De ahí, no de espíritu aventurero ó de sed de riquezas, nace la emigración. Que el gallego tenga lo suficiente para no fallecer de necesidad, él y su mujer y sus hijos, y ni le cruzará por las mientes la idea de desarraigarse del terruño. Que el pescador de las rías pueda vender su sardina, y no pedirá nunca mejoras, ni comodidades, ni gollerías con las cuales no cuenta.

***

Claro es que al peligrar el sustento, se acabó la pasividad. Las Rías Bajas han sido teatro de escenas pavorosas, y quizás cuando esto escribo haya vuelto á correr la sangre. Es una lucha social, rara y curiosa por su carácter marítimo. Millares de embarcaciones jeiteras se reunen para dar caza á una trainera. El mar se cubre de botes y lanchas. ¡Es pintoresco! A fin de asegurar el orden se piensa enviar un buque de guerra á aquellas aguas. Los pescadores renuevan ahora un espectáculo que acaso en los siglos x y xvi se dió para rechazar á corsarios normandos, piratas ingleses y tunecinos, y otros enemigos que asolaban las costas. Y repito que no bastará asegurar el orden en lo externo: mientras el problema no se apure, y no se arbitre medio de restablecer la armonía en los hogares y en los corazones, renacerán de los pedazos cortados de la hidra furores y airadas represalias.

***

Y ¿cuándo se darán cuenta los gobiernos, el *gobierno* siempre igual, mande quien mande, de que estas cuestiones deben estudiarse en los períodos de calma y paz, no esperando á que adquieran lo único que aquí por lo visto preocupa: carácter de motín? Si aquí se supiese gobernar, el poder sería tolerante, amplio, previsor, paternal, blando con exceso, en los períodos normales, que son ó deben ser los más frecuentes; y severo, firme, inflexible, en los anormales. ¡Suele hacerse todo lo contrario! La agitación de las conciencias le preocuparía más que el molinete de los brazos disparando peladillas de arroyo. Evitaría el desorden antes de que se produjese; atacaría el mal en sus causas. Como los buenos médicos, preferiría la higiene á las drogas, la precaución á los remedios heroicos *in extremis*. La autoridad debe quedar triunfante; sólo que la autoridad debe tener razón.

Predomina otro criterio. Mientras no arde ninguna casa, ni suenan disparos y gritos, el poder, retrepándose voluptuosamente en la poltrona, dormita con el gato en el regazo (supongamos que el *gato* es la guardia civil). Se arma la bronca; retumban los truenos.., y entonces se piensa en Santa Bárbara y se reza el Trisagio y se enciende la vela bendita...

***

¿Os gustan las tarjetas postales ilustradas? Si tenéis menos de veinticinco años, de seguro respondéis que sí; que con pasión. Una de las pequeñas manías de la vida contemporánea es esta de las tarjetas. Ha venido de pronto; hace cuatro ó cinco años (en España al menos), nadie pensaba en enviar á nadie cartulinas con vistas ó retratos de celebridades; en ninguna tienda se encontraban tampoco. Duraba por entonces, en la gente joven, la moda de los sellos coleccionados, y los que recibimos correo de las cinco partes del mundo teníamos la preocupación de recortar y guardar sellitos que nos pedían con empeño las mamás para los chicos y los hermanos mayores para los menores. Las tarjetas postales andaban tan desatendidas, que los carteros aun cometían el abuso de cobrarlas como cartas; el público ignoraba que debían repartirse gratis. Casi nadie escribía en tarjeta postal, allá cuando eran baratas. Desde que se han convertido en un artículo de lujo, en un juguete bonito, nos inundan. Sería curioso saber lo que se gasta al año en tarjetas postales en el mundo entero.

Lo mismo que la manía de los sellos, la de las postales ilustradas tiene sus ventajas, que debemos proclamar. Los sellos enseñaban su mijita de geografía y familiarizaba á los niños con las caras de reyes y presidentes. Las postales ilustradas dan á conocer sitios, monumentos, costumbres, obras de arte; *ilustran*, de un modo superficial, fácil y cómodo; y hasta – publicando las *Doloras* de Campoamor, por ejemplo – favorecen á las letras y despiertan la afición á la poesía. Lo malo es que entre las postales, el telégrafo y el teléfono, la carta se muere, la carta desaparece, la carta pasa á ser un recuerdo histórico, un cachivache de antaño, y la generación nueva acabará por no saber cómo se redacta una carta, pues ha prescindido completamente de ese medio de relación.

***

En efecto, lo que seduce en las postales ilustradas al mayor número de corresponsales, es principalmente que no hay que redactarlas; que no piden ingenio, ni cortesía, ni gracia, ni afecto; que la sequedad, la brevedad, la impersonalidad del estilo, las caracterizan. No hay que romperse la cabeza: la estampita es el asunto: lo escrito nada importa: y ya, si lo reemplazan los versos de Campoamor, se llega al ideal de decirlo todo por boca ajena, y con una firma y un sello de cinco céntimos, tan campantes.

La postal ilustrada representa, en correspondencia, el espíritu yanqui: la concisión y el ahorro de tiempo y de sensibilidad. Un álgebra, un signo: una firma, una abreviatura: he ahí el epistolario moderno.

Y es todo un género literario lo que hace caducar la carta postal ilustrada. Un género literario que encierra obras maestras, como las cartas de la señorita de Lespinane, las de la señorita Aíné, las de la monja portuguesa, por no hablar de las universalmente célebres de la marquesa de Levigné, que es la reina de las *epistolières*. Hoy, la marquesa enviaría á su hija idolatrada las noticias de la corte en postales con vistas de París, sus monumentos, paseos y calles. Porque desde que las postales se han generalizado, se escribe en ellas sin temor, aquel pueril temor de antaño á que los empleados las leyesen. Se llega á más: una amiga mía muy discreta afirma que si se quiere escribir algo reservado, debe hacerse, no en carta cerrada cuidadosamente, sino en tarjeta postal ilustrada; porque á nadie se le ocurre que allí se diga cosa alguna, ni nadie piensa sino en la estampita, en la aleluya, en el mono.

***

El lujo se ha desarrollado en las postales: las hay que cuestan sumas relativamente crecidas. Y aun no costando mucho, siendo de las módicas, de á diez, quince ó veinticinco céntimos, el chorreo de postales representa regular desembolso. Para reunir una mediana colección (de tres á cuatro mil tarjetas), se puede calcular un gasto mínimo de mil quinientas pesetas. Se dirá que el que recibe una postal no tiene ni que pagar al cartero. Verdad es; pero no por eso ahorra un cuarto, pues para recoger tarjetas tiene que sembrarlas pródigamente. El mérito de la postal no consiste en sí misma, sino en la huella de haber pasado por el correo y en los garrapatos de tinta que trae. El bonito grabado ó fototipia que se adquiere en perfecto estado de limpieza, no tiene valor ni se estima mientras no se mancha con la pluma y estropea con el timbre.

Tan cierto es que la tarjeta postal ha matado la carta íntima, que (nótese) ha establecido la costumbre de la comunicación con desconocidos: preferentemente con desconocidos, que se buscan por medio de secos anuncios en los periódicos. «Un corresponsal en Yokohama.» «Un corresponsal en Melbourne.» «Un corresponsal en San Francisco.» Y postal va y postal viene, sin despertar en el alma ni el más insignificante recuerdo ó emoción de amistad, ni siquiera de leve y difusa simpatía. X... escribe á X; mejor dicho, no le escribe: le *postalea*. Tan extraña relación se prolonga meses, años...

He preguntado á los *postalistas*: «En la comunicación de aficionados varones y hembras, ¿no hace á veces de las suyas el niño inmortal:» Y me han respondido: «Es rarísimo. Quizás no se cuenten dos casos en millar de corresponsales.» La aridez de las fórmulas, lo público y abierto de la misiva, son espinas en que desgarra sus alas de pétalos de rosa el Amor. La misma galantería pierde en las tarjetas sus derechos. Los padres que tienen hijas pueden ver con tranquilidad la llegada cotidiana de las ocho ó diez estampitas negras ó de colores. Probablemente no contendrán sino cosas tan volcánicas como esta: «Recuerdos á la familia.» «Ahí va la fotografía del Papamoscas de Burgos.» «Aquí llueve mucho.» «A Periquito le vi ayer.»

***

La ilustración de las postales, en su mayoría, tampoco revela gran esfuerzo de imaginación. Una colección de vistas de Marineda – verbigracia – que acabo de comprar, se limita á una serie de calles modernas, iguales todas. Las postales hechas de *chic* son doblemente insulsas. No pasan, por lo regular, de la altura de las cajas de fósforos: mujeres con ojos más grandes que la boca. ¿Dónde están los que ideaban, componían, dibujaban los países de abaniico, maravillas de ingenio y de simbolismo ameno, filosófico y galante? ¿Dónde? Hoy nadie tiene una idea para un remedio. Nadie discurre. Las postales se prestan á derrochar en la ilustración el *espíritu* y la travesura, ya que se ha de economizar estrictamente en el texto. Sin embargo son, en su inmensa mayoría, de una vulgaridad que descorazona. Las mejores, las tomadas del natural, que reproducen escenas, tipos, episodios de la vida real, sin otra salsa ni otro adorno: la verdad, el cinematógrafo que sin cesar se desenrolla á nuestra vista...

Y he ahí cómo las postales ilustradas constituyen un nuevo é inesperado triunfo del naturalismo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REGRESO

Los que habían salido de España arrostrando el quebranto de los cambios á 43 por 100, vuelven á sus hogares con provisión de indumentaria de abrigo. Es esta época del año muy poco á propósito para estarse fuera de casa, y hay que exclamar: «A tu tierra, grulla, aunque sea en un pie.» Con gusto se busca el calor del fuego de la chimenea ó del modestísimo brasero; con gusto se recibe en la cara el vaho de la caliente sopa; es simpático el crujir de la castaña en la lumbre, el chirrido de la sartén donde se fríen las magras y las patatas; complace la gruesa alfombra que acaricia el pie, la cortina pesada que intercepta el aire, el burlete que resguarda la ventana, el panal de guata que forra el *collet*, la manta de piel sacada de sus prisiones y que al aire pierde el olor pegajoso de las drogas contra la polilla; el aroma del té brotando sutil de la tetera vibrante por la ebullición del agua recrea el sentido, y en sus ligeras columnas de humo perfumado nos parece sentir que penetra en nuestro espíritu el alma cariñosa, confidencial, del invierno...

Al volver á España, acuden más vivas las memorias del siempre hermoso y calumniado París. Cuando salí en dirección á la capital de Francia, iba asustada por los malos augurios que todo el mundo prodigaba. Apenas llegué allí, me convencí de que no se debe hacer caso de aves agoreras.

¡Qué calor asfixiante era ese, que había llegado á infundirme terror? Por el camino y durante mi residencia en la gran ciudad, disfruté de una temperatura que para tal época del año pudo llamarse deliciosa. A la sombra, diez y siete grados. El cielo hallábase velado por nubes finamente grises, y frecuentes tormentas, que descargaron en lluvia, humedecieron el aire y regaron el suelo, evitando las molestias del seco polvo. No hacía más calor que en Galicia, y las insolaciones de las semanas primeras de julio, que existieron realmente, las he oído atribuir, en gran parte, á travesuras del espíritu parral.

¡Qué diferente París este año, si recordamos el pasado, la Exposición y su bullicio! Aunque las grandes arterias, los bulevares y la avenida de la Ópera, se vieron atestadas de gente, oyéndose resonar, como siempre, todos los idiomas europeos, faltaba la algazara y el zumbido de colmena inmensa que llenaban á París, aquel loco y vertiginoso ir y venir de coches, ómnibus y tranvías disputados á empellones, aquellos gritos y pregones de *tickets* y álbumes, la fiebre ardorosa de la feria del mundo.

Lo que sí puede afirmarse es que París, en verano, se queda sin cerebro. Escritores y artistas, aprovechando las vacaciones, se apresuran á buscar en la aldea, en las playas, en Suiza, en las pálidas orillas del mar del Norte, el descanso y el cambio de vida que exige la tarea intelectual. Cuando intenté ponerme al habla con mis eminentes amigos, tuve que hacer excursiones por las cercanías, á las aldehuelas encantadoras que el Sena enverdece con el frescor de su ancha corriente pacífica.

La impresión de tranquilidad, de *pueblo de provincia*, que París causa en verano, se caracteriza al internarme en los barrios de la otra orilla del río, llenos de iglesias, de imprentas y librerías, de tiendas de anticuarios y de objetos religiosos, y de establecimientos de enseñanza. La idea del París endiablado, orgiástico y crapuloso – idea inexacta, porque la capital de Francia es un foco de activa labor, de sabia economía y de vida metódica – desaparece allí por completo. Las calles cercanas á San Sulpicio, familiares para mí, estaban en agosto semidesiertas. Las comadres del barrio, fruteras, verduleras, hueveras, vendedoras de leche, nata y quesos, polleras, carniceras, salían á la puerta á charlar unas con otras. Cruzaban numerosos eclesiásticos, con paso discreto, sin taconear, y las monjas, por parejas – hermanas de la Caridad, Carmelitas vestidas de burel, hermanas de la *Sagesse* con su arcaico traje y tocado procedentes del siglo XVII – se apresuraban, activas y silenciosas, como el que lleva un objeto y no se ha de entretener. En tales barrios, los nombres de los hoteles dicen á voces que nos encontramos en el riñón del París católico: veo el *Hotel del Vaticano* – donde me alojé años hace, y donde en cada habitación había un retrato del papa, una estatuilla de la Virgen, una pila con agua y boj bendito. – En estos hoteles, apeadero de obispos y sacerdotes cuando vienen á París, no se oye el vuelo de una mosca; la puerta se cierra antes de las diez, y casi no es lícito ir al teatro; sería alborotar el cotarro recogiéndose á horas que escandalizan.

Lo único que animaba esos barrios eclesiásticos y docentes el día en que los recorrí, era la distribución de premios en colegios y escuelas de niñas. Era la hora en que salen los papás y mamás, dilatado de gozo el semblante, con sus chiquillas laureadas. Debe de prevalecer un criterio de suma indulgencia en lo que toca á recompensar, porque era un desfile interminable de chiquillería, de risueñas y lindas *gaminas* de cinco á quince primaveras, coronadas de laurel verde alternado con rosas blancas, ó rosas blancas sólo, y llevando bajo el brazo los libros de vistosas encuadernaciones. A la puerta de los colegios formábanse grupos para verlas salir radiantes de gloria y para felicitarlas. Escena provinciana pura: las tenderas, las buenas mujercitas de los puestos, el peluquero, el viejo que lañe porcelanas rotas, los del orden, los cocheros simones, apiñados en la acera, alrededor del colegio, en espera de las triunfadoras, que asomaban muy peripuestas, de rosa, azul ó blanco, hechas unas macetitas de flor...

¡Y ahí tenéis un barrio parisiense! – No es la primera vez que noto, en los países muy civilizados, esta especie de candor bonachón, fácil y alegre, este paladeo cariñoso de los sabores de la vida sencilla y modesta, indicio de salud moral. Quien va á París á buscar corrupción, la encuentra; corrupción la hay en todas partes. Quizá sería más difícil, en otras ciudades, descubrir la moderación de costumbres y la aceptación de la ley del trabajo que aquellos barrios delata. No conozco en Madrid zona tan laboriosa ni de tal sosiego. Otra cosa que siempre me sorprende de un modo grato, es la cordialidad y la cortesía en las relaciones entre gentes que no se conocen, ni han de volver á verse en la vida. No sería aquí donde pudiese arraigar, ni un minuto, la incultísima y necia guasa del *gesteh!* que, según me escribieron, hizo estragos en nuestra villa y corte.

A fuer de gente trabajadora, ¡con qué alma se divierten, cuando tocan á divertirse, los parisienses el domingo! Por supuesto que el cierre es universal: el precepto de la iglesia, las reivindicaciones socialistas y las prescripciones de la razón se dan la mano para asegurar el descanso á los que cumplieron como buenos y echaron los bofes por la boca la semana entera. En las mismas oficinas de Correos, el domingo se acaba temprano la labor, se cierra la taquilla de los certificados, y peor para quien no madruga. En Madrid compramos preferentemente á última hora, al volver de paseo, entre siete y ocho de la noche. En París, á las seis se cierran muchos grandes almacenes y á las siete se ha acabado la jornada. Los dependientes no son de hierro y necesitan, no algún esparcimiento, ¡siquiera tiempo para comer! En los *restaurants*, se sirven temprano los almuerzos y comidas. París vive, funciona, se levanta, se recoge, una hora á hora y media antes que Madrid, y guarda el domingo estrictamente. Más estrictamente ya no lo guarda, según noticias, Londres; y puede afirmarse que en Europa es pacto general el de permitir que el domingo repose la gente, se solace, eche al aire una cana. Y del barrio católico de San Sulpicio al travieso barrio de los estudiantes, el júbilo del domingo os envuelve en oleadas de risas, al paso de grupos de gente de juvenil buen humor. El domingo los trenes salen atestados, las aldeas se inundan, por los museos no se puede andar, los parques públicos, los magníficos parques tan frondosos y bien cuidados de París, son teatro de los juegos y retozos de los niños, y sirven de asilo á románticas parejas, que de lunes á sábado midieron tela ó despacharon lazos y plumas detrás de un mostrador. Y nadie se mete con nadie, á nadie le importa un pito nadie, como no sea para mostrarse amable y servicial, cuando el caso lo pide.

Las ceremoniosas fórmulas de que solemos hacer chacota, el *pardon*, el *merci*, el *s'il vous plaît*, el decir *señor* y *señora* y *señorita* hasta á los mendigos, van poco á poco tejiendo la tela de la buena crianza, del respeto mutuo, y estableciendo cordiales relaciones entre la humanidad. Confieso que en este particular, volver de París á Madrid es salir de un salón y entrar en una tasca. El pueblo de Madrid alardea de lo contrario: de insultante, de precoz, de insolente, de fiero y brusco. Diríase que cree humillarse con un rasgo de cortesía, y que juzga ensalzarse con una especie de erizada y provocativa hostilidad contra todo y todos: las damas, los coches, la vejez, la fealdad, la hermosura, la riqueza..., cuanto se diferencie de su manera de ser toscamente castiza...

Literalmente acribillado se hallaba París de cartelitos en que se recomienda no escupir en la calle, para combatir la tuberculosis; y desde que aparecieron, en efecto no se escupía. La sucia costumbre va á desaparecer, como había desaparecido, desde mediados del siglo pasado, en esa la pulcra Holanda, de donde vuelvo. Sea ó no eficaz para disminuir los estragos de la enfermedad horrible, ¿quién negará que es limpio y sensato no escupir? ¿Qué necesidad hay de escupir? Puede vivirse sin haber escupido una vez sola. Lo repugnante de la acción debiera bastar para que estuviese prohibida por el código del aseo. En Holanda, creo que en Amsterdam (es cuento que no garantizo), parece que cierto francés se descuidó y proyectó saliva, no en la calle (¡quién se atrevel), sino en un canal. El asombro y la indignación llegaron á tal extremo, que del suceso hizo efeméride, y en Amsterdam suele decirse: «Eso pasó el año en que escupió el francés.» Pues bien: los franceses van á dejar de escupir; ni por el colmillo siquiera.

El caso de Blanca Monnier, la secuestrada de Poitiers, célebre proceso que se ha fallado estos días, daba que hablar y seguirá dando en Francia, porque la pasión política, que levantó la polvareda Dreyfus, sopló también con su habitual violencia sobre esta causa. Fuese clerical ó fuese rojo, el hermano de la secuestrada es un hombre odioso, aborrecible, por la misma inercia que como excusa suya se ha alegado en los debates. Nuestro derecho penal castiga *al que hace*, pero no tiene bastante arraigado el concepto de que se es muchas veces criminal *por no hacer*. Monnier vió á su hermana en el más triste y horrible estado y *no* lo impidió, *no* protestó, *no* apuró todos los medios hasta sacarla de él. Por eso *no* debe ser perdonado.

Existen en el mundo seres afectados de cobardía moral, que, incapaces de cometer una maldad por cuenta propia, son también incapaces de impedirla. Una voluntad se les impone: si es mala, se les impone para el mal: no saben resistirla oponiéndole otra voluntad templada para el bien. La madre, en casa de Monnier, por lo que del proceso se deduce, dominaba á sus hijos: á Blanca la estorbó que se casase, y después la encerró en una habitación, sin luz, sin aire, sin abrigo, sin ropa, sin sustento, dejándola revolcarse en su propia inmundicia; á Marcelo le obligó á ser cómplice mudo y obediente de este crimen, y por consecuencia, no menos criminal.

Cuando leo que el abogado de Monnier dice que no se podía atender y limpiar á Blanca, porque ocultaba la cabeza entre las sábanas, me pregunto: ¿como se pueden emplear tan débiles argumentos? ¿Acaso en el hospital no han lavado, desinfectado, cuidado á esa desventurada, lo mismo que á cualquiera otra? Que hiciese su familia lo que en el hospital se hizo.

La sentencia de Monnier me parece benigna. Sería de desear, y sería buen ejemplo para la difusión de las ideas de derecho y humanidad, que penase algunos años. Recuerdo que un día ví á una madre baldar á golpes á su hija, criatura de corta edad, y como yo interviniese tratando de escudar á la chiquilla, la arpía me dijo: «¿Qué tiene que ver nadie con esto? Soy su madre.» Es preciso que cunda el convencimiento de que sobre los hijos no hay derecho de vida y muerte.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

HEINE. – DOS VALENTONES

Heine es de actualidad, porque su estatua, rechazada de todas partes, ha encontrado acogida hospitalaria donde la encontró el mismo poeta: en París.

Nació Enrique Heine, el más sentido de los líricos modernos, en Dusseldorf, en 1800; su familia era judía, de Altona; su padre, Sansón Heine, vendía terciopelo. Francia ejerció sugestión sobre su fantasía desde la niñez: su madre, Betty Gelden, que era una apasionada lectora de Rousseau, quiso que entrase al servicio del dios de aquella época, Napoleón. Si no cae el Imperio, Heine es militar, y forma en las filas con aquellos dos granaderos cuya conmovedora balada escribió. Caído el Corso, quiso Betty que su hijo fuese banquero, como lo era su tío Salomón Heine. No sabía que el joven Enrique estaba predestinado á ser rey... «El poeta es un monarca,» repite él en uno de sus más hermosos *Cantos*.

***

Lo curioso y típico de Heine es que, francés por la simpatía, por el entusiasmo que le inspiraba «el pueblo de la gloria,» que así designaba á los franceses; enemigo de la pedantería alemana, de las costumbres alemanas, de la política alemana, nadie fué más alemán, en cuanto poeta, ni censuró con más desprecio la poesía francesa que él. «Su métrica – decía refiriéndose á los poetas franceses – debe de haberla inventado Procusto: es una camisa de fuerza aplicada á ideas sobrado pacíficas para que la necesiten. Hacer consistir la belleza de un poema en las dificultades de versificación vencidas, es un principio ridículo. El hexámetro francés, ese *hipo rimado*, es para mí una abominación. Los mismos franceses comprenden lo que tiene de repulsivo este arte contra la naturaleza, infinitamente más criminal que las monstruosidades de Sodoma y Gomorra, y sus buenos actores están habituados á recitar los versos de un modo que imita la prosa, para lo cual no era necesario tomarse la molestia de versificar...

»No puedo acordarme sin espanto de que, en el colegio, tuve que extraer de la Crestomatía del profesor el discurso de Caifás al Sanhedrín y traducir los hexámetros de la *Mesiada* de Klopstock en versos franceses. Era un refinamiento de crueldad. ¡Dios me perdone! Maldije al mundo y á los opresores extranjeros que querían imponernos la cadena de su versificación y estuve á pique de convertirme en gallófobo. Sentíame capaz de morir por Francia; pero de hacer versos franceses, ¡nunca!»

Verdad es que había entonces quien se encargase de refrescar el cariño de Heine á Francia: era el tambor que tenían alojado: el que «parecía un diablo y redoblaba divinamente;» el que enseñaba al chicuelo prusiano la historia de la Revolución francesa por medio de la música, tocando la *Marsellesa* y el *Ca ira*, y ofrecía á su joven imaginación el espectáculo sangriento y magnífico del puente de Lodi, de Marengo, de las Pirámides.

Caso que no debe admirar á quien conozca cómo se vive en las regiones del espíritu, que á uno de mis amigos franceses, poeta y pensador, le haya encontrado más pensativo que por la cuestión de las Órdenes y los amagos de guerra de Oriente, por las vicisitudes de la estatua de Enrique Heine. La estatua fué un capricho de aquella pobre romántica y desequilibrada emperatriz de Austria, á la cual no bastó pesar tan poco en los destinos del mundo para librarse del puñal de un anarquista. Al morir la entusiasta del vate, no se supo qué hacer con la estatua; ningún pueblo quiso darle hospitalidad. Austria y Alemania negáronse á recibirla. Fué preciso que la recogiese como de limosna Francia – Francia, la patria segunda del ruiseñor agasajado con la peluca de Voltaire. – Alemania es implacable en sus rencores contra el «mal patriota» Heine. Austria lo mismo: ni aun permite que una calle lleve el nombre del autor de los *Lieder*. No le perdonan sus rasgos de independencia, sus ironías, los dardos alados que disparó con la sonrisa y la actitud de un Apolo. ¡Venturosa tierra que se da el lujo, en su intolerancia patriótica, de desnaturalizar á un Heine! A veces se me figura que Heine vale por toda Alemania. Si existe un ser que no necesita patria, porque nació en el Olimpo, es el interrogador de la Esfinge, el mago que hace hablar á las flores bajo la pálida caricia de la luna, el que, sin embargo, se sintió hijo del suelo que había de renegar de él, y exclamó al pasar bajo las ventanas de la «dulce niña:»

– *Ich bin ein deutscher Dichter*... ¡Soy un poeta alemán!

***

Al recordar mis pláticas con el amigo francés sobre Heine, pienso, por asociación de ideas, en otras relativas á las Ordenes religiosas, con amigos que, si digo que son intelectuales y franceses, casi podría adivinarse su opinión. Favorable á las Ordenes; más favorable, más explícita de lo que yo misma imaginaba.

– ¿Qué daño hacen? ¿Con quién se meten las Ordenes?, exclamaba uno de ellos, así que cambió la conversación y se decidió á dejar de la mano al cantor del *Intermesso*. Su actitud, en conjunto, no ha podido ser más correcta en el asunto Dreyfus. ¡Los asuncionistas son una excepción! La libertad quiere que cada cual viva como le plazca, en no haciendo daño á los otros. Y si se consultase al público, el sentido general sería este. Las Ordenes no son aquí impopulares, ni cosa que se le parezca. ¡Ah! El pensamiento, en Francia, ha experimentado una evolución curiosa. Hasta 1850 hubo volterianos, pájaros burlones, que en vez de cantar silbaban. Desde mediados del siglo, la acción del naturalismo trajo la reacción de la religiosidad sentimental y aristocrática, la corriente decadentista y estética, y tuvimos vidrios de colores y vahos de azucena y figuras prolongadas á pasto. Usted lo ha oído de labios de Zola: «¡Cuánto misticismo en este fin de siglo!» Los volterianos estaban en ridículo, como el que usa un sombrero de cuatro mocas atrás. Ni á resollar se atrevían. Las cigüeñas habían vuelto á los campanarios. Y ahora que esa escuela literaria también se ha deshecho – las escuelas hoy se deshacen rapidísimamente, son pompas de jabón, – ha llegado á imponerse en la mentalidad francesa un convencimiento razonado de que la religión es una fuerza social, algo en que se apoya la organización presente tal cual existe y tal cual se pretende que no exista. Porque ese es el fin: desorganizar lo existente, desorganizar á Francia. Lo digo friamente; no es lenguaje de medroso ni de reaccionario. Nada tengo de reaccionario, ¡á fe! Seré, cuando más, estacionario; es decir, aspiraré á la conservación de la Francia que conozco, y que es una Francia republicana, sólidamente constituída, conservadora de lo adquirido con tantas luchas y tanta efusión de sangre; una Francia en evolución, que progresa despacio de un modo insensible y seguro; que ha rehecho su ejército, su hacienda, su instrucción, y á quien hoy los alemanes no hincarían el diente tan á gusto como hace treinta años. Todas estas ventajas las van á lanzar por la ventana á propósito, en un acceso de epilepsia, para que se establezca un solo poder, un solo señorío: el del dinero. Expulsaremos á los frailes y saludaremos á los agiotistas y banqueros judíos, que son los muñidores de esta compañía. – El problema de ustedes es de otra índole. Han sido ustedes muy mal gobernados y muy poco felices. Constituyen ustedes en ciertos respectos, y á pesar de sus cualidades encantadoras, una excepción dentro de las corrientes de cultura europea. Esto les lleva á ustedes á mirar con recelo cuanto representa el pasado. Nosotros, al revés: á nuestro espíritu moderno, necesitamos añadir la levadura de la tradición. No queremos disolvernos: nos asusta el salto en las tinieblas. Nuestras Ordenes religiosas enseñan, llevan el nombre y la bandera francesa á los países de nuestra legítima expansión colonial, al continente africano. Comprendo que se vigile y se atienda al modo de proceder de las Órdenes en lo que toca al punto del patriotismo, porque lo único que se les achacaría con visos de razón es que son sociedades poderosas constituídas dentro del Estado y obedientes á un jefe extranjero; pero mientras se conduzcan como buenos franceses los religiosos, ¿se cohonesta el hecho de quitarles bonitamente lo que es suyo y de prohibirles lo que no se prohibe á los demás ciudadanos? Créalo usted: aquí no se trata sino de desintegrar, á toda costa, por sistema, y no desde el club ni desde la calle, sino desde el santuario de las leyes, como esos caballeros dicen... Francia se rehacía. A estorbarlo. A quitar de en medio á las Ordenes. Después, le tocará el turno á otras cosas...

Y el que así se expresaba añadió:

– ¡Ah! Sí; entre los intelectuales, ya que este nombre se nos quiere dar, existe bastante unanimidad de pareceres, un movimiento significativo. No somos uno ni dos: somos legión. No hablemos de casos como el de Huysmanns, recluído en un monasterio: ese me parece un rezagado del misticismo, un ultra-romántico. Pero Lemaître, Brunetière, Faguet, Gebhart, Doumic, Voguié, Bourget, Barrés, creo que son nombres, y de gente que no sueña ni se deja impresionar por dos arcadas treboladas de claustro y un toque de hiedra encima. Aquí hay algo diferente. No queremos que se nos deshaga entre los dedos Francia...

***

Pasaba esta conversación en la terraza de un hotelito del oasis versallesco, que si no atrajese por su Museo (más notable de lo que se cree, aun desde el punto de vista del arte puro) y por sus recuerdos históricos en tropel), desde las magnificencias del reinado de Luis XIV hasta la coronación de Guillermo I ante el enemigo, atraería por la frescura que le presta en verano el anchísimo cinturón de arbolado profundo, añoso, noble, de alto fuste, que le rodea de verdor. Versalles era para mí el término de varias expediciones en camino de hierro, para aceptar invitaciones de ilustres amigos desperdigados por aldeas y pueblecillos de las cercanías de París, que en pulridad no son sino un vasto jardín, un lindo huerto y un primoroso parque. Fueron, sin embargo, en otro tiempo, las orillas del Sena, esteros, pantanos y juncales infructíferos. Tanto puede la labor del hombre.

***

Saltando de Francia á España, ¿habéis leído el desafío de dos panaderos? Si la noción del honor se afirma por el duelo; si en eso consiste la caballería, inclínense ante esos dos obreros todos los caballeros que *van al terreno* para vindicar la honra. Ahí sí que no hubo almuerzo, ni farsas, ni actas, ni ninguno de esos risibles pormenores que convierten en mascarada el desafío. Los dos mocetones tuvieron por la mañana una cuestión personal: uno de ellos descargó al otro una bofetada. Inmediatamente se concertó el lance. Pero no podían verse las caras hasta realizar su trabajo, su labor del día. Era necesario cumplir, amasar el pan, y lo hicieron, con la misma calma y asiduidad que un día cualquiera. Nadie pudo sospechar que, al terminar la jornada, iban á jugarse las vidas. Nótese que no digo *la vida*, y es que en estos duelos entre gente del pueblo, no se va á cara ó cruz, sino á ambo: generalmente hay dos cadáveres. Hace falta, pues, doble valor y doble energía, puesto que no existen las cincuenta probabilidades sobre ciento de salir, aun en el peor caso, ileso.

Los panaderos, terminada la labor, se reunieron en un sitio solitario. Cada cual llevaba un cuchillo. No hablaron palabra; ¿para qué? En esto se mostraron de una corrección aristocrática. Mano á las armas, y de cerca. La lucha, fiera, muda, apretada, duró minutos. Uno de los combatientes cayó. El otro se tambaleaba. Ambos tenían heridas mortales. Y no hubo más. Nadie vino á estrecharles la sangrienta mano, diciéndoles que eran unos caballeros y que quedaba satisfecho el honor...

***

El valor existe entre nosotros como el diamante en ganga tosca. La dignidad, lo mismo. ¡Lástima de cualidades que podrían emplearse óptimamente!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS INVISIBLES

Cierta circular de la dirección de Sanidad ha caído en medio de la indiferencia con que aquí solemos mirar lo que no se relaciona ni con la chismografía ni con la política personal, dos cosas poco distintas y una sola calamidad verdadera. En esa circular se trata de desinfección, tema que yo colocaría á la altura del tema pedagógico, en importancia para el remedio y adelanto de la humanidad; pero para reconocerle importancia al tema, sería necesario que estuviesen muy difundidas nociones que todavía son patrimonio de pocos. Para reconocerle la importancia al tema se necesitaría, ¿qué diréis?, fe, mucha fe. La existencia del mundo sobrenatural no la comprueban nunca los sentidos; y la existencia del mundo invisible, rarísima vez. La de las bacterias, bacilos y demás microbios tiene que creerla por un acto de fe la innumerable turba que jamás ha puesto los pies en un laboratorio, ni acercado su pupila al vidrio del microscopio. Y ese acto de fe no siempre se halla dispuesta la gente á ofrecerlo como oblación en aras de la ciencia.

***

Son bastantes los que, en tonillo malicioso, de zumba, os preguntan: «¿Pero usted se traga *todo eso* de los microbios?,» y se retiran persuadidos de que han alardeado de cabezas firmes y de graciosos escépticos, después de sonreír al humilde «sí trago» que de mis labios se escapa. Naturalmente, trago, ¡y á buches! En primer lugar, mi fe no tiene gran mérito; carece de la divina inconsciencia de la fe del carbonero que cierra los ojos y abre el corazón: yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas laminillas de tejidos y me hicieron ver en una gota de sangre el torrente de la vida. Millares y millares y acaso millonadas de organismos cruzaron ante mí por el vidrio revelador, y sus extrañas formas, su vertiginosa vitalidad, me aturdieron, penetrándome de admiración y de espanto. En todas partes, hasta en las aldeas más humildes, llegará á haber con el tiempo microscopios y aparatos de proyección; el pueblo *verá* y acaso entonces se persuadirá de que existe esa vida invisible ahora. Lo que no llega á los sentidos no lo admite la flaca razón de los pobres de espíritu, que son tantos, y aunque bienaventurados, son funestos.

***

Mi parte de escepticismo tengo también: no el burdo escepticismo de dar á entender que las bacterias pueden ser divertida broma de los biólogos, no; pero por lo mismo que existen y que son miriadas, ¿cómo hemos de extinguirlas? Esas terribles *colonias*, al parecer, han de resistirse á nuestros ataques. Apuraremos los recursos de la desinfección y disminuiremos su número..., ¿en qué proporciones? ¿Hasta qué límites? Es tarea á primera vista comparable á la de agotar el mar con una esponja...

El hombre, durante su permanencia en la superficie del planeta, ha destruído bastantes especies animales, cuya desaparición consta en la historia natural. Alguna de estas especies desapareció porque las condiciones climatológicas, después de los grandes cataclismos del globo, no le fueron favorables; otras, sin género de duda, subsistirían aún á no perseguirlas y acosarlas el hombre. De varias, sin embargo, quedan restos. A pesar de la lentitud y dificultad con que se reproducen los grandes cetáceos, los grandes mamíferos, las fieras, aún se alza sobre la superficie del mar el doble surtidor de la ballena, aún pace en los juncales indianos el elefante, aún ruge en el Atlas el león. Si persisten así los macrobios, ¿qué esperanzas podemos alimentar de extinguir los incontables microbios patógenos?, ¿cómo reducir el número de las infecciones?

***

Racionalmente no cabría ni soñarlo. Y no obstante, los hechos demuestran hasta la evidencia que la campaña no es estéril. Acordémonos de la Edad media. Un vago presentimiento científico era el que dictaba los acordonamientos y los aislamientos terribles, el abandono de los míseros apestados, la línea de fuego donde eran encerrados los sospechosos de traer de Oriente un azote misterioso entonces. No se conocía otro medio, y ese era el que se empleaba en toda su crueldad. En el idioma quedó la huella del procedimiento: «Huyen de mí como si fuese un apestado,» oiréis decir frecuentemente. Había que huir de un enemigo al cual no se sabía combatir, contra el cual no existían armas.

Y la fuga, lo mismo que los demás actos de cobardía, era fatal, era la plena derrota. Las pestes, no sólo de la Edad media, sino de épocas recientísimas, despoblaban ciudades, sembraban las calles de cadáveres, infestaban el aire y enloquecían de tal modo á las multitudes, que provocaban actos de verdadero frenesí. Nadie ignora la parte que tomó el cólera en la matanza de los frailes en España. Creíanse envenenadas las fuentes – en lo cual también había un presentimiento de la verdad, dado que las infecciones por el agua se transmiten...

Sólo Barcelona sufrió, desde el siglo XIV hasta el último tercio del XIX (antes no existen documentos), unas veintisiete ó veintiocho epidemias atroces; algunas duraron cuatro y cinco años; alternaban gratamente la peste negra, la bubónica ó de Levante (conocida por *mala landre*), el dengue ó *influenza*, el paludismo, la difteria, la fiebre amarilla y el cólera morbo asiático. Nótese este hecho: la peste bubónica, que muchos creen un contagio nuevo, es de los más antiguos y clásicos en España. Con todos sus caracteres la encontramos en la Edad media y el Renacimiento, y sólo la vemos aplacar un poco su furia cuando la Edad moderna trae consigo las primeras nociones, no de asepsia ni de antisepsia, sino sencillamente de limpieza é higiene general. El espantoso contagio sigue rondándonos; asoma su monstruosa faz por la orilla portuguesa; mano invisible parece detenerle en su camino. – Es el agua, es el jabón, es el uso de camisa y medias, es todo lo que hogaño posee el más modesto hogar, y antaño se desconocía en los palacios; ahí y no en ninguna otra valla tropieza y rompe sus alas fúnebres el mal de los climas donde aún es sucio el hombre, donde ideas religiosas absurdas le inducen á dejar sus muertos insepultos y preocupaciones tradicionales le retienen sujeto al modo de vivir de hace veinte siglos.

Hoy la bubónica no pasa de chispazos aislados: no se extiende. Siempre amagando en Oporto, jamás llega á convertirse en verdadero peligro; y sus asquerosos reales los tiene en los barrios infectos donde se hacina una población que, en punto á limpieza, no está muy diferente de lo que estaría en el siglo XV. Clara es la lección. No se necesita ni antisepsia, basta el sencillo aseo, para combatir el desarrollo de estas infecciones un tiempo consideradas misteriosas y de ignorada causa. Los *invisibles*, á quienes por su fantástica y prodigiosa reproducción acaso tendríamos por *inventibles*, retroceden y se retiran ante elementales precauciones de limpieza, el abecé del aseo, y que cada día se extiende y propaga entre todas las clases. ¿Qué no se obtendrá al aplicar debidamente el vasto sistema preventivo y represivo de la desinfección? – Las epidemias y hasta las endemias desaparecerán del mundo civilizado. El término medio de la vida humana, que ya ha crecido bastante, seguirá creciendo; el sufrimiento y el dolor disminuirán; uno de los grandes motivos de terror desaparecerá; la «cólera divina» no se presentará falsamente representada por contagios que la ciencia sabe conjurar y prevenir, y los días sombríos del cólera no volverán á teñir de arreboles lívidos y sangrientos el horizonte de las grandes ciudades...

***

Bajo el Renacimiento asoma el aseo personal, comienza á usarse la ropa blanca, se indican los albores – muy tenues – de la reconciliación de la humanidad con el agua; en el nuestro apunta la desinfección racional; nada más que apuntar; no es un hecho general todavía. Cuando se propague y penetre en las costumbres, surtirá tales y tan maravillosos efectos, que hoy ni los sospechamos.

Obsérvese un solo detalle. Desde que se asisten los partos con la antisepsia, las fiebres puerperales han desaparecido. – Una tercera parte de las mujeres que daban á luz sufrían esas fiebres; una cuarta parte, quizá me quede corta, á ella sucumbían. La función de la maternidad se consideraba peligrosa: ha dejado de parecerlo desde que las mujeres no se cuecen en su propia suciedad, en una habitación cuidadosamente cerrada. En esto también las costumbres primitivas, el hábito de sumergirse en el río y lavarse y purificarse después del parto, fueron temprana intuición de lo que la ciencia había de establecer victoriosamente miles de años después.

Es curioso registrar en la historia el número de reinas de España que murieron de fiebre puerperal, accidente del cual no mueren las obreras hoy. La etiqueta envolvía á las desventuradas señoras en mayor fetidez é infección que á sus súbditas, y la gloria de dar á la corona un heredero les costaba la vida. He ahí el lazo oculto que une á los bellos grupos sepulcrales de bronce de Pompeyo Leoni con las bacterias y bacilos. Esos reyes dorados que se arrodillan en el presbiterio de la iglesia del Escorial rodeados de tres ó cuatro damas, se arrodillarían con una sola y el grupo sería menos estético...

***

Notad, pues, cómo cabe luchar victoriosamente contra esos invisibles que se multiplican por millonadas. Son el infinito; pero contra ese ejército innumerable, ejército de Jerjes, las falanges griegas de la limpieza y del aseo realizan prodigios. La peste está conjurada. ¿Qué mayor demostración? Y cuenta que por ahora casi nada se ha hecho en sanear y desinfectar. Algunas poblaciones muy adelantadas comienzan á desembarazarse de las materias que producen fermentaciones pútridas, á tener agua suficiente y á esterilizar focos: la inmensa mayoría siguen infestadas. En Marineda la traída de aguas constituye un bello ideal y los conductos de la potable pasan por debajo de los del alcantarillado: así es que las tifoideas, según la enérgica frase de Virchow, se beben y se comen. Las cloacas desembocan en el puerto; las aguas de la hermosa bahía están recibiendo continuamente arroyos de inmundicia; al retirarse la marea el olor es insufrible, y un enamorado que quiso suicidarse por desesperación, salió, cuando lograron pescarle, cubierto de impureza. ¡Pobre alma lírica, que ni aun pudo conseguir el momento bello de la tragedia, y se encontró bajo la ridiculez grotesca de la inmersión en las heces de la prosa diaria!

***

En Compostela el tifus hacía estragos también. Se llevaba cada otoño una cosecha de espigas nuevas, de mocedad estudiantil fresca y lozana. Las calles se entristecían con el cortejo fúnebre del estudiante, cuyo ataúd seguían los compañeros cabizbajos, hinchadas la pupilas por las noches pasadas en vela á la cabecera y por el llanto de la primera edad viril, en que todavía hay dejos de la niñez. – Bastó sanear unas aguas corrompidas para que cesase el azote. Ya los estudiantes no se mueren «como moscas...»

***

Animo, pues; se consigue mucho con poco esfuerzo; los invisibles son cobardes; retroceden apenas el hombre despliega algo de iniciativa y de valor. Una de las precauciones más fáciles es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas á la calle. Este sistema economiza combustible, evita el espectáculo repugnante de los montones de basura en la vía pública, donde escarban los perros y los traperos, y hasta impide que se pierdan cubiertos de plata, á veces, envueltos en los despojos de cocina. Las mujeres pueden hacer mucho por la desinfección. Que aprendan y apliquen lo aprendido; que conozcan á los invisibles, para pelear con ellos en el hogar.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BRIZNAS

Misterios hay en la administración, cuyo velo tupido no desgarraremos nunca los simples mortales. Yo daría algo (somos aficionados á la investigación, aun comprendiendo su frecuente inutilidad) por saber la razón de que el ayuntamiento de Monforte anuncie la vacante de dos plazas de médico municipal, dotadas con el haber de 999 pesetas anuales cada una.

O mejor dicho, y para que no falte la debida claridad al discurso: daría algo por saber la razón de que ese ayuntamiento no ofrezca á sus médicos municipales las 1.000 pesetas redondas.

¿Será por economía? ¡Hombre, qué diantre! Una pesetilla no va, como suele decirse, á ninguna parte; una pesetilla á nadie saca de apuros.

¿Será por rebajarles los humos á dichos funcionarios, demostrándoles que su valer no alcanza á las clásicas 1.000 pesetas justas?

En fin, que no lo entiendo; y probablemente ya me quedaré toda la vida con la curiosidad. Esa peseta menos será un enigma añadido á los muchos que en la gestión de los negocios públicos se alzan ante el profano, como otras tantas esfinges de papel sellado y de polvo expedientístico.

⁂

La embriaguez no es en el hombre un estado diferente, en su esencia, del habitual; no difiere sino en la cantidad, por decirlo así. Cada cual sigue siendo quien era: sólo que se exalta y acentúa la personalidad. De ahí que existan esas llamadas *borracheras simpáticas*, en que el beodo siente desbordarse la generosidad y el espíritu caballeresco, y desea emprender toda suerte de fazañas y aventuras generosas y románticas, salir á la defensa de los oprimidos, erigirse en justiciero, tener unos brazos tan grandes que con ellos pueda abrazar amorosamente á los buenos y estrangular á los pillos. Si queréis conocer bien, á fondo, á una persona, estudiadla revelada por la embriaguez.

Extendiendo á la colectividad lo que digo del individuo, se verá que también es exacto, profundamente exacto. Aunque parezca cosa averiguada por los psicólogos y los penalistas que la muchedumbre desarrolla, mediante contagio, instintos criminales de que el individuo carece, lo cierto es que la masa no es otra cosa que la suma de las unidades, y nada hay en este conjunto que en la unidad no existiese, más ó menos latente. Y cuando una multitud, ebria, si no de vino, de cólera, incurra en ciertos desmanes, decid con seguridad absoluta que dentro de los individuos fermentaba todo lo que al reunirse saltó por el aire como el corcho de una botella de Champagne.

⁂

El estado de nuestra nación es tal, que donde nos reunamos ha de presentarse esa fermentación de malsanos elementos, que son al organismo nacional como las oxidaciones inficientes al cuerpo humano: impurezas que lo están abrumando y destruyendo. ¿Qué cosa más hermosa, á veces, que un motín de estudiantes? Generalmente los escolares no se sublevantan sino por motivos que llevan en sí algo de ese espíritu de idealidad que es patrimonio de la juventud. Bulle en ellos la savia de la esperanza, el anhelo de cosas grandes y rectas, que esperan conseguir con un día de efervescencia en las calles, con unos cuantos gritos, con pasajera resistencia á los poderes vigentes y á la autoridad constituída. Los estudiantes, en otros países, son una fuerza expansiva al servicio de la libertad, de la ciencia y de la patria. Mas no por eso creáis que lo son ó lo han sido siempre. Cuando la sociedad está degenerada ó atrasada, si queréis juzgarla estudiadla en momentos de alboroto estudiantil. En Francia, por ejemplo, estaba atrasada la sociedad en lo que respecta á los derechos de la mujer. El criterio social consistía en procurar alejar á la mujer de las profesiones en que puede, conservando su honra, ganarse la vida. Se quería mantener el privilegio del varón, y cerrar á sus competidoras el camino de la decorosa subsistencia por la labor artística y científica. No se transigía con que hubiese médicas, boticarias, practicantas, enfermeras, pintoras, adornistas, decoradoras de porcelana, telas y muebles, y mucho menos abogadas. Y para desahogar esta intransigencia, los escolares cometieron la indignidad de *abuchear*, como aquí diríamos, á las alumnas, sus compañeras, respetables doblemente, aparte del sexo, por la ley del compañerismo. «*¡Conspuez les femmes!*,» fué el grito estúpido de aquellos bárbaros de la civilización... á medias – pues la civilización completa no excluye á la mujer en caso alguno.

⁂

Ya ha cesado tan vergonzosa fermentación; ya las mujeres concurren á las aulas y á las Academias, encontrando las consideraciones á que son acreedoras. ¿Por qué? Porque la sociedad se ha sanead; porque la causa de la mujer ha ganado terreno insensiblemente; porque la cultura ha avanzado y marcado la huella de sus lindos pies calzados con airosa y fina sandalia griega en uno de los terrenos más refractarios, donde más se la rechazaba. – Los estudiantes no habían sido, al gritar «*¡Conspuez les femmes!*,» sino unos dóciles seides de la tradición: parecían alborotadores y eran reaccionarios. Las multitudes suelen padecer esta enfermedad: creyéndose innovadoras, no hacen más que eternizar la rutina. Ese freno duro y rancio, que llevan sin darse cuenta de ello, las subyuga. Toda agrupación es lo que es la masa de donde procede. Los estudiantes de París, ¿qué eran? Franceses de 1895 y 1896.

⁂

Los de Madrid son españoles de 1901, lo cual, aunque resulte más adelantado en fecha, es en realidad tener un siglo menos. No fueron los estudiantes como tal clase; fué la sociedad á que pertenecen, la España actual desdichadísima, la que prendió fuego á un tranvía y estropeó á un infeliz conductor, viejo y honrado, en mitad de la calle Ancha, casi frente al templo de Minerva, ó dígase la Universidad. La incultura, la barbarie de nuestro triste tiempo, se revelaron ahí de pronto como repugnante úlcera que descubre un brusco movimiento del enfermo alzando un paño. Jamás una sociedad en que las ideas morales y de altruismo estén arraigadas, en que la urbanidad y la delicadeza sean un hábito, en que ciertos espectáculos merezcan la reprobación general y sublevem las conciencias; jamás esa sociedad verá surgir de su seno mozalbetes que peguen fuego á un coche y apaleen á un anciano. Otros alborotos, otras protestas, otros disturbios, se explicarán por la juventud; ese no se explicaría nunca en un pueblo educado. ¿Lo somos aquí? Respondan los hechos...

⁂

Mariano de Cavia, que siempre está *al quite*, trata en un artículo del *Imparcial* una cuestión bibliotecaria, con un criterio que es exactamente el mío. – En la Biblioteca Nacional de Francia está vedado por el reglamento facilitar al público, sin justificación suficiente, sin probar que se piden para serios trabajos, novelas y dramas modernos. Confieso que esta prohibición me sorprendió muchísimo y me pareció no poco absurda, cuando la supe, hace muchos años, durante la época en que frecuentaba dicha biblioteca pasando en ella horas y horas del día. Es que entonces miraba yo á Francia (obedeciendo á una preocupación vulgar) como la Meca del progreso; y hoy, en este punto, he cambiado bastante de opinión. Tenemos que aprender de Francia, pero ¡cuánto puede aprender Francia aún de las naciones del Norte! Nuestra bella y grande «hermana latina» está en infinitos respectos metida hasta el cuello en el doctrinarismo, estacionaria, apocada de espíritu, y hay capítulos en que todavía no ha pasado de Luis Felipe.

¿A qué viene esa restricción, ese esconder novelas y dramas modernos? Lo primero que parece dedu cirse de ello, es que leer la novela y el drama de nuestros días, como no sea para escribir un *estudio crítico*, constituye una especie de placer vicioso, algo que se les debe evitar á los lectores para que no estraguen la salud. ¡Cuidado, niño! ¡No leas eso, que es pecado y vas á condenarte! A menos que sea un malicioso prurito de condenar á la gente á lecturas que no la diviertan..., ó que los autores de ese reglamento estén contaminados del virtuoso horror á la novela, inspirador de las diatribas de algunos ultramoratos, que vieron en ella una invención del enemigo, un veneno mortal para las muchachas casaderas y los estudiantes del Instituto. ¿Acaso no es la novela un género literario épico-lírico, que ha producido innumerables obras maestras, que ha venido á substituir por natural evolución á la canción de gesta, al romance, á las heroidas, á la misma historia, á la cual ha marcado derroteros y enseñado procedimientos? ¿Acaso no es el género literario que en nuestro siglo ha penetrado en las entrañas de la sociedad, y en el cual han brillado, como estrellas de luz distinta, pero de magnitud incontestable, Víctor Hugo y Jorge Sand, Balzac y Flaubert, Scott y Dickens – para no hablar sino de los muertos?

Y el drama, ¿no es otro género fecundo y brillante, en cuyo terreno se han reñido las más empeñadas batallas estéticas? ¿Acaso se han conchabado los bibliotecarios y los autores, para que los pobres estudiantes parisienses y los bohemios de escurrida bolsa no puedan conocer la literatura dramática contemporánea más que en el teatro, donde cuestan tan caros los asientos?

⁂

¡Ah! Fomentad el vicio de leer, hasta ofreciendo premios. No creáis que existen *malas lecturas*. Gentes de pusilánime condición tiemblan ante la cubierta de un libro, como si fuese una bomba de dinamita. No hay libro malo: toda lectura es buena, toda lectura es preferible á la *no lectura*. La *única lectura mala*, es la *lectura única*. Como los fagocitos con los bacilos patógenos, unos libros neutralizan los efectos de otros libros, y leer sin cesar, es el remedio eficaz de haber leído algo.

⁂

El medicamento de la libertad, no ensayado, tal vez nunca lleguemos á aceptarlo los latinos. Pugna con nuestras ideas; es repulsivo á nuestra mentalidad, á nuestro sentido peculiarísimo, de restricción y moderación, de orden artificiosamente establecido y conservado. La libertad es á veces un soplo franco y fuerte, á veces un huracán, á veces un terral cálido que todo lo abrasa; le tenemos miedo; no prestamos fe á sus beneficios.

Simbólicamente le llamamos *medicina* á la libertad. – Consideremos la medicina. Los últimos adelantos de esta ciencia se basan en dos pilares fortísimos: libertad y naturaleza. Es curioso que la medicina demuestre lo que socialmente venimos recomendando: el valor curativo de la libertad.

Antaño, en toda enfermedad grave, ya se sabía: las precauciones consistían en cerrar herméticamente, en aislar al enfermo del aire exterior, en convertir su habitación en una especie de mazmorra ó sepulcro. Hogaño, se abren de par en par ventanas y galerías, dejando que entren á torrentes la luz y el aire del exterior. En todo aire *respirado* existen venenos. El aire se analiza como se analiza una substancia alimenticia, leche ó harina, por ejemplo, y se encuentran en él, según su grado de pureza, los principios deletéreos ó vitales.

Con el sistema de libertad, con el aire, el sol, el agua, la mortalidad ha disminuído, la medicina obtiene resultados maravillosos. Abrid así la inteligencia: lo único funesto es tabicarla. Leed, leed, leed...

⁂

¿Os habéis olvidado ya de los boers? ¡Cuál será el heroísmo de ese pueblo, que durante tan larga guerra la atención no se ha fatigado y aún hay enérgicos movimientos de simpatía y entusiasmo hacia ellos y furiosos arrebatos de indignación contra sus opresores!

¿Os acordáis de nuestra guerra de Cuba? ¡Recordad cómo los ingleses nos aturdían los oídos predicando humanidad, á propósito de nuestros campamentos de reconcentrados? ¿De aquellos cuadros pavorosos de espectros y moribundos, víctimas de nuestra crueldad?

Pues era que se ensayaban para ejecutar en el Transvaal todo lo que nos atribuían en la Antilla. Caiga sobre sus hombros la chapa de plomo de los hipócritas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUICIO DEL AÑO

El año que termina, si no ha sido para España tan infausto como otros muy recientes del pasado siglo, tampoco puede contarse entre los faustos y risueños. Ha revestido ese aspecto gris y turbio de los períodos históricos en que, sin ocurrir sucesos muy trascendentales, se experimenta la dolorosa inquietud del porvenir y se siente como el peso del destino gravitando sobre las conciencias.

¿Qué caracteriza al año 1901?

Por de pronto, el hecho de no habernos quitado nada, al menos en territorio. Verdad que la amputación de 1898 fué tan generosa, que con otra así desaparecemos del mapa. Aún tenemos algo que perder; aún quedan en la vieja casa solariega preseas tentadoras para los ladrones de territorio. Distingue, pues, al año que acaba de caer en el abismo del tiempo, que en él no hemos perdido las Baleares, la ribera de Vigo, las Canarias ni Ceuta.

Tampoco hemos declarado la guerra á potencia extranjera alguna, aunque por puntos anduvo si nos enzarzamos ó no nos enzarzamos con el infiel marroquí, que se dedica al entretenimiento de hacer bailar á las muchachas españolas, á latigazos, las danzas árabes. No cabe dudar que nosotros no somos tal vez los llamados á realizar un acto de justicia histórica; pero, sea quien sea el encargado de cumplirlo, eso ya no se lleva, eso está mandado retirar al desván. Quiero creer cuanto se escribe del pasado de los moritos, de la cultura arábigo hispana, de la ciencia en Córdoba y Sevilla. Veo su arte en Granada y Toledo; hasta veo, en Adolfo Federico Schack, su poesía y sus letras. Corriente. Mi padre se llamó hogaza y yo me muero de hambre. Hoy esos mahometanos son sucios, groseros, ignorantes, codiciosos, crueles y dignos del fuego que abrasó á la Pentápolis. Salan cabezas cortadas; apalean los pies. O se mudan la ropa y se lavan alma y cuerpo, ó se van del escenario del mundo.

⁂

En nuestra vida político-social del año que muere, adquirió gran importancia el casamiento de la heredera del trono. Era un suceso en el cual España tenía los ojos fijos; ó, para expresarme con mayor propiedad, los tenían los contados españoles capaces, en el triste período que alcanzamos, de pensar en el día de mañana y de hacerse cargo de la situación. (Porque la mayor parte están como los degenerados bizantinos: entreoyen el trote de los caballos de los turcos, dan la vuelta y siguen durmiendo.) Ahora bien: la gente previsora se daba cuenta de que interesaba mucho la boda de la princesa de Asturias; que no podía ser, como en una familia burguesa, cuestión de sentimiento, ajena á las ingerencias del público. El príncipe consorte convenía que fuese un consejero, con apoyo, un leal amigo para el joven rey, próximo á cumplir la mayor edad y que en mayo del año que comienza ejercerá sus altas funciones personalmente. El príncipe consorte convenía que fuese una voluntad, una fuerza aprovechable, el primer caudillo de nuestro maltrecho ejército, el político mejor intencionado, el lazo de unión entre la monarquía y muchas clases sociales que, frías é indiferentes, van desviándose de ella. Príncipe consorte hoy; mañana, ¿quién conoce los fallos del destino? Rey consorte quizás.....

El nuevo reinado señalará un momento crítico en la existencia del príncipe de Asturias. Aún puede D. Carlos de Borbón desmentir el mal hado de su regia estirpe destronada, revelar aptitudes, mostrar tolerancias sinceras y captarse simpatías que aquí fácilmente se obtienen, porque en la multitud flota un ansia noble de adherirse á algo y á alguien, de encarnar en alguien los anhelos y las ilusiones de la nacionalidad. El año de 1902 será de prueba para la personalidad del esposo de la princesa hereditaria.

Haciendo el balance del año transcurrido, podemos decir seguramente que en él ha perdido terreno el espíritu de la tradición y lo ha ganado el socialismo, cuya organización progresa.

Las manifestaciones anticlericales revelaron, á mi entender, más que otra cosa, una evolución en la política; las clericales, igualmente, sentido político tuvieron; fueron otro episodio de la lucha entre la España vieja y la España nueva, que la buena voluntad y el honrado propósito de gobiernos verdaderamente patriotas hubiesen podido transformar en paz y armonía, para bien general. Aquí no se trata de ventilar esta cuestión; pero bien puedo repetir que no es signo de nuestra regeneración ni preliminar de nuestra enmienda el romper los vidrios de los conventos, dispersar las procesiones á garrotazos, asistir á ellas con revólver, silbar á los sacerdotes, amedrentar á las religiosas, transformar los signos de amor y dulzura, como el Corazón de Jesús, en bandera de combate. Todo ello paréceme del siglo VII, no del XX, y represivo y funesto en grado sumo. Cuando se piensa que hace tanto tiempo vivimos así: cuando se nota que la misma raíz de la armonía social, la religión, el nudo que debe unir, se convierte aquí, por las pasiones de todos, en el cilicio de agudas puntas que desgarra nuestras carnes, una oleada de pesimismo cubre de sombras el alma... ¿Tendremos redención? ¿Será el año 1902 la puerta de oro de nuestra salud?

⁂

Los cambios con el extranjero, signo fijo de nuestro crédito, déjalos el año 1901 empeorados, á 43 ó 44 por 100. Ahora que para tantos fines nos cumple ver lo que acaece pasado el Pirineo y que no quisiéramos asemejarnos en nada á los de allende el Estrecho, una peseta nuestra ¡no vale ni sesenta céntimos desde la frontera! ¿Qué digo desde la frontera? Aquí mismo; porque son infinitos los artículos que en España tenemos que pagar á razón de franco. Un detalle ignominioso es que en Marruecos mismo, el país de los ochavos, se mira con desdén nuestra pobre peseta española. Hemos llegado á esto: ¡al desprecio de Marruecos! Porque los moritos estarán atrasados; pero hablándose de ochavos abren el ojo, y no en vano tienen cerca á Argelia, y saben que el franco corre á la par en toda Europa, y conocen la solidez imponente de la libra esterlina.

⁂

Otra novedad del año 1901, que debe inscribirse entre sus insignes efemérides: un ministro español se ha resuelto (en lenguaje taurino diríamos *se ha arrancado*) ¡á que los maestros de escuela cobren sus haberes! No seré yo, que estimo siempre el esfuerzo, quien no estime el del ministro de Instrucción pública; pero ¡á cuántas reflexiones se presta el que esto pueda constituir *un esfuerzo!* Estamos en el siglo de la instrucción pública: el XIX luchó por la libertad, el XX trajo por divisa la instrucción; el maestro de escuela, en opinión de los estadistas y de los filósofos, es la columna en que descansan la racionalidad y la nacionalidad... Y á estas alturas, nosotros, ¡miserrimos de nosotros!, tenemos que agradecer á un ministro – y claro es que lo agradeceremos, porque peor era lo de antes – que el maestro de escuela no haya dejado de salir á la plaza pública á tender la mano en demanda de una limosna, y que la caricatura no siga representándole en figura de esqueleto.

⁂

En nuestra marina y en nuestro ejército, ¿qué huella ha marcado el año 1901? Un nuevo amargo desencanto con el dique flotante de Subic; anuncios de terminar *pronto* cruceros cuyas placas de blindaje he visto esparcidas por el suelo, donde las habían depositado hará diez años, en el Arsenal de Cartagena; el recrudecimiento del espíritu *de cuerpo* y todos los excesos á que da lugar; el cupo de 80.000 hombres... Estas fueron las notas salientes, al menos para el público, no iniciado en secretos profesionales, que mira estos asuntos, ¡naturalmente!, por sus resultados y experimenta deseos de tocar y palpar la suspirada reorganización.

⁂

El arte ha demostrado alguna vitalidad con los cuadros de Sorolla, y dos ó tres manifestaciones más, dignas de incluirse en el catálogo. Sería, sin embargo, incurrir en indisculpable delito de engaño á los lectores eso que á veces se escucha por ahí de que nuestro atraso en otros respectos está compensado por nuestro vigor artístico. El que haya comparado no podrá dudar: y no achacará nuestra inferioridad, seguramente, á falta de temperamento y de individualidades distinguidas y hasta geniales, sino á esa ley ineludible por la cual, en Marruecos – ya que hoy hemos tomado á Marruecos como ejemplar significativo y Marruecos es de gran actualidad ahora – no puede *físicamente* surgir un escritor como Tolstoi, un escultor como Corpeaux, un retratista como Lehnbach, un músico como Wagner. Consideradas las distancias y tomados en cuenta los antecedentes, proclamemos que en España se cumple esa misma ley. No faltan disposiciones artísticas; les falta á éstas el ambiente.

⁂

El que nos haya mirado desde afuera durante el año 1901 y nos haya juzgado por el número, ó más bien el sinnúmero, de *juegos florales*, creerá que esta es la tierra de la poesía y que estamos en la plenitud del romanticismo. Sería preciso, para desengañarle, enterarle de unas cuantas menudencias, entre las cuales figura en primer término el localismo. No es ya la región; es el pueblo, es el pueblecillo, el que desea afirmarse y reconocerse en una fiesta. El cariño al campanario; el deseo de atraer forasteros; el instinto de imitación – causas de la verdadera epidemia de *juegos florales*, que tales proporciones ha adquirido en el pasado año. Epidemia, por cierto, más benigna y culta que la de las corridas de toros. Sin toros pueden hacerse unas fiestas animadísimas: las de Orense lo han probado. Continúen, pues, en 1902 las solemnidades literarias, con discursos á veces admirables, como el de Costa en Salamanca y el de Unamuno en Bilbao, y no reprobemos lo que demuestra siquiera una curiosidad legítima y honrosa: la de escuchar á los hombres cuya palabra encierra gérmenes de vida.

⁂

Resumiendo: el año 1901 ha sido de interinidad, expectación y aplazamiento, con muy frecuentes sacudidas epilépticas, que no han resuelto nada. Huelgas, motines, pedreas, anuncios de sublevación carlista; acrecentamiento pavoroso de la criminalidad; aceleramiento del proceso de disociación que separa al país de lo que oficialmente lo representa; descenso del crédito; elecciones más que nunca artificiosas, fabricadas en el ministerio de la Gobernación, y una especie de compás de espera en el movimiento industrial iniciado después de la pérdida de las colonias, con los capitales procedentes de allí, fueron las señales peculiares de ese año, primero del siglo XX (creo que ya nadie discute la cronología del siglo y que es cosa segura que, en efecto, en enero de 1901 comenzó el siglo).

⁂

Como si la meteorología quisiese atemperarse al estado social, este año 1901 casi no ha tenido un día bueno: por raro caso se ha abonanzado el tiempo; la primavera ha sido agria, tormentoso el verano, lluvioso el otoño, frías relativamente las estaciones todas: el agua ha estropeado la cosecha de uva, el huracán ha destrozado árboles y flores.

Así es que la aurora de 1902 tiene que parecernos jubilosa y esperanzada, aunque sólo sea porque es de otro año, y la fantasía borda siempre, sobre lo desconocido, magníficos recamos y deliciosos arabescos. La propensión al consuelo es un bien, es una virtud: sin ella nos rendiríamos al desaliento infecundo. Que una vez más el año joven nos traiga una canastilla de rosas..., y que con su aroma olvidemos momentáneamente las hojas secas que va hacinando el pasado, al deslizarse las eternas, insaciables esperanzas de la patria.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUGUETES

«Amigos míos, contemos cuentos: mientras contamos, se acaba el cuento de la vida,» decía Diderot; y recordando su frase á la vez acerba y risueña, podríamos exclamar hoy nosotros: «Juguemos; que bien mirado, todo es juguete en el mundo.» La afición á los juguetes se desarrolla en proporciones ya extraordinarias, y los grandes hacen competencia á los chicos, por el gusto y empeño con que toman las cuestiones de amena juguetería.

⁂

En otro tiempo – de España hablo – el juguete era casi una rareza, un privilegio exclusivo de los niños pudientes y felices, halagados por su familia con refinamientos de cariño mimoso. Y todavía, cuando se daban estas circunstancias y la familia se esmeraba en regalar á un pequeñuelo, difícilmente hallaba en las mal surtidas tiendas algo que llevase el sello de la originalidad y de la gracia. En la capital empezaban *los Alemanes* á importar la caprichosa é ingeniosa juguetería de su país; pero en provincias imperaban año, con exclusivo imperio, tres artículos: la muñeca rígida de loza y trapo, el soldado de plomo, el caballo de cartón. Fuera de estos chirimbolos clásicos y de algún que otro estrepitoso instrumento de Navidad, apenas había cosa que pudiese tentar y alegrar á un chiquillo.

Por la influencia de la Navidad empezó verdaderamente la juguetería á manifestarse en el terreno estético. Desde el siglo XVIII, los *Nacimientos* destinados á Palacio, al recreo y solaz de los infantes de España, fueron obras de arte, modeladas y esculpidas en barro ó madera por artistas de nombradía. Algunos de estos *Belenes* pueden admirarse aún en los Museos.

Pero estaba vinculado á las altas clases, en las familias muy poderosas, el recreo artístico y pueril. Los juguetes de los demás niños eran informes, candorosamente bárbaros. Recuerdo aquellas figurillas de plomo con que se entretenían los muchachos y veo en ellas un símbolo perfecto, una representación acabada de la nación tal cual la concebían nuestros padres. Los juguetes de plomo se dividían en *militares* y *eclesiásticos*. Los *soldaditos*, como nadie ignora si ha asistido á alguna representación del baboso drama de Eguílaz, eran la delicia de los chicos. Ordenándolos y desordenándolos, remedaban las batallas, repetían en juego lo que los mayores realizaban en todo su horror, ensangrentando la península. Había cañones, de plomo también, que no disparaban; ¡benditos ellos que no eran capaces de sembrar el estrago y la muerte! Y servían los juguetillos de plomo para conocer la vocación de los muchachos: eran un barómetro infalible: si el niño prefería los soldados á los curas, era que le daba por la milicia, y que sería con el tiempo un Espartero, un Narváez, un O'Donell; pero si se prendaba del aparato religioso, de los altarcillos con floreros de colorines, las lámparas, las custodias, los oficiantes revestidos de sus casullas y capas pluviales..., entonces, no había que dudar: al seminario con él, y á echarle encima las órdenes, á tonsurarle aquella cabeza santa. ¡A cuántos errores se prestaba este sencillo modo de discurrir! Conocí yo un zagalón que se moría por cantar misa... ante un altar de plomo. Se hacía albas, estolas y hasta mitras con papel blanco y dorado y con papel floreado del de vestir paredes; siempre andaba masculando latines, y se le regalaba el objeto más apetecido con ocho cuartos que se derrochasen en una rizada candelica de cera. La familia supuso que tenía allí á un obispo en ciernes. Y lo que tuvo fué una especie de misnísimo enemigo malo, que á los veinte años había roto más cabezas y burlado más mozas y alborotado más garitos que ningún empedernido y viejo calvatrueno de los que dejan memoria. ¡Fallaron los Santos Sacramentos y las láminparas y los candeleros y los presbíteros de plomo con toques de bermellón y cobalto!

⁂

Hoy, ensanchada en esto como en todo – dígase lo que se quiera – la vida humana, los juguetes abarcan sus perspectivas múltiples, de ciencia, de arte, de sociabilidad, de industria, hasta de poesía y leyenda. Siendo yo niña me regalaron una locomotora atiborrada de dulces. Aún no se había familiarizado con las locomotoras el buen público español, y la mía fué envidia y admiración de cuantos chicos la contemplaron. Hoy las locomotoras son una antigualla: llenos están los bazares y las tiendas de toda clase de juguetes científicos, aplicaciones del vapor, de la electricidad, y autómatas preciosos, que tocan el violín y la guitarra, hablan, lloran, cantan, fuman y hasta creo que escupen por el colmillo...

⁂

Es justo añadir que también, al perfeccionarse la calidad de los juguetes, ha abaratado su precio. Ha abaratado – entendámonos – relativamente; un juguete más bonito é ingenioso cuesta menos que antaño un juguete imperfecto y ordinario. Ciertas nociones de arte se han abierto camino hasta en la construcción de los juguetes populares é ínfimos, y la misma higiene ha impuesto sus respetables leyes, proscribiendo los tintes venenosos y las pinturas que irritan los tejidos. El niño pequeño propende á llevar á la boca lo que le agrada, y los soldaditos de plomo, los al parecer ñoños y beatíficos soldaditos de Eguílaz, solían ocasionar más de un cólico saturnino á las criaturas. Cada día se atiende mejor á evitar esta clase de riesgos. Los juguetes se hacen baratos, inofensivos y lindos, en cuanto cabe, dentro de los precios ya accesibles á las más modestas bolsas. Su acción sobre la niñez tiene, pues, que ser más beneficiosa que la de aquellos otros juguetes groseros y sin variedad ni gusto, único recurso de la niñez hasta el último tercio del pasado siglo.

⁂

Demostración brillante de lo que acabo de estampar es la Exposición de muñecas en el salón del popular y artístico semanario *Blanco y Negro*. Esta publicación, que siempre *está en el movimiento*, como hoy incorrectamente se dice, consagra, incesantemente, en las fiestas de Navidad, gran atención á la chiquillería; hace distribuciones de juguetes y aguinaldos, y sobre todo excita, entre las señoras, el prurito de acordarse de los pobres durante la estación más fría y en el momento más crítico del año. La labor de *Blanco y Negro*, en este sentido, demuestra lo fácil que es, para todo el que puede sumar fuerzas, hacer obra social. Los elementos existen, y sólo se necesita que alguien, con inteligencia y actividad, los agite y los beneficie. La tarea de *Blanco y Negro*, tan meritoria, ha sido relativamente fácil: la población de Madrid ha concurrido, satisfecha y dadivosa, prestando su adhesión á la idea apenas manifestada.

Si mal no recuerdo, el primer año *Blanco y Negro* pidió sencillamente juguetes para los niños pobres; y llovieron juguetes, variados y abundantes, en las oficinas del periódico. El segundo año pidió dinero para invertirlo en juguetes mejor comprados y más homogéneos que los que el público remite al azar; y dinero hubo también, y se repartieron á granel juguetes preciosos, haciendo la felicidad de infinitas criaturas: la distribución fué una escena encantadora y original. – El año presente es otra idea la que inspira las iniciativas de *Blanco y Negro*: ha solicitado muñecas vestidas, y las muñecas vestidas han afluído en número suficiente para organizar la atractiva Exposición que estos días lleva al palacio de la calle de Serrano á todo Madrid; – pero no, ¡ay!, en cantidad bastante para permitir una distribución que no se limite á labrar la dicha de unos cuantos escogidos...

⁂

En efecto, la muñeca vestida por las propias manos de la señorita ó de la señora es necesariamente un juguete de lujo. Nadie adquiere, para vestirla – y acaso el no hacerlo sea un error; – pero en fin, repito que nadie adquiere con tal objeto una *pepona* de cartón: la muñeca fina, articulada, que habla y duerme, supone ya un regular desembolso. A proporción de la muñeca, el traje: terciopelos, sedas, encajes, bordados, hasta joyas; la vanidad y el amor propio se interesan, la competencia se establece, y la calidad de lo enviado perjudica á la cantidad.

El problema ha sido resuelto por *Blanco y Negro* determinando subastar las ricas y elegantes muñecas, y adquirir tantas muñecas de á duro como duros produzca la licitación. Esperamos con interés el resultado, porque también ofrece sus dificultades esto de la subasta. Es un nuevo llamamiento al público; sin embargo, yo confío en él; las subastas le atraen. He tenido, no hace mucho, ocasión de comprobarlo. Habiendo organizado en el balneario de la Tosa una rifa para los pobres del Hospitalillo – una de las miserias más visibles y más patentes del mundo, – me quedaron bastantes papeletas, y un bañista se ofreció á subastarlas. No fiaba yo mucho en el resultado de la subasta de semejante artículo, y fué incalculable mi sorpresa al ver que los mismos bañistas que media hora antes no querían las papeletas á o'50, las pujaban ahora desesperadamente, llegando á ofrecer por las últimas la fabulosa cantidad de cinco pesetas.

⁂

¡Por eso espero que las muñecas de la Exposición van á subir á las nubes! Al abrirse la Exposición ya ofrecieron por una – muy grande y muy maja, eso sí – nada menos que 500 pesetas. Y era el primer día, y no habían empezado las pujas, en que tanto se interesa el amor propio.

¡Lástima no ser niño! Era un espectáculo que debía de tener algo de magia para las criaturas agolpadas en el salón del periódico, el de aquellas hileras de muñecas espléndidamente trajeadas é iluminadas por la luz eléctrica, que hace brillar el raso, el oropel y las lentejuelas con fulgores de apoteosis. Hay muñecas de todos colores – blancas, mulatas y negras, – de todas las nacionalidades y razas – rusas, gitanas, españolas, turcas, francesas y especialmente del país de los sueños – y de todas las clases sociales, pero en general de las más altas: princesas, sultanas, damas preparadas para el baile, con su cola y sus gasas que las envuelven en un remolino vaporoso. Hay novias con virginal atavío, cubiertas por blancas sedas y tules y azahares: hay damiselas modernistas que tienen la exótica elegancia de un figurín del *Chic* ó de *L'Art*; hay majas arrogantes, chulas picarescas, toreros hechos un ascua de oro, bebés en sus cunitas, rodeados de las puntillas y las batistas de su canastilla opulenta: hay charras, gallegas, catalanas, valencianas, con pintorescos atavíos regionales; hay *Sylfidas* y *Walkyrias*; hay monjas y encanperuzados de las procesiones de Semana Santa en Sevilla; hay *Manolas* y *negros*; hay, en fin, cuanto se puede discurrir prensando el entendimiento para conseguir vestir una muñeca de un modo original y nuevo – cosa no muy fácil, cada día más difícil...

⁂

¡Ojalá que la subasta produzca muchos duros! Yo confieso que si fuese la organizadora, las muñecas de á duro todavía me parecerían caras para los niños pobres. El caso es hacer feliz al mayor número de desheredados, prodigar la bendición de Dios de la alegría sobre el mayor número de cabezas. Los chicos de las clases trabajadoras no piden gollerías.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL COMERCIO EN LA CALLE

¿No os habéis fijado nunca en los humildes puestos del comercio callejero, en esos vendedores ambulantes que infestan las calles y plazas de la villa y corte? Industriales en reducidísima escala pregonan su mercancía á gritos, os detienen al paso para que os fijéis en las ventajas y excelencias de un lapicero económico ó de una pastilla de jabón modesta y lic¸ía. Os ofrecen el último juguete de sorpresa – el ratón que se mete en el agujero, el gato que le persigue; – os facilitan la adquisición de horquillas, peines, carteras, portamonedas, espejitos de mano; os embocan un torero de yeso ó un almanaque de pared, cuando no os brindan á *perro grande y chico* obras de escritores conocidos, asegurándoos – y puede que tengan razón – que el papel *vale más*... Los editores que echaron mal sus cuentas ó á quienes por cualquier motivo se les torció el negocio, suelen lanzar así al mercado el remanente de sus almacenes, para que lo dispersen y liquiden los vendedores ambulantes; oficio que ellos desempeñan á las mil maravillas. Yo he oído pregonar en la Puerta del Sol los poemas de Campoamor, viejas ediciones estancadas, á precios de sofocante baratura. Campoamor regalaba sus obras á quien quería publicarlas; así es que tuvo editores á centenares, y seguirá teniéndolos. También oí gritar mi nombre en la Puerta del Sol, recientemente, por docenas de *camelots;* era un resto de edición del primer año del *Nuevo Teatro Crítico*, publicado hace unos catorce ó quince por una casa editorial que nació bajo muy buenos auspicios – la de Marsó de Zúñiga – y que por causas ajenas probablemente á los vaivenes de la librería quebró algunos después. «Hay mucho de melancólico en estos fines de amor,» dice Pablo Bourget; y yo, substituyendo lo amoroso, que aquí no viene á cuento, por lo de editorial, digo que en los fines de un negocio emprendido con bríos y desgraciado por razones que no me toca analizar, hay mucho de triste. Pero si los libros corren, ¿qué más da que los disperse el viento de tempestad de la quiebra, que la brisa igual y suave de la venta tranquila, encalmada, en el mostrador de los libreros?

***

Una de las formas de la venta ambulante está íntimamente unida á la mendicidad. Niñas escuálidas os asedian con la *carrerita de alfileres* (los alfileres son la mercancía mendicante por excelencia) á precio doble ó triple del que la misma carrerita alcanza en cualquier tienda de sedas ó perfumería. En efecto, aquí se observa que la mercancía callejera suele costar más que la de los comercios. Siempre el dar un artículo, aunque sea caro y malo, á cambio de la limosna, es un adelanto con respecto al sistema de pedir *en seco;* siempre lleva inherente la idea de que nada se da por nada en este mundo. Acaso los alfileritos se conviertan en base de la supresión de la mendicidad, supresión tan apetecida y soñada, y por ahora tan improbable, en este Madrid bendito, donde no se logra apearse á la puerta de ningún comercio, casa ó templo, sin que á derecha é izquierda surjan mendigos, lisiados, tullidos, ciegos, chiquillos y mujeres con cría.

El lucro de las carreritas de alfileres, tan desproporcionado, es positivo. La gente, sin regatear, los adquiere á los precios verdaderamente fantásticos que señalan las chiquillas expendedoras. Somos de esta hechura característica: no nos paramos en pequeñeces. Las economías insignificantes no creemos que valen la pena. Ningún español calcula lo que representa, al cabo del año, el derroche de una peseta diaria. Soltar las 365 juntas causaría un síncope mortal á los que tiran gustosos la de todos los días, alegando que «eso no va á ninguna parte.»

Prueba de lo que desdeñamos las economías menudas, es otro tráfico, el de los billetes de lotería. A la puerta de las administraciones donde no hay sino entrar para elegir de entre los números el que más agrade, industriales activos os venden la misma mercancía con un sobreprecio proporcional á vuestra generosidad ó vuestro capricho. Dos pasos al frente y os ahorráis el sobreprecio; y además – esto ya es el *bouquet*, – y además no corréis el peligro de que os endosen un décimo falso. Nunca me he explicado cómo puede ser una profesión la de revender billetes de lotería. Lo es, no obstante, y los noctámbulos de Madrid rara vez acuden á las administraciones para tentar la suerte: al salir del café, de la viña X ó del sótano Z, del teatro por horas ó de donde Dios disponga, es cuando adquieren «los 28.000 duros» ó «el gordo» de Navidad.

***

Fósforos y periódicos dan un contingente lucido á la venta ambulante. Tampoco las cerillas, por lo general, las compra nadie en tienda. Ha de ser en la calle, en la esquina, en el quicio de una puerta, donde se adquiere la cajetilla con el retrato de la celebridad y la belleza, reunidas del modo más graciosamente incoherente y disparatado. A veces me divierto en mirar estos casamientos, sin dispensa, de las cajas de cerillas. Cleo de Merode y Canalejas; Martínez Campos y Liana de Pongy; Réjane y Maura; la princesa de Caramán Chimay y el conde de Romanones... Son estas cajas el *Allegro* y el *Pensieroso* – ¡caritativamente pensando! – de los señores formales que encuentran unida su efigie á la de las *demi mondaines* más vivaracha de ambos mundos.

Si les molesta habrán de resignarse. Su cara pertenece al público, que hace de ella lo que quiere. Tal ha sido siempre el destino de las caras ilustres ó famosas, empezando por las de las divinidades, que estampadas en la moneda corrieron desde los tiempos primitivos por tabernas y sitios peores aún, siguiendo por las de los reyes que vinieron á reemplazar á los dioses y entregaron su efigie á la profanadora promiscuidad de las transacciones comerciales, y continuando, desde la Edad media, por la de los hombres más celebrados, populares y eminentes, á quienes la caricatura cogió en sus garras de bestezuela burlona, y á quienes presentó bajo aspectos propios para redimir á los demás hombres de la servidumbre de la admiración, que pesa bastante y agobia no poco. La caricatura gusta por eso: porque entrega á la risa lo que antes volaba y se erguía en los dominios de lo heroico y respetable. ¡Reírse á carcajadas de lo que está más alto que nosotros! Eso siempre será delicada fruición.

El genio de la Edad media, tan bien adivinado por Víctor Hugo, que lo clasificó entre las épocas regocijadas y grotescas de la historia, ha dejado elementos preciosos para la evolución de la caricatura. El Renacimiento los desarrolló; la Edad moderna se empapó en ellos. No existe hoy cosa que no se caricaturice. Y en la caricatura han encontrado filones de oro los periodiquitos y modestas ganancias los vendedores ambulantes.

Otras no tan lícitas, reprobables diría mejor, son las que sacan estos mismos vendedores de las fotografías transparentes y los libracos sucios. Lamento que no se persigan semejantes modos de vivir; pero, yéndome á la raíz de las cosas, como procuro por lo general hacer para no incurrir en injusticia, lamento más aún que el público esté dispuesto á comprar tales porquerías. Se compra lo que se vende; pero sería más exacto aún decir que se vende lo que se compra. Y por desdicha, tienen siempre infinitos compradores los consabidos librejos y fotografías, no ya *in*, sino *anti*-decorosas. Sacar dinero de porquerías es malo, pero es peor sacar dinero del bolsillo para porquerías.

***

En cuanto á otras industrias callejeras y humildes, en ellas pueden encontrarse revelaciones acerca del estado social. Es consolador que aumente la venta de cepillos, jabones color rosa y verde lechuga, esponjas de á veinte céntimos, elixires para los dientes y polvos para el mismo uso. Eso indica que la gente se lava más. Tampoco me desagrada la venta de flores por la calle, los ramilletitos, esos sencillos ramilletitos de á *perra*, que luego vuelvo á ver adornando el pecho de una muchacha vestida de percal y con pañuelo sobre los caracoles del peinado. Es la poesía en pequeño, la nota graciosa y estética, la sonrisa, el pedazo de alegría y de goce que necesitan todos para vivir y respirar. Es lo superfluo del pobre, tan necesario como lo indispensable. ¡Cuántas ilusiones, cuántas venturas, cuántas ternezas, qué de verdadera pasión representa á veces el ramillete de violetas ó de rosas te á *perra gorda!*

***

La venta en la calle de objetos de escritorio delata la poca costumbre de escribir que aquí se tiene. Parecerá que es lo contrario: no, no me equivoco; es como digo. Porque esos objetos de escritorio véndense al menudeo: un cuadernillo de papel y cinco sobres es la cantidad que más á menudo se despacha. Y con un cuadernillo de papel y cinco sobres, calculen qué nutrida correspondencia ha de permitirse un individuo.

La venta de cuadernillo y cinco sobres explica la costumbre de escribir en los cafés. Muchísimos españoles no han poseído en su vida el lujo de un tintero, un palo de pluma y un pliego de papel secante, y cuando se les ocurre la necesidad de enviar una carta, en el café se remedian. La tinta, en los cafés, suele ser agua clara del Lozoya: el cabo, un garabato; el papel, puré de patata rayado; el pico, un trozo de hierro viejo cubierto de mugre; pero ¿qué les importa á los improvisados pendolistas de ortografía autónoma y estilo pintoresco, que redactan el sablazo, la epístola amatoria ó la breve carta á la familia? Buenos están los tiempos para andarse con repulgos.

***

Me faltó recordar, entre los vendedores ambulantes, á los que, con misterio, al oído, ofrecen la sortija de pedrería y oro, fina, auténtica, por unas cuantas pesetas, pues se trata de sacar á una familia decente de un apuro, y es mala vergüenza que conste que desbarata así, en la calle, sus joyas. Eternamente habrá quien, tentado de la codicia, piense adquirir *el Regente* por cinco duros, aunque sea robado... ¡qué diantre! ¡Pues si se fuese á reparar! Y eternamente esos cándidos pillos tronarán contra la maldad y la perfidia humanas, cuando lleven su sortija á casa de un platero y se encuentren con que es de magnífico latón y riquísimo vidrio.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CORO DE BRUJAS

La poca nieve que ha caído produjo toda una revolución en las costumbres y en el modo de ser de Madrid. La gente aquí no concibe que se pueda vivir entre nieve. Y que se puede es innegable, y hasta que se vive muy bien, en excelentes condiciones, sin perder bocado de la temporada de invierno, sin interrumpir ninguna distracción ni ningún hábito de los que, entre la gente civilizada, han pasado á ser segunda naturaleza.

⁂

Aquí ni el calzado, ni la ropa, ni los muebles, ni las habitaciones están en armonía con la nieve. Cuatro copos que caigan, nos echan á pique. – La gente anda por las calles muerta de miedo y aprensión, y pegando cada costalada que tiembla el misterio. Es alarmante el recuento de piernas y brazos rotos. – Los coches se paran; los tranvías renuncian á circular; los cocheros hacen toda clase de hipótesis pesimistas acerca de lo que le sucederá al tronco si enganchan; los panaderos y carboneros se niegan á distribuir el sustento y el calor. ¡Estamos frescos!, pueden decir los moradores de Madrid al ver descender, con la suave gracia característica de este meteoro, el primer copo de nieve...

Países hay donde nieva siete meses del año, y todo está acondicionado para la nieve. La gente se adiestra en patinar desde la niñez. Así, por ejemplo, en Holanda, donde el patinaje no es un *sport*, sino un sistema de comunicación y acarreo. Nunca se va más aprisa en Holanda que cuando se hielan los caminos; pues justamente entonces es cuando la carga se lleva con mayor facilidad, como que el resbale ayuda al transporte allanando y abreviando el camino. Con igual soltura resbalan que andan los holandeses, y con mucha mayor rapidez, pues existen allí patinadores que apuestan á ir aprisa con el tren, y lo consiguen, y aun á veces se lo dejan atrás. Nunca se oye decir que se ha roto un húmero ni que se ha partido un fémur, á causa de la helada. Es asunto de costumbre.

Y sin irnos tanto al Norte, quedándonos en países que están ahí á la vuelta de la esquina – en París he pasado yo invierno viendo nevar todas las mañanas, sin que nadie hiciese caso de la nieve, ni soñase en suspender ningún plan á causa de ella. – Los de infantería se calzaban botas á propósito, *snow boots*, armadas de una especie de cuchillas que aun á los profanos en el patinaje les permiten, cuando menos, evitar el resbalón. Los caballos de los coches llevan herraduras especiales. La villa tiene divinamente organizado el servicio de limpieza y barrido de la nieve, que poderosas mangas de agua precipitan y arrastran sin dejar señal de ella, á no ser una orlita blanca donde la acera se junta con el arroyo, y muchos finos encajes tendidos en los techos y desgarrados en las secas rojizas ramas de los árboles.

⁂

Pero, lo repito: á nosotros nos cogió la nevada como á casa pobre llegada de huéspedes. No se nos ocurrió mejor solución que meternos en la concha, cerrar á piedra y lodo ventanas y puertas, y asustarnos de que la infanta Isabel, consumada *sport woman*, se echase á la calle guiando sus cuatro jacas, para disfrutar de un espectáculo bastante raro en Madrid, y admirar los *bonshommes de neige*, los don Tancredos y demás productos de la inspiración escultórica que infaliblemente determina la nevada.

⁂

Envuelta en su torbellino blanco, rápida en aparecer como sus antecesoras las brujas, pero ni montada en una escoba ni cayendo por el hueco de la chimenea, nos ha visitado una profetisa, pitonisa ó qué sé yo qué, distinta de las humildes gitanas que empiezan «En el nombre el Pare, el Jijo y el Espíritu Zanto,» porque éstas se conforman con media peseta ó una peseta, y la vidente parisiense no suelta su soflama menos de 150 ó 200. Por lo demás, y tocante á la lucidez y conocimiento del arcano del porvenir.., crean ustedes que debe de estar á igual altura. Superstición más barata ó más cara.., al fin superstición absurda.

¿Por qué dura esto; por qué se perpetúa la creencia en lo que llama la doctrina *sueños, agüeros y raspas de manos*? ¿Por qué, si se han perdido tantas cosas del espíritu tradicional, la brujería subsiste, mantenida por la debilidad de nuestra alma, que necesita de lo maravilloso y de lo inexplicable?

Propio de villanos creía D. Juan Tenorio el miedo á las cosas del otro mundo; y sin embargo, la brillante sibila de París ha venido á Madrid á *ejercer* entre gente muy alta y muy rica – sus precios lo dicen á voces. – De manera que habremos de convenir, mal que nos pese, en que la educación y sus ponderadas virtudes no redimen del pavor y de la aprensión de lo desconocido, ni de la credulidad sin límites, pronta á adquirir caracteres de terror. – Casi nadie deja de ser como aquel personaje de la opereta *Barba Azul*, que «no creía en esas cosas... pero le daban mucho miedo.» – Y en París, la superstición florece y cunde, invadiéndolo todo, hasta algunos cerebros privilegiados, algunas almas escogidas, como, verbigracia, la de Joris Karl Huysmann, persuadido á pie juntillas de la verdad del satanismo, la magia y otras varias herejías igualmente vitandas y damnables.

⁂

Me he pasado la vida pidiendo á esos supersticiosos que me enseñen un retrato de Dulcinea, aunque sólo sea tamaño como un grano de trigo; que me den una prueba cualquiera, pero auténtica, de la realidad de sus aprensiones; que me inicien en los misterios eleusinos. Y puedo afirmar que no lo he conseguido nunca. – «Ya que los espíritus acuden, dan golpes, se presentan, hablan, pegan..., á ver, venga aquí un espíritu, venga un duende, díganse esos porrazos en las lámparas y las ventanas, vaguen por el ambiente esas manos sin cuerpo, encontrémonos en relación con ese mundo misterioso, ó pensaré que todo ello es una «monserga.» – Esto dije á algunos espiritistas, por otra parte personas cultas y que no tenían traza de bromistas ni de mistificadores. De cierto les hubiese complacido infinito poder confundir mi escepticismo con alguna demostración de sus doctrinas y convicciones. El caso es que la demostración se quedó en el bolsillo, y yo sin tener el gusto de trabar relaciones con el mundo astral.

⁂

¿Y qué más? Hombre como D. Juan Valera abogó mil veces, en sus conversaciones conmigo, por la verdad de la ciencia oculta de Madama Blaboatzky, la cual era una dama rusa que decía haber bebido en sus fuentes la sabiduría de ciertos *majatmas* ó videntes de la India, que ejecutaban mil maravillosas transformaciones y trastornaban á su gusto las leyes físicas, practicando á la vez una especie de filosofía mística y extraña, que revestía ciertas afinidades con el hermetismo de los antiguos egipcios y con la *gnosis* de los primeros siglos de la iglesia. Como yo ni hecha pedazos quería convencerme de la verdad de tal ciencia y de tales asombrosos prodigios, don Juan me recordaba aquellas palabras de mi poeta favorito Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía.»

No niego la profunda trascendencia y exactitud de la frase sespiriana; en teoría admito que existen y hasta que se producen fenómenos que escapan á nuestra comprensión, ya porque no alcanzamos bien sus causas naturales, ya porque pertenecen á la esfera de lo sobrenatural. Lo único que afirmo se expresaría por medio de un terceto:

> . . . . . .
> ¡que en este valle y líquida laguna,
> para decir verdad como hombre honrado,
> jamás me sucedió cosa ninguna.
> . . . . . .

Personalmente no he logrado ponerme en contacto con el extra-mundo; lo cual es sorprendente y hasta unas miajas humillante, para quien posee imaginación bastante impresionable, y á poco que se lo proponga, se sugestiona viendo en todo extrañas coincidencias, peregrinos y sutiles lazos que unen el reino de la naturaleza con el del espíritu, y rastros de luz que fosforescen alumbrando momentáneamente el abismo de nuestra ignorancia, y de la ignorancia de los más sabios.. Quien escribe novelas y cuentos necesita ante todo de la imaginación, y la imaginación es, como sabemos, la loca de la casa. Pero podría suceder también que este mismo cultivo forzado que hacemos de la imaginación, la encerrase en los límites del papel escrito, y en cierto modo la vacunase contra los extravíos y las exaltaciones á que debe sus saneadas ganancias la adivinadora Madama de Thebes.

⁂

En Madrid refiérese que hizo esta sibila profecías muy siniestras y anunció mil calamidades y desventuras. Aunque á primera vista parezca que esta profecía es una perogrullada y que juzgando por indicios no se le pueden augurar á España días de gloria, ni aun de tranquilidad, pudiera ocurrir que en este país de los viceversas se equivocase de medio á medio la pitonisa...

Echándose á profetizar á bulto, no es raro que alguna vez se dé en el hito; como echándose á curar, aun sin rudimentos de ciencia médica, se hacen curas, á veces sorprendentes. Se refieren de Madama de Thebes, en su ya larga carrera de candidata al sambenito y la coroza, dos ó tres aciertos bastante felices; pero ¿quién cuenta las veces que descargó el golpe en vago?

Estando yo ha dos años en París, en un almuerzo campestre en honor de Balzac, en su quinta de *Les jardies*, me presentaron á una señora que desde el primer momento se confesó bruja, ó sea, en lenguaje moderno, «vidente y profesora en *ocultismo*.» Al ver que yo no demostraba mucha fe en tal *videncia*, me afirmó que, para convencerme, dentro de tres días, á tal hora, se me aparecería dondequiera que yo me hallase. – Preguntele si la aparición se verificaría á mi izquierda ó á mi derecha, para estar prevenida. «A la izquierda,» respondió con el mayor aplomo. No necesito añadir, ¿verdad, lector listo?, que á la hora y el día consabidos no vi sino lo que tenía delante – un plato de salmón en salsa verde, – pues la aparición había de sorprenderme en el *restaurant*, sitio nada espantable y hasta prosaico.

Y estas cosas generan un desolador escepticismo. Estas cosas le ponen á uno más seco que una pasa. Destruyen toda ilusión; agostan los jardines de la fantasía... He aquí por qué no me he gastado 200 francos en consultar á Madama de Thebes, que será sobre poco más ó menos como la dama de *Les jardies*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MINCELADAS DE LITERATURA

Nadie negará que es de palpitante actualidad la huelga. En Barcelona no creo que se piense en otra cosa, y aquí de otra cosa no se habla. Pero ¿es acaso fácil tocar, en una crónica, como de pasada y por juego de la pluma, este asunto verdaderamente magno?

Y además... Cuando se tocan asuntos semejantes sin espacio ni meditación suficientes, se cae en la gastada enunciación de los lugares comunes, cien veces mascados y remascados en la conversación, aborrecibles ya, como música amanerada de organillo. Cada cual piensa haber realizado notable descubrimiento, al proponer lo mismo que á la misma hora están proponiendo veinte mil *estadistas* de su calaña... El uno quiere arreglarlo todo con mucha caballería, mucha infantería y mucha artillería, sin prescindir de la guardia civil y policía consiguientes; el otro tiene suma confianza en discursos, conferencias y artículos; alguno habla de soltar las mangas de riego; éste es optimista cerrado, con vistas á Jauja; aquél pesimista tétrico... Ya se los sabe uno de memoria.

Por otra parte, la suspensión de garantías es un tapabocas, y me atengo á la legalidad. No he de decir de la huelga sino lo que se suele decir en los partes: «Dios les dé una hora cortita y feliz.»

***

No pudiendo dedicar espacio á los sucesos de Cataluña, lo dedicaré á algo bien catalán y reciente y pacífico: á un libro que acaba de ver la luz en Roma. Débese á la pluma del joven escritor José León Pagano, y aunque lleva este título *Al través de la España literaria*, en subtítulo, sobre la figura modernista que decora la portada, leo «Los catalanes,» y debajo encuentro una especie de índice sugestivo: Angel Guimerá, Pompeyo Gener, Juan Maragall, Jacinto Verdaguer, Narciso Oller, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias, Francisco Matheu, Santiago Rusiñol, Alejandro Riquer: la lista completa.

José León Pagano tiene anunciado otro tomo, de castellanos..., digo mal, de provincianos, porque acaso, entre los que vamos á salir allí á plaza, no haya ninguno nacido en Madrid y pocos lo serán en alguna de ambas Castillas. – Pero así como principió á conocer á España por Cataluña, tratando y estimando á sus hijos ilustres, también la Cataluña literaria comenzó la obra, para nosotros altamente beneficiosa, de difundir en los países latinos extranjeros noticias de nuestra vida artística é intelectual.

***

¿Extranjeros he dicho? Pues qué, ¿en España andamos tan enterados de lo que sucede en Cataluña, en la Cataluña que piensa y trabaja con el cerebro? ¿Tenemos tan presentes los nombres que componen el índice de Pagano? ¿Se han familiarizado de tal manera los oídos con ellos, que el libro del escritor italiano sea para nosotros una lectura de lujo?

Creo contarme en el número de las personas menos mal informadas del movimiento intelectual catalán, porque me gusta, en general, estar al corriente – sin otras pretensiones – de lo que se hace en el mundo; con más razón en un mundo que tengo tan próximo y que forma parte de mi patria. No es mi ignorancia de la literatura catalana tan supina é invencible como la de la inmensa mayoría de los españoles que, *no obstante*, se ocupan en cuestiones literarias; y con todo eso, el libro de Pagano me va á enseñar mil cosas interesantes y que en artículos dispersos nunca se aprenden.

Encabeza la obra una discreta Introducción destinada á dar sucinta idea de los orígenes históricos de la literatura catalana. Siguen los estudios críticos, precedidos de retratos, y henchidos de curiosas observaciones, de interesantes detalles, con esa abundancia de información íntima que sólo contienen los libros que no son *de libros*, sino que han nacido de la frecuentación asidua y estudio cariñoso de personalidades, caracteres y costumbres.

Así, por ejemplo, á los catalanes que conozco y trato – y no son muchos, porque repito que en este particular el joven italiano está mejor enterado que nosotros, – á los catalanes que conozco y trato, repito, los encuentro en las páginas de *Attraverso la Spagna letteraria* enteramente conformes con la imagen que en mi mente conservo. Ahí está Angel Guimerá, en la redacción de la *Renaixensa*, embozado tras sus lentes, parecido física y aun moralmente á Galdós – de quien es paisano, mal que le pese á tan decidido catalanista. – No estoy, sin embargo, conforme (¿pero cuándo sucederá que se esté enteramente conforme con un artículo crítico?) en que el teatro de Guimerá carezca de tradición. El teatro de Guimerá es romántico – como es romántico el de Echegaray, y esto no quiere decir que ambos dramaturgos se parezcan.

***

A otros, á los que personalmente no conozco – como á Jacinto Verdaguer, – me agrada verlos al través de la benévola y simpática impresión que se adivina han producido en el espíritu de Pagano. Y ya que digo esto, añadiré que no comprendo libros del género del de Pagano si no los baña é impregna la más ardiente simpatía. – No vale la pena de ir á un país, dedicarse á saber lo que en él acaece, trabar amistad con las personas que en él significan y valen, leer libros, tomar notas, para salir luego con que todo aquello nada importa, y que era igual, ó preferible, no haberse molestado. Los iniciadores y vulgarizadores de literaturas, como Melchor de Voguié y como ahora Pagano, necesitan encontrar deleite y manantiales de admiración en lo que divulgan; necesitan enamorarse del asunto que tratan, y comunicar su amor, contagiar al público, propenso – cuando sólo se le muestra el reverso del tapiz, los defectos y máculas que presenta todo, al mitarlo con ojos displicentes y severos – á creer que ya debe pasar de largo. Por otra parte, la crítica moderna, subjetiva, presta inmensa libertad para el elogio. Si estamos satisfechos y experimentamos un indiscutible goce, ¿quién puede regatearnos el derecho á comunicarlo y transmitirlo?

***

No es, pues, extraño que el autor del libro á que voy refiriéndome manifieste entusiasmo sin límites hacia la literatura catalana y sus primates. En ellos encuentra y descubre Pagano algo más que el mérito de la forma, dejando traslucir que los ideales de independencia y progreso que palpitan en el fondo de esa literatura le subyugan y atraen.

«Apeles Mestres – dice el joven escritor, – como todos los catalanes, es de opinión que en Cataluña la poesía cuenta con más y mejores cultivadores que en el resto de España. «De cierto – me decía – estamos por bajo del resto de Europa, pero también por cima de las demás regiones peninsulares.» Este criterio, á mi parecer muy necesitado de restricciones y distingos, no andará desacorde con el de Pagano; en su espíritu ha debido grabar honda huella el espectáculo de un país realmente distinto de la clásica España inerte para los negocios, refractaria al soplo y que poco á poco va sumiéndose en las nieblas de su ocaso.

***

Si tuviese que poner defectos al libro, diría que gusto poco del sistema de *interviews* y que cada día me convencen menos las descripciones de interiores y los retratos á la pluma, ligeros, amables y lisonjeros, porque así tiene que ser. La crítica es otra cosa; es ante todo apreciación de *la obra en sí*; de su valor estético, de su puesto propio entre las demás afines en el momento en que aparece. Y esta manera mía de comprender la crítica es la misma de Pagano, que no sólo la emplea á veces, sino que lamenta que las exigencias de la información para una Revista le hayan impuesto el método de la *interview*. ¿Qué suele recogerse en esas *interviews*, francamente? La impresión de un paisaje ó un edificio; la forma de un mueble; el color de un cortinaje; la expresión de una manía personal, sorprendida en el gabinete de trabajo; la noticia de que éste escribe en un gabinete tranquilo y aquél sobre la mesa de un café ó de una redacción bulliciosa... He ahí lo más que de una *interview* suele deducirse, amén de la exposición de las ideas críticas de escritores que no son críticos, y que hasta pueden, sin dejar de valer mucho como artistas, carecer de instinto y olfato crítico, y aun de criterio.

Como otras cosas, la crítica se ha renovado, y ha considerado directamente su objeto y fin. Aun cuando lo más interesante en la obra de arte fuese el *hombre* que la produjo – lo cual á mi juicio está por demostrar, – todavía podemos discutir si las *interviews* nos muestran al *hombre*. Sainte Beuve, que estudió como nadie la individualidad en la obra escrita, no procedió, ni hubiese comprendido que se pudiese proceder, por este sistema precipitado de la fotografía instantánea. Nada más lento, delicado y minucioso – á la holandesa – que el procedimiento de Sainte Beuve. Y la base de su crítica, el eje de su estudio, al través del individuo, es siempre la *obra en sí*.

Esto que voy diciendo, repito que no envuelve una censura á Pagano. Le creo capaz (y me fundo en pruebas, en páginas ya existentes) de ir mucho más allá de la *interview* literaria, según los moldes de este género, á mi ver bastardo y de seguro bastardeado, por las necesidades y hábitos de la publicidad moderna.

En resumen, la obra es interesante, útil, y han de agradecérsela á su autor y á la Revista que la inspiró, no sólo los catalanes, sino todos los amigos del saber.

***

Acaso es necesario, en el inmenso desarrollo que ha adquirido la crítica, la cual, como la historia, va siendo *ciencia de ciencias* y además *arte de artes*; acaso es necesario, repito, que exista todo: desde el suelto elogioso hasta el insolente *varapalo*; desde el artículo deshilvanado y *á coté*, como dicen los franceses, hasta la monografía honda y seria; desde la *interview* impresionista y personalizadora, hasta el análisis directo y fibra por fibra del libro ó de la obra de arte. Todo hace falta, y todo abunda en los países donde se lee. Aquí (será monótona la queja, á fuerza de repetirse, pero ¿cómo no quejarse de un dolor continuo?), aquí no se lee, ó se lee cada día menos. Nuestra librería vive de milagro, sostenida en el aire por un alambre como las Voladoras. La lengua castellana – que hablan todavía, sobre la superficie del globo, tantos millones de seres – no es leída. ¿Cómo ha de serlo la catalana? Si fuese cierto, según afirma Santiago Rusiñol, que en las letras catalanas late un espíritu moderno que en las castellanas no existe, tanto peor para los que poseen el espíritu en un frasco y no pueden quitar el tapón y dejar que la esencia se esparza.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

FIESTAS. – DE UN MONJE DE ANTAÑO

Aún faltan dos meses para las fiestas de la coronación, y ya se las siente hormiguear – por decirlo así – en el bullanguero espíritu de nuestro pueblo, el más animado á divertirse de toda Europa. Se sabe de cierto que se están preparando á venir á Madrid infinidad de familias provincianas, que arrostran los peligros y molestias del viaje y estancia en una población tan escasa de buenos alojamientos como es nuestra corte; y el *isidrismo* natural, espontáneo, hace ya latir el corazón de las beldades de pueblo, que sueñan conquistas y triunfos en más amplio escenario...

⁂

No les arriendo la ganancia á esos forasteros, que abandonan la paz y las comodidades de su casa para venirse aquí, á pasarlo rematadamente mal. Los festejos públicos suelen ser muy incómodos y molestos para todo el mundo, excepto para la gente del pueblo, que no repara en empujón más ó codazo menos y á quien sobra paciencia para aguantarse de pie horas y horas, esperando á que estalle un cohete ó desfile un regimiento. Y todavía esta gente del pueblo á que aludo debe ser del pueblo de Madrid, porque la que venga de Navalagamella ó Vitigudino no ha de tener expedición ni conocimiento del terreno suficientes para triunfar en la batalla de puños y codos.

Suelen ser los días de fiestas los más aburridos y contrariantes para el vecindario pacífico de una ciudad. En París los habitantes andaban desesperados el año de la Exposición. Todo les costaba doble y no encontraban coches ni ómnibus, aun pagando un ojo de la cara. París no era París. Verdad que la Exposición duró meses, y las fiestas de Mayo, por mucho que las estiren, no durarán más de quince días; pero con todo eso, sospecho que los madrileños gruñirán y rabiarán, al ver invadida su villa, ya asaz estrecha, por una horda de curiosos sedientos, ávidos de diversión, que materialmente se enredarán en los pies, como las hormigas de un hormiguero.

⁂

Entre los libros últimamente publicados figura uno de tanto interés para mí, que no á título de *juicio literario* (me los he vedado tratándose de autores vivos), sino como mera información y reseña de lo que el tal libro contiene, habré de gastar en él unos cuantos párrafos. – Es el titulado *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijoó*, y su autor el docto sacerdote y dignidad de la catedral de Burgos don Antolín López Peláez.

Sarmiento es un monje y escritor gallego fecundísimo y sapientísimo, que dejó inéditas casi todas sus obras. Le impulsaron á este retraimiento causas y razones que *mutatis mutandis* podrían también alegarse hoy para no publicar, especialmente la del escaso ó ningún fruto del libro, como no guste á dos ó tres.» Sarmiento fué sin duda un caso temperamental, un polígrafo, que emborronaba y se guardaba el manuscrito, ó le consentía correr copiado, sin hacer gemir con él las prensas. Este sistema es, en cierto modo, una apelación á la posteridad.

Hasta su muerte no vieron la luz las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, trabajo el más conocido y consultado de Sarmiento. Las demás que han visto la luz, de mí sé decir que aunque había leído algunas, apenas las recordaba, y con mucho gusto encuentro su catálogo en la obra del Sr. López Peláez. Son verdaderas monografías científicas, de esa ciencia pintoresca y algo crédula, llena de imaginación, del siglo XVIII. Feijoó, modelo é ídolo de Sarmiento, había seguido igual sistema: y en la elección de asuntos se ve la honrada intención, el ansia de mejoramiento y progreso que entonces agitaba las conciencias y alentaba á los superiores espíritus de aquellos honrados religiosos.

Sarmiento – cuyos escritos y vida aparecen concienzudamente analizados en el libro á que estoy refiriéndome – fué al lado de Feijoó ese fiel y apasionado discípulo, ese constante defensor, ese que suelen tener las altas personalidades, y que, ante la posteridad, se confunde y desaparece para dejarlas que brillen en toda su gloria. Acaso esta condición, de reflejo y sombra de Feijoó, sea lo que hace á Sarmiento tan simpático. Para renunciar á la vanidad y considerar haciendo propia la reputación ajena, se necesita poseer un fondo de hombría de bien y de lealtad que se delata en los escritos de Sarmiento, el cual tenía los defectos de su época, pero también las cualidades. Este carácter suyo, brusco, formal, independiente, sincero, está perfectamente estudiado en el libro del Sr. López Peláez. «Yo no escribo – decía el padre Sarmiento – para imprimir ni para contemplar gustos á la moda. Cada uno escriba lo *que, cuando y como* quiera, que yo no estoy privado de hacer lo mismo.» Hoy – por desgracia, á mi entender – ningún religioso hace alarde de esta libertad, ni la otorga á los otros. Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y qué están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pacatos y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios. A este encogido espíritu, ¡cuán preferible la rudeza y el desenfado de Sarmiento!

⁂

Y como Sarmiento, más todavía que Feijoó, es un *periodista* en el sentido de que sus escritos sufren de un modo patente la influencia de la actualidad, es sumamente curioso el examen que de ellos hace López Peláez colocándose en el punto de vista de la sociología y deduciendo de aquel vivo é irrefutable testimonio la manera de ser del siglo de Sarmiento y de Feijoó. Ambos experimentaban el deseo y, si así puede decirse, la inquietud de la reforma de los abusos de la Iglesia; saludable inquietud, característica de aquellos varones puros y de intachable vida, que sin la exterioridad austera del protestantismo, tenían el ideal de un clero ilustrado y sano, de una religión que elevase el alma y fuese hermana cariñosa de la sabiduría – como en tiempos del Renacimiento.

Por eso las ideas reformadoras se desbordan en los escritos del padre Sarmiento, y según nos dice su meritorio biógrafo, «censura los defectos en la elección y conducta de obispos, quiere evitar las injusticias en las oposiciones á prebendas, reprende las faltas cometidas contra la regla en algunos monasterios, fustiga á los malos predicadores, critica la opulencia de las catedrales, comparada á la pobreza de las parroquias, no transige con el descuido de los párrocos, reniega de los sermones pronunciados de memoria, examina con severidad los entretenimientos monjiles, los dulces y las flores, y se interesa por la cultura literaria de los canónigos.» Hoy no se concibe que un religioso tome la iniciativa de ciertas observaciones, adelantándose á las que con dañado fin pudiesen hacer los demoledores; entonces esto sucedía, y era, á mi parecer, signo de vida, revelación de fuerza.

Ni Feijoó ni Sarmiento transigían con los falsos milagros, con las patrañas y leyendas, aunque estuviesen tan arraigadas en el alma del pueblo como lo estaba la famosa de Nuestra Señora de la Barca, con su piedra movediza, que aún hoy atrae romerías y peregrinaciones. En este particular observo algo que merece notarse. Los que combatieron las supersticiones y creencias populares, hasta proponer la casa de orates para los que creyesen en *moras encantadas* y las galeras para quienes sin creer en ellas propalasen tales patrañas entre el vulgo, eran virtuosos monjes, de fe robusta, creyentes, que condenaban la superstición como el buen hortelano la cizaña. Y los que hoy restauran todo ese mundo de la fantasía religiosa condenado por los monjes, son gentes que, como Renán, no tienen fe, pero sí imaginación y sensibilidad nerviosa. No se admiraría poco Sarmiento al ver quiénes, en el siglo XIX, reconocieron como elemento artístico lo que él combatía y sentenciaba al manicomio.

Los excelentes monjes no dejaban supercherías á vida. Falsas reliquias, supuestos cuerpos santos, que no se les pusiesen delante. Hoy, cuando recordamos tales campañas, unidas á las de reforma en las costumbres, medimos mejor la distancia que separa á un siglo de otro siglo. Hoy no estaríamos conformes con Sarmiento en esas pragmáticas contra el lujo, ni contra el número de coches superfluos: en cambio permanece de actualidad la empleomanía por él censurada, y como Sarmiento sufrimos hoy las molestias de las recomendaciones, no cesando de llover sobre nosotros las pretensiones de los que el benedictino gallego llamaba *zánganos*, y saltando á nuestros ojos los inconvenientes de esa «lista civil de la clase media» que se llama el presupuesto repartido... Y también la corriente de las ideas (á pesar del darvinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el mas aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia) va hacia el sentir de Sarmiento y confirma su dicho de que «toda nobleza sólo es personal y vitalicia,» y de que «así como hay escudos y timbres para los que descienden de un militar famoso, así, y con más razón, debe haber blasones para los que tienen por ascendientes á sabios ó literatos ó inventores, ó á los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano.» Grande sería la sorpresa de Sarmiento, si hoy resucitase, al ver que los blasones se conceden al dinero ó á la influencia política, y que la idea de que sabios, literatos, inventores, bienhechores merecen alguna especial distinción en la jerarquía social, lleva camino de no prevalecer, por lo menos hasta una época en que se nos vaticina que ya no habrá ni tales distinciones, ni tal jerarquía, ni títere con cabeza.

⁂

Sarmiento reconocía ya en su tiempo la existencia de tres plagas que hoy han adquirido en España lamentable desarrollo: el robo (que es otra forma de la vagancia), la vagancia misma, la mendicidad. Una de sus mejores ocurrencias era la de querer que los soldados, en tiempo de paz, se dedicasen al trabajo, en labores de utilidad pública; y de cierto estaría conforme con el moderno criterio de que, en tiempo de paz también, sea el cuartel el complemento de la escuela. A la última andaba Sarmiento también al condenar la guerra «como espantosa calamidad y reminiscencia de las costumbres de los bárbaros,» y al preocuparse de su coste, y al defender el derecho de la mujer á ejercitarse en todo aquello para que sirve y posee aptitudes, y es profunda su sentencia de que «lo que hay escrito de moral sólo lo han escrito los hombres: falta una buena porción que escribiesen las mujeres para las mujeres...»

⁂

Y no continúo sacando jugo del libro del señor López Peláez, porque sería cuento de no acabar nunca; tanto es lo que me interesa este monje, que él solo resume y encarna la noble y honrada aspiración de un siglo en el cual la sociedad se transformaba y los espíritus percibían la esperanza de un bien que no nos han dado las instituciones modernas (confesémoslo).

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La venta en subasta pública, en París, de todos los muebles y efectos pertenecientes á la señora viuda de Rute, más conocida por princesa Rattazzi, ha recordado nuevamente el nombre y la historia literaria de esta mujer, de cuyo fallecimiento no se habló mucho, acaso porque coincidió con el de otra mujer eminente é indiscutida: Clemencia Royer, que tradujo y prologuó á Darwin, como la *divina Emilia* de Voltaire había traducido y comentado á Newton.

María Leticia Bonaparte Wyse, de la familia imperial francesa, era muy conocida en España, donde contó entre sus amigos á personalidades tan señaladas como la reina Isabel II, el rey Alfonso XII, la reina regente Cristina, Cánovas del Castillo, Castelar y puede decirse que todos los hombres políticos, literatos y poetas que han figurado entre 1875 y 1890. Estaba condecorada con la Orden española de María Luisa; poseía casa abierta en Madrid, y daba continuamente fiestas, comidas y representaciones, cuando venía á pasar aquí temporadas de primavera ó de invierno. Su hermosura fué singular; sus joyas eran célebres, históricas y únicas algunas de ellas, como la famosa sirena obra de Benvenuto Cellini; sus trajes fastuosos y extraordinarios; sus salones se encontraban atestados de riquezas artísticas. Publicaba una Revista difundida por toda Europa, y libros que solían originar encarnizadas polémicas, como el titulado *Portugal á vista de pájaro*. Tenía ingenio, y algunas frases suyas se repiten aún. Fué, en suma, una de esas personalidades de marcadísimo relieve, que no durante un momento, sino toda su vida, preocupan la atención y tienen pendientes de sí la curiosidad, rara vez benévola, del público.

No sería yo quien emprendiese la tarea de escribir la biografía de una señora de la cual no podría hablar con entera imparcialidad, ya que la debí reiteradas y constantes atenciones y obsequios, desde el día en que procuró mi trato con el empeño especial que solía poner en granjearse relaciones de la jerarquía intelectual, y que sólo era comparable á la facilidad con que las perdía en otras esferas más solicitadas por el vulgo que rinde parias al *snobismo*. Nunca he pasado por París, que la directora de las *Matinées* (convertidas luego en *Nouvelle Revue Internationale*, y hoy suspensas al morir la Rattazzi), no me ofreciese, además de los magnos banquetes en que el *menú* llevaba al frente mi retrato y los platos el título de mis libros, la ocasión de conocer y ver de cerca á celebridades que tan difícilmente encuentra un extraño en el torbellino de París: Renán, Alejandro Dumas, Flammarión, Coppée, Severine — y cuenta que ya en estos últimos tiempos se había reducido mucho el círculo que frecuentaba el anchuroso piso del boulevard Poissonniere, donde abría la señora Rattazzi sus salones.

¿Por qué se despuebla un salón? Mil causas lo explican, siendo el éxito de un salón de las cosas más transitorias; pero en este caso, algunas razones plausibles se aducían desde luego. En primer término, sin duda, hay que contar la decadencia física de María Leticia Rattazzi, en otros tiempos, no muy lejanos relativamente, incluída en el catálogo de las *professional beauties* del mundo. El adorable cuerpo y rostro de aquella mujer no habían decaído de esa manera lenta y mansa que se parece á la invasión del otoño en un paisaje estival, y á la suave y melancólica substitución del otoño por un invierno frío, pero no agrio ni tempestuoso. — Habían decaído de pronto, arruinándose de una vez; incurable la sordera, vuelta ceguera casi total la miopía, ausente el cabello, arrugada la piel, deshecho el precioso edificio de un golpe. La sordera y la cortedad de vista robaron el encanto de la conversación, esa frescura del ingenio que desafía á los años, y así, alrededor de la que tuvo á sus pies dos generaciones, se formó, natural y sencillamente, el vacío, un vacío que disimulaban mal el constante ir y venir de *la gente*, y que agrandaba la muerte arrebatando implacable á *las personas* de aquel círculo ilustre de Aïeles Bains...

⁂

Cuando yo ví de cerca á la señora Rattazzi, ya estaba consumada la destrucción de su beldad, y sólo se mantenía eso que llamamos *el aire*, las líneas del cuerpo, el modo de andar, la curva de los hombros, muy semejante, dicen, á la de otras princesas de la casa de Bonaparte. Aún no la habían despojado, los que ella con gracia llamaba «sus ladrones de cámara,» sino de una parte de sus regias joyas. A pesar del escarmiento de los dos primeros atentados — el de París, de resonancia europea, — el descuido y abandono con que aquellas joyas tan ricas se custodiaban, eran para alarmar á los prudentes. Algunas de las más bellas, artísticamente hablando, estaban en una vitrina de cristales, en el piso bajo de un hotel de la Castellana, en sitio bien solitario de noche y con ventanas que no defendía ninguna reja. La puerta del hotel solía dejarse abierta por costumbre, y realmente los ladrones de cámara fueron asaz considerados en no arramblar con todo hasta que se ausentó la propietaria, dejando allí objetos de tan alto valor y tan tentadores.

He perdido la cuenta de las veces que fué desbalijado el guardajoyas de María Leticia; pero es lo cierto que después de tanto saqueo, aún le quedaron prendas muy notables, verbigracia, el famoso collar de los brillantes de color, las grandes calabazas negras de las orejas, un aderezo de turquesas magníficas, y el servicio de oro, de tocador, con las armas imperiales. — Y ya que hablo de joyería, recuerdo el hecho de que cuando la Rattazzi se presentó en Madrid por primera vez exhibiendo sus pedrerías, hubo quien las juzgó falsas; y habiéndolo sabido la dueña, las envió á casa de Ansorena para que las limpiase, obteniendo así indiscutible testimonio de que no eran sino buenas y legítimas.

La cortedad de vista fué causa de que, sin mediar cacos, perdiese la Rattazzi muchos objetos de valor, entre otros los impertinentes cuajados de brillantes, regalo de Víctor Manuel I. Y no sé en virtud de qué talismán no perdería el raro y artístico sello de oro con una gruesa madreperla, dádiva de la reina Isabel II. Lo ví rodar sobre las mesas de la redacción de la *Matinée*, y me sorprendió agradablemente que el conde de Solms, hijo de la nombrada escritora, me asegurase haberle recogido después de la muerte de su madre.

⁂

En encajes, porcelanas, abanicos, autógrafos, podrían quedar un caudal á los herederos de la señora Rattazzi. De testas coronadas y de eminencias literarias y políticas, poseía esta señora mazos y mazos de cartas, verdaderos tesoros para la historia y para la crítica. Creo que vendió bastantes; al menos se lo he oído decir. Muchas debieron de sufrir extravío, ó desaparecer sin fruto para nadie. Daba pena considerar lo que pudo ser el archivo de una dama que intervino en tantos sucesos y se relacionó con tanto y tanto personaje, si el vértigo de una vida de continuos viajes y continua sociabilidad le hubiese permitido conservar y ordenar los manuscritos dispersos ó inutilizados.

⁂

De las obras de arte reunidas en sus residencias, algunas gozan fama universal. Citaré el retrato conocido por *Retrato del guante*, admirable lienzo firmado por Corolus Durán, y que representa á la Rattazzi en el ocaso todavía espléndido de su hermosura, sonriente, enguantada una mano y la otra desnuda sosteniendo el guante de piel de Suecia. El retrato pensó el original legarlo, como recuerdo, al Museo de Madrid; después, una acogida cariñosa que dispensaron á la Rattazzi en Amberes, la decidió á cambiar de parecer, y es el Museo de Amberes el que se enriquecerá con este legado, al cual acompaña el busto, en mármol blanco, de la Rattazzi igualmente, obra muy notable del escultor Clesinger.

Llamaba la atención en el boulevard Poisionniére otro retrato, atribuído á Bonnat, hoy perteneciente á la Sra. Viuda de Vilanova, hija de Rattazzi; una Ninfa, estatua de mármol; una cristalera toda de porcelana de Sajonia antigua, auténtica; veladores de Sévres; todo mezclado y confundido con modernos *bibelots* y con muebles que se rompían y que no se arreglaban nunca, y con montones de libros y periódicos que rodaban por todos lados, en bohemio y pintoresco desorden. La pluma de Alfonso Daudet era la única que podía describir aquel interior, uno de los más curiosos de París.

⁂

Y ya nada queda, de una existencia tan brillante en su primera mitad, enlazada estrechamente con los sucesos que determinaron la formación del reino de Italia y acaso la caída de Napoleón III. A decir verdad, ya poco quedaba, pero los restos proclamaban las grandezas desvanecidas. La actualidad pariente, alada y siempre vibrante de impaciencia, ha pasado su dedo de nácar por la casa del boulevard Poisionniére, y es asunto concluído; hasta feneció la Revista, sostenida durante tantos años por la actividad y la tenacidad de la Rattazzi, bajo el seudónimo de *Barón Stock*.

Al substituir al brillo y el ruido al silencio total, frío, de la huesa, las reflexiones filosóficas son tan fáciles, que debemos desdeñar hacerlas. Si se mira bien, ¿qué día no tenemos ocasión y motivo para glosar los versos á «los infantes de Aragón» y aquellos otros á Itálica? ¡Qué de torres altas hemos visto caer, y no somos aún viejos, si por vejez se entiende el descenso de las fuerzas físicas!

Y la obra literaria de la señora Rattazzi tampoco sobrevive. Devorada por las circunstancias, esparcida en diarios, revistas y folletos, ó en libros publicados por diferentes editores, la posteridad difícilmente se orientará acerca de ella, y dentro de diez años pocos sabrán que la autora de *Portugal á vista de pájaro* fué un amenísimo cronista, un escritor atractivo y picante, un poeta tierno y fino. El ruido de su nombre perjudicó (¿extraño caso!) á su fama y labor literaria, sin permitir que nunca reposase y se consolidase en producción regulada y duradera.

¡Qué arduo es construir, qué laborioso cimentar, y qué presto se lleva el aire memoria, reputaciones, leyendas negras y doradas!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO UN POCO

Mucho se habla ahora del descanso dominical, y no existe campaña más justa, ni acaso, en el fondo, más moralizadora que esta. Las gentes que no se paran á considerar su objeto, creen que se trata de acortar el trabajo. No tengo inconveniente en afirmar que la natural consecuencia del trabajo es el descanso, y que en ninguna parte se trabaja menos que donde no se guarda el domingo.

En España, al menos en los dos puntos que yo conozco mejor, el país gallego y la capital, la gente obligada por la necesidad al trabajo se pasa el año inventando fiestas entre semana, fiestas que la Iglesia no prescribe, y que á veces, en determinadas épocas, se aglomeran de tal suerte, que interrumpen la labor una serie de días, y habitúan el cuerpo á la inactividad (hábito fácil de adquirir), alterando el ritmo. Baste para ejemplo San Isidro, el clásico San Isidro de Madrid. Son ocho días de juerga tendida, de borrachera, despilfarro, broma y excitación insana. El Santo sirve de pretexto, y en realidad, ¿quién se acuerda de él, del labrador honrado, incansable, del buen *bardillo* que fecundizó con su sudor la dura y amarillenta tierra castellana?

***

Y en mi aldea, ¡qué no discurren para darse una panzada de holgorio, no cada domingo, como sería regular y loable, sino todo junto, una semanita entera!

Ved ahí un santo poco famoso, San Mamed. En honor de San Mamed hay tres días laborables, en mi parroquia, en que no se unce el carro, ni se empuña la arada. Si les decís, á los pobres ignorantes, que pregunten al cura para convencerse de que no tienen semejante obligación con el bienaventurado San Mamed, les escandalizáis. ¡Arar ó cavar en semejante día! No lo hicieron sus padres, no lo hicieron sus abuelos; ellos no lo harán tampoco. Quitarles una costumbre, es quitarles la vida, es arrebatarles su ser; porque ellos no existen *en cuanto á sí:* son un fruto de la tradición, una especie de berruga que echa la tierra; carecen de espontaneidad.

***

Para fomentar el descanso dominical se ha formado en Madrid una «Liga» cuyo *Prospecto* he recibido. Por desgracia este prospecto no trae firma alguna, ni la menor indicación que pueda servir de guía para saber adónde conviene dirigirse para entenderse con dicha «Liga;» lo cual es, á mi ver, una demostración más de lo poco aptos que somos para las obras sociales. He aquí una obra interesante y simpática; que lo es doblemente para mí, pues recoge una idea vertida en los artículos que remití desde Bélgica al *Imparcial*, la de procurar descanso á los carteros agregando al sello de franqueo otro sello que diga: «No repartir en domingo;» y he aquí que esta obra, al dirigirse al público, al buscar el calor de la cooperación para desarrollarse y cundir, aparece de tal manera, que no aparecería de otra si tuviese que procurar el anonimato y la sombra de lo furtivo; y se recata tan bien, que yo no he podido todavía acertar con ella.

El mismo sello que la «Liga» emite, no me parece adecuado á su fin. El letrero «No repartir en domingo» lo lleva en forma circular, difícil de leer. Yo alabo la buena voluntad que ha inspirado la Liga y el sello; pero desearía ingenio, arte, eficacia en los procedimientos, de los cuales, más aún que del excelente deseo, suele depender el feliz resultado de toda empresa.

***

Ya empiezan á ponerse por las nubes los alojamientos en la villa y corte. Ya cada casa, modesta ó rica, aguarda sus correspondientes forasteros. Luis Taboada tendrá larga tela con las dificultades y embarazos que crea á las familias de la clase media la llegada del huésped, á ponerlo todo patas arriba, en días en que los artículos de consumo amenazan subir.

Tanto como se clama contra la explotación de los patronos, y á nadie se le ocurre clamar contra la de los intermediarios industriales, que recargan de un modo exagerado los artículos de consumo y necesidad, procurándose ganancias que oscilan entre el 25 y el 50 por 100. Por ejemplo: el aceite. Entra en Madrid (el mejor y más exquisito) á nueve pesetas arroba, y el consumidor lo paga á quince. La carne, el arroz, los garbanzos, el cerdo, el pan, todo sufre aumentos semejantes, en daño general y beneficio de pocos. En Bélgica los obreros lo han arreglado bien: tienen sus cooperativas, donde encuentran los artículos de consumo á precios justos y tolerables.

Habiendo encargado directamente á Alicante una arroba de almendra, recuerdo que me sorprendieron dos observaciones: la excelencia de la fruta y su baratura. Costó la mitad que cuesta la almendra rancia y aceitosa y de última clase en las tiendas de ultramarinos. No es la almendra artículo indispensable; pero sí sabroso y sano postre, y base de muchos dulces y platos de la cocina española. Debiera encontrarse á precios moderados. Si tuviésemos tiempo y paciencia para enteramos detenidamente, encontraríamos en otros infinitos artículos las mismas desproporciones de precio de coste y precio de venta. La vida se hace mísera y la raza decae, cuando la alimentación grata y variada no es accesible á las clases populares; ni aun á clases en apariencia más elevadas, quizás en el fondo más menesterosas y ahogadas, por haber de sacrificar al decoro.

***

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. Todo se ha nivelado de precio: ya no existen platos baratos. El bacalao, las manos y callos, las *chuletas de huerta*, que Parmentier legó á la humanidad con más apetito que dinero, van siendo *un mito*, como dice cierta ilustrada patrona. ¿Qué comen?, insisto en ello. ¿Qué leche beben los niños, qué nutritivo manjar restaura las fuerzas de los adultos?

¿Y el vino? No hay nación donde así se produzca, tan fuerte y tan barato, como la nuestra; y cátate que de trámite en trámite, de arriero á tabernero, el vino que se expende en Madrid es detestable. El vino – del cual se dicen pestes, y que yo no pruebo, me apresuro á declararlo, no me tomen por báquica – es, usado sin exceso, una de las cosas mejores para el trabajador. El aguardiente daña: el vino conforta, sostiene y alegra. ¿Por qué, si Dios lo da abundante y puro, no disfrutan de este beneficio el obrero y el jornalero matritenses?

***

Se proyecta una Exposición de cuadros del *Greco*. ¡Cómo ha subido esta firma en pocos años! Hará diez ó doce, los que profesábamos el culto de Domenico Theotocopuli éramos unos hasta un par de docenas, y nos dábamos tono y aire de iniciados en alguna misteriosa religión, y pasábamos, á los ojos de los no iniciados, por fanáticos sectarios, si ya no por contagiados de la locura que se atribuyó al maestro. El genial artista Santiago Rusiñol fué de los primeros devotos convencidos que se arrodillaron ante el ara. – Hoy (supongo que por *ese snobismo* artístico, que existe también) se cuentan por millares los admiradores confesos (quizás no convictos) del Greco, y sus cuadros se venden á precios mucho más altos – que es lo que los anticuarios y tratantes querían demostrar.

Nunca podrá ser popular ese insigne veneciano. Si la afición á su pintura cundiese sinceramente, creería yo que el gusto había sufrido alguna transformación inexplicable, rara, milagrosa. Afirmo que, de mil personas concurrentes á la Exposición del Greco, si llega á realizarse, una sola lo sentirá y comprenderá. No es natural sentir al Greco: se le siente cuando se ha adquirido suficiente afinación, la vibración especial de la madera en los instrumentos de música muy usados. Para la inmensa turba, ¿qué es el Greco? Un pintor lúgubre, obscuro, verde, azul, amarillo, en quien las carnes parecen carnes de muerto y las lacas rojas coágulos de sangre recién vertida. Una especie de Nin y Tudó del tiempo de Carlos V.

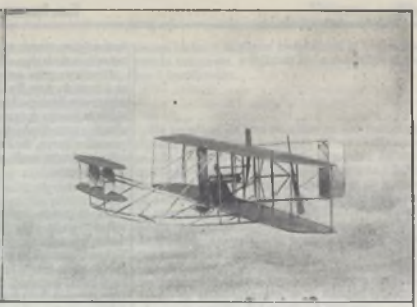
***

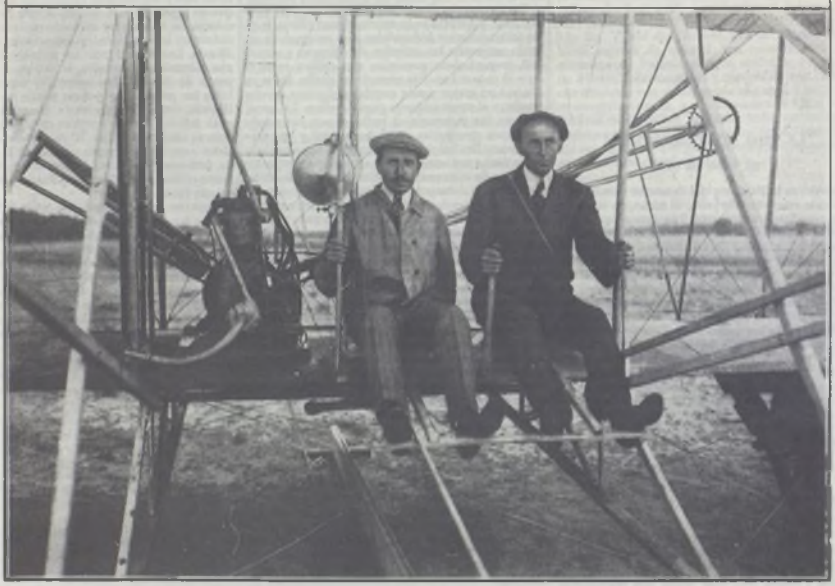
A poco tiempo de morir su esposa, dejó este mundo el marqués de Linares, opulentísimo y muy caritativo señor, dueño de un magnífico palacio que domina el punto más céntrico y hermoso quizás de Madrid. En construir este palacio tardaron veinte años los marqueses de Linares. No hubo refinamiento de lujo y suntuosidad (dentro del arte moderno) que no agotasen en él. Se hizo á todo coste y á conciencia. Se trajeron los mármoles más ricos de Italia; decoraron interiormente las estancias los artistas más ilustres. Los techos eran un asombro, los muebles una maravilla. El tocador, la alcoba, se vestían de punto de Venecia. Las sedas y los tapices que cubrían las paredes del palacio venían de las mejores fábricas, extranjeras por cierto. Hasta las cerraduras y las fallebas de las ventanas merecían allí que la vista se recreara en ellas. El palacio – en opinión de todos – era un tipo representativo de la gran morada, fastuosa y exquisita, de fines del siglo XIX, y algunas críticas de detalle no quitaban á la exactitud de este juicio.

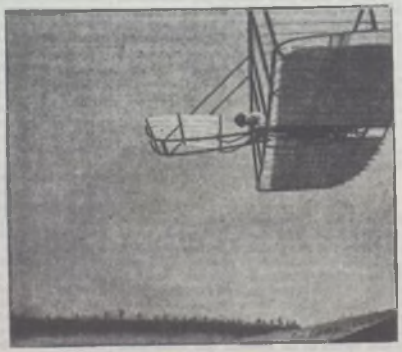
Pero tan bella residencia casi no la disfrutaron los que la construyeron y se tomaron por ella mil afanes. Dedicados á cuidarla y á limpiarla y á evitar que entrase en ella un átomo de polvo, los dueños no la abrieron sino rara vez, y siempre con más temor de estropearla que placer en lucirla. Y ahí queda, nueva, flamante, sin tacha, para los herederos, que aún se ignora quiénes sean; ahí queda el regio nido, en que no acertará á posar la pareja. Siempre cerradas las ventanas, siempre solo y mudo, ese palacio parecía tan vacío antes como ahora. ¿Cuál será su destino?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid







Arriba: "El aeroplano de Wilburg Wright efectuando en el Mans un vuelo de una hora y 31 minutos en un recorrido de 66.600 metros, el día 21 de septiembre último.– Wilburg Wright y Pablo Zens, el primer europeo que ha montado en ese aeroplano, disponiéndose a efectuar la prueba que se realizó el día 25 de septiembre último y en la cual ejecutaron un vuelo de 9 minutos 6 segundos. (De fotografías de M. Rol y C.ª)". 1908, n.º 1.397, p. 649.

Abajo, a la izquierda, "La máquina aérea de Mr. Wilburg Wright en el aire." A la derecha, "La máquina remontándose." 1902, n.º 1.060, p. 278.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN VÍSPERAS

¿De qué hablar sino de los festejos? Su obsesión es continua, y cuanto se dice, hace y piensa va guiado por una idea exclusiva; la de estas fiestas censuradas, comentadas, anunciadas pomposamente, traídas, llevadas, que serán causa de que se derrame sobre Madrid una ola de forasteros ansiosos de divertirse...

***

Las fiestas, en los pueblos, son lo mismo que en las casas: la primera condición que exigen es local, marco, fondo adecuado. – ¿Lo tiene Madrid? Podría discutirse, y cuanto se dice, hace y piensa va guiado por una idea exclusiva; la de estas fiestas censuradas, comentadas, anunciadas pomposamente, traídas, llevadas, que serán causa de que se derrame sobre Madrid una ola de forasteros ansiosos de divertirse...

***

Las fiestas, en los pueblos, son lo mismo que en las casas: la primera condición que exigen es local, marco, fondo adecuado. – ¿Lo tiene Madrid? Podría discutirse, y hasta negarse. Dos grandes elementos decorativos para circunstancias señaladas posee Madrid: el Parque del Retiro y el Palacio Real, con sus nuevos jardines y su magnífica plaza de la Armería. Los otros pulmones de la villa – Florida, Moncloa, etc., – se encuentran en situación nada á propósito para localizar allí festejos de carácter general. Y claro es que ni el ameno Parque ni el soberbio Palacio hacen olvidar la falta de una bahía como la de Lisboa, de un río como el Sena, ni de plazas y vías monumentales como el Carrousel, la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, etc., en París.

Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan ahogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que á cada paso ocurren – procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros, – se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia á dejar pasar á nadie, aunque el transeunte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer ó niño, á quien aplastan con despiadada brutalidad.

Esta congestión ó infarto de las principales vías de Madrid es uno de los obstáculos más positivos y uno de los motivos de deslucimiento y descontento más fundados. Se aglomera la multitud y hay robos, sofocos, desazones. Calcúlese lo que sucederá si, como nos anuncian, se descuelgan aquí unos ochenta ó cien mil *isidros;* que con sólo echarse á la calle, sin más, bastan para que no se pueda dar un paso por ninguna parte. Con la vanguardia – los que ya están en Madrid á estas horas – empieza á hacerse difícil la circulación, á la caída de la tarde, por la Puerta del Sol y desembocadura de la calle de Alcalá. Preparémonos á quedarnos encerrados en casa; á vernos bloqueados por una muralla de carne.

***

Después de las condiciones de local, vienen las de alojamiento – que de local son realmente también. – Si creyésemos lo que oímos, los forasteros no tendrían más remedio que acampar al raso ó dormir en los pórticos (¿en cuáles?), sistema que adoptan los aldeanos de Compostela la víspera de la fiesta del Santo Apóstol, patrón de las Españas. Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada; pero sin embargo, me figuro que todo acabará por arreglarse y la gente encontrará cobijadero, mejor ó peor (en lo de la calidad habrá que ser poco exigente). En efecto, sólo sé de un hotel algo regular en Madrid, el de la Paix; los demás dejan bastante que desear; y ni el de la Paix (que es muy caro), ni ninguno, se hallan instalados en edificios construídos *ad hoc*, no existiendo á mi ver cosa más incompatible con la idea de lo confortable que un hotel que no ha sido edificado para hotel.

Y caigo en la enenta de que estoy refiriéndome á la nata y flor, á los hospedajes costosos, para gente de riñón cubierto, que viene decidida á romperle la crisma á unos cuantos cientos de duros; pero esto será lo excepcional. La inmensa mayoría de los forasteros habrá de acomodarse incómodamente en casas de huéspedes, mesones, posadas y alojamientos ocasionales, improvisados, y pagar como si estuviesen á gusto.

***

De estas deficiencias saldrán muchas quejas, y más de las tres cuartas partes se volverán á sus casas llorando el dinero que soltaron en mal hora. No obstante, á los quince días apostaré que ya se tranquilizan y empiezan á persuadirse de que se han solazado mucho, mucho. En España tendremos poco dinero, pero no nos falta rumbo y humor para gastarlo, cuando se tercia.

A mi parecer, los festejos adolecerán de lo mismo que adolecen las calles de Madrid: de aglomeración, de dificultad circulatoria. Para que se me entienda: habrá demasiadas diversiones en pocos días.

Creíamos, allá en marzo, que todo el mes de abril sería ya un mes brillante, rebosando distracciones, una antesala de las fiestas; y he aquí que el mes de abril, sea por la muerte del rey abuelo, sea por el mal tiempo, sea por otras causas, ha transcurrido más desanimado y frío que suele transcurrir en cualquier año. Los salones, apenas entreabiertos, se cerraron, después de una espléndida fiesta de cuadros vivos que alborotó á la sociedad; los teatros serios se arrastraron trabajosamente, y poco á poco – obligado alguno de ellos por la tibieza del público – han ido dando fin á una temporada que soñaron prolongar al calor de los festejos; el Real no se ha atrevido á traernos á Bayreuth; y excepto en los colchones de muelles que vemos pasearse llevados en hombros por las calles, en los colchones de lana que vemos apalear (grave infracción de las ordenanzas municipales) á la puerta de las casas, y á la nube de modistas, corseteras y peluqueros que procedentes de París han caído sobre Madrid para beneficiar la situación, en nada se conoce que estemos ya abocados á una *season* tan excepcional.

***

El comercio espera vender; los fondistas y alquiladores de coches se las prometen felices; reinan, al parecer, la tranquilidad y el optimismo en los espíritus. Apenas extiende sobre ellos ligerísima, impalpable sombra, la noticia, publicada por los diarios, de que tal ó cual peligroso anarquista se ha colado por la frontera, con ánimo de aguarnos el vino...

Nadie piensa en ese coco moderno. Toda la atención está pendiente de cómo se organizarán y cómo saldrán los números innumerables del nutrido programa que todo él tiene que caber en unos cuantos días del mes de mayo.

Pierdo la cuenta de lo que en este corto tiempo van á zarandearse el vecindario de Madrid y sus huéspedes más ó menos ilustres, egregios y augustos. Bailes á tutiplén, algunos tan lucidos como se espera que será el de la Bolsa, por suscripción; baile y música en todas las instalaciones de los Círculos de recreo en el Retiro; kermesses; feria; batalla de flores; iluminaciones; *garden party* y recepción en Palacio; fiestas particulares, imposibles de prever y de recontar; funciones de gala en uno ó varios teatros; y lo puramente oficial, como el acto de la jura, al cual se cree que concurrirán, aumentando el esplendor, muchas y muy suntuosas carrozas de grandes que ejercen cargos palatinos... Se me olvidaban, ¡ahí es un grano de anís!, los anuncios de grandes corridas de toros, con caballeros en plaza, y los por ahora proyectos no más de torneos, *carrousel*, etcétera. No sé si incluir entre los festejos las revistas, paradas y simulacros militares, y el *tedéum*, solemnidad religiosa. Y estoy cierta de que se me olvida muchísimo de lo que tiene que entrar, venga estrecho ó venga ancho, en este mes de mayo bendito.

***

Así que empiece el bureo no se verán los forasteros en la incertidumbre de escoger entre soltar la bolsa ó la vida. Ambas cosas corren peligro. La bolsa tiembla cuando oímos decir que los boteles han duplicado y triplicado y quintuplicado sus precios; que por un coche para el mes de mayo piden siete mil pesetas de alquiler, más del valor íntegro del tren si se vendiese; que las subsistencias son un problema pavoroso, alrededor del cual va formándose un lago de tinta y otro de saliva derrochadas... La vida no creo que la saquen salva los que lleguen aquí con el afán de *verlo todo* y de *ir á todo*, y de no regresar á su pueblo sin haber tenido el gusto de contemplar á los archiduques y enviados extraordinarios de las cortes extranjeras (muy señores míos y de mi respeto).

En cambio, muchos pacíficos moradores de la villa y corte están ya de un humor empecatado, y juran y perjuran que sería cosa de tomar el tren é irse á una aldea bien solitaria. Desde sus casas madrileñas suspiran por El Tomelloso ó por Majadahonda. Parafrasean la célebre *Oda* de Fray Luis y la *Silva* encantadora de Lope de Vega; repiten, sin advertirlo, las frases de Quevedo encareciendo el descanso y el goce puro de la existencia campestre. Pero... ello es que no se van. ¿Qué habían de irse? Sí, en eso estaban pensando.

Al que más y al que menos le pica la curiosidad de ver en qué parará todo esto, si las fiestas resultarán un colosal *fiasco* ó una magia deslumbradora, ó buenamente (es la opinión de los sensatos) una cosa entre merced y señoría, á ratos buena y á ratos detestable, como al fin organizada algo atropelladamente y en un pueblo que tiene poca costumbre de «recibir.»

***

No falta tampoco quien se alarme ante el trato que está sufriendo el bello, amenísimo, y (seamos justos) bien cuidado Parque del Retiro. Sus tranquilas y frondosas calles de árboles, sus frescas y lindas canastillas floridas, sus enarenados parterres, se encuentran estos días manchados, perturbados y ofendidos por legiones de trabajadores que renuevan el suelo, lo siembran todo de cascote, ladrillo y tablones, para erigir barracas, pabellones y quioscos, tribunas y palcos y demás tinglados de festejos. Hasta se murmura no sé qué de árboles cortados ó desmochados. Desde el punto de vista de la belleza del Parque, no cabe negar que están cometiéndose profanaciones. ¿Qué remedio? ¿Hay en Madrid acaso otro sitio donde armar fiesta? ¿No hacían otro tanto los monarcas de la casa de Austria, que alzaban sus teatros y tenían sus diversiones en el Retiro?

***

Y al presenciar tanto preparativo; al sentir en el aire la vibración de una alegría tumultuosa, próxima á desbordarse en calles, paseos, teatros, en cuanto ofrezca á los sentidos un aliciente y á los ojos un pasajero deslumbramiento; al percibir ya el rodar de los millones y el aroma de las flores y la claridad de las luminarias y el estruendo de las músicas y el estallido de la pirotecnia; al escuchar ya el traqueteo de los trenes de placer y las pisadas de esa muchedumbre ávida de goces y puerilmente afanosa de emociones, que se precipitará en breve sobre la capital española, ¿diría nadie que somos aquellos de las colonias perdidas entre desmayos del alma é interrupciones del pulso; aquellos que en 1898 no acertábamos ni á conocernos á nosotros mismos?

Esta facilidad de la expansión, este buen humor latente que se descubre á cada momento propicio, ¿son feliz síntoma, ó son nuevo indicio de debilidad orgánica?

Confieso que no lo sé.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA FECHA

No se puede hablar en estos momentos sino de las fiestas, y claro es que las opiniones andan divididas, y que unos lo ven todo de color de rosa y otros todo negro. Procuremos colocarnos en el ápice de la realidad, y examinar esta cuestión con un espíritu de justicia.

⁂

Lo primero de todo, yo reconozco que en estos festejos hacen el gasto la percalina, el cinc y el cartón. Los leones, castillos y figurones de la Carrera, los osos del madroño (que fué preciso retirar), los arcos de triunfo y en general todos los artilugios erigidos estos días en la villa y corte de Madrid para ornato, gala y señal del regocijo de su vecindario, son de los materiales menos sólidos y resistentes; cuando llueve se ablandan y destiñen y si lloviese tres días seguidos se los llevaría la trampa. ¿Pero es que esto no sucede en todos los casos análogos? ¿Se van á emplear mármoles, bronces, sedas y terciopelos para lo que apenas durará cuanto dura una rosa?

Lo único que me parece muy de desear, es que los armatostes de madera destinados á tribunas, graderías, palcos, etc., sean sólidos y firmes y no nos den un disgusto. Cuando veo tanta madera negruzca, apolillada y vieja, que va á servir para aguantar el peso de tanta gente, de tantos cuerpos humanos, de tantos kilogramos de carne y hueso, me entra terror. A ver si ocurre aquí algo parecido al derrumbamiento del puente del Arno, que inspiró á Dante su *Divina Comedia*, ó para no buscar en tiempos tan remotos como el siglo XIII ejemplos, algo análogo á la reciente catástrofe acaecida en una de esas plazas de toros que se arman con cajones de pasas y luego se desbaratan en un segundo.

⁂

Y mientras Madrid se adorna y empavesa por todas partes, ostentando colgaduras más ó menos ricas y bellas, no pocas de zaraza y coco encarnado y amarillo, las menos blasonadas, con el carácter de los antiguos reposteros, la gente anda aturdida, loca, hecha una devanadera, en busca de *billetes*. ¡El billete! Esta palabra mágica es la que suena en todas las bocas y retiembla en todas las ondas del aire: esta palabra es el misterioso talismán que abre las puertas; talismán de cartulina con letras de purpurina... Billetes para la jura; billetes para los toros; billetes para las inauguraciones; billetes para el teatro Real y el Español, en los días de gala; invitaciones para palacio y los jardines del Campo del Moro; invitaciones para esto, aquello, lo otro y lo de más allá..., esto es la pesadilla del que ha venido para asistir á los festejos de la jura, tal vez desde un rincón de España, y encuentra que, sin el talismancito de cartón, no puede ver más que los adornos, de cartón también, de las calles y las plazas, y las atracciones de la feria del Retiro, que promete ser lo más animado, popular y espontáneo de cuanto aquí se va á celebrar.

Es por lo menos lo que se hizo sin carácter oficial, por buena voluntad de las Sociedades y Centros y de las industrias particulares. En tal sentido, es sincera la animación y alegría que revelan aquellos vistosos barracones y aquellas instalaciones más ó menos precipitadas, en las cuales se venderá y se exhibirá cuanto puede venderse y exhibirse sin faltar al decoro.

Nos hemos vuelto muy exigentes, muy quisquillosos, muy refinados en todos los terrenos. Antes, con cuatro tablones pintorreados se satisfacía el buen público. Ahora, se pide hasta elegancia á esas construcciones de un día; hasta belleza arquitectónica á tan efímeros edificios.

⁂

Vuelvo á coger la pluma después de haber presenciado el desfile de la regia comitiva en dirección al Congreso para la ceremonia de la jura. Plumas ágiles y acostumbradas á la instantaneidad de la prensa han descrito esa solemnidad pocas veces presenciada. Y debo añadir que es de las que tientan á la pluma á describirlas. Más bien que en la crónica, en la novela, donde cabe todo el detalle vivo y pintoresco de una página semejante, cabría intercalarla, después de cincelarla finamente.

El día era espléndido. Después del crudo invierno y de la desapacible y agria primavera que hemos sufrido, acaso por primera vez el cielo se mostraba de un azul purísimo, sin la esfumadura de una nube, y el sol derramaba pródigamente luz y calor, no tanto que fatigase, sí lo bastante para animar y alegrar el aire y encender un rayo de fuego y oro en las telas amarillas y encarnadas que decoraban las tres cuartas partes de los balcones. Yo pensaba para mis adentros qué sería si el rey Alfonso XIII nace en diciembre ó en cualquiera otro de los meses feos y rigurosos del año. Mayo es un buen padrino, un patrono risueño y dulce. – ¿Y si, por ejemplo, nace en agosto el rey? ¿Qué fiestas de la jura iban á celebrarse, cómo y dónde?

Ello es que nació en mayo, y lo que nace en mayo trae ya su corona de flores, en vez de las duras espinas y las secas y mustias hojas que ciñen á otros meses. Y mayo – que al principio de sus treinta días venía tan desapacible que marcaba á° bajo cero á la sombra – quiso, en honor de su ahijado, desarrugar el ceño y tender su manto de gasas doradas para prestar alegría á este Madrid que tan laboriosamente va convirtiéndose de destartalado poblachón, «el más grande de Castilla,» en moderna ciudad.

La comitiva, como un río de curso lento y majestuoso, bajaba por la Carrera de San Jerónimo, allí donde se ensancha y ya parece una vía moderna, y cegaban los resplandores de tanto bordado, entorchado, diadema, collar, el flotar imperceptible de tanto plumero blanco coronando los sombreros de gala, el brillo de tanta guarnición de plata y oro, la vistosa combinación de tanto color limpio, vivo, intenso, en telas nuevas y flamantes. Todo ello tenía ese aspecto Carlos IV, esa seriedad fastuosa y algo amanerada, que nos trajeron los Borbones franceses. Y es que á esa época corresponden las carrozas de corte en su mayor parte, las libreas, las guarniciones, los penachos. Quizás en ningún tiempo se supo combinar mejor la pompa decorativa con la elegancia y la delicadeza. El lujo de ese tiempo, *á la Federica*, ya no es el bárbaro derroche de la Edad media, con contrastes de opulencia y miseria, ni la artística y pagana ostentación del Renacimiento. Es un minueto correctamente bailado, con finuras y solemnidades palaciegas – y nuestra época no ha sabido inventar nada mejor para el asunto.

Las carrozas, en su forma, tienden todas á ese estilo Carlos III y Carlos IV, con curvas aparatosas y adornos de artística gracia, *vernis Martin*, ó incrustaciones de oro sobre la concha. Interiormente, el *capitoné* de raso ó seda brochada *Pompadour* sirve de camarín á las damas ataviadas regiamente, á quienes vemos como en un relámpago de blancuras de raso y de fulguraciones diamantinas. Los caballos llevan un paso acompasado y digno, como cortesanos penetrados de su importancia. También en su pelaje castaño ó gris de plata riela el sol, y sus ancas gruesas, lucias y limpias, parecen vestidas de tela de *moiré*. El ruido metálico de las guarniciones se percibía entre el rítmico golpe de los cascos sobre el pavimento. Los grandes penachos de plumas oscilaban blandamente, con gentil balanceo.

La gente repetía nombres augustos: «Ahí va la infanta Isabel... ¡Aplaudirla!.. Ahora los príncipes de Asturias... La infanta Eulalia... ¡Qué bonita! ¡Qué cara tan encantadora! El coche de respeto... ¡Ahora los reyes! El rey va emocionado... – No, va sereno... ¡Ay, la infanta María Teresa!.. ¡Qué simpática, qué mona!..» Los diversos matices del sentimiento que despiertan tan altas personalidades se revelaban en estas diversas exclamaciones. ¡Qué cantidad de flui

MADRID. – Las fiestas de la jura de S. M. D. Alfonso XIII. – El rey en la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la escuela que ha de construirse en La Florida (de fotografías de J. Cao Durán).

do psíquico desarrollan los reyes y las personas colocadas en muy alta situación! Si ellos supiesen el alcance de esta fuerza formidable de que disponen, la aprovecharían. Una palabra, un gesto, un movimiento, es *energía* positiva en un rey. Aun en momentos de tal decadencia para la idea monárquica como fueron los de la plenitud de la Revolución francesa, la sonrisa de una regia boca transformó en un instante los sentimientos de un acendrado revolucionario...

⁂

Yo pensaba en eso: es un problema muy curioso de psicología, que me ha preocupado siempre. – Sostengo una paradoja: no necesita un rey constitucional gobernar bien, pero necesita siempre ¡sonreír! Y su sonrisa, y su amable gesto, y la dulzura de su mirar, son un arma, más poderosa que los cañones y los fusiles. – La multitud se adelanta á los sucesos, y adivina y comenta hasta las intenciones de las personas reales: llega al extremo de compadecerla, de sentir sus menores contrariedades, de ofrecerles el bálsamo del cariño si cree que sufren, y ¡aunque no sufran! Ahí está el caso de la infanta María Teresa, que ciertamente, rodeada del amor de los suyos, en la primavera de la vida, en tan elevado lugar, no puede ser más que venturosa. Pues bien: hay en el pueblo madrileño un instinto romántico y una necesidad tal de emoción, que se ha dedicado á manifestar una piedad tierna á la dulce niña, y la llama afectuosamente «la pobre infanta Teresa...»

⁂

Y mientras yo pensaba en esto, la comitiva desfilaba, el raudal de luz y esplendor descendía hacia el Congreso, bajo cuyo gigantesco baldaquino rojo iban á bajarse de sus carrozas los personajes llenos de entorchados y las damas nimbadas de tul y prolongada la figura por la inmensa cola del traje de gran etiqueta. – Y nadie, nadie sospechaba que justamente frente á los balcones desde los cuales presenciábamos el desfile, en el portal que vemos abrirse á tantos metros de distancia como es el ancho de la calle, había encontrado la autoridad hacia un par de horas el depósito de cartuchos de dinamita que, á ser lanzados allí, nos hubiesen costado probablemente la vida...

Y mejor era ignorarlo. ¿Quién existiría si todo se supiese ó se presintiese?

La inconsciencia es el eje de nuestro espíritu.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"El conde Fernando Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre (de fotografía)" y "El globo dirigible 'Zeppelin' remontándose por los aires (de fotografía)." 1900 n.º 979, p. 646.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Ya desmontan las tribunas, enrollan las percalinas, guardan en el almacén de accesorios los figurones de cartón... Ya se puede hablar francamente de las fiestas, sin «perjudicar» al comercio ni á la industria, ni á nada perjudicable. – Es tiempo: las fiestas han durado bastante, lo suficiente para que todas las deficiencias hayan resaltado y se hayan estimado los aciertos; la hora de la crítica ha venido. ¿Que es estéril? ¿Que es crítica de asno muerto y de cebada al rabo? No. Es la manifestación de la experiencia que sale á la pluma; es el sedimento que ha quedado en nosotros y sube á la superficie un instante, para volver á depositarse en la memoria y dejarnos útiles avisos que recordaremos cuando vuelva la ocasión. En las bodas reales, verbigracia, que mucha gente considera próximas, pues para los monarcas se adelanta todo, todo madruga, como si sus fuerzas físicas é intelectuales fuesen distintas y superiores á las de los demás hombres nacidos de mujer.

⁂

Empezando por la parte decorativa, diré que es difícil desacertar más. La Carrera de San Jerónimo, especialmente, fué la nata y flor del desatino. Hubo una manada de osos de cartón, con su madroñero correspondiente, que tuvieron que emigrar de los mástiles donde se ostentaban, corridos por la rechifla del respetable público. Pero al recogerse al cubil estas fieras quedaron otras, una manada de leones que parecían gatos tísicos, trepando por una pared en busca de sustento. Alternaban con los leones palmeras de guardarropía, y la estrecha calle donde se agolpa el gentío madrileño presentaba, confesémoslo, el aspecto más desastroso que cabe imaginar. Cierto arco, inferior á cuantos telones se ven en los teatros por horas, agravaba la situación, y si yo soy e. joven rey, lo que es bajo tal arco no me convencen de que pase ni frailes teatinos.

⁂

Las iluminaciones, en cambio, muy bonitas y alegres. En este particular, la luz eléctrica ha venido á resolver el problema. Con luz eléctrica no hay iluminación fallida. Ni el viento ni el agua la estropean. *Ce n'est pas bien malin*, como dicen nuestros vecinos. – Y sin embargo, hay quien echa de menos otra cosa, la arcaica y grave iluminación de hachones de cera, que todavía algunas casas aristocráticas conservaron, pero que ya parece funeraria y doliente como una elegía, ante esas vivas seguidillas de notitas rojas, anaranjadas y verdes. La calle del Príncipe fué un verdadero túnel de luz, un enrejado primoroso de hilos lumínicos que rayaban con brillantes líneas la negrura de la noche. La casa del marqués de Alcañices presentó una fachada dibujada por la luz, hecha un ascua de fuego; el cuartel de la montaña también incendió regiamente el horizonte. Había calles donde la claridad era mayor que de día.

⁂

En el ramo de colgaduras hubo de todo. Abundaron la percalina y el satín pesetero, y fué verdadera peste, epidemia que se extendió desde lo más alto á lo más bajo, la bandera española. Esto prueba que la gente no tiene gran originalidad é inventiva. Ha encontrado el tema de la bandera, y lo glosa, y lo comenta en todos los estilos; pero no descubre otro, igualmente adaptable al objeto de adornar los balcones. Y así, lo único que se ha destacado sobre el fondo sin término de tela roja y gualda, ha sido el blasón de los reposteros de las casas nobiliarias, ó las letras entrelazadas de algunos edificios, en que los dueños parecían haber tendido una docena de pañuelos con cifra, después de teñirlos en una disolución de añil ó de caparrosa.

Siempre es un progreso sobre las clásicas colchas de zaraza con riquísimo fleco de bellotas de algodón, gala antaño del día de Corpus y demás ocasiones señaladas; pero aún cabe que demos grandes pasos en este camino de la colgadura, y que variemos algo de tocata, ideando novedades. Hay ahí un pervenir artístico: la colgadura puede llegar á ser arte, como lo es la tapicería.

⁂

Las solemnidades oficiales han salido bien. No hubo disturbios; todo marchó con bastante orden, lo cual no es tan fácil de conseguir como á primera vista parece. No sucedió en la calle nada desagradable: no se registraron atropellos, ni riñas, ni se hundió ninguna tribuna de las muchas que, alzadas aprisa y construídas según fama con madera vieja, soportaron el peso de mucha gente en el trayecto. – La batalla de flores fué un número de los más afortunados, y un espectáculo de los más cultos... Es decir, entendámonos, *culto* de vallas adentro. Porque de vallas afuera, de todo hubo en la viña del Señor. Al pasar por las calles y al atravesar entre la multitud agolpada desde la de Alcalá al recinto donde la batalla había de librarse, creíamos encontrarnos rodeados de kabilas. Con furia insolente el pueblo arrancaba las flores que decoraban carrozas y carruajes, por lo cual los vehículos engalanados llegaron al *stand* con la mitad de su decoración. Los policías contemplaban este cuadro de salvajismo cruzados de brazos. ¡Es preciso que el buen pueblo se divierta, siempre que no sea diversión subversiva! Y el rasgo de barbaridad resultaba más antipático, de puro infantil. ¿Para qué querían aquellos zulúes aquellas flores? Por fin, si el coche fuese guarnecido de panecillos y roscones, comprendo que los arrebatasen y no dejasen uno. Pero ¿rosas? No; era hacer daño por hacer daño, por estúpido y neto vandalismo. Veían una cosa bella, fresca, bien oliente, delicada... ¡A destrozarla! ¡Y váyales usted con educaciones estéticas! La belleza les excita la animalidad; nada más.

⁂

Ahora bien: ¿cómo extrañarlo? Ciertos impulsos vienen de arriba, de *nosotros* (no quiero excluirme, á pesar de mis méritos de remera y luchadora constante por el mejoramiento de nuestras costumbres), y *nosotros* no hacemos lo bastante para romper la costra secular de ignorancia y rudeza. Casi diría que con frecuencia contribuímos á solidificarla. Pues qué, ¿han sido los golfos de la calle quienes organizaron tanta y tanta corrida de toros? En este mes que acaba de transcurrir, hasta los periódicos diarios, fieles cronistas de la actualidad taurina, que la consagran la nata y medula de sus columnas más visibles, que no perdonan pase ni estocada sin comentarlas cual no comentaran los escoliastas á Homero; hasta los periódicos diarios, digo, se han escandalizado del número de pares de cuernos que salieron al ruedo de la plaza de Madrid.

⁂

Una de las mejores cosas que debimos á las fiestas fué aplaudir de nuevo – después de mil años – el *Don Juan* de Mozart. La deliciosa ópera está casi proscrita; dicen que su *spartito* ofrece dificultades serias á los cantantes. En cuanto puede juzgarse al través del ruido y de la brillantez atordidora de una función de gala, el *Don Juan* se cantó muy bien y produjo en mi espíritu la misma impresión de alta belleza que cuando formaba parte del repertorio del Real.

⁂

Algo hemos visto que en su género compite con la ópera de Mozart: los jardines del Campo del Moro, que se abrieron para la *garden party* de Sus Majestades.

Era aquel lugar, no ha mucho, madriguera de malhechores, refugio del hampa madrileña; y es hoy un parque soberbio, con agua y árboles á voluntad, y alternopeladas *pelouses* donde el césped fresco verdea, alegrando los ojos. – Yo veía allí una especie de simboloquio, una dulce lección de la Naturaleza al joven soberano que aún no peina bigote.

Parece que le decía el parque: «La nación está como yo estaba: seca, inculta, polvorienta, infestada de gente *non sancta* ó de gente que carece de orientación hacia el trabajo y la vida civilizada y moderna. La voluntad de una reina me transformó en jardín; la voluntad de un rey puede transformar en jardín á la nación española...»

⁂

Dicen que los reyes constitucionales no están facultados para realizar nada de lo que es preciso que se haga, y hay quien reprocha á la Unión Nacional que haya recurrido al trono en demanda de regeneración. ¡Ah! El formulismo será el que se quiera: la realidad es que el rey, aun sin proponérselo, pesa extraordinariamente, influye de un modo decisivo en nuestra vida nacional. Hablo de España: hablo de esta nación donde la monarquía tiene profundas raíces y está *restaurándose* incesantemente, por una especie de evolución natural. Aquí, los grandes movimientos de cultura, obra de reyes han sido. Todavía, cuando vemos un camino ancho y hermoso, un edificio grandioso y noble, una institución duradera, murmuramos el nombre de Carlos III, pensamos en aquellos Borbones que se trajeron en sus tabaqueras de oro y esmalte tantas cosas. – Y no importa que las apariencias de nuestra organización política hayan cambiado; no importa que hoy aparezcan restringidas constitucionalmente las facultades y prerrogativas omnímodas de que antes disfrutaba la corona. En realidad no hay forma de la actividad social en que el rey no pueda influir de un modo enérgico, casi fulminante. Sería halagüeño y sorprendente para el rey ensayar su fuerza en cualquier terreno; de tal cantidad de fluído se encontraría poseedor. Y entonces diría, como Cristo al realizar uno de sus milagros: «Una virtud ha salido de mí.»

⁂

Volviendo á las fiestas, diré que se ha atribuído excesiva importancia á su efecto escénico ante los ojos de los extranjeros que nos han venido á visitar con tal motivo. No creo que por eso se hayan ido maravillados y abierta de un palmo la boca, como suponía mucha gente cultivadora del optimismo barato. A semejanza del gallo de Lafontaine, los extranjeros preferirían un grano de trigo. El grano de trigo aquí es la obra humilde y modesta de la pedagogía, de la instrucción, de la orientación hacia los ideales de los pueblos modernos. Buenos son estos

regocijos populares,
fiestas múltiples y varias,
músicas, danzas y antaños...

pero un esfuerzo varonil hacia la regeneración (palabra *cursi y latera*, según los doctores), abriría en el ánimo de cualquier Mirza Riza una huella por lo menos tan favorable y grata.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POETAS. — AERONAUTAS. — TRAPALONES

Ha muerto un gran poeta al morir Jacinto Verdaguer: no un gran poeta épico — lo digo con mi sinceridad acostumbrada, — pero sí un lírico de exquisito sentimiento, de un misticismo natural y sincero, fruto espontáneo del alma, no resultado del *acarreo* de ideas sugeridas por el crepúsculo que envuelve los espíritus en horas de duda, ansiedad y sequedad.

Mucho diría yo de Verdaguer — porque mucho tengo pensado, y algo inquirido respecto á este curioso ejemplar de la raza poética, — si no supiese que es tiempo perdido y prosa malgastada la que se dedica á aquilatar los merecimientos y el carácter de un muerto ilustre, mientras persiste y flota en el aire el olor á la cera de sus blandones. La hipérbole es entonces tan de rigor, como lo fué acaso en vida la indiferencia, la desgana de lectura y el silencio. Además, hoy, cuando se habla de Verdaguer, no se hace rigurosamente crítica literaria: se hace tal vez algo de política, algo de personalización, mucho de romanticismo; nada de estudio anatómico. Esperemos, pues; que si nos dura la vida, podremos tratar de esto y de otras infinitas cosas.

***

Lo que no quiero omitir es un recuerdo, mejor diría una especie de remordimiento, que evoca en mí el nombre de *Moisén Cinto*. Voy á contarlo.

No sé lo que dirá ese famoso testamento de *Moisén Cinto*, que nos anuncian tan preñado de revelaciones; pero mi convicción es que el autor de *San Francisco* fué un creyente, y que su fe de cristiano y de sacerdote católico no tenía grieta ni mácula. La hermosa unidad de sus creencias era como esas fajas de Persia, de gasa y oro, que se tejen cerrándolas sobre sí mismas; y su filial sumisión á la Iglesia fué, en hombre de inteligencia tan clara y fantasía tan arrebatada y brillante, caso digno de nota, algo que pertenece á la Edad Media, á los tiempos en que la llanura de Vich se cubría de flores al paso del pobrecillo de Asís.

Por lo mismo, debió de ser muy sensible á Verdaguer la suspensión de licencia para decir misa, y todo el tiempo que la sufrió debe figurar en primer término entre los días de prueba. Así lo creía yo, y se confirmó mi suposición cuando, allá en los Carnavales de 1899 (si la memoria no me engaña, que en esto de fechas suele engañarme), recibí un corto y apremiante billete de Verdaguer, invitándome á su primer misa después de la interdicción y alzada ya ésta. Me daba las señas de la iglesia y de su casa, añadiendo, naturalmente, la hora. El billete, que andará entre mis papeles, respiraba gozo: era un transporte, era un *verso* más, una flor del Calvario ó un místico idilio. Se traslucía allí el júbilo de la reconciliación con la *Amada*, la ventura del buen sacerdote á cuyas manos vuelve á descender la augusta Víctima... Formé el propósito de madrugar, que es el más heroico de los propósitos que en Madrid puedan formarse, y de acompañar al poeta en ocasión tan solemne.

La casualidad quiso que justamente la víspera del día señalado por Verdaguer, se celebrase en la Embajada italiana un baile muy nombrado, *de cabezas*, que traía revuelta á la sociedad matritense. Eché mis cuentas y resolví no acostarme aquella noche: el plan era práctico, porque de la Embajada saldríamos al amanecer. Pero al volver á mi casa y pensar en el cambio de traje, en vestirme el más sencillo que tuviese, en cubrirme con un velo negro, me miré al espejo y vi mi peinado de época, un *poudré* cuyas señales iban á notarse por más que hiciese — tan hondas eran las marcas de las tenacillas y los encañonados peluqueriles. — ¿Quién va así á una misa?.. Y rendida de cansancio me dirigí en busca de las sábanas y los colchones...

Pero quedó en mí un pesar, un reconcomio de no haber acompañado á Verdaguer á su reconciliación con la Iglesia, de la cual nunca su voluntad había andado desviada, seguramente... Y me acordé de una palabra divina que solemos echar en olvido, acaso porque nada de cuanto nos rodea nos la recuerda jamás: «Nadie puede servir á dos dueños..»

***

Con la desaparición de Verdaguer se reduce el número, ya tan escaso, de los poetas españoles vivientes que disfrutaban de nombradía innegable y general. Porque muchos escriben en verso; no es que esa casta se haya extinguido, no; lo que sucede es que nadie se ocupa de lo que *cantan*..., ó para servirnos de una locución familiar, *es como si cantaran*. Tal vez si eso mismo que nos dicen varios poetas que no han llegado á hacerse escuchar, nos lo hubiesen dicho hace treinta ó cuarenta años, se lo hubiesen dicho á otra generación, para algunos de ellos irradiaría espléndida la notoriedad y sonaría estruendoso el aplauso.

Hay así muchos, no sólo poetas, sino artistas de todo género, que llegan retrasados y ya no ocupan puesto en el banquete. Pintores impresionistas que no impresionan; músicos wagnerianos... sin Wagner; novelistas á lo Galdós, á lo Goncourt, á lo Pereda; buenos alumnos de grandes maestros..., pero que se rezagaron, dando tiempo al caprichoso público de cansarse y pedir *otro toro*..., ó no pedir nada y retirarse indiferente. ¡Inmensa tristeza de lo malogrado, en todos los órdenes del sentimiento y en todas las esferas del deseo!

***

Misteriosa afinidad paréceme que existe entre las tentativas artísticas que no dan resultado y los reiterados ensayos de los aeronautas, intrépidos y sin fortuna. ¡Qué de ilusión supone el acto de *hinchar su globo*! Cálculos interminables; noches de desvelo; días de fiebre; y como prenda y oferta en aras del destino, la vida... ¿Quién dijo que faltan en nuestra edad abnegaciones, sacrificios heroicos, rasgos con que el espíritu afirma su dignidad por encima de la materia? Pensad en los aeronautas. Pensad en Nansen, en los exploradores del Polo. Tal vez la mayor parte de los actos sublimes que registra la historia antigua no pudieron equipararse á estas acciones que ya casi no se tienen en cuenta, á fuerza de repetirse. Porque la falange es numerosa, el estímulo constante; la breve tragedia en el aire y la interminable tragedia entre el hielo se representan muy á menudo, y no parece sino que la terrible suerte de los exploradores de esas regiones que se niegan á sufrir el dominio del hombre, es aliciente para otros exploradores resueltos á arrostrarla.

***

Ahí está la reciente aventura de Severo, el aeronauta que acaba de ser, desde una altura de cuatrocientos metros, precipitado sobre las losas de un boulevard parisiense. — Toda la fortuna del infeliz sabio se había gastado en construir el dirigible; pero no era Severo lo bastante millonario para prescindir, en la construcción del aparato, de ciertos cálculos de economía. En vez de motores eléctricos, Severo tuvo que contentarse con motores de petróleo, de los más perfeccionados, eso sí, pero que desarrollan un foco de calor. Tal fué la causa de la combustión repentina y espantosa del dirigible *Pax*, y de la catástrofe que costó la vida á Severo y á Saché, su acompañante. — Dos circunstancias merecen consignarse, por curiosas. La primera, el desconsuelo de Alvaro Reis, que no pudo acompañar á Severo por querer éste disponer de más cantidad de lastre que arrojar; la segunda, la resolución de la esposa de Severo, determinada á rebuscar fondos aquí y allá..., ¿para qué? ¿Para vivir, para endulzar con algo de bienestar su soledad y su viudez? No: para construir un nuevo dirigible, esta vez con motores eléctricos en regla, que demuestre la exactitud de los cálculos de su marido y vindique póstumamente su honra de inventor.

***

La buena fe, y aun mejor diría la credulidad, de tanto banquero y tanto pez gordo parisiense como cayó en las redes del asunto Humbert-Crawford, han soliviantado el amor propio de los franceses, y les han movido á traer á la colada los trapos sucios de la credulidad norteamericana. Y en verdad que los tales trapos merecen sacarse un ratito al sol, para regocijo y consuelo de nosotros, pobrecitos crédulos, que hemos padecido á doña Baldomera, revoltosa de menores pretensiones, aunque tal vez de no menores facultades, que los Humbert-Crawford y los James Addison Reavis, que tanto gusto dieron en Francia y los Estados Unidos.

***

Addison Reavis nos interesa más que los hábiles timadores franceses, porque es un estafador de asunto español, como la ópera *Carmen*. Este listo mozo presentó, ante los tribunales de los Estados Unidos, una demanda reivindicando una sucesión que decía correspondiente á su mujer, y que importaba la bicoca de unos cien millones (agarrarse) de dólars, ó de duros, en castellano. Los documentos que presentó en apoyo de su reclamación satisficieron plenamente á los mejores abogados yanquis, y á consecuencia de esto, los banqueros más opulentos franquearon su caja para adelantar fondos á los futuros archirremillonarios. Un rey de la banca instaló á Reavis y á su mujer en un hotel espléndido, abriéndole crédito ilimitado, empezando por darle de propina cincuenta mil francos. Y joyeros, modistas, sastres, perfumistas, dueños de coches, etc., se apresuraron á facilitarles toda clase de servicios, cobrables el día en que Reavis, ó mejor dicho su mujer, entrasen en posesión de su fantástica herencia...

***

La novela forjada por Reavis era una donación de Felipe V á un don Miguel Silva de Peralta de Córdoba, grande de España, caballero del Toisón, de Santa María de Montesa, con otras muchas hierbas españolas igualmente, de inmensos territorios en Nueva España. — Esta donación, que todavía muchos creen auténtica, se la aplicó Reavis, como muchos se aplican los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, á una niña expósita mejicana, convertida en hermosa mujer, con quien se había casado. Los auténticos Peraltas (responda mi amigo Manuel de Peralta, que desciende del famoso *Moisén Pierres* y que ojalá pudiese reivindicar con títulos positivos esta enorme fortuna, de la cual haría excelente uso); los auténticos Peraltas, repito, se dice que son una familia extinguida del todo. Esto animó á Reavis á la osada suplantación, que por mucho tiempo revistió apariencias de verdad histórica irrefutable, confirmada hasta por indagaciones prolijas y serias en los archivos de Madrid... (¿Qué dice de esto mi otro amigo Bethancourt?..) Hasta que un día, el día fatal que siempre llega, tiró el diablo de la manta, y se descubrió, con estupefacción de la gente yanqui, que todo era falso, todo, y Reavis un falsario más, en la lista de artistas eminentes de la letra contrahecha...

Pero ¡que les quiten á él y á su esposa lo bailado!

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOTAS

Esto de los crímenes sensacionales ofrece una inapreciable ventaja, que no estimarán en su valor los burgueses, pero que no desdeñan los artistas y los jornaleros de la pluma: ser un asunto de crónica caído del cielo – digo, ¡no!, venido de donde sea, del satánico abismo, del pozo de la iniquidad, – pero siempre oportunamente cuando no se halla á mano otro tema más del agrado de S. M. el público, que suele pirrarse por lo espeluznante y lo sangriento.

⁂

El crimen de actualidad, el «nuevo crimen de la calle de Fuencarral,» según rezan los diarios, se presta á las mismas observaciones que ya hice á propósito de otros análogos, y presenta el mismo cuadro de síntomas, revelando igual estado de corrupción profunda en lo que es moda conceptuar muy sano y poner en contraste con las clases elevadas: el pueblo. – Estos crímenes *ancillarios*, cometidos por la servidumbre, delatan cuáles son, con bastante frecuencia, las relaciones de amos y criados, cuál el criterio moral que á semejantes relaciones preside, y cuáles las costumbres de gentes que figuran en las filas de esa clase media y de esas clases inferiores donde se desenvuelve la vida normal de una nación.

⁂

¿Se acuerdan ustedes de doña Luciana Barcino, la víctima del primer crimen de la calle de Fuencarral? Poseedora de una bonita fortuna, perteneciente á una familia distinguida, aquella señora vivía indecorosamente. No la repugnaba admitir bajo su techo, con título de servidora, á la concubina de su hijo; no tenía muebles, ó punto menos, y ella en persona se traía á casa el pescado para el guiso, perfumando ropa y coche con las emanaciones que el lector supondrá. Desorden y falta de dignidad parecidas encontramos en la víctima del crimen segundo. ¿Qué clase de conexiones eran las suyas con sus criadas? ¿Qué género de serrallo incesantemente renovado el que desfilaba por su cocina? ¿Qué significaba, en hombre tan acaudalado, la carencia de mobiliario, y en hombre de pensar algo culto el hecho de pasearse con su doncella en coche todos los días, y de bajar él á recoger los dulces quedándose ella repantigada? ¿Qué mucho si sus servidoras venían de los tocos de inmoralidad consentida y tenían que parar, más tarde ó más temprano, en asesinas y ladronas?

No se reflexiona lo bastante en la gravedad que entraña el acto de recibir y dar alojamiento y mesa, en la mayor intimidad del hogar, á una persona enteramente desconocida, criado ó criada de servir. Si los registros policíacos fuesen una verdad, podrían prevenirse muy desagradables lances. Pero ni los registros, ni los *informes* se revisten de la honrada seriedad que les daría algún valor. Y entran el desconocido ó la incógnita en el seno de la familia, y es un asombro que no causen en ella mayores perturbaciones, que no sean más frecuentes de lo que son los atentados contra la seguridad y la propiedad. Se vive de milagro, porque tomar criados, en las nueve décimas partes de los casos, es como abrir la puerta de la calle y permitir á quien pasa por la acera que entre á habitar con nosotros.

⁂

En el caso especialísimo del Sr. Pastor, es algo más serio: es ir admitiendo, ex profeso, mujeres de vida alegre y antecedentes borrascosos, y fiarles no sólo la casa, sino el cuidado de la débil salud de un achacoso y de la gabeta de un millonario. – La plancha expiatoria tardó en hacer su oficio. Estaba, desde el primer momento, indicada; cerníase en los aires, vengadora, contundente y brutal. Cayó aplastando una cabeza vacía de meollo, ó que lo tenía ya seco por los excesos y los vicios. Yo no sé qué pasa con estos crímenes *ancillarios*, que es imposible interesarse por las víctimas, á pesar de lo muy antipáticos que son los asesinos.

⁂

En vano la prensa y el vulgacho aspiran á rodearles de una aureola de falsa y bastarda poesía. Cuando se trata de mujeres, lo primero es declararlas guapas, aunque la hermosura no exista sino en las pervertidas imaginaciones de los perseguidores de emociones patibularias. Se ve después el retrato y se comprueba que la cara guarda relación con el alma; se ve después, si llegan á ser presas, la cara y el cuerpo y el mirar y el hablar, y aún es mayor el desencanto. Sin embargo, por espacio de algunos días el romanticismo de baja ley ha hecho su oficio, y no ha faltado quien dibuje en su mente una Euménide angelical, suelto el blondo cabello y tintas las manos en sangre...

⁂

La nueva asesina de la calle fatídica sólo presenta un rasgo que la distingue de sus compañeras de *sport*, de las que «aprovechando la ausencia de sus amos» violentan los armarios, destripan los baúles y cargan con las joyas, ó más suaves en el procedimiento, se guardan diariamente un par de duros de sisa, amén de llevarle al caro soldado el azúcar, el café y el rico jamón del puchero. – El rasgo distintivo de la Aznar es lo bien que supo escamotearse. Dijérase que se ha filtrado por el suelo ó que se ha evaporado en el aire. Y no hay cosa más difícil tal vez que esconderse, en esta época de reporterismo, de telégrafo, de gobernadores celosos, de jueces que fían á un proceso su buena fama; en esta época en que la gente se ha aficionado á las novelas policíacas y gusta de atisbar y pone sus comunicados género Montepin y Gaboriau. En este particular, la asesina no carece de mérito. El crimen en sí no encierra elemento dramático alguno; la desaparición, en cambio, vale oro. A los proscritos políticos nunca falta quien les auxilie, quien les proporcione medios de ocultarse; recuérdese el caso de D. Salustiano Olózaga, el del pretendiente Estuardo. A los proscritos por el crimen, en cambio, no les será fácil encontrar en su camino abnegaciones ni complicidades desinteresadas. Si la Aznar logra *no ser habida*, tendremos que declararla, en su clase, una mujer superior.

⁂

Hacía tiempo que el rayo no ejecutaba su prestigioso y terrible poder, semisobrenatural. Casi se le había perdido el respeto. Sólo por costumbre, por esas rutinas del lenguaje que tanto perseveran, repetían aún los malhablados: «Así un rayo me parta.» «¡Rayos y truenos!,» y escribían los novelistas de á real la pieza: «Un rayo cayendo á sus pies no le hubiese aterrado más...» «Con la velocidad del rayo...» y otras frases parecidas.

Y las velas benditas dormían en el cajón del oratorio; y el Santo Trisagio ya no se les enseñaba á los niños... Fué preciso este año de perturbaciones meteorológicas y geológicas, este año en que los volcanes se pusieron á desperezarse y á gruñir, como viejos titanes que se despiertan de un sueño secular, y en su desperezo y su escupir reiterado, catarroso, hicieron desaparecer millares de seres humanos en una hora, para que también el rayo se acordase de que era uno de los terrores de la Edad Media, uno de los «azotes» que agrupaban á la multitud penitente y humillada bajo las bóvedas de las catedrales, y escogiese, para reivindicar sus fueros de «ministro de la cólera divina,» una pobre iglesia de aldea, donde unos míseros labradores se arrodillaban rezando por un difunto las preces fúnebres.

Con gran inteligencia escénica el rayo eligió, para caer, el momento en que el sacerdote entonaba las tremendas cláusulas de la *secuencia*:

Dies iræ, dies illa...

Y con una fuerza que no creo que Echegaray ni nadie sea capaz de medir por *amperios* ni por *voltios*, el rayo penetró, Dios sabe de qué manera – la iglesia continúa en pie, – y de una sola vibración mató á veinticinco personas y malhirió á ciento ocho. De estas ciento ocho, hay diez y nueve que morirán, de seguro, porque no se sobrevive con el vientre carbonizado ó con los muslos hechos ceniza.

⁂

Yo creo que lo que más aterra del rayo es la imposibilidad de calcular sus efectos, lo inesperado de su acción. Diríase que el rayo es un ser consciente y se divierte en caprichos extraños, en jugarretas de bufón loco. Cuando cayó en la catedral de Santiago, se llevó los clavos del zapato de un hombre y los grabó en las espaldas de otro, sin causarle dolor alguno; arrancó los tachones de una puerta enorme y los trasladó á un muro; fué, en suma, un rayo bromista, que no señaló su paso con huella de lágrimas. Si se creyese que siempre había de proceder así, la gente miraría hasta con cariño al rayo. Sólo que de pronto saca las uñas, y se conduce como en Piñeiro, del modo más inconsiderado y atroz, amén de injusto, porque recayó la furia sobre una gente humilde, sencilla, creyente, reunida para practicar un acto de religiosidad, el último deber para con un prójimo.

Cuando acaecen cataclismos inopinados y que todo el poder del hombre no alcanzaría á evitar, como el de la Martinica y el de Piñeiro, la superstición gana terreno en las almas; se cree en presagios, surgen las leyendas de lo maravilloso.

Uno de los míseros *electrocutados* de Piñeiro es fama que le dijo á su mujer, momentos antes de salir de casa para dirigirse á la iglesia donde le esperaba fin tan... ¿qué sabemos?, quizás tan dulce:

– Mujer, dame un trago de vino, que tengo el cuerpo no sé cómo...

Y á los pocos momentos añadió:

– Dame dos en vez de uno...

– ¿No sería mejor á la vuelta de la iglesia?, preguntó la hacendosa y económica aldeana.

– ¡A la vuelta! ¡Déjate de vueltas! Me avisa el corazón que no vuelvo, respondió el marido.

Y ella, santiguándose, murmuró al estilo del país:

– ¡San Silvestre! ¡Brujas fuera!

⁂

También sale á relucir, con motivo de la enfermedad penosa del rey Eduardo, la conseja – que en efecto es antigua y popular en la Gran Bretaña – de que nunca se coronará este rey.

Si mejora y llega á coronarse, Eduardo VII dará un mentís á todos los agoreros de sus Estados. Lo cual demuestra que no es el Mediodía, Italia, ni España donde florecen las creencias en presagios y fechas fatales, sino que también los anglosajones (raza fuerte) poseen un rincón en la fantasía donde teje su tela la araña del miedo á lo desconocido. ¿Hay nadie que pueda considerarse completamente exento de esos pavores sin objeto y esas aprensiones sin raíz? El poeta tenido en concepto de escéptico; el filósofo y pensador que escribió las *Doloras*, nunca quiso sentarse á una mesa en que hubiésemos de ser *trece*. Fué preciso traerle un número *catorce;* si no, en el rincón se queda, acurrucado y triste, viendo ya venir la muerte, guadaña en mano. No por echarla de espíritu fuerte (detesto á esos que hacen alarde de racionalismo barato), – sino porque realmente lo de los *trece* no me asusta, á menos que sólo haya comida para doce, – traté de convencer á Campoamor de que eso de los trece se deriva de la Cena de Cristo, de Judas, etc., y es una idea de la Edad Media, que ya no hay razón para que nos preocupe. Y recuerdo sus palabras.

– Cuando uno es el más viejo de todos, hija mía..., cuando uno tiene ya tantos años..., el premio de la lotería negra le cae de seguro...

– Entonces, D. Ramón, ¿qué más da? Si de todas suertes el premio había de caer...

– ¡Por si acaso!, declaró moviendo la hermosa cabeza blanca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SÍNTOMA

Puesto que estamos sentenciados á literatura criminal, á emociones jurídico-patibularias, ¡adelante! Ese asunto es feo, ¿pero hay muchos asuntos bonitos, sobre todo desde que el Transvaal ha depuesto sus armas mil veces laureadas? ¿Es asunto bonito la enfermedad y pasión del rey de Inglaterra? ¿Es asunto bonito la explosión del polvorín? ¿Es lindo asunto la trata de blancas? ¿Es muy estético el suplicio «del agua,» que dan los yanquis á los filipinos, porque aspiran á aquella independencia en nombre de la cual los mismos yanquis nos embistieron á nosotros, por amor, claro, á la humanidad y á los derechos de los pueblos?

⁂

Ya que lo bonito anda por las nubes..., vamos á lo que tiene impresionada y conmovida á esta España que, desde el mismo instante en que perdió las Filipinas y las Antillas, ni volvió á preguntar por ellas, como si se le hubiese perdido un alfiler de á ochavo: de suerte que parecemos curiosos impertinentes los que solemos repetir á deshora: «Y de Aguinaldo, ¿qué?» «Hombre, sólo por gusto, ¿qué ocurrirá en Cubita?»

De *la* Cecilia, en cambio, ¡cuán maravillosa información! Aquella escuela del *documento*, ya mandada retirar por los imperiosos decretos de la voluble crítica, ¡vaya si ha dejado rastro en el periodismo! Dectase de los novelistas naturalistas que recogían, como los traperos, cuanto les salía al paso, ó cuanto descubrían revuelto en el montón de los desperdicios. Habrán cometido los novelistas este pecado; lo peor es que hicieron prosélitos, y los prosélitos siempre se dejan á los maestros en mantillas.

Ahí tienen ustedes un crimen de los más vulgares, el crimen y delito *ancillario* por excelencia: el robo doméstico. Entre los sujetos que pueden cometer tal crimen, el más fácil de combinar (para el ladrón de casa no hay llave, dice el adagio), algunos son, si no interesantes, al menos extraños, y merecen estudio. En Santiago de Compostela, hace muchos años, hubo un criado que le robó á su ama todas sus valiosas joyas y bastante dinero en oro. Para conseguir dar este golpe, y que se le fiasen las joyas, á fin de no necesitar ejercer violencia ni forzar muebles, el tal servidor se pasó cinco años rezando diariamente una hora ante el sepulcro del apóstol, con los brazos en cruz. Logrado su propósito, tenía dispuesta con tal arte la fuga, á Portugal de seguro, que desapareció como si se lo hubiese bebido la tierra: de él nunca se supo más, ni de las benditas alhajas.

«*Ami, cache ta vie, et répands ton esprit...*»

que dice el poeta. Denme ustedes, digo yo, individuos así, profundos en el disimulo, discretos en el modo de poner por obra un designio; de estos que andan con zapatillas de fieltro y saben adónde van. Stendhal, el gran psicólogo, se alegraría de conocerles, y les estudiaría como estudió á Luciano Sorel y á Fabricio del Dongo, que tenían *carácter*.

Pero ¡esta sultana favorita que la prensa y la opinión se han echado en España..., hay que reconocer que está á la altura de nuestra condición peculiar!

No es comparación odiosa: es observación, con ánimo de que pueda aprovecharse. – También *nosotros*, la colectividad, somos *así:* arrebatados, imprevisores, codiciosos con codicia impulsiva, derrochadores, cándidos, *infelices*, jueguistas, «abiertos incautamente» al cartaginés, ó sea al *gaucho* que nos explota, mientras le guiña un ojo su compadre el platero, que vende las cosas por doble de lo que valen...

¡Qué de amarga psicología nacional chorrea el asunto Cecilia!

⁂

Reconociéndose nuestras ignaras muchedumbres en varios rasgos de los que distinguen á esa hurí del fogón, se han prendado de ella; ya tiene una aureola como la que antaño (y obsérvese la diferencia del tipo popular, y reconózcase que aquél era infinitamente más simpático, encajaba en la *leyenda de ronda*) cercó la frente de los Josés María, Candelas y otros guapos trabucaires.

⁂

Y á decir verdad, los crímenes, en sí, como caso aislado, ninguna importancia revisten. Sólo adquieren significación al revelar un estado general de las costumbres y por consiguiente de los espíritus. Entonces, cuando expresan el ideal rebajado y grosero de la multitud, son un síntoma. Veinticinco hombres fulminados por el rayo; cien mutilados ó muertos por la explosión de un polvorín; treinta mil á quienes se traga la tierra al irrumpir un volcán; doscientos mil que se lleva una pestilencia.., ¿qué? ¡Caso fortuito! ¡Suerte común de la especie! Morir habemos, de un modo ó de otro. – Lo único que merece consignarse es lo que, al suceder, rasga el velo que encubre el santuario del alma. De ahí se deriva el valor de ciertos actos, insignificantes á primera vista.

⁂

¡La sociedad puede tanto! ¡Es tan ilimitada la fuerza que desarrolla, y haría tanto bien si se respetase á sí misma! – Ya sé que es pedir cotufas en el golfo... Y sin embargo, ¡cuán *fácilmente* se dan los ejemplos y las lecciones, queriendo darlos! – No me precio de retraimiento; soy tan aficionada á espectáculos como cualquiera; pero no veo sacrificio en abstenerse de algunos, y declaro que no saldría á una estación ni á una calle para ver á una criminal tan adocenada, tan insulsa, tan estúpida, y recalquemos la palabra: tan *irresponsable*, por esa misma estupidez, como la que estos días trae revuelta á España.

Mientras creí que esa mujer había tenido el arte de ocultarse, reconocí en ella cierta estratégica disposición, que no carecía de mérito; porque al fin, una mujer sola contra policía, guardia civil y todos los agentes de la ley, es lucha desigual. Cuando pusieron á precio su captura, me creí en el siglo XIII, y el interés aumentó. – Y después... ¡si ya me parecía á mí! ¡Qué diantre! ¡Milagro fuera otra cosa!.. Resultó que no se ocultaba, al contrario; que se enseñaba, que se lucía, que no le faltó más que colgarse en la espalda un letrerito, – y que su presunta destreza no era más que la probada inepcia de los *otros*...

⁂

¡Es, se acabó el chiste! El toro acosado que se revuelve y se defiende, ¡bueno! El buey que se deja degollar vilmente..., triste diversión.

Y desde que los hechos demuestran que una criminal ni es inteligente, ni hábil, ni hermosa, ni la han guiado móviles novelescos, ni se diferencia de las demás *menegildas*, ¿se justifica esa aglomeración de gente, esos artículos con inventarios de efectos y ropa y recuento de gestos y estornudos, esta neurosis epidémica, coincidente con los primeros calores del tardío verano?

La más negra es la complicidad de los elementos semicultos ó cultos – gobiernos, prensa – en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del *crimen*, no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehuyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta una mirada investigadora. «Música, música,» repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea, es *música*. En cuanto á la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuído á estragar el paladar del público, y cuando se echan especias á puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, ó viene la inapetencia. Así es que un crimen, muy repulsivo, con pimienta sexual y guindilla sangrienta, y con un *misterio* burdo, que se claree, es una lotería. ¡A hinchar el globo! ¡A lanzarlo á las regiones del aire vano, para que estalle y se desinfle después de haber hecho abrir la boca y alzar la jeta á millones de papanatas!

⁂

Como soy, no justa, pero sí amiga de la justicia, diré que esta malsana apoteosis del crimen también en Francia hizo estragos. Y pongo *hizo* porque se me figura que el mal ha entrado en un período de remisión. – ¿A qué creerán ustedes que atribuyo el descenso de la popularidad de los criminales en Francia? A una cosa muy natural: al surco que abrió el asunto Dreyfus. Pensemos como pensemos; seamos clericales, militaristas, aristócratas, monárquicos, nacionalistas, antisemitas, ó todo lo contrario; afirmemos ó neguemos la culpabilidad del célebre oficial de artillería, ¡ah!, no podemos dudar que las pasiones puestas en juego por su proceso son de un orden tan distinto de las que suscitó el crimen de la plancha y de las que arrastran á la muchedumbre tras las huellas de su autora.

Corrientes profundas de opiniones y de sentimientos; cuestiones de altísima trascendencia, que afectan á lo más íntimo y delicado de la estructura y de la organización social; un impulso innegable, erróneo ó no, del patriotismo; otro impulso, no menos evidente, hacia la equidad y la piedad; todo esto se veía y se demostraba en la agitación Dreyfus. ¿Qué importa que en tan amplio movimiento, en tales corrientes de aire, fuesen envueltas partículas de polvo y espuma rojos de odio, vahos de mentira? Esa es levadura y lastre que no puede faltar en lo humano. Mirad el conjunto, y repetiréis lo que yo repetía entonces: envidio á Francia ese asunto Dreyfus que, en opinión de muchos, tanto la perjudica; quisiera recogerlo para hacer de él un elemento de la regeneración de España.

Desde que una emoción semejante, grave, alta, espiritual, intelectual, verdaderamente *jurídica*, problema del derecho si los hubo, se impuso á la atención de esos franceses á los cuales, no sé por qué, prodigábamos el dictado de *ligeros* (¡en esta tierra del corcho!) (¡entre centenares de miles de *taponets!*), los crímenes perdieron atractivo. Se habla de ellos moderadamente; se distrae la atención un momento, como sucedió con el horrendo drama de Corancez y las depredaciones de los *Apaches;* pero el romanticismo de la guillotina también ha sido guillotinado. ¡Séale la tierra grave!

⁂

Como estamos tan divinamente informados, que no habrá menudencia que ignoremos, sábese que la criminal de moda leía cuando fueron á prenderla y sigue leyendo en su prisión. La noticia no me ha complacido; al contrario. Mejor fuera que, cuando la capturaron, la joven planchadora de crémeos se dedicase á bailar seguidillas. ¡Tan desacreditada como está ya en España la operación de leer, y todavía han de venir los asesinos á demostrar prácticamente que esa mala maña de la lectura es compatible con los mayores excesos, y que se avienen perfectamente quehaceres en apariencia heteróclitos y aficiones divergentes, como la de descrismar al prójimo y llevarse lo que tiene y la de ilustrarse empapándose en unos *Trozos selectos!*

Un solo consuelo nos queda á los que nos consagramos á dar á luz puñados de hojas impresas bajo una cubierta, con nuestro nombre al frente. Cecilia leía en sus soledades bulliciosas de Puigcerdá *Trozos selectos*, y lee un libro del Padre Coloma en la cárcel. ¡Si de ésta también nos dicen que la perdieron las malas lecturas!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PARLAMENTARISMO

Ha sido estos días la actualidad, y lo es aún, por los subsiguientes *meetings*, el Congreso católico celebrado en Santiago de Compostela. Y ante todo, recordemos que sería imposible idear ciudad más sugestiva, ó como dicen algunos escritores modernistas, más *sugerente*, para una solemnidad de esa índole.

Santiago de Compostela es pueblo cuya substancia íntima la forman sus recuerdos y su borrada grandeza. Cuando el autor de *Brujas la muerta* se propuso demostrar que las ciudades imprimen carácter á los que en ellas habitan y que el alma de las piedras se comunica al hombre, no pensó en Santiago, porque no la conocía; pero si conociese Rodenbach la vieja metrópoli de la Edad Media española y pudiese estudiar cómo en su recinto se desarrolla la vida, encontraría la tesis plenamente demostrada, no por un solo hecho saliente, sino por la enlazada serie de los hechos de cada momento y de todas las horas, los días, las semanas, los meses, los años, que no parecen transcurrir, para Santiago, en lo que se refiere á infusiones del nuevo espíritu.

***

Y añadiré que el libro de Rodenbach no muestra bien el carácter de esos pueblos amarrados á la tradición, porque su *Brujas la muerta* es un oasis de paz, donde la unanimidad de criterio se revela en la identidad de ocupaciones y de modos de emplear el tiempo y desenvolver las actividades morales. En *Brujas la muerta*, el triste enamorado de un recuerdo, que es el héroe de la novela, forma una excepción, porque hay en sus costumbres algo de desorden y de aventura romántica; y la ciudad, en cambio, aparece como un lago tranquilo, uno de esos remansos del río en que geométricas y perfiladas se reflejan las sombras de los altos olmos y de los largos puentes. – Mucho se engañaría quien tratase de asimilar, en este concepto, á Compostela con Brujas. La calma de Compostela es engañosa. Compostela es como la Edad Media, en la cual, superficialmente, suele verse una época de unidad, y que estudiada despacio, con documentos y con analítica ojeada, descubre un hervidero de enconadas y violentas pasiones, una madeja inextricable de tendencias opuestas que se disputan el terreno palmo á palmo, y una efervescencia intelectual, origen de investigaciones incesantes, que hacen madurar la ciencia y ejercitarse el pensamiento.

Dormida sólo en apariencia, al abrigo de los seculares muros de sus grandiosos templos y conventos, Compostela *piensa* más que los pueblos fabriles é industriales, donde lo especulativo á nadie preocupa ni importa. Estimula el cerebro aquella inacción corporal, aquella monotonía majestuosa de la existencia que en Compostela se advierte. La tradición, visible en los monumentos, dueña de la ciudad, se presenta como un problema, y fuerzas innovadoras, elementos críticos, actúan é inducen á analizar y discutir. Nunca como en Compostela he visto que apasionasen cuestiones del orden religioso ó metafísico; en ninguna parte la neutralidad y el indiferentismo fueron más difíciles de arraigar. Sin duda que allí, lo mismo que en todas partes, mueven al individuo intereses egoístas; pero hay un soplo, hay corrientes, hay ambiente para los problemas que en el día propendemos á arrinconar y que son, sin embargo y bien mirados, de más noble filiación que los sociales. Estos se derivan de la economía, de la necesidad material; los otros, de la intelectualidad y el sentimiento.

***

Como á veces las corrientes generales y avasalladoras nos dictan una protesta, á los que sentimos alguna vocación artística; como no sólo de pan se vive, encuentro que somos injustos con Bizancio al echarle en cara sus disputas teológicas, y que seríamos ininteligentes al extrañar que Compostela se haya alborotado y se alborote aún por lo que nada tiene que ver con los sindicatos agrícolas, la jornada de ocho horas, el trabajo de las mujeres y los niños, etcétera. En Compostela recuerdo que las ceremonias del culto, los ritos en ciertas funciones, los disentimientos de cabildo y arzobispo, la forma de una barandilla de la catedral, traían revuelto al pueblo. No sé si esto era muy trascendental; sé que en una ciudad más práctica, cuajada de fábricas, con docks y muchos tranvías de vapor, nadie se preocuparía de ello; pero en cambio la calidad del algodón ó la elevación de una tarifa nos traerían vueltos locos. Por lo menos, en lo que agitaba á Compostela, cuando yo vivía allí, se discernía algo de pintoresco y de romántico, que removía, en todos los circunstantes, el sedimento del pasado, el poso de la historia. Y la mejor parte de mí misma encontraba mayor goce en esto que en los algodones y las tarifas y la resistencia al producto extranjero.

***

Y ¡qué telón de fondo, qué marco maravilloso, para un Congreso católico, el que Compostela ofrece! Como la casa antigua y señorial que no necesita adornarse con *bibelots* ni derrochar coquetería para manifestar su grandeza, bastándole abrir la puerta y mostrar los tesoros que acumuló el tiempo, Compostela no ha menester sino decir: «Aquí estoy, ved lo que fuí y lo que aún sigo siendo, porque mi gloria se ha desvanecido, pero sus testimonios perduran.»

Si hay un nombre expresivo para España, es el de *Santiago*. Cada letra de ese nombre es un siglo de historia. Con él rechazamos al Africa; con él atrajimos á Europa, haciendo competencia á las Cruzadas. Ese sepulcro jacobeo fué para nosotros manantial de vida. Observadlo: desde que se cierra el período de las peregrinaciones á Compostela, ciérrase también España, se repliega sobre sí misma – como una gran flor enferma que languidece – y surge nuestro aislamiento y nos vamos desviando del resto del mundo. Quien nos comunicaba con él era Santiago Apóstol. Hoy, que poseemos ferrocarriles (no muchos), vienen á España menos «francos, britanos, dinamarqueses, teutones,» que allá cuando en la catedral compostelana había confesores para administrar, en todos estos idiomas, el Sacramento de la penitencia. Hoy nuestro dinero pierde el 38 por 100. Entonces tenía Santiago su cofradía de *Caballeros cambiadores*.

***

Sí, el Congreso Católico estuvo allí en su atmósfera natural. En cuanto á los resultados de ese Congreso, sería prematuro lo que pudiera decirse. Acaso – y en tal hipótesis disiento de la opinión general – sea éste más provechoso que los anteriores. Dos buenos síntomas peculiares de él son la tendencia á reprobar la intrusión de la política en las cuestiones religiosas y la atención consagrada á las sociales. No cabe duda: hace cinco años *todavía* no se pensaba así, y si se pensaba, no se decía muy alto. Estas influencias sanas vienen de Europa: son otras peregrinas que, esclavina al hombro, bordón en paño, llegan de Italia, del Vaticano, llegan de Bélgica, llegan de Alemania... y también de más lejos, de los países nuevos, democráticos, donde el catolicismo brota fuerte, libre y sin *oidium* ni *mildew*, como las cepas americanas, jóvenes. Aquí el *oidium* y el *mildew*, fatales á la viña del Señor, son esos partidos políticos que hacen suyo solo lo que es de todos cuantos recibieron el agua y escucharon la palabra de vida. Cien años de desgarramientos profundos y convulsiones de epilepsia furiosa ha sufrido España, por culpa de esos exclusivismos dementes, empeñados en realizar el milagro de Josué, pero no con el sol, pues lo que intentaban detener, para que alumbrase con perpetuas claridades de nostalgia nuestro cielo, era la luna, era el astro de la noche y de las apariciones fantásticas.

***

No puede, sin embargo, considerarse este Congreso verdadero recuento de las fuerzas de que dispone en España el catolicismo. Si en la lista de los congresistas encontramos nombres respetables, otros se echan de menos, y señalan un hueco que desde lejos se ve. – Han brillado por su ausencia del Congreso Católico – á lo que puedo recordar ahora, y si me equivoco en algún punto queda rectificado el involuntario error – el entendido marqués de Cerralbo; el doctísimo Gil Robles; Menéndez y Pelayo; los novelistas Padre Coloma y Pereda; el insigne publicista Arturo Campión; varios Agustinos del colegio del Escorial que tienen cartel y nombre; el muy excelente cardenal Sancha; el abad de la colegiata de la Coruña, polemista notable; el eruditísimo Hinojosa; el eminente estadista D. Antonio Maura, personalidades todas significadas en sentido católico, y que por la misma diversidad de sus aptitudes y tendencias darían al Congreso un matiz y un relieve singular, sin que hablemos de otras muchas que en este instante no acuden á mi memoria, pero que con algo más de tiempo y reflexión acudirían, y prescindiendo de las abstenciones sistemáticas de políticos como Mella y Nocedal. – Y no deja de ser curioso, á título de observación, que en el día la forma parlamentaria, tan maldecida y reprobada por los elementos que han alardeado oficialmente de católicos en el mundo entero, venga á ser la que adoptan de preferencia esos mismos elementos para comunicarse y reconocerse, afiliarse, estrechar sus lazos de unión, concertar sus planes de porvenir, adoptar sus acuerdos, formular homenajes y ovaciones á sus figuras relevantes, y demostrar sus condiciones retóricas – ni más ni menos que lo que pasa en el hemiciclo del Palacio aquel de Madrid á cuya puerta se inmovilizan dos leones y en cuyas sesiones hacen la guardia dos maceros y en cuyos pasillos se fragua la impura política...

***

Y es que nadie, ninguna colectividad sobre todo (el individuo es más dueño de conducionarse como le place) puede evitar lo que el tiempo da de sí. – Los que lanzan anatema sobre ateneos y congresos paran en congresistas y ateneístas; el Congreso ocupa el lugar del Concilio, hoy que está definido el dogma y establecida la doctrina... Y los que reprueban con mayor ó menor pesimismo los adelantos de la era moderna – que en ella no son cosa accidental, sino algo esencialísimo, que la caracteriza, – instalan en su casa el teléfono, no viajan en galera ni á lomos de macho, usan y abusan de la prensa periódica sin dejar de considerarla verbalmente «un basurero» y «una sentina,» construyen con cemento portland, se curan por las duchas eléctricas, y tienen en el médico más fe – si á mano viene – que en el confesor...

***

Santiago de Compostela, sin embargo, es un argumento admirable en pro de la estabilidad de las cosas. Ha cambiado muy poco; aún persiste por dentro y fuera muy semejante á como sería, no precisamente en aquel siglo XII que marca su período de esplendor, pero en el XVII y XVIII, cuando numerosas familias de la más granada nobleza gallega vivían allí con dignidad y ostentación modesta – aunque al parecer estas dos palabras no se hermanen. – Y apenas me doy á imaginarme el Santiago del siglo XVIII, según las referencias que hasta mí han llegado, ya noto, más que las analogías, las transformaciones. Las damas del XVIII vestían de cúbica, llevaban hábito, pero tenían litera, pajes, un escudero que las acompañaba por la calle con espada desenvainada; en sus oratorios había cueros de Córdoba, sabanillas de Flandes, reliquias de Roma y cirios; en su mesa, que bendecían antes de comer, se presentaban sencillos manjares... Las damas de ahora llevan sedas, fulares y sombreros de fantasía; aspiran á saber hacer bien la gallina trufada y el *roastbeef*; salen á la calle sin pompa; rezan en la iglesia... si acaso; encargan á París trapos y moños, y en el Congreso Católico ven un pretexto para sacudir la modorra y pasearse y solazarse una quincena... ¡Ah! El tiempo corre, la rueda gira; cambiamos, mal que nos pese..., y los católicos militantes no aciertan á traernos la Cruzada, ni siquiera la guerra de partidas, y por graciosa ironía de los hechos, nos traen un acontecimiento parlamentario.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"D. Vicente Blasco Ibáñez escribiendo su última obra titulada 'Entre naranjos,' cuadro de Antonio Fillol."
1900, n.° 991, p. 840.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ARROYUELOS

De todos los pecados y malas mañas que origina el trato de gentes, el más frecuente es la murmuración, «costumbre de arroyuelo,» que dice un conceptista actual; y muchas veces he reflexionado en que la murmuración, cuando se exagera, se convierte en inofensiva. Veré de explicar este concepto, porque la murmuración forma parte integrante de la vida contemporánea. Es el dato más revelador, más psicológico; descubre los pensamientos, las pretensiones, las aspiraciones, como un aparato de rayos Roentgen la estructura de los huesos; y es además el pasatiempo general y barato, lo mismo ahora, en casinos, boteles, playas, balnearios, fiestas campestres y jiras, que será luego, cuando el invierno reconcentre la vida en las grandes ciudades y apriete la malla floja de la murmuración convirtiéndola en fina red semipolicíaca.

***

Que se murmura en todas partes; que la vida se invierte en murmurar, es observación tan evidente, que asusta. Pero antes de asustarnos (el tiempo que en asustarse se invierte suele ser tiempo perdido), miremos bien y discretemos dónde empieza la murmuración propiamente dicha: la que puede atentar al crédito y al honor del prójimo. – No vacilo en afirmar que esta clase de murmuración es rara, al menos en los círculos sociales; y si se produce es más bien de oreja á oreja que en alta voz. No por bondad, indudablemente, sino porque ciertas frases estallan como un petardo, se evita pronunciarlas, y sobre todo delante de personas ajenas al círculo íntimo. He aquí otra indicación que debe tenerse en cuenta: en sociedad se habla siempre según con quien se está, lo cual quita mucha fuerza á la murmuración, impidiendo que sus asertos vayan por el conducto auditivo á germinar en inteligencias mal preparadas. Donde la murmuración hace estragos es en los inferiores, porque están predispuestos á la envidia y no sitúan cada acción en su medio, que *relacionan*, por lo cual todo lo echan á mala parte.

***

A cada instante se escuchan ingeniosidades y mordacidades, que ningún daño pueden causar si se toman como se dicen; si se comprende su sentido cómico, su índole de *caricatura*, es decir, de *recargo*, de exageración del rasgo por el cual una fisonomía ó una figura se caracterizan. Os dirán, por ejemplo, de un avaro, que á sus criados «los mata de hambre» y que recoge del suelo las colillas para fumar: descontaréis lo descontable, y resultará que el susodicho Harpagón les da á sus servidores poca carne y mucho arroz y garbanzo, y que fuma un tabaco nada selecto. Afirmarán, entre maliciosos esguinces, que una mujer tiene trescientos sesenta y cinco amigos íntimos; pero los que la tratan y conocen su modo de vivir, no se horrorizan, porque están enterados de que tiene, á lo sumo y pensando mal, un amigo los trescientos sesenta y cinco días del año. De un político asegurarán que parte con su secretario los rendimientos de un vergonzoso negocio; de un personaje, que aceptó regalos... que no se aceptan; de otro, que expolió á quien no debía expoliar; de aquél, que su propia familia se lucra donde no cabe lucro sin ignominia inmensa; del de más allá, que se ha cubierto el riñón desriñonándonos..., y no quiero ni indicar lo que se murmura de quienes más inaccesibles debieran aparecer á la murmuración, porque ya sería murmuración el indicarlo, dado que estos renglones los pueden leer gentes que no estén en el secreto íntimo de vidas y aventuras sociales, y no vaya á añascar el diablo que transparentase la referencia, no pudiendo ponerse la balanza en el fiel. *¡Vade retro!*

***

Tales enormidades de palabra, lo repito, ningún efecto perjudicial vemos que produzcan cuando se quedan entre los iniciados. Una prueba de lo inofensivo de ese puñal relumbrante y mortífero cuando se ve de lejos, es que los esgrimidores no temen esgrimirlo contra sí propios. Sea por lujo de ingenio, sea por una especie de humorístico desenfado que no carece de atractivo, los murmuradores murmuran de sí; se atribuyen defectos imaginarios, y hasta maldades que son incapaces de cometer. Nadie ignora que existen fanfarrones del vicio, como existen farsantes de la virtud. A mí estos últimos me son especialmente antipáticos y repulsivos.

Pónense, pues, á sí mismos de hoja de perejil, á menudo, los que al prójimo ponen de cogollo de escarola, y demuestran así que no hay fondo de verdadero veneno en cuanto chismorrean. Hablan también, libre y desembarazadamente, de su parentela y de su familia, y no dejan títere con cabeza en su retablo. Y estos murmuradores aún perjudican menos. Son como cierto linaje de críticos literarios ó artísticos, que á todo el mundo ponen reparos y defectos; igualando así, ante la censura y la trituración, á las diferentes categorías, donde resulta que viene á quedar cada cual en su sitio y á nadie se le quita ni se le pone una línea respecto de su altura. Y es que todo lo que se extrema pierde fuerza, y ática moderación, que Horacio recomendaba á todo lo aplicable.

***

Resta igualmente energía á la murmuración, entre los iniciados, el conocimiento de los móviles que al murmurador impulsan. Voltaire decía, refiriéndose á cierto abate con quien andaba siempre á la greña: «No creáis lo que el abate diga de mí ni lo que yo diga del abate, porque estamos reñidos.» El aviso, en la mayor parte de los casos, sería ocioso, cuando se murmura en determinados círculos. Presentes tiene el auditorio los agravios, los resquemores, los rozamientos de amor propio ó las heridas más profundas aún, que alzan la espuma de la murmuración en la saliva de las bocas. ¡Valor entendido! Se escucha, se asiente, se ríe, se comenta, se celebra..., pero se explica, se entiende, se deduce lo que corresponde deducir.. «No creáis lo que yo os diga del abate...» Es como si en el aire flotase el inmortal espíritu del gran burlón á quien Unamuno tanto detesta...

***

Por otra parte, la murmuración no es difamación cuando versa sobre defectos y faltas muy públicas, muy conocidas de todos. Podrá, en tal caso, ser pesadez, carecer de novedad y de gracia; y casi siempre se incurre en estos defectos al insistir en algo excesivamente notorio.

«La que todos sabemos
no hay que decirlo...»

pero ¿conciben ustedes que quepa robarle á alguien lo que no tiene, y que desacreditan las habilidas al que ya envió su crédito á hacer compañía, en las regiones de la luna, á la razón del paladín Astolfo?

Otro muy peregrino error común es el que forma la base de ese que llaman *día de las alabanzas*, ó sea la tregua de la murmuración ante el fenómeno, previsto y natural, de la muerte. ¿Qué patente de virtud da el morirse? ¿Qué delitos borra, en qué puede modificar el juicio que nos merece un hombre?

Me repugna mucho menos una murmuración ajustada y medida, la cual no suele ser sino una apreciación exacta, que ese panegírico embustero y abofeteador del sentido común, que leemos ó escuchamos cuando sale la papeleta con orla en la cuarta plana. En día tal, mientras la iglesia, muy lógica, sólo á la misericordia divina atribuye el perdón y á la justicia el castigo, nosotros, en vez de rezar por el alma del muerto, que eso ya sería harina de otro costal y nos calificaría de cristianos, le soltamos un pestífero *botafumeirazo* de mentiras, que sólo nos califica de embusteros solemnes ó desmemoriados lelos. No habiendo logrado poblar de eminentes patricios, de integérrimos varones, de Lucrecias impecables, el mundo de los vivos, suscitamos toda esa generación heroica y ejemplar en el cementerio. Gritan las acciones y los recuerdos contra las palabras, pero no importa: el rito se ha cumplido, al difunto se le ha hecho, como en Córcega, un bonito *vocero*... Sólo que en Córcega no tienen *vocero* sino los que sucumben sin haberse deshonrado.

***

¿Y qué pensar de la suspensión de los fueros de la crítica intelectual, artística, literaria, cuando está reciente el fallecimiento del intelectual, del artista, del escritor? ¿Hay nada menos justificado que eso?

Para que al fallecer un individuo sepa la patria cuánto ha perdido ó si algo pierde, conviene aquilatar los méritos con justicia, con conocimiento de causa, sin empalagosas hipérboles y golpes de incensario. Los extranjeros, si leen nuestra prensa, supondrán que cada año desaparece aquí una generación de titanes y de colosos, en todos y cada uno de los ramos de la actividad humana. En los raros casos en que efectivamente se nos va un progenerado; cuando la muerte se lleva á un Castelar, á un Campoamor, ya es imposible hinchar más el globo de lo que se hinchó para la mediocridad ó la insignificancia. A tal benevolencia póstuma, hija del más burdo indiferentismo, prefiero la murmuración, prefiero su mostaza y su ajenjo y sus zarzas piconas.

***

Crece lo absurdo de tal idea de benevolencia póstuma si la aplicamos á los personajes históricos y políticos. De lleno cae sobre éstos la luz del examen. Sus actos trascienden al interés general, y no puede disimularlos la fácil compasión de ultratumba. No ya después de su muerte; durante su vida, están bajo la fiscalización de la multitud. Con más razón cuando ya se ha reposado el polvo que levantaron, disipándose el estruendo de su paso triunfal ó combatiente.

Y á los artistas y á los escritores, hágaseles sin miedo y sin reparos la autopsia. No duele como la vivisección. Ya ni el amor propio, ni la vanidad, ni aun el interés, pueden gritar y retorcerse bajo el escalpelo.

¡Hay que enterrar á tanta gente! No le podemos dispensar á la posteridad mayor favor que adelantarle un poco esa penosa y fúnebre tarea. Enterrar lo que, en cierto sentido, nunca vivió; lo que ya ni aun posee la vida ficticia que le prestaban sus esfuerzos por parecer algo, por atraer la atención é imponerse á las generaciones... Y esto puede hacerlo esa murmuración póstuma y por escrito – la crítica.

***

¿Qué es la crítica, qué es la historia, bien mirado, sino un extracto de murmuraciones, un confuso rumor de arroyuelos?

Lo que hoy leemos de Cleopatra, de María Estuardo, de Isabel de Inglaterra, es lo que se murmuraba antaño de estas grandes señoras en los vestíbulos y en las salas de sus palacios. Figuras casi contemporáneas – la de Napoleón, por ejemplo – van conociéndose merced á la reconstrucción histórica de las murmuraciones pasadas y dormidas. Los documentos oficiales son la mentira: la murmuración, el eco y el roce de la túnica de la misma realidad.

Dejemos, pues, que corran esos arroyuelos tal vez fangosos. Sepamos filtrar sus aguas y sacar de ellas arena dorada. Oir murmurar, ¡qué estudio tan interesante! Si sólo se escuchasen elogios, encomios, panegíricos; si no rezollase por la murmuración la verdad asfixiada, ¿quién toleraría la relación con seres humanos? Y en cuanto á los efectos de la murmuración, recordemos la frase de una persona muy genial: «Dos venenos conozco que ni matan, ni corroen, ni manchan siquiera: la saliva y la tinta.»

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"La tiara de Saitapharnés, que se guarda en el Museo del Louvre, de París, y cuya autenticidad ha sido puesta en duda recientemente."
1903, n.º 1.110, p. 246.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EVOCACIONES

En esta época del año, París – que según opinión general *está triste* y donde sólo se encuentran ingleses de Inglaterra – me gusta lo mismo que cuando la alegría mundana le rebosa, con el bullicio de sus fiestas primaverales. Verdad es que aquí las fiestas, que serán un encanto para quien reside habitualmente, son para el turista curioso y que quiere traerse la ropa necesaria una complicación.

¿A qué venimos aquí? No á presentarnos en un *raout* más, sino á estudiar y mirar despacio lo bueno que esta metrópoli encierra. Cada año, nuevas adquisiciones, manantiales afluentes al Sena, acrecen el caudal que podemos llamar *nuestro;* como que lo disfrutamos sin trabas y sin esos mil obstáculos que en países menos adelantados se interponen entre el aficionado y el objeto de arte.

⁂

En un Museo tan conocido como el del Louvre, siempre hallo mucho nuevo. Va mejorando la distribución y arreglo de sus cuadros, cristalerías y escaparates, el decorado de sus salas, y sin interrupción lo enriquecen legados y donativos de particulares, amén de lo que adquiere á veces con los fondos que ponen á su disposición generosos é inteligentes millonarios, y con buen gusto y tino, por lo general. La prosperidad, el tacto y celo de su administración, llaman por el dinero, y aquí (no tanto, á pesar de todo, como en los países sajones) va aclimatándose la contribución voluntaria de los poderosos, en beneficio de la educación y el goce artístico de la colectividad.

⁂

Este año encuentro en el Louvre, ya debidamente instalada, la herencia de un individuo de la opulenta familia Rothschild. Esta familia había hecho ya al Louvre el regalo inestimable del célebre tesoro de Bosco Reale, una de las más importantes colecciones que conozco, y dicen que de las más auténticas (en tales cuestiones, á pesar de mi afición, prefiero hablar por referencia). Es el tal tesoro (compuesto de objetos de plata cincelada, que se encontraron en Pompeya y que formaban la colección griega de un *amateur* latino) una pura maravilla, conjunto de piezas tal vez únicas, y que demuestra, si demostrarlo hiciese falta, cómo en arte nada podemos idear que la antigüedad no haya realizado. Los plateros modernos se dedican ahora á reproducir los modelos de Bosco Reale, incapaces de emularlos, porque no cabe superar su perfección, ni crear en argentería mayor hermosura. Cuando esta colección salió al mercado, el Museo no disponía de la suma, relativamente mínima, de medio millón de francos, que pedían por ella. Acudió á la caja de Rothschild, y la halló dispuesta á sufrir la sangría: afojaron el medio millón, con la propina de veinticinco mil francos, destinados á arreglar, remontar y limpiar como corresponde los objetos, quitándoles la suciedad secular y dejándoles la dulce pátina que da todo su sentido á las líneas y á las formas.

Después, á su muerte, Rothschild legó algo más personal, la colección que ahora veo colocada, y en la cual figuran bastantes joyas españolas. De verdaderas joyas se trata; lo que llena la gran vitrina central son en su mayoría objetos de plata, oro y esmaltes, enriquecidos con perlas y pedrería. Siempre oí susurrar en Madrid, á los anticuarios, que Rothschild era un parroquiano incomparable, pero que era preciso llevarle el objeto antes que nadie lo conociese – y se lo llevaban, es decir, como escribo desde París seré más exacta diciendo que se lo traían. – Si la odalisca merecía ingresar en el harén, aquí se quedaba, fuese cual fuese su precio. A poblar de beldades españolas el harén de Rothschild, del cual hoy disfruta gran parte del público, contribuyeron la ignorancia y el abandono consuetudinarios en iglesias y conventos, la ruina de familias ilustres, la codicia de los chamarileros, la penuria é indiferentismo del Estado, todas las causas que, como nadie ignora, van despojándonos de las ricas preseas que el pasado nos dejó, y dispersando por el mundo el polvo áureo de nuestra grandeza.

⁂

La colección nuevamente instalada en el Louvre á que vengo refiriéndome, se compone de portapaces, rosarios, efigies, navetas, broches, collares, incensarios, relicarios y tapas de libros. Aunque tan escogida, tan fastuosa y, en su género, á la mayor altura que cabe alcanzar, no creo que pueda compararse en rareza al tesoro de Bosco Reale; pero de fijo representa mucho más dinero. Cada una de estas preciosidades del Renacimiento y de la Edad Media le costaría un sentido al generoso legatario, el cual, no satisfecho aún, consignó en su testamento el bonito pico de un millón de francos para decorar la salita en que había de instalarse la colección. Parece que se quiso cumplir la voluntad del magnate de la banca, pero se tropezó con la imposibilidad física de gastarse esa cantidad en el decorado de un reducido aposento, cuyo techo además estaba ya adornado con hermosas pinturas. Se revistieron las puertas con madera tallada; se colocó un friso también de maderas... y ya no se supo qué hacer, aunque yo creo que algo pudo haberse hecho, especialmente en las puertas, para invertir la suma. A fin de liquidar el remanente, se compró un tapiz gótico, de gran mérito, que representa «el milagro de los panes y los peces,» y se fijó sirviendo de fondo al aposento, frente á la ventana. En la mayor parte de las salitas del Louvre se ven tapices, colocados así, armonizando con los objetos expuestos.

⁂

De los Rothschild procede también una colección de antigüedades árabes y chipriotas que llenan otra sala, y que he registrado con el interés, difícil de justificar en quien no posee conocimientos especiales, pero efectivo y creciente, que me inspira este aspecto del arte. No es, por cierto, muy común mi inclinación. De cien personas que entren en el Louvre, noventa y ocho se van á los salones llenos de cuadros, joyas y esmaltes, y dos toman el camino de las salas egipcias, persas, asirias, caldeas y griegas. Yo, con suma frecuencia, prescindo de la pintura y me voy hacia los extraños restos de las civilizaciones fenecidas y de los pueblos olvidados. Cuanto más los miro, más se me figura que los interpreto á mi modo, no científico, sino imaginativo. Y ya no es poco lograr que el mundo antiguo despierte y exalte nuestra imaginación.

⁂

El Louvre reune, en arqueología, riquezas incalculables. La constancia del gobierno, siempre atento á estimular, costear y recompensar los esfuerzos de los exploradores, es digna de esta gran nación, determinada á no decaer, en ningún terreno, ante el mundo. Dondequiera que Francia puede sentar el pie, enviar misiones, delegar sabios, lo hace con provecho, y como este impulso se comunica, los particulares á su vez ofrecen á la nación, que sabe estimarla, contribución espléndida.

Ahora mismo está funcionando en Egipto el eminente orientalista Maspero, por cuenta del gobierno francés. No le basta al gobierno la cantidad de antigüallas egipcias que posee, y entre las cuales descuellan preciosidades como la estatuita en madera de la *Sacerdotisa*, la de la *Reina* envuelta en un espléndido traje de oro, y la célebre del *Escriba*, de chado de realismo, insuperable, que ningún artista moderno podrá ponerle la ceniza en la frente al ignorado artista faraónico que la modeló. No le bastan, digo, y quiere continuar la tradición que procede de la memorable expedición de Bonaparte, ahondando el conocimiento, entonces iniciado, del misterioso Egipto. Y Maspero, desde las orillas del Nilo y al pie de las Pirámides, escribe muy satisfecho de sus trabajos, y alabando la buena voluntad de los ingleses, que no sólo le ayudan en su faena, sino que le regalan dinero, fuertes sumas, para cooperar al buen resultado.

⁂

Porque todo ello cuesta mucho: es un ramo del presupuesto..., un ramo correspondiente á la sección de *ideal*, creerán algunos... Verdaderamente lo que indica es buena circulación del dinero, sangre de las naciones. Tener siempre disponibles, para tales empresas, fondos suficientes, es decoro y es blasón. Las naciones fuertes, bien constituídas, se conocen en esto; en esto y en la pedagogía, muy principalmente.

Nunca podré consolarme de que España, donde el suelo está preñado todavía de revelaciones, haya dejado dispersarse su hacienda arqueológica; y menos mal cuando la recogieron manos inteligentes, para conservarla y lucirla. Visitando el Museo de Tarragona, decíame quien me lo enseñaba: «Lo que ve usted aquí es la milésima parte de lo que existe aún y que se descubriría excavando y rebuscando. Y esto, después de que, por espacio de ocho largos años, fué arrojada á las aguas del puerto, para formar la escollera, la Tarragona romana, en carretas que iban llenas de fragmentos de estatuas, de tiestos de cacharros, de pedazos de bronces, de trozos de lápidas inscritas...»

⁂

En el Louvre, como se saluda á antiguos conocidos, saludo á los objetos *nuestros*, donde encuentro grabada la huella de nuestra alma peninsular... La perla del arte ibero fenicio es la cabeza de mujer, el famoso busto de Elche. Uno de los más exquisitos marfiles es la arquita hispanoárabe, un tiempo perteneciente á D. Juan Facundo Riaño. El busto de Elche, como todos saben, pudo quedarse en nuestra patria por una friolera. Verdad es que acaso entonces permanecería en el olvido que rodea á los monumentos encontrados en el Cerro de los Santos, y que tan curiosos me parecen.

Se ha discutido su autenticidad; y recorriendo el Museo del Louvre, recuerdo mucho esa colección de figurones, ídolos, fetiches solares, estatuas sacerdotales, ó lo que sean; porque en el Louvre se conservan cuidadosamente, sin soñar en eliminarlos, objetos que los inteligentes tienen, sin género de duda, por supercherías modernas. La conocida tiara de oro de Satafarnés – fabricada ayer, en Odessa – es el más claro ejemplo de este criterio conservador. Allí está, bajo un mismo fanal, con los pendientes y el collar, auténticos, y que sirvieron para inspirar tan bella falsificación. Porque la tiara será moderna y contrahecha, pero no puede ser más linda, elegante y artística.

⁂

Como á los remansos y huecos trae el mar los despojos de naufragios, así en este inmenso Museo, que tengo enfrente del cuarto que ocupo en el Hotel, van confluyendo despojos de todos los tiempos y de todas las vicisitudes humanas. Lo que inspira el conjunto es, lo repito, el convencimiento invencible de que el arte no progresa, ó mejor dicho, de que la palabra *progreso* carece de sentido aplicada al arte. El arte llega á lo más hondo siempre, de una vez, con rapidez fulmínea. En este punto no podemos atribuirnos superioridad alguna sobre las edades pasadas. Nuestra vida es más grata... ¡quizás!... que la de un contemporáneo de Ramsés ó de Amenofis; pero ¿qué joyero de la calle de la Paz, en París, ideará cosa más *modernista* que las cucharas y los espejos egipcios que acabo de ver? ¿Qué arquitecto ó qué adornista actual vencería al arquitecto de ese templo de Apolo Dídimo, cuyos fragmentos se ostentan en la sala de Rothschild?

⁂

Y ya que he nombrado tantas veces á esta familia israelita acolchada de billetes de banco, no quiero dejar de decir que millonarios así me agradan; sus millones no están ocultos; contribuyen á proporcionarnos ratos muy buenos... Diariamente nos convidan los Rothschild. ¡Gracias, oh inteligentes é ilustrados judíos!

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN PARÍS

Ayer asistí á la función del teatro de la *Comedia francesa*. Se representaba *Hernani*, que, como ustedes ven, es toda una novedad. Más añejos son, sin embargo, Corneille, Racine, Regnard y Molière que Víctor Hugo, y sin embargo estos trágicos y cómicos pelucones parecen muchachos de la escuela al lado del autor de *Hernani*. Ciertos dramas de Hugo han enranciado menos y conservan su aureola: verbigracia, *Ruy Blas*, *Marion Delorme*; pero *Hernani*, visto desde nuestro siglo XX, aparece por demás absurdo y descabellado. No extraño la indignación de los clásicos. Había para darse al diablo viendo aplaudir y celebrar, en concepto de programa de una escuela nueva y triunfante, esa obra sin pies ni cabeza.

Lo peor de *Hernani* es que los personajes no parecen locos, sino, muy á menudo, tontos; dejan perder las ocasiones y toda la fuerza se les va por la boca. Hernani, desde el primer acto, anuncia que Carlos V se las pagará y que le ha de dar muerte; se pasa cuatro actos pudiendo ejecutarlo y nunca lo ejecuta. Carlos V se pasa los mismos enamorado de D.ª Sol, raptándola, y D.ª Sol defendiéndose del tirano con un puñalito que sale á relucir sin interrupción en trances críticos. Carlos V habla sin cortesía, de un modo impertinente y altanero, impropio de tan gran señor; Silva es una especie de esfinge; y su papel, desairadísimo, casi ridículo, mientras á su presencia se envenenan los recién casados. Hay monólogos interminables y diálogos imposibles. Hay frases que son ingenuas con vistas á la bobería. Y entre col y col, hay rasgos geniales y escenas sabrosas.

***

De la representación podría decir mucho y no todo bueno. Desde luego, la compañía española Guerrero-Mendoza tiene mejor vestuario y atrezzo del que aquí veo que emplean para el teatro de Hugo. No me persuado de que incurrirían en tan chocantes impropiedades como la de presentar, en el primer acto de *Hernani*, candeleros con arandelas de cristal, que parecen compradas ayer en los almacenes del *Louvre*, y con bujías estearícas. Tampoco está bien que cuando Hernani revuelve el cofrecillo de los regalos de boda de D.ª Sol, lleno de «perlas y brillantes,» según él mismo dice, salgan del tal cofrecillo unas sartas de coral falso y de vidrio azul, de las que se venden en las ferias de aldea. No es verosímil que D.ª Sol, el día de su enlace, vista un traje que parece que fregó la cocina. Menudencias..., bueno; todo lo menudencias que ustedes gusten. ¿No ha de diferenciarse en absoluto el *Hernani* de París del *Hernani* que pudiera representar en Villaoscura una compañía de la legua?

Ni me cautivaron los actores. *Silva* tiene tipo de honrado tendero: faltale lo único que hace disculpable al figurón de Silva: la dignidad, el aire de gran señor. D.ª Sol es tan flaca, tan fcita, y tan desgreñada se presenta, que sube de punto la inverosimilitud de que se la disputen á rabiar tres galanes, entre los cuales se cuenta todo un rey de Castilla y futuro emperador de Alemania. Hernani sale de calañés con moños, pañuelo atado á la cabeza, y no sé por qué no saca pitillas de boca de hacha y trabuco naranjero. ¡Ah! Se me olvidaba la característica mantilla blanca, de blonda, en que se envuelve D.ª Sol!

***

A todo esto, el público encantado. A mi alrededor los espectadores se entusiasmaban, aplaudían – y no era *claque*. – El teatro, rebosando, á pesar de que, siendo las butacas de terciopelo, en esta época del año no se está ni medio á gusto en la «casa de Molière.» No es la primera vez que observo la benevolencia, el optimismo del público en Francia, y lo raro que es oir una palabra de desaprobación, sea contra el autor ó contra los actores. Cosa tanto más de notar, cuanto que el teatro aquí es caro, inedómodo y difícil; si no se compra el asiento en contaduría, con recargo no despreciable, es preciso hacer unas colas... que yo no haría por todos los bandidos generosos de la España romántica.

***

Un diario parisiense publica una caricatura; los males que afligen al pobre: el hambre, el alcohol, el embargo, la fecundidad..., y al pie, un automóvil hecho trizas, y esta leyenda: «Pero el rico tiene el automóvil.» En efecto, estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va «como alma que lleva el diablo.» Estos ricos de automóvil al canto se han propuesto suprimir las distancias. A no ser por los *records*, el automovilismo no causaría víctimas. A velocidades relativamente moderadas desaparece la mayor parte de las contingencias de peligro. Sino que justamente lo embriagador es *eso*, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste.

La pareja Fair había venido á París alegre, enamorada, dispuesta á gozar, á liquidar parte del trigo que les sobraba. A estas horas, en dos staddes, navegan con rumbo á la América del Norte los brillantes esposos. Otro automóvil acaba de lanzar sobre el camino real polvoriento una hornada de gente *chic*; tal *sportman* se rompió tres costillas, cuál se desbarató la cadera. Ayer, un perrito hizo saltar un automóvil con su tripulación, y descansando en el fondo de un precipicio se quedó el artefacto y los que iban en él. Es una moda, pero moda que demuestra hasta qué punto anda mal distribuído el dinero y qué uso absurdo hacen de él los que lo tienen á patadas. Suponed á un hombre poseedor de esa palanca magnífica, de ese *arrígalo todo* que se llama capital, y estudiad después á qué lo destina y cómo lo gasta. En vez de hacer á su alrededor dulce la vida, sólo trata de perderla pronto, de destrozarse contra un árbol, un poste ó un pretil de puente. Su tesoro no le ha servido más que para estrellarse. Su riqueza le compra un instrumento de muerte. Y sus aspiraciones, en materia de goces, se reducen á ir aprisa..., aprisa..., más aprisa aún..., como en los cuentos de aventuras fantásticas ó en las angustiosas pesadillas.

***

Y ¿qué se ve, qué partido se saca viajando así? Ninguno, sobre todo cuando, llevado á su perfección el *sport*, es el mismo archimillonario quien se encasqueta la gorra del *chauffeur* y ejerce oficio tan comprometido y arduo.

No puede el *chauffeur* distraerse un segundo. Cubiertos los ojos con recios cristales, en tensión los nervios, inclinado el cuerpo, inmóviles y juntos los pies, ocupadas y sujetas las manos, dominado el espíritu por la convicción de que un insignificante movimiento indebido acarrearía consecuencias espantosas, va el *chauffeur* á esas velocidades sobreagudas de 120 y 130 por hora, atravesando como en un vértigo regiones que no ve, y que desfilan y se borran y confunden, identificadas como los colores en una rueda cromátropa. Atrás van quedando las lindas aldeítas, los *chalets* enramados de viña virgen, los esbeltos campanarios, las ruinas pintorescas, los ríos de apacible curso, las florestas que convidan á reposar á la sombra, los jardines donde gustaría cortar una flor..., y el automóvil cruza, visión del infierno, engendro de calenturientas horas, capricho de locura, llevando en su seno á los judíos errantes, á los millonarios condenados, que á derecha é izquierda sólo ven una confusión informe, que requeriría, para ser descrita, la pluma de Campoamor cuando retrataba en felices imágenes al tren expreso, aquel «león con melena de centellas,» á quien hoy se mira como á inválido gotoso que tenguea apoyado en un bastón, y que se persigna cuando cruza el automóvil...

***

Por segunda vez ha visitado á París el Cha de Persia. Este no es aquel Nazaredino de quien referí muchas cosas y que sucumbió bajo el puñal de un sectario babista, porque el rey de reyes se había entretenido en alumbrar las calles de Teherán con candelas que iban clavadas en el cuerpo de los afiliados á esa secta, y las candelas, al quemarse, derretían la grasa y chupaban la sangre de aquellos pobres cuerpos de creyentes. – Este es su hijo, Muzaferedino, de quien no sabemos que haya cometido crueldades parecidas; – aunque Persia está muy lejos, el poder del Cha es muy absoluto, y pudiera suceder que aquí nos chupásemos el dedo creyendo que la lección de la muerte del padre fué provechosa al hijo y sucesor.

Los periódicos parisienses, que describen día por día las ocupaciones y recogen hasta lo más insignificante de la estancia del Cha, notan unánimes que el rostro del poderosísimo soberano está velado por una nube de honda y singular tristeza. – Las filosofías que esto sugiere pertenecen al género barato, y creo que pueden hacer juego con las que acaban de dictarme los automóviles. A Muzaferedino no le falta en este mundo sino sarna que rascar, como dirían nuestros abuelos. Saciado está de goces de todo género, y es posible que su mala salud no se deba sino á hartazgos de miel. De su hacienda privada, que debo de formar un solo cuerpo con la hacienda pública de Persia, sólo podré decir que el soberano sacó para la vueltecita que está dando diez millones de francos, pico redondo, y al llegar á la capital de Francia ya casi nada le restaba: tendrá que hacer otro giro... Y no obstante, y á pesar del respeto fanático que le rodea y de la acogida más que cordial que Francia le tributa, sus ojos revelan, al unánime decir de la prensa, tristeza infinita, inconsolable...

***

Ha sido detenido, juzgado y sentenciado á quince días de arresto un trovador. Sí, un trovador; aunque la palabra disuene. Los trovadores, troveros y juglares eran, como nadie ignora, gentes que iban de casa en casa y de plazuela en plazuela y calle en calle, recitando ó cantando al laúd poesías, satíricas á veces; con esta industria y habilidad se sostenían. Aquí les reciben bien, acullá les soltaban los perros..., pero echarles á la cárcel no era costumbre. A menos que algún poderoso señor se ofendiese de sus chirigotas ó se celase de los atractivos que su canto revestía para la castellana. – El trovador de París era (y es, pues no le han guillotinado) un pobre diablo que vivía de la muy inofensiva y hasta simpática industria de improvisar (tovar) coplas y cantares en la vía pública, sobre asuntos de actualidad palpitante: el timo Humbert, la catástrofe Fair, el cierre de escuelas congregacionistas... Quién le soltaba un sueldo, quién dos, quién veinte; y no hacía mal á nadie, ni molestaba siquiera. Cuando le interrogaron, el pobre diablo dijo cosas sensatas. «Cada cual tiene su modo de vivir y su profesión. No soy un vago: soy un poeta. ¿Es que se prohibe la inspiración? ¿Puede saberse de que vivió Víctor Hugo? De sus versos. Yo, de los míos. No me parece justa tanta benevolencia para él y tanto rigor para mí. Déjeseme, pardiez, versificar, y si los ciudadanos gustan de mi musa y la premian con unas monedillas, no se me trate como á los malhechores.»

Y á mi ver decía verdad el jilguero de encrucijada. Eso no es mendigar. Este hijo de Apolo ni siquiera tendía la mano como su colega de la Edad Media, que repetía plañideramente: *Dade al de Villasandino*. A cada paso, en el bulevar, encontramos mercaderes ambulantes; venden cortaplumas, cabos de pluma, conejitos que saltan y brincan, agendas, el diablo... ¿Por qué no ha de comer el que, incapaz de pregonar baratijas de hueso y palo, pregona las chucherías del pensamiento y rima los sucesos y las preocupaciones diarias de París?

Y si á ese le prenden, ¿qué guardan para los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan á las altas horas en los bulevares exteriores?

RUBIJA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VUELTA

Por lo intenso del contraste me agradó detenerme en Avila, la más castellana de las ciudades, y rozar con mis ropas, impregnadas de los olores á cocina con manteca y á esencia de *white rose* del bulevar, las piedras mohosas de los severos palacios y de los solitarios templos.

¡Avila! ¡Tierra de cantos, tierra de santos! Y de santas, especialmente... Yo soy aficionadísima á historias de santas; hallando en ellas mayor interés que en las nueve décimas partes de las novelas... *non sanctas*, escritas supongo que con objeto de interesar, y que suelen producirme efectos enteramente contrarios. De éstas me traigo unas cuantas para distraerme en el tren, y no pude pasar de las primeras páginas..., yo, golosa de lectura. Golosa, sí: ya no *glotona*... El paladar se hace exigente á medida que almacena, allá en los obscuros depósitos de la memoria, sensaciones. Y el cerebro también sufre hastío, y rechaza el alimento insípido ó mal guisado. Guardé las novelas en el saco y preferí mirar el árido paisaje.

***

Además, me gustan las historias de santas porque cuando las escribo y publico hay mucho revuelo en el campo negro y en el campo rojo. (El negro y el rojo se combinan, en mefistofélica combinación.) No siendo roja ni negra, estoy en mejores condiciones para saborear una impresión artística donde quiera que se me proporcione. Las historias de santas encierran una sutil psicología y esa magia de juventud que se halla en los monumentos literarios, artísticos, arquitectónicos, de la Edad Media. Muchas santas son anteriores ó posteriores á esta época de fantasía creadora y de realismo sencillo; pero la hagiografía ostenta siempre caracteres medioevales. La hagiografía, para ser encantadora, tiene que recordar los vidrios pintados de las iglesias. El siglo XVIII es fértil en historiógrafos de santos, y no se pueden leer, ni sufrir, porque llevan consigo el prosaísmo de su centuria.

***

En Avila sólo hay la dificultad de no saber qué santa se elige. Santa Teresa, con su gran nombre, llena los ámbitos de la ciudad. Pero de Santa Teresa no se puede escribir poco. Pide volúmenes, como los dos que le dedicó mi amiga Gabriela Cunninghame Graham, con quien pasé en Avila varios días enteramente teresianos. Esta vez, recorriendo sola las callejuelas y las singulares plazas que con su sombra protege un convento ó una iglesia, se me ha ocurrido pensar en las santas olvidadas, casi desconocidas, que no fueron literatas, ni fundadoras, ni mártires siquiera... Y dediqué las horas disponibles á evocar el recuerdo de la obscura Santa Barbada, que debe este nombre á un singular prodigio.

Me atrajo Santa Barbada como atrae un bello retablo ó una curiosa efigie encontrados en un lugar donde nadie contempla ni admira; en algún poblacho por el cual no cruzan arqueólogos, ni siquiera viajeros. Esto no significa que Santa Barbada carezca enteramente de devotos en Avila misma. Si hay ciudades, comarcas, regiones enteras que respiran paganismo – por ejemplo, Nápoles, – otras exhalan religiosidad. De estas últimas es la grave Avila. Así que sentamos el pie en ella – á pesar de que va poniéndose de moda como punto de veraneo, – nos parece que se aleja el mundo, que las formas y colores de la naturaleza se borran y apagan, y sólo quedan el tono grisiento del granito y el amarillento de la arcilla, contrastando con el azul claro y puro de un cielo que nos señala el camino del ideal. ¡Y cómo mantiene la ciudad su íntegro aspecto de otros días! Intactas la cercan las sombrías murallas del período repoblador, las que presenciaron los asaltos de la morisma y las luchas intestinas de *serranos* y *ruanos*. La catedral, en vez de adornarse con los calados joyeles de filigrana y con los vuelos de encaje de otras basílicas españolas, se corona de torreones: es, á la vez que templo, fortaleza. A la revuelta de cada calleja yerguen su mole conventos de benedictinos, de dominicos, de carmelitas. El espectro de Torquemada vaga sin duda aquí, en noches de luna, llamado por el sonido grave y profundo de las viejas campanas cuando doblan á la oración. En mis paseos, las altas rejas de los conventos me atraen: miro con los gemelos de teatro que la miopía me obliga á llevar siempre á mano en la bolsa, y suelo entrever una cara pálida, orlada por las tocas: una monja que, al través de los hierros, mira... ¿qué? ¿A los que pasan? ¿A las lejanías del horizonte?

***

Las alamedas de altos olmos están desiertas, lo mismo que las pedregosas extensiones que rodean á la ciudad. Difúsase que la soledad y el silencio tienen aquí su patria: la región entera es muda. Silencio imponente y monotonía que no carece de majestad; llanuras de dilatados términos, que sólo ondulan imperceptibles lomas. La variedad y la belleza dícenme que se encuentran en lo alto de la serranía, como si en este país Dios quisiese significar al alma que es preciso ascender á las cumbres para hallar algo que sea digno del interés humano. En la serranía de Avila hay valles amenos y frescos oasis de arbolado, pinares y cañadas, prados dignos de la musa del maestro Berceo, arroyos de cristal, tapices de flores de cantueso, de encendida color, y tomillares de agreste aroma.

***

Las llanuras se extienden hacia la parte del Norte, y en la propia dirección, distante como dos leguas de Avila, se encuentra el pueblecillo de Cardeñosa, del cual eran naturales los labriegos padres de *Santa Barbada*, y donde nació la santa misma. Este recuerdo sería el único de un lugarcito de sesenta vecinos, á no haber acaecido en él el fallecimiento del niño Alfonso, hermano de Isabel la Católica; fallecimiento causado, según fama, por el veneno que le dieron en una trucha. Suceso ocurrido en un rincón de España, que tanto influyó sin embargo en su historia.

No aciertan los cronistas á fijar en qué época vivió Paula, Santa Barbada después, ni á qué labores se dedicaba, ni nada concreto, pues realmente esta santa pertenece, más que á la historia documentada, á la tradición. La aventura á que se reduce su biografía demuestra que era hermosa; pero lo único que logramos rastrear es que Paula solía venir de Cardeñosa á Avila muy á menudo, con objeto de visitar la tumba del mártir San Segundo, primer obispo y patrono de Avila, que había confesado la fe y ganado la corona en la ciudad misma, y cuyo cuerpo fué inventado á orillas del río Adaja, al demoler dos arcos antiquísimos del templo de Santa Lucía, allá por los años de 1519. Este dato aumenta las confusiones. Algunos suponen que el caso de Santa Barbada ocurrió en el siglo VI, otros que en el XI. No pudo ser sino antes de que se perdiese la tradición del sepulcro de San Segundo, á menos que fuese después de su descubrimiento. La veneración á este sepulcro era una devoción popular en Avila; Felipe II solicitó una reliquia de San Segundo para el monasterio del Escorial. Si creemos que el suceso de Barbada es posterior al descubrimiento, Paula pudo ser contemporánea de Santa Teresa. En el llano abulense, los siglos XVI y XVII hay florescencia de santas.

Iba, pues, la joven paleta de Cardeñosa, lozana como unas flores, á sus rezos acostumbrados, cuando reparó en ella un caballero de la ciudad, en la cual abundaban, y muy calificados en nobleza, viéndose hoy todavía sus casas fuertes, con arrogantes blasones. El caballero, según las crónicas mozo y libertino, buscó modo de hablar á Paula. Sin duda le entró, como al capitán D. Alvaro de Atayde en *El alcalde de Zalamea*, uno de esos caprichos súbitos y desordenados, que exaltados por una casta y firme repulsa, pueden ascender á violenta pasión; y acaso, al convencerse de que Paula, voluntariamente, nunca se prestaría á sus deseos, exclamó como D. Alvaro:

«La vida me has de costar,
hermosísima villana.»

Debemos suponer que antes de llegar al desesperado propósito de matar á Paula en último extremo, agotaría aquel caballero todos los medios persuasivos para ganar la voluntad de una doncella. Es verosímil que la requebrarla, que la rondaría, que hasta la daría música en Cardeñosa (facilitando el galanteo lo corto de la distancia, que bien se podía recorrer á caballo), que la ofrecería dádivas y obsequios, y que acaso llegase hasta ofrecerse á recibirla por esposa. Todo lo cual no sirvió de nada, pues Paula hizo saber al apasionado mancebo que tenía ofrecida á Cristo su virginidad.

***

Lleno entonces de despecho y furia, el mozo esperó á Paula apostado en el camino por donde sabía que la paleta había de pasar forzosamente, en dirección de la iglesia de San Segundo. Llevaba daga en cinto, y la resolución rabiosa de pasar el pecho á Paula, si resistiese. Paula le vió desde lejos. Atemorizada, se refugió en la ermita de San Lorenzo, uno de los muchos humildes oratorios que rodeaban á Avila. Allí se echó de rodillas y alzó al cielo una plegaria fervorosa, pidiendo verse libre de aquella hermosura malhadada, que la ponía en tales riesgos. – Y al punto mismo sintió brotar rápidamente en su cara, lisa y rasa como la seda, una barba pobladísima, negra, que cubría el rostro y descendía ondeante hasta el pecho.

***

Al precipitarse el caballero en la ermita, apretando el puño de la daga, no conoció á la Barbada, y la preguntó atónito si no había visto entrar allí, momentos antes, á una villana muy hermosa. Paula respondió negativamente: el mozo se fué confuso; y la joven, de rodillas, agradeció á Dios el socorro prestado, y suplicó que no la quitase las barbas que habían sido su escudo. Desde aquel día Paula no se apartó más del sepulcro de San Segundo, dedicada á cuidarlo, á adornarlo con lámparas cuyo aceite renovaba, á hacer vida eremítica, hasta el punto de la muerte. Quizás fuese la Barbada la primera de las famosas emparedadas que cerca de San Lorenzo asombraron á la comarca con sus penitencias.

Este oratorio de San Lorenzo, donde un retablo «ni antiguo ni bueno» describe Quadrado lacónicamente – era el único monumento que confirmaba la tradición de la Barbada, – fué derribado en 1835. El retablo se trasladó á la vecina parroquia de San Andrés. Y es cuanto se sabe acerca de la virgen cuyo rostro se pobló de barba...

***

Singularísimo parece, después de unas horas pasadas en Avila, meterse en el tren. Salimos como de la sombra sugestiva de una catedral, y entramos en la estación, que aunque poco animada, estación es al fin, y huele á carbón de piedra. Y no sé por qué, de pronto doy en asociar estos episodios de santidad con la agitación religiosa de Francia. Diríase que ya nadie piensa en la fe..., y el caso es que se piensa, de otro modo, pero tanto como en los siglos de las santas – á pesar de que las santas se han agotado, se han secado las arzucenas todas...

O al menos, tienen tal aspecto que es imposible conocerlas. Acaso la baronesa de Reille, una señora que acaba de dar una conferencia en Montmartre para protestar contra los decretos que cierran las Escuelas de las Sores, allá en 1500 sería una santa. Hay que creerlo al escucharla gritar: «¡Nuestro derecho ó el martirio!»

Pero eso de las conferencias tiene tan poco de vidrio de colores...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REFLEXIONES. – ZOLA

Parece que al fin alguna, mínima parte de la opinión, empieza, no hace más que empezar, á alarmarse, tímidamente, ante el incremento de la criminalidad en España. A tal incremento vienen refiriéndose (con la constancia que permite el deseo de dar amenidad y variedad á la sección) estas crónicas mías. No ha faltado quien las tilde de pesimistas. Contesten los hechos.

***

¿Cómo explicar el fenómeno? Alguien lo achacará á falta de religión y creencias firmes. Alguien á falta de instrucción y cultura. Alguien á falta de represión y ejemplaridad. Y todos tienen razón, porque el fenómeno es complejo. Aquí se han rebajado muchas cosas, otras no han germinado, y otras se han llenado de orín y no funcionan. España es á la vez tuberculosa y artrítica. Gasta demasiado y gasta poco; quema aprisa su sangre y forma también residuos, depósitos de herrumbre, de esos que revelan imperfecta asimilación. En este sentido dicen bien los reaccionarios, que eran preferibles los tiempos de nuestros abuelos: al menos entonces se sabía á qué atenerse.

***

No es difícil comprobar, en la larga y fúnebre lista de los crímenes y delitos de estos últimos meses, la dualidad á que me refiero. Los hay que indudablemente proceden de la lectura de periódicos: los hay que proceden de no saber leer, ni periódicos, ni nada. Los hay tan sin objeto, tan gratuitos, que sólo pueden achacarse á lo que en un tiempo famoso Sunyer y Capdevila llamaba «instintos salvajes del hombre primitivo,» añadiendo con desengañada melancolía: «Me consta que no los han perdido mis correligionarios.»

¿Qué me dicen ustedes, verbigracia, de los dos individuos que se asestaron navajazos definitivos, por si el uno cortaba mejor que el otro una raja de melón? ¿Qué de los dos en quienes el origen de la disputa con resultados mortales fué la apreciación técnica de un par de banderillas al cuarteo?

En Galicia, antaño, apenas se cometían esta clase de crímenes. Caracterizaba la criminalidad de las cuatro provincias el ir contra la propiedad. Las riñas, las guapezas, los desafíos de matones, no menudeaban. Hoy son el pan nuestro. – Aquí de lo dicho antes. Los adelantos modernos, para esta pobre gente, toman forma de revólveres y puñales baratos. Antes no poseían más que su garrote, su hoz. Con el revólver y el puñal se encuentran como los aschantis si les dan fusiles. Siéntense guerreros. En un sitio llamado *El Espíritu Santo*, á corta distancia de mi aldea, libróse el mes pasado una batalla campal: muchas de las que reseñan los libros y que dejaron huella en la historia, fueron, de seguro, reñidas entre menor número de combatientes: como que los del Espíritu Santo eran unos ochenta, bien armados, animosos, y que tenían la ventaja de batirse sin sospechar ni remotamente por qué, con lo cual su ardor bélico y su fe entusiasta no se resfriaron un punto. Y en efecto, la empeñada lid duró cosa de tres horas, á tiros, cuchilladas, palos, puñadas y puntapiés, y se acabó por cansancio y falta de municiones. Fué algo homérico, que se repetirá apenas sea preciso reconcentrar la Guardia civil á las ciudades con motivo de alguna huelga, y las romerías queden entregadas á los majos.

***

Por supuesto que el *record* de la criminalidad lo *baten* (¡qué castellano tan lindo que escribimos en estos tiempos del automóvil!) los románticos del honor, los asesinos de mujeres, los suicidas en combinación, que primero despachan á su novia y luego se vuelan la tapa de lo que no tienen. La Edad media sólo recuerda algunas parejas dignas de girar en el remolino de Dante: en el día son legión. Se necesita pecar de rutinario para hablar de la bancarrota de la poesía. Más que nunca el amor clava su dardo de oro y fuego en las almas; lo que hay es que ya nadie inmortaliza á esos desesperados líricos, que se precipitan á la muerte como los chicos de los puertos de mar á las olas – con la cabeza baja, los ojos cerrados...

***

Sería pretensión peregrina y extraña la de que un sentimiento cardinal, como el amor, decreciera porque existan ferrocarriles, automóviles, bicicletas, máquinas de escribir, repartidores automáticos y demás inventos. Es como si supusiésemos que por existir impermeables de caucho no llovería más.

Enamórase la gente ahora lo mismo que en tiempos de Hero y Leandro. Y si cabe, con más ahinco. ¿Por qué? Sencillamente porque en el fondo de la memoria colectiva de la humanidad existe mayor depósito de esos recuerdos y esas impresiones que luego el arte aviva y exalta hasta lo sumo, y que aumentan, no la capacidad física, sino la sentimental, que es la que importa. Cuando la mujer ni había sido idealizada ni cantada; cuando era una oveja más en el rebaño del pastor errante, una prenda más en el botín, no determinaba lo que hoy determina; no causaba lo que hoy causa. En nuestra semi-civilización, sujeta aún la mujer, atribuída todavía al hombre como propiedad, pero ya resguardada por infinitas formas nacientes de las costumbres, y por algunas, relativas, de la ley, es cuando solivianta el espíritu y los sentidos, hallándose expuesta á sufrir la violencia y á originar la desesperación. El archiduque ó príncipe ruso (no estoy muy cierta de cuál era su categoría social) que acaba de matar de un tiro de revólver á una cantante, hallándose ella en escena, por haberse negado á entablar relaciones amorosas con él, partía, tal vez sin darse cuenta, de este principio: la cantante es mujer, luego es sierva; tengo derecho de vida y muerte sobre la sierva; me resistía... y el resto de la frase de Antony.

***

No son sólo los príncipes y archiduques los que practican por instinto la idea adquirida y arraigada. – El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársele pena de la vida. – Es preciso que los juristas penalistas estudien el problema del *ginecidio* (¿puede decirse así?). Es preciso que el jurado lo estime tan punible, al menos, como el robo de una gallina ó de un mantón. Hay toda una serie de crímenes que ya no se castigan y por lo tanto arrecian; pues, digan lo que gusten los termómetros de la filosofía benigna y generosa, el miedo al presidio y al garrote no deja de producir cierta moderación saludable...

No se moraliza con el castigo; se evita, se reprime; la moralización es de otra suerte. Estimo la higiene más que la medicina, el régimen diario más que el remedio heroico; pero hay ocasiones en que es preciso enviar á escape por el remedio á la botica más próxima, y tragarlo á puñados...

***

Ha muerto en París Emilio Zola á consecuencia, según parece, de un accidente casual, no tan imprevisto, sin embargo, que no se repita con alguna frecuencia: la asfixia por el ácido carbónico, contingencia posible de las estufas y aparatos de calefacción alimentadas con carbón vegetal ó mineral. Un descuido dió á Zola el género de muerte que de seguro hubiese preferido si le permitiesen elegir: la *repentina, inopinada*, que deseaba Julio César. Breves instantes de aturdimiento, de una especie de embriaguez paralizante; un inconsciente esfuerzo hacia la vida... y el desvanecimiento final, la pesada caída al suelo, como una masa inerte. – ¡No más! Es bastante para cualquier individuo de nuestra raza, para Zola, para el emperador de Alemania, para Nansen... Un vaporcillo mefítico que llega al cerebro... y se acabó todo.

Cinco ó seis años tendría yo cuando un brasero mal encendido pudo dejarme huérfana: mis padres estuvieron á pique de pasar del sueño á la muerte casi sin notarlo. – Acaso este recuerdo confuso de la niñez ha sido causa de que me repugne infinito la calefacción. El sol en la calle, un ligero abrigo dentro de casa, me bastarían, y cuando enciendo una estufa es por evitar que se les hiele la respiración á los que me visitan. El aire puro es para mí una divinidad benéfica y adorada. El brasero me infunde una repulsión instintiva.

***

Para el arte, Zola, á mi entender, ya había muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus. Yo he sido el primer crítico que en España analizó y se atrevió á ensalzar, como artista, no como pensador, á Zola, cuando su nombre era pronunciado con horror y su trabajo enteramente desconocido; todavía hace pocos días, á próposito de una novela de Zola, *Verité*, en publicación, recordaba en *El Imparcial* el Sr. Gómez de Baquero la justicia que á Zola tributé, contra viento y marea y á capa y espada. El Sr. Gómez de Baquero se equivoca al decir que traduje á Zola: no le traduje, ni le traduciría, por varias razones, entre ellas porque Zola, que fué un gran artista, no fué un artista de la forma, exquisito, raro, refinado como los Goncourt, y traducir á Zola... sería traducir, y no más. Repito que otras varias causas me lo impedirían también. Nunca se me pasó por la imaginación hacerlo.

Pues bien; con toda mi admiración á Zola, debí reconocer su decadencia, absoluta, irremediable, de los últimos tiempos, y deplorar que no hubiese cesado de escribir antes de *Roma*, *París*, *Fecondité* y otros evangelios más ó menos humanos. Hay quien los encuentra de perlas, pero... No quisiera ofender á nadie, y ello es que no puedo estimar en un ardite, literariamente hablando, á esos admiradores de la última etapa de Zola: y sería imposible que después de reconocer su mérito al Zola genuino, al del *Assommoir* y *Germinal*, encontrase en mí misma elementos de entusiasmo para el Zola satélite y pálido reflejo de Víctor Hugo – el Zola evangelista.

***

¿Qué más da? Nunca una vida artística entera honra á un artista. Balzac empezó por rapsodias; por rapsodias acabó Zola. Los dos son grandes. Medirles comparándoles será fácil dentro de algún tiempo, cuando los apasionamientos contra Zola se apaciguen y comience la labor depuradora.

Y apenas escrita la afirmación que precede, acudé á mi memoria un ejemplo que parece desmentirla. Recuerdo á Maupassant, ese artista *neto*, sin aleación antirreligiosa ni política, sin *evangelios* de ninguna clase..., y veo que Maupassant fué tan excelente al principio como al fin, á pesar de la locura que invadió su espíritu. Maupassant crece cada día. Es el gran hablista, el gran observador. – En vida se le contó, generalmente, entre los *discípulos* del que acaba de sucumbir. Eran dos maestros, el uno que puede servir de modelo; el otro que sería un modelo funestísimo, porque sus cualidades y defectos le pertenecían y formaban un conjunto indivisible; de suerte que aislar los unos y las otras sería mutilar un ser vivo, producir un monstruo.

***

En la carencia de pormenores acerca de la muerte de Zola, no sabemos si lega á alguien su biblioteca, sus objetos de arte, ó si todo será vendido y dispersado, borrando así el recuerdo de un interior muy típico, de intelectual y de solitario. – El autor de *Fecondité* no tenía hijos, ni aun sobrinos; si muere su esposa, también gravemente enferma á consecuencia del mismo accidente, ¿quién recogerá el fruto de una existencia de asidua labor, el producto, no escaso, de tantos libros ruidosos y célebres, quién conservará la memoria familiar del discutido, ultrafamoso y odiado artista?

A su nombre va unida una fase literaria entera, una evolución del arte, un concepto estético, si no nuevo, al menos presentado con novedad retórica é impuesto con bríos de atleta. Su huella es profunda, dura, ancha, como los surcos abiertos por el arado en el hermoso cuadro de Rosa Bonheur *Labourage nivernais*. Pero es surco en la tierra, no obra en mármol y bronce.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

FRA DIAVOLO. – PROYECTO

He visto morir leyendas, he visto nacer otras. Sí; aquí mismo, ante mi vista, en el aire que respiro, brotaron y se extendieron, como las telas brillantes tejidas por la escarcha, las ramificaciones y arborescencias sutilísimas de la leyenda, donde la fantasía derrama y cuaja lágrimas de cristal. ¿Quién sería capaz de escribir *historia* con el convencimiento de ser verídico, si se fija en cómo los hechos ayer mismo presenciados cambian de color y forma en las narraciones, que no los conociera ni la madre que los parió? A veces entran ganas de repetir con Pablo Luis Courier: «Esa cadena de necedades y atrocidades llamada *historia* no merece que una persona sensata fije la vista en ella.»

***

Ahora, ahora justamente, mientras las hojas caen, caen, anunciando el invierno amenazador, la leyenda se cubre aquí, no de flores, de ortigas y abrojos, de superstición y pavura. Y en este país dulce, melancólico, en apariencia tan apacible, surge la dramática silueta del bandido ante quien tiemblan las comarcas y son impotentes la justicia y la ley.

Yo lo siento por la estética y la poesía; pero debo confesar que el «bandido generoso» gallego cuyo nombre está actualmente en labios de todos, ni es generoso, ni bandido casi, ni roba á los ricos, ni socorre á los pobres, ni hace, en fin, nada de lo que nos cuentan (¿será leyenda también?) de los Candelas y demás héroes trabucaires. Este malhechor, llamado Mamed Casanova, es buenamente un criminal vulgar que se ha escapado de la cárcel y vaga por montes y vericuetos, si es que, á estas horas, no sueca ya el Océano para llevar á América una escoria más del viejo continente. Sus fazañas y tropelías se reducen al asalto de una rectoral y al asesinato de una pobre criada indefensa; porque nadie llamará fazaña, sino repulsivo delito, la profanación de una sepultura á fin de robar unas ropas. Lo único que distingue á este forajido es una gran fuerza muscular y una agilidad de fiera montés, que le permite saltar y huir como un gamo y tirotearse triunfalmente con los civiles, menos ligeros de piernas y no muy familiarizados con las fragosidades donde el perseguido busca refugio... Y lo que le ha salvado de volver á caer en las uñas de la justicia, es sencillamente aquello que, según Lucrecio, creó primero los dioses en el mundo: *el miedo*, el temor de la gente aldeana, que antes se deja hacer picadillo que decir por dónde anda Mamed y cómo se le podría echar el guante.

***

Es cosa que siempre me hace reflexionar esto del miedo en la gente de aldea. Hay ocasiones en que se me figura que su miedo no es más que un autosugestión. Creen tener miedo, y consiguen tenerlo, á los peligros mal definidos, á lo desconocido, á aquello que su razón no abarca; y en cambio se exponen indiferentes á toda clase de riesgos positivos. Métense en el agua cenagosa sudando; súbense á los árboles de ramas quebradizas; entran sin asomos de aprensión en las habitaciones donde hay enfermos de males infecciosos; comen y beben allí, sin adoptar precaución alguna; envían á sus hijas adolescentes, con un mandado, de noche, por los caminos; cargan pesos enormes y se revientan; andan en las romerías, sin causa alguna, por *sport*, á tiro seco, navajazo limpio, garrotazo firme y guadañazo redondo; van á la guerra resignados y se baten resueltos. ¿Dónde está el miedo, pues? En la fantasía inculta y frondosa, en la maravillosidad fácil, en el misterio – en el instinto, – que es donde todo se elabora...

Y ahí, en esos rincones obscuros, la leyenda del supuesto bandido se forjó y el temor que inspira adquirió proporciones extraordinarias. Cual si tuviese el don de ubicuidad, se le supone á un mismo tiempo en varias parroquias; cual si pudiese volar, se le hace salvar diariamente distancias que ni en automóvil se recorrerían tan presto; y cual si fuese brujo, se le cree enterado de todas las estratagemas de sus perseguidores, gracias á los avisos que le da una pega, un pájaro familiar y por lo visto agorero como la *siniestra cornix* de los romanos... La invención más reciente recuerda una escena muy linda de *Fra Diavolo:* el bandido, disfrazado de mendigo, fingiéndose mudo y yendo á pedir limosna al sargento de la guardia civil que, compadecido, le hace servir comida, y le acompaña mientras la despacha en la taberna...

***

Lo dicho: es lástima que este salteador no se parezca á los de Andalucía é Italia. ¿Dónde hay entretenimiento, en el campo, cuando octubre desnuda el bosque y las castañas crujen en el fuego, como la obsesión de un bandido legítimo, de esos que se prestan á la novela y visten de un modo pintoresco? Al recorrer los caminos ya endurecidos por las tempranas heladas, ¿no causa emoción pensar si el pordiosero que nos tiende la mano y reza plañidera, interminable letanía, será un José María, un Vitorio, un Pascual Bruno, y bajo sus harapos llevará faja de seda y pistolas incrustadas de marfil?

¡Bah! En bandidaje, como en todo, escasea lo interesante, lo estético, y abunda lo plebeyo y lo insignificante. Es la falta de bandidos serios, de alta posición antisocial, lo que da importancia al herrero Mamed. ¿Que no logran cogerle? ¡Pues vaya una rareza! Con las nueve décimas partes de los criminales está sucediendo lo mismo. ¡No parece sino que hay para asombrarse del caso insólito! No se les coge á tres tirones, ni aun cuando ellos ponen de su parte la mejor voluntad – como la Cecilia, como Solé – para que se les haga pronto el favor de detenerles. A un mozo de la casta de Mamed, robusto, astuto, deseoso de salvar el pellejo y la libertad, fértil en tretas, decidido, con un instinto semianimal para olfatear la asechanza y burlarla, cualquier día nos le traen atado codo con codo los civiles. Si viene, será atravesado en un caballo y con una bala de Mauser en el cuerpo; pero sospecho que ni así, porque el mundo es muy ancho y los buques que tocan en nuestros puertos para algo sirven...

***

Por contraste con este sujeto notable en el arte de escurrir el bulto, acude á mi memoria, aun cuando el suceso lleva ya varios días de fecha, la conducta del falsificador que consiguió estafar al Banco de mi pueblo una suma respetable: setenta mil y pico de pesetas, si no me engaño. Para realizar tal estafa paréceme que se requiere una habilidad suprema. El mecanismo de los Bancos es de una precisión matemática y de una complicación sabiamente clara (si así puede decirse) con objeto de que no salgan perjudicados nunca en un ochavo los intereses del establecimiento de crédito. Las formalidades que hay que llenar, las precauciones adoptadas, desalientan por anticipado, se me figura, al estafador más mañero y atrevido. Pues bien: hubo uno que por medio de un procedimiento á la vez audaz y sencillo, con arte é inspiración, consumó la estafa, de la cual no se dieron cuenta los empleados hasta hora y media ó dos más tarde, á la del arqueo.

El estafador, entretanto, ya dueño del fruto de su diestra maniobra, aturdido al ver realizado lo que ni él mismo juzgaba factible, se sintió acometido de inquietud singular. Puede asegurarse – estudiando bien el especial estado que los actos del delincuente revelan – que hasta recoger la suma obedeció al cálculo, y después á un ciego impulso, que le aconsejó precisamente lo contrario de lo que hacer debía. – Era de presumir que le perseguirían y que donde hay tan contadas salidas, estarían vigilantes todas. La más elemental prudencia le ordenaba, á no tener medio seguro de evadirse, esconderse y permanecer quieto, sistema casi infalible de que nadie le descubriese. En vez de agazaparse, ó al menos de adoptar un disfraz, ya que quería huir, salió con día y sol, con el traje y barba que usaba al efectuar la estafa, y alquiló un coche en el sitio más público, advirtiendo al cochero, con muestras de agitación, que le urgía mucho llegar á B.*** Ya en B.***, cabría que intentase ocultarse; pero – y aquí entra lo más peregrino – en vez de tratar de perderse en el campo ó de cobijarse en algún tabernucho – donde acaso le descubrirían, pero tenía probabilidades en su favor, – no se le ocurrió cosa más oportuna que irse á la estación del camino de hierro á ver si la guardia civil le buscaba.» ¡Un conejo que sale de su madriguera y se acerca á ver si andan por allí los cazadores!

A pesar de su excelente propósito de ahorrar molestias á la guardia, todavía ésta no le atrapó hasta otra estación, en la cual se asomó igualmente por si la guardia civil se decidía al fin á hacerse cargo de él. El oficial que iba en su seguimiento y que llevaba sus señas, experimentó sorpresa grata. El conejo se colocaba ante el cañón de la escopeta... ¿Verdad que es asunto digno de estudio y nota curiosa para un criminalista?

***

Acabo de leer el proyecto de ley contra la difamación, y al ver que lo combaten Romero Robledo y Canalejas, comprendo que tendrá gran trascendencia política. A primera vista, y prescindiendo de lo que la política pueda intervenir en él, que de cierto es mucho, y de ciertos artículos, no me parece mal del todo una represión de los excesos y abusos de la palabra escrita (la verbal es químicamente reprimirla, aunque la ley lo intenta). No estaba, en realidad, la honra de la gente amparada aquí más que por las oraciones é San Nepomuceno. Parecía existir defensa en varios artículos del Código penal; ¡defensa ilusoria! De la interpretación del juez pendía la calificación de calumnia é injuria; las frases no eran injuriosas ni calumniosas sino cuando al juez se lo parecían..., y tan elástica disposición dejaba ancho margen á la tendencia á satisfacer rencores por medio de la pluma, pues era raro que los jueces quisiesen desplegar en esto la severidad que á veces despliegan contra el que roba un pan ó una gallina.

Se me dirá, y con razón, que en otros países la prensa incurre en mayores excesos; que aquí no la corrompe esa plaga de venalidad y de intrusiones en la vida privada de que afirman que están infestados, verbigracia, los diarios de los Estados Unidos; que aquí se publican pocos libelos, y que, por lo tanto, la difamación no llega á constituir peligro social. Social, no; individual, sí. Contra determinadas personas, media docena, una docena, se ha escrito aquí cuanto se podría escribir en los países donde la difamación florece más lozana. Y esa docena de personas vale tanto, ante el derecho, como una grey.

Por otra parte, en esos países donde la pluma es libre, son libres muchas más cosas que aquí están sometidas á una balumba de disposiciones y trabas legales. Donde la ley oprime, justo es que la ley proteja.

Lo probable, con todo, será que la ley aquí, á los cuatro días y salvo en determinados casos que adivina fácilmente el curioso lector, sea letra muerta, ó letra torcida y desfigurada caprichosamente. ¡Y es que eso de difamación, injuria y calumnia se presta á tantas ambigüedades! Claro es que los burdos insultadores habrán de moderarse un poco; pero el género fino, de la insinuación y la alusión envenenada, ganará lo que el otro pierda. Si no me lo vedasen mi educación y mis sentimientos (más eficaces que la educación, pues arrancan de la naturaleza), no me diera Dios otro trabajo que el de decir, pasando al través de las mallas de la más apretada ley, cuanto se me antojase de quien me siniese en gana. Porque estas son cuestiones de retórica, de forma literaria, de calma y mala intención, y el dardo, mientras más acicalado y pulcro, se clava más hondo.

No analizo el proyecto de ley artículo por artículo; si lo hiciese, tendría que oponerle bastantes reparos, especialmente á cláusulas de los artículos 8.° y 44. Las primeras parecen obra de un Courier, que tenía de la historia el concepto que sabemos; en las segundas se consagra la infalibilidad de autoridades, corporaciones y funcionarios. Y Dios, que lo ve todo desde su trono allá en el Empíreo, sabe que... desgraciadamente...

FELIPE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LLEGADA

A pesar de la tentativa de escarmiento recientemente hecha con los ladrones de las joyas de la condesa del Campo de Orellana, continúan en todo su esplendor las sustracciones en los ferrocarriles. Quien expide un baúl ó un bulto cualquiera, sea de ropa, sea de provisiones, por el tren, lleva un cincuenta por ciento de probabilidades de que le desbalijen. No se lo quitarán todo; que si se lo quitasen todo, sería lo menos malo que le pudiese acaecer al pobre público: entonces, al menos, se echa de ver la diablura, y procede la indemnización. Pero cuando afanan sutilmente algo de lo que el bulto contiene, por lo general al viajero no le queda otro recurso sino exhalar un suspiro y exclamar: «¡Paciencia!»

***

Esto hemos hecho nosotros al regresar de Galicia y notar que en uno de nuestros baúles faltaban varias cosas, de esas que tienen muy buen empeño. Y en vez de ir á contárselo á Pilatos ó al Nuncio, yo decido contárselo á los lectores, para uso de los cuales voy á emborronar algunas noticias útiles, recomendando á los que las leyeren que las pongan en conocimiento de sus amigos, por si éstos pertenecieseu á la clase de viajeros incautos.

Instrucciones á los que viajan en ferrocarriles españoles (1).

I. – Al guardar el equipaje en baúles, cajas ó sacos, conviene que los criados que desempeñan esta faena hagan una lista completa de lo que guardan, porque, en caso de falta y reclamación, lo primero que exige la Compañía es dicha lista, y con arreglo á ella se visita el baúl en la estación á presencia de quien corresponde.

II. – Las llaves, cerraduras y candados son tan inútiles contra esta clase de sustractores como contra el ladrón de casa. Antes de que el robo á la condesa de Campos de Orellana viniese á probarlo, sabía yo que poseen llaveros con variadísimas clases de llaves y ganzúas, y que en último caso abren un baúl por detrás, destornillándole los goznes. Los únicos procedimientos que conozco para asegurarse algo son los siguientes:

A. – Colocar en el fondo del baúl una envoltura de lienzo de iguales dimensiones que el baúl, y que abrace y cubra perfectamente el contenido. Esta cubierta se cose menudo, una vez lleno el baúl, y por debajo de ella se cruzan dos bramantes que se reunen encima, sellando el nudo con un sello de lacre que sea nuestro y que los señores sustractores no puedan imitar. Ni la cubierta ni el cordón ni el sello les impedirán tomar lo que les plazca, pero cuando reclamemos y se abra el baúl á presencia de quien compete, en el mismo punto de alzar la tapa se verá que ha habido gatuperio, porque, naturalmente, estará el sello roto.

B. – Ceñir el baúl por fuera con una cruz de tiras de lienzo fuerte pegadas con engrudo (el papel no sirve), y donde se juntan, sellar con un sello de tinta nuestro, que coja los dos cabos, procurando que no se junten ni cerca de la cerradura ni cerca de los goznes. Este sistema, como el anterior, permite apreciar de una ojeada si han andado arañando gatos de dos pies en el baúl (ó saco, ó cajón). Ambos sistemas son compatibles, y por sí no llega el primer cañonazo, puede dispararse el segundo.

C. – (Este método es invención del conde de San Román: *suum cuique.*) Se hace un cajón de madera ligera, *ensamblado*, no clavado, y se le sujeta la tapa con tornillos, echando sobre la cabeza de cada tornillo una gota de lacre de un color desusado (azul, verbigracia) y sellando allí lo que se quiera. Al recibir el cajón tiene que percibirse instantáneamente si lo han destornillado en el camino.

III. – El precinto de la Compañía no garantiza lo bastante la seguridad de los baúles. Según me consta por experiencia y me demostró perfectamente el ingeniero D. Eduardo Echegaray, hermano del ilustre dramaturgo, y representante entonces del Gobierno en la estación de Madrid, estirando el precinto y metiendo la mano por el hueco de la tapa entreabierta del baúl se puede sustraer buena parte de su contenido. Es el precinto además un inconveniente para los casos de sustracción y reclamación, pues con él se escuda la Compañía, y al presentarlo sin romper tiene una base en que fundar la negativa de que se haya podido cometer alguna sustracción dentro del bulto precintado.

IV. – A no tener, por los sistemas antes indicados, la certidumbre de que un bulto está intacto, jamás debe recogerse de la estación sin hacer previamente que sea comprobado su peso. Si el peso es menor ó mayor que era al facturar en la estación de origen, hay derecho á exigir y debe exigirse que el bulto sea abierto en presencia de quien corresponda, para cerciorarse de lo que puede faltar en él. Si algo falta, inmediatamente se debe formular la oportuna reclamación.

V. – En toda estación importante existe un representante del Gobierno. Este funcionario tiene el deber de mirar por los intereses del público y de facilitar sus gestiones. Es conveniente empezar por dirigirse á él, sobre todo si se advierte cierta morosidad en los empleados de la Compañía con quienes nos toque entendernos, al presentarles nuestras quejas y reclamar sus auxilios y explicaciones para hacer valer nuestros derechos. Y en todos estos trámites te recomiendo, ¡oh asendereado viajero!, la mayor calma y firmeza; porque has de tropezar con mil dificultades y repulsas, de las cuales debes hacer el mismo caso que si oyeses llover.

VI. – A pesar de cuantas precauciones adoptes, quizás sean los cacos más sutiles y mañosos que tú, y te burlarán impunemente; de modo que si te interesa conservar algún objeto, llevátelo contigo á la mano, á tu lado, dentro del departamento, y no lo pierdas ni un segundo de vista...

***

Pero no por eso te desalientes, ni desmayes en apelar á ti mismo, ó sea al público, soberano señor cuando á serlo se determina sin vacilaciones. Yo creo que, en la mala, malísima organización de los servicios, tienen gran culpa sus organizadores...; mas también la tenemos tú y yo, que nos dormimos, que nos dejamos invadir por el *qué se me da á mí*, y cooperamos con nuestro asentimiento á que el daño se eternice.

Decíame un pedagogo ilustre que es más difícil lograr que un niño español juegue, que que estudie la lección. Y es que estudiarla, quietecito, pide menos actividad que jugar á un juego físico, á saltos, carreras y trompicones. – Yo, parodiando la afirmación del pedagogo, sostengo que estamos siempre más dispuestos á dejar que nos despojen de nuestra propiedad, que á defenderla por los medios que la ley pone á nuestro alcance. Aceptamos como una fatalidad el despojo; sabemos ya que al montar en el tren nos jugamos la cuarta parte del equipaje, que el billete lo mismo puede costarnos cien que mil pesetas..., y resignados como faquires, allá nos metemos en un departamento sucio, anticuado, cuyas ventanas no abren ni cierran, y al recoger nuestros bultos, cuando la odisea termina, damos gracias á Dios como si de alguna atrevida exploración regresásemos con la piel.

No lo dudes, viajero: el remedio de lo que deploramos está en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra tenacidad, en nuestra resolución de no permitir que con tal frecuencia sucedan estas cosas que no debieran suceder nunca. – Cada país tiene el gobierno que merece..., y los ferrocarriles haciendo juego con el gobierno.

***

Cubiertas de nieve quedan ya las pocas montañas que al paso del tren se ven en Castilla; muda con la mudez solemne del invierno la naturaleza, y casi sin hoja alguna los esbeltos alisos y chopos que adornan el cauce de los ríos y que cortan, único toque de verdura, la monotonía de la infinita llanada. Muchos todavía lucen las tintas rojizas y cálidas del otoño; otros ya no son más que esqueletos que alargan miles de brazos finos como encaje, sobre un cielo de un gris glacial.

En ninguna época del año deja de ser hermoso el paisaje; en ninguna comarca le falta su peculiar atractivo. Diréis que Castilla es parda y escueta, diréis que sus perspectivas adolecen de uniformidad y que está calvo su territorio, y despoblado, que es lo peor, lo más triste. – Verdad es, y no obstante, en esa lisura y esa igualdad hay belleza propia. – Su línea majestuosa recuerda la de la campiña romana, sólo que en Roma la tierra es más obscura, tiene ese matiz ardiente conocido por *ocre rojo* ó *siena*. Castilla es de ocre amarillo. Allá á lo lejos, sus montañas son de un violeta vaporoso. Cuando hace sol, el suelo se anima, el perfil de la yunta de mulas se recorta de un modo pintoresco sobre el azul del horizonte límpido. El pozo y la noria; el rebaño de negras y blancas ovejuelas; la vacada; el carro cargado; la lenta galera; el arcaico birlocho que conduce á su casa á algún señor campesino..., son notas de gracia en medio de la severidad melancólica de ese paisaje de Castilla, por pocos elogiado, y que á mí me agradaría si no viese en sus estepas la escasez de nuestra población y la huella de tantas vicisitudes como nos han arrinconado.

Y á veces – al lado del torreón feudal y del campanario elegantemente erguido sobre el grupo del caserío de adobes – asoma, ¡oh extraña vista!, la chimenea de una fábrica... Parece allí, en las llanuras donde aún creemos que van á cruzar los blancos alquiceles de los moros, un extraño anacronismo.

***

¿Y de qué se habla á mi llegada á Madrid? Como siempre, de nada y de todo. La política está algo menos cuajada que en verano; la crisis amaga; los teatros empiezan á animarse y á sacar novedades de los años 45 y 50, como sacan las señoras del armario un traje antiguo, y se asombran de que vuelvan á *llevarse* tales mangas y tales hechuras; los paseos se llenan de gente; las tiendas presentan terciopelos y paños en el escaparate, mezclados con pieles y pesados abrigos; las «personas conocidas» vuelven del extranjero contando primores; Madrid es el Madrid habitual, con sus males y sus bienes, con su intensa vida de relación en un reducido círculo social... Dentro de una quincena empezará la racha de pulmonías, y caerán, como fruta sobrada madura, no pocos de los que ahora concurren á Apolo, ó de los que, más apocados, no se atreven á asomar la nariz fuera de casa así que obscurece... Vendrá diciembre guadañador, y leeremos necrologías sentidas y soporíferas en los diarios...

Mucho cuidado, muchas pastillas pectorales, mucho cuello subido, y Dios sobre todo. – Los muertos van aprisa, dice la balada alemana, y dice la diaria observación, de puro exacta, inútil.

Emilia Pardo Bazán.

(1) En el extranjero no he oído á nadie quejarse de este mal; por eso me limito á decir «españoles.»

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DECÍAMOS AYER...

Y suma y sigue á la orden del día los crímenes, con ó sin misterio, y continúan los criminales fugitivos que se evaporan como una gota de perfume y que para burlar á sus perseguidores emplean recursos de ópera cómica, enseñando la medalla de la policía, al modo que Lindoro, en el *Barbero de Sevilla*, enseña á los alguaciles el distintivo que cruza su pecho. Yo bien quisiera hablar aquí de altas y nobles acciones, ó por lo menos de estrictos deberes cumplidos; pero en cualquier hoja impresa que os caiga en las manos, no veréis sino puñaladas, tiros, sangre, exterminio y desolación...

***

La recrudescencia de la criminalidad pica en historia. Muchos la achacan á los indultos, sobrado amplios, que se concedieron con ocasión de la jura del Rey, y que arrojaron á la calle, en las especiales malísimas condiciones para corrección y enmienda en que necesariamente se encuentran los licenciados de presidio, á un sinnúmero de ellos. No profeso, en materia penal, opiniones cerradas. Paréceme que las instituciones y leyes penales, como todas, han de subordinarse al estado del país, á su situación, á sus necesidades del momento. Claro es que, por el sentimiento, por estética, me desagrada la pena de muerte dondequiera, y que por la razón, me indigna donde se puede organizar la represión en otra forma, no tan dura é irreparable; mas aquí, dada la falta de instrucción, la terrible cifra de analfabetos, la propensión al anarquismo sentimental, el poco respeto á la propiedad y á la vida ajenas y otras mil concausas, entiendo que la impunidad es un mal mayor que la severidad en el castigo. No se moraliza castigando..., ¡bien lo sé!, pero se reprime, se ataja el daño, se pone un tapón á la hemorragia..., y aceptemos el paliativo, á falta del seguro remedio.

***

La naturaleza humana no es, como quería Rousseau, excelente en su origen y pervertida por la civilización después. Acierten mejor los que, ó por la fe ateniéndose al Génesis ó por la ciencia siguiendo la doctrina de la evolución, la juzgan mala en sí, y la suponen partiendo del instinto para llegar, trabajosamente, á relativa moralidad. El arrepentimiento del culpable es por otra parte fenómeno tan poco frecuente, que la Iglesia celebra con superior veneración á los grandes arrepentidos que á los grandes virtuosos desde el nacer. Y el arrepentimiento lo engendran casi siempre los merecidos castigos, no los perdones arbitrarios y caprichosos. Por todo ello no estoy á bien con los indultos, á los cuales ni siquiera abona el representar un movimiento generoso del real ánimo, puesto que es la influencia política la que juega hasta con cosas tan sagradas como las libertades y las vidas de los hombres y *aconseja* al rey la clemencia, según conviene á los intereses de los partidos. La cadena de la impunidad se eslabona así: primero, la blandura del jurado, que es un bizcocho generalmente, y un día se desquita siendo una piedra berroqueña; luego, las influencias, que en repetidos indultos van echando á la calle á un criminal, sin que la sociedad cuide siquiera de vigilar su conducta y de proporcionarle modo de vivir honradamente. Ahí salen por manadas, á acrecer la espuma negra y fétida que baña á las grandes capitales, ó á ser terror de las aldeas y jaqueca de la Guardia civil, á acentuar el malestar que todos advierten, á envolver con otro crespón nuestro turbio celaje social, y á reforzar, en las clases pobres y desvalidas, la idea de que todo se debe al favor y al azar venturoso, de que el destino de cada hombre no es consecuencia de sus actos, sino de la casualidad feliz que le pone en relación con este ó aquel valimiento, ó determina que le coja la racha de la clemencia ó del rigor... Y no creo que exista concepto más inmoral de la vida que este.

***

Ahí está, verbigracia, el caso del cochero, cuyo asesinato, ó cuyo homicidio (califíquenlo los jueces), tanto da que hablar estos días, hasta en la Cámara de los diputados. Hecho que tal luz arroja sobre nuestro estado, quedaría oculto como otros mil, si por naturales motivos no lo esclarecen personas de elevada esfera. Al hablarse en el Congreso del caso del cochero Zaballa, cualquiera creería que se trataba de algo inusitado. En mis Marinas, por lo menos, es frecuentísimo eso de que en riña salga un hombre herido de muerte y se retire á su casa á dar las boqueadas cuatro ó seis días después, y se le pueda poner por epitafio el título de una novela rusa: «Murió»... y lo enterraron.» Generalmente no hay necesidad de dar paso alguno para evitar las consecuencias de un homicidio en disputa: ellas se evitan solas. La familia del muerto teme más á la intervención de la curia que á un nublado; la curia no experimenta afán de mezclarse en lo que no ha de reportarla un céntimo. Si el matador es rico ó tiene enemigos..., entonces el cotarro se revolverá; si es un pobrete, *¡pequiescat!* – A mal dar, se ponen en juego todo género de influencias para que el informe de los médicos forenses no comprometa, para que se califique de «lesiones menores» el agujero más profundo de la piel y la trituración de los huesos. Nadie se preocupa de lo que pueda sobrevenir. La justicia no mira, la sociedad se encoge de hombros; á los quince días, ni en los corros aldeanos se habla ya de aquel «malpocado» que pudre la tierra...

***

A dos pasos de mi casa de campo he visto desarrollarse un drama ignorado, sombrío y cruel. Un mozo aldeano, sostén de su familia, el que con la azada ganaba el pan, fué asesinado alevosamente, al retirarse, al obscurecer, por un camino hondo. Desde un seto próximo le dispararon un tiro de revólver, que le pasó el corazón. Cayó revolcándose en las convulsiones de la agonía; entretanto, el asesino atravesaba unas eras é iba á ocultarse en su choza, á fin de poder asegurar que no estaba fuera aquella noche. Hubo quien presenció la escena; hubo quien encontró á la víctima aún con soplo vital... y huyó, por no verse «envuelto con la justicia.» Toda la aldea supo quién era el criminal; constaba que semanas antes se había jactado de preparar su hazaña, de que la realizaría en breve. Nadie declaró. Se incoaron lánguidamente las primeras diligencias, y quedóse todo, como decirse suele, en agua de cerrajas. – Las malvas y las ortigas del campo santo aldeano se abonaron con aquel cuerpo joven y robusto.... No pasó otra cosa.

***

Es decir, sí: pasó una cosa igualmente vulgar. El padre de la víctima era un viejo que padecía grave enfermedad del estómago. Sentíase algo mejorado: con la pena, empeoró. Había que trabajar, que trabajar más, ahora que faltaban los brazos del hijo. Para lograr la salud, sin la cual no adelanta el trabajo, el labriego apeló á los remedios de un curandero, de quien la credulidad hizo un sabio profundo. Los remedios, al pronto, aliviaron su mal; pero ignoro si por culpa de ellos ó por el sordo trabajo de la naturaleza, transformóse el padecimiento y surgió la locura. El padre del asesinado falleció entre ataques furiosos, espumando, queriendo destruir cuanto le rodeaba, y fué á reunirse con su hijo bajo la sombra del olivo añoso que decora el humilde cementerio.

***

Yo había hablado con aquel padre, pocos días después de la tragedia. Envuelta en su amargura llevaba una resignación fatalista. ¿Qué podía él hacer; qué iba á remediar ya, con empeñarse y agitarse para que el crimen no quedase impune? ¿Y cómo meterle en la cabeza que la serie de otros crímenes anteriores, impunes porque otros padres habían pensado como él, era lo que probablemente le costaba la vida del pedazo de sus entrañas? Más alto que mis reflexiones hubiese hablado el miedo secular, el pavor de la *justicia*, la convicción trágica de la vanidad del esfuerzo. El hombre prefirió tragarse su pena, dejarla depositarse en el cerebro y en el alma, hasta la pérdida quizás de la razón... Todo menos luchar. Todo menos reaccionar contra lo que jurgó inevitable.

Si mi labriego hubiese sido un hombre del Mediodía, tampoco acude á la justicia: lo que hace es tomársela por la mano. Espera en la misma revuelta del camino al matador, una noche sin luna ni estrellas, y le deja seco. La psicología de mi tierra es muy diferente. La resignación forma la base del carácter de ese aldeano cuyas afinidades con el *mujik* ruso más de una vez tuve ocasión de notar. Nada hay de moruno ni de italiano ni de corso en nuestra índole moral, y las *vendettas* á plazo largo son tan raras, como frecuentes las quimeras y los palos.

***

En Madrid abunda todo: rencores, rencillas, pasionalidades, arrebatos, y el delito sencillamente generado por la embriaguez y la sensualidad, la delincuencia *pasional*, á que se aludía ayer en el Congreso. ¡Triste síntoma, por lo frecuente! La muchedumbre está predispuesta al delito mediante una especie de contagio. – Pocos días hace que asistí á la última función del teatro de Apolo. Hay que esperar á la entrada, en el hermoso y amplio vestíbulo, á que la penúltima termine, y se agolpa, esperando, un gentío en que se confunden todas las clases sociales, pues á esa última función del popular teatro concurren

> desde la princesa altiva
> á la que pesca en ruin barca...

El gentío, cuando llegamos al vestíbulo y nos refugiamos en una esquina para que no nos envolviese la ola, hervía impetuoso. Se escuchaban chillidos, silbidos, imitaciones de cantos de gallos, carcajadas, imprecaciones. Contra la barandilla de la escalinata acorralaba un centenar de hombres á dos ó tres mujeres, jugando á estrecharlas más y más, al principio como en broma, luego oprimiéndolas hasta quitarlas el respiro é hincarles las costillas en la cavidad torácica. Una de aquellas mujeres, pálida, exánime, se desmayó. El apretujón continuaba. Entonces un oficial de artillería, indignado, la emprendió con los cobardes, y sacó en vilo á la mujer. Toda aquella horda retrocedió al ver que un caballero les hacía cara. Así Cyrano de Bergerac, contra el centenar de malsines. Y los agentes de la autoridad... haciéndose los suecos, por supuesto.

***

Esos mismos que aprietan contra una balconada de mármol á mujeres indefensas – sean ellas quienes fueren, que para el caso nada importa, – son los que, á la puerta de un colmado, abollan la cabeza á un cochero arrebatándole la vida, ó pasean en fila á un rebaño de infelices para escarnecerlas entre el lodo de la calle. Sea la ley severa con ellos, y póngase coto á las demasías de este género de rufianes, graciosos chocarreros, viciosos prosaicos y malhabidos; castíguese en ellos algo peor quizás, para las costumbres, que la criminalidad de otra naturaleza: pues, como dijo acertadamente Azcárate en la sesión de ayer, el criminal nato es un caso poco frecuente, pero estos criminales ocasionales y *consuetudinarios* abundan, cunden y contaminan á la sociedad entera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes, cómo prosiguen los asesinatos de mujeres? Ahora ya, de una vez, un hombre *despacha* á dos juntas, hija y madre. Sistema perfeccionado, con todos los adelantos de la edad moderna; golpe doble... Claro, el individuo habrá dicho para su navaja: «¿Qué me harán si mato una mujer? Poca cosa. ¡Y si mato dos? Lo mismo. Siempre resultará que procedí arrastrado por sentimientos irresistibles, bajo una fascinación mágica que me impidió darme cuenta de lo que realizaba, y que hasta me impulsó á creer que el arrear una puñalada es una caricia suave, demostración de amor y ternura, y por lo tanto, que la verdadera víctima soy yo, y merezco una recompensa para consuelo. A matar, pues, por partida doble..., y vengan jueces, que ya saldré más inocente que una paloma.»

* * *

Y quédense ahí los crímenes, porque ya es igual á hablar de los catarros, en esta estación, y los sombreros de las señoras en el teatro, y tratemos de otra plaga de Egipto: las postales.

Dos compañeros de martirologio postal, Eusebio Blasco y Mariano de Cavia, han gritado en *El Heraldo* y *El Imparcial:* yo no hubiese roto la marcha, pero ya que empezaron ellos... digo que tienen muchísima razón, y que esto de las postales pica en historia. No identifico, sin embargo, á todos los *postalistas.* – Los hay que poseen esa facultad preciosa y rara llamada *sentido común,* y que al pedir un autógrafo para «enriquecer» ú «honrar» su colección, se toman el trabajo de remitir la postal, ya franqueada. A éstos se les puede atender; y yo creo que en general se les atiende. Pero otros quieren convertir á los escritores en sastres del Campillo, y eso ya me parece abuso. Varios envían la tarjeta sin franqueo; varios ni franqueo ni tarjeta. Reconozco que el valor de una tarjeta es mínimo y el del franqueo tampoco arruina á nadie; sin embargo, si se reciben – y no es ninguna maravilla recibirlas – quince ó veinte tarjetas diarias, y cada una de ellas supone un valor mínimo de 0,10 la tarjeta y 0,10 el franqueo, tenemos un gasto que puede alcanzar al máximo de 4 pesetas diarias, lo cual supone al año un desembolso de 1.460 pesetas, invertidas en complacer á personas á las cuales no tenemos el gusto de conocer. – Recuerdo que el primer año de mi estancia en Madrid me dió por compadecerme de los sablistas y petardistas que llaman á la puerta y dejan una carta, y por figurarme que debía abonarles, siquiera, siquiera, el importe del papel, del sobre, de la tinta, del paseo que hasta mi casa se habían dado. Cuando eché la cuenta de lo que importaba esta al parecer insignificante partida, quedé atónita. Suponía más de 100 pesetas al mes, ó sea 1.200 al año. Con 1.200 pesetas al año se hace una caridad verdadera, inteligente, útil. Con esa siembra de *perras* chicas y grandes no se hace nada: ténganlo entendido los de corazón blando y bolsillo abierto al menudeo. Ese género de limosna recae en los vagos, en los cómicos de la miseria, en los que merodean para ganarse el tabaco y la copa y el día sin trabajar.

* * *

Volviendo á las postales, no las miremos solamente por el lado económico: veamos lo que encierran de amarga lección, mortificante para nuestra vanidad. – De cien personas que nos piden el autógrafo, cincuenta ó sesenta ignoran el porqué. Han oído campanas y no saben dónde. Les ha sonado el ruido de un nombre, pero ni sospechan lo que ese nombre significa. Piden el autógrafo al buen tuntún, y sin tomarse ni el trabajo de preguntar á otro mejor informado, para no cometer pifias. Y así sucede que tantas señoritas ultramarinas y aun alguna nacional me escriban babándose de satisfacción: «Insigne poetisa, ¿querría usted honrar mi álbum de postales con una de sus mágicas inspiraciones?»

Otros piden «un pensamiento.» Esto ya es más corriente y no comprometé á nada. Pensar, han de pensar todos, en verso ó prosa. Que piensen bien ó mal, es cuenta suya. El toque está en tener un pensamiento original para cada tarjeta; y como eso ya envuelve algún esfuerzo, la mayor parte de nuestros ilustres tienen un pensamiento *en tout cas,* el mismo para cuantas tarjetas les caen por banda; y los poetas, más prácticos aún, se contentan con copiar de su puño los dos primeros renglones desiguales de cualquiera de sus composiciones.

Nadie, sin embargo, ha llegado todavía al grado de espontaneidad que Alejandro Dumas padre, quien, en la época de esplendor de los álbumes, escribía en ellos:

«*Que le diable emporte les albums.*»

* * *

Las postales, por otra parte, son una nueva de mostración de la verdad que tantas veces ó á Castelar repetir: «¡No sedis, por Dios, no sedis célebres!» La celebridad, en efecto, es una aspiración enteramente ideal, que, conseguida, reporta en lo material molestias infinitas; ventajas positivas, ninguna. El elocuente párrafo de Max Nordau que voy á transcribir es un Evangelio chico:

«¿Qué sacs el hombre célebre de su fama? Recibir muchas cartas pidiéndole autógrafos, las menos con sellos para la contestación; que gentes desconocidas le honren con peticiones confidenciales de auxilio; que le agobien con entrevistas no dejándole trabajar ó descansar, fatidiándole con preguntas indiscretas y poniendo en su boca contestaciones estúpidas; que todo el mundo se crea con derecho á quitarle su tiempo con visitas y cartas interesadas; que los autores le manden diez veces más libros de los que puede leer en diez vidas y esperen su juicio razonado; que todo imbécil considere de su deber emitir su opinión acerca de él y muchos imprimirla; que los que desean ser célebres y no lo son se venguen en él lanzando anécdotas infamantes sobre su vida; y si le gusta que los periódicos se ocupen de él, su gozo se verá agriado observando que al crimen del día se otorga más espacio que al poeta del siglo.

»La halagadora convicción de que su fama alcanza los confines del globo, se supone que indemniza al hombre célebre de todos esos inconvenientes personales. Pero ¡á qué humillaciones se expone si trata personalmente de gustar el alcance de su fama! La gente ha creído siempre que el nombre más popular del siglo XIX fué el de Napoleón; y sin embargo, éste sufrió la decepción de oir por sí mismo que una mujer nacida y criada en París no tenía la menor idea de quién era.»

* * *

Y sin embargo, ¡cómo se pirran las gentes por eso de la fama y el renombre! Es que la vida no sería posible acaso si todas las cosas se viesen tal cual son en sí, despojadas de la aureola que la ilusión les presta. Hay mucho de beneficioso en esto de que el error se renueve á cada generación; y como además no está la elección dudosa entre una serie de verdades y otra de ilusiones, sino que son ilusiones las que rigen constantemente los actos humanos, esta de la celebridad no es de las más feas ni de las más vulgares que pueden fascinar al hombre. En lo que no estoy conforme con Nordau es en que sea propia de la edad Moderna. Acuérdese Nordau de Eróstrato, y del dolor de César al recordar á qué edad llenaba Alejandro con su fama el mundo.

* * *

Aquí tenemos al monarca portugués. Los monarcas son como la procesión del Corpus: no lucen sino con buen tiempo y claro sol. Y estos dos artículos de primera necesidad, antaño tan abundantes en Madrid, andan ahora..., no por las nubes, eso quisiéramos, sino en la región de lo fantástico. El clima de Madrid ha variado completamente, en el espacio, relativamente corto, de doce años. Su cielo de invierno ya no es aquel celaje azul, puro, claro, que alegraba el espíritu; su atmósfera ya no es aquella atmósfera de cristal, en que erizaba el Guadarrama picantes agujas. Hoy en Madrid llueve con la misma constancia que en Galicia; el suelo es una sopa, las calles lodazales, el paseo un charco, el firmamento una enorme panza de borrico, y el aire está saturado de humedad que cala hasta los huesos. El cuadro nosológico (¿se dice así?) también ha variado: ó hablando en lenguaje corriente, las enfermedades no son las mismas que antes – naturalmente. – Hay menos pulmonías y más reumáticos. Y los reyes que llegan entre chubascos y vendabales, llegan y se van de incógnito, excepto para el personal palatino.

* * *

Eso sí: en obsequio al rey de Portugal se les han adelantado las vacaciones de Navidad á los estudiantes... Séame permitido, reconociendo ante todo mi escasa competencia en estas materias, declarar que no veo la relación que existe entre las vacaciones estudiantiles y el monarca luso. Nada, que no la veo ni con un candil. ¿Es que se anuncia algún festejo especial, de índole pedagógica, incompatible con la asistencia de los profesores á sus cátedras y los alumnos á sus clases? ¿Es que siquiera por las calles van á celebrarse fiestas que atraigan á la mocedad y la distraiga de sus estudios durante unas horas? Nada de eso. Es sencillamente una artimaña para dispersar á los estudiantes, un recurso político... de los mezquinos recursos políticos que aquí se estilan. Y no digo más, aunque mucho podría decir, porque aquí saltan los gasapos como en coto antiguo; es una bendición de Dios.

* * *

Yo no sé si las demás regiones españolas se encuentran en situación análoga á la que voy á retratar; pero en la región gallega, juzgando por la lectura de los periódicos, pues no hablo sino de cosas públicas y notorias – ¡Dios nos libre y nos defienda de tocar á lo que no pertenece á la publicidad! – pasan cosas algo fuertes. En un solo diario coruñés obtengo la lista adjunta: Lynchamiento de un moro aldeano por otros mozos aldeanos (Betanzos). – Aldeano muerto de un tiro de Mauser, en una carretera, por la Guardia civil (Carral). – Doncella atropellada por el bandido Mamed Casanova, especie de *Fra Diavolo,* que desde hace meses vaga suelto y cometiendo fechorías del mismo jaez, en una comarca pequeña, donde no logra darle alcance la fuerza pública (Grañas de Sor). – Muchacho de diez y seis años, de acomodada familia, que gasta pistola y que mata de un paraguazo á otro muchacho de trece años (Santiago). – Grupo de barberos que destrozan los vidrios y material de las peluquerías (Vigo). – Encuentro á tiros y pedradas (La Coruña) entre los consumeros de la ronda volante y varios particulares. – Dos hombres asesinados, en Salcedo (Orense). – Buhonero casi muerto de un tiro en un muslo (Redondela). ¿Quieren ustedes más? ¿Les parece poco para número de un diario de una región? Y á esto... no se le llama *anarquía.*

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POLICÍA

En tela de juicio y sobre el tapete anda estos días la aptitud de nuestra policía, con motivo de la captura de los Humbert. ¿Ha sido el descubrimiento de los monumentales estafadores un acierto, acierto verdadero, reflexivo, pues aquí no valdría usanarse por éxitos casuales, sonaduras de flauta de aquellas de que trataba el fabulista? ¿Ha sido, por el contrario, la sencilla maniobra del que sabe, debido á que se lo avisan por carta anónima, que en un cajón está un billete de Banco, y abre el cajón y recoge el billete con gran sosiego? Las dos opiniones tienen defensores; pero observaré que la primera dominó al pronto, y que según van pasando días prevalece la segunda, domina el escepticismo.

***

En efecto, reconstruyendo la historia de los Humbert desde que abandonaron la capital testigo de sus triunfos y campo de sus empresas, se ve que esta familia de caballeros de industria llegó á Madrid hace bastantes meses y se instaló tranquilamente, como pudiera si no tuviese ningún motivo para ocultarse. Alquilaron los Humbert un hotel, tomaron su asistenta española, salieron á la calle todos los días, fueron á los toros, engalanaron sus balcones en las fiestas de la jura. Corrió tiempo, y á pesar de que una familia numerosa, extranjera y totalmente desconocida debe llamar siempre la atención de la policía, y moverla á realizar pesquisas hasta averiguar de dónde y á qué viene; á pesar de que la policía española tendría en su poder, sin género de duda, retratos de los Humbert, sus señas, su filiación, ahí se estuvieron pacíficamente, sin que á nadie se le importase un ardite de ellos. La prensa europea, cada ocho días, hablaba de los Humbert, de su increíble desaparición, consagraba artículos á las hipótesis de su escondrijo..., y nuestra policía, que debiera haberlos espiado desde la primer semana, ni aun soñaba con descubrir la menor relación entre una familia que no podía pasar inadvertida y los estafadores á quienes infructuosamente se perseguía por el mundo entero.

***

Los rumores más novelescos han corrido para explicar la repentina clarividencia de nuestra policía: hay quien cree que lejos de estimularla á que abriese el ojo, en Francia se deseaba una policía ciega y sorda. – Ahora bien; yo que me inclino siempre á lo verosímil, antes que á lo novelesco, no doy gran crédito á descabelladas versiones que ruedan de boca en boca, y acepto el hecho sencillo, natural, probado experimentalmente, de una policía descuidada, bien intencionada, pero no avezada á esas prestigiosas campañas que han inmortalizado á algunos célebres polizontes franceses.

Acertar *por casualidad* no es un acierto profesional policíaco. Eso le puede suceder á cualquiera: yo escucho una conversación al través de un piso ó de un muro, en una fonda, en un coche, y esa conversación me entrega á un gran criminal... Pero si mi oficio es vigilar, buscar, capturar criminales, debo *provocar* la circunstancia fortuita que me los ponga en las manos. La labor del polizonte es *arte, arte social*, y exige altas dotes, profundos estudios sociales también. No puede desempeñarla el primero que llegue, y no puede encontrarse más adelantado ese arte de lo que lo esté la sociedad misma, en conjunto. En una sociedad adelantada, todo el mundo auxilia á la policía, está interesado en cooperar á que se cumpla la ley. La policía, en efecto, sólo en Estados mal constituídos, en organizaciones sociales defectuosas, es mirada como elemento *aparte* de la sociedad, y aun como algo *enemigo* y reprobable. La reconciliación entre la sociedad y la policía significa: en la sociedad, el respeto á las prescripciones legales; en la policía, conciencia de la dignidad de su misión, incremento de inteligencia y moralidad.

***

Por eso aquí podemos tener un polizonte que desempeñe su misión con acierto, un *individuo* apto, y yo no regateo al Sr. Caro los méritos que en la captura de los Humbert pueda haber contraído; pero niego que por esta captura debe decirse que tenemos una policía mejor organizada que los restantes servicios, cuyas deficiencias tanto se lamentan y con sobra de razón. No ha mucho que la célebre Cecilia Aznar necesitaba, para hacerse prender, cometer todo género de imprudencias durante quince días, y venir, por decirlo así, á meterse ella misma en la boca del lobo, hasta el punto de que la prensa la adjudicó, á ella misma, la recompensa ofrecida á quien la capturase. Los Humbert, á su vez, tampoco extremaron las precauciones; ni se separaron, ni se disfrazaron, ni casi se escondieron. Y nótese que Cecilia y más aún los Humbert eran caza señalada por todas las jaurías, presas apetecidas universalmente. La impunidad y la seguridad del reo aumentan en razón directa de lo obscuro é ignorado del crimen. La lista de los criminales «no habidos» es infinita, el olvido cae sobre ellos y sobre sus actos, la justicia archiva las diligencias, y en paz. Cierto es que también en el extranjero hay criminales famosos que han burlado á la policía, como *Jack* el destripador; pero nótese que, comparado al inmenso Londres, Madrid es apenas un lugar de Castilla. Aquí todo el mundo conoce á todo el mundo: timadores, carteristas, vendedores ambulantes, placeras, menegildas, el hampa y la golfemia, el mundo de Salillas y Llanas Aguilaniedo, puede tenerlo en sus apuntes clasificado con perfecto orden un jefe de policía, y saber, como sabe su propio nombre, la vida, milagros, clase y condición de cuantos habitan en la villa coronada y pueden por cualquier concepto exigir que sus actos se vigilen. Porque, en materias tales, se procede por exclusión. De quinientos mil moradores de la corte, creo que no es aventurado suponer que cuatrocientos mil son personas honradas, ó dígase de *normalidad legal:* familias conocidas, pertenezcan á la clase que pertenezcan, señores, industriales, trabajadores, artesanos, gente cuyos actos no es preciso inspeccionar. Quedan, pues, cien mil *sospechosos;* á esos habrá que tenerlos en estudio, conocerles, no ignorar sus pasos; pero, especialmente, sólo á mil ó mil quinientos malhechores de oficio conviene no perder nunca de vista. Parece mucho y no es nada, cuando se les conoce bien y se poseen antecedentes, retratos, datos preciosos, que les entregan á la policía apenas se desligen. Es cuestión de buena organización y de exquisita vigilancia. Madrid, capital relativamente pequeña, podía y debía ser un modelo en cuanto á seguridad y á barrido. Y sin embargo, por recientes estudios sociales no ignoramos que se encuentra punto menos que como manigua ó selva virgen, donde á su sabor realizan gatuperios y fazañas todos los avechuchos dañinos.

***

Que la sociedad puede y debe contribuir á que cumpla su oficio la policía, es axiomático. Aquí, sin embargo, confundidas las nociones de lo justo y de lo injusto, mientras por una parte lamentamos la insuficiencia de la policía, por otra nos colocamos, con derroche de romanticismo, al lado del delicuente, y le encontramos simpático, interesante y digno de compasión. No importa que los delicuentes interesantes se hayan concluído, que ya no existan reos políticos, que aquella bonita leyenda del *perseguido* á quien es preciso salvar aun á costa de la propia vida haya pasado á la historia y sólo se cante con música de la *Tosca* en el teatro: no pudiendo idealizar á un revolucionario, se idealiza á un tramposo, á un ladrón, á un asesino. Corrientes de simpatía van hacia el desluciido héroe de una odisea que canta la música callejera del romance. La familia Humbert – sobre todo Teresa Daurignac – ha sido mirada hasta con cariño, mientras se insultaba á sus presuntos denunciadores. Y en mi tierra y fuera de ella también, no ha faltado quien mirase como á un Judas al cura de Freijo, que facilitó á la guardia civil los medios para conseguir la captura del bandido Mamed Casanova, nuestro *Fra Diavolo*.

***

Ese cura, que recuerda, hasta en pormenores curiosos, á aquel otro por mí retratado en *Nieto del Cid* – un cuento que se ha leído y traducido bastante y del cual hicieron en Francia un dramita en un acto, – ese cura de una parroquia extraviada, es más hombre que el bandido; ha demostrado mayor sangre fría, se ha jugado la vida con mayor calma. Le atrajo á una emboscada, es cierto; pero recuérdese que el bandido acababa de pedirle «una limosna.» Y ya sabemos lo que esto significa en su lenguaje. El bandido se disponía á despojar al cura, y tal vez no hubiese parado ahí, como no paró en la casa del otro cura anteriormente desbalijado por Mamed y donde quedó, testimonio de la ferocidad de este malhechor, el cadáver de una mujer indefensa y asesinada friamente. Son los curas de aldea las víctimas propiciatorias de los bandidos: allí caen y allí cometen todo género de crueldades y de horrores. Mamed, que por tantos estilos es un bandido italiano, dijo en sus declaraciones que él jamás dispararía sobre el cura; que respetaba el carácter sacerdotal. Mamed lleva escapulario, y cuando cayó herido por la bala del mauser de los guardias, al punto pidió confesión, que le administró el mismo párroco que acababa de hacer efectiva su captura. Con toda esta religiosidad, no me fiaría yo, en el pellejo del párroco, de las buenas inspiraciones que á Mamed le dictase la acendrada fe. Nada de eso: á cien leguas me quisiera de tan famoso creyente, que despachó, hasta sin confesión, á la criada de otro cura, y no despachó al amo de la criada, sencillamente porque se había descolgado de una ventana al campo, y ya ni un galgo á todo correr le alcanza en su desparorida fuga.

***

La opinión, así y todo, se puso en contra del valiente párroco de Freijo, y no sé si le calificó de *traidor* inclusive. A los que así predican quisiera yo ver perdidos en una montaña, lejos de auxilios humanos y con Casanova rondándoles la puerta. Quisiera yo que pudiesen oir los lamentos de las míseras mujeres atropelladas por el bandido, y dejadas con su escarnio y su vergüenza, deshaciéndose en lágrimas, en un monte ó al borde de un sendero; y entonces me dirían si con fiera por el estilo se ha de proceder tan caballerosamente como con D. Amadís de Gaula ó D. Belianís de Grecia.

Si la sociedad no es *social* – y ¿quién duda que estamos muy poco *socializados?* – la policía no puede ser muy perfecta, los institutos llamados á asegurar y mantener el orden tienen que resentirse á su vez del mismo ambiente que les rodea, y los encubridores y cómplices indirectos abundarán siempre más que los hombres ternes como ese párroco, á quien desde aquí felicito, declarándole *profesor de energía*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SIGUIENDO AL MUERTO

No han faltado acontecimientos en esta quincena. El cautiverio y extradición de los Humbert, con la revelación de los orígenes de su captura, revelación que confirmó mi acerto relativo al probable olfato de nuestra policía; las alarmas y temores infundidos por la guerra marroquí, reguero de pólvora que puede, de un momento á otro, prender fuego á nuestra casa; y la muerte de D. Práxedes Mateo Sagasta – una de las dos columnas que limitaban nuestro Estrecho político, – han dado larga tela á la prensa diaria y llenado sus columnas multiplicando esos números de á seis páginas que cuestan como de á cuatro y nunca acaban de leerse. Sagasta, en especial, ha ocasionado un desate de artículos biográficos, en los cuales reviven y palpitan memorias ultrarrevolucionarias, mezcladas y confundidas con reminiscencias del espíritu monárquico más ferviente. ¡Extrañas biografías las de los políticos! ¡Lástima de Plutarco que las sazonase con sus reflexiones, impregnadas de clasicismo y de pagana sabiduría!

∴

Y yo digo que el que acaba de bajar al sepulcro fué un hombre tan feliz como se puede ser en esta malhadada vida; al menos, se podría jurar por los datos visibles (aunque nadie sabe lo que cada cual lleva dentro, en la caja de las penas). Una influencia benéfica convirtió para él en flores los que para otros fueron abrojos ensangrentados. De sus compañeros y amigos, los revolucionarios de 1854, 1866 y 1868, ¡cuántos han vegetado obscuramente, cuántos perdieron vida y hacienda! A infinitos los ha olvidado la historia; de varios inscribió el nombre con caracteres sombríos. La fiebre y el abandono al pie de cenagoso charco fueron para Sixto Cámara; las balas y las postas del alevoso trabuco para el héroe de Castillejos D. Juan Prim; la temprana desaparición para Calvo Asensio; la rápida impopularidad para Ribero; el eterno destierro para Ruiz Zorrilla; la labor de pluma forzosa, los ahogos económicos, el alejamiento gradual de las perspectivas del poder y del mando, para el gran Castelar; el retraimiento modesto, entre penumbras de olvido, de ese fácil olvido de los pueblos perezosos de inteligencia, para D. Francisco Pi... Y entretanto Sagasta, procedente de donde ellos procedían, llegaba á la cumbre del poder y á la meta del triunfo, y no sólo llegaba, sino que se sostenía y arraigaba en ella, con firmeza prodigiosa de institución secular. Sin los arrestos de Prim; sin la arrebatadora elocuencia de Ribero; sin la perseverante convicción de Ruiz Zorrilla; sin el prestigio europeo, universal, de Castelar; sin la sapiencia y la previsión de Pi, Sagasta los eclipsaba á todos, se colocaba fuera del alcance de los sucesos, inconmovible, perpetuo, imprescindible, indispensable – por una de esas fortunas históricas de las cuales no faltan ejemplos en este siglo, y no sólo en el terreno político, sino en el literario; y dígalo la suerte de Víctor Hugo, que recogió él solo toda la aureola y toda la herencia del vasto y complejo período romántico. – Cuanto hizo España en pro de la libertad; cuantos esfuerzos convulsivos, cuanta sangre vertida representa el planteamiento del sistema constitucional, el afianzamiento de la dinastía isabelina, el estado de derecho presente, y asimismo todo lo que (¡curiosa dualidad!) se luchó para lanzar del trono á esa misma dinastía; cuanto se llama «herencia de la revolución» desde 1868 acá, redundó muy principalmente en favor de la personalidad de Sagasta, y le llevó, de un modo insensible, á ejercer su mansa dictadura política, sin riesgos y casi sin contradicciones. La «gloriosa» otorgó al diestro conspirador, al infatigable agitador, la cartera de Gobernación, y en su desempeño, reinando D. Amadeo de Saboya, sufrió fracaso tal, en la célebre cuestión de la *transferencia*, que hubo de retirarse confesándolo, y ni acta de diputado tuvo en las elecciones siguientes. Pasajera fué, sin embargo, la sombra que veló su buena estrella: el golpe de fuerza de Pavía le sacó á flote otra vez, haciéndole ministro de Estado y poco después presidente del Consejo. La restauración de la monarquía de Alfonso XII, lejos de relegarle á segundo término, le infundió nuevos bríos: la jefatura del partido liberal se le apareció con sus infinitas promesas, sus ilimitados horizontes. Y ya ni el alzamiento republicano de 1883, ni los fusilamientos que lo terminaron, ni la disidencia izquierdista, ni la nueva insurrección de 1886, tan imprevista por el gobierno sagastino como temible en los primeros instantes; ni la famosa cuestión de los *subalternos*, que dió claras señales de la debilidad con que se gobernaba; ni la guerra de Cuba, ni la de Filipinas; ni los inmensos, apocalípticos desastres de Santiago de Cuba y Cavite; ni el tratado de París y la pérdida de los últimos restos de nuestra soberanía colonial, influyeron para restar á Sagasta una sola probabilidad de ser llamado á formar gobierno en el punto y hora en que cesasen de presidirlo Cánovas y luego Silvela, los conservadores, en suma; ni mermaron su popularidad, ni turbaron la calma de su edad provecta, su vejez cada día más colmada de honores.

En esta etapa postrera había dado mal despacho, con agravios, pesadumbres y decepciones, á tres personajes de la talla de Gamazo, Romero Robledo y Canalejas; pero sin cuidado le tenía... En otras peores se había visto, siempre acompañado de la favorable estrella á que antes me referí... ¿Estrella?

∴

Hay *estrellas*, quién lo duda: hay en política, como en el juego, extrañas, tercas corrientes, *rachas*, algo que no explica la razón. Pero hay, en política al menos (y si se estudiasen bien, hasta en el juego se comprobarían), efectos del carácter, adaptaciones singulares de la personalidad á las circunstancias y al medio, más eficaces, para asentar una dictadura del género de la que ejerció Sagasta, para crear una oligarquía como la que él creó, que otras cualidades de orden más elevado y genial. Cánovas necesitó, para lograr lo que Sagasta, doble esfuerzo, doble fatiga; él pasaba la mano á contrapelo; mientras Sagasta, que estaba en el secreto, halagaba pelo abajo el espinazo del pobre envejecido león nacional, y cuando por casualidad el león, en vez de hacer la carretilla, iniciaba un rugido, se apartaba, le daba tiempo á que se calmase, y volvía... Jamás falló esta táctica.

∴

Hoy se recuerda con interés una ingeniosa y acertada semblanza de Sagasta, escrita por Miguel Moya: muchos periódicos la han reproducido entera: yo sólo reproduciré unos párrafos, en confirmación de lo antedicho.

«Sagasta, que es en la oposición un incansable é invencible combatiente, se retira á la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de Ministros. Cuando lucha, lo quiere hacer todo: cuando ha vencido, sólo encuentra placer en no hacer nada. Había con el fuego de la pasión á sus correligionarios; y como sólo les habla de lo que les interesa, y en un idioma familiar y sencillo, todos le entienden y todos le aplauden. Su mejor amigo es el tiempo. Su política ha consistido siempre en dejarlo todo para mañana. Ante las ingratitudes se sonríe; ante las rebeldías se eruza de brazos; ante los conflictos se encoge de hombros. Una desgracia es para él como una ola. Baja la cabeza y la deja pasar. Por eso dijo á Martínez Campos que le iba á fusilar en Sagunto y luego fué ministro con él. Por eso ha podido gobernar con la República, con la Restauración y con la Regencia. Por eso es... Sagasta.

»Es un jefe de partido y un jefe de Gobierno á la altura de todas las inteligencias y al alcance de todas las fortunas. En esto está su fuerza. En que no ha querido ser nunca sino el primero entre sus iguales. Eso de ser de casta superior lo deja para sus segundos... y para Cánovas.

»Cuando está en la oposición, habla para conquistar el poder: cuando está en el poder, para conservarle. No teniendo que defender ó que combatir esto, no habla jamás: es mudo.»

∴

¿No es cierto que los parrafitos encierran una lección substanciosa de psicología, no sólo del político que acaba de bajar al sepulcro, sino del pueblo que, quince ó veinte días antes de la muerte de Sagasta, le saludaba, en una especie de plebiscito, como al primero de los gobernantes españoles?

Hasta en esto la estrella lució para él, sobre su lecho de enfermo valetudinario, entre las arideces y terrores vagos del postrer período de la vida. Revolucionario sentenciado á garrote por un gobierno de Isabel II, al morir aclamado y cercado de simpatías, el rey Alfonso XIII deseó acompañarle á su última morada, la familia real vistió su luto, y su entierro en la basílica de Atocha fué una apoteosis. Este es el sinuoso curso de los sucesos, que en vano trataría nadie de regularizar. Los historiadores venideros, al estudiar la figura de Sagasta, encontrarán en ella, como encontró Moya, una personificación del alma española en las postrimerías del siglo XIX.

∴

Ahora... el problema que á todos preocupa es cómo se substituye al jefe de un partido necesario para el equilibrio inestable de la política. Y aquí al que desafío al más avispado y al mejor profeta á que haga vaticinios. La política, nuestra política, burla toda previsión; parece una divinidad hija del Acaso y de la Noche.

¡Quiera Dios que esos ciegos númenes, patronos de nuestros destinos, nos den una hija sana, bien conformada, una deidad robusta, fuerte, iniciadora, previsora, cual la habemos menester! Porque de aplazamientos, habilidades, diabluras, chirigotas, contemporizaciones, vaguedades y demás artificios tan clásicos como el garbanzo y que representan el agarbanzamiento de nuestra política, francamente, estamos cansados... Es decir, estamos cansados *algunos*, que sentimos hambre y sed de otra España. ¿No es verdad, padre Joaquín Costa?

EMILIA PARDO BAZÁN.

En el ángulo superior izquierdo, "El Carnaval de Madrid – Carroza 'Últimos moradores,' que obtuvo el primer premio." y "El Carnaval de Madrid – Carroza 'Cesto de naranjas,' que obtuvo el segundo premio." Encima de este pie, "El Carnaval de Madrid – Carroza 'Grupo de calabazas,' que obtuvo el tercer premio." 1903, n.º 1.106, p. 175.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CLÍNICA

Mientras la gente se precipita á los teatros y los invade tarde y noche (este es el año teatral por excelencia), mientras allende el Estrecho se evocan las sombras del Gran Cristiano y de Prim y aulla el fanatismo de los que nosotros debimos civilizar y no civilizamos porque estábamos dormidos – y harto tendríamos en que entender si nos autocivilizásemos, – en Madrid, la ciudad de los crímenes especuladores, se publica obscuramente un grueso volumen donde se recoge la Información del Ateneo acerca de este tema sugestivo: «Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarlo.»

***

Entre los sesenta y dos nombres de informantes, cuyos pareceres recoge el libro, figuran muchos de los que aquí poseen mayor autoridad en cuestiones sociales: Antonio Maura, Pedro Dorado Montero, Gumersindo de Azcárate, Miguel de Unamuno, Santiago Ramón y Cajal, Francisco Pi y Margall, José Piernas y Hurtado, Federico Rubio, Vicente Santa María de Paredes, Rafael Salillas, colectividades como un grupo de la Universidad de Oviedo y la Cámara agrícola del Alto Aragón... Otros nombres, entre ellos el mío, proceden del campo literario; pero *tutti quanti* en la lista aparecemos somos intelectuales, y me atrevo á creer que todos hemos reflexionado, más ó menos profunda y amargamente, sobre los males de la patria. El testimonio no carece, pues, de algún peso, y en otro país sería leído con avidez y comentado y meditado y discutido y cernido, y algo influiría en la marcha política y en la orientación administrativa. Aquí sospecho que quizás lo leeremos, si tanto se consigue, aquellos mismos que hemos colaborado en él. En la lista de nombres de informantes, no encuentro (con honrosas excepciones) los de los hombres políticos que por turno rigen nuestros destinos. Sin duda han calculado sabiamente que en boca cerrada no entran moscas.

***

Dejando aparte la Memoria de la Sección, obra de una eminencia, y pasando á examinar los testimonios, paréceme curioso recoger en muchos de ellos la nota saliente; de esta selección debe de resultar alguna enseñanza. Allá van por su orden y del modo más sucinto.

Antonio Maura. – Conforme del todo con Joaquín Costa en el cuadro pesimista del estado actual de España, ¿cuadro que tiene la neutralidad despiadada de un espejo.» El gobierno es el gran cacique, la *universalidad caciquil*. Hay un cacicato editor de la *Gaceta*. La úlcera es inmensa y nunca se acaba de sondear su profundidad. Los elementos sociales (aristocracia, estado llano) son ó caducos ó advenedizos. Remedios: este es el hueso – aquí noto más vaguedad en las palabras de Maura. – Saneamiento de la voluntad del gobierno; buen ejemplo; disolución de Cortes, si es preciso; reforma de la administración local; ley de responsabilidad civil de los empleados; quizás las costumbres, el lapso del tiempo.

Basilio G. de Alcaraz. – Nuestra situación puede definirse: la anarquía burocrática. El reinado de la mesocracia aún tiene que prolongarse, hasta que eleve á su altura al cuarto estado. Para esto necesita al cacique. Así iremos tirando, hasta llegar á una revolución sangrienta.

Adolfo Bonilla. – Diatriba contra el caciquismo y en especial contra el cacique literario (este es un punto de vista donoso y original). Todos los caciquismos son revelaciones de un fondo general de incultura. Remedios: sistema presidencial, responsabilidad del jefe del Estado, separación de la *Administración* y del *Gobierno*.

Alfredo Calderón. – ¿Somos pueblo de viejos ó de niños? Se inclina á lo primero. Nuestra alma es, como nuestro suelo, un montón de ruinas. Bienvenida la dictadura, si ella hiciera patria. Pero el dictador no existe: es una pura utopía. Habrá que suplirlo con una especie de Convención Nacional. En vez de dictadura personal, dictadura parlamentaria. Revolución política, que no resolverá el problema, pero es condición previa indispensable para comenzar á resolverlo. Y si le dicen á Calderón que esto es otra utopía como la del «cirujano de hierro...,» Calderón confiesa que no sabrá qué contestar.

Cámara agrícola del Alto Aragón. – Urge apartar del poder á los políticos fracasados. Hay que formar un único partido nacional. La base de este partido deben darla los intelectuales.

Salvador Canals. – El cuadro del estado político de España trazado por Costa es indiscutible. La oligarquía y el caciquismo, efectivos, no son una causa, son un efecto, un fruto del medio nacional. No son ellos, pues, lo que importa combatir, sino su origen. Algunas reformas podrían intentarse al efecto, como: instrucción militar obligatoria, independencia del poder judicial y de la enseñanza, substantividad del municipio, supresión de las Diputaciones provinciales. El mal, sin embargo, está muy hondo; aquí no alientan sino los particularismos, y hay motivos para dudar de la existencia de un patriotismo español.

Antonio Casaña. – Ve todo el mal en el parlamentarismo.

Altamira, Posada, Buylla, Sela. – La misma realidad es el cuadro de nuestro estado que pinta Costa. Pero el caciquismo no es vicio del gobierno, sino enfermedad del Estado. Nuestra ignorancia, nuestra tendencia retrógrada, la originan. Estamos desnacionalizados. Es principalmente el pueblo quien ahora se contagia con esa enfermedad, que en 1808 no padecía aún. El mal no es sólo la oligarquía y caciquismo: reside también en el programa de los que van resueltamente contra la cultura y el sentido de la vida moderna. El remedio sería un buen presupuesto de enseñanza, más que otros medicamentos exteriores y coactivos. La dificultad de la dictadura consiste en la falta de *carácter* que aquí padecemos. No hay valor cívico. Como paliativo del caciquismo convendría la independencia del poder judicial. Al final de esta Información, á título de corolario, una carta de un ex magistrado y un párrafo de Alejandro Pidal.

Severino Bello. – Testifica, con observaciones y hechos, de ese comienzo de desnacionalización sorda que nos amaga, y pide que, fracasado el movimiento de las clases económicas, nos salven las intelectuales.

Lorenzo Benito. – Conforme también, de toda conformidad, con el cuadro de síntomas trazado por Costa. No hay Parlamento, no hay partidos, y vivimos en plena oligarquía. El Parlamento se acabó el día 3 de enero de 1874. Vivimos en ficción constitucional. Pero una revolución sería más bien una *subversión*. Nos hacen falta un *ambiente* y un *hombre*.

Joaquín Fernández Prida. – Está más por los paliativos que por los remedios heroicos.

Pompeyo Gener. – España ha sido un agregado heterogéneo superorgánico» y hoy es «la degeneración de un imperio universal.» Desmembrada y disgregada España, reducida, ni aun conserva unidad étnica. El caciquismo, sin embargo (este *sin embargo* me pertenece), es una producción orgánica del país y de la raza. El cacique es el sucesor del emir ó del señor de horca y cuchillo. El remedio sería la proclamación de la República federal ó federativa, y la descapitalización de Madrid, donde la atmósfera política es tan funesta como la material. La capitalidad podría turnar entre Burgos, Bilbao, Barcelona, etc. Además convendría dar un desarrollo enorme á la instrucción pública. Y mucha vida moderna.

Enrique Gil y Robles. – ¡Qué cuerda tan distinta de la de Pompeyo Gener! – La oligarquía puede ser buena y patriótica y responder á un natural impulso de selección. Pero la actual oligarquía es una *burguesocracia* tiránica. Las capas de la clase media se han constituído en empresa mercantil é industrial para la explotación de una mina – el pueblo, el país. – Tal oligarquía no es exclusiva de España, estas habas se cuecen en todas partes; pero en otros países la clase media, más ilustrada, ha adquirido una habilidad de gobierno, una prudencia, de que carece aquí. En España esta burguesocracia presenta caracteres más graves y repulsivos, porque no hay quien le vaya á la mano, ni resistencia popular que le infunda, ya que no justicia, al menos prudencia. Como remedio, Gil y Robles cree que lejos de acercarnos á Europa nos conviene la autarquía y la desuropeización. Se necesita – en esto está de acuerdo con Costa – el poder personal y su acción omnímoda. No nos queda más recurso – á pesar de sus peligros – que la dictadura, ya que aquí nos falta la realeza en su representación de potestad legítima. – El dictamen de este sabio absolutista es de los más curiosos y valientes de toda la Información.

Mañé y Flaquer. – La culpa de estas oligarquías y caciquismos la tiene el sufragio universal, que el pueblo ni pedía ni deseaba. Es una escuela de desmoralización política.

Orli y Lara. – La culpa de estas oligarquías y caciquismos la tienen el libre examen y la independencia de la razón humana. Desechemos el liberalismo y nos remediaremos.

Pella y Forgas. – Cree que á nuestra carencia de unidad nacional se debe el caciquismo, el cual presta su servicio empalmando las relaciones entre el individuo y el Estado. Su remedio es la autonomía administrativa de las regiones.

Pi y Margall. – Para debelar el caciquismo, rómpase la cadena que va del gobierno á las corporaciones populares. La crema de la oligarquía son los senadores hereditarios y los vitalicios. Suprímase el Senado ó hágase electivo enteramente.

Jacinto Octavio Picón. – Para oír las quejas basta tener oídos, para ver las calamidades basta tener ojos. El mal es externo; su manifestación, la indiferencia y alejamiento del pueblo y de la clase media ilustrada en cuanto se refiere á la vida pública. Aquí se ha proferido impunemente el grito de «¡muera España!» El remedio sería una liga, una confederación, para el ejercicio de los deberes políticos. En ella entrarían todos los que aún sienten la idea de la patria.

. . . . . .

Y antes de proseguir, noto que el papel, es decir, el espacio que permiten estas crónicas, va á acabárseme, y que, aun practicando una concisión mutiladora, no cito y extracto la mitad de los pareceres. Me detengo y me reduzco á hacer observar una circunstancia característica de esta Información, á saber: que con bien raras, tal vez unipersonales, excepciones, los informantes reconocen á voz en cuello que, en efecto, estamos bajo el régimen de la oligarquía y del caciquismo. Es decir, que nadie podrá nunca insinuar siquiera que tal Información se ha propuesto sobre un tema sin cuerpo de realidad, y ha versado sobre males cuya trascendencia exageró, con esa fantasía de artista y de poeta que se le achaca como un delito, el Sr. Costa... No; por desdicha, ni el poeta ni el artista fueron, en esta ocasión, más allá que el pensador y el sociólogo; y el comentario del instructivo libro es el pedazo de tela que acabo de ver flotar en la Puerta del Sol, cegados mis ojos, al mirarle, por algo que no era el sol precisamente... La bandera de la República Cubana.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El vulgar y repulsivo crimen de la calle de Fuencarral no ha dado – digan lo que digan los periódicos – mucho juego. La curiosidad se ha limitado á cierto círculo, y apenas ha rebasado de las esferas á que pertenecía Cecilia. Si la prensa no consagra tanto espacio á esta información, infinitamente menor hubiese sido el interés por ella despertado. Ni aun como caso patológico y problema de medicina legal ha preocupado á los que de tales asuntos suelen y pueden preocuparse, porque á no reconocer que es un caso cada persona, criminal ó no, en la reo, ya hoy sentenciada á muerte, no se ha logrado ver sino la afirmación de los más comunes y bajos instintos.

¿Decaerán hasta los criminales? Porque al lado de Cecilia, la figura de su antecesora Higinia aparece revestida de algo que no debo llamar *poesía*, pero que seguramente era *distinción*, dentro del tipo criminal. Aquella mujer del pueblo, en cuyo rostro de líneas esculturalmente acusadas se leía la firmeza de carácter, cuyo ceño tenía la trágica severidad de la Melpómene griega, cuya mano era fina y sobre cuyo cuerpo la humilde ropa se plegaba en pliegues grandiosos, se diferenciaba de Cecilia Aznar como una estatua se diferencia de un grosero santo de yeso embadurnado de ocre. Cecilia es *material*; Higinia era tal vez *perversa*. Cuando la agarrotaron, dijéronme personas acaso bien informadas que se llevaba á su despreciada é ignominiosa sepultura un secreto ajeno, la clave de otra existencia, á la cual inmolaba la suya, con tenacidad propia de la raza á que pertenecía. Fuese ó no cierto, Higinia murió bien, con entereza, con calma. Había en su ser algo no vulgar, superior á su historia entera, á sus hechos. ¿No es cierto que el caso puede darse? Hay hombres y mujeres que valen más que su destino y que sus actos. La relación entre lo pensado, lo sentido y lo hecho, no es siempre lógica: ¡la lógica falta de tal manera, en tantas cuestiones de la vida! Pero al menos, en el crimen de Higinia se hallan elementos dramáticos, que faltan del todo en el de Cecilia, el cual, descartada la brutal violencia de la homicida agresión, es un robo doméstico, igual á los muchos que diariamente se cometen en Madrid.

El Carnaval, á pesar del tiempo espléndido, no se anuncia muy animado en la calle ni en los salones. La enfermedad de la archiduquesa hace que se suspendan las fiestas anunciadas; lo caro de los permisos de circulación, cada año recargados, acaso retraiga á alguna gente del Retiro. Ni es fácil que aquí se decidan muchos á adornar coches como en Niza, para ver que turbas de desarrapados arrancan las guirnaldas y las flores, sin que la policía se crea en el caso de intervenir. Las costumbres no favorecen á este género de diversión: hay escasez de suavidad, de tolerancia, de respeto, en las relaciones públicas; falta hasta el instinto de simpatía hacia lo bonito y lo adornado, que en Francia es tan poderoso, y aunque siempre habrá personas de buen humor que engalanen sus coches, otras lo dejarán por no trabajar para entretener á la golfería.

Y no digamos nada de lo que *atraen* las agradables serpentinas, que primero se prohibieron y se permitieron después, con esa instabilidad de criterio de la autoridad que es una de las causas de su desprestigio. – No sé si en otras partes del mundo las serpentinas se lanzan del mismo modo que aquí; se me figura que la mitad del peligro de las serpentinas se quitaría desenrollándolas bien antes de lanzarlas; pero como las arrojan enteras, son un proyectil tan temible como una piedra, y subir al Retiro ó á la Castellana es emular el suplicio, y no los merecimientos, de San Esteban protomártir.

Lo más peligroso es cruzar ante las tribunas de las Sociedades elegantes – Casino, Gran Peña, verbigracia. – Están llenas de señores *bien*, como hoy bárbaramente se dice, y estos señores *bien* apedrean mejor. Cestos atestados de serpentinas se vacían al paso de un coche, entre risas y algazara. Como no hay tiempo de desenrollarlas, las disparan enteras. ¡Pif! ¡Paf! Y allá va el sombrero apabullado, y allá va la cara, golpeada ferozmente; allá va, tal vez, el labio roto, el diente menos, la magulladura en la sien, el ojo vaciado. La tarde de máscaras termina en la Casa de Socorro. Ameno final.

El duque de Tetuán, una de las personas más formales, simpáticas y dignas de la plana mayor política, ha muerto. Su muerte heristió una especie de grandeza, por la serenidad con que la vió llegar y la arrostró. Hasta el último instante, entre sufrimientos, ¿quién sabe si entre terrores? (pero nadie lo puede afirmar), el duque de Tetuán permaneció tranquilo, igual de ánimo, conversando, despidiéndose de todos, como se despide una persona de tan escogida educación al emprender largo viaje. Era el duque alto, derecho, muy miope, de buena presencia todavía, á pesar del estrago de la edad. Su trato, entre grave y festivo, y sobre todo igual, consecuente; con las damas, galante y correcto. Lo ceñudo y árido de la vejez en él no se advertía; sin ser un viejo verde, cultivando la dignidad que los años llevan consigo; jamás le oí quejarse de ellos; su humor franco y alegre atraía. Políticamente era respetado, aunque no tuviese grandes probabilidades de llegar con su grupo de leales *Caballeros del Santo Sepulcro* á los consejos de la corona. Tampoco él manifestaba impaciencias ni inquietudes; ocupaba su lugar, y no reclamaba las ollas de Egipto de la *Gaceta*. Ahora los suyos se desbandan. Irán á sumarse á quien más les conviniere; irán á los cuatro puntos del horizonte. Esto, que se oye decir sin que nadie se asombre, califica el estado de nuestra política. El duque de Tetuán, rodeado de su grupo, no era sino el duque de Tetuán, sucesor de Cánovas del Castillo, que en este sentido tampoco venía á ser más que Cánovas del Castillo. Muy eminentísimo Cánovas; muy respetable y muy serio Tetuán..., pero ¿y las ideas, los programas, los fines, lo objetivo de la política, no son también algo grande, serio? Al afiliarse entre los adictos á un hombre público, ¿nada influyen, nada pesan estas consideraciones?

Y me detengo, por no incurrir en candidez imperdonable, ya que no la origina la juventud ni la explica la inexperiencia. Este aspecto de la mecánica política es un fenómeno que dice á las claras muchas cosas. Los políticos cambian de grupo lo mismo que cambiarían de casa si en la que habitan no entrase el sol ó hubiese una viga en falso. Y no lo extraña nadie.

Entretanto borbotean y humean las huelgas por toda la Península. En mi pueblo, especialmente, la huelga toma proporciones; las mujeres, en Galicia siempre tan resueltas como el hombre, por no decir más, son quienes la fomentan. El odioso impuesto de consumos ha sido la chispa que prendió la hoguera. Realmente ese impuesto, no tanto por lo que grava como por los abusos á su sombra cometidos, es demasiado antipático. Ahora recarga la sardina, el *compañero* del pobre, en una población como la Coruña, donde las subsistencias están más caras que en Madrid; y á esta última vuelta de tornillo deja sin respiración á los que ignoran completamente cuál es el gusto y sabor de la carne, á los que se mantienen de sardina salada ó fresca; y ha estallado la huelga de pescaderas, huelga pintoresca, agitada, viva, con algo del tempestuoso movimiento del Cantábrico.

Unidas y concertadas, resolvieron no comprar pescado alguno; ni raspa siquiera. Como que las exigencias de la báscula de consumos igualan ó superan al coste intrínseco del pescado. La sardina fué enviada directamente á las fábricas de salazón; el besugo, al tren; en la población no entró nada. Un pobre diablo que había salido á pescar pececillos, los arrojó al mar por no satisfacer el aforo. Algunas disidentes quisieron introducir varios cestos de sardina. Su mercancía fué precipitada al mar. Y en esto sí que censuro á las autoridades que tal permiten. El derecho al trabajo y al tráfico me parece tan claro como el derecho á la huelga: la autoridad debe proteger á los que quieren vender el fruto de su labor.

Al punto, en esta clase de agitaciones y turbulencias que se derivan de conflictos económicos y que no son tan modernas como se suele creer (recuérdese que la revolución inglesa principió por un impuesto y la francesa por acaparamiento de trigos), surgen los jefes y tribunos populares; pero en este caso no son tribunos, son *tribunas*, semejantes en todo á la que yo describí en una novela que traduce con fidelidad suma el ambiente y el colorido de los barrios obreros de Marineda. La *tribuna* de ahora es una muchacha pescadera, que rompió á hablar con afluencia, en estilo pintoresco y persuasivo, denunciando los abusos, revelando las interioridades de la báscula y del aforo, contando la historia de la pobreza y la diaria conquista del pan. Desde el momento en que apareció á la cabeza del motín esta hembra (en Galicia no es ningún caso extraño, desde los tiempos de Maricastaña, la cual era una agitadora de la Edad Media, y alborotó al pueblo de Lugo), se organizó el *paro general*, rápidamente. Cerráronse los talleres, suspendiéronse las obras, se detuvo el trabajo en las fábricas, los cajistas se negaron á trabajar en las imprentas, las embarcaciones no se hicieron á la mar, hasta los cafés carecieron de moros... ¡Una ciudad sin cafés! ¡El café, el vicio nacional, más nacional que la torería!

Las últimas noticias son que ya han vuelto al trabajo, excepto los pescaderos, que mantienen su protesta. Claro es que tales estados no se prolongan mucho. Son como las altas temperaturas: si se prolongasen, no lo soportaría el organismo. Pero su repetición, su frecuencia, denuncian la intensidad del malestar que los produce. Es el malestar de la desproporción entre los medios para vivir y las exacciones, origen de la carestía. ¡Hay que comer! El fisco, por lo visto, lo ignora.

Aquí la Hacienda y el Municipio no son sino *publicanismo*. Exprimir, retorcer, sacar el redaño, desollar... Y lo demás – como dicen en cierta pieecilla – es lo de menos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MENESTRA DE CUARESMA

Tengo una manía: la de cantar las cosas cuando la gente se las calla ó las niega, y callarlas cuando la gente las divulga á gritos. Vengo clamando aquí contra la barbarie de las costumbres en la capital, donde, por lo menos, debiera estar reprimida y contenida esa barbarie mediante la acción de la autoridad y de la ley, ya que otros sistemas de corrección á mi ver más eficaces, pero más lentos y pacientes, no se emplean; no quiero reincidir hoy, porque la prensa, unánime, ha protestado contra los excesos de la muchedumbre en estos días de Carnestolendas y contra lo que revelan esos excesos; y un diario, *El Nacional*, publica oportuna *Carta de un riffeño*, que me recuerda el artificio de las *Cartas persas*; la reprensión de las costumbres de una corte y de un país nominalmente civilizado, por la comparación con las de otro país que no ostenta el mismo título, pero en el cual no ocurren ciertos desmanes...

***

Dejemos, pues, aparte este asunto ya tratado hasta la saciedad en otras ocasiones, y consagremos algunas líneas á la muerte de Eusebio Blasco. No fué del número de mis amigos este escritor ameno y dotado de verdadero ingenio, y por lo tanto es bien segura mi imparcialidad al reconocer que con su muerte pierde la prensa española uno de sus más brillantes *chroniqueurs*. De otros aspectos de la personalidad literaria de Eusebio Blasco habría mucho que decir para justipreciar debidamente sus títulos al recuerdo de la posteridad. Como poeta lírico tal vez no se le estimó cuanto merecía: algunas de las poesías contenidas en *Soledades* caben entre lo escogido de nuestro Parnaso contemporáneo. De sus *Cuentos baturros* deben señalarse algunos llenos de donaire, aunque recarguen con exageración el carácter del pueblo aragonés. En su teatro también hay algo que acaso no muera pronto, por más que el teatro, en general, es flor de un día, sobre todo cuando ni expresa el alma nacional ni cava hondo en los caracteres. Si fuésemos francos y leales con nosotros mismos, nos confesaríamos que en el teatro de los autores renombradísimos (de Shakespeare y Racine para abajo), poco se puede ya representar y no mucho leer. Oigo repetir que los *Autos Sacramentales* son gloria de nuestra escena. ¿Quién resiste la lectura de un *Auto Sacramental*, como no le estimule curiosidad literaria y erudita? Las mismas comedias de Lope y Calderón, no todas son fáciles de asimilar. ¿Pues y Bretón? Creo que no se le negará su mérito al tuerto insigne... Con todo eso, á duras penas traga el público su *Muérete y verás*, que es un primor. Triste caso: cuanto más *entra* una comedia en el público de determinada época, más condenada está á olvido, fatal, irremisible. Dentro de su género, dudo que se pueda escribir cosa más de *ambiente* que *El joven Telémaco*. Esa picante bufonada trajo á España revuelta, y á todo fué aplicable y aplicada, y creo que se la supieron de memoria hasta las piedras de la calle. Hará dos años, no recuerdo con qué motivo, quisieron exhumarla. Fuí á *reverla*. Aquello era, para la generación contemporánea, un jeroglífico. Los chistes se habían evaporado, y sólo quedaba una especie de fría mascarada, ininteligible. Los espectadores se miraban con extrañeza. ¿Era aquella la farsa divertidísima de antaño? Me fijé en un detalle, que acaso lo explica todo. – Cuando *El joven Telémaco* se representaba por la compañía de Arderíus, las *suripantas* – palabra de entonces, caída en desuso, – las *suripantas*, digo, lucían, con el traje griego de rigor, las botitas de raso de colores, á la polaca, con unos tacones Luis XV de media cuarta de alto. En la exhumación de *El joven Telémaco*, las coristas calzaban zapatos ó sandalias: no eran *suripantas* ya... Aquellas botitas de marras, que trastornaron cabezas y se agitaron en los ensueños calenturientos de infinitos *gallos* y *pollos* (otras palabrejas que han prescrito), eran el signo de actualidad de *El joven Telémaco*, Las botas de raso, con tacón de media cuarta, trotando menudo, se llevaron á las regiones del Leteo á la popular obra.

Blasco siguió produciendo, trabajando, multiplicándose en el teatro y la prensa con incesante actividad; pero siempre conservó el sello, el carácter, el *pliegue* (aunque sea galicismo) de la época de 1868 á 1878. Siempre acertó á hacerse leer y hacerse escuchar; mas nunca pudo volver á descubrir aquella veta retozona, significativa, que se apodera del público y le subyuga, y que es como la racha afortunada en el juego. Algo que pasa...

***

En el Ateneo se discute estos días *la novela*. No be asistido á ninguna sesión, por falta de tiempo: raro es tener, aquí, una noche libre, disponible para consagrarla á escuchar debates y conferencias. Oigo tan sólo lo que por ahí se dice, y leo lo que traen los periódicos, y que no permite formar idea clara del giro de la discusión. Lo único que puede deducirse de todas estas referencias, es que no toma parte en ella, por ahora, sino el elemento joven, y que allí se habla de bastantes cosas que no guardan relación con el tema propuesto.

Esto último creo que debe de suceder en toda discusión oral. La palabra es algo que ondea y flota y se esparce y se disuelve, algo líquido ó más bien fluido. Al correr de la palabra van saliendo á plaza las ideas, y cada quisque, al hablar, vacía su cabeza como se vacía un bolsillo en una bandeja de tocador. ¿Que se trata de la novela? No importa; hablemos del duque de Alba, ó de lo que se tercie...

¿Y qué mal hay en ello? El caso es reunirse, disertar, discutir. A mi juicio, la prensa está muy severa con los muchachos de la sección. Si pasasen las noches de los miércoles en Apolo, en el café, en cualquier perdedero de tiempo y narcotizadero de cerebro, nadie lo extrañaría. Pero se reunen, hablan de cosas intelectuales – derecho ó torcido, acertando ó errando, ¡qué importa!, – satisfacen una necesidad más elevada, más *humana*, que la de fumar maldiciendo ó ver piernas metidas en mallas color de rosa, y no parece sino que no hay cuchufletas bastantes para castigarles de tan grave delito.

No es nueva la observación, ni con ella he de corregir á nadie, pero ciertamente es curioso este modo de ser de la prensa y de las gentes. Haced cosas vacías, inútiles, haced cosas malas; sed holgazanes, sed viciosos: nadie os reprenderá, ninguna censura caerá sobre vuestra cabeza. Reunios á tratar de literatura, de filosofía, de arte, de algo que al fin vaya aderezado con unos granitos de sal de la inteligencia: ya estáis fresco. Escribid lo que se os ocurra: ya estáis aviado.

Si yo hubiese prendido fuego á una población, ó cometido las estafas de la familia Humbert, ó sido causa de la muerte de alguien, de fijo no me dicen las lindezas que me han dicho por emborronar algunos millares de páginas, hoy trasladadas á varios idiomas...

***

Sigue la cruzada contra los tranvías eléctricos, que tienen la desgracia de no ser galeras aceleradas. Es muy cierto que los eléctricos han hecho destrozos estos días, y sin embargo, yo los defiendo. Los eléctricos no se salen de sus rieles, y el que es por ellos aplastado, ha ido primero á colocarse en su vía.

En todos los países del mundo hay tranvías eléctricos, que funcionan normalmente, sin levantar este turbión de protestas. Alguna vez ocasionarán desgracias; mas es caso excepcional, y aquí las desgracias son frecuentísimas, sobre todo en los niños. Indaguemos la razón de esta diferencia, y la encontraremos en la angostura de las vías madrileñas y en el abandono de los mismos niños, á quienes se deja jugar en la calle – vivir en la calle sería más exacto. – Por librarse de ellos, por tenerles entretenidos, por falta de escuelas y asilos diurnos de párvulos en cantidad suficiente, los niños se pasan el día en el arroyo, la golfería es legión. En mi país, si no diablean debajo de los eléctricos, se agarran por racimos á la trasera de los coches, se meten bajo los cascos de los caballos, y es un problema de asar difícil solución el no matar á un chico cada tarde. Sólo á fuerza de precauciones se consigue; precauciones que puede adoptar un carruaje particular, no un coche de línea para el servicio público. Es triste, es doloroso, hay que tratar de evitarlo; pero mientras los chiquillos, descuidados por sus padres, hagan juguete y diversión del tranvía, habrá criaturas despachurradas, pese á todas las multas y á todas las providencias que se adopten.

***

Las viejecitas, los sordos, los cortos de vista, los torpes en correr, están expuestos de igual modo á sufrir el cruel topetazo del tranvía, á caer por él arrollados. ¿Quién lo duda? No por eso se ha de limitar la circulación de tranvías, como no se ha de renunciar á edificar porque se caigan de los andamios los albañiles. Soy bastante miope y un día puedo ser cogida por el tranvía, del modo más soso. Declaro que sólo me quejaré en el caso referido anteayer por los diarios, ó en otro por el estilo: que, al querer subir á la plataforma, no me den tiempo y me arrastren. Eso sí que no les es lícito; eso sí que constituye una verdadera grave falta. Pero á los que se meten de grado y literalmente bajo las ruedas, ¿cómo salvarles? ¿Cómo detener instantáneamente el coche, suspenso en el aire para que no haga daño?

***

Se habla mucho de trabajos y gestiones contra la trata de blancas; esto es loable, merece respeto, debe alentarse..., pero sin perder de vista que el origen del mal está más hondo y que á no extirpar sus raíces no se conseguirá atajarlo eficazmente.

La trata de blancas... Forma aguda de una enfermedad crónica, y enfermedad crónica sostenida por un estado general del sexo femenino que en España menos que en ninguna se aspira á modificar y mejorar.

La mujer, sin instrucción completa, sin derechos, sin libertad para la competencia, sin alternativa en ningún ramo, autorizada únicamente á turnar con el hombre en las labores más penosas del taller y del campo, ¿qué asidero tiene para evitar ese escollo en que naufragan la mocedad y la honra?

Es tanto lo que acerca de este capítulo se podría decir, que vale más no empezar siquiera, y limitarse á afirmar que la *blancura* se corrige con baños de tinta, ¡con lo mismo que se corregirían tantas cosas! Instrucción, instrucción, instrucción, equidad, equidad, libertad, acceso á todo; que la mujer pueda hacer cuanto la permitan sus facultades, sin tropezar en preocupaciones ni en caprichosas trabas. Siempre habrá *blancas*, como siempre habrá alcohólicos y delincuentes; sólo que los habrá en menor número; no serán una plaga tan extensa, tan descorazonadora, ni tan funesta en sus consecuencias. Y es cuanto se puede pedir.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MEDITACIÓN

Los periódicos hablan mucho estos días de cierto hermano Juan, especie de santo penitente que en el Hospital general practica las mayores mortificaciones y realiza los actos de caridad más estupendos venciendo y pisoteando sus sentidos. Al leer esto creemos que se proyecta en el suelo la sombra de un edificio ojival, acabado de construir, y que por un camino erizado de peñascos y precipicios nos dirigimos, con la esclavina de conchas al hombro, á Compostela en peregrinación ó á Roma á ganar el Jubileo magno... No en balde estamos en Semana Santa, tiempo de meditación religiosa.

Para que nada falte á la leyenda del hermano Juan, nos enteran también los mismos periódicos de que su conversión fué originada por un rudo desengaño amoroso. La figura del penitente se poetiza y se agranda. No es un Sutayef, un mujik ignorante, tocado de la gracia divina, como la orza de barro es herida por el rayo de sol; es un espíritu culto, un San Pablo para quien el camino de Damasco estaba dentro de su propio corazón, en las honduras y repliegues del sentimiento... Una especie de *Don Alvaro* á la moderna.

***

Bien mirado, el número de contingencias, en la vida, es reducido; las combinaciones de este ajedrez están contadas y limitadas de antemano. Lo rico y variado es lo que luego se determina y produce en el plástico fondo del sentir. Descarnados, los hechos, poco ó nada significan. Que el golpe de un hecho caiga sobre un alma ó sobre otra, ¡cuán distintos los resultados, cuán diferentes las consecuencias! La desigualdad profunda es la desigualdad psíquica: reíos de la de estaturas, colores y pelos, fortunas, clases y nombres.

El mismo desengaño del hermano Juan (si aceptamos la versión de los periódicos y damos ese origen á su conversión y vocación), ¿qué hubiese producido en otro hombre? Pasajera desazón, amarga risa, extremos de furor, tal vez actos de violencia, encenagamiento en la crápula..., lo previsto. En él, por ser él, tomó otra *forma*: la suya. En la hagiografía franciscana encontramos de estos casos: Jacopone de Todi, convertido á la locura de Cristo por el espectáculo del cuerpo inerte de la mujer amada. ¡La locura! ¡Cuánto y cuánto se presta á meditaciones esta palabra! El hermano Juan, según le describen los que le conocen (yo ni le he visto nunca ni tengo de él personales referencias), parece en ocasiones algo loco; pero es su demencia demencia de amor, y puede repetir, con el extático franciscano:

In foco amor mi mise...

No habiendo ya leprosos (al menos en el Hospital general de Madrid, que en otras partes sí los hay), el hermano Juan prefiere y busca á los atacados de males no menos repugnantes; á los variolosos, por ejemplo. Suyo es el privilegio de limpiarles, de mudarles, de servirles la comida, de vestirse luego su ropa... Ved aquí la locura poética, calificada en este detalle. – No dictá la locura poética lo *útil* sólo: lo útil, cualquier enfermero bien adiestrado lo hará. Lo bello es lo superfluo, el lujo sentimental, la flor del espíritu. Para asistir correctamente á los variolosos no hace falta vestirse su ropa. Hay más: el vestírsela encierra peligro, y peligro sin necesidad arrostrado. Si llego á las últimas consecuencias de este razonamiento, diré que ni aun variolosos debe haber, dentro de la civilización que en primer término se precia de las conquistas de la higiene. Parece que ya en Alemania va siendo desconocida la viruela. – Para el ansia de abnegación, para la exaltación del hermano Juan, de cierto es preferible que la viruela exista y haga estragos. El dolor humano, que será infinito aunque la ciencia seque algunos de sus manantiales, acaso no los más hondos, es un océano en que se complacen en sumergirse los que, como el hermano Juan, han visto á la luz de un relámpago la cifra del existir, y no la aceptan, sino transitoriamente, á condición de que se realice en la esfera de su ideal.

***

Para el hermano Juan, el ideal está en la fiebre de caridad que le abrasa. Su alma necesita llenar con algo el tremendo vacío, y lo llena así, de amor, de locura, de *eso* que se bebe en el vaso del Santo Grial, donde José de Arimatea recogió la preciosa Sangre. ¿Creéis que un hombre es más desdichado que otro porque habita en un zaquizamí, limpia á los variolosos, come de sus sobras? Error, el gran error de este siglo; el culto del goce material. – Si hay en algo verdadera alegría, dijo San Francisco, es en el desasimiento, en la serenidad interior, en la pobreza voluntaria. Es el *gaudio* franciscano, la alegría peculiar de los verdaderos Menores, el acorde de la cítara con que el ángel suspende y embelesa al solitario, tendido sobre su estera. ¿Que esto es para pocos? ¡Ya lo sé! Aun en el siglo XIII, escasos debieron de ser los que sintieron adentro, adentro, correr la fuente de puros cristales, florecer el maravilloso jardín.

Para pocos: y sin embargo, de tiempo en tiempo nos convencemos de que es para algunos. – No ha mucho murió un hidalgo, un señor rico y noble, que tenía familia y casa, toda la exterioridad de la altura social. Por dentro, era franciscano. No había pronunciado voto alguno; no llevaba hábito, ni cerquillo, ni escudo siquiera; pero allá en lo más escondido de su bien alhajada y cómoda mansión, existía un cuartito convertido en celda, un lecho-tarima, un asiento duro é incómodo, y sobre una mesilla humilde, una calavera... Y este hombre, en público, jamás dejó transparentarse su regla interior: la ocultó como hubiese ocultado un delito. A su alrededor sentía la nieve de la indiferencia y del descreimiento, la brutalidad de los apetitos desencadenados en tropel, la burla insípida, todo lo que acarrea la colectividad, para ahogar la afirmación del individuo; y en su celda se refugiaba y allí era donde *vivía* realmente, despierto del sueño confuso de su otra vida falsa, convencional, adaptada á las ajenas. También él podía exclamar, al cruzar los umbrales de su celda y encontrarse en el torbellino: «¡Mi *yo*! ¡Que me roban, que me arrebatan mi *yo*!»

***

Y el caso es que no deseo conocer al hermano Juan, que me ha sugerido todo lo que acabo de escribir, propio del santo tiempo en que nos encontramos. – Es posible, es hasta probable, que conocer á este y á cualquiera de los seres en quienes creemos que arde una chispa de la divina hoguera, nos robe esa partícula de luz. Verles en nosotros mismos, ¿no valdrá más? ¿Qué sería San Juan de la Cruz? ¿Qué Santa Teresa? ¿Qué San Francisco? Su presencia, ¿confirmaba ó destruía la especialísima irradiación de su voluntad inspirada? Debemos creer que sería lo primero, porque tales seres, ya huellan las praderas celestiales, ya tienen nimbo, ya están fuera y por cima de nuestra especie, entre piélagos de luz y raudales de armonía. Pero al que todavía pisa el fango de la tierra – como el hermano Juan, – más vale no tratar de conocerle, dejarle en su hornacina, respetar su ensueño; hasta se me figura que el rasgueo de las plumas sobre el papel puede alterar la serenidad interior á tanta costa adquirida. Las plumas, indiscretas, curiosas, exageradas, me producen, en esta clase de asuntos, el efecto de moscas, de negras moscas que dejan rastro negro. Si en efecto el hermano Juan ha recibido la visita del ángel; si en su alma se ha realizado eso que llamamos *conversión*, fenómeno mal estudiado y digno de tanto respeto, las «instantáneas» de la prensa, donde aparece al lado del autor del «crimen de ayer,» son una especie de delito. Esas cosas no se retratan más que en tabla, sobre fondo de oro, con los pinceles de un Tadeo Gaddi ó de un Cicinta Pisano.

***

Bien mirado, sería inexplicable que no quedasen retoños y brotes de la vieja cepa de nuestro misticismo. No se arrancan con tanta facilidad las vastas raíces del cortado tronco. Llegaba muy á lo hondo; estaba muy nutrido con los jugos de nuestra tierra, para que de vez en cuando no arroje un renuevo vivaz. Era una fuerza, una corriente, uno de nuestros modos de ser; forma de nuestro espíritu. Más que la aparición de individuos como el hermano Juan, me sorprende no haber encontrado, en toda mi vida, sino dos ó tres que se le asemejen, y en quienes no hallo señales ni rastros de humano interés, comprobando en cambio los signos característicos de la sublime locura. ¡Dos ó tres! Es poco. – Y sin embargo, ya recuerdo, y puede recordar todo el que cuente algunos años, tanta gente, tal serie de figuras que pasan, dejando una impresión de conjunto, un chispazo de luz ó un toque de sombra. – No vale forjarse ilusiones, no vale engrosar la lista con nombres dudosos. Dos ó tres... Lo indispensable para que no me parezca que el tronco se ha podrido completamente, perdiendo el último jugo vital.

***

Una de las tres almas que he conocido que me hayan recordado la Edad Media, era un alma de mujer. No quería entrar monja: acaso llegase á quererlo más adelante, cuando perdiese á su madrastra, enferma, á la cual asistía como asistirán los ángeles, si hay ángeles enfermeros. Lo que sucedía á Laura – la llamaré así porque, aunque sus ojos se hayan cerrado para siempre, debe respetarse el pudor de su santidad hasta más allá de todo límite. – Laura tenía veinticuatro años cuando la conocí, y casi diría la adiviné; sus amigas no sospechaban todo lo que había debajo de aquel hábito del Carmen. No era muy rezadora, ni asistía á muchas funciones y solemnidades religiosas; no era triste; ostentaba, al contrario, esa alegría extraña y constante de ciertos bienaventurados de leyenda. ¿Latía algún recuerdo, algo dramático personal en la historia de Laura? Decían que su padre se había suicidado, pero era difícil comprobar la verdad de este hecho, pues sólo constaba su desaparición; una tarde salió de paseo, y jamás volvió, ni se tuvo de él la menor noticia. La madrastra y la hijastra quedaron solas, pobres, el empleo del padre era el único recurso de la familia; y cada vez que la madrastra sacaba la conversación dolorosa, formulaba la eterna interrogación al destino, Laura respondía apaciblemente:

– Déjelo usted... Eso, allá Dios.

Diez años duró la asistencia... y terminó, no por la muerte de la asistida, como pudiera creerse, sino por la de la enfermera. ¿La mató la fatiga? ¿Las privaciones minaron su organismo? ¿Secreto dolor consumó la obra de la naturaleza? No lo sé. La enferma, la madrastra, vivió todavía cuatro ó seis años más, encamada siempre, siempre anunciando que se acercaba su última hora..., y á Laura, en cambio, la vimos hasta la víspera del día postrero en pie, con su vaga sonrisa de estatuilla gótica que adorna un sepulcro, con la calma de su lisa frente, con la paz infinita de sus ojos obscuros, con la visible tensión de su voluntad hacia el blanco del sacrificio. Una mañana supimos que se le había roto dentro algo, no sé qué resorte de los que la vida tiene que hacer funcionar normalmente...

Al desnudarla para socorrerla se vió que llevaba cilicio de cuerda, pegado al cuerpo. Pero el cilicio del alma, ese, ya comprenderá yo que no se lo quitaba nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE DERECHO

Ando yo siempre temerosa de recomendar ó censurar libros, sobre todo de autores vivientes que se cuentan en el número de mis compatriotas, porque una experiencia tan triste como prolongada sirvió para demostrarme que, no ya los censurados, sino los mismos elogiados, se convierten para quien los ensalza en fieros, irreconciliables enemigos. Dejo correr el río de la literatura, que lleve sus ondas en la dirección que Dios le depare, sin enturbiarlas con todo lo que se me ocurre de crítica y de juicio, porque además el curso de los años nos inclina á la severidad y nos vuelve descontentadizos, y á cada instante mi *escalpelo* se volvería doblemente cruel en sus tajos y cortes.

Pero el tomo que ahora tengo á la vista no es un libro..., entendámonos, no es un libro de *leíu*, sino de utilidad, consulta y meditación. Detrás de sus hojas no se esconde una vanidad exacerbada. Se titula *El derecho positivo de la mujer*, y es su autor D. Dionisio Díaz Enríquez.

Al repasarlo me entran tentaciones de cambiarle el nombre titulándolo *El tuerto positivo de la mujer*. En efecto, lo que resulta de esta metódica exposición de las disposiciones legales que á la mujer se refieren, es la iniquidad, una iniquidad secular y consagrada, no por eso menos odiosa. En la *Introducción* nos lo dice el autor, de un modo categórico. «En la maternidad, que constituye, indudablemente, su destino natural (el de la mujer), sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Si es madre fuera del matrimonio, se le niega hasta el derecho de intentar la investigación de la paternidad del hijo. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima, son para el hombre; todas las vergüenzas, todas las desventuras, para la mujer. Si el hombre se decide por fin á reconocer al hijo, priva á la madre de la patria potestad que adquiere aquél por el reconocimiento, y lo que es verdaderamente cruel, puede separarlos cuando el hijo es mayor de tres años. En el matrimonio es donde halla su dignificación la madre, pero no la esposa. Esta sufre una *capitis diminutio* máxima. Nada es, ni nada puede hacer por sí. Hasta su patria la pierde si el marido es de otra distinta ó se le antoja cambiarla. Si quiere manifestar sus pensamientos por medio de la prensa, el marido puede prohibírselo. Si desea trasladarse á otra población, donde acaso se halle moribundo su padre, su hermano, alguna persona de su afecto, el marido puede impedírselo. La situación de la mujer casada es horrorosa, cuando el egoísmo del marido sobrepuja á su amor.» Y con aguda observación añade el señor Díaz Enríquez: «Todavía más absorbente que la ley, es el sentimiento popular. Este sentimiento exige á la mujer el heroísmo. Si no es heroína..., es *cualquier cosa*. Soltera, la quiere recatada hasta la hipocresía, y sin embargo, doquiera que la halla sola conspira contra su recato. Fuera de las ocupaciones del hogar doméstico, todas las encuentra propicias al pecado, y la excluye de ellas. Casada, la considera una *cosa* del marido, un siervo sobre el cual tiene mero y mixto imperio...»

Noto algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta é imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama *feminista* y que no debiera llamarse más que *humano*. ¡Saltan á la vista de tal manera los absurdos ilógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría á un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.

En justicia debo añadir que la costumbre es peor ó mejor que la ley, pero siempre manda más y ejerce superior influencia. – No ha mucho leí en una Revista extranjera de sociología que en España á la mujer no se le permite asistir á los establecimientos de enseñanza del Estado. Es inexacto: la ley lo permite; no excluye á la mujer del Instituto, ni de la Universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en Medicina, en Derecho, en Filosofía y Letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición; la prohibición desaparecería; el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por dónde atacarlo, por dónde derrocarlo de su altar de piedra. No debe alegarse, para explicar tal retraimiento, la contradicción de que no sea permitido á la mujer ejercer una profesión para la cual, oficialmente, se le ha reconocido aptitud, después de esfuerzos y dispendios iguales á los de sus condiscípulos varones; la contradicción existe, es muy cierto, pero su misma enormidad haría que fuese fácil establecer el derecho, si algunas mujeres, adquirida la aptitud, reclamasen y exigiesen con perseverancia su ejercicio. Mientras nadie reclame, el absurdo estará en pie. Ya ejercen la Medicina algunas, contadísimas mujeres: lucharon al pronto con la rutina, y triunfaron. En Madrid tiene clientela y crédito la doctora en Medicina Aleixandre; las pocas doctoras en Derecho, como no intentaron la campaña, se están en su casa con su ciencia, sin aplicarla, no digo yo á ganarse la vida, sino á algo que me parece de mayor interés: á sentar el precedente y afirmar el derecho.

Volviendo al libro del Sr. Díaz Enríquez, lo considero utilísimo: toda mujer – soltera, casada, viuda, monja – debiera tenerlo en el estante de su habitación, en los cajones de su mesa, en su costurero. Conocer la ley, penetrarse de ella (así sea injusta), es ya un modo de defenderse de sus injusticias y caminar hacia su reforma. El peor sistema es el de ignorarla, de dormirse tranquilamente, y despertar chillando cuando la máquina legal nos coge por medio del cuerpo y nos tritura.

Las leyes nos importan demasiado para que no las consagremos un ratito de atención. Abramos el libro del Sr. Díaz Enríquez. Vamos á encontrar en él cosecha de perlas. Ensartemos unas cuantas, sin comentarios.

La investigación de la paternidad natural está prohibida. La maternidad, en cambio, es siempre investigable. Si el padre y la madre reconocen al hijo natural, la patria potestad corresponde al padre. La madre, deshonrada ante el mundo por el nacimiento del hijo, no disfruta, sin embargo, de derechos. «La amplitud – dice el expositor – que se concede para la investigación de la *maternidad*, contrasta con las restricciones establecidas por el Código civil para la de *paternidad*.» Las mujeres no pueden ser testigos en los testamentos, salvo *por caso de epidemia*. Para que la mujer sea albacea, tiene: ó que estar separada legalmente de su marido, ó conseguir la licencia marital. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no pueden dejar la casa paterna sin licencia del padre ó de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado. (Este fué el célebre caso Ubao, que puso en claro que legalmente sólo es *estado* el matrimonio.) La mujer no puede ejercer la tutela, salvo en dos casos excepcionales. En la tutela de los nietos es preferido el abuelo á la abuela, y la abuela de la línea paterna á la de la materna. (Que ya es llevar la sutileza hasta lo más puntiagudo.) La mujer no puede formar parte del Consejo de familia. No puede pertenecer á una Cámara de Comercio. No puede ser síndico en juicio de concurso ó quiebra, aunque en él tenga comprometida su fortuna. – La esfera de la igualdad, para la mujer, es la del Derecho penal. Sus delitos y crímenes se castigan con tanto rigor como los del varón; en cambio, los delitos especiales contra la mujer, contra lo que en ella más se estima, están penados con penas leves. El honor de una doncella robado por un superior (sacerdote, tutor ó maestro), valen como máximo cuatro años de prisión correccional. El *engaño* á una mujer que ya no es doncella, como máximo, seis meses. El padre que mata á una hija menor de veintitrés años porque la sorprende con su seductor, sólo es castigado con destierro. La infidelidad del marido no siempre es delito, la de la mujer sí. El marido que mata á la infiel sólo incurre en destierro; en la mujer el mismo acto se llama parricidio y puede conducir al patíbulo. El Código impone á la mujer obediencia á su marido; el marido no está obligado sino á protección, sin que la ley defina qué género de protección es esta. Es una relación de inferioridad constante la de la mujer con respecto al marido, en lo legal (sean cuales fueren las costumbres).

El marido administra los bienes de su mujer (excepto los paternales). La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido, y reside donde él quiere. No puede sin licencia comparecer en juicio por sí ó por medio de procurador; ni adquirir, ni enajenar, ni obligarse por contrato. La patria potestad corresponde al marido solamente.

En el libro á que estoy refiriéndome, en el cual se exponen el derecho civil, el penal, el mercantil, el canónico, en su relación positiva con la mujer, echo de menos una hoja (en ella cabría) consagrada al derecho político. Lo absurdo de la situación femenina resultaría de bulto en esa hoja, donde aparecería la mujer sin derecho á votar y con derecho á reinar y regentar el reino: la más extraña de las infinitas contradicciones del derecho femenino.

Insisto en ello; las leyes no son buenas, las costumbres todavía son peores; sobre la base de la legislación española podría la mujer subir bastante, socialmente hablando, y llegar á modificar el derecho en el sentido de la equidad. Los Códigos oprimen á la mujer como cuatro, el hábito secular como veinte. – El caso de la no asistencia á los establecimientos de enseñanza, de que antes hablé, y la apatía en reclamar el ejercicio de profesiones obtenida la aptitud, prueba que es exacta mi apreciación.

Por el camino de la igualdad pedagógica é intelectual en la clase media, y de la igualdad económica en el proletariado, se iría muy lejos en la reivindicación de los derechos de la mujer en otras esferas. Lo segundo creo que viene infaliblemente, opóngase quien se oponga: viene con la marea imponente de la transformación económica; no se evita. Lo primero, en España..., sólo Dios sabe cuándo y cómo podrá venir.

Y á mi ver, hay que reírse de los demás problemas nacionales: la clave de nuestra regeneración está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia. España se explica por la situación de sus mujeres, por el *sarracenismo* de sus hombres.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

OLA EUROPEA

Este nombre merece la invasión de congresistas que ha sufrido Madrid – y cuando escribo *sufrido*, debiera escribir *gozado*, porque invasiones de tal género nos son muy necesarias.

No se trata únicamente del provecho material que reportan los forasteros á los hoteles (más ó menos dignos de este nombre), las fondas, fondines, casas de huéspedes, posadas y otras variantes del género; no se trata de las ganancias de simones, teatros, etc..., sino del beneficio más elevado y tal vez hasta más práctico, que entraña la presencia en Madrid de tanto sabio y tanta gente, por lo menos, culta y respetable. Es un estímulo, es un ejemplo, es un medio de despertar pensamientos, ideas y comparaciones que han de servirnos de salud.

⁂

Entre nuestros médicos no faltan eminencias y reina en general un buen espíritu: son laboriosos, estudiosos, serios y honrados, con las excepciones que el inteligente lector adivinará, y que no pueden menos de registrarse en toda regla general aplicada al hombre... No son los médicos lo peor de la casa: no por cierto; mas así y todo, en este ambiente poco favorable al desenvolvimiento de la labor científica, tienen que recibir como viva corriente de aire, excitadora de energías, la presencia de esos colegas que vienen de países donde el laboratorio, la clínica, el sanatorio, son instituciones nacionales; donde las cuestiones de higiene y salubridad figuran en primera línea entre las que preocupan la pública atención, y donde se habla tanto de un invento en el campo de la cirugía, como aquí de la última cornada que le atizó el toro al último torero en la parte más posterior de su individuo...

Despiertan estas visitas una noble emulación, y se toma, bien tomado, á punto de honra, lo que en circunstancias normales tal vez se mira con aconchada indiferencia. Así, verbigracia, en estos días nos jactamos muy alto de que el Laboratorio municipal de Madrid fué fundado antes que el de París, y funcionó tres años antes, precediendo también al de Barcelona y al de Bilbao. Y en efecto, es una excelente nota en nuestra hoja de servicios. Este Laboratorio – entre paréntesis – puede salvar diariamente muchas vidas, haciendo que no nos adulteren con demasiado descaro lo que comemos y bebemos. Ni se calcula el bien que hace un Laboratorio municipal funcionando con regularidad y sin contemplaciones á industriales ávidos, falsificadores y envenenadores.

⁂

Asusta leer cómo se sofistican los alimentos, qué combinaciones químicas preceden á las del fogón, no menos químicas, pero más inocentes; qué viene en la cesta de la plaza, qué dejan los abastecedores sobre la mesa de la cocina; qué sirven en los cafés, qué absorbemos sin desconfianza en el buffet de un baile. Sulfatos de cobre, sales de plomo, tomainas, triquinas, leche descompuesta, carne en estado de putrefacción, quesos semovientes, salchichones que encantarían á los Borgias – sin hablar del pan amasado con cal y con humano sudor y otras secreciones..., – y no prosigamos por este camino, pues el pan es una de mis repugnancias y de mis horrores profundos, desde que he leído y sobre todo presentido los pormenores de su fabricación. El pan y el vino... dos elementos, casi indispensables en Occidente, pero que si han de ser amasados con los pies, vale más no probarlos y estoy por decir que ni verlos. Yo envidio á los pueblos comedores de arroz: el arroz no tiene que sufrir operación alguna, sino las que el propio consumidor quiera. Nosotros, del hermoso trigo rubio, hacemos, en fétidos recintos, una impura masa. Más feliz en eso el labrador de mi pobre aldea que el ciudadano, él mismo se amasa y cuece su torta de maíz. Las descripciones de las tahonas madrileñas espantan. No he querido entrar jamás en una tahona. Aun sin entrar, el bollo dorado que se entreparece medio cubierto por la nívea servilleta, no me inspira sino recelo. Dicen que no conviene mirar de cerca y por dentro cosa alguna en este mundo, porque, á mirarlas, ni el estómago podría recibir el alimento, ni el alma conservaría la fe. Pero es inevitable que á veces se rompa el velo y aparezca lo que encubría; y entonces pueden quitársele á la pobre criatura humana las ganas de comer... ó de vivir, que viene á ser lo mismo.

⁂

Estos días tenemos, con la compañía de los Coquelin, á pasto teatro de Moliére. El abono gruñe, sale amostazado del teatro, porque Moliére no es plato, ni para el gusto general actual, ni para el gusto español de siempre. Yo declaro que sí me agrada, ahora, más que el teatro romántico de Hugo y más que el teatro sentencioso de Dumas hijo. Hay en Moliére un verdor de buen sentido, una frescura vivaz, una observación certera, una gracia continua, que degenera en bufonesca raras veces, y aun dentro de la bufonada conserva aticismo. Además, Moliére, por lo humano de su sátira, es moderno todavía: hay defectos y manías de que donosamente se burla, que nunca dejarán de existir, aunque varíe su nombre.

Ved, por ejemplo, *Tartuffe*. La época de *Tartuffe* ha pasado: el jansenismo, Port Royal, el aura de rigidez y de intransigencia que sopló sobre Francia con tal fuerza, ya es no más un recuerdo en la historia de la conciencia y de la fe. Sin embargo, *Tartuffe* encarna una manera de ser, la hipocresía, y la hipocresía no desaparece, aunque se modifiquen sus manifestaciones y cambie su ambiente peculiar. Hay hombres hipócritas, sin capa de religión, con capa hasta de ateísmo. Sí; el ateo puede ser un *Tartuffe*. Aparenta virtudes, si no creencias; aparenta amor á la humanidad, si no amor á Dios. ¿Qué fué el incorruptible Robespierre, sino un *Tartuffe*... vuelto del revés?

Ved el *Bourgeois gentilhomme*. Podemos calificarlo de *comedia* de figurón, y Monsieur Jourdain es como el héroe de *Entre bobos anda el juego*, un fantoche ridículo, una exagerada caricatura. Pero bajo la bufonada, que si se acentúa una línea más es ya pantomima de circo, bajo las grotescas peripecias de la «ceremonia turca,» hay un sentido de lo real tan persistente, un alma de verdad, que establece una distancia incalculable entre la obra de Moliére y otras, externamente, de su mismo género. Todos los personajes del *Bourgeois gentilhomme*, así los que representan el buen sentido como el que encarna la vanidad llevada hasta la fatuidad y la insensatez, son verdaderos y actuales. No importa que Monsieur Jourdain vista la bata rameada del caricato y se cubra la cabeza sin seso con gorro blanco que sujeta amarilla cinta: no por eso deja de ser un *snob* contemporáneo, que habla, piensa y procede como los *snobs*. Para él, la humanidad se divide en aristocracia y clase media: para él, no hay más vida que la vida «elegante;» á trueque de rozarse con gente de la alta esfera á que aspira, sacrificará gustoso, no sólo su fortuna adquirida á fuerza de honradez y trabajo, sino su paz doméstica y la felicidad de su hija, y se encontrará suficientemente recompensado cuando un noble sin dinero le llame amigo y una marquesa le haga una reverencia de corte. Como todos los tipos *representativos* de Moliére, Monsieur Jourdain es un hombre que va directamente á su desarrollo y á su satisfacción pasional, sin que le puedan desengañar ni hacer retroceder una pulgada, en el camino de perdición y de monomanía, las advertencias, consejos, burlas, amonestaciones, lágrimas y gritos de cuantos están á su alrededor. Estos locos parciales, de que el mundo está lleno, lo verían desplomarse y desquiciarse y seguirían impávidos hacia el objeto de su locura. En los caracteres del teatro de Moliére aparece de realce lo que acabo de decir, y es el mayor mérito del gran autor cómico francés. El espectador, ante el *Avaro*, ante Monsieur Jourdain, ante Orgon, ve y conoce que se trata de maniáticos; y aun cuando el espectador tenga sus propias manías, dominado por el arte, se ríe de las ajenas. Hay algo de trágico, en el fondo de las comedias de Moliére; hay una hiel secreta, el *surgit amari aliquid*, la fuerza del sino, la ley de cada alma, que se dirige como fatalmente adonde la arrastran sus inclinaciones convertidas en vesanias. Tristes son, en el fondo, en medio de la carcajada sana que provocan, el avaro, el misántropo, el hipócrita, el vanidoso; la misma intensidad de su manía, retratada de mano maestra por Moliére, nos abruma como abruma lo fatal, lo irremediable.

A la mayoría de los abonados sospecho que no les ha convencido este repertorio de Moliére. No es teatro de acción, sino de frase; la poca acción que encierra no es imprevista, ni animada, ni sorprendente; no hay enredo; hay psicología..., y no entendiendo completamente, á fondo, el idioma, no se perciben los delicados matices del pensamiento, no se saborean las sales del diálogo. Las *finezas* se pierden.

⁂

Con motivo de estas *tournées* de actores extranjeros, la eterna cuestión de los sombreros de las señoras ha vuelto á plantearse. No se oye más que renegar de ellos; el que paga su asiento quiere ver, y no ve sino una mínima parte de la persona de Zacconi ó de Coquelin, por entre las alas reunidas de dos pamelas monumentales. Todo está dicho, repetido hasta la saciedad, en lo que á esta cuestión respecta, y ya por manoseado no debe repetirse, puesto que tampoco el machaqueo de la prensa consigue que las señoras se decidan á ir en pelo á las butacas. Algunas van, es cierto; pero la mayoría sostiene la tradición y la costumbre.

Y aquí es el caso de exclamar, parafraseando á la monja mejicana: «O hacednos cuál nos queréis, ó comprended que seamos cual somos.» A la mujer se la dirige por el sendero de la rutina: á la mujer se la censura por todo lo que hace ó dice contra los hábitos inveterados; y sólo en casos particulares como este del sombrero en las butacas, quisieran los hombres verla rompiendo, con gallardos arrestos, el yugo de la costumbre, y prescindiendo del recelo á lo desconocido... Y la mujer, dócil al impuesto rumbo, no se presta á tales innovaciones: ¡qué se habrá de prestar! Con sombrero ya á las butacas desde hace cincuenta años, con sombrero seguirá yendo otros cincuenta, hasta que no haya ni sombreros, ni butacas, ni teatros, ni esté vivo nadie de los que sostuvieron esta campaña, sino que todos se encuentren ya arrellanados en el lecho de reposo desde el cual se ven los espectáculos de otro mundo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASÍ ANDAMOS

¿Se acuerdan ustedes de aquel bandido, y no de la Alpujarra, sino de las sierras galaicas, donde según Tirso de Molina la malicia no existe; de aquel bandido que parecía haber renovado, en nuestra prosaica edad, las fazañas y travesuras de los Niños de Écija, Candelas y José María? ¿De aquel bandido que tuvo en jaque muchos meses á la Guardia civil; que hizo gemir á las prensas con su gesta heroica, y á quien por último un cura de aldea, *nieto del Cid*, también él y sobre todo él, prendió demostrando un arrojo, una serenidad y una destreza, que desplegada al frente de una guerrilla le hubiesen hecho rival del Empecinado?

Pues ese bandido se encuentra en la cárcel de Marineda de Cantabria, y van ustedes á fijar un momento la consideración en lo que sucede dentro de una cárcel española, á principios del siglo XX, que ó mucho me equivoco, ó es, ante todo y sobre todo, un siglo pedagógico y penitenciario; un siglo en que los esfuerzos comunes tienden á *enseñar* y á *corregir*.

***

Ante todo, esa cárcel marinedina la visité yo hace muchos años, y los años, que no pasan en balde, para la cárcel han pasado lo mismo que un soplo, sin alterar en lo más mínimo su poco atrayente fisonomía. Es la cárcel del tipo antiguo, sombría, calabocera, sin aire, sin luz, sin condiciones higiénicas, y al mismo tiempo (curiosa anomalía) insegura, insuficiente para la custodia de un preso que tiene energía y vivos deseos de fugarse. Sí; estas cárceles de figurón, semejantes á los dragones que los ejércitos llevan por estandartes para asustar al enemigo, se prestan á plantes, motines y evasiones, infinitamente más que la prisión moderna, donde el preso respira y donde no se le carga de cadenas, cual si estuviéramos en los tiempos de la Máscara de hierro y de Latude.

Un día escribí aquí mismo que, en bastantes crímenes, en muchos, la responsable directa era la sociedad (me refería á la que conozco). Y esta afirmación viene á robustecerla el reciente episodio de la historia del bandido, que ha tenido por teatro la cárcel marinedina.

***

El bandido se opone á la sociedad, la desafía; pero ¿quién es el bandido?, ¿quién era antes de lograr esa notoriedad ruidosa debida á la infracción de las leyes sociales? Un pobre aldeano, de oficio herrero, si no recuerdo mal; uno de tantos que sólo han percibido, de la sociedad, los vejámenes y limitaciones que impone, lo que coarta la expansión de las facultades individuales, sin advertir la compensación de seguridad y auxilio, el carácter eminente de solidaridad humana de que la sociedad debe revestirse. Para mayor subversión de las ideas de razón y justicia en el bandido, nota que mucha gente le admira, que le rodea cierta popularidad, burda y callejera si se quiere, pero al fin popularidad; y deduce – naturalmente – que la protesta formulada en su espíritu lo está en el de infinitos, en el de la muchedumbre, y que por algo se le transforma, con rápida leyenda, de salteador en héroe aclamado. Si entre las instituciones sociales y legales y la multitud existiese ese fuerte lazo, esa cohesión que caracteriza á los pueblos unidos y poderosos, el criminal, el atropellador de mujeres, no sería victoreado, sino linchado.

En suma, el bandido, después de una illada y una odisea entre trágica y cómica, es traído adonde han de juzgarle, y sepultado en la clásica mazmorra, sin que falte á su sepelio en vida ninguna de las circunstancias del aparato que requiere tan interesante argumento. «Por lo pronto – leo en un periódico local, – el Director de la cárcel, como medida de seguridad, colocó al audaz bandido una barra de dos cuartas de largo, con un espesor de dos centímetros y medio aproximadamente, que pesa, sobre poco más ó menos, unas diez ó doce libras, sin contar las argollas. Esta barra tiene en uno de sus extremos una gruesa cabeza que impide la salida de las argollas, y en el otro una ranura en la cual se introduce un hierro á guisa de pasador, que surte el mismo efecto. Este hierro ó lengüeta había sido remachado para que el preso no pudiese desprenderse de la barra, á la cual se hallan unidas dos argollas que sujetan los tobillos del preso.»

Ante este trato excepcional, el bandido sentiría crecer su engreimiento, la vanidad infantil que le distingue, y sacaría en consecuencia que tan extraordinarias medidas suponen un ser extraordinario, obligado á realizar cosas extraordinarias igualmente. Deduciría también que la cárcel y su custodia no ofrecen garantías suficientes, cuando es preciso cargar de hierro á un preso temible; y que siendo así, la meditada evasión novelesca, precedida de pronunciamiento, en la prisión marinedina debía realizarse.

***

Y se realizó; es decir, la evasión no llegó á verificarse, por un pelo; en cuanto al pronunciamiento, fué sonado, y no sé por qué milagro no arrojó á la calle á todos los presos, de una vez. ¿Pretexto del motín? El de costumbre: no querer comer el rancho. Al primer movimiento de insubordinación de los presos, el bandido, con su hercúlea fuerza, había roto las argollas, despedazado á golpes la puerta de su mazmorra, sirviéndose de la propia barra que le sujetaba momentos antes, salido al patio á ponerse al frente de los que le aclamaban..., y á no encontrar á la puerta del rastrillo los fusiles de la tropa, paseándose está á estas horas por el campo, donde tarde aparecería otro cura capaz de echarle el guante. ¿Y quién sabe la venganza horrenda que esperaba al que logró la captura?

Entretanto, lo que el bandido Casanova pudo apreciar durante su cautiverio, en el pronunciamiento y después de él, respecto á la organización de las prisiones, forma en que la sociedad se le aparece, fué lo que verá el curioso lector, y que entresaco de los relatos que los periódicos publican:

Primero. – Que en la cárcel entran á toda hora, para los presos, *delitos embotellados*, ó sea botellas de aguardiente de caña, cobradas unas á dos pesetas y otras á duro.

Segundo. – Que cuando los presos se amotinan, destrozan puertas, gritan, amenazan y turban el orden, el resultado final es que en vez de acentuarse las medidas de severidad, se atenúan; se les encierra, no solos, sino juntos, como desean; se les ponen grillos «ligeros y endebles,» en comparación de los de antes, y que cierran con pequeños candados; en fin, mejora su situación.

Claro es que los bandidos no son tontos. En su espíritu – donde acaso una prisión seria, segura, sin inútiles violencias ni refinamientos crueles, sin complacencias inmorales, sin tráficos reprobables, hubiese labrado huella de reflexión y enmienda, – lo que se había abierto camino es la convicción de que, en la cárcel, con dos pesetas se tiene caña, barajas, no sé si algo más (¡Dios me perdone!), y de que, con buenos puños y decisión, al preso que no le agrada estar solo le ponen en compañía, al que le pesan unos grillos se los cambian por otros ligeros y endebles, y al que le descontenta un calabozo se le muda á otro – y no por humanidad, no por justicia, sino ante la imposición y la alarma del motín.

De suerte que la receta es conocida, y saldrá perfeccionada ahora que al bandido le reunen y le permiten pasar la tarde y la noche en compañía de los presos más resueltos y peligrosos. El público se promete nuevas y más sensacionales emociones, que interrumpan algo la monotonía de este mayo tan metido en frío y en agua, tan diferente de lo que se llama *primavera*.

***

La prensa traduce la impresión asaz triste causada por la Exposición del Círculo de Bellas Artes, en la estufa del Retiro; y Cánovas y Vallejo se pregunta, asombrado, en su crítica de *La Epoca*: «¿Será que la degeneración se extiende ya, y también, á la pintura? ¿Será que no va á quedarnos ni eso? ¡Qué tristeza!»

Sin duda creía Cánovas y Vallejo que «nos quedaba *eso*...» Yo, desde mi visita á la Exposición Universal de 1900, me había cerciorado de que *eso* no nos quedaba, y de la ley, natural y sencilla, por la cual no podía quedarnos, á pesar del talento y de las facultades innegables de bastantes artistas españoles. No es aquí lugar oportuno para desarrollar tales puntos de vista. Sólo diré que el arte es también una fuerza social, una fuerza vital de las naciones, y que decae cuando ellas decaen en el grado y del modo que nosotros hemos decaído. El arte es, además, al par que inspiración, trabajo asiduo, concienzudo, esfuerzo estimado y premiado por la conciencia artística de una generación. No puede ser lo superficial, lo imprememeditado, lo espontáneo solo; no puede ser la imitación servil y pueril de las escuelas *avanzadas* del extranjero. Ni se puede exponer antes de estudiar y dominar un poco los medios de expresión; antes de haberse buscado á sí mismo, con ardua labor y paciencia. El campo no cultivado produce ortigas y zarzas. El fruto silvestre es acedo y sin jugo.

***

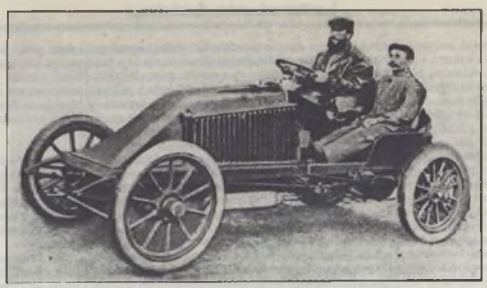
La carrera «París-Madrid» despierta viva ansiedad entre los aficionados y los curiosos. A pesar de sus malas partidas, el automóvil tiene entusiastas; se extiende y hunde en el olvido á la mesocrática bicicleta, que también ofrece sus peligros. La nota más significativa de los comentarios á la perspectiva de la carrera, es el temor de que sean apedreados los coches á su paso por el territorio español. Es un temor explicable, dada la frecuencia con que son apedreados hasta los trenes. Se han girado órdenes severísimas á los pueblos del tránsito; se ha prohibido, para evitar desgracias, la circulación por las carreteras, y se reconcentrará la Guardia civil.

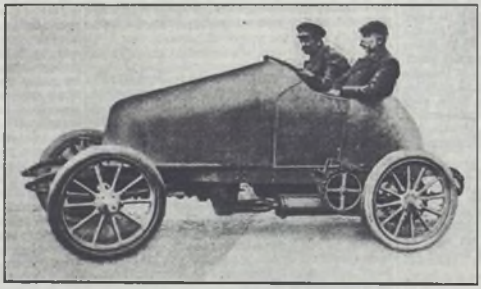
Entre los coches que vienen figura uno que requiere, en quien lo ocupe, intrépido corazón. No es otra cosa sino un motor monstruo, destinado á oponer la menor resistencia posible al aire y á desarrollar una velocidad vertiginosa. Peligro por peligro, yo eligiría este: peligro completo, reconocido, glorioso en su género; no un semi-peligro, que al fin puede costar la vida. Y disfrutaría, por algún tiempo, la sensación embriagadora de correr sobre el filo de la muerte, de verla próxima á cada instante, de devorar el espacio, de suprimir la distancia, de ser lanzado no se sabe adónde, de dejarse atrás á los otros, por veloces que fuesen.

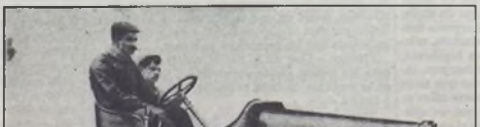
De otro modo, el automóvil no existe. Los que le quieren lento y formal, deben cambiarle por una galera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid







De arriba a abajo, "Coche ligero Renault, guiado por M. Marcel Renault, ganador de la carrera París-Viena", "Coche Mors, tipo París-Madrid, guiado por M. Enrique Fournier, ganador de la carrera París-Berlín", "Coche ligero Richard-Brasier" y "Coche ligero Decanville, guiado por M. Mestayer." 1903, nº 1.118, p. 370.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y de qué hablar, si no hablamos de eso? Ya sé que es una conversación gastada y manoseada, y que con igual rapidez que ellos corren, se desvanece el recuerdo de sus carreras insensatas; ya sé que dentro de ocho días nadie se acordará de los inválidos del automovilismo..., pero ahora, en esta primer semana, ¿no es cierto que se impone el charloteo, los contradictorios pareceres respecto á la gran aventura internacional?

***

Como somos aún el país donde – exteriormente al menos – el quijotismo alienta, he oído á mucha gente censurar en primer término que la carrera haya tenido por objeto acreditar ciertas marcas de automóviles y proporcionar ganancia á ciertas casas constructoras.

¡Oh candor! ¿Pues acaso, en tiempo alguno, dejó de ser el interés el supremo *entrepôt*?

Yo veo, en esa carrera desenfrenada, mortal, horrible, un símbolo ibseniano, algo que, en fuerza de representar bien la manera de ser de la humanidad, reviste poesía. La humanidad va á su ganancia por cima de los cuerpos palpitantes, de las carnes despedazadas, de la sangre vertida á raudales, del dolor, de las lágrimas, del propio decoro, de cuanto pudiera contenerla. Es humano que cada individuo prefiera hacer trizas el cuerpo del otro; pero, en juego el interés, también se arriesga el propio cuerpo sin reparo. Donde las dan las toman. Así fueron en la antigüedad, en la Edad media, en el Renacimiento, en la Edad moderna, las guerras todas: en el fondo, cuestiones de provecho y ventaja. Se batallaba, se moría, se vencía..., y á salir ganando; á lo que importa.

El automóvil es un combatiente. Lánzase á la palestra á desbancar á los demás vehículos, empezando por el ferrocarril. Los que anuncian el brillante porvenir reservado al automóvil, dicen que con él y por él se suprimirán las fronteras y se cambiará, por consecuencia, todo el estado político actual de Europa: vendremos á la soñada y apetecida federación de los Estados Unidos Europeos, á la supresión de las tarifas aduaneras y al más completo cosmopolitismo. El país que quiera conservar su aislamiento, tendrá que construir una especie de muralla de la China, y los ingleses ostentarán de nuevo, con orgullo, su característica excelencia: *Totus divisus orbe britannes*. Por algo no han querido ellos unirse al continente, lo cual, según fama, no les sería muy difícil, ya practicando un túnel submarino, ya construyendo un ciclópeo puente... ó arrecife artificial. Presentían esta tempestad de automovilismo que se nos ha venido encima, y aspiraban á conservar su exquisa libertad. Seguir siendo isleños, y desde su isla señorear el mundo: be ahí la aspiración de los ingleses, que acaso no se les logre, después de las recientes etapas de su historia, en que ha decaído su prestigio, descendido su crédito y quedado no muy bien parada su moralidad como nación. Mas no serán los automóviles los que entreguen á Inglaterra á merced de Europa: será mejor una marina como la que ya van poseyendo Rusia, Alemania é Italia, y que pone la ceniza en la frente á los de allende la Mancha, hasta hace poco señores, dueños y reyes de los mares.

***

Personalmente me son hasta repulsivos los automóviles. Huelen mal y su forma nunca es bella. Jamás tendrán la airosa, la gallarda silueta del coche tirado por caballos. Hacen desagradable ruido, y su velocidad vertiginosa no da tiempo á mirar el paisaje. Para ir despacio, el automóvil no conviene – tanto daría ir en coche; – y aprisa, dan idea de los medios de locomoción del alma que lleva el diablo. La indumentaria del automovilista no se pasa de simpática tampoco. Esas garitas de piel de foca ó de gato ruso; esas gafas y caretas de buzo y de explorador polar; esos guantes de oso; esos velos que quitan la respiración, dan idea del suplicio de viajar de esa manera. No hay, en automóvil, conversación ni intimidad posibles, así como no hay verdadero *tourismo*, pues se cruzan los países más hermosos y los puntos de vista más encantadores, sin poder volver la cara á mirarlos. ¡Oh silla de posta, silla de posta, que llevaste á Italia á Goethe, Lamartine y Byron, cómo te echa de menos mi fantasía; cómo á tu solo nombre se baña en claridades de luna, resplandores de sol, suavidades de amanecer y arreboles de ocaso!

***

En vez del retintín de tus cascabeles, del restallido del látigo de tus pintorescos postillones, del rincón de tu berlina donde descansaba el cuerpo y se recostaba la cabeza para dormir dulcemente, después de una jornada llena de impresiones de arte, lo que veo es una mecánica infernal que pasa como un rehilete; una especie de chocolatera-tromba, que se lanza ciega no sabemos adónde ni para qué, y que tripulan seres extraños, máscaras sombrías, de una comparsa fúnebre.

¿Cuánto tardará en detenerse súbitamente; ante qué clase de obstáculo se parará en seco? ¿Qué género de muerte espera á las máscaras? ¿Perecerán carbonizadas, cual las que ocupaban el automóvil que chocó en Bonneval contra la casilla del guardabarrera? ¿Proyectadas á un foso y descostilladas, cual Marcel Renault? ¿Con el pecho aplastado, como Richard? ¿Con el cráneo fracturado, como el joven Gastón Raffet? ¿Bajo el peso del vehículo, por asfixia, como el mecánico Normand?

No hay cosa más fácilmente prodigada que la vida humana. Dijérase que conocen los hijos de Adán el ningún precio de este único tesoro repartido al nacer á todas las criaturas. ¡El valor! ¿Qué es el valor, ocurre preguntar, ante esta prueba clarísima de que la vida se juega con indiferencia y hasta con empeño y ansia desmedida de jugarla? ¿Debe calificarse de valor, de heroísmo, el arranque y el disparo de los automóviles? ¿Es igual exponerse á un balazo por la patria, á un lanzazo por la fe, á una infección morbosa por la ciencia, que despeñarse, denuncarse, despedazarse, freírse, reventarse por *snobismo* ó por acreditar una marca de coche mecánico? ¿Se ha de llamar esto valor igualmente? ¿Dónde está la línea divisoria del valor y la insania?

***

Porque el caso es que, mientras la opinión se solivianta; mientras los gobiernos, bajo la presión de esa opinión, prohiben la carrera, los carreristas, indignados, indiferentes á las noticias lúgubres que llegan por telégrafo, sólo piden que se les permita continuar. ¿Qué es eso de quitarle á uno el gusto? ¿Qué tiene nadie que ver con que otro se haga trizas? Es fuerte cosa que en todo han de meterse los gobiernos.

No deploraríamos desgracia alguna – añaden – si en esta carrera la velocidad no se hubiese extremado más allá del límite racional. Es evidente; pero la exageración de la velocidad caracteriza el deporte automovilista; sin la exageración de la velocidad, no ofrecería el automóvil atractivo para los deportistas. ¡La competencia! He visto mil veces el género de contrariaguez que produce en los cocheros de profesión ó de afición. *¡Pasar delante!* Con tal de conseguirlo, enborabuena se estrelle el coche. Y la rapidez, en sí misma, aun prescindiendo de la competencia, emborracha, fascina, atrae con la atracción de un perfume violento y tenaz.

Ello es que se ha aguado la fiesta por completo; que los elegantes han visto estropearse la emoción más honda y viva del año... Y entre paréntesis, ¿cómo era posible que se la prometiesen? ¿Cómo suponían que lo acaecido no iba á acaecer?

Sin ser profeta podía anunciarse. Para que la carrera se hubiese terminado en paz ó con un contingente de accidentes relativamente corto, era preciso que supusiésemos desde París á Madrid una carretera ideal, de cien metros de ancho, lisa como un salón de baile, y en la cual no entrasen ni los perros. Los perros sobre todo.

Estos por lo general inofensivos animales, que al paso de los coches se contentaban con ladrar, son causa de la mitad de los siniestros del automovilismo. El automóvil no les da tiempo á separarse: aturdidos, son arrollados; pero toman, antes de expirar, tremenda venganza, haciendo saltar el artefacto. Corrió la voz de que era preciso recoger á los perros, y la gente se dedicó en efecto á recogerlos aquí y acullá..., hasta donde es posible realizar tal empresa. Por muchos perros que se recogiesen y subiesen, había de quedar alguno trasconejado, ¿quién lo duda? Mientras las carreteras no tengan á un lado y á otro tapias altas que sirvan de guardaperros...

***

Parece que en España se habían adoptado las precauciones necesarias para proteger la vida y seguridad de los automovilistas, con un acierto y una precisión superiores á lo hecho en Francia, donde se registran fatales imprudencias semejantes á las del paso á nivel. Los periódicos, sobre esta base, ensalzan á España y forman juicios muy lisonjeros respecto al estado de su cultura. Y es que no se dan cuenta (ni es fácil dársela, á no tener muy fija la atención en el fenómeno del carácter nacional) de que España es el país donde se hacen mejor las cosas.. cuando quieren hacerse bien, y que el único inconveniente aquí es que, de cien casos en noventa y nueve, no se aplica la voluntad á hacerlas bien, ni aun á hacerlas. La gente española es tan apta como la que más: fáltale tan sólo aplicar, beneficiar y desarrollar plenamente, por el ejercicio, sus aptitudes. Siempre que no se ejercita la voluntad de un modo sistemático, se va, en momentos dados, al extremo; así como hay individuos impulsivos, hay pueblos, y en momentos dados, esos individuos y esos pueblos son capaces de las acciones más grandes y simpáticas. ¡Lástima grande de educación nacional en pueblos como España! Volvería á ser – con treinta años de intensa cultura – de los primeros del mundo.

***

Entre los carreristas figuraban varias señoras, y especialmente una, Madama Gart, de quien dicen los periódicos franceses que es una profesional del automovilismo. Bien está que haya deportistas con faldas, y que no se arredren. Por ese camino no especialmente va la mujer á obtener la plenitud de sus derechos, pero es un camino más, y la mujer, para reivindicar sus derechos, tiene que recorrer todos los caminos, pisar todas las sendas, intervenir en todo.

Lo altamente perjudicial á la mujer, lo que parece ardid de sus peores y más sañudos enemigos, es la reducción á un tipo único, la simplificación de su figura, la fundición de su individualidad en una sola turquesa. Es necesario á la mujer diversificarse, y por medio de la diversificación, destruir ese concepto funesto de que hay direcciones, actividades, manifestaciones, actos é ideas *impropios de una mujer*.

El día en que no parezca impropio de una mujer sino lo que también debe parecer impropio de un hombre (concepto general de la dignidad de la especie), la mujer estará redimida de las tradicionales inferioridades é injusticias que gravitan sobre ella.

Por eso me complace Madama Du Gart, en su auto, con sus velos tupidos, precipitándose á la carrera frenética, disputando el premio de la velocidad, riéndose de la muerte emboscada en los fosos, en los árboles y en las barreras del camino. Las mujeres son por lo menos tan valerosas como los hombres: lo que sucede es que se las ha habituado á mostrar como un encanto el miedo, que el varón se oculta como un estigma. Algún día se persuadirán de su fuerza moral, de su valor, y dejarán de coquetear haciéndose las apocadas. Cuestión de nervios.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"La Coruña.— Instituto Da Guarda (de fotografía de M. Teijeiro)" y "Cuartel de Alfonso XII (de fotografía de M. Teijeiro)". 1900. n.º 986, p. 750.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOLUCIÓN. – EL DUELO

Un hombre de ciencia, Guillermo Crookes, inventor de aquel radiómetro que tanta sensación produjo entre los consagrados al cultivo de las «exactas, físicas y naturales,» nos anuncia – á larguísimo plazo, ello es verdad – la disociación de la materia y el retorno al Caos, hermano de la Noche, según las poéticas cosmogonías primitivas. ¿Cuántas generaciones de generaciones, cuántas semanas de años transcurrirán antes de que suceda esto? Transcurran las que transcurran, nuestra mente vacila y se ensombrece ante la idea de tal catástrofe. El fin del mundo, temido por nuestros padres, ó mejor dicho abuelos, y para más verdad architatarabuelos de la Edad Media, había llegado á preocupar poquísimo ó nada á la Edad moderna. He aquí que un sabio vuelve á proyectar sobre el universo la sombra del no ser; á notificarnos que todo perecerá, civilizaciones, imperios, monumentos, invenciones, conquistas, trabajos, obras buenas y malas, riquezas acumuladas y circulantes, arte, ciencia, verdad, hermosura... Un desaliento profundo embarga el ánimo; la fatalidad parece que se nos atraviesa cerrándonos el paso. ¿A qué luchar, á qué esfuerzos y fatigas? «Estamos cerca del fin del mundo,» como decían tristemente los del milenario fatídico.

Pero ¿qué importa la perspectiva de la disolución, fluidificación y disociación de lo que conocemos del universo, que es nuestro planeta, á quien dentro de su alma se le ha disociado su mundo, se le ha transformado en tinieblas la luz, se le ha sepultado todo en el caos? ¿Qué le importaría el anuncio ó sentencia de Crookes á la mísera cuyo cuerpo acaban de devolver las olas del Cantábrico, aquí en Marineda, después de guardarlo en su seno cerca de un mes?

Nunca sentirá el hombre la catástrofe general como siente la que inmediatamente le afecta. Cada cual es, para sí mismo, centro y razón de la vida; no ya sólo de la propia, sino de la que se desenvuelve alrededor nuestro. Aunque la disociación del planeta fuese cosa inminente, nadie pondría fin á sus días por el *dolor general* de esa disociación, sino por el dolor particular y personal. ¿Habéis mirado alguna vez los cuadros que representan escenas del Diluvio? En las caras y en las actitudes, lo que se refleja es el afán de salvarse á sí propio y de salvar á los seres queridos, el que los tenga; lo demás no preocuparía. El que consiguiese trepar á una eminencia, fuera del alcance de las olas y los torrentes de la desatada inundación, no encontraría en sus ojos lágrimas con que llorar la catástrofe: las secaría el gozo de la salvación propia. Dígalo Noé; metido en el arca, seguro de flotar, en compañía de su mujer, sus hijos y las mujeres de sus hijos, sólo pensó en aquel buen asilo y cobijadero; ni al salir de él se le ocurrió lamentarse por el género humano que había perecido en masa, tragado por las aguas más altas quince codos que los montes; sino que dejó el arca bendiciendo á Dios y regocijándose en los tornasoles y prismas del arco iris, y en cuanto se vió en tierra firme, ofreció sacrificios «de olor de suavidad.»

La que buscó el sitio más tétrico y solitario de Marineda para desaparecer, era una desesperada lúcida – el caso es más frecuente de lo que se cree. – Con dominio absoluto de sí misma, ocultó su resolución á todos; procedió como procedería si su vida corriese por el cauce natural; y cuando abandonó su casa en Lugo y se vino á Marineda á poner por obra lo resuelto, pudieron creer los de su casa que se trataba de un capricho, de una voluntariedad de muchacha, de alguna pasajera contrariedad amorosa. Al llegar á Marineda – agasajando con fúnebre gozo la idea del fin, – en vez de irse derecha, desde el tren, á los acantilados de la bravía costa, se dirigió, lo mismo que cualquier viajero, á una fonda, y allí se lavó, se arregló, se atusó un poco, última coquetería de mujer. Al verla salir, con ese aire especial de los que van á *algo*, un instinto inexplicable, algunas palabras misteriosas de la viajera, movieron á la fondista á mandar á un criado que la siguiese y observase. – La mujer sola, en las fondas, inspira siempre extrañeza y desconfianza. – El mozo la siguió, á boca de noche, y la vió emprender ese camino de trágica tristeza que, pasando por delante de las tapias del cementerio, conduce á la Torre y á los escollos. La pupila de cíclope del Faro, abriéndose y cerrándose entre la sombra, guiaba tal vez á la desesperada. El espía que á distancia estudiaba sus movimientos y seguía sus pasos, notando que no se detenía al llegar al cementerio, que ni volvía la cabeza para mirarlo, que proseguía hacia la Torre, creyó en una cita de amor, y medroso ó cansado, dió la vuelta. «Allá ella y el hombre que la aguarda.» La hipótesis del suicidio no le cruzó por las mientes.

Y ella siguió avanzando. Iba á buen paso. Tenía prisa de llegar. Las gentes, al comentar este caso, se preguntan por qué el viaje; por qué la desesperada no se limitó sencillamente á precipitarse de lo alto de una ventana ó de una muralla, en su propio pueblo. El viaje, no cabe duda, requiere un gasto de energía y disimulo, y de sentido práctico, que no siempre está al alcance de los que sufren crisis moral tan honda. – Pero la desesperada sentía esa preocupación extraña que influye tanto en los suicidas: la idea de la impresión que producirá su cuerpo cuando lo recojan; la vergüenza, el pudor del drama íntimo divulgado, profanado de un modo tan violento y horrible. Única esperanza de la desesperada: que el Océano, piadoso, no restituyese su cuerpo; que diese eterna sepultura, á ella y á su secreto. A veces son discretas las olas: recogen, tragan y no devuelven. Otras, sin embargo, diríase que se gozan en restituir – ¡y cómo, en qué estado! – lo que se las confía... Si la infeliz hubiese podido suponer que recorrería otra vez el camino desde los escollos al cementerio, pasando por la mesa de autopsia, ¿ejecutaría su resolución? Tal vez no...

¡Es tan difícil acertar cómo se ha de morir!, declame, á propósito de esto, alguien que en apariencia no está á mal con la vida. ¿Quién es capaz de saber si, por dentro, la aborrece en grado igual á la desventurada viajera que al tomar su billete para Marineda hacía rumbo á la eternidad?

Otra tocata. *La Liga internacional contra el duelo* es una institución reciente y de la cual se habla mucho. Corrientes múltiples han venido á confluir en este movimiento: proceden del ejército; procede de la aristocracia; proceden del socialismo, en Italia sobre todo. La Federación socialista de Milán ha resuelto expulsar de su seno á todo el que se bata en desafío. Es curioso saber con qué argumentos combate un general, el general Perrone, á los duelistas. «El valor del duelo – escribe – es despreciable; lo tuvieron los meninos de Enrique III, lo poseen todavía hoy los depravados y los libertinos.» Sin poderlo evitar se me ocurren dos argumentos. Primero: que si hay libertinos que son valientes duelistas y espadachines, los hay también que se pasan de cobardes. Segundo: que el valor puramente militar, que tanto estudia y con razón el general Perrone, no es tampoco privilegio exclusivo de los hombres de buena conducta: los meninos de Alejandro Magno se batían muy bien; Julio César no fué un modelo de virtudes. Con la historia todo se prueba y todo se rebate.

Ni me parece mucho más exacto decir que la difusión del duelo se origina del deseo de elevación en la clase media; de este sentido tan extenso y amplio que hoy tiene la palabra *caballero*. Nunca fueron tan frecuentes los duelos como en las épocas aristocráticas. Ahí está nuestro siglo XVII, hormigueando de cuchilladas, estocadas y riñas á la luz de los farolillos de retablo. Bajo Luis XIII, en Francia, los señores se batían por un quítame allá esas pajas: recordemos el pasaje tan ingenioso de Manón Delorme:

. . . .

Toujours nombre de duels. Le trois c'était d'Aiguebonne
contre Arquien, pour avoir parlé du point de Gênes:
Lavardin avec Pons s'est rencontré le dix,
pour avoir pris a Pons la femme de Sourdis;
Sourdis avec d'Ailly, pour une du théâtre
de Mondori. Le neuf, Nogent avec La Chatre,
pour avoir mal écrit trois vers de Colletet:
Gorde avec Marguillan, pour l'heure qu'il était;
D'Humière avec Gondi, pour le pas à l'eglise;
et puis tous les Brissac avec tous les Soubise,
a propos du pari d'un cheval contre un chien.
En fin, Caussade avec Latournelle, pour rien,
pour le plaisir. Caussade a tué Latournelle.

El comentario de los nobles que en Blois, donde se aburren, oyen esta noticia, es exclamar:

. . . .

Heureux Paris! Les duels ont repris de plus belle!

. . . .

Richelieu, castigando á los duelistas con pena de muerte, y ejecutando severamente la ley, no pudo atajar la epidemia de duelos.

Y bien mirado, ¿hacen tantos estragos los duelos hoy como entonces? ¿Hacen siquiera la mitad? ¿Cuántos casos leemos en la prensa de duelos que tienen fatal desenlace? Lo diario son las actas, ó esos lances á primera sangre que los estudiantes alemanes sostienen *pour rien, pour le plaisir*, y á los cuales, en los países latinos, se atribuye desmedida importancia. Saco en limpio que el duelo es una de las enfermedades menos usuales y menos mortíferas que la humanidad padece.

Hay un militar italiano, un capitán, que á mi parecer está más en lo cierto que el general, sosteniendo que el duelo no se extirpa por virtud de leyes ni de tribunales de honor, sino educando la opinión para que no tenga por vil al que, convencido de que ofendió, pide excusas al ofendido. Pero ¿en qué casos sería satisfactorio para el ofendido esta clase de reparación? Suponed que está de por medio una mujer; que se halla en juego el sentimiento; que el corazón, no el honor superficial, social, es el que envía á la mano corrientes de electricidad, impulsos de cólera... ¿Bastan las excusas? ¿No irritarán más aún? ¿Son muchos los duelos serios en que sale á la superficie la verdadera causa?

Parece que uno de los mayores enemigos del duelo es, ¿quién lo creyera?, el emperador de Alemania. Realmente, allí hay más duelos, y con carácter más grave. La oficialidad es puntillosa, y duelista por entretenimiento; lo es también la juventud de las aulas. Y el Kaiser, en el temor de que le quiten un buen oficial, legisla contra *la manía del duelo*.

La *Liga internacional contra el duelo* aspira á resolver el problema del modo siguiente: dando al honor ofendido plena satisfacción por medio de la ley y de la sociedad. La tutela eficaz y pacífica del honor...

Bien: pase en cuanto al honor, que es una creación social, esa tutela; no atino cómo se compondrán para establecerla; pero, insisto, ¿y cuando el duelo obedezca, no á tiquis miquis de honor, sino á sentimientos, á dolores, á odios, á venganzas? ¿Es que esto pueden arreglarlo la opinión y la sociedad?

El telégrafo trae ahora mismo la noticia del asesinato de los reyes de Servia, y la subida al trono de Pedro I, Karageorgevitch, que representa allí la legitimidad, la dinastía histórica. Los Obrenovitch eran usurpadores.

Pedro I, el nuevo monarca de Servia, es hermano del príncipe Bojidor Karageorgevitch, literato y artista, de quien he tenido ocasión de hablar aquí.

El drama ha sido espantoso: si no mienten las noticias, que acabo de leer en *El Imparcial*, la sangre ha corrido á arroyos; quince ó veinte víctimas cayeron al hierro ó al plomo de los conjurados, á las altas horas de la noche. Ya pocas veces nos ofrece la historia cuadros tan vivos y fuertes: se ha vuelto mansurrona, correcta, fría. Esta matanza de Belgrado parece una página de los siglos de la energía, del XV ó del XVI, en Italia, del XVII en Rusia. Y sin género de duda, tal catástrofe la prepararon los yerros y vicios de Milano Obrenovitch, las desavenencias de su matrimonio, el enlace tan mal mirado é impopular del joven Alejandro, las gotas de agua que una tras otra forman el torrente.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando el hombre sepa construir su vivienda, la construirá de modo que no puedan entrar en ella los roedores. Esta idea se me ocurre cada vez que encuentro en uno de mis libros, á los cuales quiero bien porque no son personas y no pueden darme mal pago, las huellas del dientecillo del ratón. Si se construyese sin dejar aberturas ni agujeros, no viviríamos infestados por esas alimañas asquerosas.

Su propagación es, ó debiera ser, alarmante. Ratas y ratones no son un ejército, sino un pueblo que ha conquistado al mundo, extendiéndose por él. Dondequiera que existe un hombre, viven á su sombra y aprovechando su trabajo los ratones. Para ellos suda el labriego destripando el duro terrón, sembrando, recogiendo, entrojando el grano; para ellos gira la muela del molino, se amasa luego la blanca harina convirtiéndola en dorado pan, se cuece en el horno la sabrosa torta, y se cuaja y forma y prensa el fresco queso; y si pudiésemos sacar la cuenta de las subsistencias que devoran los ratones, veríamos con asombro la cantidad de vidas humanas que se llevan entre sus agudos dientes.

En los barcos constituyen la más cruel de las plagas. Dicen que allí es imposible perseguirles. A primera vista, creyérase que allí debiera ser en extremo fácil: como que no tienen por donde escapar, salvándose por medio de la retirada medrosa, que es su única estrategia. Sin embargo, nada se logra; no se consigue ni aun contenerles en los límites del temor. Escondidos en las entrañas del buque, en la obscuridad, entre fardos y sacas, dedícanse á hacer suyo el trabajo comercial, como antes hicieron el agrícola. A veces aparece rota la carga: cajas enteras de quesos de bola, al abrirlas, muestran sólo la corteza grosella del queso, interiormente hueca y vana; el ratón, limpiamente, ha descascarado el queso y se ha tragado la pulpa.

¿Qué cosa estará segura de la voracidad del ratón? Claro es que tiene sus preferencias, y el queso y la harina y la galleta y el pan figuran en primer lugar en sus *menús* vegetaristas; pero privadle de esos alimentos favoritos: apencará con lo que encuentre. La carne – ¡aun exceptuar la humana!.., – el pescado, las legumbres y hortalizas, le vienen bien; las frutas le saben á gloria; merodea en los residuos; no desprecia el cuero ni la suela del calzado; el papel le entra; á la madera la ataca y la destruye; el lienzo y el algodón los considera comestibles, y su glotonería llega á aconsejarle que acometa al yeso, á la arcilla y á la cal. Sus dientes necesitan incesante entretenimiento, y con tal de roer, á nada hacen ascos. Roerían el mundo y lo reducirían á polvo, llevados por el instinto ciego, cuya fuerza en el animal triunfa y en el hombre no puede ocultarse.

La naturaleza les ha dado esos dientes y esa agilidad para huir, y huyen y se ocultan. – ¿Dónde? – En escondrijos raros, comunicados con galerías y caminos secretos, de los cuales está minado, aun antes que terminado, todo lo que el hombre construye. Bajo el suelo, bajo nuestras plantas, en las paredes que nos rodean, en el techo que cubre nuestras cabezas, están los roedores insaciables. Saldrán de noche, saldrán durante nuestra ausencia; aprovecharán el descuido, la distracción, el momento de cansancio; pero saldrán, á devorar lo que puedan, á usufructuar el caudal reunido por la actividad de los hombres. Son la manifestación continua, abrumadora, de la voluntad de vivir; de ese vivir natural, odioso, que, como dijo Leopardi, no cuida del bien, sino del ser.

Combatidos y atacados por cuantos enemigos y arbitrios conocemos – gatos, perros, mochuelos, comadrejas, serpientes, ratoneras, venenos, tiros – bien puede asegurarse que los ratones no disminuyen sensiblemente, y si no disminuyen, es que aumentan, es que se multiplican en proporción aterradora, es que pululan, es que algún día serán tantos que nos ahogarán bajo su inmundo peso. La ratona es fecundísima; da á luz muchas veces al año, y no un solo ratoncillo, como los montes, sino cuatro ó cinco de una camada. Nadie la cuida; se ha de buscar ella el sustento para sí y sus pequeñuelos, y no se desgracia uno. ¿Cómo es que ya no nos han merendado los ratones, y especialmente las feroces ratas? La desaparición de nuestra especie del haz de la tierra, ¿no vendrá por los roedores?

El ratón es tímido: la rata no; ved en ella una fiera temible; si tuviese solamente las proporciones del gato, ¿quién se las habría con la rata? Cuando se propague más aún, cuando ande en bandadas, la ciencia tendrá que preocuparse, como de un serio problema, del modo de extinguir esa raza inextinguible. El hombre ha destruído, ha hecho desaparecer del planeta, á fuerza de darles caza, especies encantadoras, animales hermosos ó grandiosos, que hoy casi nos parecen fantásticos. Mientras el león escasea, la ballena casi no existe, el gallardo reno se replega al polo, el avestruz ve diezmada su africana tribu, viles ratas y ratones se infiltran en nuestra existencia, la amargan, la ensucian, la dominan por el número y la terquedad de su diente.

En sus pieles grises, color de polvo, hormiguean los parásitos transmisores de los morbos y de los contagios: esto que ahora se sabe, que antes se ignoraba, ha venido á demostrar una vez más que toda repulsión física tiene una razón de ser, quizás desconocida, pero profunda. La repugnancia, el susto pueril y chillado que inspira el ratón, no carecen de fundamento. Son los ratones emisarios de la peste; y nos la traen de la India, del Africa, de las regiones espléndidas y mortíferas del Brasil. ¿Creíais que eran el tigre, la serpiente de cascabel, el tiburón, las fieras temibles, las que se encarnizan en el hombre? Desengañaos. El verdadero enemigo de la raza humana es ese roedor que provoca á risa, que parece inofensivo. Por él se esparce el terror, se acordonan las fronteras, se llenan los hospitales y se rehinchan los cementerios. Por él es tan difícil seguir los pasos y cortar el vuelo á ciertos males, que se hacen endémicos donde el ratón y la rata no son implacablemente perseguidos.

Un buzo ha muerto al extraer del agua un cadáver de náufrago niño. Trabajaba gratuitamente y sucumbió á una congestión, producida por un principio de asfixia.

¿No os llama la atención, como á mí, el hecho de que existiendo profesiones tan arriesgadas y que exigen tal desarrollo de energía y resolución para ejercerlas, nunca falte quien las ejerza?

Si viviésemos bajo un régimen servil y se obligase á cumplir ciertos oficios á los esclavos, les compadeceríamos: ¡bajar á un pozo negro, desenfurruñar el alcantarillado, buscar, desredañar una mina de azogue! ¡Afiliarse á una fábrica de tejidos de algodón, con las partículas y la pelusa que se agarran á los pulmones! ¡Salir á redar sardina, cuando los *mares quieren tragarse á la tierra!*

Pues sin necesidad de forzar á nadie, sobra quien haga todo esto, y cosas peores aún, siquiera al pronto creamos que no cabe nada peor. El hambre da muchas y muy fuertes cornadas, y aparte del hambre, un misterioso estímulo que aguija al buzo para que de balde, generosamente, se hunda en el abismo negro, mudo, de verde cristal, á requerir un cuerpo muerto, entregando en cambio la vida del suyo...

Las alegres fiestas de Cartagena producen en mi ánimo la impresión contraria, de abatimiento y melancolía: verdad que no soy sola á experimentar y á manifestar esta impresión, que algunos periódicos de Madrid reflejan fielmente. Si tuviésemos una marina como la que han procurado tener otras naciones europeas y americanas – Chile, Italia, el Japón, por ejemplo, – las fiestas de Cartagena serían un espectáculo confortador. Acude á mi memoria el recuerdo de las planchas de blindaje que en mi visita al Arsenal de Cartagena vi por el suelo, donde yacían desde nueve años antes, esparcidas, esperando al día en que las alzase y las aplicase á los costados del crucero en lenta construcción, no la mano del obrero, sino la gran constructora y la gran obrera – ¡la *voluntad!*

¿Qué festejamos en Cartagena? ¿Es la esperanza? ¿Es el deseo? ¿Es la ilusión? Porque la realidad, más es para plañida que para celebrada, y más cuando se nos colocan enfrente, dándonos dentera, los barcos de países que han querido tener marina y la han tenido, y no por eso han oprimido más de la cuenta al contribuyente, ni han sacrificado necesidades é imposiciones ineludibles del espíritu moderno, más imperiosas, tanto al menos, como la de defender las costas...

Absolutamente neutral como soy en política, *orejana*, según la frase de Miguel de Unamuno, parécenme que, *ses orejanos* ó no, lleva razón el articulista de *El Imparcial* cuando pregunta, á propósito de la muestra naval de Cartagena: «¿Qué objeto puede tener este viaje del rey? ¿Exhibir ante Europa nuestra pobreza naval, como síntoma de la inferioridad de una política decadente?»

Ya tienen los servios su nuevo monarca. Se ha debatido mucho estos días si era justo, necesario y procedente castigar á los asesinos del antiguo; la diplomacia ha fruncido el entrecejo, y se ha acentuado una severidad correctísima que quisiera moldear las costumbres políticas en el troquel de la moralidad más estricta y noble. ¿Qué es eso de fundar tronos en el asesinato?, se repite por ahí. ¿Qué es eso de entrar en un palacio, á deshora, sembrando la muerte?

Ello es verdad que el pueblo servio reviste los caracteres de República italiana bajo los Médicis ó los Esforcias. Eran éstas extremadas en su cultura, y Servia más atrasada; pero aquella terrible energía que tanto cautivaba á Stendhal, florecía entonces con flores de sangre parecidas á las que ahora vemos abrirse trágicamente en el palacio maldito.

Hablar en serio del castigo de los asesinos, me parece inocente, cuando ni aun quedan rastros de la dinastía de Obreno que puedan clamar venganza ó justicia. Esta clase de crímenes no es castigada nunca sino – en todo caso – á petición de parte. Las cancillerías está bien que se enojen, por la forma, por el bien parecer; pero si en las cancillerías se creyese que va á estrenarse la dinastía de los Karageorgevich un acto de ejemplaridad, alzando el cadalso ó formando el cuadro para ejecutar á los oficiales que penetraron en el Konak revólver en puño, sería demasiado candor.

Ni las restauraciones persiguen á los regicidas. He ahí la restauración inglesa, he ahí la francesa. Ante todo se impone la necesidad de echar un velo, mejor mientras más tupido, sobre lo pasado. Evocar el espectro de la tragedia es provocar tragedias nuevas, es remover en la memoria versátil é infiel de los pueblos. Yo estoy seguríssima de que ni ahora, ni más adelante, cualesquiera que sean las vicisitudes que aguardan á la nacioncita balkánica, no han de comparecer ante ningún tribunal los matadores de Draga y Alejandro.

Lombroso – que no es santo de mi devoción, pero tiene puntos de vista muy apreciables – no le llamaría á lo de Servia revolución, como por ahí le llaman, sino revuelta sediciosa. Las revoluciones, en opinión de Lombroso, son un efecto lento, preparado y necesario, y las revueltas son una incubación precipitada, artificial, á temperatura exagerada. Desde aquí (tal vez allí el concepto pudiera modificarse) revuelta parece lo de Servia; no expresión histórica de la evolución, sino arrebato pasional determinado por rencores y odios que persiguen, al través del hombre, á la mujer, sobre todo á la mujer. La revuelta, según Lombroso, también se diferencia de la revolución en que, en vez de ser obra de todas las clases sociales, lo es de un grupo limitado de castas ó de individuos. Así lo de Servia debe calificarse de revuelta militar; y son las clases pensadoras, inteligentes, intelectuales, las que hacen duraderos los efectos de una revolución á la cual han cooperado.

Ahí está el secreto de que la revolución francesa resistiese á tantos cambios políticos y á sucesos de tal importancia, y quedase infiltrada, por decirlo así, en la medula de la nación.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La atención versátil de la gente se ha fijado unos días, clavada por el terror, en el problema de los viajes en ferrocarril, gracias á la catástrofe de Cenicero. Porque no se ha necesitar menos de un centenar de muertos y otros tantos heridos, si hemos de volver la cabeza y considerar cómo andan nuestros medios de transporte y locomoción.

Los asiduos lectores de La Ilustración Artística quizás recuerden que soy, en este particular, un predicador (probablemente en desierto). Mi afición á viajar y mi convencimiento de que los viajes fáciles son generadores de cultura, me obligan á desesperarme cuando los veo en España tan arduos, costosos y molestos. Naturalmente, andamos peor aún si encima de molestos son azarosos y peligrosos, con peligros extraordinarios, fuera de lo normal, calificables de hecatombe trágica. El desastre de Cenicero retraerá á no pocos de los que pensasen pasearse en tren, y por algún tiempo, el pacífico ciudadano que pida en la estación billete y se acomode en el departamento, ha de sentir cierto escalofrío y tener la visión calenturienta de las descripciones por el telégrafo divulgadas.

Bajo la impresión de lecturas tan espeluznantes y horríficas, releo un folletito que leí años hace y se titula *Inconvenientes de los viajes en ferrocarril*. El autor es ingenioso, y no carece, por cierto, de argumentos para defender su tesis, según la cual Rossini dió mayor prueba de inteligencia y superioridad con no querer renunciar á la silla de posta, que con producir *Guillermo Tell* y *El barbero de Sevilla*.

Enuméranse en el folleto las mil y una molestias que el ferrocarril origina, desde el silbido estridente, repulsivo á los oídos de Rossini, el melodioso cisne, hasta la lentitud en el despacho de los equipajes en el punto de llegada. «Si me lees – dice el autor, – en tu vida vuelves á montar en un tren.» Yo he continuado haciendo uso y aun abuso del tren; mas nunca sin pensar en las muchísimas cosas en que acierta de plano el folleto. Una de ellas es la dificultad de identificación de los muertos, en caso de siniestro. «Antes – escribe – no se viajaba sin pasaporte; ahora..., ¡vaya usted á despejar la incógnita de un cadáver!» Y efectivamente, en el informe y hediondo montón de muertos de Cenicero, más de uno se llevará á la fosa el secreto de su nombre.

Principian las tribulaciones del viajero en ferrocarril (según nuestro autor) la víspera del viaje, quitándole el sueño el temor de perder el tren. Observación exacta: conozco y conocemos todos á personas que en día de viaje, y aun la noche anterior, ni descansan, ni sosiegan, ni dejan á nadie vivir, preocupados con instalarse en la estación dos horas antes de la que señala la Guía. Y allí se están, aburridas, fastidiadas, pero conformes, al cerciorarse de que el tren no saldrá sin ellas. El que no madruga tanto y llega cuando ya se apiñan los viajeros, ni halla rincón ni puede acomodar sus bultos de mano, ¡gracias si puede facturar!

Y ¿por qué el vejamen de facturar sólo quince minutos antes de la salida del tren? ¿Por qué el vejamen de no despachar billetes todo el día? ¿Por qué la fila, la cola, para comprar lo que debiera ser tan fácil y cómodamente adquirible como cualquiera otro artículo de comercio? ¿Por qué, á lo menos, ya que el billete se ha de tomar con prisas y angustias, no hay tres taquillas, como en Londres, para primera, segunda y tercera, á fin de hacer que la cola sea menos apretada, mal oliente y desagradable? ¿No sería justo ahorrar á las señoras los empellones de los gañanes y de los chulapos?

La expendición de billetes – afirma nuestro autor – podría verificarse con mayor rapidez si estuviesen clasificados de un modo racional. En un teatro, donde se dan billetes para todas las localidades, desde butacas hasta paraíso, se sirve á quinientas personas en menos tiempo del que el empleado de ferrocarriles gasta en servir á doscientas.

Dueño ya del billete, que le ha costado, amén de dinero, sudores, ya puede el viajero abrir el ojo para que el mozo (que á pesar de estar obligado á servirle gratis ha de recibir propina), no se le lleve en volandas la sombrerera ó el maletín al coche que va en dirección opuesta. Al punto de acomodarse en el tren se arma una lloriña de todos los demonios, los mozos se evaporan sin decir oxte ni moxte, cargados con nuestros bártulos queridos, y la idea del extravío, de la confusión y de quedarse en tierra nos enloquece. Y ello es preciso tener sangre fría: ojo con perder el talón, el papelito; ojo al billete, ojo al departamento, ojo y más ojo, que ni un uniforme de ministro. Los hombres atienden, aparte del equipaje, talón y billete, al reloj y cartera, las señoras á las joyas y al pudor. En el remolino todos empujan: cestas, sacos, carretas con bultos, viajeros que os dan con un *gladstone* en las narices, y el monstruo que empieza á bufar y á trepidar

. . . . . .
con un trajín de fiera encadenada,
. . . . . .

que dijo el poeta.

Si se miran los ferrocarriles desde el punto de vista de la filantropía, aún les hemos de dirigir más severas censuras. Nunca los antiguos vehículos marcaron de modo tan inhumano y cruel la diferencia de fortunas y clases sociales. De la tercera á la primera, ¡qué humillantes é indúles diversidades, qué alarde de distancias que por un momento se podrían y aun se debesían borrar!

El frío en invierno; el calor en verano; los aires colados, portadores de la pulmonía; el hacinamiento; la carencia de luz en los túneles (verdad que también suele olvidarse el encenderla en los vagones de primera); los asientos duros é incómodos; la falta de reservado de señoras, como si las mujeres menos ricas no tuviesen vergüenza y dignidad; la ausencia de cortinas y de lavabos, tantas y tantas maneras de recordar al viajero que no hay torpeza ni delito comparable á no tener mucho dinero para gastarlo... Pero ¿acaso el rico, en su primera, está bien servido, ya que paga triple? ¿Acaso no sufre infinitas privaciones?

Hablo ahora por cuenta propia, y digo que los vagones de la Compañía del Norte, en la línea de Galicia, se encuentran en el estado de suciedad y abandono más repulsivos. ¿Es que un departamento no debe asearse? ¿Es que sus vidrios no deben lavarse continuamente y cerrar bien, sus metales relucir, el paño de su forro apalearse y cepillarse?; ¿es que no lo ordena la higiene?; ¿es que tanto costaría vigilar ese servicio?

El estribo de subida á los coches es absurdo. Parece no tener más fin y objeto que dar trabajo á los componedores de huesos. ¡Ay de quien se baje aprisa! Sólo por esos estribos sería una necesidad la reforma ó substitución del material móvil de las Compañías, que está anticuado y en el cual no se piensa, al parecer, introducir la más leve mejora. Ya es axiomático que los departamentos aislados, incomunicados, convienen á los ladrones y asesinos, á todo linaje de malhechores; y seguimos con esos vagones celulares, sin esperanzas de que los reemplacen los de corredor central ó galería lateral, únicos compatibles con la seguridad y la salud. Porque otros inconvenientes del departamento aislado los adivina cualquiera... y no hablaré de ellos, pues – dice bien nuestro autor – son á la vez ridículos y terribles.

Nuestro autor, que es francés, reniega también de las fondas de las estaciones. «¡Pues si viese usted los pies!,» respondía aquel paleto á quien achacaban tener las manos muy descuidadas. «¡Pues si viese usted las de por aquí!,» habría que decirle al autor.

Yo quisiera, únicamente por curiosidad, averiguar dónde se fabrican esos pollos que sirven en algunas estaciones. Deben de ser artificiales. Carne, no la tienen; y los huesos, en cambio, ocupan todo el hueco de la pechuga. El queso sin duda lo sacan en hormilla; el aceite de las ensaladas se lo roban á la lámpara del Santísimo; los flanes los hacen con engrudo, y el caldo es un aguachirle que ni el dómine Cabra la inventa más desprovista de substancia.

Debieran visitarse los *buffets* de las estaciones por un médico, que obligase á servir platos sanos. El viajero, que lleva el estómago revuelto, la cabeza estropeada, las fosas nasales y la garganta llenas de carbonilla, no resiste esos manjares desabridos y sofisticados que le sirven. Paga, pero no traga. Leche pura, carne sabrosa, caldo legítimo, huevos frescos, un cocido y dejarse de guisotes sospechosos, con tropezones de moscas.

La objeción más seria y considerable que nuestro autor presenta contra los ferrocarriles, se encierra – debo reconocerlo – en estas tres preguntas:

– ¿Hay suficiente número de empleados para los servicios?

– ¿Son personas idóneas?

– ¿Cobran sueldo suficiente y justo?

¡En la respuesta está la clave de tantas cosas! De los incesantes robos de equipajes y mercancías, triste privilegio de nuestras líneas; de los choques y descarrilamientos; de catástrofes como la de Cenicero, estremecedoras. Sabemos que el personal no duerme lo bastante, que está poco remunerado; vemos y tocamos que en general no llena cumplidamente sus funciones y sólo preside á sus actos una idea: el interés inmediato de la Compañía, el cumplimiento de las disposiciones restrictivas y penales del reglamento, como si existiese antagonismo declarado entre el viajero ó el expedidor y la empresa que se encarga de transportar y expedir, y como si sólo á cuenta de vejaciones y obstáculos opuestos al público pudiese subsistir y lucrarse tal empresa. Cuando debiera suceder lo contrario, y ser toda relación de empresa á público una relación de cordialidad y leal inteligencia, á ventaja recíproca.

«En Inglaterra, en Norte América – escribe nuestro autor – los maquinistas y fogoneros se buscan en los talleres y se comprueba cuidadosamente su idoneidad y moralidad. En las estaciones además la policía vigila para que el viajero sea atendido.»

En Alemania – añado yo – el servicio de ferrocarriles lo hacen militares en activo, y se le conoce al servicio, ¡vaya si se le conoce!

También añado otra cosa... Bajo la presión de Cenicero, en las Cortes se ha debatido estos días acaloradamente el proyecto de incompatibilidad legal entre los cargos políticos y el de Consejero de las Compañías ferroviarias. Dicen que no se puede llevar adelante ese proyecto, dentro de la Constitución vigente. Así será; pero si yo fuese *la opinión pública*, ya me las arreglaría para que, con ó sin sanción legal, todo hombre político huyese como del fuego de aceptar esas consejerías, tan mal miradas, de las cuales se habla formulando suposiciones seguramente atrevidas é injustas, ¡pero vaya usted á poner freno á las lenguas!

Y si yo, en vez de ser *la opinión*, fuese hombre político, antes me llevan á la cárcel de mi pueblo, que es detestable, que á un Consejo de ferrocarriles. Tanta murmuración ya pica en historia.

Debo rectificar un error en que he incurrido Cuando el telégrafo empezaba á traer noticias de la tragedia de Servia, dije aquí que Pedro I era hermano del príncipe Bojidar Karageorgewitch, tan conocido y estimado de literatos y artistas. Y es que yo tenía entendido, y varios periódicos lo han asegurado también ahora, con motivo de los recientes sucesos, que el trono de Servia, al ocuparlo la dinastía de Kara, recaía por derecho en el susodicho hermano del príncipe Bojidar, cuyo nombre de pila – el del hermano – no recordaba. Por lo que se ve, á la otra rama de la familia fué atribuída la corona.

¿Quién sabe si es rara fortuna el hallarse, con razón ó sin ella, despojado de derecho semejante? ¿Quién envidiará, en las presentes circunstancias, el trono de Servia, asentado sobre un suelo que zarandean y quebrantan los terremotos? Sin ser tirano ni poseer paredes de jaspe y techo de oro, bien se puede, en el Konak, temblar y soñar que vemos

. . . . . .
el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas...
. . . . . .

¡Salud á Pedro I! Y que no turben su sueño apariciones ni fantasmas. El destino lo quiso. El no ayudó á la obra del destino. El destino anda solo.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SANGRE AZUL

Yo creo que nunca se ha pensado tanto como ahora en la aristocracia de sangre; que nunca han interesado tanto al público las salonerías y heraldiquerías, y que (no se ría nadie de la comparación, y menos que nadie la simpática persona que me ha puesto involuntariamente en el caso de elegir este tema) la afición á las cosas nobiliarias se ha difundido, como se ha difundido la de las antiguallas más ó menos auténticas, que gustan hasta á quien no entiende de ellas una patata, porque *visten mucho y hacen bien*. La vanidad es cual la rosa: brilla en todos los jardines y apenas hay latitud donde no se pueda criar. El orgullo es como el *edelweiss*: quiere altas latitudes. Coger el *edelweiss* entraña peligro: ventisqueros ásperos, nieves eternas... Y vencidos los obstáculos, una flor extraña, vellosa, sin colores ni perfumes, que la multitud no admira. El orgullo no aspira á producirse en sociedad: el orgulloso, el verdaderamente altivo, complácese en sus riscos solitarios, repitiendo

Vivir quiero conmigo...

Y antes de continuar, me apresuro á decir: primero, que en la cuestión aristocrática no todo es vanidad de vanidades, á menos que extendamos este concepto salomónico á un sin fin de fines humanos, reconociendo, con los místicos, que sólo una cosa es verdad; segundo, que en el libro de Fernández de Bethencourt *Para cuatro amigos*, y en los restantes trabajos de este erudito escritor, el estudio de la genealogía se funda, según es debido, en la historia, y la historia constituye el interés serio y verdadero enlazado á los fastos, al pasado, al porvenir de la nobleza de sangre. Ahí está su problema: el ser cosa *histórica*, hecha, enlazada estrechamente á instituciones hoy puestas en tela de juicio por la evolución social. Por eso (en el fondo), es la aristocracia, á pesar de su actitud asaz pasiva en política, tan rudamente combatida y tan zarandeada en dramas y novelas. Lo observaba yo no ha mucho en el prólogo á *Cuestión de ambiente*, de Antonio de Hoyos; he vuelto á observarlo ahora mismo (sin hablar de *Mariucha*) en la muy notable novela de Retana *La tristeza errante*. Este novelista, por más señas, no ha quedado satisfecho con sus picantes instantáneas de gente gorda y *bien* en el balneario de Panticosa; le hormiguean los dedos y me escribe: «Conforme con usted: es epidémico el afán de poner en solfa á la aristocracia. La clase media es poco novelable por lo anodina; así, ó se hace la novela de los próceres, ó la de los golfos. Con todo, novelas buenas, de empeño, en que se pinte al vivo cuanto hay de podrido en los próceres, existen pocas: hay que hacer más, muchas más.» Ya lo saben los próceres; abran el paraguas y encomiéndense al santo de su devoción.

Este libro de Bethencourt *Para cuatro amigos* (más personal que su *Historia genealógica y heráldica de la casa real y de la grandeza de España*) retrata al autor tan fielmente, que parece una cara en un espejo. Se destaca el autor en carne y hueso, con sus lealtades afectivas, sus vehemencias políticas, su inmutabilidad de ideales, que hacen de él, en medio del pulcro escepticismo conservador, un caso de entusiasmo poco frecuente. Porque Bethencourt ha adoptado el lema «Dios, patria y rey;» aunque á decir verdad, para él este lema no significa exactamente lo mismo que para mi otro erudito y caballeroso amigo el marqués de Cerralbo y de Almarza. No: ¿qué había de significar lo mismo! La cuestión dinástica abre un foso profundo entre los dos.

Como que quisiera yo saber, y no dejaré de preguntárselo el invierno próximo al que fué tantos años vicario de D. Carlos de Borbón en España, qué opina del artículo de Bethencourt *Disfates carlistas* y de otro que se titula *La boda del pretendiente don Carlos*. Ambos estudios son extremadamente duros y crueles para la casa de Rohan, á la cual pertenece doña Berta, segunda esposa del que Cerralbo considera jefe de la casa de Borbón (y Bethencourt también. – Véase página 368).

No hay cosa que más nos induzca á contradecirnos que el saber. Ahí está Bethencourt, condenando los enlaces de reyes ó pretendientes con casas de la alta nobleza de Europa, y creyendo inconveniente para ellos todo lo que no sea compartir su representación con quien haya nacido dentro de la realeza misma. Pero como Bethencourt tiene en la punta de los dedos *su historia*, que diríamos afrancesadamente, no tarda en recordar que en otros tiempos los reyes iban á buscar esposa en casa de los grandes vasallos, y que así hicieron los Ordoños y los Fernandos con las hijas de los Osorios, de los Laras y de los Haros. Estos Fernandos y Ordoños no serán tan pomposos como lo que vino después, pero tienen una *pátina* encantadora y todo el atractivo de un sello de plomo, auténtico, colgante de un rollo de pergamino escrito en letra goda. Si que me gustaban á mí los Ordoños, los Fernandos primitivos, los Ramiros, los Sanchos. Este río, remontado corriente arriba, ¡rueda un agua tan profunda y pura, ofrece unas orillas de tan castizo y natural paisaje! Desde que empieza Velázquez á rodear á los reyes de jardinería solemne y majestuosa, diríase que los aparta y aísla, á mucha distancia, de sus feudales y de su pueblo.

¿Adónde llamos con esta digresión? Ello es que Bethencourt lo afirma: el nieto de Felipe V, no puede casarse ni con una La Cerda ni con una Fernández de Córdoba, y D. Carlos, que recibe de sus partidarios el tratamiento de Majestad, no puede exigir que á doña Berta se le dé el mismo tratamiento. Sin embargo, los Rohan Guemeneé fueron casa soberana de Bretaña – contestan los partidarios del pretendiente que entienden de estos asuntos. – Sin tener derecho para profesar una opinión, pues poco se me alcanza de genealogías, los Rohan me seducen por su conocida y arrogantísima divisa (á ver si sale Bethencourt desdorándome esta leyenda nobiliaria en nombre de la exactitud histórica): «Rey, no puedo; príncipe, no quiero; Rohan me soy...» Y es que – Bethencourt no lo ignora – hay nobles más nobles que los reyes.

Bethencourt es celoso defensor de la aristocracia de sangre, y la quiere seria, con dignidad y prestigio; quiere que se depure y defina bien todo lo que á ella concierne. Le exasperan las confusiones y errores en que incurre, no la prensa ni el público, sino el elemento cancilleresco y oficial, y no es lo menos curioso de su libro el dictamen sobre la sucesión en los ducados de Montelcón y Terranova, ni el artículo acerca de la necesidad de una legislación nobiliaria. Cuando la aristocracia nacía orgánicamente de la historia, no era indispensable tal legislación. Al feudal en su castillo, con sus mesnadas, al regresar polvoriento y ensangrentado de zurrarles la badana á los moros, maldita la falta que le hacía que el Ministerio de Gracia y Justicia – caso que entonces lo hubiese – le expidiese un papel diciéndole: «Eres noble titulado; te llamas el barón de Brazofuerte, y puedes reclamar en todas partes el título.» El Cid, hidalgüelo, de un brinco se puso arriba del conde Lozano, y en la iglesia juradera, de potencia á potencia, apretó, hasta el escocimiento, la mano del monarca. – Ahora ciertas preeminencias hay que regularlas, y que la necesidad apriete lo demuestran artículos muy sensatos de Bethencourt, alguno, como una reciente Exposición al rey, todavía no incluído en este volumen. Es el propio Bethencourt quien nos dice, escandalizado, que jamás ni en parte alguna el desorden, la facilidad, la falta de sentido histórico y nobiliario, han presidido, como presiden hoy entre nosotros, á las denominaciones de los nuevos títulos. Eran antes – nos dice – los títulos, señoríos jurisdiccionales; y de ahí procedía – añado yo – la idea de Bravo Murillo, que, al suprimir los señoríos, quiso reducirlos á títulos, eligiendo la denominación de los más viejos y señalados. Punto de vista es este de Bethencourt en que sin duda lleva completa razón. Mientras exista la nobleza de sangre (á la cual hoy van agregándose nuevas capas de aluvión que no proceden ni de la jurisdicción territorial, ni exclusivamente de los hechos históricos *militares*, sino de muy varios orígenes y especialmente del político, pues la política es aquí la fuente más copiosa de honores, distinciones y gracias); mientras exista, repito, esa categoría social, será conveniente que se limite, según acertadamente pedía Bethencourt, «el ejemplo de Italia, de la nueva Italia, de la archidemocrática Italia, con su monarquía de Saboya, con su Crispi en el gobierno, con sus revolucionarios en el poder, creando la *Consulta araldica*, legislando valientemente, científicamente, absolutamente, sobre todo lo que se relaciona con su numerosísima nobleza...» Ejemplo muy singular al venir del país en que familias principescas tienen por todo patrimonio un cuadro de Rafael que enseñan mediante dinero, y en que se gana la vida, remando en las góndolas de Venecia, un título descendiente de los Dogos – no me acuerdo ya de cuáles.

De *verdadero caos* califica Bethencourt al estado presente de la nobleza española. Hay que creerle; conoce el terreno; y hay que elogiar su labor en interés del prestigio de la institución. El genealogista no puede decir ni hacer más. El que no abonda en la genealogía y se interesa preferentemente por el hecho social y sus consecuencias, tiene que añadir que ese desbarajuste, real y efectivo, que todos los días lamentan en Madrid – y no sin salsa de muy sabrosos comentarios – en círculos que frecuenta Bethencourt, es una de las muchas manifestaciones de la decadencia de la nobleza española como fuerza integradora de la patria; como una de tantas fuerzas nacionales, ¡ay!, que á modo de licor en destapada botella, ha perdido aroma y virtud. Institución llamada á influir vigorosamente en un país, debe principiar vigorizándose, elevándose y estimándose altamente á sí propia, para lo cual ha menester limpiarse de secular herrumbre (preocupaciones, retraimientos, pesimismos, todos los resabios de *inadaptación*) y de modernos frágiles barnices y charoles (modas exageradas, vicios, ligerezas, derroches, desapego á la tradición en lo que tiene de robusto, sano y grande). De línea de conducta propia para conservar influencia y respeto, es modelo, parece redundancia decirlo, la nobleza inglesa. Sus hijos navegan en los buques y combaten en los ejércitos de la nación. Sus mujeres consagran actividad (hasta pasión histérica) á las obras sociales. Sus tierras están cultivadas por los métodos más científicos; sus explotaciones é industrias fructifican porque las guía un ilustrado sentido práctico. Sus *manors* poseen biblioteca, y los libros de esa biblioteca tienen cortadas las hojas. Viven como atenienses en sus residencias magníficas; saben abandonarlas como espartanos para romperse la crisma en el Transvaal. Sus *sports* abren ventanas á la colonización y al dominio de nuevas comarcas, que serán su salvación el día en que se tambalee el poder de Inglaterra..., día acaso llegado ya. – Porque no hay nación que no tenga sus heridas y sus problemas, y las habas que Inglaterra cuece, las cuece á calderadas, no lo niego; pero es en ocasiones tales cuando se echa mano de las reservas, y la nobleza británica está en condiciones de acorrer á su patria como en otros siglos nos acorría la nuestra, y contribuir á restañar la sangre que se pierde ó se perderá: (a), por la decadencia económica, debida á la preponderancia de la industria alemana y el comercio yanqui, que les disputa ó cierra tantos mercados á los ingleses; (b), por la plaga terrible de la miseria y el hambre en las Indias, más extenuadas cien veces que nunca lo estuvo ninguna colonia española; (c), por la siempre amenazadora guerra con Rusia; (d), por la campaña funesta del Transvaal; (e), por la cuestión irlandesa..., y no sigo, pues agotaría el abecedario. He enumerado al vuelo las graves angustias de Inglaterra, no queriendo pintar parajsos en el extranjero, en contraste con nuestros purgatorios: al precipicio cualquiera se aproxima; dichoso el que encuentra manos forzudas que le agarren antes de caer. Una de esas manos, de *boxeador*, de atleta, de intelectual á la vez, es en Inglaterra la de la nobleza de sangre.

Artísticamente también es imposible ver con indiferencia la desaparición de ciertos linajes y la ruina de ciertas casas. Una gran melancolía y una disminución de nuestra personalidad en el mundo surgen de las ruinas de palacios que he visitado, y que sus dueños vendieron al usurero ó al industrial.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el campo, en los balnearios, en el extranjero... En todas partes menos en Madrid se vive ahora.

La vida de campo ha llegado á ser excesivamente refinada: quizás convendría más simplificación. Ascendemos por el camino de los adelantos; llegará día en que nos sea necesario tomar la cuesta abajo, porque la complicación de la existencia sube de punto.

Nuestros abuelos, en cambio, vivían del modo más sencillo, en caserones que eran verdaderos palacios, pero donde faltaba... En fin, faltaba lo más elemental. Bueno es que se haya corregido tan exagerada sencillez; bueno es que abunden hoy en las quintas las camas blandas, las mantelerías como la nieve, la loza y el cristal; bueno es que estén brillantemente iluminadas de noche y en orden esmerado á cualquier hora; pero agradaría en todo eso un aire campestre; no la vivienda de la ciudad transportada, con sus exigencias y su recargo de menudas necesidades, á un despoblado, entre un bosque y una heredad de patatas.

En la vida de campo que me rodea observo que cada día se espesa la malla junta y sutil de pequeñeces urbanas, entre las cuales ya es difícil revolverse en la ciudad misma. Cuando se sirve un plato con setas ó trufas; cuando se escancia el Champagne y el Rhin, dan ganas de echar de menos los tiempos idílicos en que

> . . . . . .
> con rojos pimientos y ajos duros,
> tan bien comió el señor como el esclavo.
> . . . . . .

Las «adulaciones fragantes forasteras» van multiplicándose: una comida campestre no se diferencia del banquete diplomático en Madrid. El cocido es vulgar é insufrible; los honrados platos *de la tierra*, regionales, clásicos, están proscritos; el helado ya no es acontecimiento, con suma frecuencia llegan de la fábrica las barras transparentes, envueltas en serrín, para proporcionar un deleite más á los golosos; se inventan guisos, se acude á los libros de cocina, se sazona á la inglesa, á la francesa, á la alemana, á la italiana; se traen cucharas especiales, tenedores de pescado y ostras; los servidores visten frac y calzan guante blanco, y en lontananza se oye el chirrido de los carros y las canciones de las segadoras..., contraste que avalora los placeres de una vida tan exasperadamente civilizada.

Y sin embargo, la antigua, más natural, huérfana de pretensiones, tenía sus encantos, y á ésta no le faltan sus inconvenientes y sus cortapisas. Antaño, pasar un día de campo era expansión y era derroche de alegría y vitalidad. Se salía temprano, con ropa holgada y cómoda; se tenía, no apetito, hambre lobera, desde el mismo instante de ponerse en camino; se utilizaban para el transporte borriquillos, ó si lo permitía el estado de la carretera, destartalados carricoches; los incidentes cómicos á que esto daba lugar, eran materia para inacabables dicharachos y carcajadas continuas; apenas los expedicionarios llegaban á «la aldea,» se desparramaban por el huerto y el jardín, correteando y jugando como chiquillos á la gallina ciega, al escondite, al corro; cuando se les anunciaba que tenían «la sopa en la mesa,» suspiraban de satisfacción exclamando: «¡Santa palabra!;» en la mesa, donde permanecían dos horas y se presentaba una docena de platos (no faltando en las solemnidades el jamón en dulce y el pavo relleno de miga de pan y pasas), devoraban y bromeaban, y hasta brindaban y ofrecían obsequios los galanes á las señoras; los señores formales se escurrían á dormir la siesta, sobre sofás y camas «alzadas;» los jóvenes, inventando una música cualquiera – piano catarroso, guitarra destemplada, ó á falta de todo eso, la voz. – se lanzaban á bailar, tomando por salón de baile el prado, la era, el soto, la carretera, el primer terreno plano que Dios les deparaba; y cuando la tarde caía, emprendían de mala gana el regreso, cansados, empolvados, hechos trizas, con flores en el pecho y hojas de enredadera entre el pelo las mujeres, todos provistos de oxígeno y de salud para un año...

Ahora, este modo de ir al campo se considera muy ordinario, bueno sólo para la gentecilla; las cosas marchan por otro estilo y á otro compás. Las jiras campestres se llaman *garden-parties*, y procuran adaptarse á esta designación británica. Concurren á ellas las señoras con ricos trajes de fular, de encaje, de batistas montadas sobre glasé, de vaporosos crespones; calzan tafilete, la media de seda aprisiona su tobillo; cadenas, dijes, broches, relojillos, collares, las adornan; el sombrero recargado de flores ó de plumas, la sombrilla de volantes rizados, defienden su cabeza contra el sol. ¿Qué se hace con tal atavío? Pascarse muy envarado, ni más ni menos que en el Retiro: porque sería lástima estropear el vestido majo, la saya bajera, los *Richelieu* de cuero de Rusia, los guantes. ¿Quién piensa en correr? ¿Quién sueña en bailar? ¿Quién se inclina para cortar una rosa?

Nada, nada: que lo de antes era más lógico y más divertido. Se me figura que – respetando la fatal acción del tiempo, que modifica las costumbres de un modo incontrastable; conservando de la urbanidad, en la aldea, lo que conservar importe – se han de proscribir los arreguives y los perifollos estorbosos para el goce aldeano, que es poder sentarse y hasta echarse en el suelo, sobre el césped, hacer ejercicio físico, impregnarse un poco de la saludable naturaleza..

Tal vez en los países anglo-sajones hayan resuelto este problema. Dicen que en ningún país como en Inglaterra se vive en el campo con elegante confort; y el caso es que no dejan de rusticarse, que se consagran al deporte, que sacuden la indolencia propia de las ciudades. ¿Cuál es el secreto? Habría que aprenderlo. Aquí noto que nos limitamos á trasladar la ciudad al campo, á proseguir el mismo género de vida, sin diferencia alguna: y no el de la ciudad: el de la gran capital europea. No debe de ser este el ideal: al campo se va en busca de un cambio profundo. Sin llegar á Tolstoy, que quiere que aremos, sembremos y recojamos el pan, algo de rusticación positiva, franca, aun violenta, no sería malo, no. Los cerebrales, sobre todo, debiéramos ser cuatro meses pescadores, molineros, tascadores de lino, algo que nos apartase de nuestro cerebro, que es ¡ay! á la vida como al cuerpo la sombra.

El último escrito de propaganda de Tolstoy – ya que he nombrado al gran novelista eslavo – produce en mi espíritu una impresión singular, en este momento, que es el del fracaso de un paro general intentado por elementos obreros de Marineda, para conseguir la amnistía de sus compañeros presos. Aunque á mucha gente irreflexiva pueda parecerle extraño, me sobrecoge más el fenómeno de la huelga frustrada, que el de la huelga en su plenitud.

La clase obrera no tiene otra arma legal sino las huelgas: es un arma, naturalmente, de doble filo; es arma terrible: hay que saber descolgarla de la panoplia y manejarla. A destiempo, sin discreción, sin esa adhesión unánime que constituye el mayor de los poderes, se les rompe entre las manos. Y esto indica una gran verdad: que en política (sea política social ó de otro género) el arte es algo tan necesario ó más que la razón, que el sentimiento, que la resolución, que la constancia. Indicar la idea del paro; ver que no prende en la masa; empeñarse en llevarla adelante contra corriente, es falta de destreza artística: es no tomar bien el pulso. – Tolstoy se desconsolaría si se lo demostrasen; pero hasta los obreros, que representan la fuerza numérica, para practicar su política debieran empaparse en la doctrina más aborrecible de fijo para Tolstoy: el maquiavelismo.

Tolstoy sostiene todo lo contrario. En su opinión, los obreros sólo conseguirán sus anhelos de una manera: viviendo evangélicamente.

No es esto – afirma – una utopía. Es que el ideal social ha cambiado enteramente. Al principio, era la libertad animal absoluta: cada cual poseía y disfrutaba según su fuerza. Luego, el poder de un solo hombre: el *morituri te salutant* de Roma. Luego, la monarquía universal: la Iglesia, el Imperio. Después, la representación nacional. Y hoy, el ideal social consiste en que los instrumentos del trabajo no sean propiedad privada y pertenezcan al pueblo entero.

Ahora bien – sigue hablando Tolstoy: – para la realización de este ideal de nada sirve la fuerza: desde 1848 acá, los gobiernos se han apoderado de tal manera de todos los medios de acción, físicos y morales, desde el ejército con los perfeccionamientos técnicos del arte militar, hasta la religión y la enseñanza, que, ante esta organización casi perfecta en su aspecto regresivo, toda revolución, todo conato de ella, abortará. «Desde 1848 – asegura Tolstoy – en Europa no ha cuajado ninguna tentativa revolucionaria.» Y con el fino instinto observador del novelista, Tolstoy advierte que las calles de asfalto, en París, han hecho las barricadas imposibles. Y la organización social – advierte – mansa, compacta, lisa, uniforme, se parece al asfaltado. El más necio, el más inútil de los gobernantes, puede servirse de ella y de un modo mecánico utilizarla para reprimir tentativas que ya ni se producen, tal es el convencimiento de que se estrellan contra el asfalto.

Ante tal imposibilidad, ¿qué hacer?, pregunta Tolstoy. – Una sola cosa, la que prescribe el Evangelio: *no matar*.

La doctrina es curiosa, por lo que contrasta con las habituales vociferaciones de los *meetings*, donde se respira ambiente tan belicoso, y donde, para rechazar las imposiciones de la fuerza, es la fuerza lo que se invoca y se llama. «Somos los más,» es la amenaza que se siente gruñir y espumar en el fondo de la agitación obrera. «Somos los más, y si un día llegamos á unirnos lo suficiente...» Y Tolstoy, desde su retiro, les avisa: «Nada significa el número, mientras la organización social sea estable y os aplaste con fuerzas coherentes y sometidas al hipnotismo de la disciplina. Por la lucha nada obtendréis, y es justo que nada obtengáis, porque la fuerza es esencialmente mala y el que la emplea pierde de vista la justicia. Haced lo contrario de luchar: negaos á empuñar un arma: negaos á esgrimirla: negaos á la mera hipótesis de derramar sangre: negaos á aprender los movimientos que se ejecutan para prepararse á derramarla. Negaos, pasivamente, mansamente, pero irremisiblemente, al servicio militar. Y el día en que no haya un soldado, la cuestión social está resuelta; resuelta en paz, con amor.»

Tal es la propaganda de Tolstoy. ¿La incluiremos entre las utopías? Si se me pregunta á mí, utopía la juzgo, aunque dimane de un espíritu opuesto á las guerras y á su inhumanidad, ya muy difuso en el aire de nuestro siglo. – Contra la naturaleza no valen abstracciones, ni éticas, ni lógicas, y la naturaleza quiere que donde surge conflicto de interés (de cualquier género de interés) surja la lucha infaliblemente. Tolstoy no cuenta con la pasión, nervio del alma. Por ahí claudican todas sus teorías. Del mismo Evangelio no se deduce la *posibilidad* de tal pacificación absoluta. Y la política se asienta en lo *posible*; es una ciencia y un arte profundamente real.

Tengo que hacer, muy gustosa, una rectificación á la crónica en que me lamenté del desbarajuste y mal servicio en los caminos de hierro. Lo que escribí no va con la Compañía de Madrid, Zaragoza, Alicante (red catalana). Esta Compañía permite á los viajeros tomar billete y facturar á cualquier hora en Barcelona; ha introducido varias mejoras, como billetes á precios reducidos, abonos económicos, viajes por kilómetros con grandes rebajas, trenes casi continuos para las poblaciones próximas á la gran urbe, mejoras en el material de vagones y locomotoras, y por último, ha construído el magnífico apeadero del Paseo de Gracia, para comodidad y regalo del público. Dice la opinión que los servicios de esta red contrastan con los de las demás compañías españolas, gracias á las iniciativas y á la sabia dirección de su gerente D. Eduardo Maristany, eminente ingeniero y hombre á la moderna, á quien me complazco en saludar desde aquí. Dios nos dé muchos como él; á millares los necesitamos. Y ¡qué satisfacción cuando se tropieza uno, aunque sea tan de lejos, pero de cerca en el orden mental, con quien habla el mismo lenguaje que uno, así el lenguaje sea gallego, catalán ó francés!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO

La duquesa de Denia acaba de morir en edad muy avanzada, en su palacio de Madrid. Era mujer de entendimiento y actividad, gran administradora, de esas que restauran una casa noble á fuerza de buen sentido, de orden y de constancia. Su inclinación á los artistas y á los escritores, su protección á Zorrilla, son títulos al respeto y á la simpatía de sus contemporáneos. En cuanto á su hermosura, no hablemos de la duquesa de Denia, porque este título comenzó á ostentarlo cuando ya el irreparable ultraje de los años no podía ocultarse ni con hábiles artificios; pero cuando la llamaban duquesa Angela de Medinaceli, lucía una de esas beldades típicas que deslumbran y avasallan sólo con presentarse. He oído describir mil veces su aparición fascinadora, en un baile de trajes, dentro de una gruta submarina, con atavío y tocado de verdes gasas, perlas y corales. He visto sus retratos de la juventud: los ojos, las facciones, la boca, la sonrisa enigmática, son de mujer oriental, hija de esos países en que la humanidad parece fundirse en moldes más nobles y grandiosos.

No era únicamente una preciosa cara: el cuerpo correspondía; y mientras la primera se arruinó lamentablemente, el segundo conservó su arrogante porte, sin perder ni estatura, ni gallardía, ni el andar majestuoso de la matrona en el apogeo del vigor y de la segunda juventud. Envuelta en un abrigo amplio y rico, ó arrastrando por los salones la cola de su blanco traje – vestía invariablemente de blanco en sociedad, – la duquesa de Denia parecía siempre descendida de un trono. Alrededor de ella – en su nuevo palacio como en el antiguo de la plazuela de las Cortes – flotaba la tristeza sorda de las decadencias; y es que un reinado de hermosura, al caer, crea la constante melancolía de los destronamientos.

Existe en el extranjero una institución que se echa de menos en España: las oficinas de consultas jurídicas gratuitas para mujeres. Sólo en Alemania funcionan veintiséis.

La mujer, más aún que el hombre, ignora su derecho y está predispuesta á no ejercitarlo ni reivindicarlo. Para una dama como la Denia, que administra y conoce la legalidad, hay miles, hay millones, hay un rebaño incontable, que repite con sencilla ingenuidad:

– Ya se ve, soy mujer, y no entiendo *de eso*.

Las oficinas de consulta gratuita ejercitan una de las obras de misericordia, dar buen consejo á quien lo ha menester. Nuestra época, en tantos respectos preferible á las anteriores, camina á ofrecer de balde á cuantos lo necesiten, y no lo puedan pagar, el abogado y el médico; el derecho y la salud. Si á ambas dádivas pudiesen unirse otras dos – ¡fríoleral, – el alimento y la enseñanza, se remediaría la humanidad. Mas si se mira bien, nunca es completa la realización del derecho, nunca es estable el equilibrio de la salud, nunca está seguro y es suficiente el pan, nunca es plena la enseñanza. Límites, restricciones, deficiencias, alteraciones, en tales escollos se rompe y despedaza la ola de la vida. Y el desaliento infecundo nace de esa espuma salobre y amarga que nos llega á los labios. Por más que nos esforcemos, la injusticia crecerá como la mala hierba, la enfermedad y la muerte batirán sus alas de murciélago sobre el mundo, el hambre acosará á los mortales – en la India el hambre es ya epidémica y crónica á la vez – y la ignorancia espesará sus velos de bruma, envolviendo los cerebros en densa sombra. ¡La ignorancia! Si damos en pensar que á cada hombre que nace es preciso transmitirle el conocimiento, iniciarle en las fórmulas; que ese hombre se ve obligado á esforzar la memoria, á prensar el intelecto, á dedicar horas y más horas al fin de aprender algo, y que cuando lo ha aprendido y ha atesorado y se cree rico y se lo repiten en son de alabanza, un microbio ó una arenilla ó una gota de sangre en la masa encefálica dan al traste con todo y allá se marchan, á lo desconocido, á las tinieblas, los doctos y los sabios, nos acordamos de los *Triunfos de la Muerte*, tema artístico favorito de la Edad media, y nos estremecemos ante lo inútil de la labor eternamente interrumpida y reanudada: el Sísifo dolorido y magullado, volviendo á rodar su pedrusco, nos infunde piedad.

La generosa batalla contra la muerte es otra obra titánica de nuestro siglo. ¿Se conocía antaño la extensión de ciertas enfermedades que diezman á la raza? ¿Existían en igual grado y con igual desarrollo que ahora? ¿Somos más endebles ó más vigorosos en la actualidad? Las hambres á que tan frecuentes referencias hace nuestra literatura picaresca, ¿no engendrarían anemias y tuberculosis?

Me inclino á creer que sí; que este azote de la tisis es viejo, por más que hasta el romanticismo á nadie se le ocurriese poetizarlo, y hasta hoy nadie pensase en prevenirlo con higiene, desinfección, dispensarios y sanatorios. Como es viejísima la diabetes, á cuyas complicaciones sucumbieron probablemente Cervantes y Felipe II, pero es nuevo su estudio y nuevos los sistemas para combatirla.

Oía yo, pocos días hace, en una tertulia, que se quejaban de la versatilidad de los médicos y del cambio en sus pareceres; de lo que aquellos señores llamaban *modas* de la medicina. Hoy – decían – nos mandan comer carne cruda y sangrando; mañana nos lo prohiben. Hoy nos recomiendan las duchas; mañana las duchas son un peligro y hay que escatimarlas. Ya envían á los tísicos al clima suave, ya á la montaña glacial. No sabe uno á qué atenerse.

Y yo me reía. Ese anhelo de la fijeza, de la estratificación, es muy propio de la pereza de nuestro espíritu, que aprende una noción y no quiere ya olvidarla ni rectificarla. Desearíamos todos ser una hora Josué y parar la rueda del carro que gira sin detenerse y sin hacer caso de nuestro antojo de estacionamiento. Pero la ciencia no se detiene, y con noble sinceridad se corrige á sí misma; confiesa sus tanteos, y hace otros nuevos, para encontrar armas con que combatir tanta causa de destrucción como existe para esta nuestra pobre máquina desvencijada fácilmente.

Se viaja, se viaja... En esta época del año le entra á la gente el hormiguillo ambulatorio. Y el caso es que nunca menos que en verano se debiera viajar. Comprendo el trasiego en primavera y otoño: lo que es en julio y agosto no se está en parte alguna como en la casa propia, sobre todo en la quinta propia, en el campo, en ese vivir amplio y sereno, superior á todo, con perpetuo baño de aire libre, con toldo de hojas y decoración de flores, arbustos, árboles, fuentes, praderías y maizales.

La existencia más colmada y venturosa de la Tierra, dice Pablo Bourget en uno de sus libros de viajes, es la del *land lord* inglés dentro de su *manor*, ejerciendo el señorío de sus vastas posesiones, llenas de caza, pobladas de frondosidad, disfrutando en calma del goce íntimo de la familia y apurando los refinamientos de civilización que prestan á las funciones más vulgares de la vida especie de dignidad. Un solo inconveniente tiene tan feliz situación: que alguna noche, al cruzar el land lord ante los iluminados cristales de la *bow-window*, el feniano vengativo, oculto en la espesura, haga una puntería bien certera... En España – añado yo – no hay siquiera este contrapeso. La residencia del señor andaluz en su cortijo, del señor vizcaíno ó asturiano en su casa-palacio, del señor catalán ó aragonés en su *torre*, no está expuesta á tal contingencia; y hasta el bandolerismo, domado y reprimido – reconozcerlo es justo – durante los últimos tiempos, no proyecta su sombra terrorífica sobre el horizonte campestre.

A mediados de este siglo, todavía era grave vivir en el campo. Se vivía ó se vegetaba: había señores para los cuales el viaje á la ciudad constituía un acontecimiento, y que en un rincón del solariego pazo, bajo una viga, escondían pacientemente las onzas de Carlos IV, los centenes de Isabel II, hasta que una noche de invierno, de esas largas y tempestuosas en que buscan guarida los mismos lobos, la *gevilla* hacía su aparición imponente y el drama se desarrollaba con sus conocidas peripecias: amos y criados maniatados, sujetos á la cama ó á las columnas del tabuco de la sien; los preparativos del tormento, sartén con aceite hirviendo ó navaja tan delgada para hacer picadillo las carnes; el escondrijo descubierto, desparramado, saqueado; la plata metida en sacos; después, la orgía brutal, las botellas de rancio vino generoso derramadas y rotas, lo mejor de la despensa esparcido y tirado, la seguridad para los malhechores de que nadie acudiría á socorrer á sus víctimas y de que, al alborear, cargando á la grupa de sus caballos el botín, se irían tranquilos á refugiarse en los montes, lejos de la justicia que empezaría, un mes más tarde, á garrapatear papel sellado...

Hoy, tan temeroso cuadro pertenece al museo arqueológico. Hay Bancos; nadie atesora ni oculta monedas entre el pontonaje, como no sea algún maniático; los ladrones no roban en cuadrilla, ni se emboscan sino en las secretarías de Ayuntamiento, tras la maleza del reparto de consumos; y sólo alguna casa cerrada, desierta, abandonada por sus dueños, recibe la visita de los rateros campesinos. De estos salteadores al por menor entraron pocos días ha en una quinta cercana á Marineda, y pasáronse en ellas largas horas registrando cajones, alacenas y hasta creo que colchones y ladrillos. En su decepción al no acertar con cosa que lo valiese, dejaron escrita esta humorística advertencia: «Veníamos por dinero y nos vamos sin encontrarlo.»

¿Qué opinan ustedes de la ley de Lynch? A mí no me disgusta en cuanto revela energías y concepto de la justicia; porque hay crímenes que de tal manera ofenden y solivientan, que parece que el castigo ha de ser inmediato, como el golpe con que se responde á grave y bochornosa afrenta.

Los que prevalidos de su fuerza atropellan á la niñez; los bestiales ultrajadores de criaturas, ¿merecen acaso otra cosa que el linchamiento? Jamás lo creeré. La indignación del primer instante, que se debilita después, es la mejor consejera y el juez más recto: en tales casos el sentimiento enseña mejor y guía más certeramente que todas las legalidades formalistas del enjuiciamiento largo y pesado. Y el sentimiento, en hechos como los que frecuentemente narra la prensa, y que por lo general se desenlazan con sobreseimientos ó penas leves, dictaría la cuerda, dictaría el garrote, dictaría algo tan ejemplar como lo que practica esa nación fuerte y llena de savia, que ha resuelto el problema de ir á todas partes por el camino más corto.

Ahora que se quiere indagar por plebiscito cuál es el músico más ilustre, el torero más famoso, el político de más agallas; ahora que todo se vuelven *records* y *campeonatos del mundo*, sería oportuno abrir un concurso para ponerse de acuerdo en cuál es la mejor fonda del orbe civilizado. A ver si así les entraba á las restantes una saludable emulación.

Los viajeros tendrían, naturalmente, voto autorizado; evocarían los recuerdos de sus aventuras y desventuras, y recordarían las «equivocaciones» de las cuentas, las deficiencias del servicio, las de la cueva y el comedor, todo lo que en un gran hotel revela el descuido, bajo las apariencias más brillantes. Porque á veces, en los aparatosos hospedajes instalados en edificios *ad hoc* y donde se recibe al viajero ceremoniosamente, reverenciosamente, como si se tratase de algún embajador ó príncipe, se padecen sorpresas, no ya sólo en cuanto á precios – en ese terreno conviene ir prevenido y no alarmarse, – sino en cuanto á graves faltas de *confort*, que dicen los británicos. Al llegar á Amsterdam é instalarse en lo mejorcito, el *Amstel Hotel*, recuerdo que deseé un vaso de buena leche, asaz fácil de obtener, se creería, en Holanda. Trajéronme la leche en vaso chico, y pagué por ella la equivalencia de cinco reales españoles. A la media hora me encontraba indispuesta: me habrían dado agua de cal ó cosa peor. Por eso deberíamos andar con cuidado y consultar muchos viajeros antes de otorgar el campeonato de la fonda.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El proceso Humbert ha demostrado una vez más (por ser parodia ínfima del asunto Dreyfus, en cuanto á pretensiones sensacionales) que el régimen y las instituciones que Francia se ha dado á sí misma no son inferiores en solidez á los de otros países. – Hubo quien auguró que entre el rebullicio de fango de los debates Humbert se anegaría, enlodado, el gobierno; y la curiosidad irritada y picante de la multitud aguardaba con infinito interés los interrogatorios en que Teresa abriría la válvula y dejaría fluir las revelaciones terribles, arrasando honras y desmoronando prestigios. Y sucedió lo acostumbrado, lo infalible cuando el escándalo se anuncia y trompetea: el escándalo no vino, el escándalo se quedó en casa; defraudada la curiosidad, y reducido todo el formidable alboroto á las naturales proporciones de las hábiles estafas de que aquí nos dió idea la célebre doña Baldomera, y que jamás creímos trascendentales á la política ni al equilibrio de las naciones.

Acaban de prender en Madrid á una mujer que no emuló á Teresa Humbert, pero que, como ella, vivió á cuenta del extenso reino de Trapisonda. – Hablo de la adivinadora de la calle de la Huerta de Bayo, que á estas horas, si no se halla ya libre bajo fianza, se pudrirá en la cárcel, lamentando no haber adivinado, ella cuya profesión era adivinar, la jugarreta que el señor gobernador la preparaba.

No dudo yo de que el señor gobernador haya procedido con toda la corrección y la legalidad que corresponden á sus elevadas funciones; de la ley no se habrá apartado un punto; pero la ley – á la verdad – no me parece en esto bien hecha. Comprendo que se persiga á las comadronas sin título y á las curanderas sin estudios; mas ¿por qué perseguir á las vendedoras de ilusión? ¿Hacen daño á nadie esas que pronostican dichas, alegrías, perseverancias del amor y benignidades de la fortuna? ¿Tienen ellas la culpa de la infinita credulidad humana, de la inquietud que se apodera del hombre – ó de la mujer – ante el velado destino, y le impulsa á querer forzar su secreto, á imaginar que alguien, acá abajo, sabe algo de lo que puede traernos el oleaje del tiempo y el rodar de la vida?

Débil y mentecato será quien busque tales augurios y los pague; pero seguramente no causa mal; distracción inofensiva la suya, y barata dosis de esperanza – si eso puede infundirsela. – A veces damos en suponer que la superstición es patrimonio exclusivo de los pueblos atrasados; y sin embargo, París está lleno de sibilas, herederas más ó menos degeneradas de la célebre Madama Lenormand, profetisa oficial del impresionable y crédulo Napoleón. Estoy por decir que son los países de acción y de fuerza, los hombres de resolución ambiciosa é indómita, cuantos aspiran y no se duermen en la indolencia, los que, en lucha directa con el destino, pagan tributo al terror de lo ignorado y se dejan atraer por la promesa de un vaticinio, á pesar de cuanto protesta en ellos la razón, negando la posibilidad de tales profecías...

Siempre un anuncio de felicidad proporciona una reacción sana y grata; el sistema nervioso lo agradece. Los más convencidos de la vanidad del presagio comprueban gustosos que la corneja está á la derecha y que los pollos sagrados pican bien el grano que se les ofrece. ¡Somos tan pequeños, tan inermes; nos encontramos de tal manera á merced de la casualidad! ¿Por qué han metido en chirona á la maga, á la cual ni conozco ni conoceré nunca, porque no tengo imaginación suficiente para fantasear venturas en un echar de cartas, pero de la cual diría, si no pareciese irreverencia servirse de tales textos: «No encuentro culpa en esta mujer?»

¿Es por el engaño por lo que la encarcelan? ¿Acaso engaña ella sola? ¿No es el engaño la trama de las relaciones entre el género humano, apenas se atraviesa el interés? ¿No crece la mentira á la sombra de cada techo, y no florece ricamente en cada contrato, en cada operación comercial? El tendero que os ofrece un género «francés» fabricado en Barcelona; el farmacéutico que os vende el reparo de la salud adulterado y sin fuerza ni eficacia; el ultramarino que os expende género sofisticado; el anticuario que os endosa por del siglo XII sitiales que aún tienen la cola fresca; el contratista que os entrega una casa de cartón por una casa de mampostería y granito; el cochero que os cobra una carrera al precio de una hora; el empresario que os ofrece un espectáculo exquisito y os da un espectáculo de tercera clase; el político que lanza programas y los olvida en cuanto asciende al poder..., ¿en qué se diferencian, esencialmente, de la embaucadora de Madrid? ¿Por qué á ella la encierran y se dejan sueltos á los demás? – La embaucadora de Madrid tiene en su abono que sólo ha engañado á aquellos que nacieron para ser engañados sin tregua: su engaño no está complicado de perfidia. Engaños de otra índole mucho menos excusable se consuman diariamente en el mundo, sin que la ley, esa ciega armada de palo, se mezcle en ellos. Ha ido á recaer su severidad en la engañadora menos maligna.

El Liberal asegura que la postalomanía va en decadencia. No lo había notado. Al contrario: arrecia el chaparrón de postales en mi mesa de escritorio. Será que, como la luz de la lámpara antes de extinguirse, lanza sus más vivos destellos la postal en vísperas de sepultarse en el olvido. Hay una razón, sin embargo, para que la postal no desaparezca así tan fácilmente. Es cómoda, es práctica, y como medio de comunicación tarde podrá substituirse. Vino á reemplazar, en muchos casos, al telegrama, y en infinitos á la carta, con sus prolijas fórmulas de encabezado y final, su enojoso proceso de plegado, introducción en el sobre, pegue de éste, etc. Aunque los refinados desdeñen, por su excesiva difusión, la postal, la multitud no renunciará á ella, y los «pensamientos» en postales florecerán ampliamente, democratizando la relación entre las eminencias – digámoslo así – y el vulgo que las contempla desde lejos.

Juguetes de la gente, entretenimientos de un minuto, que ayudan á llevar el peso de la existencia, no por todos aborrecido, pero sentido y advertido por todos.

Siguen á la orden del día, en Madrid, los asesinatos y los suicidios pasionales. Una racha de locura amorosa se desencadena entre las clases humildes, haciendo riza y estrago.

Tienen la mano segura y pronta esos locos instantáneos; su navaja corta con rapidez horrible el hilo vital; su revólver no falla; su pulso no tiembla. La resolución es en ellos firme, inquebrantable. Nuevos Wérther de la plebe, parecen decir á la faca y al Smith: «He aquí la llave de nuestra prisión.»

El asesino pasional de la calle de Ferraz ha procedido como el rayo. Su furia no perdonó ni á la vieja que terciaba en la cena cuyo término fué el drama de muerte. ¿Qué papel desempeñaba esa vieja, á quien certero navajazo partió el pulmón? ¿Era la cómplice y confidente de la culpa, la que encubría el lazo secreto no sospechado por el consorte? ¿Era al contrario la guardiana y vigilante que estorbaba las efusiones de los dos enamorados? ¿Era sencillamente una testigo casual, que por inadvertencia se colocó donde la arrollasen los huracanes?

Cosa que hace meditar, lo que la casualidad pone de su parte en la historia de los individuos. Así como en la de las colectividades hay poco de casual y mucho de lógico, de fatal y matemático, el individuo, el grano de arena, rueda y se precipita al leve choque de inesperada circunstancia. La vieja Ursula, de setenta y seis años, al sentarse á la mesa para cenar donde hiciese más fresco, en la calurosa noche del miércoles 2 de septiembre, metió el pie en la fosa. ¿Quién se lo hubiese dicho? ¿Qué cálculo de la razón, qué presentimiento del alma pudo avisarla ni prevenirla? La moza, al fin, andaba envuelta en amores, y donde hay amor hay riesgo y aventura. La vieja no: su idea, preferente, única, sería cenar en paz. Y fué á digerir su cena en otro mundo – en la inexplorada costa de que hablaba Hamleto, – seguida de cerca por el alma de su matador, ni tardo ni perezoso en arrojarse también fuera del triste planeta en que tantas cosas negras suceden.

Y el velo del silencio eterno cae sobre este episodio, ya trillado á fuerza de repetirse, porque la muerte cerró las bocas y cortó la acusación y la queja.

El Sr. Cobian proyecta reorganizar los arsenales. Al aprobar tan excelentes propósitos, quisiera yo que me explicase el ministro en qué consiste que siempre están reorganizándolo todo, que no se oye hablar sino de reorganización, y que todo anda superdesorganizado, hecho una lástima.

El arsenal de Cartagena, cuando lo visité hará cuatro años, me causó un efecto deplorable. No me sería fácil concretar esta impresión justificándola con razones; la sentí, me entró por los ojos, y aunque carezco de competencia y hasta de costumbre de ver arsenales, juraría que aquél se encontraba – como dice ahora el ministro – en un estado de abandono que hay que remediar á toda costa, y rebosando abusos y chorreando deficiencias. El abandono, la inercia, el descuido, se respiran y se perciben en lo más mínimo, en una capa de polvo sobre lo que debe relucir, en un clavo faltoso, en un montón de placas de blindaje que se come la herrumbre, en un rollo de cable que estorba el paso, en la hierba que brota entre las rendijas, en la actitud indolente de un oficial que entreabre un ojo y chupa un cigarro...

Si el Sr. Cobian les da un recorrido á los arsenales y el Sr. Besada les pasa un plumero á las oficinas, habrán merecido entrambos bien de la patria. Las oficinas – al menos todas aquellas en que he sentado el pie en mi vida, y no son muchas, pero supongo que para muestra basta un botón – llevan escrito, en caracteres trazados con el dedo sobre el polvo, como los que las amas de casa garrapatean para avergonzar á las criadas descuidonas, el certificado de su desastrosa petrificación. Todos los españoles se quejan verbalmente de las oficinas, de los retrasos del expediente, de esa estancación de los asuntos tan desesperante y fatal. Nadie, sin embargo, se decide á formular estas quejas donde resuenen y adquieran publicidad positiva. Se lamentan males remediables, como se lamenta una fatalidad física, el mal tiempo, el terremoto ó la muerte, cosas que no tienen vuelta y contra las cuales no hay lucha que valga.

De esta quietud de la voluntad, de esta resignación moruna al abuso, he tenido ayer mismo una curiosa muestra. Al balneario en que me encuentro y que es el mejor instalado y confortable de España, conducen desde la estación del ferrocarril coches de alquiler, una empresa independiente de la administración del balneario y acostumbrada á hacer su gusto libremente. No hay viajero que no tenga que contar vejámenes de los coches: constituyen los coches el punto negro de la estancia en tan magnífico establecimiento como es el de Mondariz. La exorbitancia de las tarifas, el mal servicio de los coches, son asunto de conversación preferente. Molestada á mi vez, decidí consignar mi protesta en el libro de reclamaciones de la Empresa. Sacáronlo de un armario donde estaba arrumbado, y me lo tendieron, con sonrisa irónica y triunfal. El libro tenía de fecha cuatro ó seis años, y estaba en blanco: mi reclamación era la primera que en sus hojas se consignaba! Cuatro ó seis años de renegar de palabra, de maldecir de la empresa y sus demasías, y ni dos renglones por escrito para procurar el remedio.

Los inspectores tendrán razón sí, al ver el libro en blanco, van diciendo: «Cumple esta Empresa perfectamente, y el público está tan contento, que ni la menor reclamación se lo ha ocurrido anotar en tantos años.»

Y yo pensaba que este libro es España..., la España externa, visible, oficial, pintada en la pared.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es posible, y hasta diría que es seguro, porque tengo de ello pruebas, que los lectores de La Ilustración Artística en la América española, cuando fijan la vista en mis crónicas, las tachen de pesimistas y de sobrado obscuro y recargado de tintas el cuadro de la sociedad española que forma su conjunto. Yo, sin embargo, les rogaría que recorriesen por costumbre los periódicos diarios, y entonces sé que acabarían confesando que no prodigo las sombras. Raro es el día en que la prensa de información no nos sobrecoge – y *sobrecoger* es palabra inexacta, pues ya estamos habituados – con noticias escandalosas, con una cosecha tal de enormidades, que no puede menos de reconocerse un estado general de corrupción, del cual, ¡ay!, ni aun nos queda el consuelo de culpar á la civilización refinada, á los adelantos del siglo y á la complicación de la vida.

Recuerdo (no extrañaría que los lectores lo hubiesen olvidado) haber dicho aquí mismo que la diferencia entre la criminalidad española y la extranjera, es que allí los crímenes los cometen los criminales, y aquí los comete también la gente honrada. Me refería, al expresarme así, á los infinitos casos de asesinatos *pasionales* ó causados por mera brutalidad, como aquel de los dos mozos que se acuchillaron sobre quien cortaba más diestramente las rajas de un melón. No es aquí raro, sino frecuente, que los asesinos tengan los antecedentes más simpáticos y gocen en su barrio de muy buen predicamento. Extendiendo el concepto anterior, diré que aquí los delitos, según va demostrándose palmariamente, no los cometen sólo los delincuentes de profesión (que existen en todas partes), sino las personas venidas á menos y las encargadas de descubrir y reprimir el delito. Sin gran sorpresa – ¡qué sorpresa, ni qué millón muerto! – nos enteramos de las diabluras en que anda mezclada la policía, y de qué negocios cultivan las *señoras* reducidas á vivir de tretas y amaños, que, por no dejar de ser *señoras*, prefieren establecer garitos á montar un taller de sombreros ó modistería.

El Imparcial – último que, según confesión propia, se determina á entrar en el terreno de la actualidad nauseabunda – reconoce abiertamente el aspecto social y político del asunto de la célebre *estafa*, no muy importante por la cuantía – un millón *de reales*, para el Banco *peccata minuta*, – pero gravísima por el tirón de manta que representa. ¿Hay en efecto tal tirón brusco, con caracteres de desengaño? ¡Pch!.. Todo ello ya estaba acá. Esa comidilla, hoy trocada en veneno, era el secreto á voces.

¿No hemos oído, cuantos respiramos el ambiente de Madrid, que cuando es robado el reloj ó la cartera de una persona de alta importancia, de un primate político, á las dos horas aparece, porque así lo dispone la policía? ¿Qué significa esta creencia arraigada (no aseguro que sea fundada, porque no tengo ganas de que empiece en mí, pobre inocente, á aplicarse la justicia seca), sino que existe el convencimiento de que el hampa y la policía están amigadas y combalachadas? ¿Y qué mucho, si en el mundo del hampa se reclutase la policía, y este método fuese fruto de la idea más inmoral de todas, que es conservar al hampa en la mano para las ocasiones en que conviene que las calles y las plazas, las tabernas y los cafés, hagan el juego de una bandería ó de los intereses de un partido representados por un hombre ó un grupo?

En España, al presente, puede afirmarse que no existe la opinión pública; esa gran fuerza de los pueblos nos falta: era más vigorosa en el siglo XVII: de ello sería fácil citar ejemplos reiterados. Se murmura siempre; no se protesta nunca, en ninguna forma. La persuasión de que será inútil hiela desde el impulso inicial la voluntad. ¿Por qué? Por la hipótesis general de que las cosas están arregladas desde arriba de cierto modo, y todos los amenes del mundo no llegan á ese cielo de bronce. Quien ve día tras día pasearse sueltos y libres á los más afamados randas, espadistas y carteristas; quien cree saber que esa franquicia de los hampones, tan seguros hoy y en el siglo XVII tan temerosos, y con motivo, de los corchetes y de la horca, obedece á planes y conciertos que no se modificarán por lo que grite el pacífico y robado ciudadano, ¿que va á esperar, qué va á emprender? Yo repito que no doy las hipótesis por ciertas: no quiero chanzas con la Inquisición: aun ahí sería el diablo, si todavía corriésemos el peligro que corrió Quevedo por haber atacado vicios y corruptelas de su época. No es nada seguro el oficio de redentor; ojo á la cruz y al Calvario. Lo que voy diciendo se funda é inspira en artículos del *Imparcial*, del *Liberal*, de *La Epoca*, de toda la prensa: que lo que es por cuenta propia, mal año para quien señale con el dedo, y en boca cerrada no entran mosquitos.

La estafita es de oro, aunque poco oro valiese repartido entre tanta patulea. – El arte con que se realizó demuestra una vez más que si aquí no se rinde culto al trabajo es por pura pereza, no porque no le sobren á la raza aptitudes. – ¡Cuanto se trabaja por no trabajar! – decíame una noche, en el Circo de caballos, ante un acróbata colgado del trapecio á vertiginosa altura, un ilustre médico que no conocía la holganza. – Siempre que sale á luz una maraña como esta del *Cantinero*, me acuerdo del dicho del Doctor. Es increíble lo que se despliega de habilidad, maña y destreza, para agenciarse sumas que una labor sencilla y honrada produciría también deducidos riesgos, que siempre se corren en estos tratos de Argel, y diezmos y primicias, que según el ex inspector Luna, no falta quien cobre, sin pertenecer á la iglesia de Dios.

¡Qué oceáno, ola no, de cieno las declaraciones de ese ex inspector, ya se confirmen, ya se desmientan, que aun cuando parezca extraño, para mí es lo mismo! Pues lo grave consiste en que suenen á algo mil veces oído, y lo gravísimo en que corra así la especie sin que se depure con el mayor rigor y se castigue, al comprobarse, de un modo ejemplar y que deje memoria. El castigo..., otra cosa en que no fiamos. Dice el periódico que en vista de las declaraciones de esa Luna que alumbró un instante tantos horrores y luego se eclipsó, se han reunido los delegados de vigilancia y acordado proceder á la captura de cuantos criminales andan sueltos por Madrid. Oportunísima providencia.

Hace cuatro ó seis días asistí á la fiesta de un pueblecillo. Al cruzar la plaza, voces tristes me pidieron limosna desde una reja. El cuadro era completamente medioeval. He dicho una reja y debí decir dos: á derecha é izquierda de una puerta, resaltaban sus negros hierros, y al través de ellos penetraban difícilmente el aire y la luz en dos reducidas cárceles, la de mujeres y la de hombres. Pregunté cuánto tiempo llevaban allí los detenidos. Respondieron que siete meses. Pregunté el delito. Merodeo, robo de gallinas. Pregunté qué esperaban, qué desenlace tendría su suerte. Faltaba, según probabilidades, como mes y medio para que se viese la causa en el Juzgado. Entre los detenidos había una mujer joven y hermosa, anémica ya á causa del encierro prolongado, sin respiración suficiente, en el hacinamiento de la vida común con otras dos ó tres presas. Anémicos parecían igualmente los presos varones. «Gente mala,» me decían algunos señores, extrañados de mi interés. Sea cual sea la gente, hay cosas que hacen reflexionar. Dedicáranse estos pobres diablos al robo de carteras repletas de billetes, en vez de raposear gallineros, y otro gallo les cantara. Y aparte de todo, si es justo detener al delincuente, ¿por qué siete ó ocho meses de prisión preventiva, á causa de una gallina ó un saco de maíz? ¿Por qué la anemia, aposentadora de la tuberculosis? ¿No es triste que revista estas formas la idea de justicia, que debiera imprimirse en el cerebro de los miserables y de los desheredados con caracteres de luz y de fuego, educando su espíritu? Porque estos delincuentes que vi tras la reja de la cárcel de Puenteareas no podrán menos de comparar su delito con su destino, y otros delitos y destinos también, y la consecuencia... dedúzcala un chiquillo de la doctrina.

Y á la hora en que cierro la crónica, entre uno y otro vaso de agua de Mondariz, el alboroto continúa, el escándalo parece ascender á las nubes, en la prensa no se lee otra cosa sino *Cantinero* – millón – estafa – María Reina – delegados – policía... Las autoridades y el gobierno, previo uno de esos movimientos de estiro y desperece que no se pueden hacer delante de la gente porque no son finos, se arrancan con disposiciones y medidas y suspensiones y anuncios de reorganización, que no parece sino que van á volver el mundo patas arriba y trabárselo. Ojalá por esta vez me engañe la desconfianza, como ha solido engañarme la confianza propia de un alma, por mi mal, bastante generosa; pero no lo puedo remediar: esas providencias rigurosas que se anuncian ante el fervor del escándalo, me parecen tan efímeras como el escándalo mismo: merengadas que se tienen mientras están recién batidas, y á las dos horas bajan la cresta y se desmayan sobre el plato.

Nacen mis dudas de que sí, en efecto, algo hay de verdad en las tremendas acusaciones de prevaricación y complicidad que ruedan por el aire, se concibe que puedan sorprender al público en general, pero no así á las autoridades y al gobierno, á ningún hombre versado y ducho en ciertas maleantes interioridades, conocedor del personal. Ninguna clase de ceguera explicable puede alegar el que ve de cerca cosas de esta índole peculiarísima. Servirse de los pícaros es ardid de los que mandan y disponen; desconocer la picardía sería otra cosa, y yo no llego al extremo de negar inteligencia á los que la han demostrado en cualquier grado y orden.

He ahí por qué no fío de los grandes propósitos de reorganización. No hay titirimundi cuya reorganización no se anuncie diez ó doce veces al año, y todo sigue desorganizado el 1.° de enero del siguiente. ¿Hemos de otorgar crédito á los eternos quebrados, como si pagasen puntualmente sus letras, á la vista? Ya verán ustedes si esto se queda, igual que lo de más allá y lo otro, en agua de cerrajas y contradanzas para fiestas.

Palpita entre el torbellino una cuestión electoral. Estas lo priman todo. He ahí el motivo de que los pocos patriotas á secas que aún quedamos para guardar en vitrina, no profesemos ardiente amor á las instituciones parlamentarias. Donde fermenta ese germen de podredumbre...

La curiosidad que este género de sucesos despierta se fatiga pronto; un escándalo borra la huella del anterior; hay interregnos; la superficie social se aplana y desaparecen los remolinos formados por la caída de la piedra. Pero bajo el agua serena al parecer, hierven y se cruzan y luchan y se devoran los mismos monstruosos organismos, criados en el limo fétido. El estado de la nación no varía ni mejora; no hay depuración, no hay desinfección, no entran luz y aire; la conciencia no se sanea y robustece: quedamos igual; y si se leen y comentan un instante tan extrañas tragicomedias, no incita la ansiedad del eficaz remedio, sino el interés bastardo, folletinesco, humano en medio de todo, del suceso pregonado.

¿A qué simular esperanzas que no sentimos? Hemos visto suceder de 1898 acá, los españoles, tan terribles cosas, hemos sufrido desengaños y humillaciones de tal naturaleza, nos han hervido dentro tales escepticismos y tales resquemores, hemos escuchado y escuchamos tales acusaciones susurradas en voz baja y al oído, sin que nadie las repita y sostenga en alto; nos ha sumido en tales confusiones el contraste entre lo que se oía y lo que se efectuaba, entre el memorial de agravios y el chaparrón de recompensas, entre las supuestas responsabilidades y las auténticas irresponsabilidades, con premios y honores; hemos tenido que tragar tanta saliva, que devorar tanta vergüenza, que reconcentrar tanta aspiración, que sorbernos tantas gotas de agua de esas que el corazón envía á los ojos cuando el sentimiento rebosa; hemos gastado tanta energía en balde, que ya ahora lo difícil sería conservar un átomo de optimismo. ¿La policía? Perfectamente adaptada al medio, si es cierto lo que aseguran. ¿Es que alguien, obligado á deshojar la margarita de las ilusiones, había respetado el pétalo que corresponde á las delegaciones de vigilancia?

Y hasta la próxima, que no sabemos por cuál lado vendrá. Preparémonos; preparemos, sobre todo, la indiferencia, la calma chicha, el narcótico del pensamiento, la triaca de la indignación. Procuremos no sentir el dolor de «esta España moral que se derrumba,» según la frase de Núñez de Arce, que se equivocaba, porque ya se había derrumbado.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE NUEVO

El 28 de septiembre me salteó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de La Ilustración Artística. Un mes hace que no tomo la pluma en la mano para conferenciar con el público; casi he perdido la costumbre, y experimento la sensación de extrañeza con que, al volver de largo viaje, recobramos los hábitos y las ocupaciones antiguas. De todo viaje se puede no regresar, y siempre sorprende haber regresado, ver eslabonada otra vez la cadena de las horas y los días.

***

Mientras duró la agitación en favor del indulto de Cecilia Aznar, no hubiera sido prudente escribir lo que sigue, pues pesase lo que pesase, siempre existía la contingencia de que el más leve peso inclinase la balanza hacia el patíbulo. Ahora que el indulto está otorgado, puedo decir que no me explico, á distancia y desde afuera, por qué despertó tal interés una criminal de las verdaderamente repulsivas. Si se originase el interés del convencimiento de que el derecho penal para la mujer tiene que ser diferente que para el varón, puesto que distintos son también el derecho civil y el político..., ¡ah! entonces debiéramos aplaudir una idea tan justa y humana. Pero si esta idea – que la mujer, limitada en su derecho, ha de estarlo proporcionalmente en su responsabilidad – no es la que inspiró la campaña de indulto, si algo personal la dió vuelos, me pregunto con asombro, ¿qué pudo ser? ¿Qué existe en Cecilia Aznar que atraiga simpatías? ¿Dónde se habrá visto un crimen más prosaico y repugnante? Todo delincuente, convengo en ello, es muy digno de piedad; no repruebo, antes me parecería una señal de adelantamiento y cristianización de las costumbres, el interés que, en general, inspirasen los delincuentes, y que se encaminase á sanearlos, como se sanea y desinfecta más cuidadosamente los lugares donde existen gérmenes de infección; esto sí, lo declaro bueno y santo; mas en nada se parece á la aberración sentimental, quizás provocada por los estímulos de una publicidad malsana, que concentra la compasión en los asesinos de rumbo y estrépito, que rodea de aureola la frente que debiera inclinarse al peso del arrepentimiento, que populariza y forma leyenda á los héroes del presidio. Signos de la decadencia triste de los tiempos, tales antojos de la opinión y de la multitud; si la conciencia pública estuviese robusta y limpia, correrían parejas la previsión y cuidado para atajar la delincuencia con la instrucción y la moralización de las clases populares, y la sencilla y muda represión de crímenes que horripilan, no ya á nuestra ética, sino á nuestra estética; porque aún los creo más feos que malos. – Pensad que nuestras cárceles son por lo común hediondas mazmorras; pensad que allí se confunden en promiscuidad fatal los criminales empedernidos con los delincuentes ocasionales, relativamente hombres de bien; pensad en lo que descubren de lacras sociales procesos como el del *Cantinero...*, y decidme si no sería más urgente atender al remedio de un estado tan desastroso, que importar de París lo peor de su ambiente: la manía de las criminales *dernier cri*, con pedestal de papel impreso.

***

La guerra entre Rusia y el Japón se hace inminente: la causa es honda, decisiva, porque es económica; se trata de importantísimos mercados que los rusos se aseguran con la posesión de la Manchuria, y en esto sí que no cabe transigir ni vacilar: es cuestión de vida ó muerte. Y sin ser profeta ni alardear de entendido, puede ya vaticinarse que el desenlace será para el país de las teteras bonitas, de las caretas horrorosas, de los sables de empuñadura cincelada y de los *kakemonos* de colorines alegres y delicadamente casi dos por un instinto artístico.

El Japón se ha envalentonado con su victoria sobre el Celeste Imperio; se ha envalentonado, sobre todo, con la esperanza de una confederación y una hegemonía de la raza amarilla, que, si llegase á realizar este ideal, sin género de duda renovaría, con mayores probabilidades de éxito, las empresas de Gengiskan, sojuzgando á Europa. Los amarillos son innumerables: una inundación humana, un torrente que desatado cubriría con sus ondas el mundo. Son además pueblos y razas preparados para invadir, por su homogeneidad. Las invasiones quieren eso: unidad, no sólo de raza, sino de almas y cuerpos: de otro modo, sucede á los invasores lo que á los bárbaros del Norte, que se amalgamaron á los pueblos invadidos y llegaron á no poderse escindir nunca. No así los amarillos, seguramente: el alma amarilla es una esfinge; son para nosotros impenetrables. Y acaso el enigma de esa esfinge se descifra con una palabra: *odio*. Odio al europeo, odio al hombre blanco que por tantas centurias les ha sido superior y cuya civilización tratan de asimilarse por medio del paciente y terco instinto de imitación perfecta que distingue al asiático.

***

Hay que confesar que, en este respecto, los japoneses han hecho prodigios. Su imitación no se limita á lo externo, material y mecánico: es el espíritu, es lo íntimo de la civilización europea lo que ha recogido y lo que está poniendo en juego para adelantarse. Comparemos: aquí repetimos desde hace años que sólo puede salvarnos la instrucción; pero el último censo nos dice que las dos terceras partes de los españoles son analfabetos: no poseen ni el instrumento de la instrucción (que no debe confundirse con la instrucción misma, pero que le es indispensable). El Japón, en corto tiempo, ha dado á su instrucción pública un vuelo que parecería inverosímil, si no supiésemos que la gran Musmé, la emperatriz en persona, va todos los días á visitar la Universidad de mujeres que ha instalado cerca de su palacio. Desde los más altos hasta los más bajos, en el Nipón se abrió camino la idea de que la instrucción es la verdadera fuerza nacional; de que ella dirige los buques de guerra, impulsa á los ejércitos, extiende el comercio, normaliza la justicia, ataja la criminalidad, dignifica á los Estados. El Japón, por medio del profesorado, con catedráticos, está asegurando la victoria sobre China, victoria que no hicieron sino iniciar los triunfos navales recientes.

Así es que todas mis simpatías, en la lucha que se prepara, están por el probable vencido, el japonés. Rusia llevará la mejor parte mecánicamente, á fuerza de fuerza: tiene dos veces más buques, tiene un ejército superior, tiene *el peso*, lo bruto y material, lo que aplasta por la gravedad, y en las guerras actuales no es el valor, no es ni la astucia, lo que inclina la balanza. En esta, especialmente, hablarán los cañones de los acorazados, y el número decidirá, como decide siempre.

Si Bismarck no pronunció aquella famosa frase sobre la fuerza y el derecho, ó si no la pronunció en el sentido que se le atribuye, no por eso deja de ser la frase un Evangelio, de hierro si se quiere, pero Evangelio al fin. La fuerza: estamos dentro de ella, bajo su incontrastable dominio. A principios del siglo XIX aún luchaba el espíritu con la materia. En el XX ni se imagina tal insensatez. Los adelantos de la ciencia han hecho de la guerra, y especialmente de los combates navales, algo concreto, algebraico, y por eso creemos de antemano que la escuadra rusa destruirá á la escuadra japonesa.

***

Notemos, entre tanto, la indiferencia de Europa ante los horrores de Macedonia y demás países cristianos sometidos al yugo turco. Esa Inglaterra y esos Estados Unidos que tanto se indignaban con las supuestas crueldades españolas en Cuba, ¿qué hacen ahora, que no ponen el grito en las notas diplomáticas y no acuden con todo su vigor á remediar tamaños horrores?

Porque las iniquidades turcas, divulgadas por la prensa y las agencias telegráficas al través del mundo entero, son de aquellas que recuerdan épocas de la historia que hoy nos parecen terrorífica leyenda: los tiempos en que los normandos les cantaban á los sajones la misa de las lanzas. Mujeres y jovencitas atropelladas en presencia de sus maridos y padres; niños descuartizados, con el vientre abierto; hombres degollados sobre el regazo de sus esposas; cabezas ensangrentadas en pirámide; manos descepadas rodando por el suelo; casas ardiendo con sus moradores dentro... No sé si todo esto equivaldrá á lo de Cuba, y sin duda no equivale, cuando los humanitarios que por pura humanidad se nos echaron encima lo ven tan impávidos. En el siglo XIII se hubiese alzado ya la Cruzada.

Desde el siglo XIII acá ha tenido tiempo de nacer, criarse y marcar con su sello á naciones enteras aquel tipo admirablemente estudiado por el genio de Moliere, Tartufo. Error creer que Tartufo representa al beato católico. Tartufo ha apostatado y es protestante; y más Tartufo.

***

En una causa que está juzgándose estos días en mi pueblo recojo un curioso documento de superstición y barbarie.

Se trata del asesinato de una señora de aldea, cometido por un mozo á quien empleaba como jornalero. Este mozo había servido en la guerra de Cuba, en las guerrillas, y matado á muchos mambises: como que era el encargado de rematar á los prisioneros, y lo hacía – de ello se jactaba – de un solo golpe. Acabada la lucha, el guerrillero vuelve á su aldea – sin una chispa más de luz en el cerebro y con la bruma sangrienta de la matanza envolviéndolo para siempre en halo rojizo. – Cuando la señora (señora relativamente: una labradora algo acomodada) que le daba jornal le niega un grado en arriendo, el mozo siente el impulso de dañarla y empieza robándola; el mezquino robo de unas cuantas libras de carne de cerdo, que substrae de un cobertizo. No pudiendo saber quién se las ha quitado, la señora deposita un cuartillo de aceite en la lámpara del Santísimo Sacramento, con la intención de que, según se consuma el aceite, irá consumiéndose la vida del desconocido ladrón: resultado que en la aldea se tiene por infalible.

El mozo se entera del nefando exvoto, y al punto mismo cree sentir que la jaqueca taladra su cráneo y que su vida en efecto se consume con cada gota del embrujado aceite. ¿Cómo evitar que se cumpla el misterioso conjuro? – Matando primero. – Y á las oraciones, se introduce en casa de la señora, aprovecha el momento en que la ve inclinarse para cortar verduras, y con un hacha la hiere, sin lograr el golpe de destreza de los mambises, pues no la acaba del primer tajo: tiene que ensañarse en su víctima.

Y esto, ¿en qué siglo acaece? – En el nuestro, en el año de gracia que corre. – Ya funciona la telegrafía sin hilos; Santos Dumont surca el aire; en las clínicas alemanas se preparan los sueros que vacunan de las infecciones; en Noruega se implanta la escuela modelo..., y en una aldea de Galicia se desarrolla este drama primitivo, de sombra y terror, de miedo y fanatismo, de instinto salvaje y conciencia caótica.

Es la otra faz de la luna, la que nunca baña la claridad. Por nuestra desdicha, esa faz es la que solemos ver.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"La estudiante tenía allí su sitio reservado como en la sala de lectura." 1905, n.º 1.215, p. 245.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me contento.

Pero ¿es culpa mía si á las primeras de cambio, en libros que tienen la pretensión de renovar las fórmulas y los procedimientos de la literatura, doy con frases, giros y palabras que carecen de sentido ó que son puros dislates?

Yo presumo, yo infiero aproximadamente lo que ha querido significar el autor cuando suelta esos períodos más obscuros que boca de lobo; sólo que, al inferirlo, se me ocurren cien maneras de decir lo mismo en castellano. ¿Por qué no emplean una de las cien?

¿Creen acaso los que así escriben que se puede violentar y descoyuntar un idioma, no para darle la flexibilidad y agilidad que poseen los acróbatas avezados desde niños á ejercicios asombrosos, sino para quebrarle el espinazo, sacarle joroba y hacerle nacer berrugas? ¿Imaginan que la estructura de una lengua se modifica al capricho de un literato, más ó menos culto, enfuñicado en el gabinete? Si sospechasen la filología, sus leyes orgánicas, su proceso evolutivo; si supiesen cómo los idiomas realizan su desenvolvimiento, se reirían de sí propios, de sus juegos de niños y de bobalicones. No son sus antojos y balbuceos pueriles; es la ciencia por un lado, por otro la historia, por otro el verdor pintoresco del lenguaje popular, quienes renuevan los idiomas insensiblemente. El carpintero que cepilla sus tablas ó jornalero que cava su huerta, cepillan más firme y cavan más hondo en la transformación del castellano, que los neo gongoristas y cultiparlantes con su alarde perpetuo de sensibilidad artística y sus imágenes y comparaciones traídas por el último pelo de la trenza.

No gusto de molestar á nadie si puedo evitarlo; omitiré nombres de autores y títulos de libros, y presentaré al cuerdo lector un mosaico de frases que tal vez le divierta, entresacándolas de aquí y de allí y mezclándolas y clasificándolas para mayor disimulo (aunque pecados impresos no parezcan fáciles de disimular).

Señas personales. – Labios anaranjados y flamentes de deseo. Cabellos de sombra fosforescente. Mejillas auroreales fugacedas de lividez espectral. Dentadura mórbida *(sic)*. Piernas dianescas de una carnación que marfilea sobre los gazones. El emerger del seno traj hastiones de gasas irradiantes. La garganta (léase el seno también, pues del francés *gorge* hacen garganta sin más ni más) amazónica, agatina en sus tornasoleos. Viene moldeado por la forma inquietante de un ánfora desenterrada en Tanagra (no vale desenterrarla en Alcorcón). Manos palidecidas y húmedas de maceración en aromas, cual las de las castellanas al acariciar blondas guedejas de paje que se arrodilla ante ellas para beber tempranas febricitaciones. – Fóseos dedos, ensortijados al mismo borde del pétalo róseo de la uñita. – Los pies de una ninfa vistos al transparecer del agua tremolante... (Y compongan ustedes, con tales rasgos, el retrato.)

Floricultura. – Los claveles cruentos plasmaban el alma salvaje de Iberia. – Orquídeas de una aristocracia desdeñosa, ducales y enderezadas en su aislamiento de las plebeyas manos. El desfleque tierno de las crisantemas, remolinadas como pliegues hieráticos de túnicas de mummés. (Esto se llama decir exactamente lo contrario de lo que uno se propone.) Me tendió una tulipa de esmaltes rojos, recordando viejas pinturas flamencas netas y secas, de precisión desesperadora. Langoroso y trastornador, lujuriante y nostálgico, el perfume de las pavonias (*se advierte que las pavonias no huelen á nada*) me llevaba hacia orillas perdidas en la bruma y valles de misterio azul, en la tarde moriente. Blancuras de lirios (confunden siempre el lirio con la azucena, que es el *lys* francés) se esfumaban levemente refractando candores adn inmarchitos por las ironías de la existencia macabra. Hollábamos en la pradería los asfodelos ponzoñosos, las cicutas cerdíleas, las jusquiamas y los nubríos agáricos. (El autor, aunque parezca mentira, en ningún prado ha puesto los pies.)

Y me detengo. No espigo más. Prescindo del antifonario del gorjear de los ruiseñores; del túrbido incensario de los jardines; del cristal enfermo; del canto de los pájaros que estruja las ramas; del óculo del disco; de los polífonos bostezos que emana la onda en vaho fumiforme que elabora á la nébula errante; de los besos de terciopelo; del encarrujamiento de cristales; de los corales ignívomos; de los ojos faunálicos; del uror del follaje en los pensiles; de la occidua luminaria y de los desfallecimientos verde y rosa... No; no me detendré ni ante las fúlgidas eclosiones de aurora, ni en las emociones de luz carmíneas, ni...

¡Oh Quevedo!¿Por tu vida!¿En qué alfiletero modernista se guarda la aguja de navegar cultos?

Es una cosa que la hace el demonio: casi todo lo que puede decirse en forma natural, y aun en forma bastante rebuscada, está dicho; han brillado miles de poetas; han agotado quizás los extensos criaderos del sentimiento y de la fantasía; la esterilidad poética del momento presente no cabe negarla. No sabemos lo que el porvenir traerá: actualmente parece dormir la Musa. Y así, de la desesperación de la impotencia, surgen estas escuelas dislocadas, que retuercen el pensamiento y torturan la forma.

Los que hoy nos marean con Botticelli, la misa negra, el divino marqués de Sade, lo inquietante y lo sugerente, hace trescientos años escribirían sonetos con estrambote, hace cien madrigales á lo Meléndez y hace sesenta no nos dejarían vivir con el lago sereno, el bulto vestido de negro capuz, la serenata en Venecia y la mora prisionera en el castillo. Hasta puede que escribiesen historias trágicas por el estilo de *Elisa y Teodoro ó el Judío bienhechor*. Y eso no es literatura, sino, como dice Lemonnier, «viento en los molinos.»

Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en el ejercicio de su cargo. Muerte voluntaria, más rara todavía. El suicidio de Rosano sorprenderá hasta la estupefacción á muchos que si se viesen en la poltrona bailarían de contentos.

La calumnia, la injuria, la malevolencia, los ataques de sus enemigos, unidos á hondos pesares de familia, han precipitado á tan extremada resolución á un hombre que, según parece, era honrado y probo. Digo «según parece,» porque toda afirmación, en semejantes cuestiones y á distancia tal, tiene mucho de aventurada. Para responder de la probidad de un hijo de Adán, ¡cuánto hay que conocerle! No basta el consabido modio de sal comido á la misma mesa, ni se pueden sacar consecuencias de datos históricos. La unidad del carácter falla y se desmiente; un mismo individuo cambia de espíritu, como de piel el armiño y de hoja el árbol. A veces se empieza con pundonor y se acaba por perderlo, y aun es este el caso más común; pero también acaece que el pundonor brota y se impone como una necesidad de conciencia, y que la acutación ayer fundada sería mañana calumniosa. El estudio de tal fenómeno lo hizo admirablemente Tolstoy al narrar la historia de aquel ladronzuelo Polikey, suicida bajo el peso de una injusta acusación fundada en su anterior conducta.

La enfermedad del Kaiser es otro tema de actualidad. Alarma porque á mal infeccioso en la garganta sucumbió su padre, en edad no avanzada y cuando empezaba á ejercer una soberanía que anunciaba una era de paz y concordia. Creyóse que el hijo, al subir al trono, iniciaría un período de lucha. Todo concurría á dar cuerpo á la sospecha: la mocedad del nuevo emperador, los formidables aprestos de la nación, el engreimiento de las recientes victorias. Y he aquí que el joven Guillermo, desde lo alto de su cuello de uniforme, fija la mirada en el comercio, en la industria, en la campaña económica por la cual Alemania ha salido definitivamente do aquel estado miserable de que hablaba con tanta energía Fichte. No le basta al Kaiser estimular la prosperidad de su pueblo: busca la buena armonía con los antiguos adversarios, y se hace agradable á los franceses, consiguiendo amortiguar en Francia, hasta un grado que se consideraría inverosímil, el escozor de los agravios y la inquietud de la *revanche*. La pacificación es la obra de este monarca de belicosas apariencias, á quien deseamos salud.

Y ya que de altas personas se trata, ¡qué impresión produce leer que á esa desventurada princesa de Sajonia, traída y llevada más de un año por agencias telegráficas y prensa de información, van á recluirla ahora en un manicomio! A decir verdad, no es bueno fiarse de las locuras de princesas y reinas enamoradas, como, por otro concepto, no hay que creer á pie juntillas en el desequilibrio é irresponsabilidad de los criminales. Lo primero salva el decoro y el *cant;* lo segundo, el pescuezo.

La moda de la irresponsabilidad de los criminales ha cundido, y ya no hay abogado defensor que no se agarre á ese clavo ardiendo. No ha mucho en mi pueblo sostenían la imbecilidad de un criminal de los más astutos que desfilan por los bancos de la sala de audiencia. Confieso que el sistema no me convence. Los criminales, en general, saben bien lo que hacen y no son más ni menos tontos que las nueve décimas partes de los hombres. La fatalidad puede precipitar á alguno; la estupidez, á otro; pero esta excusa alegada en favor de todos, llega á convertirse en algo que desafía á la conciencia pública, extraviándola ó pretendiendo extraviarla. No faltan otros arbitrios y razonamientos defensivos, que resistan mejor el examen y estén menos manoseados que estos lombrosismos de cuarta mano. La ligereza del maestro contagia á los discípulos, ¡porque cuidado que á mala información y á intrepidez, pocos le ganarán al autor de *Uomo delinquente!*

Pocos días ha recibí de Inglaterra una invitación á formar parte de cierto comité, cuyo objeto es auxiliar y facilitar su tarea á las mujeres que viven del trabajo literario en la prensa ó de otra suerte. Al dirigirme la invitación, la acompañaban con preguntas é indagaciones acerca de este problema en España. Con la lisura que gasto les contesté que, no haciendo nunca verano una mosca ó dos ó media docena, aquí tal cuestión no existía.

La mujer no ejerce aquí profesiones literarias, porque no está preparada á ello; y no está preparada porque no se educa, en infinitos conceptos, en el literario y académico especialmente. – Aunque la ley la autoriza, el caso de la mujer asistiendo al Instituto ó á la Universidad es todavía fenomenal. Y por mucho que haya que decir de nuestras Universidades y de nuestros Institutos, son lo menos deficiente de nuestra pobre enseñanza. Lo más que conceden los tolerantes con la mujer en España, es que se eduque «para saber educar á sus hijos.» Fin relativo, subordinado, como si el individuo no tuviese derechos propios. La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra, nada influye por hoy en esto, pues el problema de la educación en España es problema de gentes bien acomodadas. La ley, entre nosotros, es de completa amplitud: las costumbres son las que tienen moho, un moho dificilísimo de limpiar; acaso imposible, en el presente estado de cosas. Es curioso que en Inglaterra y en los Estados Unidos, países ideales de la igualdad y libertad feminista, *oficialmente* existan más desigualdades entre el estudiante y la estudiante que en España, en Rumanía ó en Grecia, y el estudiante aparezca privilegiado. Las leyes no son gran cosa: el buen sentido social vale y supone infinitamente más que ellas.

Venga á nos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La epidemia variolosa que fustiga á Madrid ha hecho recaer de nuevo la atención pública sobre el tema de la vacuna, sus excelencias y sus inconvenientes. Aquéllas deben de ser infinitamente superiores á éstos, cuando la generalización de la vacuna y la desaparición de la viruela, gracias á tal profilaxis, es un hecho en los países más adelantados del mundo.

La República cubana (hablemos de ella alguna vez) está tan interesada en extinguir la viruela, que, según me han asegurado, comisiona médicos, con muy crecidas dietas, á los puertos españoles donde arrecia el movimiento de emigración á la Gran Antilla, para que vacunen gratuita y forzosamente á los emigrantes. Y si alguno de ellos padece enfermedad contagiosa y transmisible y lo comprueba el reconocimiento, hay instrucciones para rehusarle el pasaje.

***

Refiéreso – ¿será conseja? – que al preguntar desde España á las clínicas alemanas cómo se procede allí en las epidemias de viruela, fué respondido que no podían evacuar la consulta por haber desaparecido en absoluto de Alemania semejante enfermedad. En España, la introducción de la vacuna ha sido lenta y apenas se ha logrado desterrar y vencer la repugnancia del pueblo á la lanceta vacunadora. Hay aldeano que prefiere morir, hay criado que prefiere perder su colocación, á someterse á operación tan sencilla y fácil. No sé qué terror supersticioso brota en las incultas imaginaciones ante la idea de prevenir una enfermedad metiéndose en el cuerpo la enfermedad misma. «Señorita, eso es cosa de brujería ó del demonio – declame años ha una vieja hilandera de la montaña, de esas que vaticinan junto al hogar al sullido del viento y al golpeteo de la lluvia. – Eso no lo hacen los cristianos.»

***

Una escuela médica reciente ha venido á confirmar en cierto modo las aprensiones de los analfabetos, alegando que la vacuna previene la viruela, pero transmite la tuberculosis, mal del que está infectionada la especie bovina. El incremento aterrador de la tuberculosis – según esta escuela – no se debe á otra causa. Yo confieso que, sin entender jota de medicina, atribuyo los pasos de gigante que parece dar la tuberculosis á infinidad de concausas. Lo caro de la vida en las grandes ciudades; la adulteración de las substancias alimenticias; el cretismo cerebral, que engendra el libertinaje y el ansia de placeres y excitaciones en todas las clases sociales, deben de contribuir también á preparar ese estado de miseria fisiológica que encamina á las enfermedades éticas, de consunción, como antaño se decía. A veces me ocurre dudar si, en efecto, éstas abundan ahora y escaseaban antes. Quizás también en otras épocas se moría de tuberculosis, pero no se estudiaba la enfermedad, ni inspiraba el sagrado terror que hoy inspira. Cuando pensamos en la antigüedad griega, se nos figura que entonces no existían ciertos padecimientos horribles y tristes de la edad moderna, contra los cuales la ciencia lucha á brazo partido. ¡Error de óptica, originado por la distancia! Leyendo á Hipócrates, ese gran científico instintivo y prematuro, y sus admirables descripciones de pestes y contagios, se nos aparece una edad pagana muy distinta de la decoración de las «bodas clásicas» en la ópera *Mefistófeles*: una edad pagana no alegre y serena, como se ha dado en decir, sino perturbada y ensombrecida por las mismas calamidades del período medioeval: pestes, infecciones, miserias orgánicas, venenos bebidos en la misma fuente de donde debiera surgir la vida. Poco importa que la fantasía griega transformase en mito la peste, atribuyéndola á las flechas de Apolo ó á las iras de Minerva: no por eso dejaba de herir, de diezmar los reales de Agamenón y las haces de Alejandro Magno.

***

Cuesta trabajo explicarse la rápida formación de una leyenda y cómo la aceptamos sin examinar sus fundamentos en la realidad y en la historia. La idea de la alegría griega, de la feliz y risueña existencia pagana, es muy discutible ante una crítica que tome en cuenta los textos generales y la misma literatura bella, por ejemplo la dramática. Todo el teatro griego es una serie de inauditos crímenes y dolores; la fatalidad se cierne sobre él, envuelta en nubes de sangre; Atreo, Filoctetes, Medea, Jason, Electra, Orestes, Clitemnestra, Antígona, de todo tendrán menos de alegres y serenos, de risueños y de olímpicos. El peso del destino, de la fatídica ley, gravita sobre ese teatro con más fuerza que sobre ninguna de las obras de arte literario que después vienen. De ninguna lectura surge imponiéndose lo amargo y desconsolador de la vida humana como del teatro griego, y creo que no hay libro místico que así demuestre la nada de las cosas, la vanidad del sueño que soñamos entre la cuna y el sepulcro.

***

Romero Robledo, que tan artísticamente – es la palabra – desempeña la presidencia del Congreso, ha tenido una diabólica idea: la de las sesiones á las nueve de la mañana. ¡Si al menos estas sesiones madrugadoras se consagrasen á los presupuestos! No asistiría un alma, y en paz. Pero es el caso que las dedica al debate político, y cata el madrugón, no sólo para los diputados, sino para las señoras golosas de oratoria parlamentaria.

La cual es cada día más entretenida y donosa. Ayer, por ejemplo, parte de la sesión se consagró al magno problema de los sombreros de las señoras en el teatro. Yo encuentro excelente determinación la de prohibirlos: á la verdad, estorbaban infinito á propios y extraños, y con el desarrollo progresivo de las alas, que ya alcanza al diámetro de una sombrilla regular, iba resultando algo pesada la broma al burgués exigente que cree adquirir en la taquilla, con la butaca, el derecho de ver la función; pero me sorprende agradablemente el que estas cuestiones se lleven al santuario de las leyes, aunque de llevarlas tengo por injusto que no se conceda la palabra, para intervenir en el debate, á María Guerrero (no la actriz, la modista de la calle del Carmen) y no se señale turno para discutir los chalecos de colorines que lucen algunos señores y que molestan á las señoras, trastornando todas sus nociones acerca de la estética de la indumentaria masculina, tan interesante para nosotras como, por lo que se ve, lo es la nuestra para ellos. La Cámara popular no puede menos de resolver con urgencia cuestiones de tal magnitud. (o'75 de ala, lo menos, y después las plumas.)

***

Ni apadrino ni rechazo..., etcétera; sólo digo que si los señores diputados adoptan la misma resolución para las tribunas que se ha adoptado en los teatros, y nos invitan á dejar el sombrerón en la guardarropía, bajo la custodia benévola de los ugieres, me dispensarán un favor; porque las tribunitas son un horno, y en ellas se estaría menos mal en bata y en pelo, que soportando las apreturas del correcto traje de calle y el peso y abrigo de estos tocados de fieltro peludo que ahora se estilan. Que nos manden descubrirnos, y por mi parte, encantada. Y al al mismo tiempo los padres de la patria, atentos á la higiene, dispusiesen que se ventilase el recinto durante las sesiones, aplauso cerrado. Se evitarían ellos las pulmonías de la salida. ¡Qué ambiente! (Sin retruécano.) ¡Qué ambiente tan impuro aquél! A ventilar; nos asfixiamos. Y á suprimir esas sesiones de madrugona, que recuerdan (por ese detalle) una Convención ó un Parlamento rabadilla, convocados en horas supremas y para tratar de algo más que de sombreros femeniles.

***

Por otra parte, debo reconocer que el Sr. Franco, promovedor en la Cámara del incidente á que aludo, tenía razón hasta por cima, no de los pelos, sino del sombrero de copa alta que use. Sus observaciones revestían gran sensatez y espíritu de justicia. Ahora hablo en serio. El Sr. Franco pretendía que pues se prohibe el sombrero de las damas, no se tolere la grosería del cigarro, que no va sólo contra el recreo del espectador, sino contra sus pulmones y aun contra el decoro y las buenas formas que en toda reunión deben guardarse. Porque el cigarro está prohibido, pero se le hace la vista gorda, lo cual redunda en desprestigio completo de la autoridad, que debe mandar siempre con justicia y hacerse obedecer con rigor; y en este particular los señoritos y caballeros se muestran más cerriles y rebeldes que la gente del pueblo, por lo cual, así como se ha dicho que ver ahorcar á un ministro es el ideal de la justicia humana, diremos que ver multar á un señorito por no quitarse el cigarro de la boca sería la regeneración de las disposiciones gubernativas.

***

Y más acertado si cabe estaba el Sr. Franco al pretender que los teatros matritenses terminen á una hora racional. La cuarta de Apolo y de la Zarzuela, sin hablar de otros teatros de menor cuantía, son una de las causas del desorden de tanta parte del pueblo de Madrid. El que tiene que ganarse la vida no puede trasnochar: el trabajo es amigo de las horas de la mañana. Crímenes y delitos, amén de bolsgazanería, nacen á favor de esas funcioncitas tardonas, después de las cuales se acaba la noche en la taberna. Veremos si el gobernador atiende á corregir tal escándalo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace dos días trajeron los periódicos la escueta noticia del suicidio de un capitán de ingenieros joven aún, persona conocida en los círculos de la buena sociedad, que solía frecuentar, aun cuando no fuese de esos que, como dicen, «están en todas partes.» Su resolución de morir era tan redonda, que se disparó cinco tiros seguidos en la cabeza; los cuatro primeros no hicieron blanco – tal vez por involuntario temblor de la mano que oprimía el gatillo, – pero al quinto la bala traspasó el cerebro y salió, dejando al desesperado un resto de vida, extinto á las pocas horas.

Nadie sabe ni aun sospecha las causas que pudieron impulsarle. No tenía vicios: era morigerado: no se le conocían pasiones: ninguna de las grandes luchas humanas le había atrafdo. Su carácter aparecía sellado por una melancolía mansa y una dulzura modesta. No era esclavo del interés ni de la vanidad, y se le podían atribuir dos cualidades muy simpáticas: la mesura y el pundonor. Entre el grupo de «muchachos» que encontramos durante el invierno casi una vez al día en el paseo, en el teatro ó en las reuniones, se distinguía por atento y respetuoso con las mujeres, por enemigo de exhibirse; se retiraba discretamente, sin ruido; no se imponía, y la frase usual para designarle era: ¡¡Qué buen chico!» Algunos añadían: «Sosito, pero excelente.»

⁂

Dijérase que en el cuadro de su vida no podía encerrarse el drama. Sin embargo, el drama llegó; habló del drama moral, tan profundamente cruel, que precede á ciertos suicidios. Ignoro si otro drama en los hechos externos correspondió á la triste evolución interior. Es probable que no se averigüe jamás, y que si algunas personas lo saben, guarden esa religión del secreto que es el último homenaje á la memoria de un desventurado. Cuéntase que el suicida, sin explicar los móviles de su acción, dejó escrito un concepto sespiriano: «He estado loco toda mi vida, y me mato por eso.»

¡Loco toda la vida! Sí, hay horas y momentos en que el hombre repasa su existencia entera y la juzga de una sola ojeada, á la luz de una hoguera ó de un relámpago. Sus ilusiones y sus ensueños – esa tela de la cual según Shakespeare está tejida la vida humana – se le figuran entonces acceso de prolongadísima fiebre, sufrido desde la cuna y conocido sólo al borde del sepulcro. ¡Qué! ¡Todo cuanto parecía razón poderosa y única de permanecer en el mundo, era mentira, era espejismo falso, era, en suma, demencia! «He estado loco toda la vida...» Confesión de tan terrible amargura es sin duda la fórmula de las grandes desesperaciones incurables, y mejor que un relato largo y circunstanciado, explica el estado de alma que determina actos como el de ese joven infeliz...

Y la gente, atónita como siempre que debajo de las ropas ve funcionar el mecanismo de un corazón torturado, comenta el hecho con más asombro que pena. «¡Si yo le vi anteayer!» «¡Si le encontré en la calle de Alcalá no hará quince días!» «¡Si hablaba como de costumbre!» «No, yo le noté algo descuidado... Parecía que no se había afeitado y llevaba la corbata mal puesta.» Breve recuerdo, algunas palabras de simpatía... y se acabó: el círculo abierto en el agua por la leve caída de una arena se cierra con rapidez. El olvido llega desde el primer instante, entre el remolino y el hervidero de los sucesos frívolos ó graves que se escalonan en una sola jornada en la corte.

Sin duda es terrible el momento en que, voluntariamente, el hombre extingue la llama de su vida; pero al cabo, es un momento. La gestación del suicidio en la mente: he ahí lo infinito del dolor. No han estudiado bien los psicólogos fenómeno tal, acaso por falta de datos y por el hosco silencio y reserva que ciertos pensamientos determinan. De los novelistas modernos, tal vez sea Eduardo Rod quien con más lucidez analiza los prodromos de la enfermedad del suicidio. Y á fuer de analista concienzudo y delicado, Rod reconoce la alternativa de momentos negrísimos, infernales, y momentos en que la idea de cerrar los ojos y reposar produce una especie de placer extraño y hondo. Las apreciaciones de Rod las he visto confirmadas por las confidencias de una pobre muchacha que casi puede decirse que regresó del otro mundo, salvándose por casualidad de una muerte muy bien dispuesta. Confidencias que no se olvidan nunca, porque sangran verdad.

⁂

Cosas menos tristes: la cuestión de los sombreros en el teatro. Voto y he votado siempre en contra de mi sexo... y de los sombrereros, cuya industria será todo lo respetable que se quiera, pero no debe ser antepuesta á la comodidad y á los derechos del público. No concibo que las señoras se resistan á medidas tan lógicas y justificadas como la que adoptó el Sr. Lacierva y que, con transacciones que no apruebo, va sosteniendo el conde de San Luis. Transacción es la distinción entre conciertos y espectáculos, porque en los conciertos toman parte á veces masas corales, y puede interesar ver el rostro de las artistas. Además, en estas cuestiones en que hay mar de fondo y se hace presión sobre los que establecen una disposición acertada, nunca se debe ceder: la primer concesión es un compromiso adquirido y una puerta abierta al restablecimiento del abuso. Cuando hayan transcurrido dos años de concurrir al teatro sin sombrero, como se hace en Francia y en todas partes, ya á ninguna señora ni á ningún comerciante en pamelas se les ocurrirá reclamar. Siempre que se ha construído un ferrocarril, han chillado los galereros, los carromateros, los mesoneros, y sin embargo, ¡adelante con la vía férrea!

⁂

El pensamiento del centenario de Cervantes ha prendido como en yesca la llama; á esta clase de movimientos colectivos, de entusiasmo y fiesta, está siempre bien preparada la opinión española. No nos obliguen á reflexionar ni á definir: aplaudir sí, aunque ignoremos lo que nos impulsa al aplauso. El Centenario traerá consigo un derroche de luminarias, percalina, músicas y fanfarrias; pero si se quiere que deje un rastro de cultura, un surco de regeneración, convendrá que Cervantes y su obra sean, después de los festejos, admirados más á conciencia. En el culto de los grandes hombres no concibo la fe del carbonero, sino el *racional obsequio* que sabe por qué y cómo eleva al pie del altar su oración.

El examen razonado de Cervantes es tanto más útil, cuanto que al estudiarle estudiamos varios aspectos de nuestra raza y nos reconocemos en él con nuestras cualidades y nuestros defectos. Yo no lo puedo remediar: tengo siempre miedo, aquí, al exceso de las apoteosis; tengo miedo á los genios convertidos en santos y en profetas (recuérdese el caso de Cristóbal Colón) y á esas corrientes de elogio incondicional y desmedido, en las cuales nos bañamos como en agua de rosas, declarando, al salir del baño, que el pueblo que ha producido á Cervantes es, en toda ocasión, el primer pueblo del mundo, y que Cervantes es, en el mundo, el primer escritor de cuantos produjeron los siglos.

⁂

Cervantes es muy grande: es sin género de duda nuestro *genio* literario nacional: está más arriba que la famosa trinidad dramática de Calderón, Lope y Tirso: está más arriba (por su plenitud de humanidad, no ciertamente por su perfección) que los Luises y Santa Teresa. Celebrar á Cervantes paréceme de perlas; pero en forma *didáctica*, es decir, sacrificando el ruido á las nueces, y procurando que el Centenario infunda en la multitud de los que á Cervantes no conocen, y aun de los que creen conocerle, una idea más clara de lo que fué el Manco y de lo que valen y representan, en el mapa del espíritu, las tierras por él conquistadas.

⁂

Y debe propagarse también, resueltamente (por que es una firme regla de cultura), la convicción de que á Cervantes y á todo genio cabe *criticarlo*, es decir, hacer su crítica, medir sus proporciones, contrastar sus quilates, señalar los límites de su influjo y su puesto entre la pléyade de genios que produjo la humanidad y que produjo España misma. Yo le creo el mayor de los nuestros; descuella, no cabe duda, sobre todos; mas no por eso considero enteramente justificado que sea el único que ha trastornado las cabezas y determinado ese curioso fenómeno que se llama *cervantismo*, y menos la forma de absoluta adoración que reviste. El dogma de la infalibilidad de Cervantes no puede sostenerse, y cae por su base solamente con revisar á Clemencin. Es preciso que, desde afuera, no se crea que alzamos un ídolo, sino que elevamos, sabiendo la razón, un altar á un genio. Y para esto, convendría empezar ya á explicar á Cervantes y su obra en ateneos, aulas y conferencias populares.

⁂

A propósito, recuerdo un incidente que me refería anteayer D. Juan Valera. Decíame el autor de *Pepita Jiménez* que el Sr. Fitzmaurice Kelly, inglés historiador de nuestras letras, ha emprendido una traducción y no sé si comentario de *Persiles y Segismunda*. Adelantada ya su labor, el Sr. Fitzmaurice escribió á Valera, confesándole que no podía soportar la lectura de esta obra de Cervantes. Valera le contestó: «A mí me sucede exactamente lo mismo.»

Ahora bien: es más claro que la luz que Fitzmaurice se puso á traducir *Persiles* sin conocerlo, movido por el supuesto de que en siendo fruto del ingenio de Cervantes tenía que merecer, no traducciones, loores en cualquier idioma. – Ahí se demuestra cómo el tributo de admiración requiere ojos, cómo en Cervantes hay que discretar y distinguir muchísimo, cómo el primer elemento de una consagración es el examen, cómo Cervantes (ahora, primer síntoma lamentable, dan en llamarle *don Miguel*) será mejor venerado si llega á ser mejor comprendido, y si de él, sin miedo ni falsos respetos, apartamos del barro el oro.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea modernista del teatro de marionetas, que empieza á tomar cuerpo en Madrid, me hace pensar en el origen y desarrollo de esta forma peculiar del arte dramático, en la cual no puede menos de descubrirse profundo simbolismo.

Como nadie ignora, las marionetas son regidas por hilos más ó menos invisibles, ó por manos fuertes y diestras que las revisten de ilusión y de movimiento espontáneo; y esta disposición de las marionetas da que reflexionar. Acaso á la humanidad, en conjunto, la sucede exactamente lo mismo. Creemos vivir, y *nos viven*, ó mejor dicho, nos comunican apariencias de vida esos cordelitos y esos dedos ocultos que agitan nuestros brazos mientras una voz finge salir de nuestra boca y realmente parte de entre bastidores. Si la marioneta pudiese hablar, protestar, ser persona, ¡qué de cosas diría; cómo desmentiría el papel que la obligan á representar mecánicamente!

⁂

Pero la marioneta no puede resistirse. Es de palo, cartón y retazos de tela, con talco y oropeles. Imposible, yerta, sin risas y sin lágrimas, la comedia y la tragedia pasan por ella sin penetrarla y sin conmoverla un instante. Así que los hilos se aflojan y los dedos se fatigan, la marioneta cae como un guiñapo al suelo y allí se queda difunta, hasta que la resucita á su existencia fantástica el antojo de los dedos ó de los hilos...

Ha habido marionetas desde que el hombre pudo sentir pruritos de arte, de queja, de imitación, de exteriorización de la fantasía. El juguete, en la protohistoria, se confunde con la marioneta; la muñeca articulada aparece en las viejas sepulturas, sana y entera, mientras los huesos del que con ella jugó y se entretuvo son ceniza impalpable. Las religiones—madres del teatro—también cultivaron la marioneta. El hórrido Moloch que Flaubert describe en *Salambó*, con sus brazos articulados que por medio de cadenillas recogen á la criatura ofrecida en holocausto y la elevan hasta introducirla en el candente horno de su pecho, no es sino una marioneta-ídolo. El mismo nombre de *marioneta* ó *marieta* procede de las vírgenes articuladas que á docenas se vendían en la Edad Media. En las catedrales encontramos la marioneta que no habla, pero gesticula, y es el Papamoscas de Burgos, el Moro de Barcelona, el maragato y la maragata del reloj de Astorga, figura cómica, que asumía con gesto vital la inmovilidad de la estatuaria y la gravedad de la piedra.

Cervantes—*de actualidad* ahora—nos ofrece en el *Quijote* una página de marionetas, en la cual, voluntaria ó involuntariamente, hay plétora de simbolismo. Es la del retablo de maese Pedro, y la representación de las aventuras de Gaiferos y Melisendra. Tal vez esta página del *Quijote* inspiró á Metterlinck uno de sus poemas dramáticos. Ello es que D. Quijote, confundiendo como siempre lo real con lo ideal, toma los títeres por los mismos personajes que representan, y cree que el drama pasa al pie de la letra, que Melisendra, es Melisendra; D. Gaiferos; D. Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno; arremete contra ellos, para defender á los enamorados, y en dos credos no deja títere con cabeza. Si D. Quijote viese claro, comprendería que todo aquel retablo eran no más que figurillas de pasta y de cartón; y si viese más claro todavía (con la dolorosa claridad que hace irreconciliables al alma y al destino), acabaría de enterarse de que tampoco el titiritero maese Pedro es maese Pedro, sino el ladrón y truhán Ginés de Pasamonte, el mal agradecido á quien un día libertó de las cadenas el ingenioso hidalgo, y que en pago hurtó á Sancho Panza su rucio. Tal es el resultado de la investigación y el fruto de la penetración: los héroes, reyes y princesas son marionetas, y el que las mueve es un galeote.

⁂

No se crea que las marionetas carecen de historia y pergaminos literarios. Recientemente pagó tributo á la literatura de marionetas un autor tan refinado como Mauricio Metterlinck. Jorge Sand ha escrito para marionetas un sin número de obras teatrales. En una farsa popular de marionetas encontró Goethe la idea de *Fausto*. En Italia, los fantoches y los *pupazzi* constituyen el espectáculo más nacional. Nuestros toros, con su sangriento aparato, agradarían menos en Italia que esos muñecos poéticos, que se reparten trastazos inofensivos, que aman sin corazón, que odian sin hígado, que fallecen sin haber espirado nunca soplo vital. Mientras nuestro cruento realismo exige el drama que destroza, palpable y auténtico—como exigimos á las efigies color y vestiduras de tela—el elegante idealismo italiano se contenta con la ficción, la mentira de los *pupazzi*.

⁂

Las marionetas propiamente dichas son las manejadas por hilos; los *pupazzi* son las figurillas movidas por la mano. Estas se prestan mejor á lo cómico: las primeras, á lo dramático *irreal*. Su modo de deslizarse por el escenario, sin pisar, tiene mucho de esa suavidad ingrávida que caracteriza á las apariciones. Si un velo transparente se interpone entre el espectador y la marioneta; si los prestigios de la luz eléctrica adoptada á lo escénico las envuelven y las desmaterializan, nos transportan fácilmente á la región de los ensueños. Tal es quizás la causa del prestigio que las marionetas ejercen hoy sobre los inclinados al modernismo. Estamos en una época en que lo demasiado verdadero abruma el alma.

⁂

Voy á referir aquí una anecdotilla de mi vida literaria, que podrá interesar hoy por enlazarse con el centenario del *Quijote*. En mis «Memorias literarias» hay varios casos análogos, y sirven para enseñar qué nivel intelectual alcanzan, generalmente, los que se dedican al *sport*, ya algo pasado de moda, de roerme los zancajos.

No ha muchos días, como *El Imparcial* hablase de adquisición de la casa de Argamasilla de Alba que la tradición supone prisión de Cervantes, dí la voz de alarma, advirtiendo que las más recientes investigaciones críticas van contra la autenticidad de esta tradición.

Al hacerse cargo de mis indicaciones, *El Imparcial* me dirigió una excitación para fomentar en Galicia el entusiasmo cervantino, ya que Cervantes fué oriundo de Galicia, de las montañas de la provincia de Lugo.

Cogí la pluma y escribí otra carta á Mariano de Cavia, para decirle, á riesgo de molestar y desilusionar á hastantes paisanos míos, pero en aras de la veracidad y de la buena fe, que tampoco la indagación de los más competentes escritores que tratan á Cervantes y su biografía permite creer que Galicia sea el solar del autor del *Quijote*.

Y he aquí que acabo de recibir por el correo un periodiquito de Tomelloso, donde me ponen como hoja de perejil por haber discutido la leyenda de Argamasilla de Alba, pero más todavía por «haberme empeñado en ser paisana de Cervantes.»

¿Lo oyen mis lectores? Pues es lo mismo que se lo cuento: no invento este rasgo, ni rasgos de tal naturaleza pueden inventarse. Y así, con esta información y esta probidad, he sido siempre atacada, no ya por los periodistas de Tomelloso, sino por gente que pretendía tener cartel literario.

Ello le demostrará á mi amigo Unamuno que no hay cosa más indigesta que las verdades. Si yo dejase correr lo de Argamasilla y lo de la oriundez gallega de Cervantes, á estas horas no me querrían mal ni gallegos ni manchegos. En justo honor de los de mi tierra debo decir que hasta la presente no sé que les haya parecido mal mi rectificación. Dan así una prueba de cultura, pues no son asuntos que se resuelvan ni arreglen con manotear é injuriar: sólo se esclarecen leyendo, estudiando, revolviendo papeles, y ofreciendo el fruto de las vigilias, en serena labor, á la interpretación de la historia literaria.

⁂

A decir verdad, no me explico el afán de los pueblos y pueblecillos en sostener, contra el dictamen de los inteligentes, que

> aquí de Elio Adriano
> de Teodorio divino,
> de Silio peregrino,
> rodaron de marfil y oro las cunas.
> . . . . . .

Los pueblos deben interesarse muchísimo en poseer:

I.—Excelentes vías de comunicación.
II.—Establecimientos fabriles é industriales.
III.—Higiene, alcantarillado de hierro, desinfección constante.
IV.—Agua, muchísima agua.
V.—Luz, mucha luz.
VI.—Escuelas en número suficiente, con profesores idóneos y celosos.
VII.—Bibliotecas, en vez de casinos con timba.
VIII.—Gente emprendedora, diputados formales y útiles, caciques (si no hay otro remedio) que al menos no pertenezcan al número de los presidiables.
IX.—Párrocos de buenas costumbres y ejemplo.
X.—Prensa que eduque, enseñe y distraiga y no habitúe á los lectores á las formas inciviles y descorteses y á la insulsez y pequeñez de espíritu, unida á la inexactitud en la información.

Todo lo cual deseo muy de veras á los habitantes de Tomelloso.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si yo fuese gobernante . . . . . .
Prolonguen ustedes esta línea de puntos suspensivos hasta donde quieran y transfórmenlos en letras y que esas letras compongan palabras y esas palabras expresen una opinión. ¿Verdad que la opinión ya la han adivinado? ¿Verdad que, por la lectura de mis crónicas, los que las hayan leído honrándome con su atención, conocen lo bastante mi criterio? Pues hagan cuenta que he expuesto detenidamente este criterio en lo que concierne á la cuestión más llevada y traída ahora..., y ahórrenme la contrariedad de hablar de ella: porque á mí no me atraen ciertos asuntos sino cuando ya son *históricos*.

***

La guerra entre japoneses y rusos parece inminente, porque los intereses de estas dos grandes naciones estaban en lucha, en el territorio coreano, antes de que pensasen en estarlo sus armas. Las guerras reconocen generalmente causas económicas, aunque la leyenda y la poesía hayan sabido darles otra explicación. Desde la expedición famosa de los argonautas, que tenía por objeto conquistar el vellocino de oro, está encontrado el símbolo de la guerra. La de Troya, atribuída á la belleza de Elena y á los celos de Menelao, probablemente sería en su origen alguna diferencia comercial—del comercio de entonces, en el cual los troyanos se ejercitaban no menos que los tirios. Porque siendo necesidad pasajera y lírica el amor, necesidad permanente y épica el sustento, hay que confesar que ésta mueve á los hombres á lo que nunca les movería aquélla. Jasón es el personaje más simbólico-real de cuantos nos legó la tragedia griega, y me sorprende que ya no le hayan sacado el redaño los modernos dramaturgos.

***

En la Sociedad Ginecológica española ha leído el discurso inaugural una doctora, doña Concepción Aleixandre. Conozco á esta valerosa médica, y he oído de sus labios el relato de las dificultades con que hubo de luchar para conseguir el fin honrado que se proponía: ejercer una profesión y deber á su labor científica el sustento y el decoro de una vida útil á sus semejantes. Lo que para el varón es apenas tropiezo, fué para Concepción Aleixandre, mujer, una montaña infranqueable; debiera suceder exactamente lo contrario, si existiesen nociones de justicia—porque al débil, no al fuerte, es á quien conviene socorrer y alentar,—pero es lo cierto que á la mujer no solamente no se la ayuda, sino que se la excluye y cierra el camino por todos los medios y en todas las esferas. Por eso, cuando una mujer que ha desplegado tales condiciones de voluntad para un fin como el que perseguía Concepción Aleixandre llega á realizarlo, cumple las funciones á que se ha consagrado como las cumpliría el varón más estudioso, y demuestra sus aptitudes en ocasión solemne uniendo á la acción la palabra escrita, hemos de ver su triunfo con alegría y aplauso.

Y el discurso de Concepción Aleixandre me trae de la mano á consagrar algunas líneas al movimiento feminista, la única conquista totalmente pacífica que lleva trazas de obtener la humanidad. El mejoramiento de la condición de la mujer ofrece estas dos notas que conviene no perder nunca de vista:—*a*: que no cuesta ni puede costar una gota de sangre:—*b*: que coincide estrictamente su incremento con la prosperidad y grandeza de las naciones donde se desenvuelve. Ejemplo: el Japón, Rusia, Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados Unidos. En todos estos pueblos, que por un concepto ó por otro progresan y se fortalecen (no comparo *calidades*, comparo *cantidades*), la situación de la mujer ha mejorado mucho durante el último cuarto de siglo. En cambio, en los países que se califican por ahí fuera de decadentes (Turquía, España), la causa de la mujer no progresa, sobre todo en las costumbres, pues en la ley no faltan amplitudes y concesiones que no se han aprovechado. Lo demuestra el ejemplo de la Aleixandre. Ahí tenemos una mujer ejerciendo, legalmente, una profesión científica. Si pudiésemos unir al nombre de la Aleixandre una docena, dos docenas de nombres, el caso constituiría un síntoma muy favorable á España. Por desgracia hay que reconocer que se trata de un hecho aislado, sin imitadoras, y por consiguiente, honroso tan sólo para el individuo.

***

Una de las señales más claras, más expresivas, en el sentido del adelanto que observo en favor de la mujer, fuera de España, es el lenguaje y el criterio de una publicación francesa que acabo de recibir, que trata de feminismo y está redactada en gran parte por eclesiásticos. Cuando me acuerdo de algunas ideas y conversaciones con sacerdotes españoles, por otra parte respetables, y las comparo á esto que leyendo voy, no puedo menos de repetir para mis adentros: «¡El mundo da vueltas, pero el espíritu camina!»

Esta publicación católica reconoce que la cuestión feminista es una cuestión libre; que la Iglesia en nada se opone al progreso de la mujer. Distingue después entre el sentido judaico y el sentido evangélico de la Biblia, y dice que no debemos sorprendernos si, en ciertas cuestiones, como esta de la mujer, el libro santo propone soluciones orientales, y refleja, en su modo de hablar de las mujeres, las ideas semíticas corrientes en su tiempo. «Hay que olvidar la Eva hebraica y mirar á la Eva católica, la Virgen María...» Debemos condenar también—sigo expresando el criterio de la publicación á que me refiero, *La femme contemporaine*—las burlas insípidas, las fáciles caricaturas que han hecho de la tendencia feminista los bufones de la pluma. El feminismo, no puede negarse, responde á una verdadera necesidad social; las mujeres que han reivindicado sus derechos tenían razón, y se les ha contestado con guasas ó con injusticias. En el mismo hogar, conviene que se especifiquen los derechos y los deberes de la mujer, que se le reconozca su iniciativa, que no sea sólo el ser obediente y sujeto, la primer criada. ¡Sombra de Eguilaz, moraleja turca de la *Cruz del matrimonio*, que aquí nos sirvieron con disfraz cristiano! ¡Dónde os arrumba el catolicismo ilustrado, que tiene oídos y oye!

De acuerdo con el nuevo sentido, el abate Jorge Frémont indica la conveniencia de reforzar la enseñanza científica de la mujer (¡oh tiempos, en que parecía diabólico en la mujer saber que Rusia es una potencia del Norte!) y también la enseñanza religiosa (¡falta hace!) con el conocimiento razonado de los dogmas. Hasta sería útil que la mujer asistiese á las aulas de la Sorbona. Sólo uniendo á la religión la ciencia podrán las mujeres dar á sus hijos una primer educación religiosa sólida, sin mancha de supersticiones.

Tal lenguaje es sencillamente conforme á la razón; pero aquí nos hemos pasado lo mejor de nuestra vida oyendo condenar los intentos de instrucción y de personalidad en la mujer, y encontrando en periódicos que llevaban el rótulo oficial de católicos el eco anticuado de las pullas de José de Maistre, que comparaba con el mono á las mujeres estudiosas. No han penetrado aún en nuestro ambiente estas opiniones que leo con sorpresa grata. Muchas escandalizarían. No faltaría quien se persignase como si hubiese visto al diablo. ¡Vade retro!—Y no se crea, no, que los *rangrejos* (empleemos este substantivo, que adjetiva, y que se nos impone por su actualidad aplastante), que los *rangrejos*, digo, en la cuestión feminista, se pescan sólo en las filas de la gente que profesa ideas reaccionarias, políticamente hablando. La evolución social es una cosa y las ideas políticas otra. En lo social, he comprobado muy á menudo, sin extrañeza, que no son los más rezagados los conservadores. Cuecen el *potage bisque* en todas partes.

***

¿Qué importa además la etiqueta, el número de orden político que un hombre lleva en la frente, como, si los partidos adoptasen uniforme, lo llevaría en la gorra? Lo único valedero, en cuestiones sociales, no es la opinión política; es el grado de cultura; aquí está el busilis. ¿Quieren ustedes decirme si no es igual que sean más liberales que Riego ó más reaccionarios que Calomarde los cafres á que se refiere la noticia que reproduzco exactamente de un periódico?

«Los médicos encargados de la vacunación á domicilio en el distrito de la Latina, han comunicado al alcalde que al ir el martes á practicar su cometido en la calle del Aguila, fueron atacados por una turba que les agredió obligándoles á retirarse.

»Los citados médicos solicitan de la autoridad que se les proteja por la fuerza pública para poder continuar las operaciones de vacunación y revacunación en la Latina, donde como saben los lectores se registró en diciembre último una cifra de mortalidad por viruela superior á la de todos los demás distritos de Madrid juntos.»

***

El doctor Ulecia y Cardona nos informa, en folletos interesantes, de cómo la mortalidad de los niños de pecho es mayor en Madrid que en ninguna capital. España se despuebla, no por escasez de natalidad, sino porque el niño no vive. En Madrid muere más gente de la que nace: hecho casi increíble, aterrador.

La mortalidad de los niños se debe al mal cuidado y á la miseria. A veces el niño sucumbe porque le atracan; porque le indigestan; otras, porque le extenúan. El remedio está en la higiene y en la inteligencia; en los *Consultorios de niños de pecho* y en la persecución implacable de la leche adulterada.

Uno de estos *Consultorios* acaba de fundarse en Madrid, bajo la protección de la reina madre y con el auxilio de los marqueses de Casa-Torre, que saben hacer buen uso de su caudal y entender excelentemente los deberes de los poderosos cristianos en estos tiempos difíciles. Cuando visite el nuevo establecimiento diré algo más de tan buena obra; por ahora me limito á transcribir lo que escribe el doctor Ulecia en el primer capítulo de su libro *Los consultorios de niños de pecho*. «Los marqueses de Casa-Torre (don José María de Lizana y doña Dolores Chávarri) se brindaron á proporcionarme todos los recursos necesarios para la instalación del Consultorio.» No ha resonado con gran estrépito este rasgo de los marqueses; lo envuelve, por ahora, cierta discreta penumbra. Y es que los marqueses de Casa-Torre son de suya modestos, sencillos, reservados, enemigos de bambolla y de exhibición, aunque comprendan que la caridad *social* no puede ser secreta ni ignorada, porque también tiene su contagio. La noble pareja bilbaína ha realizado un bien y presentado un modelo de acción católica, tal cual hoy la necesitamos y comprendemos, al impulso de las repetidas enseñanzas de León XIII, de la marcha general de una Iglesia que percibe, en los costados de la nave de Pedro, el embate más que nunca furioso de las olas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El *Consultorio de niños de pecho*—el primero que se ha fundado en Madrid—se inauguró solemnemente, hace pocos días, en mi calle, con asistencia de la Reina Madre, de los príncipes de Asturias y Baviera, de la infanta Isabel, y de un concurso numeroso, entre el cual dijérase que se confundían y ocultaban, en vez de ostentarse, los fundadores, marqueses de Casa Torre, como siempre reservados y en actitud del mejor gusto, poco habitual en casos análogos, no sólo aquí, sino dondequiera. La obra no es, sin embargo, cosa baladí, y vale mucho más de la respetable suma que cuesta, en cuanto representa una iniciativa de seguro resultado. Aunque en Barcelona existe ya uno de estos Consultorios, lo cual no me maravilla, porque Barcelona va siempre delante en este género de actividades y en otras muchas, no me parece inoportuno dar algunos detalles y noticias sobre la fundación digna de todo encomio de los marqueses de Casa Torre (1).

***

Para reseñar la historia de estos establecimientos, me sirve de guía el librito del doctor D. Rafael Ulecia y Cardona, director actual del Consultorio de Madrid. Reciben el expresivo nombre de *Gotas de leche*, y son, efectivamente, una gota, no más que una gota, pero con esa gota se salvan muchas vidas.

El doctor Ulecia está casado con una Salazar, de los Salazares *estrellados* de Vizcaya: hay en las venas de la señora de Ulecia una gota de sangre que corre también por las de los marqueses de Casa Torre y por las de quien esto escribe.—La relación y el parentesco con el ilustrado médico fueron causa ocasional—la causa determinante hay que buscarla en la generosidad del ánimo—para que los marqueses, leyendo los notables estudios del doctor Ulecia sobre la mortalidad infantil en Madrid, se resolviesen á aplicar el remedio á plaga tan triste, ó al menos á plantar el primer jalón del camino por donde el remedio venga.—Antes de plantear el establecimiento en Madrid, el doctor recorrió los del extranjero, y nos comunica sus impresiones en un libro nutrido de hechos y datos interesantes, que revelan la eficacia con que este género de obras se emprenden en Europa.

Las *Gotas de leche* tienen dos objetos: dar consejos á las madres acerca de la lactancia de sus hijos, y suministrarles leche de buena calidad. La primer *Gota de leche* tuvo derecho á la primer visita del doctor Ulecia: es la de Fécamp, puertecillo normando donde se elabora el famoso licor conocido por *Benedictino*. La fundó y dirige—con auxilio del Ayuntamiento y vecindario—el doctor Dufour, y en ella, al lado de las secciones de suministro de leche mediante pago, hay una sección casi gratuita para los pobres. Esto mismo se hace en Madrid, á pesar de que en Madrid la leche es cara y el doctor Ulecia nos informa de lo baratísima que cuesta en Fécamp.

***

Por la explicación sucinta del programa de las *Gotas de leche* parecerá sencilla su organización. No lo es, sin embargo: ofrece dificultades y exige minuciosa atención en quien se encargue de hacer funcionar el mecanismo. Sobre el modelo de Fécamp está principalmente calcado el Consultorio madrileño.

En él se entrega diariamente á las madres que no pueden criar ó necesitan ayuda, una cestita con cierto número de biberones, que contienen la cantidad de leche correspondiente á cada vez que ha de mamar la criatura. Un día por semana es pesado el niño en la basculita en forma de batea, revestida de blanco y azul, adornada de encaje—coquetería de la caridad.—Se dan á la madre los consejos médicos é higiénicos que el estado del niño requiere, en presencia de las otras madres asistentes á la consulta, y á quienes este curso de puericultura conviene mucho.

La leche que se suministra en el Consultorio está perfectamente esterilizada y maternizada: y digo que á los pobres se les da casi de balde, pues la copiosa ración diaria sólo cuesta diez céntimos. Ved ahí una forma ingeniosa de substituir, en el presupuesto de socorros, el limosneo callejero, ineficaz y detestable costumbre de nuestra patria, por algo útil y positivamente caritativo. ¿Quién, en las calles de Madrid, no invierte al día diez, quince, veinte, veinticinco céntimos en el chorreo de la limosna anónima, que va á parar á manos de vagos profesionales, de borrachos, de perdidos, de gente que busca en la mendicidad un arbitrio para vivir sin molestarse en trabajar? ¿Quién ignora que se alquilan, como puede alquilarse un puesto bien situado para expender verdura, los rincones á la puerta de las iglesias? ¿Quién no ha leído historias de niños explotados, de pordioseros muriendo con el jergón relleno de billetes de Banco y monedas de oro? ¿Quién desconoce la estrecha relación entre esa mendicidad callejera con el hampa y con todas las formas del delito? Y al lado de esta mendicidad en la vía pública, ¿no subsiste, no florece, no nos invade la mendicidad por carta, la impostura llamada *sablazo*, merced á esa pereza de la voluntad que tan severamente estigmatiza Herberto Spéncer en su tratado *De las instituciones benéficas*? «Hay siempre—escribe el eminente filósofo inglés—una porción de gente que, al recibir la carta, cree que se trata de diestros embaucadores, pero cede antes de tomarse el trabajo de una comprobación, pensando quizás los que así proceden que son virtuosos al hacer una cosa que parece buena, en vez de ser, como son, viciosos, al no cuidarse de evitar un daño. Cualquiera sabe que al obrar así se mantiene vivo un núcleo de bribones y estafadores, y sin duda de aquí se deriva considerable perjuicio á la beneficencia individual.»

Si los que por pereza, por «quitarse» al que les acosa en la calle ó á domicilio, con plañideras retahílas ó con lastimosas esquelas, dedicasen lo que gastan inconscientemente á la obra consciente y regularizada de los Consultorios de niños de pecho ó á otros afines, ¡cuánto ganarían la salubridad, la higiene, la beneficencia, en suma!

Y que se da abundante limosna al menudeo, pruébalo el hecho de que aumenten los mendigos y los industriales de la epístola-petitorio. No perderían éstos tiempo, tinta y papel, no tardarían aquéllos en procurarse labor, si sus respectivas profesiones no les produjesen lo bastante para arreglarse la existencia con cierta relativa comodidad. No son millonarios los que le acosan sin tregua al transeunte en Madrid, ni lo serán tampoco los que agotan la retórica del petardo: es fácil, no obstante, que se vea reducida á más estrechez la lavandera que os trae limpia vuestra ropa, la costurera que os la zurce, la castañera que vende en la esquina de la manzana, el sastrecillo y el zapatero en tiempo de *cebolla*, el humilde escribiente, el obrero á quien la lluvia deja sin ocupación... Para la chiquillería de estos verdaderos pobres que no piden se fundan los Consultorios y se preparan los limpios biberones en la cesta de alambre.

***

La idea moderna, tan contraria á dar á la beneficencia carácter de *limosna*, es la que ha influído para que no se suministren raciones de leche enteramente gratuitas; para que se sostenga el recargo de *diez céntimos* en las más baratas. «El doctor Dufour—dice el doctor Ulecia—no quiere que la madre pierda la noción del deber que tiene de alimentar á su hijo, y que su manutención le cueste, aunque poco, alguna cantidad. Realmente, parece imposible que haya madres que no puedan disponer de diez céntimos para la manutención de su hijo.» Y sin embargo, las hay. Las hay en gran número, no entre las mendigas, sino especialmente entre las trabajadoras. Sé de una obrera á quien el médico había ordenado dar á su niño, diariamente, cocida en leche, una sopa de tapioca. Gracias á una señora compasiva, tuvo la leche; pero la tapioca—diez céntimos—no la pudo comprar muchos días. Diez céntimos, en el menaje de un pobre, se necesitan para mil atenciones: el carbón, el aceite, los garbanzos, el mineral, los fósforos, las astillas, el jabón. No hablemos del casero, no hablemos de la ropita, á menudo empeñada... La tapioca era *el lujo*. Y *el lujo* será también, en muchos humildes hogares, esos biberones tan aseados y bonitos que por diez céntimos ofrece el Consultorio.

***

De estos Consultorios, ha dicho la reina madre, se necesita uno en cada distrito de Madrid. La prueba de que en efecto es así, la da la concurrencia, el apuro que en el único por ahora instalado se advierte. No hay manos, ni ciencia, ni tiempo, ni leche para tanto niño como sería preciso atender. La *gota* debiera convertirse en río. Que la gente entregue para esta obra la cuarta parte de lo que da sin mirar en la calle, á la puerta de iglesias y teatros, en las mil ocasiones que solicitan la fácil compasión semejante á indiferencia y holgazanería *del espíritu*... y se logrará salvar de morir en flor á miles de criaturas, dar á otras innumerables elementos de vida y de salud que formen generaciones robustas, útiles á la patria.

***

Los marqueses de Casa Torre han hecho lo principal: fundar y establecer. Por ancho que sea su corazón, por hondo que sea su bolsillo, la *Gota de leche* no puede sostenerla un individuo: es empresa social. Numerosas subscripciones pequeñas, al tipo de cinco ó diez céntimos diarios, es lo que piden el Consultorio ya instalado y los que deben instalarse á su ejemplo.

Temo que pasado el día brillante de la inauguración; olvidados los artículos de la prensa, la costra de indiferencia social vuelva á consolidarse, porque es más arduo—lo he observado—obtener del público una modesta y constante cooperación, que un donativo fuerte, de pronto.

Emilia Pardo Bazán.

(1) En efecto, en Barcelona funciona desde hace más de medio año esta institución benéfica cuyo reciente establecimiento en la capital de España ha inspirado á doña Emilia Pardo Bazán la presente crónica, hondamente sentida y bellísima como todas las con que honra las páginas de La Ilustración Artística nuestra distinguida y estimada colaboradora. Por iniciativa del teniente de alcalde, entonces alcalde interino, D. Julio Marial, y con el valioso concurso del decano del Cuerpo médico municipal doctor Macaya, fundóse, en el mes de agosto último, el Consultorio de la calle de Sepúlveda, que desde entonces viene prestando, por cuenta del Ayuntamiento, valiosos servicios á multitud de familias pobres, proporcionándoles *gratuitamente* la leche esterilizada y maternizada en la misma forma que describe la señora Pardo Bazán, dando saludables consejos á las madres y practicando todas las operaciones que constituyen la misión de la *Gota de leche*.

Como en el número 1.136 de La Ilustración Artística, correspondiente al día 5 de octubre del año próximo pasado, nos ocupamos extensamente de este asunto, dedicándole un artículo ilustrado con varios grabados, omitimos en el presente entrar en mayores detalles.

(N. de la R.)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sería curioso averiguar qué relación existe entre ciertos estados de ánimo en los pueblos, y el incremento de las públicas distracciones. Que nos domina el pesimismo no puede negarse; que las circunstancias nu son rientes, con la depreciación de la moneda, las amenazas de la guerra extranjera y sus probables *salpicaduras* y las inquietudes interiores (no les demos más nombre que este eufemismo), tampoco me parece discutible; y al mismo tiempo ningún año los cascabeles del Carnaval han sonajeado con mayor viveza, ni una muchedumbre más compacta se ha estrujado á la puerta de los bailes públicos, cuyo número aumenta todos los días en proporciones sorprendentes.

Allá por los años primeros de la Regencia, el único baile de máscaras algo animado y de cierto buen tono en medio de la inevitable mezcolanza característica de este género de diversiones, era el baile de Escritores y Artistas. Sólo á éste podía ir de tapadillo la curiosa dama partidaria de *verlo todo*, ó la celosa furibunda sedienta de apurar hieles y acíbares de desengaño. Sólo allí se esperaba regalar el oído con la ingeniosa broma ó inquietar el corazón con el vivo impensado galanteo. Sólo allí no corría grotesco bromazo infaliblemente el incauto que pasándose de fino invitaba á cenar á la del azul dominó, para encontrarse, al caer el antifaz, con la cónyuge ó la madre política, episodio de la vida burguesa del cual han usado y abusado los sainetero. Hoy se pierde la cuenta de los bailes caros, revueltos y con posada de cena más ó menos neroniana que alborotan á Madrid en tiempo de Carnestolendas. Baile de Escritores; baile de la Caridad; baile del Centro gallego; baile del Círculo de Bellas Artes; baile de la Prensa; baile Azul, y cito los más sonados. Claro que no los confundo: en todo hay matices, clases, categorías sociales, y en nada tan marcados y significativos como en lo que al parecer se asemeja como dos idénticas gotas del torrente de la locura.

⁂

Comparad el baile caritativo, ostentosa revista de joyas, trajes y caras conocidas de damas auténticas, á otros donde el antifaz oculta semblantes que no habrían menester cubrirse porque nadie les pondría encima un nombre. Con los ojos cerrados y sólo por el olor podrían diferenciarse estas asambleas de gente de buen humor y dispuesta á pasar el rato. Cada clase social tiene su aroma, su emanación propia; y si fuésemos tan sutiles de sentidos como los perros de caza, no necesitaríamos fijarnos en la ropa: el rastro bastaría.

⁂

¡El rastro! De todo lo que revela nuestra personalidad, lo más delator es esa imperceptible emisión de corpúsculos, estela que el salvaje sigue y que denuncia á su animosidad el enemigo cercano. Una de las inferioridades de la civilización es no oler el peligro, no rastrear la emboscada. El instinto, lo profundo y espontáneo de nuestra percepción, se adormece y embota entre las múltiples excitaciones de la cultura cerebral y la vida civilizada. A medida que desarrollamos el hombre pensante, debilitamos al robusto y heredero centauro cuya sabiduría nace del instinto infalible.

⁂

Volviendo al fenómeno del incremento de los bailes públicos en tiempos de francos á 40, de huelgas, de escasez y crisis, de conflictos políticos y avance de las ideas intranquilizadoras..., acaso se deba á esto mismo el afán de echar canas al aire. La historia ofrece reiterados ejemplos de esta combinación de alarma y gaudeamus. Después de la peste negra de Florencia, les entró á los florentinos un afán desmedido de gozar y reunirse en banquetes y fiestas, y sobre todo de amar, que representaba el desquite de la vida sobre la muerte. A las degollinas de la Revolución Francesa—que es la revolución por antonomasia—siguieron las lupercales del Directorio, y nunca más locas gasas danzaron en torno de cuerpos más agitados por la fiebre del placer. En el individuo y en la sociedad produceense tales acciones y reacciones porque la continua depresión del ánimo sería letal.

⁂

Existe en mi tierra una costa brava que recibe, en el lenguaje popular, el nombre de *Costa de la muerte*. Cada año la marina inglesa paga su tributo á los bajíos, escollos y arrecifes de la temible orilla. Allí, como en las costas de Bretaña, la niebla se condensa y espesa de tal modo, que el marino más experimentado corre al naufragio sin advertirlo. Dos cosas compiten para impresionar el ánimo: el riesgo espantoso y la perseverancia con que los ingleses lo afrontan. Han puesto en el mar su grandeza y se dan cuenta exacta de que en todo lo que nos engrandece precede de lucha mortal. El telégrafo nos dice que acaba de perderse un vapor inglés, quizás el *Oravia*, procedente de la América del Sur. La costa se halla desguarnecida de faros y señales, y la prensa regional riñe una campaña para que esta necesidad sea atendida. ¿Nos lo agradecerán los ingleses? ¿Verán en ello un indicio de nuestro «saneamiento» como nación?

No rondan los ingleses nuestra costa fatal de Galicia sólo por el atractivo del peligro, que embriaga á los fuertes. Giran en derredor de lo que ven en sueños; y al decir sueños no quiero expresar, ¡ojalá!, imposibilidades. Nunca galán de comedia de capa y espada, nunca codicioso de comedia de Moliére, nunca pretendiente cesante en acecho de la reposición ansiada puso al servicio de su deseo una voluntad más firme. Gracias á recientes estudios son conocidos los progresos de la catequesis protestante en los pueblecillos de la costa gallega. La ría de Arosa y el pueblecillo de Marín están invadidos por los misioneros de la religión reformada.

Esto parece á primera vista cuestión espiritual y no es sino política exterior, de la muy peliaguda. Los ingleses, creyentes, sí, señor, y observantísimos, y cuanto ustedes gusten; pero á Dios rogando y con el mazo—un mazo que semeja la clava de Hércules—dando á diestro y siniestro. Donde haya un ciudadano inglés hay un agente activo y leal... de Inglaterra, por supuesto. ¡Así pudiéramos decir lo mismo de los españoles!

⁂

Vanamente se pretende relegar al panteón de los dioses muertos al patriotismo. Hoy caracteriza á las naciones superiores, igual que las caracterizaba en tiempo de Pericles y Alejandro.

Se ha abierto una información en extremo curiosa acerca de si el patriotismo es compatible con el amor de la humanidad—lo cual no me parece un problema ciertamente,—y merecen la pena de ser notadas algunas opiniones que en la lista figuran.

Denis Cochin: No cree que desaparezcan la idea y la necesidad de la patria mientras no entremos en comunicación y por ende en rivalidad con algún otro planeta—Marte, verbigracia.—La humanidad es algo abstracto y la patria concreta nuestro sentimiento, elevándolo por cima del egoismo individual.

Pablo Deroulede exclama: «Si debemos amar á nuestros semejantes, nadie tan semejante á mí como el francés.»

De Dion: «Quien afirma que ama á todos los hombres de igual modo, en realidad sólo se ama á sí mismo.»

Urbano Gohier: «Los sentimientos humanitarios aparentemente se afirman: en la realidad, es otra cosa. La guerra del Transvaal, la de Filipinas, etcétera, nos desengañan. La idea de patria podrá modificarse, pero es físicamente imposible su desaparición.»

Goyau: «El compatriota es el prójimo visible.»

Lepelletier: «La misma brutalidad del sentimiento patrio parece necesaria.»

Lockroy: «Los hombres no son hermanos sino en teoría.»

Poincaré: «Lo que más coopera al adelanto del espíritu humano es el afán de cada pueblo por acrecentar su poderío.»

Lord Avebury: «No cabe dudar que el patriotismo es sentimiento de altura.»

Barzellotti: «No conseguirán los colectivistas que la patria se desvanezca y pierda en la humanidad.»

Enrico Ferri: «Aunque ardiente socialista, soy profundamente patriota. Es la perversión del patriotismo lo inconciliable con el amor de la humanidad.»

Ernesto Haeckel: «El patriotismo es tan legítimo como el humanitarismo, aunque parezcan contradecirse.»

Luis Kossuth: «En el corazón del hombre no cabe el mundo entero.»

César Lombroso: «Conservemos el patriotismo, al servicio de generosos ideales.»

Mommsen: «El género humano no puede arreglarse si suprime el patriotismo.»

Max Nordau: «Desconfío de los hombres que protestan amor á la humanidad, y empiezan por volver la espalda á lo que tienen más cerca, que es su patria.»

Novicow: «La existencia simultánea de las patrias es tan necesaria como la existencia simultánea de los individuos.»

Verga: «El patriotismo es indispensable, porque la humanidad se compone de hombres y no de filósofos humanitarios.»

Nótese que estos son pareceres de intelectuales, de aquellos en quienes el sentimiento de patria está enflaquecido... Si preguntásemos á gente instintiva, no respondería de otro modo en la esencia, cualquiera que fuese la forma.

⁂

Es tan agradable poder felicitar á los gobernantes por algo, que no suelo desperdiciar la infrecuente ocasión. La idea de conceder á la mujer algunas nuevas plazas en el Banco de España me dicen que ha nacido del Sr. Maura. Cuando vea el eminente orador el apremio de solicitudes y recomendaciones que con tal motivo se ha producido; cuando considere la avidez con que se han arrojado á ese pedazo de pan, acaso se despierte en su mente otra idea feliz y busque nuevas formas de abrir á la mujer otros caminos de vida honrada é independiente. El Estado protege al varón, á su trabajo, no pocas veces á su holgazanería (véanse las oficinas á todas horas). Si se permitiese á la mujer hacer oposiciones á las mismas plazas que el hombre desempeña: si en esta materia la concurrencia se autorizase, la mujer ganaría, y el servicio público también.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Para aficionado á contrastes, salir del Congreso en estos días de sesión borrascosa y pasarse un par de horas en un laboratorio como el del doctor Decref, donde se practican experimentos de radiografía y electroterapia.—Alrededor del santuario de las Leyes, una muchedumbre inquieta hierve y se apiña esperando la salida de algún diputado de la minoría republicana para seguirle y ovacionarle; óyense vocear «las nuevas aleluyas políticas» y corre de mano en mano un papel amarillo, exornado con monos de lo mas chabacano, que pretenden tener intención y sólo tienen escatología burda; los agentes de orden público, erizados de bigote, torpes de gesto y huraños de actitud, dan vueltas y más vueltas á la manzana, preparándose á repartir leña; todos los que discurren por la vía pública quisieran estar allá dentro, donde se fragua el rayo; quisieran encontrarse envueltos en la caldeada atmósfera de las tribunas, donde sin cesar, bajo la amenaza de un *¡despejen!*, se expresa con rumores y frases á media voz y hasta polémicas la impresión que el debate va suscitando, se enzarzan reprimidas discusiones, se manifiestan simpatías y antipatías, se echa fuera el torso para comerse con la vista á un orador de cartel.—No todo el mundo ha logrado la fortuna de obtener una papeleta; no todo el mundo tiene un diputado amigo, ó un amigo amigo de un diputado; y los que se quedan sin penetrar, sienten la inquietud de la curiosidad y el hormiguillo de la impaciencia. La vibración de los ánimos dentro se comunica á la calle, porque en el recinto no cabe ya; cual sucede en los Altos Hornos de Bilbao, el aire se enciende en radio mucho más extenso que el horno mismo; la multitud se agolpa en torno del sitio donde suceden las cosas, como si fuesen de vidrio las paredes. Esperan que la efervescencia de la Cámara se transmita á la plazuela; que se grite al aire libre lo mismo que se gritó dentro del mal llamado hemiciclo; que al terminar la sesión venga el epílogo dramático y tal vez sangriento...

***

Os habéis pasado allí, en la abarrotada tribuna, la primera mitad de una de estas tardes ya de primavera, ya tan largas, que despiertan ansias de campo y de reposo; tenéis la ropa impregnada de olor á tabaco—porque se fuma á tutiplén en cada rincón del santuario, y hasta en el propio salón de sesiones, detrás de los biombos;—en la boca se os disuelve el último caramelo; en el cerebro os flotan cláusulas del último discurso; la fiera invectiva, la réplica intencionada, todavía suenan en los oídos; aún veis el gesto trivial ó noble, mezquino ó grandioso, elegante ó grosero, del que estaba en el uso... ó en el abuso de la palabra; el tilinteo de la campanilla presidencial os persigue todavía al través de los pasillos, y no estáis seguros de no oirla mientras bajáis la alfombrada escalera; al poner el pie en la calle encontráis el tumulto, la ansiedad de las caras que parecen preguntaros qué ocurre y si arde de una vez, incendiado por la elocuencia, el gran templo de la burguesía triunfante... Pero ya el coche arranca y se interna por la red de callejas entretejida á espaldas del edificio de las Cortes; ya nos encontramos en otro Madrid silencioso, ó por lo menos normal en su tráfago, con transeuntes de capita ó blusa en las aceras, que requiebran á las modistillas y se paran ante las administraciones de loterías soñando y eligiendo el bonito número; con carretas descomunales que obstruyen el arroyo y os detienen cinco minutos en contemplación forzosa de un ensangrentado costillar de vaca ó de un ternero sacrificado; con mendigos tercos, que os refieren una historia de lágrimas, y si no soltáis los cinco céntimos, os hartan de maldiciones; con guindillas refugiándose en el más próximo *establecimiento*, á fin de disfrutar una miaja de descanso, que no es de hierro el hombre; con chulas de mantón y cursis de abrigo guarnecido de piel de gato; con niñeras á quienes siguen los pasos desmedrados soldadillos; con algún tío de manta llegado ayer de Tierra de Brutos de Arriba, y á quien acecha el avisado timador; con el aspecto, en una palabra, peculiarísimo de la capital... El coche revuelve y se interna en la calle del Barquillo, á trozos ahogada y estrecha, á trozos de mejor respiración; y donde se prolonga, convirtiéndose por rebautizo en calle de Fernando VI, al lado de un palacio en construcción que da, entre la edificación sin carácter y sin tendencias de Madrid, la nota de un modernismo alegre y refinado, se para el vehículo y dentro de breves instantes nos encontramos en el gabinete del conocido médico.

***

En un ángulo del despacho aguarda un hombre. Viste humilde traje de obrero—de obrero casi en la miseria.—Es pequeño de cuerpo, feo de rostro; lleva la barba descuidada y apagado y triste el mirar. Es un abrumado por el peso de la suerte. Cuando se incorpora, veo que cojea, de una de esas cojeras inutilizadoras, absolutas, que no parecen defecto de una pierna, sino de todo el organismo. Renquea, se arrastra. Con él ha venido el médico forense, para confirmar, por medio de la radiografía, un diagnóstico, del cual depende que la lesión del obrero sea ó no considerada accidente del trabajo y se le otorgue ó no la indemnización que señala la ley. Y al salirme al paso este episodio aislado y sencillo de la lucha económica, se me viene á los labios una frase de la novela *Resurrección*: «Este sí que es el mundo, el verdadero mundo.»

En efecto, la realidad de un sufrimiento ignorado y en el cual nadie para mientes, de una existencia rota y destruída, de un ser que no puede ya ni demandar al trabajo el duro pan, obliga á pensar no poco y remueve capas de sensibilidad dormida. ¿Dónde queda el vocerío del Congreso? ¿Qué dolores ó qué daños gritaban por boca de los oradores? Bajo aquella cólera centelleante en los escaños, tan presto extinguida en los pasillos, ¿qué carne de verdad palpitaba y sangraba? ¿A qué respondían los encuentros entre unos hombres que se sientan á la izquierda del presidente y otros que se sitúan á su derecha, detrás del banco azul? En el destino del obrero á quien acaban de extender sobre el lecho de operaciones radiográficas, colocándole bajo la pierna enferma la caja de madera con fondo de plomo que encierra el cliché, ¿qué influencia pueden ejercer las brillanteces de palabra del uno, las habilidades de consumado actor del otro, las flechas aceradas de aquél y los disparos con bala rasa de éste? Si la ciencia no interviene y no toma cartas en el asunto, el obrero inválido no tendría más remedio que echarse á la calle, no al olfato de la revolución, sino aceptando la degradación moral que con tanta frecuencia determina el pordiosero.

***

Cinco minutos después—el tiempo que tarda en impresionarse la placa,—en la de mi mente se cambiaron las imágenes y se transformaron los pensamientos. El dolor que tenía presente y que acaso únicamente por eso me conmovía, fué á sumirse, á desaparecer entre la enorme extensión árida del dolor universal. Y el mismo dolor, en aquella forma, dejó de parecerme tan terrible. Fértil como ninguna la cosecha de males y tribulaciones que agobian al género humano, la ciencia recoge y destruye algunas espigas malditas, el arte vela y encubre con su red de perlas el resto. El que ha conseguido escuchar en el Congreso palabras mágicas y períodos rotundos, ó siquiera imprecaciones artísticamente dichas, no recuerda el mal durante una hora.

***

Por ahí repiten que el espectáculo de la Cámara ha sido estos días escandaloso. Todo es relativo, que decía el gracioso pedantón de Moratín. Se ha gritado, sí, señor, se ha gritado, y fuerte; pero á mí me aseguró gente que ha asistido á la Cámara francesa y al Parlamento inglés, que allí se gastan puños como mientes. Me refirieron que un inglés, desconocedor por completo de nuestro idioma, quiso no obstante presenciar una sesión del Congreso. Diéronle su correspondiente papeleta, y el británo, enemigo de hacer á medias las cosas, entró cuando en el recinto no había una mosca y salió cuando volvía el recinto á quedarse en la misma soledad por retirarse el último diputado. Preguntáronle después si no se había aburrido oyendo hablar y discutir tanto sin entender jota. «Nada de eso—respondió.—Al contrario: me he divertido muchísimo y he pasado un rato delicioso. Para ello me ha bastado mirar cómo accionan y gesticulan vuestros oradores. En el Parlamento inglés se habla sin mover el cuerpo ni desenfundar las manos de los bolsillos, como no sea para pegar un puñetazo. Aquí expresan tanto con la mímica, que yo, si no he comprendido exactamente cuanto se dijo, por lo menos me forjo la ilusión de entenderlo y hasta de saborearlo.»

Así opinaba este extranjero, más indulgente con nosotros que nosotros mismos; caso frecuente y en especial cuando se trata de aspectos peculiares de nuestra nacionalidad y nuestra raza. Del cuadro de nuestro Congreso extrajo el benévolo insular la particularidad más simpática y bella: el arte en el gesto. Si entendiese, alabaría otras muchas cosas que, estéticamente entendidas, también merecen loor.

***

La oratoria política, sin embargo, se transforma. De aquellos magnos discursos de otros días sólo queda el recuerdo. Eran arengas que consumían una tarde y á veces quedaban en suspenso hasta la siguiente. En mitad de su tarea, el orador se interrumpía, pidiendo se le otorgasen diez minutos ó un cuarto de hora de bien ganado descanso. Mientras, entre apretones de mano y felicitaciones, se enjugaba el sudor de la frente—sombra ilustre de Castelar, ¡cómo te alzas en mi memoria!,—la Cámara, recobrando el aliento interrumpido y suspenso momentos antes para no perder sílaba de la peroración, rompía en alto murmullo formado de mil conversaciones, y era su zumbido el de la colmena arremolinada. Transcurrido el tiempo reglamentario, como por virtud de un conjuro—el conjuro de Orfeo—aquietábanse de golpe las discusiones, ocupaba su escaño cada cual, y el discurso reanudaba su esplendorosa cinta flexible recamada de pedrería. Actualmente, si los corifeos se creen en el caso de endilgar su discurso por temporada, hay que convenir en que procuran abreviar lo posible. Sienten—con su instinto de artistas, más certero que el de gobernantes—que estamos en la época de las guerrillas: que las ligeras escaramuzas y los movimientos dedicados á molestar al adversario y á quebrantarle cada día un poco, son la táctica de moda, y que en la oratoria se ha infiltrado el género chico también.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se espera como un acontecimiento mitad mundano, mitad artístico, la presentación de la compañía de Mæterlinck en el escenario de la Comedia.

Mæterlinck es una reputación: yo hablo de él, desde mi gabinete; otros lo harán atendiendo al efecto teatral que produzcan sus obras. El teatro Mæterlinck—á la lectura—no parece de los más representables. Su misma delicadeza y vaguedad tienen poco de dramático, según las fórmulas consagradas, que requieren acción y movimiento, unidos á cierta claridad y precisión que permitan al público apoderarse del pensamiento del autor y del asunto de la obra. El simbolismo siempre será enigmático cuando no vaya tan vestido de carne como en el *Quijote*, donde acaso es involuntario. El de Mæterlinck no está en el caso de Cervantes: aparece desencarnado, abstracto, como categoría mental.

***

Aquí en España, Mæterlinck, admirado por la nueva generación, no es conocido de la mayoría del público, ni su fama ha corrido como la de un Zola, un Sienkiewicz ó un Tolstoy. Ni aun se ha repetido su nombre como el de un D'Annunzio. Seguramente, si Mæterlinck no tiene la buena idea de servir su literatura en las tablas, con actividad y decisión; si se limita á presentarla en las páginas del libro, hubiese llegado á Madrid pasando inadvertido, como casi pasó inadvertido Brunetiére, y sin casi Mauricio Barrés. Sabríamos su llegada—si es que la sabíamos—los que le hubiésemos leído, interesados por la originalidad de su talento y por el sabor á fruto nuevo de su inmaterial y soñada concepción del mundo y de la vida; pero la multitud, ¿qué hubiese sospechado de *Monna Vanna*, de *Joyzelle*, del repertorio que tan nutrido abono lleva al teatro de la Comedia, á no ser por el recurso escénico, el atractivo de curiosidad y de fiesta que reviste la presentación de una compañía extranjera, precedida de fama y aplaudida al través de Europa?

***

Lo más conocido de Mæterlinck en España es *La intruca*, por haberla representado en Sitges, hace bastante tiempo, algunos entusiastas del autor; lo menos leído y seguramente casi no manejado, el tratadito de filosofía que se titula *La sabiduría y el destino*. Dejando á mi amigo el sagaz y entendidísimo Villegas que desempeñe su cometido juzgando aquí lo tratado por Mæterlinck, me entretendré en recoger algo del pensamiento filosófico del autor de *La intruca*. Este tratadito está dedicado á Georgette Leblanc, la compañera del poeta.

La filosofía de Mæterlinck es el estoicismo. El primer nombre que aparece en las páginas del libro que encierra su concepción de la vida, es el Epicteto. Es, pues, una concepción ética, una regla de pensamiento y de vida, y no una metafísica, lo que Mæterlinck nos ofrece. ¿Qué debemos hacer? ¿Cuál es nuestra misión en el mundo? ¿A qué venimos á él, y cómo afrontaremos la batalla de la existencia?

La respuesta de Mæterlinck es que debemos tener confianza en el amor como debemos tenerla en la vida, porque para confiar hemos sido hechos, y porque el más funesto pensamiento es el que impulsa á desconfiar de la realidad. Esto solo nos muestra en Mæterlinck al optimista, y no sorprende poco el contraste entre la serenidad del pensador y la ansiedad inquieta—la trágica angustia que pesa sobre la obra del dramaturgo.—En ésta el destino lleva y arrastra á los personajes como briznas de paja que arrebata el viento; en el tratado filosófico, el hombre se coloca frente al destino, y despegando la energía y la fuerza interior de la voluntad, lo reta y lo vence. En los dramas de Mæterlinck se diría que un soplo huracanado dobla las cabezas, que una irresistible tromba de fuego abrasa los corazones; los sucesos se desarrollan sin que los héroes puedan modificarlos, sin que el sentido que imprime la reflexión á las determinaciones humanas actúe en lo más mínimo, adelante ó retrase la catástrofe, contenga ó precipite la tragedia. Es el teatro de la inconciencia, y en él todo parece acaecer en esos estados intermedios entre el sueño y la vigilia, en que no reaccionamos contra lo exterior ni enfrenamos lo ciego del instinto.—Y por el contrario, en el tratado de filosofía estoica vemos resurgir la sabiduría antigua, por la cual el individuo era poderoso contra el universo.

***

Algunas sentencias del tratado á que me refiero son bellas. «Hoy la miseria es una enfermedad de la humanidad, y la enfermedad una miseria del hombre.»—«De la tristeza á la alegría no va más diferencia que la aceptación del destino.»—«Es sabio pensar y proceder como si todo lo que nos sucede fuera inevitable.»—«No estamos al abrigo de los caprichos del acaso, no somos fuertes y felices sino en el recinto de nuestra conciencia.»—«Los grandes hombres tienen confianza en el destino, conocen parte de su porvenir, porque son parte de su porvenir ellos mismos.»—«Los sucesos, en sí mismos, son como el agua: no tienen olor, color ni sabor. Adquieren propiedades según el alma donde recaen.»—«Nada nos sucede que no sea de nuestra misma esencia. No se presenta ninguna ocasión heroica sino á quien ya era desde hacia tiempo un héroe obscuro y desconocido.»—«Ascended por la montaña ó descended á la aldea; id al fin del mundo ó pasad en torno de vuestra casa; no encontraréis sino á vosotros mismos.»—«A medida que ganamos en sabiduría, nos guarecemos contra nuestro destino instintivo.»—«No hay verdadera fatalidad sino en ciertos males exteriores, como enfermedades, accidentes, muerte inopinada; pero la fatalidad interior no existe.»—«La parte más activa de lo que nos complacemos en nombrar fatalidad, es una fuerza creada por el hombre.»—«Ser un genio, es casi un deber cuando tenemos á nuestro cargo el destino de muchos semejantes nuestros.»—«Juana de Arco oye que la llaman las santas y Macbeth oye que le llaman las brujas; ¿es siempre la misma voz.»—«No todas las almas pueden resistir el contenido de la felicidad.»—«Un pensamiento puede ser cosa excelente; pero la realidad principia en la acción.»—«El primero de nuestros deberes es poner en claro nuestra idea del deber.»—«Nuestra felicidad depende, en suma, de nuestra libertad interior.»—«Para el sabio, ninguna verdad es amarga.»—«No hay vidas pequeñas; cuando la miramos de cerca, toda vida es grande.»

En estas pocas máximas se contiene toda la filosofía de Mæterlinck; es, como puede notarse, enteramente opuesta á la de Nietzsche. Enseña, si no la resignación, al menos la conformidad, y predica, en vez del sacrificio, la actividad y la traducción en fuerza de todas las energías interiores. Yo no sé por qué, estos libros de optimismo, obra de un hombre de elevado pensamiento, me dejan una impresión tal vez más pesimista que los del loco Zarathustra. Se descubre, en ese mismo afán de abrazar sonriendo ó al menos con frente serena la cruz de la vida, un sufrimiento inmenso, aceptado y llevado con esa dignidad de la sabiduría que es un espectáculo tan interesante.

***

Dejemos al autor de *La intruta* y fijémonos en la visita del Kaiser, no á nuestro suelo, sino á nuestras costas. No pone el pie en tierra española el soberano alemán. Triste es también, con la gran tristeza de las miserias humanas, al pesar sobre las cabezas más altivas y ceñidas con más insigne diadema, este viaje del Kaiser. Le han ordenado los médicos que pasee por mar su dolencia, la terrible dolencia que le acecha, según dicen: la que sufrió su padre, estranguladora y asfixiadora, mano de acero que se agarra á la garganta y aprieta, aprieta, hasta que con cerrar paso al aire respirable arranca la vida. Es posible que el viaje por mar sea, más que remedio, distracción á la abrumadora labor que gravita sobre este hombre fuerte y grande; uno de los últimos soberanos convencidos de su papel y su obligación en el mundo. Mientras navega, espaciando su vista y ensanchando sus pulmones con el horizonte y la brisa de los mares, no le agobia tanto la infinita conciencia de su responsabilidad, la ley de sus deberes de vigilante y pastor de pueblos. Mientras navega, no recibe papeles ni noticias, y por un momento sacude el peso de su destino. Este hombre penetrado de su deber, esclavo de su función; este hombre que no pierde de vista los rincones más distantes de su imperio, hasta el punto de que me decía un cónsul alemán: «Nunca estamos libres de que el Kaiser sepa mejor que nosotros lo que hacemos y cómo nos portamos, en detalles mínimos;» este hombre que tan cumplidamente ha aceptado su destino y practicado la filosofía de Mæterlinck anteponiendo á todo la acción, descansa un momento al arrullo del mar, entre brumas y olas, logrando, como premio á su actividad, el olvidar transitoriamente su alto puesto. En el puerto de Vigo le aguardan numerosos pliegos, la vida y sus tiranías, para interrumpir la breve escapatoria al país del sueño plácido, y sentimos ilimitada compasión hacia el emperador enfermo, que ha querido evadirse de la vida y no ha podido.

***

En París hállase gravemente enferma, según noticias, la duquesa de Alba, doña María del Rosario Falcó. Es esta gran señora de las que en su esfera pueden ser comparadas al ilustre viajero que aguardan en Vigo. También doña Rosario Falcó tuvo conciencia de su cargo y de su especial obligación en el mundo. Enlazada por el matrimonio á una casa histórica tan alta y tan poderosa, prefirió sostenerla á quemarla en función de fuegos artificiales, de vanidades y esplendores de un día. Comprendió que no hasta tampoco sostener ciertas grandezas de linaje, sino que es preciso refrescar su recuerdo antes que el tiempo las borre, y en libros lujosamente editados hizo del dominio público papeles de su archivo que eternizan lo pasado. Con mano piadosa recogió todo lo que en el arte se enlaza con la figura, ingrata á los herejes flamencos, del terrible duque de Alba, y en el palacio de Liria formó una especie de Museo, no de lo que cualquiera puede adquirir mediante dinero en casa de un anticuario, sino de esos objetos inestimables porque son de familia, que compenetran el alma de los que fueron con el alma de los que son, y quizás despiertan en la de los descendientes el ansia de escribir, también ellos, su página en los modernos fastos, donde las rigideces de los antiguos se convierten en actos de humanidad y de amor. Tal fué la obra de la noble mujer que hoy lucha en París con un horrible padecimiento, cuya sola descripción crispa los nervios y estremece las fibras. En una persona todavía joven, que podía prometerse aún los años de vida suficientes para dar remate á su constante labor de restauración de ese monumento del siglo XVI que se llama casa ducal de Berwick y Alba, esta enfermedad que nadie preveía, que nos sorprende, dada la apariencia de vigor de la duquesa, parece una de las burlas que prepara el azar á los seres á quienes por su alta situación creyéramos invulnerables. Ni siquiera ha sobrecogido la afección á la duquesa en su magnífica residencia de Madrid; es en un hotel de la gran capital donde lucha con la Intrusa, que se acerca difundiendo en torno suyo el espanto frío de lo que ninguna fuerza humana—ni la riqueza, ni el nacimiento, ni la inteligencia, ni el valor del ánimo—puede contrastar ni evitar.—No quiera Dios que estas líneas tengan carácter de recuerdo necrológico dedicado á la buena memoria de la duquesa de Alba. ¡Ojalá las deletree en las horas ociosas de su feliz convalecencia!

***

Por diez céntimos mató un hombre á otro. Por diez céntimos—sobre quién los había de pagar,—se suscitó la riña, en un baile de poblachón, y uno cayó con el corazón atravesado y otro va á cadena perpetua. Fin de crónica...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si se supiese cuánto trabajo representa establecer... cualquier cosa, se respetaría el esfuerzo humano, y se comprendería la vitalidad que representa, en ciertos países, esa abundancia de establecimientos benéficos, donde se ha invertido, antes que sumas de dinero, energías y voluntad.—Esta reflexión me la sugiere la corta experiencia que voy adquiriendo en la labor de contribuir á instalar la Casa de Salud «La Gallega,» modesta policlínica operatoria que, modesta y todo, no ha nacido de suyo, se lo puedo asegurar á ustedes.

***

Y ante todo, debo decir, muy aprisa, que esta Institución tampoco la traje yo al mundo: nace, en primer término, de la generosidad de un capitalista gallego que ha sabido granjearse una fortuna y ahora sabe gastársela, dando su parte á los enfermos y á los pobres. D. Joaquín Santamarina es el verdadero patrono de la Casa de Salud, que recuerda, en su dulce nombre, la tierra materna, y declara el móvil de sentimiento que nos une al fundar un albergue transitorio para las muchas desdichas y naufragios de la salud, para esos conflictos aterradores que origina en los hogares pobres la aparición de la enfermedad crónica con su séquito de inutilización del trabajador y de dispendios imposibles de afrontar. Así es que, al lado del desprendido filántropo, debemos considerar como grandes patronos de la Casa de Salud á los médicos que capitaneados por D. Aurelio Enríquez, Director del Balneario de Cestona, desempeñarán en este Establecimiento gratuitamente las funciones de su profesión, y darán consulta y operarán á los que lo necesiten, limitándose, huelga advertirlo, á los medios y á la capacidad de la Casa.

No hay como ver estas cosas de cerca para experimentar dos sentimientos: el primero, ya lo dije, de respeto á toda iniciativa y á todo buen propósito; el segundo, de lo que llamaríamos inquietud y desconsuelo benéfico; el dolor de no poder hacer mucho, mucho, ya que la suma de males y tribulaciones humanas es tan enorme. Equivalen siempre estas instituciones á un sorbo de agua en el desierto. Además, al considerar lo emprendido, un miraje nos figura lo que podríamos emprender, si la colonia gallega de Madrid se estrechase para lo que nunca es asequible á la acción de un particular, por más decidida que la supongamos. Las obras sociales se hacen social, no individualmente. El óbolo de cada uno es una fuerza inmensa.

Nadie sabe lo que cuesta instalar uno de estos centros, sobre todo en países como España, donde no los ha asimilado aún la vida colectiva, y donde, por consecuencia, ni las edificaciones ni el personal ni los varios elementos requeridos se encuentran en lo que pudiéramos llamar relación corriente. Hace algunos días, hablando del *Dispensario para niños de pecho* fundado por los marqueses de Casa Torre, decíame una señora conocida por sus obras benéficas: «Para fundar otro se necesita tener disponible otro doctor Ulecia.» Aunque no sea fatal la cooperación de nadie en nada, hay fondo de verdad en lo que afirmaba la señora, dada la falta de hábito de estas cosas, su exotismo. No estamos hechos á la labor colectiva, á nada que signifique unión de voluntades para obra social. Así se lo he indicado siempre á las feministas extranjeras que suelen interpelarme respecto á posibles intentos de reformas y mejoras por medio de Ligas, Asociaciones, Comités internacionales y otros sistemas análogos, que dan mucho gusto en tierras de allende el Pirineo.

***

A bien que no nos tiene mimados Europa, ni suele guardarnos grandes consideraciones, y a bien que tampoco nosotros nos preocupamos mucho de los *aires de fuera;* pero si nos entregásemos á cultivar ilusiones, menudo jarro de agua el que nos echaba el Kaiser con su desembarco en Gibraltar y su retraimiento y claustración á bordo en Vigo.

El hijo del soberano—creo que uno de los chicos mayores, de esos príncipes guapos y fuertes que aseguran la dinastía de los Hohenzollern—no fué tan desdeñoso con nuestras orillas como su padre. Saltó á tierra en la Coruña, visitó el Consulado alemán, recorrió la ciudad alegremente, adquirió en las tiendas mil chucherías, especialmente panderetas y abanicos, y nos dejó el recuerdo de una cara juvenil, animada por la salud y un tanto bronceada por el aire del mar. ¿Qué dura razón de Estado ó qué severidades de protocolo y de consejo serán las que impidieron al padre hacer lo que el hijo? ¿Qué conveniencias, qué etiquetas, qué cálculos le salieron al paso y le bloquearon en su yate imperial? ¿Qué combinaciones europeas son las que ponen á España en parangón con ciertas casas adonde no se va nunca... en segundo lugar, porque se tiene un pie enfermo?

No es verosímil que nadie lo sepa, al menos aquí (justamente donde importaría averiguarlo). Lo que sí puede asegurarse, es que no se deberá esta abstención del emperador á que sea apremiante ganar nuestras simpatías y á que sin nosotros no se arregle el cotarro. Más bien parece que de nosotros se piensa que «amigo que no sirve y cuchillo que no corta...,» etc.

***

No sería justo prescindir de consagrar elogios á los viajes del rey. Ensalcemos que el rey viaje, y viaje mucho; si algo cabe objetar, es que se detiene en cada punto corto tiempo. Es evidente que en Barcelona no son quince días, no es ni siquiera un mes, lo que el monarca debe permanecer cada año—por mil razones que cualquiera adivina,—y el presidente que le aconseje muy largas visitas á Barcelona, le querrá bien y querrá bien á España. El amable carácter del rey, su simpática franqueza, le ganarán amigos y le conquistarán popularidad segura; él, á su vez, podrá apreciar, mejor que en Madrid, el valor del trabajo, el precio de las grandes actividades aplicadas á la industria y al tráfico, ocupaciones de los pueblos de vanguardia. En Barcelona tiene el monarca magnífico palacio. Puede estar en su casa, con todo decoro. Puede demorarse, dedicarse á conocer despacio la colmena catalana. Yo, por puro diletantismo, gasté un mes en ver algo, en traerme superficial idea de ese movimiento; y me pasaba el día recorriendo fábricas, en compañía de mi amigo Sánchez de Toledo, á la sazón gobernador civil de Barcelona. Las múltiples cuestiones relacionadas con la vida y necesidades de la clase obrera, no pueden ser indiferentes al jefe de Estado.

Una de las cosas más sabias y prácticas que realizó Isabel la Católica, fué aquella incesante serie de viajes al través de su reino, sin perdonar villas y aldehuelas trasconejadas. Hartas privaciones sufriría y con no pocas molestias se habrá encontrado, en épocas tan atrasadas y en países á veces asolados por la guerra; por mucho que la atendiesen, el rigor de las intemperies y la escasez ó mejor dicho la miseria del solar castellano, se echarían de ver durante la jornada, que en ocasiones cogió á la reina en meses mayores. Pero todo podía darse por bien empleado, por ser insubstituible el conocimiento que al través de los propios ojos gana la razón. Nótese que en nuestro teatro antiguo siempre que aparece el rey viajando y llega á un pueblo, es para reparar alguna injusticia, para castigar desmanes de comendadores, capitanes y ricoshombres, para reencarnar ante sus vasallos la rectitud y el bien. Desde que los reyes austriacos se estacionaron en sus palacios, en sus sitios de recreo y en sus cazaderos, descuidando aquella grave responsabilidad que les incumbe en manos de validos y de intrigantes; desde que los Austrias se inmovilizan como el sol en el centro del sistema planetario, comienza verdaderamente la decadencia española. La vida se retira de las extremidades y el corazón late débilmente. Perdemos á Portugal de un modo ya definitivo; perdemos poco á poco aquel deslumbrador patrimonio de conquista, la posesión de un continente, que aventureros y viajeros habían ganado para nosotros con el arranque de su temerario valor. Nunca un retoño de la sangre real cruzó los mares para conocer aquellas tierras legendarias. ¿Quién sabe lo que hubiese sucedido si en vez de virreyes enviásemos á América infantes, ó si el mismo rey se hubiese determinado á cruzar el Atlántico y conocer la riquísima herencia de sus mayores?

***

¿Qué se come en la casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido á mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres? Es decir, ¿qué artículo de los que se expenden en mercados, plazuelas y tiendas está al alcance, no precisamente de las bolsas vacías, de las pequeñas bolsas?

Esto que me preocupaba hace años, ahora empieza á preocupar á todo el mundo... No: por desgracia, no á todo el mundo; pues á pesar del clamoreo de la prensa y de los apuros de las amas de casa, nada eficaz se hace para atajar la pavorosa, espantable *subida* de los artículos de primera necesidad.

Las patatas, que son la carne del pobre; el bacalao, que es su salmón, su lenguado y sus langostinos, van poniéndose al nivel de las chuletas y de las perdices. No por eso se crea que van á comer perdices y chuletas los necesitados; lo que pasará sencillamente será que no podrán comer ni bacalao ni patatas ni cosa alguna; y que el hambre descarnada, auténtica, se enseñoreará de Madrid.

¿Sólo de Madrid? En los pueblos de provincia y en las mismas aldeas han encarecido los alimentos hasta un límite que debe alarmar, porque la población rural es la reserva de la patria y de la raza, y cuando no se come lo suficiente no hay labradores ni hay soldados.

Ya la carestía ha agudo el ingenio, y funcionan los mataderos clandestinos y despachos públicos de carne de caballo—bajo el nombre de vaca,—ni más ni menos que si estuviésemos sitiados, sufriendo estrecho cerco de ejército enemigo. Esta clase de vianda dulzona, con dominó de tripa y en forma de embuchado, me figuro que no habrá madrileño que no esté familiarizado con ella, y por lo tanto no hay que asustarse; lo inédito es presentarla enmascarada de *beefsteak*. En París, como nadie ignora, ya se permite su expendición, previo un reconocimiento escrupuloso de veterinario. ¿Comer caballo? Es cuestión de gustos...

***

No me parece mal síntoma que se empiece á divulgar la idea de que la endemia del tifus, que de tiempo en tiempo adquiere carácter de epidemia, se puede combatir y se puede desterrar. Cuando pende de la desinfección y del saneamiento el que se corrija uno de estos tristes fenómenos, es indudable que hay tifus y hasta viruela... porque se quiere que los haya. El tifus no es enfermedad fatal; no es enfermedad que resista á la observancia y cumplimiento de las leyes de la naturaleza reconocidas por la ciencia. Dadle á Madrid limpieza, agua, alimentación, aire puro, desinfección, y en Madrid no existirá el tifus, ó por lo menos sus explosiones se habrán contenido.

La viruela—ya se sabe—no hace estragos donde la vacuna es obligatoria y general. Lo malo es que la desinfección y la vacuna tiene enemigos jurados y escépticos infinitos, no solamente entre la gente humilde, sino entre las legiones en ese vulgo de levita de que hablaba Feijóo.

He oído á un señor que exclamaba:

—¡En mis tiempos no había microbios *(sic)* y vivíamos más años que ahora!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se han realizado los favorables augurios que hacía en mi última crónica acerca del viaje del rey á esa Barcelona tan temida por los apocados y pobres de espíritu, que son legión.—Eran ellos quienes sustentaban la peregrina teoría de que en un Estado cabe que existan regiones y ciudades á las cuales el jefe de dicho Estado no puede, no se atreve el Gobierno á creer que pueda ir. Situación tan anómala sería la condenación de un régimen. Sería además un diploma de impotencia y de miedo. Y la política del miedo ha sido siempre de funestos resultados. En las cuestiones políticas, como en las militares, el miedo es ya la derrota.

Á un rey joven más bien suele ser necesario contenerle en su ardimiento, que estimularle; la tarea, pues, de un Gobierno que aconseja á un mozo en los albores de la vida, es fácil y brillante: lleva encadenada á la fortuna y presa á la simpatía en lazos estrechos. Hay ocasiones y circunstancias que en buena política no deben desperdiciarse. No es fácil calcular lo que hubiese representado para España, en otras épocas, antes de que se derrumbase nuestro imperio, un viaje regio á México, al Perú. Los reyes aprenden con sólo airearse; y más aprenderían, y cosas más provechosas, si tuviese su visita carácter de residencia, por tiempo más ó menos largo; si no la acompañase la anormalidad de festejos, regocijos y bullicio que la acompaña siempre. Se atribuyen á Alfonso XIII proyectos de viajes frecuentes y sin tanto aparato oficial por diversas regiones; no cabe más sano propósito. De su veraneo también se espera que algunas comarcas españolas tan hermosas como pacíficas—por ejemplo, la gallega—compartan con las provincias vascongadas el honor reproductivo de ofrecer al jefe del Estado playas y costas donde respirar aire marino y seguir el régimen balneario. Para que Galicia disfrute de esta ventaja necesita otra: que su línea férrea se iguale en condiciones de comodidad á las demás de la Península. Sería bien justo, encontrándose, como se encuentran, enclavados en territorio galaico los balnearios más afamados de la Península, al frente de los cuales marcha Mondariz, y siguiéndose tan graves perjuicios á la salud pública y á la industria de las deficiencias de esa línea, más de una vez lamentadas por mí en este sitio y en otros. Si el tren real no cabe por nuestros túneles gallegos, ¿quién duda que esa región puede ser retratada con el símbolo siempre interesante de la bella y abandonada Cenicienta? Los reyes viajan á gusto en sus yates; pero la gente que atraen á una región los reyes cuando la visitan y permanecen en ella algún tiempo; esa estela de oro y de brillantes que dejan tras de sí y que es para los países incalculable bien, requiere fáciles comunicaciones y trenes que enlacen oportunamente y vayan aprisa. Todo lo que falta en la línea á que me estoy refiriendo.

El Circo de caballos (Parish) es, desde que aprieta un poco el calor y las campanas dan el toque de Resurrección, el espectáculo *smart*. No acierto yo á explicarme satisfactoriamente el intríngulis de la estrecha relación entre el ascenso de la temperatura y la popularidad repentina de perros, caballos, monos amaestrados, acróbatas y gimnastas. No comprendo por qué una ópera de verano, en un teatro ventilado y bien acondicionado, no interesaría igualmente, si no más. Tampoco entiendo la razón de que los dramas y comedias sean (según el gracioso personaje de Moratín) como los besugos, que valen más y saben mejor cuando hiela. Es posible que el calor enerve y embote el entendimiento, adormezca las facultades, y sólo permita atención para el salto mortal, la cabriola doble, el alambre, la batuda y otras destrezas y gracias del mismo jaez. Lo cierto es que ni en el segundo del Real, ni en los miércoles del Español, ni en ningún turno de moda, se ha visto el apuro y el «darse de puñaladas á la puerta»—según la frase estereotipada—que se ven en estos jueves del Circo de Parish. Ya el año pasado fué preciso agregar una hilada de palcos, robada sabe Dios cómo á las sillas, para satisfacer las peticiones de algunos entre los muchos que deseaban abonarse; este año se pensó en otros palcos escamoteados á la parte frontiriza del escenario, y si no se hizo, fué sin duda porque serían demasiado malos los tales palquitos, y apenas se disfrutaría de la función. Prosiguiendo la demanda de palcos y su escasez, ahora se agita la idea de organizar otro turno de moda, ó sea otro lleno hasta el techo, otro día en que, si se tercia, se acabarán en la taquilla las entradas, como sucede ahora los jueves.

Y ¡qué derroche, qué lujo y gentileza en estos jueves de Parish! Los trajes y galas de primavera, aquí vienen á ostentarse, especialmente los enormes sombreros de velete, que acaban de hacer triunfal irrupción por los dominios de la moda—tan triunfal, que se les augura corta vida, pues en breve los lucirán «hasta los gatos.»—Las costumbres, en lo referente á indumentaria, han cambiado mucho de diez años acá. Entonces se diferenciaba bastante el atavío de baile y soirée y el de calle y teatro; entonces el único espectáculo para el cual se descotaban las señoras era el Real, y allí aprovechaban económicamente y daban los últimos golpes á los trajes ya *difraichis* de la anterior temporada. A los demás teatros se iba de alto, con un lacito, una flor, un broche, algo para animar la *toilette*.

Ved actualmente cualquier teatro, no ya tan sólo en sus días privilegiados y señalados, sino entre semana. Escotes hasta lo vedado, sartas de perlas, riachuelos de diamantes, sedas claras, encajes, ropa rica y flamante, abrigos suntuosos, plumas, adornos caros, todo lo que pide una fiesta de repique recio. Antes, en las bajadas de escalera de teatro—yo me había fijado; me interesaba, á título de ser, como novelista, algo observadora de las costumbres—por rara casualidad asomaba la puntita de un pie calzado de seda. Hoy, ese lujo del calzado, delator de otros íntimos, se ha propagado como los demás, y las bajadas de escalera y subidas á coches muestran mil puntitas rosa, blancas, negras, donde brilla el característico toque de luz del rasolis.

No cabe duda: se gasta más; va ganando el productor. Por este camino la nivelación avanza. Por este camino también las bodas, en las clases de mediano estado de fortuna, se hacen cada día más escasas y difíciles. Ciertos sombreros que el jueves he visto en Parish, y que van cuchicheando, entre el susurro suave de sus *amazonas*, «costamos treinta duros y duramos tres meses,» son para hacer meditar al soltero.

Al ver aquella concurrencia refulgente y *very select*, se percibía el contraste con lo menos que mediano de la compañía que funciona en el Circo. El espectáculo parecía encaminado á demostrar una tesis curiosa: la superioridad de las especies animales sobre la humana.

En efecto, los clowns y equilibristas, las *ecuyères* y funámbulas, no hacían cosa que mereciese llamar la atención, mientras los elefantes y las mulas demostraban una maestría sorprendente y prestigiosa. No es posible ver sin risa la escenilla del elefante afeitando á otro con los aires y los retoques de un Fígaro experto, sin perdonar la nube de jabón, los limpiones de la navaja contra el paño, la espurriadura del perfume con el pulverizador, y por parte del cliente, el pago al contado en buena moneda, que extrae pulcramente del bolsillo. En cuanto á la mula—un primor de bicho, con unas formas airosas y conceñas que merecen el modelado en barro de un Benlliure y después la fundición por Masriera,—he notado en ella una cosa más interesante aún que lo que se llama habilidad. Y es el sentido de lo cómico, la conciencia del corcobo ó de la defensa en broma, que conviene ejecutar para divertir al público.

En este respecto, no se extrañe que veamos en el animal un verdadero actor cómico, un bufo si se quiere, y que la imitación, base, según Aristóteles, del arte, nos parezca concedida á los irracionales en grado artístico.

El telégrafo acaba de traernos la noticia del fallecimiento de la reina Isabel II.

Ha muerto en el destierro, donde se hallaba, dígase la verdad, muy á gusto, como la inmensa mayoría de las testas coronadas sin corona se encuentran en la republicana capital francesa. El reposo y la libertad, bienes apetecidos en el ocaso de la vida, compensaban á la ex reina de las Españas (que ya no lo son, sino á lo sumo *España* en singular) de todo lo perdido al perder su trono. Lo que Isabel II prefería y estimaba, era seguramente más positivo, como elemento de vida dichosa, que lo que se había dejado atrás al cruzar, mal aconsejada, la frontera. Acaso la aquiescencia al consejo del miedo fué hija de la indiferencia que la reina experimentaba ante el poder. Más de una vez el aro real había pesado á sus sienes, tan mórbidas en los días de la juventud.

La conocí en París, en la época de mi conferencia en la Salle Charras. Todavía entonces estaba fuerte y animosa, á pesar de los crónicos achaques que la obligaban á andar apoyada en su muletita de ébano y plata. Su conversación era viva, espontánea y llana, á lo castizo: París no había entrado en su espíritu; ¡era demasiado tarde cuando atravesó el Bidasoa! No cabía en ella más adaptación que la de sentirse gratamente aliviada de fastidios de etiqueta y complicaciones de responsabilidad política, para las cuales no la había hecho Dios.

Al nacer, nació jovial, franca, naturalísima, mujer en todo, á quien preocupaban poco las ideas y los intereses generales de la gran lucha entre dos bandos, uno de los cuales aclamaba é invocaba, como grito de combate, su nombre. El destino colocó á Isabel II en situación que requería las condiciones viriles y las extraordinarias dotes de mando de una Semíramis ó una Cristina de Suecia, la mirada serena y previsora de un grande hombre de Estado, y el tino y el conocimiento de caracteres y condiciones personales de una Maintenon, discreta, reservada, hasta hipócrita, defecto ó virtud que Isabel II no tuvo jamás. Cada beneficio de los que la hija de Fernando VII sembró con larga mano, en vez de ganarle un agradecido, la dió motivo para averiguar á ciencia cierta cuán hondo arraiga la humana ingratitud; porque los beneficios no son para arrojados por la ventana, y siempre conviene ver dónde cae semilla tan preciosa. En su bondad, Isabel dió á los más pedigüeños ó á los más osados, á los más capaces de olvidar y de renegar de la que fué su protectora; y si por cada rasgo generoso de Isabel II hubiese adquirido un partidario, la Restauración estaría hecha, reponiéndola en el trono á los dos meses de su caída.

Para los españoles que van á París—si bien en estos últimos años la reina no recibía apenas,—es un vacío el que deja su muerte. En aquel palacio hospitalario de la Avenida Kleber encontraban la reminiscencia de la patria, un españolismo sin afectación, una acogida llena de sencillez y de afecto. Reducida á un tren relativamente modesto y sin fausto—aquella soberana que jamás había contado lo que gastaba y á quien D. Martín de Los Heros tuvo que presentar en duros apilados una cantidad que había mandado entregar como donativo, para que viese el bulto que hacía y se asustase,—la reina vivía retirada, con sus antesalas desiertas, satisfecha con su comida neta, de cocido, leyendo ó haciendo que la refirieseu lo que en nuestra tierra sucedía (como se leen, después de un viaje por mar en que se ha corrido tormenta, noticias del mismo barco y de sus travesías azarosas). Con interés y dejos de malicia se informaba de los políticos, escuchaba lo que de ellos se dijese, y cuando iba tal vez á emitir un juicio refrendado por la experiencia, deteníase, sonreía y murmuraba: «Ya ves... Yo en eso, ni entro ni salgo.»

Era una de sus inofensivas costumbres, resto de los hábitos del tiempo en que rodeaba su frente la diadema, tutear á todos los españoles que la visitaban. Pedía permiso con infinita gracia, y no sé si alguien habrá tenido el pedantismo de negárselo: lo cierto es que en su boca el tú sonaba infinitamente mejor que el usted. Había en su trato una mezcla rara de dignidad y campechana lisura, que evocaban, en la sexagenaria casi baldada, de peluca de onditas y traje sin adornos, á la brillante y magnífica soberana de los tiempos románticos, de los veraneos en la Granja y Aranjuez, de los grandes bailes en el palacio de la Plaza de Oriente, por ella misma tan chuscamente calificados de «el Prado con techo.»

Creía verla, como nunca la vi, en efecto, sino en retratos de Madrazo y López, en grabados y litografías: sonriente, fresca, luciendo el opulento busto sobre el cual se aduermen las enormes perillas del soberbio collar, adornado el traje con bordados á realce de hilo de oro, sedosas las cocas del peinado, un velo de gasa deslizándose por los hombros, el pecho cruzado por bandas y condecoraciones de pedrería. Y su expresión, la de sus azules ojos, es maternal, venturosa, como de quien á su paso escucha alzarse un murmullo de adoración y fanatismo, y tiene en los oídos el eco de aquel «Viva Isabel segunda!» repetido por tantos en los fragores de la lid mortal ó ante los cañones de los fusiles del pelotón...

Y mirando á la encorvada anciana, se me ocurría la vulgaridad eterna:

—¡Cómo cambian los tiempos!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tengo que dar una óptima noticia á las dueñas quintañonas que conservan ilusiones tenaces: tengo que enterarlas de que la hermosura se vende, y que relativamente por poco dinero pueden salir al redondel frescas y rozagantes como en sus treinta.

Algo parecido á lo que voy á contar ya se practicaba, con el brillante resultado que nadie ignora; sólo que en todo se progresa, todo lo transforma la ciencia, llamada á disipar las tinieblas, á revelar los arcanos, á dar solución á problemas tenidos equivocadamente por insolubles. La madre Celestina, de clásica memoria, de literaria tradición, conocía infinidad de mudas, cosméticos, aguas olorosas, tatarretes de destilaciones é infusiones, colirios, pomadas, aderezos para el rostro y para otras facciones del cuerpo; sabía de drogas y adobos la madre Celestina, encubridora, suicidora y embaidora profesional; pero al cabo, aquello era ingenuo, la infancia de un sistema; ahora las cosas van por lo serio, por lo profundo y lo que ostenta el marchamo de la Facultad. Dulcamara ha ascendido y se adorna con el birrete y borla de auténtico doctor.

***

Por correo se están recibiendo en los tocadores de Madrid los anuncios del «Instituto de Belleza.» Al frente figura una circular que nos informa de que este Instituto es sucursal ó apéndice del existente en París.

Trátase de un servicio montado y organizado para el cuidado y conservación de la susodicha belleza mediante abonos mensuales.

Se promete á las parroquianas que encontrarán en el Instituto una dirección competentísima, un personal serio, competente también y discreto por añadidura, y que los procedimientos empleados son, qué caramba, altamente científicos. ¡Cómo no! Y se apremia á las damas para que se precipiten á cubrir el boletín de adhesión, porque sólo cincuenta pueden admitir, y la que se descuide, sin abono y sin belleza se queda; eso.

Por el módico dispendio de 75 pesetas mensuales se tiene á domicilio á los magos, que se encargan de dispensar los siguientes beneficios:

Cuidar y conservar la belleza, según el sistema del doctor... (Suprimo el nombre, porque esto no es reclamo, sino exclamo.)

Cuidar pies y manos, cortar uñas, extirpar excrecencias, bruñir, pulir, tijeretear...

Dar consulta sobre estética ó *(sic)* última moda en peinado, tocado, etc. (el *etc.* es muy sugestivo).

«¿Y puede saberse—preguntará una discreta lectora—en qué consiste ese cuidado y conservación de la belleza?» ¡Ah, lectora amiga... de saber! Algo, aunque no mucho, rastreamos los profanos de tal intríngulis. En el fondo de ese misterio vemos delinearse la silueta archiclásica de la madre Celestina consabida; y guardadas las distancias que el curso del tiempo obliga á guardar, no parece sino que revive la buena bruja, con su variado surtido de ungüentos, agüillas, cocimientos y afeites. Ahora se llaman «saquillos de belleza, de frescura, de blancura ó concentrados, según la piel de la persona;» «agua de juventud, para empleo diario;» «agua vegetal, para cortar el agua de lavarse;» *«manos de prelado»*, producto especial para blanquear y suavizar las manos,» y amén de estas blandurillas y recetas, «baño facial, tres veces por semana;» «sesión de masaje, diaria,» y no sé si algo más de secretos maravillosos.

Lo del masaje como recurso estético, me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes aún de lo que lo somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas á sus mitades. De hoy más pueden escudarse, justificar sus procederes, con la protesta de que ellos se limitan á cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor... Nada de nombres, nada de reclamos; que á estas horas (yo conozco, no á la mujer, sino á la humanidad) entre las que me leen, más de una arde en deseos de abonarse al estético Instituto.

***

Y ya que he aludido á los maridos que presintieron el método del doctor X..., no quiero pasar en silencio que estos días, como sabrán cuantos leen periódicos, se ha visto la causa de «la esposa martirizada,» y el reo, el interesante González Maestre, salió sentenciado á veintidós años de presidio, amén de los que le cayeron de propina por el medallón de la duquesa de Bailén; y en un diario encuentro comentada así la sentencia: «Bien vengada queda la esposa mártir.»

¡Bien vengada! Pero ¿se trata de venganza? Los que no somos esa esposa infelicísima; los que somos sencillamente la conciencia pública sublevada y en estado de exasperación, ¿quedamos satisfechos? Si, á la fuerza, porque acaso la ley no nos da otra solución; la ley, el formulismo de lo legal. Nos satisfacemos, ¡qué remedio! Dentro, en nuestra alma, protestamos. La pena impuesta á ese hombre es manteca; y debiera, en razón, imponérsele las más duras que se consignan en el Código. Si á alguien deben imponerse, es á él.

***

No acierto á decir cuánto más benigno y simpático encuentro al ladrón que penetra en una casa, que mata de una vez; al asesino emboscado detrás de una esquina, en acecho; al criminal más caracterizado, que á ese siniestro atormentador, que ejerce de verdugo tantos años, á la sordina, en la sombra sagrada de los lares domésticos, al amparo de la sociedad que entrega la esposa al esposo suponiendo, dando por hecho, que la entrega á un protector, á un compañero, y que sancionado el matrimonio no se atreve á asomarse siquiera á la puerta del domicilio, dentro del cual, sobre seguro y en secreto, se consuma diariamente el atentado infame. ¡Veintidós años de presidio! En todo ese espacio no cabe el dolor, no cabe el horrible suplicio impuesto en un solo día por el cónyuge-verdugo á la esposa mártir, y confieso que no me satisface la ley porque calza unos guantes tan gruesos, que no tiene tacto, no mide la pena, distribuyéndola de tal modo, que lejos de dar satisfacción á nuestra sed de justicia, la exalta y la convierte en frenesí.

***

Un periodista, por un delito de imprenta, sufrirá presidio doce años. Un burgués pacífico, una persona decente, que ve cometer demasías á un agente de la autoridad y lo reprende en tonos más ó menos violentos, se expone á no sé cuántos años de presidio, por desacato. Y al marqués de Sade, casero, que antes de compartir el tálamo con su esposa la ataba á los travesaños de hierro y la cruzaba á vergajazos ó la aplicaba á las carnes la badila incandescente; el que—¡oh ultrajada naturaleza!—llamaba á inocente criatura y exigía que sobre la frente materna, en lugar del beso de amor, imprimiese el estigma de una herida que hace brotar la sangre; á ese hombre que se dedicaba á discurrir, como si estuviésemos en el siglo XII, arbitrios para encerrar é incomunicar á una mujer en una habitación de ventanas clavadas, semejante al trágico aposento donde por orden de Felipe II se vió recluída la princesa de Eboli; ese torcionario que todas las noches repetía, al oído de su esclava: «Tienes de vida hasta tal fecha, prepárate,» se le da por bien castigado con veintidós años de presidio, probablemente recortados por algún indulto que gestionará algún cacique, y que costará la vida á la esposa, pues la libertad del criminal es para el inocente decreto de muerte.

Quien gestione el indulto de ese hombre, cooperará á la obra del atormentador casero. La víctima despertará de su intranquilo sueño evocando todos los sufrimientos pasados, reviviendo la atroz vida y creyendo ver entrar por la puerta á su verdugo. Será, cada mañana, el despertar del sentenciado, que cree que van á decirle: «Armate de valor, ha llegado la hora.»

Si yo hubiese podido meterme en el cuerpo del fiscal, diría á los encargados de aplicar la pena lo que dijo Víctor Hugo en un verso célebre:

«Tu veux tuer cet homme avec tranquillité.»

***

He visitado ayer el taller de Sorolla en su nuevo estudio de la calle de Miguel Angel.

Sorolla es un infatigable luchador y un artífice de sí mismo, un labrador de sus admirables facultades. He notado que en nuestro ambiente es común la disposición y raras la constancia y voluntad de sacar partido de ella. No digo que abunden artistas dotados como Sorolla, ni que sea fácil siquiera contarlos por los dedos de la mano; pero es muy cierto que, reuniendo verdaderas dotes, muchos artistas, en vez de desarrollar lo que llevan dentro, se diría que se han agotado al exprimir el jugo con que hicieron su primer obra.

Sorolla prefiere á todo el paisaje, la amplitud de la naturaleza, que tantas veces ha interpretado del modo magistral que sabemos. Imposiciones del ambiente le obligan á dedicarse á otro género, al retrato. La sociedad cría retratistas, aun hoy, en estos tiempos de platinotipias y postales. La demanda de retratos ha estimulado á Sorolla, y le ha descubierto á él mismo—acaso no lo supiese—que es retratista, como es paisajista, que tiene para el retrato la capacidad, la fuerza, el músculo, y que llegar á dominar, en sus artificios, ese aspecto del arte, es cuestión de proponérselo. Si prosigue subiendo como este año ha subido, acabará por ser retratista incontestable, á su manera, castizo y fuerte.

En el taller, terminados ó próximos á terminarse, y sin saber todavía si figurarán en la Exposición ó serán remitidos á los Estados Unidos para exponerlos también, he visto los retratos de Aureliano Beruete, padre (el eminente paisajista), y de Aureliano Beruete, hijo; el del conde de Casal; el de Mélida el arqueólogo; el de Franzen el fotógrafo; el de la actriz señorita Bru; el de la esposa del autor; tres grupos de sus niños (uno de ellos el llamado de «la familia,» donde figuran hijos y padres, y la cabeza de Sorolla se refleja en un espejo, con graciosa triquiñuela artística que recuerda las Meninas). En todos estos retratos, la genialidad de Sorolla se manifiesta brava y ardiente, enemiga de convencionalismos, buscando la dificultad de la luz para vencerla y tragársela, si así puede decirse. En algunos, como el del joven Aureliano Beruete, se observa mayor transigencia con los gustos del público; en el de la esposa del autor se nota una evolución hacia la poesía y la delicadeza que no sospecharíamos en el Sorolla violento y crudamente realista de hace dos ó tres años; pero en el de Mélida, á mi ver el más hermoso y recio de toda la serie, se afirma la personalidad de Sorolla, y se sacia su anhelo de verdad, hasta un punto que hace de tan breve página un tesoro.

***

En cada uno de estos retratos que acabo de nombrar, hay algo que sorprende, considerado como trozo de pintura. En el de Beruete padre, la cabeza; en el del hijo, la ropa; en el del conde de Casal, una mano que recoge amplia capa de uniforme palatino; en el de la señora de Sorolla, una mano también, bañada de luz y ensortijada, una moneria; en el de Mélida, otra mano (las manos son el escollo de los retratistas y aquí son un triunfo); en el de los hijos del pintor, una figurita entera de niño, asombrosa, que se dirige hacia el espectador con el aspecto de vida que sólo presta un pincel maestro; en el de Franzen, una expresión que habla.

En el fondo del taller, el grupo de dos retratos más, de fiel parecido y aparatosos: el de la reina madre y el del rey, en pie, de cuerpo entero y cogidos. Creo que al Ministerio de Estado se destina este grupo, y llena perfectamente la indicación del género: es espléndido y grave; la posición de los dos regios modelos respira la dignidad del rango y esa rigidez afable que se adopta en besamanos y audiencias: la vestidura de la reina es de una elegancia severa, de un gris luminoso; y la nota fastuosa del trono, flanqueado de sus dos leones, completa el conjunto.

Siempre en arte la psicología del individuo dará base para el estudio más hondo; y sea en el busto de mármol, sea en el retrato, sea en el diseño dramático de un carácter, sea en la honda queja personal de una poesía lírica, se podrá colmar la medida de la belleza y llegar á cuanto se llegaría por otros caminos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como yo he transportado á la América española todas las ilusiones perdidas en España—¡y no es flojo capital negativo!,—confieso que me desazono cada vez que veo demostrado que esa América se nos parece extraordinariamente en muchas cosas. Esta semejanza psíquica la había echado de ver en la interesante novela *Nebulosa*, de Carlos María Ocantos: la novela es argentina, argentino el autor; pero todo aquello no se dijera sino que sucede aquí, en nuestras playas, en nuestros balnearios elegantes. Si aquello, como supongo, es la misma verdad, nos reconocemos y nos sentimos tan idénticos á nuestros hermanos de allende los mares, que no merece la pena de cruzarlos para encontrarnos, al punto de desembarcar, en nuestra calle y á la puerta de nuestra casa.

Impresión muy parecida á la que me dejó la lectura de *Nebulosa*, experimento al recibir un elegante y bonito prospecto en cartulina gris *camaïeu*, realzada con oro, en cuyo frontispicio gallardo heraldo, tremolando el pendón de la liza y haciendo resonar la trompeta, anuncia á voz en cuello y pregona estrepitosamente los *Juegos Florales* que el 12 de octubre celebrará la Asociación patriótica de Buenos Aires *¡Patria, fides, amor!*

Dentro, la convocatoria y el cartel de temas y premios. Antes de entrar á examinarlo, me apresuro á adelantar una rectificación: estos Juegos Florales son más bien obra española que americana: entre los que dirigen la convocatoria se cuentan compatriotas amigos míos, que supongo no llevarán á mal las observaciones que voy á dirigirles.

Sepan, además, que de ningún cartel de Juegos Florales he solido yo quedar lo que se dice encantada. No: encantada no: seamos francos. No discuto la institución; venga de Clemencia Isaura, y avancen las sombras de Macías, Guillén de Cavestany y cuantos trovadores en el mundo han sido, y no digo serán, ¡porque... *ja no!* que no serán!, la casta se ha concluído. Admito, corriente, los Juegos Florales; pero voy á explicar cómo.

En primer término, recordemos que los Juegos Florales, ó mienten á su origen y tradiciones, ó se reducen á justa poética. Los temas útiles (gramaticales, históricos, pedagógicos, bibliográficos, y más aún comerciales, bancarios y sabihondos) les están á los manes de Clemencia Isaura como á un grillo unas botas de montar. O son Juegos Florales, de poesía, ó Certamen general de cultura. Yo me inclinaría á preferir este nombre, en casos como el que me dicta lo que voy escribiendo. Admitiendo, pues, que el heraldo gris lo que anuncia es un certamen de cultura, mis observaciones revisten, ó revestirían, otro carácter. Entonces yo me fijaría en dos cosas: si el tiempo concedido es suficiente: si el premio ofrecido compensa el trabajo que se deberá invertir, para hacer algo que algo valga. Y con arreglo á este criterio, que no tengo por elementalmente justo, critico el programa del consabido Certamen.

Mi crítica (no se diga que ando por las ramas) se dirige principalmente á los premios de la Academia de la Historia, Academia de la Lengua, Ateneo de Madrid, Ayuntamiento de Barcelona, Ayuntamiento de Zaragoza..., ya ven que á nadie perdono. En cambio, mis elogios cumplidos al *Centre Catalá* de Buenos Aires, y al Club Español, de Buenos Aires también. Estas dos colectividades, dando prueba de buen sentido, han designado premios en dinero, cantidades respetables. Gracias á Dios que alguien se pone en lo racional.

Siempre cabrá censurar que trabajos de los cuales la mayor parte implican estudio y acopio de noticias, tengan que estar en poder de sus jueces el 31 de agosto de 1904, habiéndose anunciado el Certamen el 21 de marzo del mismo año. Cinco meses, de los cuales habrá que desquitar, para los concurrentes españoles, más de un mes que tarde en llegar aquí la noticia y allá el manuscrito. No cabe mayor instigación á las improvisaciones, que en verso pueden ser muy buenas, pero en prosa son una peste.

Y al apremio del tiempo que vuela, ¿qué ánimos tendrá un escritor á quien se le ofrecen, como recompensa á sus fatigas, alguna medalla, un objeto de arte (¡es tan vago y tan elástico esto del objeto de arte, Dios mío!), un ejemplar de las *Leyendas* de José Zorrilla, ó un ejemplar del *Quijote*! (¡Vaya unas rarezas bibliográficas!)

Se me dirá que tales trabajos se emprenden por la honra y por la gloria. ¡A perro viejo no hay tus tus! ¡Jugamos á engañarnos? De sobra sabemos que ni mucha honra ni mucha gloria suelen reportar los premios de Juegos Florales. Generalmente, con excepciones que podrían señalarse en Cataluña, los poetas laureados de los Juegos se quedan tan en la sombra como estaban antes de designar reina. Más obscurecidos aún los prosistas. Al otro día de la ceremonia, si te he visto no me acuerdo. Quien afirme lo contrario, pruébelo, por su vida. Ofrezco un termómetro «de arte» á quien en el plazo de un año entero escriba la mejor Memoria sobre las reputaciones literarias basadas en esta clase de lauros florales ó floríficos.

Ni gloria, ni provecho: prisa y pie forzado: competencia, la incertidumbre hasta de tan modesto triunfo. No es tentador, y la calidad de los envíos tendrá que resentirse de la índole de los alicientes.

Por un ejemplar de las *Leyendas* de Zorrilla quiere el Ateneo de Madrid un «Estudio sobre la influencia de Zorrilla en la literatura americana.» Rectifico: no quiere uno: quiere varios, porque uno solo no implica certamen. Con un premio de niño aplicado en la escuela, piensa estimular á un trabajo de crítica el Ateneo de la capital.

Por un ejemplar de la edición de las *Cantigas*, hermosa por cierto, pero ¡qué demonio!, solicita la Academia que se le presente un «Índice de palabras, frases y modismos, propios *en* (sic) la República Argentina, con los equivalentes en castellano, según el Diccionario de la Academia, y noticias acerca de su origen y formación.» A fe que no se pierde la Academia de la Lengua.

Y la Academia de la Historia, por otro librito, pide un «Estudio histórico del fundador de Buenos Aires,» y acaso que Garay resucite y funde otros pueblos.

Nada: para aprovechados, las corporaciones españolas premiando en Juegos Florales.

Si yo fuese americano, hombre nuevo de una raza vieja, salido de un viejo solar, pero orientado á lo joven y fresco de la edad presente, mal año si no rompía con rutinas y amaneramientos, y si no imponía mi espíritu, en vez de recibirlo ya manido del propio Antiguo Continente. Hijo de un país laborioso, engrandecido por el trabajo, mi primer convencimiento sería el de que el trabajo es un valor, y el trabajo intelectual no por intelectual está desvalorado en la balanza. Mi deseo sería dar también á la labor del cerebro su compensación en elementos para la vida, y no se me ocurrirían certámenes donde se remunerara con un libro un manuscrito, si el manuscrito encerrase algo, ideas, belleza, datos, enseñanza. El talento royéndose los codos y echando al puchero aguanoso las hojas de laurel de Clemencia Isaura, me sonaría á la leyenda de país decaído, no de nación fuerte donde se cotiza lo que se admira y donde se concibe la vida intelectual como la más alta expresión de la funcionalidad humana. De mi patria de origen tomaría quizás otras cosas, que algunas tiene buenas; pero nunca eso de la literatura escatimada, pobretona, barata y ocasional. Al anunciar un Certamen de cultura, ofrecería alicientes que resolviesen para el escritor afortunado, para el vencedor, el problema de la subsistencia, siquiera por algún tiempo, siquiera por un año. Me inspiraría en el europeo premio Nóbel, no en los moldes de nuestras justas increntísimas. Esto hiciera yo, á ser americano.

Estos días se ha presentado en la Secretaría de la Audiencia de mi pueblo una causa formada sobre el hurto de una camelia. Y un periódico regional dice con razón que somos el país más romántico del mundo.

¿Quién duda que una camelia, una rosa, un clavel, pueden representar valor inmenso para un alma, para una vida? El que hurta una camelia, puede también proceder guiado por los móviles más delicados y puros. Satisfacer un capricho de su *sweet heart*, que dicen en Inglaterra; llevarla la flor que deseó; presentársela victorioso, exclamando: «Por ti nada me parece imposible...;» en suma, el argumento del *Puñao de rosas*, que tanto efecto produce en Apolo á los archirrománticos de la cazuela... Yo, Jurado, ¿cómo no había de absolver á ese delincuente?

Somos, es cierto, románticos todavía. He notado que el pueblo envidia y solicita más las flores que el pan. Cruzad las calles de Madrid en coche, comiendo dulces ó picando bombones de un cucurucho, y nadie os pedirá que repartáis; pero llevad en la mano el ramillete, y con verdadero afán, con voz que implora, con ansia de emberezada que se siente presa del antojo, chiquillería, muchachos, hasta hombres barbudos os pedirán «una rosita.»

¡Una rosita! Es decir, una sonrisa, un perfume, un rayo de alegría, un poco de primavera y de sol... No lo necesario, que de eso cabe prescindir; lo superfluo, mucho más importante, mucho más indispensable que lo necesario. Se puede ir por la acera con las botas rotas, el estómago vacío, la camisa de veinte días, el bolsillo vuelto para fuera por inutilidad de llevarlo para dentro; pero con todo eso, es fácil que la sensación de la rosa en la mano, de la rosa arrimada á los ojos, metiendo su aroma por todas las puertas de los sentidos, compense, aunque no sea sino un minuto, lo que la existencia tiene de madrastra. Si un día se hiciesen distribuciones de bonos de flores y otro de bonos de pan, la gente menuda, la mozallonería y golfería de callejones y plazuelas antes se precipitaría á la primera que á la segunda.

La mayor parte de las noticias y sucesos que promueven algaradas en la opinión, me hacen el efecto de caras conocidas. ¡Bah! ¿Y de eso se sorprenden? ¿Es posible que ignorasen?..

Tal me ha sucedido con el drama del loco muerto en el Hospital general de Madrid. Que los loqueros pegan á los locos furiosos, para reducirles, cada paliza que tiembla el misterio, no sé yo cómo les coge de susto á los periódicos ni á nadie. Lo único que ha pasado esta vez, es que se ha ido un poco la mano, ó que el sujeto tenía escasa resistencia y las costillas blanduchas.

El horror que inspira á las familias enviar á un ser querido á manicomios y hospitales, no reconoce otro origen.

Me apresuro á decir que esto no es acusar á ninguno de los respetables Doctores que dirigen establecimientos de tal índole, ni siquiera formular un cargo concreto contra el personal subalterno: líbreme Dios. No sería quizás justo, y por otra parte, pudiera ser buscar pan de trastrigo. Aquí, donde la censura difusa lo llena todo, no hay cosa más peligrosa y desairada que concretar una censura. Quédase el acusador corrido y avergonzado, y los que acusó con alitas y aureola.

Me reduzco á insinuar—y quiera el cielo no sea exceso de audacia—que lo ocurrido con el loco del hospital viene de la tradición, de la costumbre y de la inveterada creencia de que al loco, al delincuente, al niño, á la mujer, al recluta, al amotinado, al infractor de un simple bando de policía, hay derecho á hartarle de coces, palos y puñadas.

Estamos oyendo decir á cada paso que á tal ó cual sujeto se le propinó, en los sótanos de la Delegación H. ó del Gobierno B, una ración de leña que le ardían las espaldas. Los consumeros, según refieren los periódicos, apalean con gentil denuedo. El orden público se restablece á linternazos, á sablazos de plano ó de corte, y en calles y plazas el garrote funciona. El garrote es el arma *pour rire*. La patada pertenece á la musa cómica. Sin embargo, de un garrotazo se muere, de una patada se aborta, de una mano de coces se hunden las costillas y se detiene el péndulo del corazón...

Por eso la bárbara escena del Hospital general yo la hubiese adivinado, y sin gran derroche de perspicacia. A esta escena habrán precedido otras no menos primitivas y crueles; con la mera diferencia de que ó los tacones no habrán tenido fuerza bastante para magullar y triturar costillajes, ó la lesión habrá pasado inadvertida. El tratar benignamente á los enfermos, á los locos, á los pobres, á los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material..., ¡qué signo profundo de cultura! ¿Cómo vamos á suponer esa virtud singularísima en el personal de enfermeros de un hospital español, personal enganchado entre clases no muy provistas de finura en el sentir y de piedad cristiana, y acaso tampoco de ese hidalgo é instintivo arranque de generosidad que impide hacer daño á los infelices?

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Morelia (México) hay una persona curiosa que pregunta—y quiere que le contesten—lo que no contestara el mismo enemigo.

Acabo de recibir su Cuestionario, y todavía estoy bajo la impresión verdaderamente terrorífica de que fuese preciso, de que solamente fuese cortés, pagar con franca respuesta semejantes interrogaciones.

Afortunadamente, en boca cerrada no entran moscas, al buen callar llaman Sancho, quien tenga la mano llena de verdades apriete el puño, en lo callado nunca mal procurado, silencio me llamo, y para saber, á Salamanca.

Vuelvo á fijar los ojos en el peligroso Cuestionario..., y ya no me parece tan arduo el contestar, siempre que se me permita hacer buen acopio de reservas mentales.

No: el Cuestionario no es ninguna bomba de dinamita: lo que me extraña es su incoherencia, que responderá, seguramente, á razones conocidas del preguntón, para nosotros insospechables.

Voy á intentar, con el fin de entretener á mis amabilísimos lectores de América, que tan inmerecidas lisonjas me escriben, responder algo por el mismo orden en que se me interroga.

—¿Cómo entiende usted el amor y cómo lo define?

—Ni lo entiendo ni lo defino. Palabra que no. Podemos entender lo intelectual; pero lo sentimental, por muchas entendederas que el Señor nos haya dado...

—¿Qué persona cree usted que vale más en España (en la actualidad, por supuesto) intelectualmente?

—Emilia Pardo Bazán. Con ninguna estoy tan conforme. Ninguna ejerce sobre mí tan poderosa sugestión. Ninguna me impone su manera de ver con tal eficacia. No acertaría á preferir otra, y no sería veridica si no lo declarase.

—¿Qué concepto se ha formado usted de Rubén Darío, el poeta americano?

—Me gustan mucho sus versos y bastante su prosa. (La respuesta va en el mismo llano y desafeitado estilo de la pregunta.)

—¿Qué opinión tiene usted del general Díaz, presidente de México?

—Mi opinión sobre los políticos y hombres de Estado es muy sencilla de formular. Si el país que rigen progresa y se engrandece, los doy por excelentes gobernantes; si el país decae, por lo contrario. México ha adelantado y prosperado bajo el general Díaz: no tengo nada que añadir.

—¿Qué prefiere usted, el chocolate ó el café?

—Si no hubiese leído á Solís y á Bernal Díaz, me sorprendería más el salto desde la gobernación de México al soconusco. Pero recordando que Moctezuma era aficionado al chocolate, me ocurre si lo será también el presidente de México, sucesor de Moctezuma y de Guatimozín (con mejor sombra que estos infortunados emperadores), y renunciando á indagaciones más complicadas, voy al grano, al grano de cacao y de café. A la verdad, los dos reunen cualidades que me ponen en confusión. El chocolate es muy estomacal, y con bizcochos, debe recomendarse á las personas de buen gusto, sobre todo si los bizcochos son de espumilla, acaban de salir del horno y crocan en los dientes. Tampoco deben desdeñarse los picatostes para esto del remojón en el Caracas, debidamente adicionado de vainilla y azúcar; y en cuanto á las clásicas ensaimadas, no creo que las proscriba nadie inteligente en golosina.

Sin embargo, el café, cargadito, caliente (ó helado), en taza de Sajonia, merece otro himno, aun después del bellísimo que le dedicó Campoamor. El haba insomnífera (así me parece que dijo un poeta americano) no es sólo un despertador de estudiantes en vísperas de exámenes, ni un excitante del cerebro, clasificado por consiguiente entre los venenos intelectuales, que dan ficticio vigor seguido de postración y marasmo; es, para los españoles, el gran elemento de sociabilidad; reemplaza ventajosamente á aquellas basílicas donde los romanos trataban, en el período de su decadencia, todos los asuntos: de diez cosas que en nuestra patria se combinan, nueve y media salen combinadas del café. En el café se conocen los que luego han de ser amigos; en el café se forjan las popularidades y las impopularidades; en el café se hacen rajas las honras; en el café se despedazan y trituran las glorias literarias ó artísticas; en el café se falla de todo, se averigua todo, se discute todo, se fantastiquea todo; en el café se escribe la carta á la novia, el sablazo adobado con desesperación, el anónimo infame, la circular de reclamo, el cartel de desafío; en el café se concierta la cita y se piden á tiros celosas satisfacciones; en el café se imponen los guapos, se lucen los *solistas*, echan el anzuelo las busconas, acechan la ocasión los cómicos sin contrata y los toreros de invierno... En el café está el completo cinematógrafo de nuestra vida nacional.

Y por eso, si me apura mucho el preguntante de Morelia, daré al café la primacía, considerando que el chocolate tiene algo de significación retrógrada, de los tiempos...

La última pregunta es casi tan embarazosa como la del chocolate y el café. «¿Le parece á usted mejor orador Castelar que Donoso Cortés?» En primer lugar, para juzgar con conocimiento de causa á un orador, hay que oirle: en la oratoria propiamente dicha, el gesto, el tono, la manera de emitir la voz revisten importancia inmensa; y cuando el ilustre marqués de Valdegamas pronunciaba sus discursos, yo tal vez, y sin tal vez, no había nacido. A Castelar le alcancé, y pude juzgarle: era un orador que subyugaba, cualesquiera que fuesen las ideas de quien le escuchase. De Valdegamas, á la distancia que nos separa, sólo puede afirmarse que es un astro extinguido.

Y ya no van más preguntas: ahí termina el Cuestionario. ¿Por qué estas y no otras? Vaya usted á adivinar.

Ahora se me ocurre á mí que si el Sr. Elguero—así se llama el preguntón—publica el álbum que anuncia, con todas las respuestas, debe remitirme un ejemplar. No hay cosa tan curiosa como ver las desviaciones que sufre una idea al tamizarse por varios cerebros.

No vale negarlo: en ciertos aspectos, el progreso se nos está colando en casa. Habíábamos en una de las anteriores crónicas de un Instituto de belleza, alta novedad implantada en Madrid, á imitación de los de París, Viena, etc. Hoy, procedente de ese mismo establecimiento kaleotécnico, recibo un folletito primoroso, una monada de impresión, que á primera vista no parece tener más objeto que explicarnos cómo se pescan las perlas en el golfo Pérsico, el país de los cuentos de las Mil y una Noches. Fijándose mejor, resulta que es anuncio de unos polvos y una pintura para la tez, productos fabricados, según el anuncio, con perlas trituradas. Así, ni más ni menos. Aunque el folletista nos entera de que es con raeduras, sobras y retales de perlas con los que se obtiene el artículo de tocador, no por eso deja de hacérsenos cuesta arriba que entre en él algo más que carbonato de calcio, nácar molido, concha de ostra ú otra materia análoga. Y puesto caso que la primera materia de ese menjurje fuese legítima perla, ¿reuniría por eso condiciones superiores para refrescar y hermosear la tez? Es posible que tampoco. Habrá que decir de esos polvos *cleopatrescos* lo que el gallo hambriento que se encontró un saco lleno de perlas magníficas: «Más me hubiese convenido un grano de cebada.»

Ello es que aquí, en la tierra del garbanzo campechano y sencillo, estos Institutos de belleza y estos cosméticos á lo reina decadentista de Egipto indican cómo nos va gangrenando París y cómo se nos infiltra la elegante perversión de las razas latinas moribundas. Así lo cree, por lo menos, el buen D. Severo Antaño, censor agrio de las costumbres y concurrente asiduo á las funcioncitas por horas en que hay brochazos verdes. De algún modo se ha de espantar el mal humor, ¡qué caramba!

Estuve en la Exposición el día del barnizado, cuando ya declinaba la tarde larga y lenta de mayo y empezaba á verse mal en los amplios y destartalados salones. La luz se retiraba del recinto, poco á poco, avisando, y el ambiente olía á espliego, á aguarrás, á gomas y esencias pictóricas, á resina de maderas recién labradas y aserradas.

Confieso que lo más emocionante para mí en las Exposiciones es pensar en la suma de deseos, de afanes, de angustias y dolores de alma que representan. Porque el esfuerzo artístico no es alegre ni sano: tiene mucho de sufrimiento. Hay en él tal desproporción entre lo que se sueña y lo que se obtiene, y es tan severo juez de sí mismo, en el fondo, el más vanidoso artista, que se les debe tener tanta lástima como á esos condenados del Dante, que en uno de los más celebrados lienzos aquí expuestos ruedan pesiassos que les vuelven á caer sobre el pecho eternamente. En el revuelo de conjeturas acerca de los premios; en el ansia inmensa de triunfo que palpita en esta suma de trabajo humano, siempre se me ocurre que el vencedor, después de su momentáneo goce, percibirá, gravitando sobre su torso, la peña formidable de la obligación de sostener la victoria.

Es de las más tristes ironías del destino humano, que los mismos golpes felices traigan tal reato de miseria y de añoranza. Haber vencido crea la necesidad de seguir venciendo, la desesperación de aparecer menos fuerte, y el castigo de ese certificado de agotamiento que con tanta facilidad se expide aquí. Por lo cual, en las Exposiciones, compadezcamos á los que caen, y también, también, á los gladiadores que van á salir por la puerta *Sanavivaria*.

Esta Exposición me parece, y es opinión muy general, superior en conjunto á las anteriores. Sin que exista en ella uno de esos cuadros indiscutibles, que se imponen á todos, inteligentes y profanos (me refiero á cuadros de composición, *de totalidad)*, se ve mucho bueno, realidades, promesas, un nivel común que empieza á satisfacer exigencias legítimas. No ha desaparecido del todo, sin embargo, ese aspecto de improvisación, de cosa hecha á empujones, poco pensada y poco ejecutada, que es á mi ver el sello distintivo de las Exposiciones españolas y del arte español moderno en su manifestación colectiva.

Un médico alemán me decía en París, en una casa donde comíamos, que la mitad más una de las enfermedades del estómago se curarían sin más que comer despacio, masticando muy bien é insalivando mejor. Como yo le contestase que para eso hace falta excelente dentadura, murmuró en tono reflexivo: «Es cierto, y me han dicho que en su país de usted se hace poco uso del dentista, con relación á otras naciones.» Recuerdo siempre al médico alemán cuando pienso en nuestra labor artística. La literaria, aunque también se resienta forzosamente de la precipitación, puede resistirla mejor que artes como la pintura y la escultura, donde tanta importancia reviste la técnica.

Y entre paréntesis, diré que la preponderancia relativa de la escultura es quizás lo que distingue á esta Exposición de las anteriores. En efecto, de escultura andábamos muy mal generalmente; carecíamos de tradición, en el sentido riguroso y moderno de la palabra.

En este Salón figuran 222 obras escultóricas, y no es tan respetable cifra lo que más puede convencernos de que hay adelanto: es, antes que la cantidad, la calidad de lo expuesto. Bien no ha dado un mentís (que sería involuntario siempre) á los que, ante sus envíos á la Exposición Universal de París, nos sentimos llenos de esperanza. Aquí se presenta con catorce trabajos nada menos, y con nueve Mariano Benlliure. Hay nombres nuevos que despuntan, hay otros ya conocidos, no célebres, que vienen pidiendo luz.

Nadie negará á esta Exposición la nota de la fertilidad. Los cuadros expuestos son nada menos que 1.866, las obras de arte decorativo 224, las de arquitectura 25. Realmente sorprende, dentro del escaso papel que en la vida social desempeña, por desgracia, el arte (debido á mil razones que fuera muy largo apuntar), que tantos jóvenes se consagren á él y le fíen su porvenir. Hay una *engulte* que está por hacer y que acaso sería difícil en extremo: la referente á cómo viven los artistas, en los primeros tiempos de su lucha, y aun después de lo que se llama salir de la obscuridad. La bohemia no tiene ya carácter pintoresco; ocúltase más bien que se ostenta, burlando al filisteo y riendo con la risa luminosa del dios mientras desuella al sátiro; pero existe; los comienzos deben de ser duros, y detrás de estos pintados lienzos y estas masas de yeso y barro, se esconden de fijo mil esfuerzos que nada tienen que ver con la inspiración...

No estoy convencida de que tampoco hayan descubierto minas de oro los reconocidos como maestros. La protección oficial es intermitente; los mercados extranjeros están asediados, la competencia es explotada por negociantes. Al compás de los ditirambos de los críticos de arte insertos en la primera plana, periódicos de gran circulación publican estos días anuncios de ventas en almoneda pública de las mejores firmas, á precios muy baratos...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé hasta qué punto son rigurosamente exactas las noticias de la guerra ruso-japonesa; y mi duda reconoce una causa que puede cuánto se halla arraigada en el pecho la desconfianza de lo bueno y el convencimiento de lo malo. Al considerar de cerca los actos humanos, salta á la vista la dura ley que los rige, y en la mayoría de los casos, el vaho acre de la maldad asfixia. Leed los relatos más serios, más autorizados, de alguna de las guerras que registra la moderna historia de estos últimos tiempos, cuando parece que ha realizado progresos definitivos y brillantes el espíritu humanitario y el derecho de gentes, y no registraréis sino larga serie de atropellos, de rasgos de ferocidad, de crueldad y barbarie, el instinto desatado, el brutal impulso de hacer daño, destruir, matar, unas veces por necesidad terrible, otras sencillamente porque se han desatado las inclinaciones de suyo malas de la especie, y sin freno ni valla se precipitan arrasando. De la guerra franco-prusiana se han escrito relaciones y estudios muy imparciales, documentados, que pueden hacer fe, y pone los pelos de punta comprobar qué linaje de peligrosa fiera se oculta bajo la piel blanca del hombre. Y por eso, al leer en los telegramas y correspondencias que transmite la prensa la clemencia, la consideración, la dulzura con que los japoneses tratan á sus prisioneros; cómo les curan, cómo les dan alimento, cómo les dejan libres sin exigirles (reminiscencia de otras edades) la caballeresca palabra de honor, no se me ocurre sino esta interrogación afanosa: «¿Serán exactas semejantes gratas noticias?»

Si hay algo que se haya elevado á la categoría de axioma, es la natural crueldad de la raza asiática. Dicen que, no sintiendo ellos con gran intensidad el dolor físico, han refinado las formas y modos de dar tortura, para forzar, por decirlo así, la sensibilidad, y hacer tremendo el castigo de los criminales ó la venganza que del enemigo se toma. Octavio Mirbeau, escritor francés de bastante nombre, en una de sus novelas, titulada *El jardín de los suplicios*, describe de una manera que crispa los tormentos ingeniosos, artísticos y diabólicos que se estilan en China, y que él considera especialidad delicadísima y habilidad peculiar de la raza amarilla. Hay quien cree que la imaginación de Octavio Mirbeau ha ido más allá de la realidad, y que algunos de los martirios que cuenta son pura invención suya; pero aun descontando el elemento novelesco, sabíamos ya por los relatos de viajeros y misioneros, por la misma lectura de la historia sinense, que allí se corta en diez mil pedacitos, se asierra viva á la gente, se arrancan las uñas, se devanan los intestinos, con otras varias dulces y benignas formas de abrir las puertas del reino del reposo—según ellos llaman á la muerte.—El Japón no es la China; harto sabemos si ha avanzado al vapor por el camino de la civilización occidental; sin embargo, las afinidades y consanguinidades étnicas, lo reciente de la práctica de atrocidades penales (recuérdese el suplicio de los mártires cristianos, relativamente reciente; estúdiese, en el teatro japonés, que hemos visto representar á la compañía de Sada Yacco, el espíritu cruento que anima al arte, reflejo de las costumbres) nos autorizaban para creer que en un período de guerra no sería el pueblo japonés menos sanguinario de lo que han sido y son grandes naciones occidentales. Y tiene que causarnos sorpresa grata y profunda la humanidad que demuestra, el proceder absolutamente europeo, aunque no frecuente en Europa, con que aparece sellada su conducta, prueba inequívoca de que no hay progreso material divorciado del moral, y que al inventar cañones, fusiles, pólvoras, torpedos, al aprender á manejar máquinas é ingenios de destrucción y horror, también se aprende á usar todo eso como usa el bisturí el cirujano, y á respetar, pasado el momento de la conflagración, la vida y la seguridad de los contrarios.

Los rusos, en cambio, notifica el telégrafo, están ahorcando á más y mejor chinos y kunguses. La soga, que en la actualidad no se dedica á suspender y dar baño de aire á los nihilistas, ni se entrosca en forma de knut á los lomos de los reos (me advierte la memoria que el knut es generalmente de tiras de cuero, pero de cuerda los hay también, si no me engaño); la soga, digo, por no estar ociosa, ahora cuelga racimos de asiáticos. No cuerán, de seguro, los japoneses, que tales indicios de cordura nos dan, en la maldita tentación de las represalias.

Una noticia que parece indiferente me ha sumido en meditaciones bastante compungidas. Es la de una venta *de oro*, de monedas de oro, que anuncia con todos los perendengues y fórmulas el Banco de España. El oro ha llegado á ser cosa tan rara, meritoria, singular, del lado acá de los Pirineos, que ya se vende en pública subasta, con pliegos de proposición, al mejor postor, como podría venderse una finca de gran rendimiento ó una joya de extraordinaria valía. Es operación comercial como otra cualquiera—me aseguran—esa venta de monedas de veinticinco. Así será, y no me alarma el hecho de vender un centén de oro, sino lo que indica del estado de una nación donde la moneda pasa por tales vicisitudes. Y no hay sanatorio que la sanee, ni aún que la alivie un poco de su dolencia. El cambio sube, sube, y la relación se hace doblemente difícil, pues á pretexto del cambio, sufren encarecimiento hasta los artículos que no dependen del cambio. Esta anomalía debiera llamar la atención de los estadistas. La carestía es otra enfermedad, otra infección como la de la moneda, sólo que todo el mundo la padece; mientras la subida de los francos puede ignorarse en las aldeas, en los pueblecillos, entre las clases modestas. La miseria es muy grande, verdaderamente aterradora, en las gentes que viven de su trabajo. Acercándose á ellas, se ve la extensión de tan devastadora plaga. En la mayor parte de las casas pobres no se respira aire, no se pone todos los días el puchero á la lumbre, no hay cama para que duerman los hijos, la substituye un rollo de trapos echado en el suelo; la ropa falta, el aseo es un bien desconocido, el alcohol reemplaza á la carne; sencillamente porque la carne no está al alcance de la bolsa.

De esta carestía que depaupera la raza, de esta carestía, queja constante de las madres de familia obreras, no son responsables solamente los cambios: no por cierto. A los consumos habría que achacar una parte de culpa; otra, á la poco inteligente organización de las Instituciones de previsión y ahorro, al completo desconocimiento de los sistemas de cooperación, en otras naciones tan beneficiosos para los trabajadores, porque suprimen intermediarios. No debe omitirse que el trabajo está paralizado, y que, habiéndose querido aquí que todo lo hiciesen los aumentos de jornal y la reducción de horas de trabajo, sin fiar nada á las fuerzas benéficas de carácter cooperativo, el capital se ha retraído tanto más gustoso cuanto que él tampoco es nada inteligente, y sólo anhela que lo dejen dormir.

¿No decíamos que en Rusia holgaba esta temporada la soga, dedicada á apretar nueces chinas? Pues me desdigo. Ahora mismo, con la bandeja del desayuno, me presentan un periódico y leo en la sección telegráfica la estremecedora nueva de que en Varsovia han sido ahorcados 600 revolucionarios y fusilados muchos más.

Y sin embargo, la paz reina en Varsovia. No es Varsovia Puerto Arthur.

El Jurado es entreverado y á listas, una negra, otra blanca. Hay ocasiones en que demuestra sensatez y misericordia en sus fallos, hay otras en que no hace sino confundir la justicia con la impunidad más absoluta.

Días atrás, en mi tierra, compareció ante el Jurado una pobre mujer, deshecha en lágrimas, acusada de haber raspado un apellido en una cédula de vecindad para eximirse de satisfacer este no muy leve impuesto. Por tal delito la querían enviar un año y varios meses á galeras, aquí donde, por haber torturado concienzudamente toda la vida á otra mujer, pareció exceso de castigo ir á presidio veinte y pico de años. El delito de la raspadora de cédulas, á mi juicio, diga lo que diga el termómetro del Código, bien castigado iría con quince días de cárcel ó con multa, no de las más fuertes. Porque lo que se hace bajo el estímulo de la necesidad, no es asimilable á lo que se hace por maldad y depravación. El Jurado, afortunadamente, pensó como yo en este capítulo, y no pudiendo aplicar pena proporcionada, no aplicó ninguna. La mujer salió á la calle. No merece el fisco que se le defienda con tanto rigor.

Reverso de la medalla: la absolución, no menos libre, del Tetrarca, Otelo, ó como ustedes gusten llamarle, que despachó á su esposa al otro mundo de dos tiros de pistola; hecho probado hasta la saciedad, por más que, merced al, en mi concepto, absurdo sistema de preguntas y respuestas que caracteriza al enjuiciamiento por Jurado, resulte que no hubo tales disparos y que por lo visto Bernabea Iglesias se murió de la *gripe*.

Ya sé lo que significa el aparentemente anómalo *no* del Jurado; su sentido y alcance, no digo en este caso, en general, pudiera resumirse en estas palabras francas: «Nosotros, maridos, dueños, según nuestro criterio, de la vida de nuestras consortes, no queremos que este varón, que ha exterminado á una hembra porque tenía celos, y celos que tomaron forma homicida, pague su atentado como lo pagan otros criminales.» Repito que no acuso, que no personalizo, pues necesitaría para hacerlo estudiar detenidísimamente ese proceso; lo que asegure es que de veinte juicios semejantes, en diez y nueve absuelve por boca del Jurado la idea sálica, el derecho viril. Y reclamo con urgencia, para cuando advenga un asomo de equidad social, los Jurados mixtos.

La profunda desanimación que se advierte en las Cortes, ¿será fenómeno compensador de la animación creciente de los meetings, forma de expresión de opiniones que todavía entre nosotros no ha salido de la esfera política para entrar de lleno en la utilitaria, que es la más simpática y la que prestaría verdaderos servicios?

Las Cámaras dormitan. Los maceros, soñolientos, bajo su birrete de guardarropía, dan cabezadas. El calor deja desiertas las tribunas. En los pasillos no se escucha el habitual zumbido de colmena y las pisadas precipitadas. El banco azul rara vez se ve completo. A la puerta de la calle de Floridablanca no estacionan coches. Soledad. Presupuestos, leyes sobre alcoholes, actas, incidentes sosos y fríos... Este teatro no divierte.

El sucedido siguiente demuestra que los animales poseen una sensibilidad filarmónica que para sí la quisieran algunos racionales, que ó tienen pervertido ese sentido, ó son sordos voluntarios.

En el caso que en la calle de Calderón de la Barca, á las seis de una serena y hermosa tarde de este mes primaveral, un jinete que pasaba á trote corto se paró, tentado del demonio de la ignorancia, el que más tienta por ahí á la gente, al lado de ese instrumento de suplicio que se llama un piano de manubrio, y arrió cincuenta céntimos en concepto de retribución por el recreo de la sonata que el organillero era en deber ejecutarle. Y para que se pueda asegurar que dijo muy bien Ruiz Aguilera cuando dijo que cada hombre es autor de su destino, el temerario *gentleman ridder* encargó al atormentador que tocase justo, justo, en el mismo hueco de la oreja de su montura.

La oreja escribí, y no fui exacta; así como del jinete podía afirmarse que sólo tenía orejas, del generoso bruto (del caballo, por si no me entienden), afirmo sin reparo que es oído lo que poseía. ¡Apenas lo ha probado el noble animal!

Como que, aun no bien arañaron el aire las primeras secas, agrias notas del tango del *Cangrejo*, se estremeció, dilató las fosas nasales, tembló con todos sus miembros, y en vista de que el martirio no llevaba trazas de cesar, se recogió, hizo partir el resorte, y arrimó al piano mecánico tan soberano par de coces, que le rompió la piel de madera y le despedazó las entrañas de metal. Después, no creyendo aún cumplida la justicia, dió un corcovo de esos que desarzonan á un centauro y envió á su jinete á dos metros de distancia, donde quedó yacente, con los desperfectos y quebrantos que es fácil presumir. El verdugo público, ó sea el organillero, echó á correr y pienso que aún corre, tal fué su terror y el grito de su conciencia cargada de remordimientos al observar cómo los animales revelan más cultura estética que las personas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ciertos dramas que no revisten belleza adaptable á la forma literaria, ni interés romántico, pasan inadvertidos; ni aun excitan la compasión. Tal sucede con esos vulgarísimos sucesos diarios, previstos por una reciente ley: los «accidentes del trabajo.»

Un ser humano viene al mundo sin más caudal que sus brazos, sus dedos, su agilidad, su fuerza. Desde niño cuenta, para subsistir, sobre ese fondo. Suele mermárselo la miseria que sufre desde la cuna, la mala alimentación, las condiciones del medio en que se va criando. Pero la buena y reparadora naturaleza triunfa de influencias perniciosas, el muchacho llega á la edad de sacar réditos á su única hacienda, y entra en la fábrica ó en el taller. Gana el pan, más ó menos escatimado, más ó menos penosamente sudado, pero gana, en fin, y el capital-hombre produce su justo interés. No ha muchos días decíame un extranjero inteligente en negocios que en las naciones prósperas el nacimiento de un hombre es *un valor*, y en las que sufren decaimiento un *no valor*, un dispendio, porque el hombre probablemente no trabajará y habrá que sustentarle. No es este el caso de nuestro obrero: ya se sustenta á sí propio, produciendo á la vez riqueza.

De pronto, un movimiento torpe ó mal calculado, un paso precipitado, una distracción de las que es imposible evitar... El obrero ha sido enganchado por la máquina, la herramienta ha mordido las carnes del artesano, magullando tejidos, cortando tendones; al obrero hay que amputarle un brazo, al artesano se le cortará la mano derecha...

Detrás del sufrimiento físico, la ruina, la miseria. Quien pierde dinero podrá resarcirse; el capital del obrero ó del artesano no se recobra. El brazo que trabajaba tan activamente y que quedó sangriento sobre la mesa del anfiteatro, en el hospital, nunca más ganará el salario del cual vivía la familia.

La indemnización, la previsión legal de tamañas desventuras, es una de las más sabias entre nuestras modernas instituciones. No tiene esto, me parece á mí, nada que ver con el socialismo, al menos en el sentido de aspiración política y transformación social que encierra la palabra. Hay cosas que son naturales, y uno de los grandes motivos de extrañeza en la lectura de la historia es que no se hayan practicado toda la vida. Tal vez lo sencillamente natural y justo sea lo último que se les ocurre á los pueblos, á la humanidad toda; ó por lo menos, lo último que pone en práctica.

Los periódicos se escandalizan cada vez que refieren casos como el de la mendiga Jerónima Díaz, que pedía limosna encorvada, apoyándose trabajosamente en dos muletas, y al ser encontrada muerta en su casa, mejor dicho en su tugurio, apareció que guardaba en él tres baúles colmados de ropa blanca, por señas sin estrenar, y envueltos en trapos—habitual monedero de esta gente—trece alfonsos de oro, treinta y cinco duros en plata y varias pesetas.

Yo he dicho mil veces aquí mismo que la organización de la beneficencia es defectuosa y que el sembrar perras grandes y chicas en la calle es contraproducente; pero toda vez que no hay modo de desarraigar esa costumbre y que la mendicidad es un oficio, quisiera saber qué ven de especialmente malo mis compañeros en que los pordioseros practiquen la virtud del ahorro, y en vez de gastarse lo recogido en la postulación tomando gotitas en la taberna, lo conserven rebujado en andrajos entre la paja de sus jergones. Sin duda sería más práctico y conveniente á sus intereses colocarlo á producir en la Caja de ahorros; pero no sé que nadie pida estas cuentas á los ricos; nadie preguntó á una marquesa muy conocida en Madrid (es decir, á su sombra, porque ya se había muerto cuando este detalle se averiguó), la razón de que buena parte de sus capitales estuviese depositada en el Banco sin redituar un céntimo, y su regio collar de perlas guardado dentro de un utensilio que no nombro ni que me hagan pedazos, por si alguna pulera inglesa me dispensa el honor de fijar en estas Crónicas sus azules ojos.

Del pobre nos creemos tutores, por el hecho de sacar perezosamente del bolsillo una moneda de cobre y alargársela en la calle, sin otra molestia. Y parece que nos roban, que nos defraudan, cuando en el albergue de alguno de esos remendados plañideros que nos acechan á la puerta de iglesias, tiendas y cafés aparece algo más que el zurrón vacío y el mendrugo de la víspera. ¿Qué tiene de extraño que esos obscuros trabajadores (pedir limosna es género de trabajo, y también es arte, y es á veces, en la estación de invierno, ruda y peligrosa faena) rellenen su hucha y su pelo y su alcancía, en el temor de una forzosa suspensión de su labor, de un período de enfermedad y reclusión, ó meramente por desquitarse, á solas, en la fría y obscura cárcel de su chiribitil, mirando á la luz de una candileja ahumada los bonitos alfonsos brillantes, cuyo reflejo convierte momentáneamente la mísera covacha en mágico palacio por la fuerza de la imaginación?

El apego á esas economías ocultas es tal, que ha llegado á inspirar rasgos de heroísmo. Hace algún tiempo, no sé si en Madrid ó en un pueblo de provincia, hubo de arder una casa de vecindad, en cuyas buhardillas, por las cuales había principiado el incendio, habitaba gente muy pobre, y entre ella una mendiga más haraposa, más pingajosa, más carcomida por años y achaques que todas las del gremio juntas. Medio tullida por el reumatismo, la infeliz no podía valerse para huir de morir abrasada. Los bomberos, los vecinos, acudieron á prestarle auxilio, con la urgencia que el caso requería. Asombrados quedaron al ver que la anciana no quería alejarse de allí. El humo asfixiante entraba por ventanas y puertas; las lenguas rojas de la llama iban á cebarse pronto en la vieja; y ella, sin consentir que de allí la arrancasen; implorando que la dejasen allí. Cansados de luchar, en momentos apremiantes, que dan poco espacio á la disputa, acabaron por cumplirla el gusto, y feneció asada y ahumada la pordiosera. Poco después el incendio era dominado, y entre el colchón de la mendiga, protegido y cubierto por su cadáver, aparecía oro, plata, billetes de Banco..., una pequeña fortuna.

Apenas se ha secado la tinta con que trazo los primeros renglones de esta Crónica, donde ensalcé la ley de accidentes del trabajo, cuando recae mi vista sobre un diario que inserta concienzuda estadística referente á la aplicación de dicha ley bienhechora en Madrid el año de 1903.

La estadística acusa aumento de accidentes registrados, no porque hayan ocurrido en 1903 más desgracias, sino porque la ley va cumpliéndose y los accidentes siendo conocidos. Pero—observa el autor—se nota que un 10 por 100 de los accidentes declarados recaen en ancianos, mujeres y niños de corta edad. Se infringen, pues, á cada momento las disposiciones reguladoras del trabajo en sentido protector para los menores y las mujeres, habiéndoseles además hecho trabajar en domingo, con jornadas de más horas de las legales. Niño hay que aparece trabajando diez y ocho horas diarias.

Es muy instructiva y curiosa esta estadística, y se lee con interés humano profundo. En muchos casos de accidente no se ha abonado ninguna indemnización. En otros la indemnización no sube de 2 pesetas; y el salario del niño que sufrió un accidente trabajando á la una de la madrugada, era de 1'50. Una de las mujeres que sufrieron accidentes estaba cargando un carro de ladrillos. Y luego dirán que la mujer, por su debilidad y cristalina contextura, no puede salir del hogar doméstico, ni optar á empleos y cargos bien retribuídos. En cambio, puede reventarse en el muelle de mi pueblo, jalando y disputando al hombre faenas de las más rudas.

Al ladrón de la Inclusa habría que darle un premio por su agudeza, en vez de enviarle á la cárcel.

Es increíble lo que se discurre y trabaja por no trabajar, y si la inteligencia y habilidad que se derrochan en robos y fraudes se desplegasen para granjear lícitas ganancias, tal vez nos cantase otro gallo.

Merece referirse la estratagema del consabido ladrón, el cual fué por lana y es fácil que salga trasquilado.

Notaban en la Inclusa que disminuía velozmente la lana de los colchones, y que al compás que los colchones adelgazaban, engordaba pasmosamente el maestro colchonero, cuyo cuerpo iba pareciéndose al de los clowns en ciertas pantomimas que solazan al público con las malaventuras de una especie de tonel humano. Sorprendido y registrado el obeso, bajo su amplia blusa se le encontraron unos pantalones-alforjas, donde embutía y carretaba diariamente, en varios viajes, un regular colchoncito, formado de pizcos de lana substraídos en esta cama y la otra.

Parece que por tal sistema el maestro se hacía su jornal de tres á cuatro duros diarios: muy bonito, como se ve.

La excusa del chupa-lana es de oro, muy característica. Alega que su trabajo (llamémosle así, porque trabajo y habilidad nadie negará que sea), lo realizaba para poder comer, en atención á que el otro trabajo—el autorizado, lícito á la faz del cielo y de la tierra—no le reportaba más que el disgusto de que no se lo pagase la Excma. Diputación provincial.

El arbitrio de cobrarse en especie no deja de ser socorrido; sólo resta averiguar qué piensan de él los enfermos, que poco á poco han ido sintiendo bajo sus costillas, en vez de blandura, una dureza que ni la del famentido lecho de D. Quijote en la venta famosa.

Y otra interrogación se me ocurre: ¿es posible realizar este esquileo lento, pero continuo, con todo el aparato escénico de disfraz de gordo que su argumento requiere, sin que se haya dado cuenta de él el personal que debe ejercer la vigilancia de la Inclusa?

Ya barruntábamos que los japoneses eran capaces de inventar la pólvora—¡vaya!; y tan capaces!—cuando resulta que, en efecto, la han inventado. Es decir, se han inventado su pólvora, para su uso, no para andar por casa, sino para enviar recados de atención al vecino.

Lleva esta pólvora un nombre dulce: un nombre que suena musicalmente. Se llama la Shimose.

Hasta en esto diríamos que no son gascones, pues los occidentales, que solemos serlo y escupir todo por el colmillo, le hubiésemos puesto á una mixtión tan destructora la *Recataplún* ó la *Porrontintón*, á no saber que *Shimose* es buenamente el nombre del nipónes Alberto Bacón que inventó tal explosivo.

Dícen que es el más enérgico y eficaz de los conocidos hasta el día, y que hace menudo polvo de arroz de las bombas fabricadas con el mejor acero.

Y aún tiene otra gracia la Shimose: las bombas que la contienen llevan un mecanismo que las hace saltar al más insignificante contacto: al roce del ala de una mariposa ó poco menos.

Jugando con la muerte, de modo desembarazado y gentil; no retrocediendo ante el supremo espanto, llega á la victoria este pueblo verdaderamente asombroso, que así como ha revolucionado con su arte nuestra estética europea, ha trastornado con sus actos nuestras teorías, por lo visto mal fundadas, sobre superioridades étnicas, papel de la raza caucásica en el escenario de la civilización, carácter meramente científico de las guerras modernas, etc., etc. Hemos estado oyendo repetir que el valor, el heroísmo, no son ya factores importantes en los conflictos por las armas. Los boers empezaron á demostrar lo contrario, pero se alegaba el carácter especial de aquella guerra de invasión, lo cual la transformaba en guerra de guerrilla y cuerpo á cuerpo. Esta del Japón con Rusia es completamente distinta: es la magna lucha internacional, en el terreno que más se presta á aprovechar los adelantos mortíferos, el naval, la lucha en el mar principalmente. Y según van recibiéndose noticias de sus lances trágicos y terribles, crece la convicción de que, por más matemáticas, más física y más química que sepan los ingenieros japoneses, ahora lo mismo que en la Edad Media, es el corazón, la resolución, el alma, para decirlo en una palabra, quien gana las victorias. El valor no consiste en arrojarse ciegamente al peligro, en «saber morir,» como se ha repetido sin examen; eso es lo primero, pero también lo último, que es preciso estar dispuesto á hacer. El valor está en la inteligencia: hay valor enorme en el cálculo, valor en el estudio, valor en esperar, valor en acometer á tiempo, valor en el sacrificio de la tradición, por el cual el guerrero japonés se ha transformado, de pintoresco *daimio*, en el combatiente serio, culto, de hoy. Y detrás de la terrible *Shimose*, vemos el alma de una patria.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora resulta que la línea férrea donde ha ocurrido una catástrofe—que parece referida por San Juan en Patmos, entre las visiones de terror de la Apocalipsis,—estaba construída, como si dijéramos, con *papier mâché*, de estraza legítima, y si se quiere evitar que escenas tan espeluznadoras se reproduzcan con demasiada frecuencia, acabando con la aperreada casta de los viajeros, urge cambiar el trazado completamente.

Lo que les decían los buenos viejos de la comarca, con su experiencia y sentido común aldeano, á los flamantes ingenieros franceses, belgas, ó de donde fuese, que eso no hace al caso del descarrile con añadidura y remate de incendio y asfixia por inmersión:

—Que vais mal por ay, moño... Que estáis trebajando sobre agua y no sobre tierra. ¡Que este es el ferrocarril del agua, ridiós!, y en diciendo que icen que llueve, se va á blandar, y en hinchándosele al río los morros, se vos guerve la linia lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la juente!

Naturalmente, no se hizo caso de estos Nestores, y allá fué el trazado por donde dictaminó la ciencia. (Parodiemos á Madama Roland y exclamemos: ¡Oh ciencia, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!) Y la línea férrea, que debiera ser para aquellas importantes comarcas, trabajadoras, antes segregadas al parecer del resto del mundo, esperanza y realidad de progreso, convirtió en terror de los que por su mal se ven precisados á recurrir á ella; y todavía á estas alturas, cuando hasta en la Indo-China han desterrado los rieles á las carreteras, la carretera de Calatayud hace ventajosa competencia al ferrocarril Central de Aragón.

Sin duda el trazado fué obra de extranjeros, y se creerá que este hecho nos exime de toda culpa. ¡Lo hizo quien lo entiende! Digamos en este caso y en otros muchos:

Todos muy buenos en Francia...
mas no los quiero en Castilla.

En efecto, los extranjeros aquí no proceden con la circunspección y el saludable temor á la opinión y á las responsabilidades que en su tierra natal, donde el sentido público existe y es fuerza con la cual debe contarse.

No profeso yo, créase ó no se crea, el fetichismo de los extranjeros. Es una necesidad servirse de ellos, ya lo sé, en la gran industria, en infinidad de aplicaciones de adelantos é inventos cuyo manejo aquí se desconoce; y no constituye la menor de nuestras desgracias esta necesidad, porque no procedemos como los japoneses, cuyo sistema es llamar al obrero ó al instructor de fuera, enterarse y despedirle. Y en nuestro rezago los extranjeros ven materia explotable, y por lo mismo que tienen el hábito sano de la concurrencia vital, explotan. Construyen tranquilamente puentes que tienen menos luz que la anchura del río; les dan cimientos de arena, á flor de tierra, y se echan acaso esta cuenta fatalista: «Se estrellarán unos cuantos españoles quizás... ¡Bah! Si había de cogerles un tranvía ó despachurrarles un automóvil...»

A pesar de todo el vocerío de las Gacetas, será una sorpresa tan grata como despampanante el que se acuerde la variación y rectificación racional de ese trazado mortífero. No estamos hechos á ver corregir y enmendar desaciertos, siquiera vaya en ellos la existencia de la gente y la prosperidad de la región.

Y á propósito de extranjeros; estos días menudean los incautos venidos de lueñes tierras al olor y al cebo de un timo.

Los timadores españoles pueden poner cátedra; no les faltarán clientes en los dominios del Kaiser, en el país de los excelsos pensadores.

Cuando Madama de Stael descubrió y ensalzó los méritos psicológicos de Alemania, en primer término encareció el candor, la inocencia santa de aquella gente, idealista y soñadora.

No sé si será ensoñación, pero de fijo es soñar despierto lo que hicieron las dos parejas de excelentes alemanes que, con horas de diferencia, desembarcaron en la estación de Madrid, dispuestos, los dos últimos que llegaron, á arriar la no despreciable suma de 75.000 francos (ya saben que el cambio está al 39 por 100) á cambio de una maleta que encerraba esos tesoros incalculables, que no tienen más defecto sino volverse carbones cuando se abre el recipiente mágico, señuelo de bobos internacionales...

Fortuna tuvieron estos hijos de la rubia Germania, que se traían en la cartera una cantidad de marcos suficiente para encuadrar las fotografías de todos los papanatas que en el mundo han sido—y cuidado que han sido...

Fortuna, porque en la estación les recibió, en vez del interesante industrial que les había citado en corto, para banderillearles y estoquearles, un próvido inspector de policía, que les preguntaría en qué árbol tenían el nido, y les encargaría cuidado para no volver á caerse.

Y uno de los candorosos compatriotas de Bismarck, por señas tratante en ganado (el ganado que aquí pace no debe de haberlo vendido ni comprado nunca), confesó «ingenuamente, pero con gran energía»—dice un diario,—que si llega á realizarse el timo, se corta la cabeza.

¡Para lo que le sirve!

Hace algunos días hablé en *El Imparcial* de lo que me agradaría ver establecido en Madrid—y en otras ciudades españolas, por supuesto—lo que llamé «casa de aseo;» un sitio donde gratuitamente se bañase, afeitase, pelase, friccionase y hasta perfumase con su chorrillo de colonia á los pobres que, no teniendo para comer, menos tendrán para jabón. Y acabo de leer un artículo publicado en *España*, firmado por el Sr. Aurioles, acerca de los baños populares establecidos en varias poblaciones de Inglaterra, Alemania y Francia, donde las clases menesterosas, y particularmente los obreros, pueden limpiarse y bañarse por una cantidad que oscila entre 10 y 15 céntimos de peseta.

No digo que sea malo; convendría la instalación de esas termas en Madrid, en que un baño público cuesta lo menos seis reales, á pesar del magnífico caudal de agua del Lozoya; pero insisto en que la sociedad está demasiado interesada en propagar hábitos de aseo, en purificar sus capas inferiores, impregnadas de putridez, para que deba cobrar nada, ni un centímito, por los baños populares.

Sostengo que, al contrario, si fuese humanamente posible, debieran otorgarse, al principio, premios y alicientes para atraer á la humilde y sucia clientela; por ejemplo, la rifa de algunos décimos de lotería, ó de objetos útiles, como medias baratas, mantones, algo que, engañando caritativamente á los haraposos, les decidiese á soltar la mugre, victoria no tan fácil como parecerá á primera vista. Hablábase en cierta ocasión del estado no muy satisfactorio de nuestra pedagogía con relación á la de otras naciones, y decía un ilustre médico: «¿Qué quieren ustedes que suceda? Aquí discutimos aún si debe pagarse á los maestros, y por ahí se piensa ya en pagar á los discípulos.» Era verdad: en los Estados Unidos se ventilaba el problema de que, si los hijos de los obreros pierden años de labor retribuída por completar su instrucción, la sociedad, interesada en que todos se instruyan, debe abonarles esos años de trabajo perdido. Cosa análoga diría yo de la limpieza. Fray Luis de Granada incluye, entre las causas de impensada muerte, «el vaho de un enfermo.» Los adelantos de la medicina nos enseñan que tan peligroso como el vaho de un enfermo es el de un individuo procedente de un foco de suciedad. Aconseja, pues, el propio egoísmo á las clases acomodadas que fomenten instituciones de limpieza, pero gratuitas, si no con premio, según queda dicho. Yo estimaría tan obligatoria la creación de baños populares como la de Hospitales y Asilos, y la creo más barata y sencilla. ¿Que en el extranjero este servicio se cobra poco, pero se cobra? No hagamos caso. No me cansaré de repetir que el ideal no es imitar, es adelantarse. ¿Pedir dinero por el baño, al cual los miserables tanto miedo sienten? Harto será que sin desconfianza concurran á limpiarse, á que les desinfecten la ropa.

Se han declarado en huelga los poceros.

Ahí tienen ustedes á unos huelguistas á quienes no se les puede regatear el aumento del salario.

Es de tal naturaleza su oficio, que difícilmente conjeturo cuánto valdría una jornada de pocero si la huelga se hiciese crónica.

A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto á los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará á ser pocero?.. No lo saben explicar los teóricos... Si, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola...

Los dioses se van, las leyendas mueren, los edificios se derrumban, los objetos de arte pierden la pátina, todo desaparece al curso devastador del tiempo.

En el Congreso feminista de Berlín, ¿saben ustedes quién arrebató al auditorio? Una señora turca, y además de turca, parienta del Gran Turco; una princesa de la familia del Sultán. Y esta dama, sin pizca de respeto á la ley de Mahoma ni á las venerandas tradiciones, tronó contra la esclavitud femenina en su país, y maldijo de la compra-venta de mujeres en el Asia Menor, solicitando que la influencia occidental ponga fin á ese estado de cosas.

Lo que no nos dice la prensa, transmisora de esta noticia capaz de estremecer á la Puerta Otomana sobre sus seculares goznes, es si la princesa se queda en Berlín ó regresa á Constantinopla, y si al regreso su primo y emperador la regala un collar de perlas ó la envía, con los mudos del serrallo, el característico cordón de seda que fué instrumento de las justicias de los Amurates y Selines.

Porque con esa manera de ver, la princesa será un garbanzo negro en la olla turca, en la cual todavía sufren cochura los cristianos armenios, cochura de suplicios y de exterminio si las naciones no intervienen, que no intervendrán.

En Vigo deben de haber abordado, disfrazados de vigilantes de consumos, unos cuantos esguízaros del Sultán rojo.

Un carretero casi ciego pasaba por el fielato, llevando el carro vacío. Detención, cuestionario, registro, y el hombre, creyéndose libre ya, rompe á andar, deseoso de llegar á su posada.

El desacato indigna á un respetable esguízaro, digo, consumero, y como no tenía á mano el yatagán, tira de navaja y se entrega al deporte de la mechadura.

Algunos armenio-vigueses que presenciaron el lance, lo comentaron con proyección de piedras, pero otro turco acudió en ayuda del primero, argumentando con el revólver. Y casi se arma un motín.

Pero ¿qué sería de nuestra hacienda municipal si los consumeros no tuviesen derecho de vida y muerte, y hasta otros derechos que el decoro veda especificar, sobre los armenios y armenias que cruzan las puertas de las ciudades?

Prudente y avisado, Bombita—Emilio Torres—ha dado un adiós á sus glorias y fatigas, antes que un toro le obligase á darlo á eso que Homero, optimista á ratos, llama «la dulce vida.»

Diez años de retozos delante de un par de astas formidables—lo son, aunque desde el tendido parezcan chicas, si se ven tan de cerca como las tuvo que ver el joven diestro—bastan para cogerle asco al oficio.

Bombita hasta se nos reviste de aureola filosófica, de prestigios de sabiduría, cuando aprendemos que ha conseguido el áurea mediocridad y que no aspira á la riqueza, contentándose con el goce, reconcentrado por Arturo Schopenhauer, de decir al despertarse: «El día es mío.»

Bombita acaso no haya leído «El mundo como voluntad y representación;» tanto más, cuanto que lo mismo les sucede á bastantes «intelectuales;» lo que pasa es que estas grandes enseñanzas de los hondos pensadores, á veces, por la misericordia celeste, las adivinan los sencillos concurrentes al matadero y á la dehesa boyal.

La súplica de los cristianos de antaño, la bella súplica tan olvidada «danos, Señor, una buena muerte,» sigue siendo el ideal del torero, más expuesto que nadie á morir, si no precisamente fuera de su cama, por lo menos de artificial enfermedad.

Bombita es discreto, toma el mundo como debe tomarse, y de hoy más fumará, al sol en invierno, en verano á la sombra, recordando peligros, cogidas, la ardiente puñalada del pitón que rasga las carnes, la grita del público, y mirando apaciblemente cómo se difuma la espiral de humo, emblema de nuestros afanes...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido capturado en la Habana el autor del espantoso asesinato de Lugo.

La policía cubana remienda la torpeza y descuido con que la nuestra procedió al no descubrir primero, al dejar después embarcarse para la Antilla, libre, tranquilo, á vista de todos, á tan sobresaliente criminal. Comentóse el hecho en circunstancias tales, que sin necesidad del sutil olfato de sabuesos que poseen los Macé, los Métenier y los Javert, debieron envolver al autor vehementes sospechas á las veinticuatro horas de saberse la desaparición de la víctima.

La voz pública, ese cavernoso rumor formado de mil susurros, que tan amenazante resuena, que es unísono en medio de su discordancia, dió al aire, al punto de notarse cómo la tierra parecía haberse tragado á Ledo, el nombre de la última persona con quien se le había visto hablar, por cierto en diálogo acaloradísimo. Desde el primer momento se debió proceder, si no á la detención de Taboada, cuando menos á interrogarle. Por el hilo del interrogatorio, un psicólogo—¡psicologías á la policía!—saca tal vez el ovillo del misterio. La policía además no puede ignorar la situación de los que, abrumados de deudas, son materia dispuesta para el crimen ó el suicidio. Quien no tiene una peseta, debe muchas y está habituado á darse vida de rico...

Nunca la policía duda de los burgueses. ¡Váyale usted á un inspector con que un teniente alcalde, un procurador, una persona de viso, sea objeto de su vigilancia cuando consta que está entrampado hasta los ojos, es vicioso y ha distraído ya fondos de la caja de un círculo! Y sin embargo, ese, ese es barril de pólvora, la mecha está arrimada y amaga la explosión. El burgués actual, terrible amasijo de vanidades y concupiscencias, guarda la *tenue* mientras no le acosan los pagarés—no la miseria, como al proletario,—pero ¡ay de quien se le acerca, si existe en casa del acorralado un sótano cómplice y al alcance de su mano un martillo!

Otra inmoralidad, burguesa también; en los puertos—por lo menos en el de Marineda—se embarca quien quiere y como quiere, previas ciertas ofrendas y ritos de sagrada trapisonda, y la gestión de ciertos corchetes, ganchos y correctores de documentación, que se dan tal arte que en dos minutos te empapelan volviéndote de viejo en muchacho y de Juan Peranzules en Perico el de los Palotes. Así permanece impune todavía, y permanecerá, el tremendo crimen «de la calle de San Andrés,» sobre el cual hasta novelas espeluznantes se han escrito é impreso.

Basta de estatuas y monumentos á D. Práxedes Mateo Sagasta. Tiene una en Logroño, bueno; tiene su mausoleo, altamente honorífico, en nuestro Panteón de hombres ilustres, que es Atocha; y todavía quieren sus amigos (hay amigos mortales de necesidad) con el retal de treinta mil duros que les sobra, cortarle otro monumento de abrigo en la misma plaza de las Cortes. Y Mariano de Cavia se incomoda, con carga de razón.

Por desgracia (no nos detengamos en depurar, aquilatar ni decantar responsabilidades), Sagasta, que era un hombre muy simpático, de dotes extraordinarias para la política en momentos normales y situaciones tranquilas, un político de horizontes serenos, un equilibrado nadador entre dos aguas, vió desencadenarse, en el último período de su vida y de su gobernación, tempestades y terremotos, luctuosos acontecimientos, trágicas desventuras de la patria, que rebasaban del límite de sus facultades de estadista y de sus bríos, ya mermados por los achaques y la edad. No hubiese salvado nuestro imperio colonial, es justo decirlo, ningún otro hombre que estuviese al frente del Gabinete; pero al que tuvo la fatalidad histórica de ver pasar el entierro de nuestra grandeza, cuantas más estatuas y columnas se le levanten, más peligro hay de que resurjan tan acerbas memorias. Las estatuas deben ser la perpetuidad de una idea de admiración que armoniza y une las conciencias. Infinitas estatuas veo por ahí—no sólo la de Sagasta—que muestran el bronce agrietado y el mármol roto.

Así hace quien puede y no quien quiere.

Los Rothschild donan, para realizar un vasto proyecto de obras de beneficencia social, la suma de diez millones de francos.

No es la primera vez que los Cresos modernos tratan de hacerse perdonar su regia fortuna. En el Louvre, donativos y legados de la familia Rothschild enriquecen salones enteros. Los Rothschild son intelectuales, muy entendidos y saben dar. Hoy no se trata de cultura estética: son viviendas obreras, una de las grandes obras de misericordia de nuestra edad, lo que los multimillonarios judíos se proponen construir. Entre las actividades sociales más eficaces, en las naciones adelantadas, cuenta la que se emplea en impulsar á los ricos á que den señales de la vida sus arcas. Esto se hace con incesantes, delicadas excitaciones; no hay tanto sablazo como aquí, y hay mucha más *acción social*. Los Rothschild son los becerros de oro de un pueblo culto. Su riqueza echa ramas y hojas, y á veces, como ahora, por este donativo de los diez millones, brota de la caja de caudales un árbol corpulento.

Así como los consumeros tienen derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos que se acercan á sus casillas, los agentes de Orden público tienen ó ejercen—para el caso es lo mismo—el derecho de aplicar diversas formas de tortura, graduadas según su entender. Leo en un diario que suele estar muy al quite, *El Nacional*, que una pareja de guardias paseó por calles céntricas de Madrid, á la pública vergüenza, á cuatro chicos de ocho ó diez años de edad, cargados con sacos de hierro que habían hurtado en la estación del Norte, y además amarrados codo con codo.

No se comprende bien cómo los chicos, amarrados, podrían llevar la carga; todo esto supone operaciones complicadas é ingeniosas. Fuese como fuese, los niños padecieron una crueldad innecesaria, una violencia ilícita, y la gente, al verlos pasar, les compadecía, lo cual habrá dado pie á los raterillos para creerse mártires.

La ley es más fuerte y edificante cuanto mejor concilia sus rigores con la humanidad.

Generalmente no se castiga aquí con suficiente energía; pero se oprime, se tira de la cuerda, hasta caída y desuelle de rótula.

El detalle más característico de la tortura de los rapaces, es el del Simón Cirineo mozo de cuerda.

Ofreciéose este caritativo mozo, y quiso pagarle el servicio un no menos piadoso caballero, á cargar él los sacos de hierro, cuerpo del delito, y portearlos hasta el Juzgado de guardia. Tan sana intención no pudo cumplirse: los guardias fueron inflexibles. El caso era llevar á los pequeños, sudando y sin aliento ya, hasta el templo de la justicia.

El obispo electo de Jaca es un literato muy distinguido, un sabio—amén de un sacerdote intachable.

Se llama D. Antolín López Peláez; no es viejo aún, y si la inteligencia y la virtud sirven de base para las altas dignidades de la Iglesia, puede pronosticarse que el prelado de Jaca llegará hasta lo más eminente. Se deben á su pluma libros de verdadero interés, de lectura amena, llenos de juiciosas observaciones y con raros aciertos de erudición y crítica. Algunos títulos: *El señorío temporal de los obispos de Lugo*, *Los Benedictinos de Monforte*, *San Capitón*, *Historia del Seminario de Lugo*, *Las poesías de Feijóo*, *El gran gallego*, *Los escritos de Sarmiento*. No han caído estas obras en el olvido que con frecuencia sufren las de la misma índole; son leídas y consultadas con fruto por los que estudian la historia literaria del siglo XVIII. Y el nuevo obispo es un espíritu de esa época tan intelectual: estudioso, apacible, libre de intransigencias, que no siempre son fruto de la sólida virtud. Mucho bueno puede hacer todavía, en favor de la civilización y de la fe, el nuevo y digno obispo de Jaca.

En vez de correr el oro para el Tesoro, el Tesoro se desprende de una regular cantidad de oro, vendiéndola en pública subasta. ¡Oro español! ¡Eres el emigrante, el desertor, la sangría de que morimos!

Los novelistas hemos influído de una manera realmente sensible y marcada en los jurisperitos, sobre todo en los penalistas. Véase, si no, la reciente causa de Luis del Río, matador de su querida Eugenia Torres. Defendió á este criminal un joven de mucho talento y muy elocuente, á quien tuve el gusto de oir en el Ateneo, terciando en un debate acalorado sobre la cuestión social: el Sr. Ruiz de Grijalba. Y en el natural deseo de salvar á su defendido, ó siquiera de aminorar su pena, dijo, según creo recordar, que había procedido bajo el impulso de fuerza irresistible, desarrollada por una frase imprudente de la víctima, al señalar á una prenda de ropa blanca. La causa giraba en derredor de esa prenda; la suerte del precoz matador pendía de un bordado canesú de camisa de mujer.

Si la víctima había pronunciado esa frase, señalado á ese canesú, era preciso reconocer que por necesidad fatal se había alzado la diestra de su amante empuñando el arma homicida. Porque ahora hemos descubierto que una palabra, un movimiento, un gesto, ejercen «fuerza irresistible,» cohiben con «miedo insuperable» y disculpan el crimen más atroz.

Pero es el caso que, después de la capital importancia atribuída á la frase del canesú..., vino á resultar que no existía tal canesú, y por consecuencia tal frase, y por ende no sabíamos á qué colgar la fuerza irresistible causante de que, en un momento dado, como rueda el peñasco al abismo, el hombre se apodera de un cuchillo bien agudo y se lo clava en la nuca á su señora accidental.

Visto que faltó la consabida fuerza, habremos de atribuir el golpe á un momento de distracción.

De una vez sepamos si se reconoce ó se niega que las gentes no pueden darse gusto matando á quien les viene en gana, sin que la ley les imponga castigo.

Luis del Río, es cierto, ha sido condenado á doce años; pero, ¡atención!, si aparece el canesú, ¡vaya usted á saber! Probablemente, libre.

Y sin embargo, no hay tal irresistible fuerza; y sin embargo, no hay tal desequilibrio, por lo general, en los criminales, ó al menos no lo hay en términos que constituya irresponsabilidad; y sin embargo, de cien veces noventa y nueve podrían sin gran esfuerzo reprimir sus instintos por medio de la voluntad, explicación vulgar, anticuada, si ustedes quieren, pero la única racional.

El inexactísimo Lombroso, *La bete humaine*, lecturas de gabinete, malas para aplicadas á la criminología. Un poco de observación, la más elemental, y se verá que la realidad es distinta, más vulgar, más sana. Si continúa el empeño de tender sobre todo crimen, por repugnante que sea, el manto de la irresponsabilidad, yo creo doblemente franco, hasta justo, pues así no habrá desigualdades, adoptar el criterio de Tolstoy, que no quiere cárceles, ni tribunales, ni, por supuesto, policía, ni que nadie quede encargado de cumplir este decreto.

Entre los más elocuentes signos de nuestro modo de ser, figura el que revela el hecho de la desaparición de la moneda divisionaria, que se ha dispuesto volver á acuñar, por no encontrarse ya en ninguna parte la que existía.

Las causas de esta desaparición merecen mencionarse.

Según nos informa en «*La Epoca*» *Juan de Mansanares*, responden á una especie de conspiración de mendigos y horteras para arrojar los céntimitos á la alcantarilla, con el fin de que no se les pueda dar á los pobres menos de una *perra*, y á los horteras no se les pida la vuelta de las fracciones.

En suma, que los españoles, por tradición y por carácter rumbosos, no jugamos el tresillo sino á tanto alzado.

Y por las alcantarillas de Madrid hemos arrojado, según parece, diez mil duros en calderilla diminuta.

Yo doy fe, no de haber visto arrojar á los albañales esa cantidad, sino de que, en efecto, hace mil años no descubro una moneda de dos céntimos ni con microscopio, y teniéndola por objeto imaginario, ni más ni menos que las onzas de oro, juego á tanto alzado y doy 25 céntimos cuando me piden en cuenta 21. He notado siempre que la pequeña economía la despreciamos. «Por eso no voy á ser ni más rico ni más pobre.» «Eso no va á ninguna parte,» son nuestras muletillas.

Hay infinitas personas á quienes asombraríais enterándolas de que una *perra* gorda diaria son tres pesetas al mes, pasando de siete duros al año, y que con siete duros al año se puede hacer una buena obra seria y positiva. Esa *perra* gorda, «que no va á ninguna parte,» iría á salvar de la muerte á un niño, en un Dispensario como el del doctor Ulecia y los marqueses de Casa-Torre.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Julio Claretie, por otra parte muy inteligente y notable escritor, se me figura que algo peca de cándido al creer que la tarjeta postal ha matado á la carta. A pesar de la comodidad que la postal no puede menos de prestar á los muy recargados de correspondencia ó muy perezosos y enemigos de la caligrafía, sostengo que ninguna carta digna de tal nombre dejará de escribirse porque existan postales en el mundo.

Verbigracia. Doy fe de que la dilatada familia de los pedigüeños, petardistas, profesores de esgrima de sable y demás cofrades de la santa hermandad de la *cuesta*, no se han enterado todavía de las ventajas que ofrece la postal. Escriben estos pacíficos industriales cartas cerradas, siempre de cuatro carillas, á menudo de dos pliegos, y manifestando una calma que contrasta con el apresuramiento postalográfico, que tanto lamenta el autor del *Príncipe Zilah*, refieren con pelos y señales toda su historia, el cúmulo de circunstancias que les han traído al caso de girar en descubierto contra los ajenos bolsillos. Mientras haya cuestores, habrá cartas largas. —Tranquilícese Claretie.

El poeta de moda es Petrarca. Con él vuelve á la superficie el soneto. ¿Pero acaso el soneto había pasado, acaso no son unos cuantos sonetos lo más perfecto y hermoso de la poesía moderna?

El amador de Laura hizo sonetos; sonetos hizo Heredia, y entre los dos grandes líricos está un mundo, no sólo de tiempo transcurrido, sino de ideales transformados; la incalculable evolución de la lírica.

Petrarca tuvo su precursor, como Heredia. El precursor de Petrarca fué el modesto y casi olvidado Cino de Pistoya. Antes que Petrarca, este jurisconsulto humanizó el amor, cantó á una mujer viva y muerta, con acentos de ternura moderna, elegíaca. No hay nadie sin raíces, sin antecedentes. Así lo ha dispuesto la naturaleza, enemiga de saltos, como nadie ignora.

Petrarca nació el 20 de julio de 1304, en Arezzo. Él mismo nos lo refiere, y añade un detalle que explica su melancolía: nació desterrado. Su padre era, como Dante Alighieri, de la facción blanca, y como él había sido expulsado de Florencia. Y siempre la sombra melancólica del destierro envolvió su destino.

Un rasgo curioso de la biografía de Petrarca, rasgo por otra parte en armonía con la índole amorosa y refinada de sus versos, es que, á los veintitrés años de edad, era lo que hoy llamaríamos *un muchacho de la goma*. En Avignon, residencia entonces de los Papas, emporio de elegancia y lujo, Petrarca se consagraba á rizarse el pelo, á adornarse con la mayor prolijidad, á perfumarse, á pavonearse así en la calle para recoger miradas de hermosas. La vocación del enamorado precedía á la del poeta, pues en aquel período Petrarca sólo había cursado Derecho: no era el *canzoniere*.

En un templo de Avignon vió por primera vez á su Musa, Laura de Noves. Dos años hacía que *la bella giovinetta*, como el poeta la nombra, estaba casada con Hugo de Sade. Y de esta unión, Laura hubo numerosos retoños. Cuando Petrarca lamenta la falta de salud de su adorada, son los achaques inherentes á la maternidad los que causan esa falta de salud.

Todavía peor que la fecundidad de Laura es lo que el mismo poeta nos dice de ella: que no la importaban un ardite las canciones ni las poesías.

Mas para aquel discípulo de Platón, de Plotino y de San Agustín, tempranamente imbuído de ideales modernos, Laura era la Belleza, y no necesitaba ser otra cosa para exaltar un espíritu y elevarlo á la región de lo suprasensible, hasta volar á la Causa primera, y, como Dante, percibir en vida los esplendores del paraíso.

Su pelo de oro, su gracioso rostro, sus dulces ojos... Ahí estaba la idealidad de la madre de familia que se llamó Laura de Noves y que (según piensan los más eruditos comentadores y críticos) nunca pagó con un latido de su corazón pasión tan elevada, expresada en tan incomparables estrofas.

A esa Laura que tal vez no se enteró, ó al menos hizo como si no se enterase, Petrarca la dedicó veintisiete canciones y trescientos diecisiete sonetos. Y mientras cincelaba el engarce de este collar magnífico abrochado al cuello de una mujer, la mujer acrecentaba el número de los ciudadanos de Avignon, y por su parte el poeta hacía otro tanto, sin que se le ocurriese regalar á la madre de sus hijos una sola rima.

Conste que nadie me ha preguntado mi opinión acerca del descanso dominical en toros y tabernas, pero esto no impide que yo la tenga, como cada quisque. Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones.

Y si nadie descansase, y si las tiendas continuasen vendiendo, y los talleres funcionando, y las fábricas echando humo, y todas las formas del trabajo en plena actividad, continúo creyendo que debieran cerrarse las tabernas y suprimirse las corridas.

No concibo siquiera que esto se discuta, y no me importa que se afirme que desconozco las exigencias y dictados de la realidad. La realidad es como la libertad: se cometen crímenes en su nombre.

Nuestro mal, ó por lo menos gran parte de nuestro mal, viene del empleo que damos al domingo. Es el día del diablo, como diría Tolstoy. Por fin, los demás días de la semana se trabaja, y el trabajo morigera. El domingo, la barbarie se desborda.

No hay que fijarse, cuando se intentan reformas de tal trascendencia moral, cuando por fortuna se hace sentir su urgencia, en si se perjudica á Fulano ó á Perico de los Palotes; á esta clase, á este grupo, á aquella industria.

Todo eso es pasajero; la industria busca otro campo, el grupo otra labor, cada cosa vuelve á su sitio, el agua recobra su nivel. Lo que no puede calcularse es la transformación profunda de las costumbres, el efecto enorme, para el nivel moral, que el cierre produciría. Si alguien pierde en lo material, en intereses, en lucro..., no sacará del armario el pañuelo de mayores dimensiones. ¡Ahí es nada! ¡Los domingos sin tabernas y sin toros!

Especialmente lo primero, representa la mitad del camino andado para que empiece á no ser fórmula irrisoria el bello, el admirable precepto de *santificar las fiestas*.

¡Precepto tan olvidado! ¡Precepto que parece idea de un insigne estadista y sociólogo *á lo divino!*

No se trata de rezos, no se trata de afluir á los templos; esto sería excelente, pero no á todos grato. Tratemos de concertar las voluntades: entiéndase la santificación de las fiestas en un sentido humano, hasta profano, jubiloso.

¿Quién ha dicho que la gente no se divierta los domingos? Diviértase, al contrario, cuanto pueda. ¿Acaso no hay más medio de divertirse que emborracharse ó ver tripas colgando?

Los toros, á la verdad, están tan decadentes, tan escasos de personal lucido en las cuadrillas, que no se concibe cómo no aburren á los mismos fieles de *la afición*. Ya no son más que el espectáculo sangriento, sin la excusa de la destreza y la habilidad. Acaso, cerradas en domingo las tabernas, el público de la plaza de toros disminuiría, porque estos dos estímulos, fatales á la gente laboriosa, se dan la mano.

Entre otros argumentos contra el cierre, dicen: lo que no se beba en domingo, se beberá en lunes... Extraña psicología. La bebida no es una necesidad natural, orgánica, que insatisfecha un día se impone al siguiente, acaso con más fuerza. La embriaguez es un mal hábito, un vicio, y como todo vicio, la interrupción temporal puede ayudar eficazmente á desarraigarlo. Hay otro punto en que tal vez no se fija la atención. Al trabajador, lejos de hacérsele corto el descanso, cuando dispone de un día entero discurre *cómo matarlo;* es una solución de continuidad en su existencia; tiene que rellenar ese tiempo vacío; por eso, de los domingos, nace muchas veces el hábito de la embriaguez. Vandervelde, el eminente escritor socialista, ha consignado esta observación: «desde que los obreros consagran los domingos á excursiones campestres, ha disminuído la embriaguez en sorprendente proporción.» Llenad el domingo: el pueblo no echará de menos la taberna. Cerrad la taberna: disminuirá el tropel de gente en la taquilla de la plaza de toros.

En las cercanías de mi pueblo, el mal empleo del domingo, sobre todo de la tarde del domingo, ha llegado á constituir un verdadero problema de orden público y de buen gobierno. Los caminos, encantadores, poéticos, á la orilla del mar, están orillados de madreselva... y de templos de Baco. La mozallonería de los lugares circunvecinos concurre á la taberna para calentarse bien los cascos; después, armada de garrotes, revólveres, llaves inglesas y navajas de dos mil muelles, se esparce, nuncia de civilización, por esos caminos que la madreselva embalsama, y la emprende á porrazos, cuchilladas y tiros con el lucero del alba que pase, llevando en la mano una torta. Hace pocos meses dejaron por muerto á un inofensivo señor que se paseaba admirando la puesta del sol en la ría. La Coruña es, sin embargo, una ciudad importante, culta, del litoral. Y estas cosas no ocurren en los aduares marroquíes. Son obra de la taberna, del alcohol, ofrecido á la grosera concupiscencia durante las horas de descanso, en que el trabajador no sabe cómo distraerse, y crea un vicio para tapar el agujero de su tedio no confesado. Si no cerráis el domingo la taberna, sobre todo la taberna, mejor hicierais en prescindir del descanso dominical. Lo convertís en daño. Las más sangrientas guerras, las epidemias más mortíferas, no igualan, en funestos efectos, al alcohol, único recreo de las clases pobres.

Pues, señor, ¡continúan los periódicos escribiendo sin recato *sportments* y *parisién!*

Y en cambio, los cajistas de los mismos periódicos le corrigen á uno el poco, pero honrado inglés que sabe, y le hacen escribir *I* con minúscula.

(I, nominativo del pronombre personal de primera persona: entendámonos.)

Habrá que resignarse. La palabra que en inglés equivale á *deportista*, en singular y en plural, tiene desgracia. Propuesto se han que no la conozca la madre británica que la parió... y se salen con la suya.

Por última vez: se dice así: *sportman*, deportista. *Sportmen*, deportistas.—*Parisiense* (del lat. *parisiensis)*, natural de París. —Para cerciorarse de esto último basta con abrir el Diccionario castellano.

Ha sido desinfectada convenientemente (era hora) la ropa empeñada en las infinitas casas de préstamos de Madrid, y parece que al leer esta nueva se nos tranquiliza un poco el espíritu, desasosegado ante los temores de repugnantes infecciones microbianas.

Porque es divertido recorrer las casas de préstamos, en las cuales suelen verse cosas que interesan al novelista, que hablan de historias de dolor, de conflictos morales, de grandezas fenecidas, de ese oleaje de vicisitudes sin el cual la sociedad sería como un plato de calabaza cocida sin sal; pero el terror de lo que andaba colgado por aquellas perchas, enfuñicado en aquellos obscuros gabinetes, mal preservado de la polilla por el clásico alcanfor, helaba las iniciativas y echaba á perder las descubiertas.

Tenía uno miedo á la *vecchia simarra*, donde la peste, ni siquiera bohemia, sino burguesa ó proletaria, había sentado sus reales, y parecía resuelta á no irse.

¡Bienhayan las estufas desinfectadoras! Ellas nos permitirán escudriñar tranquilos esos establecimientos donde el mar de la vida hace remanso y deposita restos de naufragios, testimonios de amarguras, lo que suele quedar sobre el campo de batalla, en las grandes capitales encarnizada y fiera. El bordado mantón, el abanico de nácar, la mantilla de blonda, son lo más visible, pero no lo más sugestivo, de esos despojos. Un día, en una casa de préstamos, vi empeñado un cuadrito que, en marco de caoba, bajo vidrio, encerraba un ramillete de azahar. ¿Qué había valido el empeño de ese recuerdo tan íntimo? ¿Qué había dado por él el impío prestamista? ¿Qué género de necesidad remediaron esas flores de cera, á las cuales el transcurso del tiempo ha comunicado un matiz enfermizo? ¿Son prenda que conservaba un esposo, en memoria de una hora inolvidable? ¿Las guardaba la misma esposa, como signo de que eternamente pertenecía á un hombre? ¿Las trajo á la casa de empeños un heredero..., un hijo..., precisado á desprenderse de las flores que engalanaron el corpino de su madre la mañana de sus desposorios? ¡Quién interpreta el enigma de un ramo de azahar encuadrado primero y pignorado después!

La cuestión de la desinfección de las capas viejas me sugiere la de la quema de hospitales, que está á la orden del día. Los hospitales se queman porque, al cabo de algún tiempo, sus paredes son un criadero inmundo de microbios.

¡Ya lo saben los constructores de Hospitales y Casas de salud: á la malicia, á la malicia!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, en una corrida de toros, yo notaba que este espectáculo, cuyo atractivo parece demostrado hasta la saciedad, es realmente uno de los que más fatigan, no ya á la parte escogida del público, sino á la más burda, á los fanáticos del tendido, á los que por no perderlo empeñan el colchón y serían capaces de vender la camisa. Y este sentimiento especial de enervamiento, de hartura, de saturación pronta, lo revela el hecho de que toda corrida que se prolonga, todo lance de la lidia que no es rápido, altera á los espectadores, encalabrina su sistema nervioso. La pesadez, en los toros, es el mayor de los errores y se castiga con grita implacable. Al bicho que embiste pronto, al lidiador que deja rápidamente el par de banderillas ó el estoque, se le agradece como si nos dispensase favor especial. Este drama es de acción, y las digresiones, en él, no se toleran. ¡Al avío!

Eran Mazzantini y *Lagartijo minor*, *Lagartijo* no sé cuántos, porque me pierdo en esta dinastía. Un mocete cetrino, ojinegro, suelto y eléctrico de movimientos como el lagartijo verdoso y menudo que repta al sol entre las piedras secas y calientes. En el tronco delgado, hucsoso, pero bien puesto, del torerillo, hay una vida intensa, un vigor concentrado, diferente de las rudezas y materialidades del atletismo, el vigor ágil del celtíbero, su desprecio del peligro, su temeridad serena. El *niño*—así llaman á estos mozos que en el toreo principian á despuntar—juega y culebrea por entre las astas, como si no viese en ellas el horror de la muerte, sino la embriaguez ligera, espumante, de la traviesa burla. Hay en el toreo de este muchacho la alegría imprevisora, libre aún del peso del destino, que los primeros años de la existencia y de la carrera imprimen á la labor del artista. Sus movimientos para evitar la embestida ó para provocarla son elásticamente felices. Su cuerpo va adonde debe ir, impulsado por corrientes de vida nerviosa, en estricta correspondencia, instintiva, con la voluntad. Esquiva y busca; retoza graciosamente, ó se planta tranquilo, aplomado, cuando adivina que la fiera no está dispuesta á arremeter. Hay entre él y la fiera armonía, unidad de combate. Y el público, encantado de la viveza, aplaude, con el presentimiento obscuro de que un día gritará de terror, cuando el lagartijo rápido sea alzado en el sangriento pitón ardiente...

Y allí estaban, formando contraste violento, Mazzantini con su corpulencia de titán, su fuerza hercúlea, que le permite sujetar y colear un largo minuto á un toro, sin que el animal consiga desprenderse de la tenaza de aquellas manos anchas, bien cuidadas, y el menudo y delgado torerillo, deslizándose ó parándose en seco, con el donaire de una mulilla joven, antes de que la carga y el laboreo le hayan robado el esplendor de su energía salvaje.

En este que no llamaré rincón, pues ese nombre envuelve algo de minorativo, pero sí extremo de España, tenemos la satisfacción de haber visto realizada la primer Colonia Escolar *mixta* de vacaciones. Hasta el día, las Colonias Escolares se componían sólo de niños (hablo de España; supongo que en el extranjero está planteado hace años el sistema mixto).

No concibo obra benéfica que no sea mixta (siendo genérica, se entiende, como esta de las Colonias Escolares). Tratándose de evitar, en sus orígenes, la depauperación de la raza, dando á las criaturas aire, juego, cultura y hábitos de higiene y aseo, acaso se debiera haber principiado por la mujer, de la cual la raza se forma, y que ya sufre tanta injusta exclusión en otros terrenos, en infinitas relaciones de la vida. Difícilmente se concibe, pero tal es la fuerza de las preocupaciones hereditarias, que acaso los iniciadores de esta obra profundamente social y humana no pensaron al pronto en hacerla extensiva á la mujer. Los niños, cosa convenida, veranean; las niñas, no. Aquí, en Marineda de Cantabria, hemos sido los primeros, y es natural que de ello estemos algo envanecidos. Diez y seis niñas respiran ya al borde del mar, en una casita de campo, frente á la azul playa de la Lagoa, bajo la dirección de dos profesoras. Son chiquillas pobres, sorteadas entre las de las escuelas municipales. Su edad es esa en que un benéfico impulso dado al organismo puede hacer de una desequilibrada una hembra fuerte y sana, preparada para las fatigas de la maternidad y para la lucha económica. Corto es el plazo del veraneo; en esto, como en todo, se debe aspirar á mayor resultado; en vez de un mes, quisiéramos hacerlas veranear un trimestre, y aplazamos la extensión de la obra para cuando los recursos sean mayores; pero la temporadita que ya aprovechan puede hacerles incalculable beneficio. Es un mes de oreo, de oxigenación, de comida sana, de ejercicio y juego, de educación moral. No será perdido.

Son niñas de nueve á trece años, de sangre empobrecida, de huesos menudos, frágiles. En sus ojos, en su tez, en sus formas, hay señales inequívocas que delatan el estrago de la miseria continua, laboriosamente sufrida, de las clases humildes. No han tendido la mano en la calle, pero no han tenido todos los días en abundancia el pan. No han vestido harapos que dejen ver sus carnes, pero han aprovechado hasta el zurcido y la transparencia la ropita usada por los hermanos mayores ó la madre. Son necesitadas, no son mendigas. Van á la escuela, y esto sólo las sitúa en la vida normal, las prepara al trabajo. Pero para el trabajo se ha menester salud y cierta instrucción. Ya una obrera la necesita también.

Algunas de estas criaturas muestran los estigmas de la escrofulosis. Hay una que se arrastra con muleta sobre una pierna, encogida para siempre la compañera por la coxalgia. Otra ha sentido crecer, en uno de sus hermosos ojos azules, algo tristes, la mancha blanca, como de vidrio cuajado, que lo privará de vista. Sin embargo, las dos muchachas, al verse en el campo, se llenaron de gozo, y se dieron á correr—la cojita igual que las demás—por las calles enarenadas, por el parque, al través del bosque de castaños. El bullicio de su sangre joven se despertaba al estímulo del verano y de la naturaleza. El día en que se logre proporcionarles tres meses de vacaciones escolares, el problema de su vida venidera se habrá resuelto en parte: tendrán vigor y aptitudes.

A fin de allegar recursos para esta Colonia Escolar de vacaciones de Marineda, que no tiene casa propia y debe tenerla, que hace veranear á dieciséis niñas y debe hacer veranear á cien, por lo corto (pues en la Coruña la tuberculosis hace estragos en las clases pobres, y la tuberculosis se prepara en la niñez); á fin, digo, de arbitrar fondos con tal objeto, organicé, secundada por todo el mundo, y en especial por las damas y las señoritas, que no han podido mostrarse más explícitamente favorables á la idea, y auxiliada por la infatigable actividad del cónsul argentino D. Manuel Olmos, una serie de festejos, alegres, animados, agradables, porque en las campañas de beneficencia hay que aplicar á menudo la enseñanza que contienen unos versos de Tasso:

«Così allegro fanciul porgiamo aspersa
di soave licor gli orli del vaso:
succhi amari ingannato intanto ei beve,
e dal ingannо sua vita riceve.»

Envuelta en el dulce licor del recreo viene la tónica bebida del bien realizado, el cual no debe practicarse con tristeza y murria, sino con expansivo buen humor, con esa alacridad de espíritu que hermosea la vida interior, cuando llenamos la exterior de algo, de acciones.

Los festejos de Beneficencia, en este culto pueblo (uno de los más cultos de España), están siendo recbispeo de contento, derroche de dinero gastado con rumbo y discreción, señal de lo que puede y vale esto de que una ciudad esté conforme en un pensamiento y en un deseo, y sume sus fuerzas.

Los festejos de Beneficencia han sido tres: un gran Baile de sociedad, una Kermesse al aire libre, y un Baile infantil al aire libre también, con premios de muñecas y caballos para el niño más bonito. El baile ha sido brillante, elegante, escogidísimo, lleno de *toilettes*, de señorío, de flores, de joyas, con un cotillón de sesenta parejas, regalo del comercio de esta plaza, y que sólo puedo comparar, por lo rico y abundante en figuras, á los mejores cotillones de las casas más cogotudas de Madrid.

Celebraría que algún erudito me diese una conferencia sobre el origen del *cotillón*, porque confieso que no sé palabra de esta monería salonista, ni sospecho cómo empezó á ocurrírsele á la humanidad eso de bailar agitando panderetas ó tocando trompetas de cartón. Y ello es que un baile sin cotillón es cosa insípida; que todos esos moñitos de papel picado, esas varas doradas donde tintinean leves cascabeles y frufrutean cintas vaporosas, esos pícudos gorros cómicos, que desfiguran á los bailarines, entre carcajadas plateadas de las parejas, esas condecoraciones burlescas, esas narices de cartón, bulbosas, donde se enciende un foco eléctrico, esas bandas de colorines, rematadas en sonajas, llevan al paroxismo el arremolinado júbilo de los finales de baile, en que hay dejos de fiebre carnavalesca. El Carnaval, la nota fina de la locura, eso es, durante todo el año, el cotillón.

También en las Kermesses—en la envolvente y dulce insinuación de las vendedoras, en su gentil estrategia para «comprometer» á los adinerados y á aquellos sobre quienes sospechan que es imán su encanto juvenil,—hay la alegría maliciosa y picaresca del disfraz, el goce de la princesa vestida de aldeana, de la señorita que no tiene que trabajar y por un momento se transforma en traficante, despacha géneros, objetos, y arranca—como he visto en esta Kermesse marinedina—cuatro libras inglesas, cuatro monedas de oro, por un cigarro puro.

Con sus bolsas de percal rameado, de floripones, con sus lazos rosa sobre el pecho, con sus trajes veraniegos, de batistas y organdíes, sus pamelas inmensas, eran las vendedoras una especie de ejército de la juventud, de la felicidad, de la radiante animación, en contraste con ese otro «Ejército de salvación» londinense, cuya buena intención y cuyos merecimientos no niego, pero cuyas trazas son de los más tétricos y antiestéticos que cabe imaginar.

Hay dos ó tres (acaso muchas más) observaciones curiosas que hacer respecto á ciertas tendencias del espíritu que desarrolla esta guerra económica declarada por las hijas de los ricos al bolsillo de los ricos, en favor de los hijos de los pobres.

Es una de ellas que el saqueado experimenta cierto placer, cierto orgullo, en haberse dejado saquear y lo demuestra comentando humoristicamente el saqueo, volviendo los bolsillos del revés, enseñando el portamonedas vacío, simulando terrores, fugas, desesperaciones que acaban en rendimientos; en suma, la mímica propia del caso, donde hay un fondo de delicadeza generosa y convencida de serlo.

Otra observación es que las Kermesses, excitando la imaginación y el instinto de tentar la suerte que hay en todos nosotros, que radica en el fondo de nuestro ser, atraen de un modo eficaz á la gente del pueblo, á los niños. La chiquillería nos dió un contingente importante; los chicos acudían como moscas á la miel, al cebo de la rifa. ¡Lo que habrían importunado en sus casas para conseguir las pesetas que jugaban con tanta conciencia! Ellos eran los que verdaderamente seguían, sin perder detalle, las peripecias del sorteo público. A cada vez que uno de ellos, elegido de entre los más chiquitos, metía la mano en la bolsa para extraer un número, las caras de los otros se paralizaban en una seriedad de emoción. Sus ojos, dilatados, sus oídos, aguzados, devoraban el número feliz. Y cuando á la expectación de alguno de estos precoces jugadores correspondía la realidad de un premio, ¡qué eléctrica sacudida, qué palidez repentina, qué manos trémulas de afán extendidas hacia el objeto!

A un chico de diez años le tocó un paraguas; un buen paraguas inglés, de montaje sólido, de seda recia, uno de los lotes más útiles. El chico asió el paraguas y se sintió grandecito ya, con la posesión de un artefacto que gastan los mayores, que tanto se estima en las familias, cuya pérdida constituye un pequeño conflicto doméstico.

Me intrigó el ulterior destino del paraguas. Quisiera yo que al rapaz le fuese lícito su disfrute. Todos hemos poseído nominalmente, de niños, alguna prenda ó juguete que nos ocultaban, que nos habían recogido, lo cual amenguaba nuestra dignidad.

El chico que ganó el paraguas en la rifa creo que tampoco lo disfruta. Ha debido, con respetuosa rabia, ofrecérselo... á su abuelo.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los piquetazos de Amsterdam no han influído poco ni mucho en que decrezca la animación de la sociedad, no interrumpida durante estos meses de verano. La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, alecciónados á la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical.

Hay más todavía. La sociedad ya casi ni vuelve la vista hacia el crecer continuo, tenaz, perseverante, del socialismo. Se ha conformado á que los socialistas la destruyan, bueno, pero no á que la aburran y entristezcan. La inmensa mayoría de las gentes nada quiere saber de estos congresos como el de Amsterdam, de estos meetings, de estas Asociaciones, de estas huelgas, de esta propaganda activísima que entrefiletea los diarios. Los gobernantes tienen que hacer que se enteran, pero rara vez va su interés más allá del ineficaz paliativo y del *après moi le déluge*, y un sistema de defensa organizado, diferente de las violencias represivas ó del aplazamiento abúlico, sería sorprendente por lo inesperado y nuevo.

Mayor ansiedad que los trabajos socialistas despierta Puerto Arthur. Que esa plaza caiga ó no en poder de los sitiadores, es cuestión muy cautivadora de la atención emocional. Nadie deja de preguntarse lleno de curiosidad: «La plaza, ¿capitulará ó será tomada por asalto?» Que los nipones sean rechazados, nadie lo cree ni lo espera, por más rusófilo que se le suponga.

La señal del convencimiento de que se acerca la rendición ó toma de la plaza, es que ya se ha acordado que salgan de ella las bocas inútiles, la gente civil. Largas caravanas de mujeres, viejos, niños, se retiran silenciosos, dejando solos á los defensores. Triste emigración, triste escena, pero prevención muy humanitaria, pues un asalto es horrible cosa. Desaparecen en él los instintos humanos y sale á plaza la fiera.

La guerra desencadena esta fiera que se oculta bajo todo hombre, lo cual demuestra hasta qué punto es errónea la teoría del criminal nato, favorita de la escuela antropológica contemporánea. Criminal nato lo es casi todo el mundo, y son las circunstancias, las influencias, lo que le impide revelarse. La guerra no crea almas nuevas; se reduce á desnudar de un revés las almas.

La ley del descanso dominical ha aparecido. ¡No sirve! ¡No dispone el cierre dominical de las tabernas! Y faltando este requisito, poco ha de notarse en las costumbres la mejoría. No sé si diga que hasta es contraproducente la ley.

Empecemos obreros en el campo. Puedo observar de cerca su psicología. Desean, como es natural, el día de reposo; pero, llegado éste, se aburren, no saben qué hacerse para matar las horas. A resolverles el problema está la taberna, con sus seducciones bastas. No es que todos los obreros se emborrachen, ni está el mal en las borracheras precisamente, sino en la excitación malsana y grosera del aislamiento de los varones, encerrados en el bebedero y el jugadero, mientras la familia, las mujeres, se quedan en casa, en el abandono. Los hombres reunidos, dando al naipe, jactándose, barbarizando juntos—amén de la bebida,—¿qué va á salir de ahí? Lo que sale.

Hace pocos días, por calles céntricas de mi pueblo, una horda de bárbaros, en domingo, se las lió, navaja en ristre, con todo pacífico que encontraron. La más severa represión debiera ejercerse contra delitos de esta clase. Aquí sí que es del caso lo que llaman «ejemplaridad.» Porque tales salvajadas suelen quedar impunes, y la impunidad las cría y reproduce, como la falta de cultivo cría los cardos. Y aparte de lo que la sociedad debe hacer para castigar delitos que imposibilitan la vida en condiciones de seguridad y normalidad, el Estado debe, rápidamente, radicalmente, brutalmente, cerrar las tabernas.

Escribamos con placer el nombre de D. Abelardo Jiménez, médico de el Carpio, en la provincia de Valladolid.

En medio del terror que causa la epidemia de viruela, cuando no había quien quisiese enterrar los cadáveres, el médico abrió con sus manos la fosa, y cargando en sus propios hombros á una mujer muerta, le dió sepultura.

El gesto es hermoso; hermoso á lo cristiano ascético, y hermoso á lo humano también, sin que la fe necesite entrar en juego; el Sr. Jiménez es un hombre, podría ser un santo, y la cruz de Beneficencia no tardará, lo espero, en brillar sobre su pecho nobilísimo; pero... Siempre hay peros cuando se tiene la condición, que no llamo fortuna ni desgracia, de ser un espíritu analítico.—He aquí el pero, que no sufro se me quede entre los puntos de la pluma.—En la Edad Media, enterrar á los variolosos, á los apestados, era la *buena obra*. Hoy la *buena obra* es vacunar á los sanos, para que la viruela no llegue á invadirles. Tal es el servicio que la ciencia y la humanidad esperan de los médicos de partido. Vacunar sin tregua; que no se les escape una rata sin vacunar. La respuesta de los hospitales y clínicas alemanas la debemos tener siempre muy presente. En Alemania no pueden darnos consejos, no pueden decirnos lo que se hace durante las epidemias de viruela... porque no existen; se han suprimido, difundiendo, universalizando la vacuna.

El comentario á la anterior noticia, ó sea á la abnegación del médico del Carpio, es la terrible escena de Linares, el arrebato de locura del varioloso don Ignacio Montero, que quiso degollar, en la accesión de su fiebre, á su familia toda.

Una difunta cuyo cuerpo nadie se atrevía á enterrar, hasta que surge un héroe: un hombre perteneciente á una clase social respetable, que intenta asesinar á sus inocentes hijos... Escenas espeluznantes, de tiempos crueles, provocan la repugnancia y el terror obscuro de la fatalidad...

Pues bien, esas dos notas trágicas las evitarían la lanceta y el tubito, ó la ternera con su rosado vientre jaspeado de pústulas.

¡A vacunar, simpático y valeroso facultativo del Carpio!

Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que intervienen sacerdotes; pero estos días corre un suceso que sí tiene mucho de deplorable, tiene también bastante excusa; un movimiento natural, aunque excesivo, que los periódicos califican, á mi entender, con sobrada severidad.

Un cura párroco toma el fresco á la puerta de su casa. A sus pies está echado el perro, el compañero, el amigo de cada hora. El cura no tiene familia; el cura quiere á su perro, como se quiere á los perros que son leales. Pasa un chiquillo, y en su instinto de malevolencia, no se le ocurre nada más divertido que cerrar á palos con el can, que reposaba descuidado.

Y el cura... ¿Qué hubiesen ustedes hecho? Pues hizo lo mismo que ustedes y que yo: salió á la defensa de su perro, corrió tras el maligno rapaz, le dió un puntapié. Yo no sé qué le daría al que le pegase á un perro mío, que no hacía daño, ¡inofensivo animal!, pues esto de atormentar á un ser bueno, que no nos ataca, me parece tan repulsivo, doblemente repulsivo que algunos crímenes.

Las gentes de Robledo, donde sucedió este caso sencillo, querían nada menos que linchar al párroco. ¿Qué guardan las gentes de Robledo para ciertos asesinos, para ciertos malhechores hacia los cuales, de repente, vemos despertarse una compasión que puede confundirse con la simpatía?

La revista malagueña *Reflejos* me pregunta «qué pienso del carácter andaluz.»

¿Verdad que la respuesta es comprometida para quien se ha pasado, por junto, quince días en Sevilla, tres en Granada, dos en Córdoba, uno en Puerto Real, etc., lo menos, lo menos que se puede estar en Andalucía?

Claro es que todos conocemos andaluces, tenemos amigos nacidos en aquel país. Claro es que todos hemos leído novelas de Alarcón, Valera y Fernán Caballero, sin hablar de las de Arturo Reyes y Muñoz Pavón. Claro es que diariamente, en dramas, cuentos, historias, relatos, nos llegan series de indicios para conocer «el carácter andaluz.» Con todo eso, el carácter, mejor dicho, la psicología de una región, no se conoce así, ni su definición se hace en un par de líneas. No me atrevo á contestar á la pregunta de *Reflejos*.

De paso exclamaré: ¡qué cosas dan en preguntar los periódicos! Estoy viendo cuando dan en inquirir los años que uno cuenta y los sentimientos más ocultos que en su conciencia guarda.

Un interrogatorio he recibido hace pocos días, donde se pretendía que yo declarase: si estoy por los rusos ó por los japoneses,—si creo útil ó nocivo llevar corsé de dril,—si me gusta la sobrasada de Mallorca,—si soy entusiasta de Rodríguez San Pedro,—si considero que la Casa de Correos estará bien situada en los Jardines del Retiro,—si hago uso de la velutina marca no sé cuántos,—si soy vegetarista,—si estoy convencida de que el marqués de Casa Riera es en efecto el marqués de Casa Riera.

Ya ven ustedes que todo esto puede acarrear consecuencias más ó menos graves. No, la manía de las preguntas va siendo punto menos temible que la de las postales, que decíae, según afirman, pero á mí se me figura que arrecia.

En efecto: recibo, por término medio, seis postales diarias, para que ponga en ellas un pensamiento, y hay quien añade «en verso» sin remisión.

De suerte que, por culpa de la postalomanía, he de pensar, lo menos, seis veces cada jornada, en honor de los señores, señoras y señoritas que me apostalan por correo. Y á veces he de pensar también en honor, no de los que me las expiden, sino de los que sólo me las piden, identificándome al célebre sastre del campillo, que sobre coser de balde, regalaba el hilo.

También se da el caso de que los solicitantes de postales me echen multa. Varias cartas de las que desde América me dirigen conteniendo postales que debo firmar «pensando,» traen recargos, por insuficiencia de franqueo, que oscilan entre 30 y 50 céntimos de peseta. Ya he resuelto no admitirlas, y perdónenme mis postalógrafos de allende el Atlántico, y franqueen como Dios manda, que será lo mejor.

Nada significan los céntimos una vez; el demonio es que los recarguitos menudean.

Se ha dado una batida á los expendedores de libros y estampas pornográficas. Está muy bien; está mejor todavía si á la recogida acompaña la multa.

Ciertos tráficos se hacen sin otro estímulo que el interés. Deben atacarse por el bolsillo.

El público adquiere esas estampas, esas publicaciones asquerosas... Sostengo que, después de adquirirlas y saturarse de ellas, el público, determinado público, ni es mejor ni peor, ni más culto ni más rebajado: lo positivo es que el hecho de que expender porquerías dé base á lucrativa industria, revela estados tristes, predisposiciones morbosas. Si eso se vende, es porque se compra; si el comprarlo constituyese la excepción, nadie intentaría venderlo. Lo que sostiene el escándalo son los escandalófilos.

La insidia de los pornógrafos se combate de antemano en la escuela, en el hogar, dondequiera que se forma una generación sana, no precozmente bastardeada y picardeada, como la que adquiere y esconde, para recrearse á hurtadillas, esos libros.

Y ya que hablamos de pedagogía...

Regreso de visitar la Colonia Escolar de Vacaciones, de niñas, en la bonita playa de la Lagos.

Las que he visto hace un mes anémicas, descoloridas, desgreñadas, con sello de abatimiento en medio de la bulliciosidad infantil, están ahora, á los veinte días de residencia en la Colonia, tostadas y coloradas por el aire del mar, alegres, fuertes, aseadas de dientes, manos y pelo...

¡Ah, el pelo! ¡Si un día se hiciese obligatorio en todas partes, como la vacunación, el esquileo de las criaturas!

Casi sin excepción, las que vienen á reponerse y enderezarse en las Colonias Escolares necesitan del valor y abnegación de las profesoras... Traen el estigma; nadie había pensado en redimirlas de él...

Es preciso que os refiera un detalle muy característico. Cuando en las Escuelas de Marineda vimos reunidas á las niñas con opción á formar parte de la Colonia, hube de fijarme en una, lindísima, que lucía, alrededor de una cara pálida y fina, unas guedejas obscuras, peinadas con coquetería, adornadas con un lazo de cinta roja.

Al acercarme á ella, no pude menos de exclamar:

—¡Qué bonita es! Pero debían cortarla este pelo que la consume.

La niña oyó y calló... Designada para formar parte de la Colonia, rehusó obstinadamente. ¡Temía que la cortasen las guedejas obscuras, engalanadas con moños de cinta roja!

Cuando lo supe, pensé:

—¡Absalón!

Por los pelos empieza la vanidad, la presunción, y lo que es peor, la falta de higiene.—Esquilen y vacunen.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

¿Lo ven ustedes? Para hacer una cosa..., no hay como querer hacerla. Es probado. Y por si no entienden á qué me refiero, diré que me refiero al gobernador de Madrid, á su campaña para que los teatros se cierren á una hora racional y den las funciones puntualmente á la que de antemano señalan.

Cuando se anunció tal propósito, vaticinaron una serie de tragedias—en substitución de los sainetes—si se llevaba adelante la reforma. Los teatros cerrarían herméticamente sus puertas; sobrevendría la ruina de innumerables familias, el krach de las empresas todas. Era casi una pavorosa cuestión de orden social la que surgía, provocada por el acuerdo y disposiciones de la autoridad. Ignoro los trámites que siguió ese asunto: sin duda mediaron, es la costumbre, urgentes recomendaciones, influencias de todo género, para que «se hiciese tablas» y se desistiese del proyecto. El gobernador se mantuvo en sus trece (hora oficial) y se echó la cuenta de que no se hundiría el mundo porque él pusiese orden en el desquiciamiento de las funciones teatrales. Cuando creíamos que la protesta, á la apertura de la temporada, se acentuaría, resonaría en la prensa más alto, aturdiendo los oídos, he aquí que se abre el primer teatro, el más levantisco, el de los couplets del *Cangrejo*, la Zarzuela, y el empresario, en vez de quejarse, muestra la más absoluta conformidad y la mayor satisfacción. «Nos viene de perlas—dice.—Hay una hora en Madrid á la cual, en invierno, todavía no se cena, pero ya no se pasea; una hora que la gente no sabe cómo entretener. Esa hora, de siete á ocho de la tarde, nos compensa los beneficios de la antigua hora calaveresca de las dos de la madrugada. Nuestro público va á variar: nuestro público, antes, era el de los perdedores de tiempo, el de la gente que no sabe cómo matar la noche y convertirla en día; el público de los desocupados, de los disipados, de los galanteadores de coristas y suripantas, de los admiradores de la tiple, de los vejetes alegres á caza de aventuras. Ahora, nuestro público lo formarán honrados honjitas que cierran temprano su establecimiento; matrimonios que de bracete echan una cana al aire; mamás de familia que cayéndoseles la baba llevan á sus retoños á divertirse, oyendo una funcioncita; sirvientes que despachada la obligación se escapan mientras sus amos están fuera; dependientes de comercio que aprovechan el cambio de las costumbres para no estar vendiendo hasta las nueve, otro mal hábito de Madrid; elementos, en fin, alegres y sanos, que después de asistir á un estreno vuelven á comentarlo al calor de la camilla, en la intimidad de la cena... No perderemos nada; la taquilla no se resentirá; el teatro «de siete á ocho,» la función «del vermouth,» no tardará en constituir el solaz favorito del pueblo madrileño.» Y la salud, la higiene, el trabajo, la moralidad, ganarán infinito. Así vendrá á ser provechoso este teatro *por horas* que sólo en España existe, y que los extranjeros encuentran tan ingeniosamente ideado.

La cuarta famosa era una institución que parecía inderrocable. Había entrado en las malas costumbres, las verdaderamente arraigadas, y debía achacársele, en gran parte, el incremento del noctambulismo en la villa y corte, opuesto á la regularidad tempranera que distingue á París, Londres, Roma, el Haya, Amsterdam, Bruselas—las grandes ciudades que conozco.—En todas ellas hay quien trasnocha; son los trasnochadores de oficio; pero en Madrid trasnochaba la ciudad, y la excepción era, y continuará acaso siendo mucho tiempo, el recogerse antes de la una.

Sí; no hay que pensar que se ha remediado el mal con el encauzamiento de los teatros, con apagar las candilejas poco después de la media noche; el hábito contraído no se quita tan pronto. Yo tuve un muy querido amigo, Luis Vidart, modelo de trasnochadores, que cuando no tenía, al parecer, más remedio que recogerse á su casa, porque se había cerrado el último café y se había retirado del Círculo el último socio, daba vueltas y vueltas por las calles ó se metía en las iglesias, que abren para la misa de alba. Era una forma de romanticismo que perduraba en el espíritu, por otra parte muy equilibrado y lleno de penetración y cordura, de aquel hombre ilustradísimo, sabio, bueno. Estaba á mal con las sábanas mientras el sol no brillaba en el horizonte.

Atacado de noctambulismo, Madrid no se corregirá en un año ni en dos. Seguirá siendo el pueblo donde nadie se escandaliza del hecho positivamente escandaloso de que un artesano, que ha de mantener á mujer é hijos con su jornal, entretenga la noche, la noche reparadora de las fuerzas, la noche que brinda intimidad en el hogar y sedación en el sueño, en ese detestable copeo, en esos periplos comprensivos de todas las tabernas del barrio, averiguando sin duda en cuál envenenan mejor. Siempre que hay un lance de navaja, una de esas quimeras de origen puramente anormal, que cuestan vidas, llanto, ruina de familias pobres, encontráis el antecedente del copeo. «Fuimos á la taberna del Hilario y tomamos unas copas... De allí pasamos al café de Gumersindo y tomamos otras copas... Luego nos dirigimos al colmado de Manolo y nos sirvieron copas... Anduvimos un poco más, penetramos en el establecimiento de Simeón, y vengan copitas... Y por último, en la casa de comidas del Bonifacio, copeamos hasta el amanecer.»

Si se trata de *echar* una copa... Pero sea de día y en un solo tabernáculo. ¿Qué refinamiento de placer habrá en esto de ir bebiendo en cada esquina, como desbeben los gorguecillos?

La información de *El Imparcial* sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recargan la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremento de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea.

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio de trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primer defensa es la moderación de sus hábitos; la segunda, la cooperación para aharatar los artículos de primera necesidad.

«En Bélgica—dice Vandervelde—los obreros han luchado y se han defendido teniendo por municiones libretas de pan y sacos de patatas.» Significa que el obrero, al proporcionarse medios de resistencia contra la miseria, comestibles baratos y sanos, se pone en condiciones de luchar ventajosamente para adquirir bienestar, capacidad y fuerzas físicas.

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate á la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota.

Es más factible y seguro, por otra parte, abaratar los artículos de primera necesidad, que subir y subir incesantemente los salarios, disminuyendo á la vez las horas de trabajo. Este procedimiento (obsérvese que yo no soy industrial, hablo con desinterés) se me antoja el más propenso á crear conflictos de miseria y de *chomâge*. Además, tiene un límite infranqueable. Deben preferirse remedios que están en nuestra mano, á los que dependen de los otros, acaso ni interesados en nuestro favor.

La verdad no suele decírsele á los obreros, generalmente se les adula—aunque no son monarcas—y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como á niños, cuando debiera tratárseles como á enfermos, y enfermos cuya curación nos es indispensable á todos.

Preocupados nos tiene también otra cuestión de capital trascendencia: la aplicación de la ley de descanso dominical.

Claro que esta ley afecta esencialmente á las clases laboriosas. Las clases acomodadas, ó no trabajan, ó si trabajan, por excepción, lo hacen en condiciones no regulables mediante ninguna ley.

Me figuro, por ejemplo, que un pintor es sorprendido en domingo tomando un apunte de paisaje. ¿Hay posibilidad de multarle por infracción? Responderá que no trabaja; que se recrea y solaza con el arte y la belleza; y ¿cómo discutirlo?

Hay, no cabe duda, infinidad de excepciones que es preciso admitir, y la ley no está lo bastante masticada, cuando en ella han podido descubrirse contradicciones flagrantes, ocasionadoras de dificultades y obstáculos para su cumplimiento.

Indiscutiblemente, bajo los ataques á la ley del descanso dominical puede esconderse la mala voluntad política; mas no por eso dejan de estar allí las contradicciones, y las anomalías de saltar á cada cláusula.

Yo estoy á mal con la ley, porque si bien hay quien afirma que las manda cerrar, van á quedar abiertas y funcionando las tabernas los domingos, lo cual la hace más perjudicial que útil, convirtiendo el descanso dominical en el triunfo del copeo. No obstante, reconozco buena intención en sus artículos. No soy sospechosa; creo que se ha deseado acertar, pero no se ha acertado. *El Gráfico* escribe una crónica muy divertida, plenamente probatoria de que, según el tenor de la ley, ni los monagos pueden ayudar á misa, ni los *botones* de los Continentales llevar recados, ni las actrices y cantatrices representar y cantar en domingo...

En efecto, las excepciones del descanso dominical—dice terminantemente la ley—no son aplicables á la mujer ni á los menores de diez y ocho años. Sin duda el legislador no se acordaba de los monaguillos y las tiples, pero no deja de resultar prohibida en domingo su labor...

No hay cosa como la ciencia para sacarle á uno de angustiosas dudas. ¿Ustedes suponían, no es cierto, que los japoneses llevaban la mejor parte en la contienda? Así lo creía yo también; pero cátate que viene á mis manos el trabajo de un amigo mío, oficial de caballería, sumamente ilustrado y competente en asuntos militares, donde con copia de argumentos que siento no tener á la vista para reproducirlos, demuestra que el hecho de que un general retroceda ante el enemigo no significa sino que anda para atrás en vez de andar para adelante, y que si Kuropatkine se bate en retirada, es sencillamente que le conviene aceptar la batalla en un terreno más bien que en otro; lo cual no niego, porque no entiendo de estas mecánicas, pero me recuerda una célebre caricatura que ha dado la vuelta á la prensa internacional: el general ruso, huyendo y alabándose de su estrategia, exclama: «Han caído. Así, detrás de mí, los arrastraré hasta San Petersburgo.»

Guardémonos, pues, de llamar retirada ni derrota al movimiento de las tropas rusas. Se trata sencillamente de que aplican á su caso el consejo de Quevedo: «Si quieres que los japoneses te sigan, anda tú delante.»

Lo único que pudiera hacer dudar de si es refinada habilidad lo que inspira las maniobras de Kuropatkine, es su apremiante y angustiosa petición de refuerzos.

Los incendios, no cabe duda, escasean desde que la luz eléctrica se ha generalizando tanto; sin embargo, todavía el *lobo rojo*, así le llaman en Rusia, donde el incendio es una plaga nacional, muerde por aquí bastante.

El siniestro de la tienda número 1 de la calle del Clavel, por poco cuesta la vida á su dueño, el inteligente y laborioso D. Manuel Salvy, á quien tuve el gusto de conocer desde el punto de vista fotográfico. Con la particularidad de que las fotografías de Salvy se diferenciaban de las demás fotografías de aficionados en que llegaban á pasar al papel.

¿No habéis notado que rara vez las fotografías que hace un aficionado llegan á vuestro conocimiento, y más rara vez podéis conseguir la posesión de una copia?

Los preparativos de las fotografías de aficionado se realizan con un entusiasmo incandescente. Se derrochan placas, se aspira á fotografiarlo todo: hasta el perrito de la casa es sorprendido en dos ó tres actitudes diferentes. Se anuncia con énfasis, al revelar, que las fotografías han salido «preciosas, sumamente artísticas.» Como es natural, rogáis que os envíen sin falta una prueba, para veros y ver á los demás de otra manera que en el clisé goteante, con la cara negra y el pelo blanco. Os la prometen efusivamente para dentro de dos ó tres días. Pasa una semana: ni rastro. Pasan quince días: ni señal. Al cabo de dos meses, os encontráis al fotógrafo aficionado, con su máquina á cuestas.

—¿Y mis pruebas? ¿Se pueden ver?

—¡Qué lástima! Se han roto las placas... Se han borrado por un descuido... No hubo tiempo de manipular... La haremos otras...

Y no se hacen nunca.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando les digo á ustedes que sea moderna ó sea antigua la invención de la taberna, convendría y, mejor aún, urgiría que estos establecimientos, cantados por Baltasar del Alcázar, estuviesen tan cerrados en domingo como lo está la Biblioteca Nacional toda la semana por las tardes de todo el año...

Esto sucedió la noche del domingo 18 de septiembre, y no en los ranchos de los buscadores de oro, en el Klondyke, sino en una calle de Madrid.

Entró una partida de quince salvajes sueltos ó kunguses en una casa de beber; pidió vino, se ignora si de lo nuevo ó de lo viejo; pero á diferencia del poeta, que bebía, pagaba y se iba contento, estos bebedores, como el hermano del tabernero les indicase algo relacionado con la indispensable fórmula de pagar, se concertaron para zurrarle. Apedrearonle en efecto con vasos, botellas, frascos, taburetes. Huyó, maltrecho, por una puerta de escape. Acordaron entonces proseguir el juego con el medidor, un chiquillo. Les salió la pascua en viernes: el rapaz cogió un revólver y disparó con buena puntería. Hirió á dos, mortalmente. Entre tanto, los demás malhechores rompían cuanto encontraban. El público, que se aglomeró, quería, según leo en la prensa, linchar á los kunguses..., digo, á los organilleros (pues resulta que los de la bronca pertenecían á esa categoría de *artistas* mecánicos, que cuando no pueden hacer añicos los oídos pacientes, se dedican á hacer cachos las tabernas y los tabarneros); pero el público rara vez pone por obra los buenos propósitos que concibe, y á nadie se ha linchado aquí todavía por bruto. Les dejaron, pues, irse tranquilamente, al juzgado los sanos, al hospital los heridos (salvo bastantes alboratadores que se dieron á la fuga), y ahora sólo faltará que al pobre chico medidor, que en legítima defensa manejó el revólver, me le sopleu en presidio, cuando merece, por templado y justiciero, una recompensa cívica.

De esta trapatiesta echan la culpa al descanso dominical. Sí; tiene la culpa el descanso dominical... con tabernas francas, y tiene también la culpa la detestable impunidad en que se dejan estos delitos (me refiero á los que cometieron los asaltantes de la casa de beber, porque el muchacho que disparó no ha cometido delito alguno).

Aquí, en el campo, todo esto y mucho más queda sin castigo absolutamente. Hace pocas noches se retiraba de nuestra casa, á las once, por la carretera, un amigo nuestro, que no llevaba armas, que no soñaba que nadie le acometiese. Cerca de Betanzos cruzó por encima de su cabeza, silbó en sus oídos, una verdadera lluvia de proyectiles. Disparaban contra él. ¿Por qué? ¿Por venganza? ¿Por odio? Nada de eso. Pura y simplemente por *sport*... Es la diversión favorita de nuestros mozalbetes aldeanos: comprar un revólver y tirar... Si hacen blanco, cobardemente negarán que fueron ellos, y entregarán á las mozas el arma, para que entre su ropa la oculten. Si no hacen más que asustar al señorito, ¡qué risa! ¡Cosa más chusca! Y, que den ó que no den, ninguna responsabilidad se les sigue: así como á nadie linchan por bruto, á nadie he visto perseguir en justicia por disparar, en el camino real, el revólver, la pistola ó la escopeta.

El sábado pasado jugábamos al tresillo, de noche, á la luz de los focos de acetileno, en la terraza de las Torres de Meirás, al aire libre. Nos recogimos, porque olmos en la carretera que los marroquíes corrían la pólvora..., digo, la bala.

No se le debe echar la culpa de todo á leyes de descanso: la indolencia en la represión de infinidad de transgresiones de la ley también se ha de tomar en cuenta. Mientras no eduquen, repriman, ¿á qué asustarse tanto de un cartucho de dinamita? Al que le clavan una bala por casualidad, por recreo, por donosa chanza, no sé yo qué podrían hacerle de peor todos los anarquistas del universo.

El maestro Domínguez, que vive de contar cuentos, ignoro si con gracia ó sin ella, pues no le he oído nunca, anda estos días por la tierra gallega refiriendo sus historietas andaluzas, y recogiendo aplausos, amén de los honorarios que se le deben, en abono de su labor artística.

Dicen que el repertorio del maestro es un tanto color del prado por abril de flores lleno (salvo las flores) y que tampoco faltan sus correspondientes escatologías, como es de rigor en esta clase de recreos para hombres solos.

El ideal de la humanidad culta es que no estén solos los hombres jamás, porque, lo mismo que los niños, en estando solos, no hacen más que cosas diabólicas... ó simplezas.

Sea como quiera, la silueta del maestro Domínguez, bordando su cuentecillo, nos retrotrae á las edades en que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería el juglar ó el trovero cantando y diciendo *fabliaux*, no mucho más severos ni más pulcros que las historias con sal y pimiento picante de este decidor.

Sólo que hoy, en cualquier parte, se encuentra un individuo de buena sombra que haga la competencia al maestro y haga desfilar la «floresta de los chistes» entreteniendo de balde, y en el tiempo de los castillos almenados y los puentes levadizos, escaseaba la sociabilidad y al juglar errante se le recibía como caído del cielo.

Domínguez no va de castillo en castillo, sino de Casino en Casino, de timba en timba, y así sostiene su especialidad, que va teniendo pocos entusiastas.

Por fortuna, la afición á lo verde y á lo... (¿qué color diré?, más vale que el lector se lo figure), decae, disminuye. Buen síntoma. Y esto no es querer que se muera de hambre el maestro cuentista, que se escudará con aquello de

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto.»

Viene á mis manos la biografía y estudio crítico de un excelente artista español que acaba de desaparecer, Daniel Vierge, y se evoca la figura del dibujante ilustre.

El ensayo es obra de otro español cultísimo, buen literato, exacto y verídico además, que conoció y quiso muy de veras á Urrabieta Vierge; de D. Leopoldo García Ramón, apasionado amigo del artista. Podemos aceptar este ensayo como documento y extractar de él una sucinta noticia sobre el gran dibujante.

Sabemos que era, á pesar del apellido Vierge que suena á francés, y por el cual se le suele designar, aun cuando es el materno, español por los cuatro costados, hijo del fecundo ilustrador Urrabieta, y que los modelos de su personalidad artística fueron dos genios tan españoles como Goya y Velázquez; que desde los diez y ocho años dibujó apasionadamente; que tuvo la mocedad de un exuberante y alegre bohemio, que producía y producía entre risas y explosiones de buen humor, sin agotar su vena, sin necesidad de modelo, por tanto y tanto como había estudiado el natural, y que de memoria apuntaba el escorzo más extraño, la actitud más difícil. Su facilidad era la misma de su padre, incansable trabajador en *Mascos*, novelas, *Ilustraciones* y publicaciones de todo linaje; pero el hijo volaba más alto, poseía facultades superiores, y no es extraño que Edmundo de Goncourt, autoridad en estas materias, dijese un día del mozo dibujante español: «*Ce gaillard la est en train de changer la façon de dessiner.*»

Y sabemos también, y pudiéramos adivinarlo, que, como tantos otros, Vierge veía en su aptitud preferente, su aptitud de ilustrador, tarea propicia para ganarse el pan, reservando sus ensueños de hermosura y perfección para cuando, rico ya, pudiese pintar á su sabor lo que quisiera.

La ironía de la suerte hace que mientras se prepara así lo venidero, creyendo que está delante la gloria, la gloria, retozona, burlona, quede ya atrás, entre las esfumaduras del pasado.

La gloria, para Urrabieta Vierge, venía envuelta entre lo castizo de su lápiz, que hace de él el gran ilustrador de los narradores picarescos españoles y del *Quijote*, lo cual es decirlo todo tocante á castizismo y fondo nacional. Hecho curioso, nota con razón el biógrafo, si se tiene en cuenta que Vierge dejó á España á los diez y ocho años, que no volvió, y que sólo la retentiva le mostraba esos tipos de arrieros, gitanas, mozas de cántaro, paletos, gañanes, cabreros, gente popular, del terruño castellano legítimo.

Vierge trabajó principalmente para el *Monde* y *The Graphic* y en ilustrar infinitas obras, algunas verdaderamente monumentales, y prodigó su lápiz con ese derrochar impaciente de los temperamentos opulentos, de las naturalezas poderosas. Su creación era incesante, y la llevaba con alegría, porque era de los artistas equilibrados, que los hay, y son á veces los mayores, diga lo que quiera el atropellador Lombroso. Gozaba de salud y de feliz humor; la neurosis no había hecho presa en él. Era también, nos dice su biógrafo, ni gastador ni desprevenido de lo muy necesario que resulta el pícaro dinero—virtud y sensatez, no defecto reprensible en nadie, y tampoco en el artista, que puede, de la noche á la mañana, verse enfermo, sin recursos y desamparado.

Parece la biografía de Vierge la de un hombre completamente feliz; pero el desquite de la fatalidad llega más temprano ó más tarde; para él, bien temprano por cierto. Aterra leer que á los treinta años de edad, sin haber tenido vicios, sin haber cometido excesos, sin explicación por los antecedentes, se durmió sano y se despertó paralizado, hemipléjico. Por fortuna no se hizo cargo de que era incurable su mal, á pesar de habérselo sentenciado Charcot, en su misma cara, con brutal franqueza propia de una clínica, y vivió de esperanzas muchos años, repitiendo como si fuese un santo mortificado: «Paciencia.»

Afásico, habiendo olvidado, como se olvida en ese terrible padecimiento, las palabras, el lenguaje, en parte ó en todo, no había olvidado las líneas ni las formas, y para pedir algo, lo delineaba en un papel.

Dibujaba con la mano izquierda, paralizada la derecha. Poco á poco adquirió habilidad de zurdo, hasta que logró substituir la mano hábil con la inútil generalmente, con la que, por incomprensible anomalía de la educación, prohiben usar desde la escuela á los chicos—y así ganó, no sólo poder vivir, sino combatir la desesperación que en artista tan metido en su profesión había de generar el ocio forzado.

Como pintor, indicaba, según dicen, excepcionales condiciones, que su desgracia no le dió tiempo á revelar. Esperaba á ejecutar la ilustración del *Gil Blas*, espléndidamente pagada, para acometer la pintura, renunciando ya á la ilustración. La suerte quería que fuese dibujante, dibujante nada más. Y al cabo, ¿no pudiera ser un mediano pintor? Como dibujante fué una lumbrera. Basta.

Hay siempre en el destino algo que nos hace dudar de nosotros mismos, y no atribuir lo bueno ó lo malo que pueda habernos advenido, no á la fuerza poderosa y acerada de nuestra voluntad, sino á leyes secretas cuya imperiosa acción sufrimos, sin ser capaces de eludirla, entre otras razones porque, vendados, no la sospechamos siquiera. Estas reflexiones sugiere la biografía de un artista de facultades tan poco comunes como las de Vierge, poseedor además de algunas dotes que suelen salvar á los modestos burgueses de escollos en que los progenerados naufragan; y sin embargo, en plena juventud, Vierge sucumbe á la menos esperada catástrofe, á inexplicable golpe. Se saltan precipicios, se salvan y escalan montañas al parecer inaccesibles, se asciende á las nubes, se cruza el Océano..., y se tropieza en una arena, la gotita de sangre en la masa encefálica, menos aún, la presión de una membrana inflamada sobre los sesos... El atleta cae vencido para siempre. Ya no volará: se arrastrará fatigoso, en espera de la muerte, que acecha, que amenaza á cada hora. «No somos nada,» dirá el cristiano; y uniéndose á él en un profundo sentimiento, mal grado las diferencias de credo, repetirá el musulmán: «Sólo Alá es grande.»

Otro que no llegó á dar su medida, y perdónese el galicismo por lo bien que expresa la idea, es Angel Ganivet, autor de un drama que acabo de recibir, y que lleva un bello título entre calderoniano y simbolista: *El escultor de su alma*.

Ganivet tiene, no ya admiradores, fanáticos: el misterio de su desgraciada y prematura muerte, ocurrida tan lejos de España, ha contribuído quizás á rodearle de aureola. Había empezado á corresponder conmigo hacia esa época justamente: poseo una carta suya muy larga é interesante, de la semana anterior á su desaparición del mundo de los vivos, y no hay en ella nada que indique trastorno ni perturbación: al contrario, es serena y discreta.

Si algún día ocurre, hablaré de este escritor á quien eleva altares la juventud, y estudiaré las razones de tal endiosamiento. Hoy no hago sino mirar, compadecida y penetrada, estos dos libros que traen á la memoria dos nombres con halo de melancolías mayores que otras melancolías contemporáneas: la biografía de Vierge, el drama póstumo de Ganivet. *Sunt lachrimae rerum...*

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han llegado á absorber el interés que antes se consagraba exclusivamente á las ideas y á los principios, las cuestiones del orden práctico, los sencillos fenómenos de la economía. Ya preocupan á todo el mundo el descanso dominical, la subida de los alcoholes, el que el café tenga ó no tenga gotas; y la supresión de ese chorrito mezclado á la dudosa infusión negruzca que en los cafés se sirve en innobles recipientes de basto metal, causa, según noticias, profunda decepción en los parroquianos.

Diríase que las gotas tenían algo de simbólico. En medio de una bebida deslabazada, sin aroma y sin fuerza, semejante á la existencia de los consumidores, las gotas destilaban algo de magia, algo de hechizo, sabor pronunciado y estimulante. Las gotas eran la fantasía—perjudicial, convenido, como es siempre perjudicial el alcohol,—pero atractiva, especie de sirena, que hace olvidar y convida á viajar por los espacios. Las gotas activaban las digestiones de los numerosos dispépticos que van á luchar con lentitudes y pirosis en medio de la humareda que es la atmósfera de los cafés, ese gran soñadero infructífero de nuestra raza; las gotas prestaban apariencia de lujo á un vulgarísimo pasatiempo y á una bebida plebeya; las gotas daban la ilusión de un obsequio, de una generosidad del cafetero hacia el público. Se les ha restado un goce á las nueve décimas partes de los españoles. He observado con curiosidad ese goce que mi repulsión al alcohol me hacía difícil de comprender. Siempre debemos envidiar los goces que se encuentran en medio de la calle, y deplorar que no nos hasten, ni nos sonrían. ¡Las gotas sonreían, desde el negro seno de la taza, con tan insinuante sonrisa, á tantos mortales!

El duque de Dénia ha sobrevivido poco á su mujer.

Era, sin embargo, más joven que ella, lo menos seis ó siete años, y llevaba vida sana, de cazador y deportista.

No le había castigado tan duramente la edad como á la duquesa Angela, á quien había arrebatado, con ultrajes, el precioso don de la hermosura. Para las mujeres que nunca han sido regiamente bellas, como esta ricahembra, el tiempo es más misericordioso. Pero la imagen que el espejo reflejaba en los últimos períodos de la existencia de la duquesa se diferenciaba tanto de la imagen de aquella mujer que Castelar presentó á Víctor Hugo en París diciéndole «*Voilà la beauté espagnole,*» que mirarse debía constituir para ella un suplicio.

«Así era,» me dijo un día el duque, enseñándome un retrato de los años, no precisamente juveniles, sino de la espléndida madurez: la color morena, los ojos semíticos, negros, aterciopelados, el gran sombrero de gallardas plumas sombreando la cabellera intensamente obscura, que en largos tirabuzones flotaba por los airosos hombros. Había, en la afirmación, melancolía y orgullo juntamente. La melancolía de lo irrevocablemente pasado, el orgullo de lo grande y de lo indiscutible. Y era vano, era estéril contestar alguna de esas mentiras sociales que se prodigan en los salones cuando reaparece en ellos un instante, luchando con el estrago de la edad, la que fué un tiempo encanto y gala de una corte y de una sociedad. Era vano: callar valía más, tributando á lo pasado, á lo que no podía remediarse, el homenaje del silencio.

El asunto Casa Riera es de los que atraen al novelista y al aficionado á observar las profundidades de eso que llaman «corazón humano» y que no es sino el conjunto de las funciones espirituales, el alma. ¿Qué hay bajo lo que los periódicos califican de *chantage*? Y dado que no exista, como parece que no existe, tal usurpación de estado civil; dado que el marqués de Casa Riera sea el verdadero y auténtico marqués de Casa Riera—yo no tengo el gusto de conocer á este señor,—¿qué envuelve la leyenda del misterioso palacio de la calle de Alcalá?

Porque así como la clave de cierto horrendo crimen cometido en Lugo y del cual hablé aquí, está en los sótanos de la casa del criminal, aquellos sótanos en que «se mete á una persona y no vuelve á ver la luz del sol,» así el origen de la novela, ficción ó calumnia—yo no sé calificar esto porque no he logrado sacar en limpio gran cosa de los deficientes relatos de los periódicos—forjada contra el actual marqués, está, á mi ver, en ese palacio de duendes y espectros, cerrado á piedra y lodo, desde ha medio siglo, y desafiando y pinchando, con su secreto, con lo enigmático de sus ventanas y puertas inmóviles, á los noveleros transeuntes.

Un palacio de tal esplendor, situado como ese en el centro del Madrid animado y bullicioso, y deshabitado siempre, cual si pesase sobre él alguna maldición fatídica, algún voto hecho en momentos terribles y transmitido hereditariamente (pues el marqués de Casa Riera que abandonó la soberbia residencia no es el mismo marqués de Casa Riera á quien hoy niegan su estado civil y que va á defenderlo ante los tribunales de justicia), tiene que suscitar infinitos comentarios. Si no hubo drama, siempre lo inventará el emocionalismo del público.

El día 15 de este mes, la Iglesia celebra la fiesta de Santa Teresa de Jesús, y el día 1.°, la voz autorizada del Sr. Brieva Salvatierra ha hecho el panegírico de Isabel la Católica... y un poco, al paso, de la Inquisición.

Estas dos mujeres, á decir verdad, encarnan y representan lo más alto de nuestra historia y lo más bello de nuestra psicología nacional.

Yo creo muy factible discutir á la reina, empezando por su elevación al trono, que se hizo sobre base de usurpación, en lo cual no desmintió la princesa de Castilla su estirpe de Trastamara; pero sí cabe apreciar diversamente los fastos de Isabel I, no cabe negar la belleza y nobleza de su carácter. Son compatibles los mayores errores políticos con la grandeza de ánimo, con la elevación del espíritu, con la virtud, hasta con la santidad. Inglaterra—por ejemplo—ha tenido la fortuna de encontrar otra Isabel, que no es comparable, en el terreno moral, á la castellana, pero que sin género de duda tuvo mayor acierto é imprimió á su reinado dirección, para porvenir, más segura. Confunden y hacen vacilar esas figuras que nos ganan la voluntad, que nos cautivan, y que no resistirían acaso un examen imparcial, no de su modo de ser íntimo, sino de sus actos.

Para este examen se requeriría escribir varios volúmenes. Y quizás no condujese á nada, como no fuese al desinteresado placer de analizar detenidamente una época histórica. El mal es secular, y sobre los yerros que nos legó Isabel de Castilla se han petrificado nuevos yerros y se han hacinado fatalidades. Dejémosla y hablemos de Teresa de Jesús; que esa, habiendo tenido por reino su propio corazón transverberado, no da lugar á crítica mezquina, sino á admiración sin mancha ni mezcla.

La esencia más penetrante del alma española después de la Edad Media se concentra en una flor de éxtasis: Santa Teresa de Jesús. Ver á Avila, nos da explicación y comentario (todavía en nuestros tiempos) de la vocación de su hija más ilustre. En Avila, la idea de la vida se hace severa, clara, apasionada, y como alhelíes sobre las rudas piedras de la ciudad fortalera, brotan los sueños del cielo, las aspiraciones á algo mejor que lo terrenal. Allí la tierra es pedregosa, seca, arcillosa, sembrada de cantos redondos como testas de moros descabezados; pero en el cielo, alto, sereno, profundamente azul, que asoma por entre las cresterías de los graves monasterios y los almenares de las recias murallas, ¡qué cálices de luz se abren por la noche! ¡Qué glorioso refulge de día el sol castellano, incendiando las eras y los melancólicos barbechos!

Avila no sería tan silenciosa como hoy en los días de la Santa: no tenía la nota de soledad que al presente reviste; pero ya en ella—á pesar de la animación de sus mercados y del señorío que se gallardea en sus casas nobles solariegas—se vivía como en un relicario, con vida que olía á incienso y á azucenas claustrales. Alrededor de la ciudad, la naturaleza castellana predispone á la contemplación. La Sierra de Gredos es aún más propia que de pastores, de eremitas. En su cúspide hay un lago de hielo profundísimo; allí ni se atreven á subir los cabreros. Para una imaginación infantil, tal vez impregnada de consejas y cuentos maravillosos, allí está lo desconocido, lo sobrenatural, la unión de la tierra con el cielo; y detrás de los picachos y las heladas lagunas está, ¿quién sabe?, aquella tierra de moros hacia la cual, de niña, quería dirigirse Teresa para buscar el martirio.

Sin embargo, un aspecto peculiarísimo de Santa Teresa no guarda relación con la comarca donde nació; es rasgo individual suyo, y la enlaza con la humanidad, dando calor y dulzura femenil á su santidad. Es el agrado, la amabilidad riente de su manera de ser santa. «Nadie—dice su biógrafo Yepes—la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y niña y doncella y seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la vefan como la piedra imán con el hierro, porque el asco y buen parecer de su persona, y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía á sí misma, quedaban como presos cautivos de su trato.» En este panegírico está Santa Teresa independiente, superior á la ceñuda y contemplativa Avila; está rodeada de su aureola de fundadora, pues para fundar hay que salir de la contemplación, vivir afablemente entre los hombres. A solas, Santa Teresa debía largamente el agua viva de la contemplación; entre gente, pocos han practicado mejor la amena virtud de la eutrapelia, ni en nadie se pueden buscar más sabrosos ejemplos de gracia... dentro de la gracia. De hecho Santa Teresa era festiva en su condición, amiga de ingeniosos discreteos, aficionada á la poesía conceptuosa, y hasta sabemos que ejerció con buen humor y donaire la menuda crítica literaria, escribiendo lo que entonces se llamaba *un tejuman*, y en el cual anunciaba á D. Francisco de Salcedo: «Sí no se desdice, le denunciaré á la Inquisición; porque después de venir todo su papel diciendo éste es dicho de San Pablo y del Espíritu Santo,» dice al fin de él que ha firmado necedades.»

Cuando empezó á fundar la santa, la auxiliaban Fray Antonio de Heredia, de arrogante estatura, y el chiquitín San Juan de la Cruz. «Ya tengo fraile y medio,» solía repetir. Este chanceo de Santa Teresa tiene, más que carácter español, dejo franciscano. Es la alegría del puntapié al mundo, la risa gentil del desasimiento, por el cual la Santa declaraba de sí propia que no era «pobre de espíritu,» sino «loca de espíritu,» y encarecía la «honraza» que trae consigo la verdadera pobreza. Una novicia se presentó con joyas y dineros para el tesoro del convento, y exclamó la santa: «Hija, no me traiga más cosas, que la echaré de casa juntamente con ellas.»

«Tres cosas—confesaba la santa—se han dicho de mí. La primera, que cuando moza tuve buen parecer. La segunda, que era discreta. Y ahora, que soy santa. Las dos primeras las creí, y ya me he acusado de esta vanidad. ¡No estoy tan engreída que pueda dar crédito á la tercera!» Era este su espíritu, el humorismo, el regocijo interior, semejante al de los compañeros más sencillos de San Francisco; y conociendo su modo de ser, las monjas procedían ante ella como criaturas, como locuelas de espíritu igualmente. Una vuelve de la cocina con un cesto de vajilla que acaba de fregar, y se pone á bailar, alborozada, delante de la Madre. Y Teresa, complacida, exclama: «¡Ay Maribobales, ella riendo se ha de ir al cielo!»

Y no era sólo alegre; era intrépida, serenamente superior, como dama bien nacida, á las insolencias del villanaje. Iba con San Juan de la Cruz por los caminos, y á las insinuaciones groseras, que ruborizaban al santo, decía desdeñosa: «¿No se corre la dama, y se corre el galán?»

Así es que la idea que de Santa Teresa nos formamos es dulce, franca, desenfadada, y para decirlo con una sola palabra, llena de simpatía. En aquella época de monarcas agobiados, sombríos, de teólogos sutiles, de doctores é inquisidores, hay, sobre la faz pétrea de Castilla, una sonrisa, como en los cuadros más místicos del Greco hay un bello doncel, una cabeza viva y encantadora. Cosa verdaderamente singular y admirable esta bienaventurada, favorecida con beatitudes extáticas desde la tierra, envuelta en arrobos y transportes como las Concepciones de Murillo en sus esplendorosos rompimientos de gloria, visitada por Cristo, arrebatada por el Serafín de fuego, con las entrañas pasadas de dardo amoroso, á quien dijo Dios: «Si no hubiese criado el cielo, le criara para tí sola...,» y que sin embargo continúa siendo la amable, ingeniosa, graciosa monja, tan mujer, que no tenía reparo en quejarse de que la habían retratado fea.

Y en su estilo de escritora, la misma deliciosa mezcla de lo sacro y lo familiar, lo donoso y lo extático, lo sencillo y lo divino...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un trágico suceso acaecido estos días, del cual se habla aún, el duelo á muerte de Sevilla, ha planteado infinitos problemas, ha señalado con dedo teñido en sangre la contradicción sobre que estribamos, que constituye el fondo mismo de nuestra organización moral y social.

La contradicción, natural y hasta necesaria entre individuos, como base social es mal gravísimo. La sociedad tiene que proceder de acuerdo consigo misma, y cuando lleva en su seno antinomias tan hondas, tan irreductibles, es que hay en ella algo que puede calificarse de absurdo.

Lo que salta á la vista en el suceso de Sevilla, es que los honores y deberes de todos y cada uno de cuantos en él intervinieron, no pueden conciliarse, y sólo de mirar se riñen. Yo no hago referencia á nada anterior al desafío; en esto no sólo no tengo para qué entrar, sino que sería indelicado, amén de ocioso. Parto del punto y hora en que los dos adversarios se encontraron frente á frente; mejor dicho, del momento en que, dentro de un teatro, uno de ellos sufrió la injuria origen del lance. Desde ese mismo instante—declaran los militares—tuvo el estricto deber de batirse, y de batirse á muerte. Desde ese mismo instante, protestan los políticos, las autoridades tuvieron el estricto deber de impedir que ese militar, obligado á batirse, se batiese en efecto; á su vez los padrinos, al recibir instrucciones tan graves que los primeros resignaron sus poderes, estaban en el estricto deber de arreglar suavemente, sin detrimento de la honra de sus apadrinados, la cuestión. Por un lado, el honor, exigiendo reparaciones tremendas; por otro, la humanidad, ordenando que esas reparaciones no se obtuviesen. El mundo burgués, al ver la sangre, reclamando responsabilidades á todos, y si no la hubiese visto, echaría sobre los adversarios el peso de la burlona sospecha de una farsa, hablando (lo hemos oído en mil ocasiones) de pistolas cargadas con pólvora sola, de comedia ridícula.

Por su parte, el reverendo arzobispo de Sevilla tiene y cumple un deber diametralmente opuesto á los del militar y del *gentleman;* y lejos de estimar que el honor

«que es patrimonio del alma,»

como dijo el insigne dramaturgo, ha quedado satisfecho, colmada su ambiciosa medida, con la suprema y terrible satisfacción de la muerte, cree que sólo hay aquí un pecado gravísimo, un alma perdida, un cristiano que no puede recibir sepultura en tierra sagrada. Los cánones no son ambiguos, y si la obligación de los dos adversarios era ponerse á morir ó matar, la del arzobispo, no menos triste y penosa, que habrá contristado su ánimo, porque se trataba de un católico, probablemente de un amigo, era proceder como procedió... Lo que la sociedad impone en nombre del honor, la Iglesia lo reprueba y lo castiga con severa penalidad. ¿Qué lleva en sus entrañas un estado social donde la fe condena lo que la caballerosidad exige, aunque, inconsecuente como siempre ante un cuadro de desventura y dolor, proteste ahora de lo que ayer impuso como condición del reconocimiento del derecho á alternar con las personas decentes, bien calificadas?

Falta otra contradicción más, sobre la que hace antagónicos el honor del militar y del caballero y el deber del prelado, la opinión de las gentes y la misión de las autoridades. Ahí están los tribunales de justicia, la justicia identificada con la sociedad, y á quien la ley ordena perseguir al matador, á los padrinos, y aplicarles penas que están escritas, pero son letra muerta, y presumo que han de seguir siéndolo, mientras la sociedad no concilie las extrañas anomalías, motivo de eternas discusiones. Y en esta contradicción hay mucha amargura para el espíritu de una familia dolorosamente probada, para el de una dama infeliz, envuelta en los crespones de su dolor; y los que vemos desde afuera tan singulares conflictos, no podemos menos de repetir con Guyau: «Hay en germen infinitas transformaciones en los fundamentos de nuestra ética.»

***

La noticia de la muerte de la princesa de Asturias ha caído como piedra enorme, resonante, sorprendiendo á todos, porque nadie se habitúa á la idea de la desaparición súbita de una persona en lo florido de los años, en lo culminante de la sociedad, al pie del trono y casi dueña de él; nadie admite que pueda sufrir la ley común quien tan por cima está de la común condición humana. Cuando fenece alguien que ocupa elevadísimo puesto, se duplica el asombro que siempre causa el no ser, la especie de incredulidad que tan esperado é inevitable fenómeno causa en los mortales.

Con corta diferencia de tiempo, el viejo y ciego rey de Sajonia y la joven princesa de Asturias han pagado su tributo, han bajado á la región de sombra. Pero el rey cayó como el maduro fruto, la princesa fué cortada como la rama fresca y tierna aún, que apenas trocó la gracia de la primavera por la lozanía del verano. El cendal de vaga tristeza que desde la muerte de Alfonso XII envuelve al Palacio Real de Madrid, y que no lograron rasgar bodas ni triunfales viajes, se ha espesado y convertido en densa gasa de luto, y la abuela, Isabel II, por quien parece que no se han extinguido aún los rezos funerarios bajo las graves bóvedas del Escorial, apenas se ha anticipado á la nieta, prometida á largo vivir, á la patriarcal felicidad de la dilatada sucesión, de la descendencia en quien reviven el descuido y la alegría de los primeros años, retoños por los cuales el árbol ya robusto enraiza más y más...

La princesa había nacido para la vida de familia, para el *home.* Había cierta divergencia entre su modo de ser y su destino, ó por mejor decir, lo que sería su destino en el caso, no probable, de que llegase á ocupar el trono. Su felicidad se cifraba en la tranquila ventura del hogar, y si hubiese tenido que ceñir corona, procuraría, de seguro, refugiarse en lo íntimo del hogar á todo momento. Parecía adusta la princesa, y era solamente, en realidad, tímida, sencilla, modesta, concentrada.

Estos caracteres son para el trato constante, para dentro de las cuatro paredes, donde se reconocen las cualidades serias, el relieve psicológico; pero la multitud, que no ha de ver de cerca á tan altas señoras, las juzga por la sonrisa, por la mirada, por la expresión comunicativa. De la manifestación externa pende la popularidad. Y la princesa de Asturias, que empezaba á tener aureola de respeto y consideración, no era popular todavía. Quizás hubiese llegado á serlo, andando el tiempo, porque las opiniones del público se reforman, el criterio varía, y no hay cosa más adventicia que la popularidad, en estos países eminentemente impresionables, que rara vez juzgan por reflexión, y en los cuales predomina el móvil sentimental. Hoy, ante la tragedia, esa mujer de veinticuatro años arrebatada en pocas horas, en el momento de cumplir la más sublime y necesaria de las funciones naturales, despidiéndose de sus hijos, de su madre, de sus hermanos, de su esposo, en pleno conocimiento, en plena convicción de que va á dejar cuanto ama, la popularidad ha brotado, y nadie tiene sino palabras de conmiseración y simpatía, acentos de dolor, consideraciones sobre lo tan sabido como olvidado: lo instable de todo, lo irónico de todo...

Ese nombre de María de las Mercedes parece llevar consigo fatalidad. Mercedes fué la primera esposa del rey Alfonso XII, la interesante hija de los duques de Montpensier, tan prematuramente consagrada á la tumba, y en memoria de ella fué Mercedes la princesa que acaba de sucumbir. Análoga impresión causó el fallecimiento de la reina Mercedes á la que hoy causa el de la princesa. Al pronto, un estupor; luego, una piedad inmensa. Y ante la efusión de piedad, se borraron todas las prevenciones que existían contra la hija del príncipe francés, á quien las luchas y pasiones políticas, el duelo con el infante D. Enrique de Borbón, que cayó bajo el plomo de la pistola del duque de Montpensier, habían hecho más que impopular. Nadie vió entonces en doña Mercedes sino lo que realmente había; la criatura de inocencia y de amor, la flor imfamente segada. Un discurso de Ayala equivalió para la joven reina á lo que fué para Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleáns, la célebre, inolvidable oración fúnebre de Bossuet: «¡Madama se muere, Madama ha muerto! Madama ha pasado de la mañana á la tarde, como la hierba del prado. Floreció al amanecer, ya sabeis con cuánto hechizo: al anochecer la vimos marchita... ¡Cuán rápido! En nueve horas cumplióse la obra de muerte...»

Así decía el elocuente entre los elocuentes, el gran autor del Discurso sobre la Historia Universal. La historia le había enseñado á mirar con ojos de filósofo, sereno, pero postrado ante los decretos de la justicia inmanente, las catástrofes, los dramas aterradores, y hasta á encontrar en ellos secreta armonía, algo que es ley y que escapa á la mirada del vulgo; pero ante la desgracia de Saint-Cloud, de tan siniestros colores revestida por leyendas cuyo fundamento niegan hoy los hombres de ciencia, Bossuet perdió su sangre fría, y prorrumpió en apóstrofes de dolor que se han hecho inmortales, que acuden á la memoria cada vez que se trunca impensadamente un brillante destino, dejando un rastro de melancolía en los más indiferentes corazones.

***

Empieza—ya era hora—á preocuparse la opinión de la frecuencia y barbarie de los delitos que se cometen en mi pueblo, por los que ya reciben la clasificación usual de «salvajes de las afueras.»

La más reciente de sus hazañas ha sido dejar seco á un mozo, no sé si de un navajazo ó de un tiro.

No ha muchos días, el presidente de la Audiencia me manifestaba su extrañeza, su inquietud. «No se registran en Andalucía, á pesar de la nota de quimeristas y templados que tienen nuestros jaques, este género de delitos, sino muy rara vez. No sabemos ni á qué atribuirlos aquí, ni cómo atajarlos. Ha llegado á constituir para nosotros una verdadera preocupación, porque no se infiere qué medidas tomar para cambiar este estado de cosas.»

Lo peregrino de tales actos de incivilización, es que mucha gente culpa de ellos á un filantropo, el marqués de Amboage.

¿Y cómo puede ser responsable un filántropo de las atrocidades de gañanes más ó menos alborotados por el tinto y la caña?

Es el caso que el marqués de Amboage creyó hacer un gran favor á los mozos de esta comarca instituyendo una fundación espléndidamente dotada para redimirlos del «servicio del rey.» Salvados de coger el chopo merced á la generosidad del marqués, los mozos no reciben ni ese aprendizaje que se da en el cuartel y que es, por lo menos, disciplina, obediencia, algo de responsabilidad, una doma, en suma. «Las escuelas rurales—decíame el magistrado—se encuentran en un estado verdaderamente lastimoso, y apenas dan nociones rudimentarias, pronto echadas en olvido.» Desde los doce años, el campesino se encuentra abandonado á sus instintos, generalmente brutales, sin nada que los neutralice, sin freno que los contenga, y atraviesa ese primer hervor de la pubertad que juristas y antropólogos señalan como la edad criminal por excelencia, libre de lo único que completaba su deficiente educación: el servicio. Esta es la obra del seguramente bien intencionado y cavitativo marqués de Amboage, á cuya memoria, en vez de tributo de bendiciones, se consagran censuras y reniegos, exagerando quizás la influencia de su fundación en este desate de salvajismo que azota las cercanías de una ciudad tan pacífica y tan culta como la Coruña.

Civilizar enseñando, por medios evolutivos sociales, es sin duda lo mejor, pero es remedio á largo plazo, letra girada lo menos á veinte años fecha, y no es para sufrida veinte años la feroz acometividad de los mozos de los alrededores. Es preciso reprimir con mano fuerte, castigar como piden de consuno la ejemplaridad y la prudencia. La impunidad de ciertos delitos trae aparejado que se hagan crónicos y que se acompañen de un desbordamiento de criminalidad. Usar armas sin licencia; disparar tiros al aire; bailar á obscuras en la carretera, estorbando el paso á los coches y á los transeuntes pacíficos, no es nada, no tiene pena efectiva..., y de ahí nace el asesinato.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días, en un rincón de una provincia española, se ha reproducido la escena que los historiadores cuentan entre las más horribles que señalaron el período de la revolución francesa y patentizaron la anarquía por ella determinada. Creo que hasta novelas se han escrito sobre las fazañas de la banda de los *chauffeurs*, malhechores que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería, sorprendían á los dueños, les amarraban, les acercaban á la lumbre, y tostándoles lentamente las carnes, les obligaban á confesar dónde ocultaban el dinero. Si no lo ocultaban en ninguna parte, acababan de asarlos, y después de comer y beber á su talante, saqueando la vivienda, se retiraban, dejando la casa devastada y á su dueño entre las ansias de cruel agonía...

Los *chauffeurs* de Lugo parecen alumnos aprovechados de los franceses: su procedimiento es idéntico; lo único distinto, la época en que consuman sus atentados. Un infeliz, en el caserío de una herrería, ha sido asado concienzudamente, con toda calma y reposo. Le aplicaron haces de paja encendidos á diferentes partes del cuerpo, escogiendo las más sensibles al dolor; y cuando se desvanecía, otro retuerte le devolvía la sensibilidad y la conciencia de la tortura. Como no existía en la casa la suma relativamente crecida que los bandidos buscaban, y sólo se afanaban algunas pesetas, el suplicio no se interrumpió, hasta que, cansados los suplicarios, bajaron á la bodega, á emborracharse y á gastarle chanzas al sobrino del torturado, un muchacho que estaría cual es de suponer de puro miedo, y tenía que servirles comida y vino. Al ser socurrida la víctima, se vió que la mayor parte de sus quemaduras eran mortales. Tenía el cuerpo achicharrado. Sin embargo, no había muerto. No murió hasta días después.

Apostemos algo á que si son descubiertos los tostadores (que acaso no lo sean, porque iban enmascarados y por otras mil razones que suelen concurrir á que rara vez se les eche el guante á los criminales), si son descubiertos, digo, y presos, y no se evaden de la cárcel, y llega el día de juzgarles, el abogado defensor, tomando por las hojas una vez más ese rábano de la antropología (que ya debe de estar deshojado, según lo manejan, soban y aporrean nuestros impresionistas), defiende á los dulces tostadores diciendo varias ó todas estas cosas: (a) que son unos enfermos; (b) que tienen la oreja de forma de plato y por ende son irresponsables; (c) que no supieron lo que se hicieron, y en su ignorancia, al aplicar los haces de paja encendidos, creyeron practicar un método curativo preconizado por un sabio doctor alemán; (d) que son hijos de padres que tenían la costumbre de embriagarse, y por lo tanto sería inhumano exigir que ellos no tuesten á la gente; (e) que están locos, lo cual se demuestra por el hecho de vestirse de máscara mucho antes del tiempo de Carnaval; (f) que obraron compelidos por irresistible fuerza, sin libertad para otra cosa, puesto que necesitaban un dinero que el tostado estaba en la estricta obligación de tener, y que el suplicio puede atribuirse no tanto á crueldad de los calentadores, cuanto á tacañería del calentado, quien procedió del modo más censurable y provocó la indignación de sus visitantes nocturnos, al no ofrecerles sino cochinas 250 pesetas, suma enteramente irrisoria, en vez de las dos ó tres mil que se habían prometido como recompensa á sus fatigas. Y si se cree que exagero, recuérdese el famoso *cansiú*, memorable en los anales del criminalismo.

Sigamos apostando á que no sólo hay abogados que empleen tales recursos, sino que hacen impresión profunda en el Jurado, el cual á lo sumo, y sólo por enseñarles á los calentadores que no es prudente jugar con fuego, les impondrá una penalidad leve, esperando confiadamente que al cumplirla ya habrán renunciado al *sport* de tostar personas, «vicio feo—del que debes huir, oh Timoteo.»

En cambio la nota de simpatía de algunos bandidos reaparece en el de Oviedo, Armando Suárez Arguelles, capturado estos días por la Guardia civil, y traído á Oviedo con una bala de mauser en un brazo. No porque este bandido pertenezca á la clase de los «generosos,» sino por la bella defensa que hicieron contra la Guardia, por salvarle, su madre y su hermana. Esas dos mujeres, luchando como leonas para que no fuese capturado el hermano y el hijo, son simpáticas, y quizás sublieva leer al pie de la noticia de la captura y herida del foragido: «La madre y hermana de Armando se hallan incomunicadas en la cárcel de Lena.»

Legalmente, habrá sido necesario prender á esas mujeres; ante el sentimiento más natural, más inevitable, su conducta es cual debió ser, y si otra cosa hubiesen hecho, si hubiesen entregado á ese hombre, por más crímenes de que esté cargado, parecerían monstruos.

En el campo hay un goce peculiar de cada estación—y no sé por qué se cree que el invierno es un período de desolación y tedio,—sobre todo en estas comarcas de clima tan suave y benigno, que el invierno en ellas no es más que un otoño de seis meses.

Yo de mí sé decir que en esta época, cuando llega el punto de dar un adiós á los vetustos árboles, á los prados que la repentina lluvia aviva y refresca, á las flores desmelenadas de los crisantemos, que huelen á almendra amarga, á las primeras tempranizas camelias que desafían con su tersura á las heladas, á las violetas de olor insinuante como un recuerdo que no quiere irse de la memoria, á las lontananzas enrojecidas y doradas por la mano artística del otoño, siento como una aversión momentánea, pasajera, pero real, á la existencia urbana, y se me presentan revestidas de hermosura las sencillas, las fáciles distracciones que la aldea brinda. Todas están á medida del deseo: ninguna lleva contrapeso de afanes y desazones, de costosos preparativos, riesgos y luchas. Al alcance de la pobre gente, con mayor razón son accesibles á los que entre esa pobre gente son «como reyes»; pero reyes exentos de la palpitante incertidumbre, de la altísima posición y del difícil cargo.

Es preciso cultivar esta percepción del bien que encierra la vida campesina; es preciso sentir, saborear, estimar el gusto de lo normal y natural, tan bueno para el espíritu (sobre todo cuando no se prolonga años y años y degenera en rutina). Y es preciso saber concentrar la impresión estética en lo trivial, en las diversiones de chiquillos campesinos: por ejemplo, una hoguera encendida, al caer de una tarde de niebla húmeda, en la linde de un soto, donde se arremolina la hoja seca y las hortensias abren su copo azul.

El aire está saturado de lluvia, sin que haya llegado á llover; el día ha sido frío y claro, hasta que se alzó ese *nevoeiro*, que como gasa sutil os rodea y envuelve. Entre sus cendales han comenzado á difumarse los troncos, el ramaje casi desnudo, salpicado todavía de gotas verdes, las colinas y las manchas de frondosidad; y el paisaje, así borrado á medias, toma aspecto de extenso mar, con islas, cabos, costas, anegadas en una plata mate y fluída. El graznido dulcemente ronco de los cuervos no suena ya; pero no tardará en dejar oir su queja, en lo más alto de la alta torre, la lechuza. Os sentís como perdidos entre la inmensidad vaga del nublado; en los huesos se os ha metido el relente, la acuosidad del aire. Y entonces es cuando juntáis, para la fogata alegre y consoladora, virutas, ramas secas, hojas, erizos de castaña, y encendéis. Como en una escena de *La Walkiria*, ese admirable trozo de música que se llama *El fuego encantado*, por diversas partes la llama, roja y corta, empieza á sacar sus mil lengüecillas de dragón. El humo vierte en el aire sus vellones blancos y espesos, y en la calma de la atmósfera, donde no corre ni un soplo de viento, se tiende, forma rebaño de fantásticas ovejas que se aprietan y empujan para huir torpemente, hacinadas. La llama, clara, fuerte, rápida, se alza victoriosa del humo, despidiéndolo hacia lo alto. Y se esparce alrededor una suave sensación de abrigo, de sequedad: los huesos se descentumecen, la niebla se absorbe; la lumbre ríe, estallan en ella las castañas contenidas en los erizos colmados, las hojas crujen, las ramas se consumen trazando, dentro de la hoguera misma, garabatos más rojos. Se diría que nos hemos refugiado en una estancia bien cerrada, bien abrigada con tapices y cortinas: tal es de grata la temperatura, de enjuto el ambiente que nos rodea. El humo nos quita por un instante la respiración. Luego sube, se desparrama. ¡Más combustible á la lumbrarada, más ramillas, nueva provisión de hoja! Un paisaje no menos efectista que el manchado por la niebla se ve ahora, á la claridad anaranjada del fuego: los árboles del soto negrean, la hierba se enciende, el horizonte es luz, y cuando la llama flamea irguiéndose, se ven las Torres, silueta grave, y sobre sus anchas almenas se destacan sus gárgolas monstruosas...

Hasta los días consagrados á la conmemoración de los Difuntos son menos lúgubres en la aldea.

En el pueblo, la visita á los cementerios va adquiriendo repulsivo carácter de fiesta popular. En el cementerio ó á sus puertas (según dicen, á mí me sería muy desagradable ir á cerciorarme por mis ojos) se merienda, se come, se ríe, se bebe, se cometen mil profanaciones. Poco importa que los ricos envíen allí servidores que atiendan á las velas del alumbrado y á las coronas y recuerdos fúnebres: no pueden impedir que esa burda jubilación convierta lo solemne en grotesco. Cualquier día es más digno, más meditable, el cuadro de un cementerio, que el día consagrado á las almas del otro mundo. Si ellas pudiesen elegir, elegirían su perpetua soledad, mejor que tales visitas y tales homenajes.

En el campo, no ha degenerado todavía el culto de los muertos en juerga, ni se conoce la macabra confitería que nos surte de «huesos de santo.» ¿Conocéis ese dulce? Es una de las muchas demostraciones de que el hombre sabe aprovecharlo todo, enmascararlo todo. Tiene ese dulce la forma, hasta el color, de una canilla de difunto. Una canilla de almendra y azúcar, en que la medula es de yema de huevo. Y ese dulce se ofrece por los galanes á las damas, que lo comen riendo, celebrando su sabor.

Jamás he podido comprender que se elijan ciertas formas para manjares y golosinas. He visto bombones de chocolate imitando cucarachas, ratones y escarabajos; he visto unos dulces hechos de pasta de fondán que presentaban la apariencia de un cabo de vela medio consumido, con pábilo y todo. ¿Es que los sentidos pueden padecer aberraciones? ¿Es que se cuenta con el histerismo y la perversión del paladar? Todo esto ocurre á la reflexión cuando vemos blancos dientes mordiendo en la reproducción de una tibia, el día de los Fieles Difuntos, mientras la campana plañe y plañe...

Verdad—todo debe decirse—que también en la aldea hay su correspondiente gaudeamus y su pequeño y humilde hartazgo el día de Santos, mientras plañe y plañe la campana.

Olvidándose—¡dónde hay mayor bienhechor que el olvido!—de que allá, bajo las malvas y ortigas del pobre Camposanto reposan «sus mayores» y han de reposar ellos, los aldeanos, en tal ocasión, catan el mosto nuevo, asan las castañas ó las cuecen en la negruzca olla de barro, perfumándolas con hinojo y olorosa *nêveda*, y arropándolas con un trapo enrollado en la boca del puchero, á fin de que el vapor de la cocción se quede todo allí, ablandando y entemeciendo la castaña.

La castaña... Es hoy, en mi tierra, un placer y una melancolía. El castaño, nuestro castaño secular, característico, desaparece. Un mal que la ciencia no sabe curar, una invasión de gusanos vivaces, insidiosos, contagiosos, acaba con esta esencia forestal magnífica, de madera incorruptible é incombustible, de follaje fresco y rumoroso, de flor que parece un fleco de terciopelo verde, de fruto que, si se supiese preparar y conservar, mantendría á los campesinos una tercera parte del año y resolvería el problema terrible de la escasez del trigo, el maíz y el centeno...

El labrador no cuenta sino con los cereales y algunas hortalizas para sostenerse. Lo pide todo á la tierra laborable, y nada al bosque. Sin embargo, la castaña encierra gran riqueza de propiedades alimenticias: es sana, es sabrosa, y ninguna fatiga cuesta su recolección. Pudiera constituir una defensa contra el hambre. Pudiera, cuando menos, alimentar al cerdo. En esta comarca de la orilla del mar no se piensa en tal cosa, y hasta se alimentan los cerdos con sardina, que comunica á su carne insufrible sabor.

Y la castaña no es sino tema de fiesta al principio del invierno, regodeo de mujeres y chiquillos, base de tertulias en que se contaban (temo que ya han dejado de contarse) mentiras y cuentos de miedo, y por supuesto, chismografías de lugar, el eterno rencor ó la eterna queja, la monótona fila de insignificantes preocupaciones y de menudas ansias, que tejen la tela gruesa, descolorida, áspera al tacto, del vivir rural.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una de las felicidades que proporciona París es que reparte á sus moradores, ó por lo menos á las eminencias que de allí proceden, patentes de eterna, inmarcesible juventud. ¿Habéis notado cuánto duran allí los soles sobre el horizonte? ¿Habéis observado cómo las grandes actrices, las grandes héteras, los grandes artistas, en París, no envejecen?

Sara Berhnardt, á los setenta años (que no anda muy lejos de ellos), estará encarnando—con unas piernas derechísimas y un llevar de cabeza amuchachado—el tipo juvenil del *Aiglón;* y Jane Hading viene á hacer las delicias del público madrileño en papeles que no serán de ingenua, pero tampoco de característica, á una edad que algún irrespetuoso calificaría de mayor que la de dos loros juntos, pero que yo sólo aprecio por el dato de haberla visto representar *Safo* en París, hace veinte años, en el esplendor de su belleza y ya en el apogeo de su carrera y de su fama.

Y añadiré que si París conserva cuidadosamente las glorias consagradas y admitidas, no suele, en cambio, otorgar certificaciones de gloria en edad juvenil, y menos á las actrices, que, al cabo, necesitan seguir una especie de escalafón para llegar, por pasos contados, á lo culminante de su difícil arte.

Nosotros, en cambio, no damos tiempo á que madure la fruta verde; la molemos á fuerza de alabanzas intempestivas y de odiosas comparaciones; pero es de ver con qué desdén impaciente sacudimos el árbol para desechar la fruta por pasada, y echarla al pudridero.

Mi buen amigo Eugenio Rodríguez de la Escalera, cuyo notorio seudónimo es *Montecristo*, acaba de sufrir un ataque de enfermedad de rico, por contagio: acaba de saltar del confortable cojín de un magnífico automóvil, á la poco mullida grava de la carretera.

Nueva y simpática víctima del deporte de moda, que conservará toda la vida, en sus huesos, el estremecimiento del choque y la señal del combate por la ulira y extra-civilización.

Es decir... No estoy enteramente segura de esto que digo. No estoy segura de que *Montecristo* quede escaldado y no vuelva, soldada ya su fractura y serenado su espíritu, al mundo de los *records* rápidos y de los neumáticos y las piernas rotas.

Hay miel en el peligro, hay cierta sensación cuya dulzura es innegable, aunque no sepamos justificarla, en la idea de llevar la vida vendida.

No cabe discutirlo: el *auto* será todo lo práctico y todo lo útil que ustedes quieran; pero la gente ha visto en él, más allá de la comodidad y de la utilidad, algo que es poesía, una poesía muy peligrosa, muy bellicosa, la necesidad de descrismarse que se siente muy á menudo, y que es, según Flaubert, una de las sugestiones más insidiosas de la *Quimera*.

Y he aquí por qué no estoy cierta de que mi amigo y compañero de labor periodística *Montecristo*, á quien deseo prontísima curación, rehuya en lo sucesivo la tentación de la marcha vertiginosa cuesta abajo, de la velocidad de balada fantástica alemana y del acatamiento á los últimos preceptos de la que hace cuarenta años se llamaba «voluble diosa»

Los escritores, si tuviésemos un poco de amor propio profesional, debiéramos darnos á todos los diablos leyendo la noticia que recorto y que verán mis lectores. La encuentro en *La Epoca* y la transcribo tal cual la encuentro, con su comentario:

«La cuantiosa gratificación de más de 467.766 pesetas que el Ayuntamiento ha acordado conceder á los arquitectos municipales Sres. Salaberry y Octavio por el proyecto de la Gran Vía, ha causado—hay que reconocerlo—pésimo efecto en la opinión.

»Ni el Ayuntamiento está tan desahogado que pueda y deba hacer esos espléndidos donativos, ni se explica nadie que, retribuyendo á sus funcionarios y habiendo pagado él todos los gastos del proyecto, tenga la obligación de otorgarles retribución extraordinaria tan cuantiosa, ni, en último término, se trata de un proyecto tan original y extraordinario que justifica esa pródiga gratificación de cerca de dos millones de reales.»

Yo voy á comentarla desde otro punto de vista; el de la impresión que en un trabajador intelectual y artístico de la pluma causa esta gratificación otorgada á otros trabajadores entre artísticos y científicos, que seguramente, para ser remunerados con una suma que representa la seguridad y el bienestar de la vida entera, no habrán invertido más de un año de una labor cuyo mérito no voy á aquilatar, pero que otros arquitectos podrían desempeñar lo mismo; para un proyecto de Gran Vía, se debe suponer capacidad en todo arquitecto; ya por lo menos en dos se ha reconocido, y aun en tres, pues el proyecto se atribuye á un tal Sr. Velasco, para mí desconocido, al igual de los otros dos.

El literato, el artista, no suele juntar, aun ahorrando, después de una vida entera de fatigas y luchas, ni la mitad del millón de reales con que el Ayuntamiento de Madrid gratifica á sus arquitectos por un proyecto de ensanche y hausmanización.

Y el literato, el artista, para aspirar á algo, necesita distinguirse entre sus émulos; ser capaz de algo de que la mayoría de sus colegas es incapaz.

Por eso, lo repito, la noticia de los dos millones del Ayuntamiento de Madrid hace meditar en la vanidad de las cosas humanas... y artísticas.

La verdad es que en las épocas de transición (no sé si habrá habido alguna que no lo fuese) se ven asociaciones de ideas y de hechos, extrañísimas; cosas que, como suele decirse, se dan de bofetones al verse juntas.

¿Ustedes se hacen cargo de lo que es un *meéting*? Sajona la palabra, sajón el concepto, el *meéting* sólo alcanza su pleno desarrollo y eficacia en países donde hay ciudadanos penetrados de sus derechos y deseosos de hacerlos valer, de confirmarlos á cada relación de la vida civil. Los *meétings*, en Inglaterra, en los Estados Unidos, son naturales. son una institución orgánica; pero ¿concebís un *meéting* en Moscou contra el *knut*, un *meéting* en Siberia contra la deportación? Tan fuera de ambiente, tan inarmónico parecerá el *meéting* en Rusia, como parece en España para conseguir «los toros en domingo.»

Yo, bien lo sabe Dios, no soy partidaria de toros ningún día de la semana; pero si dudase del acierto de la ley que los prohibe en domingo, empezaría á creer en ese acierto al notar que la protesta en contra de la prohibición legal toma forma de *meéting*.

Si estuviésemos en los tiempos de la España taurina, ¡qué *meéting* ni qué calabazas! Asistiríamos á un hermoso y furioso *motín*, con todo el aparato que ha solido requerir el interesante argumento de esa clase de funciones por horas. Los razonamientos serían estacas y trabucos, los discursos interjecciones, el desfile el arrastre de algún personaje... y por lo menos la cosa tendría su color local, su fisonomía y su genuino sabor.—Esto del *meéting* para sacar á flote la tauromaquia me recuerda el romance de Franquelo, en que se burla el poeta, con tanto donaire, de la corrida de toros traducida al francés, del toreo con guantes y del violín que substituye á la murga. Traducir al inglés las aspiraciones de la afición y el bullir de la sangre torera, representa el colmo de la invasión de extranjería en eso que hemos llamado, por tantos años, típico, castizo, español hasta las cachas y demás adjetivos de castañuela y pandereta.

El interés por la guerra disminuye. Los que no somos ni japoneses ni rusos, vamos encontrando que se prolonga más de lo debido. Con doble razón encontrarán pesada la broma las naciones beligerantes.

Esa carnicería espantosa; esa ansiedad llegada al paroxismo; esa inquietud mortal; ese gasto de energía concentrada en un solo fin y distraída de la normalidad de la existencia; ese derroche, por sangría de las cuatro venas, de sangre y de dinero, han llegado á asustar y deprimir el ánimo, exaltado al mismo tiempo por espectáculo de innegable heroísmo. La defensa y el ataque de Port Arthur, al igual, nos prueban que hay cuestiones en que no cambia la historia, y que los héroes no pertenecen á la fábula.

¿Caerá la valiente plaza? ¿La tomarán sus archivalientes sitiadores?

Los estrategas de café y de corrillo debaten cuatro mil veces por semana este punto, sin llegar á esclarecerlo.

«Plaza sitiada, plaza tomada»... En güerra, como en amor, se desmiente á veces el axioma.

Si llega á caer Port Arthur, ¡cuanto diera por estar en Tokio el día en que la victoria se supiese!

Al través de la alegría delirante que había de producirse y desencadenarse en calles y plazas, hogares y corazones, ¿quién sabe si se transparentaría algo de esa misteriosa alma nipona, que tantas sorpresas está dándonos y que tantas nos reserva quizás?

Si hace dos ó tres años alguien hubiese indicado solamente la posibilidad de lo que hoy sucede, de la aparición de los japoneses vestidos, armados, disciplinados é instruídos á la última, teniéndoselas con una de las grandes, fuertes, aterradoras potencias militares europeas, nadie creería á ese augur.

Sin embargo, los hechos hablan.

¿No podrá sobrevenir algo más impensado, y revivir ahora, cuando estemos distraídos, el gran terror de la Edad Media europea á las hegemonías de la raza amarilla?

No estamos en tiempos de Gengis Kan, ni es de temer que una horda pique á sus caballos é invada, arrasando y talándolo todo, las tierras de Europa.

Hoy las naciones se imponen comerciando ó guerreando, pero guerreando con esa peregrina mezcla de sabiduría y valor, de humanidad y furia, de cálculo é instinto, que observamos en la táctica y en la estrategia de los japoneses.

Ha tenido excelente ocurrencia una señora ó señorita de las que solicitan postales con autógrafo; y como no todo ha de ser murmurar de los postalófilos, me apresuro á hacer público el discreto y generoso procedimiento de dicha señora ó señorita.

La inmensa mayoría de las que cultivan el género, no envían ni la tarjeta que se les ha de firmar. Algunas envían su propia carta insuficientemente franqueada, y tenemos que abonar aquí recargo. Enviar la tarjeta y el franqueo correspondiente es ya portarse muy bien. La señora Wallace hace más. Al pedirme un autógrafo, lo acompaña con un donativo de veinte pesetas para la Colonia Escolar de la Lagoa. Perfectamente discurrido, y yo quisiera que cundiese el ejemplo. Así colaboraríamos en obra buena y de caridad los que escribimos y los que nos dispensan el honor de solicitar nuestros pensamientos y nuestra firma. Ningún provecho material reporta al escritor el que por su firma se haga un donativo á los pobres, pero le causa—al menos á mí—una satisfacción íntima muy verdadera. Y además demuestra que algo vale esa firma, ese pensamiento, cuando hay quien lo adquiera imponiéndose un ligero sacrificio. Lo que se da de balde al primer desconocido que lo solicita, pierde toda importancia. No tendríamos, si se cotizasen á veinte pesetas los autógrafos postales, tanta demanda de ellos; pero los que los pidiesen los desearían realmente, los estimarían más, y no nos los demandarían, á veces demostrando perfecto desconocimiento de nuestra labor literaria y hasta de nuestro criterio estético, al remitirnos tarjetas tan feas y de tan detestable gusto, que no sé cómo hay cara para pedir que se las adornemos con versos ni prosas.

Para odiseo, la de un arrendatario de consumos, en un ayuntamiento rural de mi tierra.

Amotinaránse contra él los vecinos, resueltos á escabecharle. Una señora caritativa le escondió en lugar nada pulcro—el cubil del cerdo.—Fué milagroso que no le descubriesen, pues rodearon la casa de la señora, y le plantan fuego, á no estorbarlo la Guardia civil. La multitud registraba los coches de línea, ojeaba los matorrales, á fin de dar caza al arrendatario, al «sacamantas,» según decían. Las mujeres, como en la novela de Zola *Germinal*, eran las más furibundas, las resueltas á que no escapase con pellejo. A las tres de la mañana, aprovechando un momento favorable, salió el perseguido de su escondrijo, en el estado de suciedad y hediondez que cualquiera puede figurarse. No hubo más recurso, para salvarle, que afeitarle y vestirle de señora. Y en tan gentil atavío, custodiado por unos parientes suyos, emprendió la caminata, que ha debido de ser recreativa, hasta la playa, donde una lancha le aguardaba ya.

Todo esto prueba que ese impuesto hace las delicias del público, que su popularidad va en aumento, que acabarán por levantarle una estatua al inventor, y que sin necesidad de convocar á ningún *meéting*, cuando á la gente se le atufan las narices y se le revuelve la bilis, protesta de un modo pintoresco, con la misma energía con que lo hiciera un carnicero inglés al borde del Támesis.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pa mí que nieva..., debieron decirse los madrileños cuando, al despertar, sintieron, aun entre sábanas, la peculiarísima impresión de encogimiento aterido que la nevada produce; ese entumecimiento sordo que yo llamaría «la muerte blanca.»

En Madrid, á pesar de lo duro de su clima continental, nieva poco. Más frecuentes son los temporales de granizo. Transcurren largos años sin que vistan sudario las calles y la gente resbale en las aceras. No debemos extrañar que no se tenga aquí todo preparado, como si estuviésemos en Moscou ó en Cristianía.

La prensa y el vecindario se han indignado porque no había barrenderos, ni mangueros, ni braceros suficientes para limpiar con diligencia las vías públicas cubiertas por la nieve alta y compacta. Cada cual lamentó la interrupción de sus quehaceres ó de sus recreos diarios. Madrid se transformó, bajo la vara mágica del hada blanca, en uno de esos soñolientos y amodorrados pueblos de provincia, en los cuales cada uno se refugia en su casa y Dios en la de todos. Mudo, arropado en la sábana glacial que tendió sobre él la naturaleza, la ciudad adquirió aspecto triste, fué como persona bulliciosa que enferma y calla. Los tranvías, por donde circula el Madrid laborioso, se quedaron en sus cocherones; los simones y carruajes de lujo no engancharon; los obreros no salieron á su labor... Y la colmena madrileña se recogió al colmenar, y abejas y zánganos tiritaron igualmente, con las alas plegadas y mustias...

La nieve, creedme á mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística—cuando no despierta reminiscencias de portalitos de Belén y niños con aureola, temblando sobre unas pajas,—la nieve es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener ó no tener dinero.

Para el rico, sencillamente para el acomodado, la nevada, aunque deshaga planes y entorpezca asuntos, reviste, en estos países donde tan poco abunda, carácter ameno y original. Es un extra, un cambio de decoración, un «efecto» de paisaje, que sorprende la vista y da ocasión de deportes, porque se acude al Retiro á contemplar blancos los estanques, blancos los macizos, polarmente blancos los árboles, y á reír con los resbalones de algún inadvertido, que corre peligro de sentarse de lleno en la blancura...

«¡Qué bonito!» Es la primer exclamación de los que se asoman á una ventana resguardada por cortinas confortables en una sala donde arde una estufa constante y alegre, y ven tejados y chimeneas, balcones, azoteas, arroyo, envueltos en espléndido candor. Del cielo descienden pausados, gentiles, inmaculados como vellón de cordero recental, los copos, que acolchan el aire y producen una sensación de suavidad y seguridad, un goce mayor añadido á los goces ya tan refinados de la existencia decorosa, con todas las necesidades previstas y cubiertas... Dentro, hace calorcito blando; la mesa está provenida; los criados, dispuestos á servir la sana sopa; el asado, jugoso; el helado, hecho—para mayor gusto—con la nieve recogida en los balcones, nieve limpia, clara, apretada y deliciosa... Sobre el mantel, flores frescas, vivaces plantas, hablan de primavera en medio del nevarrón... El día se ha obscurecido, pero dentro del comedor arde la luz eléctrica, y todo ríe, todo halaga. No se podrá salir; no se podrá ir á escuchar la música de Lohengrin ó de Fausto, pero están al alcance de la mano los libros, el piano abierto, y en el dormitorio, el edredón tibio, de plumón ligero, promete las regalonas dulzuras del sueño en paz. Y, con una especie de resignación satisfecha, la que se adopta en el campo para conformarse á pasar encerrado un día de lluvia, el rico se dice: «Unas horas de recogimiento, de epicureísmo, de amarrar la barca al muelle del puerto, y dejarla que se columpie sosegadamente...»

Entre tanto, el pobre no se conforma con ver la nieve en el Retiro, ni con mirarla caer tras de los diminutos cristales de su buhardilla... Para el pobre —aunque parezca paradoja—hay una nevada propia, una nevada pobre también. La nieve de los pobres no es la que baja poéticamente en cardados copos, y se deposita con tal gracia en cornisamentos de edificios ó en ramas de coníferas, sino la que, negruzca y pisoteada, envuelta en fango y en residuos de la calle, se adhiere á las botas ó forma pellones de dudoso olor bajo las manos escultoras de la golfería. Esa es la nieve humilde, la nieve callejera, la nieve de los menesterosos, que sólo representa paro del trabajo, frío sin carbón, cocina sin puchero, y todo el séquito de privaciones y de apuros que la terrible entrada del invierno acarrea á los pobres. La nieve no les trae la sonrisa de lo inesperado y divertido, sino el ceño adusto de la necesidad más apremiante.

Y sin embargo, el pueblo ha tenido, como siempre, su provisión de filosofía, su gasto de buen humor, su espartana aceptación del contratiempo. Se ha reído de las caídas, se ha apedreado con bolas de de nieve, ha formado enormes pellas, se ha consagrado á rodarlas (deporte de Sísifo), y ha asistido, como á espectáculo curioso, á los esfuerzos de barrenderos y mangueros para despejar un poco las calles. Estas, en realidad, de día no se vieron tan solitarias; transitó por ellas, cuando la nieve apretaba más y más, bastante gente, bultos informes, multitud guarecida bajo enormes paraguas, calzada con botazas gruesas, con siluetas de capuchinos los hombres bajo sus recios impermeables, con siluetas de brujas las mujeres entre el rebujo de sus mantones y toquillas. Este gentío cruzaba el arroyo por veredillas abiertas en la densa alfombra de nieve, ó pisaba las losas de la acera con precaución, á brincos, por evitar los resbalones probables. Los perros, evidentemente indignados y arrecidos, seguían á sus amos de mala gana. Los borriquillos de los traperos alzaban y bajaban con miedo sus pobres patas rígidas, temblorosas. Y los caballos de los coches de punto —mientras circularon—avanzaban tan precavidamente como un danzarín novato que arriesga los primeros pasos de un minué.

De las esculturas de nieve se ha hablado mucho, y son la nota curiosa de estos días en que la meteorología se destaca entre las preocupaciones de la villa y corte.

Estas efímeras esculturas parecen revelar que la política interesa preferentemente á este pueblo, y que la caricatura de ministros y diputados, alternando con la de Don Tancredo, es el tema favorito, lo que danza en las imaginaciones: se satisface así, con nieve, la intención satírica, el desahogo político, y, como los conflictos y las luchas políticas, las estatuas de nieve viven un día no más...

La nevada ha paralizado los ferrocarriles, ha cortado las comunicaciones, ha extendido sus lienzos blancos por toda la Península. Y mientras suenan las largas horas de la noche, y retiñe la voz del reloj —que los tranvías no apagan porque no circulan,—pienso en los trenes detenidos en alguna silenciosa y luenga estepa castellana entre la obscuridad, antes de que la luz del amanecer se haga lívida reflejándose en la nieve sepulcral, antes que el frío más cortante de la madrugada estremezca á los viajeros, antes de que la claridad descubra la fatiga de los rostros, la hinchazón de los párpados, la ansiedad de las fisonomías...

Un tren parado entre la nieve, es de las situaciones más melancólicas que se pueden concebir. No se sabe cuándo cesará la detención, ni cuándo se podrá tomar alimento, es la sensación completa de abandono y naufragio. Pero si en los países septentrionales los trenes se paraban cada vez que caen grandes nevadas, ¿qué sería de esos países? En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, los trenes marchan aunque tapice el suelo una vara de nieve. ¿Cómo hacen? ¿Qué arte se dan? Y me entra una curiosidad virísima de trasladarme á esas tierras, donde la nieve y el hielo duran medio año ó nueve meses y no se nota; donde el hombre lucha con el clima, con los elementos, y sale victorioso.

Aquí, trenes, telégrafo, teléfono, son las primeras víctimas de cuanto sucede de tejas arriba. El teléfono, sobre todo, viene á ser una cosa ilusoria, un eventual medio de comunicación, inseguro y cortado á cada instante.

Vive de milagro el teléfono, el cruce de sus hilos con los cables del tranvía ha llegado á constituir uno de los más serios peligros de la vida madrileña. Derrocados por el temporal, hilos y cables forman en el suelo una red de muerte, entrecruzada é inextricable. ¿Por qué no van los hilos de tranvías y teléfonos bajo tierra, como en otras ciudades? ¿Por qué se ha armado en el aire ese dédalo, esa maraña? Tal vez por precipitación; tal vez por ignorancia; tal vez por economía. A la larga, sin embargo, debe de salirles más caro á las empresas lo aéreo de la red. Porque aun cuando, con el teléfono inutilizable, los bondadosos abonados seguimos pagando como unos santos los días que le place á la Compañía que tarde en componerse, la verdad es que las recomposturas no dejan de ser muchas, y cada temporal de nieve representa dispendios de miles de pesetas.

Buen chasco el de los que se hayan abonado á las audiciones, bastante caras, de ópera á domicilio. Es un género de placer por el cual yo de mí sé decir que no daría un *perro gordo*. Porque la voz, no cabe duda, la alteran y entorpecen todos estos aparatos de acústica á distancia, y más cuando—como sucede en la ópera—la voz no es emitida en la misma boca del aparato. No me causan la impresión de las voces hermosas, poderosas, afinadas (impresión tal vez la más fuerte entre las estéticas) los fonógrafos, los gramófonos, los teléfonos. Pero cuando las audiciones de ópera tienen abonados, será que no todo el mundo siente como yo, y que muchos señores comodones, desde su butaca, al lado de la estufa, se refocilan en suponer que traen á su casa el Real.

Quizás estos abonados filarmónicos obedezcan al que pudiéramos llamar espíritu familiar de Madrid en invierno, á la fuerza que gravita sobre las costumbres, las actividades, las determinaciones, las relaciones sociales... Este numen ó geniecillo es... el miedo al catarro, con su séquito temeroso de pulmonía y pleuresía.

Políticos y cantantes, damas y verduleras, el profesor que va á dar su clase al colegio y la modistilla que va á entregar obra..., á todos les veréis, en esta estación, hacer el mismo precavido movimiento de taparse la boca, cuando salen de un sitio caliente á la cortante atmósfera de la calle, y á todos les notaréis en la cara el mismo gesto de preocupación, la misma idea grave y obscura: «¿Si estaré respirando la muerte?» El catarro, el sencillo y tonto «enfriamiento» es ya una de las plagas de la vida madrileña. Sus víctimas son mártires, y, para mayor dolor, mártires ridículos. Sólo rísa producen los síntomas de tal indisposición, los ojos lagrimosos, la nariz tumefacta, la garganta obsturida, la voz ronca, los huesos penetrados de frío sutil, la cabeza aturdida, el cuerpo estremecido... Y el paciente, por estética, más aún que por precaución, tiene que bloquearse en su casa, no presentarse ante los amigos, cuyo papel, naturalmente, es burlarse de estos padecimientos cómicos.

Hay clases sociales más acometidas de catarro; el catarro, para los hombres políticos de fuste, expuestos á recomendaciones, interviews y otras incumbencias, apareja una excusa tan cómoda y abonada como la jaqueca para las señoras. Un buen catarrito saca de mil compromisos. ¿Que les invitan á una reunión adonde no les reporta ninguna ventaja asistir? Catarro. ¿Que les piden una entrevista difícil? Romadizo. ¿Que no les conviene recibir á cierta gente ó asistir á determinada sesión? Coriza. Pero que llegue una de esas ocasiones en que no renuncian á asistir á determinada ceremonia, porque se interesa la vanidad, el orgullo, la conveniencia; que se trate, por ejemplo, de ir á jurar á Palacio el cargo de ministro..., y veréis cómo, sin pastillas ni jarabes, el romadizo, la coriza, la perrera, la gripe, la tos, todos los alifafes desaparecen ó al menos se alivian por ensalmo.

Yo creo que los catarros son uno de los resortes de la vida cortesana en invierno. Como el estado del tiempo, forman la base de la conversación. Pero creo también que revelan nuestra decadencia elocuentemente. Donde se reacciona contra los procesos catarrales, y no se vive embozado en la capa, al amor del brasero, y se hace funcionar activamente la piel por medio de la hidroterapia, el catarro no es plaga nacional.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada nuevo libro que viene á mis manos y trata de feminismo, renueva el interés que esta cuestión ha despertado en mí en los años durante los cuales se pone todo en tela de juicio y tras de un examen más ó menos detenido se forman y enraizan las convicciones.

Hay convicciones de dos clases: las que nacen de cierta disposición íntima de nuestro espíritu hacia la verdad, y las que impone la vida con sus transacciones, sus desgastes del ideal al áspero roce de necesidades y circunstancias.

Las convicciones primeras hubiesen hecho de mí el más ardiente campeón activo del feminismo. Las segundas me imponen actitud de espectadora, no indiferente, lejos de eso, pero paciente y reflexiva, segura de que no por tirarles de las hojas á los arbustos crecen más pronto, y recolosa, á fuer de individualista, de cuanto la obra colectiva lleva en sí de impuro y turbio. Hablo, entiéndase bien, de la obra colectiva consciente, voluntaria, no de la inconsciente, que es casi siempre admirable y segura.

Pero cuando un espíritu culto, una mente adornada con múltiples conocimientos, plantea otra vez, desde el punto de vista propio, esta cuestión del feminismo, tan tratada, tan debatida, tan removida en los países que marchan de vanguardia, me agrada volver las hojas del libro, repasarlas, meditar un punto y reconocer, con una especie de curiosidad intuitiva, lo que he andado (en un sentido ó en otro, todo es andar), y lo que ha andado el mundo alrededor de mí, desde que puede mi razón hacerse cargo de su marcha. Y esto voy á practicar con el folleto que tengo á la vista, obra del escritor sudamericano Carlos Octavio Bunge, titulado *Educación de la mujer*.

Empezaré declarando que, realmente, sobre feminismo no existe lo que pudéramos llamar controversia. Se escribe infinito; se ha juntado ya una biblioteca enorme de monografías y estudios sobre el feminismo, biblioteca á la cual las plumas femeniles no han dejado de aportar lucido contingente; pero seria difícil llenar un estante con trabajos razonados antifeministas, de crítica, de filosofía ó de sociología, serios y dignos de consideración. La biblioteca antifeminista se compondría de:

A.—Diatribas, invectivas y jocosidades, sembradas al azar en libros que no tratan directa ni á veces indirectamente la cuestión.

B.—Capítulos ó fragmentos de obras científicas en que se aprecia con carácter científico la capacidad de la mujer, según los datos fisiológicos y biológicos, interpretados no siempre rigurosamente.

C.—Sátiras en verso ó prosa, de las cuales es modelo el divertido libro de Barbey d' Aurevilly *Les bas bleus*.

D.—Trabajos que podemos llamar de conciliación, en los cuales, haciendo algunas concesiones al feminismo, se le fijan límites, que suelen medirse por la longitud del paraguas del autor, ó sea sus aprensiones y rutinas.

Una obra de metódica impugnación al feminismo no la recuerdo, si es que existe. Hablo de impugnación por el razonamiento, de impugnación con fundamento y aparato demostrativo. Acaso se haya escrito esta obra: digo solamente que no la conozco.

Es cierto que hombres de valía, pensadores de alto vuelo, parecen, á jugar por pasajes sueltos de sus escritos, hostiles á las reivindicaciones feministas y convencidos de la inferioridad de la mujer. (No es lo mismo una cosa que la otra, pues muchas reivindicaciones feministas podrían sustentarse aunque se demostrase esa inferioridad, siempre relativa.) Pero esos pensadores y escritores—por ejemplo, Nietzsche y Schopenhauer—no trataron la cuestión de propósito, y hasta se contradijeron respecto á ella, como sería fácil demostrar con citas. Los que escriben resueltamente sobre feminismo, son favorables á él, y aunque restrinjan ó atenúen las reclamaciones feministas, nunca se muestran conformes con el estado presente, y solicitan modificarlo, extender el radio del derecho y de la vida femenina.

Carlos Octavio Bunge viene del campo pedagógico. Es en su patria un profesor, y es conocido en todas partes por sus trabajos sobre educación, contenidos en varios volúmenes, de los cuales alguno corre en francés, formando parte de esas bibliotecas que difunden la ilustración, al lado de las obras de los modernos filósofos franceses y alemanes. La obra á que aquí me refiero ha sido presentada á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para optar á la suplencia de la Cátedra de Ciencia de la Educación. En sus breves páginas debemos, pues, encontrar, y encontramos, resumidas y condensadas las ideas de un americano joven todavía, versado y embebido en las recientes teorías sociológicas y pedagógicas; y este testigo no desmiente mi anterior afirmación: es partidario y defensor del feminismo, de cierto feminismo, muy considerable y útil, aunque no sea radical.

Bunge empieza reconociendo que las esenciales modificaciones que hoy pueden notarse en el concepto de la educación femenina no son ni pueden ser fenómeno aislado y abstracto, sino un producto de la evolución histórica. Si cambia de lleno el sistema de educación de la mujer, si se percibe movimiento en este sentido, es que han cambiado las ideas acerca de su destino venidero. No es, pues, ya posible considerar que la mujer se eduque solamente para la familia, ni acaso preferentemente para la familia—tal conclusión se deduce al pronto de la exposición histórica con que Bunge encabeza su opúsculo.

Sirve también á Bunge esta excursión histórica para comprobar que es muy escaso el progreso de la condición de la mujer y reducidas las conquistas positivas del feminismo en la actualidad. Y lo son efectivamente; decir otra cosa sería forjarse ilusiones. La situación de la mujer poco ha variado, poco ha evolucionado; la distancia entre lo pensado y filosofado y lo realizado y cumplido es, en este respecto, enorme, incalculable. En el orden especulativo está emancipada la mujer, nivelada, en lo más esencial, con el varón; en el orden práctico, su dependencia y sujeción persisten.

Curiosa verdad: aun en los espíritus más predispuestos á aceptar la transformación que llevarían consigo las conclusiones radicales del feminismo, ejerce acción decisiva la costumbre tradicional. No es feminista más que el cerebro de Europa. En cuanto al resto del organismo, persiste todo, lo emocional, lo sensual, lo material y mecánico, de cuanto hace relativa y adjetiva la vida de la mujer.

Las conquistas de hecho que la mujer va realizando, ó que, mejor dicho, se le realizan, las debe á la marea creciente del socialismo. La sociedad burguesa, entre sus muchos errores, que no hace falta ser socialista para reconocer, ha cometido este: dejar al socialismo que represente la emancipación económica de las mujeres. Y de un modo insensible, por sólo la fuerza de la lógica, la economía social cumplirá esta misión, igualará á las dos mitades de la humanidad.

Puesto á comparar, Bunge no cree en inferioridades, sino en diferencias, y diferencias determinadas por las leyes biológicas, entre los sexos. Estas diferencias, que no son físicas, tampoco las considera fatales, sino modificables. Y entre estas diferencias modificables, algunas, como la reconocida por Orchanski, que concede á la mujer el privilegio de retrotraer á la especie á la línea armónica de la normalidad, atenuando la transmisión de los estigmas y particularidades de la herencia, pudieran conceptuarse superioridades. La idea de inferioridad parécele á Bunge, y con razón, errónea, y propia para desquiciar la cuestión, llevándola á lo pueril.

Corresponde á la mujer el oficio de conservar, al varón el de evolucionar, oficios igualmente importantes, y la evolución, hace notar acertadamente Bunge, no siempre es progresiva, es muchas veces regresiva. No porque represente la evolución es superior el hombre.

Es prudente y acertado el punto de vista en que Bunge se coloca, y su estudio, tan corto, tiene jugo. Tiene razón cuando dice que no cabe en cabeza bien organizada la suposición de que los hombres hayan urdido conspiraciones para someter á la mujer á situación de inferioridad. Ha sido resultado natural de la evolución en determinado período, como el cambio de ese estado de cosas será resultado de la evolución en otro grado más alto, y vendrá á pesar de que las mujeres, en su inmensa mayoría, no se interesan por sí mismas, ó tal vez son obstáculo á su propio mejoramiento, adelanto y conveniencia.

Exacta es también la afirmación de que la psicología femenina está mal conocida y que sobre ella se han propalado, con ínfulas dogmáticas, peregrinos errores. No ha mucho creo haber escandalizado por sostener, en uno de esos momentos en que se habla desde adentro, que la mujer no es más sensible que el hombre, aunque lo parezca. Bunge combate asimismo la idea, cara á los poetas y á los literatos, de la complejidad del alma femenina. «La psicología de la mujer—dice Bunge—es más simple que la del varón.» Innegable, aunque circunstancias que el propio pensador reconoce hagan que la mujer pueda ser, y hasta necesite ser, maestra en las artes del disimulo, y que una mujer leal enteramente, sincera como debiera ser el hombre, se encuentre colocada en peor caso, indefensa, en condiciones de inferioridad para la lucha, como desarmado paladín.

El feminismo de Bunge, consecuente con su apreciación del carácter general de la psicología y biología de cada sexo, es un feminismo mitigado, con tendencia á tomar en cuenta principalmente en la educación (á pesar de indicaciones más amplias al principio) el dato del sexo. La educación moderna, dando extensas facultades á las mujeres «cuyas aptitudes las llamen á las profesiones, debe mantener en la masa femenina el tipo medio de la mujer mera esposa y madre, de la mujer hembra mamífera, de la mujer mujer.» Confieso que aquí me separo de las conclusiones de Bunge. La educación va siempre, y debe ir, contra las propensiones. La obra educativa no necesita robustecer tendencias ingénitas, basadas en leyes fisiológicas y biológicas: la maternidad es una de estas tendencias profundas, incontrastables, y la educación más viril no las suprimirá, como el seno cortado de la amazona no la impedirá lactar con el otro seno. La educación no desarrolla ni comprime instintos tan fundamentales. La fiera, mientras es madre, lo es con más vehemencia que la hembra humana, porque la maternidad brota de un instinto que no puede aprenderse ni enseñarse.

Lo que conviene pedir á la educación es justamente lo que no nos ofrece íntegro y fuerte la naturaleza sola. La educación, en cierto sentido, se opone resueltamente á la naturaleza, por la cual seríamos mero instinto desatado—llámese ese instinto maternidad, adquisividad, reproducción ó destrucción.

Por combatir el instinto es por lo que en pedagogía no se ejerce acción á proporción del esfuerzo empleado. Si este problema de la pedagogía es tan difícil, si la educación es tan costosa, consiste en que, en cada niño que nace, el instinto reconquista lo modificado ó comprimido por la pedagogía en generaciones anteriores, y hay que volver á tejer la tela, rota por la vigorosa mano de la naturaleza, remontar la corriente impetuosa de la espontaneidad de ese nuevo ser, peinar pelo arriba toda su voluntad.

En mi concepto, pues, débese educar á la mujer no sólo virilmente, sino humanamente, educación más fuerte y completa todavía, «más allá del macho y de la hembra.» No preocuparse de su instinto natural de hembra y madre, que ya se desarrollará él solo perfectamente y con las poéticas sorpresas que le caracterizan. No encerrarla en la higiene y la costura, la economía doméstica y la pedagogía elemental, criándola para nodriza, ama de casa y primer maestra; enseñarle como se enseña al niño primero, al joven después, y cultivar facultades que tienden á la atrofia, no las ya hipertróficas.

Descartada esta diferencia, realmente fundamental, entre el criterio de Bunge, en pedagogía tan ilustrado, y el mío, sin autoridad alguna, las concesiones del joven pedagogo me parecen suficientes, para el tiempo en que vivimos, y en el cual, por aprisa que se camine, siempre ha de conservar peso muy grave la tradición. El acceso de la mujer á todas las profesiones (y supongo que á todas las plazas para las cuales esas profesiones dan aptitud, aunque Bunge se muestra restrictivo en lo que concierne á las cátedras), es ya mucha magnanimidad, y con ella habría para conformarnos provisionalmente. En lo que respecta á los salarios, he de dirigir una última observación á Bunge. Aquí, al menos, la diferencia del salario de la mujer y del hombre, en la labor del campo, doy fe de que es debida á preocupaciones y tradiciones. Aunque las braceras trabajen tanto ó más que los braceros, el hecho de ser «mulleres» basta para que no se pague igualmente su labor.

Y basta de feminismo, aunque *difícilmente* habrá tema que con más derecho, con más actualidad, con más generalidad, caiga dentro de la rúbrica de «la vida contemporánea.» Estos renglones demostrarán al ilustrado argentino que le he leído despacio y que he pensado con él, aunque no en todo como él.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El *Huerto* siniestro donde el azahar florecia abonado con humus de cuerpos humanos, ha proyectado su tétrica sombra sobre los últimos dias del año 1904 en nuestra patria. Ha sido una revelación nueva de lo que tantas veces deploro en estas Crónicas y que ha podido dar á mis lectores y lectoras de América idea pesimista de nuestro estado social: una prueba clara de lo que, mejor que ningún otro síntoma, descubre la criminalidad: del descequilibrio entre la intensidad de los apetitos y necesidades, y los medios lícitos de ganar dinero para satisfacerlos.

Hace veinticinco años, España se encontraba atrasada, cerrada á las influencias europeas; pero los artículos indispensables estaban más baratos; mil goces y refinamientos (groseros, pero refinamientos al fin) se desconocían; la vida de provincia y de aldea, y aun la de infinitos habitantes de la corte, era modesta, humilde, obscura. Hoy todo cuesta y todo se apetece, y hasta los últimos rincones y lugarejos llegan los periódicos y los inventos, los relativamente fáciles placeres, pues si es cierto que las subsistencias han encarecido, ciertos deleites se han puesto al llegar de la mano, y las concupiscencias salvan ya la valla de las distancias y de los aislamientos. El español, prodigio de sobriedad, va aprendiendo á comer, beber y usar y abusar de los excitantes, café, tabaco, licores, y de los espectáculos y *sports;* el español, contento antaño con las mozas zahareñas de su lugar, exige ya patchuli, peinados fofos, sayas con orla de puntilla, calzado fino, estrecho, afeites y melindres. El mismo español que se consagra á la vida de familia, busca ya para esa familia desahogo, comodidad, regalo, según su esfera, ó más allá; los niños de un artesano se cortan el pelo á lo Eduardo, y lucen pamelas con lazos y plumas. Claro es que preferentemente se cultiva la apariencia, y hay más de superfluo y de vacío que de positivo y útil en este movimiento transformador; pero todo se da la mano, todo se resuelve en una terrible fórmula: hace falta ganar más, porque es mayor el consumo y más ansiosos los deseos.

¿Cómo lograr ese aumento de ganancia? El trabajo... El trabajo es el camino lento, largo, estorbado por obstáculos y competencias. De tanta gente como viene á mi puerta, la inmensa mayoría se queja de no encontrar trabajo. No todos mentirán:

Trabajo se encuentra, pero luchando con trabas, y esta es una de las explicaciones de la emigración á países donde el trabajo, cuando menos, parece brindarse á todo el que lo pide. Y la gente, afanosa de ganar dinero, echa por el atajo: se *ingenia*, palabra tan elástica... El ingenio empieza en la reventa de billetes de lotería, un ganadero de pan que es un término medio entre trabajar y pedir limosna, y termina en la baraja marcada y los negocios de tahurería, los cuales, á su vez, tienen, bajo los naranjos del Huerto del Francés, uno de sus más adecuados desenlaces.

*

Y se agotaron en Madrid los décimos de la Lotería Nacional, dos dias antes del sorteo. A la puerta, un enjambre de desarrapados pregonaba los últimos décimos que quedaban disponibles. Hízose el sorteo, y el premio, un pequeño premio de treinta mil duros, cayó repartido en fracciones (como había sucedido antes con el gordo de Navidad), á las vendedoras de verduras del Rastro. Vierais allí volar por los aires, á manotadas y puntapiés, las hortalizas, volcarse los cestos, desbaratarse los tinglados, que representan el trabajo, la ocupación diaria. Tres ó cuatro mil pesetas que puedan haberle tocado á una verdulera, alcanzarán para que monte mejor su pequeño tráfico; pero no la redimen del trabajo, no la permiten tirar al aire las remolachas. Este es el único mal de una contribución indirecta muy amable, como la lotería: que cuantos juegan, en vez de tomarla por distracción de un instante, la toman por algo substantivo, que va á permitirles arrojar al suelo ó esparcir hacia los cuatro puntos cardinales los modestos artículos que constituyen y reportan el sustento diario.

No ha faltado quien se regocijase, en su patriotismo, de que el *Huerto* se llame «del Francés» y sea nacido en Francia el poseedor de tal matadero-cementerio. Eterno error confundir al individuo con la masa. El individuo poco significa dentro del estado social, y las individualidades excepcionales, en mal ó en bien, se crian en todas las latitudes. Lo grave en estas cuestiones, socialmente miradas, no es que existan dos ó tres criminales del temple de Aldije y Muñoz, sino que una masa de especuladores turbios y equívocos les ofrezca materia abundante para montar el crimen á guisa de industria fructuosa. No me alarman tanto los verdugos del Huerto como sus víctimas.

Y me alarma también, por la misma razón, porque significa algo colectivo, un fenómeno moral, la impresionabilidad malsana de la conciencia pública, indefectiblemente dispuesta al linchamiento en los primeros instantes de descubrirse un crimen, y no menos indefectiblemente enternecida y apiadada á los pocos meses, cuando llega el momento de exigir responsabilidad.

No se apiada aquí la gente de los criminales simpáticos por algún motivo: no discurre ni piensa: no recuerda siquiera, transcurrido tiempo, qué hicieron aquel hombre ó aquella mujer que van al banquillo á responder de sus actos. En mi tierra, no ha mucho, se cometió un crimen semejante á los del *Huerto*. El móvil, los procedimientos, iguales. No conozco crimen más repulsivo. Al mes, ó al mes y medio, no sólo era disculpado el criminal, sino que gozaba de cierta popularidad, bastarda y reprobable. El hecho se ha producido igualmente con Cecilia Aznar, que acabó por heroína de folletín, recibiendo declaraciones amorosas.

Tal vez exista alguna relación entre estas anomalidades de la psicología colectiva española y el incremento de la superstición, coincidente con la decadencia de la fe. Que la gente se vuelve supersticiosa, no cabe dudarlo. Díganlo los pases á las joroabas de los revendedores de billetes de lotería, que poseen este talismán. Hay quien cree que con deslizar la mano sobre el paño burdo de la chaqueta, donde hace saliente la contrahechura, tiene asegurado el gordo.

Nunca ha estado tan difundida la aprensión del número trece (en Francia todavía más que aquí); nunca ha sido tan corriente industria la venta de amuletos, fetiches y *porte bonheurs* como actualmente. En otros siglos se prevenía la mala suerte usando reliquias de santos, trozos de *lignum crucis*, algo que se reducía á implorar la protección del cielo; hoy se encomienda este menester á los cerditos de pasta, los ahorcados de níquel, los tréboles cuatrifolios de esmalte verde, los cuernecillos de nácar y otras infinitas bujerías que cuelgan de brazaletes y cadenas, y á las cuales (habiéndolas comprado por tres pesetas en casa del quincallero) se atribuye influjo felicísimo en el destino del portador. Hay en esto un símbolo.

El talismán, en otras épocas traído de Palestina ó de Arabia con riesgo de la piel, ganado á botes de lanza ó adquirido á peso de oro, es hoy objeto de comercio vulgar, de precio módico, accesible á las niñas cursis y á los señoritos desequilibrados que, al oir la palabra *culebra*, se estremecen hasta la raíz del pelo, y colocando los dedos en posición cabalística exclaman: «¡Lagarto, lagarto, lagarto,» con el tono de terror del que ve un peligro inminente y se encomienda á los poderes sobrenaturales...

¿Y qué diré del desarrollo de la superstición en el juego? Fórmase una mesa de tresillo en cualquier casa, y se enzarza la partida. Alrededor de los jugadores se sitúan unos cuantos mirones. Empiezan los jugadores, como es presumible, á perder unos lo que otros ganan. Sin dilación los perdidosos acusan de la pérdida á alguno de los mirones, que, es la frase consagrada, «trae pato.» Y se revuelve angustioso el jugador, y mira con desolación al *jettatore*, y acaba por decirle en voz suplicante: «¡Si quisiese hacerme el favor de cambiar de sitio! Desde que está usted ahí, no he visto una carta.»

El juego—preciso es reconocerlo—abre la puerta á la superstición. Mil veces me he preguntado qué explicación natural, racional, puede darse al extraño caso de la *vena*, y no supe acertarla. El hecho existe, y nadie que juegue poco ó mucho lo desconoce. Dos observaciones casi constantes: primera, «la vena,» que se declara por un individuo una noche ó varias seguidas, y trae á sus manos la carta que necesita, la jugada oportuna, la contra dañina al adversario; y «la negra,» que desbarata toda combinación, estropea toda jugada, lleva como por fuerza á auxiliar al contrario. Puede notarse también que la suerte en el juego suele ser patrimonio de los viejos, de los que no brillan, de los que están «fuera de combate» en amor y ambición. Dijérase que el juego acata la ley de las compensaciones, que hay en él una obscura equidad. De esta equidad singular sé un caso que es en cierto modo un drama. Me refirieron que un joven oficial, en una de las Antillas que fueron nuestras, murió en duelo á la mañana siguiente de haber ganado una fortuna, en sólo una noche, jugando con fiebre que acaso fuese ansia de olvidar el peligro. Hízose rico en horas, y entre tanto la muerte afilaba su segur. Aquel montón de oro y billetes fué el mullido de su fosa. Y aseguran que él, según ganaba más y más, sentía claramente el desquite que le amenazaba, y extraviados los ojos y el rostro color de yeso, rechazaba la ganancia con una especie de cólera sombría.

Registro mi espíritu y me encuentro ajena á estos terrores del número 13, á los beneficios de los amuletos y de la cuerda del ahorcado, al dañoso efecto del cruce de manos al saludarse cuatro personas, de la culebra, de la rotura de espejos y vuelque de saleros; comprendo que no me alarma el que nadie se siente á verme jugar; y hasta confieso que, al sonar las doce del último día del año, no fundo grandes esperanzas de ventura en las trece uvas que comemos en algún palco de algún teatro, entre bromas y felicitaciones cordiales..., rito supersticioso, que *La Epoca* llama tradicional, y cuyo origen desconozco enteramente, pues hasta hace poco no lo he visto en práctica. Hallo en él la ventaja del siempre grato sabor de las uvas, y aparte de eso, me creo libre de aprensiones, y hago leve movimiento de orgullo...

Pero, un minuto después, registrando mejor, noto que hay dos ó tres cosas que me causan la impresión peculiar del miedo á lo desconocido, que debe de ser raíz de la superstición.

Yo paso un mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negra me es intolerable, me crispa. El lacre negro, no. El papel solo. ¿Por qué? No sé decirlo.

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece. Acaso se deba á una lectura, en mi niñez, de la célebre visión de Gustavo III de Suecia, asesinado por Ankarstroëm. Un surco en la fantasía, abierto en la primera edad, á veces no se borra nunca.

Y para consolarme de tales flaquezas, me acuerdo de una comida literaria en Lhardy, hace muchos años. Entre los comensales figuraba D. Ramón de Campoamor. Cuando llegué al restaurant, no muy retrasada para ser mujer, me encontré al gran autor de las *Doloras* sentado en un rincón del saloncito, recostados el codo y el cuerpo en el aparador, en la actitud más melancólica del mundo. No pude menos de acercarme con interés, y á mi pregunta respondió consternadísimo:

—Somos trece, trece justos... Y yo el más viejo... Esto es jugar un billete á la lotería de la muerte...

Después de muchas risas, mezcladas con invectivas, como el poeta siguiese obstinándose en no acercarse á la mesa ni comer pan á manteles, enviamos recado á Fernando Fe, que se puso el frac precipitadamente, y vino á completar el número de catorce y á tranquilizar al ilustre supersticioso...

Y como los periódicos me atribuyesen después á mí la superstición y yo me sorprendiese, el poeta me dijo, muy contrariado:

—¿Por qué no dejaste que te echasen la culpa? Eso, en una señora, extraña menos.

¡Pobre é inolvidable amigo! ¿Qué más da ser mujer que hombre, para este achaque del terror vago y sin causa?

No he llegado á conocer en tal respecto diferencias, ni el valor que se atribuye el hombre le impide padecer los miedos indefinibles...

Y salga por centésima vez el ejemplo de Napoleón Bonaparte, con su agorero de cámara y sus presagios de victoria y derrota.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de leer un artículo de D. Manuel Ugarte, titulado *El alma española*, en una revista parisiense, y noto que el autor, que, si no me equivoco, ha viajado por España hace dos años, nos califica de niños y de viejos; le sorprende nuestra puericia y nuestra senectud. Su impresión, en conjunto, es bastante desfavorable á España. No la apoya detenida y ahincada observación; no revela largo estudio; por eso faltan en el artículo—que para llegar á la entraña necesitaría ser mucho más extenso—puntos de vista desarrollados que aclaren cumplidamente el embrollado enigma de nuestra psicología nacional. Así y todo, encierra verdad el artículo de este americano.

Es una verdad mirada por cristal ahumado, y el mismo autor, comprendiéndolo, dice al final: «Alegarán que en este retrato todo es negro. Es imposible que no posean ninguna buena cualidad los españoles. Seguramente las poseen, y muy grandes. Pero son cualidades negativas. Si pueden hacer simpáticos á los hombres mirados individualmente, no bastan para formar una colectividad vigorosa y triunfante.»

Hace cavilar esto de que los españoles, sueltos, revelen condiciones no sólo simpáticas, sino admirables, y en cuanto se juntan lo echen todo á perder.

En España no puede haber más doctrina que el individualismo, ni más tipo que Don Quijote, saliendo por ahí señero y solo á desfacer entuertos, y resignándose de mal talante hasta á la compañía del excelente Sancho. Si decide el hidalgo al fin provistarse de un escudero, es porque el huésped le ha demostrado la ineludible necesidad de acomodarse de dineros y camisas, cosa que á Don Quijote no se le había venido á las mientes, en su caballeresco entusiasmo... De semejantes frioleras—el dinero, las camisas—prescindiría muy gustoso el español, si no se terciase la fatalidad de que sin camisa se muere de frío y sin dinero se muere de hambre. ¡Una diablura! A poder prescindir de sustento y cobijo, el español sería el ser más dichoso de la tierra, justamente por esa sobriedad estoica que nota Ugarte. Es indiscutible que los climas duros, rigurosos, la lucha por la vida en forma de adquisición de pan, carne, carbón, ropa, hogar, generan civilización. Un murciano, entre palmeras, á la vera de la fuentecica, ¿me quieren ustedes decir para qué había de sudar y maturse, si la mala administración no le abrumase con tributos, y los adelantos del siglo no le empujasen, muy contra su voluntad, á alumbrarse eléctricamente y á poner en su mesa algo más que dátiles?

De todos modos, el alma española reviste mayor complejidad de lo que parece deducirse del artículo de Ugarte. Yo deseo que este escritor tan culto é inteligente vuelva á visitarnos y se penetre de la manera de ser nuestra, y sobre todo, reconozca los defectos de un gran factor, la diversidad regional, factor apenas apreciado por los extranjeros que de nosotros escriben. España no es *una* sino políticamente hablando. En su intimidad psicológica es muy variada, muy diversa. Y bajo sus apariencias de pueblo estacionario, cambia cada veinticinco años, cambia justamente, no su exterioridad, su alma. No diré que el cambio sea favorable, y acaso la nostalgia del alma antigua dicte muletillas como la que solemos oir: «¡Dónde van los hombres de otros tiempos!» Pero ello es que, sin fuerzas para modificar su estado de aplanamiento, el español lo percibe, lo siente, y esta percepción va poco á poco labrando en él una psicología nueva.

La cronología ha puesto de moda á Cervantes. No supongáis que lo estaba el autor de *El Ingenioso Hidalgo*. Lo que es leerle..., no se le leía poco ni mucho. Tenía su estatua frente á un local donde unas veces se afiligrana el idioma y las más se le pegan coscorrones; tenía la hueste de cervantistas, tan maltratada por el sabio director de la Biblioteca Nacional bonaerense; tenía, como Dante y Homero, comentadores y escoliastas; varias ciudades se disputaban el honor de haberle dado cuna..., pero, como lectores, es probable que le superasen infinitamente Ohnet y Sienkiewicz. Entre la generación joven, se hablaba del *Manco* con desdén. Cervantes se contaba en el número de los viejos arrumbados, y el venerarle acusaba pobreza de espíritu y sumisión nimia al criterio vulgar, trasnochado y académico. Ahora va á disfrutar de un renuevo de popularidad y fama, y acaso, merced á los festejos que se preparan en su honor, el *Manco* obtendrá la estimación de los libreros (que, como nadie ignora, sólo estiman lo que se vende), y saldrá de la gran urna clásica donde me le tenían inhumado, para gozar otra vez del sol y la luz de su patria.

Y la verdad es que, si bien se considera, Cervantes reposaría muy contra gusto en esa urna decorativa, suntuosa y glacial. Nadie menos adaptable que Cervantes al espíritu académico. El era, en plata, un bohemio, y lo mejor que hizo, sus grandes aciertos instintivos, se deben al roce y trasiego de su vida bohemia, aventurera y errante. No hay escritor á quien peor le siente la altanera golilla, porque no sólo tuvo, compelido por la ruda mano de la necesidad, que bajar infinitas veces la frente, sino que en sus correrías, en sus trabajos y andanzas, debió de usar, más bien que la golilla, el sencillo cuello sin escarolados ni almidones. Libre su garganta de esa prisión tan ensalzada por Cyrano de Bergerac, en actividad sus piernas, encandilados sus ojos, alborozada su fantasía, Cervantes se echó por el mundo á conocerlo y saborearlo, como se echaban entonces los viajeros, y no como hoy, que los viajes nada enseñan, porque el ideal es terminarlos cuanto antes, volar del punto de partida al de llegada. El alma de Cervantes es la de un vagabundo literario, adverso á la pedantería, que se confiesa ingenio lego, que ha leído sin orden, que ha sido soldado, que ha estado al servicio de los poderosos, sin encogimiento servil, y que se ha mezclado con villanos y populacho, hampones y pícaros, sin perder sus instintos de hidalguía, su percepción de lo elevado y lo elegante de su época. Y merced á esta libre y anárquica existencia de Cervantes, á su obra capital, donde la crítica encontrará fácilmente defectos y lunares, no puede la erudición encontrarle precedentes, como se le encuentran al *Fausto*, á la *Divina Comedia*, á los dramas de Shakespeare, á la *Eneida*, á los más altos frutos del ingenio humano.

No hay, en cierto modo, enseñanza de ejemplaridad superior á la deducible de la historia literaria de Cervantes. Todo lo que este excelso español escribió ajustándose al patrón oficial de la literatura consagrada en su tiempo, le salió flojo. Ahí están la *Galatea*, *Persiles*, que no me dejarán mentir. Verdad que las novelas cortas ó largas, y especialmente las cortas, eran género ya fecundo y conocido, y en cuanto á moldes y formas, Cervantes no innovó nada. Del mismo *Quijote* se podría sostener que no es sino una novela caballeresca más..., mirada por el revés del tejido, que en este caso es el derecho de la realidad, triunfante de la ficción. Pero no consiste el mérito del *Quijote*, ni de las *Novelas ejemplares*, en su molde y troquel, como no por ser sonetos ganan ni pierden los sonetos de Heredia. El arranque, la novedad y originalidad del *Quijote*, nacen de que en él Cervantes se revela completo, no con los procedimientos de la autobiografía, no con lirismo, sino por lo visto, observado y experimentado en su vida de bohemio.

* * *

De Rusia llegan rumores y noticias alarmantes, ahogadas, en el trayecto, por la censura, pero tal vez, por el misterio de la censura misma, aumentadas, vueltas cavernosas y pavorosas. Todo se encamina á su término y desenlace natural en la historia, y Rusia va por la senda que desde hace más de un siglo la obligan á recorrer sus instituciones, su organización política, tirante, cerrada, violenta, corrompida. La idea de la patria no ha prevalecido sobre intereses y combinaciones del orden político, así en los elementos revolucionarios como en los gubernamentales. Los primeros debieran, ante el enemigo, no pensar en agitaciones; pero los segundos debieran, ya que ejercen el poder sin límites ni trabas, haber preparado, al menos, las fuerzas nacionales para conflicto tan inminente como el de esta guerra. En los corazones y las mentes, no se ha impuesto la patria.

Rusia no sufre porque el tsar sea un autócrata. Rusia sufre porque á la sombra de ese autócrata, la oligarquía de los funcionarios ó *tchinownicks* hace su agosto, roba, veja, oprime y sangra á la nación. Repetidas veces la novela y el teatro ruso han trazado la caricatura y han descargado el látigo satírico sobre esa calamidad pública; pero bien sabemos que no se mata con la pluma, ni se consuman revoluciones por medio de dramas ó comedias, sobre todo cuando el temor amordaza á la musa. Y continúa la explotación: ayer fueron explotados los propietarios, los aldeanos, los siervos; hoy lo son los infelices soldados, carne de cañón, que se dirigieron á entregar la vida en los reductos de Puerto Arthur ó en las estepas mandchurianas. El alimento, la ropa del soldado, son objeto de escandaloso tráfico, y la indignación natural convierte en revolucionarios hasta á muchos que abominaban del desorden años antes.

Los países que no van á la cabeza en cultura—y Rusia se cuenta entre ellos—aspiran, cuando menos, á representar la fuerza, á ser temidos. La exacta de las flagelaciones, del *knut*, de las horribles prisiones, del sistema de deportación, del *cosaco*, de la censura inquisitorial, la compensación de todo eso, podría ser la gloria militar, el triunfo, y cuando se declaró la guerra, nadie dudó que Rusia lo obtendría. El David asiático le ha clavado la piedra en la frente al Goliath. Con la diferencia de que la victoria de David el pastor fué debida á la casualidad y á la destreza, y la del Japón al orden, á la tenacidad, á una preparación silenciosa, intensa como ninguna.

Esto se sabe en Rusia, y escuece, y humilla, y exaspera. Se confiaba en que el gobierno habría tomado sus medidas, que estaría todo en su lugar..., y el gobierno, imprevisor, dormido, llevó á la nación á la derrota.

No sería justo regatear el valor y la constancia militar al ejército ruso. Si es cierto que, según refieren los periódicos, hay oficiales que, ante el enemigo, beben *champagne* y banquetean con *cocottes*, la defensa de Puerto Arthur ha sido una página admirable. Yo confieso que, por razones de estética, me hubiese parecido más completa si el defensor se hubiese enterrado entre las ruinas de la plaza. Siento que Stoessel, cuyo merecimiento reconozco, no cerrase su historia con ese broche de diamante. Pero á veces, la muerte no acude. Es coqueta la esquelетada. Llega en prosa, cuando debiera llegar recitando versos heroicos.

Y es lo peor del actual estado de Rusia que los elementos directivos tienen interés en que la guerra no termine, en probar á desquitarse, dejando caer la fuerza enorme que sin duda posee Rusia (fuerza inerte) sobre el Japón. Para seguir gobernando como hasta hoy, es preciso vencer. Para vencer, es preciso prolongar la guerra, con la esperanza de extenuar, de agotar al adversario.

Esa guerra en Mandchuria, como la nuestra con los Estados Unidos, no es cuestión en que se hayan interesado las masas populares. No se parece á aquella otra guerra descrita por Tolstoi en una de sus novelas más grandiosas; no es guerra de independencia; no llega adentro. Es de esas luchas sombrías, lejos del hogar, lejos del territorio, en comarcas inclementes; guerras en que es preciso triunfar estrepitosamente, como triunfaba Napoleón en sus días de fortuna, para que el pueblo las perdone y hasta las poetice.

Lo no conseguido por ahora, quieren lograrlo á poder de sacrificios en dinero y sangre, sin atender á estados de opinión, los gobernantes de Rusia. No será culpa del tsar; pero cualquiera que sea su parte de responsabilidad, sobre él y contra él ha de ir la protesta, en sus más terribles y reprobables formas: el asesinato y la voladura.

Sin fiarnos demasiado en incompletas y contradictorias informaciones telegráficas, ello es que, á cada momento, se habla de atentados. Ya es un disparo en mitad de una solemne ceremonia, ya un cartucho explosivo al paso del tren imperial, ya una conspiración dentro de palacio mismo. Tan pronto confirmadas como desmentidas, siempre embrolladas por las precauciones para encubrir la verdad, estas nuevas son centellas de un volcán oculto. No vemos la llama; pero la partícula ígnea que cruza ante nuestros ojos y se desvanece sin dejar rastro, nos avisa. Recordamos sucesos, y tememos por el porvenir.

No hay nadie que no vea en la paz una solución para Rusia misma. Espanta pensar que la epopeya de Puerto Arthur pueda tener segunda parte frente á Vladivostock, y que una segunda hecatombe nos aterre; pero acaso es más imponente aún la agitación revolucionaria de Rusia, y los cambios que puede imprimir á Europa.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no cuento jamás á mis lectores lo que veo en los salones; y no es que no se vean, allí como en cualquiera otro concurso humano, cosas dignas de ser contadas, sino que hay plumas muy diestras, de más completa información, con carácter especial y profesional, consagradas á esa tarea, la cual, entre paréntesis, se me figura ardua y difícil entre las que pueden ejercitar la péhola del cronista.

No sé por qué se acoge con cierto esguince desdeñoso la labor del revistero de salones. La notación de la vida, sea elegante ó popular (aldeana, obrera), nunca suele realizarse, en el texto del periódico, con aquella intensidad artística, privilegio de la novela y del cuento. Por necesidad, por natural ley, lo que se escribe en un periódico (destinándolo á la breve vida de veinticuatro horas) no se tornea, perfila y acicala como lo que (al menos en la mente del autor) está llamado á pasar á la posteridad y á cimentar una fama. ¿Qué pide el lector cuando entre bostezos y sorbos de chocolate despabila su diario? ¿Qué pide cuando de noche lo transforma en gorro de dormir? Enterarse de los resultados de la crisis, de la última ascensión del *Alcotán*, de quién se ha muerto y de cuál es la archiduquesa con mayores probabilidades de sacar un novio á pedir de boca... Todo esto no requiere ni derroche de estilo, ni gran calor de humanidad, como antaño se decía; por lo tanto, á mi parecer, cuando una revista de salones entera á su público de quiénes estuvieron en tal baile ó comida, de los colores de los trajes, del estilo del mobiliario de la casa, de si eran rubíes ó zafiros lo que empedraba el aderezo de la dueña, de si en la cacería se cobraron ochenta perdices ó treinta faisanes..., no me figuro que por contera se exija una observación á lo Flaubert, ni una elegancia de lenguaje que eclipse á los maestros del habla castellana.

Además, el público no acaba de convencerse de que un cronista de salones no vale tanto por lo que dice, cuanto por lo que se calla. Su retórica es el eufemismo, la discreción y el silencio. El cronista no necesitará mentir, pero necesita tragarse infinidad de verdades, de esas que nadie publica porque se acreditaría de grosero y bárbaro. Atroz sería pregonar un sinnúmero de cosas que se susurran en voz baja: unas, porque acaso no lleven el sello de la verdad; otras, porque siendo sobrado ciertas, no pertenecen al número de aquellas verdades salvadoras que conviene proclamar á gritos, como era indispensable que fuese proclamado el Evangelio, aun á costa de efusión de sangre y hondos sacudimientos y revoluciones. Así como la palabra sirve para disfrazar el pensamiento, en opinión de un sabio que no puedo recordar ahora si fué Maquiavelo ó Talleyrand, los escritos á veces deben servir para correr un velo sobre infinidad de verdades secundarias, sin miaja de provecho, que sólo interesan, en último caso, á los mismos ó mismas á quienes molestaría infinito que se divulgasen. Los que las cierran bajo siete llaves y no quieren seguir las huellas de la imprudente Pandora, proceden como filósofos, y hasta como caballeros corteses y galantes.

No sé qué diablos de ventaja hubiese reportado á nadie, por ejemplo, que se hubiese trompeteado en letras de molde, años ha, la decadencia de la espléndida hermosura de cierta dama que ya se ha muerto, y que realmente, en sus tiempos triunfales, fué una diosa. Los años hicieron su oficio infalible y cruel: apagaron dos ojos árabes, alteraron unas líneas maravillosas de pureza y majestad, despoblaron las encías, arrugaron la un tiempo satinada tez... La dama no se resignó. Emprendió la lucha desesperada de los vencidos de antemano. Uno de sus arbitrios defensivos fué vestir de blanco, invariablemente. En invierno como en verano; que la moda prescribiese el tono *cuisse de nimphe fuue* ó el de «tábano afligido,» ella se consagró á ese color, que es el de los albores de la vida, el de las ilusiones castas y aromadas, el de la primera comunión y el del ropaje nupcial. La constancia en envolverse en blancas sedas, en el fondo, decía esto: «Quisiera verme otra vez en los quince ó á lo sumo en los veintidós; ser comulganta nueva ó ruborosa novia.» Ni lo uno ni lo otro cabía ya...., pero la duquesa continuaba envuelta en sus blancas gasas, en sus albos encajes plegados por el gran modisto, en sus brocados afrentadores del ampo de la nieve; y cuando de lejos, en los saraos, se veía venir á una mujer, rendida al peso y al estrago del feroz *bromas*, y que arrastraba una cola de cándida seda á raso, orlada de espumas de tul, no había que preguntar: era ella, en su ducal magnificencia, en su ducal ruina...

Al otro día—indefectiblemente, porque no pasaba inadvertida su presencia—los revisteros echaban á vuelo el incensario encomiando su beldad, y no mintiendo, siempre que se refiriese la crónica á veinte años antes. Y de fijo también encomiaban la gallarda *toilette* blanquísima, que, como la nieve los soberbios restos de alguna construcción grandiosa, envolvía aquel glorioso pasado...

¿Por qué iba yo diciendo todo esto? ¡Ah! Ya recuerdo: porque, si bien no trato de salonerías, me ha tentado ahora el asunto de las inauguraciones de oratorio.

Verdad que la inauguración de un oratorio no es salonería más que si se considera que á los oratorios suelen preceder salones, y de que, para inaugurar un oratorio, se reune gente escogida, lo mismo que para un *raout*. Sin embargo, no acabo de convencerme de que sólo por esto figuren las inauguraciones de oratorio bajo la rúbrica de revistas de sociedad, en las cuales tienen hoy cabida cosas tan antisociales como los entierros. Parece que lo social, ó mejor dicho la salonería, ha de revestirse siempre de cierto aire de fiesta profana, y la gente, cuando la transportan á su último asilo, no suele estar para fiestas.

La inauguración de oratorio es el término medio entre lo sacro, lo profano y lo familiar. Revístese tal ceremonia de un carácter simpático. La intimidad del hogar se afianza con ese santuario doméstico que reunirá á la familia en más estrecho vínculo, para que junta y separada de la muchedumbre, cumpla el precepto de la misa. El cuidado de los ornatos, que las buenas amas de casa no fían á nadie (siendo de su cargo tener las albas, toallas y paños guarnecidos de encajes y limpios como el sol), es un lazo religioso, una devoción sencilla y personal, pegada á la vida interior de la casa. El altar, adornado con flores, resplandeciente de luces, dijérase que santifica la mansión, pareciendo repetir, con palabras evangélicas: «Si Dios no edifica la morada, en balde vigilarán los que la custodian.»

Los oratorios particulares van aumentando en Madrid. Tenerlos oratorio era costumbre de nuestros abuelos; estaba olvidada; hoy parece que renace, ¡como renacen tantas cosas! Las cigüeñas retornan al campanario... y el lujo toma también esta forma, como toma otras infinitamente menos simpáticas y castizas.

Los oratorios que recuerdo ahora—el de la duquesa de Denia, con infulas de gran capilla; el de los marqueses de Linares, más reducido—no desdecían del estilo de los respectivos palacios. Para mi gusto, demasiado á la moderna. En el de los marqueses de Linares, un Niño Dios poco artístico ostentaba (siempre que los dueños recibían), prendidas sobre su cuna, joyas que valían millones.

En el oratorio de los duques de Valencia, inaugurado este año y de un carácter antiguo, tradicional, eminentemente español, el Niño es otra joya, como las espléndidas diademas de brillantes y los ríos de solitarios que serpealan, en Nochebuena, entre los viejos puntos de Alençon y de Inglaterra que envolvían la divina cunita.

El oratorio de más reciente inauguración es el del Senador D. Tomás Allende. El dueño es lo que llaman en Inglaterra un *self made man*. El trabajo y la inteligencia han puesto en sus manos el oro, gran resorte de nuestra máquina social. El honroso origen de su fortuna parece reflejarse en los rasgos de su figura enérgica, en la buena y franca expresión de sus ojos. Me agradan estos laboriosos, y me consuelan de tanto vago, de tantos como sólo viven para el cigarro y el naipe.

El oratorio de Allende es moderno, pero la familia es de corte clásico, modesta, amable, seria, ajena á la disipación. La casa ostenta un lujo concentrado y sin alarde; ¿entendéis de qué especie de lujo hablo? Un lujo que no se mete por los ojos, ni corre tras la moda para atraparla al vuelo y estereotipar su última mueca; de un lujo que no anda á caza de la novedad inglesa para traducirla al idioma del garbanzo; de un lujo que consiste en que todo sea caro, excelente, que cada cosa sea lo que parece, y nada más, ni nada menos tampoco. Decoración sobria y rica; alfombras de la fábrica, hechas á la medida de los salones; muebles cómodos, bien estofados; aire y luz á chorros en las habitaciones (gran lujo es este!), ningún *bibelot*, y dos ó tres lienzos de primera. El oratorio, blanco y dorado, y entre los ornatos, dos ó tres bordados góticos y del Renacimiento, muy auténticos, restaurados admirablemente. Y he de confesar que, comprendiendo la necesidad imprescindible de que se restaure lo que ha de consagrarse al culto, á mí estos bordados me gustan más cuando están pálidos y desvaídos, con una tonalidad muriente, lánguida.

Se inauguró el oratorio con misa rezada, que celebró el obispo de Vitoria, y al final pronunció una exhortación oportuna, de tonos sencillos y plácidos, el mismo prelado. Entre otras cosas, nos dijo el señor obispo que los templos, actualmente, son más grandiosos y bellos que pudo ser el de Salomón, porque lo que allí era figura—la redención y la nueva ley—ahora es realidad. Es muy posible, en efecto (ateniéndonos solamente á la parte arquitectónica), que los templos construídos desde el triunfo del cristianismo superen á los más famosos de la antigüedad. La descripción del Templo erigido por el hijo de Betsabé y de David es muy sugestiva, tiene notas de fastuosidad oriental..., pero pensemos en las catedrales, y no me refiero sólo á las que alzó la Edad media, sino asimismo á las modernas, que sí no revelan tanto la fe acendrada, tocante á magnificencia, nada tienen que envidiar á las de antaño. Dígalo el famoso Sacré Coeur de París. Lo que hace superior á todo el templo de Salomón, para mí, es el haber sido arrasado, asolado, saqueado, el no existir más que en la imaginación impresionada fuertemente por la lectura de los Santos Libros.

La fantasía sobrepuja siempre á la verdad. No sé ni es fácil averiguar si el célebre «mar de bronce» del templo de Salomón fué más reducido que los estanques de mosaico de la Exposición francesa. Si se ha exagerado sus dimensiones, ¿quién lo averigua hoy? Hay que pensar en la historia de Salomón para explicarse su Templo y en general sus aspiraciones á superar á todos los monarcas contemporáneos suyos. Salomón era hijo de un advenedizo. Nada más humilde que el origen de su padre, el Salmista. La historia ni aun ha conservado el nombre de su madre. Pastor de ovejas, mozo de la tribu de Judá, la designación de Samuel le sacó de su obscuridad y le llevó al lado del rey Saúl. á quien extraños presentimientos decían que aquel mozo diestro en tañer, aquel honderillo, era su destino infausto encarnado en un hombre. ¿Estaría Saúl informado de la consagración, del óleo derramado por Samuel sobre la cabellera de David? ¿Eran celos de las simpatías que David sabía infundir en todos? De otra suerte, no se explica el odio repentino al citarista, las mil celadas que armó para asesinarle.

Cuando David hubo ascendido, al través de peligros y combates después de tomar á Jerusalén con la espada, á la monarquía hebrea, sobre su epopeya militar tenía que alzarse la obra del estadista y del civilizador, que fué la de Salomón. Salomón tenía que construir el asilo digno de aquel Arca que Urías lamentaba ver en grosero albergue, mientras los oficiales del ejército dormían sobre la tierra seca del desierto. Las victorias del león de Judá tenían que traer en pos el esplendor, el lujo intenso, artístico, de que Salomón hizo gala y que en la construcción del templo llegó á su colmo. David había reunido parte de los materiales; pero el derroche de oro de Ofir, del cual se hicieron vasos y candeleros sagrados; el empleo de mármoles, maderas raras y preciosas..., sólo perteneció al hijo del gibor encanecido en las batallas; á Salomón, al más grande de los reyes, de los poetas, de los pensadores. ¡Salomón! Su nombre solo—pronunciado en un oratorio del siglo XX, en la calle Mayor de Madrid, media hora antes de gustar el champagne, en amistoso almuerzo—me trajo á la mente una serie de representaciones y de ensueños, el dolor de no haber nacido entonces, para verle en la plenitud de su gloria.

Y observo que me he ido, si no precisamente por los cerros de Ubeda, al menos por las colinas de Jerusalén... Es que más tiempo vivo en la vida retrospectiva que en la contemporánea.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin que esto sea meter la hoz en la mies de mi buen amigo *Zeda*, cronista de teatros en La Ilustración Artística, creo que podré decir algo respecto de un asunto asendereado y pintoresco: la *mise en scene* del teatro Real.

***

Este teatro es el más caro de Madrid; los palcos cuestan dieciocho ó veinte duros por noche. Habría derecho á exigirle, por lo menos, decoro y esmero, ya que no suntuosidad, en su manera de montar las obras; y que lo que no hiciese á fuerza de pesetas, lo hiciese á fuerza de atención y respeto al arte y al público; que el espectáculo no degenerase en grotesco, y las impropiedades y anacronismos no llegasen á aquel extremo que ya provoca á risa, convirtiendo en regocijo burlesco lo que según Ricardo Wagner es sublime síntesis de todas las manifestaciones artísticas, para producir el efecto estético más alto.

El contraste con otros escenarios hace resaltar lo lastimoso del estado en que se encuentra nuestro primer escenario lírico.

Hoy los teatros no están, como hace quince años, reducidos á estrenar una decoración cada cuatro meses, y á vestir de ajada percalina á los comparsas. No sólo el Español, de donde puede asegurarse que arranca el impulso y movimiento del lujo y propiedad en la presentación de las obras, sino los demás coliseos de Madrid, cuidan de este elemento necesarísimo, y en la Zarzuela y en Apolo y en el Moderno las obras se decoran y visten, dando á los ojos el recreo que algunas veces sería inútil buscar para el entendimiento en concepción y desarrollo de la parte literaria.

Cuando se comparan estos teatros de segundo orden y el Real, de público tan aristocrático ó por lo menos tan adinerado, se queda uno muy sorprendido del abandono cada vez mayor, del *sans façon* con que se prescinde de todo, de lo que cada ópera exige, no ya para llenar sus condiciones de espectáculo, sino hasta para sustentar dentro de relativa trabazón su argumento. No vale alegar que éste sea inverosímil, absurdo, tonto. Esos absurdos, inverosimilitudes y hasta tonterías responden á un pensamiento que fué acogido por la multitud, que echó en ella raíces, y que tenemos derecho á conocer tal y como el autor la concibió, y tal y como permiten darle realce mayor cada día los adelantos de la maquinaria, de la electricidad y de cuantas industrias y artificios concurren á las ilusiones teatrales.

Entre las óperas que se han cantado este año, ni una sola he visto presentada de una manera sensata y racional. Dicen en abono de la empresa que todo el dinero se lo llevan divos y divas, sin que quede aparato escénico. Pero tal disculpa no basta á cohonestar deficiencias que nacen de abandono, sencillamente de abandono. Ni los divos y divas de este año, con excepciones contadas y honrosas, han sacado de su garganta tales primores que compensasen lo chafado y decaído del espectáculo (inferior, en este respecto, al de un teatro de provincia donde se preocupen algo de la propiedad y el buen gusto), ni es posible sacrificar á parte de la ópera la otra parte.

Macbeth, de Verdi, se lleva sin duda la palma de las óperas serias convertidas en bufas por virtud de la calamitosa presentación. Baste decir que, en pleno siglo XII, en el salvaje siglo XII escocés, Macbeth y su esposo tratan el asesinato de Duncan bajo pórticos y arcadas del más puro estilo neogriego; que Lady Macbeth se pasea, portadora de su lámpara, luchando con los resquemores de su conciencia, por un salón del Renacimiento; que los pajes que alumbran con hachas á la llegada del rey Duncan, se trajean según los figurines del siglo XV; que los coristas sacan, en una escena, sombrerones anchos y negras capas, estilo motín de Esquilache, amén de las acreditadas medias de algodón azul y las zapatillas sencillitas y cómodas que así calzan en *Hernani* como en *Lucía* y *Rigoletto*; que (lo mismo en esta ópera que en *Lucía*) las coristas ostentan unos atavíos fantásticos, imposibles de atribuir á ninguna época de la historia, adornados con ancha basta de tela escocesa y banda de igual género (pero ojo: cada banda y cada basta de un escocés distinto); y que á los espectros del acto tercero se les ve venir por su pie y marcharse igual. hoy que se muestran estas apariciones y sombras de un modo tan perfecto, por medio de combinaciones de espejos y luces, para producir la ilusión completa.

Yo no digo que la ópera *Macbeth* sea de lo mejor de Verdi; pero es justamente de esas obras que una presentación inteligente y primorosa puede salvar y hasta imponer, y que presentadas de tal suerte sólo consiguen provocar explosiones de impaciencia y descontento en el público.

***

A cada temporada se recorta algo, no sólo de la música, que eso ya es pan comido, sino de lo puramente escénico, á las óperas más conocidas y populares; en vez de ir ganando, van perdiendo constantemente, y llegan á no ser ya más que algo informe, sin el relieve que le prestaron sus autores. *Dinorah* la he visto yo hará veinticinco años, con su torrente de agua natural, cuyo bronco y melancólico ruido es acompañamiento misterioso y poético de la orquesta y del canto. Seco el torrente en *Dinorah*. ¡Que el espectador se lo figure! *La africana* la he visto con su virada de bordo en el acto del buque: el libreto, las palabras de Adamastor, exigen este efecto escénico; pero se ha suprimido también. En *Aida* hemos visto coros, danzas y llegada de Amneris al templo de Ptah, mientras abajo agonizan Radamés y su etíope enamorada. Ahora ya la mitad de esta escena se suprime: Amneris, sin duda, prefiere acostarse temprano que llorar por Radamés, su ex novio. En *Giaconda*, el bergantín tiene que arder. Ardía hace unos dos ó tres años: ya no arde; sin duda es más económico. En *Orfeo*, el baneo donde se recuestá Euridice lo sacan de la escena tirando de un cordel, sin disimulo. ¿Qué más da? La cueva de Venus, en *Tanhauser*, se la llevan, á vista de todos, unos tramoyistas, cuyas botas viejas asoman por debajo de los peñascos, reclinatorio de la diosa. El cisne y la paloma de *Lohengrin* son impagables, de puro infantiles. En los Campos Elíseos de *Orfeo*, hay cocoteros y lianas. En las riberas del Peneo de *Mefistófeles*, debe haber grupos de sirenas; Elena debe llegar en una barca; pero llega andandito, que es más higiénico. Mefistófeles no despide el rastro de fuego, que delata su naturaleza infernal; en *Fausto*, el cuadro que debe pasar en el templo pasa en la calle; en *Hugonotes*, también se ha apeado la reina. Se ha erigido en costumbre restar de ciertas óperas actos ó cuadros enteros: así, el último de *Hugonotes* y el de la *jfida* de Lucía. Malo es esto, pero encuentro más intolerable lo otro, porque, al menos, lo que se presente al público, entero ó desmembrado, debe presentársele en condiciones que no lo desmejoren y lo hagan ininteligible.

***

Del vestuario habría que decir horrores. Ninguna comparsa de Carnaval se avendría á llevar ciertos trajes que salen allí. Mal hechos, viejos, imposibles de referir á época alguna, sirven á los coros para representarlas todas. ¡Hay cada *aldeanita* y cada *dama* [illegible]...

Si muchos tenores y barítonos cuidan de la indumentaria, las tiples suelen irse, en cuanto á propiedad, por los cerros de Úbeda; y si es elegante y propia la vestimenta de ciertos artistas en quienes debe estimarse este mérito (verbigracia, Perelló de Segurola, Blanchart, Viñas), hace resaltar violentamente la anarquía que reina en los demás, y el aspecto de esas masas corales, que—generalmente—salen para darles un tiro.

Del mobiliario... Asombra notar qué bien saben prescindir de tapiceros y ebanistas los monarcas, príncipes, emperadores y grandes señores de ópera, cuyas residencias aparecen diáfanas, arregladas sólo con dos sillas y una mesa por todo ajuar. Si entra una visita es de presumir que tomará asiento en el suelo, ó que los duques de Ferrara y Venecia les cederán su propio sitial, acomodándose ellos en cuclillas á la usanza mora.

En *Lucía* el mobiliario es más elemental aún: la escena de la firma del contrato se hace en un ostentoso salón con una silla única, donde Lucía ha de desmayarse, y el aria de la locura se canta en otro salón donde no hay absolutamente más que las paredes.

¿Verdad que sería hora de dar al escenario del Real el prestigio de la cuidadosa presentación, que á veces ni requiere gran dispendio?

***

Porque es indudable: tales negligencias han influído, más de lo que se cree, en el público, que se muestra displicente con el Real en varios turnos y se precipita á formar abonos en los restantes teatros, hasta en los de menor cuantía, como la Zarzuela. Se va al Real por costumbre, por moda, por ver á la gente, por la especie de sarao agradable que se forma en el *foyer*; y lo que pasa en las tablas se toma como asunto, las más veces, de humorísticos comentarios, en que alternan las chirigotas con los alzamientos de hombros bonachones y resignados á cualquier género de impropiedades, á cualquier linaje de supresiones, cambios, anacronismos y libertades confianzudas. Ya nadie se asusta de nada; ya se toma todo según viene; ya se ha resignado el espectador... Y es mala virtud la de la resignación, para fundar en ella el atractivo de un espectáculo caro, refinado y artísticamente grande.

***

De los cantantes no quiero hablar. Me inspiran compasión cuando llegan á Madrid. ¿Por qué? Porque no suelen tardar ni tres días en perder la voz, temporalmente; en sufrir las invidias del clima, en forma de afonía y ronquera.

No sé qué tiene el aire del Guadarrama, que irita y ataca, desde los primeros fríos, las vías respiratorias. A Gayarre—al divino—le asestó puñalada tan certera, que le sacó, envuelta en la voz, la vida. En medio de una romanza sintió el golpe, y la nota mágica y dulce no salió de la herida garganta.—Hace pocos días, Paoli, al ir á exhalar las quejas de Otelo, aquel lamento despidiéndose de cuanto fué gloria y honor y entusiasmo de su vida, llevóse desesperado la mano al cuello y ya no cantó más: recitó—porque las notas no podían subir: quedábanse ahogadas en la laringe.—Y era curioso, era un estudio psicológico interesante, aquella pena real, efectiva, de artista, asomando bajo el ficticio dolor de Otelo celoso y que se cree ultrajado; aquello que pudiera—como fué en Gayarre—ser despedida de las glorias y las altas empresas, adiós al aplauso y á la fama..., que en los tenores depende de las cuerdas vocales.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mientras discurren por las sucias calles los triviales mascarones, y un Carnaval aterido de frío, encapotado de cielo, engurruminado porque los tiempos no están para bromas, se esparce más allá del centro de Madrid, yo me complazco en encerrarme y evocar aspectos enteramente distintos, antitéticos, contemplaciones recientes de cosas pasadas, que, en este momento, representa mi visita á un antiguo, señorial palacio, con objeto de conocer personalmente á un caballero del siglo XVII, ascendiente de la familia..., pintado por Velázquez.

Así como actualmente se repite que la dedicatoria de una parte del *Quijote* ha dado la inmortalidad á un duque de Béjar y á un conde de Lemos, bien puede decirse que los pinceles del autor de las *Meninas* dan vida eterna á este Consejero grave, rígido, embutido (no sería exacto decir envuelto) en su hopalanda de negra seda labrada, que desciende hasta los pies. De otros muchos sujetos de respeto y fuste, varones sesudos, hidalgos de vieja cepa, caracteres firmes y recios, de pedernal—como parece ser este buen castellano del siglo de oro,—sólo quedarán, iba á decir las cenizas, pero acaso ni aun de ellas pudiesen dar cuenta los profanados sepulcros. El que mito se halla embalsamado y ungido para la eternidad por aquella mano que supo coger cautiva á la verdad y convertirla en su esclava; por aquel retratista de cámara que la posteridad saluda como retratista del hombre.

Y cuenta que el retrato del Consejero es un supremo alarde de sencillez. Hoy que se acude tanto á los accesorios y á los efectos, la observación de este lienzo nos demuestra la superioridad de los procedimientos espléndidamente sencillos de los grandes maestros del arte, en cualquier tiempo y lugar. Tal sencillez es la misma de las mejores páginas de Cervantes—no son iguales todas;—tal sencillez es la de Homero, la de la Biblia, la de las capitales manifestaciones del arte entero, sin desviación, que llega, directamente, á la entraña de la vida.

Pero, antes de insistir en la descripción, es preciso que cuente por qué estoy admirando, en las estancias de un palacio madrileño, la efigie de D. Diego del Corral y Arellano, del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

El retrato, perteneciente á la casa ducal de Villahermosa, guardábase en ella con el respeto debido á su alta jerarquía, con la inteligencia y amor con que la duquesa conserva y estima lo que simboliza un pasado luminoso. En la previsión de que no sea vicisitudes y cambios que no es fácil evitar arrancasen la joya al tesoro nacional, en pintura todavía tan rico, la gran señora había consignado ya en sus disposiciones testamentarias que el cuadro lo heredase la nación, enriqueciendo el Museo del Prado.

No era pública la noticia de tan rica manda, porque la duquesa la dictó de un modo tan natural y sencillo como pintaba Velázquez. Ningún impulso hacia la notoriedad, ningún deseo de que resonase su ya ilustre nombre, la habían guiado; y como hija buena que deposita un broche de oro sobre el seno materno, sin atribuir al hecho más trascendencia de la que tienen los extremos del cariño, era como había decidido completar el Museo con uno de los mejores ejemplares de Velázquez que existen en el mundo.

La ocasión de que nos enterásemos fué la proposición hecha á la duquesa, desde el extranjero, de la suma muy apreciable de millón y medio de francos, ofrecidos á cambio del cuadro, adquirido para un Museo de nación rica y pudiente.

La respuesta fué gallarda, sencilla, sencilla también, como la pincelada de D. Diego de Silva, y poética, como todo lo que brota directamente del sentimiento de un alma elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad. Fué un arrogante grito de desprecio al becerro de oro, de amor al arte y á la patria, á la cual, desde aquel momento, la duquesa regalaba, no sólo una maravilla artística, sino millón y medio de francos, por lo menos, pues debe suponerse que el primer ofrecimiento no hubiese sido el último, si la dueña del prodigio se resolviese á regatear. Cuadros como el retrato de D. Diego del Corral no se encuentran, y millones sí, á puntapiés, en comarcas donde todavía el arte no ha impreso su sello radioso, donde hay dinero y no hay recuerdos, donde hay polimillonarios y no hay duquesas de Villahermosa.

Se habló algo del asunto; se reprodujo la carta en los periódicos; el ruido fué, sin embargo, bastante menor que si se hubiese tratado de algún combalache político con vistas á una cartera, ó de algún escándalo ó crimen más ó menos misterioso y sensacional. Uno de los peores síntomas de nuestro estado es que lo bueno, lo bello, lo noble, tiene escasa resonancia; no suscita comentarios. Y para que no parezca esto pesimismo vacío, diré que, hasta la presente, no ha llegado á mi noticia que el Gobierno diese las gracias en debida forma á la generosa ricahembra. Es fútil decir que eso se hará el día en que el cuadro pase á ocupar su puesto en el Museo, entre los demás Velázquez. Aplazar, como tantas veces se hace aquí, los honores merecidos para cuando ya no puede aceptarlos quien los mereció, es género de ingratitud solapada. Si yo fuese ministro de Instrucción pública, presidente del Consejo, cuando ocurrió este rasgo, ¡con qué apresuramiento alegre hubiese corrido á besar unos pies finos, columna del santuario de un corazón verdaderamente magnánimo y español, y que acababan de pisotear, resueltos y gentiles, el oro de los ricachones de fuera!

Estamos deplorando, diariamente, que se dejen perder recuerdos y tradiciones; que las clases directivas, todavía poderosas, no cuidan de sus prestigios ni se preocupan de conservar lo que los siglos legaron á sus linajes. A menudo nos enteramos de que el histórico castillo de H... ó de N... ha sido malroto por sumas que no equivalen al valor de algunos de sus sillares ó de las trabes de sus techos; á cada paso nos brindan, en las casas de los anticuarios, en las ventas públicas, retratos de familia, prendas que declaran su procedencia á voces, hasta indiscretamente, contando historias mejores para calladas. Pergaminos y ejecutorias son fáciles de adquirir por sumas modestas, aunque adorne sus vitelas la multicolor miniatura, y propalan el indiferentismo con que se mira el pasado, el suicida estupor de los que ni á sí mismos se conocen. Los escudos de armas sirven de umbral de muladares; las joyas de familia se malbaratan para adquirir dijes de moda, ó pagar los trapos del modisto. Y en medio del universal desbarajuste, conforta y alegra que alguien vele á las muertas glorias, que se las tenga en urna, con paños de terciopelo y relieves de plata; que el joven duque de Alba consagre cien mil pesetas á reconocer la deuda de una dedicatoria de Cervantes, y que la duquesa de Villahermosa desdeñe, con el airoso y elegante desdén de los bien nacidos, los millones que vale—ya lo creo que los vale—la efigie del severísimo Consejero, tan viva como pudo estarlo nunca el original.

¡Vida extraña! Al acercarnos al prolongado lienzo, perfectamente colocado á toda luz en el salón del palacio, nos confesábamos unos á otros un sentimiento difícil de explicar para quien no aquilate y refine las impresiones de arte: *el miedo*. ¿Miedo? ¿A qué? Miedo á la sobrehumana verdad de tal pintura. Cuando el arte llega á este grado; cuando nos presenta una creación igual á la naturaleza misma; algo que á fuerza de sinceridad borra la idea de arte, de labor, de estudio, de trabajo; algo que no parece *hecho*, sino *nacido*, sentimos el terror de las cimas; el soplo de lo divino nos estremece. Yo esto no lo he notado, en lecturas, sino en algunos pasajes de *La Ilíada*, en ciertas escenas de Shakespeare, en estrofas de *La Divina Comedia*, en poesías líricas como la oda de Safo. Y este Consejero pintado hace correr el mismo escalofrío por las venas.

Es, sin embargo, una figura que ni por sí misma, ni por sus accesorios, aspira á producir ni asombro ni encanto. Un hombre en la frontera de la vejez, no decrépito, sino todavía firme y duro, de pelo y barba grises, y cuya mano derecha descansa, abarcando folios de papel, sobre una mesa revestida de terciopelo granate con presillas y agremanes de oro. La izquierda sostiene con menos vigor otro legajo, de los que tendría por misión examinar; un escarolado rodea los puños, una valona lisa su cuello, y estas notas y las de los papeles, con las de cabeza y manos, son las únicas claras que destacan de lo sombrío de fondo y ropaje. Sobre el pecho se entrevé el extremo rojo de una venera de orden militar.

En otros retratos de Velázquez hay menos severidad, más capricho y riqueza. Pero nunca este hombre, que tan extraordinarias cosas ha realizado con un poco de blanco, de negro y de tierra, ha encontrado en su paleta mayores recursos para causar esa pavorosa sensación de realidad absoluta, y para expresar, en una cabeza, el alma de una raza y la filosofía de la historia. El Consejero, de su rudo semblante, de sus ojos imperiosos y fijos, emite una energía de carácter y una violencia de voluntad que subyugan. Me acuerdo de los retratos carnudos, bonachones, de Rubens, de los linfáticos modelos de los retratistas holandeses; miro otra vez al seco, al ascético funcionario (que defendió tan resueltamente á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias), y me parece un hombre de bronce, mezcla de inquisidor, soldado y juez, y se me figura que de sus labios va á caer, tranquila y tremenda, una sentencia de tortura ó de muerte...

El asombroso lienzo se traga todo lo que le rodea, las preciosidades de la casa ducal, trípticos, cobres, Vírgenes de Antolínez, retratos de Mengs, filas de insignes antepasados, Ureas, Azlores, Pignatellis, vestidos con sus mejores galas, cubiertos de pasamanos de oro y de joyas fastuosas; se traga los bustos de alabastro, las porcelanas, los muebles que pertenecieron á reinas, y que mezclan la talla dorada al veneciano cristal, las sillerías de Beauvais, las porcelanas de Sevres, los tapices, los jarrones, los candelabros. Se los traga; no es posible que esta aristocrática riqueza luche con esa simplicidad incomparable, con esa amplitud de la pincelada, que vista de cerca parece, á fuerza de grandiosidad, como que no existe, y que ha substituído al color el realce de las superficies del cuerpo y lo blando de las telas y vestiduras.

Si cada magnate, al menos de los que no han tenido sucesión directa, legase á los Museos nacionales algún objeto de arte, rebosarían en ellos los tesoros, porque España ha sido inagotable venero, mina inexhausta.

Por desgracia, son excepcionales las damas que, sin más estímulo que su alto sentir, se acuerdan de la patria.

La duquesa de Villahermosa no es de las que se quedan á medio camino. Dígalo su espléndida restauración del castillo de Javier, en Navarra; díganlo ahora mismo las fiestas con que va á solemnizar el Centenario del *Quijote* en su castillo de Pedrola, donde se supone que situó Cervantes lo narrado en los capítulos del XXX al LVII, desde el encuentro con la bella cazadora, que era una duquesa de Villahermosa, con los episodios de la dueña Dolorida, encanto de Altisidora, la Trifaldi, el envío de Sancho á la Barataria, el espanto cencerril y gatuno, y demás «zarandajas.» Seguramente estas fiestas cerca de Zaragoza serán tan señoriales y bien organizadas, como amenazan las de Madrid ser insípidas y hasta sin relación con lo que pretenden conmemorar. Si yo fuese extranjero curioso y cervantista, huiría del Centenario en Madrid y buscaría á Cervantes en el castillo de los duques.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en un momento de entusiasmo, y se suceden los homenajes y obsequios á los que dejan huella de su paso por las regiones del arte y de la poesía. Después de Echegaray, Gabriel y Galán. Como de este poeta me toca hacer el estudio y el elogio, yendo á Salamanca para tomar parte en la conmemoración que se le prepara allí, y que ha sido precedida de otras muy brillantes en Valladolid, Cáceres y Orense, hoy encarnará para mí este poeta *La vida contemporánea*, y hablaremos de él, no sin entremezclar algunas consideraciones inspiradas por este fenómeno de la efervescencia admirativa en el terreno de las letras, que suele coincidir con el de la estancación política.

Háliense actualmente, más aún que de costumbre, aplanadas las escasas energías políticas que aquí se han ejercitado en luchas infructuosas. Los partidos, desorganizados, no dan señales de que caminen á reconstituirse, al empuje de las necesidades de la vida pública; no hay rumbo ni norte para ellos, toda vez que ni les guían los principios, ni les imponen férrea disciplina y cohesión las personas, alzándose con prestigios indiscutidos y jefaturas reconocidas por unanimidad. La única aspiración, si atendemos á síntomas claros, es la tan española á ir viviendo, tirando, á salir del día, evitando rozamientos ásperos y conflictos que no podría el maltrecho organismo resistir. En esta situación, cuanto distraiga el espíritu y lleve el pensamiento nacional hacia otra parte, ha de ser bien acogido en las esferas oficiales, y en ellas encontrará amparo; á su vez, la masa, desorientada, cansada de interrogar á esa esfinge de cartón que se llama política, anhela respirar un poco descansando de mezquinas ansiedades y engañosos llamamientos de banderines, y experimenta como una sedación, al refugiarse en la isla encantada de la literatura y la poesía, donde voces suaves la arrullan y espejismos y perspectivas noblemente seductoras le inducen á olvidar lo que tiene el porvenir de velado, cerrado y sombrío.

Hay un hecho que salta á los ojos, y es: que, entre las muchas cosas aquí plenamente fracasadas, no se cuenta la literatura. No quiero, ni es del caso, esbozar paralelos entre las literaturas extranjeras y la nacional; no he de ensartar nombres, ni recontar y equiparar famas; pero valiéndome de un resobado modismo, diré que está en la conciencia de todos que si en guerra, marina, ciencia, administración, industria, pedagogía, andamos muy distantes del núcleo civilizado de Europa, en letras no sería fácil convencernos de absoluta inferioridad, y la relativa sería discutible, mediante examen de personas y circunstancias, hoy que en todas partes se observa la diminución de grandes personalidades, que los individuos geniales parecen agotarse dondequiera.

Nadie extrañará que esta comprobación no nos sirva de consuelo, y nos dilate el alma encogida y engurruminada por tantas desventuras. Lo que puede objetarse á nuestra producción literaria, no lo ignoro; reconozco que la de otros pueblos, por ejemplo Rusia, influye de otro modo en la marcha de las ideas europeas, no tanto por la cantidad de talento ó genio que se quiera otorgar á los literatos extranjeros influyentes, con relación á los de España, sino por razones extrínsecas, pero eficaces, y cuya fuerza no convendría que negásemos. La historia pesa sobre la literatura y sobre el arte, con grave peso; no es indiferente para un poeta nacer en tal siglo ó tal nación, y en España las heridas y enfermedades de la patria les han dolido á las letras siempre. Pero habiendo tanto que decir acerca del asunto, tengo para mí que será preferible callarse ahora.

Ello es que Castilla deplora la temprana muerte de un cantor que se dió á conocer no ha mucho, que estaba en la plenitud de la inspiración y de la vida. Este poeta, nacido en Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, se llamaba José María Gabriel y Galán. Sin que este nombre atruene el oído con la enfática sonoridad de los grandes apellidos castellanos, me parece eufónico y de buen sonar, de neto sabor; la casualidad suele elegir muy acertadamente los nombres de los poetas y escritores, y establecer misteriosas afinidades entre ellos y la índole de la obra realizada. ¿Verdad que suena clásica y elegantemente el de *Meléndez Valdés*? ¿No insinúa mucho el de *Campoamor*? Sucinta es la biografía de Gabriel y Galán. Estudió, escribió versos, se casó, tuvo hijos, labró la tierra... Y todo esto, unido á vivo sentimiento religioso y social, fué lo que cantó su lira, lo que movió su pluma. Un sentir normal, natural, sencillo, una expresión clara, robusta, á veces incorrecta, á veces levantadísima, siempre sincera, eficaz... He aquí, en pocas palabras, al poeta y al hombre.

Sus cantos se celebraron pronto. Dicen, y no es esto lo menos interesante y simpático de lo que con el poeta se relaciona, que en la tierra donde nació y vivió dedicado á la agricultura, los campesinos, los pastores, los cabreros, los gañanes, saben de memoria y repiten versos de Gabriel y Galán, como saben y repiten trozos del Romancero. Por la triste ocasión de su impensada muerte, estas simpatías regionales se han exteriorizado y concretado, y en las páginas de las necrologías he leído que Castilla encontró su poeta en el autor del *Ama* y del *Cristu benditu*.

Esto no es enteramente exacto. Castilla es, desde siglos, un vivero de poetas. La poesía española, que fué lusitana y galiciana en el período de los trovadores, es en los siglos de oro castellana y andaluza; y Salamanca forma un nidal de escuelas poéticas y un criadero de rimadores. Los que no nacen allí, por lo menos allí se inspiran y se forman. El teatro y la poesía bucólica, allí nacen con Juan de la Encina. El misticismo platónico y su más alto representante yacen á la sombra de los árboles de un huerto próximo á Salamanca. Basta Fray Luis de León para hacer de Salamanca uno de los más devotos santuarios de las letras en tierra española. Y el renacimiento de nuestra poesía, después del sombrío reinado de Carlos II, también se localiza en el valle del Zurguén, y tiene por ninfas á sus pastoras, siquiera se realizase con aquella Arcadia lo que murmuran los poetas satíricos: que las pulidas zagalas no eran sino zafias labradoras, y los flébiles pastores groseros villanos. Esto, en realidad, ni quita ni pone á la sinceridad de la escuela, como no quitaba ni ponía á la del *Ingenioso Hidalgo* el que Dulcinea, en vez de enfilar perlas, aechase trigo, y que este trigo, en vez de ser candeal, fuese rubión. La fantasía humana tiene el hermoso privilegio de corregir á la realidad y de transformar prestigiosamente hombres y cosas.

En Salamanca, pues, en el ambiente de cultura que perseveraba allí, aun decaída la magna Universidad, se desarrollaron los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos de chupa y casaca eran gentes aficionadas á unas tertulias en celdas de conventos ó en caserones mudos y solitarios, acaso en trastiendas de librerías, acaso en claustros y colegios; se reunían, se leían lo que habían escrito, se dedicaban al comercio epistolar, practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas y la sorda roezón de las concupiscencias literarias. Y á fe que en esto no conocen sus intereses los escritores actuales. El asociarse no siempre es disminuirse; no siempre la colectividad resta valor al individuo. Para volar solo, grandes alas se necesitan. La segunda escuela salmantina marchó unida, compenetrada, hasta el fatal momento en que se les ocurrió dejar el pellico de pastores, el blando caramillo y la rústica avena por la trompa épica y el furor pindárico, porque les afearon sus quejas de amor y sus madrigales. De esta segunda escuela, formada por poetas de segundo orden, bien puede asegurarse que no yace en completo olvido, á pesar de las justas severidades de la crítica, merced á la cohesión; separados no representarían nada; unidos encarnan un momento decisivo de la literatura nacional. Aquellos árcades, que aun cuando no hubiesen nacido en Salamanca figuran en la escuela salmantina—Meléndez Valdés, fray Diego González, D. José Iglesias de la Casa, Quintana, Cadalso, Gallego, Cienfuegos (habría que consagrar párrafo aparte á Quintana, que tiene su altura propia),—no dijeron nada nuevo, aunque lo dijeron en escogida forma y afiligranado estilo; y si perdura su recuerdo, y si constituyen parte integrante de nuestra evolución lírica (que sin ellos no se comprendería, siendo preciso abrir ancho foso desde Garcilaso y fray Luis hasta el momento presente), lo deben á ese instinto de disciplina y solidaridad que, sin darse ellos mismos cuenta, los hermanó y los afilió bajo una enseña y una ley, y les impuso los motes rococó de Jovino, Batilo, Delio, y les dictó las mismas querellas dirigidas á las Filis, Mirtas y Belisas que bañan sus blancos pies, imaginariamente, en el Tormes.

La impresión que produce la poesía de Gabriel y Galán es opuesta á la que causan estos bucólicos y pastoriles rimadores, que me figuro semejantes á Buffon, el cual, como es sabido, para escribir sus magníficas descripciones de fieras y alimañas, tenía que ponerse los vuelillos de fino encaje, y ver salir de ellos la pulcra mano limpia, de bien tajadas uñas. Gabriel y Galán, cuando escribe, acaso conserva en la diestra, atezada por el sol y la intemperie, tierra de la que remueve el arado y rústicas florecillas. No sé expresar de otra manera esa fuerte y sana impresión de realidad que se alza de su poesía.

En nuestro tiempo la vida se ha complicado; por consecuencia ineludible se ha complicado el espíritu. Hay fiebre en el aire que se respira; hay inquietud dolorosa en el devaneo de los afanes y las aspiraciones. Esto tiene su reflejo—¿cómo podría ser de otra manera?—en la poesía. Y así como es provechoso y reposante para el alma y el cuerpo el recogimiento á la existencia tranquila y normal de la aldea después de una temporada urbana agitada y desgastadora, la poesía de Galán, en su sencillez, en la reducida escala de sus temas, en la clara y concreta expresión de sus ideales, es un descanso y un tónico. Su mérito es acaso la sanidad que comunica. No hay nada en ella que nos indisponga, ni con lo que nos rodea, ni con nosotros mismos. En este sentido, puede asegurarse que Gabriel y Galán es poeta social, de concordia, paz y reconstitución por la aceptación del deber y la consagración al trabajo.

Yo oigo repetir sin tregua que la poesía y el arte deben ser sociales en la hora crítica que marca el reloj. No me adhiero á este dictamen, porque creo, y creeré hasta mi última hora, que la poesía y el arte deben ser lo que el individuo siente hondamente y es capaz de expresar bien, y que someter á la obligación de utilidad pública al artista, es humillante y minorativo. Pero también me da en qué cavilar que el arte pueda ser social de dos modos: uno, el de Quintana, enemigo de lo existente, que no cesa de empujar hacia adelante, de predicar nuevos ideales (que el tiempo ha hecho viejos); y otro, el de Gabriel y Galán, aceptador de lo que encuentra constituído, consejero de estabilidad, persuadido de que el propio esfuerzo, el trabajo resignado y constante, la formación del hogar, la procreación, el amor de padre, las ternuras íntimas, la modestia cristiana y la simpatía caritativa por los desheredados, son fundamento de la redención. Sin duda Gabriel y Galán es poeta social; pero lo es por un estilo contrario al de Quintana. Acaso las circunstancias sociales toman en esto parte activa. Quintana vino cuando las esperanzas tumultuosas de una época innovadora sonreían á la generación que se alzaba entre el estruendo de las armas y el hervidero de las revoluciones; y Gabriel y Galán llega cuando las generaciones, desalentadas ó escépticas, son como el hijo pródigo que quiere volver á sus lares, reconstruir la tradición, escuchar las tonadas que arrullaron su cuna, y serenamente cultivar su jardín, no sólo el jardín de tierra, el jardín del corazón, las creencias y sentimientos sobre los cuales en mal hora habían crecido zarzas y ortigas, pero que allí esperaban el riego nuevo y los antiguos rocíos.

Gabriel y Galán, rápidamente ungido, estaba en el cenit de su carrera. Yo nunca sé tampoco si debemos quejarnos de que un poeta no llegue á la ancianidad. A pesar del ejemplo de Anacreonte, para los poetas viene como anillo al dedo aquella tesis de la relación entre el amor de los dioses á un mortal y su pronta desaparición de este mundo. Gabriel y Galán podría producir más, pero en lo que produjo está la esencia de su sentir. Y es el elogio más alto que puede tributársele.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De la abundancia del corazón habla la boca, y yo no tengo más remedio que hablar de mi viaje á Salamanca, para donde he ido el día 25, permaneciendo allí hasta el 29 del pasado mes de marzo. El objeto de esta aventura era cerrar con un discurso la velada que aquella ciudad tres veces insigne consagró á la memoria de un poeta tempranamente muerto, cuando la fama empezaba á traer y llevar su armonioso nombre: José María Gabriel y Galán.

A pesar de su sencillez y claridad, á pesar de su sentido, popular y de su tierra, de este poeta hay no poco que decir, pues es en su sentimiento profundo y vario, y además sincero, con sinceridad realmente atractiva, en que halla apacible descanso y emociones renovadoras el espíritu. En el discurso que consagré á su memoria no agoté la materia, porque supuse que la dejarían apurada hasta sus últimos límites los oradores que me precedieseu, subsanando así mis omisiones; pero la cortesía les hizo ser muy breves; mi amigo el rector de aquella Universidad don Miguel de Unamuno apenas desfloró asunto que tan bien conocía; y en atención á ello, es posible que yo vuelva á hablar de Gabriel y Galán en alguna otra ocasión, porque realmente lo merece un poeta tan sincero y real, que se nos apareció al punto en que las aves cantoras parecen haber enmudecido, en que las frondas están silenciosas, en que una generación entera de grandes líricos baja á la tumba, abriendo la marcha Zorrilla, siguiéndole Campoamor, Verdaguer y acaso Balart, cuando trazo estas líneas gravemente enfermo y cargado con el peso de setenta y cuatro años cabales.

Fui yo, pues, procedente de tierra tan distinta de la que dió cuna á Gabriel y Galán (el cual representa, por muchos conceptos, íntimamente, al país castellano y al de Extremadura), quien recibió el honroso encargo de resumir la expresión de un dulce que enluta á dos regiones. Había tenido varias veces dispuesto el viaje á Salamanca, y dijérase que la casualidad malignamente me lo desbaratiaba en lo mejor. Las dificultades de los itinerarios españoles, que imponen retrasos; los apremios de tiempo, que en mí constituyen enfermedad crónica, á la cual forzosamente me he resignado, porque me he convencido de que no tiene cura; el atropello de otros proyectos y otras excursiones se habían atravesado, hasta la fecha, entre mi anhelo y la ciudad mágica. No me pesa; el aplazamiento sirvió para que viese á Salamanca en condiciones infinitamente más gratas y significativas que si sencillamente tomase mi billete, llegase allí sin ruido, y me perdiese, turista curiosa, por las monumentales calles de la que ahora he comprendido por qué se llama enfáticamente *Roma la chica*.

He dicho calles monumentales, y no cometo inexactitud: Salamanca es una ciudad formada por monumentos. Tiene poco caserío propiamente dicho (alguien preguntó, si no recuerdo mal, dónde estaba el pueblo de aquellos palacios); tiene escasa edificación sin carácter, de esa que inspira tedio, y predomina, por desgracia, en esta nuestra muy prosaica y muy antiestética edad, que todo lo uniforma. En cambio abundan los caserones nobles, decorados al estilo del Renacimiento español, con medallones, ó del gusto plateresco más exquisito, que también es género españolísimo, y deslumbra y encanta con la finura y riqueza de sus detalles elegantes, primorosos. Con estas casonas monumentales, bordadas, repujadas, caladas, cinceladas, anaranjadas ya sus piedras por el artístico sol, alternan las parroquias, las catedrales, los conventos, los colegios, de proporciones vastas, de majestuosas cúpulas, de imponentes portadas, de patios solitarios con arquerías y balconadas soberbias, de creterías que piden fanales, de escusones que entonan cantos de heroísmo. Y es la misma impresión aplastante de Florencia, sólo en Florencia y en Salamanca sentida: la impresión de ciudades donde la vida del hombre debiera ser más ampliamente fuerte y gallarda, más señorial que en parte alguna; donde la hermosura de las piedras, su dignidad, imprimen sello en los habitantes.

Pero ¡ay! Las piedras perduran, se van los que las labraron y erigieron, y en Salamanca, del pasado, lo único que se mantiene en pie son esas piedras, en su mayor parte impávidas, desafiando hoy la indiferencia y el abandono, como desafiaron ayer la lucha armada, las vicisitudes de asedios é invasiones. Esas espléndidas piedras, de corte forjado, de oropimente, de filigrana, de encaje rancio; esas piedras que tienen voz á fuerza de tener belleza, es lo único que permanece del extinto poderío de la ciudad. No puede restaurarse aquella vida intensísima que en el siglo XVI animó á Salamanca, y el conservar lo mejor posible el tesoro es ya empresa que por sí sola pide esfuerzo heroico y exigiría mucho dinero, grandes capitales invertidos en defender esa edificación única, soñada, fastuosa, original.

Lo primero que amenaza ruina en Salamanca son los palacios de las familias aristocráticas, que desertaron de su solar y residen en la corte ó en el extranjero. No digo que materialmente se estén viniendo á tierra, aunque algunos de los más admirables se encuentren en este caso; pero los mismos á que se atiende, reparándolos, dan tristeza; están como cáscara vacía, convertidos en ruines casas de alquiler, deshonrados por inquilinos menesterosos, algunos por gitanos y mendigos. ¿Dónde van los muebles severos, los bargueños y arcones, los tapices y pinturas que decorarían estas casas? ¿Dónde las alcatifas, los damascos, los arrogantes blasonados reposteros, las platas de mesa, las camas de copete, los braseros tachonados, de ébano y caoba? Todo esto, que es arte, arte impregnado de vida, todo esto fué dispersado por el remolino que reconcentró en Madrid á la nobleza, antes localizada y residente donde tenía arraigo; y lo que anticuarios y chamarileros no hayan licuidado entre su clientela, extranjera la mayor parte, lo que no haya parado en el Rastro, se encontrará á estas horas fuera de su marco natural, adornando en la corte algún saloncillo, algún tocador modernista, alguna antesala estrecha. Y el solemne brasero claveteado, y el bargueño cuyos hierros negrean sobre fondo de viejo terciopelo carmesí, y el repujado bandejón, y el tapiz de pálidas figuras, se hallan tristes, lejos del palacio de anaranjada piedra y rejas historiadas y retorcidas, en el cual pasaron sus primeros días aristocráticos, serenos.

Sería inútil buscar hoy en Salamanca á las ilustres familias que tienen allí solar; la excepción la constituyen aquellas que de tiempo en tiempo se asoman á mirar el caserón solariego ó la capilla de patronato. Impresión más triste todavía causa ver en Alba de Tormes el castillo de los duques de Alba—el que denomina título tan resonante,—no ya ruinoso, ni derruido, sino disperso, desbecho, arrebatado piedra por piedra, sin que resten, como testimonio de lo que el monumento pudo ser, más que el altivo torreón del Homenaje, dominando el pueblo tendido á sus pies, y á larga distancia otro torreoncillo, cuya única misión, al permanecer en pie, parece ser dar idea de la magnitud del soberbio monumento militar y nobiliario.

Dícese que la duquesa de Alba, atenta á conservar recuerdos, pasaba regular cantidad al año para cuidar y reparar el castillo, unido íntimamente á timbres tan altos de su casa; y que, fiada en esto y queriendo en ocasión solemne alojarse en su castillo, ordenó que se le preparasen en él habitaciones. Grande fué su sorpresa, grande debió de ser su desencanto, cuando obtuvo por respuesta que en el castillo sólo lechuzas y cárabos podían morar, y que ni aun tal edificio existía, porque sus piedras habían sido arrancadas y tal vez sirviesen de umbral de establo ó fogón de villanas cocinas, cuando no de materiales para la plaza de toros. Y es que para velar amorosamente por las reliquias del ayer, no basta el sacrificio pecuniario; es preciso ofrecer también tiempo, voluntad, ver con los propios ojos, disponer con la propia inteligencia.

No era ciertamente la duquesa de Alba de las hembras frívolas que darían un torreón histórico por un trapo parisiense; y sin embargo, no pudo salvar ese magnífico recuerdo, el castillo de Alba de Tormes, en el siglo XVIII todavía admirablemente conservado, lleno de estatuas, de cuadros, de medallones, de frescos.

En Salamanca, la solidez de los monumentos—en su mayoría son de época relativamente reciente, del siglo XVI—nos ahorra el doloroso espectáculo del castillo y palacio de Alba de Tormes. No se necesitan sino asomos de cuidado para conservar los resistentes y grandiosos edificios públicos, y un poco de inteligencia para no profanarlos. En cuanto á las casas de propiedad particular, su conservación es más difícil; desgraciadamente no existe ley que obligue á los dueños de tales joyas á no derribarlas, no estropearlas, no profanarlas, no dejarlas desmoronarse. Esta ley, en España al menos, sería conveniente. No es permitible que se pierdan tesoros artísticos. Cuando veo ciudades como esta de Salamanca, que encierran arte en mayor proporción que ninguna de Italia, pienso en la contribución que fácilmente impondríamos á los extranjeros, atrayéndoles aquí á bandadas, haciendo del costoso y molesto viaje por España, algo que compitiese con los de Suiza, Italia, Holanda, Bélgica, Francia, los bordes del Rhin. España es, aún hoy, maltratada, expoliada, en el abandono, un museo, un piélago de arte. Solamente en Salamanca, la arquitectura aturde, marea de admiración. La riqueza del estilo plateresco, algo románico muy notable, y las mejores obras decorativas de un artista español tan mal comprendido, tan atractivo como el gran Churriguera. De este mágico adornista, de este poeta fastuoso, existe en Salamanca una iglesita, una bombonera iba á decir, la de la Veracruz, si no me engaño—soy poco amiga de consultar guías cuando tengo reciente la impresión directa,—que por verla se puede hacer el camino. Es el tocador de la Reina del cielo.

Para conseguir que aquí afluyesen viajeros, sería necesario cambiar tantas cosas! La primera, los itinerarios de los ferrocarriles, que son aquí endiablados y hacen perder un tiempo precioso. Los extranjeros vienen á tiro hecho; quieren ver rápidamente el mayor número posible de cosas, y no gustan de invertir un día sentados sobre sus baúles, en una estación, aguardando un enlace.

Un buen español á quien larga residencia en América ha familiarizado con el espíritu moderno, el conde de Casa Segovia, que fué también á Salamanca, portador de los premios ganados en los Juegos Florales de la Asociación patriótica de Buenos Aires por Gabriel y Galán, me hacía notar un detalle expresivo: al salir de Madrid, no se nos despachó billete sino hasta Medina, y no hasta Salamanca misma, porque el tren que en Medina debíamos tomar, unas veces enlaza y otras no. Retrasos, faltas de enlace, ante todo habría que evitar, para hacer de España, el país más interesante de Europa, un hormiguero de turistas, que van á Suiza sencillamente porque allí se viaja bien, se encuentra fácil traslado y cómodo hospedaje. Aquí los hoteles dejan que desear, generalmente; pero propenden á mejorar y reformarse, y sería excelente negocio para una compañía que se fundase con capital y ánimos, dotar á España de una red de hoteles en armonía con las exigencias de nuestra época, y ramificar esta institución hasta los pueblos modestos, donde, también modestamente, pero con limpieza y confortable, pudiesen alojarse los que habían de soltar aquí millones al año, como los sueltan en naciones menos dignas de ser visitadas, de menos caudal artístico.

En esto pensaba yo, mientras recorría las calles de Salamanca, deteniéndome ante maravillas, escuchando aclamaciones, recibiendo las más reiteradas muestras de afecto y de simpatía de un pueblo donde me creí, si no desconocida, al menos forastera y extraña, y donde ya acabé por soñar que era algo propio de allí, gracias á la acogida entusiasta y demostrativa que sobrepujaba á mis esperanzas más ambiciosas...

Y para explicarme tanto honor como se me hacía, me dí á suponer que mi labor no interrumpida de ardiente patriota, de española franca en señalar deficiencias y errores según los entiende, y nunca perezosa en alentar á los que trabajan y velan, esperan y quieren, y no renuncian al porvenir, es lo que, de cinco ó seis años acá especialmente, me valle estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras..., que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías..., nunca indiferencia.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

D. Juan Valera,
eminente literato fallecido en Madrid en 19 de los corrientes

D. Federico Balart,
eminente literato y crítico fallecido en Madrid en 11 de los corrientes

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No quiero hablar de la catástrofe del Depósito de aguas. Si lo hiciese – á pesar de que el asunto pertenece ya á la clase de fiambres, – tendría que decir un sinnúmero de cosas más tristes que la catástrofe misma. Porque no son los hechos, sino sus orígenes, su modo de desarrollarse, sus consecuencias, lo que revelan, lo que sugieren, lo que puede preocupar á los espíritus reflexivos. El caso de la desaparición, de la muerte horrible de treinta, cuarenta, cien hombres, es mero incidente, al producirse sin culpa grave de la sociedad, y al no suscitar en ella, como causa ó como pretexto, fenómenos que no dudo en llamar de descomposición. De todo esto hubo (y muy caracterizado) en el triste suceso del hundimiento. Y no quiero – no siempre se tienen ánimos para pregonar las cosas malas de oir que nadie le pregunta á uno – remover esos sedimentos y exponer mis fatales impresiones sobre amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir. Después de todo, queda tiempo: estamos empezando, nada más, á notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando estalle, porque prevenir no es aquí sinónimo de gobernar.

Pasemos á temas festivos: del Centenario. Nadie sabe en qué va á consistir..., es decir, sabemos lo que reza el programa oficial: pero es tan pobre, tan mezquino, tan inadecuado – porque la batalla de flores será una cosa muy bonita, pero así se relaciona con el asunto del Centenario como yo con el Gran Turco – que después de leer ese programa, lo que parece es que el Centenario se ha escamoteado por arte de birlibirloque... trochimanería.

De otra manera muy distinta concebíamos el homenaje á Cervantes. Y lo veía en grande, con proyecciones que no creo difíciles de alcanzar, porque, en esto como en todo, la voluntad labra mucho, y no estamos tan enteramente desprovistos de medios: lo malo es que de aplazamiento en aplazamiento hemos llegado á las vísperas, y sólo á última hora, atropelladamente, contando con la percalina y el gentío madrileño que se echa á la calle, se va á salir, como se pueda, á lo que Dios quiera, de compromisos adquiridos con aparente entusiasmo.

Sí: yo veía el Centenario del Quijote revestido de toda la excepcional, incomparable importancia que le presta la gloria del autor en quien propios y extraños nos han simbolizado, encarnado y representado, suponiendo que en tal libro y tal hombre se encierra la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra psicología colectiva.

No considero difícil, habiéndose dispuesto de tiempo suficiente – pues si no me engaña la memoria, más de un año hace que Mariano de Cavia lanzó en el *Imparcial* la idea del Centenario, – invitar á una comisión de representantes señalados de cada nación latina y de cada nación hispano-americana de origen, así como á los insignes hispanófilos y cervantófilos del universo. A los de América seguramente les ofrecería pasaje gratis con generosidad la Transatlántica, honrándose en transportar á tan distinguidos viajeros. Ninguno de ellos hubiese vuelto á su país sin recorrer gran parte de España; ninguno de ellos dejaría de atar aquí lazos de amistad, simpatía y fraternidad literaria y científica. No concibo mejor ocasión de sumar voluntades y de estrechar vínculos con los que hablan nuestro idioma ó pertenecen á nuestro grupo étnico. Comisiones y delegaciones intelectuales de América y Europa deberían ser atraídas, hospitalizadas, asociadas á estos festejos, los cuales convenía que durasen lo menos quince días, los primeros quince hermosos días del mes de mayo; y para consolidar la unión entre los que piensan y aman las letras en España, en Europa y en el Nuevo Mundo, se invitaría al mismo tiempo, obteniendo de las compañías ferroviarias concesiones, á la larga para ellas mismas beneficiosas, á los intelectuales, escritores y docentes españoles residentes en provincias; á rectores, catedráticos y alumnos premiados y graduados á mérito; á los directores de la prensa; á elementos de las academias militares, de las comunidades religiosas, de cuanto aquí representa estudio, trabajo y pensamiento. Entre esta falange vendrían, ya lo sé, muchos sin títulos suficientes para merecer tal obsequio; pero en casos como el presente, hay que parodiar la frase atribuída á Simón de Monfort, al mandar á sus tropas que acuchillasen sin reparo á las turbas de herejes, pues si entre ellas estaba algún católico, allá Dios en el cielo lo discerniría. Y á todos les debiera reunir un almuerzo monstruo, celebrado, si no hubiese local con techo, al aire libre, después del cual imponente manifestación depositaría coronas al pie de la estatua de Cervantes, y una jira monstruo también (cuya organización podría confiarse á la Sociedad de Excursionistas) á Alcalá de Henares ó á Toledo, donde los recuerdos cervantescos abundan y donde se enseña, intacta, la *Posada de la Sangre*.

Al aire libre igualmente, con público muy numeroso, y que sin embargo podría ser escogido – juzgado de gallería y de tropel que se gana el sitio á puñetazos, – cabría celebrar asimismo la representación de una loa ó de un entremés de Cervantes, en un escenario como los que se construyen en Alemania para casos análogos, y hermoseando el recinto con los elementos que brinda la estación primaveral. Esta culta representación al aire libre, de carácter popular, no impediría la función de gala en el Teatro Real, ni cuantas se quisiesen dar, gratuitas, en otros escenarios. La Casa Real, que dispone de magníficos salones y jardines, obsequiaría con recepciones ó *garden partyes* á los invitados, contribuyendo así al esplendor de los festejos. Por su parte la guarnición organizaría una retreta cuya base fuesen las galeras de Lepanto, la muestra triunfal de aquella ocasión memorabilísima en que Cervantes se quedó inválido. En el lugar que se considerase más propio se podría celebrar una función de fuegos artificiales, con la alegría y brillantez características de este festejo, popular también, como convendría que fuesen, en su mayoría, los del Centenario. Porque no cabe consagrar á Cervantes y al *Quijote* un programa que sería suficiente para festejar al duque de Connaught, ó á cualquier otro forastero ilustre. La significación del *Quijote* ¡á cuánto nos obligaba! ¡Qué resonancia la de este libro, sobre todo desde que pasamos la frontera!

Dios me perdone si me equivoco. Sospecho que «lo del Centenario» ha dormido el sueño de los justos hasta el último instante, es decir, hasta hará cosa de dos meses en que se inició el rumrún: «¡Calle! ¡Pues es cierto! ¡Hay que celebrar esas festecitas!» Y entonces se ha elaborado el mísero, el triste programa que nadie ignora. Y en provincias, las veladas, los certámenes, han arreciado – y ahí está cuanto brindamos á Cervantes. – No debe esta culpa ser imputada al actual ministro de Instrucción pública, que acaba de jurar. Acaso no deba ser imputada especialmente á nadie. Son cosas..., cosas de aquí...

Para festejar así al *Quijote*, más valiera no festejarle: dejarle en su trono ideal. No vamos á aumentar su gloria, pero nos ponemos, una vez más, tan en evidencia ante Europa, como nos pusimos en la Exposición de 1900 y como, si Dios no lo remedia, seguiremos poniéndonos, no por imposibilidad de hacerlo mejor, sino por incapacidad, por frialdad, por atonía, por no atribuir importancia sino á las menudencias de la política de género chico y á los personalismos egoístas, absorbentes.

Un recuerdo á Valera, gravemente enfermo á la hora en que escribo esta Crónica, en inminente peligro de muerte, porque su avanzada edad no permite optimismos.

A diferencia de D. Federico Balart, que acaba de bajar al sepulcro menos cargado de años que Valera – y sin embargo no puede decirse que viviese para las letras desde hace tiempo, pues, no producía – Valera, con sus ochenta y pico, continuaba escribiendo y publicando, y el golpe de la súbita enfermedad fué lo único que interrumpió su labor constante. Cinco ó seis días antes de sufrir el ataque, me envió un nuevo librito, *Terapéutica social*, con cariñosa dedicatoria: dos días antes hizo que le leyese parte de mi Discurso en la velada de Salamanca; y si no mienten las hojas impresas, el mismo día en que el mal se declaró, le leyeron y estuvo corrigiendo su propio Discurso sobre el *Quijote*, encargo de la Academia para la sesión solemne del Centenario. Así la muerte habrá sorprendido á este campeón en su puesto, sonriente y tranquilo hasta última hora, sereno ante lo inevitable del destino, según conviene á un varón fuerte, á un humanista, á un filósofo, á un amador de sabiduría y de cuanto bello produce la inteligencia.

Y cuando digo que le habrá sorprendido..., es un modo de decir. No le ha sorprendido; doy fe de que la esperaba con maravillosa ecuanimidad. Cayó postrado un domingo, y el viernes anterior, 7 de abril, ó mejor dicho el sábado 8, pues era la una de la madrugada cuando así conversábamos, respondió á una pregunta mía sobre su estado de salud: «Siento el hormigueo, y supongo que no se hará esperar el accidente.» Y esto lo profería sin alteración de la voz, sin desmentir su calma que debe llamarse olímpica, y pasando inmediatamente á conversaciones literarias, que tenían la virtud de reanimarle y de arrancar chispas de luz á su peregrino ingenio, despierto y ágil, joven y fresquísimo en medio de la decadencia de su organismo.

Suele ser triste el cuadro de la senectud de los hombres ilustres. El cuerpo impone su degradación al espíritu; el terror se enseñorea del alma; surgen los egoísmos y las manías; adquieren importancia capital los míseros detalles de achaques y alifafes, y el cambio de un hábito adquirido ó la falta de cualquier comodidad y gusto, toman proporciones de acontecimiento. El humor se agria, y cual el invierno descubre las anfractuosidades de la roca, quedan patentes y salientes los defectos del carácter. ¡Nada de esto he visto en la hermosa vejez de D. Juan! Mostrábase, es cierto, extremadamente conservador y no poco misoneísta; pero no debía de ser obra de los años: es caso muy frecuente aquí que los hombres inscritos en las agrupaciones liberales, sean opuestos á las formas inminentes de la evolución social, y por supuesto á las de la evolución literaria, no menos inevitable. Pero sus ideas, muy estáticas, las expresaba don Juan con tal donaire y humorismo, las sazonaba con tan ática ironía y tan gustosas sales, las pulía con tantas concesiones transigentes, con tan elegante diletantismo, que producían en el oyente, á falta de convencimiento, impresión amenísima y cultivadora.

Era, en suma, la amistad de Valera una de las más gratas é instructivas, y perdemos mucho sus amigos y tertulianos al pagar tributo á la naturaleza este sabio amable, bien educado, de exquisito trato, de encantadora elocuencia verbal y epistolar. Su obra literaria, variada y rica, no es lo que aquí ensalzo: su obra queda completa, suficiente para marcar honda huella en un período de nuestra literatura: pero su persona, envuelta en las grises redes de la ancianidad y evadiéndose diariamente de ellas como mariposa que rompe una telaraña, es lo que ahora va á faltarnos... Valera merecía vivir un siglo.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Casi todos los años paso la Semana Santa fuera de Madrid, en diferentes puntos de España, y la de 1905 me toca pasarla en una ciudad de la provincia de Granada, Loja – patria del famosísimo estadista D. Ramón Narváez, primer duque de Valencia; aquel que mientras vivió sostuvo el trono; aquel cuya muerte fué anuncio de la caída de Isabel II. La estatua de bronce del duque señorea los jardines del pueblo, y sus restos mortales yacen aquí, en el mausoleo de la Iglesia del Asilo de niños y ancianos que Narváez fundó y que el actual duque de Valencia cuida, costea en gran parte y atiende con solicitud.

***

No resido en Loja: estoy hospedada en un palacio con patio de fuente, surtidor, macetas, que rodea un parque frondosísimo, regado por los copiosos manantiales que aquí saltan dondequiera, pues no he visto tierra de más agua; en Loja existe una fuente de veinticinco caños, la de *la Mora*, que es un portento de raudal, y en la cual la Sierra Nevada vuelca parte de su fresca urna en cristalinos chorros.—Digo, pues, que este palacio donde me hospedo es propiedad de los duques de Valencia y lleva el romancesco y granadino nombre de Aliatar,—y el solar y residencia del célebre moro, que

> «va de Antequera á Granada:
> colgado del almaizar
> llevaba la cimitarra,
> la izquierda mano en la rienda
> y la derecha en la lanza,
> dos tocas sobre el bonete,
> y polvo sobre la cara,»

está á diez pasos del palacio; y de sus muros, cada vez que la piqueta los acomete, saltan arábigas monedas...

***

A las horas en que las procesiones han de recorrer las calles de Loja, bajamos al pueblo, y desde los balcones de otro palacio antiguo—propiedad también de la casa ducal, que tiene un grandioso patio de arcadas y columnas, y cuyas estancias se encuentran, igual que si sus dueños las habitasen, llenas de suntuosos muebles antiguos, de retratos y cuadros de los maestros de la escuela española, de cornucopias y consolas doradas, de fastuosa talla honda,—vemos desfilar tan extrañísimas, singulares procesiones, que hacen de esta Semana Santa una de las que me dejan, entre las de España, más imborrable recuerdo; pues aun cuando se asemeja á la de Sevilla, tiene notas peculiares, que parecen de muy remoto origen.

***

Las procesiones son tres: una en la tarde del Jueves Santo, las restantes en la mañana y tarde del Viernes.

Lo primero que en ellas me llama la atención, es observar que—excepto en la del Entierro—apenas va clerecía: parecen procesiones laicas. Y procesiones laicas son, en el sentido de que es principalmente la devoción popular la que las fomenta y abrillanta, hasta el extremo de que, para llevar las pesadísimas andas de las Vírgenes y de los Nazarenos, en vez de tener que pagar portadores, los mozos ofrezcan dinero, y se puje el honor y el gusto de sentir, durante las cinco ó seis horas que la demostración religiosa suele durar, magullado el hombro por los recios palos, y agobiado el cuerpo por la formidable pesadumbre de las efigies. Es la devoción popular la que costea y renueva los pintorescos, curiosos trajes, en que se me figura encontrar reminiscencias de épocas en las cuales ni aun el Evangelio habría sido anunciado en España. ¿Quién es capaz de adivinar de dónde procede una forma, un adorno, un detalle de indumentaria? En esto, como en todo, la fantasía va á lo más distante, equivocándose, tal vez.

***

Yo no sé si estos ropajes han sido reproducidos por la fotografía ó por el fotograbado, en las publicaciones ilustradas que tanto abundan y que ya no van dejando sin explorar rincón de España. Son los ropajes á que me refiero los de las comparsas llamadas de los *incensarios*, divididas en *incensarios blancos é incensarios negros*. Los primeros salen en las dos primeras procesiones, los últimos en la última.

Cuando se me presentaron los *incensarios blancos*, en el oratorio de Aliatar, á las dos de la tarde del Jueves Santo, creí que acababan de salir de la batea de una planchadora: tales venían de flamantes, limpios y cándidos, como bandada de palomas, aquellos incensarios vivientes. Era su vestimenta cual el ampo de las nieves de la sierra, desde la punta del bien calzado pie, hasta el remate plateado de la rara mitra de corte asirio, que les cubre la cabeza, y que no se quitan ni en el templo. Sólo ligeros toques de seda violeta, el color ritual, subrayaban el candor del muy elegante de líneas, sucinto y airoso atavío. Las medias eran caladas. La mitra terminaba, sobre la nuca, en una especie de haldilla semejante al tocado de las esfinges.

Con la mayor reverencia y compostura, haciendo ceremoniosos pasos y mudanzas, en misterioso silencio, los turiferarios balancean la cazoleta de arcaica forma, y ejecutan ante las imágenes una especie de rigolón hierático; después, uno de ellos lanza, en el mismo oratorio, los primeros versos de triste y devota saeta, y el de enfrente le responde con la propia vibrante, alta y dura entonación.

***

La mañana del Viernes, los cabos del traje de los «incensarios» son negros, y negro canutillo borda sus blancas mitras altísimas; y por la noche, en la dramática procesión del Sepulcro, los «incensarios» se han vestido de noche también; completamente negros son sus trajes; sus mitras, centelleantes de azabache á la luz de los hachones. Y en vez de ir pausados, solemnes, como los grandes encapuzados inquisitoriales que arrastran tres metros de fúnebre cola, los «incensarios» van raudos y ligeros, á manera de aves, á apostarse en las bocacalles al paso de las efigies, á incensarlas con ceremonias especiales para cada una.

No sé si los «incensarios» salen en otras procesiones de ciudades de esta misma región. Si sólo en Loja puede vérseles, declaro que ellos merecen el viaje.

***

No son la única singularidad de la Semana Santa en Loja los elegantísimos y arcaicos turiferarios. También los doce *Apóstoles* sorprenden.

Los *Apóstoles* figuran en dos procesiones: la de la tarde del Jueves y la mañana del Viernes. Van á pie, en hilera; visten túnicas moradas; llevan cada cual en la mano ó al hombro el instrumento de su martirio—hacha, aspa, cruz, espada, sierra,—y sobre el rostro, una careta de cobre repujado, pintada, que revela la mano de un artista y que reproduce la fisonomía tradicional de los primeros discípulos de Cristo. Un nimbo, donde se lee el nombre de cada apóstol, rodea su cabeza; y por sus espaldas cuelga una cabellera larguísima, sedosa, rubia ó castaña, de mujer, contrastando con los mechones canos que asoman alrededor de la máscara de cobre. El efecto es sobre manera extraño y típico.

***

Las efigies que figuran en estas procesiones—distintas en cada una de ellas—son obras de arte y portentos de riqueza en sus vestiduras. En oposición con los que se precian de gusto depurado y severo, yo siento predilección vivísima por las imágenes llamadas *de vestir* (bien vestidas, se entiende). Nada me parece tan sentimental como uno de estos trágicos y hermosísimos Nazarenos agobiados bajo la cruz, como una de estas Vírgenes pálidas, elegantes, nobles, con los ojos hinchados de llorar, el dolor supremo escrito en el rostro, las manos cruzadas bajo el pañuelo de encaje sutil, y prolongada en el aire su figura romántica por la cola del ropaje de terciopelo todo bordado á realce de oro. No sabré expresar con qué encanto he visto los mantos magníficos, regalo del primer duque de Valencia ó del actual; los rostrillos y petos cuajados de pedrería, los cetros y coronas, procedentes de los Reyes Católicos; los retablos, los cuadros; la cantidad increíble de arte y riqueza acumulada en este pedazo de Andalucía, del cual nadie habla, donde no se publica un periódico, donde la calma flota en el aire y donde todo se vuelve ruiseñores cantando, manantiales corriendo y árboles que la primavera reviste de blanca floración...

***

El Sepulcro, que se ostenta en la procesión del Entierro, no quiero olvidarlo: es una joya primorosa. De ébano, concha é incrustaciones de metal todo él, le rodean angelitos idealmente graciosos, que revuelan por sus cornisas, se posan al pie de su base, y le prestan ese delicioso sabor Luis XV que suelo notar en muchas de estas efigies, en la talla de los altares, en camarines y púlpitos, en telas, marcos, muebles y hasta en las flores artificiales, que son *rococó*...

Y no salen en las procesiones todas las efigies notables de Loja. De las más bellas, como el Niño, las dos Vírgenes, la Santa Catalina de las monjas Claras—de esas pobres monjitas que viven con dos reales diarios cada una y tienen en su iglesia un Museo, —se quedan quietas en su hornacina, y para verlas hay que ir al convento expresamente. Pero entre las que son paseadas por las calles, con solemnidad de que no se tiene idea en Madrid, cuyas procesiones no dudo en calificar de ridículas, hay dos ó tres Nazarenos, dos ó tres Dolorosas, un San Juan, de toda hermosura. Y el cuadro de las procesiones, con sus «armados» que llevan mangas completamente hechas de rosas; con sus señoritas que alumbran vistiendo hábito nazareno; con sus tamborileros furiosamente empeñados en romper el parche; con sus encaperuzados negros, de inmensa cola; con su Cena en que se sirven manjares verdaderos, un cabrito, frutas, naranjas; con su mezcla de ingenuidad rústica y lujo oriental, me queda grabada en la memoria, con huella de poesía.

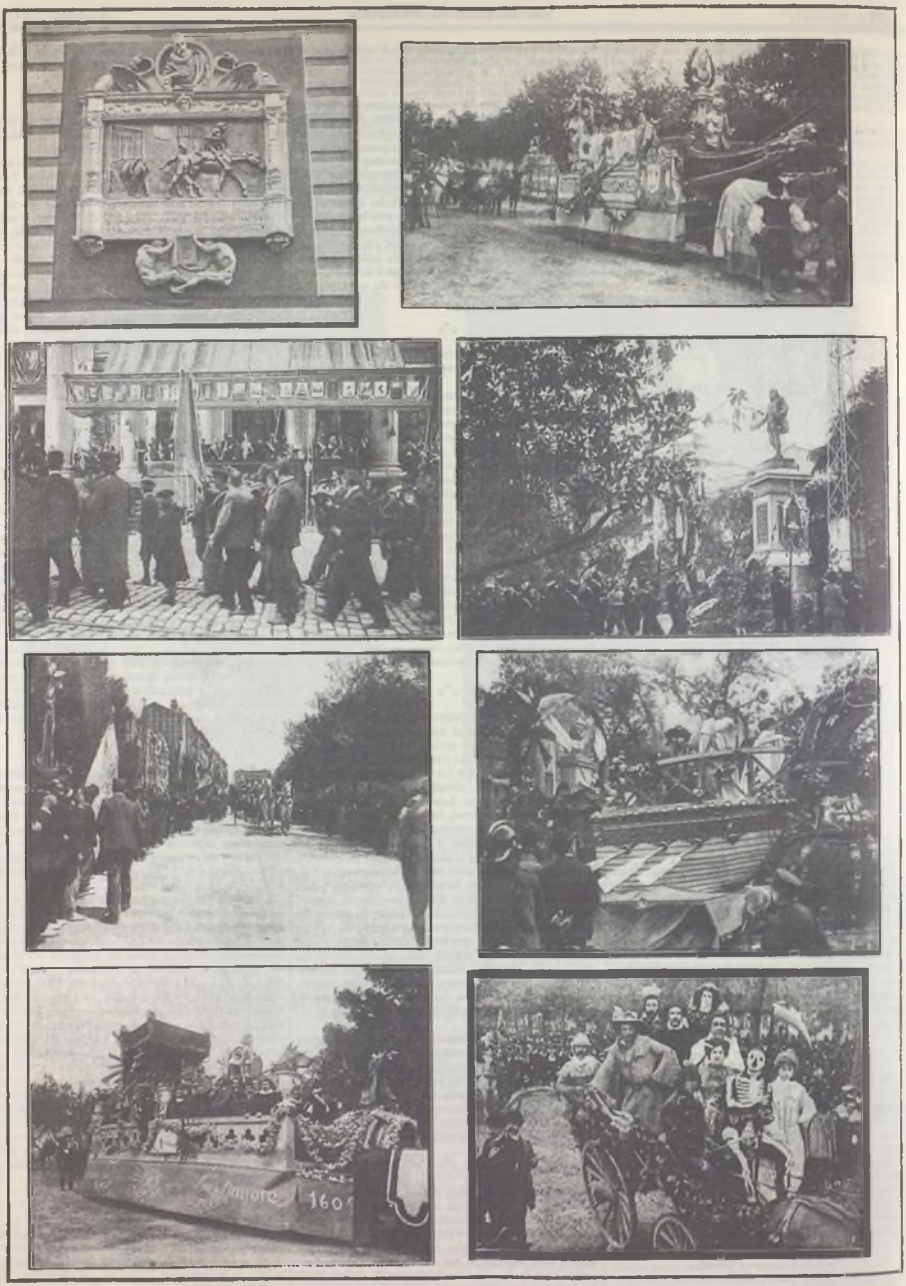
***

Una nota personal, á guisa de posdata.

Ruego á los para mí tan amables lectores de La Ilustración Artística que no caigan en la red tendida por los que remedan mi firma desfigurándola algo, y la estampan al pie de sus artículos. Ya sé que el estilo no es enteramente igual; pero, no obstante, será bueno recordar que yo nunca suprimo ni contraigo á iniciales ninguno de los componentes de mi firma, y que no es mío escrito alguno que no lleve al pie, con todas sus letras,

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid



"Madrid – Recuerdo del Centenario del 'Quijote' – Lápida colocada en la casa donde se imprimió la primera edición del 'Quijote'. – Carroza del círculo de la Unión Mercantil (tercer premio). – La procesión cívica antes de pasar por delante del Palacio del Congreso, en donde estaba la tribuna regia. – Los gremios depositando coronas en el monumento de Cervantes. – S. M. el Rey revistando a los coros de Calvé. – Alegoría del 'Quijote', carroza del Ayuntamiento. – La aventura de Clavileño, carruza del gremio de vinos (segundo premio). – 'Las Cortes de la Muerte,' carroza de la Sociedad de Autores (tercer premio)." 1905, n.º 1.222, p. 347.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No habría cosa más fácil que hacer durísima crítica de la manera como se ha celebrado este Centenario de la publicación del *Quijote*. La censura está en todos los labios, y también ha estado, más ó menos explícita y severa, en la mayoría de los periódicos. Resumiré en una sola las notas de desaprobación. El Centenario ha sido, para sus organizadores, tarea de última hora. Todo lo que en el Centenario ha salido con algún lucimiento; los discursos preparados (como es debido y natural) con años de anticipación, sobre la base de trabajos meditados y mascados á gusto; los libros elaborados en largas vigilias, la Exposición cervantina en el Palacio de Bibliotecas y Museos, todo eso ha sido, al salir á luz, aplaudido y celebrado. Pero aquello que, por el sistema, tan propio de la raza, del *impromptu*, se ha querido fabricar al vapor, ha resultado... lo que debía resultar: una liorna.

***

Las cosas, ó han de hacerse bien, ó es mejor que ni siquiera se intenten. Sólo se consigue, en esta ebullición estéril de apresuramientos, en este brillar de cohetes y fogarachos, presentar ciertos remedos de las cosas, ciertas telonerías y bambalinas, que á nadie engañan, y menos á los extranjeros, á quienes querríamos deslumbrar con tal aparato de escenografía barata.

Si es cierto que lo cursi, la esencia de esta palabreja de la cual tanto se abusa y que Cervantes tendría que aprender, con otras varias, para entender la moderna jerigonza, consiste en las pretensiones que no se justifican, en el *quiero y no puedo*, España, en la presente ocasión, se ha expuesto á la nota de curilería. Y es el caso que, en realidad, España todavía puede; puede mucho, para empeños como el presente sobre todo; pero no quiere á tiempo, no quiere sino como el niño, de un modo caprichoso, sin fijeza. Aún no nos faltaban medios de haber quedado bien en ocasión de tanto compromiso como la del fracasado homenaje á Cervantes, al idioma, á la raza, al genio, á lo único que sin disputa recibe acatamiento más allá de nuestras fronteras; era cuestión de querer, de haber seguido, desde el primer día, una dirección fija, independiente de los vaivenes de la política, confiando la dirección de este asunto á personas que sólo á él, con dedicación absoluta, se consagrasen. Había que hacer lo que ya indiqué en alguna de estas Crónicas, y que poco después, con leves diferencias, preconizó *El Imparcial;* sobre todo había que dar al proyecto lo que la naturaleza da á sus frutos: tiempo de germinar, crecer, granar y sazonarse.

***

Y todos, hasta los que pensamos así, venimos á tropezar en este escollo de la precipitación. Yo, que esto escribo, voy á tomar parte—acúsome—en una velada de la Unión Ibero-Americana, de que tuve noticia con dos días de anticipación, y en la cual, con cortés y amable insistencia, se quiso que yo hiciese uso de la palabra, no habiendo podido negarme después de presentar las muy justificadas excusas que cualquiera presume. Puédese repentizar un brindis en animado banquete, puédese lucir con cuatro palabras al aire en cualquier circunstancia eventual, sin preparación alguna; pero cuando nos cubre el techo del Paraninfo de la Universidad Central, y se trata de Cervantes, de la magna tradición clásica nacional, identificada con el espíritu de la patria, es desconsolador no disponer sino de horas, no poder abrir un libro, no poder repasar la materia, no recogerse. He aquí los daños de este método nuestro, de proceder por sorpresas y chispazos. Yo soy un elemento de muy escasa valía; pero tal cual soy, con tiempo y espacio algo más sabré decir y pensar que con rápidas exteriorizaciones de ideas. Yo, como todos, aprendo cuando estudio, y ni la forma ni el fondo de un discurso mío, sea breve, sea extenso, pueden perder nada si lo cuezo al fuego del trabajo y si me adueño de la materia que he de tratar en él.

***

A disponer de un mes siquiera, trataría de la lengua castellana. Ella, y no ningún otro lazo, es lo que mantiene nuestra unión moral con las naciones del Nuevo Continente. La idea de raza, tenida por científica, es ahora muy atacada en el terreno científico también, y ha llegado á serlo tan rudamente, que hay recientes libros que la pulverizan, y sólo dejan en pie la influencia del suelo, de la tierra en que se nace y vive. Pero el influjo poderoso de la lengua no se puede discutir, no se puede negar; es hecho demasiado evidente y constante; mientras se habla el mismo idioma, las relaciones son fáciles, activas, la fraternidad se establece sin esfuerzo, las antipatías por causas históricas se borran pronto. Mientras en la América que fué española el habla siga siendo española, atracciones, trueques de vida, infusión continua de nuestro espíritu persistirán en aquellos países, y con creciente interés, á medida que crezcan su prosperidad y vigor, mirarán los hispano americanos á los españoles.

No puedo menos de ver el signo de la extranjería en la diferencia de lengua. Se me dirá que dentro del organismo nacional de España provincias enteras ni hablan el castellano sino oficialmente. Para que esta consideración no nos lleve demasiado lejos, diré que tenemos mil medios suaves, orgánicos, de mantener á esas provincias incorporadas á la patria; pero que tratándose de América, nuestra única defensa es comunidad de lengua, y por eso debe proclamarse que los que con gloria y honor la cultivan y logran enviarla, sonora, sabrosa, elegante, arrogante, refinada, afiligranada, al través de los océanos, á sostener nuestro influjo en América, hacen tanto por la patria como haría un caudillo victorioso.

No importa que en América sufra alteraciones la lengua, con tal que prevalezca su índole hispánica. También en diversos puntos del territorio español se modifica de mil modos, con la pronunciación y la construcción, el idioma; también los lozanos brotes de los provincialismos irrumpen por ella, y, sin embargo, persiste, y entre las infinitas decadencias que lloramos, no incluyo la del habla.

En nuestras Antillas, cuando eran nuestras, al menos en Puerto Rico, se había formado una especie de gracioso patué modificando ciertas letras y convirtiéndolas en diptongos, sin que por eso dejase de ser allí el castellano enriquecido por buen número de poetas y escritores.

Aun cuando no pudiera hoy decirse como se dijo, que en Lima se habla español muy limado—y tengo entendido que muy limado sigue hablándose,—siempre será para nosotros un bien inmenso que en Lima siga hablándose en español.

***

Este es, á mi ver, el verdadero significado del Centenario, con relación á América, por representar Cervantes el momento culminante de la fijación del castellano como lengua á la vez popular y literaria. Al decir *fijación* no entiendo esta palabra en sentido estático. Como que Cervantes fué también un innovador, á su hora y en su tiempo: y no en vano dice la gran autoridad del Sr. Cejador en su obra magistral *La Lengua de Cervantes*, que jamás, desde que aparecen los primeros monumentos redactados en romance, habíase presentado una vuelta tan radical en su fonetismo como la que presenció el espacio de tiempo que corre desde la Gramática de Nebrija hasta el *Quijote*. Nadie mejor que Cervantes ha confirmado la ley filológica, que el desarrollo del lenguaje procede de dos operaciones: la alteración fonética y la renovación dialectal. Ese elemento popular de los dialectos tiene en el *Quijote* amplia representación, y ese juego y nervio del habla paladina, redimida de la nota de plebeya bajeza que le achocha en su *Diálogo de las Lenguas* Juan de Valdés, es uno de los especialísimos encantos del libro sin par.

***

Perdido cuanto ganó para nuestro imperio la espada, siguen lidiando por nosotros el manchego andante y su escudero con las armas de la pluma cervantina, en las tierras descubiertas, así por los navegantes españoles como por Colón. Confirmando la superioridad de la lengua sobre la raza, ni aun el invasor cosmopolitísimo de Buenos Aires ha logrado minar la preponderancia absoluta de la lengua española en la República Argentina. Y en las demás naciones hispano americanas, como en la Argentina misma, si se tiene á gloria la pura sangre española, se tiene á orgullo la conservación del habla. No importa que, según aquí también ocurre, la corrompa el precipitado escribir y el incorrecto hablar; no importan los americanismos, las palabras procedentes del maya, del aimará, del azteca; hay, en defensa de la integridad de la lengua, una legión de puristas, gramáticos, filósofos, escritores, que á veces extreman, más que nosotros, el celo en la ortodoxia, el respeto al casticismo y el culto de los clásicos y modelos del siglo de oro.

En labios y en plumas americanos volvemos á encontrar con frecuencia giros y voces que aquí se dejaron en desuso, acepciones rancias que aquí ha modificado el tiempo; hay autores americanos, como el ecuatoriano José Montalvo, que hasta extreman el arcaísmo y encienden su lámpara en el altar de Cervantes. En Guatemala, en México, en Santiago de Chile, en Bogotá, en Costa Rica, la lengua castellana se venera y se engrandece. La Gramática de la Academia Española es obligatoria en los estudios; los libros de texto, á excepción de algunos científicos, en castellano están; en las relaciones comerciales se hace uso del castellano; las casas inglesas buscan, para sus escritorios, españoles; los colegios dan en castellano sus enseñanzas; las leyes se redactan en castellano; y si hay en la mentalidad y en la literatura americana corrientes extranjeras, son menos hondas de lo que á primera vista parecen, y, según frase de un americano ilustre, nacen más bien de ignorancia de los tesoros del habla española, de no saber manejarla con dominio.

***

Asegurado parece, pues, entre millones de hombres, en territorios donde la civilización avanza victoriosa, el porvenir de la lengua cuyo monumento más respetado y conocido es el *Quijote*. No por eso, sin embargo, debe adormirnos una confianza optimista. Como murió el latín puede morir todo idioma, aunque más allá de su nacionalidad de origen abarque vastas tierras y numerosos grupos humanos. El poderío de una nación, el desarrollo de su comercio, la riqueza, la actividad, son el seguro fundamento de la extensión de su habla, y hay naciones en Europa que saben extenderse, que cuidan con amor del incremento del habla, que consagran ardiente celo á propagarla y lo consiguen, y cada año anotan con júbilo una conquista, manchan un trocito del mapa con su color. Nosotros, entre tanto, mientras la producción literaria española se mantiene á una altura que, sin entrar en comparaciones, no juzgo inferior á la de otros países más extensivos, Italia por ejemplo, ni aun ese medio tan seguro de robustecer la soberanía de la lengua española en América aprovechamos, y por incapacidad comercial de nuestra librería, las obras españolas ni corren ni se venden en América sino en proporción irrisoria, y aquel mercado, aquel mercado fertilísimo, donde podría medrar, bajo el sol que cantó Bello, nuestra cosecha literaria, está seco, es erial para los únicos aventureros extensores del habla, que todavía pudiéramos, embarcados en blancas carabelas de papel, cruzar los mares en son de conquista...

Sin gran esperanza de que cambie tal estado de cosas, hago votos porque así sea, y no vean los venideros siglos lucir el amargo día en que Cervantes y los demás escritores que han manejado como maestros y enamorados artífices el habla castellana, sean en la América española lo que son hoy los escritores ingleses, alemanes, franceses é italianos: literatura de extraños, en habla de los menos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En este mes primaveral, de los largos días, la muerte vendimia como en otoño: vendimia sin tregua, la infatigable vendimiadora. Ha caído bajo sus tijeras seculares, de cortante filo, una figura alta y distinguida: D. Francisco Silvela.

Allá van, casi juntos, Valera y Silvela, dos selectos intelectuales. El uno había concentrado la potencia de su mentalidad en la literatura; el otro, aunque muy literato de afición, en la política, durante el más extenso y activo período de su existencia. Por eso la desaparición de Silvela, aunque viviese ahora retraído, quebranta todavía, restándole un elemento de defensa, al partido liberal conservador, ya maltrecho y desangrado desde la muerte del gran Cánovas.

El destino, moviendo hilos, envenenando sordas pugnas que estallaron en graves disensiones, situó frente á frente á dos hombres que habían nacido para estimarse y admirarse, y que acaso, realmente, no dejaron de sentir ni un momento esa atracción, esa admiración, tributo involuntario de los fuertes á los fuertes. Como el más fuerte era sin duda D. Antonio, D. Francisco experimentaba en mayor grado la sugestión de su antiguo jefe, después rival y enemigo. Yo puedo atestiguar que—consumada la ruptura—las palabras más veneradoras y ensalzadoras que he oído respecto á Cánovas, á su carácter y facultades, brotaron de labios de D. Francisco Silvela. Alguien creerá que esta pudiese ser una de las habilidades cautelosas comúnmente á Silvela atribuídas; pero debo decir también que en esto no pensaba yo con el público; que no he acertado á ver en Silvela á ese portento de disimulo llevado al tartufismo, á ese florentino, discípulo de Maquiavelo. Se dirá que conmigo, persona ajena á la política, no tenía para qué desplegar Silvela tales artes de engaño. Respondo que la reserva y astucia de los políticos viene á ser en ellos como segunda naturaleza, hábito defensivo que no pierden fácilmente; y cuando Silvela hablaba de un modo franco, sorprendente á veces de sinceridad, yo me preguntaba á mí misma la razón de su fama digna de algún embajador de la república de Venecia, que no tenía nada que envidiar á Florencia en arterías, mañas y trápalas.

Por otra parte, el que haya seguido atentamente lo que Silvela ha proclamado en público, tendrá que reconocer que aquel espíritu fino, complejo, penetrante, era también un espíritu claro hasta la imprudencia. No sólo en conversación particular conmigo, y supongo que con varios amigos más, sino ante la nación entera, en letras de molde, no sé de ningún político español que con tal precisión y valentía haya señalado, proclamado, la verdadera situación poco halagüeña de España, después de las guerras coloniales y con los Estados Unidos; y el corolario de algunos célebres artículos, que condensaron en una frase un período de nuestra historia, el corolario de *Sin pulso*, fué la retirada discreta, modesta, decisiva, de un estadista que confesaba paladinamente que él era vencido, que carecía de fuerzas para resistir la marea de las concupiscencias, para despertar las energías sanas, sin las cuales la labor del gobernante tiene que constituir un fracaso crónico.

Nadie ha podido echarle en cara otra cosa á Silvela sino ese desaliento, confesado por él mismo, ante el estado moral de un país; esa victoria del medio sobre el individuo. No le niegan á Silvela ni su acrisolada honradez en las cuestiones de dinero, ni su extraordinaria inteligencia, ni su cultura, ni sus intenciones leales; le echan en rostro el apocamiento, la carencia de resolución para continuar en el mando y ejercicio de la gobernación del Estado. No paran mientes en que, si sólo se tratase de continuar al frente (no de todo el partido conservador, sino de un grupo numeroso) Silvela, cualquiera podría hacerlo. Pero no era ese el problema planteado, al menos en la conciencia y ante la responsabilidad de Silvela: eran compromisos serios ante la opinión y ante sí propio; era justificar una campaña ardiente y dura contra todo un Cánovas, campaña que le amargó los últimos años de la vida; llegaba el momento de enlazar las negaciones desde la oposición con las afirmaciones desde el poder..., y si la campaña de oposición no se había hecho sin auxiliares, sin secuaces, sin formar otro partido, tampoco la obra regeneradora desde la presidencia cabía que se hiciese sin colaboradores, sin gente, sin allegadura. Esto vió Silvela, y por esto se notó diferencia tan capital entre los quince ó veinte primeros días que ejerció el poder, acometiendo reformas que causaron el mejor efecto en los que soñamos una España nueva, pura, salvada, y los días siguientes, al iniciarse el desencanto y la convicción de la inutilidad del esfuerzo. Entonces debió comprender lo que latía en el fondo de la disidencia aquella revestida de apariencias de depravación moral y de inquietud regeneradora; entonces llegaría á convencerse: lo que en ebamorosa manifestación le acompañó por las calles de Madrid no era el rebose de indignaciones y protestas honradas, sino más bien la marea de aquellas concupiscencias y aquellas mal satisfechas ó defraudadas ambiciones, de que una tarde, empulgarando la taza de te, me hablaba con mohín de pena y sonrisa de ironía, haciendo con la mano libre, aristocrática, el gesto del que aleja algo...

El hombre es un hondo estudio, pero un estudio triste. Por eso, cuantos grandes políticos he tratado se me aparecieron llenos de desencanto, de fatiga íntima, mezclada con infinita indulgencia. El menos desilusionado era Castelar; y Silvela, el más convencido de la nada de las cosas. A esta convicción, Silvela unía completa deferencia hacia todo y todos, y exquisita corrección de procederes y modales, que le granjeaba el respeto y le enajenaba la simpatía de muchos; pues el carácter nacional propende á simpatizar con los francos superficiales, los cordiales sin excepción, los que dan palmadas en la espalda, los que hablan á voces. La naturaleza contenida, reservada, la sonrisa indefinible que contraía las comisuras de la boca de Silvela, le creaban enemigos. Mil veces tuve ocasión de notarlo.

Por mi parte, sólo buenos recuerdos me deja este eminente intelectual y crítico de mi generación. Desde que publicó y me envió las *Cartas de la Venerable*, se estableció entre nosotros un trato no frecuente, pero constante, y para mí provechoso. Un lado místico, que bajo el sello de escepticismo oculta Silvela, nos llevaba á hablar con fruición de San Francisco, de las épocas en que era fuerza enorme el espíritu y elemento social la fe. No he llegado nunca á convencerme del volterianismo de Silvela, y sus protestas espiritualistas, en estas lecciones recientes del Ateneo, me han parecido expresión verdadera de su mentalidad.—Hago memoria y recuerdo que en una ocasión disentimos; él proyectaba algo que no me pareció acertado; pero he de añadir que, con su probada galantería, no tardó en mostrarse pesaroso de ello. Con las mujeres era doblemente cortés, y se dijera que calzaba unos guantes de ámbar, que su lenguaje se hacía más culto aún, con toques de gracia y benevolencia nuevos.

Su oratoria, incisiva y demoledora en el Congreso, era en la cátedra del Ateneo natural, limada, algo reticente, nunca enfática, perfectamente encadenada, apacible, segura, y realzada por una gesticulación aseñorada y sin desconciertos. Tal vez los quehaceres, los viajes, los incesantes trabajos de su bufete, no le permitieron, como la gente repetía, llevar allí la necesaria preparación de estudio y destripe de libros y revistas; pero la forma, el modo artístico de desenvolver el tema, eran perfectos. Quizás sea Silvela quien mejor ha representado aquí á los hábiles conferencistas franceses, que hablan para un auditorio ilustrado, pero mundano, que quiere formarse idea de un asunto sin agotarlo y que reclaman que se lo aderecen sin pedantería, con el tono de buen gusto de una plática de salón.

Dicen que Silvela deja hijos tan inteligentes como su padre. Si fuese cierto, probaría una vez más el hecho ya observado del intelectualismo de esta familia de los Silvelas, que tanto se parecen en las modalidades de su espíritu, y según afirmaba D. Francisco, en los achaques de su cuerpo. Gran consuelo, esta transmisión de la inteligencia á los hijos, para la desgraciada señora de Silvela, que ha pasado por pruebas cruelísimas, viendo morir de un modo inopensado y á veces trágico á las personas que más ha querido. Siempre sorprendía encontrar á esta dama vestida de color, en fiestas y reuniones; en cambio solía encontrársela envolviendo su figura esbelta en crespones de luto. Su cara, de menudas y torneadas facciones, sus ojos negros, intensos, han expresado constantemente una tristeza tranquila. Y ahora—sin que exista completa similitud, sólo por relación de sentimientos y por cierta melancólica afinidad de los destinos, unida á la percepción de lo instable de la vida—me acuerdo de aquella otra viuda cuyo llanto me bañó las mejillas y cuyos brazos trémulos me estrecharon; de mi inolvidable Joaquina Cánovas del Castillo... La magnífica residencia de la Huerta, el elegante, britanizado hotel de la calle de Lista, los he visto ya pasar, de centro en que se apiñaba la sociedad madrileña, á sitio donde se llora y hacia donde sólo la amistad guía sus pasos... Y otro recuerdo se enlaza con este: poco después de la catástrofe de Santa Agueda, por un salón revestido de suntuosos tapices cruza la pareja Silvela, rodeada, halagada, saludada, festejada, sin manos para tanto apretón. Y me veo á mí misma, murmurando al oído de Silvela, en el corto minuto de llegar hasta él: «¡He usted más en los que más tarden en entregárselo... He usted más en los que permanezcan más tiempo fieles á la memoria, á la devoción de D. Antonio Cánovas del Castillo...»

No hay muertos que vayan tan aprisa—en la balada fantástica del rodar del mundo—como los políticos, ni historia más olvidada que la contemporánea. Para remate de esta crónica, que he escrito con verdadero sentimiento por la pérdida del hombre insigne y del preciado amigo..., nada como ese suelto de un popular periódico. Y que me tachen á mí de pesimismo y de severidad en juzgar el tiempo y el ambiente en que me ha tocado vivir...

«El lunes 29 de mayo, al declinar el día, dejó de existir D. Francisco Silvela.

»En la mañana de ayer 8 de junio se celebró el funeral dispuesto por el gobierno.

»¿Es que las naves de San Francisco el Grande son muy anchurosas? ¿Es que había en realidad muy poca concurrencia?

»Lector: al muerto no podemos engañarle; al muerto no le importa la cruel verdad. Si pudiera sonreir veríamos dibujarse en sus labios una sonrisa de amable ironía.

»A pesar de ser oficiales las exequias, lo cual hizo inexcusable la presencia de muchos señores con cargo público, se pudo advertir desde los primeros momentos que eran muy escasos los correligionarios del ex presidente del Consejo que acudían á rendirle el último tributo de gratitud ó de cariño.

»Ahí están las listas de *La Epoca*; de las columnas del diario ministerial tomamos los datos. Asistieron 28 senadores del partido conservador, y de los 28, nueve son funcionarios. Estuvieron presentes 24 diputados á Cortes, y de los 24, siete figuran en la Administración.

»Algunos amigos fieles de D. Francisco Silvela, esparciendo la mirada por las soledades del templo, se comunicaban en voz baja un triste, un desconsolador comentario.

»Pocos días después de retirarse Silvela de la política, les decía, de sobremesa, á unos cuantos amigos de su intimidad:

—¿Cuántos telegramas creen ustedes que recibí cuando fuí nombrado por primera vez presidente del Consejo? Recibí 30.000. ¿Cuántas cartas creen ustedes que he recibido después de mi retirada? He recibido 16.

»Señalemos el hecho. Pero no incurramos en la vulgaridad de filosofar sobre la humana ingratitud. Siempre ha ocurrido lo mismo. No hay nada que aleje tanto como la Muerte.

»¿Con qué objeto iban á asistir á los funerales de Silvela muchos conservadores? ¿Para qué la molestia?

»La mano que repartía mercedes y honores está ya helada para siempre.»

Y no hay que añadir palabra...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si fuésemos á hacer recuento de los peores enemigos de la prosperidad nacional, tendríamos que situar en primera línea á una enemiga aparentemente insignificante, despreciable, hasta risible y de sainete, que no por eso deja de influir de un modo desastroso en nuestros destinos y restarnos anualmente algunos millones de pesetas de ingreso. Esta enemiga... es la chinche.

No se figuren ustedes que hablo con la menor intención de broma. Seriamente digo que la chinche nos sale horriblemente cara, y no me parece que compense, con los placeres y emociones que proporciona, las ventajas que nos quita.

España pudiera y debiera ser entre todos los de Europa el país mas visitado de turistas. ¿Porqué no lo es? En gran parte á causa de la chinche; y, si nos determinásemos á tomar á la chinche por símbolo y representación de la incuria y desidia general, entonces diríamos que á causa de la chinche, en absoluto.

No bajarán de ciento los extranjeros distinguidos á quienes he oido suspirar melancólicamente «Sí, yo recorrería España, yo disfrutaría mucho internándome en sus olvidados pueblecillos, que son lo más interesante de tan hermoso país. Yo dedicaría á esto dos meses, tres meses... Viaje de instrucción, de estudio, al par que de recreo... Pero no se puede. No soy exigente, transigiría con la mala comida, hasta con la mala cama... Con lo que no comprendo transigir es con ciertas manifestaciones del desaseo. ¡Las chinches! Me han asegurado que las hay á bandadas, y eso si que no lo sufro.»

No ha mucho tuve ocasión de conocer un pueblo de lo más pintoresco y bonito, situado en un país verdaderamente edénico, y supe que allí se celebran, en el verano, ferias concurridas. Preguntando á los moradores si con tal motivo hay afluencia de forasteros, respondieron que sólo venía el que no tenía más remedio que venir á sus negocios; pero que, por gusto, nadie—á menos que encontrase alojamiento en alguna casa principal de la población,—porque las dos posadas ó fondas se hallan infestadas de chinches, y no era dable conciliar el sueño un minuto.

***

Italia saca al año un rédito solerbio á sus monumentos, curiosidades y bellezas. Suiza come de sus picachos, glaciales y valles, como de una finca pingüe. Francia no hay que decir cómo atrae á los forasteros que acuden á visitarla, y España, infinitamente más rica en arte, en recuerdos, infinitamente más típica y original y varia en naturaleza y en aspectos de su tesoro monumental y artístico, España relicario, España museo—con sus climas opuestos, deliciosos para invernar ó para pasar el estío sin molestia alguna,—España no ha pensado, por ahora, en aprovechar sus raras condiciones, en llamar á su seno á turistas y aves emigradoras, que dejan plumas de oro y rastro de cultura europea.

Los hospedajes españoles—salvo excepciones que no destruyen la regla—están basados en la chinche. Su corpezuelo gordo y rojo cierra las fronteras y obstruye los caminos.

A los que se arriesgan, intrépidos, pero recelosos, á visitarnos, desflorando rápidamente tanta hermosura, si los jardines de la Alhambra, el Museo del Prado, la Catedral de Toledo, la Cartuja de Burgos, les dejan el sabor á mieles de una impresión inolvidable, la chinche fatal suele grabarles en los sentidos reminiscencias que les hacen para siempre odioso el viaje y hasta los goces que en él libaron. Un solo asqueroso animalejo encontrado entre las sábanas ó reptando sobre la piel, puede más que Murillo, Zurbarán, el Greco, Arfe, Berruguete, Guas y demás artistas insignes; puede más que los naranjales de Valencia, que los granados en flor de la vega de Murcia, que los bíblicos oasis de palmeras de Elche, que los arrayanes del Generalife, que la dulzura plácida de los valles y rías de Galicia, y que el encanto obscuro y poderoso de las melancólicas planicies de Castilla, donde zumba el rumor prestigioso de la historia...

***

La chinche, con la mosca por auxiliar, los dos insectos, velan á la puerta de la península, rechazando, como los dragones de las pagodas índicas, al extranjero que no debe profanarlas. Los dos bichos son supervivencia de las épocas en que no era conocida la higiene sino en cuanto puede conocerse por raro instinto, pero no en su actual forma científico-popular. Los dos bichos no pueden coexistir (teóricamente hablando) con la civilización, con los trabajos de Pasteur, con los laboratorios donde se desinfecta, con la corriente que enseña á combatir á las fuerzas naturales en su obra de contagio, maleficio y destrucción. Ni la mosca, terror del Noroeste, ni la chinche, plaga más característica del Sur, son fatalidades, sino inconvenientes desterrables con relativa facilidad. Para exterminar á esos dos bicharracos bastaría lo más sencillo, prodigar el agua y el jabón de Mora, sin recurrir á complicadas desinfecciones y á campañas de antisepsia. Lavar vidrios, muebles, maderas, barrer esmeradamente con serrín húmedo ó hierba rociada, ahí tenéis la infalible receta contra las plagas españolas. La institución más útil viene á ser la más humilde, la escoba y el estropajo. Humilde, sí, pero... ¿creéis que no ya la práctica, solamente la idea, la doctrina del estropajo y la escoba, tienen aquí muchos fieles adeptos?

Yo me he creado odiosidades de esos enemigos ruines que no perdonan, por campañas de elemental limpieza, en sitios donde la limpieza debiera ser estrictamente obligatoria, dispuesta, exigida por los organismos á quienes toca velar por la salubridad. No hay cosa peor recibida aquí que las observaciones inevitables respecto al aseo en fondas y establecimientos públicos.

Muchas oficinas del Estado se encuentran tan sucias en lo material, que previenen á simple vista contra su índole moral y legal. Cerradas las ventanas á piedra y lodo; inmundo el piso con excreciones, puntas de cigarro y papeles; mugrientas las paredes y las puertas, donde se ha depositado la crasitud de cien manos negras y pecadoras; los vidrios convertidos, de transparentes, en cuajados y opacos á fuerza de capas de polvo... Así se prepara en tantas dependencias públicas—entre las cuales suelen distinguirse los Juzgados, Delegaciones de policía, Administraciones de Correos y Oficinas telegráficas—la pulmonía infecciosa, frecuente en los sedentarios y que se coge en los ambientes viciados y en los lugares sin ventilación ni aseo, campo de cultivo de los microbios y bacilos morbíficos. Clásico es el tipo del empleado envuelto en su capa hasta los ojos, calado el sombrero como si el sombrero abrigase, chillando apenas se abre una ventana ó una puerta, porque las corrientes de aire «le matan,» y pasándose la vida en perpetuo catarro blando, en eterna expectoración, para acabar, bajo la cuchilla del invierno, barrido por uno de esos padecimientos agudos de las vías respiratorias, á castigo justo de los que temen al aire libre, á la santa agua, al santo jabón, en cualquier tiempo del año.

***

Volviendo á la chinche—cantada en poemas épico-burlescos de nuestros siglos de oro,—ha de saberse que es uno de los parásitos más insidiosos y tenaces, más difíciles de desterrar cuando sienta sus reales en una casa. La mosca, que es glúebra, ó adoradora del sol, deposita sus larvas en el sitio más inundado de luz, y con fregar muy bien los vidrios destruyendo esos diminutos de polvo que se forman en sus ángulos, se destruye la cosecha mosquil para el año entrante. Pero la chinche, que trabaja silenciosamente, que busca para asegurar la especie los rincones más ocultos y los recovecos inaccesibles á una limpieza superficial, se guarece y engurrumina en las rendijas de la madera, en los agujeros de los clavos, detrás del papel pintado, cuando éste hace bolsa ó se despega algún tanto en las junturas. Y acaso á esta habilidad insidiosa de la chinche para perpetuar su imperio, acaso á este don suyo de molestar á mansalva, debamos algunas de nuestras heroicas empresas y magnas aventuras, la formación del carácter nacional.

Siempre que algún amigo, entre sus impresiones de viaje, me refiere una aventura de chinches, una noche de hospedaje en que, asaltado por el ejército címico, se vió obligado á abandonar precipitadamente las ociosas plumas, añade sin falta: «Y tan nervioso me puse, que me eché á la calle, y me pasé la noche dando vueltas, hasta que amaneció.» ¿Quién sabe si en una de esas veladas ambulantes, discurriendo por una ciudad revestida del aspecto fantástico que adquieren las ciudades dormidas, con la excitación de una molestia que hace hervir la sangre, se soñaron, se anhelaron las aventuras de Ultramar, las hazañas del Romancero y gesta, hasta las serenatas dramáticas, que acaban en cuchilladas, riñas ó raptos? Nótese cuántas comedias de nuestro teatro antiguo, en la primer escena, nos presentan á los personajes discurriendo por calles y plazas á las altas horas de la noche; y esto, cuando no existían cafés ni círculos de recreo, cuando las calles eran muladares ó lodazales, cuando la aventura que pudiese encontrarse en la vía pública habría de asemejarse á desventura, me parece que indica una de esas escapatorias febriles, determinadas por el insomnio, por los parásitos que no dejan sosegar, y en que el hidalgo, indignado de la inutilidad de su tizona contra adversarios tan míseros, huye, se lanza á buscar aire puro y lugar no infestado, donde ya que el sueño le falte, no le desazonen picaduras y chupadas de su sangre generosa, y donde pueda soñar amor ó batalla, entre el silencio...

***

¿Quién es capaz de saber qué influencia histórica han ejercido esos animaluchos despreciados, pero no despreciables? La literatura está llena de reminiscencias de ellos, y los parásitos se nos aparecen hasta como símbolo: recuérdese la muerte horrible de Felipe II. La sentencia mística y filosófica que cierra la vida del sombrío monarca; aquella advertencia á su hijo, recordándole en qué paran las glorias, poderíos y grandezas de este mundo, nos la hubiésemos perdido á no ser por la atroz psoriasis, que la ciencia y la higiene, entonces, no sabían combatir... Y (si nos atenemos al Romancero) también nos hubiésemos perdido la invasión agarena, si Florinda, por mal nombre la Cava, no tiene que proceder, en una tarde calurosa, á «estar» entre las melenas de don Rodrigo lo que la pulcritud del estilo me impide que nombre...

Como siempre sucede, la historia nos ha conservado únicamente lo que á los grandes personajes atañe; pero juzgad, por estos reales ejemplos, qué serían los pequeños, la gente menuda de entonces. De la tradición nos queda aún ese funesto terror al agua, esa apatía indiferentista en lo que respecta al jabón, ese pintoresco y misterioso desprecio hacia las mejoras en ciertas dependencias de las casas (dependencias que, según expertos viajeros, proclaman á gritos, con su aspecto, si nos encontramos en el Norte ó en el Sur), y esa apacible resignación y convivencia amigable con las plagas de Egipto—chinches, moscas, arácnidos, púlicidos, como diría la graciosa pedante del juguete *Ciencias exactas*—y otros animalejos que ni citarse pueden. De ahí el asombro con que os miran, la hostilidad con que os acogen, si os ocurre indicar tan sólo que no es un hado invencible, que no es decreto inexorable de la Providencia el que vivamos entre detritus, envueltos en negra nube de moscas, ó devorados, á la hora en que las moscas se aquietan, por el ejército panzudo de las chinches tragonas y fétidas. Y de ahí el que perdamos anualmente unos millonecitos de pesetas, que nos dejarían los extranjeros, los cuales pasan de prisa, y sólo se posan un instante en los sitios más celebrados, porque su Biblia de camino, el Baedeker, les ha prevenido de lo inconfortable y peligroso del hospedaje español, nieto no degenerado de las ventas de D. Quijote, Rinconete y el Lazarillo...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me han encantado los paisajes granadinos, y quiero imitar á las turistas inglesas, que se sientan, abren el álbum, afilan el lápiz ó desíen la pastilla de acuarela, y fijan en el papel la visión fugitiva.

Veinte y pico de años van corridos desde mi primer visita á Granada. Me la enseñó un incomparable cicerone, D. Leopoldo Eguílaz, más colorista é imaginativo en su palabra que Wáshington Irving en sus cuentos, y la recordaba como si allí hubiese estado la víspera. No diré que me hayan encantado las nuevas edificaciones. Es siempre desagradable la novedad en ciudades que la historia consagra á la estabilidad, y hacen el efecto las casas flamantes del toque de purpurina en un marco antiguo.

La Alhambra, en restauración entonces, en restauración continua, sin que se pueda sospechar cuándo dejarán de manchar y deslucir el mágico monumento los cascotes, el yeso, los ladrillos, los maderos, las virutas. Y lo más curioso es que la Alhambra, á estas trazas de edificio en reparación, une las del edificio ruinoso, minado por la humedad y los sacudimientos del terreno. Y antes de que los periódicos diesen la voz de alarma, los que visitábamos la Alhambra el Miércoles Santo declamos, moviendo la cabeza: «Si no ponen remedio, esto se hunde.»

El monumento, según mis informes, le cuesta á la nación muy respetable partida anual. La Alhambra no es grande: sus dimensiones actuales (yo sospecho que mermadas al iniciarse la construcción del palacio de Carlos V) permiten que sea atendido á menos costa que si fuese una de esas moles ingentes, babilónicas, un Escorial ó un Kremlin. Por esto apena doblemente la lentitud con que marcha la ha tantos lustros iniciada restauración.

Dudo que exista otro monumento más visitado de extranjeros, particularmente de ingleses. Los hoteles de Granada—pocos y muy medianos—se encuentran siempre atestados de viajeros, y hay que avisar de antemano para posar allí. A nosotros nos fijaron en el Siete Suelos el plazo de veinticuatro horas, en que hablamos de dejar sitio á una de esas cáfilas de Cook y Baedeker en bolso, que vienen á gritar extáticas, en coro: «¡Beautiful!» Si en Granada se estableciese un hotel amplio, á precios regulares nada más, la gente, que se detiene uno ó dos días, se eternizaría en el regazo de la hermosa sultana. Granada no es para vista aprisa, sino para saboreada y desleída en el paladar como un confite moruno de hojas de rosa.

Siendo tan continua la afluencia de extranjeros, la Alhambra puede ayudarse á sí propia, si el Estado establece una pequeña cuota por entrar. Recuerdo que esto se hizo, indicándoselo yo al cardenal Payá, en la Catedral de Toledo, que antes se veía (en su parte reservada) mediante propina y favor, con infinitas cortapisas, y hoy ve todo el mundo, en uso de su derecho, mediante la adquisición de una papeleta, habiéndose creado así una rentita la catedral, de perlas para sostenimiento del culto y otras atenciones, ahora que andan tan apuradas las fábricas de estos bellos monumentos religiosos.

Es la Alhambra un joyel que hasta hoy no ha hecho más que costar dinero. Que redite. La contribución, en su mayor parte, recaerá sobre los hijos de la *pérfida*. En Granada, hasta los camareros de las fondas hablan inglés. En las tiendas se lee el «English spoken.» Del *oro inglés* vive una lechigada de hosteleros, anticuarios, gitanos con color local, pordioseras muy patinosas, y sabe Dios qué tropel. En toda Europa se cobra por ver y admirar. Europeicémonos.

Viene á recordarme mi deseo de pintar á brochazo el paisaje granadino, una bella *miss* rubia, peinada á la diabla, á quien sorprendo en el patio del Generalife, consagrada á tomar la vista de los arcos en que la perspectiva remata.

Comprendo que los jardines del Generalife y la Alhambra, los *cármenes*, hayan incitado á Rusiñol. No se parecen á otros del mundo. Más que jardines, son patios; más que patios, canales de agua corriente, pura, cristalina. El jardín lo hace el agua; los pilones, los estanques, los tazones, los chorros y el cenaje, las nevadas cumbres, las nubes opalinas de estos magníficos amaneceres y atardeceres, reflejadas en tan lindos espejos.

Son chicos los cármenes en general; tienen las proporciones reducidas y gentiles de las estancias moriscas, y los arrayanes, los mirtos, las rosas, los cedros, contribuyen á prestarles ese aspecto entre melancólico, voluptuoso y profundamente tranquilo, á cien leguas del mundo—la nota peculiar de Granada.

Nunca deben las conquistas de la moderna floricultura penetrar en los cármenes. Bueno está eso para las soberbias posesiones de recreo de Málaga, que pertenecen á nuestra edad. Pero los cármenes no deben criar más flores de las que conocieron los moros, de las que pudo cantar Zorrilla, de las que menciona el *Romancero Morisco*—azahares, claveles, jazmines, rosas, clavellinas, mosquetas...—Y quédense con sus nombres algo exóticos las de ahora, las orquídeas, las violetas rusas, las petunias, las camelias y las azaleas. En Granada, ni la vegetación debe sufrir cambio alguno.

Natural fué que los moros granadinos sintiesen tanto dejar este edénico país. No me agrada ensalzarlo con frases mil veces repetidas, porque el filtro de Granada no es de los que no han tenido cantores. Zorrilla, por especial adaptación de su genio á una época y á una ciudad, agotó las armonías, las esencias, las luces, las imágenes que suscita Granada. El *Romancero*, modelo de Zorrilla, y el poema conocidísimo, es lo que conviene leer al viajar por esta región en el mes de mayo. Un mayo frío, que ha enviado á los cármenes más cierzos que céfiros, más ábregos que favonios..., pero que, al cabo, tiene á millares rosas como la que el poeta describió:

«orlada en torno de punzante espina,
que sobre el agua que los pies la riega
fresca se inclina...»

y tiene arbolillos que son un ramillete ellos todos, y pájaros anidados en los viejos cipreses coetáneos de las Zoraidas...

El genuino paisaje de la tierra granadina, no es en Granada donde lo he recorrido: es en Loja, de triste recuerdo para los Reyes Católicos, ó mejor dicho, en sus alrededores, donde la imaginación me representa á los jinetes cristianos, á las huestes del Maestre de Calatrava, huyendo á la desbandada al pique de las lanzas infieles. No son los olivares, siempre grises y mondtonos, el encanto de este suelo. Hay campos mullidos, de felpa, de pluma esmorzadina; hay densos manchones de álamos, abedules, chopos, mimbreras; hay caminos orlados de virginal espino blanco y de vicioso sáuco; hay rígidos setos de chumberas, que en esta época del año, en aquel terruño impregnado de agua vivaz, no ofrecen el aspecto salvaje y polvoriento de otros setos de nopal en la campiña de Córdoba; hay lujo de silvestres floricillas, lirios que orlan con franja modernista la margen de los arroyuelos, escaramujos que vibran, entre el follaje de los matorrales, un relámpago de risa carmesí...

El agua salte, se remansa, bulle, se despeña, ejecuta todos sus juegos y volteos joviales. Ya se precipita en impetuosas cascadas, que jay! presto aprisionará la industria para que rindan su contingente de fuerza y trabajo; ya, desde las entrañas de la sierra, desciende en ondas mansas á formar un lago mudo, poético, con algas y peecillos, semejante á aquel misterioso lago del Monasterio de Piedra: ya, partida como una cabellera que desgreña el viento, se desploma á hondo barranco, en hilos esparcidos, de lucerío, y con lo pavoroso de su estrépito y de su caída, hace que el pueblo, gran romanceador, la designe con el expresivo nombre de *Los infiernos*...

Por la tarde, cuando subimos al cortijo, á derecha é izquierda nos sorprende la graciosa aparición de fontanas y manantialillos, la magia de esta agua que deja en el paladar la gustosa frialdad de la derretida nieve...

Y es el segundo encanto de este paisaje la transparencia de la atmósfera, gracias á la cual se perfilan con precisión y nitidez admirables las crestas y dentellones, pináculos y recuestos de la sierra, en que nos internamos al ascender, camino de la bien llamada *Cañada Alta*. La tarde es esplendorosa, y sin embargo hace un fresco renovador; las montañas de donde el sol ya se ha despedido, son de violeta amatista, ó azul de esmalte; y las que aún enciende la luz, adquieren el tono cálido y fino de un terciopelo rosa, con anaranjados cambiantes tornasolinos.

Como pastores de este Nacimiento, los campesinos animan el cuadro. Estos vándalos ó sarracenos son elegantes de apostura (menos señoriales y distinguidos que los charros, que son verdaderos donceles del siglo XVI). Sus cuerpos, ágiles y secos; sus caras, rasuradas, curtidas, de expresión entre astuta y ceremoniosa; muy graciosos en la pronuncia, que suena á árabe desde una legua; muy diestros en la burla sazonada, á fuer de gente de raza en que por tradición se estima el ingenio; muy discretos en la réplica; menos soñadores que fatalistas, con puntas y ribetes afidalgados; niños por su curiosidad de ropas y gestos de los forasteros, y nunca hartos de oír hablar á *lo señore*..

En mi tierra, los chicos se ocultan, al interpelarles un desconocido, en las faldas de sus madres. Aquí se acercan sin el menor encogimiento, saludan bien fraseado, guardan la actitud más saladamente confianzuda, no son sin embargo pesados ni sobones, y piden *la perriya* con una cara de pillastres de Murillo, de la más neta escuela española.

Las mujeres del pueblo, á lo que menos se asemejan es al tipo desgarrado y fatal de la andaluza de novela francesa. Son modosas, dulces, halagüeñas, caseras, limpias; tienen sus cazos y sartenes, trébedes y peroles, como el oro mismo, y se prenden en el moño, que sea negro, que sea gris, una ó varias flores, de olor siempre.

Las he visto bailar el fandango, que tiene una música encelada, africana, pero que es un baile honesto. Ya las mozas van olvidándolo; ya las bailadoras son maduras—como sucede en mi tierra con las que aún dominan la *multeira*, que tienen sesenta años. —Las he oído cantar sus coplas tan infinitamente tristes, esas coplas que sólo hablan, al través del quejido de amor, de la muerte, y he visto á una chicuela de trece años, enteca, deforme, mísera, retorcerse con el más supremo donaire en un tango que ninguna actriz de los teatros madrileños marcaría mejor. Gana esta criatura diez reales al mes vendiendo á los viajeros, en la estación, por cuenta de una humilde industrial, roscos, vidrios de agua, frusleras; improvisa versos, y—aparte del de Loreto Prado—no conozco cuerpecillo animado de tan extraña vitalidad, ni rostro tan despierto y expresivo como el de la precoz bailaora... Si yo fuese empresario de teatros, la contrataría.

Lo más hermoso tal vez, entre tanta magia de paisaje, que puebla tal castizo plantel de tipos, es la cantera y serrería del mármol, el marco que las rodea, aquellos anfiteatros y graderías de la montaña, en cuyas laderas se recogen á manta los ammonites fósiles, convertidos en mármol también.

Nos sentamos á la vera de una fuente; el aire está embalsamado por la flora serrana; casi anochece, con un hormigueo de estrellas en una bóveda intensamente turquí. Una cabra pelirroja, con ubres grises reventando de hinchadas por la copia de leche, se deja ordeñar con mansedumbre. Ponen la ordeñadura á enfriar en la corriente limfa, y mientras tanto, comemos alfajores, golosina cuyo sabor y nombre evocan á esos ausentes que jamás se han ido, á esos moros que se han llevado las llaves de sus casas, y que si ahora regresasen, no tendrían más que hacer la girar y encender otra vez su hogar extinto, porque... nada ha variado, y este territorio es de Alá y del Profeta.

Y en medio del silencio, que sólo rompe el cánico del agua; mientras se refresca la regalada leche cándida y espumosa, por uno de esos caprichos de la memoria, inexplicables, recuerdo la doliente cantiga de Zaide, que he leído en Pérez de Hita:

«Lágrimas que no podieron
tanta dureza ablandar,
ya las volveré á la mar,
pues que de la mar salieron.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense.

Y me doy prisa á explicar la palabra *gusanos*, no vaya á incomodarse alguien, como se incomodó un señor, paisano mío por más señas, porque dije que los inquilinos menesterosos deshonraban los viejos palacios nobiliarios de Salamanca.

Yo daba á la palabra *deshonra* el sentido estético que suele dársele, y que claramente sugería el contexto de mi artículo. Estéticamente, históricamente, deshonran un edificio blasonado donde se desarrollaron altos hechos y se cobijaron insignes varones, los anafres de la cocina barata, los guiñapos colgados dondequiera, la escasa policía que suele haber en las viviendas humildes—y ojalá que las salmantinas constituyan honrosa excepción.—No siempre la idea de deshonor lleva sentido moral, y por otra parte yo no ignoro que tan honrado puede ser el pobre como el rico. En esto no creo que quepa discusión. Los sentimientos no se miden por el tamaño del bolsillo. Yo conozco pobres tan excelentes que no los trocaría por cuantos millonarios respiran y holgazanean en el mundo. Pero un palacio antiguo, ilustre, me agrada más con el aparato que requiere su interesante argumento. Por desgracia sus dueños no los habitan.

***

Y hablando de la gusanera, llamo gusanos y bicharracos á esos que ahora (más vale tarde que nunca) dan en recoger, asear y dedicar á alguna labor, no porque su mala fortuna les haya hecho necesitados, sino porque su inclinación les hace ociosos, dados á un oficio de vagancia y pereza, en que se cultiva la suciedad como una ninfa, como una renta la deformidad, la exhibición de lacras y postemas como una industria, y la mentira como un arte. Por eso les califico de gusanos, y califico de zánganos á los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante. Si los golfos trabajasen, no serían golfos. Serían abejas.

Pero justamente al trabajo es á lo que profesan ellos santo horror. Su vida es libre, bohemia, expuesta á crisis de hambre y de frío durante el riguroso invierno, infestada de parásitos especialmente en el verano, pero ¿qué les importa? Realizan ese ideal tan ibero de «echarse á la calle,» de tener por pragmática su voluntad, de no depender de nadie, de no reconocer obligación, de merodear, de no saber si hay pared entre el día y la noche, de rozarse igualitariamente en la vía pública con los más altos, y de cultivar un romanticismo mugriento, el romanticismo pícaresco de la hazofia y la vagancia.

***

Sí; poetas burdos son; pero poetas, á su modo. Y son también, como dejo dicho, *snobs*. La vida elegante les preocupa extraordinariamente, y la siguen, y la acompañan como el polvo acompaña á las girantes ruedas del landó. A la puerta de los teatros de moda, á la de las casas donde se celebran saraos, arremolinase la golfería, apiñada, inquieta, con familiaridades democráticas y curiosidades decadentes. Van á ver qué queda en la estela de los poderosos: van con la vaga esperanza de que caiga alguna albana, alguna presa, el rico pañuelo, el abanico de nácar y oro, la joya que se desprende, el monedero que resbala... No ha mucho, á la puerta del teatro de la Comedia, en Madrid, una dama perdió un hilo de perlas que valía un millón. No se lo robaron, no lo cortaron con tijeras, porque entonces, alguna perla suelta apareceria en el suelo. Sencillamente, desabrochóse el cierre, y el hilo se deslizó por la falda de seda. Pero allí había, en acecho, esa patulea que no compra entrada, que aguarda á los que salen, y avizora la pesca en río revuelto. Y es probable que ni llegase al suelo el collar. No hubo medio de recobrarlo, aunque la dama notó instantáneamente la pérdida.

Yo comparo el pavimento de Madrid al mar: lo que en él se cae... rezarle por el alma. Y es que las calles no están pobladas de transeuntes que van á lo que les interesa ir, sino invadidas por una población flotante de vagos, descuideros y buscavidas; cien ojos espían incesantemente al pacífico que se encamina á su negocio ó pasea por higiene. Cien pupilas os devoran; cien manos color de morcilla extremeña, aparentemente extendidas para que dejéis caer en ellas el centimico, se alargan hacia la bolsa, los lentes, el alfiler, el paraguas, la sombrilla, el paquetito que acabáis de sacar de la tienda, hasta la flor que habéis comprado ó con que os ha obsequiado un amigo!

***

La segunda hoja del díptico. ¡Los guardias!

Es evidente que si en otras grandes capitales la policía no se opusiese, habría más golfos y más mendigos acosones que en Madrid. Vagancia, miseria y ociosidad, en todas partes podrán registrarse; la diferencia es que la sociedad combata ó no esas plagas hasta reducirlas, ya que no las extirpe.

Apetitos despertados por el espectáculo del lujo no han de faltar en París, y el grado de exasperación á que pueden llegar después de un período de hambre, dígalo la horrible etapa de la *Commune*. Y sin embargo, París no se rasca de esa lepra, como se rasca, impaciente unas veces, otras resignada, la corte española.

En gran parte se debe la pulcritud de París á la policía. Bien organizada, culta, seria, convencida de sus deberes y dispuesta á que se respeten sus derechos, la sentimos como fuerza defensora y vigilante, que nos guarda las espaldas, que nos auxiliará, si es preciso. En Madrid principiamos por notar su ausencia siempre que su presencia hace falta. El absentismo de los guardias ante el desorden, el delito y el crimen, ha pasado á ser tradicional. En cambio, se les encuentra solícitos para hacer cumplir las órdenes molestas, para hilar las inaguantables filas que se establecen y son causa de que, en ciertos días, sin necesidad alguna, se interrumpan las comunicaciones en todo Madrid. Se les encuentra también, insolentes y mal hablados, alrededor de la Plaza de toros, cuando hay corrida, importunando á los cocheros ante los teatros, y en cualquier sitio donde puedan ocasionar algún vejamen al espectador que ha pagado su dinero ó que va provisto de invitación en regla; á la gente, en suma, que no ha de cometer desmán alguno—que es á la que tienen entre ojos.

En las fiestas (?) del Centenario del *Quijote*, he dicho, si mal no recuerdo, lo que sucedió: la chusma fué dueña de Madrid, y para llegar, por ejemplo, á los palcos de la batalla de flores, que el Ayuntamiento vendía, hubo que luchar con una cabila, así como para escuchar á los orfeones hubo garrotazos, puñadas, coces y tiros. Yo no sé por qué se asustan de la palabra *anarquía* las gentes timoratas. ¿Qué mayor anarquía que el desorden erigido en costumbre, y que la autoridad misma se declara impotente para refrenar? «No podemos,» me han dicho á mi los guardias al rogarles que abriesen un camino por donde llegar á las tribunas; y el *non possumus* de los que deben garantizar el derecho, me parece peor que la anarquía francesa, ya conocida, y en la cual cada uno sabe que ha de mirar por sí.

***

Por lo tanto, yo estoy con el señor gobernador y el señor alcalde, las dos escobas nuevas, que se han dedicado á la meritoria tarea de barrer y desarañar la heroica villa; y les deseo buena suerte y completa victoria sobre la golfemia tenaz. Sólo me apremia un temor, sólo me congoja un escrúpulo. Temo yo que esta labor de escoba nueva afloje, apenas se gaste el palmito, y apenas se retire allende los Pirineos el huésped. Porque se me figura—Dios me perdone la malicia—que algo de este nunca bien ponderado entusiasmo desinfectante y europeizador se debe á la próxima visita de M. Loubet.

Cuando se espera semejante evento, fíjase hasta involuntariamente la atención en las deficiencias del hospedaje y en los bochornos á que tales deficiencias nos exponen. ¿Qué dirán las naciones extranjeras, qué dirá el forastero ilustre, al contemplar ese Madrid invadido por la corte de los Milagros, como estaba el París del tiempo de Claudio Frollo? El efecto pintoresco de tanto haraposo típico, ¿compensará el efecto triste de tanto atraso? ¿Podrá el color local encubrir el rubor de la vergüenza?

Por fin, en el fracasado Centenario, los que saldrían maravillados de cómo andan las cosas de España fueron cuatro sabihondos de Universidad noruega ó rusa, cuatro cervantófilos trasconejados, cuatro corresponsales ó corresponsalas de diarios más ó menos anglosajones. ¡Pero ahora! La Europa va á contemplarnos por los ojos del jefe de un Estado cultísimo, del presidente de una República que todavía no ha abdicado el cetro de la civilización moderna y refinada. Es preciso afeitarle á Madrid la barba de ocho días, fregarle la roña, orearle, desinfectarle, raparle, vestirle de rayadillo...

Asombro y no pequeño sería para M. Loubet verse asediado por la cáfila de pedigüeños que nos acosan en las calles más céntricas. A un lado, el oesante de cinco años; á otro, la viuda con doce chicos; á la derecha, el *artista* sin trabajo, que postula en voz cavernosa, como si os amenazase con el saqueo y el incendio; á la izquierda, el ancianito desdentado, que se alaba de ochenta años y de una existencia sin pan; y en todas direcciones, enhebrados por todas partes, los granujillas, los golfos y las golfas, el que tiene más hambre que un oso y el que no se ha desayunado desde hace seis días, el que nunca tuvo padre ni madre y los mil que seguramente no han visto una palangana desde que nacieron...

Loubet, cortés, sonreiría á esta exhibición que no carece de *chic*, susurraría cuatro amabilidades, y como hacen los extranjeros bien criados, exclamaría en alta voz que todo eso es encantador, que nuestra hampa tiene un aire de hidalguía inconfundible, y que le hace suma gracia su modo de mendigar... Pero, apenas hubiese vuelto la espalda, en la intimidad, donde se suelta la lengua y se abre el corazón, hablaría de *saleté*, de *haillons sordides*, y refunfuñaría acaso:

—*Drôle de ville! Comment peuvent-ils vivre, persécutés nuit et jour par les gueux?*

***

Y si es eso lo que se quiere evitar..., bueno está que se evite; pero será malo que, como sucede en ciertas casas y en ciertas familias, sólo se haya puesto ropa limpia á las camas y se hayan fregado los pisos porque viene un señor que no es de confianza.

Todo lo que se haga antes de Loubet debe seguir haciéndose, con mayor eficacia si cabe, cuando los francesitos cierren la maleta y se vuelvan pian piano á su hermoso y bien administrado país. Hay que desterrar de una vez la plaga, y no desterrarla escondiendo á los mendigos, sino reintegrándolos en la normalidad y moralidad incompatible casi con el pordiosero, dentro de las leyes del moderno vivir. Hay una escuela sociológica que considera penable, no al que pide, sino al que da limosna en la vía pública; sin llegar á este extremo, yo reconozco que el limosneo no se hace por caridad, ni por altruismo, ni por filantropía, ni por ninguno de los sentimientos elevados y puros, llámense como se llamen, sino meramente por librarse de una molestia, de un mosconeo que interrumpe la conversación, no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, á la borracha que hiede, á la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo...

***

Caridad la hay en Madrid, quizás sólo falta encauzarla; los que deseen extinguir la mendicidad deben consagrar á los asilos lo que daban antes en infecundo y contraproducente ochaveo. Y lo harán, si se persuaden de que las escobas viejas son tan barredoras como las nuevas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estoy por cambiar el epígrafe y escribir «La muerte contemporánea;» porque, en verdad, desaparece tal cantidad de gente sonada y conocida, que cuando, á la hora de ponerse el sol, miro las anchas nubes rojizas que rayan el cielo de un verde cambiante y fluído, parécenme que revisten la forma de enormes guadañas. Actualmente, la preferencia de la segadora, su capricho, va hacia los políticos de talla; la guadañado en poco tiempo á dos, que parecían destinados á larga vida y duradero influjo en los destinos del país. Ni Silvela, ni menos D. Raimundo Fernández Villaverde, daban señales de encontrarse en ese período de agotamiento de las fuerzas, de disminución de la energía vital, que casi siempre anuncia las enfermedades postreras. De Villaverde se hubiese dicho, según la frase expresiva de mi tierra, que «vendía salud.»

Por otra parte, ni Silvela ni Villaverde podían desempeñar el papel de *great old men;* casi les llamaría jóvenes para el ejercicio político. En este ejercicio, los vencedores, generalmente, tienen muy curtida la piel, muy duros los huesos. La ancianidad les rodea de aureola; son Nestores forrados en prudentes Ulises, como D. Eugenio Montero Ríos. Villaverde, á los cincuenta y siete, estaba llegando al cenit de su carrera, y le quedaba extenso porvenir, tela cortada para rato. Empezaban las gentes á darse cuenta de que, sin grandes condiciones para brillar, sin elocuencia fascinadora, sin arranques parlamentarios, este nuevo jefe de partido «sabía mucho de números» y era además un hombre de bien, de rectos propósitos y excelentes deseos, serio y sincero, laborioso y no tocado aún de escepticismo...

Sí; Villaverde no infundía odios sañudos; no le cercaba clamorosa popularidad; no conoció esas horas de triunfo artístico de un Maura ó un Moret. Hablo desde el punto de vista del público, del que no penetra en los pasillos del Congreso ni cabildea en los círculos de la política activa y personal.

Y las filas se aclaran, y el estado mayor se reduce, y la gente se pregunta: ¿Qué nuevas figuras surgirán? ¿Quién será consultado, de hoy más, en las crisis laboriosas en que se ha menester ocho ó diez hombres de talla indiscutible, que sucesivamente vayan entrando en palacio con aire preocupado, llevando un mundo de cavilaciones en lo sombrío del entrecejo, y vayan saliendo más tétricos, más impenetrables que cuando entraron?

Acaso aparezcan prestigios, vayan abriéndose camino individualidades hoy en la penumbra, y que substituirán á las guadañas impensadamente.. No es, sin embargo, nuestra época de esas en que se impone un nombre en cuarenta y ocho horas, como sucedía durante el período revolucionario. Era entonces la vida juego de sorpresas. Nadie estaba seguro de no despertarse ministro. Apellidos que jamás habían sonado estallaban como el trueno, como cohetes de lucería, con resplandor momentáneo y estrépito fugaz. Después, ó la noche los envolvía nuevamente, ó continuaba su fulguración, que de todo se han dado casos. Lo súbito se convertía en duradero. Lo improvisado se eternizaba. Hoy encuentran doble resistencia los ambiciosos. Avara, la muchedumbre cierra sus oídos y exagera sus escepticismos. ¿Qué vale ese? ¿Qué vale este otro? Poca cosa. Ya veremos...

***

¿Hay espectáculo más instructivo que el de la pavorosa desorganización del imperio ruso? No concibo, dentro del cuadro de la historia moderna, y á excepción del período de la *Commune*, serie de hechos que contenga tantas enseñanzas, tan clara doctrina. La disolución moral, y también material, de ese poder vasto y caótico, y el tremendo ataque de histero-epilepsia de la ciudad hambrienta y vencida, son tan significativos, que con sólo esos dos episodios podría escribirse voluminoso tratado de política, cuyas conclusiones serían muy semejantes á las del nunca envejecido y siempre admirable de Aristóteles, aquel enemigo de todo radicalismo, apóstol madrugador del gobierno templado ó constitucional (en lo cual le siguió Santo Tomás, que seguramente, si resucitase, reprobaría con severidad el régimen peligrosísimo de la autocracia).

Alejandro Dumas, padre—este nombre, después de los de Santo Tomás y Aristóteles, suena de un modo extraño,—escribió, al regresar de Rusia, que el descomunal imperio no era sino inmensa fachada, detrás de la cual no hay edificación habitable. El símil es de los que se graban en la imaginación, y siempre que he leído telegramas de Rusia, en esta última época especialmente, me he acordado de la frase del ameno viajero y novelista, y he visto la fachada inconmensurable, alta como la «Muralla de los Siglos» de Hugo, pintorreada y dorada como las iconas que la raza adora y venera, resistente como las preocupaciones que imperan en el territorio..., y ocultando detrás de su masa, de su aparatoso esplendor, no la ausencia de edificio, sino la presencia de un abismo que da vértigo, abismo de atraso, de inmoralidad administrativa, acaso una de las causas decisivas del próximo hundimiento de la fachada, que ya se agrieta y cruje.

Siempre que un régimen se inmoviliza, hay á su sombra intereses creados, que no le permiten variar, que consagran su inmovilidad, erigiéndola en dogma. No será por lealtad al desventurado tsar (que se encuentra abrumado de pena, agobiado de ansias, consumido de dolorosas inquietudes), por lo que parte de su familia, muchos de sus consejeros, le inducen á sostener un estado de cosas incapaz de resistir el fallo de la historia, de inspirar á los súbditos de Nicolás Romanof ese sentimiento que consolida las nacionalidades. Al contrario: según demuestra lo sucedido con el buque *Knias Potemkin*, lo debilita y anula. Si Nicolás Romanof (en forma eslava Nicolás Alejandrowitch) reflexiona y aviva el seso, si se entrega á esas fecundas meditaciones de los pastores de pueblos, de las cuales dimanan quizás las grandes transformaciones históricas, si el sentimiento de una catástrofe que se aproxima se impone á sus prejuicios de raza y de soberanía absoluta..., las instituciones políticas de Rusia variarán por completo.

Y no sé si aun así los problemas, los conflictos se resolverían. Rusia es demasiado extensa; es como esos cuerpos agigantados en que encuentran obstáculos las funciones vitales. Hará cosa de sesenta años, un concienzudo escritor, Chopin, que fué secretario de un príncipe y embajador ruso, escribió alarmado: «Si los recursos de este colosal imperio se desarrollan á proporción del incremento de su territorio, y la política de su gobierno no tropieza con imprevistos obstáculos, ¿quién puede vaticinar dónde se detendrá su poderío?» Más adelante agrega: «Leyendo atentamente la historia, se ve que desde hace siglos no ha variado la política moscovita.» Este carácter estático, y el empeño de ensanchar indefinidamente sus fronteras, de apoderarse de tierras que no civiliza, son realmente los rasgos distintivos de Rusia. No cambiar, adquirir, hacerse, no mejor y más culta, sino más material cada día, justificando la frase célebre: «Europa será republicana ó cosaca.»

Sí, hubo un tiempo en que los cosacos fueron el coco de Europa. Se oía que sus látigos vibraban y restallaban en todos los oídos, con amenaza feroz. ¡Ya se está viendo de qué sirven los cosacos! Tenía razón Pedro el Grande cuando, ante la sepultura de Richelieu, exclamaba: «Te daría la mitad de mis Estados porque me enseñases á gobernar la otra.»

Así como en nuestro período agudo de desdichas, sin poder evitarlo, evocábamos el recuerdo del Cid, hoy, al disolverse Rusia, no podemos menos de acordarnos del que quiso organizarla fuerte y durablemente, á la europea. Pedro el Grande ha sido vencido, en el transcurso de los siglos, por su mujer Eudoxia Lapukine y por su hijo el zarevitch Alejo. No importa que repudiase á la primera, que la encerrase en un monasterio, que la hiciese azotar; no importa que al segundo lo amputase «como á un miembro gangrenado.» Partidarios el hijo y la esposa de la estabilidad absoluta de las viejas costumbres de la Rusia oriental é inmóvil, su espíritu, y no el de Pedro, que quería reformas, movimiento, adelanto, es el que ha prevalecido en Rusia y la ha traído al caso en que se encuentra.

***

El paro general para protestar de la indiferencia con que miran los gobiernos el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, me parece, desde afuera y sin que yo siga asiduamente (por falta de ocasión y tiempo) la marcha de estas cuestiones sociales y económicas, una medida puesta en razón, una protesta lógica y justificada.

Mejor que las huelgas continuas, prolongadas, para exigencia de aumento de salario y reducción de horas, que dan por resultado el retraimiento del capital, la paralización del trabajo, la ruina de la industria, comprendo esta clase de peticiones, ó como se diría en Inglaterra, *claims*, porque todos sabemos que son los intermediarios, y los abusos que libremente cometen, lo que hace tan angustiosa la vida de las clases pobres.

Es decir, que ese mal tiene remedio posible, y sólo con atar corto á codicias y egoísmos, se remediarían en gran parte la carestía y la miseria.

Cuando la gente trabajadora no come, la salud da en quiebra; se desarrolla de un modo aterrador la tuberculosis; las generaciones se suceden fisiológicamente arruinadas, y el único capital del obrero, su vitalidad, es robado, no por burgueses ni patronos, sino por una especie de roedores, que también roen la existencia de la clase media semiacomodada.

En casas que acaso vistas por fuera parecerán ricas, la carestía de las subsistencias trae también de la mano al médico, al aceite de hígado de bacalao, al hipofosfito de hierro; también allí las mejillas empalidecen, la tisis acecha, la estatura de los niños es menor de la normal, el organismo se depaupera, la sangre se liquida.

Si la mala vergüenza no se lo impidiese, ¡cuántos burgueses de alfiler en la corbata y reloj de oro en el bolsillo se unirían á los obreros para clamar contra el encarecimiento incesante de los artículos de primera necesidad, que ellos, los burgueses digo, se ven precisados más de una docena de veces al día á sacrificar á los de segunda!

El obrero, siquiera, no necesita «figurar,» terrible palabra. Pero el «señor» que no sabemos lo que señorea; el «caballero» infaliblemente sin caballo; la «señora» para quien es un logogrifo el balance entre los ingresos del sueldo del marido y los gastos que raida libreta consigna..., esos sí, esos sí que respirarán cuando sepan que la carne, el arroz, los garbanzos, el aceite, las patatas y el tocino se han bajado de las nubes...

***

El eclipse de sol, según nos enteran los astrónomos, será perfectamente visible en España—en Oviedo, León, la Coruña, Zaragoza, Tortosa, Burgos, Mallorca, Valencia...—Tal espectáculo, que no deja de atraer á los curiosos, paréceme el que menos sensación puede causar aquí. A fe que con eclipses totales de sol debiéramos estar familiarizados. Nuestro sol, eclipsado al menos en 999 milésimas, no da señales de salir del cono de sombra y volver á refulgir como antes.

Y volviendo al sol que nos calienta, y que va á ocultarse el 30 de agosto tras un velo negro, diré que esas manchas recientes que se descubren en él son bastante alarmantes para nuestro globo. Si el sol da en denegrirse y esfacelarse, ¿qué suerte aguarda á la tierra? No hace falta gran perspicacia para inferirlo. Y aterra pensar, no en el propio aniquilamiento, que ese estaba descontado, sino en la desaparición total de lo adquirido por los hombres en tantos siglos, en la pérdida de obras de arte cuya idea nos parece inseparable de la de inmortalidad, pues no conocíamos que sean perecederos ni la Ilíada, ni el Apolo de Belvedere, ni la Victoria de Samotracia, ni la Gioconda, ni las Meninas...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado á mejor vida. Lo he dicho reiteradamente, y sin embargo, como aquí ni aun leen los que escriben, apenas pasa día sin que me asedien para conocer «mi autorizada opinión» sobre esto y sobre lo otro; sobre libros ó folletos, hasta sobre artículos ó crónicas, las cuales debieran tener más pretensiones que estas mías modestísimas, que jamás se me ha ocurrido, ni aun cuando las he reunido en tomo, someter á los Aristarcos.

El mayor desencanto de la vida literaria, tan fecunda en decepciones, consiste, sin género de duda, en que le tomen á uno por elemento útil, por algo que produce fama ó dinero ó las dos cosas, y si para esto no sirve, debe ser arrojado al cesto de los papeles ó arrumbado en el desván de los trastajos y cachivaches...

Y ¿qué diremos de los maniáticos pacíficos, que acometen una empresa y quieren que todo el mundo, sin excepción, sienta por ella el mismo entusiasmo, le consagre igual suma de tiempo y esfuerzo, si ya no es que sencillamente prefiere haber puesto la idea y que otro la incube, solícito, y la saque del cascarón, y luego lleve al pollito á beber y lo agasaje bajo el ala? En este ambiente nuestro, que inclina á la pereza, es frecuente fiar el éxito de lo que empezó por interesar á uno á la acción de otro, siquiera ese otro tenga harto que hacer con sus propios planes é iniciativas. Por anomalía curiosa, á los más ocupados es á los que se pretende endosar las grandes ideas ajenas, para su debida realización.

***

Así es que, al recibir libros cuyos autores no me piden opinión alguna, por reacción contradictoria, frecuente en el espíritu humano, experimento deseos, no de criticar y opinar, sino de figurarme que dialogo con el autor, y tratar el tema por él escogido, particularmente si el libro plantea cuestiones tan interesantes y de tan eterna actualidad como las que dan asunto á un folleto que acabo de recibir, donde se coleccionan las conferencias pronunciadas por el doctor Muñoz Ruiz acerca de si «está ó no degenerada la raza latina.»

Para el doctor, es afirmativa la respuesta. La raza latina ha degenerado desde el período del Renacimiento acá, y su estatura, sus condiciones físicas, morales é intelectuales, su longevidad y su voluntad, sufren descenso tristísimo. Arrimándose á la opinión del sabio Letamendi, D. Antonio Muñoz Ruiz cree que ya no hay ancianos.

Enumerando las causas de esta situación deplorable, el doctor atribuye papel muy principal al uso y abuso del tabaco, siendo las páginas que consagra á estudiar este factor de decadencia las más sugestivas del librito.

Aunque la decadencia de las razas más ó menos latinas con relación á las anglo-sajonas me parezca indiscutible hoy, confieso que no me persuaden las razones a que el doctor la achaca, puesto que muchas de esas causas actúan igualmente, y con intensidad, sobre ingleses, alemanes y austriacos.

Tampoco estoy segura de que el hombre del siglo XX viva menos tiempo y sea menos robusto que los de épocas anteriores.

En esas corazas antiguas de que había el señor Muñoz Ruiz, no entraría, por razón de diámetros, el pecho de un hombre bien conformado de hoy. Cierto que el peso de las armaduras pedía gran resistencia, pero esto sería cuestión de hábito, como lo es el uso de los cuellos planchados y altos que hoy se padecen. Las corazas y en general las armaduras históricas revelan una raza exigua, de angosto esternón, de estatura menguada. Yo sospecho que las armas pesadas y embarazosas se usaron menos de lo que se cree, y recuerdo haber leído en varios relatos de batallas, creo que, por ejemplo, en la de Bouvines, que fué funesta la lentitud en maniobrar de la caballería, cargada de hierro, y que las tropas armadas á la ligera la envolvieron y destrozaron. Sólo en el momento del combate, ó para torneo y parada después, se usarían las grandes armaduras de punta en blanco; la malla, tanto tiempo preferida, fué tal vez menos incómoda que muchos uniformes contemporáneos.

***

Tocante á la duración de la vida, apoyándome en la curiosa obra de mi amigo Juan Finot *Philosophie de la longevité*, supongo que ha crecido en vez de reducirse. En algunos países—se me dirá que no son latinos—como Suecia y Noruega, el incremento ha sido sorprendente: en pocos años ha alcanzado la proporción de 15 por 100. Se relaciona este aumento con la disminución del alcoholismo, que, como es sabido, hace mayores estragos en los pueblos del Norte.

Tampoco la despoblación (aparte del caso especial de Francia, fenómeno típico determinado por razones económicas) es alarmante en la actualidad. España, pongo por caso, estaba mucho menos poblada en tiempo de Carlos II que en el día. La prueba de que la natalidad es normal con tendencia al incremento en España é Italia, y presumo que también en Portugal, es que estas naciones son emigradoras, que de ellas salen las embarcaciones cargadas de gente á buscar fortuna en las Repúblicas de las tres Américas, y sin embargo de esta sangría suelta, la población no disminuye, se construye activamente, hay brazos y personal para las industrias, á pesar del escaso cuidado que se consagra á evitar la mortalidad de los niños, en las clases humildes.

Sin que yo tenga aquí á mano datos estadísticos, también la mortalidad me extrañaría que no fuese hoy menor que en otras épocas. Aunque lenta y difícilmente, ciertas doctrinas y nociones higiénicas van abriéndose camino. Las epidemias han desaparecido, y experimentamos incredulidad y asombro al leer que en Barcelona, durante el siglo pasado, hubo diez ó doce embestidas de peste bubónica de horrible intensidad. La viruela, si para vergüenza nuestra continúa haciendo víctimas, empieza á batirse en retirada. Lo mismo puede decirse de la difteria, del cólera, de las fiebres puerperales y de otras muchas enfermedades en cuyo tratamiento y profilaxis ha hecho progresos la medicina. Padecimientos crónicos que ahora se combaten y atajan, no eran ni conocidos antaño; mataban con antifaz, sobre seguro. Al leer el relato de las últimas enfermedades de los monarcas (de las que sufrieron los particulares no se ha escrito), en la mayoría de los casos percíbese la impresión del error de diagnóstico, y sin necesidad de citar el conocidísimo caso del esposo de la Estuarda, diré que la calentura perniciosa de Felipe el Hermoso, la úlcera de Felipe II, las innumerables fiebres puerperales mortales de las reinas de España, el envenenamiento en una trucha del príncipe don Juan, la enfermedad de languidez del príncipe de Viana..., representan deficiencias del arte de curar, atraso de la ciencia. Verdad que en el día hacen estragos la neurastenia y la tuberculosis. Pero ¿es seguro que en otras épocas no se conociesen estos azotes, como se conocía otro terrible que en lenguaje arcaico se llamó *bubas*? Lo que sucedía era quizás que no se hablaba de eso, que se tenía por fatalidad irremediable, mientras nuestra atención está fija en tales calamidades para tratar en su remedio; eso hemos ido ganando.

***

Los crímenes, en opinión del doctor Muñoz Ruiz, suben á compás de la tuberculosis. Es posible que lo que aumenta sean los periódicos donde se narran minuciosamente los crímenes. Hago una observación: en otro tiempo no se podía residir en el campo sin riesgo de ser saqueado y escabechado por gavillas de malhechores. Estas gavillas (hablo de las que existieron en mi país) eran numerosas y organizadas como partidas de guerrilleros. Recorrían montes y valles; se conocía á sus jefes; acaso se les ahorcaba por final, pero antes ellos habían reinado y sembrado el terror. Alguna de estas gavillas, como la célebre de *Sobiñas*, tenía tales ramificaciones, que contaba entre sus afiliados, socios protectores diríamos hoy, á escribanos, procuradores, oidores, comerciantes de acreditada firma, gente en suma de copete y cogollo, que protegía á socapa al bandolero y su hueste. Era algo semejante á la *Mafia* siciliana (aunque originado de causas sociales muy diferentes). Esto no sucede hoy, y en la misma Andalucía parece extinguido el bandolerismo. El crimen, por lo menos, no se hace crónico.

***

Respecto á la desastrosa influencia del tabaco estaremos seguramente más conformes el doctor y yo. Una restricción: en el Norte se fuma mucho, y los eslavos viven casi tan envueltos en humo como los españoles. Es posible, sin embargo, que el pueblo inglés, alemán y ruso, la gente trabajadora y de modesta condición, fume menos que en España, pero no debiendo excluir á Francia del número de las naciones latinas, recuerdo que allí no se fuma excesivamente; no siente el francés esta necesidad ya morbosa del español, de que no se le caiga de la boca el puro ó la colilla.

No tiene fácil respuesta la pregunta que todos nos hemos dirigido alguna vez: ¿qué encanto especial encierra la operación de encender y chupar una hierba seca enrollada en un trozo de papel ó sobre sí misma? Al lado de los inconvenientes que ofrece el tabaco, no parece fascinador el goce que representa. Sin embargo, le quitaréis al jornalero español comida, abrigo, luz, aire..., pero no le quitéis su cigarro, no le impidáis dar la chupada ávida á la hierba venenosa...

Veneno es, aunque lento, el tabaco. El síntoma referido por el doctor Muñoz Ruiz es notable en extremo. Las plantas que están próximas á las de tabaco crecen menos, dan hoja más estrecha, fruto más pequeño y escaso; á veces hasta se secan; las patatas que están inmediatas á plantaciones de tabaco, á tabaco huelen y á tabaco saben. La ponzoña de la nicotina, tenaz y letal, actúa sobre la vegetación de un modo no oculto, y si en el organismo humano procede más insidiosamente, no son sus estragos menores.

De los importantes experimentos del doctor Muñoz Ruiz se deduce claramente que el tabaco intoxica en mayor ó menor grado, pero intoxica siempre. En las especies animales ataca á la reproducción y á la circulación, en la humana no hay parte del organismo que no sufra perturbaciones, trastornos que se imputan á otras causas, cuando á la nicotina se deben; y sobre todo—dice el doctor, de acuerdo con algunos ilustres colegas suyos extranjeros—ataca el tabaco á las funciones cerebrales, á lo más delicado y noble de nuestra máquina. Como todos los narcóticos y estupefacientes, como el hatchis, el opio, la morfina, el tabaco es un «enemigo del alma.» Enflaquece la voluntad, obscurece la memoria, deprime la inteligencia, genera esa enfermedad de postración, la más humillante de todas, que se llama abulia.

Querer y no poder, es malo; no poder querer, es peor. El doctor nota con sagacidad que esta propensión al tabagismo, transmitida hereditariamente, va agravándose, y amenaza á la especie más que al individuo. Es cierto, y sólo tienen una defensa y un escudo las generaciones inficionadas de tabaco: la mujer, que no fuma.

La sangre de la madre, libre del veneno, puede evitar la influencia morbosa de la sangre del padre, saturada de nicotina—aunque, á su vez, la madre, hija de fumador impenitente, puede haber nacido trayendo el germen de los males que el tabaco determina.—De todos modos, leído el folleto del doctor, me regocijo de que no fumen las mujeres, viendo en ello una de las superioridades de nuestro sexo, una de las razones de que, á pesar de la ruda labor de la maternidad y la lactancia, la mujer viva más tiempo y conserve mejor sus facultades que el hombre.

Por instinto, y salvas excepciones que nadie deja de encontrar, la mujer aborrece las necesidades artificiales que el hombre se crea, y á las cuales se arroga un derecho masculino. La mujer ve en el tabaco, en el alcohol, al enemigo del humilde bienestar casero, de la olla doméstica; á los vampiros que se tragan el jornal de la semana y aniquilan la ventura y la buena armonía del matrimonio. ¡La taberna! ¡El estanco! El estanco se lleva lo indispensable para jabón y para leche con que cebar el biberón del pequeñuelo... En humo se va no poco de lo que el sudor gana... Y las esposas miran de reojo al marido, que tumbado en postura de bajá, absorbe ó devuelve el humo venenoso, con felicidad de chino budista sumiéndose en el nirvana, entre vapores opiáceos...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La tarde está velada, gris, pensativa; los árboles, al través de la niebla, parecen trazados por difumino suave; las lejanías de montaña se confunden con el cielo vaporoso, de mojado tul... Y, no sé por qué, siento impulsos de hablaros de un poeta.

Es cosa que me sucede rara vez. Generalmente guardo para mi sola las impresiones de este género. Si se trata de poetas españoles, más cerrada aún mi alma en secreto y mutismo. Porque Dios nos libre de varias cosas: de pleiteantes que os explican su asunto; de enfermos imaginarios que os cuentan su mal; de enamorados que os hacen confidencias, y de literatos de vuestra época, que todavía no se han muerto, y de quienes, por consiguiente, sólo primores podéis decir, y sobre decir primores, quedáis indispuestos con ellos todavía, porque nunca cortáis la alabanza á la medida gigantesca de la vanidad.—Pero este poeta de mi cuento es sudamericano, y viene de París, donde la crítica es aguda y delicada. Como yo sólo tengo que referirme á la grata emoción penosa de sus últimos versos, espero que no ha de tomármelo á mal Rubén Darío.

∴

He sido siempre partidaria de este poeta, no poco admirado y bastante discutido. Desde *Azul*, donde entre páginas de prosa hay una perla poética como *Invernal*, sigo su carrera brillante y noto sus esfuerzos por renovar los moldes de la poesía castellana, que es la misma en que los hijos del otro continente, que nacieron de nuestra raza, tienen que versificar forzosamente. Esta parte técnica de la labor de Rubén Darío no es lo que más me importa, porque en todos los metros cabe hacer versos buenos y versos malos, y porque el verso, para mí, más que forma, es expresión... No significa esto que yo no aprecie la factura, la filigrana delicada y la perfección desesperante; habrá siempre inferioridad en el poeta que no domine su arte é ignore los secretos; pero no es con ellos con lo que se llega al corazón. La poesía, su carácter peculiar, es de fantasía y sentimiento, y á veces la copla popular, sencillísima de factura, causa un movimiento íntimo, misterioso y noble, mejor que un impecable poema de Leconte de Lisle.

Y al hablar de sentimiento, tampoco quiero significar con esta palabra las lacrimosidades sentimentales, los suspirillos que pueden confundirse con el flato. No; el sentimiento debe ser bravío y varonil, contenido y violentísimo, sobre todo profundo é inefable. Es muy frecuente creer, equivocándose, que el sentimiento endulza y reblandece. Tal sentimiento es molicie ó *morbidezza*, algo infantil. No es ese el efecto de la poesía, tan bella en lo técnico y tan honda en lo sensible, de un Leopardi. No es ese el efecto de los versos, á mi ver muy sentidos, de Rubén Darío—me refiero á los más recientes.

∴

Rubén Darío, en las vibrantes estrofas de *Invernal*, expresó una sensualidad refinada, sobre un fondo lujoso y muelle, en la cámara tibia, de paredes vestidas de seda, mientras en la chimenea estalla en chispas fugaces el tuero brillador.

¿No os ha sucedido esta aventura de lectura? Los primeros versos que conocéis de un poeta se os graban en la memoria, y para vosotros, quizás toda la vida, aquel poeta sigue siendo el hombre de aquellos versos, el de aquella sensación especial... Y necesita un poeta crecer mucho para destruirse á sí mismo, para borrar de vuestro pensamiento su antigua imagen y reemplazarla con la nueva...

Y esto es lo que bellamente nos refiere Rubén Darío:

DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje al amor de la brisa
cuando empezó á crecer, un vago y dulce son:
pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa,
dejad al huracán mover mi corazón.

Esa obra profunda de la hora es la que transforma á cuantos llevan en sí poder de desenvolvimiento, á cuantos no se enquistan porque se han agotado, y porque la única cuerda en ellos resonante era la de la juventud. Hace tiempo que Rubén Darío dejó de ser para mí el poeta de *Invernal*. Y ahora acabo de leer su libro, tan blanco y largo, tan claro de impresión, tan ancho de márgenes, para dar cabida á los prolongados metros—*Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*,—y siento esa elevación que determina la música wagneriana, heroica y fatalmente triste.

Un aspecto de este libro es la profesión de fe optimista acerca de los destinos futuros de la raza latina... No atribuyo gran valor tampoco, para el efecto estético y la acción sobre la sensibilidad, á la filosofía peculiar de cada poeta. Y creo, y confirman esta creencia palabras del prefacio de *Cantos de vida* y versos entresacables de la colección, que Rubén Darío no lleva el optimismo en su razón pensadora, sino en su corazón de poeta ansioso de ver revivir la gran raza artística heleno-latina, de la cual forma parte: pero esto ni quita ni pone á la grandiosidad del himno titulado *Salutación del optimista*. Lo prefiero al *Sursum corda* de Núñez de Arce.

Confieso que mis ojos son de los que ven «zodíacos funestos;» declaro que, si me lanzase á predecir, no predeciría dichas para Hispania, al menos para la Hispania del lado acá del Atlántico. No obstante, el himno del poeta me transporta, mientras lo leo, á las regiones de la divina reina de luz, la esperanza celeste. Y es una asunción consoladora. Hay que dar lo suyo al ensueño, no negar la posibilidad de ninguna hipótesis, y serlo todo, ser lo más distinto de nuestra verdadera conciencia, una hora al día ó un día al año. Mi hora de esperar—para desesperar después—se la debo al poeta.

Como él, yo aclamaría entusiasta al rey escandinavo que aclama á España ardientemente, pues es difícil explicar hasta qué punto los pesimistas llevamos en las venas el entusiasmo más acendrado, porque el dolor lo reconcentra y activa. Y, como el poeta, damos gracias á Oscar «por la sangre solar de una raza de oro,» sin querer ver, al menos mientras resuena el canto, el plomo vil y el cobre lleno de mugres, óxidos y verdines.

∴

Y yo también me complacería en desafiar, en retar al hombre del rifle, al Goliath norteamericano, en nombre de los cachorros sueltos del león español que se crían y echan garras y dientes allá en América. Porque doloroso juzgo que la América española, según los temores de Rubén Darío, llegue á ser yanqui; pero más amargo aún que lo fuese sin protesta, entregando su significación y su carácter, como la doncella cautiva entrega temblando su virginidad á un irresistible vencedor. He ahí una cuestión en que no soy pesimista. América, la América del grande Moctezuma, ama demasiado su libertad para no defenderla.

∴

Entre los *Cantos de vida* hay uno que me resuena en el alma con largas resonancias de eco clamoroso. Los efectos más artísticos, la amplitud antigua y sublime de la *Marcha triunfal:*

Va paso debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas...

Yo siento además un placer al percibir la armonía de estos metros, por muchos lectores considerados rudos, extraños y sordos; al medirlos mentalmente, y apreciar sus divisiones y tiempos, como los he apreciado en Carducci y en Leconte de Lisle, ó mejor todavía; pues por bien que se conozca un idioma extranjero, los artificios y bellezas de la métrica no se saborean igual que en la lengua que aprendimos en el seno de nuestras madres. No es el castellano idioma muy dócil para prestarse á innovaciones; carece de flexibilidad, de agilidad; sus articulaciones son rígidas, y por otra parte, habrá siempre diferencias esenciales, en este respecto de la versificación, entre el latín, el griego y el castellano, en el cual la medida del tiempo no es tan exacta, tan rítmica, como en las lenguas clásicas. Por eso ciertas composiciones de Rubén Darío, si se leyesen en alto, exigirían del lector, para diferenciarlas debidamente de la prosa, el oído más fino y la más acertada dicción.

∴

Hay en este volumen de Rubén Darío descripciones completas en breves pinceladas, que revelan la maestría y la intensidad de la imaginación, capaz de representarse de un modo plástico los símbolos y las mitologías, de nadie vistas sino en la maravillosa cámara obscura interior donde transformamos la realidad.

Una muestra:

. . . . . .
El cisne en la sombra parece de nieve:
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
el suave crepúsculo, que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.
Y luego, en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas y el cuello enarcado,
el cisne es de plata, bañado de sol.
. . . . . .

El cuadrito, el doble painel fino, abocetado, retrae toda prolijidad descriptiva. ¿De qué se trata al describir en verso, y acaso en prosa? Sencillamente de producir una sensación semejante á la que produciría la contemplación de lo descrito. Este resultado se obtiene por procedimiento, sucinto y fuerte, al retratar, como retrata el poeta (compitiendo con esos pintores del siglo XVII que pintaban sin la menor complicación, aunque no sin refinado cálculo), á la abadesa:

. . . . . .
En la forma cordial de la boca, la fresa
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo
del óvalo del rostro de la blanca abadesa
la pura frente es ángel y el ojo negro es lirio...
. . . . . .

Aquí la impresión pictórica no depende de prolijo empaste ni de diseño insistente y minucioso; dos ó tres rasgos, y todos vemos esa fresa encendida de los labios, esa frente marfileña, ese negro mirar, que tantas veces nos han solicitado con su atractivo enigmático, ya en los pasillos de un museo, ya en el claustro de un convento donde no hay monjas, ya en las estancias de un viejo y aristocrático palacio.

∴

Y ¿no vale más haber hablado de poesía, espigado en una colección donde gimen las nostalgias y gritan sonoramente los ecos triunfales, que ocuparnos de la anarquía en el campo andaluz, y comentar, recogiéndolo de las páginas de la prensa, el relato estremecedor del saqueo organizado y de las bandas hambrientas que recorren el campo y asaltan las ciudades y se procuran armas de fuego, sin que á esos desesperados se les socorra ni se les reprima? Cuando lo real es tan negro, la poesía parece más dorada aún.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Naturalmente ahora todos somos astrónomos, y el que más y el que menos ahuma su cacho de vidrio y asesta la nariz hacia el firmamento con aire de suficiencia, sin fijarse en que puede lucir un solemne timón, y sin tener en cuenta que

«En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal por que se mira...»

y el que interpone entre la pupila y los objetos un cristal turbio, turbios los ha de ver por fuerza.

***

El eclipse se inició con una especie de misteriosa angustia ambiente, una ráfaga de frío húmedo, callado y sepulcral... Acaso esta impresión fuese subjetiva, análoga á la que siempre experimentamos ante lo que corta, siquiera aparentemente, el ritmo de la naturaleza... Un eclipse no es, bien mirado, más que un anochecer en pleno día; una noche á deshora – brevísima, por otra parte.—Esa lividez de los rostros cuando la totalidad se acerca; ese vago escalofrío de las plantas; ese miedo silencioso de los animales; ese soplo de lo desconocido... no lo produce la noche, sencillamente porque es diaria. Figuraos un mundo iluminado siempre; un mundo en que no se pusiese el sol jamás... y concebiréis lo que sería el obscurecer repentino; el efecto imponente, sobrehumano, que el fenómeno produciría.

***

Mientras el mar, á lo lejos, adquiría matices de tinta y plomo; mientras las montañas, sobre la línea del horizonte, se entenebrecían como un ceño trágico; mientras el verde de los árboles, aquí tan fresco hasta en este tiempo, se mustiaba y se tornaba gris; mientras la figura del sol era la misma que frecuentemente afecta la luna, segur de plata blanca y brilladora, yo pensaba en Dante Alighieri, pensar que al parecer no guarda relación alguna con el eclipse ni con los problemas astronómicos. ¿Por qué me acordaba del gran poeta y vidente florentino? Porque en aquel momento me pareció adivinar la causa de algo que ha preocupado á los comentadores; la singularidad de que Dante demuestre, en la *Divina Comedia*, conocer perfectamente las constelaciones del hemisferio austral, que tenían que serle desconocidas, pues el cantor de Beatriz no pisó los países donde estas constelaciones pueden verse, países (al menos tal se supone) plenamente ignorados en el siglo XIII.

El caso hace meditar. ¿Cómo hablaba Dante de la Cruz del Sur, ese joyel celeste formado por cuatro estrellas de segunda magnitud y jamás visible en nuestro horizonte? América no se había descubierto..., es decir, tal se asegura; pero no falta quien suponga que ya existían noticias más ó menos confusas de la *última Tule*. Si no era así; si algún navegante, si algún fraile viajero, predecesor de Raimundo Lulio, no describió á Dante las estrellas nuevas que surgieron del fondo del Océano para nuestros aventureros dos siglos después, no queda más clave de la previsión del gran florentino sino suponer que durante un eclipse total de sol pudo ver refulgir la Cruz del Sur, y citarla con la precisión con que lo hace, y que caracteriza todas las indicaciones positivas en la *Divina Comedia*.

***

Nosotros sí que no pudimos ver la Cruz del Sur. Densas nubes velaban el cielo; los luminares ni aun se entrevefan. La famosa «corona del sol,» esa gigantesca sortija teñida con los colores del espectro solar y exornada con enorme diamante, se destacaba sobre un fondo de tul ceniza, convertido presto en tenebrosa y mate extensión sin límites. Por un efecto que no sé definir, la desaparición de la luz nos había parecido larga y fúnebre, y la reaparición se nos imaginó más pronta, casi teatral por lo rápida. Y un suspiro de descanso dilataba todos los pechos. Era otra vez lo habitual, lo conocido... Era la luz del día, pronto llamada á extinguirse en el diario eclipse nocturno.

***

No hay nada más inofensivo que un eclipse. ¿Cómo habrán supuesto que anuncia daños, que amenaza castigos, que influye, que trae peste ó guerra? Cuando leemos los terrores que en pasados tiempos han infundido los eclipses; los ejércitos negándose á combatir, los indios postrándose ante Colón, los altos personajes históricos viendo en el sencillo fenómeno celeste fatal presagio de su destino..., comprendemos nuestra debilidad, nuestra pequeñez, nuestra indefensión, proclamada por esos espantos que el ánimo más entero no siempre puede vencer. Yo recuerdo que á un individuo muy valeroso le aterrorizó el penúltimo eclipse total, por haber coincidido con fecha señalada y simbólica en su biografía. Y, en efecto, la desgracia que parecía anunciar el eclipse vino, y vino con circunstancias todavía más graves y crueles de lo que la víctima podía recelar; pero ¿qué sabían de esto ni el astro resplandeciente centro de nuestro sistema, ni el pálido satélite que ilumina nuestras noches y hace escribir á los poetas de secano mil peregrinas insipideces? Tenemos tal necesidad de no creernos abandonados, olvidados, solos, que imaginamos que cuando se comete con nosotros una iniquidad, el sol vela su luz, la luna se embosca tras densos nubarrones, las estrellas se precipitan del cielo y los ríos corren color de sangre... Todo esto ha sido artículo de fe, y los romanos, después del asesinato de Julio César, crimen más horrible porque era un parricidio, supusieron señales en el firmamento y profecías en labios de augures, sudor de sangre en estatuas y lágrimas en simulacros... La verdad es que los cuerpos celestes giran indiferentes por el espacio infinito, que no ven ni nuestros dolores ni nuestras contadas alegrías, ni curan de la bondad ni de la maldad humana, y que hay terrible contraste entre lo sereno de su marcha, la verdaderamente olímpica majestad de su curso, y las tempestades de los corazones, así como la astronomía, armada de telescopio, compás y pizarra, no cura de la psicología, armada de microscopio...

***

Y ¿por qué se da expresamente el nombre de *sabios* á los astrónomos que vienen á estudiar el eclipse, y no se califica igualmente á los médicos que van á observar y combatir una epidemia, á los escritores que van á desentrañar una literatura, á los ingenieros que van á trazar una obra magna, ni á ninguno, en fin, de los que realizan una información ó una empresa que exige conocimientos especiales de una materia? ¿Son los astrónomos los *sabios* por antonomasia?

El diccionario reza que sabiduría es conocimiento profundo en letras, ciencias ó artes. Yo no entiendo nada de astronomía, y por lo tanto, me sería difícil decir si poseen en efecto conocimientos profundos todos esos señores que se vienen del extranjero armados de catalejo y del instrumental que el argumento requiere, y se encaraman y trepan por montes y altozanos para que no se les escape un ápice de la vida privada del sol (que no va estando muy en olor de santidad desde que nos han informado de que anda perdido de manchas).

Creería ese rubicundo y bermejazo platero de las cumbres que, situándose á la bonita distancia de treinta y ocho millones de leguas (de á cuatro kilómetros) de la tierra, las tales manchas no las descubriría ni el más lince; pero no contaba con la actividad é ingenio de este insectillo que se llama el hombre. No sólo hemos descubierto las *lámparas* que deslustran la superficie del hermoso astro (así las negras como las blancas), sino las arrugas, y vaya usted á saber si un día encontraremos sus dientes postizos y sus canas, disimuladas por el agua oxigenada de Venecia y el *henné* de Oriente...

Todo aquello á que nos aproximamos—sea por virtud de los descubrimientos científicos que traen al cristal de la lente los cuerpos celestes remotos, sea por el análisis que escruta y descompone lo próximo y lo íntimo,—todo ¡ay! aparece sellado con estigma de caducidad y muerte... Esas manchas del sol, ó más bien desgarrones de su brillante túnica, aumentan, según parece, en progresión nada tranquilizadora. ¿Es que la fotosfera desmaya, y con ella va extinguiéndose poco á poco la energía vital que á nuestro planeta comunica Helios? ¿Es que las nubes formadas en su atmósfera se hacen doblemente opacas? Los consabidos sabios no han dicho la última palabra referente á este asunto. Y en la incertidumbre acerca de la naturaleza y origen de esas manchas dentro de las cuales la Tierra cabría como una naranja por la boca de ancho puchero, sólo nos resta la melancolía de la ilusión que perdimos, del sol nítido, refulgente, que se nos ha convertido en trapo tiznado de negrohumo, cual si acabase de limpiar tanto fragmento de vidrio como se ha embadurnado en previsión del eclipse...

***

Pasado el fenómeno, nos sentamos al pie de los árboles; la lluvia, suspensa en el aire, amagaba sin caer, y los pobres pájaros asustados salían otra vez, ya tranquilos, de las frondas. No tenía nadie, en aquel momento, el menor impulso de volver á su faena; ni los trabajadores cogían la herramienta, ni yo quería asir la pluma. Púseme á divagar mentalmente sobre estas crónicas, y me acordé de las cartas que con motivo de ellas recibo, que vienen sin firma y son, generalmente, efusiones de simpatía, de cordialidad. ¿No es muy natural que las agradezca? Todo testimonio de interés por mi labor, por esta labor no diré que del todo obscura, pero continua y modesta, de las letras, me dilata un poco el ánimo. Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede á las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro sér. No cuidamos de ocultarlo, puesto que no exponemos negruras ni abismos; dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala. Y cuando nos animan con el entusiasta elogio, con el saludo lleno de rendimiento, una paz alegre se infiltra en nuestro corazón, una convicción más ardorosa nos sostiene y empuja á trabajar tenazmente, siempre, hasta el último aliento, como si el escribir fuese, antes que ejercicio, función de un organismo en el cual resuenan todas las voces de lo exterior y en el cual todo adquiere forma artística...

***

Va á erigirse en Cádiz la estatua de Castelar. La ciudad ha comprendido la estrecha obligación que le imponía el ser madre de tal hijo. Y el Ayuntamiento, presidido por un conservador, ha tenido el buen gusto y la inteligencia de no acordarse de cómo pensaba en política el glorioso contemporáneo, y coadyuvar al homenaje cuanto ha sido necesario y posible. Esto, Inés, ello se alaba, diremos con el poeta festivo; y en tono más grave, añadiremos que la estatua de Castelar, elevada por voto unánime á pesar de ser él un hombre político de definidas opiniones hoy proscritas, nos consuela de tantas estatuas de políticos borrosos aunque famosos, de los cuales, dentro de diez años, nadie recordará el apellido, no pudiendo las gentes olvidar el nombre de pila porque no lo habrán sabido nunca; porque esos personajes no habrán sido jamás, excepto para su distrito y su tertulia, *D. Emilio, D. Antonio*, los grandes *dones* ya desaparecidos.

Si al ver á un señor de bronce ó de mármol hay que preguntar quién era..., ¡malo!, ¡malo! Y si, después de que se lo dicen á uno, hay que preguntar qué hizo el señor aquel..., ¡peor!, ¡peor! No sucedería así con *D. Emilio*...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Eter! ¡Colonia! ¡Sal inglesa! ¡Vinagre! Sobre todo ¡aire, aire! ¡Una corriente que parezca tromba, y en un segundo barra, arrastre, disuelva en las nubes arremolinadas y remotas este ambiente de mentira electoral en que hemos vivido quince días y en que aún nos encontramos envueltos!

Comprendo cuanto del sistema parlamentario se diga, y no se dice poco... Es realmente la más absoluta de las farsas. Y sucede una cosa curiosa: ciertos gobiernos, por lo menos ciertos jefes de partido, sintieron, en momentos dados, la nostalgia de la sinceridad, y trataron de infundir esa sinceridad al mecanismo de las elecciones, prescindiendo de que necesitaban, para no caerse, de ese puntal que se llama una compacta y disciplinada mayoría... Y han sido los oligarcas menores, los caciquillos de provincia y aldea, los que estorbaron tan excelentes propósitos. Substituyendo á la autoridad central, gerárquica y superior, su propia tiranía, se encargaron del funcionamiento de la herrumbrosa máquina, de los ardides, tretas y coacciones; encargaron una partida de pucheros, requirieron garrotes, amasijaron ayuntamientos..., y la única diferencia fué que el mal no vino tanto de arriba, pero por lo mismo fué mayor. No es la primera vez que vienen de arriba iniciativas, esterilizadas por las capas donde cae ese germen y que no sólo no lo dejan brotar, sino que se asocian para destruirlo.

***

Nos preside la mentira—ha dicho Costa, con su acostumbrada energía de expresión.—Es poco, sin embargo, afirmar que nos preside; nos empapa, nos penetra como la gruesa niebla de estas tardes de principios de otoño empaja el pelo y la ropa.

Y no es lo peor que vivamos infiltrados de tan continua mentira, sino que nadie, absolutamente nadie, echa de menos, en cuestión de elecciones, ni aun aquella partícula de verdad que debe existir en todo lo humano. Nadie encuentra extraño, sino corriente y natural, que determinados candidatos representen á distritos donde ni poseen una aranzada de tierra, un amigo personal; donde ni han puesto siquiera los pies. Nadie reprueba que, de la noche á la mañana, una orden emanada del despacho de un gobernador cambie, con las sílabas de un nombre, la representación supuesta de la voluntad popular de un distrito. Al que tales cosas comentase, se le reirían en su cara, no solamente los señores que están de vuelta, que cazan largo, sino los payos de mi tierra. Si llamaseis á ese hombre del terruño, á ese payo ladino y cándido á la vez, y le dijeseis: «Mira, esto de las elecciones debiera significar que tú con tus calzones de paño pardo, tu pelo en guedejas medioeval, tus manos callosas y tus zuecos manchados de estiércol; tú, el *mujik* que cotidianamente has de verter tu sudor para ganar la tara de caldo de berzas; tú, que no te crees nadie, eres un átomo de una cosa muy grande que se llama la voluntad nacional, y tu voto una fuerza que puede contribuir á que la marcha del Estado sea más próspera, los impuestos más llevaderos y equitativamente distribuídos, el porvenir de tus hijos menos precario; tu voto es todo esto, y eres libre para emitirlo según convenga,» el payo se rascaría la oreja, se sonreiría desconfiado y socarrón, y murmuraría con los ojos errantes por el suelo: «Yo voto á quien mande D. Fulano. Hay que votar según nos mandan.»

***

Tal es la trapisonda electoral, que no engaña ciertamente á nadie, y cuyo resultado peor, á mi juicio, consiste en que impide la formación de las altas personalidades, directivas con justicia, por sus méritos, por su capacidad, por su originalidad y frescura en la manera de entender las direcciones de la política moderna.

¿Quiénes deberían representar á una nación, si estas cosas se hiciesen con algún respeto á la realidad? Sus magnates, sus celebridades, sus prohombres, sin duda; los mejores. Y la representan los tertulianos de un político, los mediocres irremediables, de inutilidad notoria, los intrigantes, los invertebrados y los indocumentados, los antojadizos que adquieren el acta como adquirirían una localidad para los toros, y los mudos del cerebro, cuya lengua trabajosamente articula el *sí* y el *no* de ordenanza.

En casa se quedan los que no poseen el secreto del apoyo y la aldaba..., y en casa se quedarían si hoy viviesen Cervantes, el Cid, el cardenal Cisneros, Aranda (si no tenían de su parte á algún cacique mayor ó menor). Podemos asentir á lo que dice Max Nordau en su *Mentira política*, que los hombres que han suscitado mayores simpatías, ejercido más poderosa influencia sobre las grandes masas, engendrado odios acérrimos y devociones fervientísimas, los genios más altos, los individuos más gloriosos, Goethe, Kant, Carlyle, no obtendrían hoy, ni en la ciudad ni en el campo, un solo voto sin el sostén de esa oligarquía, de esa plantilla y red vasta y apretada de caciques de varias magnitudes.

***

Como á veces se impone la filosofía del doctor Pangloss, todavía hemos de agradecer que, haciéndolas tan mal, hagan las elecciones estos caciques. La voluntad nacional, no existiendo, mal podría manifestarse; no cabe dejar en libertad para votar, puesto que nadie votaría. Yo conozco infinidad de españoles, inteligentes, conscientes, que no han votado nunca; ni por la imaginación se les pasa ejercer tal derecho. Por indiferencia ó por escepticismo, el derecho es enteramente imaginario. La inercia es ley. La actitud del español ante la urna es, casi siempre, un alzar de hombros. Esta inercia formidable deja el campo libre á los oligarcas. Suelen éstos ser gente que todo el año se esconde; no les encontraréis en ninguna corriente de actividad social, de modo que llegáis á olvidaros de su existencia—hasta que llega el momento solemne de las elecciones.—Entonces averiguáis, de pronto, que ese trozo del mapa de España donde sentáis los pies es propiedad política de D. Mengano ó de D. Prencejo... Ni siquiera de un *don;* de Mengánez ó Perengánez *tout court*, de un sujeto amorfo, borroso, que á la sordina es el amo, es el dueño... «Allí no se hace nada no contando con Perengánez...,» oís silabear al gobernador, al ex ministro, al político algo renombrado, de cartel. Pero á su vez, Perengánez necesita que le sancionen, que le corroboren, que le echen tapas y medias suelas de influencia central..., y así Perengánez pertenece á la influencia, y la influencia á Perengánez pertenece, y cuando le veis pasar por la calle al lado de los orondos senadores y los graves ex ministros, cuchicheando, solícito y reservado á un mismo tiempo, como quien sabe lo que vale y lo que pesa, no podéis menos de recordar *scies* del género chico, y tararear: «Ahí va ...,» no el *tío del gabán*, sino el de la chaqueta ó el chaqué de diez modas atrasadas, que imprime á la vida política de España más impulso que Ramón y Cajal, Pérez Galdós y otros compatriotas cuyo nombre ha traspasado la frontera.

***

No por lo que voy diciendo dejaré de reconocer algunos beneficios y utilidades que reportan las Cortes. Pestes se hablan de ellas, pero no nos hemos puesto en el caso de lo que sucedería si transcurriese un largo plazo sin que los gobiernos tuviesen que arrostrar las contingencias de una campaña parlamentaria. Yo creo que estaríamos infinitamente peor gobernados (sin que esto signifique que lo estemos muy bien). Y esta opinión mía respecto á la utilidad relativa de las Cortes, tengo el gusto de que sea la misma de persona tan competente, tan admirablemente condicionada para la política como D. Antonio Maura. Declara este muy ilustre hombre público que el actual estado de hábitos y prestigios de las Cortes casi no admite ya empeoramiento, principalmente por el abuso de las llamadas cuestiones de confianza y el perenne certamen de docilidad y vilipendio á que suelen ser dedicadas las mayorías; pero considera irreemplazable, sin embargo, la misión constitucional del Parlamento, y cree que sin las Cortes, toda obra redentora perdería la inestimable calidad de *legítima*. Sin las Cortes, faltarían al gobierno advertencias y colaboraciones de verdadero valor. Ni aun en «lo ínfimo de su actual depresión» son las Cortes del todo infecundas, pues conservan su oficio preservador por la publicidad de la censura, «y hasta por la misma contraposición é incompatibilidad de los insanos egoísmos.»

***

Sí; habría que temer más aún si faltase ese redondero de gallos, esa plaza de novillos, ese aquelarre, ese dormidero y aburridero, ese melonar de cabezas calvas, ese Corral de la Pacheca político que se llama el Congreso de los Diputados... Y creo que (á pesar de la convicción de que en medio de todo, y aparte de los caramelos y las *bromas*, en el Congreso hay algo efectivamente bueno y provechoso) también debo declarar que moralmente le es muy superior el Corral de la Pacheca. Y es que allí, bajo la ficción, está la verdad humana, intensa, del arte, de la hermosura, mientras bajo la ficción del Congreso sólo está la realidad de los apetitos y las concupiscencias.

***

Dicho todo esto, repaso la lista de los candidatos triunfadores, y ya empiezo á desdecirme ante mi misma (esto me sucede á cada cuarto de hora), reconociendo que entre ellos hay infinitos sujetos de valer, capaces de representar dignamente al país, y que no entiendo por qué, con unas Cortes lucidas, en conjunto, la campaña no había de ser brillante y fructuosa. ¡Dijérase que en esto daman los malignos encantadores que estorbaron tantas hazañas del Ingenioso Hidalgo!

***

Cerrada, con esta apreciación involuntariamente benévola, la serie de mis impresiones del período electoral, me acuerdo de que ya se acerca el momento de la visita del presidente de la República francesa á la capital española.

M. Loubet no es, que yo sepa, artista, y por lo tanto no creo que prefiera, en su egoísmo de sensaciones artísticas, la España antigua á la España más ó menos modernizada que le presenten ediles celosos y gobernantes atareados para «quedar bien.»

Si el presidente anduviese enamorado del color, de la fisonomía, de la pátina, de todas esas cosas que seducen irremediablemente á los que una vez las han saboreado, diría con el sueco Grippenberg, en la bella traducción de Zayas:

> «No despiestes, España, del profundo
> sopor de las pretéritas edades,
> aunque el ciminto á conmover del mundo
> sientas venir tremendas tempestades...
> Duerme, duerme, país maravilloso,
> bajo el azul intenso de tu cielo,
> que es tu atávico sueño más hermoso,
> que de otras razas el febril anhelo...»

¡Ah! Si Loubet perteneciese al número de los hombres egoístas á quienes agrada ver dormir á los pueblos con tal que duerman así, bajo un cielo magnífico y soñando cuentos sublimes, ¡qué antipáticos le serían los pocos aspectos de vida moderna, de gran capital civilizada, que en Madrid pueden ofrecerse á su indulgente aprobación! Afortunadamente para mi amigo el alcalde de Madrid, Loubet no es poeta, no echa de menos las dueñas, las tapadas, los hidalgos de tizona, las ardientes serenatas, los relámpagos de la hoja de Toledo, ni la gran sombra del Cid Campeador, surgiendo en las infinitas llanuras castellanas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer he presenciado un espectáculo triste y para mi nuevo, que, bien mirado, acaso tenga mucho de edificante, porque revela, en las clases populares, cierto horror al vicio. Le llamo triste, porque es triste no sólo (como dijo el poeta) todo gran amor, sino toda gran locura humana.

***

El teatro de la escena es un taller de carpintería. Estos talleres huelen bien, y adornados con su cabellera rubia de ensortijadas virutas, tienen un aire de pacífico, regocijado y aseado. El banco, reluciente por el uso, presenta la fisonomía simpática de los muebles patriarcales que han prestado incesante servicio, y que están dispuestos, en su robusta y terne vejez, á continuar prestándolo. Las herramientas brillan, y su mango aparece bruñido también por la presión de la mano laboriosa. Los rimeros de madera labrada ya muestran en cambio un aspecto juvenil, claro, limpio, y embalsaman el aire con los efluvios de sus resinas aromáticas.

Todo contribuye á la impresión de un trabajo relativamente muy dulce, que se hace á cubierto, sin el riesgo perenne de las subidas al andamio; trabajo lucido, de esos en que la obra inspira complacencia en mirarla, la satisfacción del esfuerzo inteligente realizado. Esta profesión que no embrutece, cual el horrible trabajo del minero; que no lleva en sí ningún estigma de esclavitud, como se diría que lo llevan otras faenas y otros arbitrios para ganarse el pan...

Y en el ángulo de ese taller de carpintero, semiagazapado, escondiéndose como se esconden los miserables, estaba un hombre.

Pregunté qué hacía allí.

—Ha venido, dijome el maestro, á buscar trabajo... Y no puedo dárselo, porque no le dan posada.

—¿Que no le dan posada?

—No... Ni en casa del platero, ni en casa de la señora Cándida le quieren recibir.

—¿Pero por qué?

—Porque...

Y el maestro, azarado, no prosiguió. Al fin rompió:

—Porque... ¡Cosas que pasan! A los compañeros, que están acomodados ya en las posadas de por aquí, no les gusta que vaya éste...

—Habrá, indiqué, alguna razón... Los obreros se ayudan entre sí, y hacen bien... Cuando no consienten...

Y me detuve, porque el miserable, siempre agazapado en su rincón, en la penumbra de los tablones, me miró un momento y luego agachó la cabeza.

—Este, advirtió el maestro, no es un mal hombre. Ni es ladrón, ni asesino; no hace á nadie pizca de daño. Y á más á más, sabe su obligación como cumple; porque yo de toda la vida le conozco, y no andan por ahí muchos con la habilidad suya. Él es carpintero, ebanista, tallista; hasta de relojería entiende. Tiene unas manos de oro... *Solasmente* que...

No le dejé acabar. Había comprendido, y me bastaba para ello una segunda ojeada á la abatida criatura, acercándome á ver su rostro, á notar su actitud característica de los alcoholizados habituales cuando no están bajo la inmediata influencia del veneno. Las líneas de su cuerpo eran esas líneas de desairada oblicuidad, tan aprovechadas por los caricaturistas para la cómica silueta del borracho de profesión; sus piernas parecían de algodón en rama, y sus pantalones, en las perneras, hacían esos fuelles que delatan la debilidad de la pierna, la inseguridad de locomoción, síntoma fijo, según ha observado Ribot, de las alteraciones cerebrales. El rostro rojizo, el lacio bigote, los ojos vidriados y húmedos, la nariz amoratada y desfigurada, completaban la facies del bebedor, marcado y sellado por su vicio.

—*Solasmente* que..., repitió al cabo de una pausa el maestro, á éste le gusta, vamos, un día... alegrarse con un vasito más ó menos... Cosas de hombres, una afición... Y ahí está lo que lo ha perdido... Ahora no tiene ni qué comer, ni encuentra dónde acomodarse... Es una desgracia. Yo, al saber que no le admitían, fuí á responder por él. Yo hasta le ofrezco posada en mi casa... No puedo hacer más.

El maestro que hablaba así, viene diariamente á trabajar desde su aldeílla, á unos tres cuartos de legua...

Y el miserable, tomando la palabra por primera vez, barboteó, anonadado:

—Yo no puedo andar esa distancia...

***

La confesión de una decadencia física no es penosa al burgués, que no trabaja con sus músculos, sino con su inteligencia, revolviendo legajos, trazando planos, despachando expedientes, emborronando cuartillas. Ese burgués, cualquiera que sea la ocupación á que se consagre, no tiene reparo en exclamar: «Estoy neurasténico... Siento fatiga... Hago mal las digestiones... Me canso al subir las cuestas... Vengo sudando, porque tuve que ir á pie hasta la plaza de toros...» Pero el operario manual, de cualquier oficio, mira como desdoro la falta de fuerza; su amor propio profesional es ser apto, recio, vigoroso..., y yo he presenciado verdaderos alardes, obreros convalecientes, obreros tuberculosos, obreros muy jóvenes, obreros ancianos, queriendo demostrar á toda costa la resistencia física, la capacidad para la penosa faena. Yo les he visto mover, entre risas y chanzas, el enorme sillar ó la viga desmesurada, increpando todos al que desmayaba, como se increpa en los combates al soldado que retrocede. Yo les he visto, después de un día entero de aguantar el sol colocando piedra y respirando cal, ó remachando el clavo en los pontones colgados sobre el vacío á muchos metros de altura, correr hacia el bailoteo de la aldea, y no dar par á sus cuerpos hasta entrada la noche. Para que un obrero declare que no puede andar cuatro kilómetros, es preciso que se encuentre bien abajo, que se haya ido muy á fondo...

Y este hombre lo confesaba con absoluta humildad y confusión; se veía al vencido en la batalla con el impulso vicioso, al dipsómano incorregible... La mayor derrota es esta: la derrota individual, la derrota sin desquite, pues nos vence nuestro propio instinto, en lucha con la difícil, ardua, coordinación de las voliciones conscientes y preservadoras...

Nadie tan derrotado como el que, comprendiendo el peligro de una acción, no puede renunciar á ejecutarla...

He escuchado quejas de abúlicos, maldiciendo de sí mismos, deplorando su modo de ser, envidiando la resolución con doble envidia que el dinero ó la felicidad, porque ambas cosas obtendrían si la resolución les asistiese; y los lamentos de estos enfermos del alma no me conmovieron tanto como el sencillo, doloroso gesto del borracho incurable, resignado y desesperado á la vez, que lo expresaba todo: la convicción de la pronta muerte, de la incapacidad para el trabajo, de lo inútil de la maestría adquirida, de la inutilidad del esfuerzo para enmendarse, de lo ocioso de imaginar siquiera tal esfuerzo, del cual es incapaz el derrotado...

***

¿Y á qué predicar á este *ex hombre*, como diría Gorki? Seguramente su pasión, más fuerte que el miedo y que el egoísmo saludable del operario diestro á quien el trabajo no le ha de faltar, á quien el jornal relativamente crecido asegura pan é independencia, no ha de vencerla ningún consejo. Este desventurado se va con su pasión por los caminos de la bohemia, sin fuego ni lecho, sin ropa ni casa, y ni se le ocurre que un acto de su voluntad puede proporcionárselo todo..., todo, menos esa dicha de Satanás que se encuentra en el fondo de una botella, en el vidrio basto de un vaso de taberna ó figón, todo, menos esa hora de olvido y de delirio, de ilusión mortífera, que da el alcohol á sus devotos...

***

Cuando llegan á este estado, lo que les dijeseis sería prueba de excelente intención, pero de escaso conocimiento de los desastres pasionales en un organismo, en una fisiología. No es lo malo, dicen los teólogos, el pecado, sino el estado que crea; la predisposición á convertirse en tendencia, de tendencia en costumbre, de costumbre en necesidad, de necesidad en ley... No prediquéis sino á los que pueden todavía reaccionar. A los irremisiblemente perdidos..., ¿para qué? Yo he tenido la fortuna de no ver nunca á mi alrededor á nadie que bebiese: ni aun los criados—bien alimentados—suelen en mi casa aficionarse al vino. Mis ascendientes (hasta donde es posible llevar la cuenta de estas cosas) fueron gente sobria, y quizás su sobriedad me ha salvado de esos *aparecidos* (que determinan, obscuramente, tantos desequilibrios nerviosos), haciendo de mí la más apasionada bebedora de agua que existe... Por la imposibilidad que tenemos de concebir el ajeno goce si no conviene con nuestro gusto; por no saber colocarme en la situación del dipsómano, carecería de argumentos que oponer á su pasión... La sensación que desconocemos; la que otros encuentran tan deliciosa que por ella pierden los demás bienes de la vida, la honra y la estimación (dentro de su esfera cada cual), la que nosotros no comprendemos..., justamente por eso, no tenemos medio de impugnarla. El ¿¡Si usted supiese!» de los maniáticos pasionales, de los que una idea preferente inutiliza, nos deja mudos. No; yo no tengo nada que objetar, nada que reprender en este hombre, que se mata de este modo, como podría matarse de otro, y no se llora á sí mismo, porque entre un infinito de abandono y miseria tiene un minuto de edén.

***

Y rechazado por sus compañeros, negada la hospitalidad por la humilde *fondista* que brinda en vez de cama un haz de paja fresca trigal y por menú un cuenco de leche ó unas berzas con tocino rancio (pero á la fondista no la gustan borrachos crónicos, eso ha de saberse; y todo lo más que puede consentirse á un pobre, es que se alegre el domingo con un vasete de vino honrado, del picante vinillo de la tierra ó del sano Ribero de Avia), el miserable se va. Es la hora del atardecer; los demás obreros descargan los últimos golpes de pico ó los últimos rasgones de azuela, con la inquieta excitación de que sólo faltan unos minutos para soltar la herramienta, echarse al hombro la chaqueta, y tomar la vereda hacia el bailoteo en la carretera, apretando cinturas rollizas, á la luz de la luna... El miserable se va. Su silueta es una mancha obscura sobre lo blanco del sendero arcilloso. Avanza lentamente, con la cabeza gacha; pisa blando, inseguro, y á los pocos metros se detiene, sin duda para tomar aliento. Me parece oír de nuevo su frase:

—Yo no puedo andar esa distancia...

***

¿Que en dónde pasará esta noche? Donde la pasan tantos, tantos, que no tienen ni hogar ni asilo. Fernán Caballero declaraba su ansia por conocer el paradero de los cuerpos de los pajaritos que se mueren, y que nadie sabe cómo desaparecen, dónde caen con la pluma erizada y las patas rígidas... Problema de la misma índole es este de cómo se valen, en qué rincón se ocultan los miserables vencidos definitivamente. ¿Será en alguna taberna, concha ruda que encierra la perla roja de la embriaguez? ¿Será en un pajar, será en un hórreo vacío? ¿Será en la zanja del camino hondo? ¿Será en la choza en construcción, entre montones de piedra partida? ¿Será en la caritativa mansión de un labriego que, sencillamente, practica las obras de misericordia?

El miserable, después de respirar unos momentos, avanza... Sobre el oro verde del poniente, su silueta sombría es una mancha informe.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que *La Quimera*, mi última novela, empezó á pasar de la imprenta á la librería y de ésta al público, doy en creer que el sentimentalismo no ha muerto completamente en nuestra época de automovilismo, aerostación, *foot ball* y *cake walk*.

Por otra parte, y antes de explicar lo que acabo de escribir, conviene que advierta que siempre dudé que la diferencia entre las costumbres de unas y otras épocas modifique lo íntimo del sentir. Hay sentimientos fundamentales que no desaparecen al influjo de los hábitos sociales; lo que hacen es esconderse levemente avergonzados, metiéndose más adentro y por consiguiente adquiriendo, al menos en naturalezas reconcentradas, mayor energía. Hoy no se va al teatro á desmayarse, con el frasco de sales en la bolsa y el pañuelo de encajes asido para la primera ocasión húmeda; pero no por eso deja de abrir surco en la sensibilidad el teatro, ni los nervios de responder al conjuro del arte. Y si se leyese más de lo que se lee, también los libros tendrían eco, sordo ó sonoro, en las almas de la actual generación.

Se me ocurre todo esto que voy ensartando á cuento de haber recibido dos ó tres cartas de letra de mujer, fina y menuda (mis *inconnues* no deben de ser del número de estas señoritas que gastan una caligrafía completamente masculina, grande y alta), en que se me descubre vivo interés, no por mi labor literaria, sino por mis héroes y personajes. Las cartas están llenas de interrogaciones. ¿Existieron realmente todos los que salen allí á relucir? ¿Quién fué Clara Ayamonte? ¿Qué hay de verdad en el episodio de sus amoríos? ¿Acabó efectivamente encerrándose en un convento? ¿Y Silvio? ¿Le sucedió esto, aquello y lo de más allá? Envuelto en la curiosidad, la simpatía: frases de compasión, lamentaciones por su temprana muerte...

Si es permitido contestar desde aquí, y colectivamente, á quienes me escriben revelando un alma piadosa, les diré que sin duda es triste la historia de Silvio, y que además de triste, es verdadera; pero que la antigüedad, fértil en sentencias profundas, no nos ha legado—como observa Eduardo Rod en su reciente novela *El Indócil*—ninguna tan honda como esta: «¡Muere joven aquel á quien los dioses aman!»

En la vida de cada mortal hay un instante y hay un fin esenciales, valederos, y el resto de lo que ese mortal dice, hace y piensa tiene valor secundario. En Silvio Lago fué sin duda alguna su Quimera lo que tuvo alto sentido é intensa vibración. Yo creo que á Silvio no le faltaban fuerzas y aptitudes para encarnarla en la realidad; pero quién sabe si, como otros muchos artistas, aun consiguiendo fama y honra, no llegaría á obtener el triunfo de la Quimera, eso que sólo contados soñadores ven logrado? El interés de la personalidad de Silvio era, ó yo me engaño, lo ambicioso de su insaciable aspiración artística. Por esa aspiración sintió el soplo de lo infinito acariciar sus demacradas sienes, y por esa aspiración su espíritu voló tan lejos... Es frecuente el espectáculo doloroso de la transacción del artista con la necesidad y la materia. El artista cree que ha soñado gloria, cuando lo que ha soñado es únicamente ventajas, distinciones, provechos, conveniencias. Pues bien: Silvio Lago soñaba gloria pura y sin mezcla; Silvio Lago no se engañaba á sí mismo. Esta afirmación puede demostrarse con la observación más sencilla: las ventajas, distinciones, conveniencias y provechos, para Silvio estaban conseguidos ya, por el fácil camino del retrato elegante, cada día mejor pagado, según se difundía la fama y se perfeccionaba el procedimiento. Así es que (contra la opinión de mi amigo el Sr. Villegas, que me puso á Silvio de hoja de perejil), yo sostengo que no hubo soñador más generoso y sincero, y que las nueve décimas partes de los que se viesen en su caso, se darían por satisfechísimos, y si no renunciaban á la Quimera del todo, cuando menos se avendrían á esperar el ideal sentados cómodamente.

Así hube de decírselo algunas veces, compadecida (aunque encontraba hermoso aquel afán) de lo que consumía el alma y el cuerpo del joven pintor. Como el héroe griego, al elegir entre la vida larga y descansada ó la breve y gloriosa, Silvio había optado (instintivamente, yo no digo que esto fuese una operación reflexiva) por la segunda. No sabría que iba á morirse pronto; pero ante la perspectiva de dejar una huella de luz, era capaz de aceptar, á semejanza del rubio hijo de Tetis, la bajada rápida al Orco entre las sombras. Y este es el sello de la Quimera: poder más que el inferior instinto de conservación.

***

Sin duda alguna estas aspiraciones que no se cifran en nada positivo y material, ennoblecen á nuestra mísera estirpe, á quien el poeta florentino llamó «la mala simiente de Adán.» Hay de éstas aspiraciones individuales, y las hay colectivas. Citaré un ejemplo: la del pueblo de Alcázar de San Juan, que no renuncia á la prez de haber dado cuna á Miguel de Cervantes (y no de *Cervantes)* Saavedra. La nutrida bibliografía que sobre tal asunto va formándose, acaba de enriquecerse con un folletito que destaca, sobre mi mesa, su cubierta amarilla, exornada con el retrato del autor, D. Antonio Castellanos. Es una sátira del discurso de D. Manuel de Foronda, en la Sociedad Económica Matritense, con motivo del Centenario del *Quijote*.

El discurso de Foronda abogaba por Alcalá de Henares; el folleto de Castellanos, por Alcázar de San Juan; y como siempre, el caballo de batalla son las famosas partidas de bautismo del escritor glorioísimo, que existen en sendas iglesias parroquiales de ambos pueblos. Examinadas y atacadas las dos con argumentos que no carecen de fuerza, yo confieso que encontraría más persuasiva la de Alcázar de San Juan, si no resultase al admitir su autenticidad como documento biográfico del autor del *Quijote*, que éste asistió á la batalla de Lepanto en edad muy temprana para las faenas de la campaña.

Me arredra, sin embargo, de profesar una opinión cualquiera en este discutido é intrincado punto de historia literaria, el notar que ha adquirido el carácter de una de aquellas reñidas «guerras de pluma» que en el siglo XVIII daban lugar á tremendas diatribas (no siempre jocoseriás, como aquella suscitada entre el doctor D. Liberio Fernández de Sedano, D. Narciso Topete de Valdivia y Silvestre Camisola de Catacubas, que redactó D. Bartolo Chiflatarjas, y en la cual, si no se apuraron puntos de letras, se debatió lo que hoy sigue debatiéndose: la utilidad y conveniencia de que haya monasterios y órdenes religiosas).

Las diatribas motivadas por la incerteza del lugar donde nació Cervantes, van agriándose hasta el extremo de que en ellas se empleen los calificativos de libelistas, impostores, falsarios, con otras severidades de estilo. Y por eso, y por falta de conocimiento completo del punto especial que se dilucida, me zafo de él, lamentando que no se averigüe definitivamente dónde nació Cervantes, y esperando el libro que el Sr. Castellanos anunció, con datos y pruebas.

***

El espeluznante crimen del *Huerto del Francés* está en tela de juicio estos días... No neguemos que los autores son pésimos ejemplares de humanidad; pero tampoco ha de ocultarse que ningún interés inspiran las víctimas. Yo diría que en ese crimen no se ha perdido sino las hechuras, y que entre pícaros anda el juego.

Los que encontraron la muerte en el huerto lúgubre, eran fulleros y jugadores de ventaja, que llevaban la sana intención de robar y despojar á sus semejantes. Encontraron con otros semejantes suyos, más desalmados aún, que tuvieron la idea feliz de burlar á los burladores y de remendarles, como se dice en términos de caza, la perdiz. ¿Ellos venían á robar y despojar? Pues les aguardaba robo, despojo... y asesinato.

Hay crímenes sin moraleja; estos del Huerto la tienen. Revelan además lo ramificado que está el vicio, lo extendidas que se hallan la estafa, la vagancia, las profesiones equívocas y turbias. Seis personas (y no de la más menesterosa y obscura clase social, sino gente acomodada, burguesa) desaparecieron, sin que produjese tan extraño hecho inquietud, sin que, hasta que el último Rejano Espejo, pareció evaporarse, se iniciasen pesquisas en averiguación de su paradero. En la preparación del crimen mediaron cartas, entrevistas, esperas en las estaciones del ferrocarril; el crimen dejó más de un rastro; pero sólo á consecuencia de indicaciones de la prensa y denuncias de una esposa legítimamente alarmada, se resolvió la autoridad á inquirir qué habría sido del ciudadano objeto de la denuncia y de los cinco ciudadanos anteriores, y se cavó en la necrópolis de las conejeras del sangriento huerto.

No fué atentado de los que quedan impunes, sencillamente por codicia de los criminales, que, según las trazas, pensaban seguir ejerciendo indefinidamente su lucrativa caza, hasta acabar con medio género humano, rellenar la tierra de cadáveres y sus bolsillos de dinero. Si hubiesen cerrado la serie con la quinta víctima y pasado al Africa ó á tierra francesa, podrían morir en el pellejo de un honrado (al parecer) almacenista de vinos, tratante en ganado ó tendero de especias, en quien nadie vería á los trágicos acogotadores y sepultureros del siniestro huerto florido...

La mayor parte de los crímenes, por un motivo ó por otro, impunes se quedan, como no sean de esos que se cometen en riña ó en un acaloramiento, esos románticos crímenes pasionales en que el asesino arroja el arma exclamando: «prendedme, yo la maté;» en cuyo caso hay que confesar que el papel de la policía y de los jueces es excesivamente fácil y sencillo. ¡Pero en cuanto existe nada más que un conato de misterio, se acabó! Es vano que corran rumores, que se susurre en el barrio y las comadres señalen con el dedo á los culpados, ó al menos, á aquellos en quienes pueden recaer sospechas con algun viso de fundamento; es inútil que la voz pública señale pistas, pues la policía parece esmerarse en perderlas. Y en un pueblo como el que me ha visto nacer, y que es un activo centro de emigración, los barcos con rumbo á América se encargan de asegurar, para siempre, la impunidad.

Los robos se han hecho tan familiares, tan escandalosos; la seguridad está tan vacilante; la autoridad de la justicia y de sus depositarios va por tierra; su voz y augusto nombre perdieron ya en los ánimos toda autoridad, y el delito y la relajación se mofan de una y otros con insolencia; las provincias se oyen llenas de tropas de bandidos que entran por los pueblos con un arrojo increíble; en la Corte una insaciable disipación atiza todas las pasiones, persuade todos los excesos, disculpa y da calor al mismo delito... ¡Y me detengo!, porque este párrafo, que parece escrito hoy, lo trazó allá por los años de 1798 la elegante y tersa pluma de D. Juan Meléndez Valdés, Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. ¿Verdad que no pasa día ni por la justicia ni por los criminales?

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORANEA

La actualidad es francesa; la actualidad es, no ese agradable señor de sonrisa amena y de inteligente fisonomía, que ha venido á pagar visita á nuestro jefe del Estado, sino el Estado que representa el jefe huésped y visitador de la corte española. La personalidad de Loubet, que no es de las más prominentes, queda eclipsada, y siempre quedaría, por la grande, simpática y universal personalidad de la nación á cuyo frente se halla.

***

Cada español tiene *su Francia;* á cada uno de nosotros nos importa «la nación vecina» por un concepto especial. Y nótese: Francia es acaso la única nación europea que en España les interesa por igual á las mujeres y á los hombres. (Todavía se me figura que les preocupa más á las primeras que á los últimos.) En vano ha querido Londres, y mucho más en vano Berlín, y sin el menor fruto Viena, desbancar á ese fascinador París, meter la hoz en su campo —en su jardín diríamos más exactamente.—La moda inglesa será muy distinguida, muy *ultrachic,* no cabe duda, pero su influencia está circunscrita á aspectos de la vida que aquí sólo con carácter excepcional se presentan. Trajes, rudas y correctas prendas de abrigo, originales sombreros, cinturones, bolsas, calzado fuerte, impermeables, veletes, suits, guantes pespunteados y sólidos paraguas..., todo el arreo inglés riñe con la estatura, las proporciones, los hábitos, los gustos verdaderos, íntimos, de la mujer española. Inglaterra es demasiado caracterizada, demasiado personal, para cultivar, en los productos de sus industrias suntuarias, esa complacencia, esa adaptación al capricho y hasta á la rutina de los otros, de los compradores, que son el triunfo del comercio exportador francés. Toda prenda procedente de Londres nos manda, con imperio, que nos sometamos á una civilización y á unos usos ajenos á nuestro modo de ser.

Francia, en cambio, sabe halagar, sonreír, y su sonrisa es su victoria. Sabe también estudiar los lados flacos de su universal clientela, y de su conocimiento del corazón y los sentidos, de las pretensiones y las ridiculeces, de sus dotes de psicóloga, pende, en gran parte, la seguridad de su hegemonía en infinidad de conceptos.

Y es que, aun tratándose de frivolidades, de naderías, el espíritu de cada pueblo se revela incesantemente, como se revelan las antiguas civilizaciones y edades en el cuño de una moneda ó en los amuletos de un collar; y el espíritu francés, comunicativo y humano, abierto y propagandista, por tales condiciones ha resistido y se ha sobrepuesto á las fatalidades y vicisitudes de la historia, para él duras é inclementes en los últimos tiempos, y ha conservado el primer puesto entre las gentes que por temor á incurrir en impropiedad no llamaré latinas, pero que ni son eslavas ni sajonas.

Hay una misma Inglaterra para la mayoría de los españoles; es decir, hay de Inglaterra una idea uniforme, ó más exactamente, dos ideas contrarias uniformes, determinadas por los modos de pensar en el terreno social, moral, filosófico y mundano. Para unos es un país admirable y que debe imitarse incondicionalmente; para otros, un país tedioso, hipócrita y rapaz, del cual sólo puede venirnos aburrimiento y pérdidas de territorio. No sucede esto con Francia. Su *idea* es compleja; en la admiración que puede tributársele, entran más restricciones; en las censuras que se le dirijan, mayor suma de indulgencia, sin acritud. Y es que con Francia estamos identificados, y la vemos con la visión complicada y varia que brota directa de la realidad, la cual desde lejos parece una y de cerca se matiza con infinitos tonos, se quiebra en miles de líneas y adopta innúmeras y ricas formas. Es que Francia tiene para cada cual su imán ó su aguijón, é interesa hasta á los que de ella dicen pestes, á esos severos españolistas de ocasión, que reniegan de la influencia parisiense en todo—verificándose así lo que dice un notable escritor argentino, Carlos Octavio Bunge, en su última obra, que el odio ó la contraposición entre pueblos es también lazo, y lazo acaso más fuerte que el amor.—En efecto, la cólera de España contra Francia, provocada por la invasión, las diatribas y homilías contra todo lo francés, lejos de aislarnos, nos han unido. Lo que discutimos existe..., lo que condenamos existe.... y no es una de las ironías menos delicadas del destino humano que afirmemos por medio de la negación y nos compenetremos íntimamente con lo mismo que maldecimos.

***

Para el gobernante español, Francia es el problema de Marruecos; para el monárquico, una República estable que mirar de reojo; para el republicano, una República que presentar como ejemplo; para el socialista, un país donde hay ministros socialistas, que practican hasta donde pueden lo que profesan; para el artista, la Meca del arte contemporáneo, adonde delieran ir en peregrinación, y no á Roma, los que empiezan á iniciarse; para el escritor, el pensador, el intelectual, el foco de las tendencias nuevas, el manantial de los grandes ríos, el campo de batalla de las encontradas escuelas, el horno donde se caldea el pensamiento; para el fabricante, el negociante, el vendedor, el industrial, objeto de estudio y base de operaciones; para el *sportman,* fecundo vivero de novedades; para el periodista, templo del género: para la coqueta, arsenal de sus armas, pertrechos y municiones; para el enfermo, esperanza de alivio; para los que se casan, el lugar donde se ferian los equipos elegantes; para el gastrónomo, el lugar donde se ha refinado la sensación del paladar y perfeccionado la cocina; para el botánico, el floricultor, la tierra donde se crían las flores más extrañas y preciosas y las frutas más exquisitas; y en fin, hasta para los devotos, para el comercio de objetos de piedad, es Francia quien surte de modelos el mercado; por eso sería curioso demostrar cómo las cosas más tradicionales no son las menos sometidas á la insensible é inevitable ley de la moda, «deidad voluble,» decían hace unos treinta años, pero que no es voluble en no moverse de su santuario de París—ese París laborioso, activo, amable, siempre ansioso de repartirse y entregarse á los demás pueblos y gentes del mundo.

Francia es todo esto, y algo más todavía, porque es la constante maestra y guía de nuestra desorientada mentalidad, sin fuerza para abrirse rumbos suyos, genuinos. Por eso he dicho que, no á la personalidad de Loubet, sino á la nación que transitoriamente rige, hay que atribuir el entusiasmo, cuando menos la curiosidad benévola y ansiosa por esta visita despertada.

***

De Francia y de París también; de su influjo omnilateral en las nuevas costumbres que van consolidándose, procede el fasto, suntuosidad y buen gusto con que hoy se engalanan los cementerios urbanos, á imitación del famoso y antiguo Père Lachaise, que está rodeado de tiendas, barracas y almacenes atestados de objetos cuyo destino es demostrar que se acuerdan de los muertos los vivos, que les consagran incesante y nostálgica memoria. Al ver tanta corona de siempreviva amarillas y morados pensamientos; tanta cinta ancha de rica seda, con inscripciones en altas letras de oro; tanta lápida de labrado mármol ó pulido bronce; tanta variedad de panteones y cenotafios góticos, románicos, neogriegos, ¡hasta modernistas!.., tanto busto, tanta estatua, tanto cuadro encristalado, tanto arbusto, tanto césped, tanta flor..., me ocurre dudar si es ahora más profunda la añoranza por los seres queridos, que en los tiempos en que se les tributaba únicamente el sufragio de las misas y las oraciones...

¿Quién podrá aquilatar esto? ¿Quién será capaz de averiguar á punto fijo si entra en el culto de los muertos más la vanidad y amor propio, ó rutinario instinto de seguir los usos generales, que ternura y pena por los que se han ido? Probablemente cada lápida guarda una historia; muchos mausoleos una ironía; infinitas inscripciones una mentira, y algunas coronas un contrasentido extraño. Este moderno culto de los muertos implica un progreso en las costumbres, sin embargo; los cementerios bien cuidados y floridos consuelan de la eterna soledad de los difuntos, antes abandonados entre jaramagos, ortigas y malvas, como están todavía en los cementerios rurales, que producen una impresión melancólica, tal vez más genuinamente fúnebre y, cuando la naturaleza quiere, cuando viste de verdor intenso los matorrales y hace brotar flores á millares en el suelo, acaso más poética.

Lo positivo de esta consagración de los mortales despojos, es que, como todas las complicaciones y extensiones del lujo, sirve para que mucha gente se gane el pan. Múltiples industrias han adquirido vuelo con tal motivo. Arquitectos, floristas, escultores, jardineros, broncistas, faroleros, hallan lo necesario en este ramo de lo superfluo. Superfluo, sí, al menos así lo cree el pueblo, que no se explica tanta riqueza invertida en amueblarles la casa á los que ya ni sienten ni padecen... Se lo he oído á una vejezuela, la víspera de un día de Difuntos, en el campo santo: «¡Tanto adorno, tanto adorno en las sepulturas! A los muertos no les importa el adorno...» Y después, en voz rencorosa, añadió la vejezuela: «De vivos andarían con muy buena ropa y en sus buenas viviendas... Y luego querrán ir al cielo...» No pude menos de fijarme en cómo vestía la anciana. Una chambra desteñida y rota, un pañuelo de punto lleno de agujeros atado al talle, una falda muy usada, de lanilla, un delantal sucio, unos zapatos que no ajustaban al pie, zapatos de hombre, probablemente despojos de su borracho de marido... Y luego consideré que era un día de noviembre de los más agrios y cortantes, y el cierzo del Norte nos estremecía como un soplo extramundanal, á aquella hora misteriosa y doliente de la puesta de sol cercana... La vejezuela encontraba que su pena suerte no tenía otra compensación posible sino irse al cielo, gozar del cielo á cambio del mucho frío, del doble frío de las carnes desabrigadas y amoratadas y el estómago flaco, sin nutrición bastante para darle calor de vida...

Y me puse á pensar en la probable biografía de aquella vejezuela, que no encontraba aquí la clave de los dolores y los sufrimientos humanos. Sin duda en su juventud había labrado la tierra, trabajado en la Fábrica de cigarros, hasta que la maternidad frecuente deformó su cuerpo, las lactancias debilitaron su organismo, las privaciones lo minaron, y vino la miseria, y vino el hospital. Y al salir del hospital, ya envejecida, los hijos se colocaron, ó emigraron, se atendieron á sí mismos, no volvieron á auxiliar á su madre; fué preciso volver al remo, sin fuerzas ni salud para que dé lo preciso para vivir; en vez del alimento se impuso el aguardiente; la labor era la de «asistenta,» que tiene todos los inconvenientes y ninguna de las relativas seguridades y ventajas de la domesticidad: los achaques interrumpieron frecuentemente el trabajo, y un día, aquel espíritu limitado, de mujer tosca y ya desechada, de barredura social, se planteó el terrible problema de nuestros destinos, se preguntó por qué había sido engendrada, por qué había venido al mundo, para sacar en limpio que hay cielo, que tiene que haber cielo, y que los maltratados, los humillados, los miserables, serían razón suficiente de que lo hubiese, á no existir ninguna otra...

***

Y allá se quedaba el cementerio iluminado, florido, lleno de coronas rozagantes, de gente de buen humor que había merendado..., y allí se quedaba también la vieja, filosofando sobre el coste de las lápidas, de la cera, de los mármoles sepulcrales, de las rejas doradas y de los faroles encendidos, para deducir su profesión de fe: los que aquí sufren... serán consolados arriba.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las últimas noticias de trascendencia de «la vida contemporánea» vienen de una costa—si no precisamente inexplorada, nunca bien estudiada en sus asechanzas y peligros—que aquí conocemos con el sugestivo y dramático nombre de *Costa de la Muerte*.

Traidores bajíos y acantilados recios; bancos de arena que encubren escollos formidables; súbitos precipicios y no sospechadas emergencias; rocas que muerden, que destripan brutalmente las embarcaciones; ensenadas caprichosas, que parecen recortadas por juguetona tijera de niño; cabos tan atrevidos como el de Finisterre, semejante á luenga garra de monstruo extendida para asir las olas..., eso es la fúnebre costa que acaba de tragarse, en menos de una hora, quince millones de pesetas, devorando uno de los contados barcos de guerra presentables que poseía la malhadada España.

***

La escuadra se encontraba fondeada en la ría de Muros. ¡Oh! Una escuadra muy reducida, muy modesta, la pequeña escuadra que confiesa con lisura que nuestro poder marítimo, si algún día fué efectivo, es hoy sueño de sueños... Entre esa escuadra, último residuo de tantas aspiraciones, tantas empresas y tantas leyendas históricas, figuraba el *Cardenal Cisneros*, bonito crucero, no comparable á los terribles grandes acorazados modernos, pero, así y todo, hermoso barco de combate. Al salir de la ría, separóse el *Cisneros* del resto de la escuadra. Se dirigía al Ferrol, á desembarcar gente de marinería, que en diciembre daba por cumplido su servicio. En alta mar, el crucero haría ejercicios de tiro de cañón. El resto de la escuadra continuaba á Vigo.

En Muros había sido acogida la escuadra con el regocijo que siempre determina la llegada de buques de guerra á los pueblecitos de la costa. La escuadra compra víveres y paga generosamente; oficiales y marinería animan con su presencia las calles, son tal vez el amor, seguramente la alegría que pasa. La banda de música de la escuadra alboroza los paseos; visitar los barcos es una partida de placer, que las familias se permiten y con la cual sueñan las jóvenes. A bordo los visitantes son acogidos con la más exquisita cortesía y las más galantes atenciones; porque yo no sé á qué atribuirlo, pero es lo cierto que nuestros oficiales de marina, en este particular, superan á los del resto del mundo, extreman como nadie la gravé y delicada urbanidad, cuya tradición, entre ellos, no se pierde. El Ayuntamiento de Muros, pues, no quiso quedarse atrás, y ofreció un *lunch* á los marinos de la escuadra. Los barcos encendieron sus magníficos reflectores y proyectaron sobre la bahía fantásticos rieles luminosos. Fueron, en suma, un día y una noche de fiesta, de cordialidad, de goce; y cuando los barcos, á la mañana siguiente—una mañana radiante y tranquila,—zarparon del puertecillo, el Ayuntamiento en corporación y mucha gente sin cargo, fletando un vaporcito, acompañaron á la escuadra hasta mar adentro, agitando pañuelos, trocando saludos, despedidas y votos por el próspero, felicísimo viaje.

***

¿Cómo temer nada, en efecto? En el mar, se teme cuando el viento muge furioso, cuando las olas, gigantescas, verdes, encrestadas de espuma, suben á desafiar al firmamento, cuando la resaca entona las estrofas de su pavoroso himno; se teme cuando la noche aumenta la tristeza de las largas travesías, cuando el rayo desgarra lívido la nube, cuando la neblina gris, densa, confunde y borra los términos del horizonte; pero á las horas claras y frescas de la mañana, con la mar tendida como tapete azul, el cielo despejado y limpio, la costa visible y recortada por el ligero espumarajo que la bate..., ¿qué recelo puede existir? No cabe augurar sino lo más grato, la navegación riente, favorecida por los dioses, cuya benigna señal aplaca el Ponto y encierra en la caverna coliana los vientos irritados.

***

Muy pocas horas después, al mismo puertecito de Muros, cuyas hijas son en Galicia por su belleza famosas, comenzaban á arribar pálidos náufragos medio desnudos, con el terror todavía pintado en el semblante. Eran aquellos que ayer charlaban, cortejaban, fraternizaban; eran los salvados al hundirse el crucero, sepultado para siempre en los bajíos de *Meixidos*, uno de esos lugares malditos donde la muerte acecha más cuidadosa. Un vapor remolcaba lanchas y botes atestados de náufragos, y la noticia corría: el barco, total é irremisiblemente perdido; la tripulación, intacta, sin que faltase un solo hombre de los quinientos veintidós que componían la dotación del *Cisneros*.

***

Del mal el menos..., pero aun así, el daño es espantoso. Y la gente se pregunta: ¿es que nos persigue un sino fatal? La niebla ha costado á Inglaterra, en estos mismos lugares, buques y vidas; pero la niebla, la cerrazón, la tormenta, pueden explicar el siniestro. Aquí no había sino luz y calma. ¿Se ignoraba la existencia de ese bajío? No se ignoraba, no podía ignorarse, afirman los diarios locales de la capital de Galicia, que han enviado sus corresponsales *ad hoc*, desde los primeros instantes, en busca de información amplia y concreta. Aunque los bajíos de Meixidos no estén marcados en las cartas hidrográficas con rigurosa exactitud y precisión, aunque éstas no determinen la longitud de la restinga, sábese de cierto que allí está el peligro embozado, enmascarado, más insidioso por lo mismo, y si los patrones de lanchas pescadoras de escaso calado lo conocen y lo evitan, con más razón debe evitarse en el rumbo de un buque de gran calado, de un crucero como el *Cisneros*.

Esto encuentro en la prensa, y una gran melancolía cae sobre mi espíritu... Las versiones recogidas por el diario *La voz de Galicia* son para contristar el ánimo, apocado ya por tantas y tan continuas tribulaciones nacionales. Según estas versiones, que ojalá se desmientan, el *Cisneros* fué á Muros sin objeto, puesto que no iba á seguir hacia el Mediterráneo como los demás buques de la escuadra; y teniendo que volver al Ferrol seguidamente á repararse, tomó en la capital del Departamento mil toneladas de carbón, que hubiese necesitado descargar de nuevo al entrar en dique. Habiendo de estar en el Ferrol dos meses reparándose, no urgía aprovisionarse tanto de combustible, el cual ha venido á aumentar la pérdida originada por el siniestro. Esto, al pie de la letra casi, dice el diario local. Y añade que los pescadores de la costa hicieron al crucero reiteradas señales para que no se aproximase á la fatal restinga, y únicamente se tranquilizaron creyendo que iba á bordo el práctico mayor, conocedor de la costa. El práctico no iba, y el crucero, con su tripulación entregada apaciblemente á operaciones de baldeo y limpieza, filaba con gallarda marcha y rapidez hacia el abismo...

***

Sin que nunca se haya podido averiguar ni el más mínimo detalle acerca de cómo fué; sin que ni un resto, ni un despojo, ni una tabla, ni un cadáver de tal procedencia hayan sido escupidos por el mar; con todo lo trágico del misterio y todo lo sombrío del silencio, perdimos el *Reina Regente*, un pedazo de España, del cual no ha vuelto á tenerse la menor noticia. Y ahora, sin explicación, de una manera insípida, absurda, perdemos ese crucero, el *Cisneros*, y con él las últimas chispas de ilusiones, aspiraciones y anhelos que en algunas almas, por desgracia pocas son acaso á un mismo tiempo, quiméricas é indestructibles.

***

Los jefes del *Cisneros*, la prensa nos lo dice también, figuran entre lo más lucido y calificado de la Armada española. El capitán, D. Manuel Díaz Iglesias, lleva cuarenta años de servicio, y la mayor parte en el mar, en largas navegaciones. Acaba de ser jefe de la Comisión naval de España en Londres. El segundo de á bordo fué segundo jefe de la comisión hidrográfica del *Urania*, encargada de rectificar las cartas marítimas haciendo constar en ellas bajos, escollos, sondajes... Toda la oficialidad del desventurado crucero se nos presenta revestida del prestigio y la respetabilidad que dan los años, los servicios, la práctica... Al reconocerlo, no se amengua la pena sentida por el desastre, antes parece que se aumenta con la contrariedad de lo injustificado, de lo que semeja mueca del destino, encarnizamiento de la mala sombra de nuestro país.

***

Todas las naciones pierden barcos; pero se preocupan infinito, como importaría preocuparnos aquí, de disminuir las contingencias y de prevenir los casos en que tan dolorosos sucesos pueden acaecer. Ahora nos están apercibiendo con buenos modos, y muy perentoriamente, Inglaterra y Alemania, para que guarnezcamos nuestras costas de faros, de señales luminosas, de abalizamientos, cosa que, en primer término y por un orden natural, nos conviene á nosotros mismos; y la realizaremos si se realiza, merced á estímulos extraños. La imprevisión, el descuido, cierta indiferencia ante el peligro propio, son cosas muy características de nuestro modo de ser. Y no falta quien, apelando á una filosofía propia del ilustre y venturoso doctor Pangloss, sostenga que en el fondo así nos va muy bien. Porque nos libertamos de infinitas ansias y cavilaciones, y á la hora de dar cuenta de nuestros actos al Criador, ¡pch!, todos iguales, los que se han desvelado y los que se han dormido...

Al fin la vida se acaba, todo es vanidad de vanidades, y el caso es tomar el dulce sol, sentarse en un banco á ver pasar la gente, y si acaso, entrar en el café á discutir amigablemente, entre el humo del tabaco...

***

Una nota consoladora es el comportamiento acertado, la singular presencia de ánimo de los dos maquinistas. Su maniobra, en el momento supremo, salvó las vidas de los tripulantes. Si no da pronta salida al vapor, y no cierra los compartimientos estancos, retrasando así la convulsión de agonía del buque, permitiendo organizar el salvamento, el *Cisneros* se hubiese colado en un abrir y cerrar de ojos, tal fué de horrible y hondo el desgarrón abierto en sus entrañas por la garra feroz de la roca, la *uña* de hierro del escollo...

Dos hombres dueños de sí ante el caso tremendo é inesperado; dos individuos que, envueltos en llamaradas, cegados, ensordecidos, no vacilan, no tardan en cumplir órdenes ó en tomar iniciativas..., bastó para que no haya llanto y duelo en los hogares, para que las proporciones del desastre sean muy distintas de lo que pudieron ser... Lección elocuente, y de seguro desaprovechada por nuestra inercia y nuestro escepticismo, que nos hace dudar hasta de lo más alto que existe en lo humano, la voluntad heroica, de la cual todos somos capaces, el cumplimiento del deber sin desfallecimiento de un minuto, que á todos obliga...

***

Esos maquinistas—si son ciertos los relatos que testifican de su loable conducta—merecen, no cruces, ya sabemos cómo y por qué se dan, ni ninguna otra recompensa de las que vemos prodigadas con verdadero desconcierto..., sino una distinción muy rara: merecen ser *españoles*... de aquellos de antaño.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

temas de asombro y admiración en la magnífica metrópoli, en su civilización enteramente moderna.

***

Sin embargo, el mundo verdadero de cada cual es el que lleva dentro, y el contraste entre ese mundo y las novedades y sorpresas de los viajes, suele hacer más intensa la vida interior de las pasiones—nobles ó criminales, pero pasiones al cabo.—Emprende Agustín Acuña, lleno de esperanzas y proyectos, el viaje de vuelta, en compañía de su hija y de su mujer; y en el mismo puerto de Vigo, donde desembarcan, les espera ya el galán, el Bernardino Pérez, y conciertan, sin dilación alguna, el envenenamiento de Agustín, al cual, antes de transcurridas veinticuatro horas de sentar el pie en tierra, dan en el chocolate la primer dosis de arsénico, que no le mata, siendo necesarias otras tomas, reiteradas durante quince días. A los quince días sobreviene el desenlace, y Agustín Acuña desaparece, testigo y juez importuno, que podría pedir cuentas de la venta de sus fincas, y que deja su caudal en manos de las envenenadoras.

***

Y aquí está lo enorme de tal crimen y lo que le sitúa entre los atentados sin nombre, que parecen desmentir todas las leyes de la psicología. La mujer infiel y dilapidadora suprimiendo al marido en quien ve un estorbo y un peligro, es ciertamente una fiera, pero no un monstruo. Lo fatídico empieza cuando vemos á la propia hija de la víctima tomar parte activa en el crimen, ayudar, durante medio mes, á acelerar la agonía del padre, saturándole de veneno el alimento, contando sus torturas, ofreciéndole, en vez de medicinas y caldos, servidos por mano cariñosa, el polvillo blanco que ha de abrasar sus entrañas... Este fué el crimen de la célebre marquesa de Brinvillori, de quien se dijo que no había hecho otro tanto Locusta. Y este crimen de corrupción, de descomposición, de gangrena, lo encontramos en este medio ambiente de rincón poético, de florida aldehuela en la Concha de Vigo.

***

He dicho mal: no cabe comparar á la envenenadora de París, en el siglo XVII, con la envenenadora de Comesaña, en el siglo XX. Porque hay una circunstancia en esta última que no encontramos en la sentimental y pervertida marquesa. Y esta circunstancia agiganta el carácter siniestramente decadente del crimen de las dos mujeres—Teresa Alvarez y Dolores Alonso.—Al poco tiempo de enterrado su padre con las vísceras repletas de arsénico, la hija—no la madre, como pudiera creerse, y como sería lógico, dentro del desarrollo de este crimen,—la hija, la auxiliar en la tarea de envenenamiento, contrae matrimonio con el mismo Bernardino Pérez, el amante de su madre.

***

¿Verdad que este *affaire* es de los que no se ven por ahí á cada paso? Al fijar en él los ojos, nos parece penetrar en los limbos, en las gehenas y mazmorras sombrías donde el sentido moral y el afectivo no han logrado hacer entrar nunca un débil rayo de su luz. ¿Qué hay en el alma de esa mujer que se concierta con su madre para suprimir á su padre, no en un rapto de cólera, sino á sangre fría, y prolonga medio mes la faena parricida (única verdadera parricida, que el crimen de la esposa no es *parricidio* sino por figuraciones del lenguaje), y logrado el inicuo fin, va al altar con el que ha sido amante de su madre por espacio de cuatro años? ¡Ay del novelista, ay del dramaturgo que tratase del asunto, que se atreviese á llevarlo al libro y más aún á la escena! Se le acusaría de calumniar á la naturaleza humana; se le trataría de impostor.

. . . . . .

Escrito lo anterior, sobre la base de los artículos unánimes de la prensa diaria, leo que los acusados han sido absueltos... Pongamos que he bosquejado una novela, más negra que *La Terre*, de Zola, y alegrémonos si tanta maldad no fué probada.

***

Mucho se ha hablado recientemente de los voluntarios catalanes. Su presencia ha electrizado á Madrid, que en cuanto á pueblo hospitalario y obsequioso no deja nada que desear. Yo confieso que me explico este entusiasmo férvido, esta especie de alegría vehemente que ocasionó la presencia de los gloriosos restos de una legión insigne. Fueron los triunfos de la guerra de Africa los últimos de que España pudo jactarse. Desde aquella fecha, ni hubo caudillo cuyo nombre pudiésemos colocar al lado del del *Gran Cristiano* y de Prim, ni cesamos de sentir en el alma el dolor de las decepciones, crónicas y mortales.

Es justo, por otra parte, agasajar y recibir en palmas á los que, un día dado, escribieron una página honrosa, y firmaron lo escrito pródigamente, con su sangre. Encuentro muy bien lo que se ha hecho para festejar á los voluntarios—banquetes, subscripciones, brindis, finezas—y únicamente quisiera yo que no se perdiese la lección histórica que esto envuelve. *Lección probablemente contraria á lo* que muchos creen ver expresado con tal recibimiento á los supervivientes de la campaña de los Castillejos y Tetuán. Estos venerables héroes nos dicen que todo el valor, toda la abnegación, todo el arranque brioso de una raza, se esteriliza cuando no asisten otras condiciones y un sentido general de aprovechamiento de fuerzas y de sana dirección nacional hacia la cultura, hacia el progreso, hacia el porvenir. ¿De qué sirvió el gesto bello y generoso de tantos valientes? ¿De qué sirvió? Vencimos, sí., pero nación mejor organizada, sólida, consciente, nos quitó el premio de la victoria, recordándonos inmediatamente que nuestro engreimiento patriótico necesitaba apoyarse en fuerzas perseverantes, en firmes cimientos de dinero, civilización adelantada y sentido práctico, en todo lo que nos faltaba entonces y ha seguido faltándonos. Admirables son los veteranos de Africa, pero su casta no se ha acabado, y obscuramente, tristemente, en posteriores guerras (donde ni siquiera pudimos, como en la de Africa, entonar himnos de victoria), es seguro que millares de españoles se han inmolado heroicamente por la patria; y estas energías y estas virtudes—así lo creía el gran Cánovas—se pierden en la nación que no aprovecha y vuelve en frutos esas flores sangrientas de los campos de batalla. Se pelea y se muere por algo, no por capricho, no por alarde; se pelea y se muere en altruista sacrificio, y no hay nada tan doloroso como pelear y morir en vano... Aquí hay valor, ¿quién ha dudado de eso? Lo hay hasta el derroche; lo hay como hay margaritas en el campo y conchas en el mar... ¡Ojalá que ese repuesto, ese tesoro guardado en las entrañas de la raza, produzca lo que producir debe, bien dirigido, bien administrado, y no arrojado á puñados, como simiente en roca, sobre los calenturientos brozales de las manigua!

***

¿Será en efecto un invento maravilloso y que nos honre ante Europa el del *telekino*? El espectro de Peral parece surgir de las nieblas del pasado siempre que de inventos se trata aquí. Aquel amargo desengaño nacional, después de aquellas esperanzas é ilusiones tan ardorosas, nos ha dejado un pozo de recelo que fácilmente sube á la superficie. ¡Nos alegraríamos tanto de equivocarnos en nuestras inquietudes! La personalidad del Sr. Torres Quevedo, inventor del *telekino*, abona de antemano la seriedad de sus inventos y la eficacia de sus arrestos. Es hombre de merecimientos y autoridad innegable. He aquí cuanto cabe decir, mientras no recibe el invento la consagración de los científicos.

***

La nota triste es el fallecimiento de la duquesa de Villahermosa... No hace muchos meses hablaba yo en estas crónicas de ella y de su espléndido regalo á España, de ese retrato, uno de los más perfectos y sorprendentes de Velázquez, que una nación opulenta había intentado adquirir cubriéndolo de oro, y que la ricahembra destinó al Museo del Prado, donde pronto se admirará.—La duquesa de Villahermosa, la bella Carmen Guaqui, sentía ya entonces el peso del mal misterioso, de la neurosis que acaba de tener fatal desenlace en aquel mismo *chalet* del Prado donde me parece verla ofreciendo el te con tan señorial y dulce cortesía. Buscaba vida entre los pinares y los brezales del monte, en el puro y balsámico ambiente del Real Sitio, y acaso la prolongó un poco, á fuerza de precauciones; pero se veía exhausto su organismo, atacadas, en ella, las fuentes del vivir... Y lo decía con su grata, plateada voz: «Estoy muy enferma...» Mujer de singulares condiciones, patriota y aristócrata de viejo cuño, el impulso, en ella, era elevado y poético... Descanse en paz de sus sufrimientos y conservemos de ella la más cariñosa memoria.

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se juzga en Vigo un crimen de los más negros, que reviste los caracteres todos de los crímenes de decadencia y corrupción profunda, y sin embargo ha sido perpetrado por mujeres de humilde clase, en el rincón de pacífica aldea de un país risueño como ninguno.

***

Uno de tantos gallegos laboriosos emigra á Buenos Aires, dejando aquí á su familia, mujer é hija. No se va para no volver: al contrario, lleva, como casi todos, el propósito y el anhelo de regresar en el más breve plazo posible, con el modesto peculio que para los aldeanos representa la dorada medianía y la vida asegurada y venturosa. Se prolonga la separación: no es Agustín Alonso, que así se llama el emigrante, de los que rápidamente triunfan, sino de los que poco á poco y con paciencia bovina van juntando su capitalito. Y mientras él se afana, entregado á algún sórdido trabajo, confundido entre la multitud de hormigas emigradoras, se traban relaciones estrechas entre su mujer y uno de esos gallos de corral, hombres de manos ociosas y retorcido bigote (los periódicos publican su retrato) que la fascina hasta el punto de persuadirla á venderle todo el pequeño patrimonio del ausente, mediante la entrega, probablemente imaginaria, de insignificante suma. Yo he visto, en mi propia aldea, que estos emigrantes, que sólo desertan el hogar para allegar medios de sustentarlo, dan plenos poderes á la esposa, que queda encargada de mantener encendida la llama del sacro fuego, y ellas disponen y ellas venden y ellas compran (generalmente lo último, porque el emigrante les envía cantidades para adquirir un poco de tierra, de la tierra tan amada).

El tiempo se le hacía largo, entre tanto, al trabajador; la soledad pesaba á su espíritu, y habiendo reunido ya algunos miles de duros, deseoso de liquidar y retirarse á vivir descansando de la ardua faena, quiso antes que su esposa, que su hija, conociesen el país nuevo y floreciente en que se ganan el bienestar. Giró fondos para el viaje, y Teresa Alvarez, con la joven Dolores Acuña, salieron hacia Buenos Aires y allí permanecieron quince meses, durante los cuales es de creer que encontraron no pocos

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea de establecer las clases de cocina en algunas Sociedades de Madrid—creo que al Centro Gallego corresponde el honor de la iniciativa—hace pensar en la importancia que va adquiriendo esto del bien guisar, forma del refinamiento que en todos los aspectos de la vida penetra y se impone. Hojeando ayer el primer libro de cocina que se conoce, el famoso *Nola*, curiosidad bibliográfica contemporánea de la reconquista de Granada y del descubrimiento de América, por la cual es fácil inferir los *menús* probables de Fernando el Católico y de Carlos V, todavía encontraba más patente el adelanto que en eso, como en todo lo referente á la vida práctica, llevamos sobre nuestros antecesores. No es que comamos más en cantidad, ni aun en calidad de manjares; es que los manjares se aderezan con mayor cuidado, primor y gusto; que son más variados y discretos; que la repostería y la confitería, el arte de las salsas y los jugos, han hecho progresos incalculables; que se sabe ordenar y disponer una comida con arreglo á preceptos higiénicos, fisiológicos y racionales antes desconocidos, y que el cosmopolitismo, con sus sorpresas y recursos, ha enriquecido los recetarios, antes limitados á lo usual de cada país.

***

Hoy, con amplia libertad, se asocian en la lista de un almuerzo ó comida el *curry* indio, el *oxtail* británico, el pollo «á la Marengo» históricamente francés, los salmonetes con piñones del Mediodía de España y la ensalada rusa. Hoy, si entra capricho, se une á todo esto un *zambaglione* italiano, una sopa de cerveza alemana (con el *oxtail*, son dos sopas) y un arroz de carnero á la marrueca. ¡Y no se queja nadie! En esto, como en todo, la libertad ha ensanchado los dominios del gusto, y ha multiplicado los goces y las exigencias de la humanidad.

En España, por ejemplo—si no mienten las indicaciones y datos que suministran la literatura y la historia—se comía, no sólo durante la Edad Media, sino en las épocas más recientes de los Trastamaras y los Austrias, con una sencillez muy parecida á pobreza y desaliño. Sancho García, el conde de Castilla, al dirigirse á su escudero trinchante, le pide que haga lonjas de un «magro tasajo;» y podemos suponer los perfiles que gastaría para su comida la Católica reina, en constante viaje al través de sus Estados. Por bien surtidos que llevase los reposteros de jornada, no cabe duda que faltarían infinitos pormenores para su regalo; pero Isabel no debió de ser nunca esclava de los goces de los sentidos, y antes poseía y ejercitaba la virtud de la sobriedad, que facilita y hasta ennoblece el existir. No podría decirse otro tanto de su nieto, el César Carlos V. Era éste un verdadero goloso, y acaso también se le pudiese llamar *glotón*. Porque, aun hallándose enfermo de la gota, padecimiento que se embravece con los excesos del comer, no renunciaba el héroe á los manjares suculentos y estimulantes, por consecuencia, favorables á su mal. Las aceitunas aliñadas con picante dentro; los embutidos de Alemania y de España, salchichones rosados y butifarras grasientas; los peces fuertes, carnosos, como el rodaballo, puesto en escabeche; las ostras en barriles; el jamón ahumado: todo lo que aviva la sed, reseca el gaznate y estimula el paladar, lo hacía venir el César desde muy lejos, no ya cuando ejercía la suprema autoridad y ganaba batallas, sino cuando, retirado en sus soledades de Yuste, debiera creerse que se hallaba contagiado de ascetismo. Los físicos seguramente no le recomendaban tal régimen, porque aun cuando los conocimientos no fuesen entonces tan extensos como ahora, la parquedad y templanza es de las nociones más antiguas, y moralistas y médicos, desde Hipócrates, condenaron la gula.

Hoy no se hubiese conformado el gran emperador con manjares que huelen de una legua á hostería flamenca ó á colmado andaluz, ni con los vinos correspondientes, y reclamaría, de seguro, listas complicadas, creaciones de cocineros sublimes, en que la gradación hábil de los sabores, el crescendo de la sensación, previenen la fatiga del estómago (al menos momentáneamente), y le entonan y deciden á la proeza que debe realizar. Hoy un negociante, un clubista, un señor algo acomodado, gusta y paladea lo que desconoció el dueño del mundo, cuando ya no conocía más placer que el gastronómico.

***

La clase media, en España, hace un cuarto de siglo, comía tal vez abundante, pero tosco, sin gracia, sin inteligencia alguna. En el menor detalle se comprendía el atraso. No se tenía idea de los delicados entremeses que ahora figuran en los grandes almuerzos; no se sabía entreverar los platos, alternar las legumbres con las carnes y las aves, afinar y aligerar la repostería. En la época á que me refiero, los manjares eran muchos y buenos; sobraban excelentes pescados, cebadas gallinas, lucios capones, orondos pavos; no faltaban codornices ni perdices en invierno, ni frutos sazonados, ni carnes jugosas; pero todo lo deslucía la manera de sazonarlo, el estilo de presentarlo; faltaba el arte, la medida, el camero, el sentido de la armonía, el don de quitar lo que sobra y poner lo que hace falta, condiciones del cocinero moderno, que es un artista.

***

Para comprender hasta qué punto hemos avanzado en esto de comer esmeradamente, hay que pensar en una golosina muy deliciosa y hoy muy común; á saber, el helado. Yo recuerdo tiempos en que el helado era una especie de mito. Lo vendían, es cierto, en los cafés..., ¡pero con qué aparato, con qué misterio! Creían las buenas amas de casa de entonces que el helar era ciencia recóndita. No se fabricaba hielo artificial; la nieve se traía á lomo de mulo desde los pozos de la montaña. Y el helado tenía su estación fija, inalterable. Empezaba en el clásico día de Corpus, y terminaba al regresar los estudiantes á sus aulas. El día de Corpus, después de la procesión, cuando las familias regresaban á sus hogares, luciendo los chicos el pantalón de nankín y las señoras el traje rameado nuevo y la capota francesa, el criado se aproximaba sigilosamente, y al oído de su ama bisbiseaba:

—Ahí está *eso*...

Y *eso* era el farolito de metal en que traían, en copas de grueso cristal azul, el *mantecado*, la leche amerengada y la fresa..., esta última, muy contadas veces, en el corto plazo de producción de la fragante fruta; pues tampoco la horticultura estaba entonces en el caso de vulgarizar la fresa de «tres estaciones.»

El helado que con tal solemnidad se anunciaba solía ser detestable. En nada se parecía á los exquisitos refrescos que ahora abundan. Sabía, generalmente, al metal de la heladora, cuando no á la sal que se introducía en el recipiente. Sólo por casualidad, una vez que otra, salía perfectamente el helado, tenía esencia y estaba trabado y compacto. Mas su masa fría; no por eso producía menos entusiasmo en los chiquillos, menos regocijo en las personas de respeto, menos asombro y envidia en los vecinos que veían llevar el farolito consabido y quedaban imaginándose el goce de tomar helado, en la tarde calurosa...

Y ahora, cualquier señorita un poco acostumbrada á ponerse el mandilito blanco con moños de color, dirige acertadamente á la modesta cocinera burguesa el «café blanco,» el «perfecto Moka,» el «sorbete de ananas» y aun el «volewsky.» Las barras de hielo se compran al peso; las maquinillas heladoras, modestas en su coste, cumplen á maravilla su cometido; los recetarios dan claramente la fórmula de esos recreos del paladar..., y lo que no disfrutaron antaño los monarcas ni los magnates, está al alcance de los ciudadanos pacíficos...

***

Hemos adelantado también al proscribir los estimulantes y las especias; digo ciertas especias, demasiado insolentes, que se abren paso é imponen su sabor por encima de todos los demás. El clavo, la moscada, el laurel, el tabernario pimentón, la precoz guindilla, están casi proscritos de la cocina moderna. En cuanto al ajo, al ajo meridional, español, no es indiferencia, es odio á muerte el que le profesa la mayoría. Su olor, su sainete, repugnan. Hay que machacarlo, de modo que quede oculto, imisible, es decir, que ni trascienda, cuando es indispensable para un guiso. Verdad que ya, según Cervantes, era en el siglo XVII condimento de villanos. Hay platos nacionales que lo requieren; en Andalucía cierto gazpacho muy refrigerante, sano y bonito, que llaman *ajo blanco* y tiene tanto de ajo como de almendra..., pero no por eso es más recomendable ese condimento, cuyo olor infesta las cocinas y persiste saturando la boca, haciendo difícil la situación de las personas algo urbanas que lo han comido.

También es otro proscrito el azafrán... Y éste no merece, á mi ver, el mal concepto en que se le tiene y la rigurosa interdicción que le aleja de toda cocina selecta. Hay platos que exigen el azafrán: la anguila, por ejemplo, neutraliza su veneno propio—bastante activo, según se dice—con el azafrán, que además le sienta bien, especialmente cuando se ha de servir en pastel ó empanada. La sopa de fideos es mejor con azafrán, dígase lo que se diga... Y en los arroces y paellas, el azafrán no sobra.

La canela ha descendido igualmente, si bien no tanto como la alcarabea, los cominos, las *hierbas* clásicas, substituídas por otras *finas hierbas* francesas, más disimuladas y elegantes. Todo cambia, todo fenece... Nuestros abuelos se chupaban los dedos tras de lo que hoy no toleramos ni en los ventorros.

***

Y he aquí por qué las hijas de familia estudian el arte de Carême y de Brillat Savarin, y por qué la cocina substituye al piano, esa forma de arte burgués y casero, hoy eclipsado ante la sartén y el hornillo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

"Reyes, dibujo de Arcadio Mas y Fondevilla." 1907, n.º 1.506, p. 52.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os interesa la existencia de los niños, esa existencia leve, compuesta de sensaciones ligeras y de alegrías cortas y vivaces, de penas que se borran con la rapidez con que se esparce por el viento el humo de una chimenea, de lágrimas que se secan como el rocío bajo un rayo de sol; esa existencia de la cual quedan apenas rastros, memorias caprichosas de incidentes sin valor, cuando la madurez sella con su sello de plomo las frentes y los corazones? ¿Os interesa la existencia de los niños? Entonces, os interesarán los juguetes.

No creáis que los juguetes no tienen su filosofía histórica. También los juguetes revelan la evolución de la sociedad y las transformaciones del pensamiento. Noto, para señal de que esto es positivo, la decadencia progresiva y ya irremediable de los «soldados,» y el incremento y moda de las mecánicas: automóviles, canoas eléctricas, lanchas de vapor, ferrocarriles, motocicletas, generadoras, dinamos, lamparitas portátiles y otros juguetes científicos, que exigen ciertos conocimientos en el niño que con ellos se ha de entretener. Se ha aficionado también la infancia á las cajitas de pinturas, á las colecciones de lapiceros de color, á los rompecabezas que obligan á tensión mental, las esferitas y mapas, las construcciones en cartón, los libros ilustrados. Y así, el futuro pintor, arquitecto, ingeniero, literato, juega de antemano con los episodios de su propia vida.

A su vez, las mujercitas, sin perder la afición inveterada á la muñeca, han comprendido que esta muñeca, la hija de su alma, necesita vestir, comer y tener una casita confortable..., y las muñecas poseen magníficos *trousseaux*, con encajes, plegados, calados é incrustaciones, como si fuesen novias, y las cocinas de muñecas funcionan y hacen verdaderos guisos, monerías que parecen los *menús* japoneses que describe Loti en *Madame Chrisanthème*, y las casas de las muñecas están provistas de toda clase de enseres, y amuebladas con gusto y refinamiento, y alumbradas con bombillas microscópicas de luz eléctrica, y provistas de agua en los lavabos, de fuego en las chimeneas, de sábanas y mantelerías en los armarios, y las muñecas dan te, y las muñecas convidan á sus amigas á lunchear...

Es así la evolución de los juguetes la misma evolución de la vida moderna hacia el espíritu científico y hacia el bienestar material, hacia el confort y hacia la higiene... y también (con la baronesa Suttner), hacia la paz, ó al menos, hacia el *krack* de la guerra. Esto, y no otra cosa, significa la decadencia de aquellos «soldados de plomo,» de los cuales uno de nuestros dramaturgos de la generación anterior á Echegaray hizo recurso sentimental y fundamental en una de sus comedias más lacrimosas y moralizadoras. Esos «soldados» corresponden á la época en que España ardía en guerras civiles, ó en que el rescoldo mal extinguido de tales luchas sólo aguardaba un soplo imprudente para volver á levantar llama inmensa; en que cada español llevaba dentro un guerrillero en estado de canuto; en que el ideal tomaba forma belicosa, y en que la poesía de la campaña de Africa bullía en los cerebros y en las mentes; y no ya solamente los «soldados de plomo,» con su basecita para tenerse en pie siempre que no los tumbaba patas arriba el azar de las lides, sino otro ejército más barato, de papel pintado, en pliegos chillones, permitía á cada chico tener á domicilio sus huestes, dar batallas incruentas, cargar á la bayoneta, ¡sobre todo á la bayoneta!, y forjarse la ilusión de ser... eso que tanto hace soñar á los niños, y no á los niños únicamente: ser caudillo, ser héroe..., ¡ser general!

Yo los recuerdo, á esos soldaditos de plomo, y hasta no estoy completamente segura de que, á pesar de mi probada ineptitud para el *sport* que representaban, no me hayan regalado algunos, allá en los días de la niñez, cuando hacía furor el drama de Eguílaz... Compartían entonces el entusiasmo de los chicos dos clases de juguetes de plomo, muy candorosos en su hechura: los soldados y los curitas, acompañados estos últimos de sus accesorios correspondientes: viriles, custodias, altares, lámparas, candeleros, candelabros, cruces, imágenes..., todo muy vistoso, muy reluciente y de inverosímil baratura. Hoy no se encuentra ya en las tiendas de juguetería ese servicio religioso, esos objetos cuyo coste oscilaba entre dos cuartos y ocho cuartos—pues no se contaba por céntimos aún;—pero en cambio hoy, á *perro*, dos *perros* y tres *perros* se venden los útiles de jardinería, los chismes de limpieza, los cubos, las palas, los hornillos, los cogedores del polvo, las planchas, los ralladores y coladores, espeteras y hornillas de cocina, mil trebejos que corresponden á las faenas domésticas y á diferentes formas y desarrollos del trabajo humano.

Reflexionad también sobre una innovación al parecer insignificante: sobre las muñecas que maman. ¿No las conocéis? Las hay, cada vez en mayor número, en bazares y tiendas. Hace algunos años no se vendían sino en París.

La antigua muñeca mágica, superior, la que hacía llorar y reír de gozo á las niñas, se limitaba, sencillamente, á decir, en tono llorón y agudo, *papá* y *mamá*. Después se introdujo un perfeccionamiento, ó mejor dicho, se resucitó y difundió un perfeccionamiento muy antiguo (como que se encuentra ya en las muñecas dramáticas griegas y egipcias, ó sea en las marionetas de teatro, y reaparece en los monigotes del retablo de Maese Pedro): hablo de la articulación, la facultad de mover brazos y piernas. Luego, un nuevo hechizo: la muñeca, al colocarla en posición horizontal, cerraba los ojos y parecía conciliar un sueño dulce...

Y el colmo del júbilo de las *mamaítas* de bebés de cartón y porcelana, es la muñeca que mama, que acerca el biberón á su boquita, el biberón cargado de leche, y lo aspira y trasiega el líquido á su estómago, un estómago que no digiere, y del cual vuelve á extraerse el sustento lavando en seguida cuidadosamente la víscera... ¡La emoción de las pequeñas cuando ven que mama su niño!..

Hay en esto una verdadera iniciación en los cuidados maternales. La niña tiene que proceder con exquisito esmero para no dar á su crío leche agria, ni adulterada; lavar y desinfectar la botella del biberón, y atender á que el niño que mama no se manche la ropa...

La que ha tenido un muñeco mamón sabe envolver, fajar, doblar la envoltura; conoce esa *toilette* gentil y complicada del recién nacido; no la cogen de nuevo las tareas que probablemente la impondrá el porvenir.

Al lado de este juguete, tan pedagógico en el sentido humano de la palabra, hay que situar otros en que el remedo de la naturaleza es igualmente realista. La vaca y la cabra que se ordeñan; el mulo que cocea; el funámbulo que ejecuta sus saltos mortales; la bailarina que gira valsando; el borracho que apura el vaso y camina haciendo eses; el borrico que tira de una carreta y trota al natural; la noria y la fuente que vierten agua; el jardincillo con plantas verdaderas y enanos árboles; el canario cantor, juguete que puede valer miles de francos; todo género de aspectos de la realidad, cuyo mérito estriba en imitar... lo que se ve á cada instante, lo que tanto vale que no se compra..., ¡la vida!

Y es indecible la alegría profunda que los juguetes, al pronto, causan á los pequeños. Yo trato de evocar mis recuerdos de los años borrosos, y con la insaciable curiosidad que siempre me ha inspirado mi propio espíritu, pienso en cuáles fueron los juguetes que me alborozaron más, y entre estos juguetes se destaca, en primer término, una locomotora. No era entonces la locomotora cosa vulgar, ni mucho menos. La mía había venido al famoso almacén de Schropp, centro entonces del europeísmo en materia de juguetes en Madrid, y oí decir enfáticamente que otra igual había sido ofrecida, entre los aguinaldos de Navidad, á la entonces princesa de Asturias, hoy infanta Isabel Francisca. A pesar de todo, y de que la locomotora venía rellena de bombones de chocolate, de indudable procedencia extranjera asimismo, á los pocos días fué desbancada por el más basto y pesadote de los caballos de cartón que se vendían en los puestos de la Plaza Mayor—un caballo enorme, el Clavileño de los niños.—Es evidente que entre la locomoción moderna y la antigua, yo optaba por la segunda; es evidente que la tradición me sugestionaba más que la evolución. Y así he continuado, porque, si fuese posible, si no tuviese de su parte el camino de hierro tantas ventajas económicas y prácticas, yo lo detestaría, por la suciedad, por la carbonilla flotante, por el ruido incómodo, por la tiranía de la velocidad uniforme y de la parada estatuída de antemano, reglamentada como todas las cosas antipáticas y vulgares. ¡Un caballo! La imaginación no pedirá jamás un ferrocarril; pedirá un caballo y campo abierto.

Es realmente edad dichosa aquella en que basta á la fantasía un caballo de cartón, embadurnado de ocre, con crines postizas y patas eternamente quietas. Mi caballo de cartón, no sólo me hacía feliz á mí, sino que era objeto de la envidia de todos mis primitos; en cuanto á mis primas, me hubiesen envidiado más una muñeca vestida de raso, con tirabuzones y zapatitos de cabritilla sobre calado calcetín. Ahora recapacito y caigo en que no me han gustado nunca las muñecas. Tuve pocas y se me figura que debieron de ser muy baratas. No cosí para ellas, á pesar de que tuve una excelente maestra de labores, que me enseñó primorosas inutilidades, calados, bordados, deshilados, puntos de toda especie. Las muñecas las substituí con grabados recortados, por medio de los cuales armé un teatrillo en que los pobres títeres de papel representaban... ¿qué? No me acuerdo; improvisaciones, algo que sería de circunstancias, ó que sucedería acaso en regiones completamente desconocidas... Lo cierto es que también aquello era fantasmagoría de mis deseos de asistir al teatro, goce que no siempre se concede á los niños, y menos entonces, en que no era todavía institución el teatro por la tarde... Además, adonde se enviaba á los niños era al Circo, á «los caballitos,» y mi afán de ver otra cosa que saltos mortales y perros sabios, debía de ser aspiración confusa, antes que consciente...

De todo esto me asaltan reminiscencias ante los puestos clásicos de juguetería, tan surtidos, tan pintorescos, de Madrid. Madrid es la población más ingeniosa que conozco para inventar juguetes. Cada día aparece uno nuevo, hábilmente fabricado, y de baratura realmente inverosímil. No se concibe cómo por diez, hasta por cinco céntimos, pueden darse ciertos juguetes bien hechos, sólidos en su modestia absoluta. Estos juguetillos madrileños, en los bazares, se venden mucho más caros; pero en los humildes puestos ambulantes, al aire libre, el *perro gordo* es una suma no diré «respetable,» sino respetada. Y estos juguetes plebeyos tienen gracia, humorismo, un sentido de lo cómico que explica la veta sainetesca de la raza. Son el género ínfimo del juguete, y, como el género ínfimo, encierran á veces sorpresas caricaturales, parodias donosísimas, un desenfado divertido, una variedad inagotable, algo de chulesco y algo de realmente candoroso.

Esta industria da pan á mucha gente en Madrid. Y visitando los talleres en que se modelan, construyen, pintan y visten los monigotes, los *pupazzi* exhibidos en San Isidro y en Pascuas, asombra cómo puede resultar ganancia alguna de tan apurado y mínimo negocio. Sin embargo, es el sustento de muchos seres, obreras y obreros, que trabajan incesantemente para inundar á Madrid de arlequines cascabeleantes, de borreguitos baladores con vedija blanca, de diablotines que surgen de un cucurucho de papel, de *matasuegras* bufonescos, de cangrejos, ratones y gatos que se persiguen, de *nicanores* tamborileros, de todos esos caprichos de la moda pueril, que hacen también sonreír á las personas grandes... Es una razón más para comprar juguetes, para transigir con la ilusión, eterna maga, que envuelve en velos color de rosa la frente de los pequeñuelos

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se ha estrenado en el Real algo viejo y desconocido á la vez para este público: *La condenación de Fausto*, de Héctor Berlioz. Y estábamos como niños con zapatos nuevos, al ver decoraciones también nuevas, y á los coristas con ropa nueva, y el servicio de luz eléctrica puntual y acertado, y todo en orden. Esto, en el primer coliseo de la nación, no sucede todos los días. Allí nos tienen habituados á una trapetería con la cual debiera hacerse un auto de fe, á impropiedades chocantes, á bancos que salen andando solos por medio de un cordel, y á cocoteros en *Orfeo*.

***

Cuando llamo *ópera* á *La condenación de Fausto*, debiera llamarle *oratorio* ó *leyenda*, como lo denominó su mismo autor. Y ahora que conozco la creación del combatido y mal comprendido compositor francés, declaro que encuentro en ella más acertadamente expresado el elemento legendario del *Fausto*, de los *Faustos*, que en las óperas de Gounod y Arrigo Boito.

La condenación de Fausto, en efecto, tiene ese carácter de misterio y melancolía amestral y sublime que poseen las tradiciones y las consejas alemanas. Este francés se ha bañado en el Rhin y ha visto á la Loreley de cabellos de oro. En las canciones de los beodos dentro de la bodega-taberna, hay ecos de las fiestas de los Goliardos y de las orgías luteranas, en que la cerveza engendra visiones humorísticas é irónicas. No creo que exista una página más alemana que todo el acto segundo de *La condenación de Fausto*, con su *canon fugado* que parece hecho de torrentes de espuma blonda de cerveza. En la *carrera al abismo* creemos escuchar el ritmo siniestro de la balada del *rey de los álamos* oprimiendo en sus brazos á la criatura para asfixiarla, y repercute el estribillo terrible de la otra célebre balada: «¡Los muertos van aprisa!» En cambio, todo el acto de las silfides es de una gracia voluptuosa infinita, y desarrolla un tema con la delicadeza penetrante de los *lieds* amorosos de Enrique Heine. Y en el acto primero hay una sugestión de patriotismo heroico realmente estremecedora.

***

Todo ello sucede *como en el alma:* he aquí, á mi juicio, el encanto peculiar de tan atractivas páginas musicales. Las leyendas que, como la de Fausto, expresan, por medio de un símbolo, algo fundamental, algo muy hondo de la vida humana, ganan al ser sugeridas de un modo ensoñador. Lo concreto las embastece, haciéndolas zarzuelescas. Este espesor de las líneas, esta tosquedad de la armazón, se han notado en la obra de Gounod y no tardarán en notarse en la de Arrigo Boito. Tal será la crítica de los espectadores algo refinados que recuerden el poema de Goethe y escuchen su transcripción musical en *Mefistófeles* y *Fausto*. En la leyenda musical de Berlioz asistimos, más que á lo material del curso de los acontecimientos, al efecto que estos acontecimientos producen en el espíritu de Fausto, ese espíritu complejo y profundo, asaltado por las dudas, contradicciones, delirios y ensueños más típicos de la intelectualidad y el sentimentalismo antiguo y contemporáneo. Y por eso la leyenda musical de Berlioz nos dice lo que no nos dijeron las óperas, que vinieron después, que se aprovecharon de las ideas anteriores y las entregaron á la multitud, la cual se ha adueñado de ellas, especialmente de la de Gounod, rebajada ya al nivel de lo ínfimo.

***

La biografía del autor de *La condenación de Fausto* es una verdadera historia de artista luchador, mal conocido y estimado de sus contemporáneos, capaz de todas las rebeliones y probado por todos los contratiempos. Su primer combate fué con su familia: querían hacerle médico, y él se sentía compositor. Vivió en París en la miseria, cantando en los coros de un teatro, dando lecciones de solfeo. Su bohemia fué triste y azarosa: la bohemia obscura, sin gloria y sin pan. Compuso, logró hacer ejecutar sus composiciones; pero el público ó no las entendió ó no gustó de ellas. Y esto continuó sucediéndole aun después de los triunfos, aun después de que Paganini hubo reconocido en él la huella genial. Cuando había producido ya la *Sinfonía fantástica* y la famosa cantata de *Sardanápalo*, vió silbada estrepitosamente, con brutal encono, su ópera *Benvenuto Cellini*. Enfermo y sin recursos, á duras penas recobró fuerzas y energías para defender su sistema musical, las innovaciones que han hecho de él el precursor de Wagner y el émulo de Beethoven. Gracias al maestro á quien trató tan duramente, á quien negó con pertinacia, puede oponer la nación francesa un nombre insigne á los nombres de músicos que enorgullecen á Alemania. Berlioz no obtuvo la consagración de su genio sino cuando decidió un viaje por el extranjero, dando conciertos en las principales ciudades alemanas, asociándose á Mendelssohn y á Meyerbeer, y ejecutando lo mejor de su repertorio ante el emperador de Rusia. No menos se necesitó para que en su patria fuese casi profeta Berlioz; y digo casi profeta, porque es relativamente reciente la justicia que se le ha hecho, justicia póstuma que le distingue de los compositores adocenados que aprovechan, vulgarizándola y desmigajándola, la inspiración ajena.

***

Y (con sesenta años de retraso, pues *La condenación de Fausto* es de 1846) llega á Madrid y se estrena en el Real, completa, tan bella obra. De sus dos primeros actos se hizo repetir mucha parte; el tercero fué *bisé* desde la primer nota hasta la última. Desde el cuarto, la aprobación dejó de ser unánime; hubo quien encontró que la música languidecía. Y como si también la empresa se hubiese fatigado, la *mise en scene* decayó. Aquella habitación de Margarita del cuarto acto parece un portal de Belén, y aquellas sombras chinescas de la *carrera al abismo* son infantiles, lo mismo que la apoteosis final, el rapto del alma de Margarita realizado por unas obleas blancuzcas que reciben el nombre de ángeles. Era difícil que en el Real llegasen hasta el fin sin desmayo en esto de poner como Dios manda una obra. La conformidad del público ante las deficiencias de más bulto y más evitables, tiene dormidos, desde tiempo inmemorial, á los que de esto debieran cuidar celosamente. Dentro de poco, si continúa en el cartel, estará *La condenación de Fausto* que no la conocerá la madre que la ha parido; porque ya ni saldrán llamas cuando deban salir llamas, ni volarán las silfides, ni bendecirá el obispo, ni se hará nada de lo que debe hacerse para mantener la ilusión y poesía que encierran el libreto y la música.

***

Por supuesto que el estreno de Berlioz ha perdido importancia al lado de la noticia de la cogida de Bombita en México. Ante este evento sensacional, palidece no sólo lo que se refiere al arte, sino los mismos sucesos políticos, la ley sobre ataques á la patria y al ejército y las conjeturas referentes á la Conferencia de Algeciras. Largos cablegramas relatan minuciosamente el lance, y no se habla de otra cosa en los círculos de la villa y corte.

¡Ah! Esta es la clave de la discusión que á veces surge en pro y contra de la fiesta nacional. No importa que se den corridas de toros ni que la gente asista á ellas: el mal síntoma es que, terminado el espectáculo, vacío el recinto de la plaza, mudo ya

«el escándalo sonoro
de la caliente y luminosa fiesta,»

continúe la preocupación de lo que á los toros atañe, la obsesión y afán de las corridas pasadas, presentes y futuras, el interés supremo de lo que sólo debiera ser pasajero y rapidísimo—una impresión colorista, una forma de deporte y distracción, algo que sólo interesa, y eso superficialmente, mientras se ve.

No son lo malo los toros, sino el reato de los toros, el pensamiento cautivo en ellos, todas las fuerzas imaginativas y la mal guiada sensibilidad de la raza, acaparadas y absorbidas por lo que á los toros se refiere... Y esto no tiene remedio, ó al menos, no se ve por donde lo tenga. Es preciso, pues, resignarse á que suceda así, y á que el cable, tendido entre ambos hemisferios, sirva para alterarnos y tranquilizarnos cuando un cornúpeto voltea á un matador.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Nadie se preocupa de la Conferencia de Algeciras. Es decir: nadie se preocupa en Madrid. Es probable que en Berlín, Londres y Viena sea en cambio grande la expectación.

Los periódicos ilustrados publican fotografías instantáneas, retratos de los representantes de las potencias, vistas del comedor del hotel, meros envueltos en sus blancos alquiceles, que rebozan sus semblantes sagaces y ladinos, de verdaderos diplomáticos; pero ni por tanta información amanece más temprano; á nadie oigo que pregunte con ansiedad: «¿Y cómo va eso de Marruecos? Y nosotros, ¿qué perdemos, qué ganamos?»

Y es que en los espíritus no cabe la idea de guerra alguna en la cual España hubiese de tomar parte.-La epopeya de Africa, todas aquellas himnodias de la campaña de Odonell y Prim, están más lejos para nosotros que si perteneciesen á la gesta y el Romancero de Cid Rodrigo Díaz de Vivar. No atravesamos, no, un momento belicoso; no tiene nadie, que yo sepa y vea, ganas de emprenderla con nadie á cintarazos.

Un cansancio invencible; un deseo profundo de tranquilidad y de normalidad; un gran escepticismo en política: he aquí la principal característica de nuestra situación moral á la hora presente. Y de la política exterior, ni hablar queríamos. Se dijera que el ideal de España, á la hora presente, consiste en no pensar más que en lo relativo y menudo de la vida diaria, y que todo lo que puede envolver un esfuerzo, un gesto de fuerza, de sacrificio, de previsión, despierta recelos. Amodorrada, fatigada, España de buen grado cedería la primogenitura, si primogenitura le restase que ceder, no por un plato de lentejas, sino por un colchón en que tenderse y un rayo de sol para calentarse y alegrarse.

Esta inclinación á evitar derroches de energía, este alejamiento instintivo de lo que impone actividades vivaces, se refleja en todas las manifestaciones de nuestra vida. ¡Se podría escribir tanto y tanto sobre el asunto, que será mejor no escribir nada; el sermón se perdería entre los remolinos de arena y las secas espinas del desierto! Para definir con pocas palabras tal estado del espíritu, en los momentos actuales, yo diría que atravesamos un período de interés grande por las cosas chicas, y de interés nulo por las grandes cosas.

Obsérvese y se verá confirmado el diagnóstico. Hieren á *Bombita:* interés grande. Se celebra la Conferencia de Algeciras: interés nulo.

Que los españoles residentes en Marruecos no han de ganar nada con la Conferencia, es cosa que se ve venir, que la prensa anuncia y que á nadie sorprende, aunque á nadie tampoco perturbe en la tranquila degustación de la taza de café y en la soñolienta aspiración del humo del cigarro. Los ramos de industria creados por españoles en el Africa acaso reciban con los acuerdos adoptados en la Conferencia golpe mortal, y en casos como este es donde se prueban las ventajas que reporta al individuo formar parte de poderosa colectividad, y cuando se comprende la conveniencia, hasta egoísta, de poseer una patria fuerte y protectora.

En la popularidad que desde el primer día de ser lanzada disfrutó la candidatura de una princesa de la casa de Inglaterra para el trono español, podría, sin embargo, advertirse un síntoma de los anhelos de regeneración, saludables y necesarios. Los leves indicios de descontento de los que hubiesen deseado á la futura reina católica desde la cuna, se pierden en el movimiento de simpatía de los que esperan que esta dama, educada en países más vigorosos y más infiltrados de sentido moderno, nos traerá las modas morales é intelectuales de su tierra. Un aura de esperanza sopla alrededor del idilio regio, y una ligera, desmayada y anémica ilusión se aferra á ver en una circunstancia halagueña garantías para el porvenir... Y esta es la razón de que muchos crean (según suele creerse al rasgar la primer hoja de un nuevo calendario) que vamos á entrar en vida diferente, europea, próspera, al verificarse el enlace. Yo de mí sé decir que el curso caprichoso, casi siempre impensado, de los acontecimientos históricos y de la evolución nacional me ha hecho enemiga de pronosticar nada; por otra parte, aunque la acción que puede ejercerse desde el trono es muy poderosa, no la considero capaz de transformarnos, así de la noche á la mañana. Hasta doy por seguro que si la *young lady* de Mouricot viniese aquí animada de intentos regeneradores, su misión sería terriblemente difícil, y se concitaría escondidos enemigos, odios secretos y antipatías feroces.

Acaba de morir uno de esos hombres que (al menos desde afuera, quién sabe lo que cada cual lleva oculto en su corazón) ha sido todo lo feliz que en la tierra se puede ser. Me refiero al rey Cristián IX de Dinamarca. Excelente hombre y ejemplar esposo, padre de dilatada familia, vió á su prole ocupando altos tronos: un hijo en el de Grecia, dos hijas en los de Inglaterra y Rusia. Sus gustos eran modestos, sencillos; su salud estuvo en relación con sus gustos, y como no la estragó, pudo conservarla hasta la avanzada edad de ochenta y ocho años, á la cual acaba de morir sin agonía, sin sufrimientos, en tránsito casi insensible. En nuestro siglo, ó mejor dicho en el siglo que ya no es nuestro, el trono de este rey no se vió sacudido por las revoluciones; la existencia de Cristián IX corrió entre alegrías íntimas y deberes cumplidos, más semejante á la de un buen ciudadano que á la de fastuoso monarca. El puñal, la pistola, las bombas de los anarquistas no amenazaron su existencia; en el seno de su familia no sucedieron esos dramas sombríos que han arrojado cendales de duelo sobre los palacios de Austria, de Baviera, de Bélgica, de Sajonia. Venturosa ancianidad, venturosa muerte la del que acaba de extinguirse como un astro poco brillante, que se eclipsa á su hora, apaciblemente.

La Cleo de Merode, rosa de beldad ya marchita por el cierzo de otoño, se exhibe estos días en la Zarzuela. Su cara es un bloque de yeso; sus trajes, á lo menos una parte de sus trajes (pues todos no los he visto), inferior á los que lucen la Sobejano y otras tiples de Apolo. Saca, eso sí, alguna joya que no desdice de su mundial reputación, unos brillantes como garbanzos, sujetos por un hilo de platino tan sutil, que parece un cabello. Por lo demás, ninguna maravillosa sorpresa parece haber traído en los pliegues de su ropaje la bailarina parisiense.

Así y todo, el espectáculo ha atraído al público, como siempre lo atraen los de igual índole, plásticos y excitantes. La mímica de Cleo ha sido jurgada con poca benevolencia; pero todo el mundo ha desfilado por la Zarzuela para darse cuenta, por sus propios ojos, de lo que Cleo vale ó no vale. Porque este es el razonamiento decisivo: ciertas cosas «hay que verlas.» Se compra así el derecho de opinar..., y de opinar en materias que no requieren poner en prensa el entendimiento.

Un suceso dramático (por dentro) ha sido el de la muerta viva; la señora que ha pasado diez días en el depósito de cadáveres sin señales de descomposición, y sin que, por lo tanto, se resolviesen á darle sepultura. Se creía en un caso de catalepsia, y se esperaba que, de un momento á otro, abriría los ojos y recobraría la conciencia de sí misma. No fué así: transcurrida la decena, plazo bien anormal si hubiese muerto desde el primer instante, la descomposición se produjo. Y he aquí el problema: ¿estaba muerta ó en catalepsia la señora cuando ingresó en aquel triste lugar? ¿Posee la ciencia medios de despertar del sueño cataléptico á los que acomete? ¿Puede sobrevenir la muerte durante ese estado en que tantas funciones vitales se encuentran interrumpidas?

A mí lo que me preocupaba era la situación de los hijos de la dormida con sueño que al cabo ha venido á ser el último. Mil veces más dolorosa que la desgracia ya conocida y sufrida, que al cabo tenía el amargo consuelo de lo irreparable, era esta incertidumbre desgarradora, que debió de despedazarles el alma.

La muerta... no me daba lástima: si para ella todo había terminado, si el reposo definitivo había sucedido á las agitaciones y luchas del vivir, no sé si era descarle bienes hacer votos porque despertase, porque sus ojos volviesen á ver la luz del día... ¡Pero los hijos! En ellos pensaba, en ellos, porque ¿cómo tendrían el corazón durante la angustiosa espera de noticias, cómo sentirían la contracción del terror cada vez que á su puerta llamasen! Ellos sí que agonizaron todo el tiempo que tardó en saberse que la muerte era real... Y como símbolo del cariño de que continuaban rodeando á su madre, en calentar el frío depósito se gastaban arrobas y arrobas de carbón; la temperatura era la del amor que hasta más allá de la muerte extiende sus dominios...

Por muy actual que sea, yo rehuyo siempre la cuestión de política interior que envuelve la famosa ley de los delitos contra la patria y el ejército. Para exponer opiniones acerca de ella, tendría que trazar extensas páginas y estudiar antecedentes, probabilidades, historia y sociología. La única afirmación concreta que cabe hacer, es que no concibo nada tan alarmante y doloroso como el hecho de que esa cuestión haya llegado á plantearse. No es cuerpo sano ni robusto aquel donde aparecen las negras manchas de la desintegración en vida, de la gangrena. No es nación sólidamente incorporada á sí propia aquella en la cual se debaten y han menester soluciones más ó menos coercitivas ciertos sentimientos que espontáneamente han de brotar de los corazones y albergarse en la conciencia de la colectividad; y los que no somos todavía decrépitos, podemos recordar tiempos en que tales sentimientos hacían innecesarias las leyes, y prestaban á las manifestaciones nacionales públicas carácter de poesía y de espiritual unión entre los españoles.

Sería preciso cerrar los ojos á la evidencia para no advertir que los conflictos, choques, asperezas y resquemores que han dado lugar á tal cuestión, nacieron á raíz de desventuras que me atrevo á llamar recientes, aunque haya sido una especie de fácita consigna el relegarlas al olvido y el hablar de ellas como podría hablarse de la pérdida de la Invencible ó de la rota del Guadalete... Por más beleño que nos hayamos empeñado en beber, por más cocaína que nos inyecten para insensibilizarnos, la herida escuece siempre una miaja, y esa miaja es la levadura que determina las fermentaciones.

El reumatismo empieza á disputar á la tisis el derecho á inquietarnos, y en efecto, parece cosa averiguada que los dos grandes enemigos de la humanidad son esos. Pero á mí se me figura que el reumatismo es sobre todo un verdugo, atormentador, y la tuberculosis una segadora rápida. Los reumáticos viven largos años, á menos que el reuma, desde el primer instante y por capricho, adopte una de esas formas crueles y expeditivas que posee en su variado repertorio.

Se distingue también el reuma de la tuberculosis en que puede influir mucho en el alivio la voluntad del paciente. La tuberculosis es más fatídica. Se apodera de un ser joven, alegre, lleno de ilusiones y de esperanzas, y sin que lo advierta él mismo, gasta su reserva vital, invade lo más íntimo de su ser con el horrible ejército microbiano, que no hay medio de combatir. No conozco, entre las impresiones tristes, ninguna igual á la de presenciar la lenta, irremediable destrucción de un organismo por la tuberculosis.

Y acaso los dos terribles padecimientos, tuberculosis y reumatismo, son los dos polos entre los cuales oscila el equilibrio siempre inestable del organismo humano... El que no peligra por la tisis, tendrá dolores de huesos, articulaciones deformadas, sangre cargada de herrumbre, cojeras temporales y rojeces en la piel bajo el influjo de la temperatura... De algo se ha morir la gente, á pesar de los Sanatorios para tísicos y el gran establecimiento curativo de reumáticos que ha de instalarse en Mondáriz y será un portento, según anuncios.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

que salta cuando el resorte es oprimido. Hay más cuevas y recovecos en el alma humana de lo que suponen estos baratísimos Horacios, que todo lo arreglan manifestando lo que «ellos harían» en caso tal, como si existiese patrón á que ajustar la riqueza desbordante de los sentimientos, su variedad infinita, su impetuosa florescencia, su complicada maraña ó red. El que lleva en sí mismo su propio límite, no debe creer que ese es el límite universal, procediendo al modo de aquel individuo que todo lo medía con su paraguas.

Los que leen estas crónicas saben que yo les hablo poco ó nada de mi literatura. Creo no haberlo hecho dos veces en muchos años. Mi vida literaria es movida, activa y fecunda, pero no la traigo á alternar con «La vida contemporánea» en las páginas de La Ilustración Artística. Hago ahora una excepción porque en esas páginas, en la crónica de teatros del Sr. Zeda, leo algo que á mí se refiere y que me da pie y hasta en cierto modo me obliga á escribir consideraciones de carácter personal.

Cualquier lector, en mi caso, haría lo mismo. De cierto, lector, si te imputan una muerte que no cometiste, te apresuras á vindicarte.

Trátase de mi drama *Verdad*, recientemente estrenado en el teatro Español. *Zeda* dice que, de los personajes que intervienen en la obra, tres mueren de mala muerte en el transcurso de ella. Yo necesito rectificar: no son sino dos, y una de estas dos muertes es involuntaria. La vieja Ildara muere de su muerte natural, y no se la ve morir: el fallecimiento de este personaje episódico se sabe que ocurrió entre el primero y el segundo acto.

El pormenor tiene su importancia, no sólo por lo que significa dentro de los actuales gustos del público, que se revela abolicionista de la pena de muerte en el teatro, sino por referirse á una obra que, según el Sr. Zeda declara con sinceridad que le agradezco, tenía que luchar cual ninguna otra en la temporada y desde años hace con hostilidades del auditorio.

Esto no lo ha dicho sólo *Zeda*: voz unánime ha sido la de que existía una prevención especial en contra de mi drama, prevención que no esperó, para manifestarse, ni á que se levantase el telón y comenzase el primer acto. Los orígenes de esta predisposición feroz de los espectadores serán quizás los que señala *Zeda*, y á ellos pudieran sumarse varios móviles de muy diversa índole, que aquí no he de analizar; pero el recurso de que echaron mano para indisponer al público con mi primer drama, quince ó veinte días antes de que se estrenase, fué formarle una *leyenda negra*, dando por cierto que allí moría hasta el apuntador, y no sé si media docena de espectadores de orquesta.

Como ciertas famosas Cortes, mi drama estaba «deshonrado antes que nacido,» y tenía hasta su apodo: se llamaba por mal nombre «El huerto del francés.»

He aquí por qué me interesa, en la medida de lo posible, que no se me atribuyan mayor número de homicidios de los que realmente cometí.

A *Zeda* el drama *Verdad* le parece una equivocación, á pesar de reconocer que hay en él «grandeza de concepción, cantidad de talento, escenas, rasgos y frases de extraordinario valor, etc.» Yo no he de discutir el mérito ó demérito de una obra mía; pero sin entrar en tales apreciaciones, quisiera aquilatar el alcance de la palabra *equivocación* en arte dramático. No se me ocurre negar que, en efecto, me equivoqué en *Verdad*, ó mejor dicho, me hubiese equivocado, si de antemano llevase la presunción de ser aplaudida en esa obra; mas no la llevaba; la obra me parecía, como se dice en *argot* teatral, peligrosa, amén de extraña y nueva, que es otro peligro. Sabía yo además que detrás del público hostil vendría la crítica encarnizada, recargando; sabía que á mí no se me aplicaría absolutamente ninguno de los criterios de tolerancia que diariamente veo aplicar, y que para mí no se han hecho. En este respecto no me equivoqué, no podía equivocarme.

En el que llamaremos teatral, es indudable que, dando por supuesto que se escribe para un público, ese público no gustó de mi obra.

Ese público era el de determinado teatro, en determinado período del arte dramático, en determinada nación. Con respecto á este público, me he equivocado. Es decir, con respecto á una gran parte de ese público, supongo que la mayoría. Una minoría importante por su inteligencia, por su sinceridad y su amor al arte, ha opinado de modo completamente opuesto, exaltando á *Verdad* en términos que no he de reflejar ni comentar. Basta saber que no fué mi equivocación de esas por nadie negadas, sino de las que promueven discusión, marejada y revuelo literario.

Y lo que me ha hecho comprender que *Verdad* no ha caído en el pozo de apacible indiferencia que se sorbe tantas obras rechazadas y aun aplaudidas, es que los partidarios de *Verdad* no son, por lo general, del número de mis amigos, y que entre mis amigos abundan los adversarios de esa obra. Yo recojo toda opinión, yo adiciono esas impresiones, con la calma rayana en flema británica que tengo en estos asuntos, y sin la cual no me hubiese determinado nunca á escribir para el teatro, pues no conozco ser más digno de compasión que un autor dramático excesivamente nervioso, y á veces he aplaudido obras que no me satisfacían, pensando en el sufrimiento del que aguarda, detrás de una bambalina, el pasajero testimonio de la aprobación de la multitud.

En parte, mi calma se debe á que tomo el teatro —sin exceptuar el mío— como *espectáculo*. Es decir, que lo referente á ensayos, estrenos, éxitos y la mecánica interior que esto lleva en sí, despiertan mi curiosidad lo suficiente para entretenerme como á un mero *dilettante*, por la observación y el análisis de pasiones, miserias, luchas é ilusiones que ello envuelve. Hay en el teatro infinitos elementos ajenos á la literatura, que le prestan interés humanísimo. Es un estudio, más viviente y sangrante que el de los libros.

Es vida en que el artificio y la realidad, combinándose, dan por resultado un poco más de experiencia.

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso del hermano vengador, que estos días ha dado pábulo á las conversaciones (con nota general de simpatía, es forzoso reconocerlo), plantea una vez más la eterna cuestión de lo que es el honor, cómo debe entenderse la palabra, á qué obliga, y hasta qué extremo conducen sus tiránicas exigencias.

No creo que nadie lo discuta: el toque del honor consiste, casi exclusivamente, en el concepto que de nosotros forman los demás. Hay en esto subjetivismos, pero nacen siempre de lo objetivo.

¿Y quiénes son *los demás*, en la circunstancia de este hermano vengador? El personal de ferrocarriles; sus conocimientos; sus amistades; el círculo en que se agita; el número de personas que le saluda, ó puede, al encontrársele, pronunciar su nombre.

Es claro que si el hermano vengador se hubiese encontrado, por arte de magia, trasladado á un punto del globo donde nadie, absolutamente nadie, sospechase la deshonra de su hermana, y por lo tanto no supusiese en él ese deber de vindicar la honra de la hembra que al varón incumbe, no cruzaría por la mente de este hermano, que no es hombre de instintos criminales, la idea de meterle cinco balas en el cerebro al seductor.

Conviene, pues, que la sociedad se muestre indulgente con semejantes delitos, una vez que es la opinión, producto de la sociedad, la que á cometerlos incita.

No quiero dar á entender que existan puntos de honra de varias clases, aplicables los unos á las personas de muy elevada posición y los otros á las que no ocupan lugar tan preeminente en sociedad. Los sentimientos hondos y fortísimos que deciden ciertos actos, pueden surgir, y surgen, quizás con mayor fuerza y energía, en los corazones de la gente humilde, ó de modesto pasar y condición; todos los días vemos confirmada esta verdad. Sin embargo, lo cierto es que la mancha en la opinión de una señorita que no brilla ni bulle, sólo se hace pública cuando alguien de su familia toma resonante y trágica venganza. No es esta de las menores anomalías que en el concepto de honor cabe observar. Ignorábamos todos el drama de familia que nos revelaron los disparos de revólver hechos con firme pulso y singular acierto por el matador de Bechades. Este drama se sabría únicamente en un círculo reducido; pero ese círculo era el que importaba, el que preocupaba, el que decidía del punto de honra, para el hermano vengador, el cual, en vez de *secreta venganza*, buscó la publicidad del castigo, compensación de ya antiguas y ocultas amarguras.

Porque es indudable que lo tardío de la resolución, en vez de probar que el hermano vengador procedió á sangre fría, prueba que obedeció á una obsesión violenta, dominadora. La indignación, el dolor de los primeros instantes, se transformaron en idea fija, con la cual habrá luchado día y noche, entre el retemblido del humeante tren y el sordo fragor con que cruza los sombríos túneles. Cuando una resolución de ese género prende en el cerebro, el tiempo no hace más que desarrollarla, prestarle caracteres de fatalidad. La superficial psicología que por ahí se gasta no comprende sino el impulso instantáneo, como de diablotino de caja de sorpresa,

Barcelona. – Funerales celebrados en la iglesia de la Casa Provincial de Caridad el día 16 de los corrientes en sufragio del alma del ex presidente de la República Argentina D. Bartolomé Mitre, por iniciativa del Sr. Cónsul de la República y de varios argentinos y españoles admiradores del esclarecido ciudadano. – Vista del catafalco levantado en el centro de la iglesia. (De fotografía de Castellá.)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dos nombres populares acaban de ser borrados de la lista de los vivos: el satírico Luis Taboada y el compositor maestro Caballero. Leo en la prensa diaria que los dos han muerto pobres. De Luis Taboada me lo explico: como tantos periodistas, su labor diaria alcanzaba remuneración diaria, con la cual cubriría sus necesidades y sostendría modestamente á los seres queridos; pero de cierto no podría ahorrar tres pesetas. Del maestro Caballero no es tan fácil comprender por qué no dejó un capital. El género al cual se consagraba es sin duda el más lucrativo dentro del terreno artístico, y las numerosas obras del maestro Caballero—baste citar *El dúo de la Africana*, *La Marsellesa*, *Gigantes y cabezudos*—son de las que largamente han durado en carteles, de las que mayor número de representaciones obtuvieron. Un periódico, estos días, hablaba de bastantes miles de duros, producto de no recuerdo cuál de estas zarzuelas en corto tiempo. No es hacedero, ni es siquiera delicado, entrar en averiguaciones concernientes á la inversión de lo que un hombre se gana honrada y honrosamente; pero confieso que el morir pobre el maestro Caballero causa triste sorpresa. Y acaso pudiera ser una información inexacta.

***

A Luis Taboada le *sintió* (no diré que le *lloró*, porque me parece que nadie, en cuanto público, llora á los escritores y á los artistas), le sintió, repito, mucha gente que no se precia de leer, y que á él le leía. Luis Taboada fué la demostración de que, actualmente, los lectores piden que se les enseñe en un espejo su propia cara, aunque el espejo sea de estos que la ensanchan ó la estiran, deformándola de un modo cómico. La clase media, caricaturizada por el amenísimo escritor, se reconocía, sin embargo, al través de los rasgos humorísticos de la caricatura, y no perdía artículo de la sección *En broma* de *El Imparcial*, ni de los que desparramaba en otros diarios y semanarios la fecunda y ágil pluma de Taboada. Cada lector podía, mirando alrededor suyo, encontrar los tipos taboadescos, el modo de vivir, de pensar, de divertirse, de enamorarse, de hacer política, de hacer arte, de viajar, de vestirse, de comer y hasta de dormir de sus amigos y congéneres; con algo de sagacidad crítica, podría descubrir también, en la surtida galería de tipos y figuras grotescas, la suya, su fotografía achaparrada y risible; pero (en esto consistió el privilegio, la habilidad de Taboada) á fuerza de *bonhomie*, de sencillez, de lisura y de falta de pretensiones, aquella sátira no hería á nadie, nadie se creía personalmente aludido. Raro don, aquí donde la susceptibilidad es tan vidriosa y se ofenden, verbigracia, pueblos enteros porque un diputado cita en las Cortes una copla popular.

***

Taboada salvó este escollo, y salvó también el del pudor colectivo; sus artículos satíricos eran *blancos;* los leían, entre carcajadas, las niñas solteras, sin alarma de las familias. Salvó igualmente, en tan larga labor de prensa, la limpieza del estilo. Si nadie

D. Manuel Fernández Caballero, fallecido en Madrid en 26 de febrero último

menos que Taboada aspiró al dictado de *estilista*, nadie tampoco le ganó á respetar la lengua castellana, sirviéndose de ella sin violentarla, con agradable fluidez. Las locuciones viciosas que pone en boca de sus personajes son otra forma de sátira, la sátira de lo mal que se habla, de los barbarismos, solecismos y vulgarismos que se cometen. No es este de la sátira del lenguaje usual el aspecto menos curioso de la obra de Luis Taboada.

***

A la vuelta de algunos años no creo que siga teniendo asiduos lectores Luis Taboada, justamente por lo actual y contemporáneo de su pintura de las costumbres. La clase media, la sociedad toda, cambiarán al correr del tiempo; y Taboada, como Villegas, como Paul de Koch, será el testimonio de un período histórico que ya no interesa, con vivo interés presente, á los de otra generación. Y además, nada envejece tan aprisa como lo que hace reír... Debiera escribirse una fisiología del chiste, un estudio médico-literario, en el cual creo yo que se anotarían observaciones profundas: la de la caducidad de lo alegre sería la primera. Los literatos aún nos reímos á solas, á imitación del loco de la buhardilla, con chistes del *Quijote* y con chistes del teatro antiguo: el público ya no; ni que le hagan cosquillas se ríe de lo que dice un autor que no le habla de lo que le ha sucedido ayer ó va á sucederle mañana mismo. Donde se ve esto patente es en el teatro. Sacad á plaza una obra que hizo desternillarse de risa, no á nuestros abuelos ni á nuestros padres, á nosotros, hace veinte años, menos quizá. Los donaires caerán en el vacío, las ocurrencias serán pólvora mojada; y gracias si no os enoja lo que antes os entretuvo deliciosamente. ¿Quién ha cambiado? ¿El autor? ¿Vosotros? ¿El tiempo? Todo, todo... El agua ha corrido por el cauce, el sol ha cruzado por la puerta...

***

Taboada, que era realmente modesto y sólo aspiraba á ganarse el pan, que no tenía vanidades ni engreimientos, logró, sin embargo, lo que hoy no logran tan aína los que pican más alto: logró hacer escuela y suscitar discípulos. Yo no diré que los imitadores de Taboada formasen una escuela literaria propiamente dicha; esto sería desnaturalizar á Taboada y hasta quitarle el encanto de su fresca espontaneidad. Lo que imitaban de Taboada era el modo de hacer, el ambiente, las figuras; le substraían sus niñas de Ombliguete y de Besuguin, sus suegras-basiliscos, sus farmacéuticos granujientos y feridos de punta de amor, sus esposas dominadoras, terribles, sus diputados estólidos y mudos, sus menegildas, sus guindillas; le cogían asuntos de artículos, frases enteras, amaneramientos suyos, caídas y extravagancias... Lo que no podían era robarle la escoba hecha; coger la totalidad de su modo de ser peculiar, y escribir un solo artículo que con los de Taboada se confundiese. Los tipos eran como de Taboada; las frases, como de Taboada; la retórica, como de Taboada; los asuntos, como de Taboada; hasta las propias dimensiones del artículo, á la medida usual de Taboada..., y he aquí que nadie lo tomaba por *Taboada*, nadie lo celebraba, nadie lo reía... Misteriosa fuerza de la individualidad en pocas cosas tan visible como en el terreno literario.

***

Debajo de la alegría de la obra de Taboada, existía un poso de tristeza: la tristeza del trabajo obligado, del chiste á hora fija. «*¡Alas! ¡Poor Yorick!*,» diremos siempre con Hamleto, cuando pensemos en las vidas condenadas á remar en las galeras del buen humor.

¡Penosas galeras! Taboada, como todos los mortales, tendría muchas veces más ganas de llorar que de reír. Y también los sentenciados á seriedad preferirían, alguna vez, la dulce risa á la contención forzosa ¡Un artículo *serio* de Taboada! ¿Os lo imagináis? No; nadie puede representarse lo que tal artículo sería. Por dentro, á centenares los habrá escrito. Y allí se quedaron, formando el poso de melancolía de aquel espíritu sin acritud y sin doblez.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estas visitas de reyes tienen mucho de escenografía. Nada les pueden enseñar respecto al país por donde cruzan, y nada nos enseñan á nosotros respecto al modo de ser de los egregios huéspedes que casi en medio de un torbellino, ó atravesando los aires como las Walkyrias de la leyenda germánica y escandinava, se nos aparecen un segundo para que la nube los envuelva inmediatamente.

***

El rey de Portugal es un artista: sus cuadros, que he visto en la última Exposición Universal celebrada en París y que ocupaban un lugar muy honroso, me han dicho más acerca de él que su paso por las calles de Madrid, embutido en el uniforme, que le asfixia. Los reyes no debieran engordar nunca; he aquí una reflexión que me sale al paso: los reyes necesitan—como todas las personas que tienen el deber de presentarse en público—ejercitar una gimnasia y seguir un régimen de *entrainement* (ya hay quien dice *entrenamiento*). La obesidad, que es una enfermedad verdadera, de las más graves, para los simples mortales, es para los monarcas algo más—un elemento que se resta á su prestigio y al efecto que su presencia debe causar en las multitudes.

Y todavía exigen más estas tiranas: exigen que las reinas se presenten adornadas con los dones y atractivos de la belleza. Yo confieso que sin género de duda me agradan el cuerpo y la cara de la reina Amelia de Portugal; pero aunque esta bella soberana fuese pequeñita, negruzca y sin chiste, me atraería por su fama de caritativa y buena; y puesto á elegir entre las excelencias plásticas ó las morales, un pueblo debiera siempre inclinarse á las segundas. Hay mucho de atávico en ese entusiasta homenaje á la superioridad corporal, que recuerda el caso de Maximiliano Hercúleo, el cual debió el Imperio á su aventajada estatura. Por la puerta de los sentidos (dicho sea con exclusión de todo móvil impuro, pues en esto existe un caso de verdadero desinterés estético) entra triunfante el sentimiento monárquico, la simpatía clamorosa del pueblo reunido.

***

Acaso, mirándolo por otro aspecto, lleve razón en su instinto la muchedumbre. ¿No asegura la ciencia que el objeto de la educación, de todos los esfuerzos, métodos y adelantos no es sino el mejoramiento físico, camino del mejoramiento intelectual? ¿No se persigue tal fin por la medicina, la higiene, la alimentación, el ejercicio, el deporte, el estudio constante de la antropocultura? Pues los que aclaman á la reina de Portugal por su espléndido cuerpo, están del todo dentro de la corriente de actualidad, y saludan en ese brillante ejemplar de raza al tipo humano que todos desearíamos realizar, al que la ciencia aspira á hacer más general de lo que es por ahora, y al que en las sociedades nuevas, intensamente civilizadas, va abundando más que en los pueblos viejos, decadentes y consumidos.

***

La reina de Portugal está en su otoño, un otoño dorado y sazonado, sin señales de decadencia por ahora. En su negro pelo no hay canas, y su tez, que no ofenden afeites ni pinturas, conserva su elasticidad y lozanía. La expresión de bondad y afabilidad de su cara es la misma, ó por mejor decir, se ha aumentado con esa dulce plenitud de calma y de majestad de las matronas. He visto tres veces, con esta, á la reina de Portugal. La primera, entraba en Madrid, vestida de rojo y gualda, audacia de *toilette* que sólo puede permitirse una hermosura morena casi perfecta, como era entonces Amelia de Orleáns; la segunda, era en su palacio de Lisboa, en una recepción á los individuos del Congreso de la Prensa—del cual yo no formaba parte, pero al cual debí varias invitaciones,—y por otro atrevimiento mayor si cabe que el de Madrid, la reina vestía de rosa fuerte, estaba escotada y con los brazos al aire, y colocada cerca de un amplio ventanal de vidrieras, recibía en pleno la luz de mediodía sobre sus carnes morenas como el trigo. Sólo una mujer tan bien modelada y de tan noble estructura resiste una prueba semejante.

Y ahora, la hemos visto todos llegar de un viaje fatigoso, y no revelar el cansancio ni la ofensa de las molestias sufridas en el camino. Es el privilegio de las organizaciones fuertes, ricas de sangre y de músculos, que tienen reservas que gastar antes de rendirse.

***

Un suceso de orden bien diferente que el del viaje regio, es el fallecimiento del eminente costumbrista D. José María de Pereda.

Desde hace bastantes años había muerto para las letras, porque no escribía. No bajó al sepulcro como Valera, que hasta rendirse á la última enfermedad no dejó la pluma de la mano. Pereda, por el contrario, tuvo esa etapa de retraimiento y triste descanso que precede á la muerte y en cierto modo la anticipa. Sin que el puesto de Pereda en la historia literaria del último tercio del siglo XIX fuese menos alto y señalado, cabe decir que el público del XX empezaba á considerarle como un clásico, y por consiguiente á olvidarle—¡aquí donde los clásicos padecen tan profundo, tan letal olvido!

Yo estimé muy verdaderamente el mérito de Pereda, y lo demostré en varios artículos y trabajos de crítica, que fueron bastante leídos é influyeron algo en la formación del concepto de la personalidad literaria del maestro santanderino. Especialmente mi estudio sobre la novela *Pedro Sánchez*, contribuyó (en el límite que toda persona de juicio puede apreciar) al éxito de aquella obra muy ensalzada. En cuanto escribí de Pereda le demostré siempre profunda consideración y admiración: diérame Dios á mí, para los días de fiesta, críticos así, comprensivos, llenos de simpatía, de estimación intensísima por el esfuerzo de un autor. Es imposible hablar de nadie con mayor cortesía ni con mayor justicia, y los que hayan leído mis *Polémicas* y *Estudios literarios*, así lo reconocerán. Con verdad digo que al releer yo misma todos mis juicios de aquella época sobre escritores contemporáneos míos, si algo encuentro es un extremo de consideración y de elogio que revelan ese culto apasionado de los maestros propio de la juventud, hermoso privilegio de los años entusiastas, y que la edad madura, más analítica y más predispuesta á la comparación, rebaja un poco, inevitablemente. Pues bien: este modo mío de sentir y de expresarme no fué suficiente para que el ilustre santanderino, ante algunas ligeras observaciones, no se enojase conmigo y me demostrase su enojo en un artículo muy destemplado y descortés, al cual hube de responder cumplidamente, sin prescindir ni de mi urbanidad ni de mi opinión siempre favorable á sus escritos. Quedó desde entonces cortada nuestra amistad, suspendida nuestra correspondencia, bastante activa (y esto lo sentí de veras, pues los autógrafos de Pereda merecen archivarse), y limitada mi relación con el maestro montañés á la lectura de lo que publicaba, no de lo mejor, ni mucho ya, por desgracia, desde aquella época. Y quedó también confirmada una vez más la verdad de que no hay medio de conservar buenas relaciones con los escritores si se habla en público de sus escritos, así empleemos las más delicadas formas de la alabanza, y expresemos, con la mayor efusión, el interés y el agrado que nos merecen.

***

Es esta una de las mayores adversidades de la profesión, una de sus muecas más irónicas. En los comienzos de la vida literaria existe cierta fraternidad, las manos se tienden, las relaciones son francas, cordiales. Pero á medida que pasa el tiempo, lo que brota en el campo arado por el esfuerzo y regado por el sudor, es la cizaña de la discordia y los abrojos del odio, quizás del despecho y de la envidia. Dijérase que la personalidad, al desarrollarse y afirmarse, al caracterizarse de un modo imperecedero, provoca negaciones, antagonismos y desgarramientos de esa tela del espíritu que tejen las amistades intelectuales. A tanta costa se gana y adquiere el derecho á no ser completamente borrado del libro de la vida después de morir. Este es uno de los zarpazos con que nos halaga la *Quimera*.

***

Con Pereda desaparece el más caracterizado representante del regionalismo literario, dirección que, ó mucho me equivoco, ó en la lírica, en el teatro y en la novela está agotándose y decayendo rápidamente. Pereda, por sus condiciones de artista y de hablista, por su lúcida visión de pintor, por su realismo enérgico y fresco en lo popular y en lo natural, persistirá, lo repito, como un clásico, situado en su verdadero lugar y reconocidas y discernidas las condiciones de que careció y las que poseyó como nadie. Serena y desapasionada vendrá para él, como para todos, la crítica del porvenir, y le colocará al frente de esa legión en que figuran Trueba y Fernán Caballero, Arturo Campión y Oller, con los demás escritores que, enamorados de un pedazo de tierra, dominados por él, han expresado su espíritu y estereotipado sus tipos y costumbres.

El lugar de Pereda siempre será señalado, elevado, y el cariño que en su tierra le profesen y le demuestren, honrará á esa tierra más aún que al autor de *Sotileza*, porque cada país debe amar, encumbrar, laurear á los suyos, reconocerse en ellos, y cuando esta ley de afecto se quebranta, revela una depravación del sentimiento, algo que Dante expresó en frases muy amargas, y que es un estigma para los pueblos y las regiones.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Qué chaparrón de niños prodigiosos se nos ha venido encima con la Cuaresma! Cada día aparece uno de estos fenomenitos, y cada biografía y cada retrato que los periódicos nos ofrecen añaden motivos de asombro y de admiración á los que ya teníamos. ¡Cómo! ¡A los siete años se posee todo eso de la inspiración, el sentimiento, la maestría! ¡Cómo! ¡A los diez se *interpreta* á Beethoven, se comprende la recóndita intención de Saint Saens, se hacen maravillas con la música profunda y casi *invisible* de ciertos innovadores sublimes y filosóficos! Es realmente para sentirse aturdido, y para correr á aplaudir tales obras sorprendentes de la naturaleza y de Dios.

***

Pero es el caso que, al contemplar á esos niños pálidos, de cabello crecido y brillante, de ojos rodeados por ojeras hondas, de actitud elegantemente pensativa, esos niños demasiado finos, demasiado formales, demasiado artistas para su edad, correctamente vestidos, sonrientes y haciendo reverencias al público, al contemplarles, digo, surge involuntariamente la idea de la planta de estufa, forzada, sometida á procedimientos de cultura que no diré que sean antinaturales, pero que, por lo menos, no son los que dispone, en su armónica sabiduría, la madre naturaleza.

El niño no puede ser artista... Si lo es, infringe prescripciones de esa gran madre, más bien severa y dura que cariñosa, en cuyo seno se adquieren energías para la vida y la lucha, recogiéndolas en los primeros años para sobrellevar el desgaste de los postreros, los embates de ideas, sentimientos y pasiones, que el arte exalta y agiganta, y que consumen la sangre y la fuerza precipitando la vejez. El niño debe ser un inconsciente, y su inconsciencia, su insensibilidad, ó al menos su sensibilidad ligera y tornadiza, deben prolongarse cuanto quepa; y tal es la razón de que filántropos y médicos, cuantos se preocupan de la salud y la higiene, abominen de los artistas precoces, recriados en *serre*, como éstos.

***

Más que los niños asombrosos, interesan mi atención los aeronautas atrevidos y resueltos. Es verdad que, en materias de valor, nos sentimos siempre doblemente impresionados por las valentías que no seríamos capaces de realizar. La sola idea de ascender en una de esas barquillas cuyo sosten á inconmensurable altura es una burbuja de seda inflada, me da escalofríos. Todo lo que se quiera, las valentías que sean necesarias, pero sobre la tierra, que es nuestro elemento. Contribuye á la impresión de terror la idea de la falta de espacio donde revolverse—hallándose, sin embargo, flotando en el espacio infinito.—Presos en la estrecha celda de la barquilla, sin poder desentumecer el tronco ni estirar las piernas; obligados á envolverse y cubrirse para evitar el frío, inmóviles por no comprometer el equilibrio de la barquilla, y hasta privados de fumar los aeronautas, porque el cigarro, en la aerostación, constituye un terrible peligro, la angustia debe de ser grande, á menos que se posea un corazón intrépido, una envidiable serenidad. Que la poseen los jóvenes deportistas, no se puede discutir: si su espíritu se achicase, harían la primera ascensión, pero no harían la segunda, la tercera, las muchísimas que ya ha practicado el animoso y afortunado Fernández Duro.

***

Y hay un poco de injusticia histórica en el destino de los héroes del aire. Diríase que así como el humo del cigarro se dispersa en el ambiente que rodea al fumador, la fama de las guapezas y bizarrías aerostáticas se pierde en las nubes hacia las cuales boga decidido el ligero globo. Todo el mundo recuerda y celebra los nombres de los paladines Bernardos y Roldanes; hay aún quien cante las fazañas de Francisco Esteban y otros contrabandistas de colmillo retorcido; pero nadie pronuncia enfáticamente el de uno de esos hombres de pelo en pecho, que sin esperanzas de que la mirada humana se fije en su hombría, se mete en la fragilísima barquilla de un globo y va á sucumbir obscuramente, precipitado como el Icaro fabuloso, revuelto entre los fragmentos de sus rotas alas, á los abismos del mar ó sobre los duros pedregales de algún valle ignorado.

***

Los aeronautas tienen hasta la elegancia de gesto de afirmar que su terrible *sport* no ofrece peligro. Lo repiten incesantemente, lo porfían: el globo es menos arriesgado que el automóvil... Y acaso sea así: el verdadero riesgo, en el fondo, no importa tanto como la apariencia del riesgo, que señorea la imaginación y apoca el ánimo. En el automóvil se toca la tierra, aunque sea para estrellarse en ella al chocar contra un tronco, un muro, un carro ó un transeunte. En el aire no se puede chocar con nada: sólo la impericia del navegante, su descuido, ocasionan el naufragio aéreo. El camino está despejado y libre, el camino inmenso, sin superficie, sin fondo, sin orillas... Y aseguran los familiarizados con él, que es un placer grande, original, una sensación fuerte y preciosa, el sentirse flotar así, en dulce y fantástica quietud, lejos de todo ruido, sin ver más que como puntos imperceptibles las formas del planeta.

***

Se podrían escribir varios volúmenes acerca de la superstición actual. «*Il y a bien du mysticisme dans ce siècle qui finit*»—oí decir allá por los años de 1889 á Emilio Zola.—Yo creo que el misticismo, cuya existencia considero efectiva, es una cosa, y otra la superstición que podemos llamar *social*, ajena á todo espíritu religioso y ajena á veces hasta á toda fe.

Y no son los países atrasados los que presentan de un modo más claro los síntomas de la superstición. Averiguamos con sorpresa que en Inglaterra se conservan los terrores medioevales, y no en las clases incultas, que allí las habrá también, sino en las elevadas y aristocráticas. Los periódicos han hablado de duendes y trasgos que todavía frecuentan castillos y *manors*, siendo dueños absolutos de ciertas habitaciones donde no se atreven á pernoctar ni aun quizás á entrar con clara luz del día dueños ni huéspedes. Referencias particulares y autorizadas me permiten creer que no se trata de un *canard* periodístico, sino que es real y efectivo el caso.

Cuando se pregunta, con el natural interés, ¿qué pasa en esas estancias de esos *manors* y castillos del tiempo de los Puritanos y de Cromwell, qué ocurre en esas salas cerradas que nadie osa pisar?... la respuesta no calma ni satisface una curiosidad explicable y legítima. ¡Oh! ¿Qué pasa? Eso es justamente lo que nadie acertó á definir. ¿Qué se ve? Almas del otro mundo, espectros que se aparecen, fantasmas vagos que se deslizan sin tocar el suelo, espejos donde se refleja una figura que no tiene cuerpo real... ¿Pero esto es cosa positiva? Cuando menos, lo afirma gente muy seria, muy honorable, *que lo ha visto*... Desmentirla sería ofenderla. Los fantasmas existen.

***

Y yo pienso que en España, en este país de romanticismo y de leyendas, no podemos citar nada análogo, á excepción de la famosa *Cámara azul* del palacio del duque de Granada de Ega, romanceada por el Padre Coloma en páginas muy interesantes... Hay, sí, por toda España, en cualquier villorrio, *casas de los Duendes;* las hay en el mismo Madrid, y un marqués amigo mío, persona muy inteligente, asegura que su palacio, situado en el riñón de la villa y corte, está *hantí*, que allí se oyen ruidos misteriosos y quejas profundas y desgarradoras... Pero hay que ver la sonrisa escéptica con que estas afirmaciones se hacen aquí; hay que reconocer la incredulidad española, al lado de la convicción inglesa... Yo creo que, en esa Inglaterra tan tradicionalista, la superstición es una forma de la tradición.

***

No tengo espacio para referirme á mil supersticiones muy difundidas, que cunden cada día más en la sociedad, y que son verdaderamente candorosas. Otro día hablaré de ellas, con información detenida. Recontaré las manías contra el trece y los martes, contra el cruce de manos y la *bicha*, en favor de los jorobados y de la reunión fortuita de un cojo, un caballo blanco y un cura..., con varios graciosos dislates del mismo género, testimonio de la eterna infancia de la humanidad y de que se necesita creer..., cuando no en el cielo, en el Limbo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

El niño violoncelista ANTONIO SALA, que ha dado recientemente y con gran éxito un notable concierto en el Teatro Principal de esta ciudad. (De fotografía de Marinbé.)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—¿Por qué no dialoga usted alguna que otra vez sus crónicas? Ahora que se dialoga la novela...

—Nada más fácil... El diálogo es la forma natural en que verbaliza el pensamiento. Es una observación que hace tiempo registré, con cierta sorpresa. En esas oleadas de frases que acuden al cerebro sin salir á los labios, el diálogo predomina. El párrafo rotundo, en cambio, escasea. Abundan las interrogaciones, y las invocaciones son frecuentísimas.

—El diálogo presta á la crónica mayor rapidez, la hace más animada.

—Vaya por el diálogo.

—¿Conque la tierra, á la cual juzgábamos ya reposada y serena como antigua matrona, nos hace de vez en cuando jugarretas, descubriendo el incendio que abrasa sus entrañas?

—¡Ah, lo de Nápoles!.. ¡Pch! Eso es un atractivo más de la bella Italia, un *frisson* agradable para las *ladies* que la recorren. Quitadle á Italia Nápoles y la amenaza rugiente del volcán, y le habréis quitado infinidad de turistas.

—Millones dejan los turistas en Italia.

—Y aquí podrían y deberían dejarlos. España es más rica en monumentos y recuerdos, más diversa en aspectos y en climas, que ningún país de Europa. En Granada correría un río de oro, si hubiese hoteles amplios, confortables, á precios razonables. Los ingleses lo convertirían en estación de primavera; se pasarían allí, encantados, un mes, dos meses. Ahora, apenas si se posan, como las golondrinas. Lo ven todo aprisa, y desaparecen.

—¿Y el peligro del hundimiento de la Alhambra?

—Continúa. No tengo noticia de que se haya conjurado de un modo seguro. Nos olvidamos de él á ratos..., y un día tal vez nos sorprenda algún tristísimo telegrama.

—¿Podrán hacer con la Alhambra lo que se hizo en Madrid con la portada de la Latina, de la cual se ocupa ahora la prensa? ¿Recoger los fragmentos, numerarlos, guardarlos para una restauración conjetural y problemática?

—Ni eso. La Alhambra, si se hunde, se hace polvo menudo. Los materiales de ese palacio de silfos y gnomos son muy frágiles. No cabe reconstruir la mansión de Alhamar el Nazarita. La pátina encantadora que le han dado los siglos, tampoco se le podría dar á una reedificación, por cuidadosa que fuese. No conozco nada más odioso que las imitaciones y copias de ese estilo. Son fieles, exactas, literales, y sin embargo, son horribles, como lo es el salón de la Bolsa de Oporto.

—Existen, al lado de la Alhambra, los muros de un palacio de Carlos V, que no se terminó, si no me equivoco.

—¡Ah! ¡Y qué palacio! Aparte de la situación mágica y del paisaje incomparable que á la Alhambra rodea, estoy por decir que ese palacio del más puro Renacimiento, de la más exquisita elegancia, me gusta doble que el alcázar de los reyes moros. Si yo fuese rey español, y me casase, hubiese arreglado esa residencia divina para mi luna de miel. Muy bonita será la isla de Wight; no se le niega su mérito á la perla del Estrecho, al canastillito de flores, donde colgó su nido de poeta el laureado Tennyson; aquella isla tendrá un clima agradable, será muy salubre, estará, sobre todo, perfectamente cultivada y dispuesta por los ingleses, que no son como nosotros y saben sacar partido de los rincones fértiles y amenos; pero ¿quién soñaría bellezas como las de Granada, con la Alhambra al pie, con ese edificio maravilloso por vivienda? ¿Qué monarca europeo posee un palacio semejante, como apeadero, como residencia eventual, de primavera, entre jardines poblados de ruiseñores, llenos de estanques y fuentes, tupidos de cipreses, rosales y celindas?

El eminente pianista Ignacio Juan Paderewski, que próximamente dará dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad. Medallón modelado por Alfredo Nossig

—¿No sería muy caro restaurar ese edificio?

—No lo creo. El Patrimonio debe de poseer bosques que ofrecerían la madera. Sus paredes son de una solidez que contrasta con la ligereza ingrávida de la Alhambra, la cual se diría que no pesa sobre el suelo.

—¡Qué pena, ver destinado á hundirse sin que nadie lo habite, un palacio semejante!

—El caso no es raro en España. En el período de abundancia y grandeza de nuestro Imperio se construyó mucho, y después, reconcentrada la vida de los reyes en la corte y en algunos sitios reales, hermosos edificios cayeron en el olvido. Lo mismo ocurrió con los caserones solariegos y las casas-fuertes de la aristocracia. Así se ven cuadros tan lastimosos como el del gran castillo de los duques de Alba en Alba de Tormes, del cual se llevaron los vecinos hasta las piedras y que hoy no es más que una desolada ruina. El abandono destruye doblemente que el paso del tiempo.

—Con las ideas que tiene usted acerca de la mujer y del respeto que en todo caso debe tributársele, estará usted indignada ante el espectáculo que estos días de Semana Santa se ha dado en la calle de Sevilla, en el corazón de la corte, silbando, estrujando y piropeando lascivamente á mujeres, obligándolas á correr y buscar refugio, asustadas y despavoridas.

—¿Indignada? No: la indignación revela siempre una mezcla de sorpresa, y yo confieso que aquí, en lo que respecta al modo de habérselas con la mujer, nada me sorprende. ¿Qué va á sorprenderme, si diariamente pruebo, por experiencia personal, los efectos de este espíritu difundido en la sociedad y en la época en que me ha tocado vivir?

—¿Lo cree usted así? ¿Tiene usted motivos de queja?

—Desde luego, sobra decirlo, no son del mismo género, no revisten la misma forma que las salvajes agresiones de la calle de Sevilla..., pero responden al mismo criterio las demostraciones más ó menos claras que yo podría catalogar, de que aquí, lejos de existir esa galantería con la cual nos han aporreado los oídos, lo que existe es un desprecio profundo, tal vez inconsciente, hacia la mujer. Un insulto y un piropo, á veces, quieren decir exactamente lo mismo.

—Pero las insultadas de la calle de Sevilla eran...

—Lo mismo importa quiénes fuesen. Artesanas puestas en evidencia momentáneamente por un suceso al cual la prensa dió resonancia internacional; artistas de este ó del otro género..., ¿qué más da? Ellas eran mujeres, seres humanos, que transitan por una calle y que tienen pleno, absoluto derecho á no ser molestados, á cruzar como los demás transeuntes, libremente, tranquilamente. La barbarie primitiva, intacta en lo que se refiere á la mujer, es la única causa de ese acosón feroz, inhumano, que todos los diarios reprueban en términos de energía; pero ninguno se da cuenta del origen de semejante fenómeno, del espíritu general á que responde.

—En efecto, este chaparrón de crímenes mal llamados pasionales, en que la víctima es siempre una mujer...

—Y en que los criminales tienen la impunidad casi segura... ó al menos un castigo tan leve, que prefieren exponerse á él que consentir la mortificación de su brutal amor propio, cuando la hembra se les va con otro más afortunado ó cuando sencillamente, sin irse con nadie, se resiste á continuar el trato amoroso. Si la mujer es un ser débil y excepcional, toda violencia contra ella debiera ser penada con severidad terrible.

—La verdad es que no pasa día que no se registre algún asesinato de mujer.

—Ya ha llegado á no conmover á nadie, á fuerza de repetirse, ese hecho.

—Debiera suceder lo contrario. Cuando un hecho se repite demasiado, indica un mal social á cuyo remedio urge acudir. Nada tiene de alarmante para la sociedad lo que sólo por excepción y muy de tarde en tarde ocurre. Los mismos atentados anarquistas, mirándolos bien, no me parecen tan graves como este espíritu de hostil desprecio á la mujer, síntoma que no puede revelarse sino en pueblos donde no penetra la cultura moral.

—España, sin embargo, adelanta.

—Algo, sí, en lo material..., aunque despacio, muy despacio. Moralmente creo que atravesamos una honda crisis, complicada con un letargo abrumador. Las direcciones nuevas del sentido social no se han impuesto, y las antiguas caducaron. Es el peor momento. Cualquier cosa que venga, será preferible.

—Y ¿eran realmente señoritos los que acosaron así á mujeres indefensas?

—¡Qué sé yo! Formarían parte de esa taifa de ociosos, sin oficio ni beneficio, juerguistas perpetuos, que unas veces salen á la calle á las altas horas llevando en burlesca procesión á las desventuradas esclavas del vicio, otras escandalizan en el Retiro y amenazan á los agentes de la autoridad, que les llaman al orden, con el desempleo—amenaza que siempre produce su efecto en este país del *bon plaisir* político y gubernamental,—otras se divierten en pegar fuego disimuladamente á las carrozas carnavalescas, y por vía de entretenimiento se estacionan en puntos concurridos, á estorbar y molestar á los transeuntes... ¡Señoritos! La palabra es elástica.

—Usted tiene decidida aversión á esa mala hierba.

—Les profeso horror. Me parece menos dañosa la partida del *Vivillo*, gente del bronce que al fin expone su vida, que esta polilla de la capital, resuelta á erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleidura del género ínfimo y chabacano... Yo les desportaría. Promulgaría una ley que dijese: «Todo ciudadano convencido de no hacer nada más que recorrer cafés y timbas, será remitido dentro de un saco á las colonias que nos queden..., que vaya usted á saber cuáles son.»

—Estoy enteramente conforme.

—¡Ya lo creo! Como que es usted..., mi desdoble, mi propia personalidad que se contesta á sí misma...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El asesinato de un guardia de orden público, en la calle, cuando cumplía sus deberes, ha provocado un derroche de manifestaciones y protestas contra la golfería y el hampa que inundan las calles de Madrid. No parece sino que, mientras el hampa no degüella, el hampa no existe, el hampa no molesta y el hampa no es un escándalo, una vergüenza inveterada y una sarna moral ignominiosa.

∴

Pues qué, antes de haberse esgrimido la faca contra ese desventurado, ¿estaba ociosa, por ventura, el arma de los cobardísimos matones populacheros? No ciertamente. Se cebaba en el cuerpo de mujeres infelices, que se habían resistido á la brutalidad ó que habían causado una mortificación celosa al salvaje amor propio de los hampones. Funcionaba activamente en los Cuatro Caminos, á la puerta de las tabernas, en los merenderos y en las casas llanas. Dirimía las contiendas, resolvía los casos de punto de honra del vastísimo patio de Monipodio que constituye la villa y corte. Porque el hampa existe en todas las grandes ciudades; lo sabemos aun sin haber leído en folletín *Los misterios de París* y *Los misterios de Londres*, sin conocer los estudios de Máximo Gorki sobre los «bajos fondos» de San Petersburgo... Lo que no sucede en parte alguna sino en Madrid, es que el hampa domine y obstruya, literalmente, la ciudad entera, y en especial sus vías más concurridas y suntuosas; que el hampa ande mezclada íntima, inseparablemente, á lo que no es hampa, y que en el hampa nos movamos, vivamos y seamos todos cuantos tenemos en Madrid nuestra residencia.

∴

El hampa que degüella no es sino un resultado matemático, preciso, fatal, del hampa que estorba, del hampa pedigüeña, insultadora, chirigotera, requebradora, descuidera, colillera, zurcidora de voluntades, procaz, ociosa, que nos infesta sin que nunca se intente la represión de sus demasías. Cuando el hampón ve que un día tras otro se le consiente molestar, injuriar, dirigir burlas, escandalizar con palabrotas, proferir denuestos contra el primero que pasa, pisotear adrede la falda de las señoras, encararse con ellas, meterse donde no tiene entrada, arrollar á los que sí la tienen, amenazar de muerte al que no le da limosna, hurtar bajo la mirada paternal de la policía, arrancar las flores y los adornos de los coches en Carnaval, atracar en los sitios solitarios... ó á dos pasos de la Puerta del Sol, correr tras una infeliz demente y echarla al suelo y hacerla poco menos que trizas..., en fin, todas las proezas que á ciencia y paciencia de la autoridad se ejecutan en las peligrosas calles de Madrid... Cuando el hampón, repito, se ha convencido plenamente de que aquí le es permitido todo y que su ilegal libertad ocloc rática no reconoce freno..., el hampón sería más metafísico que el propio doctor Escoto, el Sutil, si creyese que teniendo á su disposición la tranquilidad, el decoro, la bolsa, el pudor, el sufrimiento de los transeuntes, no debe tener también á su merced los pescuezos, las yugulares y las tráqueas de los guardias que se atrevan á intentar reprimirle.

∴

Semejante estado de cosas—dicen los que han estudiado á la luz de la ciencia sociológica esta cuestión—tiene su profilaxis en la escuela primaria. Es una cuestión de pedagogía. Así lo creo. Los pueblos ineducados se conocen á tiro de ballesta. Sin embargo, Portugal (aunque nos es superior en la enseñanza, á la cual dedica mayor cuidado y más dinero que dedicamos nosotros), no puede compararse, en el desarrollo de su instrucción pública, á países del Norte de Europa como Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia; y sin embargo, en las calles de Lisboa no se ve el *hampa*, se ve el *pueblo*, ¡una cosa tan distinta! El pueblo no usa en ninguna parte guante blanco; pero el pueblo no es horda de mendigos y ladrones; el pueblo no se echa á la calle á satisfacer depravados instintos. Y por las calles de Lisboa se puede andar á pie..., género de peligroso *sport* al cual, si Dios no le remedia, será preciso renunciar en Madrid muy pronto.

Acaso, pues, además de la pedagogía, influya en esto el carácter, y de seguro influye, en más de la mitad ó de las tres cuartas partes, la falta de energía en la represión, la lenidad y escasez de vigilancia de cuantos tienen por oficio establecer el orden, la urbanidad y el decoro. ¡Ojalá que ellos la conociesen y practicasen sin cesar!

∴

Porque es preciso añadir esta triste observación: hay gente muy buena, muy valerosa, hasta abnegada, entre los municipales, guardias, etc.; pero, con sobrada frecuencia, he tenido ocasión de comprobar que el *estilo* de los agentes de la autoridad se parece, como una gota á otra gota, al *estilo* de la golfería... A la puerta del teatro Español, no eran golfos los que he visto reunirse en corro para hacer chacota de un mísero cochero, que no se había extralimitado en nada, que permanecía inmóvil en su pescante, esclavo de su obligación, mudo por fuerza, y seguramente temblando de rabia por dentro ante aquel certamen de pullas y de insultos... No eran golfos los que he visto, en Carnavales, dirigirse á un señorito inofensivo, que no se metía con nadie, é interpelarle llamándole «tonto» y «majadero» de buenas á primeras. No eran golfos los que, requeridos para auxiliar á unas señoras que tenían derecho á pasar por determinado sitio, derecho que habían comprado adquiriendo una tribuna vendida por el Ayuntamiento y á la cual se dirigían; derecho que no podían ejercitar porque una piña de hampones se lo estorbaba, contestaron al requerimiento con groserías y encogimientos de hombros. Y este *estilo* es el que pide á gritos ser desechado, reemplazándole el estilo moderno de las grandes ciudades europeas, donde la autoridad es educada y educadora.

∴

¡Qué de catástrofes, qué de conflagraciones, qué de destrozos, ruina y muertes cruentas han ocurrido en el agria primavera de 1906, la cual se nos ha presentado envuelta en chales de lana y zaleas de vellón de cordero, tiritando de frío, casi sin flores, con las lilas atrevidas y la fresa pasmada!

Esta insólita aparición de la primavera ha ocasionado perturbaciones en todos los órdenes, hasta en los más vulgares y modestos, de la vida. Los sombreros de paja—por ejemplo—están en un espantoso ridículo. Salieron á los escaparates, con el acostumbrado aparato de cintas, flores, gasas, moños, pájaros, hebillas, broches, encajes y piquillos. Y las madrileñas, tan aficionadas á exhibirse en Recoletos ó en la calle de Alcalá con el nuevo modelo de la estación, graciosamente ladeado sobre los peinados de última, ni aun se decidieron á arrimarse al vidrio para admirar desde afuera estas creaciones de la moda y fantasear su coste probable... Allí se quedaron los sombreretes, mustios y olvidados hasta que el sol brille y el aire se vuelva tibio y halagador... Y se le dieron quince ó veinte «golpes» más á los vejestorios del invierno, al fieltro, al terciopelo, á la felpilla... ¡Buenos están ahí Rizarles y esponjarles las plumas, enderezarles el alambrado, limpiarlos rabiosamente con el cepillo, y ladelante! Los padres y maridos, frotándose las manos, se echan su cuenta: «Hasta mayo no me exigen un céntimo para el equipo de verano: mejor, se respira.» En cambio, las modistas de sombreros reniegan de esta especie de neurosis planetaria que se llama erupción en Nápoles, terremoto en California y frío glacial en Madrid...

Asusta la corta diferencia que existiría entre este planeta nuestro y otro en el cual absolutamente no se pudiese vivir, donde todo se hundiese y desmoronase, se hiciese cisco ó no pudiese ni llegar á construirse. Los temblores de tierra, algo más frecuentes é intensos, bastarían para que no hubiese arquitectura, para que no surgiesen las catedrales, el Partenón, las soberbias pagodas indianas y los obeliscos y pirámides del Egipto... Son habas contadas; la arquitectura pide estabilidad, y si el globo temblase á cada momento, la humanidad se contentaría con casetas de caña, lodo y granzones...

∴

Las tristes circunstancias parecen haber influído también en los preparativos de las fiestas próximas. No se notan aún el movimiento y la agitación que acompañan á este género de acontecimientos, y me parece malísima señal; un mes, ya escaso, es muy poco tiempo para todo lo que es preciso hacer, si las fiestas no han de salir atropelladas, desbaratadas é incluso peligrosas para el orden público—como sucedió con las de Cervantes.

En todo festejo hay mucho que no puede ejecutarse sino á última hora, pero hay mucho que debe prevenirse, único medio de evitar conflictos y atropellamientos.

Acaso se esté trabajando ya á la sordina; sería bueno, en interés del público, del gentío que acudirá á Madrid desde toda España y fuera de ella, y que tanto va á tener que sufrir y lidiar con hosperías, cocheros, rateros y timadores, entradas y billetes, órdenes y contraórdenes... No envidio, no, á los viajeros en estas ocasiones tan señaladas. No envidio esta diversión problemática, esta molestia infalible que espera á los buenos señores de provincia, á los cándidos turistas ingleses sin puesto oficial alguno.

La corte de España no se encuentra en condiciones para recibir tantas visitas á un tiempo... Ni en hoteles, ni en fondas, ni en las calles mismas, cabe la muchedumbre agolpada. Madrid se pone imposible; es la frase ya clásica del vecindario molestado por la intrusión de los *isidros*, los cuales, á su vez, llevan qué contar más de malo que de bueno cuando regresan á sus hogares...

∴

Sin embargo, este pueblo juerguista ya está como fuera de sí con sólo el anuncio de la temporada de festejos... Aquí, el día en que hay corrida de toros, los que no disponen de dinero para comprar la entrada se sitúan en dos filas á un lado y otro del largo trayecto que media entre la plaza y la Puerta del Sol, y aguantando en pie apretujones, empellones, calor y polvo, esperan á que les caiga su migaja de diversión, el olor de la fiesta, viendo desfilar á los que de ella retornan... Y esa tarde hermosa de la estación primaveral, esa tarde larga, deliciosamente impregnada de olor de flores, que podían dedicar á solazarse en el campo, á respirar con su familia un ambiente puro, la dedica gran parte del proletariado de Madrid al goce extraño de contemplar cómo cruzan coches, ómnibus y calesas, repletos de gentes más adineradas, que vuelven de presenciar cómo han pinchado á seis cornúpetas...

∴

Y cierro la crónica con esta reflexión, mientras parece zumbar en el aire la amenaza, que ya iba cayendo en el olvido, del 1.° de mayo... «¿Qué sucederá?,» se preguntan los medrosos. Nada tal vez. Colisiones en Francia, probablemente; algunos episodios más de esa lucha á que parecen condenadas las sociedades modernas, que habían conjurado, al menos por largos períodos de tiempo, el sangriento fantasma de la guerra internacional... Y no creo que otra cosa

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Hablaremos del crimen de la calle del Carmen? Me inclino á hacerlo sólo muy de pasada. Fatiga la pluma, á la larga, tanto crimen; incurre en monotonía la crónica, alimentada sólo por ellos; se reduce á ediciones distintas de *Los Sucesos* la prensa diaria, y la emoción se gasta ya, embotándose hasta la fibra del horror.

Además, este crimen, á la hora en que mi crónica se publique, habrá cesado de despertar la curiosidad del público. Este es uno de esos dramas que, á semejanza de la conocida novela de Pérez Galdós, tiene su parte de *incógnita* y su parte de *realidad*. El secreto se lo ha llevado á la tumba el terrible abuelo y padre que, entre col y col, entre tiro y tiro á las cabezas de su nieta y de su hija, escribe con gran flema y letra clara la fecha de la muerte de sus víctimas y su filiación. No lo puedo remediar: ninguna de las explicaciones conjeturales que dan los periódicos ha llegado á contentarme. Mi fantasía, á pesar suyo, se va por los cerros de Ubeda de una infinidad de hipótesis, mejor dicho, de dos hipótesis entre las cuales, á mi ver, está la *realidad* del espantable suceso. Repito que no lo sabremos jamás. Enterrados juntos los actores del drama—la inocente niña, la hermosa muchacha y el feroz verdugo, que no quiso irse de este mundo sin ellas, porque las idolatraba, según dejó escrito,—el olvido, que cubre piadosamente tantas flaquezas y tantas iniquidades, hará su oficio, borrándolas con su dedo rápido y silencioso, y el extraño caso no dejará más huella que un tema de chismorreo, por algunos meses, para las comadres del barrio.

***

¿Las fiestas? Las fiestas son... un lío. Todo se vuelve (cuando esto escribo) suposiciones, indecisiones y proyectos que, apenas concebidos, se desbaratan y ceden el puesto á otros, no más duraderos y meditados. Dicen que es la característica de todo lo español. Mucho quiero á España, mucho, y me ha costado algunas desazones el quererla bien; pero España y yo... no congeniamos. «Aquello que puede hacerse hoy, no se haga mañana,» decía Franklin...

No comprendo cómo aquí se ha desarrollado en tales proporciones la devoción á San Expedito. Conste que no discuto el culto de este santo, que ha sido combatido y no sé si al fin reconocido por la Iglesia; sólo digo que siendo el lema del bendito mártir hacer las cosas *hoy*, reprobar el *mañana* clásico, es el santo menos á propósito para que en nuestra nación le ofrezcan cirios y le regalen exvotos. Trátese de los negocios del alma, trátese de los del cuerpo mísero, el *hodie* está aquí siempre sometido al *cras*.

***

El Museo del Prado será una de las grandes atracciones, no diré precisamente que para los forasteros, pero sí para los extranjeros que vengan á las fiestas de las bodas reales.

Los vastos salones del edificio magnífico, aunque, según los inteligentes, mal acondicionado para Museo, se ven ya llenos de *misies* con sombreros marineros de paja, alrededor de cuya copa se enrolla la tradicional gasa blanca ó azul, con *complet* gris ó verde obscuro, con fuerte calzado, bien provistas de catálogo é instrumentos de óptica, y absortas ante el tesoro que encierra este Museo único en el mundo.

Su riqueza se ha acrecentado recientemente con dos ó tres joyas, un Cardenal infante de Borbón obra de Goya, y dos retratos de Velázquez. Son los mismos que existían en el palacio y eran propiedad de la duquesa de Villahermosa; y de uno, el de D. Diego del Corral, he tenido ocasión de hablar largamente aquí. El otro, que representa á la esposa de D. Diego del Corral, doña Antonia de Ipeñarrieta, confieso que no me parecía salido del pincel del autor de las *Meninas;* pero investigaciones de José Ramón Mélida demuestran que al menos hay allí pinceladas de D. Diego, y á los documentos me atendré. Por la ejecución de retratos hoy cotizados en millones, ha dado Velázquez un recibo firmado, que es el hallazgo de Mélida, en que la cantidad recibida suma ochocientos reales. Cierto que la cantidad es á cuenta, por lo cual puede inferirse que el valor de los retratos ascendería á una suma de dos, tres ó cuatro mil reales. Hoy que llegan á Madrid los americanos para que haga su efigie Sorolla, y traen en cartera seis ó siete mil duros para pagarse el gustazo, Velázquez no sabemos qué pediría... Tal vez no pidiese más ni menos, pero sonreiría si le hablasen de cientos de reales... ¡Cientos de reales á estas alturas! Sube más la cuenta del fotógrafo de moda.

***

D. Diego del Corral puede contarse entre los mejores Velázquez del Museo. Impone la figura displicente del viejo castellano que tan admirablemente refleja la severidad de su época y de su raza y lo inflexible de su conciencia rebelde á imposiciones, incapaz de torcer la vara de la justicia. Aquella misma compostura y dignidad sombría del personaje acentúan su carácter velazqueño.

El cardenal de Goya agrada á los inteligentes, por no sé qué problemas de colorido resueltos en la tonalidad del traje todo rojo, con la gallardía peculiar del maestro de lo pintoresco y lo expresivo en nuestra pintura nacional. El rostro de este ascendiente del rey Alfonso XIII presenta extraordinario parecido con el del joven rey. No es la primera vez que comprueba la persistencia de determinado tipo fisonómico en esta familia real; la reaparición, al través de varias generaciones, de un rostro, de una figura. Ni es únicamente en la casa de Borbón donde encontramos tipos, cabezas, cuerpos, rasgos idénticos á los de las augustas personas vivas hoy; es también entre los Austrias. El retrato de Felipe IV joven, por Velázquez, previos los cambios de traje y peinado que el caso pide, sorprende por su semejanza con nuestro monarca actual. En la sacristía de la catedral de Toledo hay un Borbón, joven también, cuya cara me pareció *(mutatis mutandis)* la de la bella infanta Eulalia. Es posible que si de todas las familias se conservasen series de retratos, como se conservan los de las personas de sangre real, notásemos el mismo fenómeno. Examinando reproducciones de los retratos ejecutados por Goya, encontré una Benavente de entonces que podría ser el retrato de dos Benaventes de ahora, á los cuales he conocido.

***

Velázquez es el sumo atractivo, el interés preferente del Museo de Madrid; pero tiene dos ó tres competidores que le disputan la viva simpatía del público, y son, para la gente sencilla y burguesa, Murillo; para los refinados y amigos de lo extraño y sentimental, el Greco, y para los aficionados á lo pintoresco, al color y al estudio de tipos y figuras esencialmente españoles, Goya.

No me atrevería yo á afirmar, como muchos ya lo afirman, que Goya es el más grande de nuestros pintores nacionales; sólo diría que es el más provocante, el más viviente. Sobre todo, el Goya del color: el de los dibujos no me parece tan fácil que se lo asimile el público. El genio de Goya se desborda en esos dibujos, y sin embargo, muchos de ellos no son sino caricaturas; geniales, sí, pero al fin caricaturas,* y tienen mucho de deprimente y pesimista.

El catálogo del Museo califica á Goya de «naturalista.» ¡Cuánto habría que decir sobre el caso! ¡Naturalista! Acaso se lo pareciese á D. Pedro de Madrazo; no discutamos estas acepciones, y hasta aceptemos lo que Goya decía de sí propio, al asegurar que sólo había tenido tres maestros en su arte: Velázquez, Rembrandt y la naturaleza. Esta naturaleza, á decir verdad, es más bien la naturaleza humana, de la cual Goya sabía mucho, y malo. El paisaje le interesaba menos, y lo veía al través de los artistas que le habían precedido: en los cartones de Goya se ve la frecuente imitación del estilo de Watteau, Boucher y Fragonard.

Lo más sorprendente en Goya, cuando se le estudia (aunque no sea muy á fondo), es la facilidad con que se adapta, la flexibilidad de sus facultades, sin que pierda nunca por eso el sello propio y la frescura de su originalidad. Desde decoraciones de teatro hasta cuadros religiosos; desde caricaturas hasta composiciones ornamentales; desde la solemne alegoría hasta la bambochada, no hubo género que no acometiese. Tampoco hubo procedimiento que se le resistiese, ó que ignorase. Oleo, temple, fresco, acuarela, sanguina, sepia, aguafuerte, aguatinta, miniatura, litografía—que aprendió ya en los últimos años de su robusta vejez,—de todo esto quedan muestras y ejemplares para admiración de los artistas contemporáneos.

En el Museo se conserva algo de lo mejor de Goya; y hay quien dice que lo mejor, resueltamente, señalando este puesto al grupo de retratos de «la familia de Carlos IV.» Allí pueden verse el retrato ecuestre de Carlos IV; el de María Luisa, vestida con el uniforme de coronel de guardias de Corps y cabalgando á horcajadas; los dos grandes borrones patrióticos, el paisanaje de Madrid acuchillando á los mamelucos y los fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío; el precioso retrato de María Luisa, en traje de maja, casi hermosa á fuerza de españolismo y garbo; el de Máiquez el actor; el admirable estudio de multitud y lejanía que se llama *La pradera de San Isidro;* el soberbio retrato del general Urrutia; los brillantes cartones para tapicería, en que se desarrolla la visión luminosa de la España alegre y feliz, anterior á la invasión francesa y á las luchas políticas; meriendas campestres, bailes populares, majas seguidas por embozados, galanteadores, borrachos gozosos, damiselas bajo quitasoles de verde seda, riñas de jugadores en ventas entre calesas, chiquillos robando fruta, ciegos rascando la guitarra, elegantes petimetras columpiándose, aceroleras gallardas porteando la fruta, agentes del resguardo, segadores sobre los haces de rubia mies durmiendo la mona al sol, leñadores, floristas, mendigos, mozas de cántaro, choriceros, novilleros, lavanderas, majas manteando al pelele, aldeanos en zancos... Desfile inimitable de tipos clásicos, que conocemos gracias á Goya, que acaso si él no los recoge estarían olvidados..., porque no había que pensar que los demás pintores de aquel tiempo se empaparan en la vida nacional y la reflejasen en sus creaciones.

***

Y como contraste, mirad después á Domenico Theotocopuli. Sus figuras os parecerán largas, inconmensurables. Su colorido os parecerá raro, violento, verdoso, amarilloso. Al pronto, es seguro que no os agrada. Y si sois partidarios de la realidad, daréis la vuelta y os meteréis en la rotonda, á extasiaros con Velázquez.

Mas si tenéis la paciencia de mirar despacio al Greco, de percibir el sentimiento que de él emana, y que sutil y misterioso se desprende de la contemplación de su pintura..., entonces hasta puede suceder que Velázquez os parezca inferior á su maestro, y que el colorido veneciano del Greco os seduzca más que el del discípulo, sobre todo en la última época de su vida. El Greco gusta ó no gusta; pero si gusta, no gusta á medias.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

partir otra vez las localidades de una gala en el Real.

Yo creo, sin embargo, que estos repartos no serían tan difíciles si los que los hacen atendiesen un poco á los porqués, cómos y cuántos de todo obsequio, y tuviesen firmeza para no dejarse arrollar por exigencias y peticiones sin fundamento ni base. La inmensa mayoría de los que solicitan billetes en casos como este, no tienen razón ni motivo alguno para solicitarlos. Son gente que no aparece en la superficie social sino cuando hay que pescar diversiones gratis, en las cuales quieren, no sólo ocupar el mejor puesto, sino dar puestos excelentes á su familia, compadres y vecinos del piso cuarto. Y claro es que á tales pretensiones no se debiera atender sino con un encogimiento de hombros, y con la firmeza de la negativa. Pero los caracteres firmes son lo que más escasea, y dada su rareza, se les debiera honrar doblemente que al genio y á la hermosura; y por carencia de esa energía para hacer la distribución de billetes de un modo acertado, se ha apelado al subterfugio y al embrollo, pues no de otra manera debe calificarse el flujo y reflujo de noticias periodísticas contradictorias, encaminadas á despistar á los pedigüeños y confundir y marear al público. Que reparte la Diputación; que ya no es la Diputación, sino Gobernación; que ya no es Gobernación, sino una serie de Comisiones del seno de esto y del seno de lo otro, las cuales se subdividirán para atender á aquello y á lo de más allá; que la corrida la pagan unos; que no, que ya la pagan otros; que un Ministerio solo ha pedido *catorce mil* billetes... Y la gente pacífica se pregunta asombrada: ¿por qué un Ministerio pide ni catorce mil ni ciento cuarenta billetes para una corrida de toros que la Diputación provincial, es decir, la provincia de Madrid, ofrece al rey con ocasión de su boda? ¿Es que el Ministerio, organismo oficial, representa algo más que eso mismo, un organismo oficial cuyos funcionarios están retribuídos? ¿Es que la provincia de Madrid, y en general la nación, han contraído alguna deuda de gratitud particular con ningún Ministerio?

Y echándome á discurrir sobre el asunto, he aquí cómo se me ocurrirá el modo de arreglarlo sin grandes complicaciones y con notoria ventaja de la cultura, del bien y de la higiene pública en la corte de las Españas.

Nadie ignora que esta corte se halla infestada de mendigos. El Ayuntamiento, la Diputación, el Estado, se declaran impotentes para desterrar esta plaga vergonzosa, que en ninguna otra ciudad algo importante europea existe. Se ha intentado varias veces abrir subscripciones entre el vecindario para subvenir á la creación de Asilos, cantinas, casas de dormir para los pobres, como las que existen en Londres y París y dan tan excelente resultado, etc.; pero al segundo mes las subscripciones disminuyen, mientras el limosneo callejero, grato á nuestra indolencia, continúa en todo su esplendor. ¿No sería un medio de estimular la perseverancia del vecindario en la subscripción benéfica el tomar como criterio de derecho en la petición de billetes las cuotas de los vecinos, no sólo en su cuantía, sino en el tiempo que hace que las vienen satisfaciendo con regularidad? Porque en esto de obras de beneficencia, es más útil y conveniente un subscriptor de tres pesetas al mes, que no devuelve nunca el recibo y con el cual se puede contar de seguro, que un donante espléndido que envía de una vez una cantidad y no vuelve á acordarse de la obra. Yo propondría, pues, que los años y servicios en materia de beneficencia fuesen título preferente para estos repartos de billetes de convite.

Otro modo de evitar los abusos realmente descarados que se cometen, sería el que los centros oficiales diesen publicidad á los nombres de las personas invitadas. Segura estoy de que entonces se marcharía con más cuidado y se escogería mejor el personal. Veríamos menos caras sospechosas y menos gente inexplicable.

No desapruebo que á los Ministerios, verbigracia, se les repartiesen billetes, pero no para que las familias de los escribientes los usufructúen, sino para que cada Ministerio, por lista publicada, los envíe á las personas á quienes ese Ministerio debe recordar y distinguir. Y éstas no son tantas como parece. Ojalá pudiese yo creer que residen en Madrid á estas horas cien marinos ilustres, cien militares no menos señalados, cien catedráticos eminentes, cien escritores famosos, cien músicos eximios, cien políticos insignes, etc. Con mil ó dos mil billetes distribuídos pensándolo y publicando nombres, se cumple con la flor, la nata y hasta el suero de la mentalidad, la inteligencia y la acción españolas. Si no se trata de una corrida de toros, sino de una función de gala en el Real, entonces restringo el número, porque la cuestión de *toilette* hace que muchas personas, respetabilísimas y dignas, no tengan ni la ocurrencia de asistir.

Por las calles empieza á ostentarse ya la percalina. ¡Qué sería, á faltarles este tejido, de los organizadores de festejos! La percalina es como el ungüento amarillo; para todo sirve. Percalina y ramaje son, por lo visto, el brote visible de la satisfacción y alegría ante los faustos acontecimientos. No existiría un ser más original que el que dispusiese unas fiestas sin mezcla alguna de percalina, sin gastar ni una vara de la socorrida tela. Me gusta en todo la novedad, y también en el capítulo de regocijos populares *odio l'usata poesía*, como dijo Carducci...

Al cerrar la crónica leo la noticia de que Ibsen, el gran dramaturgo noruego, acaba de morir. Es una luz que se apaga; no hay muchas que con tanto brillo hayan resplandecido sobre Europa. Tuvo Ibsen la fortuna de nacer en uno de esos países septentrionales, donde las tentativas nuevas en el arte y en la mentalidad no encuentran burla y desvío, sino interés y estimación. Así y todo, la amarga autobiografía interna de los innovadores, de los que ponen el pecho contra la corriente del sentido vulgar, la dejó consignada en las páginas de *Un enemigo del pueblo*.

¿Qué hubiese escrito si nace aquí? ¡Ah! Tal vez nada; tal vez dos ó tres ensayos, que el público acogería con hostilidad feroz; tal vez—y esto es lo más frecuente—veinte ó treinta obras de ficción y engaño, de taquilla, como dicen, de concesiones bastardas, de adaptación miserable al gusto general, obra de escritor domado y humillado por la muchedumbre. Pero la briosa protesta individualista que engrandece el teatro de Ibsen no hubiese podido brotar. Y por consiguiente, Ibsen no sería lo que fué, sino algo anodino, falso, convencional, para escuchado de puertas adentro... Por algo no todos los países producen dramaturgos universales.

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días la crónica periodística ha dado materia para un sensacional folletín, con todo lo del castillo abarrotado de plata kleptomanizada por uñas principescas, y algo más, muy folletinesco también, que completa el carácter de tan curiosa historia mundana.

Las reflexiones de índole social á que estos hechos se prestan, no han escaseado «detrás del abanico de nácar y de oro,» como el poeta diría. Pero sin necesidad de entrar en el perfumado recinto de los salones, con sólo acudir al buen sentido popular, bastaría para que se recomendase una prudente cautela respecto á ciertos meteoros que cruzan la atmósfera, á cierta gente que viene de lueñes tierras á echar polvo dorado á los ojos de los incautos, y á ganarse, á golpe de emparedados y clarete, una consideración acaso perdida definitivamente en otros países. Y sin embargo, merece notarse el síntoma, la mejor acogida está preparada siempre aquí para los allegadizos cuyos antecedentes menos se conocen. Es una tendencia que bastardeará la sociedad española en breve plazo, dándole ese aspecto híbrido, cosmopolita, lo que en París se llama de *caravansérail*, que destruye toda culta intimidad y toda discreta confianza.

Aunque sea de otro género muy distinto, esta tragedia de los príncipes Adolfo de Wrede me recuerda el gracioso episodio de la venida á Madrid, poco antes de la guerra, del escritor y turista yanqui Chatfield Taylor. Llegó este señor provisto de recomendaciones que le abrieron de golpe y porrazo puertas muy cerradas, y no se las abrieron para fiestas en grande, sino para lo que llamaban en Francia las *petites entrées*. Se le obsequió á todo trapo, se le prodigaron amabilidades, y formó parte del círculo íntimo de algunas casas de lo más *clanista* de la corte. Y apenas hubo regresado á su patria el escritor, se apresuró á publicar un libro cuya cubierta es encarnada y amarilla, pero en el cual se pone de oro y azul á la misma sociedad donde le festejaron. Sus únicas frases de respeto y algo más eran para Castelar, para quien esto escribe, y para otras dos ó tres personalidades intelectuales, que no le habíamos ofrecido ni una mala taza de te; y lo cuento, no por jactarme, sino por que conste que ninguna queja personal puedo tener de Chatfield Taylor. Sólo digo que es preciso andarse con relativo cuidado en esto de la hospitalidad. Espíritu hospitalario, sí; pero no preferencia decidida al que lleva un nombre de difícil pronunciación, sólo por el hecho de llevar ese nombre. ¿De dónde vienen? ¿A qué vienen?, es lo menos que cabe preguntar ante esa X social que es una familia extranjera, caída en Madrid de las nubes, en busca de facilidades y transigencias que en otra nación no encontraría.

¿Tiene usted ya billetes de convite para esto, aquello y lo otro? ¿Quién los da? ¿Cómo se dan? ¿Por qué concepto se dan esos billetes?

Ofrezco un premio á quien me acierte estas charadas.

Lo del reparto de los billetes de convite para las solemnidades (funciones de gala en los teatros, corridas regias, etc.), pica en historia y da lugar siempre á infinitas desazones. Díjome una vez un funcionario serio y respetable, que el único motivo por el cual presentaría su dimisión sería porque le ordenasen re-

Tapa del álbum de trabajos artísticos de pintores catalanes que los elementos monárquicos de Barcelona han regalado á S. M. el rey D. Alfonso XIII, con motivo de su boda, ejecutada en los talleres de D. Hermenegildo Miralles, según dibujo de Alejandro de Riquer y con aplicaciones de materias preciosas, hechas en los talleres de los Hijos de Francisco de A. Carreras.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta quincena, la crónica tiene plétora de material y no caben en sus límites ni largas descripciones, ni las reflexiones que, por otra parte, cualquiera puede hacer sin gran esfuerzo, acerca del suceso horripilante que, aun siendo menos de lo que pudo ser—y no fué poco—dió fin moralmente á las fiestas.

Porque no puede negarse que éstas acabaron, como quien dice, en punta. Desde que la alegre mojiganga de flores, luces y colgaduras fué interrumpida por breve escena trágica, quedó la apariencia de los festejos, no suprimidos en atención á determinadas consideraciones, pero ya envueltos en crespón de tristezas y temores, de augurios fatídicos y encogimientos del ánimo, como un hermoso día que de repente encapotan nubes y enfrían turbiones de lluvia.

En dos números tan apetecidos como la corrida regia y la función de gala en el teatro Real, podían observarse síntomas de desanimación y desmayo: de los toros se retiraron temprano, después de una ojeada al espectáculo y al vistoso desfile, muchas mantillas blancas; en el teatro Real había claros numerosos en las butacas, vacíos en el paraíso. La gente tenía miedo, un miedo cerval. En los toros, en el famoso tendido 9, todo de mantillas y damas, corrió un estremecimiento al divisar, encima del tejado del palco regio, el bulto de un hombre agazapado, destacando se sobre el cielo azul. Algunas se levantaron; otras, aterradas, gritaron á los guardias la noticia. Y los guardias se rieron; porque era uno de ellos, ó siquiera un policía, el que desde lo más encumbrado de la plaza atalayaba por la seguridad de los reyes y de la concurrencia.

Precauciones por todas partes; recelos, desconfianzas, alarmismo; el retraimiento hasta de lo más agradable, y el vago terror desazonándolo todo, no son nada á propósito para unas fiestas. Bastantes personas de las que tenían encargado que les adornasen sus coches, han retirado el encargo—según me dicen los artistas valencianos que debían engalanarlos—y han preferido pagar y no asistir á la batalla. Sin duda por asociación de ideas, las flores asustan ahora especialmente. La lluvia vino á retrasar este número dos días, y en consecuencia, á desluc irlo, pero ya lo había desluc ido de antemano el frío pavor, la desazón misteriosa, la mano escribiendo en la pared sentencias y amenazas horribles.

Y yo creo que ahora es cuando, por algún tiempo, no se debe temer. Atentados como el de la calle Mayor no son frecuentes. ¡No faltaba más! ¿Tan graves sucesos históricos á diario? Sería lo nunca visto. Siempre tendrá carácter excepcional el que salga del montón anónimo un individuo tan resuelto á sembrar la muerte y jugarse la vida con seguridad de perderla, y de perderla sin lograr siquiera el feroz intento, por que el caso frecuente en este género de atentados es que queden ilesas las altas personas contra quienes se dirige el golpe, y perezcan otras muchas señaladas por el caprichoso azar. Así ocurrió en el famosísimo atentado de Orsini contra Napoleón III, y así en el de Morral contra los regios novios.

***

En tiempo de Orsini—el cual pertenecía á la raza de los grandes criminales políticos, y tenía la constancia y la energía de un Marco Bruto—los anarquistas se llamaban *andrquicos*, y estos *andrquicos* eran patriotas. Un móvil patriótico guió la mano de Orsini, que creía con sus bombas infernales asegurar la libertad é independencia de Italia. En la actual evolución del anarquismo, se ignora qué resultado persiguen los que esparcen en el aire destrucción y exterminio. Si desaparece un jefe del Estado, monarca ó presidente de República, otro ocupa su puesto, y la institución, lejos de sufrir quebranto, gana simpatías y adhesiones. Recuérdense, para probarlo, los casos de Carnot, Mac Kinley, el penúltimo rey de Italia, el tsar *libertador*, etc. Ignoro qué fin persiguen los lanzadores de bombas, y se me figura que ó no hay lógica ni razón en el mundo, ó este género de atentados, á pesar de alarmantes apariencias, irá en disminución, rebajándose la fiebre que á ellos impulsa. Si es cierto que la sociedad está mal organizada, no es así como se reorganizará.

***

Se ha acusado de negligencia á las autoridades y á la policía. Estas censuras ya se elevaron, y con mejor fundamento, cuando la mano de Angiolillo cortó la vida gloriosa de Cánovas. Aquel fué un caso de ceguera policíaca, mucho mayor que la de ahora, porque en Santa Agueda la vigilancia era facilísima y en Madrid, el 31 de mayo, la dificultaba la enorme afluencia de forasteros. Donde empieza á señalarse el descuido y el embotamiento del olfato, es después de cometido el crimen. Morral no tenía cómplices en Madrid, y si los tenía, no podían albergarle y esconderle, como se ha visto. A un hombre sin refugio, precisado á buscar un encubridor de ocasión, y á quien este encubridor de ocasión tampoco puede ni disfrazar ni ocultar en escondrijo seguro, sino que se ve obligado á pasearle por sitios públicos, corriendo por tranvías, merenderos y ventorros, no se concibe cómo no le echaron la zarpa veinte veces, antes de que emprendiese su odisea hacia Torrejón de Ardoz, y la sagacidad de la ventera de los Jaraices y la codicia del guarda jurado venteasen en él al anarquista. Yo nombraría jefa de la policía de Madrid á esa ventera, única que ha demostrado poseer el don peculiar de que habla Macé, el *flair* policíaco.

***

Debe de ser interesante la organización de la policía; lo que pasa es que probablemente (hablo sin datos) debe de componerse de gente nada experta en psicología, y muy poco conocedora de la vida en sociedad (no me refiero á la sociedad elegante, sino á las múltiples capas y estratos diversos de que la sociedad se forma). La policía no ha de empezar á desplegar sus actividades al día siguiente de un crimen, sino antes, en previsión de que se cometa. Y según voz general, este de la calle Mayor estaba tan anunciado como puede estarlo un eclipse. Afirma la prensa y se oye decir por todas partes que numerosos avisos anónimos habían sido dirigidos á elevados personajes, y que en alguno de estos avisos se señalaba hasta el lugar donde se lanzaría la bomba. Parece increíble, porque ó estaba enterada mucha gente, y no se concibe entonces cómo no se hicieron indagaciones y se adoptaron precauciones á raja tabla, ó sólo lo sabían Morral y acaso dos ó tres cómplices, y entonces el interés de éstos era callarlo. A ser verdad que se anunció lo que sucedió en efecto, este es uno de los misterios más extraños del drama, en el cual la fatalidad y el destino, entre las sombras, urden su tela obscura, causando en el ánimo una impresión realmente honda y depresiva. De la bomba del 31 quedarán, además de las víctimas ensangrentadas, otras víctimas sin sangre, heridas de locura, de melancolía ó de terror para el resto de su existencia.

El contraste no pudo buscarlo más fuerte ningún autor dramaturgo. Yo no he visto, ni creo que se vea en ningún país de Europa, espectáculo tan espléndido y deslumbrante como el de la comitiva nupcial de los reyes de España. Cuanto se diga de la magnificencia de las carrozas, de la riqueza de los arneses y jaeces de los caballos, de la hermosura de estas nobles bestias, que orgullosas de su carga hacían ondular al gallardo compás de sus cabezas los solemnes penachos de plumas; cuanto se encarezca la suntuosidad de trajes, joyas, mantos, velos, sedas, rasos, encajes; el charro brillo de condecoraciones, bordados, galones y plumeros; la variedad de los extranjeros uniformes, el fausto de las antiguas libreas, de las viejas gualdrapas bordadas á realce de plata y oro sobre terciopelos, de los colores más delicados, naranja, carmesí, verde veronés, avellana; cuanto se diga del cuadro mágico que ofrecía la escalinata de San Jerónimo, cobijada por amplio tapiz con las armas españolas, guarnecida por inmensas canastillas de flores, flanqueada por dos tribunas llenas de señoras con trajes de colores claros; con la subida de las princesas que soltaban su cola de corte, que prolonga fantásticamente la figura y la dejaban arrastrar por los peldaños, á menos que la recogiese, como en las leyendas, un paje, á la moderna vestido; cuanto se pondere este conjunto lujoso, oriental, esta comitiva interminable de carrozas y carrozas, blasonadas, rehenchidas de brocatel, esa cordonería y bellotaje de seda, pintados sus paneles por grandes artistas, reluciente su charolado como si fuese esmalte, iluminado por un sol radioso, un sol de bodas, que arranca al oro destellos, fulguraciones á los brillantes, rielación de raso á las ancas de los trotones, y que cae á plomo sobre las cabezas de los soldados y del gentío, protegido por sombrillas de colorines y refrescado por abanicos chillones, como enormes abigarradas mariposas...; todo será inferior á la realidad admirable. Y gente hormigueando, en el último balcón, en las buhardillas, en las bocacalles; gente endomingada, curiosa, boquiabierta ante el lujo y el rumbo tradicionales de la corte española, ante el orden grave y escrupuloso, casi hierático, con que la ceremonia se desarrollaba, el único festejo en que se guardaban estrictamente la mesura y la solemnidad, el único que *resultaba* por completo, más allá de lo esperado y de lo que la imaginación sueña...

***

Una mano, un poco de metal, unos gramos de substancias químicas..., y en vez del aparato magnífico, la confusión, el estrago, el horror, gritos, llantos, imprecaciones, sangre, sangre á arroyos, una nota cromática que estremece, sobre las otras notas que embriagaban la vista... Los nobles caballos, llenos de ufanía momentos antes, reciben el proyectil destinado á sus reyes, y se retuercen agonizando en el suelo, que alfombran cadáveres: la real desposada baja de la carroza, reprimiendo las lágrimas, envuelta en los pliegues rígidos de su manto blanco bordado de plata y salpicado de sangre también. La comitiva solemne se ha roto un momento: pero ni aun así se impone la confusión. Los soldados, silenciosamente, sin vacilar un segundo, sin mirar á los que han caído, cubren otra vez la fila; reemplazan los vivos á las ebajas; la disciplina restablece su imperio..., el orden se rehace, los reyes prosiguen su camino hacia Palacio... El acto de drama ha terminado, el telón baja. El epílogo ya lo conocemos: es la venta de los Jaraices, es la prisión de los sospechosos y encubridores de Madrid.

***

También esta es dramática hasta lo sumo. Yo no conozco ni de vista á Nakens; y es tanto lo que de él oigo hablar desde hace veinticuatro horas, que su figura casi hace olvidar la del autor del atentado. Para un novelista, para un aficionado á la psicología, nada más curioso que la diversidad de juicios acerca de un acto moral. Así como la acción de lanzar la bomba nadie dejó de reprobarla—al menos que yo sepa,—la actitud de Nakens es juzgada de mil modos, ya censurada, ya defendida con apasionamiento y vehemencia. Lo más exacto acaso que sobre este punto escuché, lo dijo un sabio antropólogo, afirmando que, en situaciones inesperadas y supremas de la vida, hay un primer movimiento del cual no se es dueño, y al cual se esclavonan ya inevitablemente los siguientes. Sobre este predicado está basada la tragedia griega.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Parece empezar á disiparse el humo negro de la explosión de la bomba: los viajes de veraneo preocupan las imaginaciones, cada cual forma sus planes, arregla el empleo alegre ó descansado de los meses calurosos, y el terror desaparece, ó al menos se calma. Es la ley natural y social: que no se eternicen las impresiones por fuerte que sea la causa que las determina. El oleaje de la vida borra sus propias huellas en la playa, alisa la arena y siembra de nuevas conchas y nuevas algas el espacio libre. Y una ola sigue á otra ola, y hoy la ola desafía al cielo y mañana se extiende mansa y acariciadora. Queda, eso sí, su perenne amenaza, su ronco y lejano murmurio de cólera implacable. Pero el espíritu reposa en las largas horas de bonanza...

***

Y saltaron bodas y bailes y regocijos en Madrid, como si nada hubiese interrumpido la vida habitual de la corte. Y el mismo proceso de la bomba, y las mismas ramificaciones que se descubrieron en él, perdieron bastante interés; la atención del público se cansó un poco; únicamente la refrescó la siniestra inscripción del árbol del Retiro, sobre la cual tantas opiniones contradictorias he oído emitir. Para unos, la inscripción es hecha *á posteriori*, y el señor que asegura haberla visto hacer es víctima de un error involuntario, ó es una de esas personas «que quieren haberlo visto todo;» para otros, es una de las muchas imprudencias adrede cometidas por el criminal á fin de ser preso antes de realizar el atentado y librarse del compromiso de realizarlo; no falta quien diga que es un desahogo lírico, en otro tiempo reservado al amor, y del cual hoy se apodera el odio; no falta quien vea en la tal inscripción una mera *fumisterie*, una broma de pésimo gusto... De cualquier modo, si la inscripción es anterior al atentado, constituye un cargo nuevo contra esa policía, que debe de andar como andan en España casi todas las cosas. Su papel en el desarrollo de este asunto no puede ser más pasivo y desairado. Gentes que no forman parte de ese organismo, gentes avispadas y observadoras, son las que han observado, olfateado y descubierto lo que se descubrió. Y cuenta que conspiradores de la naturaleza de los que mediaron en el asunto de la bomba, son como para formar la reputación de un polizonte genial. Es imposible clarearse más, descubrirse más, hacer las cosas con mayor sencillez, con inocencia más primitiva. No aparece ningún Maquiavelo en este proceso. Todo es romántico, franco y de tela de cedazo pura.

***

Una fiesta de la cual se habló poco y que encontré muy divertida, fué la ascensión de los globos, el *rallye*, como se decía «deportistamente.» — Era una monada, una especie de jugueteo caprichoso en el aire, el subir de los globitos, confundidos los de las postales, que lanzaban las señoras, con los verdaderos aerostáticos, tripulados por hombres. — La calma chicha del día ardoroso de junio; la pureza cristalina de la atmósfera, mantenían los globos quietos después del primer movimiento pausado y dulce con que se elevaban á cierta altura. Dijérase que iban á quedarse así, fijos á manera de grandes lámparas, pendientes por un hilo de la bóveda del cielo; y dentro de esas lámparas caprichosas, un muñeco ó dos agitaban los brazos, saludaban... Eran los tripulantes de las barquillas, que miraban á la gente de abajo, á la curiosa muchedumbre apiñada en el campo ya libre, donde momentos antes oscilaban las gigantescas burbujas de jabón de los globos inflados y prontos al «¡larguen!»

Las apariencias acusaban una expedición casi en broma, algo puramente representativo del peligro de la aerostación... Y en realidad, el peligro existía, á pesar, ó á causa, de la misma serenidad del aire, que no impulsaba á los globos hacia parte alguna, y de la falta de lastre. El lastre es el paracaídas del globo, es el que le salva del tejado, de la chimenea, del balcón de hierro; con el lastre se cae donde se quiere, y sin el lastre se cae donde la casualidad dispone. Y los globos de la fiesta — oí á los tripulantes lamentarlo — apenas llevaban la vigésima parte del lastre que habían menester... Además, en el inmenso palenque del aire también hay choques. Dos globos estuvieron á punto de embestirse. La gente, apretujada en el recinto de donde partieron los globos, ó aglomerada en la populachera calle del Gasómetro, contemplaba el espectáculo, sin darse cuenta de que allí se arriesgaban vidas. Por fortuna salió todo á pedir de boca; no hubo un descenso que no se verificase suavemente, y lo que empezó como juego, acabó como juego sencillo y gozoso.

***

En la función de gala del teatro Real cantaron *Lucía de Lammermoor*... Érame imposible no pensar toda la noche, más que en los plumeros, joyas, colorines y bordados charros de uniforme, en lo que pensaría la joven reina, que ha nacido en Escocia, viendo una *Lucía* por el estilo. Raya en lo grotesco la *mise en scène* de esta ópera, una de las que con mayor impropiedad y ridículo descuido salen á las tablas del regio coliseo. ¡Qué escoceses, santo Cristo de Burgos!

Algunos coristas llevaban el calcetín á cuadros; pero otros salían de tonelete de colorines, y la pierna, desde arriba de la rodilla, cautiva en luenga media de rico algodón color rosa, preso el pie en elegante zapato de becerro en mal uso; y como el tonelete respingaba por delante, hacían el fantástico efecto de hallarse en meses mayores. Los hermanos de la reina, esos preciosos chicos que con tanta gracia lucían el característico traje escocés, debieron de reirse por dentro á puchadas, pues el caso no era para menos.

Y no le extrañaría poco á la reina la insólita novedad de que, usando el *laird* de Lammermoor unos colores, usasen los de su *clán* otros distintos, puesto que justamente por los colores del señor se reconocen en la tierra alta de Escocia los hombres de cada *clán* ó tribu, siendo esto cosa de las más sabidas y vulgares, y siendo esos colores una especie de blasón de las familias nobles y antiguas. Y también le gustaría á la reina, no cabe duda, lo fiel de las decoraciones y del mobiliario..., es decir, el mobiliario de *Lucía*, en el Real, se parece á todos los que allí suelen ostentarse; consta de una mesa y un sillón, para la escena de la firma del contrato, y... del vacío reconcentrado en sí mismo, para la escena del delirio con bata de mangas perdidas, cabello suelto y gorgorito libre. ¿Es que habían venido á embargarle á Astón, la víspera de las bodas de su hermana? Y si no, ¿qué significa ese palacio con sólo las paredes?

***

Por cierto que me han contado una escena cómica, ocurrida la noche de la función de gala; si no es verdad..., ahí va tal cual me la refirieron. Uno de los coristas, con su traje de escocés... de menos que Carnaval, tuvo la ocurrencia de salir por la puerta del pasillo, no sé con qué objeto. Verle y tomarle por uno de los príncipes extranjeros, fué lo mismo. La gente se apartó con respeto, le abrió calle, y se absorbió en la contemplación de su indumentaria. Verdad que, cuando se enteraron del error, sufrió el mísero corista un formidable abucheo, y hasta tengo entendido que una multa, castigo de la *plancha*... de los demás.

***

Y en pos de tanto festejo — agradables ó no, porque algunos tuvieron de todo — vino el revuelo político, la zambra del cambio de ministerio y el decreto de disolución, fantasma cuya existencia niegan los adversarios y afirman los adictos, con igual seriedad y empeño... No sé si en esta variación habrá algo más que un cambio de nombres. Temo que en efecto no haya otra cosa, pues la experiencia nos ha demostrado que otra cosa no suele haber en casos análogos. Ya nadie espera nada de ningún cambio de ministerio. Estoy por decir que nadie espera nada de cambios de ninguna especie. Una indolencia fakirista se ha apoderado del público, del verdadero público, del que no tiene para qué aparentar creer en farsa alguna. — La única ilusión que todavía persiste en el espíritu de varias personas, de las que conocen á otras, es la ilusión individualista; la que se funda en el valer de los individuos superiores, profesen las opiniones que profesen, militen en el bando que militen. Así, existe una figura de ministro que ha motivado esperanzas en los que le tratamos y estimamos. Me refiero á Alejandro San Martín, el eminente médico y cirujano, llamado á la cartera de Instrucción pública. Este no es un político; si militó en las filas de un partido, fué al modo discreto y con la sordina del que no aspira ni á resaltar ni á conseguir. Sus trabajos de clínica, sus estudios concienzudos, profesionales, le absorbieron. Sin embargo, su cerebro, su pensamiento, tenían casillas donde las ideas, no políticas en el sentido estrecho y egoísta de la palabra, sino en aquel otro generoso y amplio que se acerca al patriotismo, germinaban y se desenvolvían silenciosamente. No es San Martín hombre de propaganda y agitación: si no hubiese sido llamado, en substitución de Ramón y Cajal — otro fundamento de esperanzas, — al puesto donde el pensamiento influye en la realidad de un modo inmediato y eficacísimo, San Martín se guardaría sus aspiraciones latentes, su deseo de arreglar algunas cosas, ya que todas, ni Dios, con ser Dios, quiere arreglarlas...

***

Yo confío en el ilustre facultativo, cuyo bisturí me ha rasgado la piel, en operaciones, insignificantes por fortuna, pues el mejor operador es temible, y líbrenos Dios de necesitar su ciencia. Confío en que corte y raje la recia piel y la hinchazón inveterada de tanto abuso, de tanto abandono, de tanta inercia, que vician la sangre de nuestro organismo pedagógico. Anhelo ese bisturí salvador, que extirpe la rutina y el atraso y aplique luego sobre lo vivo de la carne herida la cura aséptica, que no permite la formación ni de una gota de pus.

En nuestras cortas oraciones pedimos á Dios que inspire á San Martín. La mitad de su capa, para los enfermos del cuerpo; la otra mitad, para los del entendimiento. Y más útil la segunda mitad que la primera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

"Vendedor de periódicos, cuadro de Maximino Peña." 1910, n.º 1.493, p. 908.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No habéis experimentado algunas veces un goce especial, de sedación, con la vida, no digo del campo, sino de provincia?

Salís de Madrid, donde os acosan innumerables quehaceres, infinitas distracciones, impresiones múltiples, reiteradas, de agitación ardorosa y vehemente—noticias, ingeniosidades, chistes, chismes, maledicencias, augurios políticos, juicios literarios fustigadores, solicitudes, asuntos de poco momento pero de gran tráfago, encuentros de amigos, de conocidos que apenas recordáis, de negociantes con quienes tenéis alguna relación momentánea de compraventa; todo el ruido de la sociedad y todo el remolino de la aglomeración humana en una capital casi grande,—y entráis en el apacible remanso de una ciudad de provincia, que, en opinión de muchos de sus habitantes, «está muerta,» y que á vosotros no os produce la impresión repulsiva de la muerte, sino la grata del sueño, de la siesta prolongada, que acorta las horas tediosas del día.

Podrá mucha parte de esta impresión ser efecto del contraste; el organismo recibe siempre con placer el cambio; la diversidad es como rocío para una flor mustiada y lacia. Ello es que sentís complacencia. La lucha, esa lucha fiera de los intereses y los apetitos, existe en provincia quizás más intensa y encarnizada que en Madrid, pero á primera vista no se nota: hay que penetrar en la entraña de la provincia para darse cuenta de la batalla sorda que se riñe. Por encima se extiende una capita de vegetación fresca, que parece la misma imagen de la paz, esa vegetación corta y florida de los estanques inmóviles.

Y os halaga, en primer término, la apacibilidad de las calles. La gente va y viene: no es que estén desiertas; únicamente la falta de coches y tranvías, automóviles y pregones ruidosos, les presta esa blanda quietud. Por otra parte, este gentío de provincia no es el insolente y vocinglero de la corte española: no escucháis esas frases secas, insolentes, fanfarronas, que hombres y mujeres, chulos y chulas, cambian con el menor pretexto, sin que medie ofensa ni discusión, sólo por el *sport* de insultarse. Los mendigos son menos tercos y porfiosos; los chiquillos, en cambio, más pegajosillos: se ve que andan mejor tratados, y que se les consiente. Los curas no se deslizan furtivos y avergonzados: van con aire tranquilo, bien plegado el manteo, camino de su iglesia. El domingo se diferencia de los demás días de la semana, no en el criterio procaz y pintoresco de la fiesta taurómaca, sino en el clangor insistente de las campanas mañaneras, y por la tarde, en la irrupción de muchachas, criadas de servir, que repicinadas y con sus mejores atavíos, inundan el paseo, y van y vienen al son de la música. Muchas tardes de domingo veis que se abren aprisa los balcones y las ventanas; que manos solícitas cuelgan trapos más ó menos ricos, y viejas colchas de damasco prelado, cortinas de percal, banderines descoloridos, las variedades de la colgadura de fiesta. Y un olor de hinojo pisado sube del pavimento de la calle, y señoritas de blusa clara se asoman sosteniendo en las manos bandejas llenas de pétalos de rosa. La procesión desfila: San José y la Virgen, juntos y protegiendo al Niño, pasan como pasaban en nuestros sueños infantiles: bondadosos, graves, luciendo la Dama su amplio manto de cola, rozagante, de tisú de plata y azul zafir, el Carpintero envuelto en pliegues de terciopelo amaranto recargado de oro... Cabezas calvas, manos que empuñan cirios, uniformes recién cepillados, lustrosos al sol, estridores de música militar, y el hinojo que perfuma más recio, con su aroma agreste y tosco... La gaita, repitiendo un mismo compás de danza regional; el tamboril, alborotando con la ingenuidad de un chico travieso; el palio, el *tac* solemne de sus varas en las losas de la calle...

Colegio de niñas en la procesión de Corpus, Hospital de Beaune.
cuadro de J. Geoffroy. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1906.)

En los balcones la gente se postra; manos blancas, pequeñas, proyectan la lluvia de rosas hacia el flojón que forma la tela del palio en el centro. Y el oro de las capas pluviales se matiza de colores vivos de pedrería: hojas bermejas, hojas carmesíes, hojas pálidas, flotan alrededor y caen despaciosamente sobre los cráneos desplumados y las rizadas pellices. Después de que la procesión se aleja, la calle queda en religioso silencio absoluto, en soledad completa, trascendiendo fuertemente á flores y hierbas campestres; las ventanas siguen abiertas y están vacías; veis pasar á un criado que entra en una casa, llevando en las manos una especie de linterna de hojalata, que sostiene con cuidado exquisito... Es el «helado,» el refinamiento característico de los días de procesión. En copas celestes, de pie blanco, se yergue una pirámide amarilla, de mantecado, una pirámide rusa, de fresa, á veces un arlequín, bicolor. La familia espera ansiosamente la llegada de la linterna misteriosa. «Ya lo tenemos ahí,» exclama con bonachona alegría el padre. Sobre el velador de la sala—retirado el tapete de *macramé*—se colocan en círculo las copas colmadas; en el centro, la ligera cestilla llena de barquillos. Y la chiquillería, antes de disfrutar su parte, se enguanta con ella los dedos; diez barquillos, diez dedos tiesos que esgrimen riendo los varones contra sus hermanitas...

¿Por qué ha de ser menos interesante este cuadro patriarcal, que el de las señoronas empingorotadas en su *mail coach* y merendando emparedados que el Champagne riega? Declaro que, allí donde la suerte me depara una escena llena de vida, la contemplo con el mismo encanto. Cada día el espectáculo del mundo me parece más digno de fijar en él los ojos; con lo que tiene de malo y de bueno, de cruel y de inocente, de inmoral y de honesto... Y bajo estos suaves, y apenas delineados resaltes de las costumbres provincianas, está la humanidad tan viviente y tan activa como puede estarlo en el brillante cosmopolitismo y la agitación desenfrenada del París que se divierte, y que á mí no me divierte sino por la observación.

En esta existencia sin relieve violento, llana y uniforme, el acontecimiento es la llegada de los periódicos. Los dos ó tres primeros días que se pasan en provincia, no se tiene gana de leer diarios madrileños. ¿Para qué? Se viene saturado de esa lectura, mejor enterado que ellos, por las conversaciones, donde se dice y cuenta lo que en letras de molde no puede decirse. A la media semana, vuelve á preocupar lo que «por allá» sucede, y es una emoción, leve, pero al cabo emoción, el oir vocear, en la calle principal, al encenderse los primeros focos del alumbrado, la prensa de Madrid. Un enjambre de pilluelos se esparce, gritando á todo pulmón: «*¡Dencia! ¡Heral! ¡Parcia!! ¡Paña Nurcal...*» Una lluvia menuda de *perros chicos* va ingresando en sus bolsillos rotos y pringosos. En los cafés se lee con avidez; los excelentes padres de familia se llevan á sus casas el periódico preferido, á fin de comentarlo y desmenuzarlo entre el pescado frito y la ensalada de la cena. ¿Qué ha sucedido? ¿Se han descubierto más cómplices de Moral? ¿Quién viaja? ¿Quién se casa? ¿Quién se muere? Todo esto sazona con sal de curiosidad las blancas rajas de merluza.

¡Ah! Si el pueblo de provincia es un puerto de mar, cuento entre sus delicias la de comer peces frescos. En Madrid la frescura del pescado es rigidez artificiosamente obtenida por el hielo. El pescado que se saca del mar para llevarlo á la cazuela ó la sartén, tiene un jugo y una gracia sabrosa que pierde con los viajes, las preparaciones frigoríficas y el audaz retoque de carmín en las agallas...

Los pueblos de provincia que ven el mar no pueden confundirse con los del interior. Son ventanas por las cuales se divisa una extensión siempre variada, siempre hermosa. El puerto anima la ciudad. Desembarques y embarques hacen latir más aprisa su pulso, con la sana elevación del trabajo activo. Las mercancías le traen nueva sangre, el tráfico da finalidad á su movimiento; surgen fortunas, se crean capitales, el lujo viene detrás del dinero; y algo de fiebre moderna invade á la provincia, ansiosa de divertirse, ya que trabaja. La paz antigua se resiente á veces de esta inevitable transformación. Por las calles casi solitarias cruza un *auto*, desempedrándolas. Va como alma que lleva el diablo. Afortunadamente no tiene á quien aplastar: los chicos, medrosos ó reñidos felizmente por sus madres si hacen alardes de valentía, se refugiaron en los portales ó se achantaron en los ángulos de la plazoleta: una vieja, santiguándose, corre hacia el atrio de la iglesia románica, para tomar asilo: una sardinera, en jarras, se ríe, arrimada á la pared, de la facha de aquellos señoritos con antiparras verdes. El monstruo pasa, sin despachurrar á nadie. Un vago asombro flota en el ambiente. ¿Antes tanto estruendo, ahora este silencio hondo, casi palpable? Y la sardinera, con voz clara y juvenil, de gallo encaramado, arroja su pregón: «¡Ay queee... sardiñas!»

Al obscurecer, las canciones de los niños derraman melancolía. ¿Quién dijo que alegraban la vida las canciones de los niños? En Madrid apenas se oyen, al menos en los barrios céntricos; en provincia, sobre todo las tardes de los domingos, ritman de un modo poético la calma que nos rodea. Los estribillos de esas canciones son folklóricos, y encierran la sugestiva tristeza de la tradición. Hay en ellas elegíacas lamentaciones de princesas Delgadinas encerradas por su tirano padre en alta torre; relatos de los martirios de Catalina, con su rueda de cuchillos y navajas; quejas sollozantes de la doncella que se quería casar y á quien sus padres llevaban engañada al monasterio; apenas si la conocida ronda de las carboneritas de la villa de Arévalo interrumpe este catálogo de antiguas tragedias. El eco puro, cristalino, de los cantos, evoca lágrimas y dolor. Y eso es lo que probablemente aguarda á los cantorcillos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No leéis con interés las noticias del proceso de rehabilitación de Dreyfus? No ciertamente con aquel interés de lucha y batalla que revestían allá por los años de 1899 y siguientes, sino con otra especie de curiosidad asombrada, al comprobar el cambio verificado en el espíritu de la inmensa mayoría de la opinión francesa.

En el extranjero, han abundado los dreyfusistas, desde el primer instante de las reivindicaciones del prisionero de la isla del Diablo; en Francia, en cambio, los partidarios de la culpabilidad de Dreyfus eran más en número, y hasta en respetabilidad, que los defensores de su inocencia.

Y poco á poco, embate tras embate, han ido arrollando á los acusadores tos defensores, y el capitán de artillería degradado y perseguido se convierte en el héroe, en el mártir, que al frente de las tropas va á ser condecorado solemnemente con la Legión de honor.

¡Extrañas vueltas de la rueda de la Fortuna; singulares mareas de la Historia, que alza y deprime á las personas, en su instable curso!

***

Yo no lo puedo remediar. No he mirado jamás la cuestión Dreyfus por su lado político. No tengo opiniones políticas en Francia: apenas si las tengo aquí... He visto este problema como algo de interés dramático, apasionante, en el cual hay que buscar y desentrañar los móviles de los actos humanos, única explicación de los grandes crímenes y de las grandes abnegaciones, de los actos de justicia y de los actos de odio y venganza.

Y lo primero (lo confieso) que se me había ocurrido, dándome en qué cavilar, ¿qué género de interés animaba al general Mercier y á algunos otros contra la persona de Dreyfus? Es cierto que, según voz general, Dreyfus no tiene nada de simpático. ¿Basta esto, sin embargo, para explicar una conjura tan negra y horrible contra él? ¿Se inventa todo lo que tuvo que inventarse, á ser inocente Dreyfus, sin motivo ni causa alguna? Si esos generales querían proceder contra los espías, no les faltaban seguramente dentro de las oficinas técnicas: los hay, según parece, á manta de Dios, en Alemania como en Francia... ¿A qué cargar con el delito á un inocente? ¿A qué esa perfidia inconcebible, más inconcebible si la consideramos tramada entre varios oficiales, cuando existían gentes á quienes acusar no sin fundamento?

De aquí nacían mis primeras confusiones. Las segundas reconocieron por origen una multitud de detalles no satisfactoriamente explicados, y que serían luégos de indicar. De su conjunto, yo he sacado una impresión que seguramente no es la dominante ahora en Francia. Para mí, la inocencia de Dreyfus no aparece tan clara, de tan resplandeciente claridad, como aparece sin duda, en este momento, á los ojos de su patria, de sus amigos, de sus partidarios. Los tribunales han juzgado, la ley ha hablado, oigo decir... Sí, en efecto, han hablado los jueces, ha dictado su fallo la ley... ¿Y no era ley, no eran tribunales los que le enviaron á la isla del Diablo? Seríamos felices en este mundo si creyésemos en la infalibilidad de los jueces, de esa reunión de hombres que se llama un tribunal...

***

No he asegurado nunca que Dreyfus fuese culpable; pero tampoco me atrevería á afirmar lo que hoy la ley impone.

La intervención de Zola... De esto he hablado largamente en unos artículos publicados poco después de la muerte del gran novelista en la excelente revista madrileña *La Lectura*. Este acto de Zola tiene dos ó tres aspectos, por los cuales se le debe considerar. Creo que no es dudosa mi admiración hacia el Zola que escribió algunas novelas destinadas á no perecer: yo no soy sospechosa en esto. Nada tiene que ver, por otra parte, la admiración que puede inspirar un literato, con la aprobación de su proceder en estas materias sometidas á discusión y debate, y sobre las cuales tal vez hasta dentro de cien años no pueda decirse la palabra definitiva y justa.

Voltaire tomó la defensa de Calas. Balzac, la de Peytel. Zola, la de Dreyfus. Acaso, sin el ejemplo de Voltaire y Balzac, el autor del *Assommoir* no hubiese escrito la célebre carta *J'accuse*.

La actitud de Zola, al defender á Dreyfus, fué de abnegación: se expuso—así lo he leído mil veces, así se repite aún hoy—á los insultos, á las persecuciones. Sí y no, digo, al tomar en cuenta la afirmación que precede. Sí y no: para comprender esta aparente contradicción, hay que conocer muy bien la historia literaria de Zola; y la muchedumbre no conoce bien jamás historia literaria ninguna.

Emilio Zola fué, desde su primer libro algo importante, el escritor más vilipendiado, insultado y deprimido de cuantos en el mundo manejaron pluma. Se le llamó cerdo triste, alcantarillero, basurero, corruptor y mercader de infamias; se apartaron de él los ojos con horror y el estómago con asco. Se prohibieron sus libros, no por la Iglesia, sino por los Gobiernos, en Inglaterra, Alemania, Austria y Rusia; y una especie de acuerdo general social los prohibió en el hogar y en la familia. Los que nos atrevimos á defender algo de la teoría literaria de Zola y á sostener que en sus novelas (de la primera época) existen páginas insuperables en el concepto de descripción y observación, nos ganamos de rechazo antipatías y censuras, y casi se nos miró como á seres desprovistos de delicadeza y gusto, si no de conciencia moral. Nosotros sí que fuimos valientes; nosotros, los primeros que leímos y juzgamos á Zola situándonos en el sencillo punto de vista del arte literario, y nos lanzamos á decirlo en público.

Zola, durante algún tiempo, navegó contra las corrientes, y se complació en afrontar la hostilidad de las multitudes escandalizadas, y á la vez curiosas y ávidas del mismo escándalo. Una escuela se había formado alrededor suyo; tenía su cohorte de discípulos; ganaba dinero. Pero el arte, insensiblemente, evolucionaba. Los novelistas rusos le minaban el terreno á Zola; el neo idealismo, el misticismo, el decadentismo, flotaban ya en el aire. Al publicar Zola *La terre*, exageración de su fórmula y de su teoría, los jóvenes, sus mayores partidarios, se separaron indignados de él, le renegaron, en ruidoso, célebre manifiesto. Después de este episodio, Zola tenía que evolucionar y modificarse, ó callar para siempre: *La terre* no se podía repetir. Y en efecto, desde aquella fecha evoluciona Zola: pasa de *La terre* al *Rêve*, y da principio á una serie de novelas de carácter social, humanitario, diferentes de las anteriores.

Lejos de cobrar alientos vigorosos con el cambio, la nueva manera señala en Zola una decadencia artística que él mismo percibe. Y se encuentra, en la madurez que precede á la vejez, declinando, sin haber conseguido ni un día solo esa popularidad cariñosa de la cual plenamente habían disfrutado otros escritores, bastando citar, para ejemplo, á Lamartine, á Hugo. Entonces es cuando indudablemente surge en su espíritu el deseo de ejercer una acción social, que si no le gana las simpatías de todos, le conquiste, por lo menos, las de una gran parte de sus conciudadanos. Zola quiere dejar de ser *el paria* (la frase es suya, textual). Y entonces eleva su voz en favor de Alfredo Dreyfus.

***

Los resultados no se hacen esperar. Es cierto que muchos gritan: «*A mort, Zola! A l'eau, Zola!*,» pero Zola está avezado á las maldiciones y á los dicterios; á lo que no está hecho es á recoger testimonios de afecto y de entusiasmo, públicamente; á tener un partido numeroso, que le aclame. Severina, la célebre periodista, lo confiesa: Zola, antes, le repugnaba; ahora le mira con una especie de culto. El movimiento se acentúa; se convierten á Zola los que siempre le reprobaban, los indignados de *Nana* y de *Pot Bouille*. Desde el extranjero le llegan saludos y adhesiones con que no contaba, que se le habían regateado en concepto de artista, y que ahora se le dirigían como filántropo y campeón de la justicia: la voz de Ibsen, la de Tolstoy, halagaba los oídos de un escritor no inferior á los más famosos de su época, pero siempre impopular y maldito, hasta que se presentó luchando, no por la eterna verdad del arte, sino por la verdad contingente de un hecho histórico, entre el fragor de las pasiones de un día...

***

La prueba de que Zola iba ganando, en ventajas inmediatas, al declararse paladín de Dreyfus, la da patente esta rehabilitación, más que rehabilitación, esta apoteosis final. Si el desgraciado accidente de la chimenea no hubiese cortado la vida de Zola, hoy le veríamos á la cabeza de Francia. Muerto, vamos á verle en el Panteón, y no por *L'Assommoir*, ni por *Germinal*, sino por haber sacado la cara en favor de un reo injustamente sentenciado; y nótese que no niego la injusticia cometida con Dreyfus; para mí, el que Dreyfus sea lo que sea no tiene, en este caso especial, suma importancia; mi cabeza se resiste á admitir la maquinación infernal en daño de un hombre absolutamente inculpable, pero admitámosla; lo que me subleva de la serie de acontecimientos, desarrollados con motivo del proceso, es que la gloria literaria y su consagración oficial dependan de la política hasta tal punto...

***

¿Qué sucederá al ser honrado y condecorado Dreyfus ante el ejército? El terrible duelo Pugliesi-Sarraut revela que las pasiones y las cóleras, adormecidas, no están muertas; que todavía, de buena fe, eso es innegable, hombres de honor dudan del honor militar de Dreyfus. ¿No corre su albur, una aventura algo impremeditada, el gobierno francés, al exigir é imponer una reparación tan ruidosa?

Quisiera asistir á esa ceremonia, estudiar las caras, los gestos, las palideces y los rubores... Quisiera leer en los corazones y en las conciencias... ¡Quién conocerá la clave de tantos enigmas! De todas suertes, si Dreyfus no ha sido un traidor, alegrémonos de su felicidad actual. Que ha sufrido, no tiene duda. Y más vale perdonar á cien culpables, que oprimir á un solo inocente...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si habláse mos un momento de lo que hablan todas las señoras cuando se reunen en conciliábulos, sea á la salida de misa, sea á la puerta de una tienda, sea al obscurecer, en alguna «casa de confianza,» sea en el paseo, sentadítas en sillas de paja, mientras las niñas se entretienen charlando con la demás gente joven de «otras cosas»? ¿Si habláse mos, una vez nada más, del *servicio*?

***

Yo he observado algo en que seguramente habrán reparado también los que me leen, sin necesidad de enfrascarse en estudios profundos y trascendentales. He observado que, mientras los demás obreros y artesanos, con rarísimas excepciones, saben «su obligación,» conocen su oficio, de los servidores, el 75 por 100 lo desconoce absolutamente, lo mismo en Madrid que en provincia. Llamad á un albañil: él sabrá recebar, encalar, sentar ladrillo—sin que necesitéis intervenir para que se cumplan estas faenas.—Llamad á un carpintero: no será menester que le déis una lección de ajuste y ensamblado. El zapatero os entrega zapatos que os calzan; el confitero os vende dulces que podéis comer; el fumista os arregla la cañería y os limpia la estufa, que vosotros no acertabais á hacer funcionar.—Tomad, en cambio, un sirviente, una doncella, una cocinera, un mozo de comedor. Por milagro estarán enterados de la vigésima parte de sus deberes. El mismo día en que entran en vuestra casa empiezan á aprender. ¿Dónde se ocultan los que ya han aprendido? Lo ignoro. Nadie me ha dicho que haya tenido la dicha de tropezar con ellos.

***

Lo primero que os veis en el caso de enseñarles es que los fósforos no se raspan en la pared. Lo segundo, que es fórmula de respeto dirigirse á los amos en impersonal. Lo tercero, que no se habla á gritos, pero tampoco mascullando las palabras: que se pronuncia con claridad y buen modo. Lo cuarto, que el calzado se limpia por las mañanas, y cómo, y en qué forma. Lo quinto, que las cartas y periódicos no se entregan con la mano. Lo sexto, que se barre así y así, se aclaran los cristales de esta y la otra manera, se lustran los muebles, se bruñen los metales..., en fin, todo, absolutamente todo cuanto constituye el protocolo del aseo, del cual se enteran con un asombro infinito y una vaga sospecha de que son «monsergas de los señores.» Y cuando habéis conseguido que bajo vuestra inspección se haga un «sábado» pasable, tenéis que dedicaros á combatir la perniciosa idea de que ese «sábado» es definitivo, durando un lustro sus efectos y resultados.

***

Ninguna doncella admitiréis que al colgar vuestra ropa no la deje en desorden, suspendida por la mitad de la espalda, lo cual desfigura la prenda y hace una bolsa bajo el cuello. Ninguna tendrá ni la más ligera noción de cómo se cepilla, de cómo se dobla, de cómo se coloca un sombrero en la caja, de cómo se repasan las medias finas, de cómo se plancha un encaje: no hablemos ya de sabidurías más complicadas, de artes de tocador, de peinar, ondular, vestir y prender adornos. No hablemos de servir un te, de introducir á las visitas con discreción, de recibir y transmitir un recado, sea de palabra, sea por teléfono. En cuanto á su vestimenta, lo que os salta á los ojos, en las mujeres que se dedican al servicio, es el falso lujo, unido al absoluto desconocimiento del traje *convenable* para su labor. Se peinan con sobra de coquetería, abusando de los peinecillos y peinetas; lucen blusas con entredoses y adornos, mientras llevan los bajos sucios y desflecados y chancletean en zapatillas á cualquier hora; prefieren las telas de colorines para los contados vestidos, á veces tan contados que no pasan de uno, que traen en su baúl; se dan polvos de arroz con olor de patchuli, y os atosigan y encalabrinan al acercarse; y os miran abriendo mucho los ojos, cuando les ordenáis—al regalarles ropa negra—que la usen siempre, no sólo los domingos, y que lleven un cuello blanco muy limpio, un delantal de nieve... Ellas creen «más elegantes» sus faldetas de medio color, sus blusas rosas ó azules, su toquilla colorada...

***

Y he guardado para el *bouquet* á las cocineras, que ya constituyen un serio problema social, familiar, hasta higiénico. En Madrid las cocineras sisan formidablemente, es cosa descontada; mantienen á quien se les antoja, eso ya lo sabemos; pero ó mucho me equivoco, ó hace unos veinte años, con tener estos vicios, al menos guisaban. Hoy, ¡qué han de guisar! No conocen el guiso más sencillo; no hacen los platos más burgueses; no componen el más humilde *menú*. No hay que figurarse que esto es una exageración: no saben ni pasar ni freir un huevo, ni hacer el puchero, el caldo de substancia. Han suprimido, por artículo de lujo, su oficio, ó mejor dicho, han conservado de él, solamente, el «ir á la compra.» Lo demás... es lo de menos.

He aquí el diálogo invariable:

—¿Qué sabe usted hacer?

—Pues..., así..., lo corriente... Amos, lo que se pone en todas partes.

—¿Lo corriente? Explique usted lo que entiende por «corriente.» Por ejemplo: sopas. ¿Qué sopas sabe usted?

—Pues... de fideos... Amos, de diferentes pastas.

—¿Nada más?

—Como sopas..., no, señora, no sé más. Pero si la señora me explica...

—Bueno... ¿Y de fritos?

—*Clocketas*.

—¿Nada más?

—Y merluza frita. También sé freir merluza.

—¡Ah! ¿También? Siga, siga... ¿Y de entradas?

—¿Eeeeh? ¿Entradas? Dispense la señora, que no entiendo.

—Adelante... ¿Asados? ¿Repostería? ¿Postres?

Un minuto de angustioso silencio. Sonrisa humilde ó irónica, según los temperamentos.

—¿Nada de eso sabe usted?

—Como asar..., claro, sé unos bistés... y sé asar la ternera... Ahora, de lo otro... En las casas donde estuve, se traía el postre de la confitería.

—¿Cuánto ganaba usted en esas casas?

—Ocho duros (con aplomo).

—¿Al año?

***

La pretendiente se tercia el mantón y desfila... Viene otra, que debe de ser su hermana gemela, y se repite exactamente la indagatoria anterior, con la coletilla: «Pero, si la señora me explica... Porque, ¿verdá usté?, cada amo tiene su gusto... y en cada casa hay sus estilos...»

Total, que os proponen entrar en aprendizaje, ó lo que es lo mismo, que del oficio que ellas ignoran os piden lecciones, y en vez de pagaros os exigen dinero...

En esto del aprendizaje está el toque de la cuestión. Los obreros y artesanos saben su obligación, sencillamente á causa de haber sido aprendices en la adolescencia; y durante el tiempo que lo fueron, unos pagaron al maestro en moneda contante, otros le pagaron en trabajo, y en una ó en otra forma, reconocieron explícitamente que el enseñar vale algo, y el aprender algo cuesta, así sea lo aprendido tarea mecánica y material, como amasar yeso ó picar piedra. Sólo esta importantísima ciencia de la cocina, la preparación de los alimentos que han de nutrir el cuerpo, sostener el equilibrio de la salud, sanar á los enfermos, fortalecer á los niños, reparar las pérdidas del organismo fatigado, alegrar la vida de familia, estrechar los lazos de la intimidad, repartir un goce lícito y consumir buena parte de la hacienda, sólo este oficio necesario por excelencia se ejerce sin aprendizaje, y en el mejor caso, se aprende á costa de los mismos que pagan al que viene á ejercerlo, ignorándolo completamente...

***

He dicho «en el mejor caso...» En efecto, las nociones no adquiridas en los primeros años de la vida, rara vez se ganan en los últimos. Las cocineras no suelen ser muy jóvenes, y la lección no les aprovecha.

Yo tengo afición á dirigir platos de cocina. Me he formado una pequeña biblioteca de libros de culinaria. No creo ser, de las señoras que conozco, la más torpe para este ramo de economía doméstica, al parecer reñido con las Musas (sólo al parecer). Así es que he ejercido la enseñanza, sin poder decir que han aprendido, por lo general, gran cosa mis discípulas. En efecto, yo les dirigía un plato poniendo en él los requisitos que la fórmula exige: midiendo y pesando lo que debe medirse y pesarse; refinando delicadamente para que ni falte ni sobre y el paramento y la sazón lisonjeen el gusto. Aquel día, el plato, como una seda. A los ocho días, lo repetía la cocinera, suprimiendo la mitad de lo que constituye el intringulis del guiso, y procediendo «á ojo.» Ya era difícil aplicarle nombre. A los quince, golpe nuevo, suprimiendo casi todo. ¡Y no reconocía el guiso ni la madre que lo parió!

***

Jamás he logrado persuadir á una de estas atropelladoras de que muchas legumbres se sangran, la carne no se lava, el caldo no debe hervir á borbotones, el pastel no se sirve templado, sino frío como el hielo ó sudando de puro caliente, y otras varias reglas é instrucciones nada complicadas, que desacatan á cada momento. No he conseguido enterarlas ni del secreto casero y humilde de los huevos bien pasados, bien estrellados, bien escalfados ó bien revueltos. No he obtenido ni que pongan corcho á la botella del vinagre. Y es la falta de aprendizaje; es que en la escuela no se les inculcó el *a b c* de la economía doméstica, que la mujer debe saberse de corrido. Si no me equivoco, en Noruega y Dinamarca se cocina en las escuelas, y la maestra va con las alumnas al mercado y á la compra. Gran idea y grandes países—aunque pequeños.

***

¿Y el *cocinero*? ¿También él desconoce los rudimentos del arte? No. Los cocineros que he tenido sabían su oficio, unos mejor, otros peor, pero, al cabo, lo sabían. Un día *de convite* se lucían; adornaban, cuidaban el *menú*. A diario, en cambio, yo no vacilaría en preferir hasta á las atropelladoras. El cocinero nos servía aguachirle en vez de caldo; carbones en vez de *entrecôte*, y como legumbre, judías verdes crudas. En media hora preparaba la comida ó el almuerzo; después, colgaba de un clavo el mandil y desaparecía, cinco horas, seis horas, ocho, diez. ¿Adónde iba? Yo he sospechado si alguno de ellos era, á espaldas nuestras, torero, sastre ó limpiabotas.

Y estos servidores emigran, pasan á Buenos Aires ó Montevideo, y escriben que ganan una porrada de «pesos» mensuales... ¡Pobres señoras sudamericanas!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé si será cierto que atravesamos una época angustiosa, que en algunas comarcas españolas la gente se muere de hambre, y que la situación económica de la inmensa mayoría de nuestros compatriotas antes es apurada que desahogada. Me inclino á creerlo, y sin embargo, veo con cuánto rumbo y gallardía se gasta el dinero en las fiestas en que arde España y de las cuales tengo presente una brillante muestra en las de la Coruña.

***

¿Verdad que no se lee otra cosa en los periódicos? No hay ciudad, villa ni lugar que no quiera la alternativa en este capítulo de festejos. Y es curioso observar cómo al tratarse de la preparación y arreglo de unas fiestas, la pereza clásica de la raza desaparece, y se desarrolla una actividad vertiginosa, sólo comparable á la esplendidez con el mismo fin desplegada.

Viernes en tales días corren de un lado para otro á los obreros y obreras, agitados, anhelantes, serios como el que tiene un alta misión que cumplir. Vienen á las personas más graves salirse de sus casillas, y como una botella de espumoso líquido, hacer saltar el tapón, ese cierre de formalidad algo tedioso en que se enclaustra la vida provinciana durante el invierno. Vierais á todo el mundo pendiente del goce anunciado, del espectáculo que se aguarda, de la emoción placentera prevista y seguramente acrecentada por la fantasía. Vierais, claramente—si tenías el candor de dudarlo—cómo la orientación de la vida moderna es hacia el placer, y cómo este afán de goces no es privativo de las clases pudientes y acomodadas, sino que se extiende á las más humildes, desde el sirviente que abandona una buena casa para encontrarse libre mientras duren «las fiestas,» hasta el golfillo de cara escuálida y harapienta vestidura, que os pide con inmenso afán, no comida ni ropa, sino una «contraseña,» la entrada que no os sirve, el derecho á rebañar una sobra de diversión ó una migaja de espectáculo. ¡Con qué ímpetu se arroja ese desharrapado sobre las serpentinas, las flores marchitas, los pedazos de oropel, todo lo que tira y desprecia en el polvo del arroyo el placer de los ricos! ¡Cómo se disputan los residuos del goce ajeno! A puñadas, á coces, á empellones, bajo la férula de los guardias, que unas veces les dejan campar por sus respetos y otras les hartan de puntapiés, esos míseros chiquelos van á la rebatiña de un jirón de papel color rosa ó azul... Del cieno recogen su manchada y arrugada ilusión, y yo les he visto guardarla en el pecho, gritar de júbilo al adueñarse de ella... Por un momento se creen á la altura de los que lanzaron la serpentina entera; y esto les satisface más que si se considerasen á la altura de los que almuerzan y comen, todos los días, un alimento sano.

***

Un fenómeno también singular es el que, mientras los festejos duran (y estos de mi pueblo natal se prolongan veinte días, casi un mes), no se registran esos crímenes de brutalidad y borrachera, que convierten las afueras de una población culta y hermosa en los aledaños de un aduar africano. Y dentro de la población, á pesar de la enorme afluencia de gentío, tampoco ha ocurrido el menor desorden, el más ligero disgusto; por lo cual yo me doy á pensar que esto de las fiestas y diversiones debe de ejercer un efecto sedante, dulcificador del carácter y resolutivo de la bilis; en suma, altamente benéfico.

Otra observación realizo, y es igualmente consoladora y grata. Los festejos van hacia la cultura: ya se hace algo más que correr toros. Hasta diría yo que van hacia la cultura principalmente, si tomamos como nota de cultura el desarrollo de ciertos *sports*, que pueden contribuir á robustecer y mejorar la raza. Aquí hemos tenido, en esta temporada, regatas, ejercicios gimnásticos, concursos hípicos, concursos de baile y canto, cucañas *(sport* popular y muy divertido), en fin, una contribución copiosa á la idea de que el cuerpo humano es el santuario del alma, y conviene edificarlo con toda la solidez y vigor de las fábricas bien sustentadas y de firmes cimientos.

Volvemos, pues, insensiblemente hacia el pugilato y los juegos olímpicos. Cuando salen á plaza los que llamó Teófilo Gautier «ventrudos burgueses» y se muestran deseosos de demostrar que en vez de vientre tienen músculos; cuando levantan una pesa de á doscientas libras, empujan la pelota enorme con hombros y puños, vuelan por los aires ayudados de la pértiga, ó jalan de la maroma estribando fuertemente en el suelo á fin de no ser arrastrados y arrastrar ellos á sus contendientes, se me figura que la burguesía compensa algo, con estos ardorosos y saludables ejercicios atléticos, la tumefacción y el recargo de la vida sedentaria, en escritorios y casinos—vida degeneradora si las hay.—Confieso mi gran simpatía por esta clase de ocupaciones, que crean la fuerza física.

***

El abuso que hoy se hace del revólver y de la navaja, ha restado importancia á la fuerza... Ya hasta los aldeanos del Noroeste, que solían resolverlo todo con los puños, lo resuelven ahora á tiros y á *viajes* de faca andaluza. Así es que los *boxeadores* ingleses me parecen unos cumplidos caballeros, con sus enormes guantes de piel y sus *jerseys* adheridos al nada recio torso...

¿A cuáles *boxeadores* me refiero? A dos que acabo de ver combatir en la plaza de la Coruña, y que, según noticias, son auténticos; vienen del mismo Londres, donde figuran con números altos en el campeonato, y cobran sendos miles de pesetas por darse unos cuantos sopapos encima de un tablado, á presencia del concurso.

Mi primer sorpresa fué que estos boxeadores sean delgaditos, no muy altos y tan poco hercúleos. Mi segunda sorpresa, que después del combate se quedasen frescos y tranquilos, sin un ojo *au beurre noir* ni una costilla en puré... Dijérase que las guantadas que se aplicaron eran de la misma índole que las de los *clowns* en la pista. Hay quien cree que durante la travesía y el viaje de la capital de Albión á esta tierra de Finisterre, que linda con Inglaterra «mar en medio,» los dos artistas de la morrada celebraron un pacto misterioso, basado en que no nos merecemos los de por acá ni siquiera una larga efusión de sangre. Y á la verdad, ningún interés teníamos—yo por lo menos—en que se hiciesen pupa los dos hijos de la Gran Bretaña. Todos dicen que el boxeo es brutal, por lo cruento y feroz de los golpes dados y recibidos. Un boxeo incruento, suave y lleno de consideraciones y delicaderas amistosas, es preferible.

***

Todo el mundo, conocidos y desconocidos, lamenta la muerte tan temprana é inesperada del joven aeronauta Jesús Fernández Duro. Se le siente como si fuese un amigo, aunque no lo haya sido, y como si al irse de entre los vivientes á la hermosa edad de veintiocho años, defraudase esperanzas y malograse proyectos, no suyos, sino de cuantos fueron sus contemporáneos.

¿Sería aquí donde se resolviese la cuestión de la dirección de los globos; donde un aeroplano en condiciones de *réussite* contribuyese á ensanchar el campo de la experimentación científica? Viviendo Fernández Duro, podíamos esperarlo... Aquí, lo bueno y lo malo se espera ó se teme, no de la colectividad, sino del individuo. Las escasas iniciativas de la masa están compensadas por las energías individuales, poderosas en la Península ibérica. Todo el movimiento de aerostación en España fué obra de Fernández Duro: el *Real Aero Club* le debe la existencia: con su fallecimiento, el *sport* aéreo recibe un golpe del cual tal vez no se rehaga en muchos años. Cuando en España cunde una idea, estad seguros de que tiene detrás, no una muchedumbre, sino un individuo. Debiamos ser, los españoles, la raza más admiradora, más fanática de los grandes hombres que existiese en toda Europa; y esto no significa que yo otorgue á Fernández Duro el dictado de grande hombre, como no convendría otorgárselo á aquellos conquistadores del Perú y de Chile, fuertes ejemplares de la raza hispánica, sin embargo, individuos-tipos, en toda la extensión de la palabra. Y el arriesgado surcador del aire, el navegante del infinito, ha muerto, no precipitado como Icaro al derretirse sus alas de cera, gasa ó tafetán sutil, sino postrado por una infección de la tierra, que acaso movido por presentimiento obscuro tenía tal deseo de abandonar, buscando la pureza de las alturas... Muere Fernández Duro de tifoideas...

Aún parece que fué ayer mismo cuando intervino en la fiesta del parque del Gasómetro, en Madrid, almirante de aquella escuadrilla de globitos primorosos, que se elevaron con gracia y alegría festejando la boda de los reyes. Y no estará ni mediado el *wedding cake*, el pastel nupcial que se conserva años en los hogares ingleses, dando á su conservación cierta importancia misteriosa y simbólica, cuando duerme bajo tierra el joven y valeroso aeronauta. Triste, infecundo pensamiento el de la muerte en la juventud, mejor es alejarlo, ó pensar que la infección puede haber salvado á Fernández Duro de un fin más cruel, de una caída trágica—siempre bella.

***

Hablaría del naufragio del *Sirio*..., pero estas grandes calamidades materiales pierden la actualidad á los pocos días de acaecidas; y en el presente año de 1906 han menudeado tanto, que casi no impresionan. El espectáculo de la lucha feroz por la vida y de las grandes abnegaciones que la desdeñan, es lo más interesante del siniestro. Hará un mes ó mes y medio publiqué en *El Imparcial* un cuento titulado *El fondo del alma*, cuyo asunto estaba tomado de la realidad. Salen de expedición por un río dos enamorados; la embarcación se hunde; el amador, verdaderamente apasionado, intenta salvar á la amada; pero ella, inconscientemente, paraliza los movimientos de él y le arrastra á lo hondo, y entonces él la rechaza y se salva solo, en un arranque del instinto de conservación. Mi amigo Saint-Aubin, en *El Heraldo*, se mostró sublevado por lo que él creía una tesis..., cuando, por desgracia, no es más que una observación, un dato de psicología experimental, que la catástrofe del transatlántico italiano ha venido á corroborar cumplidamente.

Sólo las madres murieron agarradas á sus niños, alzándolos, como banderas, sobre las olas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como no ignora nadie que se estime, los Estados Unidos son el país donde suceden todas las cosas raras y se producen los tipos de originalidad en el modo de pensar y de proceder. Estos días me encuentro en relación transitoria con uno de ellos, el millonario James Carleton Young.

Erase un señor que tenía el gusto de hacer frecuentes viajes á pie por Europa. Durante una de sus peregrinaciones á través del Atica, algo rendido de tanta caminata, se detuvo en Atenas á fin de tomar descanso. Y en una hermosa tarde de junio, hallándose entregado á sus meditaciones en la Acrópolis, tuvo la inspiración de la biblioteca que debía fundar. Pensando en las maravillosas esculturas de la antigua Grecia, hoy dispersas por los Museos de Europa y que él hubiese deseado ver reunidas en la misma capital de la Grecia heroica, adoptó la resolución de componer una biblioteca que fuese esplendoroso testimonio de admiración hacia un arte más alto, más divino que la escultura: la literatura.

Para este objeto resolvió juntar bajo un techo mismo, en su admirable y amada ciudad de Minneapolis (Minnesota), las obras más notables de los mejores escritores vivos de todos los países del mundo, en toda lengua. Cada obra debería llevar una dedicatoria autógrafa del autor, que resuma el peculiar carácter de sus aptitudes. Si se trata de un poeta, debe escribir un poema corto. Si un novelista, una confesión autobiográfica literaria: cómo pensó el asunto, cómo estudió á los principales personajes. Si historiador, deberá anotar algún detalle curioso del período histórico á que el libro se refiere. Si biógrafo, alguna anécdota sobre la vida del personaje á quien biografía. Si viajero, alguna entretenida particularidad de las comarcas que haya visitado. Si teólogo, una alusión á los dogmas y ritos de la religión que profesa. Si filósofo ó sabio, un resumen de los hechos observados ó de las teorías profesadas. De este modo—advierte Carleton—el ejemplar será en cierto modo único, y llevará en la frente, por decirlo así, la garra de su autor.

Realizar la empresa no era tan sencillo como parece. Recoger los libros, preparados en la forma que el aficionado deseaba, pedía tiempo, dinero y paciencia —lo que toda empresa humana pide.—El dinero sabemos que es una droga yanqui, pero la paciencia no sabíamos que fuese la principal virtud de este pueblo improvisador. Sin embargo, toda persona ó colectividad enérgica es paciente á punto. Carleton, como primera providencia, se agregó cuatro excelentes colaboradores, que se repartieron el trabajo de un modo racional, y no cejarán hasta llevar á término la empresa. Entre tanto, Carleton sigue viajando por Europa y Asia, con objeto de enriquecer su colección, y nos entera de que en cada país deja formado una especie de comité, compuesto de todos los críticos literarios de autoridad. El oficio de tales comités es elegir, entre las producciones literarias de su patria, las mejores y más dignas de figurar en la biblioteca ideal del aficionado.

Porque Carleton no quiere broza. Arguye él que, así como en los Museos no se admite lo primero que llega, y se depura cuidadosamente el mérito y autenticidad de cuadros, estatuas, tallas y esmaltes, en la biblioteca conviene escoger también, y con detención y gusto. Al objeto de reunir y guardar convenientemente su tesoro, Carleton proyecta construir en Minneapolis un edificio á prueba de fuego, donde instalar la colección reunida. La biblioteca tendrá su personal, adscrito en debida forma, y el público entrará libremente á admirar tantas riquezas y curiosidades. Su dueño entiende, y así lo declara, que es un deber grato hacer á la multitud partícipe de los beneficios y los goces de la iniciación en la vida altamente intelectual de nuestra época, y que sería egoísta quien no lo realizase, y ocultase celosamente sus libros.

Otra opinión del infatigable coleccionista es que los autores son muy amables, y más amables cuanto más renombrados y famosos. Es en extremo lisonjero para nosotros, los literatos, que Carleton nos tenga por las gentes más nobles, desinteresadas y simpáticas del mundo, con raras excepciones. Al leer esta afirmación del original coleccionista, no pude menos de meditar breves instantes; y después, alzando los hombros, murmurar ese «quizás» en que se resume la substancia de largas reflexiones sobre lo contradictorio de la psicología...

Y ved como el norteamericano cuyos intentos refiero camina hacia una especie de inmortalidad, al coleccionar la inmortalidad (permítase la frase) de otros. El *Sheridans men and women*, revista ilustrada que ve la luz en Nueva York, trae su retrato y le otorga el título de *rey del libro*, más honroso que el de *rey del petróleo* y *rey del mercado de carnes*, atribuídos á compatriotas de este bibliófilo, que á los cuarenta años es dueño de la biblioteca más notable del orbe, centenares de miles de volúmenes. Por cierto que semejante dato me sobresalta un poco. ¿Cabe en lo factible reunir una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, y que siga siendo muy selecta?

O yo no interpreto bien las intenciones del coleccionista, ó sólo entran en su programa autores vivos, porque los muertos no pueden realzar el mérito del ejemplar (primera edición, á ser posible) con inscripciones autógrafas. Y catalogando sólo autores vivos, y autores de algún merecimiento, la cifra de cien mil volúmenes me parece desenfrenadamente ambiciosa.

En fin, pongamos que el Sr. Carleton comete el pecado general, el pecado de indulgencia, y abriendo la mano, acoge en el templo de ese suntuoso edificio que se dispone á elevar en Minneapolis á muchos á quienes las Musas, inflexibles, cerrarían la puerta. Así debe de ser, pues si se aplicase un saludable y justo rigor, tendría el Sr. Carleton muy suficiente con la modesta sala donde caben los contados libros gloriosos de nuestra edad contemporánea y de la generación que respira aún.

Carleton, por otra parte, confiesa que ha cometido errores, que ha solicitado libros de escritores que nada valen y omitido solicitarlos de otros más señalados. Espera corregir estos yerros, y hacer de su biblioteca algo único en el mundo. Entre las inscripciones que avaloran los libros de la colección, existen algunas proféticas. Uno de los historiadores más grandes que hoy existen escribió, en un ejemplar de su historia de una importante nación europea, las razones que le inducen á anunciar que esta nación perderá, en el plazo de veinticinco años, su actual poderío. Al hacerlo, exigió que el libro permanezca sellado hasta su muerte. Sistema que me parece muy recomendable, ya que permite el desahogo póstumo de tantas especies como pesan sobre el entendimiento y el corazón, á que respetos y miramientos obligan á callar, mientras el divulgarlas puede acarrear serio perjuicio y desazones sin cuento.

Una objeción tengo que oponer á las hojas circulares que el Sr. Carleton me envía, acompañadas de una carta muy amable. En el texto de una de ellas leo algo que me confunde. Al quejarse el coleccionista de cierta oposición á su idea, que al comenzar á divulgarla notó en los mismos autores, dice textualmente: «Los que al principio me contestaban con enérgica negativa, empiezan á comprender que dentro de algunos años podría pesarles no encontrarse en compañía de autores ilustres. Después de que uno se muere, es tarde ya para dedicar sus obras.» En efecto, pero yo interrogo: ¿cómo le puede pesar á un autor difunto el no encontrarse en excelente compañía literaria?

Aparte de este reparo del género nimio, pues es evidente que la hoja no dice lo que quiso decir, la empresa del Sr. Carleton es en sumo grado interesante y hasta útil. Es además algo que considero inestimable, algo que á todos nos hace falta: una manera de llenar la vida. Padece la vida humana, por extraña asociación, dos males que parece excluirse: el peso y el vacío. A veces gravita sobre el espíritu como enorme chapa plúmbea; á veces es un pozo seco, y no hay medio de colmar su vacuidad. Cuando el capitalista de Minneapolis nos repite que su labor de coleccionista es deliciosa, que le inunda de alegría y de felicidad el realizarla, le creemos, y hasta le envidiaríamos, si también no hubiésemos buscado, desde los primeros años de la existencia, algo que la llene. A la verdad, el recurso de Carleton es superior al nuestro, porque se ha propuesto un objeto fácil, y su Quimera de papel, cartón y tinta es accesible; no le devorará; no rugirá, insaciable y fiera, dentro de su corazón. El secreto de la dicha posible es este: proponerse lo que está al alcance del brazo, lo que la voluntad con su esfuerzo consigue obtener. La biblioteca de Carleton será un primor y honrará infinito á Minneapolis; y yo, por mi parte, declaro que estoy dispuesta á auxiliar todo lo posible al que sus conterráneos llaman *filántropo*, comprendiendo que tanto ama á sus semejantes el que les da pan como el que les da instrucción y cultura.

Otro mérito del Sr. Carleton es que se encuentra decidido á comprar, positivamente comprar, vamos, pagando su importe en librería, las obras que han de integrar su biblioteca. Esto solo hace el elogio del Sr. Carleton, y causa un asombro involuntario, aquí, donde la dulce costumbre es regalar un objeto sin valor reconocido, que se llama libro, y que su autor, sin duda por entretenerse, ha compuesto, impreso y publicado. El que recibe la dádiva la mira de un modo piadoso, lleno de bondad, y se apresura á prestarla á un amigo, el cual se precipita á facilitarla á otro, y así sucesivamente; esto, en el mejor caso, dando por supuesto que sea un libro que alguien encuentre ameno y digno de lectura. Rarísima vez vuelve la obra á la estación de origen, y yo he dado dos ó tres veces libros míos á una misma persona, que se los había dejado «pisar,» con dedicatoria y todo, por bibliómanos de ocasión. La bizarra resolución del rey del libro, adquiriendo uno á uno y mediante dólares sus súbditos, es digna de loor eterno.

¿Qué prosperidad no representaría para las letras la existencia de un centenar de bibliotecas públicas compradoras de los diez á doce buenos libros que salen á plaza en España anualmente? Con un presupuesto mínimo, se protegería y divulgaría el arte literario. Y lo que se hace es, al contrario, obligar á los autores al donativo forzoso de *tres* ejemplares, para que la Biblioteca Nacional se enriquezca á cuenta de los que producen, sin costarle al Estado un céntimo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Extraordinario me parece que, dada la escasez de asuntos sensacionales de crónica que sufren los periódicos diarios, en este fin de veraneo, no haya vuelto á levantar cabeza la tan acreditada como temerosa *serpiente de mar*. No sería mucho que hubiésemos tenido noticia de su aparición en las playas de nuestras rías ó en las abras de nuestras costas. Este viejo fantasma de horror, saurio-ofidio gigantesco, recuerdo de los organismos monstruosos del período en que acaso el hombre no habitaba aún la superficie del globo, á falta de colear en las borrascosas extensiones del Océano, colea en la fantasía de los periodistas, obscuro recuerdo de relatos ancestrales, ó percepción confusa de lo que fué y ya no es, pero actúa aún sobre nuestra imaginación. Al cruzar el Atlántico para trasladarse del antiguo al nuevo mundo, más de un viajero creerá divisar, entre la bruma, el colosal cuerpo retorcido, la espantable cabeza de la serpiente marina: tantos y tan serios son los testimonios que de su existencia se han recogido, desde la Edad media acá.

***

¿No os ha sucedido á veces titubear, sufrir un instante de penosa incertidumbre, cuando gentes que os merecen fe aseguran una cosa que tenéis por absurda é increíble? Yo he sacado en limpio que nunca debemos comunicar á nadie, lo que se dice á nadie, lo que, siendo cierto para nosotros, pone á dura prueba la ajena credulidad. Quizás la especie humana se ahorre contrariedades y decepciones, si llega á persuadirse de la verdad que encierran las santas palabras: «Mi secreto para mí.» Si alguna cosa extraña nos acaeciese, si un hecho que no explican las leyes naturales actualmente conocidas nos pareciese sin embargo evidente é innegable, procederíamos como filósofos al callármoslo. Lo que ese hecho nos sugiriese ó enseñase, la cantidad de sentimiento ó de poesía que gracias á él se desarrollase en nuestra alma, se convertiría en paja picada, sería como las serpentinas y las flores pisoteadas por inmundos pies, al pasar á otros oídos y ser acogido por la risa burda de los escépticos de pan llevar... Además, las impresiones algo singulares ganan, como las esencias, con guardarse cerradas, bien ajustado el tapón, y que sea de cristal esmerilado, porque el corcho es poroso en demasía...

***

Y nadie saque en consecuencia que yo creo en la serpiente. En primer lugar, soy muy poco marinera. Mi viaje más largo por mar ha durado ocho días, que pasé mareada como un cesto, sin asomarme al puente. Aunque la consabida bicha marítima rondase por allí, yo no la hubiese visto. Y á no verla, lo que se dice verla por mis ojos, juro á Dios que no creeré en ella jamás. Eso sí que no. Por lo cual, mi incredulidad lleva trazas de ser eterna.

***

Tal es la inopia de nuevas que interesen (porque el perpetuo degüello de Rusia ya casi no importa, es un resorte que se ha gastado), que hasta se quiso echar mano de una efeméride literaria, el centenario de Hartzenbusch, para sacarle jugo. ¡Y cuidado que le importan poco al público esta clase de efemérides!

Entre los literatos más olvidados—relativamente á sus méritos—tenemos que contar al ilustre ebanista y poeta, autor de *Los amantes de Teruel*. Fué Hartzenbusch una nueva demostración de que en el teatro son pocos los que entran desde luego con pie seguro. Sus primeras tentativas dramáticas obtuvieron muy mala acogida. El aura del romanticismo sopló favorable para él cuando, en 1837, se halló cubierto de aplausos y de gloria por *Los amantes*. El argumento no sólo pertenecía á la tradición, como el de *El trovador*, de su émulo García Gutiérrez, sino que tenía completos precedentes en nuestra antigua dramaturgia, cosa que no le sucedía al *Trovador*, concebido sobre la base de una vaga leyenda del castillo de la Aljafería, en Zaragoza. Y la suerte de Hartzenbusch fué la de otros muchos autores españoles: que escriben una obra teatral encomiada hasta las nubes y no tienen *teatro*; que publican una novela ensalzada hiperbólicamente y no son *novelistas*... Hartzenbusch intentó en vano, no sobrepujarse, igualarse á sí mismo; producir algo que se pareciese, en belleza ó en fortuna, á *Los amantes de Teruel*. Ni aun lisonjeando las pasiones políticas del momento en que escribió, supo conseguirlo. ¿Quién se acuerda hoy de *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *Primero yo*, *Honoria*, *El bachiller Mendarias*, *La jura en Santa Gadea*, *La muerte de Pelayo*, *La ley de raza*, *Vida por honra*, serie de lienzos que entonces se llamaban *históricos*, y donde lo que menos encontramos es historia, según ahora entendemos el concepto de esta palabra? Hartzenbusch sigue siendo el autor de *Los amantes* y no más. A lo sumo, nos interesan todavía, entre los recuerdos de la niñez, sus comedias de magia, muy divertidas y populares: *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*. Si hubiese que hacer una selección en lo producido por Hartzenbusch, después de *Los amantes* creo que debemos conservar las magias; el abuso que se ha hecho después del género, las inepcias que se han llevado á las tablas, defendidas por el derroche de bengalas, percalina, rasete y piernas, deben probarnos que no es tan fácil componer una comedia de magia decente, bonita, con algún asunto y mucha sal é imaginación, sin más rivales en la escena española (dentro de esta especialidad) que la grimaldesca *Pata de cabra*.

He aquí las ironías del destino literario: de la labor honrada, seria, llena sin duda de intención artística, de su autor á quien nadie discute y á quien se considera como á una de las columnas del teatro castellano en la época romántica, sólo quedan en pie unos gritos de pasión y unos gracejos para chiquillos... Hartzenbusch no es el único ejemplar (en el romanticismo abundan) de escritores que entran en escena con ardiente impulso de juventud, con lirismo y sentimiento, y á quienes poco á poco el clasicismo académico va enfriando y petrificando, hasta dejarles convertidos en estatuas. ¿Quién sabe si tal hubiese sido el destino de Espronceda, á no morir relativamente muy joven?

***

Las tormentas hacen de las suyas. Este año no sé qué resorte se habrá roto en la altura

«por donde los aires van»

que no se leen sino catástrofes, incendios, erupciones, terremotos, inundaciones, granizadas, calamidades fruto de convulsiones de la naturaleza. La en este particular afortunada región donde veraneo, Galicia, desconoce estos desastres. Aquí no hay temblores de tierra; apenas si por milagro se desborda un río; las lluvias no encharcan los campos; nunca nieva, y son fenómenos inusitados el pedrisco, la manga de agua y la nube de langosta. Alguna compensación habíamos de recibir del cielo, quien nos ha negado la cosecha de aceite y la de vino (al menos en la mayor parte de las cuatro provincias) la naranja y la bellota, la algarroba y la almendra, la granada y el dátil, la pasa y el garbanzo. Sí, la humilde, útil, casta legaminosa, chuleta de huerta, carne vegetal, *cicer aristinum*, de Linneo, en la cual ha llegado á simbolizarse el sustento de la vida hispánica, no se cría en esta tierra (generalmente, por lo menos). No sufre la humedad el garbanzo: es seco de suyo, y quiere terreno donde no le empape la lluvia. Su carátula (el garbanzo tiene una especie de fisonomía, una «carita de vieja, costilla de ganapán y pico de papagayo» según el popular dicherte) no la vemos en esta región sino dentro de los sacos en que los despacha el ultramarino. No conocen los chiquillos gallegos la sencilla y arcaica golosina de los *tostones*, preparados remojando primero el garbanzo en salmuera, tostándolo después en caldera, y dándole un baño de yeso mate y sal..., que el de azúcar ya es regalo de poderosos, refinamiento para delicados. Aquí se conforman y chupan los dedos asando una espiga lechal de maíz, y sobre todo juntando palitroques de ramillas rotas por el aire, y formando con hojas muertas una hoguera en que salten las castañas, apenas el primer ábrego de otoño, nuncio ya del invierno, haga caer al suelo, con ruido mate, el fruto envuelto en su abrigado capote impermeable de cuero *mordoré*...

***

Volviendo á las tormentas trágicas, las hay en Madrid, en Bilbao, en Sagunto, en Zamora, en Alcalá de Henares, en Guadalajara. Ya una chispa hace que suenen solos los timbres eléctricos del ministerio de Fomento, y una señora cae desmayada en la antecámara, y la asiste su Excelencia el señor ministro; ya descarga un granizo con piedras como huevos de paloma, y tres hombres, refugiados bajo un árbol, son heridos por el rayo; dos de muerte. Las cosechas son arrasadas; las casas, demolidas; los ganados se dispersan y caen en los precipicios, sin atender á las llamadas del pastor; en las torres de las iglesias, la centella hace estragos; en Bilbao, calles, barrios enteros son navegables, y el agua entra en las habitaciones urbanas con ese sordo, fúnebre chapoteo, que eriza el cabello al más valeroso. ¿De qué sirven el denuedo, la resolución, contra la acometida del agua? Con las inundaciones no se lucha: casi no se puede ni huir. Es la renovación de los terrores del Diluvio, la retirada del hombre ante el elemento desencadenado, subiendo y subiendo hasta situarse en lo más alto, por si no alcanza allí el nivel de las ondas. Bilbao no ha llegado á este caso tristísimo, pero no faltaron mujeres sorprendidas y arrastradas por la corriente, niños arrollados, envueltos en fango que asfixia... El Henares, hinchadas las narices, desbordado, lleraba flotando en su sábana amarillenta animales domésticos, cadáveres de labradores, muebles, tablas, árboles arrancados de cuajo. Sobre los campos, una capa líquida, cenagosa, de tres metros de altura, se extiende uniforme y siniestra. La aridez celtibérica, la escasez de agua, tiene este cruel contrapeso: sed todo el año, y un día del año, la crecida del río...

***

¿Existe alguien nacido en España que no se alegre de todo corazón de otra calamidad, de otro desbordamiento: la insurrección de Cuba?

Aun cuando ya ni nos viene ni nos va nada en el asunto; aun cuando el mal de muchos no sea consuelo de discretos; aun cuando el sentimiento patriótico (que sí es un sentimiento, se parecerá á los demás en tener violencias y locuras) ande muy disminuido, habría que ser de corcho para no reirse gozosamente al leer noticias como esta: «Un fuerte destacamento de rebeldes alimenta el propósito de atacar á la capital...» «Ayer atacaron los insurrectos á un tren blindado...»

Donde hubo fuego queda ceniza, y esto de las insurrecciones es un fuego inextinguible acaso en un país en que nuestros yerros y nuestras desdichas dejaron hacerse crónico el desorden. Esto dirán los que todavía, después de haberse arriado en la divina Antilla nuestra bandera, nos culpan de cuanto allí haya de ocurrir en largos años. Y entre tanto, nosotros disfrutaremos de la única compensación que nos resta: ver cómo el enemigo triunfante roe ese hueso que le dejamos entre sus dientes duros y ávidos de *bulldog*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si consagrásemos esta crónica á un arte de que rarísima vez tengo ocasión de hablar, á la música? Debo confesarlo humildemente: tengo fama de sorda, es decir, de indiferente á las bellas combinaciones del ritmo y del sonido. Es una fama injusta, un cargo arbitrario, como otros muchos que sin saber por qué nos dirigen. A mí no me encanta toda la música que oigo, con lo cual creo demostrar buen gusto, porque muchas de las piezas de concierto que escucha el público atentamente, son frías, lánguidas, poco ó nada inspiradas, y se parecen á las poesías académicas en las cuales no es fácil señalar defectos, y sin embargo no llegan al alma ni causan emoción alguna. A mí esas piezas, tan científicas, tan importantes, no me importan. Por eso asisto á conciertos rara vez. Es preciso que el programa me satisfaga por completo para que me resuelva á arrostrar tres horas de música *di camera*, en un local cerrado, y por la tarde, que es el momento de respirar un poco el aire libre, sobre todo cuando por la mañana se ha trabajado con cierta actividad en el cuarto de estudio.

Y si los conciertos que no me ofrecen bastante Beethoven, Chopin, Schumann y Mendelsohn (á los cuales permanezco fiel), me dejan un poco fría, hay otras manifestaciones musicales que tienen el don de ponerme los nervios tirantes como cuerdas de guitarra, y de sacarme de mis casillas enteramente. Sentiré, lector, que seas aficionado á los organillos, á los pianos de manubrio, á las zarzuelas con tangos y á las murgas callejeras. Estos ruidos yo los prohibiría; pero debe de ser mi severo juicio algo extraño, cuando todo ese estrépito y batahola produce muy buen dinero, atrae gente al teatro, da de comer á tantos industriales (esto tiene de bueno siquiera) y no lleva trazas de desaparecer. Los pianos de manubrio constituyen un lucrativo oficio, y las murgas van teniendo asegurada su perpetuidad mientras no se supriman las bodas, los bautizos, las inauguraciones de tiendas de comestibles y almacenes de géneros al pormayor, barberías, salones de limpiabotas y otros establecimientos del mismo jaez. Luego toda música viene á ser del presente y del porvenir, y muy necesaria en la república, por lo cual debemos respetarla, y para salvarnos de ella, aplicarnos en los oídos un par de bolitas de algodón en rama, previamente embebidas en aceite de almendras dulces.

Tampoco he solido experimentar una fruición estética refinada cuando alguno de los *virtuosos* ó *virtuosas* que andan por ahí asombrando al mundo, nos ofrece una muestra de su perfecta y asombrosa ejecución, hiriendo el teclado con unos dedos fuertes y ágiles como martillos de acero. Para decirlo de una vez: la *virtuosidad*, en música, me produce un efecto análogo al que me produjo un despampanante palacio que se exhibía en Madrid, creo que en la calle de la Concepción Jerónima, en una tienda de zapatero. El palacio estaba edificado con pepitas de melón, es decir, con la envoltura exterior de las pepitas de la sabrosa cucurbitácea; y habían entrado en sus muros y techos, según cálculo exacto, cinco millones setecientas veintidós mil y cinco pepitas, lo cual suponía en el insigne arquitecto que las había descascarado, recortado y pegado, dos años y medio, invertidos escrupulosamente en ejecutar... una ridiculez. Hay *virtuosos* del piano y del violín que son verdaderos artistas en pepitas de melón.

El piano es un instrumento que casi no me suena bien, la mayor parte de las veces que lo oigo tocar. Y lo siento, porque ¿dónde existe un goce más accesible, más al alcance de todas las fortunas, que este de oír tocar el piano? No iréis á tan escondida aldea, á tan mezquino lugarejo, donde no os salteen y acometan los sonidos de un piano, si existe en tal aldea ó lugar una señorita «bien educada,» las cuales abundan tanto ó más que los pianos. Milagro me parecería que no encontraseis en cada tertulia un «profesor» ó «profesora» eminentes que sepan interpretar las composiciones del repertorio, y que os entretengan agradablemente recordándoos óperas y zarzuelas, canciones y valses; y menos mal si el profesor no es de los que exigen que la gente se forme en corro y guarde religioso silencio mientras zurran, porque en realidad lo mejor del piano es la falta de pretensiones en quien lo toca, y el murmullo de la conversación adquiere especial encanto al acompañarlo los acordes del familiar instrumento.

Es indudable que lo ingrato del piano está en el piano mismo, en su sequedad y dureza; por ahí dicen que el piano ha sido una conquista de la civilización, una transformación mágica del realejo y el clavicordio; no lo discuto, entiendo poco de esta materia, pero noto algo que confirma mi tesis: es que apenas el mismo aficionado que tocaba el piano se sienta á herir las teclas de un armonio, nos hace percibir emoción de belleza, algo de ternura y de gravedad, una dulce fusión del sonido, una majestuosa calma favorable al ensueño que la música engendra. Yo lo explico así, por no acertar á explicarlo de otro modo, y sin pretensiones de acertar. Necesito darme alguna razón del por qué el piano me es físicamente antipático las nueve décimas partes de las veces que tengo ocasión de oírlo, y por qué en cambio el armonio, en sí, aparte de la maestría de los que lo pulsan, me asegura una impresión agradable y sedante.

Hay, sin embargo, preciso es reconocerlo, dedos bajo los cuales el mismo piano seco y duro se transforma y adquiere suavidad y sones ligados y tercio pelosos. Recuerdo á un polaco admirable; de esos polacos de pelo amarillo y ojos alocados y saltones, nuez prominente y dedos largos y flacos como manojos de varillas para batir las claras de huevo. Se dejaba caer sobre el taburete imperiosamente, echaba atrás la rutilante melena, sacudiendo la cabeza con movimiento clásico en los *virtuosos*..., y apenas hería el teclado, demostraba que en vez de ser el *virtuoso* sin alma ni sentimiento, era un espíritu, una llama, un diablillo, algo que lleva en las venas la inspiración musical. No he averiguado nunca qué composiciones eran las que ejecutaba aquel hombre: y hasta he llegado á pensar si las improvisaba él, enlazando reminiscencias y cosiendo, con el hilo de oro de su luminoso capricho, trozos sueltos que llevaba en la memoria. Debía de ser aquello una ensalada ó menestra de Beethoven, Saint-Saens, Mozart, Chopin, Weber..., ¡quién sabe! Por momentos se me figuraba que reconocía algo, y al punto mismo la melodía se desataba, y la absorbían y disolvían temas nuevos. Había gritos de pasión, explosiones de rabia y cólera, quejas infinitas de dolor, acentos desesperados, furores y protestas, sordas y tenaces lamentaciones de incurable melancolía, y también efusiones del alma entusiasmada, cantos de éxtasis que parecían venidos del cielo, frescos murmullos de arroyos, profundas, augustas harmonías de hojas agitadas por el aire, graves ecos del mar del Norte que se deshace contra la playa, gorjeos de pajarillos en los boscajes solitarios, los rumores de besos y batires de alas que cantó el poeta... Tan pronto el piano evocaba viejas baladas alemanas, de ritmo pueril, como enfilaba minuetos arcaicos, elegantemente pasados de moda, ó pavanas insolentes del tiempo de los Valois. A veces, un soplo heroico erizaba la cabellera de lino mal tascado del artista, y una marcha guerrera, estridente, se alzaba, retando al universo con sus sonoridades briosas. Clamores de muerto y de sangre parecían estallar en el aire como maldiciones, como si las vírgenes belicosas, las Walkirias nunca saciadas, galopasen allá por entre las nubes. Y cuando el himno de guerra moría glorioso, se elevaba otro himno lleno de recogimiento, de unción, de casta pureza: un cántico religioso que parecía entonado por monjas bajadas del cielo para alabar una vez más al Señor con piadosas lenguas. Tantas y tan diversas eran las emociones que el piano, dominado por aquel extraño artista, hacía sentir y sabía expresar. Como en el magnífico oratorio de Berlioz *La condenación de Fausto*, diríase que desfilaban en los motivos musicales todos los episodios grandes y conmovedores del humano existir. Llantos, ironías, plegarias, serenatas de guitarra á la luz de la luna, explosiones victoriosas del sentimiento y vagas neblinas del ensueño brotaban del teclado y se difundían por el alma del oyente. Y si se me pregunta: «¿Qué piezas eran las que ejecutaba ese hombre?,» responderé siempre que lo ignoro. Acaso lo ignoraba él mismo. Libremente, espigaba á los maestros, adoptándoselos de un modo suyo, infundiéndoles su sensibilidad propia.

Y por eso yo le escuchaba complacida, prescindiendo de su tipo caricaturesco, de sus melenas, de sus gestos nerviosos cuando no hería el instrumento del cual sacaba tanto partido. Cerraba los ojos para figurarme que no era aquel el ejecutante, sino que paseaba por el teclado sus manos delicadas y hechizadoras alguna ondina, alguna nixa hija del Rin—Woglinda ó Floshilda, las guardadoras del oro.—Aquellos sonidos imaginaba yo que eran como revelaciones del mundo inefable que duerme mientras el arte no le despierta.

Acaso el secreto del arte sea éste: que no miremos quién lo produce, sino el efecto que en nosotros causa. He conocido á poetas muy grandes, que eran hombres muy despreciables y pequeños.

Habrá que leerles olvidándose de su personilla, de sus actos, de todo lo que les manchaba de impureza y de miseria humana, y no empeñarse en crearles mentirosa aureola de virtud y de honor que no poseían. Tomemos del poeta la poesía, del músico la música... y no pidamos más. ¿No nos basta?

Dos clases de música me interesan especialmente: la religiosa y la popular.

Las misas *de requiem*, los *Stabat*, las *Siete palabras*—aunque no sean obra de Palestrina, de Mozart ó de Stradella,—me hacen sentir emociones que no experimento en los conciertos oficialmente *selectos*; y creo que en esto entra por mucho el fondo, la decoración. Es posible que, según la teoría de Wagner, mi oído necesite, para penetrarse de la belleza de la música, el auxilio de mi vista. ¿Qué veis generalmente en un concierto? A cuatro señores de frac, en actitudes algo forzadas, rozando las cuerdas del violoncelo ó del violín, en un escenario vacío, sin más muebles que las sillas contadas para que se siente el cuarteto. En el templo todo os sugiere el misterioso estado de ánimo á que la música responde fielmente. Las altas columnas, el murmullo tenue de la muchedumbre que se agolpa en la nave, la semioscuridad, el olor casi disipado del incienso, el parpadeo de los cirios en el altar de oro, sombrío, de antiguas colocaciones..., constituyen una decoración del gusto de Wagner (el artista que mejor ha comprendido la estrecha, íntima relación de la *mise en scene* teatral y la *mise en scene* religiosa). Con la diferencia, á favor del templo, de que en el teatro, hágase lo que se haga, siempre se conocerá que es farándula y figuración, mientras que en la iglesia la sensación de realidad contribuye á realzar la poesía. Y así, un *Stabat* escuchado en la catedral de Sevilla será uno de los recuerdos artísticos más sinceros que me quedan.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

vive secuestrada y clausurada, y donde los reyes—como el shah de Persia padre del actual—tienen sus 1.620 mujeres guardadas en el harén, ó como allí se le llame... La libertad (relativa) de la mujer, al elevarla de cosa á persona, la hace capaz de inspirar esas vehementes inclinaciones, esas ardorosas preferencias que llevan consigo la prescripción ó á vida y muerte...» Ahora, pues, el Diego de Marsilla de mi historia, casi aldeano, vió como la muchacha á quien quería se encontraba obligada por sus padres á unirse á otro hombre. La idea bárbara de matarla no acudió á su mente: la idea africana de matar á su rival, tampoco. Puesto que era él mismo quien sufría y se retorcía desesperado, él era seguramente quien debía irse del mundo. Y esta resolución no se le ocurrió tampoco en el primer instante. En esos momentos crueliísimos, cuando se diría que el mundo entero gravita sobre un corazón llagado y partido á cuchilladas, las resoluciones se atropellan y confunden; cada minuto sugiere una nueva, quizás opuesta á la anterior. El primer pensamiento que Diego de Marsilla quiso poner por obra, fué emigrar á América. Fiaba en la distancia, y en que á la distancia ayudaría la acción sedante del tiempo. El veía que en su aldea el viaje á América lo remedia todo. Cargados de deudas, oprimidos por el fisco, muertos de hambre, autores de fechorías por las cuales les persigue la justicia, agobiados por las mil circunstancias que pueden hacer penosa y difícil la existencia, los aldeanos emigran en masa, y la esperanza, verde como las campiñas que van á abandonar, les sonríe en medio de las aflicciones de la despedida. Acaso, al respirar las primeras emanaciones salitrosas del Océano, la pena del amor se disipase y el maleficio se deshiciese. Y el enamorado se vino á la Coruña, dispuesto á embarcar. Para una inclinación pasajera y frívola, de esas que no arraigan, la estancia en la Coruña hubiese sido suficiente distracción. Un puerto de mar, una capital de provincia animada y alegre, ofrecen al mozo aldeano tentaciones y placeres fáciles, que embeodan los sentidos groseros y causan locas excitaciones á la juventud no gastada ni cansada. Pero el Marsilla galaico tenía el signo y marca funesta del que bien y de veras quiere: no existía para él más que una mujer en el mundo, y fuera de aquella mujer todo era sombra, vacío y tedio sin límites. El contraste mismo entre la quietud de la aldea apacible donde corrió el período de sus amores y el bullicio de la alegre ciudad, con sus músicas en el paseo, sus tiendas lujosas y sus cafés decorados, debió de serle físicamente intolerable, porque le gritaba que su porvenir era distinto de su pasado. Y su pasado era lo único que acertaba á querer...

⁂

Y sin poderlo remediar, hostigados por la necesidad de representarnos de un modo sensible lo que preocupa el ánimo, pensamos: ¿cómo sería aquella mujer, tan añorada? ¡Bah! Seguramente que ni un tipo de belleza, ni una sirena seductora (en las aldeas no suelen existir), ni cosa por el estilo. Acaso una muchacha de esas que nada tienen de particular para el que las mira indiferente. El amor transforma las condiciones materiales, y cuelga sus alas de ángel en los hombros rechonchos de la moza de cántaro. La Isabel de este Diego acaso tenga hoyos de viruelas en la morena faz; sus pies, desfigurados, irán calzados con medias gordas y zapatos de suela ruda; su cuerpo exhalará el vaho del sudor ó el aroma mil veces más repulsivo de la perfumería barata que se compra en las ferias... ¿Qué importa? Al igual de todo lo que arrebata y embelesa al hombre, el amor sale de dentro, de lo íntimo del ser; se forma de la tela de nuestros sueños, no de las realidades. Si así no fuese, sería un cálculo estricto, una exacta relación entre el sujeto y el objeto. Es lo contrario: la mayor expresión del subjetivismo; lo que sólo cada cual, en el santuario de la emoción propia, adora y profesa. Jamás entenderán ese culto los profanos. Mi secreto para mí—pueden decir con energía y orgullo los que quieren líricamente.

⁂

Y el *Amante*—con mayúscula, como escribiríamos el *Poeta* si se tratase de un Enrique Heine—paseándose por los muelles, al borde del mar verdoso y espumoso, pensó ó sintió que su pena era más inmensa y más amarga que las olas, y no se curaría aunque pusiese entre el teatro de sus dolores y su nuevo rumbo el ancho de la infinita sábana líquida que separa á Europa del continente americano. Y meneando la cabeza, abismado, se retiró á su posada, se encerró en su habitación y se dió siete puñaladas, casi todas mortales, sin que la mano temblase, cuando ya la sangre corría de tantas bocas abiertas y por ella se iba el ánima dolorosa... No murió, sin embargo, en el momento. Le acudieron, y duró unas horas. En ellas, con desmayada voz, pudo articular que su desesperación no reconocía otra causa sino el casamiento de la predilecta. Ninguna lamentación por la vida que dejaba, ningún pesar de haberla cortado con tan sangrienta violencia. Sólo la afirmación reiterada y sencilla de que no podía vivir, puesto que se había casado aquella mujer. Los que le asistían, menos románticos, porfiaban en preguntar si el suicidio no reconocía otra causa; les costaba trabajo avenirse á que hubiese solamente amor detrás del furioso apuñalamiento del mozo. Y él, en medio de los desfallecimientos de la agonía, no acertaba sino á repetir su profesión de fe: ningún motivo más.—Dios habrá perdonado á esa pobre alma.

⁂

El nuevo Werther es francés. Su caso me parece todavía más interesante que el anterior. Le había prometido á su amada que si ella moría, moriría él á la vez, ó antes si fuese posible. Atacada ella de gravísima enfermedad, desahuciada por los médicos, yacía casi insensible en la cama: á la cabecera velaba su madre. Un hombre penetró en la habitación, y sonó un tiro. La madre se alzó despavorida, creyendo en un atentado. Era un suicidio. El Amante venía á cumplir su promesa, muriendo antes que la amada, para esperarla en el umbral de la eternidad obscura. —Tuvo, no obstante, la mano menos certera que el lírico de la Coruña; la bala no fué mortal. La ley psicológica, en estos casos, es que no se repite la tentativa. El que por cualquier causa no consigue quitarse la vida del primer intento, rara vez lo segunda. Vuelve á encontrarse entre los mortales, en el triste mundo, y acepta su destino, embargado por contradictorios sentimientos, remiso en agradecer á la suerte que le haya dejado aquí para sufrir más. Unos se consuelan; otros llevan siempre á cuestas el grave peso de la memoria; pero la obsesión antinatural del suicidio se ha conjurado, de cien casos, en noventa y nueve. La obsesión es más curable cuando no procede de desengaño atroz. El Werther francés se curará, aunque su amada se muera, porque siquiera su amada, al morir, no le inflige el suplicio de destruir la ilusión que le hermoseaba la vida. El dolor acerbo de ese Werther puede transformarse en nostalgia dulce, en melancolía resignada: no llevará consigo la vergüenza bochornosa del engaño, la herida encona da de la traición. En suma, el Werther, después de perder á su ídolo, seguirá teniéndolo por ídolo, en lugar de verlo transformado en un horrible demonio; y podrá ser casi feliz, ó al menos conformarse, que ya es media felicidad.

⁂

De todos modos, se me figura que los dos casos que acabo de reseñar demuestran la exactitud de mi aserto: el romanticismo no está llamado á desaparecer... Si caducó como escuela literaria (¿y quién podría sostener que no son manifestaciones románticas las nuevas tendencias del arte y de la literatura?) en el carácter, en la psicología, nunca se extinguirá. No es sólo el amor el que sostiene y hace perdurable el romanticismo. Son también románticos los aeronautas, los salvadores de niños que se ahogan, los revolucionarios de acción, los nihilistas que abrasan á tiros á los generales rusos y se dejan ahorcar, todos cuantos tienen en poco la existencia ante un ideal, una quimera, un ensueño, una exaltación espiritual... El romanticismo es una tendencia fundamental humana.

⁂

¿Quién sabe si era un romántico desconocido el heroico cochero de Lugo que se dejó destrozar por un perro rabioso para matarlo é impedir que mordiese á otras personas? El hecho es realmente inaudito, de una abnegación increíble, y ese hombre obscuro y humilde merecería un recuerdo, una lápida, algo que perpetuase su memoria. No hicieron más, ni siquiera tanto, los paladines que las historias celebran. Sabía él de cierto que buscaba la muerte, ¡y qué muerte! De cuantos mordió el perro, el único que contrajo incurable hidrofobia fué el valiente luchador que, abrazado al animal, rodando por el suelo, le entregó su carne en sacrificio. Siempre que hayáis de serviros de la frase «portarse como un cochero,» acordaos de éste, que se portó como un Bayardo ó un Cid... y como un San Juan de Dios, y cambiad de fórmula retórica...

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Oigo decir que el romanticismo ha muerto, y que, desde hace ya bastantes años, hemos enterrado su cadáver á la luz de la luna, bajo el sauce que sombrea la tumba de Alfredo de Musset, y cuya sombra es ligera á la tierra en que el poeta duerme... La pompa fúnebre del romanticismo, como la de la angelical Isabel en *Tannhauser*, había dejado, al pasar, en nuestras almas, un poco de tristeza y añoranza indefinible, como si lo mejor de nosotros mismos se fuese á dormir bajo la tierra, y no nos quedase ya más que la caverna de las bajas pasiones, el antro de la maga maléfica que embruja y pierde á la humanidad. Pues bien, el romanticismo, empeñado en probarnos su inmortalidad divina, ha resucitado, llevando en una mano el puñal y en otra el revólver... Y hemos vuelto á encontrarnos con Diego de Marsilla y con Werther, enamorados fatales, líricos, que arrojan la vida como carga inútil, cuando les falta el amor.

⁂

El nuevo Diego de Marsilla... era gallego. ¿Por qué sonreís? ¿No fueron gallegos *Macías el enamorado* y Juan Rodríguez del Padrón, que es nuestro *minnesinger* del siglo XV, nuestro Tannhauser ó nuestro Gualterio de Wogelveide? La hierba mágica y maldecida de la pasión desesperada se da en todas las latitudes, en todas las regiones, en todos los climas. Sólo escasea, hasta el punto de constituir un verdadero fenómeno de rareza, en ciertos países donde la mujer

Ayuntamiento de Madrid

que se inocula á la gente mordida por perros ó lobos rabiosos. No es infalible, por desgracia, el procedimiento; de los enviados á Institutos antirrábicos, no todos sanan; esa afección conserva su misterio, su rebeldía, su caprichoso fatalismo; pero el número de curaciones es suficiente para que nos postremos ante la ciencia que obra prodigios, y ante la paciencia, que prepara los caminos de la ciencia. Respecto al cáncer, parece que van hacia la solución los ilustres médicos dedicados á buscarla: incesantemente hablan las Revistas especiales y luego los diarios de tentativas más ó menos afortunadas, entre las cuales, por ahora, se destacan la de las aplicaciones del *radium* y la de los rayos X. ¿Será verdad que un día la humanidad quede libre de tan horrenda afección? Porque el sufrimiento del cáncer es una de las formas más crueles de la degradación física, que precede al no ser. Objeto de repulsión el canceroso, ve un día y otro día cómo le roe los tejidos el mal, y su esperanza única—mientras no se descubra el anunciado remedio—estriba en el frío brillo del bisturí... Esperanza más dolorosa tal vez que el propio padecimiento; esperanza que eriza el pelo de terror. Venga enhorabuena el fin de nuestra jornada, pero venga sin suplicios lentos. Redímanos la ciencia médica de esas antesalas del sepulcro, como redimió la ciencia penal á los criminales del tormento y del calabozo obscuro y sin aire. Si se obtiene la curación del cáncer, no hay estatua de oro—como diz que se la erigieron los griegos á Esculapio—que baste para conmemorar al autor de tal beneficio.

***

En cuanto á la tuberculosis, es indudable que habiendo desaparecido, merced á la higiene y la desinfección, las grandes pestes que se propagaron en la Edad Media, la bubónica y el cólera morbo, actualmente el azote de la humanidad es la tuberculosis. No advertimos sus estragos, por lo mismo que no tenemos la sensación del aire que nos rodea, por lo mismo que las cosas demasiado familiares llegan á no impresionar nuestros sentidos; y además, de la tuberculosis nos creemos libres muchos que hemos pasado de la edad peligrosa, ó no tenemos antecedentes de familia que nos alarmen, ó fiamos en los efectos preventivos de la nutrición para que ese enemigo no entre en nuestra casa. No asusta la endemia como asusta la epidemia. Y sin embargo—los médicos no cesan de repetirlo en todos los tonos, en divulgarlo por todos los conductos que pueden—la tuberculosis hace más víctimas que epidemia alguna; siega el trigo que aún no maduró, se lleva á la gente joven, ahora con carne fresca las ortigas de los cementerios... La generación que la tuberculosis arrebata es la que había de florecer en el trabajo, en el arte, en las mil empresas reservadas á la juventud. Y no es lo peor que la arrebate, sino que no la arrebate antes de la edad en que el hombre es apto para reproducir su especie. Los tuberculosos jóvenes dejan preparada otra cosecha de tuberculosos. Sobre si es hereditario el mal, hay discusiones acaloradas y opiniones contradictorias; pero yo, sin suficiencia alguna, desde mi *puesto de observadora, declaro que todo es hereditario* en este mundo, y cometen el mayor de los errores las escuelas económicas que pretenden suprimir la herencia, ley ineludible del género humano. Si alguna vez esta ley parece desmentirse, es que se confirma: el ser á quien no se transmitieron los rasgos y caracteres de su padre, reproducirá los maternos, ó los ancestrales, y esto es seguro, aunque no podamos comprobarlo siempre.

***

Las dinastías reales, en este particular, nos presentan un campo de observación admirable. La historia conserva los hechos, el arte inmortaliza los rostros de las familias reales, y en la que mejor conocemos, la de Borbón, llega á ser maravillosa la persistencia, al través de generaciones y generaciones, del tipo, ó por mejor decir, de los varios tipos predominantes. El retrato del Cardenal Infante, obra de Goya, que este año ha venido á enriquecer el Museo del Prado en Madrid, sorprende por la semejanza con el rey Alfonso XIII. No menos se le parecen algunos retratos de Austrias, por Velázquez, de los Felipes y de Carlos II. Otro cardenal, en la sala capitular de la catedral de Toledo, dirase que es hermano del rey y á la vez de su tía, la infanta Eulalia.

***

A pesar de que he escrito una novela sobre el debatido y curiosísimo asunto Naundorff, no me atrevo á lanzar la afirmación explícita de que este relojero fuese el propio Luis XVII, evadido de la prisión del Temple y renegado por su familia que le proscribió y le dejó morir expatriado y pobre; pero un argumento, tal vez el más impresionante, si no el más poderoso, en favor de la causa naundorfista, es la continuidad del tipo borbónico, no sólo en él, sino en sus hijos y nietos. Tan marcada fué, que sus propios adversarios, no pudiendo negar este hecho que saltaba á la vista, le acusaron de «explotar una fortuita semejanza.» Entre la progenie de Naundorff existen todos los tipos principales de la prosapia de Borbón y de los Austrias con ellos enlazados: la hija mayor de Naundorff, Amelia, reproduce el semblante y el escote y garganta de María Antonieta; otra hija—no recuerdo ahora su nombre—se asemeja á Luis XIV de un modo singular. Puede ser casualidad; es para mí evidente que los ejemplares fisonómicos humanos se reducen, en su origen, á varios tipos principales, de los cuales se deriva la infinita variedad morfológica de las caras, ninguna exactamente igual á otra. En el caso de Naundorff, no obstante, constituye un vehemente indicio la perseverancia del tipo Borbón-Austria-Lorena, y, en la misma persona del Pretendiente, del carácter y aficiones de Luis XVI.

***

Sobre tal asunto he de insistir, considerando que encierra, no sólo una novela ultradramática, sino un enigma no esclarecido, y más bien obscurecido deliberadamente por historiadores y políticos. Que Naundorff fuese ó no Luis XVII, convenía suprimirle para los fines de alta política que concurrieron á la Restauración de los Borbones en Francia. Dadas las circunstancias de su evasión, siempre sería dudosa, romántica y discutida la persona del niño mártir, ya convertido en hombre y probado por los azares de la existencia. El rey de derecho divino tiene que ser algo auténtico é indiscutible—y por eso, políticamente hablando, prescindiendo de la justicia,—Luis XVIII convenía más que el redivivo Luis XVII. No tiene entrañas la mecánica de gobernar á los hombres. Mirado así el extraño misterio de Naundorff, se comprende mejor la apretada red cuyos hilos le envolvieron, estorbándole hablar con la duquesa de Angulema, reiterando los atentados contra su vida, organizando la persecución de que parece ser víctima constante el más desdichado relojero, y que no se explicaría á no suponer que le consideraban peligroso.

***

La causa de Naundorff, es decir, de sus descendientes, tiene en Francia, aun hoy, y mejor diría que hoy especialmente, numerosos y decididos partidarios. Cuando empezaba á reclamar Naundorff el derecho, no á la corona, sino al nombre y rango que suponía pertenecerle, el gobierno y la policía hicieron aparecer numerosos falsos delfines, diesiséis ó veinte, de todas las condiciones sociales, hasta las más bajas, y que en nada se asemejaban ni á Luis XVI ni á su familia. De estos falsos delfines ninguno conserva parciales ni defensores, excepto un cierto Richemont, *á mi parecer tan apócrifo como los demás*, pero que todavía encuentra quien escriba libros abogando por él. Son, sin embargo, muy contados los mantenedores de la hipótesis Richemont, y los de Naundorff aumentan cada día. Existen y se sostienen, desde años hace, revistas que consagran todo su texto á elucidar esta cuestión histórica; personas serias y de reputación—citaré á Julio Favre—se han puesto de parte del relojero decididamente; aparecen á cada momento testimonios, no diré que concluyentes, pero muy dignos de tomarse en cuenta; y yo, que ningún interés especial tengo en alterar la verdad histórica, que contemplo desde lejos esta discusión apasionante, declaro que Naundorff no se parece en nada á un impostor, y que los datos ya reunidos en favor suyo constituyen imponente masa, que los historiadores serios no deben desdeñar, y en efecto no desdeñan. En la correspondencia de Naundorff—dos gruesos volúmenes que acabo de recibir—lo que más resalta es la absoluta buena fe con que se creía Luis XVII. Por eso repito que no causa la impresión de un impostor, y que, cuanto más leo y estudio el caso, más se apodera de mí el convencimiento de que la evasión pudo verificarse. Es inverosímil, es estupendo..., conformes. Mi espíritu lucha aún con la realidad de ese folletín. Mi sentido de la historia me dice, al mismo tiempo, que el período revolucionario es la época de los melodramas, las tragedias y las bufonadas incomprensibles en otros momentos menos anormales. La evasión del niño en un ataúd es pura novela por entregas... ¡Corriente! ¿Acaso la novela por entregas no tiene también su dosis de vida?

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El anuncio, en la prensa, de haberse presentado algunos casos de lepra en una aldea del país gallego, ha sido suficiente para infundir alarma y dar al suceso las proporciones de calamidad nacional. Como si no supiésemos de toda la vida que la lepra (en reducida proporción, es cierto) persiste endémica en muchos puntos del litoral, y no sólo del Cantábrico, sino del Mediterráneo. En Valencia he tenido ocasión de ver mendigos leprosos; y en el famoso balneario de la Toja constantemente hay alguno, sea ó no mendigo, que anda en medio de los demás bañistas, y naturalmente se baña en las pilas donde se bañan todos, sin que nadie se asuste excesivamente, y sin que se dé cuenta tampoco nadie de que siendo la lepra un mal incurable (en el estado actual de la ciencia) y contagioso y espantoso, no tiene finalidad recibir á los leprosos en los balnearios.

***

He dicho «en el estado actual de la ciencia» porque, á tientas y luchando con las fatalidades de la naturaleza y las imperfecciones realmente infinitas de nuestra pobre máquina, los científicos persiguen el ideal de la curación de esas enfermedades cuyo solo nombre estremece: cáncer, hidrofobia, lepra, tuberculosis. ¿Conseguirán algo? Aunque hasta el día los resultados sean mínimos, en comparación con el fin que se persigue, no son nulos, y cabe suponer que se ha encontrado el hilo tras del cual vendrá la madeja entera. Lo más seguro, el método ya puesto en práctica con bastante fortuna, es el del virus antirrábico

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mi amigo el ilustradísimo escritor Luis Morote ha presentado una proposición á fin de que (como acaba de realizarse en Francia) se suprima la pena de muerte de los códigos. Y digo de los códigos, porque de la costumbre ya cabe afirmar que estaba suprimida. Ha sido necesaria una serie de crímenes tan horrendos como los del *Huerto del francés* para que se ejecute una sentencia de pena capital; y aun así, aun después de la exceración que despertó aquel negro y prosaico drama en seis actos, sin unidad de tiempo, á pique estuvieron de salvar sus pescuezos Aldije y Muñoz. Como si hubiesen sido dos de esos criminales á quienes la pasión y una especie de fatalidad empujan, y que infunden sentimientos de conmiseración aunque comprendamos que la ley que pesa sobre sus cabezas es justa y necesaria, se desarrolló en favor de los repulsivos reos del *Huerto* un movimiento de...—¿escribiré la palabra?—de simpatía, manifestado en gestiones muy activas y reiteradas á fin de conseguir el indulto. Y si se hubiese indultado á Aldije y Muñoz, ¿qué necesidad tendría Morote de presentar la proposición? ¿Qué decreto más terminante, aunque implícito, de abolición de la pena de muerte que el indulto de esos dos monstruos?

***

La cuestión es discutida y discutible: las consideraciones á que se presta no caben en los límites de una crónica periodística, ni son propias del género, ni ofrecen ya novedad, aunque ofrezcan actualidad constante. Los que no nos dedicamos á la ciencia penal, apenas tenemos opinión; sólo tenemos impresiones de sensibilidad más ó menos delicada, que se exteriorizan al producirse un episodio severo y triste, como es el de una ejecución capital. La sensibilidad y el corazón son buenos jueces en otras materias; en estas, no. El estadista y el legislador no pueden atender más que á los dictados del orden social, á la seguridad y bienestar de los individuos que viven bajo el amparo de la ley. La discusión acerca de la pena de muerte, si es racional, se basa en tales consideraciones, haciendo abstracción de las puramente subjetivas. Si la pena de muerte, impuesta y ejecutada, por lo menos en la mayoría de los casos, atajase el desarrollo de la criminalidad, sería imposible negar su conveniencia y utilidad en este período de la evolución social española. ¿Es cierto que la frecuencia de los indultos, la tácita abolición de la pena, ha coincidido con un incremento extraordinario de los crímenes de sangre? Lo afirman muchos observadores: sólo un estudio estadístico verdadero, positivo, podría (con la autoridad de la ciencia) resolver este problema. Y científicamente, y clínicamente, se debiera tratar la cuestión de la abolición de la pena de muerte en un Estado.

***

Por otra parte, este género de problemas nunca aparece aislado: siempre van unidos á ellos otros infinitos, que en ellos influyen poderosamente. Los crímenes de sangre y violencia—es un hecho tan evidente que no necesita comprobación estadística—no se producen sino muy rara vez en las clases cultivadas. Recientemente, un millonario yanqui cometió uno de esos crímenes, que llamó la atención del mundo entero, gracias á la circunstancia de tratarse de un hombre colmado por la fortuna. Igual asombro determinaría el crimen de un sabio. ¿No es cierto que no comprendemos á Ramón y Cajal esgrimiendo un arma contra un semejante? Quiere esto decir que la cultura, la riqueza, la alta posición, los conocimientos, casi de un modo invencible se oponen á tal delincuencia. La media cultura, sin embargo—y esto es desconsolador y tumba patas arriba muchas ideas pedagógicas—parece refinar el instinto criminal, dictándole precauciones y perfeccionamientos que llegan hasta el sistema organizado por los tremendos artistas en carne humana de Peñaflor. Eran los dos inteligentes y algo instruídos, y uno de ellos, Aldije, el hombre más sereno, apacible y dueño de sí mismo que puede existir, si nos atenemos al desinteresado informe de un facultativo que estudió la fisiología y la psicología extrañas de este reo. Ambos murieron con el impertérrito valor que, para confusión de la especie á que pertenecemos, brilla igualmente en los héroes y en muchos grandes criminales. Aldije no mandó el fuego, como el romántico Diego León, conde de Belascoaín, pero ordenó al verdugo que apretase fuerte. Y no sé cuál de las dos órdenes requiere más intrépido corazón, más señorío sobre los nervios.

Sea como quiera, si estos dos compadres fundaban ilusiones en la ociosidad á que la costumbre iba condenando al verdugo, la cuenta les ha salido equivocada. Es cierto que esperaban, que fiaban en el indulto... La constancia con que se ejercía la gracia les autorizaba, hasta cierto punto, á no creerse una excepción. Y sin embargo, ni la decepción de serlo alteró el ánimo de Aldije, tranquilo, con el pulso normal, sonriente, resuelto hasta el último instante. ¿Será esta una señal de esa insensibilidad de los criminales natos, diagnosticada por Lombroso, Ferri y otros antropólogos?

***

Para hablar de cosas más gratas, recordemos que Ramón y Cajal acaba de obtener el premio Noebel, de la sección científica. Es premio no completo (la mitad de la recompensa), como fué el de Echegaray; pero la diferencia en dinero no rebaja la distinción honorífica, que nadie ignora hasta qué punto es merecida. Ramón y Cajal, por otra parte, es el primer sabio popular en España (si exceptuamos al brujo y nigromántico marqués de Villena y al flamenco Juanelo Turriano). Los demás sabios propiamente dichos que en España existieron, trabajaron solitarios en su gabinete, sin el ambiente de simpatía de la juventud, sin el ardoroso aplauso de las muchedumbres. El eminente histólogo ha tenido el privilegio de romper esta tradición de indiferencia letal.

Allá en junio, cuando fuí nombrada presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, quise traer á mi pueblo natal, la Coruña, la primer misión de extensión del Ateneo. Reuní á los presidentes de los sociedades recreativas, y los encontré dispuestos á secundar mi idea en todo y á prestarme la cooperación más decidida y generosa. Al pronunciar los nombres de los ilustres conferenciantes á quienes pensaba dirigirme, todos fueron acogidos con demostración de respeto, pero el de Ramón y Cajal produjo una emoción extraordinaria. La ovación futura estaba ya contenida en aquella sorpresa lisonjera. Si yo hubiese conseguido, hallándose tan adelantado el verano, que pudiesen emprender el viaje los designados conferenciantes, Ramón y Cajal hubiese tocado con la mano su inmensa popularidad. Y me resuelvo á decir que, en este punto, mi pueblo puede ser un excelente tubo de ensayo; porque es frío, escéptico, parado, desconfiado de las reputaciones y muy amigo de echarlas por tierra. Sin género de duda Cajal no es el único sabio español digno de recoger homenajes: antes que él han existido otros, no diré que muchos, pero suficientes á demostrar que la raza no es enteramente inepta para las altas indagaciones científicas. Pero en Cajal se ha concentrado y simboliza do la aspiración española (tardía, confusa, medio inconsciente) á no carecer de esa capacidad, á no ser relegada á un grado inferior entre las mentalidades europeas y latinas. No creo aventurado afirmar que los admiradores de Ramón y Cajal—y para que nadie se ofenda me incluyo en el número—no *sabemos* por qué le admiramos; es decir, no nos sería fácil penetrar en el fondo de su labor y aquilatarla en su valer relativo, pues en este caso conoceríamos tanto como él. De un literato, de un artista, todo el mundo juzga, porque todo el mundo tiene emotividad, nervios, sentidos, aficiones, ideas, más ó menos amplias y cultas, pero ideas al cabo; y esta es la ventaja que lleva la gloria de Cajal, indiscutida é indiscutible, á otras glorias mordidas y baqueteadas, y quizás por eso, mi pueblo, donde nunca faltan enfriadores para todo hervor de entusiasmo, aprovecharía con Cajal la ocasión de entusiasmarse sin reparos ni tiquismiquis, de entusiasmarse á la vez por el mérito positivo y por ese otro mérito ante el cual los profanos se arrodillan cual los romanos ante el ara del Dios ignoto.

***

¿Habéis visto una procesión en el campo? ¿La habéis seguido? Es uno de los espectáculos más poéticos y pintorescos que cabe presenciar.

En la procesión que acabo de seguir, una sola imagen, la Virgen, en su advocación de Inmaculada. La efigie, de medio tamaño, luce un traje de brocado blanco, de cotilla, sembrado de perlas y turquesas; las lentejuelas que lo realzan brillan bajo el pálido sol de otoño, y se reflejan en las últimas gotas de lluvia suspendidas en la zarza. Un aire ligero y suave mueve con apariencia de vida el largo manto de terciopelo turquí salpicado de estrellas y los rizos de pelo natural que sobre él flotan. Las mujeres contestan á las letanías, que el cura pronuncia despacio, con un murmullo lento, amoroso... Van vestidas con sus mejores galas, sus sayas de colores, sus mantellinas de paño y terciopelo negro orladas de azabache, sus pañuelos de seda á la cabeza, sus zapatos de cuero fuerte, ó sus zuecos nuevos curiosamente trabajados. Sus manos, lavadas y morenas, empuñan, resguardándolo con el pañuelo, el cirio, que el viento apaga. Al llegar al crucero de piedra, todos se persignan, y los mozos, ya descubiertos, se inclinan respetuosamente. Las campanas de la humilde iglesia suenan echadas á vuelo. La gran paz del campo presta á la escena un fondo digno del pincel de Millet...

Y olvidamos, en la mística y sencilla ceremonia, los combates del mundo, la lucha de intereses y pasiones, la gravedad de los problemas de esta agitada hora social... La Virgen sonríe, bajo su manto turquí sembrado de luceros.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los juguetes de niños (cuya hora se aproxima) son antiguos, no diré que como el mundo, porque el mundo es más viejo que el hombre, pero como la especie humana. En las pirámides de Egipto se encuentran—al lado de las momias de niños, de esos pequeños féretros pintorreados, dorados, enriquecidos con jeroglíficos curiosos y que ofrecen un modelado estricto del cuerpecillo muerto—los juguetes que usaba en vida, las muñecas y los trompos, los sonajeros y los instrumentos de música en miniatura. Fúnebre sonrisa de la muerte al través de los siglos, inmovilizada en un osario, como todo lo que pertenece á ese pueblo misterioso y solemne, que hizo de la vida terrenal la preparación á otra vida.

***

Y ninguna edad histórica ha dejado de crear juguetes, más ó menos rudos, más ó menos divertidores, para regocijo de la chiquillería. En los museos se conservan retratos de niños, rodeados de sus juguetes ó colgándoles de la cintura, como llevaban sus dijes y cascabeles los bufones. Juguetes imperfectos, seguramente, pero que los chicos de entonces encontrarían óptimos, porque todo depende de la comparación, y cuando se tiene lo mejor de cada época no se echa nada de menos (lo cual demuestra que el progreso sólo es la complicación de las necesidades). Los niños, que están más cerca de la naturaleza que los grandes, desdeñan la perfección del juguete, y sólo le piden que materialice su ideal de un momento. Dispuestos á hacerlo trizas, no le exigen que sea una maravilla; ni por serlo les encanta más.

He tenido ocasión de observarlo en las distribuciones de juguetes á los niños de la aldea. Igual ó mayor felicidad les produce un juguete basto, muy barato, que otro fino. Lo que sobre todo exigen es que sea grande el juguete y que haga ruido. Un pirmorcito de esmalte, de madera pulida ó de porcelana delicada, no les ilusiona como un caballo de cartón en que puedan montar, ó un tambor con el que puedan atronar los oídos. El juguete movido, *activo* por decirlo así, el coche que rueda, el gallo que canta, la corneta que hace *tarará*, el ratón que pega carreras locas..., son lo que eleva al grado máximo la alegría infantil.

***

Con el formidable desarrollo de la industria en los países productores, los juguetes han llegado á constituir un ramo de suma importancia y en el cual se agotan la habilidad, el buen gusto, la actividad y la gracia de cada nación. Los alemanes hacen el juguete más pesado, más tosco, más chillón que los franceses: en cambio han llegado á lo sumo de la baratura. Tienen á veces los juguetes alemanes un grave defecto: los colores que los tiñen son perjudiciales para la salud de las criaturas, si, como es frecuente, los humedecen con la saliva. Severas prohibiciones, reglamentos previsores, no han conseguido poner á raya la codicia de los industriales. El verde de los pinos, el rojo del tejado de las casitas, contienen veneno. Cólicos que no se sabe á qué atribuir, no reconocen otro origen...

La Selva Negra, los cantones suizos, inundan también de juguetes el mercado europeo. Hay juguetes de madera blanca, trabajados á punta de cuchillo por los pastores, que son una monería. En Ginebra los venden á millares, y los compran las personas mayores para adornar mesas y *etageres*. Son ciervos, gamuzas, águilas—la fauna alpestre, grandiosa y esbelta;—son caprichos de ramaje, *chalets* minúsculos, figurillas de guías y de cazadores; los sencillos temas de la montaña—interpretados con un arte instintivo, genial.—Rusia también construye juguetes, aunque no los exporta... En Moscou se fabrican, á guisa de muñecos, unos oseznos que parecen vivos: los hay blancos, y los hay rojos y negros. Mueven los brazos, tuercen la cabeza, y sólo les falta gruñir. Pero el pueblo que ha entendido de un modo más artístico el juguete (y se cree que desde tiempo inmemorial) es el japonés. En paciencia compiten con los chinos, y les vencen en sentimiento é imitación de la naturaleza; en realismo profundo. Los juguetes del Japón son deliciosos; como objetos de arte se pueden conservar. Lo mucho de infantil que hay en ese pueblo del Extremo Oriente, hace que la línea divisoria entre el juguete y el objeto usual sea menos clara y definida que en otros países. Las admirables estatuillas de marfil que el Japón expuso en París últimamente, así podían servir de entretenimiento á los pequeños, como de placer estético á los grandes. Los bronceci-llos, las reproducciones de animales en cartón y papel, los caprichos y dibujos fantásticos, los ídolos de barro que sacan la lengua ó sonríen enigmáticamente, juguetes son, al fin, como las muñecas son *mus-mús* que parecen dispuestas á abanicarse ó á rascar la viola. Juguetes son asimismo los platitos en que las verdaderas *mus-mús* comen, las comidas que les sirven, las tazas como dedales en que beben el te, las botellas de Kioto, vidriadas, de estrecho cuello y brillante vientre, en que refrescan el agua, y los enanos arbustos que en policromos tiestos se elevan cuajados de flor roja sobre las desnudas ramas. El juego preside á la vida japonesa, y el fértil ingenio de la raza no se agota para inventar cada día nuevos caprichos, ratones blancos, aranas monstruosas, cangrejos ridículos, monigotes inverosímiles, caricaturas en que el terror y la risa alternan. Y los juguetes japoneses suelen costar, en París, desde cinco hasta veinte céntimos.

***

El juguete francés es elegante, coquetón, serio y científico. Así como el del Japón paga tributo á la fantasía, el de París trata de reproducir, fielmente, en pequeño, los utensilios y los artefactos, los lujos y los refinamientos de la existencia de los grandes. La muñeca no sólo se viste como una señorita muy *chic*, sino que tiene su casa completamente surtida de cuanto reclaman las necesidades actuales. Desde la cocina con fogón y pucheros, hasta el salón Luis XV con talladas consolas y fastuosos cortinajes, las casas de muñecas pueden servir de modelo á los palacios. La electricidad las ilumina; los lavabos tienen agua corriente; algunas ostentan su *serre*, poblada de plantas en miniatura. Por supuesto que los armarios encierran ropa blanca y trajes á la última, boas de pluma y abrigos de piel. Una casa de muñecas bien puesta y donde se lleve la imitación de la verdad á la última perfección, llega á valer bastantes miles de francos.

Para los varones, el juguete francés reproduce trenes en marcha, coches y canoas automóviles, ejércitos que maniobran, panoplias de armas, máquinas eléctricas, fonógrafos, gramófonos, bicicletas, caballos que galopan, cisnes imantados que nadan, el *sport*, la caza, la curiosidad. El automóvil, naturalmente, se alza triunfante sobre toda la juguetería. Hay *voiturelles* de regular tamaño, en que el niño puede ejercitarse como *chauffeur*. La novedad, ahora, es... el accidente de automóvil, producido mecánicamente: se ve saltar á los dos muñecos que ocupan el coche, describir una curva en el aire con sus cuerpos, caer á dos ó tres metros de distancia... y quedarse, naturalmente, tan tranquilos. En esto difiere el juego de la realidad, pero ¿quién sabe si llegará á inventarse algún monigote que lleve requesón en la molleta y almagre en una vejiga de cerdo, colocada en el esternón, y que, al ser proyectado lejos del coche que ocupa, procure la ilusión perfecta del «accidente» con sus consecuencias más espeluznantes?

***

No sería justo olvidar los juguetes de Madrid, ni bonitos, ni ricos, ni delicados, pero entretenidos y tan baratos como los japoneses. Cada día aparece en la acera del Ministerio de la Gobernación una invención nueva, efímera, oportuna. La vocean los chicos vendedores, y lleva el sello de la actualidad; es una nota del momento presente, picaresca, burlesca, política; un tributo al capricho de la multitud. En la acera de Gobernación he visto expender á *Mac Kinley borracho perdido* y á Sagasta con el peroné roto. El juguete se convierte así en apéndice de la prensa satírica, y corea y comenta sus desplantes. Nadie habrá olvidado, por ejemplo, á pesar de que estos juguetes viven poco más que las mariposas, al famoso *don Nicanor tocando el tambor*. ¿Qué les queda en el bolsillo á los que fabrican tales juguetes de á *perro chico* y *perro gordo*? No lo entiendo; porque ha de ganar el que los hace y ha de ganar el que los vende, y con el precio parece que no alcanza para bramantes, cartón, madera y pinturas, aparte de la mano de obra. La humilde industria da sin embargo pan y techo á centenares de obreros, que á veces trabajan por su cuenta, y preparan de noche, á la hermosa luz del quinqué de petróleo, lo que ha de salir á vender á la del sol alegre, por la mañana, cuando sale á paseo ó á la escuela la chiquillería... Hay todavía otra clase de juguetes sin ingenio, humildes copias de lo real, y también de inverosímil baratura: sartenes y cazos, trébedes y parrillas, tinajas para el agua, planchas, mesas de cocina, sillas de paja, balanzas, platos, fuentes, ollas, besugueras, armarios de luna, sofás, fuelles, tenazas..., en suma, muebles y enseres, ejecutados con curiosa precisión, con la nimiedad japonesa, aunque sin la finura y delicadeza de mano que caracteriza á los artistas nipones.

***

Y ahí vienen acercándose, pisando quedito sobre la nieve cuyos copos pronto mullirán el aire, los Santos Reyes de luenga barba y rozagantes mantos, enlados de armiño, trayendo, en las alforjas de sus dromedarios, los juguetes de los diversos pueblos, de las diferentes razas, de los climas y regiones varios del universo, para echarlos sobre las cunas y en los zapatos expuestos bajo las campanas de las chimeneas. Ahí vienen, bondadosos como abuelos, previsores como madres, portadores de tanta golosina y tanta chuchería, riéndose dulcemente de la risa y del contento que van á causar.

Correrán años y aportará la existencia, entre sus múltiples males, algunos bienes, algunas venturas de las que poéticamente suelen compararse á las dichas del Edén; pero nunca el niño, ya hombre, sentirá un goce más completo, más ilimitado, más vehemente que el del despertar asido al juguete que le ofrecieron los Santos Reyes y que le da, en cartón y papel, hojalata y cinc, su ensueño materializado y realizado. La mujer le hará echar de menos la valsadora mecánica; las batallas de la realidad le harán sentir nostalgia de los cañones de plomo y los fusiles de madera barnizada... Y las casitas de muñecas, tan cursas, tan bien surtidas de todo lo indispensable, tan limpias, tan en orden, tan calladas, tan confortables y discretas, contrastarán quizás con la suya, llena de ruido y de polvo, de chillidos y cantarreos, de discusiones y escaceses...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La credulidad humana es profunda y constante, y la necesidad de creer en lo sobrenatural, ó al menos en lo que rebasa de los límites de lo conocido como natural, se manifiesta en mil circunstancias y aprovecha toda ocasión de afirmarse. Pero al lado del fondo de credulidad, existe—especialmente en estos últimos tiempos, en que vagas nociones y ligeros y confusos datos científicos van infiltrándose hasta en las capas menos intelectuales de la sociedad—otro fondo, ó por mejor decir, otro prurito contrario: el de exteriorizarse como espíritu fuerte, alardeando de un escepticismo completamente pueril, porque muchas veces se ejercita, no contra la superstición, sino contra meros fenómenos científicos, desconocidos para el escéptico barato.

***

He podido comprobar esta observación á propósito del sencillo experimento, tan vulgar, de la levitación de las mesas por medio del fluido que desprende la cadena de las manos tocándose. Cuando se pasa una larga temporada en el campo, sobre todo teniendo reunida en casa alguna gente que entretiene la velada jugando á diversos juegos, inocentes y tradicionales—tresillo, ajedrez, dominó, adivinanzas, etcétera,—llega un momento en que se desea variar, y cada cual discurre una extravagancia que haga reir ó engañe el tiempo. Infaliblemente, siempre que proponíamos «hacer bailar el velador,» salía á la superficie el afán de «no pasar por tonto,» que es la fórmula de los escépticos infundados. Era inútil insistir en la afirmación de que ese fenómeno es cosa archinatural; en que ningún mago, maligno encantador, bruja misteriosa ó diabólico gnomo se mezcla en el asunto; en que las fuerzas actuantes sobre la mesa para hacerla levantarse en el aire, contra la gravedad, son las mismas que actúan sobre otros objetos animados é inanimados, produciendo resultados que nadie niega; fuerzas naturales, menos conocidas que las demás, y eso es todo.

¡Tiempo más perdido! Unos se reían á carcajadas, aplicando el pañuelo á la boca para no escandalizar; otros sonreían, fríos y desdeñosos; otros me hacían un familiar guiño, como diciendo: «Entendido, siga la broma;» otros, aplicando al velador las manos extendidas, pujaban de él disimuladamente, para ayudar á la supuesta superchería. Y claro es que jamás salía bien la experiencia, que sólo tuvo pleno éxito un día en que todos los presentes querían, en serio, que lo diese, y en serio realizaron lo preciso para lograrlo.

***

No he pasado, en la *magia blanca*, de este ligerísimo solaz; y cuando ya interviene el *médium* y se verifica otra clase de tentativas, á pesar mío me siento invadida por los mismos recelos y desconfianzas escamonas de los tertulianos que creían empujado el velador con los pies para que se levantase y danzase en el aire. Unos artículos recientes y notables de Camilo Flammarión han disipado algún tanto mis recelos, convirtiéndolos en parte á la opinión del autor, que entiende que en todo ello no hay más que efectos de fuerzas naturales, hasta hoy desconocidas. Sin género de duda, mucho queda por averiguar á los hombres de ciencia del porvenir. No podemos menos de experimentar asombro y hasta duda ante las cosas que cuenta Flammarión de sus pruebas y curiosidades con la *médium* Eusapia Paladino, célebre en los fastos de la magia blanca moderna. El poner en movimiento mesas y veladores, es el a, b, c de estos juegos misterioso-científicos. Los veladores se disparan en carrera loca, se precipitan sobre las mesas, y quedan sujetos á ellas, temblando. Pero lo más extraño y curioso, lo que en el estado actual de los conocimientos no se explica, es un enigma sin clave, son otras manifestaciones de esas desconocidas fuerzas naturales, cuyo estudio pertenece á las generaciones futuras. Flammarión afirma haber recibido, en la cámara donde se instaló la *médium*, puñetazos de puños sin brazo que los sostenga, bofetones de manos sueltas, caricias de dedos invisibles que se le enredaban entre el pelo (y Flammarión lo tiene frondoso), roces de barbas sin cara, pellizcos de yemas de dedos incorpóreos, y aun asegura que ha visto una aparición luminosa y blanca deslizarse entre la *médium* y su persona... Sobre tortas de masilla de vidriero fresca, se imprimieron las manos de los duendes dejando huella visible y clara; y todo, en fin, reveló la presencia de seres extraños, que es imposible clasificar ni entre los muertos, porque pegan, ni entre los vivos, porque no hay medio de devolverles los pellizcos, arañazos y bofetones. ¿Qué dijera de esto Sancho Panza? ¿Cómo explicaría tan singular conjunto de asombros y brujerías?

***

Y, á pesar mío, yo estoy en el número de los infinitos «condenados por desconfiados;» yo me inscribo en contra de esas fuerzas naturales desconocidas, que se presentan con todo el aparato de las grandes supercherías. Los siglos venideros dirán quién tenía razón, y confirmarán ó invalidarán las opiniones del autor de *La Atmósfera* y *Lumen*. Al presente todas son confusiones é incertidumbres, miedo á las trampas y ardides de los juglares..., y miedo también, es preciso reconocerlo, á ese *algo* superior á nosotros, que, según Lucrecio, engendró la creencia en lo sobrenatural. La inocente levitación de las mesas parece juego de niños, y su explicación física, aunque requiera alguna cultura el comprenderla, está al alcance de la mayoría; pero ¿cómo reducir á física pura esos dedos humanos vagando por el aire, esas barbas flotantes, esos fantasmas que no son sombra de un cuerpo? No presumamos de entendidos: ni lo entendemos, ni sé si llegará día en que alguien lo entienda.

***

La instabilidad de los gobiernos va picando en historia. No es posible gobernar así. Quiero suponer que los gobernantes fuesen eminencias, hombres de Estado de la talla de los Gladstone y Pitt: ¿qué muestras habían de dar de su capacidad, en periodos tan breves y con la única preocupación de un soldadito de plomo: tenerse para no caer? Y todavía se comprendería bien este incesante cambio de ministerio, si fuese España algún país donde la opinión pública apretase y se estrellase rugiente contra los gobiernos.

Encalmada como está la opinión (á pesar de aparentes ó mejor dicho epidérmicas agitaciones), no se explica satisfactoriamente

«quel andare e venire,»

para mudar solamente de postura.. Porque tengan la personal representación que tengan los presidentes de los gabinetes sucesivamente formados, y yo se la reconozco muy elevada á estos ilustres amigos míos, no es fácil que notemos los efectos ni de su talento, ni de su buen propósito, ni de su carácter, en la zozobra é incertidumbre que rodea su paso por el poder. Cualquier ministerio que dure años es preferible al que sólo dure meses.

Contra la opinión general, muy adversa á los políticos, diría yo que suben, la mayor parte al menos, animados de la intención de hacer algo, siquiera sea por acreditarse y lucirse. Aplican las mejoras que proyectan á su tierra, á sus amigos; pero mejoras son, apliquense á quien se apliquen, y como no todos los hombres políticos tienen iguales amigos ni proceden de un mismo terruño, al cabo viene á ser equitativa la distribución. Si les dejasen quietos algún tiempo, después de que hubiesen contentado á la mayoría—no á la del Congreso, sino á la de sus protegidos y gente grata (acaso sea lo propio)—empezarían, es seguro, á pensar desinteresadamente en el bien del procomún. ¡Pero si no les dejan ni lugar para disponer que las estufas del ministerio no atufen! Tanto como se habló allá en tiempos de un *ministerio relámpago*... Ahora todo se vuelve relampaguear, tronar y granizar, y el desfile de los ministros de un día parece la mueca de la Historia, filosóficamente alarmada por lo efímero de las grandezas y poderíos humanos...

***

No es aventurado suponer que entre los que leen estas crónicas hay infinitos jugadores de lotería. Dice un refrán que el que juega mucho es un loco, y el que no juega nada un tonto. A esta cuenta, pocos tontos hay en España, pues raro será el español que no lleve su «participación» en un billete, especialmente para la clásica lotería de Navidad.

El fervor de ilusiones que estos días se produce en España (y en otros países, donde también se juega á la lotería nuestra) es uno de los fenómenos psicológicos más justificables, más disculpables. ¿Quién no ha fiado á la casualidad las dichas y las bienandanzas de la existencia? ¿No es en gran parte casualidad, en gran parte azar, lo que nos adviene? ¿Quién podrá jactarse de deber sólo á perseverante esfuerzo el triunfo? ¿Y quién no ha visto malogrado el esfuerzo, la constancia, la energía, entre burlescos é imprevistos casos, que se ríen de la virtud, del mérito y de la labor titánica del hombre?

Si exactamente correspondiese el fruto al cultivo, ¡cuán sencillo sería el problema! Ni en esto, ni en nada, se desarrollan los sucesos lógicamente, equitativamente. Unos no reciben lo que ganaron, otros reciben lo que no merecen, de lo que son manifiestamente indignos. El vivir es juego de lotería; el premio grande cae en manos que no lo sabrán administrar, ni aun disfrutar; unos ponen para que otros gocen... Y así fué, es y será, hasta la consumación de los siglos... ¿Por qué, pues, censurar la lotería?

***

Es la lotería la esperanza que más barata se compra; la dicha soñada que no deja amargura al frustrarse. Nadie, porque no le haya tocado la lotería, se arranca los pelos; nadie maldice de la hora en que vino al mundo porque su décimo no salió premiado. Al contrario: yo conozco altruistas que hasta se felicitan y alegran de haber contribuido con su modesto óbolo á que existan algunos seres felices más la noche del 24 de diciembre. Se le echan mil culpas á la lotería, pero no la veo responsable de lágrimas ni de suicidios. Posee la virtud de, frustrada una esperanza, engendrar otra, y de aquélla sacar otra más risueña aún, y así sucesivamente, hasta la última hora de nuestro paso por el planeta. ¿Qué mejor condición puede encontrarse en ese juego público, democrático, divertido, halagüeño y á veces hasta remunerador? Jamás suprimiría yo tal contribución indirecta.

***

No vayan á suponer los maliciosos que hablo así porque me ha *caído* algún premiazo... Escasos fueron los dulces que me dió á gustar la lotería, y es probable que salgo perdidosa en ella. Además, no soy jugadora apasionada, ni vuelvo á acordarme del papelito, una vez depositado en el cajón donde aguarda pacientemente su turno. Allí, hacinados décimos sobre décimos, me los tropiezo al cabo de meses, y entonces es cuando voy á averiguar si alguno es de fortuna. Mirar la lista es tarea prolija y no siempre dispongo de tiempo para compulsar documentos. Preferiría tomarlo con más interés; así sería mayor la diversión; pero no puedo; pienso en quinientas mil cosas antes que en el mágico papelito...

¡Felices los que lo miran diariamente, no lo pierden nunca, compran la lista con ansiedad febril, se prendan de un «bonito» número, no quieren dar participaciones, construyen castillos en el aire sobre cimientos de papel, sueñan que «les cae,» y de antemano discurren en qué van á emplearlo! ¡Feliz la lechera, con su cantarilla!

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Adiós, año 1906! Año de calamidades, asolamientos, erupciones, inundaciones de lava ardiente y de agua fangosa, incendios, fusilamientos, abercamientos, matanzas, explosiones de bombas desde Rusia hasta Madrid, terremotos que destruyen ciudades enteras, tifones y ciclones que devastan comarcas, sequías que hacen perder las cosechas, duelos á muerte, crímenes á granel, suicidios á manta, choques y descarrilamientos de trenes á diario, naufragios colectivos en que se ahogan centenares de seres y amenazas sordas, continuas, de lepra y de pestes orientales.

Sólo la guerra faltó, entre las plagas que los míseros humanos, niños eternos, sufrieron más ó menos reasignados y pacientes, durante los 365 días (creo que no es año bisiesto) que ha durado el difunto 1906. Así es que las maldiciones que acostumbran á prodigarse á los años pretéritos, denigrándolos y poniéndolos como chupa de dómine, redoblarán al caer 1906 en el saco incomensurable donde el Tiempo recoge la anual hoja seca, arrugada y negruzca cuanto verde y tiernecilla aparece la de 1907 sobre la rama del árbol secular.

1906 se ha llevado á la sepultura, entre otras personas de valía, al gran dramaturgo noruego Enrique Ibsen.—No todo el mundo le admiraba: Ibsen encontró críticos acerbos; en los países latinos apenas le ha comprendido el público. No hay nada tan per judicial para un autor, en un país latino, como la fama de abstruso, profundo y remontado. Los que sencillamente declaramos que entendemos y percibimos, al menos en gran parte, lo que Ibsen y Wagner significan, damos á sospechar que pretendemos situarnos más arriba que el público, en regiones inaccesibles; en suma, que nos encumbramos desdeñando al vulgo. Y yo declaro que ni Ibsen ni Wagner me han parecido obscuros jamás, antes al contrario, expresivos y emocionantes en grado sumo; Ibsen, además, realista y verista, y observador concreto de la naturaleza y la psicología humanas. Sus caracteres sangran verdad, una verdad honda, más allá de las apariencias insignificantes que acaso son las mismas para todo sér civilizado. Bajo la librea uniforme de la civilización, Ibsen supo descubrir los instintos, los atavismos, los desfallecimientos y las aspiraciones infinitas de nuestra época. Así muchos le han considerado el primer poeta del siglo XIX en su segunda mitad.

Sus facultades dramáticas eran excepcionales. Los perezosos del público español, más holgazanes aún de espíritu que de cuerpo, declararon «pesado» á Ibsen y le enterraron bajo este adjetivo vago y arbitrario, que á todo se aplica, á una comedia y á un sermón, á un drama y á un baile.—Para mí, en arte y en poesía, lo pesado es lo vacío. Obras de las más ligeras me aburren. Ibsen no me aburre nunca; ni leído, ni representado. «Esto no es teatro»—oigo repetir.—Y sonrío, porque cualquiera pensaría qué el teatro tiene una pauta eterna. ¿Sería hoy *teatro* un auto sacramental? Lo era en el siglo XVII. El teatro de cada pueblo y de cada período de la vida histórica de ese pueblo, revela el desarrollo de su evolución. La gente septentrional, á la cabeza de la cultura contemporánea, tiene un teatro más sincero, más profundo, más verdadero que el nuestro. No por otra causa aquí ha desagradado Ibsen, y en cambio agradan... Tente, pluma.

Lejos de ser pesado, uno de los méritos de Ibsen consiste en la rapidez y concentración. Ningún clásico observó mejor la unidad de tiempo, encerrando en breves horas la intensa acción dramática. En esto no es realista Ibsen, sino, principalmente, efectista y dramaturgo; artista en la preparación de catástrofes y conflictos, de impresiones que sugieran al espectador el estado de ánimo que el autor se propone. Razón de más para declarar que Ibsen hace teatro, pero teatro cuyas trampas y cartones revisten un alma. El artificio escénico sirve, en Ibsen, para descubrimos intimidades espirituales, á diferencia de otros autores, que nos avisan de que van tratar una tesis, y no nos entregan más que un mecanismo frío y falso, el alambre y el oropel de la farsa escénica, sin tuétano espiritual. Sin duda estos últimos dan menos que discurrir, y el público español, y en general el latino, los prefiere.

Ibsen ha muerto este año, biológicamente hablando; pero su cerebro poderoso no existía ya; la disolución de sus facultades mentales se había iniciado, según parece, desde hace tiempo. Eso que antes se conocía por ehochez y ahora se llama sabiamente arterio esclerosis, y determina los fenómenos que caracterizan á la senectud avanzada, pesaba sobre el gran poeta. Sería preciso contar, desde que se inició tal estado, la fecha de la desaparición del único Ibsen que nos importa. Lo que perdimos este año fué un poco de carne mortal empujada por la inflexible vejez á la tumba.

Figura teatral también, y de primera línea como intérprete, la trágica Adelaida Ristori—otra víctima de 1906.—Tampoco la edad permitía trabajar á la gran Ristori, que en 1898 por última vez hizo resonar en las tablas su acento prestigioso, contando ya setenta y cuatro rigurosos inviernos! Adelaida Ristori dominaba con igual señorío el teatro romántico y la tragedia griega, y su creación de *Medea* (inspirada en Eurípides) no tenía nada que envidiar á su creación de *María Estuardo* (inspirada en Schiller). Asombroso era su modo de encarnar á *Isabel de Inglaterra* y de caracterizarse, desde el primer acto en que aparecía rozagante, orgullosa, dura y sensual, reproduciendo con admirable precisión el modo de ser de su padre Enrique VIII, hasta el acto último en que se la veía marchita, deshecha, agonizando y retorciéndose entre remordimientos y fantasmas, con el sello de la edad y del terror de ultratumba.

Sólo con recordar la figura de Adelaida Ristori, se comprende hasta qué punto evolucionaría el teatro. Si la Ristori nace algunos años después, en vez de ser *Medea* ó *Pia di Tolomei*, la *Estuardo* ó la hija de Ana Bolena, hubiese tenido que ser la *Nora* de Ibsen, la *Francesca* de d'Annunzio, ó el *Aquilucho* de Rostand. Y quizás no descollase tanto en el drama moderno, á cuya complejidad no se adaptaría la amplitud y sencillez de sus facultades de trágica insigne.

***

Y España ¿debe señalar con piedra blanca la fecha del año que termina, ó debe, por el contrario, buscar el chinarro más negro y colocarlo sobre la cifra de 1906?

Años hemos tenido que superaron á éste en acarreamos desgracias: recuérdese aquel sombrío y terrible 1898. Durante el finado hemos vegetado sin trastornos profundos, si se exceptúa el que produjo en el espíritu de la gente medrosa y apocada el atentado de Morral. Espeluznante fué, no cabe negarlo, el crimen del anarquista; pero su misma violencia revela el carácter completamente excepcional que revistió. Al día siguiente de haber hecho todo género de estragos la bomba de la calle Mayor, era cuando el miedo debía oprimir menos los corazones. Por la formidable válvula de la explosión desahogó el instinto destructor para mucho tiempo; no se repetirán tan pronto actos como el del tremendo sectario, ni es creíble que, aun acordados en conciliábulos más ó menos secretos, se encuentre siempre quien vaya determinado á ofrendar la vida ejecutando el acuerdo al pie de la letra. Y si admitimos algunas interpretaciones bien fundadas de los actos y conducta de Morral antes del crimen, todavía es lícito suponer que anduvo buscando—¿quién sabe si inconscientemente?—el medio de libertarse de cumplir su cometido, delatándose de antemano, á fin de ser preso. No de otra suerte encontrarían explicación satisfactoria la inscripción en el árbol, el ensayo de pantera arrojando á los tranvías naranjas, los anónimos recibidos en altos centros, que difundieron por Madrid, antes de que se cometiese, el rumor del atentado y hasta de la calle en que iba á ocurrir, y tantas otras indiscreciones, que no han de considerarse involuntarias, y que precedieron al trágico momento. No debe, pues, eternizarse la depresión moral que se produjo en Mayo y todavía perdura. Cada hora del vivir trae su peligro, y los menos esperados son los más temibles.

***

Entre las notas reanimadoras habría que reseñar en primer término los triunfos del invertor del *teléfono*, la concesión del premio Noebel al sabio histólogo Ramón y Cajal, el éxito de la Exposición Sorolla en París, la botadura del *Reina Regente* y el *superdrit* del presupuesto. Debo, sin embargo, hacer constar que de esto último no me fío: el escepticismo más absoluto se ha apoderado de mí. Si fuese cierto que cada año tenemos más millones, que el dinero nos sobra y que nuestro crédito financiero sube hasta las nubes, á proporción ascendería nuestra cultura, nuestro bienestar, ó al menos comenzarían á aligerarse los gravámenes que pesan sobre las clases laboriosas y también sobre las que no lo son, y pagan chorreando. Lejos de suceder así, se pienta en nuevos recargos y tributos, se aprieta el tornillo hasta que la argolla acaba de estrangular al contribuyente. Si creciese nuestra riqueza á medida que se desahoga el Erario, ¿cómo concebir esta gradual despoblación de nuestra patria, que recuerda la de las postrimerías del siglo XVIII? En la lista de nuestros males olvidé incluir la emigración, probablemente el mayor de todos. Sin que nadie se preocupe, sin que se piense en contener la sangría suelta, pueblos en masa desfilan, á agenciar en el continente americano ó en las Antillas lo que les falta aquí: el sustento. Buques y más buques abarrotados de emigrantes se hacen á la mar casi diariamente; antes emigraba el mozo animoso, dispuesto á enviar desde allá á su familia con qué pagar al fisco y adquirir el cotidiano pan: ahora emigran mozos y viejos, mujeres y niños, la familia toda; los sirvientes entran en las casas á aprender nociones de su obligación y están dispuestos á embarcarse tan pronto como sepan lo elemental y puedan «colocarse» allá lelos, fuera de la patria. Los campos están cultivados por mujeres: esas mujeres, apenas núbiles, ó no han alcanzado la edad de embarcarse todavía, ó las retiene en su aldea amores y deberes; pero á la primera ocasión también ellas levantarán el vuelo, porque ya no queda golondrina en alero ni paloma en palomar... ¿Se concibe que la emigración adquiriese tal incremento si en España soplasen vientos de prosperidad? La población desaparece huyendo del fisco, del encarecimiento inexplicable y criminal de los artículos de primera necesidad, de cuanto imposibilita el subsistir. No es una idea sórdida de lucro la que les empuja: es que no pueden hacer otra cosa, justamente porque el Estado no se preocupa del gravísimo problema que tiene á la vista y que debiera importarle en primer término. El hombre de Estado y el hacendista no deben ver en la tributación un fin, sino un medio. Recaudar es bueno, si la recaudación no se convierte en exacción perjudicial y funesta. No importa que el presupuesto se cierre con *superávit*; lo que debe cerrarse con *superávit* es el balance general de la patria. Y el *déficit* horrible que causa la partida de la emigración responde con carcajada burlona á las cuentas galanas de los ministros de Hacienda, que creen, por lo visto, que todo se reduce á estrujar y cobrar.

***

He aquí por qué deseamos que el año 1907 no sea de hemorragia; que se ataje la emigración y se pongan en práctica los medios para sujetar sin violencia en territorio español á la gente española. Se habla de regionalismo y separatismo, y no se repara en este proceso de desintegración, mil veces más amenazador, en las actuales circunstancias, que todos los alardes de bizkaitarras y catalanistas. Radical manera de desnaturalizarse es la de meterse en un barco y dar desde el puente un adiós á la costa de la tierra nativa, envuelto en todas las nostalgias que se quiera, pero al cabo un adiós, y no el del viajero que retornará, sino el del emigrante que se lleva, como Eneas al salir de Troya, sus penates, su descendencia, cuanto le ligaba al suelo donde le tocó nacer... Esto sólo tiene un remedio. ¿Empezarán á aplicarlo los gobernantes en el nuevo año?

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia, quizá por vigésima vez, se habla ahora de una huelga..., ¿huelga de qué? ¿De metalúrgicos, de carpinteros, de mineros? No; de... *propineros*, ó sea del público que da propina..., que es casi todo el público de todas partes, por lo menos donde yo he tenido ocasión de ver público. Este buen público, manirroto é indiferente, da propina como da limosna, y tarde se corregirá de sus hábitos, así le prediquen frailes descalzos y calzados periodistas.

***

Los raciocinios de los enemigos de la propina no dejan de hacer fuerza y convencer. Las propinas, en la actual organización de hoteles, restoranes y cafés, son en resumidas cuentas para los dueños, no para los servidores. En efecto, el importe de las propinas está calculado, descontado de antemano, y permite á los industriales tener gratis el servicio, lo cual supone un tanto por ciento no despreciable agregado al beneficio de su industria. Si no se dieran propinas, los dueños de los citados establecimientos tendrían forzosamente que pagar sueldos, y eso menos ganarían en su negocio. Les viene muy cómodo eso de que el parroquiano abone directamente, sobre el precio del consumo, la soldada de la servidumbre. Según leo en un diario francés, hasta hay dueños que, encontrando excesivo el fruto de las propinas, recogen ellos, para sí, una parte, dejando á los servidores otra, muy suficiente.

***

Una anomalía se observa también en la costumbre del propineo: y es que, al hacerse habitual, pierde toda su lógica y su eficacia. La propina es ó debe ser un estímulo al buen servicio, y deja de serlo cuando se da igualmente al que ha servido bien y al que ha servido medianamente ó mal. Convertida la propina en obligación, en carga, en deber ineludible del parroquiano, carece de fuerza y hasta de interés.

No tendéis sino ver con qué especie de desdén son recibidas las propinas habituales en barberías, cafés y otros establecimientos análogos. Convencidos los que las reciben de que se faltaría á todos los respetos si no se les diesen los 0,25 ó los 0,50 de cajón, ni los miran, ni se toman la molestia de hacer leve demostración de agrado. Sin embargo, esa propina desdeñada representa, además de un lucido sueldo, un fuerte tanto por ciento sobre el valor del servicio prestado ó del consumo efectuado. Sólo forzando la nota, pagando hasta la peseta, se obtiene una demostración de agrado y de gratitud. En este punto los mendigos están más dentro de su papel: el *perro chico* arranca la misma retahíla de bendiciones que el *gordo*.

Los cocheros de punto *baten el record* (¡qué bárbara oración!) en materia de tiranía de la propina forzosa. ¡Ay del que no les dé, y ay del que no les dé aquello que juzgan merecer por su trabajo, aparte de la tarifa!

Sobre todo, cuando es una señora la parroquiana, el cochero de punto abusa de la nota del gruñido displicente, la voz ronca y avinada, el gesto torvo, la frase autoritaria, desgarrada y chulapona, el movimiento brusco y violento, la nerviosa presión de la empuñadura de la fusta, y el revolverse agitado en el pescante, como el tigre en su jaula. Todo ello (aunque parezca mentira, pues al cabo las moscas se cazan con miel) es una estrategia para reforzar la propina en ciernes. La tímida señora, deseosa de amansar al ladrador cancerbero, aflojará el portamonedas, en su instinto de miedo al hombre y de convencimiento de que todo hombre tiene derecho á ser mal engestado, exigente y colérico. Y ni aun después de la oblación de la peseta conseguirá una sonrisa en la adusta faz, divorciada de la navaja del barbero desde hace una semana.

***

De todas las propinas, la más inexplicable es sin duda, en la mayoría de los casos, esta del cochero de punto. ¿Que especial complacencia la motiva? A menos que se le ordene expresamente forzar la marcha, caso poco frecuente, en lo normal el cochero no hace sino depositar tras de la oreja la colilla, arrear lánguidamente al penco, y partir del punto de espera al punto de destino, procurando, si el coche va por horas, tardar lo más posible. El mozo de café puede atender mejor á un parroquiano que á otro; puede servir el negro líquido de bellotas con chorreo, la leche con magnificencia y con lanzuera el azúcar; no hablemos del tiempo de las gotas; en eso cabían todo el favor y distinción del mundo; pero el auriga, ¿qué género de amabilidad ha de desplegar con sus víctimas? Por eso se atiene á lo contrario: á la intimidación, al enojo.—Además, el mozo de café es un amigo del parroquiano: le conoce de verle allí muchas tardes, sentado ante la misma mesa; le ha escuchado perorar; tal vez le ha manifestado, en calurosa frase, ardiente simpatía hacia sus ideas políticas; tal vez le ha reído los chistes; le ha proporcionado papel y sobres para escribir á la novia; le ha adelantado un duro; le ha buscado la cajetilla de la marca preferida... Es natural que la propina engruese. Al auriga, en cambio, se le ve una vez y sólo casualmente se le vuelve á encontrar. La propina del auriga es una caza, mientras la del camarero es una dulce y pacífica pesca.

***

Estamos en el período del año en que más les convendría á los propineros declararse en huelga. En Navidad y Pascuas, como nadie ignora, se pide propina al Verbo, y si hoy viviesen los sayones que sacrificaron al Niño que acaba de nacer, capaces serían de enviarle al cielo una tarjeta, escrita en versos macarrónicos, pidiéndole aguinaldo.

Se devana uno los sesos para averiguar en qué se funda la pretensión de aguinaldo de un sinnúmero de pedigüeños que, además de atentar á la bolsa, atentan á las campanillas de las casas, y las descomponen y estropean malamente, obligando á recurrir al electricista para que repare el desperfecto. Piden aguinaldo los poceros del Ayuntamiento, los faroleros, los barrenderos, los mensajeros de las tiendas donde compramos, el mozo del carnicero y el del pescadero, el chico de la lechera, los cobradores de infinitas casas, los dependientes de un sinnúmero de establecimientos, la niña del taller de la modista, el criado del esterero, el golfo del continental, el de la agencia de transportes, el faquín del tren y el de los carros de mudanzas..., aunque habitéis en la misma casa desde hace veinte años. Claro es que mucha gente de la así asaltada cierra el bolsillo; pero siempre hay algunas personas, en toda una calle, que por no decir que no, por no pasar plaza de roñosas, por darse el fácil gusto de contentar á otro con desembolso realmente insignificante, sueltan el aguinaldo.—Y así se arraigan las costumbres inexplicables, que año tras año adquieren pátina de tradición.

***

Hay unas propinas vergonzantes y de buen tono, que se esconden bajo el nombre decoroso y bien sonante de *gratificaciones*. Estas caen en la bolsa de gente muy considerada, muy burguesa, á quien estrecháis la mano, y á quien casi pedís excusas por la remuneración de su servicio. La propina, entonces, pierde casi siempre su forma de moneda contante, se avergüenza de ser gratificación y toma nombre de *obsequio*. Empieza en el obsequio comestible y acaba en el obsequio de joyería ó de relojería, sin hablar de otros obsequios á los cuales no quiero ni referirme, porque son demasiado señalados y se citarían al punto los nombres de obsequiados y obsequiantes..., con las circunstancias peculiarísimas que determinaron el rasgo de esplendidez.

Existen clases sociales sometidas á la tiranía del *obsequio* y que deben frecuentemente renegar de él. Ahí están, verbigracia, los médicos, los abogados, los cantantes y actores en día de beneficio, los maestros y catedráticos el día de su santo, los curas de aldea en Pascuas, *etcétera*. A los médicos se les llena la casa de mil chucherías muy útiles: pureros, juegos de pescado, cajitas con tenedores de ostras que parecen hechos de papel de envolver bombones, platos *repujados* de cinc, cuadros de un colorido que muerde, con marcos de moldura alemana que pega, figuritas de barro pintado de un modernismo que arranca lágrimas, y otras mil maravillas de la moderna industria. Verdad que suelen enviarles también jamones, perdices, botellas de Champagne y agasajos infinitamente más racionales; y con esto van tolerando lo otro. Los actores son, en este punto, desgraciados: parece que los amigos escogen, para enviarles, lo que de nada absolutamente sirve, y lo que además estorba (sin tener en cuenta la vida forzosamente trashumante que al actor impone su profesión). Rosell, el muy gracioso característico de Lara, me dijo que, no sabiendo ya dónde colocar los *obsequios* consabidos, recurría á colgarlos del techo. Tanto barómetro caprichoso, tanto termómetro coquetón, tanto muñeco de loza, tanta jardinera, tanta relojera, tanta petaca, deben de inspirar deseos de recurrir al cesto del trapero ó á la casa de empeños, como arbitrio supremo de salvación. Y en las casas de empeños paran, de fijo, innumerables obsequios del género solemnemente embarazoso.

Siempre que leo en los diarios que el camerino de una actriz ó de un actor estaban atestados de regalos y convertidos en jardín, acude á mi mente la idea de algo sensato, que justamente por sensato no se hará nunca; publicar en los periódicos, dos días antes, una circular invitando á los amigos y obligados del actor ó de la actriz á asociarse para ofrecerle un obsequio colectivo, de verdadero coste é importancia, en vez de cincuenta ó sesenta chucherías arrojables al polvero, caras para el que las adquiere, sin valor para el que las recibe. Una cuota modesta, reunida y empleada en un objeto serio y sólido, joya ó pieza de plata, permitiría dejar al artista un verdadero recuerdo grato y hermoso de la noche de su beneficio.

Sé de una ciudad donde ya este pensamiento se realiza, aplicado á los regalos de boda. Al casarse una persona conocida, se reunen sus amigos, y contribuyen con pequeña suma, menor seguramente de la que habrían de desembolsar si regalasen cada uno por su lado. De los asociados, el más inteligente en modas ó en arte escoge el objeto, lo compra y lo envía en nombre de todos. Y así, los novios, en vez de recibir una veintena de baratijas rompibles y deleznables, reciben una magnífica bandeja de plata, ó un juego de tocador del mismo metal, ó una bonita alhaja, ó un mueble rico.

***

Si este sistema se plantease, perderían mucho los bazares y las tiendas de flores, que son el recurso de los regaladores sin imaginación y esclavos de la rutina. Y este sistema, que en sí ya es tan ventajoso, podría serlo más, perfeccionándolo; destinando cada año una semana á comprar los obsequios previstos y seguros que han de hacerse en los trescientos sesenta y cinco días del año mismo. En efecto, oiréis á todo hicho viviente que se agita en sociedad quejarse de la prisa con que se tienen que «buscar» los obsequios. Muchas veces, por la prisa, se hace el regalo al otro día del santo ó del beneficio, cosa deslucida realmente. Los asociados procederían de otro modo: comprarían, del 1.° al 15 de enero, algo muy bien elegido, muy serio, muy elegante, y llegado el momento no tendrían más que enviarlo, por un mozo que se ganaría una sola propina, en relación con el envío, sin tener que temer la frase desdeñosa: «La propina vale más que el regalo...»

Y termino, lectores, deseando que no os agobien excesivamente con peticiones de propinas y aguinaldos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis estado alguna vez en esos bazares de mobiliario que se llaman *Hoteles de ventas*? No se pueden comparar á las prenderías, porque en las prendrías todo es viejo, todo es empeñado, mientras en los Hoteles de ventas la mayor parte del surtido es nuevo, flamante, acabado de salir de casa del ebanista. Pero como sobre cada mueble danza un tarjetón con el precio, no hay que decir los pasos y molestias que se ahorra el que quiere poner casa sin andar de la Ceca para la Meca, regateando aquí y sufriendo engaños aculló. Al menos, en el Hotel todo el mundo paga lo mismo por un mismo mueble, y esto siempre es consolador y calmante para el amor propio del que compra.

***

Hay que ver, en los Hoteles, el aspecto de los compradores, en su mayoría. Van por grupos—dos señoras, una señora, una señorita, un joven, otra señorita con un señor viejo,—combinaciones de familia, modestias de clase media en busca de los muebles que han de adornar y hacer confortable el pisito barato. Se les ve examinar detenidamente cada futura adquisición; sopesar las sillas, ensayar la resistencia de las butacas, abrir los armarios para cerciorarse de que juegan y encajan bien las puertas, tantear el vigor de las patas de las mesas, comprobar si están sanas las molduras de yeso de los espejos y enterizo el mármol de las mesas de noche. Un mueble es un compañero para toda la vida, en la mayoría de los hogares; á no venir el traslado, el empleo en ciudades lejanas, ese mueble se eternizará en la casa, presenciará las alegrías y las tristezas íntimas de la familia; en la cama que los novios van á adquirir en el Hotel, nacerán los hijos y morirán los padres; ante la mesa de imitación de nogal se sentarán diariamente á partir el pan, y con el pan, la vida entera... Y en estas cosas de la vida, profundas, cariñosas, dolorosas, es en lo que pienso cuando recorro las salas de los Hoteles en busca de algún grabado ó de algún *bibelot* viejo, que á veces, entre los brillos del barniz fresco, asoma mostrando su pátina suave.

***

Los Hoteles son lo que era en otro tiempo el Rastro, porque en ellos se encuentra de todo. Sólo que en el Rastro predominaba lo viejo, y en los Hoteles, como dejo dicho, es lo nuevo lo que forma la base del tráfico. Los Hoteles están limpios; podéis recorrer sus vastas salas, abarrotadas de mobiliario, sin mancharos la ropa ni sacar los guantes negros. La mugre clásica de las *Ambricas* ha desaparecido. Hasta hay algo de coquetería graciosa en las sillas forradas de seda, en las vitrinas de claros cristales, en el frote de encáustico de los armarios y aparadores de talla, y en el vivo dorado de los bronces. El *confort*, esta necesidad apremiante de la existencia contemporánea, se insinúa y se infiltra en la voluntad y el deseo de la gente, no toda acomodada, que recorre los Hoteles. Han desaparecido las sillas de paja, las cómodas de caoba, las esteras, los braseros, las consolas, los relojes y candelabros de cinc, las modestísimas alhajas con que se honraban las casas de medio pelo, y aun algunas de cumplida cabellera, en épocas no remotas; y ol decir, con la mayor naturalidad, á unos novios cuyo haber no pasará de seis ó siete mil pesetillas anuales, que han puesto un gabinete *Imperio* y que la sala la pondrán *Luis XV*. Todo esto es por obra y gracia de los Hoteles.

***

Son el veneno y el contraveneno, porque cuando las vicisitudes de la suerte obligan á esos mismos novios, ya esposos, cargados de familia y discurriendo arbitrios para hacerse la vida más barata, á vender el Luis XV y el Imperio; en tal contingencia acuden nuevamente al Hotel. Deslucidos ya, van los muebles que un tiempo fueron orgullo de la feliz novia, á ocupar otra vez un sitio en la almoneda pública y diaria. ¡Oh, si hablasen los muebles! ¡Qué historias tan sabrosas ó tan amargas referirían! ¡Qué cantidad de alma humana ha impregnado con átomos sutiles de melancolía, de desesperación, de emoción venturosa, esa madera, ese bronce, esos brocados, esos cortinajes pesadamente guarnecidos de pasamanerías y borlones, esos tirantes biombos tras de los cuales se escondió el llanto de la pena ó el retozo del amor!

***

En los Hoteles se venden también cuadros antiguos. Claro es que no de los mejores, ni mucho menos, porque el lienzo ó el cobre de valor artístico verdadero ha sido ya arrebatado por el anticuario. Retratos mediocres, paisajes modernos de esos que abundan y cunden como una epidemia, acuarelas de casación y grandes lienzos místicos, embetunados, es lo que podréis descubrir, por regla general, en los salones más recónditos de los Hoteles. Trozos de retablos desdorados, estatuas de piedra mutiladas, vargueños falsificados, porcelanas rotas y compuestas artificiosamente, arcaicas imágenes en urnas, mamparas con chinos sobre fondo de laca azul, escudos rotos, arrancados de alguna sobrepuerta, se hacinan en confusión menos pintoresca que la del Rastro, y sugieren al espíritu la idea nostálgica de los pasados y extinguidos esplendores. Esta idea es, sin género de duda, la poesía especial de semejantes leoneras.

En efecto, detrás de un despojo de ciertos grandes naufragios sociales, vemos desenvolverse el drama del naufragio mismo, con sus peripecias y episodios, que seguimos entonces tal vez con mirada distraída, y que ahora reconstruímos de golpe en unidad de acción. Dos enormes espejos tallados y blasonados, que se arrinconan en un ángulo de la sala semiobscura, evocan el recuerdo de una familia que adn ayer descollaba en los más clanistas y escogidos salones de la corte. Ella, una belleza profesional; él, un hombre de *club*, de estos cuyo tipo parece especial creación de la etapa que atravesamos. A ella se la veía en los teatros y en los saraos, deliciosamente vestida y tocada, hermosa de otra manera que cuando llegó á la corte desde su provincia: algo marchita y lánguida su frescura, afinado su tipo, prolongado el cuello, cárdenas las ojeras, realzada con artificios la beldad —indiscutible é indiscutida,— pero ya tocada por el dedo riguroso de los años de madurez, aunque fuese tan juvenil el cuerpo y tan admirable la perfección de las facciones. Su nombre se citaba en primer término en las revistas de la prensa; su sonrisa era solicitada; y cuando, por caso rarísimo, daba una fiesta, el asistir á ella considerábase un diploma de elegancia y buen tono. Tenía ese ambiente especial, que en Francia se llama *capiteux* y que aquí no hay palabra con qué definir; aureola de la mujer elevada y codiciada, cuya presencia alumbra y cuyos ojos son solitarios ricos, que eclipsan á las joyas... Y la gente, desde afuera, no veía más que esto: no pensaba si en tal existencia se plantearía un problema económico terrible; si una mañana los acreedores—que no se contentan con sonrisas del labio ni ondulaciones del cuello de cisne—iban á presentarse reclamando todo lo que ya era suyo en la aristocrática morada, y si, para acallarles, iba á ser preciso que los espejos donde se reflejó tanto hechizo viniesen á parar á este rincón semiobscuro del Hotel.

Un simbolismo parece esconderse en estos espejos —esconderse y manifestarse á la vez, según es ley de los verdaderos simbolismos.—Son los espejos altos, amplios, y en su cimera, fastuosos adornos rodean y decoran el blasón. Mucha gente los mira y encuentra que están tasados en módico precio. «Es que—explica el dependiente—el copete se me figura que no es de talla... Deben de ser molduras de yeso...» En efecto, por algunas partes la capa de oro, descascarillada, deja ver la blancura de la pasta en que se moldearon los resaltes.—Y yo pensé para mí que, cuando los adornos son de talla verdadera, es cuando el mueble de lujo tiene su solidez y su valor, y que en otro caso es de oropel y de alquimia lo que en él puede causar admiración al sencillo vulgo. Y así las familias ilustres, cuando se dejan arrastrar por el peligroso derrumbadero de la apariencia y del derroche, que las procura triunfos momentáneos y las relega después á la penumbra de la estrechez y acaso la miseria,—Cortas alegrías de vanidad, satisfacciones acibaradas por los recelos del porvenir, angustias mezcladas con risas, se pagan con la ruina de los hijos y el declinar del nombre. Por muy distinguido, histórico y memorable que éste sea, no cabe conservar su lustre si falta el glóbulo rojo, plebeyo, del dinero, en la sangre azul.

No quiere decir que para preservar el decoro haga falta ser millonario. El decoro no consiste en desempedrar las calles con magníficos trenes, ni en abrir la casa para saraos espléndidos, ni en desclavar el cajón que remite Doucet, ni en estar siempre al aire y pelo de la última moda en indumentaria, mubiliario, servicio, comida, veraneo, etc. El decoro es... *un copete de talla*. La solidez, la seriedad, el pasito que dure..., y lo demás son... copetes de yeso que cualquier *parvenu* puede ostentar, seguramente con mayor profusión que los antiguos y clásicos señores.

***

He aquí las reflexiones que—entre otras—sugiere una excursión por las salas de los Hoteles de ventas. Y no cabe duda, también las prenderías y casas de empeño enseñan mucho. Quizás enseñan más aún. Porque allí va á parar la joya adquirida á costa de mil sacrificios, exhibida entre transportes de vanidad que provocan espasmos de envidia, y enajenada en los apuros de las horas negras y zozobrantes, cuando falta lo necesario porque se ha querido tener lo superfluo... Allí también tropezáis á cada instante con la nada sentimental, con lo deleznable, lo irónico de las grandes protestas de cariño; al través de los vidrios del escaparate, dijes con corazones, brazaletes con dedicatorias, medallones con rizos de cabellos, presas expresamente fabricadas para atestiguar amistades ó amores, ternuras íntimas y recuerdos imborrables, os lanzan al rostro su carcajada dolorosa, su «polvo eres, polvo serás,» cien veces más amargo que el que sólo se refiere á la descomposición física y orgánica...

Todo eso que parecía substancia de las almas, reliquia sacratísima que hasta no deben mirar ojos profanos; todo eso en que se concentró la poesía de una existencia y la ilusión de un espíritu..., vedlo tasado en doce, en quince duros. Podéis adquirirlo; podéis daros el gusto de borrar la fecha inscrita en lo más recóndito de la alhaja, arrojar al viento los cabellos apollados, y violentar y profanar lo que acaso sea más respetable que un sepulcro, pues al fin el sepulcro sólo guarda inertes despojos, mientras aquí se guardaba lo que no muere...

Lo mismo que las demás cosas humanas, las casas de empeños, vistas así, son profundamente melancólicas. Debemos mirarlas con ojos insensibles, curiosos únicamente del espectáculo. Como dijo el gran poeta, «no es un escudo, es un corazón de bronce lo que Vulcano deberá forjarte.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la economía política hay misterios que vanamente intentaríamos penetrar. Uno de estos arcanos indescifrables es el de la subida del pan, coincidiendo con la baja del precio de los trigos en el mercado.

Si la primera materia de una industria desciende en valor, natural parece que exista una proporción más ó menos exacta entre este valor y el de la materia ya elaborada. La elaboración no ha mejorado; es la misma, invariable. En buena ley, el consumidor tenía derecho á exigir que el pan costase menos, puesto que el grano vale menos. Me explico que la gente se alborote, que asalten hornos y tahonas y que arramblen con lo cocido. Siempre está bien respetar el orden, pero hay cosas demasiado fuertes.

Es una fatalidad esto que ocurre con el alza de precios. Cualquier circunstancia sirve de pretexto para recargar al consumidor, y ya jamás, aunque desaparezca la circunstancia, se rebaja el coste de los artículos. Cuando estaban los francos por las nubes, los establecimientos de novedades se escudaban con el alza de los francos para elevar á los pingos hasta el firmamento. Los francos descendieron hasta su módico sobreprecio actual, y no se ha notado que por eso los trajes, los abrigos, los sombreros, la fantasía, se hayan vuelto más accesibles. Lo del pan, sin embargo, además de ser doblemente importante, es más concreto y fácil de probar. Son habas contadas. Las cosechas de 1904 y 1905 alcanzaron precios mucho más elevados que la de 1906. Con el aceite, que también sube, ha sucedido lo mismo. ¿Cuál es, pues, la razón de la subida? Unicamente la codicia de los intermediarios. El remedio sería que estos servicios de artículos de primera necesidad estuviesen montados en otra forma, apelando á la cooperación pública ó municipal para regular las ganancias y mantenerlas en un límite justo.

El que cosecha trigo, poco ó mucho, y sabe que la baratura del corriente año ha mermado sus rentas —y es el caso de quien esto escribe,—no puede menos de ver con asombro que 1907 sea el año de los conflictos por carestía del pan. Y lo insoluble del enigma económico le hace meditar profundamente, mientras desmigaja el bollo del desayuno en la leche —sabe Dios si pura ó contaminada.

***

Porque este es otro misterio de la vida en la urbe matritense. Lo que se come cuesta caro; ¿pero es genuino, es lo que debe ser, ó sólo una engañosa apariencia, que los sentidos no saben distinguir de la realidad?

La leche que bebemos por obedecer á la preocupación más de moda en higiene, ¿ha salido de las ubres de una vaca, ó ha sido cuidadosamente confeccionada con agua, cal, margarina, sesos machacados, gelatina de despojos y otros ingredientes? El pan que tales fatigas cuesta conquistar, ¿lleva aleación de yeso, y ha sido amasado con agua de alcantarilla? Y el agua, la misma linfa de cristal del Lozoya, ¿no es acaso el residuo de sumideros, albañales, lavaderos, pudrideros, en donde vertieron inmundicias y deshogaron impurezas infinitos pueblos serranos? ¿No nos trae esta engañosa agua, tan fina y tan clara—cuando no hay *turbias* —el bacilo de la tifoidea, el microbio de la tuberculosis, los gérmenes patógenos de la miseria humana? ¿No será uno de los mayores ascos beber agua, á menos que sea peor todavía comer pan?

***

Con estas zozobras se nos envenena la existencia. La persona más sobria ha de comer pan y beber agua; el régimen clásico de la sobriedad, el de los ayunadores ascéticos, es el agua y el pan. Y no todo el mundo puede permitirse reemplazar el pan con bizcochos y el agua con Vichy.

Quizás eran más felices nuestros abuelos, que sabían poco ó nada de higiene. Carecían de lo más elemental—no sería decoroso decir de lo que carecían, lo adivina cualquiera—y se las arreglaban, trabajo cuesta pensar cómo, pero se las arreglaban. Hay quien dice que llegaban á viejos y duraban años infinitos; hay quien cree que hoy la longevidad es mayor, que se ha dilatado el término medio de la vida humana... Me inclino á lo segundo: es imposible que tantas prescripciones higiénicas no den algún resultado práctico. Lo que digo es únicamente que conocer el fondo de la alimentación engendra inquietud.

***

Tampoco es consolador pensar que todos los progresos realizados en medicina é higiene son inútiles ante una enfermedad menuda, indefinible, insidiosa, cuya esencia se desconoce y cuyo remedio está por descubrir. Me refiero al trancazo, catarro, gripe, *dengue*, enfriamiento, que de mil maneras se le llama, porque adopta mil formas y accidentes exteriores, y recorre una escala interminable, desde la ligera molestia hasta la afección gravísima, mortal.

Ese dolor de los huesos; esa laxitud de los miembros; esa desazón profunda del organismo; ese aturdimiento de la cabeza; esa fatiga que parece venir de lo íntimo de la vitalidad, son los síntomas habituales del *trancazo*. No obstante, á veces reviste otros distintos: calentura, inapetencia, melancolía, tos, y casi siempre debilidad, flaqueza, tedio, abatimiento. Se podría decir del trancazo que es el *spleen* de la materia.

Lejos de contarse en el número de las enfermedades que se sufren una vez y no vuelven, el *trancazo* insiste: su germen ignorado queda oculto en no sé qué repliegues del organismo, y acecha el momento favorable para desarrollarse de nuevo. El que con frecuencia padece trancazo, es una plaza desmantelada que cualquier enemigo toma; está preparado á la pulmonía infecciosa, al tifus, á la tisis. Y ningún padecimiento señala con huella tal de decadencia el rostro de los enfermos: ninguno «echa á pique» con tal seguridad y tal ensañamiento.

En esta época del año, no oís hablar sino del «trancazo» dondequiera. ¿Un palco vacío en función de moda? Trancazo de la abonada. ¿Excusas á la hora de un convite? Trancazo. ¿Zambullida pasajera de un hombre político? Trancazo. ¿Suspensión de un sarao, de una junta, de un concierto? Trancazo seguro. El brutal trancazo ha venido á substituir á las espiritadas jaquecas, los vapores, los nervios de las mujeres bonitas del período romántico. Es una enfermedad prosaica: nadie pensará en rodearla de la aureola con que los poetas y los novelistas han rodeado á la tisis. El trancazo además no distingue de edades: acomete á jóvenes y viejos; sobre todo, á los débiles y á los que pasan el día en ambientes viciados, donde no se practica ventilación frecuente y rigurosa. Y si con algo se previene y se cura, es con oxígeno: aire puro, aire libre.

***

Han subido al poder los conservadores; tenía que ser así, dada la división atomística de los liberales. *La unión hace la fuerza*, dicen nuestros vecinos los franceses, y piensa todo el que conoce el mecanismo de la historia, la ley de los sucesos. La unión y la disciplina: dos cosas muy viejas, muy vulgares..., y en ellas, el único resorte de gobierno que no se gasta ni se inutiliza. Dejándonos de examinar programas, de clasificar personas; descartando todo lo que sea discutible, aunque á mí no me lo parezca, queda, como razón suprema del triunfo de los conservadores, lo compacto, lo organizado de sus huestes.

En esto ha ocurrido algo que no estaba previsto; en que la parte de la casualidad fué considerable. Creíase generalmente que el partido conservador sería el dividido, el solicitado por fuerzas centrífugas que representaban distintos hombres, todos de valía, y para los cuales, al faltar el gran Cánovas, la idea de la jefatura pudo constituir una lícita ambición. Ya en vida del mismo Cánovas, la tremenda escisión provocada por D. Francisco Silvela amontonó negras nubes en el horizonte y comprometió la existencia del partido, considerado como elemento de defensa y seguridad para el régimen. El propio Cánovas, vaticinando disgregaciones que su fuerte mano á duras penas contenía, solía decir: «A mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa.» Si hoy pudiese verlo, quizás le sorprendiese el cómo se ha combinado y arreglado todo para que un nuevo *don Antonio* se encuentre al frente de una Iglesia en que no hay herejes, ni siquiera neófitos tibios en la fe. A este resultado concurrió algo imprevisto, algo terrible: la muerte... En corto plazo fueron tragados por la negra sima D. Francisco Silvela, D. Raimundo Fernández Villaverde, D. Francisco Romero Robledo, el duque de Tetuán... Barrida así la palestra, nadie puede hacer, no diré sombra, pero ni aun estorbo á D. Antonio Maura.

Yo deseo muy larga vida, hasta que se caigan de viejos, á los primates del partido liberal; pero ellos mismos reconocerán que si la suerte les enviase unos *trancazos* de mano armada, su problema se simplificaría extraordinariamente. Aún cabría solución más dulce y consoladora, pero milagrosa en grado sumo: que resucitase D. Práxedes Mateo Sagasta.

Mientras no se resuelva lo de la jefatura indiscutible; mientras se la disputen, con elementos para disputarla, seis ó siete altos personajes, el partido liberal será un enfermo, un débil, un extenuado; y no tan sólo podrá valerse mal, sino que no servirá de mucho á la causa del orden social y de la estabilidad combinada con el progreso, objeto esencialísimo de esto que llaman partidos y que deben representar corrientes profundas del sentimiento y del pensamiento de la nación. En ese báculo roto en astillas, nadie se apoyará confiado.

El terreno que va á pisar Maura está, pues, libre de zanjas y baches, á lo menos en la zona donde descansan sus pies. Más allá... Más allá, ¿quién duda que se adivinan precipicios! Para salvarlos, la cabeza firme y fría, la tranquilidad interior, son auxiliares preciosos. No conozco expectación más interesante que esta que nos produce el advenimiento del admirable orador; vamos á verle de nuevo, en el cenit de su carrera, en la plenitud de sus facultades, luchando con esta mansa disolución que nos envuelve y nos cala, como la neblina lluviosa de mi país, entumeciendo los miembros y deprimiendo el ánimo. ¡No es una canongía lo que le ha caído á Maura, no es una canongía!

***

Apenas me queda espacio para recordar que ahí llega Momo, con sus cascabeles abollados, sus serpentinas manchadas de barro, sus *confetti* polvorientos y sus caretas reblandecidas por el agua de nieve. El Carnaval es una fiesta que se ha equivocado de fecha; por lo menos si ha de celebrarse en las calles. Mayo sería un mes delicioso para la consabida *saturnal*, que va degenerando en inocente bromazo, en paseo de gentes candorosas aficionadas á la nariz de cartón, á la escoba al hombro, á la voz en falsete, para decir doble número de tonterías de las que dijeron nunca con la cara descubierta... Porque si sabéis de algo más simple, más bobo que una mascarita, yo os ruego que me lo indiquéis. Las «bromas» son infantiles, los *confetti* sucios, las flores carísimas y escasas, el piso está enlodado... ¿Qué queda de Carnaval en Madrid?

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Una nevada!

Empieza suavemente, á las once de la mañana, y produce el efecto de un *poudré;* diríase que gigantesca borla sacudida por los gnomos empolva todo lo que la vista abarca. Desaparece la negrura, el agrio colorido del caserío matritense: lo uniforme de la blancura comunica especial majestad á las perspectivas de calles, tejados, plazas, jardines y arboledas. La gente se precipita á contemplar el espectáculo desde determinados sitios: el Viaducto, por ejemplo, es un balcón abierto sobre un panorama espléndido, una lejanía de montañas y sierras fantásticamente hermosa. En el Retiro, la dignidad glacial de los parques regios del Norte substituye á la burguesa amenidad de los paseos y esparcimientos de niñeras y chiquillos. Se espera la aparición rauda de un trineo, en que bajo pieles magníficas se reclina un emperador... boreal. No cabe duda: en los primeros momentos, la nevada engrandece la noción de la vida.

***

Transcurren unas horas y comenzamos á mirar la nevada por su aspecto práctico, positivo; por lo que afecta á las necesidades é imposiciones de la existencia cotidiana. Es preciso salir, ir aquí, acullá, abandonar el rincón al lado de la chimenea, el tibio ambiente de la cerrada habitación, la mesita donde se juega al *bridge* y se bebe ponche caliente, la casa confortable, la ventana por entre cuyas cortinas miramos el pausado, dulce, leve caer de los copos. Hay que resolverse á arrostrar la intemperie, el peligro de las caídas; si á pie, el riesgo de romperse una pierna ó un brazo; si en coche, el de perder un tronco. Y entonces, lo bonito y poético de la nevada empieza á parecernos feo y triste. Quizás minutos antes sonreíais viendo al través de los cristales los resbalones de los transeuntes; quizás tomabais á diversión el que una vieja se cayese de plano, sin hacerse mal, y el cesto que llevaba al brazo, y que encerraba una botella de *soropipo*, soltase el contenido de la botella, en roja sábana, sobre la candidez de la nieve ya de una cuarta de altura... La vieja, llorosa, colérica, renegando, ha recogido su canasta y ha mirado con profunda pena los cascos de la botella rota. Ese vino era acaso el goce, el confort del hijo, del yerno, del nieto artesano; ó tal vez fuese la centella de calor que discurriría por las venas de la anciana, en días tan helados, en que se cuaja la sangre de los pobres.—Lo habéis echado á broma, como otros percances cómicos de la nevada... Ahora que os veis obligados á salir, es cuando notáis que la nieve, también la nieve, castiga á la humanidad.

***

Las alegrías de la nieve; las estatuas efímeras que dan por un momento, á los más profanos, la ilusión capciosa de la creación artística; el helado hecho con los materiales que se recogen en el balcón; el efecto polar, de cinematógrafo..., son las apariencias. Las realidades son el trabajo suspendido, el hogar apagado, el temblor de las carnes azotadas por el frío riguroso, la insuficiencia de la ropa, la carestía del carbón y la leña, la interrupción de las indispensables comunicaciones, el humilde calzado, los pobres harapos destruídos por el encharcamiento del piso, y como contingencia doblemente cruel, el resbalón en los registros de metal del empedrado, la conducción á la Casa de Socorro, la fractura del hueso, la curación interminable, el gasto que echa á pique á una familia modesta... A este precio vemos descender suavemente los polvos de arroz que hacen á Madrid un tocado de baile de cabezas, el *poudré* digno de un minueto de Versalles, Trianón y los *petits appartements.*

***

Estas temperaturas obligan á hacer calceta para los desabrigados. Las manos que manejan el ganchito de marfil ó concha, enmallando la tosca lana para fabricar capillitos, gorras, abrigos, fajas y zapatos destinados á las criaturas á quienes el frío amorata y engurrumina, son las manos delicadas, preciosas, de las señoritas aristocráticas, que se reunen en talleres bajo la advocación de algún santo ó santa, de alguna Virgen, emblema de la compasión, y piensan en «vestir al desnudo.» Son gentiles obras de caridad, que seguramente no bastan para remediar tanta desdicha como se ve por el mundo, pero la atenúan y mitigan.

Querer remediarlo todo... sería un sueño. Yo no sé por cuánto tiempo; no sé si eternamente existirán la miseria, el hambre, las penalidades, á que nacen sentenciados tantos seres, bajo la fatalidad y el destino.

Todos los años se presenta, en las ciudades populosas, el caso atroz de la muerte por inanición; el hombre que aparece tieso, agarrotado, escuálido, demacrado, sin otra enfermedad que la falta de un bocado de pan, un vaso de vino y unas ascuas... Y nos conmovemos, y lo deploramos, y se escriben sueltos y artículos, y se abren asilos para la noche, y se piensa en ranchos hirvientes y en mantas y colchonetas, y á los ocho ó diez días se olvida el suceso, una gacetilla más, entre las varias que solicitan la curiosidad ó el interés de un minuto. No es endurecimiento de entrañas; no es maldad social. La gente no es tan indiferente como se dice: la gente desea hacer bien, ó por lo menos algún bien. Todo el bien nadie puede hacerlo: en el actual estado de la sociedad, único que conocemos, aunque la mente, utopizando, conciba otros, no se ha logrado arbitrar recursos para evitar de raíz que los hombres se mueran, literalmente, de frío y de hambre.

***

Cada cual (con deshonrosas excepciones) socorre á cierto número de desgraciados. En la medida de sus fuerzas, raro será el que no ejercite esta virtud. Si hay tacaños, hay también quien da á manos llenas. Y casi todos dan trabajo; lo fomentan con su lujo, con sus necesidades de bienestar. Es decir, que el trabajo se cotiza, y al cotizarse el trabajo, la crisis del hambre en parte se conjura. Involuntariamente, en esta forma, los ricos dan á los pobres. Exceptuado el caso de las enormes fortunas, que son contadas, los que tienen «buen pasar» necesitan calcular mucho para no excederse de su presupuesto, el cual, íntegro, á cambio de goces proporcionados ó necesidades satisfechas, va á parar á otras manos pecadoras.

A parar, tampoco es exacto: esos, á su vez, lo sueltan, lo chorrean por canales y conductos invisibles, pero todo acaba por filtrarse en esa masa inmensa de los trabajadores de cada oficio y cada menester, de los productores. Y así se compensa—en lo posible—el desequilibrio de las fortunas en el pícaro mundo.

Queda un margen bastante amplio de gente absolutamente desheredada ó absolutamente inhabilitada para la lucha... Y en esa se reclutan las víctimas de las nevadas y los hielos. Porque observadlo: en verano no mueren de hambre ni los pájaros ni los hombres. El calor mantiene.

***

Un singular privilegio de la riqueza es el que los actos de los millonarios (de los multimillonarios, mejor dicho) tengan resonancia, aun siendo de los más vulgares. ¿Qué nos contarán á nosotros, los nacidos en esta península, de venganzas y muertes por celos? ¿No estaremos bien hartos de leer uno y otro día, en los periódicos, espeluznantes relaciones de tal género, ajustadas á cualquiera de los tres tipos preferidos: el amante que mata á la amada, el amante que mata al rival, el amante que mata á la amada ó al rival y se suicida sin pérdida de tiempo? Y siendo así, ¿qué nos puede decir de nuevo el multimillonario Thaw despachando el billete para el otro mundo á su ex rival White? Es un brote más de esa negra flor de los celos, que envenena y corrompe ella sola, con sus emanaciones, el vasto y delicioso jardín de amor. Son los celos del pasado los más incurables, porque sólo Dios, con su poder, que concebimos infinito, obtendría que lo que ha sucedido no haya sucedido; y no sabemos que tal milagro lo realizase nunca Dios.

Pero si la venganza y el desquite de Thaw se los toma un gachó de los de marca en las Ventas ó en los Cuatro Caminos; si el matador es un albañil y la víctima un carpintero de armar..., dos renglones dedicarían, á lo sumo, los periódicos al *sensacional* caso.

Se le llama *sensacional* porque á los que en él figuran les rodeaba esa aureola del lujo y la felicidad material que proporciona una excesiva riqueza, la cual parece excluir toda preocupación que no sea la de la salud, lo único que no siempre puede comprarse..., y digo *no siempre*, porque á veces también se compra.—El muerto rodeaba sus caprichos y antojos de libertino de una decoración fantástica de espejos, mobiliario fastuoso y refinamientos orientales; el matador podía apalear los millones que en sus manos de degenerado—los médicos lo declaran tal—eran un juguete puesto al servicio de la pasión... Y esa opulencia es lo que hace impresionante el vulgar suceso.

***

Hay, en el espíritu de las gentes, esta idea invencible: un millonario no debe en ningún caso ser asesino.

En efecto, como dijo el aragonés á quien le preguntaron si se mareaba: «¿Yo? ¿Pa qué?» *¿Pa qué*, en efecto, va á asesinar el que tiene resuelto en tan estupendos términos el problema?

Todos estos asesinos de las bajas clases, al descargar el puñal, obedecen, aunque no se den cuenta de ello, á cierto rencor que le guardan á su perra suerte. Cansados de pasar apuros, de sudar y bregar para mal llevar la vida, un día se levantan de peor humor y con la bilis revuelta, y al parecer que matan á su novia ó á su amiga, lo que hacen es suicidarse indirectamente; cambiar de postura en el incómodo lecho donde duermen la pesadilla del existir. ¡Pero un multimillonario! ¡Un hombre á quien su oro entrega el planeta; á quien le es tan fácil marcharse del sitio donde sufre, irse á otro donde ni las personas ni los objetos le recuerden en lo más mínimo lo que le desgarró el corazón!

Y se nos ocurre que Thaw no merece ser rico. No es digno de esa fuerza que no supo aprovechar. Y el castigo de Thaw no debiera ser la electrocución, ni ninguno de los variados sistemas de ajusticiamiento conocidos y empleados en el orbe, sino sencillamente la privación de la riqueza. Thaw debiera ser condenado á *trabajar*. Sus millones, á crear escuelas, asilos, bibliotecas; y él, á cumplir el precepto del Génesis... Para tan ahincado celoso tendría este castigo una ventaja: la de que podría cerciorarse así, plenamente, de si su Evelyn le ama de veras, y es capaz, por él, de renunciar á la opulencia y á las satisfacciones del dinero...

***

¡Qué de cosas presenciaríamos si cupiese hacer tal prueba con los amores! En vez de la comedia «Muérete y verás,» Bretón debió escribir otra: «Arrúinate y verás.» La experiencia sería sobre carne viva, sobre humanidad sangrante y palpitante. Thaw fué un necio en no probar así á su esposa. Si el afecto de la bella resistía á tan amarga decepción, bien podía decirse que era afecto verdadero y de la entraña. Y siéndolo, ¿qué podía importarle el pasado y sus incurables nostalgias? La verdad de un cariño á prueba de pobreza sería tan alta, tan noble, tan hermosa, que su resplandor excluiría toda sombra y todo tormento de recuerdo...

De estos cariños los hay, pero son, como dijo el gran Suleimán el poeta, «preciosos, raros y de tierras lejanas.»

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os habéis fijado alguna vez en cómo las necesidades se multiplican mediante la civilización? Robinsón Crusoé, en su isla, se valía para coser de una espina aguzada. En nuestro existir moderno, la mujer más humilde y pobre necesita urgentemente alfileres, horquillas y agujas. Y la fabricación y venta de estos artículos constituye un ramo importantísimo de la industria, y su adquisición es un renglón del presupuesto..., excepto para las criadas de servir, que se sirven del costurero y el tocador de sus amas.

***

Lo más económico, en materia de alfileres, es hacerlos de perlas ó de oro, porque así se tiene cuidado de no perderlos. Lo más económico en materia de horquillas es la horquilla de concha rubia legítima, que cuesta quince ó veinte francos: entonces se procura conservar siempre el juego completo, recogiéndolas cuidadosamente todas las noches. Algo semejante puede decirse de la vajilla y servicio de mesa de plata: salen baratos, á la larga, porque no se rompen. No hay utensilio más caro que una copa de cristal: al cabo de tres ó cuatro años de reponer cristalería, habríais hecho de plata la copa. Con las horquillas del pelo sucede igual: las haríais hasta de diamantes si pusieseis el valor de las que se os han perdido en vuestra vida. Un paquete de horquillas desaparece en ocho ó diez días; y venga otro, y otro, y otro, sin cuento. ¿Cuál es el paradero de las horquillas? ¿Van al polvero, ó al moño de las sirvientes? No se sabe. Desaparecen, se evaporan, se disipan. Otro tanto ocurre con los alfileres. Yo los compro por kilos —en Francia se venden así, al peso —y estoy sorprendida de lo que este artículo corre. Nadie se cuida de un alfiler; ¿qué importa, qué vale un alfiler?

Un alfiler se da gratis: entrad en las tiendas, pedidlo para reparar cualquier avería de *toilette*, y os lo regalan; os regalan media docena, diez; los necesarios. —Un alfiler no se devuelve. Un alfiler se tira. Un alfiler no tiene precio, porque es despreciable. Otro tanto debe afirmarse de las agujas. Apenas si existe, sobre estos objetos, noción del derecho de propiedad. Las modistas desdeñan de tal modo cuidar de las agujas, que se las dejan clavadas en la prenda que os envían del taller. Vais á poneros un corpiño, y os hincáis una aguja en el mismo grueso del hombro. Es que la modista no ha creído que merecía la pena de recoger la aguja. Las infelices lavanderas, mil veces, reciben en el mollar de la palma la aguja entera y verdadera, abandonada en la pieza de ropa blanca al coserla ó repasarla. Nada vale la aguja..., y vale que le tengan que cortar una mano á una desventurada que del trabajo de sus manos vive.

***

Los crímenes de amor, como siempre: no decrecen ni se interrumpen. La primavera no ejerce sobre ellos ningún visible influjo: durante el invierno asaz frío que acabamos de soportar, la sangre ha hecho su oficio igual que si la espolease la subida de la savia. Siguen siendo hermanos, no sólo de padre y madre, sino gemelos, el amor y la muerte—según el dicho del poeta.—El hombre, ya fuera más exacto decir «la bestia humana,» no conoce mejor ni más eficaz modo de rendir culto á la «diosa del placer» que esgrimir la navaja, apretar el gatillo del revólver, herir, destruir, brutalizar... ¡Mísera especie humana! ¡Como si no tuviese suficientes amarguras, dolores, enfermedades, decepciones y tribulaciones de toda índole!

Tales crímenes, en la juventud, y en este punto del globo, van estrechamente relacionados con la falta de educación y de cultura. El hombre de ciertas capas sociales, en Madrid, está siempre dispuesto á agredir, apenas encuentra obstáculos á su voluntad sin mesura. No hay entre tales gentes discusiones, sino disputas; no hay requerimientos, sino acosones; no hay observaciones, sino reproches é injurias. Esta disposición puntillosa, colérica y acometiva, aplicada á cuestiones de tan peliaguda psicología como las amorosas, y comprenderéis que tienen desenlace los conflictos en la navaja, la pistola, el palo y los dedos alrededor del pescuezo. La dulce poesía del sufrimiento resignado y silencioso; la delicadeza del alejamiento cuando lo impone la altivez de un sentir profundo; la magnanimidad del perdón que desdeña la venganza; todo lo fino y lo hondo de la pasión herida en almas bien templadas y nobles..., no pueden conocerlo estas gentes incultas y agudas á la vez, empapadas de vino y lascivia, parroquianas de los teatros *sicalípticos*, dicharacheras, mofadoras, juerguistas por temperamento, que llevan la chulería en las venas y la soberbia zafia en el habla y en la acción. Salid á pie y recorred, sin objeto, las calles céntricas: observad, y los candidatos al crimen pasional se os presentarán ante la vista, envueltos en la capita que mañana mismo llevarán á la casa de empeños, no para atender al enfermo de la familia, no para pagar deudas apremiantes, sino para el copeo y para convidar á sus daifas al café y á Price... Notad como, en esa esquina, dialogan uno de capita y gorra ladeada, y una de pobre mantón y complicado moño... El diálogo se anima: él alza la mano y descarga bofetón redondo... Ella titubea, llora, luego ríe..., ni siquiera pide auxilio: el bofetón está en el programa. Y ese bofetón es el preludio de lo que vendrá más tarde, en una hora de exasperación brutal de celos ó de soberbia: es el anticipo del navajazo feroz, del estrujón de nuez que rompe el cartílago, del puntapié que desgarra las entrañas, del palo que abre el cráneo, del proyectil que se incrusta en la masa encefálica... ¡Va tan poco del primer maltrato al crimen! La bofetada anuncia la muerte; y las emplazadas, sin embargo, media hora después de haber recibido en la mejilla el golpe y el insulto, se cuelgan del brazo del ofensor y se van con él á celebrar los chistes de una obreja teatral, donde quizás ven reproducida, en broma, la escena en que acaban de ser protagonistas...

***

El chiste es la otra faz de la vida toscamente disipadora de una parte de la población madrileña. El chiste ha llegado á ser una plaga, una enfermedad social. Y entendámonos, para que no se me atribuya el propósito de «matar la alegría.» El chiste, al menos el que por aquí se gasta generalmente, se parece á la gracia y á la discreción como puede parecerse á la sonrisa la mueca. Muecas, contorsiones y visajes del espíritu atontado son los chistes que oímos dondequiera. Son fúnebres como sepultureros beodos. A la verdad, nada escasea tanto como las personas oportunas, y cuando trescientas mil personas se echan diariamente á la calle resueltas á decir sus correspondientes chistes, lo que sobreviene es un chaparrón, infalible, de necedades, frialdades y despropósitos.

En el afán del chiste, los desabridos y sosainas echan mano de lo primero que encuentran. Pasa una persona hablando con otra, y el gracioso por obligación recoge la última palabra que les oye cruzar, y la repite en voz alta, irónicamente; sencillo sistema, de infalible efecto. Decía, por ejemplo, el transeunte:

—Sí, ya va mejorando, desde que toma el jarabe...

Y el gracioso, exaltado, chilla:

—¡Jarabe, jarabe, olé! ¡Que les dén jarabe, que les dén jarabe á esos!

Dos ó tres inteligentes espectadores corean con carcajadas el divertidísimo y discretísimo comentario, y el chistoso queda encantado de sí propio y bendiciendo la hora en que nació.

Pasan momentos después dos señoras, en vivo diálogo de trapos. Una de ellas murmura:

—No, lo que debe llevar al borde de la falda...

Y salta el gracioso, cazando al vuelo el tema y apretando la inteligencia:

—¡La falda! ¡La falda! ¡Olé las faldas, olé, jamona! ¿Quisté al borde de la falda yevarme á mi coslo? (Aquí, un ronquido picaresco.)

De este género, corte y casta son los chistes que nos infestan, caro lector... ¿No es cierto que dan ganas de convertirse en una de esas ninfas mitológicas que se deshicieron de tanto llorar, hasta que quedaron convertidas en arroyos ó en ríos?

***

¿Pues y los colmos y las semblanzas?

Si Dios no lo remedia, el meollo de todo Madrid será en breve una espuerta de serrín mojado, que pesa más que el seco...

No se puede entrar en una casa, en un círculo, en un teatro, sin que os salte á la garganta la semblanza ó el colmito.

¿En qué se parece un pescado á un bastidor de bordar? ¿Y un freno de un caballo á un real decreto? ¿Y una choubersky á las piernas de las bailarinas del Real? ¿Y un higo chumbo á las monjas Salesas? ¿Y los cheques del Banco á la domadora de leones? ¿Y María Guerrero á la chimenea de una fábrica? ¿Y los obispos á los veterinarios? ¿Y una muñeca articulada al último eclipse? ¿Y dos cacahuetes á la *Walkiria* de Wagner? ¿Y Su Santidad Pío X al restaurant de Novelty?

¿Cuál es el colmo de la buena educación? ¿Y el del aburrimiento? ¿Y el del cariño? ¿Y el de la riqueza? ¿Y el de la civilización? ¿Y el de la sicalipsis? ¿Y el de la habilidad? ¿Y el de la cortesía? ¿Y el de... etcétera, etcétera?..

***

Pasa con esto de los colmos y semblanzas lo que con los donaires: para uno regular, hay doscientos mil en que brilla la más inefable estupidez. Una población en que abundan los desocupados, los inútiles, los ociosos temperamentales; en que la moda impone el chiste; en que no es persona regular el que no *chistea;* en que el ingenio se mide con la vara del colmo, la semblanza y el retruécano, va á convertirse en uno de esos bosques de Oceceanía poblados de mosquitos, más ó menos infecciosos, que unos envenenan y otros pican solamente, pero todos hostigan, marean y molestan al mísero y descuidado viajero. Antaño hubo en Madrid graciosos profesionales: Correa fué uno de ellos. Hogaño es chistoso hasta el golfillo que os pide limosna haciendo agudezas punibles y tratando de arrancaros, envuelta en la risa, la moneda. La mencgilda, al presentar el cesto de la compra, suelta un chiste; el carbonero, al arriar el negro saco, alardea de festivo humor; el acomodador del teatro no omite la jocosidad; el hottera os vende cinta y galón y os regala donaire; el simón tiene «sus cañas;» el guardia de orden público filosofía humorísticamente; el joven náufrago «del vapor Lila» se pone á sí mismo en agradable solfa... Es una delicia ver cómo se ha desestancado y repartido por igual entre todas las clases y esferas el tesoro de la sal, antes patrimonio de unos pocos. Y entre tanta risa como nos cae del cielo..., nos sentimos devotos de Heráclito, encargamos pañuelos de un metro en cuadro y pedimos á la botica acíbar, porque la ictericia será en breve más epidémica que la gripe...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí, sobre mi mesa, un libro que el autor me envía, no sin anunciarme antes que me aburrirá su lectura. Yo (por el contrario) lo hojeo con interés de curiosidad viva, pues trata de «torneos, jinetes, raptos y desafíos,» y encuentro en él datos acerca del origen tradicional de nuestras actuales ideas respecto al honor social caballeresco. El autor de este interesante opúsculo, primorosamente impreso, es mi erudito amigo D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.

***

El solo nombre de *torneos* suscita ideas poéticas y hace entrever un mundo heroico y despreciador de la vida. Por eso, nos dice Leguina, la época más floreciente de los torneos fué la de las Cruzadas. El torneo era una *muestra*, un simulacro; el batallar incesante en los campos y en los desiertos de Siria y Palestina, se remedaba y ensayaba jugando en el cerrado palenque. Era el recinto del torneo el sitio donde se lucían y ostentaban las galas y bizarrías bélicas: allí las armas blancas listadas de oro, las sobrevestas de recamo, los ricos jaeces, las elegancias afeminadas del vestir de los pajecillos; allí las rizadas plumas, las ondeantes garzotas, las armaduras prolijamente realzadas, las bandas bordadas y los relucientes yelmos. Tan roto y empolvado como va el campeador en días de batalla, tan pulido y galán se muestra en el torneo, bajo los ojos de la mujer que ha de juzgar de su valor y discernirle el lauro y la recompensa.

En los torneos, las armas usadas eran *corteses*; es decir, no herían: las espadas tenían la punta roma. Sin embargo, cuando no se trataba de justar, parecer y lucirse, sino de algún empeño de honra—como la vindicación de Elsa de Brabante,—el torneo se convertía en liza, y las armas llamábanse de muerte.

De estos torneos encontraremos hoy vestigios y reminiscencias en los *sports:* los *campeonatos* tienen algo de ancestral. Cuando llega un célebre esgrimidor ó un eminente deportista extranjero á medirse con los de otra tierra y país, recuerda á los caballeros que iban á reinos extraños á probar las armas con otros justadores; los Guevaras, los Merlos, que llevaron á las ciudades de Austria y de Alemania en triunfo la bizarría española y portuguesa.

Las mismas discusiones y controversias que hoy suscitan los duelos, suscitaron los torneos; el primer soberano español que no fué un paladín, sino un golilla—Felipe II,—les hizo cruda guerra y puso empeño en dar al traste con tan preciosa costumbre gótica. La decadencia de los torneos fué la decadencia de la Edad media, la desaparición del tipo guerrero y noble del período feudal. Al través de las edades, el gallardo justador, que era un monarca como don Pedro de Castilla, ó un valido arrogante como don Alvaro de Luna ó D. Beltrán de la Cueva, ha venido á parar en nuestro actual y ascendereado *Caballero en plaza*, en el jinete jugador de sortijs, en las parodias de los *carruseles*, ornato de las fiestas patronales...

Cuando á la justa entre caballero y caballero substituyó el ejercicio del deporte á la jineta y la lucha con el toro, recibió otro golpe rudo el nobilísimo torneo andantesco, impregnado de poesía. Lo que empezó por valentía de magnates, el esperar el toro á pie firme, para atacarle con la espada, de frente y sin miedo en el impávido corazón, había de convertirse andando el tiempo en «el espectáculo más nacional» y en el oficio mejor pagado de cuantos pueden ejercerse por gente inculta, que sale del pueblo y que en el aplauso popular funda sus glorias y su provecho. ¿Podrían imaginarse, presentir esta evolución los Manriques de Lara, los Céspedes, los Béjar, los Heredia, los Granada, matadores de toros allá por los siglos XVI y XVII? He aquí cómo se transforman los usos, las costumbres, cómo pierden la idea originaria, el espíritu que las animó y creó, hasta el punto de que no las reconocerían los que las implantaron. Una gallardía caballeresca se convierte en una democrática diversión; los próceres y magnates son reemplazados por cortadores, tripicalleros y manolos; lo que se hacía de balde y arriesgando la vida con gusto desdeñoso, se hace por billetes de Banco; á las comadas de la valentía artística suceden las «comadas del hambre...» Cambian las edades, las instituciones, los ideales, y el modo y la causa de la muerte de un toro simboliza ese cambio, en su esencia histórica...

***

Respecto al duelo, es curiosa una de las opiniones acerca de su origen que recoge el libro á que me refiero... Supone que el primer duelista y *ringlador* fué el propio Satanás, desafiando á Dios. El ángel, al hacerse duelista, «se pasó á demonio.» No faltó tampoco quien viese al padre de los retadores en Caín, y con mayor fundamento, encontrase el primer lance de honor» en la singular batalla entre el gigante Goliat y David el hondero.

Sea como quiera, parece que la del duelo no es moderna invención. Cuando entre dos individuos surgieron cuestiones imposibles de dilucidar en otra forma, la lucha fué la solución. A veces los individuos se encargaron de representar á las colectividades: un encuentro entre dos ó más campeones evitó efusión de sangre á un pueblo. Recuérdese la contienda de los Horacios y los Curiacios. Y no cabe duda que si este sistema prevaleciese, nos ahorraría el derroche en armamentos, explosivos, blindajes, ejércitos y marinas de guerra, que desequilibra el presupuesto de las naciones fuertes. Tendría además la incalculable ventaja de suprimir para siempre los héroes anónimos, esos desventurados que perecen de un modo sublime y obscuro, sin que la patria conozca su sacrificio. Los que saliesen á campo raso para lidiar por el triunfo de su bandera, serían conocidos y celebrados como merecíese su hazaña y su valor, lo mismo los vencidos que los vencedores; y un bello gesto individual redimiría tanta sangre, tantas lágrimas y tanto dinero, que podría elevárseles un monumento de oro macizo á los campeones para eternizar su memoria.

***

Desgraciadamente, la idea de la contienda personal ha quedado reducida á los casos de conflicto personal también; los duelos, desde siglos hace, no son más que *egoísticos*.

Hay que dividir la historia del duelo en dos períodos: uno, en que lo sancionaba la ley; otro, el actual, en que lo sanciona la costumbre y la ley lo prohibe. Esta evolución de la idea del duelo encierra toda una filosofía social; expresa el cambio profundo de una sociedad constituída sobre la base del honor caballeresco, y que se transforma en democracia, pero dentro de la cual persiste la aspiración á formar parte de las clases que acatan el código de la caballería y se engríen de adaptarse á sus prescripciones. En la sociedad antigua, los pecheros (el ejemplo es Sancho Panza y su modo de discurrir) no se molestaban en apelar á las fórmulas del duelo: dirimían sus diferencias á puñadas, á garrotazos, á traición—como podiesen.—La lucha cortés se quedaba para los nobles; y éstos no podían combatir sin igualar las armas, sin la asistencia de padrinos que cuidasen de salvaguardar sus derechos. Hoy, que el duelo está penado por el Código, está honrado, respetado y encumbrado por la sociedad, y si el pueblo no lo practica con todos los requisitos (aunque no es raro en las clases más humildes el desafío con ribetes de caballería y alivieces de bien nacidos), la clase media, apenas adopta la indumentaria que la distingue del pueblo—levita, sombrero de copa, guantes, cuellos planchados, etc.,—acepta también las nociones del honor referentes al duelo; coloca el duelo (sea ó no serio, esto ya pertenece á lo individual) entre sus costumbres y deberes.

Los duelos pintorescos de antaño, que presenciaban el rey y la corte, que eran una especie de fiesta heroica, fueron poco á poco substituídos por los duelos clandestinos, en lugar oculto, en escondida plazuela ó calleja. El libro de Leguina nos informa de cómo, en aquellos tiempos que generalmente se consideran de lealtad puntillosa, eran frecuentes las tretas y engaños para defraudar al adversario, usando de malas artes. Espadas de vidrio, que se rompían; espadas más largas de lo debido, ó empavonadas en la punta para que se las creyese más distantes; vainas con contera de papel de plata, para herir al adversario sin desenvainar; vainas abiertas facilitaban al felón la victoria en los encuentros sin testigos, bajo el farol del Cristo ó cerca de la reja mohosa.

Son tales noticias un consuelo para los duelistas contemporáneos que infringen las leyes de la caballerosidad, porque demuestran que en todo tiempo se han cocido habas en puchero sucio. Y hasta pudieran los que inician duelos para terminarlos con actas, sin otras consecuencias graves que el gasto de papel y tinta, suelas de botas de padrinos y carreras de simones, escudarse con el ejemplo y el precedente nada menos que de insignes caudillos y monarcas muy grandes, que se enviaron heraldos y carteles de desafío en términos arrogantes y fieros, para quedarse luego tranquilamente en su casa tomando el fresco ó el sol. Tal hicieron Francisco I de Francia y Carlos V de Alemania; D. Pedro de Aragón y don Carlos de Sicilia; Fernando el Católico y el rey de Portugal; y tal estuvo á pique de hacer, aunque desistió por prudencia, Luis XIV con el emperador Leopoldo. Por donde se ve que no es tan fácil hacer un perro, y que por ventura los vasallos sabían con mayor lucimiento que los reyes en esto de lances de honor y fortuna.

***

Debe advertirse—y no es de las menores singularidades que observo en la costumbre del duelo—que desafiarse casualmente en presencia del rey era considerado como gravísimo delito, y castigado con las penas más severas, hasta la de muerte: en cambio desafiarse bajo la inspección y dirección del rey, es campo cerrado, era el punto más crítico y fino de la caballería y de la dignidad. Poco á poco, sin embargo, á medida que el duelo se generalizaba, surgió la represión. Con rigor inusitado combatió los duelos el cardenal Richelieu, el *homme rouge* de *Marión Delorme*. La seriedad y peligro de aquellos lances explican las terribles penas que creyó necesario imponer el ministro de Luis XIII. Hoy, á la verdad, no que deje de surgir de tiempo en tiempo alguna sangrienta lucha singular, son muy escasos los estragos que hace el duelo en la especie humana. Una puerta abierta que deja paso á una corriente de aire, un alabanal destapado, un Panhard de 40 caballos, un jamón con triquina son doblemente temibles y trágicos, si se miden las tragedias por las bajas que ocasionan en las filas de nuestros semejantes. El duelo es además—por ahora—enfermedad masculina, pero no compensa los peligros del alborotamiento, lactancia, etc., y todavía, si se mira bien, resulta más intrépida que su amo y señor la mujer, que lo arrostra.

Esto mismo tuvo ocasión de decir al barón de Albi, activo y meritorio propagandista antiduelista. Hay otros males doblemente graves en el estado de Dinamarca; pero cada cual remedie ó intente remediar el mal que perciba y le afecta... No se puede exigir más ni menos á un hombre honrado.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Era en el estudio del joven pintor Alvarez de Sotomayor, engalanado con plantas y tiestos florecidos, en honor de la ocasión de exhibir sus trabajos á gente invitada. Alegre el estudio; alegre y pulcra y aristocrática la calle de Villanueva donde se sitúa; alegre el concurso, que aplicaba á cada lienzo un calificativo de simpática alabanza, presintiendo, en el artista nuevo, al maestro consagrado ya por el aplauso de la muchedumbre... Un soplo de satisfacción animaba á los reunidos allí; era un momento grato, armónico, de la vida social... Y fué entonces—ante la regocijada y poética composición *Rapto de Europa* —cuando corrió la noticia: «Ha muerto Abascal, hoy á la una de la tarde.»

José Gutiérrez Abascal, realmente, había muerto mucho antes: sólo existía para sufrir. Sobre la lápida de su sepulcro debiera inscribirse esta palabra: *Liberación*. Hay infinitos mortales que no esperan nada bueno, como no sea la muerte, y Abascal se contaba en este número, desde que su horrible enfermedad le postró, quebrándole primero los huesos de las dos piernas.

Mil veces he pensado en la ironía melancólica del destino de Abascal. Cuando le conocí, hace ya muchos años, periodista brillante, de combate y de sátira, polemista político y mundano, iba camino del triunfo en la lucha por la posición; era diputado, y hubiese sido director, subsecretario, ministro, en plazo breve. Su espíritu cáustico; su conversación animada, incisiva; su estilo que tenía el don de hacerse leer, le destacaban ya; el anonimato, fatal á los periodistas, no pesaba sobre su labor; era nombrado, era *Kasabal*, poseía fuerza, poseía arranque de crotalo, dientes y uñas de combatiente. A la vez que los hombres le estimaban, empezaban á halagarle las señoras, que encontraban en él un comensal lleno de *esprit*, un chispeante ingenio, adaptado fácil y prontamente á la vida del gran mundo. Pero la enfermedad acechaba, traidora, escondida en lo más íntimo del organismo humano, donde residen las profundas radicales nerviosas, la medula... Como la fiera inmoviliza primero á la presa que ha de devorar, la enfermedad empezó sujetando á Abascal, atacándole por las piernas, que mucho antes de quebrarse ya se negaban á sostenerle. Eran las piernas de algodón en rama de Oswaldo Alving, en el crispante drama de Ibsen. Al cabo, un día, *tontamente* (así se dice), las cañas de los huesos se le rompieron á Abascal, y empezó su existencia de impedido: porque tales fracturas no se curan, y quedan las extremidades colgando, mollares é inertes, como rama de la cual ya la savia se ha retirado.

Empezó también entonces su resignada pelea con la implacable suerte. Digo resignada, porque no he visto padecer á nadie con la paciencia y el estoicismo tranquilo que desplegó Abascal. Me recordaba su actitud serena un proverbio dinamarqués: «Si quieres saber qué jugo da el árbol, hiérele con el hacha.» El jugo de resistencia, que sin duda existía en Abascal, jamás lo hubiésemos conocido á no herirle tan rudamente el hacha del padecimiento. Lejos de quejarse, de imponer á nadie el relato de sus males, de hacer tétricas profecías, Abascal trató siempre de producir una impresión grata en los que le visitaban, augurando mejorías en que no creía, y reprimiendo el gemido de dolores agudos y continuos que le mordían el cuerpo, y que sólo delataba un leve retorcimiento involuntario. Mientras le fué posible concurrir al Congreso, á los saraos, á las casas donde le invitaban, concurrió, apoyado en sus muletas, rodado en su sillón, sostenido por sirvientes, y contento cuando iban á sentarse cerca de él las damas, las muchachas de vaporosos atavíos, hechas un figurín, á quienes describía al día siguiente en *El Heraldo*, con plumada ligera y galante. Por uno de esos contrastes que sabía realzar con expresivo humorismo Alfonso Daudet, el periodista imposibilitado se desviaba de la política y se encariñaba con las salonerías. Sin la menor afeminación (merece notarse), Abascal iba dominando el género, y nadie como él describía las fiestas, los bailes de trajes, los minuetos, los *rnouts*, los grandes banquetes en que se reflejan mil luces en el cristal tallado y en las joyas prendidas sobre rubios moños. Desde su sillón, rebujadas las muertas piernas en una manta de abrigo, reseñaba los valses y los *pas de quatre*, las alegrías *sportivas* y las deslumbrantes bodas.

Poco á poco, insidiosamente, la enfermedad ganaba terreno. La parálisis se extendía á órganos importantes, alterando funcionalismos y trastornando cada aspecto de tan triste vivir. Ni los baños, ni las aguas, ni las consultas á eminencias médicas, ni ningún arbitrio humano servían de cosa alguna. Cuando estos males se apoderan de un hombre, lo aseguran. Y lo peor es que no lo matan. Hay quien sufre este martirio por espacio de cuarenta años. ¿Cuántos lo sufrió Abascal? ¿Veinte, veinticinco? El tiempo no corría: hoy era ayer, con un poco más de refinamiento en la tortura, con el cordel más apretado, muy poco, lo suficiente para avanzar sin llegar al desenlace... El día de San José, Abascal recibió aún á sus amigos, se alegró infantilmente con los recuerdos que le llevábamos, se conmovió, preguntó chismografías de la vida madrileña, se mostró informado, afirmó—la inteligidad de su cerebro, que infaliblemente llegaría también á lo que hablan llegado las manos, inválidas ya para asir la pluma. Y fué misericordia del hado abonarle la noche cerebral, que amagaba. Una complicación, una hemorragia, precipitó el último acto del lento drama de la parálisis progresiva (no sé si se debe llamar así; la ciencia, á falta de curar estos achaques, nos ofrece para ellos nombres muy apropiados, doctos y de raíz helénica).

Ahora es cuando descansa Abascal. Vencido y defraudado por la fatalidad física, ha entrado en los dominios de la paz eterna. En otra esfera y otro orden, me recuerda á Urrabieta Vierge, el genial dibujante paralítico. La medicina no ha encontrado el secreto de combatir males que radican en el centro mismo de la energía vital. Ni aun se conocen paliativos eficaces. Y las nociones de ciencia médica que hoy posee todo el mundo, hacen más cruel el golpe. El que nota ciertos fenómenos significativos, no puede de dudar: no le queda esperanza. Si es un espíritu rebelde, un Oswaldo Alving, pide la dosis de morfina. Si es un espíritu lleno de fortaleza, como Abascal, se conforma y aún encuentra modo de decir una frase, de intercalar una sonrisa. No sé cuál de las dos posiciones espirituales mueve más á lástima. Todo es infinitamente doloroso... Y todo tiene, por único consuelo, el trágico *nulla spernere salutem* del poeta latino.

***

Cada año más singular, menos religiosa, la Semana Santa madrileña.

—¿No te parece que es un día de toros, menos las calesas?, preguntaba ayer, en la calle de Alcalá, un chulo á otro chulo.

Y en efecto, gráficamente, así se me representaba la tarde radiosa y bulliciosa del Jueves Santo. Trajes claros, adornados; mantillas blancas; claveles rojos, amarillos, jaspeados; flores prendidas en el pecho y en la cabeza; los cafés y los colmados rebosando concurrencia; en las iglesias cirios ardiendo y mesas de petitorio, y un gentío que entra por la derecha y sale por la izquierda atropellándose, y en el cual son minoría los que se arrodillan á rezar la Estación... Nadie lleva en la mano un libro; nadie lee, nadie medita los misterios. Se echa á la calle Madrid, satisfecho de poder invadir el arroyo, sin miedo á coches ni automóviles, y pisar los guijarritos *soigneusement posés du côté le plus tranchant* de que habla Teófilo Gautier al referirse al pavimento de nuestra corte. Y en esas ringleras de desocupados, que inundan las vías céntricas, no hay sino el deseo de ver caras, las escasas caras bonitas (escasísimas, pese á la fácil galantería de los que afirman lo contrario) que pueden descubrirse en toda multitud. La *Cara de Dios* no es lo que se busca, ni en la tradicional romería que recibe tal nombre. El caso es divertirse, palabrear, mosconeando. Oigo que de un grupo de mozalbetes sale una voz:

—¿Cómo vamos á seguir los seis á la misma chica? A esta la sigo yo. Vosotros, detrás de otras.

Y cada uno de los seis chisgarabises se lanza en pos de una Dulcinea de zapato amarillo. Si ella entrase en un templo, imaginfícamente! Las aperturas facilitarían la aproximación... Y la gente se enhebra por las puertas, apelotonada, profana, alegre, ajena por completo á la idea de lo que estas ceremonias y estos cultos conmemoran.

No hay en Madrid un templo espacioso. Hasta que esté terminada la nueva catedral—sabe Dios cuándo,—el vecindario madrileño se conformará con las modestas iglesias esteradas y blanqueadas, de estrecho recinto, caseras y familiares, donde el misticismo no puede tender sus alas azules. No sé por qué, las iglesias de Madrid me parecen siempre habitaciones más altas de techo, pero análogas á las de las casas de la clase media de la villa y corte. Sólo faltan en ellas el brasero, la cómoda harnizada y el sofá y las seis sillas de reps.

En estos días solemnes me acuerdo con nostalgia de las grandes catedrales góticas, de las vidrieras encendidas y centelleantes bajo el sol castellano, de los coros tallados en negro roble ó nogal, de las columnas en cuyos capiteles ríe la sátira inocente de la Edad Media, ó sueña el pensamiento hondo y grave de la culpa y del arrepentimiento. Echo de menos el Cristo con larga melena, las imágenes de la Soledad traspasadas de dolor, los retablos de oro sombrío con pinturas prerrafaelistas, las viejas beatas que arrastran su flojo calzado sobre las losas, los monagos atareados, los canónigos con traje de gala, el olor exagerado á incienso, el silencio de algunas horas y el murmurio de adoración de otras. Echo de menos las callejas solitarias, los balcones de donde una mano seca y blanca recoge una ramada colcha que sirvió de colgadura, las rejas labradas y blasonadas, las plazas desiertas, las ciudades difuntas ó dormidas siquiera, con tapias que dejan adivinar antiguos jardines, y cafés donde nadie entra y en que el dueño, detrás del mostrador, lee tranquilamente un diario local... Echo de menos las altas paredes de los conventos de monjas muy reclusas, que bajarán al coro pensando en que hoy es Jueves Santo, y en que hace diez y nueve siglos, en Judea, sobre un monte, se alzaban tres cruces y de una de ellas pendía Jesús... ¡Oh dulce leño, dulce suplicio!

Y siento una repulsión invencible hacia este pueblo que ignora, que olvida, que vulgariza lo sublime; que no ve en el Jueves Santo sino la mantilla blanca, de falsa blonda, de tul bastísimo, de antipática tiesura. Porque á fe mía que no he admirado en las calles de Madrid lo que se dice una maja de Goya. No; no la he admirado. Siquiera las majas de Goya eran estéticas, y perturbadoras, y pintorescas, con sus chapines de raso, diminutos. ¿Conocéis una maja, de mantilla blanca, y el pie, que asoma bajo la falda ondulosa, prisionero en un zapato de becerro de color?

Las cosas completas; si se dan majas, que lo sean de verdad.

Lo único que no ha degenerado son las palmas del Domingo de Ramos. Su ornamentación semiárabe debe de ser la misma que era allá hace siglos. Sus trenzados, rizados, copetes y volutas, dicen á las claras la tradición moruna de los países retostados por el sol. Y su nota es africana, y su rayo de luz amarilla tienta á los pintores, como tienta un trapo colorista ó un rincón recargado de macetas y azulejos. Lo gozoso, lo bullanguero del culto, sobrevive á lo sentimental.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Madrid no hay bombas, en buen hora lo digamos, y no sea castigada la arrogancia por algún escarmiento imprevisto; no hay bombas, al menos como fenómeno constante... Pero hay una plaga de mendigos, que ya se pierde la esperanza de desterrar nunca. Una plaga extendida por todas las calles, plazas y plazuelas, con la misma regularidad con que brotan las malas hierbas en un campo abandonado por el cultivador. Plaga insufrible, hedionda, muy afrentosa para una capital que es corte; y plaga contra la cual nada pueden las buenas intenciones de los más excelentes alcaldes. Debe de ser imposible corregir *esto* de la mendicidad, cuando, hallándose al frente de la corporación municipal hombres de reconocida competencia, de actividad innegable, del mejor deseo, lejos de adelantar un paso, dijérase que cada día estamos peor; que cada año nos parecemos más á la España mendicante, descrita por los viajeros de fines del siglo XVII.

***

Yo á veces doy en creer que estos aparentes mendigos son en realidad gentes de la policía secreta románticamente disfrazados. Porque apenas os detenéis en la vía pública y trabáis conversación con alguien, tenéis de escuchas á dos ó tres mendigos, que no pierden sílaba de lo que habláis. La postulación de estos pedigüeños de la villa y corte se basa en la molestia. Cuanto más molestan, más eficaz es su acción para obtener el limosneo. Y convencidos de tal verdad, ponen en práctica con el transeunte el sistema del *mendigo* de Espronceda:

> «Le persigo
> hasta que mira,
> me complazco
> cuando aspira
> mi pezuña
> mal olor.»

Los pedigüeños de Madrid se acercan pegajosamente; meten las manos por los vidrios de los coches; se agarran á las portezuelas; imponen la contemplación de su indumentaria y la aspiración de su hálito vinoso; no dejan comprar en una tienda, mirar un escaparate, saludar á un amigo; y claro es que acechan el momento en que un pañuelo se cae de la mano, ó un portamonedas asoma fuera del bolsillo, para ejercer la otra faz de su oficio, y pasar de mendigos á descuideros. Estrecha relación existe siempre entre las dos profesiones, según puede verse en los estudios de antropología y sociología consagrados á esta espuma del hampa matritense, y situado fuera de la normalidad del trabajo, el mendigo está también fuera de la ley, que desdeña, sediento de libertad, persuadido de que tiene derecho á apoderarse de cuanto encuentre al alcance de sus uñas.

***

¿Cabe extirpar el tumor de la mendicidad en Madrid? ¿Es esta una cuestión sencillamente de dinero, ó pende de algo más íntimo; de la contextura misma de las grandes capitales, en todas las cuales, visible ó recatada, hace estragos la miseria? Porque en París y en Londres no importunan los mendigos, pero existen barrios enteros de miserables, antros de vicio y crimen, calles donde la policía reconoce su impotencia para evitar que sea desbalijado el que se atreve á cruzarlas, y por escondida, no es menos tremenda la plaga en esos emporios del mundo civilizado. En la capital española, la cuestión se complica por la especie de conmiseración simpática que infunde el vagabundo. Hay un sentimiento de involuntaria transigencia con la mendicidad; se protesta y se acaba por sacar la monedilla de cobre. Hay además la idea de que esto de mendigar es cristiano, y nadie sabe que los primeros en prohibir la vagancia mendicante fueron los Concilios, uniéndose á los reyes, que en sus edictos estatuían penas severísimas contra los pordioseros y vagos. Y no sólo contra ellos; porque, anticipándose al criterio y opinión de escritores sociológicos de tanta valía como Heriberto Spencer, el Parlamento de París llegó á castigar con multas, no al que pedía, sino al que daba limosna en la calle. Y no sólo en la legislación francesa, sino en las de muchos países europeos, la mendicidad y la vagancia forman parte de la delincuencia. Lógicamente, dentro de la ley, no puede consentirse la mendicidad pública; pero se consiente, de hecho, en Madrid, en proporciones muy alarmantes.

***

Un libro nuevo del Padre Coloma, *Jeromín*, relato histórico que tiene todo el encanto de una novela, hace resurgir del olvido cada vez mayor en que van cayendo nuestras altas figuras históricas, la de don Juan de Austria.—La época que revive para nosotros en la amena obra del jesuíta, es quizás la más interesante de la historia patria, porque reune el atractivo *de lo grandioso y magnífico al estilmulo del misterio*. Es la época de Lepanto y del asesinato de Escobedo, de la rebelión de los moriscos y de la privanza de Antonio Pérez. A veces, la lucha gigantesca empeñada entre la cristiandad y el turco nos importa menos que las enredadas y sombrías intrigas de corte que se resuelven en una estocada traidora, al obscurecer. La sensación que deja el libro es la de una vida intensa, efervescente, diferentísima del amodorrado vivir que, después de la muerte de Felipe II, empezó para España.

Hay que alabar mucho en el libro del Padre Coloma, y en especial, la sencillez del estilo, sin pretensiones de colorismo, pero que nunca degenera en sequedad y aridez. El estilo de esta obra del Padre Coloma no se propone sino servir de envoltura á los sucesos, dándoles forma perfectamente inteligible y además atractiva; y este objeto lo consigue plenamente, porque no habrá un lector que sienta fatiga ni que suelte el libro por descansar de los primores de la dicción y bellezas de la forma, caso más frecuente de lo que se cree. Sin ser descuidado ni flojo, el estilo de *Jeromín* es corriente, natural y claro, con ligeros dejos de arcaísmo, fruto de las lecturas en que ha tenido que empaparse el autor para estudiar el asunto; ni difuso, ni cortado; ni recargado, ni árido, se presta bien al desarrollo de la biografía interesantísima del glorioso bastardo de Carlos V.

***

El comienzo de la narración está hecho con arte de novelista: el niño D. Juan, ó mejor dicho, el niño Jeromín, que después se llamó D. Juan de Austria, aparece jugando á «moros y cristianos» con otros cachidiablos de su edad, en las huertas de Leganés, donde acuden á buscarle para conducirle hacia su destino, que entonces se creía fuese conventual, pero que el muchacho sentía que era militar, «soldadico y no fraile.»

Y en ese destino, enlazado tan estrechamente con el de la patria, la única figura de mujer que aparece ejerciendo decisiva influencia es la de la madre adoptiva doña Magdalena de Ulloa. La maternidad concentrada en el corazón de esta gran mujer, que no tuvo hijos de sus entrañas, se desbordó al serle confiado el cuidado y primera educación del precioso niño de ignorado nacimiento, que su marido, D. Luis Quijada, le arrojó á los brazos. Mientras la madre verdadera y natural de D. Juan de Austria, divertida allá en Flandes, no se acuerda del hijo, la española le ofrece ese cariño tan necesario al hombre, que ningún otro lo puede reemplazar.

Entre las varias reflexiones que sugiere esta primera etapa de la vida de D. Juan, cuando le envuelve el misterio y nadie, ni aun los que le asisten, prohijan y educan, conoce su origen, hay una que no es favorable á la edad en que vivimos. Si hoy sucediese un caso análogo al de D. Juan, difícilmente se encontrarían personas capaces de guardar reserva y mantener desconocido el imperial vástago, como se mantuvo el pupilo de D. Luis Quijada. Tiempo les hubiese faltado, á los que conociesen ó rastreasen algo del secreto, para divulgarlo á los cuatro vientos, para propagarlo en telegramas y artículos de reporterismo, para comentarlo de cien modos, con ilustraciones gráficas y con hinchazones efectistas... La fama de Carlos V hubiese sido empañada por la divulgación intempestiva de una debilidad humana disculpable, y un escándalo europeo más sazonaría con su pimienta rabiosa las columnas de los periódicos y las murmuraciones de los «círculos»... ¡Tiempo noble y feliz, en que tales «círculos» no existían, y en que la gente callaba aquello que la lealtad y la honra mandan que se calle! El incógnito de don Juan fué perfectamente guardado, y el niño se crió en modestia, paz y obediencia, para revelarse luego en gloria, guerra y energía, á toda la altura de su genio de conquistador y defensor de la patria.

***

Realzan la figura de D. Juan sus proezas de todos conocidas y sus victorias nunca bastantemente ensalzadas; pero el mayor prestigio de este héroe consiste en lo que tuvo de frustrado y de malogrado, no por propios desfallecimientos, sino por ajenas mezquindades y miserias. La fatalidad, que ha perseguido á España en su desarrollo histórico, dispuso que, así como á los Reyes Católicos se les murió el hijo inteligente y lleno de porvenir, y les vivió, para suceder en el trono, la hija maniática é incapaz, á Carlos V le naciese antes, y de legítimo lazo conyugal, el príncipe más débil y sugestionable que prudente, que se llamó Felipe II, y después, y de ilícita intriga, el *hombre casi perfecto, de generoso espíritu y constancia* á toda prueba, que se llamó D. Juan de Austria. Y la fatalidad quiso también que á Felipe II le hiciese sombra su hermano, que desconfiase de él, y le cerrase los caminos por donde pudo llegar á afianzar el poderío español de un modo definitivo en Europa, realizando aquella sumisión del reino de Inglaterra á la corona de España, empresa que sólo doce Juan era capaz de acometer, y que los celos fraternales le estorbaron. Tal vez nuestra suerte, el giro del eje de la historia patria, estuvieron en que D. Juan fuese D. Felipe, y D. Felipe D. Juan. Que tal es la acción del individuo sobre el conjunto, y tal el influjo de una personalidad sobre los sucesos. La pálida pasión de la envidia, la negra enfermedad de la sospecha y del recelo, nos trajeron, años después, cuando ya D. Juan de Austria dormía el sueño eterno, el desastre de la *Invencible*, del cual nunca nos repusimos, y que no hubiese acaecido á vivir el invencible de Lepanto y el marqués de Santa Cruz... El rey, que había amargado la existencia de D. Juan de Austria, acometió tal empresa creyendo que con enviar barcos y más barcos reemplazaba el alma única del gran capitán que fué su hermano... Quizás al recibir, en su austero retiro del Escorial, la funesta noticia de la pérdida de la Armada, un recuerdo de pesar y de remordimiento trajo á la memoria de Felipe II á aquel hermano insigne en mar y en tierra, al que deshizo á turcos y moriscos, al que murió abrasado tal vez por el veneno y seguramente por el deseo de atajar la expansión del poder de Inglaterra, más peligroso y temible ya que el de Turquía. Acaso, dentro del corazón incierto de Felipe II—pues este monarca, en vez de férrea voluntad, sólo tuvo indecisiones y fluctuaciones, disimuladas por una rigidez cancilleresca y por resoluciones demasiado violentas, de impulsivo, de flaco de alma—se alzó la sombra gallarda, venerada en los campamentos, de D. Juan, y con ella ese melancólico pesar de lo que debimos hacer y no hicimos, que es uno de los más hondos dolores íntimos que cabe sufrir... Con don Juan se habían ido al sepulcro las esperanzas españolas, cerrándose la era de nuestra prosperidad y abriéndose la era negra que, lentamente ó con precipitación dramática, nos condujo á la decadencia ya irremisible. Y como presentimiento ó como percepción bien definida, el monarca ya viejo y enfermizo probablemente lo comprendió, mientras le azotaba la sien el cierzo agudo y cortante de la sierra, y el sol se ponía detrás de los altos picachos, y á lo lejos las esquilas de los pastores temblaban, como argentinas lágrimas, entre la solemne tristeza de un crepúsculo castellano, que derrama su ceniza fina, tamizada, pausada, sobre la tierra reseca y amarillenta, muda ya porque viene la noche...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El más curioso contraste entre lo que se habla y lo que se lee, lo presentan las elecciones de diputados á Cortes.

En la prensa, las elecciones han sido el tema obligado y predilecto: cálculos de probabilidades, cuentas más ó menos galanas, quejas de abusos, arbitrariedades y amaños más ó menos patentes, augurios, profecías, amenazas, campañas, habilidades, conjeturas, llenaron las columnas de los diarios políticos, delatando hondas preocupaciones. En las antesalas y cámaras del ministerio de la Gobernación, en las redacciones, en los círculos y comités, en las casas de los hombres políticos, también debió de alzarse, como ahora se dice, considerable *revuelo*. Pero en el resto del mundo, créanme los lectores, nadie se ha ocupado de si existían ó no existían elecciones semejantes. Nadie que no perteneciese á un partido militante y lo tomase por lo serio, ó no fuese compelido por urgentes requerimientos de amistad ó de obligación, ha pensado en concurrir á las urnas. La sola idea de «ir á votar» provocaba sonrisas de desdén en infinitos ciudadanos. ¡Votar! Eso es bueno para los mozos de cordel, que venden su voto por un par de pesetas y unas tintas.

∴

Tal indiferencia, tal menosprecio hacia la función electoral, ¿no dicen, no significan algo? Cuando menos deben significar que es una cosa divorciada de la realidad íntima; algo de que nadie se cuida, que nadie espera, que no constituye nada interesante al espíritu de una nación. Y si se piensa que de esa función mirada con enorme desvío se deriva el estado de legalidad á que todos vivimos sujetos, puede sorprender la frialdad y el alejamiento de las masas neutrales. ¿No es en las Cortes donde se vota la contribución que hemos de pagar, la ley que hemos de acatar, la reforma que nos afecta, todo lo que más influye en nuestro bienestar ó malestar diario? ¿No es allí donde ha de discutirse hasta lo que toca al sentimiento más hondo, á los intereses más graves, la enseñanza, la religión, la integridad de la patria, la guerra, la paz? ¿No es allí donde, al través de eufemismos ó en medio de insultos, ha de abrirse camino la revelación de hechos que denuncian el verdadero estado de la sociedad en que vivimos? ¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo?

∴

Yo oigo hablar de países donde vota el censo entero, y sin trampa; yo oigo hablar hasta de países donde ya vota la mujer. Este adelanto no llegará á plantearse en España; el día en que empezase á agitarse aquí tal cuestión (dentro de un par de siglos), ya estaría caduco y mandado retirar el sistema parlamentario, y hasta los leones del Congreso mostrarían las encías desdentadas y la melena pelada y rala como viejo felpudo. Esto en el caso muy problemático de que les importase aquí á las hembras lo que no les importa á los varones, salvo por excepcionales circunstancias.

∴

Siempre he dudado de que las suntuosas decoraciones, los trajes magníficos y originales de las actrices, sean un elemento de arte tan poderoso y decisivo como se cree. Me ha confirmado en esta idea antigua la presencia de Tina di Lorenzo en el Ateneo de Madrid. Sobre aquel escenario diminuto, sin decorado, sin mobiliario apenas, vestida con un saco de lana grisácea, desarreglado sin artificio el cabello, la gran actriz conmovió y subyugó á su auditorio lo mismo ó mejor que si luciese la última creación de Paquin y detrás de su figura artística se extendiese una decoración fastuosa. Ello es cierto que los dramas y las comedias más admirables que ha producido el ingenio humano, se han representado entre dos cortinas viejas, habiendo salido previamente un avisador á advertir á los espectadores que el teatro representa una selva ó una gruta mágica. No podríamos hoy avenirnos á tal esfuerzo de imaginación, pero el extremo del lujo escénico nos ha conducido ya á materializar é industrializar lo que debe ser principalmente arte, y á «salvar» obras sin mérito ni alma por medio de la indumentaria, los muebles y los detalles realistas. Lo principal ha pasado á ser secundario; los árboles han tapado el bosque: el modisto se ha colocado ante el autor. Se va al teatro á ver ropa nueva y á aprender estilos y colores para la moda primaveral. Se admira una silla y se olvida un carácter; se ensalza un biombo y se prescinde de una escena capital. Los aplausos más sinceros son para los pintores escenógrafos. El runrún admirativo queda reservado para un sombrero *dernier cri*. Las obras teatrales son más elegantes, más lujosas, más refinadas que la vida. Lo único que no son es... eso, *vida*. Y según á aquella matrona romana (¿me equivoco?, ¿era romana, ó era griega?) que traicionó á su patria por unas joyas, la apedrearon y ahogaron con joyas riquísimas, el arte, por el delito de aspirar á tanto aparato y á tanta magnificencia, queda ahogado bajo el esplendor de talco de la escenografía. Y se respira, y se experimenta una sensación de alivio al asistir á un espectáculo, no teatral, sino íntimo y como *directo*, en que la bella prosa de d'Annunzio no busca otros medios de conmovernos y penetrar en lo hondo de nuestro corazón, sino la palabra y el gesto de una genial intérprete.

∴

Continuamos en la expectación de lo que encierran unas entrañas de mujer. Puede asegurarse que la criatura que va á venir interesa más que las Cortes que van á reunirse; es antiguo achaque de la humanidad concentrar las esperanzas, los ensueños, las conjeturas, en la cuna preparada á recibir á la criatura inocente.

¿Qué tendrá la niñez, que así atrae y determina la efusión del sentimiento? No es necesario, para que la niñez posea su especial imán, que el niño nazca bajo las bóvedas de un palacio, que su cuna la revistan encajes de punto antiguo, que los cañones saluden su venida al mundo, ni que la noticia se reciba respetuosamente en las cancillerías y la telegrafíen á los ámbitos del globo las agencias. Basta á la niñez su debilidad, su desamparo, su entrega absoluta á la compasión y á la ternura de seres más fuertes.

Hace pocos días, un niño fué dejado en brazos de una verdulera por una bruja desconocida. «Quiero deshacerme de él,» dijo la misteriosa. Y la humilde vendedora del mercado tembló. Vió á la tierna criatura estrangulada, abrasada, pisoteada, enterrada secretamente, como todos los días leemos en los periódicos que sucede á otras criaturas... Y conservó en sus brazos y contra su seno al niño. Cuando la buena mujer se recobró de la emoción compasiva, la bruja había desaparecido, sin saberse cómo ni por dónde, y la verdulera tenía un hijo ya. «Yo le ampararé,» afirmaba con generoso arranque. Y de seguro le amparará con el mismo cariño, la misma abnegación que si le hubiese llevado en su vientre. Todavía mejor, pues lo lleva en el corazón, en su ancho corazón plebeyo y amoroso.

∴

La primavera se retrasa: diríase que se reserva para hacer su entrada triunfal en compañía del heredero (ó heredera) del trono. Ciertos picones, noches frías, gente que sale del teatro arrebujada en boas y estolas de piel, pertinacia del manguito y del sombrero de fieltro, escasez de *manuelas* y tranvías calados, carencia de horchata de chufas..., *esto* es lo que por ahora indica que el verano (aunque he dicho *primavera*, en Madrid, realmente, no se conoce estación intermedia; se salta de extremo á extremo), no asomará hasta mayo, lo más pronto.

El 2 de mayo, en Madrid, es siempre un día caluroso, alegre á pesar de los recuerdos y conmemoraciones patrióticas, alborozado de callejeo y gentío, que se «echa á la calle» á disfrutar del más barato y gustoso recreo cortesano: el de verse los unos á los otros... En efecto; aquí, todo lo que no sea poder verse, aburre y fastidia, digan lo que digan «los termómetros.» Realmente se podría ahorrar lo que se gasta en teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de toda clase, y dejar, por único festejo, la reunión de la gente en un punto dado, á una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, chatlar y reírse. Es el goce predilecto de los madrileños, y cualquier tarde de día festivo podéis comprobarlo, pues las calles están atestadas de una multitud que sale no más á *ver personas*. Delante de las casas donde se recibe, á la puerta de los teatros, al paso de los coches que van ó vuelven de conducir á sus dueños á los toros, se agolpa un hervidero, la curiosidad *personal* de Madrid. Curiosidad que dimana, en buena parte, del caso frecuente de no tener nada que hacer los curiosos.

∴

A decir verdad, yo alabo el celo de la policía, pues más vale alabar celos que lamentar descuidos; pero hay ocasiones en que no me persuado de que no fuese mejor dejar las cosas como están. Y una de estas ocasiones es la de los «timos,» especialmente los timos á extranjeros.

Ya comprendo que extrañará mi opinión; que parecerá indefendible. Pensadlo bien: se debe defender al ciudadano contra los demás ciudadanos, pero no contra sí mismo: ahí termina la misión protectora de la sociedad. Los andadores son para los niños, no para los señores talludos y con barba corrida, y los extranjeros deben serlo, y si no lo son, tanto peor para ellos; merecida tienen su suerte.

¿Se comprende que puedan ya engañar á nadie ciertas tretas? Cuando leemos que á una señora la dió una gitana, á cambio de un fajo de billetes, un sobre cerrado, encargando que no lo abra hasta pasados ocho días, precepto que la señora cumple escrupulosamente, para encontrar, al plazo fijado, una bonita colección de recortes de periódicos antiguos; cuando unos alemanes (¡oh, la superioridad de los anglo-sajones!) llegan aquí desde los confines de Westfalia, dispuestos á ceder una regular suma de marcos á cambio de las indicaciones para descubrir un fabuloso tesoro soterrado en las montañas de Sierra Nevada por los moriscos; cuando dos italianos (¡oh manes de Maquiavelo!) desembarcan del tren para entregar el cuello resignadamente á un timo «por el procedimiento del entierro,» que ya saben ustedes si es novísimo, disponiéndose á soltar 7.535 pesetas ó liras, ni una menos, al requerimiento de los aprovechados industriales, á cambio de unos *documentos*, que ya pueden ustedes suponer qué documentos serían..., confieso que me acuerdo de Darwin, de la ley por la cual los débiles deben sucumbir, á fin de que se verifique la selección..., y siento que una policía previsora, honrada, salve á esos incautos, porque incautos así, si no son víctimas del *entierro*, lo serán, á la vuelta de la esquina, de otro timo más disimulado y más seguro.

∴

Cuando á cada cual le pasa lo que merece que le pase, la justicia se cumple. Son tanto menos de compadecer estos timados, cuanto que el móvil de su error es la codicia. Se les tima porque aspiran á timar, es decir, á realizar un negocio excesivo, un lucro desproporcionado con el trabajo que cuesta y el esfuerzo que requiere. Y es la codicia quien ciega sus ojos, embota su entendimiento y aduerme su desconfianza; es la codicia lo que les impulsa á comprometer fuerte suma en aventura loca, ellos que acaso, para una empresa de ganancia modesta y lícita, no arriesgarían una moneda de plata. He aquí por qué el servicio de la policía, previniendo estos timos, esperando á los engañados en la estación del ferrocarril con objeto de salvarles el caudal que traen en la maleta, es de estimar, pero no me convence: cierra el paso á lo providencial; protege á quien debiera ser abandonado.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

al hombre, se dispara y va á recoger al pichón, porteándolo con inteligencia en su boca, sin destrozarlo. El pichón palpita aún, sus alas se mueven convulsas; y el grupo zoológico, escultural, es bello sobre el verde de la pradería, que tiene por fondo densa cortina de frondosa arboleda señorial y alta.

Presencian el torneo de destreza damas emperifolladas con sus galas primaverales, vestidas de los colores algo chillones y discordantes que este año impone la moda, tocadas con los sombreros á la vez nuevos y anticuados de forma que también la moda decretó. Algunas se visten como *sportwomen;* lucen abrigos que casi son de viaje, gorras caprichosas que casi son de automóvil. Hay una nota de extravagancia extranjera en ciertas *toilettes* de «alta fantasía,» y las plumas de gallo, de avestruz, de lofóforo, de gallina de Guinea, revoloteán alrededor de las caras..., no todas juveniles, ¡ni mucho menos! Pero es una característica de la moda presente, que no hace diferencia de edades ni de figuras; que ha suprimido la divisoria entre los atavíos y tocados de las mamás y hasta abuelas y los de las niñas; que ya no se ve una honesta «capota» ni un traje de líneas tranquilas y reservadas; y que aquella oleada de locura en la indumentaria que señaló á época del Directorio, parece arrollarnos, en este período que ya nadie tiene el recurso de calificar de «fin de siglo,» porque la verdad es que el siglo XX es todavía impúber.

Otro deporte ventilado, las carreras de caballos, parece decaer en vez de prosperar. Cada año concurre á él menos gente. Acaso tenga la culpa de esto la picara indumentaria. Para presentarse en el *stand* es de rigor mucho lujo, traje fresco, sombrero de última. El concurso hípico además ha restado público á las carreras; ¡se parece tanto á ellas! Y al cabo, no somos anglo sajones; no nos interesa la equitación ni la apuesta como les interesa á esos fríos y apasionados hombres del Norte, que juegan furiosamente sin cartas ni fichas.

No por eso diré que no se apueste aquí. Se apuesta, y fuerte, en el tiro, en las carreras, en el hípico, en todas partes... La apuesta es el aperitivo, la sal de un espectáculo realmente poco variado y que ha menester que lo realcen. Se oye un vocerío especial, análogo al que resuena en la Bolsa, análogo al que se oía en los frontones—creo que ahora ya ha disminuído mucho la afición á este deporte atlético.—Se ven circular de mano en mano billetes de Banco, y la ansiedad de la pérdida ó la ganancia, unida á la impulsión del amor propio, siempre interesado en el juego, da expresión á los semblantes... Es un elemento más de lucha..., es la «guerra de todos contra todos,» resorte más ó menos visible de la existencia humana.

Después, ante las mesillas cargadas de fiambres, de pasteles, se instalan á merendar espectadores y espectadoras; el *champagne cup*, de vivaz color amarillo en que flotan gajos de limón y frescillas de rubí, refresca los labios y anima los espíritus con la alegre animación de todo alimento ó bebida que se absorbe al aire libre; y ya, como la tarde va cayendo, los coches y los *autos* inician su viaje de regreso al centro de Madrid... Ligera nube de polvo les envuelve, y desfilan como alma que lleva el diablo, sembrando el terror en los paseantes de á pie, que al escuchar el mugido disonante de la bocina ven, en un relámpago de susto, costillas hechas harina, piernas separadas del tronco, cabezas aplastadas cual obleas y vientres laminados ajustadamente, reducidos á grosores de milímetros..., una caricatura tragicómica de Caran d'Ache, adivinada por los que no lo han visto nunca.—El *auto* ha pasado, y detrás de él flota un gran silencio, de resignación y de sorpresa. ¿No ha sucedido nada? ¿No han despachurrado á nadie? Otra vez será... Vendrá la tragedia...

Y vino, ayer mismo, en las carreras de caballos. Fué cosa de un segundo: la muerte va más aprisa aún que los automóviles.—El caballo volaba, ya casi vencedor. Le faltaba por saltar un obstáculo, una valla. Contra aquella valla chocaron sus manos; su cuerpo volteó, en horrible vuelta de campana, verdadero salto mortal. Cayó á tierra sin un perneo convulsivo, sin un estremecimiento de la piel; caía muerto. Siete metros más allá yacía el jinete. «Se ha matado también...» Le llevaban en brazos á la ambulancia; pendía, inerte, deshecho interiormente; por fuera no se veía nada, ninguna herida. Respiraba aún; y quizás respira todavía, en el hospital donde le cuidan con solicitud. Los médicos hablaban de «conmoción.» Después se dijo si tenía partido el espinazo. Fuese lo que fuese, el *jockey* no recobraba el sentido. Una gritería de dolor, á la puerta de la ambulancia... La madre, una mujer alta, morena, tosca, del pueblo, que pedía á voces que le dejasen ver á su hijo. ¿Por qué no se lo dejaban ver? No podían; el moribundo estaba en manos de la ciencia...

¡Y la ciencia tiene, en tantas ocasiones, que cruzarse de brazos! El mecanismo de nuestra vida no le pertenece. Grandes son sus conquistas, grandes sus triunfos... y mayores serán siempre sus derrotas.—Un triunfo acaba de conseguir; y no se hablaría de otra cosa si no hubiese que hablar un poco de política, otro poco de diversiones, otro poco de chismografía y otro poco de le nueva orientación del veraneo regio... La ciencia ha conseguido coser y curar una herida del corazón, del mismo corazón; la ciencia ha puesto la mano en el corazón del hombre... Un muchacho clavó á otro muchacho un fragmento de vidrio en el lado izquierdo del pecho; y la punta de esta espantosa arma se hundió en el pericardio. El arma fué extraída, el desgarrón recosido... y se espera que cicatrice. ¡Operación tremenda! ¿No es cierto que al novelista le infunde, con tal motivo, envidia el médico? ¡Ahí es nada, tener en sus manos un corazón, sangrante, palpitante, herido, abierto! Y tengo para mí que el caso demuestra hasta qué punto es figurado el lenguaje de la literatura. El corazón sirve para expeler é impeler la sangre, y nada más. «Conocer el corazón humano...» es un modo de decir... Y en el sentido que suele darse á la frase, el ilustre médico que realizó operación tan sorprendente es quien menos conoce el corazón...

He dicho que la nueva orientación del veraneo regio preocupa la atención y da tela á los diarios para artículos, conjeturas, fantasías y noticias sensacionales.—La corte lleva consigo tantos elementos de prosperidad, tanto carbón para la máquina, que no sorprende el anhelo de las provincias por atraer á sí ese venero de riqueza. Hay muchas provincias españolas que por las condiciones de su clima en verano están fuera de concurso; pero el Norte y Noroeste, favorecidas con agradable temperatura, se disputan el privilegio de surtir de frescas auras á los reyes en los meses de calor. Por largo tiempo, San Sebastián gozó exclusivamente esta prerrogativa. Si algún gallego ó asturiano protestaba tímidamente, se le tapaba la boca con un argumento irrebatible. «San Sebastián está á la puerta de Francia. Desde San Sebastián se ve Europa...» Y era preciso que lo reconociésemos, que nos inclinásemos ante la superioridad de un pueblo que apenas dista de Francia... La hermosura de nuestras rías, la magnificencia de nuestros puertos, la riqueza de nuestra hidrografía, el encanto de la rubia Cenicienta de dengue colorado que se llama Galicia, no importaban gran cosa; Galicia era el *finisterre*, el más arrinconado rincón de España. Encuentro natural que no siempre lo sea; veintitantos años ha gozado San Sebastián fueros de corte de verano; corte seguirá siendo, al recibir allí la reina madre; lo que cae en el regazo de la Cenicienta gallega es una parte tan sólo de lo que la «bella Easo» disfrutó y disfrutará. En justicia no puede extrañar á nadie que se reparta el veraneo regio. Lo contrario sería lo injusto.

Y mis recuerdos me hacen presente el cuadro de la ría de Arosa, la más dulce, la más lumínica, la más *mediterránea* de las rías gallegas. A ambos lados de la ría, pintorescas poblaciones se apiñan con la gracia de palomas agazapadas en el suave recuesto de las laderas. Santa Eugenia de Ribeira, más joven; Cambados, el viejo Cambados, con sus torreones derruídos, sus palacios linajudos, sus muelles descuidados, sembrados de cabezas de sardina, que brillan al sol como bolas de plata, y sus alamedas seculares, donde pasearon fidalgos de peluca de bucles y mayorazgos de tontillo y mitones... Y después, Villagarcía, la mágica Villagarcía, y Carril, y la islita que ya se pavonea, soñando en el palacio que va á surgir entre sus pinares... También creo ver el camino de tierra, desde Villagarcía á Cambados, camino sembrado de quintas, entretejido de maizales y huertos, por el cual rueda pesadamente el sucio ómnibus que hace esta jornada llevándose á los infelices necesitados de la inmersión en los baños de la Toja. Y mi imaginación se adelanta, y ya diviso el tranvía eléctrico, que aquí instalará una compañía inglesa ó francesa; temo que española no... *Esto* progresará cuando llegue aquí la influencia del regio veraneo; progresará, sí; aunque no muy aprisa, de fijo. Aprisa no se hace nada en nuestra patria, ni en mi tierra. Todo camina á paso de carácol. En fin, sea aprisa ó despacio, venga ese tranvía eléctrico, esos hoteles á la moderna, esas mejoras, de que tanto necesita la bella Cenicienta rubia...

Emilia Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta época del año es la época deportiva. El placer de las distracciones al aire libre reemplaza al placer de las de aire viciado, y esto vamos ganando siquiera. Hay gente que tiene refinado el pulmón, como la hay que tiene refinada la epidermis, y el ambiente de un teatro, descompuesto por tanta humanidad como allí respira, puede molestar igual que molesta al delicado de piel el contacto de una tela ordinaria y ruda, ó sucia y grasienta. Nótese sólo un detalle: en todo recinto cerrado se oye toser, ó se percibe que muchos reprimen la tos. Al aire libre no tose, no carraspea nadie. Yo saboreo el aire libre lo mismo que saborearía un agua pura, un agua filtrada por capas de arcilla y manando entre rocas. El aire, positivamente, posee un sabor peculiar cuando es fresco, vivo y se ha columpiado entre arboledas; y estas condiciones reune el aire que nos abanica en la Casa de Campo, donde tienen lugar las tiradas de pichón.

¿Que este *sport* es cruel? No cabe duda: la cara siempre envuelve crueldad: fiesta de muerte, parodia zoológica de la guerra entre humanos. Doblemente cruel, ya que ni aun permite al animal defenderse en la libertad de su fuga despavorida. Cuando el pichón sale de la jaula, ya le espera apuntado el cañón de la escopeta. Y sin embargo, algunos se salvan del suplicio, se van volando. Es un momento de alegría para los que sentimos cariño á todos los bichos (excepto á los feos y repugnantes), y de despecho para el tirador, que hace *zero* y queda fuera de juego á la primera, á la segunda ó á la tercera errata, según las condiciones. La mayor parte de los tiros hacen blanco, y el pichón, que ha salido de su encierro gozoso, cae inmediatamente, batiendo el ala, malherido ó ya con el estremecimiento de la agonía. Entonces un hermoso animal, un perro negro ó color de canela, ágil, gracioso, convencido de su obligación de ayudar

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por fin va dándose cuenta la gente de que no es muy interesante, ni poético, ni romántico, el *gesto* de apuñalar á la novia ó á la querida en un arrebato de celos brutales, y presentarse después al señor juez, con los pelos erizados y la cara fosca, exclamando: «No sé lo que hice... Allí queda *esa*... ¿La he herido, la he matado?.. Ustedes verán...» El rasgo de *energía* —así se le llama ahora—ha perdido garbo en fuerza de repetirse, y ya es como una de esas piececillas del género chico, que reproducen por vigésima vez el asunto de *El puñao de rosas*, ó de *La verbena de la Paloma*, ó de *Las estrellas*. Pase hasta la docena, hasta la docena y media..., pero ¡vamos!, es preciso variar un poco, que en la variedad está el gusto.

***

Y la variedad puede consistir en que empiecen á realizar el *gesto* las mujeres—á imitación de una señorita de Santander que, según leo en la prensa, disparó dos tiros á su burlador.—Ciertamente, aunque atrocidades sean ambos *gestos*, pudiera excusarse algo más el segundo. La novia ó amiga que se aparta del novio ó... *etcétera*, sólo le hiere en su amor propio, y supongamos, si él tiene sentimientos delicados, que en su corazón. A la mujer abandonada se la hiere también en su honra, en su fama, en su nombre. Hay una razón más de enojo en la mujer, y razón poderosa, *social*. Un juez equitativo admitiría siempre para la mujer una atenuante.

***

El descuido de un guardabarrera acaba de costar la vida á dos infelices trabajadoras y graves heridas á otras cuatro ó seis. Se trata de un paso á nivel que cruzo tantas veces en el verano, cuando voy de las Torres de Meirás á Marineda, que el relato de la catástrofe me estremeció más profundamente. No creo que la vida valga el trabajo de temer perderla, pero hay muertes más horribles que otras, y ese informe montón de cuerpos palpitantes, hacinado bajo el vagón, repugna á los sentidos y causa un espanto sin grandeza. Y el cuadro se me representó en todo su cruento y escalofriante relieve: á la luz de una linterna, entre sombras y reflejos, con la mole de hierro aplastando el amasijo de carne y triturando los huesos, con los cestos del pescado volcados y revueltos, con el carro hecho trizas... Por el siniestro paso á nivel, de hoy más, atravesaremos siempre viendo esa imagen repulsiva y triste: las míseras obreras despachurradas porque el abandono en los servicios del ferrocarril del Norte—¡cuántas veces lo he lamentado aquí mismo!—pasa ya de la raya y se hace un mal crónico, y si quien puede corregirlo no lo corrige, irá en aumento. Dícese que las familias de las víctimas reclamarán la indemnización á que tienen derecho, y que esta indemnización será fuerte; precio al cabo de la vida de dos mujeres y de la salud y robustez de varias otras, que si sanan, nunca recobrarán el equilibrio y la alegría con que se entregaban á sus rudas faenas... ¡Ojalá sea cierto que en forma de indemnización, por lo menos, recaen responsabilidades y se impone una penalidad que obligue á mayor vigilancia.

***

¿No os habéis fijado nunca en la importancia que va adquiriendo, en la vida contemporánea, un pedacillo de papel insignificante, la *tarjeta*?

Verdad es que nuestro moderno existir gira sobre resortes de papel, y que papel es la moneda, papel el cuero, papel los documentos que lo acreditan todo, papel la cultura y papel hasta el placer y la alegría de la juventud; sin papel no se comprenderían, por ejemplo, los cotillones... Y la tarjeta, trozo de cartulina sin valor alguno, significa, al llevar en su anverso un renglón con un nombre, todo el tejido complicadísimo de las relaciones sociales, con todas sus consecuencias, con todo su alcance y su influjo, que no vacilo en llamar capitalísimo, porque es de cada momento.

El consumo de tarjetas, en Madrid, es formidable. No hay sino ver el muestrario de las litografías é imprentas, donde aparece desde la tarjeta de la modista que ofrece sus servicios, hasta la tarjeta blasonada ó sin blasonar del prócer que estampa, en tres renglones, tres títulos á cual más linajudo. En apariencia, las tarjetas no pueden diferenciarse gran cosa: son siempre un trozo de cartulina, en el cual se inscribe un nombre. Pero, en efecto, de tarjeta á tarjeta media (como se decía antes) un abismo. Una persona que tenga costumbre de ver tarjetas, adivina exactamente por ellas, no sólo la verdadera posición social, sino hasta, en parte, los gustos, las aficiones, la edad y las circunstancias del sujeto cuyo nombre se destaca en el blanco campo de la tarjeta.

Hay tarjetas amarillentas, sobadas, tabacosas, que trascienden á petitorio, sablazo ó algo parecido. Hay tarjetas compactas, anchas, limpias, exhalando ligera fragancia de cuero rico, la piel de la exquisita cartera donde se guardaron, que proclaman la holgura, los hábitos de elegancia. Hay tarjetas chiquitas, de mujer, con letra fina y menuda, que revelan coquetería, refinamiento. Hay tarjetas caprichosas, azuladas ó color de manteca, que gritan delatando el pésimo gusto de quien las usa. Hubo tarjetas de madera, tarjetas charoladas, tarjetas imitación de nácar, tarjetas estilo percal floreado, y hasta tarjetas con la fotografía del dueño! en un pico de la esquina; ¡una monada! Hay tarjetas prácticas, á la inglesa, que son casi un folleto, por la cantidad de lectura que contienen: en ellas se especifica el nombre, la profesión, las señas de invierno y de verano, el día y horas de recepción, ¡y no sé si algo más! La tendencia, sin embargo, es á la sencillez absoluta. Hasta la heráldica va desapareciendo: se suprimen coronas, escudos, mantos, divisas, y se reduce gradualmente la tarjeta al sucinto nombre y á las señas; y aun las señas, casi vedadas para las señoras, van camino también de proscribirse para los hombres, cuando su posición es tal que se supone que nadie ignora su domicilio. Cada día más simplificada, más arreglada á un patrón uniforme, la tarjeta, sin embargo, conserva fisonomía.

***

¡Y qué ímproba labor la del tarjeteo! Hoy la tarjeta ha venido á representar todas y cada una de las formas del trato social, los matices de la relación entre gentes que viven en un mismo medio. Que hay desgracia de familia: tarjeta. Que hay parte de boda: tarjeta. Que llega alguien de un viaje: tarjeta. Que se recibe un honor, una distinción: tarjeta. Que da á luz una señora: tarjeta. Que á un caballero se le confiere un cargo: tarjeta. Que enfermedad: tarjeta. Que restablecimiento: tarjeta. Que invitación: tarjeta. Esto, prescindiendo de las infinitas tarjetas que son meramente de saludo, de cortesía, de correspondencia á otras tarjetas recibidas la semana anterior. Con fundamento ha podido decirse que las tres cuartas partes de la gente que uno se tropieza en la calle va á pedir á alguien que recomiende algo; pero también cabe asegurar que de veinte coches que encontréis andando por las calles, diez y nueve van á dejar tarjetas...

***

Porque la labor del tarjeteo no vale encomendarla á un repartidor. Yo he oído mil veces lamentar esto: que la tarjeta, forma actual de la visita, tenga que ser dejada personalmente, cuando lo mismo significaría una tarjeta entregada por un servidor á otro servidor, al portero de la casa... Es, sin embargo, tan delicado esto del tarjeteo, que son contadísimos los servidores á cuya inteligencia se puede fiar ceremonia en apariencia tan vulgar y baladí.

La tarjeta lleva la representación social de la persona, y un error de tarjeta envuelve una serie de molestias y compromisos. Así es que, aun cuando va cayendo en desuso aquella antigua costumbre de «dar su tarjeta» al iniciarse un lance de honor, todavía la tarjeta es cosa delicada de entregar no sabiendo perfectamente á quién, y en la entrega de la tarjeta caben mil desafinaciones y mil añinadas cadencias de amabilidad.

Recuérdense las tarjetas respaldadas. Han llegado á desempeñar en la vida social un activo papel. Con el respaldado de la tarjeta se hacen cumplimientos; un *¡felicidades!* al lápiz, en la tarjeta, un día de santo, avalora el pedazo de cartulina; una invitación de confianza puede hacerse por tarjeta respaldada; un pésame, una bienvenida, caben en el diminuto espacio blanco de la tarjeta...

Bien mirado, esta costumbre del tarjeteo, que tanto tiempo absorbe, ofrece sus ventajas, evitando el visiteo á domicilio, tan molesto para los que lo hacen como para los que lo reciben. En provincias, donde todavía no se ha aclimatado la tarjeta, donde no hay, en muchas casas, porteros á quienes entregarla, y donde cierto espíritu quisquilloso hace mirar como una ofensa el no ser recibido en las casas adonde se va de visita, es un verdadero viacrucis el visiteo. Sólo las escaleras que hay que subir, las campanillas de que hay que tirar, las domésticas con las cuales hay que parlamentar, las salas donde hay que tomar asiento y esperar... La noción de que una tarjeta implica exactamente la misma cortesía y consideración que la visita personal; la idea de que, cuando se reciba, deben la casa y los dueños estar preparados de antemano, todo prevenido, y que el recibir por sorpresa y á cualquier hora del día es una pejiguera para el mismo que recibe, trastornándole en sus ocupaciones y obligándole á pasarse la vida «sobre las armas;» estas sencillas verdades no consiguen aún en provincias llegar á ser axiomas. La gente «se pica» si «se cumple» con una tarjeta; la gente exige que se suban las consabidas escaleras y se tire de la acostumbrada campanilla...

***

En mi primera juventud, todavía era peor. «Ir de visitas» suponía una *toilette* especial, el fondo del baúl, los trapos de cristianar, las joyas que cada cual posela, y que era de rigor colgarse. Ahora, por lo menos, se puede visitar con lo mismo que se lleva á paseo por la tarde: lana si es lana, batista si es batista. Antaño, no visitar con traje de gro, mantilla de blonda, abrigo de terciopelo y enaguas crujientes, hubiese sido el colmo de la *shocking*. A las visitas debía ir en ringlera la familia: el papá con *chimenea* y levita reluciente, las niñas emperifolladas, la mamá sofocada, congestionada de la subida y de las apreturas del «abrigo» con «pasamanería» quizás pasado de moda... ¡Solemnes *visitas* de otros tiempos, cuánto tenías de cándoroso y de infantil!

***

Un buen señor, de tendencias prácticas, quería reformar esto del tarjeteo y del visiteo, con gran ventaja de la comodidad del público. Y proponía que, el primero de año, se enviase certificada una tarjeta á las personas cuyo trato se desea conservar: no en sentido de felicitación, sino en reemplazo de todo el tarjeteo del año todo. Acordes en que esta tarjeta de 1.° de enero quería decir: «Es usted mi amigo para los efectos de la ley social en el año presente,» podía ahorrarse el resto de la cartulina... ¿Se implantará algún día esta reforma? Lo dudo. Las cosas excesivamente sencillas son las menos usuales.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡De qué manera cambia el aspecto de las cosas un poco de verde! Sí, un poco de verde: el verde es tan necesario al hombre como al animal..., y nadie saque la consecuencia de que no es también animal (hablando de acuerdo con las ciencias naturales) el hombre. Estas reflexiones, que nadie tildará de nuevas ni de profundas, me las sugieren unas copas de árboles que se ven por las ventanas de la Biblioteca del Ateneo de Madrid: el color dulce y alegre del follaje se mete por los sentidos y refresca los ojos, y los pajarillos, á centenares anidados en las ramas y gorjeando á porfía con sus arpadas lenguas, ponen en música los ruidos prosaicos del arrastre de sillas, taconeo de botas, golpeo de tomos sobre los pupitres y rasgueo de plumas sobre el papel, únicos que rompen el silencio de la labor docta, á menos que una conversación bisbiseada infrinja el deber de callar y respetar el trabajo ajeno que allí tiene todo el mundo.

***

Si se buscase un rasgo típico que distinga á nuestra edad de edades pasadas, sería este del verde, convertido en elemento de ornato, salud, regocijo y lujo del hogar. En otro tiempo se adornaban con flores los salones, los comedores, los gabinetes: hoy, sin prescindir de las flores y prodigándolas más que nunca, les disputan el favor las plantas, los arbustos, el verde, que simboliza á la naturaleza. Una palmera, con ó sin lazo, es el complemento de un rincón artístico, en las residencias elegantes. Y estimando lo poético de las flores, sus tonos brillantes y vivos, sus frescuras de porcelana y sus turgencias de raso, sus perfumes insinuantes ó violentos, sus esmaltes inimitables y sus yacenes lánguidos de mariposa que no aletea, yo he sentido siempre una preferencia declarada por los árboles: no me extraña que en las teogonías primitivas se les diese veneración.

***

Un grueso folleto titulado *Arboles*, de que es autor D. Francisco González Díaz, publicista canario, acaba de agregarse á la pila de libros que los autores tienen la cortesía de remitirme. El título me atrae, y al abrir el folleto (¿debo llamarle así?, tiene ciento y pico de páginas), leo que está impreso á expensas de D. Ramón Madan, entusiasta protector y cultivador del arbolado; lo cual me inspira, desde el primer instante, consideración ilimitada hacia D. Ramón Madan. El prólogo es del Sr. Cabrera Pinto, y en él hallo un párrafo que me recuerda el estreno del drama *La herencia de Arans*, de los hermanos isleños Millares Cubas, en que tanto papel desempeñaban los árboles seculares, la floresta profunda, como los actores. «Hemos visto indiferentes—escribe el protagonista—cómo el hacha del leñador, impulsada por sórdida codicia ó alentada por un caciquismo de histórico, noble, antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista, iba talando aquellas selvas frondosas, aquellos bosques vírgenes, verdaderos templos de la raza guanche, cantados por nuestro inmortal poeta Viana.» (1) A pesar de la afirmación del Sr. Cabrera, yo creo que en Canarias ha producido sentimiento la corta de árboles tan viejos y magníficos. Bastaría este libro y el drama de Millares para demostrar que hubo quien deploró desde el alma la profanación.

***

El autor del folleto—según nos informa el prologuista—es propagandista infatigable del arbolado en la tribuna, en la prensa, en el libro. Se halla persuadido de que una de nuestras «leyendas de oro» más falsas y quiméricas, es la referente á la fertilidad del suelo español, leyenda que echó abajo Cánovas del Castillo al explicar la evolución de nuestra historia por nuestro territorio erial y de secano. ¿Hubo épocas en que España fué un vasto jardín? ¿Lo fueron en sus primitivos tiempos las Islas afortunadas? De estas últimas bien cabe presumirlo, puesto que ha sido necesaria la tala para modificar su paisaje; como dice González Díaz, desnudar á las islas del ropaje de espléndida vegetación que conservaban desde el tiempo de los progenitores guanches, adoradores del árbol. Respecto á la Península ibérica, dudo que nunca (sobre todo en la meseta central) la vistiese soberbio manto de verdor.

El autor del folleto se pregunta: si resucitasen esos viejos pobladores de la isla, esos guanches cuyos huesos y cuyos utensilios y trabajos artísticos empiezan á desenterrarse ahora, ¿qué dirían viendo cómo los vetustos árboles han sido impíamente desecpados? La civilización—se les contestaría—ha pasado por aquí, y la civilización tiene la mano dura. Pero ¿es que á la civilización le compete destruir la belleza, despojar la tierra, esterilizar y afear el sitio en que habitamos?

***

Lo que más me agrada en el autor del folleto, es que tiene el valor de escribir (exponiéndose á necias y pueriles protestas) que su isla nativa no es hermosa, y que al descalvarla se ha visto su aridez y sequedad. El lugar común del «país más bello del mundo» nos atosiga cuando leemos descripciones de tierras, comarcas y regiones. Al país natal no se le quiere menos porque existan otros de mayor amenidad. Y si le faltan árboles, ¡á plantarlos! La obra más altruista, más desinteresada, es esta plantación. El árbol que plantamos, atento á la brevedad de la vida, nos dará escasa sombra. Pero las obras gloriosas son aquellas en que se trabaja para la inmortalidad del porvenir.

Entresacaré datos del folleto. Los Estados Unidos han plantado, en el espacio de pocos años, cuatrocientos trece millones de árboles. En Francia, Inglaterra, Rusia y Bélgica, se planta sin descanso. Don Domingo Aguilar, hijo de las Palmas, plantó en breve plazo veinte mil árboles, convirtiendo un páramo en un oasis delicioso. El padre Cámara, anterior obispo de Salamanca, dirigió circulares á sus párrocos en favor del desarrollo de la arboricultura. ¡Qué hermoso sería que cada párroco, al cesar en sus funciones, dejase tras de sí, alrededor de la rectoral, un plantío, la base de un bosque, la línea de una alameda! El padre Cueto, obispo de Canarias, siguiendo el impulso, se dirigió también á los párrocos, encomendándoles el celo en poblar de árboles todo terreno que tuviesen á su disposición. Con tal motivo, la actividad de los propietarios se despierta, y ciertos acaudalados isleños se apresuran á ordenar grandes plantaciones. Y (lo mismo que sucede en mi tierra) vienen los Atilas de la vegetación, y dañan, por pura barbarie, á los nacientes arbolitos.—Comprendo la indignación de González Díaz. No olvido la impresión de rabia que sufrí al ver dos negrillos, plantados por mí ante una portalada de las Torres de Meirás, y que sangraban la herida practicada por cruel navaja, alrededor de su tronco y con brutal desgarramiento de su corteza. Me pareció que le habían dado una puñalada traidora á un ser vivo. El que fué capaz de esto, sería capaz de asesinar á un semejante.

***

También por acá se han hecho (sin gran insistencia y no sé si con resultado feliz) campañas por el arbolado; y se ha celebrado la *Fiesta del Arbol*, creo que por iniciativa de S. M. la reina Cristina de Hapsburgo, y se han compuesto cantatas para que los niños, al entonarlas, aprendan á respetar y querer á los árboles... Y no cabe duda: por lo menos, en los caminos y carreteras, se planta arbolado (plátanos, álamos blancos, generalmente), aunque no siempre quien debe realizar esta mejora la realice, y algunos caminos, como el que va hacia mis Torres, se queden eternamente sin su doble fila de sombrillas verdes, agitadas por el aire... La plantación (sucede generalmente aquí con todo) se inicia, pero va con calma, á paso de tortuga perezosa, luchando con el peso muerto de las preocupaciones, con la idea de que los árboles perjudican á los sembrados, con la ruda y áspera avidez del labriego, con la inercia de las voluntades que no viendo provecho inmediato no se desperezan.—Y menos mal en las provincias del Norte. Donde es desconsoladora la calvicie de la tierra es en las estepas castellanas. Grises, pardas, infinitas, un sol de brasa las retuesta durante el día, y de noche las barre el cierzo enviado por las sierras, contra el cual no las defiende ningún parapeto de frondosidad. Cuando casualmente, durante el viaje de verano, al atravesar el despoblado interminable, los campos de trigo que ya maduresen sembrados de amapolas, la vista tropieza con alguna plantación de árboles, unas jóvenes acacias, que bambolean dulcemente su cabellera fresca y tierneclla, los ojos se recrean y descansan, el espíritu siente placidez. El árbol moderno no es el obscuro chaparro, el retuerto olivo de las soledades castellanas: es árbol derecho y bien guiado, plantado de distancia en distancia, no propicio á que entre sus espesuras se embosque el salteador aguardando al viajero. Tal vez el terror á los bandidos, que se refugian en los bosques, haya contribuído á que no se plantasen árboles, allá en otro tiempo. Ahora sólo tenemos al *Pernales*, y eso en la clásica tierra de jaques, guapos y bandoleros, en Andalucía. Podemos esperar sin miedo la zona de vegetación alrededor de nuestras casas.

***

El que planta árboles—y no sólo árboles, sino también arbustos de adorno y capricho—ejerce, que lo sepa ó no, contagio sobre los que le rodean. Alrededor de nuestra casa de campo, algunas modestas casitas de cultivadores y colonos lucen ya un seto de rosales enredadera, un valladar de romero, una nota de poesía y gracia, en vez de los escajos y las ortigas que antes constituían su única guarnición. Especies frutales de las más sabrosas figuran en los huertos aldeanos; son patrones injertados de los que mi madre hizo traer de Bélgica y Francia. Los pinares mancólicos prevalecen aún, pero ya se ven plátanos en abundancia, sauzales y olmos, y en algunos paseos urbanos, magnolias, mimosas y gomeros. El árbol ha conquistado derecho de ciudadanía.

***

Un árbol que yo quería va desapareciendo: el castaño.—No sabemos cuál insidiosa enfermedad mina sus recios troncos: mejor dicho, sabemos que se trata de un gusano roedor, que se instala en el nudo de las raíces y ataca la vida. El color verde sombrío del castaño palidece entonces; sus hojas, poco á poco, amarillean; y hacia el mes de agosto—época crítica para la vegetación—el mustio follaje se cae prematuramente y quedan sólo las desnudas, secas ramas... Alrededor del muerto se van otros, enfermos; es que se ha extendido la infección.—De remedios se habla mucho; se leen artículos kilométricos en periódicos especiales; pero hasta la fecha ninguno de estos medicamentos ha sido ni eficaz ni de fácil aplicación. Los magníficos castaños, las derechas y valientes vigas, van cayendo también bajo el hacha, no porque nadie desee su muerte, sino porque les ha desahuciado la experiencia forestal. «Cortarlo antes que sequen, cortarlo mientras conserva la savia...» Y ese el gigante, con el ruido fragoroso que imprime en el alma el dolor de lo fatídico...

***

Voy hilando todo esto para probarme á mí misma que, sin haber hecho campaña de ninguna especie en pro del arbolado—cada día siento menos afán de campañas, quizás será achaque de la edad que decina,—no dejo de profesar cariño á los altos troncos y á las copas vastas como lagos de verdura, donde se posan, en invierno, al ocaso, las bandadas de cuervos y los gavilanes. Si sucede que hay cosas que nos son enormemente simpáticas, que nos hacen pensar, sentir..., y no damos un paso á fin de que aumenten. Admiro á los que trabajan por propagar beneficios; no sé imitarles. Si tuviese que salir por ahí predicando que se planten arbolillos, creo que preferiría vivir en un yermo.

Hay en esto cierta estética de ilusión. Me gusta creer que los árboles nacieron solos, como sucedió en el Paraíso terrenal, donde Adán y Eva se encontraron la higuera ó manzano, no sólo plantado, sino ya crecido y con fruto.

Emilia Pardo Bazán.

(1) Me alegraría conocer lo que escribió este poeta, del cual confieso galadinamente que no tenía noticia.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se impone tratar de refrescos, de esos refrescos de España que Teófilo Gautier declaró deliciosos entre todos los del mundo.

No son muchos los refinamientos sensitivos con que España habrá contribuído á la civilización universal, y aun esto de los refrescos no puede considerarse contribución, puesto que no han pasado el Pirineo nuestras bebidas refrigerantes, y en cambio España está inundada (aquí sí que encaja bien el verbo) de bebidas extranjeras. Pero en esto de la refrigeración de la sangre entendemos nosotros más acaso que ningún pueblo de Europa, Asia, Africa y América (ignoro lo que se bebe en Oceanía), y ni el hidromiel de los germanos, ni el kumis de los kirquizes, ni el pulque de las rancherías mexicanas, ni la leche de coco, creo que pueden soportar la comparación con nuestra clásica horchata de chufas.

***

Y no es sólo la composición de la horchata lo que patentiza nuestra aptitud para adaptar el alimento y la bebida á la temperatura y evitar que se achicharre el organismo. Si en varias regiones españolas se come de la manera más excitante é inflamante (embutidos rellenos, adobos, jamón, cecina, todo muy salado y con muchas especias), en otras regiones se ha adoptado un régimen prudente y sabio, vegetariano: el gazpacho, las migas, la ensalada de tomate y pepino, los diferentes ajos: blanco, arriero, al óleo, y sólo Dios sabrá cuántos delitos y crímenes protervos evita en esos países de ardientes pasiones el sistema de alimentación á que están sometidos los braceros y obreros del campo, y que les apaga en agua el Febo que les corre por las venas.

***

El gazpacho es encantador. En muchas mesas elegantes se sirve ya en Madrid, reemplazando á la sopa caliente, que estomaga. Sucede con el gazpacho lo que con el café, el té y el chocolate: cada cual tiene una receta para hacerlo, y declara que esta receta es la única infalible. No hay andaluz que no se crea especialista en gazpacho, y recomienda procedimientos peculiares para el majado del tomate, el desmigajado del pan, la sazón del ajo y la adición del pepino. He probado infinitos gazpachos hechos de infinitas maneras, y todos me parecieron igualmente buenos... cuando aprieta el calor y el verano hace de las suyas.

No estoy tan conforme con esos seudo-gazpachos en que el ajo lleva la voz cantante. El ajo blanco es sin duda muy higiénico: entra en él la almendra, calmante, sedante y dulce elemento, que también en horchata proporciona una sensación de frescura gratísima. El *ali ali*... lo he probado una vez, en una hospedería catalana, á la subida de Montserrat. Allí tenía color local, pero fuera de allí creo que no hubiese podido resistirlo. En Loja, otra variante del gazpacho es la *porra*, más sazonada y más fuerte que su sencillo hermano, y menos gustosa también. Y en París, en el propio París, se come algo que se asemeja al gazpacho, aunque de lejos: un tomate despachurrado, al cual se incorpora perejil vaciado finamente, sal, pimienta, aceite, vinagre y unas migas de pan. Esta mezcolanza la he visto preparar en varios *restaurants* parisienses, durante el caluroso período veraniego de la Exposición de 1900. Porque, cuando en París se pone á hacer calor, es de veras y se derriten los sesos. Y por instinto, se busca lo fresco y lo narcótico, lechuga, tomate, vinagre, frutos.

***

De los refrescos bebidos españoles hay uno que ha caído en desuso en su forma y nombre castizos, pero que la gente elegante adopta llamándole *claret cup*. Hablo de la *sangría*, excelente bebida que me ofrecieron en Toledo, y que reconforta y entona y evita fatiga y desgaste. Se compone de agua, tercera parte de vino tinto, el zumo de un limón y azúcar. Nunca se recomendará bastante la *sangría*; y si se le añade hielo, no cabe nada más exquisito. Su color es el del granate pálido.

De la limonada y la naranjada, aunque se bebe en toda Europa, creo que sólo en España se hacen estrujando naranjas y limones para añadir su zumo al agua serenada en botijo. En los demás países se emplean jarabes, ácidos; es la química en vez de la naturaleza, y siempre que he probado esas bebidas fuera de España, en vez de percibir la fragancia de azahares que aquí nota el paladar y que presta tanta poesía al refresco, se nota un sabor á botica, repugnante.

Tampoco la leche amerengada es buena fuera de Madrid. El café de Pombo la produjo de primera, con su copete salpicado de canela aromática. No sé por qué, la leche amerengada ya no está de moda; sólo entre el gentío característico de Madrid, los tipos inconfundibles de «barrio», conserva cierto prestigio ese sorbete que recuerda chisperías, manolerías, bullerías y tonadillas del tiempo de «los franceses.»

Ahora, la gaseosa, los espumosos—insípidos y que dejan una sensación ingrata, picona, de bebida fabricada á máquina—hacen competencia á los refrescos tradicionales. Sólo la horchata conserva su hegemonía, y hasta diré que la ha acrecentado, porque las horchaterías, que antaño serían ocho ó diez, se multiplican y ven crecer su clientela, y porque en los saraos y fiestas de alta sociedad, sobre todo en las que en esta época del año se verifican en jardines y parques, la horchata es de rigor, y va teniendo más partidarios que ninguna otra bebida estacional.

No toda horchata es buena. Hay horchaterías en que es mejor, en que sabe más á la chufa. Y no sólo eso: hay países, hay climas en que la chufa tiene todo su sainete, su gusto típico, dulce y refinado, y países en que la horchata de chufas es aguarrosa, chirle y hasta indigesta. ¿Por qué? No lo sé, ni creo que haya modo de averiguarlo. Lo más extraño es que, en opinión de los inteligentes, la horchata, en su tierra natal, Valencia, dista mucho de tener el buen gusto que en Madrid. Unos lo atribuyen al agua del Lozoya; otros, al azúcar... (¡Al azúcar!¡Misterio!) Mis propias impresiones de paladar confirman la opinión corriente: la horchata de chufas en ninguna parte es mejor que en Madrid.

***

Posee otro encanto la horchata, en las afamadas horchaterías rebosantes de gente desde que el Can, como diría un antiguo poeta culto, vibra en flamas encendido: y es que la sirven mujeres. Estas camareras de horchatería tienen un aspecto limpio y llevan unas faldillas de percal de colores alegres y unas blusas coquetonas, á pintas, á rayas, sembradas de flores; su calzado reluce, su cabello se recoge con gracia y con estilo, mordido por peinetas de celuloide y atusado ó encrespado como quiere la moda. A pesar de las fatigas del oficio—oficio doble, afirman los maliciosos,—las muchachas de horchatería no están ajadas, ni de mal humor; sirven con presteza y voluntad. El servicio de la mujer es siempre preferible al del hombre, aun cuando sólo tomásemos en cuenta el apestoso cigarro y el bigote hispido y cerduno. Yo creo que, andando el tiempo, las prescripciones del buen tono, que exigen para el servicio en los comedores hombres nada más, se suavizarán, y se implantará el servicio de mujeres, que los romanos prefirieron para sus banquetes y juergas. Uniformadas y nítidas en su aseo, no entiendo por qué no podrían las mujeres atender al comedor, dejándose atrás á los serios y patilludos criados de ahora.

***

Volviendo á la horchata, en este tiempo la encontraréis hasta en puestos al aire libre, por plazas y calles; hasta en la garapiñera de los vendedores ambulantes, que lanzan su pregón pintoresco sincopando las palabras: «¡Chata... lá!» El pueblo madrileño tiene esta nota característica: cuanto se vende y se compra, que represente una sensación grata, lo democratiza, lo pone á su nivel, y lo disfruta. La horchata y el limón granizado que toma el pueblo bajo de Madrid en la calle costará veinte céntimos menos que en los establecimientos; el limón sabrá á purgante; la horchata, en vez del igual y bonito tono crema, tendrá un matiz azulado sospechoso; pero serán limón y horchata helados, y el mozo de cuerda y la maritornes y el golfo y la mendiga satisfarán su golosina y se refrigerarán, como han satisfecho su instinto dramático y novelesco en el *cine* y su instinto suntuario en el puesto del Rastro en que se venden cintas de seda á cinco céntimos y dijes de similor á diez.

***

Una cuestión pavorosa surge á propósito de la horchata. ¿Cuáles son sus relaciones é influencias en la salud, en el aparato gástrico, en las funciones digestivas, *etc., etc?*

A la verdad: hemos llegado á exagerar el cuidado de la salud, y vivimos mártires de este *nuevo ídolo*. Por muchas precauciones que se adopten, la vida del hombre es breve y está llena de miserias, que dijo la Sabiduría. Cuando contempláis una jarra de cristal que destella de limpia; y dentro de ella un bloque de nieve tostada, sabrosa, el jugo de una raicilla que parece conservar, bajo la tierra, un rayo de sol levantino; y al lado de la jarra, en plateada bandeja, veis apilarse la ligera montaña de los dorados barquillos, esa deliciosa pasta que sólo en España se confecciona bien, ¿no es un abuso de la higiene, tirana nuestra, sugeridos que pagaréis con sufrimientos y molestias el goce tan poco material, tan poético, de absorber esa nieve y ese sol por esa finísima trompetilla que se deshace, crocante, entre los dedos?

¿Sabéis lo que han discurrido los higienistas? Pues nada menos que lo siguiente.—En verano, ¿os gustarán, naturalmente, las bebidas frías, el agua donde se disuelve el roto cristal del trozo de hielo, el vino *frappé*, la fruta de suave acidez, las fresas, los melocotones, las cerezas, los sorbetes, los quesitos helados, todo eso que la favorita del rey de Francia lamentaba que no fuese pecado tomar, pues sólo le faltaba, para su delicia, el estímulo de la prohibición? ¿Os gustará la horchata, que lleva á las venas una corriente de frescor y reposo?—Los higienistas, más tiránicos y prohibitivos que los severos confesores, se convierten en otros tantos Pedros Recio de Tirteafuera, y no contentos con quitaros de delante la deleitosa jarra de horchata, os presentan un jarro lleno..., ¿de que diréis? De agua caliente. Así como suena: agua caliente, lo más nauseabundo en este tiempo... «Es lo único que debéis beber—repiten los constabidos estropeadores de la existencia.—En esta época del año, precisamente en esta época del año, es cuando el cuerpo necesita la bebida caliente, para que no se alteren las funciones de sus órganos. Infusiones, cocimientos, combatirán los efectos irritantes ó debilitantes de la fruta, el hielo, los refrescos y hasta el agua serenada del botijo, la cual también, con apariencias de honradez, es una picara traidora, que se atosiga y produce esto, aquello, lo de más allá...»

***

¡Qué difícil debe de ser guardar régimen, guardar las prescripciones de la higiene endemoniada, en esos países de perpetuo y enervante calor! Hay una porción de cosas que parecen reprobables y son excusables si se piensa en los efectos, disolventes para la voluntad, de la temperatura... la galvana, la cansera, la flojera, la languidez, el caimiento de ánimo, ¿no responden en gran parte al termómetro? La superioridad de los anglosajones, ¿no penderá en gran parte de no haber necesitado nunca tomar horchata de chufas á pasto, para refrescarse los venas?

Sobre la estepa castellana, el viento de Africa ha pasado, soplando brasa y sin mover las hojas de los chaparros y lentiscos. El océano de oro de la mies no se ha estremecido siquiera. En la populosa capital, enclavada por caprichos de un coronado asceta en mitad y mitad de las llanuras, el hombre que duerme su siesta se despierta rendido de sofocación y sudor. Salta de la cama, se pone el *canotier* de paja amarilla, y soñando con inmensos abanicos de plumas y con chorros glaciales de agua salada ó dulce que pasan sobre su cuerpo vigorizándolo, salva la calle, entra en la horchatería de enfrente y le sirven su ensueño... en forma de colmado vaso de horchata de chufas.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La reprobación que yo he manifestado aquí repetidas veces á propósito de los asesinatos de mujeres, empieza á traducirse en la prensa y acaso en las conciencias, y un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, á estas fechas, unas diez y seis ó diez y siete mujeres sin degollar... La lenidad de los que tienen por misión juzgar estos crímenes trae su repetición, los pone de moda. No sé gran cosa de derecho penal, pero sé algo del corazón humano; la psicología me interesa, observo, escucho y anoto; y estoy convencida de que los criminales, como todo el mundo—y lo demás son paradojas hueras,—temen bastante á las consecuencias de sus actos, y se arrojan más fácilmente á cometerlos si creen que no les va en ello la vida, ni aun la reclusión perpetua. Si el sexo de la víctima se tomase en cuenta como agravante ó atenuante; si el *despachar* á una infeliz mujer no saliese tan barato..., menos veríamos de estas cobardes tragedias.

***

Y aunque parezca contrastar con lo anteriormente dicho, la vida se estima en poco—á las horas de exaltación, naturalmente—en las clases populares. Estos días han reñido á navajazos dos guapos madrileños, por una deuda de sesenta céntimos, poco más del importe de una cajetilla. El uno—el *Pipí*—infirió al otro—aprendiz de torero—una herida tal vez mortal en la región del corazón, pagándole así sus sesenta céntimos y cobrándole la ofensa de no llevarle como banderillero en su cuadrilla. No se dirá que no nos encontramos en plena España de pandereta y moña roja: rencores y agravios son estos que piden á gritos música de Bizet, acompañamiento de sonajas y fondo de plaza mudéjar allá en segundo término. ¿Por qué no suponer que el matador habíase comprometido ante una manola de negros ojos y quebrado talle á banderillear un berrendo, y á brindarle á ella la suerte, arriesgando gentilmente la cornada por demostrar el esfuerzo y la destreza de su brazo? ¿Por qué no mezclar en este lance de honra al amor, ese amor meridional bravío, coloreado abigarradamente con sangre? Así poetizaríamos el vulgar encuentro, prescindiendo siempre, claro es, de los sesenta céntimos, que dan al suceso una nota prosaica, de miseria y de tacañería. Porque sesenta céntimos, ó se cobran de momento, ó no se reclaman ya; y en esto, el pueblo no suele ser mezquino, en general, procediendo con desprendimiento cuando sus medios se lo permiten... En el romance de la guapeza de estos dos chulos taurómanos no caben los sesenta sin pico. Hagamos caso omiso de la mísera deuda.

***

Más mísero aún el motivo por que en Granada un guarda de la estación y un colector de basuras esgrimieron las facas, con resultado tal vez de muerte. Por un montón de detritus que el uno quería llevarse y el otro no le permitía recoger... ¡Pobre humanidad! ¡Nacer *rey de la creación*, con el alcázar del pensamiento sobre los hombros, y todo para disputar á cuchilladas un hacinamiento de porquerías! ¿Merece la vida *ganarse* á tanta costa y de tal modo? No lo sé. Ello es que abunda quien se la gana así y en peores faenas. ¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que haya quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos á asfixias, reumas y tullimientos. Acaso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo.

***

Paolo Lombroso formula por escrito una observación que yo había hecho para mí: nota que los niños son cada día más bonitos, con un progreso marcado respecto á las anteriores generaciones; pero que, al llegar á la edad del completo desarrollo, no se recoge lo que se había sembrado, y los niños encantadores, candidatos á premios de belleza, se convierten en señoritas y señoritos vulgares, más bien feos, ó por lo menos ni feos ni guapos. Hay poblaciones donde me he fijado en este detalle: la niñez es realmente deliciosa, y entre la juventud, sería difícil encontrar un verdadero tipo de hermosura femenil ó varonil. ¿Cuál es la causa de este extraño fenómeno? Paolo Lombroso lo explica con razones muy comprensibles. Los ojos de los chicos suelen ser grandes, y los ojos de los grandes—sobre todo si se trata de gente que engorda—suelen ser chicos. Los ojos paran de crecer á los siete años; en cambio, la nariz se desarrolla inesperadamente en la cara del adulto. Siempre crece demasiado la maldita nariz, y su desenvolvimiento caracteriza toda la fisonomía. Nada más raro y precioso que una nariz griega, que una boca que se conserva fresca, porque ello es que la boca se usa mucho, para hablar, para comer, para reír, para besar... Las bocas de los niños están nuevas, intactas, las de los adultos empiezan á gastarse y á adquirir una expresión no siempre atractiva.

Otra observación muy exacta es la de que las mujeres del pueblo son jóvenes menos tiempo que las señoras. En general (no hablemos de casos especiales, como maternidad y lactancia demasiado frecuente, enfermedades, penas), la mujer de las clases elevadas es hermosa todavía á los cuarenta, mientras que la obrera ó la labradora se deforman rápidamente y pierden temprano la gracia y el hechizo de la juventud. Para ser hermosa hay que ser rica... «La mitad de la belleza está en la tienda,» decía una ingeniosa condesa que conocía bien el mundo. Aspecto nuevo de la cuestión económica, que no agita á las turbas, porque las turbas no piden hermosura, sino pan..., pero que no deja de plantear un problema de justicia, el derecho á ser bonito...

***

Estamos en época de reivindicación de derechos. Hay una gran corriente de filosofía sin sistema ni disciplina, que reclama el derecho á hacer cada cual lo que se le ponga en el moño. «Si me da la gana de encasquetarme el sombrero torcido, torcido me lo encasqueto,» dice un poeta. Yo confieso que no había visto por ninguna parte la ley que prohíbe encasquetarse el sombrero más torcido que la intención de Judas. La mayor parte de esas libertades que se piden, están ahí para quien las quiera. Estas peticiones me recuerdan siempre un episodio de la Revolución de Septiembre de 1868, apellidada *la gloriosa*. Una señora, doña Guillermina Rojas, que según mis noticias es persona de buena conducta y formal, tenía el gusto de hablar en público abogando por el *amor libre*. Esta propaganda escandalizaba á mucha gente, que no encontraba palabras bastante severas para calificar á la oradora. El único que situó la cuestión en otro punto de vista fué un entonces joven calavera, el hombre más aficionado al bello sexo que existe, y amigo también de presentar las cuestiones de un modo original y propio. Dijo el joven, hiriéndose con primoroso latiguito la punta de la bota de caña clara: «¡El amor libre, el amor libre! ¿Y por qué demonios predica esa señora que nos den el amor libre? ¡No parece sino que no nos lo hablamos tomado! Y no dijera mejor Zaratustra; y tal diría yo de las franquicias que solicitan algunos intelectuales europeos. Huir de las escuelas, librarse de los maestros, vivir libremente en el seno de la libre naturaleza... ¿Pero quién se lo impide? Acabo de encontrarme, en la senda que conduce al molino, á un hombre desaliñado, sin cuello de camisa, sin afeitar de tres semanas, que caminaba canturreando horrores y que no me dijo ni un mal «¡Dios vaya con usted.» Y qué, ¿le llevarán á la cárcel?

Lo indudable es que, al lado del derecho de hacer cada uno lo que se le antoja, está el derecho sacratísimo de reírse de los estrafalarios y maniáticos. La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas. El sentir, el pensar, pueden ser muy extraños, bajo la apariencia más burguesa y sencilla. Los románticos—que también alardeaban de insurrectos—pusieron algunas veces la insurrección en el sombrero y las melenas, como aquellos conjurados de ópera que sabemos que son conjurados porque llevan un lazo blanco ó negro encima del codo.

***

¿No han leído ustedes que el marido de una diputada creó que finlandesa (no estoy segura) armó un escándalo porque su mujer le tenía muerto de hambre?

Si la noticia no es un *canard* festivo, declaro que no conozco ser más ridículo que ese esposo parlamentario.

Es, por lo pronto, un varón... que confiesa y reconoce públicamente que vive á expensas de la hembra de su especie. El caso es frecuente, frecuentísimo: la confesión, no tanto, y en forma de queja, menos. Hemos convenido, teóricamente, en que el hombre debe trabajar para comer, y no hacerlo es vergonzoso. ¿Qué diremos si el hombre, no sólo no trabaja, sino que está esperando á que su cónyuge le llene el plato y le eche cerveza en el vaso..., y elige para hacernos tan interesante revelación el momento en que su dicha señora desempeña un mandato electoral? A los del Norte no les caerán bien los adjetivos flamencos, mas yo declaro que el único adjetivo aplicable aquí es el de *panoli*.

Por supuesto, los adversarios de que la mujer ejerza ciertas funciones políticas se han bañado en agua de rosas. No les esperaba mal rato si las esposas de los diputados se confesasen en los periódicos, haciendo tales múltiples consecuencias de que sus maridos tomen asiento en el Congreso. Buenas cosas dirían, no ya del orden económico, sino de todos los órdenes, sin exceptuar el corintio. Para indicio discreto de las contingencias que en la diputación ven algunas mujeres suspicaces, bastaría recordar cierta redondilla del *Gran Galeoto*, que acaba así:

> Pero es ponerme en un brete
> hacer que diga... y concrete
> lo que el cabo no dice.

***

Hay que reconocerle, sin embargo, al régimen parlamentario una ventaja: la de contener un poco la dispersión veraniega. Ignoro por qué razón, las Cortes se reunen siempre en épocas que riñen con el método de vida de las clases acomodadas. Todavía me dura la impresión de asfixia de un año en que, por el mandato electoral de mi padre, tuvimos que pasar en Madrid casi todo el mes de julio. Los diputados debían de liquidarse, ó poco menos, en aquellas sesiones donde, para mayor sofoquina, se discutía recio. La frase usual, *discusión acalorada*, basta para dar á entender cuánto eleva la temperatura el disentimiento de opiniones manifestado verbalmente. Los que no discutíamos, nos pasábamos el día de bata de organdí, con las ventanas cerradas, en un salón cuyos baldosines se regaban frecuentemente, absorbiendo horchata y dándonos aire con los grandes abanicos *persianes* entonces en boga. De noche salíamos á los Jardines, y al anochecer dábamos vueltas por la Castellana en landó. Tales eran nuestras fatigas, y con todo eso, sudábamos y nos debilitábamos. ¿Qué harían los discutidores, bregando allá en el antro asfixiante del Congreso?

El recuerdo de aquel calor africano, de aquella temporada de pereza y postración, es grato de evocar en este momento, en que la brisa mueve las copas de los árboles y el termómetro señala 27 grados Reaumur á la sombra—cosa muy tolerable.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toda la suma de emotividad bullanguera que hay disponible en España—y no es poca—se ha derrochado estos días con ocasión del peligro mortal corrido por un joven aeronauta, cuyo nombre rueda acariciado por la fama amiga de los mozos, y cuya terrible odisea aérea y marítima daría asunto á una novela más del fecundo y sensacional Julio Verne.—La ovación al capitán Kindelán lleva un sello de alegría, humanidad y cordialidad que la hace recomendable. Cuando los periódicos vienen atestados de inhumanos crímenes, de actos de barbarie contra criaturas inocentes, contra mujeres indefensas; cuando parece que se desencadena el instinto bestial, en vano combatido por tan larga serie de morales, civilizaciones, leyes y represiones de toda índole, es sano, es higiénico ver demostrar contento ilimitado al divulgarse la salvación de una vida ajena, una vida en su esplendor—la vida de un hombre animoso y tranquilo, como tienen que serlo los navegantes del aire.

El joven capitán puede decir que ha sufrido una desgracia con suerte. Su aventura *ternesca* le ha hecho popular en veinticuatro horas. Lo que no consiguió, en dilatada existencia de asiduo trabajo de gabinete, el filólogo y gramático D. Eduardo Benot, un sabio de los más auténticos que por aquí hemos poseído, y que acaba de morir, lo consigue un muchacho resuelto, en el tiempo que tarda un globo en perderse y recobrarse.

Siempre, en toda empresa, por bien calculada y combinada que esté, hay una parte—y es la mayor—que queda encomendada al destino. El capitán Kindelán, hoy objeto de la atención, del afecto y del aplauso de España y casi diré que de Europa, es seguramente un campeón sin miedo y sin tacha, y su conducta, en todo el episodio, puede calificarse de alentada, bizarra y digna. Pero los otros aeronautas de la misma expedición están probablemente en iguales condiciones de gallardía y corazón esforzado. Yo conozco alguno de ellos, y consta que posee el valor en grado de locura. No dudo, pues, que si en vez de tomar tierra felizmente los compañeros de Kindelán son arrastrados por el viento hacia el mar, hubiesen realizado en lucha con los elementos iguales ó parecidas proezas. El instinto del honor y del deber y el de conservación, mancomunados, defendieron al capitán; iguales instintos, exaltándose en idénticas circunstancias, hubiesen defendido á los otros tripulantes de aerostáticos, en quienes pienso al ver que nadie se acuerda de ellos ahora, lo cual no es justo...

¡Cómo cambia, al través de las épocas, la estética de la acción! En otros tiempos, el «bello gesto» era el fendiente, el gran golpe de montante que parte á un jayán por medio, el revés que descabeza al endriago, y ahora es confiarse al aire en un aparato ligerísimo, surcar el espacio y caer donde Dios dispone, estrellándose ó no haciéndose el menor daño, según quiere la casualidad, porque no existe modo de preservarse. Hay, sin embargo, una estrecha afinidad entre las aventuras contemporáneas y las viejas aventuras; y es el ser aventuras todas. Tan aventurero es Kindelán como don Quijote, Amadís de Gaula y Belianís de Grecia. Que se busquen aventuras al través del aire ó por tierras áridas, remotos imperios, comarcas extrañas ó ínsulas fabulosas, se aspira igualmente á romper el encierro corporal, á salir de lo estrecho y mezquino del vivir diario, y esa aspiración ensoñadora es la que guía al caballero andante ó volante.

¿Habéis mirado atentamente, por casualidad, una de esas «copas de honor» que se dan como premio en regatas, concursos hípicos ó cualquiera otra solemnidad deportiva? Son enormes las tales copas, y se alzan sobre un pedestal de madera barnizada ó de mármol negro, que les acrecienta todavía la alzada. Llevan, en un escudete, un rótulo, y en el vaso y pie, algunos resaltes, astragalos y festones. Son desmedidas, feas y vulgares, pero cuestan miles de pesetas. Tienen un falso aire británico, y pasan por la quintaesencia de lo elegante.

¿Por qué este premio y no otro? Hondo misterio de esa vida esportiva que no entenderé nunca, porque no me atrae, y lo que no me atrae me llega difícilmente á la comprensión. Así, pues, protestando de mi ignorancia é insuficiencia, vuelvo á preguntarme, asaz extrañada: ¿por qué ese premio y no otro?

¿Será un recuerdo (vivimos de recordar y de repetir ideas) del famoso *hanap* feudal, la inmensa copa que servía de galardón en otros torneos, de índole báquica? Al que más y mejor bebía, apurando sin resollar y de un trago el contenido del *hanap*, se le declaraba rey del festín y se le ofrecía la copa. Lo cual, como se ve, es un deporte que huele de mil leguas á Sajonia y á *old merry England*. Por acá, á falta de otras virtudes, somos sobrios, y no registra la crónica (ni aun la crónica de los Templarios) estas porfías de bebedores. Y como quiera que las porfías de deportistas forzudos ó hábiles, tiradores ó gimnastas, del Norte nos vienen, se me ocurre si las consabidas *copas* serán la evolución moderna del *hanap*, sin más diferencia que no contener nunca vino ni licor de ninguna especie, ni mojarse jamás en ellas los labios sedientos, ni embriagar á nadie, como no sea con la humareda de la vanagloria y del triunfo.

Si las copas son un premio que ha de conservarse cuidadosamente como recuerdo de una victoria, ¿por qué no hacerlas artísticas? No lo son, y lo peor es que pretenden serlo. Son fundidas, no repujadas, ni cinceladas, ni de un modelo original; su aspecto es industrial completamente, hasta lo antipático; pues el aspecto de producto industrial puede perdonarse á lo útil, pero nunca á lo superfluo. ¿Por qué no dar en premio algo que sea verdaderamente esto que hoy se aplica á todo y se dice de todo: un «objeto de arte?» Un busto, un cuadro de respetada firma, un capricho de plata modelado expresamente, una rama de laurel de bronce hecha por Benlliure ó Blay; lo que se conserva, pasado el interés circunstancial, por interés de otra clase.

Rara vez suelo hablar aquí de poetas. No estorba mucho la poesía en los anales de la vida contemporánea. Ha pasado el tiempo en que las mujeres jóvenes y guapas escondían bajo la almohada el tomo de poesías para devorarlo á las altas horas de la noche, fantaseando acaeceres románticos, la carta que llega, el galán que cruza ante la ventana, el jardín donde las flores cuentan leyendas tristes á la luz de la luna, la barca que se columpia sobre las ondas transparentes del lago... Lo que leen hoy las damas encantadoras es el periódico, los ecos de sociedad, las reseñas de bodas, viajes y fiestas, la *noticia* febril, el telegrama palpitante... La amorosa comunicación entre la mujer y el poeta ha fenecido. Que no crean otra cosa, ¡ay de ellos, ay de su quimera!, los jóvenes que confían sus sentires á la Musa... Son leídos por la gente del oficio y por algún rezagado, pero ya no volverán hermosas manos á jugar con los rizosos cabellos de su melena. Quizás los hojee su novia, si la tienen, y si sabe leer (leer versos); pero no esperen emocionar á las divinas desconocidas, que allá á mediados del siglo XIX (el cual ya nos parece un siglo anciano), ocultaban como se oculta un pecado dulce su Esproncela, su Zorrilla, su Tanara, su Avellaneda, y aprendían de memoria estrofas, quintillas y romances, y poseían un álbum emborronado por los amigos, y hasta..., ¡guardad el secreto!, *pulsaban la lira* á solas, para desahogar cuitas íntimas ó vagos anhelos inconfesados...

¿Dónde están las románticas? ¿Dónde las incomprendidas poetisas de bucles colgantes y ojos cercados de ojeras profundas?

Acabo de leer una frase doliente de Unamuno, doliente y exacta: «Arrojé mis versos á la indiferencia del público...» Otro tanto podría decir Teodoro Llorente, el ilustre valenciano, que acaba de recoger en un tomo sus poesías de juventud, á no existir á su alrededor cariñosos amigos que le han suplicado que dé á la estampa estas juvenilia, frescas como flores de granado de la vega. Siempre existen, alrededor de un prestigio y de un talento, una docena de admiradores que le profesan una especie de culto, mixto de ternura y de comprensión afinada por el continuo roce de espíritus; lo que existe apenas es el público lejano, desinteresado, abierto, que reserva á los autores las mejores sorpresas y los más halagüeños testimonios de que la gente *se hace cargo* y os acompaña por el solitario valle... Ojalá que Teodoro Llorente no note la creciente desaparición del público lejano, la sordera á los cantos de Apolo (que coincide, por curioso caso, con mayor sensibilidad ante los de Orfeo, pues al parecer la música va ganando lo que pierde la poesía).

Los «versos de la juventud» de Teodoro Llorente tienen el sello de todo lo que este maestro de la rima ha producido después: son claros y diáfanos como el horizonte de su tierra; están escritos en la más castiza y jugosa lengua castellana, que el poeta de la *renaixensa*, el trovador lemosín, maneja á la perfección, y los llena un sentimiento puro y generoso, una ardorosa y poética ilusión vital, que contrasta con el pesimismo de los románticos desesperados, lúgubres y sepulcrales. El grabado de Maura que figura al frente del tomo, y que representa á Teodoro Llorente en sus mocedades, armoniza bien con los versos: el semblante es el mejor comentario del característico *Saludo* que sirve de pórtico á la colección; y donde el poeta se presenta y describe, declarando que es

> «de esos que, lleno de húmedos reflejos
> el profundo mirar,
> tienden la vista extática á lo lejos,
> á los cielos ó al mar;
> de esos que á todos oyen distraídos,
> gente de arisco humor,
> que tiene siempre hirviendo en los oídos
> la música interior.»

Así eran, y así continúan siendo, los que Víctor Hugo llamaba *poetes pensifs;* porque la fermentación de ideas y fantasías, la plétora sentimental, es igual en Llorente que en los modernistas á quienes el insigne cantor no puede sufrir, según se desprende de una frase de su prólogo. Porque la incubación de la poesía lírica tiene algo de morboso, es como una enfermedad de crecimiento y ensanche del corazón, que se estremece, se agita y quisiera salirse del pecho entre accesos de fiebre y delirio. Llorente, entonces, sentiría en muchísimos respectos como sienten, oprimidos y nostálgicos, los actuales. Y cada poeta, á su hora, puede exclamar como Teodoro Llorente:

> «Siguiendo van mis pasos descuidados
> una sombra, ¡la sombra de mi alma!»

Cambia la forma de decirlo, pero ¿qué otro cambio encontraríamos en la ilusión que ha dictado la bella poesía «Amores de un poeta?» Hoy como ayer, el poeta suele vivir

> «en pobre cuarto de último piso,»

y esperar allí á *la innominada*, á la Poesía que consuela y recompensa con el beso en la frente pálida del soñador.

La forma cambia, es indudable, y si Teodoro Llorente fuese hoy joven y empezase á rimar, no lo haría mejor, lo haría de otro modo; expresaría conceptos muy análogos con retórica y poética muy distintas. El suave y brillante clasicismo de los versos que estoy leyendo, ¿será decadentismo tal vez? No sé si esta hipótesis escandalizará á Llorente; no sé si me la perdonará. Ello es que el *momento* nos manda, nos dirige, nos guía sin que lo sintamos. Aun un poeta tan clásico por naturaleza como Gabriel y Galán, lleva la emoción moderna en su interior, y hasta es moderno *por regresión*, volviendo á Berceo y á Juan de la Encina.

Entre las poesías del tomo «Versos de la juventud» encuentro algunas especialmente sentidas y deliciosas. Las tituladas *Florescencia*, *El ramo de rosas*, *Mal sueño*, *La sirena*, *El idilio del zapatero*, *El día nupcial*, *La sima*, *Diálogo á media voz*, pueden contarse entre las mejores poesías de su autor y entre las excelentes y sinceras que en idioma español se han escrito. La retórica de cada poeta, insisto en ello, pertenece á la fecha en que versifica, á las corrientes que le arrastran: las composiciones que Teodoro Llorente ha reunido en este libro tienen que ser doblemente notables y dignas de un gran poeta, para agradar como agradan, habiendo pasado tanta agua por el molino. Si los poetas jóvenes de ahora se dejasen sus versos dormidos en un cajón y los exhumasen al cabo de cincuenta años, aparecerían en ellos, irremisiblemente, flores ya marchitas, imágenes que después se habrían repetido tanto que no halagarían por su novedad y frescura; en fin, material usado, si es lícito emplear esta palabra. Y los versos juveniles de Teodoro Llorente, acaso por la noble sencillez con que están escritos, porque la retórica no es en ellos sino vestidura que cubre el cuerpo vivo de la poesía, no han adquirido ese tono de rancia vetustez que se nota en los rimadores falsos, cantores de alegrías y querellas no vividas, de amores no padecidos, de entusiasmos artificiales y de desengaños inventados al efecto de rellenar un soneto ó una canción. Detrás de un poeta verdadero hay siempre *un alma*, y la de Teodoro Llorente es tan simpática y serena como son sus preciosos, conmovedores versos de la juventud.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los concursos hípicos van siendo una especie de *anillo de la muerte:* la concurrencia está todo el tiempo con el corazón en un puño. Sin embargo, quitadle á ese espectáculo el riesgo, y le habréis quitado la sal toda. Porque si no hay un poco de palpitación de corazón, ¿qué hay, vamos á ver, en ese desfile raudo de oficiales á quienes el uniforme hace parecer idénticos á distancia, rigiendo monturas que sólo se diferencian en el pelaje? La emoción consiste en temer que jinete y montura caigan de cuatro metros de alto y haya que exhalar el ¡ah! doloroso de la compasión. De modo que los concursos hípicos forman parte de la serie de *placeres crueles*, aunque no los incluya Tolstoy en su inventario, donde figuran «los comedores de carne, la guerra, la caza.» Verdad es que bajo la rúbrica de *guerra* cabe incluir los concursos hípicos, que revisten carácter de deporte militar.

Contra la guerra dice Tolstoy muy buenas cosas, que, sin embargo, no me persuaden. No porque no me sonría, como á todo el que no tenga malas entrañas le sonreirá, ese dulce cuadro de la humanidad abrazándose y dirimiendo sus querellas por el sistema tolstoyano, según el cual, ahora, verbigracia, los moritos ofrecerían á los franceses, en vez de balas, cuzcuz y dátiles, y los franceses á ellos pistochos, fondanes y pastillas; sólo que no me convenzo de que ni ahora, ni acaso nunca, la humanidad llegue á tan idílico estado. Acaso esto dependa de mi concepto de la humanidad. El pueblo ó el individuo inerme, confiado é incauto, que no sabe desconfiar ni resistir, debe temerlo todo de sus semejantes, sin que valga á evitar el daño ningún generoso sentimiento. Pese al señor conde de Komarowsky, que también piensa como Tolstoy, la verdadera paz basada en la confianza mutua no llegará jamás á establecerse entre naciones que tengan ni un adarme de encontrados intereses. El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que «un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con otra gansada...» Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. Podrán equivocarse los que las declaran, ser inoportunos, calcular mal la hora ó las fuerzas, pero no obedecen al impulso caprichoso, sin base, que Tolstoy supone gratuitamente, arrastrado por la demostración de su tesis. Si la ocasión de las guerras es á veces un incidente nimio (nimio con relación á los resultados que acarrea), el motivo jamás es caso fortuito y del momento. En esto de la guerra, más que en nada, las cosas se caen del lado á que se inclinan. Hecha la intención, depositado el sedimento, pretextos nunca faltarán.

Tolstoy cree que los que enunciamos verdad tan sencilla carecemos de sinceridad, de buena fe, y nos dedicamos á engañar á nuestros contemporáneos. Con nadie se muestra tan enojado Tolstoy como con los publicistas ilustrados é instruídos, predicadores modernos que no sienten lo que dicen, y sostienen, no la sublimidad, sino la mera y triste necesidad de la guerra. Yo la considero un fenómeno, no digamos bienhechor ni deseable, pero natural, y por consiguiente fatal. La sociedad puede adelantar en infinitos respectos, mejorar su estado, perfeccionar su funcionamiento; lo que no puede es cambiar la íntima naturaleza humana, y mientras no la cambie, guerras habrá. Acaso, por medios que actualmente no nos es dado prever, se modifique profundamente la forma de la guerra. Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren ó inventan los aeroplanos dirigibles á voluntad. ¿Quién no ve en este descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas? Todo ello son hipótesis, fantasías del porvenir; lo que persiste y persistirá es la urgente y no interrumpida obligación de defenderse, de una ó de otra manera, con los medios que permita el nivel actual de los conocimientos. Tolstoy, como buen discípulo de Rousseau, quisiera hacer tabla rasa de la civilización, sin refinamientos y exigencias, y volvernos al período en que la humanidad triscaba por los oteros y dormía bajo la bóveda celeste tachonada de diamantes. No hay más que una objeción, y es que ese tiempo es el de la guerra, no como caso anormal, sino como estado persistente y constante. Cuando más nos volvemos al pasado, más estridente suena el clamor y el alarido de batallas y carnicerías. Es que el hombre, de suyo, no es un cordero. ¡Que ha de ser cordero! Lobo y muy lobo, y el propio ilustre novelista, con su perspicacia de gran psicólogo, lo hace notar, sin darse cuenta de ello, obligado por su lucidez, que pugna con sus candorosas teorías. No en balde otro insigne utopista, Víctor Hugo, cantó en magníficos versos:

> *«Toute fleur est d'abord fumier, et la nature*
> *commence par manger sa propre pourriture:*
> *la raison n'a raison qu'après avoir eu tort...*
> *l'esclavage est un pas sur l'anthropophagie.*
> *la guillotine, affreuse et de meurtres rougie,*
> *est un pas sur le croc, le pal et le bûcher;*
> *la guerre est un berger tout autant q'un boucher...*
>
> . . . .
>
> *O genre humain, malgré tant d'âges révolus,*
> *ta vieille loi de haine est toujours la plus forte;*
> *le jour fuit, la paix saigne et l'amour est proscrit,*
> *et l'on n'a pas encore décloué Jésus-Christ!* (1)

Sí; la guerra es pastor, más que verdugo, cuando sirve para atajar matanzas y escenas de barbarie como aquellas de que acaba de ser testigo Casablanca. De esas escenas presenciaríamos y padeceríamos no pocas en pueblos y países que no son sarracenos, á no existir una fuerza organizada que las evita. Sordo será quien no oiga el rugir de las malas pasiones y los apetitos que estallarían, que nos tragarían, si pudiesen... Y el propio Tolstoy, en un arranque de sinceridad, declara: «Los gobiernos no ignoran las dificultades que ofrece el reclutamiento de las tropas; así, pues, si las organizan y mantienen sobre las armas, á costa de temibles esfuerzos, es que evidentemente no pueden obrar de otro modo...» Y con este rayo de buen sentido, que se abre camino entre un nublado de ensueños, cierro el párrafo de la actualidad africana...

Volviendo al concurso hípico, seguramente los que en él toman parte experimentan esa peculiar sensación que caracteriza las pesadillas, y es la de la acción que no termina, del obstáculo que se reproduce una vez salvado. En las pesadillas subimos una cuesta, y al llegar á la cima se nos presenta otra cuesta más empinada y angustiosa, y al fin de aquella surge un muro vertical. En las pesadillas, intentamos despojarnos de una prenda de ropa, y debajo del abrigo que nos hemos quitado hay otro abrigo más ceñido y angosto, que sofoca doblemente, y cuyas mangas no hay medio de soltar, y luego un coleto férreo, y una elástica gorda, y un corpiño duro, y trapos, y trapos, y telas, y telas, que renacen y se sobreponen como las películas de la cebolla. Otras veces nos encontramos en un pasillo, y nos lanzamos por él, creyendo que tendrá término, y no lo tiene: hace mil rodeos, da más vueltas que intestino de rumiante, se hunde en lo infinito de la sombra, y andamos, andamos, y cuanto más andamos más se estira el fantástico pasadizo... Un monstruo nos persigue: emprendemos desesperada fuga: á nuestras espaldas oímos sus bufidos; nos calienta la nuca su hálito de pestífero fuego... El terror nos da alas, y sin saber cómo trepamos á un árbol altísimo, ó nos reclúimos en una fortaleza inaccesible; pero sin permitirnos tiempo de saborear la alegría de la salvación, el monstruo se descuelga allí, cayendo de las nubes, á nuestro lado, abriendo su bocaza sangrienta y enseñándonos doble hilera de tiburonescos dientes...

Tal debe de parecerles á los atrevidos jinetes la hazaña que realizan. Primero saltan un regular montoncillo de tierra; á renglón seguido, una ría; luego, un alto seto de ramaje; detrás, una valla blanca, de maderos, que se repite de cinco en cinco metros, cortando la acción al salto, fácil únicamente cuando se puede tomar amplia distancia. Otro seto de ramaje, más tupido y alto, aparece, y en pos de él, la banqueta.

La banqueta es cosa imponente. Desde lejos ofrece el aspecto de un colosal pan de molde, de los que en Madrid se cuecen con objeto de cortarlos en finas lonchas de compacta miga y hacer *sandwichs*. La forma es la misma, el color del barro ó arcilla el mismo; y pensamos vagamente en la cantidad de emparedados de *foie gras* y jamón que de allí podría sacarse para un *five o clock tea* de Gargantúa.—Nos distrae de nuestro cálculo la primer y vana tentativa del jinete para ascender por la banqueta... El caballo, espantado de la pared casi perpendicular, retrocede temblando. Le clavan las espuelas y se precipita ciego. Ya está en la cima. ¿Al menos allí encontrará terreno firme un segundo? No: en el centro de la meseta hay un foso; desde lejos parece entalladura de cuchillo que alzó un *sandwich* para golosa prueba... De cerca será profundo. El caballo, estremecido, lo salta, y se encuentra al borde de otro precipicio, que es preciso bajar, como se baja por una muralla: es el lado opuesto del gigantesco pan. Y empieza una lid entre el hombre y el bruto, que no es tan bruto, porque siente el horrible peligro y se resiste, y brega, y se cuaja de susto. Las espuelas desgarran su costado, el látigo restalla sobre su hermosa piel lustrada y reluciente al sol: el caballo no se mueve. Sus patas parecen haber arraigado en el suelo arcilloso de la meseta. El jinete hace movimientos de rabia y de enojo. Su amor propio está interesado en bajar, aun cuando al pie del obstáculo estuviese la muerte esperándolo. Su juventud no se acuerda del riesgo: dos ó tres mil ojos le miran; está colocado de manera que no pierden los espectadores ni el más insignificante de sus actos y gestos: la púrpura de la cólera, la palidez del temor, no pueden esconderse bajo la implacable luz que cae del cielo azul sobre el cual, á manera de estatua ecuestre, se destaca su figura... Aprieta el castigo, reitera los latigazos, una mancha roja brilla en los ijares de la rebelde montura... Y al fin, el caballo se decide. Se diría que más que la fuerza, le sugestiona algo *moral*, el deseo del jinete, su alma en aquel momento furiosa de ansia de vencer. Avanza, adelanta las patas, que hacen despeñarse una cascada de arcilla, ensaya, y al fin se deja ir, como el que se entrega á la casualidad, y rueda hasta el pie de la banqueta, donde dobla el cuarto trasero. Parece que va á dar la fatal vuelta, y que el jinete caerá de cabeza también, desnucándose. Un murmurio de alarma recorre las filas de los espectadores, pendientes del trance. Y en el mismo momento estalla el aplauso: el caballo se ha enderezado, el jinete no ha perdido la silla, y vuelan ya á vencer los últimos obstáculos, porque, como en las pesadillas, quedan todavía saltos, después del desplome prodigioso...

El peligro desafiado, la dificultad vencida, son sin género de duda cosas bellas. ¿Para qué sirve todo esto?, oía yo preguntar á mi alrededor. En primer lugar, para algo debe de servir. Contribuirá á desarrollar la maestría profesional de los oficiales de los cuerpos montados. Y si de nada sirviese, serviría de bastante con ser bello. Es preciso que la gente se persuada de la necesidad de lo hermoso á secas.

De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antítesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto ó de aquello, se prepara el terreno á la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu. Un mueble *útil* es un asiento sobre cuatro patas; un cuadro *útil* contiene un mapa; una flor *útil* se aliña y se come con aceite y vinagre; un caballo *útil* tira de un coche ó de una trilladora... El peligro es una cosa frecuentemente inútil, y siempre sugestiva.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(1) «Toda flor comienza por ser estiércol: la naturaleza principia sustentándose de su propia podredumbre; la razón acierta equivocándose; la esclavitud es un paso sobre la antropofagía: la atroz guillotina, roja de degüellos, vale más que el palo, el garfio y la hoguera: la guerra es tan pastor como verdugo... ¡Oh genero humano, á pesar de tantos siglos transcurridos, prevalece tu vieja ley de odio; el día se extingue, la paz sangra, proscrito está el amor, y Cristo no ha sido desenclavado todavía!»

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hablaban delante de mí, hace pocos días, de que os criados de servir van imitando á los obreros y asociándose, á ejemplo suyo, para los fines de cooperación y resistencia. Yo encuentro bien que cada cual haga, dentro de la ley, todo lo que le convenga ó pueda mejorar su estado y condición. No seré, pues, quien censure el hecho de asociarse, considerándolo perfectamente lícito. Lejos de encontrar malo que los sirvientes se asocien, creo que debieran también constituir legalmente otra asociación los amos; y esta idea no se me ha ocurrido después de leer ningún libro sociológico, sino una obra recreativa, pero amarga y pesimista hasta los tuétanos: las *Mémoires d' une femme de chambre*, de Octavio Mirbeau.

Mi idea no llegará á cuajar nunca, porque yo no tengo humor propagandista, y la burguesía (tomo ahora la palabra *burguesía* en el sentido de clase social que emplea gente en servirse) parece muy indiferente á los beneficios de la asociación. El día en que se persuadiesen de la enorme fuerza que representa y desarrolla el unirse para un fin (para un fin honrado, naturalmente) quizás se aunasen y es incalculable lo que podrían hacer en todos sentidos: el benéfico, el educativo y también el de saneamiento del hogar, en el cual no debieran admitirse gérmenes de podredumbre. Es cierto que en muchos lugares existen esos gérmenes, dentro de la propia familia; pero eso no es fácil de cortar, ni hay manera de prevenirse contra ello. El padre que tiene la desgracia de que un hijo le salga vicioso, corrompido, malvado, hará más ó menos esfuerzos para corregirle, pero no puede impedir que sea su hijo, carne de su carne; el lazo existe, no se sueña en romperlo, es la viviente realidad. El elemento de corrupción que á veces lleva un sirviente, es en cambio fácilísimo de eliminar; pero lo eleiminás de vuestra casa, y se agarra á la del vecino; y así, recorriendo etapas, va viciando atmósferas—porque no hay medio de prevenir el contagio, ni se ha discurrido un sistema eficaz de acordonamiento que aísle el mal. Ese acordonamiento lo establecería, en gran parte al menos, la asociación de los amos.

No debería esta asociación tener por objeto ni restricciones caprichosas de salarios, ni exigencias de aumentos de labor. Al contrario, los asociados deberían adoptar, espontáneamente, tipos de remuneración y condiciones de trato en armonía con la equidad. La asociación, entendida así, resultaría moral y benéfica, y de ningún modo se parecería á una institución de guerra y pugna de clases. El fin de saneamiento, la ventaja positiva de los asociados—pero ventaja cuya importancia dejo á la consideración de todo el que tenga mediano criterio—consistiría en que, mediante la asociación, el que recibiese bajo su techo á un sirviente sabría autorizadamente sus antecedentes, su capacidad, y no estaría en el caso (que es el caso en que hoy verdaderamente estamos todos) de abrir la puerta de la calle y dejar entrar al primero que pasa, introduciéndole en la más estrecha intimidad familiar, teniéndole al lado á todas horas, en circunstancias tales, que honra, hacienda y vida se encuentran á su disposición, como lo estaría una fortaleza á la del enemigo que secretamente en ella se colase. He aquí lo dramático que hacen resaltar las susodichas *Mémoires d' une femme de chambre:* que contra un servidor admitido en una casa no hay defensa, no hay escudo, sino la propia moralidad de ese servidor; y si inadvertidamente habéis acogido á un criminal (como el bien retratado *Joseph* de la novela), estáis á merced suya, y la noche menos pensada realizará sus propósitos, se llevará lo que le acomode, hará de vosotros lo que le plazca.

La costumbre de los *informes* responde á esta necesidad de enterarse de los antecedentes del servicio, pero era de una ineficacia pueril. Además, hasta tan leve precaución va cayendo en desuso. Los solicitados para que informen salen del paso con una frase vaga, abstracta, inspirada unas veces en el miedo «á comprometerse,» otras en la idea profundamente anárquica de «allá ellos, que se las compongan.» Hay quien da informes buenos de un sirviente que sabe que es malo, sólo por «fastidiar» á determinada familia. «Ya lo probarán, que lo prueben, que peleen con él...» Y el género averiado, del sexo masculino ó del femenino (que casi es peor), rueda de familia en familia, de hogar en hogar, transmitiendo sus dobles contagios físicos y psíquicos, picardeando á los demás sirvientes todavía honrados, poniéndoles cátedra y escuela de podredumbre, á favor de la sombra de la ignorancia, que es como la sombra material de la noche, terreno abonado para todas las empresas equívocas. Esto lo graba admirablemente, con ácidos corrosivos, Mirbeau, cuyo libro debiera meditarse, porque encierra un problema social.

Los *informes* nada resuelven. Se refieren únicamente á un limitado período de la *carrera* doméstica: el tiempo que un sirviente permanece en una casa. Y este tiempo va siendo cada día más corto. Los servidores que duran en una casa diez, doce, quince años, hasta veinte—¡yo tengo de estos rarísimos fénices dos parejas!—van escaseando. Un instinto de inquietud y de merodeo aguijonea á los sirvientes, llevándoles de la Ceca á la Meca en busca de la colocación ideal, donde dan de comer, vestir, dormir, ropa limpia y propinas, médico y botica, además del salario, por no trabajar ni obedecer. Ellos mismos se avergüenzan de este continuo zascandileo, y cuando se les pregunta, sólo citan el nombre de los señores á cuyo lado se detuvieron un poco. Reconozcamos que el servir tiene mucho de penoso, y que, circunstancialmente, puede hasta ser penosísimo. Yo lo comprendo. Sin embargo, de todo oficio, de toda labor, de todo trabajo, en suma, cabe que digamos lo mismo. El obrero vive, en general, mucho peor que el sirviente, y el obrero aprende su oficio durante un plazo de tiempo en que nada gana, mientras que el sirviente tiene por maestro al amo burgués, que le paga porque aprenda. Son excepcionales y hasta fenomenales los sirvientes que entran en su profesión sabiendo lo más rudimentario que la profesión exige. Como que la Asociación de amos que yo fantaseo debería contar entre sus fines el de fundar un colegio ó universidad para sirvientes, donde se hiciesen estudios en toda regla, se expidiesen certificados, y se licenciase y doctorase, pero en serio, á los que después tuviesen asegurado el pan para toda la vida. Un buen servidor, en efecto, un servidor competente y docto, no debe temer la terrible *cebolla* que reduce á la miseria á tanto obrero. Un buen servidor es á cada momento más solicitado, dentro de nuestra civilización complicada y egoísta. Se envidian las doncellas hábiles, las contadas cocineras que saben su obligación, los cocineros *posibles*, los ayudas de cámara expertos, los mozos de comedor *bien stylés*, que no incurren en continuas torpezas, las niñeras que tienen asomos de vulgares conocimientos higiénicos y se preocupan de la salud y seguridad del niño... He aquí una de las razones que impiden que sea asimilable el obrero al sirviente. De sirviente á sirviente va mucha mayor diferencia que de obrero á obrero. La labor del obrero tiende á la unificación, la del sirviente á la diferenciación: es una labor de carácter individual.

Los colegios que yo sueño para sirvientes, se costearían con las matrículas, aunque éstas fuesen modestas, en relación con el escaso peculio de los alumnos ó colegiales. Y es más: creo que los amos debían rascarse algo el bolsillo para ayudar al sostenimiento de tales colegios. Sería preferible dedicar mensualmente una pequeña cuota á esta obra pía, que dedicar todos los días muchas horas á rabiar y perder la paciencia ante la absoluta ignorancia de las cosas más sencillas de su oficio, que se observa en el cincuenta por ciento (y me quedo corta) de los servidores. Pasarse la vida enseñando cómo se enciende un fósforo, cómo se hace la limpieza, cómo se dobla una prenda de ropa á fin de que no coja arrugas, cómo se le limpia una mancha, cómo se cuelga, cómo se ponen en agua unas flores, cómo se sirve una mesa, cómo se hace esto, aquello, lo otro, y hasta cómo se habla y en qué tono de voz, es infinitamente más molesto que abonar una cantidad para que todo esto lo traigan aprendido.

He oído decir que, en otros países, la escuela incules en general (no en lo particular de cada rama del servicio) todas esas nociones que pueden llamarse *humanas* y cuya deficiencia se nota dolorosamente aquí. Las ideas de higiene son tal vez las que más convendría divulgar entre el servicio; y no por conveniencia de los amos, sino en primer término de los mismos servidores. Puedo citar un caso, ocurrido á una señora que conozco, en demostración de esto que voy diciendo.

La señora vivía en el campo, y por una de sus fachadas la casa caía á una era de labranza, rodeada de un foso donde crecía la hierba. Repetidas veces había advertido la señora á las sirvientes que se abstuviesen de desocupar las aguas de los cubos de los lavabos por la ventana, como lo hacían por evitarse el pequeño trabajo de llevarlos un poco más lejos. No hicieron caso y por la ventana siguieron vaciándolas, á espaldas del ama, naturalmente. Bajo la hierba del foso fué formándose un charquillo, remansado, que ni se veía. Sobre ese charquillo revolaron algunos mosquitos. Y por espacio de tres años, la fiebre tifoidea se apoderó de la casa, escogiendo primero sus víctimas entre el servicio, que ofrecía menos resistencia á la infección, por tener menos hábitos de aseo. Al adoptarse severas medidas para que no se reprodujese el vaciado de aguas por la ventana, la fiebre desapareció. No pudo gritar más alto la naturaleza al hombre: «No se juega conmigo.»

Un pedagogo eminente me decía: «Es más fácil obligar á los niños á que estudien, que lograr que jueguen, con juego sano y físico, algún tiempo.» De los sirvientes puede asegurarse que es más fácil obligarles al trabajo que les exigimos para nosotros, que al que debiéramos exigirles para su propio bienestar. Barrerán nuestra habitación, y no barrerán la suya; limpiarán nuestro calzado, y no concebirán que deben limpiarse cuidadosamente sus propias botas; prepararán diariamente nuestro baño, y no les entrará en la cabeza la conveniencia de coger agua caliente, esponja, jabón, y fregarse todo el cuerpo. ¡Bah! Son fantasías de señores, caprichos de gente desocupada, que se divierte en chapotear en el agua por puro recreo. Hay que prestarse á semejantes antojos, pero no imitarlos. Nada más difícil que persuadir á un sirviente á que tenga orden, cuide su salud, que es su único capital, cosa su ropa, se abrigue, se mude, se acueste temprano y no permanezca de tertulia en la cocina ó en el *office*, entre vahos de comida y aire viciado por la luz artificial y la respiración. Existe en los servidores, como nota Mirbeau perfectamente, un espíritu de imitación de la vida de sus amos, mas no en lo que tiene de racional, sino justamente en sus peores aspectos.

Es evidente que en esta cuestión de la domesticidad se encierra un problema moral, ó si se quiere inmoral... Pero ¿hay algún aspecto de la vida social humana que no lo encierre, que no encierre varios? Yo no veo, por otra parte que, como algunos pretenden, la domesticidad sea la forma actual de la servidumbre antigua. Lo que caracterizaba al siervo era el arraigo, la estabilidad: el siervo tenía su señor, y nacía y moría bajo su mando y ley. Al contrario, al doméstico, por lo menos al doméstico en la época presente, le caracteriza la instabilidad, el paso incesante de una casa á otra, abuso de una libertad que indudablemente posee, pero que, entendida mal, perjudica en primer lugar al que la disfruta. En la Edad Media hubo una clase de monjes llamados *girovagos* que no paraban en ninguna parte y que acabaron por ser despreciados de todo el mundo, como gente ociosa, inquieta y dañina. ¿Cuántos sirvientes hay que no padezcan de esa enfermedad de la *girovaguncia?* Estrenando siempre casas, desflorando únicamente el conocimiento de los medios domésticos, no llega á establecerse nunca entre ellos y los señores ese lazo de cordialidad, esa corriente humanísima de confianza y afecto, que tan pronto se establece entre el perro y el amo, sencillamente porque ninguno de los dos está de mala intención; porque sus almas (permítase me esta impropia expresión, Descartes creía que los animales son autómatas y Víctor Hugo los calificaba de *sombras*), sus almas, digo, se encuentran impregnadas de algo que es bondad, que es simpatía. El odio, la mala fe, la hostilidad constante, son en bastantes casos la base de esta relación forzosa, íntima y continua del criado y el señor, en un mismo domicilio, calentados por el fuego de un mismo hogar... Y esto es quizás lo más inmoral de la cuestión y lo que hace deseables esos grandes mecanismos, esas cocinas generales para todo un barrio, que existen en Norte América, según se cuenta, y que suprimirán el hogar tradicional y clásico.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la velada conmemorativa que estos días ha consagrado la Coruña á la filántropa doña Concepción Arenal de García Carrasco, se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema; después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano.

No creo mucho que digamos en la definición posible de la masculinidad moral. Es muy fácil hacerla *a posteriori*: la dificultad, en esto, sería el apriorismo. Para aclarar mi idea con un ejemplo, supongamos que, á la vuelta de muchos años, borrado, por un caso rarísimo, el recuerdo de la existencia y de las obras de doña Concepción Arenal, se descubriesen páginas sueltas de estas obras, ó un libro entero, anónimo. A no ser que en él, casualmente, la autora hiciese referencia á su sexo, ¿hay alguien que lo adivinase? Si desglosamos un capítulo del *Visitador del pobre*, por el barón de Gérando, y otro capítulo del *Visitador del pobre*, de doña Concepción Arenal, ¿será capaz el más pintado de decir cuál de ellos ha sido escrito por un varón y cuál por una hembra?

Sabiendo el nombre del autor de un libro, nada más sencillo y nada más lucido que decir que su sexo se refleja en esto, en lo otro, en lo de más allá. Así las supuestas profecías de Nostradamus, trazadas después de los acontecimientos á que se refieren, pudieron revelar extraordinaria perspicacia en el profeta. La crítica que se ejerce sobre lo ya conocido, tiene muchas probabilidades de acertar.

Hay cosas que, si las hiciésemos dos veces, y fuese posible, las haríamos enteramente al revés de como las hicimos la primera. Cuando yo empecé á escribir, recuerdo que me aconsejaron que adoptase un seudónimo masculino. Protesté, porque mi tendencia es siempre á la franqueza, á huir de todo disfraz. Hoy, pensándolo mejor, creo que me hubiese convenido mucho; el único inconveniente sería que jamás se consiguió guardar el secreto de un seudónimo literario, y menos cuando el escritor que lo usa ha obtenido notoriedad. El seudónimo, realmente, es como el antifaz de terciopelo negro: lejos de tapar la cara, la acusa: aviva la curiosidad y hace resaltar ciertos rasgos y facciones. Si en efecto el antifaz del seudónimo encubriese, envolviese á los escritores en bienhechora sombra, en un incógnito protector, no cabe duda: toda mujer que escribe debiera adoptar esa precaución, á fin de dar chasco á los que, adivinando *a posteriori*, reconocen en su estilo el sexo, que es como si lo reconociesen en el modo de jugar al tresillo, de confeccionar un plato de cocina, de trazar un plano ó de regar un arbusto.

Sin gran trabajo recontaríamos escritores varones de un estilo blando y dulce. Ahí está, verbigracia, Silvio Pellico. Ahí están... Tente, lengua, que iba á nombrar á contemporáneos, y nombrarles con tal motivo les sentaría como una ensalada de pepinos sin desangrar. Si es preciso dedicarse á definir en qué consiste la virilidad del estilo, yo diría que no es ni en las formas bruscas, rudas y ásperas, ni en la ordinariez, ni en el desenfado, ni en la aprestada osadía de las expresiones, ni en la libertad ó licencia de las palabras. Suponiendo que el estilo haya de aspirar á revestirse de un carácter viril, necesidad que no me parece demostrada, su virilidad me figuro que debe de consistir en su buena cepa, en su limpieza y firmeza, en su energía para expresar lo que se propone, en su marcha desembarazada y ágil hacia el objeto, en su cordura y equilibrio gramatical, en su amplitud generosa. Con esto del escribir ocurre á veces el mismo equívoco que con el hablar. Los mozalbetes recién salidos del cascarón piensan que no son *hombres* si no enfilan una ristra de interjecciones y pecados, y no fuman una apestosa tagarnina. Se puede hablar decorosamente, escribir delicadamente, y ser tan varón como mi abuelo, que esté en gloria.

Volviendo á la ilustre señora—á quien dedicó la Reunión de artesanos de la Coruña una velada que yo llamaría brillante si no me hubiese visto en el caso de tomar parte en ella y de presidirla,—no prescindiré de la mención que merece, ya que por un momento es la actualidad, es vida contemporánea. Frecuentemente, con sobrado disgusto, me encuentro compelida á bosquejar aquí impresiones de horror, producto del creciente desate de la baja criminalidad, del incremento de ciertos actos feroces á los cuales el inocente público ha dado en aplicar el poético nombre de *crímenes pasionales*. La crónica se regocija de poder alguna vez agitar sus cascabeles de plata en honor del bien. Y doña Concepción Arenal no se limitó á practicar el bien; lo predicó toda su vida. Ya sé que invierto el orden retórico: suele decirse lo contrario, y conceder más alto valor á la práctica que á la predicación y propaganda; mas yo, teniendo por errónea esta manera de entender el asunto, la vuelvo del revés para que quede cada cosa en su lugar. En efecto, por mucho que estimemos las virtudes privadas, domésticas y silenciosas, no podremos negar lo reducido de su radio de acción. Tampoco habremos de desconocer que el número de personas que en privado practican el bien, es bastante mayor, al menos en España, que el de las que lo propagan con el libro y el artículo. Infinidad de señoras se dedican á la beneficencia; todos las conocemos, y las estimamos mucho particularmente, sin creer que sus virtudes irradien fuera de su casa y familia, si es que á tanto llegan, que miles de veces no llegan ni á tanto. El ejercicio de la beneficencia es, ¿quién lo discute?, una noble ocupación y un excelente ejemplo; pero circunscrito al estrecho límite de un hogar, ni aun es ejemplo, porque rara vez las familias se moldean en lo que ven hacer á uno de sus individuos, sobre todo si se trata de obras de caridad: á lo sumo, cuando las familias son buenas, perdonan la insensiva manía. La beneficencia social empieza en el espíritu de asociación, y llega á su cima en el espíritu de propaganda y de difusión de un ideal. Nótese que no hablo de la caridad: la caridad es el bien en grado heroico, es el amor puro, es la abnegación absoluta.

Así, no vacilo en repetir que doña Concepción Arenal hizo bien principalmente porque escribió; y no fué culpa suya, de positivo, si no hizo infinitamente mayor bien, como lo hubiese hecho en Inglaterra, donde se la leería infinitamente más. Ella dijo de sus libros que eran impresos, pero no leídos, y así es lo cierto; pocos lectores—relativamente—obtuvieron sus obras, no ya las de carácter doctrinal, como los *Estudios penitenciarios* y el *Ensayo sobre el derecho de gentes*, sino también las de carácter activo, de moral práctica, por decirlo así, como el *Visitador del pobre* y el *Visitador del preso*. La primera, no obstante, en opinión de algunos su mejor libro, y que ha conseguido numerosas ediciones y traducciones, ha hecho bien á proporción de lo que se ha leído: es la regla infalible para esta clase de libros, y la piedra de toque de su bondad: son buenos cuando son útiles, y son útiles cuando se difunden y propagan. Los escritos de Isabel Barret Browning, en Inglaterra, se midieron por esta medida; pero allí, cuando una obra acierta á herir las cuerdas del sentido moral y del espíritu activo de la raza, se despacha por millones de ejemplares, y determina hondos movimientos de opinión y fertiliza cosechas de hechos. Aquí, la gente sabe «distinguir.» «Esas cosas están perfectamente en los libros,» exclaman los prudentes meneando la cabeza. Y los indiferentes, encogiéndose de hombros, sonríen.

¿Cuál fué, exactamente, la propaganda de doña Concepción? En lo esencial, nada tuvo de innovadora ni mucho menos de revolucionaria: la ilustre escritora aceptó la sociedad tal cual la encontraba, en sus fundamentos y estructura: únicamente indicó la manera de que, sobre esa misma base y sirviéndose de esos mismos elementos ya existentes, se realizase el progreso moral, no tanto en la legislación como en la costumbre, en los procedimientos, mediante reformas de las que no traen perturbación ni repugnan al sentido general. Como una buena ama de casa, que entra en el domicilio, corrige los abusos, hace limpiar y barrer, establece la armonía, la paz y el orden, doña Concepción entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe, sin trastornarla, mejorarla, corregirla é introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario. Claro es que hablo del conjunto de la obra de doña Concepción, la cual es vasta y podrá encerrar pasajes aislados que contradigan mi aserto; pero en su totalidad no es sino lo que acabo de decir, y por lo mismo debiera haber sido mayor su dinamismo y eficacia, si aquí importasen las cuestiones sociales, que no importan.

En gran parte, la propaganda de doña Concepción Arenal se dirigió á obtener que en cárceles y presidios se tratase á presos y penados con dulzura y no con dureza. Opinaba doña Concepción que este buen trato á los delincuentes presuntos ó reconocidos, además de ser un deber moral, de cristiandad, es conveniente al mejoramiento de los presos, y conducente á su posible corrección. En lo cual la ilustre señora seguía las corrientes contemporáneas—al menos en lo primero, no sé si tanto en lo segundo,—y sustentaba un criterio á mi ver indiscutible: que la pena no puede ir más allá de la pena, ni extenderse á malos tratos, crueldades, penalidades y privaciones que no están en ella comprendidos. Si yo me atreviese á emitir una opinión propia en estas materias, que no forman parte de mis habituales lecturas, diría que la cárcel y el presidio, y el presidio sobre todo, no deben ser lugares de recreo, esparcimiento y descanso; pero que tampoco deben ser, en manera alguna, cloacas y pudrideros, ni las antiguas gurapas, ni las antiguas galeras, con las espaldas de los galeotes siempre ofrecidas al látigo del cómitre. Hay que evitar, en esto de las reformas, dos peligros igualmente graves: el de tratar á los penados como si no fuesen hombres, nuestros semejantes, nuestros prójimos, y el de tratarles como si fuesen hombres á quienes se debe honrar, distraer y complacer ingeniosamente. Herberto Spencer está en lo justo: sus ideas penitenciarias me agradan, por lo precisas y bien definidas, sobre todo en el capítulo que dedica á encarecer y explicar el por qué los penados, dentro de la penitenciaría, deben mantenerse de su trabajo personal, no siendo lícito al Estado sostenerles á expensas del contribuyente.

El problema es de actualidad completa, y han venido á prestársela mayor los sucesos de la Cárcel celular de Madrid. La prensa se ha enzarzado en viva polémica con tal motivo. Hay quien está por las reformas, quien está en contra de las reformas; el antiguo sistema se alza frente al nuevo, representado por Salillas. Me abstendré de terciar en la discusión: creo que en tales negocios no se puede dar dictamen desde afuera. Una cosa es manifestar la impresión que nos producen los libros, las ideas, y otra juzgar los hechos cuando no estamos perfectamente empapados de su desarrollo y antecedentes. Lo que me parece un error es identificar, como he leído en alguna parte, á la escuela antropológica con el pensamiento de doña Concepción Arenal. No hallo en los escritos de la eminente filántropa nada de común con los de Lombroso y Ferri. Hasta se me figura que, en el campo especial de estas ciencias, deben de representar tendencias muy distintas, y no sé si diga antagónicas.

El noble principio del libre arbitrio, de la responsabilidad, tiene en la señora Arenal una elocuente y convencida defensora. No sería ella quien condescendiese á reconocer que se pueden asestar diez ó doce puñaladas ó descargar los cinco tiros de un revólver «sin saber lo que se hace,» «impulsado por algo irresistible,» «á pesar suyo,» «involuntariamente,» «en un momento de ceguedad invencible» y otras pamplinas que nos embocan, por no decir claro: «Somos partidarios de que no se imponga á nadie ninguna pena por cosa ninguna,» lo cual, al menos, sería franco, y á la larga ocasionaría el establecimiento, en Europa, de la ley de Lynch, practicada por la superación de los Estados Unidos.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habrá alguien que haya leído sin una impresión de melancolía profunda el relato, inserto en los periódicos, de la muerte del marqués de Vallecerrato?

Era este gran señor ferviente católico, tradicionalista de los de antiguo cuño, persona cuya elegancia de raza se comprendería, si no se le conociese, sólo mirando con ojos de intérprete el detestable retrato que publica la prensa, y donde, con algo de imaginación, puede adivinarse la finura del tipo San Lorenzo —los ojos claros y cargados de un vapor de ensueño, las facciones delicadas, casi femeniles, de un diseño aristocrático.—Había pasado de la edad en que las pasiones pueden poner en manos de un hombre que no está loco, patológicamente hablando, la pistola de Werther. El suicidio del marqués de Vallecerrato fué un acto de locura, y lo demuestra el mismo carácter místico que revistió—ante un altar, con velas encendidas, mirando á una santa efigie.—Cuando existe tal confusión de ideas en el alma de un católico sincero, cuando se mata así, puede afirmarse la demencia.—Pero la demencia, en el caso á que estoy refiriéndome, se originó sin duda de tristezas, decepciones y reveses de fortuna, que ensombrecieron el espíritu, y engendraron primero la esquivez en el trato, la soledad, después la fatal idea. Altivez, dignidad, pundonor, temor de encontrar repulsas y enfriamientos de amistad donde podía esperar cordial acogida y ausilio, imposibilidad de rehacer en la vejez la vida sobre un tipo modesto y de escasas necesidades y refinamientos, retiro huraño, pesimismo fruto de él, todo esto debió de traer consigo, poco á poco, la desorganización del cerebro y la vesania que conduce á la resolución espantosa.

***

Otro aristócrata conocí que se suicidó con igual sentido místico que el marqués de Vallecerrato. Aquél se confesó y comulgó la mañana misma en que puso fin á su existencia. Nadie podrá dudar que se trata de un verdadero caso patológico; nadie creerá que están cuerdos los que así proceden. Y por lo mismo, infunden un sentimiento de compasión infinita. Antes de llegar á ejecutar el acto, ¡cuánta cavilación amarga, cuántas tinieblas en la mente, cuántas heridas en el corazón, qué mundo de sufrimiento! No es el hecho de morir, de una ó de otra manera, por un procedimiento más ó menos expeditivo, lo que infunde piedad. Es lo anterior á esa hora suprema, lo que debiera enternecer á los prójimos de los desesperados; y es á veces—cuando falla el golpe—lo que sigue á la hora en que se ve la eternidad frente á frente...

***

Y el marqués de Vallecerrato tenía su decisión bien arraigada. Primero trató de abrirse las venas, como un romano de la decadencia, un Petronio cansado de vivir. La muerte no venía lo bastante pronto, y entonces acudió al revólver, con tiro tan certero, que instantáneamente llegó la negra amiga...

No sólo en casos análogos, muy frecuentemente, se me ocurre que en otras épocas el fracaso de una vida era fácil de remediar y consolar dentro del convento. Un noble arruinado y solitario se recogía á uno de esos magníficos y señoriales monasterios llenos de obras de arte, dotados con una biblioteca que podrían envidiar los reyes, ó por mejor decir, los eruditos; donde eran compañeros suyos, y amigos naturales, varones de saber, de ingenio, de amena conversación, informados, no ya de los sucesos antiguos, sino hasta de las murmuraciones del presente, de lo que ocurría en la villa y corte, de lo que acaecía en todo el mundo. A la caída de la tarde—una tarde, por ejemplo, del año 1793,—en el locutorio donde esparcían suave calor los braseros claveteados y cuidadosamente sahumados, se trabaría la amena conversación, y el refugiado bajo los hábitos conversaría con sus antiguos amigos los señores que venían á hacerle visita y á sorber con él sendos pocillos de chocolate aromoso. Se hablaría, verbigracia, de Selim III, el Turco, que miraba con horror á los revolucionarios franceses, «unos hombres que han tenido la bárbara osadía de tratar á su legítimo soberano como al reo más infame;» de la plantación de un árbol de la libertad en el patio de la embajada francesa, ridícula mascarada!; de que el papa ha emprendido su viaje acostumbrado á las lagunas Pontinas; de la solemne procesión á que asistió todo el Sacro Colegio; de las secretas inteligencias del antes furioso republicano Dumouriez con el duque de Orleáns; de la victoria del príncipe de Coburgo sobre los franceses en Bélgica; de que «el inglés» arma una flota de quince navíos; de que han reelegido para presidente de los Estados Unidos al Sr. Jorge Wáshington; de que la corte de España está en el real sitio de Aranjuez, y de que la Serenísima princesa del Brasil ha dado á luz una niña, por lo cual se hicieron tres días de gala y luminarias; de que se les cogieron á los malditos franceses, allá en el castillo de Masdeu, varios cañones; de que, para esta guerra, levanta un regimiento de infantería el duque de Arion, y D. Fernando Rubio de Celis ofrece una onza de oro á cada uno que se aliste; y de que ha fallecido el duque de Abrantes, y han hecho capitán general al duque de la Alcudia, y D. Luciano Francisco Comella ha estrenado en el coliseo de la Cruz una comedia heroica en tres actos, titulada *El fénix de los criados, ó María Teresa de Austria*... Que de todo esto se platicaba en los locutorios, y mucho fuera que no hubiese un monje ó fraile con sus puntas y ribetes de literato, que sacando un rollo de papel de barba escrito con hermosa caligrafía, no leyese alguna letrilla ó romance pastoril:

> «Apenas en los oteros
> rayaba la luz del alba,
> cuando la hermosa Dorila
> salía de su cabaña.
> Sale pisando el rocío
> con su delicada planta,
> en busca de un pastorcillo,
> que amor así se lo manda...»

Y todos los concurrentes á la tertulia conventual aprobaban, con sonrisas de cortesía, dando golpecillos á la tapa de las tabaqueras de plata y concha, y encontrando que el Padre Gutiérrez ó Fray Miguel de los Serafines rimaban al primor, como el propio D. Josef Iglesias de la Casa, el famoso presbítero salmantino, sólo que con más decoro, porque aquello de la *lira de cuerno*, vamos, era algo desvergonzado... Y en la tertulia había risas, dichos graciosos, agudos, y el tiempo volaba, acercábase sin sentir la hora de la cena, la hora de la cena sabrosa, preludio del sueño tranquilo del que no tiene cuidados, apremios de dinero ni de amor propio; del que pasa las postrimerías de su vida «libre de amor, de celo, de odio, de esperanza, de recelo...»

***

Tal pudo ser la suerte del marqués de Vallecerrato, en Santo Domingo el Real, en los Jerónimos, en alguno de los sabios y dulces asilos que abrían sus puertas, no sólo á la caridad material con los pordioseros, sino á la fraternidad humana, como puerto que acoge á toda nave, y en cuyas remansadas aguas se carenan los rotos cascos y se recomponen los velámenes desgarrados por las tormentas. Pero hoy—no sé por qué, ó mejor dicho lo sé, y me llevaría demasiado tiempo explicarlo, pues acaso encierre este pormenor toda una filosofía de la historia,—á los conventos que existen, y en gran número, es raro que se retire nadie que haya ocupado alto puesto en el siglo. Las emperatrices y reinas, las Isabeles, Eugenias y Margaritas arrojaban antaño sobre sus duelos, sobre sus amarguras, sobre sus decepciones, un velo: defendían su espíritu dolorido detrás de unas rejas. Hoy corren el mundo en automóvil ó yate, se construyen palacios inspirados en la *Iliada*, veranean en quintas sombrosas y románticas; y los reyes en el destierro ó la abdicación, lejos de buscar un Yuste, buscan un *entr'acte*, un departamento en un hotel parisiense... A ejemplo de los reyes, los grandes señores tampoco transigen con los monasterios. para los cuales hoy—lo reconozco!—ya no pinta Murillo, ni siquiera Carducho, y en sus locutorios no se habla de cosas amenas, de novedades mundiales, y no se toma chocolate en mancerinas de plata, y el tono de la austeridad y del recelo tal vez predomina sobre el alegre y sereno diapasón de la *bonne compagnie*... En esto hablo de memoria y por suposiciones; ello es que nadie podrá negarlo, la desgracia de los tiempos hace que á los conventos no se acojan los tristes, los descaminados, los combatidos, los vencidos, y la desgracia quiere que siendo la vida cada día más difícil, creciendo tanto las necesidades y arreciando la tiranía de las apariencias, el cerebro naufrague, el revólver esté á mano, y la tragedia venga á darnos, una vez más, esa impresión de lo obscuro, de lo siniestro, de lo inevitablemente doloroso del destino humano...

***

Se habla mucho del fracaso del Congreso de la Paz. Fracaso, ¿por qué? ¿Es que alguien suponía que con reunirse unos cuantos señores, sean estos señores de la altura que sean, se va á evitar que los moros hagan morerías, que los cristianos tomen represalias, y que fermenten, para estallar á su tiempo, cuantas guerras estén dentro de los intereses graves y capitales de las naciones?

Yo miro con simpatía profunda los Congresos de la Paz, y todo el movimiento pacificista y de arbitraje. ¿Cómo no aprobar tal propaganda? ¿Cómo dudar de sus efectos, insensibles, pero fuertes y seguros en la conciencia? Hay largos períodos de la historia en que la idea de la paz como un concepto moral que debe difundirse por todo el género humano, no asoma siquiera. El pensamiento de que se pueda llegar á un estado de paz continua, á convertir la guerra en fenómeno extraño. No obstante, para conseguir este anhelo de todas las personas clementes y de buenas entrañas, sería preciso que toda la humanidad hubiese alcanzado un grado de civilización, si no uniforme, al menos semejante, y que los conflictos económicos estuviesen resueltos. Y esto, sin ser pesimista, puede afirmarse que anda muy lejos, á distancia ni calculable todavía. ¿Puede llegarse á un estado tal? Acaso nunca... Por lo menos, no lo verán nuestros nietos, ni los nietos de nuestros hijos. Es el destino de estos siglos en que vivimos consumirse en el ansia de fines muy grandes, muy vastos, muy nobles—y muy inasequibles en total, aunque su sola aspiración sea ya buena, sea ya conveniente, lleve ya un ideal de adelanto y de mejoramiento á las costumbres y al pensamiento de las multitudes.—Condenar la guerra no es por ahora, ni acaso será jamás, condenar la guerra; es tal vez, únicamente, condenar toda crueldad innecesaria en el modo de hacer la guerra, reduciendo lo posible la extensión de sus daños y la inhumanidad que lleva consigo, tan fatalmente como el cuerpo lleva á su sombra.

Y siendo esto, es loable, es admirable el empeño de los que han hecho ya de estos Congresos una institución, dándoles el mayor vuelo y la mayor resonancia. Las chanzonetas y caricaturas que la prensa dedica al contraste entre los soberanos armados hasta los dientes, á las naciones bombardeándose mientras por otro lado ofrendan palmas y cirios en el altar del ángel de la Paz, son ciertamente un tópico gracioso, pero no hay fundamento de contraste. El Congreso de la Paz no destruirá la Guerra... La aliviará, la modificará, la suavizará... hasta donde pueda; y la hará —en determinados casos—inútil, y en consecuencia, suprimible. Esto es todo cuanto se puede desear, por hoy...

***

¿Qué se propondrán los vándalos que destrozan cuadros en los Museos?

El caso de erostratismo que el hecho representa, no me sorprende: hay quien por llamar la atención y fijar en sí las miradas, es capaz, no digo yo de destrozar una obra de Poussin ó de Lebrun, de quemar vivos á su padre y á su madre—á los del Eróstrato, naturalmente.—El error de esos Erostratillos está en suponer que van á llamar la atención del público porque cometan una atrocidad. El público está hoy distraído por tantas cosas y tal suma de noticias que se entretejen, que nadie—y yo la primera—se acuerda al cuarto de hora del nombre de los que cometieron un desmán estúpido. Ni aun para condenarles se puede averiguar cómo le llaman.

Y además, les han *batido el record* (¡qué diantre de giro!) los otros Eróstratos de mayor cuantía que se llaman Mateo Morral, Angiolillo, Passavante, Perows Kaia, los regicidas, los zaticidas, los presidenticidas, los que no rompen telas, sino cuerpos humanos. Y hasta de esos mismos nos olvidamos, á no ser que hayan herido á alguien muy querido para nosotros. El mundo rueda aprisa, acarrea restos y despojos de mil grandezas, borra las huellas del ayer con las pisadas de hoy..., y yo dudo si los venideros tendrán cabeza suficiente para que quepa en ella toda la historia.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los que dicen que la naturaleza es serena y maternal, quisiera yo que me explicasen en qué fundan su afirmación. Claro es que si vemos un prado

«verde é bien sencido, de flores bien poblado,»

ó un campo de trigo salpicado de amapolas, ó un bosque majestuoso que alfombra el musgo, ó una fuentecilla parlera, ó un valle repuesto, ó las márgenes de un rio festoneadas de olmos y espadañas, ó cualquiera de tantos cuadros paisajeros como se ofrecen á la contemplación del soñador ó del poeta, entonamos un himno á esa naturaleza suave, bonita y sugestiva para el espíritu. Acerquémonos un poco más, y entonces acaso modifiquemos la primera impresión.

Lo que ante todo nos sublleva en la naturaleza, es notar que su ley profunda es de destrucción y muerte. Cada sér tiene que destruir para subsistir, y aunque precisamente no destruye devorando, ello es que destruye suprimiendo ó ahogando á otros. Yo planté un valladar de romero en un talud donde existía un zarzal. Al pronto, las zarzas ahogaban al oloroso y simétrico matorral de las flores azules. Cuando el romero se hizo fuerte, á la vez asfixió á las zarzas. El álamo blanco, que sin cesar retoña, devora á las demás especies, si se le deja. El brutal eucalipto, *señor hecho aprisa*, chupa con sus musculosas raíces todo el jugo de la tierra y mata la vegetación á su alrededor; no consiente que nada medre á su sombra, ni que una ligera mata de hierbecilla saque la verde cabeza al través del terruño resecado y sangrado. El tojo ó aliaga devora al brezo; el brezo combate á la orquídea silvestre; la mala hierba trata de sofocar al trigo; la ortiga se apodera del terreno, hasta en los cementerios, donde se sustenta de lo que fué vida humana... He presenciado el espectáculo de una pelea entre vegetales, una pelea sin movimientos, estática, que no por eso dejaba de causar profunda impresión.—Un plátano y una araucaria imbricada se encontraban demasiado juntos para poder los dos desarrollarse suficientemente. A ambos lados de los combatientes; otros árboles crecían y se apretaban, tasándoles el aire y la luz. No quedaba espacio sino para uno—y eran dos.—La mano inhábil del jardinero no había sabido evitar el conflicto, eliminando de los dos adversarios el que menos valía, el vulgar plátano, y dejando á la bella araucaria, bella con belleza terrible y guerrera, la plaza al sol que necesitaba y exigía. El plátano, avanzando sus ramas duras y hojosas, empujaba á la conífera, torciéndola y desviándola de su majestuosa regularidad. La conífera á su vez, adelantaba sus cien brazos provistos de miles de púas, de cuchillos cortantes, como si quisiese con ellos apuñalar á su contrario. Y en los dos vegetales se traslucía la intención aviesa, la rabia colérica que parecía más siniestra aún por la inmovilidad, por el silencio, por la eterna fijeza de la actitud de ambos enemigos. Otras luchas son cortas. Estas duran tanto como duren los dos árboles: años, tal vez siglos—hasta que uno de los dos adversarios haya conseguido, primero la lenta decadencia, después la desaparición del otro.—Es un reto á quién vivirá más, á quién adquirirá más fuerzas y más empuje para deshacerse de lo que le estorba.

El fondo del mar, en vez de ser una Arcadia donde reinan la libertad y la armonía, es un reñidero y un matadero, una vastísima naumaquia en que se asesinan las especies. En comparación del fondo del mar, la tierra aparece pacífica, inofensiva. En efecto, las grandes profundidades submarinas se encuentran hirviendo en vida, y por consiguiente, hirviendo en muerte y destrucción. Ese hormiguero infuito de criaturas se sustenta de matar y comer á otras criaturas más ó menos fuertes, más ó menos ágiles y feroces—feroces lo son todos los organismos que pululan dentro del agua salada.—Perpetuamente viven los peces en estado de caza y guerra. No es sólo el pez grande el que devora al pequeño; es el pequeño el que se traga á otros, y hasta al grande, si puede. Cuando un cetáceo herido se refugia en alguna caverna tapizada de algas para morir, antes de que sobrevenga su último instante se están cebando en su grasa suculenta miriadas de pececillos. Y el cadáver humano, el náufrago arrastrado por las olas, el triste suicida, no necesitan tropezar con tiburones para encontrar sepultura en vientres ávidos: los peces sabrosos con que nos regalamos en nuestras mesas, quizás se dieron el día anterior un festín á cuenta de la raza humana... No hay nada tan voraz como los peces, á no ser los crustáceos. Quizás, en nuestra fantasía, nos figuramos á los «simples pececillos» pastando en las praderías de ovas, fucos y *correas* que tapizan los valles oceánicos. Serán vegetarianos los peces; pero si encuentran al alcance de sus dientes agudos un buen trozo de vianda, no lo desprecian. Perseguidos incesantemente por sus verdugos, huyen, se ocultan, se defienden con la emboscada, entre la obscura sombra de las profundidades.

¿Habéis considerado alguna vez las formas monstruosas que reviste la vida en el mar? No solamente son monstruosas, sino que algunas son repugnantes, asquerosas moralmente. Cuando las redes sacan de los bajos fondos seres desconocidos, nos quedamos absortos de lo que cría esa enorme criadora, la naturaleza, allí donde la materia, saturada de elementos de vida, obedece á los caprichos horribles, grotescos é inmorales de la fuerza que se cuida, «no del bien, sino sólo del ser,» como dijo enérgicamente el poeta.

Desde que los vapores pesqueros van más allá de los acostumbrados lugares donde antiguamente echaba sus redes y armaba sus artes y aparejos el pescador; desde que registran rincones antes inexplorados, hemos visto salir á luz legiones de monstruos, engendros del delirio y la fiebre. Aparecieron unos peces extraños, que tienen por ojos dos inmensas farolas semejantes á faros de automóvil: la criadora es previdente, y dota de estos faros á los que necesitan recoger y concentrar toda la escasa luz difusa que existe en las grandes profundidades. Estos raros peces tienen la piel negrísima, y bajo la negra piel, una carne blanca, que en determinadas estaciones puede llamarse exquisita, porque se encrespa en capas y conchas revestidas de fina gelatina.

Las formas de peces, crustáceos y mariscos son más primitivas, por decirlo así, que las de los animales terrestres. Dijérase que les preceden—como enseña el *Génesis*—en el orden de la creación. El terror, el espanto característicos del exceso de vitalidad (no es sólo la muerte lo que aterra) nos estremecen cuando estudiamos sencillamente en un acuario algo de los misterios del mar. Allí hay engendros de pesadilla, larvas misteriosas, caprichos imposibles de imaginero gótico, extravagancias en que la naturaleza parece un bufón loco riéndose de sí mismo. Los pintores que agotaron su fantasía ideando bichos raros para poblar con ellos la penumbra de infierno que envuelve á los San Antonios en sus *Tentaciones*, no han conseguido llegar más allá que llega la realidad latrás, por ejemplo, del cristal de los acuarios de la Villa de París. Y no hablemos de los zoófitos: son otro mundo, mixto del animal y la planta marina, con las monstruosidades de ambos reunidas y sumadas para que resulte una combinación de singularidad que no cabe ni en el lápiz de Goya.

Consiguió Víctor Hugo efectos de miedo sobrenatural con su descripción del pulpo. No había, sin embargo, en ella nada de exagerado. Si las dimensiones del cefalópodo que sale al encuentro á Gilliat en la gruta parecen desmedidas, su forma está retratada gráficamente, y en su forma, no en su tamaño, consiste que el pulpo sea algo tan estremecedor... Ved, si no, otra forma en que la naturaleza parece haber extremado la malignidad: ved la araña, que recuerda al pulpo por la circunstancia de llevar los largos brazos dispuestos alrededor de una masa central, que puede ser cabeza, vientre, ojos, no se sabe qué. La araña más gruesa, la *mingala*, no pasa generalmente de quince centímetros de diámetro. Y sin embargo, horripila como si midiese un metro. Me desdigo: no hay manera de figurarse lo que una araña de un metro sería. Creo que la gente, con verla tan sólo, se caería muerta de susto.

En las reducidas proporciones que alcanza en nuestros climas la araña, es ya un espantajo feroz. Por mi parte confieso que tengo la desgracia de no poder sufrir la vista de esta clase de animalejos. Es una debilidad como otra cualquiera, y debilidad hereditaria, porque un abuelo mío, por cierto militar, y no cobarde, sufría síncopes si tocaba casualmente á una araña ó la encontraba cerca. La gente, al enterarse de estas repulsiones nerviosas, exclama sentenciosamente: «Eso se domina con la voluntad.» No es cierto. Tales repugnancias brotan de ese fondo del instinto, que es superior á todo raciocinio. Justamente porque no se encuentran razonamientos en que fundarlas, es por lo que no se pueden desterrar ni vencer.

En el sobresalto que inspira la araña hay algo más que un sencillo miedo. En nuestras latitudes, la araña no es dañina; apenas tiene veneno. Cuéntanse historias de personas picadas por arañas y que sufrieron graves trastornos, pero debo decir que no las he visto nunca. Lo de la tarántula en Nápoles tampoco debe de ser frecuente. En suma, la araña es un ser débil, al cual aplastamos sin el menor conato de realizar una hazaña. ¿Por qué hace su presencia que recorra nuestras venas un escalofrío? Es que su forma horrible parece una encarnación del espíritu del mal. El escalofrío que nos produce es el de lo sobrenatural maléfico.

El jesuíta Padre Martín de Roa dedicó un tratado á explicar cómo están los condenados en el infierno; y en él habla de gusanos, serpientes, escuerzos y dragones, que contribuyen, con su presencia y sus picaduras y mordeduras, al suplicio de los infelices. Si el padre Roa (autor á quien con suma frecuencia citaba mi amigo D. Juan Valera) pensase en formas terroríficas de la vida animal, hubiese poblado su infierno de arañones. La araña es un ser fatídico.

Todo es en ella extraño, hasta la propiedad que tiene—yo no explico, me refiero á hechos mil veces presenciados—de pararse cuando se invoca á San Jorge. Comprendo que no se crea este caso peregrino y usual; comprendo que se califique tal práctica de superstición... No por eso será menos exacto que la palabra «¡San Jorge!» detiene el descenso del horroroso monstruo cuando se deja caer á plomo por la pared. No sé si otra palabra conseguiría igual resultado: quizás el bicho se para sencillamente al sonido de la voz. Buffon lo entiende así. Pero no puedo decir cuánto me impresiona estéticamente la idea del noble paladín celeste paralizando el movimiento del vestigio feo y malvado. Es un efecto hondamente poético, y me sugiere un sin fin de ideas y representaciones del más completo romanticismo.

En efecto, San Jorge es el guerrero ideal que, como Lohengrin, tiene por misión vencer y subyugar á la iniquidad, clavar su lanza en las fauces del maldito. San Jorge, en la hagiografía, y por mejor decir en la tradición, es el caballero sin miedo y sin tacha, ante el cual la mentira, la bajeza, la miseria, la villanía, huyen ó se rinden. Y la imaginación popular, al atribuir á San Jorge la virtud de detener á la araña, simboliza en la araña las fuerzas diabólicas del pecado y de la abyección; hace del insecto antipático por excelencia el emblema de lo deforme moralmente.

Todo esto, sobra el decirlo, es un subjetivismo: sucede dentro de nosotros... En la realidad externa, la araña es un insecto áptero, de la clase de los aracnidos, con ocho ojos, ocho patas de desigual longitud, un abdomen, ya redondo, ya flaco y escurridizo, y con color que se confunde con el polvo en la araña doméstica, y que reviste brillantes matices en la araña laberíntica ó campesina. Esta araña ya no causa ni la mitad del disgusto que la otra. Algunas de esas arañas de jardín, que vienen entre las flores, serían hasta bonitas, por el color verde delicadísimo que les asemeja á un juguete de jade esculpido por un artista niponés, si lo siniestro de su hechura no persistiese bajo la gracia extraña de su ropaje.

Ya que hablo de arte japonés y de arañas, diré que los japoneses son maestros en imitar en sus juguetes las estructuras teratológicas. Figuras de arañas, langostas, escorpiones, cangrejos (el cangrejo es un monstruo de los más espantables) los hacen los japoneses con una perfección que crispa los nervios. No en vano el arte japonés es un arte, las más veces, de calentura, de grotesco, de misterio y temblor—lo más contrario al arte griego, que no nos ha legado sino monstruos hermosos: el centauro, el sátiro, el fauno, la sirena, y, como excepción, la arpía.

¿Encuentran ustedes que estas nimiedades y arañerías no merecen los honores de la crónica? Me las ha sugerido la desagradable vista de una de esas criaturas que yo suprimiría de la creación. Emboscada en su tela, clavaba sus tenazas, pinzas ó lo que sea, en el cuerpo trémulo y palpitante de una preciosa mosca verde esmeralda. Pequeño drama, con todo el horror de lo grande.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo más traído y llevado en la prensa de estos días ha sido, sin duda, el matrimonio (?) de Luisa de Sajonia con el pianista Toselli.

He visto en no sé qué periódico ilustrado el retrato en grupo de los nuevos esposos. Son en extremo significativos, para los que gustamos de leer en el semblante humano, los del artista y la princesa. Ella, con expresión de bondad, con predominio evidente del elemento fisiológico sobre el psicológico; él, con el aire infatuado y bobón de un tenorino guapo, de esos que reciben cada noche en que cantan dos ó tres esquelitas (según la leyenda; vaya usted á averiguar si es cierto). Aunque más guapa, algo tiene la de Sajonia de la reina María Luisa, en el gesto y en el esguince de la boca golosa é inocentona. A decir verdad, el efecto que me produjeron los dos héroes de la aventura internacional y amorosa fué el de dos niños grandes, que acaban de realizar una travesura y no caben en sí de gozo.

Y mi primera incertidumbre en este caso especial, hela aquí: ¿están realmente casados ó no estos cónyuges?

Su situación, según parece, es de las más abigarradas y ambiguas que cabe imaginar. Hay países donde, para los efectos de la ley, están casados. Hay otros donde, para los efectos de la ley, están... arrimados, como se dice en Madrid, y sujetos á los más crudos rigores de la ley susodicha. En los países católicos y ante la conciencia católica, ni por soñación son marido y mujer. En los protestantes no sé qué idea habrá de estas cuestiones; acaso allí puedan considerar sancionado el enlace. Todas estas dudas, sombras y confusiones hacen que el suceso llame más la atención (momentáneamente) y que la actualidad se apodere de estos consortes y de la criaturita, la princesa Mónica Pía, corderilla de dos padres, que por ahora juega contenta y riente, y que el retrato nos presenta llena de la dulce malicia infantil, ignorante del destino.

Mi segunda incertidumbre, ó mejor dicho, mi segunda curiosidad, sería indagar cómo, en qué forma se atreve un pianista á insinuarse con una señora que es casi una reina, y que reina sería á no haber sucedido... lo que sucedió; y que, aun cuando tenga otros antecedentes, debe de conservar prestigio.

La mujer, cuando prescinde de muchas cosas, prescinde rara vez de las categorías sociales. No desciende la mujer hasta sus inferiores sino en contados casos. Este sentimiento de la jerarquía no es privativo de la mujer de alta clase: á la burguesa, á la señorita «de medio pelo,» se le impone exactamente lo mismo. Que la hija de un empleado de corto sueldo se case con un ayuda de cámara ó un mozo de café mejor retribuído quizás que el padre de la novia..., y en el pequeño círculo de conocidos y amigos de ésta se alzará igual revuelo que ahora en la corte de Sajonia al divulgarse el escándalo de la princesa Luisa.—El hombre se agacha con facilidad para acercarse á la mujer, de cualquier estado ó condición que sea; y este fenómeno en apariencia extraño, pues al cabo el hombre tiene infinitamente más margen de elección que la mujer, se explica por el concepto de la inferioridad femenina. Considerar á todas las mujeres inferiores, es igualarlas, es no apreciar entre ellas diferencias de categoría, predominando la idea sexual á secas: «Una mujer, ¡qué diablo!, es una mujer.»—Y así con tal frecuencia encontramos los enlaces desiguales, en que la mujer sube y el hombre baja.—La mujer, insisto en ello, es insólito que comprenda el matrimonio, y hasta el amor, con quien no esté á su nivel social.

Y como quiera que la iniciativa, en estos casos, está admitido que procede del varón..., he ahí por qué me da tela para discurrir el arranque del pianista al declarar su atrevido, y en este caso atrevidísimo pensamiento, á la princesa real.

Ocurrió en un pueblo un suceso de mucha menor importancia que el de la princesa, y fué que un pintor de puertas y ventanas, llamado á ejercer su profesión en una casa de burgueses distinguidos, salió de allí llevándose, en la calderetа del albayalde, empeguntado y cautivo el corazón de una de las señoritas de la casa, con la cual contrajo justas nupcias al poco tiempo.—Hiciéronse, era natural, variados y picantes comentarios, y la base de la charla formábanla suposiciones acerca de «¿Cómo empezaría *aquello*?» Hasta que una señora, resumiendo el debate, exclamó: «No es posible que él haya tenido el descaro de declarar se. No me cabe duda, ella se le plantó delante y dijo, exhalando un suspiro confitado: «¡Ay, quién fuera puerta!»

Mutatis mutandis, y dando por hecho que la princesa real desease que maese Arcalao, maligno encantador, la encantase dentro de un piano, algo semejante pudo ocurrir entre los esposos cuyo retrato publican todos los *graphics* del mundo y cuya historia refieren, quitándonos, á los que no gustamos de meternos en ajenas vidas, el escrúpulo de hablar de lo que al cabo es más público que la bula de la Santa Cruzada.

Se me objetará quizás que Toselli es un artista, y que el artista, por derecho divino, es equivalente á las más elevadas personalidades del orbe.

Concedido en principio, y negado en los casos particulares, que es preciso mirar muy despacio.

Yo no sé qué manía de grandezas le ha entrado á nuestra época, que no hay rana que no se hinche para asemejarse al buey, y no hay buey que no se esponje con la vaga esperanza de convertirse en megaterio.

La prensa se ha dejado influir por este espíritu de aumento é hinchazón de la natural condición y estado de cada quisque, y con el adjetivo que indistintamente aplica á menores y mayores, pretende identificarlo todo, halagando las pretensiones de todos, sin examinar (¿cómo ha de tener tiempo para eso?) su fundamento y títulos.

No hay escritor que no sea insigne; no hay artista que no sea eminente; no hay soirée de Cachupín que no sea aristocrática; no hay «festival» que no sea brillante, y no hay choza destartalada que no sea solariego palacio. Cuando doña Luciana Barcino fué víctima del célebre crimen de la calle de Fuencarral, los diarios comenzaron á marquesearla por activa y por pasiva; y doña Luciana era tan marquesa como tú, lectora, eres papisa ó reina de Madagascar. Ni era marquesa doña Luciana, ni lo había sido nadie en su familia. Otra marquesa de fantasía, ¡y cuán de fantasía!, fué la heroína de un proceso de bigamia, bastante reciente. ¿A qué sentimiento obedece este afán de ennoblecer, de elevar en categoría á las personas que por cualquier motivo aparecen en evidencia? No lo sé, pero debo decir que son más patentes aún los estragos de esta idea falsa y errónea en el terreno intelectual, artístico y literario, que en el puramente social.

Las categorías sociales son algo concreto: una marquesa, para poder llamarse marquesa, tiene que figurar en la *Guía*. El arte—lo sublime, lo hermoso—se resiste á la clasificación y siempre será discutido y discutible. Para mí Shakespeare es un hombre que raya en semidiós, como Esquilo; para D. Juan Valera no era sino un gran dramaturgo comparable y tal vez inferior á Calderón y Lope; y para Tolstoy, casi un currinche. En suma, estas controversias pertenecen al dominio de la crítica; pero hay un punto en que la crítica ya no ejerce sus fueros; y es al encontrarse con la innúmera legión de los que, llamándose artistas á boca llena y no admitiendo que nadie les regatee el título, no son realmente sino *oficiales* de un arte—al cual su labor ni pone ni quita, ni afecta, en lo que el arte tiene de creador y espontáneo.

Si esto puede decirse de los compositores medianos, que siguen las huellas de otros más inspirados, ¿qué diremos de los sencillamente ejecutantes, y que ni aun en la ejecución han logrado distinguirse de un modo excepcional? Y es el caso de Toselli.

El ejecutante, en mi opinión, está peldaños más abajo que el creador: si Liszt no hubiese hecho sino tocar el piano, su nombre no debiera colocarse ni por casualidad al lado del de Chopín. Y es de las igualdades más incomprensibles, y sólo puedo atribuirlo á la pobreza del léxico, que el calificativo de artista aplicado á Wágner y á Beethoven se le aplique á los incontables Tosellis que andan por ahí, ejerciendo el oficio honorable, útil sin género de duda, de enseñar á las señoritas el dormitasol, ó saliendo en un concierto á acompañar al violoncelista. De suerte que, en el rango social y en el rango humano de las facultades y merecimientos propios, la boda con Toselli (si es boda) es una risible mesalianza.

El porvenir de esta clase de uniones no puede ser más encapotado y triste. Aun suponiendo que se funden en verdadero cariño, ese cariño necesitaría ser cuádruple del que basta para sustentar y apretar un lazo que no tenga en contra á todas las realidades é imposiciones de la vida. No será sólo la que ha descendido la que se queje y desazone en breve plazo: será también, y acaso en primer término, el que ha subido ó creído subir. Por lo mismo que él lleva, escondida ó descubierta, esa aspiración, el no verla cumplida y lograda ha de agriar su espíritu. Ella le ha sacrificado tanto, que pocas faltas le perdonará en el trato íntimo; y él ha puesto en ella tales esperanzas de vanidad, que no transigirá si se frustran, y tienen que frustrarse. Esa felicidad que trompetean las agencias telegráficas se funda en una equivocación mutua, y los que estamos de la parte de afuera tenemos la fácil lucidez del que, desde la playa, mira cómo una barca arrastrada por el oleaje no tiene más remedio que venir á encallar en determinado punto de la orilla. Efímero contento sentenciado á convertirse—¿quién sabe?—hasta en odio mortal...

Por eso debe perdonarse á la ilusa princesa; no deben extremar la dureza los que tengan derecho á hacerlo, dado que el porvenir se encargará del castigo, de la vindicta, de la lección (estéril, nadie remedia lo ya sucedido) y de cuantos requisitos exigen la moral ofendida y la sociedad horripilada.

Matrimonios por tal estilo se bastan á sí mismos... Y ello ocurre fatalmente, contra la voluntad y deseo de los contrayentes, que llevan el propósito de eternizar la ventura y el engreimiento de su sentir, sin que yo por eso me meta en aquilatar la calidad de este sentir, indagatoria sobrado complicada y que nos llevaría á terrenos escabrosos y llenos de pedruscos.

Doy por hecho que la princesa y el pianista son tan finos amadores como Diego de Marsilla é Isabel de Segura, los cuales, según las investigaciones de los sabios, jamás existieron, y ahí está un reciente y curioso estudio de Cotarelo para demostrarlo; y puesto el caso de que la pasión de la pareja regio musical no le cediese un ápice á la de los enamorados de Teruel, todavía los de Teruel (no olvidemos que nunca llegaron á existir) sólo dispusieron, para demostrar tan vehemente ternura, de un instante supremo, porque el tiempo de la ausencia no ha de contarse; durante la ausencia, la ilusión no tiene pretexto alguno de marchitarse y mustiar sus hojas.—El grave inconveniente de la princesa y el profesor es justamente eso; que no tienen la menor probabilidad de morirse, no diré al instante; ni á los cuatro ó seis meses de haberse unido ante los hombres. Si viven, es innegable que se tirarán los platos. No precisamente los de loza y vidrio; hay palabras que hieren más que un tiesto de loza, y modos de conducirse que arman más estrépito que la rotura de una vajilla entera.

Es el mayor mérito de la obra de Benavente *La princesa Bebé*: en ella resalta con suma gracia y picardía el infalible caso: el inferior unido á persona superior, que olvida gustosa su rango, que no quiere pensar ni en que tal rango existió, pero á quien se lo vienen á recordar constantemente las pretensiones, las vanidades de aquel ó de aquella por la cual sacrificó ese rango y esa posición en el mundo, y que aspira á sostenerle y recobrarla al lado de su consorte. ¡Ello es tan humano, tan profundamente humano!

Y así sucederá á la princesa Luisa. Ha querido dejar de ser princesa, y el hombre que tiene á su lado no la ve sino princesa, princesa á toda hora, en toda ocasión y lugar... Y si un día cree que en serio la dama ha dejado de ser princesa, pierde la ilusión que puede haberle llevado á tan peregrino enlace.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se me ocurre preguntar á los lectores si son aficionados al *bridge*?

Este juego, muy de moda el pasado invierno, va á caer un poco, así me lo figuro, de su pedestal; ya lo ha aprendido bastante gente, y cuando una cosa cualquiera se vulgariza, pierde el sello de buen tono; es infalible. Así que una hechura ó un adorno los ostentan ufanas las niñas del pinar de las de Gómez, se desdeñan de lucirlos las dictadoras del gusto. El *bridge*, emburguesado en las reuniones «de confianza,» ya perdió aquel sello que tenía al ser importado del extranjis.

A decir verdad, el *bridge*, que hemos tenido que pasar como se pasa el sarampión y el trancazo, es un juego insociable, enemigo de la conversación, y que exige de los *partners* mucho de esa atención profunda concentrada en la nimiedad, que caracteriza á los insignes jugadores de ajedrez. En el *bridge* no cabe distraerse, y el cuarto jugador, que hace el papel de *muerto*, aunque no necesita jugar, está obligado á la misma inmovilidad, al mismo silencio que guardan los otros tres, y que sólo interrumpen las frases sacramentales:—Peux jouer?—Pique, trèfle, coeur, carreau ..—Contre.—Sur contre.—Nuestra la levé.—Cinco honores.—Hemos ganado esta manga...

Si un incauto se acerca á los jugadores, ó creyendo llenar un deber de cortesía al saludarles, ó para observar las peripecias del juego, suele ser recibido como perro en partida de bolos. Apenas se contesta á su cordialidad, y se le arroja una mirada distraída, y más que distraída, glacial, de despide huéspedes. Mientras las mesas de tresillo las veréis siempre rodeadas de consejeros, consultores y mirones, las del *bridge* permanecen aisladas, en el ángulo del gabinete más libre de profanos é intrusos, y á veces os parecen autómatas los cuatro señores que se enfrascan en el juego. Y es que el tresillo, mucho más variado y animado que el *bridge*, permite cierta picante libertad, y fomenta, entre jugada y jugada, la charla alegre, el noticierismo y gaceta del día, siendo el juego únicamente el cañamazo ó trama para bordar la comunicación grata entre cuatro amigos, ó por lo menos entre cuatro conocidos que hallan gusto y complacencia en conversar.—En el *bridge* dijérase que son realmente adversarios los compañeros de mesa; dijérase que les anima, á los unos contra los otros, un verdadero rencor, un verdadero instinto de hostilidad.—En el tresillo hay una especie de *argot* ó jerga de jugadores, que se esmalta de dichos oportunos, de ocurrencias á veces felices, de ironías graciosas, de observaciones técnicas. En el *bridge*, las palabras caen como garbanzos duros en una fuente: con sonido seco, dominador. Es un juego de altanería, de egoísmo y de cálculo.

El ajedrez, que conserva su tradicional crédito y para el cual la moda no tiene caprichos, ofrece la singularidad de que lo juega mejor un mecanismo que un hombre. He oído decir que para ser gran jugador de ajedrez hace falta saber muchas matemáticas. Ignoro si es cierto. Lo que puedo afirmar (y por cierto que en ocasiones esta afirmación me ha valido sonrisas de escepticismo, como si yo fuese algún Manolito Gázquez ó un tomo del *Embustero Universal*), es que he visto, en el teatro Robert Houdin de París, jugar el ajedrez á un autómata, ofreciéndose fuerte prima á quien lo derrotase. El autómata vestía de mandarín chino, y su ropón de seda, á flores extravagantes, caía en pliegues rígidos hasta sus pies calzados de fieltro. En su cabeza, un sombrerito con campanillas de plata, que producían armonioso tintineo á cada movimiento del moharracho. Adelantaba su peón, su alfil, su rey ó su torre, sin vacilación, con ademán exacto; y ganaba siempre, fuese quien fuese su adversario. Cualquier espectador compraba, con la entrada, el derecho de batirse con el androide, pero no se había dado caso de que éste quedase vencido.

No habiendo dedicado á este curioso juguete más tiempo ni más atención del que suele concederse á una rareza que se ve durante un viaje, no conozco la explicación que se le da, ni si se le da alguna. Probablemente se trata de la cosa más sencilla; de algo en cuyo secreto están todos los que entran en el teatro. En todo tiempo se ha hablado de autómatas y de muñecos mecánicos. Las dos figuritas de oro representando muchachas, construídas por Vulcano y que sostenían al dios cojo en su marcha difícil, salen á relucir en la *Odisea*. En la Edad Media, Alberto Magno y Rogerio Bacón construyen autómatas. Toledo guarda la memoria del *hombre de palo*, y Yuste, de los pajarillos mecánicos que volaban y gorjeaban para distraer al César gotoso y triste. En el *Quijote* ocupa lugar la aventura de la cabeza encantada, y Vaucanson debe su renombre á sus tres célebres autómatas, el flautista, el tamborilero y el pato. Pájaros cantores se pueden comprar en Suiza, algo caros, pero sin que constituyan una rareza: gorjean, redoblan, trinan, abren y cierran las alas, saltan de rama en rama y hacen otras mil lindezas.

En cuanto al autómata jugador que he visto en el teatrillo de prestidigitación, ilusionismo y cartomancia del bulevar parisiense, aunque la ilusión era perfecta, claro es que debe de existir una explicación del fenómeno, y que acaso sea un seudo-autómata, como su célebre antecesor, el que ideó un barón húngaro allá por los últimos años del siglo XVIII. ¿O quién sabe si es aquel mismo, remozado, recompuesto, corregido y aumentado por medio de los progresos de la física y la mecánica en nuestros tiempos actuales? Aun siendo un seudo autómata, el enredo ó superchería tendría mucho de sorprendente. En efecto, al público le invitan á que se cerciore de que ni dentro del muñeco, ni en la silla donde se sienta y la mesa donde juega, cabe que se oculte un hombre. Abren el ropón de seda oriental, y lo único que se ve dentro de él es un complicado mecanismo de ruedas y resortes; por debajo del sillón circula el aire; por debajo de la mesa, lo mismo. ¿Dónde se oculta el jugador que metiendo sus brazos y sus dedos en los dedos y brazos del muñeco, les imprime movimiento? ¿Cómo se explica que juegue tan rápidamente, sin tomarse casi tiempo de pensar la jugada? ¿Cómo se comprende que siempre gane?

La historia del proscrito sin piernas, al cual sirvió de asilo y de medio para asegurar su fuga el autómata del siglo XVIII; la maestría suprema al ajedrez de este proscrito, tienen mucho de novelesco y fantástico. Yo confieso que se me hacen difíciles de creer. ¡Son tantos y tales los inconvenientes que ofrecería este engaño, y por tantos modos y circunstancias podría descubrirse! Al mismo tiempo, necesariamente ha de existir trampa é ilusión en el androide; de otro modo, debiéramos proclamar á su autor rival de Bacón y de Alberto el Grande, y hasta tenerle por brujo como al famoso marqués.

A principio de invierno, con los primeros fríos, llegan siempre malas noticias. Hay una racha parecida á lo que es en la Naturaleza la caída de las hojas. Muere gente conocida—se oye repetir,—como si el hecho de que la gente conocida muera, tuviese más importancia y significación que la muerte de los que nadie conoce—ó como si ese viento frío de ultratumba eligiese las hojas más visibles de los árboles, para arrancarlas y confundirlas en su clásico remolino...

La noticia de la muerte de Emilio Ferrari inauguraba la serie invernal. Creíamos sus amigos que se había salvado de la terrible enfermedad que padeció hará tres ó cuatro años, y que los médicos no pudieron diagnosticar bien. Tan pronto parecía una afección nerviosa, como un extraño y no explicado envenenamiento de la sangre. Los síntomas eran caprichosos, varios, crueles; el sufrimiento, indescriptible. Hubo período en que su boca se llenó de una especie de negras telarañas, que le impedían hablar y comer. Entre tanto que esto sucedía, algunos del oficio le envidiaban, porque era académico de la Española.

Que moriría de aquel mal, era cosa descontada; nadie creía que se salvase, y únicamente se aspiraba á que disminuyesen sus dolores y torturas. Cuando menos se pensaba, el mal cedió. Desaparecieron los síntomas horribles, y un poco de bienestar físico sonrió al desgraciado poeta. Pudo ver á la gente, hablarla, salir, entrar, hacer una vida casi normal; pudo escribir un discurso de recepción en la Academia, excelente trozo de prosa castiza, en el cual las ideas estéticas se resienten de la inevitable melancolía, del pesimismo doliente y lamentador y añorador del tiempo que pasó, que engendran estados físicos semejantes al del poeta valisoletano. Los amigos creíamos libre ya á Ferrari del peligro inminente; contábamos con él, le veíamos á menudo, nos alegrábamos al observar que recobraba fuerzas, y nos las prometíamos felices. En efecto, enfermedad donde intervienen como factor esencial los nervios deja abierta la puerta á la esperanza ilimitada. Sin embargo, ya en el invierno anterior hubo días en que decayó el enfermo, sin saberse por qué. Y ahora, el telégrafo nos comunica su fallecimiento, después de un ataque —no sabemos de qué género—que duró tres días.

Si el padecimiento del ilustre poeta hubiese recaído en un bohemio desordenado, del antiguo patrón romántico, lleno de vicios y enredado en aventuras, diríamos—repitiendo los lugares comunes que se oyen por ahí como evangelios chinos—que su vida borrascosa tuvo digno remate con tan rara y aguda enfermedad. Por desgracia, en el mundo los hechos no se encadenan de un modo tan ejemplar y docente; las moralejas de la vida real no son tan claras y categóricas. Conozco bohemios incorregibles que llegaron á viejos más duros que una piedra y más frescos que lechugas. Y conozco honrados burgueses, padres de familia, establecidos y con cédula de segunda, que mueren prematuramente cargados de alifafes. Todo es ironía en este planeta; los sucesos hacen muecas y sacuden cascabeles bufonescos. Además, cuando hablamos de la vida «que lleva» Fulano ó Mengano, nos referimos á la exterior, á la cortesía superficial del vivir; y no tenemos datos sobre la interior, la que «le lleva» á él; la que, escondidamente, le teje sus bienes y sus daños.

Ferrari, en un hogar dichoso, apartado de luchas encarnizadas por la existencia, rodeado de cariño y consideración que merecía por las prendas del carácter y las dotes del entendimiento, «llevaba» un vivir grato, sereno; y su enfermedad fué de atormentador, de un Gerardo de Nerval ó un Alfredo de Musset. ¿Qué sabemos lo que en su cerebro y en su corazón se agitaba? ¿Conoce nadie los senos y repliegues de una psicología de intelectual? La tristeza es inmanente en lo mejor, lo más escogido de la especie humana; y no necesita, para urdir su trama obscura, ni motivos positivos, ni causas razonables. Lo que para un hombre es rasguño, para otro es herida; lo que cae en un espíritu sin alzar polvareda, en otro levanta un torbellino ingente.

Busco en el pasado de Ferrari—á quien conozco desde hace muchos años—qué pudo dar origen á su preocupación, y sólo encuentro una saña de persecución crítica, perpetrada por un escritor que ponía en ese género de *sport* la porfía del maniático y el sinico del perro cazador de negros cimarrones en los manglares de Cuba. Es cosa curiosa esto de que un caballero particular, con quien ayer nadie se metía, de repente y por el hecho de haber leído en público unos versos que agradaron infinito y se aplaudieron á rabiar, se convierta, para otro señor que escribe en los periódicos, en ser vitando, reo de excomunión, al cual hay, no solamente que negar el agua y el fuego, sino que apedrear, escarnecer y maldecir unos cuantos días por semana. Este fué el caso de Ferrari, que expió su triunfo en el Ateneo con cientos de furibundos paliques, donde se demostraba ce por be que era un acéfalo insipiente y un chirle, ebene y sacaplastos de la literatura.—El mejor soneto de Ferrari, y uno de los mejores sonetos psicológicos de la lengua castellana, es el que escribió en desdén de esta campaña, no sólo injusta, sino posma en extremo, porque la atención del crítico digno de este nombre debe estar vigilante á todas partes, y no concentrada con saña pasional en un objeto solo, lo cual parece característico del odio y de la venganza, idénticos al amor en figurarse que la manifestación de los sentimientos de cada uno pueden interesar, atraer y distraer al resto de los mortales.

Y acaso los nervios de Ferrari se resintieron. No lo sé; jamás me lo dijo; lo indico como una suposición. Ese tinglado de los nervios debe de ser delicadísimo, fácil de desbaratar, y á veces se desbarata por mucho menos. La gente desgrana la sarta de sus consejos prácticos: «No hacer caso.... reírse..., despreciar...» El que puede seguir tales máximas, es que no las necesita; es que lleva en sí mismo el broquel, la coraza. Cada persona siente de un modo peculiar suyo, y esto no hay sabio consejo que lo remedie. El mal viene de lo interior, y del bien, puede decirse otro tanto. Temamos siempre causar un estrago que zás desproporcionado al golpe que nuestra mano descarga. Cuidemos de no golpear, porque al golpear pudiéramos herir, y al herir pudiéramos matar...

Para el puesto vacante en la Academia de la Lengua he oído pronunciar el nombre del marqués de Cerralbo y el del poeta lemosín Teodoro Llorente. Es cierto que éste reside en Valencia; pero el novelista Pereda residía en Santander, y no fué impedimento.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue la criminalidad brutal enseñoreada, no sólo de las planas de los diarios, sino de nuestra atención, de nuestras reflexiones (amargas, claro es) y de nuestra sensibilidad, que sólo debieran afectar las cosas bellas y grandes. Así como negamos el estómago á los groseros condumios de las tabernas y figones, así debiéramos negar el cerebro á las imágenes feroces, horribles, de que incesantemente lo pueblan esos relatos análogos á los romances de ciego que en ferias y plazuelas se escuchan, acompañados de la inevitable exhibición de un cartelón embadurnado de almagre y añil, que reproduce las escenas más espeluznantes del drama referido en el romance. ¿Quién duda que la imaginación se pervierte; quién duda que las multitudes, saturadas de sangre, barbarie y atrocidad, propenderán á engendrar en su seno monstruos como el «profesor de energía» á quien no debieron llamar de apodo el *Hojalata*, sino el *Placa de blindaje*, ó algo más recio, si lo hay en metalurgia?

Acaso ese hombre, en otras circunstancias, con otra educación, en vez de ser el cobarde asesino de dos mujeres, fuese un héroe. Fundo esta hipótesis en el modo que tuvo de suicidarse, revelador de una presencia de espíritu asombrosa, y además, de cierto sentimiento de justicia; porque si en vez de matarse se entrega, á estas horas está comiendo el rancho carcelario, sin el menor miedo al patíbulo, jamás erigido ya para la detestable y vil ralea de jaques y matones feminicidas que una fraseología seudo sentimental ha bautizado con el nombre de «criminales pasionales.» El *Hojalata* hubiese ido á presidio, todo lo más; y del presidio se vuelve... Al suicidarse, este hombre-fiera se impuso la sanción penal que seguramente no le impondrían los tribunales.

¡Qué rabioso valor hace falta para suicidarse así, agarrándose al rayo y haciéndose carbonizar por él! Yo creo que en la estadística de las muertes voluntarias no habrá muchas comparables á ésta. Si el rayo estuviese en el suelo, bastaba inclinarse; el gesto de dejarse caer, que es el gesto de la renunciación, era suficiente... Cuando se sabe que se va á dejar la vida, sería presumible que las fuerzas estuviesen agotadas y que las piernas, flacas y temblantes, rehusasen hacer su oficio. Las piernas del tremendo asesino estaban tan firmes y ágiles, que le consintieron trepar por un palo á considerable altura, con ligereza de mico ó de acróbata. Momentos antes, la mano que iba á empuñar el rayo una fracción de segundo, trazaba cartas sin ortografía, pero con la precisión de una factura comercial, recordando deudas, especificando datos y hasta dando señales para confirmar el aserto, enorgullecedor y miserable, de haber obtenido favores de la víctima... Esto, con la guardia civil á los alcances, sin papel, en fragmentos de estraza, y al pie del poste fatal, por el cual iba á realizar su ascensión pavorosa camino del no ser...

En la historia de este criminal hay romance de ciego, quién lo duda; pero hay algo más allá del romance de ciego, y es esa salvaje decisión realizada tan completamente, tan radicalmente, y adoptada de pronto, en la deficiencia de arma con que cortar el hilo vital, de una puñalada tan certera como las dos que recibieron las desventuradas mujeres. Aplicad esta valentía de tigre acorralado á un objeto noble y heroso, en acción de guerra, en defensa de algo que pudiese embellecer la acción..., y ni Prometeo ni Hércules, fabulosos semidioses, habrían llegado en sus proezas más allá que el artesano madrileño al encaramarse por el poste con las manos tendidas en dirección de la centella mortal.

Al lado de esta tragedia plebeya—que me ha recordado, exagerándolas, las que solía representar la compañía siciliana de Ferrau Aguglia,—palidecen los demás menudos incidentes de sangre: suicidios corrientes, asesinatos que ya miramos como familiares, quimeras y grescas de cada día, la fermentación pútrida de Madrid... Proporcionalmente á la densidad de su población, Madrid es más criminal que París ó Londres, y se explica, porque es más ignorante, más desocupado, más juerguista y menos vigilado que esas otras grandes capitales. Existe en Madrid un contingente formidable de semi-artesanos, que no trabajan de un modo regularizado, serio, constante, según se trabaja en Cataluña; sea porque no encuentren dónde, ó sea, y esto yo he visto prácticamente que sucede, porque si encuentran, les repugna sujetarse á la labor seguida, única que puede salvar á un trabajador de la miseria. Trabajan impulsados por la tiránica necesidad, y así que tienen en el bolsillo del chaleco un duro, interrumpen, con especiosos pretextos que nunca faltan, la continuidad de la tarea, y hasta que le rompen el alma al duro permanecen de asueto. Los lunes es difícil atrapar á un operario: aunque sea sobrio (los hay) y no esclavo del copeo, las distracciones del domingo, el absurdo teatro hasta las mil y quinientas (¡qué bien pensado está eso de reglamentar las horas de los teatrillos!), la galantería, los cafés, le han incapacitado para el esfuerzo de voluntad que exige volver á empuñar la herramienta. Aparte del descanso dominical, aprovecha el operario el descanso de un sinnúmero de festividades, algunas de las cuales no son precisamente para la iglesia, sino inventadas por la holgazanería; y el menor suceso, sea del orden oficial ó del privado, basta para cohonestar con él pasajeras vacaciones. Yo conocí este año á un operario (por cierto muy hábil en su oficio) que *cató* quince días justos porque su mujer había dado á luz. Y se me ocurrió preguntarle, cuando expiró el plazo:

—Pero ¿su señora de usted tuvo fiebre ó tuvo algún retroceso?

—No, señora. Ha seguido desde el primer día tan perfectamente.

—¿No tuvo quién la cuidase? ¿La cuidaba usted?

—No, señora... Ya ve usted, eso no es cosa de hombres... La cuida su madre y una hermana...

—Y entonces, ¿por qué no ha trabajado usted como siempre? Porque en la casa hay una boca más.

—Verdad es... Sólo que por lo de ahora, esa boca tiene la comida lista, y ya ve usted..., cuando pasan cosas así..., los hombres...

De aquí no le sacábamos; los hombres, como nadie ignora, son unos seres rarísimos, que cuando da á luz su hembra, tienen que tumbarse á la bartola...

Tales filosofías predican á cada instante los que yo llamo semi artesanos, para tomar dos dedos de luz y marcharse por ahí, á ese planeo entreverado de espectáculos y diversiones baratas, ocupación de medio Madrid la mitad lo menos del año. Si es Carnaval, ¿quién no echa una cana al aire? Si Pascua, ¿va mangue á quedarse sin toros? Si santo del rey, ¿quién no es monárquico? Si hay manifestación ó *meeting*, ¿quién no se precia de republicano? Si hay fiestas, percalina por las calles, batallas de flores, ¿se concibe función sin tarasca? Que llega San Isidro, ¿para cuándo son la alegría y el rumbo, sino para las praderas? Que viene Navidad: aquí del besugo, el morapio, la zambomba, la pandereta, el cantar y el alborozarse... y el pegarse, si cuadra. En suma, si se saca la cuenta de los días útiles de estos operarios mal avenidos con la faena, quizás resulten menos que los días despedigados y desgranados sin fruto. Un operario gana, por ejemplo, cuatro ó cinco pesetas de jornal—este salario no es de los más exorbitantes en Madrid;—y lo que gana, realmente, son dos pesetas ó diez reales, que no alcanzan para sostener una familia, al precio actual de los artículos de primera necesidad. Dicen que están muy mal, que no les alcanza; sóbrales razón, pero fáltales agregar el cálculo de los días que trabajan efectivamente. Si lo agregasen, se explicaría el fenómeno.

Y se explicaría también, en muchos casos, la criminalidad exasperada, los robos como el que arrebató al honrado, laborioso y desafortunado platero de la Carrera de San Jerónimo el modesto fruto de toda una vida—¡esa sí!—de trabajo incesante, y los atentados como el del *Hojalata*, que al perseguir á la viuda del Rastro, establecida, opulenta en su esfera, lo que perseguía era el capitalito de doce mil duros, con el cual podía pasarse la vida cruzado de brazos. El crimen del *Hojalata* no es nunca el crimen de un obrero constante en el trabajo, convencido de que ha de ganarse el pan, salvado de las sugestiones del vicio por la sencilla aceptación del deber cotidiano. En las poblaciones realmente trabajadoras, los crímenes escasean.

***

Leo en los periódicos el fallecimiento de un antiguo amigo, el marqués de Campo Ameno.

Cuando le conocí, no poseía título nobiliario alguno, y era sencillamente profesor en la Universidad Compostelana. Hoy desempeñaba el cargo de vicerector en la Universidad Central, y era persona de alto copete, de posición considerable. En treinta y pico de años, el joven catedrático que en la época agitada que precedió á la Restauración fué un testimonio de cómo se abre brillante carrera al que aplica su inteligencia á tal fin—proceda ó no de modestísima clase,—llegó á cuanto es posible llegar dentro de esa carrera: si no hubiese muerto relativamente joven, el rectorado de la Central le sonreía en perspectiva. D. Prudencio Mudana no poseía, sin embargo, uno de esos talentos brillantes é indiscutibles; reunía facultades equilibradas, normales, y acaso esto sea el mejor lote que puede traer al mundo un hombre llamado á luchar para vencer en el orden práctico. Cuando el marqués de Campo Ameno comenzaba á hacerse notar y aplaudir por su facilidad de palabra, su lucidez de percepción, su memoria feliz y su erudición no común, despuntaban á su lado otros profesores también jóvenes, dotados de facultades realmente extraordinarias. Uno de ellos, el profesor de Química Laureano Calderón, hermano del ilustre escritor D. Alfredo Calderón, producía el efecto de atesorar la inteligencia más poderosa entre cuantas aparecen en una pléyade intelectual. Sin embargo, el camino andado por Laureano Calderón—á quien arrebató también la muerte en plena madurez—fué senda pedregosa y olvidada: yo le vi en Madrid, en su laboratorio de la calle de Carretas, donde trataba de defenderse y vivir, después de haber estudiado en el extranjero lo más adelantado de su árdua especialidad. Obscuramente arrinconado en una provincia, acabó sus días Augusto Linares, otro profesor del cual se presumía que refrescase los laureles de nuestros grandes naturalistas, aquellos que en las Indias españolas echaron los cimientos de un movimiento científico secundado, pero no iniciado, por los Lamarck y los Buffon. ¿Fué culpa de un fenómeno de inadaptación al ambiente el que estos hombres de verdadero y prestigioso valer ni aun hayan sido conocidos de la generación en que aparecieron? ¿Qué les faltó, para haber influído en ella, en el sentido peculiar de sus trabajos científicos? Lo que sé es que, á los veinticinco años, todo el mundo les pronosticaba cosecha de gloria.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida situaciones de verdadero compromiso, de las cuales sólo nos sacaría con bien una ruda franqueza á lo D. Frutos Calamocha, ó una diplomacia digna de Metternich. No poseyendo ni una ni otra, es indecible el apriето en que nos vemos los que somos á la vez personas bien educadas y consecuentes aficionados al Arte.

Es el caso que nos traen á consulta un drama, libro, cuaderno de poesías ó artículo periodístico, fruto de un ingenio novato que no acierta á darse cuenta de si está en cinta de la inmortalidad, ó solamente de un ridículo ratón. Generalmente viene el embuchado muy primoroso, atadito con cintas, sellado con lacres, escrito en terso y satinado papel, con impecable letra redonda, ó con excelentes caracteres dactilográficos. Acompáñale una carta rendida y rebosante de expresiones y efusiones, donde el principiante os confía sus aspiraciones, sus ensueños, lo que representan para él aquellas cuartillas, en las cuales ve cifrado su porvenir y cimentado el edificio de toda su vida. Los programas y las esperanzas algo difieren, aunque en el fondo vengan todos á ser lo mismo. El uno tiene interés en publicar un tomo de versos, que la crítica aplauda y el público lea y pague, á fin de poder establecerse en la corte con una base suficiente de celebridad, que le abra todas las puertas y le conciliе todas las voluntades. El otro aspira á dar á luz un artículo, para ingresar en la redacción pagada de algún diario de los de mayor circulación. El de acá quiere sentar plaza de novelista, porque con un par de novelas que publique al año, podrá sostener á su familia, compuesta de madre, esposa y dos niños pequeños. El de allá cuenta con el éxito del drama ó comedia ó juguete (lo que Dios quiere que sea) para empopar sus pretensiones á una buena colocación, que le salve del apuro económico en que está atollado. Y hasta hay alguno que ansía verse llevado en trompeteos de la fama vociglera, al único y exclusivo objeto de probarles á los papás de una novia, que se oponen á las relaciones, que no tienen pizca de olfato y que están desairando á un genio.

Y todo esto es respetabilísimo, y simpático, y muy de desear que cada cual de los aspirantes obtenga lo que ansía y se encuentre en menos que canta un pollo saludado y aclamado por la prensa y las muchedumbres como al triunfador se aclama y saluda... Lo grave es el papel personal que nos atribuyen para llegar á resultados tan plausibles y convenientes.

Como que, si nos atenemos al texto de la carta, de nosotros depende que sucedan las cosas conforme á los anhelos del expositor, ó que, al contrario, se obscurezca para siempre su estrella literaria. Nuestro juicio es seguro, nuestro fallo inapelable, nuestro voto es el que va á decidir de una suerte, de un destino. Si encontramos *algo*, la señal del ángel, la marca de los elegidos, en el texto..., ¡ah!, entonces el autor puede cantar victoria; y en cambio, si condenamos á aquellas pobres hojas al fuego ó al olvido..., ahí tienen ustedes á un individuo sentenciado eternamente á vegetar en la obscuridad, inerme para la lucha por la existencia, amputado de la frondosidad de sus ilusiones, relegado á la prosa de un trabajo manual ó á las grises y polvorientas rinconadas de una oficina..., si por lo menos encuentra tales medios de subsistir, y si nuestro fallo cruel no le ha cerrado hasta ese refugio...

La carta, por otra parte (estas cartas se parecen entre sí como la gota de agua á la gota de agua), encierra reiteradas protestas de que se nos pide sinceridad, únicamente sinceridad. Que ningún estímulo de compasión tuerza nuestra vara de justicieros literarios. La verdad, la verdad implacablemente. Por dura que sea, la oirán resignados y la estimarán agradecidos. Un desengaño á tiempo, es una prueba relevante de simpatía y de bondad. No vacilemos: descargуemos el golpe; es el servicio que se nos pide, como se le pide al médico, á la cabecera del enfermo, la decisión suprema...

Y henos aquí sumergidos en el piélago de las dudas y las incertidumbres más angustiosas. Por curtidos que estemos en este ejercicio de las letras; por muchas cicatrices de veteranos que surquen nuestra piel; por conocido que tengamos el juego del amor propio y el tinglado de las vanidades, todavía conservamos un resto de fe y mucho fondo de sensibilidad, que nos obligan á interesarnos por lo que, en rigor, ni nos va ni nos viene, y á creer en lo que sabemos pertinentemente que no es cierto. La experiencia y la razón nos dicen que, si escribimos francamente lo que pensamos de artículos, poesías, dramas, novelas, etc., nos ganaremos seguramente un enemigo encubierto ó descubierto, y para el autor, su familia y una docena de jaleadores, que á nadie le faltan, seremos ó ignorantes ó envidiosos. Dícenos también la misma experiencia, que si velamos nuestra opinión con eufemismos discretos, con paños calientes delicados, tomarán el parecer como suena, no atenderán á la insinuación, y será como si hubiésemos emitido una opinión categóricamente favorable. Y en el caso de que apelemos á la piadosa mentira, y vaciemos el saco de las alabanzas, surgirá el compromiso mucho más serio. Entonces os pedirán que saquéis de pila al nene... Ese requisito bastará para que, cual si le comadrinase algún hada, corra la más próspera fortuna.

Y bien—preguntará algún curioso—¿no puede suceder que tal cual vez, efectivamente, un talento ignorado os envíe sus primicias, y tengáis el gusto de ser el primer astrónomo que señale la aparición del hasta la fecha desconocido asteroide?

¡Dios mío! Todo es posible, seor curioso; todo cabe en este mundo. Porque no nos haya ocurrido nunca el feliz evento, no estamos autorizados para negar su posibilidad.

Generalmente, el manuscrito que llega á vuestras manos ya ha pasado por otras, y sois—sin saberlo—el Tribunal supremo llamado á decidir en última instancia. Autores hay que han encanecido en brega obscura, cuando se os presentan con el pelo suelto y la falda corta de jugar al corro. Los dramaturgos os ofrecen lo que veinte empresas rechazaron, lo que ya amarillеaba en el fondo de un cajón. Los novelistas acuden á vosotros porque diez editores les fallaron, aun ofreciendo gratis el manuscrito. Los vates llegan cansados de enriquecer álbumes, abanicos, hojas semanales de publicaciones; de leer en público y en privado; de intentar por todos los medios que se oiga su aldabonazo poético. Apelan á vosotros, justamente porque el público se hizo el sordo. Quieren que les sirvais de aldabón más recio. No buscan vuestro parecer, sino vuestra fuerza, chica ó grande. Es el instinto, muy natural, de aproximarse para sostenerse. Bastantes de esos que así se aproximan, por ventura ni os han leído. Estos postulantes conocen el ruido de un nombre, y les basta. No representan vuestra dirección estética; acaso, si os han leído, os han depellejado el día antes en el café ó en el casino local; acaso por sus labios ha rodado la burla, la sátira envenenada, repetida como repite el niño las palabras gordas que escucha en la calle. No os fieis, pues: no os fieis de la cortesía que os mueve, de la cordialidad que os empuja, del deseo de hacer bien, tan natural en nuestros corazones cuando no se hallan gangrenados. Temed, sobre todo, que una debilidad de carácter os lleve á transigir y á manifestar una aprobación no sentida. Porque de esa concesión tendréis que pasar á otras, y os encontraréis, sin saber cómo, responsables de toda la orientación de una vida.

Y además, ¿quién está seguro de decir con certeza: este joven, este novicio, es palo de obra? ¿Quién es capaz de vaticinar—porque un vaticinio es lo que se nos pide—el éxito de un drama, el cómo caerá una novela, la cara que pondrán los lectores á una serie de artículos?

Los primeros trabajos de un escritor, rara vez dan idea exacta de sus aptitudes. Balzac escribió más de veinte novelas, que repudió y de las cuales no quiso reconocerse autor; detestables las creía, y la crítica está conforme en que lo eran. Los tempranos versos de Víctor Hugo en el colegio no valían nada. Racine empezó por un drama que hizo trizas. Casi siempre se presta un mal servicio á un autor, cuando se publican sus trabajos juveniles.

Dentro de mi modesta posición respecto á los genios que acabo de citar, á mí me ha sucedido que, á los veinte y pico de años, escribí mi primer cuento, y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

—No te da el naipe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar á escribir cuentos para toda tu vida; es indudable que careces de las condiciones del cuentista, que son rapidez y una gracia especial, como la que posee Alarcón, por ejemplo...

Y me avine completamente á la opinión de mi padre, y quemé aquel cuento, que se titulaba, si mal no recuerdo, *La mina*, y en seis ó ocho años no volví á pensar en contar un cuento á nadie; y acaso no hubiese vuelto en mi vida, si no acierta á caer en mis manos un artículo de Revista inglesa sobre la «primer herrumbre,» ó cosa así, de los autores; artículo atestado de hechos, en demostración de que los ensayos, para contar verdad, han de ser tenaces, repetidos y contrastados, no por un amigo ni por un círculo de amigos, sino por una masa de lectores indiferentes y desinteresados.» Hízome esta teoría ceder á la tentación, reiterada y vencida siempre, de escribir otro cuento, y sobre todo de publicarlo; y á la verdad, no puedo quejarme de la suerte que, desde entonces, ha corrido esta parte de mi producción literaria.

Así es que, cuando se nos pide una opinión decisiva, es un lazo lo que se nos tiende, ó un lazo el que se tiende á sí propio el autor. Si nos equivocamos—y queda demostrado que es tan fácil equivocarse con la mejor intención—pesará siempre sobre nosotros la cuenta del error cometido. Debemos, pues, sistemáticamente, recusarnos.

Otro poeta ha seguido á Emilio Ferrari al sepulcro. El poeta se llamó Ricardo Gil. No he llegado á conocer de él sus obras, sus dos libros de versos, *De los quince á los treinta* y *La caja de música*. Si alguna vez le hablé, no lo recuerdo.

Era murciano. Es cuanto sé de su biografía, y no disculpo mi ignorancia: la confieso. Vivo tan alejada de lo que se llama *círculos literarios* (á excepción del Ateneo de Madrid, al cual sólo concurre determinado personal, aunque de lejos pueda parecer que todos los escritores han de frecuentarlo), que muchas existencias de personas más ó menos señaladas por sus merecimientos en varios ramos de las letras se deslizan íntegramente lejos de mí, fuera de mi radio. Y si á esto se añade que un escritor se encierre, como dicen que se encerró Ricardo Gil, en voluntaria penumbra, se explica la completa carencia de notas biográficas que respecto á él me aqueja.

Abro los libros—me los había enviado á su hora, cariñosamente dedicados—y los hojeo deteniéndome en algunas composiciones, para darme cuenta de lo que hemos perdido al perder á este poeta oculto bajo las hojas, no de las tímidas violetas, pero sí del papel de los diarios, que no le nombraban nunca. Y reconozco que era Ricardo Gil uno de los *menores*, según él mismo se define:

> Lector: el vino que á ofrecer me atrevo
> no es dulce, y en el alma no provoca
> ni el delirio del genio, ni la loca
> risa del vino nuevo.
> Cuando se espuma á la cabeza sube,
> no engendra pesadilla abrumadora,
> sino la cide con ligera nube
> del color de la aurora...

Estas estrofas de la *Invitación* dan la nota y la medida de la musa de Gil. Es en efecto su vino un vino que no embriaga, ni alza espuma. Su nota es plácida, benigna—de esa placidez y benignidad que parecen patrimonio de una generación postromántica, pero no curada aún de la melancolía del romanticismo.—Las nuevas corrientes literarias, el sentimiento nuevo, por decirlo así, de la generación contemporánea, no habían llegado hasta él; en su lira no encontraron eco. Y esta poesía donde no palpita una angustia intensa, ni una aspiración sedienta y de luengas alas, nos parece, en la orientación actual de nuestro espíritu, algo como manjar sin especias, ó tela palidecida donde los colores ya no despiertan el goce de mirar. En suma, el tiempo había pasado sobre los versos simpáticos y nobles de Ricardo Gil.

Citando de él algo que pueda dar idea de su mejor inspiración, recuerdo un soneto que, sólo por el primer verso (que acaso debiera ser el último, resumir el pensamiento), merece vivir siempre en las letras castellanas. Helo aquí.

> Despierta, voluntad, que siempre es hora
> de que velando estés; mas llegó el día
> en que es tu sueño infame cobardía
> si fué hasta aquí pereza soñadora.
> Despiertas y la pasión encerradora,
> la queja estéril y la duda impía
> desvanécense ya como la fría
> lóbrega noche al despertar la aurora.
> A la común batalla vuelas, y ríde.
> Truecas ya lo ideal por la bandera
> que el labio adorna ó que la sangre tiñe,
> y ante el peligro irguiéndote severa,
> si no con la del triunfo, sé un momento
> grande con la grandeza del intento.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y los niños? ¡Esperando juguetes!.. Porque es el momento en que deben tenerlos á espuertas los Magos...

Esperando juguetes se pasa la vida, si lo miramos bien, toda la humanidad; no sólo aquella que todavía tiene el derecho de emocionarse ante un caballo de cartón ó una muñeca de biscuit.

Pensad, en efecto, quiénes son más chiquillos. ¿Los que colocan el zapato en la chimenea la noche del 5 de enero, ó los que en el día consagrado de la lotería de Navidad, el 23 de diciembre, aguardan, con el corazón dando brincos, la aparición de la lista grande?

Al ver el rápido y vertiginoso desenvolvimiento de las esperanzas que la lotería fomenta, se vuelve uno más idealista de lo que es, notando como un sucño puede dar fiebre y hacer temporalmente felices á tantos seres humanos, y al otorgarles esta felicidad imaginaria, arrancarles su dinero contante y sonante, extrayéndoselo como se extraen las muelas, según fama, por medio de la cocaína: sin dolor.

La extracción del dinero es, sin embargo, operación difícilísima, generalmente hablando; pero la lotería hace excepción á esta regla. No sólo afluye y chorrea el dinero en las Administraciones, sino que la participación en los décimos, una vez expedidos, se convierte en verdadero pugilato. Ahora, por ejemplo, en Túy, hubo quien solicitó llorando y de rodillas una participación. El dinero, al llamamiento de la participación, parece brotar del suelo, cuajarse en el aire y caeros en las manos. Es uno de los casos más curiosos y dignos de observarse este furor de desprendimiento interesado que provoca la lotería.

No sólo suscita fenómenos de generosidad: también determina corrientes de superstición. Todo juego (sea ó no sea de azar) posee esta misma virtud. Pero la lotería, juego más general, juego de familia, de todo el mundo, en todo el mundo influye, y revela plenamente que nadie deja de ser supersticioso como un napolitano.

Y es que la lotería, tal cual hoy está organizada, con sus premios fabulosos, su martilleo y sugestión incesante de enriquecimiento súbito, sin esfuerzo ni labor de ninguna especie, es el mecanismo más seguro para barajar sesos que cabe inventar.

Yo no soy opuesta á la lotería. Podría serlo si colocase al Estado sobre el individuo. Como coloco al individuo sobre el Estado, no atribuyo á éste papel de tutor y educador de los adultos, y no le llamo inmoral porque ponga á contribución la esperanza. Quizás la lotería es un gran acierto psicológico. Hay muchos días—y un mes entero, el de diciembre—en que la inmensa mayoría de los españoles creen á puño cerrado que van á ser ricos. En ese plazo de tiempo son felices. No cabe pedir más.

Ni son sólo los españoles. La lotería ha andado mucho camino en Europa y América: se juega en todas partes.

Sin embargo, estoy convencida de que es preciso gastar capa de vueltas de *pelis*, comer garbanzos y concurrir diariamente á la *peña* de un café, para sentir, en toda su intensidad, la emoción y el goce peculiar de la lotería. En esos corros tan hispánicos de los cafeuchos y las tertulias camilleras; en la familiaridad, siempre excesiva, del trato que allí se establece, es donde las jugadas de lotería prosperan y se inflan, absorbiendo el escaso numerario disponible de los concurrentes. Allí es donde el comentario mil veces repetido va creando y cristalizando la leyenda, la eterna leyenda del Dorado, que antaño costó tantas vidas.—Esa leyenda refiere como (y se sabe de público) un negociante arruinado, amenazado de la quiebra, con el revólver al alcance ya de la mano temblorosa, recibe devuelto un billete de un socio, lo deja indiferente sobre el pupitre—y amanece seis veces millonario.—Esa leyenda refiere como un empleado de corto sueldo, obligado por un compromiso de delicadeza á aceptar un décimo, é imposibilitado por una enfermedad de dar en él participación á nadie, se levanta de la cama donde pensó dejar los huesos, poseedor de seiscientas mil pesetas. Esa leyenda narra como una modistilla, por arriesgar un duro, consigue un dote de seis mil, con el cual se *establece*. Y esa leyenda, que calienta las cabezas, va contando reiterados golpes de azar, conjuros de hechicería, inesperadísimas venturas que dan vértigo; y no queda nadie sin rascarse el bolsillo, sin tentar á la caprichosa. ¿Quién sabe?.. En estas dos palabras se contiene lo infinito. .

Hecho el sacrificio—tanto mayor cuanto más pequeño, porque está en relación con la exigüidad de la bolsa—empiezan los planes. Este período de los planes es delicioso. Vale él solo por un premio; de los grandes. En él se desahoga la fantasía, se expande el deseo reprimido y callado, se desenvuelve la verdadera individualidad. Dime lo que deseas y te diré quién eres.

Hay innumerables individuos para quienes el ideal se resume en la aspiración del borracho que decía: «Si yo soy rey, no salgo en todo el día de la taberna.» Al calcular la probabilidad de ser ricos, los borrachos (borrachos no de vino solamente) discurren así. El uno piensa en viajes, el otro en coches y automóviles, aquel en construir, el de más allá en convidar, obsequiar y dar dentera... No es por afán de diferenciarme del resto de la humanidad; es acaso que el ver á la humanidad haciendo perpetuamente el mismo gesto, inspira deseos de inventar otro. Ello es que sé decir de mí, con sinceridad absoluta, que al cruzarme por la mente la contingencia de que un décimo comprado sin ilusión alguna puede obtener premio, no recuerdo jamás que esta idea haya ido acompañada de planes. Se me figura que al día siguiente de ganar el *gordo*—si tal breva me cayese—haría exactamente, y por bastante tiempo, la misma vida que hago hoy. Veo en ella poco de modificable, dada mi manera de ser. No negaré que me alegraría mucho, pues á nadie le amarga un dulce; y sería bien simple quien en esto se la echase de estoico. Los planes y los bruscos cambios de situación es lo que no concibo. Lo primero, por fantástico y vano; lo segundo, por cosa de mal gusto, que huele á *parvenu*.

Y volvamos á los juguetes... ¿Cree algún niño en la venida de los Reyes Magos? Es evidente para mí que no; y con todo eso, nunca como ahora estuvo difundida la costumbre de poner el zapatito. Quizás sucede con esto lo que con los reyes de verdad: hoy casi no existe la ciega, antigua adhesión monárquica, y sin embargo, jamás se ha visto tan afianzada la institución, á prueba de revoluciones. Los niños, diplomáticos precoces, aparentan hallarse convencidos de que tres figurones orientales, de luengas barbas y mantos de púrpura, vendrán la noche del 5 á su dormitorio y les dejarán sobre la camita ó en la ventana un cesto colmado de *lalalos*, como en mi tierra se dice... Y riendo de la candidez de sus papás, los pequeñuelos se aduermen, sin pizca de curiosidad de ver á los Magos, porque no los hay—¡si lo sabrán ellos!

Pierden el tiempo los padres que entran de puntillas; no saben que la inocencia desapareció, huyó del mundo, como de Grecia huyó la moral... Es un tácito convenio: los chicos hacen que creen, los padres hacen que aprovechan esa credulidad para sembrar un germen poético en el alma de su prole. Y el nene dice á la nena, cuando la ve extasiada porque los Magos han traído precisamente una muñeca de traje rosa igual á la que ella señaló en el bazar:

—Ere choncha, mujé... ¿No ha de sé igual, si e la mima?

Generalmente, en estas sorpresas meditadas para divertir é impresionar á los niños, quienes se impresionan y solazan son los mayores. Sabemos que el hombre es niño eterno, y que según el gran poeta muerto,

> la niña es la mujer que respetamos,
> y la mujer, la niña que engañamos.

La infantilidad que persiste en nosotros toda la vida, se patentiza en bastantes circunstancias, y una de ellas son las fiestecillas llamadas de los *árboles de Navidad* (no entiendo por qué ha de escribirse de Noel; cualquiera creería que nos falta el vocablo exacto y propio).

Lo primero, noto que cuando en una casa se da este género de fiesta, las señoras metidas en años y que no tienen chiquillería, se pirran porque las inviten, y hasta se pican si de ellas se prescinde. Hay un día en el año en que desearían gastar faldellín, llevar el pelo tendido, un lacito á la izquierda y un hilo de coral rosa al cuello. Si las invitan al fin, el árbol las produce transportes, tan vivos como los que pueden sentir las criaturas: admiran todo en él, los farolillos de papel de seda, los adornos de papel de plata, oro y talco, las monerías pendientes de cada rama; y no sosiegan hasta poder deslizar en el manguito alguna de esas bagatelas, que por una peseta se compra y que generalmente se ofrece al niño del portero... No es el valor del objeto codiciado lo que despierta la codicia: es el encanto de sentirse criaturas una vez más...

Acaso hemos firmado un pacto secreto para estas debilidades... Es un desquite que nos tomamos, contra la suerte avara, que acorta los contados hermosos días y extiende largamente la gris sábana de la vejez. El día 5 de enero, todos quisiéramos ser niños, y que, mientras dormimos, alguien pensase en nosotros para prepararnos una alegre sorpresa...

El año que va á empezar lleva una fecha llena de recuerdos históricos: ¡1908! Este 8 suena virilmente á patriotismo y huele á pólvora. ¡Cómo varía todo, en el espacio de un siglo! 1908 será, de cierto, el más pacífico, el más burgués de los años—al menos en España.—Se festejará, eso sí, el recuerdo de los sitios de Zaragoza; habrá evocaciones de una época de la cual nos separa tiempo tan corto (históricamente hablando), y un abismo, en lo moral..., pero de cierto no realizaremos proeza ninguna, y los recios aragoneses que se defendieron como leones habrán sido acaso los últimos de su raza...

No hay que echar de menos un período tan cruento y terrible como el de la guerra de la Independencia; lo que sí debemos sentir es no poseer actualmente la musculatura moral de entonces. Esta España debilitada y anémica no puede menos de recordarnos, con comparación nada lisonjera, la España que hace cien años daba de sí magnífica muestra al mundo.

1908... Ignoro lo que traerá consigo, pero de seguro no será nada que señale surco muy hondo. Dijérase que cada vez se normaliza y encauza más la vida de las naciones. Las guerras son hoy premiosas, lentas, difíciles de estallar. Las revoluciones—otra forma de la guerra, explosión de la civil—escasean, ó puede decirse que han desaparecido. La iniciada en Portugal tantas veces, aborta de continuo; la de Rusia no acaba de brotar franca; es un sarampión retirado. Europa ha entrado en su edad madura, y de América, donde parecía prolongarse el período constitutivo, cabe ya decir otro tanto: está constituída, dentro de su juventud, como pueblo independiente.

No nos reserva, pues, la política, en el entrante año, ni sustos ni alegrías: pasará el año sin pena ni gloria, como esas piececillas insulsas y esas corridas de toros lánguidas, de las cuales se sale entre bostezo y complacencia. El arte, en este año, ya mordido por la lima á la hora en que mi crónica se publique, ni subirá ni bajará: se mantendrá entre las dos aguas del realismo y del post-romanticismo, que hoy por hoy le bañan. Y respecto á otros acontecimientos..., pudiera adelantar (pero sin salir responsable, porque son cosas que me ha dicho una echadora de cartas, y ya comprenderéis que no merecen fe) lo siguiente:

En Francia se relajará por completo la disciplina militar.

En Alemania enviarán á presidio á Harden.

En el Japón se prepararán muy bien, y sin embargo, no llegarán á enzarzarse con los Estados Unidos.

En Rusia morirá Tolstoy, se arrojarán algunas bombas y estallarán varias minas.

En Portugal continuarán los disturbios y continuarán las instituciones.

En Madrid habrá un horrible incendio.

En San Sebastián, la temporada de verano flojeará.

No se ejecutará ninguna pena de muerte.

Lloverán indultos.

Lloverán crímenes espeluznantes.

No faltará un *pendant* á la catástrofe de Riudecañas.

Se estilarán las *sobrefaldas*, que es una moda asaz ventajosa, puesto que lleva mucha más tela, doble hechura, se arruga, pesa y no favorece. Se prestará, eso sí, á combinaciones enteramente caprichosas con trajes usados, y *refrescados* ad hoc.

No caerá totalmente el ministerio—gracias á Dios, que estamos enfermos de tanto cambiar sin objeto ni fin.

Y si estas profecías parecieseu aventuradas, recuérdese que el famoso y nunca bien ponderado D. Diego de Torres Villarreal escribió muchas, que unas se cumplieron y otras no, y no le llevaron por eso á la horca. Mi echadora de cartas, sin género de duda, no está ni siquiera á la altura del morabito que en la calle del Cairo, en la Exposición de 1900, me anunció con tal certeza una grave enfermedad para dentro de tres ó cuatro años—y acertó, por desgracia.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Qué es la *grippe*? Un duendecillo, un Proteo, un genio maléfico, al cual es imposible seguirle los pasos. Toma todas las formas; ataca á todos los órganos; se divierte en aparecer allí donde menos se piensa; disimula su malicia, oculta su fuerza, emboca sus baterías, se emboza en obscuridades, aparenta sencillez..., y se apodera del cuerpo, llevándolo, lentamente, hacia su destrucción. No hay nada tan insidioso como la *grippe*. Al pronto, nadie se cuida; y cuando quiere cuidarse, ha pasado la oportunidad: la *grippe* es ya más fuerte que nosotros.

Lo primero que causa la *grippe* es una debilidad general, una depresión de las fuerzas vitales. Se siente el molimiento que sigue á las palizas. De ahí el expresivo nombre de *trancazo*, que la *grippe* recibe algunas veces.

Ese molimiento prepara todos los demás fenómenos subsiguientes y concomitantes de la *grippe*. El estómago se anubla; la cabeza se aturde; la garganta se aprieta. Con una sensación de brasa ardiente en la laringe escribo esta crónica. No habrá que extrañar que también ella sea floja y débil, y parezca acalorada de apalear.

Si hay un suicidio romántico, es el de la joven terrorista rusa que puso fin á sus días porque el Comité no la confiaba una misión destructora; porque recelaba que no la creyesen capaz de hacer algo enorme y horrible. ¿Verdad que es cosa digna de tentar á un novelista, á un dramaturgo? Hace pocos días asistí á la representación de una bufonada que ahora lleva por título *La famosa Teodora* y que Tina di Lorenzo nos ofreció en primavera bajo el título de *La moglie d'Arturo*. La obra es un sainetón, basado en el propósito de una nihilista de pasar la frontera rusa para cometer una barbaridad. Como la farsa es inverosímil, la impresión que en el espectador produce es que no pueden existir tales mujeres, con tal exaltación de fanatismo. Y sin embargo, existen, y la *Elena* del sainete es una pálida calcomanía al lado de las nihilistas reales y auténticas, que guardan en su alma el volcán de esa pasión extraña, el amor de la muerte, de la sangre, del crimen político.

¿Por qué son especialmente las mujeres las que sienten este terrible impulso? ¿Es que efectivamente hay en ellas mayor sensibilidad, mayor dosis de idealismo—entiéndase como se entienda la palabra—que en el hombre?

Yo no lo he creído nunca. Los grandes arranques sentimentales y los grandes idealismos, la historia los señala en el varón. Fué el hombre quien se alzó para las Cruzadas; fué el hombre quien fundó las Ordenes religiosas; fué el hombre quien creó el arte. En esto la mujer va siempre á la zaga, y su entusiasmo y su vibración son meramente reflejados, no cabe duda. Sólo en estas crueles y candorosas bárbaras del Norte observo que sobrepujan á sus compañeros en decisión, ceguedad, energía y vehemencia. Ningún ruso, que yo sepa, se ha suicidado por desesperación de que no le encarguen suprimir al zar, ó por lo menos á algún general, director de policía ó ministro. Para llegar á esta demostración suprema del valor, comparable á la de Arria cuando decía á su tímido marido «no duele.» arrancando de las entrañas el sangriento cuchillo, es preciso ser mujer, sentir la necesidad de probar que no se es débil, que la fortaleza no es patrimonio del varón, y que tal vez el vaso más delicado encierra el licor más potente y esencial.

Y así ha bajado al reino de las sombras esa alma trágica, á quien Dante admitiría en los círculos de su infierno. Ha bajado con el ceño fruncido, los puños crispados, la boca contraída, los ojos fieros y centelleantes. El hilo de sangre de su herida resalta sobre la palidez del rostro; y al hallarla sufriendo el suplicio de los «violentos contra sí mismos,» el poeta florentino deja caer sobre la feroz virgen esclava una mirada de compasión...

Como lady Macbeth, la rusa puede decir «para esta acción quiero quitarme mi seso.» ¿Qué tendrá aquel país de negra gleba y blancas nieves, que de tal modo exalta á sus hijos? Trasplantados los rusos á París, se creería que la ciudad, animada y tranquila

Enrique Farman, que con su aeroplano ha realizado recientemente en París la prueba del kilómetro del circuito aéreo ganando el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. Véase la descripción en la página 66. (De fotografía.)

á un tiempo, laboriosa y prosaica, donde se come bien y se vive mejor, debiera aplacar su calentura y traerles al camino de la normalidad. París es un pueblo muy sensato, muy preocupado de intereses materiales, y donde, salvo algún que otro atentado anarquista, no se registran casos de insania política. Pero los rusos se traen en su samovar el espíritu de su tierra. Pasan por París como debieron de pasar por Corinto los apóstoles (salva sea la comparación, porque los apóstoles no intentaban hacer daño á nadie). Sólo están en París á fin de caer sobre el vasto Imperio; agazapados, aguardando la ocasión propicia.

Estos días se ha lamentado elegíacamente la clausura de Fornos, como si se tratase de la clausura de algún centro docente del cual saliese la luz para muchos cerebros y el consuelo y la dirección para muchas almas. Ni Boabdil despidiéndose de la Alhambra, ni los puritanos embarcándose en la *Mayflower*, han suspirado por lo que dejaban atrás, como los periodicos de Madrid suspiran y gimieron por Fornos, que á decir verdad es el foco de los trasnochadores y el sitio donde se arman las juergas y las broncas, y no le conozco otro mérito especial al famoso café, ya vuelto á abrir y funcionando de nuevo, para tranquilidad de sus parroquianos y paneguiristas.

Pocos años después de la Revolución de Septiembre, Fornos era todavía un sitio adonde se podía ir á cenar, *en bonne compagnie*. Señoras conocidas, gente de la buena sociedad, se iba allí después del teatro, y á nadie le parecía extraño ni inconveniente. Poco á poco, invadido Fornos por otra clase de público, perdió su clientela del gran mundo, y la adquirió literaria, política y alegre. Salió, para sus intereses, ganando; siempre estaba lleno Fornos, especialmente desde las doce de la noche á las cuatro de la madrugada. Y como el dinero no tiene blasón, yo comprendo que el popular café estuviese de enhorabuena.

Lo que desearía saber es la razón por qué, con tanta prosperidad, Fornos ha decaído y se ha visto envuelto en las redes del desahucio. Parece que, al contrario, deberían estar sus dueños nadando en oro.

¡Se han acabado los matrimonios por sorpresa! Con escelente acuerdo, la Iglesia ha declarado que no son válidos, á pesar de la teoría canónica de que, en este sacramento, los ministros son los contrayentes.

De diez veces nueve, el matrimonio por sorpresa consolidaba una locura, una chiquillada ó un cálculo interesado. De diez veces nueve, los que se unían así, á los pocos meses daban algo bueno por desunirse y quedarse como antes, libres, sueltos y señeros.

Matrimonio por sorpresa hubo en que los contrayentes no aguardaron ni esos pocos meses para echar cada cual por su lado. El caso fué curioso. Trataban de una heredera, y el tutor rehusaba el consentimiento y la tenía medio secuestrada. Una mañana, escapóse de su casa la dama; el galán ya la esperaba en la iglesia, con dos testigos. «Sorprendieron» al párroco, y cátalos marido y mujer. Pero sucedió que el novio, al ver realizados sus deseos y todo según su voluntad, sintió un impulso de júbilo, y en la misma sacristía rompió á bailar, haciendo zapatetas, como Don Quijote en Sierra Morena. Ver la novia el baile y concebir por el novio una especie de repugnancia invencible, fué todo uno. Ella esperaba sin duda ese recogimiento, ese transporte silencioso que da la felicidad verdadera. Aquella coreografía la hirió, como hiere la ridiculez de lo que amamos. Y desde la sacristía misma, con un bien buscado pretexto, se reintegró á su casa, al lado de su tutor. El novio tuvo la debilidad de no sujetarla con sus brazos, de no arrebatarla consigo; y ya nunca más volvieron á reunirse en este mundo.

El novio agotó todos los recursos para hacer que su legítima esposa se uniera á él. Ella se negó tenazmente. De ahí un pleito monumental, que duró diez años lo menos. Al cabo, como el matrimonio no era sino nominal, como desde el instante de la boda no habían cambiado una palabra los cónyuges, fué abolido, y ambos contrayentes quedaron libres y dueños de sus personas, decisión que sólo tuvo el defecto de haberse hecho esperar demasiado, por la lentitud de tortuga de los procedimientos legales.

Otro matrimonio por sorpresa me refirieron y es, cuando menos, original... La escena pasó en la Habana. Un joven oficial de la guarnición llevaba amorosas relaciones con una criolla rica y guapa. Los padres de la novia se oponían con todas sus fuerzas, y dificultaban, no ya la boda, sino hasta las más rápidas entrevistas. Se celebró un baile en el palacio de la Capitanía general, y á él fué invitada la familia de la joven, y á él asistió, naturalmente, el oficial peligroso. Los padres de la hermosa vieron, no sin profunda alarma é indignación, que el oficial sacaba á bailar á su hija, y que ésta aceptaba, y que se perdían, enlazados, en el torbellino del vals. ¡Que hubiesen dicho si supiesen que la pareja, cogida por la cintura, dando vueltas y más vueltas entre el gentío, había acabado por detenerse un momento solo ante el capellán del regimiento del oficial, que, grave, arrimado á una puerta, veía girar á los locos danzarines! El capellán de un regimiento es el párroco natural de todos los individuos que componen esta colectividad, y ante él, rápidamente, los enamorados murmuraron el «quiero por esposa...,» «quiero por esposo...,» que bastaba para consolidar la unión. El capellán, comprendiendo la ojeada suplicante y angustiosa del novio, vaciló un punto, y al cabo, vencido por la simpatía hacia su amigo y oficial, extendió los dedos y bendijo... Y al extinguirse la última cadencia del vals, al desceñirse los brazos de las cinturas, los dos enamorados quedaron tan casados como sus abuelos y mis padres, que es cuanto puedo decir de casamientos bien remachados y hechos según Dios manda...

La verdad es que todo esto era algo fantástico, y que el sabio y formal matrimonio del Concilio de Trento no debe andar en semejantes aventuras. No cuadran con su solidez, su seriedad y su empaque. Y como el casarse es cosa tan para pensada, cuantas más tranquilas se le pongan será mejor.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una inglesa neta, la mujer del célebre cabecilla carlista D. Ramón Cabrera, me respondió, al preguntarla cómo no venía al continente alguna vez: «En el continente llueve poco. Yo me seco en el continente.»

Muy á menudo evoco esta frase típica, ahora que en Madrid llueve tanto como puede llover en el Norte.

Sin duda alguna nos gusta á todos, teóricamente, el cielo azul, el aire ligero, el piso enjuto y el sol dorado y radiante; pero el clima de Madrid, cuando no llovía nada, era cruel para los bronquios. No se hacía más que toser roncamente y sentir en la garganta insufrible opresión. Las pulmonías acechaban detrás de cada esquina. El reuma se apoderaba de los huesos. (Yo supongo al lector lo bastante ilustrado para saber que el reuma molesta mucho menos en los países de humedad, y que no es lo mismo *un local húmedo* que un *país húmedo.)*

***

Los cantantes, apenas llegaban á Madrid, sufrían las consecuencias de esta inclemente desazón del aire, y ó se quedaban afónicos, ó sentían eso que se llama el orgasmo, y que tantos disgustos, rabietas y decepciones ha causado aquí á divas y divos. Este año, según parece, cada cantante tiene su voz de costumbre; no hay necesidad de andar haciendo cambios en el cartel, porque el barítono padece catarro naso faríngeo ó la contralto ha pescado una bronquitis capilar. Todavía no hemos olvidado aquel terrible invierno seco que nos costó la vida de Gayarre, herido por la temperatura como por un puñal de vidrio. Y al ver caer monótona la lluvia; al ver las vías encharcadas y fangosas, las suelas del calzado impregnadas de esa sutil papilla que alfombra la acera —al creernos, en suma, en la zona de España donde une al cielo con la tierra una red de hilos de agua y lo enfoldan negras nubes,—nos regocijamos, como el que vuelve á encontrarse en su casa después de largo viaje por tierras en que el clima era mortal enemigo nuestro...

***

Sí: la humedad es necesaria para la normalidad de la respiración. Convénzanse de ello los que echan de menos, en Madrid y en esta temporada, el libre callejeo de otras épocas, aquel salir á tomar el sol, oficialmente. Acaso también la lluvia contribuirá á apretar los lazos del hogar, á retener en casa, forzosamente, á los incorregibles vagabundos de la villa y corte. Salir á mojarse no es lo mismo que salir á calentarse en la estufa de los pobres, á meterse con todo el que pasa, á curiosearlo todo, bajo el abrigo de la capita chula llevada con más ó menos garbo... Y esta población flotante, espuma de Madrid, que lo invade, confluyendo, como atraída por mágico imán, á la Puerta del Sol cesa de menos el buen tiempo, como el pez su natural elemento líquido, y se cree defraudada de sus más lícitos goces. Dijérase que los mismos ruidos de Madrid se apagan cuando llueve: esta ciudad sonora y bulliciosa se pone sordina; los coches ruedan sobre el barro como sobre fieltro; los pregones son menos insistentes; los vendedores ambulantes que obstruían las aceras se retiran por no calarse como sopas; los golfos importunos se meten sin duda en aquellos agujeros de la tierra donde las hormigas se sumen sin que las podamos perseguir; y para decirlo de una vez, desaparece de la vida madrileña ese formidable elemento: *¡la calle!* La calle, en las ciudades en que hace sol, lo es todo; y en ella se permanece, en ella puede decirse que se habita; pero en esas ciudades del Norte envueltas en brumas, encharcadas por el chubasco ó ateridas por la nieve, la calle no es más que lo que debe ser: un sitio de tránsito, por el cual hay que pasar forzosamente, si hemos de ir adonde es indispensable que vayamos. Madrid, este mes, se ha quedado sin *calle.*

Y la vida de los espectáculos y los salones es más intensa. El público llena los teatros—especialmente el Real—como no he observado otros años que los llenase. Las noches que canta Anselmi, difícilmente se verá una localidad vacía.

Este tenor ha venido á demostrar una vez más que no se consiguen los triunfos del arte lírico solamente con la voz. Aquí hemos celebrado á algunos divos que se limitaban á cantar. Anselmi, y también Titta Ruío, hacen de cada papel una creación dramática y artística. Es imposible encarnar mejor el espíritu de personajes como Rigoletto, Hámlet, Mario Cavaradossi, Werther, Des Grieux, el duque de Mantua. El canto, mírese como se mire, y por más primores que haya derrochado en él un compositor genial, será siempre la expresión de un alma, será siempre psicología, y si no, ¿qué es? Anselmi lo ha comprendido así, y en cada nota señala y acentúa la intención del personaje, el estado de ánimo que en aquel momento debe revelarse por medio de la belleza de la música. No es posible dar al acento del desalmado y frívolo duque de Mantua igual inflexión que al de Werther cuando, en el paroxismo de su exaltada sensibilidad pasional, lee una poesía en presencia de Carlota. Y la voz de Anselmi, al emitir ciertas delicadas notas que timbra el sentimiento, lleva envueltas lágrimas, acarrea gemidos. No es extraño que al solo anuncio de que Anselmi canta, se llene el coliseo, y que los cuchicheos de los palcos, esos cuchicheos impertinentes que no permiten escuchar, cesen como por encanto cuando el tenor favorito ataca la romanza ó la cancioncilla. Establécese entonces un silencio que permite oír el vuelo de una mosca, y recogidos, anhelantes, los espectadores no quieren perder la más leve modulación de esa voz que yo no comparo á la de Gayarre, pero que de seguro está mejor manejada que la del insigne roncalés. ¡Oh! Si Gayarre hubiese vivido lo bastante para aprender á sacar todo el partido de su extraordinaria garganta, ¡quién podría competir con él! ¡Qué cantidad de millones reuniría al término de su carrera!

Produce terror pensar que el capital de los tenores, la finca de la laringe, esta expuesta á tantas y tan fáciles quiebras; que, más amenazadora que la langosta y la filoxera, se ciernen sobre esa viña y esa heredad las ronqueras y las afonías. La menor alteración en el órgano basta para cambiar la voz de un ángel en un desapacible sonido ó en temporal mudez. Yo tengo una voz excelente para la oratoria, una voz que se hace oír en el recinto más amplio y con las más detestables condiciones acústicas; y apenas me acatarro, esta voz bien timbrada y clara se transforma, quedando por mucho tiempo como rota, resquebrajada y tan diferente de sí misma, que no hay modo de reconocerla. Esto, que para mí no pasa de pequeña molestia, ¡cuán terrible será para un divo ó diva! Porque su gloria, su fortuna, todo lo que en la tierra le importa, están vinculados á la nitidez de su metal de voz, á su facultad de herir el aire hermosamente...

***

Fué antaño muy amiga de una señora, la marquesa de San Miguel das Penas, conocida en sus brillantes tiempos por Encarnación Camarasa, la cual poseía una voz maravillosa, dulce, sonora, y cantaba con la mayor afinación. Claro es que no se dejaba oír sino en los salones; pero con ella se vanagloriaban de hacer el dúo tenores de fama europea, lamentando que aquella artista no necesitase vivir de su canto, ¡por que cosecharía, en los escenarios del mundo, oro y laureles. Una mañana, la señora se levantó sin notar la menor alteración en su salud; se acercó al piano según costumbre para ensayar algunos gorgoritos... y advirtió, con ese terror frío que nos anuncia al comprobar á solas una desgracia, que la voz había desaparecido por completo. Como si se la hubiese robado un maligno encantador; como si fuese un objeto que se substrae y se oculta y no vuelve á encontrarse jamás. Consultas á médicos; remedios ensayados, planes, régimen, nada sirvió. La divina voz, que allí estaba la víspera, que la noche anterior había congregado bajo las ventanas de la Camarasa á la gente de su barrio, siempre ansiosa de oír aquellos gorjeos seductores, no existía. No era que hubiese disminuido, que se hubiese alterado; era la absoluta supresión. ¿Se comprende la impresión de un artista lírico que vive de su profesión, y que amanece así, sin rastro de lo que estimaba más que la vida?

***

Hay una melancolía profunda en lo que desaparece, en lo que se va, en lo que, al menos entonces, ni aun se archivaba por medio del fonógrafo. Del escultor, del pintor, del poeta, queda la esencia en la obra; del cantante, apenas queda el eco del nombre; y digo *apenas*, porque el olvido es para ellos inminente. ¿Quién se acuerda ya hoy de la Penco, de la Grisi; quién se acordará de la Patti, cuatro días después de su muerte? ¿No está ya arrinconada? La carrera lírica es breve, esplendorosa en el corto tiempo que dura, productiva como acaso ninguna otra..., pero en el acto de apagarse las luces y bajarse el telón se verifica una especie de representación simbólica del destino del artista.

Menos mal cuando, merced á una sabia economía, pueden, como la Patti, retirarse en sus últimos años á castillos fastuosos, á viviendas casi regias, ó cuando, por el azar de haber despertado una inclinación honrada, se acogen, como la Pacini y la Barrientos, al hogar. Lo realmente doloroso es el caso de los cantantes cigarras, que se consagran á emitir dulces sones el verano entero y así que el invierno llega, se ven obligados á recurrir á dar lecciones ó á desempeñar plazas en Conservatorios... Aquella mujer que pasa, cubierta con un abrigo de indefinibles tonos grises, tocando su cabeza un sombrero pasado de moda, arrastró por la escena los armiños ducales de Lucrecia Borgia, manejó el chal refulgente de la Gioconda, electrizó á los espectadores con el atavío semi bárbaro de Dalila; aquel individuo que activa su andar para ahorrarse el gasto de un coche, arrebató á la multitud bajo la malla de plata del Caballero del Cisne, y en los entreactos recibió perfumadas esquelas, dentro de las cuales una flor se marchitaba... Y ahora van á subir á terceros pisos, para enseñar el solfeo á niñas anémicas, que aporrean el piano ó martirizan la canción lánguida y cursi de Tosti... En su cabeza resuena aún el murmurio de los vastos teatros llenos; las reminiscencias de los aplausos todavía levantan en su corazón torbellinos de gozo... Y todo ha pasado, para no volver nunca. *Sic transit..*

***

Confieso que, así como la mayor parte de los crímenes me dan asco, hay robos que me entretienen, por la suma habilidad que revelan. Quizás en ningún país del mundo se robe con tanto arte como en Madrid. ¿Recuerdan los lectores aquel saqueo de una joyería, hecho por la alcantarilla, en la calle del Carmen, y en el cual se diría que los ladrones se evaporaron, como si un mago los hiciese invisibles con su varilla? Otro joyero acaba de ser víctima de las tretas de los tomadores de lo ajeno—pero lo curioso del caso está en que el joyero había adoptado toda especie de precauciones, estaba escamadísimo, no se descuidó ni un instante,—y sin embargo, el brillante de trece quilates y el ladrón se fueron juntos, en un vuelo, sin que bastasen para impedirlo prudentes medidas y exageradas vigilancias. Las trazas y mañas picarescas vencieron á la cuidadosa prevención.

En vano el joyero encargó á sus dos dependientes, al uno que no soltase la sortija sin recibir el dinero; al otro, que se apostase en la puerta para seguir al comprador si le veía salir antes de pagar. En una vuelta de escamoteo, el diestro ladrón supo guardarse la sortija buena y poner en su lugar un vidrio; y para mayor ironía, claveteó la caja y dejó al mísero dependiente con ella en la mano, fuertemente asida, esperando, esperando lacre y dinero, mientras el burlador se escapaba tranquilamente por la puerta. Allí le aitstaba otro dependiente para seguirle y saber adónde iba. Y le siguió hasta un café, y en él le dejó y se fué á avisar á su amo... ¡Como si de un café no se marchasen los parroquianos cuando se les antoja! El burlado joyero, á estas horas, ni sabe del brillante ni del bergante... Todo se hizo como en una novela de Conan Doyle; con la destreza prodigiosa de los ociosos que desarrollan el mayor ingenio para vivir sin trabajar...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es una página bien terrible é impresionante de la «vida contemporánea» esa tragedia de Portugal, que desde hace días da pábulo á las conversaciones, y que lo dará á reflexiones históricas, por mucho tiempo.

Estoy convencida de que sólo una persona que haya seguido muy de cerca la marcha y desarrollo de la política lusitana en estos últimos tiempos, puede razonar las verdaderas causas y concausas que han venido preparando el asesinato del monarca y del heredero de la corona.

Pasa siempre—sobre todo en los primeros momentos—lo mismo: en el extranjero se forma una opinión somera, fácil, que acepta en grueso las versiones precipitadas, y que, por regla general, se inclina á las explicaciones de sentimiento, de personalidad, antes que á aquella prolija evaluación de motivos, relaciones, influencias y orígenes que hubiesen verificado un Taine ó un Macaulay para desentrañar la verdad realista que se esconde, infaliblemente, detrás del aparato escénico de esta clase de acontecimientos.

El fenómeno á que estoy refiriéndome se produjo en el célebre asunto Dreyfus. Mientras Francia se dividía en dreyfusistas y antidreyfusistas, el extranjero era dreyfusista casi en masa. Y es que al extranjero no había llegado lo que latía bajo el memorable proceso, sino solamente la novelesca y patética historia del prisionero en la Isla del diablo, de sus sufrimientos, etc. El serio problema de Francia, que en nada se parecía á ese capítulo de folletín, importaba muy poco á las demás naciones (porque las naciones han de convencerse de que cada una debe mirar por sí, y que nadie se salva ni se condena por otro). Así es que Dreyfus infundía gran lástima... aquende el Pirineo, allende los Vosgos, á la gente sensible. Los buenos corazones no se interesaban por Francia, sino por un francés, caso de que Dreyfus lo fuese, que ni por raza ni por atavismo lo era.

***

Y algo semejante, salvas todas las reservas, ocurre ahora con Portugal: el hecho escueto y trágico es lo que se ve; lo que envuelve ese hecho apenas preocupa. ¿La política portuguesa ha cambiado? Muy bien. Aquí no se sabe nada del nuevo ministerio: lo que se busca con afán en la prensa son los detalles sensacionales, que satisfagan el ansia de emoción. La figura de la reina, esposa y madre, bañada en el más humano de los llantos, transida por el más sagrado de los dolores, es lo que se destaca sobre el fondo rojizo de la siniestra tarde del 1 ° de febrero. Y como añadidura de elemento dramático, y hasta cabría decir melodramático, al lado de esta noble figura envuelta en crespones, se sitúa la del detestado traidor, á quien se imputa la catástrofe, del que todos abominan y para el cual no hay diatribas suficientes: el dictador Juan Franco, que acaba de cruzar por Madrid. He ahí los elementos emocionales que, desde afuera, absorben por completo la atención, cristalizan la impresión, y no dejan lugar á que consideremos el problema político y social.

***

El problema, en Portugal, á lo que parece—pues yo no he estudiado detenidamente esa cuestión,—era colonial, de hacienda y de instrucción pública. El juego de báscula acostumbrado verificábase allí con regularidad: dos partidos, más avanzado el uno, más conservador el otro (como aquí), turnaban en el poder. Así, á su vez, mordían todos los políticos de Portugal en el sabroso bollo inagotable del presupuesto. Las cosas iban mal para el país, y si recuerdo ciertos divertidísimos artículos de Ramalho Ortigão, las Cámaras eran sencillamente el horno donde se cocía el bollo susodicho y donde se elaboraba eso que Max Nordau llamó la mentira convencional parlamentaria.

Apareció Juan Franco. Conste que no voy á recomendar sus métodos de gobierno. Sin duda le faltó arte y maquiavelismo; quizás no le permitieron desenvolver estas aptitudes (caso de que las poseyese) las circunstancias. Sólo creo deducir, de lo leído y escuchado recientemente, que Juan Franco, hombre muy rico y de quien nadie ha dicho que se pringase las manos ni tomase para sí valor de diez reis, arregló y levantó la hacienda, mejoró la situación de las colonias, rebajó los impuestos, reforzó el presupuesto de instrucción pública, impulsó la cultura activamente (y de ello son testimonio los dos postreros decretos que firmó, su último acto en el poder). Es cierto que amplió la dotación de la casa real, que acaso lo necesitaba para su decoro; pero también aumentó otros sueldos de funcionarios más modestos, y es lícito que lo haga así quien reduce las contribuciones y descarga al industrial y al agricultor.

Para realizar sus planes, Franco anuló las Cámaras y estableció la dictadura. (Sigo relatando lo que leo y oigo.) Ahora bien: yo me pregunto si debemos asustarnos de tal palabra, ó de alguna palabra; y vuelvo á preguntarme si no es esta la palabra que hace pocos años lanzaron á la circulación muchos españoles heridos en sus sentimientos patrióticos por las desventuras y el mal gobierno de nuestra nación, y si no fué Costa, el ilustre Costa, que es republicano, quien más nos deseó un *Franco* de hierro, un hombre enérgico que asumiese el poder y mandase sin cortapisas, destruyendo el imperio de la oligarquía y el caciquismo. Y bien mirado, quien conoce caciques, y caciques gallegos, ¿á qué Franco ha de temer? Dicen que Franco encarceló á muchos portugueses, sin que se supiese en dónde. Sin embargo, Franco no derramó sangre. Yo, que he contado la *verdadera* historia del cacique Lobeira, que al amparo de las leyes y las libertades vigentes hizo lo que en mi cuento *Viernes Santo* puede leer el que tenga ese capricho, ¿voy á alarmarme porque un dictador envíe gente á la cárcel? Siquiera ese dice, *francamente*: «Lo hago, porque soy dictador.»

***

Como artificio retórico, semejante á las frases que Medea dirige á Jasón, no está mal el repetir que Franco fué el verdadero regicida. Pero detengámonos un instante á reflexionar y veremos que, lógicamente y según todas las probabilidades, Franco debió creer que los asesinos la emprenderían primero y únicamente con él, puesto que él era el odiado, el sentenciado, el que recogía la cosecha de maldiciones. Y así lo hubiésemos supuesto todos, si nos echamos á vaticinar. El asesinato del rey, y del inocente príncipe, ha sido una sorpresa de la historia. Los regicidas, de la familia de los Brutos (dicho sea sin retruécano), creyeron que al suprimir individuos se suprimen instituciones, y es posible, aunque no seguro, que en este caso, como en el de Roma, suceda lo contrario; porque la conmiseración, la simpatía, el horror propio de sucesos tales, antes ganan partidarios á las víctimas que dan la razón á los culpados. Las conciencias honradas reprueban, como acaba de reprobar Bernardino Machado, jefe, según leo, del partido republicano portugués,

La casualidad, el destino, de tal modo combinan las cosas, Franco era el señalado para la bala ó el puñal, y sin embargo, según todos los indicios, si persiste en mantenerse alejado de su país y de la política, morirá en su cama, cuando Dios quiera. Así le sucedió á otro dictador, pero sanguinario, Rosas, quien, según las atrocidades que cometió, debió haber sido pulverizado mil veces, y acabó su existencia pacíficamente, en Londres. Hoy se reconoce que la dictadura de Rosas, aunque manchada y afeada por tantas crueldades, fué base del engrandecimiento futuro de la espléndida República Argentina. He aquí por qué digo que la sensibilidad es una cosa y la historia es otra. El romanticismo, que consagró los derechos del individuo, ha establecido y propagado la teoría de que la lesión al derecho de uno debe provocar la protesta de todos. Quizás, socialmente hablando, lo ortodoxo es lo contrario, y el bien de todos, de la nación en conjunto, va muy por encima de la queja individual. En suma, yo no desarrollo aquí teorías. Me limito á observar que, en Portugal como en todas partes, el que trata de atajar abusos y poner las cosas en orden, desencadena tempestades. La mansa anarquía establecida á la sombra de los gobiernos constitucionales forma una red de *intereses creados*, que no se puede romper fácilmente.

***

La prensa—y no tenemos otra fuente de información por ahora—reproduce amargas frases dirigidas por individuos de la familia real portuguesa á Franco, y hasta nos muestra al duque de Oporto con el bastón ó el puño alzado para agredir al dictador, ante los cadáveres del rey y del príncipe. Todo puede comprenderse y excusarse, bajo la impresión de pena y espanto, en los primeros instantes de tal suceso. Pero nosotros, que no debemos experimentar sino la piedad natural, el respeto no menos humano ante la tragedia, tenemos que juzgar de muy distinta manera el papel de Juan Franco, y la razón ha de decirnos que si él ejerció la dictadura, fué porque se la pusieron en las manos, habiéndole llamado, es frase del emigrado portugués vizconde de Ameal, para salvar la situación, considerándole «hombre de nervio.» Y este fué justamente el peligro y el escollo de la dictadura: que Franco no entró á ejercerla solamente para hacer patria, sino también para solventar y cortar dificultades y complicaciones, errores y tropiezos, de los cuales no le alcanzaba responsabilidad, aunque la hubiese echado resueltamente sobre sus hombros.

Podrá decirse que forzó la máquina; que fué más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Punto es este que yo no he de discutir, pues carezco de datos calabonados, y á primera vista, creo que en efecto acierta los que acusan á Franco de extremar el régimen de coacción. Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. «Durante algún tiempo—me dijo él mismo—no hubo en España más rey ni más Roque.» Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel período efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. De tal habilidad no dió nuestras Franco, que siguió la regla de su apellido; procedió de un modo rectilíneo, sin acordarse de las sentencias del secretario florentino, que enseñan la cautela y el arte de hacer cuante se quiere, inculcando á las gentes que se hace lo que ellas desean.

***

Con todo eso, el desacierto de Franco no implica que, cinco minutos antes de la tragedia, poseyese la entera confianza de su monarca y fuese considerado como el hombre providencial. La fatalidad—y custe que por encima de la fatalidad, la Providencia,—gobierna y dirige los casos de fortuna, poder y sangre, y á veces los hombres van vendados y tranquilos hacia el precipicio. Deseemos de todas veras que la nación portuguesa, no sólo hermana, sino hermana gemela de la española, recobre la paz, el orden y la normalidad, bajo el cetro del joven don Manuel II, en tan tristes circunstancias investido de su altísimo cargo, y que con tan buena fe se apresta á desempeñarlo. Y en interés de Portugal, deseemos también que Franco, á quien ya los periódicos sus enemigos llaman *sincero*, no llegue á ser *necesario e indispensable*.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si hablásemos de magia y de medicina á la vez? Madrid anda alborotado—es decir, Madrid no, porque la noticia no ha cundido mucho aún; el revuelo está circunscrito á las personas que se han enterado, círculo relativamente corto,—pero, si no todo Madrid, una gran parte de la sociedad madrileña, al menos, experimenta en este momento las ansias de la esperanza y la emoción de las nuevas orientaciones. —Se trata de que parece haberse descubierto el específico infalible contra la tuberculosis.

¡Nada menos! Aquella enfermedad, al parecer incombatible é incurable, aquel espectro que rondaba á la juventud, aquel duende maléfico que estaba en todas partes y en ninguna, que flotaba en el aire y cabalgaba sobre los átomos del polvo diseltos en un rayo de sol, aquella plaga—mucho más aterradora que las de Egipto—ya está vencida, si creemos á las referencias que nos llegan por distintos conductos y que son propias para despertar el interés de cualquiera en quien más dominado lo tenga.—Una persona muy conocida, una señora joven, hija de un prócer dos veces ilustre, por la genealogía y por la tradición literaria, había sido acometida del terrible mal. Este había adelantado ya tanto, que la enferma se deshacía en sudores y síncopes, y los médicos la desahuciaban, señalando término muy próximo para el fatal desenlace. Fué entonces cuando aplicó el nuevo remedio, que acababa de aparecer, sin bombo ni platillos; apenas como una tímida noticia, un ensayo incierto. Y al poco tiempo de usar el remedio extraño, la enferma empezó á reponerse, á comer, á andar, á engordar; las cavernas del pulmón se cerraron, la expectoración se suprimió, los sudores lo mismo.. y la moribunda de antes es hoy un individuo normal, sano y salvo ..

Otra curación no menos sorprendente, con el mismo medicamento, es la de un caso de *lupus*. La substancia que en inyecciones y en inhalaciones cura la tuberculosis, en fricciones contiene y ataja el horrible mal, el repugnante y devorador *lupus*, cicatrizando su asquerosa llaga. Las propiedades que tal hecho parece descubrir en los elementos del prodigioso bálsamo, abren el camino á la esperanza de la tan buscada, anunciada y nunca obtenida curación del cáncer... ¿Quién puede calcular lo que lleva consigo este descubrimiento? ¿Quién adivina las consecuencias de un hecho, en la infinita cadena de los hechos futuros y posibles?

El hecho de la aparición de este específico es—según se refiere—del todo casual. El médico que lo aplica y despacha y que le ha dado su nombre, no dedicó vigilias y sudores á encontrar la fórmula, porque se la dió hecha la naturaleza... Insisto en que no hago más que repetir lo que por ahí se dice y oye, sin salir responsable de la exactitud de tales relatos. —Véase uno, más parecido á leyenda que á historia. —Incendiada una chimenea de fábrica, goteó por sus paredes un líquido resinoso, que un médico tuvo la ocurrencia de recoger, enfrascar y ensayar como medicamento, con asombrosos resultados.—Y aquí entra lo inquietante de este descubrimiento: que la primera materia del portentoso específico ha sido obtenida mediante una combinación que tal vez no pueda reproducirse, y en ese caso, la *ricolina*—es el nombre que se da al bálsamo—sería como esos filtros que sólo se componen cada mil años, en un día dado, bajo la influencia de determinados signos astrales, ó como el famoso pez autómata de Alberto Magno, que pedía iguales requisitos y conjunciones de estrellas...

Mientras se averigua y se depura este caso singular, nadie puede impedir que una ola de esperanza penetre en los corazones de los que ven consumirse lentamente ó arder en fiebre devoradora á un ser querido... ¡Si fuese cierto! ¡Si la tuberculosis, el monstruo pálido, se batiese en retirada! ¡Si se pudiese atajar su marcha de espectro!

El doctor que tal consiguiese—pero de verdad, con resultado seguro siquiera en el cincuenta por ciento de casos,—se haría archimillonario, se hartaría de recibir oro y, además, sería preciso elevarle un templo, como á Esculapio se lo erigieron los griegos reconocidos. Sí; á la categoría de divinidad sería necesario sublimar al que tamaño beneficio dispensase á los hombres. ¿Nos resolveremos á señalar con cifras de luz la fecha del descubrimiento de la *ricolina*? ¿Será esta fecha un timbre de gloria para España? ¿O será un desencanto más, semejante al del célebre submarino, cuya valía, por enorme y estupenda que fuese, no puede compararse á la del sencillo remedio? ¿Habrá éste indicado el camino para que, si no en la actual fórmula, en otra que largas investigaciones permitan fijar, la curación de la tuberculosis sea una realidad dentro de algunos años? Porque la base de resina que tiene el medicamento hoy ensalzado, pudiera entrañar una revelación. Por algo los físicos son enviados á sanatorios situados entre pinares, y por algo el pulmón se ensancha cuando recibe el aire saturado de esos efluvios puros y vigorosos... Acaso en la resina está la salud.

* * *

Nunca se encontrará medio de evitar la muerte; pero yo entreveo como una aurora la posibilidad de combatir victoriosamente las enfermedades que atacan á la juventud. Acaso algún día, lo normal será morir viejo. La poesía habrá perdido algo, pero la existencia de la gente civilizada será más firme, tranquila, normal y dulce. No existirán las criaturas soñadoras y abrasadas en su propia llama, como las Margarita Gautier, las Cherie, las María Baskirtseff—unas fruto de la inventiva literaria, otras flores de una civilización presurosa y escéptica, con fondo de romanticismo;—no se verán, en Niza, en Cannes, en Pau y en Málaga, esos tipos delicados, tocados ya por la mano de esqueleto de la muerte, de mejillas de alelí blanco marchito, de ojos con cerco morado, de sienes hundidas y de labios resecos por la calentura, que sonríen dolorosamente, como si un martirio íntimo y triste les arrancase, en protesta, esa sonrisa suprema. En cambio, las lágrimas de las madres tendrán un manantial menos por donde correr, el porvenir de la juventud no será tronchado en flor y el hombre podrá fundar un hogar, sin miedo á tener que abandonarlo para emprender el camino del cementerio, que la tuberculosis rellena con horrible prodigalidad ..

* * *

Se acercan los Carnavales, unos Carnavales mustios, de antemano amortecidos, sin que sea fácil adivinar por qué. Esto se diría que es algo que flota en el aire, algo que no tiene fácil explicación. Podrían este año señalarse, como causas y concausas de la desanimación que se presiente, la estancia de la corte en Sevilla y la magnificencia de los festejos que se preparan en San Sebastián, donde parece que el Casino y la población entera echan el resto para emular á Niza—salvo el clima, que nunca se prestará á la seguridad de buen tiempo en estas épocas, pues la «bella Easo» es, como Galicia, tierra de primavera agria y lluviosa.

Dícese que los bailes del Casino, para los cuales hay presupuestos setenta mil duros, resultarán algo fantásticos por su esplendidez; y no sólo la colonia extranjera y española de Biarritz se trasladará allí, á disfrutar del espectáculo, sino que de Madrid, numerosas familias que tienen casa en San Sebastián, allá se dirigen, deseosas de no perder festejos que se anuncian con aureola de tan extraordinarios lujo y ostentación. Las comparsas y cabalgatas no se quedarán atrás de los bailes, y en todo va San Sebastián á ponerle á Madrid la ceniza en la frente, según se afirma.

Si el Carnaval cayese en el mes de mayo, su decadencia (que ha llegado á ser un tópico) no se acentuaría, probablemente, al menos en muchos años. No sé si algún día desaparecerá esta clase de fiestas: hoy no llevan trazas de desaparecer, al menos en su forma algo culta, no *saturnálica*. Y la misma *saturnal* todavía colea en los innumerables bailes que reunen á lo más caracterizado de la haraganería y del vicio matritense—sucia espuma agitada, en cuyos remolinos van envueltos el dinero, la salud y la frescura de tantas mocedades...

Yo no puedo vencer un horror físico, una especie de estremecimiento del alma, al pensar en tales bailes, y en general, en todos los bailes de máscara de pago. Mi sensación de repugnancia está, lo comprendo, fuera de toda proporción con el motivo, pero es algo que no razono, y ha sido causa de que en toda mi vida no haya asistido más que á dos; al primero, para salir de la curiosidad; al segundo, por compromiso y para recibir una impresión bien triste... Acaso no sea el concepto moral que se desprende de tales bailes lo que me molesta; acaso sea, lo repito, algo que atañe al cuerpo: los olores, los ruidos, los gestos estúpidos de las caras, el aburrimiento mal escondido bajo la apariencia de placer, la ordinariez, la insipidez del cuadro, en general. Ello es que esos bailes de careta me son profundamente antipáticos; y no ahora, en que mi edad madura explicaría todo retraimiento, sino desde mi primera juventud.

Evoco el recuerdo del primero, al que fuí por saber «cómo son»—deseo universal en las muchachas. —Eran aquellos célebres, antiguos bailes de máscaras del teatro Real, que ya habían empezado á estar muy de capa caída desde la Revolución; pero que todavía conservaban bastante de su prestigio y á los cuales, realmente—no como ahora, en que el caso es por lo menos inusitado,—concurrían, velándose con el antifaz y el dominó, innumerables señoras de lo mejor de la sociedad. Conmigo iban, aquella noche, una duquesa y una marquesa, una de ellas dama de una reina, y las dos animadas y de alegre condición. ¡Qué melancólico es siempre volver la vista atrás! La duquesa ya hace largos años que ha desaparecido de entre los vivos, y la marquesa tiene nietos.—Volviendo á nuestra odisea en el baile, diré que, á poco de haber entrado en él, abriéndonos camino difícilmente, tal estaba de lleno, un (¿cómo diré?, ahora le llamaríamos un *conocido sportsman*), se me acercó vivamente, ofreciéndome su brazo. Iba yo á iniciar no sé qué broma insulsa (porque para broma graciosa no poseía tela cortada), cuando mi propio interlocutor me sugirió el tema, pues comprendí que me tomaba por otra persona, y otra persona con quien tenía largas cuentas que ajustar... Al pronto, negué; pero sin duda existía, antifaz aparte, una semejanza, y el equivocado porfió en que yo no podía ser sino la esposa de cierto capitán general, etcétera... Ante tal obstinación, acabé por conformarme y seguir la broma, cuya base era una ruptura á que él no se avenía. Le hice vagas reflexiones y casi se convenció de que, en efecto, era preciso que «aquello» concluyese, como aconsejaban de consuno la razón, la conveniencia y hasta la moral... Y sin querer, hube de enterarme plenamente de lo que no me importaba un ardite...

Después, en varios sitios, tuve ocasión de volver á verles á *él* y á *ella*. Una sonrisa asomaba involuntariamente á mis labios, pensando si acaso, como en las comedias clásicas de Lope y Calderón, al enredo y quid pro quo de la careta y las máscaras se debía el que aquellos dos seres, en vez de buscarse afanosos, se evitasen y huyesen dondequiera... Y al mismo tiempo confieso que no me saltaba á la vista aquel parecido que pudo originar el error.

Emilia Pardo Bazán.

BOUQUET FARNESE... VIOLET

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé por qué se me viene hoy á la pluma hablar un poco de cocina. Sí; de cocina; la cocina es asunto muy importante, como que atañe á la salud, á la higiene, al buen orden y armonía de las facultades y energías físicas que nos sostienen en nuestra azarosa peregrinación por la superficie del planeta. Hoy puede afirmarse que la cocina se reviste de aspecto científico, y que todo médico necesita ser algo cocinero, pues más que jaropes y medicinas se recetan actualmente sistemas de alimentación y condimentos especiales para cada caso y cada paciente.

Desde luego noto que la cocina no es ahora lo que era hace dos ó tres siglos; y no nos remontemos más allá, ni lleguemos á los banquetes romanos, porque sólo pensar en ellos nos produce una sensación de indigestión y de embriaguez abrumadora. Aquel jaball que se servía y que llevaba dentro un cabrito, el cual á su vez estaba relleno por un cochinillo, y éste por un pavo, y éste por unas gordas codornices, y éstas por unos pajaritos no menos grasientos y orondos, era bárbaro manjar, que sólo repugnancia producirían á nuestros estómagos, más cultos y exquisitos. No diré nada de las grandes lampreas servidas sobre un lecho de hierbas aromáticas, ni de las ostras confitadas en miel, ni de otros extraños condimentos que agradaban á Lúculo y que á la hora presente ya nadie toleraría. En cuanto al abuso de las especias, era entonces mucho mayor que hoy, particularmente el de las especias orientales y meridionales, de las cuales se hacía en Roma exagerado consumo. Verdigracia, el azafrán, desterrado de toda cocina elegante en el siglo XIX, en tiempo de Augusto se gastaba por arrobas. Lo mismo digo de la canela, tan caída en desuso, y del clavo, que aún se emplea, pero tratando de que no se note. En resumen, comían los Césares, los señores del mundo, peor de lo que come un hombre de nuestros días dueño de un regular caudal y con una mediana cocinera burguesa.

En la Edad media la cocina adoleció también de ordinariez, tosquedad y á la vez, de refinamientos infantiles. Empecemos por recordar que se comía con los cinco mandamientos, que los palillos de bizuga llegaron tarde, que las servilletas se ignoraban, que los manteles propiamente dichos tampoco aparecieron hasta el siglo XV, y que limpiarse los dedos después de comer en la rubia cabellera de un paje será muy romántico y pintoresco, pero es sucio, apestoso y repulsivo. La caza traída por el señor á lomos de caballo era la base de los festines feudales; una pierna de corzo ó de venado, liebres y conejos, palomos torcaces y patos silvestres, variaban el *menú*. Cocinar era asar, al menos generalmente. Lo propio sucedía, lo sabemos por Homero, en la época de la guerra de Troya. Sobre la llama activa daba vueltas el medio ternero ó el cuarto de buey, chorreando grasa y jugo, y con la espada, madre del cuchillo de mesa, se cortaban los trozos para cada comensal. Más tarde, la daga vino á llenar este oficio. No podemos comprender cuántos progresos, y qué lentos y graduales, representa una de estas mesas bien servidas, deslumbrantes de blancura, resplandecientes de plata y cristal, con su gracioso toque de flores ó verdura en el centro, donde hoy obsequia á sus amigos la más modesta familia. Los reyes de otros tiempos, pastores de pueblos, conquistadores, a cuya voz temblaban las razas y se estremecían las ciudades, no conocieron, á la hora de reparar sus fuerzas con el sustento diario, sino la ruda cocina que por todo instrumento tiene el asador, y por todo teatro una desnuda mesa de roble, alumbrada con teas de resina.

Poco á poco las exigencias aumentaron, las necesidades aparecieron, el goce se multiplicó, la variedad lisonjeó el paladar, y la cocina se enriqueció cada día con un nuevo plato ó un nuevo chirimbolo. Las cazuelas, almireces, sartenes, ollas, tarteras, cazos, parrillas, moldes, fueron infinitos en número y diversísimos en su forma. Yo quisiera saber dónde y cuándo empezaron á presentarse en las mesas, sorprendiendo, ciertos platos que hoy son pedestres, vulgares y hasta rechazados, por excesivamente conocidos, de un *menú* algo selecto. ¿Quién habrá inventado la salsa de perejil, la salsa de tomate, el arroz con almejas, la sopa de fideos, el besugo asado con ruedas de limón, las natillas, las berenjenas con queso, las sardinas capanilladar, las chuletas empanadas..., y cierro la lista, porque sería interminable? Manjares son bien caseros, bien llanos, y no obstante, Carlomagno y Teodorico se chuparían los dedos de gusto si los hubiesen probado alguna vez. No hay sino leer en Rabelais la gastronomía de Gargantúa, para convencerse de que se adelantó mucho y pronto en materia de guisos y pebres.

Leyendo algunu de esos libros de cocina y repostería que nos han legado los siglos XVII y XVIII, se ve también como quedaban en el arte coquinario de entonces infinitos residuos de barbarie. Los manjares que se servían al rey de España eran plúmbeos, con sazón excesiva, hechos sin esa delicadeza que tuvo su cuna en Francia y que es una forma artística de la sensualidad gastronómica. Ha sido preciso llegar á nuestra edad para que se comprenda que en el comer hay poesía y que lo fino en la mesa es una exigencia imperiosa y lógica de la civilización.

Acercaos á un escaparate de confitero en un pueblo de provincia, donde todavía persiste la tradición de los dulces amazacotados y robustos, que mantienen y no engolosinan. Ved esas yemas recias, cubiertas de un caramelo duro y brillante; esos pasteles espesos, que envuelven una crema pegajosa y densa; esas rosquillas de ingenua construcción, primitivas, desigualmente bañadas en azúcar; esos caramelos mal encamisados; esos bombones de colorido chillón.—Recordad los escaparates de París, los suaves *fondants* y los elegantes bocadillos diminutos de cremas ligeras, de pastas alzadas y aireadas, de yema que se deshace en la boca; eso que no es sino incitación al gusto, nunca una piedra en el estómago, ni recuerdo porfiado de rancias mantecas y de empalagosos almíbares... Toda una transformación de los sentidos va unida á la diferencia que existe entre un maestro confitero de Villaobscura de Abajo, y Siraudin, en la esquina del bulevar...

La misma impresión, de pesantez en lo antiguo y de sencillez complicada en lo moderno, me parece característica de toda la cocina contemporánea al compararla á la de nuestros abuelos.

Una excelente comida no se compone ya de muchos platos, sino á lo sumo de cinco ó seis, y en ellos compensado el manjar fuerte con el ligero, y las carnes con las legumbres...

En mi niñez, creo recordar que todavía no se consideraba que una verdura, una hortaliza, pudiese ser *plato* en convites de ceremonia. Todo se hacía á fuerza de pavos, capones, jamones, perdices, salmones y rodaballos. Aclimatar la legumbre en la mesa española ha sido el triunfo del estilo francés. La fuente colmada de guisantes verdes y tiernos, sobre los cuales se derrite un témpano de manteca de Isigny, sería mirada con soberano desdén por aquellas guisanderas episcopales del siglo XVIII, que atiborraban las aves cebonas con castañas, guindas y nueces, y los pastelones con ostras, chochas, pernil de Granada y torreznos. Y los cardos á la medula, las espinacas hechas puré untuoso, los fondos de alcachofa deshaciéndose de puro cocidos, las enanas coles de Bruselas tan chicas como bombones, no parecerían alimento en aquellas mesas patriarcales presididas por un *cocido* formidable y rematadas por una torta de almendra con cabellera de huevos hilados... Sólo en las colaciones de Cuaresma eran tolerados los vegetales, y aun así se preferían las leguminosas, sólidamente nutritivas—la lenteja, el garbanzo, la habichuela—á estas verdurillas modernas, engaño del hambre y preservativo del reuma y de la gota, por lo que refrescan la sangre y limpian el organismo de herrumbres y toxinas...

Todavía, no obstante, la ciencia protesta de lo recargado de las comidas contemporáneas. De los cinco ó seis platos—consumado, entrada, pescado, asado, fiambre, legumbre—la prudencia aconsejaría suprimir la mitad. Se deposita demasiada ceniza en la chimenea después de la combustión; no se elimina la suficiente, y queda recargado el cuerpo con el exceso de alimento, más venenoso que la escasez. «Comemos más de lo necesario» es lo que se oye repetir y se lee en Revistas técnicas y en libros que vulgarizan los principios higiénicos de la alimentación.

Tales inconvenientes pueden prevenirse bastante al componer el *menú*. Sólo por excepción cabe admitir en él las carnes negras, la caza, el hígado gordo, los despojos, y otros alimentos que seguramente *recargan*. Los embutidos casi están ya proscritos de la cocina racional. Si no tienen picante no tienen gracia, y si pican, son un reguero de pólvora en las venas. El clásico chorizo, que llama á gritos por el zaque y la bota, acabará siendo desterrado de toda compañía de gente que se precie de comer con delicadeza. En efecto, lo ideal es no beber más que agua (mineral, si puede ser) con las comidas, y esos embutidos de brasa quieren los añejos tintos españoles, ó los claros y amarillos Burdeos, para anegar su picor y su densidad magra, seca y fuerte. El trago sigue al bocado, el bocado al trago, y creemos asistir á una escena de novela picaresca, en algún bodegón ahumado, velazqueño, con versos de Baltasar del Alcázar por lema, y aventuras cervantinas por remate.

Yantares eran aquellos muy de varones, de arrieros y trajinantes, de buscadores de vida, de bravos soldados y atezados labriegos; para nosotros esa cocina murió, y murieron los guisos sazonados con ajo y las manos de carnero con almodrote... Privan ahora los sutiles *purés*, las vaporosas *mousses* ó espumas, las gelatinas que concentran la substancia de tanta cosa buena, los helados que recuerdan el sabor de la fruta y suprimen su peso, las guarniciones y salsas —todo lo que disfraza la glotonería y la reboza en golosina, en algo de arte, de gentileza y cortesía, no ya con los invitados, sino consigo mismo.—No caiga nadie en el error de lamentar no haber asistido á festines de emperadores como Nerón y Vitelio. La mejor y más fastuosa cena de Nerón careció de champagne... Con eso sólo está jurgada.

Para terminar esta digresión alimenticia, se me ocurre dar una receta de manjar moderno... No son nidos de salanganas, sesos de fenicóptero, ni otro plato misterioso de tal linaje. Es sencillamente uno de los trescientos modos de cocinar las pechugas de gallina. Se cuecen en caldo, se pasan por tamiz, se incorpora tres huevos (batidos aparte claras y yemas y luego reunidos) por pechuga, se sazona con algo de sal y pimienta, se agrega alguna manteca y bastante nata, se cuece en cacerola al baño de María, se deja enfriar, se vuelca, se sirve frío y rodeado de galantina. Se llama espuma de ave. Sancho Panza, en las bodas de Camacho el rico, se reiría de estos afeminamientos. Una gallina gorda, de amarillo grasa, ó un ganso lucio, eran las únicas *espumas* que comprendía el andante escudero.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al cabo de los años mil, cae la humanidad en la cuenta de que los ratones son una plaga horrible, y se emprende con celo la *desratonización*, la extinción de los ratones y ratas, que infestan el mundo, y serían capaces de hacerlo odioso, aborrecible, á poco más que se multiplicaran...

Hasta Ligas y Asociaciones se fundan para perseguir á los ratones. Natural parecería á primera vista que las presidiese un gato; pero las presiden señores muy formales y conspicuos, médicos é higienistas ilustres, y el asunto no se trata en broma, sino en serio, completamente en serio, porque había llegado á adquirir proporciones alarmantes, y porque en los asquerosos roedores ven los sabios el peligro de la transmisión de los gérmenes patógenos, el vehículo de las epidemias y de los contagios.

¡Y si no tuviesen otro defecto! Para mí, y para mucha gente, tienen el de inspirar una repugnancia irvencible. No somos excepciones raras los que preferimos ver el cañón de un revólver que nos apunta, á sufrir el contacto de un ratón. Es inútil que se nos hagan reflexiones diciéndonos que se trata de un bichejo inofensivo, que no nos ha de devorar, que no ha de atentar á nuestra vida, que huirá desparorido á nuestro ademán de amenaza. Es inútil, repito, que aleguyan á nuestra razón contra nuestro instinto. El instinto es más fuerte, y se subleva. El chillido nervioso que arranca el ratón á personas por otra parte muy bien equilibradas, viene de las profundidades del ser inconsciente; es algo que revela lo íntimo, como lo revelan determinadas exclamaciones y movimientos, que el poder coordinador de la mente no ha logrado reprimir.

***

Nada tiene que ver con el miedo propiamente dicho esa grima especial que el ratón produce. El miedo es el sentimiento de un peligro, y el ratón no es peligroso sino en casos y circunstancias excepcionales. Léense y óyense relatos de personas devoradas por las ratas, como el de aquel guardia de un desolladero, que se quedó encerrado en un patio del establecimiento y de quien, á la mañana siguiente, sólo los huesos se encontraron; pero éste y otros sucesos de igual índole no suelen comprobarse de un modo efectivo, y puede afirmarse que tienen todavía menos ganas las ratas y ratones de medirse con nosotros, que nosotros con ellos. Su fuerza consiste en la repulsión que inspiran, y que tampoco siente el hombre por igual, habiendo quien hasta encuentra que los ratones son muy monos y graciosos, y que sus ojitos negros y vivos despiden una mirada hechicera. A los tales, ¡Dios les conserve el gusto!

***

Por fortuna, los sabios ahora vienen en apoyo nuestro; en apoyo de los débiles mortales que á la vista de un ratón ó una rata sufren hasta convulsiones de horror. Y se demuestra que el horror era justificadísimo, y que los animalejos antipáticos no en balde nos causaban tales impresiones. No sabíamos, pero presentíamos quizás, que con ellos venían el tifus, la peste bubónica, el bacilo H y el microbio X... Y tal vez el instinto de conservación era lo que nos arrancaba aquellos chillidos y aquellos esguinces de espanto pueril... Nos habíamos adelantado; se había adelantado nuestra espontaneidad á las investigaciones profundas de los laboratorios y á las salvadoras prescripciones terapéuticas. Condenábamos al ratón, porque nos daba en la nariz su misión fatal y destructora, su terrible y funesta condición de portador de maks sin cuento, cogidos por un ratón acaso en la Indochina y comunicados á otros ratones hasta llegar á las mesetas ibéricas y soltar en ellas el gérmen maldito...

***

Lo que me desconcierta un tanto es que el anatema fulminado por la ciencia contra los ratones, alcance á los gatos también... Ellos, igualmente (aunque con mayor pachorra y de un modo tranquilo, pues ya se sabe que los gatos son apacibles y orondos señores), transmiten los microbios y los bacilos infecciosos de todas las marcas.

Siempre creí que el gato es el único medio de tener á raya al ratón. No digo de acabar con él: es probado que el gato destruye muy contados ratones; su papel es semejante al de la Guardia civil, que ni prende á los malhechores ni los mata, y sin embargo, refrena su osadía. Cuando el ratón observa que no hay gato, llega en su envalentonamiento á pasearse por vuestra habitación, á comeros la miga del pan con que acabáis de borrar un diseño, á roeros el libro que dejáis abierto sobre la mesa, y á creerse vuestro amigo, socio y huésped, domesticándose con espeluznante familiaridad. El gato, enroscado sobre un almohadón y ronroneando, evita que los granujas grises se permitan tales excesos; les recuerda la noción jerárquica y el respeto y consideración á que obliga... Confieso que me afecta tristemente este decreto científico adverso á los Micifuces, Zapirones y Marramaquices, á las Zapagildas y Miauras que alegraban, ya que no la vida, por lo menos el hogar, de pequeños con sus juegos, brincos y diabluras, de grandes con su pelo lustroso, sus ojos esmeraldinos y su ronquido de paz y contento. ¡Pobres gatos! Son mucho más fáciles de extinguir que los ratones. Si la ciencia les condena á muerte, yo les echaré de menos, y hasta el arte, que copiaba sus elegantes formas, vestirá de luto.

***

Ahora bien, ¿y con qué substituyen al gato los partidarios y propagandistas de la *desratonización*?

Me alegraría de saberlo, naturalmente para practicarlo, sin suprimir por eso á Micifuz. Porque todo hace falta; el mundo está muy ratonizado, y el desratonizador que lo desratonice, buen desratonizador será.

Supongo que los sabios no nos darán, por toda receta, el modelo de alguna ratonera, ó la fórmula de esas mantequillas fosforadas ó de esas pomadas de vidrio molido, que desde tiempo inmemorial vienen empleándose en la lid contra los roedores. Para este viaje en tercera no nos hacía falta gran equipaje científico. Algo nuevo nos darán, y yo declaro que no sé qué es; leo y oigo que se proscribe al ratón, y pregunto: ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¿por qué medios?

Los que hasta hoy conocemos tienen su eficacia, quién lo duda; pero eficacia muy relativa.

Uno de los menos usuales, es el cuidado exquisito de tapar agujeros. Conoció cierto cónsul británico, que me decía en su jerga pintoresca: «Con mí no poder ratonsito. El abrir bujero y yo tapar bujero El volver abrir, yo volver tapar. El abrir aún, yo tapar aún. Cansarse ratonsito y largarse.» Y tenía razón el buen inglés. Los ratones no entrarían nunca en parte ninguna si no pudiesen roer y abrir esos boquetes por donde se cuelan. Y esta es una de las condiciones ratoniles más asombrosas. ¿De qué estará hecho el cuerpo de estos bichos, que cabe por la rendija más estrecha y por el orificio más diminuto? ¿Es que no tienen huesos; es que su cabeza se alarga y deprime, como un fideo ó un macarrón? No existe relación racional entre su tamaño y los huecos por donde pasan. Así es que por pequeños que los huecos sean, hay que taparlos y rellenarlos de modo que toda habitación esté maciza, sin resquicios entre sus junturas. Las malas construcciones, las casas desvencijadas y hechas cribas, son guarida de ratones, que desde allí pasan á otros edificios en mejor estado, para minarlos y acribillarlos igualmente. Y son nidos de ratones y ratas los desvanes abandonados y obscuros, donde se hacinan muebles en desorden, las cuevas mal ventiladas, los almacenes de leña y carbón, los graneros, todos los lugares donde se entra rara vez y son dueños del campo los roedorcillos, que pueden anidar y formar sus polvorientas madrigueras. En París, los Grandes Almacenes (Louvre, Bon Marché, Printemps) no logran verse libres de la invasión de ratones y ratas, lo cual es para desconsolar, pues allí el deseo de conservar la mercancía y los incalculables daños que los roedores ocasionan, despiertan el instinto de precaución y defensa, y además de los perros *fox terriers* y *bull dogs* amaestrados para combatir la plaga, hay brigadas de cazadores, que tienen obligación de cobrar y presentar diariamente un número señalado de piezas, un *minimum* de ratones acogotados. Y sin embargo, la plaga no disminuye sensiblemente; siempre hacen estragos en los géneros riquísimos los roedores; su fecundidad y su audacia les aseguran el triunfo. He aquí por qué desearía yo conocer los recursos con que la ciencia pondrá coto á la peligrosa difusión de esos animalejos, que en la sombra pululan y crecen, que rondan de noche por calles y plazas, en París, así que la circulación de coches y gente disminuye, y que en los cuarteles, hospitales, colegios, cocheras, cuadras, hoteles—dondequiera que se hace vida en común,—abundan más todavía, por curioso fenómeno, que en las casas particulares. ¡Venga ese específico, venga ese conjuro, venga ese método racional de destruir á roedores de cuatro patitas..., ya que á los de dos ni el Sanedrín de todos los sabios juntos encontraría manera de extirparlos!.

***

Es cosa extraña que los ratones, tan repugnantes en su piel natural, den una piel admirable de suavidad y delicadeza después de curtida. Los que nos estremecemos ante la sola sospecha de la proximidad de un ratón, usaremos á veces guantes fabricados con su piel, y los encontraremos bonitos, finos y flexibles. ¿Será una leyenda ó será cierto que en las alcantarillas parisienses —en esa ciudad subterránea, cuya red se entrecruza bajo las calles espaciosas y brillantes de la gran metrópoli—donde se cazan las pieles de Suecia, destinadas á cubrir las manos liliales y pálidas de las principesas y reinas de la moda?

Todo podrá suceder. Transformaciones más raras sufre la materia prima vulgar que luego se convierte en materia rara, costosa y preciosa. Llevar una rata sobre los dedos cubiertos de sortijas no molesta, porque no se piensa en ello; y sobre todo, porque ya aquella piel, adobada y amansada, no se parece al animalejo chillador y sucio de donde procede, como no se parece la seda al gusano, ni el encaje sutil al hilo moreno que colma el huso de la hilandera aldeana.

Y no digo nada si la moda llega á prescribir, no ya la piel despojada de su pelo, sino con él, para abrigos, manguitos y estolas... De seguro que nadie se priva de usarla porque sea aquella piel misma que albergó tanto gérmen pestilente y cubrió la carne de los roedores (carne que en los antiguos recetarios servía para hacer un caldo horrible, que con la mayor fe absorbían los enfermos de males cutáneos). Y quién sabe si ya alguna de esas pieles que rodean mórbidas gargantas y abrigan pechos de nieve no es el último despojo de un roedor, hábilmente adobado por un curtidor y ofrecido por Revillón á la insaciable sed de adornos nuevos de las mujeres.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El estafador «elegante» que acaba de desaparecer de Madrid llevándose un pellizco de cerca de un millón de pesetas, es un hombre tipo, representativo de la actualidad social; su delito es colectivo, aunque lo haya cometido un individuo solo, y de su delito debería responder el estado social—si el estado social respondiese de alguna cosa...

***

Ante todo, conviene decir que, en noventa y nueve casos de cada ciento, estos hombres como Z***—suprimamos el nombre—son extremadamente «simpáticos.» A su alrededor se alza un coro de alabanzas y de murmullos halagadores. Nadie tiene para ellos una frase, no diré de reprobación, pero ni siquiera de censura indirecta; todas las manos se les tienden; una indulgencia sonriente envuelve sus actos; á su presencia no hay gestos desabridos; las personas más conspicuas admiten su relación y rore con llaneza fácil, de igual á igual. Sorprenderíais mucho á los *sportmen*, á los aristócratas, á los pudientes que con Z*** alternaron en círculos y palcos de sociedades, y sabe Dios en cuántos sitios más, si les dijeseis que un hombre semejante, *que vive como rico sin ser rico*, es el germen fatal y necesario del estafador y del ladrón, y que si no hoy, mañana, la estafa saldrá á luz, llevándose consigo el pan de alguna familia, que llora su ruina en silencio...

***

Si no estuviese hondamente desquiciado el sentido social, no existirían estas sorpresas. Un establecimiento de crédito como la Caja de Depósitos no podría contar entre sus funcionarios de confianza á una persona que sólo posee el modesto sueldo de cinco mil pesetas, suficiente para que un soltero viva con economía decorosa, y que gasta setenta ú ochenta mil al año, por lo corto, en juergas, amoríos venales, tapete verde y derroche. Si un *viveur* por el estilo se sujeta á un trabajo diario de oficina que le reporta retribución tan insignificante para su tren y boato; si con el estómago pesado y los ojos hinchados de la orgía y el insomnio de la víspera se conforma á correr atropelladamente—son sus palabras—á la oficina, donde permanece escasamente media hora, enterándose á duras penas del embrollo de cifras y libramientos..., entenderá el menos entendedor que no es el amor al trabajo, no es el concepto del humilde deber cumplido, lo que lleva allí al empleado, y sospechará el menos receloso que cuando un jugador incorregible y público sigue desempeñando el cargo que le produce lo apenas bastante para unas noches de broma, es que detrás del cargo ve *algo* distinto, la reserva para un momento crítico, la caja de caudales donde meter la mano hasta el codo y llevarse entre los dedos buena tajada...

He aquí por qué digo que Z*** representa un tipo social, y que social es su delito. La podredumbre fría de las costumbres es cómplice y encubridora de esta clase de delincuencia. Cuando no se sabe—ó cuando se sabe sobradamente—el origen del dinero que un sujeto echa por la ventana, ni se concibe que encuentre abiertas las puertas del trato de personas que viven de lo suyo, de su fortuna propia—empléenla bien ó mal, esto ya es otra cuestión,—ni que un establecimiento serio le cuente en el número de sus funcionarios de confianza. No se concibe, pero es lo que sucede á cada paso; lo que diariamente vemos; lo que á nadie sorprende, y sólo arranca ocasionales gritos de protesta á las víctimas de la estafa, y en peligro de que el establecimiento conteste impasible: «No soy responsable... El sujeto se ha evaporado... No parece... Y aunque parezca, el dinero habrá volado ya... *Requiescat in pace...*»

***

Hace algunos años, un tesorero de Círculo huyó de Madrid llevándose una suma exigua relativamente á la «desfalcada» por Z***; algunos miles de duros. Ocho días antes de que esto sucediese, el entonces presidente del Círculo (está vivo y no me dejará mentir) me habló incidentalmente del tesorero en cuestión, y me dijo que era de estos individuos alegres y juerguistas, simpáticos hasta la pared de en frente. Y recuerdo que le respondí: «Pues ese se les marcha á ustedes con los fondos, á la hora menos pensada.» Cuando en tan breve plazo se realizó la profecía, exclamó el presidente: «Pero ¿es usted zahorí?» ¡Zahorí! ¡Zahorá!, estuve por contestarle. A fe que se necesita el don de Isaías para vaticinar ciertas cosas. Si la sencilla noción de que no cabe gastar lo que no se tiene y conservar la honorabilidad entrase en las cabezas y ejerciese influjo en las relaciones todas de la sociedad, el caso de Z*** sería imposible, porque la Caja de Depósitos se hubiese apresurado á dejarle cesante, substituyéndole con otro «bastanteador» menos simpático, y que con sus pobres cinco mil sostendría quizás una esposa, unos hijos, un hogar sin más ostentación que la dignidad y la honra.

***

Los establecimientos de crédito están obligados moralmente á conocer la conducta de sus empleados y á prevenirse, evitando sucesos como el que hoy refiere la prensa. Siempre cabe que un empleado cometa una estafa; pero si ese empleado hace, sin recato, tal género de vida que irremisiblemente vendrá una hora en que no tenga más salida que cometer la estafa ó pegarse un tiro..., entonces el establecimiento es responsable, aunque por las tiquiñuelas legales pudiese su responsabilidad no hacerse efectiva. Y si el establecimiento de crédito es del Estado, como en el caso presente, responsable debe ser el Estado; acaso se eximirá de la responsabilidad, pero el moralista le ve tan cargado de culpa como puede estarlo Z*** en el desconocido país donde oculta su delito y goza del fruto de su rapiña...

***

Lo más curioso del caso Z*** es que no fuese únicamente el Estado, sino los particulares, quienes depositaron confianza en él. Aparecen ahora unos cándidos señores que le habían entregado, para que cobrase el cupón, fondos por valor de trescientas mil pesetas. Este capital no despreciable, que desde hace años tenía en su poder el estafador, fué sin duda lo primero que derrochó, en su existencia intensa de alegre compadre. No negaré que para vivir en el mundo es necesario fiarse de alguien, y hasta fiarse de muchas personas. Sin embargo, paréceme excesiva confianza poner tal suma en manos de un jugador de oficio. Y eso de cobrar el cupón bien puede hacerse personalmente...

He oído yo quejarse á muchos hombres emprendedores, deseosos de dedicarse á negocios lícitos, á empresas industriales ó agrícolas, de la dificultad enorme con que aquí tropiezan tales intentos, por la falta de socios capitalistas; porque el dinero se invierte casi exclusivamente en papel del Estado, sosegada inversión que no da dolores de cabeza; y todo el talento, toda la energía que pretenda desarrollar un individuo trabajador, no dará garantías suficientes para que si necesita unos miles de pesetas ó de duros, encuentre quien se los proporcione. Y esos tenedores de papel del Estado, que temblarían ante la idea de asociarse á un intento útil para el desarrollo de la riqueza y la prosperidad del país, entregan intrépidamente fuertes sumas, sin la menor garantía, al parroquiano de la timba más ó menos elegante, al mujeriego y al nocharniego, al derretidor de moneda, y todavía sufren una decepción cuando, al preguntar por su pájaro de oro, el que lo tenía enjaulado imita el ¡frrrrt! del vuelo y sonríe para sus adentros, pensando que el mundo está poblado de inocentes...

***

Amén de los infortunados señores de los sesenta mil duros, surgirán, según parece, varios «perjudicados» que se fiaron de Z*** porque le veían ejercer importante cargo en la Caja de Depósitos. He aquí otro aspecto de la responsabilidad social á que antes me refería. El cargo supone la suficiencia—moral é intelectual—de aquel que lo ejerce. Tácitamente, el Estado garantiza á los que emplea, como los dueños de casa garantizan á los que reciben. Es la red complicada y fuerte de las relaciones sociales, y es la razón de que, cuando se falsean las nociones de lo verdadero y de lo recto en una sociedad, el daño sea infinito, y llegue á las últimas fibras y á los más recónditos senos. No es lo malo que haya algo podrido en Dinamarca, sino que el vaho de la charca forme parte de nuestra respiración. No es lo malo que existan estafadores, sino que puedan existir gentes cuyo género de vida les obliga á estafar, y que ocupan cargos que obligan al público á fiarse.

***

Otro aspecto curioso y social de este *affaire*, tal cual hoy lo refieren los diarios—yo no me hago responsable sino de la copia—es la manera que tuvo Z*** de calmar las impaciencias de los que le habían confiado fondos y los reclamaban sin obtener su devolución. «Voy—les dijo—á casarme con una señora inmensamente rica. Esperen ustedes, que al día siguiente de mi boda habrá lo suficiente para reintegrarles...» Y le creyeron.

Los comentarios á este incidente son tan sabrosos como desconsoladores. Todavía, según el criterio social, le quedaba al perdulario este recurso: no eran tan fatales la estafa y la fuga: podía reemplazarlas la tranquila explotación de las riquezas de una mujer. Así, todo se conciliaba: el derrochador entraba de lleno en el ambiente de lujo, brillo y *confort* á que se precipitaba como se precipita al foco de luz la mariposa; sus trampas de antes se cubrían con el soberbio manto de su opulencia actual; su reencarnación en millonario hacía olvidar sus tropiezos y titubeos de la época en que el dinero ajeno se le derretía entre las falanges... Como el protagonista del drama *La réfaça*, de Bernstein, era el que había seguido la carrera de rico; con la diferencia de que éste, el de *La réfaça*, prefirió una bala en el corazón á restaurar su fortuna por medio de una mujer, y Z*** hubiese preferido encontrar la señora podrosa que le sacase del atolladero. Tal desenlace parecía eminentemente lógico á sus acreedores; por su parte, la sociedad lo encontraría intachable. De un momento de emoción amorosa... ó lo que se le llame; del caso fortuito de cruzarse ó no en su camino la dama poseedora del gran bolsón bien relleno de oro, dependió el que el nombre de Z*** haya llegado á rodar con menosprecio por la prensa y las bocas, ó fuese, por el contrario, citado con ese murmullo de respeto misterioso que infunden los millones ajenos, de los cuales no ha de participar, ciertamente, el que así los venera...

Y yo me represento á Z***, en sus últimos tiempos de apuro, de ahogo, de *débâcle*, espiando, en teatros y paseos, la aparición de la fortuna debidamente simbolizada por una mujer. ¡Qué de miradas incendiarias; qué de proyectos de seducción; qué de escenas de la comedia del amor no habrá ideado el *viveur* exhausto ya de recursos, aguijoneado por la necesidad! ¡Qué de *combinas* para sorprender ese premio gordo que se llama una esposa archimillonaria! ¡Qué contradanzas de nombres, qué fiebre de indagaciones, qué cálculo de conjeturas, qué insensatos sueños de casualidades asombrosas, qué recuento de probabilidades físicas, qué de pedir consejos á su experiencia de aficionado á faldas, de cazador de cabelleras y atisbador de momentos psicológicos!

No sería él el primero, ni el segundo que... No lo sería, de fijo; pero esta vez, en este juego como en el otro, vino la contraria. Y entonces sólo quedaban el revólver ó la fuga. Y huyó de Madrid á otras tierras donde acaso le esperen nuevos lances de la suerte caprichosa, donde quizás encuentre la dama del bolsón, la racha feliz en los naipes, algo que le permita subir á la superficie, flotando de nuevo al sol y á la luz...

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es la primavera este año como los duendes, que todos hablan de ellos y nadie los ha visto.

Los mismos árboles del Retiro y de la Moncloa parecen friolentos bajo su temblorosa floreſcencia rosa y blanca, y evocan la idea de angelitos expuestos desnudos á la intemperie y cuyas carnes se estremecen á cada racha de viento destemplado y crudo.

El cielo anda velado de nubes las dos terceras partes de los días. Ha nevado, ha granizado. El aire es sutil y glacial á la salida de los teatros. Los sombreros de paja con flores, expuestos en los escaparates flamantes, se diría que tienen cortedad; las amapolas se avergüenzan, las lilas se encogen de timidez. Las *manuelas* son todavía una excepción. Los tranvías continúan cerrados..., y por lo tanto, mal olientes. En las horchaterías, las mesas están limpias y fregadas y desiertas. La maga no ha venido aún.

⁂

Más premiosa y desmazalada que la primavera asoma la conmemoración de la guerra de la Independencia, en su Centenario.

¿Qué se va á hacer? ¿Habrá muchos festejos? ¿De qué naturaleza y clase? ¿Con qué dinero? ¿Con qué grados de entusiasmo?

Sin género de duda cabe afirmar que, hallándose tan retrasado todo, las fiestas serán un relativo fracaso. La frialdad del espíritu público puede ser causa, pero también puede ser efecto, de estas deficiencias de organización. El espíritu público es una palabra muy vaga. El señorito que hace «telégrafos» con su novia; el ciudadano pacífico que cruza la calle para evacuar sus negocios; el empleado que va á su oficina; el médico que corre á la cabecera de un enfermo; el chulo, el soldado, la cigarrera, el mismo hampón..., son componentes de ese «espíritu público» que responde ó se hace el sordo en circunstancias señaladas. Y su sordera ó su entusiasmo son como el punto de nieve en las claras de huevo, que no se consigue sino á fuerza de batirlas... Si los periódicos, por espacio de algunas semanas, calientan y fastigan la opinión, la opinión acaba por formarse. ¿Que es una opinión inconsciente? ¡Ya lo sabemos! Y he ahí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica é intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir á la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, á saber, que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo.

No quiero decir, no sería justo, que la prensa se haya mostrado hostil al Centenario: lejos de eso, lo recuerda con frecuencia, aunque tibiamente. Su tibieza (que es el reflejo de todas las tibiezas patrióticas que caracterizan al momento que atravesamos) no es voluntaria; en esto sí que el ambiente debe cargar con no escasa parte de culpa. Los periódicos han prodigado las hojas especiales dedicadas al Centenario, evocando recuerdos, efemérides y episodios nacionales de la última gran guerra española. La gente no muerde mucho este anzuelo. Y se acerca la fecha señalada, y aparte de la Exposición retrospectiva, no se anuncia ningún festejo que esté á la altura del memorable Centenario...

⁂

¡Ni siquiera se halla todo el mundo de acuerdo en que deba celebrarse esta fecha!

Sí, es preciso decirlo, para examinar y refutar semejante opinión: no todos son partidarios de las fiestas. Hay quien alega que hoy nos encontramos en la mejor armonía con Francia; que los rencores se han extinguido completamente; que el tiempo se lleva estas y otras animosidades en su profundo oleaje; que desde la sangre vertida el 2 de mayo, ha corrido mucha más, y que la España de entonces se parece á la de ahora como un huevo á una castaña...

Y los que afirman esto afirman una verdad perogrullesca, *une vérité de la Palisse*, como dirían nuestros vecinos y ex enemigos del año 8. Bueno fuera que ahora duraseu los odios y los furores que la invasión despertó justamente; y cándido fuera que nadie diese tal significación á los festejos conmemorativos. La significación única que puede dárseles es la del respeto á lo que fuimos y la afirmación de que somos capaces, siquiera, de sentir y expresar ese respeto entusiasta. Y ese respeto lo manifiesta la historia, lo sienten los extranjeros no menos que nosotros, y valdríamos tanto más, cuanto más capaces fuésemos de exteriorizarlo sincera y noblemente. Quien no se ama á sí propio, ni se venera á sí propio, está perdido, sea individuo ó sea nación. La virtud de hacer cosas altas y grandes, en cualquier terreno que sea, es un motivo de júbilo y de transporte para quien la reconoce en la raza de donde procede y de la cual han de proceder sus hijos. He aquí la significación del Centenario, y he aquí precisamente por qué deploro que no halle mayor eco en el espíritu nacional. No padezco ni por asomos de *chauvinisme*, pero todo lo que puede arraigar en la conciencia la noción de patria me parece admirable. Son los pueblos fuertes los que disponen de mayor provisión de estas sanas energías.

⁂

Ha ocupado por unos días la atención otro centenario, el del nacimiento de Espronceda. El gran poeta vino al mundo en el dramático año 8, entre el fragor de los ruidosos acontecimientos europeos de aquel período. Sin duda en otro país, Espronceda hubiese sido más festejado de lo que aquí fué, porque en España no existe el ferviente culto de los antepasados literarios, artísticos é intelectuales, la religión de los insignes muertos, que se practica de un modo constante en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y que reviste caracteres de piadosa devoción al pasado. Pensaba en ello recientemente, ante un detalle insignificante donde mi fantasía se recreaba en encontrar la clave del vigor y poderío de la nación británica. Es el caso que el actual representante de Inglaterra en España, sir Bunsen, me pregunta frecuentemente—aunque está bien informado desde hace tiempo—pormenores relativos á la acción de Elviña y la muerte del general Moore, uno de los aliados que vinieron á unirse á la defensa de España contra los ejércitos de Napoleón. La acción de Elviña ocurrió cerca de la Coruña, y el general Moore está enterrado en un solitario jardín público de la misma ciudad. Realmente, dentro del dramático y titánico período en que sucedió, la acción de Elviña no tiene extremada importancia. El interés del representante de Inglaterra—interés sincero, pues repito que está muy bien informado—es un signo de raza, un indicio de ese modo de ser peculiar de la vigorosa nación, que se ama á sí misma con tenaz amor patriótico. Dondequiera que ha ondeado la bandera inglesa gloriosamente; allí donde ha caído un soldado cumpliendo su deber, Inglaterra entera ve un lugar sagrado, y se descubre y se detiene y pregunta y recuerda. ¡Ay de los pueblos que lo entienden de otro modo; que dejan perecer obscuramente á los suyos; que no visitan la fosa; que ven indiferentes y atónicos amarillear el laurel!

⁂

Y lo que digo del soldado, digo del poeta. Espronceda es, sin embargo, la más popular entre las figuras máximas del romanticismo. No ha contribuido poco á ello su leyenda, romántica de verdad, más romántica que sus versos, los cuales conservan un marcado sabor de clasicismo, pues Espronceda fué discípulo de D. Alberto Lista, y lo mejor acaso de su obra tiene corte genuinamente clásico. Es indudable que si Espronceda nace contemporáneo de *Jovino* y de *Batilo*, ningún pastor más arcádico hubiese pisado los campos floridos del Zurguecf. Pero el romanticismo, que influyó hondamente en su literatura, selló también su vida, y una reunión de circunstancias le hizo símbolo del nuevo movimiento literario sentimental. Ni Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas, dos aristócratas y elegantes diplomáticos; ni Zorrilla, bohemio de obscura biografía y de tradicional sentir, llegaron al alma de su generación —en este concepto—como el brillante conspirador, el raptor de beldades, el calvatrueno diabólico, el de las desesperadas canciones, que se llamó D. José de Espronceda. Que las canciones desesperadas sean ó no obra suya, no impide que en cierto modo encarnen la idea que de él se formó y el prestigio tempestuoso de su nombre.

Dijérase que su musa fué la indignación y que su estro tenía la inconsciente y quemante fuerza de una corriente eléctrica poderosa. Lo mismo si deploraba en diatriba vehemente los males de la patria, que si renegaba del vacío de la vida, Espronceda sabía agitar y enfurecer el ánimo, obligando, aunque sólo fuese momentáneamente, á compartir su emoción dolorosa y pesimista. Los poetas, los escritores que nos procuran impresiones medíocres y plácidas, no nos pasan de la superficie; los que remueven el pozo del espíritu, son menos olvidables. No era el pesimismo de Espronceda algo sereno y alto como el de Leopardi, hecho para actuar sobre mentes impregnadas de cultura verdaderamente filosófica. En Espronceda, al través del agitador literario, se traslucían los contornos del agitador político; su indignación era fácilmente comunicable á las masas. Tenía que ser Espronceda un poeta muy popular y muy español, aunque su silueta recordase la de Byron.

⁂

Y Espronceda, por uno de esos casos frecuentes en la historia literaria y que sólo admiran á los que no la han leído, estuvo á punto de adelantarse á Zorrilla en la obra que más ha difundido su nombre; en el *Tenorio*.

Muy pocos años antes de que el *Tenorio* se estrenase, vió la luz *El estudiante de Salamanca*. La semejanza sorprendente de la idea de estas dos creaciones, poemática la una y dramática la otra—y las dos empapadas del jugo de los antiguos romances, consejas y comedias famosas—salta mejor á la vista si se hace representar algún fragmento del *Estudiante*. Mientras el veterano y ducho actor Felipe Carsí ensayaba en el Ateneo á los jóvenes alumnos del Conservatorio la escena de los *Jugadores* en el *Estudiante*, me sorprendía doblemente el azar que había impedido tan sólo á Espronceda escribir, en vez del *Estudiante*, el *Tenorio*, fuese en forma de poema, fuese en forma de comedia sacro-fantástica. Todos los elementos tradicionales, todo el carácter de don Juan están contenidos en el poema de Espronceda. Y me parecía verle vendado, en una especie de juego literario del cucharón, dirigiéndose hacia un punto y tropezando y desorientándose sin llegar á él, mientras Zorrilla, adiestrado por su ejemplo, va recto al fin y consigue el hallazgo. Y es posible, sin embargo, que Zorrilla, tan inconsciente, en esto también lo haya sido, y que sólo el instinto le llevase hacia su típico y archicélebre *Burlador*, del cual siempre habló con desprecio y enojo, porque un editor se lo había comprado en poco dinero, sacando de él millones.

⁂

Lo curioso de este Centenario de Espronceda fueron las voces que corrieron, de cómo encontraba grandes obstáculos su celebración, en esferas gubernamentales y políticas. Acaso hubiese yo dado crédito á estas voces, por aquello de que en el mundo no se debe dudar de nada, ni afirmar cosa alguna, á no suceder luego que corrieron otras voces atribuyéndome, á mí misma, igual propósito de estorbar la glorificación de Espronceda. Cuando se decían tales cosas, yo andaba atareadísima preparando (no sin trabajos arduos y dificultades enmarañadas) la solemne velada que el Ateneo de Madrid acaba de dedicar al poeta. Y á la verdad, pensaba que si era tan cierto lo ajeno como lo propio... Dábame qué sonreir el contraste entre mis afanes bien visibles por hacer algo en pro de la fama póstuma de Espronceda, que me robaban largas horas y me obligaban á escribir carta sobre carta y á enviar mensaje sobre mensaje á cuantos creía yo que realzarían con su presencia y su palabra el acto, y lo que se murmuraba en corrillos, respecto á *mi actitud*... Y mi sonrisa era la forma de mi resignación ante los errores comunes, que no han disminuído desde Feijóo acá.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—Dos cosas hay que nos han amargado la vida, me dijo un señor formal, de unos cincuenta y pico de años. Dos cosas que no se conocían en mi tiempo, ó si se conocían tal vez en los gabinetes de los sabios, no habían llegado á noticia de los míseros mortales, y por consiguiente no les preocupaban, ni les quitaban el sueño, ni influían en su existir. Estas dos cosas..., ¿no lo adivina usted?, son... los microbios y el termómetro.

—¿El termómetro?, repetí sin darme cuenta del sentido de la frase.

—El termómetro, sí; el termómetro clínico. Antaño se enfermaba uno y se moría uno en paz, con cierta sana y ventajosa ignorancia de los síntomas alarmantes. Yo creo, Dios me perdone, que de esta ignorancia participaban los médicos. Por algo se inventó el famoso chascarrillo del doctor diciendo al enfermo: «Si tiene usted calentura, no me lo niegue...» Hoy, la incertidumbre no es posible ni para el médico ni para el paciente. La calentura se delata á sí misma, en la columna capiliforme que encierra el tubito de vidrio: allí da voces, y todos saben el límite fatal de su elevación, las altas temperaturas que abrasan y disuelven la sangre y calcinan el organismo. Y claro es que, si el médico estima preciosa la indicación del termómetro, el enfermo se desasosiega con ella, al comprobar que su calentura sube...

***

—No es todavía lo peor el caso de enfermedad, respondí; doblemente grave me parece el caso de aprensión... Los enfermos imaginarios, ó que sin serlo aumentan con su imaginación su mal, abundan más de lo que se cree. Yo conozco personas que padecen todo aquello de que oyen hablar, sea aneurisma ó dolor de ijada, sea cáncer ó escarlatina. Notan los síntomas, estudian el desarrollo, se miran la lengua al espejo, se tientan las sienes á ver si dan latidos, se estudian los ojos, la respiración, el andar y hasta funciones mucho más viles... Despiértanse azoradas y llenas de terror porque han creído percibir una inquietud sospechosa, y ya les tenéis termómetro en axila, sacándolo al cabo de algunos minutos para ver si pasan varias décimas de la normal... Vivir así no es vivir; vivir así me parece hasta despreciable.

—¿Quién lo duda?, exclamó mi interlocutor. La vida, para poder ser soportable, exige una gran dosis de inconsciencia. Sentir demasiado el chirrido de sus ruedas y secretos resortes, es peor mil veces que la muerte, porque al cabo la muerte es una inconsciencia mayor que todas. y en eso está su ventaja. Pero—volviendo al termómetro—el termómetro, por lo menos, no nos acosa sino en algunos días malos y penosos; cuando la enfermedad nos clava sus garras y nos postra en el lecho. Los microbios, en cambio, son como los «nuestros enemigos» de que habla la cartilla. En todas partes nos combaten y persiguen.

A fe que tenía razón. Los invisibles duendes de los cuales habló en són profético el padre Fuentelapeña, nos preocupan en razón directa de su misma invisibilidad y pequeñez misteriosa. ¿Dónde están? ¿Por qué puerta del organismo van á abrirse brecha para desmoronarnos? ¿Los tragamos con el alimento? ¿Los bebemos con el agua? ¿Los respiramos con el aire? Todo esto y mucho más sucede. Entran hasta por los poros, y se cuelan á la sangre como traidoras sierpes que aprovechan las hendeduras de un edificio para deslizarse dentro de él y construir su nido repugnante.

Algunos de estos bicharracos han sido desenmascarados ya; otros guardan todavía el riguroso incógnito. Conocemos el bacilo de la tuberculosis; conocemos el de la fiebre tifoidea; conocemos el del cólera... Es decir, es un modo de hablar; la verdad es que no nos han sido presentados; nuestros ojos no han llegado á verles. Nos dicen que son de este modo, del otro, y que se les combate así y así, con ciertos sueros y ciertas inyecciones. ¿Eficaces? No; esta es la verdad amarga. De los famosos sueros, el único que va haciéndose respetar un poco es el de la difteria. El *croup*, verdugo de los niños, á quien un ilustre novelista llamó *el mayor monstruo*, parece derrotado. Las demás enfermedades infecciosas continúan triunfantes, y su microbio se ríe de la ciencia. Y en todas partes, en medio de las alegrías, surge el microbio amenazador, terrible, blandiendo su alfilerito *de monja*, chiquitín como la daga del rey de los enanos,—seguro y certero, inevitable.—¿Como prevenirse contra el microbio? Mucha higiene, mucho cuidado. La esclavitud de ese cuidado y de esa higiene es la más cruel de las tiranías á que el microbio nos sujeta.

***

El microbio me ha hecho estos días una de las suyas. Me ha torcido un viaje con el cual soñaba. Lo realizaré, claro es, al fin y al cabo, con permiso del microbio; pero ¿quién sabe si al realizarlo estará mi espíritu en la misma disposición que ahora? Empapada de lecturas que todas se relacionan con el viaje; con la fantasía impregnada de imágenes bellas y brillantes que revestirían de esplendor el árido camino..., ahora, en esta primavera tardía y amortiguada, era justamente cuando yo había proyectado mi excursión por la Extremadura española.

Dicen los que están familiarizados con esa tierra y aun los que sólo de paso la han recorrido, que es de lo más despoblado y yermo de España. Los cronistas, y hasta escritores extremeños tan enamorados de su país como D. Vicente Barrantes, reconocen este despoblamiento y aridez, que no es debido únicamente á condiciones del suelo, sino principalmente á circunstancias históricas. Cantera y vivero fecundo de una raza de héroes, Extremadura vió abandonados sus campos porque todos los hombres partían á la conquista. Mérida, que tenía ochenta mil habitantes, se ve reducida en 1530 á mil doscientos vecinos. Badajoz, de sus quince ó veinte arrabales populosos, sólo uno conserva. Llega un momento—nos lo dice la historia—en que los silos no encierran grano, los hornos no cuecen pan, en los hogares no se enciende lumbre, y el lecho de las esposas está frío y desierto. De la tremenda sangría de las conquistas y las guerras, Extremadura no se ha repuesto aún, á la vuelta de siglos.

En esa noble decadencia, que simboliza cumplidamente la de España, encuentro yo un encanto, un atractivo especial. Misterioso respeto y honda simpatía embargan mi ánimo, al pensar en la soledad de las comarcas de donde procedieron los titanes. Dijérase que la tierra, después de producir tales hijos, no puede ya engendrar cosa alguna; ni árboles, ni plantas, ni flores. Majestad y dignidad infinita hay á veces en las regiones desprovistas del encanto de la vegetación lozana y fresca que viste á Galicia y á Asturias. La misma aridez característica del solar extremeño—cortada por oasis encantadores como la célebre Vera de Plasencia – me halagaba, halagaba á mi pensamiento lleno de recuerdos, lleno de paisajes deslumbradores del pasado.

***

¡No contaba con el microbio!. Cuando ya casi tenía preparada la maleta, al informarme un poco del aspecto práctico del viaje, me he encontrado rodeada de personas que conocen bien á Extremadura, que poseen en ella dehesas, castillos y palacios, y que me dicen con gesto de alarma:

—Muy atractivo es el viaje para usted, con la preparación de tanta lectura y tanto interés como se toma... Pero no lo haga usted ahora, de ningún modo: se expone usted á coger la infección paldídica.

—¿Tanta hay?

—Mucha. Falta agua en el país; existen charcas cubiertas de ese verdor que caracteriza las *marismas* romanas..., y la calentura se desarrolla con rapidez. Ve usted caras de labradores consumidas por la perpetua *malaria*. Hay sitios en que las brigadas de trabajadores, en obras públicas, se remudan cada ocho días, por precaución contra el aire viciado. No estando aclimatado, como usted no lo está, el peligro es mayor. Hasta mediados de abril se puede ir sin riesgo. El caso es cuando empieza el calor á dejarse sentir. ¡No; ya no es estación propicia para visitar Extremadura!

***

Y se me caen los palos del sombrajo. Me veo en poder del microbio, con los escalofríos de la fiebre, en cualquier posada de uno de esos adorables poblachones que encierran á veces mayor cantidad de historia y de poesía que las grandes capitales, pero que carecen, ¡ay!, de lo más elemental para el cuidado de la salud... Y cuenta que no soy de las personas más aprensivas... Si yo me retraigo, ¿qué harán otros, qué harán los que no sienten el aguijón de esta apasionada curiosidad que me tienta cuando pienso en la España de ayer, la que todavía subsiste, á pesar de azares, vicisitudes y catástrofes?

Adiós, quién sabe hasta cuándo, Mérida, Badajoz, Cáceres, Yuste, Trujillo, Medellín, lugares sagrados, donde palpitó eso que no se ha elogiado tanto como la reconquista y que fué doblemente heroico que la reconquista y la lucha por la independencia: *la conquista*... Sitios cuyo nombre escribo con veneración y cuya tierra seca me parece amasada de oro y luz... ¡Adiós, quién sabe hasta cuándo! Un microbio me encadena, más seguramente que cien grillos de hierro. Un microbio es vuestro enemigo. ¿Por qué no combatirlo?

***

Si yo pudiese disponer de fuerza como la que poseen los que gobiernan á una nación, y que tanto bien les permitiría realizar á poco que se lo propusiesen, haría en Extremadura inmensas plantaciones de eucaliptos, y canalizaría las aguas, no sé cómo, pero de suerte que no existiesen *marismas*. Roma, según parece, se está saneando con sólo el eucalipto, que los frailes propagan celosamente. El lugar donde se alza el templo de las *Tres fontane* era nido de fiebres: ya es tan saludable como el que más, merced al balsámico árbol, tan feo y desgarbado como útil.

¿Y no es para afligir el ánimo eso de que una región española, la más gloriosa quizás, una región que los romanos y los árabes vieron floreciente, sufra un azote triste, pero remediable y combatible, como el paludismo? ¿Les es acaso indiferente á sus hijos que la región se ponga en condiciones de salubridad? ¿No era salubre cuando Carlos V buscó en ella el remedio á sus achaques, una naturaleza rica, un aire puro?

Todo esto me confunde y da en qué pensar. Una contrariedad, un mal humor invencible se apoderan de mí al renunciar, mejor dicho, al aplazar la realización de mi sueño épico, el viaje á la tierra de los conquistadores, á la vez que á otra tierra neta y castiza y llena de leyendas: la Mancha de Cervantes; aquella región donde la desconsolada Ruidera ha hecho lagunas con su llanto, y la cueva de Montesinos esconde su misterio caballeresco y romancesco, y los dolores del muerto y vivo corazón de Durandarte...

***

Aplacemos. ¡Quizás, después de todo, las fiebres de Extremadura no sean tan temibles como se cuenta! En España, antes de comenzar un viaje, es salero al paso todo género de sustos. Antaño setían los bandidos, las partidas, los franceses; ahora son los microbios... Y he aquí que, para viajar, se requiere también cierta suma de valentía, amén de una sobriedad espartana.

Emilia Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El pueblecito de Móstoles ha gozado en estos momentos de un aura de popularidad. El día en que se descubrió el monumento, vióse el pueblecito lleno de automóviles y coches, de ciclistas y jinetes, de amazonas y de señoritas con amplios velos de flotante gasa; los uniformes cargados de bordadura del elemento oficial brillaron en su plaza y recogieron la polvareda de sus calles, y en las ventanas de su caserío se tendió profusamente la percalina amarilla y roja de las colgaduras más vistosas y á la vez más modestas que se gastan por aquí.

***

El espectáculo era atractivo y curioso. Los paletos discurrían por Móstoles, complacidos y alborozados. Eran de esos paletos de Castilla, elemento tan diferente de la chulapería de los suburbios madrileños: gente de cara de barro cocido al sol y al aire, de manos endurecidas por la labranza, de pescuezos rojizos y agrietados, de ojos pequeños, vivos y maliciosos en medio de cierto rústico candor; gente bien plantada y toscamente varonil, de habla clara y castiza, sin arrastre de consonantes ni apicaramiento de giros; gente de buena voluntad, no enemiga del señorío, y á su modo, un tanto hidalga con las mujeres. A tan corta distancia como está Móstoles de Madrid, ha bastado la interposición de las llanuras, de las verdes eras y de los agros donde la primavera hace despuntar la fecundidad del suelo, para que desaparezca el híbrido tipo del chulo afeminado, procaz y de finas extremidades, y reaparezca el hombre del terruño, el «pardillo,» algo que todavía es un núcleo de vida sencilla, muy española, y que se encuentra en estos lugares, armonizando perfectamente con el caserío anticuado y las torres de la iglesia erguidas á manera de mástiles sobre el mar inmóvil, cuajado, de la estepa castellana.

***

¡El caserío! Tiene un encanto que pocos saben apreciar y saborear dulcemente. Es un caserío en su mayor parte bajo de techos y escaso de ventanas. Algunas son tragaluces con rejas cruzadas de hierro, semejantes á aquel desde el cual, en la venta, le jugaron á D. Quijote la pesada broma de amarrarle por la muñeca y dejarle colgado. Hay moradas aristocráticas que lucen en la fachada su viejo escudo, y ostentan en el piso bajo rejas de copete—no tan ricas como las de Toledo y Córdoba, pero siempre elegantes.—En la casa del famoso Alcalde de Móstoles, los pasillos son estrechos, el techo casi se toca con la mano alzando el brazo, y la alcoba donde murió el patriota la ocupa casi entera la tarima de la humilde cama.

Sobre esta modestísima decoración se realizó el hecho sublime. Este pueblecito sin fachenda, con su parador de patio enorme, su iglesia de esbelto campanario, su devota ermita, sus edificios de adobes, fué el cazador madrugador que le metió—sirviéndose de una escopeta anticuada y rota, de tirar á las codornices—un perdigón, el primero, en el ala, á la terrible águila que hacía sombra á toda Europa... No digo que fuese una bala; digo sólo un perdigón: pero el caso es que el pajarraco imperial se sintió molestado, y no en balde su figura de bronce se alza en mitad de la plaza del pueblecillo, en furiosa actitud de lucha.—He aquí la poesía de Móstoles. La sencillez del lugar contrasta con la magnitud del hecho; la *bonhomie* de la gente, embobada ante la fiesta conmemorativa, con lo épico de las memorias que se alzan del suelo y forman fantasmas luminosos en el aire, bajo la caricia del sol, á trechos velado por nubes... Esta gente pueblana, risueña, que se empuja en las calles para ver más pronto al rey, á la corte, á tanta grandeza como se les entra de rondón, comenta con su sencillez el canto heroico de hace un siglo. De todo lo que en España ha cambiado, ¡ay!, quizás sean los paletos lo que ha cambiado menos, lo que la *evolución*—¡mala peste en ella!—respeta un poco, no sé si por necesidad ó por desdén.

***

El mujerío de Móstoles se apretuja en los balcones de la plaza. La tahona está vistosísima, con sus colgaduras de ricos mantones madrileños carmeses y blancos, bordados de pájaros y flores extravagantes. Las señoritas visten de claro, de fresa, de azul, y llevan en el moño claveles colorados y rositas «del tiempo.» El Ayuntamiento se adorna con ramaje y farolería de papel. Cruza de vez en cuando la plaza un personaje de la cabalgata alegórica: el látigo del postillón interesa, sobre todo: es *el mismo*, el que arreó y fustigó para difundir, con rapidez que avergüenza al telégrafo y á todas las modernas invenciones de suprimir distancias, la chispa del levantamiento nacional por la Península...

Y me parece verle salir como un rayo, devorando la carretera, sacudiendo y restallando ese látigo que es un tizón encendido; dejando, tras la huella de las herraduras del caballo, rastro de fuego; inflamando el aire, y despertando, en los al parecer dormidos ámbitos de la patria, la furia vengadora y la desesperación de las grandes resistencias ancestrales, el alma de Viriato en los pastores trashumantes, el alma del Cid en los labriegos, el alma de bronce de los sitiados de Sagunto en las poblaciones; sembrando gotas de sudor para que surgiesen partidarios y guerrilleros.

***

Pronto se disipó aquella especie de alucinación, en mí tan poderosa, que determina la evocación, por imágenes sensibles, de las edades pasadas. Al subir al automóvil, la realidad se impuso. No estamos en la España de entonces, sin que por eso estemos completamente en la Europa de ahora—al menos en la Europa claramente orientada hacia la vida moderna.—Y estoy por creer que, si estuviésemos de lleno en esta última, miraríamos con más respeto y cariño á la primera. Forma superior de cultura es el amor, la veneración hacia lo tradicional. ¿Acaso no tenemos aquí diariamente ocasión de deplorar la destrucción de los monumentos y recuerdos del pasado, la bárbara profanación de lo que debiera ser sagrado para todos? Estos días se derriba la casa en que vivió Goya á orillas del Manzanares; la casa desde la cual observó sus costumbres pintorescas y características que trasladó á los cartones de sus tapices; el edificio que el vulgo bautizó llamándole «Casa del Sordo.» En mis viajes he visto iglesias magníficas sirviendo de establos y de depósito de maderas ó trastos viejos; he visto arruinado lo que debiera repararse, el vidado lo que debiera recordarse en letras de oro; vendido al extranjero, por un pedazo de pan, lo que, adquirido aquí por el Estado para conservarlo y enseñarlo, atraería á España miles de turistas, y reportaría centenares de miles de veces el valor de su coste... No, no es España un país que se haya perdido por cultivar la tradición: es al contrario muy poco tradicionalista; su frialdad, su apatía ante el pasado, corren parejas con su imprevisión ante el porvenir.

***

Y con ocasión del Centenario se ha podido observar: el que más y el que menos, notó la indiferencia común ante la fecha gloriosa. Se le achacó al gobierno, como se le achaca todo; y bien mirado, el gobierno podría preocuparse más ó menos, recelar ó no recelar que esto cayese peor ó mejor en una nación sobrado inteligente para extrañar que otras naciones celebren lo mejor posible sus altos hechos; pero el gobierno, ante una opinión compacta, firme, consciente, no hubiese presentado el menor obstáculo. Los gobiernos rara vez fabrican el entusiasmo: lo siguen, lo sufren, son llevados por él. He aquí la verdad...

Estudiar por qué tal indiferencia ante la idea de patria se ha acentuado en los últimos veinte años, sería hacer la historia de muchos sucesos, y á más de los sucesos, de sus causas íntimas y profundas, de su relación con el estado moral de la raza. Y saldrían á relucir, no sólo las guerras, sino el separatismo, el regionalismo, los motines, los desencantos de la política y las decepciones de tanta lucha por libertades verbales é impresas, libertades de aire, tinta y papel... Todo ello requeriría mucho trabajo, mucha paciencia en el escritor, y doble, probablemente, en los lectores. Lo único que no se me quedará olvidado, será una afirmación: la sonrisa irónica y la mofa ligera despertadas por el sentimiento patriótico, lejos de revelar superioridad, sólo revelan acorchamiento; son inferioridad, la del molusco con relación al vertebrado.

***

Y aunque me lo juren frailes descalzos—que no se tomarán semejante molestia,—la opereta inglesa no divierte. Para cuatro personas que entiendan los «chistes», cuatrocientas se quedan en ayunas. La misma índole del chiste inglés se despega del modo de ser español. Creo que la tal compañía, que es de tercer orden, hará una temporada con fortuna, pero que no repetirá la suerte; no arraigará en nuestros espectáculos de primavera, como arraigaron las *troupes* italianas, hasta el punto de que, al faltarnos Tina di Lorenzo, dijérase que nos falta algo propio.

Lo que ha echado raíces es el espectáculo hípico. Quizás se deba su prosperidad á que es la menor cantidad de espectáculo posible. Sencillamente es pasarse una tarde al aire libre, entre gente conocida, merendando y charlando, sin fatigar la vista ni el cerebro. Por otra parte, estamos persuadidos de que conviene mucho que se desarrolle tal *sport*, que los oficiales del ejército demuestren su maestría y hagan primores, y que nuestra raza caballar se perfeccione y rivalice con las extranjeras. ¡El caballo es un ser tan hermoso y tan interesante! En esta época de automovilismo, el caballo adquiere la poesía de lo arqueológico y la pátina de lo castizo. Dijérase que el automóvil suprime al caballo, cuando en realidad lo que sucede es que los caballos de tiro y de silla cuestan más que nunca, que las jacas de polo adquieren relativo alto valor, que las mulas tienen soberbio mercado y que hasta los borriquitos humildes, resignados y diminutos, se cotizan á muy subido precio. Los inventos y las novedades no perjudican á nadie, está visto. El carruaje de lujo sigue siendo de lujo, los troncos de pura sangre continúan siendo privilegio de pocos afortunados, y el *chauffeur* no ha destronado al automedonte. Más vale así.

***

Un incendio formidable acaba de devorar las Américas, ese pintoresco é infecto bazar, semejante á los que deben verse en algunas ciudades de Africa y en el Oriente de Europa, y en el cual se reunían los despojos de tanto naufragio como en el oleaje de la villa y corte se produce diariamente.

Materia para reflexiones darían á un observador los puestos de las Américas, y millones de historias dramáticas y desconocidas dormirían en sus rincones polvorientos, bajo los muebles de lance hacinados de la mejor manera para que ocupasen el menos sitio que se pudiese. Cunas, lechos, mesas de escritorio y de comedor, consolas, espejos, entredoses...; ¡si hablaran! Y también había género nuevo, de maula en su mayor parte, para surtir posadas, casas de huéspedes, hogares muy modestos, bubardillas donde se trabaja y se pena desde la mañana hasta la noche...

Y había las «antigüedades» los Grecos y los Murillos y los Ticianos y los Goyas *pour rire*, los bargueños falsificados, los platos de Talavera laqueados y con desportillos, las espadas de cazoleta fabricadas anteayer, los galones negruzcos y los botones de metal color de aceituna... Todo ese fárrago, esa broza, ese polvillo, ese oropel, lo ha consumido el fuego rápidamente, deleitándose en una presa tan fácil, tan seca y tan gustosa de devorar. El agua faltó por completo... Suele faltar cuando más se necesita esta agua madrileña, y la verdad es que mucha gente del vecindario sólo se acuerda del agua ante el incendio, como de Santa Bárbara cuando truena. Otros usos más frecuentes é higiénicos del agua están muy olvidados, no seré yo quien lo dude. Así y todo, debiera haber agua á punto, para los pobres industriales del Rastro.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mis lectores encontrarán al pie de esta crónica alguna variación en mi firma. No les extrañará, si se enteraron por la prensa de que me ha sido concedido por el rey un título nobiliario. Las consideraciones á que obedeció la concesión y que verdaderamente son honrosas y halagüeñas para mí, me obligan por ley de gratitud á alterar una firma que ya ostenta pátina. El caso es que hace muchos años tengo derecho al título de condesa palatina—creo que así se dice—heredado de mi padre, y que no lo uso, sencillamente por lo habituada que me encontraba á mi nombre literario, al cual está unida la obra de mi vida entera. Hoy llega el momento de usar otro título de Castilla, que en la regia intención debe perpetuar un apellido llamado á extinguirse por ser de mujer é hija única. Mi labor ha hecho conocido ese apellido, y el título lo transmitirá á mis descendientes. He aquí como estaba escrito en las estrellas que condesa había de ser, más tarde ó más temprano. Y vengo á serlo porque los altos poderes de mi patria estiman la literatura en función de *valor social*. ¿No es mejor que si la miraseu con indiferencia ó desdén? Cualquiera opinión que profesen los lectores acerca de estos asuntos, no les impedirá reconocer que no es un paso hacia atrás la deferencia y consideración manifestada á las letras, y á las letras cultivadas por una mujer. Por ser tan personal el asunto no insisto: mi objeto se concreta á explicar al público constante y benévolo de estas crónicas de La Ilustración Artística el cambio en la firma del cronista.

***

Las «diversiones benéficas» han sido al principio muy censuradas. Hasta la Iglesia las miraba con ceño. Se recordaba aquello de que la mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha. Se decía que de lo malo nada bueno puede salir. Yo defendí tímidamente esta forma de atender á las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada á nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano... Desde la época á que me refiero, la opinión ha dejado de ser hostil á la que entonces se llamaba «caridad danzante;» la realidad se ha impuesto, y se ha tenido que reconocer que será culpa de la falta de fe, ó de la falta de virtud, ó del egoísmo, pero no se recolectaría por otros medios ni la décima parte de lo que por éstos se recolecta. ¡La necesidad! ¡Qué doctora tan irrefragable! Nadie le enmienda la plana. Y las fiestas benéficas pululan; quizás hemos pasado de extremo á extremo; en primavera, especialmente, no transcurre semana sin beneficio, *five*, baile, corrida, tómbola ó cualquiera otra manera de sacar dinero para los pobres suavemente y á estilo de recreo.

***

Naturalmente sucede lo que tiene que suceder: á medida que se multiplican las diversiones de beneficencia, disminuye el producto de cada una. Las mismas damas organizadoras de las fiestas lo reconocen, con algo de desaliento. ¿Hay demasiadas cosas? Y necesitan aguzar el ingenio, afinar muchísimo la puntería para hacer blanco. La gente se escurre, ejercita una gimnasia defensiva, reduce los donativos; y la organización de alguna de estas fiestas reviste el interés de una escaramuza, el atractivo de una cacería, el carácter semicientífico de un cálculo de probabilidades.

Las más fáciles de organizar y de llevar á feliz término son las funciones de teatro, á beneficio de tal ó cual Asilo ó Asociación. Se trata sencillamente de ir al teatro una noche más, y muy desgraciada será la señora que no reuna relaciones suficientes para llenar un teatro una noche. Tampoco presenta dificultad el animar un cinematógrafo, y sin gran esfuerzo se expenden los billetes de un baile. Lo más arduo son las tómbolas y *kermesses*. Reunir objetos suficientes y convenientes para el fin de atraer al público y que compre papeletas; y atraer después á ese mismo público que ha de comprarlas..., ¡qué empresa! De cien cachivaches que se envían con destino á las tómbolas, noventa y ocho pertenecen á esa categoría mal definida que, en los programas de Juegos Florales, recibe el enfático nombre de «objeto de arte.» Rara vez los bronces son bronces y las porcelanas porcelanas; la calamina, la hojalata, la tierra francesa, triunfan en toda la línea. El mal gusto se desborda, y los barómetros, termómetros, aparatos de luz fantásticos y «juguetes» de tocador predominan con aterradora abundancia, inspirando el deseo de preguntar: «Y esto, ¿para qué sirve?» Nunca falta la pareja de negritos de yeso pintado, envueltos en sus locados de rayas y adornados con sus arracadas, colgantes y collares de amuletos en que la purpurina se derrocha insolentemente. Tampoco pueden omitirse las dos «figulinas» de falso Sajonia, la pastora con una pierna en el aire y el pastor con una flauta eternamente pegada á los labios. Menos faltará el aparato de luz eléctrica sostenido por un angelote. Todo ello hace, á primera vista, el efecto de un bazar; pero cuando se aíslan los objetos y cada uno marcha por su lado, es peor: yo he oído mil veces, ante esos cachivachillos, decir con desdeñosa risa: «Esto te habrá tocado en una *kermesse*...»

***

El día en que las *kermesses* y tómbolas rifasen cosas verdaderamente útiles, paraguas, sombrillas, cacerolas, jabones, pastillas de sublimado y libras de te ruso, ¿qué sucedería? ¿Acudiría la gente con doble asiduidad, ó por el contrario, saldría huyendo más de lo que ahora huye y murmurando más de lo que ahora murmura? Yo de mí sé decir que encontraría excelente la idea. Nuestra civilización va por el camino de la utilidad; pero aun cuando fuese por el de la estética, como no hay cosa peor que la estética falsificada, la seudo estética de los bazares, siempre deberíamos preferir un corte de blusa ó una máquina de cortar botellas, á la pastorcita del pie en el aire y al Nelusko de *Santi bonití*. ¡Oh, ese Nelusko, y su congénere el negrito vestido á lo tío Sam, tocando el violín ó apurando el cigarro, mientras por medio de otro mecanismo revuelve los ojos é inclina la cabeza! ¡Oh, la damisela modernista verde claro, con caballera color de zanahoria, de legítimo yeso también, que representan el arte y el idealismo, en bastantes hogares, y á veces no de los más modestos!

***

Volviendo á las tómbolas, diré que acaba de verificarse una, de las muy suntuosas y aristocráticas, en el palacete de la Exposición de Industrias del Retiro. Este edículo es bonito y alegre, y estaba fastuosamente decorado con tapices de la Casa Real, de esos tapices que ya han adquirido suavidad sin perder del todo su brillante color, sus rojos prelaticios y sus azules de turquesa. Dondequiera que se tienden esos radiosos trapos, y cubre las paredes esa serie de figurones majestuosos, de la fábula y la leyenda, adquiere todo un tinte de solemnidad y lujo grave, que seduce al artista. Así estaba nuestro pabellón en París, durante la Exposición de 1900, y aunque desnudo de cualquiera otro atractivo, con sólo los tapices tenía bastante para ostentar regio señorío y magnificencia; para dar cumplida idea de lo que fué nuestro pasado. En el palacete del Retiro, guirnaldas verdes se enroscaban á las columnas, y el suelo del salón de baile lo recubría una estera ó petate de Manila, muy sutil y delicado. El baile de beneficencia fué sumamente agradable, porque no hacía ni asomos de calor: en esta época del año, toda fiesta en local cerrado es insoportable, si no se resuelve bien el problema de la temperatura. Al baile asistió la corte; á la tómbola concurrieron elevadísimos personajes; vendieron en ella las señoras más encopetadas, y sin embargo, todo ello leo en los periódicos que no ha producido arriba de unos veinte ó veinticinco mil pesetas. ¿Será este resultado, relativamente escaso, un síntoma de lo que al principio hice observar; de que, al multiplicarse las fiestas benéficas, cada una de ellas sufre el contragolpe y competencia de las otras?

***

Los automóviles continúan haciendo de las suyas. Cada día la prensa nos refiere algún nuevo despanchurramiento. Los hay para todos los gustos: por comprensión, por proyección, por combustión, por estrellamiento y por precipitación. El uno se queda aplastado bajo la mole del «artilugio trepidante,» como escribí yo, en frase que hizo fortuna; el otro pega el dulce salto de los diez metros, y va á caer, para mayor comodidad, sobre un blando lecho de guijarros; aquél es achicharrado por la gasolina; tal cual da contra un tronco; el de más allá desciende á plomo, desde la altura de un tercer piso, al fondo de un barranco, donde le acoge en su seno un torrente... Y cada día se venden más autos, y cada día crece la afición á ese deporte, y no parece sino que todos somos millonarios ó que el automovilismo es un recreo al alcance de las exprimidas bolsas de la muchedumbre... Hasta los tenderos de ultramarinos se dedican á correr juergas en la Bombilla en automóvil, desdeñando la útil, pacífica y típica *manuela*, que ha reemplazado á la calesa y que no tiene los inconvenientes del artilugio, aunque quienes lo ocupen hayan rendido excesivo tributo á Baco y á Ceres y echado en olvido las prescripciones de Higia... Creo que no puedo decirlo de un modo más recatado y mitológico.

De todo ello deduzco que el valor no disminuye en la raza, y que, como dijo anoche en el Ateneo en una preciosa conferencia, el argentino D. Ricardo Rojas, hay un héroe dentro de cada hombre. Por lo menos, lo hay dentro de cada automovilista; de los que se ponen á guiar sin saber, de los que se confían á estos *chauffeurs* de ocasión, de los que dan velocidad y velocidad, y de los que tienen tanta prisa por llegar... á la catástrofe.

***

Ha muerto Francisco Coppée. No le he contado nunca en el número de los sumos poetas; era un intimista agradable, y hasta conmovedor, cuyos poemas mejores me producían el efecto de ser crónicas de periódico rimadas artísticamente, descripciones bellas de París, el realismo sentimental de un espectador inteligente.

Para mí opinión, el poeta más grande entre los de esta última época fué Heredia. A su lado—no me atrevo á decir *después*—Leconte de Lisle. Coppée está un escalón más abajo. Explicar las razones porque lo señalo este lugar, exigiría escribir un artículo artístico—y no se trata aquí de eso.

Como novelista, tampoco puedo otorgar un lugar preeminente á Coppée. No es injusticia decir que á su misma altura, en el terreno de la ficción novelesca, estarán unas dos ó tres docenas de compatriotas suyos y sus contemporáneos. Y su teatro no figura entre los que ha removido el terreno y abierto brecha.

Era un distinguidísimo literato, conocido en todo el mundo porque tuvo la fortuna de nacer en Francia—lo cual equivale á sacar un billete de favor para ese del renombre,—pero que, realmente, no deja gran vacío ni aun en la literatura de su país.

El nivel de esta literatura, sin embargo, va descendiendo: las filas claren, los muy ilustres caen, los secundarios también... El campo se arrasa.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay quien cree que estamos en una época en que el espíritu humano ha roto sus cadenas de superstición y miedo, y vuela libre y atrevido por las regiones de la superioridad intelectual. Hay quien cree que la humanidad de hoy es distinta de la de ayer, y hasta supone que la de mañana ha de andar muy por encima de la que actualmente vemos y conocemos, siendo seguro que nos está preparada una edad de oro venidera, en la cual no habrá tuyo ni mío, sino que cada uno será un manso borrego y un hermano temisimo para cada otro, y ni nadie tomará lo ajeno, ni nadie rehusará lo propio, ni habrá sino dulzura, paz, cordialidad y buenos procederes, todo ello sin necesidad de coacción alguna, sin jueces, soldados, cárceles ni leyes, en una apoteosis sublime de nuestra especie regenerada.

***

Viniendo al progreso á que en primer término me he referido, ó sea el de la rotura de las cadenas de la superstición, diré que acaso quedan todavía algunos eslaboncillos arrollados alrededor del cuerpo de nuestra sociedad; sí; estoy persuadida de que quedan varios eslabones. ¿A qué podrá esto atribuirse? Siendo tan ilustrada la inmensa mayoría de los mortales, como á cada instante demuestran los hechos, ¿no es para admirar eso de que mil supersticiones no sólo se mantengan y persistan, sino que se propaguen y cundan á manera de mancha de aceite?

Empecemos por una de las más arraigadas, la de los trece á la mesa y del día trece en el calendario. Esta preocupación debe de ser atávica, y su origen supongo que se relaciona con la idea de la sagrada Cena, donde entre los Apóstoles y el Señor eran trece bien contados. De aquella Cena no le vino ningún daño á la humanidad, y sin embargo, el número trece contrajo un sentido fatídico: sentarse trece juntos á una misma mesa, fué anuncio de próxima muerte para uno de los comensales—el más viejo.—He contado alguna vez el suceso de la comida que en Lhardy nos ofrecieron varios ilustres escritores al ahora fallecido D. Juan Fastenrath y á mí. Al llegar yo á la sala donde el festín había de celebrarse, encontré á D. Ramón de Campoamor acurrucado en una esquina, muy cariacontecido y gacho de orejas. «¿Qué le pasa á usted, D. Ramón?—¡Que somos trece!—Una desgracia cuando sólo hay comida para doce.—Búrlate, búrlate... ¡Como no tienes mis años!—En fin, ¿se come ó no? Porque son las nueve y no falta apetito...—Lo que es yo, afirmó ya resueltamente el poeta, no quiero jugar un billete á la lotería de la muerte. No me siento.» Y hubo que buscar un número catorce, el conocidísimo librero D. Fernando Fe, que se puso el frac á escape y se vino á resolver el conflicto pavoroso, y á salvar á los *hors d'oeuvres*, manteca y rabanitos, sardinillas y gordales, que desaparecían á paso de carga. Y fué lo bueno que, habiendo la prensa de aquella comida, me achacó á mí el mérito al número trece y la intervención del número catorce. Restablecí la verdad y referí la gracia de aparición del gran poeta, y la primera vez que volví á verle, se encaró conmigo indignado. «¿Por qué contaste que yo tuve miedo?—Porque decían que era yo la miedosa.—¿Y qué te importaba? El miedo, en las mujeres, es un encanto más.—¿Es un encanto creer en boberías?...» exclamé aturdidamente. Campoamor se rió, porque, á fuer de poeta, si no era mujer, era niño; y después me dijo muchas y muy bonitas cosas respecto a lo subjetivo y lo objetivo en materia de aprensiones. Siento no recordar sus frases una por una.

***

Lo que recuerdo bien es que, cuando pasé temporadas en París, en el pueblo de la Toma de la Bastilla, del culto á Voltaire y de Zola en el panteón, saliendo un día del *restaurant* donde á veces almorzaba, vi á un señor muy peripuesto, con roseta roja en el ojal, que tenía trazas de esperar, apoyado en una jamba de la puerta. No sé por qué, aquel individuo bien trajeado y condecorado se me figuró un mendicante, y á mis preguntas, el mozo del *restaurant* contestó: «Es el señor catorceno.» *(Monsieur le quatorzième.)* Entonces averigüé que lo que aquí se hace por condescendencia, es en París un oficio, y oficio que sostiene al que lo ejerce. El catorceno, apostado en el *restaurant*, aguarda á que le llamen, y le llaman muy á menudo. Es frecuente el caso de reunirse tres comensales, y seguro que nadie quiere sentarse siendo trece á la mesa. Sube el catorceno, de roseta roja, y se le da un puesto, y come lo mismo que un sabañón, y al retirarse recoge una moneda de plata. *Diversus modus vivendi*, dirá, y con razón, el catorceno.

***

Quizás he hablado ya en estas crónicas de la persistencia de tales atavismos, y creo que puedo decir de su recrudecimiento; y si vuelvo á mi pluma el tema, es porque noto que en España, sobre las supersticiones locales y nacionales, van injertándose otras extranjeras; la superstición, actualmente, se traduce. Antes se decía «mal de ojo;» ahora se dice *jettatura* en todas partes. En la sociedad de Madrid existe una señora cuya presencia se comenta en silencio, extendiendo el índice y el meñique y doblando los otros dos, y frotando aprisa los extendidos sobre madera (precisamente sobre madera). Lleva esta señora en la cara cierto sello de tristeza que acaso se debe á que conoce su mala fama. Por qué «gora» de fama semejante, es lo que ignoro. Es una señora vulgar, idéntica á las demás señoras; ni fea ni guapa; ni elegante ni cursi; un cero á la izquierda. Y trae la *jettatura:* su vista es fatal. Tampoco sé en qué consiste tal fatalidad; qué síntomas la caracterizan. Ello es que, al presentarse dicha señora, las fiestas se aguan.

***

Más fuerza que cuantos razonamientos pueden hacerse, tiene, en el espíritu humano, un sentimiento y un instinto. Y si á este instinto se añade lo persuasivo de algunas «coincidencias...,» entonces conviene decir que la superstición se arraiga hondísimamente en aquella parte de nosotros mismos que resiste, y resistirá mientras haya hombres y estos hombres no sean puras máquinas lógicas, á los dictados de la seca razón.

No recuerdo dónde he leído un cantar americano, incorrectísimo en su forma, que reza así:

Tocoloco canta,
Indio muere:
no será cierto,
pero sucede.

Estas cosas que «no son ciertas, pero suceden,» confunden el entendimiento y vuelven á colocarnos frente al Misterio, á ese Misterio infinitamente más poderoso que nosotros; de lo Incognoscible, que nos envuelve y penetra como la niebla al cuerpo.

***

¿Preguntaríais á la razón por qué un tuerto es cosa muy infausta y un jorobado señal de grandes bienes y dichosos acaecimientos? ¿Por qué, si al ver pasar un caballo blanco con manchas negras (preciso es confesar que no abunda este pelaje), repetís tres veces *dinero, dinero, dinero*, el dinero acudirá dócilmente? ¿Por qué, si regaláis un arma, tenéis que recibir una moneda de cobre, para que sea *vendida* y no *dada*, lo cual significaría *muerte*? ¿Por qué, si al saludar á una persona estrechándole la mano, vienen otras dos y hacen lo mismo por encima de vuestras manos, cruzándose los saludos, es anuncio de que sobrevendrá la ruptura de las amistades? ¿Por qué salir de casa con el pie derecho da buena sombra? ¿Por qué la dan igualmente el trébol de cuatro hojas, el cochinillo, los cuernos de coral, el ahorcado? ¿Por qué la raíz de mandrágora es un talismán? ¿Por qué lo es igualmente cierta piedra azul, que se ha vuelto verdosa al macerarla en hiel? Etcétera, etcétera. Se podrían enfilar *porqués* hasta mañana—sin respuesta.

***

¡La mandrágora! Su solo nombre, ¿no os trae á la imaginación brujerías orientales, conjuros de maga, horrendas escenas de maleficio y una sensación de vago recelo ante las fuerzas obscuras y ocultas de la naturaleza, nuestra madre y burladora?

De todos los talismanes que por ahí están más ó menos de moda, la mandrágora es el único que me parece en efecto talismán (sépalo ó no por sus efectos; eso ya es otra cuestión, acerca de la cual yo podría extenderme en consideraciones de orden personal, y por lo mismo, sin valor alguno). Ello es que la mandrágora, aun cuando la he incluído entre los talismanes de moda, no lo es. La moda no lo conoce. Sólo he visto á una persona poseedora de una mandrágora (aparte de las que existen en los Gabinetes de historia natural de algunos conventos, de órdenes que tienen casas y misiones en los países de Oriente, donde la mandragora se cría). En los jardines botánicos, la mandrágora debe de existir también; pero la mandrágora con hoja; y el verdadero talismán, señores, no olvidarlo, es la mandrágora en raíz, cuando reviste la forma de un cuerpo humano pequeñito, de un *homúnculo* color de madera, que de noche se queja, llora y exhala gemidos del otro mundo...

Ese es el caso, ¡oh espíritus enamorados de lo quimérico! La raíz de mandrágora bien formada es una persona: está viva: su vida no es la grosera vida de la fisiología vulgar, sino otra mucho más sutil, escondida y rara, suficiente para que no se pueda herir á la mandrágora sin que sufra, para que arrancarla una pierna, digámoslo así, sea una mutilación, y contemplarla sin los paños que la cubren una especie de impudor, y desabrigarla de esos paños malsana de frío, y dejarla sola un abandono. En cambio de tantas precauciones y cuidados como requiere, la mandrágora ejerce una acción protectora sobre su poseedor, que me río yo de los demás amuletos, fetiches y *gri gris*. Si vais en automóvil y os lleváis la mandrágora bien protegida en su caja, ni se romperá un neumático, ni *derapará* el artillugio, ni os sucederá, en resumen, nada malo; si vais en tren, no descarrilará; si echáis á la lotería, os tocará; si estáis enamorado, la mandrágora impedirá que os traicionen... Entre el puñal ó el revólver que os aceche y vuestro pecho, estará la mandrágora interpuesta para desviar el arma homicida; la mandrágora os ganará el pleito, la mandrágora os abrirá la puerta, la mandrágora os encontrará el objeto perdido, la mandrágora os reconciliará con el enemigo poderoso, os restituirá la suma ya olvidada, os cerrará el cajón que es peligroso dejar abierto, os restañará la sangre, os dirigirá el pie... ¡Qué no hará la mandrágora! Como que en ella está depositada toda la infusa ciencia del rey Salomón, todos los secretos del Oriente cabalístico, todas las fuerzas ignotas y benéficas que circulan alrededor nuestro y que no sabemos aprovechar ni dirigir para contrastar otras fuerzas dañinas que nos traen la mala pata...

***

Sí: ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo: no creáis en el cerdito, ni en las trece uvas, ni en el caballo pío; creed en la mandrágora, reina de los talismanes.

Id á arrancarla en una noche de luna, á las doce en punto, en desierto páramo. Que á vuestro alrededor zumbe tristemente el aire, se estremezcan las hojas del bosque que acabáis de cruzar, y los duendes os oigan, deseosos de impedir la profanación. Tirad fuertemente de las hojas: la raíz se quejará, y acaso sus extremidades destilen ese jugo negruzco que sirve de sangre á la pobre mandrágora, temblorosa de frío y de dolor sobre la tierra. Llevad prevenido el pequeño sudario de lino fino, guarnecido de encaje, para envolver á ese recién nacido, que es un muerto. Y cuando cobijéis á la mandrágora sobre vuestro corazón miedoso, sentiréis que se dilata de valor y de alegría... El talismán ejerce su poder.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El marqués de la Vega de Armijo, que acaba de morir, que pasaba de los ochenta años y que durante toda su larga vida intervino en la política española, lleva ciertamente mucho que contar—si aplicable fuese este modismo—á su tumba silenciosa y romántica del castillo de Mos, castillo legendario en Galicia, y que el marqués restauró con interés y cariño de arqueólogo, con respeto religioso al pasado.

De la larga existencia del ilustre prócer, este episodio de la restauración de un castillo que evoca recuerdos de historia y de raza, es tal vez lo que encuentro más simpático y loable. Puede discutirse mucho, y de modo cruelmente analítico, no sólo la Unión liberal, sino las diferentes situaciones á que sucesivamente perteneció el marqués; pero á la vieja mansión de Pedro Madruga de Sotomayor no se la discute, y menos aún ocurrirá discutir que los magnates están obligados por mil consideraciones de decoro y hasta por el sencillo instinto de conservación, á no dejar que se vengan al suelo los restos y reliquias del ayer, gracias al cual son ellos algo todavía superior y distinto, en medio de la nivelación democrática de los tiempos presentes.

***

Se ha deplorado mucho, en efecto, la barbarie demoledora, el ímpetu ciego del pueblo que ocasionalmente ha destruído; pero ¿quién contará los estragos de la incuria y el abandono, cien veces más temibles? ¿Quién, los de ese indiferentismo glacial y estúpido, que deja perder y borrarse la tradición, simbolizada quizás por unas cuantas piedras? ¿Quién no encontrará hasta natural que el pueblo, en su cólera, arrase, y en cambio, no mirará como caso monstruoso, aunque tan usual, por desgracia, que los interesados en conservar tiren á la calle y den con el pie á lo que debieran venerar por sagrado, aunque sólo les inspirase tal veneración el egoísmo y la conveniencia propia?

Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales á muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles ó jacas de polo; la otra vive pendiente del pingo y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo á la devoción de alguna Diosa... eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto ó con un objeto de puro *esnobismo;* diversiones de tercer orden elevadas á la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería, *sport* y *confort* (dos pestes de la alta vida contemporánea), se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen á punta de lanza ó á tajo de espada bien templada —no tanto como la voluntad.—Ya sé yo que no es tiempo de héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiendo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando á cara descubierta y á pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan á cada época. Y hoy no se vestirá la cota ni se descargarán fendientes; pero en países como Inglaterra, donde la aristocracia de sangre ha sabido mantener su poderío y su influjo, la milicia y la marina son las carreras predilectas de los nobles: nótese como, en cambio, entre nosotros se va perdiendo tal costumbre.

***

Nunca decae una clase, una categoría social, si ella misma no se prepara la decadencia. Así como es incalculable el ascendiente que podría ejercer un clero muy virtuoso y muy unido, incalculable sería el de una aristocracia firmemente convencida de que tiene una misión que cumplir y un alto papel que desempeñar. Tales eran los pensamientos que me asaltaban al asistir á la ceremonia del cruzamiento de un caballero de Alcántara, pocos días hace. La iglesia de las Calatravas hallábase semillena; la concurrencia era, en su mayoría, femenina, luciendo trajes de última moda, con anchas mangas japonesas, y sombreros caros, empenachados de plumas, de esos que se comen á la que los lleva y vuelan más allá de los hombros, con sus alas de paja de colores anilinados. Los abanicos, movidos pausadamente, impulsaban ráfagas de perfumes suaves; el remangue de una falda, al arrodillarse su dueña, descubría calzados estrechos, con tacones Luis XV, y bajos delicados, de los que—¡oh galicismo!—*frufrutan* á cada movimiento ondulatorio. Y entre las dos zonas de *toilettes* y de caras, no diré bonitas todas, porque no sería verdad en conjunto, pero, en fin, adamadas, cercadas de un almohadón de pelo crespo y rizo; entre las siluetas que no desdecirían si algún caricaturista las apuntase con mordiente gracia en las páginas de un semanario de actualidad parisiense, se destacaba la doble y blanca fila de los caballeros de Alcántara, Calatrava y Montesa—los de Santiago son capítulo aparte,—envueltos en sus albos mantos, cubierta la cabeza con sus tocas y birretes de airosa pluma, y dejando apenas asomar la anacrónica nota de sus pies sobre los cuales recae el pantalón, y de sus manos que no calza el guante de ámbar, sino el moderno, comprado en alguna guantería y camisería que se llame *Old England, Nuevo siglo* ó *La Gardenia*...

Y los caballeros daban al neófito, calzada ya la espuela, la *acolada* fraternal; y los caballeros—pálidas y ascéticas cabezas dignas del pincel del Greco, morenas cabezas españolas, cuyo carácter descubría y realzaba el birrete, el manto, la *mise en scène* tenebrosa—eran, por un instante, y logrando con la fantasía suprimir la realidad, una reaparición de sus antepasados, los que cabalgaban para tener á raya al Sarraceno, ó reñían á estocadas en los tiempos felipeños, retiñendo de sangre las cruces bordadas en su ropilla. Todo esto, mientras duró la ceremonia. Hora y media después, nos ofrecía el neófito un *sandwich* para que lo mojásemos en una taza de te; pero al menos—dicho sea por vía de consuelo de nuestras añoranzas del pasado,—el neófito, el profeso ya, despojado de su manto y su birrete, vestía uniforme militar: única vestimenta que me parece compatible con ese grave y poético ceremonial, con esa bella melancolía de lo que murió y no pasa aún, con ese saludo profundo hecho por la doble fila de blancos fantasmas cruzados, al sonar bajo las bóvedas del templo el nombre del rey «nuestro señor,» que es el emblema de la patria...

***

Sí, ya lo sé: no vuelven atrás los ríos. Nadie estará más convencido de tal verdad, incluida entre las de Pero Grullo. Ni siquiera—á pesar de toda mi predilección por las edades estéticas—desearía yo que el tiempo recorriese, como en cierta zarzuelilla, su marcha hacia atrás; lo único que me produce esa especial tristeza de la contemplación y del recuerdo, es comprender que tales formulismos, que hoy no son otra cosa, fueron raíces y tronco de energías, que en vano buscaríamos actualmente. Ni se hace lo que entonces se hizo, ni se hacen otras cosas. O mejor dicho, hace cada cual, sin fin social ninguno, lo que su capricho le dicta, y su capricho suele dictar á los poderosos que consuman el tiempo en ocio estéril, en disolución vergonzosa, en vanidad pueril ó en infantilismos de deporte: porque el deporte es pueril y baldío cuando no llena el objeto de preparar el cuerpo y ejercitarlo para otros empeños más graves, y se limita á juego no tan divertido como el de las cuatro esquinas ó el cucharón.

***

Ni aun al contraer los lazos que fundan la familia suelen acordarse los grandes aristócratas de lo que significa un nombre. Ejemplos sobrarían, y están en la memoria de todos: recordaré uno, porque la prensa lo ha comentado recientemente, y la publicidad lo entrega al comentario, pues los asuntos en tela de juicio ya no pertenecen al sacro fuero de la vida privada. Incoado está el expediente de divorcio entre un aristócrata de lo más calificado, como que lleva en las venas sangre de la primer familia de dos ó tres naciones, y su esposa, cuya historia antigua parece que podía competir con la de Manon Lescaut, Margarita Gautier, Naná y otras célebres heroínas de novela. Sin llegar á tal extremo—y no es infrecuente que se llegue,—hay numerosos enlaces que un verdadero sentido social reprueba. Las ideas que estoy exponiendo tiñen con las bellamente defendidas por D. Benito Pérez Galdós en *La de San Quintín*. ¡Qué hacer! La tesis de Galdós no ha logrado persuadirme.

Ninguna redención espero de que las duquesas incurran en *mesalianzas*, y á decir verdad, tampoco es muy trascendental el que una duquesa se case ó no con arreglo á su categoría, por aquello de que una mosca no hace verano, y á fuer de imparcial, debo añadir que el hecho no es insólito, y se hallan ejemplares de él en los siglos donde no lo sospechábamos. Y si no, ahí está, para no dejarme mentir, el famoso *Tizón*, ese donoso libelo contra la nobleza, escrito por un cardenal para presentárselo á un rey... ¡y qué rey! Nada menos que Felipe II...

Fué este *Tizón* reimpreso hacia 1849 por un excelente señor, que se propuso demostrar, en vindicación de las clases productoras, que nobles y plebeyos proceden igualmente del primer hombre de la creación, que todos los apellidos se reducen á uno solo, y que todos han de perecer y acabarse, cuando se acabe el mundo: inconcusas máximas que nadie seguramente habrá discutido, como tampoco sería acertado negar lo que el mismo reimpresor afirma solemnemente: á saber, que nunca fué la virtud patrimonio exclusivo de los ricos. Nada de esto, sin embargo, le importaba un pitoche al cardenal Mendoza, el cual sólo quería vengar un desaire que se había hecho á su estirpe, y para conseguirlo arremetió contra muchas familias señaladas, sacando á relucir lindezas y tizonazos, procedencia de judíos conversos y almojarifes, albañiles y mozas *espulgamanteles* en los linajes más claros de Castilla; encontrándoles á los duques de Braganza la abuela hija de un zapatero renegado; al conde de Andrade, la abuela tendera; á los Portocarreros, la abuela de bajísimo linaje; á los Enríquez y Barrientos, la abuela esclava, y á otros muchos apellidos no menos claros y magníficos, las abuelas penitenciadas por la Inquisición, bastardas, mulatas, que habían sido sacadas á la vergüenza con sambenitos y corozas, y por último, como dice con gracioso menosprecio el terrible cardenal, las abuelas *fulanas*..., vocablo que condensa todo cuanto puede contener un vocablo, para expresar familiar y fuertemente el colmo de la desdeñosa insolencia...

***

Y con esta digresión me he dejado atrás al marqués de la Vega de Armijo, cuya memoria será grata siempre para mí, y de quien recibí afectuosas señales de amistad... Era el socio más antiguo del Ateneo de Madrid, presidente de la Academia de la Historia, y no sé si también de la de Ciencias morales y políticas. Era hombre de sano corazón, de vivo carácter, de trato franco y sencillo, de excelente humor en la intimidad, y en suma, nacido para hacerse querer bien de los que le viesen de cerca. No parecía viejo, porque tenía el alma joven. Paz á su recuerdo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Escribir crónicas para La Ilustración Artística, donde tan largo tiempo colaboró Castelar; escribirlas quien debió al excelso orador amistad grande y verdadera; haberse inaugurado el monumento á su memoria y en su honor, y no decir palabra de este acontecimiento, sería omisión que, aun perdonada por todos, no me la perdonaría yo á mí misma.

Paréceme cuestión quizás ociosa discernir, con tal motivo, el puesto que á Castelar habrá de conceder la posteridad, en su triple aspecto de hombre político, escritor y orador. Es una discusión que he oído suscitar mil veces, y nunca los argumentos empleados por una y otra parte consiguieron fijar definitivamente la difícil tasación de los méritos, servicios y cualidades del que, sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles, la opinión europea y la hispano americana saludaron como á uno de los más preclaros representantes, no ya sólo del genio ibérico, sino del genio latino, en un período de nuestra historia contemporánea.

Sin asomos de duda, de los tres aspectos del talento y la actividad de Castelar, el que en tiempos venideros se elogiará explícitamente, será el oratorio. No porque el estilo de su oratoria no se preste á diversas apreciaciones, y aun á censuras, sino porque su fuerza y eficacia y su elocuencia caudalosa no podrán nunca negarse, y aun cuando se quiera ver en él á un Góngora de la tribuna, habrá que reconocerle, como á Góngora, que es único en su género, inimitable, y con frecuencia sublime.

En esos tiempos venideros (no todavía en los presentes, en que continúan agitándose las pasiones y las mezquindades, los intereses más ó menos lastimados y el recuerdo de acerbas y feroces campañas de prensa), sedimentada ya la opinión y convertida en sereno juicio crítico, no se verá en la oratoria parlamentaria de Castelar algo que ha pasado de moda, porque de moda habrán pasado también las oratorias que se han sucedido, y con unas y con otras se ejercitará igual procedimiento, situándolas en su medio, en su momento, en su ambiente, y juzgándolas por tales datos, únicos que las pueden caracterizar y definir. Cuando se critique de este modo á Castelar, se verá su desmedida altura y el papel extraordinario que representó su elocuencia, á pesar de cuantos reparos quepa ponerle, y á pesar del cambio completo en la psicología de las muchedumbres, antes electrizables por un discurso, y cada día más refractarias ó más escépticas ante esta clase de sugestión.

***

Castelar era pequeño de estatura, y cuando le conocí ya estaba grueso: su enorme bigote contrastaba con las proporciones de su figura, de brazos cortos y piernas nada escultóricas; su voz tenía un timbre antes agudo que sonoro; la forma de su cuello restaba nobleza á la testa, enterrada entre los hombros, difícil de movimientos. Por qué misteriosa virtud del arte y de la inspiración, así que Castelar tomaba la palabra, tantos defectos desaparecían ó se olvidaban, es cosa que no sé. La naturaleza, en parte avara, en otra parte había sido con él pródiga como loca madrina, que no cuenta sus dones. Ni el empaque majestuoso de Ayala, ni la dulce, clara y varonil voz de Cánovas del Castillo, ni ninguna de las excelencias que otros grandes oradores poseyeron, se echaba de menos al desatarse el soberano río de la palabra castelarina, al resonar su acento transformado por la voluntad y el entusiasmo, al callar subyugado el auditorio, pendiente de unos labios donde parecían haber dejado su miel las abejas del Lacio, y no diré las del Atica, porque el arte de Castelar pertenece á la llamada *decadencia*, período que tiene sus apasionados, y en el cual el genio latino, ya infiltrado de influencia griega, sufre las del Asia, y más tarde las africanas. De las grandes escuelas retóricas, tenía Castelar los recursos, la técnica; y del tiempo en que le tocó vivir, tenía el sello pasional del romanticismo, por lo que se le ha comparado mucho á Lamartine, y en efecto, entre él y el autor de *Graziella*, no faltan afinidades, considerándoles á los dos como tribunos y cotejando sus estilos oratorios. Otra afinidad y otra disconformidad, tristes para los que profesábamos á Castelar sincero afecto, existió entre Alfonso de Lamartine y él. Los dos pasaron los últimos años de sus gloriosas vidas entre ahogos económicos y trabajando afanosamente con la pluma para equilibrar su recargado presupuesto; sólo que la nación francesa, acertadamente, pagó las deudas de Lamartine, y aquí no sé si se pensó en pagar las de Castelar, pero sé que no se hizo, y que en sus postreras horas, el insigne español se veía amenazado de un embargo judicial. Debo añadir, porque es la verdad y una verdad para Castelar honrosa, que cuando se le dirigía alguna indicación referente á promover en América y España subscripción ó cosa semejante, que le proporcionase medios para pasar la vejez en descanso bien merecido, sus protestas y hasta su enojo frustraban los propósitos de amigos y admiradores. «Seré—decía—hasta mi postrer instante, jornalero de la pluma. El día de mi muerte escribiré un artículo, firmaré una cuartilla.» Los sucesos demostraron sobradamente que llevaba razón al vaticinar así.

Este hombre, que firmó una cuartilla para vivir apurado en el mismo día de su muerte, y á quien hoy se alza un monumento; que no pudo interrumpir ni para prepararse á la agonía la labor á que le tenía sujeto y uncido la necesidad, había sido, conviene recordarlo, ¡todo se olvida tan pronto!, presidente de la República, es decir, jefe del Estado; y en período de azarosa agitación, en que no es imposible á los hábiles echar los cimientos de grandes fortunas. Castelar desdeñaba el dinero, con cierto espléndido desdén de príncipe italiano del siglo xv, incapaz de comprender prosas utilitarias. Por dinero trabajaba asiduamente, se me dirá. Verdad; pero una cosa es ser capaz de trabajar por dinero—de trabajar desvelándose, hasta matándose—y otra ser capaz, por el mismo dinero, de envilecerse. Hasta afirmaría yo que existe contradicción entre ambos supuestos, y que rara vez uno de estos nobles obreros de la pluma, que desmigajan su cerebro para convertirlo en plata, se enfangará en negocio sucio, en transacción miserable, con objeto de redimirse de la tarea. Castelar, á fuer de verdadero trabajador, estaba encariñado con su faena, por medio de la cual llevaba hasta los últimos confines del mundo su nombre y su pensamiento; y resignado, después de renunciar á los triunfos parlamentarios, á los halagos del poder; conforme con la suerte en su tercer piso de la calle de Serrano, sin verdadera ambición ni verdadera codicia, tiraba de la péñola invariablemente, lo mismo que si estuviese en los principios de una carrera, en la juventud de una existencia; lo mismo que si no hubiese ocupado el más alto lugar, no ya intelectualmente, sino oficialmente, en la jerarquía de la nación española.

***

Empapado en la filosofía práctica y poética á la vez de su raza; enemigo natural de las ideas anglosajonas, de método y orden; convencido de la brevedad é instabilidad de la vida, Castelar no se preocupó nunca, de fijo, por el porvenir. Sin familia—muerta ya su hermana, aquella Concha en quien adoró,—el mañana no le parecía digno de sacrificios y privaciones. Cuando podía, gastaba como un gran señor; sus propinas dejaron memoria en los balnearios y casas donde pasó temporada ó fué hospedado. Alguna vez le enviábamos nosotros en Madrid tal cual golosina gallega, una lamprea, unos mariscos; al cabo renunciamos á hacerlo, porque tal era su generosidad al gratificar, que realmente pagaba más del valor de estas fruslerías.

En regalos era también pródigo, y en su mesa, huelga decir que era magnífico. No volverá á verse nunca reunida tal exposición de productos nacionales y extranjeros, pues hasta de Francia le remitían terrinas de Estrasburgo y marcas de Burdeos y Champagne. Sin embargo, dominaba lo español; Castelar recibía de toda la Península especialidades en aves, jamones, frutas, confituras y vinos; y comer con él equivalía á estudiar la riqueza de nuestro suelo, la feracidad de nuestras vegas, y hasta la serie de nuestra historia, representada por los platos moriscos y árabes que alternaban allí con guisos propiamente castellanos, prolongando la lucha épica de la Reconquista. Uno de los espectáculos curiosos que ofrecía la mesa de Castelar, era el asombro de los ilustres extranjeros invitados á ella, ante aquel desfile de singularísimos platos, que cada uno requería detallada explicación. Y Castelar, con inocente orgullo, señalando hacia lo que le rodeaba, la mesa, digna de Lúculo, y el mobiliario del comedor, regio, decía sonriente: «*Nihil emptu*... Nada comprado.»

Ponía su satisfacción, su goce, en que desde todas partes le enviasen presentes: la popularidad, el cariño, el prestigio del hombre ilustre, se revelaban en la afluencia de regalos y en el delicado esmero con que los elegían los donantes. Cánovas, en el apogeo de un ilimitado poderío, no recibió nunca en Navidades el formidable alud de presentes y obsequios que obligaba á Castelar al desembolso de mil y pico de pesetas, sólo para abonar los derechos de entrada en Madrid de lo que le remesaban sus amigos de provincias. Pagaba el orador el rescate de su gloria, y se reía, bien humorado, al recontar los cestones de botellas, las seras de dulcísimas frutas, los embutidos, las cajas de jaleas y conservas elaboradas en los rincones de España, donde es placer trabajar en el fogón, porque hay tiempo. Entre los regalos á Castelar en Nochebuena, jamás faltaba un cajón de mazapanes y mermeladas, envío de unas monjitas. ¿Qué servicio eminente, qué rasgo de bondad protectora recompensaban los bocadillos y pastas de las Madres? Nunca lo he sabido. Castelar se limitaba á decir: «Son muy amigas mías esas monjas.»

***

A manera de un Vulcano que de un lingote de oro saca mil monedillas y juguetes, Castelar, en sus años últimos—me refiero á ellos siempre, porque es cuando frecuenté su agradabilísimo trato—pulverizaba su oratoria en la conversación, y se ganaba fama de *causeur*, pero en realidad, orador seguía siendo: hablaba mucho, y casi sin aguardar respuesta; de lo cual yo no me quejaba, ni nadie debió quejarse, porque al escucharle salíamos ganando. Engarzaba anécdotas, recuerdos, páginas de historia, biografías concisas de personajes, mordacidades á lo Juvenal, descripciones de países y lugares, de ciudades y monumentos; reflexiones políticas, apologías de principios que le eran queridos, censuras de otros que no concordaban con sus ideales, vaticinios que ya vi cumplirse muchas veces, y elogios calurosos y desinteresados á personas que no siempre se contaban entre sus adictos. Llevaba al día la crónica política, pues aunque aparentemente retraído, puedo asegurar que nada se arreglaba sin su conocimiento y previa consulta. A todas horas estaba llena su casa de primates, los señalados de cada partido, y más que en el Congreso, dijérase que se elaboraba allí la marcha de los negocios de Estado. Cuando amagaba crisis, aumentaban el revuelo, el visiteo, el palabreo, los idas y venires, las voces altas ó cuchicheantes, y no se cabía en la sala que me parece estar viendo, con sus muebles de cuero cordobés, sus cuadros antiguos, su busto florentino, dorado y estofado, coronando la chimenea. No afirmaré que siempre se siguiese el dictamen de Castelar, y le he visto en más de una ocasión colérico y preocupado, por lo que juzgaba yerros imperdonables de los gobernantes, ó por lo que creía que redundaba en destrucción de su obra democrática, de la cual no digo palabra, porque no es lugar ni razón. Añadiré que, conforme la dinastía y las instituciones iban consolidándose, el influjo de Castelar disminuía, y sus postreros actos políticos demuestran que se le impuso fatalmente la necesidad de dejar el retraimiento...

El recuerdo más vivo que me ha quedado de Castelar, es el del cambio que sufrió ante el desastre de nuestras armas y pérdida de nuestras colonias; el de ver su cara de pronto consumida y color de plomo, sus ojos llenos de lágrimas que se escapaban y corrían por sus mejillas demacradas de repente. Si no mereciese el homenaje que hoy se le tributa, por tantos conceptos, lo merecería por la sinceridad, por el ardor de su corazón de patriota. Las ilusiones de toda su vida se venían al suelo; la puñalada era certera; el orador áureo no sobreviviría mucho á la *leyenda de oro*. Si no se envolvió entonces en la toga para morir, fué lo mismo: estaba sentenciado. No lo olvidemos, cuando pasemos delante del monumento á Castelar.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Son ustedes aficionados á chicos? Yo creo que por lo menos harán una excepción, y no les gustarán los niños en las carreteras y en las calles.

Ignoro qué relación misteriosa hay establecida entre éstas y la mala educación de las criaturas; pero es lo cierto que dejar á un chico diablear en la vía pública es como echar un petardo ó dar suelta á un mono maligno.

En la casa de sus padres, en la escuela, en el campo mismo, en un sendero de aldea, el chico guarda ciertas consideraciones y respetos, atiende á la voz, se rasca la pelona tímidamente cuando le dirigen la palabra, se esconde cuando ha realizado una picardía; pero en la calle y en la carretera, el chico se cree dueño de la situación, y nos hace la vida imposible.

La calle es suya, la carretera también: sólo la vía férrea, gracias á su no menos férrea disciplina, tiene la inapreciable ventaja de estar libre del chiquillo; que es como estarlo de la langosta, el tábano, la filoxera vastatrix y todas las plagas que cayeron sobre Egipto en hora infausta y bíblica.

Diariamente leo diatribas é invectivas contra los automovilistas, por los atropellos que cometen. Nadie aprobará estos atropellos; pero si juzgo por el recuerdo de las veces que he andado en automóvil, lo milagroso es que, tratándose de chiquillería, no sean los atropellos cometidos muchos más. En cuanto ven un trepidante artilugio, los chicos se disputan el honor de meterse debajo, como se disputan los indios, según cuentan, el de tenderse bajo el carro del dios Yagrenates, á fin de que con toda comodidad y precisión los despachurre. No descansan las criaturitas si no se colocan precisamente en el sitio donde no es posible evitar el aplastarlas, y su mayor delicia consiste en incorporarse al auto, en formar un todo con él, en ser hechos cisco por él.

No por eso han perdido enteramente su antigua afición á los coches, sean particulares, sean de línea. Aunque *demodé*, el caballo conserva para los chicos cierto prestigio tradicional. Y especialmente la habilidad y travesura de colgarse del juego trasero, siempre será una de esas cosas altamente atractivas, incitantes, para los pilletes agresivos de la carretera y de la plaza; los que debieran estar en la escuela, y están, por nuestro mal, en todas partes menos allí...

***

La carretera enseña á los chicos la mendicidad, como les enseña la acometividad y el merodeo. Es una especie de hampa y universidad picaresca la carretera; en ella cursan todo género de ciencias de maligindad y barrabasismo. En ella se rozan con los boquirrotos arrieros, con los jacarandosos guapos de arrabal, con los señoritos ecuestres y ciclistas, con las mujeronas que portean al mercado hortalizas y aves, con los cocheros de línea y sus zagales, con burreros y espoliques, obreros que van al trabajo y borrachines que se quedan presos por las patas en la taberna; con mozas de rompe y rasga que salen á hacer sus comprillas; con panaderas de rejo y garbo, capaces de descalabrar al más terne á golpe de mollete de pan; con lecheras ágiles, que llevan en equilibrio el cántaro: con soldados festivos, que tararean el *pon, pon*, y á veces dan en liberales y regalan una perrita lo mismo que si fuesen Rothschild; con labriegos malhumorados, con viejas gruñonas, con curas de paraguas rojo, con marineros y pescadores de bronca voz y léxico de salmuera; con regateras frenéticamente insultantes, aguardentosas, bravías por los cuatro costados; con la hez, la escoria, la espuma, el recuelo de una ciudad, que rebosa por sus alrededores y se vierte en inquietas oleadas, arrastrando experiencia, lecciones de vida. Y los chiquillos ruedan por entre tantos pies, oyen tantas voces, reciben tanto mojicón, que acaban por aprender un sinnúmero de asignaturas, papeletas y cuestiones, y cuando se les pregunta responden demostrando conocimientos, á menos que callen de puro zorros y ladinos. Por los chiquillos puede saberse siempre quién habita una casa, quién la frecuenta, qué género de vida se hace en ella, qué operario trabaja ó huelga, qué costurera tiene novio, qué matrimonio se tira los trastos, qué *sportman* se rompió la crisma, qué matutero pasa géneros sin pedir permiso al resguardo, qué lechera agua más la leche y en qué fígón se concertó un robo. Con los chiquillos se envían recados, se toman informes, se ejerce el espionaje y se monta una policía. Nadie está más al corriente que ellos de las horas, sitios y modos de celebrarse festejos, solemnidades, bodas y bautizos, entradas de personajes, inauguraciones y primeras piedras; nadie acierta como los chiquillos á apoderarse del mejor puesto, entrando de balde y disfrutando de cualquier espectáculo más y mejor que los que pagan.

Lo asombroso de los chiquillos es que parecen tener el don de ubicuidad. ¿Dónde habrá rincón, esquina, recodo, ángulo, pico, páramo, solar con valla, montón de escombros, hacina de basura, puerta de café, atrio de iglesia, portal grande ó chico, en que no aparezca un pillete, ó acaso dos, y mejor tres, saliendo de detrás de las puertas y de los esconces obscuros, como los bichejos de humedad y las moscas en otoño?

***

¡Los portales! Claro es que en Madrid, supuesto que haya portero, no están los portales tan infestados de chiquillería; pero donde falta ese funcionario ó funcionaria, los chicos invaden el salón que se les ofrece tan á mano para defenderles de la lluvia, del calor, del frío, de la nieve, de los vigilantes y de las madres amigas de zorregar nalgadas. En provincia, donde los porteros son institución de lujo, los portales presencian hazañas vandálicas de la chiquillería. La decoración, si la hay, es atacada por navajas, trozos de vidrio, puñales de hoja de lata y humazo y fuego de fósforos; las paredes blancas sufren los gráficos y las inscripciones que es fácil suponer; los aparatos de luz eléctrica padecen pedrada; y son también más para adivinadas que para referidas otras demasías del género sucio que en los portales suelen cometerse, para desesperación de inquilinos y furor de caseros... En el portal dan los chicos campales batallas á perros, mininos y mures, y en el portal atisban al ena morado que hace señas al balcón de enfrente, á la menegilda que se avista con el húsar, á la beata que cruza pisando blandito y haciendo sonar su rosario, al curial cargado de papelotes que el viento se encargará de dispersar pronto; á cuantos pasan y no piensan en el ojo siempre avizor, en la curiosidad siempre incansable de los pequeños, decididos á empadarse en la realidad que los cerca y que adivinan más de lo que la estudian...

***

Al paso que observan y fisgonean, molestan y acometen, los chicos juegan, riñen y cantan. ¿Con qué juegan los chicos de la calle, que no poseen juguetes? En eso está el toque: habiendo juguetes, cualquiera juega. ¿No es simpleza meterse en un bazar, comprar el sable, la trompeta, el aro, el cubo, los soldados, y después divertirse con lo adquirido? El asunto es gozar y pegar chillidos de alegría y soltar risas sin fin, y saltar y brincar locamente, siendo el instrumento y vehículo de tanta dicha una lata vieja de petróleo, dos astillas de palo, un poco de *piola*, un periódico atrasado ó un *(¡horroso reforesi!)* ratón difunto. A los chicos les sirve de juguete el charco de agua, el atullo de barro, el montón de cal á medio gramar, las virutas, las barricas vacías, el clavo oxidado y el desfondado cajón. Si encuentran cosas mejores, como cajas de fósforos con estampa, retazos de cartón dorado, una cabeza de muñeca estropeada, una botella desocupada ó un semanario ilustrado en que abundan los monos, entonces la fiesta es de repique doble.

Escudados por su candorosa desvergüenza, los chicos piden cuanto ven. Si lleváis un ramillete, os demandan una flor; si un cartucho de dulces, quieren su parte; si no lleváis nada, os reclaman tercamente la *perrilla*, el centimillo, desmintiendo su cara de manzana roja y sus ojos chispeantes las lástimas que os cuentan para enterneceros. Y si no les dais, ellos sacan su provecho en miraros y admiraros, en informarse detenidamente de los mínimos pormenores de vuestra indumentaria y vuestra persona, en escuchar lo que habláis, y remedarlo después, burlonamente, celebrando con algazara cualquier frase sorprendida, lo mismo que celebrarían donoso sainete.

***

Hace pocas tardes estábamos en una playa. A nuestro alrededor se formó, como por ensalmo, un corro de chiquillería. Surgían, al parecer, de la arena; salían, garrapateando, de los botes y esquifes varados allí; los arrojaba quizás el mar; no sé; ello es que se juntaron, y nos encerraron en la sortija viviente y bullidora de sus cuerpos, vestidos de percal andrajoso, desteñido, lleno de porquería. La mayor parte de ellos eran criaturas preciosas, rubias, rollizas, saludables, que sólo requerían peine, jabón y estropajo para salir relucientes de belleza y vitalidad, soltando su crasa pátina, la cochambre de su vivir sardinero. A sardina olían, excusado creo decirlo, pues esa sangre roja y bella que cría la orilla del mar, está formada con el salín del plateado pez, con su carne blanca y sabrosa, de acentuado picor. No sin pueril orgullo nos enseñaban sus juguetes, rebeños de algas, conchas vulgares, y un bicho extraño, gelatinoso, que yo no había visto jamás, y que parece hecho de transparente cristal rosa, con vetas de púrpura. Con esto, y puñados de arena, se divertían hasta que nosotros llegamos; pero desde que nos bajamos del coche, comprendieron que éramos más entretenidos aún que las algas y el pingajo de gelatina, y no hubo más remedio que sufrir la proximidad, nada fragante, de aquella pillería de playa.

Se echaron en el suelo para contemplarnos con todo sosiego y calma, y poder fácilmente palpar y examinar la orla de nuestros trajes, el tacón de nuestras botas, la puntilla de nuestras enaguas, el regatón de nuestras sombrillas. En voz muy queda trocaban comentarios acerca de tales particularidades; reían ahogadamente, y silabeaban con una especie de sagrado terror. Nu su creo, sin embargo, que el arcaísmo es de esos donde en un año no pone nadie el pie. Al contrario, habrá pocos tan concurridos, donde desembarque y embarque con tal frecuencia gente de muy diversas esferas sociales. Pronto la temporada balnearia le animará; incesantemente abordan á él las lanchas. ¿Qué verán en nosotros los chiquillos para asombrarse tanto? Ahí está el quid. Cada persona, ó mejor dicho, cada *señor*, es para los pilletes fuente inagotable de sensaciones, espectáculo de los que no cansan nunca. Y puede ser el *señor* además dispensador de gracias tan preciadas y singulares como una rosquilla, un mendrugo, una moneda de cobre ó un pañuelo de zarara...

***

Estos niños que se os cuelan debajo de los pies, en los barrios extraviados, en las aldeas comarcanas, en la carretera polvorosa, no son, propiamente hablando, niños menesterosos. En su casa tienen pan —blando ó duro, de trigo ó maíz, pero comestible.— Tampoco van desnudos; algunos hasta revelan la coquetería de las madres en el lacito colorado ó azul puesto en un mechón, á la izquierda de la frente. Lo que no se descubre en ninguno, es huella de refriegue de la tez; lo que falta á estas criaturas es aseo. Muchos ostentan el lazo de cinta sedeña, y van descalzos. Otros, con golpe de entredoses en los delantales, lucen en la faz cada churrete que espanta. Y abandonados, solos, á porfía, se arrojan deliberadamente al paso del automóvil ó del coche, sin perjuicio de que, realizado ya el atropello, la familia salga furiosa, llorosa, trágica, á increpar al cochero y al mecánico. Así viven, robustos y puercos, angelicales y medio bestias, revolcados en cieno y envueltos en tolvanera, inaguantables y chistosos, bravos como espinos, inocentes como palomos, semilla de haraganes y de faeneros, de indtiles zánganos y de mieras abejas...

¡Oh, la escuela, si fuese como la soñamos! ¡Oh, los campos de juego, del juego escolar; oh, la enseñanza cristiana, moderna, el orden, la luz en esas almas semi-salvajes, vivaces, como la fresa en la fresera y el rosal espino en la mata!

Un desaliento me postra, cada vez que oigo bajo la ventana los corros de niños:

Qué quería usté,
matalile lile lile...

ó escucho, en la carretera: ¡Tralla atrás! ¡Tralla atrás!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis reflexionado alguna vez en lo que significan, en el papel que representan dentro de la vida de la humanidad, las llaves?

Ese trozo de hierro que por un lado tiene forma de asa y por otro una hechura especialísima, semejante á la de una mano chiquita y mutilada, que sin embargo se adelanta para ejercer un esfuerzo, incomunicando ó comunicando, aislando y resguardando ó franqueando, es una entidad importantísima en el cuadro de la civilización humana.

Preguntábase Bartrina, el desengañado poeta, qué graves delitos habrían precedido á la invención de las llaves. Es indiscutible: la primer llave—ó cosa equivalente—fué la sanción del derecho de propiedad, la consagración del *tuyo y mío*, no sólo en lo material, sino en lo espiritual; porque la llave no guarda solamente objetos y dinero: guarda también á la mujer, y la mujer bajo llave, es todo el Oriente, celoso y exclusivo.

«La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,» reza el antiguo refrán. De poco serviría, para el achaque de la honradez, el estar en casa, si las casas no tuviesen provisión de llaves y cerrojos; si las casas fuesen únicamente cuatro paredes y una puerta, que cualquiera puede atravesar. Y á veces, han sido llaves y cerrojos estímulo para que el galán atrevido ponga cerco al recato de la mujer. El cerrar defiende, pero tienta.

Lo seguro es que ignoramos el origen de las llaves; yo al menos no he podido averiguar dónde y cuándo se usaron por primera vez. Que son muy antiguas es cierto, pues Cristo dió á San Pedro las del cielo hace mil novecientos años. He podido admirar colecciones de llaves que constituyen verdaderos objetos de arte, maravillas de cincelado y de forjado, objetos de Museo. Nuestra época, que de todo tiene menos de estética, ha reducido la llave á su mínima expresión y á la más sencilla y desairada hechura; pero antaño (un antaño bastante remoto) eran tan primorosas las llaves, que hubo quien adquirió una y por encontrarla encantadora, construyó un mueble *ad hoc*, en el cual la llave funcionaba.

¿No habéis oído hablar de las llaves del corazón? A cada paso esta idea asoma en la poesía y en el lenguaje familiar. ¡Las llaves del corazón! Nos las figuramos diminutas, de oro cincelado, incrustadas de rubíes, unos rubíes chiquitos y vivos como gotas de sangre que hiere el sol. También el corazón necesita, por lo visto, ser cerrado rigurosamente, y también si se abriese entrarían por él haciendo riza los ladrones y descuideros... Con mayor motivo que los cofres y arcas, que los joyeros y armarios, debe cerrarse el corazón, que es donde guarda cada cual lo mejor de sí mismo. En el corazón de cada uno sólo cabe cada uno: ¡ay del que lleva, dentro de su corazón, á otro ser humano! Como el gusano en el nudo vital del árbol, irá el intruso ó la intrusa royendo y destrozando, hasta que el árbol tenga que venirse á tierra, desplomado de repente. Las llaves del corazón serían las llaves de mayor importancia... si hubiesen existido alguna vez.

Otras llaves, sin embargo, suelen imponerse con doble fuerza á los míseros mortales. Son las tantas veces citadas *llaves de la despensa*. ¿No habéis oído nunca lamentar el que un padre de familia, al morir se, se lleve consigo á la sepultura las necesarísimas, urgentísimas llaves?

Es decir: no creo que sean precisamente las llaves lo que se lleva, sino más bien lo que bajo esas llaves se custodiaba. Notad que los duelos por la pérdida del jefe de la familia, revisten especial carácter cuando en un ángulo de la caja mortuoria suponemos que van ocultas esas llaves desgastadas por el uso diario, engrasadas del contacto de los dedos hacendosos. El duelo por un hombre que deja á los suyos «bien» es una manifestación de simpatía y un tributo á la ley común que acatan los hijos de Adán; pero hay quien sale de un duelo envidiando más que compadeciendo á los herederos del difunto. En cambio, los duelos donde las llaves de la despensa bajan á la tierra acompañando al cadáver (como acompañaban en tiempos prehistóricos al guerrero muerto sus armas y hasta sus mujeres favoritas), esos sí que son duelos y quebrantos. Allí sí que los párpados se han hinchado al cauterio de verdaderas lágrimas escocientes; allí sí que todo descubre el aplanamiento y el horror sordo de las catástrofes interiores. La viuda tiene gestos especiales, de desesperanza; los hijos están como si les hubiesen descargado un mazazo en la cabeza; los criados la mueven á guisa del que anuncia la imposibilidad de arrostrar el porvenir, y los amigos, atropellando entre los labios las fórmulas oficiosas del pésame, piensan en otra cosa, é involuntariamente cavilan entre sí: «¡Habrá que alejarse un poco, con habilidad. Esta *pobre* gente ha quedado en mal'sima situación...»

¿No es esta la verdad, la cruda verdad humana? ¿No es el interés el móvil, oculto ó visible, de las nueve décimas partes de las acciones que vemos realizar diariamente? Y no debe de haber remedio para tal estado de cosas, cuando ha sido preciso inventar las llaves, los cerrojos, las trancas, las rejas, las puertas de hierro, las tapias y otros mil modos de clausura defensiva...

Si fuese preciso idear una alegoría de la propiedad, bastaría dibujar una enorme llave

Y sin embargo, así como la firma no demuestra y quizás arguye en contra de la autenticidad de un cuadro, las llaves no salvan la propiedad en momentos críticos... Con la ganzúa se burla la llave; con el formón y la palanqueta se descerraja... La llave no es más que una especie de guardia civil de hierro; ante fuerza ó maña superiores, no es útil su custodia.

En los casos de descuido doméstico ó pérdida casual; cuando es preciso requerir al cerrajero para que precipitadamente abra una puerta cuya llave no parece, me ha producido siempre vago asombro y como sensación de la nulidad de las cosas, el ver que esa puerta que creíamos segura y reciamente defendida, esa cerraja en la cual fiábamos, cede sin la menor violencia, con fantástica facilidad y suavidad, á la primer vuelta de ganzúa. Todo lo que destruye la fe, nos aniquila. Aunque sea la fe en un objeto material, la fe que no llega á los hondos repliegues del espíritu, se sufre un dolor espiritual, un desconsuelo, al perderla. Yo he sentido oprimírseme el pecho siempre que he visto practicar esa operación sencillísima, el cerrajero agitando su llavero de ganzúas, eligiendo una, y en una vuelta de mano, franqueando con la mayor naturalidad la puerta que creíseis infranqueable... El honrado oficial os parece entonces un malhechor. La imaginación os le pinta entrando furtivamente, á las horas silenciosas, nocturnas, con calzado de fieltro, linterna sorda, puñal prevenido, el clásico *attrezzo* y vestuario del ladrón de oficio... Estos juegos de la fantasía son una de las doscientas razones que hacen temible la *pequeña gran desgracia*, como diría un traductor de folletín, de perder una llave...

¿Quién no las pierde alguna vez? Echegaray dice por boca de uno de sus personajes, en *Mariana*, si no me engaño, que el diablo es quien se lleva las llaves que faltan y no aparecen. No sé si el diablo se entretiene en eso por obra de su naturol maldad, como San Antonio, por bondad, se toma el trabajo de encontrarlas, si se le reza el Responso; lo que sé es que hay veces en que sólo la intervención diabólica podría explicar la desaparición y reaparición de ciertas llaves. Acabáis de tenerlas en las manos, y de pronto..., ¡pst!, como si un ser invisible os las arrebatase y desapareciese con ellas. Y empieza la búsqueda ansiosa, el revolver por todas partes, el no dejar rincón que no se visite y escudriñe, el preguntar, y por último, el desesperarse. Cuando la desesperación ha llegado á su colmo, y ya las órdenes de «que venga el cerrajero» están cursadas..., allí, delante de nuestras narices; allí, donde habíamos mirado mil veces...; allí, riéndose de nosotros, ¿qué vemos? La llave, la maldita llave, el pedazo de hierro, sin el cual la normalidad de la existencia de los civilizados es imposible... La llave, que nos ha costado dos horas de dolor de cabeza y mal humor, y que ni un minuto había cesado de estar donde no se la buscaba.

Conviene advertir que mucha gente tiene la manía de las llaves, el prurito de cerrarlo todo, aun lo que no hay para qué. Y vive cargada con una respetable cantidad de *kilos* de hierro oxidado, pues quien abusa de las llaves, necesariamente las llevará descuidadas y sucias. ¿No es cierto que con sólo mirar las llaves que una mujer usa, os dais cuenta de sus aptitudes para hacer agradable el *home*? Un manojo de llaves relucientes, colgadas de un llavero de acero que brilla, es indicio cierto: hay orden y cuidado. Las llaves, por otra parte, son como las demás cosas; deben limpiarse y hasta desinfectarse. Yo tuve una tía, señora muy exquisita y principal, que había contraído la neurosis del aseo, y lavaba cosas que es inverisímil que reciban el bautismo del agua, como los tiradores de las campanillas (por entonces eran gruesos cordones de seda rematados en una borla). De las extravagancias de esta señora, exagerada en su aseo, saqué en limpio—y aquí sí que cabe el modismo—que deben lavarse muchos objetos que la gente no lava jamás; las llaves, verbigracia. Un poco de aceite, papel de lija, un trapo, dejan una llave hecha un espejo. Averigüé también que la susodicha señora no absorbía un huevo pasado sin haberlo visto lavar anticipadamente, y que antes de usar una pastilla de jabón, la hacía disolverse un poco en agua, y esa agua la tiraba, porque allí iba la inmundicia y contaminación de los dedos de la operaria que había envuelto la pastilla en su camisa de papel de seda y en su coraza de papel plateado...

Hay veces en que la llave adquiere altísima significación. No hablemos de las de San Pedro, pues no ignoramos que no son de metal; recordemos solamente aquella llave de su puerta que los moros se llevaron al marcharse de España, ó que dejaron colgada de un clavo en el zaguán, que no tendrán más que descolgar el día en que quieran volver á sus antiguos lares... Acordémonos también de las llaves que guardan secretos, en muebles incrustados, dorados ó fileteados de concha; esos muebles que se ven en los cuadros viejos, en las prenderías y en las casas donde se cultiva la idea de lo pintoresco y lo artístico... ¡Si esos muebles hablasen! ¡Si nos refiriesen la historia del paquetito que ataba con cinta azul ha permanecido allí años y años, palideciendo su tinta, enranciándose sus satinados folios, sufriendo la lenta alteración que sufre todo, cosas y personas, bajo la acción del tiempo! ¡Si la llave contase el temblor de la mano que la deslizó en la cerradura, las palpitaciones del seno en que se ocultaba, todo lo que formó alrededor de su metálico cuerpo ambiente de pasión!

Hace años, todavía las llaves desempeñaban papel muy trascendental en los estrenos teatrales. La mayoría de los madrileños se llevaba en el bolsillo la llave de la puerta, y aplicándola á los labios, juzgaba una obra. Fué asombroso el coro de llaves que acompañó al estreno de *La Carmañola*, de Nocedal. Actualmente, la inmensa mayoría de los madrileños entregan al sereno sus llaves, y se libran de llevarse una carga de hierro en el bolsillo. Y de pasada diré—puesto que frecuentemente tengo ocasión de deplorar aquí las malas costumbres—que es admirable esta humilde corporación de serenos madrileños, en manos de la cual se encuentra la hacienda y hasta la vida del vecindario, y que las guarda y defiende, sin que se registre un caso de complicidad con ladrones y malhechores. ¿No os da lástima, en las noches frías, el sereno? Mientras los demás trasnochan por divertirse, él trasnocha hasta el amanecer, y diariamente, para abriros la puerta y vigilar vuestra casa. Tiene en su poder el modo seguro de entrar en ella y de desbalijaros; tiene el depósito de vuestra confianza y seguridad, y no la defrauda nunca. Los extranjeros que vienen á Madrid, no se cansan de repetir que no sería fácil establecer en París ó en Londres algo análogo á nuestros serenos. El sistema de París, del famoso «cordon, s'il vous plâit,» se presta á todo género de abusos y facilita la delincuencia nocturna. Hay que reconocer el mérito de los serenos—en el cual no reparamos, como se suele no reparar en lo que estamos viendo á cada instante—y perdonarles su única falta—por otra parte tan natural dentro de su oficio,—á saber, la afición á echar un repartillo al cuerpo, en la estación en que el frío amoratа la nariz y las uñas; la inclinación á trasegar al estómago una copita ó un vaso de café con gotas... ¡El café! Y sin el café, vaharoso, hirviente, más de achicoria que de moka, ¿qué sería del sereno?

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

«Pero dime, Inés: ¿no aprecias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
¡Tal debe tener especias!»

No obstante, conviene recordar que la sangre y los despojos y toda la anatomía del cerdo son lo más semejante á nuestra estructura interna..., lo cual debe humillarnos profunda, irremisiblemente. ¡Los sesos del marrano, válganos Dios, tan parecidos á los sesos del sublime Newton ó del divino Wágner! Así es que, por tan comprobada afinidad, dijérase que debía repugnarnos todo manjar que del cerdo procediese, y debíamos dar la razón á musulmanes y judíos, cuando declaran inmundo ese alimento. Lejos de imitarles, el cerdo en general gusta muchísimo, y se chupa todo el mundo los dedos tras él, indicación clara de que, si no nos hubiesen habituado á mirar con repulsión la vianda humana, también (¡qué grima!) nos relameríamos ante un alemán en salsa ó un inglés á la parrilla, manjares fantásticos de los cuales nos hablan algunos zarzueleros en *cuplés*, tangos y guarachas de estilo asalvajado.

La sangre, la sangre humeante y caliente, según sale de las venas recién abiertas, es un medicamento ordenado por muchos doctores sapientísimos. En París, hay diariamente procesión de enfermos de consunción y languidez á recoger en el Matadero de la Villa el torrente que se escapa de las venas de las reses sacrificadas para el consumo. A grandes tragos, por vasos de á cuartillo, beben rápida y ávidamente el rojo líquido, con el ansia del que absorbe vida...

Esta procesión de bebedores de sangre despierta recuerdos de dramas de la historia. No en balde se llamó «bebedores de sangre» á los revolucionarios terroristas. Hay que buscar la razón de ese apodo en escenas y rasgos donde el antiguo canibalismo resurgió, no en sentido figurado, sino en el concreto y positivo, como suele resurgir la vieja barbarie de la especie al choque de violentas pasiones y de excitaciones más fuertes que los hábitos de humanidad. El caso de la señorita de Sombreuil, del cual tanto se ha hablado y que últimamente se han empeñado algunos escritores, guiados por un objeto de vindicación política, en relegar á la categoría de las leyendas, es algo natural dentro de la situación. Como nadie ignora, el padre de esta desventurada señorita era gobernador de los Inválidos y fué aprisionado en la cárcel de la Abadía, donde se encontraba cuando ocurrieron los degüellos de septiembre; carnicerías tan espantosas, que dieron origen al verbo *septembrizar*, sinónimo de lo que aquí más vulgarmente llamaríamos *escabechar*. La hija de Sombreuil, heroicamente, corrió á disputar á aquellas turbas ebrias de matanza la vida de su padre, y claro es que primero agotaría las súplicas y las lágrimas, y hasta después apelaría á intentar una lucha insensata, que sus débiles fuerzas no podrían ni un instante sostener. Sin embargo, la historia nos dice que veinticinco horas seguidas peleó la señorita de Sombreuil con los asesinos, cubriendo con su cuerpo á su padre. Cuando ya parlamentaron, cuando se trató de imponer condiciones, la vida del padre fué ofrecida en precio de un vaso de sangre humana fresca, que la hija había de beber sin vacilar; y así lo hizo. Por esta vez, lo rescató con la energía del acto tremendo; pero no mucho después, el pobre viejo fué enviado definitivamente á la guillotina...

No comprendo por qué este hecho—al cual se refieren algunos hermosos versos de Víctor Hugo—ha sido negado con tal interés. Está completamente dentro del cuadro de las escenas del Terror. Parece más difícil inventarlo, que el que haya sucedido. Cuando se producen ciertos estados de locura colectiva, resurge el hombre de las cavernas y el hombre de las selvas prehistóricas; el instinto de ferocidad nativa se sobrepone á las nociones de cultura y de humanidad, que nadie ha dejado de recibir, pero que las turbas olvidan completamente en momentos trágicos. Más atroces que el vaso de sangre de la señorita de Sombreuil, fueron los antojos de los que decapitaron á la princesa de Lamballe; y están muy probados. El error de los que sostienen estas vindicaciones históricas, consiste en creer que se achaca á los principios y á las ideas lo que es meramente resultado casi fatal en determinadas circunstancias. Las ideas y los principios son malos ó buenos no porque en un día dado las turbas hayan cometido ó dejado de cometer delitos brutales y estúpidos, sino porque en un largo período de normalidad hayan producido bienes ó males á un Estado constituído y en normal funcionamiento. La Revolución francesa no sería condenable por el vaso de sangre consabido, si hubiese logrado dar á Francia la prosperidad, grandeza y tranquilidad que necesitan las naciones. Si ha fracasado el régimen revolucionario, no es por culpa de los sicarios de septiembre. Son antipáticos, pero no les hubiese olvidado pronto.

Dejando este tema repulsivo, volvamos al sano régimen alimenticio que los doctores imponen ahora á media humanidad. ¿Dónde se encontrará, repito, leche en cantidad suficiente para tantos parvulitos lactantes? El mundo entero tendrá que cubrirse de praderías, convertirse en una Holanda ó en una Arcadia pastoril. Hay en esto un caso de regresión, algo que nos retrotrae á la soñada edad de oro, cantada por los poetas y ensalzada por Don Quijote. Nada que nada mejor puede hacerse para la salud y hasta para la moralidad—porque el problema lácteo tiene dos aspectos, y al evitar los estragos del vino y del alcohol, sanea también el espíritu—que ponerse á leche hasta aquí, debiéramos los humanos volver á aquellos venturosos días en que las zagalas, conduciendo á sus simples corderillos, andaban en trenzas y en cabello triscando por oteros y enramadas; y nuestros quehaceres y placeres serían los descritos por Salas en su *Observatorio rústico:* ordeñar

«la leche en una herrada,
aunque tosca, muy limpia y aseada,
escogiendo con maña y experiencia
las ovejas más gordas y más sanas,
y hacer para cenar las migas canas.»

Porque la leche se presta á la confección de mil manjares inocentes y puros como ella; las migas, la cuajada y los varios requesones, el suero, los quesos, las mantecas y natas; y no cabe duda que, si el vino y la carne negra parece que deben criar un corazón airado y una sangre irritable, la leche está indicada para adobar el ánimo y bañar de patriarcal dulzura las costumbres. Cuando leemos el relato de algún bárbaro crimen, es frecuente leer también que los asesinos, cometida la fechoría, descorcharon botellas y empinaron el codo. ¿Verdad que nos extrañaría infinito que la bebida de esos vándalos fuese leche? No concebimos á un hombre que acaba de hacer daño á un semejante, llevando á sus labios un enorme co de leche tibia y espumosa. La leche purifica las entrañas, infunde ideas de paz y de benignidad: por algo se ha dicho de ciertos escritores que bañaban su prosa «la leche de la bondad humana.» Hay una idea de terapéutica moral en el régimen lácteo.

La leche tiene hoy acérrimos partidarios, y son la inmensa mayoría; pero tampoco le faltan detractores. Nadie es doblón de á ocho; del campo mismo de la ciencia médica, desde el cual la leche ha sido preconizada, proceden voces que la desacreditan.

No se creen que la leche es un cúralo todo—repiten algunos médicos.—El uso prolongado de la leche como alimento exclusivo, produce el linfatismo; los niños de pecho son siempre linfáticos. La leche, está demostrado, se indigesta lo mismo que cualquier otro alimento, y ¡libremos Dios de una indigestión de leche! Además—y en esto insisten con particular empeño—la leche es el vehículo frecuente del contagio tuberculoso..

Todas estas incertidumbres nos amargan la vida. Quisiéramos, de una vez, cerciorarnos de lo que es malo y de lo que es bueno. Antes nos decían que nada como la carne, y muy cruda y sanguinolenta; ahora, que volvamos á la primera época de la vida, y chupemos nuestro biberón cada tres horas... El buey, la ternera, fueron antaño nuestro sustento; la vaca es ahora nuestra providencia... ¿Por qué cayó de su pedestal el *beefsteack* «poco hecho»? ¿Por que los jugos y extractos de vianda ya apenas se recetan, y se les acusa de producir todo género de trastornos?

No sabe uno á qué carta quedarse: la incertidumbre y el escepticismo nos asaltan. ¿Verdad que se dijo, y aún se dice, que las moscas se entretienen en llevar y traer, ni más ni menos que si fuesen comadres, los gérmenes de un sinnúmero de infecciones? Pues hete aquí que de improviso nos dicen que, al contrario, los apreciables dípteros se dedican á comerse los microbios más dañinos y nos prestan así servicios incalculables. Yo, no obstante, prefiero privarme de tales beneficios y no escuchar el zumbido de la *musca domística* de Lineo, ni encontrar sus asquerosos despojos en la sopa. Los microbios, como ni se ven ni se oyen, molestan infinitamente menos hasta nos lanzaríamos á decir que no molestan nada. «Ojos que no ven, corazón que no quiebra...» ¡Se vive con los microbios tan ricamente!

La verdad es que la ciencia, metida á rehabilitar, no se queda corta. Nos demuestra que el sapo es utilísimo, la araña modelo de laboriosidad, la víbora una pobrecilla criatura sin veneno, y la mosca un excelente *detective* que vela por nuestra seguridad y salud... Nuestro siglo deberá llevar el nombre de siglo de las rehabilitaciones. Nadie es malo, lo cual equivale á sentar que nadie es bueno...

La condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada época tiene sus manías, y la nuestra, que en tantos conceptos se puede calificar de infantil, se ha dedicado ahora á regresar al primer período de la niñez; á la lactancia. Todo el mundo está—ó estará muy pronto, en seguida que consulte al doctor—á régimen lácteo.

Que padezcáis neurastenia y empecéis á notar esos síntomas de debilidad, muchas veces precursores de algo más grave; que tengáis propensión al artritismo y á la plétora y necesitéis aligerar y desmaterializar vuestro organismo; que seáis flaco; que seáis gordo; que seáis joven; que seáis viejo; que vuestra sangre esté viciada; que vuestros huesos estén duros ó hechos una cañaheja de puros vacíos de médula y substancia; que os duela la cabeza ó que os pique la piel; que el estómago funcione mal ó el hígado se insubordine; que se soliviante el corazón ó el pulmón se perfore..., la leche y siempre la leche será la base de vuestra restauración física... Que os agrade ó no ese licor procedente de las ubres de «la humilde esposa del valiente toro,» como dijo algún cultilatinparlante de antaño, habréis de vivir de «lácteos candores,» según escribía otro de la misma secta.

Lo que yo no comprendo es dónde va á encontrar la humanidad tanta leche como, á este paso, necesita y necesitará para lo venidero, cada día más, puesto que la moda se afianza y cunde, y pronto llegará hasta á los países recónditos, africanos ó australianos, donde aún persiste, sofocada y oculta por la civilización, pero vivaz como todo lo tradicional, aquella dulce costumbre prehistórica de la antropofagia.

La cosa se presta á múltiples reflexiones, hasta del orden histórico filosófico. La humanidad ha empezado por beber sangre en cráneos mondos, y acaba por beber leche en vasos de fino cristal. No creáis, sin embargo, que eso de beber sangre fuese cosa ni tan dañosa ni tan horrible como parece á primera vista. Claro es que dicho así, estremece nuestras fibras y evoca recuerdos de horribles tragedias; Macbeth, Atreo, los criminales que el arte ha inmortalizado, desfilan ante nuestra vista envueltos en el rojo sudario de sus atrocidades. La sangre tiene el don de aterrarnos sólo con su nombre... Hay en ello mucho de sugestión. No quisiera hacer una paradoja cruenta, pero debo decir que el hombre es esencialmente un animal... que á cualquier cosa se acostumbra, y á la sangre y carne de sus semejantes fácilmente se aficiona. A pocas sugestiones es capaz de lo que ni aun en hipótesis concebiría. Y por otra parte, en disfrazándole el aspecto de las cosas, el hombre se las traga como un bendito. Dadle sangre, en forma de morcilla ó de fritanga, y se chupará los dedos. Me diréis, y con sobrada razón, que lo que el hombre come regaladamente es sangre de cerdo, sazonada con varios condimentos gustosos.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tolstoy está ó estuvo, según noticias, á pique de morirse. En los últimos diez años se pierde la cuenta de las veces que se ha encontrado en trance crítico Tolstoy. Luchan todavía—en lo avanzado de la edad—aquellas dos naturalezas de su niñez, la una de enfermo y epiléptico, la otra de robusto vástago á quien el cerebro fortifica el organismo y lo prepara á la longevidad y á la senectud fuerte, de viejo roble.

Tal vez el sistema y método que se ha impuesto Tolstoy sea en efecto muy higiénico y contribuya á conservarle y á sacarle con bien de tan frecuentes crisis. Se asegura que Tolstoy, en su suntuosa residencia de Vasnaya Poliana, rodeado de todos los detalles que exige el *confort* moderno, servido por criados correctos, enfundados en su librea ó llevando con soltura el frac, hace, él personalmente, aislándose en una habitación ó celda apenas amueblada, una especie de vida humilde, ascética ó cenobítica, y come y duerme y se viste como han comido, dormido y vestídose los antiguos solitarios del desierto. Si en estas referencias hay ó no exageración, se puede discutir. Lo primero que necesita hacer un solitario, un penitente, es aislarse de la familia. Por algo ha dicho Jesucristo: «Si quieres seguirme, despréndete de todo.» La familia es muy dulce, muy insinuante y muy contraria á la afirmación de la individualidad. En familia, casi no hay modo de almorzar gachas si los demás almuerzan chocolate ó café. Rodeado de gentes que se bañan, se perfuman, se visten elegantemente, el sayo grosero de Tolstoy y los pies descalzos, como le retrató el pintor Répine, tienen forzosamente que ser una nota discordante. Hay escritores que narran la existencia diaria de Tolstoy y afirman que es cómoda y lujosa. A fe que lo siento. Me agradaba esa leyenda, porque aun siendo Tolstoy una especie de heresiarca, tenía su ideal mucho de franciscano, el amor de la dama Pobreza, la descalcez y la ternura hacia todos los seres.

No significa lo que acabo de escribir que me hayan alucinado nunca las ideas de Tolstoy, las cuales, por sanas, han cundido como reguero de pólvora, no sólo en Rusia, sino en Europa entera. No ha llegado á inficionarme esa enfermedad del tolstoísmo, diagnosticado sin benevolencia por Max Nordau en su libro *Degeneración*. Ni sé yo á quién podrán convencerle—aunque en efecto han convencido á muchos—esas ideas regresivas al estado salvaje, pues no á otro fin van, en su mayor parte, las doctrinas del autor de *Resurrección*. No hay para la humanidad sino dos estados: el de civilización—cuyos inconvenientes no niego—y el de naturaleza... que es igual al salvajismo. Por más pinturas poéticas que se nos hagan de la edad de oro, del siglo de Saturno, de los tiempos en que existía la inocencia y los hombres eran un rebaño de corderillos unidos por la fraternidad, no podrá la ciencia presentar en demostración de esa tesis ni un dato ni una prueba, ni en los pueblos más próximos al estado de naturaleza que nos ha sido dado conocer, como las repúblicas y monarquías americanas de la época del descubrimiento y de la conquista—y cuenta que poseían su cultura—hallaríamos más que canibalismo y ritos horribles. Todas las ilusiones de los escritores que predican el regreso á una edad de paz, concordia y dulzura entre los hijos de Adán, son meros ensueños, que parten de un error capital, suponer que los hombres son naturalmente buenos, y que es la civilización quien los corrompe. Tan corrompido era el Chato del Escorial, como el marqués de Sade. Los brutos tienen su corrupción, más sucia, hedionda y feroz que la de los refinados. Malo es todo el mundo; los católicos creemos que desde el pecado original, y los sabios, los verdaderos sabios, observadores, inductivos, sin maneha de filantropismo cándido creen lo propio exactamente, no situándose en el terreno de la teología, mirando la cuestión desde el punto de vista antropológico...

Voltaire decía á Rousseau (genuino precursor de Tolstoy, el cual con su aspecto castizo de mujik ruso, es más afrancesado que otra cosa): «Cuando os leo, me dan ganas de andar á cuatro patas.» Esta misma sugestión de regreso á lo más natural, que es lo animal, produce Tolstoy, á pesar de su exaltado espiritualismo. En efecto, sabiendo y queriendo ver al través de las predicaciones del apóstol de Vasnaya, lo que aparece es meramente la tendencia á la regresión. No lo cree así el ilustre novelista, ni menos sus adeptos: la reforma tolstoyana les parece llena de espíritu, llena de dominio del alma sobre la animalidad, de victorias de la voluntad sobre los sentidos, de misticismo y de abnegación. Y lo estará en efecto; solo que no lo estará nunca sino en la intención elevada que yo no he de negar á Tolstoy, pues ni le creo un comediante ni un agitador ambicioso, y supongo que, diciéndolo tan admirablemente, dice lealmente su sentir. En los resultados, las enseñanzas y programa de Tolstoy nos conducirían—en el caso inverosímil de que prevaleciesen—al archipiélago de los Maoríes ó á la Bahía de los Sacrificios. Esa piara de labriegos, todos unidos para «trabajar el pan;» sin tuyo ni mío, sin tribunales, sin fuerza armada, sin que nadie tenga derecho á vestirse de seda ni á hacerse servir por otro, sin moneda, sin rey ni roque—pongamos por roque, en este caso, á cualquiera que ejerza el poder, á un presidente de república—parece, á primera vista, algo muy santo y bueno, muy justo y muy respetable. Fijaos bien, y los veréis, á plazo breve, convertidos en la horda primitiva, la ancestral, la que aulla, devora carne de sus semejantes, vive en promiscuidad y por no alzar la casa se refugia en la caverna. Los recuerdos de un estado anterior civilizado y disciplinado—no perfecto, ciertamente—bastarían para envenenar más aún y hacer más negra esta barbarie, á la cual vuelve el hombre no bien se le deja á solas con su natural instinto...

Sin recurrir á la ciencia; en la vida diaria, en los más humildes aspectos de la existencia, comprobaréis el predominio del impulso de barbarie y hasta de maldad que sólo trabajosamente reprime la civilización. Todo el que tenga servidores advertirá cuán difícil es imbuirles ideas de aseo, de orden, de respeto á sí mismos. Quizás obtendréis que limpien vuestra habitación; lo imposible será que espontáneamente hagan otro tanto con la suya. Abandonad unos días cualquier rincón de vuestra casa, y lo encontraréis atestado de objetos informes, que arrojan allí la desidia y la indiferencia, formas mansas de la barbarie. Hasta sucede una cosa no prevista por Tolstoy, y es que la barbarie se manifiesta más ó menos, según las edades, y es á veces y muchas—de *origen sexual*. Es decir, que en la edad en que el amor constituye una necesidad imperiosa, el hombre es de suyo más bárbaro. No se presenta el fenómeno sólo en el pueblo, en las clases poco educadas: á cada paso leemos en los periódicos casos de señoritos que han cometido este desmán, la otra tropelía, la atrocidad hache y la bestialidad equis. Rompen todo, lo arrojan todo por el balcón, dan palizas á míseras mujeres, insultan á los agentes, disparan tiros... Si no existieran, mal ó bien, autoridades, leyes, cárceles, castigos, ¿á qué extremo llegarían esos nenes? Nos degollarían á los ciudadanos pacíficos... Verdad que en la sociedad imaginada por Tolstoy no existe el problema del amor; el apóstol lo ha arreglado con radicalismo, decidiendo que la especie humana debe acabarse y no conviene que nazca un hombre más sobre la tierra...

Y aquí tenemos, bien patente, una señal de lo que dan de sí esas teorías de regresión al estado natural y primitivo. De ellas sale lo más antinatural, lo absurdo, lo que lleva el estigma de la locura: y ese estigma, esa grieta en el cráneo, caracteriza á la literatura social, propagandista y evangélica de Tolstoy. He dicho evangélica porque, en efecto, Tolstoy se inspira en pasajes del Evangelio; sólo que interpretados en determinado sentido. Todas las herejías, todos los delirios de la razón y del sentimiento humano pueden sacarse del Evangelio y de la Biblia. El inmenso contenido, la profundísima doctrina rebosante de los libros sagrados, da larga tela á los sofistas; por eso Tolstoy se apoya en textos evangélicos, y Evangelios llamó á sus novelas sociales Zola.

Zola, menos inspirado, menos artista que Tolstoy—aunque también grande por sus condiciones literarias,—en cuanto predicador social no me parece tan desequilibrado ni tan peligroso. La idea de la patria, por Tolstoy cruda y cerradamente anatematizada, la respeta Zola hasta en obras como *La débâcle*. Zola no cree que convenga suprimir la especie humana suprimiendo el amor: antes al contrario, recomienda y encomia la unión conyugal y la formación de la familia. Zola tampoco cree ya que opina que el arte es algo bizantino y corruptor, como dice Tolstoy, en quien reviven aquellos monjes fanáticos de los primeros siglos de la Iglesia, que pulverizaban á martillazos las bellas estatuas paganas, y echaban á la hoguera los vasos primorosos, las joyas y las telas ricas. En Tolstoy—y es curioso notarlo—reviven esos tipos históricos que parecían extinguidos, los anacoretas invasores de Roma, Constantinopla y Alejandría, enemigos de la hermosura porque aún no se habían dado cuenta de que es uno mismo y solo el Autor de lo bello y el de lo bueno; y además, empeñados en que desapareciesen los monumentos de una religión adversa y falsa. Yo excuso á los Paconios y á los Pablos, abrasados por el sol de sus yermos; no excuso lo mismo á un conde del siglo XIX, contemporáneo de Wagner y de d'Annunzio, y que dice pestes de Shakespeare, desde una tierra semipolar. Tolstoy es un artista sublime; pero es un bárbaro.

Consideramos y hasta veneramos á este bárbaro—recuérdese que los romanos fueron fuertes mientras llamaron *bárbaros* á los demás pueblos del mundo,—porque este bárbaro, este eslavo atormentado por el sombrío misticismo de la Edad Media en las extremidades de Europa, ha escrito *Paz y guerra*, *Ana Karenine*, *En el Cáucaso*, *La muerte de Iván Ilitch*, *El príncipe Nekhlindof*, *Los tres solitarios*, *Resurrección*, *El poder de las tinieblas*, *La sonata á Kreutzer*... y tantas y tantas obras maestras de la forma épica más propia de nuestro siglo—la novela, el cuento, el drama.—Lo magistral del arte de Tolstoy brilla en las páginas donde se olvida del apostolado y se limita á retratar la vida con singular energía y verdad atombrosa. Si Tolstoy fuese lógico, su arte debiera reducirse á lo que se reduce el de los romances de ciego. Por fortuna, Tolstoy no es bárbaro sino en sus aspiraciones: escribiendo, tiene todas las exquisiteces del observador realista más educado por el ejemplo de Balzac y de Flaubert, por la gradual difusión de la ciencia y el giro nuevo que ha tomado el arte. Lean con paz los incondicionales admiradores de Tolstoy, los que creen que el fin del arte es guiar á las multitudes hacia la tierra de promisión—la zanja donde llueven jamones y perdices y cada quisque se abraza;—lean con paz, digo, este calificativo de bárbaro que aplico, en el sentido de los romanos, al insigne novelista... No nace todos los días un bárbaro así; de tales bárbaros nos den carretadas. Y sin embargo, no me desdigo.

Hay que declarar, para ensalzar á Tolstoy como se merece, que su genio no ha conocido decadencia. Yo no gusto mucho del arte docente y de las tesis. Tolstoy me ha convencido de que se puede escribir para catequizar, y hacer cosas tan hermosas como las que hizo Flaubert, que era imposible, ó Balzac, que casi lo era. Zola rodó hasta el abismo de la ñoñería al meterse en dibujos evangélicos: Tolstoy no es ni más ni menos admirable cuando enseña (á su modo) que cuando retrata, con el vigor y la luz de un Rembrandt; y, en ocasiones, con la crudeza de un Franz Hals.

«¡Qué gran artista pierde el mundo!,» diz que dijo aquel cómico de la legua que se llamó Domicio Enobarbo Nerón, al oir que llegaban los soldados para matarle y adelantárseles clavándose un hierro en la garganta. Esta elegía y oración fúnebre será la que debemos aplicar al autor de la *Sonata*, cuando—quiera Dios que lo más tarde posible—difunda el telégrafo por ambos hemisferios la noticia, ya segura, de su tránsito... No lloraremos al reformador, al místico, al nihilista, al socialista, porque de todo eso muy leve huella quedará. Es al narrador inmenso, al cuentista maravilloso, al pintor del alma eslava, al que nunca llorarán bastante las Musas—maltratadas por él en cuanto Dioses!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algún tiempo, creo que dos ó tres años, he sostenido aquí mismo la tesis de que uno de los mayores enemigos de España es la chinche; enemigo que nos ha hecho y nos hace poco menos daño que Napoleón y hasta que yanquis y filibusteros. Ello parece una paradoja gruesa; pero si se reflexiona, es una verdad sencilla. Diré en abreviatura lo que entonces explicaba quizás prolijamente.

Para un país como España, con grandes extensiones de despoblado y cuantiosísima riqueza artística y monumental, nada es tan útil, tan sano, como el movimiento y afluencia de viajeros, que despierta y estimula todas las energías civilizadoras, y además deja dinero en abundancia. Italia saca al año copioso rédito á su caudal de recuerdos y antigüedades históricas. En España, por la escasez de turistas, este capital está muerto.

Ahora bien; la escasez de turistas, en España, se debe no sólo al mal servicio y difíciles itinerarios de los trenes, sino también y muy en primer término, al terror de las vigilias amenizadas por las chinches y pasadas en un sofá á fin de evitar una cama impura.

Se va sin mucho recelo á hacer noche en las ciudades—y á veces también en ellas se encuentra la plaga;—pero se huye como de la peste de los pueblecitos, en los cuales se ocultan tesoros para la curiosidad y la afición artística de los viajeros. La sangre circula cuando más por las grandes arterias; en las venillas se estanca completamente. Nadie se atreve á detenerse en los lugares donde fluye el rico venero de la tradición y de la íntima belleza española.

Oís decir unánimemente á los viajeros que no les importa comer cualquier guiso, beber el peor vinillo, sufrir cualquier privación, renunciar al *confort* más usual; pero que no se avendrían nunca á reposar en una cama visitada por el bichejo detestable y hediondo.

***

La justicia manda que se confiese que hay casas y aun posadas de villorrio, donde un poco de aseo previene el peligro. Lo malo es que, como están infestadas otras muchas, se teme igualmente á todas. En la puerta, según ahora es frecuente colocar las placas dedicando la casa al Corazón de Jesús, debieran los limpios poner otra placa advirtiendo «Aquí no hay chinches: entra sin miedo, viandante.»

Lo triste de todo ello es que la chinche no es una fatalidad física: la chinche, como la mosca, desaparece cuando hay policía y se friegan bien las maderas y muebles. En las escuelas debiera enseñarse el modo de asear y los procedimientos insecticidas. Con esto y un medianísimo, un humilde *albergo* que se encontrase en cada rincón, España empezaría á ser visitada como merece. El lujo de los hoteles vendría después: insensiblemente sucedería aquí lo que en Suiza, donde todo se facilita al viajero, y donde en las más escarpadas montañas no falta cuanto puede desearse. Los buenos hoteles se forman al calor de los turistas, y para que acudan turistas y suelten dinero á cambio de servicios y satisfacciones, es necesario que desaparezca el terror á la chinche.

***

La chinche modifica los itinerarios, obliga á pasar á escape por puntos que sería delicioso recorrer detenidamente, destruye el encanto y la impresión poética de los sitios donde la tradición ha grabado su huella misteriosa; he aquí por qué veo en la chinche á un cruel enemigo de la patria.

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una expedición deliciosa, sin asomos de *panne*, sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo é incomprensible del artilugio. (Porque es de saber que mi ineptitud para la mecánica pasa de los límites de la verosimilitud, y un amigo mío, fallecido ya por mal de la ciencia española, Laureano Calderón, sudó tinta al empeñarse en enterarme de cómo funcionaba un reloj de bolsillo.) Ello es que el viaje salió perfectamente, y admiramos, mis compañeros de expedición y yo, un sinnúmero de paisajes y monumentos encantadores. Nos detuvimos aquí y acullá, en fondas desconocidas, en parajes infrecuentados, hallando en todas partes gente amable y solícita que nos ofrecía cuanto necesitásemos, y comida abundante y excelente. De buen grado se quedaría uno, por una noche, en tal lugarejo, cerca de tal ó cual monasterio, castillo arruinado ó convento impregnado de romanticismo... «¡Ah, si no fuese la contingencia de las chinches!,» repetíamos al desechar el proyecto, por unanimidad...

***

En Ribadavia—uno de los pueblos más bonitos pintorescos y monumentales de la provincia de Orense—pasamos una noche. La fonda está agasajada entre parras y álamos, como rodeada de la fresca y vivaz vegetación de un parque, y se asienta frente á la estación misma. Yo recordaba haber dormido allí otra vez, limpiamente. Y limpiamente volví á reposar, en cama pulcra, con sábanas de nieve y á la cabecera un San Antonio, que acentuaba la sensación monástica de celda alegre, flotante sobre un mar de follaje denso y frondoso de viña, que amaga invadir las ventanas, abiertas al calor de septiembre y á la regocijada luz del cielo riberano. ¡Oh, si en toda España se encontrasen de estos *albergos*, sencillos, pero libres de asquerosas plagas! Creo que no es mucho pedir; no exigimos el hotel fastuoso, con ínfulas de palacio, al estilo del que se alza al lado de la fuente mineral de Mondáriz ó al pie de los manantiales de la Toja. Bastan para empezar y tienen su grato perfume de manzanilla y violeta las fonditas como la de Ribadavia, sin pretensiones... y sin chinches.

***

En ocho días, como iba diciendo, hemos recorrido tres provincias; la Coruña, Pontevedra, Orense. Hasta nos hemos internado un poco—¡tan poquillo!—en Portugal, visitando Valença do Minho... Poco, pero lo suficiente para comprobar esa curiosa diferencia que se nota entre naciones y pueblos, por la virtud de una frontera que los divide... Es la misma tierra; á las dos márgenes del Miño, el arbolado es idéntico, iguales los accidentes del terreno; y sin embargo, Valença lleva un sello tan característicamente portugués, que es inconfundible con una ciudad de allende. La fanfarronería de las ceñudas fortificaciones—ya inservibles—y de los cañones—anticuados, de veinte modas atrás—de los cuales hablan con énfasis respetuoso los pilluelos color de aceituna que se constituyen en cicerones nuestros, es ya cosa propiamente lusitana: Túy no conserva esa actitud de dogo amenazante; nosotros nos hemos dejado de *rodomontades espagnoles*. Pasamos por delante de la cárcel, *a cadea*, y una esportilla, colgada de un bramante, viene á caernos delante de los ojos. Una presa nos pide así limosna. Entramos en una barbería; nos refrescamos y pulverizamos con agua de Colonia, y el *fidalgo* barbero se niega, haciendo reverencias, á cobrarnos nada. Las casas, de arquitectura seudo-gótica, están revestidas de una azulejería bellísima, de relieve—el azulejo es una de las manifestaciones artísticas más genuinas de Portugal.—Vemos un paço, una casona enorme, con patio jardín, con escudos que la blasonan. «Es la casa del *senhor barao*,» exclaman, con inflexiones de veneración profunda, los golfillos que van siguiéndonos ó precediéndonos, sin agobiarnos, sin pedirnos (como nos pedirían si fuesen del otro lado del río) una *perriña*.

Entramos en el Casino—creo que se llama la *Asambleia*; es detalle que no recuerdo.—Con la cortesía clásica en Portugal, nos enseñan unas salitas donde hay *recreios*, billar, mesas de juego, y por último, la biblioteca. Y aquí es preciso alabar, alabar sin reserva alguna. Acabo de visitar la biblioteca del Casino de Vigo, cuyos salones son espléndidos y están amueblados como el palacio de un potentado fastuoso; y en la biblioteca, asaz chica, sólo divisé colecciones encuadernadas de la *Gaceta*. En el modesto Casino de Valença, en una sala bastante capaz, rodeada de estanterías, calculo que se alineaban unos cuatro mil volúmenes de obras antiguas y modernas, portuguesas, francesas, españolas, inglesas, escogidas con inteligencia y conocimiento de la verdadera marcha de la literatura contemporánea. Los grandes escritores portugueses—Herculano, Fialho de Almeida, Eça de Queiroz, Castello Branco, Riveira Martins—allí están. Los títulos que leo me interesan; me pasaría de buena gana una tarde revolviendo libros en este Casino de poblacho, mejor surtido, en lo intelectual, que el de una población tan próspera, tan llena de tráfico y actividad como Vigo. En cambio—eso sí—la *biblioteca* vinosa y alcohólica del *bar* Bandeira, es completa y está bien ordenada.

***

¿Será verdad que ciertos adelantos representan progresos? El *bar* Bandeira me obliga á formularme la pregunta á mí propia. Todas las tardes que hemos pasado unas horas en Vigo, visitábamos el *bar*. ¡No se imagine nadie que esto es un reclamo! Lo que consumimos en el *bar* queda pagado religiosamente y hasta creo que por las setenas, doblado y zabumbado, como dijera Cervantes. Pero el *bar* se presta á reflexiones, y he de hacerlas. El *bar* es la taberna de lujo. Quizás sólo en el lujo, y en el predominio del *cock tail* sobre la caña de manzanilla, difiere de la freiduría malagueña, donde el pescado tira de la bebida, y la bebida llama por el pescado, las aceitunillas y las rajitas de salchichón. Hay un matiz muy marcado que distancia al *bar* del figón y lo eleva en la categoría de tales asilos báquico gastronómicos. En el *bar* todo es extranjero, y muy elegante, aun cuando los mejillones en escabeche—una especialidad—hayan sido, naturalmente, captados en aguas españolas ó portuguesas—pues los hay á estilo de Aveiro.—Pirámides de latas de caviar comentan la frase que acabamos de oir de labios del dueño del establecimiento ultramoderno: «Cuando fondeó aquí la escuadra rusa, me dejó cuatro mil duros...»

***

Los toneles que amueblan el *bar* están decorados con caricaturas de escritores, músicos, políticos... El tonel en que figuraba la mía ha sido adquirido hace poco, con otra media docena de toneles iconográficos, por un aficionado. «Allí los puede ver á señora...» Vigo es muy cosmopolita; en el *bar* entra de pronto un hombre alto, rubio, silencioso, que bebe calladamente y se va como ha venido, es decir, más *full* de lo que ha venido, de seguro... Es un hijo de Albión. Portugueses atezados, flemáticos insulares, abundan en las calles de la ciudad, sembradas de sillares de cantería, de esa cantería admirablemente blanca y fina de la provincia de Pontevedra, que se parece al mármol griego. Todo el día se oye en Vigo el tintín de los picos; veis alzarse casas de una suntuosidad que sorprende, bordadas, afiligranadas, recargadas de adornos. ¿Producirá lo bastante la fecabilidad urbana en Vigo para compensar este derroche arquitectónico? ¿O es que la labor de la piedra, en otros países tan costosa, es en Vigo barata? No me han sabido esclarecer las dudas—en viaje se formulan mil interrogaciones que no hay tiempo de contestar satisfactoriamente.—Lo que sé es que no conozco casas más *repinicadas* que las nuevas de Vigo.

***

Su puerto es una magia. Discutíamos—y tampoco dimos con la explicación—por qué una puesta de sol en la bahía de Vigo es más hermosa que otras puestas de sol en otros lugares y en otras riberas. Hay una majestad y una grandeza infinita en el espectáculo del ocaso sobre aquella bahía y aquella ría, envidia de las naciones.

Se pone el sol á lo lejos, en el magnífico horizonte, detrás del erizamiento de los mástiles, como desdeñoso del movimiento del puerto, como huyendo de la *Bolsa del pescado*, donde se subastan, y por cierto muy ingeniosamente y sin ruido ni posibilidad de engaño ó disputa, las *pescadas* ó merluzas plateadas y tersas que se reparten después por toda la provincia y el reino todo... Dondequiera que vayamos, la merluza nos perseguirá. La encontraremos en Ribadavia, en la Guardia, en Santiago, en las estaciones del camino, ya bañada en la cursi salsa mayonesa, ya cocida y salpicada de perejil, ya frita, bajo su túnica de huevo... En Vigo, en la Bolsa, la hallamos apilada por centenares, y su olor fuerte y bravo nos sigue, nos satura la nariz, nos hace apretar el paso y buscar, en lo alto del pueblo, calles libres de ese tufo ingrato. No sé por qué, oliendo tan deliciosamente el mar y las algas, ha de apestar el pescado reunido...

El sol diríase que también se aleja, hundiéndose en el agua toda ruborizada de recibirle... Es una puesta de sol nupcial y regia.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

Nuevo sistema de carro para recoger la basura que se emplea en algunas ciudades de los Estados Unidos. 1910, n.° 1467, p. 103.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con el otoño vuelve, indefectiblemente, la conversación del cólera morbo asiático, y las conjeturas, y las precauciones sanitarias, y todo lo que se relaciona con la terrible enfermedad enviada por el Ganges y que un tiempo asoló á Europa.

Un tiempo... Pero ese tiempo ha pasado. No podemos dudarlo, cuando ya tantos años hace que la epidemia amaga y no da, contenida por los adelantos de la higiene y por los progresos de la ciencia médica, que á mediados del siglo pasado se declaraba impotente para atajar la invasión del azote.

Las epidemias nos han enseñado de un modo categórico el valer y la eficacia de la higiene. Si que dase en el espíritu de las gentes la menor duda acerca de la importancia de la limpieza y el saneamiento público, la observación de cómo han decrecido y casi desaparecido estas pestes horribles que en la Edad media estremecían y diezmaban á los pueblos, bastaría para demostrar que todo esfuerzo tiene recompensa y todo adelanto trae un resultado positivo y bienhechor.

No es completa, no es ni aun relativamente satisfactoria, la higienización de las grandes ciudades; dejan que desear los alcantarillados, el servicio de aguas, los barridos, la ventilación en las casas donde se alojan los pobres y los humildes; no se vigila ni la mitad de como es debido el que los alimentos no se sofistiquen; no están suficientemente oreados ni ascados los puntos de reunión, teatros, cinematógrafos, casinos; no se persigue lo bastante á los ratones, conductores y propagadores de toda infección; y sin embargo, con lo poco que se ha hecho en el sentido de higienizar, ha sido bastante para que no se repitan las tristísimas escenas descritas por Galdós en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, por Patxot en *Las ruinas de mi convento* y por Eugenio Sué - á su manera y en su cuerda peculiar—en *El judío errante* (si no me engaño, pues algunas de estas lecturas ya ni recuerdo cuándo las hice). El misterioso terror del contagio ha desaparecido; se sabe que habría medios para combatirlo y extirparlo aunque se presentase; se sabe cuál es su vehículo, cuál el microbio que lo produce; no es una fuerza obscura, fatal, que hiere en la sombra; se le ve venir de frente, y de frente se establece la defensa enérgica y activa.

Entre los folletos curiosos que guardo en mi librería, hay uno encaminado á demostrar que el cólera es un castigo especial del cielo, similar á los que descargaron sobre las pecadoras espaldas de Babilonia, Sodoma y Gomorra y de las tropas de Senacherib, y a las plagas que Jehovah envió á Egipto para que fuese justo con los hebreos. No se crea que el tal folleto es muy antiguo: mi ejemplar es de la segunda edición, 1888, y creo que la primera (que no he hojeado, procedamos con escrúpulo bibliográfico) vió la luz hacia 1866, después del ramalazo de cólera del año 1865. Su autor, reiteradamente, se declara católico antes que académico, por si ignorábamos que la pila del bautismo precede al honor de ser nombrado individuo de varias corporaciones científicas y literarias españolas y extranjeras: pues salvo esta idea de orden cronológico, no veo qué clase de oposición pueda existir entre la cualidad de católico y la de académico, sea de los Arcades, sea de cualquiera otra respetable Sociedad. Al frente del opúsculo figura una *Advertencia importante*, dirigida al lector; y no entiendo por qué no he de reproducirla aquí, con su transposición elegante y sus notas, que tiene cuatro para dos quintillas:

No anhelo la aprobación
del que se muestre estudioso (1).
Yo quiero la aceptación
del hombre sin presunción
que es *sincero* y religioso (2).

No fue mi objeto lucir (3)
mi modesta inteligencia
al mi opúsculo escribir,
sino tan sólo esparcir (4)
la Fe, la Moral, la Ciencia.

No altero un ápice, ni quito ni añado punto ni coma á este documento humano, digno de que lo coleccionase Flaubert, que se divertía en reunir testimonios del candor de nuestra especie (no siempre debe llamarse á las cosas por su nombre, y escribo *candor*). Ahora bien: si la tesis del autor de este opúsculo hubiese prevalecido, tendríamos cólera cada dos ó tres años, y peste bubónica cada seis ó siete, como la hubo en Barcelona hasta que empezó en Europa la campaña sanitaria, todo lo incompleta que se quiera, pero suficiente á contener las epidemias antes de que adquieran tremendo desarrollo. Porque una cosa es reconocer que Dios nos tiene en su mano y hace de nosotros según sus designios, y otra es caer en el fatalismo de atribuir los males á la ira celeste y cruzarse de brazos ante ellos, bajando la cabeza y dando por hecho que hay que sufrir y callar y esperar á que la Providencia lo arregle. Precisamente—insisto en ello—las epidemias han venido á ser demostración palmaria de lo que puede la voluntad del hombre, en su lucha con la naturaleza tantas veces enemiga.

En otro tiempo, las guerras eran origen de pestes. Ninguna peste han causado las últimas guerras europeas. La mortandad fué enorme en la franco prusiana: Sedán, sin exageración, pudo calificarse de carnicería. Con todo eso, y á pesar de haberse desarrollado entre los soldados, y especialmente los prisioneros, la inevitable disentería, no hubo que añadir á los horrores de la matanza y á las atrocidades de la Commune una plaga de cólera ó de peste negra que se hubiese difundido por otras naciones, después de desolar á Francia. Son ya estas pestes características de los países sucios, es decir, de los países más sucios, y donde la forma religiosa de enterrar á los muertos no está de acuerdo con las prescripciones de la higiene. Así, en la India, parece que se dejan los muertos al aire ó se arrojan al sagrado río, con lo cual lo convierten en depósito de infecciones. Los ingleses luchan por desterrar estas supersticiones que perpetúan el peligro del Ganges; y aunque tardarán en extirparlas, es de suponer que lleguen á conseguirlo, porque los indios son una raza inteligente, capaz de darse cuenta de lo razonable y de lo útil, aunque prefieran su nirvana. Rusia, de donde parece que viene ahora el *Asiápod*, como se le nombraba en los años de terror, se cuenta también entre los pueblos *expesos*, y permitase este modismo. La suciedad rusa es la que engendra el clima frío; suciedad tal vez más repulsiva que la de los climas cálidos, donde, al fin, la gente, por egoísmo, se remoja y anda medio en cueros. Es verdad que tienen fama los *baños rusos*, en que alternan el vapor casi hirviente y la ducha helada; pero ¿cuántos rusos se bañan de ese modo? La inmensa mayoría pasa el invierno entero sin cambiarse de ropa, durmiendo vestidos á orilla de la estufa, y el tener cama, verdadera cama —si hemos de estar á los relatos de los viajeros,—es un lujo, aun en las clases pudientes. Gogol ha pintado un cuadro alarmante de la porquería de su patria; y si bien desde Gogol acá también Rusia ha progresado, que al cabo no hay rincón del mundo donde no se progrese, en estas materias y en un tan enorme imperio, tiene el progreso que ser lentísimo, y el cólera, propagado en las inmensas ferias donde se reunen mercaderes de toda el Asia, cargados de telas y mercancías sospechosas; donde se condensa, por decirlo así, la pintoresca inmundicia del Oriente, ha de venir forzosamente de Rusia, si de alguna parte del continente europeo está escrito que venga, cada dos ó tres años, á dar un susto leve y retirarse...

Es interesante recordar que, en Egipto, la peste negra ó bubónica fué completamente desconocida mientras existió la costumbre de momificar, no sólo los cadáveres, *sino* las carroñas de animales—gatos, perros, ibis, hasta cocodrilos.—Ese pueblo laborioso é industrioso, uno de los grandes fautores de civilización en la antigüedad, se consagraba á embalsamar á sus muertos, y sin saberlo, atajaba así en germen cualquier peligro. Bien puede asegurarse que las plagas, entre las cuales se contó la peste, fueron obra de Jehovah enojado, pues los anales de Egipto, tan detallados, tan exactos, no hablan de epidemias. Allí se hacia un consumo enorme de esa substancia que llamamos nafta ó betún, asfalto ó momia; se había suprimido la podredumbre; se construían las necrópolis como palacios, y es posible que el sabio pueblo que llegó á arrancar á Atenas el cetro de la cultura, no ignorase que son los muertos los que, al descomponerse, esparcen la muerte. Suele decirse que los egipcios profesaban el culto de las sepulturas, un culto á la muerte: no era así en realidad: al ocuparse tanto y tan asiduamente de los difuntos, lo que hacían era defender la vida y la longevidad, en Egipto extraordinaria.

Todo lo cocían en betún: betún grosero para los pobres, betún delicado, depurado é impregnado de aromas, para los ricos y los poderosos, pero igualmente salubre, pues el asfalto—ahora se sabe y se aplica—es el enemigo de la humedad y de toda fermentación pútrida. Un pueblo que se pasa la existencia entre betún, no debe temer contagios; y no los había, efectivamente. Otra idea higiénica, disfrazada de superstición, era la de vedar que el sagrado Nilo fuese ofendido arrojando despojos y cuerpos muertos á su corriente. La peste acechaba, cuando se hubiese consentido tal atentado. No se consentía. Y hasta las vísceras, hasta los corazones de los muertos eran hervidos en betún, antes de pasar á los vasos canopeos que guarnecían el atadd de la momia y parecían velar su sueño tranquilo, entre tiras de lienzo y dentro de una caja de dorada y pintada madera, que no podía atacar ni la polilla.

Al cambiar de religión; al despedirse de Isis, Osiris, Hermes, Hathor, Serapis y el ladrante Anubis, Egipto cambió de modo de enterrar, y comenzaron las pestes. Cosa extraña, pues el cristianismo y el catolicismo no se oponen á que los cadáveres sean embalsamados, y bien pudo adaptarse, en esta materia, el nuevo culto á la tradición. Ello es que no se adaptó; que el betún dejó de envolver los cuerpos, y que la bubónica, desde el siglo VI de la Iglesia, cayó sobre las márgenes del Nilo, haciendo estragos, no sólo en los cuerpos, sino en los espíritus, que apoca y envuelve en una fatídica sombra de miedo y espanto.

Los doctores nos reaniman—si es que hiciese falta, que tengo para mí que no la hace.—Nos ordenan no comer nada crudo, tomarlo todo caliente y bien cocho, porque el bacilo del Ganges no resiste arriba de los 60 grados de temperatura. Si esto es cierto, el remedio, como suele decirse, no está en Roma. Es una regla ya universal de higiene cocer bien los alimentos y hasta hervir el agua que se ha de beber.

Antaño—cuando el cólera se presentaba rodeado de un prestigio casi sobrenatural,—la profilaxis del cólera era otra; de seguro, menos eficaz, puesto que arreciaba el azote, en vez de aplacarse. Se empleaban los astringentes, en primer término. Sopa de arroz tostada; carne seca asada; jalea y pasta de membrillo —he aquí el *menú*.—Proscritos los pimientos, los tomates, los melones, las uvas—por instinto, como se ve, la gente huía ya de lo que suele comerse crudo ó poco pasado.

Existía un zapatero remendón en Marineda, tan menesteroso, que nunca había logrado darse un hartazgo de cosas buenas, de fruta sazonada, legumbres selectas y ensaladas finas. Al ver que con el cólera quedaba intacto el surtido en los cestos de las placeras, díjose el hombre: «Esta es la mía.» Y sus amigos dejaron memoria: le regalaban los conestibles, por no tirarlos. Cada vez que pasaba un entierro—y era incesante el lúgubre desfile—las vecinas anunciaban al remendón, ocupado en rellenarse de uvas moscatel, que al día siguiente pasaría el suyo. Y no pasaba, ni al día siguiente, ni al otro, ni pasó en jamás, hasta muchos años después, llegado el momento de pagar la deuda común de los mortales. Nunca gozó el zapatero de mejor salud que mientras se apiñaron de melones y sandías, fresas y peras urracas, según la estación; porque mucho tiempo duró el miedo á las frutas, y se hizo un consumo fabuloso de una sola, el membrillo, como si el problema del cólera se resolviese con llaves, candados y cadenas, cuando se hubiese resuelto antes por medio de escobas, freganzos, agua sublimada, cloruro y demás desinfectantes, á la sazón no muy conocidos, y menos usados.

El espanto, convertido en médico, sugería remedios heroicos. Este se curaba con dos ó tres azumbres de aguardiente absorbidas en una noche; aquél tomaba un purgante de caballo, conocido por *Lerroy*, y después de deshacerse, quedaba sano. Al uno le envolvían en sábanas mojadas y chorreantes; al otro le daban una paliza con ortigas, abrojos y ramas de espino, y ensangrentiado, sin pellejo, curaba también. Lo cual prueba que por todas partes se va á Roma y que no se puede pronosticar nada seguro en medicina. Y menos podría pronosticarse, dentro de lo científico, que apenas fué sacado en procesión el famoso Nazareno de Marineda, cesó la plaga.

La condesa de Pardo Bazán.

(1) *No*, y mil veces *no*.
(2) *Sí*, y mil veces *sí*.
(3) *No*, y mil veces *no*.
(4) *Sí*, y mil veces *sí*.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un artículo del brillante cronista Gómez Carrillo sobre manjares raros y estrambóticos, ha sido discutido estos días por la prensa. ¿Se comen realmente en París arañas,

«sapos y seres insectos,»

como se dice en una obra teatral de la época de Comella, ó es sólo una fantasía del escritor, para entretener y asombrar á los lectores de aquende el Pirene, que no han pasado, en materia de comistrajos, de las ancas de rana y la sangre frita?

Hace tiempo que París, en su grande y sutil espíritu comercial, ha declarado artículo de comercio la curiosidad inquieta y algo bobalicona de los extranjeros que á la ciudad Luz concurren. Si un establecimiento puede sacar partido de esta curiosidad atayendo gente por medio del anuncio de manjares inauditos y asquerosos, no vacilará en aprovechar el filón que se le presenta. Como Vespasiano, encuentran que toda moneda, venga de donde viniere, huele bien, y ponen en explotación las perversiones del apetito y lo que pudiéramos llamar sadismos del estómago cansado y revuelto de los viajeros ricos y buscadores de sensaciones nuevas.

Desde luego reconozco que en lo del comer, algo hay de convencional. Si nos habituamos á un alimento, no nos parece repugnante, pero se lo parecerá á quien no esté acostumbrado á él. Recuerdo que en mi niñez, en un pueblo de la costa, nuestra cocinera horrorizó á los indígenas, pidiendo en la corteduría criadillas de ternera. El clásico frito de todos los cafés de Madrid parecía allí una comida de locos ó de sucios. «¡Los señores comen cada porquería!» exclamaba, puesta en jarras, la cortadora, que en ver de alegrarse al ver apreciado lo que antes se echaba á los perros, demostraba reprimida indignación.

Sí: hay el hábito, la educación del paladar, que es un ejercicio como otro cualquiera.—Hay también la saturación invencible, la hartura de un manjar, la repulsión hacia una comida que no varía, aun cuando al principio guste. Un chico á quien en un colegio dieron huevos fritos al almorzar por espacio de un año seguido, sentía arcadas al ver huevos fritos tan sólo. De suerte que el paladar es una persona equilibrada, que rechaza lo nuevo y lo demasiado viejo, y pide cosas que conozca y trate y no le cansen en demasía.

En paladares normales, claro es que la extravagancia no ejerce atracción. Por mucho que nos lo repitan—y lo dicen hasta eminencias culinarias, pero no convencen,—el buey y la ternera, para bísteces y chuletas, serán siempre preferibles al burro y al caballo; el gazapo al gato; el pollo al ratón, y la anguila á la sierpe. Es inútil que nos ensalcen los méritos del encebollado de gato, del fricandó de *murr* (dicho así da menos grima) y del Chateaubriand de pacífico jumento. Nos atenemos á las especies animales que desde tiempo inmemorial se consideran comestibles, y continuamos por el trillado camino de huir de las otras, que nos habrán encajado en embutidos alguna vez, pero conste que abusando de nuestro candor.

Por lo demás, el comer arañas no es tan nuevo ni tan parisiense (¡apenas hará años que trino yo contra el parisién; que lo recuerde Cavia!), como da á entender el artículo de Gómez Carrillo. En la propia Marineda existía, allá por 1868, un guasón local, uno de esos hombres ocurrentes de quienes cada mañana se refiere una salida humorística ó una diablura sazonada, que había dado en la no muy pulcra tema de sentarse á la mesa de un café céntrico, pedir Jerez, y cuando le traían la copa, abrir un cucurucho, sacar de él una araña viva, zambullirla en el vino, y tragarse ambas cosas juntas, ante la concurrencia estupefacta. Sucedió que, habiendo llegado á la ciudad un tratante inglés, le convidó nuestro bromista, con objeto de dejarle atónito, al café donde diariamente realizaba su *tour*, ó, para que Cavia no se queje, su gracia ó habilidad. Todos se fijaban, esperando divertirse más que nunca. Cuando, al servirse el Jerez, vió el hijo de Albión que salía del cucurucho el insecto agitando las patas, permaneció absolutamente impasible: dijérase que ni se enteraba del caso. El español puso el bicho en remojo, y no sin hacer disimulado guiño á los de enfrente, se dispuso á trasegarlo. Entonces el británico, deteniéndole con el ademán, exclamó pausado y grave: «Mi guarda osté un moslito de la araña, para comer yo mí también.»

No discutamos á los aficionados al «moslito» de araña. En la «Cazuela asiática» forman parte los tales moslitos del mend, minuta ó lista. Claro es que los parroquianos de la sobredicha cazuela merecen el calificativo con que leemos en *Salambó* que eran designados los moradores de cierto barrio cartaginés, «*mangeurs de choses immondes.*» Pero, en fin—una vez que se trata de Francia, emplearemos este giro francés,—*tous les goûts sont dans la nature*, ó, á la española, de gustos no hay nada escrito,-y al que le plazcan los bicharracos, con su pan ó con su Jerez se los coma...

Lo que no debe autorizarse nunca es el que tales platos figuren en los convites. Porque cada cual es muy dueño de comer aunque sea bofes de tigre con salsa de mosquitos; lo que no es lícito es imponer al resto de la humanidad el capricho de un estómago. Por eso, en los banquetes, la lista suele ser clásica, sin rarezas y hasta sin regionalismos.

En efecto, la cocina regional, muy simpática para mí, y en general muy gustosa, no está admitida en las mesas correctas, en las mesas «bien» (señalo este atroz galicismo á Cavia). Así como no se pueden llevar á sociedad el elegante traje de los charros, ni el garbosísimo traje de los majos andaluces, ni la montera, ni los zaragüelles, no cabe servir en un banquete *fino* el farinato, el gazpacho, el pote ni la paella—platos todos muy ricos—y tras de los cuales infinitos cristianos se chupan los dedos.

El gazpacho, sin embargo, en las épocas de calor y con el aditamento del hielo, va deslizándose suavemente en los almuerzos escogidos, substituyendo á la sopa y al consumado, á mi ver con ventaja.

No se ha abierto camino aún la idea—tan lógica—de que las estaciones deben modificar la alimentación. Se sirven en verano las mismas carnes abrasadas y sangrientas, los mismos guisos con las mismas especias, los mismos vinos alcohólicos, que forman en invierno y en climas fríos la base del sustento de las clases acomodadas. Y esto es absurdo: nadie me lo negará. El verano pide una alimentación refrigerante, suave y sencilla. A decir verdad, y si atendemos á las enseñanzas de los higienistas, lo de la sencillez conviene en todo tiempo; nuestra mesa, como los otros aspectos de nuestro vivir, se ha complicado por demás, y ya se sabe que el ayuno era sanitario antes aún que religioso; y digo *era*, porque ya contadísimas personas lo practican.

¿Verdad que da pena que se haya inundado la Exposición de Zaragoza? Es una casualidad, de esas que parecen picardía de la suerte. Después de tanto trabajo, de tanta lucha como habrá costado la Exposición, merecían sus iniciadores que el Ebro no les jugase esta pasada. «No hay que llamalo... ¡Masiau viene!,» que dijo el baturro.

Es una de las plagas españolas, la inundación. No entiendo de hidrografía lo bastante para decir si hay manera fácil y práctica de remediarlas. He leído, ó mejor dicho, he pasado los ojos por artículos en que se desarrollaba extensamente la teoría de los canales, charcas, pantanos, embalses y otros medios de repartir convenientemente el agua por el suelo, seco y árido, de la mayor parte del territorio español. Sería muy de desear que los planes escritos se desarrollasen, trayendo la tranquilidad y la fertilidad á comarcas inmensas. Uno de los enemigos mortales de la Península Ibérica es la aridez: escribamos sin temor la palabra, por más que la encuentren hasta ofensiva los panegiristas de la belleza y fertilidad de nuestro terruño, que es bello y fértil, en todo caso, si se riega y cultiva y desaparecen esos temerosos «despoblados» que han sido su nota característica desde los tiempos remotos. Este cuerpo vigoroso y fuerte necesita jugo de sangre. La riqueza hidrográfica, bien distribuida, le daría cuanto jugo ha menester.

Un suceso asaz curioso es el percance del diestro Fuentes, no en la plaza, sino en automóvil. No cabe episodio más modernista. El suceso, nos dicen los periódicos, ocurrió al subir la cuesta de la Cierva, que yo no sé adónde cae, pero que, por las señas, debe de ser bastante pina. El artilugio llevaba excesiva velocidad. He aquí un detalle típico. Para las cuestas arriba quieren los profesionales del auto sus caballos ó su burro, que las cuestas abajo se las traben perfectamente deslizándose, con la ayuda de todos los santos, como nadie ignora. Y la gala del buen automovilista, dueño de una mecánica de cientos de pies de caballo—contando á la portuguesa—es vencer las cuestas arriba lo más aprisa posible. Ahora bien: en tales prisas es cuando ocurren los accidentes.

El torero saltó del auto y fué lanzado al aire, ni más ni menos que le habrá sudedido ó podrá sucederle á cualquier hora en el redondel. Sin astas, el automóvil emula al brioso jarameño ó al fiero cordobés. Ya no dan comadas solamente los corneptos y el hambre: el auto les hace competencia y zarandea á los matadores con toda limpieza y empuje.

Y mirándolo bien, ¿á qué diantre se mete un torero en un automóvil? Lo encuentro un anacronismo en toda regla. Al torero, la calesa, el calesín, el coche de colleras, el potro jerezano negro como la noche, cuyos lomos fatigaba Frascuelo, ó la carretela de cuatro mulas que usa Guerrita. Todo menos la chocolatera mecánica. La disonancia salta á la vista.

O sobra el automóvil, ó sobran las corridas de toros. Las almas piadosas, los espíritus humanitarios, opinarán rotundamente que sobra lo segundo. Y sin embargo—atendiendo al dato del derramamiento de sangre y los estragos y desperfectos,—el automóvil lleva ventaja. Diariamente encontramos en la prensa noticia de algún estropicio, y casi siempre son nombres conocidos los que provocan las exclamaciones de susto y lástima con que tales nuevas se comentan. Siquiera, en las corridas de toros, mueren—y muy rara vez—los toreros. En el automóvil quien menos se desgracia es el *chauffeur*, ó mecánico, ó como guste Cavia: verdad que los señoritos aficionados le relevan de sus funciones y se disputan el placer de quebrarse los huesos, magullarse las carnes y descolgarse las vísceras.

Ya tenemos las Cortes abiertas. La discusión en ellas planteada versa sobre Hacienda; es decir, sobre lo más importante, en la actualidad, para la nación española, y acaso para todas las del mundo. La política económica es la clave de la vida pública. Hoy bien se puede afirmar que los problemas son económicos; que el hombre, el Estado y cuantas entidades jurídicas supongamos, piden la subsistencia y confían la riqueza, prescindiendo de otras ansias que sintieron antaño (libertad, independencia, gloria, triunfo).

Dicen que este modo de ser responde á la evolución científica de la especie, y que por tal evolución, y no por el antiguo patriotismo, perdurará la lucha entre fronteras y entre razas. Verbigracia: en un libro muy interesante que estoy leyendo, *El derecho*, por Carlos Octavio Bunge, veo que los jornaleros australianos piden que se imponga á los *coolies* ó jornaleros procedentes del Celeste Imperio un fuerte derecho de entrada, para que no les hagan la competencia, pues son rivales temibles por lo sobrios y activos. Veo también que los obreros norteamericanos hacen huelgas contra los obreros negros y chinos, por igual razón que los australianos se alzan contra los *coolies*. Es decir, que, á despecho de los conatos de fraternidad socialista, los pueblos siempre harán aquello que es natural, y como natural, eterno: procurar cada uno para sí las ventajas mayores, y combatir á los que se las disputen, por todos los medios y empleando los sistemas que dicte la oportunidad.

Una cuenta interesante es la presentada al gobierno ruso, de los perjuicios acarreados por la revolución que estalló y fué ahogada en aquel Imperio.—Sólo los perjuicios directos, entiéndase bien; porque los indirectos, el diablo que los calcule, aunque los calculistas les echan (á ojo) setecientos cuarenta millones de rublos.

Los directos son: destrucción de pozos de nafta, cien millones de rublos; casas incendiadas, cincuenta millones; saqueo del puerto de Odessa, cincuenta millones; otras ciudades, villas y aldeas saqueadas, sesenta millones; daños al ejército, cincuenta millones; daños á la industria, cuarenta millones; total de lo directo, trescientos cincuenta millones; que, con lo indirecto, arrojan mil y cien millones de los conocidos rublos, y á decir verdad, me parecen demasiados millones, y demasiadas matemáticas en quien los haya sumado, contado y comprobado, y me atrevo á creer que en todo ello hay mucho de fantasía.

Sucede ahora con el dinero lo que antes con los degüellos y matanzas: tal número de hombres «perjudicados» resultaban de los telegramas, que, si se admitiesen los datos, no quedaría ya en Rusia *ni un mamante*. Y ahora, no quedaría dinero. De suerte que diremos, por vía de consuelo filosófico: «Siempre se *exagera*.»

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"En el Hipódromo de Longchamp (París) el día de la carrera del Gran Premio Municipal. Últimas creaciones de la moda. (Fotografías de M. Branger)." "Falda-pantalón", "Falda-túnica" y "Modelos de sombreros de grandes dimensiones". 1908, n.º 1.399, p. 694.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguna vez las modas (asunto que parece frívolo y no lo es tanto como parece) se imponen á la crónica de actualidad, no porque ésta trate de hacer competencia á los artículos de fondo de los figurines, sino porque en la vida, cuya trama da tela á la susodicha crónica, la cuestión de las modas ocupa lugar, cada día en mayores extensiones del globo—síntoma también muy revelador y elocuente.

Sin ser corta, tampoco es mi vida la de un patriarca Matusalem, y en ella cabe ya el recuerdo de épocas en que la moda estaba muy circunscrita y en que el trapo no influía la centésima parte que hoy. La nivelación casi absoluta del modo de vestir amaga á Europa, introduciendo en las diversas clases sociales fermentos de inquietud y corrupción. Sólo un poco de buen sentido y mucho de buen gusto podrían poner diques á esta marea de lo que no llamaré lujo, pero sí desorden en la indumentaria.

Vaya un ejemplo. De los artículos más desquiciados en la vestimenta, es el sombrero de las señoras. Ya sé que este es un tema muy resobado, pero se nos impone con aflictivo apremio.

¿Cuál es el objeto del sombrero?, empecemos por preguntar. Distinguir á las «señoras» del pueblo, de las «artesanas» (esto acaso en primer término); rematar la *toilette*, y cubrir y resguardar (en último término, naturalmente) la cabeza.—Fijémonos en cada uno de estos fines, y en cómo los llena la moda de 1908-1909.

Habría, por lo pronto, que especificar en qué (además del sombrero) se diferencia una «señora» de una «artesana.» Dejémonos de conceptos morales, de si es ó no es señora la que se conduce de un modo ó de otro, de si la que está en su casa es tan señora como, verbigracia, la princesa de Mentzikoff; olvidemos que la cortesía da el nombre de *señoras* á las mujeres ocupadas en labores humildes..., y tomemos como norma vulgar del «señorío» el hecho de que una mujer sea lo bastante rica ó acomodada para no necesitar dedicarse al trabajo manual. Es decir, que la «señora» empieza donde empieza la clase media desahogada; y es decir, que, siendo innumerables las mujeres de la clase media laboriosa y menesterosa, hay en realidad muchas menos señoras de lo que acaso se pudiese suponer, y debían gastarse más pañolitos que sombreros (toda vez que cayó en desuso la mantilla nacional).

Hablo de España. En Francia el sombrero es el tocado usual y corriente, y las francesas pobres tienen el arte de arreglarse unos sombreritos baratos y adecuados á su objeto, con los cuales están graciosas y monísimas.

No sucede otro tanto aquí. Como entre nosotros el sombrero no es indígena, sino trasplantado, las mujeres que lo usan sin poderlo usar, sin deberlo usar, pagan la pena llevando cada pantalla y cada serón de higos que horripila. No hay adaptación al sombrero sino en las clases donde, como indiqué, el sombrero puede salir á escena con el aparato que su argumento requiere.

En efecto, llegan aquí los figurines, el primer surtido de invierno, y toma el rábano por las hojas la clientela de las modistas, incitada al gasto por ellas, que naturalmente quieren vender. En vez de pensar las señoras si están en el caso de armonizar con el sombrero la vida, sueñan quizás, ante el armatoste de terciopelo ó fieltro, más empenachado que cimera heráldica, *otra* vida, una existencia de triunfos de elegancia, de sugestiones envidiosas, de gran *chic* á todo trapo. Y aflojan los quince, los veinte duros, y el cartón llega á la casa modesta, y queda depositado sobre el sofá de yute, al lado de la pieza de madapolán que han enviado de otra tienda, para hacer camisas baratas, á máquina y á domicilio. No se sabe dónde colocar el magnífico sombrero: no hay armario en que quepa: es preciso que los chiquillos no lo manoseen, que se evite la curiosidad de la fámula, las preguntas y las admiraciones de la vecina del tercero. En consejo de familia se exhibe la prenda: ¿es bonita?, ¿es original?, ¿cae bien? El esposo tuerce el gesto, porque le duele el bolsillo; las niñas encuentran el sombrero algo «atrevido» para mamá; la her mana habla de otro idéntico que ha visto en otro sitio y que cuesta cinco duros menos, ¡cinco duros! Llega el día de estrenar. Es de rigor que haga buen tiempo, que se reunan determinadas circunstancias, y que toque ir de visita á casa de las amigas á quienes es sabroso *epatar* (¡galicismo irreemplazable y horrendo!) Y la señora se echa á la calle, empavesada—pero sin que el resto del atavío corresponda al sombrero ni por semejas,—caminando despacio y oscilando las plumas á cada paso que da, como las de la condesa de Carrión en los bufonescas *Campanas*...

Todo ello significa que el sombrero no puede comprarse sólo porque tenga novedad y muchas «fantasías;» y que, si se da de cachetes con todo el resto de la situación que ocupa la mujer, es buenamente ridículo. La mujer que va en coche puede permitirse sombreros que están vedados á la infantería. La mujer que adquiere cinco ó seis sombreros á principio de estación, puede dar rienda suelta al capricho, lo cual no le es lícito á la que ha de contentarse con uno solo. El sombrero (es elemental) ha de guardar relación con las ocasiones de usarlo.

Esta misma afirmación es censura de las locas exageraciones de los sombreros actuales, que convierten á la mujer, escurrida por abajo é inmensa por arriba, en clavo romano, hongo disforme ó sombrilla japonesa abierta. Noto que acabo de decir que la mujer en coche está facultada para excederse en el sombrero, y me apresuro á rectificar. Con los sombreros del día, tendrá que ir siempre en coche abierto; de otro modo, no cabe, ni por la portezuela ni ya sentada en el interior. Y ¿sabéis la íntima desolación de la mujer á quien se le tuerce el sombrero? ¿Sabéis el martirio de las horquillas desbaratadas, del peinado revuelto, de las agujas que se hincan en el cráneo?

Natural parecería—si la mujer mirase por su bienestar, no opuesto, al contrario, á su atractivo y seducción—que jamás hubiese consentido sombreros que, ó por sus desmedidas proporciones ó por su forma ilógica, son una tortura. Sombrero hay que no se sabe cómo ni por dónde fijarlo en la cabeza. Sombrero hay que pesa un *kilo*, *kilo* y medio... con los accesorios. Sombrero hay que guiña irremediablemente hacia un lado, por haber recargado en él la modista el adorno, por ende el peso, y existir, mientras no se demuestre científicamente lo contrario, la ley de gravedad...

Para consolarnos de todas estas imperfecciones, sobras más bien que faltas, nos dicen los periódicos que han sido lanzados á la circulación sombreros de un metro cincuenta de diámetro, tres de circunferencia, y tres mil francos de coste.

Demos por seguro que se trata de una extravagancia estrepitosa, destinada á lanzar por el reclamo y el alboroto á una actriz, á una hétera ó á una chifla da suelta, de esas que necesitan el ruido y el asombro de los papanatas. Aun así, convengamos en que es *sinfonía*, como lo es también el escurrido de las faldas y los ligamentos y plomos que les prestan la «silueta de tirabuzón» (otro galicismo crispante!) reclamada por la moda.

No soy yo nada enemiga de que la moda impere. Ello ha sucedido siempre, y no se adaptan á sus exigencias las mujeres tan sólo: los hombres las acatan, so pena de ir hechos unas estantiguas. Sin embargo, ciertas modas y ciertos estilos van contra lo poco que ha progresado la mujer. Observemos cómo la moda encierra un sentido simbólico. En Turquía el velo, en China la deformación del pie, son el símbolo de la sujeción y del atraso de las hembras. Si en Europa prevalecen hechuras que imposibilitan á la mujer para andar, entrar, salir, moverse, hacer vida activa, en suma, es lo mismo que desandar los cortos pasos andados y volver á los tiempos de la pierna quebrada, las rejas y los cerrojos. La esclavitud femenina está apuntalada también por la moda.

Debiera establecerse un Sindicato de señoras elegantes—en los países donde se confeccionan los modelos y se guisan las novedades—para rechazar enérgicamente toda innovación contraria á la comodidad. Que discurran y varíen sin causar molestia, sin atentar á lo más precioso, la salud y la facilidad del existir. Esas señoras sindicadas imponiéndose á los modistos, haciendo el vacío á las invenciones siniestras, serían más útiles á su sexo que las sufragistas—ó por lo menos, tanto.

Al lado de las faldas de medio paso con cola delante y detrás y los sombreros aeroplanos, parece que ha asomado, tímida y sin probabilidades de victoria, una tentativa de falda pantalón.

Relativamente á la *divided skirt* y á las *turkish leglettes* ó bombachos de hace años, de las cuales hablé entonces en *El Imparcial*, paréceme la falda pantalón un retroceso. Ni es cómoda, ni es decorativa ventajas que la *divided skirt* (falda partida) reúne por completo. Creo, no obstante, que no es necesario poner en prensa el discurso ni hacer cosas raras para conseguir que el traje de la mujer no la incapacite para andar. Las faldas *trotonas* son excelentes sin más que acortarlas todavía un par de dedos, especialmente en la estación lluviosa. Llevar faldas no es ni malo ni bueno; lo terrible es llevarlas arrastrando por el barro, ó quedarse manca por levantarlas incesantemente. Se diría que un adarme de razón comienza á sazonar el cerebro de las mujeres, en vista de que han adoptado las trotonas y se han encariñado con ellas. Por tal camino llegarán á la reforma racional del traje.

Como todas las reformas, si han de ser duraderas, esta del traje tiene que apoyarse en la tradición, y no hay nada más tradicional que las faldas mujeriles. No conviene renunciar á ellas; son prácticas y tienen sus razones de ser anatómicas. La falda partida respondía á muchas exigencias, y en su forma se diferenciaba poco de la falda trotona sin partir; pero asustaba á los filisteos aquellos de que habló Heine, y los filisteos también merecen algún respeto, siquiera porque son como aquellos adornos del sombrero á que nos referíamos antes, y que lo inclinan á la derecha ó á la izquierda con su pesadumbre. Todos los inconvenientes se obvian con agarrar las tijeras y acortar las faldas á la altura del tobillo cuando se quiera andar á pie, andar aprisa, no recoger gérmenes infecciosos y no ir remangando y apretujando la ropa contra las formas del cuerpo, unas veces demasiado eurítmicas y otras demasiado... visibles.

Y vuelvo á decirlo: en los salones no rigen estas leyes. Allí no importa pisarse la vestimenta al andar, ni que le planten una bota encima á la creación de los sucesores de Paquín ó de cualquier otro engatusador de señoras. Mejor; el comercio marcha. En los salones se va á eso, á lucir y estropear ropa, y á inclinarse ante todo lo estorboso, inútil y nocivo, con tal que sea bonito, ó que lo parezca en determinado momento y en virtud de las corrientes del gusto reinantes.

Así, la futura duquesa de los Abruzzos hace bien en derrochar millones en su discutido y celebrado equipo de boda. Puesto que esos millones no le eran necesarios, los tira así, como podría tirarlos de otra manera y con menos lucimiento. ¡Va tanto de mujer á mujer! Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyérase que sin clases, sin aristocracias, ha vecido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades.

He ahí una *miss* á quien se le pone mala cara en un palacio, y no sé si orgullosa ó si implorante, defiende su causa por medio de alenzones, venecias, valenciennes (¡áqueme Cavia del apuro), malinas, batistas, tules, diamantes y perlas. La antigua pastorcica á quien despojaban del zagalejo encarnado para vestirla de manto real, se ha convertido en la plutócrata dorada á fuego é incrustada de pedrería, que viene acaso á reírse disimuladamente del ajuar y el guardajoyas de las reinas del viejo mundo... Entrará en el Quirinal la *miss*, dando dentera y picando los ojos á las damas que pasan apuros para refrescar los pingos..., y sonreirá complacida al extender la cola de su traje nupcial, salpicada *de azahares y toda* bordada de plata. Es la paloma mensajera de un Estado democrático, y es la negación de cuanto esa democracia representa, porque el oro es rey, emperador, señor feudal, cómitre y cabo de vara de la humanidad mísera...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Jamás he podido explicarme—¡pero son tantas las cosas que no logra uno explicarse en su vida!—por qué se avergüenza una población ante el hecho de que en su recinto se verifique una ejecución capital.

Que se experimente una impresión de tristeza, que se excite la sensibilidad, sí es natural: porque son las especies sensibles las que determinan los movimientos del ánimo, y la idea de una ejecución va acompañada de una serie de representaciones que nada tienen de alegres y pueden y deben mover á piedad y á compasión. Pero ¿vergüenza? Eso sí que, mírese por donde se mire, no se entiende. Concibo, en una ciudad, avergonzarse del mal estado del piso, ó de las deficiencias en las escuelas, ó...

¿Es que las poblaciones tienen la pretensión de que en su recinto no ha de nacer un criminal, ó que si nace, ha de elegir cuidadosamente otro lugar para llevar á cabo sus fechorías? ¿Es que suponen que si viene un criminal de afuera, no debe tener la desfachatez de cometer el crimen en la ciudad? ¿Es que el cometerse en una ciudad un crimen supone algo en contra de dicha ciudad? ¿Es que no se han cometido, cometen y cometerán (si Dios no lo remedia) crímenes en todas partes?

Y lo donoso consiste en que el crimen, propiamente el crimen, no es lo que abochorna: si nos atenemos á las noticias corrientes, lo que hace el crimen es consternar... La vergüenza y el sofoco empiezan (sigo refiriéndome á las noticias) cuando la ley ha dado su fallo y el reo está próximo á sufrir su castigo.

Nótese que estas protestaciones de vergüenza por el castigo son iguales, trátese del crimen de que se trate, así sea éste el más atroz y horrendo que la mente humana, estremecida, horripilada, pueda concebir. Es decir, que la impresión de la vergüenza se contrae y reduce á la contingencia penal. Si los criminales más audaces y feroces se desatasen dentro de una ciudad y cometiesen los excesos más brutales y no dejasen á nadie á vida, los moradores de la ciudad no tendrían por qué sentir vergüenza, reservándose experimentarla cuando á alguno de esos tigres en forma humana le fuese aplicada la pena merecida cien veces...

Meditando en este extraño fenómeno, que de nuevo me llama la atención con motivo del fusilamiento del carabinero Zorrilla, he venido á preguntarme: ¿pero será verdad todo eso de la vergüenza de las ciudades? Porque siento, como diría *Asorín*, una vaga y tenue sospecha de que pudiera ser uno de tantos *tratismos*, una de tantas mentiras convencionales que se repiten un día y otro día, y no por eso adquieren consistencia, al contrario.

Los periódicos lo dicen, creyendo contribuir así á que se otorguen los indultos; pero en ningún periódico habrá nadie que esté persuadido de que es mengua para Granada ó para Sevilla, verbigracia, que en sus muros, ó dentro de su cárcel, se alce el patíbulo, dado que tampoco fué padrón de ignominia el que se cometiese el crimen que ocasiona la ejecución.

Jamás he oído á nadie expresar—á título de ciudadano—el menor bochorno por tal causa. Y creo que si alguien lo hiciese, si no nos reíamos á carcajadas, al menos nos sonreíríamos. Imagínense ustedes á un honrado droguero, á un pacífico rentista, á un excelente marinero ó cargador de los muelles de Marinedo, cubriéndose de rubor porque cada cien años ó doscientos es agarrotado un reo en la ciudad.

Otro error común, otra verdadera leyenda, me parece lo de la indignación de las multitudes. Se da la noticia, pongo por caso, de que un monstruo ha estrangulado á una criatura, un hijo ha despachurrado los sesos á un padre, una madrastra ha mechado á una niña, un enamorado (!) ha rebanado el pescuezo á su dulce prenda; y á renglón seguido, indefectiblemente, se añade que la multitud indignada quiso lincharles, no consiguiéndolo gracias á la intervención de los agentes de la autoridad... Y al punto me ocurre: ¡milagro! Los agentes de la autoridad, que no suelen lograr evitar que suceda nada malo, ¿evitan con seguridad matemática estos arranques de fiereza de la multitud? ¿No es rara casualidad que de tantas veces como la multitud se indigna, no llegue ni una sola á vías de hecho? ¿No será más verosímil suponer que no existe semejante alboroto, que la muchedumbre tiene contraído para estos casos igual escepticismo que para los restantes, que no va más allá del comentario compasivo ó censurador, y que las hortalizas son—á lo sumo—el arma y el instrumento de sus indignaciones supremas?

Hablar de la ley de Lynch aquí, es algo semejante á lo que muy donosamente decía Luis Taboada de los señoritos anglófilos, que se untaban la cara con manteca para oler á desayuno inglés. Esa ley vigorosa y brutal, hija de la brutalidad y del vigor de un pueblo joven y enérgico, nos caería como á un Cristo un par de pistolas; y así es que no nos cae, ni bien ni mal, y que no veremos aquí un lynchamiento para un remedio, así vivamos más años que Matusalem.

Descontemos, pues, la indignación, la vergüenza y otras menudencias que podrían descontarse, y convengamos en que la psicología de las multitudes aquí ha cambiado de todo en todo, desde los tiempos en que se arrastraba por las calles, atándoles una soga á los pies, á los reos políticos—nunca á los reos de delitos comunes, conste.

Indefectiblemente, esas multitudes tan indignadas al conocer el crimen, se inundan de piedad y misericordia al saber, no ya que un reo ha sido condenado á muerte, sino sencillamente que va á verse su causa. El que antes era el enemigo del género humano, se convierte en el pobrecillo, desgraciado y, esto es infalible, desequilibrado, perturbado, irresponsable. La opinión gira sobre sí misma con mayor facilidad que un trompo. Y yo juraría que no ha girado; que ni al principio existía verdadera cólera vengadora, ni mucho menos hay después ese derroche de sensibilidad. Cada cual va á sus asuntos; algunas comadres del barrio charlan entre sí; el abogado defensor bate unas cuantas pompas de jabón y las lanza al aire, para lograr la satisfacción de amor propio de sacar absuelto ó indultado, si le condenan, á su defendido; y aquí paz y después gloria... ó lo que fuere. Estamos en el secreto.

Mientras en la tierra se dificulta cada vez más la conquista del sentido común, la conquista del aire parece lograda.

Lo que se pensó obtener por medio del globo, va á conseguirse por el aeroplano. ¡Loor á los valerosos, infatigables aviadores, que con quebranto de su hacienda, con riesgo inminente de su vida, con sacrificio de ella tantas veces, se han acercado á este descubrimiento de incalculable trascendencia!

Honran á la humanidad estos generosos pilotos de los aeroplanos, los Wright, los Farman. No han conseguido todavía el triunfo definitivo; pero se cree, y afirman los inteligentes, que en principio está resuelto el problema, y que todo es ahora cuestión de ensayos reiterados, de continuas tentativas para aprovechar y ensanchar el terreno conquistado ya para la magna empresa. Es una victoria del ideal, pues ciertamente sólo un idealismo pudo guiar á los primeros luchadores; ahora vendrá la realidad á grabar su sello y á transformar á los Icaros soñadores en prácticos é industriales. Se organizarán los viajes aéreos—el *sport* aéreo ya se ha organizado.—En Lila, un grupo de jóvenes deportistas, haciendo una infidelidad á la motocicleta y al artilugio trepidante, han fundado una escuela de vuelo.

En el enorme patio de una antigua fábrica abandonada instalaron su campo de maniobras. El aprendiz de aviador se eleva en un aeroplano, sujeto á una cuerda de unos cien metros de longitud, á una altura de unos diez metros del suelo; se pone en movimiento el aparato por medio de un alambre sujeto á un tractor, y ya en el aire el neófito, maneja las palancas que mueven los planos, para aprender los movimientos que le permitan subir, bajar, virar, tornar, cosas todas que me figuro en extremo difíciles; verdad es que yo nunca hubiese inventado el aeroplano, ni siquiera el molinillo de chocolate.

Esto quizás acrecienta mi admiración hacia los inventores, descubridores y científicos en general. Nada admiramos tanto como aquello que nos sentimos radicalmente incapaces de hacer.

Acaso nos hemos dado demasiada prisa á cantar el triunfo del aeroplano sobre el globo dirigible. Leo que también el *Clement Bayard* se luce estos días, evolucionando en París, á vista de todos, durante cinco horas, asombrando por la precisión de sus maniobras y la seguridad de su marcha. Y en Alemania, otro dirigible, el *Parsifal*, piloteado por el capitán von Keller, estuvo en el aire largo tiempo y sólo descendió al levantarse una espesa niebla que le ponía en peligro. El ministro de la Guerra lo ha comprado y ha pagado por él la bonita suma de trescientos setenta mil francos. Y de Nueva York—¿de dón de había de ser?—nos llega la noticia—espero que no será filfa ó *humbug*—de hallarse establecida una Sociedad para fundar el servicio de globos dirigibles para el transporte de viajeros y mercancías entre aquella capital y Boston. Se calcula que empezará á prestar servicio la línea de dirigibles hacia el 1.° de marzo próximo.

Así las gastan. Y nosotros, entretanto (en este rincón de España, bonito como pocos), nos dedicamos á calcular, no cuándo se abrirá á la explotación y al tráfico, sino cuándo se decidirán á construir cierto brazo de ferrocarril que ha de unir á Santiago de Compostela con la Coruña—Marineda de Cantabria,—hoy comunicadas por medio de diligencias y automóviles.

Y á la vez que pensamos, como se piensa en algo poético é irrealizable, en tal ferrocarril, y en otros análogos, que nunca veremos probablemente, nos interesamos por las peripecias de una captura de bandidos, lo mismo que nos habíamos interesado por la horrenda fazaña de éstos en el tren, al asesinar á los guardias encargados de su custodia. Aquel fué el clásico día de la «indignación»; ahora se acerca (ya lo verán ustedes) el del apiadamiento, y si hay que cumplir en esos *outlaws* una sentencia severa y justa, vendrá el día del gran bochorno y sofoco en la ciudad donde se haya de llevar á efecto..., que creo que es Sevilla, y ya anuncia la prensa que se disgustaría hasta lo sumo el vecindario si tal cosa aconteciese...

Dícese que los bandidos se encuentran en un estado de abatimiento profundo. He aquí una desilusión. Yo no les regateo á los bandidos su aureola romántica, con tal que se muestren, hasta la última hora, desdeñosos de la vida, según se mostraron, es tradición, los grandes anárquicos, los guapos de oficio, que al empezar á ejercer uno tan peligroso van bien convencidos de que no morirán en su cama y bebiendo cocimientos de flores cordiales. El *Cejo* y el *Conejero*, tiritando de miedo y preguntando á cada instante cuándo se les va á ejecutar, me parecen la grotesca caricatura de aquel bandidaje español tan pintoresco, el que inspiró á los Merimée, á los Gautier, á los Dumas, el que tenía el colorido de las panderetas y los madroños, el que la guitarra rasgueaba, la manzanilla perfumaba, los cantares realzaban y hasta el amor meridional de las Cármenes coronaban con nimbo de fuego... Y si el desalmado no es valiente como el Cid, ¿qué le resta?

Cubiertos de sangre, cargados de delitos, los bandoleros que perpetúan en nuestra patria la leyenda roja tendrían lo único que de estético pueden tener, si viesen venir la muerte como se ve venir á la amiga y libertadora, con la cual ha familiarizado al *guapo* el continuo riesgo. Quien tan fácilmente da la muerte, con igual facilidad debe arrostrarla, ¡qué diantre! No eran obras de caridad aquellas en que se empleaban los bandidos presos, para que esperasen terminar sus días de otro modo; y al menos, el *tal morir* les elevaría un poco, les prestaría la bárbara belleza compatible con su situación, profesión y aventuras...

Es, lo repito, una decepción, que sentimos en el alma los aficionados al color local, los que todavía, con el instinto, gustamos de la España de Roque Guinart y Candelas, aunque, claro está, nuestra razón prefiere á la España sería, industriosa, laboriosa y apacible, en progreso constante y en mayor dignidad ante Europa. Si de nosotros dependiese, ya se deja entender que no habría bandidaje, y en cambio nos inundarían los aeroplanos y los ferrocarriles; no es culpa nuestra si reviven José María y otros famosos reyes de los campos andaluces: mas ya que resurge este tipo tan arrancado de la entraña hispánica, no nos gusta bastardeado y rebajado hasta la miseria del temblor.

Con su temblor y su decaimiento, nos quitan esos salteadores el recurso de repetir una vez más lo que acaso forme parte de los errores comunes: que, colocados en otras circunstancias, los que hoy son bandidos serían héroes. Visto está que no lo serían...

Todo degenera, diríamos, si no temiésemos caer en la charca de otra trillada y resobada afirmación, según la cual ya no hay toreros, ni cantantes, ni autores dramáticos, ni castañeras que sepan cocer las castañas como se cocían en tiempos de D. Ramón de la Cruz...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os gustan los espectáculos solamente visuales? ¿Por ejemplo, los cinematógrafos?

De su incremento y difusión nadie puede dudar. Hemos llegado al extremo de que haya cinematógrafos (transeuntes, naturalmente) hasta en las más apartadas aldeas, á las cuales, por otra parte, han llegado también los fonógrafos, los gramófonos, las pianolas y los Angelus. Todos los refinamientos, en suma, de la más avanzada civilización moderna.

Y vuelvo á preguntar: ¿os gustan los cinematógrafos? Como no es fácil oir la respuesta, opto por preguntármelo á mí misma...

He aquí que, al definir la impresión que el *cine* me causa, se me ocurre mirarlo desde el punto de vista literario, y establecer ligeras comparaciones con la literatura.

Hay en los *cines* dos elementos. Uno realista, otro de falsedad y ficción. El primero me es simpático; el segundo no puede menos de infundirme cierto desden, obligándome, sin embargo, á serias reflexiones.

De dos clases son las películas cinematográficas. O reproducen cuadros que da hechos la realidad, ó escenas compuestas artificiosamente, y que las más veces son verdaderas historietas ó cuentos inventados *ad hoc*. También se da el caso de que cuentos é historietas, ya conocidas, se adapten á la exhibición cinematográfica. Así sucede con las tan celebradas y predilectas de la gente menuda el Ogro, Pulgarcito, Cenicienta, el Gato de las botas, Caperucita colorada, la Bella dormida en el bosque y otros infinitos, sea de Perrault, sea de sus imitadores y del fondo folklórico ó popular.

Menos mal entonces. Todo el mundo recuerda su niñez, y en ella brillan con chisporros de magia esas historias morales y aterradoras, que nos desvelaron con delicioso miedo. Lo terrible es la fantasía de los modernos, las historias y anécdotas *discurridas* para *libretos*, por cada uno de los cuales—según he oído decir—se pagan cien francos... ¡Imagínense ustedes lo que imaginarán los imaginadores! Parten los corazones las cosas que suceden y que presenciamos con escalofrío—es un modo de decir.—Ya es un niño robado de su cuna por una tía Marizápalos, oculto en el zaquizamí de la misma, y á quien un fiel perro de Terranova, guiado por el rastro y supongo que por el arcángel San Rafael, al través de obstáculos y estorbos sin número, vadeando ríos y saltando muros, descubre y recobra y presenta á los padres, que lloraban desconsolados la pérdida del pedazo de sus entrañas. Ya es una bellísima joven, salvada de la marea alta por los torreros de un faro, de la cual se prendan los dos, y por la cual se dan de puñaladas ó de mordiscos ó no sé de qué, cayendo ambos sobre los escollos y quedando muertos allí mismo, hasta el día del Juicio final. Ya es un padre que, para desembarazarse de un marinero pretendiente de su hija, sierra el palo mayor de una lancha, y después, torturado por el remordimiento, ve alzarse del agitado seno de las olas las figuras acusadoras de sus víctimas, de los que naufragaron por su causa.—Lo cómico corre parejas con lo trágico. Uno de los elementos cómicos favoritos del *cine*, es la subida rauda y veloz por una pared vertical de una serie de auto móviles, carros, bicicletas, triciclos, carretillas, coches de punto, caballos, burros, personas, en persecución de cualquier malhechor, ó sencillamente de un aturdido que les ha tropezado y á quien se propongan detener. Este *truc* debe de ser de los más fáciles, y consistir buenamente en pintar una decoración de pared y extenderla en el suelo. El efecto, sin embargo, es infalible: el público se descalza de risa ó se pasma de admiración ante el maravilloso caso de que trepen por una casa arriba tantos vehículos y tanta gente... sin despeñarse, como si llevasen sinfetición en las ruedas y en los zapatos...

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa á estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones desagradables á los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes, ¡qué fácil y qué difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele!

Y es imposible que una concurrencia demuestre mayor satisfacción ante un espectáculo, que demuestra la de los *cines*. Verdad que en ella abundan los niños, y la frescura de sensaciones del niño les un elemento tan precioso! Todo le conmueve; todo le hace palmotear; todo le arranca exclamaciones de alegría ó de miedo. Cuanto más absurdo sea lo que desfila ante sus ojos, más le arrebata de admiración. Los ¡aaah!, los ¡oooh! de los pequeños, entre la obscuridad, hacen un ruido como de aire en las frondas. Dijérase que se escucha el golpeteo de sus corazoncitos emocionados. ¿Qué saben ellos de si la fábula es ridícula y sensiblera? Para ellos no hay Shakespeare, no hay *Ilíada*, no hay Cervantes; para ellos, el arte no podrá jamás producir obra maestra como la anécdota del perro de Terranova salvando, en su bocaza, á la criatura robada por la hechicera á fin de darle martirio...

Así es que los autores para cinematógrafo, convencidos de que su victoria la asegura la chiquillería, reservan á los niños el lugar más eminente entre sus héroes sentimentales. Un cultivador bretón, martirizado por una gavilla de bandoleros llamados *chauffeurs*, sucumbe á los crueles tormentos; su hijo, niño de unos diez años, juró vengarle—y, en efecto, uno por uno, con precisión matemática, va despachando de un balazo á los siete bandidos, después de persignarse devotamente... Otro niño, menor aún, defiende y salva á su hermanita, rescatándola de manos de otra gavilla que se ha apoderado de ella. Ya es un niño que adivina y denuncia al asesino de su madre; ya es una niña, recogida por unos ricos, acusada por la tunanta de la cocinera de haber robado las joyas de la señora, encarcelada y cuya inocencia se descubre al fin mediante los lances de un incendio... Estos dramas de chicos alborotan á los chicos, los hacen soñar, les vuelven locos... Y al otro día, con lágrimas y pucheros, piden que les vuelvan á llevar al cinematógrafo, donde hay pequeñuelos que son héroes, y nenitas que por milagro no se las merienda un tigre ó no las retuerce el cuello una bruja...

No tiene este espectáculo, según parece, más que dos inconvenientes: el peligro de incendio, siempre inminente, y el de la vista, que sufre con el parpadeo y las rápidas transiciones de luz. Están recomendados los gemelos de cristales ligeramente verdosos y la intermitencia, es decir, el no ir todos los días á imponer á los ojos violentas y prontas contracciones. Lo segundo me parece doblemente fácil que lo primero, pues á pesar de haber leído en una docta Revista lo de los vidrios teñidos de verde, no los he encontrado en el comercio, no sé que los venda nadie. Hay prescripciones científicas más malas de seguir...

Volviendo al *cine*, confesaré que las películas limitadas á reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad, me gustan muchísimo. La agitación magnífica del mar, las cascadas y sábanas de los grandes ríos del Nuevo Continente, la subida de la marea, el avance y paso de un tren, los efectos de países nevados, de patinaje, de *yachting*, de otros varios deportes, donde se ve que la escena ha sido sorprendida y no preparada y ejecutada por *clowns*, mimos y acróbatas, son hasta bellos, con la sencilla é intensa belleza de la verdad. Y he aquí cómo las teorías ortodoxas de estética pueden aplicarse hasta á los cinematógrafos—y salir confirmadas.

***

Ha muerto el mañoso Sardou, rey de los éxitos teatrales. Sardou no era un dramaturgo desdeñable, un Comella; pero de Shakespeare andaba más lejos aún. No se ha olvidado la terrible diatriba de Zola, en la cual, después de enumerar todas las ventajas por Sardou conseguidas—fama mundial, hotel, coches, millones—á cada párrafo se repetía el estribillo: «Tiene todo esto..., pero no tiene mi estimación literaria.»

Sin extremar tanto los juicios, yo no negaría á Sardou la estimación, pero sí la admiración, que no debe otorgarse á los hábiles, sino á los fuertes.

A una voz dice hoy la prensa—anticipándose con severidad á lo que puede suceder dentro de diez ó doce años—que nada quedará en pie del teatro de Sardou. Nada, ni siquiera la graciosa y expresiva *Madame Sans Gêne*, esa *Pepa la frescachona* elevada á lo épico, con cuya historia más ó menos adulterada han conseguido tan prodigiosos llenos las compañías, no sólo de allende el Pirineo, sino hasta de aquende.

¡Peregrinos misterios los del teatro! Dijérase que, para escribir obras dramáticas, necesitan reunirse y yacer en uno la literatura y la habilidad; pero que, apenas se han juntado, la habilidad—como los ogros de los cuentos—la menester degollar á su compañera, y esconder su cadáver en algún gabinete de Barba azul. —Los grandes proveedores de teatro no pueden prescindir de ser algo literatos; sin embargo, la literatura, en primer término, les dañaría. Así sucedió con Scribe, y así con Sardou, opulento, célebre, universal autor.

De cierto no era un ignorante, al contrario: sus obras están fundadas en estudios y en acopio de datos muy abundantes. *Madame Sans Gêne*, *Termidor*, *El asunto de los venenos*, *Tosca*, *Fedora*, revelan un conocimiento suficiente de los períodos históricos; el conocimiento que basta para no dar notas tan ridículamente anacrónicas é inverosímiles como las que dió Cátulo Mendes en su *Santa Teresa*. Dramaturgos como Sardou se ven obligados á hacer con la erudición histórica lo que con el arte literario: servirse de ellos y relegarlos al almacén de los trastos, así que han servido. No se le exigiría nunca á Sardou la exactitud nimia, la escrupulosidad; pero ó comprendió que se le exigiría una apariencia de exactitud, una cáscara que revistiese á sus personajes de aspecto adecuado al momento en que nos los presenta. Y esto lo supo hacer, con destreza suma, el gran ebanista dramático, fuerte en ensambladuras, incrustaciones, labor de taracea y gracia para articular sus «muñecos.»

Tampoco ha de negársele á Sardou el don de evolucionar de acto á acto, con certero instinto, previniendo la monotonía y el cansancio del espectador. Sus *fondos* son de los que ya desde el primer momento preparan al auditorio á lo que va á suceder. Todo se une para el resultado apetecido: el arte del decorador viene en auxilio del arte del dramaturgo; la indumentaria, pintoresca, entretiene tanto ó más que el diálogo. Recuérdese el obrador de planchas del primer acto de *Madame Sans Gêne*; el lavadero, el patio de la prisión, en *Termidor*; la plataforma del castillo de Santángelo, en *Tosca*. Los dramas han de desarrollarse en alguna parte, es indiscutible; el toque está en que el *fondo* se elija de manera que ya desde el primer instante determine emociones del mismo género que los sucesos que vamos á presenciar. Y en esto es donde se ve la cuquería, la sagacidad de autores como Sardou.

Sin duda que el público, á tener verdadero sentido artístico, hubiese otorgado á obras teatrales como la maravillosa *Resurrección*, de Tolstoy, ó la terrible *Teresa Raquin*, de Zola, los llenos y el prolongado éxito que gozaron las «máquinas» del autor de *Termidor*. Si, eto debiera ser..., pero no es, y quizás no será nunca. Estarán siempre en minoría los que buscan en el teatro algo más que el entretenimiento. Y todavía, los que asisten al drama efectista de Sardou son superiores á los que sólo quieren en el teatro «reírse,» porque «demasiados disgustos hay en la vida.»

No faltaron, sin embargo, á Sardou esos contratiempos que no ha evitado ningún dramaturgo. Su primer estreno—*El bodegón de los estudiantes*—no fué sólo un fracaso, sino un pateo y silba que se oyeron á diez leguas. Por largo tiempo, este percance impidió que le admitiesen obra alguna los empresarios teatrales. Recordábase la fatídica noche sin tomar en cuenta la conjura que provocó el escándalo—y se repetía: «¡Ah! ¡El del *Bodegón*! ¡Nunca!»

Y aun después que «el del *Bodegón*» hubo ascendido en triunfo, llevándose de calle á los públicos y embolsando cientos de miles de francos por temporada, otra obra suya, *El cocodrilo*, cayó al foso de una vez, en un acceso de mal humor repentino de «la fiera.» No se encontró explicación al fenómeno, pero así sucedió, y no podía negarse que el público rechazaba al anfibio, sin apelación ni misericordia. Hoy, todos los que consagran á Sardou necrologías y conmemoran, al par que sus victorias, sus caídas teatrales, añaden esta advertencia: «Las obras que se le rechazaron á Sardou ni eran mejores ni peores que las tan aplaudidas y representadas.»

¡Oh eterna esfinge del teatro! Las nueve décimas partes de las veces, así es... Y también la ley que se aplica á Sardou—anunciando la pronta caducidad de sus obras *hábiles*—no falla nunca.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me parece ocasión oportuna de contar un cuento de Navidad, de la Navidad española. Si quisiese darle título, robaría á Shakespeare el de una de sus comedias: *La doma de la tarasca*.

***

La familia es de las que más abundan: clase media que no se resigna á pertenecer al pueblo. Con esta sencilla definición puede que bastase para formar exacta idea de las interioridades; sin embargo, bosquejaré la situación de sus individuos.

El jefe nominal es un hombre de bien, trabajador por necesidad. Todos los días concurre á su oficina, y allí fuma quince ó veinte cigarrillos, charlando largamente de la próxima crisis, de la actitud de Lerroux, del crimen más reciente y de la piececilla en el teatro barato, al cual acompañó á sus hijas la semana anterior. Es un medio como otro cualquiera de sacar á relucir á las niñas, pues sospecha que entre los compañeros de oficina alguno las hace cocos, y sueña con el yerno—para que sus vástagos continúen la dinastía burguesa,—no vayan á tener la endiablada ocurrencia de casarse con un carpintero ó un maestro de obras.

La jefa verdadera—es decir, la mamá—es una de esas cuyas siluetas trazaron con sal y donaire Luis Taboada en artículos y Vital Aza en sainetes. El estado psíquico de semejantes *jefas*, al igual de los demás estados psíquicos, tiene sus causas, y es preciso que las encontremos en la irritación permanente que determina el verse obligado á sacar rizos donde no hay pelo, ó sea á gobernar casa sin guita. La conocida pareja que tantas veces ha desfilado por el escenario haciéndonos reir; el marido tembloroso y calzonazos, la mujer que muerde y pega, no admite otra explicación que un hecho sencillo del orden económico: el marido que funda un hogar con recursos insuficientes; que abdica en la esposa para que ella haga milagros sin ser Dios..., y el desquite, el desahogo de la esposa, en diarios insultos, en todo género de malignidades, en una tiranía doméstica con refinamientos de tortura china.

Las niñas... Como si las estuviésemos viendo. Son tres. Una de ellas, Melita—diminutivo de Carmela,—es de perfectísimas facciones, y la familia espera siempre al novio millonario. Lo malo es—sigue creyendo la familia—que toda aquella belleza de Melita está eclipsada por la falta de trajes, sombreros, palcos, saraos y coches. De las otras dos chiquillas, Bárbara y Pepa, la última es gibosa; no se espera casarla; se desearía, á lo sumo, consultarla con eminencias... En cambio, Barbarita, derecha como un pino, fea graciosa de magníficos dientes y ojos de lumbre, tiene siempre «coquetos» y más partido que la bella Melita. Y las tres hermanas no viven un minuto en paz, zahiriéndose continuamente por si tú eres una pavisosa, si tú una cabeza de viento, si tú como naciste así no puedes ver á las que tenemos recto el espinazo. Sólo en un punto andan acordes las niñas: que papá es muy bueno, convenido..., pero que no sirve para nada. Y el fondo del alma de las doncellas es igual al de la dueña y jefe de familia: asfixia por falta de medios, el fermento de las estrecheces y apuros diarios, la privación de cuanto halaga á la juventud, la mortificación del amor propio, de la vanidad... y hasta del estómago; porque para comprar un sombrero hay que no comer cosa nutritiva, que vivir de patatas guisadas y desperdicios de carne...

Falta al catálogo de la familia el hijo..., y pardiez que falta lo mejor—como suele decirse cuando lo que se omite es lo peor de todo lo imaginable.—El niño de los señores de Camarena—este es el apellido—logra descollar entre los infinitos ejemplares de su clásico tipo que abundan por ahí. No le habrá más perdido, ni más holgazán, ni más simpático. Es de los que se hacen querer, no sólo por sus franquezas y alegrías con todo el mundo, sino por su labia y chiste. Y el muchacho—muchacho perpetuo, aunque va frisando en los veintisiete—ni ha terminado sus estudios, ni quiere dedicarse á cosa alguna, ni se sabe con qué dinero anda siempre de juerga, paga en el café, concurre á los teatros, se presenta bien trajeado, y en suma, se conduce como si sus padres tuviesen una bonita renta y la necedad de derrocharla en mantener á un ocioso. El padre, desesperado, calla: le cohibe, en esto como en todo, el miedo doméstico. La madre, cuando el esposo ha sacado la conversación del proceder de Ramoncito, salta á los ojos del esposo, y lo quiere comer por sopa. Ramoncito no es como otros, que nacieron para pobrete; Ramoncito, hoy, «se las arregla,» y mañana se casará con una rica de las muchas que por él beben los vientos; y su mujer no se verá en el caso de tener que ir con el cesto á la compra, como le ha sucedido á toda una doña Josefa Galíndez de Camarena esta misma mañana, por encontrarse sin servicio—hoy en día el que no puede pagar sueldos de cinco duros, no halla criados.—¡Ah! Si la cosa seguía así, ella se determinaría á ofrecerse de asistenta en alguna casa; pues de barrer y encender el fogón, siquiera que se lo pagasen. ¡Quién se lo había de decir cuando se casó!—y lo demás de la retahila.—Agachando la cabeza, Camarena huye de la amarga alcoba conyugal, se refugia en la oficina ó en el café, en el dominó, en los cigarrillos, los rumores de crisis y la actitud de Lerroux y de Melquiades Alvarez...

Al acercarse la Navidad, la familia de Camarena atraviesa una crisis... Las muchachas no tienen materialmente qué ponerse, ni traje, ni abrigo; el gabán de padre, inservible; la madre, por decencia, ha menester botas; están sin pagar cuatro meses del alquiler del piano de Barbarita—y con el casero han ido atrasándose sin saber cómo, le deben un trimestre,—y si el del almacén de pianos sólo puede recoger su carraca, el casero les pondrá en el arroyo. ¡A tal punto se llega, con hombres inútiles y sin disposición para nada! Se acordó juntar para la casa, era lo urgente, ante todo. Se arañó de aquí y de allí, y se reunieron los cuarenta y cinco duros del trimestre. La madre los ocultó en un cajón de la cómoda, debajo de un paquetito de algodón de repasar. Echó la llave, y avisó al administrador para la cobranza... Cuando éste vino, al buscar la señora su pequeño tesoro no estaba allí... El cajón, sin embargo, no había sido abierto. Criada, no la tenían desde hacía un mes. Hubo consternación, drama íntimo, encerrona del papá y la mamá, conversación horrible en que cada palabra es una herida... Y Camarena, insultado una vez más, acusado de la substracción—para que él no acusase á otro, al que «se las arreglaba tan bien,»—salió hacia la oficina, saturado de vergüenza, en uno de esos momentos que desquician el espíritu. Sucede así, que sin ruido, sin nada que parezca modificar la situación de las personas, se colma un día la medida del sufrimiento, y las convicciones giran sobre su eje y el corazón se curte en jugos venenosos, el veneno mortal de la injusticia, del desamor, del menosprecio de la mujer al hombre honrado y que no sabe acuñar moneda con su conciencia..

***

Camarena lleva la boca más amarga que su vivir. En toda la noche no ha dormido. No se ha desayunado. La bilis le tiñe de amarillo el rostro. Llega á la oficina. Los compañeros están de broma: se preparan á festejar una alegre Nochebuena, si les cae al otro día el premio—vamos, aunque no sea el mayor se contentarán!—La oficina, rumbosa, ha jugado dos décimos, en los cuales Camarena no quiso participación, por economía. Ahora lo siente... ¿Quién sabe? Acaso... Y se instala ante su pupitre, medio idiotizado, ebrio de pena y tronzado de impotencia. ¿De qué sirve la honradez? Felices los que «se arreglan...» Ellos poseerán el dinero, y además el cariño...

Sepultado en estos pensamientos, no repara que un caballero, grueso, apoplético, se acerca, se detiene. Sólo cuando formula una pregunta relacionada con un expediente en tramitación, alza el empleado la abatida cabeza, y contesta, sin enterarse. El caballero entonces saca la cartera, extrae de ella documentos, que examina, confronta y manipula hasta exponer su interrogación. A su voz, Camarena registra cajones, da noticias... El caballero, expeditivo, á pesar de su figura de botarga, se va apresurado; tiene que coger el tren. Camarena va á recaer en sus vacilaciones tristes, cuando, al pie del escritorio, ve un papel... Lo recoge... Es un décimo de la lotería...

Lo primero es guardarlo en el bolsillo.—Por instinto, y con disimulo.—Mira alrededor. Nadie se ha fijado. La mesa de Camarena está como oculta por un biombo, que la resguarda de las corrientes. En su alma no hay lucha ni resistencia. Si se hubiese tratado de un billete de Banco es probable que la habría. Pero un décimo... es el azar: probablemente no se roba nada al robar un décimo; y menos al recogerlo cuando lo dejan caer. Quien lo ha dejado caer no es una persona; es la suerte, la suerte loca, la suerte bribona, mujer liviana, que acaricia á capricho. Si el caballero volviese... No volverá... Tiene que tomar el tren...; y al pensar así, seguro estaba Camarena de que aun cuando volviese... Por si acaso, se retiró temprano de la oficina. Almorzó en su café, al fiado, y pidió cosas buenas, y sobre todo, cigarros finos. A su alrededor oía hablar del sorteo: todo el mundo estaba lleno de esperanzas: Camarena sintió abatirse las suyas como pájaros heridos de perdigón. Entre tantos, qué casualidad sería!..

Como en sueños, volvió á su casa, soportó frases fustigadoras de la esposa, vió la palidez de las hijas, y en los ojos de la menor, de la pobre gibosa, lágrimas que caían sobre la del plato vacío... Les habían notificado el desahucio.

***

A la mañana siguiente, Camarena oye vocear la lista grande. Salta de la cama, y medio vestido baja al portal. A la primer ojeada se lleva las manos á la garganta, al corazón después... No suelta el papel; lo mira atónito... ¡*Su* número! ¡*Su* décimo, premiado! ¡El premio mayor en *su* décimo! Sí, allí estaba; pero si estaba allí... Y lo que experimenta el empleado no es alegría; se siente como estúpido: casi es dolor, casi es una puñalada una dicha así...

Se repone. De escrúpulos, ni rastro. Todo aquello era obra de la suerte... y nada más. El billete de lotería es documento al portador... No iría, sin embargo, á cobrar en persona. Quién sabe si el caballero grueso había avisado en la Administración? Y combina un fraude, una defensa, una estratagema...

Corre á casa de un usurero.—Tenía de estas relaciones.—El usurero se cerciora de que el número está, en efecto, premiado, y se presta á descontar el décimo inmediatamente. Se embolsa unos miles de pesetas, y entrega, sin que medie contrato escrito, los miles de duros. No hay responsabilidades para Camarena. Si surgen dificultades, que «se las arregle» el usurero. Le ha cegado la codicia; no ha sospechado el peligro menor; ni ha encontrado extraño que Camarena, pudiendo cobrar de diez mil modos, le lleve el vellón de lana á las uñas...

Al entrar en su casa con la fortuna en el bolsillo, Camarena ha adoptado una resolución. Desde aquel momento, él es quien manda. De aquel dinero se hará lo que él quiera. El lo aumentará, lo hará fructificar. Siente ya ambiciones de rico. Melita se lucirá en un palco; Bárbara se casará á su gusto; Pepa irá á Alemania, á una clínica, á ver si le curan la deformidad...

Cuando se avista con la señora, al noticiar el cambio de situación, formula el cambio de política, el programa de gobierno... ¡Ay del que intente substraerse á su autoridad!

Por primera vez, la señora de Camarena se somete; y amorosa, echa los brazos al cuello al esposo y le moja la cara de lágrimas de ternura... En efecto, ya tiene derecho á ejercitar el poder, quien trae á su hogar, no la estrechez, sino el bienestar, el lujo...

En la suculenta cena de la noche, entre el besugo y la ensalada de coliflor, al destaparse una botella de espumoso, sonaron estas palabras extrañas, en boca de la amansada cónyuge, y respondiendo á planes é iniciativas de las muchachas:

—Niñas, ¿cómo se entiende? Se hará lo que vuestro papa disponga...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un tomo de poesías de Enrique Heine, traducido por Teodoro Llorente. El tomo, sobre mi mesa de escritorio, con el juglar de su portada, parece hablarme de tiempos que pasaron—no para este ó aquel individuo, sino para el mundo,—porque habla de romanticismo, de ensueños, de algo que sólo se ve bien á la luz de la luna.

No es el romanticismo de Enrique Heine como el de Zorrilla ni como el de Víctor Hugo, ni siquiera como el de Alfredo de Musset. El romanticismo de cada poeta es distinto; lleva el sello inconfundible de su personalidad. En Zorrilla es objetivo, externo, épico; en Víctor Hugo, filosófico, político, enfático; en Musset, infantil, dolorido, caprichoso, como juego de volante mariposa; en Byron, elegante, desdeñoso, esplenético; en nuestro duque de Rivas aparece envuelto en el clasicismo nacional, con dejos del *Quijote* y de novela picaresca; y en Pastor Díaz—poeta casi olvidado—presenta marcada fisonomía regional. En Enrique Heine, el romanticismo es siempre lo que sólo fué por momentos en otros poetas: expresión profunda del sentir, lirismo en la más honda acepción de la palabra.

Ningún poeta ha hecho en mí tan fuerte impresión—después de Salomón, que es el mayor lírico del mundo—como Heine. No afirmo que deba concedérsele la primacía: me limito á declarar que sus versos me dicen lo que otros no supieron decirme. En general, se me quedan muy lejos del alma los poetas civiles y políticos, género Quintana y Alfieri; y los poetas de vestidura rozagante (como Víctor Hugo y Zorrilla) me interesan por el elemento formal y verbal; me deslumbran frecuentemente con la magnificencia de su ropaje ó con la música de sus estrofas, pero no dejan en mí la huella de esas ansias más hermosas que la felicidad, esa angustia adolorada que encuentro en Heine—hablo del Heine lírico, no del satírico, que no pudo evitar el común destino de los satíricos todos: perder su fuerza con los años; lo contrario de lo que le pasa al buen vino.

El Heine que no tiene nada que temer del tiempo, es el Heine del *Libro de los Cantares*, del *Intermedio lírico*, del *Regreso*, de *En las montañas del Hartz*, de la *Nueva primavera*, del *Mar del Norte*, de ese conjunto de poemas breves, nunca difusos ni fríos, entre los cuales no hay uno que no proceda del yo íntimo, que no responda á lo que el poeta siente, quiere, sueña y llora. De cualquier otro poeta podríamos desechar broza, separar obra muerta, infinidad de composiciones que no han pasado por el corazón, que ni siquiera han recibido el sacudimiento nervioso; de Heine no haríamos tal selección sin incurrir en injusticia. No habrá sido Heine «poeta entero,» en el sentido que suele darse á esta frase, significando con ella que el poeta ha encarnado plenamente una época de unidad, como hicieron Homero y Dante; pero no siendo de unidad nuestra época, todavía observaríamos que tampoco las individualidades aisladas ostentan la unidad de su espíritu, y que bastantes poetas se desmienten á sí mismos á cada nueva obra. No así Heine, que es idéntico á sí mismo, al través de los cambiantes, ricos matices complejos de sus ironías, sus burlas, sus ternezas y sus lágrimas.

Enrique Heine es por excelencia el poeta del amor. Esto hará encogerse de hombros á muchos que ven en el amor un entretenimiento más ó menos agradable y peligroso de la mocedad. El amor es eso, y es otras muchísimas cosas, y puede ser tema de una lección ó de varias lecciones que dé á sus discípulos un catedrático de fisiología, como puede ser asunto de postales transparentes, y regocijado «cilindro» para saineteros, y cuanto se quiera añadir, porque el amor da larga tela y sobre el amor se ha escrito mucho y discutido más. Hay sin embargo, un concepto del amor que nadie ha expresado como Heine. Su gloria en esto consiste: en haber dado exactamente la nota contemporánea del sentimiento—contemporánea y eterna, como le ha sucedido al hijo de David, otro hebreo, otro intérprete de la aspiración infinita, que toma forma de amor humano, no siendo en realidad sino la inquietud de lo divino.

Nada tan difícil como una nota amorosa en la cual, ni la sensualidad repugna, ni la idealidad hiela, ni la ternura degenera en babas de sensiblería, ni la queja y el descubrir las heridas de un corazón desgarrado toca jamás en cinismo, en vulgaridad, escollos de esta clase de confesiones. No hay cosa más fácilmente grotesca que los lamentos y efusiones de un enamorado. Podrá él sentir del modo más ardiente y sincero lo que plañe, y nos hará reir, si no lo dice con la férvida y doliente energía que pertenece á los grandes líricos, Salomón, Safo, Heine. La voz que la juventud escucha en los murmullos de la selva y en los acordes de la guitarra al pie de la celosía morisca; la otra voz, más misteriosa, que hace de una mujer el símbolo de la constante ansiedad y del insaciado deseo que la materia no alcanza á satisfacer, apenas algún escogido, en el transcurso de siglos, sabe modularla en forma poética. Por eso Heine—como acertadamente nota su insigne traductor—se ha colocado más allá y sobre el romanticismo de insulsa fantasmagoría, de castillo feudal y monasterio gótico. Fué ese el romanticismo que se queda antiguo como una moda, como un sombrero ó un peinado de melena; y al decir que el romanticismo de Heine se enlaza, corridos tantos siglos, con el de Suleimán el oriental en el *Cantar de los Cantares*, queda dicho que la juventud y la frescura de la musa de Heine son la juventud y la frescura del alma humana, que en cada primavera renace y en cada tiempo se ríe del tiempo y de las circunstancias, remontándose al cielo azul de los sueños y los dolores sólo sufridos por los que son, entre la muchedumbre ciega y confusa—como diría el poeta,—caballeros del Espíritu Santo.

Leí á Heine en alemán, gustando esa peculiar melodía, tan ingenua en apariencia y tan artística en el fondo, de unos versos donde el decir es bello porque es natural, porque obedece al sentimiento y no le usurpa jamás sus atribuciones. No cabía—ó al menos yo lo creía así—separar en Heine la forma del contenido, y de ello me persuadí doblemente cuando intenté traducir en lengua castellana algunas composiciones de las *Cuitas juveniles*, de los *Cantares*, del *Intermedio* y de *Mar del Norte*. Todavía recuerdo mi versión de una de las más sentidas composiciones del *Regreso:*

«Cuando á las luces de la aurora veo
pasar ante tu casa,
me causa regocijo, dulce niña,
el verte en la ventana.
De tus claros ojos
curiosa me pregunta la mirada:
¿Pobre extranjero enfermo,
qué tienes?, ¿por qué sufres?, ¿qué te pasa?
Soy alemán poeta,
conocido en las tierras de Germania;
si á los ilustres nombran,
también mi nombre te dirá la fama.
Y en cuanto á lo que sufro..
muchos, niña, lo sufren en mi patria;
ya te dirán la mía,
si te dicen las penas más amargas..»

No pasarían de diez ó doce las composiciones con que me atreví, ni habían sido muchas las que con tino singular puso en castellano Eulogio Florentino Sanz; publicáronse otras traducciones de Heine que corren impresas y contribuyeron á familiarizar con él á este público español que le sintió por primera vez quizás al través de su gran discípulo Bécquer; pero el traductor por excelencia del cantor del Mar del Norte (y de Goethe), es Teodoro Llorente, que con extraño acierto, primorosa versificación y rara combinación de respeto á lo nacional del poeta y lo castizo de nuestra habla, ha trasladado completo al Heine lírico.

Por el mismo sabor castizo de sus traducciones—cosa digna de notarse—ha sido censurado Llorente. Sin duda echan de menos, en su concienzudo trabajo, algunos germanismos. Un crítico famoso le reprende por haber hecho hablar á Fausto como á un personaje de Calderón. Yo debo decir que el mérito principal de las traducciones de Llorente lo hallo en esta adaptación feliz á la índole de nuestro idioma. Es justamente lo que las distingue de otras versiones estimables, pero que sufren la tiranía del original, se ciñen á él sin flexibilidad, y con un giro, con una frase, revelan que no ha habido manera de fundir el espíritu del poeta en la turquesa de nuestro idioma.

Algunas de las composiciones traducidas por el ilustre valenciano son, en este respecto, modelos. He aquí una:

¡Están emponzoñadas mis canciones!
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.
¡Mis canciones están emponzoñadas!
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas...
Te llevo á ti también...

Otra más nacida en español, si cabe:

Todas las noches, en feliz ensueño,
hermosa y melancólica te miro:
tú me sonríes, y con loco empeño
me prosterno á tus pies, lloro y suspiro.
Contemplas dolorida mi quebranto,
doblas después la cabecita rubia,
y las divinas perlas de tu llanto
tus ojos vierten en copiosa lluvia.
Y me das de ciprés rama siniestra,
y una palabra dejas en mi oído;
y despierto azorado, y en la diestra
falta la rama, y la palabra olvido.

Casi puede afirmarse que toca á la perfección el traductor, identificándose con el sentimiento y la recóndita esencia del poeta alemán, en la muy conocida, bellísima versión de la célebre balada de Loreley:

Estoy triste, muy triste, sin que entienda
la razón ni el porqué.
Fija tengo en la mente una leyenda
que en la infancia escuché.
Era frío el crepúsculo; rodaba
tranquilo el Rhin; el sol
las cúspides remotas alumbraba
con su último arrebol.
Allá en la cima, en trono diamantino,
en fúlgido sitial,
peinaba sus cabellos de oro fino
doncella celestial.
Peinábalos con peine también de oro,
cantando una canción
cuyo eco singular, triste y sonoro,
turbaba el corazón.
Surcó un barquero la corriente undosa:
oyó el dulce cantar,
y contemplando á la doncella hermosa,
fué en el escollo á dar.
Tragó el frío la barca y al barquero:
y esa tirana ley
sufre siempre quien oye el lisonjero
cantar de Loreley.

La fidelidad va aquí hermanada con la libertad y el dominio de la forma, porque para traducir de este modo hay que ser poeta, además de versificador. La melancolía de esa balada, donde se une el encanto capcioso de la tradición y de las viejas consejas ancestrales al espíritu moderno, á la queja del alma de un siglo, que está triste no sabe por qué y pregunta la causa á la doncella del pelo de oro cuyo cantar arrastra á la muerte, está admirablemente expresada por el vate valenciano, con palabras corrientes, usuales, sin prosaísmo y sin afectación. Una vez más hay que ensalzar á quien nos abre el palacio hechizado del mago de Dusseldorf, del ruiseñor al cual sus descendientes, los ruiseñores de las otras primaveras, no han podido hacernos olvidar. ¿Ni cómo era posible?

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Recuerdo del día de Reyes, dibujo de A. Forostier. (Tomado de The Illustrated London News)." 1897, n.° 785, p. 37.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los Reyes han pasado por las casas donde hay niños. Y les han traído, en las alforjas del jiboso camello correspondiente, muñecos y baratijas sin número, desde el soberbio juguete mecánico que cuesta centenares de pesetas, hasta la Pepa coloradota y acartonada, que no cuesta sino la pesetilla...

Se verifica en los niños, he tenido ocasión de observarlo, un fenómeno contrario al que se observa en muchos hombres. Estiman éstos especialmente lo más caro, y los niños, si no gozan doble con el juguete barato, al menos gozan igual. El juguete caro suelen escondérselo los padres para que no lo rompan, y por lo tanto, es el juguete un semillero de desazones. Del barato se adueñan desde el primer instante, y por lo tanto, hacen de él á su gusto, y por último lo destruyen—¡goce supremo!

Niños y hombres, tal vez sólo para destruirlos quieren los juguetes...

⁂

Nótese que, mientras otras festividades decaen y casi se borran del sentimiento general, la de los Santos Reyes adquiere mayor prestigio, se celebra más cada año.

En el presente se ha celebrado con cabalgatas y reparto de juguetes en muchas ciudades. Se ha querido dar plástico relieve á la idea que tienen los niños (ó que no tienen y aparentan tener para que les salga bien la cuenta) de que, desde unas regiones lejanas y fabulosas, precedidos por una estrella, vienen unos Reyes fastuosamente trajeados, á través, á los niños buenos, juguetes y dulces, y á los malos, carbones y virutas de las que sirven para encender la bornilla. Y así, á fin de que el día de mañana los chicos, convertidos ya en hombres, tal vez en viejos desengañados, exclamen dirigiéndose á un coetáneo: «¿Te acuerdas? ¡Qué ilusión nos hacían, cuando éramos chiquillos, los Santos Reyes!» Se han organizado las procesiones con su carroza de la Estrellita de Belén y su desfile de monarcas orientales, de coronas de cartón y mantos orlados de piel de gato legítimo. Mientras va perdiéndose la costumbre de «armar el belén,» ó sea de colocar en una habitación de la casa, despojada de sus muebles, la mesa cubierta de musgo y terrón donde se ha de instalar el Nacimiento, el reparto de juguetes, el zapato misterioso que ha de aparecer colmado de chucherías, se extiende y se afianza, y no hay familia, por modesta que sea, que no obsequie á sus chicos con el tambor, la pelota, el caballo ó la muñeca. Y es que se ha puesto de moda mimar á las criaturas, y entre los dos métodos pedagógicos que la antigüedad nos ha legado, hemos optado por el ateniense, todo blandura, mirando como crueldad el espartano, que formaba gente resistente y recia.

⁂

Cierto que todavía existen «niños mártires,» pero —sobre todo en provincias, donde hay tiempo de ocuparse de ellos—hoy la regla general es que los niños, en vez de sufrir martirio alguno, tiranicen, manden y hagan el día entero su santo capricho, ó al menos el de sus papás, que es pasarse la vida en éxtasis ante sus retoños, sin prepararles á la lucha por la existencia, á la labor que todos necesitan cumplir y á cuantos problemas les saldrán al paso apenas dejen los limbos infantiles. No es posible que no horrorice el martirio de la niñez; no cabe que no estremezca pensar en un niño maltratado. Pero también poco deja de horripilar el porvenir que ofrece á las generaciones venideras la idolatría desordenada que en la inmensa mayoría de los hogares se consagra al niño.

⁂

Este porvenir podemos juzgarlo por el presente de muchos mocitos educados sin otra ley que no conocer ninguna... Son infinitos, son legión los mozalbetes que, habituados al goce caprichoso, al goce tal cual lo pide y saborea la niñez; no compelidos al estudio ni al ejercicio físico—que según un gran pedagogo, es tan difícil de inculcar á los niños como el estudiar, ó más aún,—llegan á la pubertad débiles de cuerpo y con la voluntad virgen, y se precipitan al goce de entonces como se habían precipitado al de antes, y caen en el precipicio de la holganza divertida, estado común de tantos «muchachos» españoles. Aquí no tenemos *el boy*, ese rapaz no metido aún en la sociedad de los hombres, encerrado en el mundo escolar y en el mundo deportista, no por moda, sino por higiene; *el boy*, que todavía no galantea, que no fuma y que no alterna, porque aún no posee una situación social; porque está en edad de aprender y de formarse, y no de actuar «de persona.» — No tenemos tampoco *la girl*, la chiquilla de formas aún semimasculinas, de ropa bien corta, de desbordante lozanía física, sin coquetería, sin pretensiones de mujer, sin ojeaditas disimuladas hacia donde están los galanes... No; lo que tenemos es la precoz «tobillera» y el «muchacho:» un ser al cual le reconocemos el derecho de hacer cuanto le viene en gana y de no imponerse la menor molestia en caso alguno, porque es eso... «muchacho,» como si dijéramos iroqués ó maorí; de no estudiar..., porque ¡pobrecillo!...; de cultivar todas las formas del vicio, porque, como dice una deliciosa mamá de los Quintero, «está en la edad;» de no tener con nadie deferencia ni cortesía, porque ¿quién les pide tal cosa á los «muchachos?,» y en suma, de estragar la vida en el período en que debe constituirse, y llegar á la solemne ocasión de formar una familia, sin elementos, sin salud, sin fuerza, sin modo de vivir, sin más que la aureola de «muchacho...» ya calvo y manido; porque aquí se es «muchacho» desde muy temprano y hasta muy tarde.

⁂

Estas niñeces, estas juventudes que no tienen más ley que la satisfacción del antojo del momento, y que no han sido guiadas ni reprimidas..., dan por resultado las edades viriles en que se prosigue la ocupación de los primeros años: divertirse, gozar, entretener el aburrimiento profundo del que no hace nada sino ir tras lo deficiente y fugitivo, lo estéril, caro y tonto; el goce... Y sobrevienen los dramas domésticos—tres á un tiempo en este principio de invierno y en las filas de la buena sociedad,—tres esposas abandonadas, tres hogares deshechos, tres de los que habrán sido niños idolatrados y «muchachos» cuyas gracias se reían, y que hoy son desertores del deber, hojas arrastradas por el viento de la locura y la disipación... no se sabe adónde.

Triste culminar el de esas vidas que despuntan entre exceso de cariño de los padres y exceso de indulgencia fácil de los indiferentes... Alguna vez, ¿quién lo niega?, el niño debe recibir extremosas caricias y halagos, deben venir los Reyes para él; y el muchacho ser bien acogido en gracia á su tierna mocedad, pero ni el mimo continuo ni la continua juerga son escuela de verdad. Ni debe culparse de todo á los padres; la sociedad tiene su responsabilidad en esto también. Si un padre se inclina á severidad, se le tacha de raro y cócora. Nada es más fácil que echar á perder, de palabra y sin sacrificios, á los hijos ajenos, que no han de molestarnos nunca con los resultados de su mala educación. Se hace papel airoso, se pasa por bonachón á ninguna costa, y hasta se reviste apariencia de persona á la moderna, ilustrada y de amplio criterio. No se calcula que todo tiene consecuencias, á la corta ó á la larga, y que al desorganizar la educación, al borrar el concepto de la obligación que incumbe á la juventud, de formarse y prepararse al cumplimiento del deber social, ó siquiera del personalísimo, individual, desorganizan también cuanto nos rodea, lo que refluye en daño de todos, en daño de la patria...

⁂

Muy lejos me he ido de los santos Reyes Gaspar, Melchor, Baltasar... No olvidemos que son Magos, y que su reino, por consiguiente, está situado en países irreales, donde no se deben escuchar serias reflexiones, sino risas y gorjeos infantiles... Vedlos cual les representaron los pintores flamencos en sus místicas tablas, y no dudaréis que los Magos encarnan el amor, la ternura; que son los «naturales abuelos» de que hablaba Campoamor. Sus caras, ante el Niño Dios sonriente en la cama de paja de su pesebre, expresan una babosa dulzura sólo comparable á la de los divinos San Antonios de Padua, de Bartolomé Esteban Murillo. El Rey guerrero amansa su militar continente; el Rey viejo y barbudo chochea besando los piececuelos del recién nacido; el Rey negro parece un buen can de Terranova, todo penetrado de adhesión y cariñazo incondicional. Su transporte no es reverencia al gran Misterio; es que después de tantas fatigas, de tan larga peregrinación por montes, valles y llanuras desiertas que el simún abrasa, han encontrado al fin de su jornada, ¿qué?, el resumen de todas las esperanzas y de todas las promesas, el porvenir, cifrado en las débiles carnes y los ojos inocentes de un niño...

⁂

Y cada día se venden más juguetes, y cada día se llenan más zapatos, en la madrugada del 6 de enero, en palacios y buhardillas. La baratura del juguete propaga la costumbre y la extiende á las clases humildes, donde antes no se conocía ni la idea del juguete comprado en tienda. Hoy se compran, no sólo en las tiendas, sino en plena calle; la Puerta del Sol es un bazar de juguetería al aire libre. Ingeniosos y pobres juguetillos, que se confeccionan con los deshechos que la gran capital arroja todas las mañanas y los traperos recogen, para revenderlos á modestísimos industriales. Oscila el valor de estos juguetes del arroyo entre diez céntimos, cinco céntimos, un real cuando mucho. Nadie puede ya recelar que sea un derroche llenar el zapatito pequeño.

Así parece al menos; pero como la necesidad es siempre mayor que los recursos, todavía constituye un lujo dar juguetes en infinitos hogares. El real ó la perra hacen avío para aceite, carbón ó pan; á veces—y es lo peor—para *morapio*. Los niños, sueltos por las calles, se buscan el juguete como pueden. Recogen lo que encuentran tirado, y por una lata de sardinas, que se precipita á coger, es aplastado un golfo bajo las ruedas del tranvía. No sabré pintar la avidez con que las criaturas, que acaso no tienen pan, corren tras el juguete, que prefieren al alimento.

Yo he visto, y es un espectáculo que causa pena, con qué ansia recogen los chiquelos de la calle los despojos de juguetes ó de lo que lo parece, sobre el cieno, entre detritus y suciedad. Las serpentinas, los *confetti*, usados, magullados, encuentran cien manos pequeñas y nada limpias que se disputan sus restos. A la puerta de un establecimiento comercial vi no ha mucho á un encargado de repartir prospectos. En los prospectos había una figurilla al cromo, una mujer poniéndose el corsé. El repartidor no ofrecía su prospecto sino á las personas que tenían trazas de poder comprar... Apenas me hubo dado uno, que estrujé con indiferencia, una niña pálida, desmedrada, gatita madrileña de tejado pobre, raída en el traje y desenfadada en el ademán, se acercó á mí y dijo entre suplicante y bravía:

—¿Me da usted ese prospecto?

—¿Para qué lo quieres?

—¡Toma, para jugar con él!, respondió la chica, asombrada de la pregunta.

⁂

De suerte que las criaturas, á falta de pan..., de pan de juego, se buscan la vida de la imaginación, la vida del espíritu, del goce, del ensueño, donde pueden... De un lío de trapos hacen un bebé, de un palo de escoba un caballo, de un garbanzo y un retal de lienzo la cara de una vieja con tocas, de una alcuza un cuadro y de un tapón de botella un carrito. En esa edad venturosa por la suma de ilusión que posee, los objetos se transforman como en las comedias de magia, y si un retrato saca la lengua y hace girar los ojos, no es increíble, y si los Reyes entran por la chimenea se encuentra natural. Cuando en los primeros años se asiste á la representación de *La redoma encantada* ó de *Los polvos de la madre Celestina*, no hay noción de lo inverosímil de todo aquello, lo falso es real, y en cambio los sucesos reales se tiñen del color de la fantasía. Ese cruel y claro sentido de *la imposibilidad*, que restringe el horizonte desde que madura la razón, no hace sufrir su desencanto á los niños. ¡Y pensar que ya no volveremos á ser niños nunca, nunca! ¡Que para nosotros no ensillan sus jibosos camellos, ni colman sus alforjas de oro, incienso y mirra los Magos!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Quién no lee novelas actualmente; quién no paga tributo á la novela, en una ó en otra forma? Ayer mismo, al salir del teatro Real, pensaba yo con sorpresa que, ya bien entrado el siglo XX, una novela de caballerías era lo que acabábamos de escuchar y de admirar por millonésima vez bajo el nombre de *Lohengrin*, y que por más que se hable del *crack* de la novela y se abomine del género en nombre de la moral y del utilitarismo—dos formas de una misma tendencia,—la novela, que se transforma como un Proteo, ni muere ni morirá mientras la humanidad exista.

Podría afirmarse que eso que llaman *crack* ó trueno de la novela, es el más claro síntoma de su supervivencia y estabilidad inconmovible. Quizás la novela ha decaído, no en fertilidad ni en calidad, sino en venta, justamente porque ha aumentado de un modo extraordinario la producción; hablando como los antiguos economistas, porque la oferta es, en el momento presente, superior á la demanda, con ser la demanda más activa que puede haber sido jamás. Asusta la cantidad de novelas que ven la luz diariamente, en todos los países civilizados del globo, que también aumentan cada día, porque la civilización cunde tanto como la novela, y hay entre ambos fenómenos—el histórico y social y el literario—relación más íntima de lo que á primera vista parece.

A principios del siglo XIX leían—los que leyesen entonces—novelas inglesas y francesas: se traducía, es cierto, lo mismo que ahora; pero el número de autores traducidos con algún éxito era corto; Walter Scott y Alejandro Dumas hacían el gasto. Tampoco abundaban los novelistas españoles, ni, con raras excepciones, pertenecían al número de los que publican de un modo periódico, como rinde el campo su cosecha. De todo ello resultaba que la cantidad de novelas que fuese posible leer, por mucho que agradase el género, era reducida. Acaso por lo mismo ejercían aquellas contadas novelas acción más enérgica en los espíritus. En el siglo XVIII, Voltaire, que no pecaba de candoroso, se conmovía con *Clarisa* y *Pamela* lo mismo que un colegial.

Hoy las novelas nos vienen de todas partes, sin hablar de la frondosísima producción nacional. Los subgéneros de la novela (novela corta y cuento) son cultivados por tal muchedumbre de autores, que llamarles legión fuera poco, y habrá que denominarles ejército. La fecundidad, que era antaño la excepción, es hoy la norma, y cada novelista tiene en su activo, por lo menos, docena ó docena y media de obras publicadas, en preparación ó en prensa. El número de países productores de la novela va en aumento incesantemente. Hemos sido inundados por la novela rusa, la novela polaca y la novela escandinava; la alemana asoma; la italiana hace competencia; de Francia nos remiten un sinfín de noveletías; de los Estados Unidos llueven; y ahora se advierte que la América española no quiere ser menos que la América del Norte, y va criando su camada de novelistas, emancipándose así de nuestra tiranía y aspirando á formarse literatura novelesca propia.

***

De tal abundancia de novelas y novelistas resulta lo que es lógico: se lee más novela y se lee menos cada novela aisladamente; se reparten el interés y la masa de lectores entre muchísimos más autores; la crítica—buena ó mala—no da abasto á juzgar, ni aun á señalar á la atención del público las novelas que van apareciendo; bombos y palos producen menos efecto que nunca; la apreciación verbal, de boca á oído, ha llegado á ser la que decide del éxito de los libros de «amena y vaga literatura.» Las famas, acaso fáciles de improvisar, se hacen difíciles de sostener. Y es justo añadir que, en medio de todo, la producción no ha descendido en calidad. Las novelas que hoy se publican por millares, no son en conjunto inferiores á las que en otro tiempo se publicaban por centenares ó por veintenas (acaso esta proporción sea la más exacta). Se ha adelantado en las fórmulas, en lo técnico del trabajo; la idea de cómo se teje y enreda una novela, el conocimiento de los elementos aprovechables, la materia prima, se ha difundido entre los escritores. Esta habilidad, en Francia sobre todo, es ya vulgar, y explica cómo se produce allí tanta novela bien hecha, y tan semejante á las demás novelas igualmente bien hechas, que no dejan rastro.

Asimismo, este modo de ser actual de la novela, en plena sobreproducción (algo análogo sucede con el teatro), nos hace comprender el fracaso de las tentativas de escándalo novelesco. No pudiendo atraer la atención y captarla por medio de un arte y una destreza que van haciéndose tan comunes, se acude á lo extraño, y aun á lo antinatural, hipernatural y monstruoso, para conseguir que los distraídos vuelvan la cabeza y se fijen. Una novelista francesa, Rachilde, que no escribe mal—escribir mal ya es caso raro, á menos que se haga á propósito,—pone en prensa el cerebro continuamente para inventar aberraciones eróticas imposibles y quintaesenciadas, que no se le hayan ocurrido á nadie antes que á ella, y probablemente no se le volverán á ocurrir á nadie después. A fuerza de dar la nota sobreaguda, se obtiene un público especial; el público universal exige otras cualidades.

***

Todo lo que sobre la novela y su absorbente incremento dejo dicho, me lo ha sugerido esta vez la lectura de una obra de autor americano, creo que bonaerense, la firma Enrique Larreta, y titúlase *La gloria de Don Ramiro*.

Desde luego observo algo en este libro que en alto grado me interesa.

Si hace veinte años un argentino escribe una novela, no sería jamás la que acabo de leer. Para que *La gloria de Don Ramiro* se haya pensado y trazado, ha sido indispensable que un cierto concepto de España se borre, y surja otro más reflexivo y más sentido, más histórico y romántico á la vez. Es preciso que una luz sombría—por decirlo así—haya esclarecido nuestro pasado y nuestro presente, mostrando sus diferencias y sus conexiones profundas; que la España, vista por franceses é ingleses, viajeros y noveladores, con el colorido de la pandereta y el compás del fandango, haya surgido más árida, más trágica, más seria, más vigorosa, en la conciencia de los que la han querido contemplar. Yo no pretendo sentar la conclusión de que la novela de Larreta contenga y cifre este nuevo concepto de la vida pasada española; sólo afirmo que es una de sus más claras y relevadas manifestaciones.

La gloria de Don Ramiro no se parece á las antiguas novelas históricas, en que un telón de fondo representaba el color local, y un birrete torcido, con desflecada pluma, la propiedad de la indumentaria. Desde *Salambó* acá, tales fantasías no son lícitas—y sin embargo continuaron aún largo tiempo su carrera.—Tampoco, realmente, es la obra de Larreta una novela histórica como *Salambó*—es decir, una novela que se funda en la historia.—He oído censurar á Larreta porque, en su libro, Felipe II sólo asoma un instante, pasa como una sombra—lo mismo que en *El alcalde de Zalamea*,—y he defendido esta breve aparición del discutidísimo soberano. Larreta no estudia ni la personalidad del rey, ni aun su época histórica: en la portada del libro hay este subtítulo: «Una vida en tiempo de Felipe II.» Y una vida es en efecto lo que relata, ó por mejor decir, lo que cuaja á su manera en el molde novelesco: la existencia de un hidalgo, que tiene una mitad de sangre castellana y otra mitad morisca, y la melancolía y los impulsos de las dos razas enemigas bullendo en las venas.

En la niñez de don Ramiro (lo mejor del libro), hay algo que recuerda la fábula del *Comendador Mendoza*, de Valera. La madre, doña Guiomar, arrepentida de su pecado de amor con el morisco galán que escaló su ventana, quisiera destinar á la Iglesia al fruto de la maldita pasión, y le prepara para el claustro ó las órdenes. Pero hay un escudero viejo, Medrano, en la infanzona casa del abuelo de don Ramiro—un escudero que es un retrato de Velázquez—que despierta en el muchacho el ansia heroica. Y esta doble corriente será la que siempre agite su alma, y tan pronto la incline á las aventuras y proezas como al misticismo, que al fin triunfa, en el ocaso de una existencia azarosa.

Hay en don Ramiro casi todas las tendencias de su época. España no se aquietaba aún; todavía añoraba las conquistas, las victorias, los degüellos, los viajes increíbles al través de nuevos continentes; aun sufría accesos de su admirable calentura cotidiana de tantos siglos, pero empezaba á encerrarse en el sueño de la unidad; la expulsión de moriscos y judíos se preparaba; y á la inquietud divina de los santos se unía la tendencia pagana de los humanistas—como el don Alonso Blázquez de la novela,—á quienes embelesa la hermosura del arte. A la vez, el descontento, no calmado desde las Comunidades, creciente entre la nobleza que ya no encontraba desahogo y camino para sus afanes de gloria y de triunfo, engendraba las disenciones, las pequeñas conspiraciones como la que ocasiona la ejecución de don Diego de Bracamonte, uno de los episodios más cincelados de la novela.

Porque la novela está *escrita:* en ella hay primor literario, al lado del elemento erudito, lecturas y viajes, visitas á monumentos, Museos y colecciones de anticuarios, para documentar sus páginas, como también estudio detenido del léxico de los antiguos clásicos españoles. Está *escrita* la novela, aun cuando se deslice, rara vez, algún americanismo, y con mayor frecuencia se nota cierta afectación que no es castiza, porque viene de las rebuscadas innovaciones del decadentismo francés. Ni una ni otra tacha son más que ligeros lunares. El cuerpo del estilo de la novela es castellano, sabrosamente sazonado de arcaísmo.

***

He oído también reprender en esta novela—que á pesar de la abundancia del género no ha pasado inadvertida, como pasan las nueve décimas partes—la inferioridad de su segunda mitad respecto á la primera. Decae—dicen los censores.—Algún fundamento tiene esta crítica. Tampoco á mí me ha gustado completamente el episodio de la morisca Aixa. Acaso hayan existido moriscas así, á la vez místicas y tan alegres y dadivosas de su cuerpo; pero no nos comunica el autor su persuasión. El cuadro de los amoríos entre el cristiano y la infiel, tantas veces pintado por novelistas y dramaturgos, desde Tamayo en *Locura de amor* hasta Marquina en *Las hijas del Cid*, tiene sin embargo en la novela de Larreta relieve y frescura. En general, la novela ofrece episodios hermosos, más que una narración seguidamente interesante. El auto de fe en que Aixa sucumbe, la muerte del perro rabioso, la degollación de Bracamonte, merecen toda alabanza, y no ha de escasearsele porque carezca la novela de aquella apretada concisión de *Salambó*—por ejemplo y ya que he nombrado la obra de Gustavo Flaubert desde el principio.—Hay en el libro de Larreta más primor de pormenores que sobriedad y maestría de composición; hay más sugestión de caracteres que psicología; hay más incidentes que fábula. Hacia el final, dijérase que el autor se fatiga, y precipita el obscuro fin de su héroe, enterrado bajo aquella frase irónica: «Esta fué la gloria de don Ramiro...» Una flor de misticismo, única gloria de aquel ardoroso espíritu—símbolo tal vez de España. Pero recuerden los nacidos en América con sangre española en las venas, que sin los don Ramiros y los don Hernandos y hasta los don Juanes, ellos no existirían. Hay bastas glorias diferentes en nuestro pasado.

***

Con todo esto, el libro es de los que he leído con verdadera atención, gusto y sorpresa, entre los muchos que de América recibo. No hay sólo en él cualidades de descriptor, felices hallazgos de estilista: hay especialmente el caso de un americano prendado artísticamente, quizás á su despecho, del antaño español, penetrado de su belleza singular, única, y que se detiene á estudiarla, si no con amor, con reflexión y ahinco, en lo cual España, sin remedio, saldrá ganando, mientras ha perdido lo incalculable con los cromos de cajas de pasas de tantísimo francés como se ha venido aquí á descubrirnos en quince días. No ha vertido Larreta, ante la España divina del antaño, las lágrimas de emoción que dicen que vertió Wáshington Irving al besar la firma de Isabel la Católica; pero nos ha considerado despacio, y percibido resplandores de nuestra grandeza.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con bastante retraso, como suelen llegar aquí las modas literarias, ha llegado la de las novelas de Conan Doyle, á favor de las aventuras del archifamoso polizonte de afición Sherlock Holmes, llevadas á la escena en un teatro de Madrid, y que han propor cionado llenos hasta los topes á la empresa, diversión sin fin á los chiquillos, esparcimiento honesto á la gente formal y, en suma, un triunfo al género romancesco-policíaco.

Leyendo la voluminosa epopeya de Sherlock Holmes, sus aventuras, odiseas, resurrecciones, hazañas y nuevas hazañas—seis tomos, de apretada lectura, —he tenido ocasión una vez más de desdeñar los éxitos de dinero en literatura, por la misma razón que desdeñaba el dinero aquel filósofo: al ver á quien se lo concede Dios.

En efecto, la «emocionante,» «espeluznante» y «abracadabrante» obra del autor inglés, me ha causado la impresión de una cosa muy lánguida, desarrollada con procedimientos de monotonía infantil. Bran infinitamente más variadas y amenas y hasta casi más verosímiles, dentro de la inverosimilitud, las creaciones de Julio Verne, el amigo de los muchachos, el narrador de los viajes á la luna y al centro de la tierra.

¿Por qué no decirlo? El bajo nivel actual del arte de contar en Inglaterra se revela palmariamente en estos relatos, que han valido á su autor ó á sus editores—no estoy bien enterada de tal detalle—millonadas, y que recorrerán el mundo con aureola de popularidad.

Siempre es Francia más artista, sabe graduar mejor el interés, enredar la fábula, entretejer sus hilos y bordar con las bellezas de la fantasía cualquier vulgar trama.

En las novelas de Conan Doyle, ó mejor dicho, en la serie de novelejas que forma la historia de Sherlock Holmes, no sé qué me sorprende más: si la radical incapacidad del autor para salir de una misma fórmula, invariable, ó la paciencia y *bonhomie* de unos lectores que escuchan por centésima vez sin protestar el cuento de la *buena pipa*, y cada vez lo encuentran más sorprendente y encantador.

Seguro de la flema de su público, de que nunca se quejará de que le sirvan el mismo potaje de judías ó, para hablar más británicamente, igual *plumpudding*, el autor no se toma ni el trabajo de aparentar que busca esa diversidad, ¡sirena del mundo!, que es madre del goce y del recreo; al contrario, dijérase que habiendo observado cuánto gusto dió á los señores la anterior historia, se esmera en volver á narrarla, con sólo las ligeras variantes necesarias para cobrar por ella un buen puñado de chelines, mejor dicho, de libras.

Como fundamento han de tener las cosas, hasta aquellas que más ilógicas creemos, el éxito de Conan Doyle en los países anglo sajones puede explicarse por varias causas. En primer lugar, la raza no es de ardiente imaginación, ni está tan gastada como nosotros los latinos, que pedimos á la ficción otro realce. En segundo, la raza tiene exigencias de moralidad—externas ó internas, no discutamos esto—que Conan Doyle respeta. No cabe lectura más adecuada para *girls* y *boys*. Allí ni por casualidad se desliza una frase, un pormenor escabroso. El terrible elemento pasional, tan frecuente en el crimen, ni asoma, ó asoma tan envuelto en pudibundez, que no hay mejor disfrazada máscara. Al lado de este idealismo que produce impresión de falsedad, muestra Conan Doyle un realismo que halaga los instintos de sus compatriotas; realismo puramente epidérmico, local; transcripción de ciertos aspectos de la vida inglesa, con sello de britanismo; pero de un britanismo que está en la novela tan superficialmente como están en nuestras costumbres ciertos pormenores, prendidos con alfileres, adoptados por *snobismo*, y de los cuales á cada instante se prescinde, aunque se aparente conocerlos y practicarlos asiduamente, según compete á la gente de buen tono. En las novelas de Conan Doyle el fondo, los tipos, los personajes, las decoraciones, lugares, muebles, armas, (¡qué de armería!) son genuinos y castizos de Albión, y sin embargo, al acabar de leer, no ha penetrado en nosotros ni un átomo del sentido íntimo del alma inglesa. Creemos salir de un bazar de Vigo, de esos donde se expenden objetos ingleses auténticos, maletas, frascos de viaje, juguetes, conservas *strawberry*, sin que ni un momento los compradores se figuren que están en Inglaterra, ni que conocen eso que hay detrás de los objetos y los cachivaches procedentes de una nación.

Quizás por eso mismo ha soportado bien el pasaje del Canal de la Mancha la quincallería policíaco-científica de Conan Doyle, el frío folletín que sólo en la escena, donde *tutto è convenzionale*, adquiere un burdo interés palpitante y nervioso. Cuando se coge un tomo de *Aventuras* del maravilloso polizonte, se puede soltar sin impaciencia de llegar al fin: en este punto—y en todos—el autor inglés está muy por bajo de Alejandro Dumas padre, y el *Conde de Montecristo* inglés no se ha escrito aún. Si Conan Doyle fuese más inglés en lo profundo; si fuese un Rudyard Kipling, no sólo sería casi intraducible, sino que, aun traducido, obtendría poca popularidad en estas tierras. El britanismo de Conan Doyle, con toda su comparsería de *farmers*, de *lords*, de *policemen*, de marinos y de aparecidos australianos, está al alcance de cualquier vecino de Madrid, saco de garbanzos embozado en la pañosa, y si no fuese que aquí para ser leído ni vale parecer inglés, ahora que lo inglés priva, hartos duros españoles irían á sumarse á las bellas libras *sterling* que el afortunado autor de Sherlock Holmes ha visto afluir á su cofre de seguridad.

Ganan en el teatro estas obras sin arte ni relieve, construídas por geometría, justamente porque en el teatro no es posible diluir el asunto en un fárrago de novelitas todas iguales, como los alemanes de *La Déba;* porque el teatro obliga á condensar, y porque las palabras las pronuncian hombres y mujeres de carne y hueso. Cada acto tiene que superar en interés al anterior, y no hay medio de saltar hojas y averiguar así «en qué queda.» Los ojos auxilian para la ilusión, y la *mise en scène*, cada día *más* esmerada, contribuye también á que se diviertan los espectadores, aun habiendo pasado de los catorce años.

Sherlock Holmes, que dentro del simbolismo podría representar el genio del bien en lucha con el mal, es un honorable *gentleman* muy sabio, muy perito en química, que aplica sus conocimientos y una facultad asombrosa de deducción á descubrir el secreto de los crímenes misteriosos, desenmascarando al culpable y haciendo brillar la inocencia de los acusados injustamente. Una ojeada le basta á veces para poner en claro lo que los demás polizontes, inspectores y *detectives* encuentran más obscuro que boca de lobo. Como interviene directamente, se ve mil veces en lucha abierta con los criminales, pero tiene más fuerza que ellos en los puños, más ojo en la puntería, y por fas ó por nefas siempre lleva las de acertar y las de vencer. Si persiguiésemos las transformaciones del ideal humano al través de la literatura, no nos sería difícil descubrir en el polizonte heroico y semibrujo al caballero andante del siglo XV, el Lohengrin de la encantada espada, que enderezaba tuertos, castiga felones y triunfa siempre de cuantas insidias y asechanzas se atraviesan en su camino. Es la misma necesidad de la imaginación, de figurarse un hombre superior á las limitaciones y miserias de la humanidad, un hombre en que, encarnado el derecho y la justicia, lleva consigo la victoria en sus más arriesgadas empresas. Ayer fué el paladín armado de punta en blanco, hoy es el *policeman* científico. Pero el tipo responde á iguales necesidades de nuestra pobre alma.

Hasta tal punto es verdad que estos folletines policíacos son novelas de caballerías, que en el teatro la misión de Sherlock Holmes es salvar á una huérfana inocente y bella con la cual acaba por casarse, ni más ni menos que si fuese el caballero del Cisne ó Esplandián.

¿De qué medios se vale Sherlock Holmes para descubrir los crímenes más envueltos en velos misteriosos? Tampoco en esto veo gran novedad. Yo esperaba que al menos la novela nos enseñase á ejercitar sagazmente las facultades de observación que posea cada hijo de vecino. No hallo esta enseñanza. Sherlock Holmes sólo observa lo material, y lo material cien veces observado. Nunca saca consecuencias del estudio de un espíritu, ó sea de la psicología. Los que conozcan la hermosa novela de Pablo Bourget titulada *André Cornelis* comprenderán la diferencia entre ambos métodos. Reducese generalmente Sherlock Holmes á fijarse en las huellas de los pies del criminal, en la impronta de sus pulgares, la ceniza de su cigarro, la forma de sus botas, con otras particularidades que de tiempo inmemorial sirven de guía á los polizontes activos y agudos. A veces sus famosas deducciones son acertadas... porque el novelista quiere que lo sean; pero pudieran asemejarse á las del médico del cuento, que viendo bajo la cama del enfermo briznas de paja del jergón, sacó en limpio que el enfermo había comido paja. Un hombre lleva gasa en el sombrero: Sherlock Holmes deduce que es viudo, sin pensar que puede vestir luto por su suegra. El mismo individuo portea un envoltorio de juguetes: Sherlock Holmes decide que el sujeto tiene hijos pequeños, como si no se regalasen juguetes á los sobrinos. En suma, la buena voluntad del autor entra por más de la mitad en los aciertos del célebre policía, cuyos servicios utilizan las primeras casas reinantes de Europa. Y claro es que sólo así cabe desembrollar las marañas de determinados crímenes que nunca se cometieron; crímenes inventados—cerebrales, ó mejor, geométricos y matemáticos—tan distintos de la realidad humana y tan parecidos á problemas de ajedrez.

Buena falta nos haría, con todo, Sherlock Holmes aquí para ver si descifraba el enigma de la muerte de Vicenta Verdier. Si ha existido un crimen que debió esclarecerse desde el primer momento, ha sido ese. Y sin embargo, fué el que ni se descubrió, ni lleva trazas de descubrirse, á pesar de la hábil información que están realizando ahora algunos noticieros, y de la cual resultan indicios que debieron no pasar inadvertidos para la justicia. No sería Sherlock Holmes, digámoslo en honor suyo, quien no atribuyese importancia al hallazgo de los gemelos y puños postizos del criminal, al cuchillo con que se cometió el crimen, á las cartas que la víctima guardaba en su armario, á la disposición de las ventanas por donde el criminal pudo huir y de aquellas otras por las cuales no era posible que huyese, y tantos y tantos indicios que saltarían á los ojos hasta de quien no fuese «del oficio.» Todos llevamos dentro algo de instinto policíaco; cuando leo en la prensa el relato de un crimen, experimento deseos de verlo todo, los sitios, los muebles, suponiendo que, de poder hacerlo así, averiguaría mucho y encontraría la pista del criminal verdadero. Va sé que me equivocaría bien á menudo y que todo parece fácil desde afuera, mientras al poner mano en los asuntos empieza la ofuscación. Sin embargo, me ha engreído el haber dicho desde el primer momento, desde que los periódicos publicaron el relato del crimen cometido en el *impasse Ronsin*, que la autora era la misma esposa del pintor, aquella que gemía mimosamente en el lecho, simulando padecimientos que la librasen de interrogatorios. No conocía yo entonces los antecedentes de Margarita Steinheil, ni cuáles fuesen sus relaciones con su esposo y madre, ni nada que indujese á sospechar. Confieso que sospeché únicamente porque me extrañó que los apaches ó *cambrioleurs* que entraron en la casa fuesen tan crueles, no sólo con el pintor, sino con la vieja inofensiva, y en cambio tratasen dulce y amorosamente á la señora, sin más razón que ser guapa y parecerles joven. La vanidad femenil asomaba de tal modo en el relato de Margarita, que deduje sin ser Sherlock Holmes: «No es natural que unos bandidos, entre los cuales figura una mujer, traten bien á otra mujer porque es bonita. Lo natural es lo contrario: que cometan con ella mil desmanes, que la escarnezcan. Después de escarnecerla, lo natural es que la maten, porque los *cambrioleurs*, cometido el primer asesinato, fatalmente cometen todos los necesarios para suprimir testigos. Luego esta mujer miente; luego, si miente, es que ha tenido parte en el crimen, sea como autora, sea como instigadora, sea como cómplice.» Y por eso, al leer que después de tantos meses se le ocurre al fin á la policía y á la justicia echarla el guante, me asombro de la falta de olfato que allí se padece también, y exclamo: «¡Acabáramos!»

Y en el asesinato de Vicenta Verdier tuve mi candidato desde el mismo día en que se cometió. ¿Cómo evitar que la imaginación vuele? Lo que pasa es que no se puede designar, que no se pueden lanzar hipótesis, porque la equivocación—siempre posible—sería de graves consecuencias. ¡Tente, espíritu de Sherlock, que nadie te mete en camisa de once varas!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por más que los noveleros, que no hay pocos fuera de la comedia de Rostand, pretendan rodear de aureola de misterio la muerte de Cátulo Méndez (Mendes es corrupción de un apellido español), el suceso ha sido sencillamente fortuito. Iba dormido: despertó de pronto, no calculó bien un movimiento que sin duda había realizado mil veces, y al saltar del tren cayó bajo sus ruedas. Que no se puede pensar en suicidio lo demuestra la posición del cuerpo. El suicida se coloca de otro modo. Léanse los suicidios novelescos del banquero en *L'Evangéliste*, de Daudet, y de Ana Karénine en la maravillosa obra de Tolstoy. Léanse, si las fuentes de la ficción no satisfacen, los sueltos de la prensa. Se verá la diferencia entre el que se tiende de propósito sobre los rieles y el que por casualidad es lanzado á la vía.

En cuanto á la hipótesis de que «una banda» ó gavilla de literatos se uniese para despachar á Méndez..., eso ya entra de lleno en los dominios del buen Sherlock Holmes, si no llega á los del simpático Rocambole. ¡Literatos en gavilla! No diré yo que, dada la retribución que las letras obtienen, sea el caso inverosímil; pero sí llegasen los literatos á organizarse como diz que lo están los *apaches*, yo supongo que emprenderían algo más fructífero que la muerte de Méndez, que tenía muchos años y no tanta gloria que ofuscase á nadie.

Cátulo Méndez ha sido, en efecto, de esos artistas —no le regateemos el título—de quienes no es fácil decir á boca llena que han obtenido verdadera gloria y señalado con un rastro luminoso su paso por la tierra... Faltóle, para lograrlo, un pelo... Quizás fuese más exacto asegurar que en vez de faltarle ese pelo, le sobraban las enmarañadas cabelleras de sus heroínas, monstruosas, antinaturales, fabricadas de alquimia y sin un soplo de humanidad. Ha sido Méndez acaso el ejemplar más característico de ese tipo literario que se ha producido tanto en Francia en estos últimos tiempos: el escritor con ingenio, con maña, con verdaderas aptitudes, poeta, estilista, que estraga dones y disposiciones extraordinarias, trabajando, no para el arte—aunque afecte forma artística su producción,—sino para el público de un momento, y para un público especial, dañado y pervertido; y dentro de ese momento mismo, dirigiéndose á instintos bajos, que nadie confiesa; para un éxito obscuro, ambiguo, reprobado, ó, como dicen en Francia, *louche*; para una clase de inmoralidad fría, peculiar de los gastados, de los que ya, por no poder ser nada, no pueden ser ni inmorales. Tal es la suerte de los que en vez de despertarse pensando en sí mismos, en las formas de arte que sienten y aman, se despiertan (y acaso no han dormido) discurriendo de qué ignotas regiones traerán la pimienta y la mostaza que más sutilmente estimulen los paladares fatigados y botos.

Oyendo la admirable *Manón* que cantan la Storchio y Anselmi—una *Manón* que será imposible volver á escuchar en el Real si tiene otros intérpretes menos divinos,—pensaba yo en la novela del abate Prevost, en *Manón Lescaut* y en la literatura resbaladiza. Nadie podrá negar que sea escabrosa *Manón Lescaut;* y sin embargo, ¡qué fuente de emoción lírica, qué raudal de ternura existe en esa historia donde los personajes son mujeres de vida alegre y caballeros de industria, que hacen trampas en el juego! Siempre que un autor nos deje ver, bajo el héroe más ó menos despreciable que elija, al hombre, á la mujer, con sus sentimientos naturales, vigorosos, con sus penas y sus alegrías explicables, con su alma en que reconocemos algo de la nuestra, de la de los hombres y mujeres que nos rodean, el autor nos llevará por donde se le antoje: le pertenecemos. Pero si, como Méndez, nos presenta figuras nacidas en una fantasía que no se ha excitado sino á fuerza de cerebralismo, después del impulso de curiosidad vendrá infaliblemente el desvío y tedio.—Esto pasó con Cátulo Méndez. Tan activo, tan viejo verde, tan resuelto á vivir, estaba sobreviviéndose ya. Se hablaba de él por la privilegiada posición que ocupaba en la prensa parisiense y en el bulevar: no porque ningún verdadero interés artístico suscitasen las obras que pudiese producir ó que producía.

¡Y cuenta que no hubo camino que no recorriese! Fué poeta, autor dramático, crítico, novelista, cuentista, periodista; inundó de prosa los folletones, de libros las prensas. Había nacido en 1843, en Burdeos, y su origen era hebreo portugués, por lo tanto, ibérico, y no diremos español por no despertar suspicacias legítimas en nuestros vecinos de allende las Extremaduras.

En los comienzos de la carrera literaria de Méndez encontramos la protección, la sombra y la influencia de un escritor á mi ver insigne, y que, para no ser borrado de la memoria de los historiadores literarios, tendría, á falta de otros claros merecimientos, el de haber sido jefe de una escuela estética, la del arte por el arte, cuyos dogmas siempre hallarán creyentes y cuyas teorías formuló con precisión y fuego el escritor á que me refiero y en quien todos reconocerán á Teófilo Gautier. Imitador y discípulo del gran Teo, Méndez se casó con su hija, mujer notable por muchos estilos, y con la cual por lo visto no se llevó bien el entonces joven bordelés, puesto que acabó divorciándose de ella. Verdad es que lo mismo le sucedió con su segunda esposa: en estos momentos pleiteaban para separarse. Cátulo Méndez tenía una cualidad aparentemente preciosa y en realidad funesta. Poseía hasta un grado increíble el don de asimilación, no para recoger en su santuario lo que luego cociese en su hornillo, sino como mera habilidad en reproducir estilos y formas: algo de lo que distinguen á los japoneses y en general á los asiáticos. Su literatura—sea ó no castiza la palabreja—estaba *truquée*. La destreza mataba la espontaneidad.

Méndez imitó, unos tras otros, á los más ilustres de su tiempo. Supo ser la sombra de Víctor Hugo, Gautier, Baudelaire, Enrique Heine, Teófilo Gautier, Flaubert... El resultado fué lógico. Ni una partícula de la inmortalidad de estos ilustres nombres le salvará del olvido.

Dos entusiasmos, dos predilecciones, rompen, sin embargo, el equilibrio de una naturaleza cuyo signo característico parece ser el más femenil, la sumisión. Méndez fué sinceramente fanático de Víctor Hugo y de Ricardo Wágner. Consuela encontrar este oasis de sinceridad y de individualismo en la vida de un hombre tan fácil en adaptarse á todo, con flexibilidad de cortesana.

Su campaña en pro de Wágner fué ilustrada y útil, y la realizó cuando en Francia se exteriorizaba la hostilidad hacia el semidiós, con manifestaciones de un *chauvinisme* de mal gusto. Nadie me gana en convicción patriótica, pero creo que existen unos cuantos nombres que sin dejar de pertenecer á su patria, pertenecen en primer término á toda la humanidad capaz de sentir la belleza. Profundamente alemán era Wágner: su genio le ha hecho universal. Por eso, no encontrándome dispuesta á simpatizar con Cátulo Méndez, y esto no desde *La Vierge d'Avila*, sino desde hace bastantes años, de lo cual hay testimonios en mis escritos, no puedo menos de aplaudir su campaña wagneriana, en la cual vino á darle la razón el tiempo. Más discutible—aunque siempre admirable—es su otro ídolo, Víctor Hugo. No queriendo entrar en la vida privada de Cátulo Méndez, ni recoger lo que no se han mordido la lengua para decir sus cofrades, hablaré sólo de sus obras, de su labor realmente enorme, desparramada en libros y periódicos.

Si afiliamos á Méndez en una escuela literaria, será la de los parnasianos, que procede directamente de Gautier. Hay en esta escuela un elemento de lo que podríamos llamar honradez estética: el esmero de la forma, el cuidado exquisito en la perfección de la rima. Los versos de Cátulo Méndez son impecables. Sin embargo, no se le pone al lado ni de Hugo, Vigny y Gautier, ni de Heredia, Leconte de Lisle y Baudelaire.

Entre las corrientes poéticas que siguió Cátulo Méndes, hay que contar la del renacimiento arcaico, que hoy empieza á percibirse entre los poetas jóvenes españoles y en Francia procede del romanticismo y de los parnasianos. Teodoro de Banville formuló las leyes de este renacimiento, y Méndez lo practicó estudiando á los poetas primitivos é imitándoles en baladas, rondeles, villanelas (serranillas, diríamos aquí) y otras formas de la antigua menestralía. Muchos tomos componen la obra poética de Méndez, de la cual puede decirse con justicia que encierra bellas páginas, pero de la cual habría que afirmar que obedeció á influencias múltiples y acaso nunca á esa pujante vehemencia del poeta lírico verdadero, que expresa su propio ser.

Si en la poesía lírica y aun en los *«gritos del combate»* patrióticos no logró Méndez destacar una personalidad indiscutible, menos afortunado fué todavía en el teatro. Ninguna de sus obras dramáticas ha impuesto al público su nombre, no diré como el de Dumas hijo ó Rostand, ni aun como el de Lavedán ó Francisco de Curel. Como toda la producción de Méndez, su teatro fué algo trabajado, pensado, literario, pero que carece de sello peculiar. Claro es que sus estrenos armaron ruido en París; que se comentaron á saciedad, como todo lo nuevo y de autor tan conocido; pero la impresión profunda que producen las obras fuertes no se grabó en la mente del espectador, ni se impuso á la crítica. No tan hábil como Sardou para el manejo de los muñecos escénicos y el oficio de la carpintería dramática; no tan poeta como un Rostand, le faltó siempre el consabido pelo, ó le sobró cuquería, intención, artificio. Era demasiado literato para Sardou y demasiado flexible é imitador para Rostand. La única vez que un drama de Cátulo Méndez pudo interesarnos aquí, donde el bulevar no influye tanto como parece, fué aquella en que se atrevió á Santa Teresa de Jesús. Los teresianos fervientes y sencillos se escandalizaron; y otros teresianos más duchos en batallas de letras, otros teresianos que habíamos seguido á Méndez sin ansiedad ninguna, pero con algo de curiosidad, dado lo típico y ejemplar del caso, nos limitamos á sentir un dejo precio que toda la tolerancia del mundo no podría evitar. En efecto, el desprecio aquí tomaba forma crítica, y cuando son nuestras facultades críticas las que entran en juego, no hay manera de modificar el sentir que han determinado. No se trataba de que supusiésemos en Cátulo Méndez posibilidad de cierto orden de respetos á la figura de la Santa; pero teníamos derecho á exigir una delicada intuición histórica, una España real, y no de litografía en colores del año 1820, como fondo de las concepciones de la fantasía; y queríamos, al menos, una Santa Teresa —personaje tan claro, tan conocido, tan fácil de estudiar para el caso de escribir un drama—que no nos hiciese el efecto de cierto régulo celtíbero que acabamos de ver en la ópera *Hesperia*, recientemente estrenada en el Real, y que habla—me refiero al caudillo—de pintadas mariposas y rosas y rocío y no sé cuántas cosas más, muy bonitas para un madrigal de Meléndez Valdés... En fin, no quiero extenderme sobre *La Vierge d'Avila*, no sólo porque no cabe aquí, sino porque creo que la opinión ha hecho justicia, lo mismo que si la opinión fuese también tenesiana...

Las novelas de Cátulo Méndez, aunque combinadas con todo el cuidado imaginable, á fin de captar la atención y quintaescenciar el erotismo, no han conseguido—satisfecha la curiosidad y reconocida la maestría del estilo, intensificado á lo Gautier—que su autor figure entre los novelistas grandes y promovedores de corrientes nuevas. Stendhal, autor sin estilo, estaba seguro de la inmortalidad, que no obtendrá Méndez con todas sus cinceladuras. Ni *El rey Virgen*, ni *Zo'Har*, ni *Mefistofela*, figuran en el estante donde campean *Madama Bovary*, *Salambó* y *Germinal*; ni aun en el que sustenta á *Mademoiselle de Maupin*, obra equívoca y licenciosa, pero fresca y espontánea en su creación. No basta buscar asuntos tan bíblicamente horribles como el de *Zo'Har*, no basta la perversión, no basta el talento al servicio de todo ello; no basta el arte, no basta nada, cuando falta una cualidad, un don, una potencia especial, que no se adquiere ni entregando el cerebro á las rritantes influencias de la actualidad en los centros parisienses, ni poniendo en prensa la imaginación para sorprender y apoderarse de los lectores.

¿Dónde reside este misterioso secreto de ser alguien? (Alguien en lo venidero, alguien para la posteridad.) ¿Dónde? ¡Acaso—lo emito como hipótesis solamente,—acaso en el carácter? ¿En la sinceridad, en la lealtad de la obra? ¿En el sueño de la inmortalidad, preferida al éxito inmediato?

No lo sé. Lo cierto es que Méndez, trabajador incansable como el abate Prevost, no deja una *Manón* que conserve su memoria.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Los periódicos hablan estos días de las gestiones verificadas para conceder una pensión, á cargo del Estado, á la viuda del gran poeta Zorrilla, que se encuentra en la estrechez, á la avanzada edad de setenta y seis años. La idea, lanzada en el Senado por el Sr. D. Federico de Loygorri, patrocinada por varios senadores de diversos colores políticos, bien acogida por la prensa (aunque nunca es de esperar que se hable de estas cosas con la profusión de detalles que, por ejemplo, se habla de la *bella Guerrero*), está en camino de llegar á ser una realidad, pues parece natural que tampoco encuentre obstáculos en el Congreso. Cuando se haya votado definitivamente, volveré á decir algo sobre este asunto de la pensión á mis lectores de La Ilustración Artística. Entre tanto, Zorrilla, por *Margarita la Tornera*, es relativa actualidad, y también, me atrevo á añadir, lo es en parte por unos artículos míos, destinados á un nuevo tomo de *Retratos y apuntes literarios*, y que han visto la luz en la revista matritense *La Lectura*.

El caso de mis artículos es, como se dice en Francia, *piquant*, ó, como nosotros diríamos, chusco, aunque la palabra no exprese bien los matices de la idea que envuelve el adjetivo francés. Aquí donde rara vez se hace crítica retrospectiva, y donde no se pierden tiempo en ahondar estudios biográficos de los grandes hombres; aquí, donde no hemos tenido un Taine, ni un Sainte Beuve, ni un Lemaître, natural parecería que por lo menos se mirase con benevolencia á los que intentan algo que pueda contribuir á que esas figuras insignes de la patria literatura sean ó mejor conocidas ó menos puestas en olvido. Tal fué el modesto propósito que guió mi pluma al trazar los estudios biográficos y críticos de Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, Valera, el Padre Coloma, etc.; y el mismo me animó al emprender el del autor de *Don Juan Tenorio*. He visto por experiencia que muchos extranjeros que quisieran documentarse sobre la literatura española contemporánea del siglo XIX, y no tienen tiempo ni posibilidad de emprender investigaciones por cuenta propia, preguntan con afán si existen aquí libros análogos á otros que incesantemente aparecen en Francia, Inglaterra y Alemania, donde con datos fáciles de obtener cuando están recientes los sucesos (y que transcurrido cierto período ya nadie logra allegar), se estudia á las magnas personalidades literarias y artísticas, y se hace destacar en ellas la individualidad, aquello en que nos diferenciamos los unos de los otros y que es, por lo tanto, lo más interesante de nuestra psicología. Y me consta igualmente que los extranjeros generalmente no encuentran nada de eso que buscan para orientarse, y se quedan confusos, no explicándose cómo es posible tener fama y admiradores, y no tener biografía, ni semblanza, ni crítica, ni nada concreto y positivo que conserve el recuerdo y la huella de un carácter, de una reputación, de un poeta, de un escritor, de un autor célebre.

Desde el *Nuevo Teatro Crítico* vengo haciendo algo para remediar esta deficiencia tan notada. Claro es que tropecé con los escollos que ha de sortear el que traza la biografía—extensa ó compendiosa—de personas que ó viven aún ó se han muerto ayer mismo. Camposmor y el Padre Coloma conocieron la suya en tiempo hábil, y hubiesen podido dirigirme observaciones, que yo hubiese tomado en cuenta al publicar el libro. Nadie encontró nada extraño en lo que escribí de Alarcón, Galán, Valera, etc. Al poner mano en el estudio de Zorrilla (aparte de que ya iban corridos quince años desde su muerte, y cada año que transcurre da mayor libertad á la pluma del biógrafo), me prestaba completa seguridad de no errar el hecho de tener á mi disposición lo que no tuve en los demás escritores: un abundante caudal de noticias autobiográficas. Nada menos que tres tomos, los *Recuerdos del tiempo viejo*, y varios prólogos y artículos en verso y prosa ha consagrado Zorrilla á tratar de sí mismo, y debí creer que bebiendo en esta fuente, nadie supondría que yo trataba á Zorrilla ni mal ni bien, sino tal cual se trató él á sí propio. Por el recelo de no acertar completamente, á pesar de referencias tan autorizadas como las autobiográficas, me apresuré á advertir en los primeros párrafos de mi trabajo, no sólo que me fundaba en el mismo Zorrilla, sino que reclamaba, de las personas de buena voluntad, me enviasen noticias y datos y la corrección de los errores que pudiesen deslizarse en mi estudio. Sobre tan sólida base afianzada, creí poseer garantías de acierto y que no se me imputarían inexactitudes.

Y en efecto, nadie me las imputó. ¡En eso estaban pensando! Para rectificar hechos, es preciso leer, romperse la cabeza, ejercicio altamente perjudicial á la salud. No; era más sencillo afirmar que yo calumniaba la memoria del poeta, que yo le ponía como chupa de dómine, que yo recogía las especies injuriosas de la murmuración, salpicándole del tan socorrido cieno. Y pregunto: los que estampan estas afirmaciones, ¿habrán leído los *Recuerdos*? ¿Habrán leído mis artículos siquiera?

Bien puede asegurarse que no. Ni me coge de nuevas el caso. En otras ocasiones, siempre que unos cuantos señores tuvieron la comodidad de molestarse por escritos míos, recibí numerosísimas cartas que principiaban así: «*He oído* que ha escrito usted...» Raro parece que sus admiradores de profesión tengan olvidada la autobiografía del poeta..., raro, sí..., pero innegable. No se concibe, si no, que se indignen al encontrar en mi estudio rasgos biográficos y giros y frases que en los *Recuerdos* constan. Y cuando el poeta refirió de sí propio tales rasgos, nadie pensó en escandalizarse.

Ha sido preciso que yo los recogiese, á la vuelta de tres lustros y sin comentarios, para que salgan gritando que presento á Zorrilla como un pillo, y soy una calumniadora de su memoria ilustre.

¿Qué dirían si yo no me fundase en confesiones personales del poeta?

Lo que consigné sobre Zorrilla, fundándome en sus confesiones, no reviste la gravedad que pudieran hacer suponer tantas alharacas. A la verdad, si la biografía de un poeta romántico se pareciese á la de un buen señor vulgar, yo la encontraría bien sosa; y es una de las razones porque los recuerdos autobiográficos del autor del *Tenorio* me interesan infinito. Zorrilla escribió con bastante franqueza, sin pintarse perfecto, é hizo bien. Sin llegar al cinismo de Juan Jacobo Rousseau, gusta que la humanidad aparezca, y la verdad es siempre más bella que los panegíricos.

No pudo nunca cruzar por mi imaginación la idea de aprovechar para la biografía de Zorrilla sino materiales de pública notoriedad. Para recoger lo que á veces se oye en conversación corriente, pero que no está comprobado, es temprano; aun cuando el poeta no ha dejado hijos, ni parientes colaterales, por bastantes años creo yo que se impondrá el criterio de atenerse á la autobiografía. Y así lo he practicado; y convéngase en que tiene gracia que por repetir de Zorrilla lo que él dejó consignado en letras de molde, se alborote el cotarro y sea yo un pájaro muy siniestro, muy funesto para la gloria póstuma del autor de *Margarita la Tornera*.

Y lo peor, ¿no saben ustedes?, es que lo hago por móviles de venganza. A la vuelta de quince años, conservo con terrible fidelidad la memoria de unas chirigotas que me dedicó Zorrilla, y las castigo en esta forma, difamándole ante la posteridad. En otro lugar, con más espacio y al completar mi estudio sobre el poeta (del cual sólo ha visto la luz la parte biográfica y no la crítica), tendré ocasión de recordar estas chirigotas, *bonitas!* ó desplantes perfectamente en armonía con la índole y complexión psicológica de Zorrilla, y cuyo origen era un sentimiento frecuente en el declinar de la vida, cuando se ha llegado á obtener la gloria y se miran con involuntaria prevención las reputaciones nuevas.

Lo que no debo omitir es que soy de las personas que han dado á Zorrilla, en vida y en muerte, más claros testimonios de respeto á su talento, de admiración, de reconocimiento explícito de su valer. Cuando Zorrilla regresó de América á España, siendo yo niña, mi saludo fué uno de los primeros: y no se crea que recibió tantos: lo sabemos por sus referencias, en el prólogo al *Drama del alma*. Cuando visitó la Coruña, después de preliminares que dejaron bien establecida la consideración que yo le guardaba, le ofrecí en mi casa una fiesta digna de un rey... de la poesía. Cuando murió, mi artículo del *Nuevo Teatro Crítico* fué un monumento, una apoteosis. Ahí está, para que *no lo lean*... ¿Pero es que algo se lee? Días después de su fallecimiento, me atrevo á decir que á mis gestiones se debió que recibiese la viuda una suma, premio de un certamen... Poco después, y en distintas ocasiones, eché á volar la idea (que no encontró apoyo, pero no es mía la culpa) de elevar un monumento al Romanticismo español, coronado por el busto de Zorrilla. Luego, pareciéndome que no se puede hacer mayor favor á un muerto ilustre que refrescar su recuerdo—¡la araña del olvido es tan buena labrandera por acá!,—dí principio á mi trabajo biográfico crítico. Yo no escribo crítica ni biografía póstumas sino de los muy altos. Y ahora, ahora mismo, cuando me suponen tomando venganzas, la casualidad hace que yo pueda haber dado una nueva prueba, ó mejor dicho, varias, de mi respeto efectivo, activo, á la gloria del poeta. Como curioso, es curioso el caso.

No alardeo de generosidad. Yo no dí la menor importancia á los alfileretes de Zorrilla. Los olvidé por completo, sin esfuerzo alguno. Zorrilla muchas veces no era ni consciente de lo que decía. Parecía complacerse en una malevolencia infantil. ¿Qué resentimientos, qué móviles le indujeron, verbigracia, á tratar á Larra de *malvado*? Sobre la tumba de Larra se había hecho célebre en un instante Zorrilla. Larra no era un malvado, ni lo será porque se lo llame Zorrilla en verso. No hay que dar á los gorjeos del ave tanta trascendencia. Nunca tomé en serio á Zorrilla, ni le tomaba nadie, excepto en el terreno artístico, poético, romántico y legendario, en el cual hay que inclinarse profundamente ante

«el que mató á don Pedro, el que salvó á don Juan»

No estoy segura (á pesar de estos celadores de su honra póstuma que le han salido) de que ni Zorrilla, ni, por desgracia, ningún genio español, posea una cohorte de admiradores dispuestos á secundar las iniciativas en pro de su fama. Y esta convicción me la sugiere el recuerdo de otra prueba de mi constante benevolencia hacia Zorrilla, que olvidé anotar en la lista anterior. Siendo yo presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, me enteré de que todavía esta docta Sociedad estaba en deuda con Zorrilla de una velada necrológica, y empecé á dar pasos para organizarla. La quería solemne, con asistencia del gobierno, de los reyes, del alcalde de Valladolid; en suma, á proporción de la figura del muerto. Lo más fácil supuse que fuese encontrar poetas dispuestos á cantar al poeta, literatos que hiciesen la crítica ó el elogio de sus obras. La realidad me desengañó. Mis gestiones, y las de mis compañeros de Junta, se estrellaron contra la absoluta imposibilidad de reunir el contingente necesario para que el homenaje fuese lucido, ó por lo menos decoroso, digno de Zorrilla. Dos temporadas trabajé sin resultado. Esto lo saben todos, en el Ateneo y fuera de él.

Desconsolé, pues, de la intensidad de las estériles admiraciones. Para Zorrilla, todo está sin hacer. Ni monumento, ni mausoleo, ni velada, ni estudio crítico serio, documentado, con referencias bibliográficas completas; nada, en suma, de lo que en otros países se consagra á figuras de tanto relieve. Ahí tienen sus apasionados campo abierto y nobilísimo donde ejercitarse. Escriban, trabajen, únanse, y crean que, en todo cuanto hagan por la fama de Zorrilla, á su lado me tendrán..., como dijo doña Inés á don Juan, desde su «mismo sepultura.»

Con motivo de las gestiones para otorgar la pensión de 6.000 pesetas á la señora viuda, el *Heraldo de Madrid* publicó una *interview* con dicha dama. De ella resultó que, habiendo la Academia regalado á la viuda una edición de *Poesías escogidas* de su esposo, el editor tardó catorce años en cubrir gastos, y la primer liquidación en favor de la viuda, á los catorce años de publicada la obra, importó *siete* pesetas. ¡No confirma este dato triste algo y algos de lo que atrás se insinúa?

Y otra confirmación de mis aserciones la encuentro en unas palabras de un escritor catalán, trasladadas por un periódico de Valladolidad, *El Norte*. «*Sembla*—dice—que la comtessa de Pardo Bazán acaba de publicar *un* article ont inicia, valerosament, la reventada del poeta Zorrilla.» Sin responder de la ortografía catalana, pues copio del diario castellano, subrayo el *sembla* y el *un*. «Me parece...» Es evidente que quien así habla no conoce mis dos artículos, y cree que es uno, y crítico, no biográfico, y tampoco puede saber que, como allí digo expresamente, los datos están tomados de las autobiografías del poeta. Y no añado palabra más. ¿Para qué?

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La costumbre española de celebrar los días de los santos—y no el cumpleaños, como en el extranjero, —es una de las pocas que no cambian ni llevan trazas de perderse. En Madrid, los días de santo (aparte lo de «fiesta onomástica») son solemnidades, lo mismo en las clases humildes que en las encumbradas y ricas. Y en especial, hay un santo que tiene fama de ser el de todo el mundo: San José.

He oído hacer una observación, sin embargo: la de que este nombre castizo cada día lo llevan menos españoles. «Han disminuido los Pepes,» decíame una muchacha. ¿Por qué han disminuido los Pepes? ¿Será un efecto de la tendencia individualista, del afán de distinguirse, que preside hasta al sacramento del bautismo? ¿Será porque llamarse Pepe equivale á no llamarse nada? ¿Será porque el nombre de Pepe es confianzudo, vulgar, sin romanticismos, á pesar de haberlo llevado aquel gran romántico de Pepe Espronceda? ¿Será que hay ahora menos devotos del esposo de la Virgen que cuando se admiraba á Murillo más que á Velázquez?—Murillo es el pintor josefino por excelencia.—¿Será que todo lo genuinamente nacional se va, se disipa?

En primer lugar, yo no sé hasta qué punto es nombre muy genuino el de José. En la Edad media no hay Josés: se diría que el dulce y bondadoso carpintero de la regia estirpe de David no poseía entonces la aureola de celebridad que llegó á tener cuando el arte se apoderó de su figura y la trasladó al lienzo y la talló en madera. Los pintores del siglo XV empezaron á familiarizar á la cristiandad con San José. Las Sacras Familias son un asunto del Renacimiento, que no abunda en las tablas góticas, donde en cambio predominan las Anunciaciones, las Adoraciones de los Magos, las Crucifixiones. Rafael, Julio Romano, dan ya á San José un puesto preferente, y á su rostro esa expresión grave, conmovida ante el misterio, que llega á lo sublime de la dulzura y del amor cuando tiene en brazos al Niño. Y entonces principia á imponerse con más frecuencia el nombre de José. En el siglo XVIII este nombre triunfa. Se llaman Josés los próceres, los estadistas, los generales, hasta los reyes. Se llaman Josefas las mujeres hermosas, las seductoras; ó por mejor decir, se llaman Pepitas. Nombre picaresco y amanolado, que la novela consagró definitivamente en una obra maestra, *Pepita Jiménez*, y que huele á azahar y á rosas andaluzas.

Y el nombre clásico y neto decae. Va anticuándose. En esto de los nombres actúan las mismas sutiles influencias que modifican toda la mecánica social. Los nombres se parecen á los tiempos. Notad qué sabor caballeresco ó truhanesco tienen ciertos nombres de los siglos de caballería y truhanería; reparad cómo el Renacimiento aporta sus nombres de sabor propio, inconfundible; ved qué sello peculiar da á los nombres la Edad moderna, y cómo ahora que, en pintoresca confusión, se vive de todas las épocas y se cultiva todo género de sentimentalidades, hasta las que parecen pertenecer al pasado, vuelven los nombres de antaño, y á veces se marca con ellos una huella de ridiculez é inadaptación en la frente de un niño que será un hombre á la moderna.

Figuraos ahora un Tristán, un Sigfredo... Figuraos un Leonelo, un Hernán. Nombres de paladines, de guerreros, de héroes, que debieran guardarse en el estuche de la memoria como se guarda la joya demasiado esplendente para usada á diario por la calle. ¡Qué sello tan difícil de ostentar imprimen en las personalidades actuales! ¡Qué tino y cuidado deben presidir á la elección de un nombre, para que sea adecuado, ni enfático ni pedestre, y sobre todo para que no comprometa á nada, ni dé lugar á equívocos y bromas de mal género!

¡Y cuando se trata de mujeres! Entonces aún se debe pisar más con pies de plomo. Hay nombres femeninos que son un compromiso y una calamidad. Nombres que expresan virtudes y recaen á veces en quien menos puede ostentarlos, verificándose lo que con gracia dice Serra en *Don Tomás:*

«Esta Inocencia y su nombre
se están dando de cachetes...»

Hay otros que envuelven la idea de una belleza encantadora, y como es imposible saber si un niño chico va á ser guapo ó feo, pues generalmente todos parecen la misma bolita de carne rojiza, resulta luego en contraste cruel con una figura caricaturesca ó un rostro de esos que son remedio eficaz para las malas tentaciones... Yo he conocido Estrellas completamente nubladas, Soles apagados y Rosas mustias. ¡Qué Hortensias se ven por ahí! ¡Qué Margaritas, que ni son perlas ni florecillas campestres! Dios nos libre de un padrino poeta y soñador...

Pudiérase también decir mucho de los santos olvidados; de los santos cuyo nombre no se le ocurre á nadie imponer á las criaturas. También los santos tienen su hado. De muchísimos se ignora la existencia, como no sea para soltar la risa cuando se les cita, ó cuando los saineteros aprovechan el efecto cómico de su nombre dándoselo á un personaje bufonesco.

Ahí tenéis, por ejemplo, á San Oroncio, á San Magdegisildo, á San Habacuc, á San Homobono, á San Exuperio, á San Juan ante portam latinam, á San Bertoldo, á Santa Agatónica, á Santa Ninfodora, á Santa Exaltación, á Santa Potamia, á Santa Waldetrudis, á Santa Reparada, á Santa Fandila... ¿A qué seguir expurgando el calendario? Es seguro que no se oirán dos veces al año estos nombres ante las pilas bautismales... En cambio, no vacilo en afirmar que hay nombres eufónicos y preciosos que también están en desuso. No entiendo por qué no se les pone á los niños con más frecuencia Siro, Quinto, Plauto, Tarsicio, Fausto, Druso, Graciano, Marino, Nilo, Pastor, Sergio y otros muchos nombres sencillos, claros, fáciles de pronunciar, que pertenecieron á ilustres mártires y confesores, y hasta reunen muchos de ellos la condición de tener carácter muy latino. Tampoco sé por qué es caso tan infrecuente que á las niñas se las llame con los bonitos nombres de pila de Glicera, Oliva, Ninfa, Maura, Placidia, Aurea, Coloma (que debe de ser Colomba, paloma), Lilia y Lucrecia... Verdad es que algunos de estos nombres tan lindos son del número de los que comprometen para lo venidero, y gravemente.

Volviendo á los Josés, diré que en las confiterías se practica el culto de este santo casi más que en las iglesias. Entrando en las confiterías de Madrid, se cree uno por un instante transportado á alguna ciudad apacible de provincia, de esas en que hay tiempo y humor de hacer regalos dulces, golosos y encargados de víspera, con detalles de menudo interés y refinamiento. «Que la almendra sea fresquita... Que los huevos hilados abunden... Cuidado, no se tueste demasiado el piñonate... Ponga usted higos de guarnición, porque le gustan al señor de los días...» De estos clásicos edificios de almendrado, caramelo y frutas confitadas, pocos se ven en Madrid durante el año, pero salen á relucir el día de San José. Hay aún confiterías del antiguo régimen, donde se rinde culto al cabello de ángel, al alfeñique, á las yemas abrillantadas y á ciertos dulces cuyos nombres se resiste á escribir la pluma, porque acaso el más correcto de todos ellos sea el de «embligos de guardia de corps.» En estas confiterías donde se guarda la tradición del siglo XVIII, persisten las amazacotadas tartas y ramilletes, con su grajea y sus ninfas de almidón que salen del seno de una rosa muy colorada, artificial. El aspecto del ramillete es cómico, pero tiene mejores obras que trazas: la pasta de almendra y huevo que lo compone es una de esas excelentes recetas de la vieja cocina española, superior á las tortas Moka y á los *gateaux* de Saboya que han venido á relegarla á las mesas de la clase ínfima. La confitería moderna será más fina, pero es mucho más insulsa. Y además, cuesta doble el dulce de moda. Ya los niños de modesta posición no pueden ir con su perra chica incrustada en la mano de tanto apretarla, á comprar, ilusionados, una yema ó un tocinillo en una tienda elegante. Les exigirían tres ó cuatro monedas—un dineral.—Y mohínos, resignados, entran en esas confiterías arcaicas, donde la unidad monetaria son los cinco céntimos...

Otros regalos destinados á Pepitas y Pepes van perdiendo también su añeja fisonomía. Ya no se regalan sino chucherías de última moda: cosas que, regularmente, para nada sirven, como no sea para estorbo, al cabo de los dos meses que dura su efímera gracia. Lo que se llama *bibelot* es generalmente el colmo de la inutilidad. Relojes de sobremesa que no rigen; despertadores que se desomponen; cajitas que se desencolan; porcelanas que imitan lastimosamente marcas célebres; ceniceros-maula; «objetos de arte» puramente industriales; prensapapeles que dan la nota sobreaguda del mal gusto—del mal gusto al uso, que es el más molesto;—tinteros en que no cabe tinta ninguna; vades de cartón disfrazado de cuero, y otras baratijas, preferidas para esto de los regalitos, que no parece sino que se buscan *ad hoc* con el fin de que sea preciso echarlos al desván...

Si el buen sentido—y quizás cierta delicadeza cordial que obliga á pensar en el bien ajeno—presidiese á esta clase de obsequios, se comprarían tales que, por lo menos, pudiesen conservarse gustosamente, é llenasen una de las infinitas exigencias de *confort*, higiene ó bienestar que impone la vida moderna. Se pensaría además en los gustos, profesión, preferencias del obsequiado, y se tendría el placer de hallar algo que de fijo le agradase. No es raro oir decir terminantemente: «¡Bah! El caso es que el regalo haga buen efecto cuando desenvuelvan los papelitos de seda y desaten las cintas..., que por lo demás...» Pues bien: yo creo que uno de los goces finos del alma es revolver tiendas y rincones en demanda de lo que suponéis que ha de hacer arrojar un grito de placer á una persona querida. Podéis equivocaros, pero el sentimiento que os guía será siempre verdadero, y la dicha vuestra, el recreo de la imaginación, nadie os lo quitará. La cacería de objetos bonitos, ó útiles, tiene su peculiar encanto, en este Madrid. Se descubren frecuentemente cosas que ni sospechar podíamos, y se tienen felices encuentros donde menos se piensa.

¿Y en qué consistirá que casi nadie incluye entre los objetos regalables en día de santo el libro de lujo? No puede haber nada más culto y amable que el obsequio de un libro, pero de un libro bien adaptado al modo de ser de la persona que lo ha de recibir. Hoy la tipografía, la encuadernación, hacen primores y milagros de baratura, y por veinticinco ó treinta pesetas, que no alcanzan para un mediano *bibelot*, se adquiere un libro realmente hermoso, lleno de grabados—que puede dejarse sobre una mesa, para entretener instructivamente al que lo abra.—En Francia é Inglaterra, el regalo del libro es tan corriente, que ha llegado á ser clásico hacer libros especiales para las estrenas de primero de año. Aquí creo que no reportará gran utilidad este aspecto de la librería.

Otra idea que recomiendo á los que se quieran librar de los cascos en busca de regalos, es el regalo serial.—¿Qué quiere decir regalo serial?—Lo explicaré. ¿No tenéis que hacer de esos regalos que se repiten todos los años? Pues si es así, discurrid una cosa oportuna para regalo, y regalad todos los años exactamente la misma. Perderéis el encanto de la sorpresa, pero ganaréis el de la seguridad y la utilidad. Una ó dos cajas de papel timbrado elegante; una ó dos docenas de guantes; una caja de Champagne; una docena de pañuelos con marca rica; un par de cubiertos bien cincelados siempre idénticos; una perlita..., son regalos que cubren una necesidad indiscutible, o representan un lujo, y tiene su poesía y su gracia esto de que la amistad vele para que no os falte papel, ni guantes, ni pañuelos, y para que, al cabo de unos cuantos años, poseáis una surtida colección de cubiertos, un hilito de perlas, una cantidad de tazas de porcelana escogida y artística, ó de grabados de mérito...

El regalo serial es un símbolo de la perseverancia en la amistad, y tiene entre otras ventajas, la de evitar quebraderos de cabeza. Yo lo considero muy simpático, aunque no lo haya practicado nunca, por esta especie de pereza que nos impide realizar lo que tenemos por mejor. Casi nunca nos acordamos de los regalos hasta la víspera de hacerlos. Y de aquí los desaciertos y las prisas. Prevengámoslo todos, para vivir sosegados.

I.A CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primavera, este año, es una coqueta que nos diuige un guiño, arroja como Galatea la manzana, y se esconde entre los sauces para hacernos rabiar... Su conducta ligera nos trae desesperados. Cuando creemos que es de circunstancias no encender la estufa, resulta que se tirita, y si al día siguiente la salamandra rojea, el sol, desembozándose, se burla de nuestras precauciones.

Nunca hubo marzo más antojadizo, más entreverado de ráfagas y sonrisas... En el anhelo general de que la primavera se afiance, entra por mucho la esperanza de que, cuando la eterna virgen y eterna niña se presente radiosa de alegría y de juventud, cese este apocamiento y encogimiento de ánimo que origina el estado sanitario, no muy satisfactorio, dígase lo que se quiera.

No comprendo por qué se hace del estado sanitario una cuestión política, y es conservador negar la epidemia y liberal exagerar el número de casos... No afirmemos que el servicio sanitario esté en Madrid á la altura que debe estar en las naciones civilizadas; supongamos más bien que en tal punto, lo mismo que en otros, vamos seguramente á la cola. Pero los liberales, ¿tendrían mejor organizado el servicio sanitario que lo tienen los conservadores? Aquí está lo discutible. Por más que discurro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente á la política, no acierto á adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad. Pero es que, sin revestir proporciones aterradoras, el tifus exantemático en Madrid da bastante guerra y convendría arbitrar los medios de extinguirlo.

Hoy es aquí más que una endemia; ha tomado caracteres epidémicos, y es horriblemente contagioso. Sirvan de ejemplo los casos del alcalde de Madrid, conde de Peñalver—por fortuna fuera de peligro ya, —que lo adquirió visitando los hospitales, los barrios pobres de viviendas infectas, en cumplimiento de su deber, en este caso bien arduo, y del joven duque de Osuna y Uceda, que acaba de morir, y que lo contrajo asistiendo á un enfermo del propio mal. Por cierto que estos dos casos son los que más han sembrado la alarma, precipitando los viajes de primavera, de la gente adinerada, á provincias y al extranjero. Yo recordaba la anécdota famosa, el respetable periodista catalán, á quien un chusco atribuyó la noticia del descarrilamiento en que, «por fortuna, todos los vagones eran de tercera.» Mientras no son atacadas las personas conocidas, no se siente aprensión: por los «vagones de tercera» va la racha. Sólo al oir nombres familiares, nombres de amigos—¡pobre Luis Osuna!—se cree sentir el hálito de la muerte, su frío soplo que eriza el cabello...

Pues bien; si en algo se impone categóricamente la noción de la solidaridad humana, es en esto de la higiene. No es posible que descarrilen los «vagones de tercera» sin que salten hechos astillas muchos de segunda y primera, y hasta los *sleepings*. El tifus es sin duda una enfermedad que acomete más á los depauperados, á los que habitan en viviendas mefíticas y no se nutren lo suficiente; pero es un padecimiento infeccioso, y la infección no respeta á nadie. Ha habido innegable descuido, desde hace muchos años, respecto á los focos infecciosos de Madrid.

Yo no recuerdo desde cuándo viene lamentándose el estado desastroso del Hospital ó barracón instalado en el Cerro del Pimiento. Están olvidadas de paro sabidas tantas quejas de médicos, practicantes, enfermeros, que carecen de material de limpieza, que no pueden aislar á los enfermos, que saben cómo se multiplica el mal por sí mismo, ante el abandono y la suciedad y la promiscuidad, en los domicilios y en los establecimientos benéficos. Tarde ó temprano tenía que suceder, no por culpa de Juan ni de Pedro, sino por un estado general, un modo de ser público, que nos alcanza á todos. El daño viene de atrás y el remedio exige perseverantes sacrificios.

Probablemente las epidemias y otros fenómenos semejantes—lo mismo que la mendicidad crónica, independiente de circunstancias anómalas que la pudieten determinar—dependen de la constitución de las capitales, del género de vida de sus moradores, de su atraso, de sus recursos. No diré que no se trabaje en Madrid, ni que no existan industrias; pero mis lectores saben que frecuentemente he comentado la vagancia y holgazanería de la mucha gente que llena las calles de la corte. Existe un numeroso personal sobrante que se echa á la calle por el gusto de echarse, y prefiere vivir sin recursos á vivir de su sudor. Conozco un mozo sano y fuerte, á quien varias veces le buscaron ocupación almas compasivas, y que siempre dejó el trabajo con pretextos especiosos: hoy vaga pidiendo limosna, recogiendo colillas, y ¡Dios sabe! Naturalmente los vagos podrán, por milagro, sostenerse, pero lo verosímil es que su existencia angustiosa y precaria los coloque en situación de contraer más fácilmente, no sólo los achaques morales, sino hasta las enfermedades reinantes, los contagios del momento. El que trabaja y gana su sustento diario, tiene, por un orden natural, casa, alimento, cama, una camisa limpia el domingo. El vagabundo, el mendigo, el hampón, accidentalmente podrá disfrutar hasta de festines; á diario, sólo miseria. Y con la miseria, la enfermedad.

Así como la delincuencia encuentra mayor contingente en los vagos que en los laboriosos, las epidemias tienen en la turba sin oficio ni beneficio campo fértil para su horrible flora. Es, pues, la estructura de la coronada villa, repleta de vagos, favorable al desarrollo de los morbos y los contagios.

No; no será el amor al trabajo lo que mate á una infinidad de paseantes en corte. Aquel «don Lolo» de los Quintero es legión en Madrid, con su crónica desocupación y su ropa raída. Ocasión hubo de comprobarlo, con motivo de las recepciones vespertinas de la duquesa de Nájera. El palacio de esta gran señora se alza en la calle de Alcalá, sitio céntrico por excelencia. Desde las cinco de la tarde sitiábase allí una compacta muchedumbre de ociosos, mujeres con mantón ó velillo, hombres de hongo y capa, á no perder el espectáculo nunca visto de unas cuantas señoras que se bajan de un coche y entran en un portal... Formados en doble fila, empujándose para no desperdiciar átomo de tan extraordinaria diversión, esperaban largas horas en pie, como esperan el desfile de las corridas de toros. ó el paso del rey si se sospecha que va á cruzar... Pero ¿qué es esto al lado de otras muestras de *far niente* y curiosidad que diariamente presenciamos? Bajaos de un coche de punto y cambiad unas cuantas palabras con el cochero, sea para darle una orden, sea para advertirle que en vez de hora y media que pide, vuestro reloj señala hora y cuarto de marcha: y en el acto veréis reunirse á vuestro alrededor cinco, diez, veinte, cien personas que os avizoran, que os fisgan, que os aprietan, como si acabase de cometerse allí un crimen, como si estuvieseis dando ó recibiendo puñaladas... Apeaos á la puerta de una tienda: si llevais un traje de seda, un sombrero de campana de estos feísimos de última moda, allí se agolpará todo el barrio, comadres, tíos, papanatas, chiquillería, y se formará en dos filas—ya tienen perfectamente aprendido el movimiento—y os aguardará, para no quedarse sin admiraros irónicamente, con rumoreos de envidia, entre chistes oídos la víspera en un *cine* dramático. Y preguntó: ¿sucede tal cosa en los pueblos que adquirieron el hábito de trabajar? Los que así viven en la calle, y están pendientes de lo que no les importa, y se paran y abren la boca, y pierden horas ante lo insignificante y corriente, ¿tendrán que hacer en su casa, en su taller, en su escuela, en su obrador?

Ha venido á dar una nota más triste si cabe, dentro de las sombrías preocupaciones que originan siempre las epidemias, aun las benignas, la muerte del compositor Chapí, rendido, no al contagio, sino á la traidora pulmonía matritense, la que el Guadarrama esgrime contra los habitantes de la altiplanicie central. Chapí era joven aún, para el arte por lo menos, pues no había cumplido los cincuenta y ocho, y «me parece que no los cumplo,» decía con profética alarma, y Chapí sucumbió cuando acababa de lograr un triunfo, muy discutido, pero halagueño, con el estreno tantas veces aplazado—y en malas condiciones—de su ópera *Margarita la Tornera*. La misma semana en que ocurrió su muerte, los periódicos ilustrados publicaban grabados donde el maestro aparecía, copa en mano, brindando regocijadamente en el banquete que le ofrecían sus admiradores... A la semana siguiente, lo que publicaron fué su retrato en el lecho mortuorio.

Y aparte del momento en que la muerte le hirió por la espalda, Chapí ha tenido que ser muy llorado, porque se encontraba en plena producción, en lo mejor de su carrera. La última obra que estrenó, el goyesco sainete de Répide *Los Majos de Plante*, está llena de facilidad y de frescura, es la obra de un artista que no necesita forzar la inspiración; que la encuentra á mano, copiosa y rica. Si los que sostienen que *Margarita la Tornera* es una obra maestra estuviesen en lo cierto—líbreme Dios de dar la razón á nadie, me falta competencia,—habría que reconocer la verdad de lo que se oye repetir: España ve desaparecer á los insignes, cuando más esperaba de ellos. Y aun suponiendo que haya hipérbole en lo referente á *Margarita*, aun restando de la producción de Chapí esta ópera, de la cual cantaba trozos en su delirio, con lo hecho en género de menores pretensiones, la zarzuela, bastaría para que debiésemos ceñir de negro crespón la estatua del arte nacional. La zarzuela no es despreciable, ni mucho menos; hay quien cree que ciertas obras de Mozart y Beethoven tienen carácter de zarzuela. Por lo menos, conozco óperas cómicas que de zarzuela calificaríamos, y figuran entre las perlitas de la música clásica. Auber y Flotow no son, verdaderamente, pelagatos. Y *La bruja*, *El rey que rabió*, *La tempestad* hubiesen sobrado para cimentar justamente la fama de Chapí.

No olvidemos la *Fantasía morisca*. En el lenguaje hay un testimonio fehaciente de la popularidad de tan encantadora composición. Cuando se dice algo que no tiene más fundamento del que la imaginación le da, suele añadirse sonriendo: «¡Bah! Fantasías moriscas.» ¿Quién no la habrá tarareado? ¿Quién la desconoce? ¿En qué paseo de provincia, á la hora feliz de los «acompañamientos» galantes, no habrán resonado los compases de la *Fantasía*, de una nostalgia africana, que recuerdan las Alhambras caladas y misteriosas, los patios refrescados por los surtidores, las kásidas árabes y las estrofas zorrillescas?

La producción de Chapí es abundante, lozana, infatigable. Surtió á todos los escenarios, sin desatender otras labores, como el cuarteto que hace muy poco hemos oído ejecutar en los conciertos de Cuaresma, y que va por los caminos de la música seria actual. Dicen los que le conocían mucho que trabajaba incesantemente. Tal vez la labor ruda le haya gastado, preparando el terreno á la pulmonía. Empezó por *gripe*. La *gripe* suele acometer á las personas algo debilitadas, sea por excesos de otro género, sea por los de la fatiga mental y cerebral, inevitable en los luchadores del arte, que suman dos desgastes: el de la producción continua, y el de la in quietud y afán de sobrepujarse á sí propios, de concebir y crear la obra definitiva que ha de consagrar su nombre y perpetuar su memoria. Y ambos motivos hubo para que Chapí se gastase y sufriese quizás —bajo todas las apariencias de la salud—esa disminución de las energías vitales, ese cansancio arterial que prepara el terreno á las infecciones.

¡La *gripe*! ¡Qué insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa á los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho!

«Fulano está desconocido; parece que le han echado veinte años encima... Es que acaba de pasar la *gripe*.—Mengano ha tenido que salir hacia un clima más tónico ó más suave. La *gripe* lo exige: si no, no acabaría de reponerse, y acaso se le declarase la tuberculosis.—El pobre Sr. de R... se ha muerto. Pues ¿qué padecía? Nada, ó poco menos que nada: la *gripe*, que en los viejos es de desenlace muy peligroso.» Y así, unas veces abriendo brecha, otras cumpliendo francamente su obra destructora, la *gripe* triunfa desde que las hojas caen... Es la estfermedad de la retirada de la savia; es el mal de la decadencia de las fuerzas. Su invisible garrote apalea los huesos sin dejar verdugones ni cardenales en la piel, y su copa de narcótico hiela en las venas la sangre, intoxicándola y destruyendo su actividad bienhechora. Así, Chapí empezó por encontrarse «agripado...» Y no era nada, era sólo el poquillo de influenza... La pulmonía llevaba careta: se la quitó, y se vió su faz esquelética, sus ojos vacíos, el rictus de su boca sin labios. Quizás si desde el principio se hubiese conocido la índole del padecimiento, se conseguiría ponerle dique. Cuando se comprendió de qué se trataba, era tarde. El corazón, agitado poco antes por tantos sueños de gloria, dejó de latir, en un segundo...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta es la estación de los ingleses trashumantes. Vienen en nubes, y caen en hoteles y tiendas de anticuarios como lluvia, no diré sólo de libras, pero de chelines, peniques y menuda moneda.

¡Las tiendas de anticuarios! Hay en Madrid infinitas, unas ocultas en pisos altos, otras con su mostrador á la vista. La calle del Prado cuenta ocho ó diez, ó contaba hace días, pues estos prenderos, á lo mejor, liquidan y desaparecen.

En otras épocas, se encontraban en estas tiendas de chamarileros soberbios objetos de arte. Unas veces no conocían los mismos vendedores el valor de lo que vendían, otras andaban mejor enterados, pero siempre cabía esperar la ganga, el golpe de fortuna, el hallazgo. Hoy, realmente, sólo queda polvo de las grandezas de ayer.

Por las tiendas de los anticuarios de Madrid han pasado los Grecos auténticos, los Goyas innegables, los clásicos López, los Breughel visionarios, los deliciosos Teniers, despojo de viviendas históricas que se arruinaron por la prodigalidad ó la desdicha de sus representantes. ¡Qué de magnificencias no salieron de la casa ducal de Osuna! ¡Cuántas grandezas hemos visto vender, sin que ni una mano piadosa borrase al menos los blasones que delataban su origen!

Los anticuarios, desde mediados del siglo pasado, cayeron, á manera de langosta, sobre los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. Metiéndose en los viejos caseriones y en las iglesias parroquiales y monasterios; aprovechándose de la ignorancia ó de la apremiante necesidad; engañando descaradamente acerca del valor de las cosas y muchas veces engañándose también ellos mismos, *clavándose*, es la palabra, por no poseer cultura suficiente ó porque de todas maneras hacían un buen negocio—negocio de mil por cien,—fueron privando á los edificios hasta de sus rejas y sus clavos, á los templos de sus retablos é imágenes, á las casas infanzonas de su mobiliario venerable, y á España de una de sus mayores bellezas. Pena y vergüenza causa este despojo inicuo, realizado sistemáticamente, y en comparación del cual nada ha sido la invasión extranjera, y nada acaso la desamortización, con todos sus estragos. La desamortización no sacó de España los tesoros, pero desmanteló la ciudadela de nuestro arte, para que los merodeadores pudiesen saquearla. Lo increíble es que aún existan en España tantas maravillas en los pueblos y las viejas ciudades, pues no debía quedar ni rastro.

Entre lo que se llevaron los de Napoleón; lo que se robó á la sombra de los desamortizadores; lo que arrebataron los anticuarios y viajeros; lo que el clero enajenó, voluntaria é indebidamente; lo que arrasó el vandalismo del Estado, el vandalismo de las guerras civiles, el vandalismo municipal, el vandalismo de los colegios y academias establecidos en monumentos incomparables, y que los abrasaron en cenizas, no se concibe cómo algo se ha salvado del naufragio. ¡Mucho habría, para que pueda aún ser España relicario curioso y afiligranado! ¡Qué de joyas perdidas! ¡Qué de recuerdos borrados, qué de preciosos auxiliares para la historia, si se conservasen!

La España destruída ó robada debió de ser la más espléndida. El que roba no coge lo peor, y para cerciorarse de que es así, basta girar una visita á los Museos del extranjero, donde han venido á refluir tantas preciosidades españolas. Y no hablemos de las colecciones particulares, de las casas y palacios para cuyo ornato fueron desnudadas las iglesias, de las vitrinas que encierran lo que en otros días era tesoro en las catedrales.

Cuando encontramos á esos hijos de la gran Bretaña, con sus trajes á enormes cuadros de abigarrados tonos, sus sombreros de casco, sus fachas heteróclitas y desgarbadas, pero rollizas y limpias, y les vemos asaltar las tiendas de los chamarileros, para llevarse lo poco que va quedándonos, para revolver entre los residuos, como espigadores, tenemos la sensación del que nota que le quitan del bolsillo el pañuelo... A la verdad, ya nos lo habían quitado, pero dijérase que no lo notamos hasta que la idea del despojo se encarna y materializa en los flemáticos insulares... Mientras permanecen en el escaparate del anticuario la pieza de plata ó el santo de talla, dijérase que aún son nuestros... ¡Ah, el tradicional «inglés,» que todo lo feria y carga con todo!

Sitio divertido, y uno de aquellos en que más se observa la realidad, es la casa del anticuario, donde parece que la historia se ha remansado y ha detenido sus espumas y sus corrientes. Pintoresca mezcolanza de armas, libros, efigies, joyas y objetos de arte, habla de las grandes direcciones que han dominado nuestro ayer; la dirección belicosa, la científica, la mística, la galante, la estética. En ningún comercio se vende tanta cantidad de alma humana como en el de antigüedades. Cada trasto encierra sentimiento ó pensamiento, evoca novela, epopeya, drama.

Por ejemplo, los retratos. ¿Conocéis algo tan sugestivo como un retrato viejo? Yo me quedo embelesada mirándolos. Especialmente si son de mujeres ó de niños. Hay retratos de niños que esgrimen un sonajero, que asen la cinta atada á la patita de un pájaro, que elevan triunfalmente una manzana ó una naranja, ó que, sentados en el regazo de su madre, juegan con el collar que la adorna, ó arrugan, sonriendo maliciosos, los encajes de su escote... Pienso siempre que estos niños traviesos é inocentes, de hoyuelos clodionescos, de ojos bañados en el dulce fluído de la vida que nace, son, desde hace tanto tiempo, una calavera monda, cuatro huesos blancos, ó algo peor: la momia, seca como esparto, deshilachada como yesca, que se pulveriza allá en el silencio de una olvidada sepultura..., y el retrato gana para mí en enigmático interés. De aquella niñez encantadora; de aquella alegría conservada por el pincel, he aquí lo único que resta; lo único que conocemos: la momia ó el hueso mondo. ¿Y qué habrá sido, en el mundo de los vivos, el niño cuya imagen contemplamos ahora? ¿Qué dolores, qué pasiones, qué triunfos, qué derrotas habrá sufrido en el curso de su existir? ¿Habrá llegado siquiera á vivir el tiempo normal, ó más bien, poco después de colgado en la sala este retrato que encargó el amor materno, el niño, alegría y orgullo de un hogar, cayó, tempranamente besado por *la* que no perdona?

¿Pues y las mujeres? ¡Qué de poesía en sus retratos! ¡Qué de melancolía en la belleza pasada! Cuando vemos á una vieja que conserva rastros de ajada hermosura, notamos el estrago del tiempo, y dudamos de la beldad. En el retrato, lo que los años ultrajaron se nos aparece en todo su esplendor, en su momento culminante. La mujer, pobre ó rica, ilustre ó vulgar, escoge para retratarse su mejor hora y sus galas predilectas; estudia lo que la realza, y procura aparecer atractiva, seductora. Aun en los retratos de mujeres muy maduras encontraréis este rasgo: sea en el peinado, sea en el vestido, observaréis que se quiso dejar á los venideros una imagen grata. Hay una sonrisa ó una tristeza divinas, que existen más en los retratos que en las mismas mujeres. El retrato tiene algo de misterioso, de profundo, que no tuvo acaso el original.

Las manos de los retratos también son poemas. Generalmente, los pintores embellecen la mano de la mujer, ese vivo marfil sobre el cual cayeron como pétalos de rosa las nacarinas uñas. En muchos retratos antiguos, de la época de los Austrias, se observa que las manos no son copiadas del natural, aunque lo sean escrupulosamente los rostros y la vestimenta. Para las manos hay un modelo uniforme, y así se explica que, por ejemplo, en el célebre grupo de Van Dick con su protector y la bella esposa de éste—más protectora si cabe,—todas las manos son idénticas, igualmente luengas, afiladas, de dedos prolongados, pálidos, manos altamente aristocráticas, porque sin duda se tenía entonces á mengua el que la mano no revelase el nacimiento y el desdén hacia toda labor manual.

Mucho dan en qué pensar tales manos, tales semblantes como en los retratos se ven. Desaparece la noción del tiempo que ha pasado, y sentimos la persistencia de la vida humana, la identidad de nuestro espíritu con los espíritus que fueron. Las penas y las esperanzas, los sueños y las decepciones que se revelan en esas caras de otro tiempo, ¿no son las mismas, exactamente las mismas, que se asoman á una faz de hoy?

Recuérdanme los retratos antiguos lo que me decía en Roma el malogrado Luis Llanos, mi inolvidable *cicerone gratis*. Enseñándome los bustos de los emperadores, de las emperatrices, exclamaba: «¿Ve usted? Son hombres y mujeres de ahora. Modifique usted un poco la indumentaria..., y ese gesto lo hemos visto ayer, en un teatro, en un casino, en un baile... Agripina Junior, es usted misma... Adriano, es...» Y me nombraba á un político de cuenta. «La diva Faustina, es...» Y citaba á una dama cuya semejanza, no tanto de rasgos, como de expresión, con la *divina*, tenía mucho de sorprendente. Id á cualquier Museo que guarde imágenes de personajes históricos, y observaréis que, por la calle, os salen al encuentro, con ropajes de ahora, los tipos de entonces. Para mí no hay cosa más peregrina que esta resparición de la humanidad que ya no existe. Y cuando se trate de alguien que conserva los retratos de sus ascendientes, el fenómeno es evidente, claro. No todo lo destruye la muerte. El abuelo, el padre, el remoto tatarabuelo, reviven en su descendencia. ¿Quién no ha observado la reproducción, en el rey Alfonso XIII, de muchos de sus antepasados? Hay en él Austrias, Borbones, Lorenas, y según las edades de su todavía muy corta vida, se marca el parecido extraordinario con unos ó con otros de los grandes retratos de Velázquez, Goya, Coello y Moro. Si todo el mundo conservase, como la conservan los reyes, la serie de retratos de familia, vería en sí mismo á los que le precedieron, misteriosos eslabones de la irrompible cadena que nos une con el ayer, que nos sume en el océano de lo pasado, del cual no tenemos conciencia alguna...

En las casas de los anticuarios, el polvo del pasado se anima, las sombras disipadas vuelven á tomar cuerpo. Allí la vieja ejecutoria pregona decadencias y dolorosas transacciones con la pobreza, que hace vender hasta la sangre... Cuando vemos esos pergaminos enriquecidos con viñetas y capitales de oro, azur, gules y argén, ó leemos las enamoradas dedicatorias al reverso de las miniaturas, sentimos lo de leznable de todo, mucho más que en un cementerio. En el cementerio sólo está probada la nulidad de la materia; pero los restos de vida sentimental esparcidos por las casas de anticuarios gritan la nada del sentimiento y del espíritu. Tampoco eso resiste al tiempo y á las vicisitudes. Tampoco lo que fingió eterno el cariño fué más que flor de un día...

En cierta ocasión adquirí un Niño Dios, muy gracioso, en el Rastro (todavía en el Rastro aparecía á la sazón, de tiempo en tiempo, una antigualla bonita). Al registrarlo para limpiar la cera y la suciedad que manchaban su peana, vi un papel amarilloso, adherido al zócalo, que, en la menuda y clara letra del siglo XVIII, rezaba: «Santo Niño, protector del Convento.» Compasión infinita inundó mi corazón, ante el letrero lleno de ingenuidad. ¿Qué convento sería ese, á quien el Niño protegía? ¿Por qué azares de la suerte, por qué catástrofes acaso, las monjitas se habían visto privadas de su protector? ¿Era que los franceses habían pegado fuego al monasterio, después de profanar y degollar? ¿Sería que el convento, en alguna ciudad de las que sienten la necesidad de ensancharse, estorbaba para abrir una vía ó franquear una plazuela, y lo derribó el golpe de la piqueta, que ha alfombrado nuestro suelo de ruinas? ¿Sería que la Comunidad se hubiese extinguido, por falta de novicias, y que, al morir la última y centenaria monja, una mano sacrílega arrebató de su cabecera al Niño? ¿Sería que un día de miseria, de necesidad angustiosa—como la que obliga á las Capuchinas de mi pueblo á tocar la campana pidiendo auxilio,—hubo que acudir, supremo recurso, á deshacerse del pequeño y adorado numen tutelar?

Todo cabe, y todo se vislumbra, detrás del rótulo indescriptiblemente saudoso: «Santo Niño, protector del Convento...»

Y de aquí se desprende que lo más hermoso del arte son los pedazos de alma que arrastra en su corriente agitada por la pasión y el dolor. Las tiendas de anticuarios se prestan á la meditación y la sugieren con más fuerza que un tomo de historia. No es necesario que el objeto contemplado sea de una belleza extraordinaria para que haga pensar. Hay cachivaches sin valor estético, que lo tienen muy grande desde este punto de vista psicológico. Una tela, un broche, un plato blasonado, un sello, algo de uso íntimo, bastan para tema de estos estudios y estos vuelos de la fantasía...

Me acuerdo de haber visto una sortija que, en su interior, llevaba una leyenda: «¡Para siempre!...» La más ambiciosa de las divisas venía á probar la instabilidad de las cosas. Aquella alhajuela era un pedazo de corazón... arrancado y momificado, como el del caballero Durandarte.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se vuelve á París después de algunos años de no haber pisado el bulevar, se experimenta una impresión peculiarísima, ante la estabilidad de las cosas, que contrasta con la misera instabilidad del hombre. París, realmente, es de las ciudades que menos cambian al transcurrir el tiempo; dijérase que se burla de él, como bien conservada y retocada heldad.

Esta metrópoli, centro y corte de la moda voluble, se halla ya como solidificada y fijada en los ápices de su cultura. Lo menos grato para el francés es alterar el orden establecido, hacer un movimiento á la derecha si lo hizo á la izquierda. Insuperables dificultades os saldrán al paso si queréis ir contra lo habitual; ya veréis la expresión de escandalizada extrañeza que acoge vuestra pretensión. El hábito (pero el hábito de hacer las cosas bien y artísticamente) ha llegado á constituir en París una rutina ilustrada, una organización inalterable, inflexible, semejante á la disciplina militar, y no neguemos que esto tenga su mérito, nosotros que tanto propendemos al relajamiento, á la negligencia, á prescindir de las fórmulas y pactos que contribuyen al bienestar social.

Como suele sucedet, la rutina tiene ventajas é inconvenientes. No todo debe alabarse en París; no todo es perfecto, ni mucho menos. El teatro—no me refiero á la literatura, sino al espectáculo—está muy mal arreglado en la capital de la vecina República. Mal arreglado para el espectador, por supuesto; para el bolsillo de los empresarios debe de estar óptimamente. Quizás notemos más las deficiencias los españoles. No me explico cómo el público de París, amigo de sus comodidades, económico, dado á sacarle el jugo á lo que gasta, tolera tantas molestias y precios tan exorbitantes en los teatros. Hay muchas localidades desde las cuales no se ve; lo que se dice no verse absolutamente nada. Estas localidades, nótese, no son más baratas que otras desde las cuales se ve algo, no mucho; y sin embargo, se llenan, igual que las restantes. Son llenos hasta los topes, aunque la función se haya representado doscientas veces, y sea una *lata*—perdónese la expresión—ó una inepcia escabrosa. No he visto borregos más pacientes que estos espectadores de París. Ni murmuran de los autores que les dan zumo de adormideras, ni de las empresas que les cobran dineros por no ver y estar sentados en un potro, ni dan la menor señal de descontento, ni hacen sino atender con toda su alma y divertirse con toda su voluntad.

Los teatros de París son, lo repito, caros; para ver bien y estar relativamente cómodo, hay que gastar de quince á doce francos; las localidades que bajan de diez no pueden satisfacernos á los de aquí, menos reñigados que los parisienses. Y no hablemos de las chinchorrerías de las acomodadoras ó *ouvreuses*, que por abrir la puerta de un palco (á remolque, porque siempre andan por los rincones, como las corredoras) recargan el coste del asiento con la inevitable y exigida propina. En España nada piden los acomodadores, y rara vez se les da, como no sea en Navidad, el aguinaldo.

La forma de los teatros, estudiada para que quepa en ellos, bien ó mal, mucha gente, los hace desluciños y tristes, pues deja en sombra y en segundo término los palcos, y proyecta, en primer término, localidades de menos importancia, á las cuales las señoras no van peripuestas. En el entracto no se hacen visitas; la gente sale á pasearse por el *foyer*, á tomar refrescos, dejando la sala medio vacía. El sistema de los *strapontins* ó, con perdón sea dicho, *traspuntines*, añadidos al resto de los asientos para exprimir el último jugo del limón, es el resumen de la incomodidad y la impertinencia. En fin, que este público es moro de paz.

Otro cabo mal atado del teatro en París: el detalle de los sombreros. Nadie se maravillará si digo que los sombreros, este año, han medrado un poquitín; y el que por su mal ocupa asiento á la sombra de una de esas seras desaforadas de paja, crin ó tul rizado, puede despedirse de ver la función. En algo hemos de estar por encima los españoles: en Madrid tal problema se ha resuelto (decían que era insoluble) con sólo una orden dada para que se cumpliese. A pesar de los augurios nefastos de alteraciones del orden, se han convencido las damas de que «no hay derecho» á fastidiar al prójimo. Pues bien, en París rige el sistema peor, que es el mixto. Se consiente el sombrero, si no se quejan los espectadores perjudicados; y si éstos piden que desaparezca la mampara, las señoras son «invitadas» á despojarse de ella, y se despojan, pero rabiando y gruñendo, después de frasecitas ásperas y avinagradas por una y otra parte. La ambigüedad de la situación provoca disgustos que en Madrid se han evitado cortando por lo sano, que es lo más acertado y seguro. Todo se ha reducido á que las madrileñas se peinen mejor, y luzcan más cintajitos y peinetas en el moño.

Algún teatro recientemente construido, como el de *Apollo* (que está poniendo en escena con extraordinario lujo y coquetería ese filón de oro que se llama *La viuda alegre*), ha introducido la novedad de que se vea desde todos los asientos, de que los palcos ocupen el frente de la sala, de que los asientos sean mullidos y con el espacio necesario para un cuerpo humano de dimensiones normales. Pero estas son peligrosas innovaciones que supongo evitarán los escenarios antiguos. ¿Quién les mete á ellos en aventuras, cuando les va tan ricamente con su obscuridad, sus localidades estrechas, sus brujas acomodadoras, sus misteriosas *loignoires* provistas de enrejado y sus precios fantásticos dócilmente aceptados por la concurrencia?

Debe de ser un negocio redondo. La sala, rebosante; las obras, en el cartel tres ó cuatro años; la multitud haciendo cola ante la taquilla horas enteras, ó pasando por las horcas caudinas de los *bureaux de location*, donde cada localidad sufre un recargo que oscila entre el cincuenta y el doscientos por ciento... No comprendo cómo no hay en París mayor número de teatros; cómo este sano y claro negocio no tienta á más industriales; en cambio me explico por qué se ha dicho que Francia es una República gobernada por unos príncipes, que son los actores.

En cualquier espectáculo encontraréis un gentío, un torrente humano, una muchedumbre ansiosa. Veinte años hace que conozco el Museo Grevin, en el bulevar; una galería de figuras de cera. París no se ha cansado, ni lleva trazas de cansarse de admirarlas. Todas las noches, todas las tardes, en todas las secciones, igual concurso, las mismas risotadas y exclamaciones ante los espejos de la *rigolada*, las propias observaciones candorosas ante las figuras que imitan espectadores y se confunden con personas vivas...

Y eternamente, el papa en su silla gestatoria, con su comitiva de suizos, camarlengos, guardias nobles y cardenales; y los soberanos reinantes; y los crímenes dramáticos; y las escenas de la Revolución, Marat ensangrentado en su baño, Carlota Corday altiva y serena ante los insultos de los descamisados furiosos; y la misa en las Catacumbas, y Napoleón en la Malmaison, rodeado de sus galoneados mariscales y sus lindas mundanas de traje griego, y María Antonieta horrorizada ante la cabeza de la Lamballe... Se me ocurre si la figura de cera, tenida por deleznable, no será más sólida que los monumentos de mármol y bronce. ¡Cuántos de éstos se alzan á gente honrosa, olvidada ya, sin realce! En el Museo Grevin no tiene efigie de cera quien no haya sido coronado por la fama y la gloria.

Dijérase, por otra parte, que el culto de los héroes y de los grandes hombres es más ferviente cada día en Francia, tal vez porque ya no los produce. No importa que un héroe represente, en el sentido histórico, lo contrario de lo que actualmente domina. Francia acepta, y hace bien, todo su pasado. El teatro contribuye á estos endiosamientos, poniendo en escena incesantemente la vida del superhombre, en todas sus fases, aspectos y episodios. Napoleón, especialmente, es objeto de un culto apasionado, de una devoción de granadero de la guardia vieja, que toda Francia siente, segura de que tal hombre no volverá á nacer, ni tales hechos se repetirán...

La obra póstuma de Catulo Mendes, estrenada después de su muerte, se refiere á un momento poco conocido de la historia del emperador; el tiempo de su residencia en la isla de Elba, cuando todavía una irrisoria corte y una soberanía ficticia le engañan, y adormecen con narcótico los lancinantes dolores de su ambición colosal. Más que en Santa Elena, hácese visible la caída del coloso en este período, que precede á la aventura de los Cien días. Napoleón se nos aparece ya obeso, cansado, con ese secreto afán de reposo y esa preocupación de las cosas pequeñas que descubren el estrago de la debilitante vejez en las organizaciones un día poderosas. La devoradora energía del conquistador está amenazada; su empuje de titán se ha convertido en un reblandecimiento que toma forma de afectos de familia, y le hace suspirar por su esposa, por su hijo. Anúnciase la llegada de María Luisa y del rey de Roma, á compartir la soledad del proscrito. ¿Vendrán? Tal es la esperanza, el anhelo que agita á Napoleón en su destierro, entre granaderos que se aburren durante la paz, ingleses curiosos que van á gozarse en su abatimiento y á mirarle como á una fiera enjaulada, populacho italiano que grita aún «¡Viva el emperador!» y espías de todas las nacionalidades que le vigilan, riéndose de su ensueño conyugal y paternal. ¡Que venga la emperatriz! ¡Que traiga consigo al aguilucho! ¿No es justo que la esposa se reuna al esposo, y endulce con su presencia las melancolías del confinamiento? ¿No es natural que un hijo sea devuelto á su padre? ¿Qué tiene que objetar á esto Inglaterra, el país de los afectos familiares y de los matrimonios bien avenidos? La mujer, el niño, se acercan, no cabe duda; desembarcarán de un momento á otro; Napoleón se prepara á recibirles con todo el aparato que aún puede desplegar. Que ensillen el caballo amaestrado para la emperatriz. Que enganchen dos coches de cuatro caballos, y cochero de gran librea—frac verde y botones de oro.—Que le preparen al emperador su blanco corcel, la espada de Marengo, la escolta de gala—doce granaderos de gran uniforme, cuatro lanceros polacos, el abanderado del batallón de Córcega.—Que empavesen la chalupa que ha de ir á recoger á bordo á la hija de Francisco I de Austria, «mi suegro,» repite envanecido el héroe. Y loco de emoción, Napoleón sube al monte Giove, á esperar á la augusta, al heredero. Arriban, en efecto, una mujer, un niño; corren hacia el emperador... ¡Terrible desengaño! No es la hija de Francisco I, no es el rey de Roma; no es lo que significa la ambición, la sed de triunfo y desquite, el orgullo, la gloria del coloso. Es solamente el amor, solamente la abnegación; es la condesa Valewska y su hijo, el condesito Alejandro, que vienen á compartir y á endulzar las penas del vencido, á prestarle ánimos para el desquite. Por un momento, bajo la doble emoción de la aparición de aquella mujer fiel y aquel niño que lleva su sangre en las venas, Napoleón se conmueve, se enternece, y acepta el cariño y el consuelo que le brindan. Pronto, en los mismos brazos de la Valewska, el buitre vuelve á roerle las entrañas. No; no consentirá que aquella mujer que no es la suya, que aquel espurio—que lleva el nombre de un conde polaco esposo de su madre—permanezcan en la isla, añadiendo una nota al conjunto de su decadencia, de su descalificación como monarca. ¿Quién sabe si la Valewska ha venido impulsada por el interés de hacer declarar la nulidad del casamiento de Napoleón con María Luisa, la ilegitimidad del rey de Roma, y lograr título y categoría de emperatriz? Napoleón concibe esta sospecha; en su modo de ser, tenía que concebirla, atribuyendo á los demás las ideas que germinan en su propia alma seca, ardiente, insaciable. ¿No ha repudiado él á Josefina por obtener el imperial rehén de la archiduquesa? ¿No ha buscando en ella la alianza, la dinastía, la sanción del pasado? ¿No tienta una corona hasta el crimen? Sin piedad, sin vacilación, expulsa de la isla á la dulce y sumisa enamorada, que sólo pedía acompañarle, ofrecerle el tesoro de su corazón leal. La Valewska se irá, en horrible noche de tormenta, con su hijo de la mano, y Napoleón seguirá en su puesto de esposo y padre ante la historia. ¡Sólo hijas y nietas de cien reyes pueden constituir la familia del ambicioso! La razón de Estado lo primero. Es preciso volver á triunfar, recuperar el solio. Sacrificado todo lo humano, podrá preparar el restablecimiento de su Imperio, la nueva aventura heroica. La tempestad se ha calmado; la condesa y su hijo se hallan á bordo. Y Napoleón exclama: «Por la parte de Francia, ¡qué hermoso está el firmamento!»

A pesar de que la obra de Catulo Mendes es muy inferior á las de Sardou y Rostand, que sin duda le han servido de modelo, gracias al arte exquisito de la Rejane, que hace el papel de condesa Valewska, y la popularidad de Napoleón, debe de ser uno de los mejores negocios de este momento en París.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con igual resignación que sufren los parisienses las molestias inherentes á la organización de su teatro, aguantan las parisienses—y las que no lo son—las impertinencias de una moda que parece ideada por algún enemigo del sexo, algún misógino que se recrea en atar á la mujer, despojándola á un tiempo de su libertad de movimientos... y de su ropa. Sí; el objeto de la moda actual no es precisamente vestir..., sino quizás todo lo contrario.

No sé quién ha dicho, con escasa galantería, que las mujeres no tienen el pensamiento en la cabeza, sino en el sombrero. Quizás para acrecentar la extensión y altura de sus pensamientos, las mujeres han dado tal desarrollo á la prenda más indtil y estorbosa de cuantas usan, reduciendo en cambio las demás á la mínima expresión, á lo que exige, no sé si diga el pudor, pero, para salvar la situación con un eufemismo, digamos que el estado de civilización presente.

Un traje de hoy es una cáscara de cebolla, un poco de aire tejido, un papel de seda, una envoltura transparente de crisálida. Debajo de él, nada: el cuerpo.—Claro es que me refiero á los trajes «de vestir.»—Pero considérese que, aun yendo en coche, aun cubriéndose por encima con un abrigo, dado el frío que hace en París (hemos tiritado en pleno mayo), hay mucho que queda indefenso, hay un peligro de resfriarse por el vientre, por las piernas, por un brazo, por un pie. En efecto, lo que realmente abriga y protege de la inclemencia del tiempo está vedado, excepto las pieles caras. No todo el mundo las posee. Y los abrigos mismos, tocados del contagio de la locura, son una especie de neblina vaporosa. En *La viuda alegre*, las actrices sacan abrigos (?) inmensos de tul y de gasa, sin más forro ni más consistencia. Y ya se sabe que las actrices ponen la moda, y debemos prepararnos á tan práctica innovación, cuando se acerque la época de las pulmonías...

Todo parece pesado, todo lo encuentran poco *soupl*; el afán es suprimir volumen y peso. Un vestido es una pluma; un abrigo, una ilusión; una falda bajera, un sueño... Las medias son caladas de arriba abajo; los boas parece que van á levantar el vuelo y perderse en el espacio... No hablemos de las *suits* y de otras prendas más íntimas; así como se ha dicho que en la catedral de León la piedra es un pretexto para el vidrio, en la ropa interior actual la tela es el pretexto del encaje...

Y—según pasó con los libros de las Sibilas—á medida que abulta menos, la ropa va costando más. Parecería natural que si un vestido no lleva ni forro, ni ballenas, ni bajo, ni barredera, ni casi adornos, mangas ni volantes, sólo la tela, en forma lo más «Tanagra» posible, esta economía de material representase otra de moneda... ¡Quiá! No hay que esperarlo. El día en que la vestimenta de la mujer se haya reducido á unas guirnaldas de glicinia ó de violetas artificiales contorneando el busto y la cadera (no asombrarse, á eso se tiende), las florecillas, dispuestas y agrupadas por mano hábil, costarán los mismos cientos de francos que cuestan las fundas de hoy...

Al lado de las mujeres vestidas por el céfiro y el favonio, hay, es cierto, otras que han adoptado el paño varonil, á todo pasto, y con una clase de hechura que les presta vaga silueta de clérigos protestantes. Una falda ceñidísima; una levita larga y sosa, sin más adorno que desaforados botones; unos zapatos de enorme hebilla, que completan el aire eclesiástico; un sombrero de alta copa y ancha ala, que tampoco desdice del conjunto, como no desdice la plegada chorrera blanca, única nota clara de este atavío. Así andan las que no son «Tanagras,» ni «Josefinas,» ni «Récamieras.» Parecen, lo repito, unos curitas, ó como diría un personaje del Padre Coloma, «unos indecentillos muy monos.»

Y claro está—y conviene repetirlo, porque en esto existen ideas muy erróneas,—después de tantas tiranías de la moda, en París hay mucha gente que se viste como le da la gana, sin que nadie halle nada que objetar. Quizás esto sea peculiar de las grandes ciudades cosmopolitas, como lo es de los pueblos de horizonte angosto la intolerancia y la extrañeza ante la ropa, si difiere de la que todos usan. En Madrid recuerdo que corrían, ó poco menos, á las congresistas extranjeras que ostentaban botas muy grandes, boinas muy sencillas y faldas muy cortas. Aquí en París, cada cual hace en este respecto lo que le viene bien. He visto á una señora anciana, muy anciana, apoyada en un báculo, cubierta con un desmesurado capote de dos esclavinas, debajo del cual no llevaba más que unos pantalones anchísimos, de paño negro. Esto era en la calle de Sévres, á las doce del día. Tal vez la pobre vieja temiese engancharse las faldas al subir ó bajar al ómnibus; tal vez el médico la había aconsejado abrigo... Ello es que al exterior vestía pantalones. Y nadie se burlaba de ella; y nadie volvía la cabeza, ni rezongaba con la insolencia de la plebe y aun de los señoritos de Madrid. En Madrid, á la anciana de los pantalones la hubieran apedreado.

Sabido es que Madama Dieulafoy, que acompañó á su marido á exploraciones científicas, ha conservado la costumbre de vestirse de hombre; nadie la critica por eso. En las calles parisienses se ven moros, turcos, armenios, indianos, con su traje nacional; una dama inglesa se hace seguir por tres criados cingaleses, las criadas envueltas en sus velos que las recatan, el criado con su turbante..., y la rara comitiva no excita ni curiosidad. ¿Qué pasaría aquí en la capital de España, donde hasta una señora que va á pie por la calle, vestida modestamente, es objeto de inquisición y acoso, como si se tratase de algún bicho raro?

De suerte que debo rectificar: si la moda es tiránica, París se ríe, en el fondo, de esa moda, que le permite imponer tributos al mundo entero.

Hace la ley, y la abroga; promulga el decreto, y lo desdeña. La población laboriosa de París, en cual quier esfera, no esclaviza el trabajo ni la higiene á caprichos de exportación y á farsas escénicas.

La simpática libertad de París es uno de los elementos con que cuenta para atraer á los turistas. Una capital intransigente y fiscalizadora repele, y una culta y benevolente llama y retiene con apacible encanto.

No puede negarse que en Francia existe una lucha moral, íntima, un conflicto de opiniones y de ideas. Si se dudase, bastaría para convencerse subir á Montmartre, al magnífico templo todavía en construcción del *Sacré Cœur*, y mirar ese monumento erigido al caballero de la Barre, protesta de los librepensadores contra la basílica, colocado allí como para desafiarla, como una provocación violenta. Bastaría ver que hubo quien arrojase al suelo las coronas de flores ofrecidas á Juana de Arco por sus devotos, y tuvo valor de enlodar la ofrenda á la Virgen de la patria, que debiera ser sagrada para todo francés. La lucha, sin embargo, no altera la ecuanimidad de París hasta inspirarle nada que signifique un vejamen á las personas. Se respeta el derecho de cada uno, quizás por hábito, antes que por legal prescripción. La tolerancia está en las costumbres, y es don de hace falta que esté. He notado que las monjas son respetadas, y que andan mucho por la calle, y que ni aun van por parejas, y que se suben al tranvía, y comen en los restoranes, y compran en los grandes almacenes, y hacen cuanto les acomoda.

También me he fijado en los chiquillos... Están infinitamente mejor criados que en España, por lo general (no niego las excepciones). En París no hay golfos. No os persiguen los desarrapados. No se llevan por las calles, á horas inconvenientes, los niños de pecho para excitar la compasión. A la puerta de los teatros no os acechan chiculos pálidos y haraposos para lograr una perrilla. Sólo á la salida de *Apollo*, donde se representa *La viuda alegre*, se destacó un mozalbete ofreciéndose á llamar un coche. Y como si quisiese confirmarme en mi modo de ver, me habló en español. Probablemente era nacido más allá del Pirineo...

Existirán en París pobres á millares; la miseria se cebará en esta gente, no lo discuto. Pero al menos, el espectáculo de la mendicidad se ha evitado, y supongo que sin medidas violentas, organizando bien los socorros, que se distribuyen sin cesar.

No me han pedido limosna en París, al menos verbalmente—pues hay pordioseros, pocos, que se limitan á tender la mano,—sino á la puerta del templo de la Magdalena, al salir de la misa de los españoles. Una voz lastimera... «La pobrecita ciega española...» Sentí una bocanada de aire patrio. Pero también la ciegueciita española ha respirado el del Sena. Vedla tan limpia, tan arreglada, tan decorosa... Noto en ella igual transformación que he notado en Burdeos en los barquilleros, que eran santanderinos, en la horchatera valenciana que despacha sorbetes á la puerta del magnífico Jardín público. La horchatera viste pulcramente; su peinado es sencillo y gentil; sus sobremangas y su delantal, de níveo lino; los trastos de su comercio relucen, y su niño, criatura de ocho años, que vende confites de limón, gasta un cuello blanco deslumbrador, correcto. Bajo su atavío francés, la horchatera esconde un espíritu de protesta contra Francia. Le indigna que desprecien la horchata de chufas, prefiriendo unos jaropes repugnantes. ¡No conocer la horchata! Y yo recuerdo que Teófilo Gautier la ha dedicado un himno entusiasta, pero Gautier tenía mucho de español y de oriental.

Hasta los barrenderos procuran, en Francia, adecentarse. Los mozos de las estaciones van muy aseados, con su holgada blusa. Las sirvientes de los Duvales están inmaculadas de mandil y gorro. Es obligatoria para altos y bajos, en el comercio, la *tenue*. Y las modistas, con las casas de las modistas, son muy elegantes, muy *chic*, aunque no oficien de maniquíes. Yo no sé de dónde sale tanto copioso pelo rubio, tanta funda de seda negra, tanta peinetilla primorosa, tanto calzado fino. Dan ganas de preguntarles, si no fuese cosa averiguada que no deben hacerse preguntas indiscretas: «¿Pero usted cubre gastos con el sueldo?»

No pasa un día por París, ni se nota en la gran ciudad ese cansancio de hacer la misma cosa siempre bien, que á la larga sienten los pueblos como los hombres. Lo único que me ha parecido descuidado en París, y hasta abandonado, es el clásico, el viejo Jardín de plantas. Creo que la prensa ha advertido la decadencia de lo que puede llamarse una institución parisiense, y clama porque se remedie tal estado de cosas. El Jardín presenta, en efecto, un aspecto lamentable. Casi no hay fieras. Un león pelado y viejo se aburre en una jaula inmunda. Varios monos llenos de mugre se pelean, antes de sucumbir á la rápida tisis que dicima á su raza. El dromedario parece un felpudo. Los pájaros están tristes; no aletean, no revolotean, no cantan. Hasta los papagayos y cacatúas afectan un mal humor desdeñoso; y los osos, en su foso, revelan en su actitud una añoranza profunda... No hay nada más caro de sostener que una casa de fieras, pues se le ha de ofrecer á cada animalito una reducción de las condiciones de su vida natural. El *Zoological Garden* de Londres cuesta sumas inmensas. En París, el presupuesto del Jardín de plantas con todas sus dependencias no excede de unos trescientos mil y pico de francos, que no es nada para el asunto. Los animales exigen criados infinitos y gran inteligencia en el personal que los atiende. Pero no hay nada más bonito y gracioso que un animal sano, limpio, joven, manso, que aroma la cabeza por los hierros de su prisión para recibir el pan que se le brinda. Las gacelas, las alpacas, los bonaquillos africanos, las jirafas, tienen formas deliciosas y movimientos que reclaman el pincel de Rosa Bonheur. Un animal roñoso, sucio, enfermo, con las lanas pegadas y los ojos melancólicos, es un cuadro desconsolador. Con decir que los bichos disecados parecen más vivientes que los vivos...

No es esta la única señal de desmayo que noto en la *Ville Lumière*. El ferrocarril metropolitano, que será muy útil, pero es muy antipático, tiene á París convertido en un polvero. Y no es eso lo peor, sino que bastantes edificios se han agrietado y amenazan ruina: el Ministerio de *Travaux publics* dicen que está apuntalado, á causa de la incesante trepidación del dragón subterráneo, que conmueve los cimientos de los edificios. La vida de París, no cabiendo ya en la superficie, se refugia en las entrañas de la ciudad minada. El suelo tiembla y se estremece. Tiene algo de simbólico, y parece un signo de la crisis social, este ferrocarril cuyo pavimento resplandece de partículas de mica que en la sombra remedan diamantes, y cuyo paso escondido va destrozando á París.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He visto la Exposición del Círculo de Bellas Artes, la oncena bienal, que, ignoro el motivo, se llama también «la primera de primavera.» Las demás, las de otros años, fueron de otoño, por lo visto...

Ya sólo en este modo de dar principio á mi artículo se notará que escribo un tanto malhumorada; que la Exposición no me ha llenado, como suele decirse.

Por lo demás, voto con la inmensa mayoría, y soy aún más benévola que ella, puesto que, según se verá, algo encuentro en la Exposición que merece la visita. No falta quien se exprese con mayor severidad, á mi ver injusta. Lo que sucede es que, en un conjunto mezquino, desmedrado, marchito—no sé concretar de otro modo la impresión general que la Exposición produce,—las obras bellas desmerecen. Pasa lo que en las familias donde la mayor parte de las hijas no han debido halagos á la naturaleza. Se exclama: «¡Qué feas son las de X!,» sin reparar que alguna de ellas es hasta bonita...

Lo que noto, en primer término, es que esta Exposición se compone de cuadros pequeños; que dominan los paisajes, los bocetos y los estudios; en relación con otras, parece vista por anteojos de teatro colocados al revés. Es diminuta. No intento insinuar que esto sea un defecto: la magnitud ni pone ni quita. Me limito á observarlo. Los inmensos cuadránganos, de torneos, batallas, matanzas, procesiones, romerías, etc., han desaparecido. Los lienzos, presentados con su precio en catálogo, se han adaptado á las dimensiones habituales de las casas modernas. El sentido práctico lo impone.

Sin que esto sea despreciar, los precios, en su mayoría, me parecieron exagerados. Abundan las cifras de cuatro, de cinco, de dos mil y de mil pesetas. Sólo por excepción se piden, modestamente, sesenta, setenta y cinco. Es ya muy viejo mi pleito con los pintores, por los precios altos. No quiero decir que no valgan todos y cada uno de estos cuadros lo que sus autores juzgan que valen. No hay cosa tan difícil como tasar el arte. Pero el arte, lo mismo que las demás cosas de este mundo, tiene dos valores: el ideal y el mercantil. Y mercantilmente, dudo que sea acertado cargar la mano, aquí donde no hay mucho afán por comprar cuadros, donde los buenos antiguos se encuentran á precios relativamente módicos, y donde el mal gusto de lo moderno prefiere el decorado de tapicero y el grabadito inglés al cuadro original. Conviene advertir que muchos de los cuadros tasados altos, son, por su asunto ó por su escuela, impropios para colgarlos en salas ó comedores, y se comprenderá el por qué se retraen los aficionados.

En la primera sala tropecé con un amigo y paisano mío, persona opulenta, que se ha gastado millones en dotar á su pueblo de escuelas y lavaderos públicos, y tiene su casa ricamente alhajada con obras de arte, adquiridas en Italia algunas de ellas. Pues bien: este pudiente señor me enteró de que iba animado á comprar algo, pero que le parecían los precios excesivos... Creo que será un argumento en pro de mi tesis. Ni era un pobre, ni un tacaño, quien así se expresaba.

¿Y los demás? Los demás proclaman su opinión, no ocurriéndoseles siquiera comprar...

Y sin embargo, todos los días tienen compradores otros objetos de lujo. En los bazares elegantes se despachan á porrillo artículos de menos valor y más coste tal vez que el cuadro; artículos puramente industriales. Pero hay que tener en cuenta que la multitud no entiende de arte, y al adquirir un cuadro, sufre la sensación angustiosa de la duda, de no saber lo que adquiere; esto hace que el público comprador de cuadros sea restringido, mientras se despachan bien falsos tibores, candelabros de *toc*, figuras de *biscuit* y muebles imitación Imperio. Y á ese público hay que atraerle con el señuelo de precios moderados, hasta conseguir que el cuadro entre en las costumbres y se cuente en el número de los objetos suntuarios de habitual consumo. Esto no es una fantasía: en otros siglos el cuadro (entonces religioso é icónico, santos y retratos) completaba el mobiliario de las casas algo acomodadas.

Lo que más se destaca en esta Exposición—en todas hay algo que se destaque,—son las obras de Hermoso, Maximino Peña, Beruete, y pudiéramos añadir Chicharro y López de Ayala.

Hermoso ha conseguido crearse una personalidad. Es un pintor de tierra, respira tierra, se desbordan en su paleta las tierras, y sus modelos parecen amasados con terrón de Castilla. No es el alma de Castilla lo que siente, como el Greco; es el barro, es la secura castellanas. Es la estepa. Yo no diré que sea este género el que más atrae; pero sí digo á boca llena que Hermoso obliga á admirarlo. Hay en sus cuadros trozos que consagran al gran artista. Su factura, árida también como la tierra, á veces sorprende por el vigor. En la última Exposición todos nos quedábamos embobados ante la verdad de una sandía de Hermoso; en ésta, un pañuelo de alfombra, el que luce *Manolita*, nos deja atónitos, porque parece que es la tela, no pintura. No diré que Manolita no sea interesante; pero prefiero su pañuelo de alfombra. Y no argüiría nada en contra del arte de Hermoso la superioridad de los accesorios sobre las figuras, porque tal fué el carácter de otros realistas, como Teniers y Breughel; pero es justo decir que algunas figuras de Hermoso son de una fuerza de ejecución y de sinceridad que subyugan.

Pintor generalmente fecundo, en esta Exposición sólo presenta dos obras: el *Zagal*, que recuerda mucho, en el modo de estar puesto, conocido cuadro de un gran maestro español; y *Manolita*, que es sencillamente un estudio de mujer... y de mantón de alfombra.

Maximino Peña, artista concienzudo, ha progresado muchísimo desde que presentó sus primeros trabajos. Hoy domina la factura, y sus dos pasteles, *Sancho* y *El pudor*, especialmente el primero, son muy admirados. *Sancho* tiene el vigor del cuadro al óleo más intenso. Es un *tour de force*. Y los interiores de Peña (por cierto tasados en precio moderado, aceptable) revelan también un pincel ya dueño de su arte, una mano habilísima.

En cuanto á los paisajes de Aureliano Beruete, han sido mil veces ensalzados, y su autor es del número de los indiscutidos. Su estilo absolutamente verídico no le impide ser poeta de la naturaleza, porque no se ha encerrado en una deliberada y sistemática visión de lo vulgar ni de lo feo, sino que, sin dejar de reproducir aspectos severos y sencillos de la realidad, otras veces descubre rincones de una belleza encantadora. No falsifica la verdad Beruete; lo que hace es no resistirse á la verdad hermosa, cuando se la encuentra (porque tampoco entra en sus dogmas el buscarla).

Así, Beruete reproduce la severidad triste de la campiña castellana, pero de improviso sus paisajes se alegran con la explosión del florecimiento de los almendros, manzanos y perales, en una gloria blanca y rosa que regocija los ojos, ó su pincel se baña en los tonos anaranjados, rosados, cocidos al sol, de ciertos aspectos de Toledo, donde la luz, como en Venecia, es especial, distinta de las demás luces. Beruete, esclavo de la realidad en todo, lo es religiosamente en esto de la luz, según las horas, las estaciones, los climas; y es seguro que si sus cuadros se viesen en el mismo punto en que los pintó, parecerían un pedazo de la naturaleza colocado en el lienzo. No todos los paisajistas son tan esclavos de la transcripción fiel, y sin salir de esta Exposición pequeña, encontraríamos pruebas evidentes de que un paisaje es un estado de alma, y de que los célebres jardines de Rusiñol influyen aún en la fantasía de los pintores.

Habría que mencionar con elogio un *panneau* de Alvear; un autorretrato de la condesita de Benomar, en el cual, caso raro en mujer, esta linda muchacha se ha desfavorecido bastante; un cuadro de Blesa, la *Cuadriga humana de Temístocles*; otro cuadro de Chicharro (no do los mejores de este artista justamente renombrado y cuyos discípulos acaban de organizar una Exposición aparte), *El cofrade mayor*; habría que echar un pirupo—á pesar de las disposiciones en contra—á la garbosa mocita de López de Ayala, que no tiene otro defecto sino costar la friolera de 5.000 pesetas; no habrá que olvidar las marinas de Llorens, ni los poéticos estudios de Maldonado, ni el exactísimo retrato del marqués de Estella, por Morelli; ni el bonito *Arbol amarillo* de Palacio y Freire Duarte, ni el rincón de aldea de Souto, ni los bellos estudios de Saint-Aubin... El que estos trabajos, aisladamente, tengan derecho á mención, no implica que la Exposición no sea, como he dicho al empezar, algo mustio, que delata más bien un decaimiento en las fuerzas productoras, un momento de postración en el arte nacional...

***

Y si fuese lícito aproximar dos ideas tan desconformes é incongruentes, también diría que la decadencia más dolorosa se advierte en algo que no falta quien califique de arte... Hablo de los toros.

El industrialismo se ha apoderado de esta fiesta, buscando en ella ganancias prontas y pingües. Así como pudo notarse que todo el mundo se cree capaz de hacer novelas, desde que las novelas se pagan para publicaciones ilustradas semanales y para bibliotecas tendenciosas, todo muchachillo despabilado, todo mono sabio soñador, se ha sentido diestro desde que las plazas han pululado, desde que se ha hecho internacional el toreo, y desde que los grandes maestros de este juego terrible han desaparecido. Los toreros con diminutivo pululan y se disputan una «gloria» que no llegan á disfrutar: su falta de pericia, su vocación al suicidio, les van tronchando en la áspera flor de su juventud bravía; muertes obscuras, que ya no impresionan, como impresionó la del *Espartero*, ni llevan detrás del ataúd, porteado en hombros de mocetones, el gentío inmenso, consternado, que vi yo rodar como un torrente acompañando al *Espartero* á la última plaza, la del eterno silencio...

El domingo 6 de junio de 1909 merece el nombre de «día sangriento» que le aplican los periódicos. Diez ó doce cogidas, á cual más grave y cruel, lo señalan. En Algeciras, *Bombita* empitonado por el muslo izquierdo, lanzado al aire tres veces y salcándole el asta por las posaderas—á mí no me suena eso de la «región glútea.»—En La Palma, *Canario* y otro torero, volteados ó arrollados. En Cartagena, un espada y un banderillero, *Jaqueta* y *Pachines*, tres ó cuatro veces campaneados y corneados. «El espectáculo—dice un periódico—fué verdaderamente horrible.» «El toro, cansado de herir, salióse suelto en dirección á un caballo...,» añade el periódico; pero yo digo que no iría el toro hacia el caballo con ánimos de darle un óculo fraternal. En Sevilla, á pares también las víctimas. Digo mal: fueron cuatro. Un diestro que atiende por el *Trueno*, otro diestro mexicano llamado el *Serio*, otro diestro llamado Tello (así anda ello) y un heroico aficionado llamado Borge, que en pago de su temeridad al arrojarse al ruedo á divertirse con una muleta, fué ferozmente corneado y quedó moribundo. Y como toda tragedia tiene sus aspectos grotescos, el sainete ocurrió en mi pueblo natal, Marineda de Cantabria. Hubo allí, como era de rigor, su correspondiente cogida; *Dominguín* anduvo por el suelo; pero no corrió sangre, y por consiguiente no causó escalofrío. Dos espadas «de la terruña,» dos, nada menos, iban á debutar; ya tenían su traje de luces y todo, muy majo; pero, según noticias, llegado el momento fatal, los dos muchachos empezaron á echarse la cuenta de Aquiles: ¿cuál vale más, una vida larga y obscura, ó breve y gloriosa? Y á diferencia del rubio hijo de Tetis, optaron por la primera, mandando al diablo á los bichos, que no salen á la plaza diseccados, sino vivitos y coleando y mugiendo... No hubo razones, no hubo autoridad que bastase á persuadir á mis paisanos de que al cornúpeto no debe acercarse un hombre de bien, á menos que se lo presenten dentro de una jaula ó en bifteces con limón... Y allí se quedó el traje de luces, y allí la guapeza cantábrica, y yo supongo que los diestros habrán arbitrado un nuevo sistema de ganarse la vida, ya que con buen acuerdo pensaron lo que más filosóficamente les convenía, y rehuyeron—algo tardíamente—intentar lo que no puede realizarse...

Yo soy de tiempos en que se toreaba sabiendo torear. Esto solo diferencia profundamente la época actual de aquélla, ya semifabulosa. Ahora se paga mucho dinero, no por ver destrezas y gallardías, sino por presenciar horrores. Huyamos de esas plazas donde se presiente la catástrofe desde que se despliega el trapo. Huyamos de la aburrida carnicería...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"La aviadora señora Frank, gravemente herida á consecuencia de una caída durante un vuelo (De fotografía de M. Roi)"
1910, n.° 1.493, p. 518.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, á cosa de las siete de la tarde, un gentío inmenso se agolpaba en el paseo de la Castellana. Había, en expectativa, innumerables coches y automóviles, que rodeaban el parque de los «Recreos Salamanca.» Las cabezas, de vez en cuando, se erguían hacia la bóveda celeste, como si allí estuviese el esperado espectáculo, algo que surgiese cuando menos se esperase... Y en efecto, al cabo de media hora, un rumor anunció que ¡ya subía.» Se vió rebasar de las copas de los árboles una esfera que de cerca parecía enorme, transparente, y que, al ascender, era chiquita, chiquita como un punto perdido en el espacio... Por lo demás, se elevaba con gallardía, con esa suave y fantástica ligereza de los globos, mayor que la de las aves, más gentil aún... Dentro del globo, del punto chiquito, ya casi invisible en el espacio, el aeronauta agitaba una banderita española y dejaba caer una lluvia de papelitos, que supongo serían anuncios, pues á mí no llegaron.—El aeronauta era una mujer.

La víspera, yo había estado leyendo una de las infinitas lucubraciones acerca de diferencias entre el hombre y la mujer, condición específica de cada sexo, y por la noche había concurrido al Circo, asistiendo á los duros ejercicios de una acróbata, que realiza en el trapecio cosas de las que erizan el vello á un sombrero de copa acabado de planchar... Y me reía de los libros—séale esto permitido á quien sólo el vicio de los libros tiene—y de cuantas cosas suelen repetirse sin examen, como repite el papagayo su burlón redoble de erres, por lo cual estos modos de decir reciben el nombre de psitacismo... La aeronauta completaba á la acróbata, al lanzarse á un elemento mucho más terrible para el hombre que el agua y no menos indomable que el fuego... La señorita Corominas, «crcina de los aires,» sin más compañía que su intrepidez—recuérdese que las señoritas no pueden ir solas ni á la tienda de enfrente,—se iba á hacerles competencia á las águilas, si las hubiese en estos climas; y hora y media volaba tranquilamente, hasta venir á caer en Vallecas, afortunadamente sana y salva, pero entre los rieles de la vía, donde tres minutos después pasaba el tren, que á poco pudo aplastarla...

Hace dos años, en mi aldea, una aeronauta cayó de las nubes. Tompoco se hizo daño: el globo descendió en un sembrado de maíz, al lado de unas coles. La aventura, contada así, parece prosaica y aun divertida, propia de zarzuelillas como *El pollo Tijalá ó La vuelta al mundo;* pero veréis que podrá tener su lado trágico. La aeronauta se había elevado en la Coruña, en la plaza de toros. El viento impulsó el ligero aparato hacia la bahía. El globo la cruzó en toda su anchura, hasta el puerto de Santa Cruz, desde el cual vino á abatirse en mi parroquia. Si el viento tiene otro capricho más temible, se lleva á la tripulante mar adentro, y entonces... Así y todo, la mujer permaneció mucho tiempo sobre el abismo de las olas, mientras calaba sus huesos una neblina húmeda y fría. La que cruzó la bahía es la misma que ahora, por instantes, se ha salvado de ser despachurrada bajo un tren... Y yo digo que es preciso tener el corazón tan bien colgado como puede tenerlo el varón más barbudo, para hacer de estas gracias.

Nótese que la gente, siempre dispuesta á cerrar caminos á las mujeres apenas se trata de profesiones descansadas, lucrativas y que no exigen ni asomos de heroísmo, como las oficinescas del Estado; siempre dispuesta á horripilarse si se habla de médicas, abogadas y catedráticas, no encuentra la menor objeción que oponer á que las hembras se columpien en el trapecio y se dejen caer desde alturas vertiginosas, ó á que naveguen por los aires en frágilísima barquilla, expuestas á aplastarse como ranas ó á hundirse entre las olas... Ni estos frecuentes ejemplos, ni el de las señoritas toreras, ni otros muchos menos aparatosos que se registran á cada momento, influirán en los autores de disertaciones azucaradas, en las cuales se declara, por cienmillonésima vez, que «el hombre es fuerte, atrevido, valeroso» y la mujer «un ser débil, tímido, dulce...»

* * *

¡Se nos va la Tina de Lorenzo! Aquí está otra heroína—no parezca extraño,—heroína del arte, triunfadora de las multitudes, maga que nos ha encantado por espacio de tantas noches. En el momento presente, cuando ya apenas queda teatro alguno abierto, el de la Comedia se ha visto lleno, con llenos rebosantes; y más en el segundo abono que en el primero, porque «La Tina,» como familiarmente la llama el público, va gustando más cuanto más se la ve.

Es una actriz completa, íntegra. De perfecta hermosura, de cuerpo escultural, posee al mismo tiempo aquel don ensalzado por Byron: la animación y la gracia. Su cuerpo, admirablemente modelado, es, sin embargo, del número de los que no corren peligro, al aligerar la ropa, de ofender á la decencia, porque tiene líneas puras, no deformadas ni exageradas por la edad. Tina es todavía joven fuera de las tablas, y en las tablas hace admirablemente los papelitos de ingenua. ¿Qué no hará admirablemente esta mujer?

Hay quien prefiere á la Duse. La Duse es una actriz muy genial, maravillosa á veces, pero desigual, arbitraria. Me recordaba á Vico, que tenía la misma condición: nadie lo superaba cuando quería, pero no quería todas las noches, ni siquiera la mitad. Quizás no llegue en lo trágico Tina de Lorenzo adonde llega la Duse, y lamento que no nos haya dado, en esta temporada, ocasiones de averiguarlo, porque la verdad es que nos ha puesto á régimen de *vaudevilles* y farsas, en las cuales ha podido lucirse su esposo, el divertidísimo Armando Falconi; pero en lo cómico y lo dramático usual, en este género interme dio que tiene toques de sentimiento y matices de realismo y picardía sainetera..., en obras como *Zazá, El estudio de desnudo* (que así sostengo que debe traducirse *La donna nuda*, y no de otra manera literal y chocante), *El no sí qué* y tantas del mismo corte como han desfilado por el escenario de la Comedia desde hace dos meses, Tina no debe de temer rivales.

Su arte no es el arte instintivo y semibárbaro de Mimí Aguglia, la artista más próxima á la naturaleza de cuantas he conocido; hay en Tina mucho de burgués; el soplo helénico que d'Annunzio reconoció en la Duse, no envuelve en sus ondas á la Tina. Pero el soplo helénico, mucho me lo temo, no sería entendido en Madrid. ¡Es tan poco helénica la ciudad del oso y del madroño! Ni aun tiene el gran impulso de fantasía artística oriental que en alto grado posee Valencia, y por el cual podría llegar á asimilarse fácilmente la belleza antigua. En Valencia se representaría con éxito seguro *La ciudad muerta*, de d'Annunzio, ó *Medea* ó *Fedra;* en Madrid no hay ambiente para esta clase de obras. Así es que Tina, con sus *vaudevilles* elevados á la mayor altura de gracia y de monería merced á una admirable interpretación, es la actriz más á propósito para la temporada de primavera madrileña. La Tina puede hacer asombrosamente obras como *La Gioconda*, de d'Annuuzio, y no lo olvidamos los que hemos tenido la fortuna de escuchárse la; sin embargo, la inmensa mayoría de los espectadores se halla más á gusto—confiésolo ó no—en una bufonada como *El escándalo*, que en sublimidades estéticas.

V—perdóneme Tina la aproximación—después de la bella italiana, no hubo en este fin de temporada actor más popular que Moritz I.

Hay que reconocer que el Circo de Parish, tan afortunado, tan de moda, con sus jueves, día solemne en que salen á relucir los sombreros monumentales en tamaño, precio y elegancia, estaba, últimamente, en cuanto á atracciones y novedades artísticas—así es preciso decir—algo *fané*. Eran los mismos acróbatas haciendo la misma torre catalana; los mismos clowns, con menos chiste que otros años; los eternos caballos bailando el eterno vals; y por gran regalo, unos volteadores marroquíes, supongo que enviados por algún diplomático hábil de la corte de S. M. Jerifiana, para que, viendo tal agilidad y tales brincos, nos horrorícemos ante las contingencias de una guerra con gente que de un salto se metería en Madrid... Así es que la llegada del simpático chimpancé fué saludada con aplauso entusiasta, y sus habilidades comentadas con ternura de mamá que reñere gracias de niño...

Moritz vivía, dicen, en una granja de cultivadores australianos. Ya allí les tenía embobados con sus rasgos de inteligencia. Su actual dueño lo adquirió por sesenta libras esterlinas, que no me parece caro, dadas las aptitudes de un cuadrumano tan superior á la turbamulta de los bimanos, que comen con menos pulcritud y menos distinción que el chimpancé.

Moritz, ¿á qué negarlo?, me sugiere reflexiones penosas. Este animalejo imitador, al cual no le falta más que hablar; este ser extraño, bufón de la mechedumbre, que nos mira con unos ojos donde parece brillar el pensamiento, donde hay una mezcla de candor, melancolía y desdén, ¿será la sombra de un antepasado, muy remoto, anterior al hombre terciario cuyos restos acaban ahora de descubrirse, sombra que se nos aparece entre los alborozos de un espectáculo, para decirnos que nuestra estirpe no es tan distinguida como creemos?

Yo, sin embargo—á pesar de Moritz,—continúo disintiendo, en este particular, de las opiniones de Darwin y Haeckel. Sobre todo del último, pues el primero, más aplomado científicamente hablando, fue en sus afirmaciones mucho menos explícito.

Continúo preguntándole á Haeckel, ¿dónde están los eslabones que faltan en la cadena?.. Y, cosa extraña, á poco de ver y aplaudir (obedeciendo á la señal que nos da él mismo) las habilidades de Moritz I, empieza á parecerme más imposible que nunca que procedamos de alguno de sus congéneres. Sus pies que son manos; su quijada lisa, sin mentón; sus dientes que enseña en gesto inocente de enojo ó de avidez; sus orejas colocadas como pantallas; su cola que supongo prehensil (Moritz trabaja vestido); su mudez misteriosa..., en vez de sugerirme la semejanza, me sugieren el infranqueable abismo. Si los partidarios de la humanidad de Moritz quieren que este mono sea superior á mí, soy capaz de conformarme; lo que no admito es que mi millonésimo abuelo fuese mono, ni siquiera negro, ni siquiera mogol...

Los espectadores, en cambio, se sienten darvinistas. En vez de observar juiciosamente: «¡Mira cuánto más guapo es Moritz que Fulano!,» se empeñan en repetir á troche y moche: «¡Mira cómo se parece á Fulano Moritz! ¡Pero si es estarle viendo!»

Por supuesto, que Fulano, si se enterase, daría señales de descontento, hasta quizás de indignación. ¡Los hombres son tan vanidosos! No se conformaría Fulano... Y si Moritz, por permisión divina, emulando á la bursa de Balaam, adquiriese el don de la palabra—el don negado á la bestia,—tengo vehementes sospechas de que tampoco él se avendría al parecido, y lo manifestaría en enérgica forma...

¡Pobre Moritz! Si es cierto que los monos son lo más análogo á la especie humana, debo declarar que también se nos asemejan en la *infelicidad*. Los monos, á pesar de sus monerías, muecas, gestos y visajes; á pesar de sus travesuras continuas por una avellana ó por un plátano, son de los animales que parecen menos dichosos. En nuestros climas tienen siempre frío. Y como poseen una desmedida vanidad infantil, sufren si no la ven lisonjeada. No, los monos no están muy contentos de su suerte. El único que he visto morir—en mi casa,—lloraba en la agonía como un hombre... ¿Si seremos hermanos mediante el dolor, mediante la sensación obscura de la perpetua asechanza del destino?

En el Circo, por lo menos, se puede afirmar la superioridad de las especies animales sobre la humana. Para verles trabajar me gustan doblemente los perros, los monos, los gallos y las cacatúas que los acróbatas y barristas. El animal (menos animal de lo que pudiera creerse) nunca ejecuta un ejercicio que pueda poner su vida en riesgo. Así es que el placer del espectáculo no lo amarga el temor de una tragedia.

El animal llega hasta donde se lo permite su destreza y su comprensión; de ahí no pasa. No conozco perro con la pata rota al lanzarse de un trapecio, ni mono que se haya caído peligrosamente de una bicicleta. Sólo he notado cierto terror en Moritz al calzarse los patines. Lo de los patines no le hace gracia. Sólo el atractivo de un terrón de azúcar parece decidirle. Va titubeando, como ebrio, y cuando se los descalza, es visible su satisfacción. ¿Patines á él? ¿A él, que es capaz de trepar en un segundo a la cima de un cocotero?

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las diversiones al aire libre, de las verbenas, meriendas, excursiones en automóvil y otras maneras de respirar bien, evitando el calor y el encerramiento... Sólo que el calor, este año, resueltamente se ha propuesto no asomar hasta agosto.

Así es que la horchata está en ridículo, y los puestos de limón frío, esos graciosos puestos que alegran con la nota de oro de sus limones y el limpio cristal de sus vasos y el fregado latón de sus aparatos las calles matritenses, tienen aún muy poca clientela, no han empezado á hacer negocio, lo mismo que los aguaduchos, los clásicos aguaduchos de Recoletos, otra gentil institución popular muy superior á lo que son en París las tradicionales *marchandes de cocó*...

La horchata ha sido cantada por Teófilo Gautier, y declarada por tan inteligente aficionado á lo bello el mejor de los refrescos existentes. Me refiero, ya se comprende, á la horchata de chufas. La de almendras tiene sus cualidades: hace conciliar sueño tranquilo, es apetecible, es gustosa..., pero no causa la peculiarísima sensación de frescura que la de chufas, cuando el cuerpo está hecho un carbón, y el espíritu sueña con témpanos, glaciares y cascadas de nieve derretida...

Sin género de duda la horchata de chufas ya sería célebre en Europa y la exportación de la chufa alcanzaría proporciones grandiosas y dejaría crecidos rendimientos, á no mediar una circunstancia especial. ¡Que la horchata de chufas no es buena sino en Madrid, diluída con el agua de Madrid!

Fué para mí una desilusión probar en Valencia la horchata. Creía que el país clásico de esta bebida fuese Valencia. Olvidaba que, en las poblaciones donde se crían los productos, no es donde mejor se elaboran. Dicen además que no es cuestión de elaboración: parece que el secreto, como dejo advertido, está en el agua.

No vale que se lleven de Valencia ni de Madrid las chufas y los operarios conocedores del arte de majar, exprimir y dosificar el jugo de la rizoma. Por ejemplo, en mi pueblo natal, la Coruña, la horchata será siempre una pócima, mientras en Madrid es la bebida de los dioses, y yo creo que el néctar y la ambrosía no eran sino la madrileña «chatalá.»

***

Los que aspiran á que Madrid sea una capital á la moderna, se preocupan de sus africanos alrededores. Sus inmundos tejares encierran quizás el secreto de algunas epidemias de las que afligen á la villa del oso. Si Madrid llegase á estar rodeado de bosques, de jardines, de huertos de legumbre, de campos esmeradamente cultivados; si desapareciesen esos barrios donde la vida humana se desenvuelve en condiciones en que no se sostendría quizás la de las especies animales, Madrid habría dado el paso gigantesco que necesita dar para duplicar su población é intensificar y depurar su vida.

Cuando Madrid es atacado por el viejo Verano, el de la «Lanza Tórrida,» muchos que no pueden dirigirse á la Costa, se dirigen á la Sierra... Hace años hubiese parecido muy vulgar, de gente de poco más ó menos, veranear en el Espinar ó en Cercedilla; hoy, bastantes que acaso se adelantaron á las prescripciones de la ciencia respecto á la utilidad de respirar aire de altitudes, aire de montaña, y que buscan en el veraneo lo que realmente conviene, descanso y salubridad, acuden á aquellos pueblecillos y á aquellas soledades que no carecen de encanto. El veraneo en la sierra debe favorecerse por todos los medios posibles, dada su proximidad á la capital. No todo han de ser playas y balnearios.

Estos últimos sufren una crisis. Es un momento que debía preverse, en la evolución de las ideas, este en que se plantean dos problemas, respecto á las aguas medicinales. Primero: ¿son todas de reconocida, indudable eficacia? Segundo: después de dar por cierto que son eficaces, ¿me convienen?

Hará quince ó veinte años, se creía obligatorio, en los meses de calor, recorrer dos ó tres balnearios de moda. Éste se curaba, aquél no; había quien empeoraba..., pero se obedecía á una corriente. Hoy se empieza á no tomar aguas sin perentoria necesidad.

Además, ¡ha aumentado tanto el número de manantiales descubiertos! Cada quince días nos anuncian con bombo y platillos uno inédito, dotado de propiedades más asombrosas que los anteriores. No es esto sólo en España: Portugal ha considerado que era cuestión de patriotismo poseer cuantas aguas minerales poseemos los *castexaos*, y sería capaz de inventarlas. En Francia y Alemania cada día se descubren nuevas *fontaines merveilleuses* y nuevos *sprudeln*. Y la competencia y la abundancia engendran el escepticismo.

Sólo en mi tierra natal, Galicia, y en las Vascongadas, la hidrografía médica constituye una tupida red, con millares de ramificaciones. Dijérase que todo el suelo está por debajo regado con aguas de misteriosas propiedades.

Y con todo, pocas son las aguas que resisten al análisis y á la experimentación de sus propiedades y virtudes. Todos conocemos ejemplos de balnearios que ya ni lo son; y si no, ahí está el tristemente célebre de Santa Agueda, donde la bala de Angiolillo acabó con la gloriosa existencia de D. Antonio Cánovas. Por trágico que fuese el suceso, el balneario no se hubiese resentido de él, si las aguas conviniesen al tratamiento de un grupo de enfermedades. Lo que parece que ha transformado á Santa Agueda de balneario en asilo religioso, es precisamente el haberse demostrado que no poseían eficacia sus manantiales. No basta que un agua esté mineralizada para que surta efectos terapéuticos.

Así es que la selección va imponiéndose, y sólo quedan en pie algunos balnearios indiscutibles, de los que tienen, como Vichy, su historia, su estirpe, su blasón. Acaso se levanten, al lado de ellos, otros que merezcan disputarles su lauro; pero en cambio, ¡cuántos recién descubiertos caerán en el olvido, cuántos se desacreditarán, de cuántos se dirá desdeñosamente que son «la carabina de Ambrosio!»

Yo he tenido ocasión de hablar especialmente de dos, sin duda los más renombrados de la región: Mondariz y la Toja. De ésta escribí, hace años, que se encontraba en un estado de abandono é incultura más propios de la cafrería que de un país europeo. Ahora, según dicen—pues no he ido á la Isla recientemente,—ha cambiado por arte de magia la decoración. Todo es lujo y *confort*, todo elegancia. Los precios—que no eran flojos en la época de la suciedad—son ahora más altos, pero es preciso pagar ciertos lujos y refinamientos, y todo se reduce á que la Toja sea medicamento para ricos; lo cual no debe extrañar á nadie, dado que el caudal de aquellos manantiales no es tan abundante que permita un establecimiento en gran escala. El número de bañistas, según he oído decir, tendrá siempre que ser reducido en la Toja, porque no hay agua para más. Por consecuencia, es natural que no pudiendo la Toja aprovechar el recurso de exportar sus aguas para mesa (aunque exporte sus sales y jabones), el establecimiento tiene que montarse sobre la base de una clientela opulenta, escogida.

Necesita por otra parte la Toja—que ahora ha visitado con interés una comisión de médicos ingleses—instalación más cara que ningún otro balneario, por ser las enfermedades que allí se atienden de índole especial, contagiosa muy á menudo y casi siempre de las que causan asco y melindre. Sólo una extremada, minuciosa desinfección; sólo un aislamiento completo en mesa y demás servicios; sólo un mobiliario completamente racional, como de Sanatorio, con todas las reglas de la moderna higiene, lograrán que la gente acuda allí sin escrúpulo y esté, no sólo tranquila, sino satisfecha. Repito que no he visitado la Toja desde que ha sufrido la transformación de que se habla, pero comprendo que si en efecto reinan allí los adelantos y las comodidades y las prescripciones estrictas de la ciencia, el hospedaje no puede ser barato. Si algún día tengo ocasión de comprobar por mis ojos—en lo humano es un gran filósofo Santo Tomás—las mejoras y adelantos de la Toja, tendré sumo gusto en referir aquí mismo, y en otros periódicos donde colaboro, cómo el mundo marcha y cómo el progreso no es una frase huera inventada para hacer efecto en los *meetings*.

En cuanto á Mondariz—ó Mondáriz, como se empeñan en decir los que no son gallegos,—siempre ha resistido y resistirá victoriosamente la crisis de los balnearios. Mondariz tiene dos elementos de resistencia: el más poderoso, sin género de duda, es el de la exportación de su linfa, empleada como agua de mesa en todas partes.

Hay infinitas aguas minero medicinales que saben á demonios fritos. Las de Mondariz son deliciosas, y no tienen sino el inconveniente de que se habitúa á ellas el paladar y las demás parecen después insulsas; de que se habitúa el estómago, y cuesta trabajo digerir sin ellas.

Cuando Castelar, el inolvidable orador, daba aquellos banquetes suyos, que más que banquetes eran exposición de productos nacionales, en que se servían catorce platos y diez y ocho postres, tenía cuidado de colocar al alcance de la mano de cada invitado una botella de agua de Mondariz para prevenir la más que probable indigestión y estimular á que los desganados hiciesen los honores á un festín que bien podría llamarse de Heliogábalo. Y en efecto, para este fin las aguas de Mondariz superan á las de Vichy, con las cuales tantas afinidades tienen.

La concurrencia á Mondariz ha disminuído en estos últimos tiempos, no porque la fama de los manantiales sea menor, sino por algo de lo anteriormente indicado; porque quizás ya los médicos no envían tanto á las aguas, y porque la gente no las toma como diversión. Pero cuando digo que ha disminuído la concurrencia, quizás sufro un error de óptica. Van menos huéspedes al gran balneario porque Mondariz crece, y no es balneario aislado, como lo son tantos de la Península, sino un pueblecito pintoresco de hoteles, fondas y chalets, que va formándose. Allí, cada camarero que ha sacado de dos ó tres temporadas un capitalito de algunos miles de pesetas, instala su correspondiente hospedaje, y este incremento de la población es imposible que no corresponda á un aumento de concurrentes, más ó menos modestos, más ó menos ricos. Así es que, aun cuando en el balneario propiamente dicho se agolpen menos, á las aguas puede asegurarse que van en mayor número.

Y hay algo muy perjudicial, no sólo para éste, que es el primero, sino para los demás reputados balnearios de Galicia... Los itinerarios de los trenes, la dificultad del viaje, que arredra.

No ha muchos días, *El Liberal* demostraba con números que, yendo por Zamora, se llegaría á Galicia cuatro horas antes. Cuatro horas, en un viaje de veintitrés (á contar desde Madrid), representan un veinte por ciento de economía de tiempo y de dinero. Pero las Compañías no quieren. Las Compañías son un poder cuyo dominio sufrimos sin rechistar. Nos multan, nos procesan, nos llevan y traen como les acomoda, nos cobran á su talante, todo al amparo de la ley. Electricidad, gas, agua, ferrocarriles, teléfonos, lo más necesario, lo indispensable á la vida moderna, nos lo dan como por una especie de magnánima concesión, y lo pagamos en proporciones asaz tiránicas. Y si ocurre pensar en reducir el recorrido de un viaje, cosa que reportaría tantos beneficios á la región y á los que se trasladan á ella, antes que el bien de la colectividad estará el interés de la Compañía...

Hoy la gente quiere viajar en buenas condiciones. Otras provincias son más fáciles de visitar que las gallegas. Claro es que sólo van los que necesitan ir, irremisiblemente. Esto ha de restar concurrencia á los balnearios. Es difícil competir en diversión, animación y buen material de trenes con las regiones que están próximas á Francia, y á las cuales va la corte, la gente encopetada y la cursi imitadora.

En estas condiciones, todavía es admirable que los balnearios gallegos atraigan clientela y la conserven, y debe atribuirse á la eficacia y virtud de sus linfas y ninfas... y á nada más.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Sabéis lo que más nos gusta desde que el termómetro se ha dado cuenta de que debe subir, de que estamos en pleno verano (ya era hora!)? El terroncito de hielo en el agua... Ese pedazo de cristal poéticamente claro y puro en apariencia, aun cuando en su seno se encierren todos los gérmenes con que nos amenazan los médicos, que á veces no parece sino que tienen gusto en amargarnos la vida...

Yo suelo leer artículos de revista en que cada día se descubre un peligro diferente más horrible que los anteriores. Hay cierto placer, una sensación de heroísmo, un poco de fanfarronada, en hacer—después de haber leído tales lucubraciones—lo mismo que hacíamos antes, exactamente lo mismo, cosas en apariencia sencillas y naturales, pero que, según la ciencia, envuelven tanta gravedad como tomar una trinchera ó exponerse, descubierto el pecho, al fuego de una ametralladora...

⁂

Así, el hielo, que nos hace tan felices, es objeto de una prevención y fiscalización minuciosa por parte de los higienistas... ¿Acaso conocéis bien los antecedentes del delicioso terroncito? ¿De qué fuente ó manantial es el agua que lo ha formado? ¿Contiene ó no microorganismos traidores y bacilos de mala intención? ¿Sabéis si ese hielo que refresca el agua que vais á beber ha estado envolviendo pescado y arrastra nievelina, una porquería que da cólicos? ¿Estáis seguros de que, aun siendo limpio ese hielo, convendrá á vuestra salud, os permitirá digerir, os enfriará el estómago, os hará diabluras? No; realmente todo esto se ignora.

Para estar de acuerdo con las prescripciones de la ciencia, he aquí lo que se supone (y si suprimís un solo detalle, es como en el cuento de la pastora Torralba; hay que volver á empezar):

El agua que bebamos, ante todo, hay que filtrarla, y después de filtrada, hervirla. Ya hervida, si se aspira al refinamiento de enfriarla, enfríese dentro de una sorbetera, sin que el hielo pueda penetrar en ella. Y realizadas todas estas operaciones, cójase el agua, así fresquita, tírese por la ventana, y bébase, en verano, una ligera infusión de te casi hirviendo...

¡Qué rico!

⁂

Si para llevarse á la boca un buche de agua cuando se está sediento y sofocado hace falta una serie de operaciones tan complicadas, es preferible aguantar la sed. Y si, en estío, hay que absorber bebidas calientes, más vale irse á hacer penitencia en el desierto, porque á lo menos, haciendo penitencia, algo ganará el alma...

Con los higienistas se está en el caso de aquel quinto que se durmió mientras le leían la ordenanza, en la cual, por cualquier falta, se impone la pena de muerte.

—¿Te duermes cuando te leen una cosa en que te va la vida?, le dijo soveramente el sargento instructor.

—Lo mismo da, mi primero, contestó el recluta. Ya sabemo que el sordao vive de milagro...

Si de todas maneras y en todas partes hay tanto que temer, será preferible, por comodidad, no temer nada. Al fin, dentro de cien años, todos calvos...

Comprended el atractivo que en este momento ejerce lo que nos causa la impresión del frío, aunque sólo sea un minuto... ¡El frío! ¡Cuánto se le teme durante el largo invierno madrileño, dedicado á precaverse de las «corrientes,» y ahora pensamos en él como en un amigo, y no cesamos de desearlo, buscándolo en los jardines, en los paseos nocturnos, en coche descubierto, por las avenidas de Recoletos ó por las umbrías del Retiro!

El frío es tan necesario á la vida como el calor. Quizás descubran que todavía lo es más. Como que ejerce la acción microbicida, la más útil de todas.

Además, en el frío nos parece ver algo de estético, porque previene la corrupción. Asociamos á la idea del frío otras del orden moral, y nos parece que hay en él algo que nos hace superiores á la materia, vencedores de sus fermentaciones pútridas.

Hoy se estudia detenidamente la cuestión del frío, en sus relaciones con la industria. Si un país produce abundantemente carnes, y no las consume, y le queda remanente para la exportación, merced á los adelantados procedimientos frigoríficos puede beneficiar lo que antes perdía. A su vez, el país donde no abunden estos productos los disfrutará gracias al frío. Es posible que, andando el tiempo, ferrocarriles y barcos encuentren la mejor aplicación en transportar, convertidos en cámaras frigoríficas, los alimentos de una á otra nación, de uno á otro continente. El frío mejorará las condiciones de la existencia humana.

No son sólo las carnes y los pescados lo que con el sistema frigorífico se conserva mucho tiempo. Son también las frutas, que hasta hoy se pudrían tan rápidamente, en especial la delicada fruta de hueso, que parece desplegar una especie de artificio de coquetería en sonreír á nuestros paladares sólo quince días del año. Ahora su estación durará dos meses ó tres, guardando, entre la pureza y sequedad del aire frío, la integridad de su pulpa fresca y apetitosa. Gracias al método frigorífico, comeremos en Madrid melocotones de Norteamérica, y habrá sorpresas como la que tuve en la Exposición, en París, cuando detenida ante una pirámide de naranjas magníficas, pregunté al vigilante: «¿Serán de Málaga?,» y obtuve por respuesta en excelente castellano: «Son de San Francisco. De Málaga llevamos únicamente la semilla...»

⁂

Abre, por consiguiente, vastos horizontes el método frigorífico. Quizás con él se llegue á abaratar la carne, y puedan comerla hasta los obreros, que se quejan en Madrid de no alcanzar á las prodigiosas alturas en que este artículo de primera necesidad está ahora enseñoreado. Los higienistas acaso les dirían que la carne no es indispensable y muchas veces hasta es perjudicial; que con las leguminosas, los cereales y las frutas se obtienen tantas «calorías» como con las chuletas y el solomillo... Y yo, por mi parte, en esto votaría con los higienistas, muy señores y tiranos nuestros. La carne me parece absolutamente innecesaria para la fuerza y robustez del cuerpo. Cómala el que la encuentre agradable. A mí no me gusta, y por consiguiente me ha sido facilísimo dar la razón á los médicos que la declaran infestada de toxinas y causadora de los más serios desórdenes en el organismo humano. Encuentro que la carne es fea, grasienta, sanguinolenta, con todas las trazas de un despojo muerto, y que si la especie humana no tuviese en sus orígenes (y acaso no tanto en sus orígenes) la mancha de canibalismo, sería imposible que la carne sirviese de manjar. Afortunadamente, esta verdad empieza á reconocerse, y casi siempre que un doctor prescribe un régimen, es lo sacramental: «Mucha leche, huevos, legumbres, pescados blancos...» Casi siempre la pecadora carne se excluye. En cambio, la leche va camino de ser el alimento por excelencia. Creo haber dicho en una crónica que no sé cómo hay vacas bastantes para tanto ser humano que vuelve á la lactancia... El porvenir de la ganadería, sin género de duda, es aumentar las vacas, suprimir las reses destinadas al matadero, y que todo el mundo viva del blanco néctar, declarado panacea universal...

Lo malo es que el blanco néctar, en verano, no se puede resistir sino enfriado previamente, porque lo de la leche tibia será muy poético y bonito, pero es repugnante también; recuerda demasiado la temperatura del cuerpo de la vaca...

⁂

¡Si llegásemos á conseguir alimentarnos sólo con beber! ¡Cuántos problemas se resolverían!

La cocinera ó el cocinero son las ruedas más importantes de la vida doméstica; por desgracia, creo haber advertido que tan útiles funcionarios y funcionarias suelen estar trastornados, no sé si á causa del fuego que desata sus nervios, ó por efecto de ese mismo calor que les aficiona á remojar la garganta. Nada más caprichoso, lunático y maniático que un cocinero, como no sea una cocinera. Es cierto que la labor del fogón y del horno es ruda, sobre todo en esta época del año. Pero la hace más penosa la falta de conocimientos, la torpeza de manos, porque una persona experta hace en media hora el trabajo en que otra ocuparía la mañana entera.

Los buenos cocineros manipulan muy aprisa. Yo he notado que la mejor *jefa* que tuvimos, mujer que podría competir con los *maitres queux* de mayor altura, despachaba su tarea en un vuelo. Es verdad que el mucho tiempo sobrante lo consagraba á unas conversaciones íntimas y tiernas con un frasco de aguardiente, que á veces la sacaban de sí transportándola á un cielo donde no hay fogones. Así es que con ella tenfamos planteado el problema de aquel aprovechado padre que estaba de acuerdo en dar á su hija para comer, con tal que el novio llevase para cenar. De comer andábamos seguros; no así de lo restante.

Las cocineras, generalmente, viven en estado de inquietud; son descontentas naturales. De pronto, estalla su cólera en formidable explosión, ó se revela en el hecho de que, dos horas antes de llegar los convidados, averigüéis que la cocinera ha salido de estampía, no dejando ni el puchero arrimado á la lumbre, si ya no es que ha roto previamente algunos cacos y un par de chocolateras, para desahogar la ira, ó arrojado á la cabeza de un compañero un objeto duro, con ánimo de causarle lesiones más ó menos curables en el plazo legal.

Es posible que, con el tiempo, llegue á descubrirse un sistema de vivir sin cocinera, bien porque se reduzca la alimentación á leche y comprimidos, bien porque se establezcan cocinas en comandita, donde cinco, seis ó doce familias, poniendo un tanto, se encuentren servidas sin tener que soportar á domicilio una alimaña montés, que bufa, muerde y resopla.

Pensándolo bien, lo actual no es práctico. De la vivienda, generalmente estrecha, de las familias, hay que descontar una habitación para cocina, otra para alojamiento de la cocinera. En vigilarla se pasa otra mujer, la señora, lo mejor del día. Incesantemente tiene que estar dirigiéndola advertencias, cuando no regaños; rara vez sucederá que las cuentas no vengan con mácula de sisa. Pocas cocineras saben comprar pescados y mariscos en primer grado de frescura, la carne según los conocimientos anatómico culinarios, la hortaliza tierna, las chuletas finas y el jamón magro. Verdad que no son muy pingües las soldadas de las cocineras; pero reunidas las de cuatro ó seis, equivaldrían á la de un gran cocinero que trabajase para diez ó doce familias asociadas. Encargando de la compra á persona segura, aunque se le pagase su labor, se evitaría la sisa, que es una sangría suelta. Y sobre todo, habría una incalculable ventaja. La mujer, en los hogares modestos, pero acomodados, gozaría de calma, de libertad, de bienestar. No necesitaría vivir esclavizada á que la función de la nutrición se cumpla. Podría leer algo, cultivar su espíritu.

Me preguntaba hace poco un joven sueco que ha venido á España á conocer y estudiar ciertos problemas sociales é intelectuales: «¿Pero, en España, leen las señoras?» Estuve por decirle, en un impromptu: «Ni los señores;» pero preferí darle otra explicación, enterándole de que la mujer española, si quiere atender á su hogar, necesita invertir doble tiempo del que invertirá una mujer de otros países en la misma faena, dado que los servidores sólo por raro caso saben servir, las cocineras, por milagro, guisar, y las amas de cría y niñeras apenas tienen elemental noción de cómo se cuida un pequeñuelo. Inspeccionarlo todo, preverlo todo, pasarse el día vigilando y reprendiendo, es el papel del ama de casa, donde carece de auxiliares.

⁂

Todo esto me lo ha sugerido un terrón de hielo, el más barato de los refinamientos, el más bonito accesorio de la mesa, en esta época del año... ¡¡De la glace!! En el extranjero la piden en los más humildes *restoranes*; cuesta diez céntimos una buena ración. Sólo verlo en su cubeta, alegra el alma. En Madrid cuesta trabajo proporcionárselo, hasta en establecimientos de primer orden. No los nombraré por no molestar á sus dueños; sólo diré que el agua helada es un mito en los mejores cafés matritenses. Sirven un agua como caldo. Todavía estamos en el tiempo en que la nieve se guardaba en pozos, misteriosa...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Por primera vez de mi vida, no sé en qué tono empezar una crónica. Escribiendo para Barcelona y después de lo que en ella acaba de suceder, me asalta la duda; ¿debo referirme en primer término á la impresión causada por tantos atroces testimonios de lo que es la humanidad sin freno, ó más bien volver la vista con el *sdegno* doloroso del florentino en los círculos del Infierno, y murmurar una vez más el *Non ragionam di lor, ma guarda e passa*?

Creo que esto será lo mejor, al menos mientras humean las cenizas y negrean las desplomadas paredes. Apartémonos de esa visión macabra, y recordemos otras recientes...

Es en Santiago de Compostela, pueblo joya, pueblo relicario, en que persiste la imagen del pasado con la misma viveza que si fuese presente; pueblo donde las piedras tienen voz, y donde los edificios nuevos horripilan como una profanación y una incongruencia. Los forasteros y extranjeros inteligentes que atrajeron las fiestas del Año Santo, se lamentaban de ver casas de nuevo cuño, calles que intentan poseerse en fila como soldados bien instruídos, y soportales altos, de estilo comercial, porque la fealdad prosaica de la vida actual se les aparecía de realce al contrastar con la belleza de lo que fué, con su señorío reposado y aristocrático. Yo me acordaba de aquella botella de tinta arrojada en Salamanca á un edificio color de rosa y con decorado modernista, y sentía impulsos de adquirir varios barriles de ese líquido insidioso que las máquinas y los lápices de anilina van haciendo innecesario, pero que aún puede servir para ejecutar un acto de justicia. Me hubiese encantado embadurnar todo lo que en Santiago se ha construído desde hace treinta años, á ver si así caen los ediles en la cuenta de que *no hay derecho*.

Es en Santiago de Compostela... Me detengo ante la vieja casa ruinosa de la Inquisición, de la inofensiva Inquisición gallega que fué amonestada por la de Madrid por su lenidad... La casa es un magnífico palacio que tiene un gran huerto descuidado y fértil. Su aire es noble, con esa nobleza sin romanticismo, un poco apelmazada, de los siglos XVII y XVIII. Allí, según dicen, se va á alzar un hotel contemporáneo. Esto es más horrible que todos los suplicios que la Inquisición inventase, si es que inventó alguno.

Es en Santiago de Compostela, frente á la fachada de Platerías.» Acaba de hacérsele al rey una ovación entusiasta. Los estudiantes no se cansan de aclamar á aquel mozo de su edad, que llega un poco empalidecido por el viaje, y quién sabe si por las noticias que ya corren, noticias malas para nosotros. ¡Han matado á Ibáñez Marín! Las señoras, con ese calor que procede de la simpatía por la juventud, agitan los pañuelos, doloridas por no poder arrojar flores. La flor, ¡ay!, ha sido proscrita desde que sirvió de envoltura al crimen, en un ramillete...

Y al otro día, era en la catedral, en la esplendorosa catedral románica, donde, entre la nube aromosa del incienso, volaba el Botafumeiro, como enorme ave de plata, de nave á nave, hasta que, á poco, hubo de notarse que lo habían encendido con astillas, que la cuerda amenazaba arder, y aquella masa, de peso formidable, caer sobre el gentío que se agolpaba, antes de presenciar la ceremonia de la Ofrenda. Hay que interrumpir el majestuoso vuelo del colosal incensario, la mayor atracción de la fiesta después del rey. Porque el monarca va á hacer la Ofrenda él mismo, después de tantos años como la hace un gobernador más ó menos elocuente...

La Ofrenda de Santiago es una institución tradicional, cuyo origen viene del famoso y discutidísimo privilegio de D. Ramiro I, después de la batalla de Clavijo. La historia dice que habiéndose negado Ramiro I á pagar el célebre tributo de las Cien doncellas, rendido á los moros por Mauregato, tuvo que luchar con los sarracenos en Albelda, y retirándose al collado de Clavijo, se sintió triste hasta la muerte, porque los auspicios no le eran favorables y temía la derrota. Y habiendo orado y hasta llorado mucho el rey en aquella vigilia, se apareció en sueños el Apóstol Santiago—el Apóstol por antonomasia—y le cogió de la mano, comunicándole alegría y fortaleza, y prometiéndole que al día siguiente, desde lo alto, descendería al campo de batalla, en caballo blanco, con blanca enseña, con espada flamígera. Ramiro lo comunicó á su ejército, y al otro día, en la campal jornada, fué visto en los aires, entre relámpagos luminosos, el corcel de nieve, sembrando la cobardía del espanto entre la morisma. «Murieron—dice la crónica—setenta mil moros; fueron tomados Calahorra y otros castillos, y se ofreció al beato Jacobo, á título de primicias, una medida de grano y otra de vino por cada yunta de bueyes en lo conquistado y en lo que se conquistase de los agarenos, como también, para siempre, una porción de soldado en los que se tomase en las expediciones contra ellos.»

La autenticidad del privilegio, la realidad de la batalla de Clavijo, fueron asunto de disputa entre eruditos é historiógrafos; un canónigo gallego llegó al extremo de pretender que no es en la iglesia de Santiago, sino en la de Lugo, donde la Ofrenda debiera rendirse. Sea como fuere, que esta es cuestión enrevesada, la tradición ha prevalecido; la Iglesia, desde Calixto II, tiene aprobado el rezo de la aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo, y la Ofrenda, desde tiempo inmemorial, se celebra ante esta hermosa imagen bizantina, envuelta en chapas de plata repujada, que millares de devotos suben á abrazar. Y los que vivimos enamorados de la encantadora leyenda, creemos firmemente que el Hijo del Trueno, como divina Valkiria, voló sobre la matanza de Clavijo, como no pudo menos de volar sobre el valle de Otumba, donde los españoles, debiendo según la razón fenecer todos y dejar por señal sus huesos y por trofeo sus corazones, ganaron una victoria de las que parecen soñadas.

Hoy, las medidas de grano y vino se han convertido en unas siete mil y pico de pesetas, y en un discurso que arrodillado pronuncia el monarca ó quien le represente, ante el altar deslumbrante del Apóstol, todo sombríos dorados y platas obscuras. Pero la ceremonia es bellísima: en el extranjero, á contemplarla acudirían forasteros á miles y se llenarían trenes. Yo he conseguido verla desde una tribuna, la que comunica con el palacio arzobispal. Nada más estético que los trajes granate y amaranto de los obispos, contrastando con la blancura de los mantos de los Caballeros de Santiago, de sus birretes de hechura doctoral. La tradición, al presentarse ante nuestros ojos, se revestía de los esplendores de su admirable ocaso, y el místico albor de aquellas vestiduras que recordaban la del Apóstol, se encendía con el brazo de sangre de las cruces, con el reflejo de las púrpuras cardenalicias. El rey parecía un paladín de misal, con la prolongación grácil, esbeltísima, de su figura, que exageraba la desplegada cauda de su manto.

La cera y el incienso tenían emanaciones penetrantes, y en cambio el olor del gentío apiñado detrás de las rejas, esperando el instante en que se formase la procesión y pudiesen ver al rey y á los lucidos caballeros, no nos llegaba. Veíamos al gentío apretarse, empujarse por ganar ó conservar puesto, ondular en mareas agitadas, que arrancaban á las aldeanas gritos y exclamaciones en dialecto; pero era como el fondo, y fondo el más adecuado, de aquella escena medioeval; el hervidero de cabezas, contenido por la verja, realzaba el bien ordenado desahogo del presbiterio, donde el ceremonial se cumplía reverencioso. Los caballeros más jóvenes, los últimos en el Capítulo, prendían el manto en los hombros del rey ó le deseñían la espada; un acólito presentaba la inmensa concha de plata, donde depositaba cada santiaguista su ofrenda especial, la moneda, que caía con choque argentino; ya se arrodillaban, ya hacían profunda reverencia, ya besaban el anillo del cardenal, ya volvían á sentarse en los bancos, con ligero ruido de espuelas y espadas y crujir de altas botas. Y lo solemne llegaba á su colmo cuando el rey, postrado ante el altar, dirigía la palabra á la imagen, en cuyo semblante inmóvil parecía asomar un reflejo de vida, un pensamiento de inmortalidad, un amor inalterable á la raza ibérica, su protegida, la que le había invocado en los combates...

¿Medioeval esta ceremonia? ¡Bah! Todo vuelve, y en España, como dijo Núñez de Arce, sólo están vivos los muertos. Santiago, Hijo del Trueno, tendrá que enjaezar otra vez su bridón de nieve; tendrá que desenvainar su espada de luz; tendrá que cruzar, como un rayo, por el aire encendido, sobre el ardiente campo de batalla. Santiago, que es el espíritu de la raza, su genio, vendrá nuevamente hacia nosotros, con nosotros pasará el mar, y detendrá su montura en la cumbre de la sierra donde se ha hecho fuerte el moro, el enemigo de los ocho siglos de pelea...

La preocupación que se nota en las caras de los personajes que acompañan al rey, no es vana. No se explica sólo por la fatiga del viaje y el calor de los días estivales—nunca excesivo en esta región,—esa imperceptible nube de contrariedad que se extiende por la frente y ese pliegue serio de la boca... Lo de la guerra, que empezó por una agresión aislada, sin importancia en el primer momento, va caracterizándose: es una cuestión grave, es la cuestión de la dignidad de que el país empezaba á disfrutar perdida, es el terrible peso de sostener una guerra fuera de España, en un suelo donde el adversario es nómada, y necesita buscársele en las montañas que domina y conoce. Son mil problemas que surgen de pronto ante el hombre de Estado y el patriota sincero que es don Antonio Maura, y á pesar de su energía tranquila, hay no sé qué en su faz que descubre la ansiedad profunda de los primeros momentos del conflicto. Y se comprende, se adivina que no ve la hora de marcharse, de terminar este viaje ya emprendido, pero que coincide con tan capitales sucesos. Es una angustia pasajera: dentro de una hora habrá recobrado el dominio de los nervios, y sólo pensará en la manera de atender á cuanto se viene encima...

Entre el estrépito de las músicas y el clamoreo de las campanas ha sonado como fúnebre elegía la noticia de la muerte de Ibáñez Marín, apenas ha puesto el pie en el suelo africano. Y el pensamiento se me va hacia esa tierra de Marruecos, donde ni una hoja de chumbera hubiese debido crecer sin permiso de España. Aunque nuestra guerra sea con el Riff y todavía no se hayan borrado las huellas de las zapatillas de los embajadores marroquíes en el polvo de las aceras madrileñas, yo juraría que tan bien nos quieren en Tetuán como en Zeluán... Es curiosa la unión que para renegar del perro cristiano existe entre los moradores de ese Imperio, que tienen realmente muy poca unidad de raza, pues son una mezcolanza de bereberes, moros, árabes, negros, hebreos, bohemios y sirios. La piel de los marroquíes recorre toda la escala, del negro lustroso al blanco caucásico; pero, nos dicen los geógrafos y viajeros, son hermanos en cuanto ladrones, fanáticos, astutos, opresores de la mujer y crueles con los inferiores. La evolución de ese Imperio no se ha parado y fijado en las épocas florecientes de los almohades; no presenta los caracteres de cultura que pudieron alabarse en los moros españoles. Marruecos, no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido. Si no está destinada España á civilizar ese Imperio, otra nación de Europa lo hará; pero creo imposible que se mantenga en pie en su actual barbarie y en su anarquía política interior. Hace años, hablando de estas cuestiones, decíame un franciscano: «Lo único posible en Marruecos es sujetarles. De convencerles no hay medio; de enseñarles, tampoco; de inculcarles la tolerancia cuando no les conviene aparentarla por disimulo, menos. Son ladinos y son rudos; son callados y no se admiran de nada, á fuer de salvajes; yo creo que ni con ventajas que se les ofreciesen se lograría moverles una línea. No podemos influir en ellos, porque nos desprecian más aún de lo que nos odian, quiero decir, desprecian á todo lo que lleva el nombre de cristiano. Son temibles por esto mismo: por su bravía robustez de cuerpo y de alma. Y en caso de guerra, dudo que pueda existir gente más temible. Ríase usted de los que les llaman cobardes. No tienen más pasión que las armas, y es lo único en que conservan algo del arte que en otro tiempo cultivaron. Por un buen fusil darían el alma. Y nosotros, como somos más sencillos y mejores que ellos, no podemos menos de encontrar simpáticos á esos aborrecedores nuestros, y dale con que son pintorescos, y vuelta con que se nos parecen... En España hay mucha morería bautizada, no lo niego; pero todavía hay clases, y creía usted que esa gente está cada día más bruta y más aferrada á su superstición.»

Me acordaba, sí, de los moros, mientras la larga cola de los santiaguistas barría el suelo alfombrado de la capilla mayor... Pero no presentía que, pocos días después, uno de esos santiaguistas, el más joven, el mío, saldría hacia el Africa, voluntariamente, atraído quizás por la misteriosa voz de Santiago, que todavía es nuestro numen... Y he aquí la realidad de lo que parecía elegante escenario de ópera.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Santiago de Compostela se han abierto dos Exposiciones: una moderna, otra de Arte retrospectivo, denominada Arqueológica. Como yo suelo desconfiar de lo moderno, al menos en mi patria, me fuí derecha á la retrospectiva, esperando encontrar en ella algo bueno. Y encontré mucho, muchísimo más de lo que pensaba, porque ni creí—ni ser ga llega y conocer algo mi país—que tanto hubiese de arte en él, ni que, aun habiéndolo, la nota de retraimiento y cautela que domina en la psicología de la raza permitiese á los dueños de objetos de valor desprenderse, aun temporalmente, de ellos, y correr los riesgos del envío.

Tengo que explicar lo que arriba estampo sobre mi desconfianza de lo moderno. No desconfío de lo moderno por serlo, sino porque no estamos aún al corriente de cómo se ha de elaborar. Nadie hubiese sentido satisfacción mayor que la mía al ver en Galicia celebrada según corresponde una gran Exposición industrial. Yo espero que con el tiempo se celebrará, en alguna de las dos ciudades modernas é industriales, Vigo y la Coruña. Por ahí se dice que en Galicia no hay industria; pero también olamos decir que no había arte, excepto el arte arquitectónico, que ese salta á la vista, y algunos santos de palo obra de Gregorio Hernández, Felipe de Castro y Ferreiro, y acabo de ver surgir de la tierra, afluir de manantiales desconocidos riqueza artística incalculable. No diré que nuestra industria pueda competir con la de Cataluña y Vizcaya. Algo tenemos, no obstante, que poder presentar en un Certamen como el abierto en Santiago de Compostela; y de este algo nada aparece en los edificios (bellamente concebidos y planeados, pero ejecutados con materiales de alfeñique) que componen la Exposición moderna. Al menos, en la semana siguiente á su inauguración. (1)

Y es que lo más hacedero, en la labor de organizar estos Certámenes, es buscarles sitio, construir las barracas, traer unas palmeras y unos evónimos, ó cosa parecida, para el momento inaugural. El verdadero trabajo serio es tener en la cabeza el mapa de la producción y actividades económicas del país, el cuadro de su cultura, y estimular, de mil modos, con el concurso de todos estos elementos, el concurso de los productores, á fin de presentar el verdadero estado de una región, el cuadro de sus fuerzas y energías, de su vida de trabajo y lucha, en el reducido espacio que las Exposiciones consienten.

Viniendo á la Arqueológica ó Retrospectiva, aun cuando no he visto terminada la instalación, y hasta diré que la he visto atrasadísima, ya se podía afirmar que era un éxito completo y una sorprendente revelación. Nadie ignora las vicisitudes que han contribuído á arrebatar á España mucha parte de su tesoro artístico. El vandalismo ha sido plaga; las llamas han devorado maravillas; la exclaustración, nube de langosta, arrasó la cosecha secular; todas las revoluciones—y bien reciente está la prueba—han emulado á los bárbaros primitivos, en su estado regresivo y en su ciega impulsión; la codicia ó la necesidad han vendido lo que jamás debió venderse; los chamarileros han recorrido pueblos y aldeas llevándose lo mejor; la ignorancia ha trocado, como los indios, por bujerías de quincalla objetos de oro puro; el modernismo mal entendido ha causado estragos también... Saqueados los conventos, arruinadas ó adecenadas tantas casas nobles; después del francés, las guerras civiles, las incursiones de prenderos malbrileños, los robos de iglesias parroquiales, ¿qué podía quedar? Pues quedaba; y quedaba en tales proporciones, que aun sin colocar y revueltos los objetos, era deslumbrador el conjunto.

Reflexionando bien, ocurre pensar cuán superiores á la actual eran las épocas en que nadie se eximía de pagar al arte tributo. Nacen hoy y mueren las gentes sin haber llegado á poseer un objeto bello: todo es bisutería, bazar, utilidad, fealdad innoble... Y la fealdad, aceptada, consuetudinaria, rebaja el nivel de las generaciones. Hoy las comunidades religiosas no sienten la necesidad de poseer algún admirable cuadro, algún santo de talla muy bello, de esos que se enseñan con respetuoso encomio en las viejas iglesias. Verdad que si lo poseyesen vendrían las turbas idiotizadas á rociarlo de petróleo y prenderle fuego. Hoy los ricos tienen mil refinamientos de higiene, muebles laqueados, trajes que cuestan miles de francos; pero no pueden presentar á la admiración de los que visitan su casa una prenda de artística hermosura, como algunas que aquí he visto y que proceden de familias nobles y obscuras del solar gallego.

En la Exposición retrospectiva de Santiago hay cantidad de telas, muebles, pinturas, tallas, cueros de Córdoba, lozas, hierros, bronces, imaginería de piedra, marfiles, colecciones prehistóricas, libros, grabados; pero lo que predomina es la plata de iglesia, y en este aspecto del arte sólo la Exposición del Centenario de Colón en 1892 y la de París en 1900, con las colecciones austrohúngaras, podrían eclipsar á lo que en Santiago se ha reunido. Hay que tener en cuenta la importancia de Santiago en el período medioeval, del XII al XV, con las peregrinaciones, y el impulso que recibió el arte en Galicia por medio de la poderosa corriente inmigradora, que procedía de los países entonces más adelantados de Europa, y encontraba aquí ya otros elementos propios, fecundizados al contacto.

Hay joyas en la Arqueológica de Santiago que son conocidas de todos los inteligentes, gracias en gran parte á los trabajos tan concienzudos y bien informados de D. José Villaamil y Castro, á haberse publicado sus reproducciones en el Museo Español de antigüedades y á haber sido exhibidas en la Histórica de 1892, aquel grande y meritorio esfuerzo de don Antonio Cánovas del Castillo. Otros objetos, en cambio, son quizás por primera vez ofrecidos á la contemplación de los aficionados á esta clase de estudios.

Conocidos y desconocidos, aquí se reunen en prestigiosa agrupación. Las cruces procesionales son tantas, que me parecería curioso contarlas si estuviesen colocadas todas. Lo mismo digo de los cálices, entre los cuales noto especialmente uno, el de Santa María de Pontevedra, una monería gótica, decorada al estilo jacobeo tan frecuente en los burgueños, con las conchas del peregrino. Una cruz procesional me sorprende por lo gracioso de la idea; es gótica también, y está formada con ramas de espino de plata. No cabe nada más artístico, que parezca más moderno por su elegancia y ligereza.

Entre las cruces las hay notabilísimas con esmaltes, en que la plata alterna con el cristal de roca. De las que he visto colocadas sobresalen la de Allariz, del convento de Clarisas, y dos de Astorga, una gótica y otra plateresca. Téngase en cuenta que los límites de Galicia, en la Edad Media, alcanzaban al reino de León.

Un viril de Noya compite con el primoroso regalado por doña Mariana de Neoburg á la Colegiata de la Coruña. Este viril de la Coruña es de un encanto especial, pues tiene un pie en la decadencia de fines del XVII, pero conserva las más nobles tradiciones. Es una maraña de racimos, hojas dentadas y de gentil involución, y angelillos traviesos que entre ellas se esconden. Esta idea de los angelitos y los racimos y follajes será, con el tiempo, favorita de los discípulos de aquel artista genial que le llamó Churriguera; al menos, en retablos y camarines. Pero en el viril de la Colegiata todavía domina la sobriedad, en medio del lujo fastuoso de los detalles.

El célebre báculo del obispo D. Pelayo es sobrado conocido. Sus ricos zapatos andan también por aquí. Los he visto en una sala entonces no instalada todavía, y en la cual reinaba ese pintoresco desorden que tal vez acrecienta el atractivo de la rebusca de un objeto oculto bajo otros varios, en confuso montón. Por allí andaban dispersos guantes episcopales, cajas de miniaturas, abanicos, cacharros, crucifijos de marfil, bordadas chupas, casullas de dorada estofa. Era el momento de la actividad en enviar, recoger y colocar como se pudiese, con gran derroche de clavos y una brigada de carpinteros. A cada instante llegaban cajones, se desempaquetaban cuadros, y realmente estaban mereciendo bien de la patria los que atendían, incansables, á tal faena. Es preciso nombrarles, pues son personas doctísimas y han puesto en la obra vida y alma. Son el conocido anticuario y arqueólogo D. Ricardo Blanco Cicerón, cuyo hijo, como el mío, figura ahora entre los soldados voluntarios de Africa; el ilustradísimo catedrático don Salvador Cabeza León, y el no menos sabio sacerdote D. Eladio Oviedo. Ellos, mañana y tarde, se consagran, ó se consagraban cuando ví la Exposición, á ordenar, clasificar, depurar, situar los objetos de modo que su lucimiento fuese mayor y el público pudiese apreciarlos y hasta aprovechar en entenderlos; y á ellos, no lo dudo, corresponderá la árdua y magna tarea de redactar el catálogo, ya que, por desgracia y por achaque común de esta clase de Certámenes, ni sombra de él existe todavía. Sería gran lástima que este catálogo no se llegase á imprimir.

Entre los activos y entendidos organizadores se cuenta uno de los expositores que más han contribuído á enriquecer las vitrinas: me refiero al señor Blanco Cicerón, que presenta objetos notabilísimos en marfiles, tablas, cruces, y sobre todo una colección que por lo rara y única está á la altura de lo más importante en su género, como documento etnográfico y como muestra de arte arqueológico: hablo de la famosa colección de fíbulas y torquis, de oro en su mayor parte, y algunos muy gruesos y macizos de elegante y curioso diseño. Sólo se encuentra esta joya en Galicia y Portugal, y se la considera, más que celtibérica, propiamente céltica. Alguna presenta también la Diputación provincial de Pontevedra; pero la colección de Blanco Cicerón es suntuosa y comprende los más señalados y variados ejemplares.

Hay otro expositor, el Sr. Pazos, que merece que yo le dedique aquí un elogio, acompañado de algunas explicaciones y observaciones. El Sr. Pazos presenta en la Exposición de Santiago tal cantidad de objetos, que si no cabe decir que la llena, podrá al menos afirmarse que la rellena. No es posible que, presentando mil ú dos mil cosas, sean todas de gran mérito, y que no existan entre ellas algunas dudosas como auténticidad—por ejemplo, los platos de Manises imitando la cerámica hispano árabe.—No obstante, en conjunto, las colecciones del Sr. Pazos son muy interesantes, y tienen la ventaja de permitir (al exponerse debidamente clasificadas) que se estudien numerosas manifestaciones del arte español y aun del arte en general. Yo he notado que en España, creo que por esta tendencia nuestra á echar, como decirse suele, la soga tras el caldero, á desdeñar lo relativo, se da poca importancia á lo que no es completamente de primer orden. Todo lo contrario sucede en Francia, donde á cualquier futesa se atribuye valor, y yo debo decir sinceramente que mucho de lo expuesto con respeto y estimación en museos como el Carnavalet y el nuevamente creado de Artes decorativas, de París—y si me apuran, bastante de lo que las vitrinas de Cluny guardan,—no es superior á algo de lo que el Sr. Pazos presenta. Un objeto de arte, con tal que sea auténtico y esté bien conservado, no necesita ser obra maestra para prestar el inmenso servicio de auxiliar á la cultura y para tener su lugar señalado, si no en el terreno de la estética pura, al menos en la historia del arte. Sólo la colección de llaves antiguas—creo que es del Sr. Pazos también,—que ocupa varias panoplias en el claustro del edificio de la Exposición, merece que se le otorgue al Sr. Pazos el título de muy meritorio coleccionista. Y no digamos nada del esfuerzo de traer aquí tanto objeto, y de la pérdida de no pocos de cerámica, que, como es sabido, difícilmente resisten el transporte.

He oído varias veces exclamar en los museos: «¡Bah! ¡Y esto se exponel ¡Unas hebillas de zapatos! ¡Pues si mi abuelo tenía unas así, y anduvieron tiradas por el desván de casa!» Pues justamente las hebillas del abuelo, y hasta la coña de la abuela, tienen su lugar en museos especiales, no como lo tiene la Venus de Milo, sino como por otro concepto—é insisto en el ejemplo del Museo de Arte decorativo de París, tan útil, tan admirado, donde se conservan y exhiben cosas de que nos reímos aquí.

En cambio, diré que la mayor parte de los objetos procedentes del Museo Romero Ortiz causan extrañeza. Presentar la colilla de un cigarro nunca será lícito en una Exposición de Arte retrospectivo, aunque sea la colilla que apuró, momentos antes de ser pasado por las armas, un heroico general. Mucho se ha ejercitado la sátira contra las reliquias, pero las reliquias son cosa de fe; la fe no se discute, y nadie envía reliquias á una Exposición. Estas reliquias del Museo Romero pueden tener interés en colección particular; nunca en Exposición artística.

Con esto, quédese para otra crónica algo que no debe omitirse al reseñar la de Santiago.

La condesa de Pardo Bazán.

(1) En la página 607 publicamos algunas vistas de la Exposición Regional. (*N. de la R.*)

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos por hoy de arte: hablemos de algo que se le parece mucho en el fondo y que acaso le ha dado origen: del sentimiento popular. Acabo de verlo manifestado en una de sus formas perennes, la religiosa, en una misión de aldea.

Las misiones son como todo: para describirlas, hay que presenciarlas; asistir á la organización casi espontánea de esos *Rosarios*, que entonando cánticos serpean de un modo tan pintoresco, tan vivo, á paso de carga, con la cruz procesional y el estandarte al frente, por los senderos que rodea la zarzarrosa, ó carretera adelante, alzando nubes de polvo, andando rítmicamente. Hay que estudiar cómo palpita, de pronto, en la muchedumbre, un soplo de vida espiritual, una preocupación de las cosas ultraterrenales; algo que es ajeno, por lo común, á la vida aldeana, muy práctica, encerrada entre las paredes de unas cuantas necesidades, trabajos y solaces, más del cuerpo que del espíritu. Pero el espíritu quiere su alimento.

La misión atiende también á los aspectos positivos de la existencia; los consejos morales del misionero recaen frecuentemente sobre puntos concretos, combatiendo los hábitos que por el camino de la suciedad, la grosería ó el vicio pueden conducir á la ruina. Pero los misioneros le recuerdan al aldeano, sumido en la materia y amodorrado por lo monótono y continuo de la labor, que tiene un alma, y que esa alma hay que purificarla, hay que salvarla, hay que pensar en ella alguna vez; y al recordárselo, les confirma un título del cual se enorgullecen; el título de personas.

El aldeano encanecido sobre el terruño; la mujeruca que marmonea rezos con desdentada boca; el mozalbete en quien empiezan á despertarse los instintos de la pubertad, que inclinan á la delincuencia, oyen con secreto engreimiento que su alma importa á alguien, nada menos que á Dios; que esa alma vale tanto, exactamente, como la del señor que ha llegado á la misión en su automóvil ó en su coche, bien comido y bien trajeado. Si la suerte puede aquí en la tierra cometer injusticias, repartir hambre ó miseria, enviar años de mala cosecha y enfermedades, hay otra vida, hay otro mundo, el de las compensaciones. Faltarán medios, faltará hasta el sustento aquí, pero allí, en la Jerusalén celeste, vela la eterna Justicia. Y el terror de la muerte se atenúa, y el cansancio de la vida trabajada desaparece. La esperanza ha derramado su filtro misterioso.

Yo no sé á punto cierto—¡es un enigma tal el pensamiento de las multitudes!—si esta gente que camina apiñada, detrás de la cruz parroquial, para llegar cuanto antes al campo de la misión, es creyente toda, y lo es con firmeza; afirmo que lo parece, y no veo cuál otro móvil les había de traer aquí á las tres de la tarde, bajo un sol riguroso. Las sendas resuenan con las oraciones cantadas, y el terreno está agostado, de tanto pie como lo pisa. Diez ó doce parroquias, compactas, acuden todas las tardes, por espacio de ocho ó nueve días, al campo, y se colocan como pueden, apretándose en el suelo; á un lado las mujeres, á otro los hombres; el púlpito, protegido por una especie de marquesina, se alza en el centro y destacándose sobre un fondo de ría azul, de bosques frondosos, de campos y heredades, con abigarramiento de retazos de tapiz cortados caprichosamente; los castaños del soto protegen y sombrean al inmenso concurso, á los cuatro ó cinco mil fieles, que aguardan. El gentío se instala; unos bancos duros se reservan para los coros de muchachas cantoras, para los párrocos, para el señorío que madrugue. Si se descuida, no tendrá más silla que el césped. Algunas señoras abren sus escabeles de tijera. Los *Rosarios* van llegando, y las cruces alineándose á la derecha del altar improvisado para las misas; los estandartes, de alegre colorido, bordados de lentejuela, descansan también, mientras sus portadores se enjugan la frente, suspirones. Cuando ya se han acomodado todos; cuando todas las cruces de plata reposan inmóviles, destellantes, ligeramente inclinadas, con aire de escuchar también ellas, se oye un rumor ahogado, un murmurio: bajo los castaños avanza por el aire una figura negra, una mujer pálida, melancólica, enlutada, majestuosamente sola; blanquean la cara hermosa y las manos cruzadas: parece viva... Es la Dolorosa, traída en andas, silenciosamente. Sus porteadores la depositan sobre una mesa, frente á la concurrencia la triste Faz. Las mujeres la miran con cariño y mueven los labios. Es la Señora, la Patrona. ¡Cuánto ha sufrido!

Después de los rezos, la plática. El misionero está ronco, y al principio se nota el penoso esfuerzo que tiene que realizar para emitir la voz. Estos jesuítas que aquí han venido, al marcharse empalmarán misión con misión, hasta enero. La misión es labor rudísima; hay que tener salud de hierro para tal faena. Se levantan antes de que amanezca para disponerlo todo; por la mañana exhortan, confiesan, dan la comunión, instruyen á los niños, amonestan á los párrocos, ensayan los coros; apenas les queda una hora para comer. Alzados los manteles, ya están en el campo, esperando la marea de la multitud, colocando, poniendo orden. Para ocupar el tiempo que tarda en llegar el último Rosario, guían los cánticos de las muchachas, que contesta el pueblo; rezan las Letanías, la Salve; piden por que la guerra se acabe felizmente. Cuando ya la concurrencia difícilmente podría aumentar; cuando se han sosegado las parlanchinerías y mosconeos de las mujeres que se empujan y se disputan el sitio desde donde mejor se ve, la campanilla repica y la voz se eleva, resquebrajada, luchando con un principio de afonía. Poco á poco, las cuerdas de la laringe van calentándose, y sale la voz más clara, más extensa, más sonora. Se oye con profunda atención: si hay alguien que converse, le acallan los siseos.

¿Sobre qué versan las pláticas y los sermones? La plática es más familiar; recae en temas accesibles á la comprensión de los aldeanos; el sermón se remonta, y sin género de duda produce menos efecto. De política, ni rastro. En este particular, creo que la misión hasta exagera la nota de abstenerse y huir del terreno peligroso. Apenas una ligera alusión, sin nombrar, una exclamación de pena por los sucesos de Barcelona; tan rápida, tan insignificante, que ni creo haya llegado á percibirla la gente del terruño, remisa en comprender lo que se dice á medias.

El lenguaje de los misioneros no es generalmente ni figurado ni elevado. Hablan de lo corriente en términos muy usuales. Lo hacen, sí, con vehemencia y ardor, y ese es acaso el secreto de su éxito, de que aumente la concurrencia hasta no caber, de que se confiesen y comulguen á millares, aquí mismo, en el campo, en improvisadas rejas. La pasión es contagiosa, y la oratoria de los misioneros apasionada, realista. Muchas cosas las designan, no sólo por su nombre, sino por su nombre más expresivo y gráfico. Esas grandes realidades de la vida humana—el pecado, la culpa, la muerte—aparecen de relieve, con violento claroscuro. Hablan al aguafuerte. Y en medio de esta oratoria trágica, en la cual los «ejemplos» tienen el atractivo de lo maravilloso, se entreveran notas humorísticas, cuentos realmente divertidos y narrados con buena sombra, que por un momento alegran con gesto de risa los semblantes graves, sombríos, los ojos lacrimosos.

Naturalmente, las moralejas fueron para aldeanos, porque el «señorío» venido de los cercanos Pazos, quintas y chalets estaba en minoría; hubiese sido preciso además hablarle de otro modo, tocar otros registros. Un punto en que los misioneros insistieron fué el de la blasfemia. Y les encontré indulgentes con las interjecciones españolas, que no les parecían cosa grave. Respeto su criterio, pero creo que blasfemia é interjección son hermanas. El que se habitúa á soltar las unas, soltará las otras. No son las interjecciones un desahogo, una válvula de seguridad que prevenga la blasfemia: son, al contrario, el resbaladero por donde la blasfemia se desliza. La boca ha de ser limpia en todo, ó en nada lo será.

Tan maquinalmente como el hombre brutal lanza la interjección no atribuyéndole importancia alguna, arroja luego la blasfemia, sin creer tampoco que eso merezca la pena. Por otra parte, la interjección es siempre una obscenidad. Mientras el pueblo cultive la interjección, estará con el pie derecho dentro de la barbarie. Esa interjección, relleno y barniz del lenguaje popular, les familiariza con el cinismo; esa interjección la pintará en la pared, la aplicará al insulto, la repetirá en familia, la pronunciará ante la mujer, hiriendo su pudor, y no se le caerá ya de los labios. La interjección es la blasfemia *humana*.

Y ciertamente la blasfemia corroe como una lepra, mancha como un estigma la frente de nuestro pueblo. Un pueblo que no destierra de sus costumbres la suciedad del habla, luchará en balde para ser un pueblo culto. La ecuanimidad, la dulzura, la misma alegría y placidez del vivir, son incompatibles con la blasfemia. Apenas terminada la misión, oímos, en nuestro prado, que difumaban las nubecillas de humo rastrero de la *roza*, una sarta de inmundas blasfemias. Saltamos, corrimos á reprender, á expulsar al blasfemo—nadie debe tolerar que en su casa se hable así—y encontramos á dos trabajadores que luchaban; de la frente del uno manaba sangre ya. La blasfemia había sido, como suele, el anuncio del delito, fácil de transformar en crimen. La ley ha sido aplicada al culpado, y ojalá le corrija. Siempre que escuchéis blasfemar, temed que la sangre corra. Acaso la blasfemia disminuya, si en todas partes la castigan con multa, como aquí se hace. Por cualquier medio hay que redimir á España de la ignominia de la blasfemia, sanearla del paludismo de la interjección.

Hablaron los misioneros también del lujo... ¿Del lujo, en la aldea?, diréis. Sí; en la aldea como en Niza, y casi diré que más, el lujo es un problema contemporáneo. En otro tiempo, el traje de gala de la aldeana costaba un pico; pero duraba, tal vez, dos generaciones, y era precioso, de un colorido encantador, de una gracia arcaica y señorial á la vez. El lindo dengue rojo, el bordado pañuelo, las gayas cintas que sujetaban el *mantelo* ó manteo, la saya de grana, las patenas y *sapos* de oro, constituían un conjunto digno del pincel. Todo eso cayó en el olvido. La tradición feneció. Las parejas que á veces, en tiempo de fiestas, bailan para amenizar un número, son de guardarropía. Ninguna rapaza quiere usar el dengue, el pañuelo de ramos, la patena afiligranada, el zapato amarillo de lazo azul. No hay sastre, no hay costurera que sepa dar su corte bizantino al manteo. En cambio, pululan las modistas, se multiplican las tiendas de géneros y adornos, los figurines hacen su invasión en la existencia labriega. ¡Y qué invasión! ¡Qué caricatura!

Todos los días de trabajo, en mi parque, una hilera de mozas acarrean tierra en cestos ó pajes, de un desmonte á una hondonada que es preciso rellenar. Van contentas, activas, descalzas, sin medias, con unas haldillas de percal roto, con unas chambras desvaídas, y su pelo, revuelto y embutido de tierra, se pega á su cuello húmedo de sudor. Cuando se dedican á este trabajo, se comprende que estas muchachas no han aprendido labor alguna superior á su condición de aldeanas; que ni saben de plancha, ni de costura, ni de servicio doméstico. Su porvenir es casarse con un labriego también, apilar el estiércol, sallar el maíz. Y viene el domingo, y empieza el reinado del figurín—el reinado de las modistas locales.—El pelo ayer terroso aparece salpicado de peinetas de estrás; el cuerpo ayer libre, á gusto en la pobre ropa, se encaja reventando en un corsé de estos de tubo, con ligas rizadas; el traje es de los estrechos, «princesa,» con entredoses de tres dedos de ancho. Un cinturón de seda rodea la rígida cintura. Un imperdible de imitados zafiros la prende. La bota es de charol, y espero el momento en que la mano se cubra con el guante...

No necesito decir lo ridículas que están las florecillas campestres, á veces tan frescas y bonitas, con este disfraz de Carnaval... No necesito insinuar cómo se advierte que son de monte y no de estufa... No necesito explicar lo que se nota que les falta, y el indiscreto revuelo de las faldas denuncia; el verdadero lujo de la mujer de esfera superior, el lujo íntimo y reservado, sin el cual el traje «de moda» es meramente grotesco...

Y los misioneros se lo gritan. «En esa vana tentativa de vestir como las señoritas y las señoras, derrocháis lo que os haría falta para comer nutritivamente, para tener un pequeño peculio cuando os establezcáis, para el mueble indispensable, para el ganado que os ayuda á vivir, para tantas necesidades y tantas conveniencias.» Pero ¿qué puede un misionero contra la modista? No es sólo en la perfumada acera de la rue de la Paix donde truenan Paquin, Laferrier y Worth; no es sólo en los salones, en los grandes teatros vibrantes de esplendor, de arte y de magnificencia; no es sólo en los casinos internacionales donde el lujo desequilibra y absorbe el jugo del trabajo... También en esta aldea riente, humilde, al extremo de la península, Eva oye á la serpiente, y todo lo conseguirán los Padres... excepto quitar moños.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anatolio France está siendo de actualidad en España, por motivos ajenos á la literatura; por haberse inmiscuído en asuntos de política interior española. Con tal ocasión se le ha discutido y, es de rigor desde que interviene la política, hubo apasionamiento de una y de otra parte. Para los unos, fué un genio. Para los otros, un mediocre. Para mí, siguió siendo lo que era: un notable escritor, de los mejores que hoy posee su patria, que ha perdido, en los últimos diez años, á los más ilustres.

No por ser buen literato se entiende de todo. Mi grande amigo Castelar, que además de profesarme verdadero cariño tenía de mí una opinión sumamente indulgente, solía decirme chanceándose: «Emilia, usted en literatura es un Metternich, y en política un bacalao.» Ignoro, á decir verdad, cómo pudo Castelar darse cuenta exacta de mis opiniones políticas, no muy acentuadas nunca; porque yo soy un espíritu crítico, y en muchas cuestiones suelo ver reunidos el pro y el contra. En suma, la frase, para mí sobrado halagüeña, del inolvidable Castelar, puede parecerme aplicable á muchos escritores y sigaífica que nadie es en todo un águila.

En el mes de mayo, hallándome en París, manifesté deseos de conocer personalmente á Anatolio France, al cual, siendo presidenta de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid, había invitado, por conducto del embajador, á venir á darnos una conferencia. Todo esto es, en mí, indicio de verdadera estimación literaria. Mis principios son en este particular muy rigurosos, y si no admiro, no doy señales de admirar. No hay que falsificar cosas tan serias.

France no pudo venir al Ateneo, no recuerdo si por ausencia ó enfermedad, y yo no pude conocerle en París porque me dijeron que recibía una especie de corte, sin devolver jamás la visita, ni aun por tarjeta. Soy cortés y creo que todos deben serlo. Para enterarme de France me bastaban sus libros. Rodeado, según estaría, de mucha gente, yo no sacaría tampoco de su presencia una impresión educadora, de estudio psicológico. Me quedé, pues, sin saber cómo es la envoltura física de France, ni la de Lemaître, otro autor favorito, que no se encontraba entonces en la capital.

Tiene hoy el autor de *La isla de los Pinguinos* setenta y cinco años, si no miente su biografía en Vapereau. Su vigor es sorprendente, atendido este dato. Antes de consultar el Diccionario, yo le creía más joven, ó si se ha de decir de un modo no tan político, menos viejo. Es la literatura profesión de longevos—léase la *Filosofía de la longevidad*, por Finot,—y de longevos verdaderos, pues la vida, sin las facultades intelectuales, no creo que nadie la apetezca. La campaña de France en la capital de la Argentina supone una resistencia envidiable en tal edad.

Desde 1876, época en que Anatolio France comenzó á escribir, ha producido bastante, especialmente novelas. Entre ellas se destacan *El crimen de Silvestre Bonnard*, *Jocasta*, *La asnerna roja*, *La asadurla de la reina Pedauca*, *Tais*, y ahora *La isla de los Pinguinos*. Ha escrito también muchas crónicas periodísticas, coleccionadas en cuatro volúmenes bajo el epígrafe general de *La vida literaria*.

Con la comprensión amplia que le caracteriza, Lemaître ha analizado la formación del talento de Anatolio France. Ha empezado por señalarle su verdadera jerarquía, situándole entre los artistas que no existirían á no haber existido los genios, los «monstruos divinos,» como, por ejemplo, Víctor Hugo ó Balzac. Después ha recontado los elementos constitutivos de ese talento; la infancia pasada entre libros, el estudio de las humanidades, la influencia de la enseñanza eclesiástica, la dura juventud de luchador, la escuela de estética del cenáculo parnasiano, el amor á la vida helénica, á la antigüedad penetrada de heroísmo y de hermosura. De tales componentes tiene que salir espíritu educado, ático, con más cultura y fineza que espontaneidad. Esa furia creadora, esa epilepsia de inspirado de Víctor Hugo, no caben en Anatolio France. Todo en él es consciente; todo reflexivo; todo repensado, así en la novela como en la poesía. En consecuencia, lo más delicioso de su obra tiene que ser la crítica. En la crítica, conviene esa leve malicia, esa indulgencia irónica, esa escéptica convicción de la nada de las cosas y la cambiante movilidad de lo humano. Excepto *Tais*, que me gusta infinito, aunque no tanto como *La tentación de San Antonio*, de Flaubert, que le ha servido de modelo, doy las restantes novelas de Anatolio France por sus amenísimos, impagables artículos de crítica.

No niego que, en sus novelas, la realidad se filtra al través de una capa muy rica de ciencia, literatura, filosofía y pensamiento. Pero no sé hasta qué punto esto es alabanza para el novelista. El cerebro mal lastrado de nociones de un Cervantes, el ingenio lego de algún novelista como Dickens, nada han perdido por no estar á la altura realmente distinguida de la erudición de un Silvestre Bonnard. Al novelista le hacen la invención y la observación directa, de lo real, una energía especial, creadora. Los muchos libros, que saturan una mentalidad poderosa, quizás la abruman. Todo esto lo escribo en condicional; pues hay que temer afirmar de plano. Me adhiero, sin embargo, á la opinión de Lemaître: las narraciones de Anatolio France son, ante todo, de un gran literato, de un mandarín excesivamente sabio y lleno de sutileza. Ahora bien; atribuído todas estas condiciones á un literato español, y no por eso adquirirá autoridad su opinión en asuntos interiores de Francia, á menos que los haya estudiado de un modo suficiente y demostrable.

De sobra sabemos cómo se nos estudia en la vecina República. Parece hasta cansado repetirlo, pero no cesará la protesta mientras no cese el abuso. Las costumbres de los fueguinos y de los indígenas de Australia han sido mucho mejor estudiadas por los viajeros franceses que las españolas. La razón de esta peregrina anomalía no la alcanzo. Los franceses son listos, son amigos de descubrir temas literarios, históricos y científicos que no estén bien esclarecidos aún, y se precian además de comprensivos. ¡El viaje á España es tan fácil, ahora que se acabó el período de los ladrones pintorescos! ¿Por qué siguen y seguirán (voy temiéndolo) en esa que Acebal llama con razón bárbara ignorancia de nuestras cosas, malas y buenas?

En estos momentos, razones ó, mejor dicho, móviles de interés azuzan á la prensa francesa contra nosotros. Nos están haciendo la campaña del descrédito y del *canard*. Pues bien: yo sostengo que hasta para calumniar hábilmente á las gentes, hay que conocerlas. Si no, las invenciones son tan gruesas, que no producen efecto.

Hay en Francia tendencia á la simpatía cosmopolita: para todas las naciones tiene Francia una sonrisa de fondista amable, que se despepita por agradar á la clientela: quizás la única excepción á esta regla del carácter nacional sea su modo de tratar á España, en el cual se une el desdén á la curiosidad malsana y picaresca. O nos lanzan una ojeada por encima del hombro, ó se inclinan para ver la navaja que llevamos en la liga. A la cara jamás nos han mirado.

Cuando tenemos la osadía de querer elevarnos un poco; cuando en algo nos vale el propio esfuerzo ó nos sonríe la fortuna—por ejemplo, en las circunstancias presentes,—se despierta en nuestros vecinos una especie de *pelusa*; una indignación cómica porque no nos hemos convertido ya en conjunto de tribus, nuestras ciudades en aduares y nuestros ejércitos en harka.

¡Válanos Dios, y qué poca caridad!

Positivamente, y sin que sea arranque vengativo el recordarlo, Francia, desde mediados del siglo pasado, no puede preciarse de haber tenido encadenada á la victoria. Sus desventuras militares han sido varias y continuas. A muchos de sus generales, por no declararlos ineptos, ha tenido que suponerlos vendidos. Del desastre terrible no se ha repuesto aún. Recientemente, en Casablanca, ha necesitado hacer relevos, por fracasos. Todo esto, que es motivo para compadecer, no para increpar, á una nación, debe influir en que esta nación miro cómo habla de las otras, por aquello que sabemos del tejado de vidrio. España no ha molestado en nada á la nación francesa, si no es molestia atenerse á lo tratado. Se infiere que, en lo tratado, había, por parte de nuestros vecinos, reservas mentales. Si sus cálculos han salido fallidos esta vez—¡alguna vez había de quebrar la mala suerte!—tengan paciencia, y enderécense esa bacía, como le dijeron los galeotes á don Quijote; es decir, arreglen lo mucho que en su política interior y en su ejército les conviene arreglar, so pena de disgustos mayores, en lo porvenir, de los que podemos darles nosotros, ¡pobrecitos de nosotros!

Para asegurar que á Francia no le falta qué trabajar dentro de su casita, no necesito sino releer la novela del antedicho Anatolio France *La isla de los Pinguinos*. Todo el libro es una aguda sátira contra Francia, su desenvolvimiento, sus tradiciones, su papel en el mundo; los pinguinos ó pájaros niños, palmípedos conocidos por su estupidez, simbolizan á los compatriotas del autor, y la historia de los pinguinos—él nos lo dice—es, como la de todos los pueblos, una serie de miserias, crímenes y locuras. Del cataclismo de 1793, France asegura despreciativamente que su primer acuerdo legislativo fué fundir la plata artística de las iglesias, y que burgueses y aldeanos encontraron buena la revolución para adquirir tierras á bajo precio, y mala para conservarlas. La cruz de la Legión de Honor, emblema de las glorias militares del Imperio, la coloca sobre el pecho velludo de un gorila. Y la profecía lisonjera del ironista respecto al porvenir de Francia, es que, después de haber saltado con dinamita París, su civilización desaparecerá por completo, la tierra misma será malsana y estéril, y después de haber nutrido á tantos millones de hombres, se quedará desierta. En las colinas donde se alzó París, pacerán los caballos salvajes; donde se irguió la Villa olvidada, los cazadores perseguirán al oso, hasta que, otra vez, la civilización renacerá, el Estado se formará de nuevo, y la gran ciudad resurgirá enriquecida y acrecentada: quince millones de hombres volverán á trabajar en su gigantesco recinto. Tal es el vaticinio hecho á Francia, y por extensión á la humanidad; y no cabe profecía más conservadora; todo lo que se destruya será reconstruído, y el círculo fatal de la historia recreará las sociedades tal cual se encuentran organizadas actualmente, porque si perecen sobrevendrá la vida salvaje.

Yo no extraño que así profetice Anatolio France, pues recuerdo su profesión de fe de patriota. Se encuentra en el tomo III de su «Vida literaria» y me parece curioso transcribirla. Dirigiéndose á Josefino Peladan, el célebre Sar y mago, France escribe: «Las sociedades humanas le inspiran (á Peladan) insuperable repugnancia. No concibe, por ejemplo, que nadie pueda tomarse interés por la seguridad y la gloria de la patria. Por muy mago que sea, permítame que esto lo deplore. El desdén de los cuidados que impone la misma naturaleza de las cosas, *el desasimiento de las formas más augustas y más sencillas del deber*, inficionan hoy en demasía á la literatura joven. Nuestros refinados encuentran un poco vulgar el patriotismo. En un alma refinada, esta religión de la patria se presta á toda delicadeza y hasta admite la elegancia del dandy. ¡Que prueben esos señores! Que se pongan á amar á su patria como conviene que se la ame, y bien pronto notarán que en este amor caben todas las finuras de la estética moderna. El Sr. Peladan nos habla con admiración de los viejos florentinos. Pues esos amaban á Florencia. Augusto Barbier ensalza á aquel pintor católico que se durmió en la muerte pensando en su ciudad. Los grandes italianos, poetas, pintores y filósofos, vivían y morían todos en este pensamiento. Una imagen de la vida italiana en la Edad Media es el buen San Francisco, bendiciendo, en su última hora, á su villa de Asís. Y sin embargo, eran hombres sutiles. No es digno del talento de Peladan creer que el patriotismo debe ser dejado al vulgo como un resto de barbarie.»

Muy bien dicho, y no añadiremos «chóquela usted» por no *chocar* al refinado ironista, que con la patria no es irónico... Si podemos atrevernos á emitir tal deseo, rogaríamos á Anatolio France que nos permitiese pensar en esto lo mismo que él; amar á la patria, á la ciudad, y no abandonar el amor de la patria como un residuo de edades bárbaras. ¿Nos lo consiente France á los españoles?

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El que quiera saber cosas nuevas, lea libros viejos; en el caso presente y modificando la sentencia, el que quiera saber cosas nuevas lea también libros nuevos que de lo pasado traten, rebuscando lo curioso y lo olvidado, y recogiendo esos detalles realistas, típicos, que alumbran á veces la historia con viva luz.

Un libro de esta naturaleza acabo de recibir de México—de donde tantos recibo ahora, con extremada gratitud.—Hace pocos días venía á mis manos el tomo XXV de la gran serie que publica el sabio D. Jenaro García, bajo la denominación general de *Documentos para la Historia de México*, y en este instante llega el *México viejo y anecdótico*, de D. Luis González Obregón. Hallo en él algunas noticias de las que los franceses llaman *piquantes*, y que se prestan á glosa ligera, como debe siempre ser la labor del cronista.

La historia es un tejido de muy diversos hilos, entrecruzados y revueltos con nudos y marañas. No hay cosa más opuesta al verdadero conocimiento de la historia que el empeño de la homogeneidad. A distancia, identificamos cosas que antaño andaban, no ya apartadas, sino acaso enzarzadas en pelea. Nuestra influencia en América, los destinos de nuestra raza allí, nos parecen inseparables de la lengua y la literatura. Por boca de la poesía hemos dicho que el viajero que arribe

> «á las playas antípodas distantes,
> verá la Cruz del Gólgota elevada,
> y escuchará la lengua de Cervantes...»

haciendo así, del idioma del *Manco*, la forma suprema del españolismo persistente de la América donde corre nuestra sangre y ha hecho casta nuestra progenie. Tiene, pues, que causar alguna sorpresa la noticia de que, á principios del siglo XVII, el *Quijote* estaba prohibido y mandado recoger en México.

Ni más ni menos. Referiré el caso, tomándolo del interesante libro á que vengo aludiendo, *México viejo y anecdótico*.

Su autor, el Sr. González Obregón, es, además de no notable escritor, un erudito, registrador de viejos papelones. Hubo de caer en sus manos diligentes cierto manuscrito, picado honrosamente de polilla, como cumple á un papel hidalgo, y que rezaba en el epígrafe: «Inquisición de flotas venidas de los Reynos de S. M. desde el anno de 1601 hasta el presente de 1610.» Todos los rebuscadores saben que no deben descorazonarse ante un encabezado en apariencia sin interés: González Obregón siguió leyendo, y encontró que, según el reglamento vigente en la fecha del manuscrito, se ordenaba reconocer, á la arribada de los navíos, si llevaban libros prohibidos, para decomisarlos. Eran estos libros, amén de los heréticos, contrarios á la fe y á las buenas costumbres, los que contuviesen materias de Indias ó Artes y vocabularios de lenguas indígenas, que no estuviesen aprobados; y, asimismo, los libros «profanos y lascivos» y de historias fingidas. Esto estaba expresamente estatuído en las leyes de Indias, anteriores al amarillento papel.

A continuación, el manuscrito declaraba los libros que fueron decomisados en la Veracruz, durante los años que abarcaba. En 1601 fué recogido el *Espejo de caballerías*, por Diego Ortúñez de Calahorra, natural de Nájera; en 1602, la *Historia de Bernardo del Carpio*; en 1604, obras de Ovidio y Lucrecio; en 1605, nada menos que la *Historia general de las Indias*, por López de Gómara, lo más castizo, y por 1608, ¡fué recogido y mandado á este santo Oficio de la Inquisición de México un libro en cuarto, aforrado en pergamino, que dice en su carátula: El Ingenioso Hidalgo Don Qvixote de la Mancha, Compuesto por Miguel de Cervantes Saauedra, Dirigido al Duque de Béjar, Marqués de Gibraleon, Conde de Benalcaçar y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos, (Escudo) Año 1605. Con privilegio. En Madrid, por Iuan de la Cuesta—que pareció al Comisario de la Veracruz y Oficiales Reales de la Real Aduana, ser romance que contiene materias profanas, fabulosas y fingidas.»

¿Qué tal? El *Quijote* sufrió la misma suerte que el *Espejo de caballerías*, el cual forma parte de las obras que le secaron el celebro á don Quijote y figura en el donoso escrutinio hecho en la librería del Ingenioso hidalgo por el cura y el barbero; y fué calificada de obra fabulosa la que sangra realidad del principio al fin...

No incurramos, sin embargo, en la vulgaridad de escandalizarnos excesivamente. Todo lo acaecido en las sociedades que pasaron, tendría la más natural explicación si conociésemos á fondo, en su complejidad y entretejimiento de influencias y causas, á esa misma sociedad. Ni el individuo ni los pueblos suelen aparecer procediendo muy arbitrariamente, cuando se llega á lo hondo, al subsuelo de su psicología y su dinámica. Ciertamente que la Inquisición no se había fundado, ni en España ni en ninguna de las naciones que la tuvieron, para decomisar libros de la índole del *Quijote*. A la misma hora en que lo decomisaba la Aduana de la Veracruz, algún Inquisidor español leería quizás con deleite la regocijada y triste obra maestra del *Manco*. El *Quijote*, en la Península, fué muy bien acogido y reído desde su publicación..., aunque no vieseu en él las gentes lo excepcional que vemos ahora.

La última interesante revelación del precioso manuscrito es una nota de vida tan antigua como moderna. Suponed á un novelista insigne, que cruza el Atlántico y se aleja para siempre del suelo natal, dirigiéndose á ejercer un prosaico empleo. Al partir hacia lejanas tierras, este novelista se lleva consigo una novela de recientísima publicación, de la cual se había entre literatos, y que le hará compañía á tantas leguas de su país, pues representa la actualidad literaria. Suponed que, al desembarcar, pretenden quitarle la novela, y considerad las recomendaciones que buscará para conservarla en su poder. Pues es el caso de Mateo Alemán, autor de *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache, Atalaya de la vida humana*, que, con *Lazarillo* de Hurtado de Mendoza, pudieron ser los libros que sirvieron de modelo á Cervantes en alguna parte de su *Quijote* y en varias de sus *Novelas ejemplares*. Mateo Alemán no era trigo limpio: en España, ejerciendo su cargo de Contador, cogióronle en no sé qué descubiertos, en ciertas cuentas, por los cuales se le formó causa, y hubo de quedar desempleado; mediatizan, así ha solido ocurrir en todo tiempo, recomendaciones, y el acusado fué enviado á Nueva España con análogo destino. Era ya viejo; iba á dejar sus huesos allí, y se llevaba, con estima infinita, la reciente novela del que había de eclipsarles á todos. No podía resignarse á soltar su *Quijote*, y dice el manuscrito: «se volvió el libro por súplica de S. Illma. d. fr. García Guerra, á su dueño Mateo Alemán, Contador y Criado de Su Magestad.»

Este lindo detalle de historia literaria tiene además la ventaja de esclarecer completamente un punto que—en 1876, al publicarse en la colección Rivadeneyra *El Pícaro*—se declara dudoso, á pesar del testimonio de Nicolás Antonio: el paso de Mateo Alemán á Nueva España.

Claro es que á pesar de decomisos y prohibiciones, el *Quijote* se paseó á su talante por México. El mismo libro de González Obregón nos cuenta la divertida historia de cómo el virrey le *pisó*, diríamos ahora familiarmente, su ejemplar á un Oidor de la Real Audiencia.

Sin dejar de la mano este libro, *México viejo*, vamos evocando la visión de la vida colonial, allá en los siglos de nuestra dominación pacífica; el período de los poderosos virreyes. Vemos al conde de Revillagigedo, de honrosa memoria, disponerse á tomar su chocolate en bandeja de plata, antes de que el barbero le empolve la peluca y le trence la coleta. Respecto á la bandeja ó más bien salvilla en que al virrey le presentan el olo roso soconusco, puedo forjarme la ilusión de que es la misma en que ahora me lo sirven á mí, guarnecido de bizcochadas y mantecadas. Porque poseo una gran salvilla cuya procedencia mexicana es indubitable. La sostienen elegantemente cabezas, mejor dicho, pequeñas cariátides de indios, expresando perfectamente el tipo de la raza, y en su ancha superficie ostenta las marcas del platero: una representa las columnas de los pesos columnarios ó mexicanos, y entre ellas la cabecita de Carlos II; otra figura un ídolo, un dios de la mitología indígena. No veo, pues, dificultad en que, dado el rodar de los objetos en traslaciones, ventas y compras, la salvilla que describo sea la misma en que á D. Francisco de Güemes y Horcasitas, cuadragésimo primero de los virreyes de México, que tomó posesión de su cargo el mismo día en que expiraba en España Felipe V, le ofrecían el tazón chinesco, rebosando de hirviente chocolate, que provocaba la verbosidad de D. Ermeguncio.

D. Francisco de Güemes, cuyo retrato he visto mil veces en la escalera del palacio de Revillagigedo en Gijón, hizo cuanto pudo para levantar de su postración á la Nueva España. La decadencia de los últimos años del reinado de Carlos II había llegado allí, si bien con el retraso natural, y aquello estaba perdido. El virrey trabajó bastante en arreglarlo. Como todos los gobernantes que han de mirar por su gobierno, Revillagigedo madrugaba y se disponía y aseaba muy temprano. La anécdota que refiere González Obregón nos le pinta haciéndose rasurar, desde el día en que tomó posesión del cargo, á las siete en punto. Mientras el Fígaro preparaba sus navajas, el conde leía las quejas y solicitudes depositadas la víspera en su buzón, que no serían pocas. Si el virrey era un buen virrey, el barbero era, en su género, una perla única. Como que respetaba el atareado leer del señor, y le afeitaba en silencio, lo cual tiene algo de milagroso é increíble, dada la reputación de verbosidad de estos oficiales. Así es que, cuando Revillagigedo hubo de traspasar el virreinato á su sucesor, el marqués de las Amarillas, sintió cierta melancolía al despedirse de su barbero, y le ofreció la recompensa que pidiese. El rapabarbas solicitó hablar á su talante y capricho los seis últimos días de afeitadura—una semana de desahogo—y pedir una gracia por día. Y tales y de tal calibre las pidió, que probablemente el conde se arrepentiría de haber consentido, al cabo de los años, que un barbero se despachase á su gusto.

Echaríamos de menos los tiempos apacibles—no tan apacibles, sin embargo, como al pronto se cree yera—de aquel excelente virrey, si no nos hiciese apreciar los nuestros la entretenida excursión al través de las edades, sobre los modos de viajar, desde el palanquín al automóvil, en el mismo libro.

El primer medio de transporte en aquellas regiones fué el palanquín y las andas. En andas iban—lo mismo que van aquí las imágenes—los ídolos y los emperadores aztecas, y aun los caciques y señores antes y durante la conquista. Los demás mortales, sobre sus pies ágiles y sus piernas musculosas, con la ayuda de un largo palo ó báculo. Cuando llegaron los conquistadores, asombraron sus caballos y yeguas, cual si fuesen seres sobrenaturales, el mito de los centauros realizado. Existía, sin embargo, un original sistema indígena que los dominadores hubieron de probar también: la hamaquilla de redes. En una red y cargándoselos á las espaldas, los transportaban los indios como se transporta un fardo. Ello no sería muy regalado, pero parece que era rapidísimo—no tanto como el tren, todo es relativo en este mundo. —Como que los trasladados así iban pensando si lo que les pasaba era sueño ó encantamiento. A verse don Quijote metido en la hamaquilla, no dejara de atribuir á sus malignos encantadores la travesura.

Un mozo que después fué lego franciscano, tuvo la idea del transporte en carretas de bueyes. Se puede contar entre los bienhechores y hombres útiles á la humanidad á fray Sebastián de Aparicio. Estas carretas, sin embargo, acabaron por convertirse, ni más ni menos que los actuales automóviles en las novelas de Conan Doyle, en instrumentos de rapto y robo.

Vinieron luego los coches, las carrozas, las sillas de manos y literas, sus elegancias artísticas en pinturas y forros, sin hablar de las poderosas mulas, de reposado y continuo andar. Sin embargo, lo de las comunicaciones seguía siendo un tanto dificultoso. Verdad que cuanto nos refiere Obregón por sucedido en México, puede aplicarse á España, donde también, antes de emprender un viaje, hasta principios del siglo XIX, se hacía testamento, se cumplía con la Iglesia, se ofrecían velas á las Vírgenes, se empleaban treinta y un días para ir de Santiago á Madrid, y gracias si no aparecían por el camino los *compadres*, ó sea los salteadores y facinerosos, capaces, no diré de cortar un dedo para sacar una sortija, sino de cosas harto peores, que Goya dejó pintadas con el atroz realismo que lo caracteriza... Porque en todos estos relatos mexicanos parécenos vernos á nosotros mismos..., y no es espejismo engañoso, sino efectiva semejanza fraternal.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La muerte de Lombroso presta actualidad á un nombre que nunca ha dejado de sonar y repetirse, aun cuando el *engouement* por las ideas del director del manicomio de Pésaro haya sufrido disminución en estos últimos años. Lombroso fué una moda intelectual allá en 1890. Sus teorías coincidieron con ciertas direcciones del pensamiento moderno, y hubo quien le colocó á la altura de los Lamark y los Darwin, juicio que la posteridad rectificará. Asusta pensar lo mucho que la posteridad debe rectificar, y lo poco que la crítica sólida actual influye en la elaboración de la mentalidad contemporánea.

Si hay un concepto que parece claro en nuestra época, es el de la ciencia. El método inductivo; el descrédito de la metafísica: la consagración del laboratorio y sus pacientes trabajos como fuente del conocimiento seguro..., todo debiera conspirar á que se exigiese, á los que hablan en nombre de la ciencia, datos muy seguros, experimentales. Nada de esto encontramos en Lombroso, y sin embargo, es científica su aureola.

Tres ó cuatro son las ideas fundamentales que Lombroso explana y diluye en sus obras más conocidas: *Los genios*, *El delincuente* y *El crimen político y las revoluciones*. Estas ideas, lo repito, estaban en el aire; esperaban á ser recogidas y sistematizadas. De ello se encargó el ex médico militar, escribiendo, más como artista que como sabio, en un estilo afirmativo, coloreado por meridional fantasía, como si se adelantase á las opiniones de su discípulo Nordau sobre la historia, en la cual ante todo entiende Nordau que debe campear la imaginación.

Al público se le suele conquistar así. Por lo menos, al público numeroso. La siempre cauta y reservada indicación del investigador prudente le hace menos efecto que una teoría de brillante plumaje, apoyada en una balumba de nombres y de hechos que cree exactos porque no los examina. En cuanto á los verdaderamente doctos, no sé qué opinión formarán; sólo puedo decir que, en mi patria, el famoso penalista Salillas, hasta hace poco director de la Cárcel Modelo, y en varios respectos discípulo de Lombroso, ha convenido conmigo en la endeblez de los materiales en que el tinglado de Lombroso se apoya.

Veamos cuáles son esas ideas principales, desarrolladas en los cinco gruesos volúmenes que tengo á la vista.

La idea de *Los genios* hela aquí. Esos grandes hombres que la humanidad admira son locos ó degenerados ó ambas cosas, y al par criminales. Se advierten en ellos los estigmas hereditarios y las lesiones somáticas que caracterizan al demente, al epiléptico y al idiota; el mancinismo ó zurdismo, la impotencia, la palidez, la estatura alta, la baja, la delgadez y otras particularidades que, á decir verdad, pueden observarse en el resto del género humano.

La primera dificultad que sale al paso es, como siempre, la de la clasificación. Es preciso entenderse y convenir en quién es genio y quién no lo es, y aquí ya se viene al suelo el tinglado. Genios indiscutibles no hay muchos. No existe el *pesagenio*, como existe el podómetro y el termómetro. La palabra *genio* sólo expresa, á mi entender, diferencias de *cantidad* en las facultades. Y la lista de genios que presenta Lombroso no puede menos de confundirnos, ante tantísimo genio del cual no ha oído hablar casi nadie.

No me tengo por un pozo de sabiduría, pero algo se ha leído, y confieso que el catálogo de Lombroso me da en qué pensar. A Ayax no le creí genio, sino héroe. Tampoco Luis Blanc, ni Kropotkine, ni Scarron, ni Galba, ni los Casios, ni Dati, ni Piccinini, ni Baldini, ni Skoda, ni Clemente VI, ni Malherbe, ni Tiberio, ni Mazzini, ni Restiff de la Bretonne, ni Duguesclin, ni Dupanloup, ni Noriac, ni Menage, ni Chatterton, ni Cagnoli, ni Casanova, ni Brunetto Latini, ni..., pero ¿á qué alargar la lista?, me hacen el efecto de genios, ni las particularidades que de ellos refiere Lombroso, aun las que están históricamente comprobadas, me parecen distintas de las que cada cual puede referir sin observar más que un círculo reducido de gentes vulgares. En cambio, á otros genios que nombra, como Cremani y Fusinieri, no los encuentro ni en el hospitalario Larousse. Por eso he comenzado diciendo que lo primero sería entenderse y establecer qué se entiende por genio. Si toda persona que se ha dedicado con algún fruto á las ciencias ó á las letras, ó que se hace notar en sucesos políticos, es genio, claro es que se multiplican los ejemplos de estigmas, aunque tampoco estaría de más subdistinguir entre las lesiones somáticas y los efectos de las pasiones, que serán muy funestas, pero no pueden nunca entenderse como degeneración.

Aun cuando admitiésemos la lista de genios de Lombroso, quedarían sujetas á examen recelosísimo las noticias que de ellos nos da.

Baste, para justificar mi desconfianza, el recordar que á Milton, cuyas hijas fueron poco menos célebres que su padre, lo incluye entre los genios que no tuvieron sucesión; que á Lope de Vega le hace discípulo de Rubens; á Santo Domingo le atribuye un rasgo conocidísimo de Santo Tomás; á Safo la poetisa la confunde con Safo la cortesana; hace nacer á Cervantes en Sevilla, á Mina en Córdoba..., y basta para muestra.

Resumiendo la crítica de esta primer idea lombrosiana: tendencia anticientífica á generalizar, endeblez é inexactitud en los datos.

El éxito de *Los genios* puede atribuirse al desbordado instinto igualitario que quiere suprimir la única superioridad insuprimible: la mental. Empezó la humanidad divinizando á sus genios y á sus héroes, y acaba, por medio de Lombroso, recluyéndolos al manicomio—si no al tonticomio, puesto que, en opinión del autor, los genios son, fuera de lo genial, más bobos que nadie. Bobos sublimes, pero bobos.

Con todas sus deficiencias científicas, precisamente científicas, el libro de Lombroso abre surco, y es de la más sugestiva lectura. El mismo Lombroso nos lo dice, en el prefacio de la tercera edición del *Hombre delincuente*, que es la que poseo: mientras nadie leyó las investigaciones profundas, apoyadas en cien exactas experiencias, sobre la *Pelagra* y sobre *El veneno del maíz*, los libros escritos «abandonando las serenas regiones de la ciencia» penetraron en la conciencia pública. Y Lombroso recuenta los discípulos, la imponente escuela antropológico-jurídica que se formó en el mundo entero, siguiendo sus huellas; y cita secuaces en toda Europa, en España, en Portugal, en la América del Sur.

En *El delincuente*, por querer probar mucho, nada prueba Lombroso. La afirmación de la irresponsabilidad por la existencia del «delincuente nato» y del «loco moral» ha venido á introducir tal confusión en el terreno jurídico, que se comprende que Lombroso, son sus palabras, vacilase en publicar la obra «*innanzi all idea dei danni sociali*.» Hemos visto, en estos últimos tiempos, merced á la libérrima interpretación de los principios de Lombroso, que ningún delincuente era culpado. Este, por joven; aquél, por viejo; el uno, por hijo de padres alcohólicos; el de más allá, porque tenía la oreja en forma de asa, debían ser absueltos y no sé si recompensados. Vanamente se les responderá á los abogados defensores y á los jurados indulgentes, aturdidos con argumentos que se revestían del ropaje de una ciencia nueva y desconocida, prestigiosa y pintoresca en sus conclusiones, que mucha gente es vieja y moza y es hija de padres aficionados al espíritu parral y tiene la oreja de un modo y la mandíbula de otro, sin ser por eso delincuente y siendo hasta honrada. Conozco marineros tatuados, los mejores hombres del mundo. ¿Qué significación científica pueden tener los signos de criminalidad? Sólo aproximativa. Y lo aproximativo no es rigurosamente científico.

Aceptando como elemento excitador al conocimiento de la verdad las teorías de Lombroso, no debemos dejarnos alucinar por ellas, ni suponer que encierran un nuevo derecho y una nueva moral. Realmente, lo que se agita en los dos voluminosos tomos, llenos de palabras técnicas y de diseños extraños, no es sino la vieja cuestión teológica de la predestinación y el libre arbitrio; la cuestión que apasionó á los doctores de la Edad Media, y que siempre hará meditar á los pensadores de todas las épocas del mundo, desde San Agustín hasta Schopenhauer.

Hace observar Lombroso que la psicología del criminal nato se parece más á la del salvaje que á la del loco. Ahora bien: el salvaje es una muestra de la psicología humana no modificada por las influencias de civilizaciones superiores. El salvaje es social, no se sabe de salvajes solitarios; el salvaje tiene sus ideas religiosas, sus rudimentos morales; pero todo ello es débil aun contra el empuje del instinto, base de la vida salvaje, y el instinto humano, triste verdad, es de apropiación, sensualidad, venganza, crueldad y egoísmo. No en el hombre anormal: en todos. El estado de naturaleza es, pues, el estado criminal constante. Estúdiese la psicología del niño, que reproduce en abreviatura la del salvaje. Los niños mienten, se apoderan de lo que les encapricha, una de sus primeras gracias es pegar y repetir «Te mato.» No conocen el pudor, comen destempladamente, y apenas tienen cariño á los que les crían y cuidan, si no interesa á su egoísmo. Es inútil decir que la idea religiosa no les contiene, y que sus instintos son lo único que les guía. El salvaje no hace sino prolongar la infancia. En el hombre civilizado actúan otras influencias, y el que se substrae á ellas, se substrae porque quiere, y es, en medida que las circunstancias han de determinar, responsable. Negar esto, es dar soltura á la fiera.

Y digase lo que se diga, el criminal, por *nato* que sea, se reprime y reporta con el temor al castigo. Lo decía doña Concepción Arenal, eminente penalista y mujer de espíritu tan piadoso: si se suprimiese la pena de muerte, muchos criminales perderían el único freno que les sujeta. Por eso doña Concepción no era partidaria, ni de la abolición, ni aun del indulto. Y por eso, después del período de lombrosismo agudo en que se ha declarado irresponsable á todo acusado, se indica ya una reacción, precisamente dentro de la escuela antropológica, y surge la doctrina de la eliminación por defensa (sustentada por el propio Lombroso). Síntoma de esta reacción es el hecho de que en Francia, casi abolida ya la pena capital, hubo que restablecerla, después de la absolución del sátiro Soleilland, que dió lugar á un motín de indignación.

Así la escuela antropológica ha sido la lanza de Aquiles, y en ella ha cabido la confirmación de las ideas tradicionales del derecho penal. No se debe temblar nunca ante las novedades, sino examinarlas. A veces nos alarmamos de cosas que ya dijeron Aristóteles y Platón.

Nada más conservador que las consecuencias que se deducen del estudio de Lombroso y Laschi sobre *El crimen político y las revoluciones*. Lo indica la cita de Littré que encabeza la obra: «Esta clase de crimen merece ser estudiado como caso de patología social.»

Severo es el juicio de Lombroso sobre las revoluciones. Las considera siempre estériles, y opina que, hasta cuando no las inspira intención criminal, deben contarse en el número de los crímenes y no pueden excluirse de los códigos.

Como confirmación de este aserto, Lombroso aduce, apoyándose en casos de huelgas sangrientas y de revoluciones, que la capa de barniz de nuestra civilización es muy ligera, y que, aun en tiempos tranquilos, el estudio de las costumbres nos prueba que, á pesar de vicisitudes y cruzamientos, han variado poco desde la época bárbara.

Califica, pues, Lombroso á las revoluciones de accesos de locura epiléptica, neurosis agudas que se determinan en los pueblos; y añade que el criminal común, por su naturaleza impulsiva, por odio á las instituciones que le estorban, es un rebelde político perpetuo, que encuentra en las asonadas el medio de satisfacer doblemente sus pasiones, y de verlas por primera vez aprobadas por numeroso público. Especialmente, al comienzo de las revoluciones, los criminales abundan, porque entonces las energías anormales y mórbidas arrastran á los débiles y á los inciertos, y los inducen á los excesos por epidemia de imitación. La epilepsia y el alcoholismo en el varón, la prostitución en la mujer, he ahí las dos fuentes de donde mana la criminalidad política. Ningún hombre político sería más severo, ni siquiera el célebre Suñer, que salvado de que le crucificasen en un árbol sus partidarios, escribió: «Estoy convencido de que no han perdido los instintos del hombre de las selvas.»

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Blanco y Negro." El proceso Steinheil.—La viuda de Steinheil, acusada de doble parricidio en el tribunal durante su interrogatorio.—1909. n.º 1.455, p. 754.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El crimen sensacional del callejón de Ronsin se juzga en París estos días, y sólo aparece en escena un acusado: la viuda.

Según parece desprenderse de las actuaciones, una mujer, con sus manecitas sin duda primorosamente lavadas, de uñas que abrillantó el *polissoir* y dedos en forma de huso, engalanados por joyas de montura modernista, fué la que, de una vez, con seguridad que no siempre tienen los homicidas de profesión, estranguló á su marido y á su madre, se dió simulando que la hubiesen sorprendido durante el sueño, y en fin se las compuso de manera que, al pronto, la justicia no pensó en detenerla, en indagar si podía ó no caberle responsabilidad, á ella, única é ilesa superviviente del drama, persona de equívocas costumbres, tendedora de redes á incautos, cazadora de dinero en las espesuras de la manigua parisiense. Sólo cuando, por imprudencias increíbles, se denunció á sí propia, al querer denunciar á otros, entre un lío formidable de contradicciones, bajáronse de la higuera los jueces, y empezaron á suponer quién sabe, tal vez, acaso aquello fuese una pista.

Digo esto de la higuera, porque sería peor creer que las influencias y relaciones de la «viuda trágica» la pusieran á cubierto de la acción de la justicia, necesitándose, para que se tomase la resolución de detenerla, que los indicios de su culpabilidad fuesen proporcionados por ella misma, aunque involuntariamente y con objeto de echar el muerto á otros.

Se ha gritado mucho en Madrid porque ciertos crímenes horrendos, como la degollación de Vicenta Verdier, quedaron en la impunidad y en la sombra.

Realmente, en un crimen que se descubrió tan en fresco, es inconcebible que algo no se pudiese rastrear. Pero sírvanos de consuelo (aunque sea el clásico consuelo de los tontos) que en todo un París, la tierra de los polizontes artistas, haya pasado dos cuartos de lo mismo.

Los primeros instantes de cometerse un crimen son preciosos. Nada debe en ellos desperdiciarse. Luego el estudio psicológico de las emociones, reveladas por las voces y los semblantes, hasta las huellas más leves de los actos en los objetos inanimados y en los cuerpos, no hay insignificante pormenor que no pueda, más adelante, adquirir importancia capital, ser un rayo de luz, quizás la clave del problema. Una indagatoria bien llevada desde un principio, rara vez deja de producir resultados. Todos hemos comprobado esta verdad, en pequeñas indagatorias domésticas sobre hurtos ó filtraciones. Aunque se crea lo contrario, es á veces más difícil averiguar quién nos roba el azúcar ó quién nos agua la leche, que quién ha degollado á una mujer. Porque las precipitaciones del crimen, los accidentes imprevistos de la acción violenta, la necesidad misma de borrar rastros, la imposibilidad de preverlo todo en supremos instantes, hacen que quede siempre mucho que ejercite la sagacidad del juez instructor. En el caso Steinheil, si hubiesen procedido inmediatamente á prender á la viuda, había un camino que seguir: el de los narcóticos.

La Steinheil, según indicios, sirvió á su madre y á su marido, la noche del crimen, una bebida soporífera. Y la posibilidad del hecho, realizado por una persona sola y débil—aunque la Steinheil está en la edad del vigor femenino, los cuarenta,—reside en esa poción calmante, cuyos residuos pudieron hallarse, si no en las tazas ó vasos donde fué servida, en las vísceras de los muertos.

Desde tiempo atrás, según ahora aparece, la Steinheil acostumbraba «drogueara» á su marido con adormideras y opio, en dosis altas, ensayando quizás el veneno, que le resultaba lento é ineficaz. Ella no niega que administraba brebajes al pintor, pero asegura que eran reconstituyentes. A raíz del crimen, se pudo apurar este extremo, el más revelador de todos, pues explica la anomalía de que ninguna de las víctimas mostrase señales de haberse defendido, con esa defensa que es instintiva y fatal. Tampoco la Steinheil mostraba en su cuerpo huella de violencia, sino una mancha de tinta en el muslo, correspondiente á la tinta derramada en el gabinete, sin duda al hacer los últimos preparativos de la ficción de *cambriolage*.

Supongo que, al publicarse estas páginas, estará juzgada la causa de la Steinheil. El Jurado, según Lombroso «resto de la antigua barbarie,» habrá decidido de su suerte. Entre este Jurado y los magistrados no tengo lectores. Ni sabrán español, ni cosa alguna de España, caso común á todo francés. Si viesen estos renglones, los supondrían escritos con la punta de la navaja que, invariablemente, llevamos en la liga las españolas. De suerte que bien puedo, sin cargo de conciencia, pues nada he de influir en pro ni en contra, declarar que al leer el relato del crimen del callejón de Ronsin, me admiró que tragasen la burda fábula de los tres hombres de levitón y la moza roja, tan implacables con el pintor y su suegra y tan cariñosos y deferentes con madama Steinheil, que hasta le daban broma llamándola «chiquilla.»

La criminalidad, en Francia, reviste proporciones aterradoras. Justifica el dicho de Garofalo, que cree insignificante la represión y defensa social, ante el incremento de la delincuencia en todas sus formas y el criminal enboscado en acecho. No obstante, hay un síntoma peor aún que el del aumento de la criminalidad: un síntoma que revela una sociedad cancerada. Los criminales, en vez de inspirar horror, son populares. Cuando una mujer hace lo que hizo la Steinheil, llueven en su encierro declaraciones amorosas y galantes ofertas. Los periódicos lo dicen: la Steinheil inspira simpatías, atrae los corazones.

No hace mucho leí una novela francesa reciente, en que la heroína es una muchacha encantadora, enamorada á perder de un *apache*. En esto han venido á parar los romanticismos de 1830, el tipo seductor del hombre fatal, del Antony, del Corsario, generosos, gallardos, caballerescos dentro de su ideal de rebeldía. La niña parisiense, flor de civilización, se siente arrastrada hacia el *apache*, justamente por lo es. No puedo menos de pensar en las decadencias romanas, y acordarme del magno Juvenal, de sus palabras de fuego, al describir la aberración de la delicada dama, Hipia, esposa de un senador, que huye con un gladiador del circo, feo, sucio, viejo y manco. ¡Pero es un gladiador! Lo cual, dice el satírico, le convierte en un Adonis... Hoy, en Francia, el gusto perverso es el *apache*, el destripador, la parricida, y las tarjetas postales más interesantes son las que firma, no la viuda de Curie, sabia y buena, sino la de Steinheil...

No tiene trascendencia que se cometan crímenes, los más espantosos: lo malo es que la sociedad los mire, no ya con indiferencia, sino con monstruoso entusiasmo. Verdad es—y me parece justo decirlo, aunque me ponga en contradicción conmigo misma—que en otros crímenes parisienses, recientes, la opinión se exterioriró en el sentido del rigor. Fué en el caso de la absolución de Soleilland, cuando un motín reclamó la restauración de la pena de muerte. Y al ser aplicada, el gentío dió señales de júbilo violento, bailó, cantó, aplaudió al verdugo. Ni tanto ni tan poco, ó mejor dicho, ni esto ni aquello debiera suceder en un pueblo sano, donde la justicia es fuerte y grave, la policía sería y sagaz, y las ideas éticas están en vigor, difundidas lo suficiente para guiar el criterio social. ¿Será que tales ideas sufren la crisis honda, lamentable, que muchos moralistas señalan?

¿Qué origen tiene esta crisis? ¿Por qué Alemania parece más robusta y más cuerda que la gran nación latina? ¿Es que fracasaron los ideales de 1793 y la libertad es desintegración, la fraternidad división profunda, irreductible, y la igualdad el más infecundo de los principios, puesto que no alcanza á conseguir que, cuando una viuda guapa y bien relacionada puede ser autora de un crimen espeluznante, sea detenida, al menos mientras no demuestre su inculpabilidad?

En el crimen de la Steinheil hay sin duda puntos obscuros; á la hora en que esto escribo, ignoro si los esclarecerán los debates. Hay quien no encuentra los móviles. Yo creo verlos, muy de bulto. Steinheil era un mediano pintor, un tiempo sostenido á flote por intrigas de su esposa, que obtenía para él lucrativos encargos; pero ya decadente, emperezado, agotado, y cuya existencia estorbaba para un segundo matrimonio con un hombre de posición sólida ó brillante. La madre, á su vez, tenía una fortunita, pero iba gastándola, y al matarla, la Steinheil salvaba su herencia. Por eso fué llamada y atraída con empeño á la casa siniestra, la anciana señora, la noche de cautos.» Es repugnante, es horrible el cálculo, pero se funda en interés.

Y por otra parte, no siempre la lógica preside á la conducta de los criminales, y menos de criminales del género de la Steinheil, en quienes domina el amor propio y hace estragos el histerismo. La Brinvilliers, mujer que tiene puntos de contacto con la Steinheil, envenenó á gente cuya muerte podía reportarla alguna utilidad; pero también á mucha sin más objeto que satisfacer la inclinación perversa. En la mayoría de los casos, admira lo inútil y caprichoso de los crímenes que se cometen. Recuerdo el «affaire Lemaître,» el asesino de quince años, que lleno de orgullo, ansioso de notoriedad, desventregó á un niño por gusto de verle sufrir; un niño á quien no conocía; y el «affaire» de aquel Morisset, vanidoso y enemigo de la sociedad, que por no permanecer en obscura medianía, prefiere hasta la guillotina, y mata á tiros de revólver á un señor á quien nunca había visto. Sería muy fácil aumentar la lista con otros nombres. Casi debiera sentar como axioma que no hay crímenes provechosos á quien los comete. Leyendo el relato de muchos, resalta esta particularidad. Y las personas á quienes el crimen es incomprensible ó causa repulsión, prefieren creer en la inocencia de los acusados. Así, la Steinheil tiene calurosos defensores. ¡Es imposible! ¡Matar á su madre, con las manitas de dedos delicados!

Un maestro de la crítica, que no era español, me hacía observar cómo la belleza de la tragedia griega, inglesa y francesa consistía en que, no pudiendo negarse que la literatura trágica es una serie de crímenes, mueven á estos crímenes pasiones tan naturales, que los criminales vienen á ser, en cierto modo, tipos de heroísmo. Clitemnestra asesina en su lecho á Agamenón, rey de reyes, cuando éste regresa de largas guerras en busca de la paz de su hogar; pero la impulsan, además del amor de Egisto, el rencor del sacrificio de Ifigenia, su hija, y los celos de Casandra. Orestes comete el parricidio; pero es que quiere vengar á su padre, en la vida y en la honra. Fedra acusa á Hipólito y es causa de su muerte; pero la insensata pasión la excusa. Otosman rasga con el cuchillo el seno de Zaira; pero el monstruo de los celos guía su mano. Rojana, por celos también, hace morir á Bayaceto. Otelo, el noble moro, incapaz de una acción mezquina, estrangula á Desdémona, porque duda de ella y la adora. Son crímenes que caben en almas elevadas, y además crímenes con móvil profundo, crímenes lógicos, dentro de los furores pasionales. Si queremos graduar la piedad que un criminal merece, pensemos hasta qué punto podría ser héroe de tragedia...

Y seguramente la Steinheil no se cuenta en el número de esas líricas mujeres que han inspirado á los poetas y hecho derramar lágrimas á las personas sensibles. Ni el motivo de su crimen se impone á la conciencia, ni la superchería que lo disfraza se parece á la generosa y desesperada veracidad de un Otelo gritando: «¡Si, yo la maté!» He aquí por qué las simpatías que rodean á la Steinheil indican perversión social, y las cartas en que la brindan el matrimonio á la salida de la cárcel, pueden pasar si son broma; pero aun siéndolo, no cabe incluirlas entre los rasgos del buen gusto característico de Francia...

No puedo menos de añadir que, así y todo, la Steinheil no debe ir á la guillotina. Mientras la mujer no disfrute de la plenitud de los derechos civiles, no deben aplicársele las últimas sanciones penales.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo desearía que las mujeres españolas que me leyesen pensasen en el *aguinaldo del soldado*.

La Nochebuena se aproxima. Se aproxima, con sus alegrías infantiles y bonachonas, con sus exuberancias gastronómicas, con su sensación cálida de hogar, hasta para aquellos que carecen de él, gracias á la hospitalaria costumbre española de invitar á cenar, tal noche, á los que están solos. Se aproxima..., y aún no sabemos si cuando llegue será un hecho la paz, pero sí estamos seguros de que mucha parte de nuestro ejército no habrá abandonado para entonces el litoral africano. La ocupación exigirá tropas en no corto número, y esas tropas se componen de españoles que el 24 de diciembre próximo estarán lejos de los suyos, recordando que hay seres queridos, que hay cena íntima bajo sus tejas y á la vera de su lar humilde...

Así como un regimiento debe ser una gran familia, una patria debe ser una gran madre. Los que luchan por ella necesitan saber que se les recuerda, que hay para ellos corazón. Será una de las mayores penas, de los desconsuelos más profundos, sentirse olvidado, cortada la comunicación entre el suelo natal y el hombre. En la tristísima guerra de Cuba, hubo destacamentos á los cuales se les dijo: «Aguardad ahí; no os mováis hasta que recibáis órdenes.» Y allí aguardaron, en efecto, perdidos en la vasta manigua, sin víveres, al borde de un río pantanoso cuyos pútridos miasmas generaban la fiebre, bajo el sol canicular, bajo los aguaceros torrenciales, y allí estuvieron cinco meses, seguros de que nadie se acordaba de ellos, de que su estancia en aquel lugar no obedecía á necesidades estratégicas, sino al descuido, á la indiferencia, á la confusión de órdenes y planes... A cada momento, á sus espaldas, de la intrincada maleza, podía surgir, machete al puño, la negrada superior en número, recia y musculosa, y caer sobre la columna, cuyos individuos hallábanse reducidos por la mala alimentación y la calentura á un puñado de enfermos ó de moribundos... No importaba; llegado el caso, se defenderían, escribirían otra ignorada página gloriosa. Pero no conozco heroísmo como ese, ni sacrificio como el de sentirse borrado, por el olvido, del reino espiritual donde queremos vivir, de la memoria de los que nos aman. Y así, repito que las mujeres de España harán bien si piensan en el soldado que quedará en Melilla el 24 de diciembre, y enviarle cuanto puedan: dulces, turrones, cigarros, vinos, ropa de abrigo; lo que les enviarían, si se lo permitiesen sus medios, las madres, y lo que muchas remitirán, de seguro, aun quitándo selo de la boca...

Y ojalá este impulso, que empieza á notarse, se propague como un reguero de pólvora bendita—si es que hay pólvoras con bendiciones.—A la hora en que esto escribo, gracias á algunas iniciativas que espero han de ser fecundas, fermenta y germina *El aguinaldo del soldado*. ¡Ojalá medre!

He observado que, si en algo se nota claramente el desequilibrio humano, es en lo tocante al bolsillo. Tal derrocha miles y regatea terca y afanosamente dos pesetas. Conocí á un señor que se jugó una fortuna de setenta mil pesos, y tenía la manía económica de partir al medio los fósforos, encendiendo dos pitillos con lo que había de encender uno. Verdad es que generalmente no encendía ninguno, porque una cerilla partida no arde.

También se dan casos de personas opulentas que recogen en la calle puntas de París oxidadas, alfileres y calcomanías de las cajas de sémola; y no hablemos de los que, en un sarao, se pelean con el *tursum corda* por llevarse á su casa figuras del cotillón, que son la cosa más *útil*, como todo el mundo sabe, y que, por no verlas delante, hay que regalar selas al chico de la portera.

Estas anomalías, que yo llamaría desórdenes de la nutrición pecuniaria, aparecen de realce cuando se inicia una subscripción con fines tan altos como el que ahora impulsa á los buenos españoles á enviar al ejército dinero destinado á los heridos, ó una fruslería envuelta en cariño para pasar la Navidad.

Hay quien grita, protesta, se llora, dice que no tiene un céntimo, que esto es un saqueo, que es «imposible atender á tantas cosas,» y que á este paso la vida es un soplo...

Y á renglón seguido, vedles correr á la Administración de Loterías á comprometer el décimo, á la taquilla del teatro á sacar el palco, para aplaudir por cuarta vez *La viuda alegre*, que es una obra maestra del arte humano; á casa de la modista, para adquirir el sombrero más voluminoso, con el guacamayo más verde. Vedles entrar en la confitería á encargar los variados postres, en el café á intoxicarse de cognac, en el casino á esperar que salga el caballo de oros, en la tienda á elegir juguetes caros para los chiquillos, en el *cine* á no perder película... Y todo esto es muy lícito, y está muy en el orden, y Dios me libre de censurarlo; que cada cual mande en su bolsa... Pero la verdad en su punto: con un capricho menos al año, se podría tener el gallardo gesto de sonreír al entregar el óbolo para el aguinaldo de nuestras tropas.

Nadie es más rico ni más pobre por la peseta ó por el duro. Las clases proletarias, en eso, nos dan lecciones á los burgueses. Si les interesa un fin, los obreros se cotizan, dan en la medida de sus fuerzas, y no deploran lo dado. ¿Será verdad aquello de nuestro panzudo egoísmo? Tal vez no. Es más bien que egoísmo, la rutina de defenderse del gasto pequeño, que no se espera. El movimiento tetráctil hay que atribuirlo á dos causas; primera, las susodichas anomalías, los fósforos partidos al medio; segunda, el no hallarse bien sentada la noción de lo que puede y no puede dejar de hacerse; la falta de un convencimiento, de una fe absoluta en que es preciso tener patria, y que la patria se tiene... queriendo tenerla. La patria no es el Estado, como muchos se imaginan; el que el Estado funcione, podrá evitarnos algunas preocupaciones, pero no nos exime de todos los deberes cívicos y patrióticos. La patria va hasta más allá de la nación. Y como no he de aburrir, al menos á sabiendas, á los lectores de estas crónicas, no les citaré autores de derecho político, cuya autoridad esclarecería este concepto. Sólo quiero insinuar que, en España, no es lo mismo dar para los «damnificados» de Mesina, que para el ejército español. Lo primero es bueno; lo segundo, bueno y necesario. Y basta de matemáticas.

Ni trato yo de insinuar que la patria sea exclusivamente el ejército. Todos tenemos nuestro pedazo de patria que hacer... ó, ¡ay dolor!, que deshacer. Cuando enviamos á las prensas el libro, nos sostiene la ilusión de *patriticar* (el neologismo me sea perdonado). Hay más patria que la patria armada; hay la agrícola, la intelectual, la docente, la artística, ¡y cuántas otras! Pero así que estalla la guerra, dirase que todas se cifran en esos mozos que van alegres á sufrir, quizás á morir. Mientras dormimos en cama y bajo techo, acampan ellos al raso, y pasan las húmedas noches de Melilla sobre unos costales de paja, cuando los hay. Si la lluvia sobreviene, sus huesos se calan, sus ropas, vueltas plomo, se pegan á sus carnes, la fiebre acecha, tiritan, pero están contentos; aún les queda el buen humor heroico, y se chancean, mientras el agua continúa ensopando el campamento tristón y obscuro. El temporal ruge; la ola furiosa devasta las tiendas de campaña, se lleva las provisiones, las ropas, los utensilios; es una especie de naufragio. Al otro día, patullan en cieno y el sol abrasa; antes, el polvo había sofocado gargantas y pulmones. No importa, la tropa no se queja. ¡Bocio fuera que se quejase! Porque si es cierto que deseamos enviarles todo cuanto exprese nuestra fraternal simpatía, también lo es que al lado de nuestra obligación está la suya, y que por sus padecimientos y sus riesgos arrostrados bravamente, el ejército, ahora, nos representa eminentemente á la patria. Batirse, á primera vista, es todo... Quizás sea lo menos, y tenga más valor aún la larga paciencia, la resistencia al tedio, la salud perdida, las privaciones, la dura escuela en que se forjan las convicciones y se templan las almas. Y las mujeres, que no vamos á la guerra, tenemos que preocuparnos aquí, mucho, sin tregua, de los que allí pisan tierra española, porque la han ganado con su sangre; pero que, al cabo, no están en España, en el sentido familiar é íntimo de la frase, y pasarán la sagrada Noche lejos de sus amores, lejos de su tierra, lejos de los árboles que les dieron por primera vez sombra.

Las condiciones de esta guerra son además especialísimas para avalorar la entereza de los que la sostienen. No sólo el enemigo es aguerrido y está, como suele decirse, en su casa, sino que es traidor, insidioso, falso; combatirle es como andar sobre arena movediza. Cuando presentan el novillo ó el carnero para sacrificarlo en signo de paz, no es seguro que á la media hora no sacrifiquen con diabólico aullido al soldado que se rezague ó se aparte imprudentemente del campamento. ¡La paz! Hace dos meses que oímos hablar de ella, y confieso que me cuesta trabajo comprender de qué modo va á hacerse, no habiendo realmente con quién tratarla, que ofrezca garantías de buena fe. ¿Qué prenda tenemos de la veracidad de los cabileños? Ellos es que ninguna, y sí muchas pruebas de su doblez, propia de gente que está cerca del estado primitivo. Dicen que hay pueblos salvajes que cumplen estrictamente su palabra: si esto es cierto, no contemos á los del Rif en el número. España mantendrá lo que pacte; ellos, sólo en la medida de su utilidad ó su fanatismo. ¿Paces? ¿Con quién? ¿Ante quién? Yo nada entiendo de esto, y me reconozco profanísima; pero mi impresión es que, sin hablar de paces, puesto que ahora no atacan, parte del ejército podría regresar, quedando allí próximamente el que siempre quedaría si la paz se pactase; y así, sin compromisos adquiridos, aguardar á que por su propia conveniencia restableciesen los riñeños la normalidad de relaciones—no sin haberles administrado, por despedida, una paliza monumental.

Repito que hablo sin autoridad ni conocimiento. ¿Soy la única? Porque la fiema que despliegan estos moritos para acabar de someterse, hace que se charle mucho. Claro es que cada cabeza da su sentencia, y las hipótesis y las zozobras en los cálculos son infinitos...

Un día que pasa, una decepción. Todo se vuelve comentarios. ¿Qué diplomacias de conciliábulos entre chumberas, qué augurios de las entrañas de los carneros degollados en prenda de buena amistad, nos tienen así, pendientes de solución?

Lo más significativo para suponer que la cosa va de vencida, es que fotógrafos y noticieros, haciendo lo contrario de la golondrina en la canción de Zorrilla, se han vuelto del Africa.

No creamos, sin embargo, porque la guerra termine ó cosa equivalente, que ese problema africano se ha resuelto. Ha de darnos en qué pensar, ó mejor dicho, continuará dándonos si Dios no lo remedia, porque las cosas van muy aprisa, y que Marruecos se desbarata, es fijo, y nuestra situación ante el casi bárbaro imperio no puede ser de pasividad, dada nuestra posición geográfica. No lo veremos los que no somos jóvenes; pero Marruecos será puesto bajo la protección de Europa, de lo cual hay ya múltiples señales, y no porque, según un diputado radical francés que ó es un simple ó lo remeda, quiera ninguna nación cristianizar á Marruecos, sino porque las naciones buscan mercados y las razas inferiores han de someterse.

Todo esto son fantasías del porvenir, de un porvenir que se convierte en presente cuando menos lo pensamos. ¡Cuánto tiempo se ha perdido, desde los Castillejos y el Gran Cristiano acá!

Nuestros mayores, á quienes no les llegamos al tacón, ya estarían ahora levantando en Zeluán alguna villa, cercándola de muros y echando los cimientos de la iglesia y de la casa del Concejo... La villa se llamaría «Santa Victoria de la Alcazaba» ó cosa parecida. Y sería gloriosa, y sería poblada, y en ella nacería gente de pro. Ahora... Tiempos van y tiempos vienen.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de estas crónicas, recientemente, hablé de Anatolio France, con motivo de haberse mezclado el famoso escritor francés en lo que ni le va, ni le viene, ni entiende, ni le importa (en realidad, y dada su condición de *ironista*) tres caracoles. Entonces agoté las fórmulas de la consideración y de la cortesía, porque así debe hacerse cuando nos dirigimos á alguien manifestándole opiniones que no engranan con las suyas, pero no queremos que el disentimiento se revista de un tinte de ataque y disputa impertinente. Y he aquí que lo deploro, porque si entonces sospechase yo que el autor de *La isla de los Pingüinos* iba á borrarse de una Sociedad científica porque esta Sociedad, á su requerimiento, no expulsa al rey Alfonso XIII..., vamos, no me tomo la molestia de ponerme guantes, ni de saludar al adversario. Quien incurre en tales extravagancias es irresponsable, pero la irresponsabilidad mental no da derecho sino á compasión; los respetos que al intelectual se tributan son de otra naturaleza.

Y lo peor es que aquí no podemos aplicar la teoría de Lombroso, sobre el entronco consorcio del genio y la locura; porque yo, según decía entonces, jamás tuve por genio á Anatole France. Por desequilibrado tampoco, hasta la fecha. Y es probable que no lo sea, que esté en su juicio y que se trate de una *gaie*, achaque tan francés; de un hacer del loco y del furioso, parecido al de don Quijote en la Sierra, cuando, por imitar á Amadís, se queda en paños menores y da zapatetas en el aire. Estos que parecen lunáticos, cuando no les ven, se acuestan temprano, porque no les haga daño la luna.

Siempre había yo deseado saber, si tal punto pudiese averiguarse, en qué lugar del planeta habían actuado, primero Wolfrango de Eschenbach y luego Wágner, el castillo de Monsalvato, donde se alza el místico templo del santo Grial. Y juraría que era en España; y acudía á mi mente el nombre de Uclés, donde los Templarios españoles se defendieron tan bravamente; porque la leyenda del Grial está unida estrechamente á la historia de la destruída Orden. También, en un pueblecito de Portugal, Thomar, donde se conservan el convento y la iglesia de los caballeros de Cristo y existe el santuario redondo, de extrañísima oriental arquitectura, me pareció que resonaban los temas de Parsifal, sin que en todo ello existiese más que un relampagueo de la imaginación, empeñada en desgarrar las tinieblas del pasado.

Leo la historia del Santo Grial, y me admiro de los errores que el más consultado de los Diccionarios Enciclopédicos, el Larousse, comete al referirla. Como que confunde el Grial, vaso donde José de Arimatea recogió la sangre del divino costado, con el *Santo Cutino*, que no es copa, sino plato, y que cada contiene ni contuvo nunca, siendo la base de su celebridad el suponerse que había servido al Señor en la Santa Cena y el afirmarse que estaba tallado en una inmensa esmeralda. Ignoro si es cierto lo primero, pero lo segundo es falso, como suele suceder en todas estas leyendas de esmeraldas enormes, empezando por las célebres de Cortés. Que sirviese ó no en la Cena, es asunto al cual no quita ni pone el hecho, señalado por Larousse, de que el plato pertenezca á la antigüedad pagana. Claro es que á ella había de pertenecer, porque es la época en que Cristo vivió. Y esto no es aventurarse á defender la autenticidad del *Sacro Catino*.

Volviendo al Grial, su leyenda se enlaza con la personalidad fantástica de un rey Perilo que pudo ser Perion de Gaula, no menos imaginario, y evoca el nombre de aquel Cristián de Troyes, autor de *Perseval ó el Cuento del Grial*, que sacó de un libro anglonormando y que dió origen á tantas imitaciones y continuaciones. Poco á poco el Grial, símbolo sublime, empieza á atraer á la humanidad con el señuelo del misterio, del ideal caballeresco y religioso. Era el talismán por excelencia, pero lo era sólo para los puros, los que estuviesen en gracia y fuesen caballeros en todos sus actos y en el ilustre origen de su estirpe. Porque el Grial es aristocrático, y sus *templistas* no se reclutan sino entre los hazañosos y bien nacidos. Ni mancha de villanía, ni mancha tampoco de pecado: el apasionado Lanzarote no triunfa en la demanda del Grial, y su conquista está reservada á Perceval ó *Parsifal*, de conciencia clara como el diamante.

La idea del Grial se quintaesencia en Wolfrango de Eschenbach, el gran *minnesinger*, vencedor en el torneo de la Warburga. Su poema imprime á la antigua leyenda armoricana todo el sentido profundísimo, de amor y redención, de elevación de los escogidos por cima de la vil muchedumbre, entregada al instinto y á los apetitos, indigna, no ya de tocar, pero ni aun de ver el precioso vaso. Quien no sea cristiano, no lo ve; y para verlo bien, es necesario tener el alma transparente como el cristal, y además ennoblecida por el heroísmo. Por eso los caballeros, á quienes la contemplación del vaso presta eterna juventud, fuerza sobrenatural en los combates, tienen el deber de impedir que ojos profanos se posen en la reliquia, y velan con cuidado exquisito para que nadie se acerque. Este es el objeto de la orden de los Templistas, que defiende el castillo de Monsalvato, Y Monsalvato..., ¿dónde se encuentra? He aquí que un distinguido hispanófilo, Havelock Ellis, emite la idea de que Monsalvato no es sino Monserrate.

Al noticiármelo—la nueva me parece interesante para Cataluña—Havelock Ellis hace notar, como indicio confirmatorio, que no lejos de Monserrate, en la catedral de Valencia, se conserva un cáliz, tallado en sardónica, que pertenece á la época del Imperio Romano, y se cree haber sido el cáliz de la Santa Cena.

Sobre este cáliz, he aquí lo que dice Teodoro Llorente, en su obra *Valencia:*

«Allá por los siglos XIII y XIV, había en el monasterio celebérrimo de San Juan de la Peña un precioso cáliz, que era, según la tradición, el de la Cena del Señor. Ansió poseer prenda tan venerable el piadoso rey D. Martín, y después de muchas instancias logró que se lo cedieran los monjes. Llevólo en 1339 á su palacio zaragozano de la Aljafería, y allí estuvo, hasta que habiendo guardado D. Alfonso V los restos de San Luis de Tolosa en el del Real de Valencia, pareciole bien reunir otras reliquias de la Corona, y mandó trasladar al mismo alcázar el Santo Cáliz y algunas más. Teniendo que partir de Valencia, depositólas en la sacristía de la catedral, y como depósito las conservó el cabildo hasta que el mismo monarca, desde Italia, le hizo donación de ellas.» Y añada Llorente: «Hasta aquí, lo histórico.» Lo tradicional es como sigue: el Santo Cáliz fué llevado á Roma, desde Jerusalén, por los discípulos; San Lorenzo, el mártir aragonés, amenazado de tener que entregar al César los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca, su patria; los cristianos de Huesca lo ocultaron, para salvarlo de los árabes, en la cueva del famoso monasterio; lo demás, ya es sabido.

Ni la tradición ni la historia parecen inverosímiles; en cuanto al cáliz, que siento impulsos de llamar el Grial..., lo he tenido en las manos, lo he examinado despacio, y debo decir que me parece posterior á la época que se le atribuye; quizás del primer período bizantino. Es un suntuoso cáliz de cornalina, incrustado de perlas, rubíes claros y esmeraldas. El pie y las asas son de oro cincelado. Lo encuentro además sobrado espléndido para la humilde y sublime Cena.

Y la imaginación lo deplora, porque ¡qué hermoso sería poseer el Grial y Monsalvato, el Cáliz de la Cena y la montaña «en tierra desconocida,» donde Amfortas sufrió la herida sagrada que sólo se cura con la divina Sangre!

Había Havelock Hellis. «Cuando verificamos nuestra ascensión más allá del santuario y de Monserrat, hasta la enorme brecha por donde dicen que se rajó la montaña á la hora de la crucifixión, y pasamos por la fantástica hilera de riscos que han recibido el nombre de *custodios del Santo Grial*, hemos visto la relación que enlaza al Monserrat verdadero con el fantástico Monsalvat. Había que conformarse con que tan sublime símbolo haya sido llevado á un lugar invisible, y que el Santo Grial tenga su único inmortal santuario en la imaginación de los hombres.»

Si es cierto que las antiquísimas tradiciones referentes al Grial, á sus caballeros (acaso los Templarios, los que se ceñían los lomos con faja de blanco lino en señal de pureza), se han de buscar en España, y en Monserrate..., será una belleza añadida á tantas como ofrece al viajero algo romántico (y el que no sea romántico, ¿para qué viaja?) el país más fecundo en poesía, más sugestivo, de Europa.

Nuestros Templarios no aparecen infamados por el estigma que les lanzaron á la frente en otros países, en los cuales tampoco es seguro que la merecieran. Continúan siendo un irritante enigma de la historia, algo que no se explicará nunca, y que ni aun motivo da para controversia, toda vez que no hay documentos en qué fundarla. Lo que resulta es que los reyes necesitaban dinero, y el modo de procurárselo, seguro y pronto, era una gran confiscación. Allí estaba el Temple y sus inmensas riquezas. No había Orden tan poderosa. Y así, el monedero falso, Felipe el Hermoso, se dió á infamar á la Orden, antes de asesinarla. En Francia era más fuerte que en parte alguna del mundo; un tercio del recinto de París le pertenecía; los Templarios tenían derecho de asilo, y en aquella Torre del Temple, que quién sabe si por una severa expiación histórica presenció el calvario de la realeza, era donde la Orden celebraba sus capítulos generales y expedía instrucciones á sus provincias, Castilla, Aragón, Portugal, Mallorca, Alemania, Italia, Irlanda é Inglaterra—dondequiera que flotase el blanco manto con la roja cruz.—La fuerza de aquella milicia guerrera y monástica estaba en la terrible consigna de no dar cuartel, de aceptar siempre el combate contra enemigos tres veces superiores; en su ardor sanguinario, en sus atezados rostros que el sol y el hierro del casco curtían. Eran los cruzados eternos. En las batallas, reclamaban por derecho propio la vanguardia. El misterio rodeaba sus iniciaciones secretas, sus ritos dramáticos, simbólicos. El Grial proyectaba sobre la Orden su sombra de ensueño. Un historiador, que ha sentido la belleza de la Orden, cree que la culpa de su pérdida debe achacarse al prosaísmo del siglo XIV, que no comprendía el romántico y místico enigma de la Orden, poseedora de una religión más alta, de un santuario más allá del santuario. «La Iglesia—dice—era el templo de Cristo, y el Temple, el del Espíritu Santo.» Y son las doctrinas interiores del Temple las que inspiran los poemas medioevales, el heroico y piadoso viaje en demanda del Santo Grial, cuya vista prolonga la vida humana quinientos años, y alrededor del cual, espada al puño, vela el templista, que es la idealización del Templario, su expresión más bella y caballeresca. Había también, en Felipe el Hermoso, un odio personal á la Orden, que no le había querido admitir en su seno. Y como ya no tenía judíos á quienes expoliar, decidió despojar á los opulentos Templarios.

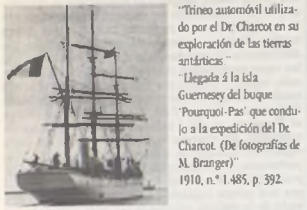
Para lograrlo, había que calumniarles primero, torturarles y matarles después. Y fué lo que se hizo; y se hizo con la crueldad y la traidora malicia que la historia reconoce, aun cuando esté escrita por enemigos de la Orden.

Se les acusó de adorar ídolos y, colmo del absurdo, de prestar culto á Mahoma, cuando ni los mismos mahometanos se lo prestan. Otras acusaciones más enormes si cabe, como la de escupir sobre la cruz, no ofrecen verosimilitud mayor. Se les aplicaron horribles torturas, y en ellas confesaron muchos lo que se quería hacerles confesar. A pesar de todo, del proceso no salió bien probado nada; pero no por eso dejaron de ser quemados cincuenta y cuatro, protestando de su inocencia en la hoguera misma. Sólo los tormentos, inimaginables, arrancaron declaraciones que se aprovecharon como si fuesen verdad. Hubo uno que, arrojándose ante los jueces, exclamó: «No me torturen, no me quemen, porque yo, que jamás he tenido miedo en las batallas, ante el tormento diré las mentiras que se me exijan; diré, si queréis, que los Templarios hemos matado al Salvador.» Y el gran maestre del Temple, sin fórmulas judiciales, fué quemado en una islilla del Sena...

Este trágico episodio del final de la Edad Media ha vuelto á mi memoria al leer la atribución de Monsalvato á Monserrat. El Grial, el símbolo de los símbolos, me ha evocado las desventuras trágicas de sus custodios y defensores. Y mientras la frase honda y patética de Lohengrin y las lamentaciones de Amfortas gimen en mi alma, pienso que los Templarios han sido bien vengados, si es cierto que de ellos procede la francmasonería.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid



"Trineo automóvil utilizado por el Dr. Charcot en su exploración de las tierras antárticas."
"Llegada á la isla Guernesey del buque "Pourquoi-Pas" que condujo a la expedición del Dr. Charcot. (De fotografías de M. Branger)"
1910, n.º 1.485, p. 392.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hay cosa más antigua y más joven que la Navidad.

Cada año parece que, remozada por conjuros en fontana misteriosa, por milagro de hadas, cuya varita es resurgidora de la vida y enemiga de la destructora muerte, la Navidad renace, con sus frescos atractivos pueriles y candorosos, con su secreto de niñez, de alegría y de hogar. Y es que la Navidad es la familia, es el hijo, es la cuna, es la felicidad sana y clara de la vida íntima. En otras fechas del año, el hombre se divierte; pero sólo bajo el hechizo de la Navidad es realmente dichoso.

Los que no tienen familia, durante todo el año se sienten libres, exentos de deberes, independientes, en anárquico aislamiento; en Navidad, en cambio, se encuentran solos, muy solos, y buscan el arrimo del hogar, aunque sea prestado y ajeno. Es una noche en que, á falta de familia propia, se improvisa una familia en la amistad. No estar convidado, el 24 de diciembre, por nadie, aunque sea á la taberna ó al bodegón, ó no tener á nadie á quien convidar, aflige como un desheredamiento. La fiesta social por excelencia, la condenación del individualismo, es la Nochebuena.

Leyendo la relación de una expedición al polo ártico, género de lectura á que soy aficionada, me conmovió ver cómo pasaron aquellos valerosos exploradores su Nochebuena, cercados de hielo, dentro de una cabaña que habían improvisado con trozos de hielo también. Desde un mes antes, guardaron todos los buenos bocados que aún restaban entre sus escasas provisiones para la cena solemne. Hicieron acopio de leña y grasa para que no les faltase buena lámpara y calefacción. La leña procedía de su destrozado barco, el aceite ó grasa de las focas cazadas. Llegado el instante, los infelices desterrados y perdidos en los desiertos árticos prepararon su mesa, iluminaron y ocuparon sus puestos, olvidando, por un instante, la soledad, el peligro, el abandono. Los manjares y las bebidas reconfortaron sus cuerpos ateridos, el fuego derritió los témpanos pendientes como agujas de vidrio de su barba. Un suave fomento de calorcillo discurrió por sus ateridas venas, y su corazón latió alegre y confiado, con la esperanza de poder evadirse de la glacial prisión, volver á la patria, oir las campanas de sus iglesias. Algunos tragos más de cerveza y de aguardiente acrecentaron el bienestar y la ilusión, y entre las fúnebres paredes de la cabaña enterrada bajo la nieve, resonó la risa humana y se alzó el brindis... Un momento más, y el sueño bienhechor cerró los párpados. Y entonces, una transformación: la cabaña se volvió casa, abrigada mansión donde la familia se junta para celebrar una fecha memorable, santa y cariñosa; á la cabecera de la mesa toma asiento el abuelo de cabellos blancos; la esposa, adornada con modestas galas que realzan su hermosura, se coloca al lado del esposo, y distribuye á los pequeñuelos la caliente sopa, teniendo cerca de sí al último, al más travieso, para darle de comer ella misma. Un lugar preferente, próximo á la chimenca que arde con vivas llamaradas, se ofrece al amigo de la casa, que ha entrado con una caja de cartón llena de juguetes para la chiquillería; ésta prorrumpe en risas y bullicio, y el amigo, alzando la caja en alto, se opone festivamente á que la registren, para aumentar la emoción y el interés de la sorpresa... La cena se anima: viene por los aires el pescado condimentado con miel, el enorme ganso asado, cuyo aroma llena el comedor y resucitaría á un muerto; en las copas, el vino espuma, destella como líquido topacio, y cuando llega la hora de alzarlas á la salud del patriarca, del abuelito venerable, el ama de la casa ofrece á su marido las mejillas y él las besa con ternura de hermano, de buen compañero que agradece la dicha de tantos años y la descendencia hermosa y saludable que se sienta con él á celebrar la Navidad. El explorador del Polo, que sueña este sueño, ve su propia cara en la del feliz esposo, y en la rubia cabeza del niño menor, la de su último pequeñuelo, de quien se despidió, no sin escondido llanto. Sí, ha desaparecido la distancia, la barrera de hielo, los peligros, el gruñido de los osos polares venteando presa; no está en el agujero abierto entre la nieve, sino en la dulce mansión, en el sagrado hogar, con los seres que, en el mundo, forman nuestro mundo, fuera del cual nada existe... Y el explorador murmura por lo bajo, al sentir el cosquilleo de la bebida espumosa: «Cref, amores de mi alma, no volveros á ver nunca. Creed que no llegase esta hora.» Mientras dura el ensueño dichoso, la noche transcurre, ó por mejor decir, corren las horas que en otro país serían noche, y que allí son parte de una noche eterna; el frío, que entumece los miembros, despierta á los durmientes; se miran atónitos; apenas saben dónde se hallan; incrédulos, se interrogan... Empiezan á contarse su sueño; ¡todos, todos han soñado lo mismo! Todos han visto su casa, su hogar, sus padres, sus novias, sus nenes. Y en el desaliento del despertar terrible, se abrazan, con el llanto al borde de sus párpados, cuajado y helado también...

***

La historia se me ha venido á las mientes pensando en estos nuevos descubridores del Polo, que se disputan la gloria de haber pisado primero sus hielos, exactamente iguales á los demás hielos del casquete boreal.

Yo confieso que me inspira alguna desconfianza el descubrimiento, con sus testigos esquimales y su coro de perros que no pueden atestiguar nada, ni ladrando; pero suponiendo que los dos digan verdad, ó que la diga uno solo, y que el Polo haya sido hollado por planta humana, ¿qué resultado positivo, ni aun para la ciencia, tiene este descubrimiento, llamémosle así?

Hay historiadores modernos que se ríen de las Cruzadas, y existió un poeta maleante, mi amigo don Ramón de Campoamor, que satirizó á los que combatían por un sepulcro vacío. Sin embargo, las Cruzadas fueron un medio de que el Occidente se pusiese en activa comunicación con el Oriente; de que se aficionase la humanidad á viajes y largas aventuras; de que se estableciesen relaciones comerciales, y se avanzase en el camino de la civilización. A las expediciones al Polo sí que podría aplicarse con razón lo del sepulcro vacío, y mejor aún, sepulcro lleno de huesos de muchos valientes, que perecieron sin auxilio humano, sin consuelo y hasta sin gloria, puesto que sus nombres apenas se recuerdan.

¿Qué hay en el Polo para que así atraiga á los audaces de todo tiempo, desde el siglo VIII? ¿Qué atractivo revisten los áridos, eternos hielos, para que se arrostren las fatigas espantosas, la muerte, el olvido?

Hay cuatro caminos por donde acercarse al Polo: el estrecho de Smith, las dos orillas del ancho brazo de mar comprendido entre Groenlandia y la Tierra de Francisco José, y el estrecho de Behring. El más seguido últimamente ha sido el estrecho de Smith, por suponerse que en él existían vastas superficies de agua libre que avanzaban hacia el Polo Norte; pero en vez de esas superficies desembarazadas de témpanos encontraron enormes bancos de hielo flotantes que, llevando la dirección del Sur, avanzaban para destruir los navíos y hacerlos astillas, si no se refugiaban en la costa. Un oficial inglés llegó, realizando milagros de tenacidad, hasta los ochenta y tres grados, y volvió diciendo que por allí era imposible acercarse más al eje del mundo.

Otra misión, sin embargo, quiso intentar lo imposible, y subió cuatro minutos más arriba. Después, tuvo que regresar. Como ésta fracasaron, á diferentes alturas y en condiciones varias, muchas expediciones, y hubo incidentes trágicos; por ejemplo, la desventura de la *Jeannette*, que después de dos años de navegar cautiva en una prisión de témpanos, fué aplastada y hecha añicos cerca de las islas de Nueva Siberia. Tres años después se descubrían restos del desventurado buque, al extremo Suroeste de Groenlandia, incrustados en un témpano. Y el hecho demostró algo científico: que el témpano cargado con esos restos no había podido llegar á aquel punto sino atravesando la cuenca polar. Sólo era posible esto habiendo sido el témpano acarreado por la gran corriente que desciende hacia el Sur y luego remonta hacia el Norte por el estrecho de Davis. Estaba, pues, trazado el itinerario polar, y el suplicio sin nombre de los tripulantes de la *Jeannette* había servido para alumbrar la ruta misteriosa del Polo. Era preciso realizar, en un buque, el mismo viaje que habían hecho los restos de la *Jeannette*.

Tal fué el plan de Nansen, el más serio explorador, en opinión general, de las regiones árticas. Y para este valentísimo viajero, la cuestión de buscar el punto matemático que forma el Polo no es lo que preocupa: lo importante es estudiar, desde el punto de vista científico, los inmensos espacios inexplorados que le rodean. A tal fin ideó su embarcación, sólida y resistente, dotada de todas las condiciones necesarias para la campaña que iba á emprender. Nansen mismo lo ha referido con el encanto de las narraciones verdaderas, que interesan más que novela alguna. Nos ha contado, en un libro atractivo por su sencillez, la construcción del *Fram*, el buque tan admirablemente dispuesto, calculado y provisto para el siempre peligroso viaje; y nos ha referido sus varias aventuras en los bancos, y cómo pasaron la noche de Navidad, á bordo del *Fram*, sus tripulantes, presos por témpanos enormes que les asaltaban á cada instante; pensando todos en los ausentes, pero sin querer manifestar sus pensamientos. La mayor parte de la dotación se compone de hombres casados y con hijos, y á Nansen le ha despedido, al embarcar, su bebé, su «Livita,» palmoteando en la ventana, mientras el buque se deslizaba silencioso y lento por el fiordo noruego, para emprender su caminata hacia los mares sombríos y los glaciares contemporáneos de la solidificación del planeta... Desde el día de la partida, en previsión de la gran noche, uno de los tripulantes ha escondido dos cajas con aguinaldos, regalo de su madre y de su novia, y después del festín, servido el tradicional pastel, en que ha trabajado dos semanas el cocinero, aparecen las cajas, y se abren con emoción. Cada cual recibe una pipa, una navaja, una bolsa para el tabaco... Entonces ya no pueden disimularse unos á otros que sólo piensan en los ausentes, que no tienen otro pensamiento. En las horas desalentadas, el alma del explorador se inunda de nostalgia. ¡Si ya estuviese terminado el viaje! ¡Si ya se encontrase de vuelta, pisando la cara tierra natal!

Sin embargo, el explorador declara que la larga noche invernal del Polo no causa esos sufrimientos de que se ha hablado tanto. Casi le da vergüenza decir que, á su regreso, no podrán contar dolores y penas, y que ni han conocido el escorbuto, ni están sino más gruesos y frescos que á su salida de Cristianía. Y es que hicieron gran provisión de sanos alimentos, es que han adoptado precauciones higiénicas y contra la temperatura espantosa de 40 bajo cero. La desesperación es cuando el buque, en vez de marchar hacia el Norte, deriva hacia el Sur. Pero no vale desanimarse: la firme voluntad del noruego reaparece. Es indigno aceptar una misión y abandonarla luego. Hay que aceptar lo que venga. ¡Animo!

Y sigue subiendo hacia el Norte; y no pudiendo hacerlo á bordo del *Fram*, definitivamente aprisionado, asciende en trineo, al través de los hielos, ó arrastrado por ellos; y entonces sí que los sufrimientos son horribles, los riesgos inminentes, las privaciones tales, que apenas se comprende cómo el débil organismo humano puede resistirlas. Hambre, frío, desnudez, suciedad, congelaciones de las heridas, alimentación de carne cruda ó de grasa de oso y morsa, todo lo padecen los expedicionarios, hasta que ya consideran imposible acercarse más al Polo, y deciden retroceder á tierras habitadas por hombres... Y cuando oyen la primera voz humana resonando en las soledades, el estremecimiento de gozo es tal, que él solo vale haber soportado tan larga y cruel tortura. Va ahora es seguro que volverán á ver á los seres queridos, que pasarán con ellos la primer Navidad, y que el recuerdo del padecer no hará sino acrecentar la dicha de encontrarse juntos. Los que han vivido entre el hielo, sentirán ese calor á ninguno comparable, el calor familiar, el calor de la noche en que Cristo vino al mundo.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como acaso recordarán algunos de los que me leen, aunque la noticia ya va perteneciendo á la historia antigua, hubo un tiempo en que el nombre de gallego era sinónimo de torpe, zafio y bruto. Cuáles hayan sido los orígenes de esta fama en la Península, daría materia á un investigador curioso para quemarse las cejas indagando, revolviendo papelotes y haciendo preguntas de difícil contestación. Lo verdaderamente digno de notarse, en contraste con la opinión de nosotros formada, y que nos atribuía tanta fuerza física como estolidez intelectual, es que, en la historia literaria y sentimental española, el elemento gallego representa el elegante y delicado lirismo, el ideal fino y sublime, que de puro quinta esenciado se da la mano, desde el siglo XV, con el más exquisito modernismo actual.

Hay personajes históricos que parecen distantes de nuestro modo de sentir siglos y siglos, y los hay que creeríamos enteramente contemporáneos nuestros. Tales los dos trovadores gallegos Juan Rodríguez del Padrón y Macías. Experimentamos hacia ellos lo que ellos experimentaban el uno hacia el otro, y á poco repetiríamos el ruego elegíaco del autor del *Siervo libre de amor*, pidiendo que nos enterrasen con Macías.

Que este atractivo novelesco de los trovadores gallegos es poderoso, lo dice bastante el hecho de que un espíritu tan crítico y amargo como el de La Ira tomase á Macías, no por héroe de una novela y no drama, sino por representación de su propia personalidad, por símbolo de su alma torturada, lírica y tan enferma, como demostró su muerte. El romanticismo gallego de las figuras de Padrón y Macías es más melancólico, más hondo, más velado de brumas poéticas que el de los héroes del romanticismo castellano, como Tenorio y Sancho García. Un alma escogida y señalada con la marca de la fatalidad, como la de Larra, tenía que sentir el influjo de las otras almas profundamente sentimentales, nostálgicas y teñidas con la prosa, de los grandes trovadores gallegos que vivieron su poesía plenamente, el uno muriendo á punta de lanza traidora, ó de venablo—nos agrada que la flecha de amor que le había herido; el otro recluído en el claustro de Herbón, expiando en la penitencia la osadía de haber mirado al sol de cara; de haber amado á la reina, ó á alguna ultísima dama de la corte.

Nótese que Juan Rodríguez del Padrón, en su novela autobiográfica, hace á Galicia teatro de aventuras y desventuras de andantes caballeros; y después de describir con pormenores que le envidiaría un periodista actual el castillo encantado de la esquiva Rocha, en las partes de Iria, riberas del mar Océano, y de dar detalles acerca de los primores de lujo en los mágicos jardines del palacio, llama á Galicia «la pequeña Francia,» por donde cualquiera podrá venir en conocimiento de que Galicia era, en aquel período en que la influencia é imitación de la moda francesa no cedía á la de hoy, el país más culto y elegante. Francesa es, más que española, la costumbre de dar estrenas ó regalos en primero de año—pues lo clásico español es el aguinaldo de Navidad,—y Rodríguez del Padrón ofrece á la «alta señora» cuyo amor ilumina su vida con resplandores secretos, una canción «por estrenas,»

> e por más ser obediente,
> mi corazón en cadenas,
> por presente...

Representada Galicia en los últimos tiempos de la Edad Media en dos tipos de tan exquisita contextura sentimental como Macías y Rodríguez del Padrón, no debe sorprender que el sabio Menéndez y Pelayo se incline á creer que pudo ser gallego el desconocido autor de la novela más admirable entre las idealistas, que es, en su género, lo que para el arte realista el *Quijote*.

Fué esta novela de *Amadís*, en su tiempo, un acontecimiento, no sólo literario, sino social.

Todo son obscuridades y tinieblas en cuanto á su origen. Mi amigo Teófilo Braga no ha cesado de reivindicar para Portugal esa gloria; y algunos eruditos franceses y españoles se la habían disputado á los portugueses, no sin copia de argumentos de probabilidad, pues de certeza no existe ninguno. Los gallegos, en cambio, creo que no pensábamos en reclamarla, pero sentimos grata impresión ante la conjetura del autor de los *Orígenes de la novela española*.

Lo único que positivamente consta es que la edición más antigua de *Amadís de Gaula* está en castellano y es de 1508, corregida y enmendada por Garci Ordóñez de Montalvo; claro es, por consiguiente, que existieron otras anteriores, pero se han obscurecido ó perdido. Es caso extraño este de la desaparición de ediciones enteras de una obra, y obra famosa, celebrada y leidísima; y sin embargo, para desesperación de curiosos y coleccionistas, los libros que en el siglo XVII se encontraban en la librería de un hidalguelo de aldea, como *Don Quijote*, no se hallan hoy ni á peso de oro.

Antes del arreglo y continuación de Montalbán, á fines del siglo XIV, en su último tercio, el *Amadís* era conocido y leído en España; y no sólo leído, sino popular, entre lo que hoy llamaríamos la buena sociedad de aquel tiempo. Los perros aristocráticos de entonces, los lebreles esbeltos que merecían el honor de ser esculpidos en los mausoleos de sus dueños, llevaban escrito en el collar su nombre: *Amadís*.

Por ser novela de tal altura, de tal significación, que encierra y resume para los latinos el ideal caballeresco, como lo resume para los germanos el *Parsifal* de Wolfrango de Eschenbach, la disputa es agria entre eruditos. No es oportuno resumir aquí, ni aun brevísimamente, las razones de unos y otros. A nuestro interés regional basta la hipótesis, no desprovista de firme apoyo, en indicios muy vehementes, de que el autor de la célebre historia del más firme, constante y casto enamorado, del caballero sin miedo y sin tacha, en quien se refina y eleva la aspiración lírica de la caballería andante, sea Juan Lobeira, apellido de la provincia de Orense; ó que, si ya no fuese gallego este primer refundidor, por lo menos, del *Amadís* peninsular á fines del siglo XIII, lo fuese quien primero ideó la gentil fábula. Estaba entonces mal deslindado el terreno entre las lenguas y los temas literarios de ambos reinos, y abundaba más la prosa galaico castellana que la propiamente portuguesa.

Menéndez y Pelayo dice textualmente: «Domina en él un idealismo sentimental que tiene de gallego ó portugués mucho más que de castellano; la acción flota en una especie de atmósfera lírica que en los siglos XIII y XIV sólo existía allí.»

Débiles son los fundamentos en que por ahora se apoya la conjetura de que *Amadís* haya nacido en la tierra de Macías y Juan Rodríguez del Padrón; pero si les faltan pruebas rigurosas ó al menos verosímiles, tienen en cambio la verosimilitud interna de las aseveraciones que responden á la psicología de una región. El romanticismo y el lirismo son del Noroeste, y el elemento épico es más bien castellano.

Hay, pues, un precioso tema en que ejercitar la actividad de los eruditos gallegos: buscar con fe y esperanza una primitiva redacción del *Amadís*. ¿No es cruel que se ignore el nombre indiscutible del autor de esa novela extraordinaria? ¡Qué incierta es la gloria de las letras! Ahí está un novelista que sólo le cede el paso á Cervantes (dentro de su concepción artística), y de quien sólo sabemos que ha sido expoliado y substituído por un burgués de Medina del Campo, dos ó tres siglos después de su muerte.

Señalo al investigador D. Celso García de la Riega esta empresa que es digna de sus fuerzas y que un azar feliz puede hacer que no sea superior á ellas, y le recuerdo que el que reconquista para su tierra natal un trozo de espíritu, merece tanto como el que gana á filo de espada un trozo de territorio. ¡Pues no sería pequeño gozo descubrir, en algún empolvado archivo regional, en algún montón de papeles desechados ó abandonados por la ignorancia, una redacción del *Amadís* anterior á la de Montalvo, y venir por ella en conocimiento de que el amador de la señora Oriana era paisano nuestro!

***

El año de 1910 parece haber nacido con buena estrella. ¿En qué se conoce esta buena estrella?, diréis. Pues en una infinidad de datos negativos. No hay guerra, á pesar de los tiroteos de Alhucemas; no hay *grippe*, á pesar de la humedad, la niebla y los catarros estacionales; no hay grandes siniestros, á pesar de las desatadas inundaciones; y digo que no hay grandes siniestros porque se consideran tales los que cuestan vidas humanas, y por fortuna, no ha costado muchas la inundación, al menos que sepamos. Fallecimientos de gente conocida en Madrid, sí algunos se registran en esta entrada de año, son de personas de muy avanzada edad, como la condesa de Añover de Tormes y el marqués de Alcañices, duque de Sexto.

Este prócer era popular. Su tipo nacional castizo —conservado á pesar de sus baños de existencia europea—le hacía simpático y destacaba su figura sobre otras figuras palatinas más borrosas, más difuminadas por nubes de elegancia. La elegancia es cosa impersonal; Sexto tenía personalidad, y personalidad eminentemente española.

Sin embargo, se había casado con una señora extranjera, creo que rusa, la viuda de aquel duque de Morny cuyas intimidades escribió Daudet en *El Nabab*. «La gringa,» como desdeñosamente llamaban á la duquesa de Sexto algunas damas madrileñas, trajo una innovación: ¡fumaba! En su tierra, nadie cree que el privilegio de encender una hierba y chuparla sea atributo del sexo masculino... Fumaba «la gringa,» pues, largos cigarrillos de Oriente, y poco á poco, lo que empezó siendo motivo de escándalo, se convirtió en moda «chic.» Dieron en apurar su *cigarette* otras damas sumamente distinguidas, guapas y vestidas por el mejor sastre... El matrimonio del duque de Sexto no parecía de esos en que hay entera conformidad de temperamentos y gustos entre los esposos. El duque, lo repito, era un madrileñazo, casi diré un manolo. Su influencia, tal vez involuntaria, domina en aquel período de flamenquismo que adivinó al advenir la Restauración.

Era flamenco hasta su tipo, con las cortas patillas que también usó el rey Alfonso XII. En sus aficiones sobresalía la que profesó á perros y caballos. Yo simpatizo mucho con estos gustos, porque no hay cosa más bonita que un perro bonito, de raza pura y aristocrática y bien cuidado. La naturaleza, que en la especie humana concede á veces al pueblo que produzca ejemplares bellos y nobles, es más inflexible, más linajuda en los irracionales: jamás un perro sin raza valdrá gran cosa, y la ascendencia del caballo es lo primero que se pregunta para saber cómo ha de portarse. Así, aquel marcués tan democrático era meticuloso en lo que se refiere á los bichos, y cuando un perrito suyo os daba la pata, podíais estar ciertos de que era una pata noble por los cuatro costados, y que el marqués conocía perfectamente la genealogía y origen de aquel privilegiado animalito, cuyos cascabeles de plata acababan de resonar, con musiquilla ligera, debajo de un sofá ó detrás de un biombo...

En caballos, era «Pepe Alcañices» una autoridad. Ningún chalán le superaba, y su ojeada experta descubría instantáneamente los defectos y cualidades de un tronco ó de un caballo de silla... La última vez que le hablé fué en sus cocheras, enorme edificio situado cerca de la Plaza de Toros. Yo estaba allí presenciando cómo se subían algunas señoritas á una carroza de Carnaval, y apareció el duque de Sexto, lamentable ruina y resto de lo que había sido un agraciado mozo de tipo español, un gran señor brillante. Sin duda el amago de accidente ó la vejez habían embotado su memoria, porque al pronto no me reconoció. Su mirada era atónita, inexpresiva su cara. Pero así que sacaron al gran picadero descuidado, invadido por la vegetación, dos caballos andaluces, y del diestro los pasearon «para que vea vuecencia cómo trotan,» el semblante muerto se coloreó y se encendió con luz de vida, los negros ojos ibéricos chispearon, la inclinada espalda se enderezó, y por un momento fué otra vez el «Pepe Alcañices» de los días espléndidos, de cuando trajo á su príncipe Alfonso del destierro al trono de España...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lectoras—alguna vez ha de ser á vosotras á quienes especialmente me dirija,—lectoras amables, ¿habéis organizado funciones de Beneficencia en vuestra vida?

Ante todo, rectifiquemos: la que estamos organizando unas cuantas señoras de Madrid no es función benéfica, no es cosa de caridad; lo que se hace en honor de los héroes no es ni aun filantropía, sino patriotismo; y si fuese caridad, sería esa caridad bien ordenada que empieza por nosotros mismos, que á todos nos hace provecho. Bueno es que hayamos trabajado por los «damnificados» (qué palabra más cursi) de Melilla; pero infinitamente mejor, en mi opinión, que nos molestemos por el Cabo Noval.

Sobre la hazaña de este humilde héroe escribió Mariano de Cavia un artículo muy sentido, comparándola á la del famoso caballero de Asaas, cuyo nombre es en Francia venerado, y suponiendo ó temiendo que en España no hubiese para el Cabo recuerdo inmarcesible.

Y aute este temor, algunas señoras nos propusimos elevar al Cabo un hermoso monumento; porque: las proezas no se conmemoran visiblemente, la memoria del pueblo no las archiva, sin que en esto haya mala intención ó culpa, sino un efecto natural del tiempo y del rodar de los sucesos, que todo lo borra. Como la religión, el heroísmo necesita entrar por los sentidos (digan lo que quieran los racionalistas sin alma artística), y al través de esas puertas, llegar á la conciencia. Decidimos, pues, que al héroe le eternice un monumento, y en sitio visible, y obra de ilustre escultor. Y sin tardanza, discutimos los medios de arbitrar dinero. Éramos las siguientes patriotas: la duquesa viuda de Bailén, que representa el nombre del general Castaños; la duquesa de Zaragoza, título del defensor de Zaragoza, el célebre Palafox; la marquesa de Squilache, la infatigable, la maga bajo cuya varita afluye el oro para todo lo bueno; las dos asturianas señora de Pidal y condesa de Peñalver; la esposa del general Marina, el que ha llevado la campaña de Melilla; y la última, aunque no en voluntad, quien firma estas crónicas. Y acordamos, por de pronto, una función en el Teatro Real.

***

Es mi deber decir que, cuando intervinimos las señoras en esto de sacar á luz para los venideros el hecho del Cabo, ya el Ayuntamiento de la villa del Oso y del Madroño tenía acordado consagrar á este heroe uno de los doce bustos que se elevarán en la rotonda del Parque del Oeste, donde se alza un monumento á los repatriados de la guerra de Cuba, monumento no muy recomendable artísticamente. Los demás bustos de la docena creo que serán de los generales Pintos, Ibáñez Marín y Díaz Vicario, si poll el de la mano de aluminio y otros seguramente muy valientes, de gloriosa memoria, pero cuya aureola no es tan brillante como la del Cabo. De éste decía no hace mucho cierto valiente que lleva la ejecutoria de su nobleza en la cara partida de horrible machetazo por los negros de Maceo: «Lo de Noval es lo más grande que se ha hecho, no sólo en esta campaña, sino en muchas campañas, tal vez en un siglo.» Y en un país como España, á cuyos soldados sólo reprochaba un oficial alemán el «exceso de ardor,» decir esto es decir que ni Leónidas ni Milciades tuvieron entre sus huestes quien venciese al pobrecillo mozo de Valdesoto, al aldeano astur...

Tiene de singular la hazaña del Cabo que no fué realizada entre el fragor de la lucha, en que el valor de todos estimula el de cada uno, en que se enciende la sangre por la pelea, en que retroceder es deshonrarse públicamente, en que casi por un efecto mecánico el cuerpo sigue á los demás cuerpos, y en que no defenderse es medio seguro de morir. No así el Cabo. Sorprendido por los moros de noche y á poca distancia del campamento, oyó que le ofrecían la vida si conducía al enemigo al campo español. Su voz había de inspirar confianza y los rifeños les cogerían descuidadas á nuestras tropas. Y el Cabo asintió. Se pusieron en marcha. La obscuridad era completa, la noche prestaba á la traición su sombra. Llegaron al campamento. El Cabo tenía que llamar, que decir palabras españolas, para que los españoles fuesen á matanza sacrificados. Y ya cerca, con voz alta y fuerte, he aquí lo que gritó: «¡Tirad, compañeros, que vienen los moros!» Las primeras balas de la descarga cerrada fueron para él...

Yo no conozco nada más sublime. La vida entregada así es una estrofa de Simónides, porque hay en el hecho la alta serenidad antigua, ese sentido del desprecio de lo pasajero, que las edades heroicas practicaron. Los minutos que el Cabo anduvo rodeado de enemigos y resuelto á dar el grito admirable; esos minutos caminando hacia el ara, víctima voluntaria, sin temblor y sin vacilación, son los momentos en que una vida humana adquiere significación, da su esencia, supera á la materia y al barro que nos forma... Porque la naturaleza, cobarde, manda huir de la muerte, y al encuentro de ella iba el Cabo, sin que temblasen sus piernas ni desfalleciese su corazón. Inmolación tranquila, sencillo holocausto, ofrecido á la Patria como se ofrece un vaso de agua al caminante. Y las señoras hemos sentido en las entrañas el efecto de este episodio tremendo y hermosísimo, y en nuestra época en que se abusa de las palabras, el hecho nos abrumó con su grandeza silenciosa. Haríamos el monumento.

***

Para cumplir el propósito, nos ponemos en campaña... Y repito mi pregunta: ¿sabéis lo que es organizar una función en el Teatro Real?

Ce n'est pas une sinécure, dirían nuestros amigos los franceses. Lo que sucede es que, en tales empeños, aparecen, cuando menos se piensa, auxiliares desinteresados; y por otra parte, hay en la labor cierto atractivo, el estímulo de la dificultad que vencer... Tiene algo de combate, algo de victoria al fin.

Empiezo por advertir que el terreno está espigado... La subscripción nacional ha producido muchos millones para heridos y reservistas. Población hubo donde á cada reservista le han tocado mil setecientas cincuenta pesetas, y nadie ignora los cuantiosos repartos de Madrid. Así es que la gente no se encuentra tan predispuesta como otras veces á pagar contribución... Lo cual realmente no se explica, porque si un duro puede representar una privación en determinados hogares, en otros, un billete de cien no quita ni pone para la vida habitual. No son los más ricos los más dadivosos. En nada hay más sorpresas que en esto del dar. El que cinco minutos antes desarrollaba teorías muy acertadas sobre la conveniencia de ciertas iniciativas, cambia de gesto y de actitud y se envuelve en una capa de hielo cuando le decís que la iniciativa está en marcha y le pedís su concurso en forma tangible... Vierais entonces los rostros serios, el mirar distraído, las medias vueltas á la derecha, las observaciones agridulces, la cantilena de cantas cosas, y hoy la Beneficencia domiciliaria, mañana los inundados, pasado los terremotos, al otro día los Asilos, y la función de Iglesia, y la gota de leche... Y no hay que hacer caso. Es preciso, cuando se trabaja para algo bueno, acorazarse contra los egoísmos y las tacañerías, á veces involuntarias é inconscientes. Existe profundo desequilibrio en los gastos y en los ahorros. Se repara en una peseta y se tiran galanamente, cuando el capricho lo dicta, mil. Esto es humano. Demasiado humano, diría Nietzsche.

Por encima de tales menudencias, ello es que, apenas anunciada la función, empieza el público á arrebatar los billetes de manos de la marquesa de Squilache. Y los piden con recomendaciones, y hay ecos y quejas por falta de palcos. Mil palcos se venderían. Las de la Junta nos quedaremos sin palco, es lo probable. Llenos así quisieran las empresas...

Colocar, no es arduo. Pero sí lo es el arreglar ciertos detalles. Nos complica la tarea el ser cinco ó seis las compañías que tomarán parte en la función. Cuando es una compañía sola todo va sobre ruedas, como ha sucedido en la Princesa, donde recientemente se dieron algunos beneficios. María y Fernando lo arreglan, sin la menor preocupación del orden material para las señoras de la Junta.

Generosos y complacientes todos los actores y empresas, se han prestado gustosísimos á nuestro plan. Forma parte del programa la zarzuela *Gigantes y cabezudos*, para la cual encontrábamos un obstáculo: decoraciones, cabezudos y gigantes, todo andió en el rápido y devorador incendio del popular teatro de la Zarzuela, ocurrido como nadie ignora á principios de temporada... Y aquí de los apuros, aquí de las combinaciones imposibles. Necesitábase todo la decoración del puente sobre el Ebro, porque era factible que el coro de repatriados saliese cantando «aquí la Seo y allí el Pilar» señalando hacia un telón que representase el puente de *Dinorah* ó de *Sonámbula*... Estoy convencida, porque me lo ha enseñado la experiencia, de que en estos casos de extremo apuro el remedio viene él solo, la solución llueve del cielo como las perdices asadas en Jauja. Lo he comprobado repetidamente, que las personas de buena voluntad surgen donde menos se las espera.

Hemos encontrado á un caballero, el Sr. Reynot, dispuesto, espontáneamente, no sólo á adquirir por su cuenta los innumerables metros de tela para la indispensable decoración, sino á gestionar con el escenógrafo Muriel que nos la pintase gratis... Y ya tenemos puente, ya tenemos Seo y Pilar, ya tenemos la obra típica...

***

Pero así como se encuentran inesperados auxiliares, saltan complicaciones imposibles de prever ni de sospechar. Cuando entramos en un teatro y nos sentamos en la localidad que nos pertenece, para gozar del espectáculo, no adivinamos lo que ha precedido á ese momento en que el telón se alza y resuena la voz del actor. Y sin embargo, ¡qué trabajo arduo, qué infinita filigrana representa este hecho natural de que un telón se alce! Para esta función, con haber encontrado tan favorables elementos, hubo horas de angustia, de descorazonamiento, de incertidumbre ante lo menudo, que es siempre lo ingente, como el montón de arena...

¿Quién se figurará, por ejemplo, que en el Teatro Real sea un problema el vestirse los actores, por escasez de *camerinos*? ¿Quién supondrá que el imprimir un programa represente un problema, no sabiéndose de cierto el reparto hasta pocas horas antes de la función? ¿Quién adivinará la maraña del envío de localidades, solicitadas, sin embargo, con tanto empeño? El uno tiene la fila 10 y pide la 12; al otro se le han enviado butacas, y es un abonado antiguo á palco, y se disgusta si no lo recibe; aquél desearía estar en el callejón y al extremo, y casualmente se le ha enviado centro... Minucias; lo infinitesimal. He aquí el reverso de todo tapiz... Es lo eternamente humano, lo que casi no debiera ni consignarse, puesto que, al cabo, no influye decisivamente en el resultado de las cosas...

La función estará brillante; todo Madrid concurrirá á ella, y se sacará una bonita suma para que sirva de base al monumento. Y esto nos basta, después de la campaña mundana entre sonrisas y palabras de cortesía, pequeños secretos de salón y cucharamuras taza de té en mano. ¡Ah! De esto estamos seguras; el día que nos ha concedido la empresa del Real es excelente; sábado, sin que haya en el ninguna fiesta mundana, sino un te en la Embajada de Italia, que acaso se aplazará; víspera del santo del rey, víspera de día de fiesta... Como una seda todo. Las tropas que se esperan, que regresan de Melilla, habrán entrado dos ó tres días antes, lo cual acentuará el relieve de la función patriótica... Y empezamos á mirar con tranquilidad el porvenir...

De pronto... ¡Dios nos valga! Noticia:... Las tropas no entran ya dos ó tres días antes; las tropas entran... el mismo día, casi á la misma hora en que ha de celebrarse la función patriótica, que ni podemos retrasar ni adelantar. Nos quedamos como estatuas...

Y he aquí uno de esos tropiezos imposibles de prever, de los cuales hablaba antes...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo soy indiferente á la política de nombres y hombres. Sólo adquieren valor y sentido para mí los temas políticos cuando afectan al interés de la patria. Y para notar lo que á la patria afecta, poseo una sensibilidad de reumático en país húmedo, una vista de lince, un oído fino como el oro...

Prescindiendo de lo que por contrata y papeleta opinan los partidos, dije desde el primer instante que la entrada de las tropas en la coronada villa había sido un *fiasco* por mala organización. Yo no sé si al explicarme así, me alisto en las huestes de la reacción más negra. Corro el riesgo. Hay que tener el valor de las convicciones propias.

Y á la verdad, me han quitado un gustazo muy grande con no arreglar mejor lo del 22. Me ha echado á perder el día quienquiera que haya sido, porque como no resultó la cosa, todos se la endosan á todos, nadie la reclama—demostración clarísima de que *fiasco* hubo.

***

Conviene advertir que el vecindario estaba en óptima disposición; que el entusiasmo hervía en los corazones; que sin ficción oficial ninguna, el Madrid de siempre, impulsivo, franco y noble, se hallaba dispuesto á tributar á la tropa un recibimiento delirante. Sobre base tal, la tarea de arreglar una entrada lucida era facilísima.

Bastaba no olvidar dos cosas: la ley psíquica de las grandes emociones, que decaen si se prolongan, y la ley racional de que el inmenso río humano no cesita cauces y á veces diques. Se prescindió de ambas leyes, y sucedió lo que irremisiblemente tenía que suceder. Hubo desorden, decayó el entusiasmo, disminuyó la concurrencia, porque nadie aguanta de pie y sin comer cinco ó seis mortales horas, en condiciones realmente molestas, prensado, empujado, arrollado, ó en peligro de serlo.

Yo salí de mi casa á las diez, para instalarme en un balcón del Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Asustaba ver las calles, desde aquella altura. Se recordaban las comparaciones homéricas del enjambre de moscas en verano, y los de abejas, en las Torres de Meirás, apiñados sobre los canecillos de la capilla, como retazo de viviente terciopelo, hervidero intenso, furioso, zumbador, que se disputa el sitio y el espacio, en remolino bullente. Los trabajadores habían renunciado á su jornal; nadie quiso quedarse entre sus cuatro paredes. El cierzo glacial que soplaba, y que durante la noche casi heló á un pobre centinela, no enfriaba al pueblo de Madrid, alegre, excitado, bromista con las mujeres, impaciente de gritar, de aclamar, de desbordarse. Un viejo de capa verde trató á cuestas una escalera, para encaramarse y ver mejor. Cinco chulas rompían entre la multitud, en monomio, cogidas de los mantones. Un grupo de estudiantes alborozados daba la nota juvenil. Todo era hermoso, como alegría y juego de niños. Llegaban ante el ministerio, no sin trabajo, los automóviles del cuerpo diplomático, descargando embajadores y ministros. A nuestro lado, enormes cestones de flores frescas tentaban á la mano, ansiosa ya de arrojarlas al paso de los victoriosos. Porque victoriosos eran, á pesar de los días tristes, que en pocas campañas deja de haber; victoriosos y padecedores de trabajos, que es doble victoria. ¡Qué largo se hacía el tiempo!

Largo era para nosotros, que desde un balcón cómodo aguardábamos la impresión presentida... ¡Qué sería para los pobrecillos vencedores! Eran ya las once y media... Desde las cinco estaban ellos en pie, lastrados con un pan y un chorizo, rendidos de sueño y de frío quizás. Eran, repito, las once y media y apenas empezaba allá lejos el lento, inacabable desfile...

A las doce y media—cuando ya nos habíamos puesto á mordisquear bollos y sandwichs—he aquí que la voz corre: «¡Vienen!» «¿Vienen?,» exclamé. Porque ni se oía la música, ni se veía más que algún soldado suelto, confundido entre el vaivén de la multitud, apretujado, asfixiado... Los vivas apenas aleteaban. Las flores que empezamos á lanzar á puñados, se perdían entre el concurso, el cual se empujaba también, no contenido por ninguna fuerza. En medio de la greguería que armaban los espectadores, era muy triste el silencio de las briosas charangas. La gente victoreaba poco, porque, agobiada de sí misma, renegaba mucho. En la confusión, cada cual pensaba en defenderse de codazos y golpes; las mujeres rehuían contactos que sublevan; los hombres guardaban el reloj, trataban de proteger al niño, al débil que acompañaban... ¿Y la emoción? Sí, existía, estaba allí..., pero gastada por la eterna espera, marchita por el descenanto de tal lentitud, cohibida por la lucha material... ¿Hay alguien que pueda gritar, tirar flores, llorar de enternecimiento medio día seguido? Al ver la primer bandera, náufraga en el oleaje humano, el alma se nos quería salir de la boca... Pero después continuó la procesión desordenada, ahora un soldado, luego tres, luego un caballo, el varal de una camilla, un moro, un oficial, la cantinera... Y las banderas pasaban envueltas, sin que nadie las ovacionase, no porque no se las quisiese ovacionar (repito que el deseo era *sentir*), sino porque todo lo arrastraba la muchedumbre, en esa inconsciencia suya cuando no se siente amparada, regulada, cuando todos temen al vecino y le maldicen...

Y luego vino algo peor si cabe: ya no fué el desorden, fué el cansancio. Todo el mundo se fatigaba de estar de pie tantas horas; la de comer el *coci* había transcurrido hacía tiempo; una tenía al chico sin mamar, otra abandonado al enfermo; cada cual se sentía llamado por algo pendiente, por esos mil hilos de la vida diaria que interrumpe un acontecimiento insólito... Y en vista de que las tropas no acababan de desfilar, fueron desfilando los espectadores. ¡Eran más de las dos!

Acaso para algún soldado haya sido agradable este modo de entrar, pero yo observé en la mayor parte signos evidentes de molestia. Lo contrario sería milagroso, después de jornada tan dura, de haber estado formados en orden perfecto en el Prado, tanto tiempo, aguardando disposiciones de la autoridad civil, para acabar por sufrir una paliza de empellones cariñosos y lisonjeros y acompañados de flores, pero que mollan, asenderean y daban al traste con la paciencia.

Tanto error fué esta entrada, que al fin se quiso enmendar, y los últimos regimientos entraron formados, con música y banderas desplegadas. Por ahí se debió empezar, y aun sin que la fuerza acordonase la carrera, el público hubiese abierto paso. El pueblo llevaba ese día muy buen vino. Se necesitó una enorme equivocación para deslucir una brillante página de historia.

Además, hubo desgracias. ¿Cómo era posible que no las hubiese? Abandonada á sí misma la muchedumbre, por razón de su propio peso se magulló y ofendió. ¡Qué divertida es, vista desde afuera, la comedia política! Una de las cuestiones acaloradamente discutidas estos días por tirios y troyanos, fué la bizantinísima de si á esas 200.000 ó 300.000 personas que llenaban las calles de Madrid la mañana del 22 de enero se las debía llamar «turbas» ó «pueblo honrado.» Pues las dos cosas, las dos á un tiempo, señores míos. Porque reconocerán ustedes que entre ese respetable número habría de todo. ¡Digo! Supongo que no les podremos extender á 300.000 individuos certificado de buena conducta, ni se entra en la calle de Alcalá con papeleta. Cualquier multitud, entregada al desorden, puede convertirse en turba, y bien ordenada, ser el apacible y sencillo vecindario. Es cuestión de hacer que dominen los elementos de sensatez y de cortesía que existen á veces en el hombre más ineducado y hasta en el más abyecto, y eso no se obtiene suprimiendo vigilancia, sino aumentándola y organizándola. Porque los que vigilan no se diferencian esencialmente de los vigilados sino en esto: en que vigilan. El madero que forma el dique es del mismo árbol quizás que el madero que dió el garrote y la cachiporra. Asunto de colocación y de labor.

Y hay que saber cómo se vigila, y vigilar discretamente. Cuando tuve que salir del ministerio de la Gobernación, me acompañó un guardia: yo iba á pie y de prisa; me llamaba obligación perentoria, estar en el Real cuando la función patriótica empezase; y eran las dos, y el desfile no parecía próximo á terminar. Detrás de mí quisieron pasar dos mujeres del pueblo. ¿Qué mal hacían? Sin embargo, no las dejaban. Al fin pasaron. Todo lo lícito y que á nadie molesta, debe permitirse. Pero hay que contener á la muchedumbre, en interés suyo. Hubo niños pateados, mujeres derribadas, ropa desgarrada, zapatos perdidos, puñetazos y mojicones. Y nada de esto debió haber. ¡Lástima de fecha, lástima de entrada triunfal!

***

¿Cómo vienen? Sanos, fuertes, con varonil empaque. La guerra es gran escuela de energía. Sin duda han comido bien, pues no se les ve flacos ni escuálidos. Y es un consuelo muy grande, para los que hemos pensado tanto, todo el verano, todo el otoño, en las tropas que más allá del Estrecho sostenían la honra nacional.

Los capellanes recibieron ovaciones especialísimas. Se sabe cómo se portaron: valientes entre los valientes. ¡Algo tan español, el heroísmo de los curas! He oído contar á oficiales detalles interesantísimos acerca de la conducta del clero castrense en la presente ocasión. «Eran como leones—dijéronme textualmente—los capellanes.» ¿Queréis algo más nuestro, algo que mejor encaje dentro de la leyenda de oro? La tierra nuevamente ganada, donde por primera vez decían misa, habían ayudado estos presbíteros dignos del siglo XVI á conquistarla con su sangre...

También las cantineras han ido al combate sin miedo. Así me lo aseguró la hija del general Marina, buen testigo, en el balcón desde el cual presenciábamos el desfile. Aquel que parece soldadillo lampiño y moreno, no es sino la cantinera, que sonríe y saluda militarmente y que no ha esquivado las balas. «La guerra—dijo no ha mucho D. Benito Pérez Galdós—es el momento de mayor espiritualidad de un pueblo.» Esta verdad profunda yo la veo demostrada—aun en la entrada que se estropeó—por el efecto que en la multitud producen, al pasar, los que han elevado su alma en esa espiritualidad de la vida despreciada, el peligro arrostrado, la fatiga sufrida y el corazón lleno del impulso más grande y hermoso, que, por obra maravillosa de las realidades, es también el más *útil*: el amor de la patria, embriaguez divina, fe que no debiera tener incrédulos.

Dos horas después, en el teatro Real no se cabía. Hasta el techo era el lleno, y la función, la organizada por la Junta de señoras, para el monumento al Cabo Noval. Lucrecia Arana cantaba sus jotas con esa peculiarísima entonación donde parece palpitar, al través de la melodía árabe, el alma antigua de la raza. Y yo pensaba: ¡qué de poesía hay á veces en la vida! No todos la perciben. Peor para ellos.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un género de incompatibilidad física entre amigos, familia, esposos, compañeros de cadena, domicilio, oficina y taller, que da lugar á escenas muy peregrinas, que no hay modo de evitar, ni de remediar. Me refiero á las diferencias irreductibles en los modos de sentir la temperatura. Es imposible avenir á los que siempre tienen frío y á los que tienen calor siempre.

La vida, por esta causa, fácilmente se trueca en infierno. «Sólo con mirar á las oposiciones entre marido y mujer por la cuestión de calor y frío, se justificaría el divorcio—decíamos un partidario de las teorías de Naquet.—¿Usted sabe el suplicio que es para el friolero vivir unido á una persona que abre todas las puertas y deja paso libre á las corrientes?»

Por mi parte, siendo del bando de los calurosos, mayor considero la tortura del que, necesitando respirar anchamente, ve que le someten al suplicio de la princesa de Eboli en su prisión: tapiados los huecos, clavado todo cuidadosamente, y por añadidura, una chimenea que echa bombas, llamas y bocanadas de fuego. ¡El horno de los tres niños de Babilonia!

El clima de Madrid podrá ser duro; podrá tener sus sorpresas, sus sobresaltos; pero no es un clima riguroso, ni mucho menos; la nieve cae por excepción dos ó tres días, y eso, no todos los años. No es lógico que en Madrid se extreme la calefacción, como si estuviésemos en San Petersburgo. En Madrid, mientras el sol entra en las habitaciones, ninguna falta hace ni aun encender.

Sin embargo, ello es que se ha puesto de moda tener las casas á un temple que á las márgenes de la Neva ó del Volga estaría justificado. Y he aquí la consecuencia. A los cinco minutos de reunirse la gente en una casa, empieza el coro de los que se asfixian:

—Esto no puede aguantarse.

—¡Uff! ¡Qué sofoquina! Voy á quitarme el boa.

—Otro día vengo escotada, con un tul.

—¿Nos prestaría la dueña de la casa un abanico?

—Salgámonos un momento á la antesala, á ver si está algo menos imposible.

—¡Atiza! ¡Pues si en la antesala hay una chuberaki que parece la caldera de un vapor!

—Yo lo que haré será irme á la calle, con disimulo, así que pueda.

—¡Ya! Pero mucho cuidado con la salidita.

Mientras los que tienen provisión de calórico hablan así, entre resoplidos y angustias respiratorias, los frioleros suspiran de bienestar, sonriendo á la temperatura, propia de criadero de gusanos de seda.

—Esta casa encuentro que está como debieran estar todas.

—¡Qué agradable! ¿Verdad?

—Una delicia. Y todo igual, antesala, salones, comedor...

—No perderé una de las reuniones. Es que en otros sitios se tirita.

—Yo me acatarré en casa de X...

—Yo pesqué la gripe en la dichosa comidita de los de K...

—Al menos aquí puede uno quitarse el abrigo...

—¡Ya lo creo! ¡Muy, muy confortable!

—Usted habrá oído repetir esa vulgaridad de que es malo salir al frío desde una habitación muy caliente. Pues lo positivo es todo lo contrario: llevando buena provisión de calor, se opone resistencia al frío de la calle. Es la teoría de los ingleses.

—¡No me diga usted más!

Entre este remolino de opiniones opuestas, la dueña de la casa sufre. No sabe la pobre señora qué hacer, si añadir una estufa ó apagar dos. Nota cierta animosidad en frases que coge al vuelo. Si la aprueban los calurosos, la reprueban los glaciales. Yo conozco señora que, por conciliarlo todo, ha resuelto calentar fuerte media casa y dejar en primavera/ frescura la otra mitad. Y las mesas de bridge se arreglan según la resistencia al frío de los *partners*. «Usted, que prefiere asarse, con Fulanita, Mengana y Perenganito, que les pasa igual. Usted, que le horrorizan las estufas, con el ministro de H... y el conde de L..., que les sucede lo propio...»

Y cuando, una mañana, corre la voz de que una persona conocida—una de las que componen el bicentenar escaso siempre en danza y siempre en juego—ha caído gravemente enferma, de una de estas dolencias estacionales que no suelen perdonar—pleuresía, bronco neumonía, pulmonía doble, gripe infecciosa, etc.,—la gente, sin tardanza, se da á buscar el origen del mal en un incidente de temperatura.

—Fué que asistió al bridge del domingo en casa de Altocuello, y á la salida, ¡como allí calientan con tal furia!

—¡Quiá, no, señor! Donde pescó eso fué almorzando con los Hondovalle; allí la temperatura es la misma que en Cercedilla al aire libre y á media noche.

—Créame usted, son temibles las salamandras.

—Lo temible es helarse.

Lo que no dice ninguno de los discutidores es que, probablemente, ni el frío ni el calor tienen la culpa; la tiene la civilización, el *confort* exagerado, que extrema y agudiza las sensaciones y obliga á exagerarlo todo, á dislocar la existencia. Hay padecimientos que seguramente son obra de la civilización, y el hombre, en contacto directo con la naturaleza, el hombre muy saturado de aire libre y puro, no los conoce. La inclemencia del cielo, durante algún tiempo del año, es quizás una de las condiciones necesarias de nuestro vivir, y querer suprimir el invierno lo considero muy absurdo.

Se ha dado el caso, en esta campaña de Melilla, de que personas enfermas y débiles en España se pusieron buenas ó mejoraron entre las privaciones y fatigas de la ruda vida del campamento. ¿Qué explicación tiene el hecho, sino la de que salieron de los artificios de la civilización y el *confort*, y respiraron mejor é hicieron más ejercicio?

El aire libre parece ser, para los madrileños, una especie de enemigo personal. Cuantas referencias se hacen á él, son avisos para ponerse en guardia. ¡Cuidado, que sopla un remusguillo!—Embozarse, que viene barbero.—Abrigarse, que hace fresquete. —No se ponga ahí, que entra corriente...» Este sistema preventivo contra el aire es casi toda la higiene matritense. El madrileño piensa poco en bañarse, poco en la nutrición de su cuerpo, poco en el sistema que lo podría fortalecer: sus precauciones se reducen á discurrir cómo se resguardará del pícaro aire...

Me ha contado un amigo, empleado en una oficina, que hay que oir los gritos que pusieron en el cielo sus compañeros un día en que él, queriendo renovar el aire, abrió una ventana... Es de advertir que toda la oficina estaba más ó menos acatarrada, y el coro de toses, estornudos, gargajeos y carraspeas imponía. Mi amigo, hombre de ideas amplias, trató de demostrarles que hallándose ya enfermos de las vías respiratorias, lo que les convenía era no aspirar aire viciado... Se le echaron encima, coléricos. ¿Y la pulmonía, señor mío? ¿Y la bronquitis capilar?» Tuvo que cerrar otra vez, mientras los burócratas, temblones, se arrimaban á la estufa ó se envolvían en la pañosa... Yo, después de todo, no había meneviet este documento sobre la higiene de los habitantes de la villa y corte, porque, en el Ateneo, había notado el mismo horror á las corrientes, la misma repugnancia á las ventanas abiertas, la misma tolerancia del ambiente grueso y pesado, impurificado por la respiración de muchas personas reunidas, que acaban por respirarse á sí mismas, ó al menos el humo de su tabaco, cargado de nicotina y de miasmas. Este era el verdadero inconveniente de la famosa Cacharrería. Ni las discusiones, ni las opiniones audaces. Que los pulmones no hallaban modo de funcionar.

Confieso que este fenómeno, en el Ateneo, centro de la intelectualidad española, no dejaba de sorprenderme. Porque aquellos señores que, una tarde tras otra, se encerraban en una habitación no muy grande, calentada en demasía y sin ventilación, y aún conservaban el sombrero puesto y arrollada la chalina, cansados estaban de saber que hacían todo lo posible para que les cayese un premiecillo en el sorteo de doña Pulmonía, señora y tirana de la corte en invierno y aun en primavera y quizás en otoño... Y sin embargo, allí se aguantaban tan contentos, discutiendo, excitando los bronquios y la garganta, como llamando al sutil microbio para que acudiese solícito...

La misma observación que en el Ateneo hice en el Congreso. Ese edificio pésimamente concebido, sin ventanas—en el sentido higiénico de la palabra—y en cuya pesada decoración de terciopelos el polvo tiene semisecular domicilio; ese antro lóbrego, ahumado, amazacotado como nuestra política, es un hermoso criadero de pulmonías infecciosas. No se concibe que siendo cosa tan fácil ventilar el Congreso desde arriba, el intentar hacerlo parezca una especie de sacrilegio. Recuerdo que muchas veces, la señora de Vinyals, que padecía de ahogos, y yo, que adoro el aire libre, inventamos órdenes del presidente para que se abriesen los ventiladores de la techumbre y una ráfaga viva y fresca penetrase en aquel recinto sofocado, donde se mascaba un espesor de frases, chismorreos y cóleras aparentes, resueltas al medio minuto en apretones de manos entre «particulares amigos.» En las tribunas, ideadas por el genio de la incomodidad, se sudaba la gota gorda, y yo pensaba: ¿no es cierto que el Congreso y el Ateneo debieran ser dos escuelas de higiene, dos casas en que se viva según los últimos adelantos de la ciencia?

* * *

Está visto: ni los ateneístas, ni los diputados tienen cariño á su pellejo. Y lo mismo les sucede á los de más habitantes de esta del madroño, que se pasan tardes y noches en los sitios más á propósito para *pescarla:* los cafés, los teatruchos... Sitios donde flotan los microbios en su propia salsa, y el olor humano se agarra á la garganta como garrapata tenaz.

No lo dudéis: antaño los catarros serían patrimonio de la ancianidad: hoy, joven ó viejo, puede que no exista en Madrid quien no esté acatarrado. Ved el desarrollo que ha adquirido la importante industria de las pastillas cuyo lema es el célebre y castizo consejo: «*Si tosis, tomelas.*» Las marcas se multiplican, los programas y anuncios son seductores: á los tres días estaréis curado, es infalible. Pastillas, jarabes, píldoras, polvos, tabletas, cápsulas, vinos, parches... Yo os digo en verdad que no creo en esas mojigangas. No hay, para los órganos respiratorios, más remedio seguro que el aire libre, y si puede ser, respirado en un pinar, al pie de una encina, en un picacho de la sierra. El catarro es enfermedad de civilización, de ciudad, de artificio. Los pueblos primitivos la han ignorado.

Saco en consecuencia: que es preciso moderar la calefacción exagerada, y establecer un término medio señalado por el termómetro; que la camilla y el brasero de nuestros abuelos no eran tan malos; que es preciso abrir mucho las ventanas; que no estamos en los dominios del zar de todas las Rusias, y que peste nezco al partido de las amigas del frío, con tal que no sea demasiado...

En los sanatorios de Suiza, el frío es un activo agente terapéutico. Los enfermos del pecho se pasan el día y á veces la noche en grandes galerías abiertas sobre el paisaje nevado, á la temperatura que es de suponer. Les envuelven lanudas y mullidas mantas; les cobija un sillón; pero sus pulmones están en contacto directo con el aire vivificante y acerado de las altas cimas y los ventisqueros puros, blancos, celestiales. Y si no todos los enfermos del pecho curan, por lo menos ninguno conoce allí las infecciones de la civilización. No se respira el catarro, la angina, la neumonía, la meningitis gripal,—estos extraños males que acabo de ver pasar, guadaña en mano, sobre Madrid lleno de estufas y envuelto en pieles...

Vendrá un día en que la excesiva sensualidad de nuestra época sea estudiada, condenada y proscrita; en que la vida natural, humilde, se rehabilite y se recomiende; en que, así como el abuso del pensamiento habrá traído el caos, la exaltación del *confort* habrá convertido á la humanidad en una maraña de lombrices... Y entonces se iniciará la revolución de la sencillez.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por una vez, charlemos un poco de política, de esta política menuda, completamente extraña á los intereses de la inmensa masa que se agita ó dormita á distancia inconmensurable del Congreso y sus pobrecitos pasillos, de las antesalas de los ministerios, de las redacciones de los periódicos y hasta de los *meetings* y manifestaciones—á no ser que figure en tales asambleas entre la comparsería curiosa, que va allí «á ver qué ocurre» y á distraerse con el espectáculo gratuito.—El país, en el sentido hondo de la palabra, necesita pan y torreznos, mucho más que cubileos, chismorreos y cuentas de agravios, enfados y piques de los primates. Y sin embargo, terminada la guerra (ese momento, como dijo bien Galdós, de mayor espiritualidad para un pueblo), han resurgido las disputas bizantinas, semejantes al quinteto de los judíos de *Salomé*, en su plenitud de insignificancia y de ergotismo.

Hay en todas estas incidencias algo que sería muy difícil explicarle á un extranjero, y hasta á un español, si fuesen personas ajenas á combinaciones y tenebrosos misterios. La crisis y el cambio de gobierno, especialmente, ¿qué han sido? El paso de una situación liberal á otra más acentuadamente liberal todavía, y por lo tanto, parece que no hay motivo para que los liberales se quejen y pongan en el cielo el grito. *¿Qué quedrán!*, diremos empleando un chulismo madrileno.

Yo me coloco en el lugar de mi ilustre amigo y presidente en el Ateneo D. Segismundo Moret y Prendergast. Yo creo en la sinceridad con que este elocuentísimo orador profesa los principios que toda su vida le han servido de bandera. Sin embargo (es una suposición), puede ocurrir que Moret, por unas ú otras razones, largas de analizar, no haya dado á su programa todo el vuelo que puede darle Canalejas, que personifica la extrema izquierda. Y admitidos estos antecedentes, creo que Moret debiera, por dos conceptos, alegrarse muchísimo de pasarle á Canalejas el cucurucho encendido. Concepto primero: porque siendo todo el mundo más radical en pensamiento que en acción, el que hace lo que nosotros no nos atrevimos á hacer nos complace, de fijo. El segundo, porque si Canalejas se estrella en lo que se quiere realizar D. Segismundo, D. Segismundo quedará acreditado de muy práctico y prudente, y en día dotro vendrá al poder revestido de prestigios mayores. De modo que el ideal y el egoísmo aconsejaban á Moret—yo al menos me lo figuro—recibir como un favor de la suerte la subida de D. José, y adoptar una postura olímpica al felicitarle deseándole muy buena brega y la oreja del toro.

No ha sido así como Moret afrontó la crisis que le alejaba temporalmente del poder. Yo no puedo menos de imaginar que no es el mismo D. Segismundo, sino tal vez sus amigos, la causa de que hombre tan naturalmente elegante en su oratoria, tan avezado á lo escénico de estas lides, tome actitudes desprovistas de *chic*.

Una de las operaciones difíciles para el jefe de un partido, es colocarse por encima—y á veces por fuera—de ese partido, en el sentido gregario de la palabra. Silvela, aquel ático y refinado D. Francisco Silvela, supo perfectamente practicar la suma elegancia de la distanciación, que eleva la política á la altura de la estética... ¡Lástima que Moret, tan artista, no esté persuadido de que la gallardía del gesto es lo primero!

Y á decir verdad, lo que puede haber de personal en ciertos litigios, es artístico velarlo; que ni se sospeche... ¿Por qué, durante la guerra que ha terminado, hemos sufrido estremecimientos profundos, ráfagas de entusiasmo hermoso? Porque sabíamos que, diariamente, muchos españoles despreciaban su vida, y no sólo su vida, sino, silenciosos, su propia gloria, en aras de una idea... Porque nadie exigía á gritos la merecida recompensa, nadie se quejaba de las penalidades; porque todos aceptaban el capricho y hasta la injusticia de la suerte... Eso era lo más bello, entre tantas cosas bellas como sentíamos... Vibrantes aún de estas emociones, ¿qué efecto nos han de hacer los personalismos de los políticos? Que el uno cae, que el otro sube... Bueno. El caso es que de todo ello salga algo favorable á España. Lo demás... son espumarajos de superficie, y el soplo del viento los deshace.

Nada de esto se interprete en el sentido de que yo soy partidario ó adversario de *estos* ó de *los otros*. No habría cosa más distinta de la verdad. En el terreno particular, todos ó casi todos los políticos me parecen muy bien, agradabilísimos, listísimos, personas de atractivo trato, lo cual sin duda se debe á que ni tienen la rigidez de los estudiosos, ni la soberbia de los plutócratas y magnates, ni la excesiva familiaridad de otras clases que confunden la llaneza con la ordinariez. Yo además, y hace ya mucho tiempo que emití con gran resonancia esta opinión, creo que entre los políticos hay mayoría de hombres de bien. He contado entre mis amigos á D. Antonio Cánovas, á Emilio Castelar, á D. Francisco Silvela, á D. Raimundo Fernández Villaverde, y cuento, por fortuna, á D. José Canalejas, D. Segismundo Moret, D. Antonio Maura, D. Eduardo Dato; y por no alargar la lista, á la plana mayor sin distinción de colores. Me dan el mejor rato cuando me conceden un instante de charla, y saboreo el jugo de su conocimiento de la vida y la sal de su experiencia, debida al manejo de los hombres. ¿Quién ignora que D. Antonio era sumamente gracioso y epigramático, de donaires proverbiales? Castelar, últimamente, brillaba más como *causeur* que había brillado como orador. Silvela tenía una conversación entre grave y picante, de las más entretenidas. Canalejas dice cosas muy nobles, calurosamente expresadas. Romanones es juvenil como un estudiante y vivo como un andaluz. Maura persuade; Moret es un *charmeur*. En fin, por algo, y no en balde, han sobresalido y se han colocado al frente estos hombres. A mí me tiene sin cuidado la etiqueta que estos políticos llevan en la frente. Obras son amores. Juzgo sus actos por el grado de utilidad que reportan, no á sus partidos, sino á España. Y este criterio es el único que cabe aplicar.

Ya sé que la gente no lo aplica. Aquí las cuestiones son de partido, de cotarro, de bandería, de tertulia—rasísima vez de patriotismo.—Así presenciamos espectáculos tan curiosos como el de la identificación de las ideas liberales con los intereses de los taberneros y los revendedores. Si desear que la vida en Madrid y en el resto de nuestra patria se moralice y se higienice; que las tabernas y los cafés no consuman el jornal que el obrero debe dedicar á su familia; que no se explote al público de los teatros, en combinación con la Empresa; que no se insulte en la calle á la mujer, es ser muy reaccionario, yo me declaro más allá de Calomarde. Y si fuese ser reaccionario ver con asco las láminas y fotografías indecentes, el tráfico de «postales transparentes» y otros excesos, que tienden á reblandecer la medula y á preparar la criminalidad, todo ello sin la excusa ó justificación del arte, también gritaré que ¡vivan las cadenas! Porque yo quisiera que la gente española se criase fuerte y sana, que se respetase la pureza de los niños, que se prolongase su adolescencia, que la mujer fuese sagrada, que se combatiese la blasfemia y el lenguaje brutal, que la raza, no propensa á la embriaguez, se salvase del alcoholismo; quisiera que la ley se venerase y las costumbres se elevasen a altura civilizadora. Si para tales fines hay que resucitar á Torquemada, resucite enhorabuena. No en vano dijo un filósofo de la sociología que no hay sino *estados de cultura*, y lo demás es paja.

Tal vez se le da á un país gato por liebre al hacerle creer que las libertades políticas importan más que la cultura, que el bienestar, que la tranquilidad, que las prosperidades y fuerzas nacionales. Cuando pienso en las épocas que han transcurrido, paréceme discernir en todas ellas el influjo de algún error colectivo, que ha desviado de su cauce la historia. Estos errores seculares se ven bien á distancia, y explican las decadencias. Pero los errores contemporáneos no son tan visibles, ó al menos no los nota sino un corto número de individuos. Me figuro que soy del número. Si es ilusión, no veo por qué habría de perderla.

El error de mi época, ó mejor dicho, la maraña de errores de mi época, en materia histórica, no es cosa exclusivamente española: en todas las naciones europeas existe difundido el mismo espíritu; lo que sucede es que los países menos fuertes, como los organismos debilitados y empobrecidos, ofrecen menor resistencia al mal. España, enflaquecida por errores que aquí no han de recontarse, quedó inerme contra los actuales y contemporáneos. No hay opinión ni reflexión en la multitud, y los políticos de oficio tienen el campo libre para crear sus neoplasmas, sus tejidos anormales, sobre el tejido normal y viviente de la realidad obscura y muda, sobre el proceso orgánico que debiera desenvolverse felizmente, según la naturaleza.

El error común más peligroso en el momento actual es, á mi ver, la idea de que el liberalismo en el gobierno es la disminución de la autoridad.

No se necesita encarecer cuán fatales consecuencias acarrearía esta concepción falsa. Cuanto más liberal es un gobierno, más necesita basarse en el principio de autoridad. La libertad, ó no es nada, ó es la fórmula suprema del derecho, un concepto jurídico, que supone la sanción. Los gobiernos realmente liberales deben ser los más severos, los más varoniles, los más inflexibles.

Hemos visto recientemente, en una joven República, cosmopolita, modernísima en todo, floreciente, rica, magnífica—la Argentina, para decirlo de una vez,—aplicadas con estricto rigor, del cual aquí ni tenemos idea, las medidas de represión contra los sospechosos políticos, no autores, sino simpatizadores en el asesinato del ministro de policía. La joven República se ha dado cuenta de que la estabilidad social es el cimiento de la libertad. Decíame un argentino, ajeno á la política: «Hemos hecho obra grande, hemos creado una civilización floreciente, estamos creando riqueza por medio del trabajo y de actividades lícitas, y no tenemos maldita la gana de que vengan cuatro locos ó cuatro malvados á destruirlo todo en un instante.» Y otro argentino, ilustre orador, declaraba: «En eso no transigimos.»

Los partidos liberales, en España, vienen—lo dicen los propios liberales con franqueza más frecuente de lo que se cree—sufriendo una crisis de disgregación atomística. No se oye sino que están «hechos cisco,» «hechos polvo,» «destrozados,» «partidos por gala en seis» y otras frases, que expresan la misma idea de disolución. Es un mal terrible, no sólo para ellos mismos—sumergidos por la marea radical, —sino para el país, que ha menester solidez, una marcha segura. Y sospecho que la culpa la tiene ese error, esa confusión lamentable entre las ideas y principios y los procedimientos, la suposición de que un partido liberal, en el poder, representa la blandura, la concesión perpetua, el gobierno en zapatillas, las vueltas y revueltas de la ardilla en el ramaje. El hombre que sepa, dentro de un sentido progresivo, conservar la noción de la autoridad, será el hombre de España. Pero ¿existe ese fénix?

Otro error pueril es figurarse que un gobierno viene para deshacer cuanto hizo el gobierno que le precedió. No cabe que sus predecesores se hayan equivocado en todo. Ese tejer y destejer continuo es de las mayores causas de nuestro atraso. Las Penélopes nos traen locos. Como herido que levanta sin cesar el apósito, no damos á nuestros traumatismos tiempo de cicatrizar. No sabemos si es buena una disposición, sin esperar á que produzca frutos y arraigue en la costumbre. Una vez sembrado, hay que dejar que germine la semilla. España es como un hipódromo, cuyo suelo, incesantemente pisoteado en mil direcciones opuestas, se vuelve seco y estéril.

¿Qué les importa esto á la inmensa mayoría de los políticos, en quienes se advierte tan marcado el alarmante síntoma de la disminución del sentimiento patrio, como se nota en los enfermos de la medula la insensibilidad de diversas partes del organismo? ¿La patria? ¡Bah! El caso es encasillar, encasillar... Y lo demás que lo resuelva la casualidad, nuestra ama, señora y Musa.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cantó Alfredo de Musset, refiriéndose á la libertad:

«On dit que quand ce grand fantôme
est verrouillé,
Il a l'air triste, comme un tome
dépareillé.»

O, para traducirlo al idioma de Cervantes: «Cuando á esta fantasmona se la encierra, dicen que está más triste que un tomo descabalado.» La comparación es graciosa: no hay, en efecto, nada tan melancólico como una obra á la cual le falta un volumen.

Los aficionados á libros conocemos bien esa impresión desagradable, hasta insufrible, del descabalamiento, que tantas veces es consecuencia de nuestras detestables costumbres bibliográficas. El hábito de prestar libros causa la mitad de los descabalos que vemos con grima y rabia, porque no hay manera de remediar el mal, y un libro descabalado produce desazones que no produce un libro perdido, regalado ó robado definitivamente.

No falta, sin embargo, quien sostenga opiniones opuestas á la que acabo de expresar. Algunos afirman que, de cada libro, sólo hay dos ó tres páginas interesantes, donde se contiene la substancia de la obra; por lo cual existe una variedad de coleccionistas que se dedican, en las bibliotecas, á recortar esas dos ó tres páginas, sutilmente y con tijera fina, formándose una librería escogida y de poco peso, fácil de transportar en un baúl. Yo repruebo el atentado de estos monomaniacos, pero su idea no deja de encerrar cierta filosofía.

Lo último que se le ocurre hacer á un español con un libro, es comprarlo. Y quizás alguien suponga que lo último que se le ocurra es leerlo; pero yo protesto, en nombre de la ilustración de mis compatriotas. Leerlo todavía sucede que se piense; comprarlo es lo raro é insólito. Y, dado que no se compra, si se quiere leer, es fuerza acudir al desacreditado, pero eficaz sistema del empréstito. Y si se logra el empréstito y el libro gusta, se sigue inmediatamente el *pise*, ó sea la adquisición fraudulenta, ya simulando olvido, ya alegando pérdida, ya en forma franca hasta el cinismo, como la que empleó conmigo un señor muy estrambótico de Marineda, al cual tuve la impremeditación de prestar *La unidad de las fuerzas físicas*, del padre Secchi, y que, después de haberle leído, me dijo sin ambages que pareciéndole bien la obra, se quedaba con ella, y que serían estériles las tentativas que yo hiciese para recobrarla.

Las teorías más audaces del comunismo y de cuantas escuelas niegan el derecho de propiedad individual, las vienen practicando sin ruido los bibliórrapos. Hombre hay que no cogería una migaja de pan que no fuese suya, y *pisa* libros con la misma serenidad con que se caza un grillo en verano. Los libros demuestran aquel axioma (emitido no recuerdo por quién) que enseña que todo el mundo nace propietario y ladrón. La kleptomanía, esa invención elegante, ese eufemismo del lenguaje moderno, que busca nombres coruscantes para las cosas feas, existió entre los aficionados á libros desde que los hubo, y si no me equivoco, en las obras de Cicerón se encuentran ya referencias á este achaque.

En gran parte, probablemente, la costumbre de pedir libros prestados depende de la escasez, malas condiciones y casi absoluta inutilidad de las bibliotecas públicas. Si en éstas se pudiese leer fácilmente lo que interesa, poco á poco se establecería el hábito de satisfacer allí legítimas curiosidades, necesidades mentales que honran á quien las siente. Pero ¡ah! es nada el trabajo que supone leer en una biblioteca pública!

En primer lugar—y ahora me concreto á Madrid—si en una capital grande—no me atrevo á decir una gran capital—existe sólo una Biblioteca pública, es casi lo mismo que si ninguna existiese, sobre todo para los que no viven cerca del edificio. En ir á la Biblioteca se pierde media hora, una hora, y es quizá todo el tiempo de que se disponía para dedicarlo á la lectura. La Biblioteca es enorme; sus escalinatas, sus pórticos, desalientan y cansan de antemano. Las complicadas fórmulas de petición y obtención del libro también hacen perder un tiempo precioso. Las horas á que la Biblioteca se cierra son una espada de Damocles, pronta á cortar á cercén la sesión de lectura. La Biblioteca Nacional de Madrid se cierra, en invierno como en verano, á las cuatro de la tarde. Es decir, para que sea estricta la verdad, se cierra á las tres y media, porque esa es la hora en que comienzan los preparativos del cierre, y empezados los preparativos, ya no se puede leer con tranquilidad un renglón.

Claro es que la gente que tiene que ganarse la vida por la mañana, no puede leer nunca en la Biblioteca Nacional. Ese tesoro bibliográfico es absolutamente lo mismo que si no existiese, para el caso de su incorporación á la mentalidad de nuestro pueblo—y entiendo por pueblo á todos los españoles, y naturalmente á las españolas.

Haría falta, por lo tanto, reformar las horas de lectura y crear Bibliotecas establecidas en cada barrio de Madrid, en locales muy accesibles, á planta baja, si se pudiese, abiertas desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, y en las cuales los libros de interés actual estén á disposición de cuantos los soliciten.

No vacilo en decir que hoy por hoy, la Biblioteca más útil de Madrid es la del Ateneo, por ser la que más se acerca al tipo de las Bibliotecas cómodas, fáciles y de prolongada sesión. Claro que está reservada á los socios, y las Bibliotecas cuya necesidad encarezco estarían abiertas á todo el mundo. Además exigirían estas Bibliotecas un Catálogo impreso, consultable á cada minuto. Porque el sistema de las papeletas lo tengo por la peor rémora que á la lectura se ha puesto, y se diría que no tiene más fin que retraer á los lectores y estudiosos.

Las papeletas serán convenientes para auxiliar á la formación del Catálogo; pero nunca puede substituirlo, porque el hecho de consultarlas devora quizá el poco tiempo disponible. ¿Por qué no tienen Catálogo las Bibliotecas oficiales? No se concibe que casas y establecimientos comerciales de librería lleven al día sus Catálogos, con bastante amplitud y con toda clase de indicaciones bibliográficas, y las Bibliotecas del Estado no puedan haber empezado el suyo, tras de largos años y con personal que ha de ser por fuerza inteligente. Lo que hace cualquier librero de viejo, un Vindel, un Rico, ¿no podrá hacerlo la nación, que tiene su presupuesto suficiente para este ramo?

Y sin embargo, los años pasan, y nunca se ve ni el anuncio de ese Catálogo, que sería la llave de tantas riquezas, hoy muertas, estériles para la cultura.

La afición á leer, tan noble como provechosa, necesita llegar al grado heroico para luchar con los impedimentos que se le oponen. Mientras, en la librería, los engendros más detestables se ofrecen por cantidades mínimas, en las Bibliotecas se diría que un celoso dragón vigila para impedir el acceso. La mentalidad de un pueblo se constituye con sus lecturas, como la sangre de los individuos se forma de la nutrición que ingieren. Y no cabe duda, el Estado, en este particular, al no proporcionar los medios de leer lo bueno, conspira contra la apropiación de la cultura, favorece el embrutecimiento nacional.

Aunque en proporciones reducidas, España empieza á aficionarse á leer. Acechan este despertar de un instinto los industriales, para colocar ediciones y ediciones de fárragos atroces, donde sufren pasión y muerte el sentido común, la literatura, la verdad y la ciencia; y debiera acecharlo el Estado, dando vuelo á las Bibliotecas accesibles, introduciendo cada día una mejora en ventaja del público, en ventaja de nuestro cerebro.

Algunas veces, exponiendo este criterio mío á individuos del respetable cuerpo de Bibliotecarios, les he oído repetir que la mayoría de los lectores que acuden á las Bibliotecas no van tanto para instruirse como para leer libros pecaminosos, novelones sicalípticos ó tratados disolventes. Así será, pero eso ni quita ni pone al asunto. No es, ciertamente, el mejor medio de que se curen estos resabios amontonar dificultades, cercenar horas y hacer del Catálogo impreso un mito. El día en que existiese tal Catálogo, al hojearlo se les despertarían á los lectores otras curiosidades de mejor ley. Pedirían otros libros, de los cuales han oído hablar confusamente, sin tener la esperanza de manejarlos nunca. En Francia la gente más modesta se halla familiarizada con los clásicos: lee á Molière, á La Rochefoucauld, á Montaigne. ¿Quién sabe si aquí llegaría la multitud á leer á Cervantes, á conocer á Lope de Vega, señores de los cuales, no titubeo en asegurarlo, poquísimos sabrían más que el nombre?

Hace unos días fuí á Alcalá de Henares á presenciar la entrada de los Húsares, que regresaban de Melilla. Mi hijo había formado como voluntario entre esa lucida tropa. Al bajarnos, en la estación, un chicuelo se empeñó en ser nuestro cicerone, con la esperanza de una fabulosa propina de cincuenta céntimos—aun cuando le aseguré honradamente que había estado en Alcalá varias veces y podía arreglármelas sola.—El chico, impertérrito, siguió enseñándome la Compluto monumental. Este es el palacio de don Fulano, esta la catedral, esta la Plaza... Aquella estatua es la de Cervantes. Me incliné hacia el chiquillo.

—¿Y qué hizo ese señor de Cervantes, para que le alzasen una estatua?

—Eso no lo sé...

No me indigné poco ni mucho de que un desarrapado de Alcalá no sepa lo que hizo la figura de bronce que se alza en el centro de la Plaza, dominando la universitaria ciudad. Recordaba que, en años anteriores, se me había ocurrido preguntar á varios jóvenes que tenían su carrera concluída si habían leído el *Quijote*. Muchos, titubeando, afirmaron que sí; otros guardaron un silencio embarazoso. Quise saber la opinión que formaban del libro nacional los que habían, según confesión propia, recorrido sus páginas de oro. Algunos salieron del paso diciendo que era «muy bonito;» otros declararon que esas cosas antiguas no les hacían felices; uno ó dos, valientes, proclamaron que ello será cosa muy buena, pero que les había aburrido... Y uno solo, al oído, me dijo irónicamente: «Tiene ese libro la ventaja de que, comprándolo y colocándolo en un estante, da postín y dispensa de comprar otros. Se hacen incesantemente ediciones del *Quijote*, pero no por eso crea usted que muchos pasan de aquello del rocín flaco y el galgo corredor.»

¡Quién será capaz de calcular lo que podría valer para España el que se leyese, el que cada pueblo tuviese su Biblioteca oficial y pública, modesta y copiosa, facilísima de instalar en los edificios de los Ayuntamientos, de sostener con un humilde empleado de dos pesetas diarias! Crear la costumbre de la lectura; dar ese pan de papel á ricos y pobres, sería tan bueno como higienizar, como dotar de agua á las tierras sedientas y de semilla á los labradores en años de escasez. El cerebro nacional está tan necesitado de que lo desmonten, aren y siembren como los eriales y los enormes descampados del centro de España. No se sospecha qué cosechas mágicas rendiría un cerebro tan despierto y tan virgen, que, hablando colectivamente, puede afirmarse que es un cerebro de niño.

En una misión he visto la avidez con que los aldeanos recogían las hojas impresas. No todos, acaso no muchos, sabrían leer; no importa, se lo leerían, ó sencillamente lo guardarían sin saber lo que contuviese, como guardan, á título de talismán, los versículos del Evangelio cosidos y colgados al cuello en una bolsa.

Si hay superstición fomentable, es esta: la superstición de la lectura, la superstición de lo intelectual. Porque necesitamos leer, y de la lectura saldrá la reflexión, y de la reflexión la extirpación de muchos y muy bárbaros errores. Que hay quien no entiende lo que lee... De acuerdo, pero esta contingencia es desdeñable. Unos entienden, otros barruntan, y todos ganan. Cualquier conflicto es más temible en un país de ignorancia, como toda cualquier infección es peor en una vivienda abandonada y sucia. Hay que leer, amigo presidente Canalejas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se ha movido revuelo por una cuestión baladí: si han de circular ó no coches el Jueves y Viernes de la Semana Santa. Y digo cuestion baladí y de poca monta, porque, al menos en Madrid, el que dejen de circular algunas horas, por algunas calles, coches y tranvías, no perjudica, y es agradable á mucha gente, empezando por los cocheros y las niñas curias, que aprovechan la ocasión de echarse á la calle sin recelo de ser estrujadas, á lucir el palmito, los claveles y la mantilla. Y si la suspensión breve y parcial de los coches á nadie molesta, y gusta á no pocos y á no pocas, y es una costumbre enteramente inofensiva, sólo la estrechez sectaria puede hacer de esto un problema, ni más ni menos que si se tratase de derrocar el pedestal del brasero de la Inquisición.

En todas partes la costumbre se respeta, cuando no acarrea perjuicios. Aquí, en nuestra condición agitada, no podemos transigir con hábitos asaz indiferentes. La política se cifra en estas minucias. Un día se va á hacer propaganda con los pescaderos para que en Semana Santa no exhiban la quisquilla apetitosa, el cangrejo amigo de la manzanilla y del sauterne, las almejas estrechamente aliadas al arroz, el salmón de rosadas conchas, el percebe literariamente deshonrado y el mero blanco y firme. En vez de tales tentaciones gastronómicas, se les obligará á presentar, y fatidicense los reaccionarios, un cesto con sesos de ternera, costillares de cerdo, cabeza de ballí y pájaros fritos. Preveo la hora, fatídica para el sentido común, en que el Carnaval se traslade á la Cuaresma, y la Pascua de Navidad al día de Corpes.

Y el caso es que nadie tiene el menor empeño en cambiar los hábitos tradicionales; el caso es que el cerrarse los teatros durante algunos días de esta semana, no es capricho de empresarios, sino convencimiento de que el público no iría; el caso es que pocos madrileños y madrileñas prescinden, el Jueves y el Viernes, de su bacalao frito y sus garbanzos con espinacas; el caso es que las calles están, en estos días, que no se puede dar un paso, y las iglesias que no se cabe, y los sermones rebosan, y hay que suponer que es importunidad, cuando menos, empeñarse en volver del revés lo que todos encuentran bien del derecho.

Es posible que hasta los efectos sean contraproducentes, y se despierte mayor entusiasmo y cariño por la costumbre, si se la quiere abogar con violencia.

***

Era el primer viernes del mes de marzo. En tal día se venera especialmente la efigie del famoso Nazareno de Medinaceli, cuya devoción es en Madrid proverbial. Los capuchinos, que cuidan del culto en la típica iglesia de Jesús, colocan ese día la efigie en una cámara alta, y ante ella desfila el gentío, que puede adorarla, besar sus manos y pedirle tres gracias. Una leyenda afirma que, de las tres, una por lo menos otorga el Cristo. Y vierais, desde que amanece, acaso toda la noche, larga cola, que llega hasta el Dos de Mayo, esperando el momento de penetrar en la cámara, de adorar al Nazareno, dramática y realista figura, obra de uno de esos grandes escultores ibéricos, que presintieron la estética del romanticismo y prefirieron el sentimiento y la expresión á la corrección de líneas y á la serenidad griega. Nunca se repetirá bastante que esta escultura genuinamente española, de los santos de madera, ha producido primores de arte, y de un arte que tiene el mérito de pertenecernos exclusivamente y ostentar el sello genuino de nuestra raza. El Nazareno de Medinaceli, vestido con una luenga túnica color de pensamiento bordada de oro, y colocado á la misma altura que los devotos que desfilan ante él, parece algo real y vivo, no imagen de madera; una persona, triste y grave, que nos mira y nos habla. Dos capuchinos, callados, le hacen la guardia. La gente pasa, pasa, no se interrumpe la corriente del río humano; y no he visto mayor compostura. No hay una carcajada, no hay un conato de desorden, aquí donde todo el mundo va á todo con el aire irónico del que desdeña lo mismo que está haciendo. La multitud (á la hora en que yo fuí, por la tarde; la gente elegante había elegido la mañana) la componían mujeres de velito raído, hombres de faz seria, curtida, surcada por esas arrugas que son cicatrices de heridas recibidas en la batalla por el vivir; humildes burgueses y padres de familia, obreros rudos, mesocracia sin aspiraciones y con penas y estrecheces; turba á la cual bien podía decir el divino Nazareno: «Venid á mí, los que estáis abrumados, que yo os aliviaré.» Y la larga procesión no se interrumpía, y la cola era cada vez más prolongada, y se aguardaba pacientemente la vez para entrar, al través de los estrechos pasillos, en el aposento donde el Señor daba audiencia...

La dulzura de la tradición flotaba sobre las cabezas y suavizaba los corazones. En Madrid, donde ciertamente no se hace gran cosa para sostener el culto ni para prestarle interés y atractivo, hay, sin embargo, varias devociones populares de este género: arraigadas, conservadas, con la poesía innata que el pueblo cultiva sin darse cuenta. Y sin embargo, repito que apenas hay solemnidad en estas iglesias matritenses, y que la Semana Santa de la corte—al menos en las calles, desde que se ha suprimido la regia visita á los sagrarios—no ofrece cosa que digna de contarse parezca.

Las procesiones son más bien deslucidas. Ha aparecido, sin embargo, un señor, una persona sensata, que ha tenido la excelente idea de regalar á Madrid copias fieles de los célebres «Pasos» de Salzillo, que se admiran en Murcia. Loor al generoso donante. Veo en él al heraldo del renacimiento del buen gusto religioso, tan eclipsado desde que nos han invadido los quemables y antipáticos santos á la francesa, las figuras almibaradas y dulzonas de cartón piedra, retocadas de purpurina. Una nación donde tanto abundan las magnificencias artísticas en los templos; donde se conservan las obras de Gregorio Hernández y Salzillo, Montañés y Juan de Juní, ¿no debiera caminar por la vía que ellos dejaron expedita, en vez de aceptar género extranjero?

En ninguna parte, sino en España, se produjeron esas hechiceras figuritas del Niño Dios, ya con la mano extendida para bendecir, ya dormido sobre la cruz, ya sentado sobre un peñasco, abrazado á una calavera, inundado de lágrimas el rostro, viendo como en profecía los males del mundo. Pues bien; hoy, en lugar de limitarse á reproducir alguna de esas monerías, ó, si se quiere, de hacer que un gran escultor modele un Niño Jesús á la moderna, pero sentido y bello, lo que se hace en los conventos, iglesias y casas particulares que tienen oratorio ó capilla es adquirir en el primer bazar de objetos religiosos alguna de esas muñecas que hacen competencia á los bebés de porcelana ó de celuloide, y que el impudor industrial bautiza con el nombre irreverente de Niños de Belén. Tales monigotes soliviantan mi indignación de española clásica, y cuanto más *bonitos* los encuentran los devotos, más rabio. No sé apartar la idea de belleza de la del sentimiento religioso. Prefiero un rudo santo de palo, tallado al cuchillo por un pastor, á estos San Josés de sonrisa estereotipada, á estas Vírgenes abobadas, frías y convencionales como los cromitos que se dan de premio en colegios de niñas.

El señor que ha regalado los «Pasos» de Salzillo merece bien de todos los que creemos que el arte debe ir unido al culto como la sombra al cuerpo. Andando el tiempo, cuando ya los extranjeros, más despiertos, hayan cargado con todo lo que aquí tenemos, empezaremos á echar de menos los tesoros del antiguo arte religioso, sublime en su decadentismo—si se quiere dar este nombre á formas de nuestra devoción peculiar, realista y humana.

Serán restauradas y rehabilitadas las «imágenes de vestir,» que, cuando están bien entendidas, son de un efectismo admirable. Nadie negará la hermosura de la *Dolorosa* española, la Madona de los siete puñales, cantada por Baudelaire, que supo, con fino instinto de artista, adivinar lo que en su niñez no sintió, pues al cabo no era español el poeta. Una *Dolorosa* vestida de negro terciopelo, orlada la faz por los encajes de su lúgubre toca, cruzadas las manos largas y pálidas que sostienen el pañizuelo, y acribillado el pecho por los cuchillos agudos de puño de plata, es una de las cosas más románticas que se han podido imaginar. De sobra sabemos que la Madre de Dios no vestía así, ni llevaba tales cuchillos, símbolo de los misterios de dolor de la Pasión. Pero ¿acaso podemos responder de que la Virgen vistiese como está representada en ningún cuadro ó estatua de los infinitos que el arte consagró? Cada artista y cada época han sentido é interpretado á su modo la figura de María. Obedeciendo á influencia de raza, los artistas españoles la han imaginado con el continente austero de una dueña noble del tiempo de los Austrias, y han materializado la idea de sus dolores y sufrimientos al pie de la cruz con los puñales del martirio de su espíritu. Lo repito, volverá, no está lejos el tiempo en que—devoción aparte—se comprenda la intensa poesía de los grandes *Nazarenos* vestidos de morado y las *Dolorosas* de negro manto magnífico y rostro pálido, en que los ojos de cristal parecen nublados por un llanto incesante.

Algunas ceremonias religiosas de la Semana Santa madrileña no carecen de interés y esplendor. Entre ellas cuento el ostentoso culto de la capilla de Palacio, sin olvidar la extraña y solemne ceremonia del Lavatorio, y los Oficios que celebran las Ordenes militares. Tres de éstas, Calatrava, Alcántara y Montesa, se congregan en la iglesia de las Calatravas; la otra Orden, Santiago, los celebra sola en la iglesia de las Comendadoras, decorada con estandartes que recuerdan batallas y triunfos.

Tiene mucho de pintoresco el despliegue de los largos mantos blancos, en los cuales se conoce el tiempo que llevan de pertenecer á la Orden sus dueños, pues los santiaguistas jóvenes ostentan un trozo de tela de una albura de nieve, mientras los paños de los viejos han adquirido la rancieda de un hábito de monje pintado por Zurbarán. El público que asiste á la arcaica y noble ceremonia, más que devoción, siente la curiosidad de estos blancos caballeros que cruzan como fantasmas y se inclinan y se postran ante la Cruz. Todo se comenta: la blasonada bolsa de damasco carmesí en que un criado correcto lleva el manto á la sacristía; la figura de cada santiaguista, su manera más ó menos airosa de hacer las genuflexiones, la gracia y soltura, ó todo lo contrario, con que recoge aquel río de tela que desde sus hombros rueda al suelo, y arrastra dos metros más allá de los pies. Y se alaba la gallardía del que maneja bien tan largo apéndice, y se pronuncian en voz baja nombres ilustres, que suenan como choque de tironas en riña del siglo XVII. Hay un comentario simpático para la apostura y la juventud del infante de Baviera, santiaguista como su padre, el esposo de la infanta Paz; hay otro para el «gran aire» (como diríamos empleando un galicismo) del duque de Tamames, comendador de Montalbán, que lleva con señorío su manto, bajo el cual se entrevé su uniforme de coronel. Allá, detrás de la reja, se adivina á las monjas, las Comendadoras, freiras de la misma Orden, y todo ello, por unos instantes, hace revivir días pasados, sino precisamente aquellos en que los Maestros de la Orden hacían sombra al rey, siquiera los otros en que una leyenda quiere que un rey pintase sobre el jubón de un gran artista la venera roja, la cruz gladiada.

En las calles, alegría, buen humor, mantones de Manila cubiertos de flores extravagantes y llevados por mujeres morenas de pelo lustroso, que se dirigen á la Cara de Dios. ¡Qué salto, desde la melancólica iglesia de las Comendadoras al bullicio callejero!

Y en pos, el Sábado de Gloria, con la impaciencia por que den las doce de la noche, y se pueda engullir una chuleta ó un filete, como desquite de los cuatro días en que se ha rendido humilde tributo al bacalao y á las espinacas. A decir verdad, pocos son los que guardan la vigilia el Sábado de Gloria. Y yo creo que este horror al pescado dimana de que la gente no se ha enterado de las últimas teorías de la ciencia. La prescripción de alimentos vegetales y lacticinios, como cura de innumerables enfermedades y prevención contra las demás, nos indica que ni pescado ni carne nos convienen. Otro régimen más sencillo priva ahora, y se vuelve á los sencillos alimentos de la égloga: leche, frutas, legumbres.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque despacio, se progresa también en Madrid, venciendo obstáculos tanto más difíciles de vencer, cuanto que no provienen de una voluntad aislada, ni de una rémora caprichosa, sino de la opinión general, refractaria casi siempre á todo cambio. Entre los síntomas de este progreso que noto, deben contarse en primer término las obras ya iniciadas de la Gran Vía, y los ensayos de aviación, que despiertan sumo interés.

La Gran Vía ha sido gloria de un alcalde de Madrid, el conde de Peñalver, el cual por señas estuvo el año pasado gravemente enfermo, y, á poco más que lo estuviese, no vería casi cumplido lo que tantas veces soñó. Debe reconocerse que nadie creía que la inmensa mejora llegase nunca al terreno práctico, y de que se oía hablar de la Gran Vía como se habla de las comunicaciones que se establecerán, según los astrónomos, entre el planeta Tierra y el planeta Marte. Dábamos todos por eterna esa red mal oliente y sucia de calles y callejuelas, que sofoca al Madrid central con sus mallas, y rechaza la circulación, con violento añujo, hacia las dos calles de Alcalá y San Jerónimo, haciéndolas á veces intransitables, á pesar de las buenas proporciones y anchura de la primera. Nadie estaba seguro de que Jacometrezo, donde se diría que van á surgir esbirros y corchetes, tapadas y galanes de chambergo y herreruelo airoso, hubiese de caer nunca bajo la mordedura de la piqueta. Igual longevidad se suponía que fuese patrimonio de la calle, de tradiciones madrileñísimas, del Caballero de Gracia. La idea de la gran arteria, que prestase al centro luz y aire, vida y esplendor, era tema de teatro chico, asunto de esa broma humorística, de ese estoicismo festivo, con el cual de tantas cosas nos consolamos.

Ha sonado, no obstante, la hora, y el mil veces discutido, aplazado, proyecto, [illegible] y sólo necesita algunos años para convertirse en realidad.

Las obras se han inaugurado solemnemente. Un regio albañil dió el primer piquetazo. Ahora, quisiera yo poder añadir que legiones de albañiles profesionales le siguieron y que ya media calle del Caballero yace por tierra, hecha escombros. Desgraciadamente, la verdad reclama sus fueros. A los dos días de la inauguración de las obras, fuí á recrearme en el estrago—porque, á veces, aun los espíritus más conservadores sienten ese goce extraño de la destrucción, madre de la creación—y, con profundo desencanto, noté que todavía la casa del cura se mantenía enhiesta. En vez de un ejército de albañiles, sólo vi á unos quince ó diez y seis «compañeros.» Para aumentar la sensación de lentitud, era la hora del descanso, de ese intenso descanso de los trabajadores manuales, y, sentados pacíficamente dentro de la casa que iban á deshacer, despachaban su puchero, el cocido ó el guisote traído por las esposas, como ellos agazapadas en el suelo, y como ellos alzando la cuchara de palo á la altura de la boca. Ahora afirman que el alcalde activará estas obras; que caerán presto los viejos edificios. Lo veremos, como diz que dijo el prudente Agrages.

Si por ahora no se hace cosa mejor, parece que el anuncio de las obras de la Gran Vía ha atraído á Madrid un sinnúmero de trabajadores de los pueblos limítrofes. Estos brazos sin empleo adquieren la importancia de un problema, pero, al mismo tiempo, yo hallo consolador que se pida trabajo en España, por que revela que la emigración no nos ha dejado enteramente sin hombres, y que estos hombres desean ganarse la vida honradamente. Nada más penoso que pedir trabajo y no poder conseguirlo. El caso, no obstante, se da á menudo en este clásico Madrid de la «cebolla.» Hay mucha gente que de la noche á la mañana se queda «de más;» hay operarios á quienes se emplea en invierno y se despide en verano - como si en verano no se comiese también.—Las industrias madrileñas sufren imperiosas vacaciones. Aquí no hay costumbre de preparar en los meses de calor el surtido para los meses de frío, y viceversa, como se hace en París. Hay circunstancias en que se necesitan operarios y operarias con empeño, y otras en que se les planta en la calle. Que se busquen la vida. Y lo que hacen es empeñar la ropa por no dejar vacío el estómago.

Esto de la «cebolla» debiera preocupar más de lo que preocupa. La previsión no ha llegado todavía á ser una virtud de resistencia en las clases pobres. Se exige más de lo que se precave. Y la exigencia es un peligro, porque trae de la mano el retraimiento de los capitales, la timidez leporina del dinero. Me parece significativo el hecho de que sea siempre el Estado, en una ú otra forma, el que tenga que solucionar los conflictos que se producen por falta de trabajo. Sería mejor que los capitales, cómodamente colocados en renta pública, circulasen en empresas y actividades fecundas. Madrid debiera crecer, debiera convertirse en gran urbe europea. No es posible... Se teme á la huelga, se teme al incesante aumento de jornal ó á la diminución de jornada de trabajo, que en suma viene á ser lo mismo. Y, contra estos recelos, no hay fuerza, no hay modo de reaccionar.

Es preciso considerarlo todo, en estas cuestiones donde existe lucha de intereses, y en que se trata de abrir ó cerrar el bolsillo. Dar trabajo... Modestamente, cada cual en su esfera, damos trabajo alguna vez. ¡Y tropezamos con tan inesperadas molestias! A decir verdad, en lo pequeño se compendia lo grande. Los que hemos construído una casa, sabemos la vigilancia que es preciso ejercer para que no nos frustren el intento y no nos arruinen los que la construyen. Es una verdadera lucha de todos los instantes, que la buena fe y la buena voluntad evitarían. Un solo detalle, entre doscientos mil. En vano, al edificar las Torres, se advirtió á los operarios que sus zuecos claveteados estropeaban las aristas de la piedra, y que, al saltar por las ventanas, las rompían, y las dejaban melladas, destrozadas. En vano fué ofrecerles alpargatas. No las calzaron. No hay arista de las Torres de Meirás que no esté descalabrada, y los mismos que labraban los capiteles, al colocarlos, los rompían con indiferencia.

En Madrid, peor aún que en los rincones de provincia. ¡Si yo contase los episodios de obra tan sencillísima como dar una mano de pintura á un baño de zinc! ¿Y por qué no? Ello demuestra que todo el mundo tiene que corregirse de muchísimos defectos, y el burgués que da trabajo no es siempre un tirano cruel. Yo empecé por llamar á un «maestro» pintor. Me pidió cincuenta pesetas por tres manos de albayalde y otra de ripolín. Me pareció, como dicen en Francia, [illegible] puerta, y le avisé. Nos ajustamos en diez pesetas, dando yo el material. Fué condición expresa que entre mano y mano de pintura transcurriese un plazo de tres días. Eran nueve; pero, transcurridos tres, el obrero dió por hecha la obra. Le recordé lo contratado. Se puso por las nubes; gritó que no congeniábamos y que él se iba indignado, desdeñando el miserable dinero. Insistí en pagarle lo hecho; insistió en no cobrar. No hay que quitarle el gusto á nadie, decía el gitano; y le dejé que se fuese, no sin advertirle que, si no venía á cobrar pronto, yo daría una limosna por su intención y estaríamos en paz. Repitió en largo discurso que él despreciaba el oro, y que su dignidad y honradez eran primero. Como yo no veía la relación entre su dignidad y el hecho de haber pintado el baño sin dejar que se secasen las capas anteriores, me encogí de hombros. A los dos días, me presentó, con urgencia, la cuenta. Pagué, y me dirijí á una casa de papeles pintados en demanda de que terminasen la obra comenzada. La casa, en atención á que ya tenía el objeto sus tres manos y sólo faltaba la de ripolín, exigió sólo la módica suma de treinta pesetas. Como quiera que un baño nuevecito y de porcelana cuesta cien, iba ya á enviar al desván el viejo, cuando he aquí que un carpintero, llamado para clavar un cajón, se ofreció espontáneamente á rematar la pintura del asendereado baño. ¡Solución tan española!

Esta pequeñez es típica. Se paga muy caro, en todos sentidos, el dar trabajo, y se teme como al fuego lo que sea tener en casa «obra.» Otros obreros domésticos, los criados, son los primeros que se aterrorizan cuando se les dice que van á venir soladores, pintores, albañiles ó carpinteros. Les estremece la idea de lo que manchan, de lo que estropean, de las puntas de cigarro, de los desperfectos. Yo tuve una vez carpinteros que echaron cuentas, con un lápiz enorme, sobre el papel acabado de pegar por los papelistas.

Por eso, más de cuatro veces, veréis eternizarse una decoración ya deteriorada, una cal negruzca, esa resquebrajada pintura, un piso de baldosín desquiciado. Los particulares evitan dar trabajo. Y esto es un mal, un mal muy grande.

En la zona que la Gran Vía ocupará, existen establecimientos interesantes, tiendas que van á desaparecer ó al menos á transformarse y sufrir cambios de local. Los más importantes, para mí, son los de abaniquería. Dos años tiene aún de plazo, para trasladarse, la antigua casa de Serra, donde el abanico y la sombrilla vieron alzarse por tantos años su palacio. Sólo que el abanico abarca lo antiguo y lo moderno, mientras que la sombrilla es moderna por naturaleza: se diría que no tiene pasado. En efecto, rara vez veréis en las vitrinas ó por los rincones de las tiendas de chamarilero sombrillas antiguas, mientras que el abanico parece dotado—siendo tan frágil—de inmortalidad.

Vende, pues, la casa de Serra—después de Lambea y hoy de González—sombrillas de última moda y abanicos también modernos de *Chantecler!*—pero su especialidad es el abanico—objeto de arte, el abanico de otras épocas, cuando se sabía sentir la belleza de ese encantador accesorio femenino, su elegancia y la diferencia entre un abanico de dama y un abanico sencillamente para hacerse aire. El ruido rasgado del abanico, que tiene cierto parentesco ó afinidad con el de los muelles de la navaja, será cosa muy pintoresca, pero el abanico fino, delicado, señoril, no puede abrirse con ese garbo manolesco... porque se haría trizas.

Serra fué quien implantó en España la rebusca y descubierta de soberbios abanicos antiguos. Las aficionadas, allá por los años del 60 al 75, frecuentaban su establecimiento, se entretenían en él, por las mañanas. La condesa de Campo Alange, apasionada de abanicos y tabaqueras, adquirió en casa de Serra algunos de los más bellos de su rica colección, dispersada á su muerte, como sucede á todas las colecciones. Serra, el viejo, á fuerza de manejar tan primorosas monerías, acabó por contraer también pasión de coleccionista, y reservar para sus hijas un grupo de abanicos notables. Lambea, su yerno, no se libró del mismo achaque y sintió la atracción de esa joyita que resiste al tiempo y nos habla de las psicologías que pasaron. No sé por qué, por un capricho de imaginación inquieta—nada mejor que la inquietud,—al oir hace dos días al sabio paleontólogo Cartailhac explicarnos, en la Universidad, cuáles fueron los primeros instrumentos de que la humanidad se sirvió; al enseñarnos esos trozos de piedra silícea ó calcárea, apenas desbastada, rudos cuchillos con que se despedazaba la presa; al pensar en el vivir de nuestros remotos ascendientes, para los cuales fué tan enorme adelanto la adquisición de esos pedruscos, [illegible] manejaba, lo que ocurría á mi mente era el abanico. Colocar juntos, en una vitrina, los primitivos cuchillos de sílex y un abanico Luis XV, pintado por Watteau..., ¡qué abreviada muestra de la evolución humana!

¡Y sin embargo, en el fondo, las mismas pasiones, los mismos sentimientos, igual espíritu animaban á los habitantes de las cavernas donde el oso feroz dejó impresa la huella de su planta, que á los contemporáneos de madama de Pompadour, ó á los actuales *clubmen* que van á presenciar los vuelos de los atrevidos aviadores! Son los tiempos y es el estado de cultura lo que cambia; pero ni la obscura selva del corazón humano ni la contextura prodigiosa del cerebro difieren esencialmente de como fueron desde su origen, y, según acertadamente decía Cartailhac, tanto revela el genio del hombre ese grosero cuchillo de pedernal, como el descubrimiento de la máquina de vapor ó la telegrafía sin hilos.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

También forman parte de la vida contemporánea los estudios sobre la vida primitiva... Y no conozco nada que así dé materia á reflexionar, como el cuadro de esa vida de otras edades, comparado al nuestro.

Un gran señor, el marqués de Cerralbo, conocido en la política por haber sido largo tiempo jefe del partido carlista en España, en las letras por sus inspirados versos, en los círculos de la buena sociedad por los espléndidos bailes que se celebraban en su casa palacio de la calle de Ventura Rodríguez, ha renunciado últimamente á la actividad del propagandista político, consagrándose á sus aficiones arqueológicas y artísticas, á las cuales aporta su inteligencia no común, su laboriosidad y los medios que le proporciona su gran fortuna. Hacer excavaciones por su cuenta es el sueño de muchos arqueólogos; pero no todos pueden realizarlo. Magnates como el duque de Loubat y el marqués de Cerralbo, no abundan; la mayoría se lo gasta en automóviles ó en cosas peores, todas frívolas y necias, de las cuales nada queda al cabo, ni para lucimiento de un nombre, ni para provecho de la patria y la humanidad. D. Enrique de Aguilera y Gamboa, gallardamente, ha creído que nobleza obliga, y por su cuenta y sin auxilio alguno oficial, acaba de realizar notables descubrimientos y de verificar interesantísimas exploraciones en la cuenca del alto Jalón.

Este río, en cuyas márgenes, por lo que se ve, confluyeron pueblos y razas peninsulares, nace en Sierra Ministra, y al través de la provincia de Soria, penetra en la de Zaragoza, recorriendo largo trayecto hembrado de estaciones arqueológicas donde el sabio explorador halló revelaciones curiosísimas. En su curso, el río pasa por la finca de Santa María de Huerta, propiedad del marqués y donde suele dar hospitalidad franca á sus amigos. Desde la hermosa posesión ha podido organizar las excursiones en busca del remotísimo pasado ibérico, siguiendo las orillas del río que va á morir en el Ebro—el otro río ibérico por excelencia.

Los descubrimientos del marqués no son precisamente lo que él buscaba, porque lo que buscaba era el desarrollo de la vía romana que, desde Mérida á Zaragoza cruza el país. No creía el marqués que estuviese en lo cierto los geógrafos al señalar y fijar el trazado de esta vía, y aspiraba á rectificar el punto histórico. Y, para lograr su objeto y averiguar el verdadero emplazamiento de la ciudad de Arcóbriga, halto de emprender el marqués caminata por altos y escarpados montes, tajadas rocas detríticas, y escarpes de margas y arcillas, que ofrecieron á su mirada de arqueólogo estaciones prehistóricas completamente desconocidas unas, otras apenas sospechadas. Es de creer que algo análogo ocurrirá siempre que con inteligencia y detenimiento se registren comarcas españolas. Espana, en muchos puntos, es un arca todavía cerrada, ó á lo sumo entreabierta.

Al descubrir los restos de las edades desaparecidas, la imaginación se exalta y las reconstruye, basándose en tales restos para adivinar el conjunto. No es extraño que el marqués, al reseñar sus descubrimientos, haga brillante descripción—poeta al fin—de la tierra en el período mioceno, viendo con los ojos de la fantasía, en el territorio de Sierra Ministra, el cuadro de los grandes mamíferos y reptiles gigantescos cuyos huesos aterradores se conservan hoy en los Museos, y que se solazaban vivos, con vida furiosa y desatada, entre la vegetación no menos lujosa y enorme, sin que contemplase el magnífico espectáculo ningún ojo humano, pues el hombre no existía aún, ni existió hasta muchos siglos después del período plioceno. Y el explorador se figura la aparición del hombre en aquellos parajes, ya transformados. Le ve aparecer, apenas cubierto por una piel de ciervo, revuelta y desgreñada la cabellera, armado con los colmillos de los descomunales elefantes prehistóricos, ó empuñando piedras sin labrar, siguiendo á un jefe que los guía, y alzando tal vez los brazos al sol, adorándole. Es la tribu nómada venida quién sabe de dónde; tal vez del Oriente; son los primeros seres racionales que pisan la tierra soriana. El elefante todavía bulle en los pantanos del Jalón: la tribu vive de la caza. Todavía la humanidad tardará mucho en aprender á labrar la tierra. Los nómadas se detienen, porque ventean presa, y preparan sus trampas, donde ha de caer el paquidermo. Allí habitarán en cavernas los hombres primitivos hasta que los elefantes se agoten ó se alejen, huyendo de aquella fiera más temible que todas, que acaba de surgir en la creación. ¡Misterio profundo de la aparición del hombre, su lucha con la naturaleza, en la cual apenas se concibe que los primeros seres humanos hayan podido resistir sin perecer! ¡Misterio que sólo la fe aclara, porque la ciencia, cuyas conquistas estoy sin embargo reseñando y admirando, no posee ni la más ligerísima noción para alumbrar impenetrables tinieblas!

Lo que la ciencia rastrea empieza mucho más acá de esos orígenes que es probable permanezcan eternamente velados. Cuando se empieza á saber algo del hombre, es cuando ya el hombre ha encontrado en sí mismo recursos para la lucha. Lo que ha dejado vestigios es ya signo de una civilización, todo lo tosca, todo lo elemental que se quiera, pero civilización al cabo, desde el momento en que transforma y utiliza á la naturaleza en beneficio de la especie humana. El arcano momento de la aparición del mamífero superior no ha podido dejar documentos ni huellas, y jamás se llegará, ni aun por conjetura, á descifrarlo.

En este camino, en el cual, retrocediendo es avanzar, el marqués de Cerralbo ha conseguido dar un paso atrás en los orígenes de la humanidad, encontrando restos pliocénicos que alcanzan al hombre.

Halló las disformes reliquias del elefante meridional, anterior al *antiquus*, y que es el coloso de los animales que no sé si científicamente deben llamarse antediluvianos. Los colmillos de este monstruo, encontrados por el marqués de Cerralbo, miden el uno tres metros diez y nueve centímetros, el otro dos ochenta y cinco. El omoplato del coloso mide sesenta; el húmero, un metro; el radio, cero noventa, y el cúbito, uno cinco. Si el hombre, como parece demostrado por el hallazgo de hachas de piedra en el mismo yacimiento donde aparecieron los restos del elefante, convivió con él y le cazó sin más armas que las piedras..., bien puede decirse que el valor humano justifica todos los mitos en que envolvió al heroísmo la antigüedad. Porque cazar á un elefante meridional, es como cazar á una torre de treinta metros de altura ó á una colina ingente..., pero torre y colina vivas y provistas de defensas que sólo mirarlas estremece el ánimo.

No habiendo de seguir paso á paso los descubrimientos del marqués, diré sólo que en ellos la ciencia encuentra mucho que estimar, pero la imaginación no pierde sus derechos. Yo pienso tantas veces en cómo sería la vida del hombre en aquellos tiempos que no nos han legado sino reliquias rotas y osamentas carcomidas, que por la obra creadora de la fantasía me parece volver á aquellas edades. Reconstruyo los terrores de nuestros antepasados en lucha con la fauna tan numerosa como terrible, antes de que el animal se prestase á auxiliar con su trabajo y su leche y su piel á las criaturas humanas. No podemos, hoy que casi no conocemos otros animales sino los domésticos, y para buscarlos en estado salvaje habríamos de viajar á países lejanos, suponer lo que sería una Europa en que corrían á manadas el mammouth, el reno, el elefante, el mastodonte, el búfalo, y en que pululaba el oso de las cavernas; no podemos reconstruir la sensación del paso de un gigantesco saurio, del cual quedan huellas en tradiciones confusas, como la de la Tarasca, y la de las infinitas doncellas guardadas por un dragón que sale de un pantano—de los últimos pantanos prehistóricos. No podemos tampoco darnos cuenta de lo que sería la vida troglodítica, en el seno de cavernas naturales ó abiertas en la roca por manos humanas. ¡Qué tragedias se habrán desarrollado en el fondo de esas espeluncas, ya de amor, ya de celos, ya de venganza, y sobre todo, de hambre! Porque para mí es evidente que, en el desamparo del hombre primitivo, sin habitación, sin agricultura, sin animales domésticos, sin abrigo, sin armas, (excepto las puntas de hacha y flecha formadas de hueso y pedernal), la cuestión diaria, apremiante, angustiosa, fué la de hallar de comer. Se me dirá que no ha variado la posición del problema humano, y que la misma necesidad brutal, el mantenimiento, es la que hoy agita y solivianta á las muchedumbres. Y acaso, en el fondo, los que así hablan tengan razón. La diferencia es que hoy todo hombre posee un capital en su trabajo y en su experiencia colectiva. El hombre primitivo sólo contaba con su valor de fiera. Morir para comer, tal era el problema diario, la obligación de cada mañana. Mientras no se agotaban los restos de la última cacería, la tribu podía dormir su hartazgo en las obscuras profundidades de la caverna, donde los restos de cocina iban amontonándose, y donde se abría tal vez la sepultura del cazador despanzurrado por los colmillos del elefante ó las astas del ciervo; pero la vianda se pudría, y era preciso salir de nuevo en busca de carne fresca. Los hombres de la tribu, los mozos fuertes, se armaban con lo que podían, flecha ó pedrusco, y salían á procurar el sustento.

Y todavía esta edad, aunque tan trabajosa, es clara y comprensible: se caza; hay armas rudas y elementales: se puede esperar comer. Lo difícil es averiguar cómo se viviría en los albores de la especie. ¿Será que desde el primer instante (no acierto á figurarme este primer instante) la humanidad, por instinto, buscó al animal para saciarse en sus despojos? ¿Será que el hacha de piedra, que parece descubrimiento, fué labrada por el primer hombre? ¿Combatió á las fieras con uñas y dientes? ¡Quién lo sabrá!

Si hubiese justicia, debiéramos erigir un monumento á los ignorados inventores, que según acertadamente nos ha dicho el profesor Cartailhac, necesitaron tanto genio como los actuales á quienes se debe, por ejemplo, la telefonía sin hilos, el radio ó la sueroterapia. Ignoraremos siempre quién tuvo la idea de afilar un trozo de sílex, quién modeló la lámpara que, alimentada con grasa de animales muertos, alumbró la noche de las cavernas; quién ideó sujetar con agujas de hueso el cabello de las mujeres; quién acertó á discurrir la trampa donde fuesen cazados los grandes mamíferos; quién inició sobre la superficie de las rocas, las formas de la escritura; quién vació el primer objeto de cerámica; quién hizo resplandecer tempranamente la belleza del arte, dibujando y pintando, en los techos y en las paredes de las cuevas, esas figuras que hoy nos asombran por su perfección.

Yo sólo he visto unas, las de la cueva de Altamira, realmente sorprendentes. Por señas que, cuando visité las cuevas de Altamira, años hace, la opinión más general, hasta entre los entendidos, era que tales pinturas habían sido falsificadas por un señor Sautuola, que decía haberlas descubierto. Sin autoridad alguna para opinar (pero se opina involuntariamente), me parecía que las pinturas eran muy auténticas, y no veía explicación racional al hecho de que las hubiesen falsificado. Desacreditadas siguieron algún tiempo, y el profesor Cartailhac, en las conferencias que está dando en la Universidad Central, recordó lo que á este propósito le dije en Burdeos, donde tuve el gusto de conocerle con ocasión del Congreso de lenguas romances. Fué necesario que apareciesen otras muchas cuevas, con pinturas análogas, en diferentes puntos de Europa, para que se reconociese, sin quedar duda, la autenticidad de las de Santillana.

Lo asombroso de tales pinturas, es la elegancia y libertad del trazo. El arte—teoría sostenida por don Juan Valera, y que los hechos confirman—no progresa: nace íntegro en todas las edades de la humanidad. Aquellos artistas de las cavernas, que vestirían pieles sin curtir y con la grasa que les servía para alumbrarse ligaban los colores, estaban á la altura de los mejores dibujantes actuales. Ni en realismo, ni en sinceridad, ni en soltura de diseño, tienen que envidiarles nada. El arte no espera á que la civilización madure. Por eso creo que sería justísimo alzar un monumento en conmemoración de los genios eternamente olvidados que la humanidad produjo, cuando aún no conocía el uso del hierro. Y sería un lugar muy adecuado para este monumento, con pedestal de ásperos peñascos, alguno de esos ricos imponentes que Cerralbo describe, en la ya renombrada cuenca del alto Jalón.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Leo en todos los periódicos que, en los Estados Unidos, se ha formado una Asociación para sonreir y estar vertiendo regocijo el día entero, y no puedo menos de recordar aquello tan sabido:

«Alegranos nos manda el gran Prebosle
hoy á las doce en punto...»

La señorita Teodora Carter (muy señora mía) preside una Sociedad tan digna de simpatías y aprobaciones, y que lleva por lema «¡ánimo!» El excelente consejo es de agradecer á la señorita Carter y á sus gentiles consocias; es decir, supongo yo que serán gentiles, y que, al lanzarse por el mundo repartiendo sonrisas, no mostrarán unos dientes amarillos ni entreabrirán unos labios rosa viejo. Porque una de las cosas que engendran jdbilo es la vista de un rostro fresco y juvenil.

Con todo, por lozana que sea una carita y por bermejos que haya hecho la naturaleza á unos labios, el mundo está lleno de penas que ni el espectáculo más atractivo logra consolar. Mayor alivio que estas señoritas sonrientes, prometen á la humanidad los doctores dedicados á estudiar la curación del cáncer, sea por medio del radio sea por la aplicación de la electricidad para disolver las células enfermas que van invadiendo á las sanas y las contaminan y destruyen. Algo, si no mucho, cabe disminuir la suma de aflicciones y miserias inherente á la condición humana; y algo también prolongar la vida, como intenta prolongarla, por métodos racionales, otro doctor, sucesor moderno de aquellos antiguos alquimistas nacrebidlogos, que creían haber descubierto los elixires de larga vida y los misterios de la eternidad. La vida puede estirarse un poco, aun sin el sistema que tanto da que hablar á la hora presente; sólo que los pesimistas se preguntan ¿merece la pena?

Nadie muere, ha dicho un filósofo: todo el mundo se mata. Cada momento contribuye al suicidio. Los excesos, las violencias de carácter, el desconocimiento de las leyes y reglas de la higiene, los cuidados, las desapoderadas ambiciones, abrevian la existencia de los míseros hijos de Adán. Si se evitan todas estas cosas—como los catarrosos evitan las corrientes de aire, hasta que una puede más que ellos y se los lleva á la sepultura—acaso se ganen unos años de vejez...

⁂

Batalla perdida de antemano, ésta de la defensa de la vida humana. Los estadistas dicen que es perjudicialísimo para una nación que la gente muera joven, antes de haber dado su coeficiente de trabajo; porque el que muere joven, representa una pérdida concreta, la del esfuerzo y sacrificios que ha costado su cría y educación. Aquella idea poética del pagano, que muere joven el amado por los dioses, nuestra edad positiva la ha desechado: podrán amar los dioses al que fenece en los albores de la vida, pero el único que riade tributo á la humanidad es el que no se extingue hasta desempeñar la misión para la cual le destinaron sus aptitudes.

Por otra parte, ha llegado á preocupar seriamente, no sólo á los estadistas, sino á los pensadores, el hecho de que la natalidad disminuye. Yo no sé si esta disminución es tan alarmante como se dice; si se concreta á Francia, ó se extiende á todas las naciones de Europa; y, á decir verdad, juzgando por el aspecto de los jardinetes madrileños cualquier día de la semana, y especialmente los de fiesta, y por las retahilas de los pordioseros, de los cuales el que me nos ha engendrado seis churumbeles, sería cosa de afirmar que aquí no debe temerse tal despoblación. Hoy hace falta que nazca gente, porque hemos vuelto á la época de las grandes emigraciones. No emigra la tribu, la horda, la raza entera, pero hay comarcas españolas, y creo que también italianas, que se despueblan, enviando en masa á sus moradores á las tierras americanas en que se necesitan brazos y se forman y constituyen los grandes núcleos del porvenir. América quiere poblarse, y poblarse con sangre blanca, en lo cual, pese á todos los fraternizadores, tiene razón.

Se puede fantasear cuanto se quiera sobre las diversas familias humanas; la blanca conserva superioridad. No han sido negros quienes fundaron las civilizaciones, y no han sido amarillos ni rojos quienes crearon las supremas obras del arte y de la ciencia. Los chinos lo habían inventado todo anticipándose á los arianos,—el papel, la pólvora, el teléfono, hasta el telégrafo sin hilos—pero el caso es que, con tanta invención «como trujeron» les pasó lo que á los infantes de Aragón de la conocida elegía: fueron una nación de atraso, un pueblo muerto.

Se habla mucho del peligro amarillo; se teme que esos hombres de ojos oblicuos, de bigote ralo, de cola leta luenga y de pomulosa faz, invadan las comarcas en que hace falta gente, y compitiendo por lo barato de sus salarios y lo frugal de su vida, lleguen á extenderse por el planeta en proporciones temibles para los blancos. Cierto que el blanco posee un excelente auxiliar: el opio. Los amarillos se envenenan metódicamente con la droga de la ilusión. De fantasía menos plástica que nosotros, necesitan fumarla para soñar. Nosotros soñamos despiertos. Nuestro cerebro se encuentra en otro período de la evolución.

⁂

No es indiferente, ni mucho menos, el dato de si ha de ser una ó otra raza la que se sobreponga en el mundo que habitamos, y realice el ideal de poblar por completo las vastas soledades que cubren acaso más de las dos terceras partes de su superficie. ¿Cómo va esto á ser indiferente? El modo de pensar humano está viciado por quiméricas concepciones. Ha llamos natural escoger cuidadosamente la raza de los perros, carneros, caballos, puercos y gallinas, y en cambio atribuímos igual valor á toda la especie humana. No puede defenderse criterio semejante.

Acaso convenga la mezcla de sangres, el cruzamiento, que es uno de los medios de mejoramiento empleados por los ganaderos; lo que nunca podrá recomendarse, es la invasión de una raza inferior y su predominio futuro sobre otras razas probadamente superiores.

No valen declamaciones de filántropos, ni ejemplos de casos aislados, en que desarrolló grandes facultades tal ó cual individuo de las razas consideradas inferiores por los etnólogos. Estas cosas han de mirarse en conjunto. Y, en conjunto, sería ocioso negar á los blancos, jaféticos ó como se les quierá llamar, la superioridad que, á precio de tantas fatigas, luchas y trabajos tienen ganada.

Entre los mismos blancos, está planteada una histórica competencia. Latinos á un lado, sajones á otro. El campo de batalla, sea incruenta y económica, ó sea batalla propiamente dicha, está en el Nuevo Mundo, donde se marca bien la doble corriente; á un lado los Estados Unidos, la lengua inglesa; al otro, la América española, por extensión la América latina, con la lengua de Cervantes.

Actualmente se atribuye la primacía á los sajones. Pero no hay que admitir sin examen las preocupaciones de una época. Todavía hace bien pocos siglos los sajones parecían inferiores, y lindaban con los confines de la barbarie. Ahora se habla de nuestra decadencia, de nuestro empobrecimiento físico é intelectual. Muchas vueltas da el mundo; y el Nuevo Mundo puede dar muchísimas. La América española, se halla en evidente, innegable progreso; su formación y constitución definitiva, avanza. De allí esperamos la continuación de los grandes fastos latinos, entendida siempre la palabra en el sentido de distinguirnos del mundo sajón.

⁂

¡Qué poco importan estos problemas á los políticos que se hallan entregados en cuerpo y alma á la gimnasia electoral!

Cada día parece más absurdo este método de gobernar á un pueblo. Debe de ser, sin embargo, insustituible, cuando perdura y nadie se atreve á pensar en reemplazarlo con otro. Había un Estado europeo, el pequeño y lindo principado de Mónaco, que estaba libre de la plaga. Se encontraba como las propias rosas. Era una monarquía absoluta, regida por el más liberal y humanitario de los hombres. Ahora parece que las ranas de Mónaco, en vez de pedir rey como sus antiguas hermanas de charco, pidien constitución. Ya verán, ya verán lo que es bueno.

Si las oligarquías constitucionales se formasen por razón de merecimientos adquiridos, tendrían al menos una explicación. Quizás no por eso fuese mayor su utilidad política; no obstante, la nación podiera enorgullecerse de que, en las Cortes, estuviesen congregados los españoles de más reconocido valer, en todos los órdenes de la actividad. Con el presente sistema, no sé si sería paradoja sostener que ocurre exactamente todo lo contrario. Admitamos algunas excepciones. En general, es así. Las nulidades abundan, los ceros tienen allí su campo de cultivo...

Ahora, la oligarquía que forma el Congreso tiende á introducir la transmisión hereditaria del cargo. Los distritos se heredan corrientemente como se heredía una casa ó un predio. Ni los electores ni el gobierno preguntan al caudidato lo que vale, lo que piensa, lo que puede inscribir en su hoja de servicios. Es el niño de D. Mengano, y basta. Muchos, que acaso serán detractores de la nobleza hereditaria, encuentran suficiente la razón del nacimiento para representar al país y sancionar las leyes.

Es verosímil que dentro de cien años, y si no de cien, de ciento cincuenta, los que estudien la historia de nuestras instituciones, se asombren de que tal farsa haya durado lo que ha durado. Quizás, para en fecha, se descubra otro modo de gobernar más sincero, más digno y más fácil que éste de «los comicios» con su mentira legal de las mayorías siempre pertenecientes al partido que manda. Y, jurgándonos por nuestras instituciones políticas, no nos «tendián en veneración» sino que se reirán de nuestra candidez..

⁂

Nótese que las mujeres, que están privadas de todo derecho político, no por eso dejan de sufrir, de rechazo, las molestias de este tejemaneje electoral. Vinieron á pedirle el voto de sus colonos á una señora, en favor, por ejemplo, de Perengánez. Traían para autorizar tal demanda, la representación de persona muy allegada y querida de la señora. Dos días después, aparece otra comisión, pidiendo el mismo favor, con la representación de la misma persona querida y allegada, pero, no ya en favor de Perengánez, sino de Perencéjez, enemigo «fgadal» como dicen los portugueses, de Perengánez. Y venían estos segundos peticionarios, resueltos como piratas en redembargo, y determinados á que no se quedase así la cosa, si no lograban su intento. La señora averiguó si, en efecto, los dos bandos representaban exactamente á un solo personaje, y hubo de cerciorarse de que, positivamente, allí no había disidencia política, sino..., otra cosa; el interés de cada quisque. Y, entonces, acordándose de Salomón, y no pudiendo imitarle, porque si un catedrático inventó la media gota, ningún ministro de la Gobernación ha inventado aún el medio voto, optó por lo más sabio, que es dejar que las cosas vayan por su camino, sin mezclarse en arreglarlas. Que los colonos votasen por quien les pareciese más interesado en el bien del país—ó, para hablar exactamente, por quien les rebajase más la gabela de los consumos...

⁂

Mi asombro es infinito al ver que no faltan pedigüeños de la tierra que se gastan, con la mayor tranquilidad, diez, quince, treinta y hasta cien mil duros en tener un acta, y repiten este *sport*, tres, seis, diez años... Y no son ni hombres de ardientes y rabiosas convicciones políticas, ni aficionados á pronunciar discursos, ni cosa que lo valga. Van simplemente á sumarse á una mayoría ó á una minoría disciplinada... No sé hasta qué punto vale la pena. Ellos lo sabrán.

Todo esto de la política se reduce á un vaivén aparencial, máscara de intereses. Y el viejo tópico del progreso político se va gastando. Lo prueba el movimiento irresistible de una gran democracia, la mayor de todas, la de los Estados Unidos, hacia el imperialismo. La necesidad de ser fuertes es lo primero, y si la fuerza se consigue imperializando, sería ridículo el fanatismo de la forma de gobierno como esencia de la vida nacional. Los Estados Unidos son demasiado prácticos para dar tanta importancia á cuestiones de forma. Si el Imperio les conviene, harán Imperio. Y se reirán una vez más de las menudencias en que se para la vieja Europa.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"París.—El hidroplano Santos Dumont. Pruebas efectuadas recientemente para asegurarse de la estabilidad del aparato, con el cual se propone su inventor correr por el agua a una velocidad de 100 kilómetros por hora. (De fotografía de Branger)"
1907, n.º 1.345, p. 664.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Algo del movimiento bibliográfico cabe decir, sin meterse en honduras de juzgar á los autores, cosa siempre arriesgada, y, dentro de nuestras costumbres literarias, casi peligro mortal.

Muy á menudo me sucede recibir libros, de Europa ó de América, con cartas en que se me ruegan diversas cosas. La primera, que los lea. Eso lo hago siempre, si no en el mismo instante de recibirlos, más tarde ó más temprano, cuando me lo permite el tiempo de que dispongo. Lo segundo, que «emita juicio» acerca del libro en una carta al autor. Esto ya es más difícil. Hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre decir gran cosa. Para expresarse con sinceridad completa: hay muchos libros acerca de los cuales no ocurre absolutamente nada. Son libros muy semejantes á otros, porque la originalidad y la novedad nadie dirá con fundamento que pertenezcan al número de las cualidades comunes, sino de las más raras y preciosas. Si todos fuésemos siempre nuevos y originales, ¡para qué queríamos más!

Y de un libro que no encierra particularidad que notarse merezca, ¿qué se opina? El elogio sería muy forzado; la censura, sobrado cruel... ¿No es cien veces preferible el silencio?

Dormir es una opinión, como diz que dijo el espectador que roncaba en el teatro...

El tercer ruego aún lo considero doblemente peliagudo... Consiste en que publiquemos en la prensa nuestra sentencia crítica sobre la obra que someten á nuestro dictamen, y hay autores más francos que no se limitan á éste, sino que piden con claridad digna de *Chantecler*, «unas cuantas frases elogiosas.»

A primera vista, se creería que eso de elogiar no es difícil, ni puede acarrear malas consecuencias. Con abrir el cajón de los adjetivos manoseados, escoger los que tengan menos abolladuras y polvo y aplicarlos, pegue ó no pegue, ya está. El autor elogiado se queda tan orondo. El público, lo mismo que antes...

Pero, ¡alto ahí! El autor, generalmente, se queda quejoso y molestado, y maldiciendo del encomiasta. Es que esperaba mucho más. Esperaba otra cosa. Esperaba la apoteosis. Le han dado una alabanza tra, igual á las que constantemente vienen aplicándose. Eso no era lo tratado. Y, en vez de un agradecido, tenéis un enemigo solapado y sañudo.

Tal fué la historia de mi *Nuevo teatro crítico*, publicación que sostuve tres años y en la cual seguí activamente el movimiento de la bibliografía española y extranjera, pero limitándome á dar cuenta de aquellos libros que á mi juicio revestían alguna significación, ó por su mérito ó por la nombradía de sus autores. Al expresar, siempre con cortesía, mi impresión personal, no sabré decir la suma de amor propio en carne viva, de vanidades exasperadas, de hiperbólicas soberbias con que tropecé. El cuadro era triste y descorazonador. Me prometí ahorrármelo, renunciando para toda la vida á esa crítica de actualidad que tan útil pudiera ser, pero en la cual el crítico necesita público que le sostenga. Y aquí no hay sino grupitos de escritores que se leen los unos á los otros, pero el verdadero público, el de la crítica, no tengo noticia de él.

Así me excuso con los infinitos autores que tienen la, por otra parte, bondadosa atención de acordarse de mí. No hablemos de la temible especie de los solicitantes de prólogos. ¿Cómo librarse de ellos? Con la verdad, droga no siempre salutífera. La verdad, y si no la comprenden, no será nuestra la culpa. No se escribe un prólogo sino en dos casos. Cuando media verdadera amistad y afecto, ó cuando aparece señal de un autor novel que reúne notables condiciones y anuncia que despuntará. Los prólogos, como otras varias cosas, pierden mérito si se prodigan. Los prólogos llevan su tiempo. Los prólogos crean un lazo entre el prologuista y el prologado, establecen solidaridad, y, por consecuencia, compromiso. Escribir un prólogo no es moco de pavo, y pedirlo es pedir algo que tiene gran significación. Sin embargo, casi semanalmente, gente que no conocemos sino para servirla, nos demanda un prólogo.

El escritor que atienda á todas las peticiones que el correo le trae ya puede renunciar á hacer otra cosa en su vida. ¿Qué diré de las Revistas nacientes que piden colaboración gratuita, *pero* inédita; y á veces, hasta señalan el tema que hemos de desarrollar? ¿A quién, sino á los escritores, se les va con tales pretensiones, que no vacilo en calificar de golferías? ¿No hay algo de desconsideración en el hecho? ¿Tan poco valemos, que hemos de trabajar como el sastre del Campillo? Por desgracia, una reputación literaria no es, al menos aquí, un motivo de que se respete algo el tiempo y el valer de quien la ha conseguido. En cierta ocasión llegó á mi antesala una mujer pedigüeña, que aspiraba á que yo, sin conocerla ni de vista, diese una colocación á su marido. Como el criado que la recibió le dijese que mi yo podía dar destinos, ni, caso de poder, los daría al primero que llegase, la mujer exclamó, con indescriptible expresión de desprecio: «¿Es escritora y hablan tanto de ella y no da destinos? ¡Pues valiente escritora será!»

No hizo la mujer, cuyas auténticas frases transcribo, sino descubrir el corazón. Su boca fué sincera. Para una muchedumbre incontable, ¿de qué sirve un nombre, si de él no puede sacar utilidad el que pase?

Desconocidos, desde puntos que casi no están en el mapa, me toman por agente de sus negocios, y me piden, con la mejor fe, que active esto, que arregle aquello, ó les saque adelante en lo de más allá. Mis tasadas horas de descanso, son suyas, en virtud de un derecho: han oído resonar mi nombre. No ha faltado quien me diga que, no sirviéndole de nada los diputados, en lo sucesivo acudiría á mí. ¿Qué recurso queda? Matarles..., ó reírse. Opto por lo segundo, y, con menos melancolía que el *Aiglon*, al recibir el correo, murmuro cien veces: «je déchire...»

***

Con la digresión, que ha salido extensa, he rezagado lo del movimiento bibliográfico que deseaba reseñar. Y caigo en la cuenta de que no es ahora ocasión de hacerlo, porque las nacientes empresas que se prometen editar los clásicos españoles muertos y vivos—yo sostengo que hay clásicos vivos, la cuestión es saber discernirlos bien,—no han desarrollado aún sus planes: no hacen sino empezar. Aguardaremos á que tome algún vuelo la brillante iniciativa, para señalarla á la atención de los lectores de estas Crónicas.

Lo único que se puede adelantar, es que en España se publican hoy muchos y buenos libros. Digo *buenos* en el sentido genérico de que son libros importantes á la cultura. No es únicamente el libro ameno y bello el que nutre á las generaciones. El libro útil, el libro que enseña, en el cual hay elementos científicos, también es muy necesario. Y, cuando se publica, habrá que deducir que se lee.

No es posible que la aproximación á los países americanos donde se habla el español, deje de producir en la librería efectos bienhechores. Cada vez nos hacemos más íntimos con la gente de nuestra raza que puebla esas tierras por nosotros conquistadas y descubiertas, y alimentamos la esperanza de que los libros estrechen la unión.

***

Las tentativas de aviación han fracasado en Madrid, excepto las pruebas del dirigible «España» que ha volado gallardamente. Santos Dumont pasó por Madrid finchado y arrogante, anunciando primero su ensayo, y luego negándose á realizarlo. El mentidero susurró muchas cosas respecto á las causas de la negativa del brasileño á cumplir su compromiso con el pueblo de Madrid;—con el pueblo, es un modo de decir, pues realmente Santos Dumont proyectaba un volido aristocrático, chic, ante un público muy smart. —Ello es que no voló, y la opinión se puso resueltamente al lado del duque de Arión, presidente del Club que patrocinaba el vuelo.

Kindelán hizo su recorrido y sus evoluciones, inesperadamente, con gentil desembarazo, con gran seguridad y brío. Los extranjeros que intentaron pruebas con aeroplanos, hay que confesar que no se lucieron demasiado. Diríase que el aparato no está acabado de inventar.

Y se diría la verdad. Todas aquellas fantasías de los convoyes de aeroplanos, de viajar por el aire como se viaja por el agua, tardarán mucho en tomar cuerpo—si es que alguna vez lo toman.

No creo que expresar este recelo pueda calificarse de pesimismo. Hay mil cosas á que la humanidad aspira y que probablemente no conseguirá nunca. Eso no resta mérito ni á la aspiración, ni á los que por ella combaten. Es noble, y más noble por el mismo peligro que entraña, el anhelo de los Icaros; pero sospecho que nunca el globo será medio normal de comunicación. Si lo fuese, como lo es el barco, ya estaría empleándose desde la más alta antigüedad, por todos los pueblos del globo. La navegación es un invento gigantesco, y antiquísimo. La canoa del indio resuelve el problema lo mismo que el buque más moderno.

***

Han pasado por las calles de Madrid bandadas de palomas; las niñas que hicieron su primera comunión.

Antaño, se celebraba esta solemnidad cuando las criaturas cumplían los ocho: el clásico uso de razón.» Ahora, se supone que la razón no viene tan temprano, ó si viene no está bastante madura para tan grave iniciación del espíritu en el más hondo de los misterios religiosos. Generalmente se espera á que las niñas cumplan los diez y á veces los doce. Así es que son mujercitas en capullo las que cruzan nimbadas por el blanco tul, con el pelo cuidadosamente rizado en bucles, los pies cautivos en zapatitos de elegante forma, la mano enguantada sosteniendo el devocionario de nácar ó marfil, y el aire querubínesco, de retablo. Lo curioso es que no faltan papás y mamás que, terminada la ceremonia, recibido por sus hijas, por vez primera, el inefable Sacramento, las llevan, como si fuese la cosa más natural, á pasar la tarde en el cinematógrafo...

No es que un cinematógrafo sea una cosa mala en sí. No obstante, para tal ocasión, no parece lo más indicado. Los cinematógrafos tienen á veces películas muy poco en armonía con los blancos pensamientos que deben ocupar—al menos en tan solemne día—la mente de las neófitas.

Ahora es frecuente que la caridad se ejerza en vestir á las niñas pobres que han de hacer la primera comunión. A las niñas, y también á los niños. Por lo común, no se les viste de blanco, sino de azul ó de otro color que pueda ser práctico para que sigan usando el traje después. El blanco, en los comulgantes como en las novias, constituye un lujo, una nota de poesía que tal vez no está permitida á los desheredados de la fortuna.

Es cierto que en Francia las novias, aunque pertenezcan á muy humildes capas sociales, visten de blanco con frecuencia; pero aquí no se ha implantado tal costumbre. Hay algo de simbólico en el traje negro de las casadas sin recursos y sentenciadas á trabajo recio, por toda su vida. Hay algo no menos significativo en las obscuras ropas con que la caridad viste á la infancia menesterosa, acogida en Asilos ó amparada en hogares donde no abunda siempre el pan.

Obscuras y todo, esas ropitas nuevas, estrenadas en señalado día, son un goce y hasta una vanidad para los niños sin fortuna y sin emociones, los niños de quienes nadie ríe las gracias. Van á estrenar, no sólo la vestimenta, sino el calzado, el libro de misa, el velo ó siquiera el gorrito blanco; van á ser, por espacio de algunas horas, festejados, atendidos; van á escuchar, en la iglesia, música dulce; van á recoger sonrisas, palabras de afabilidad; y, de toda la fiesta sacra, van á deducir que tienen un alma igual á la de las otras niñas pudientes y mimadas, las del hábito blanco; y que á esa alma se acerca Dios con el mismo amor que pudiera acercarse á la hija del rey... Y en ello hay consuelo y esperanza, inocente orgullo y algo que dignifica,—sobre todo, á quien sea capaz de comprenderlo.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no sé si España se europeíza ó no; pero si se considera muy europeo el vicio del té, no puede negarse que España va aproximándose, en tal respecto, á los dominios del rey Eduardo VII, de grata memoria para la diplomacia mundial.

No hace muchos años, recuerdo que un amigo mío, Narciso Campillo, hombre de humor regocijado y veta castiza (á pesar de sus ideas avanzadísimas en política y un tanto jacobinas en religión) me dijo un día, al ofrecerle yo una taza de la infusión aromática:

—Mil gracias; lo tomaré..., aunque no estoy enfermo.

Entonces se creía que el té era una especie de medicamento, ó á lo sumo un lavatorio de tripas. En los últimos años del siglo XIX se comenzó á hacer del té algo que probablemente no les gusta á los españoles, pero que ya les es imprescindible.

La costumbre quiere que, en toda casa que se respeta, se sirva el té á las cinco en punto,—es decir, á las cinco españolas, que son las seis, porque, en España, todavía la vida cuelga, al menos una hora, y lo que en otros países se hace á las cinco, aquí á las seis, y gracias.

Con retraso ó sin él, el té forma ya parte de nuestra vida, si no como de la de los portugueses el *chá*, lo suficiente para que con él nos demos tono de modernismo y de elegancia.

***

En vano unos pocos, que no estimamos las cosas por recientes sino por buenas, seguimos fieles al chocolate con mojicón, cuando nos lo permite el doctor Pedro Recio de Tirteafuera, que es la higiene y el régimen alimenticio á que viven sujetos la mitad más uno de los mortales. El té vence en toda la línea, y ha llegado á ser la expresión de las relaciones mundanas, con delicados matices que conviene no olvidar.

Si una reunión es numerosa, «en grande» como ahora se dice, la invitación generalmente reza que se vaya á tomar «una taza de té.» En cambio, si se trata de una *soirée* íntima, entre pocas personas, se invita á «tomar el té» poniendo cuidado en no suprimir el artículo; porque el artículo expresa que se trata de absorber, en casa de la señora que convida, la misma infusión que se tenía el deber de tragar en el domicilio propio, ó en el club, ó en el Ideal Room, ó en cualquier otro punto donde pueda hervir una *bouillotre* y alincarse unas tacitas coquetonas.

Es decir que «el té» con artículo, hay que tomarlo irremisiblemente, como hay que tener, sin falta, en la habitación donde se reúna la familia y los amigos íntimos, la mesita de caoba luciente con barandilla de bronce, vestida de paños de encaje y alhajada con tacitas de cáscara de huevo Satsuma ó de nítida porcelana inglesa, y chismes de plata cincelada, para que á toda hora pueda servirse el té sin que los criados hayan de ocuparse de traer, en bandeja, los accesorios de esta operación.

Porque uno de los encantos del té es que lo sirvan, en la intimidad, las muchachas, solícitas y sonrientes. ¡Cuánto idilio, cuánta menuda intriga de salón se habrá tejido entre el vaho de una teza de té presentada por manos de jazmín!

En las grandes recepciones, el té lo sirven los criados. Y es imposible decir hasta qué punto difiere una taza de té, azucarada, dosificada y teñida de leche por gente mercenaria, de otra en que tan exquisitas operaciones han sido verificadas por una niña gentil...

Al menos, así debía suceder. Pero la prosaica verdad es que niñas y servidores hacen, generalmente, un té muy mediano, y desconocen igualmente los principios severísimos que es preciso aplicar para que una taza de té sea enteramente ortodoxa.

Y esto es la señal clara de que el té, en nuestro país, tiene algo de postizo y de artificial. Nadie se interesa por hacerlo bien.

***

He tenido ocasión de tratar á bastantes rusos, y he visto cuál qué religioso esmero confeccionan el té. Me figuro que los chinos y los japoneses desplegarán la misma refinada atención con su bebida favorita. Aquí todavía no nos hemos habituado al té bien hecho.

Y como no hay nadie que no crea poseer receta especial para todas las cosas, diré que el té, en mi opinión, se prepara del modo siguiente:

Mejor que tetera de plata, porcelana ó metal de cualquier clase que sea, conviene la tetera de barro japonés. Esta clase de material, á la larga, se impregna del perfume del té, y su porosidad ayuda á que la infusión tenga molicie y aroma.

El agua debe hervirse en recipiente que no haya contenido jamás ninguna grasa. Por mucho que se lave un cacharro, si tuvo grasa, el agua del té no saldrá limpia.

El té es nervioso, mimoso, exigente, pulcro. Si lleva alguna impureza el agua, no será bueno el té.

Antes de colocar en el fondo de la tetera las hojas de la hierba,—una cucharada muy pequeña por taza,—debe escaldarse la tetera interiormente con agua hirviendo. Y ténganse en cuenta que yo no llamo agua hirviendo, sino al agua hirviendo, es decir, á borbotones y con su penacho de vapor. Lo que cocineras y servidores llaman agua hirviendo, no es sino agua más ó menos caliente.

Escaldada la tetera y escurrida, se deposita en ella el té, y se deja así un minuto ó dos, á fin de que se esponje ligeramente. Después se le echa un chorrito de agua, muy hirviente también, para que abra y empiece á perfumar. Y, al cabo de otros dos minutos, puede agregarse el agua toda, sin perjuicio de tener otra agua dispuesta para las personas que no quieren el té cargado.

El mejor té, creo que es una mezcla de negro, dos partes, y verde, una. Pero hay quien tiene miedo al té verde, creyendo que su coloración es venenosa. De todos modos, las mezclas mejoran las clases de té. Cada uno tiene su mezcla especial, y los moros, por no ser menos, echan al té hierbabuena, y hasta se dice que cominos.

Los rusos añaden al té, muy fino, que gastan, unas hojas de rosa en confitura. Hay quien agrega al té gotas de licor ó ruedas de limón. Pero, si se me pregunta en qué consiste el toque del té bien confeccionado, diré que en el agua muy, muy, muy hirviente.

Por eso, en las grandes reuniones, con la prisa y el barullo, es raro que os sirvan una taza de té aceptable. Casi siempre está frío. Para facilitar la tarea, en estos casos se hace de antemano la crema, que es una infusión muy cargada, densísima, y se va sirviendo adicionada con gran cantidad de agua. Y, como el agua suele estar tibia, porque no han llegado los servidores á enterarse de lo que es hervir, se toma un bebistrajo indecoroso. Como sucede lo mismo en todas partes ni la dueña de la casa se preocupa.

***

Hay un sistema familiar de hacer el té, que no da mal resultado, y hasta ofrece ciertas ventajas, siempre que no sean más de tres ó cuatro los agrupados para tomar el té. Me refiero á las cucharitas perforadas. En ellas se ponen las hojas de la hierba, y en las tazas, el agua —muy furiosamente hirviente, eso está dicho.—Se sumerge en la taza la cucharita, y el agua va tiñéndose al grado que se desea. Es un medio rápido, seguro y limpio.

La coquetería del té, sin embargo, está en las finas teteras, en las jarritas cucas llenas de nata,—la nata es mucho más elegante que la leche—en los platos de florida porcelana llenos de *marrons glacés* y bombones, en las confituras de frambuesa y fresa londonianas, en las tostadas invisibles de puro sutiles, abarquilladas levemente en el horno, en los pequeños salados, en las *brioches* esponjosas, en tanta y tanta monería como acompaña á lo que en sí apenas es una esencia, un buche de agua con un perfume chinesco...

No sé por qué, se me figura que ya hemos llegado los europeos á rodear el té de refinamientos que acaso ignoren los chinos. Tendría mucha curiosidad de que un verdadero chino me convidase á un té genuinamente del país de las porcelanas rosa y los dragones verdes y rojos. Hay que perder la esperanza, á no decidirse á visitar regiones tan distantes. Los chinos que en Madrid conocemos, pertenecen al cuerpo diplomático, y jamás dan recepciones, ni convites de ninguna especie. Acerca de esto corre una leyenda, de cuya verdad no respondo. Parece que aquí existió un ministro del Celeste Imperio que, sintiéndose galante, obsequió con tes y fiestas á algunas damas de la buena sociedad. Lo difícil en esto es el primer paso; una vez dado, lo demás es consecuencia. El chinito menudeó los convites y saraos, y los periódicos, según costumbre, publicaron reseñas de las recepciones, ensalzándolas hasta las nubes. Todo en fastuoso original y pintoresco en la casa del chino. Naturalmente, lacas, porcelanas y esmaltes hicieron el gasto, y no sé si hubo algún dilirambo á la coleta. Ello es que sin duda, en Pequín, el emperador, ó emperatriz, que con mano tan segura ha empuñado largos años el cetro del Catay, tendrá montada una agencia ú oficina para indagar los pasos y movimientos de sus representantes en todas las comarcas del globo. Las mundanidades del ministro residente en Madrid hubieron de llamar la atención, pues parece que no les es del todo lícito recibir á las diabluras de Occidente y obsequiarlas en tal forma. Sea de ello lo que quiera, el chino galante fué llamado á presentarse ante sus superiores, y no, como alguien pensaría, á dar sencillamente cuenta de su conducta, sino á algo más radical: entregar su cabeza á uno de esos verdugos artísticos que en el *Jardín de los suplicios* se describen, y que saben agarrar airosamente del apéndice capilar, darle rápida vuelta alrededor de la izquierda mano, y con la diestra, armada de corvo sable, cercenar sin una rebarba la cabeza del ilustre reo...

Si, lector, dijeres ser comento esta truculenta aventura del chino, sabe que no la he inventado. Eso sí repito que no garantizo su autenticidad en lo de la degollina...

A ser cierto, las señoras concurrentes á los *routs* del decapitado pudieran encontrar, desde entonces en el té, un amarguillo de sangre, análogo al que Salomé encuentra en los fríos despojos del Bautista.

***

Volviendo al té en sí, á su debida confección, debo declarar que es difícilísimo llevar á la práctica estas teorías. Un té bien hecho es cosa no común. Lo mismo puede decirse de todas las cosas bien hechas. Y hay que prevenirse contra el té, cuya acción sobre el corazón tiene poco de saludable.

Claro es que no abrigo la esperanza de que se vuelva al chocolate, por varias razones, de las cuales la principal es que el chocolate cuesta más caro que el té. El té tiene algo de la olla del avariento clásico que envolviendo el tocino en un trapo ó red, lo sumergía en el agua chirle del puchero, retirándolo al punto. No es decible la multiplicación milagrosa de que son susceptibles unas hierbas secas, ni las veces que, (después de haber chupado los sinenses su primer jugo), pueden admitir un recuelo ingenioso, que prolonga su existencia sin prolongar sus cualidades.

El té es barato, y por consecuencia, Cachupín, abogado y patrono de las reuniones cursis, le debe profunda gratitud. Con tres hojillas de té, que hasta cabe reemplazar con hierba luisa ó albahaca, y medio kilo de rosquillas tontas, se da una fiesta muy brillante, que sale en los papeles...

Elévese, pues, al té, un monumento, porque ha trechado la cordialidad humana y substituído con ventaja á los bolados, alojas, mástelas, bollos y dulces de espejuelo de nuestros ascendientes.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho he encontrado en un gran diario de América, un artículo firmado por Guillermo Ferrero, renombrado antropólogo y yerno de César Lombroso. El eminente profesor italiano se queja con amargura de que la prensa y la multitud han tomado por las hojas, digámoslo así, el rábano de las teorías de su suegro, y se han metido á hacer psicología barata y ciencia fácil, con ocasión de los resonantes procesos de Murri y de la condesa Tarnowska.

Lamentase Ferrero de que la gente se eche á discurrir y fantasear, de que la psicología de los delincentes la haga el primer reportero á quien se le antoje meterse en honduras; de que así se desacrediten las teorías de Lombroso y la antropología criminal sea puesta en solfa.

⁂

¡Oh!, diremos al leer estas quejas de Ferrero. También, también nosotros estamos saturados de esas crónicas que él califica de larguísimas, enredosas, confusas, enmarañadas, que imponen penosa fatiga. Y ¿sabe el profesor italiano á qué es debido todo ello? Pues ni más ni menos que á ignorancia de la forma literaria. El que escribe bien lo hace comprender todo, y concreta y reduce á expresión clara y sucinta cuantas ideas sugiere un crimen, así sea el más psicológico del mundo.

Sin género de duda, no es ciencia lo que se busca en los diarios; los diarios pertenecen á la extrema vulgarización; evitan lo rigurosamente científico, que cansaría á sus lectores. La misión de los diarios es transmitir á la muchedumbre nociones y emociones; ciencia, no. Si la antropología criminal fuere rigurosamente científica, no se hubiesen apoderado de ella las publicaciones diarias. No querrá reconocerlo Ferrero; y sin embargo, es verdad. ¿A que no se lanzan los cronistas á aprovechar los datos de las matemáticas, de la química, de la filología, de la física, de la metafísica, de las ciencias bien marcadas y bien fundadas, para devanar la madeja de sus crónicas?

Naturalmente, lo repito, cuando un periodista es además un escritor, sobre los temas de Lombroso borda una crónica que no solamente parece profunda, sino que se lee con agrado y arroja cierta luz, al menos en apariencia, sobre los misterios del alma humana. Si este mismo periodista escritor quiere realizar igual *tour de force* explicando, verbigracia, un problema de álgebra superior, no lo conseguiría. Convénzase Ferrero de que la antropología criminal, cuya importancia no intento negar, es sin embargo, un comodín para la prensa y un cedazo claro por donde cuela todo.

⁂

Y, evocando recuerdos, no es posible evitar la creencia de que Lombroso ha sido más... vivo en sus conclusiones y afirmaciones, que ningún reportero ó ningún bordador de asuntos judiciales. Los gruesos errores de hecho, materiales, que hormiguean en los escritos de Lombroso; la intrepidez con que sobre estos errores afianza una teoría ó un principio, hacen que yo, en mi conciencia, no pueda compadecer al autor de *El crimen y las revoluciones*, por la precipitada aplicación que de sus enseñanzas cometen los discípulos espontáneos que le salen.

¿Con qué derecho pretende Ferrero que un cronista, en una redacción, á las altas horas, apurado por el regente de la imprenta que reclama original, escriba más concienzudamente que el sabio, en el tranquilo gabinete de estudio ó en la Biblioteca silenciosa?

Ciertamente, todos los inventores de ideas que cunden y se esparcen por el universo, pueden deplorar que su pensamiento haya sido mal interpretado infinitas veces, y hacen suya la famosa exclamación de madama Roland cuando subía las gradas del patíbulo: «¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Siendo así, con todo, no tienen tanto motivo para dolerse los que, como Lombroso, han dado el ejemplo de la generalización inconsiderada, y han desvirtuado las ideas realmente originales que concibieron, aplicándolas sin tino y no contrastándolas con aquella prudente desconfianza y aquel noble recelo que el verdadero hombre de ciencia siente toda su vida, ya que busca la verdad y teme falsificarla.

Involuntariamente, Lombroso es cómplice en las enormidades jurídicas que estamos presenciando, tiene gran parte de culpa en la apoteosis de Steinheil, la mundial supuesta parricida del callejón Ronsín; en la idolatría que inspira la Tarnowska; en las escabrosidades hóridas del proceso Murri. Y cito estos procesos, por no citar otros más obscuros y olvidados, pero que á su hora no dejaron de provocar efusiones de admiración morbosa y de simpatía aberrante. Yo creo que, á no ser por Lombroso, no se hubiese atrevido un periódico, que conservo, á calificar de *simpático* á cierto criminal que atrajo á una emboscada á un amigo, le asesinó á martillazos, echó el cuerpo en un sótano donde le devoraron las ratas, y se fugó á América con el dinero robado á su víctima. Y quizás, á no ser Lombroso, no se hubiesen resuelto tantos bausanes á escribir á la Steinheil billetes incendiarios, ofreciéndole automóviles y joyas, que, por otra parte, no se sabe que le hayan entregado cuando salió de San Lázaro para refugiarse en Inglaterra.

⁂

Es el peligro de las generalizaciones. Tanto bien como hace la divulgación de una noticia científica exacta, positiva, comprobada, hace daño una teoría sin base firme, en que trozos de verdades se mezclan con hipótesis y atrevimientos, formando un conjunto esencialmente accesible á la multitud, y por consecuencia, quiera ó no quiera Ferrero, esencialmente *periodístico*.

No sería fácil, ni preparándola adrede, que ningún sabio (nótese que no le regateo este título á Lombroso) realizase obra más á propósito que la de Lombroso, en sus líneas generales y salientes, para ser aprovechada, explotada, embrollada, barajada y puesta en menestra y en escabeche por los diarios... En esta obra de Lombroso, entre la cual hay partículas de oro, aciertos y observaciones curiosas, predominan los materiales frágiles; pero yeso, escayola, paja, cartón piedra, *stuff*, todo lo ha revestido Lombroso de una capa de similor, sin ver el peligro de que la parte seria de su trabajo sea, ante la posteridad, completamente arrastrada y sumergida por el peso de lo ligero—¡y no hay cosa que peso más que las ligerezas!

No se maraville pues el profesor Ferrero si todo el mundo, cronistas, ociosos, histéricas y *snobs* pseudo científicos, se lanza á querer conocer «los abismos del alma humana» y si, mediante esta ingerencia, «la justicia se perjudica, la ciencia se desacredita y el progreso de las instituciones se retarda.» Tales efectos puede asegurarse que no son culpa solamente de los profanos; alguna le cabe á Lombroso, que enseñó á esos profanos el arte de hacer psicología criminal sin pararse en barras.

⁂

¿Cómo extrañar que el público se empeñe en explicar todas las acciones de los criminales, aun las más repugnantes y bajas, en un sentido favorable y hasta poético y romántico, si Lombroso (con bien escaso fundamento) propagó el concepto de que el crimen, la locura, el genio y la santidad, son una misma cosa? En vano se alegará que Lombroso es un partidario de la severa represión y hasta de la pena de muerte. El público, lógico en su yerro, sólo ve que de la Tarnowska á Santa Isabel de Hungría, de Soleilland á Julio César, no va el canto de un duro, y se interesa por la condesa que probaba el filo de sus cortaplumas en los labios de sus amantes igual ó más que por la landgravesa ¡que con sus manos celestes curaba á los leprosos!

Conste que no digo yo que la psiquiatría sea una ciencia análoga á la de Chianio, el zapatero que pretende saber predecir el tiempo; no, puede estar seguro Ferrero de que le reconozco su rango á la psiquiatría. Lo que hay es que la psiquiatría, como toda ciencia, exige mucha cautela y andarse con pies de plomo. Lombroso ha dado mil volidos. Tenía que sucederle alguna vez, lo que dicen que le sucedió: que le enviaron los retratos de varias excelentes personas que en su vida habían hecho nada de ilegal, diciéndole que eran de criminales empedernidos, y descubrió con horror en aquellas caras y cabezas todos los estigmas de todo lo estigmatizable, y cuantas anomalías caben en lo anómalo, no sin gran regocijo de sus maleantes corresponsales.

Y si de lo hilado en esta crónica se sacase en limpio que los periódicos deben ser parcos en la descripción de los crímenes, y que no debe encomendarse esta sección sino á persona muy inteligente y que sepa escribir,—miel sobre hojuelas.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los anglosajones serán muy superiores á nosotros y todo lo que ustedes quieran; pero si el que engaña revela superioridad de inteligencia respecto al engañado, nosotros les mojamos la oreja á los anglosajones. No hay día en que no sufran, en Madrid, el timo del portugués unos cuantos subditos de Sus Majestades británica, germánica, y tal vez rusa. El último caso ha sido el de un marinero inglés, que, á cambio de media herradura, varios recortes de periódico y no sé qué otros artículos de trapería, ha entregado benignamente treinta hermosísimas libras en oro, con otras tantas en billetes, y quizás algunos chelines de premio. Que venga un sociólogo á demostrarle á este bienaventurado que, según la etnografía y más ciencias, es muy superior al actual afortunado dueño de tantas libras bonitas. Es probable que acoja la demostración con una puñada en las mandíbulas del docto disertante.

Adviértase que, para ser víctima del consabido procedimiento, es absolutamente indispensable poseer una idiotez reconocida, de las que no se curan ni operándolas. Porque ¿quién, que tenga cabales las potencias del alma, va á creer que le regalarán por cien ó doscientos duros diez ó doce mil? Una señora muy sencilla me dijo en cierta ocasión: «Mira, si encuentras por ahí una sortija con un brillante muy bueno, muy bueno, y que eveste muy barato, que sea una verdadera ganga, me avisas.» Claro es que no contesté en alto, pero, para mí, quedé musitando, como ahora se dice: «¡A encontrar todo eso, en seguida te avisaré, vaya!» Si los timados no fuesen por el estilo de dicha señora, la de las cortas luces, podrían comprender que los negocios fantásticos que les propone en la calle un desconocido, á ser verdaderos, el desconocido para sí los quisiera. Tan sencilla idea no cabe en sus meollos. Y arrían los monises, encantados de haber nacido y de esta España en que ocurren gentiles aventuras.

***

Han dado principio ya las sesiones de Cortes que revisten verdadero interés, pues las primeras, las constitutivas, no atraen al público. Las actuales acaso den lugar á incidentes más ó menos entretenidos, de mayor ó menor fuerza cómica. Sin embargo, la leyenda que rodeó el nacimiento de las actuales Cámaras se ha disipado; ya no hay temores de que ocurra ese anunciado escándalo monumental, el escándalo que había de impedir que funcionasen y acarrear no sé cuantas adversidades, asolamientos y muertes.

Los augurios eran tan fatídicos, tan sombríos, que el miedo rodeaba al palacio (cuyos leones, según la humorística composición, besaron la frente perfumada de Corradi,) de una especie de halo siniestro. Nadie se atrevía á solicitar billetes para la apertura. En voz baja, se susurraban vaticinios pavorosos.¿—¿Usted sabe lo que ahí va á pasar?—No; en Dios y en mi ánima, que no lo sé.—Pues ahí va á correr sangre.—Pues entonces pido billetes, porque será una página histórica, y no hay que perderla.—Pero, ¿y el peligro?—El peligro será la sal y la pimienta. Bien las ha menester este guiso soso del parlamentarismo.»

Y la apertura se verificó. Y, dos horas antes de verificarse, ya cundían entre los bien informados voces de que «no había nada.» Y entonces me decidí por ver la comitiva sosegadamente y sin apreturas, desde un magnífico balcón, en excelente compañía. Con gran asombro mío, el pueblo de Madrid, que no pierde ocasión de echarse á la calle, ese día, sin duda influído por las profecías terroríficas, se quedó en casa. No hubo apreturas, las acreditadas apreturas caras á los rateros, tomadores y carteristas, y á los Tenorios de arpillera, que emprenden conquistas mudas á favor de las circunstancias. Era cosa de creer que, la víspera, medio Madrid hubiese emprendido un éxodo hacia Valladolid ó Segovia. Se circulaba despejadamente, y la Puerta del Sol estaba vacía. No he visto otro caso igual, aquí donde el oso de un hóngaro agolpa centenares de curiosos, y la procesión más insignificante congestiona las vías públicas. Lo único alarmante en la apertura de Cortes, era la soledad. Eso sí: la poca gente de las calles se mostró animada, alegre, entusiasta. El rey fué muy aclamado, al menos en el trecho que alcanzaba mi vista, al final de la Carrera de San Jerónimo.

La procesión de las bellas carrozas arcaicas de Palacio, entre la fila de soldados y bajo el sol de llama, por fin desembozado y español, después de tanto tiempo en que lo envolvieron las nubes, era un espectáculo espléndido. El desfile de los lucidos regimientos, los húsares azules y rojos, con su brillantez de galones y su nota audaz de colorido, completaba el cuadro. Los alabarderos añadían esa gravedad acompasada, solemne, que infunden los grandes palacios silenciosos, de estancias abovedadas, en cuyos plafones juguetean quietamente ninfas, genios y amorcillos. Por los vidrios puros de las carrozas, ó llenando sus ventanillas abiertas, pasaban lampos de colores finos, de trajes de corte, y delicadas nubes de blancas mantillas, que velaban fulguraciones de joyas. Los magníficos penachos de los caballos se agitaban al movimiento de sus gallardas testas, con ufanía victoriosa. Los soldados, á pie firme, presentando armas, no parecían sentir el asfixiante calor que, proverbialmente, cae sobre Madrid los días de formación, aunque haga fresco todo el resto de la semana. Eso sí: los húsares, venidos por la mañana de Alcalá de Henares al trote de sus caballos, estaban más rojos que el paño de su uniforme. Yo no comprendía la razón (¡hay tantas cosas que jamás comprenderé!,) de que estas aperturas de Cortes se hagan á horas tan incómodas. ¿Serían menos Cortes si se abriesen á las seis de la tarde en verano?

***

En fin, por esta vez, «el coco» no ha asomado su faz y espantable catadura. Sin emociones hemos regresado á nuestra casa los testigos del acontecimiento, y al otro día, las Cámaras empezaron á tejer y destejer la tela penelopea de sus discusiones. Que si el acta de acá es un horror. Que si la de allá demuestra el predominio del caciquismo más repugnante. Que si en la de acullá hay zapos y..., lagarto, lagarto. Que si pitos. Que si dulzainas...

Y entretanto, el barco que devolvía á España á la infanta Isabel, después del triunfal viaje á la Argentina, se acercaba al puerto, y la mensajera llegaba, no sin haber apretado antes un poco el lazo que nos une con el paradisíaco suelo de las Afortunadas. Y en Madrid se hablaba de hacer á la ilustre señora, que tantas simpatías cosechó en la Argentina, un recibimiento á la altura de la ocasión, que fué ciertamente de las memorables. Pero todo se quedó en agua de cerrajas. Se la recibió poco más ó menos como «e la había despedido; con afecto, con respeto *sans plus*, que dicen los franceses... Parte por culpa de la hora, bastante intempestiva (las nueve de la mañana) parte por este indiferentismo simplaina que nos tiene paralíticos, el recibimiento no fué aquella clamorosa y viva efusión que en este caso especialísimo debiera ser. Cuando media el crédito de España, la honra de España, la unión que debe anhelarse entre España y sus antiguas colonias, hoy poderosas naciones, la señora que nos ha representado deja de ser una persona alta ó baja, y se convierte en un símbolo. ¿Para cuándo son los arcos triunfales, para cuándo el desbordamiento de la simpatía que todo español está obligado á demostrar á los que por un momento se identifican con la idea de la patria? Ante esta idea, no debieran existir divergencias políticas de ninguna clase. Y hubo tiempos en que no existían.

Ninguna política más sencilla que ésta: mirar á los hombres y á los hechos desde el punto de vista de lo que añaden ó restan á nuestro vigor como nación. Y el viaje de la infanta «nos ha dejado bien» ante un pueblo que debe ser nuestro amigo, nuestro colaborador en la obra civilizadora y conservadora de los prestigios de la raza. Por mucho que se pretenda hallar defectos y poner reparos, no es cosa frustrada, sino extraordinariamente «réussie» ese viaje. Lo cual debiera bastar. No son tantos los éxitos que nos apuntamos; estimemos mucho los que se logran.

También parece que no sale mal, por ahora, la acogida al Sr. Sáenz Peña, presidente electo de la República Argentina. Todo se hace á fuerza de banquetes, es cierto; y en los banquetes no cabe error. Reunirse para comer, que es acto de cordialidad, es al mismo tiempo el festejo mejor ensayado. ¡Se ha repetido tantas veces el número! No es posible que no «resulte.»

Dicen que el Sr. Sáenz Peña es una persona extraordinariamente simpática y muy fina y caballeresca en su espíritu y carácter. Lo creo, porque, en general, sus compatriotas propenden á este estilo, como propenden, en la política, al orden y á la cohesión. La Sociedad, (con mayúscula,) espera mucho de la Argentina, pueblo nuevo que siente fuerte y profundamente la necesidad de vivir y de afirmarse, contra los embates de las corrientes destructoras. El instinto allí hace lo que no se atreve á hacer la tradición. Y la tradición no es sino instinto petrificado. Y el instinto, como es lo primordial, lo que ha presidido á la formación de la Sociedad, no caprichosamente, sino por virtud de adquisiciones lentas, servirá de fuerza de resistencia contra la desorganización.

***

El cronista ó la cronista (llamadle como gustéis) ha sido estos días nombrado ó nombrada Consejero ó Consejera de Instrucción pública. Y una torre de papel, hacinada en mi pupitre, donde alterna el amplejo de los telegramas con el blanco amarillento de las cartas, me sirve de testimonio de que esta extraña novedad no ha sido desgradable para todo el mundo. Hasta, con un poco de presunción, me fuera dable creer lo contrario. Todos estos pedazos de papel hablan de reparaciones é injusticias, saludan en mí á una persona á la cual no se le ha recompensado una labor considerable y feliz, en el sentido de no haber pasado nunca inadvertida para el público. El público, sí, no me ha sido infiel; pero en cambio, el Estado, ó mejor dicho los gobiernos que han ido sucediéndose, han ignorado siempre mi trabajo, hasta que ahora, el conde de Romanones, que posee una juventud sorprendente, llena de vivacidades, insujetable á rutinas y á preocupaciones; encontró natural que una mujer, que en algo ha contribuído, con sus escritos y con el ejemplo de una vida estudiosa, á la cultura y á la elevación del nivel intelectual de su patria, pudiese pertenecer al cuerpo consultivo que entiende en las cuestiones de Enseñanza y Pedagogía.

Es curioso que la mujer á la cual le es doblemente difícil conseguir la adquisición de la cultura, por que tiene que luchar con mil obstáculos que no existen para el hombre, esté excluída de todo lo que el hombre, por medio de esa cultura..., ó de la suposición de esa cultura.., obtiene. Ser Consejero de Instrucción pública, para el hombre, no representa gran dificultad, aunque siempre sea honroso. Para una mujer, dijérase que era poner una pica en Flandes. Y la pica tal vez no llegase á ponerse si el rey no se contase entre los monarcas ilustrados, llenos de sentido europeo, y el conde no se elevase por cima de tantos y tantos como se pasan la vida hablando de libertad, y remachando las cadenas, digámoslo así, (ya sé que la frase no es muy elegante ni muy nueva,) de las mujeres. Las mujeres, como no votan, como no tienen fuerza política alguna, (pues todo eso de que ellas manejan bajo cuerda la política, son cuentos tártaros) no existen para todo eso de las igualdades y las reivindicaciones y las justicias y los adelantos.

Gran sorpresa les causaría, á muchos que presumen de avanzados y revolucionarios, el recordarles que existimos, y que mientras el último proletario puede aspirar á todo, la mujer apenas osa, tímidamente, reclamar lo que ha ganado en buena lid. A su reclamación responde el codazo en las costillas y la fisga sorda. ¿Méritos? ¡Que se los guarde! ¿Trabajo? ¿Quién la mandó no estarse quieta, haciéndose aire con un abanico? ¿Arte? El arte es cosa de hombres...

Por eso, por eso miro con algún placer esta torre ingente de telegramas, cartas y tarjetas, que me parece un ladrillito de otra torre cuyos cimientos ahoran del suelo no más...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es la desbandada... Todos huyen del brasero de la villa y corte; brasero, por otra parte, muy tolerable, puesto que no se tenga que salir de casa á las horas de sol, ni falten unas pesetas para horchata, abanicos de papel, tranvía y gazpacho.

Abrigo el convencimiento de que España es el país donde mejor se sabe adaptar la comida á la temperatura. El gazpacho, que acabo de nombrar, no tiene rival en ninguna parte, como refrigerante nutritivo, barato, gustoso y fácil de preparar. Desde que empieza á ascender el termómetro, el cuerpo pide gazpacho, y en las mesas más refinadas, va tomando carta de naturaleza el sencillo alimento de los jornaleros andaluces. Sólo que se le suprime el fuerte sabor del ajo, y se le añaden trozos de cristalino hielo que lo ponen á un temple delicioso.

Con la moda del gazpacho corre parejas la del *tutti frutti*.—¿Queréis la receta, oh señoras aficionadas á la cocina, ó mejor dicho, á la repostería y bollería?

La exquisita golosina se prepara así:

Se toma fruta... ¿Cuál? Cualquiera; la que tengáis á mano.—Cerezas deshuesadas; peras cortadas en gajos; uvas desgajadas del racimo; melocotones de banana; trocitos de albaricoque; granos de granada; fresas; nísperos del Japón, pelados y deshuesados también... Toda fruta que suelte jugo.—¿Cantidad? La que os plazca, ó, por mejor decir, la que necesitéis, dentro de vuestro programa y atendida la gente á la cual habéis de ofrecer refresco. Pesad la fruta, y agregad la mitad de su peso en azúcar. Meted todo junto en una ensaladera. Dejadlo así veinticuatro horas. Nada más.

Ya sé que mucha gente lo hace de otra manera. Sostengo que mi receta es la mejor. El añadir agua al jugo que da la fruta, es platear, como vulgarmente se dice, el oro. No hay sabor comparable al del propio y deleitable zumo de las frutas cortadas.

Si se quiere sublimar el *tutti frutti*, lo único que puede añadírsele es una botella entera de Champagne y una copa de cognac viejo y legítimo.

Y si se quiere complicar, se sazona con Chartreuse amarilla, ó cumen de Riga, ó anisete francés. Pero creo que equivaldría, lo repito, á estropear la obra de la naturaleza.

Lo que sucede es que el *tutti frutti* según mi receta no presta abundancia para mucha gente que tenga sed. Y añadiéndole líquido, es como el pozo milagroso: todos beben y nunca disminuye. Menos mal si al estirarlo, le ponen agua de Seltz. El picorcillo es agradable.

Todavía añadiré á la receta anterior la de una ensalada de mi invención que llamo «Ensalada Hespérides.» Le he dado este nombre, porque su base son las naranjas, que, como es sabido, se identifican á las pomas de oro del célebre Jardín, guardado por fabuloso dragón.

La naranja para esta ensalada ha de ser muy buena, sazonada, pesada. No conviene agria, y no conviene extremadamente dulce.

Se corta en rebanadas, se va colocando en el fondo de la ensaladera, y se entrevera con azúcar. Se añaden granos de granada, ruedas de banana, cortadas de piña, el agua que la piña suelta, una copa buena de ron, un ligerísimo polvillo de canela, y se deja así ocho ó diez horas. Y no debe recibir ni gota de agua.

Sobre que es excelente, la ensalada «Hespérides» es muy bonita. Con los granates de la granada se puede dibujar sobre el oro de la naranja, y trazar la bandera española.

Todas estas combinaciones vegetarianas ocurren cuando hace calor. La comida sólida repugna. Se busca lo fresco y ligero, como si el instinto guiase hacia lo que más recuerda el campo y el verdor de prados y árboles. Comer carnes grasas, platos fuertes y suculentos es cosa de invierno. Hay estrecha relación entre la sobriedad y la temperatura.

***

Y la gente se va... La estación está llena de viajeros elegantes. Al decir la estación, me refiero á la del Norte, que es el camino de Francia y de las provincias frondosas, verdes, que el mar azota y acaricia. Hay que emigrar. Y así que las Cortes se cierren, interrumpiendo su labor, no quedará un gato en Madrid. Empezará la época de las tertulias en las aceras, grupos de gente modesta que se abanica y apura el licor encerrado en la sudosa panza del botijo, los niños acostados al aire libre sobre una almohada, para que en la angosta bohardilla no los desvelen y se los coman las chinches crueles,—todo ese aspecto peculiar de Madrid, de mediados de Julio á mediados de agosto, en el cual hay melancolía y fatalismo africano y rachas de buen humor castizo, sufridor alegre de molestias. Y hará estragos la terrible *cebolla*, la falta de labor, la paralización del trabajo por ausencia de los que pagan, compran y gastan dinero. Y andarán á paso lento los coches vacíos, y se verán despejadas y solitarias las mesas de los cafés, y ociosos los dependientes ante el mostrador, y los ciegos cantarán sus tonadas desmayadamente, seguros de que no les escucha ningún pudiente parroquiano, y las puertas de los teatros estarán cerradas, y la vida no empezará hasta después de las cinco de la tarde. La vida..., si se llama así el entrar y salir de los moradores de una villa, medio desierta.

No falta, sin embargo, quien sostenga, con buenas razones, que Madrid es un excelente punto de veraneo, y cometen insigne tontería los que cierran las maletas y se van por ahí á vivir estrechamente en un hotel.—El calor no molesta sino cuando no se tiene amplia vivienda, donde cerrar las maderas para que no entre el sol, mecedoras para recostarse, techos altos para dar respiro, y no se puede salir en coche, al anochecher, á respirar bajo las frondas de los paseos, deliciosamente silenciosos y aireados. La noche, en tiempo de calor, es la recompensa del día, como dijo el buen Alcalde de Zalames. Yo conozco gentes muy ricas, que renuncian voluntariamente á veranear fuera de Madrid. Se quedan en sus palacios ó en sus hoteles, riéndose de las prescripciones del buen tono, y aguardando la vuelta de los que las han obedecido y corren á encerrarse en un zaquizamí de fonda, en San Sebastián, Biarritz ó San Juan de Luz, si no es que bajando los humos se han enchiquerado en Cercedilla. Con exquisita sensación de calma permanecen entre todas sus comodidades, sin alterar sus hábitos, sin sufrir esos días tan intolerables del badí á medio cerrar, de la casa revuelta, de los olvidos posibles, de la espera de billetes para el *sleeping*, de la interrupción, en suma, de la costumbre, que, según un inteligente amigo mío, es lo que más se parece á la felicidad. Todo viaje supone una serie de incomodidades menudas, poco incalculables, una fatiga que muchos creen superior al goce que de viajar puede obtenerse. Mil cuidados preceden á ese momento en que, envuelto en un impermeable, calzando guantes grises, asiendo el saquillo que contiene el dinero ó las joyas ó ambas cosas á la vez, y que es preciso defender de ladrones, el hombre civilizado salta al interior del vagón y entre el primer bufido del monstruo, agita la mano en señal de despedida...

***

Para los supersticiosos, para los aprensivos, para los nerviosos, puede constituir verdadero suplicio un viaje. ¿Qué sucederá mientras recorremos otros países? El grifo del agua podrá romperse, inundando la casa; el gato arañará todos los muebles; el pájaro se morirá, no le habrán llenado el bebedero; un incendio obligará á destrozar las puertas, desventrar á la intimidad del hogar ante la chusma de los profanos y los curiosos; los ladrones entrarán á mansalva, recorrerán las estancias, profanarán los secretos dulces ó amargos de la vida; se llevarán lo que implica recuerdos, lo que no sólo es precioso por su valor, sino porque forma parte de nuestra alma; y ¡quién sabe si al regresar la muerte no nos burla, dejando vacío el lugar donde se concentraban los afectos!

Los escritores festivos, como el inolvidable Luis Taboada, han pintado el aspecto cómicamente triste de los regresos de veraneo... El padre de familia vuelve con la bolsa floja, exprimida por fondistas, bañeros, modistas, médicos, todo lo que exigen la salud y la vanidad; y, al reintegrarse en la quietud de su pisito segundo con entresuelo ó en la estrechez de su tercero con tres balcones á la calle, le saltan al cuello los acreedores, no pagados antes del viaje y que ahora reclaman sus cuentas. Todo lo aplazado llega; no hay plazo que no se cumpla, aunque tenga mucho de hiperbólico aquello de que no haya deuda que no se pague... Y está encima el invierno con sus exigencias: alfombrado, ingreso de los niños en el colegio, ropa de abrigo, carbón para las estufas.. ¡Todo esto, que hace reír, puede hacer llorar tanto! La condición de las familias en apariencia acomodadas, es mil veces peor, doblemente angustiosa, que la de los obreros, artesanos y mecánicos, y desde luego, que la de los criados de servir, que se encuentran siempre la mesa puesta, la chimenea encendida, el alquiler pagado y hasta la ropa hecha,—¡envidiables para el empleado de corto sueldo y el pequeño rentista ahogado por mil apuros!

Tienen no obstante los criados, en verano, su problema. Las gentes que se van suelen despedir á parte de su servicio. Y se quedan sin colocación un sinnúmero de lacayos, doncellas, cocineros, cocheros, ayudas de cámara y hasta maestresalas, (no sé por qué hemos de decir siempre *maître d'hotel*). A bien que, en esta época del año, los balnearios y fondas de los puntos de veraneo necesitan servicio. Pero hay míseros que no encuentran este recurso para esperar al otoño. Los criados son imprevisores por naturaleza: no saben guardar nada de su salario. La virtud de la economía social, mal desarrollada en nuestra tierra, no la practican sino algunos contados sujetos: la mayoría de los pobres no sabe economizar, y los pobres lo necesitan más que los ricos, por multitud de razones que no se escapan á la penetración de nadie...

***

Y cebolla sufren las costureras, y las lenceras, y las modistas, y las tiendas de objetos de lujo, y hasta las de ultramarinos... Por otra parte, el comercio madrileño viene lamentando, desde hace tiempo, la crisis que pesa sobre él. Todo se compra en Francia, especialmente desde que ha bajado el precio de los francos. Los que se van, vuelven en otoño surtidos de cuanto han menester. Traen los sombreros, las pieles, los trajes de última, y por traer, traen los objetos de cotillón y los juguetillos de sobremesa. Madrid ofrece pocos recursos. Los géneros están recargados de coste, y no existe variedad para elegir. Esto es preciso reconocerlo, como es preciso confesar que no da el comercio de la villa y corte grandes facilidades para tentar al que compra. En París, el género se saca á las aceras para que, aun sin pisar la tienda, el que pasa pueda pecar. Aquí, trabajo cuesta que lo bajen de la anaquelería.

Hay un detalle en el comercio madrileño que revela la falta de lo que llamaría yo ciencia comercial. Es la cuestión del colorido. No existe apenas en Madrid quien sepa, detrás de un mostrador, el nombre de los colores. Pedís rosa, y os presentan rojo. Pedís rojo, y os ofrecen castaño. Y no hablemos de los mil colores nuevos, modernos, de existencia insospechada en las tiendas, aun cuando los tengan en los anaqueles. Hablad de crema, verdealmendra, palo de rosa, y demás... No entienden. Yo no diré que nadie tenga obligación de saber cuál es el color «muslo de diosa» ó «trábano marchito,» pero los matices que la moda impone al traje de la mujer, sí que era indispensable que los conociesen quienes han de venderlos. Y no conocen ni los siete del arco iris.

Cada oficio tiene sus particularidades, su tecnicismo; ó al menos, lo debiera tener. Esto ahorraría mil discusiones y algunos inconvenientes. Y el comercio de Madrid necesita hacer un esfuerzo para luchar ventajosamente, como deseamos los buenos patriotas, con ese comercio extranjero tan insinuante, tan facilitón, tan artístico...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A decir verdad, así como D. Juan Tenorio no creía en la otra vida, yo no creo en la aviación. D. Juan el burlador se equivocaba de seguro, y yo probablemente me equivoco. Pero mientras no venga la estatua de D. Gonzalo á sacarme del error, sin poderlo remediar seguiré escéptica.

Es preciso que me explique. No es que niegue los progresos conseguidos en el empeño de la conquista del aire. Se ha hecho mucho, ¡quién lo duda! Lo que sucede es que ese mucho no tiene importancia, desde el momento en que no asegura un medio de comunicación en que los peligros no pasen del máximo, verbigracia, á que alcanzan en el automovilismo. En el automóvil hay riesgo; en el automóvil hay percances. Sin embargo, el automóvil no es contingencia de muerte probable. Dado el número de automóviles que por ahí corren, el peligro apenas alarma.

El de la aviación cada día parece más serio. No se ve progresar á ese *sport*, en proporción con el gran esfuerzo que se está consagrando á su desarrollo, á solucionar sus problemas.

***

Realmente, hace falta ser muy decidido, tener barbada el alma, para lanzarse, como la baronesa Laroche, (¿será baronesa?, varona sí, de fijo) á arrostrar tan horrible batacazo. No le quedó á la pobre señora hueso que bien la quisiese. Se partió todo lo partible, y la rota tibia le agujereó la carne de la pierna. Estremece leer el relato. No se comprende cómo mejora, cómo va á escapar para contarlo, y hay que repetir lo que decía un individuo, sabiendo que un niño, despedido por la ventanilla de un tren á toda velocidad, no se había muerto: «O milagro, ó de goma.»

Verdad que hace tiempo que el sexo llamado débil, en los Circos, se sube á lo más alto de un trapecio colgado de la techumbre, se coloca de blanco para que un juglar dispare cuchillos ó un tirador pruebe su destreza con balas, sostiene pendiente de la dentadura á un jayán que pesa sus cien kilos, y realiza á caballo ejercicios dignos de la reina de las amazonas, que se llamaba, si la memoria no me es infiel, Pentesilea. Con todo esto, parece que, mientras la humanidad no sale de su elemento natural, se explica mejor su arrojo. Y el aire no es un elemento natural humano, salvo para los fines de la respiración.

Y sin embargo, ¿quién será el que no haya soñado con el vuelo? Si lo que soñamos expresa un misterioso aviso de la fantasía anticipándose á la ciencia, ¿qué aspiración más general, qué instinto más fijo que el de lanzarse al aire?

En un cuento he referido un hecho auténtico, la historia de la pobre «loca del aire,» aquella enamorada que, deseosa de ir al encuentro de su amado, se lanzó contentísima desde una azotea del manicomio, como si sintiese alas en sus espaldas. El hombre á quien tanto quería la había dicho «eres aire, eres más fría que el aire» y ella, desde entonces, prestando absoluta fe á la voz querida, vió en el aire su elemento.

La aviadora de amor llegó al suelo ya sin vida, como era presumible. ¿Quién podrá afirmar que su desvarío fuese mayor que el de los Icaros que pilotean un monoplano ó un biplano se arrojan al aire denodadamente? Por lo menos, el amor tiene sus «glorias ciertas» como dijo el clásico, mientras que la gloria de los aviadores, sobre ser asaz incierta, va repartiéndose en porciones mínimas, según aumenta el número de los que se arriesgan á tanto. Los nombres de las víctimas forman interminable lista, y si esto es halagüeño para la humanidad, demostrando que posee abnegación, no es posible que el nombre de cada uno de esos mártires del progreso adquiera la resonancia que ha tenido y conservará el del padre Icaro, abogado y patrono (si hubiese santos en la mitología) de los aviadores habidos y por haber.

¿Existió Icaro, ó es su historia un bello mito que expresa y simboliza ese anhelo de imitar á las aves, inherente á la naturaleza humana? La fábula nos dice que Icaro era hijo de Dédalo, otro personaje antiguo á quien hoy debieran reconocer por precursor los empresarios que en París se ganan muy buen dinero con la exhibición de Palacios mágicos, laberintos árabes, y otras fantasías. En realidad, la parte de invención aviatoria correspondió á Dédalo y no á su hijo, porque fué Dédalo mismo quien ideó, para escaparse del laberinto de Creta, donde Minos le había encerrado, las consabidas alitas de plumas pegadas con cera. Icaro, llevado de un ansia noble, de un entusiasmo férvido, lo que hizo fué desoir el consejo paternal, que era el de no remontarse demasiado; el mismo consejo que dió á Sancho Panza su amo el buen D. Quijote (á quien han dado en llamar unos cuantos literatos *nuestro Señor*). Icaro, imprudente, se remontó cuanto pudo atraído por la hermosura y magnificencia del Sol, y el Sol, cruel y celoso, derritió las alas del atrevido, que cayó precipitado al mar Egeo, (después Icario). No le hubiese acaecido esto al padre, hombre avisado y cauto, que reunía á sus condiciones de excelso artista otras de hombre práctico y vividor, hasta un poco más allá de lo lícito y decoroso, puesto que en la corte de Minos empleó los recursos de su arte y de su extraordinaria habilidad, en favorecer el antojo extraño de Pasífae, fabricando la figura de vaca dentro de la cual había de colocarse la neurótica reina. Al rey Minos, esposo de la antojadiza, hubo de parecerle mal el asunto, y por eso fué lo de encerrar al padre y al hijo en el laberinto que había construído el propio Dédalo, pero del cual, por lo visto, no acertaba á salir...

Fuese ó no fuese un mito gracioso lo de las alas, y deban ó no proceder de trece siglos antes de Jesucristo los intentos de aviación, ello es que el problema, sin verdadera solución contínda. Y no lo digo yo; lo dice Edison. Por bastantes años no desaparecerán las fronteras, ni sucederá ninguna de esas cosas graves que nos anuncian. Hay muchos inventos que, cuando parecen acabados, están naciendo. Y esto sucede á la aviación.

***

La sensación del peligro, que es un atractivo en determinados casos y para algunas personas, no puede menos de ser, para la inmensa mayoría, una rémora. Mientras el aviador vaya como va, en ocasión próxima de muerte, la aviación no pasará de *sport* caprichoso y no habrá muchos viajeros del aire.

Se ha hablado estos días del valor de la baronesa de Laroche; pero no me parece inferior el de otra mujer española, no aviadora, sino aeronauta; la señorita Corominas. Esta señorita está todos los días en el aire, si cabe decirlo así. Continuamente realiza ascensiones en el globo que ella misma maneja y tripula. Sola, intrépida, va á donde la lleva el viento, que puede arrastrarla hacia el mar, ó precipitarla contra los tejados. Una tarde, desde las ventanas de mi torre, vi que pasaba por la carretera un coche ocupado por una mujer, al parecer enferma, arrebujada en un mantón. Dos horas después, supe que era la valerosa aeronauta, que había tenido que caer en una aldehuela, y que, aterida de frío, después de haber atravesado la bahía de la Coruña en una noche de niebla, volvía á la ciudad á reponerse de la aventura. No creo que haya hombrada superior á la de esta mujer, que se pasa una noche de cerrazón sobre el mar, en un globo, sin esperanza de auxilio humano. Cualquier día sabremos que la señorita Coromi nas ha tenido la suerte de Icaro, con la diferencia de que no darán su nombre al mar donde se zambulla. Ni siquiera la quedará el consuelo de ser inclu entre los mártires de la ciencia, puesto que los g bos no dirigibles, los aerostatos que el viento se lleve á donde quiere, han pasado á la categoría de jug tes de chiquillos, y sus tripulantes sufren el riesgo no ganan el mérito.

***

Diariamente en Madrid, las señoras que se pasea por la Castellana ven, en el aire, un punto que de crece ó que aumenta visiblemente de grandor, y cu se cierne majestuoso ó se aleja raudo. Es el globo de la tarde. Al principio, las miradas, como atraídas po imán, se dirigían al cielo, siguiendo las bellas evolu ciones del globo. Ahora, ya ni una lánguida ojeada le acompaña en su camino de aventuras. ¡Que se rompa, si quiere, el pescuezo ese loco! No se pronu cia la frase, pero es muy verosímil que esté en el pen samiento de la inmensa mayoría de las hijas de Eva que en landó ó en automóvil pasean su aburrimiento por las calles de árboles y el piso de asfalto. ¡Que se lo rompa de una vez! Así no volverán los periódicos ilustrados á publicar su retrato; ó lo sumo, publica rán la instantánea en que se ve la masa informe del aeroplano destrozado, hecho añicos, y al lado el cuerpo inerte del aviador...

Desde luego, reconozco que, si fuese asequible perfeccionar la aviación se habría realizado la revo lución más enorme en el planeta. Con las ventajas del pez y del ave, ¡qué facilidad para toda especie de empresas no tendría el hombre! Por desgracia, le su cede lo que se deplora en una décima de Calderón:

> «Nace el ave; y con las galas
> que le dan belleza suma,
> apenas es flor de pluma
> ó ramillete con alas,
> cuando las etéreas salas
> corta con velocidad,
> negándose á la piedad
> del nido que deja en calma.
> ¡Y teniendo yo más alma,
> tengo menos libertad!»

No cabe duda; el hombre, eterno Segismundo, goza mucha menos libertad que el pájaro... Su lucha por plagiar el mecanismo mediante el cual las aves recorren el espacio tan sosegada, airosa y ágilmente, parece un pleito perdido, pues el ave no corre más peligro que el que supone la escopeta del cazador, y nosotros, ambiciosos intensatos, llevamos cincuenta probabilidades, por lo menos, de hacernos tortilla, cuando invadimos el *stand* de las golondrinas y de los vencejos.

***

La frase, tan manida, «no está en su elemento» es la única que expresa la situación del hombre al emprender la conquista del aire. Pero ¿cuál empresa habrá que el hombre no acometa? Bajo tierra se ha organizado el dominio de la mina; el mar lo tiene subyugado; se le resiste aún el aire... ¿Lo dominará? Yo no lo espero; y sin embargo, misterioso anhelo me sobrecoge cada vez que el globo pasa. ¿Qué traerá el porvenir? ¿Una victoria más de la inteligencia sobre la materia? ¿Una serie de sorpresas admirables, cuando, sin necesidad de caminos ni de billetes y hasta sin equipaje, vayamos y vengamos cual los pajaritos, registrando rincones antes desconocidos, conociendo razas, pueblos y gentes nuevas, plantando la enseña de la civilización donde no se soñó ni con ver la cara de un hombre blanco... Porque muchas regiones del globo están inexploradas aún, y quedan infinitos salvajes en su superficie, (tomando la palabra en su sentido puramente clásico, y prescindiendo de los que nos rodean, y salen á relucir cuando la ocasión es favorable). ¡Oh, si esta victoria de la humanidad luchadora y laboriosa ha de obtenerse, que se obtenga pronto, y que yo la vea! Porque siento no sé qué desconfianza invencible, el recelo que inspira la limitación de la máquina, que no pasa de cierto punto, que se niega á avanzar mucho más tercamente que un ser orgánico. Digo lo del gitano: creo que ha de venir Nuestro Señor, pero ya veréis cómo no viene... Ya veréis cómo no andamos en aeroplano, los que estamos á bien con nuestra onamenta, sin que por eso seamos ningunos apocados y cobardes. Ya veréis cómo eso no se arregla, porque hay un límite á las ambiciones, y no siempre triunfa Prometeo, y suele estrellarse Icaro.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las señoritas de mi pueblo han demostrado excelente sentido. Invitadas á conceder un premio para el concurso hípico, prescindieron de la tradicional, asendereada copa, y regalaron, por subscripción, un rico reloj extraplano, con su cadenita de platino y oro, y su medalla conmemorativa.

Estas copas de plata, premio por antonomasia, son una de las plagas de nuestra época. Hacen la competencia al ungüento amarillo. Llenan, es cierto, el fin de dar á los plateros subida ganancia, porque, á sus otras desventajas, reúnen la de ser el objeto en que la plata labrada, en menor peso, cuesta más. No sería fácil explicar por qué este metal precioso, trabajado en forma de copa para premios, se paga doble ó triple que cincelado ó repujado muy artísticamente para mesa ó tocador. La grey ha aceptado la copa y de ahí no sale. Ofreciendo un objeto más bello ó más útil, creerían infringir los cánones del buen tono.

Copa en los concursos hípicos; copa en el tiro de pichón; copa en las regatas; copa en el *bridge*... ¿Y qué se hace después con las tales copas? Supongo que guardarlas en un armario, en la inofensiva compañía de los termómetros simbolistas y los acericos de monjas. Objetos de primera inutilidad, que un día ú otro encontramos cubiertos de polvo en las prenderías, donde estorban, como en todas partes.

Ni aun para beber sirven las tales copas. Pertenecen al número de esos artefactos que, si no tienen cabida de bonitos, en cambio no valen de nada. Diríase, en verdad, que al discurrir premios, como al discurrir regalos, nadie es capaz de concebir una idea práctica. Los días de santo y las noches de beneficio, los «amigos y admiradores» compiten en ofrecer al obsequiado, lo más perfectamente superfluo, amén de deleznable. Los actores de fama—según me dijo el graciosísimo bufo Rosell—tienen avisada de víspera á la prendera, para que, al punto de la madrugada, al día siguiente á la *serata d'onore*, vengan á desembarazarles de tanta baratija.

⁂

Siempre he creído, y tal vez lo he dicho aquí, que cuando tal género de obsequios se haga con arreglo á las prescripciones del sentido común, las gentes echarán un guante, uniéndose para comprar, algo rico ó bello, que perpetúe la memoria de una fecha señalada, en vez de enviar doce bomboneras, treinta frascos, veinte canastillas de flores que se ajan antes de llegar á su destino, diez y nueve figulinas de bizcuit con la pierna levantada, y trece de esos hórridos violeteros Imperio, que á los quince días se desdoran.

Con lo actual, los bazares se sostienen, y los floristas, (encantadora industria, no debe negarse), hacen su agosto en pleno invierno. Hago esta observación, invariablemente, el día del beneficio de María Guerrero, en Madrid. Se convierte en jardín el escenario, al salir á él los ramos, las canastillas, las plantas, los cestos enormes que embalsaman el ambiente. Todo viene coquetón, lindo, lozano, engalanado y pomponeado con lazos de cinta ancha, fina, de los colores de moda. Y calculo la frágil, la efímera vida que está reservada á tanta belleza. Mejor sería—y no me tomen por un espíritu prosaico—un servicio de plata, un juego de Sévres, una estatua, un libro. Sólo que las flores ¡lucen tanto!

Probablemente, nunca variará este modo de ser, ni se desterrarán, mientras haya concursos de esto y de aquello, las copas sobre su pedestal de madera barnizada.

⁂

En los concursos hípicos se observa progreso. Se van aclimatando; el público entra en ellos; el ejercicio es á cada paso más lucido y brillante. Yo lo creo muy útil, y además, encuentro que así la oficialidad española se aficiona á los nobles juegos del valor y la destreza. Las condiciones de la victoria suelen ser muy rigurosas. La menor falta perjudica. No importa que se haya salvado admirablemente un terrible obstáculo, una ingente banqueta, si no se evitó rozar una valla ó hacer caer el sombrero del monigote que, en compañía de otros peleles, se sienta ante una mesa servida sobre la cual hay que pasar como volando. En la maestría del caballo, en sus condiciones para el ejercicio, está cifrada la esperanza del jinete; pero también éste necesita ser (como el valiente Spencer, por ejemplo), un semicentauro; saber regir al noble animal de modo que suba, y baje, y salte, y se arroje, y parezca tener alas, y se contenga y lo haga todo puntual y ajustadamente, en momentos dificilísimos.

⁂

Raro es el profesional de concursos hípicos que no ha sufrido alguna de esas caídas que parecen, al pronto, mortales de necesidad. Una cicatriz en la frente juvenil delata el lance y asombra que se sobreviva, después de haber pasado diez, doce, veinticuatro horas sin conocimiento. No por eso dejan, apenas restablecidos, de volver á la liza. ¡Las costaladas! ¡Bah! Son incidentes, son menudencias; el que escapa, probablemente no sufrirá otro percance así. Con buen humor de muchachos, se ríen de lo ocurrido. El concurso es una friolera, si se compara á lo que se hacía en la guerra, y sin premios de copas. Pues no eran pocas, las caídas, por aquellos riscos del diablo... Gracias si, al caer, no te rodaba por un precipicio, gracias si todo se reducía á huesos molidos y costillas brumadas. Y con estas gallardas explicaciones, nuestros nervios femeniles se tranquilizan algún tanto, á la hora en que el jinete toma carrera para subir de una arrancada tres metros de pared vertical...

Todo lo que no sea *sport* caprichoso, lo que llena un fin, es de oro para la raza, que conviene mejorar y vitalizar sin desmayo. Jugar al *golf*, puede ser diversión de *snobs*; los concursos hípicos, en cambio, en un país como el nuestro, que posee magníficas razas caballares, responden á tantas indicaciones, que el alentarlos es patriótico.

⁂

La Coruña ha festejado estos días, con banquetes y veladas, á un prelado que tiene personalidad y nombre: el obispo de Jaca, D. Antolín López Peláez. Este obispo es un fecundo y prestigioso escritor. En su activo figuran unos veintiocho ó treinta volúmenes de nutrida lectura y sugestivo asunto, y la mayor parte de sus libros, por no decir todos, constituyen estudios muy serios y doctrinales sobre puntos de historia, de sociología, de derecho, de erudición. Hay una relación estrecha entre la vida y los escritos del sabio obispo: siendo canónigo en Lugo, ilustró con su pluma los anales y recuerdos de la bella Catedral lucense. Electo obispo, y proclamado senador, López Peláez hizo una memorable campaña parlamentaria, dando no poco que hablar á la prensa, y algo que rabiar á los ministros, sin excepción de los conservadores; porque el obispo de Jaca no venía á inquietar á los liberales solamente. El reflejo de tan empeñada lucha lo encontramos en los libros que publicó últimamente el obispo, sobre cuestiones que podemos llamar eclesiástico-político-sociales. Entre ellos descuella una labor asidua en favor de la «buena prensa» más ampliamente comprendida de lo que lo ha sido por otros adalides de las mismas ideas, que no conocen tan á fondo como López Peláez este problema capital, según se halla planteado en países extranjeros. Le consagra dos libros muy notables, que, en su terreno, bien puede afirmarse que dejan agotada la cuestión: los titulados *Importancia de la Prensa* y *La Cruzada de la buena Prensa*. El convencimiento del incansable adalid, de que hoy es la prensa «el explosivo de la idea, más fuerte y más irresistible que cuantos ha inventado la química» le lleva á procurar, por todos los medios, la formación de una prensa católica, fuerte, ilustrada, batalladora, muy superior, si es posible, á la prensa enemiga del catolicismo. No se le oculta ciertamente al obispo lo arduo de la empresa. Conversando sobre asunto de tan vital interés, tuve yo ocasión de manifestarle á mi respetable amigo algunos de los obstáculos con que, en mi modesta opinión, se ha tropezado siempre. En España, la prensa oficialmente católica sufre dos plagas: la violencia señuda en las polémicas domésticas, por decirlo así, entre católicos, y la insipidez y sosera del texto pacífico. De esto habla el obispo, acertadamente, en su libro *La Cruzada*. Cuando tenía alguna gracia un periódico de la comunión, era que hincaba el diente á sus correligionarios, gastando la fuerza en las campañas de injurias que divierten á la gente maleante. O andaban á la greña, ó se cafan de las manos. Yo conozco á una señora católica ferviente, y militante, que, concienzudamente, se subscribe á los periódicos católicos; pero confiesa que no puede llegar, en su abnegación, más allá de haberse subscrito: no le es posible quitarles la faja.

⁂

Sin género de duda, si alguien puede realizar, en España, la reforma, y crear una prensa católica poderosa, informada, culta, moderna en el mejor sentido de la palabra, es este obispo, animoso, docto, respetado por sus virtudes, méritos y sabiduría; y, además, convencido de que no hay prensa buena con periodistas malos, que no dominen el arte de hacerse leer, de captarse al público, de ejercer sobre él gustosa sugestión. No pretendo decir que nada de lo que el obispo de Jaca aspira á que se haga, no haya sido hecho en parte; pero hay mucho camino que andar, mucho que heñir en este asunto. El infatigable propagandista es el indicado para dar vuelo á propósitos tan cristianos como europeos.

⁂

Lo que ha valido al obispo de Jaca homenajes en la capital de Galicia, no es el aspecto político de su labor, sino otro muy marcado y predominante en ella, el regional. Sin ser gallego, el obispo se ha interesado siempre por lo que á Galicia afecta, estudiando en notables libros las figuras de Feijóo y Sarmiento, y ahora, recientemente, la de un gran santo del país, San Froilán, patrono de Lugo, y en la misma ciudad nacido. Obscuras, escasas y hasta contradictorias á veces las noticias sobre este varón insigne el obispo de Jaca las hace revivir, como al limpiar antiguos frescos, van descubriéndose borrosas formas y colores que el tiempo había nublado. En bello é interesante libro vemos renacer al Santo del siglo noveno, al hijo de la dama del poético sepulcro; primero cenobita, en uno de aquellos repuestos lugares que entonces la contemplación prefería; purificando sus labios con carbones encendidos, para saber si Dios le destinaba á la predicación; favorecido con las primeras sublimes visiones; fraternizando, antes que el Santo de Asís, con el «hermano lobo;» fundando monasterios; por último, obispo y consejero de los reyes. Y había asaz que aconsejar, pues en aquellos momentos, la patria, invadida y rodeada de peligros, la fe, amenazada también, necesitaban del apóstol y del guerrero, de todas las voluntades y de todas las energías espirituales y materiales. La reconquista no se hacía sólo por las armas; hombres como San Froilán contribuían poderosamente á ella.

El haber sacado de la sombra á esta figura tan regional y tan nacional, digna del hagiógrafo y del historiador, es un nuevo título para que en Galicia se quiera bien al «batallador obispo.»

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La viuda del rey Leopoldo de Bélgica, baronesa de Vaughan, se ha vuelto á casar, dicen los diarios, con un honrado burgués... Y á estas fechas ni sabemos si la tal baronesa de Vaughan es realmente viuda, ni si el burgués es honrado.

Hay quien sostiene que el monarca de la luenga barba no llegó á casarse, en lo cual habría demostrado previsión, que al fin las extravagancias incompletas, son menos intolerables, y, en el caso actual, menos risibles. Pero, si los manes del rey barbiluengo pueden enterarse de lo que en la tierra acontece, y si Leopoldo la hizo redonda tomando por su «legítima» á una persona tan baja, tan joven para él, y tan ligera de cascos, —algo de sofoco sufrirán esos manes pecadores, al ver cuán presto han encontrado sustituto, y qué breve tiempo ha permanecido desierto el tálamo de la reina ó lo que sea, —pues respecto á la categoría que la baronesa de Vaughan ocupaba, hay infinitas versiones y pareceres.

⁂

Existen errores incurables, inveterados, por mucho que los moralistas prediquen; y éste de los casamientos desproporcionados en edad, es uno de ellos. Los que hablan del rey Leopoldo de Bélgica, convienen en que era sujeto de clara inteligencia, experto y vividor, ducho en cuestiones femeniles, de esos que ven crecer la hierba y cortan un pelo en el aire. Y yo quisiera saber qué colegial barbilindo cometería simpleza más grande que la de Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gota, con sus setenta años de experiencia, su pasado galante y calavéresco, al suponerse amado por una mujer en la flor de la edad, de una clase social inferior, y guapa y alegre. Todavía puede que Leopoldo se burlase de los que creen en brujas.

⁂

Aunque la monarquía belga es de índole democrática y constitucional, la dinastía pertenece, en su linaje, á las grandes aristocracias, y la sangre del *vert galant* monarca, á las más azules. Leopoldo II era duque de Sajonia, príncipe de Sajonia-Coburgo Gota, descendiente por su madre de los Borbones y Orleanes. Una de sus hijas, como nadie ignora, estaba casada con el heredero de la corona de Austria; por cierto que, cuando esta hija, bien infeliz en su matrimonio, viuda después de una tragedia que todavía permanece envuelta en profundo misterio, y sin hijos que pudiesen llenar su existencia y consolar su soledad, rehizo su vida casándose con un aristócrata, el conde de Lonyay de Nagy Lonya y Vásaros, con quien se desposó en Miramar, el futuro esposo de la hija del portero lo tomó muy á mal, y fulminó sobre la mísera princesa su más paternal maldición. Que así es el género humano, y así será probablemente, hasta esa consumación de los siglos, que no sabemos si vendrá traída por el paso de un cometa serio, (no bromista como el de este año), ó por el enfriamiento gradual del sol, ó por algún pavoroso cataclismo que se asemeje al de Mesina, corregido y aumentado en proporciones convenientes.

Leopoldo de Bélgica, en resumen, y por mucho pesquis que haya demostrado en los negocios congoleses, ha sido un mal rey, porque amenguó con su conducta el prestigio de la institución; un mal padre, porque reprendió en sus hijas faltas que él cometía sin tanta excusa, por mejor decir, sin excusa de ningún género; y un viejo de comedia de figurón, un Geronte, porque cultivó, en la senectud, los idilios que, á su hora y en su tiempo, se revisten de encanto y se rodean de seductora poesía.

⁂

Zola escribió una novela titulada *El doctor Pascal*, en que una muchacha se enamora perdidamente de un viejo, por más señas tío suyo. Valera, en *El Comendador Mendoza*, desarrolló la misma tesis. No dudo que en la literatura general fuese fácil citar más ejemplos de esa, al fin, anomalía; pero me atengo á la sabia opinión de Moratín: á las niñas los viejos no les gustan; casi podría extenderse la afirmación, declarando que los viejos no gustan á nadie; y ¿qué decir de las viejas, entre las cuales no faltan muchas que se juzgan capaces de inspirar pasiones!

Acaso voy á ponerme en contradicción con la mayoría si declaro que, para mí, las viejas, aun prestándose en mayor grado á la burla, me parecen más disculpables en su tenaz ilusión. Los hombres,—¿quién lo duda!,—tienen otros medios de adquirir toda clase de experiencias, y señaladamente la amorosa. La mujer, en estas cuestiones, por punto general, pasa la juventud sin aprendizaje, y lo que conoce de la realidad, se lo enseña el matrimonio. No hay que asombrarse si conserva una gran dosis de inocencia. Para no pecar de ilusa, ha menester doble perspicacia, doble instinto defensivo.

⁂

Estos días habló la prensa de una millonaria sesentona que se unió á un guapo muchacho, protestando de que obedecía á la noble y natural ley de la atracción, que rige los mundos. Pues esa soñadora trasnochada es, á mi ver, doblemente perdonable que Leopoldo, el cotorrón harto de dejarse mesar las barbas de mágico por todas las daifas y correntonas de París y de los grandes Casinos internacionales.

Conviene ser severo con tales flaquezas, cuando las comete un rey. Los reyes necesitan evitar semejantes escollos, aunque, siendo hombres como los demás, no puedan eximirse de pasiones y devaneos juveniles. La juventud pide lo suyo, y lo que en el mozo no extraña, en el viejo repugna. Dos veces más reprobable, en un viejo, el casamiento indigno, rebajador, porque el casarse no es una sorpresa de los sentidos ni del sentimiento; es algo que se realiza después de haberlo pensado, y un rey anciano, al casarse insensatamente, como Luis XIV, acepta, ante la historia y la posteridad, todas las responsabilidades, todas las consecuencias, todas las reprobaciones. Y he aquí porque, desde el mundo en que la verdad se aparece refulgidora, el rey Leopoldo, (puesto que sea cierto que se unió ante el ara y ante la ley con la baronesa Vaughan), se verá muy en ridículo..., lo cual debe de ser desagradable hasta á las benditas ánimas del Purgatorio, que también tendrán su negra honrilla.

⁂

No me agrada mucho el tema de los crímenes, á no ser que en ellos vayan envueltos enigmas psicológicos; y la mayor parte de los que se cometen, por trágicos y feroces que sean, tienen un substrato psicológico elemental. La codicia, la venganza bárbara, he aquí los móviles frecuentes y previstos de la criminalidad corriente. Se mata por robar, se mata por saciar rencores; se mata alguna vez, ó bastantes veces, por brutal enamoramiento, por celos. Pero el crimen de Gádor sale de lo común, y nos retrotrae á las edades primitivas, ancestrales; á los primeros pasos del hombre sobre la tierra.

Que la humanidad adelanta, en lo material, ¿quién lo negaría? Desde la época de las cavernas y los palafitos ¡cuánto no ha inventado, descubierto y aprendido el hombre! La naturaleza, que al principio le dominaba y absorvía, ha sido por él vencida, sujeta, explorada y explotada. Sus fuerzas, cautivas de la inteligencia humana, se convirtieron en agentes poderosos de la obra civilizadora. Por dondequiera, la conciencia y el cerebro han producido maravillas en buena lid, en lucha incesante y brava. A medida que el hombre modificó ventajosamente las circunstancias y se sobrepuso á las fatalidades naturales, su condición mejoró; no nos atreveríamos á decir que fué mucho más dichoso, pero su vida se hizo más digna de la racionalidad. Sin embargo, en el fondo obscuro de la mente y del alma del hombre persistió y persistirá eternamente esa corrupción, esa maldición que la fe, con profundo sentido, atribuye al pecado original, y que en vano pretenden negar los optimistas. Selva obscura, enmarañada y poblada de alimañas venenosas el alma humana, á la luz de un relámpago vemos su fondo de abismo, y el espanto nos hace retroceder. Tal sucede con el crimen de Gádor, ventana abierta sobre lo infinito de la concupiscencia y también de la crédula estupidez de la estirpe de Adán.

⁂

El Dante calificó á esta estirpe de «mala semilla» y no anduvo desacertado. Por eso me parecen modelos de sencillez los que la juzgan naturalmente buena, desde Rousseau hasta Grave, el soñador de sociedades futuras, y aspiran á verla entregada á sí propia, sin trabas, leyes, autoridad ni freno. Un hato de tigres suelto en una gran ciudad: un centenar de dragones correteando al través de la campiña, un saco de áspides desatado entre una muchedumbre, son flor de cantueso al lado de nuestros congéneres entregados á la sugestión del instinto y en libertad para seguirlo á su talante.

Esto de Gádor ofrece una nota característica. El crimen es tan monstruoso, que parece inverosímil que acierte á cometerlo una criatura humana; y son ocho ó diez criaturas humanas las que, puestas de acuerdo, lo han cometido. La soledad, la noche, sugirieron la maldad al insomne; si revela al otro día sus cavilaciones horrendas, natural parece que las reprueben quien las escuche. Aquí aparecieron en piña, compactos y unidos, los cómplices, y no hubo ninguno que, antes de cometer el acto sin nombre, delatase, descargase un garrote, hiciese por lo menos una objeción... Perfectamente acordes, creyeron, bajo la fe de un curandero, que la caliente sangre y las palpitantes entrañas de un niño serían remedio eficaz para la enfermedad que consumía á un adulto, y sin vacilación eligieron la víctima, la tendieron un lazo, la llevaron engañada con un ardid que revela astucia, la amarraron, la tendieron sobre la mesa del sacrificio, y, mientras clamaba por su madre, (cosa capaz de ablandar á las hienas), hincaron en el inocente corazón un cuchillo, recogieron la sangre que manaba humeando, la batieron para que no se cuajase, la razonaron con azúcar para que fuese gustosa, refinamiento de un delicado paladar, y, entre el grito bestial del egoísmo de fiera: «¡Primero que todo es mi vida!,» el enfermo la apuró rápidamente, seguro de que en la horrible bebida venía la salud. Y prosiguiendo en la tarea, fueron extraídas por los cómplices ¡y las cómplices!, las mantecas de la criatura, y aplicadas al pecho del doliente, y arrastrado el cuerpo del pequeñuelo como un despojo de oveja muerta, y, como aún diese indicios de vida, apedreado y apaleado, hasta que de la cabeza saltaron los sesos... Y la vispera de tal horror, esos campesinos, cuyo retrato publican estos días los periódicos, pasarían por individuos como todos, ni buenos ni malos; y quién sabe si, cuando esta causa se juzgue, el defensor alegará que obraron impulsados por motivos naturalísimos y excusables, como el deseo de sanar, de curar una enfermedad como la tuberculosis, deseo que, en la esposa del Moruno, hasta tuvo algo de santo y mucho de grandioso...

⁂

Cuando pasamos por entre la multitud; cuando miramos una de esas fotografías en que aparece un tropel de gente, se nos ocurre siempre pensar: cuántos de éstos habrán ascendido, en su conciencia, más arriba del hombre de las cavernas; y preguntarnos si el hombre de las cavernas no sería como los civilizados de hoy, aunque sin medios para mostrar los mismos sentimientos que en el civilizado son honra y prez de la humanidad. ¿No habría entonces, como ahora, gente de esa «ante la cual hay que descubrirse,» según la frase de Loti, y gente semejante á la de Gádor, y otra que ni llegaba á las cimas ni barbotaba en los hondos círculos infernales? Acaso, en lo esencial, la humanidad ha cambiado poco. Y me preparo á no sorprenderme si los de Gádor son indultados el día de Viernes Santo de 1911.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

No hace muchos días, tuve ocasión de hablar de las nupcias que contrajo la viuda (no sabemos hasta qué punto) del rey Leopoldo II de Bélgica. Y pocos después, algunas publicaciones resucitaron una vieja historia, que prueba que la experiencia es cosa inútil, y nadie aprende (ni es que aprende) más que en su propia cabeza. Los errores de Leopoldo II son mayores y menos disculpables que los cometidos por su padre, Leopoldo I.

Uno de los libros que hacen fe oficialmente, el *Anuario genealógico de las casas soberanas de Europa*, dió por realizado, en 1829, el matrimonio del príncipe de Sajonia-Coburgo-Gota, futuro rey de los belgas, con la actriz Carolina Bauer. Verdad que un año *después* el mismo *Anuario*, sin duda amonestado en regiones oficiales, tuvo que rectificar, declarando que tal unión no había llegado á verificarse. ¡Y me harán á mí creer en la infalibilidad del Almanaque de Gotha!

Leopoldo I era hijo del duque Francisco de Sajonia Coburgo. Al servicio de Rusia cuando muchacho, para completar su instrucción militar, se halló presente en Erfurt. Brillante oficial, estrechamente identificado con la política de Inglaterra y del emperador Alejandro, contra Napoleón, se casó á los veintiséis años con la heredera del trono de la Gran Bretaña, la princesa Carlota; enlace digno de un Coburgo.

La muerte prematura de la princesa desvaneció el espejismo; pero, al correr del tiempo, se le ofrecería á Leopoldo ocasión de rehusar el trono de Grecia y aceptar el de Bélgica. Entre la boda con Carlota Augusta, hija de Carolina de Brunswick, y la boda con Luisa de Orleáns, hija de Luis Felipe, se sitúa el supuesto matrimonio morganático, en realidad, mero concubinato, con Carolina Bauer, llamada condesa de Montgomery.

***

¿Quién era Carolina Bauer? Mucho más que una mujer vulgar, una comiquilla que explota el palmito. Carolina Bauer, después condesa de Broel Platter, no se había criado en el chiribitil de un portero, como la Vaughan. Por su madre, procedía de la familia del barón de Stockmar. Este señor no pertenecía á la antigua nobleza feudal alemana; en su ascendencia había industriales y jurisconsultos; pero gente de buen nombre y fama, que en Stockmar llegó á la categoría de consejeros de la corona, y amigos particulares de varios monarcas europeos.

Era Carolina Bauer hija de una señorita Stockmar y de un ayudante del príncipe de Wurtemberg, capitán de artillería. Una bala austriaca mató al padre, y la viuda trató de dar á sus hijos cumplida educación, ya que no podía legarles grandes recursos. Carolina salió arpista, cantatriz, pianista, recitadora, y además muy guapa, graciosa y dispuesta. Cuando resolvió dedicarse al teatro, la familia se opuso; pero el barón de Stockmar, inseparable del príncipe Leopoldo, sobre el cual ejercía gran influjo, opinó de distinta manera. Era el pariente que se había elevado; era un hombre de mundo y de corte, y prevaleció su dictamen. La muchacha saldría á escena, donde la esperaban aplausos y acaso un lucido matrimonio.

Apenas Carolina debutó en el teatro de Carlsruhe, varios mocosones ilustres zumbaron alrededor de ella: el conde Federico de Bismarck, el viejo margrave Luis. En el teatro de Berlín, tuvo ocasión de tratar á Meyerbeer, á Mendelssohn, á Paganini. Y el duque de Wellington, que la conoció en un baile, se maravillaba del parecido de la joven actriz con la difunta heredera de Inglaterra, la que había sido compañera de Leopoldo.

Salvada de las intentonas del libertino príncipe Augusto, á pique de ser víctima de las supercherías de un falsario que quiso casarse con ella, Carolina fué llamada á representar en el teatro privado del príncipe Leopoldo. Allí la conoció y la admiró el que había de contraer con ella una unión poco duradera, si hemos de atenernos á las noticias que se conservan, poco venturosa, y aun asaz fastidiosa, para la actriz. Según se desprende de los datos que van conociéndose, Leopoldo, joven aún, pues no tenía más de treinta y ocho años, era un aburrido y un melancólico, sin que por eso dejase de cultivar la ambición que ha guiado á los Coburgos por el camino del medro. Los Coburgos, familia pobre, se encumbró, no por la guerra, sino por el matrimonio. El príncipe había estado á punto de reinar, como consorte, en Inglaterra; y cuando contempló con agrado á Carolina Bauer, negociaba el trono de Grecia y la alianza con la duquesa de Berry. La gentil actriz no era, para el inconsolable viudo, sino un preservativo contra otros devaneos, una grata compañía durante el tiempo que tardase en ceñir sus sienes la corona. La idea de hacer de la actriz una esposa legítima, no cruzó por su imaginación ni un momento; era un intermedio en su existencia entristecida, una especie de hogar, postizo y transitorio. Y tampoco el tío de Carolina, aquel barón Stockmar tan adicto y leal á sus amos, soñó nunca con la legitimidad del enlace. El mismo, interviniendo, arregló las cosas de manera que revistiesen un aspecto de decoro, sin que resultase compromiso serio para su señor.

***

La urdimbre psicológica de esta historia es asaz curiosa. El leal barón Stockmar desempeñó sin duda funciones que no pueden llamarse caballerescas, aunque con sobrada frecuencia las ejerzan los que rodean á los monarcas; pero, al cumplirlas, cuidó de salvaguardar la seguridad y el porvenir del príncipe, sin dejar de atender, en cierta medida, al de su sobrina. No es en una aventura galante donde actúa como intermediario. Precisamente para evitar á Leopoldo aventuras galantes, peligrosas y escandalosas, en que se gasta la salud y se comprometen la hacienda y la fama, le combinó una especie de unión honesta, aunque ilegal. Buscó una señorita culta, adornada con gracias y talentos, bajo el amparo y á la sombra de una madre intachable; y cuando sospechó que Carolina hubiese podido cometer alguna ligereza, su cólera fué mayor que la de Leopoldo. Quiso que la Bauer tuviese una reputación limpida, inatacable para la murmuración; porque al cabo, si no era la esposa de Leopoldo era su amiga, mediante estipulaciones semiconyugales. Han mediado papeles; todo se trató antes, y Carolina debe sostener con el mayor cuidado y la mayor decencia el papel que le corresponde. Debe ocultarse en la sombra, no presentarse jamás donde puedan verla y surjan habilillas, hacer la vida más retirada, no flirtear con nadie, no ir al teatro, no ya á representar, pero ni como espectadora; y la alegre muchacha, encerrada en una solitaria residencia de Londres, exclama dolorosamente: «Soy un prisionero de Estado. ¿Cuándo me ponen la máscara de hierro?»

En la vida íntima, Carolina tiene el deber de distraer, como David, la hipocondría de su señor, las preocupaciones de su ambición, tañendo y cantando. Cosa todavía más mortificante: al principio, dijérase que no es otra su misión. Los príncipes alemanes han gustado siempre de rodearse de músicos y lectores: Carolina lee y toca el piano para Leopoldo de Coburgo. Cuando trata de recordar tímidamente su semejanza con la difunta esposa, el viudo, desdeñoso, declara que las facciones de la muerta tenían otro corte, más fino.» La familia de Leopoldo, cuando por casualidad se encuentra con Carolina en un parque, se aleja de ella como de una apestada, aparta á los niños, para que no la vean. La humillación es continua. Carolina no ignora que su amigo anda buscando una princesa con quien casarse, á la luz del sol, y el día en que tal suceda, todavía exigirán del juguete que entretuvo al príncipe unas horas, que guarde una especie de luto, que se inmole, que «se haga olvidar.» A todo esto, la pensión señalada es bastante modesta, no hay ni la compensación de disponer de una renta brillante, que permita á Carolina atender á las necesidades del calavera de su hermano Carlos. Y naturalmente, la actriz, (que ha averiguado que el príncipe Leopoldo gasta peluca), le encuentra tibio, tedioso y tacaño, (tres *tes* muy contrarias al entusiasmo amoroso), y acaba por romper la cadena, volver á las tablas, y, más tarde unirse al conde de Broel Platter, con el cual sin duda habrá sido más dichosa.

***

En cuanto á su regio semiconsorte, en él se simbolizó la independencia de Bélgica. La lucha para libertarse de Holanda y constituir nacionalidad, tuvo por término el advenimiento al trono de Leopoldo I, que como enamorado no debió de ser un gerifalte, pero como monarca y político ha dejado huella muy señalada en la historia, y afianzado los destinos de su nueva dinastía. Del reinado de Leopoldo I arranca la prosperidad de Bélgica. Siempre amenazado por los orangistas, siempre en peligro de guerra y perturbación, no descuidó el rey las artes de la paz. Su seriedad constitucional hizo de él un mode'o. Imparcial, frío y equilibrado, no quiso deber la conservación de su corona sino á la voluntad del país libremente manifestada, y esta gallarda actitud le ganó mayores simpatías, y consolidó el trono que estaba dispuesto á dejar, si así lo deseaban sus súbditos. Los historiadores hacen de Leopoldo I cumplido elogio; no hubo rey más popular, no hubo hombre de gustos más sencillos y cultos en todo su reino. Mirándole al través de su *liaison* con Carolina Bauer, y á pesar de todo, también tenemos que reconocer que fué superior á su hijo y heredero. Desde que contrajo segundas nupcias con la princesa de Orleáns, la conducta del rey, ya hombre maduro, no compromete la dignidad de su edad y de su alta posición. Su hogar es tranquilo, su vida no da alimento á la sátira. No corre á París, huyendo de su reino, en busca de pasatiempos ya poco en armonía con la severidad de las canas. No es un viejo verde, al cabo infaliblemente ridículo, no es un desertor de los deberes de su investidura. La botánica, la astronomía, las letras, el ejercicio á caballo ocupan sus ocios breves de asiduo gobernante. En los últimos años de su vida, pudo creer que se realizaba una vez más el ideal de los Coburgos, en su hija Carlota, que por llevar reunidas sangre de Coburgo y de Orleáns, debió de soñar ese sueño sespiriano con mayor intensidad de calentura. La diadema imperial de Méjico ceñía su frente. Su padre no tuvo tiempo de saber el sangriento drama de Querétaro, la locura de la desventurada emperatriz.

Compárese el episodio del padre y el del hijo, y se verá que es cierto que el tiempo nada enseña, ni aun á imitar la prudencia y la precaución para aminorar los inconvenientes de los desaciertos. Y, además, nótese el descenso en el mismo yerro de los dos monarcas. Carolina Bauer, de una clase social cultivadísima, artista, inteligente, pudiera excusar un extravío, sacar de sus casillas á un hombre que todavía está en la edad peligrosa de las pasiones violentas. Es una criatura encantadora, llena de atractivos, educada en un medio ambiente tan distinguido, que con su madre, cuando era niña, jugaban fraternalmente los príncipes, incluso el que había de ser Leopoldo de Bélgica. No es la hija de un portero parisiense.

***

Uniones más ó menos morganáticas abundan en la biografía de la mayor parte de los príncipes reinantes alemanes. Federico Guillermo III de Prusia se desposó morganáticamente con la condesa Augusta Harrach. El príncipe Augusto, hermano de Federico el Grande, el que quiso conquistar á empujones á Carolina Bauer, fué más allá; concertó despotorios con madama de Récamier, cuyo marido vivía. A esta aventura debemos el encantador retrato que la representa al salir del baño: lo hizo pintar para aquel extraño novio, con el cual no podía casarse de ninguna de las maneras lícitas que existen. Leopoldo I evitó el escollo de una boda que le hubiese cerrado el porvenir. El sentido del engrandecimiento, propio de su estirpe, le aviaó y le contuvo.

El actual rey de los belgas parece dotado de una prudencia mayor aún que la de su ilustre predecesor, el fundador de la dinastía. No hay desacuerdo en el modo de juzgarle: sus virtudes privadas, la modestia de su vida, recuerdan á Leopoldo I. El pueblo le tributará el mismo cariño, olvidando de bueo grado los disparates del simpático rey longibarbo. Porque en medio de sus cabriolas, Leopoldo II no se hizo odioso. Conservó partidarios, que excusaron hasta su dureza paternal, su mayor pecado ante la naturaleza.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no sé si realmente en las grandes poblaciones hay una crisis de falta de trabajo; yo no sé si mucha gente no encuentra en qué emplear su actividad y sus brazos; debe de ser cierto; me inclino á creer que estas cosas no se inventan. Sólo digo que, en las pequeñas localidades, por ejemplo en esta aldea donde radican las Torres de Meirás, ocurre el fenómeno enteramente contrario, y si hubiese cien obreros de cada oficio, cien hallarían en que ocuparse.

¿La explicación? Que se construye mucho; que se construye con más lujo cada día; y que si antes la vivienda de un labrador era una choza sin chimenea para los humos y con suelo de tierra, hoy es la casita coquetona, blanqueada, de pintadas puertas y fregadero de «porlán,» con huecos regulares, antesalas y dos pisos. Es que el progreso se ha impuesto, y con el progreso, sus exigencias.

Merced á tal prodigalidad y suntuosidad (todo es relativo) en construir, andan los operarios solicitadísimos. Contribuye á ello el que, en las poblaciones, las sociedades obreras han acordado que si un operario sale á trabajar al campo, gane jornal y medio y la manutención. Naturalmente, todo el que tiene que dar trabajo, prefiere al obrero local, rural, que se limita á su salario, más ó menos pingüe, pues hoy, aun en el campo, los jornales han crecido, y disminuído considerablemente las horas de jornada. Es probable que por esta diferencia de exigencias entre los urbanos y los campesinos, los primeros sufran, en verano, los tristes efectos de la «cebolla.» Y los que en el campo han menester operarios, se ven obligados á echarles memoriales en papel de á peseta, y á agotar los recursos de la elocuencia para conseguir que le embadurnen de cal una pared ó le claven unas tablas de pino en un alzadero.

Este incremento de construcción, esta entrada del *confort* en la vida aldeana, ¿revela bienestar? Y, llevando las cuestiones al terreno filosófico, ¿es un mal, ó es un bien?

No me parece tan fácil la respuesta. El aldeano antiguo vivía, es innegable, envuelto en humo, porque su chimenea no desahogaba, ó mejor dicho, no existía; y careciendo en su choza hasta de lo que más indispensable nos parece, salía al patatal ó al corral, y acrecentaba el estiércol que luego había de abonar sus heredades. Iguales todos, nadie sentía la privación. Ni eran únicamente los humildes labriegos quienes vivían en tal forma. En una hermosa casa y torre almenada de mi familia, allá en la provincia de Pontevedra, torre que por señas fundó el inquisidor Sarmiento de Valladares, el que figura en el célebre Auto de fe del Museo de Madrid, no existía ni señal de lo que hoy, con pulcra frase británica, se nombra *water closet*. Es indudable que va mucho de tiempos á tiempos, porque actualmente el orgullo de la cultura europea está cifrado en tal accesorio, aunque en el Museo del Louvre, en París, los que he visto sean más indecorosos que pueden ser los de una posada de Albarracín ó Buitrago.

Pero, en lo tocante á felicidad, repito que no me parece tan claro su aumento en proporción al confort, y al dinero que el confort cuesta, sin hablar de los quebraderos de cabeza y la incesante vigilancia á inquietud que supone.

Vivían los de antaño envueltos en humo, sí; pero el humo es un gran desinfectante. No tenían *water*, etcétera; pero tampoco conservaban depositados á domicilio los detritus orgánicos; y hoy precisamente se agita la discusión sobre la conveniencia ó inconveniencia de tal depósito. Quizás fuese su sistema el más saludable. De todas suertes, no imaginando que pudiese existir otro, no sufrían ni se creían inferiores.

Yo conozco y hablo á un sinnúmero de aldeanos, yo escucho sus quejas. Lo mismo ahora que hace treinta años, se lamentan de las malas cosechas, de la sequía, de la muerte del buey, de las gabelas, del reparto de consumos; en cuanto á las condiciones higiénicas de la vivienda, sospecho que les importan un pitoche. ¡Tienen el aire libre, el aire libre!, ¡la suprema medicina, la condición *sine qua non* de la salud, y el aire libre es más libre cuanto peor se construyen las casas! Y andan sanos, no conocen la neurastenia, y se les ve siempre dispuestos á bailar el domingo y á cavar el lunes, mientras los operarios de las ciudades llevan escrita en la cara la falta de ventilación de sus moradas, que les envenena la sangre y les prepara á la tuberculosis.

Claro es que el movimiento ascensional hacia el confort lo han iniciado las clases acomodadas. No se les ocurría á los cultivadores el fregadero de *porlán* y la ventana rasgada y el piso cuco, de madera. Es posible que les hayamos hecho un flaco servicio. La ciencia es cosa muy buena; de perlas es la higiene. Sólo que todo ello requiere dinero, tiempo, esfuerzo, lucha. He oído decir por ahí que la limpieza está al alcance de todos; que todo el mundo dispone de agua y jabón. Aserto en extremo discutible. No todo el mundo dispone de jabón ni de agua; y la limpieza, la verdadera limpieza, no sólo es cara, sino que constituye acaso el mayor de los refinamientos, el mayor de los lujos.

Entrad en cualquiera de esos establecimientos que llaman de «saneamiento» y ved cuánto requisito impone la limpieza. Instalar un baño á domicilio, un sencillo baño, sea por el procedimiento del termo, ó por el de la calefacción de gas, electricidad ó leña, representa un gasto de miles de pesetas, amén de una instalación de agua corriente. El que no tiene servicio de agua, y se provista en la fuente de vecindad, ya puede decir que pierde todos los días una hora, por lo menos, en la aguada; vierais, en mi pueblo, mujeres sentadas horas enteras sobre la berrada, esperando turno. Dígase si esas infelices encuentran barata y fácil la más elemental limpieza.

El jabón, para una familia que necesita pan, también es un ramo que se inclinan los pobres á incluir entre lo menos necesario, si no entre lo superfluo. ¡A no ser que se emplease como lo empleaba el aragonés del cuento, que lo comía por queso; malo sí, pero queso de todos modos! Y considérese que la limpieza no puede, por mucho que se limite, circunscribirse al agua y al jabón. La limpieza exige cepillos, paños, escobas, plumeros, zorros; nótese que nombro los utensilios de menaje más prosaicos, y no me remonto á las máquinas limpiadoras por el aire, ni á otras zarandajas é inventos. La limpieza quiere lavado y planchado, ropa blanca abundante, desinfectantes, un continuo frotar y fregar. La limpieza reclama frecuentes blanqueos, azulejos en donde se necesite, bruñido de pisos, encerado de muebles... La limpieza, en resumen, es una preocupación de todos los días, y, para que una vivienda y sus habitantes puedan decir que están limpios, acaso el presupuesto de limpieza deba superar al presupuesto de alimentación.

En otras épocas, además, la limpieza era la limpieza, y se acabó; estropajo, aljofifar, barrer; hoy se ha complicado con la higiene. No seré yo quien reniegue de la higiene, por la cual he hecho campañas en algunos rincones; basta recordar lo que avanzaban antes las epidemias, y la relación estrieta que guarda su propagación y difusión con la suciedad de los países en que aparecen para comprender hasta qué punto la higiene merece altares. Con todo no cabe negar que complica el vivir, y crea un orden de intranquilidades y produce una clase de sufrimientos aprensivos que nuestros abuelos no conocían.

La higiene prohibe cosas gratas; manda ejecutar otras desagradables; pone en guardia contra todo y contra todos, y llega al extremo inverosímil de condenar el beso, por dañino, no á la moral, sino á la salubridad pública. La higiene nos acecha en el café, para prevenirnos de que la cucharilla puede comunicar una infección; nos sobresalta en el teatro, alarmándonos con el aire viciado y los peligros de un escupido en el suelo; nos crispa ante las fraudulencias en la alimentación, la leche con cal, el vino con fuchsina, los peces con nievelina; y hasta nos muestra asechanzas en la naturaleza, en los jamones triquinados, las verduras mal lavadas y que pueden contener hidátides, las vacas tísicas, los quesos que fermentan, y tantos y tantos accidentes como pueden afectar á la salud y á la vida humana. La higiene hace desabrida la copa, sospechoso el goce. Y al cabo, se muere lo mismo...

He ahí por qué será un problema eterno, insoluble, el de la mayor suma de felicidad humana. El salvaje en su casupa de palmera ó de bambú, ¿es más digno de compasión que el civilizado actual?

Nótese que los adelantos, perfeccionamientos y enseñanzas de la ciencia tienen el inconveniente gravísimo de que, una vez conocidos, gustados, ya no se puede prescindir de ellos. Cuando solo rodaba la diligencia ó la galera acelerada, no se echaba de menos el tren. Hoy ya no se viaja sino en *sleeping-car*. Y sin embargo, en las épocas de galera, tartana y litera, había, como al presente, refinados, y la gente viajaba y se realizaban expediciones tal vez más entretenidas é instructivas. Mientras no se conoció el automóvil, nos iba tan ricamente con el coche. En mi juventud, se usaba como medio de locomoción aristocrático el borriquillo, con jamugas de terciopelo; hoy gasta automóvil gente que vive en un tercer piso, y el relojero, llamado á prestar los servicios de su arte á una casa de campo, alquila un coche para trasladarse á ella. Día llegará en que exija aeroplano. Y no por eso me persuado de nuestra actual superioridad, ni de que la suma de venturas haya crecido.

La gente modesta, entonces, no soñaba en arrellanarse en un coche para andar unos kilómetros: había jumentos y había piernas. Pero la carne estaba á real la libra; las ostras á real el ciento; la sardina, á peseta el millar; los huevos á dos reales docena; la merluza, á precios inverosímiles por lo reducidos. Se comía mejor, y como no se representaban obras del género porcuno, no andaban tan emberrenchinados los muchachos y trafan honradamente á su casa el jornal. Las mujeres acaso estuviesen entonces más seguras de que se les criasen fuertes y robustos los hijos. Se ahorraba. Se vegetaba. No se ansiaba lo imposible. El afán de goces sensuales era menor. Algo valía esto.

He notado un fenómeno curioso. El servicio doméstico, y hasta los operarios, en el campo, se quejan de que se aburren. Yo no necesito decir que el campo me parece lo más entretenido del mundo; se respira tan bien en el campo! Pero esta delicia de la respiración amplia, del aire puro, saturado de olores vegetales y de las emanaciones de la tierra fecunda, exige un nivel superior de cultura en quien ha de saborearla. Los aldeanos no la notan; están habituados á ella. Y los servidores, y los obreros, echan de menos el cine, el café, el teatrucho, sabe Dios qué otros antros, donde consumen el fruto de su labor y la salud que han menester para el trabajo. Y se aburren, ni más ni menos que si el aburrimiento no fuese, según la leyenda, patrimonio de ricos. Se aburren: como han reducido su jornada de labor á ocho ó nueve horas, aun descontando las del sueño y la comida, les quedan unas cuantas en que materialmente no saben qué hacerse.

La civilización les ha creado necesidades de placer barato, fácil, que las ciudades brindan á su corrupción. En el campo no hay de eso. Apenas, de vez en cuando, una romería, un agarrado en la carretera ó á la sombra de los árboles. Y vierais con qué afán corren á tales fiestas. Se aburren. Todo puede conjurar un instante su tedio.

Y el enigma no se resuelve. ¿Era preferible lo de antes? ¿Será preferible lo de ahora?

El lujo se presenta amenazador, aquí mismo, porque es el lujo deleznable y pasajero; el verdaderamente ruinoso. La aldeana, antes, se hacía el riquísimo traje regional, de paño y terciopelo, se compraba la patena de oro filigranado, y tenía para toda su vida y aun lo heredaban los hijos. ¡Ahora, las novias, en plena aldea, se casan con traje de seda negra brechada y ramo de azahar! ¡Ayer, pisaban el tojo; mañana, tendrán que llevarle al buey su ración de hierba, y su encaldada al cochino; y el día nupcial, disfrazanse de damas, con una vestimenta que de nada les sirve, y que les ha costado, relativamente á su posición, un sentido, pero que en cambio las pone en caricatura!

El día en que se pueda decir que los beneficios de la civilización han llegado hasta las últimas capas sociales, en muchos terrenos se irá adelante; pero en otros, se volverá á lo añejo, y las que cultivan la tierra conservarán ó restaurarán la vestimenta que las poetizaba y no estaba á merced de un antojo de la moda.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dice con acierto, Max Nordau, en uno de sus libros, *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, que es increíble lo que hay que hacer para demostrar una cosa tan sencilla y tan de suyo evidente como el mero hecho de que hemos nacido... El paseo que la cosa requiere—multiplicado por cien—lo demanda otro hecho también sencillo y corriente: el de casarse. Y yo no diré que se pueda prescindir de estos expedientecos y formulismos; sólo digo que mucha gente del pueblo, por librarse de ellos, suprime la parte legal del hecho y deja únicamente la natural.

Por lo menos, debieran facilitarse los trámites. Facilítense todo lo posible. El despacho, rápido. Las tranquillas, suprimidas. Hay que darse cuenta de lo que representan, para un hombre del campo, para un analfabeto, el *papel*. Es cosa maléfica, perniciosa, terrible. Es, sobre todo, cosa que no se entiende. ¡Tanta certificación, tanta firma, tanto sello! Y algunas asociaciones benéficas haciéndose cargo de esta dificultad, se brindan á correr con «sacar los papeles.» Pedidle á un aldeano que sude mañana y tarde encorvado sobre el terruño; no le pidáis que maneje documentación prolija, enojosa, misteriosa, hasta para las personas ilustradas. ¡Tiene que demostrar tantas cosas, antes del casamiento! Y, harto de requisitos, á veces se limita á demostrar sólo uno. Y surgen las uniones sin sanción; lo que el pueblo de Madrid, en su gráfico estilo, llama «arrimarse.»

***

Nosé si es ilusión creer que cabe activar un poco, dar aceite á estos mecanismos herrumbrosos de las oficinas. Para la menor cosa, son dilaciones y prolijidades que no tienen fin. Los ciudadanos estarían en su derecho al exigir mejor servicio, ya que pagan. Luis Taboada, con su gracia ingénita, ha contado la odisea de un infeliz, peregrinando de oficina en oficina para obtener la legalización de un «papel.» ¿Quién no recuerda en su vida episodios análogos?

Hace poco, me refirió una amiga un caso, no extraño ni sorprendente, pues pienso que, al contrario, debe de ser lo general. Tratábase de un documento, una autorización. Dos exministros «del ramo» y dos funcionarios expertos del propio ramo también, no supieron decir á la solicitante en qué forma debía redactar la solicitud. O, por mejor decir, la informaron almendra, con lo cual se perdió tiempo largo en hacer y deshacer, en enmendar y volver á empezar lo equivocado. Para remitir los comprobantes, una semana se gastó en legalizar uno de ellos, con la firma de tres notarios, que á ninguna hora del día querían firmar. No era, sin embargo, asunto en que se atravesase interés alguno: una mera fórmula, que debía, por su índole especial, estar simplificada hasta lo sumo. Y, al cabo, la señora de mi cuento decidió renunciar á la fórmula, porque el tiempo apremiaba y se le seguiría perjuicio. ¿Por qué no existe, en cada ministerio, un *formulario*, un librito que podría venderse bien y ser hasta un negocio, que explicase claramente los «pasos» que requiere cada circunstancia? Porque la indagación de lo que es preciso hacer, cuesta ya un mes ó mes y medio. Y allá van el tiempo, el dinero, la paciencia.

Son innumerables los autores, verbigracia, que no inscriben en el Registro de la propiedad intelectual sus obras, por no afrontar los formulismos; por no ir y volver y volver á ir. También tiene sus dificultades eso de demostrar que una obra la ha escrito el que la ha escrito, y pertenece á quien pertenece. En cambio, era facilísimo al editor distraído ó poco escrupuloso inscribirla bajo su nombre, como propietario. No se le exigía documento alguno probante de que, en efecto, poseía la absoluta propiedad de la obra, y no únicamente la de una ó varias ediciones. De aquí surgían litigios, pues el autor, verdadero dueño, era el obligado á justificar su derecho. El del usurpador se hallaba ya garantizado por la ley. Creo, repito, que esto se ha modificado y que en el día el editor tiene que presentar documentos en que fundamente la propiedad absoluta. He aquí una cosa que parece lógica: mientras no se demuestre lo contrario, el dueño de un libro es el que lo ha escrito. La ley, no obstante, no entendía de estas lógicas, y facilitaba el despojo.

Y el derecho de los autores á inscribir sus obras no debiera estar sujeto á tantas cortapisas, ni caducar, excepto cuando ha transcurrido ese plazo en que entran en el dominio común. Hay que sentir algún respeto hacia el hombre que escribe y publica un libro, y facilitarle cuanto con este acto se relaciona. Harto inútil, harto costoso para él será, en la mayoría de los casos, el haber tenido semejante ocurrencia, para que además la ley no le asegure, siquiera, la quieta y pacífica posesión de lo que, de cien veces noventa y nueve, no le sirve de nada. Por otra parte, en interés de las propias oficinas y de los oficinistas sería ventajoso que todo se simplificase. Una sensación de bienestar se produce siempre que damos aceite á las herrumbres de la vida. ¡Es ya tanto lo que hay que hacer! Abreviemos...

***

Continúan las desgracias de aviadores. No hay semana, no hay día en que no se registre alguna. Ya la gente no se preocupa de esos dramas icarianos. La compasión, la emoción, se gastan. Los periódicos les dedican menciones escuetas. Los toreros heridos, barrenados, perforados, les disputan el interés de la prensa, y les vencen. El último ensarte del último torero—¿cómo se llamaba? ¿Almendrito, Espaderito, Coscojito?,—ha provocado más exclamaciones de lástima que el último escalfamiento de aviador ¿se llamaba Chavez?—Y cuenta que este último aviador ha realizado una proeza nunca antes intentada: ha pasado los Alpes, ha superado á las águilas...

He ahí dos maneras bien distintas de ponerse al peligro: la del torero y la del Ícaro; la de la tradición y la modernista. ¿Cuál de ellas pide más valor?

Yo votaría siempre en favor del heroísmo de los Ícaros. La tierra es nuestro elemento, y cuando nos salimos de ella, realizamos una hazaña. Para verse alzado en el aire y no perder la sangre fría, hay que tener pelos en el corazón. Pero la muchedumbre sigue profesando un respeto frío (cuando no una hostilidad que se demuestra á pedradas) al aviador, y en cambio, dedicando al torero el más idolátrico de los cultos. Vicente Pastor acaba de ser sacado en hombros del coliseo taurino, por una multitud enloquecida de entusiasmo. Acababan de darle el premio Nobel ó sea la oreja. ¡Ah! es una friolera! ¡La segunda oreja que se otorga en la Plaza de Madrid, desde no sé cuánto tiempo ha!

Así es que le pasearon en triunfo. Oración delirante, no obtenida por ninguno de los maestros que han cautivado á varias generaciones, desde los tiempos, ya semiheroicos, del Tato y Cúchares. Con esta oración, esta tarde venturosa, Pastor se ha colocado delante de sus rivales, los Machacos, los Gallos, los Bombas... Y ya tiene abierta la curva de desarrollo de su porvenir: ya están seguros para él los millones, el retiro sosegado á su hora, con previo corte de coleta y adquisición de dehesa boyal, y *chalet* en donde retirarse á hacer vida feliz, rodeado de numerosa prole y acompañado de amigos, de esos amigos leales que surgen alrededor de las celebridades taurinas... Todo ello, si antes un cuerno traidor no le rasga las entrañas.

***

El cólera sigue amagando, pero contenido, no sé si por las medidas higiénicas, ó por la proximidad del invierno. Sin embargo, la epidemia asoma, de vez en cuando, su feo rostro amarillo, por aquí y por allá, como avisando de que, el año próximo, volverá armada de todas armas, dispuesta á arrollar á los que se le opongan. Ahora parece que se ha presentado en Córcega, en esa Córcega que seguimos representándonos semibárbara, y que lo será, de fijo, si me atengo á noticias no muy antiguas recogidas de boca del príncipe Roldán Bonaparte. ¿Cómo higienizar á Córcega? Es verosímil que los montañeses se rían á mandíbula batiente de los tiquis miquis modernos, de los microbios patógenos y de toda su casta. Y el cólera, en los países que conservan la sencillez de las primitivas costumbres, encuentra el terreno perfectamente abonado y preparado. Y se desarrolla, como se desarrolló en nuestros pueblos viejos y sucios, allá á mediados del siglo XIX, con fulmínea intensidad y violencia.

También alarma la noticia de que en Marsella han aparecido *casos*. Marsella es un puerto de actividad asombrosa, que recuerda los grandes puertos fenicios de la antigüedad; pero ¡ay!, el puerto de Marsella tiene de todo, menos de limpio. Sus mismas aguas son turbias y fétidas, y flotan en ellas toda clase de despojos, lo que el comercio y el tráfago arrojan de sí, en la batalla diaria, por el lucro y la ganancia, con el sudor. Las calles de Marsella dejan infinito que desear en cuanto á pulcritud. Verdad que lo propio sucede en toda Francia, que decae mucho en este terreno, con relación á lo que era hace algunos lustros. Entonces, otras naciones no habían extremado las campañas de higienización y salubridad; no eran citadas como modelos Suecia, Noruega, Dinamarca; no había cundido este afán de *confort* que ya llega hasta España, hasta la estoica España, envuelta en sus pintorescos andrajos dorados y tostados por el «bermejazo platero de las cumbres...» Y Francia gozaba fama de peripuesta, de atusada, de aseada, de coquetona. Coquetona, sigue siéndolo; pero aseada...

La última vez que estuve en París, hace año y medio, tuve ocasión de observar que en hoteles de primera, ó al menos de segunda, como el del Louvre, á pesar del lujo de dorados y del brillante reflejo de la plata inglesa en el comedor, las habitaciones distaban de encontrarse en aquel estado de pulcritud que requiere la más elemental aspiración moderna. Debajo de las camas, que nunca se mueven, porque están fijas y sus largueros llegan al suelo, hay verdadera inmundicia. Se asea allí lo que se ve, pero lo que no puede verse, lo que no quita ni pone á la apariencia escénica, á eso no se le toca, y, lentamente, Francia se descuida, como las mujeres cincuentonas que ya no aspiran á infundir amor, á que, aspirando, se pintan la cara sin primero lavársela y frotársela cuidadosamente...

***

Y que el *confort* se nos mete por las puertas, parecen demostrarlo las descripciones que se hacen del nuevo hotel Ritz, en Madrid. Los periódicos cuentan y no callan, del lujo, elegancia y refinamiento de ese establecimiento ultramoderno y *ultrachic*, que viene á «mojarles la oreja á los del extranjero...

Yo detesto, más cada día, el hablar de memoria. No habiendo visto todavía el hotel Ritz, no diré de él sino que el reclamo que se hace es gigantesco, y el aparato y solemnidad de que se ha rodeado su inauguración, extraordinario. Si el hotel, sus comodidades y ventajas, precios y demás, responden á tantos elogios, es cosa que averiguaré cuando llegue á Madrid. Y entonces, con conocimiento de causa, escribiré sobre ese hotel que ha venido á «llenar un vacío» y á «engrullecer á la corte, poco menos que la ascendereada Gran Vía.

Sin género de duda, el hotel Ritz hacía falta. Por acaso sea más necesaria aún que una cosa de tanto «tronío,» una Sociedad que funde, en toda población española algo curiosa ó importante, una serie de hoteles baratos, modestos, limpios al estilo del país, en que se coma cocido y sopa de fideos, alimento sano y sólido, y no esas salsas color rosa, esas *bechamelas* con manteca rancia, esos «bistés» de suela y todo ese angustioso y zafio remedo de la cocina francesa, que, como sucede siempre con la parodia, sublleva la razón..., y el estómago.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Tal vez sería curioso, para el estudio de la vida literaria española, fijarse en un detalle nimio, al parecer, pero que, bien mirado, envuelve revelaciones. Me refiero á las dedicatorias de los libros que es costumbre enviar á los amigos, ó á las personas á quienes se supone que ha de interesar, por cualquier concepto, su publicación.

Al decir «vida literaria española» entiendo comprendida en ella la hispanoamericana, por la poderosa razón del habla única.

Yo recibo, por término medio, al día, dos libros, con dedicatoria. Claro es que hay días en que no recibo ninguno; en cambio, otros aparecen tres, cuatro, media docena. Algunos son folletos; sin embargo, he observado que los folletos, escasos en volumen, no son parcos en dedicatorias enfáticas y extensas.

Las grandes dedicatorias de los pequeños folletos son un estorbo para la encuadernación, porque ocupan todo el margen y no hay medio de que no las afeite la cuchilla. Verdad que no todos los folletos merecen los honores de la *reliure*. Y, en general, yo profeso antipatía á los folletos. Me he dado palabra á mí misma de no imprimir, ya nueca, lo que no alcance á trescientas páginas. Porque un folleto es una especie de duende bibliográfico, que aparece y desaparece, y cuando se busca jamás se encuentra. Hasta tres veces compré un curioso folleto de D. Francisco Silvela, titulado *La filocalia*, por creer que se me había perdido. Y apenas adquiría el ejemplar nuevo se me presentaba el antiguo ante los ojos. Por fin lo encuadernó, con otros varios, lo más análogos posible, no mucho, pues es condición de los folletos no casar, y si casan en materia, divorcian en tamaño y forma. Debía promulgarse una ley para que los folletos fuesen de una medida común. No queda ni el recurso de encuadernarlos solitos, porque resultan una especie de hostias ú obleas, sin lomo para rotular, extremadamente fastidiosas.

***

Viniendo á las dedicatorias, insisto en que, como todo lo humano, son dignas de que fijemos en ellas una ojeada escudriñadora.

Delatan elocuentemente las dedicatorias el estado de ánimo del que las escribe; y no sólo su estado de ánimo, sino su educación social, su buen gusto, su modestia ó vanidad, y tantos matices de su carácter y estructura interna, que, sin necesidad de acudir á la grafología, al conocimiento que se pretende adquirir del alma por el análisis de la letra, pueden ser un precioso auxiliar para todo género de inducciones.

Generalmente, las dedicatorias encierran un elogio á la persona á quien van dirigidas. No diré yo que este elogio sea siempre insincero. En ocasiones brota de la raíz de la admiración. En los comienzos de la vida literaria, hasta con emoción viva y tierna se escriben las dedicatorias. Con la misma emoción sentida al recibir de la imprenta el primer ejemplar de nuestro libro, ó al verlo por primera vez en el escaparate de una librería. En todo hay luna de miel, en todo hay ilusión tempranera.

No obstante, hoy que se ha levantado una cruzada contra los sentimientos admirativos, y suprimido del cerebro aquella casilla de la «veneración» que situaba Cubí en sus cabezas frenológicas, yo me temo que más de la mitad de esas dedicatorias que parecen declaraciones ó plegarias sean únicamente un medio, como otro cualquiera, de solicitar la atención del literato ya veterano, para que lea despacio y emita juicio, mejor si es benévolo. Algo semejante á la fórmula corriente para dirigir recomendaciones á los magistrados: «Se ruega que miren bien el asunto, dentro de la justicia.»

***

Picantes contrastes surgen á lo mejor cuando revisáis dedicatorias antiguas. Éste que os cantaba un himno, reñido después con vosotros por motivos de amor propio ó sabe Dios por qué, os puso de vuelta y media y os declaró poco después guerra sañuda en los periódicos. Éste que ensalzaba tanto vuestra labor, os satirizó despiadado en redacciones, cacharrerías y demás «círculos» literarios. Y, lo peor: éste que os dedica una obra porque habéis escrito otra, que nombra entre enfáticos loores,—¡os cerciorasteis luego de que no la ha leído nunca!

La mayor parte de las dedicatorias, pecan, sin embargo, de anodinas, por que es muy difícil discurrir algo que tenga picor de novedad. «Al ilustre escritor XXX, en prenda de admiración.» «Al insigne autor de H ó E, en testimonio de respeto.» «Al excelso ZZ, homenaje de sincero entusiasmo.» Y sobre este tema, levísimas variaciones.

También sucede que una dedicatoria hace resurgir rápidamente como por ensalmo, tiempos, personas, fisonomías. En un solo estantillo de mi biblioteca compruebo el caso.

He aquí una dedicatoria de Carlos María Ocantos, el novelista argentino. «A mi grande y buena amiga...» Y amiga soy, si no grande, buena, de este escritor menos alabado de lo que merece, y de este hombre serio, leal y triste, al cual la vida parece no haber sonreído, quizás por ingénita disposición de su alma. La dedicatoria la recojo del ejemplar de la hermosa novela *Don Perfecto*, donde creo ver algo de autobiográfico, porque el autor se sonreía, sin protestar, cuando le dije: «Don Perfecto es usted.»

He aquí otra. «A doña... etc., su amigo, Palma.» El lacanismo revela la confianza, y en efecto, Ricardo Palma, durante su estancia en Madrid fué mi asiduo tertuliano, y no le he olvidado, ni á él ni á su niña, la morena flor oriental, que ahora será (tiempo traidor) una mujer, una madre de familia. No he olvidado aquellas tardes en mi casa, las charlas amenas, discutidoras, con Palma, Cuenca, Blanco, Vidart, y otros cuyo nombre consagró la fama, entre ellos, muchos que ya se ha llevado la muerte. Y he aquí que, de una sencilla dedicatoria, emerge lo pasado...

***

Ya puesta á revolver dedicatorias americanas, encuentro nombres que me sorprenden, porque la verdad es que se escribe tanto, que es increíble que ¡sólo el tramo de novelistas y cuentistas modernos de América, en mi biblioteca, comprenda más de quinientos volúmenes! Hay en esto algo de balagador, indicio de que nuestro nombre llegó más allá de los límites de Europa; y hay algo también de esperanzador, porque delata una fecundidad, fruto acaso de la cultura que está formándose y que se inclina hacia las letras, hacia el sentido cultural latino. Aquí hubo críticos de periódico que se entretuvieron en ridiculizar á las obras venidas de América, como si no se cociesen habas en todas partes; yo no fuí nunca, en mis campañas críticas, de ese sistema. No he preguntado al libro de dónde venía, sino lo que traía dentro. Y todos los he leído, más ó menos rápidamente, según pude. Y todos los he agradecido, en postal ó carta, en breve frase muchas veces, por absoluta imposibilidad de hacer otra cosa. Pero, á la vuelta de años, se me han borrado los asuntos y el contenido de tantos libros. Y me pongo á releerlos, interrumpiendo este arreglo de estanterías, necesario para desenredar mis doce ó catorce mil volúmenes, (no los he contado aún), que crecen como la espuma en proporción de las aficiones que los reunieron y que me llevaré al sepulcro...

Y he aquí que una dedicatoria entusiasta, fechada en Oaxaca, me despierta una serie de ideas. No quiero añadir nombres á expresiones tan vehementes. Me parece discreto pasarlos en silencio. Sólo diré que del valle de Oaxaca, donde radicaba el título de nobleza concedido por Carlos V á Hernán Cortés, pareciame á mí que no podían venir novelas. Todo es épico en el valle de Oaxaca, donde flota la sombra agigantada del Conquistador.

En estos libros americanos encuentro á España, quizá más íntimamente que aquí. Es nuestra imagen, reproducida con rasgos de doble energía y poetizada por la distancia. Siento con ellos una impresión análoga á la sentida días hace, visitando una casa de campo que acaban de construir, próxima á estas Torres. En el piso alto, sobre una chimenea, un espejo me presentó un paisaje maravilloso. Sobre la clara luna, fondo sombrío de árboles formaba cortina densa, bajo un cielo de un gris inglés, delicado, teñido apenas por restregones de rosa, ligeros como huella de dedo de pastelista, y, entre la fluidez del celaje, un edificio me pareció fantástico: tenía la elegancia de los que se ven en las tablas antiguas, y su blancura lo destacaba como arquitectura de ensueño: torres, almenas, ventanas misteriosas. Era mi propia vivienda, que vista así adquiría magia. España, en los países lejanos, conservada la huella de su vasto espíritu, me causa un deslumbramiento.

Una novela guatemalteca, que empieza por la pintura de una casa solariega, podría, sin quitar ni poner, trasladar su fiel descripción á Toledo, Segovia ó Salamanca. Otra, que transcribe costumbres de los mineros mexicanos, podría retratar á la gente de la Sierra granadí. Es doblemente extraño el caso, porque los españoles no somos ni propagandistas ni absorbentes como los ingleses, ni llevamos en triunfo nuestras costumbres nacionales adonde hemos llevado nuestro esfuerzo y nuestra ventura. Más bien nos inclinamos á impregnarnos del ambiente, con la facilidad y viveza de adaptación, que cualquier viajero puede observar. El britano, que implanta en pleno desierto, su tetera, su *whisky and soda*, su Biblia y su buey asado, no deja el rastro que deja el español, pronto á absorber el mate de la Argentina, á tomar en Marruecos el te con hierbabuena, á tenderse en la hamaca cubana y á mecerse en Filipinas lánguidamente, abanicándose con el redondo abanico de palma... Y los libros que se escriben en la América que fué española, continúan dándonos la visión y la sensación de una España imposible de desarraigar, de una España eterna...

***

Y sigo revolviendo dedicatorias; y encuentro una de fecha de 1885, que me trae reminiscencia melancólica. Hace veinticinco años, un bohemio de gran talento, que acaba de morir, me ofrendaba un libro. «A la magnífica inteligencia, al gran corazón, al más poderoso cerebro literario de mi país...» Hay que desconfiar muchas veces, padre Schopenhauer, que nos has encargado tan apremiantemente que desconfiemos; ¡pero no siempre!, porque se nos secaría la raíz misma de la sensibilidad. Veinticinco años tiene de fecha la dedicatoria, y en todo ese plazo, el pobre bohemio y soñador jamás me pidió ni una recomendación para las oficinas de un ministerio, que es lo menos que se pide, en este país, á los amigos, ó á los que, sin serlo, pueden darla. Veinticinco años en que ni aun supe de la existencia del escritor, que luchaba incesantemente por abrirse camino. Y he ahí que la noticia de su muerte—sin que haya tenido con él otra relación que una dedicatoria—me apena. No con la pena del afecto que perdemos; con otro acaso más interior: la de la vanidad de todo. El nombre del bohemio será, dentro de un año, cosa enteramente olvidada. Quizás lo era ya, mientras existía.

Es lo deleznable, lo inútil, lo que surge de la mayor parte de estos libros, con tan bonitas y sentidas dedicatorias. ¿Quién se acuerda ya de los que las escribieron? La mano se ha deshecho en polvo y el trabajo y la esperanza se han esfumado entre las neblinas grises y pálidas del ayer. ¡Qué de anhelos, qué de ansias, qué de horas febriles gastadas en idear la obra, en componerla, en borronearla, en corregirla, en buscarle editor, en llevarla á los diarios, en solicitar el anuncio, el elogio, hasta la censura, en trazar estas dedicatorias que vienen á ser, en muchos casos, un toque de atención, para que sepamos que una persona respira, alienta, quiere ser conocida! ¡Qué de afanes, en la mayoría de los casos, estériles!

Y se codean, en el estante, la obra que revelaba gérmenes de talento y aptitudes, malogrados después por la pereza, las agitaciones de una vida azarosa, ó las alteraciones de una salud mísera, con la obra seca, de esparto, pero que, explotada tenazmente, tercamente, abonada por la intriga, llevó á su autor á los puestos bien retribuídos, á la Academia... Y mi piedad hacia esos fracasados que han vuelto al montón anónimo, de las hojas arrebatadas por el cierzo de octubre—que las hacina y las azota—se hace mayor, infinita casi. La sensibilidad se exalta. No revivamos más libros añejos, obscuros, entre los cuales alguno se mantiene vivaz. ¿Qué labor humana durará perpetuamente? El mundo mismo, ha de perecer.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de recibir un libro en medio folio, con magnífico papel y una tipografía sorprendente por lo bella. Se titula *Nemesio Mogrobejo.—Su vida y su obra.* Ello procede de Bilbao.

Confieso paladinamente que no tenía ni la menor idea de la existencia de Nemesio Mogrobejo, ni de su obra, por consiguiente. ¡Es el destino de tantos artistas, pasar en la penumbra, al menos para una parte de su generación! No conocemos ni á nuestros contemporáneos. El río del vivir se lleva arrastradas hojas y hojas, y cuando volvemos la cabeza, han cruzado ya. Como los combatientes en campal batalla, mientras unos avanzan en determinada dirección, acaso triunfadores, otros pelean obscuramente y sucumben, sin que lo adviertan los demás. Y con esto hay que avenirse, porque es irremediable.

Y todavía he de confesar otra cosa. Desconfío yo generalmente de los tributos póstumos que la admiración de amigos y paisanos tributa á los artistas y escritores. Suele entrar en tales homenajes más sentimentalismo cariñoso que crítica informada y certera. Cada año, ó siquiera cada lustro, cada provincia descubre que había poseído un genio, que no lo había estimado, que era una ingrata, que el susodicho genio fué además un mártir, y por contera un santo, ó cuando menos un sujeto dotado de altísimas cualidades morales, y que no ya coronas de laurel, sino altares, es preciso tributar á su memoria. Por quince días la prensa regional repite y trompetea un nombre, y fomenta la convicción de que se ha cometido una enorme injusticia trascendental, y es preciso repararla á todo trance. Se arma el tinglado del homenaje; se demuestra, fehacientemente, que los admiradores, en su inmensa mayoría, no saben lo que el genio hizo, ni le han leído si es escritor, ni han contemplado sus obras si es artista; se obedece á la consigna tarasconense «fén de brut...,» y luego recae todo en el natural silencio, entre el cual, algunas veces, la crítica, única hada que no ha sido convidada á la fiesta, desliza, *á posteriori*, su opinión fría, que parece doblemente severa por contraste con el ficticio entusiasmo ya disipado en el aire...

Andamos por lo tanto, los que no otorgamos á las admiraciones un asentimiento maquinal, prevenidos en contra de tales descubrimientos. Quizás perdemos así un grato optimismo que sazona las horas, pero el áspero amor á la verdad nos compensa, y quedamos pagados con el gusto de su posesión.

Abro pues la biografía de Nemesio Mogrobejo con cautela. Por las dos fechas que campean en la cubierta y la portada, comprendo que se trata de un artista que murió joven, aunque no tanto como aquel malogrado Joaquín Vaamonde, protagonista de mi novela *La Quimera*, que no llegó á cumplir veintisiete años. Nemesio Mogrobejo, el escultor, nació en 1875 y feneció en 1910: de treinta y cinco años fué su carrera; había ido más allá de la juventud, y estaba en plena edad viril.

Me fijo en el precioso retrato que encabeza el volumen. Al verle, no necesito consultar la biografía para saber que el escultor murió de tuberculosis. El sello del padecimiento, patente ó latente, está en las orejas despegadas, en las sienes hundidas, en los ojos dentellados y claros, en la consunción de los tejidos, devorados por la desasimilación rápida de la tisis. Pero si no supiese que se trata de un artista, que ha perdido fuerzas en la lucha con la Quimera, creyera más bien, por la fisonomía, que estoy mirando á un elegante mundano gastado por los excesos, y sin robustez para hacerles frente. Caras como la de Nemesio Mogrobejo, las veo todos los días en los salones, en las escaleras de los palacios, en gentes que enrollan cuidadosamente al cuello el *cache-nez* de blanca seda calcetada, por miedo á catarros y pulmonías. Esas facciones finas, ese aire distinguido, esa nariz bien modeladita, esa frente que la calvicie desnuda ya, son de diplomático, de palatino, de *snob*. Y me encuentro preparada á que me sorprenda más la obra vigorosa, empapada en el añejo vino del Renacimiento. ¡Vino de los vinos, néctar fuerte, que cría músculos y sangre roja!

Leo con interés la monografía biográfico-crítica de Juan de la Encina. En ella aprendo que Mogrobejo sucumbió cuando iba á entrar en posesión de sí mismo. En efecto, con ser su obra tan notable, no se poseía: estaba aún siguiendo huellas. Lo mismo le aconteció á Vaamonde. Y queda en pie el enigma de lo futuro: ¿habrían descubierto su camino?

Mogrobejo nació en Bilbao. Su vocación de artista fué tempranísima. A los diecinueve años realizó el ardiente anhelo de estudiar en París; le pensionó la Diputación provincial. Se matriculó en la Academia Julien, aquella misma en que había hecho su aprendizaje María Bashkirtseff, otra interesante víctima de la Quimera..., y de la tisis.

Aunque el biógrafo nos dice que al pronto Mogrobejo se dejó influir por la tendencia del modernismo, yo noto ya en sus primeras obras reminiscencias del estilo de Miguel Angel. Su «cabeza de estudio» me recuerda la impresión del Moisés de fluvial barba. Su mismo «Pierrot» tan caprichoso y serpenteante, es firme. No hay vaguedad en las líneas. Y digo lo mismo de la Madona y especialmente del Niño.

El biógrafo narra con encanto un suceso sentimental de la vida del artista, una historia de amor muy vehemente con una austriaca á quien conoció en la Academia Colarosi. Diferénciase en esto Mogrobejo de Vaamonde el pastelista. Vaamonde, aunque entretejiese mil episodios sentimentales ó amenos, sobre todo con señoras del gran mundo, nunca estuvo verdaderamente prendado sino de la Quimera, del terrible monstruo de ojos glaucos y encendidas fauces... Lo que se dice pasión, sólo la sintió por su arte, por la fama, por la gloria. Para el artista, (repetía él la frase de Salomón) la mujer es amarga como la muerte. Había en su opinión respecto á las aventuras amorosas desvío, desdén, y aun miedo, porque «todo eso» absorbe tiempo, voluntad, energías que el arte reclama. Y, no cabe duda, era Vaamonde el que, en esto, tenía sobrada razón. Entre los veinte y los cuarenta, las historias profundamente pasionales son demasiado absorbentes. El arte es celoso y reclama sus derechos. Quimera por quimera, es más gloriosa la artística. La historia de Mogrobejo parece que fué de ésas que caen hondas. Quizás la idealiza algo el biógrafo, no desfigurándola, sino eliminando de ella mucho que será real y no tan poético. Por lo que se trasluce, la austriaca no poseía un espíritu equilibrado, y comunicó su desequilibrio, su esplín, su verterismo y sus ansias de la muerte al amigo. Todo ello duró dos años; la austriaca murió, de repente, según reza la biografía, y dejó á Mogrobejo sumido en una tristeza tétrica, agobiado bajo el pensamiento de la Sirena Negra, con ansias de suicidio. No habiendo llegado á realizarlas, se dedicó á labrar para su amada un bello sepulcro; lo expuso en Viena, en 1899, y obtuvo el asentimiento de los críticos de arte. Fué aquel el momento que cambió sus orientaciones, por medio de la influencia que Italia ha ejercido siempre en las almas penetradas del culto de la belleza. Con la actividad artística vino el consuelo, la reacción hasta de alegría, que algunas veces sigue á las grandes penas. Aunque nunca dejó Mogrobejo de pensar en su perdido amor y de visitar la sepultura. Además, nos dice el biógrafo, consolidó entonces la opinión de que, en escultura, hay que aprender á trabajar en griegos y florentinos... Sí: griegos y florentinos; pero siempre habrá una objeción; el temperamento, la individualidad. Los escultores de cepa española, á mí, por ejemplo, me interesan tanto como Donatello. Donatello es superior en belleza; la expresión dramática es más intensa en Gregorio Hernández. Por una cabeza cortada, de Villabrille, doy el Gattamelata. Y, en cuanto á la materia, el mármol es clásico; la madera es romántica. Todo puede defenderse, todo puede remover el sentimiento. Apenas me atrevo á escribirlo: Miguel Angel es sublime..., y no por eso le adoro. Algún imaginero gótico me dice mas cosas, y particularmente, otras cosas. Cada cual con su alma, cada cual con su idealidad característica.

Mogrobejo hizo bien en inspirarse en Miguel Angel, toda vez que su espíritu iba por ahí. Yo soy ecléctica, tolerante, aunque tenga mis preferencias. Y, sin modificarlas, declaro que las obras del período en que el escultor bilbaíno se afirmó como miguelangelista y alumno de los florentinos, me parecen muy hermosas, serias y delicadas, y enderezadas hacia la perfección del estudio anatómico. No hay en ellas esa blandura pocha que tantos artistas confunden con la espiritualidad. No hay tampoco ordinariez, ni ese abocetamiento que identifica la genialidad con la pereza. Lealmente trabajado, pensado con elevación. No puedo decir más en su elogio. En cuanto á la originalidad, vendría acaso, con los años maduros y la emancipación de los modelos, de majestad abrumadora.

El final de la vida terrestre del escultor bilbaíno me recuerda también la del héroe de *La Quimera*. Las mismas luchas por el dinero, despreciable y necesario para las grandes empresas artísticas; la misma peregrinación en busca de un sitio donde espirar tranquilo, rodeado de amistosos cuidados; las mismas ardientes aspiraciones hacia la realización definitiva de la personalidad; las mismas ilusiones, creyendo en la salud recobrada, apenas se inicia ligera reacción favorable en el organismo. No ha de negarse; los afanes, los anhelos, las pasiones, las privaciones, los titánicos esfuerzos, como los que realizó Mogrobejo para fundir algunas de sus obras, pudieron abreviar su existencia... Se muere de lo que se vive; el veneno dulce, un día tras otro se infiltra y destruye la máquina humana. Pero ¿no hay en los hospitales infinidad de tuberculosos que no soñaron, que no sufrieron la fascinación de las glaucas pupilas? Si de todos modos la muerte acecha ¿por qué no soñar el sueño hermoso, de inmortalidad y esperanza?

Y he aquí cómo un libro, recibido no sin prevención, me sugiere simpatías y me infunde la misma convicción que lo ha dictado. A vivir lo suficiente para dominar un arte que exige tan largo aprendizaje y ejercicio técnico, el autor del «busto de Guinea,» de «Hero y Leandro,» de «Orfeo destrozado por las bacantes» sería uno de los escultores españoles más famosos é ilustres. ¿Quién sabe si los años le hubiesen reintegrado en el españolismo artístico que le faltaba? Este fenómeno nada tendría de sorprendente. Uno de los caracteres de la originalidad es el regreso hacia las fuentes de la tradición. En literatura por lo menos, se citarían casos numerosos. Un momento tenía que llegar para Mogrobejo: aquél en que los modelos clásicos pesan como la armadura de acero al batallador. Y el hondo, grave, terrible sentimiento hispánico, tal vez se despertaría, porque sólo aparentemente duerme en las organizaciones poderosas.

La evolución de Mogrobejo fué natural: primero el señuelo, Francia, París, con sus afectaciones y sus híbridas mezclas de lo plástico y lo literario; luego, Italia, con sus modelos sagrados, indiscutibles, ante los cuales hay que inclinar la frente, conmuevan ó no... Es verosímil que, más tarde, al buscarse á sí propio, se encontrase en el seno de España, donde pudo libar el jugo de Berruguete y Alonso Cano...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algunos días, un amigo mío, que practica el *sport* tan moderno como universal de escribir en los diarios, tuvo ocasión de emitir algunas apreciaciones sobre una compañía dramática que actuaba en el teatro de la ciudad donde esto ocurría. El crítico dijo su parecer, más bien mitigado, acerca del físico de la primera dama, acerca de la dicción de la misma actriz. Y al día siguiente, recibió la visita del marido y director, que, en nombre de la alimentación de la familia, venía á suplicarle que cambiase de lenguaje, si no de opinión, y no privase del pan cotidiano á personas tan dignas de comerlo como otras cualesquiera, aunque el arte no las hubiese iluminado con su reflejo celeste...

***

El episodio, asaz vulgar y sencillo, plantea de nuevo una cuestión que mil veces he oído proponer. ¿Se debe decir la verdad, en letras de molde? ¿Es un acto de nobleza y sinceridad, ó es crueldad y dureza? ¿Qué camino seguir, cuando se ejerce, en mayor ó menor escala, lo que antaño se llamó «el sacerdocio de la crítica?»

Situándose en el terreno del arte puro, no cabe duda: hay que cantar claro y no pararse en pelillos. Sólo que existe una desagradable confusión, que nos obliga á repetir el conocido verso:

Ce mélange de gloire et de gain m'importune.

Es sobre todo en el teatro donde el *mélange de gloire et de gain* nos sale al paso á cada recodo. Inseparables son la taquilla y el laurel. El aplauso hace hervir el puchero. No es una de las menores inferioridades del teatro, como género literario.

Cuando se tiene una conciencia meramente honrada, sin más adjetivos, siempre molesta la idea de que un plumazo nuestro vaya directamente á cercenar la ración de sopa de un hogar donde tal vez hay niños. Se me dirá que también el que publica un libro y no lo vende porque los críticos lo desprecian, puede sufrir con esto un quebranto económico. Sin duda, pero el autor de un libro malo, que no se ha vendido, tiene el recurso de no reincidir. ¿Qué recurso le queda á un cómico, sin otra carrera que las tablas, al no encontrar contrata ó al ver el teatro desierto?

Yo he propendido, en estas materias, en teoría, á la intransigencia más ruda. ¿Que no sirve para cómico? A clavetear suela. Un mal artista hace mucho daño á su país. Pero, llegando á la práctica, esa conciencia que no debiéramos tener asoma su compungida cara..., y vienen las componendas, los eufemismos, las atenuaciones, las perífrasis ó el silencio, la abstención... Por todos estos periodos he pasado, antes de decidirme á renunciar á la crítica de obras nuevas y actores y autores vivos. Como nunca llueve á gusto de todos, no falta quien diga que eso de no hablar sino de los difuntos es una cobardía. Que le motejen á uno de cobarde, es menos desagradable que la visión ó fantasmagoría de cuatro chiquillos hambrientos, á los cuales arrebatamos el mendrugo que iban á roer... Tal es el cuadro que os pintan, abusando de la sensibilidad que, á fuer de hijos del siglo XX, tenemos demasiado desarrollada.

¡Qué de conflictos entre esa sensibilidad y el mero buen sentido, consejero cauto, refranero á lo Sancho Panza!

***

En la vida literaria, á cada paso se tropieza con problemas..., que no debieran serlo. Lo que todos los espectadores repiten en los pasillos, no es lícito que lo indique con reservas, al día siguiente, un cronista ó un aficionado. No parece si no que, al llegar á la letra de imprenta, la verdad se pone una mascarilla, y desfigura la voz, para mejor disfrazarse. Y la dama, á quien, á boca llena, todos llamaban fea y entrada en años, se convierte en hurí; y el galán amanerado, en genio; y el actor cómico, en otro Larra, y la damita, con cara de candil, en un hechizo... Si tal no escribís, seréis reo de lesa humanidad: una olla, por culpa vuestra, estará vacía, un fuego apagado, varias tiernas criaturas sollozantes, escuálidas...

Hay así, en el mundo, momentos en que se os echan encima responsabilidades que no habéis contraído, porque, en suma, no estáis obligado á dar la papilla á la chiquillería del prójimo. Os quedáis aturdido, al averiguar que de algo vuestro—omisión ó comisión—penden las funciones nutritivas de interesantes pequeñuelos á quienes no habéis visto ni mucho menos engendrado.

Y, siquiera, cuando es omisión. . Dejar de hacer una cosa... Bueno, eso no molesta excesivamente ni al más activo. Lo grave es la comisión. Y sucede á menudo que os compelen, que os aprietan para que, mintiendo á vuestra conciencia, proclaméis lo contrario de lo que pensáis...

***

En cierta ocasión, uno de esos vencidos literarios que sienten más el vencimiento por lo mismo que, á una hora dada, estuvieron á pique de triunfar, se acercó á mí y me refirió su historia. Desempeñaba entonces un modesto empleo, en no sé qué oficina del Estado; con el sueldo vivían él y los suyos. Pongamos en su punto los hechos: ni cabe decir que desempeñase el empleo, pues, sobre ser hombre más dado á empeñar que á desempeñar, rara vez aportaba por la oficina, y cuando aportaba se ponía á emborronar cuartillas de renglones desiguales ó borrones de novela; ni vivían los suyos, si no que fallecían de hambre, gracias á la incorregible bohemia del jefe de la familia. Así y todo, al escucharle se experimentaba simpatía hacia él, y demostraba lozana imaginación, cultura heterogénea, pero que prestaba atractivo á su conversación, y un don novelesco de dramatizarlo todo, empezando por su propia existencia, asaz prosaica. Siempre que aparecía, era para referir ó un frustrado conato de suicidio, «sus desesperaciones» ó un principio de incendio en su «pobre choza,» ó de la meningitis de uno de sus «ángeles» ó la pulmonía doble de su «amante compañera» ó algo por el estilo. Y luego saltamos con que el suicidio era un poco de cardenillo en un perol, el incendio un cabo de sebo que quemó la paja de una silla, la meningitis un empacho, la pulmonía doble un coriza, y así sucesivamente.

Procedente de la última generación romántica y amigo de todos aquellos bohemios famosos—en primer término, de *Pepe*, á quien los demás conocíamos por Zorrilla,—el vencido no se había consolado de su mala suerte, al no conseguir un cacho de fama y gloria, como los demás. Creía firmemente, y sabía comunicar por momentos su convicción, que se había quedado en la obscuridad, no por falta de méritos más que sobrados, si no por una de esas traviesas ó juegos de la fortuna, que dispone las cosas de cierto modo, y escamotea el instante de la victoria. En demostración nos leía versos, no malos, si no bastante aceptables, exclamando, con una semisonrisa de amargura: «Si acierto yo á ser quien declama esto sobre la tumba de Mariano José, la misma ovación me gano que se ganó Pepe; la misma reputación. Fué el diablo que, en tal fecha, tenía yo diez años y no más. ¡Que llegase á tener diez y ocho ó diez y nueve!..»

Nos reíamos, y sin embargo, no podíamos negar que algo de buen ó mal sino influye en el caso de las reputaciones. No se nos ocurría comparar á nuestro bohemio con *Pepe;* pero al lado de Zorrilla se alzaron varios más, celebrados á su hora, remunerados quizás con altas posiciones, que no superaban en aptitudes al desastrado y mísero vencido, cuya única compensación era fantasear lo que pudo ser y no fué —¡el más vano de los humanos sueños!

Una tarde, el soñador se presentó radiante de esperanza, emocionado como el que ha visto su número en las listas de premios de la lotería. Acababa de ocurrírsele una idea sublime, feliz. Toda aquella penumbra que envolvía su nombre y su labor; toda la perfidia de los hados—iban á disiparse, rápida y triunfalmente, y de la manera más sencilla. ¿Cómo no lo pensó antes? Pues si era la cosa más corriente, fácil y natural... Uno ó dos artículos que yo enviase al *Imparcial* ó á otro diario de circulación, de los varios en que colaboraba; uno ó dos artículos, revelando al mundo literario la injusticia cometida, y colocando en su punto lo que malignos encantadores trastocaron y desfiguraron—y se rectificaba lo pasado, y la aureola venía de suyo en busca de la frente... Era un rasgo de nobleza que esperaba de mí; era una obra de caridad también, porque equivalía al acceso, á la demanda de artículos y libros por periódicos y editores, á la prosperidad, en suma, que llovería sobre un hogar, hoy combatido por la desdicha! Y, como elementos de mi trabajo, me traía los tomos desencuadernados, rotos, mugrientos, que formaban parte de una novela por entregas, publicada allá en los años del 50 al 55, si no me es infiel la memoria. «No la poseo completa... —repetía lastimosamente.—Mi infortunio ha sido tal, que ni un ejemplar completo de mis libros me ha quedado. Y esta novela, aunque yo no deba decirlo, quizás no tuviese que avergonzarse si se confrontase con *Martín el expósito*...»

***

Entienda cada cual los lances del vivir á su manera. Yo no solté la carcajada; no yo encontré en el fondo de mi alma la ironía. Sentí una piedad profunda, no de aquel hombre; de toda la humanidad, lisa y doliente. ¡Cómo persuadir al fantaseador de que cuando el momento ha pasado, no vuelve, de que el destino es más fuerte que nosotros! ¡Cómo demostrarle que mi sacrificio sería estéril! Y la palabra *sacrificio*, es exacta. Nuestra mentalidad se afirma ó se desmiente en tales transacciones. El público no se limita á mofar del asunto de un artículo; se mofa, implacable, de su autor.

Se fué con las orejas gachas, arrastrando sus taconcs torcidos, haciendo gestos de pena, de desastre, de decepción, de resignación fatalista, como el que exclama: «¡Esto más Señor! ¡La última tabla de salvación se hunde! ¡Nunca, nunca sabrán mi nombre las generaciones!»

Y me quedé también dudoso, sufriendo yo también; mi razón iba al Norte, y mi sentimentalismo, al Sur... Al mismo tiempo, el orgullo de haber resistido me sostenía. Se puede callar, lo que no se puede es falsificar la verdad. Perdemos el tiempo, la tinta y el buen nombre.

Desde aquella fecha, el caso se reprodujo; pero ya me encontré curtida, más tranquila, con experiencia de la comedia literaria. Y á título de comedia, de divertida farsa, he asistido á escenas en que la vanidad y la ilusión se dieron la mano. Un autor, desconocido para mí, me acosó más de lo acostumbrado, exigiéndome casi como se exige el pago de una deuda, que escribiese y publicase un juicio acerca de sus obras. «Un juicio elogioso» añadía, resueltamente. ¿Qué podía alegar en contra de su pretensión? ¿Acaso no tengo de sobra donde insertarlo? ¿Acaso me falta la disposición para borronearlo? Y esto, que a mí no me cuesta nada ¿no es para él asunto vital? ¿Y hay derecho á negarse á lo que á otro le resuelve el porvenir? ¿Es justo, es lícito tal comportamiento?

Y sus ojos chispeaban, y la cólera, contenida, enronquecía su voz... Si puede me apalea.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

nes de un espíritu, que es imposible no calificar de privilegiado.

Pero serán siempre el monumento de su apostasía. Porque todo el que nace tan especialmente condicionado para el arte como Tolstoy, es apóstata al consagrarse á otros fines. Y, debiendo todos saber lo que valen y cuál es la verdadera aptitud que poseen, mucho más después de haberla demostrado, siempre constituirá transgresión el abandonarla, prefiriendo aquello para lo cual no servimos.

Mirada á esta luz, la vida de Tolstoy es una vida que se frustró en gran parte. Y después veremos cómo, en determinado aspecto, se frustró del todo, aunque parezca otra cosa.

Puede la vida de Tolstoy dividirse en tres etapas: La primera; mundana y militar, abarca sus campañas, sus ambiciones de conquistar las charreteras, de llegar á ayudante de órdenes del emperador, y, más tarde, á general. Era esta la equivocación de la juventud, era fácil error que la virilidad corrige, señalando el verdadero camino. Así y todo, muy diferente hubiese sido el vivir de Tolstoy, si logra sus aspiraciones. Tal vez figuraría entre los palatinos; acaso representaría á Rusia en Constantinopla. Una persona de mala voluntad le echó abajo su propuesta de ascenso, después de las campañas de Sebastopol y Malakoff, en que gloriosamente había tomado parte, y este hecho, mezquino pero desilusionador, empujó al conde á la vida de familia y del propietario territorial ruso, con yeguadas, rebaños, cultivo en gran escala. Activo y emprendedor por naturaleza, Tolstoy aumentó su fortuna y disfrutó de una dicha patriarcal y doméstica muy cumplida, más de treinta años.

Al mismo tiempo, se consolidaba su reputación literaria, sobre base tan sólida y marmórea como las dos grandes novelas, *La guerra y la paz* y *Ana Karenine*, y de las bellas narraciones militares y preciosos cuentos que brotaban de su pluma. Al bienestar se unía la gloria. Era Tolstoy lo que puede llamarse un hombre venturoso; y él así lo creía, como creía, que su deber estaba cifrado en aumentar su hacienda, para bien de sus hijos y prolongación de su linaje, que, sin ser de los más históricos de Rusia, era sin embargo ilustre y señalado.

Al iniciarse la decadencia inevitable del cuerpo en los comienzos de la vejez; al aparecer las arrugas, las canas; al disminuir la fuerza y la alegría vital, reverdecieron en Tolstoy los misticismos y las perturbaciones de la adolescencia, y le entró una especie de tedio, lo mismo que si su existencia hubiese carecido de objeto, ó hubiese constituído una larga desorientación, y hasta una serie de delitos y pecados contra la moral y la humanidad. A esto se le llamó comunmente «la conversión de Tolstoy.» Y las señales de haberse convertido fueron el anuncio de que renunciaba á seguir escribiendo, y que se proponía repartir sus bienes entre los pobres, los *mujicks* y los vagabundos.

Ha observado un biógrafo de Tolstoy—y la observación tiene gracia,—que el reparto hubiese sido una falta de lógica. En efecto, ó el poseer es bueno, ó es malo. Si es bueno, no hay por qué repartir nada. Si malo y pecaminoso, el repartir es sencillamente echar á otros el pecado encima y si el pecado es cosa vitanda, no implica gran caridad el encajárselo al prójimo. Tolstoy ya no posee, pero posee el mujick Yegosoff. Hemos adelantado bastante.

Lo peor del caso es que Tolstoy, llegada la hora, ni repartió ni cesó de escribir. Y he aquí el capítulo en que digo que se le frustró la vida: he aquí lo que debió de constituir su tormento, y lo que acaso (pues todavía flotan sobre este suceso nieblas y dudas) le impulsó, al cabo de tantos años, á buscar un retiro lejos de su familia, encontrando, al buscarlo, la enfermedad mortal.

Cuando Tolstoy proclamó que rompía su pluma, el novelista Turgueneff le escribió una carta conmovedora, disuadiéndole y suplicándole que no hiciese tal. Y, en efecto, Tolstoy volvió á producir y publicar, no sólo libros de evangelización á su manera, sino novelas magníficas, entre ellas dos obras maestras, *La sonata á Kreutzer* y *Resurrección*. Y cuando proclamó que repartiría sus bienes, la condesa de Tolstoy se irguió, resuelta, para defender el porvenir de su prole. «No veo que nadie envíe á sus hijos á pedir limosna... Yo no lo consiento.» Decidida estaba la condesa á todo, hasta á poner en tutela é inhabilitar por pródigo á su marido. Con ser Tolstoy tan superhombre, la hembra venció. Luchaba por la cría... Era el gran instinto natural, alzándose ante la utopía, la enfermiza concepción del soñador despierto. La admirable naturaleza dictaba sus enseñanzas, contra los delirios de la mente. Era otra vez, y en otra forma, el caso del sacrificio de Ifigenia. El augur ha hablado; los dioses piden una víctima, Agamenón, el padre, consiente en que su hija sea llevada al altar y apague con su sangre el fuego sagrado. Clitemnestra salta como una leona. Y, estremecido, el esposo exclama:

Voilà, voilà les cris que je craignois d'entendre:
Heureux si, dans la trouble où flottent mes esprits,
je m'avois toutefois à craindre que ces cris!
Hélas!, en m'imposant une loi si sévere,
grands Dieux!, me devois vous laisser un coeur de père!

Para la actual civilización, condenar á la miseria á una familia equivale á enviarla al ara del degüello. Tolstoy no tuvo valor para ejecutar sus planes. Adoptó una componenda. Fué el período en que, convirtiendo en celda su dormitorio, vistiendo como el pueblo, comiendo vegetales, haciendo zapatos y descalzándose los pies, creyó pagada su deuda á la humanidad. El segundo voto, el de no escribir, lo conmutó también por otro: escribir únicamente lo que concurriese á la defensa de sus ideas, al redentorismo que profesaba. Y corrieron años. Tolstoy envejecía con salud, con vigor, cercado de entusiasmos, de gloria universal, creciendo en celebridad, y hasta..., ¡qué ironía!, en fortuna. Porque sus libros se vendían como pan bendito, las ediciones seguían á las ediciones, y la propia condesa hallábase muy satisfecha del giro que habían tomado las cosas. Generalmente se oye decir por ahí que Rusia es un país donde se persigue el pensamiento. Ello es que Tolstoy no fué encarcelado, ni deportado, ni azotado con el *knut*. Al contrario. Si padecía sed de martirio, tampoco el martirio se le logró. Estaba de Dios que no fuese ni pobre ni víctima. El zar, lejos de molestarle, tuvo con él atenciones, y ahora le ha consagrado una respetuosa y afectuosa oración fúnebre.

Para colmo de buena sombra, tardó mucho la gente en darse cuenta de que el predicador enseñaba una cosa y practicaba otra; de que existía flagrante contradicción entre las ideas y la vida de Tolstoy. La inmensa mayoría creía—y tal vez siga creyendo—que Tolstoy era un asceta, y que había renunciado á todo, en aras de sus ideales.

Pensábase así, sobre todo, en el extranjero. A distancia, las leyendas se doran. En Rusia, sin embargo, empezaba á notarse la anomalía de aquel «penitente» que habitaba en una finca magnífica y á quien servían criados de frac y corbata blanca. Y aun fuera de Rusia, Max Nordau se hacía cargo, y en su aguzado estudio «El tolstoismo» llamaba al amor de Tolstoy por los pobres y los desheredados «amor asaz platónico.» Dentro de Rusia, el espíritu penetrante de Mereskowsky, se encargaba de poner las cosas en su punto, y de llamar á Tolstoy hombre débil y sin voluntad, cuyas predicaciones no responden á nada en el terreno de los hechos. La acusación, cortés y benigna en la forma, era en el fondo temible, porque se basaba en los datos de la realidad. No había réplica. En vano, indulgente, el acusador convenía en que «á veces es signo de grandeza el *querer*, hasta si la voluntad no se cumple...» Lo que se desprendía, en resumen, era la impotencia de la voluntad de Tolstoy, sujeto, como cualquier burgués, por su hogar, su esposa, las conveniencias sociales, los hijos..., y condenando todo esto, la familia, la sociedad, la propiedad, la herencia, en libros violentos, que venían á acrecentar su herencia, su propiedad, su posición...

Y amaneció un día en que Tolstoy presintió que la muerte,—para él, desde la adolescencia, obsesión trágica,—se acercaba y aguzaba su hoz en el jardín de Iasnaya Poliana; que iba á llegar, antes que él, el apóstol de las gentes, hubiese hecho, en la práctica, nada que respondiese á la teoría.. Y vino acaso algo más, que no conocemos aún; ese amigo de quien hablan los periódicos, y á quien el hijo de Tolstoy, llama «su ángel malo.» No podemos juzgar de todo ello sino por los hechos, que de la manera más escénica y teatral acaban de desarrollarse: la fuga del anciano á un convento; luego su salida de él, su comenzado viaje, en la plataforma de un tren de tercera, con un frío riguroso; luego, la pneumonía, los últimos instantes, lejos de los suyos, no queriendo recibir á la condesa, á la cual, por poco más, diría la frase consagrada: «Mujer, ¿qué hay entre tú y yo?,» y que no sería sino el comentario de aquella otra, escrita cuando duraba la lucha entre el padre que quiere dejar á sus hijos frente á la necesidad, y la madre que no lo tolera: «La mujer no es nuestra compañera: es nuestro peor enemigo...»

Y así, á la hora suprema, Tolstoy, que no pudo vivir como el pueblo, murió por lo menos de haber sido pueblo unos instantes... Fin muy conforme á sus deseos, muy decorativo para la biografía, y, en suma, noble, porque el acto más sencillo se ennoblece mediante la intención.

La condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La muerte de Tolstoy no se parece á aquella otra muerte que uno de sus personajes, un viejo cosaco, definía así: «Nada; un hombre revienta; le entierran; la hierba brota..., y se acabó.» No, la muerte de Tolstoy es un acontecimiento mundial. En parte, es justísimo que lo sea; en parte, es preciso rebajar algo de la trascendencia que se le otorga. Trataré de explicar estos conceptos.

Importa la muerte de Tolstoy, porque desaparece el primer novelista entre los vivos; porque la literatura pierde una figura elevadísima. No era Tolstoy de los que, al envejecer, descienden de facultades. Sus dos últimas novelas grandes, obra de ancianidad, *La sonata á Kreutzer* y *Resurrección*, superan á las escritas en la edad viril. Si Emilio Zola pudo haber muerto diez años antes de lo que murió, y sería para su fama ventaja notoria, Tolstoy acaso, octogenario, se lleva al sepulcro dos ó tres obras maestras. Y he aquí cómo, desde el punto de vista del arte, hay que lamentar que el viejo santón de Iasnaya Poliana haya pagado el común tributo.

En cuanto al duelo que la humanidad se creyese en el caso de llevar porque Tolstoy era un vidente, un redentor y un fundador de religión nueva y piadosa... Aquí es donde la crítica, sonriente y reflexiva á la vez, tiene que equilibrar sus balanzas de oro, colocar en un platillo al autor de *Ana Karenina*, en otro al autor de *¿Qué hacer?*, y demás libros de propaganda, y comprobar que el único que baja es el primero. Los libros predicadores de Tolstoy, ante un examen serio, no tienen importancia alguna, como no sea á título de curiosidad, para estudiar las evoluciones de un espíritu, que es imposible no calificar de privilegiado.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Navidad ha vuelto. Ha vuelto con sus ostentaciones y derroches gastronómicos, con sus alegrías íntimas, con sus bullangas callejeras. Y, según las clases sociales, así son las manifestaciones externas de estos regocijos, que la tradición ha consagrado.

En un pueblo de provincia conocíamos á cierto señor, solterón, de regular hacienda, y que padecía ó gozaba de una ociosidad inveterada y crónica. No tenía aquel buen convecino absolutamente nada que hacer. Era madrugador. Desde las seis de la mañana, pues á las cinco había dejado las «ociosas plumas,» hurroneaba por la ciudad, metiéndose en las calles y rincones más extraviados y escondidos, á la husma de lo que pasaba. La curiosidad era su único vicio; y lo satisfacía ampliamente, merced á su sistema, pues á tales horas se sorprenden infinitos secretillos que, por otra parte, á nadie importan, á menos que se padezca, como el señor á quien me refiero, el afán de averiguar insignificancias que pueden presumirse.

El señor consabido extraía gran parte de sus informaciones y documentos, mediante el registro de la basura. En el polvero, todas las mañanas, la vida de las familias, sus costumbres, son arrojados á la vía pública. Así es que, por la tarde, en el Casino, el curioso podía asombrar á sus convecinos, diciéndoles con aplomo:

—Hoy, en casa de Landin, han comido pollo asado y melón. Por cierto que el melón les salió malo, como un pepino. No pudieron tragarlo. Era de Valencia. Y las de Bradornes sufrieron un disgusto: se les rompió una taza de porcelana, bien bonita. Pero rota en añicos. ¡Ah! El majadero de Salviada compuso varios sonetos, y ninguno valía un rábano. Por más que tachó, quedaban llenos de ripios... Uno decía: «¡Mi corazón está como las rosas...» ¡Qué gansada!

***

Mil veces se me ha ocurrido que, con una ojeada á los despojos de cocina, el 25 de diciembre, sabríamos la clase social á que pertenecen los que los desecharon. Y nadie afecte un sentimiento de desdén hacia los despojos de cocina: sobre ellos ha construído la ciencia gran parte de sus tinglados prehistóricos. Del hombre de las cavernas, conocemos poco más de lo que revelan sus «polveros» anteriores á este útil artefacto doméstico, y conservados para regocijo de sabios etnólogos como mi amigo el señor Cartailhac, que no creerá tener afinidades con el curioso de mi historia.

Ved ese montón de despojos. A tiro de ballesta se advierte que procede de una cena fastuosa, y posterior á la media noche, puesto que en ella se ha promiscuado y ha dominado la vianda. A tal cena precedería, seguramente, una Misa del gallo, en el oratorio de la elegante residencia. Terminada la misa, las señoras dejarían sus mantillas,—echadas sobre el moño, sin prender,—encima de un mueble, y del brazo de los caballeros, bromeando, pasarían al comedor. La cena y su epílogo durarían hasta las dos de la noche, por lo menos. Y aquí, en el montón de lo que va á ser arrojado á la basura, está en cifra, el *menú*. Los huesos de la *pularda*, los papeles de plata que cubrían las terrinas del *foie gras*, pringosas con la salsa tártara del salmón, las reducidas capsulillas de las guindas en aguardiente glaseadas, y los finos fragmentos de vidrio de la copa en que se libó el Champagne, cuya marca, *Mumm extra dry*, nos muestran las botellas desventradas y vacías. Sobre las botellas sin tripas y el vidrio hecho cascos, como una alegría del placer pasajero, languidecen, empaladas en sus alambritos y envaradas por sus palitroques, las flores que centraron y engalanaron la mesa: mustias violetas rusas, camelias orladas ya de orín, crisantelmos lacios como arañas muertas... Y las conchas de las ostras, al sol de invierno, muestran aún galanos reflejos de nácar. Lo que contiene este polvero aristocrático, valía ayer á la noche, centenares de pesetas...

Otro polvero, más usado, roto á fuerza de servicios, no es menos elocuente. La familia ha cenado á las nueve, probablemente, para que no trasnochen los niños, que están diabólicos y han manifestado la resolución de no acostarse, ni hechos trizas. Se han sentado á la mesa el padre, la madre, los tres barrabases, un primo soltero que ha venido de provincia y echa de menos el hogar, y una amiga que vive sola porque tiene á sus dos hijos empleados, rodando por ahí. La cena ha sido una mezcla de melancolías y momentos gratos. Se ha recordado á los ausentes, se han alabado los platos, (lo cual es enteramente mesocrático y cursi, entre paréntesis sea dicho, pues el buen tono impone la ley de no comentar la comida, de charlar de cualquiera otra cosa, mientras se masca). Hasta se ha aplaudido al besugo, tan orondo, con sus ruedecillas de limón que le mechan la carne blanca, tersa y jugosa. Y el alborozo ha subido de punto con una botella de Champagne también, pero de marca barata y nacional, que el dueño de la casa ha traído para sorprender, debajo de la pañosa... Y allí aparece todo, en el polvero: una zambomba rota, de los chiquillos, las raspas del besugo con los cuarterones de limón estrujados, el envase del Champagne, las cáscaras de la almendra que se molió para la sopa, los troncheos de la coliflor... Los de la cena tardía no han comido más sabrosamente que estos burgueses, para quienes la suculencia del fresco pez del Cantábrico—un horror de caro, ¡seis pesetas!, ¡cómo se aprovechan los pescadores!,—constituye un extraordinario gastronómico...

Y he aquí, en una cesta desportillada, los residuos de una cena pobre. ¿Residuos? Eso indicaría que hubo sobras; y ¡qué más se quisiera! Un poco de ceniza; dos hojas magulladas de verdura; las espinas de un pescado en escabeche; unas cáscaras de nueces; es cuanto sobró de la mísera refracción de Noche Buena. Sus botellas no faltan en el polvero, pero es el roto envase del azulado vinazo de la taberna... Y asusta ver que las botellas son tres, para un solo día, y que todas se han hecho tiestos... ¿Qué escena habrá presenciado la humilde bohardilla, donde se bebe y no se come á proporción?

***

Entre estas tres clases sociales, la que cena salmón y *foie gras*, la que permanece fiel al besugo; la que apenas puede saciarse de judías y atún de rueda, hay un sin fin de matices y gradaciones, porque las clases sociales no se encuentran tan destacadas y definidas. Entre la gente del pueblo hay mucha que cena opíparamente, en la Noche clásica. Cada día, por otra parte, puede el pueblo cenar y comer mejor. Los salarios han subido en diez años, hasta casi duplicarse, y los forjadores que no ha mucho comprometieron la prosperidad de Ferrol con una huelga, ganan sesenta duros al mes. Con sesenta duros, un obrero es mucho más rico que un burgués que goza un sueldo de seis mil pesetas, y cuenta que este sueldo figura entre los magnos. Ese burgués, si tiene dos hijas, gasta cuarenta duros en sombreros de velador para ellas, y cien, lo menos, en el resto de la *toilette*. Su mujer no puede ir á la compra: no es decoroso. No puede hacer la cocina: no ha sido educada para eso. No ha de fregar los suelos: ¿quién tal imagina? Así es que el obrero, cuando llega una noche de fiesta y holgorio, está en situación de permitirse más lujos y de refocilar su panza, mientras el burgués ha de apretarla y escurrirla, para no desdecir de «su clase» en los demás gastos que la sociedad le impone...

***

Y este es un tremendo problema que acabamos de rozar, de pasada. Los recientes aumentos de sueldos que se han debatido en el Congreso, lo demuestran. Curas párrocos que cobran quinientas pesetas al año; maestros de escuela con setecientas, (ahora con mil); son infinitamente más proletarios que los albañiles, herreros, carpinteros y pintores. Un carpintero mediano gana cinco pesetas de jornal. Con una blusa y unas alpargatas, listo. Con un cocido y unas sopas de ajo, perfectamente alimentado, pues ambas cosas son sanísimas y, al menos para mí, de excelente sabor, si la mano que las confecciona no yerra el punto. Ninguna exigencia, ninguna concesión al decoro social. Su decoro consiste en la bombilla del bien. Si no hubiese por el mundo *cines*, teatruchos, cafés, reuniones políticas que acaban en copeo; si los obreros economizasen, vivirían, (dentro de su esfera, y así debemos vivir todos), bastante holgadamente. Como empleo numerosos operarios en el campo, he podido observar que la plaga del tedio, el ansia de goces (de los goces que están á su alcance) es su peor enemigo. Muchos obreros jóvenes españoles, se parecen exactamente á muchos señoritos españoles también. Se levantan pensando cómo le romperán la crisma á un duro. La diferencia está en que los señoritos se lo piden á sus papás, y el obrero se lo ha ganado la víspera, sudando más ó menos. Claro es que, en estricta moral, tiene doble derecho á gastarlo el que lo ha ganado. Lo único que sucede es que ambos, el que lo gana y el que no lo gana, se encuentran sin él cuando lo tiran, y, además, les queda en el cuerpo, al uno y al otro, el daño del feo hábito adquirido, del exceso cometido, del tiempo derrochado, del dinero que, pudiendo asegurar algo la dicha, da tranquilidad por lo menos, va á aumentar el peculio del tabernero y del amo de la casa de mal vivir...

***

Quizás parezcan ociosas estas disquisiciones; pero realmente, hoy que se le pregunta al rico, con insistencia, qué hace de su capital, no veo por qué no se tan conveniente á la sociedad que se pregunte al trabajador cómo invierte el fruto de su trabajo. Acaso lo segundo sea más interesante que lo primero. La riqueza es la excepción; las clases laboriosas son la inmensa mayoría. Si se establece que cada cual es dueño de disponer, como le plazca, de su hacienda poca ó mucha, entonces no hay discusión, y el que compra un perrito que vale doce mil francos y le planta un collar de treinta mil, es tan libre (moralmente hablando, aquí no se trata de las leyes), como el albañil que en vez de entregar la semana á su mujer para que las criaturas coman y anden abrigadas va á dejar su jornal en el «establecimiento» ó en el tupi. Sin género de duda, el hecho del albañil es dolablemente perjudicial para los seres humanos á quienes debe mayores respetos y más eficaz cariño y protección. Un millonario que adorna y enjoya á su esposa, no deja por eso sin sustento á su familia.

Todo esto me lo ha sugerido el episodio de los sueldos aumentados. Por poco que sea ese aumento representa la cena de Navidad; una cena más gorda, sazonada con la esperanza y el respiro en medio de los abogos cuotidianos. En cambio, las dietas de los diputados no han prevalecido. A la verdad, parecía algo de gollería, y perdónenme los padres de la patria. Hay puñaladas por un distrito; ¿qué no habrá el día en que se añada ese confite al servicio, ya tan sabroso? En cambio—puesto que de confitería se trata,—parece que les han quitado los caramelitos. Este castigo ó supresión no afligirá á los diputados: la pena la pagan las señoras que asisten á las tribunas, asaz incómodas. Si tenían por abajo amigos, á poco de haberse sentado y trocar el saludo y la sonrisa, empezaban á llover cartuchitos, que los ujieres presentaban en una bandeja murmurando en tono respetuoso:

—De parte del señor Presidente... De parte del Sr. X ó el Sr. B...

Ahora, en cambio, les van á dar de almorzar á catorce reales, con la diferencia de los caramelos por subvención. En un arreglo doméstico, en perjuicio de la galantería, y ya veremos si en ventaja del estómago.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me asocio á los lamentos de Jacinto Benavente en el *Imparcial*, acerca de las formas que adquiere aquí la admiración, ó por lo menos la celebridad, y la curiosa idea que se tiene de las facultades mentales de aquellos á quienes se admira.

No es ahora, aun cuando ahora lo exteriorizo nuevamente bajo la impresión del artículo á que aludo, el momento en que se me ocurre que aquí, el haber escrito algo que ha gustado ó que ha fijado la atención de nuestros contemporáneos, es como un diploma de estupidez, en el resto de las relaciones de la vida.

La gente establece una separación: sois muy apto, quién lo duda, para eso, para crear el libro, la novela, el cuento, el drama; pero sois más tonto que un higo de uvas, para lo que cualquier tonto quizás no lo sea. Se os puede engañar como á un chino, llevar de la nariz como á un bolonio, dar toda clase de timos como á un paleto, y, además, por el hecho de haber entregado á las prensas un parto de vuestro ingenio, estáis obligados, perpetuamente, á convertiros en consejeros, guías, protectores, salvadores, banqueros y agentes de negocios de toda la especie humana, ó al menos de una gran parte.

Porque tenéis vuestras ideas propias, se empeñan en que recojáis, patrocinéis y realicéis las ajenas; porque tenéis llena la vida con vuestra labor y vuestro interés, suponen que vuestro tiempo no os pertenece, sino á quien lo quiera usufructuar; porque vuestro trabajo os produce una pequeña cantidad de dinero, entienden que debéis repartirlo con quien se acerque á vuestra puerta gimiendo necesidades verdaderas ó ficticias; y, porque en el ejercicio de vuestra profesión literaria habéis conocido á este ó aquel personaje, dan por hecho que habéis de emplear, colocar y favorecer á todo el que os lo pide, sin más títulos que su antojo.

Benavente dice que no está dispuesto á creer en ninguna protesta de admiración, como no la acompañe un billete de mil pesetas. Sin ir tan lejos como el célebre dramaturgo, declaro que no creo, ni creería aunque fuese mucho más cándida de lo que soy, en la admiración que pide destinos, dinero ó cosa que lo valga.

Tiene Benavente más razón que un santo: los admiradores deben hacernos grata la vida, en vez de amargárnosla con molestias y exigencias y queriendo sacarnos el jugo. Y si la admiración adopta esta forma, sin género de duda hay que exclamar, con el autor de *Los intereses creados*, que vaya enhoramala.

Yo no sé lo que sucederá en los países del Norte donde los escritores, después de su muerte, tienen quien siembre grano sobre su tumba, para que acudan á ella las avecillas; aquí son los gorriones los que, en vida, quieren comerse á las águilas,—y conste que lo de águila no lo digo por mí, sino por D. Jacinto.

El correo os trae, generalmente, por cada dos cartas que responden, no digamos á admiración, pero siquiera á interés literario, á algo de simpatía por lo que se piensa ó se escribe, ocho ó diez de peticiones. Las cartas urgentes lo son siempre..., para el que las envía. Puede aplicárseles la anécdota que se refería de D. Ramón María Narváez, duque de Valencia.

Cuando este prócer ocupaba la poltrona presidencial, seguíale á todas partes, como su sombra, un obstinado pedigüeño. Escuálido, sombrero en mano, vestido con penuria, el postulante se presentaba á la puerta de todos los edificios donde sabía que el presidente del Consejo de Ministros por fuerza había de entrar. Y, apenas se apeaba D. Ramón del coche, tenía que desviar á aquel mosca, que repetía en tono plañidero:

—¡Señor! Juan Pancorvo, cesante, casado, con siete hijos...

A fuerza de sufrir el acoso, acabó el presidente por habituarse, y ni aun alzaba los hombros cuando resonaba la salmodia. Entonces, el postulante adoptó otra táctica. En vez de intervenir en la vida oficial de D. Ramón, se dedicó á estorbarle en la privada. Siempre que el presidente, buscando el incógnito é impulsado por su condición de *vert-galant*, se deslizaba furtivo hacia alguna calle donde moraba alguna dama hermosa, no enteramente dueña de su persona y á la cual no se debía comprometer, detrás del general iba la silueta grotesca del cesante, y, al revolver de la esquina, surgía con la cancamurria habitual:

—¡Señor!, Juan Pancorvo...

Narváez, como nadie ignora, tenía poco de sufrido. Dió una orden á la policía, y la historia no refiere si Juan Pancorvo recibió en las costillas alguna advertencia saludable. El cesante era de los que profesan la máxima: «Da, pero escucha,» y no renunció á su empeño, antes buscó una treta para llegar á su fin.

Una noche, dormía Narváez como un bendito, cuando le despertó su ayuda de cámara, despavorido, pidiendo perdón y alegando que estaba allí un individuo que quería revelar al presidente del Consejo una cosa urgentísima y de suma importancia.

Narváez gruñó, pero no reprobó la conducta del criado. Se hablaba mucho, aquellos días, de peligrosas conspiraciones, de complots tenebrosos contra la vida de la reina y de Narváez mismo. Los carbonarios italianos podían haberse entendido en Madrid con los «eternos enemigos del orden...» Y, como el duque era bravo, ni se le ocurrió un momento que tampoco la prudencia aconsejaba recibir, á las tres de la madrugada, á un desconocido. Ordenó que subiese el que fuera.

Sabida la fogosidad y el geniazo de aquel hombre ilustre, tampoco habrá que decir cuáles fueron los vocablos que disparó al escuchar el consabido:

—¡Señor!, Juan Pancorvo...

—So sinvergüenza, gritó Narváez dándole un empellón, no sé como no le mato... ¿Era esta la urgencia, la importancia que usted traía?

—¿Señor, repuso el infeliz, medio arrodillado, y le parece á vuecencia poco urgente que yo me muera de hambre?

Acabó el duque por reirse, mal de su grado, ante la ridícula aventura, y, por quitarse de encima á Juan Pancorvo..., le dió una buena breva... Claro es que á cada cual le urge lo que le urge. Sólo que el clásico cesante, que acabó por triunfar de D. Ramón, al menos no le representó la comedia de la admiración profunda.

Esta comedia, que indigna á Benavente, es descorazonadora, pero además, es pueril. No me parece fácil que ni aun los novatos traguen ese anzuelo. Y sin embargo, nos lo presentan todos los días, á los perros viejos del oficio.

En Carnavales, en Navidades, el día del santo, las murgas y tunas nos ofrecen serenatas..., si las queremos pagar; serenatas admirativas, que salgan de nuestro bolsillo; auto-serenatas, en fin. Desde países lejanos—y realmente, desde presidios españoles—nos quieren dar el timo del entierro,—¡á nosotros, novelistas, maestros en la invención!—Casos aislados de intentar sorprender nuestra mala fe, se podrían referir muchos y muy divertidos. Citas para sitios donde se nos ha de revelar un gran secreto, ofrecimientos de participación en espléndidos negocios, revelaciones sensacionales, en resumen, ¡toda la lira!

¡Y algo más humillante! Insinuaciones de mal género por obtención de cargos, lo mismo que si fuésemos la célebre doña Inés, la que vendía las gracias y favores de un monarca... ¡Miseria, miseria!, habría que repetir, aun en medio de cierta compasión que involuntariamente infunden estos *admiradores*...

En cierta ocasión, hubo uno, persona para mí absolutamente desconocida, y penado por asesinato, el cual, enviándome un *factum* de su historia, me anunció que, teniendo una hija que iba á quedarse sola en el mundo, me la remitiría para que le sirviese de madre. Al anuncio acompañaba el retrato de la niña. No se trataba de que yo la protegiese, la colocase en un colegio de los que sostiene la caridad, ni cosa parecida: el caso era que la criatura había de habitar en mi casa, con mis hijos, como uno más, y hemos concluído. La carta terminaba así. «Esto, que para usted es tan fácil, para mí representaría un beneficio inmenso.»

Yo me figuro que no se me tachará de descortés, ni cosa que lo valga, si digo que dejo la inmensa mayoría de estas postulaciones sin respuesta. Es buena educación el contestar á los que nos escriben; convenido. Sólo que, por cima de la buena educación, está la necesidad. Y á lo imposible, dicen los escolásticos, no está obligado nadie.

Ya se huelen los corresponsales que algo así puede suceder, y se previenen, ó incluyendo papeles que exigen devolución, ó anunciando un giro contra nosotros, por la suma con que entienden que estamos obligados á contribuir. En fin, que no hay estratagema á que no recurran estos demonios de admiradores.

Debe de haber, ó mejor dicho hay, mucha gente necesitada. Las causas de un estado social en que tantos procuran vivir á cuenta de otros, serán de cierto complicadas y atañerán á la economía política y á otras ciencias. No sé si es que el trabajo anda mal retribuído—me inclino á creer que las retribuciones son, en general, suficientes—ó que no se trabaja, ó que no se sabe vivir con lo que se gana, ó que se prefiere emplear arbitrios y esperar del azar lo que no da el sudor... Es lo positivo que, según voces cada día confirmadas, la miseria es espantosa, y no hay caridad, no hay beneficencia, no hay socorros que llenen su abismo.

El actual gobernador de Madrid, Fernández Latorre, que anunció que se proponía extinguir la mendicidad, parece ya fracasado en su intento, á pesar de disponer según leo hoy en la prensa, de cuantiosos donativos y de ropas que la reina le facilitó. En las calles no hemos dejado de sufrir el asedio de los mendigos, vergüenza de Madrid. Todo se ha quedado, lo mismo que otras veces, en aparatosos planes, sin fruto. ¿Será realmente imposible limpiar á la corte de esta roña? ¿Cómo hicieron en Sevilla, donde se ha conseguido?

Realmente, el estado de ánimo de una persona buena y caritativa, ante estos fracasos continuos, ante lo estéril de las contribuciones voluntarias á la acción oficial, es contradictorio. De una parte, le dicen, que no dé limosna en la calle; que ese óbolo que había de soltar en la diestra de algún borracho ó de algún simulador, lo consagre á auxiliar los esfuerzos de alcaldes y gobernadores. Por otro lado, ve que estos esfuerzos nada remedian y á nada conducen. Y he aquí que no se sabe qué hacer, ni á qué carta quedarse. El que da, quiere efectos positivos de lo que ha dado. De otro modo, la desconfianza surge. Se supone que los donativos se emplean más bien en crear plazas retribuídas para ejercer otro género de beneficencia con amigos y correligionarios, que en atender á lo esencial del programa. Y aunque esto no sea verdad, el que se lo imaginen basta para enfriar completamente los impresionables ánimos.

La única solución que entonces se presenta, es la del individualismo; la solución anárquica, antisocial, que se adopta en los países mal administrados, donde lo oficial no inspira nunca tranquilidad bastante. Y esta solución consiste en que cada cual, por su parte, hace lo que puede, protege, en el límite de sus medios y su voluntad, á los pobres que conoce y que sabe que no son industriales de la mendicidad, como los que en la calle no nos dejan vivir ni cambiar cuatro palabras con un amigo.

Es lástima que no se pueda llegar á arreglar este asunto de un modo eficaz. Por que el pueblo de Madrid es caritativo, da con generosa rapidez y siempre se halla dispuesto, no sólo á prodigar el metálico, sino á interesarse en la suerte de los desheredados y mendigos. La mendicidad no ha llegado jamás á ser antipática al madrileño. La ha aceptado con buen humor español, con festiva calma, con una piedad, no romántica ni mística al estilo ruso, sino rebosando la alegre indulgencia que aquí se ha manifestado para los pícaros y para el hampa. Cada pueblo tiene su psicología; la nuestra no es excesivamente sentimental. No por eso hay que creer que seamos peores que otros.

Ha sido necesario que la mendicidad adquiriese las proporciones de verdadera plaga para que se alzase una protesta contra ella. Si se hubiese contenido en límites moderados, un encogimiento de hombros y la mano alargando la moneda hubiese sido el comentario único. Adquirió proporciones alarmantes la reunión del pordioseo callejero y del sableo á domicilio, y acabaron por impacientarse los más tranquilos y fatalistas habitantes de la villa y corte. Resonó la frase desesperada: «Esto no es vivir.» Y los alcaldes, los gobernadores, las señoras, Palacio, convinieron en que era preciso intentar algo, poner dique á la marea...

No es tan fácil hinchar un perro, que dijo el loco de Cervantes. Y aquí estamos, en mitad del invierno, con la batalla perdida, con los pobres en racimo tan pronto como pisamos la calle, con el buzón atestado de cartas que postulan, con un incesante grito en los oídos que repite—¡Miseria, miseria!,—y acordándonos, involuntariamente, de aquel tiempo en que el pueblo cantaba:

«Id, pobres, á San Francisco
sin recelo á pedir pan,
que en cinco puertas lo dan...»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Carolina Coronado había desaparecido mucho tiempo antes de morir. Su retiro y su expatriación voluntaria, eran causa de que rara vez sonase su nombre. Pertenecía á la generación romántica, en la cual brilló un momento al lado de su paisano y conciudadano Espronceda. Inmediatamente después del romanticismo, comenzó para la Coronado la penumbra, aun cuando siguiese escribiendo.

Cuando apareció en escena, allá por los años en que la poesía volaba y triunfaba, Carolina Coronado era muy bonita. El retrato que la representa en la florida edad de diez y ocho, merece inspirar á un pintor. No es menos atractivo, aunque ya la poetisa contase veintitantos, el que publicó *La risa* y la representa con el peinado en tirabuzones, el corpino picudo y la falda de volantes, atavío tantas veces reproducido por el lápiz de Gavarni, en sus escenas parisienses.

Yo no llegué nunca á conocer personalmente á Carolina Coronado. Alguna de las veces que fuí á Portugal, gustosa hubiese intentado saludarla, con el respeto que merecen la inspiración, la edad, los recuerdos y los grandes dolores. Me lo impidió una circunstancia. Al confiarme, años hace, la que era entonces reina regente, doña Cristina de Hapsburgo, la gestión de reunir ejemplares del trabajo y la labor femenina española para remitir á la Exposición de Filadelfia, procuré reunir libros de autoras españolas, y entre ellos incluí las poesías y varias obras en prosa de Carolina Coronado. La lista apareció en los diarios. Todo ello se hizo con premura, como suele hacerse aquí este género de diligencias. No había tiempo de consultar ni parecía necesario. Y la Coronado salió de su silencio y de su alejamiento del mundo, para enviar á *La Época* una carta censurando severamente mi conducta, al permitirme enviar sus libros á una Exposición Universal. No se quejaba de que se hubiese hecho sin su conocimiento, sino de que se hubiese hecho. La carta respiraba enojo. Era evidente que la ilustre poetisa se creía agraviada.

Yo tenía la conciencia de que, si hubiese omitido contar con su nombre, sería cuando debiera darse por sentida; yo tenía la conciencia de haber procedido bien y honradamente. Pero hay que respetar las ideas de las personas que han entrado en la ancianidad. En cuanto á saludarla en Mitra, resolví no intentarlo siquiera.

En Santiago de Galicia, hay otro recuerdo de la vida de Carolina Coronado. Un día, viviendo aún su marido, que la acompañaba, la poetisa extremeña fué á arrodillarse ante el Apóstol. Dicen que cumplían un voto, por la salud de una hija. Los dos esposos, tristes, vestidos severamente, llamaron la atención en el pueblo. No me ha sido posible fijar la fecha de este piadoso viaje.

Tampoco creo que esté bien estudiada la biografía sentimental de la Coronado. Aquel amor que la inspiró tan bellas estrofas, no es el mismo amor conyugal que la recluyó en Mitra, llorando á un muerto. El novio de la juventud también parece haber sido arrebatado tempranamente. Todo esto es vago, quizás aparezca quien lo estudie. Lo único cierto es que Carolina Coronado fué un poeta del amor, y quedan de ella algunas canciones que no morirán.

La pluma del Padre Coloma ha evocado, estos días, otra figura de mujer eminente en las letras. Fernán Caballero, si atendiésemos á la fecha de su nacimiento, pertenece á una generación anterior á la de Carolina Coronado; pero, como los escritores nacen el día en que los conoce el público, Fernán, que no dió á luz sus novelas hasta muy tarde, es más joven que la poetisa de Almendralejo, y, mientras ésta pertenece de lleno al romanticismo, Fernán inicia el realismo español en la novela.

El libro del Padre Coloma es un tributo de cariño á la memoria de la que fué amiga y maestra para él; de la anciana venerada y admirada por el joven escritor que hacía sus primeras armas entonces. Con el atractivo que siempre posee la pluma del ilustre jesuíta, está narrada la biografía de Cecilia Bohl de Faber, sus antecedentes de familia, y descrito el ambiente en que se desarrolló su talento y en que corrieron las horas de su larga existencia.

El Padre Coloma, no cabe dudarlo, ha sufrido intensamente la influencia de la manera peculiar de Fernán. Ciertas cualidades del estilo y ciertas maneras de considerar la vida y el mundo, que son, á la vez, cristianas y cultas socialmente, las ha recogido el discípulo, sin esfuerzo, porque hay evidente conformidad de almas, simpatías visibles, de ésas que la historia literaria registra frecuentemente.

La derechura del pensamiento, el fin ejemplar y moralizador, la bondad y el buen humor, son condiciones que se destacan en la literatura de Fernán y en la de su biógrafo. Si algunas páginas más crueles de *Pequeñeces* pareciesen desmentir este aserto, recordemos otras páginas bravas de *La Gaviota* que, en un momento dado, alarmaron á los timoratos y les arrancaron protestas. Ni Fernán, ni el Padre Coloma, escriben siempre al agua de rosas: los que lo dicen, juzgan tal vez por una narración suelta ó un cuentecillo. El autor de *Pequeñeces* ha solido ser motejado, al contrario, de crudeza; como, á su hora, lo fué la novelista andaluza. Ni el uno ni el otro pueden, sin embargo, figurar entre los pesimistas; son sólo retratistas de unas costumbres que gracias á ellos quedan documentadas para la historia futura.

Las novelas de Fernán encierran mucho elemento autobiográfico, envuelto en ficción. *Clemencia* es la autora misma, la gente que la rodeó, su primer matrimonio, aquel episodio de la apuesta, en que un corazón es lo que se juega; la breve unión conyugal en que sólo hubo sufrimiento y que, con no menor rapidez que había sido tratada y realizada, desató la muerte. El abad de Villamarta, era el padre de Cecilia, y los consejos que daba á *Clemencia*, los mismos que salieron de los labios paternales. ¿Quién duda que todo esto, que sucedió, es acaso más real que *La taberna, Germinal* ó *Madama Bovary*? Hay que repetir, como el poeta:

Le coeur humain de qui? Le coeur humain de quoi?
Quand le diable y servait, j'ai mon coeur humain, moi!

En efecto, el autor que relata su propia vida, refiriendo sucesos de que fué protagonista, ó testigo ocular, ¿no es un realista sincero? Sin género de duda. Fernán incurre en digresiones, se aleja á veces del asunto, intercala párrafos que no reflejan lo vivido, sino las opiniones particulares de la autora; pero cuando narra su juventud, ó retrata á los que conoció, ó pinta los lugares y las gentes, arrancando de la rica cantera popular tipos bellos y enérgicos ¿se pide mayor dosis de verdad?

Como en las novelas del Padre Coloma, en las de Fernán han solido aplicarse nombres á los personajes. Así es que *Elia, Clemencia, La Gaviota, Lágrimas, Un verano en Bornos*, aunque perdiesen todo otro interés, conservarían siempre el encanto de los retratos antiguos.

El nuevo libro del Padre Coloma correrá lo mismo que una novela, como corrió aquel *Jeromín* que dibujaba la figura de D. Juan de Austria, y como correrá la biografía de Cisneros que prepara el Padre. El don de la amenidad, la gracia sin pedantería, la sonrisa iluminando los rincones de la narración, un sentido apacible, natural y castizo del vivir, hacen que estos libros, leídos con placer por la gente machucha, lo sean, con mayor encanto aún, por la juventud, que apenas tiene, en España, quien para ella escriba y piense. Y, si bien se mira, juventud apenas la hay. Uno de los males de la raza es el paso sin transición de niños á hombres.

En Inglaterra, en los países del Norte, donde la adolescencia se prolonga más que aquí, existe una literatura más rica para muchachos y muchachas. Aquí, es embarazoso elegir lecturas para niñas menores de veinte años. En cuanto á los chicos, resuelven el problema leyendo lo primero que encuentran.

Los periódicos se ocupan mucho estos días de la enfermedad del insigne pensador y escritor Joaquín Costa. Esta enfermedad, por desgracia, es muy antigua; le ha sorprendido en pleno vigor, en lo mejor de su carrera intelectual; ha cortado su porvenir y no empleo la palabra *porvenir* en el sentido arrivista que hoy se le da, sino en otro muy elevado, porque el porvenir de hombre como Costa, en las naciones, va estrechamente unido al de la nación misma. La enfermedad terrible, una mielitis, con atrofia muscular progresiva, no logró, sin embargo, dominar completamente las energías de un temperamento y una complexión privilegiada. Enfermo, sufriendo crueles dolores, Costa ha trabajado y ha escrito sin reposo. El mal ha respetado el vigoroso cerebro.

Cuando ví á Costa por primera vez, fué en una conferencia del Ateneo de Madrid. Hablaba de nuestro problema de África, por cierto. Me sorprendió justamente el aspecto de salud, de robustez, que le caracterizaba. Había realmente algo de leonino en su cara y en su torso ancho, recio, casi hercúleo. Aquel hombre no parecía nacido para la labor pacífica del bufete y del escritorio, sino para las luchas en campo abierto y con las armas en la mano. Se echaba de menos el uniforme, el caballo, la lanza; hasta la cota de mallas y el yelmo le hubiesen caído bien.

Su voz era varonil y timbrada, sus ojos llenos de fuego, su gesto, persuasivo, no por la inteligencia, sino por el valiente arranque. Todo esto lo aniquila un padecimiento de los más crueles, y cuyas causas no están definidas aún; un padecimiento que ataca á los hombres gastados por los excesos, como á los que han trabajado con la inteligencia. ¡La mielitis! Años después, viniendo Costa á visitarme, la figura melancólica de Oscar Alving, el protagonista del aterrador drama de Ibsen, *Espectros*, cruzó ante mis ojos... Como él, Costa no podía apoyar los pies en el suelo; el suelo se negaba á darles asiento firme. Aquel andar, incierto, blando, aquel avance temeroso, eran los del desventurado héroe del drama; pero las causas no eran las mismas. Alving, al lado de la enfermedad, lleva el desenfreno de los apetitos, la herencia maldita de los desórdenes paternales. Costa llevaba su labor de intelectual, quizás la incompatibilidad del sedentarismo con el empuje de una organización que pedía ejercicio físico y aire puro no usado para los amplios pulmones... Al sostenerle con mi brazo para que caminase sin riesgo por el encendido piso, sentía infinita pena, viendo sujeto á tal achaque á persona tan por encima del vulgo, (aun incluyendo entre el vulgo á no pocos que pasan por notabilidades...) Y desde aquella ocasión en que recibí la grata y triste visita, no volví á ver al ilustre Costa. Supe que la enfermedad seguía su curso. Supe la retirada á Graus. Alguna vez me llegaron sus letras. Todavía el año pasado cruzamos correspondencia á propósito de la guerra de Melilla. Porque el lazo de simpatía que á Costa me unió, fué una gran intensidad de patriotismo. Podíamos diferir en los medios ó formas de demostrarlo y ejercitarlo; no podíamos en el sentimiento profundo, arraigado, que los dos cultivábamos y guardábamos en el alma.

Costa, más que un político, ha sido siempre un patriota. Su política fué brote de su patriotismo, exaltado por el desastre de 1898. Aquella fecha luctuosa abrió en él, como en mí, surco hondo. Entonces Costa habló de echar llaves al sepulcro del Cid, y yo escribí las frases eleyenda dorada y leyenda negra» que tanto curso han obtenido.

Lo mismo que Costa, he padecido lo que el llamó «rabioso afán de tener patria» y he mirado como accesorio lo demás. He aquí por qué un afecto, independiente de toda comunidad de ideas políticas ó sociales, me ha hecho recordar y respetar siempre al solitario de Graus, y me mueve á desear que logre alivio en su dolencia, la cual hubiese estado mejor empleada en tantos como no sienten hacia España devoción ni ternura. El espíritu de Costa, profundamente castizo, revelado en libros de sumo interés, debiera poder trasladarse á un cuerpo sano. ¡Quién poseyese la facultad de sanar á los que valen, de rescatar esas privilegiadas cabezas!

Como la de Costa permanece firme, en medio de la postración del organismo, me he enterado de que lee, en la cama, los diarios, y me ha causado impresión dolorosa que en ellos haya podido ver anunciados desenlaces fatales para su mal. La enfermedad de Costa es de las que engañan; su desarrollo, muy lento. Paralizado y en la cama, vivió largos años otro hombre muy notable, el insigne médico Pérez Costales, que acaba de morir en la Coruña. Es fácil que, con la primavera próxima ya, un alivio se inicie, y Costa pueda terminar la obra á que viene dedicándose, y que por ser suya, ha de contener páginas muy dignas de admiración. A la hora en que escribo estos renglones, alimento la esperanza de una mejoría en la salud de Costa. Si los anhelos de la amistad fuesen eficaces, el insigne aragonés llegaría á los cien años. Dios lo quiera.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Debo decir, en honor de la verdad, que ya no abundan tanto los mendigos por las calles de la villa y corte. Más de la mitad ha desaparecido. Algo es algo. En estas cuestiones, todo es empezar.

Quedan aún no pocos hampones sin recoger. Todavía surgen, asaltan, dispuestos á emprender la fuga si se les habla de asilamiento. En mis últimos *flâneos* por las calles de la capital he encontrado aún infinitos ejemplares de los varios tipos clásicos de la mendicidad callejera. Niños tan chiquitos que apenas se les ve; viejas tan caducas que parecen reducirse á polvo; pícaros con brazos secos y ciegos de buena vista; mozallones sin oficio y golfos descamisados, continúan saliendo de cada esquina, como sabandijas, para aprovechar la buena ocasión que ahora se les ofrece, ya que han desaparecido tantos de sus rivales y competidores, y la sabrosa limosna toca á más y á menos.

Porque es preciso reconocerlo explícitamente; en Madrid, la mendicidad, sin dejar de ser una manifestación de la miseria, de las pésimas condiciones económicas sociales, es, en realidad, una industria. Industria organizada, con sus tretas, su escenografía, sus efectismos, sus artes y mañas, sus peculiares estilos de estrategia y táctica, y, en suma, su constitución más sólida acaso que la de otras formas de industrialismo, que se encuentran hoy en decadencia lastimosa.

Mientras las tiendas de Madrid se quejan de la fatal época que atraviesan, tiempo de penuria y de vacío, la industria mendicante no tiene *cebolla*.

Para los hampones no hay cuesta de Enero. Al contrario, el frío, estimulando la compasión, es uno de sus poderosos auxiliares. El que cruza por una calle, en una de esas tardes rigurosas en que el Guadarrama afeita, siente piedad, al subirse el cuello del gabán ó cebirse la pañosa, del que ve enseñando las carnes por un desgarrón. Y de noche, á la salida de los cafés y de los teatros, el que se dirige en busca de su caliente lecho, se ablanda ante los acurrucados en el quicio de una puerta, como dispuestos á dormir allí, al abrigo de las piedras.

Y puesto que he citado al comercio, cuya situación realmente no es próspera, se me ocurre que, en gran parte, la falta de iniciativa de este comercio podrá contribuir, no sólo á su malestar, sino al malestar de mucha gente, de las clases más necesitadas, de las realmente trabajadoras. En Madrid, el comercio ha aceptado la *cebolla* como una necesidad ineludible; se ha avenido á que, mucha parte del año, ni se venda, ni se prepare lo necesario para la venta futura. Yo he pensado mil veces que debiera hacerse exactamente lo contrario de lo que se hace; es decir, que convendría aprovechar lo que en Francia se llama *morte saison*, para tener abundancia de material dispuesto, en buenas condiciones, cuando llega el período de la venta. Comprendo que el patrono busque su propia ventaja, que es al cabo lo que hace todo el mundo, y que saque partido de las vacaciones para encontrar operarios baratos. Mejor es abaratar los salarios, que poner en la calle á los que en momentos de apuro se emplea, y que, á su vez, tendrán mayores exigencias cuando saben que son necesarios.

De esta costumbre de preparatio todo aprisa, se origina la especie de retraso con que salen á luz, en Madrid, los artículos de estación, causa muchas veces de que, en vez de surtirse aquí, parte del vecindario encargue á París, á Biarritz, á Bayona. No puede Madrid sostener la competencia, entre otras razones, por llegar siempre tarde. En París, donde los artículos de invierno se preparan en el rigor del verano, y son junio y julio los meses en que se cose en piel, el surtido se halla pronto en septiembre, y la venta empieza con brío desde los primeros días de octubre. Si en Madrid pedís en octubre un sombrero de invierno, un boa de novedad, un tejido grueso, generalmente contestan que lo están esperando de un momento á otro. Rara vez madruga este comercio, tardío en la presentación del género, á menos que saque á relucir lo que quedó del año pasado.

Aquí no hay ese sistema tan francés de saldar con rebaja, á fin de temporada, los artículos de fantasía que no corrieron. Al año siguiente, se reexhiben los refritos, y los reconocemos las mujeres, que para eso tenemos muy buena vista, y naturalmente, no los compramos. Los saldistas acaban por encargarse de ellos, desflorados y anticuados ya. Fuera mejor liquidarlos en tiempo; pero la idea de que la mercancía *defraichie* vale menos y hay que soltarla en condiciones que tienten y compensen, no ha llegado á abrirse camino en las tiendas de Madrid. Si entráis en alguna de ellas y entabláis conversación, todo son lamentaciones acerca del poco patriotismo de las damas españolas, que prefieren encargar al extranjero ó traérselo cuando salen de viaje. Por mucho que fuese el patriotismo de las damas, esto sucedería, en atención á que el género que en Madrid suele aparecer en escaparates y anaqueleríias, de Francia viene también; cuando viene de Cataluña, los comerciantes lo dan por parisiense; así es que la única diferencia entre traerlo de fuera ó comprarlo en Madrid, sería la ganancia del intermediario. El problema, sólo pudiera resolverlo el intermediario mismo, colocándose al nivel de Francia. A esto no se ha llegado, ni veo trazas de que se llegue tan pronto.

Las tiendas de Madrid, en vez de remozarse, parecen adquirir, con la mala temporada, un aspecto revejo; en vez de animarse, languidecen; en vez de dar facilidades, dificultan el despacho, cerrando á horas del día en que por un orden natural pierden ocasiones; y hay hasta algunas tiendas—no sólo de tejidos y novedades, sino de otros varios artículos—que se resisten á enviar el género á casa del comprador, así como hay otras—¡horripilense los franceses!,—donde no se dan muestras.

Cada cual vende como le place, ello es evidente; pero no deben extrañar los comerciantes que el público, mal acostumbrado á mimos y zalamerías en otros países, los exija también en Madrid. Toda tentativa de abaratamiento (aparente ó real); toda facilidad concedida, en una ó en otra forma, encuentra eco en el público, que responde inmediatamente á estas atenciones, y se deja embelesar por ellas. Yo no quiero dar á entender que todo el comercio de Madrid carezca del espíritu de actividad que presta tanta vida al de otras grandes capitales. Siempre habrá excepciones. Reflejo una impresión de conjunto.

Citaré, por ejemplo, un artículo; los sombreros de señora. En Madrid, no existe venta de sombreros sino durante mes y medio ó dos meses de otoño y otra temporada igual de primavera. El resto del año buscáis un sombrero y no lo encontráis. Es evidente que se trajeron unos modelos de París, se copiaron, se despacharon, y ya no se pensó en otra cosa. Muchas señoras comprarían sombreros en enero, febrero ó marzo; pero es el caso que no existen. Esto creo yo que puede calificarse de falta de instinto industrial. En París, cada mes del año salen hornadas de sombreros, distintos, variados, para todo capricho, aunque la estación de los grandes modelos tenga su época determinada. Por falta de sombrero no dejan ellos escapar á una cliente.

Se me dirá: ¿y siendo así, cómo se concibe que en el comercio de Madrid se labren grandes fortunas? En primer lugar, yo creo que esos tiempos heroicos han pasado, y que ahora, efectivamente, sufren una crisis. En segundo, como no todos los comerciantes son iguales en carácter y en métodos, algunos dan impulso á su industria, aunque nunca en grandes proporciones. En tercero, porque el sistema más general, que es el de vender algo caro, hace que el beneficio, á la larga, sea lucido y pingüe, y se obtenga con relativa facilidad, sin quebrantos ni riesgos. Yo podría demostrar esto que afirmo con números y nombres, comparando precios de otras capitales, (aun de la que pasa por muy cara, que es Londres), con los de ciertos artículos que se expenden en Madrid, pero creo que los hechos son demasiado visibles para que haga falta documentarlos.

El problema del comercio es incitar á quien no había pensado en adquirir, á que adquiera; en suma, se trata de abrir las ganas de comprar. Esto se sabe hacer muy artísticamente en otras tierras, y en la nuestra dijérase á veces que se hace todo lo contrario, y el que entra en una tienda animado y con la bolsa franca, pierde el humor y se marcha sin pecar. Tiendas hay donde se nota pereza en vender. Y, á la pereza del vendedor, sigue inmediatamente la desgana del comprador.

Aquí no se saca, como en París, la mercancía á la acera; apenas si al mostrador se saca; y los únicos que demuestran viveza comercial, son los vendedorcillos ambulantes, que nos atruenan los oídos ofreciéndonos el artículo á precios inverosímiles. Quizás en estos humildes *camelots* esté el porvenir, la futura escuela del comercio matritense. Ellos preparan otra época, en la cual no habrá que encargar á Francia nada de lo que se ha menester para el consumo nacional.

En cambio, el ramo de hoteles y *restaurants* parece que va á centrar en el movimiento.» El hotel Ritz, que he visitado desde las cuevas y cocinas hasta los salones, está bien montado y muy ajustado á las reglas del confort. La comida, sin embargo, la consideró muy mediana, á pesar de los altos precios. El té cuesta allí medio duro por taza. El día de Año Nuevo, anunció el Ritz cenas á diez pesetas, á las doce de la noche, y acudió un gentío, que sufrió una desilusión, pues por diez pesetas creía poder cenar regularmente, (no estando comprendido el vino), y se encontró con que le daban dos platos muy escasos; de suerte que, añadido lo que se requería para poder llamar cena á aquella angustiosa refacción, hubo que subir el gasto hasta cuatro ó seis duros. Como se ve, tampoco en este particular estamos aún los madrileños á la altura de París, donde diez francos permiten comer hasta lujosamente; pero, según referencias, la competencia se establece ya, y muchas pastelerías tienden á convertirse en *restaurants* agradables y no caros.

También es un arte, la tentación de gula... Observad una confitería francesa, y notad con qué cuidado maneja la plateada tenacilla el que os sirve los dulces, y cómo relucen de aseo mármoles, dorados y mesas. Entrad en Madrid en los templos de la golosina, y veréis con cierto horror que unos dedos impurificados y unas orladas uñas se tienden hacia el bombón ó la ciruela escarchada que se os ha ocurrido tomar, y os ofrecen con el tenedor de Adán, sin más ceremonias. En la trastienda, en las cocinas, se pueden hacer cosas que no nos gustarían si las presenciásemos, y hay que resignarse; ojos que no ven, corazón que no quiebra. Pero, una vez presentado el artículo, es preciso proceder de tal suerte, que ereamos que no lo han confeccionado hombres, sino duendes pulcros. Sólo así podríamos sufrirlo.

Se come con la vista; con la vista se gasta, se consume. Todo lo que no sea halagar la vista y facilitar y abaratar y enseñar mucho los géneros, no será tener instinto y genio comercial. Hay que adelantarse á los antojos, á las manías, y no digamos á los deseos del comprador, pues los bolsillos son fortaleza que no se conquista sino con las armas del agrado y la habilidad.

No existe en Madrid el tipo de la señora que sale á divertirse en hacer compras. No diré que no tiendeen las señoras de Madrid, pero lo hacen por estricta necesidad. En París, el ir de tiendas constituye un agradable *sport*.

Aprovechando estas condiciones en que se encuentra el comercio de nuestra capital, vienen á hacerle la más ruinosa competencia modistas y sastres del extranjero, y hasta casas de novedades establecidas en provincias, que envían á domicilio viajantes, con muestrarios y géneros, á principio de estación. En vano se quejarán de ello. No valen, comercialmente hablando, las quejas; hay que arreglar las cosas de modo que se realice la gran conquista del público.

Como no es cosa de hacer reclamos, ni antirreclamos, callaré los nombres de las dos perfumerías donde me sucedió lo siguiente. Entré en la primera, pregunté el precio de un artículo corriente, y me dijeron que cuatro cincuenta. Salí de allí, y encontré otra perfumería, á doce metros de distancia, en la misma calle. Me sacaron exactamente el mismo artículo, con igual marca, y me cobraron dos cincuenta. Verdad que me costó mucho trabajo hacerme servir, por el tropel de gente que llenaba la segunda perfumería. Se agolpaba allí la multitud, comprando con empeño y prisa, mientras que en la primera no había un alma. Y la razón era sencillísima: en la primera todo costaba el ochenta por ciento más que en la segunda; y esto se sabía, aunque no se dijese en los diarios. Era una demostración viva de cómo hay que vender, para tener parroquia.

Se conocen dos sistemas: que el capital se mueva una vez al año, redituando un ciento sesenta por ciento, ó que se mueva varias veces, redituando cada una un diez, verbigracia. El primero es más descansado; el segundo, más comercial. El primero está mandado retirar, y, á la larga, ha de quebrar, porque la gente discurre. El segundo gana terreno. La tendencia moderna va hacia la venta propia y sin exagerado beneficio, que crea la necesidad y la satisface en condiciones prácticas. ¡Cuán lejos estamos de esta idea, en la villa del garbanzo!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos lanzan la noticia de que los modistos parisienses, reunidos en magna sesión, han ideado lanzar también, desde las solemnidades de primavera, que suelen dar leyes para todo el año al traje de mujer, los pantalones femeniles externos, porque los internos ya existían.

Naturalmente, esta innovación dará mucho que hablar, hará gastar muchísima tinta. Es un tema de crónicas que cae del cielo. Es un asunto para charlas, que ni de encargo. Es un pretexto para soflamas filosófico-morales acerca de cómo está la sociedad, y de cómo se derrumban los más sacrosantos, etc. Es además un medio de que unas cuantas damiselas, quizás de las del honor averiado, como decía con chiste Narciso Campillo, llamen la atención una semana ó un mes. Es una fuente de ingresos para los sastres de señoras. Y, después de ser todo esto, es, en mi opinión, un brote de sentido común. Sencillamente esto: una imposición de la razón y de la realidad.

Mientras las costumbres encerraron á la mujer en el hogar, ó donde fuese, pero en fin, entre cuatro muros, las faldas no ofrecieron inconveniente alguno para su existencia. Desde que se sale á la calle á todas horas, y se hace ejercicio á pie, las faldas constituyen una de las mayores suciedades, peligros y molestias que las hijas de Eva pueden sufrir.

Que las costumbres han cambiado, podemos observarlo los que ya no somos niños, ni mucho menos. Cuando fuí á Portugal por primera vez, allá por los años de *1872, recuerdo que me extrañó ver tan pocas* señoras en la calle. Las portuguesas se pasaban el día asomadas á sus *janellas*, y sólo por la mañana—tapadas de medio ojo,—iban á la iglesia. Yo no debiera maravillarme de ello, puesto que algo semejante, aunque no con tanta exageración, ocurría en España; pero en el extranjero nos fijamos más en las costumbres. Ello es que las lusitanas, se estaban como loritos en sus balcones ó tras de sus rejas, sin pisar las losas de la calle. Volví unos quince años después. Grande fué mi sorpresa, encontrando las *rúas* muy llenas de señoras, que corrían de aquí para allí, visitando tiendas, recorriendo paseos, en fin, animando con su movimiento las viejas y dormidas ciudades. Una evolución se había verificado.

Se me dirá que las mujeres del pueblo siempre han andado á pata galana por la vía pública, y nunca gastaron pantalones, al menos por fuera, y quizás ni por dentro. Lo reconozco. Pero es que las mujeres del pueblo han tenido siempre muy gentil desenfado para adaptar su traje á las necesidades de su trabajo y de sus menesteres. Las «ovarinas» de Portugal se hacen un enrollado en las faldas, que, sobre revestir un aire griego muy artístico, les descubre hasta bien arriba la musculosa pierna. Una señora no podría ir así. Los pantalones responden á salvar la decencia, al mismo tiempo que condicionan á la mujer para las necesidades de la vida.

En efecto, la moda de este último año iba contra las reglas elementales del pudor. Los trajes actuales, más que visten, desnudan á la mujer; dibujan sus formas lo mismo que un trapo mojado, y las acusan con precisión muy poco honesta. Las telas son ligeras, flexibles, y, á más, la ropa íntima parece haberse suprimido. En estas circunstancias es cuando anuncia su llegada el pantalón. Creo que viene á tiempo.

Al oir la palabra «pantalón» la gente se figura una máscara de ésas que, en el Carnaval madrileño, adoptan la vestimenta masculina, y realizan una caricatura indecorosa. No; el pantalón femenino que crearán los modistos parisienses, será cosa muy diversa. Tendrá todo el aspecto de una falda, y toda la comodidad de un pantalón. Mil veces más *conveniable* que la falda trabada, permitirá á la mujer subir, sin riesgo y sin compromiso, sin que escandalice, á trenes, coches, etc.

Resuelve, pues, todos los problemas, y llena todas las exigencias. No es tampoco una de esas novedades absolutas que pueden escandalizar. Hace mucho tiempo que le han precedido los trajes de las ciclistas, sus ligeros bombachos, las *légletles* de las excursionistas y alpinistas, los calzones apenas recubiertos por breve faldamenta de las amazonas. Una mujer tan púdica como la reina Victoria de la Gran Bretaña, los admitió para sus deportes y, además, los prescribió para que los usasen las obreras jardineras de los reales jardines de Windsor, porque, decía piadosamente la reina, era penoso verlas con las faldas empapadas y pegadas al cuerpo, en el cumplimiento de sus tareas.

Si la humanidad se rigiese por principios de lógica, el traje sería siempre adecuado á la función, á las ocupaciones y género de vida de quien lo usa. Yo recuerdo la extrañeza que produje por aplicar algunas veces este sencillo principio. Era un balneario de Galicia, donde estaba pasando temporada; no había entonces—ahora sí lo hay,—camino ancho y desahogado para bajar al manantial donde era preciso beber el agua. Se descendía por una senda angosta y barrancosa, salpicada de rodados cantos, y, á más, orlada á uno y otro lado de doble hilera de mendigos sucios y andrajosos. El verano había resecado la tierra, que estaba polvorienta, agrietada. Las señoras, sin embargo, bajaban aquel despeñadero arrastrando colas, faralaes y enaguas pomposas á la moda de entonces y llevándose, entre bordados, encajes y volantes, amén del polvo, los parásitos de los pordioseros. Y no podían guardar bien el equilibrio, porque, obligadas á recojerse las telas, sólo disponían de una mano. Los tropezones eran frecuentes. Viendo esta molestia tan grande, yo acorté mis faldas, dejándolas por el tobillo. Hoy, como nadie ignora, esto es lo usual. No lo era entonces, y no faltó el revuelo, el cuchicheo, entre las bañistas. Con que hubiesen reflexionado en los inconvenientes de barrer aquel suelo pecador con las faldas largas, creo que bastaría para que hallasen á mi conducta la más natural explicación. No fué así. Hoy, sin embargo, todo el mundo va de corto, de muy corto, y

«no se ha hundido el firmamento
ni han temblado las esferas.»

Lo que no puede la razón, lo puede la moda. Por comodidad, por limpieza, por higiene, nadie acortaba la falda, pero que lo ordene un modisto, y se harán las extravagancias mayores.

Llega en esto la mujer á extremos de docilidad que ya merecen severa censura.

Bueno que admita la ropa corta, que resuelve tantos problemas; bueno que acepte los pantalones, que han de solucionar muchos más; pero ¿qué incomprensible lenidad ha sido la suya, al admitir esas sayuelas de candado, que no la consienten andar ó poco menos? ¿Por qué se ha sometido á tal ridiculez, y por qué se sometería al miriñaque, si fuese cierto que, como se anuncia, los modistos, dictadores femeninos, quieren resucitarlo?

Y no obstante ¿de qué nos admiramos, cuando el hombre viene sufriendo sin protestar la imposición del espantable sombrero de copa, y no lo ha pisoteado cien veces, enviándolo de un puntapié al Rastro, á servir de depósito de clavos viejos?

Al representarse ahora en la Princesa *El hombre de mundo*, se oyó un rumor de asombro cómico, cuando entró en la escena Thuillier con la bimba de hace cuarenta ó cincuenta años. Nuestros nietos se reirán, en su día, de la de ahora, tan á mandíbula batiente como nos reímos nosotros de la chistera anterior á la «gloriosa.» En cambio, al ver un chambergo airoso ó un sombrero cordobés, una impresión de simpatía nos domina.

Hay una regla sencilla para esto del vestir: que sea apropiado á las circunstancias. Prosperen enhorabuena los mantos de corte, las caídas esplendorosas en los trajes de baile; venga arte, venga lujo, venga tul y encaje, *strass* y bordados de oro; pero, en la vida activa, diaria, dése á la mujer medio de no enredarse en zagalejos, de no encharcarse en el barro de la calle, de no tropezar en su vestimenta, de vivir y respirar, en suma.

Así es que hacemos votos porque la nueva moda se implante, y proporcione á las laboriosas y á las estudiosas, á las que se ganen el pan ó sencillamente á las que se ganen la salud respirando mucho aire y haciendo mucho ejercicio, el medio de llegar á sus fines.

Pero, antes de conseguirlo, ¡qué lucha se prepara con la imbecilidad de unos, con el misoneísmo de otros!

En las calles de Madrid, nadie puede andar sino envuelto en la librea de la insignificancia más absoluta. Todo el que por algún detalle llama la atención, puede estar seguro de llevar escolta. Hay que asemejarse á la viuda de un empleado de dos mil con descuento, para no chocar. Todo es motivo de asombro y comentarios: la piel del cuello, la pluma del sombrero, la cadena de los lentes, la chorrera, el abanico. Hace dos días, noté que varios chiquillos más ó menos zarangullones me miraban fijamente á las manos. Era que llevaba yo una bolsa de escamitas plateadas, no muy grande; pero las escamitas relucían. Al pronto, temí que el chicuelo que no me quitaba ojo fuese un rata precoz, y mi recelo subió de punto notando que se me acercaba disimuladamente. Tres minutos después, otro zangolotino realizó igual maniobra; y entonces comprendí que se trataba de contemplar de cerca la bolsa, en cuestión, que, á mi parecer, nada tenía de particular... Sí; las calles madrileñas no son vías por donde transita la gente, sino centros de curioseo inculto. Millares de ojos os acechan; nadie va á su asunto, sino á espiar á los demás, y á asombrarse de todo aquello que discrepa del uniforme de la muchedumbre. Todo el que tiene trazas de extranjero, ó lleva algo que los demás no llevan, es objeto de molesta atención. Los congresistas ingleses fueron víctimas de verdaderos abucheos; porque las señoras llevaban esos gorros de crochet tan cómodos, que ahora se han generalizado, y faldas muy cortas, propias de turistas.

Imaginaos, pues, lo que ha sido el día en que el pantalón femenino hizo su aparición en las calles de la villa y corte del consabido oso y el no menos tradicional madroño. Nunca tarasca de procesión, figurón de feria, mascarón astroso en Carnaval, habrá oído lo que oyeron las denodadas mujeres que primero se arriesgaron á seguir la moda novísima. Merecen una cruz laureada, si es que no merecen la palma del martirio, las tales heroínas.

Saludémoslas, desde ahora, con el respeto debido al valor. Porque en pueblos donde la curiosidad dimana, no de un ilustrado sentimiento de interés, sino de la propia ignorancia, que hace extrañar lo que no se conoce, y trae á los labios la risa de la bobería, salir á la calle en semejante equiqaje es más que resolución; es bizarría digna de pasar á la historia.

Y falta saber cómo será acogida en París mismo la ocurrencia de los modistos, su tentativa, que ya en Longchamps, el año pasado, tuvo precedentes. No deja de ser París algún tanto rutinario. Hay algunos barrios centrales que parecen avanzados y modernistas; pero el resto de la gran ciudad más se asemeja á un pueblo de provincia que a la babilónica urbe *con que sueñan cronistas efectistas* y adolescentes deseosos de echar al aire, no canas, si no cabellos negros.

Si París acoge maternalmente lo del calzón bombacho para señoras, aquí llegará impuesto, con más ó menos retraso, pero llegará al fin; y no habrá más remedio sino avenirse. No olvidemos que también escandalizó, al principio, la falda corta. Todo quiere comienzo.

Rehuyo decir nada de los sombreros, pero el giro de la crónica me lleva hacia este manoseado asunto. Con los pantalones, vendrá, necesariamente, un *cubre-jefe* diverso del actual y más extravagante é incómodo. He aquí una moda que, como la del miriñaque, no debió ser sancionada por las bellas, ni por las pisaderillas tampoco. El sombrero, en estos dos últimos años, no tuvo sino los leves inconvenientes que siguen: *a*, costar triple que los de antes; *b*, pesar triple también; *c*, desfigurar, suprimiendo el cuello y agobiando los hombros; *d*, no tener acomodo posible, por no caber en coches, ni casi en las habitaciones; *e*, no haber manera de sujetarlo, y requerir unas agujas tan desmesuradas, que la policía parisiense se ha visto en el caso de intervenir, en atención á que, en el Metropolitano, dos ó tres desventurados pasajeros sufrieron heridas graves, y uno perdió un ojo...

Es de esperar que surja una reforma y que, aun cuando no obedezcan sino á la ley de la variación (diversidad, sirena del mundo y reina de las modas) la forma del sombrero femenino varíe, reduciéndose, no ya á proporciones tolerables, sino acaso minúsculas. Guardado tengo en un armario un sombrero que era la última palabra de lo elegante y distinguido allá en 1894, si no yerro la cuenta. Es una capotita de paja, con un adorno de cola de gallo, y lo tiene puesto una muñeca, pero lo usó una mujer. Cabe en una caja de dulces de regular tamaño.

Al lado de este recuerdo casi histórico, debe archivarse, para futuras historias de la Moda, y futuros museos de la indumentaria, el sombrero del metro de diámetro, correspondiente al año de gracia de 1911. Y serán dos monumentos del desvarío humano. Porque al cabo, si no me equivoco, el sombrero se ha de poner en la cabeza, y sería elemental que sus dimensiones guardasen cierta relación con las del templo de nuestra inteligencia..., ¡tan eclipsada á veces!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

París.—Una 'chauffeur' poniendo el automóvil en marcha. (De fotografía de Branger). — 1907, n.º 1.311, p. 114.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se habla mucho estos días del encarecimiento del tabaco. Con tan favorable ocasión, salen á relucir, por centésima vez, las ventajas é inconvenientes del hábito de fumar (no me atrevo á llamarle vicio.)

Sin duda el fumar es completamente innecesario. Antes de que los españoles descubriésemos á la

«virgen del mundo, América inocente»

que gracias á nosotros se ha incorporado á la civilización, nadie pensaba en quemar la mágica hierba... Se reía tan ricamente sin sospecharla, lo mismo que sin otros artículos que han llegado á parecernos de toda precisión. Y la humanidad (siquiera la de nuestro continente), tenía un «placer vicioso» menos,—como diría Tolstoy.

Pero ya se sabe que lo conocido es lo deseado, y, al difundirse el uso del tabaco, llegó á constituir para los españoles, una especie de segunda naturaleza, la fumadora. En vez de disminuir el consumo, aumenta cada día, y el mendigo como el aristócrata, ven en el cigarro lo que no ven en el pan. Mejor sufre un español el hambre, que la privación de tabaco. Lo último que pide el reo de muerte al encaminarse al lugar del suplicio, es un pitillo que, atadas sus manos, un alma caritativa acercará á sus labios, á fin de que en el postrer instante el vaho de la misteriosa hierba ensoñadora adormezca el espanto ante el más allá...

Habla que reirse oyendo los planes de organizar una enérgica protesta contra el recargo del tabaco.—«No fumamos más .. Nos privamos, siquiera una temporadita... Huelga de consumidores... Ya verán...»—¡A cualquier hora! ¡Privarse! No existe esa tensión de voluntad en la gente. Los burgueses (y en este caso llamo burgués hasta al obrero, mezclado con los burgueses y compitiendo con ellos en la imposibilidad de renunciar al hábito contraído), los burgueses, digo, no saben organizar la huelga. Sufren lo que se les impone, é ignoran las resistencias colectivas.

No cabe duda: si los fumadores pudiesen abstenerse, quince, veinte días, un mes..., el quebranto de la Compañía sería formidable, y quizás acabase por transigir y volver las cosas á su prístino estado. Pero es tanto como creer que los proyectistas se conformasen á no respirar.

Se conformarán, es lo seguro, á pagar algo más; esta clase de conformidad es muy propia de nuestro carácter, que tiene poco de previsor, de minucioso, y no da importancia á los gastos pequeños y diarios. El español no repara en una peseta, aunque esa peseta, agregada á los demás gastillos, le desequilibre. Retrocede ante las cantidades fuertes, y no se fija en que una peseta todos los días son treinta pesetas al cabo del mes, y trescientas sesenta y cinco al año. La peseta que cada día tira garbosamente el español, es el ahorro nacional que debiera realizarse, y que acaso nos salvase de conflictos económicos, acaso asegurase nuestro porvenir. Y el tabaco entra por mucho en ese gasto superfluo, que he fijado á bulto en una peseta, pero que puede oscilar entre diez céntimos y un duro, á proporción de los recursos del derrochador.

Hay una clase de españoles que fuma sin sacrificio pecuniario. Recogen las colasas, en el arroyo, y con este despojo se remedian. O lo utilizan directamente, ó lo compran á precio muy bajo. El asco, la repugnancia, son melindres de ricos, de poderosos. Buena es la colilla, habiendo señores que tiran el puro empezado apenas.

El tabaco fomenta la igualdad democrática; como todos fuman, todos pueden permitirse pedir el pitillo y hasta la cerilla á quien los tenga, y este favor es de los que no se rehusan. Otra manifestación de nuestra gallardía. Yo no he visto que en el extranjero se pida nada á nadie, á título gratuito. En España se pide una flor, se pide un dulce, se pide un cigarro, y se da, generalmente, sin dificultad alguna. El cigarro es muy social: crea lazos, estrecha distancias, establece cordialidades; y, en gran parte, en el cigarro se basa ese tinte confianzudo que tan fácilmente adquiere el trato entre nosotros. No es una nota elegante ni fina esta perpetua fumadura de los españoles, pero tiene cierto encanto de bondad y franqueza.

El tabaco, ya lo he dicho, tiene sus inconvenientes y sus ventajas, y esto lo reconocen hasta los higienistas que más severamente lo condenan. Es un desinfectante, y aísla la boca y la garganta y aun los pulmones, protegiéndolos contra el aire exterior demasiado frío. Es un calmante, y los nervios reciben de él bienhechora influencia. Es sin disputa un entretenimiento grato, y hay en el humo espirado cierta poesía, un encanto perezoso. Pero también debe reconocerse que el tabaco encierra un veneno, todo lo lento que se quiera, pero veneno al fin. La nicotina es altamente tóxica. Si nos atenemos á lo que escriben los médicos ilustres, ataca al corazón, ataca al cerebro, á los pulmones, á la laringe, y muchas cardiopatías y congestiones pulmonares deben atribuirse sencillamente al uso del tabaco. La afirmación reviste caracteres de verdad; la experiencia lo confirma. No en balde, en las enfermedades de garganta y órganos respiratorios, se suele vedar el uso del tabaco.

Por otra parte, el tabaco, si es social, no es cortés ni respetuoso. Se puede comer y beber delante de las más elevadas personas, en el *buffet* de un baile ó en el lunch que ofrece una Sociedad: esto no envuelve desacato. El fumar sí. Los hijos comen con sus padres, pero, generalmente, no fuman delante de ellos. El inferior no enciende el cigarro en presencia del superior. El hombre, ante una mujer, no fuma, si es galante, á menos que le autoricen. Todo ello indica la especie de libertad holgada que representa el cigarro. Nunca el cigarro hará migas con la finura, como las hizo antaño el oloroso rapé.

Se me objetará que fuman las señoras más elegantes, las de más alta condición. Así es, realmente, y si las españolas rara vez encienden el cigarrillo, las extranjeras cultivan los largos turcos, cuando no la cajetilla vulgar. Equivocadamente se suele suponer que el fumar es propio de hembras de mal nombre. Fuman efectivamente las daifas, pero fuman señoras en cuya altura social y moral no hay que poner tilde. No se puede sacar de esto del cigarro consecuencias de ese género picaresco inocente que tan usual es aquí, en un país donde—habiendo hablado latín doña Beatriz Galindo, la reina Católica y su hija doña Juana de Castilla,—se ha establecido como axioma que debemos guardarnos «de mujer que habla latín y de mula que hace him.» Todo lo que á la mujer se refiere tiene el privilegio de sugerir muy peregrinos disparates, y sobre la mujer que fuma no escasean. Y conste que no defiendo causa propia, pues ni fumo, ni se me pasan ganas de ello. Pero encuentro cándoroso juzgar la conducta de una mujer por el consumo que pueda hacer de una planta liada en unos papelitos. Hay países donde, según se dice, fuma la mayoría de las mujeres; y parecería sobrado injusto, sacar la consecuencia que en caso tal impondría la lógica.

Mayores boberías se oyen aún, referentes á los dichosos pantalones femeninos, que por ahora poco molestan, ya que no los usa nadie. De esto hablaba en mi última crónica. Las imaginaciones están muy despabiladas y excitadas con tal pretexto, y yo escuché —entre varias apreciaciones más ó menos divertidas, —la de que, si triunfa la discutida moda, la mujer perderá gran parte, y acaso el total de su atractivo, garabato y chiste para el hombre. Lo cierto es que, si así fuese, no habría cosa más moralizadora que dicha prenda de vestir, y debieran recomendarla los padres de familia. Sólo que ya verán ustedes como no pasa nada. Siempre que hay una innovación que afecta á la mujer, salen á plaza opiniones tan acertadas como la anterior. No faltó quien sostenga seriamente que, cuando las mujeres sean abogadas, médicas, empleadas ó algo por el estilo, los hombres renunciarán, no ya á la santa coyunda, sino á toda cariñosa aproximación. Como la especie humana no corriese otro peligro..

Es tan poderosa la ley natural á que obedece la atracción de la mujer para el hombre, que no han de modificarla sensiblemente circunstancias sociales ni problemas de indumentaria. Ejerza la mujer la profesión que ejerza y vístase como se vista, la ley natural surtirá sus efectos, dispuestos por el Creador para la conservación de nuestro linaje, y la mujer no sólo llenará tal fin, sino que servirá de consuelo, compañía y alegría, en el tránsito por este valle. A fe que si dos metros de tela con corte al bies ó al hilo y con paños cosidos separados ó juntos pudiesen influir decisivamente en tan grave y trascendental cuestión, pudieran los modistos hombrearse con Dios Padre.

Afirmábase también, allá hace años, que el estudio, en las mujeres, las desviaría del deber y del amor maternal. Apliquemos la misma reflexión. El amor maternal es una cosa no sentida á voluntad: es una imposición de la naturaleza, y forma parte integrante del plan divino. No hay ciencia ni ignorancia que puedan con el amor maternal. Bueno fuera que esto se aprendiese ó se olvidase en los libros. Los hombres también quieren, y muy entrañablemente, á sus hijos, y á nadie se le ha ocurrido que un hombre, al estudiar, se convierta en padre desnaturalizado.

Cuando se verifique la revisión de nuestras ideas contemporáneas, ha de haber infinitas por las cuales la mentalidad de nuestra época sufra considerable depreciación. Incluyo en el número de las ideas que parecerán pueriles y míseras, la inmensa mayoría de las corrientes acerca de la mujer. Una novedad de sastrería, como la falda-pantalón, basta para que arrecie el chaparrón de simplezas.

Y el caso es que otras innovaciones de *toilette* asaz más peligrosas, no produjeron susto. Yo recuerdo que, en mis juventudes, vino la moda de unos terciopelos muy largos anudados al cuello, que colgaban sobre la falda y recibían el nombre desvergonzado de «sígueme, pollo.» Y nadie se alarmó, nadie protestó. Matronas honradas y honestas vírgenes fueron de callejeo, diciendo á los «pollos,» por medio de varios metros de terciopelo negro ó azul, que las siguiesen. Ahora, entre los sombreretes que se gastan, existe un modelo caído sobre el lado izquierdo de la cara, que se denomina expresivamente *Voilà mon mari*. Es decir, que el sombrero supone y da por hecho que la esposa va con un acompañante, al cual avisa para que, por medio del sombrerón, que tapa el rostro, pase la pareja al lado del ofendido consorte, burlando su vigilancia. Usan sin embargo este modelo muy recatadas dueñas. Nadie negará que es más subversivo, al menos en el nombre, que la osada falda-pantalón.

A ella deberemos, y seguiremos debiendo, reiteradas ocasiones de comprobar lo infinito que es el número de los que Salomón llamaba estultos, y nosotros, tontos perdidos. Una vez más servirá el horroso cliché de la mujer «perdiendo sus encantos naturales al pretender masculanizarse,» y del hombre, repentinamente desimpresionado de los sugestivos efectos de aquellos encantos, y cobrando á la mujer una especie de antipatía púdica y sensata.

Volviendo al encarecimiento del cigarro, si yo soy la Compañía, lo pongo más alto aún, y se sigue fumando lo mismo. Nadie se priva de lo que ha llegado á constituir, antes que una delicia, un hábito indesarraigable.

No repruebo, como antes dejo dicho, el cigarro; pero anhelo ver desterrada la pésima costumbre de fumar á los postres de las comidas, antes de que los comensales abandonen la mesa.

Se me dirá que eso no se hace entre gente de buena crianza. No se hará en comidas que revistan alguna ceremonia; ciertamente no se hace en banquetes diplomáticos; pero hay muchos hombres, personas por otra parte excelentemente educadas, que han adquirido la maña, y antes de que aparezcan el flan ó el soufflé, piden permiso, ó no lo piden si están en confianza, y encienden su inevitable susini ó su puro. Y, si los hombres mal acostumbrados son dos ó tres, vierais envueltas en volutas de humo las cabezas de las señoras y, de entre la nube cada vez más densa, destacarse la fuente de crema, el pudding al ron, ó la torta Moka, que sabrán, ó por lo menos olerán, á tabacada.

¿Y qué diremos de los que se habituan á no escribir sin encender cigarro tras cigarro? Jorge Sand había contraído tal manía: no le era posible componer página de novela sin fumadura. La actividad de su labor se medía por las colillas arrojadas al suelo. Sin embargo, á no existir tabaco en el mundo, la ilustre autora de *Lelia* hubiese creado lo mismo. Es una exigencia artificial, como hemos dicho antes, ésta del tabaco: pero llega á revestir los caracteres de necesidad verdadera, porque, como dijo cierto sabio, «el hombre es un animal que se acostumbra á todo.»

Las ilusiones, los proyectos y esperanzas humanas suelen ser humo—decíame un amigo aficionado á la estadística y á los cigarros escogidos,—pero, si pudiésemos calcular con exactitud lo que consumimos de tabaco, veríamos que es humo sobre todo nuestro modesto capital, cuando apreciamos los buenos veguetos y exquisitas brevas. Nos disolvemos, nos evaporamos en humo. De nuestra vida sólo queda una estela de humo, que disipa el viento. Nosotros los empedernidos é impenitentes fumadores, sí que podemos decir, con el poeta:

«humo las glorias de la vida son.»

En efecto: si el dinero que se gasta en fumar se ahorrase, España figuraría entre las naciones de mayor resistencia económica... Y diremos, con el fatalismo de un hijo del Atlas: En el fondo ¿qué más da? Todo, al correr del tiempo, se resuelve en humareda...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Modelo de falda-pantalón. (De fotografía de Enrique Manuel comunicada por Argus.)" 1911, n.° 1.522, p. 156.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya se ha visto cómo la realidad sobrepujó á la previsión, en lo referente á la gazapera que suponía yo que iba á armarse cuando las *jupes* de marras aparecieran en Madrid. No fué cosa del primer día: la juerga se prolongó cerca de una semana.

A decir verdad, se prolongó todo lo que la autoridad consintió que se prolongase, pues en cuanto se desplegó una miaja de saludable energía, y se puso coto á los desmanes; en cuanto la prensa, que es otra autoridad de formidable peso, llamó brutos, cafres y degenerados á los del motín antifaldero, amainó como por encanto la tormenta, y hoy se pasean con la prenda de autos los maniquíes vivos que la anuncian, y nadie les dice un mal insulto, ni les dirige una chunga procaz.

Era doblemente lamentable el espectáculo que se daba en las vías más céntricas de la capital, por hallarse aquí una embajada extraordinaria del gobierno mexicano, ante el cual, como ante los demás Estados procedentes de España, nunca nos presentaremos con demasiada dignidad, nunca extremaremos las actitudes correctas, serias y de tolerancia inteligente.

La Embajada venía presidida por un novelista eminente, D. Federico Gamboa, á quien desde hace tiempo conozco y estimo. La acompañaba su esposa, una dama bella y fina. Todo ello está muy en su punto, y ojalá dé por resultado esta misión que se estrechen los lazos de afecto entre la más española, en tradición y costumbres, de las repúblicas sudamericanas, y se sientan un poco *gachupines* los que tienen con nosotros tan inalterables afinidades. México debe amar más á España, porque quiso la suerte que realizara su Conquista el superhombre entre aquellos superhombres que eran (vistos en conjunto), los conquistadores. De aquellas águilas caudales, Hernán Cortés fué la de alas más vastas y vuelo más alto.

Por eso hubiese yo deseado que Madrid ofreciese á nuestros visitantes el cuadro de un estado de civilización, hasta superior á la de otros países, donde la falda-pantalón ha provocado también explosiones de estólida intransigencia.

La falda discutida, que al fin he logrado ver, no tiene nada de fea, ni tampoco de bonita. Es muy parecida, á primera vista, á las sayuelas que se gastaron todo el verano pasado y todo este invierno. Cuando la mujer rompe á andar, entonces se nota que hay una separación. Sobra advertir, porque todos lo han reconocido, que es muy honesta, que no descubre ni señala las formas, y que presta suma comodidad para la marcha.

Claro es que, por un tiempo incalculable, no será prenda de uso general. Hay una muralla ante ella. Lo que digo es que redne no pocas ventajas, no siendo ésta una razón suficiente para que se aclimate.

Entre las máscaras que discurrieron por calles y paseos durante el Carnaval, hubo algunas que caricaturizaron la moda presente, y los pantalones nuevos. Era curioso notar lo poco que se prestan á la caricatura.

No puede contarse este Carnaval entre los más animados. Lo ha sido mucho en los salones, donde no hubo noche sin baile, y á veces en una noche misma se bailó en dos ó tres casas; pero, en la calle, las carrozas y los coches adornados fueron sosos, sin ideas, sin nada humorístico. A pesar de un tiempo idealmente hermoso, templado, una delicia de tiempo, el Carnaval callejero adoleció de su vieja sosera crónica.

Verdad que acaso suceda algo análogo en todas partes. Me han asegurado, personas que están bien informadas, que el Carnaval de Niza no es, ni con mucho, tan brillante, tan espléndido, como la fama cuenta. Hasta aseguraban estos testigos presenciales que le supera en lucimiento el de Madrid. Tampoco allí el ingenio anda por arrobas. Lo que sucede es que los hosteleros de Niza toman eso del Carnaval como negocio, y se cotizan para que haya carrozas, máscaras elegantes, sorpresas y alborozo juvenil. Todo quiere ser fomentado por los intereses económicos; todo es, en este mundo pícaro, cuestión de ochavos, y en Niza entienden más que en Madrid la aguja de marcar.

En Madrid, empezamos á desayunarnos con que se necesitan buenos hoteles, y con que un hotel requiere su ramo de diversiones dentro del edificio, para que, si llueve, los viajeros puedan entretenerse sin salir á la calle. Ahora se anuncia la construcción de otro hotel, mejor que el Ritz, en los vastos solares de Medinaceli. Ya se cuentan maravillas de él. Será la última palabra del confort y del buen gusto. Madrid, de golpe, subirá á la altura de otras capitales muy renombradas. No posela, realmente, una fonda seria, y va á contar con dos de primera línea.

Pudiera, sobre esta base, dar vuelo á su Carnaval, hacer de él una atracción para forasteros y extranjeros; pero no puede prometerse todos los años la temperatura primaveral de Niza. De los Carnavales que en Madrid recuerdo, pocos fueron los que no tiritaron de frío. Y el frío, y la lluvia sobre todo, no se hermanan con el Carnaval de las calles.

El Carnaval debía, en buena ley, venir después de la Cuaresma. Así se evitaría el poco edificante espectáculo de la juerga el Miércoles de Ceniza. Dijérase que, en este católico país, la comilona y la borrachera se guardan para el día en que, naturalmente, debieran evitarse, al menos en público, expansiones que recuerdan las de las *kermesses* pintadas por Teniers. El agarrado; los organillos; las botas repletas; los ecos atestados de vituallas, las riñas, la navaja, la gresería, el chiste soez..., he aquí la ceniza que se impone en la frente un pueblo que oficialmente es católico, y que, catolicismo aparte, por respetos á la costumbre tradicional, debiera no elegir precisamente ese día melancólico para rendir culto ostensible é inmoderado á Venus, Baco y Ceres, y acaso á Marte, si Marte se dignase intervenir en riñas de curdas y en peleas de mujerazas.

Cuerla mejor el Carnaval después de las abstinencias y tristezas cuaresmales; tendrían explicación más satisfactoria sus demasías, como desquite de una época severa. y por otra parte, la serenidad del tiempo aseguraría el éxito de comparsas, carrozas y mascarones.

¡Oh! Esos mascarones astrosos, desterrados ya de las calles y resucitados en el «entierro de la sardina.» ¡La destrozona de escoba sucia y rota, careta con churretes de bermellón en ambas mejillas, trapos figurando el cuerpo de la mujer, mantón raído, de color indefinible, y botazas torcidas embadurnadas de barro! ¡El bebé mofletudo, de pelegado faldellín, pantaloncillos bordados, larga melena rubia de cerro, enorme pamela directorio de percal fruncido, zapatos infantiles y calcetines calados sobre zancas garrosas de varón hecho y derecho! ¡El dominó de percalina, que se pasea solitario, con su falso venecianismo, su negro antifaz, su guante descosido y su calzado recio! ¡El cachidiablo forrado de lustrina, con luengo rabo relleno de algodón en rama, con cara inocente bajo la careta mefistofélica! ¡El rata anticuado, que no trae de retraso, en las oportunidades y satíricas intenciones de su disfraz, más que veinte años, el tiempo que la Gran Vía ha tardado en pasar de proyecto á realidad..., naciente, con derribos, polvo y solares y desmontes! ¡El golfo con careta de político importante, persuadido de que el llevar sobre su propia faz la faz de cartón de Canalejas ó de Montero Ríos, le presta dignidad y casi le ilustra! Y, en resumen, ¡los pingajientos y percaleros del Carnaval pobre, del Carnaval que parece salir de una trapería, para reírse, al sol, en parodia viva y alegre del otro Carnaval humano, del que dura el año entero, y viste de disfraz y tapa con antifaces los semblantes de tanta gente como anda por ahí, en perpetuo hervidero de farsas, vanidades y traiciones!

El mascarón, inculto, desalinado y sin finalidad, es una forma de la alegría humilde, y otra, el disfraz de los niños de la clase popular, que encontramos por las calles á miles. Ciertamente que no se concibe nada más cándido que disfrazar y enmascarar á una criatura á quien nadie conoce, excepto sus papás y la prendera del bajo; y con todo, no hay ilusión más profunda que la experimentada por los susodichos papás, al vestir á sus retoños y cubrirles el semblante de rosa con una careta de cartón que lleva un hocicazo. Desde dos semanas antes, andan los chicos alborotados con la esperanza del disfraz. Las madres diligentes, buscan por aquí y por allí trapos que rebuscan. Nunca falta una señorita que de un vestido viejo de baile descosa retazos de raso ó terciopelo, adornos de cristal ó lentejuela; nunca deja de aparecer el prendero que se interesa por el éxito del disfraz, y saca de la trastienda un lote de cosas inverdibles utilizables en este caso. Y va arreglándose el traje de charra, ó de jardinera, ó de señora antigua, ó de bailarina, ó de gallega, ó de Fausto, ó de andaluz.

Llega el Domingo de Carnestolendas, y la criaturita, por la mañana, se despierta mucho antes de la hora de costumbre, dando á sus padres el buen rato consiguiente. Desde que abre los ojos, quiere que le enseñen el disfraz; se lo han de extender sobre la cama, y ha de estar admirándolo, mientras llega la hora de vestirlo. Apenas prueba el desayuno; de mal talante se deja fregar la cara y las orejas. El peinado generalmente en las niñas, ya tiene salsa de lagrimones, porque raro será que no duela mucho, al armar el moño de la charra ó al sujetar los bucles de la dama Luis XV. Al fin visten completamente á la mascarita, y, llena de ilusión y de orgullo, baja á dar rabia á las otras chicas del barrio, sus amigas y compañeras de escuela y de juegos. La cacharrera, la frutera, la castañera, las criadas del principal, el mozo del café de la esquina, prorrumpen en exclamaciones de admiración ante la mascarita, que se pavonea. Ajustada la careta sale á «dar bromas.»

A renglón seguido, un golfo cubre á la mascarita de confettis pringosos, y la mascarita suelta el trapo á berrear, porque le han manchado su rica faldamenta de raso pesetero, ó le han descompuesto los bocles del artificioso peinado. Hay que consolarla, ó atizarle un soplamocos. Muchas veces, hay que desnudarla, acostarla, encerrarla en el cuarto obscuro, ó Dios sabe qué.

Lo cual no impide que, dos ó tres días después de que las fiestas carnavalescas son sólo un recuerdo, los papás de la mascarita vuelvan á tomarse el trabajo de vestirla, arreglarla y emperifollarla, y llevándola de la mano, se dirijan á la galería fotográfica más próxima, con objeto de retratar al pimpollito. Y encargan seis copias: hay que remitir una á la abuela materna, que está en Calatayud; otra á los cuñados en Buenos Aires; otra se destina á los padrinos, y otra á los tenderos amigos, que regalaron para el traje los galones. Y es una gracia, un goce, en medio de la vida sorda, apagada, sin incidentes, de un menaje humilde. Y la chiquilla ó el chiquelo hablan todo el año de lo que les avino, el memorable día en que bajaron á la calle vestidos de Margarita la Tornera ó de Mefistófeles...

La vida hay que engañarla con algo; hay que fingir la emoción, cuando no se presenta de sujo. Las existencias grises, confinadas en la monotonía del trabajo y de la pobreza, en los quehaceres y sudores del laboreo del pan diario, necesitan alguna vez una escapatoria hacia el ideal. Que este ideal sea callejero, mezquino, envuelto en fango y en confetti..., siempre es algo que lleva al espíritu hacia las islas enigicas de la alegría. La mascarita ha sido, durante un mes, una preocupación más alta y brillante que todas las demás, que tienen por único objeto el sustento; y un poco de culto á la fantasía y á la belleza va envuelto en los preparativos del disfraz. Al cabo, sueño de seis días esto y lo otro y cuanto se ve desfilar ante la vidriada curiosa... Poco dura el Carnaval, puesto se arrojan sus oropeles; ¿pero acaso los oropeles restantes tienen mayor consistencia? Lo mismo los de la moda que los de la vanidad, irán á engrosar el montón de despojos que restan de los Carnavales sociales, históricos y de toda índole... En los cofres relegados á los desvanes podréis hallar el dominó de seda que ayudó á ocultar una aventura ó á dar bromas atrevidas en un coche, pero también hallaréis la fanfarrona casaca palaciega, el ostentoso vestido de cola del sarao. el velo de boda y el birrete cardenalicio...

¡Qué habrá duradero, si nosotros no duramos! El Carnaval se va, y se va, como dijo el poeta, la Nochebuena, y se va el año, y se va cuanto ansiamos, cuanto soñamos, las galas de la máscara y las de los que creen ostentar algo propio, superior á un día de jaleo a una hora de locura... Pero, como en los magníficos cuadros de Breughel, los despojos humanos se hacinan, y no es solamente Momo, el del cetro, el reinado, quien los lanza, rápidamente, al pudridero...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Leéis la sección de anuncios de los periódicos? Yo sí, y á veces encuentro en ella muy curiosas revelaciones acerca de las costumbres. Una de las secciones anunciadoras preferidas por mí, es la que se refiere á ofrecimientos y peticiones de trabajo.

La comparación entre un gran diario de la Argentina, que recibo, y el *A B C* de Madrid, es en este particular extremadamente demostrativa, y señala claramente la diferencia entre dos tipos de civilización.

Los anuncios de la Argentina son categóricos y sin falsa vergüenza.

Cocinera formal, se ofrece.—Cocinera alemana, que sabe su obligación.—Lavandera, se ofrece.—Mucama española, sabe lavar y zurcir bien...—En esto no cabe duda. Trátase de un trabajador, que se busca el pan á cambio de servicios concretos. Leed, ahora, los anuncios españoles.

Señora, se ofrece para acompañar señoritas.—Señora de buena familia, desearía entrar de ama de llaves ó ama de gobierno de una buena casa.—Señora, que conoce la dirección de una casa, aceptaría gobernar la de señora sola, caballero ó sacerdote.—Señora, se ofrece para cuidar de un niño ó señorita.—Señora, acompañaría señoritas á paseo...—Y *sic de cæteris*... Entre tanto señorío, ¿dónde están los servidores? No los veo por ninguna parte.

Me recuerda este método tan típico, por la pretensión que revela á no perder la hidalguía en medio de la indispensable necesidad de buscarse el garbanzo, el caso que sucedió á una dama de la más alta aristocracia, que necesitaba doncella y á quien se le presentó una aspirante al puesto. «Yo—dijo la pretendiente—quisiera no comer á la mesa del servicio... Yo quisiera hacer tan sólo ciertas y determinadas labores... Yo no puedo ir á recados... Yo necesito que me traten de un modo especial... Yo tengo mucha delicadeza...» Y la dama, sonriendo, respondió: «¡Vamos, vamos! ¡Lo que usted viene á pretender, es el puesto de señora! Pero ése está ya ocupado...»

Algo semejante me ocurrió á mí hace tiempo. Me recomendaron á «una señora y dos señoritas» que, por haber quedado sin colocación el jefe de la familia, empleado modestísimo, resolvían dedicarse á algún trabajo remunerado. Recibí á las solicitantes, que venían muy emperifolladas. En especial, las dos niñas, hechas un figurín. Empezaron á manifestar su pensamiento, que era, naturalmente, el de proporcionarse un modo de vivir, pero sin renunciar, claro es, á los privilegios y decoro de su clase. Hube, naturalmente, de preguntarles cómo entendían poder realizar tan difícil combinación; y al punto salió á relucir lo de la «señora de compañía» y la «institutriz.»

—¿Institutriz?, repetí, un tanto sorprendido. ¿Tienen ustedes diploma?

—Pero..., ¿hace falta diploma?, dijeron atónitas.

—A lo menos, habrán ustedes estudiado para maestras... O sabrán idiomas, el francés, el inglés...

—No, eso no lo sabemos... Y como seguir carrera, no la hemos seguido... Somos unas señoritas de muy buena familia...

—Mis hijas, advirtió la madre, pueden alternar con lo mejorcito, tocante á educación...

—No digo lo contrario... Sólo que, como se trata de que deseen ganar su vida, les indico lo que convendría que supiesen para ganarla en efecto. Si no han estudiado y no saben lenguas extranjeras, nadie las admitirá para institutrices.

—Verá usted... Si lo que deseábamos era alguna señorita, allá en Madrid, (que usted, conocerá miles), para acompañarla á paseo por las tardes. Siempre pazaría por el servicio sus veinte ó treinta duros, al mes, y ya con eso...

—De modo que ustedes se figuran...

—¡Vaya! Sabemos que esto depende de la recomendación de una persona bien relacionada, influyente, como usted.

—Y..., una hipótesis..., me atreví á insinuar. Supongan que no apareciesen esas señoritas que se están encerradas en su casa por falta de otra señorita que las acompañe á razón de un duro diario... Bueno, ya sabemos que hay un millón de las tales señoritas encerradas..., pero si casualmente no se encontrasen..., qué, ¿no harían ustedes otro género de trabajo? ¿El..., la palabra se me atragantaba, el..., servicio doméstico, por ejemplo?

—Como somos unas señoritas...

—Como mis niñas se han criado en tan buenos pañales...

—Pero en fin, según el servicio que fuese, se arriesgó á lanzar la mayor. Pongo por caso: nosotras no vamos á descender á ser niñeras, ni muchachas de fregadero. Si hubiese, supongamos, una señora viuda, con intereses, que necesitase una persona para estar con ella y para dirigir la casa, dar la despensa y reñir á los criados..., ¡que son unos abandonados, ya se sabe!.. O si se nos indicase una señora muy rica, que necesitase primera doncella...

—Primera doncella..., exclamé como el que reflexiona. Entonces; ¿ustedes sabrán de peinar, de lavar y planchar primorosamente pañuelos de encaje, y lo mismo ropa blanca finísima, de preparar un té á la inglesa, de esas mil menudencias que á una primera doncella le corresponden?

Vi en sus caras profundo asombro...

—Peinar... No, peinar no... Nosotras tenemos peinadora para los días en que vamos al teatro... Pero aprenderíamos...

Las despaché con esas promesas vagas que hacemos á los que no hay medio de ilustrar, porque no les da la gana de enterarse y creen poder forzar el destino, y, al día siguiente, no me sorprendió oír de labios de la persona que me recomendaba á aquella familia, que había tenido que darles, urgentemente, cuatro pesetas para comer...

Y el caso se repite. Muy á menudo recibo cartas en que una «señora» me manifiesta que ha menester ganarse la subsistencia. ¿Por qué no empieza suprimiendo ese importuno señorío, que, como una valla, se interpone entre el puchero y la boca hambrienta? ¿Qué le importa á nadie que seamos ó no señores, cuando tenemos que acatar la dura ley de la necesidad y aplicar nuestras fuerzas á no morirnos de hambre?

Y el caso es que el achaque del señorío, en materia de servicio, consiste en servir bien...

Un amigo mío me dijo que proyectaba publicar un Manual del perfecto sirviente, y que ya poseía algunos apuntes, que tuvo á bien comunicarme. Los leí con gusto, hallando que no carecían de buen sentido y utilidad. Recuerdo algunas máximas, y la primera, hela aquí: «Jamás te acuerdes, mientras sirvas, de si has ocupado otra posición mejor en el mundo. Jamás lo digas. Procura sí, que se note en algo que te haga superior á tus compañeros; en mayor finura, en mayor inteligencia, en mayor dignidad; pero siempre dentro de tu actual condición.»

Los consejos á los servidores eran, algunos de ellos, aplicables á los amos también.

«Pon cada cosa en su sitio, para no hacer esperar cuando te la pidan.—No te fíes de nadie, porque la confianza no es lícita cuando tenemos que guardar intereses ajenos.—Acostúmbrate á la idea de que, lo mismo que has de comer todos los días, todos los días has de hacer la limpieza.—Persuádete de que el decir que tu amo no está en casa aunque esté y se le oiga hablar, no es mentira si te ha ordenado que no entre nadie.—Que haya manjares que te sepan mejor que un recado; no te comas ninguno, porque tú te lo comes, y al amo se le indigesta.—Aprende á distinguir á un sablista de un duque millonario, y á no acoger á los petardistas con amabilidad, mientras bufas á las personas decentes.—Entérate de que lo mismo que hay personas que te agradan á ti, las hay que agradan á tu amo, y si varias te fastidian, á él le ocurre lo propio; y procura tratar bien á las primeras y ahuyentar á las segundas, sin cometer insolencias, pero con energía.—No emplees nunca el «usted» al dirigirte á tu amo; y menos aún el «ustez,» que ya constituye grave desacato.—Habla en impersonal, invariablemente.—No des jamás á tus amos los buenos días, ni las buenas noches, ni les preguntes cómo están.—Acuérdate de que no puedes recibir visitas tuyas, ni usar bigote, si eres varón, ni zapatillas, si eres hembra.—Tampoco debes usar, si eres hembra, peinetillas de estrás ó celuloide, ni peinados de rizos, ni toquillas, ni sortijas, ni cadenas, ni medallitas de dublé. Tu traje negro, tu delantal blanquísimo, tu cuello ídem, tu calzado correcto. y líbrete Dios de perfumes y de jabones de patchuli, que encalabrinan. Si eres varón, no tienes derecho á oler á tabaco, ni á vino. Bebas ó fumes, á tu amo le basta con ignorarlo. Más valdría que disfrutases á escondidas de sus cigarros, que echarle un vaho apestoso de tagarnina á la nariz.—Vale *más*, igualmente, que usufructúes su jabón, que enseñarle una uña negra al borde de una fuente, cuando le sirves la comida, ó de una bandeja en que le presentes una carta (ahora que se ha concluído la moda de los guantes de hilo para los sirvientes).—Usa reloj, porque el señor, por pereza de sacar el suyo, te preguntará muchas veces la hora.—No receles adelantar dinero para cuentas, si observas que el amo paga todas las suyas; en caso contrario, declárate pobre de solemnidad.—No galantees á las doncellas de la casa, si es que te encuentras bien en ella.—Recuerda que las fábricas de gas y electricidad tienen la costumbre de presentar sus facturas, y sólo por esta pequeña circunstancia, evita dejar encendidas luces y estufas cuando los amos no las gozan.—No hables mal de tus amos; ese cuidado debes dejárselo á sus amigos: tú nada ganas con hacer una cosa que te es inútil y si se descubre, perjudicial. De la buena voluntad de tu amo depende en gran parte tu situación cómoda, tu mejor remuneración, tal vez una manda, tal vez un destino, para tí ó tus parientes. ¿Qué sacas en limpio de poner como hoja de perejil á los amos?—Si no estás contento en una casa, no rompas porcelanas buenas ni estropees muebles ricos, al objeto de que te despidan. Vete respetuosamente, declarando que lo lamentas, aunque no lo lamentes, y habrás ganado un amigo, tal vez un protector.—No te pongas á hurtadillas la ropa del amo, que siempre acaba por saberlo: procura en cambiar, que su vanidad esté interesada en darte buena ropa.—No te vistas mejor para salir el domingo que para honrar á tus amos: si lo perciben, jamás te regalarán una prenda de ropa.—Cuando tus amos te den una orden en el sentido de algo que tú deseas, haz con maña que la repitan: no vayan á olvidarse de que te la dieron, y supongan que tú la inventaste.—Cuando te hablen de un modo franco, tratándote como de igual á igual, no te apresures á situarte en el mismo terreno: permanece en el tuyo, que es el modo de que nadie te pueda nunca llamar al orden.—No faltes jamás á tus amos, no por ellos, sino por tí, pues es la única manera de que si son contigo injustos, toda protesta te sea lícita.—Si tu amo se deja puestas las llaves del armario, y en la casa hay más criados, no se te ocurra, por falsa suspicacia, dejarlas allí: cierra y recoge, y entrega cuando el señor llegue: en el servicio doméstico, lo mismo que en todo, hay responsabilidades que es preciso aceptar.—Las chimeneas y estufas tienen por objeto calentar las habitaciones; no lo olvides, y no esperes, para encenderlas, á que tu amo llegue y experimente una impresión de frío; la sensación de calor, ya tardía, no le hará olvidar la primer molestia: hay que saber encender y apagar con oportunidad.—Hazte cargo de que, en gran parte, depende de tí la felicidad de tu amo.—Hazte cargo de que también depende en cierto modo su honra.—No veas en el amo al enemigo: el modo de vivir bien es rodearse de amigos: si un amo te parece enemigo, sal de su casa: corréis peligro él y tú.—No olvides que eres libre: puedes, á cada momento, dejar la casa en que sirves; esto te quita todos los derechos de represalia que tienen por ley natural el cautivo y el esclavo.—Acuérdate de que, si á tu amo le conviene que te adiestres en el servicio, á tí te conviene más todavía: en tu clase hay clases: cuanto más aprendas, vales más, en salario y en consideración.»

Cuando mi amigo me preguntaba mi parecer sobre estas máximas y otras que ya no tengo presentes, solía contestarle:

—Muy bien está todo ello, pero supone que los sirvientes son capaces de entender tanta moraleja... Yo creo más en su inconsciencia que en su malicia. Claro es que hay de todo, pero dominan la torpeza, la pereza, la carencia de nociones educativas, y esa especie de indiferentismo ante el mañana, que les perjudica á ellos, sin dejar de dañarnos bastante á nosotros. La enfermedad que más aqueja á los sirvientes, es justamente la imprevisión; se divierten cuanto pueden y gastan su soldada en feuterías inútiles; por imprevisión, no adelantan un paso en la técnica de su oficio. Descarían mejores sueldos, y no aciertan á ganarlos; quisieran adelantar en provecho, y son, generalmente, incapaces de adelantar en habilidad y arte para hacerse gratos é indispensables donde sirven, y hasta para facilitar su mismo trabajo. Extrañará el caso y es cierto: los sirvientes, por lo regular, no economizan tanto los puños como la inteligencia... Y este problema del servicio, lo mismo que los restantes, acaso sea, en su terreno, un problema cultural.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando en el campo aparece un enjambre de abejas, diríase que en aquel incidente está la cifra de lo importante y lo serio. El zumbar es tan intenso; el vuelo tan rumoroso; la impresión, en los que lo ven de cerca, tan viva, que, por algunos momentos, el enjambre, lo repito, absorbe toda la atención, como si de él dependiese cuanto existe. La granja, la choza, la quinta se conmueven; á veces, hasta de las aldeas circunvecinas llegan apurados, apremiantes avisos. ¿El enjambre! —¡Ahí va el enjambre! —¡Hay que recoger el enjambre! —¿Quién se atreve? —¡Que venga Fulano! —¡Que se prepare Mengano! —¡Toquen la esquila! —¡Dispongan el colmenar!» Y se inicia el alboroto: gritos, carreras, heridas de un aguijón, un barullo infernal... Media hora después de recogido y captado el enjambre, el silencio, la gran paz del campo, reinan de nuevo; nadie se acuerda del incidente. ¿Qué por qué he recordado el enjambre? Por el debate Ferrer.

Si entráis en el Congreso, creyerais que lo sucedido está á la altura de los mayores acontecimientos de la historia: tal es el escandecimiento de los ánimos, tal el rebullicio, tal el rumoreo. Algo de esta fermentación se extiende á la calle. No es que haya existido, á la hora en que esto escribo, nada que se parezca á motín; pero la gente va y viene, se agrupa, agitada, curiosa, hablando con animación, discutiendo, poniendo cátedra, impresionada aún por la lectura del último artículo de fondo del último diario, donde bebe opiniones. Este fenómeno se advierte más en las calles céntricas, señaladamente en la de San Jerónimo y Puerta del Sol. Al alejarse del centro, ya se habla poco del debate: predominan diálogos muy distintos: charlas de cocineras, de soldados, de artesanos, de carreteros que blasfeman, de chiquillería que comenta los episodios de una parodia de corrida. Y si saliésemos á las afueras..., ya casi nada escucharíamos de tal cuestión. Y calcúlese lo que sucedería si nos desviamos de Madrid, si entramos en la calma de la vida provincial y aldeana. Allí sólo llega el ruido del enjambre, porque hay periódicos que dan noticia de su paso.

Claro es que, en el debate, todo se reduce á política... Y si no, ¿quién atendería al zumbido del enjambre? Pero la política, que tiene el don de soliviantar, no tiene el de mantener vivo el recuerdo de sus mayores efervescencias. Lo único duradero, es el vivir diario, modesto, grave, laborioso, con su trama de intereses y afectos, con la realidad no amañada de su profundo interés individual y colectivo. Ésos que un momento se apasionan ante el debate, y disputan, acalorados, como si algo les fuese en ello, á la media hora han vuelto á preocuparse del destino que aguardan para comer, de la enfermedad del hijo, de la deuda apremiante, del empeño de amor propio, de los celos y sospechas que sienten en sus amoríos ó amores, y aun, más humildemente, más prosaicamente, de la partida de dominó en el café, ó del par de botas que salieron mal hechas...

No es que yo diga que á nadie le preocupen realmente los asuntos de carácter político. Preocupan, sí, cuando la importancia se la presta su propia índole. La invasión francesa, la guerra con los Estados Unidos, la caída de la dinastía en 1868 y otros sucesos que pudiéramos recordar, causaron honda emoción; ¿no habían de causarla? Pero cuando las cuestiones son amañadas, y como ahora se dice con poca precisión, tendenciosas, es natural que sea epidérmica la impresión que produzcan. Impresión de enjambre que pasa, zumbador, apiñado, enconado para morder.

En lo político, lo que causa mayor depresión en mi ánimo, es la insinceridad. Nadie, en este género de debates, dice lo que siente, lo que ven sus ojos y elabora, en secretas cámaras, su pensamiento. Se dice lo que exige la tesis, la estrategia del combate. Y quien creyese que sucedería lo contrario, que la verdad había de abrirse camino, pasaría, entre los avezados á tales lides, por inocente, cuando no por sandio de remate.

Recuerdo, hace muchos años, haber asistido á una discusión en las Cortes españolas. Han muerto ya los dos que la sostenían. Era, más que política, discusión personal, lucha entre hombres que se disputaban, en tal forma, el feudo de una provincia de España. Porque es de saber, y Costa lo dijo bastantes veces con elocuente energía, que cada provincia es feudo de alguien. Uno de aquellos hombres había impuesto á sus siervos de la gleba fuerte tributo en forma tal, que la ley parecía ampararle, aunque no le amparase ciertamente el derecho, y menos la honradez. El otro, el adversario, se apoyaba en ello para impugnarle y sacarle los colores á la cara. Sin género de duda, allí existía un acusado y un acusador. La acusación quedó probada sobradamente. El chanchullo, adoptemos este nombre, se mascaba, por decirlo así, en el ambiente caliginoso del Congreso. Pues bien: con asombro de lo inexperta que era yo entonces en tales espectáculos, al salir de allí averigué que el vencido, era el acusador. En cuanto al acusado, la habilidad de su defensa le otorgaba la victoria, aunque nadie dudase de que la acusación quedaba en pie. Pero la acusación era lo de menos. Torneo de destreza, lanzas y cañas rotas, y la jornada, para quien mejor las juega.

Fué aquel debate de gran enseñanza para mí. Aprendí muchas cosas, al perder esa candidez que es acaso pura flor del espíritu. La esencia del parlamentarismo se me reveló, y de historia y de política, algunas luces claras me alumbraron. Averigué que en estas cosas lo de menos es lo que se ve; que una trama interior sostiene la tela efímera, recamada de flores pone la oratoria. Aquella generosa facultad de indignación, que vigoriza las virtudes de nuestra alma, fué desde entonces algo que supe guardar de burlas y de ironías, con otras ironías y otras risas, de las que el gran satírico español, Quevedo, nos enseñó á cultivar. Cada cual tiene que vivir dentro de la época en que fué enviado al mundo, y discernir, en ella, lo que puede combatirse y lo que no hay más remedio que sufrir aunque conozcamos su malicia dañosa. Y el parlamentarismo es del número de las instituciones que nadie respeta dentro de la conciencia, pero que todavía no ha madurado para caer.

Como la casa de los cuentos rusos, á la cual faltaban tres pies y que se sustentaba en el aire porque no sabía de qué lado tumbarse, el parlamentarismo, respecto al cual es muy unánime la opinión, el parlamentarismo, mentira convencional, vive y se sustenta en las naciones más cultas y civilizadas, y hasta forma la aspiración, el sueño ideal de las atrasadas que anhelan salir de su atraso, y no se sospecha cuándo ni cómo podrá reemplazarse este chirimbolo de gobierno por otro chirimbolo no menos socorrido y un poco más sincero y real.

Para entonces, ya figurarán en los Parlamentos las mujeres; porque uno de los convencionalismos parlamentarios y de los embustes pseudo-democráticos, es que las leyes, que han de acatar el hombre y la mujer, las haga sólo el hombre.

Hoy las mujeres no van al Parlamento sino en calidad de espectadoras. El espectáculo es, cuando se ha comprendido bien su íntima y enmarañada red psicológica, muy curioso. Si fuese posible abonarse á él como nos abonamos á un teatro, yo no perdería función. Lo malo es que las tribunas de una incomodidad que parece estudiada, hecha á propósito para que la gente se aleje, tienen que ser tomadas por asalto tres horas antes de que empiece la sesión, á poco que ésta revista algún interés. El día en que se va al Congreso, hay que renunciar á los demás deportes, asuntos y quehaceres. Hay que poseer una salud á prueba, además, para resistir cinco horas sentado sin moverse, en un ambiente viciado y sin ventilación, con los pies del que se sienta detrás amagando á vuestro espinazo, y prensado en todos sentidos por la concurrencia. El único oasis en el desierto de tanto hastío (porque además, ciertos días en que se aguardan emociones se convierten en días de fastidio, en sesiones hueras) son los caramelitos que os envían. Tienen los caramelos la ventaja de romper, con pequeño y dulce incidente, la monotonía de una situación que no puede variar, pues no es posible ni salir al pasillo á estirarse las piernas y desentumecer los miembros, sin perder *ipso facto* el sitio ganado á tanta costa, conservado á precio de tiempo y voluntad.

Algunas personas salen de la curiosidad leyendo, al día siguiente, los discursos en el *Diario de Sesiones* ó en los periódicos que publican íntegros los más salientes. Yo no sé en qué consiste, pero no es lo mismo: muy lejos de eso, es otra cosa enteramente distinta. Hay algo en la elocuencia, que se enfría al pasar á la letra de molde. Acaso hay también concesiones, atenuaciones de las violencias de la palabra. Ello es que los discursos que me han dejado recuerdo, son los que he oído de viva voz.

Ninguna sesión de este debate Ferrer, tan resonante y que, en este momento, dista mucho de haber terminado, me ha sido posible presenciar. Otros asuntos, otros deberes me robaron el tiempo, durante esta primavera fría, triste, brumosa, que nos envuelve. Y recurso ha sido, pues, leer. Y declaro que los discursos son un derroche de arte parlamentario. No de aquel arte que conocimos antaño y cuyo maestro insigne, indiscutible, fué Emilio Castelar. Todo evoluciona, y la oratoria parlamentaria lo mismo. Se acaban las flores. Al grano, al grano político. Claro es que para ensalzar estos discursos yo hago abstracción completa de su tesis, porque al fin, todos tenemos nuestro criterio, pobre y pequeño y sin valor alguno, pero nuestro criterio, ¡qué demonio!, y no se puede estar de acuerdo con tirios y troyanos á la vez. Lo que alabo, es el arte.

Del fondo de la cuestión nada digo; y, que se me permita la inmodestia: no es que me falte qué decir; es quizás por lo contrario. El silencio unas veces responde á falta de recursos, otras á plétora de impresiones que exteriorizar. No soy la única que calla. ¡Cuántas personas lo hacen, llenas de ideas, llenas de voluntad! Callar es también una fuerza, y una opinión, y un ejercicio moral, y un recurso de buen género.

Y callar es una necesidad cuando las cuestiones, ó por mal planteadas desde un principio, ó por haber enturbiado su superficie la pasión, han llegado á presentarse en forma tal, que para ilustrarla habría que retroceder, rehacerlas por completo, y gastar, en esta labor, voldmenes en folio, y años de la vida. Esta tarea corresponde á la historia, y la historia no se escribe jamás á raíz de los sucesos. La historia, serena, firme, reconstruirá el período que atravesamos, y arrojará luz sobre los móviles de los hechos. Y será una ilusión, pero ilusión que á nadie daña: los que callamos, nos creemos ya historiadores por dentro, en la superioridad de nuestro juicio no viciado por parcialidad política alguna, y acaso consciente de los errores, las debilidades y las muy antiguas causas de las complicaciones y perturbaciones actuales.

Escondiendo la faz del historiador, mostramos la del espectador, un espectador que ha leído á Montaigne y á Maquiavelo, sin renunciar á leer también á otros autores, como Aristóteles, que tratan y discurren de política lo mismo que si estuviesen presenciando sucesos actuales, —porque ha de saberse que en materias políticas no es mucho lo que se adelanta, no habiendo variado, en lo esencial, los términos de la mayor parte de los problemas, y no pudiendo variar el corazón humano.—Un espectador que comprende muchas cosas: que el tiempo pasa; que las horas corren; que el arte es lo mejor, lo más raro, lo digno de culto; que nadie debe intervenir en nada si no ha de influir de una manera decisiva; que es deshonroso contarse entre la multitud, entre los ceros sumados á unidades; que quien no es unidad, es cero; y que hay algo de buen gusto, algo de elegancia, en las abstenciones, en las superioridades, en las tranquilidades despiertas, en el juzgar sin descomponerse. La historia es lo más apacible y lo más vigoroso.

Bueno. Sentémonos en una butaca. Abramos el *Diario de Sesiones*. La chimenea arde bien, y falta hace que arda, porque sin ir más lejos, anoche la temperatura era polar. Sobre la mesa, en un florero ligero de plata, hay un grupo de jacintos nacarados, que hablan de jardines, de auras tibias, de mariposas; pero desconfiemos de las sugestiones de los jacintos: más vale no salir: el Guadarrama nos envía su soplo cortante, asestando un dardo contra los pulmones. La estancia es silenciosa, espaciosa, entapizada, grave. Fuera, el rodar de los tranvías se atenúa, se espacia: va corriendo, lenta, la noche. Avanzamos en la lectura. Volvemos hojas. Los períodos indignados, los períodos intencionados, las inquietas interrupciones, los rumores, los aplausos, la intervención de los ceros, mayoría, minoría... Poco á poco, entre el silencio y la quietud, con la flebre de la lectura, la imaginación se excita. Aparece el telón de fondo, las escenas horribles: vuelvo á ver el magnífico cortejo napoleónico, la pálida reina rubia, con el traje manchado de sangre, y sobre los tapices viejos, flamencos, una cortina de llamas oscila, unas turbas galopan, una escena macabra se dibuja, escena digna del Bosco: un hombre, titubeante, danza, y su pareja es un esqueleto con tocas y hábito.. ¿Sueño? ¿Pesadilla? ¿Realidad? ¿Han sonado tiros? Me incorporo, bebo un sorbo de té, porque en la mesilla hierve la *bouilloire*... ¡Qué drama, el de la historia! El reloj ha dado la una. Es hora de acostarse.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con motivo del viaje de López Silva á la República Argentina á donde va por laureles y por *pasta*, y con ocasión de la próxima publicación de su libro, que será tan regocijado como los que le han precedido, deseó el autor de *Los madriles* que yo le escribiese un prólogo, y el hacerlo me trajo á parar la atención en el cuadro de la vida contemporánea madrileña que encierran esos saladísimos diálogos, esos romances, que son á la vez documento para la historia de un período.

Si hubiese alguien que tuviese la paciencia de extractar mis Crónicas, sacando de ellas la substancia de mi juicio sobre el pueblo madrileño, poco vendría á diferenciarse esta opinión de la que revelan los versos de López Silva. Y la cosa no tiene nada de extraño, porque el fondo de la labor cómica y satírica de López Silva es la observación de la verdad, aunque después la abulte la caricatura, y de la misma fuente brotaron las páginas que á veces me dicta la contemplación del gentío madrileño.

Aun cuando López Silva encuentra veneros de risa en costumbres y formas de lenguaje de la chulapería madrileña, no cabe dudar que también halla mucho que le infunde dejos de pesimismo. Al ponerse serio y escribir una sátira en forma, aprieta, que no apretara más Jorge Pitillas, y nos habla de un poblacho podrido é histérico, vivero de pícaros, hervidero de mujeres entretenidas y de randas hábiles, corte de la navaja y del organillo, donde por cada Quijote hay treinta Sanchos. Tomaría yo que hubiese algún Quijote, así fuese, como los Quijotes son siempre, excepcional.

Apuntemos, pues, la opinión de este amenísimo y gráfico escritor, entre las que votan por la decadencia, aunque quizás difiriésemos mucho en las causas y síntomas que á esta decadencia señala. Una de las tendencias que más duramente flagela López Silva, es el modernismo ó esteticismo literario. Los niños de atusada y luenga melena, rasuradas mejillas y gabán con sobrefalda, le alteran los nervios al majo de atrencillada capa y características patillas, madrileño neto de los de otra edad. No es López Silva el único que condena este tipo, blanco de la burla y de la reprobación; pero yo debo hacer constar varias cosas: la primera, que si este tipo revela la decadencia de España, revelará también, y con doble motivo, la de Francia é Inglaterra, de donde proceden sus más caracterizados ejemplares; la segunda, que este tipo escasea bastante, y, por lo mismo, no puede tener gran trascendencia social su aparición, como no la tuvo la de lechuguinos y currutacos, allá en los comienzos del pasado siglo; la tercera, que algunos poetas de los comprendidos en la censura, son realmente dignos del nombre de poetas, prescindiendo de toda calificación relacionada con lo glauco y las flores del nenúfar (porque la poesía es como el agua bendita, que absuelve los pecados), y cuarta, que tal vez los que ostentan extravagancias de vestimenta no sean los mismos que hacen los versos bonitos. Conozco señoritos con afectación modernista, que no saben lo que es un consonante. Todo ello apenas representa algo epidérmico, que no llega á la entraña.

Menos me convence todavía López Silva, cuando ve en los frailes otra señal del decadentismo que flagela en su sátira, deplorando que no haya quien haga

> «un obrero manual de cada fraile
> y un presidio mayor de cada tasca.»

porque justamente, en los tiempos que él y todos echamos de menos, los de los

> «... varones esforzados,
> de pechos fuertes y de sangre hidalga,
> que al conjuro del santo patriotismo
> dieron á su nación riqueza y fama.»

abundaban los frailes infinitamente más que ahora. Y no sólo abundaban, sino que eran una fuerza, una influencia, algo muy nacional..

Dejando á un lado estos reparos, el retrato que de las clases populares boceta López Silva con tanto garbo como realismo, no es muy lisonjero. Aparece en él constantemente un tipo, el del chulo, que, mostrando á veces ingenuidad de niño, pertenece á las épocas de postración y á los ejemplares de humanidad inferior y degradada. La degradación del chulo va unida á ciertas pretensiones, venero inagotable de efectos cómicos, y que justamente tienden á lo que más riñe con el carácter chulesco: el honor, la caballerosidad, si se tercia, al heroísmo. El chulo de López Silva es cobarde, manso, vividor, hambrón, rufián; en él ha degenerado todavía el antiguo pícaro, el alumno de la Academia de Monipodio; en la casa de Monipodio había jaques capaces de dar cuchilladas, y los chulos de *Los madriles* y *Gente de tufos*, son liebres que se desmayan ante la hipótesis de un agujero en la piel; pero les enlaza con los galanes del famoso patio sevillano el modo de entender y tratar á las hembras, á las cuales tienen dominadas y de cuyo trabajo viven. Porque estos chulos del Madrid de 1900, de una parte no niegan la ascendencia picaresca, y de otra están extranjerizados y con vistas al bulevar exterior de París, al *souteneur de casquette à trois points*, y con frecuencia, en medio del sabor genuino, picón cual las aceitunas de los merenderos, de estos diálogos castizos, ha venido á mí, en un relámpago, el recuerdo de aquellas *chansons de la rue*, de Bruant, también reflectores de un estado del alma popular en París, tan semejante, en la nota de la abyección, al que López Silva nos presenta.

Hay, sin embargo, en medio de las analogías, diferencias cuyo recuento demostraría que en todo caben grados, y que nuestra decadencia no va tan allá como la de esos elementos bastardos de la población parisiense. Nuestro chulo no ha producido aún el *apache*. Los diálogos de Silva no son todavía las «canciones de la guillotina» que escuché en Montmartre.

Hay en los cuadros de López Silva mucha *bonhomie*, y en esa gente de tufos, notas psicológicas que el apachismo no conoce. Esa gente no es buena, pero le albagaría parecerlo; no es noble, pero aspira á alardear de cierto puntillo que sus actos sin cesar desmienten. El apache es más cínico, y se ha formado una especie de ideal á la inversa, en la ostentación de ese propio cinismo criminal. Aquí tenemos la acentuación del chulo, en el hampón, y sin embargo, ni ese hampón, sea falso mendigo, carterista, descuidero, atracador ó asesino,—tremola su delincuencia y su criminalidad como antisocial bandera, como protesta del instinto primitivo, brutal y desenfrenado, contra las civilizaciones demasiado avanzadas, cuyos goces tientan y cuyas complicaciones favorecen á los malhechores profesionales.

La gente de López Silva es fanfarrona, vanidosa, sentenciosa, y no hay nada más divertido que su original manera de discurrir. Ostentan agudeza y ese conocimiento del mundo que da la necesidad de bandearse; profesan horror al trabajo y amor á la aventura callejera, en que, á falta ya de otras más nobles, la raza sigue afirmando su anárquico instinto. Si se trata de trabajar, prefieren la mendicidad, *pintarse una cangrena ú cualisquier úlcera* y ganarse, sin sudor, sus treinta reales diarios á la puerta de una iglesia de la coronada villa. Tampoco sienten gran deseo de venir seriamente á las manos, por más que no se interrumpan sus baladronadas y sus frases provocativas. Todo el coraje se queda para la hembra, la chula, que, ésa sí, chorrea pendencia por los cuatro costados, y es más pronta y más sulfúrica que la pólvora y los explosivos nuevos. Ya eran tales las majas de D. Ramón de la Cruz, y las que retrata Galdós en sus *Episodios*. El pintoresco insulto, la ironía desgarrada, la invectiva quemante, forman la oratoria especial de estas bravías amazonas, tan donosamente esbozadas por López Silva.

A los «muñecos» chulos, los conocemos como si entre ellos hubiésemos nacido después de veintitantos años de vida madrileña. ¡Se diferencian tanto de otra humanidad, la aldeana, la que, á la sombra de los castaños, danza el domingo, en los valles sombrosos de Galicia! ¡Qué contraste, entre este pueblo y aquel! Siempre que un amigo extranjero ha solido decirme que venía á España, le he preguntado—¿á cuál?,—porque las Españas son muchas...

Ved á las mujeres de la aldea; comparadlas á la chula matritense. Humildes, insinuantes, cautas, dulces, las gallegas rara vez se agarran del moño; rara vez se dicen atrocidades. Al contrario: su fraseo es cariñoso, su misma retórica de enojo es prudente. Las gallegas no suelen, á imitación de las coléricas chulas, disputarse á un hombre: creen ellas que es al contrario el hombre quien debe ganar á la mujer, á palos, cuando no á tiros, en las romerías. En todo el *Cancionero* gallego no encontraréis una copla alusiva al caso de un hombre mantenido por la hembra, y en la obra de López Silva abundan las referencias á tal vileza, como á la cobardía natural del chulo, una cobardía que parece tan innata como su bravuconería perpetua.

De la misma abyección que el chulo lleva consigo, deduzco yo que no es posible que el pueblo madrileño se vacíe íntegro en ese molde. Sin duda la chulapería es general en Madrid.

El modo de expresarse y ciertos rasgos esenciales se encuentran, con escasas excepciones, en la gente del pueblo que tenemos ocasión de conocer. No hace muchos días, tropecé yo con un «artista» que es un personaje de López Silva, clavado. Se dedica al arte de Apeles..., en puertas y ventanas. Sin duda, también frecuenta una mijita el *sport* del copeo. Ajustamos no sé qué obra de pintura, y me puso en la cuenta doble de lo ajustado. Protesté, y, en un alarde de dignidad que estaba pidiendo á gritos la musa del autor de *Chulaperías*, gritó que él despreciaba el dinero, y me regalaba lo trabajado, no siendo esta la primera vez que hacía tales obsequios á señoras. Cuando me lo contaron, me limité á responder que estaba bien, y á dar orden de que, á la mañana siguiente, cuando volviese, se le abonase lo convenido. —Es que dice que no vuelve, respondió el inexperto fámulo. — Bueno; volverá... — Volvió, amenazando con el juzgado.—Lo dicho.—Y al otro día, casi con lágrimas, pidió que se le diese lo convenido, porque tenía cinco niños que mantener... Ni por un momento dejé yo de considerar sinceras todas las manifestaciones de aquel hombre. La primera respondía al instinto del orgullo, á un arranque hidalguesco. En la segunda, aparecía el espíritu de violencia y amenaza, frecuente en este pueblo anárquico. Y la tercer posición era la natural y sencilla, del que necesita vivir y sabe que no tiene razón y olvida fieros y gallardías quijotescas.

No cabe duda que en el pueblo de Madrid existen sus corrientes de honradez, bondad y caridad. Es de los pueblos más ineducados; es altanero y alabancioso; cada «artista» de esos del andamio y la brocha tiene más vanidad que podían tener Herrera ó Murillo; pero si se cultivasen sus cualidades, acaso descubriese vetas de oro puro. Su conformidad alegre y chancera, no es la paciencia melancólica del labriego de mi región, pero tiene algo de hermosa, como brote de optimismo, en medio de los desastres de la vida y las codicias avivadas por el espectáculo de la riqueza. Leed el divertido diálogo *Yo y el rey*, y no podrá menos de pareceros simpático el buen Mamerto Bejarano, broncista, con un jornal máximo de tres pesetas, con una afección en los bronquios para mayor recreo, y que, no obstante, se tiene por más feliz que el monarca, que Dios guarde muchos años, y no se cambia por él. La explicación es de lo más divertido que imaginar cabe, y llega casi á convencernos. Es el destino aceptado, no porque no hay otro remedio, sino porque la alegría española, el estoicismo de la raza, lo han dominado y vencido. El broncista encuentra que el rey, habituado á la buena mesa, á todas las comodidades, á todo género de regalo, no saborea ya esas gratas impresiones como las saborea él, Mamerto, al punto en que cualquier extraordinario refuerza su insípido *menú*, ó cuando logra recoger la colilla de un selecto puro. Él, en la calle, puede acercarse á la barbiana que pasa moviéndose con elástico salero, y el rey no puede; se lo impide su realeza.

> «Y de libertaz, ¡no digo
> si hay diferiencia, Marciano,
> entre uno y otro! Yo, el día
> que se me ocurre hacer algo
> de tapadillo, que sabes
> que suele ocurrir ¡pues lo hago!,
> porque ande quiero voy solo,
> y no ve ningún pelmazo
> si tengo gusto en tirarme
> por el Viaducto, y me mato.»

La independencia... He aquí el desquite del pueblo madrileño.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va aclimatándose el que vengan conferenciantes franceses á dar cursos de su literatura y lengua en las incómodas aulas de la Universidad Central. El alma de esta empresa es el docto hispanófilo Merimée, que, desde muchos años hace, y desinteresadamente, anhela que se estrechen las relaciones intelectuales entre España y Francia. Hago notar lo del desinterés y lo de la larga fecha, porque gran parte del *beau zèle* que ahora se despliega en algunas naciones extranjeras en favor del cultivo de la lengua castellana, se debe á la importancia comercial que ésta ha adquirido y que crece cada día, por ser la de las naciones hispanoamericanas. Merimée trabajó impulsado por otro móvil: su amor á nuestras letras, en él hereditario, transmitido por su ascendiente el autor de *Carmen* y de *Colomba*.

El curso actual, que ha empezado con una sesión inaugural brillante, donde Merimée disertó en español con una pureza de forma y una elegancia de dicción insuperables, abarca tres principales materias: *el teatro francés contemporáneo*, explicado por M. Gustave Lanson, catedrático de Literatura Francesa en la Sorbona de París, y conocido y competente crítico; *la novela en Francia en el siglo* XIX, por M. Henry Guy, catedrático de la Universidad de Toulouse, y *el arte en el mediodía de Francia y sus relaciones con el arte español*, por M. Henry Graillot, catedrático de Toulouse igualmente.

Los temas están elegidos con fino gusto y conocimiento de lo que pudiera interesar á un público menos dormido que el nuestro. Verdad que, si aumentase el auditorio de estos conferenciantes en relación con la amenidad de sus temas y la manera atractiva con que los desarrollan, no cabría la concurrencia no diré en las aulas, ni en el Paraninfo. Aun hoy no cabe en el aula y, además, esa concurrencia escucha con fervor, está lo que se dice pendiente de los labios del conferenciante, subraya los pasajes en que éste pone intención, y sale verdaderamente complacida y abierto el apetito para la conferencia próxima. Basta para poder asegurar que no se ha perdido el tiempo al organizar esta fructífera comunicación internacional.

***

M. Lansón ha terminado ya su cometido. Del moderno teatro francés, ha explicado solamente á tres autores: Hervieu, Curel, Portoriche. Son sin duda los que para él revisten superior importancia, porque no se los puede llamar hombres de teatro, sin llamarlos antes pensadores y psicólogos. Para M. Lansón, como para todo el que considere en el teatro la obra de arte, antes que la obra de maña y habilidad, lo que ellos llaman *métier*, las obras no valen por la intriga, ni por el enredo, sino por los sentimientos, las pasiones y las ideas. Los tres tipos de autores dramáticos elegidos por el conferenciante, ofrecen este carácter, con una diferencia: Hervieu expresa los conflictos que la naturaleza y la ley hacen surgir, en lucha con la voluntad humana; Curel profundiza más en lo intelectual, y plantea casi todos los problemas hondos de la época presente, y Portoriche, continuando á Racine en estilo moderno, revela los misterios del amor, únicos que para él parecen existir. Presentan, pues, fisonomía propia.

Hervieu, como varios autores franceses de su época, ha encontrado recursos de fuerza dramática en el divorcio. Una de sus obras más impresionantes es la titulada *El Dédalo*. En ella vemos á una mujer divorciada, que ha vuelto á casarse. Tiene esta mujer un hijo, á quien ama muy de veras. El niño vive con su padre, el primer marido. Enferma gravemente la criatura, y la madre es llamada á su cabecera, y acude angustiada, desolada. Velan al niño los que le engendraron. En una noche de ansiedad, de zozobra, de tensión nerviosa, las manos se estrechan, el amor resucita. Apenas se sabe cómo ocurre, pero ocurre, y de aquí el inextricable dédalo: la conciencia de la mujer se abisma: ignora á quién pertenece ya, cuál de los dos hombres puede, con mejor derecho, reclamarla, exigir su fe, su compañía... El segundo se apoya en la ley; el primero, en la naturaleza: es el que la ha hecho madre. Si la heroína de este drama, (que hemos visto muy bien representado en Madrid,) fuese sinceramente católica, el dédalo no existiría. Su único esposo era el primero, y no podía ser otro alguno. Y si fuese una anarquista, tampoco hay dédalo: preferiría al que amase. Pero es una civista: respeta la ley establecida por la república francesa. Esto, á mi ver, empequeñece el conflicto, porque las leyes humanas, solamente humanas, deben sin duda acatarse, en toda sociedad bien organizada, pero no deben originar luchas de conciencia á ningún espíritu superior. *Mala quia prohibita...* La ley humana es necesaria, y la obedecemos, pero no llega á lo íntimo. Sabemos de sobra que las leyes vienen y van. Como quiera, la heroína de *El Dédalo* no encuentra solución, y el autor tampoco, pues se ve obligado, para concluir, á despeñar á los dos maridos en un torrente que tiene la comodidad de encontrarse allí á mano, cuando más falta hace.

***

La idea de otra obra muy notable de Hervieu, *La course au flambeau*, es de mayor trascendencia dramática, á mi juicio, que la de *El Dédalo*. Es también más osada, muy osada, al menos en la forma que él la desenvuelve; porque, como convicción latente y general, pertenece al número de lo sabido y axiomático. Se reduce á que los padres quieren á los hijos mucho más que los hijos á los padres, y de otro modo, más apasionado, más intenso. Con exaltaciones y sacrificios de toda especie. Hervieu nos representa la vida como una de aquellas carreras antiguas, en que de mano en mano pasaba la encendida tea. Las generaciones, en su curso, se transmiten la llama de la vida y del amor, y nunca vuelve atrás el don precioso, sino que, incesantemente, se dirige hacia adelante, hacia la generación nueva. He ahí la razón del interés que inspiran los niños y del enfado que suelen inspirar los viejos. He ahí por qué todo parece sonreír á la juventud.

La heroína de *La course au flambeau* es hija y madre. Como hija, no demuestra gran sensibilidad. Como madre, es distinto: no sólo renuncia al amor y á la dicha por no contraer un segundo matrimonio que la apartaría de su hija, sino que por ella se halla dispuesta á todo. En la palabra «todo» se encierra hasta el siniestro significado del crimen. No el crimen como en las antiguas tragedias, armado de veneno y puñal; el crimen á la moderna, disimulado, oculto bajo insidiosas apariencias, doméstico y domesticado, encubierto, en los senos de la conciencia, bajo el velo de excusas interesadas y razonamientos especiosos. Crimen sin embargo, tan crimen y tan ultraje á la naturaleza, como el del vengador perseguido por las Erinas: el parricidio.

La heroína de *La course au flambeau*, como sabemos, ha rechazado, por cariño á su hija, las proposiciones matrimoniales de un hombre honrado, opulento, y que la ama. Apenas acaba de despedirle, y él de desaparecer para siempre, participa la hija á la madre que está enamorada y se va á casar. El sacrificio ha sido inútil; pero ya está consumado. Otro género de luchas empieza. La heroína tiene madre, y la madre es rica ó, por lo menos, ha sabido guardar y defender alguna hacienda. El nuevo matrimonio se encuentra comprometido en sus intereses, por errores comerciales del marido; y la madre comienza á exigir á la abuela sacrificios de dinero, en favor del yerno y de la hija. La abuela protesta: no quiere morir en la indigencia: ha profesado siempre principios de orden y de economía, y no se desprenderá de su fortuna. Y, lentamente, en su desesperación, impotente para salvar á su hija, va la madre deslizándose por la pendiente peligrosa. Ante todo, prescinde de su dignidad, y pide dinero á su antiguo adorador: no lo obtiene, porque no puede averiguarse su paradero. Después, la idea se concreta. ¡Si su madre muriese! ¡Una persona de edad..., es tan fácil!.. Una consulta de médico la entera de que, para el padecimiento de la respetable señora, sería fatal cierta altitud, cierto clima de montaña. A ese clima va á trasladarse parte de la familia. La anciana, pueril mente, se empeña en ir también. Y, al preguntar á su hija «si puede acompañarlos,» la hija responde: «Sin duda.» La frase—observa Lansón,—es tan trágica como el famoso «¡Salid!» de Roxana, en la tragedia *Bayaceto*, de Racine. Con esa frase sencilla, que ninguna sospecha de fatalidad envuelve, ni ninguna apariencia truculenta encierra, la hija ha condenado á muerte á su madre, lo mismo que si le derramase un activo veneno en la bebida. Este es el crimen en las civilizaciones avanzadas, al amparo de las seguridades de la ley, de mil complicidades sordas; y tan crimen, sin embargo, como el que vierte sangre. Es el crimen del instinto de la hembra defendiendo á su cría, en las edades primitivas, y no vacilando para protegerla, en cometer toda atrocidad. La anciana muere, en efecto; pero el parricidio será tan estéril como había sido el sacrificio; la hija y su consorte han decidido partir á América á rehacer su honor y su fortuna, y, con igual indiferencia filial de la que ha sentido la heroína, se van y la abandonan, dejándola entregada á la soledad y al remordimiento. La inflexible ley natural se ha cumplido...

Claro es que la tesis de Hervieu está llevada al extremo. No todos los hijos serían capaces, ni aun tratándose de salvar á sus propios hijos, de un parricidio deliberado. La presentación dramática de una idea exige este radicalismo, y sólo llevada á sus últimas consecuencias, la acción destaca con violenta energía el pensamiento. Que la idea es exacta, no podríamos negarlo, aunque no revista esa exactitud matemática que rara vez se observa en la psicología. Hay muchos casos de ardiente amor filial, sobre todo el amor de los hijos á las madres; y hay también madres descastadas que no aman á sus hijos. Con todo eso, la tesis de Hervieu es, en general, verdadera. Por ella se explica el caso tantas veces observado de la mayor ternura de los abuelos hacia los nietos, prefiriéndolos y sacrificando por ellos sin reparo á los hijos, muchas veces. Obedecen los abuelos, probablemente sin razonarlo, á la ley de *la course au flambeau*. La antorcha ha pasado ya de manos de una generación á la de otra más recientemente llegada á la escena del mundo, y ésta es la que importa. La anterior ya cumplió su función, ya hizo su recorrido.

***

Me he detenido en el teatro de Pablo Hervieu y, sin embargo, es el que menos me atrae quizás, entre los tres autores explicados por Lansón con tanta competencia. Hervieu, autor de ideas y de tesis, que hace pensar—de la familia de Ibsen, para decirlo pronto—pertenece, sin embargo, también á otra familia, para mí mucho menos aristocrática: la de los maestros en enredar y desenredar; la de los que dominan el artificio escénico. Lansón lo dijo con suma exactitud: Hervieu, al componer sus obras de tesis, no ha renunciado á uno solo de los recursos de su *métier*. Conoce su *métier* á fondo, y lo aprovecha, manejando la intriga, no desdeñando los efectos teatrales. Y si no, dígalo el oportuno torrente y precipicio de *El Dédalo*. Es, además—y esto no lo dijo Lansón, lo digo yo,—muy visible la relación entre el teatro de Dumas hijo y el de Hervieu. Como Dumas, Hervieu prefiere estudiar los problemas de la relación y unión legal del hombre y la mujer, los fenómenos de la pasión, en lucha con las instituciones y las costumbres, las fluctuaciones de la materia al ideal. Son ambos teóricos del amor y el matrimonio, censores de las leyes, y rara vez llegan á algo más trascendental, como *La course au flambeau*. Debo decir, sinceramente, que Dumas no presentó jamás una tesis tan honda. Dumas concedió mayor importancia que Hervieu á la sociedad, es decir, á las preocupaciones y usos de un momento dado, por lo cual, descuella antes en la comedia que en el drama. La sociedad inspira las altas comedias, pero sólo lo eterno humano puede inspirar los dramas intensos.

El Demi Monde es una comedia deliciosa, y *La mujer de Claudio*, un drama afectado, falso, efímero, y hoy, risible. Porque la sociedad cambia, y cambian más todavía las circunstancias políticas de un país, mientras que el corazón humano, con su complicada actividad, no ha variado tal vez desde las épocas que nos permite conocer la historia. El mismo estímulo celoso que incitó á Clitemnestra á traicionar al rey de reyes, llevó á Otelo á estrangular á Desdémona, incitó á Roxana á enviar á la muerte con una palabra á Bayaceto, y produjo la catástrofe de la obra de Curel *L'envers d'une sainte*. Remontémonos, descendamos... ¡Al través de las edades, todo igual!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Cervantes es de actualidad, se prepara su Centenario, y cuanto se refiere al padre del habla española (adóese que digo al padre, no al abuelo, porque, antes de Cervantes, contó el habla con abuelos muy ilustres) tiene que revestir interés.

He aquí por qué no juzgo inoportuno incluir entre los asuntos que afectan á la vida contemporánea, la aparición de un libro que se titula *Psicología de las novelas ejemplares del sin par Cervantes*, y cuyo autor es D. Baldomero Villegas, persona á quien conozco desde muchos años hace, y á quien estimo, considerándole hombre de ilustración y de notoria competencia, dada su continua lección de las obras del Manco Insigne. Un espíritu tan enamorado de Cervantes, además debe de ostentar cultura, humanidad y rectitud.

No hay entre el Sr. Villegas y yo más que una valla; eso sí, lo bastante alta para separar totalmente nuestro criterio sobre lo divino y lo humano; y es que el Sr. Villegas posee una fe que á mí me falta por completo. El cree seriamente en las revelaciones de los médiums y los espíritus; para decirlo pronto, el es algo espiritista; y yo lamento que esta convicción me sea imposible de adquirir, pues bien que me gustaría evocar, por ejemplo, el espíritu de Hernán Cortés, para que me sacase de dudas respecto á algunos puntos de su historia que acaso no sea posible ilustrar documentalmente. En fin, y vengan ó no vengan (esto último me parece lo más cierto), los espíritus á entenderse con nosotros, ello es que el Sr. Villegas, á quien juzgo sincero é incapaz de prestarse voluntariamente á farsa alguna, nos entera de que un amigo suyo arquitecto, el Sr. Navarro, le informó en Zaragoza, el año 1889, de que un carpintero sonámbulo y que nunca había leído *El Quijote*, lo interpretaba, en estado sonambúlico, de una manera sorprendente. Como que el bueno del sonámbulo explicaba cuál había sido la intención noble, generosa y patriótica de Cervantes al componer su libro. Lo malo fué que, entre explicación y explicación, el carpintero se perturbó, su excitación nerviosa llegó á alarmar á cuantos le consultaban y hubo que suspender el curso de cervantismo.

En cuanto al Sr. Villegas, él nos dice que, habiendo leído un libro, donde la doctrina del carpintero se exponía, y releído el *Quijote* se puso su espíritu al tono en que estaba Cervantes cuando lo escribió, y como por transmisión de ondas hertzianas, tuvo la clave del sistema político-filosófico-social encerrado por Cervantes en él, á fin de reformar la sociedad de una manera anagógica. Me sirvo de las propias palabras del Sr. Villegas, que es el modo de no traicionar su pensamiento. La opinión del Sr. Villegas es que tal reforma de la sociedad, oculta por Cervantes en las páginas del *Quijote*, sería la salvación, no sólo aplicándola al siglo XVII, sino también á los problemas actuales.

Bajo el influjo de esta comunicación, escribió el Sr. Villegas un libro, que hace tiempo he leído, y se titula *Estudio tropológico del Quijote*. Creo recordar que entonces y siempre manifesté al autor mis dudas, mejor dicho, mi escepticismo respecto á las intenciones reformadoras y proféticas de Cervantes. Hoy no se trata de aquel libro, sino de otro nuevo, y voy á proceder con la misma lisura y franqueza, á la vez que con idéntica tolerancia, pues esta virtud no se ejercita abdicando nuestro raciocinio y pensando por cuenta ajena, sino empleando, al manifestar el propio criterio, formas respetuosas.

Desde luego, leyendo el prólogo del libro de que trato, se ve que el autor está dolido, no sólo de las faltas de consideración intelectual que con su primer obra se cometieron, sino del estado general de nuestra patria. Y en esto, no he de negar que lleva alguna razón, porque tampoco nuestra patria se encuentra como yo desearía. Quizás los males que Villegas deplora no son los mismos que yo pudiera deplorar, ó al menos no lo son todos, pero en que hay mal en la aldehuela..., conformes.

Llegando, no obstante, á precisar las causas de este mal de España en la edad presente, el Sr. Villegas echa la culpa á que continuamos siendo los mismos que en tiempo de Cervantes; que nada hemos variado, y no sólo no existe aquí libertad de conciencia, sino que nos domina la más negra y feroz intolerancia.

Aquí empiezan mis reparos, pues amén de que creo que hemos cambiado bastante desde el siglo XVII, considero que la intolerancia en materias religiosas, tan detestada por el Sr. Villegas, fué muy general en todas partes, y se manifestó en las sangrientas y crueles guerras de religión en diversos países de Europa, y en los suplicios que se aplicaron en Inglaterra, Francia, Holanda (la Holanda contraria á nuestra dominación) y Suiza, donde Calvino quemó con leña verde á Servet. En la actualidad, en España, la intolerancia ha girado sobre su eje, y los más intolerantes son los más avanzados, lo cual prueba que esto será, en todo caso, forma de nuestra psicología, y no influjo religioso. No sé de ningún protestante, de ningún judío, de ningún pensador, que sufra hoy persecución por sus ideas. Aquí se habla y se escribe y estoy por decir que se hace cuanto se quiere. Vidart, muy amigo de Villegas y mío también, creía que esto era una inferioridad; que la intransigencia es hija legítima de la convicción. Sea ó no inferioridad, transigentes somos. Yo recordaba á Villegas que la madre de la reina misma, en Palacio, cumple los ritos de su creencia protestante, sin que nadie lo encuentre malo, ni se escandalice.

Pero, aparte de tal discusión, queda por averiguar la relación que guarda con las ideas esotéricas de Cervantes, y cómo Cervantes pudo presentir nuestro desarrollo histórico actual.

No creo que sea el Sr. Villegas el primero que ha encontrado en Cervantes un sentido recóndito, una profunda intención. Apoyándose principalmente en los pasajes del «cuerpo muerto,» en el encuentro nocturno con la Iglesia, y en algún otro, varios cervantistas supusieron en el autor del *Quijote* una protesta contra el estado social de su país, contra el poder del clero y de la nobleza. Yo, por mi parte, no lo afirmaría; diversos pasajes atestiguan lo contrario; y Cervantes había viajado tanto, que, en aquella época, mal pudiera presentar á su patria como ejemplo de nación decaída, pues distaba de serlo, siquiera declinase su poderío ya. Cree, sin embargo, el Sr. Villegas que las *Novelas Ejemplares*, publicadas entre las dos partes del *Quijote*, son algo como la serie de los *Rougon Macquart* de Zolá; un cuadro total de la corrupción y rebajamiento nacionales. Por más que hago, no diciemo en Cervantes tal propósito, sino la fidelidad de su retina, al retratar con profundo realismo las costumbres, los tipos y la vida de su tiempo, á lo Velázquez.

Sin género de duda, en toda obra genial por excelencia, como es la de Cervantes, suele descubrir cada cual el sentido que busca y frases en harmonía con sus secretos anhelos. Hay libros que, ábranse por la página que sea, responden. En la Biblia, en la *Imitación*, en Shakespeare, hay para todos los gustos, y lo propio dicen los árabes de su Korán. En cuanto á rasgos que parecen anunciar y prever descubrimientos futuros, los encontraremos en muchos grandes autores, empezando por Séneca, que predecía el descubrimiento de América, y siguiendo por el Dante, que anunció la teoría de la termodinámica y demostró conocer las constelaciones del hemisferio Sur. No quiero, pues, negar que en Cervantes existan intuiciones verdaderamente asombrosas, ni que su condición mental y su literatura, sean algo muy comprensivo y progresivo, y que sus máximas contengan doctrina.

Mucho va de esto á convenir en que el autor del *Quijote*, enmascarándose y embozándose, escribiese, como entiende el Sr. Villegas, contra el Pontificado romano, contra la monarquía y contra el estado social de su época, con vistas al siglo XX además.

Se alega que Cervantes no podía exponer explícitamente su pensamiento, por temor á la censura, á las persecuciones, á los poderes, etc. Queriendo, como quiere Villegas, agigantar la figura de Cervantes, resulta que así la empequeñece mucho. O Cervantes aspiraba, en efecto, á reformar, ó no. Si aspiraba, fué un tanto cobarde al envolver sus planes de reforma de creencias é instituciones en velos, tan densos y tupidos, que no puede descorrerlos la crítica histórica, y se necesitan el sonambulismo y las ondas hertzianas para disipar la bruma. Apocamiento censurable y no creible sería éste en el soldado de Lepanto, en el cautivo de Argel. No procedió así Quevedo, satírico bastante más amargo y crudo que Cervantes. Quevedo arrostró lo que vimiese, y dijo las del barquero al privado y al monarca, deplorando con intensidad enérgica la decadencia del «cuerpo enfermo» y exclamando: «¡Grande eres, Filipo, como el hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es!»

Si nos atenemos á lo que Villegas piensa encontrar en las *Novelas Ejemplares*, la Gitanilla no es la salada muchacha bailadora, sino una alegoría de la libertad; D. Juan de Cárcamo representa el absolutismo tradicionalista, y, al irse tras Preciosa, es que el absolutismo se identifica con la libertad; los razonamientos que pasaban los dos amantes, no son plática de amor, son el sistema liberal opuesto al autoritario.

Por lo tanto, entiende Villegas que la Gitanilla encierra una enseñanza trascendentalísima en el orden político-filosófico social, que debe servir de rumbo á estadistas y sociólogos, para bien de la humanidad y de la patria.

En cuanto al *Amante Liberal*, le parece una sátira muy sutil contra el Pontificado romano y una excitación á sacudir su tutela; *Rinconete y Cortadillo*, otra contra la sociedad en general, y en particular contra la administración de justicia; *La Española Inglesa*, un panegírico de la libertad de conciencia y de Isabel Tudor, en cuyos reinos entiende Villegas que se practicaba ampliamente tal virtud, á pesar de que la protestante madre del conde Arnesto, para excusarse de envenenar á la católica Isabela, alega que lo hace «por quitar de enmedio á una que profesa otra religión, lo cual es sacrificio al cielo.» Y así sucesivamente, *El Licenciado Vidriera* es un regenerador, el caso de violencia que da asunto á *La Fuerza de la Sangre* una demostración de que estamos intoxicados por la Iglesia católico-romana, y un alegato contra el matrimonio según el Concilio de Trento, y *El Celoso Extremeño* una diatriba contra la esclavitud, *El Casamiento Engañoso* una crítica sañuda de los militares de entonces. No me alcanza el espacio de que dispongo para reseñar lo que en todas las *Novelas* rastrea su comentador, pero debo advertir que siendo Villegas un caballero muy verídico de fijo, tanto se ahinca en lo que, pues hablamos de Cervantes, llamaré «sus empecatadas caballerías» que, citando la segunda parte del *Quijote*, y recordando que Cervantes escribe que «por cuatro cosas es por lo único que se deben batir los pueblos, la primera por defender la fe católica» añade de su cosecha el comentador «que es como decir la fe universal, dado que católica es lo mismo que universal, y que es como decir, por la libertad de conciencia, puesto que la fe universal es el respeto á la fe de todas las creencias...»

No me he propuesto, no diré rebatir, pero ni aun examinar en todas sus partes el libro á que vengo refiriéndome. No soy, por otra parte, lo que se llama cervantista; es decir, no me he consagrado especialmente al estudio de la obra del Gran Manco. He desconfiado siempre de los cervantistas de profesión, como el que conocí en Esquivias y que encontraba significado arcano á las tinajas tobosescas, iguales á las que allí me enseñaron. Bueno y sano leer á Cervantes, pero, si la lectura no va acompañada de otras varias y fuertes, suele producir como una especie de embriaguez mental. Nada creo tan peligroso para la independencia del espíritu como una sola lectura. La triaca del libro, es el libro.

Leí á Cervantes y hasta me supe de memoria trozos del *Quijote*, en la niñez; y lo releo con deleite de cuando en cuando. Siempre he visto en él enseñanza, sátira, humorismo, estudio admirable de las costumbres, fondo filosófico natural, sin sujeción á métodos ni sistemas, sentido hondo, algo misterioso como el genio mismo en su esencia; pero lo propiamente esotérico, reservado para que lo interpreten los venideros siglos, confieso que no lo percibí; ni me convencerá el mismo sabio Alquife de que, cuando Cervantes escribe «Iglesia católica,» hay que leer «libertad de conciencia.»

Ya ve el Sr. Villegas que mo procedo con él descortésmente; que no hago caso omiso de su obra; que la trato con el debido miramiento. Y, á un hombre tan partidario, tan prendado de la libertad, no espero que ha de sentarle mal que libremente haya expuesto, mi parecer, modesto y sin andamiaje científico, sobre los delicados puntos de vista que presenta el libro.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Naturalmente nadie ha hablado esta semana sino de aviación, durando aún las emociones producidas por los sucesos de París y la llegada á Madrid de Vedrines, único conductor que ha tenido la suerte de traer sano su aparato, realizando el vuelo. Digo sano, porque creo que no se confirmarán los rumores que han corrido acerca de que el atrevido piloto tuviese preparado en el camino lo que en lenguaje puramente terrestre se llamaría «un caballo de refresco.»

Los entusiastas del arriesgado *sport* van pregonando que está resuelto el problema, y que, de hoy más, lo que resta por hacer para asegurar el porvenir de la navegación aérea, se reduce á leves mejoras, á perfeccionamientos insignificantes, que eviten los accidentes y faciliten lo actualmente dificultoso.

Yo no sé si soy un espíritu pesimista ó si mi incompetencia en estas cuestiones físico-mecánicas me lleva á verlas de otro modo que las ven los inteligentes. Lo cierto es que después de los dos *raids*, he llegado á convencerme de que, lejos de hallarse solucionado el problema, hemos adivinado las inmensas complicaciones, y no sé si diga imposibilidades, que entraña. Al lado de lo conseguido, que no es poco, aparece el vasto pélago de lo que falta por conseguir. He aquí, en mi desautorizado concepto, cuanto se deduce de la brillante aventura de Vedrines.

Ante todo, entendámonos respecto á lo que significa un problema solucionado.

La aviación tiene varios aspectos. Puede considerarse como *sport* individual, y, en este sentido, aunque la rodean tantos peligros, resuelto se halla desde el momento en que hubo un aviador que pudo realizar un vuelo y trasladarse de un punto á otro. Para la gloria y el orgullo de la humanidad, basta que vuele un hombre.

Mas si la aviación ha de ser, amén de *sport* individual, conquista de aplicación práctica, empiezo á dudar si cabe decir que el problema se halla resuelto, como los optimistas afirman.

Al menos, los datos conocidos no permiten alimentar tan halagüeña esperanza. Nos muestran tan comprometido el equilibrio del aeroplano por el más leve movimiento del piloto, que, según dijo Vedrines, el hecho de disparar contra el águila que le acometía hubiese podido producir una catástrofe.

Actualmente, sólo sabemos que se necesita gran maestría en el piloto, y aun así no es seguro llegar al término de la carrera; que la cuestión del peso no está ni planteada y parece insoluble; que no se coliga cómo se convertiría el aeroplano en medio de transporte corriente y usual, único resultado que justificaría todo lo que se dice de supresión de fronteras, con otros ensueños no menos fantásticos; en suma, que lo conseguido sirve meramente para demostrar lo que falta por conseguir. Claro es que todo eso se remite á un porvenir más ó menos remoto, á nuevas invenciones que completen la de los aeroplanos; claro es que los horizontes científicos que se nos presentan parecen ilimitados, y, ya dentro de este terreno de la hipótesis y la esperanza, puede acogerse cuanto sugiera el deseo. Pero, si se habla solamente de lo actual, de lo positivo, de lo único verdaderamente científico (pues la ciencia no vive de conjeturas y fantasías), la aviación, que tanto preocupa, no pasa de ser un nuevo juego aristocrático, lo mismo que el polo y la caza de tigres en la India.

No es democrático un *sport* porque lo practiquen hombres, como Vedrines, de humilde procedencia. En el caso presente, yo llamo aristocrático al *sport* de la aviación, porque, dado su coste, no se halla al alcance de la multitud, y, dado su riesgo, pocos se atreverán con él. Hasta que un burgués cualquiera, con su familia, pueda tomar billete de aeroplano, y hacer un viaje con probabilidades de no estrellarse, la aviación será distracción de millonarios, empeño, loable sin duda, de Sociedades esportivas, que pueden gastarse el dinero en premios, y darse el gusto de crear el drama de los aires, para seguirlo con interés desde la tierra.

No me convencen los que argumentan diciendo que también, al principio, los ferrocarriles, los barcos de vapor, los automóviles, cuantos inventos útiles enriquecen el caudal de la humanidad, lucharon con parecidos inconvenientes, atravesaron períodos igualmente críticos, para establecer, al fin, su funcionamiento normal. Doy en figurarme que el hombre, cuando cruza el aire está fuera de su elemento. Podemos hacer mucho sobre la base de lo natural, pero yendo en contra, los resultados serán problemáticos. No tendría yo inconveniente en apostar algo bueno á que la aviación jamás será invento de aplicación general. Ojalá que los hechos me desmintiesen, y confesaría mi error de buen grado.

Entre tanto, la multitud se entusiasma con las proezas de Vedrines, el hombre pájaro, el rey del aire. Madrid se ha trasladado á Getafe, y ha estado mirando al cielo todo un día, sin que asomase el ave humana. ¡Qué diablo! Esto no es como el tren, que llega á hora fija, y aun suele, á veces, retrasarse...

En general, y el mismo aviador lo atestigua, España ha demostrado gran simpatía y ha prestado activa cooperación á la empresa aviadora. Cualquiera que sea el resultado de estos intentos, y abrigue ó no convicción optimista, es un deber facilitar, ayudar, animar con el aplauso á los valerosos surcadores del aire. Que la aviación llegue á ser algo para todos bueno, ó que permanezca entre pocos, no debe negarse que es gloria de nuestra especie y de nuestro siglo el haber avanzado tanto por sendas ignotas. Las aplicaciones de la aviación, el tiempo las irá revelando; el principio dará sus consecuencias; el hecho no por eso es menos alto, y se explica la emoción con que Madrid ha acogido al volador, llevándole en palmas.

No es Vedrines un hombre de ciencia. Es únicamente, podríamos decir, un *chauffeur*, un mecánico. Esto contribuye á hacernos dudar de la transformación de tal *sport* en transporte. De varios aeroplanos que salieron de París, uno solo llega, y ése porque lo tripula un hombre habilísimo en el oficio. Acaso siempre sea necesaria esta superioridad, esta destreza del mecánico, para que un aeroplano no se haga cisco y no se precipite de dos mil metros de altura.

¡Cómo ha de ser! Hasta nueva orden, pertenecemos á la tierra. Ella nos sustenta y cría; ella nos acogerá en su seno cuando, cansados de la jornada, se cierren nuestros ojos. El aire no lo hemos podido ni habitar ni recorrer, sino en lucha con tales obstáculos, que, al menos, han demostrado el alcance de la energía humana. El gesto de Vedrines, al llegar, fué en extremo significativo; tuvo toda la elocuencia que un gesto puede tener. Se arrojó al suelo, se tendió sobre la tierra, nuestra madre, como el niño que busca el calor del seno, como el arrepentido que besa las losas del templo donde está su Dios. Esa actitud, dictada por el más natural de los instintos, expresa el horror involuntario al aire, característico del ser humano, y que se refleja en la sensación de vértigo. Nuestros pies buscan el apoyo de la tierra, y hay un goce físico en pisarla, y un atractivo que nos lleva hacia ella, que nos hace amarla con amor inmenso. Vedrines, cuando aterrizó, venía ya exhausto, agotado, yerto de frío y de fatiga. No en balde se asciende á la región de las águilas.

El episodio del águila se ha comentado mucho. No ha faltado quien lo incluyese entre los capítulos de novela que escriben los viajeros, viajen por donde viajen. No lo encuentro inverosímil. El águila tiene muy bien puesta su fama de valor y acometividad. Al ver invadidos sus dominios, no debe sorprendernos que haga, como dicen los caballistas, un extraño.

Y no digo nada, si el águila es de las que ponen su nido en los sombríos picachos de Pancorbo, que tan trágica impresión me causaron vistos á la luz de los relámpagos, una tarde de horrible tormenta. Esas águilas de Pancorbo no han olvidado que se las tuvieron tiesas con otras águilas, y muy arrogantes: las del Capitán del Siglo. Yo creo á las águilas de los desfiladeros de Pancorbo capaces de enzarzarse con todo lo que de Francia venga.

El invento del aeroplano está en sazón, eso sí, para dar lugar á muchos sucesos dramáticos. Un sinnúmero de elegantes *sportsmen* cavilan, á estas horas, en su primer salida por los aires. No sería fácil convencerlos recordándoles el caso de Clavileño, esa página sugestiva entre todas, del *Quijote*. Cuando el Ingenioso hidalgo cabalga el corcel de madera, aunque su montura no se mueve del jardín de los duques, D. Quijote siente todas las impresiones del más accidentado viaje al través del espacio. He aquí el secreto, inaccesible al vulgo, de este linaje de aventuras: vivirlas por dentro, y vivirlas con igual intensidad que si sucediesen. ¡Clavileño, símbolo magnífico de la idealidad!

He visitado la Exposición de Arquitectura, por cierto en la tarde en que la tromba convirtió en charcos los paseos, las avenidas, las calles de Madrid, y en que el mal tiempo suspendió, por séptima ó octava vez, el concurso hípico, que ya hemos convenido en el *argot* de la conversación familiar, en que «hace pato.» El recinto se hallaba completamente desierto cuando llegué; después, dos ó tres curiosos más aparecieron en las inmensas salas. La Exposición de Arquitectura, de interés para los técnicos, y aun para los aficionados como yo, no atrae al público, que acaso no se da cuenta de lo que va á ser un edificio porque le presenten el proyecto, con planos y alzados. La nota de color, en la Exposición, son las vidrieras y los azulejos.

De las vidrieras tengo que decir que son muy bellas. Y no podía ser otra cosa, sabiendo á dónde alcanzan la competencia, la cultura, el buen gusto de D. Vicente Lampérez, director artístico de la manufacture que las fabrica. A mí, el ejemplar más hermoso me parece la vidriera destinada al *hall* de mi casa de campo, las Torres de Meirás. Es una perfección de colorido y de dibujo, y no me explico por qué no se emplea con mayor frecuencia este elemento ornamental en las construcciones. Yo lo he empleado en donde he podido, y tengo vidriería de color en mi casa de Madrid, en el salón despacho, y en el campo, en el *hall*, donde no sólo figurarán, en las ventanas, estas vidrieras, sino, en la cima de la escalera, otra preciosa labor de la misma índole. Contra la opinión general, los vidrios de colores ofrecen menos peligro, para el caso de una rotura, que los comunes y corrientes. En efecto, un gran vidrio biselado, de los que hoy tanto se emplean, no tiene compostura una vez roto; pero los de colores, que son verdaderos mosaicos, la tienen siempre, con la sustitución del fragmento. Noto esta particularidad, porque muchos se asustan pensando que la vidriería de colores es la más frágil que existe.

Los azulejos de Talavera de la Reina también me alegraron los ojos. Recordé mi visita á Talavera, hará unos cuantos años, y mi exploración al través de los alfares, en busca del antiguo arte perdido. No se consolarme de la desaparición de las bellas industrias artísticas españolas, que tanta gloria y tanto provecho pudiera reportarnos el cultivar y conservar con respeto sagrado. En aquel entonces, Talavera y sus alfares no producían sino material muy tosco, y de las viejas tradiciones apenas quedaba rastro. Daba dolor ver, en la ermita de la patrona del pueblo, tan ricas muestras y restos de azulejería, allí mismo fabricada, y comprobar inmediatamente que nada de eso quedaba en pie, y que sólo un objetillo de alfarería recordaba lo pasado: una humilde jarrita, la llamada *hurtadera*, tosco juguete de niños del siglo XVII, que todavía puede hacer sonreír á los del XX... Recuerdo que expresé entonces mi pena, deplorando que no se fabricasen en Talavera fuentes, cuencos, azulejos históricos. Y veo en esta Exposición, que ha resucitado Talavera la muerta, la Talavera de la alfarería. Se expone un frontal de gran estilo, y algunos azulejos típicos. Sentiré que sean tan sólo muestras para un concurso; no lo sé; ignoro si con esto de la azulejería pasa algo de lo que sucede con la vidriería, que acaso no encuentra todo el aliento, toda la protección que pudiera esperarse en los que construyen y decoran palacios y edificios públicos.

Estas encantadoras industrias españolas merecen renacer. Las sedas, los damascos, los cueros, los hierros de arte españoles, ¿por qué han caído en olvido y en desuso? ¿Por qué nuestras espléndidas fábricas de vidrio, loza y porcelana no vuelven á su antiguo esplendor? Cuando yo lamento que la del Retiro—un milagro de perfección, donde en el género se hizo todo lo que se ha hecho en los países extranjeros más adelantados,—dejase de funcionar en el reinado de Fernando VII, unos me dicen que se debió á que la incendiaron los ingleses, y otros que los franceses, por envidia. Incendiárala quien la incendiase, un incendio sólo destruye paredes, pues no arderían dentro ni los operarios, ni los dibujantes, ni los directores. Al restablecerse la calma, debió con ella restaurarse la industria. Somos nosotros mismos, siempre, los que destruimos nuestra riqueza y nuestro adelanto, al olvidarlo, al dejarlo morir indiferentes, glaciales. Nadie de fuera nos causará el daño que no nos causemos nosotros. Y por eso, al mirar las Talaveras modernas, fiel reproducción de las antiguas, se me ensanchó un momento el corazón.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un deporte que, según creencia generalizada en estos últimos años, tiene en contra á las brujas, á las hadas, á todos los duendes maleficiadores de un espectáculo que exige buen tiempo, porque se verifica al aire libre. No cabe duda que el clima de Madrid ha cambiado bastante, y de ello se resiente el concurso hípico.

¿Por qué ha cambiado el clima de Madrid? Las explicaciones que he oído, confieso que no me satisfacen. Unos dicen que por la traída de aguas. Otros, que por el arbolado (conste que no lo veo ó, al menos, veo poco), otros, que por el enfriamiento del sol. ¡El enfriamiento, y así tan aprisa! En fin, y sea por lo que fuere, el clima ya no se parece al del Madrid de mis juventudes que, por muy remotas que quieran suponerse, no se remontan al siglo XVIII. El Madrid de mis juventudes era caluroso, seco, de cielo azul, de días claros y de noches estrelladas. El Madrid actual es húmedo, frío casi hasta julio, de celaje gris, de aceras mojadas y arroyo cenagoso; un Madrid en el cual el concurso hípico se desgracia, de tres tardes, dos y media.

Es inverosímil lo que se ha prolongado este concurso, por las suspensiones y aplazamientos debidos al mal estado del tiempo, al encharcamiento de la pista.

Los oficiales, que han venido á disputarse los premios, llevan en Madrid más de un mes, y sucede con esto lo que con una lectura interrumpida; se pierde el hilo; el interés decae.

Decae tanto más, cuanto que ya era tenue, al menos para la mayor parte del público, que no ve los matices y sólo aprecia lo de mayor relieve, incluyendo entre lo relevado la hipótesis de una caída, de un desbroque, de que un caballo, saltando la leve barrera que separa al concurso de la pista, realice un número sensacional, el de pasar por encima de tres sombreros con plumas que sombrean á sus correspondientes señoritas con falda escurrida, y no producirles—á las señoritas, por supuesto,—más daño que el consiguiente susto...

Aparte de estas contingencias, el espectáculo adolece de monotonía. Eso sí: para quien tenga ojo de pintor, el telón de fondo es bellísimo, cuando sobre él se destacan notas de colorido tan alegres y modernas como las que el concurso da de sí. Tanto caballo, de capas tan diversas, desde el blanco argentado hasta el negro azabache; tanto soldado, de uniformes de colores vivos, en actitudes vigilantes, cuidando de las monturas de sus jefes; tantos oficiales, formando animados grupos; tanto *habit rouge*, con el *chic* inglés de su traje que les hace asemejarse á figuras esmaltadas en alguna petaca ó fosforera de británico origen; tanto mozo de cuadra, de gorrilla con visera, chaleco de ante y abotonado calzón; tanto aficionado, que ha venido á caballo y pasea á pie, calzada la espuela y látigo en puño...

Y todo ello, sobre el tapiz fresquísimo del césped aun impregnado de lluvia, con la línea amplia y majestuosa de los edificios y cúpulas del Hipódromo al frente, y los hopos de arbolillos que prestan al conjunto la gracia coquetona de un tapiz versallesco. Porque lo hemos de reconocer: la lluvia, que tiene sus inconvenientes, ha venido á dotar á Madrid de un encanto del que carecía, el de la frescura, y á libertarle de un enemigo insidioso pero terrible, el polvo, el sutil polvo castellano, resecador de gargantas, exterminador de la atmósfera, corrosivo implacable, verdugo de la vegetación y de las flores... La extraordinaria figura de tonos que se advierte en el paisaje del Hipódromo, es debida á la lluvia, á la humedad.

Pasando á otro asunto diré que el gran actor Ferruccio Garavaglia ha trabajado para un teatro casi vacío, para un auditorio escasísimo, aunque fiel y convencido. Quizás no todo el repertorio que aquí ha representado sea muy á propósito, ni para atraer al público, ni aun para el lucimiento del artista; y yo creo que dramas como *La Fine di Sodoma* y *La Moglie Onesta*, producen en el ánimo una depresión incompatible con la sensación embriagadora de lo bello. Yo diría pestes de esos dramas de hospital, en que las enfermedades nerviosas y de la médula hacen el gasto y en que el actor tiene que poner cara de leño, abrir la boca, tropezar en los muebles y trazar rizos con las piernas; y la verdad, hablando en plata, es que la mitad del público no los entiende, y á la otra mitad no le gustan. No porque Sudermann sea un autor de muy europea fama he de renunciar á decir que nada me agradó *La Fine di Sodoma*. La tesis es la misma de *Magda:* el contraste entre las nuevas ideas y la antigua y tradicional sociedad alemana, basada en el deber, en el trabajo, en las creencias, en la familia. El punto de vista se presta á que un hombre dotado de instinto dramático saque gran partido de él, y produzca una obra maestra como *Magda*, llena de verdad y de poesía, dramática y conmovedora. En *La Fine di Sodoma*, lejos de seguir el mismo filón, Sudermann sólo ha logrado crear un carácter odioso, antipático, y hasta inverosímil: el del pintor, protagonista del drama; el cual, más que como pintor, se nos presenta como galán y vicioso, y, por lo tanto, atacado de uno de esos padecimientos cómodos, que surten, en el momento preciso, los efectos que ha querido el autor que surtan; algo como la antigua locura repentina, precedida de carcajada estridente.

El artista, autor del cuadro que, un poco por los cabellos, explica el título del drama, no hace sino estragos en los corazones de las mujeres; todas cuantas salen á relucir en la obra están perdidas por él. No compaginan muy bien la enfermedad y las aptitudes de tenorio que descubre el joven; pero como estas enfermedades de comedia—excepto la del Oscar Alving de *Los Espectros*, la cual es un caso perfectamente clínico—tienen tanto de acomodaticias, el pintor está muy recio y gallardo para sus diabluras, y muy lacio cuando tocan á coger los pinceles. Tan lacio, que, en la última escena de la obra, al intentar dibujar la figura de una de sus víctimas, comprende su impotencia para el arte, y cae abrazado al caballete,

«come corpo morto cade..»

El carácter del pintor no es antipático porque se dedique al *sport* de no perder ripio en materias amorosas; lo que le imprime sello repugnante, es el hecho de que, pudiendo saciar su sed pasional de tantos modos, no respete á la niña que en su casa han recogido, á quien tiene como hermana, y cuya pureza conoce, siendo esta misma sagrada pureza el horrible estímulo del delito. Nadie me convencerá de que la mayor depravación no tiene límites; nadie me persuadirá de que es bello dentro del arte tan repulsivo atentado. Todo cabe en lo real, y todo puede suceder, bajo los efectos de la embriaguez y bajo el influjo de la perversión; pero el autor no nos ha mostrado lo bastante el alma de su héroe, y no sabemos cómo ha llegado á envenenarse y corromperse de tal suerte, puesto que la vida más bien le sonríe. Esa alma enferma, quisiéramos entenderla, para explicarnos cómo puede germinar en ella tanta maldad, como se crió la nidada de víboras. Y, á decir verdad, *más* que la grandeza del mal, la desesperación byroniana, creemos ver un abismo de tontería, en un hombre que se sorprende de que la niña desbonrada por él, abandonada á la vergüenza; la niña pura y cándida, que le adora á pesar de su crimen y sabe que el burlador va á casarse con otra, se suicide. ¿No se había presentado la hipótesis á su espíritu?

En papel tan poco grato, el actor italiano hizo maravillas. La cruda escena de la seducción fué un portento de realidad y de arte. Yo no sé si Garavaglia es en su país el segundo, el tercero, el primero, ó qué puesto ocupa; el asunto se ha discutido estos días en Madrid, porque nos asedia, como á los chinos, la manía de la clasificación. Renunciando al encasillado, y reduciéndome á decir que Garavaglia es un actor notabilísimo, debo añadir que es desigual, y que si en sus mejores momentos no creo que nadie pueda superarle, tiene otros en que parece dormirse y es lánguido y lento en su labor, antes intensa y sorprendente. Entre los momentos felices debo citar el primero y segundo acto de *Papa Eccelenza*, el quinto del *Rey Lear*, el primero y tercero del *Capitán Fracassa*, el último de *Beethoven*, algunos pasajes de *Tristan e Isto*, y todo *Kean*, obra en la cual hemos visto á actores de primera línea, nacionales y extranjeros, y ninguno nos ha dejado impresión que supere á la que produce Garavaglia.

Hemos tenido en España un ejemplar de actor desigual, y genialísimo á la vez: hablo de Antonio Vico. Cuando Vico se proponía triunfar, su labor escalofriaba por lo honda. Pero líbrenos Dios de las noches en que no estaba para ello. Parecía un meritorio. Influían sobre sus nervios multitud de circunstancias: el mucho ó poco público, la simpatía que este público demostraba á la obra, y hasta, según referencias de Rafael Calvo, la cara del autor y su manera de saludar á «don Antonio;» sin hablar del estado del tiempo, del de la salud, de las preocupaciones y contrariedades de familia, etc., etc. Rafael Calvo era, al contrario, el actor que, al presentarse en escena, dejaba atrás cuanto no fuese el momento y el trabajo, y representaba con igual fe para una media docena de personas, que para una sala llena y vibrante. Se podía asegurar que, en los mismos pasajes, había de emitir la voz con iguales inflexiones, y que sus movimientos serían los mismos, como si los ejecutase un mecanismo perfecto. Gestos le he visto hacer que se dijeran ensayados al espejo y, sin embargo, la impresión de la labor artística de Calvo era romántica, vehemente, como si se entregase á la pasión. Y era que hacía cada noche cuanto podía, cuanto cabía en sus facultades, y el que hace cuanto puede, no puede hacer más. Vico, realmente, sólo hacía lo que le daba la gana. Unos días estaba magnífico, otros desesperante.

Garavaglia no abandona toda una obra; sólo, en algunos pasajes (como el último acto de *El capitán Fracassa*) se diría que le entra languidez. En cambio, si trabaja intensamente, hay detalles en su labor que regocijan la vista y el espíritu; hay movimientos que hacen desear que los reproduzca un acuarelista; hay expresiones que son poemas: hay actitudes que valen cien declamaciones; porque estos italianos poseen el secreto de representar sin hablar, tanto ó más que si hablasen. En el primer acto del *Capitán Fracassa*,—que por cierto es el legítimo papá del famoso y jaleado *Cyrano*—cuando aparece el actor echado de bruces sobre un montón de paja, se haría un encadro con reproducirlo. En cuanto al desafío, es sencillamente un asombro de ironía, de elegancia, de plástica, de olimpismo. No se puede ir más al allá.

Lo repito: el público no acudió, y creo que lo mismo había sucedido en Barcelona. Aquí el caso fué tanto más lamentable, cuanto que el mismo teatro de La Princesa acababa de verse lleno hasta los topes con la *tournée* de la Sorel, mediocre actriz francesa, que tuvo dos rasgos de inspiración: sacar unos trajes muy rempaprolantes, y poner las localidades carísimas. Bastó esto para que «el todo Madrid» y «el bello mundo» como diría un autor folletinesco, se precipitase á admirar lo que nada tenía de admirable, excepto desde el punto de vista de la modistería, ó sea de los pingos. Garavaglia fijó precios mucho más admisibles, que, para un espectáculo tan importante, bien pueden calificarse de baratos. No obstante, hubo veces en que se tardó mucho en alzar la cortina, porque parecía enojoso hacerlo ante diez personas.

No bastó para concentrar la atención en la figura artística de Garavaglia, el que la gente más elevada de Madrid le oyese recitar, en los salones de la marquesa de Squilache, el episodio de Francesca de Rimini, en *La Divina Comedia*. Yo sospecho vagamente que el Dante no es santo de la devoción de los que frecuentan los salones. No llegarán al extremo de decir, como Ventura de la Vega, «me carga el Dante;» pero poco les ha de faltar. Me agradaba ver con qué devoción hacía Garavaglia su recitado dantesco. Esa chispa de fuego sagrado que nunca se ha extinguido del todo en Italia; ese entusiasmo por la hermosura, que se revela en la entonación con que los niños florentinos, ante las puertas del Bautisterio, exclaman: «¡Oh! ¡Che bellezza!,» caldeaba seguramente el ánima del actor que no había querido leer sino Dante, y que, después del célebre episodio, todavía se arrojó á recitar un canto entero del *Farsilo*, un canto completamente teológico, una delicia para los que hemos saludado un poco el divino Poema, pero acaso un geroglífico chino para bastantes de los oyentes...

El Dante es un clásico, y necesita ser leído con el comentario al margen, sobre todo en las sublimidades del *Paraíso*. De tal modo se mezclan en *La Divina Comedia* lo teológico, lo histórico, lo político, lo local, que no me admira si no la saborea un auditorio de damas, magnates, primates, niñas guapas y galancetes, en la coronada villa, el año de gracia de 1911...

Garavaglia, por lo tanto, al recitar las *terzine* del poeta, trabajó, una vez más, para algunos iniciados, y acaso gustó el extraño placer que nos causa el convencimiento de deleitarnos en lo que no deleita á la muchedumbre...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida contemporánea unos cuantos tópicos, de tiempo, de opiniones, de orden sanitario, que á cada momento se presentan. Uno de estos tópicos es el reuma, vago é indefinible padecimiento, á veces designado con el nombre de artritismo.

Que notáis en la piel cierta coloración rojiza, «Artritismo.» Que aparece una erupción franca ya, una urticaria, por ejemplo, «Artritismo.» Una cojera, «Artritismo.» Un viaje á baños, «Artritismo.» Una tos, «Artritismo.» Que se ponen como avellanas las junturas de los dedos, «Artritismo.» Que se engorda como una urca, «Artritismo.» Que se enflaquece y se debilita el estómago, «Artritismo.» El artritismo, como el acreditado Proteo, adopta cuantas formas quiere, y puede decir de sí mismo, como se ha dicho del amor:

Qui que tu sois, voilà ton maître:
Il l'est, l'a été, ou est près de l'être.

Los remedios del artritismo son tan numerosos como inútiles. No tema nadie leer aquí un reclamo á tal preparación, á la solución H ó las píldoras B. Si el artritismo se definiese, yo lo definiría como el residuo de la lucha vital. Ataca á todos los órganos, porque todos luchan y sufren; ataca á la sangre y á la piel, porque también toman parte en la batalla; y aunque confieso mi ignorancia y declaro que no sé si ataca al cerebro, sospecho que tampoco lo perdonará, y que muchos fenómenos mentales no serán sino diabluras artríticas.

Paréceme el artritismo un musgo que se cría en el árbol humano y lo invade y se lo come. Verdad que tal teoría (¿se puede llamar teoría?) se invalida al saber que hay niños artríticos desde el vientre de sus madres... Echando mano de otra suposición, diremos que, como todo se hereda, heredaron esas criaturas aquella especie de fatiga senil que, bajo el nombre de artritismo, sufrieron las generaciones anteriores...

Como nunca falta consuelo, dícese hoy del artritismo lo que antaño se decía de la gota: que garantiza una vida prolongada. El que padece, por ejemplo, reuma articular con crisis de dolores fulgurantes, está seguro de tener que soportar muchas de esas crisis, que son un verdadero plato de gusto. Y el que se encuentra favorecido con la papeleta de reuma periférico—un reuma en que duelen todos los nervios á la vez, un encanto de reuma—tiene probabilidades de vivir en un grito algunos lustros.

Hay que pedir á Dios, al abrir los ojos á la existencia, que el reuma ó artritismo que nos corresponda sea de los benignos, y con él podamos hacer buen menaje. Porque sin reuma, tengo entendido que pocos escapan; pero, lo mismo que el hombre que se casa puede hallar mujer tolerable ó mujer completamente insufrible, el reuma que nos esté destinado puede ser de aquellos que consienten existir, ó de los otros que hacen la vida imposible, de los que arrancaron reniegos y porvidas á D. Lope de Figueroa. Y añaden que sólo el reuma nos defiende contra la tisis. Todos, según noticias, albergamos en nuestro organismo al famoso *virgula*, el de Koch, y es el artritismo vigilante el que impide á ese microbio romántico empujarnos hacia el desenlace rápido del drama vital.

Somos, en opinión de los inteligentes, comparables á una chimenea. Si la chimenea tira bien y mucho, la llama se activa, la leña se consume demasiado pronto, y sobreviene la tisis. El artritismo es el hollín, la ceniza que obstruye. La llama arde más lenta, pero no se extingue por consunción.

Todo esto me suena á explicación excesivamente clara, y los misteriosos fenómenos vitales no suelen tenerla así; hay en lo del reuma algo que no comprenderemos nunca; me lo temo. Sin embargo, no deja de satisfacer la imagen de la chimenea.

Del artritismo no preservan ni las privaciones, ni una vida sobria y laboriosa, ni nada, que yo sepa. Algunas veces leo que es enfermedad de ricos y de intelectuales; que la engendra la mesa opípara, el sedentarismo. Por desgracia, no está probada ni mucho menos, la afirmación. Si lo estuviese, con sujetarse á una alimentación frugal, con andar todos los días unos cuantos kilómetros, tendríamos el problema resuelto. No digo que no convenga el régimen sano, sencillo y natural; como también son útiles ciertos medicamentos (nada de anuncio de casa de productos químicos) y el zumo de los limones estrujados.

Llamo régimen sano á la comida poco complicada, poco variada, sin picante, sin especias, sin sobra de grasas, con absoluta abstención de alcohol y preferencia al vino blanco. Los artríticos están sentenciados á prescindir de las delicias del Oporto, del granate del Borgoña, de las perfumadas trufas y de la venatería y caza, así como de los apetitosos mariscos, los pescados azules, (entre los cuales figura la sardina, que en las costas del Noroeste se cría tan excelente), y del jamón rosado que York nos remite... Existe incompatibilidad entre los refinamientos gastronómicos y la curación del reuma.

Un amigo mío, que venía padeciendo desde hacía tiempo no sé cuál de esas enfermedades que tan pronto atacan á un órgano como á toda la economía—y que pueden ser cosa muy seria, ó no ser nada,—se decidió por fin á consultar á un médico. El doctor le oyó con interés, le hizo miles de preguntas, y al cabo dispuso su plan. Era semejante al de los partidos políticos cuando adoptan una actitud de ofendida dignidad: todo se volvía abstenciones. «Abstenerse de fumar... Abstenerse rigurosamente de este plato, de este manjar, de esta bebida, de todas las bebidas... Abstenerse de descansar, de estarse en la cama hasta tarde, de salir de noche, de trasnochar, de dormir siesta... Abstenerse de..., y de...» ¡En suma, de todo! El paciente escuchaba meditabundo... Y, cuando terminó de leer su sentencia el sabio, alargó la mano, recogió el papel, y declaró, terminantemente:

—Venga... Lo guardo, como documento... ¡Pero lo que es seguirlo..., prefiero morir! Para esto, ¿á quién demonio le importa conservarse?

Sin duda merece censuras este epicureísmo; no es que la vida valga mucho; pero tampoco sus goces valen el perderla. Y la sobriedad, la sencillez, tienen gusto y sazón peculiares. Como es sabido, el conde Tolstoy se impuso la alimentación vegetal, para asemejarse más á los mujicks y á los desheredados de la tierra, que no suelen alimentarse de *roastbeef* ni de cabeza de jabalí. Pues bien; como poseía un estómago privilegiado y un paladar no estragado, el autor de *Ana Karenina* llegó á encontrar exquisitas las sopas de avena en leche, los fritos de pasta de patata y las conservas de fruta, y hasta el potaje de coles, que, si mal no recuerdo, se llama en Rusia *chitchi*. Por mi parte, sin que me esté ordenado éste ó aquel régimen, ningún inconveniente tendría en someterme al del conde. Las coles gallegas me gustan igual que las trufas del Périgord.

Volviendo al artritismo, he oído decir que, lo mismo que los catarros, se debe á la mala costumbre adquirida por el hombre, desde el Paraíso, de vestir su cuerpo. Si anduviésemos como andan todavía algunos salvajes, con un cinturón de conchas por indumento, nos veríamos libres de infinitos alifafes y dolamas.

También he leído, ya no recuerdo dónde, que un preservativo seguro contra el reuma es el tatuaje. De suerte que volvemos á todo lo primitivo; la desnudez, la piel dibujada, y hay que suponer que un día nos dirán que contra el coriza existe un remedio supremo; el anillo colgado de la nariz.

—¡No observa usted, advierten, que los salvajes no conocen el uso del pañuelo, ni experimentan la necesidad de abrigarse, como nosotros? Los catarros, el reuma, son enfermedades de civilización.

Para hablar de algo más actual (aun cuando la actualidad del artritismo es permanente), dedicaré algunas líneas al Congreso Eucarístico.

He salido de Madrid para el campo mucho antes de que se verificase esta solemnísima demostración, y mi crónica llegará á publicarse días después de haberse realizado. Los periódicos diarios darán descripciones amplias. No trato de recoger la impresión que ellos recojan. Sólo quiero decir que, aparte de lo que afecta á la fe y á las creencias, el Congreso es un acontecimiento de primera magnitud para el comercio y el turismo; para intereses materiales y legítimos que aquí conviene fomentar á toda costa. El Congreso Eucarístico es el primer paso, gigantesco, hacia la Exposición Universal de Madrid.

Nos conviene ser conocidos. Sin que yo niegue las deficiencias que, con respecto al ideal del moderno *confort*, puede hallar en España el viajero, creo que mayores son las sorpresas favorables que ese mismo viajero encontrará, si es observador y viene preparado con la leyenda negra española, con las opiniones que respecto á España puede haber escuchado ó leído. No podrá menos el viajero de notar la belleza, la originalidad de este país, su riqueza monumental, artística, sus variadísimos climas, los lugares deliciosos que le adornan; y, en el terreno de consideraciones más prácticas no faltará quien se haga cargo de las fuentes de riqueza que cabría descubrir, las facilidades del suelo, sus productos, los veneros de abundancia, no explotados todavía, y también las faltas remediables, lo que la actividad y trabajo del hombre añaden á la obra de la naturaleza. Quizás la vieja leyenda de la inseguridad personal del viajero en España dure aún; quizás esa fama siniestra que hicieron á disfrutar nuestros salteadores y bandidos, aun persiste. No hay cosa que tenga la vida más efímera que una leyenda. Para muchos, la España de pandereta es la España verdadera y genuina. Y no faltará quien eche de menos á los salteadores, José María y Diego Corrientes; pero la inmensa mayoría de los turistas preferirá no correr tales aventuras, por lo que pueda tronar. Importa, pues, que nos vean de cerca, que se enteren de que no existen aquí espantajos, y si todo el que viaja está expuesto á que le suceda algo que no puede ocurrirle al pacífico burgués que no se mueve de un silloncito al lado de la chimenea, la proporción de accidentes desagradables no es superior á la que se registra en cualquiera otro país. Y también podemos esperar, de la venida frecuente de extranjeros, que mejore el servicio de nuestras líneas férreas, el de nuestros hoteles, los itinerarios; que, en suma, este importante aspecto de nuestra vida nacional progrese, en beneficio general, y trayéndonos rendimientos pingües.

En Madrid, el Congreso movió gran revuelo entre las altas señoras, deseosas de alojar con el mayor decoro y comodidad á los Prelados. A pesar de la escasez de los hospedajes en la corte, por ahora no condicionada para recibir tal golpe de forasteros, es seguro que se vencerán las dificultades y la acogida y la residencia serán gratas. La cordial hospitalidad española es otro aspecto de nuestro carácter y nuestro modo de ser, que nos honra y nos realza. En ninguna parte acaso se obsequia de tan buen talante y con tan franca simpatía como aquí al huésped. Quizás se peque de exceso, no diré en esta ocasión, pero en otras, y á menudo se habrán sorprendido los propios obsequiados al notar que, pasada la frontera española, se les trata como á personajes, que lo son ó no.

No hay tiempo—dado el plazo en que debe salir para su destino esta crónica, remitida desde las Mariñas de Betanzos á la ciudad condal,—de saber quiénes han acertado en sus augurios: si los que anuncian desórdenes el 29, ó los que suponen que todo va á salir como una seda. Si por desgracia los meros profetas fuesen los primeros, los enemigos de España se regocijarían, y nuestra leyenda negrísima recibiría triste confirmación. No habría palabras bastantes para condenar á los que cometiesen un desmán, el más leve. En las naciones civilizadas, ha defendido la serie de los creyentes, de los devotos de Jesús sacramentado, entre el respeto universal.

Semejante respeto á la conciencia humana es una de las conquistas de la edad moderna. Y no poco menos de añadir que el mayor enemigo del cristianismo no encontrará nada que oponerle victoriosamente, como doctrina social. Lo anticristiano es antisocial en su esencia. Así, aunque sólo viésemos en las enseñanzas de Cristo una disciplina social más eficaz, más probada que las restantes, siempre deberíamos inclinarnos al paso de la procesión en que se lleve reverencia y adora. No es posible que ya nos engañemos respecto á la trascendencia y significación de otras ideas. La sociedad está en crisis. Cada día lo demuestra, porque los hechos hablan más claro y más alto que las teorías. El hecho que está contenido en la raíz de una teoría, es el único que brota fatalmente de ella: los libros, las disertaciones, pecan de ser elocuentes y hábiles, á apasionadas hasta arrastrar á la persuasión; pero detrás de lo impreso y lo hablado está lo vivido, el hecho revelador, y nadie se equivoca si juzga á las doctrinas por sus resultados positivos.

Al depositar esta crónica en el correo, abrigo la esperanza de que el Gobierno, en interés propio, sabrá evitar perturbaciones, y nos dejará bien ante esa Europa con la cual siempre nos están amenazando, como al niño con el coco. Que no digan...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

tra impresa, y espero confirmación respecto á planes de secuestro de niños como rehenes, y á envenenamientos de los presos monárquicos de Portugal, sensacional noticia que extensamente divulgan y comentan varios periódicos. Parece que hay un cólera ó peste carcelaria, que sabe elegir y no ataca sino á los partidarios algo significados de D. Manuel... ¿Hemos vuelto á los tiempos de Locusta? ¿O hay que ver en esto una de tantas armas vedadas, que la furia política recoge y utiliza sin escrúpulo?

De todos modos, y sea ó no fundada la pavorosa conseja, el estado de la naciente República tiene de todo menos de lisonjero. La noble y legítima aspiración de fomentar el turismo, de atraer viajeros que admiren tanta belleza como encierra Portugal, es incompatible con esta efervescencia revolucionaria y estos odios fratricidas.

No censuro el cambio de forma de gobierno. De las cuestiones de forma de gobierno hay que decir, como de los matrimonios: si es para bien... Pero, en general (y por eso se le suele temer al cambio), los problemas planteados, el agitar la ciénaga de apetitos y malas pasiones, no traen bienes, sino epidemias. La monarquía portuguesa cayó en actitud poco gallarda, y abandonada de todos: así se ha venido diciendo. Y en ese caso, el entusiasmo por la restauración no puede tener otro origen, que las torpezas y violencias revolucionarias.

No es ahora, ciertamente, cuando el ilustre autor de *As Farpas* escribió que Portugal no desempeñaba papel alguno en la civilización europea, en el terreno político. Conocida su magnífica misión bajo el Renacimiento, con las excelentes condiciones de su situación geográfica, con la paz interior de que ha disfrutado y que contrasta con las perpetuas convulsiones españolas—había Ramalho,—Portugal tenía el deber y el derecho de asumir, en este siglo, la preponderancia hegemónica de los Estados peninsulares, la dirección espiritual de la civilización ibérica... Veinticinco años después de que un ingenio claro y agudo, un tanto volteriano, señala este objetivo á su patria, Portugal se encuentra atollado en el desorden, y nos dirige y nos enseña el mutuo respeto que las naciones se deben, metiéndose en nuestro territorio á apalear á sus súbditos...

Flotará todavía en el aire, sobre los destinos de este pueblo por otra parte tan simpático, y de tan gloriosas tradiciones, la sombra del marqués de Pombal, de quien Ramalho Ortigao, (libreropensador y de opiniones avanzadísimas, téngase en cuenta), dijo, con ocasión de celebrarse solemnemente su Centenario, que fué un gobernante por el terror, que plagió la organización de la Compañía de Jesús, para gobernar como hubiese gobernado ella, y que, después de expulsar á los jesuítas, cayó como ellos, sólo que más ridículamente. Yo creía que Portugal, hecha á tan poca costa su revolución, sin lucha, sin resistencia por parte de la monarquía, que pareció aceptar como algo fatal su caída, establecería una república bonachona, toda concordia y tolerancia, á lo suizo, y de esa república no habría nada que decir. Una república *tá base* de odio, con *pancadas* y *dentadas*, con jesuítas á quienes se les hace la ficha antropométrica como si fuesen malhechores, amén de administrarles puñetazos y patadas para que se acuerden de que la tradición pombalina no se ha perdido; y con esa leyenda siniestra que no desdeñaría Ponsón du Terrail para sus novelas terroríficas, ya no me parece tan encaminada á ejercer esa hegemonía de que hablaba Ramalho, y que, si se fundase en verdaderas superioridades culturales, yo aceptaría muy gustosa.

Confieso que, dentro del género que cultiva no me parece vulgar el ladrón hábil y audacísimo que adoptó el pseudónimo de *Raffles II*.

Creo, sin embargo, que nos ha hecho daño á los autores de vaga y amena literatura. Yo he sostenido algunas veces que influye más la sociedad en las letras, que las letras en la sociedad. Por anárquica é independiente que la literatura parezca, depende de las influencias del medio ambiente, y no se concibe fuera de él. La literatura es una de las formas elocuentes de expresión social; no una creadora de estados sociales; y, en vez de llevar de la mano al público, es el gusto del público el que la guía. Desde el ocaso del naturalismo, el público ha vuelto á reclamar novela novelesca, y aun folletinesca, que excite poderosamente su interés. Los dos resortes del interés son conocidos: amor, dinero. De ahí procede el desarrollo y multiplicación de la novela erótica, la creciente licencia de sus pinturas, y de ahí el incremento extraordinario de las novelas policíacas, con detectives y ladrones finos y elegantes, diestros en toda clase de ardides para despistar á sus perseguidores.

Las grandes ciudades se prestan á tal género de invención. En esto se equivocó el *Raffles* de Madrid. Madrid es un pueblo relativamente pequeño, con relación á esos vastos escenarios de París, Berlín, Londres y Nueva York, á los cuales Buenos Aires hará competencia muy pronto. Verdad que tampoco nuestra policía se encuentra á la altura de las científicas policías internacionales, compuestas de refinados, si no mienten, que si mentirán, las novelas de Conan Doyle y otros cultivadores de la especialidad.

Cuando salta algún caso como el de este *Raffles* madrileño, nunca falta quien diga: ¡Efectos de las malas lecturas! Más claro. A ese pobre diablo le ha perdido el leer, ó quién sabe si la asistencia á un drama que se representó en Madrid y que desarrollaba, poética y sensacionalmente, las aventuras del célebre ladrón del gran mundo.

No lo crean ustedes... El criado infiel que despoja á su amo, le despojaría igual aunque no sospechase la existencia de los novelistas y dramaturgos policíacos. Precisamente, esta clase de robos no son nada *modern style*. Pertenecen á lo arcaico. Hoy, los métodos han cambiado: se hacen las cosas con más arte, á favor de las cuentas en que entra la sisa; y así se evitan dimes y diretes con la justicia, si el caso llega.

Ha producido emoción, en las altas esferas intelectuales, la aparición de un retrato que se da por el verdadero y auténtico de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de *El Quijote*. Mientras en Inglaterra parecen acumularse las pruebas de que Shakespeare no escribió las obras maestras que han pasado por suyas y corrido bajo su nombre, en España la casualidad nos depara conocer la fisonomía real del Gran Manco.

Sin embargo, mi erudito amigo Pérez de Guzmán entiende que debemos suspender el juicio; que toda vía no puede darse por cosa probada que ese retrato, del cual se han publicado ya tantas reproducciones, sea en efecto la verdadera efigie del mayor ingenio español. Esperemos, pues, á que decidan las autoridades, en cuestión tan vital; porque un retrato de Cervantes es para nosotros, y también para todas las naciones de origen y de habla española, como el retrato de un padre, de un venerado ascendiente.

En lo que se refiere á Shakespeare, cuyas obras se atribuyen ahora á Bacon, no puedo menos de sentir que la noticia se confirme, si se confirma... Yo estaba habituada á Shakespeare, y cuando pensaba en Hamleto, en Otelo, en los amantes de Verona, en Ricardo III, en tantas figuras dotadas de mayor vida que los seres de de carne y hueso, me acordaba también de Will, su creador, ó que por tal era tenido. Nadie ignora la fuerza de la costumbre y de las ideas adquiridas, arraigadas en la mente. Si ahora resulta demostrado que Shakespeare no fué sino un testaferro, un pobre cómico pagado para que pudiese guardar el anónimo, esconder su personalidad de hombre de Estado y de filósofo grave, otro hombre, tendré algo semejante á un disgusto, á una decepción...

El Bacon á quien se atribuyen las obras hasta hoy llamadas de Shakespeare, no es, huelga advertirlo, aquel fraile franciscano á quien se califica de «la mayor aparición de la Edad Media,» y que inventó, ahí es nada, la pólvora, el vapor, los globos y no sé cuántas cosas más, igualmente asombrosas. Es el canciller Bacon de Verulamio, y, si resultase que en efecto suyas son esas tragedias y comedias sin par, podría afirmarse que no hubo hombre más extraordinario, ni tanto, en los anales de la especie. Como que, aun cuando no hubiese escrito *Otelo*, había escrito el *Novum Órganum*, obra que es á la filosofía y á la historia del pensamiento, lo que *Hamleto*, *Otelo* y el *Rey Lear* á la del arte. Bacon de Verulamio, que parece destinado á que la posteridad le corone de gloria resplandeciente, no sólo como pensador, sino como artista—caso que creo único—sintió desde niño el estímulo de la ambición, pasión viril admirablemente estudiada y descrita en varios dramas de Shakespeare, y señaladamente en dos, *Ricardo III* y *Julio César*. Sin duda, con todas sus privilegiadas aptitudes de artista y de filósofo, la verdadera aspiración constante de Bacon de Verulamio fué llegar á los altos puestos políticos, y, pena da escribirlo, á la riqueza. Las malas acciones que cometió para lograr ambos fines, han quedado consignadas en la historia, porque fueron públicas: en público acusó y pidió la cabeza de su protector y amigo el conde de Essex, y en público fué condenado por concusión. Asusta pensar público fué condenado por concusión. Asusta pensar la luz que arroja sobre lo complejo y contradictorio de la naturaleza humana la unión, en un mismo sujeto, del mayor poeta dramático, de un filósofo de los más grandes, llamado el incomparable y de un miserable ingrato, de un prevaricador. ¡No somos nada!, hay que repetir melancólicamente.

La condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que nos sucede con Portugal, es á la vez molesto y festivo, y no dudo que, este invierno, algún autor del género regocijado aprovechará elementos tan inestimables para una de esas obras que duran cien noches en el cartel de Lara ó de Apolo, y son filones de risa y de dinero.

Hablando yo una tarde de la pasada primavera con mi amigo Eugenio Sellés, marqués de Gerona, de planes de veraneo, me manifestó que pensaba, como todos los años, irse á su chalet de Espiño—creo que dijo Espiño, pero pudiera yo confundirlo con Granja; para el caso, no tiene importancia el error.—Y, al preguntarle si no recelaba que el estado de perturbación del país pudiese acarrearle molestias, me contestó, con su habitual benévolo optimismo, que esperaba pasar muy sosegado verano, y que en las lindas playas lusitanas se divertía la gente mucho, sin preocuparse ni poco ni mucho de política. Acabo de leer, en el *Imparcial*, la carta en que Sellés refiere el suceso: su casa y las de los demás españoles conocidos, que formaban la colonia, desbalijada, saqueada con fractura, sin que la autoridad dé muestras de imponer correctivo á los desmanes, ni de reparar los perjuicios.

Y todavía el saqueo, ó, como dicen nuestros vecinos, el *cambriolage* de los hoteles de la colonia española, con ser unas miajas mortificante para nosotros, demostrando la preferencia que nos conceden los *gatunos* portugueses, es tontas y pan pintado ante la manía en que han dado ahora los *guardiñas* de la fronter, de meterse como trasquilado por iglesia en nuestro territorio y arreglar en él sus asuntos de policía y vigilancia, con toda tranquilidad. Cinco kilómetros adentro en terreno español, fué preso no ha muchos días no sé qué conspirador portugués, no sin administrarle antes una regular paliza. Y en Orense, en la misma capital de la provincia, el cónsul portugués abrazó á tiros á un monárquico, portugués igualmente. A la verdad, va picando en historia.

La prensa refiere cosas mucho más melodramáticas. Tanto, que, si como novelista no dejan de interesarme, porque brindan campo dilatado á la imaginación, y se prestan á cuantas combinaciones desee esta maga ó esta bruja, á fuer de persona sensata tengo que ponerlas en duda, hasta que se prueben, (aunque la prueba, en este caso, sea harto difícil). La saña política puede inventar todo género de absurdos, y, aun sin que medie tal saña, en la vida diaria todos hemos podido cerciorarnos de lo fácilmente que se calumnia, no ya aprovechando datos de la realidad que se desfiguran y alteran á placer, pero hasta sin la base de esos datos. Si yo evocase, á tal propósito, sucesos personales, se juzgaría que inventaba. No bajan de seis las entrevistas enteramente apócrifas que se publicaron, supuestas conmigo, sin que yo hubiese llegado ni á cruzar palabra con el que decía haber recogido de mis labios un sin fin de detalles. Una de estas entrevistas me suponía en Madrid, y el día *de antes* yo almorzaba, en París, en la Embajada española. ¡Buena coartada, eh? De suerte que me encuentro perfectamente preparada á dudar de la le-

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Iglesia acaba de suprimir bastantes días de fiesta entre semana, y se habla también de que van á ser suprimidos no pocos días de ayuno y vigilia, fuera del tiempo cuadragesimal. La providencia es excelente; tantos días festivos hacían perder á los obreros católicos, y el precepto del ayuno, realmente, casi no lo acataba nadie.

Oíais decir dondequiera:

—No cabe duda, la naturaleza de la gente de ahora no es como la de la gente de antaño... Antaño se era más fuerte, más robusto.. Se sobrellevaba el ayuno mejor... Hoy nos hemos debilitado, andamos flojísimos, y no es posible resistir sin cuatro comidas diarias.

—Yo, habla una señora, generalmente gorda y de color arrebatado, si á las seis me falta mi te y mis pastitas y mi *cake* y mis emparedados, me tiene usted desfallecida toda la tarde, con jaqueca y vértigos... Había usted de oir al médico una vez que le dije que pensaba ayunar toda la Cuaresma. Me preguntó si pensaba suicidarme...

—Yo, exclama una señorita que parece detestada con agua caliente, según está de flaca y amarilla, tampoco ayuno, porque si no meriendo, me entra afición. Tengo que merendar, y no crea usted, cosas nutritivas: unas rajas de chorizo, una magra de jamón, lengua á la escarlata, langostinos... No me conviene que se apodere de mí la debilidad; sería un desastre.

Y así, por este estilo, se expresa todo el mundo.

Lo raro es que, al mismo tiempo, averiguáis que todos están sometidos á un régimen. Raro será el que no sufra tal ó cual trastorno gástrico. A éste le prohiben una cosa, al otro otra, y nunca se han visto, delante del cubierto, en la mesa, tantos frasquitos, tarantetes, cajitas de cartón, tubitos de vidrio, zarandajas que es preciso echarse al coleto, antes ó después de la pitanza.

No se ayuna por precepto religioso, pero sí por higiene. Hay infinidad de personas á las cuales no se les permite comer carne; á otras les están vedados los mariscos, los pescados azules, la caza; á las de más allá, se les prohibe severamente el pan, las féculas; á las de más acá, las grasas, el vino, y hasta el agua. El Papa habrá pensado que para mantener la costumbre del ayuno, basta la ciencia; no se necesita la fe. O, por mejor decir, basta la fe en la ciencia..

Entre los santos cuya fiesta se ha suprimido, figura Santiago Apóstol.

He aquí un santo que, al menos en España, bien valía la pérdida de un día laborable. Santiago Apóstol no es solamente el patrón de España, sino una figura que va estrechamente unida á sus tradiciones. Si yo tuviese la más mínima influencia en estos asuntos, hubiese intrigado para que el día de Santiago no perdiese un átomo de su solemnidad, y renovará aquel *Memorial* por el patronato de Santiago que brotó de la pluma de Quevedo.

Curioso debate y pleito fué éste, y aunque hoy no lo recuerde nadie, en su tiempo agitó los ánimos y dió larga tela á discusiones habladas y escritas. No se conocía por entonces la palabra *feminismo*, ni apenas el concepto con el cual se relaciona, pero, por lo mismo quizás, si no había calurosos alegatos en pro de la capacidad femenina, tampoco existían caprichosas y sistemáticas exclusiones antifeministas. Y he aquí como, en el primer tercio del siglo XVII, estuvo á pique nuestro suelo de tener por patrona á una mujer, escritora, á Teresa de Jesús, compartiendo con el gran Santo de la Edad Media la protección y la invocación de las que entonces, y por bastante tiempo aun, pudieron nombrarse las Españas.

Por influencia y activas gestiones de los Carmelitas descalzos y de las Comunidades religiosas en general, el rey y el Consejo de Castilla llegaron á decretar que el 5 de octubre se hiciese fiesta á Santa Teresa, como Patrona de España, sin dejar de festejar á Santiago en el mismo respeto. Pero hubo arzobispos y obispos que no se avinieron á cumplir la orden en lo que al patronato se refería. Las fiestas preparadas se desbicieron, apagáronse las luminarias, desbaratáronse los tablados, se recogieron paños y colgaduras, se extinguieron los cirios, y de nuevo quedó en suspenso la disputa. Nótese que cuando esto ocurrió, Teresa de Cepeda no estaba ni aun canonizada: beatificada solamente. El hecho demuestra cuán formidable sería la fama de la insigne mujer, pues aun sin el requisito de la canonización, se podía pensar en hacerla nada menos que nuestra Patrona, y situarla en el mismo rango de la jerarquía que al Apóstol de Cristo, al Hijo del Trueno.

Cuando, poco después, fué canonizada la madre Teresa, el rey—que era ya Felipe IV – insistió con el presidente del Consejo de Castilla para que volviese á proponer á las Cortes el dictamen. Se activó la gestión en Roma, y su Santidad expidió un breve para que se cumpliese lo acordado, «sin perjuicio ni disminución» del patronato jacobeo. Pero aunque al parecer con esto se cortaba la discusión, no fué así: se alzó viva protesta, llovieron críticas, defensas, impugnaciones, papeles de toda índole, incluso satíricos, y el rey se vió forzado á mandar suspender el acuerdo, mientras la cuestión principal se debatía en Roma definitivamente. La Iglesia Compostelana, desde el primer momento, se colocó en actitud de sostener los fueros y privilegios del Apóstol, que eran también los suyos, su excelsitud entre las Iglesias metropolitanas españolas. Al cabo, los partidarios de Santiago vencieron; Urbano VIII mandó quitar y borrar todas las efigies, pinturas, rótulos é inscripciones que pudiesen hacer creer que España tuviese otro patrón más que el Apóstol.

Dos escritos consagró á esta polémica D. Francisco de Quevedo y Villegas, autor en otras producciones muy crudo y desvergonzado, aunque gran parte de su obra tenga sello de gravedad y de misticismo, ó al menos, de una especie de estoicismo cristiano que la lectura de la antigüedad clásica robustece. Quevedo había conseguido, no sin algún trabajo y lucha, porque su nobleza no pasaba de ser la de un hidalguelo de gotera, de aquella montaña de Santander donde son nobles hasta los pedruscos, vestir el hábito y ostentar la venera de los caballeros santiaguistas; y, al defender al Santo, se hacía lugar, con los demás freires, en la Orden, donde no se le había acogido con entusiasmo, al principio, á pesar de la buena voluntad del monarca. Escribió pues, no sólo el *Memorial* sino una carta á Urbano VIII, anterior al breve decisivo de este Pontífice, y en la cual le pintaba con estilo elegantísimo la obligación en que estaba de «cerrar con las llaves de Pedro la puerta á las calumnias, y desbaratar á los enemigos del Apóstol con la espada de Pablo.» Porque, en efecto, la cuestión, á este terreno había llegado: intervenían en ella las injurias, los insultos, la crítica de la misma santidad, y, hasta un poco de volterianismo anterior á Voltaire, en negación menuda del auxilio prestado á España, en sus horas de mayor lucha, por Santiago, cuyo nombre tantas veces se invocó en los campos de batalla, frente á las haces moras.

No seré yo quien regatee la admiración á Santa Teresa, que tanto nos glorifica á las mujeres; pero, á decir verdad, puesta á votar en el siglo XVII, votaría siempre en favor de Santiago. No es que me parezca inferior Santa Teresa. Me parece diferente, y más universal que española todavía.

Sin duda halagaría mi amor propio, un inofensivo amor propio colectivo, que estuviese á la cabeza de España una mujer, y literata por cortera; pero tratándose de la patria, hay que prescindir de nuestras inclinaciones, y reconocer que el primer puesto corresponde á quien de un modo eminente y especialísimo encarna la nacionalidad. Hay en esto, aparte de los problemas históricos, algo que arranca de las profundas raíces del sentimiento, que une y enlaza las almas en la aspiración común. Tal condición se halla en Santiago Apóstol, que por otra parte ni era español, ni tenía ese fuerte sello castizo, castellano, tan nuestro, de la ilustre avilesa.

Con el ingenio y la erudición que á borbotones rebosaba Quevedo, viene á expresar esto mismo en su *Memorial*. Hoy que tan muerto está el debate que apasionó á la España de 1630, la argumentación de Quevedo no ha perdido su causticidad ni su solidez. Empieza recontando los santos españoles que pudieran, en todo caso, disputar el patronato al Apóstol, y su instinto lo lleva á nombrar aquellos en quienes precisamente la nacionalidad se cuaja y se cristaliza: San Isidoro, padre de la ciencia, San Hermenegildo, que es la ortodoxia y la unidad, San Millán de la Cogulla, que como Santiago descendía á la hora de las batallas para pelear al lado de los españoles contra los sarracenos, á Santo Domingo, martillo de herejes, y rival de San Francisco de Asís, al Niño de la Guardia, víctima de los judíos, á San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y á Santa Leocadia, con cuyas cenizas se alza del sepulcro la España visigótica, á San Pedro Nolasco, que hizo florecer la piedad buena en tiempos duros, y á San Ignacio de Loyola, representación del papel de España bajo el Renacimiento. Admitida por patrona la Santa española, no hay remedio de negar el mismo puesto á estos otros grandes santos, españoles también, y, como Quevedo insinúa, aunque entonces no se dijese así, representativos de la misma idea nacional. No otro es el sentido de la expresiva frase: «Que Santiago no es patrón de España porque entre otros Santos le eligió el Reino, sino porque cuando no había Reino, le eligió Cristo nuestro Señor para que lo ganase y lo hiciese.» La cual, traducido á la retórica contemporánea, sería poco más ó menos lo que sigue: «De las dispersas y divididas tribus ibéricas, que poblaban un suelo incesantemente invadido, campo de batalla de las naciones antiguas, el culto del Apóstol Santiago iba á hacer una nacionalidad independiente, dispuesta á las empresas más altas.»

Y no sólo fué esto Santiago; no creó la nacionalidad solamente; volvió á crearla con la reconquista. Quevedo lo nota, con su energía y felicidad de estilo habituales: «á él deben las iglesias no ser mezquitas, las almas no ser mahometanas ni idólatras, las vidas no ser esclavas, las doncellas no ser tributo. Su nombre apellidado ha valido por ejército; á aquellos pocos cristianos que sobraron á la inundación de los sarracenos, este nombre les fué muro, y los que con Fernán González y el Cid fueron pocos, valieron por infinitos en su protección.» El amor, el éxtasis teresiano, no era sino flor de esa España creada por el gran Apóstol de los combates; y los combates mismos, la lucha vieja y el no menos viejo y tradicional heroísmo, eran los que habían producido tal flor, tal rojo alelí, brotando sobre los férreos muros de Avila: porque la esencia de España se concentraba en el combate, y, como dice también textualmente el autor de los *Sueños*, España y sus reinos son bienes castrenses...

A tiempo que hacía D. Francisco de Quevedo esta defensa de Santiago patrón de España y campeador por ella, (lo recuerdo no sin melancolía) se eclipsaba la estrella hispánica, no porque faltase el valor, sino por rodadas de la fortuna y vueltas de los sucesos. La fecha triste de Rocroy se acerca, mientras en España se discute el patronato, que siguió discutiéndose muchos años después, hasta entrado el siglo XVIII, tomando parte en la polémica escritores allegados á mi familia, como el canónigo compostelano Sánchez. Si la gloria bastase, hasta se ganó en la jornada por los veteranos de los tercios, que, según el bello dicho de Bossuet, eran torres vivas que ellas mismas se tapaban sus brechas. Verdad que, en alivio de nuestro amor propio, Michelet, que no sabe ser blando de corazón con nosotros, confiesa que en aquella batalla, preludio del enfático reinado de Luis XIV, nuestro ejército apenas era español; era una mescolanza italiana, alemana, valona, flamenca. El elemento español hizo prodigios. Ni aun el general en jefe, en rigor, era español: era un primo del duque de Braganza, un portugués.

Y, cuando, vencedores, no pudieron, sin embargo, los franceses rendir al «grueso erizo de picas,» á la mil veces gloriosa infantería de los tercios, y hubieron de capitular con ella, como se capitula con una plaza fuerte, porque de otro modo la batalla no hubiese terminado sino con la muerte del último infante, firme aun en la agonía sobre su pica asestada contra el enemigo, pareció que Santiago nos abandonaba, remontándose, como una Valkiria, á las nubes, sobre el sangriento campo sembrado de cuerpos palpitantes. Pero Santiago aguardaba su desquite; y si las tropas españolas no le vieron en Bailén y en los Arapiles, no por eso la nacionalidad que el Apóstol encarnaba dejó de revelarse como en los días pasados...

Por eso hubiese yo preferido que á Santiago se le siguiese haciendo fiesta. Acaso este sentimiento más lo compartirán pocos españoles de los actuales. Mejor.

Santiago no puede descender sin que descienda España. Que le consideren un símbolo, que vean en él algo, fruto de nuestra alma, creación de nuestro espíritu encaminado hacia la guerra como forma suprema de nuestra idealidad, no podemos echar á un lado el símbolo sin renegar de lo más íntimo e íntimoso de nuestra vida, sin mutilarnos.

Por eso, aunque no se le haga fiesta, floreceremos la imagen del Santo templario, del blanco manto y de la roja cruz.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Leo en un diario que una mujer ha sido detenida por el grave delito de fumar «desvergonzadamente» donde estaban fumando también, por lo visto con muchísima vergüenza y dignidad, varios hombres. Y añade el diario que la mujer, al ser objeto de medida tan rigurosa, prorrumpió en denuestos é invectivas. Sin duda la muy torpe no comprendía bien por qué en ella constituía delito lo que en los varones no.

Debía, sin embargo, darse cuenta esa fémina atrevida de que el acto de chupar una hierba liada sobre sí misma ó en un papel, varía muchísimo de significación si lo realizan los labios de un individuo del sexo fuerte, ó los de otro, perteneciente á la más bella mitad del género humano. Un hombre que fuma ejercita uno de los imprescindibles é inalienables derechos que le corresponden, y en cambio una mujer que fuma siempre perturba un poco la buena organización social. Sabe Dios qué consecuencias pudiera tener hecho tan sencillo, es decir, sencillo, según apariencias engañosas.

Yo confieso que, por mí, en lo que personalmente me afecta, aunque nunca los españoles, que tantas cosas descubrieron, hubiesen descubierto la *nicotiana tabacum* de Lineo, me sería completamente igual. No me da por fumar, y tampoco me causaría lo que se dice pena el que Noé no hubiese inventado sacar zumo de los racimos de la vid, para quedar bajo el estigma de ser el primer curda que registran los anales del mundo (aunque Baco pueda disputarle la palma). Pero si desde el punto de vista de mi propio regodeo la cosa no me preocupa, en el más desinteresado y noble del altruismo no puedo menos de consagrarle estas líneas de crónica. ¿A título de qué, vamos á ver, una hembra audaz se permite lo que sólo pertenece á su señor, dueño y cabeza, el hombre? ¿Y en público para más? Porque al cabo ¡si el desmán se cometiese en el secreto y recogimiento del propio domicilio, y en las habitaciones más ocultas y privadas! Pero delante de gente..., es cosa que merece severísimo castigo, y especial penalidad en el Código. Y no dudemos que la tendrá. Con esta clase de delitos suelen ser inflexibles nuestras celosas autoridades.

La tragedia del hijo de López Silva me lleva hacia temas de otro género, y bien tristes. Era ayer cuando el clásico creador de *Los Madriles* se despedía de mí en los *Madriles* mismos, rebosando esperanzas y proyectos, antes de emprender su viaje á la Argentina. Creo que en estas columnas, con tal motivo y con el de haber deseado López Silva que yo le escribiese un prólogo, tuve ocasión de hablar del «poeta chulo» y de su obra. Muerto Luis Taboada, que era el satírico de la clase media, quedaba López Silva, el satírico del pueblo, especialmente del pueblo que bebe en el no muy undoso Manzanares, arma belenes en los barrios bajos, concurre á la pradera de San Isidro cuando se festeja al Santo Patrono, empeña el colchón para asistir á la corrida, merienda y danza *chotises* en las Ventas, al cancamurriar del organillo, almuerza arroz con cangrejos y aceitunas en los Viveros y en Botín, entierra á la sardina el miércoles de Ceniza, y aplaude á rabiar en los melodramas de Novedades y cuando Dicenta interpreta el personaje de su propio Juan José. Este terreno, asaz pintoresco, lo acotó López Silva, á pesar de los varios imitadores que hubieron de salirle, porque nunca falta de ese ganado, como dijo el bañero de cierto balneario refiriéndose á las señoritas que sumergían en las pilas sus blancos cuerpos... No pudo «el ganado» eclipsar ni aun igualar á López Silva, y quedó reservada para él la descripción de la gente de tufos y de las chulaperías... Y, de un tema tan familiar y llano, fué extrayendo López Silva la substancia artística á manera de caricaturista genial, que abulta pero no desfigura, y retrata sin falsificar los tipos. Quizás un romance de López Silva puede expresar mejor que una grave *Memoria* algunas de las causas de nuestra decadencia nacional. Porque de ese elemento chulo, de esas costumbres selladas con el sello de lo picaresco moderno, inferior, quién lo duda, á lo picaresco de los siglos de oro, á lo que cantaba en sus jácaras Quevedo y devanaban en sus narraciones los novelistas y cuentistas, nace en algunos respectos el descenso de nuestro carácter nacional. La línea de demarcación que separa al chulo del antiguo manolo, ha ido extendiéndose, hasta llegar á hacer que el tipo manolesco, antes predominante en la plebe madrileña, desaparezca poco á poco, y, sobre la simpática especie extinguida, avance la híbrida especie invasora. Cuando se haga el recuento de las causas de nuestro descrédito y disminución, yo me figuro que en primer término figurará el chulismo.

Sea por haber puesto el dedo en tan extensa llaga, sea por la gracia y el acierto con que patentiza el caso morboso, López Silva había salido de la turbamulta de los poetas «conocidos,» y era un poeta popular, celebrado, al par que un autor cómico afortunado y aplaudido. Sobre la base de esta reputación bien sentada, pudo hacer su viaje á América, donde, naturalmente, tendría admiradores y lectores asiduos, y le esperaban halagos y legítimas satisfacciones. Y todo ello lo habrá encontrado, pero, ¡ay!, todo se lo habrá amargado con el acíbar del más profundo dolor la desdichada muerte del hijo, víctima de un accidente cruel, impensado, de una herida espantosa—uno de esos sucesos que hacen blanquear en una noche el cabello de los padres...—¡Pobre poeta festivo, pobre pintor humorístico, cuyo viaje feliz y lisonjero corta de un modo tan brutal la suerte, al fin y á la postre enemiga de todo el mundo! ¡Y qué amargura especial, la que interpone entre la desventura de la familia y el duelo del padre una valla de ausencia!

Puesto que de poetas se habla, recordemos una vez más al que se ha ido: á Teodoro Llorente. En el correo acabamos de recibir su recordatorio, el negro *In Memoriam* que no era necesario, verdaderamente, para refrescar la que jamás perderemos los que fuimos sus amigos entrañables. El recordatorio trae en sus hojas versos del cantor del Turia, los que él tituló *Mi testamento*. Las estrofas musicales adquieren, ahora que ha enmudecido para siempre el que las trazó, una grave solemnidad y un sello más hondo de alta poesía.

«De fe y humiltat en proba,
amortalleume ab la roba
del bon Pare Sant Francés;
de corones y garlandes,
de creus, insignies y bandes,
¡vanitats!, no'm poseu rés...»

Y esta profesión de fe, de cristiano humilde, saben los que trataron de cerca al cantor que no es comedia, farsa poética, como muchas que por ahí se leen... La afectación y la mentira sentimental eran desconocidas para Teodoro Llorente, y la sinceridad fué su musa. No hay que dar por hecho que esta prenda del alma, reflejada en tan bellos cantos, la posea todo el mundo. Hemos tenido á docenas poetas de fama, que cantaban el hogar, el amor conyugal, todo género de idilios, y que... Tente, pluma, pues ni has menester escribir lo que falta, ya que pocos lo ignoran, ni, si lo ignorase alguien, es tarea grata la de desengañarle é inclinarle al escepticismo. Sólo diré que á Llorente, lo mismo que á Gabriel y Galán, le enaltece el mérito de una vida en armonía completa con su inspiración. Y no niego que no se pueda ser poeta insigne careciendo de esos nobles sentires y esas dulces idealidades que Llorente ha cultivado. No las tuvieron Gautier, ni Baudelaire, ni Musset, ni Byron, (para no citar españoles) y fueron ciertamente poetas muy excelsos. Lo que digo es que, cuando se canta al hogar, á la familia, á la ternura de los hijos, á las creencias, á la patria, es preciso que todo ello sea verdad, que el corazón haga resonar la lira. Otra cosa, revestirá matiz de histrionismo, y las poesías que falsifiquen tan íntimos y sagrados entusiasmos, no vivirán; la capa de oro se caerá y quedará patente el cobre del embuste. No lograrán producir la emoción que causa este *Testamento*, leído ahora, poco después de la muerte.

Sin poderlo remediar, se establece, la comparación con Alfredo de Musset, con su poemita que todos repiten cuando, á la entrada de la suntuosa necrópolis del *Père Lachaise*, se ve su mausoleo, su busto, sombreado, descolorido...

«Mes chers amis, quand je mourrai
plantez un saule au cimetière;
j'aime son feuillage éploré:
la paleur m'en est douce et chère,
et son ombre sera légère
à la terre où je dormirai.»

Qué contraste, con la súplica de Teodoro Llorente:

«Pera guardar mes despulles,
baixant á terra les fulles,
no planteu ningun ploró;
planteu un xiprer, que apunte
dret al cel, y al cel s'en munte,
com s'en munta la oració.»

Entre ambos poetas líricos hay el abismo de un mundo moral, la distancia infinita.. El «hijo del siglo,» el dandy, el soñador romántico, pide el sauce, porque su palidez y su lánguida ramazón darán á la tierra de su tumba una sombra dulce. El poeta, romántico también—porque Llorente se mantuvo fiel al dogma de sus mocedades,—pero romático cristiano, demanda el ciprés, porque ese árbol parece señalar al cielo... Y esto, que si fuese solamente retórica sería detestable, es hermoso al expresar un sentimiento real, y porque en los setenta y cinco años de su gloriosa vida, nunca un hecho ni una palabra de Llorente desmintió tal manera de sentir.

No soy del número de las personas que se escandalicen por cualquier menudencia, y siempre me han parecido, verbigracia, algún tanto nimias las campañas contra los escotes; pero todo tiene su límite, claro, y un grabado que acabo de ver, por cierto en un semanario tan culto como *Blanco y Negro*, me obligó á hacer un esguince de asombro.

Trátase de una fotografía tomada directamente, y que lleva por leyenda textual: «En la playa de Vansee, cerca de Berlín. Un ratito de baile en la playa.»

Yo creía que Alemania era un país más bien púdico, y que allí se hilaba delgado en cuestiones de moralidad colectiva, (ya que la individual es, hasta cierto punto, incoercible). Creía asimismo que en Alemania se había prohibido la introducción de las obras de Zolá y otros autores franceses acusados de pornográficos y corruptores de las buenas costumbres.

Me figuraba que, á falta de otra cosa, en el Imperio se guardarían las formas del decoro. Y como hace lo menos diez ó doce años que no voy á Alemania, y aun cuando fuese ahora, es probable que se me hubiese escapado el detalle sorprendente del «ratito de baile» consabido, declaro que me quedé con la boca abierta, «no dando crédito á mis ojos» (consagrada frase.)

Si un papúa ó un tasmanio, un cafre ó un zulú, ó cualquiera de los individuos de la especie humana á quienes consideramos salvajes por su desnudez, contempla la lámina, yo no sé qué dirá de los civilizados de una archicivilizada nación. Porque esos productos de lo más noble de la raza ariana, del tipo rubio germánico, reconocidamente superior dentro de la etnografía, no sólo están desnudos, con un ligero elástico equivalente al cinturón de conchas de los maoríes, (tiene las carnes mucho más cubiertas cualquiera de los que vemos en los grabados de *Las razas humanas*, de Ratzel), sino que, en ese traje gratamente elemental, y que nos libertaría, justo es decirlo, de la tiranía de los modistos, resolviendo á la vez el problema de «lo más ceñido posible» se entregan bañistas y *bañistos* á un «agarrado» enteramente confianzudo, con demostraciones afectuosas, que aun previa otra *toilette* serían algo vivas, presentes los risueños espectadores que parecen jalearlas... Y yo no sé qué diablos irán á ver á los teatros verdes de París los alemanes; y creo que los autores españoles de esas «obritas» que, con los toros y las cogidas de toreros, forman el elemento recreativo de la muchedumbre, no tardarán en aprovechar el filón que nos ofrece la inocente Germania...

Después del «ratito» ¿por qué no establecer la costumbre cochinchinesa ó siamesa, no estoy muy segura, que permite á las señoras del mejor tono y de la más elegante sociedad amarilla bañarse en tinajas en la calle, á la puerta de sus respectivos domicilios, y armar una tertulia, formada por amigos que se traen su tinaja correspondiente, se chapuzan en ella, y, siempre en remojo, conversan acerca de las últimas noticias chismográficas, y galantean con la mayor de las frescuras? Al cabo, es más decente, ó menos cochinchino sin *chin*, el sistema, puesto que una tinaja de palo es como una buena capa, que todo lo tapa... Conviene que los alemanes se miren en ese espejo, y se moderen, y no nos escandalicen á los demás, iba á decir europeos, pero me detengo, conjeturando si allá en la patria de Kant y de Bismarck, nos tendrán ó no por tales. Que lo seamos ó no; que el Africa nazca en el Pirene ó empiece allende el Estrecho, en el Africa seguramente no se toleran esos «ratitos de baile.» Danzarán las odaliscas, si las hay, que lo dudo, ante sus dueños y esposos. ¿En la playa, y el agarrado, y con una almilla por indumento? ¿A que no?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Volviendo la vista atrás, el mes de agosto me hace recordar siempre lo que con estereotipada frase se conoce por «la tragedia de Santa Agueda.» En este período de vacaciones veraniegas, imperiosas ó no, todo acontecimiento adquiere mayores proporciones, en razón del silencio y dormilona calma del ambiente. Tal ha sucedido ahora con el incidente del *Numancia*, que si bien en la intención era grave, no pasó de secundario episodio de la lucha social ó, por mejor decir, antisocial; y tal sucedió, hará unos catorce años, con doble razón, al saberse que D. Antonio Cánovas había sido asesinado por otro anarquista como Sánchez Moya, el fogonero.

De estas sorpresas tienen las vacaciones.

***

Mientras se teje la sombría tela de la historia, el *sport* se propaga y difunde, y voy temiendo que pronto pase de moda, si es verdad que, como observó un ingenioso crítico, las cosas que empiezan á estar en boga en provincia, han caído ya en las grandes capitales, y no tardarán en ser olvidadas antiguallas.

Me tranquiliza un poco, (respecto á este problema, naturalmente) el saber que mi amigo el marqués de Viana ha sido herido en la cara, en Cowes, en una partida de polo; señal de que el más aristocrático de los *sports* no ha perdido nada de su prestigio, y tiene ante sí porvenir dilatado. Otros juegos físicos más modestos en cambio, se van vulgarizando de un modo tal, que ya oímos sin extrañeza sonar los nombres de «Foot-ball Club de Murrunchos» ó «Real Club de Callobreiras,» y no nos sorprende ver, en mitad de una carretera, grupos de chiquillos desarrapados pujando del balón hasta morir, y reconocer en ellos al «equipo» de una de dichas parroquias, que en vez de entregarse al *sopitaipón* ó á la parodia de una corrida con un trapo que fué encarnado y ya es negro, se dan el pisto anglófilo de dedicarse al *fútbal*, porque aquí, á estas playas del Noroeste, no ha llegado la noticia del «balompié.» ¡Somos más británicos que todo eso!

Si de este toque del *sport* pendía nuestra regeneración nacional, debemos de estar ya regenerados, porque el diantre del *sport* nos ha entrado de veras, y lleva trazas de arraigar en los últimos rincones de la Península.

Casi no interesan más diversiones que las que tienen por base el *sport*. La aviación, por ejemplo, es el *clou* de unas fiestas que están celebrándose en mi pueblo natal. Y no puedo menos de meditar en las agradables circunstancias de este aquí nunca visto espectáculo. Por lo pronto, la gente sufre una crisis aguda de curiosidad y otra de miedo. La curiosidad, naturalmente, es más fuerte, y nadie querría perder la fiesta, ni por un ojo de la cara: pero al mismo tiempo, la carne se pone de gallina y el vello se eriza, acordándose de los sucesos del aerodromo de París. Siempre es un progreso, la aviación, relativamente á los espectáculos del Circo: en éstos, el miedo es por cuenta ajena; en los del aerodromo, por la ajena y por la propia. Se tienen noventa probabilidades de ver cómo se estrella el aviador, pero hay unas diez ó doce de ser personalmente aplastado, reventado ó segado por una cuchilla que, como la espada de Damocles y la copa del raconto de Lohengrin, descienden del cielo; y esto siempre comunica picor y emoción á la solemnidad.

Después, los preparativos revisten un carácter dramático, recreativo y ameno. Lo primero que suplica el aviador es que se halle dispuesta en la ría una lancha de vapor para el caso de una caída en el agua: con el mismo objeto, suplica á los individuos del Club de Regatas que, con sus lanchas y traineras, botes y canoas, recorran incesantemente la bahía.. Además, cerca del *hangar*, con su material quirúrgico, se instala la ambulancia de la Cruz Roja. Pululan los médicos, no menos numerosos que los fotógrafos y los vendedores de *sinalco* y boliches.

Mucho antes de la hora señalada, se aglomera la muchedumbre en el campo de aviación, resignada á las contingencias, arrostrando el peligro con impasibilidad estoica. Se dan casos en que es más valiente el público que el aviador, y creo que acabo de asistir á uno de ellos, en este primer vuelo que en mi pueblo se ha verificado. El aviador nos tuvo cosa de dos ó tres horas, sentados en una silla, (los que no estaban de pie), esperando á que arreglase mecanismos que debieran estar corrientes ya; y cuando por fin se alzó, cerniéndose en los aires, (afortunadamente en dirección opuesta al sitio que nosotros ocupábamos), á los *treinta y cinco segundos* justos de hacer de pájaro, se dejó caer al blando colchón del mar, entre botes y traineras que allí esperaban este desenlace previsto. El salvavidas que ceñía ayudó á amortiguar la caída, siempre benigna, en todo caso, y á la media hora, cuando todavía comentábamos lo menguado de nuestro sino como espectadores de aviación, el *chauffeur*—que verdaderamente esto y no otra cosa son los aviadores,—despachaba tranquilamente unas copas de coñac ó de ron á de lo que fuese, pues no me aproximé lo bastante para averiguarlo, en un café, rodeado de curiosos, (no me atrevo á escribir que de admiradores.)

Y entretanto, aprovechando el momento favorable, los rateros hacían de las suyas, desbalijando alguna casa, alguna tienda, de la cual se habían ausentado los dueños.

Tal es la diversión que en este momento se lleva la palma entre las que se disputan el favor del público. Y yo no conozco otra más insignificante, en el fondo, ni menos cultivadora de la inteligencia y la sensibilidad. Auguro que durará muy poco, y que, dentro de algunos años, los vuelos de espectáculo se habrán concluído, quedando en pie lo único que puede haber en este *sport*: el aspecto científico y el útil.

***

Leo en un diario una noticia que no quiero dejar escapar: en Costa Rica, las mujeres desconocen el uso del abanico, y el cónsul de España en aquella República hace un llamamiento á la industria abanicuera española, para que vea de aclimatar tal prenda entre los costarricenses.

Confieso que mi sorpresa es muy grande. ¿Existe aún, en algún punto del globo, algún país donde se desconozca algo? Yo creí que todo cuanto puede conocerse, se conocía ya en todas partes. El boyero que labra con yunta la heredad gallega, frente á las Torres de Meirás, canta el vals de los besos de *El conde de Luxemburgo*, y la humorística fantasía que supone que un viajero, en el Africa Central, sorprendido por una tribu de negros antropófagos, y arrojado al fondo de una prisión de hojas de palmera y bambú, pide por señas de beber, y en vez de un medio coco le presentan un sifón de agua de seltz y una copa de Bacarat, tiene ese fondo de verdad: que hoy todo cunde y se generaliza con la rapidez de las relaciones y comunicaciones que establece la industria.

No obstante, debemos presumir que el hecho no es inventado por el cónsul, y que muy pronto los abanicueros, encontrando un mercado nuevo, inundarán á Costa Rica de abanicos caros y baratos, acostumbrándose las mujeres de aquella tierra muy cálida a disfrutar de tan lindo accesorio del traje, y á no poder prescindir de él, como no podemos prescindir aquí, en un clima templado y fresco. ¡Mujeres sin abanico! ¿Verdad que no se explica?

Yo siento por el abanico una especie de devoción. No sé por qué, me gusta más que cualquiera otra prenda del traje femenino. Está menos sometida á los caprichos, tantas veces arbitrarios y extravagantes, de la moda. Poco puede variar esencialmente el abanico, aunque en él la fantasía haya encontrado terreno propicio y fértil. La forma no admite grandes alteraciones, aunque varíe según las épocas, y son los menudos y delicados detalles los que difieren, sobre todo en el abanico de lujo, el primero que se conoció, pues durante largo tiempo, el abanico fué sólo prenda de damas, y la frase «sentarse y darse aire con un abanico» significó la ocupación propia de quien no está obligado á ganarse el pan para vivir. Sin embargo, desde el siglo XVII encontramos el abanico en la burguesía (los retratos son testimoniales) en el XVIII bajan al pueblo, y se difunden tanto que en la mujer española llega á ser el abanico prenda típica, sobre todo en las provincias del Mediodía. Aun hoy, vemos á las andaluzas inseparables del abanico, caro ó barato, y los días de toros, es una cortina movible de abanicos la que se agita en los tendidos, como volante nube de policromadas mariposas. España debiera inundar de abanicos el mundo porque, según convienen frecuentemente los que acerca de ella filosofan, es..., un país de abanico.

***

El «huésped» sigue amenazando. A la hora en que esto escribo, existe, positivamente, cierta alarma en Europa. Hacía tiempo que la contingencia de una epidemia colérica se consideraba desaparecida, y he aquí que el caluroso verano actual parece ponerla sobre el tapete otra vez. Durante la Exposición de 1900, ante los temores de una peste, Francia, con gallardo arranque, aseguró ante Europa que, respondía de que la plaga no se presentaría mientras el Certamen estuviese abierto. No sé cómo podría hoy repetir este alarde. Es el sucio, mal oliente puerto de Marsella el que, por lo visto, propaga el azote. También en el mediodía de Italia cunde y se extiende, si no con las proporciones aterradoras de otras veces, al menos de un modo suficiente para alarmar, y sin duda el contingente de viajeros, los extranjeros que á fines del verano se diseminan por Italia y Francia, disminuirá este año notablemente. A nadie le gusta llevar el cólera en la rejilla del ferrocarril. Casi peores que el cólera mismo, son las precauciones y medidas higiénicas que obliga á adoptar. Del cólera me parece probable que nos libraremos, pero de las medidas no hay modo. Cuando os sentáis á una limpia mesa, sobre la cual se ostentan, en una cestilla de plata y cristal, mezcladas con frescas flores, las doradas frutas que empieza á sazonar el otoño, (uvas, melocotones, pavías, claudias que destilan miel, higos que de blandos y maduros se retuercen), cuando os sirven la raja de melón valenciano, la ensalada verde y riente en su blanca ensaladera, el guiso al cual el tomate presta relevado sabor, amén de color gratísimo—tenéis que rechazar el plato, torcer el gesto, y murmurar:—¡no puede ser! ¡Eso está vedado por la ciencia! ¡Eso encierra el peligro del Ganges!

Decía Heriberto Spencer que la solidaridad humana es tal, que si un inglés se rompe una muela tomando su té en un *bar* de la City, es porque un negro, en Cuba ó en la Jamaica, dejó una piedra en el azúcar que elaboró. Nosotros podemos decir también que si un hombre sucumbe entre calambres y espasmos de agonía en Niza ó en Marsella es porque, en las remotas comarcas gangéticas, un adorador de Siva y de Visnú arrojó á un río que cree sagrado un cadáver que piensa preparar así para la inmortalidad. Tal vez la peste negra, que tanto asoló á Europa en la Edad Media, no haya reconocido otro origen sino el que, al desaparecer la antigua religión egipcia, cesó también la costumbre de embalsamar y momificar los cuerpos, que era, seguramente, de las más higiénicas que ha practicado raza humana alguna.

Muchas veces pienso que este viejo pueblo secular, los egipcios, del cual sólo se nos habla como de una nación teocrática, sometida al yugo sacerdotal, fué de las más sabios y morales del mundo entero. Dícese que profesaban el culto de la muerte y no pensaban sino en construir necrópolis, pero observemos que, dentro de esas sepulturas ostentosas, lo que los egipcios guardaban era algo incorruptible. Por momificar, momificaban hasta las carroñas de los animales domésticos, gatos, perros, icneumones, y su dogma era que el Nilo, que fertilizaba sus tierras y abonaba sus cosechas, no debía ser ultrajado recibiendo en su corriente impureza alguna. Nótese el vivo contraste con la idea de los indúes, que convierten al Ganges en vertedero é inmundiciario. Voltaire, aficionado á sorprender las contradicciones de las creencias, no hubiese dejado de sacar partido de esta tan flagrante: dos ríos «santos» que, en razón de su misma santidad, el uno es depósito de podredumbre y el otro se desliza respetado y puro.

¿Y qué hacen esos ingleses tan pulcros, que no enseñan á los indios á prevenir los contagios? ¿Por qué consienten tales supersticiones? Probablemente no les importan. Cuando Inglaterra ha logrado colocar su algodón, sus artículos más ó menos genuinos, no aguardiente, ha llenado la misión colonial que le incumbe. Algo de Biblia, por añadidura, podrá haber... Pero la Biblia camina despacio, y el cólera, como sabemos, pega saltos de cigarrón.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Atravesamos una racha de percances automovilistas, y no sólo en España sino en varios puntos de Europa, y la notoriedad de las víctimas—aquí los Mendoza Guerrero, en Francia Rostand—hacen que parezca más alarmante el caso. Tal vez no nos asustaríamos si miráramos á lo que aumentó, en estos últimos tiempos, el número de automóviles. Al entrar en la vida diaria de tanta gente ese *sport*, natural es que entren también sus consecuencias.

A decir verdad, lo del automóvil, al cual hace algunos años, cuando empezaba á ponerse de moda, llamé *artilugio trepidante*, mote que le ha quedado, me da en qué pensar muchas veces. No sé si en el extranjero será ese vehículo cosa de gente rica; aquí doy fe de que lo gastan infinidad de personas que tal vez no alcanzan al áurea mediocridad ensalzada por el poeta latino. Parece un tanto sorprendente que pasen dándoos peste de gasolina y bocineando con estrépito personas que, si á mano viene, habitan en un tercer piso, tienen para su servicio una criada zafia y chancletosa, comen menos que medianamente y carecen de cuarto de baño. No es mi ánimo negar ni la comodidad que presta ni el recreo que supone un automóvil, pero se me figura que antes están varias formas de lujo más necesarias: un *home* confortable, con los refinamientos de la vida higiénica moderna, con algunos requilorios de poesía, un par de obras de arte, un estante con libros, unas flores, la mesa blanca y resplandeciente de cristal, los niños exquisitamente cuidados y mejor instruídos y educados, si es posible, un criado de decoroso aspecto, de limpia ropa..., en fin, tantas y tantas exigencias como tiene el moderno ideal, y que son primero y aun son indispensables al que quiera darse el pisto de bocinear y tragar kilómetros!

¿Y qué diré, si el poseedor del aparatoso automóvil es un burgués que, cerrado el escritorio, quitada la pluma de detrás de la oreja, se surgir el problema pavoroso de no saber adónde dirigirse con su artilugio? Porque él ha oído vagamente que en automóvil se hacen excursiones, sí señor, muy bonitas, que se va á visitar á amigos que tienen residencias campestres, á distancia de muchas leguas, que se pueden admirar curiosos monumentos, ruinas interesantes, con carácter histórico, iglesias de romántico perfil, valles de honda poesía melancólica, ciudades pequeñas y viejas, en que hay calles que conservan sabores de misterio, romerías tradicionales, en que las antiguas costumbres y los trajes arcaicos todavía reaparecen, en que los tipos resurgen, en que las creencias ingenuas y las ideas ancestrales se pueden estudiar y saborear, con su agreste perfume de flores de brezo en la zindaresa... Mas ¿qué le importa todo ello al poseedor del artilugio? Ni le atraen amigos, porque no los encontrará fuera del radio de sus quehaceres habituales, ni le gustan mayormente las piedras destartaladas, ni es ha calentado la cabeza con la historia, ni en esas ciudades, semialdeas, en que hay rincones sugestivos para la fantasía del artista, ve el más que gorrinos, y donde á lo mejor no venderán gasolina si se acaba el repuesto. De suerte que el problema sigue en pie: ¿adónde irá? Y acaba por repetir el paseo de todos los días, la misma carretera, entre los mismos postes del telégrafo, con el mismo peligro de aplastar al mismo chiquillo, que invariablemente diablea delante de la misma casucha, en mitad del camino, sonriente y mugriento, en espera del día en que, descuidándose el mecánico un minuto, le reduzca á papilla ensangrentada...

Hay que convenir, por lo tanto, en que muchos se dan el lujo del automóvil careciendo de la comodidad diaria, y otros lo tienen para aburrirse al son de la bocina, todas las tardes, como quien cumple un deber...

***

Un elemento perpetuo de goce hay sin embargo en los automóviles: de goce y hasta de excitación violenta. Consiste en la discusión, en casinos y círculos de recreo, de las respectivas condiciones de velocidad y resistencia de los diferentes artilugios que en la población existen, discusión que llega á revestir, algunas veces, formas tempestuosas. Porque la posesión de un auto suele alborotar el amor propio, y veréis que no hay aficionado á este *sport* que no ande cada lunes y cada martes cambiando su coche por otro mejor, idea que no suelen tener frecuentemente los que van en coche de caballos. Yo, modesto ejemplar de la generación pasada, no he salido del tronco alazán, y el caso es que llego á todas partes, no siendo muy grande la distancia, lo mismo que llegan los automovilistas. No por eso dejo de encontrar agradable el paseo en automóvil, y, como cada hijo de vecino, siento la fiebre de la velocidad. A esta fiebre se deben casi todos los accidentes, tan numerosos, y buena parte de los aplastamientos de gallinas, guarros, jumentos, canes y personas racionales, (es un decir, porque muchas veces, ellas mismas se buscan por su mano el despachurre).

Vuelvo la vista atrás, y voy recordando las desgracias de gente que yo conocía, y que me han dejado una huella tétrica en la memoria. Pienso en Santamarina, el millonario gallego que había labrado su fortuna en Filipinas, y que por algun tiempo costeó la fundación y sostenimiento del Sanatorio Galiciano de Madrid, y en su trágico suceso, arrastrado por su automóvil con los pies sujetos, hasta convertirse en una piltrafa palpitante de dolor; en el hijo de los condes de Turnes, traído á sus padres con el espinazo roto; en otros que se estrellaron, es la frase consagrada, en la revuelta de una carretera, contra un árbol ó contra un pedrusco. Y ahora, refresca estas reminiscencias el caso de María Guerrero y su esposo, en compañía del matrimonio Thuillier, lanzados con brutal violencia, María con la clavícula rota, Fernando con el brazo fracturado, Thuillier con la nariz partida, tendidos en el camino y sin poder ni auxiliarse; de Rostand comprimido bajo su automóvil, magullado, semiviviente. Y todos mejoran ya, pero, á pesar mío, desde una conversación con un famoso médico, yo desconfío de estas mejorías. Decía el médico á que me refiero, que nunca se sabe lo que son los accidentes de automóvil, que es difícil medir sus consecuencias. A veces, el daño es interior y á largo plazo. Lo que se ve, fracturas, heridas superficiales, si no acarrea la muerte inmediata, se cura; lo peor es lo que queda latente. El vizconde de Irueste, salvado en apariencia de aquella terrible catástrofe del Sud Exprés, que vaticiné sin necesidad de poseer el don de profecía, pues lo vería un ciego, y no lo vieron ni lo previnieron los que de hacerlo tenían el deber, murió sin embargo, algún tiempo después, de las consecuencias del espantoso sacudimiento.

Son contingencias de la vida civilizada, y lo mismo da morir de esto que de aquello. Como dijo el Apóstol de las gentes, vivimos rodeados de peligros, por mar, por tierra y por todas partes.

***

Y, sin salir del ramo de calamidades, el cólera, sigue amenazando, pero la verdad es que, por ahora, nadie se asusta. Todo el que, engolosinado por las hermosas y sazonadas frutas que madura el calor de este año, se da un atracón de esos melocotones llamados en Andalucía matagallegos, y sufre el consiguiente coliquito, se convierte en *caso*. Los doctores aseguran que no hay cólera en la *Europa limpia*.

¿Cuál es la *Europa limpia*? Voy á decirlo, y no se ofendan patrióticamente los que hayan nacido en los países que incluyo en la Europa menos aseada. La Europa limpia la componen, en primer término, los países escandinavos, Suecia, Dinamarca, Noruega. Todos los viajeros se hacen lenguas de la pulcritud y la higiene que reinan en esas nacioncitas, muy adelantadas, en pedagogía especialmente. Después vienen Inglaterra, Alemania y Holanda. Hagamos restricciones. Inglaterra en general, goza fama de limpia; de Escocia é Irlanda dicen otra cosa los viajeros, que hablan del olor bravío de la gente en Dublín con horror. Alemania muestra limpieza en todo lo que no es barrio ó vivienda judía; donde empieza el *getto* acaba el aseo. Esta observación la hago extensiva á Holanda. Reléase el capítulo de Amicis sobre los *gettos* de Rotterdam y Amsterdam, y se verá la suciedad compacta que en ellos reina. Verdad es, y con algo hay que consolarse, que los colores irisados de esa suciedad recocida, tanta grasa y tantos trapos ya teñidos de anaranjado obscuro, prestaron sus tonos calientes y misteriosos á la paleta de Rembrandt. La pátina, ídolo de los artistas, acaso no es sino suciedad de los siglos, que constituye un artístico barniz.

De manera que esas naciones limpias, no lo son por completo, pero, afortunadamente, para prevenir las infecciones microbianas basta una limpieza relativa. Desde que se usan desinfectantes y se vulgarizaron elementales nociones de higiene, las epidemias trágicas han cesado.

Suiza es limpia, sin gran mérito; su clima lo impone. Nótese que Suiza está recomendada por los médicos á causa de que en ella apenas hay polvos en suspensión en el aire, en los cuales danzan los gérmenes, prontos á colarse en los pulmones. La nieve es de suyo cándida é inmaculada, y la idea que nos formamos de Suiza es salubre y pura. Hace muchos años, en la época romántica, se iba á Suiza para admirar la naturaleza, para recorrer los glaciares lanzando exclamaciones de asombro ante tanta magnificencia, y leyendo á Byron; pero hoy, que la gente se ha hecho positivista, y la salud es una preocupación, á mí entender extremada ya, Suiza asciende á Meca de la higiene, de la cirugía y de la aireación, y sus médicos pasan por los mejores y hasta los más baratos, y sus sanatorios rebosan. Es, pues, necesario incluir á Suiza entre las naciones limpias por excelencia.

***

Al llegar á las latinas, titubeo, y experimento la necesidad de echar por delante, para que no se le atribuya todo lo malo al *homo mediterraneus*, á cierta nación semipolar y casi tártara y, desde luego, muy del Norte, que es Rusia. Si juzgo á Rusia por relatos de viajeros, novelas y narraciones de escritores suyos, y, en suma, por el concepto general, hay que reconocer que figura entre los pueblos más descuidados. Cuanto se diga de el desaseo de los muelles napolitanos, los barrios gitanos de España, y el impuro puerto de Marsella, es tortas y pan pintado para la suciedad y abandono de esas *ibos* rusas, donde la gente no se desnuda en seis meses, ó más, y hasta sospecho que no se desnuda nunca, porque no hay cama, y se duerme sobre la estufa, ó en el santo suelo. Además, en la Rusia alemana y la Rusia polaca, ó mejor dicho la Polonia rusa, abundan los hijos de Israel, tan admirablemente retratados por Turguenief y Tolstoy, y tal raza, en tales países, lleva consigo un estigma de desaseo tradicional é invencible.

En los pueblos latinos, los hebreos parecen más nivelados con el resto de la sociedad. En España, no hay que decir nada de ellos, porque no existen.

¿Son más sucias las naciones latinas que las anglosajonas? Sí, en conjunto, pero no con la diferencia excesiva que se ha querido ver. Alguien dijo que con sólo mirar ciertas oficinas se sabía si nos encontrábamos en el Sur ó en el Norte. Prescindamos de detalles. Comarcas enteras de España, Andalucía y Cataluña, por ejemplo, son limpias, á su manera—porque hay maneras en esto también.—El aseo andaluz es un aseo moro, mucha agua y mucha cal, colores claros, aire, flores, el surtidor, la fuente, el calzado primoroso en la mujer, la sobriedad en la comida; y de todo ello resulta á veces, como dirían los Quintero, *los chorros del oro*. El aseo catalán, es la obrera vestida de percal lindísimo, es la fabricación de tejidos de algodón y de medias, que permite cierta humilde coquetería á la hija del pueblo, es el bienestar debido al trabajo, que hace la vida sana y colmada. Lo único que España necesitaría para contarse entre las naciones purificadas, sería emprender valerosamente la extinción de la chinche. Para extinguir la chinche, habría que enseñar á la mujer, en las escuelas, mucha desinfección. En España, la pedagogía es vida y camino.

Quizás también Marsella haya cambiado. Todo mejora, aprisa ó despacio, en el mundo, y especialmente en este capítulo de la limpieza y la santificación. Es un Evangelio que va difundiéndose, y que prefiero á los de Zolá. Tiene la ventaja de que se impone á todos, piensen como piensen en política y demás cuestiones opinables. En esto no hay disputa. Un microbio es un microbio, y el jabón y el agua hacen milagros, no estando de más la colonia, el elixir, el salol y el sublimado, para rematar la suerte.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La *Gioconda*, robada al Museo del Louvre de un modo tan misterioso, continúa sin parecer. Hay que hacerle al gobierno francés la justicia de que no cesa de realizar activas pesquisas, en todos los países del mundo, y que, por el afán de buscar la perdida joya, hasta ha seguido la bufonesca pista de León, recordando acaso que fué en España donde aparecieron aquellos célebres estafadores, los Humbert, con los cuales no había medio de acertar. Pero, hasta la fecha, en tinieblas continúan envueltos los nombres de los ladrones—nadie cree que haya sido uno solo—y el punto del globo donde Monna Lisa esconde su mágico sonreír...

Es realmente difícil aquilatar si el cuadro sustraído al gran Museo francés es el mejor del mundo, ó sencillamente, uno de los mejores. Porque en esto de arte, las opiniones y pareceres de los doctos varían, y la variación y divergencia puede fundarse en razones perfectamente confitadas en la estética más ilustrada y exigente. En la obra de arte, si á la larga es el juicio universal quien discierne la corona, como ese juicio universal se compone de la suma de juicios particulares, siempre cabe revisión, y no hay verdaderamente instrumento para medir la hermosura estetómetro ó, si lo hay, está dentro de nosotros mismos.

En un viaje que hice por Holanda, casi exclusivamente á ver Museos, recuerdo que el guardián del del Haya, es decir, uno de los guardianes, permanecía inmóvil ante un cuadro célebre, el *Toro*, de Pablo Potter. Al fijarme en esta particularidad, creí que se trataría de un funcionario que extremase la vigilancia, temeroso de la posible substracción, por más que el *Toro* es de tamaño natural, y no sé cómo harían, á no cortar el lienzo, para cargar con el cuadro. En algunas palabras, le indiqué la hipótesis, deseosa de saber si había adivinado los motivos de la insólita precaución. El holandés sonrió. No era lo que yo había supuesto. Era sencillamente que ante el *Toro* se armaban muy á menudo, acaloradas discusiones, y el guardián estaba allí para mantener el orden, al modo de esa gente pacífica de Holanda: con sólo su presencia, y la tácita reprobación de su gesto y su actitud. Si era preciso, intervendría más eficazmente...

Y es que el *Toro*, para muchos, es el acabóse de la pintura, técnicamente hablando, y para otros un cuadro lleno de defectos salientes como las astas del cornípeto; y á cada momento, delante de ese trozo de lienzo que representa á un animal—sin otro asunto, sin otra idea, sino la reproducción de una realidad la más sencilla,—se enzarzan pintores é inteligentes, y los *Aoh!!!* atónitos de las *mises* turistas hacen coro á los gritos de artistas y aficionados...

La *Gioconda* era jugada con mayor unanimidad. Su sonrisa enigmática embujaba á todos. El plasticismo de los enamorados del arte puro; el idealismo vago de los soñadores, satisfacíanse igualmente con aquella faz singular en su hermosura, faz predestinada á juventud eterna; con aquella frente vasta, que no parecía de mujer; con aquella boca sinuosa, entreabierta como para retener el secreto de la esfinge, pronto á escaparse; con la ternura de aquellas mejillas, y aquel óvalo purísimo del contorno; con toda aquella calma profunda, sobrenatural, superior á las luchas de la vida... Teófilo Gautier, el adorador de la belleza antigua, el que dijo que si la Venus de Milo hubiese sido destrozada durante el sitio de París, desaparecería uno de los soles del ideal, y en el arte anochecería, ¿qué hubiese exclamado ante el robo de la *Gioconda*, realizado en plena normalidad, á la luz del sol, con París despierto y tranquilo?

Quizás sus querellas fuesen más amargas aun de lo que fueron ante las depredaciones de los que él nombraba «los gorilas de la *Commune*.»

No hay nada de afectado en las lamentaciones del gran Teo en presencia de la destrucción de los objetos de arte. Yo recuerdo que en recientes disturbios y brotes de salvajismo, lo que más me dolió fué que hubiesen ardido tablas del XV, de gran mérito. En efecto, nosotros hemos de morir, y no escaparemos de tan dura sentencia; pero la belleza es inmortal, y al transmitirse de siglo en siglo, lega á los hombres el mayor tesoro que conquistaron nunca. Decíalo el propio estético Gautier: los versos

«demeurent,
plus forts que les airains...»

Releyendo sus *Cuadros del sitio de París*, sentimos cual nunca el horror á la furia devastadora de los que, incapaces de experimentar la fruición más alta y que más nos diferencia de los irracionales, se atreven á poner las manos en cuadros y estatuas, á acercar á ellos su tea brutal.

Como el autor de *Spirita*, nos preguntamos: ¿es posible que esta civilización de que estamos tan orgullosos, escondiese tal barbarie? Pasados tantos siglos creíamos que la fiera que reside en el fondo del hombre se hubiese domesticado un poco. ¿Quién será el Orfeo que lo consiga, si el arte, el ritmo divino, no lo logran?

Uno de los aspectos de tristeza que revisten para Teo las devastaciones, es la crueldad del destino que destruye la obra de un artista que en ella fundaba la esperanza de sobrevivir para la posteridad. Tal fué la suerte de los frescos de Chassériau, en el Tribunal de Cuentas, casi por completo quemados. Teodoro Chassériau, que había sido amigo de Gautier, murió todavía joven; á los treinta y seis años. Era discípulo de Ingres, pero no tardó en conquistar su propia personalidad. En él existían gérmenes geniales. Con Ingres se formó como dibujante; con Delacroix buscó el colorido y la nota pintoresca. Cuando había llegado á encontrar su propio camino, entre las dos admiraciones y las dos maestrías que le cautivaron, fué cuando pintó los frescos, destruídos por los monstruosos incendiarios de París. Y allí perecieron la alegoría de la *Paz*, la de la *Guerra*, como también el techo de Gendrón, el *Justiniano* de Delacroix, cuanto el palacio encerraba de arte.

Con razón dice Teo que en presencia de tales ruinas amontonadas tan rápidamente, ¡dijérase que han transcurrido mil años, que sólo el paso de los siglos pudo consumar semejante destrozo!

A propósito de tales horrores hace Gautier una observación exacta. El objetivo de estas furias revolucionarias, es siempre la Prefectura de Policía. Cada facción cree que aniquilando los papeles, testimonio de sus actos, suprime con ellos su pasado deshonroroso. El hombre más vil y criminal no suele resignarse á serlo, y aun cuando, á veces, ostente la fanfarronería del delito, anhela destruir las pruebas tangibles. El ideal sería que la acción cometida se borrase como el surco en el agua. Persiste acusadora, en papeles, y como el deudor sueña con que se evaporen los recibos, quisieran ellos aventar las cenizas de esos archivos recónditos donde se conserva el libro de oro de la delincuencia. El motín va siempre contra algo que estorba, que reprime los instintos ó perpetúa la memoria de las maldades. Los cuarenta años transcurridos desde el incendio de París no impiden que acaso puedan estas consideraciones, de un momento á otro, revestir triste actualidad...

Volviendo á la *Gioconda*, las trazas son de que se haya perdido para siempre. Cuál pueda ser el fin de los raptores, se ignora absolutamente, lo mismo que el paradero de la maravilla. Irritante misterio—todo en la *Gioconda* es misterioso,—envuelve este hecho que ha venido á consternar á Francia, punto menos que la pérdida de las provincias del Rin.

Es innegable que hubo en ello abandono notorio, descuido por parte de los que estaban obligados á velar. Durante el sitio de París, adoptáronse, contra los obuses y las bombas prusianas, minuciosas precauciones. Los mejores cuadros del Louvre fueron enrollados ó encajonados, y remitidos á Tolón, para ser embarcados con rumbo á América, si venían mal dadas las cosas, peor aun de lo que se temía. La *Venus* de Milo, reclinada en un ataúd de seda acolchada y madera fina, fué emparedada en inaccesible escondrijo, fuera del alcance de los proyectiles y de las llamas. En cambio, ahora, en tiempo de paz, dijérase que la indiferencia más completa se había apoderado de los que debían custodiar el tesoro. No faltaban, sin embargo, motivos para sentir alarma é inquietud. Robos y sustracciones, se cometían en el Louvre con frecuencia inexplicable. Tan pronto desaparecía una estatuilla fenicia, como una divinidad del antiguo Egipto. Debiera el caso hacer abrir el ojo á director y conservadores. El peligro es igual, que desaparezca un objeto de corto valor ó la mejor prenda del Museo. Acusa idéntica negligencia.

Por otra parte—y esto tiene mucho de curioso y hasta de novelesco,—un periódico, creo que *El grito de París*, había estampado con todas sus letras, hace ya un año ó más, que se había realizado el robo de la *Gioconda*. No cabe duda que es cosa bien extraña, si verdadera, por verdadera, y si profética, por profética. Según el periódico, el atentado se había verificado de noche, en connivencia con altos funcionarios del Museo y sustituyendo el original de Vinci por una copia, obra de una vieja inglesa, de las muchas que se dedican á reproducir las obras maestras prolija y fielmente. Yo confieso que no pocas veces, en el Museo del Prado, me ha dado miedo notar la exactitud de algunas copias. El demonio las enreda...

Sea lo que quiera, en lo de la *Gioconda* debe reconocerse que es cuando menos singular que la categórica denuncia del diario no produjese el efecto de redoblar las precauciones y defender á todo trance la obra maestra. El periódico decía que estaba pronto á abonar una fuerte suma, si reconocido el cuadro por los expertos, resultase que era el mismo de antes, el original de Leonardo. Y el funcionario á quien transparentemente se aludía, es el mismo monsieur Homolle, director de los Museos; el que entonces se limitó á responder desdeñosamente que era imposible robar la *Gioconda*, y el mismo que ahora, á consecuencia de ese robo imposible, ya cumplido, ha sido destituído de su cargo...

La imaginación, facultad indispensable al novelista, actúa en mí, y me sugiere un sin fin de marañas y de hipótesis. ¿Y si hubiese algo de verdad en la denuncia del diario parisiense? ¿Y si el robo de ahora no fuese sino un simulacro, destinado á hacer desaparecer la prueba material del robo de antes? ¿Y si, merced al de antes, se hubiesen podido fabricar con entera tranquilidad y perfección ocho ó diez reproducciones capaces de engañar á un lince, y por las cuales, ahora se obtengan, de ocho ó diez millonarios antojadizos, ocho ó diez millones, haciéndoles creer á todos que adquieren la *Gioconda* auténtica? Golpe tanto más fácil, cuanto que los compradores están interesados, al menos por algún tiempo, en guardar sigilo absoluto, y que, oculta la auténtica *Gioconda*, no hay medio de demostrar que son copias las restantes..., repito que son devaneos de mi fantasía. Sólo que en la carencia de datos positivos—y las trazas son de que no los tendremos, Dios sabe hasta cuando—la fantasía vuela libremente.

Lo innegable es que estaba mal custodiada Monna Lisa, y no mejor el resto del Museo. El consuelo ya sabemos que es de tontos, pero no hay nadie que no sea tonto á ratos, y un sentimiento natural nos lleva á sufrir mejor nuestras propias adversidades, cuando son también las del vecino, y sobre todo, cuando el vecino se da tono y nos mira por cima del hombro, protegiéndonos ó desdeñándonos. Por ese mismo sentimiento, cuya mezquindad reconozco de buen grado, sonreímos maliciosamente al leer, en la prensa francesa, que un cómputo estadístico ha demostrado que cada parisiense se baña al año una vez. ¡Nos han puesto tales de desaseados, de enemigos del agua! No parece que á ellos les sea muy simpática tampoco. Cierto que habrá parisienses y *parisiennas* que se bañarán dos ó tres veces al día, pero siempre quedará probado que el conjunto, no se baña, nunca, nunca, nunca. Es para hacer reflexionar sobre el cerebro de Europa.» Verdad que ya no suele llamársele así. Ya cada país quiere un cerebro para su uso particular. Chantecler ha de resignarse á que salga el sol sin su permiso.

Si la anécdota que voy á referir pasase en España, en la morisca Granada ó la imperial Toledo, muchas agudezas inspiraría al malogrado escritor Juan Lorrain, á quien en Toledo conocí, y que me hizo reír bastante con sus parodias de usos y costumbres españoles, y su manía de querer, á toda costa, ver bailar el *fandangó*. Ello sucedió en París mismo. Un grupo de *rapins* ó aprendices de pintor, encontró en la calle á una muchachita de maravillosa belleza, pero cubierta por espesa capa de mugre y roña. Entusiasmados ante un modelo tan divino, la llevaron á que se bañase. Dejaron, respetuosos, á la pobrecilla en el cuarto de baño, después de llenar la pila, y se retiraron, honestamente. Pasó una hora, pasaron dos horas, y la niña no salía de la habitación. Temerosos de algún percance, decidiéronse á entrar. Y encontraron á la muchacha bañada, eso sí, en lágrimas, en una actitud de terror; y cuando le dirigieron las preguntas que el caso requería, balbuceó hipando sollozos:

—¡Es que por mucho que haga, no podré beberme esa agua toda! ¡Es demasiada! ¡Y, además, está caliente!

La condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta guerra que Italia ha emprendido, estaba sin duda pensada y resuelta desde hace tiempo, pero ha estallado tan repentinamente, que ha sido una sorpresa universal. La vieja Turquía acaso no contaba con arremetida tan súbita, y las mismas naciones europeas se han escandalizado un poco. ¿Qué es eso? ¿A ver? ¿Cómo no han precedido á la salida de los buques italianos negociaciones, notas diplomáticas infinitas, recaditos oficiosos, consultas, chismografías, artículos de periódicos serios y bien informados, de esos que pilotean la opinión? ¿Cómo, en una palabra, no se le ha dado al gobierno otomano tiempo de hacer cómodamente sus preparativos? No vale coger á la gente así, desprevenida, agarrándola bruscamente del pescuezo.

Y yo creo que es lo mejor que han hecho los italianos; proceder antes de que en Italia misma se produjese fermentación, y por fas ó por nefas la madeja se enredase. No prejuzgo si de la guerra sacará Italia gran provecho; me figuro que sí, porque es indudable que no se arrojan á una aventura de azar, la cual no se explicaría, no mediando antecedentes y rencores; pero sólo digo que, en esta cuestión y en todas las que afectan á los intereses nacionales, me agrada que se piense despacio y en secreto y se proceda en público con fulminante rapidez. En la dilación ha solido siempre estar—la historia lo enseña,—el peligro. Dilaciones y aplazamientos, confusiones y falta de plan, perdieron á los franceses en 1870.

El interés de la humanidad, en esta clase de luchas, está con la nación más civilizada; y mal pudiéramos dudar que sea Italia, en el caso presente. Yo he oído hablar mucho, en estos últimos años, de que Turquía adelanta; de que ya no se tapan la cara las turcas; de que ya reciben corsés de París, y de que las bandadas de perros famélicos, que recorrían en libertad las calles de Constantinopla, han sido exterminadas. Todo ello será muy cierto, y en Turquía, en una ó en otra forma, se habrá colado un poco de los adelantos ó de las costumbres contemporáneas; y hasta tendrán Cortes y Constitución, y telégrafo sin hilos. Pero hay una sangre que clama al cielo contra ellos: no se han olvidado las matanzas de Armenia, los crímenes contra pueblos indefensos, hasta en la normalidad de la paz, por puro fanatismo, ciego y cruel. ¡Y ahora es cuando vamos á ver á Turquía!, ó mejor dicho, la vemos ya, que no hay como una guerrita para tomarle el pulso á un pueblo. Nadie niega que Turquía tenga espíritu militar, y el valor, en esa raza, es cualidad que tampoco se discute. Pero, actualmente, no basta el valor; la civilización pide otras muchas condiciones, que Italia posee.

Acaso busca el desquite de campañas que no fueron ni provechosas ni halagüeñas pero sí del amor propio; y, en esto demuestran sus gobernantes tino y razón. Dígase lo que se quiera, nada infunde á un pueblo la conciencia nacional como una empresa gloriosa, que ha de contribuir á su engrandecimiento, satisfaciendo su orgullo más noble y legítimo. No se ha inventado, hasta la fecha, otra cosa mejor, y las naciones nuevas, jóvenes, como Italia, necesitan doblemente crear el sentimiento colectivo. Este es el aspecto moral y espiritual de la cuestión, prescindiendo del que pueda revestir para el desarrollo del comercio y de la industria.

Por algo las naciones, cuanto más se engrandecen y más gallardean en el desarrollo de la cultura humana, más acrecientan su poderío por mar y por tierra. Un pacificista acérrimo no podrá desconocer que este hecho constante algo significa. Los grandes pueblos tienen poetas, artistas, pensadores; pero también se precian de la mejor marina, el ejército más fuerte y disciplinado, los armamentos más adelantados. La investigación científica moderna, en gran parte, se consagra á perfeccionar lo que se ha llamado instrumentos de destrucción. Cuanto más primitivo y atrasado es un pueblo, peor condicionado se encuentra para defenderse y para ofender. No sé si algún día cambiarán las cosas, y, por mí, no lo creo; lo que venimos viendo desde que podemos conocer la historia, y aun antes, cuando sólo se la adivina, permite afirmar que se trata de una ley natural, y por lo tanto, inderogable; y si tanto se habla de civilización, conviene observar sus peculiares fenómenos. A la luz del desastre, los franceses los entrevieron, y aquel lugar común del maestro de escuela victorioso que [illegible] do, muy ilustrado, muy científico, es el que cultiva la inteligencia y la fuerza á un tiempo, y tiene el ejército superior, como tiene la escuela superior, y ambas cosas las tiene por las mismas razones y para los mismos fines, pues no existe, en buena lógica, semejante antagonismo entre el cuartel y la escuela.

El caso de Turquía, el caso de Marruecos, se prestan á largas reflexiones históricas, impropias de la labor del cronista. En la marcha del mundo, ya no tenemos que contar gran cosa con el elemento musulmán. Una de las religiones más rápidamente establecidas, la religión de la conquista y de la violencia, parece vencida sin remedio y sentenciada á extinguirse. Y es que no basta la fuerza sola, no basta la cimitarra, no basta el valor, no basta la sangre. Con ella hay que amasar civilizaciones fértiles, progresivas, en todo lo accesible á la actividad humana. La molicie de la barbarie, la esquivez de la ignorancia, han perdido á los mahometanos. Para ellos no hay salvación. Y perdóneme mi amigo Eugenio Silvela, que defiende con sumo ingenio que están perfectamente los moros y entienden mejor que nosotros la vida.

En Vivaro y en la Habana, estos días, se ha celebrado el centenario de un poeta de la época romántica, el vivarense Nicomedes Pastor Díaz. Pertenece Pastor Díaz á la generación de Zorrilla, Espronceda, Pacheco, Olózaga, y todavía pudo frecuentar el trato de D. Juan Nicasio Gallego y de Quintana. Estudiante de leyes, venido á Madrid desde su provincia para buscar un porvenir, lo encontró más brillante de lo que pudo fantasear nunca, en la edad en que la fantasía domina y se aspira á cuanto la tierra contiene en sus ámbitos. Además de la nombradía literaria, obtuvo Pastor Díaz algo más positivo, haciendo brillante carrera política. Empleado primero, luego gobernador de provincia, lo que entonces se llamaba «jefe político»; ministro después, y en pos ministro plenipotenciario, no se sabe lo que le hubiese reservado aún el destino, si no muere relativamente joven, á los cincuenta y dos años, antes de que estallase la Revolución de Septiembre. Pastor Díaz había militado en las filas del antiguo partido moderado, y había sido dinástico de la reina Cristina, una hechicera que tuvo el don de seducir á los poetas; pero en los últimos años que pasó en este mundo, habíase afiliado Pastor Díaz á la Unión liberal que, como nadie ignora, tanto cooperó á la caída de la dinastía. Pastor Díaz tenía ante sí horizonte. La suerte dispuso otra cosa.

Hoy, nadie se acordaría de Pastor Díaz político, porque esos señorones, que en vida están como quieren, y son los amos del cotarro, caen después en el más justo olvido, por lo cual sus admiradores (con cuenta y razón) se dan prisa, mientras viven, á erigirles monumentos y á poner su nombre á las calles, seguros de que, á los veinte años, nadie sabrá ya ni cómo se llamaba el grande hombre. Pero Pastor Díaz, entre mucha prosa, no indigna de estimación, pero algo pasada de moda, ha dejado unos versos impregnados de melancolía, de lo más hermoso y tambien de lo más sincero que produjo la musa romántica; y por eso su recuerdo perdura. La poesía, romántica ó no, es de todo tiempo, y al través de los siglos, llega hasta nosotros; y la de Pastor Díaz no tiene de fecha un siglo aún, y responde á sentimientos no extinguidos, y todavía pudiera el autor de la *Sirena del Norte* decir alivamente como Enrique Heine á la joven que se asoma á verle pasar:

«Soy alemán poeta,
conocido en las tierras de Germania:
si á los lluires nombran,
también mi nombre te dirá la fama.

Y en cuanto á lo que sufro...,
muchos, niña, lo sufren en mi patria:
ya te dirán la mía,
si te dicen las penas más amargas.»

En efecto, y aquí está el encanto penetrante de la sinceridad de Pastor Díaz, esos versos, parte escritos en la juventud y parte en la edad madura, no mienten al descubrir un espíritu ensombrecido, al exhalar una nostálgica y dolorosa queja. Nacido en un país como Galicia, que prepara, á las almas escogidas, al ensueño y á una vaguedad de sentimientos que es al alma lo que la niebla al paisaje, Pastor Díaz, en medio de los éxitos, de los triunfos, de las satisfacciones de la vanidad, académico, ministro, embajador, no deja nunca de percibir el frío aleteo de la mariposa negra en derredor de sus sienes. Esa calma jovial, ese contento de vivir, que hacia los cuarenta años se presenta en las organizaciones sanas y fuertes, nunca parece haberlo experimentado Pastor Díaz. Fuese enfermedad moral ó padecimientos físicos, salud quebrantada, desencanto, ó lo que se quiera, Pastor Díaz [illegible] que no era sino el famoso «mal del siglo,» sello del romanticismo, marca fatal...

Pastor Díaz había asistido, como todos los literatos jóvenes de aquella época en Madrid, al entierro del suicida Larra, que fué para las letras españolas fecha punto menos señalada que para las francesas el estreno de *Hernani*. Se reveló allí el fervor romántico de toda una generación, el germen depositado en sus venas por las mismas causas y los mismos épicos sucesos, la acción de Bonaparte, el contagio revolucionario, las agitaciones de la historia. Y Pastor Díaz fué quien narró la aparición de aquel muchacho, casi un niño, delgado, de pálida frente, que saliendo, por decirlo así, de debajo del nicho de Larra, alzó al cielo los ojos vidriados de lágrimas, y empezó á recitar unas estrofas que la emoción no le dejó acabar. Yo he intentado estudiar la psicología de Zorrilla, los contrastes de su carácter, y si en aquel momento, en que declamaba sus archicélebres lamentaciones en la tumba de Larra, sus lágrimas no mentían, seguramente en el curso de su carrera poética, y en muchos de sus versos, la huella del sentimiento anda por las nubes. No así Pastor Díaz. La lira le sirvió, verdaderamente, de desahogo para un sentir completamente romántico, sin fingimiento ni *pose* alguna. Ni agotó en sus versos todo el romanticismo natural de su organización fina y nostálgica. Quizás—y algunos pasajes lo dejan entrever—la idea sombría de acabar como Larra visitaba su conciencia, y sólo la rechazaba la fe del católico, y no era retórica en él hablar de «las dulzuras de apetecida muerte.» Y en las poesías de este hijo de Galicia, (la tierra en cuyo paisaje hay más sentimiento recóndito, más ensueño) se encuentra lo que no podríamos descubrir en poetas de mayor nombradía: un fiel reflejo del estado moral, una verdad interior, psicológica, que les da el valor de documentos humanos.

Otro mérito de los versos de Pastor Díaz es sin duda el carácter que les imprimió la tierra natal del autor. Pastor Díaz, sin embargo, en nada se parece á un regionalista de ahora, á un rebuscador del detalle pintoresco, de la nota local. No cabe persona más sobria de descripciones; y con todo eso, en *Mi inspiración*, *La mariposa negra*, *La sirena del Norte*, rebosa un género de sentimentalismo inconfundible, con el que existe en un hijo de Castilla ó en un hombre de la costa de Levante. Son versos, han brotado al ruido bronco, al tumbo fragoroso del mar sobre la arena de una playa *que no es del Mediterráneo*; en la ribera cántabra y no en otra parte. Taine, que para conocer á un autor interrogaba al medio ambiente, al país, á la raza, encontraría confirmada su tesis en Pastor Díaz, celta y gallego hasta el tuétano, en medio de su vivir cortesano y cosmopolita.

Todos hemos probado esa sensación mística á fuerza de profundidad, que produce el cuadro donde se localiza *Mi inspiración*:

«No brillaban los astros en el cielo,
ni en la tierra se oía humano acento;
estaba obscuro, silencioso el suelo,
y negro el firmamento.
Sólo en el horizonte,
alguna vez, relámpagos lucían,
y al mugir de los mares respondían
los pinares del monte...»

Es la sensación genuina de esta tierra: las voces sollozantes de los pinos, que otro poeta verdadero, Eduardo Pondal, calificó con dos verbos insustituibles, *soar* y *bruar*; es el quejido doliente del Océano, que se une á la sinfonía lamentosa de las resinosas ramas... Y el que, como Pastor Díaz, la sabe oir, queda enfermo para toda la vida.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primer embestida del invierno suele ser cruel. Hay bastante gente que vive bajo la presión de enfermedades crónicas, las cuales en el verano, parecen dormirse, esconder las garras, dar un momento de reposo y de optimismo á los pacientes. La temperatura es grata, los días son largos y hermosos, la función de la piel se normaliza y activa, hay en el aire bondad, sonrisas é indulgencia. Pero ahí viene el soplo frío; un estremecimiento recorre la epidermis; una ventana se bate, porque entró una ráfaga de vendaval; las hojas, en vals loco, giran sobre la arena de las calles del bosque; las castañas, de galán obscuro forrado de pelús, blanquecina, cuecen en la arropada olla... ¡El invierno, el duro viejo de todos los años, ya llegó, con sus barbazas de nieve! Y los enfermos empiezan á sufrir: no hay para ellos noche tranquila: cuentan las horas que dan los lentos relojes, con ansia de que amanezca...

Molestado por un padecimiento al corazón, el Padre Coloma, desde hace unos días, está en peligro de muerte. A la hora en que esto escribo, acaba de traerme la prensa la noticia de que se ha agravado. Se teme el colapso, que suele desenlazar esta clase de afecciones. Sin embargo, el corazón, en todos los terrenos, engaña mucho. Es, me decía un eminente facultativo, el órgano cómico, el histrión: finge sin cesar. Hay en los males cardíacos verdaderas resurrecciones. Puede salvarse el ilustre jesuíta; quiéralo Dios.

El Padre Coloma es un escritor que tiene un público fiel: desde su novela *Pequeñeces*, ese público creció como la espuma, y no le olvida, á pesar de que el Padre Coloma produzca muy poco, relativamente, en los veinte años que hace que la discutidísima obra vió la luz. Alarmado sin duda por el extraordinario estrépito que su libro armó, por tantas discusiones y tantos absurdos como á propósito de él fueron enviados á las prensas sufridoras, no volvió el Padre Coloma á pulsar la cuerda satírico-social: estudios históricos que tienen el encanto de la ficción, sobre María Estuarda; sobre D. Juan de Austria; una narración más bien azul, *Boy;* un volumen sobre la Santa Duquesa; y ahora, según mis noticias, un tomo en preparación acerca del Cardenal Cisneros, fueron los trabajos que entretuvieron este período de la vida de un hombre, sin género de duda, aficionadísimo á las letras, y que, á no vestir la sotana de Loyola, hubiese sido asiduo concurrente á lo que se llama círculos literarios..., si no es que, convencido de que todos se han transformado en círculos más ó menos políticos en los que la literatura ya ni se menciona, se hubiese encerrado en su gabinete de estudio, á escribir libremente novela sobre novela.

La afición á las letras, en el Padre Coloma, procedía de los tiempos de su juventud, cuando frecuentaba el trato de la simpática novelista y costumbrista Fernán Caballero, á la cual acaba de dedicar un libro, lleno de amenidad y de detalles interesantes sobre tan insigne mujer. *Fernán* Caballero era muy buena amiga; hasta puede decirse que amiga apasionada. Cuantos frecuentaron su casa y gozaron de su amistad, hablan de ella con tierna veneración. Es decir, hablaban.., porque, me doy cuenta de esta circunstancia melancólica: han muerto la mayor parte, y el Padre Coloma está con el pie en el estribo. Fernando de Gabriel, Luis Vidart, D. Juan de Quiroga, los tres á quienes yo llamaba «la herencia de Fernán» eran elocuentes en el capítulo de rasgos de cariño y ternura de la encantadora anciana. En el ocaso de su vivir, que fué largo, Fernán tuvo el arte de no contraer manías de mujer vieja, de no ser áspera ni malévola, de no secarse por dentro—ya que la naturaleza, implacable, seca el cuerpo y arruga la piel; —y una aureola de poesía, algo que todavía era hechizo femenino, á pesar de los estragos del tiempo, rodeaba á Fernán y se reflejaba en lo que de ella decían sus asiduos. El Padre Coloma no era de los menos prendados de Cecilia. La miraba como á una madre, pero madre sonriente, benigna, rebosante de una indulgencia que no se parece á la laxitud, pues la influencia de Fernán fué sana, y su contacto, moralizador. Diciéndole yo al Padre Coloma, este año, que los amigos heredados de Fernán ya no existían, respondióme con esa cortesía de buen gusto que persistió siempre en él, sobre el baño de austeridad de la vida religiosa: «No han muerto todos, y le ruego á usted que me incluya en la herencia de Fernán.»

¡Por poco tiempo, lo temo! La primera vez que hablé con el Padre Coloma, en Chamartín, era un hombre todavía joven, pálido, como macerado, de sienes hundidas. Y al volver á verle, encontré cambiado el color de su cara: tintes rojizos y violáceos indicaban los trastornos de la circulación. Se quejaba, declarando que le era difícil trabajar seguido, por el estado de su salud. Todos los años iba á Cestona, una temporada. Sin embargo, no creíamos que fuese tan serio su mal. ¡Las sorpresas del invierno! ¡El primer ramalazo!

***

Y no ha sido el invierno el que nos robó otra vida preciosa. Salvador Ordóñez ha caído en el campo de la gloria, como lo que era: soldado y patriota hasta la última fibra de su cuerpo y el último aliento de su espíritu. Toda la línea de su conducta le llevaba hacia este paso, ó hacia un memorable triunfo. Había nacido con la tendencia heroica, militar á la moderna por sus estudios, y al mismo tiempo amador del combate como un soldado del tercio viejo de Flandes. España está de luto por este español insigne, que, perdónese el galicismo, muere sin dar la medida de su valer y de su capacidad.

Salvador Ordóñez, sin desviaciones ni desfallecimientos, se había consagrado á la patria. No le impulsaba ningún otro móvil: sin su carrera podía vivir desahogadamente. Notad que, en el momento presente, la Diosa Patria tiene muchos ateos, unos francos, otros disimulados, y éstos son probablemente los peores. Entregado á los arduos estudios que exige la ciencia militar en su actual etapa, Ordóñez no olvidaba que, además de la consagración de cada momento, había que estar dispuesto á otra cosa, á lo decisivo, sin regatear, sin acordarse de ello siquiera. Si la paz se prolongaba, á inventar un cañón, á corregir un obturador, á calcular sistemas de fortificación; cuando la ocasión llegase, ser el primero en ofrecer la sangre, el primero en buscar el peligro. Una fiebre le consumía, cuando no estaba donde hubiese guerra. Voluntario fué á la campaña de Cuba, y de allí volvió, arriado nuestro pabellón, cojeando de las heridas, y con una amargura que disimulaba generosamente, porque, como tan buen soldado, sabía que no hay que dar quejas, ni jactarse, y que su participación en aquellos sucesos luctuosos, por ser tan honrosa, por lo mismo, no era para proclamada.

También es virtud militar el silencio, cuando la locuacidad sería gloriarse, y con harta razón. Rehuía las conversaciones referentes á la dolorosa página; pero siempre se traslucía la verdad, por mucho que la velen; lo que no se trompetea, se susurra de oído á oído... Y para los que estábamos un poco mejor informados que la distraída muchedumbre, la discreción del vencido y no rendido era motivo de respeto.

Me acuerdo de que, por entonces, vi en casa de un anticuario una placa de loza de Sargadelos, bello ejemplar, de las que se cocieron en la antigua fábrica, en conmemoración de la defensa del Parque de Madrid por Daoíz y Velarde, contra los franceses. Es una *nuance* psicológica; es un matiz; yo no me hubiese decidido á recomendar su adquisición sino á una persona como Ordóñez. En su despacho, estaba la placa bien. Los artilleros del Parque, los vencidos de aquella jornada, se encontraban á gusto, de cierto, en la buena compañía del que acababa de volver de las Antillas sin morir por que no lo quiso la muerte, y con todo perdido, excepto la honra.

En la guerra del año 9, hizo los imposibles Ordóñez por no faltar de allí, y no pudo conseguirlo. Se ofreció á ir sin la menor ventaja, con todas las molestias: el caso era ir: el caso era pisar el suelo que se nos disputaba. Su alegría fué grande, al realizar ahora el sueño. Tenía sesenta y seis años, y parecía un niño, un tenientillo recién salido de la Academia, en la gozosa rapidez con que dispuso el viaje. Es verdad que todas sus acciones eran prontas, de una viveza y actividad inverosímiles, lo cual sin duda es prenda de capitán, porque las resoluciones en la guerra, tienen que tomarse sin titubear, y es una de las razones por las cuales Hamleto y Napoleón son incompatibles. Iba Ordóñez loco de contento, con la ilusión de señalarse, con aquella noble ambición que Dante calificó de *«gran disio de l'eccellenza»*; y por lo menos no murió sin realizar en parte sus anhelos: la acción dirigida por él fué una victoria. Vió las doradas alas del numen, antes de ver las sombrías márgenes del río de los muertos.

Todavía se discute, verbal y periodísticamente, acerca de las causas de que Ordóñez cayese no en la confusión y furia de una lid empeñada, sino en un momento en que no parecía posible que corriese tanto riesgo su vida. ¿Fueron balas de esas que un tirador emboscado envía traidoramente, pero sabiendo á quién, apuntando precisamente al general? ¿Fueron disparos á la ventura, sencillamente dirigidos hacia un grupo de cristianos que se movían? ¿Es cierto que hubo una casa que el general hizo desalojar, pero omitió destruir, y que de allí partieron los tiros? ¿Hallábase ó no Ordóñez donde era imprudente hallarse? Yo no entiendo de estas cosas; me parece difícil, en la clase de guerra que tenemos que hacer en el Riff, no exponerse; y cuando se profesa tan absoluto desdén del riesgo, se puede cometer una imprudencia, inconscientemente, porque en Ordóñez no cupo fanfarronada. Sea lo que fuere, el final de la noble carrera recorrida por Ordóñez en tiempo de paz y en lances de guerra, es digno de él, y el daño mayor, el de la patria, que pierde á tal hijo...

En la Exposición de 1900, encontré al general Ordóñez recorriendo pabellones, y me acompañó á ver uno, que acaso sin esta circunstancia no se me hubiese ocurrido examinar; el de los *Ejércitos de mar y tierra*. Si la casualidad no hace que encuentre al general aquel día, no hubiese escrito el capítulo titulado *Belona*, en el libro *Cuarenta días en la Exposición*, donde describo, naturalmente sin entrar en detalles, una instalación realmente digna de ser vista.

Aquello era realmente un vasto Museo, al cual Alemania, con su habitual previsión defensiva, no envió sino lo conocido, guardándose mucho de exponer las novedades. Mientras recorríamos las salas, en las cuales se exhibía desde el fusil de chispa hasta las últimas mezclas detonantes, por natural pendiente la conversación giraba sobre la guerra, su necesidad, su perpetuidad, mientras exista la raza humana —variando las formas y persistiendo la esencia.—Y otro tema no muy grato, que no fuimos capaces de ver por su lado humorístico nos lo dió aquella instalación de España, que en el libro describí. Era el envío de España una cristalera como de tres metros de alto, en cuyas estantes se acomodaban holgadamente tres rosas, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha é izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuraban todavía los de las fuerzas de Cuba, que habíamos perdido hacía dos años. Por otra parte, las mismas condecoraciones y puños de espada que figuraban pomposamente en la cristalera, no eran de fabricación española...

Y vi que Ordóñez se ponía colorado, y torcía la cabeza.

—¿Ve usted?

—Veo..., veo.

Sin más comentarios, salimos del pabellón, cavilando acontecidos. «Lo triste—dije, comentando aún la impresión—es que hay, de seguro, entre ustedes, gente de valer, gente llena de capacidad, y no se le encomiendan estas cosas. ¡Porque España estará muy caída, pero esa instalación nos lleva al reino de la nada! Es para achicar el alma al que la tenga mejor puesta.

Comprendió la alusión, y con la vivacidad juvenil que conservaba en años maduros, hizo un gesto de desdén, murmurando:

—¡Qué quiere usted! La vida se dedica á un fin, y si no dependemos conseguirlo, no tenemos culpa. Yo jamás perderé la esperanza: ahora hace poco estuve en Alemania, estudiando cuestiones de mi carrera... No tengo que saber lo que sucede, sino lo que á mí me corresponde. Lo demás, sería perder tiempo. Un día hemos de morir: ese día, haber cumplido.

Las palabras, secas, pronunciadas con entonaciones uniformes, poco oratorias, contrastaban con el ambiente de la feria mundial, con los olores de cocina y las músicas de zíngaros... Y las recuerdo ahora. Ha cumplido, más aún que como bueno, como excelente, con su patria, Salvador Ordóñez.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la prensa antillana se ha agitado estos días la cuestión de la probidad de algunos gobernantes, y con tal motivo se ha hablado y escrito largo y tendido acerca de esta cuestión, planteándola crudamente respecto á cuantos ejercen ó ejercieron poder, sean monarcas, sean presidentes de República.

Se arguye que es difícil realizar negocios fabulosos dentro de los sistemas constitucionales; y al demostrarse que cabe realizarlos, la demostración, muy en primer término, iría contra el régimen, que ni aun esto garantiza. Si dudásemos de que, en el fondo, no cambian los tiempos tanto como parece, nos persuadiría el ver resurgir la vieja acusación ciceroniana, la que fué, es y será arma política desde Roma hasta hoy, y que, no lo niego, rara vez se ha probado de un modo inequívoco, pero flota como sombra ó niebla turbia alrededor de tantos personajes históricos y de tantos episodios de la vida administrativa, la más importante acaso.

Nadie ha olvidado el Panamá francés; nadie ignora bajo qué sospechas, ó mejor certezas, no ya de concusión, sino de robo franco, cayó el Directorio, menos detestable, pero más impuro y corrompido que el Terror; nadie desconoce los escándalos de la concusión en Inglaterra; y por lo tanto, nadie habrá de sorprenderse, si esas Repúblicas que van formando poco á poco su conciencia nacional, ven por doquiera defraudaciones y negocios ilícitos, y acusan, por turno, á los presidentes que caen, que fallecen ó que han cumplido su período de mando legal y lo abandonan. Los herederos de Estrada Palma han tenido que demostrar que la fortuna del presidente le pertenecía desde mucho antes de ejercer el cargo. Porfirio Díaz llegó á ofrecer un cheque por valor de cuanto se le acusaba de haber defraudado, al que le probase la defraudación. En los Estados Unidos se está depurando ahora una acusación de peculado por valor de seis ó siete millones de duros, una bicoca, como se ve. No son los países de la vieja Europa solamente los que tienen algo que huele á podrido, algo que convendría sanear.

Que la política, por lo común, es oficio en el cual gana la hacienda, mal pudiera negarse. Yo doy de barato que no cometan irregularidades los políticos, ó al menos la inmensa mayoría. Pero ahí están los hechos. Entre los que se dedican á la política, hay personas de muy modesta posición. Lentamente, y en ocasiones aprisa, aquel sujeto que nada poseía, excepto una carrera, aparece con un caudal respetable, que va aumentando, á remanso, como quien no hace nada. No cabe decir que sea por malos medios: no las cosas no son así: son de otra manera. Sin cometer delito alguno, como se dispone de recursos de influencia, relación y amistad, la situación mejora. Milagros de esta naturaleza no los hace ningún santo, y alguna racional explicación ha de tener el incremento misterioso y la prosperidad continua. A otros mortales no les crece la bolsa; al contrario: los tributos, siempre en aumento, la estrujan y reducen. ¿Quién no ve lo ocurrido con el impuesto de Consumos? Se ha embrollado de tal suerte, que se paga mucho más, y las subsistencias (como hasta la saciedad se viene repitiendo), cuestan igual; la vida no es menos cara, ni para el rico, ni para el pobre. Con la mayor naturalidad acaba de decírmelo el secretario del Ayuntamiento de la villita más próxima á mi residencia: este año, pagarán los labriegos doble de lo que pagaban por consumos. Eso sí: tendrán el gusto de que la contribución se llame de «utilidades.» Y siempre eso consuela. Da idea de que hay algo útil en nuestra vida.

Así pues, mientras diaria y suavemente se redondean algunos políticos, se exprime más y más el limón de las contribuciones, y la gente emigra: tres mil personas en un día solo. Y yo sigo creyendo que los políticos no cometen ilegalidad alguna; que es la misma fuerza natural de las cosas, la situación de que disfrutan, la que les arregla, por decirlo así, el problema económico, que para otros se desarregla, y la que hace crecer, como masa con leudura, sus rentas, capitales, empresas y tráficos.

Nada hay en ello de ilícito, ó por lo menos, (sin negar que pueda haberlo alguna vez), confesemos que generalmente no lo habrá. Dentro de lo permitido queda ancho campo. ¡Son tantas las proporciones y facilidades que la política otorga! *¡Suda* tanto, perdónese el familiarismo, la política! Los sueldos, por ejemplo; he ahí una fuente de ingresos bien clara, honesta. Se acumulan; un solo individuo disfruta de tres, cuatro, hasta de una docena. Cómo puede ser, lo ha dicho la prensa muchas veces: sueldos compatibles. Esto tiene un nombre, gráfico, gracioso: á tales sueldos llaman *breas*. También se conocen por *momios*. Se habla de eso sin enojo, humorísticamente. Nadie lo lleva á mal. Es ya cosa admitida.

Como para todo se encuentran teorías á mano, la historia tiene una: la de la adquisición de fuerza que el dinero representa, y se impone á los que han menester, para mandar, ser fuertes. Ahí está, Napoleón Bonaparte, que, (como sabemos fidedignamente por Madama *Sans Gêne*, ó sea, en castellano, Madama qué se me da á mí), no tenía, en los comienzos de su bonita carrera, con qué pagar las cuentas del lavado y planchado de su ropa blanca, salió de la aventura europea en que se metió, con una buena porrada de millones. Claro que tuvo su lista civil; sin embargo, no debió de limitarse á eso. Era *fuerza* lo que necesitaba, y la adquirió. Cada vez, por desgracia, va el dinero definiéndose más como fuerza. Napoleón lo sabía.

No creo que llevase el mismo objeto el pacífico emperador del Brasil, del cual se afirma que abandonó el trono teniendo muy colmadas las faltriqueras. En cambio, otros reyes destronados podrían, (si no les faltase esa fuerza almacenada), conspirar un poco. Acaso la tentativa de restauración monárquica de Portugal se ha ido al foso por falta de dinero. Ya sabemos la opinión del Corso: el dinero es el nervio de la guerra, y de las conspiraciones también. Sin dinero, no hay idea, no hay principio, no hay opinión, no hay aspiración moral que cuaje. Los *contos de reis* eran indispensables para que marchase el plan. Y acaso no los tiene de sobra el joven D. Manuel, ni los interesantes príncipes de Braganza.

Volviendo á los políticos, ellos gozan de privilegios singulares. En lo económico, mil modos de valerse, sin que de ningún Panamá se trate; en lo social, no hay gente más halagada; desde los viajes gratuítos y los *breacks* de Obras públicas siempre á disposición, hasta los banquetes suntuosos y los obsequios como de príncipes, todo se les brinda, todo se les prodiga, lo mismo que si los países les debiesen prosperidad y abundancia en lo interior, y mucho brillo y gloria en lo exterior. Y, por si no bastase, se les consagran estatuas y monumentos, lo mismo que si, dentro de veinte años, alguien hubiese de acordarse de sus nombres...

Se quisiera, encima de todo, regalarles fama póstuma. Y eso sí que no se logrará, salvas algunas, bien contadas excepciones. Hemos llegado á un período curioso: al de las estatuas anónimas. El mármol que Grecia consagró, primero á los Dioses, luego á los Héroes que todavía, ahora, invocamos por modelo de altísima significación histórica y espiritual, nosotros, generación menguada, lo dedicamos á los que tuvieron en el Congreso un grupito, ó ni aun eso tuvieron, sino una tajadilla de presupuesto, que ofrecer para cualquier necesidad material de una población...

Comprendo que estas consideraciones revisten un tono pesimista. Y sin embargo, materia es la tratada en que lo mejor siempre se queda en el tintero. Prefiero pasar á otro capítulo.

Al capítulo de piratas...

La piratería es cosa que no encaja en la vida contemporánea, por más que aun existe muy decaída de su antiguo esplendor, en ciertos mares y en ciertas latitudes; acabo de leer que unos piratas salvajes apresaron á unos marineros y se los comieron, no sé si en salsa, y más bien creo que al asador sencillamente. Porque en nuestro abigarrado planeta, en el actual momento de la evolución humana, subsisten, al lado de las sociedades benéficas y las corrientes misericordiosas, auténticos antropófagos. El antiguo rito se cumple en diversos países del globo, y un escritor anarquista de talento, Carlos Malato, al tocar este punto en sus descripciones de la Nueva Caledonia, no manifiesta la menor repugnancia, y encuentra que en la sociedad civilizada hay cosas peores; que vale más nutrirse de los muertos, que matar á los vivos. Como se ve, para todo hay gustos, y ninguna opinión carece de adeptos.

La piratería, antaño, era un oficio lo mismo que otro cualquiera; un poco más arriesgado, pero generalmente lucrativo, y siempre emocionante. Llamábanse á sí mismos los piratas «caballeros de fortuna.» De la piratería salieron las marinas de guerra y mercantes de Inglaterra y Holanda, cebadas con despojos de galeones españoles.

Dícese que, de estos caballeros de fortuna, la inmensa mayoría murió en la flor de los años, y en alto lugar: en la horca. Algunos, después de haber echado á pique navíos, pasando á cuchillo sus tripulaciones; de haber entrado á saco en pueblos que redujeron á cenizas; de haber reunido inmensos tesoros, tuvieron que ocultarlos en algún rincón ignorado de la costa, y, sorprendidos por la muerte, no pudieron revelar el secreto á nadie. Las malas hierbas, la densa vegetación de los sitios inhabitados, creció sobre el escondrijo, y sólo una rara casualidad pudiera hacer que apareciesen las riquezas perdidas allí. De esto proceden leyendas, consejas, novelas tan interesantes como *El escarabajo de oro*, de Poe, cuyo héroe es el célebre pirata Kidd, y también sobre esta base se han urdido estos timos del entierro, ya muy pasados de moda.

A esos piratas cuyo objeto era combatir á España en el Nuevo Mundo, los gobiernos de Europa deseosos de reducirnos al estado en que por fin nos encontramos ya, les alentaban y protegían. Poco les importaba que cometiesen actos de crueldad espantosa; la crueldad no ha solido preocupar á los gobiernos de esos países que se proclamaban heraldos de la civilización, si convenía á sus intereses. Filibusteros, bucaneros y hermanos de la Costa, gente la más desalmada que se conoce, recibían cartas patentes, la consagración oficial de Francia, Holanda y la Gran Bretaña. Luis XIV, en la expedición contra Cartagena de Cuba, los tomó por auxiliares. Inglaterra fué más allá: les dió títulos de nobleza, los igualó á los Pares del reino. Ejemplos de escrúpulos no suelen abundar en la historia. Carlos II, de Inglaterra, hizo al famoso y sanguinario Testa Roja gobernador de la Jamaica. Se trataba de destruirnos, y eran buenos todos los medios, y útiles todos los hombres.

Los que hablan de nuestros «aventureros» como si fuesen algunos monstruos con figura humana (cuando en realidad eran conquistadores para poblar, para establecer la regularidad social), se callan que los filibusteros, nuestros enemigos, llevaban consigo el espanto; que eran verdaderos enemigos del género humano, y que su pabellón negro, con tibias cruzadas y una calavera, decía bien el espíritu que los animaba, las leyes á que obedecían. Llevaban además en la frente lo que puede llamarse «el signo de la bestia,» la marca horrenda del Apocalipsis: atacaban, despojaban, destruían igual á los buques tripulados por gente de su patria, que á los de otras nacionalidades.

He aquí otra señal de que la política no conoce sino la fuerza. Gobiernos europeos que entregaban al saqueo, al incendio, á las violencias más horribles, las costas del Nuevo Mundo, procedían por móviles políticos. Estigmatizan toda clase de armas, porque ninguna es mala, si hiere; es decir, practicaban el sistema de Maquiavelo, que en las puritanas naciones protestantes sería de fijo reprobado verbalmente, condenado con derroche de cristiana y moral elocuencia.

El mundo es así, y así probablemente continuará siendo: en sus grandes líneas, la historia se teje por intereses, rara vez por consideraciones de orden más elevado. La perfidia que se despliegó contra nosotros bajo la Tudor y bajo Luis XIV, sigue desplegándose, por gobiernos que parecen representar un sentido democrático, y hasta, en su pretensión, humano, en los asuntos asendereados de Marruecos.

Nosotros, desde el siglo XVII, en cambio, hemos vivido con excesiva buena fe. No se puede ser así. Hemos desdeñado rechazar ó depurar las acusaciones que se nos dirigían, desde la manida acusación inquisitorial, hasta la del Maine, tan infantil, que se hubiese puesto en claro en un día. Y es que tenemos la convicción de que vivimos la fábula, muy conocida, del Lobo y el Cordero. Yo pienso en esto, al recordar, por asociación de ideas, esos piratas que alguna vez que otra asoman, ya sin barcos, ya sin bandera, con solo el instinto de la rapiña y la sangre, como los salvajes de que antes hablé. El hombre suele ser lobo, como dice el axioma, para el hombre. ¡Ay del que tiene lana blanca y balido dulce!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El consuelo de las habas cocidas en todas partes, y el otro que se llama por antonomasia de tontos, el mal de muchos, no debieran tranquilizarnos: porque un mal que sea muy general, tiene mayores probabilidades de ser duradero, y además, el ejemplo que viene de naciones encaramadas á peldaños más elevados en la escala de la civilización, tiene probabilidades de pasar de ejemplo á contagio.

Todas estas reflexiones pesimistas, me las sugiere algo que leo en la prensa francesa. Se habla mucho estos días de los tan acreditados y consecuentes *apaches*, que, casi dueños de París, se han colado en el ejército gracias á una reciente ley, de fecha de 1910; ley, dice el diario donde recojo estas noticias, inspirada á senadores y diputados franceses por un acceso de la estúpida sensiblería, que es uno de los estigmas degenerativos de nuestra época, en la cual se practica una falsa filosofía, regada con lágrimas de cocodrilo—son las palabras textuales del periódico. —Los referidos diputados y senadores, partiendo de la teoría correccionista, de la idea de que los criminales se enmiendan *por bien*, lo cual, hablando en general, es error manifiesto, decretaron que los presidiarios puedan ingresar en las filas del ejército, olvidando el aforismo de horticultura: «En un frutero, una manzana podrida pudre á las otras, mientras que todas las sanas no pueden sanear á la podrida.»

Así, los franceses han resuelto contaminar sus regimientos con la presencia de los apaches. Ni aun se les ha ocurrido lo más elemental: que los apaches formasen un cuerpo aparte. Entonces, pudiera suceder que se desarrollase en ellos, á falta de lo que se llama un arrepentimiento de conciencia, uno de orgullo, porque el orgullo colectivo lo sienten todos los hombres, hasta los más degradados. Es fácil que ese cuerpo, compuesto de gentes sin honra, hiciese por adquirirla un día de combate. De esto, la experiencia demuestra que se han visto casos.

Lo deshonroso y mortificante y peligroso, es sembrar á los criminales en cuerpos compuestos de mozos que acaban de soltar la esteva ó el azadón, honrados campesinos y artesanos, médula y vigor del país. Y esto se hizo, y esto disgusta y alarma, y con razón, á los que se interesan por el ejército francés. Por lo pronto, dos soldados del 127 han cometido estos días un horrible asesinato por robar; y uno de ellos era un reincidente, que arrastró sin duda al otro, el cual, hasta entonces, no había cometido delito alguno. La manzana podrida pudrió á la sana.

Mejor inspirada que al crear estas leyes, está la nación francesa al festejar y honrar á sus hijos ilustres. Reciente está el homenaje á madama de Sévigné, y ahora acaba de erigirse en el cementerio de Montparnasse el busto conmemorativo del eminente crítico Fernando Brunetiére, muerto hace pocos años, de consunción laríngea, en lo mejor de su labor perseverante y fructuosa.

En realidad, el homenaje á Brunetiére lo encuentro *maigre*, como ellos dicen. No se ha dado cuenta acaso la patria de Brunetiére de las clasificaciones literarias, del lugar que corresponde, en el escalafón, á este crítico tan notable y tan robusto en su pensamiento. Brunetiére, además fué impopular, y hoy no es el mérito, es la popularidad la que hace las reputaciones estruendosas, que se esparcen por el mundo. Fué impopular Brunetiére, con plena conciencia de serlo, con alegría tranquila de sabio que no ha soñado nunca tener nada de común con la turbamulta esclava de las pasiones y los errores de una hora; y, si yo no conocía mal á aquel hombre de tan acendrado valer, le hubiese molestado un poco, le sería embarazosa la popularidad al modo de Víctor Hugo y Lamartine. Brunetiére no escribía para todos: su estilo mismo era erizado y difícil en medio del nervio *gaulois* que poseía: con razón se le comparó al *testudo*, á esa manera de combatir de los romanos, que formaban una falange cubriéndose con los recios escudos, y no presentaban al enemigo sino una capa razón de escamas de hierro.

Cuando Nisard escribió su famoso manifiesto contra la «literatura fácil» condenaba las reputaciones formadas sobre la base de cualquier escrito, escrito sobre cualquier cosa, de cualquier modo, con vaguedad y flojera. Lo que fustigaba Nisard, no era seguramente la espontaneidad, la gracia y naturalidad del estilo, antes al contrario, su hinchazón, su falsedad, la afectación de la forma y del fondo; lo insincero, lo que no brota del verdadero substrato psicológico de un escritor. Nisard, ciertamente, no hubiese dicho que madama de Sévigné escribió fácil, porque ¿quién puede escribir así? Sólo ella. Pues bien: tampoco debiéramos calificar á Brunetiére de escritor dificultoso, ya que, en él, lo natural era esa misma apretada dialéctica, esa acerada lógica, ese período armado y enlorigado, y un escritor no puede tener mejor estilo que el suyo característico y propio.

Como quiera, no fué popular Brunetiére, como no lo había sido Sainte Beuve; y no lo son, en general, los críticos de altura, á menos que adulen al vulgo en sus preferencias, y suscriban á sus entusiasmos interesados é impremeditados. De tales condescendencias, era Brunetiére completamente incapaz. Antes se hubiese dejado aspar, que tomar ideas hechas y corrientes. No era infalible seguramente Brunetiére, y no digo que acertase en todos sus juicios, pero estaba mucho más arriba que la mayoría, y además, tenía criterio propio; criterio formado é ilustrado por grandes, profundos conocimientos de literatura, filosofía, filología, historia y hasta ciencia política y social. Y, desdeñoso de la fama trompetera, fué contra la corriente de su tiempo, lo cual no siempre es retroceder, y á veces puede ser el modo de encontrarse con el porvenir, que ha de echar por tierra tantas cosas hoy, en apariencia, demostradas.

En la serie de los grandes críticos, cuya obra vivirá y será base de la historia literaria francesa, Brunetiére ocupó un lugar inmediatamente después, por orden cronológico, de Sainte Beuve, Gautier y Taine. Tuvo, como estos insignes predecesores suyos, un sistema, una idea propia, y en estos tres nombres pudiera encerrarse todo el movimiento crítico, y la formación del ideal estético. Por eso no me parece que se hayan corrido mucho los franceses al consagrarle á Brunetiére, sencillamente, un busto en una necrópolis, en vez de un monumento en algún *square*. Tal vez con el tiempo reparen esta falta.

En cuanto á madama de Sévigné, no hay discusiones: su mérito es de los que no han encontrado, por ahora, quien lo niegue. Esta Santa Teresa mundana ha conquistado á todo el mundo, lo mismo á los inteligentes que á los profanos, con el encanto de su sonrisa, que descubre tan bonitos dientes, y conserva la delicada gentileza, de un gesto palatino. Y ha ayudado á la conquista, la historia de su corazón, pobre corazón de mujer que no halló en el matrimonio la felicidad, sino todos los desencantos y todas las humillaciones; que se mantuvo fiel al recuerdo de un marido detestable, que no quiso buscar la dicha en otros amores, que huyó de segundas nupcias por no causar perjuicios á sus hijos, y que en la vehemente pasión por su hija, madama de Grignán, concentró la fuerza afectiva y sentimental que poseía, rodeando á esta hija adorada de cuidados y ternuras como se rodea de incienso á un ídolo. Por esta hija, por entretener su destierro en Provenza, donde vegetaba, enviándola noticias de la corte, de los asuntos políticos, de la chismografía social, la marquesa de Sévigné escribe sus encantadoras cartas, «dejando rienda suelta á la pluma,» y en un tono de buen humor y discreta agudeza, que ningún otro escritor ha poseído.

Este tono, es el buen tono del siglo dorado; es la marca de aquella sociedad escogida y refinada, en la cual las ideas morales no eran enteramente las mismas que hoy, ó al menos estaban admitidas, sin recato, cosas que actualmente no confiesa nadie, aunque las practique; pero en la cual, en cambio, reinaba el buen sentido, el buen gusto, y eran desconocidas las afectaciones modernas. Cada época tiene su íntima contextura, que no es posible ajustar á la de otra, y uno de los grandes méritos del epistolario de madama de Sévigné consiste en dar la nota exacta del momento en que vivía. Mal conocería á madama de Sévigné quien se la representase melancólica; en su alma—tan amante como se ha demostrado, tan rica en afectos y tan dispuesta al sacrificio, tan lastimada además por los vicios y el desamor del marido, por la inferioridad y frivolidad del hijo, por la muerte ó el disfavor en que cayeron en la corte sus amigos y protectores,—no cupo nunca la queja, la tristeza, el pesimismo; equilibrada como nadie, naturaleza sana y floreciente, la alegría nace en ella de la inteligencia, de la viveza de percepción con que saborea el espectáculo vario y entretenido de la vida. Con las mismas circunstancias que rodearon á madama de Sévigné; con las propias desilusiones, decepciones y quebrantos, una mujer de la época romántica, una Jorge Sand, se tendría por la más desdichada criatura de la tierra, é invocaría á los astros y á las constelaciones, tomándolas por testigos de la gran iniquidad que el destino cometía con ella... Lo que sostiene á madama de Sévigné, no es la resignación cristiana, pues en la insigne epistológrafa hay algo de paganismo, como notó el malhumorado jansenista Arnault; es, realmente, el ligero paganismo de la elegancia, de la *qualité*, insustituible palabra francesa; es también el sentimiento indefinible de moderación y decencia que impide á la gran señora llorar á voces descompuestas, ir refiriendo sus cuitas, como la gentecilla de poco más ó menos. He aquí por qué la Sévigné no nos parece ni desgraciada, ni «incomprendida,» sino con la calma jovial de la dama versada en los misterios del trato. No por eso menos sensible, ni menos rebosante de ternura, generosamente prodigada.

Y mal la conocería tampoco quien viese en ella á una marquesa del antiguo régimen, llena de preocupaciones ridículas. Es cierto que la Sévigné sufrió el atractivo y el prestigio de la realeza. Para ella, como para todos, Luis XIV fué el Sol. Téngase en cuenta que Luis XIV, además de su prestigio personal, resumía el de su gloriosa época. Tanta magnificencia, tantas victorias, tanto arte, tanto engrandecimiento para Francia, los representaba aquel hombre del cual, el día que la sacó á bailar, dijo la Sévigné que, «sin género de duda era un gran rey;» y, como en tal sociedad nunca perdían sus fueros el ingenio y la malicia, respondió el satírico Bussy: «¡Ya lo creo! ¡Después de lo que acaba de hacer!» No cabe reprochar á la Sévigné un culto universal, el endiosamiento de Luis XIV, caso tal vez único en la historia, porque, siendo Luis XV más antojadizo y tan absoluto como su antecesor, los tiempos habían cambiado, y ya la apreciación de sus actos fué infinitamente más severa: no brotó á su alrededor la adoración respetuosa que á Luis XIV rodeaba. Madama de Sévigné había de compartir, forzosamente, esa veneración, y sentir el ascendiente misterioso del árbitro de Francia, y acaso, en determinados momentos, del mundo. La prueba de que no es posible juzgar las ideas de entonces por las contemporáneas, es que se considera ba honra altísima, para las familias más linajudas, que de su seno salieses las preferidas del rey. La «calda» de la señorita de Lavallière, coincidió con la presentación en la corte de la señorita de Sévigné, después condesa de Grignán. Era muy bella, y además muy discreta y sabia, adepta de la filosofía de Descartes, lo cual entonces estaba de moda, y muy diestra en las fórmulas y requisitos cortesanos. No se hablaba más que de la gentil damisela, y el rey dió en reparar en ella un poco. La contingencia no sólo llenaba de júbilo á su madre, sino á todos los de su familia y estirpe. Sería grave error condenar rigidamente, en este caso, á la Sévigné: en cualquier otro punto, seguramente sus nociones de dignidad serían cual hoy pudiéramos exigirlas. Pero, como dice muy bien Schopenhauer, el honor social lo forma la opinión, y la opinión la forma una mayoría, y por eso no ha sido nunca muy fácil poner de acuerdo los varios honores que se conocen, ni sus códigos. Lo más honroso, lo más lisonjero, en el siglo XVII, en Versalles, era ciertamente lo que estuvo á pique de suceder á la señorita de Sévigné.

No es cosa averiguada si el no haber sucedido fué porque la señorita filósofa prefirió la vida apacible del hogar, ó porque no llegó á inspirar al monarca el violento capricho que la Montespán. Y el hogar de la condesa de Grignán tampoco fué venturoso. El marido jugaba, y amargaban la vida de la hija los excesos que habían amargado la de la madre. Y fué para esta madre apasionadísima, que todo lo hubiese dado por su hija, hasta la vida—y por lo menos dió la salud, cuidándola en grave enfermedad y contrayendo la que más tarde la llevó al sepulcro,—fué, digo, para la Sévigné dolor mayor que el propio, ver á su hija tan poco feliz, obligada á empeñar su hacienda para pagar las deudas de Grignán.

Y de las cartas, que entretenían las tristezas de la separación, y en que un cariño acrecentado por la ausencia encontraba desahogo, salieron páginas, de lo más clásico de la literatura francesa, en el momento de mayor esplendor del habla. Ningún escritor de oficio pudo competir con la pluma de mujer, que graciosamente torneaba los párrafos, al impulso irresistible, íntimo, del amor maternal.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No recuerdo en este momento si la fiesta de la Inmaculada Concepción figura entre las que la Iglesia ha reformado, quitándoles la obligación de misa, como se la ha quitado al *Corpus Christi* y á las de los patronos titulares; pero sin duda es muy señalada esta conmemoración, que se relaciona con el mayor de los misterios, la Encarnación redentora.

Y, siendo tan señalada, no falta quien desconozca, aun entre los católicos, su significado. Bastantes he visto que creían que la fiesta del 8 de diciembre se consagraba á la pureza de María; no á la pureza en que fué concebida, sino á la pureza con que concibió del Espíritu Santo.

Hay, en todos estos dogmas de la Iglesia, de tan profundo sentido, algo también muy hondo mirado á la luz de la ciencia, y relacionado con lo que sabemos más claramente de la naturaleza humana. El dogma que tiene más miga, digámoslo así, es el del pecado original. La teología enseña que, como el primer hombre era el hombre universal, al contaminarle el pecado contaminó á toda su especie, y que del pecador tuvieron que nacer pecadores. No cabe nada tan científicamente serio como esta afirmación, que encierra la teoría de la herencia y de las razas.

Los que, como Juan Jacobo Rousseau, han sostenido la bondad natural del hombre, suponiéndola adulterada por la sociedad y la civilización, no han hecho sino demostrar que puede decirse y defenderse lo más absurdo. Las ideas de Rousseau han abierto surco; las han aceptado con entusiasmo las muchedumbres, y no sólo las muchedumbres, sino inteligencias privilegiadas, como la del conde de Tolstoy; han socavado los cimientos de la justicia social, y de la sociedad misma, y sin embargo, son lo más anticientífico, antipositivo y antiexperimental que puede existir. Van contra todo lo observado; dan solemne bofetón á la realidad; pugnan con cuanto sabemos; reproducen los iluminismos y los saturnismos de la Edad Media. En cambio, los frailes y teólogos que en aulas y basílicas enseñaban la corrupción original de nuestra especie, eran, verdaderamente fisiólogos y psicólogos de lo más avanzado, en el terreno científico.

De esta corrupción exceptuaron á la Virgen, en cuyas entrañas había de nacer el Salvador, el Mesías, Manuel, aquel que comería manteca y miel perfumada, la miel del amor. Y, aunque la Virgen fuese engendrada como todos los humanos,—el pecado no se transmitió á ella.—Tal es el sentido del dogma de la Inmaculada.

No fué dogma hasta hace muy poco tiempo: á mediados del pasado siglo, fué cuando Pío IX hizo la declaración solemne. Hasta entonces, corría tan sólo como piadosa doctrina de algunas Ordenes religiosas, y muy en especial de la franciscana, en la cual han dominado el sentimiento y la poesía, el misticismo y la idea de la gracia, un contacto más estrecho y tierno con la divinidad. Otras Ordenes, en cambio, no se mostraban tan favorables. Largas disputas resonaron en los claustros, acerca de este punto.

Un franciscano, Dunsio Escoto, llamado el doctor Sutil, fué quien sostuvo la más encarnizada, la más reñida, en la cual agotó las fuerzas de su cuerpo y de su ingenio, y que terminó por medio de un argumento tan sencillo y conciso como fuerte: el famoso *decorvenia*, pudo, luego quiso aplicado á la voluntad de Dios respecto á la Concepción de la Virgen. Desde aquella controversia del siglo XIII, la opinión piadosa respecto á este dogma quedó formada, y el dogma, moralmente definido, por decirlo así. Pero todavía las discusiones habrán de prolongarse cinco siglos y medio, y los tomistas, enemigos de los escotistas, agotarán los argumentos y las proposiciones del escolasticismo, en contra.

Mirado este dogma desde otro punto de vista, envuelve la mayor exaltación de la mujer, y compensa todas las severidades y condenaciones que los Padres de la Iglesia han derramado sobre el sexo femenino. Bossuet, en su doctrina mariana, llegó á decir que la Encarnación no hubiese podido realizarse, si María no presta su asentimiento, si no pronuncia el «hágase en mí según tu voluntad.» El decreto divino necesitó la conformidad de la criatura. Los destinos del mundo, la Pasión de Cristo, no se hubiesen realizado sin la aquiescencia de María. Y esto es uno de los testimonios más magníficos, más esplendorosos tributados por la fe á la libertad humana, gran privilegio de nuestra especie.

Sobre la consagración de la mujer en María, el arte ha extendido sus velos de oro. Lo que llamamos «Las Concepciones» de Murillo, no son, como suele creerse, simbolismos del momento en que Jesús es concebido del Espíritu Santo en las entrañas de María, sino apoteosis de la Concepción Inmaculada de ésta. Por eso la representan en toda su juventud, hermosura y encanto, rodeada de coros de ángeles, pisando la cabeza de la serpiente; y por eso los primitivos, en sus tablas del XV, la figuraban de un modo candoroso, en el mismo seno de su madre, adorada por San Joaquín y Santa Ana, y contemplada, desde lo alto de los cielos, por el Padre Eterno. Entre los pintores concepcionistas, han descollado siempre los españoles, aun prescindiendo de Murillo, que hizo suyo este asunto, con dominio incontestable. Baste recordar los nombres de su discípulo Tovar, que le bebió el aliento; de Juan de Juanes; del gran Ribera; del enérgico Ribalta; de Palomino, Castillo, Valdés Leal, Escalante, Pacheco, Maella, y tantos otros como trataron este asunto seductor, del cual no se cansaba nunca la imaginación nacional. Los tallistas también se apoderan de él, si bien con menos fortuna que los pintores, porque la poesía del tema está en el cielo, en los rompimientos de gloria, en las nubes de oro y grana que rodean á la Virgen, en la travesura de los angelicos tientes y morenos que asoman jugando con rosas y palmas, ó sacando de entre dos nubes sus carofitas aladas y sin cuerpo.

Al concretarse en el mármol ó en la madera, el asunto lleno de sugestiones de pureza y gozo, pierde mucho. Por eso, á pesar de que hoy más que nunca las iglesias se adornan con estatuas de la Inmaculada y ha aumentado el movimiento con la devoción de Lourdes, ninguna puede llamarse obra maestra.

La Iglesia suprime fiestas, porque la observancia clásica del descanso dominical es ya tan rigurosa en el extranjero, que en cambio la semana tiene que consagrarse al trabajo sin interrupción; pero sucede, al menos en España, algo curioso, y es que la fiesta suprimida sigue guardándose, y no creo que por devoción, ni cosa que lo valga, sino por pura holgazanería: llamemos á cada cosa por su nombre. La tendencia, al menos en las aldeas, es á no hacer uso de la licencia que da la Iglesia, y á aumentar el número de días festivos. Hay al año dos ó tres ocasiones, en que estragan los aldeanos semanas enteras, gastándose en cohetes lo que ahorran en ropas ó medicinas; son las fiestas patronales y las votivas; aquellas en que han ofrecido, de común acuerdo, una misa en honor, verbigracia, de San Roque; y tan cristiano propósito va acompañado de mucha pirotecnia y bastante música.

No hay que ser severos en demasía con estos solaces. La vida del labriego, sin ser tan excesivamente dura y triste como la pintan, (al menos en este clima templado y en estos campos risueños ó dulcemente melancólicos), carece de distracciones, de esos goces que hoy disfrutan hasta los obreros más menesterosos, en las ciudades. Oyen hablar, acaso leen —si alguno sabe de letra—que hay teatros, cines, festejos, aerostación, *golf*, *foot ball*; á todo ello no alcanzan, y quieren romper la monotonía de su existencia lenta y laboriosa con algún placer; quieren bailar, ver mozas, divertirse. Y como en el campo no van á organizar un concurso hípico, se acogen á la función religiosa, satisfaciendo así á la vez el deseo de implorar la protección de los santos, y la comezón de relacionarse, en festines bien humildes, nada semejantes al de Trimalción, (como no sea en la abundancia.)

Porque en el campo, donde á diario se come un pote de berzas con unto, el día de la fiesta se devora; se desquita el año entero de abstinencia. La carne, lujo insólito, la salazón de cerdo, hacen el gasto. Los aldeanos de mi tierra son una demostración palmaria de la superioridad del vegetarismo. Con vegetales se mantienen á diario, y trabajan activamente sus predios, y cargan sus carros, y alcanzan longevidad, y no sufren más enfermedades de las que sufre la clase acomodada, que se mantiene de aves, ternera, pescado y grasas.

Claro es que no lo hacen por virtud, los labriegos, sino por necesidad. Si pudiesen, también ellos absorberían diariamente el veneno de la carne, y los más violentos aun de las aves azoadas. Para decirlo terminantemente: se atracarían de biftecks y de perdices, riéndose de sus toxinas. La prueba es que, apenas ídean una fiesta religiosa, si pueden, traen bacalao, compran carne de matadero, ó sacan del fondo de la artesa el trozo de cerdo salado, símbolo de la alegría, según la canción popular. Transcurrido el señalado día, ó días, porque los prolongan cuanto pueden, mientras hay olla, volverán á engullir resignadamente sus verduras y sus fríjoles, sus patatas y sus tortas de maíz moreno é insípido. ¡Pero, mientras se puede, venga hartural Hasta se llega al extremo de poner plato de dulce; sí, arroz con leche, regado simétricamente de canela.

No dice mucho en favor de la espiritualidad de nuestra especie esto de que el regocijo nazca siempre de la nutrición. Bien lo sabía Sancho, y á su modo y con sus rústicas razones se lo explicaba á su amo, el caballero de la Triste Figura, que era tan triste quizás por la manía de sustentarse con hierbas, raíces y amorosos y heroicos pensamientos. Si la espiritualidad consiste en esto, en desdeñar el sustento corporal, cabe decir que en España tiene su templo esta virtud, porque España es el país de los sitios sufridos resistiendo al imposible del hambre, y el vivero de los hombres sobrios, que caminan, pelean y mueren sin acordarse del sustento. Todas las abundancias de las bodas de Camacho ¿qué valen al lado de las comilonas flamencas? Visitad los Museos españoles y comparadlos á los holandeses: apenas encontraréis, entre nuestros pintores, tan realistas, una escena de hartazgo, mientras en Holanda abundan, y hay pintores, como Teniers, que apenas pintan otra cosa sino festines ó atraquinas con acompañamiento de borracheras.

Como no hay tesis que no pueda sostenerse, ya lo hemos observado, se ha dicho que de esta sobriedad hispánica procedía en parte nuestro atraso; que el deseo y necesidad de mantenerse, de granjear el alimento, despierta la actividad, y el comer mejor, con más refinamiento de la gula, incita al ingenio para la industria y las especulaciones comerciales. Ello será así, pero también debe comprenderse que en los pueblos en que es tan exigente el estómago, la escasez será menos soportable; y así sucede, siendo los ejércitos de esas tierras muy difíciles de sostener y mantener en pie de guerra, y exigentes sus soldados en lo de bucólica. Napoleón acostumbraba repetir que las batallas las ganaba la administración militar, lo cual había expresado ya Sancho al decir que tripas llevan pies, y no pies tripas. Y sin embargo, en la patria de Sancho, se han ganado batallas sin comer, y se han hecho verdaderas enormidades heroicas, muriendo de inanición.

De todo ello saco en limpio que debemos perdonar un poco de gula á los sobrios, frugalísimos aldeanos; notando que,—aun llegado ese momento de expansión, de alegría física, causada por una alimentación mejor que la de cada día y que estimula las funciones del organismo y enriquece la sangre,—todavía lo principal del gaudesmus consiste en algo puramente espiritual, irreductible á las imposiciones de la materia: los cohetes, que son la escapatoria del espíritu hacia regiones más luminosas y más altas.

La pirotecnia es cosa, bien mirada, muy fina, y ella sola gradúa á un pueblo de soñador y de imaginativo. El dinero que anualmente se gasta en Galicia en fuegos artificiales, representa una muy razonable suma. Con ella se comprarían cereales y piezas de lienzo. Pero el aldeano, algo poeta sin saberlo, prefiere ese rastro de luz en el firmamento, ese estrépito de alborozo agitando el aire. Gasta en esto muy gustoso, como gasta en la murga estruendosa, ó en el piano mecánico, que prefiere á su antigua gaita, y en esto, ciertamente, la poesía no asoma.

No es posible expresar con palabras la desarmonía, el contraste antipático que existe entre las frondas del castañar, los horizontes grises donde se eleva el penacho de humo de las cabañas, las hojas secas que crujen bajo el pie, en una de estas hermosas tardes otoñales, la silueta de la vieja iglesia parroquial y del humilde cementerio aldeano, y los sonidos del insoportable manubrio, aporreando el «vals de los besos» del *Conde de Luxemburgo*, ó las canallescas notas de un tango picaresco. ¡La gaita se ha ido, y ha quedado en su lugar ese innoble instrumento, negación del arte, cancamurria infernal!

Mucho habría que aquilatar para definir en qué consiste la civilización, y seguramente el gaitero antiguo no representa el atraso.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si los que escribimos fuésemos muy sensibles á vanidades inocentes nos envaneceríamos de las ilustres colegas que nos van saliendo. En este siglo, los reyes, las reinas, las princesas, parecen más que nunca contagiados de la afición á las letras y á las artes. Desde el rey de Portugal, que teniendo en su reino tanto en qué entender, se ocupaba de pintura y poesía, y el Káiser, que en vez de hacer la guerra, como de él se esperaba, hace libretos de ópera, hasta la reina de Rumanía, la infanta Paz de Baviera, y ahora la infanta Eulalia, que por un libro de sociología y filosofía arriesgó tan graves disgustos, dijérase que es epidémico esto de asir la péñola ó el pincel, y entregarse á los halagos de las respectivas musas.

Del caso reciente de la infanta Eulalia, no hablaré largo y tendido, porque cada día toma nueva faz, y es probable y deseable que termine pacífica y naturalmente, quedando la simpática princesa en excelente armonía con toda su familia, y acallado el estruendo de tal incidente, que en carta que recibo de Francia califican de *plutôt fâcheux*. Y no llamo simpática á la princesa porque haya publicado esa obra que no conozco, sino porque lo es, debiéndose la impresión de simpatía que produce á dos motivos: la gracia y atractivo de su figura, y la franqueza cordial de su acogida. Así, todos los que hemos sido por ella recibidos con tanta gracia y bondad, deseábamos vivamente que no pasase el pleito á más señores. Por España, por la misma infanta, convenía una solución perfectamente amistosa, que no diese que reir al diablo, como suele decirse.

Y todo, por 300 ó 300 y pico de páginas, en que se trata de matrimonio, divorcio, feminismo, religión, etcétera. No faltará quien se asombre del giro que acabo de emplear, y me grite que son asuntos de primera importancia. Sí que lo son; y por lo mismo, es tanto lo que sobre ellos se ha especulado, tan grandes los nombres que figuran en la lista de autores que los tratan, que, de no hacer algo decisivo y novísimo, quizás no merece la pena de tocar siquiera esos puntos. Nadie modificará sus ideas religiosas por un libro, y los legisladores, al reformar los Códigos, tienen en cuenta el estado general de la opinión, antes que un libro que pudiese parecer inspirado por lirismos de una existencia en que el matrimonio sólo causó sinsabores. Otro desaliento que infunden tales libros, es su pronta caducidad. Obras sociológicas de enorme influjo hace treinta años, no hay medio de leerlas ahora. Y reincido siempre en mi idea: lo único emancipador, es el arte.

Al través de las edades, persiste la Venus de Milo, persiste el Partenón, persiste un bronce de Donatello, persiste un busto como el de Elche. Todo lo demás... En fin, no quiero desanimar á las escritoras, ni á los escritores, que estudian las instituciones sociales, ya para defenderlas, ya para condenarlas, ya para cambiarlas. Crean enhorabuena en el progreso, mientras yo medito en que no aparezca un escultor que supere á Fidias y á Scopas, un pintor que eclipse á Leonardo, un poeta superior á Salomón, ó á su padre David. En el terreno del sentimiento profundo, que es el del arte, no se progresa. Casi estoy por decir que tampoco se progresa en el intelectual. Quien lea á los filósofos antiguos, más de una vez se convencerá de ello. Lo único que avanza, en grado extraordinario, eso sí, es la civilización material. No la llamo material porque la desdeñe, no: la materia, lo físico, es vehículo de arte, y es el tipo natural de la belleza en todas sus formas. Deseando expresar estos pensamientos mismos con un cuento, y acordándome de que estamos en Nochebuena casi, lo escribí, y ahora lo ingiero en la *Crónica*.

Érase un niño enfermizo. Su madre, opulentísima señora, andaba loca con el afán de darle salud, y el médico, fijándose en la índole del padecimiento del niño, decía que, principalmente, dimanaba de una especie de atonía ó insensibilidad, efecto de que su sistema nervioso se encontraba como amodorrado ó dormido, y no comunicaba al organismo las reacciones vitales y al espíritu la fuerza necesaria. Es decir que Fernandito, que así le llamaban, vivía á medias, como vegetando, lo cual es sobrado para una planta, pero insuficiente para un hombre.

Trataba la madre de despertar por todos los medios la sensibilidad, la imaginación y la vida psíquica de su hijo, sin lograrlo. Le paseaba, le adivinaba los gustos, le traía juguetes y golosinas; y el chico tomaba los juguetes un momento y luego los dejaba caer, con indiferencia, á los pies del sillón en que permanecía lánguidamente sentado meses y meses. Las golosinas, las probaba apenas; con alguna, sin embargo, se encaprichaba, y era un arma de doble filo, porque le alteraba el estómago, y como el ejercicio y el movimiento no contrastaban los efectos de la glotonería infantil, las indigestiones ponían su vida en peligro.

El desfile de doctores consultados, trajo el desfile de sistemas: el pobre Fernandito fué campo de experimentación de los más diversos. Desde el agua fría con sus chorros glaciales, hasta la electricidad, con sus picaduritas de aguja, mordicantes y finas, todo lo hubo de sufrir el cuerpo de Fernando, sometido, por el amor, á torturas que no inventa el odio. Se le paseó de balneario en balneario; se le arrastró de sanatorio en sanatorio, de playa en playa, de altitud en altitud; se le sometió á rigores espartanos, y, como quiera que la ciencia afirmaba que á veces el dolor despierta y fortifica, se llegó al extremo de azotarle con unas varitas delgadas, iguales á las que sirven para batir la crema, mientras la madre, que no quería presenciar la crueldad, se refugiaba en un cuarto interior tapándose con algodón los oídos...

Fuera no acabar nunca referir cuanto se ensayó y practicó con el desgraciado atónico. El catálogo demostraría hasta qué punto la ciencia contemporánea posee recursos y es rica en ideas y combinaciones. Todos los reinos de la naturaleza; todas las fuerzas mal definidas y estudiadas que al través de ella circulan, concurrieron á la obra de la intentada curación. El norísimo *radium*, substancia maravillosa, también salió á relucir y nada. Fernandito, no cabe duda, mejoraba físicamente; su cuerpo, adolescente ya, se fortalecía; pero continuaba dando el mismo lastimoso espectáculo de un pensamiento ausente, de una voluntad muerta, de una conciencia entumecida, de un espíritu yerto. Los músculos obedecían al conjunto de la sabiduría humana; los nervios resistían. Y, para decirlo en estilo vulgar, Fernandito seguía tan tontaina como antes.

Pero el amor—que era la madre—no se cansaba, no se daba por vencido. Cuando, por último, los médicos, fatigados, declararon que, por su parte, estando conseguido lo posible, lo principal, lo demás era cuestión que había que confiar á la naturaleza misma, la cual se reserva, en sus santuarios, mucho que no ha entregado aún á la investigación humana, aunque es de suponer que un día no tendrá más remedio que entregarlo, la madre, oída la sentencia, irguióse encendida, arrebolada de inspiración... Y juntando las manos, mirando al cielo, imploró, como si exigiese:

—Tú, Señor, que me has permitido dar á mi hijo la carne, permite también que le dé el alma.

Desde el punto mismo, dedicóse la madre á un trabajo muy activo, muy reservado, que se verificaba en habitaciones completamente independientes de aquellas en que ella y su hijo vivían. Toda clase de operarios entraban y salían sin cesar, y mujeres jóvenes, envueltas en pieles baratas, arrebujadas en largos abrigos de paño, se reunían allí al anochecer; de las tiendas venían géneros; una instalación complicadísima se realizaba, en una sala que solía estar cerrada siempre; y á las altas horas, el vecindario creía escuchar cantos, músicas, que contrastaban con el silencio habitual de una morada que las tristezas de la enfermedad de Fernandito habían asombrado y entenebrecido siempre. Ocurría esto en los últimos meses del año, cuando iba aproximándose la Navidad.

Y la tarde del día 24, el niño, más amodorrado que nunca, se quejaba mansamente de frío, á pesar de la gran chimenea, en que ardía alta hoguera de leña seca, cuyas llamas regocijaban y derramaban suave calor. Su madre extendió por los hombros de la criatura un mullido abrigo de pieles, y sonriéndole, hablándole mimosa, le advirtió:

—¿No sabes? El Niño Dios ha venido á verte.

Pero estas palabras no despertaban en Fernandito idea alguna. No las entendía. Las repetía lentamente, como en sueños:

—Niño Dios, Niño Dios...

—Y la Virgen, insistía la madre. Y los angelitos.

—Tengo frío, insistía el muchacho, temblando ligeramente.

Por un instante, sintió la madre que sus esperanzas se fundían, á semejanza de la nieve ligera que acababa de caer y que, suspensa del alero, iba á convertirse en agua y en lodo. ¡Su hijo no tendría alma jamás! ¡Cuanto se intentase, inútil! Y pensaba en lo que sería de ella aquella noche, después de fracasada la tentativa suprema... Porque fracasada la creía, y habría que renunciar á la lucha. Fundaría un convento de caritativas monjas, se retiraría á él, y allí viviría con su enfermo sin alma, lejos del mundo, que se ríe de los pobres niños atontados...

Era la hora de acostar á Fernandito, y resignada y desesperada á la vez, fué ella misma, como siempre, á desnudarle y á someterle las sábanas. Quedóse luego en vela al lado de la cama. Al acercarse la media noche, envolviendo rápidamente al niño en pieles tibias, descalzo y todo, lo arrebató como una presa, mientras le repetía al oído:

—¡Ven, que ha nacido Dios y te está llamando!

Cruzando un largo pasillo, abierta una puerta grande, entraron en un salón inmenso, todo obscuro; y al pronto, una luz sola, intensísima, ardió en el espacio, y sus fulgores astrales alumbraron un paisaje sorprendente. Montañas, valles, oasis de palmeras, y, á lo lejos, las torres de una ciudad magnífica, las cúpulas de sus templos, las extremedidades de sus minaretes. No era el Nacimiento de cartón, con figuras de barro: por los riachuelos corría agua, los árboles susurraban agitados por el viento, y verdadero césped, salpicado de flores, crecía en los praditos, y orillaba las sendas. De pronto, empezó á poblarse el desierto panorama. En el fondo de sombría gruta, aparecieron una hermosísima mujer y un hombre de plateada barba, que lleva en la mano una vara de azucenas. La mujer sostenía en sus brazos un Niño, que acostó en el establo. Al punto mismo, una música divina resonó. Eran cadencias de gozo, la risa fresca del villancico, que huele á tomillo de monte, entremezclada con un alboroto de gorjeos de pájaros; y los pastores empezaron á bajar de la montaña, cantando su tonadilla, llevando corderos, cestillos de frutas, tocando zampoñas, empujándose para llegar más presto. Con ellos, la estrella, majestuosa, caminaba.

Y, parados ante la gruta, se postraron, estirando las getas, con curiosidad simple y santa, con las manos alzadas, enclavijados los dedos callosos; y la madre, de Fernandito, que no apartaba la vista de su hijo, creyó morir, de la impresión que recibía. El muchacho se había incorporado, lentamente, y también en su mirada, como en la de los rústicos cabreros, brillaba la chispa de la curiosidad, llena de ingénua bobería, pero ¡tan humana!, ¡tan humana!

Entre el silencio repentino de la adoración, se alzó un canto celeste, sostenido por los registros más delicados del magnífico órgano eléctrico, oculto en la sala contigua. Eran muchas voces, afinadísimas, unidas en masa coral, elevando el himno, triunfal, glorioso: ¡Aleluya, Aleluya! ¡Nos ha nacido un Niño! ¡Aleluya!

Cogió la madre á su hijo, ya con alma, y apretándolo contra un corazón que saltaba de miedo y de ilusión ardorosa, entró con él por los senderos del paisaje. Corría, como si en tal momento no se pudiese perder minuto. Corría, porque Fernando, al oir el cántico, había murmurado bajito:

—¡Qué precioso, mamá! ¡Qué precioso!

Y, ya al pie de la gruta, haciendo apartarse á los pastores con una seña, la madre se arrodilló y señalando al Niño dormido sobre la paja, murmuró anhelosa, en súplica ardiente:

—¡Bésalo Fernando!

El muchacho dudó un segundo, como si no entendiese. Al cabo, entre un temblor de vida, con un llanto salvador, con un grito, en que su espíritu nacía, exclamó:

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito es el Nene!

Y aplicó los labios á la faz de rosa, que, despierta, le sonreía...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se encomia la tradicional paciencia del santo Job, se comete una injusticia manifiesta olvidando á los abonados del teatro Real de Madrid. El Patriarca de la tierra de Hus, con su teja para raerse las úlceras, con su absoluta sumisión á la voluntad divina, queda por bajo de estas señoras envueltas en armiños y de estos señores de pechera ilustrosa. En el Real quisiera yo ver al buen israelita, si tuviese una platea ó un entresuelo.

Porque siquiera Job no pagaba, y los abonados pagan, ¡vaya si pagan!, y puntual y sabumado. Cada año pagan un poco más, eso sí. Desde los tiempos de á duro la butaca y á peseta la general, ha ido esto esmo la espuma, hasta llegar al tipo presente, que quizás el año próximo será más alto aun. En el de gracia de 1911, ha pegado un regular brinco. Cada palco cuesta mil ó dos mil pesetas más en la temporada.

¿Y creerán ustedes (es decir, no lo creerán, porque á pesar de la indulgencia infinita de la prensa, todo corre de boca á boca), que con los aumentos de precio vienen las mejoras de servicio y la mayor intensidad artística del espectáculo? Pues sepan que cada vez está más abandonada la *mise en scène*, y cada vez los buenos cantantes, cuando vienen, vienen por menos tiempo, y cantan óperas más flojas.

Este año, Titta Ruffo, la *great attraction*, no pondrá los pies en Madrid. Como un meteoro ha pasado Rosina Storchio, la conmovedora, la sugestiva Manon. En el momento de escribir esta crónica, no asoman otras *estrellas* que la de los Reyes Magos. Y acaban de estrenar una opereta, *Resurrección*, que se las trae, vaya si se las trae. La música es de fagot, y el público la ha rechazado, á pesar de lo cual siguen encajándosela á los abonados, modelo de resignación cristiana.

Cuando leí en los periódicos que se iba á estrenar una ópera con tal título, auguré muy mal. *Resurrección* es, como todos saben, una novela del conde Tolstoy. Entre los novelistas que han tomado su arte como medio de exponer y defender teorías sociales, sólo Tolstoy consiguió realizarlo sin dejar de ser un gran artista. Zolá, al acometer la misma empresa en sus *Evangelios*, cayó en insufrible pesadez, y ni por un momento logró persuadir. La novela de Tolstoy, en cambio, al plantear ciertos problemas (estemos ó no conformes con las soluciones que les dé, lo cual ya es asunto y capítulo aparte), hace vibrar hondamente, con la más noble impresión artística, las fibras del alma. En efecto, cuando somos personas algo abiertas de entendimiento y algo dotadas de sensibilidad, podemos sentir la hermosura de muchas formas de arte, aunque no convenza á nuestra razón lo que tratan de insinuar. De mí sé decir que, no siendo seguramente ni mahometana ni budista, he leído con emoción pasajes altamente poéticos y sublimes de los Vedas y del Korán. Tampoco es menester ser luterano para sentir hasta impresión religiosa con un salmo de Lutero, y en *Hugonotes* hemos saboreado y aplaudido estos salmos. Lo cual declaro para que no se crea que la novela de Tolstoy va envuelta en el juicio poco halagüeño que formo de la ópera. Además, la novela, tan hermosa como reconocemos que es, no sirve para libreto de ópera; ¿qué ha de servir!

Los libretos de ópera necesitan ser dramáticos, antes que psicológicos. Hondas psicologías y extrañas formas del pensamiento religioso y humanitario, nunca darán un libreto de ópera que interese y que inspire. Y no son excepción de esta regla los magníficos libretos de Wágner. Llenos de simbolismo y de sentido tradicional, hay en ellos siempre mucho drama, mucho amor, mucha vida, mucha muerte, y ese elemento fantástico y sobrenatural, que tanto se presta á los esplendores del escenario. Nada de esto encontramos en *Resurrección*, donde todo es sombrío, feo y triste, con la abrumadora tristeza eslava, capa de nieve manchada por la tierra obscura. Lo que en el libro cautiva, en la escena aburre. Y no cabe otra palabra: en *Resurrección*, los espectadores se han abutrido de muerte.

¿Es que no se producen ya óperas notables? ¿Es que se ha secado esta vena? Porque si así no fuese, habría que mostrarse doblemente severos con la empresa, que nos da cada año cosas más inferiores. El año pasado nos presentó una opereta, llamada nueva, pero muy antigua, según resultó, y de la cual he olvidado hasta el título, recordando sólo que era una especie de *Linda de Chamounix* echada á perder, y en ella había una decoración con pinos verdaderos que oscilaban bajo el vendabal furioso, alarde de realismo que nos costó varios sustos, porque, mal asegurados, á poco matan á la tiple cayéndosele sobre la cabeza. Era aquello una pesadilla, y en vez de oir á los cantantes, no hacíamos sino temblar. ¡Ay! ¡Ese árbol! ¡Que se tumba! ¡A la una! ¡A las dos!

Es imposible que no existan óperas un poco más interesantes que *Resurrección*, entre las que en Madrid no se han estrenado. Aunque sean antiguas, como *La condenación de Fausto*, que sean al menos bonitas..., y sin pinos.

Afirman que la causa del encarecimiento de los espectáculos es el impuesto de Beneficencia, cargado al público, porque las empresas ya sufren otro perjuicio, el del retraimiento que ese mismo público puede adoptar, porque no es lo mismo pagar cinco que pagar seis, y aunque se suele decir que *tanto da*, ello es que quita uno.

El día en que el público de Madrid se desacostumbre del teatro, al cual hacen tal guerra los cines, y suceda aquí lo que, por ejemplo, en París, donde no va al teatro un solo parisiense, sino solamente la población flotante de extranjeros, claro es que morirá, porque aquí no existe tal población flotante, ni ése es el camino. Es el honrado vecindario el que soporta el peso; el que llena el Real, la Princesa, la Comedia, el Cómico, Lara, Cervantes, Apolo, Eslava y otros «coliseos,» y si este artículo, como la carne y el carbón, se pone «por las nubes,» reflexionarán mucho los padres de familia antes de llevar al teatro á sus pimpollos.

Yo no entiendo mucho ni poco de Hacienda pública, pero mi razón me dice que estos impuestos de recargo ni son justos ni son útiles. También encarecen la vida, la vida del placer lícito y honesto, tan necesario. En Madrid, se alega, es un problema esto de la Beneficencia; hay una legión de pobres, y el dinero tiene que salir de alguna parte.

Repito que ignoro lo que se hace en otras naciones, donde no sucede lo que aquí, que los pobres salgan al paso, en todas partes, pidiendo, insultando y refunfuñando. Mi razón, sin embargo, me dice que los impuestos no cabe recargarlos á capricho, y que las contribuciones no son *para* esto ni *para* aquello; son la base del presupuesto general ó municipal, donde debe figurar suficiente consignación para Beneficencia (si es preciso, y yo creo que lo es); pero hallo demasiado cómodo eso de que, al notarse una necesidad, se le imponga directamente al público que la cubra. Aparte de lo eventual que en esta forma pudiera ser el fondo de Beneficencia, el tal sistema abre puerta muy ancha á toda clase de combinaciones. Recargando á voluntad, se irá á donde se quiera ir, porque no hay límite. Parece que los impuestos y arbitrios deben ser fijos, votados en Cortes, y que el arbitrismo caprichoso pertenece á épocas económicas cuyo recuerdo se ha perdido.

Y queda por averiguar cómo se emplea y reparte y aprovecha ese fuerte recargo, y qué incremento ha tomado la Beneficencia merced al sistema actual. Caritativo por fuerza, el vecindario, malhumorado, supone que el aspecto más claro de estas cosas es la protección á los amigos, que necesitan un empleillo, una colocación, un rinconcejo del presupuesto. Esto será malicia de la gente, pero el asunto merece estudiarse, y deseo tener disponible un poco de tiempo para enterarme de la organización de tan importantes servicios, para los cuales Madrid da más de lo que parece, ya sea en la forma reciente del recargo, ya en la constante y cada vez más fructuosa de donativo voluntario. Es increíble el número de subscripciones, las funciones benéficas que al año se realizan, las limosnas particulares; en cuanto á los Roperos, como el de la Reina Victoria, son una vasta red en que están envueltos todos, chicos y grandes, y se reparte una cantidad realmente crecidísima de prendas, nuevas todas; trajes, mantas, calzones, sábanas, camisas, equipos. Y con tanta caridad, y con tanto apretar, y con todo lo que por diversos conceptos se destina á remediar la miseria madrileña, he aquí que la miseria continúa, y nos acosa, y nos aflige.

Por otra parte, no me inspira gran confianza, para el remedio de la miseria, (hablo de una miseria general, colectiva, como se asegura que es la de Madrid), el paliativo de la beneficencia. Las instituciones benéficas, con razón lo dice Herberto Spéncer, son para los casos excepcionales, y sólo ese carácter puede atribuírseles. Si la miseria cunde tanto que adquiere forma epidémica, los remedios han de ser otros. Abaratamiento de las subsistencias y artículos de primera necesidad; ahorro nacional. El primer fin se persiguió con la supresión de los consumos: y el resultado ha sido el que nadie desconoce; luego, no era eficaz la medicina. Robusto candor hacía falta para no verlo anticipadamente. El arbitrio se suprimía, pero no se suprimía la avidez individual comercial, que cuando tiene pretexto para encarecer los artículos los encarece, y cuando hay motivo para rebajarlos, no los rebaja. Sucede con esto de los consumos lo que sucedía con el alza de los francos, en las novedades. El alza del cambio sirvió para establecer el alza de los precios, pero los cambios bajaron, y los precios no.

El único medio de abaratar las subsistencias, sería el establecimiento de inmensas cooperativas, fundadas por un *trust* de consumidores, que luchasen así por la vida; y en cuanto al ahorro nacional, si parece que no es compatible con la crisis de miseria, sucede lo contrario: que la miseria impone este fortificante. Francia se ha salvado de muchos peligros por ser un país que ahorra, y hoy en Inglaterra, Lloyd George acaba de implantar ese ahorro con sellos que ya se practicaba en Bélgica. y mediante el cual quedan asegurados contra horribles eventualidades millones de individuos.

Hoy, sí es cierto que han subido los artículos de primera necesidad, también lo es que han subido los salarios, toda clase de salarios, en proporción con el aumento del coste del vivir. La vida es más cara, y el trabajo también lo es. Con razón decía un diario, que no es la clase obrera, sino la clase media menesterosa, la que sufre en estos tiempos de escasez.

Es muy raro el español que siente la necesidad de ahorrar. La tendencia de los más pobres, de aquellos cuya existencia es más precaria, les lleva á gastar alegremente, en una hora, lo que ganan en varios días. No creen en ese sellito tan provechoso. ¡Bah! ¡Un sellito! Hablarles de millones, de las esperanzas de la lotería, del teatrillo, de la juerga en las Ventas. Así como así, á ricos no habían de llegar... Y pasa la juventud, y se consume el único caudal del pobre, la fuerza, la salud, los ojos, los brazos; y vienen las enfermedades, la vejez achacosa..., y la imprevisión arroja á la calle, á un náufrago, y el ejército de la miseria tiene un nuevo recluta.

La clase pobre con la cual estoy en contacto, son los sirvientes, las costureras, las modistas. Puedo decir que, en tantos años, ningún sirviente de los que he conocido, con sólo una excepción, se ha preocupado de ahorrar un céntimo. Y sin embargo, me consta que podían. El sirviente, que por lo general es soltero, y que tiene habitación, comida, planchado y lavado, médico y botica, y gran parte de la vestimenta, pagado por sus amos, no ahorra la mitad lo menos de su salario porque no quiere. Lo habitual es que lo derrochen, y cuando llega el momento de quedarse libres, caen pronto en la miseria también. Salen de las casas vestidos, y al buscar otro acomodo, hállanse ya miserablemente trajeados, lo cual les perjudica para la misma colocación. La ropa decente, la han llevado á la casa de empeños.

Es cosa que ha solido sorprenderme. Cuando pretenden, no tienen ya medios de subsistir. El paro los arruina. Sin embargo, han estado sirviendo en casas de donde saldrían con economías, á poco que se lo propusiesen. ¿Qué se ha hecho del salario, de las propinas, de la ropa negra? Yo pierdo la cuenta de las fámulas que he vestido de negro, que se han ido por ahí muy bien apañadas. ¿Cómo es que no se presentan á pretender con ese decoroso atavío? El sudor, digámoslo así, de los sirvientes, se ha ido cual los dineros del sacristán y si no se colocan pronto, serán también nuevos reclutas del consabido ejército de la mendicidad más ó menos encubierta. ¿Que no pueden ahorrar los pobres? Pueden, sí, y son los que más lo necesitan, por lo mismo que no poseen rentas. ¡Pequeño ahorro, utilidad grande, incalculable! Sólo haría falta que se convenciesen, que cultivasen el sellito, que asegura la paz de la vejez.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las esmeradísimas ediciones que publica la *Lectura*, y en que los clásicos españoles aparecen conforme á los textos primitivos y puros, elegidos con el más exquisito esmero, me traen á la memoria la personalidad de D. Rufino José Cuervo, el eminente filólogo bogotano, cuya pérdida está reciente, y que recibió tal desencanto al cercionarse de que, los textos de los cuales se había servido ¡eran meramente reproducciones de ediciones del siglo XVIII, modernizadas por sus colectores! Cuervo hubiese sentido gran placer viendo la Biblioteca nueva, tan primorosa, de tan escrupulosa exactitud.

***

Era Cuervo un maestro de la lingüística, una autoridad fundamentada en serios estudios y trabajos, que comenzaron con su mocedad y no se interrumpieron hasta su muerte. Su ambición consistía en dotar á la lengua castellana de un Diccionario general, fundado en la historia y la gramática comparada de las lenguas románicas. La escasez de materiales y libros con que al principio trocezó, le obligaron á un tema más restricto. Dos tomos llegó á publicar del *Diccionario de Construcción y régimen de la Lengua castellana*, uno en 1886, otro en 1893; y no dió cima á la empresa por varias razones, figurando entre ellas la deficiencia de los textos consultados, á la cual no podía resignarse el concienzudo trabajador.

La desconsoló también, no sólo la convicción de que tendría que rehacer escrupulosamente los dos volúmenes publicados ya y revisar de nuevo todos los apuntes tomados para los otros, sino el observar que en España era donde menos interés había despertado la aparición de obra tan importante. ¿Qué tendrá la ilusión, que así domina y mece y adueñe en sus brazos por igual, á sabios y á ignorantes? El que consagra interminables horas á una labor árdua, que le produce, hablando en lenguaje concreto y positivo, bien poca cosa; el que confina su vida entera entre las paredes de un gabinete solitario ó en los fríos salones de una Biblioteca; el que camina como impulsado por un mágico poder, acaso no ha menester que le sostenga un idealismo? Y el idealismo que sostenía á Cuervo era ese grande y misterioso amor hacia España que han sentido y proclamado tantos extranjeros, lleven ó no en las venas, como llevaba Cuervo, sangre hispánica pura. Nuestras magnificencias pasadas han engendrado ese entusiasmo de algunos espíritus escogidos, que, entendiéndonos mejor ó peor, equivocándose frecuentemente en la apreciación de los hechos, no dejaron por eso de acertar en el sentimiento irresistible que los impulsaba á ahondar en nosotros. Cuervo profesaba ese culto de lo antiguo español, y creía que nos debíamos por enterados cuando nos ofrendaba un monumento. No sabía que el primero y más claro síntoma de las decadencias es la pérdida de la conciencia de sí mismo. Este fenómeno tristísimo ¡cuántas veces se nota, y qué desaliento infunde! Mientras toreros y cupletistas se hacen populares, nombres como el de Cuervo no los estampan ni una vez al año los órganos de la publicidad.

No solamente cayó entre el silencio mortal de prensa y círculos llamados «literarios» el trabajo de Cuervo, sino que, faltándole la resonancia, no le faltó la censura. Saltáronle encima algunos puristas y gramáticos, airados contra el bogotano que demostraba saber más que ellos de nuestra habla castiza; y, al mismo tiempo, aprovechándose plenamente de los ejemplos por Cuervo reunidos, notándose—dice con gracia el francés más enterado de nuestros asuntos,—que sus lucubraciones, muy bien documentadas en las cuatro primeras letras del alfabeto, decaen al faltarles el tesoro de citas por Cuervo reunido. Todo ello tuvo que ejercer sobre el espíritu de Cuervo acción depresiva, y el Diccionario quedó incompleto.

Trabajó después en revisar la famosa gramática de Andrés Bello, poniéndole notas y comentarios, é hizo en París nueva edición de este libro; y produjo también las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que en pocos años lograron cinco ediciones. Como todo hombre repleto de conocimientos y doctrina, fué corrigiendo y aumentando Cuervo, de edición en edición, hasta la última de 1907, que es la quinta, noticias y materia bien elaborada á su primitivo trabajo, y dice el mismo francés á que acabo de referirme, Alfredo Morel Fatio, que hoy este forma una verdadera historia de los destinos del habla española en el Nuevo Mundo.

***

Cuervo, en su país fué cervecero. Había nacido en 1844. Su padre era un abogado, el Dr. Cuervo, como allí se dice, que llegó á vicepresidente de la República de Bogotá, y, como mucha gente de su época, como fué mi padre, era á la vez ferviente católico y liberal de corazón. El hijo, ajeno á la política, se entregó al estudio del latín y al romanticismo. Su vocación filológica se despertó con dos libros, la *Gramática castellana*, de Bello, y la *Gramática latina*, de Bournouf. Por la puerta de estos dos tratados entró en los dominios de la lingüística, que tanto iban ensanchándose, porque las ciencias del lenguaje han dado en la segunda mitad del siglo XIX, gigantescos pasos. Durante la revolución que trastornó á su país, y cerró los establecimientos de enseñanza, Cuervo se dedicó libremente al estudio que prefería. Escribió una *Gramática latina*—para reemplazar á la inservible de Nebrija—en colaboración con Miguel Antonio Caro, y, hasta aquí, no parece la cerveza: Cuervo se nos presenta como es natural suponerlo, enseñando latín y desenvolviendo sus aptitudes de filólogo. Pero un hermano del profesor, D. Angel Cuervo—medio arruinado por las vicisitudes políticas, emprendió, para restaurar su hacienda, la fabricación de la cerveza, industria hasta entonces desconocida en Bogotá. Reclamó la colaboración de su sabio hermano, y éste accedió á una ocupación que exigió muchas pruebas y ensayos, hasta lograr éxito satisfactorio. Cuervo alternaba el lavado de las botellas y envases, con los trabajos preparatorios del *Diccionario de construcción y régimen*.

Al cabo, la fábrica de cerveza fué negocio claro y brillante, y entonces los hermanos la traspasaron, y pudieron, con el capital adquirido, trasladarse á París. Habían granjeado ya ese modesto desahogo que hasta al filósofo y le permite entregarse á sus nobles aficiones. Cuervo, como sabemos, pensaba en el *Diccionario*, obra colosal, superior á las fuerzas de un solo hombre. Otros filólogos han intentado lo mismo, ó acaso menos, el *Diccionario* á veces, y hubieron de desistir. Nos hace muchísima falta por cierto ese libro, pues no conozco nada más pobre ni más erróneo que el oficial de la Academia; sería de desear que uniesen sus esfuerzos media docena de personas de altura, competentes, y bajo la dirección de un hombre de la capacidad de Cuervo, diesen cima á la aventura: menos de media docena, no creo que puedan acometerla, porque la voluntad es una cosa y el tiempo y las condiciones materiales que reclama todo trabajo, sun intelectual, son otra.

Trabajaba Cuervo, además, para el Diccionario general, con la falta de Diccionarios especiales, que no existen en castellano, ó poco menos. Son estos Diccionarios especiales más útiles aun que los generales, cuando están bien hechos: pero sí, (como el *Diccionario de cocina* de Angel Muro, verbigracia), se limitan á reproducir las equivocadas y caprichosas definiciones del académico, ó á diluir palabras en digresiones, su utilidad es nula.

Con los dos volúmenes de su Diccionario, que sólo comprenden las cuatro primeras letras del alfabeto, y sólo incluyen las palabras que desempeñan papel en la sintaxis, tuvo Cuervo bastante para invertir muchos años de su existencia. Sólo leer á Lope de Vega, en la edición Rivadeneyra, le llevó un año. ¡Qué sería si lo hubiese leído en la que Menéndez y Pelayo publica!

***

Haber emprendido la obra, aunque hubiese de dejarla sin concluir, es honra y gloria de este hombre eminente. Merece que le recordemos los españoles, á cuya lengua sublime rindió tan espléndido homenaje.

Cuervo, en París, vivió retirado, en compañía de su hermano, en una casa de la calle de Meissonnier. La casa no era la huraña residencia del ratón de biblioteca, sino un interior confortable y montado según el gusto moderno, y los cuidados fraternales de Angel permitían á Rufino prescindir de lo material y aislarse y embeberse en sus estudios. Parece que este hermano cariñosísimo era también muy aficionado á escribir, y se consagraba á la novela, al drama, á la crítica, á la historia. Yo no conozco página alguna de Angel Cuervo, y sin embargo, los géneros á que se dedicaba me son más familiares que la filología. Los trabajos de su hermano, en cambio, llegaron á mi noticia desde muchos años ha. Parece esto indicar que las aficiones de Angel le engañaban, y no era lo que se llama un escritor.

Leyendo la descripción de cómo trabajaba Rufino Cuervo, se ve que ese hombre pertenecía al número de los que, en otro tiempo, hubiesen encerrado su labor en algún convento de Benedictinos. Los conventos ofrecían dos ventajas: la primera, la soledad y aislamiento, no sólo del cuerpo, sino del espíritu, la concentración segura en la idea fija de una tarea emprendida, que basta para llenar todas las horas; la segunda, la cooperación efectiva de los hermanos en religión, que se convertían en copistas, transcriptores, traductores, anotadores, y recogían de buen grado las espigas del campo erudito, sin pensar en comer el pan de la fama. Mejor dicho; en los conventos, la vanidad individual era reemplazada por la colectiva, y la gloria del convento era gloria de todos; el caso se dió con el Padre Feijóo, orgullo de los Benedictinos. El «Padre Cuervo» hubiese sido la prez de alguna poderosa Comunidad, y en ella encontraría los heraldos de su fama y los vindicadores de su razón. ¡Lástima grande que estas épocas hayan pasado, y cruel soledad la del sabio de gabinete, aun encontrando abnegaciones cariñosas como la que demostró Angel á Rufino! Un hombre muere, como murió Angel, dejando á su hermano en la mayor tristeza; y el convento vive siempre, y en esas Comunidades sabias, á una abeja sucede otra abeja laboriosa.

Hay quien cree que la muerte de Angel Cuervo tuvo la culpa de la suspensión del Diccionario. De vivir el que animaba á Rufino en su tarea, por lo menos hubiese hecho gemir las prensas el tercer volumen, cuyos materiales estaban preparados del todo.

Con la pérdida del compañero de su vida, vinieron para Cuervo otras contrariedades quebrantos de intereses, achaques, inevitables en la ancianidad. La resistencia para el trabajo intelectual disminuyó también; hasta la conversación, ese licor del cual nunca nos saciamos, llegaba á fatigarle. Luchaba, sin embargo con el ardor del hombre que se ha consagrado á una tarea, y siente que sus fuerzas disminuyen, que el tiempo huye, y que es preciso aprovechar los últimos días concedidos por el destino. La corrección de pruebas le ocupaba mucho y los que sabemos que ésta es la más penosa faena de cuantas comprende la profesión, compadecemos al viejo filólogo, porque no pueden compararse pruebas tan técnicas, como las que él tenía que corregir, con las literarias.

***

Un aspecto interesante de la personalidad de este hombre de ciencia, era su religiosidad, casi su misticismo, en lo cual se revelaba bien su origen español, el espíritu de su raza, que, cuando hizo cosas grandes, las hizo impulsada por las fuerzas de la fe. Cuervo oía misa todos los días; se confesaba á menudo; llevaba ceñido el cordón de los Terciarios franciscanos; se empleaba en obras de caridad, y hasta se quitaba en la calle prendas de ropa para vestir á los pobres. Cuando ya se sintió gravemente enfermo y no pudo ir por su pie á la iglesia, pidió el Viático, y él mismo preparó el altar, adornándolo con vasos de flores y candelabros de plata; hecho lo cual, sacó el frac, que no se ponía hacía tiempo, se vistió de rigurosa etiqueta, y esperó á su Dios. Así, en los hombres que nacieron en otro hemisferio del mundo, reaparece España, reaparecemos en nuestros más típicos aspectos, inconfundibles, de hidalgos, ascetas, espiritualistas..., y científicos; porque la filología, la gramática, en días lejanos, también fueron ciencias nuestras, y el mismo arranque que tuvimos para la conquista, tuvimos para romper codos de bayeta y consumir aceite de lámparas. Cuervo nos pertenece, á pesar de su ardiente patriotismo bogotano, y su obra es, en suma, cosa de España.

La condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha pasado por Madrid el príncipe de Mónaco, con esa rapidez de los personajes de alto copete, que no suelen tener tiempo que perder en cosa alguna; pero, en tan corto plazo, ha dado dos nutridas conferencias, una en el Conservatorio y otra en el Ateneo, y ha trabado conocimiento con muchos sabios... No pasemos adelante; vaya una digresión enteramente accidental, y consagremos unos párrafos á la palabra «sabios,» mejor dicho, al sentido que se le da frecuentemente.

Sabio, y valga la perogrullada, es el que sabe. Pero la gente propende á denominar *sabios* exclusivamente á los que cultivan las ciencias naturales, físicas y exactas. Y esto me parece una injusticia. Sabio es el que sabe, repito, y se puede saber de muchas cosas; hasta cabe que se cultiven las ciencias antedichas, que comúnmente se tienen por materia propia de la sabiduría, y, no estando muy fuerte en ellas, no se puede alardear de sabio ni en eso. ¿Acaso no hay astrónomos poco fuertes en astronomía, y químicos que merecen el gracioso mote de *pucherólogos*, que les aplicaba Laureano Calderón? ¿Acaso el hecho de decir que se estudia una ciencia basta para tener en ella competencia suma?

Cuando ocurrió el paso de Venus por el disco solar, vinieron á España infinidad de profesores, de muchos puntos de Europa, y al nombrarlos, se decía corrientemente «los sabios,» como si no hubiese otra designación. No todos serían lo que se llama un pozo de ciencia; muchos de ellos acaso fuesen nulidades. Cuando se está muy versado en algo, justo es que sabio se llame al que lo posee; pero materia puede ser..., ¡hasta la cocina! ¿No era acaso Brillat Savarin un sabio, no poseía la ciencia de comer bien y doctamente? ¿No era otro maestro el marqués de Villena? Desestánquese la palabra *sabio*, y no se califique de tal á un señor que ha preferido enseñar química á enseñar literatura, pero que no es un Lavoisier, como no sería un Menéndez y Pelayo aunque se consagrase á la erudición literaria.

Todo esto no va, ciertamente, con mi amigo el príncipe de Mónaco. Este sí que debe calificarse de sabio, porque la materia de sus estudios la domina, y ha consagrado á ella su existir. Si esto no se supiese de positivo, se habría demostrado en las dos conferencias, en las cuales, sin ajustarse rigurosamente al aspecto técnico de la ciencia oceanográfica, que no hubiese comprendido un auditorio compuesto, en su mayor parte, de profanos, reveló cuán lleno estaba del asunto, y qué pasión ardorosa le inspira esta ciencia novísima, en la cual, como en muchas de sus afines, hay, al lado de certidumbres, meras conjeturas y tanteos. La Oceanografía, nos ha dicho el príncipe, no existía hace veinticinco años. Y es exacto, en el sentido en que hablaba el príncipe, aunque sean anteriores los trabajos de los científicos alemanes é ingleses sobre corales y esponginarios, y los de Augusto Linares en España, el cual, después de haber buscado con afán el misterio de las cristalizaciones, cultivó la Biología marítima, que es una rama de la Oceanografía. Todas estas investigaciones tienen por objeto algo que reviste los caracteres de ideal, puesto que aspira á rasgar el velo que envuelve los orígenes de la vida orgánica. En el mar se supone que comenzó, de acuerdo con el Génesis, que en el orden de la creación no ha sido desmentido por lo que la ciencia puede rastrear. Es en el agua de los océanos, en su hondura pavorosa, donde la vida asoma por primera vez. ¡Y con qué furiosa energía de formas, colores, actividades vitales! Literalmente es aterrador ese desfile de seres, que sólo quieren devorar, destruir.

En la blanca superficie del lienzo untado de glicerina, proyectó el príncipe seres rarísimos, creaciones de pesadilla y de calentura. Peces enormes, que son todo cabeza, con ojos como faros; otros que son todo boca, una boca tragona, enorme, rematada en un rabillo puntiagudo; otros á quienes la sabia naturaleza ha provisto de una hilera de foquitos eléctricos para alumbrarse en las obscuras profundidades del mar; medusas que semejan flores vivientes; cangrejos monstruosos, con pinzas que parecen, aun quietas, animadas de maléfica intención, dispuestas á atenazar y desbacer carne; espantables arañas de mar, y cien y cien endriagos que nos horrorizarían si los viésemos en su elemento, aunque algunos de ellos figuren en las mesas y den pasto á la golosina. El animalejo más singular y sorprendente de cuantos el príncipe exhibió, fué uno que consistía en un saco transparente y una multitud de hilillos sueltos, contráctiles. Figuraos una especie de esfera de cristal que se encogiese y estirase y adoptase los aspectos más variados; tan pronto cónico, como oval, como enhiesto, en figura de lanza; y, al pie de esa esfera, innumerables hebras de cristal también, ya enroscadas, ya flotando á guisa de madeja, ó de cabellera fantástica. Este animal, en rigor, no es más que un estómago, y los hilos, son los brazos y uñas con que atrapa la comida. Incesantemente coge lo que ha de satisfacer su glotonería, estirando los hilillos hasta distancias inverosímiles, y, con ellos, registrando las capas del agua, en busca de corpúsculos y microorganismos para el sustento. Estos seres son voracísimos, y no cesan de comer, reduciéndose á tal función su existencia. Es en el fondo del mar donde la fatalidad orgánica se revela imperiosa, furibunda, por decirlo así, y donde más exacta parece la definición de Leopardi, que dice que la naturaleza no se cuida del bien, sino solo del ser. Un sentimiento de admiración profunda nos sobrecoge, al considerar el camino que ha sido necesario andar, desde ese glóbo ó ampolla con más brazos que el gigante Briareo, hasta el hombre, capaz de todas las abnegaciones sublimes. Y es de advertir que el globo lleno de aire, que se contrae y se dilata á su gusto, es ya un portento de organización comparado al polvillo animal, rudimento de la vida, que forma el fondo de los mares.

Nos mostró el príncipe también la dramática operación de la pesca de la ballena, hecha por las balleneras de su yacht. El enorme cetáceo se persigue para obtener los residuos de su estómago, en el cual se encuentran peces enteros y curiosísimos. Claro es que la ballena tiene otras utilidades: su grasa, sus costillas, todo es aprovechable para la industria. En el caso del príncipe Alberto de Mónaco, es lo gástrico lo que importa. En proyecciones asistimos al harponeamiento, la izadura, el descuartizamiento del cetáceo; su sangre inundó el puente de la embarcación, y se contempló el estómago, extraído humeando, y que, al ser vaciado, dejaba caer una masa de peces y osamentas y vértebras, restos de las presas realizadas por el coloso, que, para sostener su corpanchón, necesita rellenarlo á cada momento. En el mar, es la ley: comer, comer, comer incesantemente... No hay entre los animales marinos, como suele haber entre los terrestres, luchas por la hembra; no hay celos, no hay venganzas, no hay odios, pero hay el apetito, jamás saciado, del cual se engendra la destrucción. Se mata porque hace falta atiborrarse. Es la vida elemental, terrible, de la naturaleza desenfrenada.

También presenciamos, en el cinematógrafo del príncipe, las excursiones boreales, el paisaje blanco. Enormes témpanos errantes; magníficas praderas de césped, alfombradas de hielo; focas acabadas de cazar; lindísimos pájaros tontos, que, ignorantes, como el príncipe decía, de la maldad humana, miraban á los primeros hombres que se les aparecían, con actitudes de graciosa inocencia, en inmovilidad absoluta; todo el aspecto, de la vida polar, desfiló ante nosotros. No fué la menor de las curiosidades de tal vida, la proyección que nos mostró á una profesora de botánica, una señora sueca, vestida como lo requerían las circunstancias, y estudiando, en medio del desierto glacial y en una chocilla como las de los esquimales, la flora de aquellas latitudes. «La dejábamos sola allí quince días con provisiones—declaró el príncipe,—y á la vuelta, la encontrábamos muy contenta y con mucho trabajo hecho.» Yo supongo que en aquella costa, donde se alzaba ¿puede decirse que *se alzaba*?, la chata cabañuela de la investigadora, no habría osos blancos. Si los hubiese, de un zarpazo tiran la choza, y de un bocado se meriendan á la científica.

Mientras se desarrollaban estos cuadros, el auditorio presentaba otro cuadro también digno de fijar las miradas, y que las atraía, siempre que cesaba la obscuridad necesaria para las proyecciones. Era la fila de personas reales que asistía á la conferencia y que la oyó de cabo á rabo, á pesar de que duró dos horas y media justas. La reina estaba radiante de hermosura y de elegancia. Conste que yo no escribo estas frases por rutina, como los revisteros, que no pueden menos de hacerlo, sopena de enojar á sus lectoras. La reina, insisto en ello, era un retrato de Reynholds ó un cromo inglés, lo que ustedes gusten: algo imponente á fuerza de ser bella. Llevaba un abrigo todo de armiño, desde la cabeza á los pies, amplio y airoso; las colitas del animal, que ya va siendo tan raro que hay quien supone que no existe, guarnecían en estudiado desorden el cuello de la elegante prenda. La cabeza la cubría una toca de la misma finísima piel, como el ampo de la nieve, y á un lado de la toca, pobladísimo airón de pluma en hilos formaba como una nube, gallardeando. Bajo este tocado ártico, el color rubio del cabello y el candor rosado de la tez, purificada por las nieblas de Albión, eran una nota espléndida. Yo me acordaba de Sorolla, que, cuando hizo en Sevilla el retrato de la soberana, dijo que su carnación y su cabello eran «una orgía, un deslumbramiento de colorido.»

Para que las cosas resaltasen por contraste, muy próximas á la familia real estaban dos mujeres que recordaban á la Alba y á á la Vidal, cuando estas dos magistrales características se visten de patronas de huéspedes. En España he notado que sucede frecuentemente esto: no sé si en el extranjero ocurrirá lo mismo; es fácil que sí; pero en fin, es en España donde he tenido ocasión de observarlo. Siempre que se verifica alguna pública solemnidad, se reserva un sitio especial, que parece destinado á una categoría especial también de personas. Al principio, no se deja entrar en él á nadie. Transcurrida media hora, empezáis á ver que se introducen en el santuario gentes cuya facha os sorprende. Pasada otra media hora, se cuela allí todo el mundo. ¿Por qué? Nadie se lo explica.

Las personas bien educadas, de elemental corrección social, respetan siempre esos sitios reservados, y se colocan entre el público, donde pueden. Pero, cinco minutos después, una mujer con trazas de patrona de huéspedes, pavoneándose, va á colocarse lo más cerca posible de sus majestades, en el lugar de preferencia y en breve, otra mujer, trajeada por el estilo, casi sin peinar, sin guantes, ó sacando las puntas de los dedos por unos de luto muy descosidos, se planta al lado de la anterior, próxima también á la mesa de honor y en el sitio más cómodo para ver y oír al conferenciante. Y no tarda en asomar una señora dudosa, pero con altísimo sombrero de plumas. Releéis, asombrados, la papeleta de invitación, y confirmáis que dice: «Sin sombrero.» No creáis á vuestros ojos, y, seguidamente, os calificáis de necios, de majaderos. ¿De modo que se puede venir con sombrero aunque la papeleta diga lo contrario? Y nada: no sólo la dama del sombrero continúa impávida, muy bien acomodada y molestando á los que se encuentran detrás de ella, y á quienes impide ver, sino que otra, no menos emplumada penetra igualmente, y luego otra... ¿Qué significa entonces la división de plaza? ¿Por qué se han reservado asientos que suponen, para ocuparlos, categorías y distancias sociales, si ha de aprovecharlos el primero que se le antoja ó que es amigo de un ujier, por ejemplo?

Recuerdo que en una ciudad de provincia, se celebraba una fiesta de aviación. Asistí á ella; y al ocupar mi localidad, noté que, en el mejor sitio, donde más se disfrutaba del espectáculo, estaba vacío y acotado un espacio muy grande, rodeado de cuerdas. Pregunté á quién se destinaba, y me respondieron que á las autoridades. Muy enorme se me figuró el palco para este objeto, pues cabían en él cien personas; pero me contenté con la explicación. Soy presidenta honoraria de la Sociedad que daba la fiesta; mas como quiera que esta circunstancia no me constituía en autoridad, continué en mi silla pagada, desde la cual apenas veía. Y noté que el palco de las «autoridades» empezaba á llenarse de niños y señoras, que ni aun eran de la familia de autoridad local alguna. Entonces me pareció que podría trasladarme á él, y, en efecto, me coloqué cómodamente en el famoso palco, pensando que más hubiese valido decir desde el principio que era..., para quien les diese la gana á los acomodadores. Y lo mejor del caso fué que, en toda la tarde, no asomó por el ni la sombra de una autoridad. Nada; no vimos ni media. No hubo mando. Es lo que pasa siempre. Cada cual hace, buenamente, lo que se le antoja. Y luego renegarán de los anarquistas...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay horas en que nos acomete el desaliento, al advertir que nos encontramos en completa disconformidad con el gusto del público, y ni aun nos queda el recurso de decirlo; no sabemos qué fórmula adoptar. Preferimos callarnos, a sufrir las consecuencias de una sinceridad que nadie agradecería, y además nos colocaría en situación muy desairada.

Verbigracia... y téngase entendido que no es más que poner ejemplos: Supóngase que se abre una Exposición, y en ella vemos la decadencia del arte nacional, en lugar de ver su resurgimiento y su vigor; que se publica un libro, y en él encontramos un testimonio de la decadencia de un ingenio; que se estrena una obra teatral, y nos parece detestable, no sólo en sí, sino por la tendencia estética que la informa; y todo esto que sentimos, lo sienten con nosotros los que nos hablan, los que concurren a la misma Exposición o al propio teatro, los que han leído el mismo volumen. Pero, al día siguiente, en la prensa, se proclama todo lo contrario de lo que la opinión verbal os ha hecho entender, y por lo mismo que, si escribieseis lo que pensáis, no pasaría inadvertido, veis desde luego lo que vendría en pos de la expresión franca y leal de vuestras ideas. Veis la odiosa interpretación, la más antipática, la de envidia y ruindad, que se apresuraría a dar a vuestra actitud, aunque no lo creyesen en el fondo de su conciencia; veis la odiosidad que sobre vosotros recaería; y sobre todo, veis la inutilidad del esfuerzo; la imposibilidad de que una sola persona, un solo crítico, guíe y rectifique a un público distraído y enfermo de indiferencia y de frivolidad; lo estéril del sacrificio os arredra, porque los mártires cristianos probablemente no hubiesen bajado a la arena del Circo si no creyesen que su sangre había de dar fruto..., y tomáis el partido de guardar el silencio más profundo y más elocuente, porque ¡cuántas revelaciones no encierra el silencio! El silencio es crítica... sobre todo el silencio de personas como yo, que están deseando echar las campanas a vuelo así que aparece en el horizonte un resplandor, una chispa de luz, algo que sea una esperanza y signo para el porvenir.

Sépase, pues, que cuando hablo de algo, es porque creo que lo merece. Y así debo hablar del drama de D. Juan Arzadún, estrenado en el Teatro Español, y titulado *Fin de condena*.

No ha tenido este drama ni gran resonancia, ni éxito superior, aparentemente, a los demás que vienen desfilando por nuestros escenarios. Yo no asistí al estreno, por imposibilidad material, porque las noches aquí están de antemano repartidas. Me quedó el deseo de ver la obra; un deseo que se fundaba en la seguridad de que Arzadún no es un cualquiera. Conocía de Arzadún los versos, y la fama de hombre cultísimo, sabio en lo técnico de su profesión, que es la militar en el arma de Artillería. Todo esto no es incompatible, sin embargo, con escribir un drama endeble. Es en balde decir que cuando una persona de altura acomete una empresa, cualquiera que sea, hay que suponer que algo interesante encerrará la tentativa. No; un hombre de gran valer puede equivocarse, pero tenemos el deber de oírle, y de oírle con respeto. Todo esto entendía yo que correspondía hacer con Arzadún, por mucho que hubiese podido errar. Y, además, me parecía entrever en los diarios que la obra era superior a lo que de ella se decía (así como otras veces, entre líneas, notamos cuán inferior es lo ensalzado a los términos en que lo ensalzan).

Y, apenas pude, vi la obra de Arzadún. ¡En ella, no son ciertamente elementos de éxito los trajes! Pasa la acción en un presidio, y de presidiarios visten los actores. Las dos únicas mujeres que un momento cruzan por la escena, llevan el apagado uniforme de la clase media humilde, el gabancillo de paño, el boa de gato rubio, la mantillita rojiza de puro usada. Tampoco las decoraciones, muy exactas y reales, tienen nada de espléndidas: son grises, de una fealdad pobre, como en efecto serían en el penal. Y no hay un chiste de esos de tirabuzón, ni se emplea ninguno de los recursos más habituales y de más probado efecto. Así es que, para todo empresario que conozca los secretos de la taquilla, la obra debía ser altamente sospechosa, rechazable...

Desde las primeras escenas, sentí la impresión que causan las cosas reales, vistas al través de una cierta poesía que no se fabrica caprichosamente en la fantasía del autor, sino que brota espontánea de las condiciones del ambiente—por poco poético que parezca el de un presidio.—Ya esto es una sorpresa: nos figurábamos que en las prisiones no podían crecer flores: y he aquí que, como en la *Piccíola*, de Saintine, entre las grietas de la *casa muerta* surge la florecilla, que nos habla de todo lo ideal. Allí hay amor, ¡y cuán noble y sincero! Por otra parte, la *casa muerta* vive. Vive hasta con una vida intensa, llena de savia y de vigor. Es un microcosmos, rebosante de energía, bajo el aspecto mate y ahogado que tiene visto desde afuera.

En cierta ocasión hube de decir que en cualquier colectividad humana—sea convento, sea fábrica de tabacos, sea presidio,—hay tantas novelas y dramas como seres. La vida, en sí, es dramática, cuando no es trágica, y la vida no desaparece al modificarse sus habituales condiciones, al suprimirse la más humana acaso: ¡la libertad! Dijérase que el instinto de independencia, comprimido en el presidio, es el que se exalta y produce esos conflictos que tan de relieve nos muestra el drama de Arzadún. A ese recinto sombrío, lleva el hombre todas sus pasiones, todos sus afectos, todas sus vanidades, todas sus miserias! ¡Y es ese hervidero de sentimientos, ese relieve de los caracteres, lo que presta interés al drama, y no permite que un momento dejemos de estar dentro de él, porque todo aquello es carne de verdad!

Con motivo de este drama se habló mucho de Máximo Gorki, de sus exhombres, de sus bajos fondos. Pero no sé si se habrá observado que el personal de Gorki es tan profundamente eslavo, como el de Arzadún ibérico y meridional. Signo característico de la raza, falta la humildad rusa, y sobra y está en vela siempre, dando á los caracteres una especie de dignidad feroz, la bravura del honor... ¡El honor en un presidio! se dirá. El honor, sí, sobre todo en un presidio... En un presidio español, naturalmente. El honor es relativo a los que nos rodean, a la opinión que de nosotros forman nuestros semejantes: Róbinson, en su isla desierta, podría tener virtudes, pero no necesitaba ni podía tener honor... Y el punto de honra se pone en carne viva en el presidiario, por lo mismo que no tiene otro público, otras relaciones de hombre a hombre, sino las que lleva con sus compañeros de cadena. En el mundo de los que no han sido penados, la honra consiste en aparecer acatando ciertos preceptos morales; no así en el presidio: allí la honra está cifrada en la guapeza, en el valor temerario, en la bravuconería, en ser o el más astuto o el más desalmado de todos. El timador tiene una superioridad, el matón, otra, mayor y más reconocida; y esa categoría en el delito y en el crimen, no la cambiarían por ninguna. El valentón es el rey del presidiario. He aquí el abismo que separa a los místicos criminales de Gorki y Dostoyeuskv de los presidiarios, tan hispánicos, de Arzadún.

El protagonista—admirablemente desempeñado por Borrás - es un delincuente ocasional: en un momento dado, en reyertas electorales, acosado por sus adversarios, barrió a trabucazos una calle, y su trabuco hizo puntería. Próximo á cumplir su condena, deseoso de volver a la paz de su hogar, cuenta los días que le faltan, y, temeroso de cometer cualquier transgresión que le sepulte otros años o la vida entera en el penal, decide «no meterse con nadie;» no mostrarse agresivo, quimerista ni pendenciero. Erigido antes, por su valor y su energía, en «amo» del presidio, respetábanle sus compañeros supersticiosamente, y le llamaban con veneración «señor alcalde;» pero, apenas notan que rebuye cuestiones, que su actitud es la de un hombre voluntariamente inofensivo, llámanle «alcalde» a secas, caen sobre él, hostigándole, pinchándole, insultándole, hiriéndole en lo más vivo de sus sentimientos y de su alma. A esta infernal tarea los empuja un degenerado repugnante, el Nene, tipo en que Puga hace una creación, y que, protegido antes por el alcalde, que le encuentra parecido con un hijo suyo que ha muerto, ahora se complace en escupir sobre su agradecimiento y en incitar con sus burlas infames al vilipendio del que los hizo temblar un día. Y el alcalde bebe la hiel, sufre, pide compasión, procura ir a la enfermería, donde se vea libre de sus perseguidores; contiene los impulsos de su genio arrebatado, ejercita la paciencia, sorbe la humillación—aconsejado por el capellán de la cárcel, que le ha mostrado sus propias penas para consolarle y fortalecerle.—Pero la mofa y el escarnio le persiguen, hasta en la misma enfermería donde ha buscado refugio. Primero, le han acusado de un delito, un timo en que no tuvo parte alguna; se han conjurado para delatarlo a la justicia, porque quieren que no salga del penal, mientras ellos se quedan... Es preciso que aparezca culpable de algo, para que, al cumplirse la condena, no se le abran las puertas, no vuelva a su pueblo, a los brazos de su mujer... Y la maquinación inicua, viene a tenderírsela, sardónico, el Nene, aquel malvado bufón, que, fingiéndose lazarillo, despeñó a un ciego, por burla; y le anuncia que, gracias a la maquinación de sus compañeros, le esperan tres años más de condena, con lo que venga después: no se reintegrará a su hogar, no disfrutará de las caricias de su esposa, no reingresará en la comunión de las gentes de bien, a que pertenecía antes de su crimen... Y ante tal maldad, cometida por el mismo a quien protegió, a quien llamó hijo, la indignación puede más que las resoluciones, más que todo, y echando las manos crispadas al cuello del Nene, el alcalde le ahoga... Ya está consumado su destino: presidio toda la vida: y un grito fiero se exhala de su garganta: «¡El presidio vuelve a tener amo! ¡Soy otra vez el señor alcalde!» En su inmensa desventura, es el consuelo orgulloso que le queda: ¡ahora verán los aterrados compañeros que D. Juan es siempre D. Juan, y no hay nada que le espante!

Sin poderlo remediar, y sin buscar semejanzas materiales, que no existen, ni menos entrar en comparaciones, los nombres de las obras dramáticas donde se estudian los ejemplares típicos de la raza acuden a mi memoria. Me acuerdo de D. Juan... sin que el alcalde se parezca al burlador, sino en la violenta reacción de la individualidad contra la sociedad entera; y me acuerdo de D. Alvaro, sin que el Inca se asemeje al alcalde en otra cosa que en hallarse perseguido y empujado por la fatalidad, a pesar de todos sus esfuerzos para resistir. Como el Inca, el alcalde no quiere verter sangre, no quiere sino amar, vivir honradamente; pero el *fátum* ha decretado que matará, y mata, mal de su grado, al recibir una y otra vez el bofetón del insulto, al ser tachado de cobarde. Desde el primer acto sabemos que el alcalde tendrá que matar, aunque no sepamos a quién, si al Fachenda o a algún otro jaque de los que esperan que él renuncie a cortar el bacalao para empezar a cortarlo ellos, o si al miserable, su antiguo protegido; a la víbora que en su seno agasajó. Que ha de llegar el momento trágico, es seguro; todo conspira para ello, todo le incita, y en balde trata de templarse para resistir con el amor de la esposa, con la fe cristiano, esos asideros del alma. Son, como para D. Alvaro, tan terribles los impulsos, que arrollarán al mísero, y le harán dar el salto del precipicio; la fuerza del sino podrá más que la voluntad...

De este drama cree la gente, que será triste, gris, llorón, porque pasa en un presidio; y es error: en el drama de Arzadún, como en la vida, hay elementos cómicos de buena ley. Las escenas en que se prepara el timo, son francamente divertidas, y están dentro de esa vena picaresca que corrió tan largamente por nuestra novela y nuestro teatro, y que encontramos igualmente en varias escenas de *D. Alvaro* y *D. Juan*. Siempre que se traduzca fielmente la realidad, en cualquier medio que sea, surgirá lo cómico; lo cómico natural, no lo rebuscado y conceptuoso, y frío, y deplorable del chiste teatral al uso.

De todo lo dicho se deducirá que el primer drama de Arzadún me ha agradado, y no sólo, como decirse suele, «porque da esperanzas» sino de otra manera. Benavente, que, dando un excelente ejemplo de gracia y de buen gusto, habló de él con elogio, encuentra allí inexperiencia. Yo no sé qué se entiende por experiencia en estas cosas, y si lo entendiese, añadiría que la experiencia no es don que yo estime mucho. Lo fresco, lo espontáneo, son lo mejor, en arte. Y siendo así que el teatro cambia de generación a generación, y aun a veces se vuelca el saco, y remanecen modas de cincuenta años atrás, no creo en moldes, en cánones ni en fórmulas. En esto me siento anarquista, o mejor dicho, creo en una sola cosa: en la verdad humana.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Todos los años se dice que ha muerto el Carnaval, y el caso es que resucita. Se ven pocas y desabridas máscaras, pero las carrozas han llegado a ser una institución, y a cada paso se construyen con más lujo, con más ciencia escenográfica, porque las carrozas pertenecen a la decoración, son algo teatral.

En otro tiempo, no había carrozas, ni se adornaban los carruajes con una mala flor, ni natural ni de trapo. En cambio, todas las señoras, lo mejorcito de la sociedad, iban al Prado en sus coches, sin adorno ni requisorio alguno; allí, los amigos les daban broma, disfrazados, generalmente con dominó negro, blanco guante, y un lazo azul en los hombros. Y había una alegría franca, y la diversión era vibrante de juventud y de buen humor castizo. Ahora el aspecto es carnavalesco, y la *mise en scène* la forman los confetti, las carrozas, los engalanados milores y pitters, pero, en las almas, se estancia un tedio, una indiferencia infinita hacia el Carnaval. Y, por extraño contraste, el único día en que se advierte verdadera animación de Carnestolendas, es el miércoles que la Iglesia consagra al recuerdo de la nada de la vida; el de Ceniza, día en que todo Madrid, es decir, el todo Madrid de la juerga y del bronce, se lanza a la Pradera del Canal, a comer, beber, danzar y reír. ¡Y qué comida! De promiscuación, alternando el salchichón y el chorizo con las rajas de merluza frita y los «soldaditos de Pavía» clásicos. ¡Y qué bebida! No el agua clara y fresca, sino el morapio azul y el aguardiente bala rasa. ¡Y qué danzas! Las que sugieren el diablo y el alcohol. Es una saturnal, se diría antaño. Es una orgía, dijérase en tiempo de Espronceda. Es una expansión, decimos ahora, cuando para todo hay nombres benévolos.

Como diariamente se hace caso omiso de los preceptos de la Iglesia, en lo que se refiere al ayuno y a las vigilias, parece que el Padre Santo piensa en la supresión de tales preceptos. Hoy sí que el docto fray Lorenzo del Santísimo Sacramento, rector de los Carmelitas Descalzos de Pamplona, pudiera exclamar con razón: que el precepto se ve decaído, y la vigilia lastimada; lo cual, con fundamento también, (porque los tiempos se parecen) escribía allá en 1753.

Por este santo varón sabemos que los primeros ayunadores que hubo en el mundo, fueron Moisés y Elías; pero este dato histórico pudiera recusarse, atendido que en el continente americano, en sus religiones sombrías y mágicas, existían desde los primeros albores ayunos rituales.

Cuando leemos a estos frailes de antaño, que disertan sobre el ayuno, sentimos la impresión de que las actuales prescripciones de la Medicina eran ya conocidas o presentidas al menos. Otro carmelita, fray Juan de Espinosa, nos dice cómo, para el morbo artético, así lo llama, es eficacísimo el remedio de la abstinencia. Lo propio os dirá el más pintado galeno de nuestros días.

***

El fundador del ayuno, como sabemos, fué Moisés, cuyo talento de higienista viene reconociéndose por todos los historiadores. Los preceptos de Moisés y sus prohibiciones, tenían por objeto conservar al pueblo hebreo la salud, evitarle la lepra y otras dermatosis a que siempre fué propenso. Algunos sutiles teólogos, no pareciéndoles abolengo lo bastante antiguo para el ayuno descender de Moisés, lo remontan al Paraíso, y hacen de Adán el primero que recibió el precepto y cometió la primer transgresión, al no obedecer al mandato de abstenerse del fruto del árbol consabido. Y añaden que, así como Cristo se mantuvo sin comer cuarenta días, Adán tardó otros cuarenta en desobedecer al mandato divino, en atreverse a hincar el diente a la poma de perdición.

Moisés fué, convenido, un gran ayunador, y dos veces, subiendo a un monte sin provisiones, permaneció en él los cuarenta días de rúbrica; a imitación suya, los hebreos ayunaron rigurosamente, y practicaron, diversas penitencias, yendo descalzos y llevando las cabezas cubiertas de ceniza. Ayunaban hasta los niños de pecho dejando de mamar, ¡lo cual ya me parece exceso! Verdad que, si ayunaban también sus nodrizas, no tenían otro remedio los chiquitines.

El ayuno de los judíos, como luego el de los primeros cristianos, era al trasparo, de sol a sol. Y los fariseos, a quienes dijo Cristo tan duras cosas, también se abstenían; pero, como eran aficionados a las apariencias, andaban todo el tiempo que duraban las prácticas de su ayuno, con rostro entristecido y desaliñados, para que la gente se enterase de que se mortificaban; y también esto lo reprobó el Divino Maestro, mandando que se ayunase sin ostentación, con alegre rostro y decorosa exterioridad.

Lo mismo que Moisés, practicó Cristo el ayuno cuadragesimal, y en el desierto, adonde se retiró para realizarlo, sufrió la famosa tentación; el demonio le ofreció el señorío del mundo, si prevaricase. Pero Cristo no era Mahoma, no era el ambicioso material de reinos y pueblos; su fin era conquistar almas. La tentación fué despreciada y el enemigo vencido.

***

El sentido del ayuno, realmente, cuando no es higiénico, es puramente espiritual. Por el ayuno, privación de lo que sostiene al cuerpo, se inculcan en el alma las virtudes estoicas, no ya sólo del cristianismo, sino, en general, de la renuncíación y de la suma filosofía. Por eso se ha ayunado en todas las religiones que traían consigo una moral severa y fortificante, y hasta en aquellas que, como las del Nuevo Continente, respondían al ideal del vigor, en la guerra y en la vida toda. No hay moralista que no aconseje el ayuno, en una o en otra forma, y la Medicina, después de dar mil vueltas, ha venido a parar ahí, sometiendo a la humanidad entera, cualesquiera que sean sus ideas religiosas, a la abstinencia, a las privaciones, a la morigeración de los apetitos.

La longevidad, aspiración de nuestro siglo, que sueña con el elixir de larga vida de Altotas, no puede de lograrse sin sobriedad extremada. En los conventos, cuanto mayor frugalidad y sencillez de vida impone la regla, más casos se dan de longevidad asombrosas; y es frecuente, en los mendigos, vivir larguísimos años. No sería justo que los millonarios gozasen también del privilegio de Matusalem, habiendo agotado antes las delicias y harturas de Sardanápalo y Heliogábalo. Actualmente, muchos millonarios están sometidos a la higiene de la privación, tan donosamente descrita por Cervantes en el episodio de la Barataria.

Tanto como el ayuno cuadragesimal, que coincide con la primavera, con el hervor de la sangre, con la crisis de los humores, demuestran este sentido higiénico las cuatro témporas que reparten, en diversas épocas del año, la saludable abstinencia. Más sabia todavía era la costumbre de los primeros cristianos, de ayunar todos los miércoles y viernes del año; y sólo con esta práctica, no es calculable cuantas enfermedades se evitarían. Y, en cuanto a la abstinencia de carne, ¿quién ignora los progresos realizados en el pasado y presente siglo por la doctrina vegetariana; quién desconoce las predicaciones de los médicos, que estén a mal con las carnes y las consideran depositarias de toxinas? La ciencia se ha encontrado precedida por la religión, inculcando ésta, indirectamente, verdades que la ciencia no descubre sino a la larga y después de empeñadas discusiones y desorientaciones, puesto que hace treinta años habíase erigido en dogma que la carne robustecía, hasta que vino a afirmarse lo contrario y más cierto.

En el siglo XIV empezó a mitigarse la rigidez del ayuno entre los cristianos. En vez de pasar el día entero sin probar bocado y comer a la puesta del sol, se estableció la costumbre de comer a mediodía y hacer por la noche lo que se llamaba colación. En el siglo XVII, más relajada la disciplina, se aclimató otra licencia: introdújose el chocolate, la «parvidad de materia» por la mañana. Y—dice un grave autor—el precepto del ayuno se deformó de modo entre los españoles, que era adagio ya vulgar que eso de ayunar era para bobos y frailes.

***

Una de las curiosidades de la historia del ayuno es que hayan sido sus impugnadores acérrimos, primero, Arrio, el hereje enemigo del dogma de la divinidad de Cristo, y luego un famoso médico inglés. Para decir la verdad, lo que impugnaba el británico, fiel a los gustos y aficiones de su raza, no era el ayuno, sino la abstinencia de carnes. De Inglaterra nos ha venido la moda de atracarse de tajadas de buey gordo, asado en la parrilla o en su propio jugo. De Inglaterra, el engullir tajada fría a las nueve de la mañana, hora en que nuestros estómagos de latinos sólo transigen con la ligera parvidad, el chocolate perfumado y confortador. De Inglaterra, el culto del sebo, del pesado pudding, de la violenta mostaza, que arranca lágrimas, y no de contrición, a los ojos. De Inglaterra, el arroz con la rabiosa sazón de Cayena, y la salsa de pan, y los condimentos de jengibre y ruibarbo, que no diré que sean desagradables, pero que llaman por el trago, y son por varios estilos fatales para el artritismo y la gota. Y así, bajo la apariencia de una discusión de teología, lo que se debatió fué el espíritu de dos razas, la una inclinada a la sobriedad, la otra a la gula.

Es de leer cómo el carmelita Díaz Bravo, defensor del ayuno, se adelanta, en el siglo XVII, a los modernos vegetarianos, diciendo: «Coma uno media libra de lechuga o escarola, sin cocción alguna; tome en otra ocasión igual cantidad de carne bien cocida sin salsa, u otro guisado; examine en ambas ocasiones su estómago, después de dos horas, y aunque pasen cuatro, y advertirá que después de haber comido la carne, tendrá el estómago gravado, la boca desabrida, la lengua viscosa; y en la ocasión que tomó sólo hortalizas, a las dos horas se hallará sin pesadez en el estómago, hábil para volver a comer.»

He aquí cómo, en una cuestión de alimentos, se agita el problema histórico de los orígenes de la civilización humana. Mientras el hombre, por necesidad, porque todavía no conoce la agricultura, porque vive nómada o en cuevas de troglodita, es un carnívoro más, y acaso una fiera, la civilización no asoma. Cuando el hombre conquista los animales domésticos, y Triptólemo, o quien quiera que haya sido, eso está por averiguar, le enseña el uso del arado, habiéndole enseñado primero el del hierro (no del todo necesario para el asunto, ya que en América, antes de conocerse el hierro, se labraban los campos perfectamente), cuando, repito, surgen los pueblos agricultores, la civilización es conquista definitiva; porque, si bien el hombre no deja de ser carnívoro, y se mantiene con los despojos de sus rebaños, también come el pan; y del pan, y no de la carne, se ha hecho el símbolo de la vida y del trabajo con el cual la vida se gana.

En otro punto estaba muy adelantado de noticias el carmelita Díaz Bravo, como precursor de la actual Medicina: a saber, en lo que dice contra el caldo de carne, entonces sacrosanto. No se conocía a la sazón la dieta láctea, hoy prescrita a la inmensa mayoría de los enfermos, pero ya este monje truena contra el caldo, que casi se prohibe, en el día. Recomienda caldos o substancias de verduras, aceite y calabaza, y refiere infinidad de curaciones obtenidas al substituirlos al de puchero.

Todo esto quiere decir que, si el ayuno religioso se suprime, el ayuno médico lleva trazas de convertirse en institución. Y váyase lo uno por lo otro. Con la diferencia de que el ayuno médico será severamente guardado. Nadie se atreverá a quebrantarlo, porque hay pena de la vida, o al menos, de la salud.

Lo indudable es que la Medicina, que ha realizado grandes progresos, pero que tiene aún muchas cosas por averiguar, ignora con qué cantidad mínima de alimento puede sostenerse la vida humana. Afirma, eso sí, que todos comemos mucho más de lo que necesitamos para su sostén. Y yo digo que ello será así, pero también hay quien come menos de lo conveniente, y hasta quien se muere de inanición. A cada paso se leen en los periódicos tristes casos. Hay países enteros, por ejemplo la India, donde no es un individuo, son centenares de miles de hombres los que sucumben a la falta de alimento. Sobrias como son las gentes de esas tierras, que tienen por base de su alimentación el arroz, no basta el hábito de la sobriedad para infundirles el de no comer. Espantan las fotografías de esos espectros.

Verdad que la India es la patria de los genuinos ayunadores. Es allí donde los faquires se ríen de las leyes naturales, obturan la glotis revolviendo la lengua, y sumidos en sueño cataléptico o en éxtasis misterioso, pasan años y años sin sustentarse. Y esto no lo hizo ni el propio Moisés, fundador de nuestros rituales ayunos.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí el momento en que los extranjeros acuden a Madrid, si no en tanto número como pudiera desearse, lo suficiente para invadir las tiendas de los anticuarios y llevarse a sus respectivos países cuanto ven; por lo cual salen a relucir, victoriosos, los arcones viejos con talla nueva, los bargueños del XVII acabaditos de hacer en Granada y Valencia, los cuadros del Tiziano, que no los conociera el Tiziano mismo, y otras preseas de autenticidad, que no llamaré ni sospechosa, aun cuando no falta nunca quien por auténticas las tome.

Lo primero que hacen los viajeros susodichos, es asombrarse y encontrar que todo es precioso, además de baratísimo. ¡Un Murillo en cien duros! ¡Un Rafael en doscientos! ¡Un Goya en ciento cuarenta y cinco y quince céntimos! No hay como venir a España para descubrir tesoros. ¡No será tono el que se den, allá en sus patrias, los Sres. de Johnson, de Smith, de Black y de White, cuando exhiban, ante sus compatriotas atónitos y envidiosos, la obra maestra!

Y realmente, si ellos la encuentran tal, y tienen el buen acuerdo de no llamar nunca a un experto que los desengañe, son tan felices como si en efecto poseyesen la *Santa Isabel de Hungría*, el *Pasmo de Sicilia* o la *Familia de Carlos IV*. ¿Acaso no vivimos de ilusiones, las tres cuartas partes de nuestro existir? ¿Acaso los mismos grandes inteligentes no acogen, en sus colecciones, copias, supercherías, toda clase de contrabandos artísticos?

Hay cosas así, en que la imaginación puede suplir a todo. No cabe que una piedra sustituya el pan, toda vez que una piedra no mantiene; pero un mediano cuadro equivale fácilmente a una obra maestra, porque la idea de la obra maestra, nosotros mismos la creamos; es algo que, fuera de nosotros, no tiene realidad; cuando no hay ojo que las contemple, las formas, las líneas, los colores, dejan de existir. De suerte que el anglosajón que cargó con un lienzo de Orbaneja y lo juzgó velazqueño, es tan feliz, si lo cree a puño cerrado, como el poseedor de un auténtico, indiscutible Velázquez.

Por eso el arte será siempre cosa muy subjetiva, muy individual, y sujeta a contradicciones y disputas.

Lo innegable es que los prenderos van aprovechando esta temporada propicia, alrededor de la Semana Santa. Quedan las prenderías barridas; todo lo que no había podido encontrar colocación en un año, corre como pan bendito; se desocupan las vitrinas, se sacan, previamente desempolvados, los muebles de panzudas formas, desaparecen los platos de Triana disfrazados de Talavera, y no queda un trapo de casulla para un remedio. Toda esa ropavejería del Antiguo Continente corre hacia el Nuevo, donde se tiene sed de historia, sed del pasado.

Es verdaderamente asombroso que aun quede algo en España. Todos los días se oye referir que alguna casa aristocrática ha vendido, en fabulosa suma, sus obras de arte al extranjero. Ya es el retrato del Greco, ya el estrado de cuero cordobés, ya el tapiz único, ya la armadura que revistió el pecho de los héroes. ¿Quién no recuerda la subasta de los regios despojos de la casa de Osuna? Andaban por allí los Vandick y los Rubens, los Tizianos y los Goyas, que era una bendición. Para una casa noble que, como la de Medinaceli, conserve sus tesoros patrimoniales, hay cinco que se fueron a pique, y cuya riqueza se dispersó a todos los vientos. A veces, un suceso, relatado en la prensa, evoca el recuerdo de alguno de estos grandes naufragios. Estos días, por ejemplo, se ha hablado del caso de una señorita, procedente de la familia de Altamira, y que está sirviendo, como camarera, en el hotel Ritz. Con tal motivo, hízose memoria de la grandeza de los Sessas, de lo que atesoraba aquel palacio, del caudal que representaban sólo los documentos de su archivo, que competía con el de la Casa Real, y acaso encerraba curiosidades mayores. Fortunas cuantiosas se labraron con los despojos de Sessa, mientras, entre el descuido y la prodigalidad, la casa se arruinaba, caía para no volver a levantarse. Cuando así ocurre, bien puede afirmarse que las nueve décimas partes del botín salen fuera de España, y no son sólo unos señores aristócratas, sino la patria entera, la que sufre mengua en sus intereses.

España ha sido en esto tan rica, que aun después de todos los atentados que en ella se han cometido —el brutal de la desamortización y exclaustración, en la forma en que se realizó, las incautaciones revolucionarias, los derribos de conventos e iglesias que eran primores de arquitectura, y tantos actos de vandalismo que pudieran citarse, sin hablar de las guerras civiles, de los disturbios y sediciones, por ahora cerradas con la semana trágica de Barcelona, con sus formas de incendio y destrucción,—a pesar, en fin, de la continua corriente que arrebata al extranjero nuestras joyas más preciosas, queda aún tanto y tanto de valor artístico que ninguna nación nos supera en esto. En el pueblo más olvidado; en el último rincón español, hallaréis algo digno de admirarse. Hace dos o tres años se celebró en Santiago de Compostela una Exposición de arte retrospectivo. Apenas me daba yo cuenta, a pesar de haber nacido en el país, de cómo pudieron reunirse tan fácilmente y en tanto número, objetos auténticos de tal valía. Hasta en pintura, arte del cual suponíamos que existían escasas muestras en la región, apareciéronse hermosos ejemplares. Pero, sobre todo, en plata labrada, fué deslumbrante la Exposición. Cruces, cálices, patenas, porta paces, custodias, viriles, copones, arcas, urnas, se mostraron en tanto número, que el problema era colocarlos. Y abundaron también los trabajos en piedra, mármol, marfil y bronce, efigies, aras, vasos, columnas, lápidas, capiteles. Los que recordábamos otra Exposición de arte retrospectivo, la del Centenario de Colón, nos explicábamos mejor el fenómeno de aquel tesoro de los gnomos saliendo de tierra, surgiendo de las parroquias olvidadas, de las montañas pobres.

Algunos españoles han tratado también de conservar a España su herencia artística, y, en vez de vender a extranjeros, han recogido y coleccionado aquí; varios, aunque seguramente pocos, han legado a Museos españoles objetos de gran mérito, y en primer término debemos recordar a la duquesa de Villahermosa, que ha legado al Museo de Madrid el magnífico retrato del Golilla; otros como el marqués de la Vega Inclán, del cual tendré ocasión de volver a hablar, han salvado con piadoso respeto las reliquias del genio, y le han consagrado ese culto que los pueblos que se aman a sí mismos, con bien entendido amor, profesan a sus grandes hombres; pero han estado en mayoría los vándalos, y el vandalismo no muere, sino que basta se reencarna en la política, con la consigna de quemar retablos, destrozar cuadros de primitivos, y desmoronar iglesias. Y éste me parece el delito mayor de cuantos se pueden cometer. Malo es asesinar, pero la vida humana tiene, seguramente, menos valor que la obra de arte. La vida humana retoñece, se transmite, retoña, pulula sobre el planeta; y Napoleón, con su sentido estricto de las realidades, decía a los que le acusaban de derrochar sangre en las batallas, que esa sangre se la devolvía una noche de París. Pero cuando las manos que crearon el arte se han deshecho en ceniza; cuando las épocas que dejaron tras de sí determinada forma de belleza se han desvanecido para siempre, destruir lo que no hay medio humano de reparar, destruir sin remedio, es el supremo crimen, y debiera existir en los Códigos pena especial para él.

Volviendo a los anticuarios, que ahora se encuentran en plena *season*, atendiendo a sus clientes de extranjis, diré que, se les oyen tristes quejas fundadas en la decadencia del oficio. Han pasado los días en que con «salir a los pueblos,» tal era la consagrada frase, traían abundante cosecha de trapos, lienzos arrollados, marcos de riquísima talla, típticos, tablas de primitivos, lámparas de plata y frontales de guadamací. Hoy sólo queda agotada la mina, escorias, basura, según ellos mismos exclaman desdeñosamente. Lo que antes no se consideraba digno de interés ahora se estima, ha adquirido precio. Las sillas, los canapés, los relojes y los candelabros Imperio, en otro tiempo desdeñados, se pagan ya mucho, y empieza a cotizarse un estilo de mal gusto, pesado y burgués, que en España se llama de Cristina, y en Francia de Luis Felipe. Antaño, los abanicos de Isabel II no valían nada. A precio ínfimo se encontraban en todas partes. Han pegado el salto; cuestan tres o cuatro veces más, y las damas se dignan usarlos, cosa que evitaban antes, porque los encontraban pesados, de forma basta, de paisaje ordinario, de un papel que cruje, y chirrianties al cerrarse y abrirse. Desde que la infanta Isabel ha ido a la Argentina, piden de allí las damas abanicos españoles, y como los de otras épocas escasean, ¡con los isabelinos los que hacen el gasto.

Así y todo, los extranjeros se agolpan en las tiendas de los chamarileros; y como los inteligentes, en cualquier ramo que sea, nunca abundan, es seguro que estos turistas se llevarán en la maleta bastantes falsificaciones que les parecerán maravillas allí en su tierra. He conocido yo a una inglesa, mujer por cierto muy ilustrada, muy conocedora de las antigüedades españolas, y que, sin embargo, compró de buena fe dos sillones completamente falsos. Quería deshacer el trato, pero no hubo medio: no cabía demostrar que el prendero le hubiese dicho que los sillones fuesen de tal o cual época; tanto peor para ella, si se había forjado la ilusión de que eran del tiempo de Lain Calvo y Nuño Rasura. Sin ser yo muy entendida, vi que eran modernos, y se lo dije desde el primer instante; como tuve la suerte de acertar, creyó en mi competencia, que no existía, y me hacía acompañarla a las tiendas, a pesar de mis continuas protestas de que no me sentía capaz de evitarla otro error como el primero. Hay, en efecto, objetos que no puedo afirmar nunca que sean ni verdaderos ni falsos; entre ellos, citaré los hierros forjados. La puerta principal de las Torres de Meirás, está claveteada de grandes clavos de hierro, de la más elegante forma. Parte de ellos son absolutamente auténticos, adquiridos en Avila; y los restantes, han sido labrados, según el modelo antiguo, por un herrero del país. Y a mí, que lo sé, me cuesta trabajo distinguir los verdaderos de los falsos, es decir, de los nuevos; porque, en realidad, si la materia es la misma, si el trabajo es idéntico, y si hasta el alma del artífice campesino es tal vez un alma más bien del siglo XVI que del XX, yo me pregunto ¿en dónde está la superchería?

En otros objetos, en cambio, mi vista, más que mi inteligencia, reconoce lo moderno a las primeras de cambio, y hasta siente como una molestia, una decepción, algo penoso. Las falsificaciones de porcelanas, países de abanico, tallas, muebles, por muy bien hechas que estén, no pueden engañar.

Hay otro aspecto de este comercio, que es sumamente entretenido, y pudiera serlo mucho más, si los prenderos, en momentos de expansión, se decidiesen a contar la historia de lo que venden. ¡Cuántas veces esa historia será un drama! ¡Qué de psicología en un retrato vendido, en un mueble del cual se desprendieron con lágrimas en los ojos!

Hasta lo maravilloso y lo fantástico pudieran encontrarse detrás de un cuadro, de una joya. Por casualidad me enteré de las vicisitudes de una sortija que representaba una enroscada sierpe, en cuya cabeza brillaba una esmeralda. No era la necesidad lo que había obligado a su dueño a desprenderse de la alhaja. Era la convicción, probablemente supersticiosa, pero no por eso menos honda, de que llevaba la desgracia y la muerte aquella sortija, más bien vulgar. Una señorita la regaló a su prometido; a los dos días, el joven murió en una cacería, descargándosele la escopeta en el vientre. Su hermano quiso conservar como recuerdo la sortija; apenas la hubo cefiido al dedo, enfermó de paludismo, y no curó hasta quitarse la sortija misteriosa. Un amigo, viéndose de la aprensión, le cambió la sortija por un par de gemelos, y la usó con jactancia: a los tres días, al bajarse del tranvía, se rompió una pierna, y cojo quedó para siempre. Durante su enfermedad, un criado robó la fatal sortija: se la regaló a su querida: apenas ésta se la puso, y la lució en la calle, un antiguo novio la mató de una puñalada. Así, de desastre en desastre, la sortija paró en la casa de empeños... Y tú, lector, no crees en estas cosas, ¿verdad? Pero apuesto doble contra sencillo que, ya enterado, no compras la sortija... aunque te la den en cincuenta céntimos.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Madrid.—Reunión de distinguidas personalidades en una de las secciones del Congreso de los Diputados para tratar de la campaña en pro del ingreso de la eximia escritora la condesa de Pardo Bazán en Real Academia Española.
(De fotografía de nuestro reportero J. Vidal."
1914, n.° 1.697, p. 451.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si hablase en estos momentos de la verdadera actualidad, hablaría de mí misma; tanto estoy sobre el tapete, con motivo de la cuestión académica. Pero como no puedo menos de respetar convencionalismos universales, me dejo aparte, y paso a otras cosas no menos del momento, como es, por ejemplo, esta jura de la bandera que tiende a adquirir carácter de mayor solemnidad nacional. El que debía tener, y que hasta ahora no había tenido.

Pocas personas ignorarán lo que sobre este punto se ha escrito estos días en *El Imparcial*, primero por el ilustre Mariano de Cavia, y luego por otras plumas. Lo que se ha discutido es mucho más aun: hay varias opiniones, y esto es malo, porque, en tales respectos, es preferible un error en que todos coincidan, a un acierto parcial. Lo que deseábamos Mariano de Cavia, la marquesa de Squilache, yo—en suma, cuantos hemos emitido nuestro voto,—era sencillamente que las mujeres saludasen a la bandera, como la saludan los hombres, aunque difiriendo en que los hombres, al descubrirse la cabeza, hacen ya la mayor demostración de respeto, y a la vez la más sencilla.

Para las mujeres, se hablaba de «reverencias.» Pero la mujer del pueblo, de reverencias, poco sabe; y diré más: la inmensa mayoría de las mujeres, a cualquier clase social que pertenezcan, no habrá hecho una reverencia en su vida. Además, no entiendo cómo se puede hacer una reverencia, ni cómo se entera nadie que tal demostración se hace, cuando no nos rodea y cohibe los movimientos enorme gentío. Las reverencias lucen en los salones, y en la calle se despegan materialmente y, entre una muchedumbre, no hay modo de perfilarlas. El caso es que saluden a la bandera no sólo las señoras de alto copete, sino todas cuantas mujeres la vean pasar. Por eso la reverencia no nos satisface a los que anhelamos que la bandera sea saludada, con cariño, con efusión, como cosa que es nuestra y de la cual somos.

El beso es la única forma visible, en las grandes aglomeraciones de gente. Claro es que este beso se envía con la mano, y por lo mismo, haciendo alzar el brazo; y tal gesto, si se practicase con cierta unanimidad, ofrecería un aspecto entusiasta. Alguien proponía llevarse la mano al corazón; lo cual, entre el gentío, tampoco se ve. Otros abogaban por una inclinación de cabeza; tampoco resalta ni se nota, a no hacerse a una voz de mando. He aquí por qué el tan comentado beso es lo único aceptable, a no substituirlo la aclamación (que también tiene sus dificultades, como lo tiene todo en este mundo).

Lo repito, sólo se trata de crear la costumbre de que, al paso de la bandera, no se quede la gente tan fresca, como si pasase un carro cargado de hortaliza. Es indudable que existen en el alma los sentimientos que el saludo representa, pero en exteriorizarlos está el quid. Y en no exteriorizarlos estaría el nimible indeferentismo, el triste estancamiento de las ideas más vitales.

Si no acertásemos en el medio los que queremos que se salude a la bandera con todo el entusiasmo que el caso requiere, vengan otros y sugieran mejores soluciones; el caso es establecer el saludo, formar la bella costumbre, y que entre a constituir un momento de nuestra vida diaria. Al ver pasar la bandera, si la calle estuviese despejada de gentío, párese cada cual con respeto y envíele su saludo en la forma que a cada cual le salga del corazón.

***

No se trata de discutir con higienistas y médicos, señores de toda mi consideración, cuyas indicaciones pongo sobre mi cabeza. Nos dicen que no debemos probar el aristocrático molusco porque en él se encierra un bacilo funesto, engendrador de la fiebre; y yo lo creo a puño cerrado, y doy por cierto que conviene abstenerse de ostras..., pero, me apresuro a añadir: de ostras *nature*, servidas como las guisa el mar salado y el vivero-cloaca, pues hemos averiguado que las ostras engordan con lo más..., ¿cómo diremos?, ¿lo más desechable?

En todos los artículos que sobre este punto de actualidad he leído, falta la aclaración: la ostra prohibida, es la ostra cruda.

Yo confieso que me causa pena la proscripción de la ostra. ¡Mi tierra las produce tan sabrosas, tan frescas y vivas, tan bonitas, cuando aparecen en la mesa rodeadas de gajos o ruedecillas del oro pálido, ácido, meridional, del limón! Mas apetecibles aun, si, sacándolas de una cesta de mimbre, la ostrera de Puente Sampayo las abre a vuestra vista con su mellado cuchillo, y, entre el agua salobre que se rezuma, las veis latir bajo la mordedura del limón, sobre la fuente de tosca loza valenciana o trianera. Al borde de la ría de Pasajes, os las han servido también traídas del vivero, y cuesta trabajo persuadirse de que ese pedazo de marea que os presentan, sea vehículo de una enfermedad mortal y horrible..

También lo es el agua que bebéis, a menos que se adopte la precaución de hervirla. No rechacemos la ostra, que puede comerse de tantos modos, porque uno de ellos encierra peligro.

Es una industria importante la que se arruina con el estigma que cae sobre la ostra. No importan, ante la higiene pública, los intereses particulares; veamos si hay medio de conciliarlos.

Sin negar todo lo que tengan de aperitivas (hace pocos años se decía de sanas y nutritivas) las ostras *nature*, palpitantes sobre su concha, adheridas a ella hasta que el tridente de plata las separa cruelmente, tampoco es dudoso que la cocina extranjera y nacional las pueda aderezar con gracia.

***

En otro tiempo, el escabeche de ostras, caro a Carlos V (caro en dos sentidos, porque le agradaba y porque le dañó), era plato muy corriente. No le hizo al emperador más mal que otras curiosidades y regalos de la mesa; no vaya a creerse que también la infección intestinal que le llevó al sepulcro, y que se debió a la imposibilidad de masticar los alimentos, por la forma especial de su mandíbula y caja dentaria, fuese achacable en particular a las ostras. Para escabechar la ostra, lo mismo que los demás pescados y mariscos, hay que freirla primero, y ya con la sartén pierde la malicia; y si no bastase, el vinagre, el laurel, la pimienta y demás ingredientes, son desinfectantes y microbicidas.

Pero o mucho me engaño, o desde la época de aquellos clásicos barriles que los maragatos traían de los puertos de mi tierra a Madrid, la afición al escabeche de ostras ha disminuido, y en cambio, otras preparaciones del molusco han ido poniéndose de moda. Una, sobre todo, supera a cuantas maneras de acomodar la ostra puedan existir, y, pareciendo complicada, es en realidad sencilla. En todas las pastelerías puede encargarse la masa, hojaldrada de pastel, del tamaño que se quiera. Todo el mundo sabe hacer una salsa bechamela, llamada así porque la inventó aquel perfecto *snob* de marqués de Béchamel, que agradecía que le diesen puntillones, cuando se los daba una persona elevadísima. Hecha la salsa, se le incorporan las ostras, cinco docenas para cada cuartillo de leche que entre en la bechamela. Estas ostras, antes de incorporarlas, han ido a la sartén breves momentos, a rehogar con manteca y un picadillo finísimo de cebolla, teniendo cuidado de que no se endurezcan, en lo cual está el intríngulis. Mezcladas con la salsa, se sigue revolviendo, al fuego, unos seis minutos, se rellena con la mezcla el pastel o los pastelillos (las delicadas *bouchles à la Reine*) y se ponen en el horno a calentar, no sirviendo hasta que sude bien la masa, porque un pastel tibio, es aborrecible.

Este relleno tiene sus partidarios y apasionados; pero si en vez de la bechamela se condimentan las ostras (después de fritas, sin endurecerse), con vino blanco, pimienta, la manteca en que se frieron y un espeso de harina..., hay quien afirma que supera todas las recetas ésta tan vulgar, pero con cierto saborete español muy gustoso.

Los pasteles y pastelillos, los buñuelos de ostras, son cosa fina; pero nadie ignora que la ostra puede servirse asada, cocida, frita, rebozada, guisada; que puede hacerse con ella sopa, o mejor dicho, sopas distintas, cuyo único defecto es lo caras que salen; y para no citar sino cinco o seis platos, recordaré las ostras en concha de peregrino, la col rellena de ostras, el pavo relleno de ostras también, pero con muy diferente fórmula, la tortilla de ostras, el timbal de ostras y macarrones, que bien hecho es digno de Lúculo, y la perdiz con ostras, fórmula sabrosísima de la cocina nacional, cuya receta no se encuentra en ninguno de los noventa y siete tratados de cocina que poseo; ni en los arcaicos, ni en los modernistas. He oído repetir que debe prohibirse la venta de ostras. Reflexionen antes de hacerlo: más valdría repartir un folletito con las cincuenta maneras de componer las ostras.

Y, al mismo tiempo, pudiera votarse a la execración pública a aquel ciudadano romano a quien Plinio consagró frases de reconocimiento, por haber tenido la idea de poner en parque o vivero las ostras, a fin de engordarlas y corregir la aspereza que el agua viva del mar les comunica. Si las ostras no estuviesen sometidas a esa especie de estabulación, no contendrían gérmenes nocivos. Sin duda el tal ciudadano, llamado Sergio Orata, que era rico, aficionado a recibir y agasajar a sus amigos, y que vivía en la deliciosa ribera de Baia, entendía como muchos epicúreos de su tiempo, que un goce no cuesta caro, aunque cueste la vida. O será lo más cierto que, por entonces, nadie sospechaba de las ostras ni sabía que, perfectamente cuidadas y cebadas, encerrasen otro veneno que el de excitar demasiado a la gula, pues los ostrófagos romanos se zampaban de un tirón hasta mil, ¡y si les parecía poco, y ansiaban más, usaban la pluma de pavo real empapada en aceite, para desalojar excesos y hacer hueco en el estómago!

Y he aquí una injusticia de la suerte. No sabemos que Apicio, Lúculo, Sergio Orata ni Vitelio, patrón, abogado y emperador de la glotonería, se hayan muerto de tifus. Hoy, con ingerir la vigésima parte de lo que estos personajes (históricos por diferentes conceptos), se tomaban a guisa de vermut, o, diríamos en mejor castellano, para hacer boca, es bastante para que aparezcan las inquietadoras décimas, y luego las altas temperaturas, y en pos los restantes síntomas de esas infecciones que tan tremendo desenlace auguran...

***

¿Es realmente culpable la ostra de lo que se le achaca? ¿Es cierto que no sólo contiene el microbio del tifus, sino que puede determinar también otro contagio, la tisis pestilente de la ostra, diagnosticada por sabios doctores? ¿Qué de precipicios y cuánto de trágico en una conchilla del mar, donde no hay nada venenoso, según se ha creído siempre, hasta que la ciencia nos robó esta ilusión, lo mismo que otras muchas!

¡Y haber coincidido el descrédito de la ostra con la Cuaresma!

No hay remedio sino atenerse al fogón, al horno, a la salteadora, al puchero; someter a la acción benéfica del fuego, que todo lo purifica, ese manjar antes tan divinamente preparado por la naturaleza, y que gozaba de la mejor fama para sostener a enfermos y convalecientes. La serie de operaciones químicas que llamamos cocina, puede solucionar el conflicto. salvar la industria ostrera, amenazada y herida. Tomad las mismas ostras que ibais a ingerir crudas, lavadlas bien, con la misma agua que sueltan, para que no lleven esquirlas de la concha diantre ¡la apendicitis!; cocedlas luego—todo esto, en viernes—en rino blanco y caldo de pescado; y cuando el líquido haya reducido como una tercera parte, batid, para seis docenas de ostras, cuatro yemas de huevo, e incorporadlas a la salsa, moviendo siempre. Coladlo, volvedlo a la lumbre para que se caliente bien, añadid las ostras ya en trozos, y servid, sazonado con pimienta, muy poca sal, sospecha de vinagre...—Cuando termino de transcribir esta fórmula, de una salsa exquisita, he aquí que se me ocurre... ¡No se gana para sustos, desde que sabemos tanto! Se me ocurre que no estamos enteramente seguros de que el fácilo muera a los 100 grados de temperatura...

Es decir, quien no está segura de tal particularidad soy yo. Digan los doctores su opinión, para que las ostras sean definitivamente condenadas o redimidas.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguien me preguntaba, en charla caprichosa, por la variedad de asuntos, qué causa pudiera señalarse que explicase la afición vivísima que se está desarrollando por las novelas policíacas, de crímenes y apachismo.

Que tal moda existe, no puede negarse; esta clase de novela corre y cunde que es una bendición, y no contenta con invadir los cajones de las mesas de noche, se ha corrido a los escenarios, donde logran triunfos de taquilla obras como *Rosseles* y *El misterio del cuarto amarillo*, que pronto veremos en el Teatro de la Princesa, con todos los honores.

Después de la exactitud achatada que predominó en la época del naturalismo de escuela, tenía que venir este desenfreno inventivo, esta nueva forma de los viejos relatos espeluznantes de la novelista inglesa Ana Radcliffe, autora de *Los misterios del castillo de Udolfo* y de los *Penitentes negros*, si la memoria no me es infiel. Tenía que reencarnarse la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*. No es que en la misma obra del pontífice del naturalismo, de Emilio Zolá, falte algún libro en que se estudia el crimen, por cierto con la desanimadora conclusión de que todos suelen quedar impunes: así sucede en *La bestia humana*, donde el asesinato cometido en el tren, lo mismo que los envenenamientos, y otro asesinato de la heroína, apuñalada por su amante en un acceso de epilepsia impulsiva, no traen consecuencias para los autores. Y yo debo decir que, aparte de la opinión que se forme del mérito del libro, no deja de ser cierto que pocos crímenes se ponen enteramente en claro y son castigados eficazmente por la justicia humana. En mi memoria conservo un sin número de casos, y, en algunos, parte de público sabía perfectamente sobre quién debiera recaer la responsabilidad: pero también era general convicción que todo concurría a envolver en tinieblas los hechos, y poco a poco, la opinión iba extraviándose. A veces, en estos casos, se siente indignación profunda; otras, suponemos que, pues así está organizada la sociedad, es evidente que no puede estarlo de otro modo, especialmente cuando las tendencias jurídicas van hacia la lenidad a agigantados pasos. Por eso la nueva literatura policíaca y criminal denuncia un estado de conciencia asaz alarmante. El criminal se convierte en héroe.

El que los crímenes no se descubran, puede consistir en la falta de habilidad de los llamados a esclarecerlos. Que a menudo adolecen las investigaciones de torpeza, lo sabemos de sobra. Cansados estamos de oír repetir, cuando se habla de algún crimen envuelto en sombras y dudas: «Si estoy yo allí en los primeros momentos, algo hubiese rastreado.» ¡Los primeros momentos! Son la clave de todo, para quien posea un adarme de inteligencia analítica... Sucede con los primeros momentos en un crimen, como con los primeros de la pérdida de un objeto precioso: si alguien que no sea listo busca primero, y revuelve, y quita de su sitio las cosas, nunca aparecerá lo perdido.

Sobre esta idea de que para descubrir un crimen hace falta, no sólo mucha actividad, sino gran reflexión y penetración, están basadas las actuales novelas policíacas, y se ha creado, al lado del héroe criminal, el tipo del *detective*, casi tan interesante, a veces más, y que necesariamente ha de ser un hombre de talento, de astucia, de combinaciones y resortes inagotables. En esta lucha entre el bien y el mal, entre Arimanes y Ormuz, el detective representa la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas. El detective, además, se aprovecha, lo mismo que el criminal, de los adelantos de la ciencia, de las inducciones de la psicología, de los datos de la antropología, y de las finezas y delicadezas del arte. Son dos sabios especialistas que luchan, envueltos en su arnés de guerra, y mientras los demás mortales no sospechan su combate cuerpo a cuerpo, pasan por entre la multitud, el uno para defender a la sociedad, el otro para reírse de defensas y baluartes, aventurero osado, que, en medio de la extrema civilización, reproduce las hazañas realizadas por sus congéneres, en épocas acaso menos propicias.

En los tiempos medioevales, el aventurero buscaba gloria, reinos lejanos; era Roger de Flor, Guido de Lusignan, y cuando la literatura idealizaba el tipo, era Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Felixmarte de Hircania, el caballero andante, lleno de temprano romanticismo, que soñaba, combatía, triunfaba, y ante quien se abrían las puertas de hierro, se rendían las torres guardadas por fieros jayanes, caían rendidos, vomitando fétido humo por las rojas golas, endriagos, vestiglos y quimeras, mientras eran partidos por la cintura disformes gigantes, redimidas princesas cautivas, desbaratados los planes de los malignos encantadores y, en suma, realizadas hazañas nunca vistas y sobrenaturales, sin más que un vigoroso brazo, un intrépido corazón, y una bien templada hoja. Sin duda se admirarán muchos de que encuentre analogías entre los antiguos caballeros andantes y los detectives y apaches de hoy; y sin embargo, deducido cuanto haya que deducir, admitida la diferencia de tiempos, ideales y sociedades, las analogías persisten, y las novelas policíacas son una nueva forma de los libros de caballerías que a don Quijote le sorbieron el seso. Se me dirá que los héroes de las novelas policíacas son todo, menos caballeros, menos paladines. No lo son ciertamente al modo de los Amadises, pero algo y aun algos han influido los Amadises en la creación de la figura del bandido generoso, que empieza en Hernani y acaba en el Viriato. Y en cuanto a los detectives, éstos, está a la vista, son completamente caballerescos, en su protección a los débiles, a las mujeres oprimidas, acusadas falsamente de delitos o crímenes que no cometieron. ¿Quién más enderezador de entuertos y más defensor de Princesas Micomiconas que Sherlock Holmes?

Lo que esto significa, bien mirado, es que la naturaleza humana ha tenido siempre iguales exigencias, iguales antojos; que place a la mayoría de la gente, no sólo el relato de extraordinarios e inverosímiles sucesos, no sólo el interés suspenso y espoleado sin cesar, como en los folletines, sino la empresa generosa contra el mal, la lid en que al cabo, el bien lleva la mejor parte. Y como quiera que hoy, en nuestra organización presente, todo está regularizado y previsto, todo marcha por cauces legales, monótonos, excepto la pasión, el delito y el crimen; como hasta las formas idealistas políticas, antaño meramente revolucionarias, hoy son tendentes a las formas criminales que reseñó Lombroso, no hay que asombrarse si la novela cansada de contarnos la vida de un señor que detrás de un mostrador vende tejidos, o un empleado que se pasa el día en su oficina y por la tarde toma el fresco paseando—con otras humildes realidades que no rebasan de los límites de lo que cada cual ve a su alrededor,—va hacia lo extraordinario, hasta lo imposible, lo que por un momento, y en los dominios en gran parte inexplorados de la fantasía, ha de sustraernos a la vida diaria, a su insufrible normalidad...

Cuanto mejor lo examino, más cierto me parece que los héroes *buenos* de las actuales novelas policíacas, y aun de las antiguas y ya pasadas de moda (como por ejemplo *Los misterios de París*), tienen estrecha afinidad con los paladines, sin tacha y sin miedo. Como ellos, arrostran sin temblar los peligros espantosos; como ellos, tratan de romper la telaraña de las maquinaciones de los malvados; como ellos, salen bien de trances en que es increíble no dejar la piel; como ellos, el fuego no los quema, el agua no los ahoga, el puñal se rompe cuando va a herirlos, los abismos, después de tragarlos, los devuelven, y las más asombrosas transformaciones les permiten pasar por entre sus enemigos sin ser reconocidos ni sospechados... Todo esto significa que, en un momento dado, la gente se cansa de lo natural, siente nausea de la verdad severa y triste, prefiere sacudirla como un peso incómodo, y en alas de la curiosidad y de la emoción, quiere volar por los cielos pintorreados del disparate...

No afirmo que sea enteramente inventado todo lo que narran las novelas policíacas. Al contrario: tiene su fundamento. A la relajación de los lazos morales, a la desencadenada furia de los apetitos y concupiscencias, a todos los conflictos del alma moderna, ya abandonada al escepticismo en todos los órdenes, ha correspondido el empuje del crimen, y sus formas nuevas, y su aterradora vigorización. Cultivada la inteligencia para el mal, el mal tiene que ser su fruto; y cuanto más esmerado e intenso el cultivo, los frutos más varios, venenosos y embrujadores. No hay sino echar una ojeada a los crímenes recientes en Francia, para observar cómo se acusa en ellos este sello de novedad dramática, obligando a exclamar: «¡Si parece un folletín!» Ahí está el famosísimo y al principio inexplicable de la calle de Ordener; los robos incomprensibles realizados por personas de alta posición, en circunstancias especialmente novelescas; ahí está esa obsesionante historia de Enriqueta Martí, fermentada en corrupciones; historia que, parece rodearse, de más espesas sombras, de misterio más impenetrable, cuanto más se habla y escribe de ella. No cabe duda; lo mismo los criminales que los policías, encuentran hoy, para su combate secreto y subterráneo, poderosos elementos auxiliares en los adelantos prácticos de la ciencia, y los aprovechan como aprovecha un general las armas nuevas, los últimos explosivos, las conquistas de la aerostación. ¿Qué otra cosa sino una guerra es lo que la policía riñe con las huestes, cada día mejor organizadas, del crimen? Hasta las ideas políticas han venido a influir en esta organización temible de los malhechores. Lo cual no es completamente una novedad: en todo tiempo, las vicisitudes de la política han impreso su huella en la criminalidad, ejercitada en gavillas, o por medio de asociaciones con jefes reconocidos, y subordinados que llegan hasta el fanatismo en su obediencia. De esto pudieran citarse innumerables ejemplos históricos, desde los *talentadores* del Mediodía, en el período revolucionario francés, y la Mafia y la Camorra sicilianas, hasta los nihilistas rusos y los carbonarios románticos, cuyo santo patrono es Orsini. Sin duda existe una escala de matices y grados entre el criminal político descrito y estudiado por Lombroso, y el apache parisiense; pero todo crimen es un crimen, y atenta a los cimientos de la sociedad; todos tiene que perseguirlos la policía con igual empeño. De aquí el extraordinario incremento de esta institución, el carácter cada vez más científico de que se reviste, la labor que realiza, unas veces con inteligencia y fortuna, otras con cierto descuido, sería ocioso negarlo... y, sí no fuera curioso: al lado de la policía oficialmente constituída, empieza a alzarse otra, espontánea, la del público, que se aficiona, como a la caza, a estas investigaciones. En primera línea, los periodistas, ávidos de noticias, deseosos de servir al lector manjares que despierten su apetito. Un periodista puede ser para la policía buen auxiliar. No sólo es un auxiliar hasta cierto punto desinteresado, sino lleno de amor propio y de anhelo de acertar y rasgar los velos y encontrar el fondo de los hechos. En todo periodista hay lastre de literatura; raro será el que no haya probado sus fuerzas en novela o drama. Así pueden fácilmente ver en los hechos esas conexiones de la fantasía que son reales o pueden serlo; esas explicaciones que a veces no encuentran los que pertenecen a un oficio, a una profesión, y se encierran en su rutina. No negaré que pueda también inducir a error el considerar las cosas desde un punto de vista demasiado novelesco; pero tampoco es modo de acertar mirarlas con profesional tedio y desgana, admitir por pereza cualquier explicación, y no apreciar, en los diversos casos, los antecedentes que los prepararon y los diferencian...

Yo he oído decir—siempre hay quien acuse a las letras con fruición—que en el desarrollo creciente de la criminalidad organizada y osada, que levanta la cabeza en los grandes centros, corresponde no escasa parte de culpa a esas novelas donde, en vez del caballero andante, surge la figura complicada y resbaladiza de Sherlock Holmes, defensor de los inocentes, descubridor de los culpados, por mucho que se escondan y multipliquen sus disfraces y transformaciones; a esas novelas ya predilectas del público en Francia, en Inglaterra, en Alemania. Discutamos a las novelas o a sus autores, ya que no han creado el estado de cosas, y son, al contrario, fruto de él. El ejército del crimen da cada día más que hacer, y, por consiguiente, que hablar. A la vista tengo los diarios de hoy: hablan de los crímenes cometidos por la banda a que pertenecía el anarquista y apache Carouy, mezclado en lo de la calle de Ordener, y que no había medio de capturar. Al fin, le divisaron cruzando, como un verdadero *Fantomas*, en bicicleta, con el pelo teñido y afeitada la barba, riéndose de la policía. Se le dió una batida en regla, disfrazándose a su vez, siempre como en las novelas, polizontes y detectives. La escena del arresto del bandido, es un capítulo que no dejarán perder los escritores que cultivan el género.

¿Por qué culpar a la literatura? Habría que repetir, por centésima vez, que una novela es un espejo paseado a lo largo del camino, y no es culpa del que lo lleva en la mano lo que en la brillante luna se refleja...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En el naufragio espantoso del *Titanic* se ha verificado lo contrario que en la catástrofe del Bazar de la Caridad, en París, hace algunos años. En esta última, la mayoría de las infelices víctimas fueron mujeres. En el enorme navío, las mujeres y los niños fueron los primeros salvados.

En París, no existiendo una autoridad que pudiese enfrenar el instinto egoísta del varón, éste—perteneciente sin embargo a las clases elevadas de la sociedad, que deben ser más cultas moral y materialmente—se lanzó a buscar una salida, para no ser pasto de las llamas, y la buscó atropellando y pisoteando cuerpos femeniles, abusando de su fuerza para adelantarse a las que corrían espantadas, como rebaño que se agolpa, y eran arrojadas al suelo sin compasión.

Y la reprobación fué universal, cuando se averiguó el hecho. Era, se decía, señal clara del escaso valor moral de las generaciones contemporáneas: era síntoma del desenfreno de los instintos bajos, ya no reprimidos por el sentimiento del honor y por los dictados severos de la conciencia. Hoy, al poder observarse, en el caso del *Titanic*, el fenómeno contrario, el sacrificio personal en aras del deber, ¿supondremos un cambio favorable del nivel moral del siglo? A mi parecer, no. Los que en el Bazar de la Caridad se portaron como bandidos, en el barco no hubiesen tenido más remedio que portarse como héroes, porque el capitán y los oficiales los amenazaban con sus revólveres, y llegado el caso, hicieron uso de ellos. Cuatro italianos, nos refiere la prensa, fueron muertos a tiros por querer lanzarse antes que nadie y fuera de su turno a los botes de salvamento.

La autoridad es necesaria, y la fuerza es lo único que resuelve ciertos conflictos... He aquí la moraleja que se desprende de la terrible tragedia, tal cual la relatan los diarios.

Pero añadamos también que la autoridad, para imponerse, necesita a su vez del prestigio moral. Si el capitán del *Titanic* no fuese hombre capaz de morir como murió, en su puesto y en el cumplimiento de su obligación si todos no creyesen que así sería, el revólver no le hubiese bastado para poner orden. Un revólver es una conciencia: y si no es eso, no es nada; es un arma como otra cualquiera, y una mano fuerte la inutiliza, torciendo la muñeca del que lo empuña. No fué el revólver, fué el sentimiento de la ley, de la razón, de la dignidad humana, lo que auxilió a ese capitán en la difícil tarea de contener al ciego miedo y al instinto de conservación desatado, en las horas críticas de las horribles tragedias...

Y sin embargo, hubo en esta pérdida del barco más enorme y más suntuoso del mundo algo de que es preciso acutar a quienes pudieron evitarlo y no lo hicieron. En el buque faltaban canoas de salvamento. Con suficientes canoas para todos, no se hubiese ahogado nadie. Esta es la grave responsabilidad de la Compañía, y más valiera que hubieseu tenido esos pasajeros canoas en buen número, que tanto jardín flotante, y tanto salón de esto y de aquello, y tantos refinamientos de todas clases para una travesía de seis días, en que realmente sólo hace falta seguridad, limpieza y un poco de esparcimiento, sin más requilorios.

Es muy frecuente este caso en el lujo moderno: a veces, entre los excesos de su exageración, se nota la falta de lo esencial. de lo necesario para la vida... De eso vemos ejemplos a cada instante. En los hoteles de primera, donde el boato no es menor que a bordo de los transatlánticos, se carece, por ejemplo, de seguridad; se leen a menudo relatos de las fazañas de esos ladrones especiales llamados *rats d'hotel*, que se introducen en las habitaciones y se llevan lo que pueden. Y más valdría saber que no hay temor a tal contingencia, que poseer suntuosas cortinas, muebles elegantísimos y una multitud de perendengues que no se necesitan para nada y sólo complacen en casa propia. Faltaron canoas a bordo del *Titanic*, y sobraron palmeras, flores, hielo, y otras inutilidades bonitas, destinadas a justificar el exorbitante precio del billete...

También, según noticias, le corresponde su parte de culpa al capitán. El rumbo de la nave desvió hacia el Norte. ¿Sería su objeto ganar velocidad? Porque este pugilato de rapidez en las travesías es fruto de las competencias entre las líneas, pero puede dar lugar a algo semejante a lo ocurrido ahora. Cuanto más se acercase al Norte el navío, mayor era el peligro de tropezar con los témpanos flotantes que, en esta estación, van como blancas montañas, navegando y deshelándose según avanzan. El colosal *iceberg* se lanzó contra el titán de los mares, y los dos gigantes se embistieron... Pero el gigante ártico era más fuerte; la Naturaleza le había dado por arma su enorme peso, su volumen espantable. Apenas algunos fragmentos de hielo saltarían al mar, mientras el *Titanic*, herido en el flanco, debía agonizar horas, hasta sumergirse lentamente, á cuatro mil metros de profundidad, para dormir eterno sueño entre la calma profunda de la masa líquida que le sirve de lecho y de fosa...

En Madrid, al acercarse el verano, menudean las tentativas teatrales, las conferencias y las Exposiciones. De éstas, una muy interesante es la de las obras del eminente paisajista Beruete, muerto hace poco tiempo. Su viuda y su hijo, inconsolables, penetrados de piadoso culto a su memoria, se han apresurado a organizar la exhibición de su obra, que se realiza en los pabellones anexos al estudio del gran pintor Joaquín Sorolla, que está siendo visitada por todo Madrid, en este momento. La Exposición, que sólo estará abierta diez días, comprende 666 obras, que constituyen, nos dice el Catálogo, la tercera parte de la producción del artista.

Beruete, que era una conciencia pintando, ha roto e inutilizado muchos de sus paisajes, por entender que no estaban a la altura de lo que él soñaba, en su ansia de perfección al transcribir los aspectos de la Naturaleza.—Otros los ha vendido, o regalado. Yo poseo dos de lo mejor: uno de la primera manera, *La ribera de Vigo*, otro de la segunda, una vasta, majestuosa línea de cielo y horizonte. Con lo que se expone, sin embargo, ahora, se puede formar más exacto juicio del artista y de su evolución.

No ha afectado la evolución de Beruete a su sistema artístico, que es realista, sino a su factura, inspirada al principio en la de su maestro Haes, y después en la sencilla observación de lo visible y en su reproducción fidelísima. Cada paisaje de Beruete—paisaje rural o urbano—es un trozo de verdad, impecable. Si en algo ha ejercitado el autor la libertad de su fantasía, es en la elección de ese fragmento, en la cual suele guiarle un poético instinto de belleza. Nada falsea Beruete, pero elige, y nos presenta aspectos que provocan en nosotros la más honda emoción.

Hay otro motivo para ensalzar a Beruete, para atribuir a su labor toda la importancia de una revelación interesantísima. Es el cuidado con que se atiene a España, y la sensibilidad exquisita con que percibe sus diversísimos matices de originalidad y de hermosura propia. Queda todavía, después de la obra de Beruete, un inagotable tesoro desconocido que explotar en el paisaje de las regiones españolas; pero Beruete ha abierto el camino, y lo ha dejado tan expedito, que detrás de él irán sin obstáculos, en la dirección señalada, los regionalistas, descubridores de rincones donde la Naturaleza parece hablar ese lenguaje inefable que estremece el alma...

La larga labor de Beruete (interrumpida sólo por la muerte, en un cuadro que ha quedado sin terminar, pero que revela igual vigor y sentimiento de lo real que todos cuantos le precedieron), abarca a España entera. En Madrid, la Casa de Campo, los alrededores, varias veces y en distintos puntos; la Moncloa; las márgenes del Manzanares, caras a Goya; las grandes tamazones de los plátanos urbanos; el arroyo de Cantarranas; los pintorescos lavaderos; los pinos del Plantío de los Infantes, que son algo magnífico, de un color y una fuerza sorprendentes; las charcas que reflejan iriscándolas las coloraciones del cielo; la caída de la hoja; el aspecto invernal de los despojados árboles; las carretas castellanas, enormes, típicas—Beruete hubiese sido un gran *animalista*;—los cipreses de la Florida; el paisaje nevado en las cercanías de la capital; la Plaza de las Salesas, en un día de nieve; los desmontes; los eucaliptos; la casa de Goya; el Arroyo de la Bruja; los cementerios; el depósito de Aguas; los barrios olvidados; la característica Pradera de San Isidro; las sombrosidades de el Pardo; el camino de Fuencarral, por donde vienen a la urbe tantas hortalizas y tantos gentiles reba ños de cabras; la aridez amarilla de las tierras de laboreo; la Pradera del Corregidor; la perspectiva de Madrid desde la Fuente de la Teja; la iglesia de San Francisco, desde la ribera del Manzanares; las dehesas de la Villa; el alto de la célebre Cuesta de las perdices; los extraordinarios, bellísimos «Espinos en flor,» los puentes..., y tantas y tantas páginas sueltas del Calumniado, mal comprendido paisaje madrileño... ¿No es verdad que esta lista de las impresiones pictóricas de Beruete, parece evocar asuntos de tapices goyescos? Para Goya, también existían las perspectivas de Madrid; también la Sierra y el Manzanares, turbio de jabón, tuvo especial encanto. Pero Beruete, más severo que el Sordo, de quien era apasionado, no tomó el paisaje de Madrid por campo de su fantasía. Lo pintó estrictamente como lo vió; y, cuando surgieron ante sus ojos esos divinos almendros que son un ramillete temblante de primavera, o esos espinos que parecen nieve vivificada por el soplo de Flora, entonces la mayor magia de colorido y de sugestión brotó de esta pincel prendado del asunto.

Viajero incansable por España, a sus impresiones madrileñas unió las recogidas en las cumbres de la Cordillera Cantábrica, en las cercanías de Alsasua tan gayas y verdes, bajo la intensa luz de Mallorca, en sus costas, en las orillas del Eresma, en San Vicente de la Barquera, en Segovia, en Valsaín, en la Granja, en Cercedilla, en Lequeitio, en el Escorial, en Santander. Especial predilección consagró a Galicia y a Toledo. A Galicia pertenecen los estudios de la Ribera de Vigo, de sus mareas bajas, con la nota del verdor delicioso de las algas húmedas, en contraste con el negror de las peñas; de los mercados gallegos exuberantes de colorido, de las incomparables orillas del Avia, de Sada y sus contornos. A Toledo corresponde una parte muy considerable de la obra. Nunca se cansaba Beruete, atraído hacia Toledo por la riqueza de arte y de recuerdos que hacen tan notable a esta ciudad, de tomar apuntes de ella, de registrarla, de empaparse de su austera y original fisonomía. Así reprodujo reiteradamente las orillas del padre Tajo, el puente de Alcántara, el de San Martín, la vista de Toledo desde los Cigarrales, el célebre castillo de San Servando, los Cigarrales mismos, las huertas fértiles regadas por los cangilones de las norias, las ventas, los rodanderos, las torcidas calles, los baños de la Cava, la huerta del Cristo, y la espléndida perspectiva, tratada ya por el Greco, de la imperial ciudad vista desde la Virgen del Valle.

Otros lugares de predilección fueron, para Beruete, Granada, Ronda, Gibraltar, Segovia, Sigüenza, y sobre todo Avila, que retrató en su panorama austero, en sus huertas, en sus murallas rudas y dramáticas, en sus agostadas eras, en su traza castellana cerrada, firme, con vistas al cielo. Pero la mayor novedad de los estudios de Beruete, fué la inexplorada Cuenca. En esta ciudad y sus cercanías encontró algunas de las cosas mejores que produjo. Como sabemos de sobra que no mentía Beruete, que ni siquiera exageraba, nos detenemos entusiasmados ante el bello fragmento de las murallas de Cuenca—una orgía de color ardiente, meridional, que me recordó la soberbia entonación de Orihuela, vista en un día cálido y tempestuoso.—Cuando se tiene la sinceridad genuina y noble de Beruete, se descubren tierras por nadie sospechadas antes; y en cambio, rara vez asoman, en la obra de Beruete, preferencias hacia los lugares ya demasiado conocidos del público, demasiado admirados por los turistas. Se diría que repugna a su espíritu la explotación del sitio ya famoso, la reedición centésima del canal de Venecia a la luz de la luna, o de la reja enramada, o de los jardines muertos, de aristocrática melancolía. Si alguien repugnó la mezcla del elemento literario con el puramente artístico, fué sin duda Beruete. No quiso poner, en sus paisajes, idea alguna. La vista. el color, la línea, la luz. Habrá que pensar..., pero, ante todo, hay que mirar y reproducir.

Y es un grande, un glorioso artista el que se nos aparece, en su plenitud de fuerza, en la Exposición a que vengo refiriéndome. La realidad palpita en esos lienzos que anima, infatigable, un aliento de amor a lo que es, a la sencillez sublime de lo natural. El arte no necesita más que eso: puede, sin embargo, y hasta debe (si el artista, al hacerlo, obedece a su temperamento, a su sensibilidad especial) salirse de lo real estricto, dar alas a su imaginación, idealizar: pero siempre será esto peligroso en pintura, forma del arte que exige lo concreto, y que de la verdad ha sacado sus mejores triunfos,—porque aun los pintores como el Greco y como Goya, de lo real extrajeron la substancia de sus sueños y de sus simbolismos...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Exposición de Pintura del *Centro Gallego*, inaugurada ayer con asistencia de los Reyes, y muy lucida, mucho más de lo que pudiera presumirse, dada la común idea de que en Galicia no existen pintores, ha traído a mi memoria (al exponer sus obras), al malogrado pintor Joaquín Vaamonde, que tantas esperanzas hizo concebir, y que, a vivir algo más de la breve edad que le permitió su destino, hubiese contribuído no poco a demostrar que en su tierra pueden nacer artistas, y artistas que no respondan al concepto común que de su tierra ha solido formarse (hoy este concepto empieza a cambiar).

Creíase, en efecto, antaño, que fuese Galicia una comarca donde lo tosco, lo grosero y lo zafio tenían su asiento. Un gallego era un hombre de fuerza bruta, cargado con la cuba o el baúl; era el cántabro de enorme pie, de ancha cintura, de grueso cogote... Y he aquí que, cuando nadie pensaba en un procedimiento de arte el más delicado y fino, el retrato al pastel, predilecto de los Nattier y los Latour, olvidado casi desde la elegante época de Luis XV, aparece en Madrid un artista que lo resucita y lo consagra, definitivamente ya; un artista que en un mes se pone de moda, al cual se disputan las grandes señoras, que quieren ser asunto de sus lápices deliciosos, y al cual no tarda en llamar la reina para que reproduzca el semblante del rey párvulo y de las «niñas» como se llamaba entonces a las dos princesas... Y este artista, prototipo de la elegancia, es un gallego, un cántabro; y no lo es por casualidad, por el azar de que haya venido su familia, poco antes de su nacimiento, a establecerse en una ciudad gallega; lo es de raza; su niñez ha transcurrido al borde del Cantábrico, cuyas olas le infundieron acaso las nostalgias, tan vivamente sentidas por aquel otro gallego romántico y sentimental que se llamó Nicomedes Pastor Díaz.

Y es que Galicia, en su fondo de naturaleza y de alma, tiene precisamente, en vez de la nota ruda y viril de otros países españoles, el sello de la delicadeza y de la exquisitez, visible en todo su desarrollo artístico, que no ha sido ni muy intenso ni ha sorprendido por la cantidad; pero que, en cambio, ha revestido justamente ese carácter de suavidad y de melancolía, de refinamiento espiritual, y además, de intensa aspiración a lo más alto, no como ambición material, sino justamente con el sello del ensueño. Así, es Galicia el país del *Amadís*, de los trovadores, de los grandes soñadores españoles; en este sentido, nuestra Alemania.

Por eso hice yo de aquel bohemio el protagonista de una novela, *La Quimera*, en la cual quise estudiar un aspecto del malestar contemporáneo, la infinita aspiración idealista. Me sugirió el pensamiento de esta novela un incidente bien insignificante. Me pidieron una obra para un teatro de marionetas, y se me ocurrió glosar el mito de la Quimera antigua. Belerofonte, que viene a luchar con la Quimera, encuentra en el palacio de Yobates a la princesa Casandra. Se enamoran apasionadamente y deciden huir juntos, así que Belerofonte haya dado muerte al monstruo. Minerva, diosa de la Razón, ayuda a Belerofonte en la empresa. Apenas la Quimera sucumbe, el amor loco, el entusiasmo heroico, perecen con ella. Casandra y Belerofonte, antes tan entusiasmados, se apartan sin mirarse: Belerofonte huye del peligro de que le asesinen en el palacio del padre de Casandra, y Casandra de la vida azarosa que la espera si une su suerte a la del príncipe proscrito... Era el aliento febril del endriago lo que los había unido: al sucumbir la Quimera, disípanse los ensueños, las hermosas locuras...

De este pensamiento salió después la novela, cuyo protagonista, Silvio Lago, padece esa noble enfermedad, el mal de aspirar, propio de su organización sensible, afinada quizás por los gérmenes ocultos del padecimiento que había de llevarle a la tumba. No hubo nadie que con más abandono se entregase a las garras de la Quimera, que tenía fijos en él sus glaucos ojos.

No era la riqueza, y acaso no era ni la fama, lo que buscaba el artista, era la realidad, si así puede decirse, de lo quimérico; la satisfacción de transformarlo en verdad un instante.

Pero todavía hubo otro conflicto más penoso, si cabe, en aquel espíritu. Cuando empezó a trabajar en sus retratos al pastel, que lo daban fama y provecho, y en otros al óleo, que le servían de ensayo para lo que él llamaba la pintura seria; cuando empezó también a tomar apuntes de lo natural, de paisajes y tipos aldeanos, al estilo de Sorolla, a quien tanto admiraba, he aquí que se produjo en él, al influjo de lecturas, conversaciones y viajes, la crisis de su fe. Otros artistas, como Aureliano Beruete, el paisajista, han tenido formado desde luego su ideal estético, y han marchado siempre en el mismo sentido, hacia la verdad tal cual la ven, sin subjetivismos ni falsificaciones. Son convencidos, son concienzudos, y cualquiera que sea su culto por lo antiguo, su veneración por los maestros, no conocen otra religión sino la de la probidad: reproducen las cosas como las ven. Vaamonde hubiese aspirado a eso mismo; su mayor afán era dibujar, ¿más que Dios?; dibujar mucho, porque el dibujo es la solidez, es la honradez del arte; pero, sin embargo, en su pensamiento, la duda se había deslizado: inquieto e impresionable, sujeto como nadie, por su misma sensibilidad exaltada, a las influencias de cuanto flota en el aire o viene a insinuarse en el pensamiento, Vaamonde sufrió en su breve carrera, muchas desorientaciones. Primero, al llegar a Madrid, profesó el arte sincero, el arte sin intenciones, limitado a la reproducción de lo visible. Yo combatí esta tendencia, porque sabía que en París y en Londres ya había pasado a la historia esa doctrina, y sobre todo, porque acaso no fuese la que más se adaptaba a la especial estructura del pintor, a aquella su cualidad maestra—la elegancia.—Cuando interpretaba tipos populares, parecíame que estaba fuera de su verdadero camino; pero esto lo hacía como estudio, por adquirir maestría de dibujante, seguridad de mano. Si siguiese la pendiente de su modo de ser, haría siempre cosas del género de un painel que me regaló y que revela la viveza de su fantasía, y la emotividad de su arte: la preciosa composición que debe llamarse «El amor y la muerte»; la mujer espléndida, cuyo cuerpo desnudo se destaca sobre el fondo de aquel paño mortuorio, con dos tibias cruzadas y una calavera que, desde el primer momento, adornó el estudio del artista, en Madrid. Sufrió esta crisis el artista, y sintió que había algo más allá de la escuela verdad sensible, de la indiferente reproducción del modelo o de la escena vulgar. Y poco después, sus viajes le trajeron a otro orden de ideas: a pesar de que la pintura antigua, sólo por serlo, no le causaba transportes de entusiasmo, y había en él una tendencia modernista evidente, la gran pintura del Renacimiento se le impuso: los maestros del colorido, Rubens, Tintoretto, le abrumaron con su magnificencia: comparó lo agrio, lo discordante del color actual, con aquella riqueza de paleta, aquella lujosa intensidad de tonos, unida sin embargo al dibujo más perfecto, a las mayores gallardías de la línea; y entre esta observación impresionante, y la seducción de un Goya, y la misteriosa atracción de un Greco, que tales sugestiones sabe ejercer, y las nuevas corrientes espiritualistas, y el simbolismo, y el neblinismo, y el japonismo, y tantas y tantas revelaciones como puede encerrar para un muchacho que de la Coruña se ha ido directamente a Buenos Aires, y de pronto, a su regreso, conoce el Museo del Prado, y luego los de París y Londres, y los talleres de los artistas de moda, y las obras maestras que encierran todavía las casas de la aristocracia. Vaamonde sentía vacilar su antigua creencia en la verdad externa, y un remolino de incertidumbres y de aspiraciones confusas se alzaba en su interior... La pregunta terrible de Pilatos—¿qué es la verdad?—se le formulaba, concisa y angustiadora, y sin duda iba a llegar el instante en que una voz respondiese: «La verdad, aunque parece una sola, tiene realmente muchas caras. Lo que es verdad para un artista, puede ser mentira para otro: en arte, la verdad somos nosotros mismos; cada cual tiene su verdad, cada cual la crea todas las mañanas, y aun cuando en apariencia las épocas influyan, los momentos de la historia determinen direcciones, sin embargo habrá siempre otra fuerza superior, la propia, la íntima, la irreductible, la individual.» Así es que mi consejo, por mejor decir mi insinuación, a aquel artista segado en flor, y a todos, era que abondasen en sí mismos, para encontrarse y reconocerse, transcurrido, naturalmente, el período en que sin poderlo evitar se imita, en que se siguen huellas, y en que, sorprendiendo el secreto del ajeno procedimiento, se ha adquirido la habilidad necesaria para beneficiar las dotes propias...

Y esto hubiese, hecho inevitablemente, Vaamonde, a no sorprenderle la Segadora, de un modo tan rápido y tan traicionero, con la tuberculosis, a la cual le habían predispuesto circunstancias y sucesos de su vida, en lucha con la necesidad y con la mala voluntad humana. Yo creo que, dadas la movilidad de su carácter y la penetración natural de su entendimiento, que era sagaz, aquel muchacho, nacido para interpretar lo refinado, lo delicado y lo alto, hubiese concluído por resignarse, por aceptarse, y hasta por evitar lo que al pronto tanto le seducía: las crudezas, las rudezas, los vulgarismos, y no sólo eso, sino el empeño de buscar el vigor, cualidad seguramente más fácil de adquirir y ostentar al menos para él—(quedan óleos y hasta pasteles de Vaamonde que lo demuestran), que la ingénita elegancia y exquisitez, que el buen gusto en el componer, que la intensidad ensoñadora en sugerir. Las cualidades que nos pertenecen son las que debemos desarrollar, ¿cómo negarlo? No existe un tipo de pintor: hay tantos como sujetos geniales. Y en esto insistía yo, para calmar los afanes de un artista que se creía necesariamente inferior porque no estaba en su temperamento ser otro de lo que era. Cada uno es cada uno, le decía; el caso es ser alguien. ¿Qué no pudiéramos objetar a un Goya, si le aplicásemos el rasero de la realidad, de la verdad sencilla? ¡Y no le objetamos nada, porque si Goya fuese de otro modo de lo que fué, perderíamos tanto!

Todo este problema, con varios más de distinta índole, incluso el económico, traían a mal traer al joven gallego, mientras se consagraba a un cuadro de género, *La recolección de la patata en Galicia*, hecho sin duda con arreglo a los cánones del verismo, perfectamente dibujado, que se nos figuraba estar viendo en el natural, pero que..., no nos convencía. Y recuerdo su furia:

—¡Señora! ¡Usted! ¡Usted, en cuyos libros he aprendido yo, en gran parte, las teorías que pongo en práctica en este lienzo!

—Pero yo no he dicho nunca que la verdad se reduzca a lo visible—le contestaba.—Hay más, mucho más, acuérdese usted, que eso solo. ¿No digamos en literatura! Pero hasta en las artes plásticas, no basta ser una pupila y una mano. Lo dijo el hierofante de la escuela naturalista; la verdad se ve al través de un temperamento. Su temperamento de usted no está reflejado en esa *Recolección*, en esas mujeres burdas, tostadas por el sol, cuyas carnazas sudan en la faena. Tal vez cualquier pastel de los que usted desprecia por falsos, es más verdadero, en usted, que un cuadro tan exacto y fiel, tan fácil de comprobar si salgo a dar un paseo por la aldea.

Lo que nos interesa, es el modo peculiar que tiene un artista de interpretar lo real, y hasta de modificarlo, infundiéndole su alma, o infundiéndole sólo su manera especial de ver. No era probablemente su alma, sino tan sólo las impresiones de sus sentidos de humorista y de observador, lo que comunicaba Teniers a sus cuadros de costumbres, a sus borrachos, a sus desvergonzadas parejas de las *kermesses*, a sus vejetes lúbricos, a sus fregatrices flechachonas, a sus fumadores haraganes; y cabe afirmar que con mayor cuidado y cariño afligraniaba un fogón, una sartén, una escoba vieja, una olla panzuda, un perol de cobre o un jarro de barro vidriado, que una figura humana. Y sus pinturas son muy reales; pero, aparte de serlo, tienen un sello inconfundible, el de su autor; se dice un Teniers... Con manchar lienzos y más lienzos en que la verdad se sobrepone al temperamento, nunca llegaría el joven pintor marinedín a revelar eso que todo artista lleva dentro y derrama en sus obras; y no tanto por virtud de mis predicaciones, cuanto porque empezaban a caerle las telarañas de los ojos y en tierras extranjeras, Vaamonde hubiese acabado por abundar en su propio sentido, y seguir el filón de cualidades que le diferenciasen de los demás. Era seguro que hacia esta adquisición caminaba.

Y en esta Exposición gallega, que es una Exposición llena de juventud prometedora, donde abundan obras de artistas a quienes la muerte no dió tiempo, el recuerdo de aquel trágico destino me asalta... Para triunfar en arte, hay que poder vivir, en el sentido fisiológico de la palabra... ¡La vida!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo tengo que hacer una rectificación, por lo mismo que nadie me la ha pedido: y es la de mi opinión acerca de Lidia Borelli, la actriz que actuó, con su compañía, en el Teatro de la Comedia.

Confieso que los dos ó tres primeros días que la vi trabajar, me pareció algo que no rebasaba de los límites de lo mediano, y así lo dije. Sin duda por su juventud pudiera dar grandes esperanzas; pero su trabajo no me interesaba hasta el grado de la admiración.

Empezó a destacarse en *Salomé*. La famosa y tan absurdamente entendida y discutida tragedia de Oscar Wilde, es obra de prueba para cualquier artista. No diré que Lidia Borelli me haya hecho olvidar a Gemma Bellincioni, ni en la representación ni en la parte coreográfica; pero la interpretación que dió al personaje de la princesa de Judea fué digna de mención, y la danza de los Siete velos, bailada con menos feroz sensualidad, quizás más adecuada al carácter de la hija de Herodías, que en medio de su perversidad ingénita y grandiosa conserva tal frescura juvenil y hasta virginal.

La intensidad de ese papel hace que la actriz que lo desempeñe con acierto pueda graduarse de trágica. Una trágica no necesita gritar, ni llorar, ni hacer grandes molinetes y aspavientos con los brazos; y, en el papel de Salomé, los momentos que mayor escalofrío causan, son aquellos en que permanece silenciosa, crispada, agazapada como pantera joven, que se recoge para saltar y morder... Y no quiero desperdiciar la ocasión de insistir en que *Salomé* es una de las obras maestras que ha producido el arte, en el período reciente, entre fines del XIX y principios del XX. En tan corto espacio como el de un acto, es imposible llegar a más honda armonía de impresiones, todas convergentes hacia la idea del drama. Cada escena, cada personaje, cada palabra, tienen valor propio, y así nos parece que esa obra tan corta ha durado un tiempo larguísimo, y no porque canse y fastidie, sino al contrario, por la fuerza de sugestión que hay en ella, que en su breve esencia se ha reconcentrado. Y es que no huelga allí una palabra; que no hay fraseología, que no hay sino los elementos necesarios al espanto, al escalofrío agudo de los nervios y a la emoción del espíritu.

Los que ven en *Salomé* pornografía, se equivocan tan de medio a medio como los que ven algo terrorífico, género gran Guignol. No son pornográficas las obras porque en ellas se desate la pasión, ni son terroríficas porque en ellas haya sangre y cabezas cortadas. La pornografía es lo antipasional, y el melodrama lo horroroso epidérmico. En *Salomé* el horror surge del triple fondo del alma, y sólo corre la sangre que debe correr; ni gota más, ni gota menos. Mueren tres personajes en el corto término de la acción, pero mueren, porque no pueden dejar de morir. El príncipe enamorado de Salomé se suicida porque su amor es algo insensato, loco, incompatible con la existencia; el Bautista es decapitado porque Salomé, en su cólera de leona desdeñada, ha resuelto vengarse y ser dueña, un minuto, de la hermosa testa sangrienta; y Salomé muere porque su crimen y su amor no son de este mundo y la colocan, por decirlo así, fuera de la humanidad. Al ver en ella un monstruo, la humanidad se desembaraza de ella.

Y sin embargo, en esta tragedia hay mucho que es profundamente humano, y también un simbolismo, tanto más admirable, cuanto que no es frío ni abstracto, sino que está vestido de fuego y empapado de realidad. El personaje de Salomé es sin duda la antigüedad pagana, ajena a la compasión, inmoral naturalmente, la edad del crimen y de la saña de los sentidos; y el Bautista, es el cristianismo que llega, y que con Jesús se hará dulce y piadoso, hasta perdonar a sus verdugos y redimir a la pecadora. San Juan tiene por retórica la indignación; habla con la voz irritada y sombría de los profetas antiguos, y al anunciar a *Aquel* de quien no es digno de desatar la sandalia, parece avisar de que viene el vengador, el que ha de ejercitar contra los malvados terribles castigos, y barrer de la tierra la iniquidad. Salomé, la joven princesa, abandona la sala del festín, donde la abruma la repugnancia hacia la glotonería, la intemperancia, la concupiscencia que ve brillar en los ojos de Herodes, hermano de su padre y esposo de su madre. Herodes es el vicio usual, los apetitos vulgares desatados, la materia. Naturaleza fina y refinada, Salomé detesta la brutal orgía, y al aparecerse en la terraza, viene más pálida que nunca; más pálida que el astro de la noche. Un sentimiento de asco la estremece. ¿Por qué la mira tanto el marido de su madre? Entonces es cuando oye la voz del precursor, que, desde su cisterna, fulmina anatemas contra los pecadores, contra Herodías, la incestuosa, contra el escándalo de que un hombre viva con la esposa de su hermano, públicamente, ostentando el delito: y Salomé, impresionada por la voz terrible, quiere ver al profeta, al hombre santo. Cuando le ve, ella que ha escuchado impasible como estatua de pórfido las palabras de amor del bello príncipe, y de tantos galanes, siente algo desconocido, que la abrasa. Es la pureza, la castidad misma del profeta, sus severas condenaciones del pecado, lo que impresiona a Salomé. El profeta, en vez de mirarla, la maldice; la trata de perra, de hija de Babilonia, y el ultraje y la desesperación enloquecen a Salomé. Un deseo surge de su alma profunda y vehemente: ama al profeta, quiere su cabeza y la tendrá; y mientras, recogida como una tigre joven, errante la mirada, fruncido el ceño, piensa en el modo de obtener la testa «de Yokanaan,» he aquí que el padrastro, el tetrarca (descubriendo la inclinación malvada que la hijastra le inspira, y excitado por las bebidas y la animación del festín), exige que Salomé dance en su presencia. La princesa, que al pronto se ha negado, acepta al fin, pero impone condiciones: a cambio de su danza, el tetrarca la otorgará lo que pida, sea lo que fuere. El tetrarca se compromete: así sea la mitad de su reino, lo tendrá la danzarina. Y uno de los elementos más trágicos de la obra es seguramente esta danza, en que, resplandece la estrecha afinidad de la muerte y el sensual amor. Mientras Salomé agita su cuerpo serpentino con oriental languidez, mientras los siete velos van cayendo arrojados a distancia por la mano desdeñosa y febril de la danzarina; mientras los pebeteros aroman y el tetrarca se estremece de gozo, vemos de antemano la cabeza truncada, sobre un lago de sangre. Aquel baile de tal gracia primitiva, de un carácter tan violento y tan lleno de ascuas de tentación, es el preludio del crimen, como las saturnales romanas lo eran del martirio de los cristianos en el Circo o en el Pretorio. Sin embargo, Herodes protesta, cuando sabe el precio del baile. ¿Qué se dirá en Judea? Yokanaan es un hombre santo; matarle será ofender al Señor gravísimamente. Pero, ante la insistencia de Salomé, el tetrarca tiene que ceder: ¡ha jurado! Y el verdugo baja a la cisterna, y sube con el plato de plata, sobre el cual, a la luz de la luna, la exangüe cabeza aparece, terrificante, hermosa sin embargo. Al oir las frases de delirio que la princesa dirige a aquel despojo, tibio aún del calor vital, es cuando Herodes, el vulgar vicioso, advierte la clase de sentimiento que ha impulsado a su hijastra..., y, movido de extraños celos, más que de humanitaria indignación, exclama, dirigiéndose a Herodías: «¡Tu hija es monstruosa!» y ordena que los soldados la aplasten con los escudos...

En esta sublime tragedia, que aun falseando el texto bíblico, o, mejor dicho, interpretándolo con amplia y poética libertad, trata con veneración la figura de San Juan, respetando su sobrenatural aureola, se ha lucido Lidia Borelli bastante, y aun podré decir que ha sido lo único artístico de su repertorio, en lo demás sumamente desdichado. Con un repertorio de altura, Lidia Borelli nos hubiese dejado impresión más franca de sus facultades, que reconozco por muy excepcionales, pero que no ha tenido muchas ocasiones de desplegar. Dijérase que, entre las obras recientemente estrenadas en Francia, escogieran ella y Le Bargy las más flojas y tontas... Y la palma de la flojedad y de la tontería, hasta rayar en increíble, la obtuvo, sin duda, la famosa obra (famosa por el ruido que hizo, por causas muy ajenas al arte) titulada *Après moi*, de Bernstein. Mientras asistíamos a su representación, nos estaba pareciendo imposible que el autor fuese el mismo que escribió *El ladrón* y *La ráfaga*. En estas obras, cualesquiera que sean los reparos que ocurran, hay gran emoción dramática, y verdad, y un estudio terrible de llagas sociales que allí se nos presentan sin velo. En *Après moi*, no hay más que una fábula mal urdida, sin interés, y que a veces raya en bufonesca, aunque la intención del autor haya sido otra; y no hay cosa peor que los sainetes que hacen llorar, como no sea las tragedias que hacen reír. No podemos menos de reirnos, o siquiera de sonreirnos, cuando vemos a un señor que se dispone a saltarse la tapa de los sesos porque sabe que está arruinado, y que determina guardar el revólver en el cajón y vivir, cuando se entera, con sorpresa profunda, de que, además de arruinado, es marido engañado por su esposa. A cualquiera le pasaría lo contrario; pero ahí está el toque de la originalidad; sin género de duda, quiso Bernstein presentarnos un carácter complejo, que sufre estas contradicciones tan humanas, y además tan características de nuestro siglo; aunque yo, leyendo entre líneas la historia, creo ver que existieron siempre, en personajes muy conocidos; pero el *truc* psicológico le salió mal a Bernstein, y en vez de un alma tortuosa y sinuosa, nos presentó un memo, interpretado por Le Bargy con esmero y sin fortuna.

Las obras elegidas por la Borelli, en su mayor parte, fueron o tan insípidas y absurdas como *Après moi*, o verdecillas, sin sal ni pimienta, o sensiblerías. No hubo una de la cual pudiésemos decir a voz en cuello que pertenece al teatro de arte, o siquiera al teatro de emoción y de interés sensacional.

Y, necesariamente, la inferioridad de las obras refluyó algo sobre la artista. Sólo en repertorio ya conocido y antiguo — ejemplo, *Zazá*, — pudo ostentar sus condiciones. Su belleza, la ostentó en todas, porque la Borelli es joven y guapa, excepto cuando se remanga el pelo y descubre las sienes y la frente, que no tiene bonitas, lo cual la desfavorece y la echa encima años. Y este movimiento familiar lo realiza ocho o diez veces cada noche.

Sabe también la Borelli vestirse con elegancia, y tiene esa línea prolongada y esbelta que exige imperiosamente la moda de hoy, si no han de ser las mujeres una caricatura grotesca. En suma, reúne la Borelli aquellos encantos y cualidades que pueden exigirse a una primera actriz de fama, y creo que todavía no ha llegado a la altura que alcanzará, si continúa trabajando con fe y no le sale al paso un marido rico.

Ya he dicho que tuvimos a otro astro, el renombrado Le Bargy. A mí me gustó muy poco: apenas hay actor francés que me persuada, en el género serio. Porque son afectados y monótonos en la dicción, y tienen una cantidad de defectos y resabios insufribles, empezando por la falta de naturalidad, que es el peor. Trajo además Le Bargy una compañía menos que mediocre, y a la verdad, no nos causó el menor asombro, ni aun con ese *Cyrano*, que según parece es su obra de predilección, su triunfo, y que hace aquí mucho mejor Fernando Díaz de Mendoza.

El Cyrano de Le Bargy es un bufón; el de Fernando, un caballero humorista. En este matiz está toda la diferencia; pero es capital. Además, *Cyrano* es una obra de fondo de españolismo, marcadísimo, y aun cuando digan con alguna razón los franceses que el énfasis es cosa española, ya la encuentro muy francesa aún. *Cyrano*, en castellano, adquiere un brío extraordinariamente atractivo, algo de noble fanfarronada: en francés tiene mucho de su modelo, el *Capitán Fracasa*; lo que aquí diríamos *Comedia de figurón*.

Hubo, por otra parte, en el *Cyrano* de Le Bargy cortes que difícilmente se explican, y que se notan demasiado, aquí donde *Cyrano*, por su carácter nacional más que extranjero, es tan conocido. Ignoro por qué se comieron la mitad de la relación de los cadetes de la Gascuña; ignoro por qué suprimieron el bonitísimo episodio del viejo Bautista Beltrán; ignoro por qué convirtieron en noche cerrada el atardecer, en el acto último, resultando la impropiedad chocante de que en un convento de monjas se reciban visitas a obscuras, mientras el reloj da las cinco, hora a la cual, en otoño, el día declina, pero no ha venido todavía la noche. Todo ello pareció mal, y con razón, a los espectadores, y de Le Bargy ha quedado una impresión más bien desagradable, por comparación de lo elevado de los precios con lo flojo del espectáculo. Y por su parte, el actor francés, que vino convencido de nuestra admiración, se irá algo quejoso, en vista del relativo retraimiento de los concurrentes. Nadie, cuando Madrid se empeña en quedarse tan fresco, ni la horchata de chufas...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No diré que me haya sorprendido la muerte de Menéndez y Pelayo, porque, desde hacía tiempo, y por diversos conductos, me llegaban desconsoladoras noticias de la gravedad de su mal. Con todo, hay en nosotros algo que se subleva y protesta cuando desaparece, sin haber vivido lo bastante, hombre de tanta altura y representación intelectual como el autor de *La Ciencia Española*. No contaba sino cincuenta y seis años, lo cual, para un sabio y un erudito, es casi malograrse.

Cierto que deja Menéndez y Pelayo considerable cantidad de labor hecha; en la cual hay un pidlago de investigaciones y de puntos de vista; y con todo eso, siempre esperábamos, dadas las condiciones que reunió y los medios de que dispuso, que nos ofreciese, no sólo la *Historia de las ideas estéticas en España*, sino la *Historia crítica de la literatura española*. Me consta que deseaba escribirla, y tal vez quiso preparar materiales, y allegar documentación, y profundizar excavaciones, antes de echar los cimientos y alzar los muros del monumento, cuya importancia y necesidad comprendía. ¿Quién sabe si contó con los veinte años que todavía, sin gran optimismo, pudiera prometerse, para coronar las glorias de su juventud con algo definitivo? ¿Quién sabe si un escrúpulo exagerado le hizo aplazar lo que ya era hora oportuna de que realizase?

Marcelino murió lleno de planes, enfrascado como nunca en el estudio, devorando libros, hasta el último instante, sin preocuparse de los progreros aterradores de su padecimiento. Y siempre le habíamos conocido así, desdeñoso de lo que afecta al cuerpo, preocupado sólo de la nueva edición descubierta, del nuevo dato inédito encontrado, de la página, de la cuartilla, de las galeradas que esperan corrección. Es seguro que, apartado de él con piadosa solicitud cuanto pudiese darle idea del fatal desenlace inminente, creyó poder aliviarse, o ni aun estimó la hipótesis. Además, declaró terminantemente que, si para sanar era preciso interrumpir sus estudios, prefería la muerte. He aquí un caso bonito de vocación, de consagración a la Quimera..., o mucho me engaño. Cada profesión tiene sus héroes, y el estudio también.

Yo conocí a Marcelino muy poco después de que su fama se extendió como un reguero de pólvora; era ya catedrático de Historia Crítica de la Literatura, habiéndose hecho una ley especial para dispensarle la edad que le faltaba; y en esto dió Cánovas del Castillo una de las más claras señales de su gran inteligencia y alteza de miras. En efecto, el impedimento legal es mezquino cuando existen los merecimientos en el grado que Marcelino los demostraba.

Tenía, pues, Marcelino veinticuatro años, y venía diariamente a mi casa, a charlar de letras y a discutir, tal vez acaloradamente, con algún otro contertulio que no pensaba como él. Por entonces, el polígrafo ilustre aun era un poco sociable, y el gran mundo le traía en palmas, sospecho que no tanto por su talento, como por su significación política. No tardó aquel insaciable afán del estudio y del trabajo en alejar a Marcelino de los salones, perdedero de tiempo y distraedero peligroso para quien se ha trazado un camino arduo. Era un jovencillo demacrado, de vago mirar, que a veces se concentraba luminosamente; desaliñado en el vestir y distraído como un personaje de comedia. Sorprendía su facilidad en responder a las preguntas relacionadas con los temas de sus estudios, y se advertía en él, más que la frialdad del sabio especial, el apasionamiento del polemista. Y es que, en efecto, hasta entonces, la polémica había sido el ejercicio predilecto de Marcelino, y por la polémica había salido de la discreta penumbra en que se envuelven los sabios profesionales. Aparecía Marcelino en el estadio, defendiendo y vindicando a España de infinidad de acusaciones tendenciosas, acreditadas sin examen, en fuerza de repetirse un día y otro, con diversos fines, no todos claros ni honrados, y aun debiéramos decir que interesadísimos; porque España hizo, del XVI al XVIII, tanta sombra, que fué necesario, no sólo despojarla, sino deshonrarla, convertirla en objeto de oprobio y execración. Si se piensa en lo que España realizó, en la envidia y codicia excitadas por nuestras conquistas, descubrimientos y colonizaciones, nuestra hegemonía en Europa y nuestro poder en las Américas, se comprenderá la necesidad en que se vieron tantas potencias, de aniquilarnos para engrandecerse a costa nuestra, y se esclarecerá lo que de otro modo pareciere enigma insoluble: esa red de calumnias, esa cruzada de farisaicas indignaciones, esa nube de libelos, esa especie de celo ardiente, virtuoso, humanitario y cultural, que España tiene la propiedad de infundir y despertar en los historiadores. Lo que han hecho, con mayor frecuencia y empeño que nosotros, Francia, Inglaterra, Holanda, al ser obra nuestra adquiere un carácter terrible, sombrío, singular. La reforma, agravó la situación, envolviendo a España y al «papismo» en reprobación idéntica. Quien lea despacio muchos libros históricos de ese período, podrá notar, a poco que observe, la consigna tácita, sobreentendida, de presentar a España como el país más atrasado, ridículo, cruel, supersticioso y codicioso de la tierra. Se ha conseguido dejar sentado victoriosamente que nuestros aventureros fueron los únicos que emprendieron hazañas para ganar oro, como si los de otros países las hubiesen emprendido para ganar indulgencias.

En el orden intelectual, si no era posible negarnos ciertas glorias, y sobre todo el *Quijote*, se dijo que nuestro único buen libro era el que condenaba a los demás, inexactitud absurda, que pasó por rasgo de ingenio. Se alegó y pregonó que nos faltaban ciertos aspectos de la intelectualidad, y señaladamente, el filosófico. Y en esto, sin tener razón del todo, no les faltaba tampoco enteramente a nuestros detractores. La censura a la España tradicional nunca fué rechazada (a pesar de la campaña de Forner), como por Menéndez y Pelayo, que sacó a relucir argumentos de peso y noticias eruditísimas, y desplegó un brío juvenil y derramó sales y agudezas en la contienda empeñada. Tuvo además esta campaña de Marcelino significación política, por el momento en que se realizó. La revolución de Septiembre y la caída de los Borbones dieron lugar a que en España se escribiese y hablase contra la tradición, y se comentase nuestro pasado, casi siempre dentro de la negra leyenda, agravada por la ignorancia y rutina habituales. Algunos escritores, con buena intención acaso, con el deseo de que adelantásemos camino, recargaban el cuadro, y mostraban, detrás de nosotros, un erial y un desierto de barbarie y de horror, unos siglos obscuros, alumbrados sólo por las hogueras inquisitoriales. Para que entrásemos en la vida moderna, teníamos que renegar de nuestro pasado, y, sobre todo, teníamos que desfigurarlo. No hay cosa más funesta que estos casos de lo que en Francia se llama un *malentendu*. Era innegable que España había decaído; era evidente que tenía que hacer un esfuerzo para ponerse al nivel de la civilización contemporánea; nadie pudiera desconocer la honda ansiedad que existía por lograr este ventajoso cambio; las causas y remedios de nuestro mal debían estudiarse a fondo; pero no era el modo de lograrlo condenar irreflexivamente lo que fué, a su hora, grande y útil, ni colgarnos con los que, interesadamente, nos habían calumniado. Y así, vimos dos espectáculos igualmente tristes, en aquellos años de la revolución: los leyendistas de oro, ignorantes, queriendo demostrar que España, por haber sido de esta manera, no podía ya ser de otra, y los leyendistas negros, queriendo demostrar que España no había sido sino un país de encapuchados, disciplinantes, cruz verde y oligarquía frailuna, y que, sin echar por la ventana su historia y acusarse ante el mundo de los mayores crímenes, no cabía que aspirase, entonces no se decía aún a regenerarse, pero ni a reivindicar aquella famosa «honra,» alcanzada para hacer la revolución.

Llevaban la mejor parte los de la leyenda negra, cuando se presentó en la liza el justador hasta entonces desconocido, solicitando romper una lanza por España. Y lo hizo con tal ímpetu y esgrimiendo tan cortantes armas, que no hubo manera de resistir a su empuje. Si no dejó demostrado que poseyésemos grandes filósofos en la edad moderna, por lo menos borró aquella mancha de esterilidad con que nos afearon, y sacó de nuevo a la luz tantas alteras intelectuales españolas, y defendió con tal persuasión nuestras instituciones históricas, empezando por la Inquisición misma, que la restauración, entronizada sobre los escombros de la revolución vencida, halló en él su representante intelectual.

Fué el momento de ruido en torno del nombre de aquel muchacho genialísimo, que marcó tan acentuada originalidad, en el período en que, generalmente, se imita. Marcelino, más que nadie, confesaba sus maestros: Milá y Fontanals, D. Gumersindo Laverde. Pero al hacerlo ya los había eclipsado, abriéndose su camino, tremolando su bandera. Y por otro concepto aun era Marcelino original. Traía la rehabilitación de una tendencia estética y de una escuela literaria, y de puro antiguo y castizo, su clasicismo era nuevo. Porque su clasicismo no nos retrotraía a la época un tanto adamada de los Meléndez Valdés y Moratines: era el clasicismo del siglo XVI, encendido por la filosofía platónica, y nutrido por la ciencia y el jugo fuerte de las humanidades. No puede decirse que hiciese escuela Menéndez y Pelayo, y cabe afirmar, en cambio, que sus ideas estéticas mismas sufrieron considerables modificaciones, convirtiéndose en un eclecticismo reconocido por los que proclamaban que Menéndez y Pelayo no era intransigente ya.

Al lado de ese clasicismo genuino, profesado por un solo hombre, y acaso por Valera también, más templadamente y con aleación de un realismo igualmente nacional, surgieron en España otras direcciones que dominaron en las letras; el realismo naturalista, el neoidealismo contemporáneo. Basta consignar que la actitud de Menéndez y Pelayo fué, en aquellos años, cuando publicaba *La Ciencia Española* y *Los Heterodoxos Españoles*, una de las más típicas y gallardas, y demostrativas de la raza y de su eterna energía.

Recompensado con puestos, cargos y honores; famoso aquí y en la Europa que conoce el valor de los individuos, Marcelino, huyendo de las atracciones de la sirena política, que le llamaba, se mantuvo fiel a su vocación, sumergiéndose cada día más en los estudios con ella relacionados, y produciendo esa serie de páginas, rico venero de información, algunas veces disimulado bajo el aspecto modesto de prólogos, notas y comentarios, otras formando libros nutridos, como la *Historia de las ideas estéticas*.

Y, a propósito de esto, hay que decir que la labor de Menéndez y Pelayo empieza a ser, no ahora sólo, sino ya en los últimos años, calificada de «retórica» y es preciso rechazar este concepto e hilar menos delgado porque si no nos quedaremos sin hilo y hasta sin camisa. Nadie admira tanto como yo a Menéndez Pidal y su austera labor, y lo he probado como se deben probar las convicciones, con actos; pero también era necesarísima y sigue siéndolo la del autor de los *Orígenes de la novela española*. Ni la historia ni la crítica literaria, por más alta que la supongamos, serán nunca ciencias exactas, y ante el escollo de esta imposibilidad se estrellarán los que condenen las interpretaciones personales de los hechos averiguados, y hasta las adivinaciones y conjeturas. Nos hace falta todo, y si sólo se hubiese de escribir una materia cuando esa materia esté agotada en el terreno de la indagación positiva (si cabe que nunca una materia, en tal terreno, se agote) no se escribiría nada o casi nada. Se escribe con lo más que se sabe en el momento en que se escribe, y con la seguridad de que los tiempos venideros traerán nuevos descubrimientos y nuevos datos, que acaso echen por tierra lo anterior; nunca el talento de quien haya avanzado, en ese ramo, artística y científicamente. Tan verdad es esto, que Menéndez y Pelayo no cesaba nunca de corregirse, y cada edición de sus obras presenta numerosos variantes y rectificaciones. En lo cual veo una de las razones que tenemos para admirarle y respetar con sagrado respeto su trabajo, sin abdicar del derecho de examinar sus opiniones, o notar esos mínimos lunares que existen en toda obra humana. Las bellezas, las luces de la de Marcelino, son tantas, que superan a lo que yo pudiese encomiarlas aquí.

Su rica biblioteca propia, con el edificio que la encierra, ha sido legada a la ciudad de Santander, que tuvo siempre, para sus hijos, y hasta para los que, sin serlo, como Galdós, la glorifica han residiendo en su ámbito, entusiasmos y cariños que la honran. Las cláusulas del testamento de Menéndez y Pelayo, al hacer este legado, son muy aceptadas, muy humanas y se inspiran en el deseo de que el caudal que allegó sirva a las generaciones venideras. Digno remate de una tarea que veneramos y de una vida que hubiésemos deseado muchos años más larga, y que pudo haberlo sido, sin ningún trastorno de las leyes naturales.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Exposición Nacional de Pintura, de este año, a mi ver, es superior a las anteriores. Quizás en esto no voto con la mayoría, pero tal es mi impresión, y no por favorable debo ocultarla.

En esta Exposición, no sólo aparecen tendencias y orientaciones que indican vitalidad, sino que algunos artistas, ya muy estimados del público, se afirman brillantemente, y, en general, los que habían logrado hacerse un nombre, lo defienden con obras dignas de él.

Es difícil, a primera vista, discernir cuál de los pintores ha presentado obra más sólida, y es sobre todo casi imposible conciliar los juicios del público, porque algo de la discordia y juicios encontrados de los profesionales se ha comunicado a los profanos. Las discusiones han sido tan empeñadas, que han amenazado degenerar en motines; se hablaba, como en los buenos tiempos de las asonadas callejeras, de apedrear el palacio de la Exposición, rompiéndole la montera de vidrios, si la medalla de honor no se otorgaba a determinado artista; y todo esto (piénsese como se piense) es azogue, es fuego en las venas de la juventud. Considerad, por otra parte, la diferencia entre apasionarse por un cuadro y volverse loco por un torero. No sólo no me escandaliza lo ocurrido a cuenta de Romero de Torres, sino que me complace.

Y, ¿qué son, en suma, esos tan discutidos cuadros de Romero de Torres? Ante todo, debo confesar que, reconociendo el fundamento de las críticas más duras que sufren, me sucede algo de lo que a cierta señorita española le pasaba con el rey intruso, José Bonaparte. Hablanle dicho a la señorita que el rey intruso era feo, tuerto y borracho, y ella se desconsolaba, reconociéndose una mala patriota, porque, a pesar de todo, José Bonaparte le gustaba. Hay sin embargo una diferencia: Pepe Botellas no era, en realidad, ni borracho, ni tuerto, ni horrible, y los cuadros de Romero de Torres son todo lo que dicen sus severos censores. El hecho no puede negarse; y, sin embargo, hay en ellos cierto encanto y atractivo de idealidad por el cual nos enganchan.

Cinco son las obras de Romero de Torres: entre ellas, sobresalen dos retratos, el de Pastora Imperio y el de Adela Carbone.

Desde luego, no son las retratadas, como el artista las pinta. Si lo fuesen, pertenecerían al número de esos tipos históricos de belleza y espiritualidad expresiva, que al través de los siglos hacen soñar. Pero yo, aunque apenas conozco, ni de vista, a los modelos, apostaría que no tienen esta forma tan glácil, ni esos pies tan finísimos, ni siquiera ese mirar incendiario y subyugador.

Dejando aparte a Romero de Torres, al cual le quedan muchos años por delante para corregirse y para estudiar la naturaleza, base necesaria hasta de la idealidad, hay cuatro pintores en esta Exposición que son, hace ya algunos años, realidades bien sazonadas, y continúan afirmando aquí su personalidad. Me refiero a Chicharro, Benedito, Alvarez de Sotomayor y Eugenio Hermoso.

Eduardo Chicharro es discípulo de Domínguez y de Sorolla; trabaja desde 1897, en que obtuvo mención honorífica; después de esta primer distinción, consiguió varias primeras medallas; y ahora expone, entre otras obras de menos relieve, un cuadro de género, *El Jorobado de Burgohondo*, de lo mejor que ha producido su pincel.

Se ha censurado a los artistas, en este Certamen, por el afán de insistir en los aspectos tétricos y maleficiados de España, como si pesase todavía sobre nosotros el hechizamiento de Carlos II; pero el cuadro de Chicharro, que retrata algo anormal, no infunde depresiva tristeza; al contrario. Ese jorobado, que rasca su vihuela con tanta fe, no es lúgubre, no es un idiota; es un tipo en el cual hay nobleza hidalga, como hay profunda simpatía humana en la mujer que le escucha, extendidas las manos sobre la faldamenta pomposa.

Otro discípulo de Sorolla, Benedito, no ha traído sino una interesante acuarela; y Alvarez de Sotomayor, que se ha limitado a enviar un cuadro de género y un retrato, hace muy buen papel con sus *Paisanos gallegos*, rebosantes de verdad. Tampoco este cuadro pertenece a la serie de la España negra y truculenta. Los estudios de Galicia, por ahora, no han tomado ese aspecto, salvo en algunos melancólicos bocetos de Corredoira. Los paisanos de Sotomayor, perfectamente vistos y pintados, son dos alegres compadres, que toman la vida por su lado bueno, y se abrazan al jarro y a la olla. Hasta no me atrevería a jurar que no se encuentren un poco chispos; chispos, bien entendido, del vinillo de la tierra, que no hace más que enrojecer la nariz y abrillantar los ojos. Y esos dos aldeanos, en su cara, revelan inteligencia despierta y viva; no son el bracero embrutecido por la labor, no son el rudo paleto encorvado sobre la tierra; son dos mozos listos, que el día menos pensado emigrarán a Montevideo, y volverán con pesos en el bolsillo y una cadena de oro. En Galicia habrá España tétrica, pero abunda más la España normal, y hasta la España sagaz y picaresca.

Eugenio Hermoso, el extremeño, es otro pintor del cual se dice que ha encontrado la energía de la raza, en su férrea contextura, que a tantos degastes resiste. Nacido en uno de estos países donde esta energía se demostró más vigorosamente, Hermoso pinta con una intensidad de realismo extraordinaria, y casi diría que no cabe pintar mejor. Son siempre tipos populares los que copia. En la Exposición actual, merece citarse el estudio titulado *En el Berrocal*. En él parece revivir Murillo, no el de las Concepciones y de las Vírgenes morenas, sino el de los pilluelos de la calle—el de los cuatro paineles de Munich.

Declaro paladinamente que la misma escasa atracción que siento hacia la literatura de intenciones sociales, me infunde la pintura de iguales fines. Es decir: todavía considero las artes plásticas menos a propósito para las propagandas de ideas. No quiere esto decir que no se puedan sugerir ideas pintando o esculpiendo: pero en todo caso, las ideas tienen que nacer de la contemplación de la verdad, no de una alegoría siempre abstracta. Puede haber eficacia predicadora en cuadros como *Los Comuneros*, de Gisbert, pero siempre a condición de que el estudio de la época y de los personajes sea sincero y la intención se oculte tras la verdad. Yo no niego los méritos del tríptico de Galofre, en que vemos a Cristo, de pie en un automóvil, tender un ramo de oliva supongo que a patronos y obreros, o, si se quiere extender más el pensamiento, a pobres y ricos, oprimidos y opresores; pero, sin poderlo remediar, me acuerdo de aquel otro cuadro a que se refería Gustavo Flaubert—¡cuántos años hace!—en la *Educación sentimental*, y donde Cristo guiaba una locomotora. Temo que en la próxima Exposición se nos aparezca el Redentor en biplano.

Estos cuadros siempre provocan discusiones. Después de Romero de Torres, son el tríptico de Galofre, *La Procesión del Corpus en Leso*, el *Exvoto* de Cortés, y los *Caciques y mendigos*, de Zubiaurre, lo que más pasto ha dado a las charlas. De Romero de Torres he hablado ya; en cuanto a la *Procesión*, obra de Elías Salaverría, encuentro que es triste, pero notable. Comparad a los *Campesinos gallegos* de Sotomayor, esos aldeanos vascos, y a la retorcida alegría de los dos compadres abrazados al jarro, el fervor sombrío de esos creyentes, contemporáneos de San Ignacio de Loyola. Con sólo mirar ambos lienzos, comprenderéis gran parte de la historia de España, de mediados a fines del XIX. En el país donde esos devotos semiextáticos siguen al sacerdote que lleva la Santa Forma, tuvo que desarrollarse, sangrienta y terrible, la guerra civil, cuyo fondo era religioso, más que legitimista. Y en el país donde esos dos ladinos bebedores sonríen satisfechos de la vida y recelosos y cautos con el prójimo, tuvo que abortar la misma guerra, siendo vanos cuantos arbitrios se empleasen para sacar de su escepticismo cazurro a los labradores, sobrado convencidos de que, vayan las cosas de este modo, vayan del otro para ellos no han de resultar sino aumento de contribuciones y diabluras de caciques. *La Procesión*, en suma, es una fuerte página.

En cuanto al *Exvoto*, donde el joven artista se retrata en traje moderno entre santos y vírgenes, es una señal del espíritu arcaico que, a pesar de las conquistas del naturalismo y del verismo, va dominando en tantos pintores, y no es otra cosa sino el natural deseo de originalidad, exasperado por lo trillado de todos los caminos, y que se refugia en las sombras del pasado, para hacer algo nuevo con lo viejo, y pedir a los maestros antiguos el secreto de la emoción que nos causan. No se piense que esto sucede en España tan sólo. En la Decenal, de París, tuve ocasión de notar la tendencia al arcaísmo, y la imitación sistemática y hábil de los maestros, empezando por nuestro Velázquez y nuestro Goya. Generalmente se imitaba la factura buscando libremente asuntos a que aplicarla; pero ahora, notamos que es el asunto mismo lo que se reproduce, y por supuesto, el procedimiento también. Quitad del *Exvoto* la figurita graciosa del autor, y pudierais colgar el cuadro en vieja Colegiata, y suponerlo obra de un contemporáneo de Domenico Teotocopuli. Y hay arcaísmo, hasta el infantilismo, en *El cariño*, de Puchol, y en la *Fiesta de los cofrades*, y en *Caciques y mendigos*, y en Romero de Torres; arcaísmos diversos entre sí, pero que no dejan de significar igual tendencia a vaciarse en los moldes de ayer, con cierto hastío de lo actual.

Es un caso febril de arcaísmo el joven pintor gallego, Corredoira, que se encuentra bajo la influencia del Greco, pero la exagera, y, dotado de facultades nada vulgares, las esteriliza por ese mismo anhelo de arcaizar. Su envío a la Exposición del Centro Gallego guardaba aún cierta mesura; en la Nacional la ha perdido. Y es gran lástima, porque, lo repito, este pintor tiene condiciones no comunes. No necesitaría más que sujetarse, abondar, meditar, no entregarse tanto a su fantasía. Es todavía muy joven y supongo que su madurez nos permitirá celebrar sin restricciones sus aciertos.

Garnelo ha expuesto un cuadro interesante, no sólo por el estudio arqueológico que supone, o por lo hábil de la composición y el interés del asunto, que nos muestra, en la España anterior al cristianismo, el elemento de la fe, integrador de la raza. Se titula *Santuario greco ibérico* y nos muestra a la sacerdotisa, tocada y vestida como el famoso busto de Elche, recibiendo las ofrendas de los devotos, las lámparas de barro encendidas, y la galera en miniatura, que el viejo marinero trae a los pies de la diosa, en gratitud de haber salvado del naufragio. El contraste de las luces de las lámparas y el fondo de mar azul que a lo lejos se divisa como un lampo, hacen muy grata la tonalidad de este lienzo.

Un pormenor observo: en esta Exposición, han desaparecido los cuadros de Historia. Sólo veo uno, *La carga de Taxdirt*. Se ha realizado una evolución completa del gusto del público. Veinte años ha, no se veían más que enormes lienzos históricos. La influencia de *Juana la loca* y *La rendición de Granada* y otras obras que abrieron surco, se ha disipado.

Dejo de hablar de muchos cuadros que han fijado mi atención, no porque no mereciesen mención expresa, sino porque no tengo espacio que consagrarles. En el paisaje he visto mucho y muy bello. En el retrato, tampoco faltaría algo que elogiar explícitamente. Ya he dicho que la Exposición supera a la mayor parte de las anteriores, y revela un estudio concienzudo de España. Parece que el carácter de la patria antes interpretado sólo de un modo pintoresco, ahora se busca en su fondo psicológico; y, aun cuando exista pesimismo en el modo de entenderlo, y el color local derive hacia lo siniestro y lo brutal, yo encuentro que esta dirección del arte no es de las que merecen reprobación. Siempre buscarán los pintores algo que impresione, y el drama, que antes encontraban en la Historia, puede surgir de las costumbres; pero, a vueltas de esa España trágicamente acentuada, de la escuela zuloaguista, aparecerá otra sana, viril, normal, y hasta regocijada y vertiendo simpatía. Ambos aspectos abarcó Goya, y no hemos pensado en condenarlo.

A la España sana pertenecen los *Novios*, de Vázquez; las *Maricadoras*, de Alvarez Sala; los paletos, de Marcos Arregui; la guapa moza, de Ribera; la *Novia*, de Benlliure; las segovianas, de Hurtado de Mendoza; los marineros, de Iborra; las cholas, de Bermejo; la *Familia*, de Poy Dalmau; los mismos contrabandistas, de Covarsí; el torero, de Moya; los pilluelos, de Huidobro; el tríptico, de Pinazo, *Los cuentos del diablo;* los gallegos, de Sotomayor..., y tantas obras más. No puede decirse que la pintura nos entone el *De profundis*.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hay nada más actual que el calor.

El calor tiene la propiedad de cambiar en absoluto la manera de vivir de la gente. Por lo pronto, hay horas del día en que nadie se atreve a salir de casa. Claro es que salen, a menos que «se lo fumen» los obligados a ganarse la vida con el trabajo. Los demás, no ponen el pie en la calle antes de las seis de la tarde, y eso suspirando.

A la hora en que los rigores de la temperatura descienden, empiezan las vías públicas a animarse un poco. Cruzan los coches abiertos, con su carga de damas y damiselas de gran sombrero florecido o emplumado. Se llena de multitud sentada y curioseadora la «playa» de Recoletos. Se aspira con placer el olor húmedo del riego, que derrama partículas de frescor en el aire. Una niebla rosada, luminosa, se forma hacia el Poniente. Los puestos donde se vende horchata, agua de limón, agua con azucarillo, son asaltados. No queda mesa libre en los cafés.

Madrid es un pueblo donde el *confort* no se aprecia todo lo que merece; pero, sin embargo, en Madrid se busca el recreo y la comodidad. Claro es que, por ejemplo, a ningún cafetero de la corte se le ocurre improvisar un jardín en la acera, como hace en Burdeos el dueño del bodegón más humilde. Con cuatro tiestos y unos metros de lona, los franceses dan a sus parroquianos la sensación de hallarse en un huerto, en plena naturaleza. La sombra la hace el toldo, y con algo de imaginación, los evónimos en barriles pintados de verde son un bosquecillo. Pero si en Madrid no se despliega tanto ingenio, entre otras razones porque los mendigos y los golfos son dueños de las aceras y no permiten en ellas ninguna innovación, en cambio los refrescos no se hallarán ni tan buenos ni tan baratos en ninguna parte del mundo. A la cabeza, la tradicional horchata de chufas. Es curioso que en Madrid la horchata de chufas salga mejor que en Valencia; dicen los estereros, peritos en la materia, que se debe al agua, a su calidad, en Madrid más fina. Sea de ello lo que quiera, la horchata ocupa lugar preferente entre los goces propios de la estación calurosa. Con razón dijo de ella Teófilo Gautier que era una delicia.

⁂

Cuando pienso en las combinaciones a que se presta el hielo, en las sensaciones gratas que produce, deduzco que hoy el más pobre disfruta lo que en otro tiempo no era concedido ni a los monarcas. El abaratamiento del hielo es un bien social. He leído, no recuerdo en qué libro de viajes, que el famoso «mar de hielo,» en Suiza, va siendo enviado en trozos, en bloques enormes, a las grandes ciudades europeas.

Y no cabe nada más poético que tomarse un sorbete cuajado con lo que antes fué fragmento de un glaciar, y se engrosó con los aludes, y tembló con los estallidos de las tormentas de nieve, y envolvió en tre sus capas blancas el germen del *edelweiss*... ¡Y qué hielo más limpio!

En cambio, confieso que no me merecen completa confianza los que se fabrican aquí. Sabe Dios de dónde procederá el agua. Puede haber en ella contagios, impurezas y todo género de diabluras. Más vale no pensarlo, pero, por si acaso, helar el agua en la heladora, y no por el procedimiento, sencillo pero peligroso, de echar trozos en la garrafa o la copa donde se bebe.

Otra señal de calor, es el consumo excesivo de la lechuga. Medio Madrid come, en invierno, ensalada; pero en verano, es Madrid entero el que se dedica al verde..., haciéndole competencia al canario.

¿Cómo prescindir de la ensalada? Sea sólo de lechuga, lleve aditamento de escarola y huevos duros, asciende al lujo de las aceitunas deshuesadas y las anchoas desmenuzaditas, o llegue al fantástico derroche del aderezo al Champagne con trufas en ruedas, la ensalada es siempre en este tiempo una necesidad. Y ya que de ensaladas hablo, diré que están mucho mejores si en lugar de vinagre se emplea para aderezarlas, zumo de limón, batido con el aceite.

En esto de ensaladas cabe mucha variedad y capricho. Como no van al fuego, hay mayor libertad para modificarlas.

Raro será el aficionado a platos refrescantes que no haya inventado una ensalada. Voy a decir de qué se compone la que yo prefiero:

Entran en ella cogollos de lechuga cortados de través, un poco de apio, berros deshojados, patatas cocidas y en rodajas, remolachas, en ruedas también, y también cocidas, por supuesto, y unos guisantillos, hervidos previamente con sal y azúcar. No le estorban a esta ensalada unos fondos de alcachofa, ni unas cabecitas de espárrago.

Y para aliño, desháganse yemas de huevo cocido, en aceite, y mitad zumo de limón y mitad vinagre, con su sazón de sal y pimienta. El aliño, momentos antes de servir.

⁂

Otro plato favorito, durante estas sofocantes semanas medio caniculares, es el clásico gazpacho.

Cuando un pueblo adopta un manjar, yo sostengo que no se equivoca nunca. Por algo los inuítos comen la grasa y el aceite puros y sin derretirlos si quiera cuando están congelados; por algo el japonés se mantiene de arroz; por algo el bracero de Andalucía prefiere a todo su gazpacho. El clima es cálido, la sangre ardiente, y el gazpacho refrigera y nutre, sin cargar el estómago. Una sensación de frescura se extiende por el cuerpo, cuando se toma el gazpacho. Así es que la razón ha enseñado su uso, o mejor dicho, el instinto ha sugerido sus ventajas.

Yo pasé más de diez años sin querer probar un plato que hoy figura entre los que más me agradan. Y fué porque la primera vez que me lo presentaron, en casa de unos amigos andaluces, estaba empecatado, y sabía a pintura de puertas y ventanas. He observado que el gazpacho, como los caracoles y otros manjares nacionales, no tiene fórmula fija, o mejor dicho, tiene cien mil fórmulas, y cabe decir que hay tantos gazpachos como moreros. Por eso creo hacer un beneficio a la humanidad previniéndola contra los gazpachos en que entra en dosis muy altas el pepino, el pimiento verde, los cominos, la ajedrea, y otra infinidad de ingredientes, a mi ver endiablados.

Es el gazpacho plato eminentemente popular y español; pero ahora que se ha puesto de moda en las mesas finas, y se sirve hasta en la del Rey, bien se puede elegir, entre las innumerables recetas, aquellas que sean más propias para estómagos delicados y paladares exigentes.

Yo divido el gazpacho en dos categorías: el blanco y el rojo. El blanco tiene por base la almendra; el rojo, el tomate. En ambos entran como componentes el aceite, el vinagre, el agua y el pan, a pizcos y majado.

Y es preciso abordar una cuestión delicada. El ajo es un problema. No hay cosa más discutida que este bulbo. Hay quien se muere por él, y quien se desmaya sólo de olerlo. Por lo tanto, conviene que se sepa que lo mismo da, para el caso del gazpacho, echar mucho ajo que poco, y si me apuran, que ninguno. Es cuestión de paladar.

Se confecciona el gazpacho rojo casi sin ajo. Basta refregar un diente mondado contra las paredes del mortero. (El mío es un mortero antiguo, del siglo XVIII, barroco, de latón dorado o metal de veloces, los mejores moreros si se cuida de limpiarlos muy pulcramente.) El ligero refriegue antedicho basta para dar un poco de gusto al gazpacho; pero tampoco es de absoluta necesidad.

Lo indispensable está en el majado. Ha de majarse una buena cantidad de tomate, fresco o en conserva, con una gruesa miga de pan, hasta formar pasta consistente, que se pasará por tamiz. Ya tamizada se pondrá en la ensaladera y se añadirá el aliño, aceite y vinagre bien batidos con sal, en cantidad proporcionada, y agua a proporción también.

Desleída la pasta, se añadirá el pan a pizcos—pan ligero, que esponje,—y pedazos chicos de tomate, mejor si es fresco.

Una hora antes de servir se añadirá un buen trozo de hielo, o se helará el gazpacho en la heladora.

Este gazpacho es excelente. No lleva pepinos, ni cebolla, ni pimiento verde, cosas que tienen sus aficionados, y que puede añadir el que las eche de menos.

El gazpacho blanco se hace majando cincuenta gramos de almendra mondada con otra tanta miga de pan mojada, y el ajo a voluntad. La almendra ha de ser cruda, por supuesto. El aliño, exactamente como el del otro gazpacho rojo—sal, aceite, vinagre, batido junto—pero sin rastro de tomate. El pan, picado, y en el agua, en la cantidad que se juzgue conveniente. El hielo, lo mismo.

Este gazpacho blanco, que a mí me parece cosa de moros, es excelente y estomacal. Tiene alguna semejanza con la castiza sopa de almendra, que, helada, gana mucho. Todo ello responde a que, en este tiempo, y en estos países, la vista de la comida humeante, viniendo en derechura del fogón, repugna. Nuestros nervios están en tensión, y a pesar de las amenazas de cólera—que por ahora, en buen hora se diga, no parecen confirmarse,—viviríamos de frutas, como los monos; nos haríamos vegetarianos, como lo son generalmente los habitantes de la zona tórrida.

⁂

Sin embargo, no hay que dejarse llevar del gusto de lo refrigerante, sobre todo del gusto de beber sin tasa. Con estas temperaturas, hay quien ingiere agua y más agua, limonada y más limonada, sin tener en cuenta que la sed crece cuando la satisfacemos con exceso. Nada más frecuente que oir decir: «He tomado un helado y estoy rabiando de sed.»

Teniendo fuerza de voluntad, en verano se debiera beber caliente: grogs e infusiones de plantas aromáticas y cordiales, como hojas de naranjo, salvia, te, yerba Luisa. Y se evitarían así las nueve décimas partes de las enfermedades del intestino y del estómago, características de este tiempo.

Una de las mejores bebidas es la sangría. Si en la presentan en un sarao bajo el nombre de *claret cup*, la encontraréis muy elegante. Al uso corriente, la encontraréis acaso más sabrosa. La sangría se compone de agua, una cuarta o quinta parte de vino tinto no aruladó, sino rojo, azúcar, y si lo hay zumo de limón en cantidad pequeña. También admite un palito de canela en rama. Y, enfriada en el pozo la sangría, sabe a gloria.

Otra bebida tónica se hace cociendo café tostado y añadiendo a la decocción azúcar y dos cucharadas de aguardiente bueno, por litro. El agua a proporción.

Y una bebida ya sibarítica, es la leche de los cocos, adicionada de azúcar, agua y una cucharada sopera de ron por vaso.

Todo es mejor que hartarse de líquido del grifo o del botijo, como suelen hacer la mitad más uno de los buenos habitantes de Madrid, que tertulian en la acera, van sudosos, se abanican con *El Imparcial* doblado, y duermen si es posible, en la azotea. Madrid sufre más del calor, porque ni tiene casas de baños baratas y abundantes, ni viviendas desahogadas, ni árboles suficientes, ni amplitud en las calles para transitar. Cada día parece que se estrecha la vieja ciudad de los Austrias, a la cual vanamente quisieron los Borbones dar cierto aire de grandeza, y en la cual hoy no se cabe. Sucede aquí lo no presenciado en ninguna capital europea: los coches, al regreso del paseo, tienen que rodear por un sinnúmero de calles, porque la Puerta del Sol, incomunicada, vigilada por guardias a caballo, no se puede aprovechar para el tránsito. Es una molestia muy positiva, y a decir verdad no me la explico. Como tampoco me parece excusable que, más allá de las tres de la tarde, se permitan que obstruyan las calles más estrechas y difíciles y afeen las principales vías esas inaguantables reatas, esas carretas de mulos, burros y perros, que ponen a la capital de España a la altura de cualquier villorrio.

Porque esas carretas no sólo atrancan, sino que son inmóviles, se colocan terciadas, cogen toda la anchura de la calle, y como no tienen nada que temer por el charolado de su pintura ni por la elasticidad de sus ballestas, chocan impávidas con los demás vehículos, y encima del choque, os sueltan—sin que para corregir su grosería intervengan los guardias—una andanada de injurias y de vocablos altamente pintorescos...

Y así está el lugar más grande de la Mancha, como llaman a Madrid, y no siempre sin razón...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con las fiestas, a decir verdad, no muy animadas ni estruendosas, de su segundo Centenario, ha vuelto a la superficie la figura compleja de Juan Jacobo Rousseau.

Nunca pudo decirse que estuviese olvidada, porque, desde nuestro punto de vista actual, no puede sernos indiferente un hombre que no cesa de influir, más que en el pensamiento, en el sentimiento contemporáneo. El influjo de Juan Jacobo es malsano, porque no cabe que deje de serlo lo que no esta conforme con la realidad de las cosas; pero es tan malsano como enorme. Asombra lo que, en la vida moderna, procede del «ginebrino», y lo que ha cundido, no ya como mancha de aceite, sino como onda arrolladora de diluvios, un orden de ideas que no es más, si bien se mira, que la exteriorización de la sensibilidad peculiar de un enfermo y un loco.

Las locuras impulsan al mundo... La de Juan Jacobo ha producido (o, si no se quiere extender tanto los límites de su acción, que yo tengo por ilimitada, ha contribuído poderosamente a producir) los siguientes hechos históricos: La toma de la Bastilla; La Revolución del 93; El Terror; El romanticismo, con todas sus formas líricas, de las cuales dejó modelos; El socialismo humanitario; El anarquismo; El tolstoísmo, y lo que se ha llamado en Francia «la religión del humano sufrimiento.»

De los libros que brotaron de la pluma de Rousseau, ninguno dejó de fermentar en el espíritu, ninguno dejó de abrir surco profundo, en el cual luego crecieron la cizaña y las flores venenosas, en denso matorral, en desbordamiento de enfermiza agitación.

De la *Nueva Heloísa*, arranca el movimiento romántico. En esa novela amorosa, que hoy nos parece enfática, falsa, hasta ridícula en muchos pasajes, están contenidas las que vinieron después y turbaron los corazones y modificaron la manera de amar y crearon la melancolía lírica y las rebeldías sentimentales. La dilatada progenie de la *Nueva Heloísa* cuenta, al lado de tanta gente obscura que sólo supo sufrir y morir, otra que supo cantar, endechar, escribir con energía dolorosa: Jorge Sand, Lamartine, Alfredo de Musset, Víctor Hugo (que es *rousseauista*, más aún que en el lirismo, en la identificación panteística del bien con el mal, y que, al profesar en alta voz su simpatía hacia la ortiga y hacia la araña, no hizo sino aplicar teorías de su maestro, y maestro de todos).

Del *Contrato*, si no arranca incuestionablemente el hecho de la Revolución, proceden los principios que la dirigieron, el carácter especial que revestía. Una revolución que sólo afecte a lo material de un orden establecido tendrá siempre muy escasa importancia; ved la reciente de Portugal, las de algunas repúblicas hispanoamericanas: ¿supondrá nadie que modifiquen la marcha del mundo, que trastornen las conciencias? No; son sucesos, y nada más; porque si algunas, como la de Portugal que acabo de citar, pueden haber sido impulsadas por elementos intelectuales, no son estos elementos sino reflejo de aquellos otros que Juan Jacobo imprimió en el alma de sus contemporáneos, y que dieron por fruto la toma de la Bastilla, la proclamación de la república, y el Terror más tarde. Si se considera cuán opuesto a la tradición, a la dirección histórica que Francia había seguido siempre es todo ello, admirá doblemente la fuerza sugestiva de los no muy numerosos libros con los cuales obró este prodigio Juan Jacobo.

Voltaire, temperamento verdaderamente francés, poseía más equilibrio, más ingenio, más sensatez, más flexibilidad mental; obtuvo mayor renombre en Europa, y conocía el mundo, la sociedad, el movimiento de las ideas, mejor que el ginebrino. Para decirlo brevemente, Voltaire ostentaba las cualidades nacionales, y Rousseau, al revés, era un suizo, reconcentrado y sin penetración ni viveza, además de ser un vándalo, enemigo de adquisiciones tan francesas como las artes, el lujo, la elegancia, la finura, las industrias bellas y las gratas comodidades que hacen suave la vida. Y sólo por virtud del sentimiento exaltado y desatado contra la razón, contra la grandeza de Francia, Rousseau y no Voltaire fué quien se impuso a los nuevos tiempos.

Se me preguntará cómo pudo Rousseau contribuir a hechos al parecer contradictorios como la toma de la Bastilla y el Terror?

Veo yo en la aparente oposición de ambos episodios revolucionarios la mejor prueba de lo dócilmente que caminó Francia guiada por Juan Jacobo. El mismo proceso que siguió la Revolución, había seguido el ginebrino en el *Contrato*. Empezó por establecer la libertad del individuo frente al Estado: sin esa libertad absoluta, no se concebiría contratar. Ni aun admite Rousseau que se enajenen los derechos del niño que ha de nacer: hay que reservarle la facultad de contratar por su gusto. De esta libertad sin límites, procede la igualdad sin restricciones, y la superioridad de la forma republicana, en que el pueblo se gobierna a sí mismo. Pero el contrato supone obligación: el ciudadano no es dueño de faltar a sus compromisos adquiridos, de traicionar la libertad y la igualdad, base de su ciudadanía.

Y el compasivo y humanitario Juan Jacobo, ante la hipótesis, fulmina nada menos que pena de muerte contra el transgresor. He ahí, en germen, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario, la guillotina funcionando día y noche. Y son los mismos que lloraron de placer al libertar a los cautivos de la Bastilla, los que, entre protestas de amor a la humanidad, surten de cabezas a la horrible máquina. ¿Quién no ve en ello peculiares fenómenos de la obsesión de un sofisma, que obscurece las nociones más sencillas de la razón y la lógica?

El gran error de Rousseau, justo es advertirlo, no fué suyo tan sólo ni suya la originalidad: toda la generación de filósofos de su época, empezando por los enciclopedistas, cayeron en el mismo. Es error de tal magnitud, que de él han ido derivándose todos los que vician el sentido social moderno. Y es error que va contra lo sólido y firme de la ciencia contemporánea y sus adelantos. Es error sentimental, que la menor inexperiencia, la más humilde y diaria, debiera corregir; pero hay que perder las esperanzas de que tal suceda, cuando, desde el siglo XVIII acá, no ha hecho sino extenderse, prosperar, impregnarlo todo con su jugo.

Este error, profesado como verdad y hasta como religión por tanto sociólogo, tanto escritor, sin hablar de las muchedumbres, para las cuales tiene halagüeñas seducciones, es el de la bondad natural de la especie humana, que nació con todas las propensiones buenas, pero a la cual la sociedad desmoralizó. Los instintos del hombre son sagrados; cuanto vaya contra ellos, es iniquidad y tiranía. Sentado este principio, la consecuencia inmediata es la apoteosis de la vida más natural y antisocial, que consideraban ser la de los salvajes. Por fatal necesidad, en pos de tal idea, viene la condenación de las conquistas civilizadoras: arte, ciencia, industria; cuanto embellece y presta dignidad a la existencia humana.

Según Rousseau, la virtud mengua a medida que crecen la sabiduría y la hermosura. ¿Qué entiende por virtud Rousseau? Sin duda lo que hoy se llama «libre juego de los instintos». ¿Y qué es ese libre juego? Cualquiera lo adivina fácilmente.

No podemos dar por perfectas las civilizaciones; todas tienen sus manchas, sus deficiencias; pero al compararlas con los tiempos primitivos y las islas y continentes donde el hombre no consiguió salir del estado salvaje, comprenderemos el absurdo de la tesis de Rousseau.

En primer término, la vida salvaje, que Rousseau cree tan conforme con la naturaleza, es ya una fase civilizada, relativamente al verdadero estado primitivo. El habitante de alguna región americana, que construía edificios, cultivaba la tierra, amasaba y decoraba y cocía el barro, tejía el algodón, realizaba lindas labores de plumaje, ostentaba collares de oro, adoraba a sus dioses en su templo, pintaba sus jeroglíficos, era un civilizado a su manera, no un hombre entregado sólo a la satisfacción del instinto; y acaso sus leyes y costumbres sujetasen ese instinto con tanto o más vigor que las de países doblemente adelantados; porque, a la larga, las civilizaciones muy avanzadas son favorables a la expansión individual. — Para Rousseau, un azteca sería un hombre de la naturaleza; pero un azteca, y un guaraní, y un maya, y hasta un otomí bárbaro, están ya a larga distancia del hombre en los primeros días de su venida al mundo, cuando desconocía, no el uso del hierro, que también se ignoraba en el suelo americano, sino hasta el del pedernal, y no poseía el fuego para calentarse ni un cuenco de barro en que beber.

He dicho que el error de Rousseau era desmedido, pero, ¡cuán insidioso! Al condenar la civilización, al dar por hecho que la bondad ingénita del hombre la pervirtió la sociedad, y al presentar a la sociedad, a la autoridad y a la tradición como vasta conjura de gente aprovechada que explota a las masas y al pueblo en ventaja propia, lisonjeó tendencias que también son muy naturales, y por muy naturales, cabalmente, piden represión y correctivo, para que no extravíen las pasiones, no menos naturales que las tendencias. Todo el que procede mal, puede, con estas teorías, echar la culpa a la sociedad madrastra, a las leyes de error, a la injusticia de las organizaciones; todo el que codicia algo, mujer o riqueza, poder o venganza, no ha de vacilar en el empleo de cualquier medio para apropiárselo. En haciendo lo que su instinto le dicte, en siguiendo la ley de naturaleza, estará en lo cierto, y si le sujetan, podrá alardear de víctima.

De nada sirve argüir que, justamente, todo lo bueno que se ha hecho en el mundo, se ha hecho, no diré rotundamente que contra el instinto, sino contra ciertos instintos; porque tampoco es exacto que, en la especie humana, no haya más que instintos derivados de la nutrición, la conservación y la reproducción. La obra lenta de la dignificación de la especie ha sido reducir tales instintos a su proporción justa, moderarlos y encauzarlos, otorgando cada vez mayores derechos al ideal. Si conociésemos bien la historia de los primeros pasos del hombre en la tierra, esa verdad se demostraría; pero la vemos confirmada, a cada instante, en el desarrollo histórico que podemos apreciar. Sin duda es la voluntad de vivir, enérgica e incontrastable, la que guía a los pueblos, a las razas, a los hombres; pero no escuetamente el instinto. Las necesidades humanas no pueden concretarse a las necesidades animales.

¡Ah! Ya sé que estas afirmaciones no están muy de moda... Son, sin embargo, las que nos permite formular lo poco que sabemos. Sabemos poco, pero al menos hay algo que sabemos de fijo: el hombre no es bueno naturalmente, ¡qué ha de ser!; cuesta mucho trabajo hacer que se conduzca como si lo fuese, y apenas alzada la compuerta que reprime sus instintos, lo que se desborda no es precisamente agua clara... Y me apresuro a explicar que esa compuerta, ese dique, no necesita ser de violencia; que no se arregla todo encarcelando, ni ahorcando. Ese dique, y el más eficaz, es el sentido social, el contrato—adoptemos la palabra de Juan Jacobo—mediante el cual los miembros de la sociedad se obligan a defenderla. La reprobación terminante de ciertos actos, cuando es unánime, los impide, y esa reprobación severa no ha de reservarse sólo para los hechos de indisciplina, sino para los abusos y transgresiones de la autoridad. Si por un lado se disculpa y hasta se diviniza el instinto, brutal y criminal, y por otro se declara intangible la autoridad, ejérzase como se ejerza, la sociedad está herida de muerte. No podemos negar que esto ocurra, y que salta a la vista, en nuestra pequeña esfera de acción.

Volviendo a Juan Jacobo, le han erigido un monumento con bellas estatuas, obra, si no me equivoco, de Bartholomé, el autor del interesante monumento «A los muertos». Dada la manera de pensar del ginebrino, debieron sencillamente abrir una fosa y plantar en ella un árbol. Estas estatuas son arte... Sus cenizas estarán inquietas y quejosas.

Acaso sea anticipación del juicio definitivo de la posteridad sobre este hombre, la opinión severísima de Taine, en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*: «En las teorías de Rousseau se nota el acento personal, el sencor del pobre plebeyo, que al venir al mundo se encontró todos los puestos ocupados y no supo crearse uno; que vive en concubinato con una doméstica, y pone en el hospicio a sus cinco hijos, y ha sido sucesivamente criado, empleado, vagabundo, preceptor, copista, y ha vivido a salto de mata, rediminéndose de la envidia por la bajeza, y cultivando, allá dentro, rancias amarguras contra los ricos y felices en este mundo, como si esa felicidad y esa riqueza fuese cosa que le robasen a él».

Hay mucho de verdad en la dura conclusión... Hecho el balance de Juan Jacobo, tal vez sea del número de aquellos de los cuales dijo Salomón que valiera más que no hubiesen nacido. Pero lo mejor sería que, a estos hombres, de indudable valía, sin impedirles nacer ni escribir, la humanidad los supiese juzgar, y no los tomase por mentores, sino, a lo sumo, por «activadores».

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿De qué cosa más grata pudiéramos hablar que de flores?

Notad la importancia que las flores han adquirido en la vida moderna. Los que todavía no somos decrépitos, recordamos, sin embargo, tiempos en que las fiestas se celebraban sin decorado de plantas, sin acompañamiento de flores. El desarrollo de tan encantadora industria ha venido a dar una nota estética en todas las solemnidades, hasta las más oficiales y sectotonas. Las palmeras, las musas, los arums, han traído un soplo fresco y una alegría primaveral a los fastidiosos y empolvados Ministerios, el día en que se visten de gala.

Las flores, como la limpieza, son un gran lujo. No falta quien diga que con un poco de agua y jabón se resuelve el problema del aseo. Es error: pocas cosas cuestan más caro que andar limpio. En cuanto a adornar sus habitaciones con flores (excepto si se posee un jardín, lo cual tampoco es barato) todos confesarán que puede llamarse un renglón.

Esas opulentas canastillas que majestuosamente atraviesan los escenarios las noches de beneficio de las actrices o las de su despedida, valen un capital. La flor, ha dicho no sé quién, es la más cara de las verduras y hortalizas. Con lo que cuesta la flor, ¡qué magníficas cebollas y qué gordos tomates se pueden adquirir!

La idea parece de un vegetariano convencido; de uno de esos vegetarianos que llegan al proselitismo, que se reúnen en fraternales banquetes, una vez al mes, y que, no desconociendo los méritos de una rosa, prefieren una calabaza comestible.

⁂

Yo encuentro muy simpático todo lo vegetal. Hay realmente algo de cruel en alimentarse de carnes muertas. Entre esta consideración y las enseñanzas de los médicos, que achacan a las viandas el desarrollo del artritismo, natural parecería que bajasen; pero es el caso que no bajan. Al contrario. En Madrid se habló de rebajarlas, pero se me figura que la innovación quedó en proyecto.

Con los vegetales se pueden componer listas de comidas muy variadas. Acabo de adquirir el libro titulado *Cocina Vegetariana*, y da idea del sinnúmero de manjares que brinda este reino de la naturaleza.

No hay que decir si el arroz se presta a combinaciones, aunque debo declarar que algunas de las más sabrosas exigen la infracción de los preceptos del vegetarismo, y la adición del tierno pollo o de la apetitosa almeja. Verdad que en igual caso están los guisantitos y el tomate, y tantas otras hortalizas que suelen emplearse como accesorias, siendo el personaje principal un pollo inocente o una ternera blanca sin malicia, cuando no una magra de jamón teresa y sin rancio.

Prescindiendo de tales aditamentos, puede sin embargo ser excelente la cocina vegetariana. En el vegetarismo hay algo de ascético y algo de idílico; se diría que quien lo practica es más moral y puro que quien se mantiene de carnes rojas.

Así, se comprende que uno de los vegetarianos más ilustres, y activo propagandista hasta en novelas, Gleizés, adoptase el sistema después de haber visto con horror las degollinas de Septiembre y las hornadas de guillotinados de la Revolución francesa; y que otros sabios lo practiquen como remedio a las enfermedades producidas por excesos de trabajo y de nutrición. No cabe duda que el hombre primitivo devoraba carne, cuando lograba procurársela; pero en la existencia moderna, llena de fatigas nerviosas, con comidas abundantes y tal vez no bastante espaciadas, el vivir de vegetales será muy racional y sano, y hasta más conforme con nuestras ideas de compasión hacia los animales todos.

⁂

El vegetarismo fué—antes de ser sistema higiénico—doctrina religiosa, y muchos pueblos, guiados por legisladores como Moisés y Sakia Muni, dividieron los manjares en puros e impuros. Hoy es un método apoyado en infinidad de argumentos científicos y medicinales. Si se me pregunta mi opinión acerca del vegetarismo, diré que soy partidario de él, pero sin exclusivismos pueriles, admitiendo los demás alimentos, moderadamente y a ratos.

La carne sangrienta me ha repugnado siempre, y los despojos de animales de matadero no me hacen gracia ninguna, en general. Hígados, riñones, bofes, corazón, mollejas, morro, lengua, me causan una especie de antipatía nerviosa. El carnero, el buey, no me atraen. La ternera blanca, la tolero.

Pero los vegetales, no cabe duda, despiertan ideas más dulces, sensaciones menos bárbaras que las carnes. Se cree verlos en el huerto, bañados de rocío, lozanos, y hasta muy bonitos en su forma. Recuerdo que el gran novelista Galdós, enseñándome una mata de col rizada, en su huerto de Santander, me dijo que no la encontraba menos bella que las flores. Y, en efecto, hay hortalizas lindísimas. La brecolera; la coliflor; el perejil enano; las matas de habas; el pimiento pequeño; el morrón rojo, que es una bola de púrpura; el mismo espárrago, placen a la vista tanto como al gusto. La patata, generalmente, es zafia y lleva un traje pardo muy pobre; sin embargo existen variedades de mejor pelo. De la hermosura de las frutas, nadie dudará. Las uvas aterciopeladas, los melocotones de oro tostado y con ráfagas de carmín, las pavías entre verdes y nacaradas, las fresas de brasa, las elegantes frambuesas, las grosellas desgranando sus sartas coralinas, la sandía toda helada por dentro en su carne de rubí, encantan los ojos. Y no quiero olvidarme de la granada, encendida y espléndida.

Por todos estos atractivos de la fruta y la hortaliza reconozco que los vegetarianos llevan una gran parte de razón, y su propaganda es conveniente, y debemos lamentar que, en España, no esté más extendida, no sea más activa, aunque ya ha empezado a tomar vuelo. Insisto, sin embargo, en que el vegetarismo que yo predicaría, es muy atenuado. Solicito indulgencia para los pollitos con guisantes y el lenguado con salsa blanca. Lo menos defendible es el *roastbeef* y el *beefsteark*, el hígado gordo y la caza, tan fecunda en toxinas que la perdiz, según referencias, contiene una cantidad apreciable de ácido prúsico. Todos estos serán venenos muy lentos según dice que dijo Voltaire del café; sin embargo, la sobriedad, los alimentos sanos y sencillos forman desde tiempo inmemorial el breviario de la higiene. A ellos se atribuye la larga vida de los eremitas y solitarios, que (menú poco tentador) vivían de yerbas cocidas sin sal.

⁂

Con el vegetarismo, el culto de las flores va aumentando. Los moradores de las grandes ciudades, confinados en pisos estrechos, en habitaciones reducidas, son felices cuando poseen una azotea o un saledizo donde regar unos tiestos. No todo el mundo puede poseer un parque o un jardín espacioso, y los tiestecillos y los cajones de madera pintada substituyen a lo que niega la fortuna. Hay necesidad de ver un poco de verde, algo que hable de la naturaleza, de la libertad de una existencia más conforme a la organización humana. En teoría, todo hombre, toda familia debiera disponer de unos cuantos metros de tierra, donde salieran a respirar los niños, donde se cultivase un poco de verdura y unas rosas.

Ved a los chiquillos, sueltos por las aceras, molestando, recogiendo en el alma el barro de la calle: las soeces palabras, las acciones groseras, los ejemplos perniciosos. Pero, ¿qué han de hacer? En la vivienda no hay aire, no hay espacio... Algunas veces, el *square*... Pero también el *square* es parte de la vía pública; también allí el niño puede corromperse precozmente, abandonado a sí propio. Tener un árbol, un pedazo de tierra, es ya un elemento de moralidad y cultura; y, como el árbol y el terreno faltan, se substituyen con el tiesto, la maceta humilde! La albahaca, tan castiza, el vivaz geranio, el clavel nacional, la malvitarrosa, animan la ventana, se desbordan del balcón. Y, aun en este detalle, notad que se progresa, que hay evolución favorable. Las flores del pueblo son muchas más que antaño. En las buhardillas podéis encontrar ahora begonias, palmeras, jacintos, dracenas, «sombra suiza». Todo esto se vende por la calle y lo portea un borriquillo. Se ha puesto la planta fina al alcance de todos.

Cada día aumentan las tiendas de flores, y en paseos y calles céntricas os ofrecen las floristas gayos ramilletes. La flor que no ha podido venderse en el establecimiento, se despacha así. Dentro de los coches, os arrojan mazos de aciancs, de lilas, de clavelones, mientras dais la tercera o cuarta vuelta alrededor de la Castellana, y por centésima vez contempláis el monumento de Castelar y el de Isabel la Católica. En los teatros se venden flores también. Y muy desairada estará la mesa donde no ocupe el centro un cacharro con flores o plantas.

No hablemos del inmenso consumo que representan las coronas fúnebres de flores naturales. Yo encuentro triste esta costumbre. Las flores sufren y el cadáver no se hermosea.

Pero se encuentra tan arraigada, que no habrá de desterrarse a dos por tres. Cubiertos materialmente de lilas blancas, de rosas, de violetas, bajan á la tierra los niños, y las señoritas, y cuantos han tenido esa vida breve que los griegos, con fundamento, suponían favor de los dioses. Y, aun cuando sean más viejos que Matusalén los que se van, no les falta su decoración floreal, sus aromas. A mayor posición, relaciones y fama, mayor número de lujosas coronas sobre el ataúd. A la hora de la muerte y el día de la fiesta onomástica, hacen su agosto las floristas.

⁂

Sería curioso saber a cuánto asciende lo que anualmente gasta, por ejemplo, París, en la bella superfluidad de las flores. Verdad que esta industria hace vivir a mucha gente. Y cierto también que los grandes jardineros y viveristas son personas de alta ciencia, que conocen las clasificaciones botánicas, que trabajan sin cesar en crear variedades inéditas, caprichos divinos de la naturaleza, que no se cansa de renovar su paleta de colorista y su lápiz de dibujante. Los Catálogos que vienen todos los años, traen las conquistas; a veces, una rosa no se diferencia de otra sino por algún leve matiz, algún insignificante cambio en la forma de la hoja; sin embargo, hay apariciones admirables, coloridos ignotos, ardientes y caprichosos, hechuras singulares rosas jaspeadas, disciplinadas, recortadas, globulosas, imbricadas, deshojadas, originando combinaciones que parecen juegos de la fuerza creadora. Y toda esa soberbia multiplicidad de rosas, tuvo su origen en una zarza salvaje, que crecería en un matorral.

La rosa es una zarza... Ved lo que ha hecho de ella el cultivo, el arte del hombre, mejorándola, convirtiéndola en esa maravilla del mundo vegetal, que no admiramos cuanto debiéramos, por lo mismo que la podemos ver y gozar a cada instante...

La rosa, sin embargo, ha dado inspiración inagotable a la poesía. Alguna vez la rosa ha sido tomada como emblema de la razón: léase *El asno de oro*. Y, en efecto, el burrico que come rosas, recobra la forma humana. Si un pueblo, por atrasado que esté, siente la magia de la rosa, y su significación, hay esperanza para él. La rosa, es la belleza, es el amor, es el ideal.

Lo que se ignora por completo, es cuándo la zarza silvestre se convirtió en rosa perfumadísima. Desde un principio nos hablan ya de la rosa mitologías y documentos literarios. Las fiestas dionisíacas, se celebraban con la apoteosis de la rosa. Esta flor ha tenido constantemente por símbolismo el breve momento de felicidad de la vida humana, comprada a precio de tantas espinas, y marchitada tan presto, entre añoranzas amargusímas.

Por eso, siendo emblema de la ventura transitoria, lo fué de la muerte.. Se unió la rosa al ciprés, y los supersticiosos irlandeses, cuando están enfermos y ven pasar un rosal ante su ventana, se dan por difuntos.

Ya lo dijo el gran poeta de Recanati:

«Fratelli, a un tempo stesso, Amore é Morte
Ingenerá la sorte...»

Y así las rosas, más que júbilo, debieran producir la melancolía, que con imagen de rosa nos hizo sentir el Tasso.. Todo pasa, todo se desvanece, todo se borra, todo es humo y beno... Y entretanto, las rosas siguen floreciendo y perfumando el aire.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El fallecimiento de Mutsu-Hito, acontecimiento que pudiera ser indiferente para los españoles, no lo ha sido, y la prensa ha reflejado sentimientos de simpatía, y la impresión peculiar de los sucesos graves. Hay para ello varias explicaciones: la primera, que el Japón ha subido mucho en Europa, y por consiguiente en España, pues no hemos de dar por admitido que estemos fuera de las corrientes y que el Africa empieco en los Pirineos.

El Japón es un extraordinario caso histórico, en cierto modo, vivo contraste con el caso de China. La China, en los siglos XVII y XVIII, fijó la atención de Europa, intensamente. Su influjo artístico no fué pequeño; sus delicados amaneramientos se comunicaron al arte y a la moda; sus pensadores algo pesaron en la filosofía de los enciclopedistas, y naciones ultracivilizadas (sobre todo, relativamente al viejo imperio de las porcelanas y de las pagodas) tomaron por modelo y encontraron código sapientísimo de moral en las costumbres sinenses. Todo ello se debía a la presencia de los misioneros europeos en el país del Cielo. Con poca diferencia de fechas, ocurrieron en China dos sucesos igualmente importantes: el Japón, hasta entonces su tributario, se les declaró independiente, y los jesuítas pisaron su territorio. Los misioneros, a decir verdad, no eran una novedad sorprendente en aquellas tierras, y ya los franciscanos, tan intrépidos exploradores, habían precedido en ellas a Marco Polo; pero ahora, las persecuciones serían indtiles para desarraigar la viva planta; no retrocederían las avanzadas del Occidente, que disputaban a otros tercos invasores, comerciantes, los holandeses, aquel campo casi virgen. Los chinos, sin embargo, no tenían nada de dúctiles, de asimilables: al contrario, dijérase que poseían la mansa perseverancia de lo eterno. Repugnábales todo lo extraño. Para que pudiese prosperar la dinastía tártara, necesitó educar a sus príncipes herederos al estilo chino. Si los misioneros se hubiesen limitado a enseñar el dogma, no habría martires; pero desde su moral cristiana, censuraban las costumbres del imperio, y eso no lo sufrían los chinos, tan tolerantes en materia puramente teológica. Las persecuciones no se fundaron en la ofensa a ningún numen local, a Fo, a Lao Tsen ni a Buda; surgieron porque los cristianos querían variar y reformar los hábitos antiguos, consagrados; consentían que, verbigracia, las mujeres se mezclasen con los hombres, y otras abominaciones occidentales. Y por este apego invencible del chino a los hábitos y a la moral especial de sus antepasados, en aquel país cuya religión es un código de sentencias morales, ha sido tan difícil la evangelización, y la civilización también.

En esto dícese que actualmente la China ha cambiado mucho. Será lento el cambio en país tan extenso y de tan difíciles comunicaciones, en ese solitario imperio, hoy solitaria República, que de una parte, por el Sur y el Este, cierra un mar tempestuoso; por el Norte, vastos y calvos desiertos; por el Oeste, altas cordilleras de montañas. La naturaleza ha aislado al imperio del centro, y ese aislamiento hasta constituyó el blasón del enorme Estado, tamaño él solo como toda Europa, y cuyo ideal expresa y simboliza el inmenso monumento, emblema de lo estacionario y atrasado: la famosa Muralla, que ciñó a la China, por la parte en que pudiesen invadirla los tártaros, con un cinturón de quinientas o seiscientas leguas de longitud, y de tal anchura, que seis jinetes podían correr de frente sobre su cima, fué un símbolo. Por curiosa coincidencia, el constructor de esta defensa o fortificación gigantesca y pueril, fué el mismo Hijo del Cielo y Emperador sublime que persiguió de muerte a los letrados, y quemó los libros, privándonos de inestimables documentos para conocer la historia de la China y acaso de toda el Asia. Pérdida de las irreparables, porque el pueblo chino, al revés de los otros, nunca cesó de escribir anales, narraciones y apuntes prolijos, testimonios preciosos de un pasado remoto y obscuro. Hoy que en China se ha proclamado una República, y parece rota definitivamente la Muralla secular (pero, ¿quién sabe?) vamos a ver cómo ese pueblo desenvuelve sus aptitudes para la civilización occidental. Vamos a comprender si la raza, indudablemente inteligente, activa y laboriosa, une a esas cualidades la de adaptación, hoy tan necesaria.

Lo repito; marcado es el contraste entre el pueblo que, por lo menos hasta hoy, ha aspirado a separarse del resto del mundo, a encerrarse en su inmensidad y soledad, y el que, al contrario, anhela (y sus leyendas antiguas se lo prometen) el dominio de todo el planeta. Tal es el Japón; y parte del ensueño, se realizó en vida del soberano que acaba de bajar a la tumba, Mutsu-Hito, de gloriosa memoria.

Como los britanos, los japoneses son isleños, y esto es una defensa natural y una manera material de concentrar el espíritu. En cambio, es debilidad —hoy que todo cuesta millonadas,— ser pobre, y el Japón no es rico, ni en su hacienda pública, ni en las fortunas particulares. Pero este pueblo sin tesoros, posee uno, cuyo valor, en Europa, empieza a desconocerse, cuando no a negarse: un ardiente patriotismo. Hasta tal punto abunda en el Japón este sentimiento vigorizador por excelencia, que puede considerarse el mayor resorte de su carácter. Cosa extraña: los españoles hemos creído siempre, y el giro de nuestra historia lo ha demostrado, que el sentimiento patriótico iba íntimamente ligado al religioso; que mediante la fe, se nos criaba la energía para defender a la patria. Y, con igual unanimidad, hemos explicado, por la disminución de la fe, la actual decadencia del patriotismo, que bien quisiera yo negar, pero sería cerrar los ojos a lo evidente. Pues bien: el Japón, otro país semiateo (a pesar de los milagros del sintoísmo, y de tanto templo y tanto idolillo curioso) está animado por el encendido soplo de un patriotismo incontrastable. Los hechos son enemigos de toda teoría absoluta. Sin embargo, el Japón demuestra lo que nunca he dudado: el pueblo que se engrandece, se engrandece porque siente la necesidad patriótica; porque cree, sin escepticismos ni vacilaciones, en la patria, y está pronto al sacrificio absoluto en sus altares. La divinidad japonesa es la patria; la religiosidad, morir por ella.

La comarca del Sol naciente, la Cipango de Marco Polo, no es uno de esos países paradisíacos, donde la naturaleza parece haber mimado al hombre para que los ame. Parte de su territorio es volcánico y estéril, y su Mediterráneo es bajo, arenoso, impropio para la navegación. Llueve mucho; los huracanes azotan las islas del Archipiélago, hay exceso de frío y de calor, pero el hombre, el verdadero japonés—no hablo de los inuitos, raza inferior—se muestra industrioso, laborioso, paciente, hábil, y labra el suelo con tal cariño, que lo convierte en jardín. Algunas veces los terremotos y las erupciones volcánicas han destruído la labor en pocas horas; pero el hombre la ha rehecho. Como en China, en el Japón se ha profesado el culto a la agricultura. Las leyes, los decretos la imponían obligatoriamente.

Cuando un japonés ve tierra inculta, tiene legalmente derecho a apropiársela. Y este pueblo que ha revelado energías tan profundas, este pueblo tan bragado, tan indiferente a la muerte, tan heroico en los campos de batalla, es ictiófago y vegetariano: en el Japón apenas se come carne. El arroz blanco les cría sangre muy roja, con abundancia de partículas de hierro.

Y ha sido el pueblo comedor de arroz el que, bajo el reinado de Mutsu-Hito, ha dado a Europa la sorpresa que sabemos, y en la cual, al principio, nadie quería creer. Mientras los imaginábamos consagrados a decorar primorosas porcelanitas verdes y color rosa, o tibores de Satsuma soberanamente elegantes, con armónica fusión de tonos grises y dorados, los japoneses se formaban una marina, un ejército, universidades; enviaban a Europa gente que aprendiese las diabluras de los occidentales, sus conocimientos en todos los órdenes, y los transplantase a la tierra natal, sin perder gota. Y esto solo, o yo no sé lo que me digo, o descubre una resolución y una constancia extraordinarias, arranques fecundos y clara percepción de la necesidad. Figuraos una raza penetrada de respeto a sí misma, pues no es otra cosa el amor de la patria y la veneración de lo tradicional; una raza que, en pocos años, sin que disminuyan, antes bien tomen incremento, esas robustas y sólidas virtudes, tiene que cambiar su manera de ser, en muchos respectos, y sin embargo, debe defender, hasta contra sí misma, la integridad de su *yo*; ¿cómo regatear la admiración a esa raza, si da cima a tal empresa?

Ha sido el Japón más consciente que nuestros pueblos atrasados de Europa. No hemos tenido remedio algunos, en un momento dado, por azares de la historia o por impulso generoso de perfectibilidad, sino alzar la bandera de las reformas y adaptaciones, pero con menos criterio y sagacidad que los japoneses y también con menos intensidad de trabajo, con muy inferior tesón y marcha rectilínea. En el Japón, el impulso fué unánime, reflexivo, y menos determinado por una admiración ciega hacia Europa, que por un excelente cálculo.

Habiendo visto desde el primer momento en dónde estaba el peligro que en la transformación amenazaba, han pensado en el modo de combatirlo. Al despachar emisarios a Europa, no desean que París, Londres y Berlín les devuelvan parisienses, ingleses ni alemanes falsificados; lo que quieren que les venga del Occidente son japoneses enterados y empapados de ciencia, y dispuestos a transmitirla a sus compatriotas. Y, para que en lo posible desaparezca el riesgo de bastardeamiento del sentir profundo, nacional, es por lo que comunican en el Japón tan prodigioso desarrollo a la enseñanza, con el deseo de que llegue a ser innecesario el envío de muchachos a Europa, y de substituirlos con personas de criterio ya formado, que miren a Europa desde sí mismas, y sepan hacer la crítica y buscar los defectos evitables de civilizaciones que distan mucho de ser perfectas. No todo ha de imitarse; no todo se ha de recoger en el saco.

Se opinará como se quiera de estos propósitos; yo los encuentro muy superiores, como revelación de voluntad ilustrada y bien regida, a los pueriles entusiasmos de una nación por otra, cuando llevan a abdicar personalidades y a calumniar y despreciar lo que debe sernos más sagrado: la substancia misma de nuestro ser.

El fruto de las ideas puestas en práctica por el Japón, lo conocemos: al declararse la guerra contra Rusia, creíamos en la insostenible pelea de un mocillo ágil con un corpulento oso de las regiones siberianas: hemos visto la herida que abrió en el costado el monillo al oso, y por la cual se le escapó lo que vale más que la sangre: el orgullo militar, la gloria... Vencieron los japoneses, y vencieron con suma elegancia, con unas actitudes sencillas y bellas que avaloraron el triunfo. ¿De modo que los fabricantes de tacitas, caretas cómicas y juguetes; los dibujantes y miniaturistas de álbumes; los prolijos y graciosísimos escultores de bronce, madera y marfil, los bruñidores de la tersa laca, los constructores de abanicos gentiles y ligeros, los bordadores de kimonos y kakomonos con vuelos de cigüeñas, los habitantes de casas de bambú con tabiques de papel, ese pueblo de opereta, emboscado tras un macizo de crisántemos, para blandir un sable arcaico en cuya empuñadura se retuercen quiméricos reptiles, había vencido a Rusia, una de las grandes naciones militares del mundo, seria hasta lo trágico, erizada de cañones, y, lanzando agudo chillido victorioso le había puesto el pie en el pescuezo? Ni aun eso; eso, algo peor. Se había contentado el Japón con los efectos espirituales de la victoria. ¡La Corea, pequeño resultado material! ¡Pero el moral, qué inmenso!

Y, fuese o no obra del que acaba de morir; agrádasele o no la transformación de su reino, que sobre eso hay opiniones y no falta quien diga que el Mikado echaba de menos los tiempos en que se le creía un ser celeste, un numen, ello es que Mutsu-Hito no hizo la menor oposición, no suscitó la menor dificultad, y se guardó para sí, caso de haberlas sentido, las melancolías de la disminución de su aureola sobrenatural y divina. Sus versos respiran también esa gran virtud japonesa, la más necesaria de todas para que prosperen los pueblos: el encendido patriotismo. Su pensamiento volaba hacia los pobres soldados, heridos, enfermos, o muertos y extendidos sobre el sangriento campo de batalla. No cabe duda: este emperador era magnánimo, humano, clemente, y en su tiempo (dirá la historia), el Japón avanzó hasta colocarse en primera línea entre las potencias del mundo... Y por eso, en Madrid, donde poco se sabe de esas cosas asiáticas, se ha despertado, sin embargo, un movimiento de simpatía, y los amables representantes del Japón, tan cultos, tan corteses, tan al corriente de los detalles de la vida moderna, reciben militares de pésames... ¡Nadie dejará, en lo sucesivo, de tomar al Japón muy por lo serio!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lectores que sois aficionados a las letras o que las practicáis: ¿habéis recibido los manifiestos, proclamas, programas, cartas y ukases del futurismo?

Yo los recibo incesantemente. Sin que pueda decir que me escandalizan, porque de pocas cosas se escandaliza nadie, siempre me proporcionan un rato de esparcimiento, y los leo con suma indulgencia.

Ahora, Marinetti, que es el hierofante de la escuela, ha encontrado un nuevo tema lleno de amenidad en la guerra de Trípoli.

Con muy buen acuerdo (hemos de reconocerlo ante todo) Marinetti toma el partido de su patria, y hasta exagera algo, entendiendo que los italianos están en el caso de rebanar cabezas a miles, y de darse baños de sangre, ya que los demás no reúnen los sufragios de todos los doctores, y hay quien los considera hasta dañosos para la salud.

Una señorita, cuyo nombre siento no recordar en este momento, va más allá de Marinetti, su *duca*, y casi propone el exterminio, no sólo de los tripolitanos, sino de la humanidad entera. En su opinión, los hombres son pésimos, detestables las mujeres, y realmente no hay mujeres ni hombres, sino humanidad, y como toda la humanidad es una recua, perdonen ustedes, no se debe hablar de feminismo, sino de destrucción general, o por lo menos, de latigazos repartidos sin preferencia.

Actualmente, se ocupa Marinetti en definir la técnica del futurismo. No basta quemar todos los libros que antes de él se escribieron; no basta volar con dinamita los museos, hacer arenillas finas de escribir con las estatuas, y arrojar al mar los cuadros; hay que llenar el vacío con creaciones portentosas futuristas, y esas creaciones son las que describe Marinetti, antes de realizarlas, lo cual también es nuevo, porque generalmente había sucedido lo contrario, es decir, que la obra de arte era anterior al sistema que de ella se derivaba.

Pero en fin, convengamos en que el orden de los factores no altera el producto, y enterémonos de ese aspecto del futurismo.

La teoría, en sí, no carece de fundamento. Marinetti, en arte, detesta «la inteligencia impotente y solitaria» y concede todos los derechos a «la imaginación intuitiva y adivinadora».

Aunque en oposición con Boileau, es muy ortodoxo lo que asienta Marinetti. En arte, la razón no procrea. Ha de sobreponérsele siempre el vuelo de la fantasía y el movimiento interior del sentir. Esto se sabe de antiguo. Como también se conoce el freno que la razón no cesa de poner a la inspiración y a la imaginación desatadas, moderando su impulso, unas veces fortificándolo, otras atenuándolo. Claro es que la inspiración no tiene nada que ver con las divagaciones de los dementes, ni con las invenciones estrambóticas de los vanidosos para llamar la atención. No: la inspiración se caracteriza por su espontaneidad, y por su perfecta concordancia, si no con la razón caduca, con las altas especulaciones de la inteligencia. La inspiración no es el razonamiento, pero tampoco es la verbosidad sin atadero de un bobo iluminado..., o de un Dulcamara de las letras. Y esto es lo que acaso han olvidado los futuristas.

Reconoce el mismo Marinetti que es imposible precisar dónde concluye la inspiración inconsciente y empieza la voluntad lúcida. Pero lo que Marinetti ha observado, en esos geniales momentos, de crear, es un gran vacío en el estómago. No en balde sentenció Sancho Panza, entre otros aforismos muy juiciosos, que tripas llevan pies, y no pies tripas. Y no sin revelar gran penetración han observado los sabios que el trabajo mental gasta calorías, y que para resistirlo y reparar las pérdidas se ha menester ternera asada, manteca extendida sobre rebanaditas de pan de centeno, y un excelente te Horniman para que todo esto baje de un modo grato a los talones..., es decir, a los centros digestivos...

Verdad que, poco después, Marinetti nos revela cosas más inéditas, al decirnos que por intuición entiende él un estado de pensamiento casi completamente intuitivo.

Y, viniendo a la gran reforma retórica y técnica, Marinetti clama porque se supriman el adjetivo y el adverbio, que son, a la vez, las abigarradas guirnaldas, los velos matizados, los pedestales, las vallas, los balconajes y balaustres de la poesía tradicional, y el báculo y las muletas del substantivo. Por eso falta en el estilo actual lo imprevisto y lapidario. Aboliendo el adjetivo, recobrará el substantivo su valor esencial, total y típico. Y Marinetti declara su horror por el substantivo, cuando camina seguido de su adjetivo correspondiente, llevándolo como se lleva la cola de un vestido o un perrito de aguas sujeto a un cordón.

Ciertamente que todos tenemos contra el adjetivo antiguos rencores. Antiguos, es un modo de decir; porque el adjetivo, todos los días, nos da un disgusto gordo. Le vemos ante nuestros ojos indignados, degradarse, chapuzarse en el lodo, gastarse como se gasta una moneda, torcerse, desnaturalizarse, y ponerse en ridículo completamente, infundiéndonos sensación de cansancio y aburrimiento muy profunda. La mayor parte de los adjetivos escritos, en verdad, se oyen como quien oye llover. De antemano sabemos la manera que hay de aplicarlos. Los escritores de raza y altura todavía conservan algo de pudor aunque no siempre; pero, en la literatura corriente, de periódico, es un verdadero desate.

Todo el mundo es ilustre, caballeroso, virtuoso, eminente, maestro, enorme, colosal y demás excesos. Niñas más feas que pegar a su padre se oyen calificar de encantadoras; señoras que visten un traje chafado, de mal gusto, impropio de su edad y de su tipo, se convierten en supremas elegantes; varones que cometieron chanchullos, resultan probos, íntegros y beneméritos de la patria; todo orador es elocuente; todo predicador tiene unción; todo pianista es genial y todo rascaviolín es célico.

Y este abuso del adjetivo ha llegado a ser tan patente, que ya lo más halagüeño para quien merezca algo, es que le nombren sin adjetivar; es decir, que realicen la aspiración de Marinetti.

Mas no por eso concederemos a Marinetti que, en literatura, puedan reemplazarse los adjetivos con signos matemáticos, ni que, al suprimir la puntuación, las palabras «irradiarán unas sobre otras, entrecruzando sus varios magnetismos, siguiendo el interrumpido dinamismo del pensamiento...» Y creo que se verá en un verdadero apuro el que quiera adivinar, por una mayúscula, «los substantivos que sintetizan una analogía dominadora.» Pero en fin, hay que dejar que cada quisque cumpla sus caprichos, cuando no dañan a nadie. ¿Por qué nos ha de parecer mal que el poeta futurista «utilice todas las onomatopeyas, hasta las más cacofónicas, que reproducen los innumerables ruidos de la materia en movimiento?»

Nada: que las utilice. Si resulta luego una letanía incomprensible, no por eso hemos de protestar, cuando es tan fácil hacerse el dormido, o pensar en otra cosa.

Y tal vez haya gente más lista que yo (es decir, seguramente las hay en otros respectos, pero ahora me refiero solamente a este punto concreto de interpretación literaria), que acierte a entender, y hasta goce con la armonía de este botón de muestra, de la nueva técnica literaria de Marinetti:

«Mediodía ¾ flautas ululación abrasamiento tun tun alarma Gargaresch crujido crepitación marcha retintín sacos fusiles zuecos clavos cañones armones melenas ruedas judíos buñuelos...»

Aquí el lector se para, de fijo, y murmura para sí:

—¡Buñuelos! Claro

No, pero entendámonos: buñuelos los hay muy dorados y muy bonitos... Estos son buñuelos zurraposos, correosos, negros, hechos con aceite de candil. Así intenta el poeta—bueno, el poeta, o lo que ustedes gusten—resumir «el peso y el olor» de la batalla de Trípoli. Transcribo otro párrafo, porque no se diga que suprimo lo más expresivo y característico de la descripción:

«Heroísmo vanguardias 100 metros ametralladoras descarga erupción violines cobre pin pun pac pac tin tun ametralladoras (bis) tatarataratarata...»

Y, ¿por qué no hablamos de describir por el mismo procedimiento una corrida de toros? Nada más fácil, ni más apropiado... A ver, probemos... «Larán larán laranlara... Paseo garbo ascua oro trajes verde tabaco lila Gaona Bombita Chiquito cornúpeto libras caballo tripas costalada coleo puya borrachera piiiiii botella ruedo naranjas par pies salto barrera estocada cruz plau plau oreja hombros delirio telegramas contrata apoteosis entusiasmo reseñas quinto cielo + = o...»

¡Y basta!, porque observo que mi párrafo marinetista tiene el defecto de la claridad, de ser mucho más inteligible que el del maestro y sumo pontífice de la escuela; y además estoy adjetivándole, y por lo tanto molestándole, de seguro...

No cabe duda; el «peso y el olor» de una corrida, de un sarao, de un juego de foot-ball, de un viaje en ferrocarril, de varios episodios de la vida, no deja de poder sugerirse únicamente con los substantivos; pero ya sería arduo insinuar en igual forma el «color y el peso» de otras cosas; de una escena de amor, verbigracia... Si se suprimen los eufemismos, los circunloquios, los giros, la sugestión delicada de la frase, el diablo que explique las cosas sin explicarlas, y envíe al cerebro las imágenes sin forzar sus tonos ni sus contornos, ni cortar el vuelo de la fantasía, que se complace en rehacer la obra literaria para sí solamente, en el sagrario de los recuerdos y las ocultas combinaciones soñadoras...

Y todo esto no lo escribo por Marinetti. Porque el italiano no es un iluso, ni un alienado: es un hábil conocedor de su época, y no ignora lo gastada que está, la indiferencia gradual que rodea, como pared de hielo, a la literatura, a la obra de arte. Nunca hubo momento menos estético que el presente. La belleza sola tendrá sus adoradores, me complazco en creerlo, pero son minoría, y los escritores y los artistas quieren que el público no pase distraído por su lado, encogiéndose de hombros. Necesitan la fama, la popularidad, el ruido, la discusión de sus descubrimientos o invenciones ideales, de su labor, de lo que en ellos difiere de lo ya conocido y visto por otros. Y por eso buscan la extravagancia, la rareza, lo que excite la curiosidad, pasión propia de las decadencias, y que tiene algo de senil. A un viejo no se le atrae sino por la curiosidad, que actúa aún sobre los organismos fatigados y los espíritus sin jugo. Y Marinetti, no creyendo que hacer buenos versos le valga una reputación, se la procura, de cualquier clase que sea, escribiendo absurdos, del género de los que acabo de reseñar rápidamente.

Si juzgamos por estos síntomas de fatiga, mal auguraremos del porvenir de nuestra generación. Desde Lamartine a Martinetti, ¡qué largo camino! Y, ¿adónde nos ha conducido la ruta? Al balbucear del lelo, a la onomatopeya del salvaje en su idioma rudimentario, a la barbarie del iconoclasta que mutila las bellas lenguas ya formadas y en todo su esplendor y a la divagación del insensato voluntario, que nos reúne a son de trompeta para que escuchemos palabras sin ilación ni sentido.

En algo semejante pensaba al notar estos días, en mi pueblo, Marineda, cómo se había despertado la curiosidad a propósito de la obra de un joven pintor, Jesús Corredoira, que no llama la atención por lo que en ella existe de realmente notable, por la fuerza y *virtuosité* de pincel, por la promesa que encierra, dada la edad tan lozana del artista, sino por las graciosas y peregrinas cosas que él mismo dice de sí y de su pintura, hablando de sepulcros, fuegos fatuos, princesas de nácar, idilios en el cementerio, calaveras de gatos rubios y trovas provenzales. No es que el caso de Corredoira sea el mismo de Marinetti. Un pintor no puede decir, como el poeta futurista, que suprime esto ni aquello; aunque estudie con el mismo Satanás, el pintor ha de pintar, ha de poner colores —negros o claros— sobre tela, y ha de dibujar también, y ha de acercarse a la realidad, aunque no la obedezca servilmente. Y además, Corredoira es arcaísta, pinta en el estilo de Domenico Theotocopuli, y lo futuro le interesa menos que lo pasado. Lo que yo he querido indicar, al recordarle a propósito de Marinetti, es que por desgracia el talento, y Corredoira lo tiene, no alborota al público como la rareza caprichosa de una forma de arte. Y esto es lamentable, porque la belleza debiera ser la estrella que nos guiase, en la noche de nuestras luchas y ansiedades de toda especie. Así sucedió a los griegos. Pero, ¿quién se inspira ya en el sereno ideal de la Hélade?

Y por eso Marinetti, en medio de todo, no pasa inadvertido. Algo de celebridad—todo lo bastarda que se quiera—va rodeando su nombre. Y no le recetemos bromuro, porque acaso esté más cuerdo que usted y que yo...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entran a veces en el radio de la vida contemporánea evocaciones del pasado. Y una muy sugestiva acabo de tener, con ocasión de haber recibido el primer tomo de la obra de Gabriel Maura, *Carlos II y su Corte.* ¡Y qué pasado el que resurge! El más sombrío; el que caracteriza a la España negra, alumbrada con ráfagas rojas por las hogueras inquisitoriales; el de los disciplinantes de ensangrentadas espaldas y los encapuchados cuyos ojos fulguran al través de los agujeros del capuz, el de los posesos, satánicos y energúmenos; el de las brujas cabalgando en escobas, frotadas de fríos ungüentos y saliendo por el cañón de la chimenea; el de los terrores sobrenaturales y los hechizos que secan las fuentes de la vida... Y lo grato, para mí, de este libro—que no es sino el comienzo de una obra en tres tomos, o acaso más, pues tela hay cortada—es que se ve en él el propósito de reducir a sus justas proporciones la leyenda, y desmentir, documentalmente, el novelón de una nación entera dominada por la superstición, embrutecida por el fanatismo, y temblando ante las visiones infernales. Del tomo que acabo de leer, y que abarca más de 600 páginas, se desprende que, a fines del siglo XVII, mejor dicho en su último tercio, existía en España una opinión pública, que se exteriorizaba como podía, a falta de prensa, por medio de canciones, de pasquines, a veces de asonadas; que veía bastante claro en los asuntos pendientes; que se inspiraba en un patriotismo lleno de sentido práctico; que derrocaba, con su fuerza sorda, validos, magnates, confesores de reinas, ensoberbecidos príncipes; que estigmatizaba la inepcia y el cohecho; que no tenía reparo en juzgar hasta los actos de los reyes, y les recordaba, en frase severísima, sus deberes y sus yerros, gritando a Felipe IV, llamado el Grande por la adulación, que era grande a la manera del hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es...

No cabe dudar que, de todos modos, en aquel período se consumó nuestra decadencia, ni menos que Carlos II fuese, si no precisamente el «mísero idiota» de que habla Núñez de Arce, al menos un caso positivo de degeneración; mas no se deduce de ello que la nación entera adoleciese de incapacidad. Sobradas pruebas dió de su persistente energía, en medio de adversidades y desaciertos; y lo contrario sería bien singular.

Lo indudable es que, en el siglo XVII, precedieron a España en el camino de los «hechizos» otras naciones. Michelet, que no es por cierto un historiador amigo de España, antes al contrario, declarado y rabioso hispanófobo, dedica largos capítulos de su *Historia de Francia* al estudio de los terrores del otro mundo, como síntoma especial de la época, en el suelo francés. Desde fines del XVI, el diablo interviene en los asuntos de la corte de Francia; aparécese «el cazador negro» anunciando grandes males, o retorciendo el cuello a la condestablesa de Montmorency; y los casos de posesión diabólica abundan. Con la casa de Médicis, con los favoritos italianos, hace su entrada triunfal en Francia el veneno, que tanto papel ha de representar en la historia, durante todo el siglo XVII. Michelet explica el estado moral de Francia, a la muerte de Enrique IV, por tres palabras: «sortilegios, conventos, casuística». Y las tres palabras son una sola, añade: «esterilidad».

Renace el sábado, el aquelarre de la Edad Media pero más impío; los súcubos y los íncubos pululan. La sortería, que fué como una moda en España, es en Francia indígena—sigo tomando estas noticias de Michelet—. Los Parlamentos, ni más ni menos que la Inquisición, queman vivos o estrangulan antes de quemarlos a los hechiceros. Conventos enteros de monjas posesas aparecen regidos en sus extravíos por los Gaufrido y los Grandier, y es difícil catalogar los horrores de estos procesos. En cuanto a los venenos, no fué Madrid, fué París el que sufrió la dictadura de Locusta.

Pensando en todo ello, cuesta trabajo comprender por qué hemos de tener la exclusiva de ciertos terrores, y hemos de pasar por la nación embrujada, demoníaca. Hablando un día con Gabriel Maura, en Madrid, de sus propósitos de historiar esta época tan curiosa, le manifesté mi convencimiento de que, a pesar de la aparente severidad y aspecto monástico de D.ª Mariana de Austria—¡vaya usted a saber!—, el reinado de su hijo no fué tan fúnebre como supone la leyenda. Y me fundaba, para emitir esta opinión, en dos testimonios de arte: un retrato de Carlos II con galas militares, muy bizarro de plumas, que vi en posesión del duque de Osuna, en Biarritz, y un cuadro de la colección Traumann, que presenta a Carlos II entregado a muy ameno recreo, en un jardín deleitoso. No todo pueden ser sombras y betún en la vida de un rey que al fin ha tenido mocedad, aunque tan lacia y marchita como aparece la de Carlos II. Sin embargo, no quisiera extremar esta suposición de horas plácidas en la vida de un *Hechizado*. Podremos hablar con mayor seguridad, el día en que acabe de ver la luz la obra de Maura, sin duda llamada a disipar muchas nieblas y a esclarecer no pocos puntos dudosos.

Lo que nadie negará, es la decadencia física de la dinastía austriaca, que culmina en Carlos II. Viene de muy atrás la herencia morbosa; procede ya de los Trastamaras, y toma forma de vesania en Isabel de Portugal y en Juana de Castilla.

El equilibrio, la sanidad mental de Isabel la Católica constituyen una venturosa excepción, pero abundan los melancólicos y los hipocondríacos que, como Carlos V, en lo mejor de la vida sienten la tentación de renunciar a todo, el impulso nihilista del reposo—no otra cosa era el sentimiento confesado por el César a San Francisco de Borja, y que años más tarde contribuyó a llevarle a Yuste—. La misma tendencia parece observarse en Felipe II, aun cuando no sabemos que anduviese en ello la epilepsia, y las tristezas ascéticas del Escorial bien valen los funerales en vida de Yuste, leyenda probablemente sin fundamento positivo, según piensan los historiadores, pero que emblematiza esa preocupación mortuoria, esa esplenética idea tan semejante a locura bien definida ya. Porque el pastor de pueblos, el monarca, no tiene derecho a tales desasimientos ni a tales contemplaciones solitarias y mortuorias, y seguramente la gran Isabel, que nunca pensó en retiros, sino sólo en la tarea de gobernar a sus súbditos, era más santa, más grata a los ojos de Dios, que Felipe II en su huraño retiro, y que el piadoso e indolente Felipe III, entregando en manos de los validos el poder real. Ya en la progenie de Felipe IV, la frecuente insania había tomado otro aspecto: no era sólo el espíritu lo que padecía: era el cuerpo lleno, como dice Maura, de degeneraciones, lacras y miserias fisiológicas. Este agotamiento de las fuerzas físicas suele decirse que descubre el cansancio de las razas. No encuentro en este concepto bastante claridad. Todos lo hemos repetido, y es preciso confesar que nos fuera más difícil explicarlo satisfactoriamente. Tratándose de razas reales, compuestas de individuos que satisfacen ampliamente sus necesidades materiales, que están colocados en mejores circunstancias que los demás, creyérase, al contrario, que pudiesen afianzarse en ellas los caracteres de la robustez y el vigor orgánico. Ni aun, en el hecho de Carlos II, cabe decir que la vida sedentaria y encerrada entre cuatro paredes de sus ascendientes más próximos, ociosos y esclavizados por la etiqueta, influyese en su congénita flaqueza física. Lo mismo Felipe III que Felipe IV, fueron grandes cazadores ante el Señor, como el Nemrod de la Escritura, y anduvieron tanto al aire libre, que a las intemperies y rigores del clima se achaca el padecimiento que llevó a Felipe IV al sepulcro. Más que el cansancio vital de la estirpe pudiera, pues, imputarse la debilidad de los vástagos de la dinastía austriaca a los enlaces consanguíneos, fáciles de observar en el árbol genealógico de Carlos II que Maura nos ofrece; y, en el caso especial del último Austria, al estado de salud de su padre cuando lo engendró; bien es verdad que los hermanos del *Hechizado*, engendrados antes, ya habían sucumbido a dolencias a veces sin nombre, o en la primera niñez, o en la flor de la vida, como el príncipe Baltasar Carlos. Tal vez estas decadencias de una familia real sean del número de las infinitas cosas que la ciencia no ha conseguido descifrar aún.

Lo cierto es que el problema de España y de Europa, a fines del siglo XVII, fué el estado sanitario de aquel pobre párvulo que vemos en las páginas de Maura arrastrar, enclenque, una lánguida centella de vida, sostenido bajo los sobacos, por medio de cordones para que no se caiga, escondiendo bajo el bonetillo las llagas de las orejas, tan débil que corre la conseja de que es niña, y no niño, y que media superchería para asegurar la paz del mundo y la seguridad de España.

En el tomo que tengo a la vista, no se trata sino de los primeros años del reinado infeliz. Más que del reinado, habría que decirse de la regencia; y tampoco Mariana de Austria, en el poder, ha dejado alto recuerdo, aunque salvemos sus buenas intenciones y su rectitud moral. Y no es poco salvar, pues el enigma de la privanza de Fernando de Valenzuela pertenece al número de esas cuestiones históricas que siempre serán discutibles, pues lo que puede ocurrir entre un hidalgo joven, gallardo, poeta y hombre del mediodía, y una dama como D.ª Mariana, que le da acceso a su cámara a horas avanzadas de la noche, incesantemente, para tratar con reserva de asuntos de Estado, no juzgo que pueda indagarse, de un modo nítido, ni acopiando documentos con la diligencia más exquisita. Pero en este volumen, lo repito, no asoma todavía el que reemplazó, al menos en la confianza omnímoda de D.ª Mariana, al padre Nithard, y, que, como el padre Nithard, cayó desde el mayor valimiento y honra, bajo la presión ambiciosa del segundo D. Juan de Austria.

Es la figura de este bastardo la que se destaca en el tomo. Gira alrededor de él la historia de España, ya lleve sus ejércitos a no muy felices jornadas, y algunas del todo adversas, ya, en lo interior, perturbe la tranquilidad con manejos y motines. Es el inexorable enemigo que D.ª Mariana tiene que combatir, y el inquieto y descontento perpetuo, el eterno aspirante al sumo poder, y allá en el fondo de su alma ardiente y ansiosa de gloria, a la corona, sueño que le infunde otros, dignos de la musa de Guillermo Shakespeare. El hijo de la Calderona, tan fuerte como débiles fueron sus regios hermanos, tan activo como ellos inertes, pudo ser el dueño de España, y lo fué algún tiempo, hasta que habiendo despertado la juventud en Carlos II, y encendídose una chispa de amor en su alma, quiso recobrar sus derechos, y D. Juan fué relegado. Hay quien califica a D. Juan de Austria de ambicioso vulgar, y quien no le concede, de las cualidades que exige la tarea de mandar ejércitos, sino el valor innegable y a toda prueba. Pudiera afirmarse que, en estas cosas, también entra por mucho la fortuna. No faltan testimonios ni opiniones de historiadores que regatean, por ejemplo, al gran Condé, cuya apoteosis hizo Bossuet en una oración fúnebre memorable, la gloria de Rocroy. La batalla, dicen, se hubiese perdido, si se obedecen las órdenes del príncipe, entonces duque de Enghien. Mazarino preguntaba a los generales, no si eran hábiles, ni si eran valientes siquiera, sino si eran afortunados. D. Juan de Austria no lo fué. Es lo que sabemos de positivo.

Si lo hubiese sido, acaso le esperaba la corona, por él tan apetecida en secreto, y no tan en secreto, que no hiciese, de sus ansias, una horrible revelación a Felipe IV, el cual, desde el mismo instante, le volvió la espalda y no quiso volver a verle en la tierra. Pero la súbita elevación del hijo de la farsanta a lo más alto de la jerarquía social, en que sólo le superaban el rey y los infantes, colmado de honores y distinciones, parecía indicar que, lo mismo que Carlos V, Felipe IV necesitaba hombres, figuras, brazos, personalidades que, estrechamente vinculadas al monarca, substituyesen a los validos, o fuesen validos justificados por la naturaleza. Carlos V vió en el hijo de Bárbara de Blomberg un auxiliar para lo venidero; Felipe IV, también quiso encontrarlo en el segundo D. Juan de Austria. El último rey que pisó los campos de batalla fué Carlos V; después, los reyes no combatieron; era preciso crear caudillos, y mejor si eran príncipes de la sangre, vástagos regios. Quizás todas estas consideraciones influyeron en el encumbramiento súbito de D. Juan.

El libro de Maura, aunque serio, documentado, extenso y sin toques novelescos, consigue dejarnos impacientes de leer los tomos sucesivos. Quedan planteadas las cuestiones más discutidas, las referentes al período en que se suceden la muerte misteriosa de María Luisa de Orleáns, y los maleficios del rey. Se reservan para más adelante la privanza de Valenzuela y el confinamiento de D.ª Mariana, las intrigas relacionadas con la sucesión al trono, la figura del confesor Froilán Díaz, su proceso, la muerte del rey a los treinta y nueve años de edad. Y esperamos mucho del joven historiador, que tantas pruebas da de conocer a fondo la materia. Los fines políticos que confiesa son en realidad fines patrióticos.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se viaja por Galicia, no se sabe cuál es la impresión predominante: si la magia de la naturaleza, o la de la dificultad inmensa de las comunicaciones.

Creo, sin dejarme influir por el cariño regional, que no existe en España nada más bello que estas cuatro provincias, tan variadas, además, en sus aspectos; pero también afirmaría que en pocos sitios del mundo será tan difícil viajar.

Ved, por ejemplo, lo que hay que hacer para trasladarse a este magnífico balneario de Mondáriz, desde la Coruña; una distancia total de ciento setenta y tantos kilómetros.

O se viene por Monforte, y a causa de la falta de enlace de los trenes se pasa la noche en el camino, después de un trayecto en ferrocarril que dura largas horas, o se comprende la excursión por Santiago, y entonces, ante todo, el recorrido de la capital a la ciudad metropolitana, en automóvil de línea; luego, trasladarse del paradero del automóvil a la estación, en un coche, pues la estación de Santiago o, mejor dicho, de Cornes, se encuentra distante del pueblo «la carreiña do un can», tomar después el «West Railway Galicia Company Limited», o sea la chocolatera indecorosa que lleva este enfático nombre, y que, por tolerancias imposibles de explicar, se ríe de las disposiciones vigentes, no lleva timbres de alarma, disfruta de un material antidiluviano, va siempre a paso de tortuga, y llega con retrasos fantásticos de una y dos horas en el corto recorrido. Y, entre paréntesis: el tal *Railway* es un argumento fortísimo para los que hacen consistir el patriotismo en sostener que España está a la misma altura que cualquier país extranjero, o, más bien, que los países extranjeros andan sobre poco más o menos como España: ¿Ven ustedes?—suelen decir—. Pues éste es un ferrocarril inglés..., ¡y qué deficiencias las suyas! Peor que ninguno de aquí... Sin observar que no son solamente los franceses, sino también los británicos, los que trabajan de un modo especial «pour l'Espagne et le Maroc...»

***

Fuera ya de un tren tan sorprendente, se puede dormir en Vigo, y es lo que yo aconsejaría, porque en Vigo existen hoy hoteles de primera, y tengo reciente la grata impresión del *Continental*, un primor de confort y de trato a la moderna, con un comedor que me ha recordado el del *Amstel Hotel*, en Amsterdam, por la vista que disfruta, que si en la Venecia del Norte se goza más de cerca, en Vigo es mucho más grandiosa. Cuando nos sentábamos a despachar un almuerzo apetitoso, con preludio de mariscos de la costa, los cangrejos, los *barberechos*, las quisquillas, entraba majestuosamente en bahía un gran transatlántico, el *Cap Finisterre*, y atracaban a sus costados innumerables botecitos, mientras que, tras las acacias que se alinean sobre el muelle, veíamos el desfile apresurado de las innúmeras maletas y baúles de los emigrantes que pronto se guarecerían en las entrañas del hermoso navío, para salir en busca de tierras donde los tributos no hagan la vida imposible... El espectáculo, bajo un cielo claro y puro que pocas veces hemos contemplado este año, y sobre un mar de lapislázuli, azul sombrío veteado de oro por el sol, era admirable. Digo que el *Amstel Hotel* no puede competir con tal panorama. La codiciada bahía es mágica. Un arco triunfal cuya curva ciñe amorosamente una tierra paradisíaca.

***

Pero—y vuelta a mi tema—todo ello no impide que gastemos treinta y tantas horas en lo que, directamente y por las antiguas trilladas carreteras de antaño, cualquier automóvil recorre en seis u ocho, descansando en el camino y almorzando los expedicionarios, cabe una fuente, como hicimos hace dos años, por más señas. Y yo creo que lo arduo de los viajes, la arterioesclerosis de las vías de comunicación es una de las causas de que en Galicia se haya desarrollado tanto el automovilismo. Viajar por aquí en tren es peor que viajar en camello hacia la Meca.

Y dan ganas de preguntar, ¿qué hicieron las camadas de hombres políticos, que en Galicia se han producido, demostrando asombrosa fertilidad el terruño para tal planta? ¿Qué trabajaron? ¿Qué siguen trabajando ya que aun hoy, muertos los que vemos alzarse desgarbadamente en bronce en cada paseo, quedan vivos, y Dios les conserve la vida muchos años, los suficientes para tender una red de caminos como tienden redes de otro género? Eternízase aquí la construcción de los ferrocarriles secundarios, y transcurren años y años sin que adelanten un paso las mejoras. A Madrid pudiéramos ir en catorce horas, y tardamos veintidós o veinticuatro, desde la Coruña. Y no hay trazas de que se colme el vacío entre la Coruña y Santiago. La política anduvo en ello y alzó una muralla entre ambas ciudades.

***

La primera condición para que los viajeros frecuenten una comarca, es la facilidad de las comunicaciones; la segunda, los hospedajes. No ha muchos días, leí un artículo jubiloso de Balsa de la Vega sobre este punto concreto. De ciento no se puede esperar a transformaciones repentinas. Estas cosas son obra de tiempo. Yo añado que, en gran parte, va transformándose ya el hospedaje español. Existen hoy en Galicia algunos excelentes, y este balneario de Mondáriz, desde el cual escribo, ha sido una verdadera escuela cuyas enseñanzas han formado a los demás de la región. No quiero decir que precisamente hayan venido a cursar aquí, como a una Salamanca de la hospedería; lo que quiero significar, es que, hará unos veinte años, cuando el propietario de los manantiales, Enrique Peinador, empezaba a planear el establecimiento a la moderna que había de substituir a las viejas barracas y casucas en que los aguistas se pasaban la temporada renegando, la región tampoco conocía más formas de buen hospedaje que las tradicionales de la casa de huéspedes en que se estaba «como de familia». ¡Oh! Y de estas clásicas, venerables posadas, no hablaré yo mal, ¡líbreme Dios! He residido, en Santiago de Compostela, en una que era un portento, de la cual conservo los recuerdos más agradables. Allí se dormía entre sábanas bordadas de hilo, y bajo colchas de damasco rojo, de hábito de prelado; allí se comía como en la propia casa, las mejores piezas que al mercado salían, y la huéspeda, cariñosa, preguntaba, de vispera, ¿qué nos pedía el apetito! Allí se servía el chocolate en bandejas y salvillas de maciza plata, y nos alumbrábamos con los candelabros señoriles, de mochos brazos, de peso de varias libras... Y allí —recuerdo que me hace sonreír aún—nos presentaban cada día, al almuerzo como a la cena, cuando no a la merienda, una caja entera de mermelada de membrillo o ciruela «de las monjas», y cuando yo preguntaba qué hacían de tantas cajas empezadas apenas, me contestaba la buena señora, sencillamente: «Después de empezarlas ustedes, las acaban los estudiantes de arriba..»

Pero aquella posada, y otras quizás no tan típicas en su solidez y buen trato, se han acabado ya; quedan rezagos en vetustas ciudades, y lentamente desaparecen. En cambio, surgen los hoteles de sistema europeo, y algunos es fácil que hasta superen en lujo, al menos en cuanto a la edificación, a los más ponderados.

***

Me lo decía ayer un portugués, un señor que ha sido representante de su país en Rusia, hasta la reciente fecha de la caída de la monarquía: ni en Alemania, ni en Francia, existe un establecimiento balneario del fuste del de Mondáriz. Hablo del actual, prescindiendo de otro, con carácter científico riguroso, adelantado hasta la última palabra, que se halla en construcción y que superará a cuanto puede imaginarse en perfeccionamiento de higiene y refinamiento de mérito curativo: y convenía mos en que ni el comedor, ni la sala de fiestas, ni otros accesorios del balneario existente, inaugurado hace unos doce años, pueden ser fácilmente superados ni aun igualados, ya que para arriesgar tanto capital se necesita contar con la fama de unos manantiales muy célebres; y volvíamos a deplorar las malas comunicaciones, la situación topográfica, nuestra grande enemiga; porque todo el mundo, al salir de su casa, prefiere acercarse lo más posible a Francia y al resto de Europa, y no a las regiones de Finisterre, sin más salida que Portugal cada día más perturbado, menos tentador para los meros turistas sin opiniones políticas, y donde (extraño resurgimiento atávico), el nombre de español ha venido a ser, ni más ni menos que en el siglo XVII, como un estigma, como un despertador de odio. Todo el trabajo de conciliación entre ambas naciones peninsulares se ha perdido, y no se adivina si habrán de disiparse estas nubes, mostrándose de nuevo un espíritu de concordia, por encima de las miserias de banderías y furores políticos.

El reflejo de estos trastornos, de esta agitación, fué que apenas hubo colonia portuguesa en Mondáriz. No hemos visto a aquellos hidalgos envueltos en chales-manta o en largos guardapolvos de matiz de arcilla, que, serios y estirados, despachaban su vaso de agua con dignidad de gente que, fuera de su patria, aspira a dar de ella idea óptima; ni aquellas lusitanas morenuchas, a quienes no se podía achacar sino una afición inexplicable a las telas color café, nuez, aceituna, verde lagarto y otros medios tonos muy poco favorables a la tez obscura. Fuera de esto, que más bien atañe a los caprichos estéticos de cada cual, la colonia portuguesa era en extremo recomendable, amable, fina, animada y discreta. Constituía, seguramente, un tercio de la clientela de Mondáriz, y no escatimaba elogios a cuantas cosas buenas hay en esta tierra, que ganará tanto más, cuanto más se la conozca.

***

Sus mismos hijos ignoramos, a veces, lo mejor de por aquí. En Santiago de Compostela existe una casa de salud para dementes, el manicomio de Conjo, que es sencillamente una maravilla. No cede el paso a los celebrados sanatorios de Alemania. Los enfermos disfrutan de un parque dilatado y fértil, cuyo cercado mide kilómetros de extensión. Arboles añosos y jardines y estanques en que no hay medio de ahogarse, aunque uno se lo propusiere, aseguran a los enfermos el paseo y el recreo al aire libre, y habitaciones espaciosas, altas de techo, amuebladas con singular cuidado para la comodidad sin peligros, completan la instalación. Baños, hidroterapia, todo corre parejas. El cariño y la humanidad más grande acompañan a las ventajosas condiciones, que hacen que este benéfico establecimiento sea honra de nuestra patria. Y, lo repito, varios galleguitos ignorábamos, hasta que especiales circunstancias nos lo han hecho aprender. No era que no supiésemos que el manicomio existía; pero no sospechábamos el lugar que le correspondiese entre los de Europa. Y apenas nos atreveríamos a afirmar que esté en primera línea, si no nos lo garantizasen exactas referencias. Porque se duda del bien propio, cuando se tiene el hábito de creerse atrasado, y es sorpresa ver, al lado de importantes adelantos como representan estos balnearios y manicomios, mucho que pertenece a lo que ya Góngora estigmatizó, al hablar de las «posadas de madera» de Galicia.

***

En la transformación que ha de sufrir esta comarca llena de encantos y atractivos y que sólo necesita hacerlos valer y que haya quien los mire, a Santiago de Compostela corresponde un papel nada secundario: el de centro científico, en competencia con los de Alemania y Suiza, donde se saca tanto partido de estas industrias útiles a la especie humana. Lo reclaman las tradiciones de su gran Facultad de Medicina, sostenidas hoy por doctores de merecida fama, de iniciativas, jóvenes y animosos. Alguno proyecta crear un gran sanatorio y clínica operatoria, pero no creo que a eso se limite. Santiago debe ser, en España, la Meca de la medicina moderna. Los astros parecen estar, para tal resultado, en favorable conjunción, y la enorme riqueza hidrográfica de Galicia puede contribuir a que el milagro se realice en breve.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un amigo mío, muy ingenioso, exclamaba impaciente: «Todos los años por esta época se dicen, invariablemente, tres cosas: que Fulano (aquí el nombre de un convecino) tiene muy mala cara y trazas de morirse; que se ha perdido la fruta de hueso, y que Vigo está llamado a ser una gran población. Y el caso es que llega el verano siguiente, y de las tres cosas no ha sucedido ninguna, pero los anuncios se repiten».

Si este amigo existiese aún, vería que, al menos, uno de los tres anuncios se ha realizado plenamente. Vigo es ya, relativamente, una gran población, y está en camino de serlo mucho más. Y nótese que si otras ciudades ponen su esperanza en los elementos oficiales, Vigo la pone en sí mismo, señal de buen ánimo y energía. Vigo presenta un fenómeno en Galicia bien singular: no conoce caciques. Me refiero a esos caciques políticos que lo cubren todo con la sombra de sus alas (por no decir de sus faldones), y que, a cuenta del presupuesto, pasan por bienhechores y patricios. El único protector de Vigo, en este sentido, fué Elduayen, y desde Elduayen acá, el pueblo ha soltado los andadores. Yo creo que cuando España sea mayor de edad, hará así, y se librará de tutelas individuales que no equivalen nunca al esfuerzo colectivo.

Para Vigo, la época del caudillaje ha pasado. Está empezando, y con resultados muy felices, la del trabajo intenso, para desarrollar y beneficiar elementos de riqueza. «La gente de aquí trabaja doce horas diarias, aunque posea millones de capital», decíame persona que conoce a fondo aquella vida. No pude menos de establecer una comparación, al pasear por las calles de Santiago, pocas horas después, y encontrarlas atestadas de gentío, de una turba de pueblo animada y bulliciosa, en contraste con las de Vigo, casi solitarias. Y es que, para trabajar, no hay como estarse en casita. No ha llegado Vigo aún a ese momento en que la prosperidad se transforma en ociosidad y en ansia de goces, y cuando la multitud invade las calles, y se expansiona, o es que no tiene dinero ni piensa tenerlo nunca, o es que lo ha conquistado y quiere placer.

En Vigo, el dinero, que no puede estar oculto, se revela ya en la esplendidez, no siempre de buen gusto, de las edificaciones, verdaderos palacios. Y, sin duda, es gran lástima que no presida un arte depurado a la continua construcción de tanto edificio suntuoso. Las nuevas casas de Vigo, moles de piedra, blancas como la nieve, están demasiado recargadas de adorno, siendo lo único que alabo las *bow-windows* a la inglesa, gracioso detalle, acaso no tan necesario aquí como en los sombríos países del Norte, pero más interesante que las monótonas *galerías* de Marinedа.

Del incremento de la población dará idea el salto rápido que ha pegado, desde los quince mil habitantes, hasta sus actuales cincuenta mil. El caserío se ha extendido, desbordándose por la pintoresca ribera, a orillas de la ría, en un paisaje de esos de magia, cuyo secreto posee la naturaleza gallega, y que, con ser tan elogiados, acaso no lo han sido todavía lo bastante.

Posee Vigo una Escuela de Artes y Oficios, construída a expensas de un filántropo millonario, García Barbón; está construyendo un teatro grandioso; y se dispone a transformar el monte del Castro, punto de vista incomparable, en parque de recreo, atracción para los visitantes, turistas o pasajeros de los enormes transatlánticos que incesantemente fondean en su soberbia bahía; se apresta también a crear dos balnearios, en playas no distantes de la población, servidos por tranvía eléctrico, y no pararán aquí las mejoras. Son los hospedajes de Vigo los mejores de la región, descollando el Hotel Continental, que fué para mí, bastantes años hace, la primer señal de que este pueblo adelantaba efectivamente. Acostumbrada yo, en España toda, a las fondas fementidas, con cuartuchos angostos y sin ajuar, me sorprendió agradablemente encontrar un hotel bien dispuesto, donde existían salones y aposentos espaciosos, y cuyas elegantes balconadas caían a la bahía, siempre azul. Habíamos pensado estar allí dos días, y nos quedamos dos semanas, paseando por la ría, comiendo mariscos, y contemplando, desde el balcón, la llegada de las embarcaciones, no tan grandes y majestuosas como las que ahora se ven arribar, y de las cuales descienden, en abigarrada procesión, *faquines* cargados de maletas, pasajeros enfundados en guardapolvos, señoras cuyo velete flota al aire, hombres muy morenos, de americana blanca y jipi..... Y esta llegada de los buques constituye una de las magnas ilusiones de Vigo, que aspira a ser el punto de unión terrestre entre la América del Sur y España, o mejor dicho, Europa. En vez de volver el rostro hacia Madrid, donde sólo se piensa en toros y en lo que ocurre en el Congreso, de tres a siete de la tarde, Vigo se ha encarado al Atlántico, bebiendo el aire salitroso, salvando la distancia enorme, material, que la separa de las civilizaciones de allende el Océano, y acercándose, con la voluntad, al mundo en que se desenvuelven pujantes la industria y las relaciones comerciales, y en que la política no tiene trascendencia...

¡La política! Probablemente la política retrasará el desarrollo de Galicia. Porque, si ha de creerse lo que la voz pública proclama, hay Compañías de ferrocarriles interesadas en estorbar el trayecto, medio siglo ha proyectado, de Orense a Zamora, con el cual, el viaje de Madrid a los extremos de línea gallegos se verificaría en catorce horas, en vez de las veintidós o veinticuatro que hoy se invierten en él. Y lo sabido: detrás de las Compañías, están las protecciones políticas, inexpugnables...

Volviendo a los hospedajes, hay una diferencia y una distancia que parece increíble entre los de Vigo, la Toja y Mondáriz, y los demás de la región, con honrosas excepciones, como el excelente hotel de Lugo, que me dejó tan buen recuerdo. Poco importa que un país sea muy hermoso, y de muy benigno clima, si no hay medio de dormir ni de vivir en sus posadas. Hoy la gente se ha vuelto refinada y exige detalles de higiene y comodidad, antaño desconocida. El viajero paga, pero quiere ser servido y pasarlo tal vez mejor que en su casa propia. Quiere baños, *closets* muy limpios, criados uniformados, mesitas aparte. Se acabaron las zañas *mesas redondas*, las domésticas de chinelas, las chinches... Es decir, si no se acabaron, es preciso que se acaben, y pronto.

Las condiciones especiales que sitúan a Vigo en lugar aparte, entre las ciudades gallegas, hacen que la «ciudad de la oliva» como todavía le llaman los mantenedores de Juegos Florales, quiera volar con sus propias alas, y no influyeron poco en el otiginal episodio que se produjo poco ha, cuando Vigo dió el espectáculo de vivir meses enteros sin autoridades, sin relación con poderes públicos de ningún género. Una causa, acaso baladí, pero que hirió su amor propio, la indispuso con Pontevedra, capital de la provincia, y desde aquel mismo punto la ciudad se declaró independiente, cortando, en redondo y en absoluto, las comunicaciones, no sólo administrativas, sino de toda especie. Dimitieron las autoridades viguesss, y el pueblo se gobernó a sí propio. Los periódicos hablaban, como de algo terrorífico e insoluble, del «conflicto vigués»; y la verdad era que nunca había reinado mayor tranquilidad y orden que en tales momentos. El buen sentido gallego y un instinto de solidaridad profunda, bastaron para que todo continuase como siempre, y hay quien supone que mejor. En efecto, cuando se producía algún rozamiento local, ó surgía alguna cuestión, la mayoría del vecindario se apresuraba a condenar el disturbio. «¿No tienes vergüenza?», gritaban. «¿Sabes lo que pasa, y quieres dejarnos mal? ¡Cuidadito, eh? Ojo, que aquí no alborota nadie...» Y todo iba como una seda, sin tropiezos de ninguna especie...

No cabe duda—decíame el alcalde dimisionario de entonces y alcalde en ejercicio de hoy—lo que esterilizan las iniciativas de los pueblos, es justamente esta protección oficial que tanto se busca, que tanto se agradece... Es la sombra del manzanillo. Es algo letal. Al hombre ágil no le convienen muletas. Se confía en que haga las cosas el Estado, la Diputación provincial, etc., y claro, se echa la gente a dormir. La protección oficial es puro favoritismo; aprovecha a unos cuantos señores. Vigo no la necesita para llegar a los doscientos mil habitantes (y llegará! ¡Vaya si llegará!

Fué este alcalde, optimista y ojalá que profeta, hombre inteligente y culto como pocos, el que me acompañó en mi visita al Vigo fabril e industrial, y en ese aspecto, como en todos, pude observar que Vigo es algo que nace, algo en que palpita el porvenir. Las fábricas de conservas, que han sido una de las bases de la prosperidad del país de las rías, constituyen un ramo floreciente, y en la del Sr. Alonso pude apreciar la importancia del tráfico y lo perfeccionado de los métodos, que no serán superiores en el extranjero, seguramente. En estas fábricas se alza una constante queja: se ignora por qué ha desaparecido casi de las costas gallegas, nuestra amiga la sardina, la que daba abundancia al hogar aldeano y pan a los pescadores. Unos hablan de que se ha alejado el Gulf Stream, y con él, los bancos de plata de la sardina; otros, de caprichos mal explicados, fugas repentinas y vueltas inesperadas del pez... El caso es que las fábricas sufren el contragolpe de estos azares, y del personal, de cientos de mujeres, que se empleaba en la de Alonso, más de la mitad ha tenido que ser licenciado. Miro a las conserveras. Jóvenes casi todas, algunas bonitas, rebosan vitalidad y alegría, como si el mar les hubiese enriquecido la sangre, al atezar sus mejillas frescas y obscurecer sus manos. Bajo nuestras plantas duerme un lago de aceite: no bastando los recipientes, ha sido preciso embalsarlo, y al levantar la argolla de la chapa que cierra la entrada, aparece su obscura masa líquida, inmóvil... A pesar de la desaparición de la sardina, con la cual, en otras épocas, sobrando del consumo, se abonaban los predios y heredades, quedan muchas especies que poner en conserva: crustáceos, moluscos y peces sabrosísimos. De los crustáceos, alguno de los más apetitosos no se conserva, como la deliciosa *nécora* o araña de mar y la *centolla*. A manera de compensación, escaseando la sardina, hoy abunda en estos mares el atún o bonito, y no faltan ni el besugo, ni la merluza, ni los finos calamares o *chocos*, ni los mejillones y *vieiras*, con lo cual el gastrónomo Carlos V, que hacía llevar todo esto a Yuste en escabeche, actualmente pudiera encargarlo en lata, bien guisado. En América hay una demanda afanosa de tales comestibles, y para Inglaterra se exportan en cantidad. Hay quien cree, andando el tiempo, que Galicia podrá proveer a Inglaterra, no sólo de pescado, sino de frutas y legumbres. ¡Estamos tan cerca de la Gran Bretaña..., mar en medio!

Hemos visto unos astilleros chicos, ansiosos de ser grandes, los de Barrera, que, chicos y todo, han lanzado al mar una escuadrilla formidable de vapores pesqueros, que construyen incesantemente. Es curioso que, de estos vapores pesqueros, tres o cuatro lleven, por expresa voluntad de sus dueños, el nombre del general Weyler. Para distinguirlos ha sido preciso llamarlos General Weyler primero, segundo, etc... Sin duda, por un instante, se notó en mi rostro que las letras envidiaban a las armas, pues Barrera hubo de decirme, amablemente:

—También tenemos el *Pardo Bazán*. Ya le enviaré a usted una fotografía...

Ello es que los vaporcitos son una monada, de madera, pero con un aireoillo atrevido y gallardo, y una como actitud impaciente de hacerse a la mar, para volver, repleta la panza de pesca palpitante aún, que será vceeada y adjudicada en la Bolsa de pescado, una de las cosas que deben verse en Vigo.

Múltiples elementos, en esta ciudad, a la cual se le vienen pronosticando grandezas, se reúnen para que el pronóstico pase a realidad. Vigo es la mejor bahía de Europa y una de las mejores del mundo; es, además, el punto estratégico para el comercio con el Nuevo Continente, y es la puerta de España, para ingleses y suramericanos. Como por un mimo de la naturaleza, este lugar, destinado a la comunicación transatlántica más activa, es también de los más hermosos del mundo y le rodea una comarca de incomparable amenidad, placidez y poesía. No es el seco desembarcadero, sino el oasis que debe retener y envolver en halagüeñas redes a quien ponga el pie en su orilla.

No he dicho nada de los talleres de fundición de Sanjurjo, del curioso invento de la boya submarina, ni de la nueva casa del *Faro*, antiguo diario, el de mayor circulación en la región toda, y que acaba de construirse su palacio, con un *hall* más vasto que el de *Blanco y Negro* en Madrid... No sé si veremos los doscientos mil habitantes de Vigo en lo que de vida nos resta, pero, o mucho me engaño, o el camino ha empezado a andarse. Y milagros mayores puede de lograr el esfuerzo del hombre, la laboriosidad, la inteligencia. Y digo al alcalde, que continúa haciendo planes de hipótesis, sobre bases reales y positivas:

—¡Lástima que no pueda uno volver al mundo, después de muerto, siquiera un día, a contemplar las diabluras del progreso!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hará cosa de dos lustros, en las fiestas del Carnaval de Madrid, ganó el premio una carroza muy grande, que representaba una *traincra*, o lancha de pesca de las costas de Galicia, e iba tripulada por señoritas aristocráticas, vestidas con el traje regional, el dengue de grana, el negro mantelo rígido, la tradicional coña, de enca e, y en la mano, el pandero que las aldeanas repican en las deshojas y bailes de las eras, a la luz de la luna. En la proa de la barca, y entonando, al son de la gaita y el tamboril, cantos melancólicos o regocijados, se agrupaba el célebre coro de Pontevedra, compuesto de señoritos, abogados, médicos, entre los cuales figuraba un hijo de Montero Ríos, y algunas otras personalidades de la colonia gallega. Todos vestían igualmente el atavío clásico: *zhalegos* de gayos tonos, calzones y chaquetas de rizo o paño, monteras picudas, camisas de lienzo padronés plegadas menudamente. Y la carroza, a decir verdad, no tenía aspecto de cosa de Carnestolendas, sino más bien de una de esas lanchas que por las rías abajo se dirigen a romería o santuario famoso, en día de fiesta patronal; en suma, remedaba la verdad, y se impregnaba de la poesía del terruño. Y la multitud seguía a la carroza, la aclamaba, la vitoreaba. Era un camino triunfal.

Del organizador de aquel coro, Perfecto Feijóo, quiero decir algo, no sólo porque se apresta, según creo, a dejarse oír en Barcelona, sino porque es, en mi concepto, una de las naturalezas más artísticas y uno de los casos más dignos de estudio que en la vida he conocido. Tiene Feijóo dos personalidades, casi tan en lucha como los dos Tartarines, que estudió con gracia Alfonso Daudet. El primer Feijóo es un burgués de Pontevedra, un boticario con muchísima parroquia, que vende cuantas drogas quiere, y pudiera hacerse rico y darse la vida más regalada del mundo, sin otra molestia que despachar recetas, entre chupada y chupada a un buen cigarro, y platica con el loro tan famoso y con los amigos que invaden el establecimiento, a la vez casino, mentidero y agencia de contratación de la ciudad, donde cuanto se haga, diga y piense ha de pasar por el tamiz de la botica. Pero, ¡ah!, el segundo Feijóo es un poeta bohemio, a quien ha picado en el corazón la abeja de oro, a quien ha embrujado la Quimera—y al través de disgustos y berrinches, derrochando el dinero, el tiempo, la paciencia, realizando inverosímiles viajes, Feijóo va tras el ensueño, ya en gran parte realizado, con trazas humorísticas de chiquillo que quiere hurtar una golosina—, pero prestando, entre bromas y veras, incalculable servicio al arte, a la ciencia, a la historia, a la tradición, a su tierra y al Folk-lore en general. Porque la obra de Feijóo ha consistido en recoger, uno por uno, las tonadas y los versos que se cantan en las cuatro provincias. Este tesoro, gracias a Feijóo, no perecerá.

Si tanto se estima la labor de Böhl de Faber, al coleccionar los cantares y romances andaluces, no podemos regatear a «D. Perfecto» la admiración y la simpatía. Para llevar a cima la empresa, D. Perfecto, al lado de su profesión oficial, tiene otra: la de gaitero. Gaitero al modo «de antes», con la gaita arcaica, igual a las viejas gaitas de hace siglos, de maderas bruñidas y finas, de roncón quejumbroso, de adornos e incrustaciones de marfil, de flecos de seda carmesí copiosos, derramados en cascada. Porque todo degenera, y la gaita igualmente... Los instrumentos actuales no son los venerables de los abuelos, como los bailes populares van desechándose, y a las cantigas reemplaza un vil estribillo de zarzuela. Para recoger e interpretar las melodías del pasado, Feijóo necesitaba la gaita de entonces, y la descubrió, y la manejó, con sencillez de fauno flautista. Mientras sus amigos le llamábamos, en son de elogio, el gaitero de *Lérez*, en su misma familia, se e a candalizaba alguien de tales gaiterías, y condenaba su exhibición en el teatro, como mancha para el honor burguéa... ¡Singular idea, por cierto, del honor, y que demuestra cuánto las opiniones pueden variar, y cómo todo es ceremonial y subjetivo! No tengo yo por qué sorprenderme de este caso, pues hubo entre mis parientes gente de alto copete, que pensó verme descender en la escala social bastantes grados porque escribía libros y esos libros corrían entre el público. ¡Qué demontre, una señora como yo, meterse en tales andanzas! El borrón de tinta borrón es.

Afortunadamente para la música popular, no es Feijóo hombre que se desanime, y está poseído de su idea hasta un grado tal, que ni la edad le ha traído la fatiga, ni ha interrumpido jamás su caza de melodías—verdadera caza, como luego se verá—. Bien es verdad que por Feijóo resbalan los años, sin quitar ni la agilidad a su cuerpo, ni la precisión a su memoria, ni el buen humor a su espíritu, todo empapado de ideal. El infatigable colector sigue coleccionando, rebuscando rústicas flores y conchas, cada día más prendado del alma popular, que se revela y expresa en el raudal de los cantares, tan claramente como se reflejan los castillos ruinosos en las aguas leyendarias del Rin.

Sin duda los temas musicales gallegos circulaban ya por el mundo, y eran aprovechados por compositores con independencia de la obra de Feijóo. Pero ésta tiene otro carácter. Los compositores se van tras un bonito motivo, lo glosan, lo bordan, a veces lo desfiguran, quitándole su sello propio, con tal de adaptarlo al gusto del público, o al convencionalismo de un asunto o un argumento. Así, verbigracia, teniendo sin duda muchos temas musicales gallegos un fondo de melancolía, los compositores profesionales han exagerado la nota, y convertido en fúnebre lo que sólo era saudoso, y en llanto a mares lo que no pasaba de suspiro. Contra esta desnaturalización protesta Feijóo. Hijo de una provincia de cielo más bien alegre, donde la gente es animada y dispuesta a divertirse, Feijóo se ríe de esas canciones tan afligidas, de esos aires lentos, salmodias más bien que canciones. No está en ellas el alma gallega, o por lo menos, está en la melodía original y no en el comentario. La música recogida por don Perfecto es la natural, podemos decir; según cantan los aldeanos, transcribe Feijóo. Con religioso respeto y transporte amoroso, colecciona los motivos ignorados, reconditos, que nadie consideraba materia de arte, ni elemento de belleza, ni documento psicológico. Porque en esa música difusa está la esencia, lo íntimo de un pueblo, diversificado en sus regiones, pues hay varias Galicias, como hay varias Españas, aunque tengan estrechas afinidades que descubren la identidad de los orígenes. Y Feijóo ha comprobado esas diversidades, y con su experto oído, sabe distinguir, por ejemplo, entre infinitos *alalás*, todos muy semejantes para el profano, cuáles pertenecen a la montaña y cuáles a la ribera, como hemos llegado ya, los que, sin embargo, no entendemos mucho del asunto, a conocer y diferenciar las *muiñeiras* de las Marinas de las del Avia.

Metido en el empeño, Feijóo, como dejo dicho, gastó tiempo y dinero sin tasa. Los que le conocemos, sabemos que si ganaba como gaitero fama y nombre, como boticario perdía «las perras», seguras en aquel lícito comercio. Si hubiese apuntado los gastos de su recolección, se asustaría el mismo de la cifra a que ascienden. Alguna de esas melodías representa un viaje, a lomos de rocín, por montañas bravas; otra, un préstamo de bastantes pesos duros a un trubán, cuya moza sabía un cantar de molino precioso; porque el aldeano, desconfiado y cazurro siempre, no entrega de buenas a primeras lo que se le pide. Aquel señor que anda tras la música..., ¿estará loco? Loco o no, ¡que suelte los cuartos! Para sorprender las canciones Feijóo se mezcla con la gente labriega, bromea con los rapaces y los petrucios, echa chicoleos a las rapazas, y, el día de la feria o de la romería, se lleva a toda esa tropa a la taberna, convidando a una buena cazuela de bacalao con patatas, a brona y sardinas asadas, a un pichel del vinillo de la tierra, a una *cunca* de pote de berzas y cerdo, y cuando los ve, joeundos de la comida y la bebida, y se arma la algazara, y empiezan los dicharachos y los retos. Feijóo, hábilmente, trae la conversación al terreno del canto, y, hace que suenen los panderos, y mejor si hay un ciego chilindronero, que con su zanfona acompaña la picardihuela de sus coplas entonquecidas. Cien veces lo que se oye son cosas conocidas ya; pero una, allí está lo inédito, lo que cuenta miles de años y nadie había recogido aún. Buceando en el mar inmenso del sentimiento popular, ha pescado tal vez D. Perfecto una perla preciosa, como la «cantiga de Ulla» que es, en mi concepto, de lo más bello, delicado y hondo que existe en parte alguna. Sólo esta cantiga bastaría para justificar la fama de los aires gallegos.

Y realmente es un océano el canto popular de Galicia. Lo que por allí corre y se aplaude no da sino leve idea de la riqueza total, y que en gran parte (pero seguramente no por entero), ha recogido Feijóo, con ayuda de su errante trabajo y de su gaita, su bella gaita antigua, que habla de cosas pasadas, misteriosas. Es increíble el número de variantes que existen sólo en la *muiñeira*, el *alalá* y la *alborada*, las tres formas típicas de esta música, representando la alborada el saludo al sol que nace y besa los campos empapados del mañanero rocío, la muiñeira la tarde con sus danzas y sus alegrías de amor bajo los sotos de castaños, y el alalá la despedida a la luz, la nostalgia del día y de la vida, esa dolorosa queja ancestral, que tal vez fué el plañido sobre el muerto cuerpo de un héroe joven, de algún caudillo, esperanza de la raza.

Pero, al lado de estas formas clásicas, por decirlo así, del canto en Galicia, nadie pudiera adivinar el sinnúmero de temas musicales que flotan, entre la masa popular. Hay un espíritu especial en la raza, que adapta y transforma hasta las viles canzonetas de las zarzuelas, y las *agallega*, metiéndolas en su molde. Por todas partes, en Galicia, se canta, y ningún cantar es igual a otro, aunque se parezcan. Feijóo no perdió ripio: mexclándose con los labriegos, como los nihilistas rusos, aunque con otros fines, frecuentó a los arrieros, cuyas tonadas son encantadoras, y parecen decir los azares del largo camino y la viril resistencia a las fatigas; a los ciegos, a quienes imita del modo más adecuado, con su zanfona vieja, embalsamada por las yerbas de San Juan y sebrosa de villancicos; a las mocinas que van al molino sobre el asnillo, entre dos sacos de grano; a los curas de aldea y a los sochantres, que cantan misas con extraordinario sabor, tan del país como las espadañas que alfombran las iglesias y el sadco que las florece; a los marineros y pescadores, que también tienen sus cantares peculiarísimos; a las embotelladoras de Mondáriz, que cantan como el agua del arroyo; y así se empapó de Galicia, donde la naturaleza, más que plástica, es musical, y está llena de lirismo.

Hay que oír a D. Perfecto referir sus odiseas para capturar una nueva tonada, su paciencia heroica ante las divagaciones maliciosas de uno que no quiere entregar el secreto, o las zalamerías y fingidos desdenes de la aldeana que cree que se trata de algo distinto de una canción de pandero. Si D. Perfecto hubiese escrito estas historias, tal como pasaron, haría un curioso libro de costumbres, pintura exacta de la gente humilde, de sus tretas de sus marrullerías. La desesperación de Feijóo no han sido esos trabajos, que voluntariamente se impuso, encontrando en ellos el goce del cazador y la maniática felicidad del coleccionista apasionado. Lo que no puede tolerar es que, al presentarse en un teatro con el coro que formó y que canta en el verdadero toco aldeano (cosa no tan fácil de conseguir como a primera vista parece, pues hay quien piensa que debe italianizar la música gallega), le rodee una decoración de salón Luis XV, o de cabaña indeterminada, que igual puede ser suiza que francesa. Necesita Feijóo, para olvidar lo convencional del teatro, que le pinten con arte una casiña gallega, un *curro*, en el fondo del pajar, a un lado el hórreo, a otro el carro cara arriba, ese carro de compactas ruedas, de eje gemidor, musical también; que le compongan, en suma, un fondo en el cual haya el sentimiento de la tierra, ya que no puede haber la realidad de la naturaleza maga, ni su olor agreste, ni sus ruidos dulces. Porque si el coro de Pontevedra ha de dar su intensidad máxima de sugestión, debe ser oído al aire libre, como le oyeron los madrileños asombrados, al agolparse a los costados de la gallarda trainera, que los hizo aclamar a Galicia, a su alma vibrante de sentimentalismo que se desborda en el canto y en la música.

Yo confío en que el gaitero del *Lérez*, si realiza realmente su excursión, ha de cosechar aplausos en Barcelona. Una región tan penetrada de sí misma como Cataluña, tan aficionada a la música no podrá menos de saborear y entender esa manifestación puramente regional, sin alcaciones de arte ya docto. Deseo que el entusiasmo de Madrid ante la trainera se reproduzca en Barcelona, más conscientemente. Lo único que a mí entender falta a los coros de Pontevedra, es el elemento femenino... Pero, ¿cómo llevar mujeres? Hay aquí señoritas (y yo acabo de oírlo dos, las de León, que eran dos ruiseñores) que dominan las tonadas gallegas .. Pero no veo medio de «contratarlas». Ahí fracasaría la reconocida diplomacia de Feijóo...

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En las playas de Túnez, donde estuvo situada la antigua Cartago, van a erigir a Gustavo Flaubert, el autor de *Salambó*, un monumento, reproducción del que tiene en Ruán, su ciudad natal, en la cual, por más señas, no sólo no le hicieron gran caso en vida, sino que, como el novelista solía pasearse por el jardín de su quinta de Croisset en trajes fantásticos, de mameluco y de bandido calabrés, le tomaban por diversión de los chicos, y prometían a éstos, si se portaban bien, enseñarles al Sr. de Flaubert al través de la verja.

Lo de los trajes fantásticos de Flaubert requiere una explicación. Flaubert hizo sus primeros estudios en plena época romántica; la admiración y el entusiasmo que sentía por Chateaubriand, Víctor Hugo y Walter Scott no reconocían límites. Y el romanticismo tenía sus afectaciones en el traje, como las tenía en otras muchas cosas, porque abrió en las costumbres y en los sentimientos profunda huella. Jorge Sand andaba en hábito de varón; Balzac escribía envuelto en una especie de sayal franciscano; Byron descubría su hermosa garganta con un cuello bajo y sin almidón, y Teófilo Gautier llevaba al estreno de *Hernani* un chaleco, color de cinabrio, según unos, rosa según propia confesión, y un pantalón verdemar. Los franceses, además (aunque parezca extraño), se han tomado siempre muchas más libertades con el traje que nosotros (hablo de la burguesía, no del pueblo, que ése obedece, en el vestir, a la tradición) y yo he visto, no ya en el período romántico, sino en el naturalista, a Richepin con un atavío completamente escarlata, ni más ni menos que un verdugo de la Edad Media, extravagancia que sin duda realizaba para llamar la atención, y para que los diarios tuviesen algo ameno y peregrino que contar de él.

Flaubert no obedecía a tal intención. Fué hombre distanciado de la prensa, aunque, como todo el mundo, trabajó en ella alguna vez. Nunca trató de exhibirse, y al contrario, bien se puede afirmar que, las tres cuartas partes de su vida, esquivó el trato de la gente, siendo el único período en que se dejó ver algo en los salones, aquel en que, publicada *Salambó*, se le festejó en los centros oficiales, y se le concedió... ¡el mismo día y con la misma cruz que a Ponsón du Terrail, lo cual hizo que estuviese a punto de devolver la condecoración, y lo hubiese hecho, si alguien no le contiene con una reflexión discreta: «Puede que Ponsón du Terrail, a su vez, crea que debe devolver la suya, por habérsela dado el mismo día que a ti.»

Por entonces, las damas de la corte de la Emperatriz pedían a Flaubert un diseño de indumentaria de la princesa Salambó, para ostentarlo en un *costumé* de las Tullerías. Lo que veían en tan magnífica novela histórica, no era sino un nuevo uniforme para la coquetería, un caprichoso disfraz. Flaubert salió del paso haciendo dibujar la vestimenta de Cleopatra con el traje de la diosa Isis, y las señoras se quedaron tan conformes. Difícil le hubiese sido a Flaubert apoyar en ningún documento la ropa de su heroína, cuyo nombre estaba tomado del de una divinidad fenicio-ibérica, la diosa Salamboa, que en la Península tuvo aras y culto. Si por entonces fuese conocido el célebre busto de Elche, Flaubert hallaría en él algo que pudiera describir. Aquella mujer pálida y llena de misterio, con su tocado hierático, cabe que se asemejase a la hija de Hamílcar Baros, cuya figura singular es el alma de la bárbara epopeya de la sublevación de los mercenarios contra la República comercial y sin fe, que les negó su sueldo. El argumento de *Salambó* es, como el de *Germinal*, una huelga sangrienta, lo cual prueba que, en el fondo, los casos humanos no son tan varios como a primera vista parece.

Siendo todas las cosas tan opinables, no faltó, al publicarse la novela de Flaubert, quien la calificase de «fracaso». La primera, *Madama Bovary*, había sido acogida con tal entusiasmo por los literatos, con tal furia de escándalo por los moralistas, que de la noche a la mañana colocó a su autor en el pináculo, y fué proclamado jefe de una escuela, muy contra su voluntad. Porque Flaubert, que dió con *Madama Bovary* el golpe de gracia al romanticismo, renegaba del realismo, y no quería que una obra suya sirviese de bandera a tal escuela. Casi se pasó la vida renegando del libro que escribió, no diré por casualidad (parecería raro tratándose de un autor a quien cada obra costaba lustros), sino por una idea muy distinta del deseo de estudiar realidades. Flaubert tenía escrita *La tentación de San Antonio*, que es un poema, en prosa, en el cual pensaba desde la primera juventud y que había esbozado varias veces. Se lo leyó a su amigo y consejero literario Máximo du Camp, y éste lo condenó en absoluto, poniéndole mil defectos, y recomendó o el encierro en un cajón, para siempre, o el auto de fe, más radical. He aquí por qué digo yo que no se pueden dar consejos a los principiantes.

Generalmente se equivoca de todo en todo el más experto. *La Tentación*, entre *Madama Bovary* y *Salambó*, ocupa un lugar muy honroso, y ha ejercido influjo intenso en el arte neomístico de los últimos años del siglo. Aunque sólo fuese por el maravilloso diálogo entre la Esfinge y la Quimera, *La Tentación* viviría eternamente. Hay en ella, además, un profundo sentido simbólico, de que carece *Salambó*. El asceta tentado es el alma humana, que después de sufrir el combate de los siete pecados capitales, todavía padece la tentación de la inteligencia, pelea con la duda, es combatida por las diversas y encontradas opiniones filosóficas, pero sale vencedora, y, al pasar la hora sombría, al salir radiante el sol, ve en él, como solución y corona de la batalla, resplandecer la faz de Cristo. ¡Lástima grande que Flaubert hubiese hecho caso de la opinión del consultado, destruyendo el manuscrito de tan bella obra!

Lo que hizo fué aplazar la publicación y aligerar después bastante el texto, no sin aceptar otro consejo, al cual debemos *Madama Bovary*. «No te pierdas en esas evocaciones de lo pasado»—le había dicho du Camp—; «mira a tu alrededor, observa lo que conoces bien y has presenciado mil veces, y haz una novela contemporánea.» Recordó entonces Flaubert la historia de un médico que había conocido y cuya mujer, después de desórdenes de todo género, se había suicidado, y escribió la obra maestra, pero sin estimarla, literariamente, como estimó a *Salambó* después. Hasta se enfurecía si delante de él ensalzaban a la *Bovary*, y le aplicaba palabras que no están en el Diccionario.

No es inaudito el caso de artistas que tienen celos de sus propias obras, y casi siempre la estimación que hacen de ellas está en contradicción con el dictamen del público. Flaubert prefería *Salambó*, porque era el libro que estaba en su temperamento, el poema romántico, el género de *Los Mártires*, y frente a Veleda colocaba a su Sacerdotisa de la Luna. Sin embargo, entre las creencias típicas del romanticismo y *Salambó* existe enorme diferencia del tiempo transcurrido, de los métodos renovados, del siglo transformado, del positivismo imperante; la exigencia de realidad o de lo que la remeda, dominando en la literatura antes llamada de imaginación. Y la imaginación, en *Salambó*, desempeña un gran papel; porque donde faltan documentos históricos, el poeta épico tiene que inventar. No obstante, hasta el modo de inventar sufre cambio importante: no se puede prescindir del documento, ni dar rienda suelta a la fantasía, como la diera Víctor Hugo en sus *Burgraves*, donde creó una Edad Media sin pies ni cabeza, pegando gentil capirotazo a la historia y a la verosimilitud. Cartago bajo Hamílcar no sería exactamente cual la describe Flaubert, por más que recientes excavaciones confirman su topografía y parte de sus pinturas; pero al menos, no sabiendo cómo fué de un modo concreto y preciso; la imagen que formamos por la novela de Flaubert tiene caracteres impresionantes de verdad. Hay que añadir que el novelista se documentó cuanto pudo. Flaubert trabajaba muy despacio, tomando infinidad de notas, sacando a veces de un libro voluminoso tres renglones utilizables; además, hizo exprofeso el viaje a Túnez, estudió sobre los mismos lugares los aspectos de la naturaleza, y buscó las revelaciones de las ruinas, ya borradas y faltas de expresión, porque ¡hasta las piedras han desaparecido en aquella inmensa ciudad que contuvo 700.000 habitantes! Cuando le discutieron a Flaubert la exactitud de algunos pormenores, pudo alegar textos de autores muy respetables, contemporáneos del esplendor de Cartago, o poco menos, en abono de sus afirmaciones.

Sólo hay un capítulo en la obra, que siempre me pareció inverosímil, por más que recuerde un hecho pavoroso referido por Ruydard Kipling en alguna de sus novelitas. Me refiero al episodio titulado «El desfiladero de la Hacha» y en el cual cuarenta mil mercenarios son hábilmente acorralados por Hamílcar en el fondo de un valle que es un embudo, y del cual no pueden salir, viéndose reducidos, por el hambre que sufren, a morir desesperados, y a devorarse como fieras. Siempre me había parecido increíble que caigan así en una ratonera tantos miles de hombres, y que no logren salir de ella, por lo menos algunos, en rabioso esfuerzo. Y, leyendo estos días, con motivo del Cincuentenario, lo que dice de *Salambó* Jorge Sand, que era muy amiga de Flaubert y muy admiradora del libro, encuentro que también protesta del desfiladero y la encerrona. Sin duda en el grandioso poema cartaginés hay algo que rebasa de lo posible, pero el conjunto está tan esmaltado de observaciones, tan realzado por fuertes pinceladas, que la impresión es como de presenciar lo que Flaubert describe.

Flaubert había concebido los planes de todas sus obras—no fueron muchas—en la juventud, hacia los veinte años. Ya bullían en su cabeza cuando se le declaró el mal que le hizo desgraciado para toda la vida, y le llevó al sepulcro, no muy adelantado en la vejez, a los cincuenta y ocho años. Este mal horrible se llama epilepsia. Lo mismo ahora que en el siglo XVI, en tiempo de Paracelso que lo calificó de «temblor de tierra del hombre», es rebelde a la medicina, y ni sus causas, ni sus remedios han llegado a sospecharse. Paliativos de los accesos, valerianatos y castóreos se aplican; pero de curarlo no se alaba ningún médico, aunque se nombre Charcot.

Flaubert, desde que sufrió la primer convulsión, no tuvo una hora feliz, porque la incesante angustia de la repetición le causaba una misantropía y una amargura que se comprenden. Cortó el mal su carrera, modificó su carácter, y le inhabilitó para el trato social, que pocas veces quiso frecuentar, aunque, como todos los literatos de altura de su época, concurriese a las reuniones de la princesa Matilde Bonaparte. En la inteligencia también pudo notarse el estrago del mal. No la anubló, pero la detuvo en su evolución, quitándole la soltura y el libre juego de sus funciones. Abriéronse huecos en la memoria, y no acudieron nuevas formas de creación a la mente. Con un esfuerzo prodigioso, sudando y gimiendo, con lentitud que asombra, realizó lo que tenía proyectado, pero nada más.

Sabido es que en los fenómenos de la creación literaria pueden influir poderosamente las enfermedades nerviosas. La observación es fácil de comprobar en la literatura, tan genial a veces, de los que han parado en locos: Carlyle, Nietzsche, Guy de Maupassant, por ejemplo. Lo que en unos toma forma de excitación, en otros es comienzo de parálisis. Así le pasó a Flaubert, y sólo así puede explicarse su premiosidad, las cien veces que repasa y vuelve a repasar un párrafo, el escribir en un mes veinte páginas y declararse rendido, muerto de fatiga. Y así y todo, de las cinco o seis novelas de Flaubert, hay tres que son obras maestras pero ¿quién sabe lo que hubiese hecho si no estuviese bajo la garra del mal? No puede calcularse, ni aun definirse si habría más o menos, mejor o peor. No siempre la sanidad se trueca en belleza. Flaubert no es un loco, sino un torturado. Siludémosle como a maestro altísimo, y compadezcámosle, porque sus libros brotaron del doloroso fondo de la neurosis—«la gran neurosis», como sus biógrafos dicen—. No tiene poca suerte el que, en estos tiempos, logra librarse de neurosis grandes y chicas.

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No es posible hablar de otra cosa: si a cada cual le preocupan propias penas, hay algo que para todos tiene que ser motivo de cavilaciones, si no lo fuese de sentimiento: el atentado que con tan fulgurante rapidez ha puesto fin a la vida del presidente del Consejo de Ministros, que parecía llamada a prolongarse muchos brillantes años, pues había juventud en su edad madura, y robustez en su constitución, apenas gastada por la lucha y los afanes.

Yo uno mi voz a las que, en este caso especial como en otros que con él guardan analogía, han protestado de la insuficiencia de los servicios policíacos. Cánovas del Castillo, por ejemplo, no debió caer bajo la bala de Angiolillo, si la policía destinada a defenderle cumpliese su misión. Llega un hombre desconocido a un balneario donde se encuentra un personaje político de tal altura, tan amenazado de muerte por determinados elementos, contra el cual ya se había cometido un atentado, y a quien era sabido que se trataba de suprimir. Ese hombre, extranjero, italiano y, según después se supo, filiado como peligroso anarquista de acción, se instala, sin otro equipaje que una maleta pequeña y raída; no consulta al médico del establecimiento, no toma las aguas. No es, pues, un bañista; no es tampoco un ocioso de buena sociedad, que se propone entretener una semana en unas termas de moda. Es un sujeto por todos lados sospechoso, y que, en la mesa redonda, no aparta la vista un minuto del presidente, como si quisiese beber su rostro, empaparse de aquella forma humana que va a destruir y aniquilar. Cuando Cánovas sale a paseo, el misterioso le sigue, va con él hasta el fin de la caminata, porque ha decidido matarle cuando llegue a la ermita objeto de la excursión; y no lo hace aquel día, porque el presidente está besando a unos lindos niños rubios, y el romántico del crimen se detiene ante la inocencia.... Tranquilo, espera el momento favorable, en que encuentra a su víctima sola, entregada a esa distracción del intelectual ante la página impresa, que hace olvidarse de todo; a la misma distracción de Canalejas, frente al escaparate de la librería. Y entonces, sobre seguro, consuma el sacrificio. ¿Qué ha hecho entretanto la ronda de vigilantes que no tiene en aquel reducido círculo más deber que el de velar por la preciosa vida? Probablemente, jugar al tute o al rentoy.

La terrible lección ni siquiera ha servido para determinar experiencia. La bomba de la calle Mayor, ¿quién la ha olvidado? Se anunció con anticipación. Parece que hasta en la corteza de los árboles estaba escrita. No he de rebacer esa página terrible: cuando se estudien con calma y a la reveladora luz de los documentos los sucesos que pertenecen a edades pasadas, se notará hasta qué punto era fácil rastrear las intenciones y propósitos de un sectario que se entregaba a exterioridades, como si quisiese verse en la imposibilidad de ejecutar la misión que se le había impuesto. Fué necesario que la policía, bonachona, cerrase los ojos, para que Morral lanzase su bomba desde el balcón trágico: y fué necesario que el anarquista no tuviese condición alguna de conspirador, no hubiese tampoco previsto nada, para que le descubriesen días después.

Por lo visto, la policía sabíase de memoria al asesino de Canalejas, sus antecedentes, los propósitos que le animaban, las etapas de sus inequívocos viajes, y hasta, según noticias, se le había seguido, perdiéndole luego de vista, ni más ni menos que en las novelas de *detectives*..., todo lo cual no fué óbice para que se pasease por Madrid, libremente, en acecho Dios sabe de qué, eligiendo sosegadamente su víctima, a este quiero, a este no quiero, como el cazador en la selva... No es seguro lo que hubiese intentado a no venirle ocasión favorable, el presidente, parado ante un escaparate, presentando el blanco de su nuca... Licencien su vigilancia los hombres políticos, y encomiéndense a los santos. Quizás éstos vigilen mejor, desde sus altas sillas en el cielo.

Es innegable que si un hombre se decide a sacrificar su vida, sin reparo alguno, sin precauciones, es dueño de la ajena. No hay modo de evitar ese momento supremo; lo sabido de la acción impide la defensa; el asesino asegura a su víctima, entregándose. Cuando cabe prevenir, es antes, y aquí nadie previene nada. Ello es que D. José Canalejas, alta figura de la política, prestigio inmenso de la oratoria, ha caído, en la fuerza de la edad y en la cumbre de su carrera, y una vez más la sociedad siente el golpe en las entrañas, porque, allende la personalidad del presidente, algo ha sido herido, que a todos nos importa.

Sin duda lo que se ha repetido estos días encierra una profunda verdad: nunca se decapita a las sociedades: como a la antigua hidra, les renace la cabeza. La muerte trágica de la persona más notoria, importante e ilustre, no detiene ni un segundo la marcha de la sociedad, que se restaña la sangre en vivo movimiento, y se levanta y echa a andar, con paso seguro. Sólo lo colectivo vence a lo colectivo; el atentado de un individuo contra otro es un episodio dramático, que no tuerce el curso de los sucesos, a lo menos en el sentido que se propuso el matador. El partido liberal, desorganizado como todos sabemos, y que tanto convendría al interés de la patria que se reorganizase con unidad y cohesión, no llevaba trazas de conseguirlo, a pesar del talento, de la elocuencia, de cuantas dotes Canalejas poseyó y le reconocieron hasta sus mayores adversarios. Si ahora consigue reorganizarlo el conde de Romanones, con su gran inteligencia, la situación será mejor que antes. Los atentados, por fortuna, son estériles. En el estado general social lo que transforma la vida de los pueblos. Refiriéndonos al caso especial de la muerte que deploramos y a los demás casos parecidos, hasta cabe decir que contribuyen a afianzar la solidaridad social, por los sentimientos de reprobación y de horror que suscitan.

Canalejas era un orador sublime. En esto no hay discusión, aun cuando su fama ascendiese adonde ascendió la de Castelar. Como Castelar tenía Canalejas la figura apaisada, el busto rechoncho, el brazo no largo, poco a propósito para el gesto amplio de la tribuna. Faltábales a ambos la elegancia y majestuosa presencia de Moret, la belleza de Romero Robledo—antes de su enfermedad horrible—, la poderosa fealdad saturada de entendimiento y la soberana voz de Cánovas. Con todo eso, Castelar llegó a la cima de la palabra, y Canalejas igual. La época de Canalejas, sin embargo, fué menos propicia al arte, a la fascinación del verbo. Acaso la suma elocuencia necesita magníficos asuntos que desarrollar, corrientes universales, ideales ardientes, principios elevados. Para decirlo de una vez, los tiempos de Castelar no fueron los mezquinos actuales.

No alcancé el esplendor de Castelar; le oí en sus postrimerías. Todo el cariño, todo el respeto que profesé al grande hombre no me harán subscribir a su estilo oratorio, que jamás fué de mi agrado. Dentro de ese estilo, hizo maravillas. El auditorio estaba como diz que las fieras al resonar la lira de Orfeo. No se obtienen estos resultados sino poseyendo enormes facultades artísticas.

Canalejas las tuvo. Es imposible hablar con mayor perfección, de un modo más noble, más persuasivo, más puro, más literario. Habíame dicho Canalejas en una conversación larga y tendida, que su vocación verdadera no era la política, ni siquiera la tribuna, sino las letras. El antiguo catedrático de literatura resucitaba, asraído por el encanto de esa sirena que tanto sabe ilusionar, con el señuelo de la gloria. Soñaba Canalejas con unos últimos años consagrados a escribir libros, críticas, o acaso novela y comedias en el pacífico retraimiento del hogar, en una biblioteca ordenada, donde se alineasen los volúmenes familiares a la mano, las lecturas predilectas. Yo no podía menos de pensar que no había nacido para eso aquel hombre cuyos discursos eran otras tantas joyas de dicción y de construcción; no todos sirven para todo. Un espejismo, sin duda, presentaba a su espíritu, fatigado pos momentos del combate, aunque le sobrase energía para reñirlo, ocupación más reposada, más exenta de las espinas que rodean la por otra parte grata senda del poder. Quién sabe si un presentimiento mal definido le decía bajo y en truncadas cláusulas, que el camino del triunfo sería el de la muerte, traidora, pronta, brutal, con la bala que desbace el cerebro, palacio de la razón y arca de la sabiduría, y que detiene el pensar como una mano detiene la marcha de un reloj. La política es un juego crítico, digno ciertamente de que por él se arriesgue el vivir; pero, a veces, los políticos también anhelan la obscuridad, el silencio, la soledad del gabinete de estudio—la paz, en suma.

El gran orador no ha conseguido la fama que merecía: el político no tuvo tiempo de plantear su política propia, la silueta aparecerá un tanto confusa en sus lineamentos, pues hubo quien le creyó republicano dentro de la monarquía, mientras otros le tuvieron por monárquico dentro de la república y la democracia. El día de su muerte, estas vacilaciones e incertezas de la opinión influyeron para que mucha gente no lamentase la desgracia todo lo que, a mi entender, convenía. «No le consideraba salvador de la patria, como a Radomés», me escribe un español ajeno indiferente a la política. Pero, ¿hay alguien que en nuestros tiempos, pueda salvar a la patria del todo? Cada cual la salva quizás un poco, a cada momento; los que practican el deber, los que trabajan por el arte y la belleza, los que mantienen el orden, los que vierten su sangre, los que hacen algo útil y bueno, los que enseñan y los que aprenden... El mal está en que tales salvadores no abunden, y en que, así como hay salvadores, haya dañadores de la patria en incontable número. Sin duda, personas como Canalejas están más en alto, mejor situadas para ese salvamento constante, para esa defensa indispensable ahora, como nunca; pero el esfuerzo del jefe de partido más leal y sagaz no es bastante si no le ayudan los salvadores ignorados y anónimos, la masa que constituye el fondo de la vitalidad social, como el conjunto de las partículas de arena y yeso forma la trabazón y solidez del edificio. Una policía bien montada, previsora, capaz de comprender lo que se prepara y lo que significan las idas y venidas de un individuo peligroso, hubiese prestado, en estos instantes, a la sociedad, el servicio de librar a Canalejas de la homicida bala...

El Estado quiere absorberlo todo, y la nación encuentra cómodo dejarse absorber. Así como se tolera plácidamente los abusos, se miran con indiferencia los peligros. La burguesía es cómplice, por pachorra, de las violencias del terrorismo; se dirá que nadie comprende la gravedad de los hechos. El individuo, más resuelto que la colectividad, realiza el crimen, y la multitud, burgesa y todo, no se cesta de que, sea Canalejas o sea otro el que caiga, es la sociedad la que ha sido herida, una vez más, en el costado.

Ante la tumba recién cerrada, en horas tristes que se prestan a evocaciones de sombras del ayer, vuelven a mi memoria párrafos de discursos, detalles de relación con el muerto ilustre... Veo el pasillo del Congreso, a Canalejas que pasa rodeado de un grupo, el grupo solícito de los partidarios, de los que esperan y pretenden, y oigo su voz afable, y recibo su saludo de galante respeto, contestado en el tono amistoso y franco que nace de la simpatía.—«Un ruego...—Ordenes...—No encuentro quién quiera hablar en la velada de Espronceda, en el Ateneo...—Cuente usted conmigo. ¿Por qué no se acuerda usted de mí, cuando surge alguna dificultad?»—Le estrecho con reconocimiento la mano. Llevo, cuando hago la demanda al político agobiado de quehacer, dos semanas de invitar infructuosamente a literatos, que se niegan con diferentes pretextos. He llegado a creer que no se verificaría la velada, por falta de alguien que disertase en ella. Y encuentro en Canalejas la complacencia, la facilidad. Su antigua afición literaria ha remanecido; Espronceda es una de las devociones de su juventud. La velada se ha salvado. Canalejas la llena con su discurso sentido, brillante, improvisado, interesantísimo.

Otro recuerdo acude. Es el día en que, hallándose de cuerpo presente su padre, Canalejas tiene, imprescindiblemente, que hablar en el Congreso. Inmensa expectación produce la curiosidad de saber cómo arrostrará la especial situación de una arenga política, con la garra del dolor clavada en el corazón. El efecto es la sobreexcitación de facultades ya prodigiosas. ¡Una dignidad imponente; una vibración de la palabra, intensa, aunque sorda y como ahogada por el llanto siempre próximo a desbordarse; una perfección suprema del gesto, de la actitud, de la manera de llevar la cabeza; y aquel río caudaloso de frase matizada del modo más exquisito, sin una vacilación, sin un instante de fatiga, sin que un vocablo ni un giro faltasen en el momento en que debían acudir, articulados con claridad cristalina, con fuerza y calor que los transformaba y los llevaba al alma directamente! La admiración que verbalmente le manifesté aquel día, la exteriorizo ahora, en la hora de la desaparición del amigo. ¡Consuelo para los suyos, para él un lugar en la historia, al lado de las mayores glorias de la tribuna, entre las sombras de Argüelles, Ríos Rosas, Rivero y Castelar!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No es cierto que en esta guerra de los Balkanes hay algo que parece pertenecer a otras épocas de la historia? No lo digo por el valor que despliegan los combatientes, ni por esa pintoresca mezcla de razas que descubrimos y que mucha gente no sospechaba siquiera que existiesen, ni que revistiesen carácter de nacionalidades. Me refiero a la convicción, al entusiasmo con que combaten esas tropas, movidas por sentimientos que se creerían extinguidos, y ahora se ve que son eternos, y que tienen la virtud de hacer victoriosas a las agrupaciones humanas: la fe religiosa, el amor violento de la patria. Otra Europa, no vieja, sino con sangre muy roja y muy joven, se nos presenta en la palestra, y su avance es una garantía para la seguridad moral de los demás pueblos. La podredumbre de Turquía va a ser oneada, barrida en parte, y a un tiempo la media luna se eclipsa en Marruecos y en el Bósforo.

De esos pueblos balkánicos, no se hablaba ni una vez al año en la prensa: olvidados en sus riscos, no sabíamos nada de sus ensueños de reivindicación y libertad. Apenas conocíamos a la Grecia de ahora, obscurecida siempre por el esplendor solar de la Grecia antigua. Lo que se susurraba de Servia era un horrible drama, propio de los siglos bárbaros en las comarcas orientales, el asesinato de los reyes, arrojados por una ventana a un patio, cosidos a puñaladas y acribillados a tiros... Del Montenegro, se destacaba la figura poética de la reina de Italia, hada de la caridad y valerosa enfermera, con ese modo de ser animoso y sin decadentismos que tienen las hijas de la montaña. De Bulgaria, la caricatura nos había familiarizado con el rostro del zar Fernando, el protegido del otro Padre Zar; pero tales países seguían siendo para nosotros como comarcas sin realidad, de esas que figuran en cuentos y leyendas. Y he aquí que, de pronto, surgen reclamando la atención, forzando la simpatía, y teniendo pendiente de sus fusiles el equilibrio europeo.

¿Cuál es el ayer de estos pueblos a la vez moros y tradicionales? ¿Qué consigna de ellos la historia?

Los búlgaros son escitas o eslavo-tártaros de origen, mezclados con helenos, y, en su mayoría, practican la religión que nosotros llamamos cismática griega, y ellos ortodoxa. Forman el suelo valles y riscos; lo cierran los escarpados Balkanes, como doble contrafuerte que lo aíslase del mundo; riegan sus valles sombríos varios afluentes del Danubio, y la agricultura, con el pastoreo, es la ocupación preferente de los naturales. Como los pueblos primitivos, son labradores y pastores, viven de sus rebaños de ovejas y bueyes, y de sus caballos, cuya carne les sirve de alimento. Hay en sus Alpes vena de hierro y explotan el cultivo de las abejas, el vino que producen los escarpes, y que, según fama, en algunas comarcas búlgaras no es inferior al célebre Tokay, y hasta lo falsifica. El clima de Bulgaria no es riguroso, sino más bien templado.

Pensando en el modo de formación de la patria búlgara, es evidente que responde al establecimiento de una horda errante en un país que encontró de su gusto, o en el cual especiales circunstancias la impulsaron a detenerse. La horda venía de la triste Sarmacia, y halló, en la parte septentrional de la actual Bulgaria, fértiles valles y laderas. La horda es guerrera, ruda: desde el siglo V, hostiliza al imperio de Oriente, derrota a los Césares bizantinos, y pone sus tiendas bajo los muros de Constantinopla. Justiniano, al saber que se acercan los búlgaros, esconde los vasos de oro en las iglesias. Para conjurar el peligro, se necesita la espada del gran Belisario. La lucha continúa, se prolonga hasta los primeros siglos de la Edad Media: los búlgaros, entonces como hoy, en su pequeñez, pudieron más que un imperio decaído. En la Edad Media, los búlgaros aterran no sólo a los musulmanes, sino a los cristianos: el nombre de *búlgaro* es injuria, y en las letanías se reza para que el Señor «nos libre de los crueles búlgaros». Pero, en una de esas extrañas vueltas de la historia, los mismos búlgaros, voluntariamente, se ponen bajo el dominio del imperio, que tanto han aterrado y combatido, y se convierten en provincia suya. Una reclamación de independencia que duró más de doscientos años bastó para arraigar de nuevo en los espíritus la idea de nacionalidad. Mucho habían de tardar, no obstante, en proclamarla otra vez. Fué en el siglo XIV cuando Amuraths y Bayaceto aplastaron a los ejércitos búlgaros, y desde aquella fecha Bulgaria sufre el yugo.

Por desgracia para Turquía, por fortuna para Bulgaria, la clave del porvenir del imperio otomano es ese país dada su situación. Y la eterna enemiga de Turquía, Rusia, tuvo que pensar siempre en dar su independencia al país búlgaro, en rescatarlo del poder otomano. En la guerra de Oriente, a mediados del pasado siglo, se definió ya esta tendencia. La tarea no era difícil, porque Turquía, cada vez peor administrada y más abandonada, consentía que se cometiese todo género de desafueros, y trafa a la población humillada y descontenta. Por otra parte, Turquía, que pudo en aquella guerra darse cuenta de la importancia estratégica de Bulgaria, no pensó, hecha la paz, en fortificarla como convenía. La desorganización del vasto imperio fué causa de que la idea se aclimatase, convirtiéndose en aspiración profunda lo que tal vez era solo recuerdo legendario. Precedieron, sin embargo, a Bulgaria, en su movimiento insurreccional contra Turquía, otras provincias del imperio: Servia, Herzegovina, Bosnia; pero, al poco tiempo, Bulgaria toda se alzaba en armas..., en las pobres armas de montañeses apenas civilizados: hoces, horquillas, escopetas viejas, cachavas de pastores. El resultado de esta tentativa lo presenció indiferente Europa: Bulgaria fué inundada de sangre; hubo pueblo de seis mil almas, en que pasaron a cuchillo los *bachi bnuczks* cinco mil... El incendio, la profanación de las mujeres, se completaron con la venta de los niños en mercados públicos. Y se creyera que Bulgaria no llegaría nunca a respirar; pero estas ferocidades dejan, al contrario, encendida la hoguera del rencor inextinguible.

Rusia, además, velaba: comprendía la necesidad de poseer la Bulgaria, directa o indirectamente. De ahí el tratado de San Estéfano, que erige a Bulgaria en principado independiente, bajo el mando de Alejandro de Battenberg; de ahí el título de zar otorgado al príncipe Fernando, recientemente..., y de ahí, sobre todo la sólida organización militar de Bulgaria, tan brillantemente demostrada en los episodios de la actual guerra.

En cuanto a los servios, es otro pueblo sencillo y de patriarcales costumbres, de territorio en gran parte fértil, de origen eslavo y, aun en el siglo X, independiente hasta que lo dominaron los búlgaros y los griegos. Recobrada la libertad algún tiempo después pudo ejercer sobre Europa y sobre el mundo una hegemonía decisiva, si su gran héroe nacional Esteban el Fuerte, que se proclamó emperador, hubiese realizado el intento que le estorbó la muerte, de conquistar a Constantinopla y substituir el imperio griego por el eslavo. Si aquel monarca digno de eterna memoria consigue su propósito, el alto fin político que perseguía, los musulmanes no se hubiesen podido aprovechar de la debilidad de Bizancio, y, tomada la ciudad, amagar a la cristiandad continuamente. He aquí lo que es el destino: si vive algún tiempo más un grande hombre allá en las cordilleras balkánicas, no hay Lepanto, no hay Cruzadas, y la historia del mundo y de España es otra, completamente...

Turquía se apresuró a aplastar a Servia, a reducirla a bajalato. Pero Kara Georges, antecesor del actual rey de Servia, Pedro Karageorgevitch, atizó la hoguera de la independencia, provocó la rebelión, y después de un levantamiento nacional, Servia, a principios del siglo pasado, vióse erigida en principado independiente. Era una libertad relativa; existía el protectorado turco; pero principio quieren las cosas.

La lucha entre la dinastía de Obrenovitch y la de Karageorgevitch pudo retrasar la evolución de Servia; pero tuvo sangriento desenlace con la trágica noche en que Draga fué defenestrada; y hoy no existe cuestión dinástica en Servia. Y realmente, la dinastía de los Obrenovitch, por mil razones de orden privado más aun que público—¿pero, tienen acaso los reyes vida privada?—comprometió el porvenir de Servia. Las disensiones escandalosas de Natalia y Milano; las costumbres disipadas de éste; la boda absurda de su hijo, preparan acontecimientos que, sin dejar de ser una mancha, quizá tuviesen algo de providencial. Hoy Servia, unida con su antigua enemiga Bulgaria, contra el enemigo común, ha dado pruebas de una energía y de una cohesión admirables.

El más chiquito de estos Estados balkánicos, es Montenegro. Su superficie no pasa de unos dos mil kilómetros cuadrados. Las montañas, formidables, lo cercan. Pocas regiones montenegrinas son feraces: muchas desoladas y estériles. La pobreza los compañera de estos pueblos; pero, como dijo el santo de Asís, la pobreza va ligera y segura y posee el mundo. La pobreza es guerrera, añadiríamos, y los montenegrinos lo demuestran cumplidamente.

Una curiosidad encontramos en la historia de Montenegro: y es que, por espacio de tres siglos fué gobernado por sus arzobispos metropolitanos, sin más autoridad que la de un jefe militar, que les auxiliaba. Y después, sus reyes asumieron el poder religioso y el guerrero juntamente. Continuas luchas con Turquía crearon en Montenegro el instinto de la libertad, el odio a los opresores. Turquía fué el tirano de aquellos intrépidos montañeses, que no han perdido nunca el instinto nómada y la temeridad ante el peligro.

Si mismos bien esta cuestión balkánica, veremos que los montenegrinos son el verdadero núcleo de la lucha. Su vigor, su resistencia, su desprecio del lujo y la comodidad, el ser el pueblo más estoico de los tres—dejo a un lado a Grecia, que ya tiene otra importancia como Estado, pero que ella sola nunca hubiese llevado adelante la guerra—hacen de Montenegro el foco ardiente de la empresa, el fuego comunicativo que se propaga por una serie de países predispuestos a alzarse enérgicos, a reclamar su puesto ante Europa.

Políticamente hablando, la cuestión de esta guerra es una honda cuestión de razas. Son los eslavos contra los sucesores de los griegos, esos turcomanos que, como toda colectividad que profese la religión esterilizadora de Mahoma, están condenados por la historia a perder su soberanía y hasta su ser, al empuje de otra civilización. Los búlgaros, se oye decir por ahí, han empezado por leer e instruirse, y luego se han lanzado al combate. Yo no quisiera, sin embargo, omitir una distinción. La cáscara de pueblo civilizado, seguramente la tiene Turquía mejor que Bulgaria y que Servia. Turquía posee caminos de hierro y puede poseer armamento moderno, hoteles de primer orden, instrucción pública aparatosa: pero todo eso, que vale mucho no vale lo que la integridad del sentimiento y la pureza de los grandes ideales. Nadie ignora lo que de Turquía se viene diciendo, repitiendo hasta la saciedad. Turquía está podrida; y es la raíz del Korán la que la pudre, como pudre a Marruecos, donde por un lado domina la venalidad de la administración, la corrupción de todos los órganos, y por otra, la barbarie. La constancia del fenómeno debe hacer meditar. Los turcos son no cabe duda una raza superior etnográficamente hablando. Turquía es un Estado poderoso, su vasto suelo es fertilísimo, su población pasa de treinta y seis millones de habitantes, su condición es belicosa, su ejército está organizado a la moderna, su marina, que vale tan poco, debiera ser formidable; y, sin embargo, cada día el poder ruso ha ido menoscabándola; a cada paso han ido haciéndose independientes sus provincias; cada día su papel, en la combinación de fuerzas que sostienen el equilibrio europeo, ha ido siendo más reducido y deslucido. Las señales de su decadencia son tan claras como pudieron ser las del imperio bizantino en los tiempos de Justiniano, o como las del imperio romano bajo los Césares menores. Lo único que sostiene aún el trapantojo del poder turco son los egoísmos y las codicias de algunas potencias europeas. Es otro imperio carcomido, desunido y vacilante, el austrohúngaro, el que se presenta para atajar la desmembración de Turquía. De todos modos, y cualquiera que sean los manejos de la vieja diplomacia, la suerte está echada. Turquía no tiene salvación. Desaparecerá en una u otra forma; o bien quedándose donde está, pero con dientes y uñas limados, o replegándose al Asia, único punto donde aun puede ser comprensible que se invoque a Alá y se llame profeta a Mahometo.

Y a fe que son divertidas las potencias europeas, con sus intervenciones para sacar adelante a la Sublime Puerta, esa Puerta que un periódico nos dijo hace días «que permanecía cerrada en señal de duelo!» Las potencias son muy divertidas, insisto... No dicen esta boca es mía cuando se hacen degollinas de cristianos, cuando aldeas enteras arden..., y sólo toman la palabra cuando sus ambiciones están en juego... ¡Vaya, vaya con las señoras de potencias europeas!

La condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si la guerra universal está a punto de encenderse, como vaticinan los pesimistas, ¡terrible Noche Buena la que se prepara!

La discusión eterna renace, evocada por esta fecha de poesía y de amor, en que la infancia y la maternidad sonríen, entre la paja de un pesebre inundado de luz y en torno del cual se esparce la melodía de un coro de serafines. La guerra, ¿es o no contraria a la doctrina de Cristo? ¿Cómo debe entenderse el precepto «no matarás»?

Por uno y otro lado los argumentos abundan, y claro es que hay en nosotros dos tendencias encontradas y que, por turno, los argumentos convencen o parecen baladíes y míseros.

Yo creo que nadie es cruel por el gusto de serlo, o que, por lo menos, contadas serán las personas que hallen fruición en un mal que de nada les sirve, que no conviene a sus fines particulares. Por eso, cuando se discuta sobre la guerra, si la mayoría sigue su instinto la condenará. No hablo ya de personas extremadamente sensibles; hablo del vulgo. De la guerra, lo primero que salta a los ojos es la sangre, el estrago, el horror, las madres llorando, los heridos gimiendo, los buitres graznando, las casas ardiendo, y demás escenas espantosas que la guerra trae consigo. Y es imposible que nadie deje de estremecerse ante tales cuadros, por poco que la humanidad reine en su alma. De este estremecimiento a reprobar en absoluto la guerra, va poco; y casi todos juzgan por impresión y la reprueban más o menos severamente.

Yo quisiera mirar esta cuestión a la luz de la misma estrella que guió a los Magos hacia el humilde albergue del Niño... La luz de la estrella, no cabe duda, es pacífica y amorosa; pero muy lejos de haber extinguido la guerra con su resplandor, dijérase que la ha encendido, y para siempre. Lo cual significa que el establecimiento del Cristianismo en el mundo, y su difusión, como religión civilizadora, expansiva, católica, o sea universal, ha sido y tiene que ser causa y origen de guerras sin cuento, como lo es todo acontecimiento enorme, trascendental, que agita a las multitudes por espacio de cientos de años y las lanza a nuevos ideales.

Tal es la verdad y tal la enseñanza de la filosofía de la historia; la demostración más patente nos la da esta formidable lucha actual que, iniciada en los Balkanes, puede propagarse a toda Europa, y a cada hora tememos que se propague.

El fondo de tal guerra es religioso. Sé de sobra que median intereses y aspiraciones de otra índole. El uno quiere un puerto en el Adriático, el otro un jirón de tierra que redondee su geografía, éste la ciudad importante que antaño poseyó, aquél la indemnización que ha de servir para acrecentar su fuerza defensiva. Y se me dirá, ello no tiene nada que ver con las creencias. Pero repárese que, si las creencias fuesen las mismas en turcos, servios, montenegrinos, búlgaros y griegos no existiría el odio engendrado por la pelea secular, no habría matanzas, profanaciones, quemas de aldeas, y existiría solidaridad entre la Puerta otomana y sus provincias, existiría un lazo difícil de desatar. Por algo Cristo dijo que no era paz, sino espada, lo que había venido a traer a los hombres. Mientras gran parte de la humanidad entienda tan bondas cuestiones de un modo y otra gran parte de otro, no hay paz posible; la paz es un sueño baldío. Cree la gente que la guerra es la marcha de dos ejércitos, para embestirse y disputarse la victoria. Y eso no es sino el chispazo de la guerra, no es sino lo que aparece y desaparece en un minuto, porque para la historia, los años y los meses son minutos, segundos, fracciones de segundo quizá. La guerra, bien mirada, es la discordia, es el incesante conflicto de intereses y deseos de los pueblos y las razas, aunque no se esgrima un cuchillo ni un tiro se dispare. Y yo envidio al que crea que suprimiendo cuchillos y fusiles, la paz se establecería. Ignoro si el porvenir prepara otras maneras de guerrear diversas de las actuales, pero dudo que nunca se modifique sensiblemente la gran ley de la naturaleza, la lucha de todos contra todos. Quien reclame derechos o los defienda, en último término, a la fuerza habrá de acudir.

Ya sé que también hay escuelas que han decretado la supresión de las nacionalidades. Con un plumero borraron las fronteras, declaradas ilógicas y absurdas; con un tiralíneas repartieron en casillas simétricas el globo y, numerada cada casilla, las soldaron con un pacto fraternal, que las hace a todas iguales, a todas libres, a todas buenas, a todas felices y a todas un paraíso...

Entretanto las montañas de los pequeños Balkanes o, para hablar más castizamente, de los Balkanes menores, arrojan sobre el núcleo del imperio otomano cascadas de combatientes. Su pleito es secular, histórico. Decidles que no hay fronteras. Las hay y es lo bueno que pueden enstancharse. Turquía se ha engrandecido por la conquista y la fuerza; la fuerza y la conquista van a consumar su desmembración. Ya sus antiguas provincias se han ido erigiendo en Estados independientes; ya ese conjunto de pueblos, que no pueden ser turcos..., porque son cristianos. Grecia, Bulgaria, Montenegro, Servia, Bosnia, Herzegovina, han ido limando sus cadenas, poco a poco, con titánico esfuerzo, entre charcos de sangre, y cada vez más fuertes, preparan una confederación que las eleve a la altura de las grandes potencias. No es fácil que hubiesen conseguido tal resultado, con discursos pacificistas.

Sí; arroyos de sangre han corrido, en tantos años y ahora, y sabe Dios cuánta queda por derramar... Si los pueblos abatidos cesan de defenderse, la sangre continúa corriendo, sólo que, como en los mataderos, es el pobre rebaño sacrificado sin que lo sepa nadie, allá, muy lejos, en los valles remotos... No: cien veces vale más la guerra que la opresión. No conozco demostración tan clara de la necesidad de la guerra como este caso de Oriente. Los periódicos nos refieren la furia de los albaneses contra los niños cristianos. ¡Hay cosa más horrible, atentado igual a degollar y mutilar un niño! Continúa la rabia de Herodes, en estos soldados musulmanes, que escupen a las enfermeras, pegan fuego a los jergones y quieren evadirse del hospital, sólo por cortar el cuello a un niño, porque ese niño fué bautizado con agua, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Para que la paz universal, sea algo más que uno de esos tópicos que se prestan a infladas disertaciones, sería preciso que el Niño divino que respira plácidamente, en su gruta, entre la mula y el buey, fuese adorado con igual fe por todos cuantos hombres cubren la superficie del globo; y que esos hombres, además, tuviesen todos igual estructura moral, iguales intereses, marchasen a igual fin; que todo cambiase hasta un punto imposible de prever, ni de comprender, y fuera mejor decir sencillamente: hasta un punto imposible...

La guerra, es cierto, ha perdido algo su carácter de bárbaro. El derecho de gentes no es una fantasía. Muchas cuestiones se arreglan con negociaciones y tratados. Esto es un bien, un fruto del adelanto general. Por mínima que sea la benignidad y la humanidad que observen los combatientes, siempre habrá que ver en ella un efecto de la claridad celeste que alumbra al santo Párvulo, acostado sobre el heno, trémulo de frío... Es el Cristianismo el que inició la piedad. Quizás—aunque por ahora no se ha podido notar síntoma alguno de ello—la guerra tienda a desaparecer. Lo que aseguro es que no desaparecerá por los medios que hoy se emplean para desterrarla, y entre los cuales hay algunos cien veces más feroces que la guerra misma.

A nosotros el Niño nos ha traído la probable terminación de las campañas en el Rif, por medio del tratado franco español, que, si no es una solución muy ventajosa para nosotros, tiene la inmensa ventaja de ser eso, una solución. Nos han quitado cuanto han podido; nos han tranquilado; pero eso sería lo de menos, si lo que nos dejaron lo supiésemos usufructuar. Aunque mi amigo el sutil Unamuno proclame que es un gran bien hacer el primo, yo entiendo que si España, desde siglos atrás, no lo hubiese hecho tanto, nos iría mejor a Unamuno y a mí y a todos.

Francia ha pasado por varios sistemas y formas de gobierno: el imperio, la república, la monarquía, la república otra vez, otra vez el imperio, y vuelta la república, con vistas al socialismo; pero con tantos cambios y el carácter de sus actuales instituciones, que representan en Europa lo más avanzado como sentido (exceptuando a Portugal), Francia no ha dejado nunca de que tiene derecho a poseer colonias, a ejercer protectorados, a defender sus posesiones de África, derecho que a España se le discute diariamente, habiendo quien en serio proclamaba que debíamos devolver la plaza de Melilla a las cabilas o al sultán o al Rogi o a quien fuese, con Ceuta y el Peñón de propina, y un ramito de miosotis por recuerdo. El Tratado, mal o bien, viene a consolidar nuestro fuero, y en ese sentido debemos regocijarnos, aun cuando nadie se haya regocijado, que yo sepa, de que se firme y ratifique. Nos escamotearon Tazza y a Fez... Nos dan el hueso. Para lograr carne, hay que ser fuerte como el león o cualquier otro gran carnicero. Harto se sabe. De todos modos pierdo el pleito y ganarás si concluye, dicen, y lo que ahora conviene es que arreglemos debidamente ese territorio que, en realidad, ya de nosotros espera el pan y el palo.

Marruecos, el Marruecos que protegemos, debe ser nuestra escuela de guerra, el punto donde nuestro ejército se adiestre en las fatigas y abnegaciones militares. Debe además ser objeto de minucioso estudio, para que nuestra soberanía haga de ese retazo de África un mercado para el comercio y un país tranquilo y floreciente..., hasta donde lo permita su topografía y la condición de sus naturales.

Francia, hoy, es dueña de vastísimas posesiones en Africa. La humanitaria República no se descuida en tender su bandera tricolor sobre el mapa, y cuando leemos los nombres de las ciudades que, al cabo, le pertenecen, aunque no estén del todo incorporadas a su nacionalidad, no podemos menos de pensar, con melancolía, que son ciudades donde la memoria de nuestra grandeza todavía levanta profundos ecos... Argel nos habla de Cervantes, de su cautiverio, de los renegados crueles, de las moras bellísimas enamoradas de españoles gallardos y cautivos; Orán evoca las figuras majestuosas de Cisneros, de Hernán Cortés, de Carlos V; Bugía, Mostagán, Tremecén, el Estado de Túnez entero son familiares a nuestra imaginación española, en la cual ruedan fechas y nombres gloriosos, como guijas en la playa; Fez, Tafilete, Marruecos tampoco podrán parecernos ajenos nunca. Nosotros hemos vivido siempre ocupados del África, si no tanto ni del modo que debiéramos, al menos lo bastante para que la idea africana sea una idea hispánica, como si los dos territorios, accidentalmente separados por misterioso cataclismo, ansiasen volver a reunirse ya en abrazo, ya en lucha cuerpo a cuerpo, que también es manera de unión y muy estrecha. Hemos peleado siempre con los moros, siglos y siglos, con alternativas, pero sin abandonar la actitud, y según más combatíamos se dijera que el odio se apagaba mientras la hostilidad no cesaba nunca. Ninguna mala voluntad profesan a los moritos los españoles; muchos les tributan simpatía, como el ya difunto e ingenioso Eugenio Silvela, que tenía por la vida marroquí y hasta por los riseños una especie de culto.

Ni aun en los tiempos de la Reconquista—y de ello es testimonio el Romancero—, fueron objeto de saña ni de desprecio para nosotros los africanos. Su sangre corre íntimamente mezclada con la nuestra: según fácilmente verá quien recorra nuestras provincias de Levante y Mediodía. Estamos, pues, en las mejores condiciones para ejercer útil influjo en los países sometidos a nuestro protectorado. Pero convendrá poner en ello una atención que aquí no se concede a muchas cosas, y acaso menos a las importantes que a las fútiles. Y será bueno, sin exagerar la nota, dentro de la mayor tolerancia, cristianizar lo que se pueda; porque de otro modo, el Rif, con sus mujeres convertidas en bestias de carga, seguirá siendo un país salvaje, sucio y traicionero, aunque nos lo pinten dechado de patriarcales virtudes. En lo posible, pues a nadie se le convierte por fuerza; por medios propios de la moderna edad, ojalá marcha en el África española el Niño que acaba de nacer en Belén, en otro país semítico, de endurecido corazón y ciegos ojos.

La condesa de Pardo Bazán.

La vida contemporánea

Al tratar de «la vida contemporánea» tratemos alguna vez, y aunque sólo sea incidentalmente, de la muerte contemporánea, de los accesorios que la rodean y acompañan. Y séame permitido declarar que no conozco nada más feo, nada más frío y convencional, que todo lo referente a pompas fúnebres.

Las consabidas carrozas de gala, con sus jaeces y sus lacayos «a la Federica», pertenecen al género grotesco, de zarzuela barata y compañía de la legua. Cuanto más ostentosa es una de esas carrozas o «coche estufa», más ridícula la encuentro.

Las coronas fúnebres tampoco han llegado a persuadirme y, ante todo, encuentro que se prodigan de una manera inconsiderada. ¿Qué significa una corona fúnebre? Sin duda algo de distinción entre muerto y muerto. La Iglesia Católica, con su profundo sentimiento de la igualdad de las almas ante la vida futura, concede a los fieles, sin categoría, las mismas preces, los mismos sufragios. Pero la antigüedad pagana, en su sentido enérgico de la gloria y grandeza, no brindaba sino a los muertos ilustres las palmas y las coronas que significan la victoria sobre el olvido y la indiferencia de las edades venideras – la fama póstuma. Nosotros lo hemos arreglado, cubriendo de coronas todos los féretros, sean de quien fueren, sin preguntar lo que la corona representa. La prodigalidad en las coronas responde a la de las estatuas. Grima da ver qué estatuas se erigen. Cada época y cada pueblo tienen las estatuas que merecen tener...

Volviendo a las coronas, diré que son una costumbre excelente para que prosperen determinadas industrias, floristas, quincalleros, etc. Todavía las coronas de flores ofrecen algo de poético, mucho de perfumado, no poco de grato y simpático a los ojos, ¡pero las otras! Las de siempreviva, término medio entre la flor y la quincalla, son una especie de bacalao o conserva floral de lo más antipático que se conoce. Luego aparecen los pensamientos artificiales, lúgubres, que suscitan la imagen de una cabeza llena de ideas vulgares sombrías; las violetas, sin aroma, tiesas, convencionales; las variaciones de la gasa, la pluma y el canutillo, que recuerdan las labores curiosas y amaneradas de los colegios de señoritas; los follajes de zinc, aluminio y otras parodias de preciosos metales; y ni por casualidad, entre tanto *dinguard* mortuorio, asoma algo bello, algo original, rico y espontáneo que sea fruto del sentimiento propio y no de la rutina comercial de la tienda. La gente va a comprar su pena y su recuerdo, fabricados ya según formulario a precios altísimos, porque una de las reglas fijas, en la materia de que trato, es que todo lo necesario para que nos envíen decorosamente a nuestra última morada, debe costar las setenas, y el saqueo lícito es una de las costumbres más arraigadas en tan tristes casos.

Pareceré muy anticuada en mi criterio. Considero más respetuoso, más noble, el viejo sistema de llevar a hombros el despojo que vamos a entregar a la tierra madre. Ese último tributo de cariño lo reciben personas a las cuales algún lazo de amistad, alguna relación de compañerismo o siquiera de dependencia unió con el fallecido. Es menos venal, o no es venal en absoluto, tal modo de conducir; y no caben los desacatos de los sepultureros y acompañantes de oficio, fumando, profiriendo interjecciones, y hasta subiéndose a la carroza para ir cómodamente sentados sobre el ataúd – apenas creen que nadie los verá, que nadie defenderá contra la profanación el pobre cuerpo que ya se aparta del ruido mundano... Yo he visto en Madrid, muchas tardes, dirigirse las carrozas, las humildes, de tercera o cuarta clase – no sé nunca distinguirlas categóricamente – , a las apartadas necrópolis. Y he sentido indignación, tristeza, cólera, al ver como – habiéndose retirado ya los que tenían un deber, familiar o moral, de velar por los restos – , los enterradores se conducían lo mismo que puede conducirse el carretero que portea sacas de higos o sacas de cebada para el mercado...

La costumbre francesa, de que los parientes más próximos vayan con el muerto hasta el cementerio mismo, y no le abandonen sino cuando ha sido depuesto en paz, la encuentro más tierna, más natural que la española, – hablo de generalidades, ya sé que hay excepciones de quedarse en casa. Esa compañía hasta el último instante, significa el deseo de no separarse, sino cuando no hay otro recurso, de la persona querida.

En las grandes ciudades, estas ceremonias postreras revisten un carácter de frialdad mayor que en los pueblos pequeños y en el campo. En el campo sobre todo, se me figura que los entierros son cristianos y corresponden a la solidaridad humana. Los que juntos viven se congregan para acompañar y honrar al que con ellos vivió también, al vecino, al hombre de su parroquia. Todos ponen el hombro, y, los que no llevan el peso de la caja, descubiertos, callados, zapateando por los senderos, siguen al que desaparece, como desaparecerán ellos, a su vez, cuando les toque su turno fatal. No por eso diré que no tengan un sello primitivo las costumbres aldeanas en estos casos. Existe, en gran parte de la Península, el ágape o banquete fúnebre, lo cual procede de los tiempos más remotos. En la *Ilíada*, Aquiles, en las exequias de Patroclo, por sus manos despedaza la comida, asa los terneros, reparte la vianda. Se liba «el negro vino» mezclado con las lágrimas de dolor. El instinto dice quizás a aquellos guerreros homéricos que la vida se parece a la muerte, como se parecen dos hermanas gemelas, que nacieron abrazadas; y que la vida se sostiene por la destrucción, mientras la muerte engendra nueva vida, en su obscuro trabajo de descomposición de la materia orgánica. Así, ante la muerte, no renuncia la vida a sus imperiosas exigencias, y el desfallecimiento pide reparación.

El banquete funerario responde al cumplimiento de esta ley ineludible. El dolor cortará el apetito a los muy allegados, pero los demás, conocidos, amigos no pueden menos de sustentarse; y con el sustento, viene esa alegría puramente instintiva, sin causa ni razón, explosión de la vida, triunfante y tenaz. No hay pues que escandalizarse nimiamente por lo que ocurre en los banquetes fúnebres, que con tanta viveza de colorido retrató Sudermann en su hermosa novela *El deseo*.

En los banquetes fúnebres se suele beber, porque hay una sombra, una congoja en el fondo del corazón, y el vino y los licores la ahuyentan. El hombre necesita olvidar; olvidar las fatalidades del destino, las amenazas de la enfermedad, que preparan las vías de la muerte; el hombre es pequeño, débil, está rodeado de asechanzas y peligros... y busca, en pasajera excitación, una tregua a sus involuntarios terrores. El sentir alrededor el hálito frío de la Segadora, impulsa – ¡quién lo diría! – a comer y a alzar el vaso. Ello es así. No conviene reprobar lo que impone la naturaleza, lo que dondequiera sucede. Más bien debemos compadecer nuestra condición. ¿Quién mueve toda esta mecánica de progreso, industrias, tráfico, labranza, trabajo, oficios, profesiones?.. La estricta necesidad de nutrirse, es decir, la vida que quiere sostenerse, que lo manda, que lo impone con fuerza apodíctica.

Y he ahí cómo esas rudas costumbres aldeanas tienen completa explicación y justificación, dentro de una filosofía elemental pero rebosante de realismo. Por algo, en las regiones heladas que Sudermann describe y en las templadas que ya pudiera describir, el entierro sigue el banquete, al eterno adiós del espíritu de reconciliación con la humilde materia que reclama su combustible, el aceite de la humosa lámpara.

Polvo, ceniza, nada somos..., dicen los libros santos y dice la reflexión más sencilla.

En vez de coronas, a la inmensa mayoría de los que mueren deben consagrarse sufragios y oraciones. Si creemos, porque creemos; y si no creyésemos, porque creen las familias, y porque el muerto creyó. Y creen todos los que van a morir; y no sólo creen, sino que experimentan, al creer, un consuelo y un gozo – el último... Al caer en la sima que va a tragarnos, el labio murmura una súplica, pronuncia o balbuce un nombre. Y este nombre, sólo en casos de horrible desesperación sería el de Satanás; y si fuese el de Satanás, al confesar a Satanás se confesaría a Dios. Es, pues, el aspecto religioso, el más religioso, el que deben revestir todas las ceremonias fúnebres. Se gasta demasiado en pensamientos de terciopelo, en abalorio negro y blanco, y poco en misas, en ceras, en limosnas, en lo que (aun cuando nos olvidásemos del alma) sería más grave y más bello, más impregnado de veneración.

Los amigos que envían coronas, ¿por qué no habían de decir misas, de hacer una caridad – una caridad bien estudiada, inteligente, no un limosneo a bulto – en memoria del que amaron?

Y, ¡cuánto habría que decir sobre lápidas, mausoleos, inscripciones, monumentos, lo que se ve en las necrópolis, sobre todo en las más opulentas y rellenas de difuntos que fueron ricos! La estética y el sentimiento suelen faltar, sobrando el dinero y el aparato. Ante esas ostentaciones me parece hermosa la tierra donde crecen plantas silvestres, libremente, al sol...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El tren que nos lleva a pasar el día a «la antigua Complute», como le llaman los que quieren florear el estilo, va lleno de uniformes azules, de largos capotones, de esos de germánico aspecto que nuestro ejército ha adoptado. La noble ciudad castellana, de intelectual abolengo, hoy decidda de su esplendor, no conserva un poco de vida sino gracias al acantonamiento de las fuerzas que la guarnecen.

¡Tantos recuerdos, tantas glorias! Dos nombres flotan en el ambiente recogido y semimonástico de Alcalá de Henares: Cervantes y Cisneros. Son, me parece, un par de nombres. El haber dado cuna al primero, se lo disputa a Alcalá de Henares Alcázar de San Juan, donde existe una pléyade de eruditos mantenedores de que Cervantes nació allí. Mil veces han llegado hasta mi incidentes de este litigio, en el cual no tengo calidad para intervenir, aunque otra cosa digan los bondadosos señores que a mí recurren. Será acaso la cuestión del nacimiento de Cervantes una de tantas de la biografía cervantina, sobre la cual se ha escrito y seguirá escribiéndose hasta sabe Dios cuándo, porque, a pesar de muy laboriosas investigaciones realizadas con una tenacidad que parece alemana o, dijéramos mejor, benedictina, en la vida del Manco ha de haber siempre mucho que permanezca en sombras, y algo semejante ocurre en la de todos los grandes personajes, literarios e históricos. Porque la verdad que se funda en documentos tampoco es la verdad, y hasta diré que lo más interesante y revelador no se consigna en documentos nunca.

En esto pensaba cuando me dirigía a la vieja urbe universitaria, que en tiempo de Cervantes, y cuando los padres del excelso ingenio residían allí, estaría llena de animación, recorriendo sus calles los sopistas, con sus bayetas negras y sus caras juveniles y rientes. Hoy es Alcalá una ciudad callada, limpia, en cuyo aire reposado tiemblan las vibraciones de las campanas de unos veintitantos o treinta conventos de monjas. Esos conventos, de paredes de ladrillo algunos de ellos, casi sin ventanas, a menos que se cuenten por tales dos o tres angostas rejas, que semejan ojazos de azabache en el rostro cubrizo de una gitana, prestan a Alcalá cierta nota de misterio atractivo para el artista. Los nombres que les da la gente – monjas de hierro, monjas de palo – interesan como si detrás de ellos se vislumbrase una leyenda de novelesco sabor y, sin embargo, no hay tal cosa pues el hierro y el palo de las monjitas se reduce al material de la verja que rodea su atrio. Pero es misterioso siempre un convento de mujeres, de contemplativas, y yo, desde el punto de vista de la impresión sentimental, prefiero esta clase de freiras, ancladas en la paz de un pueblo histórico y ajeno al movimiento contemporáneo, en la serenidad de lo definitivo, a esas otras monjas cuya utilidad y cuya altura moral reconozco, pero que son mucho menos poéticas: las que salen y entran, van a las casas a cuidar a los enfermos, se sacrifican con abnegación en los hospitales, o dan escuela a los chiquillos. Estas solitarias, que hacen del monasterio fortaleza contra la instabilidad del destino, que voluntariamente se han cosido en el sudario místico de sus votos perpetuos, sugieren más nostalgia, por lo mismo que son un arcano, y que nadie puede saber lo que pasa en sus espíritus, protegidos por los muros altos y las rejas negrísimas...

Lo único que sale al exterior de las monjas de Alcalá es su modesta y arcaica industria de las almendras garapiñadas... También las almendras tienen su secreto. Alcalá es notable por la excelencia de sus confiterías. Donde apenas hay diversiones, la golosina es un *péché mignon*, y en estos pueblos clásicos, rebosantes de memorias, consagrados a un pasado, se vende mucho dulce, muchas primorosas frutas de horno. Lo mismo tuve ocasión de observar en Loja, donde seguramente no existe proporción entre el número de habitantes y el de confiterías, y donde existe una especialidad de roscones blancos, de esos que, como dijo con donaire Vital Aza por boca de uno de sus personajes, no debían acabarse nunca. Pues bien, con ser tan maestros los confiteros de Alcalá, y poseer tal arte para las merengadas y las empanadillas toledanas, rellenas de cabello de ángel, los bizcochones y otros infinitos refinamientos de pastelería, reposteria y dulcería, no han podido sorprender el secreto de las monjas. Todos hacen almendras garapiñadas, y las venden por arrobas: pero, ¿como las que vienen del convento, en alcatraces sujetos con un alfiler, que recuerdan el siglo XVII? Quiá. Nadie, nadie puede competir con las monjitas. Buenas serán otras almendras, pero las del convento son otra cosa, menos empalagosas, doblemente ligeras, y crocantes. Hay no se sabe qué diferencia, un punto – ese punto que da la gracia a todas las cosas... Es como el misterio de otras almendras célebres, las de Allariz. Yo no he podido jamás obtener la receta, que el celo de la gloria local reserva cuidadosamente.

Una de las magnificencias de Alcalá es el Archivo. Sigue siéndolo desde el punto de vista monumental, aunque desde el documental se haya visto despojado de sus riquezas, que se trasladaron al Archivo Histórico, y se encuentre convertido en depósito de los papelorios más inútiles y de los más estorbosos fárragos que con celo digno de mejor causa conserva nuestra chinesca Administración. En efecto, yo me pregunto si, caducando las Cuentas a los cinco años para todo efecto de reclamaciones y rectificaciones, es tan necesario archivarlas pasada esa fecha, o si no sería mejor hacer de ellas un extracto que quedase como dato general, y quemar tanto legajo que nadie consultará nunca. Puede que esto que digo sea un dislate; hay quien entiende que todo papel puede servir de algo en alguna ocasión. Si se me demuestra que éstos merecen el trabajo de guardarlos en orden estricto, en sólidas y costosas estanterías, dentro de tan soberbio monumento nacional, al cual se le están poniendo apéndices y anexos, porque los papelones todo lo inundan, diré que me retracto. No sé cómo se llegará a pegar al insigne Archivo tanto almacén como se necesita para el río caudaloso de mazos de manuscritos que aquí confluyen.

El Archivo, en su parte antigua, es una joya del Renacimiento, de una pureza y elegancia de líneas que admira y encanta.

Yo he ido a Alcalá, antes de ahora, con frecuencia, y no me he cansado nunca de contemplar los bellos modillones del patio, con su riqueza de diseño y su grandiosidad de concepción, a veces miguelangelesca. Han resistido a la barbarie que los carcomió y mutiló. Emergen, sobre la ofensa del tiempo y de las manos sacrílegas, muchos intactos trozos, y el vigor de las anatomías, la magia de los caprichos de flores, troncos, monstruos, quimeras, endriagos, amores, sirenas, caras tétricas saliendo de capuces dantescos, y faunillos rientes, hijos legítimos de la pagana alegría de aquel período histórico, nos hechizan. ¿Por qué el dinero que se gasta en conservar lo que de nada ha de servir, no se empleará en hermosear, no el patio, que eso no cabe, sino su recinto, donde crece hierba infecunda, y en medio del cual un pozo, sin valor artístico, más afea que decora? Allí conviene un jardín a estilo de los que pintó Velázquez, y un pozo copiado de alguno de los muchos modelos que existen contemporáneos del edificio, con los hierros forjados. Y no fuera malo tampoco terminar la obra del Salón de Concilios. El Salón de Concilios, en parte restaurado, estaba igual que ahora cuando por primera vez lo vi, hará un cuarto de siglo, y ya entonces me dijeron que lo poco que faltaba se haría en breve. Hoy se me figura que son menos optimistas, porque entienden que, vista tal interrupción, no se hará jamás. Están terminados el techo, de morisco alfarje; las ventanas con su vidriería de colores; y su encuadrado, árabe también, las puertas; faltan el friso y su entablamento, o su azulejería, que es lo propio; el decorado de las paredes, y el piso. En el piso se lee la brusca suspensión de los trabajos, porque parte de él está de ladrillo y al final un trozo es sólo de tierra, que mancha las botas. Y en tantos lustros, no se ha intentado dar remate a una labor que exigen de consuno nuestra honra nacional y nuestro interés, para los fines del turismo. En el tiempo transcurrido, los dorados de la restauración, por fortuna, se han puesto apagados y morenos, y las pinturas han perdido también la crudeza de nuevas, con lo cual parece todo más armonioso y dulce a la vista. Dicen los muy entendidos que la restauración es torpe e imperfecta, porque las leyendas árabes están truncadas, y delata este pormenor que la obra fué hecha por quien desconocía la lengua y hasta el estilo, pues allí aparece la mezcla de varios, desde el persa hasta el mudéjar. Como la impresión de conjunto es bella y la inmensa mayoría de la gente no aprecia esos pormenores (sin que yo niegue que son muy dignos de ser tenidos en cuenta), el día en que el Salón de Concilios se termine, y cubran tapices sus paredes, será espléndido para celebrar algún acto solemne y aparatoso, que sirva de pretexto a la exhibición de ese encantado recinto, y de la grandiosa escalera, y del patio, y de la galería de hadas que lo registra.

Poniendo a prueba la agilidad de mis acompañantes, recorrí hasta tres veces el Archivo, y lo curioso de mi peregrinación es que la hice en busca de un aposento que se había perdido y que yo no me resignaba a no encontrar. Era un camarín, en el torreón de Tenorio, y en él, cuando en el Archivo de Alcalá existían causas de Inquisición, de brujería y sortería, en extremo dignas de un destripe, me había ofrecido amablemente el Archivero mayor instalarme una mesa, para mis estudios. De esto hacía muchos años, y no llegué a aprovechar la oferta: pero, como quiera que la imagen del lindo camarín quedó grabada en mi memoria, no me era posible convencerme de que se lo hubiesen llevado malignos encantadores. El conserje, partiendo de la idea de que un torreón es sólo su parte alta, y protestando de que si conocería él un edificio donde llevaba cuarenta años de residir, me llevó a la plataforma, y desde ella subí a los alminares, y vi un panorama muy bello, por lo cual no lamento las erratas ni la ascensión, un tanto dificultosa. Y a fuerza de insistir, y previo auxilio y consulta de los archiveros, conseguí que el perdido camarín reapareciese. Vacío se halla de todo mobiliario, pero es una monería, y allí se puede fantasear lo que se quiera sobre cautivas moras, caballeros que vienen a redimirlas, trovadores o rawies que entonan rondeles o kásidas, y todo el decorado y accesorio del romanticismo.

Del camarín pasé a otro monumento que también están restaurando, me figuro con mayor actividad: la catedral. La visité en otros tiempos, sin andamios, sin cal, sin maderos en confusión y piedras esparcidas, y apenas la reconocía, en su desolación de fábrica nueva. El sepulcro del gran cardenal se oculta bajo una garita de tablas, y malamente, a la luz de una palmatoria, pudimos apreciar algo de su ornato tan italiano como Cisneros era español. Las ricas y ostentosas verjas, empasteladas por capas de polvo y yeso, apenas lucían su elegante dibujo, sus retorcidas columnas salomónicas. De la cripta, donde se guardaban con tanta veneración, faltan los cuerpos de los santos Justo y Pastor, los niños mártires, que a los siete y nueve años de edad dieron testimonio de su fe y fueron degollados. Las escenas del martirio se ven esculpidas en el encuadrado del ara, pero los Niños se fugaron a la iglesia llamada de los Jesuítas, donde el cabildo se ha refugiado también. El día en que la Catedral salga de su andamiaje remozada, con cuerda para muchas centurias, necesitará recobrar el moho, la pátina que los siglos le habían prestado.

No ha sido nunca, sin embargo, esta catedral de Alcalá, de las que en España asombran al turista y al artista. Las poseemos tan divinamente hermosas, tan notables como ejemplares arquitectónicos, tan ricas de tesoros en su interior, que ésta figura entre las de tercer orden. No muy lejos de Alcalá se encuentra una de las más típicas: la Catedral-fortaleza de Sigüenza.

De noche, cuando nos retirábamos, camino de la Estación, iba lamentando no haber conocido a estas ciudades que son como núcleos de la nacionalidad, en sus días de vida intensa, cuando, a la vuelta de una calle oyéronse gritos, fulguraron antorchas, hormigueó multitud, algo que al pronto parecía motín... No era sino una estrepitosa cencerrada al estilo clásico. Por la mañana se habían casado dos viejos, más allá de los sesenta, y con cencerros, cuernos, cacerolas y cantos de gorja, celebraba el suceso la gente maleante y de humor... Por un instante, la antigua Alcalá estudiantil me pareció que había revivido, en esta zambra de vejamen de la senilidad del amor. Así sería, cuando por sus calles vagaba en busca de aventuras Quevedo, la ilustre Compluto; porque el saber y el romper codos y gastar aceite en la lámpara o en remojar pan con que sustentarse espartanamente, no ha sido nunca obstáculo para armar estas funciones de risa... Tuve el gusto de creerme, de pronto, en los grandes tiempos de Alcalá de Henares, mientras los novios sabe Dios qué dirían, al interrumpirse su idilio... El tren me despertó. ¡No era en el siglo XVII! ¡Qué lástima!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las costumbres cambian, y no de un modo insensible, sino muchas veces a la vista. Por lo mismo que Madrid no es lo que se llama una gran capital, al menos relativamente a otras de Europa, es más fácil en variar y en pegar el salto desde su antigua manera de ser hasta el pico de la moda. No hay transiciones lentas, graduales: España, dijo no sé quién, se civiliza brincando del candil a la luz eléctrica; apenas tiene ferrocarriles, pero hierve en automóviles y no tardará en hervir en aeroplanos.

Así, Madrid ha pasado de no encerrar un hotel aceptable a enorgullecerse con dos, que al menos en lo externo se ajustan al último figurín.

El *Palace* no lo conozco todavía por dentro. Del *Ritz* he oído señalar mil deficiencias, especialmente en la comida. Sea o no verdad, no cabe duda que hemos salido de aquella situación, molesta para el amor propio nacional, de no tener dónde alojar a los personajes extranjeros, los cuales, en ocasiones como la de las bodas del Rey, hubieron de distribuirse en varios palacios de la aristocracia.

Y – volviendo al cambio de las costumbres – la novedad de estos hoteles ha traído consigo otras muchas. En Madrid no se comía de fonda, no era cosa bien vista, o por lo menos no era cosa usual, que las señoras aceptasen esa clase de invitación. Preparó el camino para ella la transformación de la mesa redonda en mesitas chicas, suprimiendo para siempre aquella promiscuidad intolerable de las antiguas «fondas» y «paradores». La mesa redonda era digna de observación para el novelista y el costumbrista: en ella se podía notar, desde la sopa, quién era cada uno, en el terreno de la educación y cortesía. El que agarraba el queso de bola, y oprimiéndolo contra su corazón se cortaba una raja enorme y desigual; el que escupía los huesos de aceituna en el plato; el que bebía vino sin tasa; el que no sabía manejar debidamente tenedor y cuchillo; el que ponía los codos sobre el mantel o lo estrellaba de pringue... Porque de todo esto había en las mesas redondas, y había también comensales muy preciados de finura, que abrumaban a las señoras a fuerza de obsequiosidad, de servirles, sin conocerlas, agua, vino, salchichón y almendras tostadas... Todavía, en hospedajes de provincia, en casas de huéspedes madrileñas, quedan ejemplares de la clásica mesa redonda, con eternos «entremeses», sus palilleros, sus discusiones de sobremesa, a la hora del café, que invariablemente versan sobre toros y política. Pero ya van desapareciendo. Modestas fondas han adoptado el sistema de las mesillas, y hasta les colocan, en medio, una jarra o un vaso con un ajelí o cuatro girasoles. El mundo marcha.

Ahora bien, los dos hoteles nuevos hicieron que las señoras, lejos de huir de la vida de fonda, se alegren muchísimo si las invitan a comer o a almorzar, o a la hora del te, en esos elegantes paradores, a cuya puerta se ven siempre coches y automóviles, y cuya iluminación, desde lejos, parece el anuncio de una fiesta perenne. Me han asegurado que hasta hay quien levanta su casa y se va a vivir al hotel, libre de la brega con cocineras, criados, etc.., No cabe duda, el porvenir está ahí; cada día es más arduo sostener una casa. Yo sospecho si, andando el tiempo, la vida se organizará en tal forma: se construirán manzanas, calles enteras de hoteles, más o menos suntuosos, y en ellos habitará, no el viajero, sino el acomodado burgués, domiciliado en la población, que quiere tener sus cuentas en orden, y saber que el plato, la casa y el servicio no le cuestan más allá de lo que ha presupuesto (*presupuesto*, ¿eh?, no me pongan *presupuestado*) al principiar el año económico... Con los hoteles va sucediendo ya lo que con los hospitales y casas de salud. Antaño, ir al hospital era como ir a presidio; en las fondas, toda incomodidad tenía su asiento. Hoy los millonarios se hacen operaciones en las casas de salud, y los príncipes se pasan el año en los hoteles. Milagros del lujo y de los adelantos científicos, que nadie puede tener en su casa a la altura que en una de esas grandes instalaciones destinadas al público.

En Madrid, los dos hoteles que compiten en representar la vida moderna, han resuelto un problema: el de las fiestas y comidas, tan complicadas a domicilio. En el hotel se salva la cuestión de amor propio y se ahorran molestias. Un baile, una recepción, una comida de aparato, representan mucho trajín, mucha inquietud, mucho trastorno, muchos *pícaros* y mucha contrariedad. Hay que volver la casa patas arriba, y que traer – aun teniendo servicio doméstico numeroso – criados de fuera, alquilados, desconocidos. Un error del cocinero os pone en ridículo. Un percance en la electricidad, que se apaga, os compromete. Mil circunstancias, imposibles de prever, os estropean la papeleta. Ninguno de estos peligros ofrece el obsequio en el hotel. Las reuniones bailables se hacen a la inglesa; cada cual paga su cuota, y así se crean, en la concurrencia, dos intereses: el de asistir, y el de no criticar a la salida, cortando sayas de variados colores al dueño o dueña de la casa. Porque suele ocurrir que una persona se gasta la moneda, se toma la molestia, se despepita al hacer los honores, no omite requisito... y los mismos que acaban de saborear los *sandwichs* y de paladear el helado y de disfrutar la distracción, no aguardan ni a haber bajado la escalera, para declarar que todo era infecto y que no hay derecho a aburrir así a los amigos...

Tal es la condición humana, y no es de esperar que varíe, puesto que ya han transcurrido muchos años desde que la especie se agita en la superficie del planeta...

No se sabe si los grandes hoteles nuevos podrán sostenerse; son muy vastos, sobre todo uno, el Palace, y representan un enorme capital invertido que es preciso amortizar y al cual hay que sacar utilidades; es difícil que en circunstancias normales se llenen, por igual razón: el lujo del establecimiento obliga a encarecer el alojamiento y, en general, no paga esos precios el viajero español.

He ahí por qué yo he sostenido siempre (pareciéndome asaz importante el asunto, para la cultura) que los hospedajes, aquí, necesitando reformas muy capitales, no pueden sin embargo montarse con esplendidez y superfluidad, sino sobre el tipo de una modestia bien avenida con la higiene y con la comodidad que puede necesitar el que deja su casa por algunos días. En el mobiliario, en la comida, en los servicios debe dominar esta tendencia: todo limpio y sencillo, sin gran tono de extranjería. Si me encomendasen que estableciese un Gran Hotel en Madrid, trataría de que no costase arriba de diez, ocho y seis pesetas la pensión, comprendiéndolo todo: y que el hotel cifrase su lujo en ser una tacita de plata, de un aseo monástico. Extras, cuantos pidiese el consumidor; pero lo de diario, comida española sencilla, sin nombres pomposos, que tantas veces son meras engañifas... Cierto día, invitada a almorzar en un Hotel de pretensiones, me presentaron el *menú*, y leí en él *Abatis de dindon*... que en castellano significa «despojos de pavo»... Y cátate que los despojos de pavo eran... un gazapillo guisado a estilo gatuno, a la castellana. ¿No fuera mejor decir la verdad? Pase dar gato por liebre: pero ya conejo por pavo es cosa inaudita. Algo análogo ocurre con el fuagrás que falsifican con hígado de ternera y otras mascaritas semejantes. Tal vez un hotel en que se comiese cocido, sopa de fideos, gazpacho y *soldados de Pavía* fuese el ideal para mucha gente, que creería encontrar los hábitos de su casa en esta llana y sabrosa alimentación.

Quizás este hotel que fantaseo estaría siempre lleno, porque, lo repito, España no es un país en que los millonarios abunden. Verdad que acaso sucediese con esto lo que con el tren, donde nadie viaja en segunda; por pocas pretensiones que tenga un individuo, va en primera. Si corría la voz de que el hotel modesto era modesto..., es fácil que ninguno pusiese en él los pies.

España y yo somos así, señora...

que dijo el personaje de Marquina.

De todos modos, es temible gastar millones en un intento que depende del capricho del público. Aquí hemos visto fenecer un establecimiento muy elegante, especie de restaurant, que se llamaba Novelty, al influjo de este retraimiento inexplicable de la gente, que se pone de acuerdo en concurrir o no a un sitio, y no examina las causas. Novelty fué calumniado: se susurró que en su recinto habíase verificado una *batalla de damas*. Aun suponiendo la realidad de tal pelea, no veo por qué el chocolate y los emparedados hubiesen de ser peores. Sin embargo, al poco tiempo, Novelty, vacío, hubo de liquidar, y sus magníficas lucernas y sus cómodos y expuisitos sillones adornan hoy el salón de un gran balneario. El rival de Novelty, el Ideal Room, que luché y vencí, y por algún tiempo fué punto de cita de las señoras distinguidas, ahora sufre, sin duda, la competencia de esos *halls* del Ritz y del Palace, y debe de resentirse de ella. Como no voy a sitios públicos, lo ignoro, pero lo supongo.

También he oído decir que este año los teatros atraviesan una crisis pavorosa. Entre los impuestos y la frialdad del público, los empresarios se dan a los demonios. La sala está vacía. Creyérase, a primera vista, que algunos no se hallan en este caso: por ejemplo, la Princesa, que en manos de la Compañía Mendoza-Guerrero ha recorrido, hasta hoy, un camino triunfal. Es cierto que este teatro rompe el hielo y atrae siempre concurrencia; pero lo consigue a costa de transacciones, poniendo en escena lo que lisonjea los gustos frívolos de los espectadores, del abono blanco, rosa o escocés. *El misterio del cuarto amarillo* es lo que en la actualidad hace el gasto... Unos actores ilustres, que parecen vinculados al arte puro, tienen que consagrarse, supongo que de mala gana, a *vaudevilles* recalentados como *Doña Desdenes*, ¡y a los acertijos policíacos de folletines de moda! En esta forma y con ayuda del modisto, logran Fernando y María que no se les escape un público que bostezaría en *La vida es sueño* y se dormiría en *El alcalde de Zalamea*.

El velgo es necio, y pues lo paga, es justo...

etcétera. El momento es de decadencia total en los espectáculos: el *cine*, las *varietés*, las danzarinas, los excéntricos, los monos sabios y los luchadores, grecos o no, vinculan la simpatía y la curiosidad y los éxitos de taquilla y los aplausos. No quiera Dios que nunca hayamos de ver en la Princesa a Tórtola Valencia poniendo el pie delante a María.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con la muerte de D. Segismundo Moret y Prendergast ha quedado vacante la Presidencia del Ateneo, y hoy los atenecistas eligen presidente y Junta de gobierno entera.

Se han sucedido en la presidencia de la casa, desde la Restauración acá, personajes políticos de la mayor altura. No es sin embargo el Ateneo un centro político propiamente dicho, sino que su representación es, al menos reglamentariamente, intelectual, artística y científica. Pero es el caso que la defensa de sus intereses exige que la política le acoja a la sombra de sus alas. De otra manera, según se oye repetir, su gran tradición pudiera no bastar para salvarle de vegetar lánguidamente.

Por eso surgió la candidatura del Conde de Romanones, cuya actividad y penetración mucho pudieron hacer en favor de la clásica Sociedad. Acaso si triunfa su candidatura esperan a ésta días brillantes, como los que los viejos de la Cacharrería, *laudatores temporis acti*, recuerdan siempre con nostalgia. Y es de suponer que triunfe, habiéndose retirado, en carta terminante, el otro candidato, el insigne Ramón y Cajal.

D. Segismundo Moret, que impensadamente acaba de morir, estaba en extremo encariñado con el Ateneo. Encontraba en él su propia esfera, su rincón predilecto, y se esmeraba en los discursos y conferencias, con esa coquetería de la forma que era uno de sus rasgos distintivos. En la naturaleza de Moret había una necesidad de agradar y atraer que distinguían especialmente a su amable talento. Hay oradores que subyugan, sin llegar a producir esa corriente de atracción, en que misteriosamente esfabona la simpatía. Moret bordaba gentilmente las cláusulas, con un instinto de artista que me interesaba infinito comprobar. Todo era artístico en este decorativo presidente, desde el gesto hasta la entonación, desde la actitud hasta el modo de ponerse el abrigo. Organización privilegiada, rica en facultades y aptitudes, afinada además por el estudio de las corrientes europeas, pues Moret era uno de los contados políticos que continuamente se estaban asomando a Europa, el último presidente del Ateneo debía además a su suerte una figura apuesta y noble, que prevenía en su favor, desde el primer momento. La vejez, lejos de arruinar esta figura, la había mejorado mucho, caso frecuente en los que cultivan el pensamiento y las facultades mentales. La barba blanca prestaba extraordinario carácter a su fisonomía, acentuaba los rasgos acaso demasiado correctos, y le infundía majestad y grave dignidad de varón.

Sus altas condiciones de orador, las había intensificado por medio de un estudio de los menores detalles. Esto pude yo comprenderlo bien cuando hube de dar mis lecciones en la Cátedra de Estudios superiores del Ateneo. Moret, espontáneamente, me vino a dar consejos y a aleccionarme en el modo de emitir la voz, de tomar aliento entre los períodos, de dar descanso al pecho, de no llegar nunca a quedarse sin resuello y afónico, o soltar un gallo en mitad de un párrafo interesante. Y no contento con estas instrucciones, que mucho agradecí, como yo me encontrase por casualidad molestado por la afonía catarral, que muy fuera de sazón se había presentado a la lección tercera o cuarta de mi curso, el presidente mismo me preparó un *gargarismo* eficaz para combatir este inconveniente, al menos durante la explicación. Pocos días después el famoso Dr. Urrutia me curaba la garganta, cortándome el galillo... Y al recordar este episodio de mi labor literaria, pienso en que los dos, el célebre médico y el orador preclaro, no se hallan ya en este mundo.

Moret, realmente, no parecía ni débil, ni enfermo, ni menos en peligro de morir. Dijérase, al contrario que conservaba, bajo su blanca nieve de anciano, una juventud de movimientos y de carácter extraordinaria. La última vez que le vi, se me cayó al suelo una bolsa, e hizo, para recogerla y entregármela, un quiebro rápido, de hombre ágil, de persona sobre la cual no pesan los años. Y, sin embargo, ahora comprendemos que estaba minada aquella complexión fuerte. Era uno de los dos desertores de la vida, el corazón, lo que existía de gastado en su cuerpo. Todo el que muere, del corazón o del cerebro muere, según dicen. Y este mal insidioso, la *grippe*, que nadie ha definido aún, y que este año hace en Madrid tantas víctimas, sorprendió a Moret como a traición, cuando estaba arreglando los últimos preparativos de su viaje al extranjero, un viaje más, en el cual acrecería el caudal de sus conocimientos vastísimos sobre lo que pasa en Europa. Porque Moret, en efecto, jamás se entregó al reposo, ni se petrificó. Fué siempre estudiante, que es el único medio de ser alguna vez maestro.

Al saber los doctores que Moret tenía la *grippe*, no se alarmaron poco ni mucho. «Vale más que la pase usted aquí, en su domicilio, que en un hotel, allá en Francia» – fué la única precaución que le prescribieron. Y, resignado, Moret se acostó... No debía levantarse ya, ni tardó más de tres días en fallecer.

La *grippe* es un Proteo. Tan pronto parece molestia ligera, pasajera, abatimiento que dos o tres días de cama hacen desaparecer, como se convierte en terrible mal, aunque sus síntomas engañen y suela embozarse siempre. Este año, si es cierto lo que se oye repetir, la *grippe* hace, a la sordina, los mismos estragos que aquel otro año en que, bajo el nombre de *dengue*, asoló a Madrid, y se llevó, entre sus primeras víctimas, a nuestro pobre ruiseñor roncales, a Julián Gayarre. No hay medio de olvidar la triste fecha en que, medio desnudo en la ópera *Los pescadores de perlas*, contrajo Gayarre la enfermedad que no perdona, y cuya primera indicación fué la súbita afonía. «Esto se acabó», exclamó tristemente, entre el asombro del público, que no se explicaba cómo aquellas notas tan divinamente filadas ya no podían salir de la extraordinaria laringe, laringe anómala, femenina, cuya reproducción en cera me enseñó Urrutia en su gabinete. «Otro año que no fuese el de la *grippe* – me manifestó el ilustre doctor – la enfermedad de Gayarre habiese sido una bronquitis sin importancia...» Y es que por lo visto la *grippe* aprovecha los puntos flacos, para penetrar por la brecha y arrasar. Por eso es exactísimo el calificativo de *influenza*. Una influencia es, en efecto... Influencia terrible.

Y nadie conoce su origen. No es una infección, o por lo menos no están acordes los sabios en que lo sea, a pesar de su carácter epidémico y contagioso. No es un catarro. No es una fiebre. La *grippe* mansa no produce elevación de temperatura. En resumen, no se sabe a punto cierto en qué consiste, y he aquí la única verdad.

Enlazando la segunda parte de esta crónica con su principio, diré que la votación del Ateneo ha sido muy reñida. Desde la que decidió si había de corresponder la Presidencia de la Sección de Literatura a Fernández Shaw o a mí, no se recuerda otra. Han votado cuatrocientos y pico de socios, y por diferencia de veintiún votos, ha triunfado la candidatura de D. Santiago Ramón y Cajal.

Nadie ignora lo que representa, en el mundo de la ciencia el gran histólogo. Su figura alta y prestigiosa, respetada en Europa entera, es sin duda de las que se han destacado en estos últimos tiempos, en medio de las decadencias y retrasos de la vida española. Nadie puede dejar de inclinarse ante Ramón y Cajal. Todo lo que signifique respeto, admiración, veneración, está por derecho propio otorgado al sabio.

Pero lo curioso del caso es que el sabio, según ayer sonó en la prensa y en todas partes, había retirado su candidatura a la Presidencia de la docta casa, alegando que sus ocupaciones no le permitían consagrarse al cargo con la asiduidad que requería. Y esto creíamos, hasta que la votación empezó a fermentar. A las seis de la tarde, ya se daba por seguro que sería Cajal quien saliese elegido. Una sorpresa flotaba en el aire.

Es curioso ver el Ateneo en día de votación reñida y empeñada. Aquel ambiente, casi siempre silencioso y como adormido, excepto en el salonc illo y en la Biblioteca, donde nunca faltan lectores, está en esos momentos vibrante y caliente, desde el vestíbulo, casi desde la calle. Las escaleras son un continuo vaivén de socios que salen y entran con aire preocupado, indignado, burlón o retador. Un poco de camorra, una excitación motinesca, parece hervir. Se entreoyen cuchicheos, exclamaciones, confidencias, risas, gruñiditos de enfado, y cada cual da a la lucha el carácter de su personalidad, de sus simpatías, de sus ideales... Se creyera, en tales momentos, que el Ateneo concentra la vida española, que es el cerebro de España, como en los tiempos en que ninguna otra colectividad le hacía competencia, y en que, sujeta la prensa por las trabas de la censura, el único desagüe a la impetuosidad del pensamiento fueron las discusiones del Ateneo; en que, después del Parlamento, ninguna influencia pudiera contrarrestar la suya. Y ¿quién duda que esto pudiera ser fácilmente, si todos los días viésemos aquella casa rebosante de animación y de gentío, como la hemos visto ayer, con motivo de la elección presidencial?

Pasando a otro asunto, asaz diferente, diré que el Teatro Real continúa tan sucio, roto, polvoriento y astroso como de costumbre. Unos amigos que viniendo de provincia lo vieron por primera vez, se quedaron atónitos de la paciencia de los abonados, ante aquellas alfombras tan raídas que parecen proceder de una prendería de cuarto orden, y aquellos pisos, que conservaban aún las huellas de las expansiones del Carnaval en los bailes de máscaras. No podían comprender por qué el Teatro, al cual concurre lo más granado de la sociedad madrileña, el Teatro que agrupa la belleza, la aristocracia, el dinero, no está, al menos, barrido y aseado; ya que no se pidan golletas de bien decorado y refulgente, como sería natural exigir... De escenario afuera y de escenario adentro, da lástima el Real, pero nadie se ocupa, a nadie le importa tres carambolas; con tal de jugar los gemelos, verse y murmurar en los entreactos, lo demás no preocupa. Una barraca les sería indiferente...

Sin embargo... Reflexiono, y cambio un poco de opinión, respecto a la calidad del público. Todos dicen que la composición de la sala, en el Teatro Real, también está muy modificada, y no ventajosamente. Los nombres no son los mismos, ni mucho menos. En otro tiempo, en los últimos de la Regencia y primeros del reinado de Alfonso XIII, en el Real se podía ver a lo más selecto de la sociedad madrileña, a lo que brillaba en todas las esferas, a lo mejor de Madrid. Hoy, sin que dejen de existir tales elementos, la mezcla ha sobrevenido. Mucha mezcla, bastante mosaico. Se han subdividido los turnos; la mayor parte de los abonados tiene el palco cada ocho días; abonados a diario quedan bien pocos. Dentro de la misma subdivisión, han surgido las combinaciones, el abono de dos familias que se asocian. Rara es la noche en que se escucha, «tras el abanico de nácar y oro» una vocecita dulce murmurando:

– ¡El teatro está bonito hoy!

Y en cuanto a las compañías..., cada año aflojan, para aflojar los sueldos. De Anselmi y Titta Ruffo, han suprimido al primero. Falta el mago y queda el titán..., pero, ¿qué sucederá el día, en que, según se anuncia, el titán se retire? Así es que hebemos su voz, la absorbemos, como se absorbe un aire cálido de arte y de emoción, temblando a la hora en que nos digan «se acabó, no cantará más...» Yo sostendría que Titta Ruffo no tiene derecho a retirarse, mientras estén íntegras sus facultades prodigiosas, mientras su genio fulgure como un astro. ¿Por qué ha de privar al mundo de contemplar tantas excelencias como le ha otorgado la naturaleza pródiga? Su voz original, irónica, timbrada de energía de sentimiento; su gesto, siempre artístico y tan expresivo, que en cualquier momento pudiera el pintor o el escultor reproducirlo; ¿por qué han de desaparecer en la penumbra de una vida privada sin gloria, mientras los que le hemos admirado no tendremos sino un recuerdo, una leyenda?; Para unos, como Gayarre, la taidora muerte; para otros, como Titta, la obscuridad voluntaria! No es justo, y yo creo que a Titta se le debiera hacer cantar como quería el rey de Prusia que lo hiciese la Patti, por fuerza, con una pistola al pecho. Es lástima no poder aplicar, en estos casos, el sistema coercitivo.

Lo curioso es que el público de las localidades altas del Real está este año severo con Titta. No le perdona nada; tiene de antemano la pauta por la cual ha de cantar el soberano artista, y le regatea el aplauso si no responde a lo dispuesto por sus espectadores. Yo, que no asisto al teatro, he podido, sin embargo, estudiar esta psicología del público, con sólo aplicar al oído un receptor del teléfono. La voz poderosa llega bastante desfigurada a mis oídos, pero así y todo, hay momentos sublimes en que el estremecimiento de lo bello sobrecoge. En *Rigoletto*, en *Payasos*, la voz tiene lágrimas, sollozos, rabia, furia... ¡Y esta voz ha de enmudecer! ¡Y este hombre se ha de ir a plantar coles o rosas, a cuidar palomos o gallinas! No lo permita la Providencia. Ojalá le quite algún Arsenio Lupin sus millones, para que se vea en la precisión de volver a ganarlos.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se ha estrenado en el Real una ópera sumamente pesada (aunque de actos pocos y cortos), titulada *Ariana y Barba Azul*. El libreto es de Metterlinck y la música de Dukas; pero yo (con todo el respeto que ambos nombres más o menos ilustres me merezcan) declaro que no me hizo maldita la gracia ninguna de las dos cosas.

La música de Dukas es... un trufado sin trufas, o sea una servil imitación de Wagner sin Wagner. Y el libreto... iba a decir que una simpleza, pero no sería cortés el vocablo. Pongamos que es una equivocación..., al menos, para ópera.

Sin vacilar ni un instante, prefiero *Barba Azul*, de Offenbach, y no digamos, el antiguo cuento popular, con su ingenuo diálogo:

– Hermana Ana, ¿no ves venir nada?

Y la trágica respuesta:

– Veo el camino que blanquea y la yerba que verdea...

Barba Azul, protagonista de la leyenda, fué, en la realidad, mucho más terrible personaje. Era un señor feudal llamado Gil de Retz, y su castillo o *manoir* se conserva en Francia, muy ruinoso. Gil de Retz no mataba mujeres, sino niños. De huesos de criaturas aparecieron colmados los pozos y los *in pace* de la fortaleza sombría. Gil de Retz las pagó todas juntas en el patíbulo. Y la imaginación popular creó la aterradora conseja del gabinete en que no se podía entrar sin resbalar en la sangre y en el cual seis mujeres difuntas colgaban de la pared. Este drama imaginario, al pasar a libreto, se ha convertido en un simbolismo que, para mayor dolor, nadie está acorde en descifrar. Las cosas simbólicas no han de ser, desde luego lo reconozco, tan claras como el agua; sin embargo, han de sugerir una idea y abrir un camino de luz al entendimiento y al sentimiento. Ved el rey de los mitos, el de Psiquis y el Amor. Acaso pueda interpretarse de dos maneras, pero no contradictoriamente, y siempre con sentido hondo y hermoso. Aquí, en esta *Ariana* cuya música, al través del teléfono, me ha sonado a rapsodia, se supone que Metterlinck algo quiso dar a entender. Dijo acaso, como Dante Alighieri:

Guardate la dottrina che si asconde
sotto il velame degli versi strani...

La doctrina que trata de inculcar Metterlinck – si en efecto quiere inculcar alguna – dicen que es o feminista, o antifeminista; y ya esto descubre lo peligudo y ambiguo de simbolismo tal. En efecto, Barba Azul, en esta obra, en lugar de dar muerte a sus esposas desechadas, lo que hace es recluirlas en un cubichril o subterráneo, en compañía de un riquísimo tesoro de perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas. Allí, entre tinieblas, tasado el aire, en soledad y apartamiento, viven las pobres señoras, emblema del modo de proceder del varón con la hembra, a la cual aprisiona y oculta, mientras él disfruta libremente de los goces y sabores de la vida, y corretea por donde le place. Ariana, que libera a las esposas de Barba Azul, es, como si dijéramos, una especie de sufragista, que salva a su sexo oprimido y sumido en cautiverio secular. Hasta aquí una de las interpretaciones. La otra es, absolutamente, la contraria. En las mujeres del tirano, que al salir a la luz y a la libertad, vuelven voluntariamente a someterse y rehusan partir con Ariana, a ver un poco de mundo, se simboliza, según parece, a la mujer, siempre esclava por naturaleza, siempre deseosa de soportar el yugo y de doblar el cuello, aceptando un señor. No sabemos, pues, a qué carta quedarnos, y en la duda, nos limitamos a afirmar que ni a nosotros ni al respetable público nos convenció la operita.

Como si lo poco que triunfa en los espacios del arte estuviese sentenciado a desaparecer, las más aflictivas noticias corren acerca de dos suberanos de la escena, Titta Ruffo y Anselmi. Del delicado Des Grieux, del fascinador «cavalier Cavaradossi» se susurra que está atacado del más poético, pero no del menos cruel, de los males; que está tísico... Ojalá no sea verdad; ojalá los muchos recursos de que hoy dispone contra ese mal la ciencia, al defender la vida de un rico, que puede cambiar de climas y seguir planes, venzan a la enfermedad insidiosa. No quisiéramos vernos condenados a no escuchar nunca el cálico «¡Oh Manon!» en que las lágrimas parecían rebosar, entre la más dulce expresión que caber pueda en garganta humana. Hay tantos señores que no hacen sino aburrir al público; hay tantos «lateros» como ordinariamente se dice, que bien pudo el microbio funesto perdonar a Anselmi y tomarla con alguno de los enemigos de nuestra felicidad... Y en cuanto a Titta Ruffo, siempre hemos tenido suspendida sobre la cabeza la espada de Damocles. Que se retira este año. Que no canta sino el que viene. Que no quiere cantar, cosa decidida. Que se va a retirar a una casita blanca, al borde de un golfo, entre azaharas. Que como le fastidien, ni la temporada acabará. Que ya se esfuma. Que se esfumó... Se oye a este divino artista – divino porque es tan humano – con la angustia de perderle, antes que con el goce de escucharle. ¿Será la última vez? Pongamos el alma en el oído, que acaso ya sólo en un disco de gramófono... Para colmo, este año corre el rumor de que va quedándose sordo Titta Ruffo, siendo tal la razón de sus planes de renunciar al arte para siempre...

Quiera Dios que todo ello sea invención pura.

Lo cierto es que, a pesar de estos y otros anuncios tristes, y de las suspicacias del auditorio del Real, que es de lo difícil entre la afición europea, yo encuentro a Titta Ruffo, este año, aun al través de la ingrata transmisión telefónica, más poderoso de voz y más vibrante de expresión que nunca. Hay frases que nadie las volverá a decir como él, de un modo tan desgarrador, tan patético. El brindis de *Hamleto*, la entrada del bufón en el tercer acto de *Rigoletto*, el «non rider» de los *Payasos*, nos dejarán memoria eterna, serán lo que fueron el «Spirto gentil» y el «¡Oh Paradiso!» en boca de Julián Gayarre: algo inimitable, único...

Y falta nos hace la lírica para consolarnos de la dramática. ¿Cuándo podremos registrar un verdadero éxito, algo que nos retrotraiga a los días de oro del teatro español? Tema es este que no quiero agotar; más valdría dejarlo indicado al buen entendedor...

Pasando a otro bien distinto, diré que, ahora en primavera, hay en Madrid dos cosas que parecen florecer, al influjo de la fuerza germinadora. Y nadie lo extrañará en las verduras y hortalizas, pero lo admirará todo el mundo en las antigüedades. En efecto, es ahora, o mejor dicho en Pascua de Resurrección, cuando vienen a Madrid los turistas cándidos, que compran toda clase de *bric-a-brac*, y se llevan a sus países cosas más falsas que Judas; y es ahora también cuando los puestos de verduras, en los mercados, se presentan surtidos de infinidad de *primeurs*, como en París se dice, que la naciente afición aquí despertada al plato de verdura permite despachar a precios fantásticos... Un haz de espárragos, veinticinco pesetas...

Yo ignoraba – ¡es tanto lo que se ignora! – que Madrid pagase a París tributo en este ramo. He podido convencerme de que las hortalizas finas, de allí vienen. Las endivas, las escorzoneras, los espárragos trigueros, se traen de Francia.

No entiendo por qué no se organiza aquí bien el cultivo, para evitar esta inferioridad de nuestra horticultura. Ello es que así ocurre, y aun sucede algo más gracioso: existen hortalizas «elegantes» y hortalizas «cursis». Por ejemplo, las escorzoneras, o salsifíes, muy desdeñadas en el Diccionario, que las recomienda como diuréticas, son, en este momento, la crema de las hortalizas, y aquel a quien le guste más la castiza chirivía o el aldeano nabo, demostrará ser persona de todo punto ordinaria y zafia en sus preferencias.

Tampoco hable nadie de la castiza lechuga, ensalada clásica de los barrios bajos, donde esté la endiva, con su airecillo de señorita modernista y remilgada, apretadita en una túnica blanquiverde. Y donde se presente la escaluña o *échalotte*, quítese el ajo, y, ante las judías verdes, humíllese el tirabeque nacional.

La verdad es que aquí no ha solido ser desmedida la afición a las verduras, a pesar del antiguo rigor de los preceptos cuadragesimales. En la cocina nacional, las verduras sólo aparecen en dos formas: o como componentes de las escudellas y potes regionales – donde dominan las coles, las habas y las patatas – o como elemento de las ensaladas frías, en que hacen el gasto el tomate, la lechuga, el pepino y el pimiento. Como plato serio de mesa suntuosa, empiezan ahora a admitirse; pero, hasta la fecha, se consideraban las hortalizas algo de menor cuantía y muy desdeñable.

Para los que observen el ayuno prescrito por la Iglesia en este tiempo del año y hagan colación «según se usa entre gente de buena conciencia», voy a dar dos o tres minutas, producto de la experiencia de ayunadores que ni quieren comer mal del todo, ni faltar a lo mandado.

Primera minuta de colación de Cuaresma: Garbanzos fritos a la española; macarrones con tomate; endivas estofadas; ensalada sevillana, de escarola, berros y aceitunas negras; compota de manzana.

Segunda minuta: Sopa nogada; alcachofas rellenas de pan; torta de zanahorias y macarrones finos; ensalada de patatas cocidas, con pimientos morrones; pasta de membrillo.

Tercera minuta: Sopas de ajo; inflado de coliflor con queso; hongos a la bordelesa; lombarda con manzana agria; dulce de naranja.

Cuarta minuta: Gazpacho andaluz; patatas sopladas, con escorzoneras fritas; pimientos encamados rellenos de arroz; coles de Bruselas salteadas; frambuesa inglesa.

Quinta minuta: Potaje de castañas; acelgas y cardo, en estofado; patatas rellenas y asadas; arroz con setas: albaricoque de Vichy.

De todo esto me figuro que nadie ignora las recetas, porque no son platos misteriosos de alta cocina, de esos que tienen mucho de fórmula química, y algo de jeringonza astrológica; sin embargo, diré cómo se hacen dos o tres, que por especiales circunstancias supongo menos conocidos.

La sopa nogada, por ejemplo, la creo muy recóndita, aun cuando algunas fórmulas que pueden parecérsele encuentro en los manuales. Se hace tostando primero muy bien las rebanaditas de pan, que ha de ser fino y con corteza crocante, como esas menudas alcachofitas de Viena que se sirven en las mesas algo delicadas de Madrid. Se rebladece luego en una sartén, con aceite andaluz (al cual, por supuesto, se le ha quitado el verde) un picado de cebolla. No ha de dorarse. Se maja luego en un mortero un puñadito de nueces, seis almendras y una cucharada de piñones. Se echa el majado en la cazuela, sobre las rebanadas de pan, y antes, se habrá añadido el aceite y la cebolla. Se pone agua caliente a proporción, se salpican, entre las rebanadas y el majado, unas cuantas pasas de Málaga, se sala con tres partes de sal y una de azúcar, y se deja dar un par de hervores a fuego vivo. Luego se pasa al horno templado, a que reduzca un poco y forme costra.

La lombarda con manzana agria es una receta extranjera, de la cocina del Norte. Con todo género de coles hace muy buena juntanza la manzana, y cuanto más agria, mejor. La lombarda y la borracha ganan muchísimo con ese añadido.

A toda col debe tirársele la primera agua, y volver a cocerla con otra. Toda col debe cocer mucho, estar blanda, igual que manteca. A media cocción se le agrega la manzana despepitada y partida en cuarterones. Hay que suprimir de la sazón el ajo, porque raro es el guiso del Norte en que entre este bulbo provenzal y gascón, más que español. En efecto, los franceses se horripilan mucho de nuestra cocina *à l'ail*... y buena parte de Francia emplea el ajo y el aceite con más prodigalidad que nosotros. En este particular, Marsella no tiene que envidiar a Cataluña, y Burdeos no le va en zaga a Sevilla.

Volviendo a la col con la manzana agria, se sazona como otra ensalada cualquiera, pero se le añade algún azúcar, a menos que se prefiera servirse en recipiente aparte, con la cucharilla tamizadora.

Yo probé agregar a esta ensalada un chorrito de miel, en el mismo plato, y afirmo que le cae bien.

La miel es una de las cosas más lindas y poéticas que en España se crían, y espero que ha de llegar a ponerse muy de moda. Recuerda flores, abejas, campo, y tiene perfume, y es transparente como oro derretido. Mientras en Suiza la sirven con el té, aquí parece que la desdeñamos por cosa popular y anticuada. La Alcarria nos la envía en orzas y en frascos, y apenas si, en una mesa elegante, llega a verse nada ni condimentado ni adicionado con ese jugo tan exquisito y de tan clásico abolengo. Quisiera restaurar la miel alcarreña y las demás mieles españoles, hasta la obscura y pegajosa miel de mi país. Por eso hice la prueba de hermanarla con el plato directamente inspirado por la rubia Alemania. Y no riñeron, a fe, las abejas de la Alcarria, con las germánicas coles, antes al contrario, ganaron ambas al maridarse, Con el mismo derecho que Metterlinck en *Barba Azul*, quise ver un símbolo en el caso. Debemos conservar todo lo tradicional de la patria, y conocer y usar todo lo extranjero.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Todas las vueltas que están dando los periódicos a Madama Catulo Mendés no acaban de convencerme de que esa señora sea lo que se dice una eminencia literaria.

En el caso de esta dama hay que ver algo típico de la literatura francesa, en la cual abundan estas semirreputaciones, semifundadas en semiméritos, que casi consisten en casi talento y casi arte. A la sombra de los escritores de altura, en Francia – y Catulo Mendés, aunque no se le pueda llamar a boca llena un gran escritor, era un escritor muy notable – , surgen, en la familia, *écrivassiers* que recogen algo de su fama, que se arman una reputación con los recortes de la otra. No citaré, para ejemplo, sino el hermano y la esposa de Alfonso Daudet y la hija de Teófilo Gautier. Los casos en que surgen de un solo tronco dos ramas vigorosas, como los dos Dumas, son más raros.

Yo no digo que no pueda suceder que la señora de un literato escriba de perlas. Pero hay que distinguir, y repito que la viuda del autor de *La Virgen de Avila* no es ni una Jorge Sand, ni una Desbordes Valmore, ni siquiera una Severina, mujer que nació periodista de empuje y de pluma persuasiva, como pocos de sus congéneres del sexo feo.

Yo siento no poder oir a Madama Mendés; y la razón por la cual no puedo oirla, está justamente relacionada con el convencimiento que tengo de que no se trata de un gran acontecimiento literario. Si Madama Catulo Mendés fuese un astro de primera magnitud, en lo artístico o en lo intelectual, haría lo posible para oirla, sin ser yo vista, en atención a mi luto. El luto debe vedar lo que tiene carácter de distracción y entretenimiento, pero no lo profesional de cada persona, lo que forma parte de su vocación de toda la vida. No me parece profesional, para mí, el escuchar las conferencias de Madama Mendés. Con no llegar a conseguir esta distracción, pierdo, probablemente, un agradable rato de *causerie*, y la vista de una señora que, por los retratos, parece guapa, y de seguro se presentará ataviada con mucho *chic*. Eso sí que no puede faltar en la conferenciante francesa.

De todos modos, han hecho bien María Guerrero y Fernando Mendoza en traerse a la señora de Mendés a disertar ante un público que de seguro habrá de ser escogido, socialmente hablando. Todo lo que sea aproximación al extranjero nos conviene. Este cachito de bulevar parisiense trasladado a Madrid no huelga. Y la Mendés no será la literatura, ni la ciencia, ni el arte; pero su personalidad *boulevardière* no hoy quien se la quite.

Catulo Méndez, o Mendés, de origen judío español, había nacido en Burdeos en 1843: tendría pues ahora setenta años. Estuvo afiliado a la escuela parnasiana, en la cual, con el culto de la forma y del arte por el arte, se disolvió el romanticismo definitivamente. Presentó Mendés desde el primer momento una condición singular: pudo imitar brillantemente a los poetas y escritores más gloriosos de su generación. Hizo versos como Victor Hugo, como Baudelaire, como Gautier, como Banville, como Enrique Heine, como Villiers de l'Isle Adam, como Leconte de Lisle, como todos, en suma, menos como Mendés. Se asimiló los defectos, los procedimientos, la retórica de cada cual, y fué como aquel Lucas nuestro, que llegó a falsificar un cuadro de Velázquez y no hay que decir si infinitos de Goya, con artificio tal, que engañó a los expertos. Dejo a la consideración de los que me leen calificar este mérito. Claro es que imitar así, no lo hace el primero que pasa; no señor. Digo más: lo intentan infinitos, sin poderlo conseguir. Por eso he concedido que tenía mucho talento Catulo Mendés. Talento ajeno; pero talento, innegable.

Después de haber sido, como se le suele llamar, el poeta-proteo, fué prosista, y autor dramático, presentando los mismos fenómenos típicos de asimilación. Profundas influencias de Zola luchan en sus novelas con las de Victor Hugo. Sin embargo, es más erótico que ninguno de sus ilustres modelos. Y es erótico perverso, pintor complaciente de aberraciones y degeneraciones infecciosas. Entre sus obras dramáticas, una, sin llegar a ser representada, le valió unos meses de cárcel. Calcúlese cómo sería. Y el caso es que este escritor, de larga y fecunda carrera; que cultivó todos los géneros, desde la poesía hasta la crítica y la conferencia; que no descuidó ni descuidó el reclamo; que fué una de esas figuras parisienses que por el hecho de serlo parecen mundiales; que estuvo, tantos años, como suele decirse, en candelero: a quien no faltó elemento alguno de los que contribuyen a establecer una fama... no pudo tenerla, no pudo destacarse verdaderamente, fué siempre el reflejo de alguien, o de muchos, y los tratados de Historia literaria franceses, que son severos y no conceden alternativas tan fácilmente como aquí, por indeferentismo, se dan a manos llenas, apenas nombran a Catulo Mendés, o no le nombran del todo.

Este fué el marido de la dama que va a dejarse oir en Madrid. Hay quien le define cruelmente llamándole «el rey del símil en literatura».

Ello es que parece haberse despertado en Madrid una gran golosina de conferencias. Cada día se anuncian en mayor número, y cada vez acude más gente a oirlas. Los que hablan del *kraé* de la elocuencia se equivocan; la confunden con uno de sus géneros, el ampuloso, hueco y florido, que parece definitivamente en ridículo, aunque, por males de nuestros pecados, todavía colea y asoma su cabeza adornada con infinitas guirnaldas y floripondios. Pero la otra elocuencia, la que consiste en decir las cosas bien y de un modo persuasivo, tratando de interesar al público en la exposición de un asunto, lejos de morir está ahora en su apogeo. Se pierde la cuenta de las conferencias dignas de interés que pueden oirse cada semana, y yo declaro que la mayor parte de los oradores merecen ser escuchados y traen enseñanza o deleite envuelto en sus peroraciones.

Algunos hasta aportan esa picazón de inquietud intelectual, tan conveniente para estimular a los espíritus adormecidos, y que origina polémicas, hasta gazaperas, en lo cual no veo daño alguno, sobre todo mirándolo como desahogo de una juventud fogosa, y, en el fondo, romántica. Por eso no encontré que hubiese ningún mal en las acaloradas disputas y en los apasionados comentarios que suscitó la lectura de *El Embrujado*, de D. Ramón del Valle Inclán.

El hecho, en sí, no tenía nada de sorprendente. Es frecuente que las Empresas no pongan en escena obras de autores de gran valía. A veces no conviene a sus intereses, que son, claro está, el eje de todas las combinaciones teatrales. Yo no discuto los detalles del suceso, muy complicados, ni doy ni quito a nadie la razón. Me limito a decir que no se trataba de un caso insólito, y además, creo que todo ello no afecta a la honra literaria de Valle Inclán.

Cada día estoy más convencida de que eso del teatro tiene poco que ver con la literatura. O por mejor decir, que no depende estrechamente del mérito literario el éxito teatral. A veces hasta se hallan en contradicción estos dos elementos. En el teatro, lo primordial es llevar gente a la taquilla: dar ganancia, o al menos, no dar pérdidas, defender el negocio. Se me dirá que algo semejante ocurre en el libro. Pero el libro, a la larga, puede hacer reconocer su valor, abrirse camino. En el teatro, si una obra no triunfa las tres primeras noches – lo cual depende muchas veces de circunstancias ajenas a la literatura – cátala muerta.

De todos modos, y aunque no se trate de su literario honor, también comprendo que Valle Inclán haya querido sostenerse, y no dejar ahogada su comedia o su drama, sacándola a luz de la manera que le ha sido posible. Se quiere mucho a estos hijos del entendimiento, y se los defiende *ánguibus et rostris*. Cuanto haga un autor en pro de una obra, me parece muy natural y lícito.

Hasta disculpo – y este no es el caso de Valle Inclán, parece ocioso decirlo – a los autores que inventan diabluras para conseguir vender o publicar el fruto de sus vigilias. Suele sucederme recibir por correo – entre tantas cosas heterogéneas como me trae el cartero a cada hora, pues son inverosímiles las veces que se reparte correspondencia en Madrid – misivas donde escritores que no conozco me piden que coloque «entre mis amistades» ejemplares de algún libro suyo. Poco sorprendidas que se iban a quedar mis amistades, si yo, que ni les coloco, ni les nombro siquiera, mis propios libros, empezase a recomendarles eficazmente los ajenos. Hay también quien me ruega que costee la edición de un libro, que los editores rehusan publicar, y que las Musas aguardan con impaciencia. Claro es que mi cesto de papeles necesita ser de un tamaño exagerado. Y mayor tendría que ser mi bolsa, si a tales requerimientos atendiese.

Apenas me queda espacio para hablar del estreno de *Tabaré*. Lo que hable, será por referencia.

Ante todo, debo decir que el maestro Bretón, días antes de que la ópera se pusiese en escena, mostrábase desalentado. Sin duda ha rendido su espíritu la lucha, ya tan antigua, en pro de la ópera española. Nadie ignora los antecedentes de la cuestión: el fracaso del teatro lírico; los constantes, heroicos esfuerzos para encariñar al público con esa idea, que no me resuelvo a calificar de sueño, porque verdaderamente no conozco su verdadera significación, su alcance. Sincera y concretamente, no puedo decir lo que es ópera española. Será torpeza, pero no he conseguido sacar en limpio si la ópera española es toda ópera compuesta por autores españoles, o si el toque de que la ópera sea española consiste en que los temas musicales sean nuestros, o si más bien, para poder decir que tenemos ópera española, será preciso que se forme aquí una gran escuela musical, con carácter propio e inconfundible, como son por ejemplo las escuelas italiana y alemana. Desde luego, lo último es lo grave. Lo otro ya está realizado. Hay muy buenas óperas escritas por maestros españoles; hay óperas como *Carmen*, de Bizet, con temas españoles y las hay de asunto español, como *El Trovador* y *Don Juan*.

De la última de Bretón he oído decir que es muy notable y bella, y que, si la hubiese escrito un extranjero, sería un completo triunfo. Pero, aquí está lo que ocurre: el público es el primero que deserta de la ópera española. La noche del estreno de *Tabaré* parece que medio teatro se hallaba vacío. Cierto que este año, el Real ha tenido pocos llenos, lo que se dice llenos.

Todos los espectáculos se han resentido, en mayor o menor grado, del malestar económico, que no puede menos de influir especialmente en los gastos que no son de pura y primaria necesidad. El teatro es cosa muy agradable, y los españoles tienen bien demostrada su afición a él; pero tal se van poniendo las cosas, con impuestos y gravámenes, que ya se notan algunos síntomas de que la gente se acostumbra a irse a la cama temprano. Es probable que relloguen las tertulias del brasero, camilla y cartones de lotería; porque el teatro, que tan al alcance de todos se había puesto con las funciones por horas, ha ido poco a poco, desde el modesto tipo primitivo, subiendo a las alturas inaccesibles a los que no son ricos. Y ricos propiamente dichos no abundan en Madrid.

Los impuestos tienen además la virtud de servir de pretexto para que todo encarezca. A un empresario se le recarga, y él recarga más al público. Es cosa bien sabida.

Ahora, con motivo de las grandes dificultades que ha provocado el impuesto de inquilinato, y de la prima ofrecida por el alcalde a quien encuentre un modo afortunado de substituirlo, han bullido aquellos arbitristas del tiempo de Quevedo, discurriendo exacciones hasta sobre los estornudos y las berrugas. Se ha hablado de imponer contribución a los solteros, que, si lo son de vocación, preferirán pagar y continuar libres, horros y quitos, no diré de mujer, pero sí de obligaciones y problemas económicos muy superiores al importe del impuesto. La solteria, aun castigada, sale más barata que el matrimonio, pensarán los *bachelors* españoles, y en especial los de Madrid.

Recuérdanme estos arbitristas a un gracioso loco que conocí, o mejor dicho, a un semiloco, pues nada rompía, no tenía accesos de furor, y su trastorno mental reducíase a una serie de manías inofensivas, casi razonadas. Este, pues, hallándose en un estado de fortuna menos que mediano, y reducido a vivir de lo que sus convecinos le regalaban, soñaba a veces con modos de ganarse una fortuna, renaciendo en él el hombre de negocios que fué en otro tiempo, en esa forma sencilla y cándida. Una de las veces que se dió a discurrir, afirmó que ya sabía cómo hacerse millonario. ¡Cosa más sencilla! El había visto el día anterior que un chico, en la calle, vendía un grillo en una jaula de naipes, por un real. Salir aquella misma tarde al campo; recoger grillos, muchos grillos, un millón de grillos, y ya dueño de los ortópteros, venderlos a real a su vez... «Millón de grillos, millón de reales», repetía, con la calmosa tenacidad de sus afines.

Y no lo he podido remediar: con motivo del extraño episodio de nuestra vida tributaria, me he acordado de aquel soñador, y de su correría por campos y huertos, para coger en ellos su millón de bicharracos, un ejército negro, estridente, viviente, encarnizado sobre una hoja de lechuga...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Síntoma excelente para España, el interés que empiezan a despertar las obras de arte, y del cual es manifestación bien visible el revuelo promovido por la cuestión del famoso cuadro de Monforte, que Alemania se quiere llevar. Pero, en esto de defender nuestra riqueza artística, hemos llegado tarde al convite. Ya quedan sólo migajas.

De esto se convence cualquiera que recorra las casas de los anticuarios y chamarileros, en Madrid. En estas casas todavía, recientemente, encontrábase algo digno de tentar al aficionado y al curioso; en algunas se despacharon aprisa maravillas de arte que, traídas «de los pueblos» y vendidas a precios de increíble baratura, desaparecían por encanto, haciendo presa en ellas los inteligentes que rondaban, los extranjeros que, a favor de un puesto diplomático, buscaban ante todo, el medio de formarse, en buenas condiciones, una lucida colección. Han venido a Madrid embajadores de Rusia y de la Gran Bretaña, que hicieron, como suele decirse, su pancho, y se fueron, llevándose en cajones y fardos lo que luego tal vez hayan revendido por millones.

Yo, que sólo he sido modestísima coleccionista de abanicos, pues no alcanzo a más ni el tiempo ni los medios que pude disponer, encontré verdaderas ocasiones, hará como quince años. Desde entonces acá, todo ha ido desapareciendo; se han agotado las reservas. Ya no se ve un abanico raro ni de mérito en escaparates ni en cajones de casas de anticuarios ni en parte alguna. Y el precio del que asoma, por casualidad, ha triplicado o cuadriplicado, verificándose lo de los libros de las Sibilas, que, cuantas menos hojas tenían, valían más.

Todo ha quedado barrido. Sólo se ven tazas rotas, trapos sin mérito (hasta el damasco de lana, aquel venerable damasco de lana que pasó de moda el año 50, tiene ahora pretensiones de tela artística). Las feas sillas del período cristinesco, de caoba, sin chiste ni gracia, figuran como antigüedades, y se cotizan. Las cómodas, el armario amazacotado, la alfombra cuyo único encanto consiste en estar raída, el monstruoso santo de palo tallado por inhábil artífice, la caja desvencijada, la salsera sin asa, la bebilla descabalada, la rota cornucopia, el quinqué estropeado, todo lo que antaño se enviaba tal vez al cesto de la basura, o se llamaba al trapero para cedérselo por dos pesetas, lo vemos hoy pavonearse como rareza y curiosidad; y no es esto lo más notable, sino que hay quien lo compra.

Rebañado el plato, se recogen ya las últimas gotas que quedan en la cacerola, y en breve veremos suprimido, por falta de artículos de consumo, el comercio de antigüedades en España.

Hemos ido en esto, como en todo, de extremo a extremo. Primero hemos tirado por la ventana nuestro enorme patrimonio artístico. Luego, tarde y con daño, nos ha entrado la comezón de recuperarlo, o de salvar lo que nos resta, pero aun ahora mismo publican los periódicos fotografías de un magnífico templo románico, lleno de carácter, que la dinamita acaba de volar, por suponer que en sus cimientos existe enterrado «un tresor». Es decir, que por un tesoro de leyenda, se ha hecho polvo un tesoro verdadero. Y esto sucede, y se tolera, cuando tanto se habla del respeto y del cariño debidos a los monumentos del pasado.

Aquí el vandalismo ha sido el estado habitual. Los gobiernos han arrasado o han entregado a la profanación innumerables y magníficos edificios, maravillas de arquitectura; han enajenado joyas, como enajenarían lo más baladí; han cometido el horror, inmenso, desde el punto de vista artístico, de la desamortización, y han procedido, en todo y por todo, con supina ignorancia, cuyas nieblas apenas disipó, de tiempo en tiempo, algún lampo de inteligencia, en un instante brotado del cerebro de Cánovas, impidiendo que saliesen al extranjero unos bronces históricos, y no pudiendo o no queriendo impedir que saliese, verbigracia, el famoso busto de Elche, ahora honra del Louvre; y, para que no se falte a la justicia y se acuse sólo a los poderes del Estado, los cabildos y el clero, y los regulares también, compitieron en descuido con los gobernantes, y se vió vender el tesoro de la Virgen del Pilar y la granada, cuajada de rubíes, regalo de los Reyes Católicos, pasar a las vitrinas de opulento judío...

Dondequiera, el Cristo del arte ha sido entregado por treinta dineros a los sayones, que lo han azotado y crucificado.

Y, mientras hablamos de estas cosas, ¿no acude a la mente de cualquiera el recuerdo de ese singular y misterioso robo de la *Gioconda*, del cual ni rastro se descubre todavía en parte alguna? Hay momentos en que se me ocurre si esos ladrones tan hábiles que cosiguieron ocultar su personalidad y el cuerpo del delito se vendrán a dar por Madrid una vuelta, a quitarnos la otra *Gioconda* o alguna prenda de valía y singularidad análoga. ¡Cuidad de los niños!, repiten a diario los periódicos. ¡Cuidad de los Museos!, habría que decir, porque esas sublimes criaturas del espíritu humano que se llaman obras de arte, se producen más de raro en raro que las criaturas de carne y hueso; y mientras éstas, por lo general, no tientan la codicia, las otras van excitándola de un modo que ya raya en fantástico. Hoy todos quieren adornar su casa con obras de arte; el arte ha venido a ser una forma del lujo, una eflorescencia más de la civilización. Y lo que no pudo hacer el sentimiento estético lo hizo la vanidad, el ansia de lucimiento, el esnobismo de los pueblos nuevos, ávidos de tradición y de la pátina del pasado y anhelosos de comprarse ejecutoria.

En lo que se refiere al cuadro de Van-der-Goes, el caso es interesante y hasta reviste cierto aspecto dramático. Es la lucha por la Belleza, entre David y Goliath. Goliath, en esta ocasión, es la poderosa y fuerte Alemania, que a golpe de marcos nos quiere quitar la prenda. Nosotros, el pequeñuelo David, sin otras armas que su cintura de hondero balear, sin otra coraza que su esfuerzo invencible. Nunca habremos actuado de caballerescos Quijotes como ahora, si logramos, contra gigantazos y moros encantados, impedir que nos arrebaten la princesa de la Hermosura.

Yo vi cien veces ese Van-der-Goes, en mis viajes por Galicia, al detenerme en la muy pintoresca ciudad de los Hidalgos unas horas. Siempre le hice visita, encontrando especial encanto en que cosa tan bella estuviese así, escondida y recatada a los ojos de los profanos. Hay que dispensar a un artista que cultive estos egoísmos estéticos. Lo mismo me sucedió cuando, al representarse en Madrid la ópera *Salomé*, con la estremecedora música de Strauss, y el baile y mímica no menos estremecedores de Gemma Bellincioni, pude observar que estábamos en minoría los que sentíamos el profundo asunto y la admirable ejecución.

Pero estaba a mil leguas de creer que llegase el momento en que la portentosa obra del maestro primitivo fuese arrancada de la soledad de la iglesia del Colegio de Monforte, que tan bien la encuadraba, para adornar un museo extranjero. Esto ya es harina de otro costal... Que la viésemos al año una docena de aficionados o de curiosos; que permaneciese olvidada allí no era, en mi concepto, un mal tan grande. Que nos la quitasen ya varía. Loor a los que dieron la voz de alarma, y entre los cuales figura en primer término el diputado D. Rodrigo Soriano. Loor a cuantos trabajen, gasten dinero o influencia, en evitar que nos quedemos sin el ya archicélebre cuadro de Van-der-Goes. Si prospera la suscripción nacional para rescatarlo: si se obtiene que la maravilla no pase la frontera, ¡con cuánto orgullo lo llevaremos a la Pinacoteca nacional, y lo veremos allí figurar en el puesto que merece, entre tantos y tan magníficos ejemplares de pintura, que hacen todavía, de este Museo del Prado, el mejor del mundo en esta forma del arte.

Y ¿qué no pudiera ser nuestro Museo, a nada que hubiésemos puesto cuidado en recoger algo de lo que aquí se malrotó y se perdió, se vendió y se tiró, y todavía se trata a la baqueta y cual cosa de poco momento, como sucede en la Academia de Bellas Artes, cuyas obras de alhañilería están siendo causa de que se rompan y estropeen los inestimables cuadros, que yacen tirados o hacinados en rincones?

No faltará quien crea que todo esto de dar fuertes sumas por cuadros y tallas, esmaltes y plata antigua, es un gasto superfluo y de lujo. Lo caro y ruinoso es tal error. Porque España, más que Italia, pudiera ser la nación-museo y atraer, con este cebo, a los extranjeros y turistas, que están ya un poco aburridos de Suiza, y empiezan a encontrar que en Francia abundan demasiado los sombreros empenachados de plumas y la salsa rosa. España hubiera granjeado una ganancia inmensa, incalculable, si la inteligencia artística de gobernantes y particulares – las dos cosas son una sola – fuese, desde hace años, algo mayor y y más vigilante su celo por nuestras grandezas hereditarias.

No sé si ahora empieza a comprenderse lo que valen estas cosas supuestas sin valor, pues tanto pueden representar un caudal muy crecido, como arruinarse al desván. Depende de la mentalidad de sus poseedores. En España no es que la imaginación de las masas no se halle predispuesta a la admiración ciega y aun fanática de las cosas bellas. Pero tienen que llevar en sí algo que provoque y despierte el sentimiento. Se alzan los pueblos por una antigua imagen venerada, aunque no sea hermosa.

En un pueblecillo de cuyo nombre no quiero acordarme, por lo mismo que lo sé muy bien, existen, y supongo que seguirán existiendo, unos soberbios tapices del XV, que representan la toma de Granada, por Isabel y Fernando. Estos tapices, tras de los cuales andaba, años ha, una inglesa amiga mía, los quiso vender no ha mucho el párroco de la iglesia donde están guardados, si es que lo están. Y el pueblo se amotinó, y los tapices no fueron enajenados. ¿Seguirán en su sitio? me pregunto. Porque todas estas cosas que no están rigurosamente inventariadas, en las cuales no hay responsabilidades directas y sanciones legales severísimas, se hallan, quién lo duda, muy expuestas a volar. Casos y sucedidos se podrían citar a millares.

Diariamente somos despojados. No hay que andar con sofismas: estas cosas de arte sumo no son nunca de una iglesia, y menos de un párroco: son de España. Que estén aquí o allí, donde la suerte las haya puesto; que las regalase un rey o un donante piadoso, es evidente que la intención de quien las donó, lleno de respeto al arte y a la santidad del culto, no fué que se vendiesen a un chamarilero, para hacer una nueva torre o reparar un lienzo de pared. Es mal mucho menor para España que se caiga un templo, o un convento, ya que puede alzarse otro, y de hecho se alzan a menudo, que ver disolverse sus tesoros, y, como Cristo en estos días sublimes, que echen suertes sobre sus vestiduras y arrebaten de su túnica inconsútil.

Aquí, lo repito, el despojo ha sido activo, incesante. En cierta corporación oficial (por ejemplo), sucedió el caso de que una magnífica colección de monedas visigóticas y árabes, de alto precio, fué sustraída. Me apresuro a decir que ya ha prescrito, pues el caso ocurrió hace bastantes años. Se supo perfectamente qué docta y bien vista persona había realizado el secuestro de las bellas monedas de oro, para lucrarse con su venta; pero una misericordiosa indulgencia para el Lupín erudito cerró el paso a toda investigación. Ello fué que sin las monedas, ejemplares únicos, se quedó España. Hoy figurarán en escaparates del British, o de cualquier otro museo de algún poderoso país.

¡Y el que roba un pan, va a presidio, como dicen los descontentos de la constitución de la sociedad, que realmente, en este respecto, no está muy bien organizada. La represión más severa, más dura, debiera caer sobre los que nos privan de algo tan insustituible como el objeto de arte. Porque hay que tener en cuenta la imposibilidad de reemplazar eso que a mansalva suelen quitarnos. Si nos quitan otra cosa, no faltará la equivalente. En arte es distinto. Y cuando el arte va tan estrecha tan íntimamente unido a la historia, entonces es la substancia de una nación, el jugo de sus venas, su razón de ser. Entonces todo el peso de la ley es ligero y toda sanción benigna, porque el delito tiene incalculables consecuencias, no sólo para las presentes, sino para las venideras generaciones.

Hay que inculcar la supremacía del arte. Por desgracia nuestra, tan ricos como hemos sido en él, que siempre lo hemos reputado como accesoria: accesoria de la religión, accesoria de la grandeza y de la realeza, accesoria de las guerras, accesoria de todo. El arte, sin embargo, es algo substantivo. Desvanecidas las circunstancias en que se produjo, adquiere, tal vez, más importancia. Cuando el hombre anterior a la edad de los metales pintaba con ocre en el techo de las cavernas renos y caballos, o modelaba con arcilla bisontes, como los que ahora, con general admiración, acaban de descubrirse en un paradero o caverna, no hubiese creído que estas labores de su mano ya inteligente pudiesen llegar hasta nosotros al través de tantos siglos, y las hubiésemos de conservar con infinito respeto, y reconocer que son bellas en sí, aparte de su valor dentro de la ciencia prehistórica. Lo único duradero y eterno es el arte.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo lo confieso: en muchas cuestiones suelo encontrar que tienen su parte de razón los que sostienen tesis contradictorias. La contradicción, a veces, no reside sino en lo aparencial, y si se va al fondo de las discusiones, resulta que todos dicen algo verdadero.

Aplico esta observación a los toros o, mejor dicho, a los toreros, ahora que las cogidas cruentas, espantosas, van multiplicándose.

Unos, al saber la última y más sangrienta, exclaman: «¡Pobrecillo! ¡Y su familia, cómo quedará!» Eso es una compasión, mientras que otros refunfuñan coléricos: «¡Así los enganchasen a todos por la barriga; se acabaría más pronto una cosa que nos avergüenza y que en Europa ha venido a ser nuestro símbolo nacional!»

Para ponerlos de acuerdo, habría que decir a los primeros que la piedad debe ofrecerse a todo el que sufre, pero sin que, en el caso presente, lleve envuelto ni un adarme de admiración simpática; y a los segundos, que odien el delito y compadezcan el delincuente; que tengan humana lástima del infeliz a quien la cornada desgarró la garganta, pero que reprueben con tesón la bárbara lidia, y trabajen por desterrarla o al menos por reducirla a proporciones que no nos asfixien.

Llamo delincuente al torero; y, cabe llamárselo, si pudo encontrar otra manera de vivir, que no parece imposible siendo bravo mozo, de fuertes brazos; pero más delincuente llamo al público, que no vive sino para los toros, al cual nunca falta dinero para llenar la plaza, que gasta en esto lo que escatimará en la salud de los nenes y en la substancia de la olla; y llamo más delincuentes a cuantos sostienen y exacerban este delirio taurómaco, a cuantos lo explotan, a cuantos lo popularizan, con artículos y gráficos... Porque esto no ha sido así en otro tiempo: no diré que no hubiese afición en España bajo Fernando VII; claro es que la había; pero quisiera yo que alguno de esos señores de estadística en ristre me comparase datos y me hiciese números, para aquilatar este extremo. Segura estoy de que es aterrador el incremento de la «fiesta nacional», sólo desde el último tercio del pasado siglo a los primeros años del presente. Hasta en el arte (recuérdese *El Coloo*, de Benlliure, las novelas de Blasco Ibáñez y López Pinillos, etc.) puede observarse la invasión de la torería. La prensa consagra a este asunto la mitad del espacio de que dispone. Podrá dejar de publicarse el retrato del sabio que honró a su patria con útil labor; el del valiente que la defendió a costa de su sangre; el del profesor cargado de años y servicios, que ejerció constante su obscuro apostolado; pero no hojearemos un periódico con *monos*, sin ver la cara de un coletudo, sin encontrar la página entera dedicada a un quiebro o a la estocada de la tarde. También es este asunto en el cual pudieran tener relativa razón unos y otros. Los periódicos salen así, infestados de torería, porque el público, ávidamente, lo reclama. Para el público no hay otra miel tan sabrosa. Se va tras ella. Y el público es el amo.

Ahora bien, yo me pregunto: ¿cómo es que los socialistas, tan deseosos de mejorar la situación de las clases necesitadas, no ponen la proa a los toros, no les restan popularidad, severamente?

¿Será que los toros son más fuertes que ese formidable movimiento económico? ¿Será que, al oponerse al deshordamiento taurófilo, llevaban los socialistas las de perder?

Los socialistas, y los que los dirigen y piensan por ellos, no es posible que no comprendan que los toros dañan, principalmente al pueblo; digo los toros, en este grado de furor entusiasta, con plazas que por todas partes se alzan y rebosan gente, con un aumento de precios aterrador para las pequeñas bolsas, y con un pulular de toreros principiantes, que sostiene ilusiones doradas en muchas humildes familias, persuadidas de que la fortuna puede improvisarse, mediante el arrojo sin arte ni habilidad de un muchacho resuelto a jugarse la vida. Ni a los principios ni a los fines del socialismo es conveniente esta apoteosis de la torería en tantas formas y manifestaciones, y, sin embargo, yo no veo que se trabaje para contener el desbordamiento. Creo que en Gijón y en Bilbao algo hacen los socialistas en este sentido; que se van de campo, con merienda, y la mujer y los chicos, el día que hay corrida en la ciudad; y no sabré decir lo simpática que encuentro tal determinación. Pero se me figura que mucho más pudiera hacerse. El socialismo es una fuerza en bastantes sentidos de la palabra. Si se colocase resueltamente frente a la oleada taurina, le serviría de dique. Una propaganda tan provechosa la aplaudiríamos sin reserva.

El quebranto económico que traen los toros a las masas populares salta a la vista. No consiste tan sólo este quebranto en lo que los pobres o casi pobres gastan, sino en lo que dejan de gastar en otras cosas, de primera necesidad muchas de ellas. Es tradicional que para comprar el tendido se empeña el colchón. Ninguna de las contribuciones y gravámenes contra las cuales se clama, perjudica tanto a los pobres como la afición a los toros. Se habla mucho estos días de lo reducidas, insalubres y mefíticas que son las viviendas de los menesterosos de Madrid. Proponedles que dediquen a mejorar de casa lo que consagran a hacer el caldo gordo a las Empresas, y de fijo que se rien. *¡No dir a la corrida! ¡Amos*, hombre!

Y otro grave perjuicio que esta afición, invasora, creciente, causa a los menos favorecidos de la fortuna, es aumentarles la suma de barbarie, cerrarles el camino de la cultura compatible con su situación, la profunda cultura moral, que hace dignos y grandes a los pueblos. Un obrero puede, en esto, superar, no sólo a un señor, sino a un gran sabio, porque la cultura del sentimiento, no siempre va unida a otras formas de cultura, que pertenecen a la inteligencia, a la erudición, a la elegancia y al arte. Un obrero que piense derecho y delicado y proceda recto y justo, es un valor importantísimo, y la cultura moral, en las masas, un resorte de vida y de energía, un elemento de salud social. A todo lo contrario tienden los toros. No cabe negar que en ellos se aprende a ser cruel, bárbaro e inhumano. No es ni necesario, y hasta parece redundancia, demostrar cómo allí el fondo de fiereza de la humanidad sale a la superficie, se muestra sin recato alguno, y dicta las acciones más groseras, las palabras más sucias, las intemperancias más descomunales. Que puede haber algo de artístico, en ocasiones, en el espectáculo, está fuera de duda, y yo lo he reconocido explícitamente; pero es un arte inferior y sensual, que remueve los posos de los atavismos feroces. No tiene allí la sangre la explicación de haber sido derramada por la patria, en nobilísimo holocausto. La sangre que revuelta corre empapando la arena, y mezclándose con la humana la de los animales sacrificados, se vierte para entretener a un público sin ideal, y procurar ganancias a industriales y profesionales del cruel deporte.

Y si esto sucediese de cuando en cuando, y no absorbiese la atención toda que la frivolidad de la masa no sabe encontrar en más nobles objetos, anda con Dios... Todas las naciones, hasta la saciedad se ha repetido, consienten espectáculos brutales, y no los suprimen. ¡Hay que transigir con tantas cosas! Sin duda la perfección no es de este mundo. Pero esos espectáculos son, en la vida de esos pueblos, un epifenómeno, algo accidental. Aquí los toros son la esencia, la medula, el númeno de la vida nacional.

Se ha pregonado aquí la conveniencia de combatir lo que puede desconceptuarnos como nación, y se ha conseguido algo, no debe negarse, pero queda una tarea inmensa, una lucha, contra una ciudad como Madrid, que sólo piensa en la plaza, en la cogida, en el último favorito de la plebe – y ¡ay! no de la plebe tan sólo –, el novillerito que acaba de tomar la alternativa y viene a «quitar moños» y a dejarse ensartar con garbo... ¿Que el estado de las costumbres mejora? Así será..., pero acabamos de presenciar algo que revuelve el estómago, y es algo tradicional, y religioso, y cuanto se quiera: la romería de la Cara de Dios, que se verifica el Viernes Santo.

¿En qué consiste, se me preguntará, la tal romería? Iba a recordar una frase de Feijóo, pero es demasiado fuerte para los lectores, aunque no lo sea para el caso...

En cifra, la romería consiste en emborracharse, en tragar, en guitarrear, en requebrar mozuelas, que en coches abiertos, luciendo charros mantones de Manila, se pasean acompañadas de chulos beodos, armando la batahola y la algarabía consiguientes. Y todo ello, a pretexto de reverenciar la Santa Faz del divino Mártir, la faz pintada en el lienzo con los sudores de una agonía que tuvo por objeto establecer entre los hombres la paz, el amor, la pureza y la templanza!

¿Cómo se toleran estas saturnales? ¿Cómo se sufre que escandalicen a Madrid, en un día tan sagrado para los católicos y para todo cristiano, y tan respetable para cualquiera, aunque no tenga creencias de ninguna especie? ¿Cómo puede continuar este bochorno, y cómo no se prohibe la romería de la Cara de Dios?

Los excesos de la borrachera, en tal día, superan a los que puedan cometerse en Noche Buena y en Carnaval, otras dos fechas en que los pellejos se pasean triunfantes por las calles de Madrid. Y cuando se piensa que, simultáneamente, se achispan y escandalizan unos, y otros se arrodillan ante el altar, y besan los pies taladrados de Jesús, y todos creen ejercitar un acto religioso, el contraste, el viceversa de España se aparece más de bulto que nunca. ¿Es un pueblo cristiano el que elige para embeodarse y barbarizar las horas trágicas y solemnes del Viernes Santo?

Prescindo del sacrilegio hediondo que señaló este año la romería; y – sin temor lo diré – me parecen más repulsivos, o por lo menos tanto como el sacrilego, los devotos de la singular devoción. El sacrilego es, ya lo sabemos, un cafre; pero, ¿qué serán los creyentes, rebosando vinazo, ahitos de comidaza, embarrenchinados ante las jembras de mantón, y cometiendo desmanes que ni referirse pueden, so color de rendir homenaje a la Santa Faz que ultrajan? Cosa triste y para hacer meditar al más distraído.

Y toda esta chulapería cocesante, que no andante; todo ese aparato de mantones de flecos y sombreros de fieltro blando; todo ese abigarrado color local, ¿no es cierto que parece anunciar el estruendo de las corridas, y que, detrás de las vociferaciones de los romeros chispos, se escucha el resoplido del toro y el jadeo de la multitud, irritada por el sol y por las libaciones? No me digan a mí que, en otro tiempo, chisperos y manolas asistían a esta fiesta. La manola puede gastar muy buen humor pero no llegar a la desvergüenza ni al embrutecimiento del vicio. La manola era algo muy simpático. La actual es la parodia de aquella manolería que si visitaba una iglesia lo hacía con sincera fe, aunque a la salida bromease y en las verbenas se divertiese de lo lindo.

Hoy, en Madrid, puede afirmarse que hace cada cual lo que quiere. Con excepciones no justificadas, las ordenanzas son letra muerta. Ahí están, por ejemplo, los balcones que no me dejarán mentir. Los veo entapizados, ¿creyerais que de ricas telas, al paso de una suntuosa procesión?, ¡no!, de calzoncillos, camisetas de punto, pañales de criaturas y calcetines con agujeros. El vecindario de Madrid cuelga la ropa que lava, en las fachadas, en las calles principales. No en barrios retirados, no en callejuelas obscuras. A dos pasos de la Puerta del Sol. Y luego se piensa en traer aquí Congresos del turismo y otros fililíes.

Claro que está prohibido poner en las ventanas semejantes banderines. Lo está; pero una cosa es prohibir... También está vedado pedir limosna en la vía pública, y, después de haber disminuido algo la plaga de pordioseros, estos días vuelve a arreciar. Los agentes pasan, mirando al cielo o encogiéndose de hombros.

Lo único que se cumple a raja tabla en Madrid es lo que se refiere al trayecto que se ha impuesto a los coches, en la Puerta del Sol y calles céntricas. El coche que desde la calle de Preciados necesite pasar a la del Arenal, tiene que dar una vuelta enorme, por gran parte de la Plaza Mayor, bajando por la de Herradores, y recorriendo la mitad de la del Arenal, para venir a salir al punto mismo de donde partió, sólo que un cuarto de hora después. No es decible el perjuicio y pérdida de tiempo que esto supone. Al comercio también se le molesta no poco con tales medidas. Se comprende tomar precauciones cuando, en días de mucha concurrencia y a la vuelta del paseo, se aglomeran los carruajes, y hay peligro de alguna desgracia; pero a nadie se le convence de la utilidad de la medida cuando aparece desierta, o poco menos, la Puerta del Sol... Al doler la cabeza, se toma como remedio cortarla.

Y dejo para otra ocasión hablar de las terribles, estorbosísimas carretas, con reata de tres mulas, pollino y can (amén de otros irracionales), que a cada paso impiden la circulación, y son más afortunadas que los coches, pues no se les pone ninguna cortapisa. Así aumentan que es bendición. Conté ayer catorce, sólo en la calle de Jacometrezo.

La Condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El estar encargada de la honrosa tarea de presentar a Mr. André Le Bretón, profesor de Literatura en la Facultad de Burdeos, que viene al recién inaugurado Instituto francés de Madrid a dar un curso sobre asuntos de su especial competencia, no diré que me obligue a fijar la atención en las letras francesas contemporáneas, por la sencilla razón de que nunca cesaron de interesarme, habiendo sido objeto preferente de mis estudios y tema de mis enseñanzas en la Escuela de Estudios superiores del Ateneo de Madrid y habiéndome dictado dos libros, a los cuales seguirán otros tres, abarcando los cinco el movimiento literario, desde el romanticismo acá.

El Sr. Le Bretón empezó su vida literaria por el periodismo y la novela. Su tesis para el Doctorado en Letras versó sobre el publicista y moralista Rivarol. Publicó, más adelante, importantes obras sobre Historia de la novela en Francia, durante los siglos XVII y XVIII. Se le debe también un fundado estudio sobre Molière, incluido en el tomo V de la *Historia de la Lengua y la Literatura francesas*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, y algunos de estos trabajos fueron, como allí se dice, «coronados por la Academia». Siguieron otros sobre la novela francesa en el siglo XIX, antes de Balzac, y el que se refiere a Balzac mismo, y que tengo a la vista.

Es visible que la atención de ese eminente profesor está concentrada en una forma y género que, desde el momento que se inició el período de transición del romanticismo al realismo naturalista, crece en importancia, y llega a absorber a los restantes. Consecuencia natural de la decadencia del lirismo y predominio de los elementos épicos es no sólo el intenso y lozano desarrollo de los estudios históricos, sino la supremacía de la novela. Mientras se desenvuelve la transición y triunfa el naturalismo, la novela ejercerá la hegemonía.

Conviene fijarse en que el tránsito del romanticismo al realismo envuelve una transformación de los géneros literarios preferidos y característicos del momento. Fueron el drama y la poesía los géneros románticos por excelencia; de las obras maestras del romanticismo impresionista en la novela, *Adolfo*, *Obermann*, *René*, puede decirse que son poesía lírica sin rima. Rompiendo ya con el lirismo, la novela, desde el período realista, es el género invasor y dominante, y en él y por él se hace épica la literatura, y a los tipos excepcionales de individualismo desenfrenado sucede la humanidad socializada, sometida a lo que la rodea y condiciona, gota de agua arrastrada por las corrientes profundas. Y así venía que ser, pues la novela, «por la fuerza de su principio interior», dice concisamente Brunetière, «se inclina siempre a la imitación más o menos idealizada de la vida». Tal es, insiste el ilustre crítico, su razón de ser, su función. La novela expresa o satisface en parte la curiosidad que el hombre inspira al hombre; nos lleva fuera de nosotros mismos, y nos recuerda la comunidad de nuestro ser, que el lirismo, con sus personalismos ególatras, había olvidado. Y que semejante transformación se verifica de un modo casi orgánico y desde luego involuntario, lo demuestra el mismo escritor, con el caso típico de Jorge Sand, novelista desde un principio y siempre, cuyas primeras novelas, en pleno romanticismo, son más líricas que los versos de Hugo y Lamartine, y que luego, según los tiempos, va evolucionando a la novela socialista, después a la rústica y pudiéramos decir regional, y a narraciones en que se esboza una especie de realismo: las conocidas *tres maneras*. Es decir, que la escritora primero se vió a sí misma, y luego tuvo que ver lo que la rodeaba y la diferenciaba de ella. Y por esta evolución de las letras hacia la realidad, quedó establecida por largo tiempo, por todo lo que de siglo XIX restaba, la hegemonía de la novela. Nótese este hecho, y póngase en contraste con las opiniones de los que consideran a las novelas libros de mero entretenimiento, futesas para pasar una tarde. Un literato de los más renombrados de la generación que nos ha precedido, al cual el Ayuntamiento de Madrid acaba de rendir merecido homenaje, D. Juan Valera, que fué famoso justamente por novelista, sostuvo esta opinión, tanto más extraña cuanto que reconocía que nuestro primer libro es una novela, el *Quijote*. Yo le hice observar frecuentemente, al autor de *Pepita Jiménez*, la disonancia de clasificar al *Quijote* como libro entretenido, siendo, aunque tan ameno, tan profundo, elevado y sugestivo de meditación y grave pensar; y respondiéndome D. Juan que de fijo Cervantes no se propuso hacer nada que transcendiese, sino una narración recreativa, replicaba yo que en las creaciones geniales, no es la intención del autor, sino el resultado, lo que debemos apreciar.

Del romanticismo acá, o mejor dicho, hasta hace algunos años, la novela me parece lo más sincero, eficaz y significativo de la literatura francesa; y ya antes del romanticismo, con *La Nueva Eloísa* y con los cuentos de Voltaire y los alegatos de Diderot, había sido manifestación elocuente de lo que llevaba el siglo en sus entrañas. La variedad inagotable de las formas novelescas es tan copiosa como la realidad misma, como el oleaje de los sucesos, como los aspectos que reviste la sociedad, como los matices del sentimiento y las aspiraciones, quejas y dolores de la familia humana. La segunda mitad del siglo XIX pertenece a la novela, desde que Balzac presta al género la importancia de la historia. Para que la novela hoy parezca, hablando desde el punto de vista artístico, decaída, y haya mermado tanto su influencia social, se necesitó la sobreproducción enorme, la competencia insensata, el pugilato de asuntos escandalosos..., que ya a nadie escandalizan, el industrialismo exigiendo novedades obtenidas por cualquier medio y el público antojadizo y gastado, no dándose cuenta de que, por despertar su atención y renovarle los platos de la mesa, lo que se hacía era sencillamente servirle los que un tiempo entretuvieron la candidez de sus bisabuelitas; pues ¿qué otra cosa son las «novelas misteriosas» actuales, sino el regreso al género de Ana Radcliffe, al *Confesionario de los Penitentes negros*, a ese *Monje*, de Lewis, y hasta a esas lacrimosas sentimentalidades de Ducray Duminil, niños salvados y perseguidos, damiselas en constante peligro, puñales, subterráneos y esqueletos, que, allá a fines del siglo XVIII y en los primeros años del XIX, eran escalofrío y encanto de las lectoras, inconscientemente románticas ya?

Volviendo a los libros de Le Bretón, el que más ha fijado mi atención es el que consagra a Balzac, porque nada nos interesa como otra manera de considerar a un gran escritor que hemos estudiado recientemente. En *La Transición*, consagré cuatro capítulos sólo a Balzac, y no creí excederme, tal es la importancia que atribuyo a este inmenso forjador de un mundo. Y no se la atribuyo solamente porque sea un novelista vario, fecundo, de portentosa imaginación y de observación todavía más portentosa, sino porque a pesar de las amplias concesiones a la ficción, que Balzac no escatima, a pesar de su copiosa inventiva de novelador y hasta de visionario, las realidades de la primera mitad del siglo XIX están contenidas en la *Comedia Humana*, y el historiador que la considere como precioso documento respetará el genio de quien pudo escribirla.

Los restos de una Francia muy grandiosa que 1793 había destruído, la formación de otra Francia no consolidada aún, en este momento, ningún artista de la pluma los había troquelado en su obra, sino Balzac. Y, reconociendo que así fué, lo que se diga de tal obra y de tal hombre, aun llevando el sello de la severidad que impone, en arte, la justa exigencia de la perfección, no amenguará su gloria, fundada en haber sabido ver lo colectivo donde otros sólo habían visto lo individual y fragmentario.

Yo estoy segura de que, en Madrid, ha de haber mucha gente que diga que el Sr. Le Bretón viene a hablarnos de cosas que todo el mundo conoce y se sabe de memoria. ¡El parque de Versalles, Pedro Loti, Edmundo Rostand, Victor Hugo! ¡Vaya unas novedades! No lo eran ya cuando yo di mi curso en el Ateneo, en opinión de algunos críticos que me salieron al paso, justamente para tachar de manido y trillado el tema del romanticismo francés... Y es el caso que, al lanzarme tal acusación, los críticos familiarizados, según declaraban, con mis tesis, confundían nombres y libros, atribuían a unos autores lo de otros, equivocaban fechas, de suerte que si estaban muy enterados, no se les conocía. Hay un biógrafo de Balzac, Gabriel Ferry, que asegura, pocos años ha, que la mayoría del público francés apenas si aprendió de Balzac dos o tres libros y el sonido del nombre.

Le Bretón nos dice de Balzac, ante todo, que era de familia ni antigua ni ilustre, sino de humildes aldeanos. Nos muestra lo vulgar de su naturaleza, lo iluso de su fantasía, lo variable de sus impresiones, lo anormal y desquiciado de su vida y presupuesto, lo feo de su cara, lo material y positivo de su manera de ser. No le hace ni miaja de favor el retratista. Nos revela además su *snobismo*, y hasta casi le llama manía de grandezas: su afán de codearse con la aristocracia, a la cual se empeña en pertenecer. Y, con todo esto, y con cuanto pueda decirse del carácter y de los hechos e ilusiones de Balzac, yo le llamo titán a boca llena. Su obra está ahí, desigual, tumultuosa, erguida, colosal, para atestiguar el poderío del creador.

No importa que, como sostiene Le Bretón en muy documentado estudio, la novela de Balzac haya procedido de la novela popular, iliteraria, que nació del advenimiento de la democracia francesa. Esta novela, la considera fundada definitivamente, por Pigault Lebrun y Ducray Duminil. Y, entre los ascendientes literarios de Balzac, llega a contar hasta a Pixérecourt, el príncipe del melodrama, el autor cuyas obras se han representado más noches. Y luego viene la escuela macabra, de romántico sello, y aparece Ana Radcliffe, con otros autores que fundan «la escuela de la pesadilla». En estos precedentes, por inverosímil que parezca se inspiró Balzac, al principio de su carrera de novelista. Verdad que luego no quiso reconocer por suyas las primeras obras, que juzgaba severísimamente, pero cree Le Bretón que siempre dejaron huella en él, y que no se siguen impunemente modelos tales. Pero cuando un escritor tiene esa espontaneidad y esa calenturienta ebullición de vida que Balzac tuvo, en grado tan increíble, con tan devoradora llama, no debemos empeñarnos en buscar de quién procede, pues procederá siempre de sí mismo a la postre. Balzac es un caso del todo extraordinario, no sólo por las facultades, sino por la voluntad y la labor, y no debió ser Alejandro Dumas, sino él, quien fuese calificado por Michelet de «fuerza de la naturaleza».

Le Bretón censura en Balzac lo melodramático de la fábula, lo folletinesco de muchos asuntos. La inventiva, en un escritor como Balzac, rebasa de los asuntos, y va al fondo de los sentimientos, de los pensamientos y de los intereses humanos. A veces se confunde con la alucinación y la adivinación, porque la realidad, interpretada según Balzac, no es la prosaica de un Chamfleury, ni la material y fisiológica de un Zola.

Aun cuando mi juicio sobre Balzac difiera en muchos puntos del del notable crítico que presentaré al público de Madrid, no por eso dejo de contarle entre el número de los que componen esa hueste que envidio a Francia. La envidio, porque es la que, por medio de un culto incesante y reverente, mantiene viva la devoción de las letras y de sus excelsos cultivadores. En Francia no se olvida ni un instante, como si estuviesen vivos, no diré ya a Hugo, Balzac, de Vigny, Lamartine, y otros escritores relativamente recientes, sino a Corneille, Molière, Scarrón, Beaumarchais, a los que hace tiempo desaparecieron, y si fuesen españoles ya nadie nombraría, ni a ellos ni a sus obras. Ese ahincado estudio de los predecesores nos sorprende un poco, pues aquí no sólo están muertos los muertos, sino que la tendencia es a enterrar a las gentes en vida, y cuando realmente les llega la hora de pagar el inevitable tributo, se exclama: «¡Ah! ¿Pero vivía aún?»

Y no hay manera de comprender lo presente desconociendo lo pasado. Rota la cadena, el fenómeno que presenciamos carece de explicación. Arbol sin raíces, desplómase el arte. Sucede una de dos cosas: o que se juzga con rigor desdeñoso por no darse cuenta de los antecedentes, o se admira sin tino a ciegas. Por lo mismo, ensalzo la idea de ese «Florilegio de poetas» que se ha explicado en el Ateneo. Los domingos, poetas jóvenes contemporáneos, o críticos también, de la nueva generación, leen y comentan a los poetas del pasado, recordándolos y renovando su tan borrada memoria. No diré que todos los poetas leídos y comentados estén a la misma altura; ello fuera cosa de milagro. Pero los grandes y los medianos y hasta los menores, conviene que sean recordados, acariciados por la simpatía, que se refresquen sus laureles, que un momento saquen de sus tumbas la cabeza pálida. El culto del pasado tampoco puede reducirse al de media docena de nombres reconocidamente insignes: Cervantes, Quevedo, Espronceda. Lara; los secundarios tienen valor, no sólo propio, sino porque eslabonan la serie. En Francia se recuerda, con respeto, con cariño, a Molière, pero no se olvida a Regnault, ni al mismo Marivaux que da nombre a un amaneramiento literario... Y yo digo que Francia será revolucionaria, pero en letras y artes, de ella debemos aprender a *conservar*.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Claro: no cabe hablar de otra cosa. El atentado, el atentado..., y, esta vez, ha tenido mucho mayor resonancia, ha producido más indignación y protesta, que el de la horrible bomba de Mateo Morral. ¿Por qué? Porque la gente va despertando; porque hay cierta energía de reacción en los espíritus; porque resaltan y se definen las consecuencias de tan reiteradas asechanzas contra un rey joven, que no ha hecho mal, que no tiene enemigos, al menos en el sentido personal de la palabra.

El día de la bomba, dominó la estupefacción, y casi sobrepujó el asombro al espanto; o, por mejor decir, el espanto cuajó en asombro, como si el hecho tuviese mucho de increíble.

El aparato escénico ayudaba a prestar al suceso ribetes de sensacional novela, del género folletinesco sociológico. Era un día azul, brillante, caluroso, como parecen fabricarse ciertos días para Madrid expresamente; y Madrid entero se había echado a la calle, a ver pasar aquel nupcial cortejo de monarcas, príncipes, princesas, diplomáticos, grandes, altos funcionarios, damas de honor, ministros, generales; una serie de carrozas increíblemente suntuosas y artísticas, de cuento de hadas, que arrastraban caballos empenachados de plumas blancas, azules, rojas, amarillas; caballos de sangre pura, de lustrada piel, orgullosos de sus jaeces, ufanos de su carga que llevaban, al paso majestuoso de una procesión tan magnífica; un río de fuerza armada, ya siguiendo a la comitiva, ya acordonada por las calles que había de recorrer. ¡Y los balcones! Eran como jardines, o mejor dicho, como macetas, atestadas de flores vivientes, a las cuales resguardaban del sol toldos de seda de colorines ondulantes, en continuo movimiento: las gayas sombrillas. Juntas las cabezas, rientes los ojos, dispuesta a la aclamación la boca, apretado en la derecha el pañizuelo que se agitaba, en nube de blancas mariposas, saludando, los balcones enviaban desde el aire su júbilo y alborozo al cortejo real, que procedía, un poco grave tal vez, en orden prescrito por la etiqueta. Y, cuando acababa de pasar la incomparable comitiva, los balcones, como ella, se esfumaban, vaciándose de gente; las señoras y señoritas se retiraban, se sentaban dentro, se abanicaban ruidosamente, haciendo comentarios; y, del café más próximo, subían bandejas con grandes vasos de horchata o de limón, no sin sus correspondientes pajitas, y sus barquillos crocantes y ligeros, y se saboreaba el refresco delicioso, esperando la segunda emoción, cuando el Rey volviese de la iglesia, casado, en la misma carroza que su desposada...

La Reina – la que iba a serlo dentro de media hora –, ¡era tan bonita! No se hablaba sino de su belleza, de aquellos rubios cabellos como hebras de sol, de aquel cutis de nieve y rosa, de aquellos grandes ojos puros, infantiles, de aquella figura noble, gallarda, de aquellas facciones delicadas y perfectas. En ese día en que aun las mujeres menos hermosas aciertan a parecerlo, bajo el velo y entre la alburea ideal del traje, la nueva Reina de España semejaba una aparición. Y se impacientaban los balcones. ¿Cuándo volvería, cuándo?

Volvieron... Parecía que los fatídicos anuncios, que no habían escaseado en la semana que precedió a la boda, iban a desmentirse. Se hablaba de ellos en broma. Nadie temía ya, cuando justamente llegaba el cortejo a la calle Mayor. Dos segundos bastaron... Lagos de sangre, numerosos cadáveres, la tragedia que no se ha olvidado, porque fué de las que no consienten el olvido; y el Rey, y su esposa, ilesos, entre tantas víctimas y tanto estrago. Cuestión de otro segundo de diferencia; el que medió entre el momento de lanzar su mortífero artefacto el criminal, y ponerse en marcha la lenta carroza. Una fracción de tiempo casi inapreciable, y la bomba cae exactamente sobre la pareja, sobre el blanco ropaje, sobre tanta juventud y tanta felicidad...

Esta vez, no había más desposorios que el de los reclutas con la bandera; unión grave, impregnada de la austeridad del sacrificio.

Lució otro día radioso, alumbrado por un sol todavía benigno, primaveral. Muchos arbustos de la Castellana y de Recoletos ya parecían nubes de flor carmesí. No se les veía una hoja; otros, en cambio, se revestían de un plumaje, verdegay. No hacía calor. No hacía frío. No hacía viento. Una placidez divina flotaba en el ambiente.

Y Madrid, en masa, como en la jornada de la boda, se había echado a la calle. A pesar de insistentes anuncios de algo terrorífico, nadie sentía pavor. Madrid es audaz, jaranero y curioso. Se trataba de un espectáculo atractivo, y acaso hasta el interés del anunciado drama era nuevo aliciente.

En el larguísimo trayecto, desde el Palacio Real hasta la estatua de Castelar, no existía claro donde fuese menor el gentío. Los balcones, intrépidos, se entoldaban de sombrillas polícromas. El paso de las fuerzas arrancaba gritos de entusiasmo. Ello será lo que quiera, pero, desde los últimos hechos de armas, en África, existe en las masas mayor simpatía por el Ejército. Nada estrecha lazos como el peligro, el valor y la victoria. Hay que llamar a las cosas por su nombre, y dejarse de «operaciones de policía» y demás eufemismos. Guerra fué, si bien de distintas proporciones que las enormes guerras actuales, entre naciones potentes. La conciencia nacional pareció empezar a latir, a despertarse, a responder; y yo, recordando tiempos en que a la bandera no la saludaba nadie, veía descubrirse las cabezas a su paso, y me regocijaba, mientras iban pasando, en marcial y rápido desfile, los brillantes regimientos. Las tropas moras atraían más que ninguna la curiosidad, y la provocaban los dicharachos del pueblo, que acaso no se diese cuenta de todo lo que había de histórico en aquellos hijos del desierto y de la montaña, bronceados y recios, paseando por las calles de Madrid su estadura, exactamente igual a la de sus antepasados, los que lucharon con nosotros, no siete siglos, como suele decirse, sino trece, lo menos. Nada de esto sabría buena parte de los espectadores; pero acaso sintiesen vagamente la inmensa poesía del paso de los jinetes y los infantes africanos, bajo nuestra bandera, presentando las armas a nuestro Rey, al Sultán cristiano, como le llamaron en su típico lenguaje...

Yo vi desfilar a los regimientos al final del Paseo del Prado, donde desemboca la carrera de San Jerónimo. La ceremonia, conmovedora y brillante, se había terminado. Corrían por todos los grupos un aura de tranquilidad; decíase que no había ocurrido nada, y que, ya a tal hora, nada podía ocurrir. Bajo esta impresión consoladora, retrocedimos hasta la calle de Alcalá, para situarnos en la embocadura de la de Sevilla, desde donde, cómodamente sentados en un cochecillo, veríamos el paso de los moros, que escoltaban a la reina Victoria. Con tal oportunidad llegamos, que un minuto después la reina pasaba en su carretela a la gran Daumont, risueña y sonrosada bajo el velillo y el sombrero grande, cuyas líneas se confundían en el foco blanco y suelto de enorme *esprit*. Del Casino, de todas las ventanas, de la muchedumbre, partían aclamaciones, gritos, una ovación calurosa. La soberana la acogía, contenta, aniñada, dulce, agradeciendo con cabeza y manos. No sabía aún nada... Nosotros tampoco, pero no tardamos en *saber* antes que ella... Mientras pasaban los moros, negros o color de oro bajo el sol, tres o cuatro personas, desconocidas para mí, se habían acercado sucesivamente a la portezuela, me habían dado noticias:

– Un atentado...
– Cuatro tiros...
– Ileso, sí, ni una herida...
– El anarquista ha sido detenido ya...

Pero lo que de los relatos, truncados, no podía deducirse aún, era la lucha cuerpo a cuerpo de Alfonso XIII y su asesino, los lances del combate en que el diestro jinete se cubrió con su caballo, que recibió la bala; aquel minuto trágico, igual a lo que pudiese suceder en reñido lance de guerra. La sangre fría, la entereza del Rey, le salvaron. Y no sólo le salvaron, sino que le ganaron, en un instante, a un pueblo que siente como pocos el entusiasmo de un bello gesto, la gracia airosa del desprecio de la vida.

He aquí por qué, con diferencia muy grande (si se compara al atentado de la bomba y no hay que decir al de la calle de Rohán), este atentado de la calle de Alcalá suscitó indignaciones, desencadenó simpatías, provocó reprobación contra el culpable, y llevó a todos a manifestar, en una o en otra forma, la satisfacción de ver sana y salva a la víctima.

Y esto no ha sido una fría consigna oficial, cosa de palatinos, cosa de funcionarios, sino que se ha extendido a todas las clases sociales, sin excepción, sin preparación de prensa, súbitamente, al punto mismo en que corrió de boca en boca la nueva. Los que se acercaban a la portezuela de mi coche, al afirmar «está ileso» tenían aire de triunfadores. Y yo no sabía quiénes eran, pero veía en sus rostros la alegría honrada del que ve frustrarse la maldad. Un sentimiento de humanidad y de cariño animaba los rostros, coloreaba las mejillas, hacía brillar los ojos de aquellos españoles, satisfechos de que la iniquidad no se hubiese consumado.

Y, desde el mismo momento, comenzaron, espontáneas, las manifestaciones. La misma tarde, y todos los días, no sólo la muchedumbre, sino las señoritas y señoras, las personas bien trajeadas y que sería imposible reclutar si el sentimiento no las atrajese, fueron a situarse alrededor de Palacio, aclamando, prontas las mujeres a deshacerse en lágrimas cuando el Rey presentaba, sobre la barandilla del balcón, a los infantitos, que habían estado tan a punto de quedarse huérfanos. Y un huérfano real es huérfano dos veces. Tristeza inmensa, la de las minorías; angustia la de ver a una reina vestida de negro, amparando a un débil niño, que ha empezado a reinar en horas dramáticas, en horas de tempestad y duelo. Así, la vista de los niños fué lo que más enterneció a las multitudes, diariamente agolpadas, desde la tarde de la jura, bajo los balcones del Real Palacio, y luego a la hora del relevo de la guardia. El clamoreo pedía que se asomase el Rey, «el Rey valiente». Y este apodo gentil quedaría definitivamente unido a la personalidad de Alfonso, como quedaron al de otros Alfonsos otros sobrenombres, si estuviésemos en una época en que los reyes fuesen más conocidos por «el Batallador», «el Sabio», «el Cruel» o «el Santo», que por sus nombres de pila – como sucedía en la Edad Media. De todos modos al abrirse los balcones, el sobrenombre brotaba de los labios. Nunca ha sido la monarquía tan popular.

Los estudiantes de la Universidad; los alumnos de las Academias; los diputados y senadores; en breve los socios del Ateneo, han ido o irán, juntos a felicitar al Rey. Y no es lo importante que vayan; es que irán con sincero convencimiento de dos realidades: la una, que Alfonso XIII se ha portado como un rey se porta, si tiene conciencia de su cargo y sobre todo si tiene impávido corazón: la segunda, socialmente más importante aún, que estos atentados, cuya repetición prueba la existencia de una enfermedad peligrosa, no van tanto contra la vida de un alentado y noble mozo, sino contra todos, contra todo; contra la sociedad y sus fundamentos. En suma, que no son regicidios, sino *sociicidios*.

Y la sociedad es más difícil de matar, porque no tiene una vida sola sino cien mil. La sociedad es el ave fénix. Renacería de sus cenizas, si a cenizas pudiese reducirse. Aun en el peor y más anárquico instante, en la *Commune*, por ejemplo, lo que se redujo a cenizas fueron algunos edificios, lástima grande; pero la sociedad volvió a entrar, triunfadora, en medio de la patria mutilada y vencida. Es completamente seguro que la sociedad no muere, pase lo que pase. Sin embargo conviene que no sea herida, que no sea escarnecida, que se sienta firme y coherente. Y, o mucho me equivoco, o estos atentados están consolidando bastante a la sociedad.

Otra cosa tenemos que agradecer al atentado de ahora. No sé cuál de los conferenciantes a quienes he oído estos días (las conferencias siguen muy en favor a cada paso más) decía que, al amortiguarse la fe en nuestro siglo, había tomado gran incremento la superstición. Y es una verdad palmaria. La superstición se extiende, cunde, se arraiga, hasta en las almas menos preparadas a sentirla. Nadie regala una tijera o un cortaplumas, sin exigir cinco céntimos, para que no se «corte la amistad». Nadie mienta «a la bicha» sin tocar disimuladamente madera. Nadie quiere tratar ni acompañar a cierta dama de Madrid, porque hace mal de ojo. Nadie deja de comer, a las doce de la noche del último día del año, las clásicas uvas. Nadie omite los dijecitos con «el pato» y «la mala sombra». Cada civilizado del siglo XX tiene su fetiche: los hay singularísimos. Los presentimientos, la telepatía, cien relaciones desconocidas con lo sobrenatural oprimen los espíritus. Y el asesino y sus cómplices – si los tenía, como es de presumir – en alarde modernista, habían hecho correr, en una o en otra forma, con inscripción o sin ella, este colmo de la superstición:

– El 13, año 13, a las 13, morirá Alfonso XIII...

Al defender con tanta serenidad su vida, el Rey ha puesto el pie, lo mismo que un arcángel, sobre el cuello de la vil superstición, que había llegado ¿a quenegarlo?, a oprimirnos a todos, por medio de tantos trece reunidos; coincidencia que rara vez, rarísima, se producirá en la historia.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A la hora en que esto escribo, hállase Madrid colgado e iluminado, y sobre los balcones se yerguen cruces de flores, muchas de ellas señaladas en el aire por filas de bombillas eléctricas. Hay casas que no presentan ningún adorno, y parecen frías y tristes en relación con las otras tan gayas, tan vivas de color, con el predominio de la bandera española, y con las rojas flores y las verdes ramas.

La gente se ha echado a la calle; en mínima parte, de mal humor, por motivos políticos; en su mayoría, contenta y prometiéndose divertirse con un espectáculo gratuito, de esos por los cuales se perece el buen pueblo madrileño.

Los festejos tienen un motivo que no interesa sólo a España, sino al mundo entero, por el cual se han extendido los cristianos, en diez y nueve siglos, de tal suerte, que no sé si existe región alguna del globo donde no alce la Cruz redentora sus brazos amorosos, y donde no se eleve al cielo la Hostia santa. Aun cuando no sean católicos muchos y vastísimos países, cristianos son, y la fecha de la libertad concedida a los cristianos por Constantino, en el siglo IV de la Iglesia, es solemne para millones y millones de hombres, en la superficie de nuestro planeta y en todas sus regiones y comarcas.

Remontándonos con la imaginación a ese momento culminante de la historia, nos figuramos cuál debió de ser el gozo de los cristianos, autorizados por fin a profesar públicamente su culto, a erigir sus templos al aire libre y en medio de la plaza, a catequizar sin obstáculos, y a dejar de ser la muchedumbre proscrita y fuera de la ley que eran desde trescientos años atrás. Tres siglos habían durado las persecuciones, sucediéndose a intervalos bastante cortos, y tanta atrocidad y crueldad no había podido, no ya desarraigar la nueva fe, pero ni detener su avance, su asombroso desarrollo, no sólo dentro de Roma, sino en los pueblos más distantes de Roma. Ninguna doctrina ha arrostrado tan largo plazo de lucha, ni otra fecha fué jamás tan encarnizada y sangrienta, pues ni los perseguidores se cansaban de atormentar, ni los perseguidos de sufrir. Todavía en tiempo de Constantino, uno de sus socios, Maximino Daya, a quien había correspondido el Egipto, torturó bárbaramente a una doncella prodigiosa, filósofa y artista, Santa Catalina de Alejandría; y ya la multitud, harta de suplicios, miraba con repulsión las escenas de ferocidad, los tormentos y las degollaciones. En Roma ocurría lo mismo. Aunque no todos fuesen cristianos, ni mucho menos, los cristianos abundaban lo bastante para formar opinión, y opinión vigorosa.

Constantino, probablemente, no era cristiano tampoco; pertenecía al número de esas almas fatigadas que aparecen en los momentos de decadencia de una civilización, en las horas de las transiciones: pero este hombre sin convicción era muy inteligente, poseía un tacto político extraordinario, leía claramente en la marcha de los sucesos, conocía el estado de las almas y además tenía una madre cristiana ferviente. De aquí el Edicto de Milán.

No se escapaba a la comprensión de Constantino que el Cristianismo era una inmensa fuerza social, un elemento organizador como ninguno. Todos los fines humanos y todas las prescripciones morales en que puede fundarse una sociedad que haya de resistir a los embates del tiempo, los llevaba el cristianismo contenidos en su esencia. Cuanto pudiese sobrevenir, en la larga serie de los siglos venideros, estaba, por decirlo así, previsto en aquella doctrina tan fecunda. Y además, el César debía de haber notado (en la necesidad de manejar a los hombres para hacer frente a los peligros y agitaciones de su época) que los cristianos, entonces todos sinceros, eran los más honrados funcionarios, los soldados más valerosos, la mejor gente que le era dado emplear.

En una sociedad caduca vió Constantino el germen nuevo, la suma de elementos de vigor que se le presentaban y que debía utilizar, y cerró la era de las persecuciones, consintiendo el ejercicio del culto y reintegrando en la ciudadanía a los excluídos de ella por una intolerancia extraña en un Estado como el romano, que había otorgado y abierto el Panteón a todos los dioses y númenes de las naciones conquistadas.

Las persecuciones, no cabe duda, encandilaron y exaltaron la fe, y ayudaron a su propagación en regiones tan distantes como España, que produjo tantos tenacísimos mártires; pero, aun el más resuelto confesor, el que con mayor heroísmo haya protestado de sus creencias ante los suplicios, pudo desear ardientemente la hora en que Cristo no se viese precisado a ocultarse, y en que la doctrina, pudiendo extenderse sin riesgo ni obstáculo, dominase al mundo. Fué pues una fecha bien memorable, no para el cristianismo únicamente, para toda la especie humana, la que hoy conmemoran estas banderas, estas cruces de rosas y luz, surgiendo de los balcones, como afirmando la persistencia de aquel inmenso fenómeno, el más extraordinario de la historia.

Lo que más admira en él—considerándolo no más que desde su punto de vista social y político—es que, a la vuelta de tanto tiempo y tantas transformaciones y evoluciones de los pueblos, el cristianismo siga siendo, como en la hora de Constantino, la fuerza integradora, lo que afianza y sostiene, lo que presta a la sociedad la fortaleza necesaria para resistir a los gérmenes de destrucción que, entonces como ahora, aunque hayan cambiado los términos del problema, la atacan en sus centros vitales.

Del cristianismo se originaron las naciones; en la Edad antigua, naciones no hubo; hubo pueblos, después de haber tribus y hordas. Por las naciones se desenvolvió el sentimiento de la patria, profundo, robusto, fraternal. Cuando se decía, a principios del siglo XIX, que eran una misma cosa la religión y el patriotismo, involuntariamente y tal vez inconscientemente se reconocía la verdad histórica de la influencia extraordinaria del cristianismo en la formación de las nacionalidades. Y claro es que el cristianismo abarcaba a todas las naciones, y el patriotismo, en aparente contradicción, concentraba el sentimiento de amor en una sola; pero es que el cristianismo, en eso como en todo, se aviene a la realidad de la condición humana, y respeta y admite y hasta consagra el natural impulso de defender lo propio contra lo extraño, y la necesidad de esta defensa, en casos de guerra y en casos de paz. Si el cristianismo colocase a sus adeptos fuera de la realidad, si los incapacitase para la vida, no sería doctrina de verdad; no podría servir de base a las sociedades venideras. He ahí cómo la idea religiosa prestó tan firme fundamento al patriotismo, y no ha dejado de darle estabilidad en nuestros días, en naciones pujantes, no católicas muchas de ellas.

Por eso, en la crisis que ahora sufre la sociedad, atacada en la raíz de su existencia, han sido puestas en tela de juicio la religión y la patria juntamente, y con igual empeño atacadas y combatidas. Y es posible que el ataque mismo las reanime y, sobre todo, las defina mejor, haga comprender mejor el papel que ambas ideas desempeñan, la función biológica que les corresponde en el organismo social.

Ha de ser España, por la debilidad y atonía que en ella se advierte, por esta especie de desencanto letal que sufre, una de las naciones donde menos se caractericen los síntomas de resistencia orgánica; y, sin embargo, dijérase que comienzan a iniciarse en su cuerpo enfermo reacciones vitales.

En una ciudad no muy importante ni populosa, grande por sus recuerdos y por los monumentos que conserva, Alcalá de Henares, he podido yo notar estos días algunos de estos síntomas a que aludo. Alcalá ha celebrado fiestas cívico-religiosas. Las primeras conmemoraban el Centenario de haber sido libertada la ciudad de las tropas francesas, por las de Juan Martín el Empecinado, en 1813: las segundas la fiesta de las Santas Formas que todos los años se verifica allí.

A la memoria de la liberación de la ciudad se consagraron: una velada en el Teatro Cervantes, y una ceremonia cívica, la colocación de una corona en el pedestal del monumento al Empecinado; y el homenaje a las Santas Formas consistió en una peregrinación, organizada por la Adoración nocturna, y una procesión. Todo ello no constituye ningún suceso que tenga suma resonancia fuera de los ámbitos de la antigua ciudad de Cisneros y Cervantes; pero mirados con los ojos del observador y del psicólogo, como se miran las cosas para incorporarlas a la historia, algo significan estos festejos.

No hace más que cien años que ocurrió nuestra guerra de la Independencia, y si hubo cosa que tuviese carácter nacional, fué aquel alzamiento formidable. Dos móviles, el religioso y el patriótico, lo provocaron. Los franceses eran, como los españoles, cristianos y católicos; pero la Revolución de 1793 había cerrado los templos de toda Francia, y aun cuando Napoleón, que era nuestro invasor, los abrió de nuevo, y restableció el culto y celebró el Concordato con la Santa Sede (porque aquel moderno Constantino comprendía muy bien que no existe sino una manera de gobernar), sus soldados, parte porque venían impregnados aún del espíritu revolucionario, parte por ese instinto de ofender, dañar y destruir, que surge en las tropas invasoras, atropellaron las iglesias, destrozaron y robaron los objetos del culto, y cometieron toda especie de tropelías e irreverencias. El caso de Alcalá de Henares fué el caso general. En Alcalá, en 1813, vencidos ya en toda España, cansados de una guerra tan espantosa, lo primero que hicieron los franceses, en el convento de San Bernardo, fué profanar el Sagrario, desparramar por el suelo las Formas, acaso pisotearlas, y obligar a las monjas a ocultarse, temerosas de otros desmanes que tampoco solían omitirse. Y fué este sistema, practicado en toda la Península, lo que alzó en armas hasta a las piedras. Las partidas brotaron al impulso de la dignidad nacional herida en lo más íntimo, en la profanación de los templos, en la honra de las mujeres, en las personas reales, que si no estuvieron, por cierto, a la altura de ningún español patriota de entonces, sino mucho más abajo, por su servilismo y cobardía, eran sin embargo para España el símbolo de la nacionalidad. Es innegable que Fernando VII valía menos que José Bonaparte, pero José era el Intruso, y había venido hollándonos y sacándonos de quicio. España se levantó. Salieron a plaza las partidas, tropa irregular, informe, de vario armamento, de pintorescas heterogeneidad, de caprichosa desorganización, en las cuales entraban no sólo viejos y niños, sino mujeres. Y esto era la gran señal de lo popular de la guerra, pues hasta que la mujer se asocia, no se puede decir que un movimiento esté en el corazón de un pueblo.

El que libertó a Alcalá, Juan Martín el Empecinado, fué acaso el mejor, el más heroico de los guerrilleros. No le había llevado al campo el deseo de vengar la muerte o la deshonra de algún ser querido; sencillamente le impulsó la indignación patriótica. Era un labrador, nacido en Castrillo, el pueblo de la *heroína*, avecindado en Fuentecén, casado, sin más aspiraciones que la de llevar la yunta y entrojar el trigo. De pronto, pudo decir de sí mismo lo que le atribuye un poeta anónimo de su tiempo:

> No tuve, para vencer,
> más escuela que el valor,
> y sin jugarme soldado,
> ya me encontré vencedor.

En efecto, de los dos o tres que con Juan Martín se echaron al campo, a matar franceses, como se decía entonces, salió la división Empecinada, quinta del segundo ejército, perfectamente organizada y aguerrida, cuando corrió a la defensa de Alcalá. Vicisitudes, sufrimientos, amenazas, pobreza, hambre, no habían podido arredrar a Juan Martín, héroe digno de compararse a los de la antigüedad, a los Escipiones y a los Viriatos. Su campo de operaciones, en los últimos tiempos de su vida militar, eran los contornos de Madrid, Guadalajara y Sigüenza. Ni un segundo dejaba respirar a los franceses, y al libertar a Alcalá, pudo hacerlos trizas, pues los persiguió a la bayoneta hasta San Fernando, y, a tener allí su caballería, no queda uno.

Y este intrépido batallador era elemente, piadoso con los rendidos y los prisioneros, por lo cual su adversario, el general Hugo lo estimaba profundamente, y se lo decía reiteradamente. Y Juan Martín, que no se mordía la lengua, contestaba al francés, padre, por más señas, de Víctor Hugo: «Pues yo de usted tengo muy mala opinión.»

A este hombre, digno de eterna memoria, es a quien dedicó Alcalá de Henares justo homenaje. Cada vez que veo alguno de los bellos monumentos del pasado, unas venerables piedras, una gran obra de arte, decorando todavía nuestras ciudades ilustres, pienso en los que las preservaron, y envío un saludo de cariño a los que, como Juan Martín, arrojaron al invasor por las puertas y le impidieron consumar acaso con el incendio su obra de depredación y de injuria. Juan Martín, o mejor dicho los guerrilleros, la Resistencia en él simbolizada, debiera tener un monumento en la corte—si lo permiten los políticos y los caudillos de guerras civiles, que son casi los únicos usufructuarios de la monumentalidad española.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entre las Exposiciones que estos días están atrayendo un público mucho más numeroso del que solía acudir años atrás a esta clase de espectáculos, llama la atención la de crucifijos o, para expresarme con mayor exactitud, de representaciones de la Cruz y Crucifixión, dentro del arte.

Con motivo de esta Exposición, vuelve a la memoria el caso único del instrumento de suplicio, convertido en símbolo de salvación y gloria. La Cruz, en los primitivos tiempos, no fué, sin embargo, sólo un patíbulo: en muchas civilizaciones y creencias tuvo sentido religioso, y hay libros enteros que tratan del signo de la Cruz antes del cristianismo. Los primeros cristianos, sin embargo, no la adoraron abiertamente: mientras duraron las persecuciones, se limitaron a sugerirla con signos como la letra griega *Tau*. La primera representación de Cristo en la Cruz, es infamante: es la célebre caricatura del Palatino, que vi en Roma: un asno crucificado, y debajo un soldado, el soldado cristiano a quien satirizaban sus compañeros de cuerpo de guardia, con el burlesco letrero: «Alexamenos adora a su Dios». Sin duda un neófito ferviente fué la víctima de esta broma de cuartel.

Ello es que hasta el siglo V, triunfante ya la Iglesia, no aparece la representación de Cristo en la Cruz, que tan hermosas páginas había de inspirar. Dos ejemplares quedan: una escultura en madera, y una placa de marfil, y por cierto que en esta última aparece ya, al lado de la representación del Calvario, tal cual se ha venido haciendo, el ahorcamiento de Judas, pendiente de un árbol en cuya cima, doblegada al peso, cantan los pajarillos.

En el siglo VI, la tradición se precisa más aún: se ve a los soldados echando suertes sobre la túnica; a los dos ladrones; a las Santas mujeres; al sayón que rompe el divino costado con su lanza, y al que eleva la esponja empapada en hiel y vinagre. En otra representación, el pie de la Cruz se apoya en la loba romana, revuelta en actitud fiera, mientras Rómulo y Remo beben el jugo de sus ubres.

Y desde el siglo VI, la Cruz y el crucifijo no cesan de ser tema favorito, asunto fecundísimo de inspiración, variamente interpretado por los artistas. Lo que la Junta diocesana ha reunido en el Palacio de Bibliotecas y Museos para exhibirlo no es sino parte insignificantísima de este inmenso desarrollo del motivo profundamente sentimental y dramático de la Pasión y Muerte de Cristo; y, sin embargo, da idea de muchos aspectos de tan gran desenvolvimiento, desde sus orígenes, en el período bizantino, hasta el momento actual.

Encuéntranse en la Exposición diocesana los Cristos de cobre esmaltado, los Calvarios de bronce, plata, madera y marfil, las cornucopias de coral y bronce, la tablas de los primitivos, las cruces – relicarios conteniendo trozos de Lignum, los crucifijos de campaña, los estuches de cuero labrado en forma crucífera, las pinturas representando escenas de la Crucifixión, las grandes cruces procesionales, de plata o bronce, los trabajos en alabastro, los horarios, y pasionarios miniados, los relicarios, los relojes figurando cruces, los bordados en terciopelo y seda, y no es de las menores curiosidades de la Exposición el monetario, en que figuran monedas de Constantino el Grande y de Santa Elena, de Teodora y del socio de Constantino, Maximino Daya, el atormentador de Santa Catalina de Alejandría. Hay hasta crucifijos de porcelana del Retiro, y, por supuesto, esmaltes, alguno de ellos sorprendente de color y bellos grabados.

Hay, en especial, un tapiz – o mejor dicho, dos –, que, como suele decirse, se comen a todo lo demás. Son los famosísimos que ya he visto figurar en grandes Exposiciones universales, y que formaban el dosel de Felipe II. Los expone el Rey.

Nunca el arte de la tapicería rayó más alto que en estas dos espléndidas muestras de lo que podía dar de sí en el siglo XVI, en Flandes, y por el impulso de un hombre tan entendido en arte, tan aficionado como el hijo de Carlos V. Era Felipe II lo que se llama un *amateur*. Acaso mucho de lo mejor que como arte ha tenido España, se lo debe a él, que lo trajo de Flandes o lo protegió aquí, y si no está en España aquel portentoso *Cordero místico*, de Van Eyck, que tanto me encantó en Gante, no es culpa del *Prudente*, que intentó varias veces hacerlo cosa nuestra.

El dosel, como digo, vale en su género, lo que pueda valer el tríptico famoso. Dos son los tapices que lo componen: uno el respaldo, otro el que formaba el verdadero dosel. El primero es el Calvario, pero un Calvario de ensueño, bañado en misteriosa luz azulina, con unas lejanías delicadas, un arbolado fino y glácil, y sólo cuatro figuras, siendo la de la Virgen un prodigio de poesía y sentimiento. No hay sayones, no hay más que testigos afligidos del suplicio, que, con un sentido místico, asisten a él, atentos sólo a presenciarlo, a reverenciar el Misterio que encierra y que se significa en la actitud de la Magdalena, recogiendo, en el Santo Grial, la sangre divina que mana del costado.

El otro tapiz es, si cabe, más soberano de ejecución y de dibujo, y encierra solo, en una gloria, la cabeza del Padre Eterno, y bajo su pecho, la simbólica paloma. El arte no puede ir más allá.

En el catálogo de esta Exposición leo que desde mediados del siglo XVI la preocupación de la forma y de la decoración tienden a reemplazar la idea religiosa. Sin duda el fervor era mayor en la Edad Media, pero no han dejado de aparecer grandes artistas religiosos después del XVI, y en España son legión: basta recordar a Zurbarán, Ribera y Murillo; baste pensar en nuestros grandes creadores de la talla en madera, los Hernández, los Castro, los Moure, los Villabrille, los Montañés. En España el Renacimiento, sin perder ninguno de sus caracteres, ha determinado una intensa florescencia de arte religioso. Hasta en el período barroco creó belleza religiosa.

De todas estas épocas encontramos muestras y testimonios en la Exposición de que hablo. Al lado de las tablas góticas y de los trípticos con santos de aureola y fondo de oro, resaltan tallas y pinturas del XVII y aun del XVIII, llenas de fervor. Tal es el Jesús niño, con la Cruz a cuestas, poniendo el pie sobre el mundo y rodeado de angelitos sin cuerpo, que exponen los franciscanos de la iglesia de San Fermín de los Navarros. Esta efigie, de talla, pertenece a la inspiración franciscana, la misma que dictó a Murillo su lienzo *San Francisco abrazando a Cristo*, asunto por ningún artista ideado, hasta que lo abordó el pintor español. El Niño Dios de los franciscanos es otro testimonio de la íntima compenetración del espíritu de San Francisco y el de Jesús. La túnica de la efigie no es otra cosa que el hábito franciscano, y la cuerda que la ciñe, es el cordón de la Orden. Sus pies están descalzos, y, como los de San Francisco en el lienzo de Sevilla, pisan el mundo. La talla es encantadora, y la considero española, no italiana.

A la misma corriente sentimental responde el Niño Jesús abrazado a la Cruz, propiedad del Sr. Coello y atribuído a Valdés Leal. Todo nuestro siglo XVII es un venero inagotable de inspiración religiosa, hermanada con el realismo sencillo de los grandes maestros de aquel período, hasta Claudio Coello, en quien se acaba la tradición, al menos en la pintura, porque, hasta fines del siglo XVIII, hasta la aparición impensada de Goya, los pintores que tengan renombre en España serán extranjeros, en su mayor parte italianos.

En la talla, no hay tan brusca interrupción de la veta nacional. Siguese trabajando admirablemente, y de ello quedan muestras aun a fines del XVII y principios del XIX, en los magníficos *Nacimientos* que atestiguan que la tradición persevera.

En los Cristos de talla, de tamaño natural, que han sido uno de los triunfos del romanticismo español, produciendo honda emoción contra las reglas vulgares del clasicismo, algo se ve en este Museo, aunque falte el Cristo más típico, el de las enaguillas y la peluca del cabello natural de mujer, repartida en largos mechones a ambos lados de la frente y descendiendo hasta la cintura. Este crucifijo, eminentemente español, el que cantaron las leyendas, no tiene en la Exposición diocesana más representación que el cuadro, muy conocido, de Menéndez Pidal, titulado *El Cristo de la Vega*. Nadie ignora el asunto de este cuadro: se funda en una de las obras maestras de Zorrilla, *A buen juez, mejor testigo*.

Pero, en toda la Exposición, no hay un Cristo de enaguillas, y son los Cristos españoles, tal cual la devoción nacional los ha sentido. ¿Será que no se concede a las imágenes «de vestir» consideración de obra de arte?

Esta cuestión se ha agitado mil veces, y ya he escuchado muy doctas razones que no han llegado a persuadirme. Jamás me he avenido a que exista algo que sea estrictamente ortodoxo en arte, nada que limite los dominios del sentimiento estético. Donde ponemos nuestro corazón, nace la hermosura. Sostuve, un día, en encarnizada discusión, que todos los dioses son bellos, hasta el terrible Huitzilopotzli con sus dos franjas azules que le cruzaban el rostro, porque en los dioses ha cifrado la humanidad tanta suma de esperanza, de fe, de sentir, que no es posible dar por feo a un dios, siquiera sea un ídolo. ¡Con cuánto mayor razón puede defenderse la hermosura de nuestras imágenes «de vestir»! El realismo que las inspira no será aquel realismo griego, que más bien debe calificarse de naturalismo: una Virgen de los Siete Dolores no será ni una Diana, ni una Cibeles: yo no me atrevo a decir que es mucho más interesante y conmovedora. Hay un poeta francés, Baudelaire, que ha comprendido este encanto singular de nuestras Dolorosas, y lo ha cantado, sin que para darse cuenta de este hechizo psicológico necesitase ni aun ser cristiano convencido. Le bastó para ello lo que tenía de sentimiento católico y estético infiltrado en el alma.

Y sostendré siempre el derecho artístico de las imágenes de vestir, al menos aquí donde forman parte de nuestro espíritu. Y digo que, desde el punto de vista de la moción de afectos, el Cristo de la Vega, con sus enaguillas y su pelo largo, natural, sedoso, que le ofreció la vocación de alguna mujer maltratada por la vida y que busca consuelo, me parece tan atractivo como este otro Cristo que acabo de admirar, obra de un artista que hasta la fecha me era desconocido: Salvador Páramo.

Lleva este crucifijo el número 44 en el catálogo; es de tamaño natural, talla en madera, y fué encargado por el famoso P. Claret para la iglesia de Montserrat, en la Plaza de Antón Martín; cuando ésta se derribó, la magnífica talla pasó a la iglesia de Santa Isabel. Es imposible nada más enérgico, más vigoroso, más perfecto como anatomía, que esta escultura, y antes de saber su fecha, al pronto, se la tomaría por una obra del Renacimiento. Hubo en efecto algunos sorprendentes escultores en este período (mediados del siglo XIX), pero, según sucede a Páramo, sus nombres son poco conocidos.

De propósito he dejado para el final el crucifijo de la reina María Estuardo, que expone la reina María Cristina. No porque tenga este crucifijo gran valor artístico, sino por el recuerdo que evoca, ante el se apiña la gente en la Exposición. Su descripción fiel es como sigue: «de esmalte blanco, menos el paño plegado que rodea el divino cuerpo, y que es de oro. La corona conserva bastantes restos de esmalte verde translúcido, y las disformes gotas de sangre, que manan de las manos, pies y costado del Redentor, no son piedrecitas que imiten rubíes, sino lagrimones de esmalte rojo translúcido. La Cruz conserva huellas del filete de esmalte negro que la circundaba, y de azul en el florón superior, compuesto de cuatro volutas, y en las laterales de dos volutas, faltando en todas las virolas o remates. En la parte inferior falta, no sólo el remate, sino también el florón, pudiéndose apreciar la gota de estaño con que fué soldado el remate de la sacra donde estuvo tantos años, bárbara mutilación que hizo desaparecer la tapa posterior con los pasos de la Pasión, en esmalte, que cerraba la Cruz y el Lignum Crucis, dejando al descubierto la caja o hueco de la reliquia».

Así lo detalla el Marqués de Laurencin, académico de la Historia; pero de tan exacta descripción sólo resulta que el crucifijo no es ninguna maravilla de arte; la figura de Cristo en él aparece más bien defectuosa y sin la elegancia de dibujo que caracteriza al Renacimiento. El mérito de este crucifijo, que la desdichada reina de Escocia conservó hasta sus últimos instantes y que formó parte de su indumento, pues lo ostentó sobre el pecho siempre, en eso está: en lo que recuerda de dolores, de días sin consuelo, de fallidas esperanzas, de agonías y torturas en la cruel prisión. Este crucifijo, prenda de una convicción religiosa que tan caro le costó confesar a la reina, sintió latir aquel corazón animoso, regio, predispuesto al ejercicio de todas las virtudes viriles, aunque, por su mal, predispuesto también a las ternuras femeninas. Y es la cautividad, el martirio de la rival de *Bess*, es aquel drama que genialmente cinceló Schiller, y que aun hoy constituye el triunfo de tantas grandes actrices trágicas – lo que nos obliga a detenernos ante la reliquia, de la cual surge uno de esos poemas dolorosos de la Historia, que la novela no consigue emular. Hay lágrimas, evaporadas por el tiempo, y que fluyen otra vez en nuestra alma, en el crucifijo de María Estuardo.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Se debe hablar de los crímenes? ¿Conviene más el silencio?

Cuando ocurrió en Francia el hecho espantoso de Troppmann, y ahora, cuando «los bandidos trágicos» revelaron un estado social alarmantísimo con sus fechorías, ¿había medio humano de que la prensa escamotease a sus subscriptores sucesos que eran la conversación no interrumpida y la preocupación dominante de todo el mundo?

No ha mucho tuve ocasión de alabar al periódico *El Socialista* porque ni reseña los toros ni los crímenes; pero un crimen como el que tiene a Madrid en jaque, se diferencia de ciertos hechos sangrientos diarios, vulgarísimos, de los cuales no convendría ni hacer mención, por restar a los matones el excitante de la vanidad.

Este drama espantoso y espeluznante descubre un proceso de debilidad y de indefensión social. El que un individuo tenga pasiones y apetitos excepcionales, desbordados, y que cometa iniquidades en relación con su psicología, no es cosa que deba asustar, pues siempre habrá de estos individuos; pero el que encuentre para sus fechorías ambiente, seguridad y campo abierto, hasta el día en que ya la sociedad no puede cerrar los ojos, en que se le mete por ellos el caso atroz, eso, o mucho me equivoco, es doblemente grave, doblemente alarmante para quien sabe ver síntomas.

⁂

He aquí al protagonista del horrendo folletín de la Escuela de Guerra. Es una especie de soldado aventurero, dotado de valor, y que en los campos de batalla ha hecho una carrera relativamente lucida.

La leyenda cuenta que se embarcó para Cuba, como se dice en los puertos de mar, *de polizón*; otros desmienten la posibilidad de este hecho. Sea como fuere, en Peralejo se bate bien; el general Martínez Campos, que estima a los valientes, le da el ascenso y ya le tenemos incluso en esa burguesía en que se puede aspirar a tantas cosas. Cuando vuelve a España, empieza a actuar de jugador de ventaja y de banitero. Un día, revólver en mano, en una chirlata que tal vez se disfraza con el pomposo nombre de círculo, se apodera de mil y pico de pesetas que no son suyas, ni aun por los azares del Juego; otro, se disfraza de agente de policía, y atraca y estafa, a la salida del garito, a un *punto* ganancioso. Todo esto lo hace sin gran recato, y aun a tambor batiente. Y nadie se preocupa.

El juego es el más visible de sus vicios: por ese camino o mejor dicho por ese precipicio en que tantos se despeñan, va el capitán Sánchez cayendo de roca en roca, llegando también, según los relatos de la prensa local – Sánchez es de la provincia de la Coruña – a salir con escopeta a atracar caminantes, actuando de salteador, en las pacíficas y alegres campañas de la comarca mariñana.

⁂

La leyenda sigue tejiendo a su alrededor negras gasas. Desaparecen, sin explicación, personas cuya muerte puede interesarle. Hay que exceptuar de esta serie fúnebre a la esposa, que cien veces maltratada, huye a América, declarando expresivamente: «Si no me voy, acabaré yo en el cementerio, y él en presidio». Al pronto, se le acusa de haberla suprimido tranquilamente. Hay que restar este cargo de los que se le acumulan ahora.

Pero un viejo «indiano», un labriego, que después de cobrar fuerte suma se acompaña del capitán, en efecto se evapora; ni rastro. En vano su mujer le busca: nunca vuelve a saberse nada de él..., ni, por supuesto, de la cantidad. El mar arroja a la playa un cadáver sin cabeza. Más adelante, uno de los niños, fruto probablemente del nefando contubernio, que ha dado a luz la desventuradísima hija del monstruo, también se pierde de vista; tampoco se rastrean huellas de su paso por el mundo ni de su desaparición. Con asombrosa destreza escamotea este hombre a una persona, como si fuese árbitro del destino de sus semejantes, sin que la autoridad curiosee, sin que nadie estorbe sus combinaciones. Para inocentes fines, encontramos a cada momento miles de obstáculos: Sánchez dijérase que no los conoce, que todo se allana ante su bravía voluntad.

⁂

La sociedad no se defiende. Se *deja*. Erigida en dogma la impunidad, raya en manía el de echarlo todo a buena parte, el no ver en nada ni en nadie culpa ni delito, y el igualar, con censurable indiferencia, al hombre de bien y al malvado, si ya no es que el primero goza fueros menores que el segundo. Yo no puedo comprender cómo un sujeto de los antecedentes del capitán Sánchez no estuvo en presidio desde hace veinte años; sus fechorías no habían sido realizadas en países remotos, sino en la Coruña donde era facilísima la información; y mi asombro al leer que se tenía de él «el más ventajoso concepto», corre parejas con mi terror al leer igualmente, que, y siempre en la prensa, pues no poseo otra fuente de información, «se le iba a dar un puesto en el ramo de Seguridad!..»

Es decir que, por ese contagio de abandono que en todo se advierte; por apatía de los que no son malos, y por tácita complicidad de los que acaso llegarían a serlo, hemos estado a pique de tener nuestra hacienda, nuestra vida y nuestra honra a disposición de algún complot organizado por el capitán Sánchez, maestro en el arte, como se ha demostrado y perfecto conocedor de la sociedad en cuyo seno, y bajo cuya protección, ha podido elaborar tantos crímenes.

⁂

Desde la «Seguridad» (¡oh ironía!) a cualquiera se le tiende una red, a cualquiera se le envuelve en la telaraña de una acusación... No ha mucho que una de las más ilustres y virtuosas familias de España se vió envuelta en una asechanza de este género, que costó al jefe de ella, a fuerza de sinsabores, la vida. El capitán Sánchez, ducho en todo, ya había intentado algo parecido, al acusar a un señorito aristocrático de rapto de menor. La menor, era la hija del mismo capitán. Esta hija es uno de los elementos dramáticos del sensacional suceso.

La muchacha, que responde al bonito nombre de María Luisa, y que cuenta ahora sobre veintiún años, a mí me parece un ser vulgar, una de tantas. Sería difícil, en el actual estado de la causa, decir si en María Luisa encontró el capitán el más dócil y bien dispuesto de los cómplices, o la más infeliz de las víctimas y, al mismo tiempo, la más trágica, la más sentenciada por las leyes de la antigua fatalidad.

Pervertida antes que núbil, según declara, por su padre, parece haber sido en sus manos un instrumento, no sólo de infame lujibrio, sino de lucro. Si tal declaración es cierta (siempre desconfiaría yo de lo que dijese la moza, pero en este particular es verosímil lo que refiere) sólo por eso el capitán Sánchez merece la pena más severa del Código y la execración de la naturaleza ultrajada.

⁂

En la hermosura de la moza tenía puesta la mira el hombre de presa. La moza era un señuelo. En su casa – dentro de la Escuela Superior de Guerra – montó una timba, a la cual concurrían los aficionados. Unos vendrían por el juego; otros, por la niña. Y el asesinado..., por las dos cosas a la vez.

Poseedor de una fortunita en títulos, empresario, timbista, igualmente que Sánchez, la víctima de este crimen aterrador, si hemos de atenernos a referencias que tienen carácter de realidad, fué atraída a casa de Sánchez para una partida de monte y para algo menos santo aun. Secreto instinto le dictó el recelo y la precaución de cambiar las cinco mil pesetas que llevaba en la cartera por una ficha del Círculo de Bellas Artes, del cual era socio, encargando, al recogerla, que no la abonasen a nadie sino a él mismo. ¡Extraño presentimiento, al cual se debe el que se haya descubierto el crimen! – Si no hace tal advertencia, acaso, dentro cuarenta años, al ser derribado el vetusto edificio que la Escuela Superior de Guerra ocupa hoy, el hallazgo de unos huesos excitaría un instante la curiosidad, sin que nadie acertase a referir tan fúnebre descubrimiento a la misteriosa desaparición, casi medio siglo antes, de un señor cuyo nombre se había olvidado...

⁂

– Voy – había dicho García Jalón – a un sitio donde no me gusta llevar dinero...

El milagro es que estas palabras no fuesen, desde el primer instante de conocerlas, clarísimo rayo de luz para la policía. Debe de ser muy difícil escribir la historia real de sucesos que pasaron hace siglos, cuando en hechos recientes andan tan discordes las opiniones. Para unos, el descubrimiento del crimen es un triunfo de la policía; para otros, de la prensa; para bastantes, se debe a la inteligencia del «botones» del Círculo de Bellas Artes. Yo votaría con los últimos, no sin proclamar el papel de activo estimulante de la prensa, en especial de *España Nueva* y *El País*. Si el «botones» no tiene la feliz idea de seguir a María Luisa y enterarse de su residencia, a estas horas el capitán Sánchez fuma en su casa y no en la prisión.

Pero el «botones» *encerró* a la rubia, y supo dónde vivía, y quién era..., y detalló perfectamente las prendas de su traje. Pero no se insistió en la pista. Es verdad (cosa muy española) que, según la prensa, el juez encargó el asunto al secretario, y éste a un suplente. A bien que la prensa seguía chillando.

⁂

Sánchez, precavido, no se había contentado con descuartizar a la víctima: mondó el cadáver, dejando limpios los huesos; machacó la cabeza, y, depositando en espuertas la carne, los jirones sanguinolentos de un cuerpo humano, los fué enviando a la alcantarilla, mientras tapiaba esqueleto y ropas en un hueco de la pared.

Para todo esto se valió de sus subordinados, los albañiles y ordenanzas. Y a mí me cuesta trabajo creer que no le auxiliasen los demás de la familia, incluso ese misterioso *padrino*, ese viejo que, despojado por Sánchez de su fortuna, vive con él, y parece adorarle, y la hija menor, aquella Manolita, que se desmaya cuando las piquetas de los albañiles atacan el recién construído muro que guarda los restos de la Jalón, es decir, su esqueleto. De otro modo no puede ser; el descuartizamiento y mondadura de un cuerpo humano, con los rastros que deja y con el tiempo que supone; una tarea tan ardua y singular, no pasa inadvertida dentro de una familia, en una casa no grande. Lo curioso es cómo todos, excepto María Luisa, ayudan al que los ha matado de hambre y tundido a golpes y quitado su escasa fortuna. Y le ayudan igualmente los soldados, no sólo por disciplina, sino con una especie de adhesión que merece análisis. Esos pobres diablos nada ganaron con el crimen, y puede que den con sus cuerpos en presidio.

⁂

Y he aquí lo más característico de este macabro suceso, que extracto de la prensa, pues repito que por ningún otro conducto poseo el menor dato. Y añadiré que deseo infinito que los pormenores más espantables se desmientan, y que el repelumo en que todos vivimos desde que se divulgaron se sosiegue y disipe. Es una pesadilla que nos presenta a la imaginación festines de carne humana.

Un crimen es cosa muy mala, sobre todo un crimen de esta clase; pero es peor, y de consecuencias más graves, la inconsciencia social. Los crímenes suelen revelarla. Ráguese bruscamente la cortina: alza el Diablo Cojuelo el techo de las casas, y se ve el abismo de barbarie, de vicio, de apetitos desenfrenados, y alrededor la atonía, el desquiciamiento, la subversión de las nociones más elementales del bien y del mal, que permiten a estos bandidos disfrazados, que no tienen la excusa de la miseria, y que tienen deber estricto de conservar el honor, colear como tiburones en el mar dormido de una sociedad enferma, y zampar su presa, hasta el día en que el rastro de sangre se delata a sí mismo.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Como si se hubiese quitado el tapón a una pipa llena, se ha desbordado en Madrid la animación en fiestas, comidas y bailes, al disiparse, con el tiempo, el recuerdo de la tragedia que inició la temporada: la muerte de la infanta Teresa de Borbón... ¿Con el tiempo he dicho? ¡Bah! Seis o siete meses... ¡Tanta juventud, tanta bondad, tanta dicha doméstica, y todo desvanecido en un momento! Pero la vida prosigue, la gente es moza (o no lo es, pero como si lo fuese)... y quiere divertirse, quiere danzar, quiere reunirse, murmurar, hacer *sport*, no perder ninguno de los goces que ansía. Y poco a poco, casa tras casa, se han ido abriendo salones, y el principio del verano puede llamarse verdadera *season*...

Y los teatros, en la temporada ya transcurrida, no nos han dejado ni un recuerdo, ni una emoción honda. Dijérase que el cinematógrafo les ha echado un maleficio. Convencidos los empresarios de la realidad de este fenómeno, han dado entrada franca, no sólo al cine; a las *varietés*, las cupletistas, los ilusionistas, los adivinadores, duetistas, tríos y excéntricos. Mientras el Circo de Párish, caído de su pedestal, abandonado (¡oh inconstancia femenina!) por sus bellas parroquianas de otros años, ve en perspectiva la soledad (a no ser que le restaure algún nuevo y contrario capricho de la moda), los demás teatros se convierten en circos, o cosa análoga. Todo se disgrega, todo se cae por tierra; y el gran caído, es el Arte.

Si se me pregunta cómo se explica la decadencia del Circo de Párish, de sus famosísimos «jueves de moda», por excelencia, diré que por la desaparición de los sombreros enormes de las damas. Al menos, nadie podrá negar que hayan coincidido ambos sucesos. Cuando se inició el período del incremento sombreril, el Circo, sus jueves elegantes, ascendían al apogeo. Aquello era un bosque de sombreros con plumas, con penachos, con lazadas, con espigas, con pájaros fantásticos, con cascadas y torrentes de flores, y no había medio de ver las caras, tal era la combinación de tejados, aleros, tejadillos y tejaroces que se entrecruzaban proyectando densa sombra sobre los rostros. La *toilette* de rigor era la de Casino: traje escotado, sombrerazo inmenso. Y, por los palcos, puñaladas. No sólo por los palcos: lo propio ocurría con las sillas. Ni por un ojo de la cara se hallaba una. Los revendedores (que siempre los hay, pesia la autoridad y los reglamentos y todo) sacaban jugo de la caprichosa preferencia de unas cuantas señoras elegantes por los jueves, día en el cual, sin duda, los *cisnes* eran más jocosos, los barristas y equilibristas más esculturales, los bichos amaestrados más hábiles, los caballos más diestros, y todo el aparato y trápala del Circo, más alegre y sorprendente. Y lo que sucedía era justamente lo contrario, a saber: que los jueves se daban los números más flojos porque, aunque se hubiese dado un espectáculo enteramente de feria, sería igual: no se iba allí por ver, sino por *verse*.

En fin, los sombreros se han reducido, encogido y estrechado, quedándose sin más de la mitad de sus amplias alas, y los jueves del Circo ya no están en boga. Son dos eventos sensacionales.

Lo de los sombreros había llegado al límite de lo imposible. Eran fenómenos, eran monstruosidades, eran un estorbo tal, que con ellos no se cabía ni en coches, ni en habitaciones chicas. Decíase que el precio exagerado de tales artefactos se debía a su desmedido grandor. Parece que no cuestan menos los chiquitines de ahora. Se habla de quinientos y de mil francos, lo mismo que de un duro. Cada cual gasta su dinero en lo que le parece, ya lo sé. Pero un sombrero de mil francos, es la patente de tontería de una dama. Me resisto a admitir que tenga dos dedos de frente la que así administra su dinero, habiendo en el mundo tantas cosas bonitas que cuestan mil francos, y duran hasta la muerte.

Ahí están, por ejemplo, los retratos al pastel, de los cuales acabo de ver una bonita exposición, aunque muy reducida, la del pintor Béjar. No diré que estos retratos cuesten mil francos cada uno, porque tengo entendido que cuestan bastante más; pero afirmo que, si no poseyese encantadores pasteles de Vaamonde, preferiría andar toda mi vida sin sombrero, a privarme de una de esas monerías de retratos, que tanto adornan un salón o un *boudoir*. Yo no voy a entrar aquí en la tantas veces agitada discusión de si el pastel es arte grande o arte chico. En tales distinciones hallo mucho de artificioso y de caprichoso. Hay arte más varonil, más enérgico, esto no se puede negar, y a nadie se le ocurrirá comparar, desde este punto de vista, a Miguel Angel con Latour. Pero lo mismo Miguel Angel que el fino pastelista, tienen un lugar propio en la historia del arte. Ambos nos procuran una sensación estética especial, diferentísima, es cierto, y por lo mismo, no podemos prescindir de ninguna de ellas. No ha muchos días me preguntaba el *Duende de la Colegiata*, en una de esas entrevistas vibrantes de modernismo que se le ocurren, qué hubiese querido ser; y claro es que le dí la respuesta que cualquiera adivina, pero añadiendo que, excepto en ese punto concreto, me encontraba muy satisfecha de lo que soy, pues pude nacer negra o amarilla y nací blanca, y de la más pura raza caucásica, y de buenos padres, y con regular salud, etc. Y debí añadir, además, que mi manera de entender el arte es también una suerte, y me proporciona goces, porque yo siento y disfruto todas las modalidades artísticas, y no hay ninguna que me sea ni extraña ni antipática, al relacionarlas (según las enseñanzas de Taine) con el ideal social que las produjo y que en ellas se revela. Hay veces en que no me atrevo a decirlo, pero comprendo que encuentro algo bello en las efigies de los dioses bárbaros y espantosos de los cultos abolidos. Trágicamente es bello el negro Moloch de los cartagineses, y Flaubert nos ha hecho percibir este género singular de hermosura en un capítulo de la admirable *Salambó*.

Lo trágico, generalmente (a menos que sea de un trágico tan rebajado como el crimen del capitán Sánchez), lleva en sí un elemento estético. Ved esa colección de obras de Valdés Leal, que ha reproducido y comentado en un opúsculo Romero de Torres, el autor de *La sibila*. No son más que cabezas cortadas, destroncadas, y son un prodigio de belleza. Al menos, yo las considero así. Ellas han venido a explicarme la razón oculta de la magnificencia de la *Salomé* de Oscar Wilde. La cabeza cortada es más bella, trágicamente, que la figura total. De la impresión de que vemos lo más sublime de lo humano, el templo del pensamiento, separado de lo fisiológico, del arca y cofre del tronco, donde se cumplen las bajas funciones de la nutrición, y que ese templo admirable nos relata la historia de una vida, cuyo desenlace ha sido heroico. Las cabezas de Valdés Leal, entre las cuales figura, como era de suponer, la del Bautista, son de mártires, y de *sedrtiras*, diríamos cometiendo un neologismo; de santos y santas que afirmaron su fe hasta el instante supremo. Esto se lee en la expresión, verdaderamente impresionante, de sus caras. No son las cabezas cortadas de los criminales guillotinados; son lo más noble, lo más grande que puede existir sobre la tierra: son rostros sellados hondamente por el espíritu que los animó, y en que ya parece esplender el entusiasmo del triunfo, entre la rebeldía involuntaria de la carne que se resistea dejar la vida, y a dejarla de tan horrible modo. No conozco nada que así me impresione, como las cabezas cortadas de Valdés Leal, «el pintor de los muertos», el poeta terrible, anterior a Baudelaire, de *Las postrimerías*. Pero de fijo hay mucha gente que se horripilaría de tener en su habitación esos cuadros de un realismo español tan violento como artístico.

Ya que de arte hablamos, recordaré que acaba de morir uno de los contados críticos de arte que en España escribían: me refiero a Balsa de la Vega. Discípulo de Casto Plasencia, empezó con vocación de pintor, pero yo, que le he visto trabajar, no creí nunca que pudiese llegar a la altura, no diré de su maestro, ni a la de alguno de los buenos discípulos de aquel artista. El pincel de Balsa era difícil, su creación lenta, y su dibujo, lo mejor que tenía, sin duda, no estaba aún bastante cursado. Y sin duda, persuadido de esto mismo, Balsa de la Vega cultivó su vocación de escritor, habiendo llegado a adquirir competencia, merced a viajes y práctica, que es el elemento más educador del conocer. Como no existe realmente carrera técnica artística (y si existiese acaso no fuera de gran eficacia) yo no conozco otro modo de aprender sino mirar, teniendo primero ojos y sentimiento. Así estudió Balsa de la Vega, y sin llegar a la autoridad sólida y fundadísima de un Beruete, por ejemplo -- serían contadísimos los ejemplos como el de Beruete en España -- podía, últimamente, merecer la estimación del público, que necesita que le guíen y que le señalen dónde debe colocar sus admiraciones.

Y aquí surge otra de las cuestiones que siempre se suscitan y nunca se solucionan, porque se repiten hasta la saciedad los mismos argumentos, en contra y en pro, y todos tienen su fuerza y parte de razón, y no cabe resolverlas definitivamente, acaso jamás. Los pintores, invariable y tenazmente, recusan a los críticos de arte. Niegan que se pueda juzgar de arte, sobre todo de arte plástica, sin saber pintar o esculpir, sin ser del oficio. Y en este caso, al recusar a la crítica, recusan a la humanidad entera. Porque el que en una exposición se prenda de un cuadro y lo adquiere, y se lo lleva a su casa, emite un juicio categórico acerca del valer de ese cuadro; y el que ante él se detiene y lo alaba, o lo contempla mudo de recogimiento, emite otro juicio; y el que pasa y lo mira y se aparta frunciendo el ceño o encogiéndose de hombros, lo juzga también; y los siglos que transcurren declarando que tal estatua es una obra maestra (por ejemplo, la Venus de Milo), cifran el resultado de una serie de juicios, que no emitieron seguramente pintores ni escultores ni profesionales, sino otra capa de gente, que escribe, o no, pero que, unánime, ha proclamado que allí existía hermosura.

Así, pues, la crítica escrita no es sino el corolario de la hablada, aunque a veces la preceda; y no hay manera de evitarlo; los artistas tienen que resignarse.

Y la crítica escrita tampoco puede ser de un carácter excesivamente técnico. No la entenderían ese muchedumbre de semiprofanos que busca, en lo escrito, la sanción o la explicación de sus impresiones, sus preferencias y sus repulsiones. De poco o nada serviría un estudio concienzudo acerca de valores, lacas, empastes, colorido y otras circunstancias que se aprecian debidamente en los talleres. Sería como si para estimar la hermosura de un monumento artístico hablásemos de resistencias y estereotomía. La obra de arte, quién lo duda, tiene un fondo de principios, de leyes severas, pero tiene algo que importa más, y es lo que dice a nuestra alma, con la misteriosa sugestión de lo hermoso, de lo ardiente y fuerte, o de lo morboso y lánguido. Todo es humano en el arte cuando el arte posee un valor estético, un ideal. No quiero hacer profesiones de fe idealistas. Nadie menos idealista, en cierto respecto, que yo. Pero también tiene su ideal el naturalismo; ¡vaya si lo tiene!

Y he ahí cómo, al lado de los críticos puramente eruditos, que se limitan a dar noticias de las vicisitudes de la obra de arte, es preciso que existan y que pasan los críticos que, o en nombre de una teoría que consideran firme, o en el de su propia impresión, o desentrañando las relaciones de la obra con el momento y el ambiente de la raza, la analicen y comenten, y ayuden a comprenderla, y a crear «intelecto de hermosura» como diría Dante. Podrán equivocarse estos críticos; no por eso dejará de tener valor lo que digan, especialmente al expresar con eficacia su propia emoción, su sentimiento. Y la crítica profesional, en el fondo, ¿no será también discutible? ¿Habrá que sancionar cuanto se afirma en los talleres? El guiño de ojos, distanciándose para desde lejos mirar el lienzo o el barro, el movimiento del pulgar que expresa la valentía de la ejecución ¿tendrán autoridad absoluta? ¿No hay nada más allá?

Lo innegable es que existen infinitas obras de arte admiradas por las generaciones, que no resistirían la crítica de taller. Hasta entre la falange, serenamente bella y luminosa al través de los siglos, de las helénicas estatuas, algunas pudieran no ajustarse tanto como otras a la verdad anatómica y a la ley de proporciones.

Ahí tenéis, por ejemplo, el famoso *Toro* de Pablo Potter. Hay quien dice que está hasta mal pintado. Hay quien lo tiene por el más soberbio trozo de pintura del mundo. Es difícil concertar estas medidas. A mí me gusta el toro de Pablo Potter y me gustan los toros de bronce de Benlliure, y me gustan hasta los toros mal diseñados, semejantes a carneros, de Goya. Para decirlo de una vez, todo me gusta, si le ha insuflado su aliento vital el Arte. Lo cual no quita para que tenga mis predilecciones, como cada hijo de vecino...

Para concluir, séame permitido transcribir aquí la leyenda que al reverso ostenta la medalla, gran premio de Literatura y Arte, que acaba de enviarme la *Hispanic Society*, de Nueva York... La del anverso es tan halagüeña, que no me atrevería a reproducirla; la otra, brillando sobre un grupo de musas, dice, aludiendo al Arte:

«Esta luz que sonríe ilumina al Universo...»

La Condesa de Pardo Bazán.

"Londres– Manifestación de las sufragistas en honor de su compañera miss Philipps, al salir esta de la cárcel donde ha permanecido algunas semanas á consecuencia del tumulto producido hace tres meses delante de la Cámara de los Comunes. (De fotografía de 'World's Graphic Press'.)" 1908, n.º 1.396, p.647.

"Londres– La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, en el momento de arengar á las sufragistas reunidas en Trafalgar Square el día 13 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)" 1908, n.º 1.382, p.414.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vuelve a ser el África nuestra preocupación... Digo mal. ¡Ojalá lo fuese! Sería una señal de las mejores, estar pendientes de lo que sucede allí, con el interés de lo que tanto importa. Por desgracia, aquí sólo importa la política, ¡y qué política, santos cielos!

La política es alta ciencia. Por ella se rigen los pueblos, y quien a fondo la conoce y la practica – un Maquiavelo, un Fernando el Católico, un Bismarck – tiene igual derecho a la inmortalidad que los héroes y los artistas inspirados. Pero en nada se parece la política sería a lo actual, mezquina cuchipanda de egoísmos, codicias y ambiciones, y no vemos por ningún lado al que se eleve por encima de cabalas y conjuras de pasillos del Congreso. La verdad es que tampoco la opinión se preocupa de descubrir a la individualidad llena de prestigios, que pueda tomar en sus vigorosas manos la dirección de España. Si nos preocupásemos, en efecto, la individualidad surgiría; siempre ha surgido en casos análogos, y la historia está llena de tales ejemplos. Como no la invocamos por el magnetismo de nuestros anhelos, no surge.

Otra señal de esta detestable política presente es ver la campaña de África al través de ideologías. Dentro de algunos años cuando, como está sucediendo ahora en Francia, la idea de patria resucite, con todos sus caracteres de necesidad y de realidad concreta, ya sé que han de disiparse como el humo las sensiblerías con las cuales se estigmatiza, no sólo esta guerra, sino las guerras todas. Lo curioso es que, no he de incurrir en generalización diciendo «las mujeres», pero en fin, algunas mujeres españolas (aquí donde la mujer en nada suele mezclarse), en vez de trabajar para obtener derechos, se han reunido para protestar de la guerra.

No voy a examinar la de África con los detalles de carácter histórico, político y técnico, que sin duda deben tenerse en cuenta para decir si hemos ido por caminos de desacierto o hemos logrado restaurar nuestro crédito como nación; y pueden andar juntas las dos apreciaciones, y puede «la aventura de África», como ahora se dice, ser una grave complicación para nuestra hacienda, sin dejar de reportarnos mucha honra, porque allí se han realizado proezas y se ha afirmado la raza generosa y reciamente. Todo esto corresponde dilucidarlo al historiador y al estadista, pero no es ciertamente lo que preocupa a los oradores y a las oradoras de los *meetings*.

⁂

Más en lo firme están, a decir verdad, las sufragistas. No discutamos sus medios de propaganda – en nada diferentes de los que emplean, sin suscitar acerbas censuras, antes encontrando siempre preparada la excusa y a veces hasta el panegírico, los anarquistas de acción –, pero, dejando a un lado este aspecto, las sufragistas son, infinitamente más lógicas, pues se mueven y agitan por algo que directamente afecta a la mujer, y se comprende que la saque de sus casillas. Aquí, donde está tan encasillada, sólo sale de quicio para actuar de comparsa de partidos y banderías.

Probablemente tal movimiento de parte de la masa popular, es una de las muchas maneras de hacer diariamente revolución. El proceso de desorganización de la sociedad se revela en el síntoma, y en mayor o menor grado, así sucede en todas las naciones, excepto en las que están todavía en período primitivo, como Albania y Montenegro. Las naciones más civilizadas son las más minadas, y han adoptado ya sus medidas para resistir, pues no les queda otro camino. Las sociedades tienen que defenderse con dientes y uñas, y es claro que cuando digo defenderse, no pienso en defensas violentas, sino en otras, más eficaces aún, que cada momento y circunstancia dictan. Las reacciones y acciones sociales son lentas, complejas, incesantes; por eso ningún acto es indiferente, todo reviste significación, en momentos como el que atravesamos. Más significativo que nada es lo que ocurre donde se bate el cobre.

Nuestro corazón debiera latir allí. Allí principalmente. Y las damas, que tanto se han interesado por el aspecto religioso de nuestros problemas, no debieran preocuparse punto menos de los que combaten y mueren en África. No interrumpe, sin embargo, ningún episodio de los que allí acontecen el trágago de la vida mundana; no hay una fiesta menos, una diversión menos por tal motivo. Y nadie lo extraña. Yo hasta escribo con miedo de desentonar. No sé qué decir: siento así: expreso sencillamente mi pensamiento. Se me figura que debemos un hondo respeto y una atención incesante, a esa parte de nosotros mismos, que cumple su deber allende el Estrecho.

⁂

Una manifestación de pueblo vigoroso la ha dado, a mi ver, Inglaterra, al crear los *boy-scouts*, institución que aquí parece aclimatarse. Los *boy-scouts*, en su vestir y en la idea que preside a su organización, proceden de aquellos boers de marras. El mérito del general inglés que los fundó consiste en haber tomado, del pueblo vencido, una lección de energía. De todo el mundo se debe aprender, pero aprender de la gente que hemos subyugado, es simpático, es caballeresco. Los *boy-scouts*, en las bases y artículos de su reglamento, descubren la impregnación del espíritu boer. Lo que, a mi ver, falta o se omite, entre las reglas morales y de conducta de los *boy-scouts*, es lo que también faltaba a ese pueblo fuerte, rudo y patriarcal: el sentido de la belleza, el gusto del arte. Por eso, las prácticas de los *boy-scouts*, aquí llamados «exploradores de España», tienen una dirección positiva, que les será útil mañana, para una profesión, para ejercitar sus brazos; se les aconsejan actos de altruísmo, que auxilien a todo el mundo, que aprendan nociones concretas, que se empapen de la naturaleza y del paisaje; pero no se les enseña a disfrutar, amar y venerar la hermosura de los monumentos antiguos o recientes, el encanto de la escultura, la talla y la pintura; no hay el propósito de darles por lo menos alguna tintura de tales objetos y aspectos de la vida humana. ¡Claro es! ¿Qué les habían de inculcar de eso los boers a sus mozos, si en todo el Transvaal no existe rastro de dirección artística?

Es un vacío que los exploradores de España deben llenar, porque las instituciones, aun las mejores y más sabias, deben adaptarse al medio en que alientan. Hay en el espíritu boer, serio, lleno de calor patriótico y de instinto independiente, mucho que nos conviene injertar aquí, pero hecho a nuestra imagen y semejanza. A nuestra mejor imagen, entiéndase bien. Y si los extranjeros se empeñan en vernos representados de mil modos barrocos y coloristas, conviene rectificar. He ahí una guapa princesa heredera de Rumanía, que ha venido a vernos, y la visita nos honra mucho, pero que se ha llevado, como distintivo y cifra de la manera de ser española, creo que unas banderillas y un capote de paseo, y no sé si la coleta de algún diestro célebre, trenzada en forma de cadena para un relojillo. Ignoro lo que habrá pensado de estas reliquias la buena reina Carmen Silva, que toda su vida mostró otras inclinaciones, otros gustos. Acaso haya dicho para su coca: «Si la que pudo ser reina de Rumania después que yo; si mi favorita dama, Elena, hubiese ido a estudiar costumbres españolas, algo distinto me traería. Allí, al cabo, se publican libros». Pero es evidente que Carmen Silva, con su poesía y su literatura, se está quedando muy *demodeé*. Lo elegante, caramba, son los *sports*, desde el más popular y sangriento, el de la «caliente y luminosa fiesta» de la Plaza, hasta los muy aristocráticos y menos castizos del golf, tennis y polo.

Yo confieso que me ilusiona bastante esta organización de los *boy-scouts*, sintiendo solamente que los hayan llamado *exploradores* y no *activos*, y que se emplee la bárbara palabra *escutismo*, en vez de otras que, sin desmentir la índole de nuestra lengua, expresan la misma idea, poco más o menos. Es bueno ya de por sí, en España, todo lo que tienda a establecer línea divisoria entre el adolescente y el hombre hecho y derecho. Hay propensión a confundir estas edades de la vida, y a suprimir la primera, por la precocidad meridional. ¿No os ha sucedido a veces sentir asco al ver, entre los labios de un chicuelo de diez años (¡y cuántas veces de menor edad!) el cigarro, que los atrae justamente porque les parece signo de una virilidad que todavía no les ha concedido la naturaleza? ¿No habéis escuchado, en la conversación de los niños, por la calle, palabras y conceptos escandalosos en cualquier edad, insufribles y tremendos en una tan tierna? Esa distinción entre el muchacho y el hombre, clara y marcada en los pueblos fuertes, aquí se desconoce, y por eso no tenemos literatura infantil ni juvenil, pues los mismos libros se leen a los quince que a los treinta. Los que se dedican a esta clase de investigaciones han comprobado que la criminalidad de los jóvenes es un fenómeno mucho más patente en la raza latina que en la sajona, y mal pudiera explicarse sino relacionándolo con lo temprano de la iniciación de estos muchachos que se precian de hombres, que desconocen la modestia y sencillez de la pubertad, esa especie de flor de candor que aquí sólo se exige a la mujer...

⁂

Es uno de tantos casos en que la irracional diferencia establecida entre los sexos daña hondamente a las costumbres. Lo que se presupone y se reclama de la virgen, hay que reclamarlo en el adolescente. Los dos sexos tienen que atravesar una edad en que, a causa de la propia efervescencia de la sangre nueva que por sus venas corre, importa que la actividad sirva de derivativo a esa inquietud fisiológica, y que se ocupen los muchachos de cosas sanas, castas, que entretengan su imaginación sin mancharla ni ensombrecerla. He solido contestar, cuando me preguntaban si un libro era propio para que lo leyesen señoritas: «Ni señoritos». ¿Voy a negar que el arte tiene fueros sagrados? Es intangible la libertad del artista; pero no todas las edades son iguales, y cada año que pasa tiene que introducir diferencias en el cuadro de lecturas, hasta que, en la plenitud de la vida, todo se pueda leer, porque está formado el juicio.

Y, en consecuencia, para mí los *boy-scouts* presentan un defecto: ser institución unisexual. Estoy por decir que les convendría aún más a las hembras que a los varones la vida de exploración. Por lo mismo que, según dicen, la mujer es más linfática, más nerviosa y más floja de músculos que el hombre, sería una labor utilísima para la raza que ha de formarse en esos vientres femeninos, que las futuras madres se fortificasen por todos los medios, y adquiriesen ese carácter activo, resuelto, determinado, que el *escutismo* (se me atraganta la palabreja) ayuda a formar. Si en la práctica del *escutismo* hay beneficios morales y físicos para quien lo ejerce, y lo creo a puño cerrado, es una de las muchas iniquidades que con la mujer se cometen el no organizar sus correspondientes secciones de niñas exploradoras.

⁂

Más importaría tal innovación, con la cual daríamos un recorte a los ingleses, que las intrigas de los partidos, de las cuales acaba de ser fruto la famosa y nunca bien ponderada disidencia liberal. Lo primero que ocurre, al enterarse de este episodio, es preguntar: ¿Pero estaban unidos antes los liberales? ¿No existían, en el seno del partido, varias y contrapuestas corrientes? ¿No tenía cada personalidad algo saliente de las que en él militaban, su gente, su matiz? ¿No ha podido decirse siempre del partido liberal (al menos desde que Sagasta pasó a una vida que difícilmente sería mejor) que tenía cuatro o cinco jefes, sin tener ninguno? No cabe pues que sorprenda el Manifiesto de los prietistas, y lo raro, al iniciarse el mando del Conde de Romanones, fué que gentilmente se conformasen con la flamante jefatura los que no se sentían soldados de fila, sino capitanes generales.

Dudo que en esta gresca le vaya mucho al país. No ha solido observarse gran diferencia entre el gobernar de los diversos caudillos. Otros nombres, y orientaciones o desorientaciones, las mismas.

Se oye decir que la cuestión más grave es hoy la de Hacienda. Veremos si salen del trillado camino de apretar y apretar y apretar al contribuyente. Por todos lados estrujan; desde luego, la guerra impone grandes sacrificios, pero la detestable manera de administrar es más cara que diez guerras. Sobre esto cualquiera puede recoger observaciones personales.

Y si alguien me acusa de propagandista de la guerra..., habré de sonreír, porque a pocas personas les acarreará mayores alarmas y quebrantos que a mí... Y, aparte de esto, que es personalísimo y de familia, nadie que esté cuerdo desea guerras. Son necesidades de aquellas que remacha, con su clavo de bronce, la Diosa Fatalidad.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con ocasión de dedicar un homenaje documentado, en tres volúmenes, a la memoria del famoso filólogo colombiano Rufino José Cuervo, el Agustino Recoleto Fray Pedro Fabo entona un himno a la lengua castellana; y no seré yo quien recorte sus elogios a ese idioma, campo donde he arado toda mi vida. Sólo lo haría por dar muestras de imparcialidad, alarde que nos agrada a todos, pues nos realza ante nosotros mismos, como amadores de la justicia.

La lengua castellana, que alcanzó la hegemonía de la Península, y fué, con la portuguesa, una de nuestras dos nacionales, es sin duda magnífica, o por mejor decir, vino a serlo, después de realizada su evolución del latín al romance. A pesar del elemento de acarreo que en ella suponen las voces fenicias, hebreas, góticas, árabes, italianas y tudescas que en su composición entraron, y las que conservó del celta y del vascuence, su vigor ha sido tal, que marcó estos elementos extraños con sello propio. Con razón dice el Padre Agustino antes nombrado, que el habla «fué adquiriendo esa fisonomía peculiar que la distingue de las otras, por su riqueza y complejidad sintáctica, por su modo racional de organizar la construcción ficticia de sus modos y tiempos de conjugación, y la donosura y embeleso de sus modismos, en que el tropo y el lenguaje figurado funcionan a qué quieres lengua». Y si reflexionamos en cómo sucedió que el idioma castellano adquiriese esa fisonomía peculiar, que en todo se revela, comprenderemos que la debe a dos o tres factores principalísimos: en primer término, al pueblo; en segundo, a la clerecía y a los hidalgos.

Por eso cualquiera notará en la lengua castellana el contraste entre las crudas y verdes formas populares y las elegancias ampulosas; y, como en la Edad Media, cuando el idioma emerge, saliendo de su gangabajo-latina, el pueblo y los señores están estrechamente unidos, no sólo en la aspiración común de la Reconquista, sino por otros mil lazos, del orden social y económico, vemos predominar desde el comienzo las formas castizamente populares, en Berceo y en el Arcipreste de Hita, y reaccionar contra estos juglares los poetas del mester de clerecía, y luego los trovadores, formándose así esas dos lenguas castellanas, que aun hoy, bastardeada la primera, conservan su respectiva situación: fecunda en modismos y gracejos el pueblo, y pegándose los a las altas clases, que en ningún país como en España se expresan tan llana, confianzuda y familiarmente, y hasta desde la Restauración acá, están contaminadas e infiltradas de flamenquismo y chulapismo.

El habla más viviente, menos académica, más generadora, sigue siendo todavía la popular. Podrán mancharla barbarismos e idiotismos; pero tiene lo insubstituible: la energía gráfica, la espontaneidad, el frescor de manantial que surte de peña viva, amargo unas veces, otras perfumado con olores bravíos de montaña y costa, y hasta con tufos callejeros.

Una de las cualidades del idioma, suele afirmarse que es la abundancia de aquellos refranes que constituían la sabiduría de Sancho Panza; y D. Adolfo de Castro, cuya *Historia de los protestantes españoles* dió origen a la *Historia de los heterodoxos*, de Menéndez y Pelayo, encarece el caso de que infinitos de estos evangelios chicos» estén construídos sin verbo.

Al pueblo se debe que no hayamos perdido, entre las cualidades y excelencias del idioma, una tan latina como la concisión. El pueblo habla poco, pero substancioso, y deja la amplificación y el verbalismo para los escritores.

En la constante y repetidísima afirmación de la superioridad de la lengua española no hemos de ver solamente un prurito de amor propio nacional, sino algo de realidad, fundada en testimonios y monumentos que son nuestra gloria. Así pudo decir Garcés, en su libro *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, que las lenguas de los diversos pueblos y naciones se diferencian mucho entre sí debido (y en esto se adelanta a Taine y sigue las huellas de Montesquieu) al clima, al genio del país, a su legislación, ciencias, trato y comercio, «de donde, como suelen en cada país trasluc irse en la estatura, color, ceremoniales y vestidos ciertos toques de propia y natural genialidad, del mismo modo déjanse ver peculiares e individuos modos de hablar, que más dicen con su particular constitución, y punto natural de sus pasiones». Y de aquí deduce este erudito que han formado nuestra lengua los insignes escritores, pero yo creo que ninguno, ni aun Cervantes, es tan poderoso que forme una lengua: lo que hace es dejar de ella testimonios y documentos, más útiles cuanto más sinceros y ricos de contenido.

Siendo la nuestra una lengua cuyo mejor sabor reside en lo popular, todos los clásicos han necesitado sumergirse en ese océano, para salvarse y embalsamarse. Lo culto, en España, vale mucho menos que lo espontáneo: este fenómeno, lo mismo se observa en el idioma que en el arte. La nación se compone de agricultores, de marineros, de soldados, de pastores trashumantes, de artesanos y obreros; ése es el fondo y trasfondo de la raza, en la cual existe, quién lo duda, una mezcla, rastro indeleble de las invasiones y las emigraciones de pueblos distintos, que, como salta impensadamente en el tipo humano, salta en el idioma. Es un hecho singular el de la romanización; pero esta romanización, que excepto en el territorio vasco, hizo desaparecer las lenguas que pudiesen hablarse en la Península, como si las hubiese cancelado con una esponja, hasta el extremo de que se ignore cuáles pudieron ser y no pase de hipótesis cuanto se especule, no logró, como es natural, expulsar un residuo de palabras, que quedaron incrustadas en la lengua nueva, para testimonio de grandes vicisitudes, de luchas y sucesos que la memoria ha olvidado ya. Posteriormente a la romanización, aun recibimos otro contingente importantísimo: el arábigo.

Sorprende el caso, lo repito, aun cuando no sea el único, pues lo propio sucedió en Francia; y no digo en Italia, porque Italia pasó sin esfuerzo del latín al romance, y desde el siglo XIII, desde los poetas franciscanos y Dante, tiene su idioma hecho. Parece extraño el que un pueblo entierre su idioma propio, y adopte el de los conquistadores. Sería cosa de creer que las secretas raíces que el habla tiene en el alma, las afinidades de las lenguas con el genio de las naciones, no son tan hondas ni tan indestructibles como se asegura. Por mi parte siempre he creído advertir esas afinidades, adivinar esas raíces, esa identificación del idioma con el espíritu. Es en la literatura donde más la observo, y ya que la literatura no haga el idioma, no puede negarse que lo consolida, y lo embalsama para la inmortalidad. Si la lengua de los primitivos iberos tuviese monumentos literarios, no hubiese sido cuenta de ella tan fácilmente el latín, que le llevaba esta ventaja: poseer excelsos escritores y sublimes poetas. Nadie ignora qué rica contribución aportaron los españoles a las letras latinas. También ayudaron a su decadencia y corrupción como en venganza.

Del hecho de que cada pueblo haya tenido su lengua primitiva, se ha sacado en consecuencia, cuando estaba menos adelantada la filología, que, en tiempos primitivos también, existiese una sola lengua universal. La ciencia demuestra, al contrario, que las lenguas se multiplican, donde apenas existe civilización: y no ha contribuído poco a asentar este convencimiento el estudio de los idiomas de los indios del Nuevo Continente, que son innúmeros, a veces hablados por una sola tribu, y a veces por una o dos personas, generalmente mujeres, las más conservadoras de este elemento. Por lo cual, las pretensiones de los vascófilos, a principios del siglo pasado, de haber sido el vascuence el habla del Paraíso, vehículo de comunicación de pensamientos entre el padre Adán y la madre Eva, parecieron excesivas, aun cuando se le concediese a Astarloa lo que asegura de la admirable perfección y composición sapientísima de tal lengua, que, pese a todos sus méritos y antigüedad, parece sentenciada a desaparecer. Yo no tengo el caudal de conocimientos filológicos que se requeriría para apreciar los argumentos con que Astarloa apoya su entusiasta tesis, llegando a decir que el vascuence es más filosófico y rico que el griego, el latín, el hebreo y el castellano, y por supuesto el chino, que el buen presbítero amigo de Humboldt tuvo la paciencia de aprenderse, para comparar. Sólo encontró que se aproximasen en perfección al euskaro cuatro lenguas americanas: la aimará, quichda, guaraní y lule. No obstante, les pone defectos que el vascuence no presenta.

Tampoco cabe discutir la antigüedad formidable de esta lengua. Mi amigo Arturo Campión, que escribió la *Gramática de los cuatro dialectos*, y es un vascófilo tan ilustre como sabio, cree que fué la primitiva española, y lo deduce de los nombres geográficos arcaicos, procedentes del vascuence, a su entender.

Hay que conceder que esa lengua no fué traída aquí por conquistadores ni invasores, sino por los primeros pueblos emigrantes, en remotísimos tiempos; pero falta saber cómo y cuándo esas tribus nómadas entraron en nuestro suelo. De la diferencia entre los vascos y otros elementos étnicos de España, podemos inferir, aun prescindiendo de la autoridad de Estrabón, que no en toda ella se hablaría el vascuence, y que pudo haber otros idiomas, extinguidos por la romanización. Hasta del hecho de que dure y dure el vasco, mientras las demás lenguas, si las hubo, se extinguieron, puede sacarse la misma consecuencia.

No en balde dijo Huxley que la lengua vasca era desesperación de los filólogos. Siempre tendrá mucho de enigma un idioma semejante en sus raíces a los del Ural, en su sistema de numeración (del cual tanto partido saca Astarloa) a los americanos, y al sanscrito, en analogías de vocalización. Misterio, la afinidad del euskaro con ciertos dialectos mexicanos.

Sea lo que quiera de cuestiones tan debatidas y que aun no se han esclarecido suficientemente, pues se enlazan al obscurísimo problema de los orígenes de la humanidad, de esa serie de siglos en que, errante, se esparció el hombre por la superficie del planeta, en busca de cielos clementes y tierras que le diesen sustento – el homenaje a Cuervo, obra del Padre Agustino, que por incidencia me ha sugerido las anteriores digresiones, contiene noticias del mayor interés, para los que, sin fanáticas hipérboles, ensalzamos y amamos la lengua castellana. Dícenos el docto Agustino que el Estado de Colombia proyecta ir publicando íntegros los manuscritos de Cuervo, y que éstos constituyen el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido en honor del habla de Castilla. Parece que sólo el *Diccionario de regímenes, filológico y etimológico*, es una inmensa labor, que forma enormes pilas de paquetes de cuartillas, y sólo Dios sabe a cuántos volúmenes alcanzará; seguramente muchos más que el famoso de Littré. Dos tomos de este trabajo titánico han visto la luz, el uno, siete años después que el otro. Para que se terminase la publicación, en suspenso desde este segundo tomo, subscribieron varias naciones americanas la suma de 110.000 francos. Pero Cuervo, como dije ya, y el Agustino recoge mis palabras, estaba acometido de desaliento, que él llamaba «escrúpulos de vieja». Temía equivocarse; temía no apoyarse en datos lo bastante sólidos. «He confiado como todos en la Biblioteca de Autores Españoles, en la erudición de hombres como Durán, como Hartzenbusch. Cuando he conseguido textos originales, he podido ver que esa erudición no es siempre auténtica; que ha habido descuidos de composición, erratas, etc. Sería preciso estudiar directamente los textos primitivos...»

Lo mejor es enemigo de lo bueno. Demasiada conciencia, acaso perjudica. Y por eso, hoy que muerto el sabio se han recogido los materiales de su obra, se aspira a ver continuada la publicación... ¡que buena falta hace!

El Diccionario de Cuervo es, bien lo sé, de distinta índole que el de la Academia Española. Pero las deficiencias de éste, en su género, rayan en lo fantástico. Después de todos los reparos que le puso Valbuena, y que, expresados sin cortesía, tenían fundamento, aun se puede escribir doble, y algo se ha escrito en América misma, y siempre en son de censura, de un *Tesauro* tan pobre donde faltan las cinco sextas partes de las voces castellanas, entre ellas muchas usuales y corrientes. Con decir que cualquier otro Diccionario de los recientemente publicados y que son obra de un solo autor le supera está todo dicho.

Ahora parece que la Academia prepara otro Diccionario, es decir, una nueva edición, corregida, aumentada, perfeccionada, etc., ojalá que orégano sea. Por lo que pueda suceder, no desmayen, los que tienen este encargo, en activar la continuación del de Cuervo, que remediará en gran parte la necesidad presente. Me temo que el de la Academia tendrá vicio de origen: hay criterios dominantes, modos de ser, órdenes de ideas, resabios y estilos que, en esa Corporación, y a despecho de la presencia en ella de muy doctos varones, hacen que todo salga de cierto modo... Por ahora no digo más. Un académico, el P. Mir (de quien hablaremos otro día, y de su obra póstuma), llegó a escribir que los *Salmos penitenciales*, del P. Pedro de la Vega, valen más que cuanto Cervantes produjo. ¡Más que el *Quijote*! Con esto, y con el famoso retrato ¡mal Centenario le preparan al regocijo de las Musas!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Voy a hablar de mi misma, cosa bien lícita cuando se pasa uno la existencia hablando de los demás. He tenido estos días tres ocasiones personales de comprobar lo arduo que es saber la verdad mediante la lectura de periódicos. No supongo mala intención en los errores que se cometen al informar aceleradamente sobre todo lo divino y lo humano; pero sin prejuzgar intenciones, me pregunto qué van a saber de nosotros nuestros nietos, si nos estudian en la prensa.

Un diario de Granada, que viene a mis manos, me entera de que falta en los archivos de Loja cierto documento importantísimo, nada menos que el acta de rendición de la Villa a la Reina Católica; que se habla mucho de esta desaparición, y es la versión corriente haberme regalado ese precioso pergamino una autoridad de Loja, cuando visité aquel pueblo moruno, hace unos cuatro o cinco años. Y en Dios y en mi ánima (digo como Sancho el escudero) que me maten si he llegado, no a poseer, pero ni a echar la vista encima al documento en cuestión. Lo único que me traje de Loja fué, además de impresiones muy gratas, muy pintorescas, la receta del cochifrito y del ajo blanco, y un tablero de mármol de la Sierra, que hoy hace aquí una mesa de tocador. Y claro: por tranquila que se tenga la conciencia, a veces no hay más remedio que sincerarse. Me he resuelto a escribir una carta al *Defensor de Granada*, encargando mucho que averigüen quién ha sido el verdadero bibliopirata, puesto que no fuí yo, ni por semejas. Debo añadir que nunca me ha arrastrado tanto la afición a papeles ni a libros. No soy lo que se dice bibliófila. Me gusta el libro que me sirve para aprender e ilustrarme, el libro que conviene a mi trabajo; pero no me preocupan ni códices ni incunables. Si alguno conservo con cariño, no lo adquiriría por medios reprobados, aun cuando sé que hasta tal extremo llegaron muy ilustres personajes. Algún gato encerrado habrá en toda esta historia, en que me ponen de mampara a mí, inocente.

El segundo motivo de asombro me lo ha dado un periódico catalán, donde leo cómo Maura no puede subir al poder, porque nos oponemos unos cuantos elementos intelectuales, cinco escritores, entre los cuales me incluyo... Es decir, rectifica: no es el periódico catalán quien ha emitido esta opinión: seamos justos, el periódico, que se llama *La Aurora de Manacor*, opina todo lo contrario. Fué el noticiero el secretario de la *Action Française*, de Montpellier, y los jóvenes *camelots du Roy*, que le acompañaban. El corresponsal de *La Aurora*, con suma cordura, les explicó que, de esos cinco elementos intelectuales, sólo Galdós continúa interviniendo en la política y que yo no me dedico a ese *sport*... No fuera poco, si pudiésemos cinco novelistas y autores dramáticos, sólo con el esfuerzo de nuestra invencible pluma, impedir el acceso al poder de un hombre como Maura y de un partido, como el conservador, que es numeroso, aunque no sea bien avenido. ¿Y por qué había yo de oponerme a Don Antonio Maura, persona de cuyo valer tengo tan alta como justa idea? No estoy afiliada a partido alguno; no soy sino una española, que se interesa, más que por el juego de banderitas, por el bien de su patria; este sentimiento ha guiado siempre mis acciones, ya que no políticas, sociales. Creo muy necesarios los elementos conservadores, y también los liberales, si no se dejan arrollar por los revolucionarios; en realidad, me falta programa definido..., en lo cual, ¡bien pudiera asemejarme a los que nos vienen gobernando!...

Y paso a la tercera ocasión, algo que dijo un diario importante (no he conservado el número, por lo cual no puedo recordar las palabras exactamente y sólo el concepto) acerca de un libro de Cocina que acabo de publicar en la *Biblioteca de la Mujer*. Sobre poco más o menos, tratábase de que mi libro se había publicado en el mayor misterio, y que mis allegados espesaban este misterio más todavía. No entiendo cómo se puede dar a luz un libro misteriosamente, es decir, sí: veo bastantes libros que tal suerte corren, no llegando el público a conocerlos ni por el forro; pero esto siempre sucede muy contra la voluntad de los autores y de sus allegados. Mi libro *La Cocina Antigua* marchó a América antes de ponerse a la venta en España, y quizás por eso se susurró lo del misterio, y causó extrañeza no encontrarlo a mano, sabiéndose que existía. Supongo, al menos, que fuese ésta la clave del supuesto secreto inquisitorial, etcétera. Lo que no faltó fué sorpresa en mucha gente, al enterarse de que yo hacía gemir las prensas con recetas culinarias. ¿En qué quedábamos? ¿Pues no era yo una especie de ser andrógino, con más de *andro* que de *ginol* ¿Acaso sabía yo que los huevos se cascan antes de freírlos? ¡Cosa más rara! Una de las muchas particularidades que siempre me han hecho reír ha sido la idea que se tiene de las aptitudes respectivas de la mujer y del hombre. Es la más opuesta a la realidad. La cocina, la modistería, la peluquería artística, los bordados más finos, son cosa de hombres más bien que de mujeres. En Madrid hay calle de *Bordadores*, y no de *Bordadoras*. Las hembras, en cambio, llevan perfectamente la contabilidad, y administran mucho mejor que el varón, en general.

Suponiendo, sin embargo, que lo del fogón sea cosa propia de «mujeres femeninas», como dice el Romancero, el caso es que a mí me gustó siempre, y nací con disposiciones caseras, de orden, economía y preocupación minuciosa de lo doméstico. No necesité ejercitarlas mucho, por razones que atañen a mi vida íntima y de familia; pero mi inclinación a este género de ejercicio creció con mis viajes al extranjero, donde las mujeres (dígase lo que se diga de Francia, calumniada en tal respecto) son hacendosas y amigas del interior. Y allá y acá, de muchos años a esta parte, recojo recetas de cocina, sin pensar al pronto en publicarlas, sino para mi uso.

Al fundar la *Biblioteca de la Mujer*, confieso que no me preocupó la sección de Economía doméstica. Mi deseo era familiarizar a las lectoras españolas con las cuestiones, para la mujer tan importantes, del alto feminismo, con los libros de Stuart Mill, Augusto Bebel y Noviccf. Y en efecto, di cabida a *La Esclavitud Femenina* y a *La Mujer ante el Socialismo*. No se si algún efecto producirían las traducciones españolas de estos libros, tan célebres en Europa; sé que aquí la cuestión feminista no ha empezado ni a delinearse. Aquí no hay una sufragista, no diré de acción, como las tremendas de Inglaterra, pero ni teórica ni platónica. La opinión, pues, hasta nueva orden, ha decidido que la mujer no salga de sus faenas caseras: *Kinder, Kuche, Kirche*... A mi ver, entre *esto* y *aquello* no hay oposición ninguna: es hasta curioso que en las mujeres intelectuales las facultades domésticas culminan. Jorge Sand empezó trajinando en su posesión de Nohant en conservas y confituras, y acabó lo mismo, entregada a los cuidados del hogar, no por necesidad, sino por gusto. La famosa escritora italiana Neera hizo lo mismo, y otro tanto, la célebre Arvède Barine, que decía de sí propia eso soy más que una *ménagère*»...

Lo cierto es que no se puede decir nada, de nadie, sin conocerle bien y juzgándole por apriorismos. Cada persona es un mundo, muy imprevisto a veces. Yo no digo que sea una cualidad extraordinaria la afición a la cocina. Es algo indiferente, sin gran significación, útil para la vida, y nada más. Como no estoy en edad de «merecer», tampoco tengo interés en echármela de hacendosa. Las niñas casaderas suelen representar, en este terreno, comedias muy divertidas. Supe yo de una que, en ocasión de estar convidado a almorzar en su casa un buen pretendiente a su blanca mano, presentó fritos delicadamente hechos, que, según dijo, acababa de confeccionar. Y el novio pensó ahogarse de risa. Los fritos procedían de la misma fonda donde se alojaba él, y, por casualidad, sabía que eran de encargo y los había visto. Si se me preguntase lo que más conviene que aprendan las mujeres, en este terreno práctico, diré que cocina y cuentas. Las labores serán muy bonitas, la aguja muy santa, pero anda muy barata hoy la ropa blanca y de color. En cambio, las subsistencias encarecen y los servicios también, y por eso, en Francia, hay escuelas públicas y oficiales de cocina, y no se cesa de inculcar a las señoritas *comment on forme une cuisinière*).

Eché pues mano a mis recetas encarpetadas cuidadosamente y clasificadas como Dios me había dado a entender, y reuní en un libro las más caracteristicas nacionales, bajo el título *La Cocina Antigua Española*. Yo, que he comido tan a gusto en Francia porque se guisa allí muy bien, detesto, por lo común, la comida a la extranjera que en España nos ofrecen. Son contadas las fondas y casas particulares donde los platos franceses salen como Dios manda. No digamos los ingleses. Siempre recuerdo la cómica sorpresa de aquel cónsul de S. M. Británica, que me decía: «Yo arrivo a Santiago, io demando un biste, e mi dan los suelos de los mios zapatos». Y bien empleado le estuvo. ¿Qué nos darían a nosotros, verbigracia, si en el condado de Kent pedimos rogo vieja o magras con tomate?

Todo esto viene a cuento de que, al admitir en la *Biblioteca de la Mujer* un libro de cocina, quise empezar por la clásica, típica y popular de España. Cada país debe conservar cuidadosamente sus tradiciones, y la de la cocina en primer término, porque no es cosa caprichosa sino estrechamente relacionada (tanto o más que la literatura según Taine) con el ambiente, el clima, la raza, la tierra, sus productos, etc. He protestado siempre no sólo contra el injusto desdén hacia los platos españoles, sino contra la manía de escribir en francés las minutas, y, cuando se escriben en algo que pretende ser castellano, contra la introducción de voces desfiguradas, y la merla bilingüe. La misma jerigonza he visto en libros y manuales de cocina. Leemos «napar, foncear, tombar a glasa», y otros barbarismos, y salta en una minuta la «*darna* de salmón salsa *ravigota*», las «dariolas de homar»... como si faltasen palabras en nuestra lengua; como si la *darna* no fuese una *rueda*, y el *homar*, nuestro lobogante o bogavante..... Y se dice corrientemente *souffle*, pudiendo decir *soplado* o *inflado*...

Es pues la cocina uno de los puntos flacos, por donde atacan a nuestro idioma. Y no tenemos defensa prevenida, puesto que el *Diccionario de la Academia*, en todo tan pobre, erróneo y deficiente, lo es más que en nada en materia de cocina. ¿Qué pensar de definiciones como: «*Sopa*: Pedazo de pan empapado en cualquier líquido. *Puré*: Especie de sopa. *Tortilla*: Fritada de huevos batidos, comúnmente hecha en figura redonda a modo de torta. *Asado*: Carne asada» (las aves no son asado, por lo visto). Y debe observarse que los nombres de los platos más usuales faltan en el *Diccionario*, y los términos más corrientes del vocabulario, lo mismo. En un rápido examen, no encuentro las acepciones culinarias de guarnición y guarnecer, barda o albarda, corona, ayunar, desbridar (de ésta también omite la quinrgica), dorar, hacer sudar, empapelar, panar, refrescar, mojar, alargar, tornear, esparrillar, mortificar, envasar (que se halla en muy viejos libros), entocinar, y cien más, sin hablar de las que da al revés, como la de rehogar. Y no hablemos de las singulares recetas que en el *Diccionario* figuran, y de las definiciones de peces, aves y hortalizas, pasmo de naturalistas, y de profanos también.

Por lo cual he creído que el libro de *La Cocina Antigua* no sobraba, y como en toda acción, por indiferente que sea, entra un poco de egoísmo, me agrada ha imprimir estas recetas para evitarme copiarlas muchas veces. No faltaba quien a menudo me las pidiese, en especial algunas que se hacían con más frecuencia en mi casa, y que caían en gracia. Y se revolvían las carpetas, y era preciso gastar tiempo en ordenarlas, y hasta se perdía el original. Yo misma, para encontrar la que me conviniese, tardaba, por ser extraordinario el número de los papelitos. Baste saber que sólo la confitería no cabrá en un volumen. En el que acabo de publicar, fué preciso reducir las fórmulas de postres, porque había ya sobre seiscientas de otros platos. ¿Creo yo que todas sean rigurosamente castizas, ni haber recogido la tercera parte de las que me agradaría recoger, por ahí, por España adelante? No ciertamente. En España hay mucho más que todo eso, de seguro. Cada provincia, cada ciudad, cada aldea, cada casa posee fórmulas especiales de cocina. No alcanzará la vida de una persona, muy diligente, para catalogarlas. Lo lamentable es que acaso se pierdan, por desuso, por olvido. Nos invade otro estilo de guisar. Cuando Valera, en su juventud, vió que en una venta de Despeñaperros le servían croquetas, anotó el hecho como digno de mención. Hoy las croquetas son el plato de lucimiento de las cocineras baratas. Hoy, cualquier fonda presenta en su lista platos a la francesa. No me quejaría de ello, si estuviesen bien confeccionados y se pareciesen a sus modelos de allende el Pirineo.

Sostengo que en nuestra cocina hay platos sabrosísimos, y he querido demostrarlo recogiendo los más que pude. Acaso, a falta de corazones agradecidos, me lo agradezca algún estómago. Del mal el menos. Afuera romanticismos: el estómago tiene importancia. ¡Demasiada quizás! en política, y en otros ramos.

La Condesa de Pardo Bazán.

La vida contemporánea

Conste que yo me alegro de que la guerra se acabe (si es que se acaba); pero no del modo, ni por los motivos que se alegrarán o dirán que se alegran muchas gentes, ni aun por otros de orden más íntimo y familiar, teniendo como tengo allí a mi hijo que segunda vez ha ido voluntario, y ha contribuído a defender la difícil posición avanzada de Lauzién, con la fe del que persigue un ideal. No; yo me alegro de que la guerra se acabe, o por lo menos se suspenda, puesto que sus resultados, tan brillantes para la gloria, no compensan, en el terreno práctico, los sacrificios y la carga que imponen a la nación. Pero me pregunto dos cosas: si puede acabarse, y si es bueno que se acabe así.

En resumen, estas campañas de África, nos van aproximando a ella, y, por decirlo así, la han reincorporado a nuestra vida. Desde que en 1860 regresaron nuestros soldados, con Prim y O'Donell, cubiertos de los más infructíferos laureles (si hay laureles infructíferos, que acaso no los haya), la pura verdad es que no volvimos a ocuparnos de que África existía en el mundo. Cuando oí a Costa, en el Ateneo, allá por los años de 1890, si no me es infiel la memoria, hablar del problema africano, me pareció que un mundo desconocido abría sus puertas; porque, mirando al África desde un punto de vista puramente histórico, no me acordaba de que hubiese un África actual, que nos interesaba también, como interesó a nuestros antepasados, desde tiempo inmemorial.

Hoy, de aquella indiferencia y de aquel olvido, hemos pasado a ver en los asuntos de África, y para hablar con mayor exactitud, de Marruecos, algo familiar, que van empezando a conocer de vista muchos españoles, todos de referencia, y algunos reflexivamente, tomando en cuenta lo que importa a nuestro porvenir, industrial, comercial, y de toda índole.

Si no estuviese nuestra población agrícola diezmada por la emigración; si, a pesar de la moralidad del hogar español (en este respecto de la natalidad) nuestra población no creciese mucho menos que la alemana, por ejemplo; si sobrasen aquí brazos para que la agricultura no estuviese como la Venus de Milo, ¿quién duda que el África sería colonizada, con más o menos intensidad, según los territorios, por españoles?

El argumento que a esto se opone, y no deja de hacer fuerza, es que España está llena de despoblados, y primero le convendría cultivar y remediar su propia aridez, que la de otros países, por próximos que se hallen y por afines que nos sean.

Este argumento, sin embargo, no ha llegado a persuadirme. Conviene siempre dejar algo a la espontaneidad, que es mucho más viviente que la lógica. Quizás la raza tiene el instinto de expandirse por tierras nuevas, en que no ha escaseado el riego de su sangre. Es fácil que, si pudiese organizarse la colonización, asegurásemos lo que a tanta costa se ha ocupado, y que tan arduo es conservar sólo con los recursos de la fuerza.

Francia, en sus posesiones de África, así ha procedido. Verdad que el territorio de que se hizo dueña Francia, es mucho más fértil y hermoso que el que a nosotros nos asignó el tratado de Algeciras. Y ese territorio ahora francés debió ser nuestro desde el siglo XVI, si Carlos V, uno de los hombres más aduladores por la historia, pero que cometió errores sin número, no amontona desacierto sobre desacierto en la campaña de Argel, donde tuvo que retirarse ante el pirata Barbarroja, a pesar de los prodigios de valor que realizaron sus lansquenetes, Fernando de Gonzaga, los caballeros de San Juan. Y es que Argel era formidable, o al menos, lo ha sido largos siglos, y lo fué doblemente cuando se vió que el César, se estrellaba al querer la dominar. El fracaso de aquella expedición realizada contra los consejos y advertencias de Andrea Doria, ¿quién será capaz de decir hasta qué punto influyó en nuestro destino venidero?

Los franceses consiguieron más tarde lo que a nosotros nos negó la fortuna. El problema se les había planteado desde muy atrás: no era posible sufrir las depredaciones de los piratas argelinos. En efecto, lo que Europa tiene irremisiblemente, en una o en otra forma, por medio de una o de otra nación, que conseguir, es apoderarse de la costa de África; el interior, es distinto: será necesario: la costa, indispensable; esa costa lisa, como segada de un tajo. Luis XIV andaba ciertamente muy ocupado con los negocios de Europa, pero no era hombre de descuidar ninguno; y varias veces las flotas francesas castigaron y disminuyeron el poder marítimo de Trípoli y Argel. Llegó la atención de Luis XIV hasta fijarse en que su Consejo había desechado la idea del vasco Elizagaray, partidario de bombardear a Argel con los morteros de la escuadra francesa, cosa no intentada hasta entonces; el rey disintió de su Consejo, y dispuso que se realizase el proyecto de Elizagaray. Las bombas medio destruyeron a Argel, y acabaron de arrasarlo en nuevas acometidas. El que realizó estas fechorías, el gran marino Duquesne, era, por señas, jurado enemigo de los españoles, y nos hizo cuanto daño pudo, llevando a nuestras orillas el estrago y la desolación. Los españoles, es cierto, hablan matado al padre de Duquesne; pero fué en buena lid, y no parece suficiente razón de tal odio en hombre que no ignora las contingencias de las luchas con las armas. Ello es que aquel combatiente infatigable, que decía a Luis XIV «Si yo soy protestante, mis servicios son muy católicos» fué el primero que quebrantó de un modo definitivo a Argel, amenaza constante de cuantos cruzaban los mares, nido de piratería. No bastó, sin embargo, el bombardeo de Duquesne. Fué necesario que el mariscal de Estrées lanzase diez mil bombas más sobre la ciudad, subyugándola con el terror y la ruina. Argel había muerto como potencia importante. Quedaba, sin embargo, aunque sumisa a Francia, estremecida de cólera y deseosa de protesta.

Este espíritu se prolongó a través de dos siglos. Argel se quejaba de sus vencedores, que debían a un súbdito argelino siete millones, y no tenían trazas de pagarlos. Un día – en 1827, plena Restauración – el Bey de Argel pegó un abanicazo al cónsul de Francia. Poco después de la afrenta, Argel fué bloqueada por los franceses; en 1830, la expedición de desembarco dió el resultado más feliz y la bandera francesa ondeó en la ciudadela argelina. Desde entonces, Argel es Argelia, colonia francesa. En los tiempos antiguos, lo que hoy llamamos Argelia se llamó Numidia, Mauritania y Cartago. – Sus dueños la han dividido en tres grandes provincias, Argel, Orán y Constantina. – No pudieron los franceses comerse la tajada sin roer el hueso: la población nómada les dió mucho que hacer, aun cuando las ciudades estuviesen fácilmente sometidas a su yugo. Tropezáronse además con uno de esos hombres que cría la tierra africana, y que, aun cuando no tengan cultura, ni la historia les sirva de pedestal, ni conozcan los modernos sistemas de combatir, poseen sin género de duda condiciones superiores, y prestan, en determinadas circunstancias, cuerpo a las aspiraciones confusas de independencia, sostenidas por los instintos de religiosidad, de la raza. Este hombre fué Abd-el-Kader; y llegó a poner en grave aprieto a los franceses, y hasta los obligó a firmar un tratado no muy honroso, el de la Tafna. No es decible lo que aquel valiente y noble moro realizó, de proezas que parecen del Romancero, en cuatro o seis años de epopeya, durante los cuales no pudieron los franceses pacificar su conquista. Al cabo, lo consiguieron, porque, a la larga o a la corta, las naciones civilizadas deben acabar por triunfar en estos empeños. Abd-el-Kader se refugió en Marruecos, sin gente, sin medios de continuar su labor, y por último se rindió al general Lamoricière; Francia quedó señora de un fértil territorio, y después incorporó a su ejército unas tropas coloniales tan pintorescas y decorativas como los spahis, turcos y zuavos. Yo he visto en varias Exposiciones los productos de Argelia, y no cabe duda que la Restauración ha legado a Francia una adquisición mejor que cuantas soñó, en Anam y Siam, la República.

Estoy evocando estos recuerdos, con pena, ante el contraste que forman con nuestra gestión en otra parte de África. Nuestros esfuerzos en poco han venido a parar; y colmando nuestra mala sombra, nos han motejado por el hecho de defender nuestras plazas y querer extender nuestra zona de influencia, previo acuerdo con otras naciones. Si hubiésemos abandonado lo que ya poseíamos, se nos calificaría duramente; porque no nos hemos resignado a abandonarlo, se nos ha movido alboroto, fuera y dentro. Y sin embargo, ese país no tiene más remedio que ser dominado por Europa, no sólo en el litoral, sino en el interior, porque bajo su suelo duermen riquezas enormes, que los naturales, pobres labriegos bellicosos, no son capaces de explotar. Encierra minas de oro, plata, estaño, cobre, antimonio, hierro, cinc y azufre; posee salinas; y lo que se dice de la aridez de su suelo no puede ser exacto, porque tiene con la condición de pastores y agricultores de los indígenas. Donde se coge trigo y se cría ganado, y a pesar del atraso de los métodos vive de la tierra una población numerosa y fuerte, el suelo tiene que ser productivo. Y nadie ignora que lo es, ni puede dar crédito a la consabida frase de los cuatro peñascos estériles por los cuales ha combatido España. Aquel suelo, cultivado por medios primitivos, con un arado igual al que se usaría en tiempo de los vándalos, produce, sin embargo, mucho más de lo que para el consumo han menester sus pobladores, y exporta trigo y centeno. De modo que, por su posición geográfica, sus riquezas y otras mil razones, Marruecos habrá de ser, antes o después, ocupado militarmente y colonizado luego por europeos. Leyes históricas parecían indicar que nos correspondiese este papel a nosotros. Acaso nuestros pecados lo impidan.

Y expreso este concepto pesimista, porque no me complace del todo el giro que toma la campaña. Siempre repetiré que mi única fuente de información es la prensa, pero la prensa, sabiendo leerla, informa con gran seguridad. La campaña, hablo de la última, desde el primer momento reveló marcha poco segura; unas veces mostró exceso de acometividad, otras falta de ímpetu para aprovechar las favorables circunstancias. El público creía que el Gobierno, ante todo, aspiraba a concluir, de cualquier manera que fuese. «Golletazo.» Yo no digo que esto sea verdad, sino que el público creyó adivinar esto, desde el primer episodio. Se achacaba tal deseo a causas políticas, a financieras, a causas de toda índole; y los sucesos parecen confirmar la suposición, o al menos, no la echan abajo.

Se cree que va a realizarse una reconcentración de fuerzas en las plazas; se desguarnecerán posiciones cuya conservación acaba de costar muchas vidas; y la paz asoma, no como fruto natural de la pelea y del triunfo, sino como arbitrio y recurso de cansancio y afán de «quitarse de encima» una complicación grave. Y claro es que este aspecto de la campaña no puede satisfacer a quien se interese por España. Tal desenlace, lánguido y sin relieve, más bien engendra pesimismos hondos. Las paces duraderas son únicamente aquellas en que se deja bien sentado el poderío. Y, por otra parte, yo no creo que quepa, en esta lucha, el concepto de paz tratada. ¿Con quién se trata? ¿Quién firma? Y, en caso de firmar, ¿quién garantiza el cumplimiento de lo pactado?

En Marruecos no hay un Abd-el-Kader. Aparecen a cada momento cabecillas, como el Mizián, el Raisuli, el Rogui, santones, iluminados, bandidos, profetas, hombres singulares y dotados de talento y de influjo poderoso, sobre ciertas tribus; pero ninguno de altura tal que asuma el poder y la jefatura de las cabilas, en conjunto, y siempre contra unos puede ejercerse el ascendiente de otros. No cabe, pues, trato duradero, pacificación sólida, seguridad futura.

Esta guerra es crónica, y cabe interrumpirla por algún tiempo; terminarla, es harina de otro costal.

No me atrevería, por lo tanto, a pronosticar nada bueno de lo que actualmente quizás parezca favorable solución. Aplazamientos, paños calientes, no resuelven nada.

Cuando el Presidente de la República francesa venga a Madrid, en fecha no distante, podremos decirle que no se dispara un tiro en Melilla, Ceuta ni Tetuán. Le presentaremos las apariencias de un estado de tranquilidad y concordia, pero sólo las apariencias, porque la cuestión seguirá en pie, y probablemente, empeorada por la manera de tratarla y por el efecto moral que esto produzca en el ánimo de los ladinos moros, que nos estudian y conocen mejor que nosotros a ellos...

Y ojalá que Casandra no acierte una vez más, en su amargo vaticinio. Yo no sé qué sucede aquí con todo, que no hay cosa que peleche. Cualquiera se desalienta, viendo despojarse de su frondosidad y pompa el árbol nacional, y recordando los versos del poeta:

Hojas del árbol caídas,
juguete del viento son...
Las ilusiones perdidas
son hojas, ¡ay!, desprendidas
del árbol del corazón...

¡Nuestros corazones habían latido con tan generoso arranque; hablamos vislumbrado tantas reparaciones, de las muchas que nos debe la historia! Y ahora, que se acerca el otoño, diríase que algo melancólico nos envuelve, nos aplana... ¿Habremos trabajado tan en balde; habremos empujado, con doloridos hombros, la roca de Sísifo?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Hace ya algún tiempo que el Sr. D. Telesforo de Aranzadi me ha preguntado mi opinión acerca de una noticia y sus comentarios, publicadas ambas cosas en el periódico alemán *Die Umschau*. Diversas urgentes ocupaciones me impidieron responder, hasta la fecha presente, a la cortés súplica de ese señor, y ahora voy a hacerlo desde La Ilustración Artística, puesto que se trata de un aspecto de la vida contemporánea española tan interesante como el que más.

Desde Santander, según parece, han escrito a *Die Umschau* lo que sigue: «En junio de este año, se darán aquí las más grandes corridas vistas hasta hoy. En vez de los usuales seis toros, se lidiarán dieciocho por los más afamados espadas. La lidia empezará a las nueve, y con un intervalo de dos horas al mediodía, durará hasta las siete u ocho.»

Véase el comentario de los alemanes: «Por término medio cada toro mata, durante la lidia, tres caballos, o les desgarra el vientre, de modo que cuelgan las visceras, por metros de longitud. Los habitantes de Santander tendrán, pues, el goce de ver ante sus ojos, y en un día, morir atormentados setenta y dos animales; es decir, se cometerán setenta y dos asesinatos. En particular, el sexo femenino cae en verdadero éxtasis en tales casos, y no se sacia de ver correr sangre. Sería tiempo de que las sociedades protectoras de animales, en todas las naciones verdaderamente civilizadas, hiciesen algo contra este horrible espectáculo popular. Harían con ello mayor servicio a la humanidad, que agitándose contra la vivisección.»

Es la observación referente a la mujer lo que más ha dolido al Sr. Aranzadi, y lo comprendo. La cosa no lleva malicia. Por eso me pregunta afanosamente qué pienso yo, que soy mujer, de tales afirmaciones, que el director de la revista sostiene, asegurando que el caso del éxtasis femenino ante la sangre y las entrañas rotas, lo ha observado directamente en Sevilla, y se lo han confirmado muchos «entendidos en la materia». Voy a explicarme, con toda seriedad e imparcialidad, porque este asunto sale a relucir frecuentemente en el extranjero, y doña Concepción Arenal ha escrito, en verso, y no sé si en prosa, una diatriba contra las mujeres que asisten a los toros, o mejor dicho, contra las damas, haciendo notar el contraste entre la sensibilidad que afectan a diario, y su insensibilidad ante el espectáculo cruel.

Tengo que empezar por el principio, afirmando que cuanto malo hagan las mujeres en este particular, no les es imputable, porque, dígase lo que se diga, las costumbres son obra del hombre. Si lo fuesen de la mujer, le serían más favorables, más cómodas. La esencial molestia y angostura de la vida femenina procede de que el hombre ha arreglado las cosas a su gusto, como el Carrizales de la novela de Cervantes, *El celoso extremeño*. Apenas comienza a alborear un poco de libertad para la mujer, en las costumbres. Digo una libertad honesta; que la otra, ya sabían tomársela en el siglo XVII, y si no léase la misma novelita encantadora del Manco, y *El prevenido engañado*, de doña María de Zayas.

Ahora bien; siendo los toros, y esto nadie me lo negará, costumbre establecida por los varones; habiendo llegado a convertirse en una especie de frenético delirio de los mismos, delirio que crece todos los días y se revela por fenómenos morbosos como el de esa corrida monstruo, no cabe dirigir cargos a la mujer porque asista a los toros, de los cuales oye hablar toda la semana, y por los cuales, el domingo, su hogar se vacía y su bolsillo se chupa. ¿No se presta a peores comentarios que los de *Die Umschau* el hecho de que, ahora mismo, un marido haya matado a su mujer, porque ésta, cansada de tan necio gasto, le rehusaba el dinero para el asiento en los toros?

Es preciso añadir que el comentario de *Die Umschau* es una de tantas muestras de esa idea fantástica que de la mujer española se ha formado, desde el Romanticismo acá, desde que existe un tipo de española de guardarropía en las letras; una española que lleva la navaja en la liga y la ferocidad en el alma. En este particular, los alemanes, que se la echan de documentados, están a la altura del inefable autor de *Sac au dos a travers l'Espagne*, libro que cuento entre los más regocijados de mi biblioteca.

En primer lugar, las generalizaciones son aventuradas. La mujer española, la mujer española... Las hay de todas clases, unas muy buenas, casi ángeles, otras no tan buenas, ni la mitad; y otras, bastante diabólicas. La inmensa mayoría, regulares con tendencia a lo bueno; y, en conjunto, excelentes madres, y personas de inteligencia despierta y viva y cuidadosas de administrar, ahorrar y sostener la casa.

Entre estas categorías de mujeres, que son poco más o menos las categorías universales, el género humano, mujeres como hombres, yo declaro, sin embargo, que no he conocido ni una sola que experimente lo que se llama placer al ver correr la sangre, ni en los toros, ni en parte alguna. Ahí es donde empieza la fantasía germánica.

He oído a todas, sin distinción, expresar repugnancia por la suerte de varas, que es sin duda la más innoble, y que, si no da lugar a *asesinatos* propiamente dichos – porque no es *asesinato* la muerte dada a un animal, como no son *cadáveres* (y este error lo cometen muchos, y lo cometió hasta la Academia) los despojos de un cabrito ni de un buey – , origina, al menos, escenas bárbaras. La prueba de esta repugnancia a la suerte de varas, es que, cuando empieza, vuelven la cara o se tapan con el abanico las señoras. En las cuales, al presente, ha decaído mucho el entusiasmo taurino. Otros *sports* y diversiones le disputan la moda. Son los hombres, y es en particular el pueblo, el que ha llegado a la apoteosis de la fiesta nacional. La burguesía, siempre gregaria, sigue el movimiento. Y esto es lo que debemos deplorar, porque constituye, en la forma en que se presenta, un mal gravísimo.

Mal, por dos conceptos: el primero, porque nos presta, ante el mundo, una actitud marroquí; el segundo, porque aquí dentro nos trastorna, embelesa y arrastra de modo tal, que ni hay dinero, ni atención, ni prensa para otra cosa, sino para los toros. Al decir «nos» me refiero, a España, en conjunto. Personalmente, diré que, en mi juventud, y sin que me haya hecho pizca de gracia nunca la suerte de varas, me gustó el buen toreo, entonces representado por Frascuelo y Lagartijo. Según he ido viendo la evolución de esta fiesta, que ha llegado a ser aquí lo que el Circo en la decadencia romana, confieso que la acabado por estomagarme. Considero una idea excelente el que las españolas se uniesen para protestar contra los toros, o al menos, contra el abuso que de ellos viene haciéndose. Porque si es difícil desarraigar de un tirón costumbres tan implantadas en los pueblos, pudiera reducirse y contrarrestarse la vergonzosa importancia que las corridas han llegado a adquirir aquí. Tengo entendido que los socialistas, con muy buen acuerdo, les hacen la guerra que pueden, y que el periódico, órgano en Madrid del partido, no da noticias de corridas, ni trae esas revistas kilométricas, en que se analiza el menor lance, con alardes de conocimiento y frases de inteligente. Y, al ver cómo, en vez de disminuir, crece la afición, deduzco que o los socialistas predican en desierto, o también van a los toros, como los demás mortales.

Aparte de lo cual, no se debe hacer caso a las publicaciones extranjeras, sobre todo cuando recogen paparruchas de ópera cómica. Formo mal concepto de la mentalidad de unos señores que afirman, muy serios, el sadismo de las espectadoras, recreadas en la sangre, deleitándose en ella. Lo extraño del caso, su inverosimilitud, debiera hacerles reflexionar. No es posible que, de repente, se conviertan en tigres tantas mujeres que, hace una hora, espumaban el puchero o se arreglaban al espejo, y que ni son bacantes, ni furias de la guillotina. Lo sanguinario de los toros, lejos de formar parte de su encanto especial, es la objeción que suelen ponerles, las mujeres, y esto está en la naturaleza; pero los hombres, entendidos, rectifican: «Sí no se pica, mujer, el toro no se quebranta; y si no se quebranta, no deja a vida un lidiador. *No entendlis de eso.*»

Es decir que la barbarie de la pica está en la misma esencia de la lucha, y que, si ha de haber toros, que ojalá no, picadores hacen falta, y matar caballos, con el género de muerte, bien espantoso, que allí sufren... Es decir que, una vez más, arrojar la cara importa... Y si aquí los varones no quieren arrojar la cara, la reprobación no ha de recaer sobre las hembras, que, realmente, en nada se han metido.

En otros países, no lo dudo, se formarían Ligas, Asociaciones y hasta *trusts* contra los toros. En Inglaterra, las señoras trabajan incesantemente para combatir la embriaguez y otros vicios, masculinos por lo general. Estaría perfectamente que las españolas diesen señales de reprobación ante las atrocidades de la fiesta, que ya, además de ser mortífera para los caballos, lo va siendo, en sumo grado, para el hombre, pues se pierde la cuenta de las cogidas que, relatadas al día siguiente con pormenores anatómicos y clínicos, ponen los pelos de punta y hacen competencia a los horribles detalles del asesinato (ése sí que lo es) de García Jalón. Estaría de perlas, lo repito, y hasta nos daría cierto postín ante Europa... Pero la mujer, en España, no ha empezado año sobre todo en lo sociológico, a soltar los andadores, y si los soltase, mucho tendría que considerar, mucho que emprender. Buena la pondrían, por otra parte, los periódicos satíricos si se metiese a redentora. Y esto poco importaría, siempre que la vapuleada tuviese consigo a una parte del público siquiera. Que no la tendría, ya me lo *sé* yo.

De suerte que conviene armarnos de paciencia y esperar mejores tiempos, si tal esperanza cabe donde la experiencia más triste enseñó tan poco, y donde todo resbala, como el agua sobre el acero bruñido. Digan los alemanes, los franceses y los portugueses (buenos andan también) lo que gusten de nuestras corridas magnas, y de nuestras mujeres vampiros, bebedoras de sangre humana, ecuestre y taurina. Cuanto más burdo es un disparate, más lo creen, en lo que a España respecta, allende el Pirineo, sin pensar en las consabidas nabas, que se cuecen en todas partes... Efectismo español... ya se sabe: mujeres fatales, de una energía tremenda, que no comprenden ni el amor ni la vida, sino cuando la arena se empapa de rojo, y la agonía hace convulsionarse a un ser que suelta las entrañas y se las pisa...

Sería pedir gollerías que sólleras, para hablar de España, se tomasen el trabajo de venir aquí algún tiempo. Porque, cuando vienen por algunos días, mucho peor que si no viniesen.

El famoso escritor francés Juan Lorrain, a quien conocí en Toledo, me divirtió superlativamente, por la manía de ver a España a través de lo convencional, en vez de tomarse el fácil trabajo de mirarla, una vez que la tenía delante. No, ¡qué caramba!, o *¡supristi!*, diría él. Si resulta que la España verdadera no se presta ni a truculentas descripciones, ni a melodramáticas aventuras, ni a ninguna de esas fantasías que tanto gusto dieron y siguen dando en París, donde aun se representan con éxito las más estrafalarias *españoladas* ¿hay sino atenerse a lo de antes, y no a lo real, que tiene menos «fisonomía»?

No me dejaba Lorrain descansar, en Toledo, con la matraca de que le llevase a ver bailar un *fandango*. No valía protestar de que en mi vida había tenido la suerte de presenciar *fandango* de ninguna clase. Cuando, años después, en Loja, el Duque de Valencia, que me hospedaba, quiso que al cabo supiese lo que era un fandango andaluz, costóle trabajo encontrar las parejas, porque el fandango va perdiéndose de tal modo, que ya sólo unos viejos y viejas lo saben repicar. Lorrain creía que, por la noche, a la luz de la luna, no hay español ni española que no se arranque con su correspondiente fandanguillo.

Vino un momento en que mi hijo y yo deliberamos si pagar a cuatro galopines de ambos sexos para que simulasen una danza cualquiera, aunque fuese la del vientre, a fin de dar a Lorrain la impresión de una cosa archi-española, y leer después la descripción, frotándonos las manos. No lo hicimos, porque en Toledo es difícil tal *mise en scène*.

Todo eso significa que vale más tomar a risa los absurdos. Sin perjuicio de desmentirlos cuando y donde se pueda, ¡no faltaba más!, y de consolarnos de algunos males propios, con el espectáculo de la ignorancia ajena. Que ya sería hora de que se fuese disipando, porque, señores, los caminos españoles son bastante seguros, se puede venir aquí en ferrocarril, en automóvil, en aeroplano, amén de *sac au dos*, van apareciendo hoteles de primera, el Museo del Prado vale la pena, y a nadie se le pide el pasaporte... Esto no es Rusia; en la frontera, no colocan al viajero de pie, con una linterna delante, para registrarle los papeles... ¡A menos que también eso sea consejo! Porque no hay que fiarse de relatos pintorescos...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Navia, pueblo natal de D. Ramón de Campoamor, se ha inaugurado solemnemente el monumento consagrado a su memoria. Cuando digo *solemnemente*, es un modo de decir. No debieran haber faltado, en esa inauguración, representaciones de muchas cosas que me callo. Campoamor es una gloria refulgente, un nombre que no debiera olvidarse con la facilidad que aquí tenemos para olvidarlo todo. Una mañana nos despertaremos y saldremos por ahí preguntando nuestro propio nombre.

De los poetas del siglo XIX en España, es D. Ramón de Campoamor, para mí, el predilecto, exceptuando honrosamente algunas composiciones de Becquer y varias de Gabriel y Galán. En cuanto a Zorrilla y Espronceda, los considero de otra generación; pero la cronología me desmiente: las *Dolores* son contemporáneas del *Tenorio*.

Cuando conocí a Campoamor, no era él joven: pasaba ya de los sesenta. Mostraba una vitalidad asombrosa, un espíritu infantil. En la primer visita que me hizo, le llamó la atención un medallón que yo llevaba al cuello, y tuve que desabrochar la cadena y enseñárselo despacio. El medallón le inspiró multitud de madrigales graciosos. Más adelante, unos diez años antes de su muerte – falleció de ochenta y tres – empecé a visitarle, porque no podía salir sino a las horas de sol, en coche cerrado, abrigadísimo; no subía escaleras, y se había retirado completamente de la vida social. Pero continuaba joven o más bien niño, como antes, en su humor, y le divertía todo, la charla, una noticia que le llevasen, un artículo que le leyesen; y se regocijaba al enviarme cajas de bombones y menudencias gentiles, de las cuales conservo algunas. Era un carácter humano y comunicativo, y al mismo tiempo reservadísimo en lo que se refería a su vida íntima y del corazón, persistiendo en aquella actitud hermética que tomó cuando el Conde de Revillagigedo, abuelo del actual, se empeñó en averiguar a qué desencantos y desilusiones del poeta respondía el nombre de las *Doloras*. En aquel postrer período de su existencia, Campoamor, aunque siempre ameno de trato y aficionado al gracejo, sentía la obsesión escalofriante del próximo fin. Se cuidaba extraordinariamente, temiendo, sobre todo, al enfriamiento, a la emoción. Por eso rehusó lo que de acuerdo conmigo le proponía Romero Robledo: una coronación, público homenaje. «Sería muerte segura», declaró. Su espíritu vivaz, su naturaleza todavía fuerte, sentían el horror de la nada; y si pudiese aquel hombre tan desengañado y a la vez tan prendado de la vida formular un pacto con Mefistófeles, segura estoy de que le pediría lo que le pidió Fausto: el divino tesoro de la juventud.

Campoamor había nacido en 1817 – el mismo año que Zorrilla –, y entre ambos, parece que media un siglo: Zorrilla es un poeta épico, un eco de la tradición, y Campoamor es la musa moderna, con sus dudas, sus inquietudes, sus nostalgias de la fe que no posee, sus dividas y osadas investigaciones psicológicas, su triste amor del desengaño. Es además Campoamor lo que no ha sido, que yo sepa, ninguno de los poetas españoles del siglo XIX, lo que fué tan sólo Fray Luis, y algunos dramaturgos: un filósofo en verso. A pesar de lo cual, encantó a las mujeres, que no entienden de metafísica, pero que, según el Dante, tienen *intelletto d'amore*. Como Valera, Campoamor hizo recios estudios de Humanidades: y aun cuando no puede decirse que haya seguido los preceptos horacianos, mostró afinidades con el insigne epicúreo, que lloraba, con las suaves lágrimas del deleite, la brevedad de la vida. No hay nadie que menos se parezca a un clásico que el autor de las *Doloras*; pero tampoco hay quien menos afinidades tenga con un romántico. En eso estriba el toque de su originalidad, acaso menos apreciada, en vida y en muerte, de lo que debiera ser. Recuérdese que Alfredo de Musset afirmó que nadie procedía de sí mismo, diciendo:

«*C'est imiter quelqu'un que de planter des choux.*»

o sea que, en los actos más vulgares de la vida, seguimos siempre las huellas de alguien. Pero yo me represento, muchas veces, lo que escribiría un crítico extranjero, si en su país hubiese existido un poeta tan inclasificable. En la lírica francesa, por ejemplo, se ve muy clara la filiación de los escritores, y lo mismo sucede en la novela, y aun en géneros didácticos como la historia y la crítica. Cualquiera que sea la originalidad de un escritor, se le hallan precedentes, se habla de precursores. Ningún precursor veo a la lírica de D. Ramón, como no sea D. Ramón mismo.

Su estructura es también muy personal, al menos en España, donde han abundado más los estoicos y los libertinos, que los epicúreos (dando a esta palabra un sentido ni bajo ni material, sino intelectual y hasta sentimental, en cierto límite). Campoamor no conoce esa ascesis que tantas individualidades señaladísimas de España han practicado, alternando a veces con derroches de sensualismo: y baste citar, como ejemplo típico, a Quevedo, autor sucesivamente de la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y de las *Jácaras y Letrillas*. En España, lo picaresco y lo místico se dan la mano; lo que no abunda es algo entre estos dos extremos, el hombre que yo llamaría «un griego que ha leído el *Kempis*», y que tiene el dejo melancólico de las aspiraciones espirituales. Y, siempre, en la poesía de Campoamor se me va el pensamiento hacia Salomón, y hacia la filosofía del Eclesiastés. ¡Vanidad de vanidades!

La dualidad, tan moderna, de su condición, la reconocía Campoamor declarando que «su amor a la poesía latina y sus aficiones literarias han podido ser causa de que no gane nunca el cielo». Porque – en su primera juventud –, intentó ser jesuíta.

En todo es singular, hasta en la evolución de sus ideas políticas, Campoamor. Primero fué liberal, pero, cuando se hizo liberal todo el mundo, incluso la plebe, «por delicadeza de estómago», son sus palabras, ingresa en el partido moderado, al cual llama «oligarquía de la inteligencia», y en el cual figuraba también otro poeta, amigo suyo, Nicomedes Pastor Díaz. La repugnancia a seguir a la grey, es nota distintiva de un hombre que, si por un lado parece burgués, adentro es poeta, sólo poeta, aunque irreductible al molde común de los otros poetas de su tiempo. En la biografía de Campoamor, nada encontraremos que nos recuerde las desesperaciones, desquiciamientos, infelicidades y falta de adaptación a la realidad que se advierten en otras, en las de Espronceda, Zorrilla, Larra, figuras eminentes del ciclo romántico. Campoamor, lo sabemos, no era de ningún ciclo. Su poesía brotaba más bien de su mente que de su corazón: él lo confiesa, al defenderse de la acusación de plagio, explicando cómo entiende la originalidad, y reconociendo que sus versos son *ideas*, recogidas aquí y allí. Por cierto que la acusación de plagio, dirigida a Campoamor, prueba el estado de atraso de la crítica en España, en aquel tiempo y acaso en todos. Nadie se daba cuenta de este hecho, que es el hecho esencial en Campoamor: que no procede de nadie, y que nadie pudiera seguir sus huellas, aunque muchos con escaso éxito lo hayan intentado (por ejemplo, D. Manuel de la Revilla, al escribir *El tren eterno*). Siempre se pueden seguir las huellas de un autor, en cuanto a *imitarle*; pero los que verdaderamente hacen escuela, los que señalan derroteros, dejan un margen de independencia a quien les sigue. De Campoamor no se podía ser sino esclavo. Discípulo, nunca. Era una individualidad aparte, con un sello propio e inconfundible.

Humorista fino, Campoamor mostraba la mayor complacencia cuando un principiante cándido le leía en voz temblona alguna *Dolora* o algún *Pequeño poema*. Los elogios eran como los que en caso análogo solía gastar Víctor Hugo: un derroche, una copa de miel derramada con pródiga mano, en libación a las Musas. «Es mejor que cuanto hice yo en mi vida, se lo digo sin reparo. . Soy ya viejo, y es necesario que alguien venga a ocupar mi sitio... Ya sé yo quién va a ser...» ¡Oh ironía, coraza milanesa fría y cincelada y cómo proteges los pechos! ¡Envidiable don, arma irresistible! ¡Mientras la sinceridad magulla el amor propio y lo convierte en veneno, tú, Ironía, diosa del velo gris, das a beber una poción calmante... y, para los crédulos, hasta embriagadora!..

Podía D. Ramón impunemente reconocer por herederos a cuantos jovenzuelos se le presentasen, manuscrito bajo el brazo. La herencia se la llevó al sepulcro. Nadie se la había transmitido y a nadie la legó.

Fué Campoamor el primer, iba a decir poeta, y estoy por añadir español, que trató incesantemente de la mujer (pues ciertas diatribas del siglo XVIII no son estudios, y son probablemente lo contrario). Allá por 1857 ó 58, D. Severo Catalina publicó un libro titulado *La Mujer*, muy mediano y atestado de lugares comunes. Campoamor salió a la palestra, con uno de los artículos más curiosos que produjo su pluma. Porque Campoamor no fué sólo poeta, sino que escribió varios tomos de prosa, a pesar del desprecio en que la tenía, calificándola de «jerga animal del ser humano» y negándole todo valor artístico, especialmente si era prosa galana, o como él decía, «dominguera». En algo andaba conforme Catalina con las ideas de Campoamor acerca de la mujer, pues la considera relativa al hombre, y nada más. Es decir que Campoamor, en su prolongada disección, en sus himnos y en sus rasguños a la mujer, nunca la mira sino como algo accesorio. Y además, suele ser para él la mujer eterno misterio, esfinge eterna (como lo será para cuantos la estudien así, y no como mitad, sencillamente, del género humano). Hay sin embargo que agradecerle a Campoamor que sus observaciones acerca de la mujer vayan muchas veces impregnadas de un respeto idealista, hasta en los pasajes más atrevidos.

Donde mejor se descubre este culto a la mujer en Campoamor, es en sus *Doloras*, *Cantares* y *Humoradas*. Sea que reproduzca los consejos de la anciana a la moza, como en *Cosas de la Edad*; sea que excuse, risueño, a la inconstante, que le engañó, y sostenga la máxima de que «quien vive, olvida»; sea que, todavía más en burla, consuele a la abandonada que a su vez se hartó del idilio; sea que muestre a la pecadora arrodillada al pie del confesionario, haciendo vanos propósitos de enmienda; sea que reconozca, ante la beldad, que las flores que la coronan no son más que ceniza; sea que lamente la pérdida de la rosa entregada en la hora de la despedida; yamuestre el efecto amoroso de la compasión, o excuse la mentira de la que en su balcón cuelga una palma, o encarezca los beneficios de la ausencia consoladora, o compadezca el alma en pena de la enamorada, o pinte el remordimiento y la vergüenza de la caída – se transparenta siempre el fondo de indulgencia, la excusa prevenida y fácil, en la común miseria del amor que pasa, cuando creyó ser eterno e infinito. (Y me apresuro a decir que D. Ramón de Campoamor fué un excelente esposo, y que nadie ha podido tildarle de costumbres desarregladas.) Y en un momento de análisis, en una de sus poesías más prosaicas de forma (es preciso reconocerlo) no puede menos de exclamar, admitiendo la identidad de las psicologías femenina y masculina:

> Si a los dos sexos igualo,
> es porque infiero con pena
> que, si es el hombre algo malo,
> es la mujer no muy buena.
> Donde las toman, las dan,
> asienta un refrán de amor,
> y, cual dice otro refrán,
> a un pícaro, otro mayor;
> a buena fe, mala fe;
> a un *adiante*, un *arredes*;
> quien más mira, menos ve;
> tan bueno es Juan, como Pedro...
> Pues hombre y mujer son seres
> iguales, con varios nombres,
> hombres, ¡lo que son mujeres!;
> mujeres, ¡lo que son hombres!

En medio de la consagración de la poesía de Campoamor a la mujer, no se descubre en ella vestigio de pasión profunda, exclusiva. Al contrario: se ve la rapidez de la impresión «todo al vuelo, todo al vuelo» y la gentil viveza con que los lazos se rompen, para volverse a anudar, en frágil cadena de rosas. «Amoroso, nunca amante» parece la divisa de este poeta que casi no ha cantado sino el amor y la desilusión de la vida. Falta en él una nota vibrante, como la del *Canto a Teresa*, de Espronceda, o la de ciertos poemas de Becquer, que tienen un asunto fundado en verdadero sentimiento, hondo, invencible. La «niebla fría» de sus montañas parece helar, de antemano, las efusiones y los gritos personales, en el autor de las *Doloras*. Entre el coro de líricas mujeres que canta en sus versos (la romántica enamorada del tren, la candorosa aldeana «que no sabe escribir» y tantas más), y aunque nos afirme que

> del corazón la inextinguible fuente
> no se agota jamás:
> amó una vez, y dos, inmensamente,
> y tres, y acaso más...

tal vez por lo mismo, por este poder de renovación, no hay en Campoamor sino el filósofo, el moralista de este aspecto de la vida. El enamorado, nunca. – No tuvo Beatriz, Elvira ni Leonor, este poeta, que no se parece a otro ninguno, y a quien acaban de alzar un monumento.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No me ha sorprendido que, al tratarse de prevenir o combatir la epidemia variolosa, hayan encontrado los inspectores y los médicos, según se dijo cuando tal sucedió, una oposición radical en los mismos que debieran aprovechar el beneficio.

A los que sufren viruela de ignorancia y de preocupaciones, la sola idea de la lanceta les horroriza. Prefieren todos los peligros del mal, a la precaución que ha de evitarlo. O por mejor decir, no creen que aquel lancetazo prevenga mal ninguno. Esta incredulidad respecto a la ciencia nace de la ignorancia, estamos conformes; pero también de un recelo que es natural en la gente de baja, pobre y humilde condición, y que se engendra en sus almas al verse siempre engañados, burlados, despojados y tenidos en poco. ¿Qué será, piensan, la vacuna? ¿Acaso un impuesto disfrazado, a pesar de lo gratuito de la operación?

No sin fundamento, con motivo tal, se dijo que es vergonzoso, que es un estigma para una nación, que en ella la viruela exista aún. Cuéntase que, hace algunos años, en Francia todavía abundaban los casos de viruela, y se hicieron gestiones para averiguar mediante qué sistema la curaban en Alemania. Y se añade que la respuesta de Alemania fué desdeñosa: ellos no sabían cómo se atendía la viruela, porque ya en toda la Confederación germánica no se conocía nadie que la padeciese.

¡Pobres de nosotros! El que haya viruela en una nación, es para ella descrédito y deshonra. Porque, conocido el medio de prevenirla, el no emplearlo acusa tal abandono social, que descubre dos llagas igualmente bochornosas: el descuido e incapacidad del Estado, y la estupidez y atraso de las clases bajas, que tiemblan ante una picadura. Y, sin embargo, estos mismos que la picadura alarma, son, en otros aspectos de la vida, valientes, y aun temerarios. Muchos que palidecen a la idea de un arañazo preservador, no temerán asistir a un varioloso, que puede contagiarlos, ni a otras mil cosas que ponen en riesgo su salud y su vida.

Yo, que no peco de medrosa, a nada temí como a la viruela; claro es que me habían vacunado siendo niña; pero entonces casi se desconocía la revacunación, y hasta la idea era sospechosa. Y como se veían casos de personas a quienes la vacunación en la niñez no salvaba del mal, a cada uno de esos casos, que comprobaba, aumentaba mi miedo, especialmente, a causa de los ojos, pues había visto algunos ciegos, a consecuencia de la viruela. Y como casi todo lo que tememos sucede, pues nuestra misma pusilanimidad lo evoca, contraje la viruela en los primeros años de la juventud, por montar a caballo. No parece que exista ninguna relación entre estos dos hechos, y sin embargo la hubo. Yo acababa de dar un largo paseo ecuestre, y, fatigada y bañada en sudor, me detuve al pie de una encina. En frente había una cabaña, y en el umbral, un niño, con trazas de enfermo. Le pregunté qué tenía. Me contestó, en dialecto: «Las vejigas», y se me acercó, curioso: entonces vi que cubrían su cara innumerables pústulas. Volví a cabalgar precipitadamente, y salimos a galope. Al otro día, me acometió un largo desvanecimiento, y, a la otra semana, estaba en la cama, con viruelas, de las más benignas; pero que, así y todo, me pusieron los ojos en grave peligro. El contagio había sido fulminante, sin contacto alguno, sin duda por el aire, donde flotó algún germen, y mis poros, abiertos por el sudor del ejercicio, lo acogerían sin dificultad. Al menos, ésta fué la explicación de los doctores.

No basta la vacunación infantil: es preciso revacunarse, cada seis u ocho años, hasta cuando se han tenido las viruelas una vez; porque reinciden. – En las casas, el anuncio de la revacunación, para los servidores, suele ser alarmante. He notado que, excepto los ya revacunados en el servicio militar, todos se escaman y asustan. Alguno se resiste, como el diablo a que le chapucen en la benditerа.

Y pensando en la repugnancia con que el pueblo mira la operación de la vacuna, claro es que lamentamos que la gente nutra estas preocupaciones, porque indican que estamos a medio civilizar, en varios aspectos, que no se reducen, por desgracia, a éste. Y la verdad es que la mayor parte del globo terráqueo, en punto a civilización, se encuentra balbuciendo las primeras palabras. Nos ilusionamos, porque somos europeos y creemos que la humanidad ha llegado a un período de desarrollo muy halagüeño y muy brillante. Es un error. Los civilizados – aun dando a esta palabra un sentido muy amplio, no restrictivo – son inmensa minoría.

Cuando se oye llamar caducas a las sociedades, más bien debiera proclamarse que estamos en los albores de la humanización del globo, que no sé si se realizará plenamente algún día, pero que hoy apenas comienza.

Problema interesante: para que esta humanización se realice, ¿es necesario que desaparezcan ciertas razas, indudablemente incapaces de progreso, como es fácil observar?

Ya sé que, teóricamente, a todos los humanos se los considera capaces de adelanto y cultura. Abrigo, no obstante, la contraria convicción. Será cruel, pero ¿y si es verdad? En cuanto al hecho civilizador, también noto algo que me confunde y desorienta: y es que en muchos puntos del globo, en otro tiempo civilizados, a su manera y a su estilo, y algunos, a un estilo y manera que no falta quien considera hasta superior al nuestro actual, por ejemplo la Grecia clásica, han perdido completamente, no sólo los beneficios, sino hasta la memoria de tal estado; y algunos, como el Egipto, que pudo contarse entre los grandes pueblos cultos de la antigüedad, son ahora ruinas gloriosas y regiones atrasadísimas, a pesar de la ingerencia europea.

Es decir que la civilización no presenta caracteres de solidez bastantes para poder crear un estado definitivo en una comarca ni en una raza de las que pueblan el globo.

Asusta pensar que el mundo entero no es sino vasto cementerio de civilizaciones, o vivo hormiguero de pueblos aun salvajes, y que no habrán de civilizarse jamás. Tentada estaba a comenzar el recuento de las *bajas* sufridas por la nuestra, por la española... Sí; ¿por qué no? En Europa estamos, pero hay este rasgo característico: las demás naciones de Europa han adelantado, y hemos retrocedido nosotros, si tomamos por tipo de comparación otras épocas históricas, y recordamos lo que fuimos, con relación a los demás pueblos. No hay duda, entonces estábamos a la cabeza, y ahora estamos a la cola. Algo pues ha muerto de nuestra civilización, propia, genuina, algo que no hemos acertado a substituir.

Consideremos ahora a nuestros eternos enemigos, los moros marroquíes; a ver si no estamos en presencia del cadáver de una civilización. Por siglos enteros, esta gente, compuesta de las razas mezcladas que nos habían invadido, poseyó una civilización muy ensalzada por historiadores y eruditos, y con la cual hasta nos han motejado a nosotros, encontrando que nuestros reinos cristianos andaban atrasados con relación a los emiratos y califatos árabes; que ellos conocían mejores métodos de agricultura y jardinería, que realizaban maravillas de arquitectura, que tejían telas, curtían cueros, encuadernaban libros y fabricaban armas como nunca las habíamos soñado nosotros, y que hasta en filosofía y letras, en cortesía y galantería, en número de mujeres doctas y poetisas, nos ponían la ceniza en la frente. Todo esto duró, hasta que logramos expulsarlos. Desde entonces, no hicieron cosa notable, sino piratear. Del estado en que los hallamos, cuando tuvimos que volver a ponernos en contacto con ellos, nada diré, pues es sobrado conocido: la barbarie más tosca, la regresión al régimen tribal, que es uno de los primitivos, la corrupción en los que están al frente, y, en los berberes de la vertiente septentrional del Atlas, un salvajismo belicoso y labrieго. Los elementos superiores, de procedencia árabe, o no quieren o no pueden modificar este estado de cosas, y a nadie sorprenderá si digo que estos pueblos, habiendo perdido lo que constituía su grandeza y su poesía particular, no han adquirido otras cualidades, ni realizado ningún progreso, antes han erigido en dogma su atraso secular. Y esta es la clara señal de muerte de la potencia civilizadora.

En cuanto a las regiones que confinan con el Sáhara, muchas de ellas ni exploradas han sido aún. En el Sáhara occidental, una mujer, interrogada por un viajero, declaró que no se había lavado hacía 7 años.

Razas salvajes son también los tuaricos, los senegaleses, los habitantes de la costa septentrional de Guinea, y en estado no más halagüeño se halla la famosa república de Liberia, que se consideró un ensayo de civilización de los negros, y que, por pendiente natural, fué pronto una demostración de que muchas razas prefieren decididamente el salvajismo, y repugnan los procedimientos civilizadores, aun cuando momentáneamente y forzados los admitan y practiquen. No hablemos del país de los achantis, cuyas costumbres son, por decirlo así, la quinta esencia del salvajismo. Salvajismo confitado en sangre es el atroz Dahomey, donde todavía se adora con devoción a la serpiente. Nuestros indígenas de Fernando Poo y Annobón no son menos refractarios a los escasos progresos que pudiésemos enseñarles nosotros. De semisalvaje puede calificarse el estado del Sudán central, y en la cuenca del Nilo (como en Marruecos, y más caracterizado todavía) se nos aparece la gran momia de otra civilización difunta, la admirable del Egipto. No se encuentra en estado enteramente salvaje el Egipto actual, pero los laboriosos conatos de civilización con carácter europeo y sello inglés están más en la superficie que en el fondo. En el alto Nilo, la vieja Nubia encierra a los antiquísimos etíopes, que hoy muchos etnólogos quieren presentar como tronco de toda la estirpe humana, y tampoco son los etíopes gente culta que digamos. Hay allí pueblos que se lavan con líquidos nada perfumados, de origen orgánico. En algunos se practica celosamente la esclavitud. En Abisinia hay rastros de cultura y de cristianismo, pero no pasan de rastros. Conocido es el estado natural de Zanzíbar y de las márgenes de los lagos donde el Nilo, tiene sus fuentes tantos siglos misteriosas, cuyos indígenas, hoy enteramente salvajes, presentan semejanzas marcadas con el antiguo tipo egipcio.

Y, por no entretenerme más en África, y no hablar de los dilatadísimos territorios americanos donde ni aun ha asomado la civilización, preguntaré, ¿es gran parte del enorme imperio ruso, en el Asia, y otra mayor adn del imperio de Turquía, en Asia igualmente, se pueden considerar como civilizadas? En el Asia, los cadáveres de civilizaciones asombran por su número y su magnitud. Como cadáver de civilización, en muchos respectos, podemos considerar a China, y también a Persia, y a la India, hoy sometida al imperialismo de los codiciosos insulares. Estos muertos imponen respeto, sobre todo la India, que tiene unas lenguas tan prodigiosas, que ha dado al mundo tanta filosofía y poesía, y tan portentosa cosecha de mitos y religiones. Tampoco las posesiones holandesas, las bellas islas de Java, Sumatra y Borneo, si están sometidas, cabe decir que estén civilizadas. Ni ha de negarse que Palestina y Siria, sean restos de civilizaciones perdidas, países donde sucedieron cosas inmensas, y ya nada sucede que no sea mezquino, y, aun, para nuestro cristianismo, vergonzoso. Gran parte de Persia es un desierto; por la otra, vagan hordas nómadas, miserables. Del Cáucaso, donde tiene su origen el más noble tipo de humanidad, y donde el Titán Prometeo se yergue como símbolo del progreso de la raza humana, no diremos que esté del todo salvaje, pero sí que poquísimo ha adelantado, a pesar de la superioridad de sus elementos étnicos. Del interior de la China, y del Japón mismo, a pesar de las apariencias, no supongo que sean tierras de cultura. En las regiones del Himalaya, existe estacionamiento, más bien que salvajismo. De las Filipinas, es delicado hablar, ahora que han roto nuestro yugo, pero no creo que ni antes ni ahora la civilización ande allí como por su casa. Y si nos volvemos a Australia, encontraremos la verdadera tierra del salvajismo, donde este estado va unido al ser del hombre de aquellas regiones singulares, continente y archipiélagos, restos de algún inmenso territorio que ha ido hundiéndose en los mares. Los europeos pueden extinguir las razas inferiores, australianas, polinesias y melanesias, que al contacto de la civilización perecen; lo que no pueden es transformarlas.

Meditando sobre el caso, podemos afirmar: primero, que es una superficie muy reducida del planeta la que está civilizada con arreglo al concepto actual de la civilización; segundo, que en esa misma superficie no es seguro que sea la civilización un dato fijo y que existe en el hombre europeo una protesta incesante y una tendencia regresiva, a la cual responde la horda de los llamados *salvajes de la civilización*, numerosísimos; tercero, que la raza blanca, dominadora de tantas comarcas, pues no hay nación adelantada que no posea sus colonias, o no esté tratando de adquirirlas, no puede dar más civilización de la que tiene, y ésta no es adaptable a muchas razas; cuarto, que civilizaciones magníficas han sucumbido, y no hay razón para que la europea actual, a su vez, no sucumba; y quinto, que acaso cada raza se proporciona el estado que más le conviene, sea civilizado, semisalvaje, o salvaje del todo – y que se puede conquistar a los pueblos, someterlos, explotarlos – pero civilizarlos..., ahí está el *quid*.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

»Y, mientras que tu pie, escapándose de la babucha, colgaba, rosado, al borde del manchy, a la sombra de los negros bosques y del árbol ecuatorial, cuyos frutos son menos purpúreos que tu boca, mientras que una florida mariposa, teñida de escarlata y azul, se posaba por instantes sobre tu delicada piel, dejando en ella un poco de sus colores mágicos, yo veía, al través de la cortina de batista, cómo tus bucles doraban la almohada, y, bajo las cruzadas pestañas, tus bellos ojos de sombría amatista, que se hacían los dormidos.

»Así venías, en las dulces mañanas, de la montaña a la misa mayor, en tu inocente gracia y tu rosada juventud, al rítmico paso de tus dos indios...

»Y ahora, en el árida arena de nuestros playazos, infestada de yerbajos marinos, al rumor del Océano, descansas entre los muertos que me fueron queridos ¡oh encanto de mis primeros sueños juveniles!»

No vuelve a asomar, en la poesía de Leconte, otra figura de mujer claramente señalada con rasgos que permitan decir «aquí hubo amor» hasta la hora de la vejez... Entonces es cuando aparece la «rosa», o sea la señora que escribe bajo el seudónimo de *Juan Dornis*. Esta señora, a pesar de haberla cantado Leconte, a pesar de haberla incluído Ernesto Tissot entre sus «princesas literarias», no es muy conocida, en España, por lo menos. Nació en Florencia, y su verdadero nombre es Elena Goldschimidt, esposa de Guillermo Beer. Según parece, reunió, o mejor dicho, reúne esta señora, pues creo que no ha muerto, raras cualidades. Hermosa, rica, elegante, es además una escritora de mérito. Entre sus obras figuran estudios notables de crítica, uno de ellos coronado por la Academia Francesa, que si bien no es muy severa para otorgar estos premios, tampoco los da a libros despreciables. Madama Dornis escribió en francés, y no en su lengua natal, y en esto anduvo acertada, porque escribiendo en francés se escribe para todo el mundo. En italiano hizo versos nada más. Se casó en París, muy joven. Su biógrafo nos dice (cosa curiosa) que la brillante posición social y la riqueza de esta señora, más que facilitarle el camino de la gloria, le han sido obstáculo, como se lo fueron a María Bashkirtseff.

La amada de Leconte es pues una intelectual, una cerebral, y desde su primera edad, poetisa. Sus amigas, de la juventud, en vez de hablar de modas y de novios, se reunían para estudiar y para tomar lecciones de latín. Pero Elena hizo un viaje a París, se enamoró y se casó: tenía diecisiete años. No por eso dejó de estudiar activamente, comprendiendo que la adquisición de la cultura es necesaria a quien no quiere hacer mal papel en las letras, si llega a cultivarlas un día. Sin embargo, no renunció a la vida social y alternó con ella las aficiones intelectuales. Abrió su salón a los literatos de altura. Este salón tuvo el sello de otros muchos en París; base académica. Y en este salón fué donde se conocieron ella y Leconte de Lisle. El poeta había cumplido la friolera de setenta y tres navidades.

Esta pasión de última hora de Leconte, debemos suponerla completamente platónica y contemplativa, porque otra cosa, amén de inverosímil, fuera menos poética. Los versos de Leconte dedicados a su amiga, son muy vehementes, pero caben estas vehemencias y aun mayores en lo soñado.

«Tú – le dice – por quien he sentido, en horas sobrado breves, renacer mi juventud y reflorecer mi corazón.»

Y otras veces, rindiendo tributo a su belleza, la ensalza así:

«Es sonrosada y rubia, tiene ojos ensoñadores, en su voz hay encanto, sus labios son como dos flores; y, cuando camina, su paso tiene la gracia de un ala. Me has devuelto la mañana de mis días, y me envuelves aún con tal dulce hechizo que no dejaré de verte hasta la tumba!»

Es de presumir que la guapa señora respondió a esta ilusión del anciano maestro con devoción filial, y que para alegrar un poco su ocaso le ofreció hospitalidad en el castillo de Luciennes o Louveciennes, histórico si los hay, aunque no con heroica historia. Este castillo fué adquirido por Luis XIV, y en él se bailaron minués de corte y se disfrutó de los encantos del campo, de aquel campo de entonces, recortado y pulido. Después murió en él el hijo del duque de Penthièvre, y éste lo ofreció a Luis XV, y éste a Madama Dubarry, que lo embelleció y decoró, empleando para ello los mejores artistas, y convirtiéndolo en un palacio de hadas.

La célebre favorita había ocultado, en diferentes rincones de Luciennes, tesoros fabulosos; todo lo que fué apandando durante los años en que el rey no cesaba de obsequiarla con diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas, camafeos, joyas y objetos raros, de incalculable valor. Estas ocultaciones la perdieron. Por recoger sus riquezas, se atrevió a volver de Inglaterra, donde estaba segura, a París, en los días más trágicos y peligrosos de la Revolución. Fué denunciada, y sus criados se apoderaron de gran parte de aquellas preseas, cuyos escondrijos conocían. El resto lo confiscó la nación, cortando de paso el pescuezo a la Dubarry, y confiscando a Luciennes. Vendióse la finca, y después de pasar por varias manos, vino a ser su dueña la Dornis. Además de tantos recuerdos, Luciennes tiene el de los amores de Andrés Chénnier, que esperaba, en un banquito de piedra, a una mujer amada, la Fanny, celebrada en sus versos – *¡Fanny, l'heureux mortel qui près de toi respire!* – Andrés Chénnier, entre los poetas franceses, es el que pudo prestar inspiración a Leconte, el cual cantaba así la residencia donde tantas cosas íntimas habían sucedido:

Ces beaux arbres, témoins de tant d'amours anciennes,
qui fléchissaient, chargés du poids de jours sans fin,
respirent, rajeunis, ton arôme divin,
oh fleur, vivante fleur, rose de Louveciennes.

En la magnífica residencia, donde tanto se complacía, vino a sorprender la muerte a Leconte. Y no enteramente a sorprenderle, pues ya le había enviado un aviso, con el desvanecimiento sufrido en una escalera de su morada, en el Luxemburgo, donde era bibliotecario. No dijo nada a nadie, porque proyectaba la excursión a Luciennes, y, ávido de las últimas dichas, no quería que le privasen de ellas bajo pretexto de precaución sanitaria. Y en Luciennes, manos piadosas le llenaron de flores el ataúd.

La señora Dornis, admiradora del poeta, publicó bastantes años más tarde, un libro sobre *Leconte de Lisle íntimo*, y se le censuró cabalmente la falta de intimidad, la sobriedad de detalles personales, y la extensión de los juicios críticos.

Tratándose de Leconte, yo alabo la reserva y delicadeza de la señora Dornis. Porque no era este poeta del número de los que gustan de exhibiciones, sino al contrario, enemigo hasta no más de entregar el corazón para pasto del vulgo. No cupo acierto mayor que tender sobre su vida íntima un velo de pudor sentimental, y salvarle de toda profanación, convirtiendo en santuario lo que no debe ser plaza pública.

Y al proceder así, la amiga de Leconte, obedeció también a su especial temperamento.

Conviene decir que la señora Dornis es judía... El pueblo judío posee un fuerte instinto religioso, y la señora Dornis, no desmintiendo su origen, se ha ocupado mucho de religión, sintiendo a ratos el deseo de hacerse cristiana, porque las enseñanzas del Evangelio se le presentaban con seducción irresistible. Hablaron a su alma los encantos del franciscanismo, las profundidades filosóficas de la *Imitación* – pero no con eficacia tal, que la convirtiesen; y no sólo no la convirtieron, sino que de las indicaciones de conversión pasó a sostener muchas y muy anticuadas herejías. En vano se pregunta a sí misma de dónde le vendrá la fe. Habiendo dejado de ser israelita no pudo llegar a católica.

Vino a parar, nos dice Tissot en su bonito libro *Princesas literarias*, en una especie de modernismo protestante, y renovando la antigua barbarie iconoclasta, renegó de las imágenes (qué vandalismo), y estampó cosas tan peregrinas como que Roma no permite al común de los fieles la lectura de los Evangelios, siendo así que hasta en los Devocionarios andan en manos de todos. Y en este modernismo protestante se revela un espíritu inclinado a la abstracción.

Yo prefiero el franco nihilismo de Leconte de Lisle, el cual, por lo que tiene de artista, y de artista excelso, no verá con disgusto las imágenes (aunque no crea en lo que representan) si son hermosas. Y aunque no lo fuesen mucho, las imágenes siempre responderían a una necesidad sentimental, y en efecto, las hay que no podemos sujetar a ningún canon de belleza, y sin embargo ejercen fascinación, por la suma de sentimientos que en ellas se cifran, o por la significación histórica; por la sugestión del recuerdo y de la esperanza, cosas naturales, que en vano intentaría borrar ningún racionalismo, ni modernista, ni de otro género. Leconte de Lisle, aunque jacobino, ha expresado conceptos de este orden en algunos de sus versos.

Para un artista la belleza es siempre sacra, y por ser bella consiguió la señora Dornis (lo doy por cierto, aun cuando no la conozco personalmente) inspirar tan galanos decires a Leconte de Lisle, caduco y achacoso, y de quien se debiera suponer lo que al anciano Demódoco dice París el Priamida, en uno de los poemas de Leconte: «La nieve de tu corazón ya no puede derretirse.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya que en una crónica anterior hablé de Campoamor y noté que careció de Beatriz y de Laura, se me ocurre hoy decir algo de otro poeta, que no estuvo en el mismo caso de Campoamor, pues tuvo sus Lauras en la juventud, y en la vejez, y las cantó, a pesar de ser sus versos muy poco subjetivos, y nada semejantes a los de Alfredo de Musset y otros líricos amorosos.

Me refiero a Leconte de Lisle, jefe de la escuela parnasiana, que sucedió al romanticismo y por bastantes años dominó en las letras francesas.

Leconte de Lisle era un criollo de la isla de Borbón, a la cual han cambiado el nombre, no sé si por sectarismo político, llamándola Isla de la Reunión. Esta isla africana, que forma parte del grupo de las Mascareñas, en el Océano Índico, tiene cuanto es necesario para exaltar por la contemplación de la naturaleza a una imaginación juvenil. Borbón es la única isla que les queda a los franceses en las Mascareñas, pero ha dado a la literatura francesa buen contingente con dos poetas criollos: el elegíaco Parny, y Leconte, el Júpiter del Parnaso.

En tales climas, la imaginación recoge, en la primera edad, impresiones imborrables. Leconte residió dos veces en la isla: en la infancia, y después, en la juventud, bastantes años. Sin esta residencia, y a pesar de sus viajes a climas no menos sugestivos que el de la Isla de Borbón, no se explicaría su genio de paisajista ecuatorial, sus descripciones admirables de alimañas fieras, de sus costumbres, cacerías, luchas y salvajes amores.

Durante la segunda estancia de Leconte en la Isla de Borbón es cuando se enamoró profundamente de una encantadora criatura, que describe con rasgos de fuego, en una de sus poesías más celebradas. Titúlase esta poesía *El Manchy*, y es el manchy una especie de lecho de camino, que sirve de vehículo para transportar, a hombros de indios, a las señoras, sobrado perezosas para andar. ¿En qué se conoce que estos versos no son una invención poética; que responden, verdaderamente, a sentimientos, a recuerdos, a un amor desvanecido? No lo sabré decir, pero es seguro que tienen este carácter: la verdad del alma también marca su huella.

El cuadro que traza el poeta palpita de realidad. «Todas las mañanas de los domingos – dice, en versos que es lástima no poder traducir sino en prosa – bajabas al pueblo, en manchy de bambú, bajo una fresca nube de muselina clara, por las rampas de la colina. Repicaba alegremente la campana de la iglesia; columpiaba las cañas la brisa del mar, y, en la superficie de la sabana, el sol, como granizada de oro, crepitaba ardiente.

»Brazalete en puño, aro en tobillo, y liado a la cabeza el amarillo pañizuelo, dos Telingas porteaban tu lecho de petates de Manila. Doblando su magro y nervudo jarrete, ágiles bajo su blanca túnica, asentado el bambú en los hombros y en jarras los brazos, cantaban, al bordear el estanque. A lo largo de la calzada y de las marismas, donde fumaban los criollos viejos y los negros se agrupaban gozosos, animábanse los porteadores, al son de los güiros de Madagascar.

»En el aire, ligero, flotaba el olor de los tamarindos; y sobre las olas espumosas e iluminadas, a lo lejos, las aves, en inmensos rastros, se hundían en la marítima niebla.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vengo de recorrer pueblos y aldeas, monasterios y castillos, paisajes y rincones de leyenda, y me he convencido de que antes de visitar el extranjero debiéramos conocer bien el país natal. Y acaso yerro; vale más empezar por salir de casa, pues la comparación con lo que tanto se alaba fuera, es lo que nos da idea exacta de lo propio.

No hay asomo de parcialidad en la afirmación de que Galicia es la tierra privilegiada donde debiera florecer el turismo (aunque por ahora está más seco que floreciente).

Es difícil que en comarca alguna se junten así los encantos de la naturaleza con los del arte. (Del arte antiguo, por supuesto). Existe todavía mucho, a pesar de vandalismos y rapacidades, sobre todo en arquitectura (nadie carga con una iglesia, naturalmente), en la región que posee la gran maravilla de la belleza cristiana y de la arquitectura civil en la Edad media: el Pórtico de la Gloria y el Palacio de Gelmírez, que hoy se está descubriendo, merced a la labor inteligentísima de D. Vicente Lampérez.

De esta riqueza monumental se encuentran testimonios en todas partes. A la revuelta de un camino asoma un templo románico; párase el automóvil, para daros tiempo a que lo admiréis, y tal vez a que echando pie a tierra entréis a curiosearlo (si bien por dentro no suelen tener tanto interés como al exterior). Poco después, un castillo, un Pazo viejo, la mole gris de un convento, un puente romano, una calle tan curiosa como la de *los Hórreos*, en Combarro. Las casas lucen arcaicas ventanas, puertas doveladas, esbozos de torrecillas, muros comidos de liquen, por los cuales la madreselva trepa con elegancia modernista.

***

Sólo una ciudad, Pontevedra, encierra ejemplares de todos los estilos arquitectónicos que se han sucedido al través de las edades en la Península (excepto el árabe, que en Galicia, sin faltar del todo, escasea hasta poder calificarse de rarísimo)

La iglesia de San Francisco, restaurada, es típicamente ojival, y la engalanan cuatro interesantes sepulcros con bultos yacentes, uno de los cuales encierra – o mejor dicho encerró, pues ya han desaparecido – los restos de tan histórico personaje como Payo Gómez Chirino, gran mareante y campeador del siglo XIII, a quien se atribuye el hecho brillante de la conquista de Sevilla, por haber sido sus naos las que rompieron el puente de barcas, defensa que los moros hicieron y era casi inexpugnable. Dice así la inscripción del sepulcro, ¡vaya notable:

Aquí yace el muy noble caballero Payo Gómez Chirino, el primeiro señor de Rianjo, que ganó a Sevilla siendo de moros, y los privilegios de esta villa: año de 1308.

Este noble epitafio me recuerda otro que acaban de mostrarme en Orense, y que tiene más *bonhomie:* el muerto es calificado de *cavalleiro verdadeiro, gran casador é monteiro*... La tumba de Payo Gómez Chirino evoca en mí el recuerdo de un escritor hoy olvidado completamente, y que en vida tampoco logró fama notoria; José Benito Amado, amigo de mi padre, frecuente visitador de nuestra Torre de Miraflores, próxima a Pontevedra, cuando yo era bien niña. Como ya entonces despuntaba mi culto a las Musas, Amado me escribía versos y me contaba leyendas, siendo la primera la del Almirante poeta que ganó a Sevilla. Claro es que, dejándose de indecisiones históricas Amado prescindía del otro Almirante, Bonifaz, el que en opinión general realizó la hazaña. Amado no admitía ni en hipótesis que se debiese sino a Chirino a quien profesaba una especie de culto. Por ser en todo figura romántica el «Almirante del Mar» hasta su muerte decía Amado que fué sangrienta, de puñalada traidora en el atrevido e impávido corazón.

***

Los otros tres sepulcros son el de una dama que lleva el cordón de San Francisco, ceñido al talle, y de otra dama y un caballero de esa casa de Sotomayor que se encuentra aquí dondequiera, llenándolo todo, pues es como los Andrades en las Mariñas de Betanzos: lo señorial indiscutido. En la mayor parte de las sepulturas, en las casonas de Orense, encuentro los cuarteles que conozco tanto. Estas hojas de higuera de Figueros, estas lises de Maldonado, me traen a la memoria semblantes de parientes, alguno de los cuales nació y vive bien lejos de Galicia, en Salamanca, donde el nombre de Maldonado es también familiar. De la casa de Sotomayor queda, como blasón orgulloso, el espléndido Castillo de Sotomayor, que gracias a la más inteligente de las restauraciones, la que se limita a reponer un monumento en su estado primitivo, podemos admirar casi intacto, como un bello zequí veneciano con su flor de cuño. Y aun cuando se diga que las ruinas son bellas y tienen infinita poesía, mejor es que los edificios se conserven desafiando al tiempo destructor. En Pontevedra causa pena ver en ruinas dos edificios como el convento de Santo Domingo, del cual sólo existe una parte, hoy convertida en Museo, y la preciosa casa que unos llaman de los Churruchaos y otros de Payo Gómez de Sotomayor. Esta luce sus bellas ventanas del más elegante y rico estilo gótico; pero, sin tejado, está en riesgo inminente de venirse a tierra, como acaba de suceder con un lienzo entero del claustro, en otra magnífica ruina, de la cual pronto no quedarán ni vestigios: el monasterio de San Esteban de Rivas de Sil, que tuve la fortuna de poder visitar, realizando una ascensión fatigosa, cuando empezaba su degradación y a menos costa hubiera podido remediarse. Honda pena causa que desaparezcan, ante nuestros mismos ojos, las joyas de la tradición.

***

De los templos de Pontevedra, Santa María es el más aparatoso, y da testimonio de la largueza del gremio de mareantes, que lo elevó. Está situado en una colina, y lo decora amplia escalinata. Su estilo es plateresco, y parte de sus motivos decorativos recuerdan los del Archivo de Alcalá. En el imafronte campea una composición que representa la Muerte de la Virgen; y me trae a la memoria otra obra de arte que, en realidad, nada tiene que ver con ella. Se me antoja ver el famosísimo lienzo de Rosales, *El Testamento de Isabel la Católica*. La composición es análoga, y el lecho en que yace la Virgen es del siglo XVI, con sus talladas, lujosas columnas, su baldaquino, semejante al del cuadro. Los personajes que la rodean, tienen análogas actitudes. Este asunto, casi pictórico, aunque esculpido, y la espléndida cresteria, son lo que más llama la atención. Cuando entré en la parroquial, alguien me hizo notar ciertos bajorrelieves (que casi no se perciben ya, porque al quitarles la cal lo han estropeado todo), donde nuestra madre Eva se dedica a manejar el huso.

***

Hay en Pontevedra un templo desestimado por los arqueólogos, y que a mí me hace, lo confieso, muchísima gracia. No cabe suponerlo anterior a la segunda mitad del siglo XVIII, y es del estilo que llamaré mestizo de Churriguera y Luis XV. Me refiero al que se consagra a la «Divina Peregrina», patrona de Pontevedra, en cuyo honor se celebran todos los años unas fiestas muy repicadas, con muchos fuegos y bailes. El templo es chico, redondo, con más aire de camarín que de iglesia. La Divina Peregrina, cuya efigie en piedra se alza coronando la puerta, en un nicho, es una dama de la corte del rey Luis XV, con estrecho corselete y amplio *vertugadin*. Encuentro un encanto peculiarísimo en este templo, que en vez de suscitar ideas de mortificación y devoción, tiene el gesto galante y almizclado de la época a que corresponde. Es injusto el desdén que pesa sobre el lindo edículo.

***

Hoy, en Pontevedra, existe una sugestión especial. Hay un enigma, una nebulosa, un misterio, que empieza a disiparse, pero todavía inquieta, y flota en la pureza de este riente cielo, de este ambiente templado, suave, en que la brisa del mar no tiene aspereza alguna, y llega al pulmón blanca y acariciadora. Tal enigma presta interés apasionante a una ciudad, no tan empujada por el progreso como, verbigracia, Vigo. Algo espiritual asciende de las ligeras y doradas brumas de la ría. Esta urbe, que guarda o guardó las cenizas de tanto marino y navegante ilustre, los ve palidecer a todos, esfumarse a todos, ante el que empieza a fulgurar en su historia. Es el nombre de más eco, el nombre resonante, mundial. No ha mucho, ignorábase que existiesen pruebas documentales de haber nacido en Pontevedra Cristóbal Colón.

Estas pruebas las ha aportado el erudito teuceriense D. Celso García de la Riega. Yo no sé si he hablado aquí de este sensacional descubrimiento, punto menos inesperado que el de América, del cual Colón no llegó, en toda su vida a darse cuenta exacta. Debo añadir que, al pronto, cuando García de la Riega dió la voz de aviso, el primer movimiento fué de incredulidad y aun de risa. Las Academias se encogieron de hombros. ¡Bah, estos gallegos! ¡Colón tocando la gaita! Y fué necesario que en los Estados Unidos empezasen a fijarse, para que enderezasen la oreja, aquí. En los Estados Unidos se fíjaban, ¡ya lo creo! Hay países que cuanto más nueva es la idea más la consideran digna de ser atendida. La Historia no es una petrificación: cada día se averiguan cosas.

Por otra parte, la patria de Colón había sido siempre objeto de disputa enconada, lo cual prueba que, dígase lo que se diga, no existían certidumbres. La opinión más general, apoyada en las mismas palabras de Colón, era que hubiese nacido en Génova. Nótese, sin embargo, que la explícita declaración del Almirante no bastó para evitar discusiones: desde un principio, se puso en tela de juicio su palabra. Los primeros historiadores de Indias, sin embargo, anduvieron acordes en darle por genovés, si bien algunos se contentaban con suponerle de la ribera jauniense, de alguna aldehuela como Nervi o Savona. Si se diese entero crédito a Colón, sería de la misma Génova, no de otra parte. En nuestro siglo un sacerdote corso intentó demostrar que Colón era nacido en Calvi, aldea de Córcega; y la idea fué muy lisonjera para los corsos, que tuvieron por seguro haber producido aquella isla al amo del mundo antiguo y al descubridor del nuevo: *antiqui domitor mundi, inventorque recenti.*

Hay singularidades que impiden prestar fe a las palabras mismas de Colón. Es extraño que Fernando Colón, hijo del Almirante, pusiese tanto cuidado en ocultar y desvanecer en el misterio los antecedentes de nacimiento y familia de su padre, y atribuyese a Dios el alto designio de que fuesen desconocidos su origen y su patria. Es indudable que Colón se propuso (como otro *Lohengrin*) esconderlo todo ello, lo más posible.

«No soy el primer Almirante de mi familia», declaró. – «Pónganme el nombre que quisieren.» – «David guardó ovejas antes de ser Rey.»

Es probable que quisiese celar, no sólo la humildad de su condición de cardador, sino, sobre todo, la raza de que procedía: Judíos portugueses.

Entre las pretensiones y aspiraciones de Colón, figuró, en primer término, la nobiliaria. En el siglo XV, demostrado su origen, no era fácil que se le cumpliese el deseo de figurar, al lado de la más encumbrada nobleza de Castilla. No hubiese podido su hijo contarse entre los pajes del Príncipe Don Juan, que era como tener ahora la llave de gentilhombre...

Y por esto, y por mucho más que no cabe aquí, espesó Colón su nebulosa, y se ignoró que el primer Almirante de las Indias naciese, donde nacieron otros Almirantes muy ilustres... En Pontevedra.

La Condesa de Pardo Bazán.

La Sal Natural de Sprudel es la única legítima Sal de Carlsbad

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis fijado la atención en lo que acompaña, divierte, sugestiona y hace soñar una chimenea encendida?

Por supuesto, hablo de una chimenea de leña (en este particular, como en otros varios, no soy hija de mi siglo, si bien en bastantes me considero hija del que viene). Hablo de una chimenea amplia, de piedra granítica, de columnas exentas, fuertes, en cuyo lintel el imaginero entalló un simbolismo encantador, racimos, copas, hojas de vid, sarmientos, pajarracos, salamandras, diablillos rabudos, lagartos de airosa flexión, un dragón alado, una Quimera encabritada, los mil caprichos del arte, que parecen reír a la llama o hacerle misteriosas muecas... Allá en el fondo de la chimenea tostado por la caricia abrasadora, se hacinan los cepos de pino o de roble viejo, y debajo de ellos, las ligeras virutas o las astillas que han de servir para encender. Es un goce compensador de la melancolía otoñal prender fuego al montón, ver cómo empieza a iluminarse, a palpitar, y cómo, mordiendo la llama en lo recio de los troncos, estallan y crujen cual los condenados de Dante, cuyo espíritu está cautivo en los árboles secos.

Al lado tenéis una fuente llena de maduras castañas, y las vais asando en la hoguera, poco a poco, después de hacerles, con un cuchillo, rápida incisión. Salen doradas por dentro y cenizosas por fuera, sabrosas, calientes hasta el furor. Los dedos se abrasan al querer llevarlas a la boca.

Fuera, cae la lluvia, porfiada y lenta, esa lluvia gallciana de la cual se suele decir que cae hacia arriba. El paisaje es triste: lejanías brumosas, y, en primer término, las coníferas del parque, inundadas, sacudiendo, al impulso del viento, como perros que salen de una piscina, sus ramas lloronas. Se creyera uno en el Norte de Europa, en algún desolado valle, cubierto de nieve que el deshielo derrite, si una camelia, en flor, no gritase:

– Este es, en medio de todo, y a pesar del incesante llover, un país templado, benigno.

¡Benigno o no, la chimenea es indispensable! Sólo ella corrige esa humedad malsana, depresiva, que se mete tan traidoramente por los huesos de los reumáticos... El reuma es, sobre todo en este tiempo, un personaje de actualidad. Ha llegado el momento en que el correo os trae diariamente algún anuncio de «franelas de salud», «calorilanas», «tejidos esponjosos del Dr. H, del Dr. B. Antaño, estas telas que se ciñen no se conocían o poco menos, y el consuelo de los crucificados de dolores era la burda y hórrida bayeta amarilla. ¿Por qué amarilla?.. No he podido averiguarlo nunca, pues no me figuro que el color amarillo tenga virtud medicinal. Ello es que el amarillo reinaba en las prendas higiénicas, y he sabido de un matrimonio que perdió su felicidad porque la señora usaba calzones de ese color y de ese género, y no quiso desecharlos, lo cual precipitó al marido a resoluciones extremas... Hoy, la estética ha invadido un territorio del cual estaba expulsada. No voy a recomendar ninguno de los productos que se anuncian en prospectos de papel satinado, con gran balumba científica, al contrario: sostengo que no son ni mejores ni peores que las combinaciones, fajas y jerseys que se venden en los almacenes y tiendas.

***

Tienen estos elásticos, que la mujer ha empezado a usar ahora, un sin fin de ventajas. No abultan y se pegan a la carne como el guante a la mano. Abrigan razonablemente y eximen de usar un sinnúmero de prendas que, con el inevitable aditamento de botones de nácar, cintas, pliegues, encajes, entredoses, complican un poco el vestir y son caros si han de ser buenos. Este nuevo estilo de los «peleles», que sin duda inventó la coquetería, el deseo de parecer menos corpulentas, ahora que la moda pide siluetas a cada paso más consumidas, ha venido a redundar en favor de la economía y de la higiene también, porque el pelele de hilo, de algodón, de lana, de seda, adaptable a todas las estaciones y a todos los climas, a todos los estados de salud, a la necesidad del momento, es infinitamente más práctico que la ropa blanca antigua, igual en verano que en invierno.

Viene a ser el pelele una segunda piel, que protege la primera, asaz inadecuada al fin de preservar a la humanidad de los inconvenientes del calor y del frío. Es asombroso lo mal preparados que estamos para resistir a la intemperie. No se comprende cómo se las arreglaron los primeros hombres para no quedarse tiesos, y si es verdad que la especie humana apareció sobre la tierra durante el período cuaternario, en que Europa y parte del antiguo mundo eran vastos glaciares, la sorpresa es mayor. Ya sé que las «pieles de animales» fueron un recurso. ¿Pero antes de dar muerte y desollar al primer oso, a la primera alimaña salvajina, o a la primer *capra hispánica*?

Cuando el hombre conoció el fuego, ya lo descubriese el titán Prometeo o sencillamente un pobre salvaje que frotó un madero contra otro, o cerca del cual cayó el rayo, incendiando un matojo de arbustos secos – ¡qué diferente debió de ser ya su destino! ¡Cuántas esperanzas nacerían en su corazón atribulado, encogido por el miedo y la superstición! Desde los hielos eternos hasta este mediano monte de leña cuyo crepitar rítma la estridencia de un grillo oculto en algún rincón de la piedra, ¡qué avance de bienestar!

***

Hay dos cultos idolátricos que no es difícil explicarse: el del Fuego y el del Sol. ¡Qué impresión debió de hacer sobre el hombre inocente aun o poco menos, en la ignorada época en que por primera vez lo conoció, el misterio del fuego, que todavía hoy en las Enciclopedias se define así: «Agente desconocido en su esencia» o «Calórico y luz producidos por la combustión...», que viene a ser lo mismo, para descifrar el hecho de la admirable operación natural que produce estas rojas brasas y esta alta llama piramidal, semejante a la que los pueblos de Caldea y de Idumea hacían brillar en sus altares...

Y el fuego es la llama. Por eso las modernas calefacciones centrales de aire serán muy buenas, muy elegantes y lujosas, cuanto se quiera; pero no tienen la alegría de la leña seca y crujiente, de incendiado corazón, en las grandes chimeneas góticas – en suma, la leña del hogar...

Porque el fuego de leña no es otra cosa que el hogar mismo, y por muchos siglos la humanidad no ha separado estos dos conceptos, calentarse y cocer o asar la comida. Todavía, en algunas rancias casas señoriales, se conserva esta costumbre, que en mi juventud estaba en vigor en varias provincias. Durante el invierno húmedo y tenaz, la familia se reunía en la cocina, bajo la campana honda, en torno a la cual corían asientos reservados a los señores. Los criados, los caseros, la gente humilde, se sentaba en los gruesos troncos llamados *tallos*. El pote, pendiente de los llares, hervía con monótono glu, glu. Las cazuelas se acurrucaban sobre la brasa, y en ellas cocía a remanso el guiso casero. La cena se preparaba despacio – todo se hacía más despacio entonces –. ¿Cómo entretener la larga velada? Uno refería la crónica de la aldea – bien sucinta, si no la bordasen interminables comentarios, del orden moral y del anecdótico, cien veces repetidos en noches anteriores –. Otro se encargaba de los cuentos fantásticos, de trasgos, brujas, mal de ojo, difuntos, apariciones junto al cementerio. Aquél es especialista en las chuscadas. Suele, sin embargo, languidecer la conversación. Entonces se acude al rosario. Siempre corta media hora o tres cuartos de hora, dada la lentitud de la pronunciación labriega y los muchos padrenuestros, y se reza con gusto, al amor de la lumbre y en la dulzura de la compañía, que el hombre tanto ha de menester, en toda esfera social. Luego cenan los señores, en la habitación más próxima, en platos de peltre, y a la luz del velón tripico. A su vez sobre la artesa, engullen el pote humeante los criados. Es hora de recogerse...

– Santas y buenas noches nos dé Dios.

Y aunque estén húmedas las sábanas, el calorcito que el cuerpo se lleva consigo ayuda a conciliar un grato sueño.

***

Quedan pocas ya de estas chimeneas de campana vetusta, como la monumental del palacio de Lestrove, que acabo de visitar, y que era la residencia de verano de la Mitra compostelana. Ante la magnitud de tal chimenea, acuden ideas de la vida grandiosa que allí llevaban los prelados, iguales entonces, en opulencia y poder, a príncipes. Nosotros suponemos haber descubierto el arte de vivir deleitablemente, pero estoy segura de que eran más sibaritas, en algunas cosas, nuestros abuelos. Una de las formas de su sibaritismo fué la calma de su existir. Y es la impresión del palacio de Lestrove: calma, reposo. La febrilidad contemporánea no permite saborear cosa alguna, no tolera contemplar despaciosamente lo que se disfruta. Como andamos siempre tan apurados, tan agitados, no calculamos infinitas cosas que se calculaban antes, muy hábilmente: por ejemplo, la situación de una vivienda, para que ni la combata el viento, ni las heladas la acometan; para que esté rodeada de una naturaleza amable, riente, fértil, sana. Todos estos conventillos, casas de recreo de monjes y de obispos, están divinamente emplazados, en lugares apetecibles, y los cerca una vega fértil; hay agua abundante, bosques umbrosos, praderías, viñas huerta frutal. A veces, en estanques magníficos, abundan las anguilas y las carpas: a veces, un río pasa no distante, poblado de finas truchas. El aire, en tales apartaderos, suele correr templado, y oler bien a flores y yerbas silvestres. Los castaños y nogales dan un fruto especial, más sazonado que en parte alguna. Hay un manantial «de rara virtud» al cual se atribuye que se recuerden allí viejos centenarios. Son puntos donde la naturaleza no frunce el ceño, y el suelo, bien afelpado y sequito se deja pisar con gusto...

***

En este palacio de Lestrove, no hay lo que hoy llamamos jardines: algún cierre de mirtos, algún estanque, algún emparrado. Pero alrededor del emparrado, sustenido en postes de piedra, una gran mesa habla de meriendas, de chocolates suculentos, aromáticos, saboreados con solemne golosina, precedidos de almibares exquisitos de monjas, de esos transparentes y áureos, líquido ámbar, y acompañados de biscochones que acaso también se elaboraron por reclusas, con sus manos pálidas, finas, que amasaron la harina y batieron los huevos con igual cuidado que bordaron o plancharon repulgadas pellices y albas rozagantes de encaje. Una larga hilera de asientos, alrededor del emparrado, y adosados a la casa, servían sin duda para que el clero, venido a visitar y hacer la corte al muy reverendo arzobispo, se sentase de un modo perfectamente jerárquico, en silencio, haciendo girar los pulgares y bajando modestamente los ojos, mientras el prelado departía con alguno de ellos, cuya conversación más especialmente le interesaba, ensopando a la vez, en la jícara sostenida por la mancerina de plata, repujada y de elegante forma, el bizcocho esponjado y bañado de blanco azúcar.

Allí se debieron de disfrutar muy regaladas siestas, muy animadas partidas de tresillo, muy apetitosos yantares, muy luminosas mañanas de verano, muy gustosas vendimias de otoño, con lo pintoresco del vino «de propia cosecha» y de las uvas traídas en cestillos frescas y colmados sus globitos de dulce pulpa acuosa. Y todo ello duró hasta que los franceses vinieron por acá, a hacer barrabasadas...

Entonces se pensó en fusiles y pólvora y balas, y empezó el tiempo en que cada día trajo su preocupación, nacional, política, religiosa... Adiós las noches pacíficas alrededor de la gran *cambota* de la chimenea; adiós los *refrescos* en el alegre chascarrillo no estaba vedado; adiós los paseos por el bosque, a las horas de sol, bajo el toldo del follaje, leyendo el Breviario, mientras las hojas hacen su rumorcillo musical, y los pájaros se cuentan amores, afanándose por el nido nuevo. Años ceñudos han llegado; revueltas, luchas, discusiones parlamentarias, guerra civil, motines, asonadas constantes, todo lo que hizo de la primera mitad del siglo XIX una pesadilla sangrienta... Y echados los monjes de sus conventillos, y vendidas las residencias episcopales, se acabó aquella existencia a lo Fray Luis, que en vano hoy se intenta parodiar.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es gran cosa la ciencia, no cabe duda. Cada descubrimiento nuevo nos deja más atónitos. ¿Qué aparecerá mañana? ¿Qué nuevas sorpresas nos reserva el porvenir, y qué revelaciones se preparan tras el velo del santuario, o sea en el silencio de los gabinetes, laboratorios y clínicas? A juzgar por lo conocido, lo desconocido será tan sensacional, que nos caeremos en síncope de admiración.

Por lo pronto, los sabios (este calificativo, como nadie ignora, está vinculado en los que cultivan la Química, la Física, las Matemáticas, la Paleontología y otras ramas semejantes de los conocimientos humanos) nos han dado la grata noticia de que el mundo se enfría, irremisiblemente, y la corteza terrestre se encoge y arruga como castaña pilonga, y la nieve se dispone a erigirnos blanco mausoleo... allá dentro de unos diez mil años, no asustarse prematuramente. Y cuando nos consolamos pensando en que, por ahora, contra el frío, hay chimeneas y estufas, nos notifican que también se está acabando el carbón, que cada vez hay menos leña.

El sol por otra parte calienta menos a cada paso. Al decir a cada paso, quiero significar a cada mil años, o cosa así. Y, como no figuro entre la falange de los sabios, me será permitido declarar que, no teniendo yo mil años aún, se me figura que el sol arde menos actualmente que en mis mocedades. ¿Es aprensión? ¿Era la juventud «divino tesoro», lo que hacía efecto de sol? Ello es que mucha gente asegura lo mismo... Los inviernos son más rigurosos, llueve más, llueve a cántaros, hacia abajo y hacia arriba. No sé si esta culpa hay que achacírsela a Febo, o a algún otro dios mitológico, pero todo ello ayuda a arraigar la creencia de que el planeta se enfría. El foco de sus entrañas va perdiendo intensidad. Y rara vez los volcanes encienden su pipa y la fuman con cuidadoso anhelo. En cambio, los terremotos frecuentes parecen indicar que se contrae la «corteza» de la madre Tierra. No es un conflicto tan urgente como pagar el impuesto de inquilinato o la territorial, y no obstante indica que el globo es mortal, como sus habitantes...

A bien que ahí está la ciencia para ofrecernos sus consuelos una vez más. Por si falta qué comer a la humanidad, uno de esos señores cuyo nombre está erizado de consonantes nos entera de lo sencillo que es reemplazar los alimentos, bifteos, patatas, etc., con algo hasta bonito y poético: rayos de luz; los rayos ultravioleta. Por medio de estos rayos, que contienen todas las substancias alimenticias, se criarán productos tan sabrosos y reparadores como los que hoy se venden en mercados y se sirven en fondas. En vez de pedir una libra de filete, se pedirán quinientos gramos de rayos ultravioleta, de lo más ultra, y bien pesaditos. Y habrá que ver las pantorrillas que echarán los consumidores de tan manteca-so plato.

Ya otra vez leí no sé dónde, en alguna revista con ínfulas, que estaba descubierto el modo de comer sin comer, o punto menos, y que unos cubitos de substancia concentrada, llenos de virtudes y libres de toda impureza que puede dejar residuo en los intestinos iban a destronar a los garbanzos y los pollos, a los peces y a las pastas de Italia en sopa... Con un par de cubitos, uno por la mañana y otro por la noche, cátate a una persona sostenida y fuerte como un toro, hasta el día siguiente, en que otro cubito proporciona suculento almuerzo, sin haber menester sirvientes, ni mesa, ni plato, ni cuchillo... Hay que repetir que tal sistema sería ideal. Aunque no suprimiese los residuos consabidos, suprimiría las cocineras y cocineros, y con ellos gran parte de las tribulaciones de la vida doméstica. La idea de los cubitos abre infinitas perspectivas, todas mágicas. Me imagino unos inmensos laboratorios, donde un ejército de sabios, semisabios y pinches de sabiduría confeccionen esos cubitos, cargando la mano con lo que más convenga a la salud de los clientes, dando cubitos de verdura y pescados blancos a los artríticos, cubitos de carne roja a los tuberculosos y anémicos, cubitos de leche a los niños, y hasta de coñac a los aficionados a empinar el codo. Surge una esperanza magnífica: ¡pero si con los cubitos no habrá males!, ¡si los males se crían en el estómago y en el vientre, de imperfectas digestiones, de envenenamientos de la sangre por los residuos consabidos! En poniéndose al régimen de los cubitos, donde se contendrá lo asimilable, útil y sano de todo alimento, descartado lo dañino, se acabaron también médicos, remedios, boticas, aguas minerales, y otros accesorios del sainete fisiológico y patológico de la vida.

Espero, pues, con el interés que cualquiera adivina, a que se vendan en alguna parte esos cubitos maravillosos, y alguien me cuente que está a cubitos, y que le va tan ricamente. Por ahora, nada he vuelto a saber del gran invento.

En cambio (¿puede decirse así?) empiezan a llegar, hasta Madrid por lo menos, ciertos preparados de efecto especial. En el afán que a todo el mundo le ha entrado por cuidarse, por vivir muchos años, ha dado en correr una conseja poética de la longevidad de ciertos pueblos de Europa y Asia. Parece que esos búlgaros, a quienes Pedro Loti acaba de cantar las verdades del barquero, se viven sus cien años tan fácilmente como aquí se alcanza a los cincuenta o sesenta, y lo deben al famoso «fermento», que les limpia las cuevas donde florecen los malos microbios, que nos emponzoñan. En vista de lo cual, se ha tratado de averiguar cómo tal fermento se produce, y en Madrid lo hacen, sin que yo me atreva a afirmar que exactamente igual al búlgaro, no porque desconfíe en lo más mínimo de los señores que lo fabrican y expenden, sino porque la filosofía escéptica aconseja conservar siempre una leve picazón de duda respecto a cuantas cosas existen en este bajo mundo. Sea o no idéntico al que almuerza el Zar Fernando, el fermento que se vende en Madrid es grato al paladar (hablo del *Yugur*, no del *Kefir*), y peligroso para el bolsillo, pues cuesta bastante, si se ha de tomar en proporciones curativas.

No me figuro, sin embargo, que aumente el número de los centenarios por la introducción de estos fermentos (que tal vez, en Bulgaria, se hagan con leche de yegua). El género de vida, el clima, tantas cosas influyen en este problema de la longevidad, que siempre los búlgaros tendrán más probabilidades de llegar a los ciento y pico, que los ultra-civilizados como Loti, que han sentido demasiado la vida y las ideas, removido con exceso el poso de las tristezas de la civilización.

Y en cuanto régimen original y modernista..., háblenme ustedes del Dr. Hugonencq, decano de la Facultad de Medicina de Lyón.

Modernista... a fuerza de antiguo; porque ese régimen, infalible contra toda enfermedad del estómago, es el primitivo, probablemente, que ha seguido la humanidad, cuando vagaba, errante y nómada, en busca de condiciones de existencia, al través de valles y montes, o siguiendo el curso de los ríos, poco después de haber aparecido en la superficie de la tierra, en la cual ya no habitaban monstruos como el que acaba de regalarnos (al menos su exacta reproducción) el millonario Carneggie. Todavía hoy siguen el régimen del doctor legionense no pocos hombres, en comarcas aun salvajes, y cuando se descubrió el Nuevo Mundo, el régimen persistía, no ya impuesto por la necesidad, sino por el rito religioso, y ¿quién sabe si por la gula? El doctor autoriza esta hipótesis, al decirnos que la carne humana tiene un sabor más exquisito que la de ternera, cerdo, vaca, gallina, perdiz, y que todos los salvajes que han comido de estas últimas, las han desdeñado si antes comieron carne de sus semejantes.

Ya lo oyen ustedes: para curar la dispepsia nada como esa alimentación especial, que tanto facilita las funciones digestivas, y es la más saludable de cuantas se conocen.

Yo no sé por qué conexiones, que me ocurren sin querer, este doctor me trae a la memoria a los reos de Gádor, los que sufrieron pena de muerte por haber sangrado a un niño, con cuya sangre y mantecas esperaba curarse un tísico, bebiendo la una y siéndole aplicadas al pecho las otras. No sé si hago una ofensa a la Facultad de Medicina de Lyón comparando a su decano con aquellos rudos labradores que creyeron en tal específico; pero se me figura que pertenecen ambos remedios a la misma terapéutica, revestida en Lyón del aparato imponente de la ciencia dominadora, y envuelta en Gádor en las nieblas de la superstición más negra y medioeval.

Se pierde la imaginación en conjeturas, para inferir cómo ha podido el doctor hallar la demostración experimental de su régimen curativo. Al decir que le había llamado la atención que no hubiese enfermos del estómago entre los caníbales, parece dar a entender que residió algún tiempo entre ellos, y no se explica uno cómo no le utilizaron para un asado envuelto en hojas de banana, procedimiento el más recomendable para el costillar o la riñonada de hombre blanco. Y puesto que lograse el doctor cerciorarse de que verdaderamente los antropófagos no sufren piroxis ni gastralgia, ¿en qué forma pudo adquirir que los blancos, comiendo del mismo manjar quedan libres de iguales achaques?

Generalmente, cuando leemos en relatos de naufragios y hambres calagurritanas de sitios de ciudades, que se ha apelado a la última extremidad, añaden que el horrible manjar ocasionó enfermedades a los que tuvieron el valor de gustarlo. Ya sé lo que el doctor objetará: ¿y en los tiempos primitivos? ¿Acaso no era uso corriente la antropofagia? ¿Y en los países donde se practica, y en los que tanto se practicó? ¿acaso es sabido que originase desórdenes en el organismo?

Yo confieso que, efectivamente, la costumbre puede borrar las repugnancias, y así como en el sitio de París los más refinados comieron caballo, mulo y peores cosas, la necesidad extrema puede llevar a otros actos que escalofrían. Y hasta voy a concederle a este señor que la carne de racional sea bocado de príncipe. En esto andan conformes los testimonios: somos muy finos y apetitosos en la sartén o en el asador. La cuestión es de otro género, y del dominio de la psicología. Por delicioso que sea el manjar, la gente está desacostumbrada. Para habituarla, habría que destruir una serie de ideas, de las cuales está formada la substancia de nuestro ser íntimo. Creemos que tenemos un alma, una conciencia, un deber de fraternidad con todo hombre; y esto no lo creemos tan sólo porque somos cristianos: esto es el avance, la conquista de todas las civilizaciones, contra todas las barbaries, desde mucho antes de la venida de Jesucristo. En la antigüedad pagana, la Musa – otra conquista del hombre – enseñó a reprobar y condenar el viejo rito, al hacer objeto de horror el festín de Atreo, donde hubo un plato que tal vez el ya citado doctor recomendase a sus clientes.

El rito espantoso fué desterrado, en nuestro Continente, desde los tiempos heroicos de Grecia. Le estaba reservado a la ciencia renovarlo.

Una vez leí una graciosa paradoja a propósito de este punto concreto (¡y tan concreto!) que no tenía otro defecto sino confundir los frenos, y querer demostrar que la antropofagia y la guerra son una misma cosa. Decía el paradojista que realmente los humanos no habían comprendido nunca el sentido de la creación. Cuando fuimos creados, la providencia, o la naturaleza, o vaya usted a saber, nos facilitó la vida del modo más sencillo y práctico, poniendo a nuestro alcance el medio de subsistir sin trabajar. Para los niños, previno alimento con la leche de las madres; para los adultos, en los cuerpos de los que mueren, o que están a punto de morir, a quienes se puede sacrificar ya sin escrúpulo. Así, el hombre viviría del hombre, y no tendría que arbitrar incesantemente recursos de nutrición; así, no se vería el caso, mucho más cruel que la antropofagia, de que un individuo de nuestra especie se muera de hambre...

Y yo temo que el doctor, de fijo con muy buena intención, origine con su teoría una serie de crímenes espeluznantes. Si dan por ahí en creer que, en efecto, es una panacea el manjar inicuo ¿quién sabe lo que podrá ocurrir? ¿Y quién sabe si, tentado por el genio de la codicia y de la gula, volverá algún pastelero a confeccionar aquellos célebres pasteles, que en Madrid, en el siglo XVII, todo el mundo se disputaba, y que – *horresco referens!* – eran del régimen del Sr. Hugonencq?

¡Dios nos asista, y el glorioso San Lorenzo, que asado en la parrilla murió, nos libre de comidas extrañas!

La Condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Será muy frívolo el asunto, pero se me ocurre hablar un poco de modas; es decir, de la moda femenina.

Cuentan que a un presidiario, que consumió treinta años de vida en la reclusión, pero que, habiendo delinquido muy joven, taló todavía en edad de mirar con ávidos ojos al bello sexo, le preguntaron, curiosamente, qué era lo que más le había llamado la atención al volver al mundo, y respondió:

– El cambio en la silueta de la mujer.

Sin haber transcurrido tan largo plazo, la silueta actual de la mujer tiene mucho de sorprendente.

A bien que en los decretos modistiles hay una parte que será letra muerta. Me refiero a la actitud de Santas Isabeles en la Visitación, que, según los figurines, deben adoptar las señoras. Quiere el *chic* que se saque un puntiagudo abdomen, y el resto del cuerpo parezca como de pelele, desmadejado y lánguido; y me acuerdo de la broma que le gastaban allá en Santiago de Compostela a cierto estudiante, larguirucho y desgarbado como el solo:

– Recoge esa pierna, que se te ha caído en aquel rincón.

Para simular mejor el estado en que las madres hebreas entonaban cánticos de gozo, agradecidas a que pudiese en su seno formarse el Mesías o su estirpe, véndense en París unos postizos originales. ¿Os acordáis del polisón? Pues... lo mismo, sólo que todo lo contrario. Nadie negará que de esta moda, pueden surgir varios compromisos, a cuál más graves. Figurémonos a una señorita recatada y pudorosa, al frente de su postizo. ¿Qué recurso la queda, cuando miradas maliciosas y picarescas guiñen hacia su talle, digámoslo así?

Hay una regla infalible en materia de moda femenina. La forma del cuerpo debe siempre ser respetada, y sus líneas naturales aparecer, al través de la ropa, ni exageradas, ni borradas, ni adulteradas de ningún modo. Y este ideal no lo he visto realizado nunca, sino en el año de 1889, en la Exposición de París. Aquel año único, el talle estaba en su sitio, las mangas ni eran flojas ni apretadas, las faldas ni largas ni cortas ni anchas ni estrechas, los colores armoniosísimos, los sombreros airosos sin extravagancias, los abrigos de una forma artística y racional a la vez, el calzado elegante sin incomodidad, las sombrillas un encanto, y todo, en suma, hecho de molde para realzar los atractivos de las hermosas y no recargar la fealdad de las feas, siempre en mayor número...

Bien pronto se rompió aquel equilibrio feliz. Empezaron a crecer, de un modo desaforado, las mangas. ¿Os acordáis de la crisis de las mangas? Tres metros llevaban, siendo cortas hasta el codo. No se cabía en ningún coche; no se podía conversar fácilmente con nadie, a no ser de frente, porque los globos, que así se llamaban, eran inflados, y abultaban mucho más que el tronco.

Más tarde, bastante más, sobrevino otro acceso de locura: las dimensiones de los sombreros. Esto, reciente, nadie lo ignora. No había dónde guardarlos, y en los teatros originaron verdaderos conflictos. Hasta surgió su cuestioncita de orden público. En España, fué necesario que subiese al poder D. Juan de la Cierva, para que los espectadores viesen el espectáculo, y no una pluma, un ala de terciopelo, un monte de gasa, piel y flores.

Pues todo esto es tortas y pan pintado. Ahora se discute acaloradamente el asunto de la falda hendida, que deja ver... los remos, como irrespetuosamente dijo alguien, por no emplear palabra algo más sugestiva.

No existe justicia en la tierra. Hará dos años, la falda pantalón amotinó a la gente. Pues bien, la falda pantalón era honesta, era decorosa. Lo más que se podía ver en ella era una reivindicación feminista, un algo no tan radical como el sufragismo, pero que trataba de afirmar el derecho de la mujer a andar aprisa por la calle, a ir cómoda. Para la moral, ningún riesgo. No se dirá otro tanto de la falda hendida al costado, o yo no entiendo de estas filosofías. Y la falda hendida al costado pasa sin provocar ninguna manifestación escandalosa.

Claro es que no la aceptan todas, ni aun la mitad de las señoras, al menos según lo que puede verse en las calles, pues yo no he empezado a ir a sociedad todavía; y parece que en bailes y saraos es donde más se exhibe la falda rajada, con sus indiscreciones parciales, peores que si fuesen francas revelaciones.

Permítaseme hablar como artista. Por lo menos, la falda rajada no es fea. Procede de Grecia, y trae la patente de su origen. No puedo comparar esta falda, todo lo inconveniente que ustedes gusten, con el postizo de que hablamos antes, y que remeda una situación respetabilísima, pero antiestética.

Algunas extravagancias más se anuncian, y son derivadas del decadentismo artístico: son caprichos arqueológicos. Dícese que se van a usar, además del coturno helénico, las sandalias y los anillos de pedrería en el descalzo pie. ¡Oh inquietadora princesa de Judea, Salomé la pálida, y qué estragos estás haciendo!

También me huelen a arqueología las pelucas de colorines. En Roma, se usaron, y dan testimonio de ello los bustos del Museo de los Antiguos. Una cabellera azul será quizás originalmente decorativa en un rostro muy hermoso; si rodea uno marchito, de un óvalo mal dibujado, de facciones nada puras, parecerá la señora grotesco Pierrot.

No tengo noticia de que, hasta la fecha, hayan hecho irrupción en Madrid estas pelucas modernísimas. Es más: si vienen, creo que se las recibirá como antaño se recibía a los Santos Reyes: con una cencerrada. Son estos antojos cosa muy parisiense, y de ciertas esferas de París. En la populosa ciudad hay una minoría de estrambóticos, compuesta, en su mayor parte, justo es decirlo, de extranjeros, gente más o menos auténtica, más o menos adinerada, que huye de su patria en busca de algún sitio donde despacharse a su gusto. Nadie les pregunta, en París, ni su pasado ni su verdadera condición social. Es el mundo *interlope*, que naturalmente se diferencia del mundo elegante y escogido, del verdadero gran mundo, aunque eventualmente se roce con él. Es el plantel de las neuróticas, de las morfinómanas, de las... Tente, pluma, porque la enumeración es peligrosa. Y sobre esa capa de dorado estiércol es donde se cultivan los hongos de la extravagancia, las modas imposibles, los pugilatos de osadas rarezas. Hay, en ese mundo, señoras que han convertido su dormitorio en pagoda india, alumbrada por la misteriosa luz de las pupilas de un ídolo, un Buda o vaya usted a saber qué monigote. Las hay que duermen, como en otros tiempos Sara Bernhardt, en un elegante y muelle ataúd, acolchado de raso. Las hay que se cuelgan del techo, por medio de un mecanismo, y las hay que van, como haciendo una gracia, a pasarse la *soirée* en *brasseries* o tabernas infestadas de apaches, gozándose en la barbarie civilizada de asesinos y ladrones...

De gustos y colores no discutamos. Y, además, sepamos ver en todo ello una *pose*, el anhelo de notoriedad, obtenida por cualquier sistema, cuando no se puede aspirar a conseguirla mediante merecimientos propios, o dones extraordinarios de la naturaleza y la fortuna. Ya, sin embargo, nadie o casi nadie se preocupa, en París, de las excentricidades de nadie. Tendrían demasiado trabajo, si se preocupasen, la policía y la opinión.

Encierra sin embargo un inconveniente este fenómeno social: y es que, desde afuera, creyérase que representa un aspecto importante de París, cuando no es sino una excrecencia o berruga en su fisonomía verdadera. Por lo mismo que no podemos ver en la insensatez de unos cuantos desequilibrados sino una mueca pasajera (estrechamente relacionada, por cierto, con la literatura) de las costumbres, es lástima que esa mueca grotesca sea tan visible, aunque, al fin y al cabo, se tome a risa.

***

En algunas de las calles más céntricas de Madrid, acabo de ver un cuadro curioso.

Alrededor de un establecimiento de crédito, el Banco Hispano Americano, se agolpaba compacta muchedumbre. Un rumoreo apasionado, tempestuoso, una resaca violenta, sacudían a esta multitud, agitada y casi amenazadora. ¿Será cierto que la voz de alarma se originó de una broma de club, de una de esas *cobas* que brotan de la alegría de sobremesa para mistificar a alguien? ¿O más bien tuvo cualquier fundamento el susto que se revelaba en los rostros, que se traducía en las exclamaciones y en las actitudes? Sólo podrán responder a esta pregunta los iniciados en los altos misterios de la *finance*, entre los cuales no me cuento. Lo positivo fué que las acciones de este Banco habían bajado dieciocho enteros en Bolsa, cifra tremenda, y los que impusieron en él sus fondos corrían a recogerlos. Una cola formidable, naciendo en la Carrera de San Jerónimo y estacionándose frente a la Equitativa, se desarrollaba hasta la Puerta del Sol. Millones de pesetas habían sido pagados: felices los primeros que lograron presentar sus resguardos y recoger lo depositado o colocado en cuenta corriente... Libres de la ansiedad, respiraban, mostrando en los semblantes la satisfacción del problema resuelto.

Y yo, entre las oleadas de aquel gentío, pensaba en un aspecto de este caso: en que se está creando en España el mismo elemento que ha salvado a Francia de su total ruina, en la catástrofe de 1871: el núcleo de «pequeños rentistas» que están interesados en que reine el orden y los negocios sigan su curso normal...

Hasta no ha muchos años, pasaba por hombre de ideas arriesgadas el que imponía en Bancos su dinero.

Si aparecía una doña Baldomera, una intrigante mañosa, conseguía atraer a los incautos con el cebo de un tanto por ciento inverosímil: pero, a la vez, el mecanismo de los grandes establecimientos de crédito alarmaba a los mismos que eran capaces de fiarse de una aventurera. Aquellas oficinas donde docenas de empleados, atareados, hacen números y atienden al público; aquellas cajas serias, respetables, de madera y cristal; la leyenda de los subterráneos donde se guarda el oro a montones; lo imponente y grave de la *mise en scène* del dinero, producían una impresión de pavor, la sensación de desposeerse de lo que allí quedase, a cambio de un pedazo de papel. Poco a poco, de los escondrijos de las arcas, de las huchas caseras, de los soterramientos bajo un ladrillo, empezó a salir, medroso, acortado, el ahorro de la clase media, y fué afluyendo a los Bancos, y acostumbrándose la gente a los talonarios, a ese nuevo papel-moneda, tan cómodo para pagar: fué comprendiéndose la tranquilidad que presta el no tener en casa capitales, que pueden los ladrones domésticos o de fuera confiscar en beneficio suyo... Y los Bancos empezaron a prosperar, y a rediviar, y a facilitar algo la circulación del capital, paralizado en rincones y oculto bajo vigas. No se crea que esto es una leyenda. He sabido de familias que, a la muerte del padre, hallaron un piano relleno de onzas peluconas.

Y por eso es gran lástima que ocurran casos como éste del Banco Hispano Americano, que atacan a la confianza que debe existir en los organismos llamados a facilitar las transacciones y a crear esos «pequeños rentistas» tan útiles. No hay Banco que resista, si en un día le reclaman casi todo su activo.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se piensa en el abanico, nos circunscribimos a lo que por abanico se entiende comúnmente: el de varillas, que puede cerrarse y abrirse. Sin embargo, la idea de agitar el aire para procurarse fresco es tan antigua, probablemente, como la raza humana, y una de las varias cosas que establecen su supremacía sobre las razas animales, aunque el mono imite muy bien la acción de abanicarse, cuando la ve realizada por el hombre. En los países de Oriente y en el África, fué el abanico, no sólo un preservativo contra el calor, sino un signo de autoridad y poder: esclavos solícitos cuidaban de defender del sol y abanicar a los personajes, guerreros y monarcas, con esos abanicazos grandes, de pluma, que se ven en los jeroglíficos de las Pirámides, y en otros textos arqueológicos. Restos de esta forma de la etiqueta antigua persisten en algunas cortes, y en Roma, cuando el Papa es llevado en *silla gestatoria*, al través de las naves de San Pedro, sobre su cabeza revuelan los grandes flábulos de blanca pluma, que hacen el efecto más decorativo.

Pero obsérvese que este abanico sin varillas es tan masculino como femenino: responde a una necesidad común, a la cual se debe su invención. En el abanico de varillas hay algo menos o algo más: una cosa personalísima de la mujer: la coquetería, el encanto que emana de lo femenino, e imprime su carácter al arte.

Procede, sin embargo, el abanico de varillas de países donde, desde tiempo que no podemos precisar, también era usado indistintamente por mujeres y hombres. No debió sin embargo interrumpirse la fabricación de los abanicos que llamaré mangados, puesto que en dos de asunto chino, de mi colección, los encuentro: en el uno, que representa al emperador y la emperatriz solazándose en sus jardines entre músicos, bufones, danzarinas y magnates, dos damiselas hacen ondular, sobre sus cabezas, enormes abanicos de alto mango; y en otro, una dama sostiene graciosamente un abanico rabicorto, del tipo conocido por *pay-pay*.

En la época de los Médicis y los Valois, el abanico es, según puede apreciarse en los museos, un objeto precioso, de alto valor: una placa redonda de oro o plata, de cerco a veces enriquecido con perderías o cincelado admirablemente, y bruñido el disco para servir de espejo, o una luna, rodeada de plumas. En aquel tiempo, hay otras muchas clases de abanicos: el de veleta o bandera, el de plumas solas, un penacho multicolor, con mango de oro o plata, y colgado de la cintura por medio de un cinturón también de metal, del cual pende una larga cadena.

Siendo el abanico plegado de origen asiático, en los abanicos de Luis XIV y Luis XV, y aun en los de María Antonieta, se encuentran a cada paso huellas de este influjo, y andan los chinos y chinitas por todas partes.

En tiempo de Luis XIII se usaba ya el abanico plegado, pero quedan de esta fecha tan contados, que el Sr. Lambea, yerno de aquel Serra por cuya casa han pasado, o a restaurar o a vender, los mejores abanicos de España, me aseguró no haber visto sino dos en su vida. El que yo poseo, lo tengo por una feliz casualidad: cierta dama inglesa, perteneciente al cuerpo diplomático, lo tenía ya adquirido; pero hubo de salir de Madrid, acaso precipitadamente, y no recogió su adquisición, que no estaba pagada todavía. El anticuario, honradamente, resistió un año a mis proposiciones, por respeto a la palabra empeñada, y sólo transcurrido ese plazo consintió en que yo recogiese la prenda. Es un abanico de suma elegancia, pero de muy escaso adorno: sobrio hasta lo sumo. Nótase en los padrones la influencia asiática a que antes me referí: dos figurillas chinas los guarnecen. El varillaje, finísimo, ostenta el típico claveteado, aquí de oro, que se prolonga hasta bien entrado el período de Luis XIV, y tiene esa delicadísima estrechez que también persevera bajo Luis XIV, aunque ya un tanto alterada. El paisaje, por el anverso, representa los jardines de Armida, con sus fuentes, palacios y toldos de ramaje al estilo italiano, y el peinado y traje de Armida y de la otra dama que en gentil barquichuelo guiado por el Amor, boga por el estanque lleno de mágicas fuentes, en traje y peinado son una mezcla de mitología y actualidad (la de la moda de entonces). El reverso dice también la fecha del ejemplar: parece una tapicería de ese tiempo.

Si los Luis XIII pueden considerarse abanicos muy raros, los Luis XIV abundan. Son, al principio, semejantes a los Luis XIII, en lo largos, en lo delgado de las varillas, en cierta escasez de adorno, que no excluye la riqueza; pero ya hay en ellos más complicación. Las pinturas italianas son bellísimas.

Siendo muy largo el reinado de Luis XIV, en él sufre el abanico una evolución, siempre en acrecimiento de su riqueza y lujo, ya que su elegancia nunca podrá superar al Luis XIII.

De los ejemplares más típicos del Luis XIV considero los llamados de *piel de negro*. Una leyenda los rodea; según esta leyenda aterradora, esa cabritilla de grano algo grueso es verdadera piel humana. Yo he visto, en la Exposición de 1900, libros encuadernados en piel humana; tiene el mismo grano, en efecto, pero así y todo no puedo convencerme de que ningún negro haya sido desollado para formar con su dermis y epidermis países de abanico.

En las mejores épocas del abanico, su asunto predilecto es el amor, visto al través de la mitología, o de la fábula literaria. Si es cierto que los Padres misioneros trajeron el abanico de varillas, acaso se arrepintiesen de haber aclimatado en Europa tan profano y galante objeto. Al sucederse dos reinados en que la mujer domina; en que, cada vez más, sus gracias, sus seducciones, enredan la política y contribuyen a la perdición del antiguo régimen, el abanico se convierte en cetro de las favoritas. Aparece el abanico justamente cuando la influencia femenil se hace omnímoda; cuando las damas, primero frondistas resueltas e intrépidas, luego girasoles del radiante sol de Luis XIV, son el resorte de la vida social. Para ellas se construyen los palacios espléndidos, y se celebran las fiestas y saraos y banquetes y cacerías que darán tanto esplendor a la corte del Rey Sol, hasta que el aburrimiento y los achaques le hagan acogerse a la sombra dulce de las tocas de lino de Madama de Maintenón. Aun hastiado y viejo, la mujer es el eje de su vida, la clave de sus actos, el secreto imán que le guía. En su edad viril, viaja en dorada carroza, enorme, en la cual toma asiento entre la favorita de hoy y la de mañana; las cuales, rabiando de celos y de cólera, darían tormento al abanico, que no se les caía de las manos, y que a poco más sería esgrimido como frágil arma.

Así, el emblema del Rey, aquel Sol cercado de rayos deslumbradores, figura desde muy temprano en los bellos abanicos de esta época. Un raro varillaje que poseo, y al cual, por uno de los golpes de suerte que a veces, en medio de tantas decepciones, favorecen a los coleccionistas, he podido encontrar el paisaje más adecuado, ostenta, en medio de delicadas caracolas y pájaros extraños, el emblema de la gloria del monarca francés, aquel astro que hizo palidecer el que no se ponía en nuestros dominios.

Ante todo, obsérvese una circunstancia. Si hemos de atenernos a una de tantas leyendas como corren acerca de nuestro modo de ser nacional, el abanico es prenda que sólo sabe manejar la mujer española; algo como la mantilla, nuestra exclusivamente. Triste será confesarlo, pero no sólo la fabricación de los abanicos nace en Francia y en Italia, sino que en la suntuosa corte francesa es donde se han usado con mayor elegancia y picardía. España, es cierto, ha democratizado el abanico; las manolas lo han rasgado en sus cóleras tempestuosas; pero, al popularizar un objeto, forzosamente pierde dentro del arte; el abanico estético tiene que ser aristocrático. Hacer del abanico una joya hereditaria fué obra de los países donde el refinamiento llegó a todos los objetos de tocador y de indumentaria femenina.

Generalmente, cuando se habla del abanico de lujo, se piensa en el nácar incrustado de oro. Este estilo es del reinado de Luis XV. Los de Luis XIV suelen ser de marfil, muchas veces claveteados de tachuelillas de plata, con incrustaciones de nácar, y a veces, con toques de pintura; también los hay de concha, negra y rubia, igualmente claveteados, con figuras de plata en el varillaje. Claro es que nunca caben afirmaciones exclusivas en materia de abanicos, pues entregados a la inspiración individual de los pintadores, el capricho y la novedad son su gala. Así, siendo el abanico Luis XIV generalmente prolongado, yo he visto uno de reducido tamaño, como los de la época de Cristina, y hasta en la casa de Serra existe uno que medirá de seis a siete centímetros de altura; probablemente un juguete de niña.

Las pinturas y esculturas japonesas y chinas que aparecen en los abanicos de esta época y posteriores, son generalmente obra de artistas occidentales, que pagan así su tributo a los países originarios del abanico de varillas.

De algunos años a esta parte, los abanicos antiguos, que eran muy baratos, relativamente, allá a mediados del pasado siglo, han pegado un salto (como le ha sucedido a todos los objetos de arte, en general, y acaso más a éste, por la facilidad de su transporte). Puede afirmarse que ha cuadruplicado o quintuplicado su coste.

En Madrid existen colecciones muy valiosas: la de la Duquesa de Fernán Núñez, la del Duque de Alba, la de la Infanta Isabel, la de la Princesa Pío de Saboya, la de la señora de Zayas, la de la Condesa de Münter, etc.

Y ¿por qué – me lo preguntado un periódico satírico – se me ocurre hablar del abanico, cuando *gozamos* de noches de trece bajo cero?.. Porque las Conferencias que me ha encargado el Ministerio de Instrucción Pública versan sobre el abanico..., y en el salón de actos del Ateneo, las noches en que cumpla este encargo, el abanico no estará de más...

La Condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En este momento, *Parsifal* es actualidad en toda Europa.

Lo es hasta en este Madrid, tan poco ávido de novedades artísticas, y tan opuesto, en un principio, a las revelaciones de la música de Wágner. Puede afirmarse que Wágner ha conquistado muy poco a poco a los madrileños; tan poco a poco, que hará más de cuarenta años que aquí se oyó la primera ópera del mago de Bayreuth, cantada, si no me equivoco, por Tamberlick. Se llamaba la ópera *Rienzi: piace* en el olvido; era de estilo más bien italiano, y no gustó poco ni mucho. Medio siglo casi tenía que correr antes de que el wagnerismo dominase a la corte de los Felipes, a la villa del oso y del madroño (como todavía le llaman algunos cronistas rezagados).

Excepto *Parsifal*, toda la obra del maestro se ha ido estrenando aquí, con más o menos fortuna. *Lohengrin*, sin duda, fué lo que más ayudó a reconciliar con la «música alemana», que no era de Meyerbeer, ni de Mozart, al paraíso del Teatro Real, aeropago temible para todos los cantantes y compositores del mundo, porque se compone de verdaderos aficionados, severos, intransigentes, que no se rinden a la consigna de la *claque*, y conservan y afirman la independencia de sus juicios, rara vez desacertados, contra la indiferencia y la sordera elegante de palcos y butacas, que no se cuidan del espectáculo, sino de lucir y mirar *toilettes*, y mosconear maledicencias.

De obra misteriosa y saturada de germanismo, pasó *Lohengrin* a ser cosa popular, familiar, casera. Varios tenores triunfaron, por cantar el archifamoso «cuento» en español (lo cual por cierto no me ha convencido jamás). Al amparo de *Lohengrin*, y también del caballero *Tannhauser*, enamorado a la vez de la diablesa Venus y de Santa Isabel de Hungría, el wagnerismo tomó alientos. No hemos conseguido sin embargo los aficionados legítimos lo que sería nuestro ideal: la temporada wagneriana, en que nos den seguidas las obras del maestro, empezando por *El barco fantasma* y acabando por *Parsifal*. Nos han dejado, como suele decirse, a media miel, en lo relativo a la tetralogía. Pocas veces hemos visto alzarse la cortina para escuchar *El oro del Rhin* y *El ocaso de los dioses*. Algo más se oyó, *Sigfrido* y *La Valkiria*, pero no mucho. Y, en la larga temporada del Real, lo que más abunda son siempre las *Sonámbulas*, *Lucías*, *Puritanos* y otras obras cuyo mérito e inspiración no ha de negarse, pero que tienen derecho a que no les zarandeen demasiado sus viejos huesos románticos, de 1830 a 1840.

***

Parsifal ha dado lugar a curiosos incidentes. No se sabía cómo ingeniarse, porque la representación dura demasiado. Y yo, que soy apasionada de Wágner, me apresuro a reconocer que, en efecto, dura demasiado esta su obra maestra y maravillosa. El sentido de la proporción es una cualidad latina, que le faltaba al gran germano. Tengo el valor de mis convicciones, y como lo pienso, lo digo. Si Wágner hubiese practicado este precepto de estética general, la proporción, nadie dejaría de inclinarse extático ante él.

En *Parsifal* hay dúos o diálogos que son excesivamente prolijos, y dirían lo mismo si fuesen cortos. Casi toda la parte de *Gürnemanz* adolece de este defecto de prolijidad y lentitud. Y para no entretenerse en demostraciones, no tenemos que saber sino que, durando la mayor parte de las óperas tres horas con entreactos, la representación de *Parsifal* no puede durar menos de seis, larguitas de talle.

La empresa del Real, ante este problema, acudió a consultar al público. Yo creo que la consulta fué una fórmula: pero que, al enviarnos los papelitos o boletines donde habíamos de inscribir nuestra opinión los abonados, la Empresa tenía resuelto de antemano, cualquiera que la respuesta fuese, dividir el espectáculo en dos partes; la primera, por la tarde, con el primer acto, y la segunda por la noche, con los otros dos. Así se daba tiempo a los espectadores de que vayan a cenar a sus domicilios, y regresen. Y los que no quieren realizar este viajecillo, o viven demasiado lejos, pueden cenar allí mismo: el *Ideal Room* tiene instalado el restaurante.

Como se ve, todo ello constituye una singularidad y casi una anomalía, dentro de las costumbres madrileñas. No hay aquí hábito de comer de fonda, al menos con la familia, y las ocho pesetas por barba, sin ser ningún abuso, dada la circunstancia, hacen cosquillas a la mayor parte de las bolsas. Volverse a casa, cambiar de traje, gastar en coche, tampoco tiene decididos partidarios. Un sentimiento de mal humor acompaña al placer.

– Hoy habitamos en el Real, dicen las señoras, algo contrariadas.

Y todos comprenden que esta situación no durará mucho, y que vendrán los inevitables y sacrílegos cortes, todo lo sacrílegos que se quiera, impuestos por la necesidad contra la cual no hay razón...

Se objeta que, en el extranjero, en Bayreuth, es ya corriente este entreacto manducatorio. Y no puede negarse; y tampoco se niega que las costumbres varían según las latitudes, como juiciosamente observaron nuestro Hervás y Panduro, y el ajeno Montesquieu. Lo que es verdad aquí, bien puede no serlo acullá.

Por ahora, no obstante, el público ha tomado la innovación con buen humor. Veremos cuánto tiempo persiste en él.

***

En *Parsifal* hay que considerar dos cosas: el poema y la partitura. Como siempre sucede en la obra de Wágner, el libreto está a la altura de la música. Para escribir estos libretos admirables, Wágner no ha empleado más que un procedimiento: no inventar; limitarse a aprovechar la tradición y la leyenda, desentrañando, con la poesía y la música, su oculto simbolismo. Para Wágner, como para Baudelaire, el mundo es una selva de símbolos, y voces misteriosas los murmuran, saliendo de los árboles centenarios de esa selva.

Recordad las obras del maestro. *El barco fantasma* es una conseja de hilanderas aldeanas, con la cual entretienen la velada, al amor de la lumbre. *Tannhauser*, es una superstición popular, cuyo origen se remonta a los tiempos en que las tribus bárbaras recibieron el cristianismo: un templo dedicado a Venus, y convertido como otros muchos en santuario cristiano, lo cree el vulgo sencillo habitado por el antiguo ídolo, encarnado en el demonio de la sensualidad, Venus, que encanta en su cueva a uno de los *minnesinger* del certamen de la Wartburga. Las leyendas y viejos poemas del Caballero del Cisne, dieron origen a *Lohengrin*. Otras fábulas del cielo bretón crearon a *Tristán e Iseo*. La mitología germánica, los primitivos cultos tribales, confusos y grandiosos, los muertos dioses de las espesas selvas y montañas, Wotan, Freya, Thor, los Nibelungos, el período de los héroes, las Valkirias, fueron la tela sobre la cual está bordada la tetralogía. Y, por último, en *Parsifal*, hizo Wágner algo más sencillo: tomó por fuente de inspiración los dogmas y los ritos de la Iglesia Católica; la Redención por la Sangre, la Eucaristía. *Parsifal* es una Misa; no cabe idea más humana ni más genial.

Por cierto que en la mezquindad de criterio que tanto ha cundido, y que elimina del terreno del arte las más sublimes bellezas de la religión, no faltó quien se escandalizase porque, en *Parsifal*, consagran la Sangre divina, y desde la cúpula un coro admirable entona este cántico:

¡Tomad mi cuerpo, tomad mi sangre:
tomad mi cuerpo, para que nunca os olvidéis de mí!

A fe que no se escandalizan poco ni mucho, o al menos se olvidan de exteriorizar la protesta, cuando otros coros, entre música retozona y callejera, entonan esas inepcias que se oyen en los teatros chicos, y que, a los dos días, repite con entusiasmo Madrid y España toda...

Recuerdo que a la *Salomé*, de Wilde y Strauss se le puso el veto, y no aquí, porque estas cosas no ocurren sólo en España, sino en la misma Inglaterra, y no sé si en Alemania igualmente, ¿por qué? ¡Porque ponía en escena personajes de la *Biblia*!

Es decir, que hay que recargar nuestras creencias de nuestros goces estéticos, y, como quisieron los infecundos clásicos de Francia, en los siglos XVII y XVIII, no sacar a relucir sino figuras de la muerta mitología. A bien que aquel romántico de la primera hora, Racine, no hizo caso, y demostró con *Ester* y *Atalía*, que la *Biblia* encierra asuntos admirables para drama, lo mismo que para ópera.

En *Parsifal* late lo más elevado y hermoso del catolicismo. El profundo sentido del inefable sacrificio no ha sido, ni acaso vuelva a ser, expresado con tan mágica sugestión. La emoción estética de *Parsifal* es, al mismo tiempo, una emoción completamente religiosa.

***

Por fortuna, no ha prevalecido el criterio ñoño, y no se ha continuado discutiendo a *Parsifal*. La función empezó, el día del estreno, a las cinco menos cuarto de la tarde: el primer acto duró hora y tres cuartos, sin que el público diese señal alguna de fatiga. Al terminar, se hizo una ovación, no tanto a los intérpretes, como a la obra sublime. El acto segundo comenzó a cosa de las diez, y parece que no agradó lo mismo que el primero; yo me lo explico, en parte, porque, habiendo asistido al ensayo, he visto la indignación del director de orquesta, al notar las desafinaciones y salidas de tono del coro de las mujeres-flores. Doble lástima, porque este trozo es una de las cosas más deliciosas, más caprichosas de la partitura.

Y lo que decíamos antes, también hay que tomarlo en cuenta: la lentitud de los diálogos. El de Kúndry con Klingsor; el mismo de Kúndry con Parsifal (lo repito tímidamente) pudieran ser más breves, sin dejar de desarrollar sus temas. Lo mismo pienso de las primeras escenas del acto tercero. La emoción, en vez de crecer, se embota, por la contemplación de un mismo personaje, casi inmóvil, y el fluir sin término de la música. Los propios actores no saben qué hacer. Kúndry, mientras detenidamente se explica Parsifal, como no tiene nada que replicar, apela a mirar a lo lejos, distraída, medio de espaldas, el paisaje, como si estuviese pasando el tren o fuese a surgir un aeroplano...

Dirán que todo esto es falta de respeto a Wágner. Nadie más entusiasta del maestro que yo. Cuando en Viena, en el Teatro Imperial, asistí a una representación del *Barco fantasma* (era el año 1872 ó 73, y yo bien joven, y bien ignorante en la materia, tanto que el nombre de Wágner no había llegado jamás hasta mí), recuerdo que me entusiasmé, y declaré a los que me acompañaban que quien había escrito tal partitura era un genio. Y me explicaron que era un hombre discutidísimo y negadísimo, y que su escuela tenía partidarios; pero, a la vez, enemigos, y negadores y mofadores, acaso en mayor número. Yo seguí creyendo que era un genio, y de los más extraordinarios; y, sin embargo, como se sabe, no es el *Barco fantasma* la mejor, ni la más típica de sus obras. Claro es que me postro y me abismo ante Wágner; con todo eso, la proporción sigue precediéndome una de las leyes eternas de la estética universal.

Hay que anotar, entre los rasgos plausibles del público de Madrid, el haber oído *Parsifal* con devoción, silencio y religiosidad artística. No se ha charlado en los palcos, ni nadie ha tosido, ni se ha entrado en las butacas y metido bulla estando el telón levantado, ni se ha distraído la atención un momento, en tantas horas. Algunos espectadores se convirtieron en «gusanos de luz», por ejemplo, la Infanta Isabel, que leía no sé si la partitura o el libreto, con la correspondiente linterna eléctrica. Durante las dos Consagraciones – la página musical más enorme de cuantas existen, hay que proclamarlo – se oiría el vuelo de una mosca; tal era el silencio y la suspensión de los espíritus.

¡Ah, si *Parsifal* y sus nobles hermanas, las otras bellas creaciones de Wágner, pudiesen redimirnos del «Tápame, tápame...», y de la creciente manía taurómaca; o al menos redujesen estas plagas a sus justos límites, y al puesto secundario que debieran ocupar en la vida nacional! ¡Si la vacuna alemana contra viruela de grosería y ferocidad nos librase del contagio!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como es natural, hablemos un poco de la nieve.

Ya nos ha abandonado, la blanca maga del Norte, cuya aparición causa aquí siempre sorpresa y hasta bien fundado pavor; pero estamos aún bajo el influjo de su prestigiosa vestidura de plata y de sus diabluras de hada maléfica – porque aquí lo ha sido, en toda verdad, teniéndonos cuatro días obsesionados por el temor de desdichas mucho mayores de un riguroso bloqueo.

Con motivo de la nieve, se han agitado aquí cuestiones de las cuales creo que la mayoría de los madrileños saben poco o nada. ¿Qué se hace en el extranjero cuando se cubre de nieve una gran capital, y la circulación se hace difícil, por no decir imposible? Confieso que yo, realmente, no tengo datos sobre la materia. He estado en París cuando había diariamente una cuarta de nieve en las calles; he visto barrenderos incesantemente consagrados a despejar esa nieve apenas caía, para evitar que se congelase; he visto grandes carros o *tombereaux* que se la llevaban no sé adónde; y esto es todo. Creo recordar que las brigadas trabajaban día y noche relevándose, porque si no se hiciese así, la nieve se endurecería, y no se podía dar tiempo a que tal sucediese. No me atrevo a afirmar que, así y todo, no hubiese roturas de brazos y piernas. Yo sufrí una caída, pero fué bajo techado, en la misma escalera de la Biblioteca Nacional, en la entrada de los lectores, que no es, como aquí, una fastuosa e insufrible escalinata de mármol, en la cual se cansa el cuerpo y se resbalan los pies, sino una antesalita baja, cómoda; pero yo llevaba nieve en los pies, y resbalé, sin que se me fracturase tibia ni húmero. Es decir que cuando nieva, por muchas precauciones que se tomen, pueden ocurrir accidentes; sólo que, precaviendo, son pocos, y, sin precauciones, muchos y muy alarmantes.

Las precauciones se deben adoptar desde que desciende el primer copo; y una nevada nunca debe coger desprevenido a nadie. Es un fenómeno que no se presenta todos los años, pero sí cada tres o cuatro, y vale la pena de prepararse y de asegurar, por los medios de transporte modernos, las subsistencias y los servicios fúnebres, y asimismo la limpieza de las calles y el tránsito, todo lo cual, pensado con la debida anticipación, puede evitar las graves complicaciones que surgieron amenazadoras en Madrid.

La mitad más uno de los disgustos proceden de no acordarse de Santa Bárbara sino cuando truena. La imprevisión: el gran vicio nacional... Y con la imprevisión, el aplazamiento. El aplazamiento, que fué la plaga de España, ya bajo Felipe II. «Se verá, se entenderá en ello...», era la respuesta del indeciso rey a las más urgentes solicitaciones de hombres como D. [illegible] y D. [illegible]...

En la mayor parte de los negocios públicos, a menos que los active un interés particular, rige este sistema: el aplazamiento, cuando no el total olvido de los asuntos de mayor cuenta. Sólo al echarse encima la necesidad, se piensa en ella; pero ya es tarde. Yo no increpo por tal concepto a determinado alcalde; todos hubiesen, de seguro, hecho lo mismo. Son cosas de nuestra idiosincrasia. Los profesionales de la Alcaldía, como el difunto D. Alberto Aguilera, se encontrarían, probablemente, tan desprevenidos como el novato vizconde de Eza. Rara vez he visto que viva prevenido nadie, en este país que está a salir del día, a resolver lo más urgente, a tapar un agujero abriendo otro.

Francia sufrió un gran desastre, por no estar prevenida... Nadie ha olvidado aún la famosa frase del Gobierno Olivier: «No nos falta ni un botón de polaina...» Y les faltaba todo: provisiones, armamento, mapas, forrajes... Consolémonos con este ejemplo, que va haciéndose viejo ya, de que nos hayan faltado camiones, furgones, gente y recursos, en los días tétricos y pintorescos en que la nieve nos envolvió con sus capas de armiño, y bordó los monumentos y el ramaje de los árboles, con sus agujas portentosas, de encajera belga, de Aracne sutil...

Porque el fenómeno es lindo, no cabe duda, y hay en él una enorme poesía mientras no llega a ponerse en contacto con la tierra: mientras desciende por el aire, y no se mezcla con el fango. Todo ello da lugar a mil consideraciones alambicadas, y conocidas, que omito. Ya depositada donde se deposita cuanto cae, en virtud de la gravitación, he aquí que la nieve se convierte o en fango o en resbaladero horrible, peligro de la vida o al menos de cojera. Y a este riesgo se añade el de los enfriamientos, esos clásicos enfriamientos, terror de todos los que pasan de veinte años, en Madrid. Porque la capital de las Españas es la más fértil en esta cosecha. Es la ciudad que asusta a los cantantes, a los oradores sagrados y profanos, a todo el que necesita para su trabajo *donner de la voix*, como se dice en Francia. Apenas pisan las tablas del Real las divas y los divos, sienten eso que se llama *orgasmo*, esa contracción inexplicable que paraliza la garganta. No puede atribuirse al frío, porque más fríos son San Petersburgo y el mismo París, y no hay en ellos esta cantidad de enfermedades de las vías respiratorias. Es el duro viento de la sierra, que se ha escaldado, en verano, sobre los picachos escandecidos por el sol, y en invierno ha contraído la aspereza de las sierras calvas, algo de desgarrante, que le hace, no sutil como navaja barbera, sino rasposo como serrucho. Y así, en Madrid, dondequiera que vayáis, oiréis el concertante de las toses y el coro de sonaduras más o menos estrepitosas. Y en ninguna parte como aquí se siente el miedo a las corrientes de aire, a las ventanas abiertas y de cuanto nos pone en relación con el exterior. Así como los pobres de Londres se defienden del frío con la sordidez de su ropa y persona, con la capa de suciedad que forma costra sobre su piel, dijérase que en Madrid la gente se resguarda del cierzo serrano con lo viciado del ambiente casero, en las habitaciones cerradas a piedra y lodo, ahogadas en alfombras, cortinones y camillas. El uso del ventilador, por ahora, se desconoce.

Así, hay ciertas enfermedades que han llegado a arraigarse en Madrid, creo que con mayor intensidad que en otras ciudades europeas. Verbigracia, la *grippe*.

No oía hablar de otra cosa, cuando los inviernos son algo fríos y duros. Epidemia de *grippe*; *grippe* fría, *grippe* con calentura, *grippe* que va desde el sencillo resfriado con dolor de huesos, hasta la fiebre mortal. Y por eso, en los días crueles, de temperaturas semipolares, vemos caer, como las hojas, a la «gente conocida». Claro es que en ello hay una ilusión de óptica; cuando se muere gente conocida, se muere lo mismo la desconocida, sólo que no nos damos cuenta sino de lo que por algún concepto nos importa. Lo demás, es como el agua que corre, sin dejar huella de su curso. Es la vida que pasa y se desvanece.

Gente conocida, ha sido mucha la que ha caído en el saco sin fondo... Una de las personas desaparecidas ha sido la excelente Duquesa de Nájera, aquella «Carolita» que un tiempo fué a la corte del zar a representar a España con fastuosa magnificencia; mujer que parecía llenar el proscenio del Teatro Real donde ostentaba sus joyas de sultana, sus *toilettes* de Vorth, sus grandes adornos de cabeza, de plumaje rico, y su animada figura, llena de cordialidad. Su palacio de la calle de Alcalá, que acaba de legar para un asilo de huérfanos, se abría frecuentemente para grandes saraos, de esos que se llaman de ancha base, que van escaseando, y que estaban en armonía con la magnitud de los edificios y de las fortunas: hoy, que todo el mundo se hace, no palacios espléndidos, sino [illegible] se han reducido a agrupaciones de *coteries* o cotarros; pero en las viviendas grandiosas, los bailes serían fríos sin enorme concurrencia, y tal sucedía en los de la Duquesa de Nájera, brillantes, con un *buffet* sólido, verdadera cena, aun cuando la fiesta se celebrase por la tarde. La duquesa acogía a todos con cordialidad no afectada, propia de su carácter bondadoso y sencillo, que no habían podido alterar tantos años de vivir entre las mentiras sociales más adobadas, y tantas perfidias como bajo el trato social se descubren, «como entre flor y flor sierpe escondida».

Hasta hace pocos años, dos o tres a lo sumo, la Duquesa de Nájera fué adorno indispensable de los salones. Su belleza española se conservaba aún, algo alterada, pero no destruída, y contribuían a defenderla el encanto de la amable sonrisa, y el lucir de los bonitos ojos negros. De pronto, la retirada, el encierro, la desaparición. Minaba sin duda el organismo cruel enfermedad, que, de repente, se impuso, tiránica y destructora. No se volvió a ver a la Duquesa de Nájera. Al principio, se atribuyó al luto de viuda. Pero el plazo del luto expiró, y siguió enclaustrada la duquesa. El enorme, majestuoso palacio de la calle de Alcalá no iluminó ya nunca su amplio zaguán, sus ventanas múltiples. Permanecía a media luz, silencioso. Ni aun visitas de amistad se recibían en él. Entraban los médicos, los enfermeros. Debió de ser aquello un luchar no interrumpido con la muerte, que avanzaba, y avanzaba acompañada de terribles dolores, de sufrimientos sin límite. Sufrimientos tales, que la duquesa fué operada, extirpándosele un nervio, para intentar aliviar su cefalalgia, y hasta estaba resuelta a dejarse alzar la bóveda del cráneo para operación más decisiva, a la desesperada, que acabase con el suplicio. Da idea esta resolución de las torturas que experimentaría la infeliz dama, de lo que padeció aquella cabeza que tantas veces se irguió, cegadora de pedrerías y garzotas y airones, en el palco donde su silueta no podía faltar, en los días brillantes del regio coliseo.

Y por fin (cuando empezaba todo el mundo a olvidarse de la Duquesa de Nájera, pues como dijo la sabia Madre Teresa, deja al mundo, que él te dejará) un día se supo que había fallecido. La nieve caía a mullidos copos, sobre las casi desiertas calles. Era un problema el del transporte de los cadáveres a los cementerios; los caballos de los coches de las Funerarias resbalaban sobre el hielo; no había modo de prestar el servicio, y no se sabía cómo llevar a la Duquesa de Nájera, Condesa de Santamarca, a su último asilo. Por fin se acudió a colocar y amarrar el féretro en un automóvil de la casa, y trasladarlo así al cementerio, mientras no se interrumpía el pausado caer de la nieve...

El palacio, que hemos visto lleno de . . .do, música y luz, permanecerá desierto, hasta que se resuelva si ha de ser allí donde se instale el Asilo que en sus disposiciones testamentarias deja la duquesa fundado. No tuvo hijos la duquesa, y repartió sus bienes con arreglo a sus cariños amistosos y a sus benéficas inclinaciones.

Y, con todas estas hazañas de la *grippe*, o de las enfermedades crónicas que la mala estación exacerba, el invierno transcurre sin alborozo mundano, sin fiestas en grande, con los bailecillos de los hoteles por todo recurso para la gente moza, y con la cuestión del «tango» sobre el tapete, guarnecida de los comentarios que en todas partes se oyen, y demuestran hasta qué punto ha entregado Dios el mundo a las disputas.

En efecto, mientras para la mayoría de los comentadores el tango es un baile lúbrico e incitativo y en el cual se realiza la pantomima más expresiva de las mayores picardihuelas, para algunos es un baile gracioso y típico, sin más malicia que otro cualquiera. Porque, como nadie ignora, el baile en general no está en olor de santidad para no pocos moralistas – y sin hablar del cuento terrible del P. Coloma, en que una jovencita, después de haber asistido a una fiesta en que ha danzado, tiene una visión en que cree haber ido pisando, al mover los pies para la danza, la sangre de Cristo –, recuérdese la opinión de Pereda acerca de todo baile en que el hombre y la mujer se enlazan, y la de tantos padres graves, escandalizados de cuanto a baile se asemeje.

De hecho, es curioso que la antigüedad pagana no conociese esta clase de bailes que se gastan en los modernos tiempos; estos bailes que son una especie de representación espiritualizada de los trámites del amor, y que permiten el diálogo más tierno entre personas que por un instante adoptan la actitud más apasionada; en suma la pantomima del ideal amoroso. Las antiguas danzas son o en rueda, agarrados de las manos sátiros y ninfas, silvanos y bacantes, o guerreras, ejecutadas sólo por los varones de la tribu, o religiosas, [illegible] y la de David ante el Arca; pero la danza de la pareja es cosa de nuestra edad, y su momento más bello ha sido el del romanticismo, con el poético vals alemán, lleno de ensueños y de fiebres.

El tango no será tan inmoral como dicen; pero seguramente es algo grotesco, al lado de un vals. Es una señal del nivel bajo de las costumbres, que han perdido su elegancia y su aire señoril. Todos esos pasos que llevan nombres de animales – del oso, del pavo, del faisán, de la mona, etc. – han de ser forzosamente danzas de caricatura, y lo son, faltándoles la graciosa euritmia de los bailes artísticos. El tango ha tenido que nacer, no en el ambiente reservado y delicado de un salón particular, sino en estos salones públicos, de no tan buen tono, de los hoteles, en que estilos muy ajenos al estilo social antiguo van predominando; la excentricidad de las civilizaciones fatigadas, hartas de oro y ansiosas de cualquier cosa que distraiga y cambie el curso de la tonta vida...

Y así, óyese hablar de honradas dueñas, que lo son sin dejar de bailar los pasos más atrevidos y zoológicos..., porque los bailan con su marido..., lo cual, salvo todo el respeto que esas señoras merecen, y yo me complazco en creer que será mucho, me parece... echarle guindilla al puchero.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Empiezan los espárragos a asomar sus cabecitas malva rosa, en los puestos caros y de lujo. No están los espárragos, por ahora, al alcance de todas las fortunas, ni mucho menos. Son todavía bocado de cardenal. Se venden casi a peso de plata. Pero, desde que aparecen el espárrago y la alcachofa, puede decirse que estamos en plena primavera. La visión del invierno gélido ha desaparecido; ha desaparecido la tembladerа de frío y de nieve que tuvo a Madrid tantos días enfermo de *grippe* y de catarro; se han ido las nubes, arrastradas y bebidas por un sol digno de la idea que se forman los extranjeros del sol de España...

Y ya se pregonan también, por las calles, violetas y jacintos, narcisos, resedá, sin hablar de los claveles. Pronto andarán por dondequiera los borriquillos, cargados con macetas y tiestos de geranios, pensamientos y palmeritas pequeñas, nota alegre en medio de la nota repulsiva de los enormes carráncanos que infestan a la capital, y de los cuales, muchas veces, cuelgan piernas de buey ensangrentadas.

Estos tales carráncanos no se pueden sufrir. Atravesados en todas partes, hacen más que peligrosa la circulación de coches y de transeuntes. No es fácil prever la dirección que les placerá tomar, porque la reata de cuatro mulas y un burro describe eses caprichosas, y tan pronto está en la acera como en mitad del arroyo, enredada y apelotonada sobre sí misma. Intentó, según creo, el alcalde de la villa, vizconde de Eza, corregir este abuso; pero, ¿quién corrige ningún abuso aquí? Es lo mismo que las colgaduras y pabellones de ropa interior en los balcones: continúan y continuarán, mientras Madrid sea corte; y si dejase de serlo, es una suposición, porque ocurriesen sucesos revolucionarios, entonces puede que no fuese sólo ropa lo que colgase de los balcones... La decoración de calcetines, calzoncillos y pañales ha venido a ser como un detalle de ornato público; ornato entendido a la manera primitiva, pero al fin, género de ornato, y revelación muy estimable de que buena parte de los moradores se muda la camisa y usa toalla.

***

Con estas costumbres tradicionales forma contraste la invasión de otras que traen el sello de lueñes tierras; que, para decirlo en una sola palabra, señalan la invasión de eso que en Francia se llama el americanismo. Me refiero al tango o, por mejor decir, a los bailes atangados, que están dando mucho que comentar. Yo, ante todo, declaro que no he visto bailar el tango ni cosa que se le parezca, porque, con mi luto, no voy ndn a sitios en que se rinda culto a Terpsícore. Hablo pues de memoria, cosa reprobable en un cronista, pero que no deja de suceder con frecuencia.

Así, las opiniones encontradas me han puesto en tal confusión, que no sé verdaderamente qué pensar del tango, es decir, del tango que se baila aquí, en los hoteles principalmente, pues ignoro si en algún salón ha llegado a penetrar. Según unos, es cosa muy inmoral y libre de acciones y posturas, y no sólo bailarlo, sino verlo bailar hace subir los colores a la cara. Según otros, no es más que una danza graciosa y gentil, que, rompiendo con el clasicismo del antiguo vals, sugiere algo de vida moderna, de jubilosa juventud; en suma, un baile que exige pocos años, gallarda apostura y arte para la plástica. Me inclino a esta segunda versión; y no porque sea benigna, sino porque es verosímil. Si lo que se baila en esos grandes hoteles fuese tan escandaloso, ya no se seguiría bailando, al menos en presencia de un concurso escogido y más bien aristocrático, al menos en su mayoría. Sin constituir un espectáculo edificante, el tango no será tan desmandado y verdegay; pues, ya satisfecha la curiosidad primera, hubiesen ido desertando las damas concurrentes. Puesto que esta moda, de suyo efímera, continúa, es que ha podido adaptarse al sentido general, a los hábitos, más bien pacatos, de las altas clases madrileñas.

También se arma gran revuelo por las faldas rajadas y los vestidos repingados delante, simulando lo que adivina el piadoso lector. Y tampoco en esto conviene alarmarse más de la cuenta. No se ven muchas faldas que dejen asomar arriba del tobillo. En España, hubiese sido difícil otra cosa. Recuerdo que, hace años, cuando estuve en Francia a dar una conferencia, me dijo la embajadora de España:

– En todo París no hay más mangas que las de usted y las mías.

Se refería aquella simpática señora al hecho de que, por entonces, en París, los trajes de baile y sociedad no tenían manga alguna, yendo sostenidos en el hombro por un cordón de flores, un hilito de perlas, o cualquier friolera del mismo jaez. Y éramos dos españolas, que no entrábamos por lo sucinto del atavío, y conservábamos la idea de que los brazos se han de meter por las mangas, precisamente. La supresión de la manga, sin embargo, se consumó; pero en Madrid (con excepciones), siguió habiendo mayoría con mangas.

Hoy, el decreto de los modistos al rajar la falda, sin ser desacatado, se cumple del modo más tímido y vacilante. Siempre son una singularidad las que enseñan algo sobre la garganta del pie.

Por eso no conviene tanta alarma. Las cosas varían menos de lo que parece. Y, extremando el optimismo, hasta cabe suponer que esta variación es un grano de levadura, que alza la pasta, sin ella indigesta y sosa, del diario vivir.

Si el tango de los hoteles fuese esa abominación que nos describen, vamos, no sólo no lo presenciarían tantas damas de calidad, sino que no lo bailarían muchas señoritas de lo más entonado. Porque lo bailan, y hasta con fervor.

***

He observado que ese espectáculo y diversión que ofrecen los hoteles, de seis a ocho de la tarde, y que es bastante caro, sobre todo para familias numerosas, está siempre concurridísimo, y lo mismo sucede con los teatros, donde tres horas antes de empezar la función, es raro encontrar palcos ni butacas. De ello deduzco que hay más dinero del que se creyera a primera vista, pues ricos y pobres se lo gastan con tanto garbo en divertirse. Ayer, en el Teatro de Parish, donde se representaba la zarzuela (o drama lírico, para hablar más a la moderna) *Las golondrinas*, que tanto ha gustado, asustaba, literalmente, aquella aglomeración de concurrencia, aquel negrear de cabezas en las localidades baratas, donde, igual que en las caras, no cabía un alfiler. Se pensaba en un fuego, en un alboroto, y se experimentaba cierto miedo al monstruo de mil cabezas, ¡el público! No he visto un lleno semejante. Ahora bien, cabe afirmar que dos veces por semana, cuando menos, se llenan igualmente otros teatros, como Apolo, el Cómico, la Comedia, y no es inferior la afluencia en los secundarios y en las *varietés*. Hay gente para todo. Hay dinero para cuanto gusta.

No hemos de negar la miseria que se sufre en Madrid, porque, sinceramente, y aun cuando descontemos la ficción y el industrialismo, la mendicidad no es toda ella farsa, y acusa este estado general de angustia, de falta de recursos.

Las indagatorias de los diarios acerca de cómo lo pasan en Madrid los menesterosos, los que no tienen casa ni hogar, apenan el alma, aprietan realmente el corazón, afligido porque no se ve remedio posible a tanto mal, Y, sin embargo, no son los opulentos, no son los millonarios, no son los rentistas, lo que llenan a colmo esos teatros y se hacinan en un ambiente malo de respirar, pagando a precios muy altos el asiento. Son gente que, por su aspecto, no parece ni acomodada. Dios sabe de cuántas cosas se privará, por no faltar al teatro o al cinematógrafo.

El único coliseo que he visto poco concurrido es el Español. Pero conviene advertir que lo vi en una noche en que ya la obra de los Quintero, *Los Leales*, se había dado muchas veces seguidas, creo que veintitantas. La obra estaba apurada, como se dice técnicamente. Y, además, la obra fué acogida por la prensa con severidad insólita, ahora que la indulgencia indiferente es la medida común. Tanto se extremó el rigor con esa producción, que casi estuve a pique de no verla; porque siempre algo influye en nosotros la letra de molde. Con todo esto, acabé por querer enterarme personalmente. Y declaro que sin ser ésta la mejor obra de los Quintero, tiene dos actos muy agradables y bonitos.

El primero, de exposición, despierta interés, y prepara una comedia entre alegre y triste, regida por el conflicto del dinero, el más frecuente en nuestra sociedad. El segundo es cómico de buena ley, divertidísimo, y tiene un final dramático precioso. No me gusta tanto el tercero; pero no veo por qué han tratado tan duramente a la obra en su conjunto. He oído decir que porque tiene pretensiones de profundidad.

No he visto tales pretensiones. La tesis, si hay alguna, es que se debe trabajar, y que el trabajo no solamente mantiene, sino que hasta contribuye a la felicidad, animando y prestando objeto a la vida. Y como esto se oye a cada paso, porque se haya dicho una vez más en la escena no me parece lo bastante para tanto rigor. Siempre serán *Los Leales* género fino, y cuando logra tales éxitos un desatinado *vodevil* como *El orgullo de Albacete*, es sorprendente que todas las exigencias estén reservadas para una comedia que, lo repito, no será la perla del repertorio de sus ingeniosos autores, pero hace pasar una noche agradable.

***

También es del género fino otra comedia que ha corrido mejor suerte: *En familia*, de Alvarez Insúa y Hernández Catá. Esta se ha estrenado en Lara, y ha sido muy bien recibida; es la primera vez que corren los autores los azares de la escena. La comedia es sana, optimista, dulce, con toques de ternura y gracia; y no podía encontrar auditorio más a propósito que ese público de Lara, honrado y deseoso de emociones suaves, en que lo festivo deje entrasomar una puntita dramática.

Esto de la composición del público es uno de los muchos datos que ha de tener en cuenta el que escribe para el teatro. Los públicos de Madrid varían mucho, llevan un sello especial. El público de Eslava se diferencia del de Lara, como una perdiz de un gorrión, o una ostra de una sardina. Todos son públicos, y, sin embargo, y aun cuando en la taquilla no le pregunten a nadie los años que tiene, y sea tan libre el adquirir una localidad, por selección natural se forma el núcleo de espectadores homogéneos, siempre el mismo en cada teatro, aunque se renueve cada noche, como no puede menos de suceder.

***

Por esta razón de la composición de los públicos, no fué *La malquerida* en la Princesa un éxito tan franco como se supondría. Es decir: el éxito fué franco del todo, en lo tocante a reconocimiento de méritos; sólo que, en la Princesa, lo que no puede darse en sábados blancos al par que en los demás turnos, no llena por completo las aspiraciones naturales de los empresarios: hay plaza partida. Para el público elegante, indiferente al arte, y con exigencias de cierto idealismo al opopónax, *La malquerida* ha sido cosa arrolladora, pero no enteramente satisfactoria de su gusto. Yo he sorprendido ese matiz en las conversaciones. En *La malquerida* el ambiente es popular, humilde, aldeano; el lenguaje, fuerte y crudo, como suele ser en tales esferas; no hay asomo de una *toilette*; María Guerrero saca unos zapatos comprados donde los compran las paletas. Para mí, todo esto es un encanto, pero no es así para los abonados (hablo en general). En la obra la intensidad psicológica llega a su grado máximo en el acto tercero: y acaso por lo mismo, ese acto, que es el mejor, fué declarado el «peor», y pudo acarrear un fracaso, en vez de lo que fué esplendoroso triunfo. Y es que lo hondo y real no halla calor entre los espectadores elegantes. A bien que los estrenos, que deciden de estas cosas, no están compuestos sólo de tal contingente; y a bien que el autor de *La malquerida* tenía detrás de sí, protegiendo esta obra violenta y cruel, su larga historia y su gran prestigio... Así, pudo, sin que se le echasen encima, matar a un personaje en el primer acto, y a otro en el último; poner en escena asesinos y mostrar cómo, naturalmente, la pasión es el camino del crimen... Otro dramaturgo hubiese sido «mencado» quizás, porque se piden ahora platitos más ligeros, manjares más abuñolados... Fué justo que la obra triunfase, porque está llena de jugo; no hay tesis, hay vida. Mil veces justo, sí. Pero, a no ser Benavente, ¿qué hubiese sucedido?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo gusto de una decorosa franqueza, y no hiriendo personalmente a nadie, que esto siempre se debe evitar, digo mi opinión, aunque pugne con lo admitido. Y por eso no quiero dejar de expresar mi poca o ninguna simpatía hacia lo que ha dado en llamarse bodas de oro, de plata...», y no sé si las hay de cobre.

Lo primero que salta a la vista es que tal costumbre no tiene nada de castiza; que nuestra tradición la ignora por completo. No encontraréis la menor referencia a ella en ningún documento del pasado. La moda se ha impuesto de unos veinte años acá.

Y ¿qué significan las tales bodas metálicas? Que un señor es, desde hace veinticinco o cuarenta años (no recuerdo exactamente el número que platea o dora las bodas) tal o cual cosa: escritor, magistrado, músico, hasta cura... ¡Las bodas de plata de un obispo no me convencerán jamás! Bien está que sus diocesanos le obsequien, si así les place, tomando en consideración que es anciano, que hace tiempo que rige la diócesis, y más aun que gasta mitra; pero llamar a eso «bodas» lo encuentro..., ¿cómo diré?, raro, impropio, y algo inocente. En fin, hay que dejar correr esas niñerías de la humanidad, que juega con el tiempo, mientras el tiempo, ceñudo y riguroso, la devora...

Y ya que se quiere expresar un recuerdo cronológico, ¿por qué no se dice el vigésimoquinto aniversario, o cuadragésimo aniversario, como en otro tiempo se decía?.. No fué precisa la metalurgia nupcial para festejar a Pío IX, cuando cumplió los veinticinco años de Pontificado, caso que, se hizo notar entonces, no había ocurrido desde el de San Pedro.

El aniversario es la más natural conmemoración, y por eso hemos encontrado muy loable que los aragoneses, al cumplirse tres años de la muerte del insigne español Joaquín Costa, le consagrasen una velada necrológica. Costa (aun cuando pudiese danzar la política en lo que se le ensalzó últimamente) merecía todo encomio por las cualidades altas y raras de su espíritu. Yo deploré siempre que el momento en que nos unió la amistad, antes de su retirada a Graus, fuese el mismo en que ya no poseía salud bastante para dedicarse al trato de sus amigos. Cuando vino a mi casa, sus piernas eran dos rollos de algodón. La traidora enfermedad, alojada en la médula, hacía de él un inválido; ni podía andar, ni faltaba nunca en su cara expresiva y realmente leonina la expresión del sufrimiento. ¡Tanta salud como anda por ahí mal repartida..., y no poder comprarla en la tienda, para dársela a hombres como Costa!

Era más penoso verle así, por el contraste que formaba el mal con la apariencia de robustez y vigor del gran cuerpo, roble tronchado, desafiador de huracanes, y vencido por ellos. Comprendí perfectamente que se recogiese a un pueblo familiar, para morir allí solo o casi solo, rodeado únicamente de personas sencillas, humildes – igual que si se hubiese recluido en un convento –. Dotado de tan singulares cualidades para el foro, para la tribuna, para el libro y la cátedra, para todo lo que es relación de intelectualidad; imposibilitado por la deserción de las fuerzas físicas, Costa se escondió, e hizo bien, extinguiéndose al menos entre un tibio calor de respeto y de simpatía.

Mientras se hace memoria de los que desaparecieron, se atiende a las nuevas figuras que ya empiezan a destacarse. He dicho, en la última Crónica, el ruidoso éxito del autor de *Las golondrinas*, y realmente, se trata de un nombre nuevo en el arte, pues no hará un mes se ignoraba que existiese el joven compositor; quiero decir lo ignoraba el público, aunque no lo desconociesen los aficionados, que siempre tienen mejores informes. Otro artista que estos días se ha dejado oír en Madrid, Pepito Arriola, posee en cambio fama desde la cuna, puede decirse. No contaría arriba de dos años y medio cuando le oí tocar en París, y poco después lo hizo en mi casa, en Madrid, siendo su precocidad asombro de todo el mundo, hasta tal punto, que la *Revue philosophique* consagró un artículo de alto vuelo científico al estudio de tan temprana manifestación de las facultades musicales. Los músicos suelen ser precoces, pero no hasta ese punto. Así es que en Alemania se le otorgó gran atención al caso Arriola, y el káiser le regaló un terreno y un chalet, logrando así que la residencia habitual del joven gallego se fijase en territorio germánico. Desde Alemania hace *tournées* por todos los países civilizados; ahora acaba de realizar una a la Argentina, muy fructuosa y brillante. Hoy Arriola no es el bebé que hemos visto subido sobre un almohadón y confiándole trabajo abarcar con unas manitas diminutas las teclas de un piano también minúsculo: se ha convertido en un muchacho que no tardará en ser hombre hecho: y naturalmente su maestría necesita ser prodigiosa, puesto que, como digo, nació en él. El público congregado en la casa de los señores de Bauer estaba pendiente de la ejecución del genial exhibo.

Y yo espero que también como compositor ha de recoger lauros. Creo recordar que cuando chiquito, componía ya. Fecundo venero de inspiración tendría en los cantos de su país natal, esa música gallega tan inspirada, tan sentida, tan variada, y que acaso, pese a la diligencia do Perfecto Feijóo, no estará recogida ni en su mayor parte. Sería una fuente de originalidad para Arriola el instrumentar los encantadores temas de su región, a ningunos comparables.

Acaso, en España, el arte que cuenta más aficionados sea la música. La razón de esta preferencia no me la explico. De cierto, hemos tenido mejores literatos y pintores que músicos, y no podemos, hasta la hora presente, hacerle competencia ni a Italia ni a Alemania. Sin embargo, es la música la que disloca a los públicos. El entusiasmo por un Galdós, un Pereda, un Campoamor, no puede rivalizar con el que inspiraron los Gayarres y los Sarasates. La causa, repito que no la atino; sólo cabe reconocer el hecho, que es constante. Y otra de las bellas artes en que hemos descollado, al igual o por cima de los demás pueblos, tampoco logra entusiasmar aquí. Casi debe decirse que están olvidados sus genios, sus maestros indiscutibles. Me refiero a la arquitectura.

Hoy la arquitectura atraviesa un lamentable período de decadencia; esto no es privativo de España: en todas partes ocurre lo mismo, esta inferioridad de la arquitectura, no sólo en su aspecto estético, sino en lo práctico de sus aplicaciones. Y, a pesar de que tenemos ocasión tan frecuente de establecer comparaciones desventajosas entre lo antiguo y lo moderno, nadie admira lo antiguo; pasamos indiferentes ante lo más noble y persistente de nuestro pasado, lo que no pueden quitarnos, como nos quitaron cuadros, esmaltes, joyas, tallas, armaduras...

¿He dicho que no nos lo pueden quitar? Tate. Lo contrario resaltó en la conferencia que acaba de dar en la Unión de Damas D. Vicente Lampérez, el cual domina como pocos, y acaso como nadie, este aspecto de los viejos edificios y las veneradas y semirruinosas maravillas. Es D. Vicente Lampérez el que ha descubierto, en la catedral de Santiago de Compostela, ese tesoro que se llama el palacio del Arzobispo Gelmírez; y, continuando su labor de rebuscador de bellezas históricas, acaba de visitar el castillo llamado de la Calahorra, palacio de gnomos, escondido al pie de la Alpujarra, en una comarca árida y bronca, y separado de la estación del ferrocarril por dos leguas de veredas impracticables, como no sea a lomo de caballo o de borrico.

La razón por la cual Lampérez visitó el palacio-castillo merece contarse.

Nada menos que se lo querían llevar a Nueva York o Chicago, piedra por piedra, y reconstruirlo allí, para mayor ostentación de la ciudad y recreo del príncipe del dólar que podía permitirse este capricho sultaniano.

Un prócer español, no de los que hacen vida disipada y ociosa, sino de los que desarrollan actividades utilísimas, y se consagran a realzar los heredados timbres con empresas a la moderna – el actual Duque del Infantado y Marqués de Santillana –, no quiso asentir al despojo, y es él quien se propone trasladar a Madrid el palacio de la Calahorra, enriqueciendo así la capital española con un monumento, que será de los pocos que puede ostentar con orgullo, pues Madrid, en esta materia, es indigente. Y este monumento, dada su fecha, la del reinado de los Católicos Fernando e Isabel, ofrece una singularidad. Todo lo que entonces se construía en España, era de estilo plateresco, o del último período del gótico; el palacio de la Calahorra es pleno Renacimiento italiano. Artistas venidos de Italia labraron su claustro primoroso, sus elegantes chimeneas, sus arcadas clásicas, sus portadas llenas de reminiscencias del arte griego.

Y lo que más me impresionó, en la descripción de esta joya, fué el contraste entre su exterior y su interior. Por fuera, es una fortaleza ceñuda, cuyos altos muros apenas dejan diminutas ventanillas, y que flanquean cuatro robustos torreones, encaperuzados con una especie de sombrero, pues la almena ha desaparecido, con los progresos del arte de la guerra. Diríase que no tiene el edificio más objeto que el de defensa y lucha. Dentro, es lo contrario: una mansión llena de refinamientos y sellada con distinción señorial. Los techos conservan aún sus artesonados, pero han desaparecido, del suelo y paredes, los revestimientos preciosos, la azulejería y, claro es que a pasos agigantados, los tapices que sin duda decoraban los regios salones. Mueble, tampoco queda uno. No suelen los muebles resistir al abandono de los palacios, arriba de una o dos generaciones. Como no es difícil cargar con ellos, sucede, aun en menos largo plazo del que supongo, lo que fué del mobiliario de una torre donde pasé gran parte de mi niñez, y que, a disposición de mayordomos, sólo conservaba, a la vuelta de no muchos años, los fragmentos de la pantalla de un quinqué y un arca apolillada. Claro es que en mi torre no se perdió ningún mueble artístico; pero, ¡qué no habría en ese palacio de la Calahorra, erigido a tanta costa y tan cariñosamente por su fundador y dueño!

Era éste D. Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Zenete, y la razón que le movió a erigir tal monumento en sitio tal no aparece bien definida, aunque algo se infiere de los datos del Sr. Lampérez, dúnico acaso que se conocen. D. Rodrigo, altivo e independiente, tenía agravios de su rey, el Católico. D. Fernando había querido casarle según su gusto; el Marqués del Zenete estuvo a pique de ser uno de los varios consortes de Lucrecia Borgia; y como se prendó de otra dama, la sacó del convento donde el monarca la había recluído, justamente para impedir el enlace. Unido a esta dama, de la casa de Fonseca, retiróse a la Alpujarra y construyó el castillo-palacio, gastando pródigamente su dinero en decorarlo y arreglarlo como se arreglaría actualmente la más fastuosa mansión, distribuyendo la vivienda dejando a un lado el departamento de su esposa (donde por cierto aparecen aún los restos de un baño, refinamiento que no debía de ser muy común entonces).

En tal palacio sólo habitó ocho años su dueño. Y en cuanto a la fortificación poderosa, nos lo dijo Lampérez: de nada sirvió. No llegaron a disparar un tiro sus cañones; contra ninguna agresión de las que temía defendió al marqués. Sólo, pasado tiempo, un ataque de los sublevados moriscos fué rechazado sin esfuerzo; porque los moriscos, sin buen armamento y sin disciplina, no eran capaces de rendir semejante fortaleza.

Y pensaba yo en la novela que late bajo los sucesos de la vida de D. Rodrigo Mendoza; pensaba en el sueño exasperado de ese hombre que, a mal con su rey, cuando la Monarquía empezaba a absorberlo todo en España, porque ya era pasado el tiempo medioeval de los magnates y próceres; cuando los reyes mandan desmochar castillos y torres de los señores feudales, y no queda en Galicia una por desmantelar, al edificarse una residencia ostentosa, la oculta en una fortificación de lo que entonces era el estilo más moderno, para decir al esposo de Isabel de Castilla que, en una comarca desviada y triste, pero suya, nadie puede hombrearse con él, nadie se atreverá a turbar su solitaria grandeza...

Y, como los elegantes de hoy que se instalan al estilo extranjero, D. Rodrigo de Mendoza transporta a la serranía intransitable lo más adelantado del arte y de la moda: los esplendores del Renacimiento italiano. Logra ser, en esto, el único, cuando menos el primero, y la leyenda, que entonces cundía fácilmente por lo mismo que no era fácil desmentirla con la verdad, debió de correr con veloces alas, y referir portentos de las obras que realizaba el gran señor, a todo lujo, con extraña novedad. Luego, transcurridos ocho años, como dije, ausentóse el magnate de su espléndida y escondida residencia, y, pasados otros pocos, empezó para la Calahorra el olvido.

¿Estará destinada a resucitar en Madrid? ¿Llevará adelante el Marqués de Santillana su proyecto digno de todo encomio?

Bizarra es la empresa, gallardo el gesto, y para tentar a cualquiera la idea de habitar, entre las sociabilidades de la corte, la morada tanto tiempo perdida en la bravía soledad alpujarreña. Y si el marqués no realiza tan airoso plan, consistirá en no ser realizable, por algún obstáculo de esos que no pueden vencerse. No por falta de iniciativa ni de buen gusto, que ambas cosas le sobran al marqués.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos comentan con frases muy duras, de indignada reprobación, el atentado de la sufragista inglesa que laceró una joya artística, la *Venus del espejo*, de D. Diego Velázquez, orgullo del Museo Nacional.

Y yo, que no soy sospechosa, toda vez que profeso la opinión de que la mujer debe ser electora, y hasta ser elegible, sumo mi censura a las censuras generales contra este modo de pedir una justísima reforma.

Queda sumada; pero tengo que añadir que reclamo la misma reprobación para todo acto análogo que cometa el hombre, dejándose llevar de la pasión política. Y entendámonos: el hombre no puede hacer nada análogo, si bien se mira; porque el hombre no está privado de ningún derecho, y la mujer, de casi todos. Es, pues, más disculpable la mujer.

En Barcelona, durante la semana trágica, las turbas quemaron monumentos artísticos, retablos de pintores primitivos, cosas de arte. Y no he leído diatribas semejantes a las que hoy se prodigan a las sufragistas..., porque son mujeres.

Contra esto me inscribo, contra esto tengo prevenida la severidad mayor de mi conciencia.

¿No se considera a la mujer como un niño? ¿No es una menor? ¿En qué quedamos? A los niños la ley los excusa, pero a la mujer, tenida en minoría por el hombre, la ley la condena, y la opinión la juzga de un modo más implacable, en sus extravíos y en sus errores.

Siempre ha sido la mujer víctima de la cómoda ley del embudo. Lo sigue siendo, en este caso especial de las sufragistas. Palabras de caramelo se usan para calificar los atentados del anarquismo, y palabras de hiel y vinagre para los de las huestes de Mistress Pankhurst. Y vuelvo a hacer observar que las mujeres piden el a, b, c, de lo que tanto tiempo hace han conseguido los hombres: el derecho de elegir a los que han de dictar las leyes que han de regirnos y los tributos que hemos de satisfacer. Y tienen razón en pedirlo, aunque empleen medios algún tanto estrafalarios y a veces criminales.

Se puede tener razón y pedir mal. Pero ellas habrán visto que así piden los hombres, a todo momento, lo que desean, necesitan o creen necesitar. Habrán visto que la fuerza es la razón suprema, y que la escala de la violencia va desde el simple empujón hasta el atentado contra la vida. Y si esto le es lícito al varón o, por lo menos, aunque no le sea lícito, si nadie lo condena enérgicamente, ¿por qué la hembra no echará mano de iguales medios de propaganda?

Acabamos de presenciar unas elecciones, ahora mismo. La opinión general es que han transcurrido con relativa tranquilidad, sin graves colisiones. Sin embargo, un guardia civil ha quedado con la cabeza separada del tronco, otro ha sufrido heridas gravísimas; y los estacazos, pedradas, puñetazos y mamporros son incontables. No se ha impreso una sola palabra contra estos atentados políticos. En uno de ellos, por señas, ha tomado parte activa una mujer: en el más sangriento. Si las mujeres han de andar a fisnetazos, ¿cuánto más lógico es que anden por su interés propio, por su propio sufragio, y no por el que los hombres usufructúan?

Todo esto no es más que pedir un poco, un ochavito de justicia. Yo me figuro que, allá en los tiempos de la dominación romana, si algún esclavo osase aspirar a ciudadano, dirían de él las mismas lindezas que hoy se dicen de la mujer, cuando se atreve a reclamar algún derecho de los muchos que se le han negado.

Lo que me atrevo a profetizar, es que, andando el tiempo, tendrá una estatua Mistress Pankhurst. Otras peores se están alzando en varios sitios. No hay que citar nombres, no hay que señalar con el dedo. Los nombres se saben; mejor dicho, se ignoran; en esto está, justamente, el toque. Cuando, en plazas públicas y paseos, veáis erguirse un bulto de mármol o bronce; y una persona de alguna cultura os pregunte ¿quién fué este señor?; y al nombrar vosotros, si tanto podéis, al *estatuado*, su nombre no baste y se os pidan mayores explicaciones, decid que esa estatua no se debió erigir. Los antiguos afirmaban que no convenía dedicar columnas y monumentos a los mediocres. Hoy se elevan no ya a los mediocres, sino a los nulos.

Se prepara en Madrid, en la Princesa, un estreno de Pablo Hervieu. Antes que en París, conoceremos la nueva producción del afamado autor. El interés y la expectación son tan grandes, que ya no quedan localidades, y faltan, cuando esto escribo, para el estreno, ocho días.

Verdad que se habla de una presentación escénica sorprendente – aun en ese escenario, que nos tiene habituados a muy fastuosas sorpresas –, y el aliciente de un estreno de autor francés que concede a Madrid la primacía, con traducción de Benavente, explica este afán de los curiosos espectadores.

Hay en todo estreno, sin duda, algo de emoción de juego de lotería. No es nunca seguro que agrade al público la obra, ni siendo exactamente análoga a otras que le han encantado, un mes o un año antes. Esto del teatro es siempre eventual. Depende de mil complicadas circunstancias, de elementos que no se sospechan. Y hasta ha sucedido frecuentemente que el público repruebe la primera noche una obra, y la segunda la aclame, transportado de entusiasmo férvido.

Por eso los autores que sufren lo que se llama «temblor de estreno», harán bien en armarse de indiferencia, y esperar como se espera el sorteo, en que el azar puede regalarnos un millón, o burlar nuestras esperanzas no dándonos ni un confite de 30 pesetas. Y para mantener el espíritu en equilibrio, pensemos de antemano que el primer caso es muy insólito, y el segundo muy usual.

El que haga de un estreno teatral cuestión de amor propio, ¡cuánto sufrirá al recibir un desengaño! Y este desengaño lo recibieron antes que él Zorrilla, Campoamor, Benavente, cuyas primeras comedias no gustaron; Tamayo, que vió caer al foso su *Virginia*; García Gutiérrez, y Eguílaz, y Ayala, que más de una vez fueron rechazados por el público; Echegaray, Sellés... La lista pudiera llenarse de nombres y de títulos de obras, y sería curioso seguir estas alternativas del gusto, estas caprichosas variaciones de la manera de apreciar del público.

Y ¿qué es el público? ¿Cómo acotar, cómo concretar esta palabra?

Hay tantos públicos, no ya como teatros, sino como horas y noches. El público de las secciones vermut no es el que se reunía, por ejemplo, en la cuarta de Apolo. Hay un público que saborea la sicalipsis como se saborea un caramelo, y otro público que se deleita con la ñoñería. Hay un público que por todo se escandaliza, y hay un público que reclama escándalo. Hay un público que se electriza cuando agitan una bandera española, y hay otro que jalea los latiguillos revolucionarios y sociales. Hay público anticlerical, público afrancesado, público cándido, público castizo, público sentimental, público flamenco... El diablo que sepa cuántas especies de público existen en Madrid, con ser Madrid, realmente, lo que se llama una gran capital.

De suerte que, para un autor, se trata de acertar, por carambola, con el público en que encajará su obra cómica o dramática. Y si no acierta, si no encuentra ese auditorio amigo y cómplice..., que encomiende a Dios su alma...

El tiempo ha ayudado generosamente a la solemnidad de la ceremonia de la Jura de la Bandera. Ha sido un tiempo benigno, sin ese sol devorador que congestiona a los pobres soldados durante las largas formaciones. Y aunque el sol apareciese cubierto, velado por plateadas nubes, el aspecto del día no era triste ni amurriado, ni presagiaba lluvia. No hacía calor y tampoco frío. Temperatura ideal.

El miedo a la tragedia, que el año pasado encogía los corazones, tampoco este año existió. Sabiase que, probado hasta el último límite el valor personal del Rey, como una cosa es el valor y la temeridad es otra, se iba a adoptar la más natural de las precauciones: sencillamente que el Rey fuese rodeado de su Estado Mayor, y no delante solo y descubierto, cual hubieran solicitado los que, en loco arrebato, intentasen algo contra él. Nunca los reyes batalladores de la Edad Media entraron solos en el combate, sino que les acompañaron y estuvieron al lado de ellos sus adictos, lo cual no impidió que realizasen por cuenta propia grandes proezas. En las batallas de hoy, civiles y donde el enemigo no da el pecho, sino que acecha emboscado, hay que prevenirse también con doble motivo. Y hemos agradecido que una medida lógica y prudente nos evitase los temores y contingencias que en 1913 alteraron la alegría de la Jura.

El acto de la Jura es alegre, porque hay en él afirmación de fuerza y de cohesión patriótica, algo que, ante nosotros mismos, nos realza y nos une, en la comunidad de nuestros intereses y de nuestros afectos profundos. Esta fiesta es sana y fortificante, y hay que tomarla en serio, como se toma en serio lo que toca a la conservación y la vitalidad de todos. Lo que representa la fiesta de la Jura, puede, no diré crearse, pero suscitarse y confirmarse por medio de la voluntad; y así debe hacerse, porque así conviene, y porque así se hace en las naciones que se aman a sí mismas. Los grandes sentimientos colectivos no surgen de pronto ni por arte de encantamiento; van formándose un día tras otro, por obra de esa voluntad, no siempre consciente y deliberada, pero que, en los hombres organizadores, en los altos políticos, debe serlo, y lo ha sido, como se ve en la historia. Alemania es un ejemplo de creación de espíritu patriótico, y no ha necesitado largos siglos para formarlo.

Todo lo que a tal efecto contribuya es merecedor de aplauso, y será bueno cultivarlo, como se cultiva el trigo que ha de dar el pan.

Ha fallecido la insigne actriz María Tubau. Para el arte había muerto desde que su padecimiento del corazón la obligó a retirarse de la escena.

Caso curioso: esta mujer, de excelente reputación en su vida privada, y hasta pacata y severa en las costumbres que establecía en las compañías de las cuales su marido era empresario, tuvo el repertorio *más risqué*, del género de alta comedia, naturalmente, y fué intérprete de picarescas creaciones francesas, como: *Divorciémonos*, *Mamá Colibrí*, y otras, que no son precisamente para el público de sábados blancos.

Y, en este género tildado de inmoralidad, supo desplegar la Tubau una picardihuela y una coquetería deliciosas, siempre distinguidas, sin encanallar nunca el papel, pero sin quitarle tampoco su significación, su pimienta – que sería estropearlo.

La belleza y elegancia corporal de María Tubau contribuían a que triunfase en estos papeles, escritos para la mujer parisiense, y en los cuales a veces logró eclipsar a sus rivales transpirenaicas. He visto en Francia *La Corte de Napoleón*, y nunca tan gentilmente interpretada como por María Tubau. Era una creación la figura de la desenfadada madama *Sans Gêne*, encarnada por una actriz que, sin embargo, no tenía tipo de antigua lavandera; que era, de suyo, adamada y señoril.

Una particularidad de María Tubau fué la magnificencia de su pelo. No existió cabellera más espléndida. En una obra de Alejandro Dumas hijo, en que tenía que soltarse el pelo en escena, resonaba siempre en el teatro un murmurio de admiración, al caer por las espaldas de la actriz aquella cascada de oro obscuro, larga, abundante, naturalmente rizada en ondas. Y este pelo copioso y juvenil lo conservó hasta sus últimos años, por lo menos hasta que dejé de verla, que fué hace poco.

Con tanta maestría como los papeles de dama, representó algunos de característica y otros, cómicos; por ejemplo, el de la viuda de Napoleón, en el divertidísimo sainete *El tercer aniversario*. La nota cómica en María Tubau no era recargada ni amanerada; hubiese sido, puesta a ello, una de nuestras grandes actrices del género festivo, tal vez la más natural y, de fijo, la menos vulgar.

Pero la enfermedad no permitió que María Tubau aprovechase los años que sin duda le quedaban aún de juventud artística, la cual dura tanto como la salud. En España, donde todo se precipita, hay siempre mucha prisa para dar el canuto a las grandes comediantas.

No hacen así en Francia, donde conservan a Sara Bernhardt en salmuera o no sé cómo, y la ven gustosos encarnar la figura del *Aiglón*, que es un muchacho de dieciocho o veinte años, teniendo la intérprete setenta y no sé qué pico alto. ¿Qué importa, si la ilusión escénica existe? María Tubau se malogró, por sus achaques. Lástima grande, porque su carrera estaba lejos de haberse cumplido.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días no se ha hablado en Madrid sino del estreno de la obra de Hervieu, traducida por Benavente, y titulada *El destino manda*.

Analizando los elementos de esta extraordinaria expectación, claro es que no todos resultan literarios, y que entraron, en las proporciones dadas a este acontecimiento, muchos de carácter suntuario y mundano. Me apresuro a añadir que nunca hay edificio sin cimiento, y que en este caso el cimiento ha sido, naturalmente, la labor anterior de Hervieu, uno de los más ilustres dramaturgos de la Francia contemporánea; la labor, también literaria, de Benavente, al hacer de la obra limpia y castiza traducción, y la fama, a cada paso más extensa, de los Díaz de Mendoza.

Oyese a veces decir, cuando «el destino manda» una ovación a alguien, «ese homenaje se lo han preparado sus amigos». Y siempre he preguntado: ¿acaso los homenajes los preparan los enemigos? Por muchos amigos que reúna el vecino de enfrente, el señor anónimo, podrán prepararle algo puramente amistoso; un verdadero homenaje, nunca. Todo necesita ambiente, precedentes, base.

Aplicando la doctrina al caso de Pablo Hervieu, en España, diré que aun cuando Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, con todo su prestigio, se empeñasen en armar un tinglado caprichoso para un autor mediocre, sin consagración anterior, no lo conseguirían. Y desde luego, no hay ni que admitir la hipótesis de que lo hubiesen intentado. ¿Para qué?

Encontró acogida y calor Hervieu en la más encopetada sociedad madrileña, porque los actores de la Princesa tienen su público en esta misma sociedad, amén de contar en ella con amigos personales y muy íntimos, con parentela ilustre, con un arraigo antiguo y no interrumpido nunca. Tanto o más que el Teatro Real, atrae y congrega la Princesa a lo más selecto, y casi diré que las suntuosidades de aquel escenario, cuando lo requieren las obras, superan o por lo menos igualan a las de la mayoría de las residencias aristocráticas, y en ocasiones les sirven de modelo. Hasta peca por exceso de lujo y belleza la *mise en scène*. Nunca el castillo de Chazay, a existir, hubiese ostentado en su *hall* los tapices soberbios, propiedad del Duque de Tamames, que en la Princesa se admiran todas las noches. Y es probable que la dueña de la casa no se vistiese tan a la nueva moda y al artístico antojo, como María.

Todo esto, y más si el público es especial, refinado, cultivador del lujo, amigo de las elegancias de la vida moderna, contribuye a despertar el inmenso interés que agotó los palcos y las localidades todas de la Princesa para las dos primeras representaciones, y supongo que para muchas más. Sólo que todo esto exige, formados con antelación, nombradía, altura, no sólo de los actores, sino en el autor. Y son condiciones que no cabe negar a Pablo Hervieu.

Cuando un autor francés de cartel pasa la frontera, viene en persona a España, y autoriza un estreno en Madrid que antecede al de París, hay que agradecerle la cortesía, y nos sentimos predispuestos en su favor. Los obsequios que Pablo Hervieu ha recibido en Madrid son hidalga correspondencia; y debemos felicitarnos de que se sumasen a ellos las gentes que, por lo común, no obsequian sino a otro género de viajeros de la *crema* internacional.

Es difícil, realmente, dar gusto a todos. Óyese casi a diario repetir que el gran mundo se interesa muy poco o nada por lo intelectual y artístico. Se acusa a este gran mundo de no preocuparse sino del deporte, de la moda, de los trapos, de las diversiones vacías y sin sentido. Y cuando el gran mundo, por casualidad, festeja a un intelectual y a un autor dramático, se toma poco menos que a delito, y se piden cuentas de por qué a éste y no a otro, por qué en una forma y en otra no. Yo encuentro que siempre debe elogiarse lo elogiable, y que lo mejor es enemigo de lo bueno. No fuera malo establecer estas costumbres y relaciones, que honrarían a todos, y en primer término a las grandes señoras, ya lo hiciesen por excepción (ya, como la marquesa de Hoyos, por hábito y por conocimiento y tradición de su familia, donde nunca los intelectuales han faltado).

Cuando vino a Madrid otro ilustre escritor, Fernando Brunetière, hace años ya, el espectáculo fué menos halagüeño. Recuerdo que, al preguntarle yo, que le debía afecto y atenciones inolvidables prodigadas cuando fuí a dar en París mi Conferencia, qué hora y qué día tendría libre para agasajarle en mi casa, me contestó que todas: nadie le había invitado a comida, almuerzo, excursión o sarao. Y cuenta que Brunetière no venía a Madrid como turista, no: le traían a dar una conferencia elementos políticos y sociales de los que más medios reúnen para festejar con esplendidez hospitalaria, y en este caso obligatoria, a un extranjero. Más vale que se lleve Hervieu un recuerdo de extremosa acogida, que el de una frialdad que hubiese sido injusta e inexplicable.

Respecto a la obra, diré que es muy dramática y fuerte, lo cual constituye un acierto tratándose del papel que María Guerrero ha de estrenar. Nadie ignora cómo esta gran actriz domina la cuerda dramática, y aun la trágica, si bien no suelen escribirse hoy verdaderas tragedias (y sobre este punto cabría una disertación, que no me parece oportuna en una crónica). Ello es que el papel de María le permite tocar todos los registros del sentimiento, de la aflicción, de la indignación, del espanto, de la sorpresa, de cuantos movimientos caben en un alma herida por las mayores desventuras que en el espacio de unas horas pueden caer sobre criatura humana. Acaso por lo mismo, por exceso de tensión dramática, por la rapidez con que todo ocurre, estando María a su altura acostumbrada, la alcanzó mayor aún Fernando, en un papel más sobrio, de menos transiciones – un papel *afirmativo* –. No cabe mejor interpretación de la que dió Fernando al personaje del comandante Chazay. Y en ese papel está todo el sentido de la obra, que trataré de desentrañar, pues se han dicho cosas muy contradictorias y merece la pena de examinarlas a grandes rasgos.

Lo primero que ha surgido, ante el drama de Hervieu, es el recuerdo de otro drama romántico del duque de Rivas: *La fuerza del sino*. Y se ha discutido lo que, en ambas obras, que por cierto en nada se parecen, corresponde al fatalismo, al determinismo, y al albedrío humano.

Al duque de Rivas, al cabo cosa nuestra, español, se le ha absuelto porque su fatalidad es «la fatalidad griega». Realmente, el que no se consuela, es porque no quiere. No entiendo la distinción. La fatalidad griega, no la sé diferenciar de la fatalidad modernísima. Quisiera que me explicasen por qué no es heterodoxa la fatalidad griega, y es una gran herejía la fatalidad de ahora.

Don Álvaro, el Inca, se ve compelido por su sino fatal a matar sin querer al padre de su amada, y luego a sus dos hermanos; a éstos queriendo ya. El sino no lo explica todo, sin embargo, en la vida de Don Álvaro: cuando ha ingresado en el convento de franciscanos, hecho dura penitencia, ofrecido a Dios su arrepentimiento, D. Álvaro podría, en vez de contestar a un ultraje con estocadas, presentar la otra mejilla. Aquí entra en juego la responsabilidad, quién lo duda; aquí entra ya el *pecado*, obra de la conciencia, que puede sufrir ofuscación, pero no de un modo enteramente invencible.

Pudo D. Álvaro cifrar su orgullo en lo que lo pusieron San Francisco de Borja y otros varones de nobilísima estirpe: en la humildad. Y entonces, vencida quedaba la fuerza del sino. No diré que así fuese más bello el drama: lo que aseguro es que la fatalidad no ejerce, en la mayor parte de los casos, ese tiránico poder que se le atribuye.

En la obra de Hervieu, el asunto se resume en pocas líneas. Una señorita de antigua nobleza se ha casado con un negociante de alta categoría. Son felices, en apariencia, cuando sube el telón: tienen dos hijos, la parejita, ya crecidos y adolescentes, poseen riquezas, hay paz. Creyérase al pronto que el drama va a surgir de que un criado, antiguo y estimadísimo, substrae un billete de Banco, compelido a ello por *el destino*, por la necesidad de socorrer a una hija que está en necesidad extrema. No es, sin embargo, el episodio del criado, sino una preparación, y el conflicto surge de que el marido de la protagonista tiene dos vidas: una pública y visible, la de su hogar, y otra secreta, es decir, no tan secreta que todo París no la conozca, pero que ignora su mujer, acaso porque vive en el campo, o por un exceso de ciega confianza. El que creíamos marido ejemplar, excelente padre y hombre de negocios con crédito y autoridad, ha jugado, sostiene una querida de gran lujo, está perseguido por estafa, y le busca la justicia. Todo lo desconoce la esposa, pero lo saben el cuñado y un amigo íntimo de la casa, y se disponen a dar la noticia a la esposa, ocultando sólo lo que se refiere a la infidelidad. Y (esto es muy humano) la mujer, no sospechando la traición amorosa, perdona todo lo demás, y está dispuesta a seguir a su esposo a la cárcel y a pedir limosna para salvarle. Por su parte, el culpado prepara la fuga, y, al saberlo, el comandante de Chazay, su cuñado, le sale al paso y le exige que lave su deshonor suicidándose. Y aquí pregunto, como pregunté respecto de la obra del duque de Rivas: ¿manda esto irremisiblemente el destino? Es evidente que no. El banquero arruinado y deshonrado pudo, en efecto, recurrir a esa fuga, lo más frecuente en casos tales, y no por eso su familia, sus hijos inocentes hubiesen quedado cubiertos de ignominia y baldón a la faz del mundo.

No es pues el destino, sino una especial manera de entender el punto de honra el comandante de Chazay, persona por otra parte dignísima, lo que trae la catástrofe. El banquero se niega a quitarse la vida; el comandante insiste; se produce una lucha, salen de la habitación peleando, se oye un tiro... La cosa es clara: el comandante ha hecho justicia.

Es indudable que el autor quiso poner a este simpático personaje, encarnación del honor y del sentimiento del deber, y que ya ha dado a su hermana otras pruebas de abnegación, en el caso de cometer un crimen, impulsado por la violencia del destino. Yo, sin embargo, no lo entiendo así. El acto del comandante, aun siendo tan ilícito, obedece a los mismos móviles generosos en que se inspiraron otras acciones de su vida: si es delincuente, es delincuente honrado. Y toda vez que el comandante no desmiente en esa hora suprema el carácter de su existencia toda, no es el destino, es la individualidad, lo que se afirma con el disparo. El comandante deja seco a su cuñado, porque lo ve embustero, vicioso, cobarde, felón, y quiere librar de tan mal bicho a su hermana y a sus sobrinos, aun a costa del riesgo de su libertad y su honra propias, pues los Tribunales pudieran no apreciar como él este acto. No es un ciego impulso, sino algo muy consciente, lo que le hace disparar. Es hasta un cálculo de ese egoísmo invertido, hermoso, que nos lleva a buscar la dicha de los que amamos, a costa de la propia. No encuentro, pues, fundada la acusación de atentar contra el libre albedrío humano que se ha dirigido a Hervieu. En su obra, la fatalidad no empuja: a lo sumo, empujan las circunstancias, contra las cuales se puede luchar. Y ninguno de los personajes desmiente su manera de ser, bajo el influjo de sucesos imprevistos. El comandante sigue tan pundonoroso; la dama, tan buena y honesta; el mismo criado, que robó la mínima suma de cien francos, obedeciendo a un estímulo natural, descubre, al responder a la acusación, que no ha dejado de ser un excelente hombre, y que únicamente pecó de tonto, pues debió pedir a sus amos, que tanto le estiman, esa cantidad pequeña.

Lo que verdaderamente late en esta obra, que aun no se ha estrenado en París cuando trazo las presentes líneas, es un sentido patriótico y militarista que se resume en la personalidad del comandante, prototipo del honor antes y después del homicidio que comete y que se propone espiar cara al enemigo. Contrasta la personalidad del valiente militar con la de su cuñado, a quien todo espectador de buena intención le agradece muchísimo que mate. El cuñado es representación del París de *la fête*, en que el afán del placer mata toda dignidad, en que las ideas morales se han borrado y hasta son objeto de risa. Al lado de esa Francia corrompida y hasta sin gallardías para pagar, a la hora del vencimiento, la deuda con la sangre, Hervieu esboza otra Francia enérgica, seria, dispuesta a la obediencia y a la disciplina, hasta al sacrificio. Esto, a mi entender, resalta mejor que la tesis fatalista que tanto alarmó a determinados críticos, y que carece, a mi ver, de fundamento y de demostración en los lances de la obra.

Hervieu es un hombre de cara menuda, de facciones más jóvenes que su edad, de pocas palabras, frugal y sobrio en el comer, moderadísimo en el beber, modesto en su talante, reservado en el gesto y ademanes – en suma, una persona que tiene lo que se llama en Francia el tono de la *bonne compagnie*.

Naturalmente, estoy exteriorizando una impresión fugaz, y retratando a un personaje que no se ha detenido sino breves minutos ante el pintor, y que aparece algo receloso y cerrado, como se está en país extraño y ante gente nueva. El Hervieu dramaturgo, que desde hace años triunfa en los escenarios parisienses, me era familiar; y, a distancia, no veía de él sino las ideas, el marcado y constante feminismo y la eterna preocupación del sentido dramático de la vida vulgar en apariencia.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Está muy bien, pero muy bien, que se haga cuanto sea posible en favor de los necesitados; merecen aprobación todas las funciones y fiestas que respondan a tan loable fin, y lo llenen cumplidamente; también es admirable la caridad privada, y meritísima la semiprivada, que se ejercita en forma de donativos y legados y mandas a instituciones piadosas, etc. Reconocidas tan inconcusas verdades, con buen ánimo y voluntad, hay que añadir que, en el momento actual, este ramo o capítulo del presupuesto aumenta de tal modo, que es una de las amenazas de inminente submersión de la bolsa.

Hoy se pide para todo, y pide todo el mundo. Pedimos, debiera decir, aunque por mi parte trato de evitar poner a mis amigos en compromiso; pero no lo consigo siempre. A menudo, no hay remedio sino postelar; para esto, aquello y lo otro. Cada época tiene sus exigencias y sus muletillas.

No hay día en que no llamen a vuestra puerta cinco o seis postulantes, por lo corto. Mirada aisladamente cada postulación, podrá ser muy justa, muy fundada. Es bueno, y hasta es óptimo, que se atienda a la necesidad, a la urgente necesidad de tanto desgraciado, de tanta mujer y niño sin amparo, de los que no tienen pan, ni de donde les venga; y tampoco deja de ser oportunísimo que los católicos contribuyan para el instituto religioso A o B, y los ciudadanos para el de enseñanza C o D, y todos y cada uno para tanta buena obra y fundación: Asilos, Hospitales, Casas de Socorro, Cruz Roja, etc., etc. Pero esto de lo oportuno tiene su límite natural en lo hacedero y posible. No hay manera de ultrapasar estos límites. *Ad impossibilia nemo tenetur*, que dijo el profano.

Acaso yo vea este problema como más insoluble y angustioso, porque el ser tan conocido, y a tanta distancia, mi nombre, es causa de que carguen sobre mi mayor número de pedigüeños, de todas clases, colores y marcas. Recibo petitorios de sitios donde ni una vez en mi vida he puesto los pies. Conventos que se están cayendo allá en remotas ciudades, los he de reparar y sostener yo. Personas a quienes agobia la suerte en climas lejanos, aguardan de mí su salvación inmediata. Hasta de Francia recibo epístolas que parten los corazones. Y esto no tiene pies ni cabeza; lo comprende el más boto.

Somos, en Madrid, siempre los mismos para contribuir a cuanto se hace. Aquí no se renueva el personal. No hay más cera que la que arde. Los nombres no varían. Las fortunas son generalmente pequeñas. Es una ficción social suponerle a todo el mundo millones. Y es atribuirnos una vanidad muy hueca y frívola, el dirigirse a nosotros diciendo que, para nosotros, veinte o treinta pesetas son una bicoca. ¡Veinte o treinta pesetas! Las defienden en Madrid con denuedo hasta los grandes accionistas del Banco. No tal vez por las veinte o treinta de aquel caso concreto, sino por las veinte o treinta sucesivas, del día siguiente, de los otros, del año, de siempre.

En los mismos países que tienen por blasón el dinero y las atrevidas y grandiosas especulaciones, no se da a tontas y a locas; acaso menos que aquí. En España, tierra nada opulenta (según a diario leemos en los periódicos, al tratarse de las contingencias económicas de la guerra de Marruecos), tiene que constituir un problema social este ramo de imprevistos, esta continua amenaza al bolsillo, que exige reservas importantes para no constituir un desequilibrio muy peligroso.

Al mismo tiempo que aparecen tantísimas obligaciones, si no forzosas, poco menos, toda la existencia propende a subir, a hacerse más difícil, sin que haya proporción entre el acrecimiento de los medios y las nuevas necesidades. Comprendo que estoy escribiendo una vulgaridad muy trivial, pero no es culpa mía si esta trivialidad es el eje de la vida. Revestid el tema de cierto oropel, dadle un barniz científico, y será base de alguna grave disertación de Ateneo o de Academia de Ciencias políticas y morales.

Los historiadores a la moderna entienden que estas cosas diarias y humildes tienen más trascendencia que los sucesos aparatosos. La miseria, la perturbación económica, son enemigos de la paz y del orden, y de muchas cosas útiles y deseables. Francia ha sostenido rudos embates, ha salido a flote en tormentas muy desbechas, porque la nación en conjunto es rica, su territorio bien cultivado, sus habitantes económicos, ahorradores, ordenados, laboriosos, y modestos y remirados en su gastar, hasta la tacañería; y aquí somos todo lo contrario; la prueba es que los dispendios mínimos nos parecen despreciables, que no damos importancia alguna a la peseta, que pagamos de más el céntimo o los céntimos en las cuentas, por no hacernos con moneda tan ínfima para los cambios; que somos el país en que más propinas se dan, sin razonarlas; que un español de las clases humildes no repara en tomar coche de punto para todo el día o para bastantes horas; y en suma, que el ahorro pequeño, base de la prosperidad de nuestros vecinos, entre nosotros es casi ignorado, y se cree que no vale la pena.

Los franceses lo recogen todo, lo estiman todo – señal de gente aprovechadora. Aquí, verbigracia, no llamamos *ensalada* sino a la tersa y clara lechuga, o a la rizada escarola. Nuestros vecinos andan por el campo buscando yerbecitas, juntándolas con sumo cuidado en un cestillo, y luego las aderezan y se las comen con delicia... y con aceite y vinagre. A este inocente recreo se entregan personas bien acomodadas, los domingos, cuando salen a esparcirse por los alrededores de la gran ciudad. En Francia todo se come: nada se desecha por insípido: hasta las cebollas de los tulipanes y los peces de colores sirven para regalarse, y he oído afirmar que no fué mero humorismo de Alfonso Karr el suponerlo así. En cambio, gente de clase muy inferior en Madrid, consumen artículos que acaso no prueba en todo el año un pequeño rentista francés. Yo soy aficionada a observar, y en un excelente colmado madrileño concurrídísimo he visto, no sin alguna sorpresa, a individuos de pobre pelaje, merendando, a las seis, bocadillos de jamón, jamón en dulce, cangrejos, quisquillas, ternera asada – platos de ricos –. Los dulces y pasteles, también les hacen gasto en Madrid clases desacomodadas que no los conocen ni de vista en París. Como dice un *couplet* conocidísimo:

Aquí el que tiene tres pesetas
compra tres puros, y a vivir.

Se me dirá que aun economizando, el pobre no mejora sensiblemente de condición. Es un error. Importa menos a las naciones que economice el rico, que el menesteroso. Ricos, hay menos, y nunca la gran masa la forman los pudientes. La gran masa es necesariamente popular. Y la gran masa es la resistencia y el vigor de las naciones. Se ha visto cuando Francia sufrió las tremendas catástrofes apocalípticas del *Año terrible*. Resistió y no pereció, porque lo íntimo de su organismo era fuerte y sano, merced al ahorro.

Empieza, es cierto, a crearse en España algo de esta virtud social. Las láminas de a cien pesetas, de valores del Estado, andan muy buscadas, lo cual debe considerarse un excelente síntoma. Todo el que ahorra es hombre de orden, hasta involuntariamente. Los pobres, con el ahorro, ya sé yo que no llegarán a capitalistas; pero sí surgen el paro o la enfermedad, podrán hacerles frente, y no caerán en la miseria profunda que el menor incidente atrae sobre los que absolutamente viven al día.

La mujer ha solido ser la previsora, en la mayor parte de los hogares; hoy, al menos en la clase media, la mujer también está precipitada al lujo y a la extravagancia de la moda más insensata que se ha visto. Yo bien sé que ni la décima parte de lo que se pinta en los figurines sale a la calle, ni a los teatros, ni a los salones; que las *toilettes* estrambóticas no las usan sino contadas antojadizas; que ni las piernas andan tan al aire, ni las faldas tan partidas, ni las panzas tan en punta, ni el peinado tan en forma de melón; y, con todo eso, se gasta más de lo posible, especialmente en el ramo de sombreros, calzado y accesorios, y aterra pensar cómo se las compondrá para hacer frente a la indumentaria de sus hijas un sujeto de los que antes se llamarían medianamente acomodados y hoy son pobres vergonzantes.

No hay sueldo, ni de los muy lucidos, que alcance para la ropa de mujer, aun no habiendo llevado nunca las mujeres menos ropa. Ella será, poquita, pero es como los libros de las Sibilas, que al constar de menos hojas subían de precio.

Los sombreros, en una familia de cuatro niñas y la mamá, no representan en las entradas de estación menos de setecientas o mil pesetas. Porque se han acabado aquellos sombreritos de ocho, diez y doce duros, como máximo, y ya hasta en los *portales* cuesta un sombrero mediano sus veinte o veinticinco. Se me dirá que para estos casos están la maña, habilidad y disposición de las mujercitas caseras, que aprovechando los restos del año anterior, y con una bien dispuesta contradanza de plumas y flores, cintas y *esprits*, y arreglando por aquí, y reformando por allá, y con un casco nuevo para prender los adornos antiguos, salvan la situación. En efecto, queda tal recurso; lo que pasa es que la moda es el demontre, y fabreciendo la misma, tiene el arte de imprimir cada año un nuevo sello caprichoso y original. Las mujeres, en este particular, no se equivocan nunca; y los antiguos sombreros y adornos «entregan la carta» de un modo lamentable, sobre todo para las amiguitas, que es con quien se desea lucir estas galas y preseas de novedad; y si el año anterior se estilaron las *aigrettes* en forma de sauce elegíaco, y este año se llevan como puntos de interrogación o como plumeros amarados, no sirve de nada lo viejo, sin adaptación a lo actual, y viene a resultar que se amañará un pichoncito casero «para diario», pero hay que arrancarse a adquirir, para los días de repique recio, un budín flamante, con un paraíso gacho y una maraña de plumillas volanderas al centro, todo ello encajado hasta la nariz.

A las juiciosas reflexiones de los papás, las mamás oponen constantemente la cuestión de la *colocación* de las niñas. ¿Cómo va a sacar novio la que vaya hecha una curri, con el sombrero del año pasado, que parece un higo? Porque es probado: no vale guardar estas prendas cuidadosamente, en su caja de cartón, previamente cepilladas, descosida la «fantasía» y ahuecados los pliegues de terciopelo o limpia con bencina la paja: allí se queda no trabaja, no sufre, y sin haber tocado nadie al objeto, cátate que se deforma, se achica, adquiere ese aspecto triste y pobre de las traperías olvidadas en un rincón, y provoca a risa cuando lo desenvuelven de sus papeles de seda...

¡De cuántos conflictos salvaría a las mujeres españolas la adopción de la mantilla nacional! Y esta reforma, que traería consigo una economía de millones, aportaría también un encanto estético a la patria. Lo cantarían los poetas, lo celebrarían los pintores. Lo hemos podido ver estos días de Semana Santa: eran un recreo para los ojos las mantillas, ya blancas, ya negras. La mantilla, lejos de perder, gana: cuando blanca, se pone rancia, de un rancio fino y suave, o si es negra, adquiere flexibilidad, pliega mejor. De madres a hijas, las mantillas se heredan. Siempre he pensado lo que ganaría España, restaurando la mantilla.

La igualdad social es imposible, ya que hay gente rica y gente que pasa apuros. ¿Por qué esta última se ha de *empeñar*, en todos sentidos, para hacer, servilmente, lo mismo que la otra? No todas las señoras, por distinguidas que sean, disponen de medios para la adquisición de diez sombreros al año, a los precios que alcanza este artículo.

¿Por qué no retornan a la mantilla? He oído decir que existe una Cruzada de la Modestia, una congregación de señoritas y señoras para no usar trajes provocativos ni galas licenciosas y deshonestas. Entiendo que esta Cruzada debiera consagrar también sus desvelos a combatir los trajes y adornos que van contra el honrado equilibrio de los ingresos y gastos domésticos, contra el hogar. Esta Cruzada de la Modestia debiera intentar la restauración de la mantilla. Y de ¡ijo las «modestas», con mantilla, estarían sumamente guapas, amén de otras ventajas que cualquiera adivina.

No es necesario, para restaurar la mantilla, imponer la de Goya, larga, grande, de encaje riquísimo. Hay la chiquita, de castañuelas; la ligera y primaveral, tan linda, de tul moteado; la de Chantilly, tan fina; la de rejilla; la de terciopelo; la de madroños, y cien mil que sentaban divinamente al tipo de las madrileñas, realzaban su hermosura, y les prestaban un *cachet* especial, graciosísimo; mientras los actuales sombreros, o enormes como paraguas, o reducidos como cacerolitas, las desfiguran y afean hasta la caricatura. También hay que consultar las condiciones de la raza, y su tipo, antes de adoptar modas. Apostemos, sin embargo, a que nadie se atreve a dejar por la mantilla el sombrero. ¡El sombrero es una religión femenil! Y además, ¿es una conversación de todos los días. ¿De qué se habla, si no se habla del sombrero?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que suprimieron un impuesto odioso, vejatorio, cruel, que pesaba sobre las clases pobres, etcétera, etc. – ya se adivinará que todo esto va con los consumos –, la vida es más cara que nunca, todo está «por las nubes», frase predilecta de las amas de casa y las patronas de huéspedes.

No faltaba quien vaticinase esto antes de la supresión: que íbamos a estar mucho peor; que ningún expendedor de subsistencias rebajaría un céntimo por concepto de haber desaparecido los consumos. Y así fué; pero, como aquí no hay verdadera preocupación social, sino que todo se reduce a política y más política, el fin político era lo que se perseguía, y para lograrlo, no se reparaba en los resultados presumibles de la modificación.

La carestía de Madrid es un hecho comprobado, y su progreso debe alarmar a los sociólogos y economistas. La supresión de los consumos (que estaban organizados en forma absurda y depresiva, eso es cierto, pero eran impuesto directo y lógico) ha elevado, en vez de abaratarlos, los precios de los artículos de primera necesidad, haciendo ascender igualmente el coste de las viviendas, al ser recargadas las fincas urbanas con nuevos impuestos y gravámenes.

Bromas, quejas, caricaturas y comentarios de toda especie dictó a la prensa, estos días, la subida del coste de las patatas. En un gráfico, un esposo galante presenta a su adorada consorte, en vez de un ramo de perfumadas flores, un cestillo lleno de los tubérculos que impuso Parmentier, como el obsequio más preciado que, en estos momentos, podía ofrecerle...

***

No es de presumir que esta alza haya influído en el caso de haberse deshecho, ahora mismo, varias bodas concertadas; pero, sin relacionar lo que no guarda relación, diré que las bodas se dificultan, en todas las clases sociales, cuando las circunstancias económicas no son halagüeñas. Y acaso más en las altas clases. Porque los pobres no miran tanto al porvenir: con salir del día se contentan, y esperan siempre en algo que no definen, en una mejora de situación, en la lotería; para soñar les basta con muy poco... Y las clases más o menos altas, pero que, en suma, tienen exigencias de posición, múltiples y apremiantes, en vez de esperar, temen. Temen lo que se les viene encima, de obligaciones, compromisos, gastos, complicaciones de toda especie, y, este temor hace vacilar y hasta extinguirse antes de iluminar a nadie, la consabida antorcha.

Creyérase que dos individuos de la humana especie, que se unen para fin tan lícito como la formación de la familia, no tienen, por lo pronto, ni hay razón para que tengan, mayor presupuesto de gastos que la víspera de su unión. Y esto sucede en las clases obreras, en el pueblo; con o sin las formalidades de la ley, reúnense un hombre y una mujer bajo un techo, y el puchero, algo más abundante, es la única diferencia. Desde que ascendemos, las cosas varían. Ni los muebles, ni las ropas, ni nada del antiguo ajuar, de la anterior instalación, sirven para la nueva. El mobiliario se ha de substituir con otro más moderno o más rico; las ropas se han de adquirir de las mejores y más finas; conozco familias cuyo haber no pasa de unas quince o veinte mil pesetas anuales, y que gastan en un equipo la renta de un año. La costumbre de la exhibición de equipos, en vísperas de bodas, fomenta mucho el desarrollo de una industria que yo reconozco encantadora, la de las prendas bonitas, como encajes, bordados y cifras, como espuma, todo lo cual tiene una poesía enorme, un atractivo de misterio nupcial; pero, ¡ay!, es un lujo desmedido, exagerado y vano, puesto que, de esos magníficos ajuares, pocos son los que llegan a usarse hasta romperlos; las novias suelen ser más delgadas y esbeltas que las madres de familia.

Y a los equipos se suman y añaden todas las exigencias y frusleríias de la moda, todos los repiquetes del intenso lujo, todos los detalles que se creyeran patrimonio solamente de las grandes fortunas, y que la vanidad asocia a las pequeñas, como si la exterioridad de la opulencia fuese la opulencia misma.

Y por esto – por las estolas de cibelina, por los volantes de encaje de Malinas, por las joyas espléndidas, por los estuches recargados de cincelada plata, por los muebles Luis XVI – ¡oh, indefectiblemente Luis XVI! – y por tantas y tantas menudencias es malo de anudar y bueno de aflojar el conyugal lazo...

***

No cabe duda: en ciertos países, y especialmente en España, el incremento del lujo no responde al incremento de los capitales; todos dicen – tristese de Guerra, de Marina, de Obras Públicas, de lo que fuere – que no podemos alardear de capitalistas. Y, sin embargo, nuestras costumbres tienden cada vez más a moldearse en las extranjeras de naciones más pudientes, que nos dan el modelo de novedades, refinamientos y requilorios.

Ello tiene, como todo en el mundo, un lado bueno: el de que ayuda a la prosperidad de los industriales (aun cuando éstos no suelen ser españoles, en su mayoría). De todos modos, las industrias suntuarias, en estos últimos tiempos, han adquirido aquí vuelo e importancia. Hay excelentes fábricas de elegantes muebles, y nadie ignora lo que últimamente se ha hecho para estudiar y fomentar la construcción del mueble artístico en España, cosa lógica y de buen gusto. En efecto, hoy se reproducen las Talaveras, los sillones incrustados, los contadores de concha, las arcas de taracea, hasta la plata y los cueros repujados. Y ello contribuye a confirmar el sello nacional, en la casa y alrededor nuestro; ya es preciso desterrar la preocupación que admite el mueble auténtico antiguo, y proscribe su reproducción fiel y exacta.

No concibo qué genero de desdén puede mostrarse respecto a un objeto que no se diferencia de otro estimado y tenido por precioso. Siempre lo antiguo habla más a la imaginación; pero el elemento decorativo puede ser igual en lo moderno. Y es preciso establecer una distinción, en la cual la gente no se fija. Suelen nombrarse objetos de arte los muebles, armas, cuadros, tapices y esculturas; pero si un cuadro es arte puro, un mueble es siempre, en el fondo, arte industrial. Los bellos guadameciés o cueros de Córdoba, constituyeron una industria, y, sin necesidad de que resucite ningún maestro del arte español, esta industria puede resucitar y rehacer los antiguos modelos, cinéndose a copiarlos e inundando de ellos el mercado, si es posible.

***

En cambio, no será fácil renovar, como no se trate de algún *pastiche*, la inspiración del *Greco* y de Juan de Juanes.

En estos últimos días se ha rendido ampliamente culto a la memoria del *Greco*. Se han prodigado las conferencias, se ha celebrado en Toledo una ostentosa velada. Todo ello está muy bien, y ojalá con los demás pintores españoles que encarnan, en una o en otra forma, nuestro espíritu, se hiciese igual. Porque el *Greco*, que tanto significa dentro de la nacionalidad, no lo significa todo, ni mucho menos: y pudiera discutirse si la significación del *Greco* va más allá de la de Valdés Leal, Zurbarán, Pantoja y Ribera. Nótese que no estampo el nombre de Velázquez ni el de Murillo, porque sería preciso, para deslindar el papel de cada uno, escribir muchas páginas.

El *Greco* y Goya parecen resumirnos, por completo; no obstante, hay en el alma española más matices y ambientes de los que suponen estos dos maestros soberanos. Somos más complejos, y tenemos varios aspectos con ser tan honda la sugestión del *Greco*, y tan viva y real la de Goya.

Otro nombre ilustre al cual estos días se va a dedicar una conmemoración, es el de Víctor Hugo, que, como dijo Emilio Castelar, fué el poeta español que mejor rimó en francés. Víctor Hugo tuvo siempre una orientación española en su genio, aun cuando no supiese gran cosa de España, y cometiese los más graciosos errores al tratar asuntos nuestros, como en *Hernani* y *Ruy Blas*. Cuando yo le visité en París, en vano intentó recordar algunas frases españolas para decírmelas; pero, siendo esto auténtico, no es menos verdad que el tipo de su inspiración era, en gran parte, peninsular.

Y, nadie lo ignora, Víctor Hugo, en su niñez, estuvo en España, con su padre el general o mejor dicho el comandante Hugo, el que sentó sus reales en Guadalajara y fué sin cesar hostilizado y a veces derrotado por los guerrilleros de Juan Martín.

***

La estancia en España, no cabe duda, marcó profunda impronta en la mente del niño Víctor Hugo. De su paso por el pueblecillo de Hernani, sacó el nombre del famoso aristócrata y bandido, protagonista de su primer drama, cuyo estreno señala una fecha en los anales del romanticismo. Hay que decir que Víctor Hugo fué especialmente español, mientras duró el período romántico militante. Los jóvenes adictos a la escuela, llevaban como contraseña la palabra «Hierro», dicha en nuestro idioma, en el cual es alta, sonora y significativa, y no en francés. España se puso entonces muy de moda, y las guitarras, las serenatas, las rejas, los claveles y jazmines, las ojeadas *(oeillades)* de las pupilas negras, las mantillas, las gitanas, con otros accesorios de la guarnición nacional, dieron juego a los del Cenáculo. Gautier, que estaba mejor informado de nosotros que Hugo, no nos dejaba tranquilos, ni en verso ni en prosa, y su volumen de *Tras los montes* y su colección de versos *España* están ahí para demostrarlo.

Ello es que Víctor Hugo, durante esa etapa primera de su vida, entró en Madrid en el Colegio de Nobles, y por eso la calle donde ese Colegio se alzó, llevaba, tiempo ha, el nombre de Víctor Hugo. Ahora, trátase de colocar una lápida, por iniciativa de la colonia española de Faris, en este mismo edificio, en cuyas frías salas estudió sus lecciones de chiquillo el gran poeta.

La idea es excelente. Por encima de divergencias y restricciones, Víctor Hugo tiene una personalidad inmensa. Rindámosle el tributo que merece, con ese tono de respeto que la presencia de la gloria debe dictar e infundir.

***

Y al escribir esto, pienso en el caso extraño de la suscripción para el homenaje a Galdós, que, iniciada gallardamente y con generosidad verdaderamente regia por Alfonso XIII, no ha conseguido, al menos por ahora, adquirir el vuelo que deseábamos, no tanto los constantes admiradores del maestro, sino también los buenos españoles: pues esta suscripción es ya un compromiso de honor para la patria. No se entiendan mis palabras en un sentido que no tienen: yo admito que mucha gente, de buena fe, no contribuya a esta suscripción, fundándose en diversas consideraciones, que no cabe discutir: sería rarísimo que existiese unanimidad en tal asunto, tratándose de un escritor que, sobre todo en los últimos años, ha adquirido color político. Pero, ¿cómo no esperar, al menos, una nutrida mayoría, un núcleo numeroso? Esto sorprende.

Repito que nadie puede preciarse de ser grato a todos, y no sé de suscripción alguna en que no haya discordancias. Por desgracia, las hubo hasta en la de los heridos de la guerra, y lo sé por lo mucho que trabajé en pro de idea tan indiscutible. Pero esto es una cosa, y otra el singular retraimiento que parece señalarse en lo de Galdós.

Hubiese yo preferido que fuese el Estado, que tantas cosas costea sin deber costearlas, el que se encargase de ésta, a mi parecer carga de justicia; mas ya que se prefirió otro sistema, no perdamos la esperanza: lentamente, la suscripción medrará: es imposible que así no suceda.

Cuando veo las estatuas que se erigen, los cargos que se confieren, las iniciativas que se desenvuelven prósperas, me digo a mí misma que ésta no puede malograrse, siendo en favor de un hombre de tan alto valer, de fama tan extensa, de obra tan considerable, y, en su mayor parte, tan española, tan de la raza.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay varios sucesos de actualidad, en este instante, y el que más se presta a la crónica, es el chaparrón de «beneficios» y bailes por suscripción, en teatros y hoteles, y la no menos nutrida serie de conferencias, recepciones académicas, y otras solemnidades mundanas.

Las funciones benéficas no se han gastado: siguen en auge. Cuando se empezó a practicar este sistema, recuerdo que fué muy censurado, y que las autoridades eclesiásticas y las gentes severas lo miraban de reojo y aun de través, alegando que la mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda, en materias de caridad. Las señoras, patrocinadoras desde el primer momento de esta clase de funciones, no se desanimaron. Dejaron hablar, y continuaron ejercitando la llamada con desdén «caridad danzante». No tenían otro medio de atender a sus juntas, fundaciones, obras, etc.; y como los que las reprobaban no les daban dinero, cada día fueron más numerosas las representaciones teatrales, bailes, kermeses y *garden-parties* en que, echando contribución indirecta a la mucha gente que gusta de divertirse y bullir, consiguían esa sangre y jugo vital de la moneda acuñada, de la cual no cabe prescindir, porque ya los panes y los peces no se multiplican por milagro...

Poco a poco, aquella reprobación de los rígidos fué cesando, o siendo silenciosa, y supongo que ya ni por dentro murmuran de este género de beneficencia, si no quieren que se le llame caridad. Hasta obispos han patrocinado funciones de teatro y toros para los pobres.

El rendimiento es grande, y se obtiene sin molestar, o al menos con una especie de molestia templada y atenuada por la perspectiva de la diversión y goce. A cualquiera se le pide un duro, sin más, y sólo los generosos y desprendidos lo sueltan; pero se le ofrece una butaca en un teatro, y los duros afluyen a porfía. Hasta hay recomendaciones para obtener las mejores localidades. Y, como a estos beneficios suelen acudir los Reyes, su presencia da la nota del gran tono. Nadie protesta, al contrario, del hábil ataque al bolsillo. Contra un resultado tan feliz, no valen, o por mejor decir, no han valido diatribas, sermones, elegías y observaciones, todo lo respetables que se quiera, pero ya inservibles, porque la fuerza del dinero es superior a todo. La realidad se impone, y sería inútil rechazarla con reflexiones más o menos discretas y seguramente inspiradas en un espíritu cristiano, pero que carecen de adaptación a los tiempos.

Formado este convencimiento, de que no hay nada de esencialmente malo y sí mucho de útil en tales funciones benéficas, se multiplican, y cada dama organizadora procura dar al programa los mayores atractivos.

***

Una de las que han reunido público más selecto, ha sido el concierto organizado por los coros de Santa Cecilia. Los coros de Santa Cecilia los forman algunas señoras aficionadas a la música, y que se reúnen, generalmente, en casa de la Marquesa de Bolaños, a ensayar y a ejecutar. Como estas señoras pertenecen a la mejor sociedad, y son guapas muchas de ellas, y visten a la última, el anuncio de que cantarían en este concierto atrajo vivamente la atención. El escenario presentaba lindo golpe de vista, con los coros extendidos en fila doble, en semicírculo, y tanta señora y señorita gentilmente ataviadas, hechas un brazo de mar; al brillo y refulgencia del escenario respondía el de la sala, donde se agolpaba la espuma de la corte. El programa también atraía la atención: el oratorio *Los Angeles*, de Chapí, y el *Stábat Máter*, de Rossini.

No cabe nada más adecuado a un objeto benéfico. Como que hubiese sido propio el concierto de un viernes de Cuaresma. Dirigió la orquesta el inteligentísimo aficionado, D. Manuel Manrique de Lara,

La eminente actriz Margarita Xirgu
(De fotografía de R. Guilleminot, Boespflug y C.ª, remitida por Santandreo y Vassallo.)

y los coros quedaron a gran altura; – no me toca decir más por no ser muy competente en el asunto.

***

Sin tener carácter benéfico, tuvo un lleno la *Fiesta del sainete*, y la que se dió en obsequio de los turistas italianos, los cuales, por otra parte, pasaron sin pena ni gloria, no llegando a recoger simpatías, ni aun a despertar curiosidad.

Gracias a la fiesta, se enteró Madrid de su llegada. Tuvo lugar en el Gran Teatro, que es espléndido para estas cosas, y no podía estar más galanamente adornado, con derroche y prodigalidad de flores y mantones de Manila.

Todo el tipo de la fiesta fué español..., un poco de pandereta, es cierto, pero así sucede siempre que se trata de que los extranjeros se enteren de nosotros. El flamenquismo no lo cultivan sólo los franceses que quieren imprimir nuestro «color local» a novelas, dramas y libros de viajes: el flamenquismo y su leyenda, lo sostenemos nosotros mismos, con notorio perjuicio de nuestro crédito ante el mundo. Y como no voy a hacerle la competencia a Eugenio Noel, que lleva la campaña antiflamenquista, me limito a decir que sin excluir bailes y cantos españoles (no de todas las regiones, por cierto) y admitida, por su típico aspecto, *La verbena de la Paloma*, pudo entrar en el programa algo del teatro clásico, un acto, por ejemplo, de Lope o Calderón, y aun cuando fuese del *Tenorio*, de Zorrilla: algo, en suma, que se saliese del aro de la pandereta.

La *Imperio*, a quien esa noche vi bailar por vez primera, se sale del consabido aro. Diré en qué concepto. Esa mujer, admirable en su plástica, se diferencia de las otras bailadoras en que no tiene sello chulo alguno. No es una flamenca actual. Es una danzarina sagrada del Oriente. La princesa Salomé pudo danzar así, en la terraza del palacio de Herodes, y sería para mí un encanto ver bailar a la *Imperio* la danza de los siete velos, a la luz de la luna, en una de esas cálidas noches de Andalucía.

Lo bello de la danza española, de la genuina, que trae del Oriente sus remotos orígenes, es grave y triste en medio de una nota de salvaje voluptuosidad. El achulamiento de España la desfigura, altera las primitivas fuentes de su estética. Y la *Imperio* no es achulada, lo repito, y Salomé es lo contrario del chulismo y de la flamenquería.

La *Imperio* toca las castañuelas con una destreza asombrosa. Parece imposible lo que sabe sugerir por medio del repique de tan sencillo y popular instrumento. Sus castañuelas son el antiguo *crótalo*, no los modernos palillos. Viendo bailar a la *Imperio*, nos sumimos muy hondamente en las lejanías del pasado, con la sensación de los tiempos crueles y pasionales, del primitivo instinto, apenas modificado por las nacientes civilizaciones. Y, sin embargo, la danza de la *Imperio* – como la de Salomé – no es indecorosa, no es sicaliptica. Es de las que baila solamente la mujer, sin compañía de varón; nótese que esto caracteriza a los países orientales, en que el hombre – tetrarca, bajá, sultán, pirata argelino – mira. «Danza para mí, Salomé», exclama Herodes. No se le ocurre decir: «Danza conmigo.» Y contribuye a hacer más noble la danza de la *Imperio*, aquella su plástica incomparable, de líneas hermosas sin exageración, y la elegancia felina de sus movimientos.

Como arte también he mirado – es preciso que lo confiese, ya que estos bailes los he reprobado alguna vez – el tango y la machicha brasileña, danzados por la Marquesa de Mohernando y el hijo de los Marqueses de Portago, en la fiesta de la Embajada francesa. La Marquesa de Mohernando es una hermosa señora mexicana, que tiene temperamento de artista. Y el hijo de los Marqueses de Portago, es un muchacho de «la crema», que danza como un ángel – en el supuesto de que los ángeles danzasen, que no está demostrado, pues lo único que sabemos es que cantan y tañen instrumentos –. El género de baile de la pareja aristocrática fué tan fino, en medio del sabor popular que tienen ambas coreografías; tan elegantes las posturas; tan delicada y honda la sugestión, que yo, enemiga de que esos bailes se cuelen en los salones, no pude menos de retractarme interiormente – lo cual prueba que el arte lo ennoblece todo.

***

Otro acontecimiento artístico es la presencia de Margarita Xirgu en el teatro de la Princesa, donde se estrenó con *Elektra*, de Hoffmansthal, y *El patio azul*, la bella elegía de Rusiñol. Aunque el papel de Elektra sea de prueba, y me haya interesado infinito el modo de interpretarlo la actriz catalana, no considero que puedo aún dar opinión sobre sus facultades, hasta verla en otros aspectos de su labor. En cuanto a la obra del dramaturgo alemán, pudiera estar más hábilmente tratado el asunto; pero el papel de la protagonista me parece una creación vigorosa. Si bien la actriz pone en él un sello genial, el papel, a su vez, la lleva y la inspira. Es un papel que no cabe hacer a medias. Arrastra, saca de quicio.

El dramaturgo alemán muestra en la hija de Agamenón lo que probablemente fué después del espantoso suceso del asesinato del Atrida: una demente, de idea fija, o como se dice, un caso de *monoideísmo*. Habiendo presenciado el crimen, realizado por su madre Clitemnestra y el amante de ésta, Egisto, cuando vuelve de la guerra Agamenón, triunfador de Troya, la hija pierde la razón; es decir, contrae una manía, y esta manía es la venganza. Hay quien ha comparado a Elektra con Hamleto: entre el príncipe dinamarqués y la princesa de Micenas hay una diferencia capital: el primero *piensa* en la venganza, sin la resolución necesaria para ejecutarla, y en esa falta de resolución consiste justamente la enfermedad del *hamletismo* o abulia; y la segunda, al contrario, está obsesionada por la realización de esa venganza terrible: para tal fin, ha enterrado y escondido el hacha a cuyos golpes sucumbió Agamenón; para tal fin, espera día tras día a su hermano Orestes; al oir que éste ha muerto, busca la complicidad de su hermana Crisotemis, tratando de obtener que la ayude en el castigo; y al negarse aterrada la hermana, resuelve Elektra proceder sola, cumplir sola el deber espantoso. Si nos representamos a Elektra como persona normal en su juicio, no nos la explicamos, y hasta pareceria odiosa. Hay que tomar en cuenta el sacudimiento que ha nublado su razón, y concentrado su voluntad, con bárbara energía, en un solo deseo, en un solo objeto. en una suprema y horrible esperanza. Y esta psicología especial del monomaniático está estudiada en varias impresionantes escenas del drama: en la de Elektra con su madre, en la de la «seducción» de su hermana – estudio admirable de la instigación al crimen – y en la de la danza de la antorcha, al regresar Egisto. El drama es de aquellos en que un punto más de acierto en el modo de conducir la trama y un poco más de sobriedad, pudieron producir una definitiva obra maestra.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

'Margarita Xirgu en 'Elektra'" y "La señora Xirgu, con D. Jacinto Benavente, después de la representación de 'Elektra'
(De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)" 1914, n.º 1.690, p. 342.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dije en una crónica anterior que necesitaba para juzgar el trabajo de Margarita Xirgu verla un poco más; y aunque no la he visto todo lo que desearía, ya tengo nuevos datos que añadir a los de *Elektra*. La he visto en *Zazá*, en *El corazón manda*, en *L'Aigrette*, y en *Salomé*.

Lo primero que yo quisiera descartar al hablar de esta actriz, es la odiosa comparación. ¿Qué *resulta* la Xirgu comparada con Tina di Lorenzo, con la Borelli, con la Mariani, con la Guerrero, etc., etc.? No se debe juzgar así por relación, sino por lo contrario, individualmente. Cada actriz tiene sus especiales condiciones, su personalidad; cada actriz, si vale algo, interpreta a su modo los papeles. A veces la interpretación de un papel cambia según los tiempos. Yo he vivido lo bastante para alcanzar aquéllos en que *La dama de las camelias* se hacía tosiendo todo el último acto. Hoy no tose ninguna intérprete del drama de Dumas. Los personajes de Shakespeare varían tanto, según el actor que los encarna, que no los conocieran a veces el padre que los engendró.

Y todo está bien, cuando está bien. Sería servilismo que una actriz se sometiese a la imitación estricta de lo que antes hizo otra actriz eminente.

⁂

Cada papel es, para el actor o la actriz, una afirmación de individualidad. Según siente y comprende a aquel personaje, así lo revela; y debemos por unas horas prestarnos a este juego estético y ayudarlo con nuestra amplitud de comprensión. Además, en tal momento, debemos desterrar la memoria de otras veces en que vimos interpretar el mismo personaje.

Temiendo sin duda el escollo de la comparación, las artistas de renombre evitan coincidir en el repertorio con otras. En efecto, sería difícil hacer *Magda* después de la Duse, o *Locura de amor* después de la Guerrero. Hay obras que, o por adaptarse al temperamento como anillo al dedo, o por estar indicadas para la figura y condiciones físicas, o por cualquier razón, las vincula un actor y son su triunfo. No cabe sorprendernos el caso.

Margarita Xirgu ha elegido, para mostrarse al público de Madrid, obras muy distintas, y no todas buenas, ni siquiera notables. La que menos me ha gustado es *L'Aigrette*. Inspirada en el sentido de crudeza social de ciertas obras de Bernstein, como *El ladrón* y *La ráfaga*, no tiene la emoción dramática profunda de estas dos creaciones. Es inverosímil, no por los hechos que en ella se desarrollan, sino porque, a mi ver, el autor no ha sabido desarrollarlos de tal suerte que convenza. Todo es pequeño y relajado en ese drama, o en esa comedia dramática, si se prefiere tal designación. Sin embargo, a veces ocurre que en una obra de escaso valor, una actriz o un actor se destacan con lucimiento especial; y en *L'Aigrette* la Xirgu tiene momentos de gran altura, así en la escena muda del segundo acto como en la final, que encierra el pensamiento de la obra.

⁂

En *El corazón manda* no tiene la Xirgu gran ocasión de brillar. Su papel es sencillo, sin matices, al alcance de cualquier damita joven. Por señas que esa obra demuestra lo agotado que se halla el surtido de asuntos teatrales, pues ha sido preciso darle el segundo golpe (que yo sepa) a *La novela de un joven pobre*, de Octavio Feuillet, si mal no recuerdo. Verdad que está en broma lo que en la obra de Feuillet está en serio casi siempre; no obstante, es imposible no advertir las coincidencias y las semejanzas.

Por eso mismo, en *El corazón manda* el papel importante es de galán; el que desempeñó Puga, actor que está creciéndose y ganando puesto.

⁂

Zazá es obra de prueba para las actrices. Los cinco actos de esta novela psicológica y amorosa desarrollada escénicamente, requieren un desempeño distinto, y siempre intenso, dentro de la cuerda que hacen vibrar. El primer acto requiere travesura, desenvoltura, picardía, descaro – todo ello con una nota de discreción y gracia, sin la cual no sería tolerable el cuadro que presenta, y resueltamente de malas costumbres. El acto segundo pide ternura, alegría, romanticismo, la juventud de una pasión que aun no ha sufrido martirio, pero que ya palpita y quema. El tercero, dolor, la dignidad que el verdadero amor comunica a todas las acciones, ingenuidad, revelaciones íntimas de lo que hubiera sido el amor maternal en el corazón de una mujer en el fondo tan buena. El cuarto, vehemencia, casi locura. Y el último, una cierta ironía por debajo del mal extinguido amor, la resignación al destino, y la suprema altivez de preferir la soledad completa a una dicha transitoria. Todo esto hay en *Zazá*, y tal variedad de resortes hace de sumo empeño el papel.

La Xirgu estuvo feliz en muchos pasajes; en otros, como es una mujer que tiende a la distinción, a la reserva, a la sobriedad, las comparaciones anteriores con las actrices italianas no le fueron favorables. La Mariani encanallaba más el papel; pero, así encanallado, convencía y hasta conmovía doblemente. Zazá, no hay que olvidarlo, no es una duquesa, sino una hija del pueblo. El desorden, la incultura, son en ella naturales. La bohemia, su ambiente. Tal carácter lo hizo la Mariani resaltar de un modo encantador. Pero ya estoy cayendo yo también en la comparación que repruebo.

Nos dió la Xirgu, en suma, una Zazá muy atractiva, y que le ha valido varios llenos, porque el público no desdeña, al contrario, esta comedia humana, y la tiene incorporada a su repertorio favorito.

⁂

En *Salomé*, también puede la Xirgu sostener la competencia, al menos con la Borelli, única actriz que aquí ha representado el famoso drama de Oscar Wilde.

En el Teatro Real cantó la ópera *Salomé* la Bellincioni, mujer ya entrada en años, pero actriz y danzarina insuperable. Lo delgado que conservaba el cuerpo, lo grácil de sus formas la permitían caracterizar (con ayuda de la óptica de la escena) a la joven princesa de Judea, y su «danza de los siete velos» es acaso la más sugestiva de cuantas he visto. La coreografía fué lo que menos me agradó en la Xirgu: en cuanto al modo de entender tan difícil personaje no encontré que desmereciese de la Borelli, y acaso hubo más calor y realidad en la actriz catalana.

Aquí, como ya dije en otra ocasión, *Salomé* ha sido por lo menos escuchada y no prohibida ni considerada un atentado a la moral pública. No diré que suscite entusiasmo, pero sí gran curiosidad, y en algunos aficionados al arte, interés. En Inglaterra tengo entendido que no se la puede nombrar sin pasar por *shocking*. Como dijo cierto arriero de mi país: «Dios nos deje andar a caballo de quien lo entienda.»

La Xirgu hace una princesa de Judea interesantísima. Admirablemente vestida, sus actitudes son, como conviene al personaje, misteriosas, sombrías; su rostro expresa lo que va a decir, antes de decirlo, y su acento va más allá que las palabras. Los actores que con la Xirgu interpretan la tragedia de Oscar Wilde, a mi juicio, es un milagro que no hayan suscitado protestas en el público. En efecto, o yo no entiendo palabra o todo lo que se dicen Herodías y Herodes es para dicho en voz baja, y no a gritos, y menos ante el enviado del César. La madre, al exteriorizar sus celos, el padrastro, al descubrir su torpe inclinación, no lo han de hacer a voces; toda la escena de la terraza requiere mucho reprimido y poco chillado. Nadie matiza; nadie tiene en cuenta la verosimilitud. ¿Es culpa de la obra? Creo que no: lo que sucede es que los demás personajes, sacrificados a la protagonista, suponen que no tienen más oficio que hablar alto, para que el público entienda mejor el raro argumento.

Resumiendo mis impresiones acerca de la Xirgu, creo que se le puede vaticinar, sin ser un gran profeta, el más lisonjero porvenir. ¡Su edad florida, sus aptitudes tan varias, su sentido de lo trágico y de lo dramático, y más que nada su reserva, su exquisito gusto al no abusar de recursos fáciles, encierran, al lado de la ya obtenida realidad, tantas promesas! Hay el inconveniente del acento, dicen, y, para orillarlo, la Xirgu tiene que imponerse cierta lentitud de pronunciación. Yo supongo que en una organización tan privilegiada pronto será vencido este obstáculo.

De todas suertes, la presencia en Madrid de esta actriz tan notable ha sido una fiesta para los que deseamos que el arte no decaiga, que haya quien sostenga la gloria de nuestro teatro nacional...

¿Nacional he dicho? Aquí está el *quid*. No representa Margarita Xirgu nada nacional; excepto el idilio de Ruiñol, *El patio azul*. Parece preferir lo extranjero, y sin gran acierto en la elección ni gran esmero en las traducciones. Y, ya que la Xirgu se limita a lo extranjero, sería mejor que hiciese el repertorio selecto, lo que ha logrado imponerse, las obras señaladas, entre las cuales *L'Aigrette* dista mucho de figurar.

⁂

En lo físico, la Xirgu, sin ser una belleza, posee rasgos y detalles excelentes para actriz. Su cuerpo es suelto de movimientos y elegante de actitudes, y sus formas, que ningún principio de obesidad ha atacado, tienen la castidad de lo juvenil, la gracia y gentileza del capullo. Su cabeza está bien inserta sobre el cuello y los hombros, y su cintura parece libre de corsé, aunque lo lleve. Gracias a este modelado, no débil dentro de la finura, ceñeño y enjuto, puede la Xirgu convencer en *Salomé*, obra que sería intolerable presentada por una mujer algo gruesa, o de formas recias, o de modelado vulgar, porque la princesa de Judea tiene que parecerse a una pantera joven de elásticos giros y felinas coqueterías.

⁂

Hay un accesorio en la figura de la Xirgu que me ha interesado infinitamente, y son sus manos, de una hechura que no suele verse, como no sea en los retratos de Van Dick, el cual, lo mismo que otros pintores de su época, no copiaba del natural las extremidades, sino que tenía un dibujo ya hecho, que servía lo mismo para el pletórico duque de Oxford, que para una belleza de la corte.

Y nuestro realista Velázquez no dejó a veces de incurrir en este mismo convencionalismo, que escamoteaba una de las mayores dificultades del arte del retratista, porque obtener la semejanza de una mano no es menos difícil que obtener la de un rostro. Naturalmente, al pintar manos irreales, los maestros eligieron un modelo no sólo bello, sino espiritual, unas manos con alma y con un juego de dedos delicadísimo.

Pues esa mano que habla, por decirlo así, es la de la Xirgu, que encuentra en ella poderoso auxiliar para los efectos de la voz y del semblante.

Son largas y flexibles, ágiles y vivas, dramáticas y solemnes las manos de la Xirgu, y en ellas, la copa que se alza, la antorcha que se agita, adquieren un sentido profundo. Cuando las pasa por la negra cabellera de la testa cortada de Yokanán, yacente en el plato de plata, son unas manos de cera, que tienen fiebre, y aterran más las manos, que la cabeza misma del profeta, lívida y sangrante.

Con todos los elementos que a la ligera he reseñado, tiene la Xirgu más de lo que necesita para una carrera gloriosa.

Hay, lo he indicado al principio, mucha gente a quien no le caben en la cabeza dos actrices juntas, y que censura a una porque no es el exacto calco de otra. Yo desearía que se contasen por docenas, o si quiera por los dedos de la mano, las actrices capaces de emular a las que actualmente descuellan, por cualidades que está bien que no sean las mismas, y hasta casi convendría que fuesen opuestas, porque así se completarían, en el vasto y vario panorama del arte escénico.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que ha sucedido con la Fiesta de la flor, es una nota interesante de vida moderna.

Lo dije no ha muchos días, en la velada de la Cruz Roja, organizada por la asamblea de esta benéfica institución, y celebrada en el Teatro Real, bajo la presidencia del infante D. Fernando de Baviera: nunca se ha dado tanto para los pobres, nunca se ha hecho tanto bien como ahora. En otras épocas de la historia, los piadosos eran los Santos; pero los Santos escasean siempre, hoy y entonces. El caso es que sea piadoso todo el mundo; que la piedad constituya una endemia, no un caso aislado. Y sospecho que esto se ha conseguido.

Al principio, gran parte de la prensa, si no toda, se opuso a lo que llamaban «la caridad bailable», negando que fuese tal caridad. Y, en efecto, yo no diré que a cuanto se hace en pro de los necesitados quepa aplicarle con propiedad el nombre de una de las virtudes teologales. Sólo que aun sería más impropio atribuirle el de ninguno de los pecados capitales. Ello es cosa buena, sin llegar a la perfección. La perfección, ¿quién la logrará? Ardua cosa. Y los que censuran y hasta se oponen a la beneficencia cual generalmente se practica, ¿serán, pregunto yo, capaces de rascarse el bolsillo y entregar lo que había de producir la fiesta que reprueban y a la cual son esturbo? Y si no han de compensar lo que quitan, ¿estarán exentos de responsabilidad ante Dios y ante los necesitados?

***

Todo esto que voy diciendo, me lo sugiere el caso de la oposición que el año pasado encontró en mi pueblo la Fiesta de la flor. Hubo periódico que dijo que en ella perdían el pudor las señoritas. Y éstas, claro, se retrajeron. No es cosa de perder un requisito como el pudor; que, después de perdido, el diablo que lo recobre.

Pues esta fiesta calificada de antipúdica, la ha patrocinado este año, en Madrid y en toda España, Su Majestad la Reina Victoria, que nació en Inglaterra, ¡el país d.[1] pudor justamente!, y han tomado parte en ella las principales señoritas de la corte. El pudor segura estoy de que no ha sufrido menoscabo; siendo de suyo algo que jamás ha perdido señorita alguna que no lo haya querido perder, y que puede perderse en todas partes y en ninguna, por mil razones, que ya considero ociosas y excusadas aquí.

La recaudación ha sido considerable. En todas partes se ha pedido y se ha dado a manos llenas.

Y cuenta que se luchaba con una mala impresión del año anterior, en el cual también se recaudó mucho, pero se tardó en publicar el resultado y la inversión, y en suma (es cuanto puedo decir concretamente, pues no estoy bien informada), el público no quedó contento y algunos periódicos aconsejaron que no se diese. No obstante, la generosidad y largueza rompieron los diques. En el Congreso, en el Senado, en las estaciones, en los tranvías, en el Tiro de pichón, donde postuló la Reina en persona, en el Banco, en los Círculos, en los Ministerios, dondequiera, penetraron las señoritas bolsa en ristre y sonrisa en rostro, haciendo destrozos en carteras y faltriqueras. El Rey tuvo que dar vuelta a las suyas, para que viesen las postulantes que no le quedaba ya un céntimo. Y no valiéndole ni la demostración, tuvo que pegar un salto, que me río del de Alvarado (entre otras cosas, porque el de Alvarado es una fábula).

Había que ver las solapas de los señoritos. Una constelación de flores rojas y amarillas, desbordándose. Dícese que más de un millón de flores han sido clavadas en solapas. Si cada una ha valido, por lo corto, 25 céntimos, serán 50.000 duros. Esta suma no se encuentra a la vuelta de la esquina.

Por eso tienen que tentarse la ropa los que se oponen a iniciativas tales. Cuanto más cristianos sean, más deben tentársela, mirando a que, aun descontados los abusos y yerros que caben en todo lo humano, siempre redundará gran parte de tal acción en bien de los enfermos, de los heridos, de los menesterosos.

***

También ha de sacarse gran fruto de la corrida regia a beneficio de la Cruz Roja. Nótese que casi diariamente se celebra alguna fiesta de objeto benéfico. Semejante contribución, al revés que otras, pesa casi exclusivamente sobre las clases acomodadas. No es el pueblo el que coayuda para fines tan útiles al pueblo. Y obsérvese que el pueblo, cuando puede, se asocia en la medida de sus fuerzas: así ha sucedido en la Fiesta de la flor, y esto representan los talegos de caldeirilla que se han recolectado. Pero el llamamiento es a los ricos, y los ricos sufren el impuesto, en una o en otra forma.

Es de esperar que venga un día en que ciertos elementos miren, no sólo con tolerancia, sino con agrado, lo que, sin ser caridad sublime, es siquiera obra de misericordia. Ya lo demuestra el artículo entusiasta que acabo de leer en un periódico católico de Madrid, *El Universo*, en el cual se encomia y bendice esa Fiesta de la flor, que otros pusieron como hoja de perejil.

***

No he asistido a la recepción académica del señor Saralegui, por falta material de tiempo, que es el artículo de que ando más escasa; pero leo en la prensa fragmentos de su discurso, y veo que censura las novedades en el lenguaje, y condena los neologismos, lamentando a la vez la pobreza del léxico de los escritores actuales y recomendando la lectura de los clásicos y de los modelos para remediarla.

En todo esto hay mucho que heñir, y se puede empezar por un «*distingo, padre Domingo*». En distinguir está el toque.

Los clásicos y los modelos son, ¿quién lo duda?, necesarios al escritor; casi diré que indispensables. La etapa de lectura nadie la puede omitir. Ignorar la tradición literaria, produce un género especial de barbarie. Un escritor que ni conoce ni siente a los clásicos del idioma, es un indocumentado, un mal nacido. A los clásicos hay que leerlos – aun cuando sea sólo sea para rectificar su clasificación –. Yo que tanto he manejado y seguiré manejando, hasta que Dios quiera, a los historiadores que escribieron sobre la Conquista de México, encuentro entre ellos a uno tenido por clásico admirable, y que acaso, por defectos de su época literaria, no lo sea tanto, no tenga el jugo sabroso y genuino que otro a quien nadie ensalza: me refiero a D. Antonio Solís y a Bernal Díaz del Castillo. El primero, citado siempre como modelo del habla, es un escritor de decadencia, lo mismo que Rivadeneyra, y aunque en su estuche haya perlas magníficas, no le propondría yo para que nadie le imitase: sugiere amaneramientos. El segundo, es un lego, un soldadote; pero en él abundan los que el mismo Sr. Saralegui llama felizmente giros geniales, imágenes pintorescas, y gentiles modismos de oro acendrado del pueblo. El estilo de Solís lleva golilla, y el de Bernal Díaz es la misma naturalidad. ¡Hay que rectificar, insisto en ello, la clasificación de los clásicos!

***

En cuanto a los neologismos, los hubo en todo tiempo, y Cervantes los usó, y también extranjerismos marcados, italianismos escandalosos, sin dejar de ser Cervantes. Por encima de las espumas y escorias del idioma, está la personalidad del gran escritor, que, para serlo, debe conocer muy bien a los clásicos, y después olvidarlos y formarse su estilo propio, su individualidad inconfundible.

No son los escritores de altura los que tienen el habla castellana en un estado de pobreza, por desuso de los vocablos. Cabalmente en estos últimos tiempos les ha dado a los escritores por desenterrar muchos, nada usuales, y por recoger giros, idiotismos y modismos del pueblo y de las regiones; y si se pudiese hacer un recuento, se encontraría en los autores del siglo XVII y XVIII mayor escasez de vocabulario que hoy, por ejemplo, en Galdós o Valle Inclán. Y no está todo en el vocabulario: hay que pensar en el modo de manejarlo. Hacinar palabras raras, de nada sirve. El caso es colocar de tal modo las palabras, que ejerzan la sugestión o colorista, o musical, o intelectual, o sentimental que el autor se ha propuesto. Y esto no lo saben hacer todos, sino muy pocos, y longincuos, como dijera Salomón de la mujer fuerte...

¡Ah! Las castañuelas pueden tocarse mal y tocarse bien... Y no me dejará mentir la bella *Imperio*...

Es el demonio que, con el Diccionario de la Academia que hoy rige, la pérdida del habla sí que sería definitiva, pues apenas se encuentra en él palabra alguna de las que ocurre buscar. A bien que hay otros Diccionarios menos incompletos, como por ejemplo el de Rodríguez Navas. Con el de la Academia, frescos estábamos; y por eso en primer término, y antes de plañir los males del afectado menosprecio con que muchos españoles miran todo lo de su patria, puede el Sr. Saralegui llorar las inmensas faltas y errores de tal Diccionario, que como autoridad se preconiza.

***

Yo, en lo referente a las palabras extranjeras, tengo un criterio: que, si no cabe sustituirlas por otras españolas, conviene españolizarlas, imprimirles nuestra marca propia. Así procedían nuestros antepasados. Del juramento alemán *¡bei Gott!* hicieron nuestro castizo *bigote*, como de las *tartelettes* hicieron *artaletas*, de las *croquettes croquetas*, de las *paupiettes purpetas* y del *tramway tranvía*. Por lo demás, en materia de olvidar la lengua que se habló de niño, yo le voy a contar al Sr. Saralegui, que si no me engaño es gallego, un cuento más expresivo que el de Cristóbal de Villalón que él saca a relucir.

Erase que se era un *caista*... Llaman así en Galicia a los que, por haber pasado en Andalucía, y sobre todo en Cádiz, unos meses de laboriosidad, vuelven a su tierra con unos pesos, ahorrados, y escupiendo por el colmillo. El caista, pues, llegó a su casa, pobre choza de labradores, y exagerando el ceceo, dió en preguntar con desdén los nombres de cada cosa, lo mismo que si nunca la hubiese visto.

«¿Qué ez esto, mare?»

«¿Cómo le dicen a esto, parecito?»

Era el padre uno de esos petrucios socarrones, que no hay flamenco que les dé una vuelta.

Tomó con sumo cuidado un instrumento de labranza llamado *angazo*, que tiene púas de hierro, y lo colocó en la cuadra, puntas arriba.

Hecho lo cual, llevó a su hijo, a pretexto de enseñarla el buey y la vaca, a la oscura dependencia.

El mozo, andando descuidado, puso el pie sobre los pinchos, y gritó, con energía y ya sin ceceo alguno:

– *¡Vállate Juncrá lo angazo, case me tragoon!*

Que significa, traducido libremente:

– ¡Cargue el diablo con el angazo, que me lo clavé!

– ¿Hola?, exclamó irónico el padre. ¡Vaya, alabado sea Dios, que ya sabes hablar como nosotros y el nombre de las cosas!

Crea el Sr. Saralegui que el muchacho de Logroño sabía perfectamente su lengua, la cual no se olvida en el tiempo que se gastan unos zapatos, ni en mucho más. Lo que tenía el tal mozuelo, como el *caista*, era *pose*: y séame permitido usar este extranjerismo, para el cual no encuentro, así al pronto, equivalente castellano.

¿Cómo traduciríamos *pose*!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esto del patriotismo tiene mucho que heñir.

Digolo por la frecuencia con que de España y sus antiguas Indias me vienen, ya anónimos, ya con firma y rúbrica, cartas y cartapacios, en que, refiriéndose a mis crónicas de La Ilustración Artística y a otras que envío a grandes diarios americanos, me increpan (no todas, las hay de un entusiasmo férvido) basándose, generalmente, en el tema del patriotismo.

Sólo que sería difícil concertarlas, pues mientras bastantes me tratan de mala española, porque digo lo que veo, otras me acusan de exaltada *chauvine*, porque digo lo que veo también. Este quisiera que yo pintase a España siempre con colores de lisonja y mentira; el de más allá que no ensalzase lo bueno que noto en España. De modo que deduzco lo siguiente: mis escritos son justos, se colocan en el ápice de la verdad. Al menos, de consuelo me sirve.

Yo limito mi defensa a este ruego: que se demuestre si incurro en inexactitudes. Como el Maestro ante Pilatos (y perdónese la comparación, en la cual pongo toda la reverencia de mi alma) pido que se me diga si miento, y, si no miento, que se me exima de la culpa.

Si mis artículos no reflejan fielmente costumbres y hechos, podrá decirse de mí algo censorio. Si los reflejan, no comprendo qué se me reprende. Y si con igualdad compruebo lo malo, lo bueno y lo mediocre, ¿dónde está la falta?

***

Yo declaro que soy patriota: y no me limito a declararlo: lo he probado de un modo fehaciente, y estoy segura de que los que tanto claman por patriotismo, olvidarían bien pronto lo que yo, por no molestarlos, no quiero aquí recordar... Pero nunca he creído que el patriotismo consistiese en la falsificación de la realidad, que sólo podría, por otra parte, hacerse de ese modo burdo, que a nadie engaña. Mi crédito y mi seriedad perderían, y mi patria no ganaría poco ni mucho, pues siempre acaban por traslucirse las cosas, en su verdadero ser.

También, reconozcámoslo, sería inconcebible que yo, por el hecho de haber nacido en España, no tuviese derecho a ensalzar lo ensalzable de este país.

He venido pues a leer y escuchar con indiferencia estas observaciones contradictorias. El que escribe, en primer lugar, ha de preciarse de independiente y sincero. Y si quisiese dar gusto a todos, cierto que no pudiera lograrlo...

***

Nunca el escritor aspirará a la popularidad de un torero, verbigracia. Los hombres representativos, en España, son los toreros; es un punto sobre el cual no cabe discusión. Verán ustedes, sin embargo, cómo, por hacer constar una verdad tan sencilla, me van a poner verde, sin que en cambio sufran la reprobación más ligera los periódicos que vienen llenos de largulsimos relatos, pongo por caso, de lo que al *Gallo* le ha sucedido, en Algeciras, y que diariamente atestan sus columnas de descripciones de las corridas y de versos y prosa consagrados a las apoteosis taurinas y al *fenómeno* o al *coloso* de tanda.

Apostemos a que voy a cargar yo con el sambenito de ser la persona indiscreta que entera a Europa de la importancia que aquí tienen los astados brutos y los héroes del redondel. Sí, señor: yo habré tirado de la manta, yo habré revelado lo que nadie sabía...

***

Y lo confieso, y lo reconozco: cuando yo hablo de estas cosas, no sé en qué consiste, pero mucha gente cree oírlas o, mejor dicho, conocerlas por primera vez. Y es que sin duda vibra en mí, cuando los sucesos son poco favorables a España, cierta pena, cierta indignación, cierto dolor, recóndito y velado por la indiferencia mariposeante del cronista. Y todo se comunica y todo se pega. Ojalá sirviese para avivar el seso y despertar la reflexión.

Me figuro que habré dicho varias veces (y sin embargo, quiero volverlo a decir) que los toreros son gente muy simpática, y supongo que entre ellos abundan los hombres honrados y caballeros en su manera de ser, porque no es la caballerosidad patrimonio exclusivo de la grey aristocrática ni de los burgueses ni de nadie, sino de quien lleva un sentimiento generoso en el corazón.

Los toreros son, entre sí, caritativos, y en general buenos padres, excelentes esposos, hermanos e hijos, cariñosos hasta el romanticismo con las prendas de su vida, desprendidos, garbosos, cristianos y llenos de fe; en fin, tienen muchas y muy recomendables cualidades personales, aparte del valor, que no se ha menester poco para arrostrar a la fiera, pues una cosa es verla de lejos y otra lidiarla. Todo lo cual significa que yo no tengo nada contra los toreros, ni es de ellos la culpa de haber venido a ser, como dije, hombres representativos, cuando sólo debieran ser, a sus horas, hombres cuya destreza y arrojo entretiene al público durante una función y nada más.

No es lo malo que haya corridas, sino el afán que por estas corridas se siente, el entusiasmo que despiertan, la absorción de tantas energías por un deporte cruel y feroz en muchos de sus lances, y que, por nuestros pecados, ha venido a convertirse en emblema, signo o divisa – la palabra es taurina también – de nuestra nacionalidad.

***

No sé resignarme a que, cuando un toro coge a un torero haya que establecer un servicio especial de telegrafía para contestar a los que se interesan por su estado, mientras que si un mozo valiente cae sobre el abrasado terreno de Africa, en defensa de nuestra bandera, no hay que aumentar nada en servicio alguno, ni casi los diarios prestan atención. No, a esto no me conformo.

Yo fuí aficionada, como cada quisque, a los toros; pero nunca pensé en tal diversión sino mientras la estaba presenciando. Lo malo es comer carne de toro mañana, tarde y noche; alimentarse exclusivamente de carne de toro, y además, hacer del toro (como hicieron los egipcios de su buey Apis) un numen de la patria.

Y ¿qué remedio? Cada tiempo tiene sus calamidades propias. Cada tiempo hace su mueca. La mueca de España es (¡en el siglo XX!) la torería. A esto hemos llegado después de asombrar al mundo con tantas proezas.

***

Los ruidosos debates de la Cámara popular (¿se dice así?) han terminado con la votación, al Gobierno favorabilísima. Ha sido un derroche de elocuencia, un verdadero torneo del buen decir oratorio. Yo declaro que he pasado ratos muy agradables, porque cuando hablan así, sería preciso no tener espíritu para no deleitarse y recrearse con tanta gala y tanta dialéctica y tanto argumento bien traído y tanta descripción bien hecha. En lo que a oratoria se refiere, por lo menos, no se puede decir que estemos en decadencia.

Ni Mella ni Lerroux ni Melquiades Alvarez ni Maura ni la hueste numerosa que a los alcances les va tienen nada que envidiar a aquellas falanges de las primeras Cortes de la Revolución de 1869, que tanto juego dieron y en que brillaron nombres en este arte tan insignes. Yo al menos así lo creo, aunque de las primeras sólo en días solemnes fuí testigo, porque entonces como ahora era dificilísimo obtener puesto cómodo en las tribunas. Créese que a propósito se ponen obstáculos para *descomponer* el público a los oradores. En efecto, este público pudiera ser mucho más escogido, intelectualmente hablando, de lo que es, si se adoptara el sistema, bien sencillo, de numerar los puestos.

Los que se dedican a la labor de la inteligencia tienen el tiempo contado, y no quieren perder tres horas esperando, para lograr buen sitio a costa de madrugar. Un número arreglaría todo esto. Pero las protestas de los que no son intelectuales estropearían el sistema.

«¿Por qué un señor tiene el número uno, y yo tengo el treinta y tres?», etc.

Así es que se emplean todos los recursos. Se envía a una persona que ocupe el puesto desde temprano, y esta persona nos cede su lugar cuando aparecemos.

***

Pues hasta tan sencillo medio encuentra oposición y prohibiciones. No puedo comprender por qué. En todas partes se hace lo mismo, sin que nadie lo extrañe: sólo no puede hacerse, al parecer, en el Congreso. Incluso se venden los puestos, en las colas, por un duro o tres pesetas. Esto no se mira mal. ¿Qué inconvenientes acarrea? Ninguno. El dinero, en una o en otra forma, soluciona conflictos, y tener un sirviente que os guarde un puesto, es también cuestión de dinero: es una comodidad. Son singulares las ideas que corren entre el público de la tribuna acerca de la democracia en las costumbres.

«Aquí no deben venir las criadas», se oye exclamar, en tono desdeñoso.

Sin embargo, no todos, ni siquiera la mitad de los concurrentes y *concurrentas*, parecen precisamente el conde de la Cimera ni la duquesa de Montellano. El que lleva su papeleta está en su derecho al ocupar su sitio, aun cuando no ostente en el sombrero un gran *esprit*, ni al cuello un hilo de perlas. Y el que cede el sitio a otro tampoco creo que realice un acto ilícito. Hasta pudiera ser un rasgo de galantería, de respeto, de bondad.

Los padres de la patria, no encontrando quizás otra manera de reparar las molestias que infligen con su ilógico sistema de colocar al público, mandan cajitas de chocolate y de bombones, cucuruchitos de caramelos.

Me agradaría saber si esta delicada obsequiosidad existe también en Francia y en otras naciones, o si es privilegio nuestro, y me propongo averiguar este punto en cuanto me sea posible.

***

La prensa recuerda estos días el aniversario de la muerte del escritor y catedrático D. Antonio Sánchez Pérez. Yo también he de consagrarle mi florecita de siempreviva. Era este hombre uno de los mejores que he conocido, de los más cordiales y mondadosos: y no con bondad egoísta y fácil de vividor, sino con la bondad del corazón, que se trasluce y no cabe parodiar. Siempre le encontré dispuesto a todo lo decoroso y honrado. Era republicano y nada tenía de jacobino.

Para mí fué uno de esos amigos desinteresados, a quien veía poco, con quien contaba sin género de duda.

En los estrenos solía venir a echar un párrafo conmigo. Coincidíamos muchas veces; otras discutíamos sin llegar nunca a discutir. Sánchez Pérez *se sabía* sus humanidades, su retórica, su poética; era docto, propendía a ese moderado clasicismo, que han profesado tantos sabios españoles, como Narciso Campillo, Luis Vidart, y también, a su estilo, Juan Valera. Amadores de las letras, con cierto sentido de castiza mesura, esta generación de hombres no deja (exceptuando al ya citado D. Juan) una huella profunda, acaso por eso mismo, porque nada nuevo trajeron al campo literario.

Sánchez Pérez poseyó más talento que fama. Modesto en todo, lo era en esto de las letras, en que la modestia es tan poco común. Un mérito más, y otro motivo para no olvidarle.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Un viajero molesto, dibujo de S. Begg."
1896, n.º 736, p. 117.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin llegar al extremo a que llegaba un señor – muy pesimista y enemigo de los tiempos presentes – según el cual todo lo que llamamos civilización no es sino apariencia y cascarilla, declaremos que muchas cosas de cascarilla hay en ella, y sólo tienen de realidad el dinero que cuestan y la complicación que introducen. Una de estas cosas aparentes tanto como reales, por lo menos, es el *sleping-car*: o (para que no se enoje ningún purista) el coche cama de los trenes.

Mientras las mujeres se obstinaron en negarse a viajar solas, yo me resistí al *sleping*.

En efecto, el «reservado de señoras» iba siempre vacío, y era infinitamente más cómodo que la reducida, ahogada y siempre demasiado aprovechada *cabine*. Pero cayeron al fin las señoras en que no las comía el coco aunque fuesen solitas; se atestó también el reservado, y no hubo más remedio, en el largo viaje a Galicia, que apechugar con el coche cama, so pena de ir una noche entera derechos como postes y cabeceando.

⁂

El primer absurdo, en el coche cama, es empeñarse las Compañías (las de todo el mundo, porque estos *cars*, si no me equivoco, son internacionales) en que lleven dobles lechos: uno al nivel del suelo y uno en el aire. Para subir a este segundo, hay que ser un poco gimnasta, amén de muy delgado y ligero de carnes; se hace uso de una escalera de peldaños estrechísimos y sin solidez, y ya arriba, se está preso como en un estuche, a menos que se repita el acrobatismo.

Las camas del tren cuestan caras. Debieran ser comodísimas. Hay una que no lo es, de fijo. Y, anomalía: lo mismo se paga por la incómoda, que por la cómoda.

Algunas de las *cabines* (¿por qué no todas?) llevan su lavabo, encerrado en un cuchitril, tamaño como un pañuelo. Sin embargo, el viajero se alegra al leer en los grifos *Froide-Chaude*. Da vuelta al segundo, deseoso de lavarse siquiera las manos... Aquí de la cascarilla.

Jamás, ni por caso, sale caliente el agua de ningún grifo. Frías están las dos. ¿No era más corto y más franco no hacer suponer que en el tren se da agua caliente?

¡Y gracias si al menos la fría corre en un chorrito! Porque son frecuentes los casos en que el lavabo resulta una cosa decorativa, digámoslo así, o un refinamiento tantálico, para que os acordéis de que tenéis contraída la necesidad de lavaros (reprobable si se quiere) y que no la podéis satisfacer.

⁂

Otra ilusión, las comidas en el *restaurant* que el tren lleva consigo, si lo lleva... Desde luego aconsejo a los que quieran aprovechar este confort, que se apunten para la primera tanda de comilones, porque en la segunda todo estará revuelto, engrasado y detestable, el pescado se habrá concluído, y el hielo igual. Luego, que sean equilibristas, porque he observado que se elige cuidadosamente, para dar la comida, el trayecto en que el tren lleva mayor velocidad. Ya he advertido que estos males son de todas partes, y recordaré el artículo incluso en *Cuarenta días en la Exposición*, y titulado *De San Sebastián a París en barco de vapor*. En él describía aquella marcha loca, al abismo, del Sud exprés saltando sobre los rieles, dando tumbos, mientras los viajeros, sentados a la mesa (no *en la mesa*, como dice mucha gente) recibían en la cara el contenido de una cubeta llena de trozos de hielo, o la proyección del té hirviente, o veían rodar al suelo la botella de Apolinaris... Poco después de mi artículo, publicado en *El Imparcial*, ocurría la catástrofe del Sud exprés, que yo, sin necesidad de profetizar, había anunciado. Porque hay habas que se cuecen en todas partes, aunque asombre que en un país como Francia se lleve un tren a semejantes velocidades, por una vía deshecha.

⁂

Entre las contingencias de la *cabine*, he omitido la de encontrarse en la mayor intimidad posible con una persona a quien no se conoce, y que en uso de su derecho la comparte con otra. Esto ya pasa de la raya, en cuanto a molestia. Calculo que aquel a quien le suceda, mal podrá conciliar el sueño. No es asunto de moral, pues hay *cabines* para señoras, y en tal respecto no existe riesgo alguno; pero, descartado este aspecto de la cuestión, siempre quedará el otro; o no se aprovecha la cama, o se respira el aliento y se está en íntima conexión con gente desconocida.

Se me dirá, y reconoceré la fuerza de la objeción, que todo esto es pedir gollerías, y que rememore los tiempos de las galeras aceleradas y de las sillas de posta y diligencias.

Yo las galeras y las sillas de posta no las he alcanzado: sé por tradición que se hacía testamento antes de emprender caminata. Las diligencias las padecí en mi juventud, y realmente estremece pensar cómo se iba. Claro es que, comparando, confesamos que lo de hoy es gloria.

Pero, con este argumento, demostraríamos tanto, que no demostraríamos nada. ¿Se queja usted del acetileno, del telégrafo, del teléfono, de los tranvías, de los desinfectantes, del tobogán, del cine? ¿Prefiriría usted el candil, el mandadero, la calesa, los microbios, el húngaro con el oso o la mona? Claro que no.

⁂

Pero el progreso nace justamente de esta inquietud del mejor estar, de este anhelo continuo de hacer más grata la vida. De los servicios que uno necesita, nace la ganancia de otro que los ofrece. Así, en el coche cama hay, y esto es muy ventajoso, un criado siempre a disposición, ese *contrôleur* a quien no hallo nombre castizo, porque la terminología de los coches camas, que nos pese o no, es extranjera y carece de equivalente, por lo general, en nuestro idioma.

El *contrôleur*, pues, facilita mil cosas: os coloca las maletas en la rejilla, os las baja cuando lo habéis menester, os trae un vaso de agua, el desayuno de café con leche, os prepara la cama, os dice en qué estación estáis, cuánto falta para tal o cual punto, etc. Todo ello será de poca monta, pero ayuda a conllevar las molestias del viaje.

En cambio, a este empleado se le da una regular propina. Puede sin gran dificultad el *contrôleur* sacar sus ocho o nueve duros en un viaje de quince o veinte horas. De una *cabine* no saca menos de un duro. Es un empleo productivo, y supongo que la Compañía (como suelen hacer los dueños de cafés y fondas) se ahorra ese sueldo. Probablemente jugarán recomendaciones y funcionarán palancas para obtener un destinete tan fructuoso.

Esperemos que llegue un día en que al viajar se tenga medio de lavarse y hasta baño. Dicen los que entienden de estas cosas de mecánica y física, que sería muy fácil todo ello en el tren. Hay, eso sí, el problema pavoroso de la tracción. Aumentar en el tren peso inútil, o menos útil, o no indispensable, es acrecer el gasto improductivo. Y le tapan a uno la boca con la lógica de los negocios, con la fuerza incontrastable de los números.

De todos modos, nunca lograrán convencerme de que si un grifo lleva el rótulo de «agua caliente» deba salir por él agua fría o no salir ninguna.

⁂

Hay una manera de evitar el tren y sus molestias, que no son flojas: este medio es hacer el viaje en automóvil.

Por mi, lo juzgo el más grato. Nunca he dado su importancia a la rapidez de los viajes: claro es que, en automóvil, como se ha de tomar algún descanso, no se irá tan aprisa como en tren, contando además con que el que en automóvil quiere ir aprisa, lo consigue y se hace polvo.

El automóvil es encantador, andando despacio. Lo miro desde mi punto de vista, considerando las ciudades y pueblos que se atraviesan y en los cuales es gustoso pararse un poco, sea a ver una iglesia antigua o un castillo histórico, sea a almorzar sosegadamente en un mesón, donde (diga lo que diga Alejandro Dumas de las comidas españolas) se pueden saborear manjares humildes, pero generalmente limpios y genuinos, con harto más reposo y gusto que los guisos híbridos del tren, entre brincos y sustos, habiendo de sujetar con la mano las botellas para que no rueden...

⁂

Suele ser apetitosa la comida de mesones y posadas pueblerinas. Os traen unas servilletas gordas, pero blancas; unos vidrios recios, en que el verdadero cristal es el agua; algún embuchado del país, tal cual perdiz recién cazada; y si recelais del aceite os queda el recurso de pedir huevos pasados, o jamón crudo. Hecha la refacción salís, con paso animoso, a visitar un monumento, a conocer un rincón interesante de España.

Milagro será si ya no os acompañan el señor cura, el señor juez, el farmacéutico y el duende del lugar; yo llamo así a esos señores enterados que no faltan nunca en pueblo alguno y que se lo saben de memoria, y detallan perfectamente, con erudición minuciosa, cuanto de él se ha escrito y cuanto la tradición susurra. Es cierto que no saben nada más, de cosa alguna; pero en cambio, la especial papeleta que tienen dominada, la explican con notable precisión y hasta colorido dramático. Por un instante (si poseéis una imaginación excitable y que sabe adaptarse a la belleza del momento) olvidáis que existe más mundo que aquél. Reviven para vosotros los paladines que ya son ceniza y las damas cuyos huesos se deshacen en calizo polvo; veis pasar la comitiva de los reyes, y galopar los jinetes moros, llevando en sus alquiceles blancos manchas de cristiana sangre; de las piedras carcomidas, como mordidas por el sol, emana un filtro, que os cautiva; suponéis que en vuestra presencia se desarrollan los sucesos trágicos y sombríos, o grotescos y familiares del ayer...

A la verdad, lo de hoy, en tales pueblos, ¿qué significa? Es lo pasado lo que os parece presente, vivo, palpitante. Y esta magia dura el tiempo que tarda el automóvil en volver a exhalar su mugido ronco y en armar su traqueteo de fiera cautiva que bufa y trepida amenazante...

Se acabó el prestigio; se desvaneció la visión extraña que os retrotrajo a lo que no volverá... La vida moderna os reclama, y continuáis el viaje; pero os lleváis una honda impresión..., tal vez lo único duradero, porque es subjetivo.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que llaman el drama de Sarajevo; esa supresión instantánea y brutal de una pareja de príncipes, dos veces atacados en la vía pública, hasta lograr, en el segundo intento, arrancarles la vida, es sin duda para estremecer y para contarse entre las páginas terribles de la historia; pero amengua un poco el espanto que pone en el ánimo, pensar que el crimen *tuvo un objeto*.

Trataré de explicarme, para que nadie me achaque opiniones teñidas de ferocidad. Sería imputación infundada, porque detesto la violencia, aun reconociendo su inmanencia histórica, porque la solución de toda contienda se confía a la fuerza. Pero en este caso, lo que quiero decir es que, al lado de los crímenes anarquistas, sin más finalidad que el mismo terror, el de Sarajevo parece que está dentro de la lógica de la historia. Si hemos de creer lo que nos dicen los periódicos, fué manifestación de la protesta de Serbia contra la anexión de Bosnia y Herzegovina; un brote (todo lo bárbaro que se quiera) de nacionalismo. Y esto ya varía; esto no va contra la sociedad; no es destruir por destruir, ciegamente.

Si el crimen fuese anarquista, nos sublevaba, nos heria a todos, lo mismo en España que en el imperio de Austria, porque *sociedad* la hay en todas partes; siendo, como fué, un pleito de serbios y austriacos, nuestra indignación disminuye notablemente, hasta llegar casi a la indiferencia, aunque rindamos tributo de compasión y respeto a las víctimas.

Los matadores procedieron movidos por ese sentimiento cardinal, tan disminuído en nuestros días: el amor de la patria. Como dos romanos de los tiempos de Servio Tulio, inmolaron sus vidas en el gran altar, diciendo:

– Seguros de no poder huir, llevábamos con nosotros una provisión de cianuro de potasio.

El gesto será salvaje, pero tiene su dignidad, y recuerda siempre a la clásica Roma, en sus épocas más viriles y de mayor constancia y energía.

Para continuar comparando el de Sarajevo a los crímenes anarquistas, y notar mejor la diferencia, haré observar que, cuando se comete uno de los primeros, sobreviene un estupor, un asombro, como si se preguntase: ¿por qué, a qué, con qué provecho tal barbaridad?

Y hay algo que pudiéramos llamar aproximación de conciencias, para reprobar y detestar, partiendo de criterios muy distintos, tal género de atentados. En el trágico caso de Sarajevo, lejos de aproximarse las conciencias, se ha revelado muy a las claras su escisión; lo prueba la agitación contra Serbia en Austria, y la agitación contra Austria, en Serbia, todo ello con indicios, y amagos de *casus belli*. Luego el crimen convino a alguien, tuvo un fin determinado, histórico, como dije al principio.

Y esto amengua el horror que siempre infunden los regicidios, asesinatos y lanzamiento de bombas. No es ni siquiera un atentado político, como el de Portugal; sino un arrebato de feroz independencia. De que ha sucedido es que la mayor parte de los que leyeron en la prensa el relato, creyeron que andaba en ello el anarquismo de acción. De todos modos, el acto es reprobable, es cruel. Una mujer inocente sucumbió a una de las balas. Sin derecho a ceñir la corona, tuvo el de morir con el futuro Emperador.

***

Vuelve a discutirse, o por mejor decir, sigue discutiéndose, cuál fué la patria verdadera de Cervantes. Como nadie ignora, el litigio está pendiente entre Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares.

No puede negarse que, por ahora y mientras nuevas pruebas no se aduzcan, Alcalá de Henares tiene probabilidades de ganar; milita en favor suyo la constante y acaso rutinaria tradición, el asenso general, que poco a poco crea las certidumbres. Pero, con todo esto, no he podido menos de vacilar y meditar al leer una publicación muy curiosa a veces, *La Ilustración Manchega*, donde suelen publicarse artículos referentes al consabido pleito. En Alcalá de Henares, habiendo yo tenido ocasión casual de frecuentar algo este viejo pueblo tan rico en monumentos, por la estancia allí de personas de mi familia, me hablaron de la polémica, y me enseñaron la partida de bautismo impugnada por los alcazareños; y debo decir que hay en ella dos o tres detalles que me hacían fluctuar y me causaban extrañeza.

Cuando un hombre llega a la altura de un Homero, un Cervantes o un Colón, varias ciudades reclaman la honra de haberle visto nacer en sus muros. Cristóbal Colón pasó largos siglos por genovés. Hoy está, si no evidentemente demostrado, por lo menos muy bien apoyado, lo suficiente para engendrar convicción, que el Descubridor nació en Pontevedra, y que procedía de judíos portugueses. Al pronto, no faltaron zumbones. ¡Colón gallego! Porque hay quien supone que en Galicia sólo hay vacas, nabos y los corderillos de *Marnxa*.

Lo mismo que a Colón, puede ocurrir a Cervantes. La diligencia de los eruditos tal vez llegue a desenredar la maraña. Para mí, los derechos de Alcalá son dudosos, como lo es, piensan muchos pintores, el célebre retrato del autor del *Quijote*, que hoy preside las sesiones solemnes de la Academia de la Lengua.

***

La discusión referente al lugar del nacimiento de Cervantes, no ha trascendido aún, puede decirse, al gran público. La mantienen eruditos e indagadores. Acabo de recibir, en este mismo momento, un número de la *Revista Religiosa*, dirigida por Padres Trinitarios descalzos, conteniendo un artículo firmado por D. Antonio Castellanos, donde anuncia un examen comparativo de las dos partidas de bautismo de Cervantes, la de Alcalá de Henares y la de Alcázar de San Juan, sin ocultar que tiene a la primera por apócrifa.

Y *apócrifa* no es la palabra exacta que he debido emplear. La partida de bautismo de Alcalá de Henares es auténtica, no forjada; sólo que, en opinión de los propugnadores de Alcázar de San Juan, no corresponde al autor del *Ingenioso Hidalgo*, sino a otro alcalaíno cuyo nombre se parecía al de Cervantes, sin serlo.

La cuestión puede dar mucho de sí, porque se han publicado numerosos documentos cervantinos, aunque sean limitadas las investigaciones sobre el terreno, de testimonios no escritos, de hechos reales. En esto va por buen camino el Sr. Castellanos, al buscar huellas y, verbigracia, descubrir en Consuegra el único escudo labrado en piedra berroqueña que de los Cervantes se ha encontrado en España.

Dos ciernas en campo verde,
la una pace, la otra duerme:
la que pace, paz augura,
y a la que duerme asegura.

El Sr. Castellanos se propone, en conferencias, periódicos y libros, demostrar que la pretensión de Alcalá de Henares a ser la cuna verdadera de Cervantes, es un sofisma. Y nos anuncia que, antes de 1916, habrá grandes sorpresas en cuanto se refiere a la verdadera patria chica del autor del *Quijote*.

Espero con el mayor interés, hasta casi con ansiedad, esas sorpresas, y la conferencia anunciada del Sr. Castellanos, que sentiré tenga lugar antes de mi regreso a Madrid. La poca experiencia que he podido lograr en estas materias de historia, me enseñó a fijarme siempre en las opiniones nuevas, con preferencia a las sancionadas por las costumbres. Si todo el mundo puede errar, y han errado en puntos concretos maestros como Menéndez y Pelayo, también puede acertar todo el que sinceramente estudie; y por eso, desde el primer instante de emitida, cautivó mi atención la que entonces era poco más que arriesgada hipótesis de D. Celso García de la Riega, acerca de la cuna de Colón. Son materias en las cuales los que tienen el candil más encandilado pueden caminar a obscuras, y dar infinitos tropezones: porque si en lo recentísimo, en lo de hoy y de ayer, hay versiones contradictorias y cuesta trabajo restablecer la verdad de los hechos, ¿qué será en lo ya borrado y confundido por el tiempo, en lo que se presta a tanta duda, por su índole misma?

***

No es la primera vez que tomo en cuenta la tesis que defiende el Sr. Castellanos con empeño. Confieso que una de las cosas que me impidieron atenderla desde el punto en que la conocí, fué el libro de Lizcano sobre la materia, obra muy poco afortunada, y en que muchos capítulos son meras rapsodias.

Para defender su proposición, Lizcano creyó oportuno empezar por escribir una reseña histórica de Alcázar de San Juan. Tiene ciertamente gloriosa historia la ilustre ciudad celtíbera, pero, tomada desde el principio de los tiempos, no guarda gran relación con el punto debatido, y menos aun los prolijos recuerdos de Teodosio y Trajano, que así tienen que ver con Cervantes, como Maricastaña con el Gran Tamerlán.

Hasta después de un desfile de los anales históricos de España, no aparece en este libro algo que a Cervantes recuerde. Cuando asoma, ello es que preocupa, y da lástima que esté tan mal desenvuelta la tesis. El ambiente de Alcázar es el ambiente familiar del *Quijote*. En la provincia de Ciudad Real y partido judicial de Alcázar están los pueblos y lugares de la geografía quijotesca: Argamasilla de Alba, Puerto Lápiche, y próximas, las lagunas de Ruidera, la Cueva de Montesinos. Un capitán Cervantes aparece ganando por el esfuerzo de su brazo a los moros la villa del Tolnoso. De él, descendía el don Roque Cervantes, caballero de la orden de Calatrava, que murió en 1844 en Tembleque, y ostentaba en su escudo las dos ciernas, una durmiendo y otra pastando. En la propia comarca se encuentran numerosos Saavedras, y si se ha de creer a Lizcano, los Cervantes fueron allí legión. En suma, Lizcano, sin arte, aduce algunos datos que no cabe despreciar.

***

Algo nos toca a nosotros, los de Galicia, en estas reivindicaciones cervantescas.

También recordamos que el linaje de los Cervantes es Galicia. Los Cervantes gallegos tomaron su apellido (según el P. Gándara, infinitas veces citado en materias de genealogía) de la Torre de Cervatos, que el Emperador dió a Nuño Alonso. Y siendo este mismo Nuño alcaide de Toledo, uno de sus hijos tomó ya el apellido Cervatos, sobre lo cual se ha fantaseado mezclando en la danza el toledano castillo de Cervatos o de San Cervantes.

En cuanto al apellido Saavedra, también es de origen gallego, como los son las nueve décimas partes de los linajes españoles. Saavedra procede de Lugo.

No quisiera partir de ligero en tan importante cuestión; digo importante, pues aunque el *Quijote* ni vale más ni menos porque lo haya escrito un alcazareño o un alcalaíno, para estas dos ciudades, el ser cuna de Cervantes representa altísimo timbre de gloria, y comprendo que los disputen encarnizadamente, y que busquen y revuelvan papelotes y acopien datos, a fin de asegurar tal prez. La cosa no es grano de anís. Por mi parte (sin la información detenida que requería el caso) me limito a repetir lo dicho ya hace tiempo: que de las dos partidas de bautismo cuyos facsímiles he visto, me satisface más la de Alcázar que la de Alcalá, pues evidentemente esta última dice *Cervantes* y no *Cervantes, Cortinas* y no *Saavedra;* pero hay, en los *Documentos cervantinos* del Sr. Pérez Pastor un facsímile que reza muy claro:

«Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares...»

Y lleva al pie la firma de Cervantes mismo...

¿Qué creer? Esperemos la campaña del Sr. Castellanos.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Virgen del Carmen es la patrona de los marineros. ¿Por qué?

El origen de las devociones, que son ramificaciones de la fe religiosa, es tan antiguo y tan hondo, y sería además tan indtil averiguarlo por seminimas, que esta especial veneración de la brava gente de mar a Nuestra Señora del Monte Carmelo, la admitimos sin examinarla. Es porque es.

La gente de mar es digna de interés por sus costumbres, ni pulidas ni cultas: sencillas, noblejonas, francas. Rara vez o nunca, veréis en la crónica de los Tribunales delito o crimen cometido por marineros.

Me he fijado en este detalle, que tanto demuestra. Ni aun el hurto (frecuente entre los mismos labriegos, que tampoco son, por lo general, mala ralea) practican los pescadores de la costa. Se ganan su vida rudamente, arriesgadamente, sin atentar a la seguridad ni a la propiedad de nadie. No son templados en el beber, pero no abundan entre ellos, más que en otras profesiones, los dipsómanos incorregibles. No sé qué tiene ese aire salitroso que respiran, ese peligro que miran incesantemente cara a cara, que les curte el alma como la piel, saneando su conciencia, y creándoles una típica manera de ser, en la cual hay mucho de noble y simpático.

⁂

Pereda estudió muy bien, en sus *Escenas montañesas*, este medio ambiente honrado y castizo, y el cuadro es tan acabado, que no tiene adición ni enmienda. Poseen los marineros otra cualidad, singular para el tiempo en que vivimos: carecen de opiniones políticas. No son socialistas, no son jaimistas, no son esto ni aquello ni lo otro. Estas cosas de la política pertenecen a la tierra. Ellos son hijos del mar azul. Sueda lo que suceda, en los ámbitos terrestres, y ruede como ruede la eterna bola, ellos han de salir, antes que amanezca, «a la sardina». Y allá, en medio del Océano, ante el espacio infinito, entre el ruido ensordecedor de las olas, que amenazan tragarse a la débil embarcación, esos días en que el mar está «que come» – según la frase de los ribereños –, la única teoría de los pescadores es implorar a la Virgen del Carmen. Cuando tres lanchas fueron a estrellarse bien cerca del muelle de la Coruña, se oía a los náufragos, en el trance supremo, invocarla.

El gracioso nombre de la Virgen marinera, la que según la poética creencia de sus humildes devotos, «echa la bendición al mar», es casi tan frecuente en mujeres españolas, como el de «Pepe» en los varones. Al proponerse Merimée encarnar en una mujer el espíritu de España, la llamó *Carmen*. En el extranjero, en cambio, tal nombre no suele imponerse en la pila bautismal. Si una Reina escritora y poetisa quiere adoptar un seudónimo español, toma el de *Carmen Silva*.

⁂

No es, sin embargo, en España la fiesta de las Cármenes tan sonada como otras, porque cae en plena dispersión veraniega. En Madrid, durante la *season*, se festejan mucho los días de los santos: el comercio de flores es uno de los que más lo notan, pues la costumbre exige que se envíen ramos y canastillas y hasta plantas, a las personas a quienes se felicita, y que son de intimidad y cariño. Tengo, en el parque de mi casa de campo, no pocas coníferas que proceden de esta graciosa costumbre, práctica hasta cierto punto, pues la flor se marchita y la planta no.

Como la Virgen marinera viene a dar su santa bendición en momentos en que todo el mundo anda desparramado por hoteles, fondas, playas, quintas y balnearios, generalmente, no se envía a las Cármenes ni una mala cesta de claveles. Es una fiesta que se confunde con las impresiones del veraneo, las cuales crean un aislamiento y una independencia momentánea, aflojando las relaciones que estrechó el invierno. Al cerrar las maletas para tomar el tren, casi se alegra la gente de que la olviden por algún tiempo, abriendo un paréntesis en la vida de sociedad, con sus deberes y sus fatigas.

⁂

Y mientras balnearios, hoteles, playas y aldehuelas se pueblan de veraneantes que no aspiran sino al descanso, al fresco y al goce, Madrid duerme su siesta estival, al arrullo de las canciones flamencas, tristes y quejumbrosas, que en las cálidas noches de julio y agosto resuenan en las calles donde buscan un soplo de aire los que sufrieron el calor asfixiante de todo el día.

Los ruidos de Madrid, en pleno verano, no se parecen a los de invierno. No se oye tanto la estridente bocina de los automóviles, y no retumba sobre el asfalto el casco fino de los pocos troncos de lujo que van quedando ya, pues el trepidante artilugio, con su empuje de *parvenu*, arrolla a los antiguos vehículos. Ya nadie se precia de un tiro de caballos rusos, pomeranianos o mecklemburgueses, sino de la *marca* tal o cual (no nombro a ninguna, no se figuren que hago propaganda).

En verano, hasta los servicios públicos se ven desatendidos en Madrid; dijérase que sucede allí lo que en esas casas donde se han ido de viaje los señores, y los criados duermen y roncan, repantigados en los sofaes, con las botas sobre la seda de los sillones.

⁂

Y los diestros de la toreria también veranean – o en el vagón o sobre la candente arena de las plazas – ... Por ahí andan recibiendo achuchones o cornadas de muerte los que a tal ejercicio se dedican. Recorren pueblos y ciudades, conociendo plazas pequeñas y grandes, públicos entendidos y otros sin miaja de pesquis, vistiéndose dentro del tren, para saltar de su departamento a la hora justa de salir al ruedo, y pasando por España – errabundos –, su fama más o menos discutida, su valor siempre probado y las ansiedades de los suyos, de las mujeres que quedan en casa rezando – sean madres, hermanas, esposas, queridas, novias –, y que ponen ante la imagen de la Virgen del Carmen, y la de los Siete Dolores, y la de la Macarena, cirios y flores, para prevenir las insidias del destino que acecha y de la fatalidad que avanza silenciosa...

⁂

No digamos nada malo de estos hombres, que buscan el pan, y mucho más que el pan, a su manera y con pundonor en su género. Creo haberlo escrito varias veces; los encuentro simpáticos. Lo malo es que lo obstruyen y asombran todo. Y esto no es culpa suya, no. Es de los órganos de la publicidad, que de tal suerte están a la devoción de la toreria. Nadie aprueba el exceso de información taurómaca, y, sin embargo, a cada paso aumenta el mal. Ha llegado a adquirir proporciones fantásticas. Es curioso que esta peste y calentura maligna se deba justamente a los adelantos de la civilización. Si no hubiese caminos de hierro, automóviles, telégrafo, prensa, ni la vigésima parte de la fiebre tauromáquica nos aquejaría. En los tiempos, de que tanto se murmura, de Fernando VII y el oscurantismo, no ocurría nada de esto.

La publicidad es sin duda necesaria a todo el que del público ha de vivir. Pero este linaje de publicidad ha parado en escandaloso abuso. No es tolerable que los periódicos consagren a reseñas y grafismos de tauromaquia una tercera parte de su original (descontando los anuncios) y, al cabo, ello ha de contribuir poderosamente a que los toros sean la idea fija del pueblo y no «lo» del pueblo español.

La fiesta sube como la espuma. Crecen los precios de los asientos, crecen los sueldos de los lidiadores, y se oye decir como la cosa más natural y corriente que el *Desorejado* o el *Morucho* piensan, en dos o tres años, juntar los dos o tres millones de pesetas que han presupuesto (¡no digo presupuestado!) para pasar el resto de su vida, si escapan con ella, en dorada ociosidad. Es decir que mientras un Galdós no ha reunido, al final de su gloriosísima carrera, un decente pasar – matando toros, mal o bien (porque, en opinión de los inteligentes, antaño era otra cosa el toreo, como la música para *don Bártolo*) se llega a la opulencia en plazo brevísimo.

Naturalmente tienen que aparecer diestros a manta de Dios, «como en sombrío matorral los hongos».

En España no faltan hígados; la profesión los requiere (dicen los gruñones de la afición que no requiere actualmente nada más) y a cada momento se revelan *colosos*, *estrellas*, *pasmos*, *fenómenos* y *monstruos* del arte.

⁂

Soy tan parca en esta diversión, que no había visto a Belmonte ni tenía idea de sus méritos; al cabo, dos días hace, pude juzgar al trianero (¿me equivoco? ¿Es de 'Triana el niño?). A fuerza de oír elogios y de que un nombre suene, acaba por inspirar curiosidad; de la curiosidad nace el interés; del interés el afán - y, a veces, el desencanto. Vi al *Fenómeno* por antonomasia. Pregunté a varios entendidos el quid del epíteto, y me dijeron que el mozo era desconocido hace dos años, y ahora, el rey de los ruedos. No me satisfizo por completo la explicación; en tal caso, lo que debieran llamar a Belmonte era como los horticultores a las hortalizas que madrugan: tempranas, precoces, *hâtives*, como dicen los franceses, que entienden mucho del cultivo de la tierra y de sus productos.

⁂

Creo haber encontrado otra razón para un sobre nombre, en el fondo, tan halagüeño. No es que Belmonte haya hecho la carrera corta: es, a mi ver, que la hizo de un modo original, temperamental. No sé si toreo con las reglas clásicas y, en mis cortísimas luces taurinas, sospecho que no; pero hace cosas raras y nuevas, pasionales y hasta dramáticas; es impresionista; cultiva el *Grand guignol* del toreo. Además, ante la fiera, es otra fiera. En su cara cetrina, de irregulares facciones, brilla la dentadura, descubierta por un *rictus* entre heroico y sanguinario. Una rabia profunda estremece su torso, ágil y mal construído, y sus ojos morunos relucen, y su nariz se dilata, en el estremecimiento del combate. Es una lid cuerpo a cuerpo: el mozo se ciega, y tiene en un hilo la vida. Se mete dentro del bruto, por decirlo así; le reta incrustado en las astas; valsa delante de él; no se aparta de él un negro de uña; le hace mil diabluras rápidas; en fin, le hinca la espada hasta el puño, y con goce violento le ve desplomarse. Y si la estocada falla, si no acierta la primera vez, cruje los dientes, palidece de furor, cerrando los puños...

⁂

Debe de ser esto lo fenomenal de Belmonte. No ejerce una profesión, al parecer; satisface una pasión, entregándose a ella en cuerpo y alma, con los nervios, el corazón y la sangre. Y esto ya es algo Esto es como las danzas de la *Imperia*, un espectáculo atávico, de edades ya olvidadas, perdidas en la nebulosa de los tiempos – y, en tal sentido, merece que un artista lo contemple con fruición estética.

Lo fenomenal de Belmonte se llama... *El Instinto*. Palabra que no está en olor de santidad, pero que acaso sea el resorte del arte, del sentimiento, de la vida misma. No mezclemos en tal asunto a la inteligencia. Instinto, y nada más. Y es bastante.

Ahora me hago cargo de que también yo estoy hablando de toros... Pero sin tecnicismo, señores. Y por excepción y para atajar, si fuese posible, esta vesanía nacional.

La Condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es un espacio humilde el que vamos a visitar: los sabidos de un huerto. ¿Creéis que un huerto vale menos que las cumbres de los Alpes, donde Manfredo espació su desesperación romántica? Desengañaos. En la naturaleza todo tiene el mismo valor, porque todo es necesario. Estoy por decir que un estercolero importa tanto como un jardín florido y lleno de aromas.

Ahora bien, un huerto y un jardín son cosas muy sencillas, muy llanas, pero, ¡cuánta gente habrá por el mundo que en esa llaneza encuentre verdadera delicia! El consejo que dió a los desengañados y maltratados por la suerte un maestro de la ironía humana, fué «cultivar su jardín».

Y otro maestro del buen sentido, rebotado en elegancia – Horacio – dijo, si no me equivoco – porque el citar de memoria tiene este peligro –, que los labradores serían muy dichosos, si conociesen el bien que disfrutan.

Sería difícil explicar de un modo enteramente satisfactorio el goce que proporcionan un jardín o un huerto o ambas cosas a la vez. En efecto, la ninguna novedad del espectáculo y su carácter anodino parecen vulgarizarlo y llevarlo a la categoría de lo indiferente. Y, no obstante, es lo diario, lo vulgar, lo soso, lo que más cautiva, con atractivo indefinible, lento, penetrante. En Francia se cuentan por centenares de millares los pequeños rentistas que se han dedicado a *planter ses choux*, como allí dicen, y encuentran a la sopa hecha con esas coles particular sabor. Porque a esas coles las han visto nacer y crecer, y las han visitado de noche para que no se las coman las limazas, y han sentido un inocente orgullo al verlas arrepollar. Y así Francia posee una extensa vega, donde la maleza y las ortigas no invaden la más pequeña parcela de terreno.

***

Somos nosotros también un país agrícola. Hay comarcas españolas en que se cultivan frutos muy bellos y muy suculentos, y Castilla es la región trigueta, y en Galicia el maíz crece tan fresco como en las extensiones americanas. No tenemos, con todo eso – y la culpa será del clima y de la hidrología – tantos huerteciños, tantos vergeles como Francia. Gran parte de España está inculta. Hasta hace poco tiempo, apenas se comían verduras aquí, excepto en el Norte y Noroeste. En Andalucía el régimen vegetariano se reducía al gazpacho o a la ensalada de lechuga. Es cierto que muchos campesinos se mantenían con un tomate crudo o un pimiento asado: pero no se conocía o se conocía poco esa cantidad de vegetales comestibles que en Francia se cuidan tanto y han llegado a ser indispensables en la mesa.

El francés no comprende la existencia ni la cocina sin muchísimas zanahorias, remolachas, patatas, escarola, berenjenas, hongos, setas, escorzoneras y nabitos tiernos. La gente pobre de París, viejecitas que han sido porteras y están retiradas, chiquillos hijos de familia numerosa, a quienes sus padres dan forzoso asueto para merodear, salen a las fortificaciones, y en un cestillo, pulcramente, recogen lo que aquí con desprecio llamamos «yerbas», y con las cuales aderezan sabrosa ensalada: diente de león, barba de capuchino, verdolaga, achicoria silvestre...

– ¡No cabe duda, me dijo una vez un amigo galófobo, estos franceses necesitan pastar!

Creo que la humanidad entera necesita pasto, porque enseña la ciencia que los alimentos vegetales son buenos para el cuerpo y para el alma...

Se supondría, a primera vista, que quien cultiva un huerto sólo recibe plácidas impresiones. Preparar la tierra, abonarla, sembrar, ver cómo germina la simiente, creciendo la débil planta, por milagrosa operación de la naturaleza; observar la formación del fruto, la lozanía del follaje – todo eso es grato, suave, sedante, inocente. Paro hay sus tropiezos en el camino: los hay en todo lo que se intenta –. Hay la lluvia torrencial, la excesiva sequía, los topos, que minan y roen cuanto encuentran; hay sobre todo las babosas, las babosas glotonas y feroces, enemigas de la plantita nueva, jugosa y blanda como la carne de un niño.

***

A pesar de tantos inconvenientes, las hortalizas van llegando a sazón. Es admirable lo que ha progresado la horticultura, y que el hombre haya sabido, por medio de su trabajo y su inteligencia, convertir la planta silvestre en tantas y tan suculentas variedades. En efecto, puede que crea mucha gente (no tiene nada de extraño, pues he conocido a señoritas que ignoraban que el vino se hacía con uvas) que las hortalizas que hoy figuran en nuestras mesas fueron, desde el principio del mundo, cual hoy las vemos. Es el esfuerzo del hombre, es su voluntad, lo que las ha hecho llegar a su actual estado. Eran en un principio algo duro, seco, insípido, inútil para la nutrición. Con iniciativas felices y tenaces, se han transformado. Aun ahora, la zanahoria, por ejemplo, existe en el estado salvaje. Se recoge la semilla de esta planta, y se modifica, por el cultivo, en plazo relativamente breve, convirtiéndola en la excelente hortaliza (más apreciada de franceses que de españoles) que acompaña y realza tantos platos. Y no sólo se obtiene este resultado, sino que se logran, procedentes de aquella silvestre semilla, todas las variedades, desde la de Chantenay y la nantesa, hasta la azucarada de Doubs.

***

¿Os habéis fijado alguna vez en un peral salvaje? Sus frutos son como avellanas, duros como palo. ¿Habéis contemplado, en las Exposiciones, esas peras enormes, gordas, que parecen rebosar jugo y que pesan kilos? Pues no son ni más ni menos que aquellos otros frutillos, los piruétanos, que ningún paladar puede sufrir.

Por eso se suele hacer la comparación entre el cultivo de los vegetales y la educación humana. Lo que con los primeros hace el trabajo material, con los otros el educativo. Paréceme, no obstante, que es mucho más seguro el éxito que se obtiene con los vegetales. Muchos hombres no salen nunca de piruétanos.

***

Una triste noticia: la muerte de Víctor Said Armesto, erudito, poeta y catedrático de altura. – Víctor Said Armesto muere temprano. Era un muchacho delgadísimo, endeble, que parecía montado en alambre, y aquella su viveza y su nerviosidad no dejaban ver lo delicado de su complexión y la escasez de su resistencia física, para la lucha que emprendió a fin de lograr una situación mediana y modesta. Casado bastante joven, con numerosa familia, apremiado por ese anhelo tan natural de asegurar, ya que no el porvenir, siquiera el presente a sus amadas prendas, Armesto emprendió crearse posición, desarrollando sus aptitudes realmente brillantes. Se reveló como investigador penetrante y sutil en su libro *La leyenda de Don Juan:* dió en el Ateneo lecturas y conferencias que impresionaron, allí donde están bastante gastadas las impresiones; hizo conocer viejos romances, procedentes de Galicia y Portugal, algunos de ellos sorprendentes por el encanto misterioso de su poesía (como aquel de los dos rosales, que, brotando de las tumbas de los enamorados muertos, con tal fuerza expanden su vegetación, que desquician las rejas y alzan las losas de las sepulturas, y hasta rompen los vidrios de la iglesia que encierra los sarcófagos).

***

Todo el mundo consideró bien ganada la cátedra de Literatura galaico portuguesa que Said Armesto obtuvo, y presto se le contó entre la media docena de intelectuales que prometían para lo venidero una labor meritoria y bella.

Pero si la fama empezaba a sonreír al activo trabajador, había algo que siempre le ponía ceño: la salud. No sólo la suya, sino la de sus hijos, que a un tiempo vió acometidos de fiebres perniciosas, y hasta creo recordar que alguno sucumbió. En medio de esas penas hondas, Said Armesto necesitaba seguir luchando, ir adelante, porque en los ejércitos de la inteligencia, como en los otros, soldado que se rezaga, soldado muerto o prisionero. No perdía nunca el ánimo el combatiente: encontrábale yo muchas veces en la Biblioteca del Ateneo, enfrascado en estudios y lecturas, y me hablaba de planes de nuevos libros, de trabajos en preparación, de grandes perspectivas orientadas hacia los orígenes de las literaturas y de los idiomas romances en la Península Ibérica.

Era seguro que Said Armesto llegase, en este terreno, hasta donde quisiese; su edad y sus dotes lo prometían. Tenía lo que los eruditos no siempre tienen, y acaso tienen rara vez: un sentido hondo de la realidad histórica, de esas energías vitales de que los documentos son mera envoltura, cáscara que engaña si no se sabe apartar y buscar el núcleo sabroso. La escuela del documento será muy buena y muy seria, lo que se quiera; pero un documento no dice sino lo convencional: detrás del documento está, sangrando, la vida, y si no es la vida lo que en él buscamos, no tiene significación alguna. Y un documento debe vestir de piel y carne a las edades pasadas, y hacerlas resurgir ante nuestra contemplación, para enseñanza de lo profundo y de lo íntimo de la historia.

Si no sirve para esto, será arena, grano de arena en el inmenso playal de la indagación, y disgregada la arena, en ella no brota vegetación alguna.

***

No era el malogrado pontevedrés un ratón de bibliotecas, sino un poeta de la erudición, lleno de jugo y de médula, que desentrañaba lo pasado con modernísimas intuiciones. No nos ha dado más porque no lo consintió su destino.

Como la inmensa mayoría de los escritores, Said Armesto intentó y probó la suerte del teatro. Una zarzuela, *La flor del agua*, fué su tributo. El libreto, claro es. Y sobre tal producción corrió una leyenda: era fatídica: traía la desgracia.

No se debe ser supersticioso, convengo; pero es el hombre cosa tan pequeña y deleznable; la suerte le trae y lleva de tal modo, en sus giros, que ante la incertidumbre del destino y la sombra que nos rodea por todas partes, se comprende que crea en agüeros y en otras niñadas.

Ahora se ha hablado mucho de la profecía de Madama de Thèbes acerca del asesinato de los Archiduques herederos de Austria; y en México están cumpliéndose los vaticinios de una lega agustina del siglo XVII, que anunció la revolución actual, el largo mando de Porfirio Díaz, y la etapa terrible de los «tres Franciscos», o sea de los tres presidentes que han llevado este nombre de pila. El libro de la lega está publicado hace bastantes años, de modo que no cabe trampa; y sus ya muy raros ejemplares se buscan ahora con singular interés.

¿Qué tiene de extraño que se esparciese la leyenda referente a *La flor del agua*?

Chapí, que empezaba a componer la música, murió: el teatro de la Zarzuela, donde iba a estrenarse la obra, ardió, no sin extrañas circunstancias: y para confirmar el mal hado, cuando por último llegó a subir a escena la nueva zarzuelita, fué Said Armesto el que, súbitamente, desapareció de este mundo...

Con alegría rebosante me había dado la noticia:

– ¿No sabe usted? El sábado, estreno...

Estábamos en los pasillos de la nueva Zarzuela, donde yo acababa de asistir a la representación de *Maruxa*.

Y, en efecto, se estrenó la obra, no aquel sábado, sino días después...; pero el autor ya estaba postrado en el lecho, de donde no debía levantarse.

Y así son las esperanzas, y así los deseos, y así los triunfos. Polvo, humo, aire, nada.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Londres.—Grandiosa manifestación femenina para pedir al gobierno que utilice el trabajo de las mujeres en la fabricación de municiones." 1915. n.º 1.755, p. 556.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y ¿de qué otra cosa habríamos de hablar? No hay, en este momento, más preocupación ni idea dominante que la guerra.

Ante su aparición apocalíptica, todo se ha borrado, todo ha pasado a segundo término: los socialistas se han acordado ¡por fin! de que la patria existe, que no es un fantasma de ideas, sino una realidad tangible, entrañable, inmediata; los bolsistas y negociantes han temblado y se han escondido, despavoridos en el desván; los acaparadores han abierto el ojo; las sufragistas han suspendido sus campañas, sus propagandas por el hecho y por el derecho; las señoras elegantes se han encontrado sin modisto y sin sombreros *chic;* Francia es un campamento, no una tienda de frivolidades; los balnearios se cierran, los hoteles no tienen pan y manteca para los desayunos, y, en la inmensa angustia de la catástrofe, la vida misma sufre una interrupción, un paréntesis que, abierto ahora, no se sabe cuándo se cerrará...

***

Caso igual no lo registra la historia. Los Archiduques herederos del trono de Austria podrán, si en las regiones de ultratumba se conocen vanidades, envanecerse de que sus funerales han sido señalados por una estela de sangre y horror, al lado de la cual son pan pintado y azofritas los incidentes que ocurrieron en las de Patroclo, Aquiles, Alejandro y Atila o en las bodas de Doña Lambra:

. . . . . .
Matáronme un cocinero
so faldas de mi brial:
si esta afrenta non vengades
yo mora me iré a tornar.
. . . . . .

Sin duda la tragedia de Sarajevo fué sólo la chispa que delató la hoguera escondida (no tan escondida); pero el caso es que, la víspera de caer los Archiduques atravesados por las balas, después de haber salvado de las bombas, de cien personas que discurriesen acerca de las probabilidades de guerra universal europea, sesenta o setenta alzarían los hombros, y con sonrisa de optimismo y tono de buena información, repetirían:

«No, no hay que preocuparse por esa contingencia...»

«Alemania no realiza sus enormes aprestos sino al objeto de mantener la paz...»

«Sería tan espantoso el conflicto que nadie lo arrostra...»

«Se tientan la ropa porque saben que eso llevaría envuelta, quizás, la ruina de todas las naciones, no de una solamente...»

Así es que dormían tranquilos; y, entretanto, sorda, subterránea, avanzaba la guerra, esa «guerra tatal» que los novelistas, con su don de adelantarse a los acontecimientos, venían ya fantaseando, en narraciones curiosas, y más o menos artísticas; pero sugestivas, interesantes. Y las sonámbulas predecían y, sin recurrir al sonambulismo, los que reflexionaban comprendían que tantos armamentos y tantos millones de hombres dispuestos a la campaña y tanto *dreadnought* y tanto torpedero y tanto explosivo y tanto aeroplano, no eran a humo de pajas.

Yo misma—aun persuadida de que la guerra sobrevenía en plazo más o menos largo, como dije ha poco, antes que estallase, en una crónica, creo que para el gran diario bonaerense *La Nación*—confieso que tenía mis momentos de duda, porque en verdad el conflicto era de los que ponen pavor en el ánimo, y no parecía verosímil que las naciones no sintiesen ese pavor, paralizando sus arranques y sus energías.

Los profanos no veíamos algo, que sin duda conocerían los técnicos: el peligro de Alemania al demorar la explosión.

—Madruga, Pedro, madruga, les diría, en términos menos castizos españoles, la verdadera prudencia, la que no inhibe, sino que empuja, llegado el momento propicio y que ha de pasar rápido.

Si Alemania no se precipita a la lucha, los aprestos rusos estarían terminados, y las probabilidades del triunfo, serían menores o nulas. Adelantarse ha sido siempre práctica de expertos capitanes, y aunque el Kaiser, que se ha pasado la vida militarizando, no ha guerreado, no puede ignorar este principio, antiguo sólo porque ya lo conocían y practicaban Alejandro, Aníbal, César y Hernán Cortés.

***

Por segunda vez, en espacio que no llega a medio siglo, van a ver los franceses invadido su territorio; van a sentir el tacón de la bota prusiana, pisoteando este jardín del mundo, esa tierra tan bien cultivada y fértil, mitad de la riqueza de la patria, siendo la otra mitad la gentilísima industria y el brillante comercio.

No puedo menos de dolerme de la suerte de Francia, habiendo seguido, con el interés vivo e ingenuo de la primera juventud, sus desventuras de 1871, y temido las que ahora caen sobre ella, al ver el giro de su política y de su vida interior, desde aquella magna catástrofe. Parece que de ella debieron deducirse enseñanzas y lecciones muy duras y severas, pero muy tónicas; por desgracia no fué así, sino que un sentido suicida llevó a Francia por derroteros que siempre han costeado los abismos, de los cuales no se sale, o se sale para arrastrar una existencia penosa.

***

Lo que ha defendido, protegido a Francia, ha sido su sabia economía, sus reservas considerables de numerario. No precisamente porque el dinero sea el remedio ni el preservativo contra los azares de la guerra, sino porque en donde se economiza, donde tanta gente es rentista en pequeño y propietario en pequeño, es más difícil que se produzcan estados revolucionarios, desórdenes que comprometan la seguridad y la estabilidad nacionales. La *Commune* no desmiente esta verdad. La *Commune* surgió de un momento de desesperación. No hubiese podido durar ni llevar a la práctica sus bárbaros ideales. La hubiese sofocado, como la sofocó, el sentido práctico de una nación que lo tiene, aunque a veces «mayormente»—como diría el autor de *La Verbena de la Paloma*—, no lo parezca.

***

Y ¿qué le espera a Francia? Después del aplastamiento en tres semanas que se promete el enemigo, ¿qué sucederá? ¿Qué rescate van a exigirle? ¿Cuál de sus hermosas provincias va a caer en manos de Alemania, para hacer compañía a las dos de los crespones y el lazo-mariposa, constante ¡ay! de los patriotas franceses? ¿Será cierto que, de esta vez, se queda Chanteclair sin una sola de sus arrogantes y tornasoladas plumas?

Y nosotros, en todo ese revuelto y colosal maremágnum, ¿qué pintamos, qué hacemos? ¿Qué consecuencias tendremos que afrontar? ¿Será cierto que estamos libres, que no hemos adquirido compromiso alguno, que no pueden alcanzarnos sino casuales y lejanas salpicaduras? Y caso de ser cierto (no hay nunca entera seguridad de lo que dicen los políticos) ¿es bueno que así suceda?

Bueno, por lo pronto, quién duda que lo es; mientras el mundo arde en guerra, nosotros, no sin emoción, pero sin riesgo, leemos las confusas y contradictorias noticias, las comentamos, las desmenuzamos, forjamos hipótesis, y hacemos votos por el triunfo de aquellas potencias que nos son más simpáticas.

***

Hasta lisonjea un tanto nuestro orgullo nacional el saber que el franco vale ahora menos, mucho menos que la peseta. ¡Cuando lo habíamos pagado a 30 por 100 y a otros precios locos!

Pero más allá de la bonanza que disfrutamos (sin estar ciertos de que será duradera) hay el porvenir, lo que de las grandes colisiones se forma y brota sobre las ruinas. ¿Qué nos prepara el porvenir? ¿Qué ganamos, qué perdemos en esta lucha jamás presenciada, en este combate de los gigantes asaltando el cielo?

Incógnita. ¡Y se dirá que hoy el pueblo se gobierna a sí mismo! Riámonos de tal afirmación. Hoy, como siempre, el pueblo es gobernado y conducido con espesa venda, como ciego a quien la luz molesta en los doloridos ojos, hacia destinos que ignora, mediante tratados que no conoce; y así camina, lo mismo a la larga aventura de Marruecos, que a las eventualidades de algo que se estipuló y que habrá que cumplir. Porque suponer que potencias ambiciosas y calculadoras y que se dirigen a un fin apartando obstáculos, han de sumarse a nosotros en lo que quiera que sea sin sacar tajada a su boca, es pensar en lo imposible. Nosotros, probablemente, cargaremos con algún mochuelo, nos tocará bailar con alguna muy fea. Y eso es lo que nos trae el corazón metido en un estuche.

***

Entretanto, estremece calcular qué estará sucediendo en tantos países, ayer prósperos, abundantes, bien bastecidos de todo. Francia—¡pobre Francia! —que tan admirablemente explotaba el suelo fecundándolo con su trabajo, no tiene aún recogida la cosecha. ¿La recogerá? ¡Nuevamente la invasión, la invasión! Las abuelas recuerdan que, de mocitas, tuvieron que esconciar vino a los prusianos. Las nietas habrán de escanciárselo otra vez...

Il faut marcher! Resignada y triste, Francia sale a campaña, moviliza su ejército. Según opinión general, se opondrá en vano a la irrupción del enemigo, que se precipita sobre París... como en 1871. Sólo que, esta vez, la última palabra han de decirla Rusia e Inglaterra. Arminio pelea solo, o casi solo, contra una coalición potente. Italia, con femenina inconstancia, le abandona; Austria, que no puede ni con Servia, de poca ayuda le valdrá. El Japón le hace muecas amenazadoras. Y Francia, Inglaterra y Rusia ya han apretado la lanza y aflojado la tienda. El coloso germánico se revuelca, a dentelladas, acometiendo, resistiendo, como jabalí en la selva...

¡Momento trágico entre los trágicos que la memoria humana puede evocar!

La Condesa de Pardo Bazán.

"Barcelona.—Repatriados españoles procedentes de Francia acampados en el paseo de Isabel II y que fueron transportados a sus respectivas provincias, después de haber sido convenientemente socorridos por el Ayuntamiento, el Gobernador Civil y la Junta de Protección de la Infancia (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)" 1914, n.º 1.704, p. 571.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acababa de leer los relatos de lo que en París acontece, más o menos exagerados, más o menos vistos al través de unos anteojos sombríos (aun cuando nunca lo son bastante los que dan la visión de las penalidades de la guerra) y me representaba a París sin luz; sin la alegría de sus restoranes, de limpísimas servilletas y cucos ramitos de flores; sin la fastuosa coquetería de sus espléndidos Almacenes, hoy convertidos en hospitales de sangre; entregado de noche a la rapacidad del apache siniestro, al cual se declaran impotentes para combatir, en horas críticas, los encargados de guardar el orden en las grandes urbes; cerrados los rumorosos teatros, apagadas las luces de la rampa, ya caídas de su pedestal las famosas (aunque tan medianas y afectadas) actrices parisienses, en dispersión los modistos, en quiebra los Bancos, por las nubes los comestibles, las familias temblorosas, en espera de la ruina o la muerte de un ser querido, y toda la ciudad bajo el peso de las tristísimas circunstancias. Y cuando estas imágenes ocupaban mi cerebro, he aquí que el correo me trae un paquete...

⁂

El paquete venía de Francia..., del mismo París. Era un paquete de semillas, pulcramente envueltas, bien acondicionadas, remesa de la casa Vilmorin Andrieux... En medio del pánico, con la amenaza de la guerra encima, el trabajo, ese trabajo francés tan seguido, tan inteligente, tan delicado, proseguía, aprovechando la menor circunstancia para afirmarse, para conservar la clientela.

Yo había hecho mi pedido dos días antes de la declaración de la guerra, en la cual nadie creía; y, al declararse ésta, supuse que la casa del célebre floristа no volvería a pensar en su gentil comercio hasta que el huracán hubiese pasado...

Al ver su perseverancia, su tranquilo cumplir, sentí un momento ese entusiasmo por Francia, que tantas veces he experimentado, ante la demostración de su laboriosidad industriosa, que tenía entre las manos, en forma de paquetito color de tierra, cuidadosamente preparado, a fin de que no se pierda ni se estropee la mercancía...

⁂

Es bonito, dígase lo que se quiera, este aspecto del carácter de Francia, de su alma colectiva. Yo creo que hasta respeto debe infundir. Sí, respeto merece el paquete de semillas. Siembra de trabajo, germinación de bienestar, de riqueza, de esa prosperidad económica que permite, en un momento angustioso, hacer frente a las contingencias de una guerra y de una invasión. La Francia que trabaja es el verdadero obstáculo en que se estrellarán los alemanes, si fuese su propósito acabar con tan gloriosa nación.

Mientras el humilde paquetito de simientes de repollo, col y cebollas llega felizmente a su destino, los viajeros, los españoles se repatrían en medio de fatigas sin número, de sufrimientos graves. En trenes militares, de pie, habiendo tenido que dejar su equipaje, sin permitírseles llevar consigo ni una maleta de mano ni un saquillo ni nada, vienen desde Suiza y Bélgica, Holanda y Alemania, hasta la frontera de Irún.

Lamentable odisea, que termina con el regreso a la casa propia, al hogar tan alegremente abandonado pocos meses antes, para salir a distraerse, a pasearse por Europa, sin sospechar que bajo los pies ardía con volcánico ardor el suelo, y sobre las cabezas se cernía la negrísima nube preñada de muerte y de horror...

⁂

Y entre el estrépito de los acontecimientos ya sucedidos y el presentimiento y recelo de los que se preparan y todo el mundo teme – ha pasado casi inadvertida la muerte de Lemaitre...

Yo hasta no sé si se ha confirmado, y si no va a resucitar el eminente escritor, como diz que resucita un personaje bien distinto, el Manesmann fusilado en los relatos de la prensa, por un delito propio de otros tiempos, en que el patriotismo, que hoy debe ser una convicción para todo racional, era un instinto ciego y furioso, grandiosamente bárbaro. Creíamos que esos Manesmann, de los cuales se ha hablado tanto hace algún tiempo, cuando vinieron a sobajarnos a Madrid, eran algunos especuladores y tratantes, que buscaban redondear su ya no muy cuadrada fortuna; y cátate que nos resultan (si todo lo escrito sobre el caso no es un superior infundio) unos patriotas del género de aquel boticario, cuya existencia no está probada, pero que, por su color local, fué muy del gusto de novelistas y cuentistas, y que envenenó la cena dispuesta para los oficiales franceses que alojaba, allá en 1808, y como ellos sucumbió entre atroces retortijones y cólicos mortales. Los Manesmann, según fama, echaron una cantidad respetable de *mort aux rats* en las sacas de harina destinadas a la alimentación del ejército francés. *Si non é vero...* De todas suertes, y conocida por acá la tendencia de los Manesmann, no extraño que los franceses les quieran a cien leguas de sus colonias.

⁂

A reserva de que se confirme o no la muerte de Lemaitre, digamos que, si en el momento presente, Francia piensa en cosas muy distintas de la literatura, con Lemaitre no deja de perder, no diré una provincia del territorio, pero sí un dominio especial del pensamiento.

Julio Lemaitre nació en Turena, país legítimamente *gaulois*. No tiene más biografía que la literaria: y nótese que esto ocurre con muchos escritores de esta época, mientras los del romanticismo tienen siempre a su disposición tres o cuatro aventuras que adornen y dramaticen sus mocedades. El único drama que aparece en la vida de Lemaitre es el de la conciencia, que Renán resolvió dejándose atrás su fe y sus anhelos espirituales, y Lemaitre, con una filosofía a lo Petronio – un Petronio genuinamente francés.

⁂

En cerca de los setenta frisaría ya Lemaitre. Había empezado sus estudios en un Seminario, cerca de Orleáns; los continuó en París, en otro Seminario; entró luego en la Escuela Normal Superior; fué profesor en varios Liceos, Escuelas y Facultades, y contaba veinticinco años cuando empezaron a llamar la atención sus primeros estudios de crítica en *La Revista Azul*. Por entonces también insertó en la misma Revista una novelita profundamente escéptica titulada *Serenus, historia de un mártir*.

Pensó al principio dedicarse a la enseñanza, pero la literatura le ofreció más risueños horizontes. Publicó su correspondiente tomo de versos y alternó las novelitas breves y las obras teatrales. Acaso yo sea injusta con el teatro y la novela de Lemaitre, pero estoy por no hacer caso sino de su crítica.

Sus mejores artículos están reunidos en varios tomos, titulados *Los Contemporáneos*. Son de amenísima lectura, de punzante y a la par benévola y sonriente ironía, de una gracia delicada y velada, y de un buen sentido que a veces descubre, más que al francés embebido en Voltaire, al latino contemporáneo de Horacio. Y en todo es horaciano el insigne escritor.

⁂

Lo curioso es que, habiendo Lemaitre sido uno de los que más sintieron la influencia de Renán, se estrenó en la crítica con un indignado artículo contra el autor de *La Vida de Jesús*. Adhiriéndose a opiniones de Sarcey, declaraba Lemaitre que Renán en sus lecciones y cátedra se burla de su auditorio, se burla de sus lectores, se burla del mundo entero, y que verle y oirle, origina una profunda decepción. Y poco después de este artículo no tiene más brillante discípulo Renán que el convertido Lemaitre.

El renombre que adquirió Lemaitre debiólo a los dones que gratuita y caprichosamente reparten las hadas, y sobre todo, al encanto de una prosa que, sin ser perfecta desde el punto de vista clásico, es capciosa y atractiva cual no otra. Revoloteando sobre los asuntos, tomando pie de ellos para digresiones entretenidísimas, derrochando ingenio y agudeza, nadie diría que procede de la aburrida y satirizada pléyade de los *normaliens* este deleitoso *causeur*, la cosa más distinta del pedante colegio. Lemaitre encarna el ideal del cronista, puesto que, sin gravitar nunca sobre un asunto, lo sugiere de un modo excitador para el pensamiento.

⁂

Y en realidad, Lemaitre, enemigo de sistemas, tiene su sistema crítico. Negando el dogmático, crea un dogma negativo. La crítica, según Lemaitre, no puede aspirar nunca al dictado de ciencia; la crítica, como doctrina, es vana; hay pues que tomarla como arte, el arte de gozar de los libros, y, por medio de ellos, enriquecer y afinar la sensación. No hay nada estable, y menos eterno; el mundo cambia y cambiamos nosotros con él. Y basta que varíe el espíritu que refleja el objeto, para que sólo se pueda responder de una impresión transitoria. El crítico no debe arrogarse autoridad; las obras desfilan ante el espejo de su mente, y como el desfile es largo y el espejo cambiante, cuando desfila por segunda vez una obra, ya es distinta la imagen que proyecta.

El sistema es cómodo y grato, y tuvo que suscitar numerosos adeptos. Cualquier gacetillero podía aplicarlo, escudándose con tan ilustre precursor. Sólo que, cuando las cosas son excesivamente cómodas, hay que desconfiar de su solidez. Son como los muebles y zapatos viejos, comodísimos, por lo mismo que les falta resistencia.

⁂

El eje de la crítica de Lemaitre es una curiosidad incesante, un interés vivo y superficial a un tiempo, la esencia del *dilettantismo*. Lemaitre se declaró a sí propio el Don Juan de las letras.

Y es un caso Lemaitre de una tendencia (que casi llamo vandálica) de muchos espíritus en el momento presente: no le interesa lo antiguo: no tolera el pasado. Sólo los autores modernos le importan. Es, por excelencia, el crítico de *Los Contemporáneos*.

Es, además, como tantos, un epicúreo. Su crítica es la crítica del goce. Naturalmente, no se trata de un secuaz de Epicuro de la especie porcina, que el poeta latino estigmatizó. Como el verdadero Epicuro, Lemaitre profesa la templanza, detesta la violencia, quiere la virtud amable, y declara que los sentidos han de ser mandados y no mandar en nosotros. En suma, para Lemaitre, como para Epicuro, el objeto de la sabiduría es la realización de la felicidad.

Por su concepción de la crítica, y más todavía por su manera de exponerla y expresarla, Lemaitre es uno de los maestros del último tercio del siglo XIX, y ha influido poderosamente en una generación impregnada de impresionismo.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

Su lucha con el enorme Imperio ruso les ha demostrado tal verdad. No es oro todo lo que reluce. No es vigor todo lo que se le asemeja. David derriba a Goliath, si le acierta con la piedra de la honda en mitad de la frente.

Y desde Portugal hasta el Japón, no queda nadie que no se revuelva contra Alemania. Parece que asistimos al espectáculo de una de esas confederaciones de pueblos y reyes contra otros reyes y otros pueblos, que registran los anales clásicos. Tal fué la Liga anfictiónica, que formaron, ya antes de la célebre expedición de los Argonautas, los príncipes de Tesalia, para defenderse mutuamente de los Bárbaros. Reuníanse, en otoño y primavera, en las Termópilas, y fueron atrayendo a su Liga a los demás Estados griegos.

***

Hubo en esta Liga, como ahora en la coalición europea adversa a Alemania, un sentido económico, una intención comercial, que produjo el viaje de los Argonautas, cuyas naves construyó nada menos que la Diosa Minerva. Cuando se lee lo referente a esta expedición, tan antigua y tan moderna a la vez, antigua por su fecha, moderna por sus fines comerciales, se siente un estremecimiento de entusiasmo, como si algo sagrado se revelase. En las naves, de cincuenta pares de remos (cosa por entonces asombrosa, tanto o más que nuestros contemporáneos *dreadnoughts* para nosotros), iban Orfeo, el divino cantor, y el médico Esculapio, hijo de Apolo. Iban también Hércules, y los Dióscuros, Cástor y Pólux, nacidos del Cisne, y Teseo, el gran legislador futuro. Y el jefe de los Argonautas, Jasón, disponíase a raptar a Medea, la maga.

***

Los griegos, en esta expedición memorable y semifabulosa, aprendieron una alta lección política: la fuerza que presta la unión. No tardaron en aplicarla, marchando juntamente la mayor parte de sus reyes sobre Tebas, para intervenir en la contienda sacrílega de los hermanos enemigos. Destrozados ante los muros de la heroica ciudad los jefes asociados, más tarde sus epígonos, sus hijos, volvieron a coligarse, y, acometiendo a Tebas, la arrasaron y saquearon. No mucho después, fué cuando otra vez Grecia entera se juntó y confederó para una empresa que la alzó en masa contra el Asia: la conquista de Troya, el reino de Príamo.

De este suceso arranca, no solo la verdadera historia de Grecia, que sale de los limbos del mito y de la fábula, sino la civilización del mundo, que se consolida por Grecia, y se difunde por Roma, y evoluciona más adelante por el cristianismo.

***

Reunía la magnífica Confederación mil ciento ochenta y seis naves, y las tripulaban más de cien mil hombres. Hoy esta cifra hace sonreír. ¿Qué son cien mil hombres, en las actuales circunstancias? Una gota de agua en el océano de ejércitos que parecen soñados en pesadilla de titanes. Pero lo más alto y significativo que se ha hecho en el mundo, se ha hecho con poca gente (en comarcas muy pobladas, eso sí). La idea heroica procede de esos cien mil hombres, que mandados por héroes cuyos nombres jamás olvidarán el arte ni la historia, fueron a luchar por el mundo occidental, y a preparar su dominio sobre el asiático.

Más tarde, amenazada la independencia helénica por las persas, volvieron a fundirse los Estados, olvidando disensiones. A esta concordia debieron la jornada de Maratón, eternamente memorable, que inmortalizó el nombre de Milcíades, al cual la ingratitud de la patria hizo expirar entre cadenas. Creyeron los atenienses que la victoria de Maratón les aseguraba la paz y que los persas y medos quedaban aniquilados: pero el genio de Temístocles había adivinado el porvenir.

***

Jerjes, fuese por consejo de Mardonio o por propia ambición, ansiaba vengar la derrota de Darío y someter la Hélade. Una flota, formidable en aquel tiempo, abordó a las orillas del Helesponto. Y fué entonces cuando el insensato tirano hizo azotar el mar con largos remos, lo marcó con un hierro ardiendo y le cargó de cadenas – que, naturalmente, no sobrenadaron – para castigarle por una tempestad que desbarató parte de su escuadra.

El acto de demencia desprestigió a Jerjes ante sus tropas, que murmuraban, mientras él, subido a un promontorio, vertía lágrimas, pensando que del inmenso ejército de mar y tierra, que desde allí contemplaba, extendido – dentro de cien años no quedaría ni señal. Y pasado el rato de melancólica reflexión, el soberano decidió el ataque, y los griegos, confederándose, se prepararon. Los compañeros de Leónidas, hecho su combate funerario, al cual asistieron sus madres y esposas, corrieron a apostarse en el desfiladero de las Termópilas, por el cual tenían que pasar los persas. Nunca lograran pasarlo, porque no se lo consentían el valor y la furia de los defensores, sin la traición de cierto Epialtes, que les enseñó el sendero por donde se podía dar la vuelta a las posiciones de los griegos.

Nadie ignora cómo los persas hubieron de retirarse, por último, vergonzosamente derrotados. Lo ha cantado Leopardi en versos sublimes. Era el sentimiento de la patria común, era la idea de la entidad de la raza, lo que hacía fuertes a los helenos. Platea aseguró su triunfo. Otra confederación pudo costar a Atenas la hegemonía; y la Macedonia se fundó en un acuerdo del Anfictionado. Es siempre la idea federativa la que salva a Grecia, la que la guía a destinos espléndidos. Al unirse, adquieren ese sello de grandeza que han conservado, y no ha conseguido emular ninguna nación moderna, excepto España en sus épocas de soberanía; pero España estaba sola, lo hacía todo sola, y fué la causa de su pérdida.

Grecia también empezó a decaer, desde la muerte de Alejandro, que rompió los lazos de la Confederación y trajo la discordia, al querer todos sus capitanes alzarse con coronas y cetros.

***

Me he perdido en estas sacras memorias, tan emocionantes para quien las sepa evocar, quizás porque la guerra contemporánea, todo lo colosal que se quiera, no es, merced a lo confuso e inseguro de las noticias, más que un caos, en el cual sólo se percibe un remolino de confusas sombras.

A la hora en que esto escribo, nadie sabe nada, y hay, entre la historia de Grecia y el conflicto europeo, la diferencia que va de un camafeo de alto relieve y maravillosa escultura, y un borroso cliché de periódico. La historia no se conoce, no se saborea, hasta años después de sucedida. Por eso la guerra, que transforma a la mayor parte de las naciones civilizadas, me produce, en el presente momento, una sensación de fastidio.

Las contradictorias noticias, unas de origen francés, otras de origen alemán, que aquí conocemos, son para volver loco al más cuerdo, para desorientar al mejor informado. De aquí las hipótesis, las dudas, las novelas, a capricho, fantásticas, fundadas. En vano se fatiga el pensamiento queriendo seguir en su marcha a estos ejércitos que se acumulan en la frontera.

***

Aumenta el desconcierto el que los sucesos han ido al revés de lo que cualquiera, ocho días antes de estallar la lucha, se hubiese podido imaginar. Italia desorienta, Francia desorienta. Italia, según las más positivas probabilidades, había de marchar con Alemania, y salimos con que, si no marcha en contra, por lo menos conserva amenazadora neutralidad. Y Alemania se ha quedado como nosotros *in illo tempore;* sola, en pugna con Europa casi entera. Hasta no parece que Turquía se arranque a ningún paso decisivo.

Lo positivo es que todas las afirmaciones referentes a la superioridad militar de Alemania, a la imposibilidad en que se veía Francia de resistir, a la desorganización de los ejércitos franceses, se encuentran algo desmentidas. Un país nada predispuesto a aventuras belicosas, Bélgica, es obstáculo invencible, o siquiera temible, al rodar del alud de combatientes que iba a caer sobre Francia, impetuoso y fatal. He aquí las grandes sorpresas de la historia. ¡Con esto no contábamos! Sólo que, en realidad, esto es el prólogo. Veremos la epopeya y su epílogo.

La Condesa de Pardo Bazán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez, desde hace tantos años, puede decir España que se encuentra en situación privilegiada respecto a las demás naciones de Europa. La guerra no ensangrienta sus campos; la invasión no los pisotea; su dinero sigue valiendo lo mismo que valía, y más, con relación con el de otros países; su crédito no ha sufrido; y en su seno buscan refugio y seguridad, no sólo sus hijos, sino numerosos extranjeros que huyen de la catástrofe. El único temor es que no dure tanto bien. Apenas osamos creerlo.

Al generalizarse el incendio, una chispa puede prender en nosotros. Y, además, y para aguarnos la fiesta, hay quien dice (empezando por Lerroux) que nos será funesta la neutralidad.

Entretanto, lo repito, una sensación de bienestar y de tranquilidad predomina, no sólo en las conversaciones particulares, sino en el tono de los artículos de la prensa. Vemos (o creemos ver) los toros desde la barrera, sin peligro alguno de cogida.

***

Y con todo eso, la normalidad de la vida se ha suspendido.

Una paralización de las iniciativas acompaña – y no podía menos – a esta situación que todos declaran nunca vista. La menor cosa parece amenaza, complicación, tristeza, riesgo. Algunas familias viven llenas de congoja, por la imposibilidad de remitir fondos al ser querido que se encuentra en el teatro de la guerra sin poder salir de él. Digo el teatro y debiera decir los teatros, porque esta guerra tiene varios, y está llamada, según parece, a tener muchos más, tal son de numerosas las naciones que quieren entrar en danza, quizás con el pío de lucir los barquitos del último modelo y los cañoncitos de nueva invención.

***

Claro es que, en primer término, no podían faltar los japoneses. Estos han podido persuadirse de dos cosas: que la guerra forma las nacionalidades y engrandece a los pueblos; y que, a pesar de las apariencias, no es el número ni aun la sólida estructura militar lo que da la victoria.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y la pesadilla continúa... Ya sé que no es de buen cronista insistir en un mismo tema y que es ley la variedad; pero pregunto si, en este instante, alguien varía. Los periódicos dedican, semana tras semana, columnas y columnas a telegramas más o menos confusos de la guerra; los artículos de fondo sobre ella giran invariablemente, comentando a su gusto y desde su tendencia favorita las probabilidades de triunfo de un beligerante u otro; todos son relatos de gente que escapó de Francia, de Alemania o de Suiza y regresa a su hogar trémula aun de susto: los Diccionarios enciclopédicos son saqueados, y las Geografías manoseadas incesantemente, para satisfacer con estudios presurosos y a medio mascar la curiosidad ansiosa del público, el cual, de repente, se ha enterado de que hay en Europa serbios, austriacos, cosacos y polacos, y estas varias gentes son reales y efectivas, seres de carne y hueso, que se baten como leones, y que pelean, sea por la gloria y la grandeza, la independencia y la disciplina, o sólo por el gusto de combatir, que gusto debe de ser cuando tan predispuesta se halla la humanidad a romperse el bautismo.

Y así, de la guerra ha de hablarse, pegue o no pegue, sépase algo de nuevo que dé pretexto al artículo, o haya que recocer las mismas berzas, volviendo a renegar de la terrible plaga, a lamentar el sino que ha traído, con la enormidad de los armamentos, el choque tremendo de las naciones, a poner de vuelta y media al Káiser y al Kronprinz y a la sombra de Bismark.

***

Saber lo que aquí ocurrirá (digo aquí y debiera decir allí) sólo es dado a las sonámbulas... Pero, ¿no es cierto que, aun seguros de que cada paso en la carrera del tiempo nos lleva al fin de nuestra vida, quisiéramos adelantar, apresurar este recorrido, para salir de la angustiosa expectativa de las grandes catástrofes?

Porque grandes son, de magnitud apocalíptica, las que se ciernen sobre Europa. Una de ellas, temible por excelencia, es la epidemia, compañera siniestra de las guerras que se prolongan y no consienten atender a los mandatos imperiosos de la higiene. Horroriza leer el relato de las hecatombes, y si bien puede haber exageración en el número de heridos y de bajas, siempre será éste enorme, sin comparación con otras guerras. Hay un detalle profundamente trágico: no se puede ni curar a todos los heridos; son demasiados; montones y montones de carne rota y sangrienta; muchos quedarán privados de todo auxilio humano, lo cual supone la infección; y, supuesta la infección, la epidemia no tarda...

***

Todo esto sugiere una inmensa compasión... No sé si me equivoco, pero diría que jamás cupo, no ver, sino imaginar guerra semejante. La novela más fantástica no llega a tanto. Y hay en ella una característica muy singular. Si hace años contase un novelista que ejércitos enteros pasaban de una isla al continente, sin saberse por dónde, o salían de las estepas de Rusia y se enhebraban en Bélgica sin ser vistos ni oídos, como si los compusiese un solo hombre, un misterioso conspirador; si añadiese que masas colosales de combatientes avanzan con el mismo sigilo, y ni al escribir a sus familias descubren su residencia momentánea; que el Emperador, como un duende, aparece y desaparece; y que del desmesurado teatro de la guerra no sale, no transpira ni un eco ni una noticia concreta; que tan colosales manadas de hombres están, se creería, ocultas como si llevase cada combatiente en la cabeza aquel Tarnhelm, aquel mágico yelmo de la leyenda germánica, que hacía invisible a quien lo usase – parecería la patraña más increíble –. Este secreto, esta niebla densa y sombría en que la guerra se envuelve, no sabemos por qué arte, la distingue de las otras hasta hoy conocidas, y de las cuales ya se diferenciaba por la magnitud y la universalidad.

¿Cómo se guarda tal misterio? Apenas lo conciben. Por mucho que se corten las comunicaciones, que se intercepte e interrumpa el telégrafo, que se cierre el paso a los periodistas, que se recojan los periódicos, que se tapien en suma todos los huecos por los cuales puede entrar el aire exterior y salir los ruidos de dentro, ¿cómo no se abren paso esas bulliciosas hijas de la Fama, incorpóreas, que se llaman noticias? Pues es el caso que no. Llega a nosotros, de la guerra, lo que oficialmente quieren comunicarnos; ni más ni menos.

***

He aquí, seguramente, lo incomprensible de la guerra, lo que la hace única. Esto y la intervención de las fuerzas que caminan por el aire. Todo el mundo aguarda, abierta la boca y redondos los ojos, lo que resultará de la intervención de los aeroplanos y en especial de los famosísimos *Zeppelines*. ¿Será capaz esta escuadra aérea de bombardear ella sola a París?

Tendría yo entonces que cantar la palinodia, confesando que sirven de algo los gastos que implica la aerostación militar y el derroche de vidas que toda la aviación en general lleva consigo. No he acabado (confieso paladinamente que estaré anticuadísima) de convencerme en lo que se refiere a la conquista del aire. La proporción de accidentes es tal que aterra, y la utilidad, por ahora, no se ha visto clara. Si en caso como el presente los grandes aeroplanos militares deciden la victoria, habré de reconocer mi error. Busco la utilidad de los aeroplanos, y se me dirá que no es útil propiamente lo que destruye. Pero si la destrucción era en este caso fatal e inevitable, será menos mala cuanto más rápida y decisiva.

***

Todavía no he logrado resignarme a la destrucción de Lovaina. Asocio el recuerdo de esta ciudad al de mi venerado amigo el rector de la Universidad que existía, y digo existía porque supongo que ya no existe, en aquella noble ciudad brabanzona. Era el rector Monseñor Mercier, que por entonces, el año 1900, no ostentaba la dignidad de arzobispo de Malinas ni menos el capelo. El modesto sabio y filósofo, con quien almorcé en una residencia no menos sencilla que su manera de ser y sus costumbres, no imaginaba, seguramente y dadas ciertas oposiciones que encontró, llegar a ejercer tan alta dignidad en la Iglesia y menos que pudiese contársele entre los *papabiles*, pues acaso, si no es por la guerra, impedimento legal, su nombre hubiese reunido bastantes votos para ocupar el solio de San Pedro.

Y me explico perfectamente el grito de pena y de protesta que ha tenido que arrancar a Monseñor Mercier la vista de su amada ciudad en escombros, de su Universidad demolida por el cañón... La Universidad tenía carácter de Seminario, pero Seminario tan a la moderna, de tan intensa cultura, de tan nuevas y atrevidas orientaciones, que los partidarios de lo inamovible, los añejos de profesión, que no faltan en ninguna parte, se asustaron del gabinete experimental de psico-física, y poco menos que vieron en Monseñor Mercier (uno de los hombres de más probada virtud y más ascético vivir) algún hereje vitando.

Pero el eminente pensador estaba defendido por la misma serenidad de su convicción. Creía en la Universidad, en la ciencia, en Dios, y sabía perfectamente hasta dónde le llevaban su fe y su labor intelectual. En la Universidad de Lovaina se preparaba ese clero ilustrado, conocedor de la época en que vivimos y capaz de abnegación y buen ejemplo, honra del partido católico de Bélgica. ¿Cómo no ha de exhalar, el que fué alma de esas enseñanzas y de esa preparación, un ay doloroso, al saber la noticia que a mí, a quien no puede importar tanto ni la millonésima parte, me ha contristado al recibirla: Lovaina ha sido arrasada; no quedan de ella sino escombros y cenizas humeantes?

***

Desde aquí, lejos del escenario de tan trágicos acontecimientos, vamos, un día tras otro, evocando memorias y figuras de extranjeros que fueron con nosotros amables y simpáticos, que nos ofrecieron cordialidad, y en los cuales, por un momento, encarnamos el país a que pertenecen, para compadecer sus desdichas, que no podemos remediar ni mitigar siquiera, excepto con la piedad, género de beneficio que, según el poeta florentino, algo se agradece:

Se fosse amico il Re del Universo,
noi pregheremmo a lei per la tua pace,
poichè hai pietà del nostro mal perverso...

Sí; *pietà, pietà*... con independencia de afiliaciones, de intenciones de que la victoria sea para éstos o para los otros... Todos son desventurados en esta hora suprema. Más, sin duda, los vencidos; pero también los vencedores, que hacen con su cuerpo cuña para abrirse paso al través de las tropas enemigas, y cubren la baja pasando sobre los cadáveres de los que los precedieron. Gloriosa desventura pero desventura al fin para ellos y para quienes los aguardan con llanto.

***

Yo admiro la constancia, la energía, el desprecio de la vida, porque todo ello es espiritualísimo y supone un fondo de voluntad colectiva que no pertenece sino a un pueblo muy grande, muy fuerte, muy semejante, en esto, a la antigua Grecia.

De todos modos siento lástima y con interrogación inquieta me pregunto:

¿Qué será de aquel amigo de una hora, de un día, de una semana, con el cual os parecía que habíais vivido siempre?

¿Qué suerte correrán los que se encuentran en los países asolados, devastados?

No puedo menos de pensar en un oficial de la Marina francesa, que llegó a la Coruña, y conociéndome de nombre tan sólo y deseoso de verme, vino a mi casa de campo, un día bien sombrío y lluvioso de noviembre. Le hicimos la más hospitalaria acogida; y a la vuelta, por poco se mata, en una zanja del camino en construcción, donde cayó su caballejo de alquiler. Más peligroso que su torpedero, el *casse cou* estuvo a pique de dejarle con una pierna rota.

Aquel oficial tradujo luego *Los Pazos de Ulloa* al francés. ¿Por dónde andará? ¿Se hallará a bordo, de su barco, dispuesto a enzarzarse con los germanos, en la función naval que se espera?

***

¿Y los marinos del otro lado, los marinos alemanes, que vinieron también a visitar las Torres? Con ellos iba a honrarnos el Príncipe Enrique de Prusia, hermano del Káiser; pero la escuadra se dividió, y el Príncipe se quedó en Santander, con su buque. ¿Cuáles, entre la oficialidad de aquel *Lothringen*, que tanto nos invitaban a pagarles la visita en Kiel, donde nos obsequiarían espléndidamente y nos enseñarían los soberbios acorazados y cruceros, orgullo de la nación, estarán ahora dispuestos al mortífero combate que, en última instancia, se supone decisivo para esta gran contienda?

¡Oh destino obscuro! ¡Cómo tejes tu tela sin que vea los hilos el mismo que en ellos está enlazado!

Y yo pienso en unos y en otros, en todos, en todos, que todos son dignos de *pietà*... Acaso sea un gasto inútil de sensibilidad esta *pietà* sin límites. Vienen las catástrofes por ley inexorable de la historia.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Notad cómo, bajo el influjo de la guerra, de la guerra desencadenada y atroz, vuelve la humanidad a su estado primitivo, cual planta vigorosa que, podada de golpe, recobra su salvaje espontaneidad, libre de la traba del cultivo.

En el estado primitivo, en efecto, no pudo suceder más ni menos que ahora, pese a todas las humanizaciones del derecho de gentes, la lucha entre pueblos. En el estado primitivo, siendo la guerra lo habitual, lo de cada día, el hombre se consagraba exclusivamente a ella, vivía para ella, no tenía más anhelo ni más objeto ni otra prez; y la mujer, entretanto, desempeñaba los menesteres para los cuales no le sobraba tiempo a su señor.

Pues bien; hoy que el hombre, dejando su oficina, su taller, su arado, su máquina, vuela a alistarse para combatir, la mujer, o llamada oficialmente o por impulso natural, substituye al hombre en mucho de lo que no se creía «propio» de ella, y dirige los tranvías y los trenes, ¡después de tanto como tió París, oh París!, la aparición tímida de las *cocheras* de fiacre, de simón como aquí decíamos.

Es una victoria para la causa del feminismo, aunque se origine de un momento de inmensa angustia para la patria. Si la mujer puede desempeñar infinidad de cargos que el hombre exclusivamente retenía, ¿no se demuestra que tal retención no era sino muestra de injusticia, y que la mujer sufría la ley del más fuerte..., esa ley que en el actual crítico instante rige y gobierna a Europa, a pueblos del Extremo Oriente, a Turquía, y casi a todos los del mundo, porque no hay ninguno que no sufra las consecuencias de tal estado de cosas, y este ramalazo espantable a nadie perdona.

***

La mujer, se me dirá, no hace la guerra, no se bate; he ahí una inferioridad o, mejor dicho, una diferencia que concede al hombre supremacía en la sociedad y en la nacionalidad. Yo (y lo digo sin temor alguno a los chistes fáciles, que son enteramente despreciables, son la plaga y la roña de nuestra mentalidad) supongo que las mujeres no guerrean, sencillamente porque los hombres, desde el primer día, lo han hecho. Y no en todas partes, pues la tradición está llena de reminiscencias de amazonismo y es imposible que se califiquen de invento de la fantasía, pues existe siempre fundamento para lo más novelesco y extraordinario. Especialmente en las invasiones la mujer, sin que nadie se lo sugiera, ha peleado como el más bravo varón.

En cuanto a las consecuencias de la guerra, la mujer las sufre igual. Las abrumadoras contribuciones e indemnizaciones, que se traducirán en impuestos y en miseria, no distinguen de sexos. Los quebrantos y pérdidas, en fondos, en industria, en la agricultura, tampoco. Y las penas y dolores..., basta recordar que son madres las mujeres... y que a campaña van sus hijos.

***

La prueba de lo que la guerra repercute, aun en los países que no toman parte en ella, es la agitación política que ha causado la sospecha de que se quebrante la neutralidad.

Ha dado este movimiento un resultado excelente: el de orientar acerca de la verdadera opinión de España respecto a este punto. Ya la podíamos pronosticar, con sólo reflejar las conversaciones, que son un buen barómetro. De cada cien personas, sólo tres o cuatro se inclinarán a que la neutralidad se rompa. Es indudable que los belicosos, en estos momentos, están en ínfima minoría. La idea de una guerra, o solamente de algo que pudiese asemejarla, provoca explosiones de repulsión y de espanto. Y a este criterio han respondido las otras manifestaciones, las de la calle, las estruendosas.

***

Hay algo indudable: y es que una nación, no queriendo la guerra, detestándola, puede verse compelida a ella fatalmente. Tal es el caso de Bélgica; y no por lo que la gente supone, por la violación de su neutralidad, sino por la presión que ejerció Inglaterra, para obligarla a resistir con las armas. Yo confieso que, desde el primer momento, encontré singular lo de Bélgica. No necesitaba pelear, para defender su honor: bastábale una protesta que dejase a salvo su derecho. No tenía para qué hacer guerra de independencia, puesto que Alemania, del modo más explícito, aseguraba que no era su propósito anexionarse territorio alguno; que sólo reclamaba paso franco para sus tropas. La superioridad de la fuerza alemana no podía ocultársele al Gobierno belga; era un conflicto en que ni la menor esperanza de éxito podía alentarlos. Los belgas, gente de muy buen sentido, de una moderación harto demostrada, y que conocían cuál iba a ser el resultado de la aventura, preferirían no correrla. Pero también sabían el del enojo de Inglaterra, y optaron por la calamidad que, cuando menos, los dejaba en lugar airoso y les ganaba el dictado de héroes.

Son cuestiones en que no se sabe cuál es peor, y se procede a la desesperada, como en las grandes convulsiones, terremotos, aludes, erupciones de volcanes – que no dejan lugar a detenida reflexión ni a términos medios –. Y esto también puede ocurrir a España. ¿Quién lo duda? Hay hasta quien lo define y explica detalladamente, con sus causas, orígenes y plazos.

***

Este temor azuza a los que claman neutralidad. Tiemblan, por no estar seguros de que el permanecer neutral quepa dentro de nuestros medios de acción, de nuestra problemática libertad... Y, de antemano, elevan su protesta. Y yo me uno a ella; ¿cómo no he de unirme? Desear la guerra, cuando se tienen recursos para hacerla con gloria y provecho, aun no es natural ni casi disculpable, porque sólo el gran estadista, el pastor de pueblos, el que ve, en su previsión fecunda, más allá del momento presente, al través de la marcha majestuosa de la historia, tiene el derecho de provocar catástrofes, para lograr en lo porvenir mayores bienes con el engrandecimiento de su raza o de su nación; el ciudadano sin especial misión pública, sólo a la paz aspira y no contribuye a perder un bien tan precioso. Pero desear la guerra cuando se carece de preparación para sostenerla con alguna probabilidad de hacer siquiera un mediano papel..., sería acceso de locura, y España procede cuerdamente al clamar por neutralidad a toda costa.

***

No basta el valor, aunque sea factor importantísimo; no basta ni ha bastado nunca, aun en aquellos tiempos en que se luchaba cuerpo a cuerpo y con armas arrojadizas. Hoy, si el valor y la disciplina son indispensables, y acaso más la última, lo que en primer término se ha menester son armamentos e invenciones mortíferas y devastadoras. Aunque (y me salgo con la mía) los zepelines están muy lejos de hacer el estrago que se supuso, las máquinas de muerte se han perfeccionado, la artillería se refina e intensifica, los barcos son las matemáticas que navegan y que disparan y que destrozan, y en suma, afirmaríamos que, si en conservar y hacer menos penosa la humana vida se ha adelantado bastante, mayor progreso han tenido las industrias y descubrimientos para arrasar, echar a pique y tumbar patas arriba.

Y nuestra patria, en especial, parece que de estos terribles artilugios está huérfana y ayuna, y que hasta sus barcos de combate, que no pasarán de tres (de verdadero combate, y hay quien los reduce a uno) no disponen de lo que más falta hace cuando se tienen cañones...

Dado todo lo que digo y mucho que sólo me atrevo a insinuar, la neutralidad es mi único anhelo, lo mismo que el de cualquier español, que sólo ve en la guerra sus efectos espantables, y no siente afán de dominar al mundo. Esto lo hicimos (y bien intensamente, como no lo hará César alguno) allá en los siglos XVI y XVII; pero con agua pasada no muele el molino. Son los germanos los cesaristas de ahora, y no sé cómo saldrán del tremedal en que se metieron.

Esta interrogación inmensa, fúnebre, dibujada con rojo de sangre sobre un horizonte negro, es el espectro que nos tiene a todos como bajo aterradora pesadilla. Y, un día tras otro, mientras avanza silenciosamente el tiempo y el invierno dispone sus brumas y sus glaciales cierros encogedores del ánimo, aguardamos la solución del enigma de esfinge...

***

De las noticias de testigos oculares se deduce que los *boy scouts*, en Francia, están prestando verdaderos servicios, en mil ocasiones. Su juvenil actividad, su inquietud de adolescentes, en vez de gastarse en crueles o impertinentes bromas, en quimeras y pesadeces, en pasatiempos equívocos, se desahogan en hacer bien; en llevar agua, en las estaciones, a soldados y viajeros, socorros; en auxiliarlos cuanto cabe, cumpliendo los estatutos de su institución, que ensalcé desde que la conocí.

Los niños, que tienen sangre viva y fresca, bulliciosa, están el día entero deseando moverse, emplearse en algo, juego, deporte o aprendizaje. Lo malo es que no se le fije al niño ocupación; porque busca las peores, sobre todo en las ciudades, donde la calle, su habitual paradero, el arroyo, en el cual lo sueltan los padres, para que diableen a su sabor, enseñan todo linaje de picardías y toda inmoralidad en germen. Por un espontáneo impulso, los chicos de la calle tienden a la insolencia, a la mofa, a la impertinente curiosidad y a la inhumanidad bárbara. No ha mucho, en Madrid, persiguieron y corrieron como no se debe correr a los perros, a una pobre vieja, que gastaba peluca y a la cual se la arrancaron, hasta que, a fuerza de empellones y de achuchones, la tiraron al suelo, y allí no sé si bailaron sobre el pobre cuerpo débil, entre carcajadas... Si a los padres de esos chicos les pusiesen una buena multa, efectiva, no en broma, es fácil que tales escenas no se repitiesen.

Contra este modo de ser de la niñez va la institución de los *boy scouts*, que enseña a respetar a los ancianos, a las mujeres, a los enfermos, a los cansados, a los necesitados. Y en la guerra, hay tanta desdicha, tanta tribulación, que los niños activistas pueden ser de gran socorro.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos, por esta vez, de la guerra. Hablemos de una de sus víctimas: la catedral de Reims.

La humanidad, en ocasiones, da muestras de espiritualismo, de aquel instinto estético que ya reveló en las cavernas o paraderos de las edades primitivas, al esculpir y pintar figuras llenas de espontaneidad, que delatan profunda observación de la naturaleza. Y la humanidad civilizada, en estos días trágicos, ha manifestado la fuerza invencible de estos instintos superiores, al deplorar de un modo especial, al protestar particularmente, de la destrucción de una obra de arte, de una de las cristalizaciones divinas del sentimiento humano.

Entre tantas y tantas calamidades como están lloviendo sobre Europa, entre los montones ingentes de cadáveres, los trenes cargados de muertos como si fuesen una mercancía, los campos encharcados de sangre, las cosechas perdidas, los negocios en quiebra; lo que más ha preocupado a la opinión, lo que ha hecho exhalar un ¡ay! unánime de dolor y de espanto, es el espectáculo del fin de algo insensible, de un montón de piedras... ¡de una catedral gótica!

***

Pero ¿sabéis lo que es una catedral gótica? ¿La suma de alma que en ella circula, animando las viejas filigranas con un soplo misterioso, del otro mundo? Pensad que, de las mismas civilizaciones caducadas y desaparecidas, de los pueblos y las razas que tuvieron historia y no la tienen ya, lo que queda, lo que persiste conservando su recuerdo, es algún edificio en que se resume su significación toda, y se concreta su ideal. Tebas y Micenas; Palemke y los viejos santuarios ocultos ya por la vegetación salvaje en Yucatán; Persépolis y Troya – resisten y persisten por monumentos semiderruídos, pero que desafían al tiempo devorador. Y de esta significación del edificio, que encierra la de un pueblo en los momentos más intensos de su vida, son ejemplares espléndidos las catedrales. Se derivan de las antiguas basílicas anteriores al Cristianismo; de ellas tomaron la nave central y las laterales, divididas por columnatas, y la tribuna al fondo, que luego se convirtió en presbiterio, como la pagana *cella* en tabernáculo. Pero ¡cuán distinto el objeto de ambos edificios! La antigua basílica era una dependencia del gran mercado; allí se verificaban las transacciones comerciales, se dirimían los litigios, los jueces juzgaban, los abogados daban consulta. Y cuando la nueva religión pudo salir de las Catacumbas y extenderse al sol de la libertad, no sólo imitaron los cristianos para sus primeros templos el plano de las basílicas sino que más tarde se apoderaron de ellas para convertirlas en iglesias de Cristo, adaptando admirablemente a las necesidades del culto la traza de aquellas construcciones. Así, lo que era puramente material y útil se espiritualizó, fué cosa del corazón y de la sensibilidad, refinada por los heroicos comienzos de la creencia.

***

Las catedrales propiamente dichas surgen en el siglo XIII, tan fecundo, tan creador. Hasta esa época, la basílica sigue dominando. En el coro se alza el sitial del obispo; abajo, el presbiterio, donde se colocan los diáconos y presbíteros, los subalternos; enfrente, el altar, con su simbólica forma de sarcófago, y debajo la cripta, recuerdo de las Catacumbas. Encima, el santuario de cuatro columnas, del cual pendía la paloma de oro, plata, pedrería, marfil o cobre repujado, que en su pecho encerraba las sagradas Formas. Como en la leyenda del Grial, esta paloma hierática simbolizaba al Espíritu Santo. Faltaba en las basílicas el lujo de ornamentación interior que las catedrales trajeron consigo. En las iglesias de estilo románico ya hubo detalles artísticos; pero es en la catedral gótica donde verdaderamente la purpúrea rosa del amor y del martirio cristiano da sus flores y con ellas decora y llena las maravillosas columnatas y las capillas de ensueño.

En la catedral es donde, rebosante, el sentimiento religioso se hace estética y poesía. De esa hermosura sublime todos somos partícipes, y por eso las catedrales, radiquen dondequiera, nos parecen cosa propia. Nuestra Señora de París nos pertenece lo mismo que la catedral de Burgos o de Toledo. Nuestra Señora de París inspiró el romanticismo arquitectónico y el lírico: y, remembranza que en estos momentos es triste irónicamente, este renacimiento romántico y cristiano lo impulsaron las teorías y los estudios de ilustres alemanes, en primer término los Schlegel...

***

Casi igual prestigio que Nuestra Señora revestía a la catedral de Reims, de la cual sólo resta un hacinamiento de vigas y escombros humeantes. Parecíase esta catedral a otra muy hermosa, que se asienta en España, pero tiene el elegante sello francés: la de León. Ambas, delicadas y caladas como linternas, se cuajaban de innumerables estatuas, de finísimas cresterías, de gárgolas airosas y singulares, y alzaban al cielo agujas de aérea traza. Ese pueblo de figuritas primorosas, esa rica imaginería, yace ahora en tierra convertido en polvo, hecho añicos. ¿Qué derecho tiene Alemania a tratar de salvajes a las sufragistas inglesas, que han lacerado cuadros? Ante la hermosura, el cañón apuntado debiera girar, cambiar puntería. No, no hay derecho para tanto. Y yo afirmo que le serán perdonados a Alemania los muertos y la sangre vertida, los millones expoliados, las violaciones de neutralidad; pero no la catedral de Reims. Tendrán siempre que responder del atentado cometido.

Porque han deshecho lo que no pueden rehacer; lo que no está en sus medios ni en los de nadie, devolver al tesoro de la humanidad culta. Los policromos vitrales, el pavimento antiguo, la pila bautismal donde bautizaron a Clodoveo, el soberbio órgano, los cuadros de Poussin y Ticiano, ¡no sé si los tapices!, el interesantísimo sepulcro del Cónsul; todo ha sido presa de las llamas, si se ha de creer a los relatos de la prensa... Y para que el monumento reviviese, habría que resucitar al arzobispo Alberico de Humbert, al arquitecto Roberto de Coucy, a los obreros que cincelaron las efigies; a cuantos, con disciplina de arte, ayudaron al incomparable conjunto.

***

Cuarenta y dos estatuas de reyes de Francia, desde Clodoveo a Carlos VI, formaban la linda galería llamada de los Reyes, en la cima de la fachada. Al caer a tierra, mutilados, tal vez los viejos monarcas lanzasen un quejido hondo, por ellos y por Francia también... Con los reyes vínose abajo, sin duda, el Cristo que bendice, a quien llamaban el *Dios bonito* y que era una perfección. ¡Para esto restauró amorosamente la vieja catedral Viollet le Duc, el gran enamorado de lo gótico, a quien tanto debe el arte en Francia y en el resto del mundo, al proclamar la belleza de lo gótico, estilo tenido por bárbaro en los siglos académicos!

En esta iglesia y en la de San Remigio, no es decible cuántas memorias caras a la patria francesa dormían el sueño secular. Reims pertenece al número de las ciudades que subsisten por la tradición. Era gran urbe de las Galias desde el tiempo de César, de quien se declaró amiga y a quien ofreció hasta rehenes, por lo cual otras ciudades más celosas de su independencia se coligaron contra ella; pero César la socorrió y la salvó y engrandeció. Dícese que ya, en esta época galo romana, poseía Reims magníficos monumentos, de los cuales quedan restos, nada más... ¡ya diremos por qué!

Al triunfar los francos, San Remigio, obispo de Reims, bautizó al fiero Sicambro Clodoveo en su catedral (que, naturalmente, no era la misma que acaban de arrasar los alemanes). Por primera vez, en esta ceremonia, figura la Santa Ampolla, cuyo aceite curaba los lamparones, por mano del mismo soberano de Francia. Otro obispo de Reims, asaz diferente de San Remigio, el famoso Egidio, aparece mezclado a los grandes acontecimientos de su era, como verá quien lea a Thierry, y recuerde las aventuras espantosas de Brunequilda y Fredegunda. En el mismo bautisterio en que recibió el agua de vida Clodoveo, tuvo en sus brazos el obispo Ingomaro a Carlos Martel, el martillo de los turcos; y obispo de Reims fué, a su vez, el famosísimo Turpín, cuyo nombre va unido al de los Doce Pares y Carlomagno. En Reims, durante la Edad Media, se consagran y coronan monarcas y reinas, algunos por la propia mano de los Papas.

***

Era la consagración de Reims lo que sancionaba la soberanía, ciertamente los señores de la ciudad fueron los obispos, y en las incesantes luchas entonces frecuentes entre el poder eclesiástico y los municipios, no faltó obispo apedreado, preso y desposeído, como hubo otros que fueron a la guerra al frente de sus diocesanos y caballeros en poderoso bridón. Era Reims un foco de vida eclesiástica; celebráronse allí concilios, desde el siglo V hasta el XVI. Los Papas solían presidirlos.

La ciudad, después de alternativas de próspera y contraria suerte; después de hallarse sus revoltosos burgueses reducidos a la pasividad por el incremento del poder de los monarcas que allí se ungían, vió alzarse la catedral, signo seguro de prosperidad y grandeza. Invadida Francia por los ingleses, Reims sostuvo un sitio que salvó a Francia, porque no sólo el vecindario rechazó a los sitiadores, sino que los persiguió y les tomó otras plazas conquistadas ya. El papel decisivo de Reims se confirmó a principios del siglo XV, cuando Carlos VII fué consagrado allí en presencia y por las iniciativas de Juana de Arco. Tal nombre aureolado, de santa y de heroína, simboliza a Francia en su aspecto nacional, en lo que un país tiene de propio y de íntimo, en lo mejor de su ser.

***

Reims, la ciudad del triunfo de Juana de Arco y de las consagraciones, resistió con todas sus fuerzas a la Reforma, y no fué vivero de hugonotes, aunque fué liguera, sino lealmente monárquica. Su patriotismo lo demostró igualmente contra nosotros, cuando llevamos a su territorio nuestras armas, que iban, ¡ay!, a dejar de ser invencibles.

El último rey de Francia que se consagró en Reims era, si no me engaño, Luis XVI, y al colocarle la corona en la frente murmuró:

– Me hace daño.

Poco después, la Revolución arrolladora profanaba la catedral, no sólo con las fiestas grotescas de la Diosa Razón, sino con mascaradas de borrachos montados en jumentos; cosa tal vez peor que los cañones del enemigo, que destruyen, pero no afrentan.

***

Los alemanes ocuparon a Reims, largo tiempo, durante la guerra franco prusiana; y no se sabe que entonces hicieran estragos, más que los inherentes al hecho mismo de la ocupación militar, que no podrían excusarse. Hoy, sabemos su hazaña, que les será mal contada en todo el mundo, pues han osado tocar al velo de la Diosa Tanit, al sagrado de la inmortal hermosura.

De cuantas depredaciones lleva consigo la fatalidad de la guerra, ésta es la más brutal. Nos censuran a nosotros porque en América destruímos los templos de los ídolos, que sin duda eran curiosos y notables, pero no bellos, al menos en las proporciones y en el tipo de la catedral de Reims. Y nosotros teníamos un fin al hacerlo, y era el siglo XVI. Estamos en el XX...

Los anales de Reims, de hoy más, pueden consignar lo siguiente:

«En el año 406, la ciudad cayó en poder de los vándalos, y después, de los hunos; fueron destruídos los monumentos de la antigüedad contemporáneos de César. En 1914 cayó en poder de los germanos, y fueron destruídos los de la Edad Media, empezando por la magnífica catedral. La historia, ha dicho Vico, es una serpiente que se muerde la cola.»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los aspectos secundarios de la guerra es la influencia que puede tener en la moda femenina. Y este aspecto, en apariencia frívolo, es en realidad de suma importancia económica.

No es fácil calcular a cuántas familias, a qué número de individuos trae la miseria el hecho de que no se exporten artículos de la *toilette* femenina, ni de Francia ni de Alemania (puesto que siguen viniendo de Inglaterra). Y no me refiero a lo que podría importar España únicamente, sino a lo que salía para todas las naciones del mundo. Sólo Sud-América...

Era ésta una excelente ocasión para que, ayudados por la fabricación de Cataluña, los industriales y modistas españoles, no sólo hicieran su agosto, sino que adquirieseu clientela fuera de España. Nadie se ría irónicamente: las modistas españolas han adquirido, de diez años acá, muchas cualidades; se han formado mucho. Hará un cuarto de siglo no se podía confesar vestirse en Madrid, pues parecía deshonra; y realmente, no bastaban tapujos, pues el traje o la prenda lo llevaban escrito claramente, en cada costura y en cada vuelta.

En la actualidad, se ha ido borrando la diferencia enorme entre la modistería francesa y la nacional; Madrid está lleno de excelentes modistas, y mucho traje que vemos en los bailes y en las fiestas y encontramos gracioso, nuevo, original, *chic*, procede de talleres que están a dos pasos de nuestro domicilio. Más de una dama encopetada y que afecta traer de París hasta los camisones, de Biarritz o Bayona por lo menos, recurre misteriosamente a alguna hada de la calle del Donetillo o de la Corredera de San Pablo y hace el gran papel, y al día siguiente lee, en la revista de salones, hiperbólicos elogios de su *elegancia suprema*...

Lo saben las mismas modistas; no ignoran que el traje «dió golpe», y no se atreven a murmurar con sonrisa de modestia: «Pues lo hice yo.» Temen perder la clientela buena, empingorotada, y prefieren no recoger un lauro, a quedarse sin las parroquianas mejores.

¿Qué más? Hasta la confección doméstica, los humildes «pichones caseros» compiten hoy con los envíos de Lutecia. Claro es que me libraré de poner nombres al pie de esta afirmación; me ganaría enemistades de esas que no perdonan. Basta que el hecho esté, como suele decirse, «en la conciencia de todos»... Y, si cada cual pensase como yo, el hecho de confeccionar en casa hasta las galas de mayor aparato y suntuosidad, merecería, antes que censura, caluroso elogio.

La prosperidad reciente de Alemania no debe poco al sistema de hacer en casa un sinnúmero de cosas que en otros países se encargan fuera; y este *caserismo*, llamémoslo así, de los alemanes, ha representado enorme economía, no sólo para sus clases populares, sino para las altas y copetudas, porque todas han menester vivir prevenidas contra el desorden del lujo, que devora al grande como al chico.

***

Convendría, lo repito, que se aprovechasen circunstancias tan extraordinarias, para que las modistas españolas y los géneros de fabricación hispánica se abriesen camino, cuando menos, en las Américas. Yo no sé por qué no hemos de poner nosotros, si no la tiránica moda, parte de ella. A cada momento los árbitros de las elegancias nos están pidiendo prestado algún atavío nacional, que lanzan al mundo como novísimo y que viene de nuestra indumentaria antigua.

Por ejemplo: la capa, que nos ha inundado, infestado, abrumado y agobiado esta primavera, y amenazaba hacer otro tanto en invierno, y lo hará, si París, al salir de su actual crisis, no impone ningún otro abrigo inglés o ruso, en agradecimiento al concurso que le están prestando ambas naciones.

La capa es españolísima. Tres veces ya, que yo sepa, la ha patrocinado París. La primera fué cuando aquel arrogante general Quiroga, el que se pronunció con Riego, se refugió en Francia para evitar igual suerte que la sufrida por su amigo, y paseando por los bulevares su hermosa estampa de emigrado y de prócer, puso de moda el *manteau a la Quiroga* del cual queda consignado por Balzac un recuerdo. La segunda debió de ser por los años de 1894 a 95, si no me engaño, y lo que se estiló fué ya (en señoras y señoritas) la verdadera capa castiza, con sus embozos de terciopelo, su esclavina bordada y atrencillada, su paño reluciente, sus conchas de plata, tan chulas. Y ahora volvió, ya afrancesada, por supuesto menos bonita, lánguida como todas las prendas de hoy; pero tan invasora, que no ha quedado muchachilla de la clase media humilde que no se haya dado el lujo de la capa, y no la ostente como al desgaire, con forros «tango» o «azul real».

***

Y al acercarse el invierno, ¿quién va a poner la moda?, pregunto. ¿Cómo se van a vestir damas y damiselas? ¿Se resignarán a no alterar en lo más mínimo el estilo del año pasado y a abrir un paréntesis en la incesante variación de hechuras y adornos?

Y los sombreros, lo más cambiante, lo más inconstante, ¿serán inamovibles? ¿Vamos a seguir con el plumerito del penacho; con los *esprits* en disposición cornuta, embistiendo al acompañante; con medio ojo tapado por la inclinación del *cubre-jefe*, y con el casco y ala hundidos hasta la nariz?

La guerra (no nos equivocamos los pocos que así lo creímos) ha de prolongarse mucho. Cada ocho días, danza en periódicos la noticia de que está pedida la paz; a cada descalabro de los unos o de los otros, se los supone en actitud conciliadora. Pero no puede ser: no es tiempo; no se han gastado energías bastantes; no han muerto bastantes hombres; no se han arrasado suficientes ciudades; no se han hundido barcos en considerable número; no se ha entrado en París ni en Berlín; no han dicho su última palabra las aeronaves militares; no faltan subsistencias, a pesar del estremecedor y tal vez inventado detalle de los soldados alemanes en cuyo estómago se encontraron las hortalizas crudas, mezcladas con tierra. La guerra, si no está empezando como algunos opinan, está en su primer tercio.

***

Y llegará noviembre, sin que hayan venido los coquetones catálogos y anuncios de modistos y grandes Almacenes, sin que los figurines se hagan eco de nuevos decretos y *ukases*, sin que inunden a Madrid las viajeras por cuenta de las grandes «casas de costura», escoltadas de sus maniquíes...

El año pasado, una de estas grandes casas, acaso la de mayor renombre mundial, fué derrotada en Madrid, y marcó un sintoma de lo que antes he notado: el incremento de la modistería madrileña y el fin de la leyenda de los modistos extranjeros infalibles, sublimes y prodigiosos. La casa derrotada era la de Paquín, el superfrolítico Mago de la *rue de la Paix*. Alquiló éste, o sus sucesores, un magnífico piso en la Carrera de San Jerónimo, para sucursal en Madrid, y nubes de señoras acudieron, cual las moscas al panal de rica miel, a admirar las «creaciones» del Mago. El desencanto fué inmediato, fulminante.

Encontraron varias prendas ya muy sobadas, a fuerza de «maniquizarlas» y nada sorprendentes en cuanto a novedad, originalidad y chiste modistil. Encontraron además una encargada, o lo que fuese, que apenas permitía acercarse a examinar el género, y con crispada voz y gesto disciplente contestaba lacónica, acentuando su desdeñosa actitud cuando alguien preguntaba los precios, averiguación que sin duda condenaba por impertinente y fuera de propósito.

La cosa era singular para los que conocíamos, no sólo el modo de vender parisiense, sino el de la misma casa central de Paquín; harto sabido es que el francés se desvive por atraer al cliente, y extrema la amabilidad hasta un grado inverosímil. Fuese pues por la anomalía del sistema de comerciar que en nuestra capital pudo observarse, fuese por lo que fuese, el caso es que Paquín, en la coronada villa, debió de hacer muy mal negocio; y acaso esto explique el mal humor de la *mademoiselle*, o por el contrario, este mal humor estropeó la industria.

Ello es que ni los sombreretes ni las fundas de gasa trapajienta lograron conmover al público y acaso haya dicho para su coleto Paquín (o más bien el sucesor, pues tengo entendido que ha muerto el Mago):

– *Désormais, il faut soigner l'Espagne et le Maroc!*

***

Si paramos la consideración en lo que afecta la guerra a este ramo de la actividad industrial francesa, se comprenderá cuántos perjuicios que no se calculan origina a una nación no ya un caso como el presente, que sobrepuja a cuanto pudo calcularse, sino cualquier trastorno que paralice la exportación y la venta.

¿Qué hace, a qué se dedica la legión de *mildinettes* parisienses, las empleadas en los importantes establecimientos de costura o en los inmensos bazares? ¿Preparan ropa para los heridos, sábanas para las sangrientas camas, hules para las camillas, cuanto exige la trágica situación? ¿Se han escondido en sus bohardillas a la Murger, cultivando el tiesto de resedá y el pie de floridas capuchinas, que enraman su ventana romántica y poética? A falta de café y manteca y *côte* con patatas fritas, ¿se mantienen del amor de los estudiantes? Mimí, tísica a fuerza de privaciones, ¿existe aún?

También el amor, ese amor sin recato, que llena de parejas estrechamente enlazadas los jardines de las Tullerías, al caer de las hermosas tardes de mayo y junio, está en suspenso. No es el momento a propósito para tales tortoleos y arrullos. No son malas tortolitas las que se han entrado frontera adelante. Aunque el plomo francés les dé caza, los momentos son difíciles. Vencedores y vencidos tendrán que restañar sangre y heridas profundas, y por bastante tiempo el amor, que Tolstoy condenaba en la literatura francesa, porque ocupaba demasiado sitio, absorbía con exceso y nimiamente la fuerza espiritual de una nación obligada a preocupaciones más serias, después de sus desastres, tendrá que plegar las alas, colgar el carcax y deplorar que las flechas no sean utilizables en los campos de batalla...

¡Cuántos dramas sentimentales estarán, en estos momentos, desarrollándose, allende y aquende el Rhin!

Hablen otros de las líneas de combate, de la estrategia, de los efectos asombrosos de la artillería, de los inventos extraordinarios en aviación y navegación submarina, de las pólvoras nuevas (cuyo nombre acaba en *ita*, en vez de acabar en *on*, sílaba detonante); a mí me interesa más lo que sucede en las almas, la tremenda ramazón de novelas y cuentos y poemas y elegías que brota al margen de las heredades encharcadas de sangre, en el seno de las ciudades donde ya no se trafica, y suben los artículos de primera necesidad, y falta el trabajo y caen las bombas.

Por cierto que el oficial alemán que lanzó una fanfarronada sobre París, desde un zepelín, no estará contento. No hay cosa más humillante que amenazar en vano. Ese *quiquiriquí* de gallo de Hamburgo, ese «rendíos, que no tenéis más remedio», tal vez sea la única *rodomontade* que se han permitido las invasores; pero fué pública, estruendosa y, digámoslo igualmente, graciosa, propia de un lansquenete, de retorcido mostacho juvenil, que escupe miles de *donnerwetter* y ha constituído un episodio animado y aventurero, en medio de una lucha monstruosa, plomiza, sorda, brutal...

Y las músicas militares, elevando sonoridades de himnos, apenas nos permiten consagrar atención al eco apagado de la marcha fúnebre de la marioneta Moda...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De algo que no sea la guerra europea ha de hablarse alguna vez... La guerra, con su fondo macabro, sus matanzas que sobrepujan a la humana imaginación, ha llegado a fatigar nuestro espíritu, abrumando nuestra mente, como una pesadilla de esas que proceden de una mala digestión de manjares fuertes y crudos. El único deseo de todos (así de los partidarios acérrimos del Káiser como de los admiradores de Joffre y French) es que se acabe, que se disipe la nube roja y negra, el vaho de sangre e incendio, y veamos, en el ambiente serenado, lo que realmente ha sucedido, los detalles y escenas, cosa que de todo punto se ignora. Porque con la mayor parte de los sucesos de esta temporada terrible, ocurre lo que con la catedral de Reims: no se sabe de cierto si yace por tierra, convertida en escombros, o si apenas ha sufrido un leve daño, fácil de subsanar no bien la paz dé espacio a la reparación...

Por desgracia, creo más verosímil lo primero que lo segundo... Pero he aquí que ya me voy inclinando hacia el tema habitual. No: por esta vez, es preciso dar al alma un poco de descanso, apartar de la mente la imagen pavorosa de los montones de cadáveres, de los trenes cargados de cuerpos inertes y heridos y moribundos, de las inmensas piras donde se abrasan millares de muertos, para impedir que la peste, que ya amaga, se ramifique, tienda su brazo de esqueleto, más mortífero que el cañón...

***

Dejémoslo estar: no podemos remediarlo. Echando mano de un poco del horacianismo que todos o casi todos tenemos en las venas, hay que calcular que, al fin, tantas desventuras ocurren lejos, que la existencia es breve y que sólo disponemos del rápido instante fugacísimo *(eheu! Póstume!)* y si, por feliz evento, es bello y tranquilo, si un espléndido otoño ríe dorando los bosques no despojados aun de su follaje, y acariciando con amorosa dulzura a las postreras flores (las *remontantes*, como decimos los aficionados, a sabiendas de cometer un galicismo...) debemos simbolizar en estas flores mismas la sabrosa gracia del momento, y hablar de rosas...

Un amigo mío suele decir que, si la costumbre no embotase la sensación, habría que oir las exclamaciones de éxtasis de los que por primera vez viesen o gustasen un limón, un canario, un huevo fresco y una rosa. Estas cosas lindísimas están gastadas, nadie hace caso de ellas. La rosa, en nuestros días, hasta ha pasado de moda, al menos en su variedad típica, la *color de rosa*, perfumada y de verde follaje coqueton, con su capullito al margen.

Y, sin embargo, es la emblemática flor de amor y poesía, la del canto persa, la de la famosa balada del Tasso:

Deh, mira egli cantò spuntar la rosa
dal verde suo modesto e verginello,
che mezzo aperta ancora e mezza ascosa,
quanto si mostra men, tanto è più bello...

Y esta rosa, con sus gotas de rocío, que redondean y tiemblan y refulgen como brillantes, es en verdad lo más encantador que contemplarse puede, en una plácida mañana de octubre, cuando aun no ha comenzado la helada a castigar a las plantas y a quemar sus brotes tiernos...

***

Como la luz, la rosa acaso viene de Oriente. ¿Desde cuándo la conoce la humanidad? Probablemente desde los tiempos primitivos: porque la rosa es... una zarza, ni más ni menos; y en estado silvestre, sencillísima, debe de existir en todos los matorrales de Asia y de América. No por eso la creo contemporánea de los primeros vegetales que vistieron de verdor la costra terrestre: porque esos vegetales estaban en *armonía con las condiciones atmosféricas* de los primeros tiempos – helechos, cicádeas, ciertas coníferas –. La rosa vino, por consiguiente, más tarde; y el problema científico de la rosa es el mismo de la especie humana: se discute si todas las rosas proceden o no de un mismo rosal, originario, único, o si nacieron en distintos puntos del globo. Los sabios han buscado con afán la solución del enigma de la rosa, en las improntas fósiles, y han encontrado una hoja de rosa fosilizada, y han sacado en limpio que la rosa comenzó en el hemisferio Norte de nuestro planeta. Deduciéndolo de la abundancia de especies de rosales capaces de mejorarse por el cultivo que vinieron del Asia Menor y de la comarca del Líbano, suponen que de allí partió, de las montañas del Cáucaso, donde la más hermosa raza humana tiene su cuna.

Desde la antigüedad abundaron las rosas semidobles. Hacen de ellas mención Ateneo, Teofrasto, Herodoto y Plinio. Este buen Plinio, que tanto se parece a muchos contemporáneos nuestros por su afición al estudio y a la paz, enumera bastantes rosas conocidas en su tiempo, y entre ellas, la de cien hojas. Desde que hubo jardines – ¡y cuán viejos son los jardines en el mundo! – tal vez ya en los pensiles de Babilonia, la rosa fué conocida y estimada de los poetas y de las mujeres, de las princesas y de los juglares. En Oriente, en Persia, existía la rosa amarilla. A la gentil flor doble, de hojas delicadas, como un globo de seda fulva, se le llama en floricultura *persian yellow*... Es de las «lastidiosas» para florecer; tiene un aspecto enfermizo...

En las épocas refinadas de Roma la rosa fué uno de los lujos. Llovían, en los banquetes y orgías de la bóveda dorada de casetones de cedro, pétalos de rosa, que caían sobre la cabeza de los comensales entre una lluvia de perfumes. De rosas, mezcladas con yedra, eran las guirnaldas que los convidados lucían al entrar en el festín. La rosa representaba la alegría, el placer la embriaguez de la vida.

Horacio no le ponía más defecto a la rosa que su breve duración... Tasso pensaba igual, pero tal vez (por lo que a Horacio respecta) no hubiese encontrado tan deleznable a la rosa, no fuese que, entonces, la rosa era semidoble, a lo sumo, y las flores, cuanto más dobles, más tiempo se conservan metidas en agua.

En Poestum, sin embargo (si estamos al testimonio de Virgilio), existían estas rosas que ahora llamamos remontantes, y que florecen dos veces al año. Por Marcial sabemos también que, en pleno invierno, había rosas, en la ciudad dominadora del mundo.

***

Pero vienen los bárbaros, y la rosa no se cultiva ya... Para reintegrar a la rosa en su glorioso dominio, es necesario que los moros se establezcan en España, y que la Andalucía árabe sea un vasto jardín. En el siglo XIII, en Sevilla, se conocen no pocas variedades de rosas. Los cruzados traen la rosa de Damasco. En el siglo XVII las rosas de China y de Bengala se desposan con las europeas y nacen de esta unión variedades múltiples y preciosas. Hasta el siglo XIX no se introduce la rosa de té, hoy tan vulgar en el comercio. Dícese que la rosa de té es indiana. En cuanto a la de la Malmaisón ¿quién no recuerda, al verla, las tristezas de la Emperatriz desposeída y repudiada, de Josefina Beauharnais? Esta rosa, pulida y suave, como de porcelana o nácar, ha pasado de moda.

¿Por qué pasan de moda las flores? ¡Quién lo sabe! El gusto es muy caprichoso, y se cansa de un color, de una forma, hasta de un perfume. En Madrid, para las mesas, es la rosa te la preferida. Tal vez consista en que abunda más en el mercado. En cambio, la rosa amarilla, con tonos de azufre, y la roja, tan magnífica de forma y de aroma, y de tonalidad (por ejemplo, la que lleva el expresivo nombre de «Vesubio»), escasean, no aparecen. Verdad es que decorar con ellas, saldría muy caro.

***

También en las flores, especialmente, hay sus categorías y jerarquías. Yo he notado que en Madrid se ha extendido mucho el gusto y la afición a la floricultura; pero no con aquel refinamiento y aquella intensidad de detalles con que se desarrolla y comunica en otros países. Las sencillas hortensias, las castizas albahacas, los rojos geranios y los vulgares pensamientos que los borriquillos pasean por las calles de nuestra capital, no son, ciertamente, los tulipanes de Holanda, en los cuales ponía su vida y su entusiasmo el bátavo del siglo XVIII, y que requerían cuidados tan prolijos, y costaban miles de pesetas. Séame permitido decirlo: las rosas que se ven en Madrid, en los escaparates de los mismos grandes floristas, no se diferencian mucho de las que en los puestos de la plazuela de Santa Cruz languidecen, abrasadas por el sol. No he solido admirar especialidades de rosas en las tiendas de la Carrera y de la calle de Alcalá. Ni aun las que se cultivan en mi rosalera he encontrado en Madrid, al menos en el comercio corriente.

Y hay otro síntoma de que en Madrid la floricultura no está extraordinariamente refinada, a saber: que cada flor viene únicamente en su tiempo, y en invierno no se puede pedir una rosa, sin pagarla a precio exorbitante. En todas partes es caro lo temprano y lo tardío; en Madrid es inaccesible. No he llegado a ver en Madrid esas rosas esplendorosas, que con la variedad de sus tonos y coloraciones regocijan los ojos. No digo que no existan, y creo que existirán, sea en jardines particulares, sea en algún establecimiento de floricultura; pero insisto en que las rosas que sobre los manteles níveos o cautivas en el centro de porcelana, plata o cristal, alegran la mesa, aun en grandes banquetes, son vulgares. Hasta han llegado a no interesar; se prefieren los claveles rojos, blancos y rosa. Jaspeados no los veo tampoco. Para afrenta del sol de España y de todas las fantasías de pandereta que el clavel ha inspirado y seguirá inspirando a los copleros, son los floricultores flamencos los que han hecho del clavel algo singular, con ráfagas de plata, con los coloridos más deliciosos como vistos al través de vidrieras de catedral.

***

Ignoradas o poco menos son en Madrid las rosas célebres, en las cuales tantos triunfos han obtenido esas dos infelices naciones que hoy ven devastar su suelo, y encharcados de sangre sus campos, tan fértiles y bien cultivados ayer. Las exposiciones de rosas francesas y belgas, en el último Certamen Mundial, el de 1900, eran cosa que obligaba a entonar una estrofa de admiración a tanta belleza, de gratitud a quien la creó. Algunas variedades descollaban: el *Príncipe de Bulgaria*, una híbrida de te, que parece pintada por los dedos de la Aurora; una *Mistress W. Culbush*, que pasa del amarillo pálido al rosa más vivo; un *Recuerdo de J. B. Guillot*, que ostenta la púrpura encendida de un ocaso; una espléndida *Francia*, que es, en mi entender, la rosa ideal, la más divina, muy grande, muy doble, con follaje niroso y de un verde gratísimo, y la flor misma del color que por *rosa* entendemos, fino, delicado, vivo, de la hechura globulosa más perfecta, y con una fragancia embriagadora a ninguna comparable. A su lado, aunque tan bellas, estimé menos al *Príncipe Napoleón*, con su grácil capullo; al *Comendador Julio Gravereux*, cuyas hojas caprichosas parecen desgarradas o picadas a tijera; a la extraña *Le Havre*, enorme, color de amaranto; a la rara *Arturo Goodwin*, color de naranja, y a tantas y tantas novedades y maravillas como presentaba allí el arte del jardinero (sin omitir la fea *viridiflora*, cuyas flores son verde manzana, y parecen colecillas de Bruselas).

No; entre nosotros no se ha extendido mucho esta afición tan culta, tan suave, tan humanitaria... Consolémonos pensando en lo que ocurre en las naciones donde la flor hermosea el existir... ¡La flor no basta para humanizar al hombre, por desgracia!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y sigue la pesadilla de la guerra, esta opresión que aprieta los corazones y ensombrece el horizonte, cubriéndolo de misteriosos vapores rojinegros... Y no se sospecha siquiera por dónde podrá despejarse un poco el firmamento de Europa. En lo que convienen todos es en que hay guerra para rato.

Convienen ahora, sí; pero no pensaban de este modo cuando hizo explosión la noticia tremenda. Con optimista desconocimiento de las leyes de la historia, suponían que iba a ser cuestión de tres semanas. ¡Sí, tres semanas!

El secreto de que la guerra debiese concluirse tan pronto era, según decían, su misma enormidad, lo imposible de que subsistiesen los ejércitos y hasta las naciones, a causa del encarecimiento de los víveres y su desaparición de los mercados. A más, corrían rumores de que, veinticuatro horas después de romperse las hostilidades, ya habían subido a las nubes los huevos y la merluza, con otras nuevas del mismo género inocente. La verdad es que, a estas fechas cuando menos, ni aun los cereales señalan las oscilaciones de la guerra.

***

Y lo que podemos afirmar de España, parece que también sucede en otros países. Hasta en Alemania, bloqueada, no han encarecido, según noticias, las subsistencias, detalle apenas creíble.

Y es que hasta el mayor desorden, el desorden supremo, que es la guerra, se ordena, por decirlo así, cuando dura. Los peores momentos han sido los primeros, el estupor y el pánico del instante en que se inició el pavoroso choque. Después, vino la reacción, y con la reacción, la necesidad de resistir, de calmarse, de seguir viviendo. Y, hasta donde fué posible, aun en los países invadidos, se organizó la defensa, no militar, no armada, sino pacífica, paciente, por el campo, por la casa, por la fábrica, por el tráfico humilde. Es la misión de los millones de existencias obscuras, y tal vez nunca sabremos cómo se han guarecido durante este desbecho temporal. Habría que seguir al día el flujo y reflujo de una marea profunda y sorda.

***

Estos grandes fenómenos sociales se desenvuelven en la sombra y nadie repara en ellos. Pero es seguro que franceses y belgas están sosteniendo, no quieren abandonar las industrias y reanudan ciertas transacciones comerciales y cultivan la tierra y concurren al mercado, abren la tiendecilla; la inmensidad de mujeres trabajadoras, entre aflicción y lágrimas, vistiendo tal vez su duelo de viudas o de madres, han manejado la aguja y la tijera, trenzado el mimbre, calado el encaje – porque la guerra, aun la más larga, es transitoria, y el hambre es de todos los días... De todos los días también, las necesidades de la vida; por lo cual, si se sigue produciendo, es que se sigue comprando... De fijo que los grandes industriales, durante este angustioso período, preparan sus *stocks*, acaso en espera de beneficios enormes, porque los salarios serán ahora más bajos, y las mercancías alcanzarán precios más tentadores el invierno o el verano que viene, cuando el ángel de la paz temblando aún, encogido y corrido, extienda sus desplumadas alas...

Es un mal momento que hay que pasar, pensarán: no lo pasemos enteramente ociosos. Por otra parte, la guerra misma, la guerra con todo su horror, abre, ¿quién lo dijera?, caminos al trabajo... La obrera, que ya no puede concurrir a la cerrada fábrica ni al taller donde se preparaba la moda de la estación siguiente, se dedica a confeccionar para el soldado prendas de ropa, de abrigo, porque el invierno asoma...

***

Ha aquí un nuevo y lúgubre aspecto de la guerra: la nieve, el fango que de la nieve se arma, y en el cual los soldados patullan sin poder avanzar. Es la malevolencia del clima, la tenacidad de la naturaleza, sorda al sufrimiento del hombre.

En la otra guerra francoprusiana, que como todos recuerdan estalló en la misma época del año que la actual, fué el invierno lo que más abrumó a los combatientes. Y como suele suceder, por lo mismo que aquel año sería un bien tan grande la relativa benignidad de la estación, vino una de las más rigurosas que se recuerdan; los ríos helados, las fuentes hechas carámbanos, las lluvias torrenciales y las montañas y las llanuras revestidas de un sudario blanco, fúnebre...

En el ejército del Este, aquel desventurado cuerpo que dió grandes pruebas de constancia y valor, y en el cual militaban gentes del Mediodía, más sensibles a la temperatura rigurosa (como lo son ahora esos senegaleses que ha sido preciso reexpedir a su país, porque se morían), padeció con el frío lo que no cabe imaginar de torturas. Hubo un dramático episodio que me causó gran impresión cuando lo leí. Vivaqueaba un regimiento entre la nieve. Se les había prohibido encender hogueras, porque delatarían su presencia al enemigo. Y, sobre el suelo a la vez duro y embarrizado, aquellos hombres iban poco a poco insensibilizándose. Se habían quedado dormidos, mejor dicho, aletargados; la vida les abandonaba.

Presa de igual soñolencia, el oficial también cayó en sopor; pero sopor calenturiento, cruzado por visiones extrañas. Soñó que por el bosque próximo, enfundados en sus largos capotones, preparado el fusil, a paso de lobo, avanzaban los infantes prusianos. ¡Ya se acercaban, ya estaban encima... Y, con un esfuerzo tremendo, sacudiendo el sueño letal, se irguió, gritó estentóreamente:

– ¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡Arriba!

Con esfuerzo súbito empezaron a ponerse en pie los soldados franceses, echando mano de sus armas, sacudiendo los entumecidos brazos... Y el enemigo no pareció; pero las vidas de aquellos que iban a amanecer helados fueron salvadas. En cuanto al oficial lo que tenía era un acceso de delirio, una repentina locura; siguió corriendo y no volvió a aparecer. Volaba hacia el monte siempre gritando «¡El enemigo! ¡El enemigo!» Acaso cayese en un precipicio; acaso le matasen los alemanes. Nunca más se supo su paradero.

***

Y yo – desde que el cierzo sopla, anunciando la proximidad de su riguroso hermano, el ábrego –, pienso: en nuestro templado clima, lo que va a ser de esos ejércitos, que verán caer sobre sus cabezas los copos blancos, el sudario glacial... No es posible calcular cuánto aumenta cualquier penalidad el frío. Suponed a los soldados bollando un suelo que recubre una capa de nieve de veinte a sesenta centímetros. De noche, sin techo en que abrigarse, sin tiendas de campaña, vivaquean, con los pies encharcados, rígidos, la cabeza entrapajada para evitar perder las orejas o la nariz, el cuerpo transido; y, como la distribución de víveres no se ha realizado, el estómago vacío no envía al organismo un poco de calor. Tal va a ser, verosímilmente, la suerte común de aliados e invasores. Pero los sajones, más habituados a los climas duros, acaso no sientan tanto como los franceses y los italianos esta crueldad de la campaña.

Los ingleses, por ejemplo, están familiarizados con la nieve... Pero también lo están con el buen fuego de hulla, los desayunos calientes, la carne sangrante, la cerveza, lo que robustece y permite desarrollar calorías. No son el frugal hombre mediterráneo, que soporta el hambre estoicamente. Aun soportándola, llega un momento en que el *andrajo*, como dijo festivamente un escritor bien francés, pide lo suyo. También necesitan comer, aunque sólo sea pan, y mejor si es sopa calentita, esa sopa cuya falta parece señal evidente del desbarajuste en la Administración militar.

Hubo en la otra guerra un cierto general Durrieu (aquel que preguntó, en la granja de Mont Chevr, si no quedaban zuavos, puesto que no los veía atacar a la bayoneta). Este general, poco después, se volvió loco; y su locura consistía en pedir, llorando, pan para su gente... No había podido soportar la idea de que sus soldados se le morían de hambre.

Menos que los que están en campaña sufren los prisioneros de guerra; y, sin embargo, es tan apetecible y tan apetecida la libertad, que todos se trocarían por los que soportan todo género de privaciones y escaseces; pero no están bajo el peso del cautiverio.

Los prisioneros tienen seguro el rancho, la cama y la ropa. Hasta se les da trabajo pagado en algunos puntos de Francia (habla de prisioneros alemanes). Su suerte si no es envidiable, por lo menos no es triste. Según refiere Juan de Becon, los sacan a pasear, los bañan, los tratan sin dureza alguna, y ellos disponen de tiempo para leer la *Biblia*, como buenos luteranos que serán, para distraerse, para gozar del sol y del campo y del reposo. No inspiran lástima. Hasta hay uno que, al escribir a su novia incesantemente, le anuncia que, al terminarse la guerra, se casarán y vendrán a pasar la luna de miel en aquel mismo lindo punto de vista de los Pirineos, San Juan Pied de Port, donde le han tenido preso y bien cuidado sus buenos enemigos los franceses...

***

Sí; a veces, en guerras ferocísimas, en ésta en que parece haberse agotado la rabia de la destrucción, hay un aspecto benigno, donde la humanidad recobra sus derechos. Por un instante, se procede como entre hombres, no como entre fieras. ¿Se da de comer al hambriento, se da de beber al sediento, se entierra al muerto, se viste al desnudo! Consuela pensar que no toda la bella tierra de Francia está cubierta de rojos incendios, de líneas de muertos, de ciudades trémulas bajo el paso del invasor. ¿Es usted francófila?, insisten en preguntarme. Yo creo que esto no es francofilia. Es antropofilia solamente. Una hermosa nación devastada, ¿para quién será un espectáculo grato, a quién no causará pena? Cuales quiera que sean sus antecedentes históricos respecto a nosotros, Francia no puede dejar de parecernos algo identificado con nuestro modo de ser. Nos parecemos hasta en los defectos. Lo que nos separa es la línea de la frontera, no tan imaginaria e ideal como suele suponerse; pero que no estorba la incesante comunicación. Estamos en contacto continuo, y el francés, realmente, es el menos extranjero de los extranjeros para nosotros.

No, no se trata de francofilia. Se trata de un terror profundo ante lo desconocido, ante el misterio de lo que va a surgir de esta enorme perturbación de Europa. Hoy asistimos a la épica tragedia: ¿y después? ¿Qué nos aguarda?

***

Los que creen en el triunfo de los alemanes, suponen que ejercitarán, ya sin rebozo ni obstáculo, la hegemonía en el mundo. Y, cuando esta hegemonía haya de terminar (pasados dos o tres siglos) vendrá otra, la del Japón, la de las caras amarillas. En pos, unidas las naciones sudamericanas, será de ellas el imperio universal. Y, cuando también decline el sol del otro hemisferio, les tocará la vez a las razas africanas, ya civilizadas y fuertes...

Fantasías proféticas. Ninguno de los que hoy vivimos veremos nada que a tal se asemeje. Nos contentaremos con saber si son los germanos o los ingleses los que ahora queden dominando el globo con su comercio, su industria, su desenvolvimiento colonial y su espíritu.

Un buen señor, de estos que se apocan, me decía que deseaba el triunfo de los alemanes, porque al cabo los ingleses eran protestantes y muy propagandistas. ¡Bah! Tampoco los alemanes se pasan de ortodoxos.

Naturalmente, podemos exclamar que entre herejes anda el juego, y todo es cometer herejías: la de Reims, la de Arras...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El día de Difuntos tiene este año un sentido más desolador que de costumbre. Porque en 1914 hay un día de Difuntos, pero pudiera llamarse de Difuntos el año entero.

Al menos, desde agosto, es el año triunfal de la señora Muerte. La descarnada, la segadora, ¡qué cosecha ha logrado; cuántos cuerpos jóvenes, respirando brío y vigor, han caído en la fosa colosal que se extiende por todos los ámbitos de Europa!

Lo curioso es que, a pesar de su lúgubre significación, el día de Difuntos no es triste, al menos en el campo. En las ciudades, pasa inadvertido; en las aldeas, como el labriego conserva el culto ancestral, el de los manes, aun cuando la iglesia no impone la misa de precepto, asiste a ella y gasta sin duelo en responsos y plegarias por el alma de los que están en el otro mundo.

Pero, si es un día hermoso de otoño, y el sol, aunque pálido, luce y dora los campos en rastrojo, y cuelga diamantes en las hojas humildísimas de la berza bojal; la castaña cuece en la olla, el vinillo agrio colma el jarro de barro o de loza blanca, con azules arabescos, y al amor de la cocina, donde el pote canta su glu, glu, hay alegría y ganas de que «por allá nos aguarden mucho tiempo»...

He dicho vinillo del país. Me refería a unos veinte años ha. Hoy no se produce, o se produce en insignificantes proporciones, aquel «pifón» que trascendía a fresa, y regocijaba las veladas campesinas.

Yo, que pudiera ser nazarena, pues no pruebo el vino, y menos cuanto mejor y más añejo es, tenía una predilección (enteramente platónica) por tales «vinillos» que, según dicho del país, valen un ochavo más que el agua. Si bebiese de alguno, de ése bebería. Y, después de todo, el famosísimo vino del Rhin, ¿qué es sino un «vinillo»? Con razón lo califica de tal Alfredo de Musset, en aquellos conocidos versos, parafraseando la canción patriótica del Rhin alemán:

Nous l'avons eu, votre Rhin allemand,
Il a tenu dans notre verre...

Añadiendo irónico: «Vuestras muchachas no lo ignoran, porque nos han escanciado vuestro blanco vinillo...»

Ello es que el «pifón» de estas tierras ha desaparecido. No se sabe qué frialdad le ha entrado al terreno, qué desmayo al sol. Aquel poco de espíritu parral que maduraba antes en unos racimos agrios, se evaporó. Menos alegría en las chozas.

Y también se acabarán las castañas, que solían acompañar al vinillo, porque el castaño, ese hermosísimo árbol de madera y fruto, está gravemente enfermo. Tan enfermo, que va muriéndose poco a poco. Antes del tiempo que le corresponde, sus hojas amarillean, y al verlas amarillear antes del otoño es seguro que el árbol tiene la herida en la misma raíz. Cuando digo la herida, debiera decir el gusano, es un horrible gusano blanco el que con sus mandíbulas de acero taladra el núcleo vital y sacrifica al árbol.

Yo no sé si a los que me leen les pasará lo que a mí: un árbol me inspira respeto, interés, como si su vida fuese una vida humana. Al borde del camino real, anchísimo, tapizado de acre polvo en verano, devorado de solanera, existía un oasis; la fresca sombra de doce espléndidos castaños, seculares, no muy altos, recios y anchos como jayanes forzudos, de inmensa copa en forma de parasol, y a quienes tradicionalmente se conocía por los *doce apóstoles*. Ver'os sucumbir al contagio, fué un duelo. No se creía posible que nunca feneciesen aquellos atletas. Uno tras otro, sin embargo, cambiaron de color y languidecieron hasta quedar con sus hermosos brazos desnudos, secos, negros, desentonando entre el verdor de los campos vecinos.

Y se acabó el deleitoso alivio de aquel toldo verde para los caminantes, que se detenían un momento a gozarle, y aun a refrescar, pues las rosquilleras aldeanas colocaban allí sus mesillas cubiertas con gordo y blanco mantel, y ofrecían resolio, agua, cerezas en la sazón, y peras, y manzanas, y pan de maíz, y galletas más duras que guijarros. Los trajinantes y feriantes, aguijada en puño, tomaban el tente en pie, mientras la pareja de bueyes tendía los bezos húmedos en dirección del prado, más próximo,

Medallón retrato del profesor **Alejandro Graham Bell**, inventor del teléfono, ejecutado por encargo de su esposa por el escultor Spicer-Simson. (De fotografía.)

o el caballejo, paciente, se mosqueaba, con la cola. Este lindo cuadro de vida rústica es el que con el *Apostolado* ha desaparecido. Y presto desaparecerá la castaña, golosina para los chicos, sabroso condumio para los grandes, la gente labriega, que se conforman a diario con un caldo de berzas o de calabaza...

El día de Difuntos trae a la memoria la desaparición, no sólo de seres queridos, sino de épocas enteras, que se fueron para no volver. Las sociedades tienen, como los individuos, su juventud, su madurez, su decrepitud, su muerte.

¡Quién se acuerda de aquel célebre día de Difuntos, de *Fígaro*! ¡Y el periodo de la guerra de 1870, cuánto se diferencia del actual!

De sus famosos personajes, no creo que quede sino la Emperatriz Eugenia, la que, con la ceguera de la fatalidad, dijo del conflicto:

– Esta guerra es mi guerra.

Hoy, Eugenia de Montijo, destronada y, lo que es peor, herida en el corazón para siempre por el espantoso episodio que le arrebató a su hijo, pasea por Europa la melancolía profunda de su longevidad. Vivir muchos años, es un bien cuando hay en la existencia un interés, un cariño, algo que consuele de la prolongación de la vida; ¡pero la exemperatriz de los franceses está bien sola! No tiene, como aquella otra emperatriz de tristes destinos, que cayó a manos del anarquista Sipido, la embriagadora distracción de la estética, el culto de la belleza, un sueño homérico, una evocación de la noble y gallarda sombra de Aquiles el de los pies veloces...

– ¿Cómo puede esa señora, me preguntaba una madre que había perdido una hija de una perniciosa fiebre, pensar en Homero, habiendo perdido a su hijo, el heredero del trono y de tal manera?

No se sabe qué contestar. Es indudable que la mayor parte de las cosas íntimas, no se explican fácilmente. Son. Y lo íntimo de cada persona es enigma para otra. Hay que admitir la diversidad de las psicologías, la variedad de los temperamentos. Unos olvidan las penas con el licor, como Hamleto; otros (los menos y los escogidos), por el encanto del arte. No pocos las olvidan contrayendo una manía. ¡Pch! El caso es olvidar.

¿Ha olvidado Eugenia de Montijo? Su vida, sorda y recóndita, si bien rodeada de alto lujo y de cierto aparato todavía imperial, no deja traslucir el estado de su ánimo. Que pese sobre ella una pena inveterada, continua, nadie podrá dudarlo. Sólo que en el dolor de Eugenia de Montijo se mezclan varios dolores. La desaparición del hijo es desgarradora; y lo es más, porque significa la de las esperanzas; él era el heredero del trono, la bandera de los todavía leales a su idea dinástica.

Los pretendientes que vinieron después, sobrinos, prole de Corso, no fueron, a decir verdad, lo que se llama candidatos serios. El candidato que (a pesar de llevar a cuestas, en sus hombros inocentes, el peso de los errores del régimen) pudiera reunir sufragios y despertar simpatías; el que, desde niño, había empezado a dar señales de valor y a tener su leyenda, y murió víctima de ella, estérilmente sacrificado por salvajes, era el hijo de Napoleón III, príncipe bello y heroico, que no pudo encontrar, para su heroísmo, otro campo sino los ardientes peñascales de Zululandia...

Si ese hijo hubiese vivido, cumplido su carrera, la atención de Francia hubiese estado fija en él, sobre todo si tenía la virtud de mantenerse dentro de su posición, casarse a tiempo, con una princesa de casa real, dirigir su actividad hacia fines serios, cerciorándose de respetabilidad y dignidad, formado, con ayuda de las vicisitudes políticas y los movimientos de la opinión, un partido con el cual tal vez hubiese que contar ahora. Y al adquirir popularidad el Príncipe, o el ya Emperador para sus partidarios, hubiese resaltado la figura de su madre; y al formarse él una familia, las dulces emociones de la segunda maternidad hubiesen dado un objeto a la vida de Eugenia...

Actualmente, se consagra a asistir a los heridos franceses; lindo gesto de noble anciana, de inconsolada madre... Esos heridos también tienen sus madres, allá en las remotas aldeas, en las laboriosas ciudades fabriles; también ellas llorarán, en la angustiosa incerteza de la suerte del ser querido... Y Eugenia, la *mâter dolorosa*, al atender a esos heridos de la campaña, piensa, de seguro, en el que allá pereció sin socorro humano, sin cariño femenil...

Lo que nos está desorientando, a los curiosos, a los cronistas, es que todo ello se sepa por noticias descarnadas, por telegramas mutilados, recortados, secos, sin el detalle que hace imagen, sin la pintura que graba en la mente el hecho. En esta guerra no hay «diarios de testigos», no hay un escritor que vaya siguiendo a los ejércitos beligerantes, como fué D. Pedro Antonio de Alarcón en la campaña de Africa. Están sucediendo cosas dignísimas de contarse y las ignoramos por entero.

Del malogrado príncipe Mauricio de Battenberg sólo sabemos que, según dicen, la bala le entró por la frente y que no sufrió.

De las ciudades arrasadas, cuentan con laconismo trivial:

«Son un montón de escombros.»

Y a fórmulas por el estilo se reduce la parte descriptiva de esta universal tragedia...

No he visto caso más secreto que este enorme, inconmensurable caso público, esta guerra sin fin, que crece y crece y se esparce y ramifica por naciones y naciones. Nuestra curiosidad, tan legítima, tiene que mortificarse, hasta el día, lejano aun, en que un historiador de la talla de un Momsen o de un Thierry se encargue de referirnos lo que sucedió, y que, ocurriendo, puede decirse, ante nuestros ojos, se reviste, para los contemporáneos del más impenetrable misterio.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una figura que se destaca en la situación actual, no sé si con relieve mayor que ninguna otra, es el odiado, adorado, discutido, aclamado joven y determinado Kronprinz.

En este mozo ven muchos el eje de la guerra y hasta su causa determinante. Claro es que se engañan; porque la guerra no estalló porque un muchacho, hirviendo en deseos de jugar a los soldaditos, haya manifestado, por cierto con desaprobación de su padre, tales ansias, en un banquete de oficiales, y supongo que en conversaciones privadas con sus amigos, y acaso en semiindiscreciones de entrevistas con algún periodista de altura (pues otros no llegarían hasta él). Es más; la guerra tampoco se declaró por voluntad de Alemania, a pesar de los preparativos que tenía hechos la nación, y bien se ve ahora cómo eran de formidables y complicados. Sin duda fué Inglaterra la que prendió fuego a la mecha, con disimulo, pero con seguridad. Que el Kronprinz tuviese un alegrón, no lo discutamos.

En el Kronprinz, sin embargo, tiene puesta su fe legendaria Germania entera. La significación del heredero es la popular, la definitiva, la que ha de dar a los alemanes la supremacía en el mundo, o les ha de reducir a ser una nación sajona más, de escaso círculo de influencia, como Noruega o Dinamarca.

Así, en el Sigfrido imperial han cifrado sus ilusiones, han concentrado su cariño y su esperanza. Siempre la juventud encierra promesas, es el capullo y en el capullo se sueña la flor más hermosa y lozana. Y he ahí cómo el Kronprinz, antes de reinar, hallándose su padre animoso y fuerte, ha venido a aventajársele en el amor de su pueblo.

Por lo mismo que es el ídolo de los germanos, es el coco de los francófilos, que cada día le inventan un infundio. Acaban ahora de darle por muerto, y es más, por enterrado.

Así le quisieran. Pero él continúa fuerte y duro a la fatiga, con su delgado corpezuelo de acero; su cara casi femenil, sin rasgos acentuados, de ojos fríos. Si triunfan sus tropas contra el mundo entero (porque esto es lo que ocurre en la presente contienda; un pueblo solo cercado de otros que le acometen, cual jabalí entre alanos), ¡cuál será el gozo del héroe niño! Entrará en el porvenir con una aureola... si antes los augurios y los hados no han promulgado un funesto decreto, y esa existencia, alrededor de la cual giran tantos intereses, no ha sido cortada – pues es alarmante ya el número de príncipes que en la contienda han dejado, como los héroes de Homero, la dulce vida...

***

Es alarmante y también es honroso. En medio de los inventos formidables y las modificaciones que la ciencia ha traído al arte de combatir, no puedo desechar las ideas tradicionales, y sigo creyendo que con las tropas y a su frente deben ir los jefes de hombres, los monarcas, los príncipes de la sangre, las cabezas de los pueblos. Y así sucede, en efecto, al menos en Alemania. La casa real inglesa ha dado contingente (digalo el malogrado Mauricio de Battenberg); pero el rey de Inglaterra sigue resguardando su Graciosa Majestad entre las nieblas del Támesis. ¿Qué enigma velan los tules cenicientos que envuelven a la gran metrópoli? ¿Servirán de rebozo a los zepelines, cuando su formidable escuadra voladora se sitúe encima de los Palacios y de San Pablo y del Parlamento y de la Torre Histórica, poblada de fantasmas sangrientos, y destruya la ciudad?

Es el problema que trae preocupados a todos, porque es el secreto de Alemania, y el secreto del destino. El día en que los formidables pájaros de guerra digan su última palabra, tal vez será igualmente el último de esa lucha, espantosa, sobre todo por su duración. Y se espera la intervención de los zepelines, para que señalen el término de la angustiosa pesadilla.

***

El mundo entero parece haber suspendido la respiración aguardando lo que venga... Y lo que viene son combates tras de combates, carnicerías tras de carnicerías...

He oído a una señora exclamar, con los ojos dilatados de terror:

– Pero, al final, ¿quedarán todavía hombres en el mundo?

Hasta hay quien supone que habrán de repetirse las escenas cómicas del Paraguay, donde, según fama, por las calles, las mujeres, en pos de la despoblación que originaron largas y cruentas guerras, detenían a los varones, pidiéndoles, como favor singular, que las tomasen por esposas, o cosas peores...

Lo que se prepara, lo que deviene, tras de los inauditos sucesos y choques actuales, no lo sabe nadie, nadie lo puede conjeturar. Pero será, de cierto, un cambio radical. Todo variará (además del mapa).

***

Entretanto, España, algo cansada su siempre fugaz atención, no desearía cosa mejor que desviarse de la guerra, distraerse con otros temas y otras preocupaciones. Y no lo consigue. Todo cuanto sucede, no resuena: parece que, excepto para las noticias de la lucha, hay un fondo acolchado, que ahoga hasta los rumores. Las Cortes están abiertas; apenas si presta oído a sus deliberaciones el país. No faltan asesinatos ni corridas de toros; nadie, sin embargo, se ocupa de todo ello. Los teatros tampoco logran que se discutan ni se jaleen las obras que estrenan. Los escritores apenas publican. Si publicasen, no se les leería mucho. Dijérase que las letras han dejado de ser una necesidad social y son apenas un lujo, un accesorio más o menos bello.

La literatura, generalmente, adquiere, después de las guerras, nuevo desenvolvimiento; toma vuelo, se renueva y remoza. Así sucedió pasada la época tumultuosa del Imperio; nadie ignora cuánto contribuyó al advenimiento del romanticismo. La literatura, en general, no precede, sino que sigue, a los magnos fenómenos sociales, nuestro siglo de oro literario vino después de las extraordinarias irradiaciones de nuestro siglo de oro guerrero, reconquistador y descubridor.

¿Qué traerá a las letras la enorme convulsión que estamos presenciando? (es un modo de decir).

***

No ha aguardado, sin embargo, esta vez la literatura, para responder a la transformación social, a que el conflicto se desencadene. Desde hace tiempo presenta síntomas de relación con los presentes sucesos. Le notábamos, y no con regocijo, los que seguimos sus evoluciones, con ansias de vigías y con inquietud de pasajeros en barco que corre peligro. A la caída del naturalismo realista, que tuvo en España tan ilustres representantes, siguió el neoidealismo decadentista, de suyo deleznable; y sobrevino, especialmente en la novela, una literatura que no puede tener en España intérpretes muy caracterizados, porque no responde ni a nuestro modo de ser actual ni al tradicional. Esta literatura es la que pone en juego la actividad humana para la conquista del dinero, en una o en otra forma, lícita o ilícita. Esta literatura prescinde de los afectos del alma; no estudia los desórdenes de la pasión; no otorga beligerancia al sentimiento; no va más allá de lo externo, de lo material; es casta, porque se escribe para países donde las *girls* y los *boys* forman el más denso contingente de lectores; es científica porque en la ciencia, en la cual creyeron los de una generación atrás encontrar explicación en lo desconocido del Universo, los de la generación siguiente ven un medio de construir máquinas de fuerza inaudita y cañones de alcance jamás visto; y es dramática, porque toma el drama escueto, sin interesarnos por sus móviles psicológicos. Y esta literatura (aunque no quiera y reniegue de su verdadero padre, desdeñándolo por candoroso) procede en línea recta de Julio Verne, que valía más que todos los de ahora. Es la literatura de viajes, de trenes y navíos, de *detectives*, ladrones y policías; toma por escenario el aeroplano, el fondo de la mina, las terrazas del rascacielos. Su expresión más típica la veo en *El Túnel*, de Kellermann, novela que ha conseguido ediciones a manta de Dios, traducciones a todos los idiomas, y hace las delicias del pueblo norteamericano. Yo, dentro del género, prefiero los viajes submarinos y al centro de la tierra, del buen Julio.

***

La nueva fórmula literaria, expresión de la universal tendencia a ganar oro, me hace reflexionar, pensando en lo que se ha escrito acerca de nosotros, y las virtuosas indignaciones que hemos tenido que sufrir, por nuestras campañas al través de América recién descubierta, y en las cuales, digan lo que digan los indignados, no buscábamos solamente el oro, sino otras muchas cosas, algunas de un orden enteramente espiritual e idealista. Transcurridos desde el siglo XVI cuatro más, y después de habernos puesto como hoja de perejil, porque realizamos la gran picardía que otras naciones rabiaban por no haber realizado, de descubrir, conquistar y civilizar a estilo de blancos tan vastas y pobladas regiones, cuando ya fué cosa acordada que no éramos más que unos aventureros codiciosos, y sólo conseguimos trocar por sartas de cuentas y abalorios oro virgen; que además no teníamos entrañas; que no dejamos títere con cabeza y nos comimos a los niños crudos – cátate que un buen día (¡galicismo atroz!) las naciones más cultas de Europa se enzarzan en la guerra comercial, del dinero, y buscan el triunfo sobre hacinamientos de carne humana sangrienta y palpitante y destrozada y retorciéndose de dolor, y todas sus fuerzas se concentran en lograr vender sus marcas y hundir las marcas del enemigo; y las letras, que han anunciado por esta vez el fenómeno social, no conocen más asuntos que los relacionados con los modos de adquirir y los de traficar y los de destruirse!

***

Si no temiese que supongan en mi intento de paradoja, diría que lo mejor que hicieron en América nuestros aventureros gloriosísimos, fué eso que se les reprocha tanto: recoger oro. Porque justamente la raza ha sido, en conjunto, indiferente a la ganancia material, y poco dada a las disciplinas comerciales e industriales. Y si bien el recoger oro en su forma tangible, en barras, tejuelos, lingotes y cadenas, no es lo mismo que comerciar, y hasta puede parecer lo contrario, al fin era un poco de sentido práctico el que podía entrarles en las venas y en la mente a nuestros luchadores, al intentar traerse a Castilla un pequeño peculio, salvar de la miseria a la dueña pálida que en el solar hidalgo, sola y silenciosa, trabajaba en su dechado esperando la vuelta del que pasó a las Indias con el señor Hernando Cortés o el señor Francisco Pizarro...

¿Qué mucho, si algo esperasen y se prometiesen unos voluntarios que no cobraban paga alguna, e iban a exponerse, no sólo a los naturales riesgos de toda guerra, sino a los muy extraños y singulares de ser comidos, de caer sacrificados en las aras de algún ídolo de espantable catadura? Y entonces no se había inventado la Cruz Roja, y los heridos se curaban con ensalmos y aceite. No se comía, o se comían yerbas, muchos días seguidos. Era aquello cosa aparte, de la cual no dan idea las modernas peleas.

Y todavía nos andan armando camorra por unos dijecitos de oro, y quisieran que hubiésemos peleado, allá en los términos de Acolda, con mil contemplaciones, exhortando y sin hacer daño a nadie...

¡Enteramente lo mismo que hoy alemanes, rusos, turcos, franceses, austriacos, ingleses, montenegrinos, servios, y se disponen a hacer boeres y afgaues y egipcios y el diablo!..

¡Emplean unos medios tan humanitarios y dulces! ¡Abren de tal modo las ostras por la persuasión!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al llegar a Madrid, la primer pregunta versa sobre la animación o desanimación de la capital. ¿Se zarandea mucha gente por la calle? ¿Esa gente se divierte, tiene ganas de jaleo, de teatro, de cine, de las infinitas maneras que existen para matar al inmortal tiempo?

Un dato personal, es que, habiendo yo querido transferir la mitad de un abono en un teatro caro que me resultaba demasiado frecuente, hubo casi peleas, y una buena prima para el servidor encargado de la transferencia, lo cual parece indicar que no faltan humor y ganas de lucirse, y, además, dinero. Sin embargo, se oye repetir que una angustia vaga cunde y abruma a todos, según la guerra se prolonga. Existe malestar económico, no diré apremiante, suficiente, sin embargo, para que nadie se atreva a sacar fuera de la manta el pie.

En cambio, cuentan que la industria catalana sube como la espuma merced a la hora difícil porque Francia atraviesa. Parece que el pedido de sábanas y mantas es formidable, y no se le ha puesto límite.

Cataluña enviará cuanto pueda fabricar, y cuanto más, mejor. Ojalá con todos los artículos que España produce sucediese lo propio. Era ésta, por cierto, pintiparada ocasión para un país activo, que se encontrase preparado a sacar de su neutralidad partido y luero. No hay ni leve indicio de que la paz se acerque, y ya se cuenta por años el plazo de su probable advenimiento. ¡Si España quisiese!

Pero *querer* ¿no es acaso el mayor esfuerzo? Se hacen mil cosas por voluntad ajena... y sólo nos valen las que hacemos por la propia.

Suponen los imparciales, que las probabilidades de triunfo son de Alemania. Lo escribo con temor y reparo, porque van a chillar los que me tienen por germanófila; verdad que, si dijese lo contrario, chillarían los que por francófila me diputan. Es inútil que repita que no soy *filonada;* que, en esta espantosa pugna, he mantenido el equilibrio de un espíritu sereno, de un alma enamorada de la historia.

La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo e impremeditado de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamente (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanonista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencen de que soy la persona más independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta. En lo referente a esta guerra me pasa lo mismo.

Tengo motivos de gratitud para Alemania y para Francia; en todas partes me han traducido, me han consagrado elogios que no merezco, con prodigalidad; en Francia me han recibido más que bien, y en Alemania me han invitado a infinitas solemnidades, a las cuales no me fué posible asistir, pero en las cuales hubiese encontrado honorífica acogida. Francia es para mí, con todo eso, algo especial, de mayor cariño e intimidad que Alemania. Mi cultura, en sus orígenes, fué francesa; hablé y escribí y leí el francés creo que tan pronto como el castellano. Además, he viajado por Francia y Bélgica más que por el Imperio germánico, y hay otra razón para que mi piedad vaya hacia ellas: los hermosos monumentos destruídos, arrasados por el cañón. Alemania, por ahora, no ha sufrido estas mutilaciones. Si consulto a mi corazón, hallo que está por Francia, y es a Francia a quien deseo paz y prosperidad y gloria.

Los ingleses me interesan tanto como les intereso yo a ellos..., y es bastante. Inglaterra, a decir verdad, no me preocupa. ¡Nos ha hecho tanto daño Rusia, ¡puche! ¡Está tan lejos, es tan enorme!

Y en esta contienda ha terciado sin ilusión, por compromiso, por cuestiones de empréstitos y de fondos. Bélgica sí que me duele infinito. País más mono, más cuidado, más intensamente civilizado, no existió. Es horrible que lo hayan despachurrado así, como se despachurra un bello fruto, como se pisotea una fina flor. Estoy inconsolable. Por mucho que se repita que esto fué fatalidad histórica, consecuencia forzosa de otra fatalidad topográfica, habrá que lamentar siempre, plañir como sobre las ruinas de Palmira o de Nicosia.

Pero, ¿qué tiene que ver con mis sentimientos de simpatía y de conmiseración la opinión que forme acerca del probable resultado de la guerra? Si creo que les va bien a los alemanes, y hasta afirmo que son asombrosos por el vigor, la resolución, la previsión y la energía singularísimos de ese pueblo y de esa raza, que quiere extenderse y ocupar un puesto preferentísimo en el mundo, ¿mentiré? Pues el que reconoce estas verdades que saltan a los ojos, afiliado queda en el acto. ¿Qué hacer?

Me resigno a recibir por correo una serie de cartas y artículos enojados, y, en el mismo cajón, guardo los que me acusan de ingrata con Francia y los que me ponen de vuelta y media porque he calificado de vandalismo la destrucción de la Catedral de Reims...

Como decíamos, Madrid está más bien alegre y, sobre todo, rebosante de gentío. Las patatas y los huevos – dicen tristemente las amas de casa – por las nubes (es la clásica frase). ¿Por qué han encarecido tanto estos artículos? Es evidente que se exportan. Bueno que se exporten, y aun habríamos de resignarnos a pagarlos a un precio subido; pero si los huevos y las patatas están autorizados para salir, no entiendo por qué no ha de gozar de igual inmunidad el trigo. Dijérase que lo único que comen los pobres es pan, cuando tan rigurosamente se procura que no encarezca ni salga de España el grano.

Y el caso es que, si por un lado el trigo conviene barato a muchos pobres, por otro hay pobres a los cuales les sería ventajoso que se cotizase más alto.

Los productores de trigo, por lo menos en mi país, son en su mayor parte aldeanos, y el trigo que cultivan un gran recurso para ellos, para pagar la renta, para ahorrar unos duros con que mercar la pareja de bueyes o la vaca.

Los años de precios inferiores baja también la bolsa ya escuálida del labriego. Y tiene el grano y especialmente el trigo esta particularidad: no puede subir sin que suba el guiterio.

Lo escribo sin pasión, aunque soy también algo triguera... Lo escribo hasta glacialmente, en una habitación donde la estufa de gas, como burlándose de mí, permanece desviada de la pared y sin tubo de goma, apagada por consecuencia. El conseguir en Madrid que os atiendan los que monopolizan el suministro de lo más necesario para la vida, sobre todo a principios de estación, es ardua empresa. Un aviso a la fábrica del Gas (que por cierto acaba de sufrir un siniestro, una explosión peligrosa), es obra de romanos. Aviáis el lunes de una semana y acuden el martes de otra. Generalmente, la primera vez no vienen a hacer nada, sino a mirar, a contemplar, desdeñosos, lo que habrá que hacer al otro día.

Sucede que se echa de menos el arcaico brasero de nuestros padres, de nuestros abuelos si se quiere... Y ¡qué diré de la gran chimenea feudal, mucho más antigua y, por tanto, muy preferible! La hemos restaurado, en el campo, donde los árboles ofrecen generosamente sus ramas, los sarmientos de la vid su delgada leñilla crepitante, las piñas de pino marítimo su resina embalsamada, y los eucaliptos su aromático follaje.

Una de las grandes ventajas de este modo de combatir el frío es que no se han menester, ya construída la chimenea, operarios, tuberías, calderas ni ninguna cosa más que la leña restallante, cuya llama entretiene la vista, siendo de esos espectáculos que nunca cansan, por lo mismo que son iguales siempre, como el mar, las fontanas, los prados eternamente verdes y los bosques invariablemente profundos y rumorosos.

Nunca veo alzarse la llama en las chimeneas de piedra sin sentir en mí una impresión muy frecuente: la de algo ancestral, la vida, confusa y borrada por el olvido, de las generaciones que nos precedieron, allá en la remota noche de las edades prehistóricas. El más sublime de los dramas que inspiró la Melpómene griega, el *Prometeo* de Esquilo, nos da, en símbolo expresivo, la representación de lo que pudo ser para la humanidad la conquista del fuego, que no conocía. Estado más triste, más bestial, no cabe.

Sin el fuego, la sangrienta ración de carne cruda era el alimento de los infelices errantes por estepas y paraderos, siguiendo, para guiarse, la corriente de los ríos y la marcha de las estrellas. Sin el fuego, sus cuerpos desnudos estaban aterecidos de frío; y tiritarían, arrimándose los unos a los otros, como trémulo rebaño que se apretuja para no sufrir.

Y cuando vino el fuego reparador, nació la familia. Porque antes, la misma promiscuidad del rebaño era la ley de la horda humana. Apenas cada cual pudo encender su lumbre, el hogar nació; porque la mujer y el hombre que se preferían, y cuya unión había producido otros seres, en virtud de natural instinto se arrimaron con ellos a la fogata encendida por sus manos con el combustible traído del monte, y no permitieron que nadie compartiese con ellos aquel rincón de su bienestar y de sus nuevas ternuras. El fuego creó el amor, creó la intimidad, creó la célula humana.

Y he aquí lo que reveo, como si volviesen a mi conciencia dormida las antiguas sensaciones, cuando las lenguas rojas de la lumbre suben a acariciar la pared de granito y se deshacen y rehacen incesantemente, como tejido de rubíes que se contrae y se despliega... Y pienso en los millones de hombres que, cogidos por el engranaje implacable de la guerra, a estas horas vuelven a padecer el desabrigo y a dar diente con diente, lo mismo que los primitivos en sus sombrías cuevas, en las tinieblas de las lejanas edades.

En vano, oh Titán amigo de los hombres, robaste al Saturnio su rayo y te dejaste desgarrar las entrañas por el buitre carnicero. Es el buitre quien triunfa. Y el festín del buitre es el más opíparo de cuantos se servirán este año y el venidero. Buitres, cuervos y grajos están de fiesta. No me la he echado nunca de pacifista; pero vamos, que ahora...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acaba de caer sobre mi mesa de escritorio un libro, lleno de fotograbados, que publica el cronista de salones *León Boyd*, por su verdadero nombre Enrique Casal, y que se titula *Fiestas aristocráticas 1913-1914*.

Al recorrer sus páginas amenas, surge en mi memoria el recuerdo del invierno pasado, que fué de los más animados de Madrid, y lo comparo al presente, que, al menos en los salones, se anuncia triste y huraño, cosa al cabo bien natural, dadas las circunstancias, cuya trágica gravedad supera a la de cualquier otro período de la historia.

León Boyd, que es un espíritu culto y abierto, no se ha circunscrito a reseñar lo que sucede en dos o tres salones clanistas, aislados del resto de la sociedad y de la vida general españolas, y por haber, como suele decirse, abierto la mano y dado cabida al conjunto de la sociedad y del arte y de la existencia efectiva de Madrid, he aquí que este libro ligero tiene importancia documental, y si su autor continúa, como anuncia en la introducción, la serie de tales anuarios, serán consultables, a pesar de su aparente frivolidad, más que otros libros preciados de serios.

En efecto, esa gente que desfila por las páginas de la colección de crónicas de *León Boyd* es la que, en Madrid, influye poderosamente en la opinión y regula las costumbres; la que da el tono, para decirlo de una vez, al resto de España. Es la «gente conocida» con su relumbrar, unas veces de oro y otras, acaso las más, de similor; con su ensobismo extranjerizado y su alarde frecuente de casticismo; con su mezcla de sangre azul y sangre roja; con su manera de ser peculiar, que conocemos tan a fondo, y que, como en general lo humano, tiene de malo y de bueno, y de indiferente y de mediocre, y de tipico y de vulgar, sin que pueda decirse que cualquiera tiempo pasado fué mejor en este respecto, pues acaso lo que se llama alta sociedad no ha empeorado, y muchos de sus defectos graves responden al usual tejido de la existencia en toda Europa, con las nuevas necesidades y exigencias de dinero y lujo.

Y ello será por lo que sea; pero nadie puede negar la verdad que encierran las palabras del autor, cuando asegura que la sección *De Sociedad* «es siempre leída con interés por todos los públicos de todos los periódicos», pues harto lo sabemos y algo significa el hecho de que los rotativos de mayor importancia de Madrid tengan su cronista de salones *attitré*, y lo consideren como redactor de altura, y nunca el original, largo o corto, que este redactor envía, sea postpuesto, sino que se le reserva siempre un lugar preferente, muy visible, en las primeras páginas.

***

Y ¿qué decir de la amabilidad con que se trata y recibe a los *salonniers* en las casas y palacios cuya descripción tan frecuentemente viene a su pluma? Literalmente se les baila el agua, (hablo en general, porque también hubo casos de descortesías, y de alguna tumó luego el cronista sabrosa y certera venganza).

Lo frecuente, tanto que casi es seguro, es que se reciba a los cronistas, como a íntimos, con franquicias de abates *musqués* del siglo XVIII. Son ellos, al cabo, los que reparten el lucimiento social, los que crean las famas de hermosura, riqueza, buen gusto, ingenio, elegancia y otras cualidades que dan aureola a quien las posee.

Esta aureola es artículo de fe, muy en especial para la gente que no concurre a los salones, y sin embargo se interesa por lo que en ellos acaece. Esta gente es numerosa, afanosa de oler y entender, prendada del brillo de un *esprit* o del flotar de una garzota. Así es que se agolpa a la puerta de las residencias donde se celebra un sarao, y obstruye las puertas de las iglesias donde se verifica una boda. Permanece en pie horas enteras, sin cansarse, por no perder el puesto que ha granjeado en la fila, y recoge con ansia, al paso, las frases sueltas, que le parecen pedazos de la intimidad de aquellas personas a quienes atisba y devora con la mirada. Eminencias de la política, de la aristocracia, cruzan rápidamente ante sus ojos, y se le figura, un instante, haberse apropiado algo de su ambiente, pudiendo decir: «Tan cerquita de mi estaba Romanones, como estás tú ahora...»

A provincias se comunica este contagio. Llegan a Madrid viajeros que, deseosos de admirar el Congreso y el Real y el Museo y las Caballerizas, no sienten menos afán por enterarse al cabo de las hermosuras que diariamente los revisteros ponen en las nubes.

Vino de Sevilla un mozo estudiante, anheloso de esta ración de vista. Y, apostándose un día, por más señas, a la puerta del palacio de Nájera, donde había gran baile, hizo que le fuesen nombrando a las damas que se bajaban de sus coches, muy fastidiadas de tener que atravesar la acera, entre doble y compacta fila de curiosos. Al sonar el nombre de una, a quien incesantemente la letra de molde traía y llevaba, exclamó nuestro forastero: «Pero ¿es ésa la que tanto ponderan? ¡Si parece una cebolla!»

Y es que no comprendía el mozo las concesiones que hay que hacer a la retórica de salón... Aquella dama había sido, *in illo tempore*, muy guapa. Pero el tiempo es el enemigo malo... Y vaya usted, de golpe, a suprimir los calificativos, a que la habituaron largos años de reinado social...

***

Volviendo a lo que trae a la memoria este libro de *León Boyd*, diré que es, en primer término, una serie de bodas de rumbo. La gente sigue casándose, a pesar de todos los conflictos económicos, el aumento del lujo y el desarrollo de mil complicadas necesidades.

Y la gente se casa con un aparato y un *tronío*, que da gusto. Pruébalo la exposición de galas y joyas, trajes, sombreros y pieles. ¡Si habremos asistido a estas exhibiciones con su te clásico, con los novios haciendo «rinconera»; la mamá o el papá o ambos a dos, ufanos, explicando algunas preseas más notables o ricas; los amigos extasiándose, y en suma, la nota de esperanza y de gozo que suele acompañar a estos faustos sucesos de familia!.. Y si de algunas de estas combinaciones han salido matrimonios benditos y ejemplares ¡cuántos, en cambio, están ya moralmente rotos, cuántos han dado pasto a la maligndad de la corte!

Deseo que las solemnidades nupciales reseñadas en el libro de *León Boyd* se eximan de esta contingencia, y tengan felicísimo remate, logrando los consortes larga y pacífica convivencia, y numerosa y masculina prole...

Las bodas que relata el libro, son casi todas de gente titulada, señoritas de lo más granado, caballeros que van al ara luciendo la casaca de maestrantes o el elegante hábito de las Ordenes Militares. El nombre de las desposadas, de muchas por lo menos, me trae la sensación visual de interminables colas de raso Liberty o rielante moaré, de tules flotantes cenidos a la testa rubia o morena con el puro azahar, de fulguraciones de diamantes y nacarados reflejos de perlas, de un semblante generalmente pálido por la vigilia de las vísperas de fechas únicas, y acaso más palidecido aún por las lágrimas que arrancó el abrazo maternal y fraternal, de amor y despedida... ¡Horas que deciden de la vida de la mujer! ¡Horas inolvidables!

Cada epígrafe, (y en esto veo la utilidad del libro), me hace revivir la fiesta a que se refiere, más que reconstruída por el relato, por la retentiva que el relato estimula. Resucita, por ejemplo, la impresión de la casa de los Barones del Castillo de Chirel, familia modelo, tan diferente del tipo que ya va siendo habitual: familia unida, encariñada, tierna, seria; hogar cristiano (y al mismo tiempo mundano, en la mejor acepción de la palabra), y a la vez, veo ese hogar tal cual acaba de cubrirlo de negro crespón la muerte de una hija joven, feliz madre y esposa. Los salones de la calle de Ayala no encenderán este año sus luminarias de alegría...

Pero los demás, tampoco. Las Embajadas eran un foco social, para lo cual las ayudaban varios elementos: el núcleo de extranjeros de distinción que fácilmente reunían, y por medio de las Embajadas y Legaciones se relacionaban con la *high life* madrileña; las residencias, siempre lujosas y espaciosas, preparadas ya al objeto de recibir; y la circunstancia de que, siendo frecuente que los Reyes asistiesen a las fiestas diplomáticas, se encontrasen desde el primer momento las Embajadoras en contacto con lo más granado de la corte.

Por ahora, y sabe Dios hasta cuándo - ello depende, como todo, de la guerra - , las Embajadas permanecen hoscas, mirándose de reojo: la alemana tras su verja erizada de lanzas, como remate de cascos prusianos; la francesa melancólica, con su Embajadora ausente, dedicada en su patria a la cura de los heridos, y sus solitarios salones, donde los grandes tapices de Gobelinos se enorgullecen con antiguas victorias. Y la Embajada británica, aislada en una calle de poco tránsito, lejos del movimiento de coches y automóviles de la Castellana, está, supongo, aun más triste y ceñuda, puesto el pensamiento en sus formidables *dreadnoughts* y en la visión terrorífica de la escuadrilla de zepelines, que surca el aire...

***

He aquí la sugestión de este librito que tiene un asunto amablemente frívolo. Y es que, debajo del eterno sainete y la jubilosa fiesta, está lo trágico. ¡El destino mandal, como tituló Paul Hervieu su drama estrenado en Madrid, y que describe *León Boyd* desde el punto de vista de la aristocrática concurrencia.

Claro es que en este libro no se ejerce la crítica, el examen y disección de cada suceso. Ha tiempo que al prologar la obra *Los salones de Madrid*, del famoso cronista *Montecristo*, dije que no había que creer que todas las damas son tan elegantes y sublimes, todos los palacios tan ostentosos, todas las fiestas tan lucidas ni todos los *buffets* tan opíparos. El cronista de salones tiene tanto mérito, o más, por lo que calla que por lo que dice. La chismografía, en la revista mundana, se queda a la puerta, sin atreverse a asomar su piquito de maligna cotorra. Lo que omite es sin duda lo más interesante para los que hayan podido apreciar cómo las cosas en realidad son, aun siendo muy bien. Tiene que existir ese contraste entre lo escrito y lo real, sin que por eso se niegue la verdad de lo narrado por el autor; sólo que hay cien verdades lo menos, además de la parcial de cada uno...

***

Y no se crea que esto que voy diciendo es algo semejante a la queja del que, no invitado a un sarao, lo censura y pone de hoja de perejil a los dueños de la casa... En el libro que me dicta esta crónica, tengo honorífica mención por mis Conferencias sobre el Abanico, en el Ateneo. De suerte que sólo motivos de gratitud tengo para el autor, y mis observaciones no van ni aun contra el género, que hallo entretenido y de muy grata lectura.

Las ilustraciones retratan a mujeres tan lindas y sugestivas como la condesa de San Luis, hermana de Fernando Díaz de Mendoza; Angustias Núñez de Prado: la encantadora monjita hija de los marqueses de Peñafuente, el día de sus desposorios con el Señor, con el blanco atavío de las novias: las señoritas de Suárez Inclán, y otras beldades. Sólo por admirar a estas primorosas madamas y madamiselas se puede adquirir el libro.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El mismo entusiasmo y recogimiento fervoroso que el año pasado, despertaron ahora las audiciones de *Parsifal*. La de ayer noche ofreció la novedad de ser continua. El año pasado, como es sabido, dividían la ópera en dos mitades, y al primer acto se asistía a las cinco de la tarde, dejando luego un intervalo desde las siete y media hasta las nueve, a fin de cenar y tomar ánimos para los otros dos. Con el arreglo actual, y algunos cortes (que los verdaderos aficionados reprueban), se ha podido cantar *Parsifal* de ocho a una, sin interrupción.

Cada vez van siendo mejor comprendidas las bellezas de la asombrosa partitura. En general, es una verdad que la música de Wágner «se va entendiendo» según se va oyendo. Todos lo afirman, y habrá que admitirlo. Y sin embargo, no teniendo yo nada de inteligente ni aun de melómana, no me ha sucedido eso: desde el primer instante, no diré que entendí, pero sentí a Wágner, sin extrañeza alguna.

***

Hace ya de ello muchos años; no bajarán de cuarenta. Celebrábase en Viena una Exposición Universal, y yo me contaba entre los viajeros atraídos por ella a la capital del Imperio austriaco. Nos pasábamos el día en el local de la Exposición viendo desempaquetar fardos y desclavar cajones, pues allí, como sucede también en otros sitios, y en España bien a menudo, nada estaba pronto para la fecha señalada. Una noche, ya que no veíamos la Exposición, decidimos ver el Teatro Imperial, y después de largas gestiones, pues no se encontraban fácilmente localidades, obtuvimos unas butacas, pagadas muy caras a una Agencia, nombre decoroso de la reventa. Por cierto que nuestra primera admiración fué para la Emperatriz Isabel, que ocupaba, con el hoy caduco Emperador, el palco regio. Era un prodigio de hermosura; llevaba (como en sus retratos) el pelo suelto, ondulado: una mata espléndida, color castaño dorado, que cubría como el manto más rico sus espaldas de diosa. Coronaba su frente una diadema de estrellas de brillantes, montura entonces muy nueva y de moda. Sus facciones eran de una pureza y finura extraordinarias; su cuello, largo y airoso, aunque no tanto como el de una émula suya en infortunio, la Emperatriz de los franceses; su vestimenta, de *moire antique* azul, con una orla, por el escote, de grandes grupos de miosotis, la flor del ensueño. Por un cuarto de hora olvidamos la función y dimos tuvimos ojos para la que había de ser, andando el tiempo, víctima del estilete del anarquista Sinido. Al cabo, empezamos a ocuparnos de la función. Esta se titulaba *Fliegende Hollander*, o sea, en castellano, *El holandés volante*. Después, prevaleció el título de *El barco fantasma*.

***

Yo ignoraba hasta el nombre del autor, y ni remota idea tenía de la obra. Desde luego me interesó profundamente. No se parecía, por cierto, a *Los Hugonotes* ni a *Dinorah* ni a *Poliuto*, que entonces hacían furor en las temporadas del Real de Madrid, donde tampoco se sospechaba a Wágner, ni creo que ningún periódico español hubiese impreso su nombre una sola vez.

El barco fantasma no es lo mejor de Wágner, pero lleva la huella del genio, y encierra trozos de sorprendente hermosura. El coro de los marineros condenados, que tripulan el buque errante con su siniestro cargamento de muertos, al través del Océano, me impresionó, así como el canto, tan misterioso, de las hilanderas.

Al día siguiente, en la Exposición, y ante el comisionado español, que dirigía la maniobra de colocar objetos y poner un poco de orden, expresé mi admiración hacia el autor de tal música, y recuerdo la respuesta del comisionado: «Es un tal Wágner... Se le discute muchísimo. Para unos es un genio sublime, para otros está loco de atar. A su música la llaman *la música del porvenir*. Dicen que hinca un clavo en los oídos, y luego pega martillazos, hasta que el clavo se hunde en el cerebro.»

Y ya, desde que regresamos a España, perturbada entonces tan hondamente por la guerra civil, no volví a oír de Wágner media palabra, hasta que el Real se atrevió a dar *Rienzi*, que no gustó gran cosa, ni había por qué, pues *Rienzi*, dentro de la obra wagneriana, carece de importancia, y hasta de originalidad, estando de lleno en la escuela italiana.

Mucho tiempo tardó en aparecer con su cisne *Lohengrin*, y él y trozos de otras obras de Wágner ejecutados en conciertos, empezaron a despertar la inteligente afición madrileña. Al suceder esto, cundió la especie de que, para entender al maestro colosal, se necesitaba oír repetidas veces su música. Y yo no lo creía, puesto que, sin necesidad de asistir a ninguna cátedra, y sin antecedente alguno, me había gustado *El barco fantasma*.

Esta prueba de mi sensibilidad artística creo que me da derecho a votar con los que encuentran que *Parsifal* es magnífico..., pero largo. Si: el espíritu germánico, más penetrado de la grandiosidad que de la proporción, se explaya, se detiene, contando con la atención sostenida e infatigable de un pueblo más flemático que nervioso. La poderosa calma alemana se revela también en este sumo artista, gloria de la raza y asombro de la humanidad.

***

Dicen que el papel de Wágner ha bajado en Alemania mucho, que ya no se le ensalza ni la mitad que antes, y que el gusto vuelve hacia Mozart y Beethoven.

Era fatal, tenía que sufrir también Wágner esa prueba, esa crisis. Negado al principio; ridiculizado después; tratado de insensato; estudiado como se estudia un caso de vesanía; subido luego al Empíreo; adorado, no ya como semidiós, como Dios; extendidas las inmensas alas de águila de su inspiración por el mundo, tenía que llegar para él la hora de la revisión de valores, de la despiadada crítica, y hasta de la fatiga, de ese hastío humano que no puede sufrir más lo que idolatraba, y escupe desdeñoso sobre el amor y los entusiasmos de ayer. Todo ello estaba previsto.

En el conjunto del público, no obstante, no influyen los caprichos y cambios del gusto de inteligentes e intelectuales. El público sólo sabe que no ha visto alzarse ningún nombre ni resplandecer ninguna gloria que pueda eclipsar la del amigo del rey de Baviera. Además de compositor es poeta Wágner. Casi es más grande como poeta, y si sus libretos los escribe otro, no tendrían esa profunda compenetración con la música. Pueden definirse así las óperas de Wágner: un todo, indivisible, de música y poesía.

A la larga, el poema decide la suerte de la música. Es un hecho poco observado, pero muy real. El necio asunto, neciamente desarrollado, de *Dinorah*, por ejemplo, ha puesto en ridículo a una obra que musicalmente tiene páginas lindísimas. El asunto, dramático, histórico, de *Los Hugonotes*, sostiene aun esta creación de Meyerbeer.

***

Pero no conozco asuntos ni libretos comparables a los de Wágner. Publicados sin música, como poemas, hubiesen logrado, para su autor, un lugar eminentísimo entre los vates alemanes. Hay dos cosas dignas de notarse en los poemas de Wágner: una, el carácter tradicional; otra, el modernísimo sentimiento. Uniendo el pasado al presente con lazos de oro, Wágner ha logrado quitar a la evocación del ayer esa frialdad arqueológica, ese gris de telaraña, que la apartan de nosotros, y la aíslan de la vida actual. No hay gente más moderna y contemporánea, en cierto respecto, que Tristán, Iseo, el caballero Tanhaüser y el héroe Sigfrido.

Todo el sentido legendario de la historia y de la mitología germánicas, y aun de las razas del Norte en general, ya que Tristán e Iseo y sus trágicos amores pertenecen al ciclo bretón, los desentraña Wágner, mostrando cómo seguimos viviendo de esa profunda raíz.

Los problemas de nuestra conciencia están simbolizados en la infernal tradición del *Venusberg*, con la diablesa que pierde a los hombres, en el certamen de la Wortburga, en la figura célica de Santa Isabel, y surge de esta evocación el poema del pecado y del arrepentimiento, el milagro y el perdón. Lohengrín, cuya idea es el misterio, representa la caballería, fruto de las cruzadas y del catolicismo. Elsa es una figura angélica, digna de un vitral.

Y si en la tetralogía, tan profundamente mística, tan germana y a la vez tan primitiva, tan enlazada con los orígenes de las razas y de los pueblos, no asoma sino como consecuencia del ocaso de los dioses la suposición del advenimiento del cristianismo, en *Parsifal* son el cristianismo y el catolicismo los que culminan, sobre todo el catolicismo, con su dogma formidable y soberano de la Eucaristía, abismo de la gracia, en que la mente se confunde, y el corazón se eleva y magnifica.

***

¿Qué es *Parsifal*? Una misa; un holocausto. Es el triunfo del dogma de amor sobre el infierno, sobre el pecado, sobre las pasiones. Con acierto singular, o mejor dicho, con intuición de artista, Wágner ha presentado contra la redención por la sangre divina contenida en el Grial, los ardides del mago Klingsor. Porque, en efecto, la mayor parte de las viejas religiones impuras no eran más que ritos mágicos. La persecución, en los países cristianos, contra hechiceras, brujos y brujas, de ahí nació: de que la magia es la enemiga del cristianismo.

En el continente americano, creencias y ritos se basaron en la magia negra. Klingsor, el moro, es tan simbólico como Parsifal, el fervoroso, el puro» por antonomasia. Y sobre este tema, escribió Wágner la música más estremecedora de belleza: esa página que transporta a todos los públicos y que se llama *la Consagración del Grial*.

Se creería que este sello católico de la obra de Wágner fuese incompatible con el espíritu protestante alemán. Y acaso lo sea, y quizás por eso haya sufrido tal contradicción y negación el maestro. Sin embargo, el culto de Wágner es cosa alemana, pues en Francia llegaron al extremo de silbarle.

***

Hoy, el público madrileño empieza a ser uno de los más adictos a Wágner. Algunos señoritos siguen encontrando que todo aquello es «una lata»; pero ya sienten rubor de decirlo alto. Lo murmuran tímidamente, entre dientes, un tanto abochornados de su opinión.

Con ser la gente tan parlanchina, en *Parsifal* no sólo guarda, sino que exige silencio. Y la Empresa ha vuelto a dar *Parsifal* este año, porque el pasado se contaron por llenos las representaciones. Es fácil que ahora suceda lo mismo. Incluyamos esta nota entre los síntomas de cultura y de adelanto. En el momento presente la noción de cultura sufre también una revisión; la guerra vino a traer la crisis de ese ideal. Pero, lo que dirán los germanos: una cosa es la cultura y otra, pero acaso la misma, los morteros de cuarenta y dos.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va a empezar un nuevo año, y, en opinión general será más perro que el de 1914. No sé cómo hará para conseguirlo, pero parece casi seguro que, en efecto, lo conseguirá. Porque las cosas van de mal en peor, y en todo se refleja el malestar que, hasta a las naciones neutrales y pacíficas, acarrea esta guerra que no se interrumpe, ni aun por veinticuatro horas en la noche de Navidad.

Algunas mujeres españolas hemos escrito un mensaje a Carmen Sylva, reina de Rumanía, para que interponga su valiosa influencia con las demás Soberanas de Europa, y obtenga que se pacte un armisticio de Navidad, por breve que sea. Debo añadir que ninguna esperanza hemos fundado en el Mensaje. Pudimos decir de él, como Espronceda del *Canto a Teresa:* «Este canto es un desahogo de mi corazón: sáltelo el que quiera.»

Entre otras cosas que la guerra ha demostrado, una es que los aspectos humanos y sentimentales de las cosas carecen en absoluto de eficacia y valor para influir en la marcha de los sucesos. La dura ley de la fuerza está hoy doblemente en vigor que en las edades primitivas, tenidas por bárbaras. Cristo vino al mundo..., sí, sólo que nadie se acuerda de ello.

Sería para mí enorme sorpresa que nuestro mensaje a la Reina poetisa surtiese el efecto menor. Probable es que arranque miradas desdeñosas a ceñudos varones. ¡Ilusiones no hay que forjárselas!

De todos modos, y por no desperdiciar un elemento más de publicidad para nuestro desahogo, aquí reproduzco el mensaje:

«A *Carmen Sylva*, entre los poetas.

A S. M. la Reina de Rumanía, entre las Soberanas de Europa.

Musa y señora veneradísima: En hora trágica, y ante el sufrimiento de tantas otras mujeres, acudimos a ti las españolas, y te rogamos que, poniéndote a nuestro lado, juntando a los nuestros tu corazón estremecido, implores de los Jefes de pueblos que dirigen los combates una tregua bien corta: el día y la noche en que nació en carne mortal Jesús, que amó a los hombres hasta morir.

Tal vez, señora, sea esta tregua como fulgor misterioso que anuncia el alba de la ansiada paz. De seguro es nuestro cristianismo, nuestra solidaridad humana flotando sobre el vaho de la sangre vertida.

Acaso, señora, en noche tal, si Jesús desciende a la tierra, bendecirá la tregua que por un instante hace hermanos a los enemigos, aun cuando, transcurridas las veinticuatro horas, se alce otra vez la necesidad vestida de hierro.

Tu bella alma de poeta, llena de claridad, susurro de abejas y miel de flores, está preparada a la santa obra de piedad y amor.

Depositamos a tus Reales pies nuestra súplica, y con ella el rendido homenaje de esta tierra, donde buscaste tu dulce seudónimo literario. Ave, Reina. – *La condesa de Pardo Bazán.*» (Siguen las firmas.)

* * *

Los temores que inspira el año 1915, son, en primer término, del orden económico. La penuria empieza a dejarse sentir. Aparte del encarecimiento de las subsistencias, todos se quejan de que les arrancaron alguna pluma del ala. El uno tiene fondos extranjeros, en peligro, cuando menos, de estancación; el otro esperaba letras de la Argentina, que no vienen; aquél tuvo que cerrar su establecimiento; éste, su fábrica... Las tiendas están vacías, y los dependientes, en voz triste y baja, confiesan que no se venden, que no se logra dar salida a artículo alguno... Las tentadoras tiendas de ultramarinos, aun en Navidad, apenas despachan ciertos comestibles y bebestibles de lujo y de importación, que se han visto obligados a subir, como el Champagne. Hasta en el comercio modesto de juguetes baratos, de belenes y otras fruslerías de cartón, se nota esta baja.

Los coches y automóviles no son ajenos a la crisis. Se oye decir que cada día se dan muchos de baja en la contribución. Al querer venderlos, nadie ofrece una peseta. Por anomalía no infrecuente, al alquilarlos para servicio, están más caros que nunca. Sería difícil explicar la razón.

Sucede con esto de los coches algo de lo que pasa con el papel de cartas elegante. Si las cuentas no fallasen, los que expenden y fabrican esta clase de papel tenían que hacerse millonarios.

En efecto: escribís un libro de trescientas páginas, lo imprimís, lo encuadernáis, lo enviáis a la librería, descontáis el crecido tanto por ciento de los libreros, y la utilidad que queréis obtener; el libro se tasa a tres cincuenta, verbigracia, y de esas tres cincuenta salen: el valor del papel, el de la impresión y tirada, el de la encuadernación, el del transporte, la ganancia del librero o libreros, la del editor si lo hay, y la del autor. Y, si el libro corre algo, no dejan todos de sacar buen partido. La caja de papel de lujo suele tener cincuenta y hasta veinticinco pliegos; no hay que contar con autor, ni con editor, ni con librero, ni intermediario alguno; alcanza precios que oscilan entre cinco y diez pesetas... La ganancia tendría que ser del tres mil por cien, y lo es de seguro.

Un cálculo semejante me sugirió el coste de una berlina de alquiler. Nótese: una berlina a secas, sin caballos, cochero ni cosa que le valga. Oí pedir en un taller diez pesetas diarias por una berlina, que suele costar, comprada, mil pesetas más o menos, y que, a este tipo, redituaría al año tres mil seiscientas cincuenta. Ningún comentario añadiré.

Hay artículos sometidos a cotizaciones fantásticas. Lógicamente debían ser muy baratas cosas que son carísimas. La guerra, que tenemos distante, introduce aquí su desorden y arbitrariedad. Es imposible calcular lo que se prepara.

Cosa buena, no. Miserias y desventuras por todos lados, es lo que asoma. No pasa día sin que el angustioso grito de las naciones devastadas y encharcadas en sangre llegue a nosotros clamando auxilio. ¡Auxilio! ¿Cómo se auxilia a una nación? Ante la magnitud de tales desdichas, parece hasta ridículo pensar en una suscripción, en una colecta, en una función benéfica, en los habituales arbitrios que suelen ponerse en juego para remediar necesidades y desventuras. ¡Una gota de agua en el Océano!

Además, España no puede adoptar medidas que parezcan inclinarla más bien a una nación que a otra. España es neutral. Si algo hiciese ahora España, debiera ser con el carácter de simpatía general hacia las desdichas, sin preferencia. Yo creo que, fuese poco o mucho el socorro de España, este socorro no debía faltar en ocasión como la presente; que sería hacedero, hasta fácil, como pudiésemos, y todo el mundo puede algo y aun bastante. Y antes que forma de envío de dinero, el socorro de España pudiera tomar la de adopción y protección a huérfanos, asistencia a heridos, etc.; pero, entiéndase bien, con la más estricta neutralidad, repartiendo la ayuda y beneficio entre cuantas naciones combaten, sin excepción ninguna. Así nuestra actitud sería noble, humanitaria y perfectamente intachable de parcialidad.

¿Se hará algo en tal sentido? No lo sé, porque encogidos los ánimos, en flor se hielan las iniciativas, y cada cual, trémulo de aprensión ante el oscuro porvenir, piensa en sí, con ese involuntario egoísmo que se desarrolla en las horas críticas, en los salvamentos de tripulación y pasajeros cuando un barco se hunde...

* * *

Bajo esta deprimente impresión nace el año 1915. Más que ningún otro, trae las manos llenas de problemas, de amenazas, de misterio. Su curso va a decidir de la suerte de Europa y a cambiar su constitución, más profundamente que ninguno de los grandes sucesos de la historia, sin exceptuar los del período napoleónico.

Después de los esfuerzos sobrehumanos del ataque y de la defensa; después de las tragedias de las invasiones, de las carnicerías diarias, de la anormalidad epiléptica de la vida, bajo el peso de eventos nunca vistos, vendrá el nuevo y colosal empuje para restablecer la normalidad, el tejido de la existencia; para rehacer la industria, para reanudar las relaciones comerciales, reconstruir los edificios hechos escombro, restaurar los monumentos en que quepa restauración, hacer renacer de sus cenizas los incendiados hogares... Y dentro del santuario de las familias, ¡qué labor de reconstitución, qué penoso y lento revivir! Perdida la fortuna, muertos los varones, ¡cuántas mujeres quedarán sin otro recurso que mendigar o aceptar los trabajos más ínfimos!

¿Y las cosechas? ¿Y los campos? La guerra, a la larga, fecundiza; pero mientras se desarrolla, trae de la mano la esterilidad. En vez del surco del arado, rasga la tierra para cavar la trinchera, desde la cual el plomo enviará la muerte. Yo, en todo este desastre, en el estrago que, si no estamos viendo, nos figuramos con bastante viveza, lo que más siento, (aunque no sea, claro, lo más importante), es el destrozo de la jardinería belga. ¡Las rosas! ¿Habrán quedado rosas en los jardines del lindo país? ¿Piensa en rosas alguien?

El año 1915, ¿verá florecer en paz las rosas de otoño?

¡La paz! Hay quien duda de que el año 1915 la traiga. Hay quien supone, después de este invierno glacial, otro en que también los hombres barbotarán entre la nieve y el fango de las trincheras. Hay quien fija sólo allá para 1916 la terminación de la lucha. ¡Estamos lucidos! ¡No lo permita Dios!

Por donde se mire, el año de 1915 es de los infaustos. Nos encontramos como San Agustín moribundo, cuando la irrupción de los bárbaros del Norte le hacía creer que el mundo se acababa... Veía San Agustín hundirse una inmensa civilización, la romana, y creía que las tinieblas de la barbarie eran el único porvenir. No es la actual irrupción de bárbaros, sino de ultracivilizados; pero cabe dudar cuál sería más malo y destructor, si aquellas luchas o éstas de hoy, tan científicas.

Todo es sombra, niebla, duda, ansiedad. Cuanto se afirmaba, se niega; cuanto se esperaba, se ha difumado ante la realidad horrible. Y no es el terror lo que más nos agobia. Es la zozobra, la incertidumbre. Si supiésemos de cierto lo que va a suceder, tal vez no nos preocupase tanto la entrada de un año fatídico y climatérico...

Con todo eso, España puede decir que, por una vez, ha sido agraciada con el premio mayor de la lotería mundial. Posee la paz y puede resistir, con algo de previsión, a las circunstancias. Así como en Alemania las autoridades han recomendado a los súbditos del káiser la economía más estricta, hasta el extremo de encargarles que no pelen las patatas sino después de cocidas, a fin de evitar la pérdida de lo que se lleva la monda en crudo, aquí debiera predicarse evitar cuidadosamente lo que se gasta y desperdicia, para que cada familia allegue un fondo con que afrontar las contingencias que pueden presentarse – que se han presentado ya, con el encarecimiento de artículos tan indispensables como los huevos y las mismas susodichas y humildes patatas. Pero no es la economía cualidad distintiva de nuestra raza.

Los pequeños ahorros que Francia sabe realizar con tanta paciencia, privándose de mil caprichos, España los desdeña gallardamente. Es curioso, en uno de los mejores colmados madrileños, observar quiénes son los habituales parroquianos. Hombres de humilde blusa, de manos callosas, descuartizan gentilmente un cámbaro, que les cuesta cincuenta céntimos, o hincan el diente en un bocadillo de jamón, que tiene el mismo precio. Manjares de capricho, que no nacían, y que el marido o padre saborea ocultamente, no dándose cuenta acaso de que con dos reales se pone un cocido para la familia. ¡Y los toros! En los toros se gasta la gente pobre lo que no tiene. Es una de las cosas que ha puesto de realce, en su preciosa tragicomedia *Los semidioses*, Federico Oliver. Nadie sabe la fuerza que presta a una nación la falange de ahorradoras hormiguitas. Pero, en la apreciación general, el ahorrar es un estigma, el gastar sin dueño una bizarría caballeresca. ¿Cambiarán un poco este criterio las duras lecciones que prepara el año 1915?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El hecho de haber sido robado a una dama, de la cual sólo iniciales han dado los periódicos, un magnífico collar de perlas, en la calle, ha puesto sobre el tapete la cuestión del latrocinio en Madrid, que mil veces se ha debatido, relacionándola con la de la mendicidad.

En efecto, yo no sé cómo no nos quitan hasta el pensamiento, según están las calles de poco vigiladas, infestadas de mendigos. Y parecerá singular lo que voy a decir: los mendigos de este año son diferentes de los de años anteriores.

Antes los mendigos eran, o «el caballero decente que se ve en la desgracia», o la mujer con una criatura de pecho, «para la niña, señora, pá leche pá la niña», o los lisiados, «un artista que no se lo pué ganar», o las vejezuelas decrépitas, «esta pobre anciana que aun no se ha desayunao...» El año presente, 1915, en una proporción de un 90 por 100, la mendicidad está compuesta de golfos, cuya edad oscila entre los seis y los diecisiete años.

***

Conviene pues el texto de mi artículo al Dr. Tolosa Latour, grande amigo y bienhechor de la infancia, y que se ha preocupado siempre de este problema social.

Estos golfos, evidentemente, nunca se consagrarán a nada útil, nunca pertenecerán a la hueste de los laboriosos. Son, desde el primer instante, canijos de cuerpo y de alma. Su género de vida no puede desarrollar en ellos sino gérmenes morbosos. Apostados día y noche a las puertas de los establecimientos en que la gente come, se divierte o rinde tributo al vicio, se dedican a postular a cambio de servicios imaginarios, o por complicidades equívocas, que los inician, desde muy temprano, en todos los secretos de la mala vida.

Vagando por las calles hasta las tres y las cuatro de la mañana, contra las leyes de la higiene y de la moral, acechan cuanto sucede, tienen fijos los ojos en todo el mundo, y nadie puede dar un paso sin verse cercado de estos nuevos espías, que, si no atisban misterio alguno, cuando no existe, se fijan bien en lo que se deja caer por descuido, ya para asegurar la propina recogiéndolo, ya para sabe Dios qué, si vuestra distracción es tan completa que ignoráis que se os cayó la bolsa.

Es infalible que, adelantándose a veces al lacayo, sean ellos quienes abran y cierren las porteruelas de los coches. Por el afán de precipitarse, no faltó golfo que despachurrase los dedos a un ciudadano pacífico, cogiéndoselos entre la portezuela y el montante.

No podéis deteneros un momento, a cambiar algunas palabras con cualquier amigo o amiga, sin que el golfo de servicio meta el cuezo, se entere de la conversación, y tome de ella pie para nuevas solicitudes de perras y perrillas.

***

El amor, sin embargo, o lo que a él se asemeja, es la mejor fuente de rendimiento para los tales golfos. Por naturaleza son inclinados a ejercer los oficios que Cervantes declaraba muy necesarios en la república. En este particular, se pudieran escribir largas y sabrosas páginas de novela picaresca, con los nuevos Lazarillos del Manzanares.

A la salida de los bailes de máscaras, las madamas que van cogidas del brazo de un señorito son objeto, por parte de los golfos, de una ovación, con granizada de piropos. Y claro, los acompañantes no pueden menos de correrse con la peseta, pues sabido es que hay situaciones y circunstancias en que la gente se vuelve muy generosa, aunque no lo sea de suyo... ¿Y qué decir, si en vez de bebé, pierrot o arlequineta genuina, es una señora en compromiso lo que pescan los golfos? Entonces, la generosidad puede no tener límites.

Así, los golfos intervienen en todo, se los encuentra hasta en la sopa. Arreglan bodas... y lo que no son bodas; se enteran de desafíos, lances y pendencias; conocen por sus nombres y sobrenombres a todas las personas de algún viso de Madrid; saben quién les ha de soltar, en ocasiones, un duro, y quién un lapo; bizcan hacia las joyas, conocen y adivinan la posición de las gentes, la tarifan para las probabilidades de sacar partido, y vienen a constituir el modernísimo de la pedigüeñería.

***

Al lado de los golfos, hay las golfas. También su edad suele no bajar de seis, y no subir de quince. Triste es su vivir después de esta edad; pero no era más alegre, y era desde luego antinatural y horrible, cuando, impúberes aún, ofreciendo un periódico, recorrían calles y plazas, o se instalaban en la proyección de luz de un teatro o de un colmado, a las altas horas.

Y yo digo que esto no debía consentirse, no debía ser lícito.

El problema está en que a estas criaturas, son sus padres y sus madres quienes en primer término los lanzan a tal oficio y menester... La policía puede recoger todas las noches un par de docenas de estos niños y niñas infelices, reclutas de la mendicidad y de la inmoralidad; pero la policía se cansa, porque, al día siguiente de recogidos, viene el padre, y haciendo uso de la patria potestad, lo reclama para lanzarlo otra vez, apenas obscurece, a la misma faena y exigirle, cuando regresa a casa, el par de pesetas, cuya falta envuelve el castigo de palos o de zapatazos en el desnudo cuerpecillo.

Mientras no pierda la patria potestad, a la segunda vez que su hija sea recogida rodando por las calles, el padre explotador, y sea libre el Estado para recluir en Asilos a las niñas precozmente depravadas, el recogerlas de poco o nada servirá.

***

Todo esto es bien triste, y lo peor es que tiene apariencias de alegre y de picaresco, como queda dicho.

Los golfos son una de las lepras sociales de Madrid. Hay quien afirma que los golfos dan una nota pintoresca; no la sé ver. El espectáculo de tantos niños encanijados, de tantos mozuelos holgazanes de profesión, soldados probables de los ejércitos del crimen y de la delincuencia para lo venidero, no me parece sino lamentable, y no puedo menos de sentir, cada vez que lo presencio, una especie de vergüenza patriótica.

Debo sin embargo confesar que, para tanta golfería y tanta hampa, no se cometen en Madrid tantos robos. En este particular no sobresalimos. No han llegado aquí todavía los elegantes ladrones y bandidos trágicos que tanto gusto dieron en París y en Londres.

La indumentaria de nuestros timadores, carteristas y mecheras, no se parece a la de los personajes de las novelas policíacas, hoy en moda. Así es que no andan desapareciendo tan fácilmente diademas, collares y demás preseas suntuosas, a menos que se trate de robos domésticos; y aun éstos no suelen pasar de verdaderas gatadas y garduñerías.

El dinero lo tiene todo el mundo en los Bancos; los títulos y valores, igual; las joyas, se guardan cuidadosamente. Pero (y esta reflexión me la inspira el reciente episodio del collar de la Condesa de A...), las joyas, en la actualidad, se usan demasiado. En otros tiempos para que saliesen a relucir las joyas, se necesitaba un recio repique: boda, bautizo, sarao, ceremonia de corte..... Hoy, a cada triquitraque, se enjoyan y recargan las mujeres. ¿Qué es decir a cada triquitraque? A diario. Sale una señora de su casa a pie, por la mañanita, a comprar una vara de madapolán y los merengues para el postre, y va ostentando lo mejor de sus estuches, a proporción cada cual de lo que posee.

Se asegura que las joyas son un capital muerto, y cuantas más veces se saquen, más se le exprime el jugo al rédito de ese capital. Ello será así; pero, como quiera que la gente va despabilándose mucho, y conoce el valor de las presas, cuando hay tanta necesidad, tanta miseria, cuando ocurre que se muere la gente en la acera de hambre y de frío, no es prudente salir con treinta o cuarenta mil duros al pescuezo.

***

No hay, sin embargo (insisto, porque dadas las circunstancias es hasta curioso), demasiadas substracciones en Madrid. No se registra el frecuente cambriolage de París. Tampoco abundan los robillos tal escamparate, ni aun los atracos, ni aun la recolección de carteras, bolsas y otros objetos de uso habitual. Los relojes parecen más adheridos a los bolsillos de los chalecos, y los alfileres de corbata, más seguros en la seda de los plastrones. ¿Será que hay más honradez? ¿Será que existe mayor vigilancia?

Yo no lo sabría decir. Por mi parte, a pesar de ser persona algo distraída y no muy recelosa de tales contingencias, declaro que nunca me han quitado nada en la calle, salvo unos duros que llevaba en la faltriquera del traje, allá cuando era moda que las faltriqueras se colocasen atrás, para mayor comodidad de los señores tomadores. Fuera de eso, no sufrí otro percance. Eso sí: he sabido por experiencia que lo que se desliza al suelo es declarado buena presa, y las personas más ajenas al oficio del señor Monipodio no se creen obligados a restituirlo a su legítimo y prístino poseedor, aunque le conozcan y les conste quién es.

Si no me pareciese un poco alarmante la paradoja, diría que el menor contingente del ejército del robo, y acaso el menos temible, es el que abiertamente figura en él. Lo que robe un profesional, a no surgir un lance como el del collar de perlas (si fue ladrón de oficio quien lo robó), es flor de cantueso para lo que se roba diariamente, sin ruido, doquier. Sin ruido, y sin sanción de ninguna especie. La cocinera que sisa; el panadero que desmiente el peso; el carnicero que da de menos en la mercancía; el *chauffeur* que se guarda el bidón de bencina; el cochero que disminuye la ración de cebada; la modista que pide diez varas no necesitando sino siete; el administrador que va engordando y adquiriendo casas y fincas; tantos y tantos como suavemente se apropian lo ajeno y despojan al prójimo, ¿en qué se diferencian de los profesionales, sino en mayor seguridad y sosiego para ejercer el oficio?

Y la edad moderna, al aumentar hasta lo ilimitado las exigencias del lujo y del confort, ha desarrollado enfermizamente el instinto de apropiación, el ansia de adquirir, en una o en otra forma. Adquirir, tener: he aquí el anhelo común de tantas gentes: diré que de casi todas.

Hay que tener, porque hay que comprar a precios cada día más altos y en mayor número los goces y las comodidades del vivir. Este es, cómo no verlo, un terrible mal social. Y es también la razón profunda de la espantosa guerra que asuela a Europa. Las naciones, como los individuos, han menester riqueza, y la adquieren rompiendo el freno de toda ley, apoderándose de lo que encuentran y pueden tomar por la violencia, unida a la astucia... Sobre lo cual cabe disertar largamente, pero el tema es ya asaz enojoso.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso de un atropello que costó la vida a un vendedorcito de periódicos, ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de la velocidad que deben llevar los automóviles.

Para mí, el punto no es dudoso. En las calles, y más en las concurridas, los automóviles deben siempre ir a velocidad muy moderada, aunque gasten más bencina y se estropee más el motor.

Y así como digo esto, y multaría sin reparo a todo el que viese dispararse, porque es evidente que corriendo como alma que lleva el diablo todo accidente tiene que ser grave o mortal, digo también que es extraordinaria la confianza con que el público se pone ante tranvías, automóviles, carros y coches, no separándose por más que gruña la bocina, repique la campanilla, o el cochero reitere su clásico «¡Ahí va, ch!»

De los chiquillos no hablemos. Esos, no sólo no se apartan, sino que se pegan como lapas al juego trasero de los coches y a los topes de los tranvías, convirtiendo en deporte el paso de los vehículos. Es un verdadero milagro el que no sean aplastados y despachurrados más chicos, diariamente.

Y he ahí por qué, si apruebo que se multe a los automóviles cuando van echando demonios, encontraría difícil que se multase a los padres de los chicos, cuando éstos se suben furtivamente a un tranvía, o juegan a desafiarlo, o se enhebran entre los automóviles, bailando ante ellos el rigodón.

Casi sobra añadir que los guardias miran todo esto con olímpica indiferencia. Pueden ver a los automóviles desempedrando; pueden ver a los chicos meterse debajo de las ruedas. Nunca se les ocurrirá intervenir, amonestar, multar. Lo único que hacen diligentemente los guardias, es estorbar el paso y circulación de los coches por las calles céntricas y la Puerta del Sol.

No estaría de más que en ese ombligo de Madrid, los guardias, (como hacen en París y Londres), detuviesen a la gente y alzasen la insignia de mando, para detener el río de vehículos un instante, dando lugar a los peatones a cruzar de acera a acera.

En Madrid se suele permanecer a pie firme en la acera un cuarto de hora, esperando el segundo en que se interrumpa el incesante desfile de coches, tranvías, automóviles, y hasta de esos carránganos de reata que llevan en ringlera cuatro mulas, un borrico, un mastín, y, lo peor de todo: ¡un carretero!

Estos carros debieran tener limitado el tiempo de su circulación, y horas señaladas para ella; pero gozan de privilegios, de bula: van por donde quieren y cuando les viene en gana. No hay que hacerle; esto es una cosa tan imposible de arreglar, al parecer, como el asunto de los pingajos tendidos a secar en los balcones de las casas, en las principales calles de la coronada villa.

⁂

El mal suceso de la obra de Marquina, *Una mujer*, ha venido a demostrar lo difícil de acertar con un argumento que satisfaga «al respetable». Es desconsolador para los autores, pero es verdad: mientras a un *vaudeville* españolizado (y Dios sabe a dónde llega este españolismo) no se le pregunta si es la vigésimoquinta reedición de una farsa sin pies ni cabeza, a las obras serias se les exige flamante novedad, algo jamás oído ni visto.

La comedia de Marquina no es nueva en su asunto, conformes; pero lo trata delicadamente. Algunas escenas son largas; con tijera, tiene fácil arreglo. Es una obra bien sentida, bien hablada, con escenas tan delicadas como la de la lección de alemán. Presentada como se acostumbra en la Princesa, interpretada fina y gentilmente, yo creo que debiera haber gustado, no sufrir tan severa acogida.

El público siempre pide «otra cosa». Aun a las obras de indiscutible y clamoroso éxito, como, por ejemplo, *La Malquerida*, se les pide la cédula de vecindad.

Se alega que el argumento es «repugnante». ¿Repugnante, por qué? Será terrible, será estremecedor; pero ¿repugnante? El teatro clásico griego, y nuestro teatro de los siglos de oro, las gastan mucho más fuertes. Y si no, recuérdese *El castigo sin venganza* y *La venganza de Tamar*. La pasión no es repugnante; lo es el vicio. Al menos, yo lo entiendo así.

Si al público se le dan cosas como *Una mujer*, plácidas, normales, morales, de la vida diaria, se enoja porque «aquello» está muy visto. Si se le da *La Malquerida*, protesta porque «aquello» no se ha visto nunca, o al menos se ve muy raras veces. Si las obras son color de rosa o azules, habla de ñoñez. Si rojas, habla de descaro y grosería. Debe de ser desesperante para quien se dedique a este oficio, por otra parte tan glorioso.

⁂

Hoy, el teatro serio – o risueño, para el caso es lo mismo – tiene un competidor formidable en el cinematógrafo.

Del cinematógrafo no se hacen encomios, pero ha llegado a la perfección, y entrado en los dominios del arte. Mejor que el teatro, nos da la plástica y la mímica, y en cuanto a escenografía, pone en juego elementos de realidad, imposibles de llevar a las tablas.

En ningún teatro se pueden exhibir mares, ríos, cataratas, cascadas, oleaje, tormentas, barcos que se hunden, gente que se arroja al agua y nada de veras, desembarcos, trenes en marcha, incendios enormes, erupciones de volcanes, filas de camellos que cruzan el desierto, elefantes vivos, selvas, oasis de palmeras, ventisqueros de nieve, todo ello no en figuraciones de cartón, sino tomado de la naturaleza, de un modo directo, auténtico, que es como asistir a ello. Falta sólo al cinematógrafo la voz humana, que substituyen imperfectísimamente los carteles con las explicaciones. Éstas suelen ser risibles, y en un castellano que se lo recomiendo a Cavia. El día que estas explicaciones llenen mejor su objeto, habrá ganado mucho el espectáculo.

⁂

Una película he visto, que no deja en este punto, ni en ninguno, nada que desear. Me refiero a *Cabiria*.

Como nadie ignora, el argumento pertenece a Gabriel d'Anunzio. Es decir: si se aquilata la cuestión, pertenece a Gustavo Flaubert, a quien d'Anunzio debe una rica corona, costeada con las ganancias pingües, de millones, que le habrá producido *Cabiria*.

En efecto, la película revela el influjo de esa novela admirable que se llama *Salambó*. Con suma habilidad, d'Anunzio encubre y deslie todas las reminiscencias, ideando una fábula más *cinematográfica*, más llena de sorpresas y de incidentes, que la de Flaubert; pero puede afirmarse que, si *Salambó* no se hubiese escrito, no se hubiese ideado *Cabiria*.

También anda un poquillo en ello *Quo vadis*, y corresponde a Sinckiewicz la figura del gigante, del Hércules que, en los casos apurados, lo resuelve todo con su fuerza. Pero de la obra, tan influyente y tan sugestiva, de Flaubert, nacen muchos episodios culminantes de *Cabiria*. El sacrificio de los niños a Moloch, con la espantable figura del dios en cuyo pecho van entrando, para convertirse en cenizas, las víctimas inocentes; la entrada furtiva de Fulvio en Cartago, escalando las murallas; el tipo *salambónico* de Sofonisba; el asalto de la ciudad, con la caída del cajón lleno de combatientes, y su exterminio; los amores de Sofonisba con el príncipe núbida; y, más aun que concretos episodios, cierta tintura general cierto espíritu, que flota sobre todo el poema.

Dicho lo cual, hay que añadir que en *Cabiria* se ve la mano del gran artista, y que también en las películas hay clases, ¡vaya si las hay! *Cabiria*, además de arte, tiene su color científico.

Los detalles se ajustan a las rigurosas exigencias de la arqueología y la etnografía, y los tipos son cual los pudo soñar un pintor. Actores y actrices fueron elegidos según la etnografía lo requiere, y el negro Maccite es un ejemplar de humanidad que merece ser fundido en bronce. Hay un Escipión, figura de busto o medalla latina, un hombre como se ven aun muchos en Italia, envuelto en un manto blanco, que impresiona, porque sugiere la idea de que Escipión realmente sería así.

Los edificios, la cerámica, los trajes, cada accesorio, denuncian el esmero exquisito con que se ha estudiado esta película. No extrañaré que, en efecto, se invirtiesen en prepararla cinco años.

Y, según queda indicado, los letreros, obra también de d'Anunzio, están regularmente traducidos: en ellos no se le llama a la noche «la nocho» ni a una señorita «el muchacha», con otras enormidades que no debieran consentirse, por decoro del idioma y respeto a la cultura de los que asisten al espectáculo.

⁂

El Real, este año, vive por efecto de un conjuro: el barón de Cortes ha conseguido galvanizarlo, y en horas de penuria, de frío y desanimación general, no se nota en el regio Coliseo la situación que atravesamos.

La temporada va deslizándose sin clamorosos éxitos, pero sin fracasos ni caídas. Se han cantado algunas óperas muy bien, otras medianamente; pero esto tengo para mí que siempre habrá sucedido. En conjunto, no puede decirse que descendiese el nivel.

Y ahora se habla, nada menos, que de la venida de Titta Ruffo... Titta el mago, el que se lleva al público de calle.

Realmente, este joven barítono es algo singular, como una fuerza de la naturaleza. Genial y extraño, inspirado y popular, pocas veces se habrá visto un temperamento tan marcado y acusado en su originalidad, vehemente y desatado como el suyo. No es su voz, (con ser de las que ratisima vez se oyen) lo que avasalla. Es su alma tempestuosa y fogosa, es su manera de ser propia, inimitable, lo que le vale esas frenéticas ovaciones..., y esos precios inverosímiles.

Porque Titta es un portento... pero cuesta, cuesta. Dícese que este año, sus exigencias pasan de cien mil francos, y para eso, sin cantar ni *Rigoletto*, (oh, la escena de los cascabeles!) ni *Hamleto* (¡oh, la fermata!)

Así andan las cosas, cuando se trata de fenómenos del canto y del toreo... Titta ya será archimillonario. El caso es que cada año, al terminar su campaña en el Real, anuncia o anuncian por él, que no volverá más, que va a retirarse de la escena, con lo cual hay puñadas por las localidades. Luego resulta que no se retira; y a fe que hace muy bien. No tiene derecho a quitarnos el gusto de oirle y de verle, con sus gestos tan artísticos y su cara que vierte energía de sentimiento.

Pagaremos, vaya si pagaremos, y aun encima le daremos las gracias.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Entre el ruido ensordecedor y atronante de la actual guerra, ¿cómo ha de destacarse un recuerdo ya lejano? Y sin embargo, a veces un recuerdo, de algo que sólo a nosotros nos importa, suena más alto que todo el estrépito de cañones, morteros, trenes en marcha y regimientos desfilando al galope...

Me sugiere estas ideas un libro que acabo de recibir, del Sr. D. Francisco Arderius, teniente de navío y comandante de Inválidos, en que se relata entre otros episodios de las últimas guerras coloniales, el combate naval de Santiago de Cuba...

Y en un momento, las memorias del año trágico acuden a mí. ¡Trágico! Por desgracia este calificativo sorprenderá a muchos.

En efecto, lo más trágico, en mi entender, fué la insensibilidad de las muchedumbres, cuando la historia de España acababa en punta y nuestro sol ya no se eclipsaba, que se borraba en el horizonte.

Nunca olvido cierto día, de fecha luctuosa, en que, al entrar en una casa, alguien se fijó en mis ojos hinchados, y me preguntó:

– ¿Se le ha muerto a usted algún pariente?

A lo cual contesté:

– Se me ha muerto el mismo pariente que a ustedes todos...

Y creo que ni se enteraron. Por la tarde, los toros estuvieron concurridísimos. ¡Oh, multitud, piedra berroqueña!

No, yo no sentía tanto aquel pesar de mortificación por la escuadra perdida, por las colonias, últimos restos de nuestro poderío, que nos arrebataban. Lo que me dolía como una quemadura, era aquella indiferencia increíble, aquellas risas, pullas y chanzonetas por la calle, aquel Madrid echándose a las aceras, asaltando los tranvías, como hijo ingrato que no sabe vestir luto...

Y por eso, cuando supe que tal guerra no se evitaba, no se prevenía, que tal guerra se había declarado, contra las más elementales lecciones de la prudencia; cuando comprendí que barcos españoles iban a combatir con los formidables acorazados yankis, me anegó el alma una ola de amargura, y poco después, en mi conferencia de la *Salle Charras*, en París, exhalé mi dolor patriótico, por si, al derramarlo, podía contribuir a que España reaccionase... Porque, y esto es lo más cruel, ¿de qué sirvió el sacrificio relatado por el Sr. Arderius?

Ni Churruca ni Gravina ni Bazán, marqués de Santa Cruz, pudieran hacer más que Villaamil y Lazaga: morir... Pero ¡qué triste, qué desconsolador moría, cuando en Madrid la gente va a los toros, y llena los colmados, y no tiene, en su pecho de mármol, ni un aliento de santa cólera ni un gemido de compasión!

¡Oh iglesias, esos días debierais estar rebosantes de gente postrada, si fuese verdad que tuviésemos fe! Debiais estar como yo vi a Nuestra Señora de las Victorias, en París, poco después de la guerra del 70, colmada de fieles que, con los brazos abiertos, clamaban: *¡Notre mère, sauvez la France!*»

Y he aquí que a la vuelta de diecisiete años, vuelvo a sufrir igual emoción que en aquellos crueles instantes, en aquel sombrío verano de 1898... Así es que cierro el libro del Sr. Arderius (que hizo su deber gloriosamente), y procuro desechar, como se desecha una pesadilla, estas evocaciones siempre vivas, por mi desgracia, en el fondo de mi corazón. Porque es malo haber asistido al declinar de la patria, y es peor aún que esto nos aflija como la pérdida de una persona a quien amamos.

Silencio y olvido, beleño y nepentes...

***

Hablemos de algo alegre.

La dificultad está en encontrar el tema. Porque adonde quiera que se vuelva la vista surgen asolamientos y fieros males.

Italia, que se hallaba tan satisfecha preparándose a recoger el fruto de lo que han peleado los demás, acaba de ser afligida por un terremoto de los formidables, con millares de víctimas y diez o doce ciudades destruidas completamente hechas montones de escombros... ¿Y qué?, dirá Europa, encogiéndose de hombros. ¡Veinte o treinta mil siniestrados! ¡Gran puñado son tres moscas! ¡Unos cuantos pueblos arruinados! ¡Pch, pch! ¡Nadie se enterará siquiera, en medio del actual zafarrancho!

Nosotros, embozados en la pañosa de nuestra neutralidad, asistimos, no sin un poco de aprensión, a estos espectáculos que parecen tragedias de la Biblia.

Leemos los relatos de las catástrofes de Italia, comparables a las de Pompeya y Herculano, y ni se nos eriza un solo pelo, por la sencilla razón de que los tenemos de punta siempre, con las cosas que pasan en el Vístula, en el Argonne, en Reims, en Polonia, en Lovaina, en Tirlemont, y en otras no menos castigadas y zarandeadas localidades. Hasta pronostico que, a la vuelta de los meses o años que ha de durar la lid, no habrá pelo que no caiga laso, porque el hombre, ha dicho no sé quién, es un animal que a todo se acostumbra.

Y nos acostumbraremos, y hasta, el día en que se firme la paz, si es que llega a firmarse, echaremos de menos este estimulante de la emoción y la curiosidad, como se echa de menos una especia fuerte en la comida...

***

Cada vez que oigo maldecir de la guerra por la ferocidad que desarrolla, no puedo menos de pensar que esta ferocidad se revela lo mismo en la paz y en circunstancias normales. Leed si no el «crimen de Año nuevo» que ha relatado la prensa, y decidme si en alguna población belga invadida por los «boches», si en aldea alguna de la Galitzia devastada por los cosacos, cabe más salvaje escena.

Y lo que agrava este sucso, (que no ha soliviantado a la opinión pública), es su inutilidad, la falta de causa determinante. Porque, al fin y al cabo, los combatientes, al destruir y maltratar, siguen el impulso de la lucha, hacen un estrago que contribuye al terror que infunden, van por decirlo así arrastrados por lo fatal de las circunstancias al destrozo, en espera de ser también destrozados.

Pero este crimen «de Año nuevo» no ha tenido más móvil que ese instinto feroz de que hablábamos antes, y que duerme, como agazapado dragón, en las almas de los hombres.

Ocurrió en una de las calles céntricas de Madrid, a la una de la noche el día primero de enero de 1915, como si los criminales quisiesen dar a entender que, por años que pasen, la naturaleza humana es invariablemente la misma.

En esas noches señaladas, Navidad, Año nuevo, la gente se echa a la calle, en son de fiesta; y la fiesta consiste en copear, decir y hacer groserías, tañer instrumentos de sonido áspero, armando un concierto que no se parece precisamente a la Consagración del Grial.

Encontráronse dos núcleos de estos vagos, y naturalmente, sin saber por qué, sólo por estupidez congénita, empezaron a insultarse, a provocarse, a hablar de cencerros colgados de la nariz, y a renglón seguido, dieron en apalearse. Nótese que ningún motivo de rencor tenían; que, un minuto antes, no se habían visto nunca.

La venganza, el odio, pueden explicar muchas cosas; aquí no existía sino la brutalidad, espontánea y latente, que hace explosión sin el menor pretexto.

Uno de los grupos, menos fuerte o menos resuelto, se dió a la fuga. Pero, entre los fugitivos, uno había caído al suelo. A su alrededor se concentraron los perseguidores, descargando sobre el infeliz una lluvia de estacazos. Aun tuvo el mísero fuerzas para alzarse y arrodillarse, pidiendo misericordia, rogando por Dios que no le diesen más. La respuesta fué apretar los garrotes, menudeando en la cabeza, hasta que no se rebulló, privado de sentido.

Las leyes están tan bien hechas, que como el apaleado no falleció en el acto, el único de los apaleadores que pudo ser detenido en los primeros momentos quedó inmediatamente puesto en libertad; aquello era, sencillamente, cuestión de un juicio de faltas...

Es decir que el reunirse cinco o seis individuos para cometer la acción más cobarde y feroz, para moler a palos a un caído, hasta dejarle sin aliento, es una futesa, ¡que ni aun merece la pena de unos días de cárcel!

Júzganse, por lo visto, las acciones no por su raíz profunda, sino por sus resultados aparentes, porque no habrá facultativo que me convenza de que los efectos de una paliza se pueden calcular, ni de buenas a primeras calificarse de leves, puesto que el palo magulla y lesiona dentro como fuera, y acaso más dentro, y de una paliza se muere a la larga o a la corta, como se murió la víctima del apaleo, a los diez días del atentado, de meningitis, causada por las contusiones en la cabeza.

Hasta que hubo un cadáver, no se pensó en que había delincuentes o criminales, ni fueron perseguidos...

Y yo digo que el apalear a un hombre caído al suelo, que implora piedad con las manos juntas, es tan infame, tan digno de castigo y de represión severísima, si causa la muerte, como si no la causa; porque la puede causar siempre, y esto no cabe que nadie lo ignore, y si no la muerte, padecimientos y afecciones que hagan amarga y triste toda la vida, y una depresión moral horrible, y tales daños, que la muerte no sería peor.

Sí, la ley es de corcho, y los que la hicieron, de cemento, si un hecho de tal índole se considera bien enjuiciado con un juicio de faltas!

Al leer este caso, sentí una oleada de indignación... Pero ¿a qué indignarse? ¡La humanidad es así!..

Esos hombres, se me dirá, iban borrachos... No sé, en este momento, no teniendo a mano el Código, si la borrachera es circunstancia agravante o atenuante; en mi entender, agravante debiera ser sin falta.

Tengo observado que, en estado de embriaguez, las personas no cambian su fondo moral: lo que hacen es exaltarlo, desenvolverlo, dejarlo ver exagerado. Los buenos, cuando se achispan, manifiestan la bondad, abrazan a todo el mundo, descubren el afectuoso modo de ser. Hay borrachos románticos, caballerosos. A los que la borrachera impulsa al crimen, es porque lo llevaban escondido en el subsuelo psicológico.

***

Al lado de los apaleadores de la calle de la Ceres los suicidas por amor del paseo del Prado me parecen bellos y heroicos...

No hago la apología del suicidio; ¡estoy comparando! Los que como Tristán e Iseo quieren verse reunidos en el *amplesso senza fine*, no son los brutos sanguinarios que se encarnizan en un semejante suyo, que ningún daño les ha hecho, que no se defiende, y lo dejan para que se muera sobre las losas de la calle.

En estos dobles suicidios hay innegable poesía. Parecen una afirmación (torcida o derecha) de la espiritualidad humana. La mujer, sobre todo, que tal miedo nervioso tiene al menor peligro, se revela, en estas ocasiones, espiritual, superior a la muerte. La recibe hasta con alegría de la mano amada.

Estos suicidas del Prado, que no han sido identificados aún, se declaran, en la carta póstuma, víctimas de la fatalidad. Cuál sea esa fatalidad misteriosa, se ignora, y acaso no exista más fatalidad que el amor, (que no es fatalidad pequeña).

De todas suertes, he ahí unos que no murieron ni por las tarifas ni por las marcas ni por los mercados ni por la expansión territorial y colonial...

Y sus almas plebeyas, en el Infierno de un Dante contemporáneo, girarían en el mismo torbellino que las muy linajudas de Tristán de Leonís el paladín y la princesa Iseo de Bretaña.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Deseando están los empresarios algo que los saque a flote, la obra sensacional y llena de brío que sea el *clou*, pase el modismo francés, de la temporada.

Supongo que, a pesar de ser tan entretenido e interesante *El hombre que asesinó*, estrenado por la compañía Guerrero-Mendoza, con todo el aparato y esmero de costumbre, no conseguirá una serie satisfactoria de llenos.

Desde luego, primer percance, el abono de las niñas, el virginal y blanco, no admite tales obras. Y lo picante es que a ésta la substituyen con otra de D. José Echegaray, que en otro tiempo era el coco, el terror de los hogares, y del cual me afirmaba un respetable religioso ¡que sostenía el amor libre!

Verdad que al preguntarle yo a dicho religioso en cuál de sus dramas abogaba D. José por tan nefanda libertad, hubo de contestarme:

– ¡Yo no puedo perder el tiempo en leer novelas ni dramas!

Pues de aquel mismo D. José vitando, antisocial, echan mano ahora los empresarios puestos en apuro, para no ofender los inocentes oídos de las señoritas casaderas...

***

No hay cosa que no la cambie el tiempo, y, releyendo, se asombra uno de que ciertas obras asustasen antaño.

Y, francamente, tampoco *El hombre que asesinó* es ningún ariete contra la sociedad. No acierto a ver en él nada de disolvente, ni nada especialmente inmoral, aunque el cuadro sea el de un medio ambiente algo ligero, pero no más de lo que a cada paso vemos por ahí.

Lo único repulsivo es la unión de tres personajes, una mujer y dos hombres, para torturar, infamar y perder a una señora, al principio inocente, y a quien ellos, con frío cálculo, llevan al abismo. Estos malvados repugnan; pero no se quedan sin su merecido: el más culpable, que es lord Falkand, autor de una asechanza contra la honra y la seguridad de su mujer, cae atravesado por certera puñalada, y la mano que hace justicia es la de un hombre que profesa a lady Falkland respetuosa adoración, de paladín, de moderno Amadís de Gaula. El hombre que asesina, es el que en el drama encarna la honradez, la dignidad y el espíritu justiciero.

***

Como siempre hay gente descontentadiza, no faltó quien reprochase al marqués de Sévigné el no haber enviado a lord Falkland los padrinos, sin ver que sería la bobada más inefable.

Aparte de que lord Falkland pudiera muy bien ser quien rompiese la cabeza o traspasase el pulmón a su adversario, y entonces lady Falkland se quedaba sin defensor y en desamparo completo, con el sistema del «lance de honor» conservaba en su poder el traidor marido el papel que comprometía a su mujer, papel arrancado por la fuerza. No cabe tampoco que, después de conocer a lord Falkland, quisiese nadie medir armas con individuo tan despreciable. Hizo muy bien el marqués de Sévigné, y si otra cosa hiciese, fuese un grandísimo bolonio.

Este carácter del marqués de Sévigné, que a primera vista puede aparecer algo idealizado, es, al contrario, muy real. Pertenece a la humanidad, no a la quimérica abstracción. La clase de sentimiento que le inspira lady Falkland, y en que hay piedad de devoto y ansias de soñador, no lo considerará inverosímil sino un psicólogo superficial.

***

El caso del marqués existe, y responde a una poética sed de emoción y de abnegación, propia de las almas finas, y en que vibra, secretamente, bajo un velo de reserva, la cuerda del entusiasmo.

Nacido para las grandes empresas, las luchas sublimes, los heroísmos y las exaltaciones, el marqués de Sévigné, como militar, no ha podido salir de agregado de Embajada, y como sentimental, de la vulgar aventura, tan pronto iniciada como puesta en olvido.

La casualidad, la suerte, lo han dispuesto así: él espera algo que no llega nunca, y entretanto las canas van nevando en sus sienes, el otoño se acerca, la juventud se refugia en el corazón...

Al encontrarse en Constantinopla – la escena pasa a orillas del Bósforo azul y verde, irisado de matices de rosa carmínea – con lady Falkland, al acompañarla en sus paseos en caique, al recorrer con ella, amistosamente, los barrios pintorescos de Stambul, el amor se despierta, y en una naturaleza romántica, toma el carácter de pasión, reconcentrada, muda, que envuelve el don de la vida.

Y mientras él guarda como un tesoro su secreto, otro hombre, más osado porque no ama, se le adelanta: es el cómplice de lord Falkland, un vividor probablemente arruinado por los vicios y el juego, que, ofreciendo protección a la perseguida dama, la hace suya.

***

Más frecuente es de lo que se piensa esta clase de error de la mujer, que no sabe (ni puede, a la verdad) discernir, a simple vista, y elige lo peor, pues cabe peor en todo.

Y no es esta la más grave equivocación que sufre la mísera lady Falkland (muy bien creada por María Guerrero). Aun después de que el puñal del marqués la venga, la salva y la hace libre, no sabe adivinarlo: cree que debe su salvación al príncipe, y así lo proclama en presencia del mismo marqués de Sévigné.

La desilusión que éste sufre es cosa natural, es el último rasgo de su figura; y no perdonará a la mujer amada que no haya sabido percibir que sólo un hombre, entre los que la rodean, fuera capaz de tal «gesto». No se lo perdona, y no cabe que aquéllos dos seres rectifiquen su destino. Lady Falkland se irá sola por el mundo, y el marqués entrará en la vejez, sin haber disfrutado un minuto la dicha que ha logrado entrever un instante.

Este drama íntimo de un alma es cien veces más digno de interés que el truculento drama del asesinato, pero toda la obra está llevada con sumo arte y habilidad escénica, y, por supuesto, vestida y presentada del espléndido modo que se acostumbra en los dominios de María y Fernando.

***

Mientras suspenden el ánimo estas fábulas bien tejidas (aunque no sin efectismos, lo confieso), no se acuerda uno de lo que pasa por el mundo, y eso va ganando.

Porque pasan cosas bien tristes y espantables. Y cosas anónimas, que es más.

Siquiera antaño conocíamos, como si hubiésemos vivido cerca de ellos, por su popularidad, a los jefes que guiaban a los combatientes, y olamos los rumores, los ecos de la lucha.

Hoy son masas, ingentes masas de hombres, que se aplastan y se destrozan en silencio, en el fondo de una trinchera, entre nieve, cieno y terrones desprendidos. Nunca se vió guerra más inmensa, y nunca más obscura, mate y sorda.

Sólo las bombas y los zepelines la amenizan un poco...

Sus consecuencias son la esfinge, el enigma tebano del porvenir.

No creo que nadie atine a vaticinar cosa alguna, con probabilidades de acierto; lo cual no quita para que salgan profetas espontáneos, afirmativos y originales.

Tiene esta guerra el don de encender los ánimos y provocar las disputas, aquí donde la conservación de la neutralidad debiera ser un dictado del instinto de conservación. Se ha hecho de esta guerra encarnizada cuestión política; en eso ha degenerado, y no hay un movimiento sincero del ánimo, sino finalidades, ardides y segundas intenciones.

A pesar de las contingencias terribles que nos acarrearía la ruptura de la neutralidad, no falta quien tenga el incomprensible valor de desdeñarlas, y hablar de auxilios, intervenciones, y ¡hasta conquistas! ¡Por Dios, llamen inmediatamente a un cerrajero, que nos forje una llave grande, recia, o moderna, chiquita, de estilo muy contemporáneo, con la cual cerremos herméticamente el sepulcro del Cid Campeador! ¡Porque ahora nos conviene mucho que no se alce el de la velida barba, cerrado el puño, tizona en ristre, para ensanchar a Castilla!

Sí; ¡el asunto ha adquirido, no un color, sino los varios colores de las simpatías políticas de cada quisque!

***

Hay quien supone que, de triunfar Alemania, restauraría aquí la Santa Hermandad, la Inquisición, los golillas y los mayorazgos; hay quien entiende que, de triunfar los aliados, se establecería en España el pacto signalagmático bilateral, el falansterismo, y no quedaría un cura para un remedio. *Trop d'imagination*. ¡Siempre montados en Clavileño, y siempre esperando de afuera lo que sólo de dentro puede venir en condiciones de viabilidad!

España se ha forjado sistemáticamente estas ilusiones. En 1808, había partidarios de las nuevas ideas, que todo lo esperaban de las tropas de Napoleón. Pocos años después, también se esperó de tropas francesas lo contrario exactamente. Hasta en los rusos fiábamos, y por eso cierta canción liberal rezaba:

> Dicen que vienen los rusos
> por la esquina del Cantón,
> y los rusos que venían
> eran sacos de carbón.

Las cándidas esperanzas fundadas, cuando perdimos las colonias, en auxilios y arbitrajes, no hay que decir cómo se desvanecieron.

La historia marcha, pero no en un sentido rectilíneo, sino mil veces haciendo ziga-zags y mordiéndose la cola como la serpiente de Vico.

***

Y los grandes pueblos enzarzados ahora en tal y tan grave contienda, ¿qué sabemos cómo saldrán de ella, sean vencidos o vencedores?

He oído acerca de este punto concreto hipótesis que no concuerdan con la opinión general y superficial.

Según estas suposiciones (de las cuales no me hago solidaria), después de la paz, Alemania será el país de las libertades civiles más amplias y de orientación más democrática, y en Francia se restaurará la noción de autoridad, como ya se ha restaurado el patriotismo, esto ya antes del conflicto, por un impulso de sentido común y por una ley defensiva, cuyos efectos se imponen...

Creer que todo va a quedar como antes (salvo tal vez en Inglaterra, que es el país donde la capa de tierra vegetal es más honda, y por consiguiente, van más profundas las raíces de los árboles) sería peregrina suposición. Cambios, y enormes, tiene que producir esta convulsión tan duradera y tan terrible.

Hay, contenidas en ella, muchas lecciones, y lecciones fáciles de aprender, porque los pueblos van siendo mayores de edad.

Una transformación germina sobre los campos de batalla, o por mejor decir, dentro de los fosos y trincheras ensopados de sangre, donde tiritan millones de seres humanos.

Algo *deviene*, digámoslo con un galicismo.

Por eso es prematuro cuanto cavilen nuestros políticos de Congreso y olla.

Por eso quizás no es oportuno hacer demostración alguna, ni germanófila ni francófila.

Ello dirá.....

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Apenas acababa la Intrusa de salir de mi hogar, cuando se dirigió, a pasos tácitos y sigilosos, a otro hogar formado por ideales comunes, ya que no por los lazos de la sangre, y cortó una preciosa vida, consagrada al estudio, a la enseñanza y a nobles tareas.

Fué D. Francisco Giner de los Ríos el señalado para morir, mientras en la calle resonaban aún los gritos locos del Carnaval populachero, y se enlodaban los últimos puñados de confetti entre el barro sucio del arroyo.

Para mí, el que acaba de emprender el gran viaje era, tal vez, el más querido de mis amigos, que van desapareciendo uno tras otro.

Nacía esta amistad, no de similitud de ideas, sino de un fraternal cariño engendrado por dos sentimientos: la convicción de la suma bondad de aquel alma escogidísima, y la constancia de la atención prestada a mi labor por el que a tantas cosas útiles se dedicaba, y, que sin embargo, jamás interrumpió la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte y de mi mentalidad.

***

Conocí a D. Francisco Giner, siendo yo muy joven, y nunca se interrumpió la comunicación intelectual que había de unirnos, aunque ninguno de los dos tuviese tiempo de hacerla más frecuente, como yo hubiese deseado.

Hallábame entonces en un momento de gran desorientación, vacilando entre el verso y la prosa, sin haberme formado estilo, atraída por admiraciones contradictorias, en peligro de imitación.

No me cruzaba por las mientes el plan de escribir novelas, aunque en la adolescencia hubiese emborronado una.

Ensayaba (en secreto) varios géneros, y hasta proyectaba un tratado de política, creo que inspirado por la lectura del *Contrato Social*. En suma, no sabía por dónde andaba.

D. Francisco Giner, en largas conversaciones, sin hacer presión alguna sobre mi voluntad, limitándose a sugerirme puntos de vista, me fué abriendo camino en aquellas confusiones. Me alentaba a cultivar la poesía, y en esto creo que pecaba de indulgente; pero, a la vez, sus consejos me llevaron a recogerme, a estudiar algo y meditar un poco, antes de tomar dirección.

***

Era Giner partidario de que el escritor se hiciese íntimo de sí mismo; de que penetrase en su santuario y no renegase del manantial en que acostumbraba beber: pero también de que recorriese el mundo, viajase, recibiese las influencias del aire exterior, y por ellas se hiciese doblemente castizo.

Es más fácil sentir que recordar, en esta penosa hora, cuántas indicaciones llenas de luz debí a don Francisco Giner.

Dábase en él un caso singular: siendo su terreno propio el de la filosofía y la pedagogía, al hablar de literatura creyérase que le interesaba sobre todo el arte, en el cual ponía el calor entrañable que caracterizaba su psicología maravillosa. Todo él era efusión, todo entusiasmo. Una tan madura razón unida a un sentir tan juvenil y vehemente, raras veces se juntan.

***

En aquella época, cuando conocí a D. Francisco, se debatía encarnizadamente la escuela filosófica a que pertenecía el grupo del cual formaba él parte.

Sanz del Río había traído a España, declase, las doctrinas krausistas, y muerto el maestro, quedaba, en primer término entre los epígonos, Giner. Habían pasado ya las ardientes polémicas de *La ciencia española*, pero aun se combatía contra la «filosofía alemana», por bastantes limitada al krausismo. Era general el tole tole contra los pensadores exóticos. El ingenio de Campoamor y la erudición de Menéndez y Pelayo los habían hecho, en general, impopulares.

Y no pocos amigos míos, de otros colores, andaban preocupados con el temor de que, por la amistad que me unía a Giner y a varios profesores del mismo matiz fuese yo un recluta de sus huestes.

Era inútil que repitiese una verdad, que acaso ni hoy será creída, a saber: que en jamás de los jamases D. Francisco ni sus amigos me expusieron teorías filosóficas, ni trataron de convencerme, ni cosa que lo valga. Nos faltaba tiempo para hablar de arte.

Justamente D. Francisco era, al menos por lo que yo he visto siempre – ¿y qué necesidad tenía de disimulos ni de ficciones? – el hombre más transigente, más abierto de entendimiento, más complacido al encontrar una chispa de originalidad.

***

Uno de los favores que le debió mi formación moral, fué esta transigencia, este respeto a la ajena opinión, cuando es sincera.

Yo considero que la transigencia, entendida así, es una virtud, o una cualidad por lo menos; y siempre que necesité confirmarme en ella, una plática con D. Francisco me bastó.

Es verdad que tal modo de ser no ha dejado de costarme algunos disgustos, porque aquí, donde quizás las costumbres están más impregnadas de transigencia o, mejor, de indiferentismo, que en ningún país, la palabra y la pluma son intolerantes, desde antiguo; y quizás esto no deba achacarse a España tan sólo, pues actualmente, en América, no le consienten a uno ni la imparcialidad en el modo de juzgar esta guerra monstruosa.

No solamente las gentes no practican la tolerancia, sino que se oponen a que la practiquemos.

***

Giner tenía un espíritu de justicia y de amor humano tan amplio y constante, que sin dejar de ser un convicto, y hasta un agitador de conciencias, su instinto le movía siempre a reconocer la razón ajena, y sobre todo, a inclinarse, efusivamente, ante el ajeno sentir.

Todas estas condiciones se reflejaron en su vida, que merecería ser escrita por quien, en diaria comunicación, haya recogido los rasgos encantadores de su personalidad.

No he visto a nadie más alegre, más infantilmente enamorado del vivir.

Todo le emocionaba hasta un punto casi místico: una flor, un árbol, un paisaje, una lectura.

Su frescura de impresiones no sufrió descenso; se prolongó hasta la avanzada edad de setenta y cinco años, como se prolongó el vigor de su inteligencia y su energía para el trabajo...

Ahora tenía entre manos un libro, y planes formados, y como conoció que era llegada su hora, lo único que lamentaba era no poder terminar la tarea que se había propuesto. ¡Pero, quién termina la tarea jamás! Todo obrero suelta las herramientas antes de que el sol se haya sepultado tras la montaña...

***

Necesito repetirlo: afinidades de pensamiento, en cosas muy fundamentales, no existían entre este sabio y yo.

Y qué concepto habré tenido de él, para llegar al extremo de recelar de mí misma cuando no estábamos conformes ni podíamos estarlo.

La estimación más profunda, una verdadera veneración, eran tributo natural que le rendía. Su cálida palabra de meridional relieve, tenía una fuerza persuasiva extraordinaria.

Además (él se complacía en repetirlo), siempre hay, entre los bien intencionados, terreno común, una zona neutral, en la cual puedan reunirse y estar perfectamente de acuerdo.

Así, por ejemplo, nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España, en la cual Giner esperó siempre. Porque, insisto, era un español de corazón, y en el crítico momento de la pérdida de las colonias y guerra con los Estados Unidos, le vi sufrir, le vi con pesadumbre honda, con indignación patriótica, como debía ser.

Giner, más que nadie, comprendía y hacía comprender a sus discípulos lo hermoso, lo interesante del fondo español, visto al través de comarcas, monumentos, costumbres y tipos, surgiendo del fecundo campo popular.

En la Institución libre de Enseñanza se excursionaba, se andaba a pie, se visitaban pueblos y aldeílas, y lejos de moldearse en nada extranjero, se cultivaba lo genuino nuestro, con religiosa piedad.

En detalles se revelaba tal sentido; el comedor de la Institución, lo adornaba una colección de pucheros, ollas y platos de cerámica española, recogidos dondequiera (varios en Galicia) y en cuyas formas y primitivo ornato encontraba Giner mil atractivos.

***

Giner vivió con la mayor sencillez, con recogimiento, que no consistía en encerrarse en la biblioteca ni en el gabinete de estudio, sino en rehuir toda exhibición, toda vanidad, recatando hasta la influencia, muy extensa y muy real, que ejercía.

A la exquisita pulcritud de su persona se unía la mayor modestia en el vestir; era a un tiempo frugal, estoico y refinado. Dondequiera que llegaba su radio de acción, se ensanchaba la cultura, se suavizaba la relación humana.

La Biblioteca del Museo pedagógico, verbigracia, era la única de Madrid donde se prescindía completamente de enojosas cortapisas y se procuraba a toda costa difundir la instrucción.

Y ¿qué diré de la generosa actividad de Giner en pro del mejoramiento de la condición de las mujeres? En esto conformábamos absolutamente, con la diferencia de que él hizo tanto y yo tan poco.

Giner, como hombre de vida honesta, era feminista incondicional.

Gran asombro le causaban aquellos políticos radicales y avanzados, para la mujer tan severos como no lo fueron los varones del Renacimiento que la llevaron a la cátedra y a toda preeminencia.

De esto pudiera yo decir largamente, pero estoy aún padeciendo la debilidad de pluma y de discurso que sigue a los grandes dolores.

***

Es curioso lo que nos sucede con esto de la muerte.

La tenemos bien prevista, y hasta parecería que oímos, como en el terrible drama, el chirrido con que afila su hoz. No ignoramos que va a llegar. Hay más: comprendemos, o creemos comprender, la ley necesaria, ineludible, que la trae. Se supondría que nos hallamos bien preparados, por largo presentimiento.

Y cuando se presenta, cuando nos ciega, al fin, el amarillo relámpago de su faz, nos causa tal sorpresa como si nunca sospechásemos que aparecería.

No es tanto la nota de la tristeza, como la de esa sorpresa indefinible y trágica, lo que domina en nuestro estado moral después de una pérdida que no ha de repararse nunca. Sorpresa y una especie de incredulidad misteriosa.

¿Significará esta incredulidad que algo sobrevive, y nos lo dice alguien, al oído, en las horas de prueba? No lo sé. Ello es así.

Y entretanto, fuera, en las calles y los paseos, un poco de papel de colorines es lo que queda de las fugaces alegrías de este Carnaval, que no consiguió disipar la pesadilla de la guerra, otro triunfo de la Muerte...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anteayer, fué atropellado por un automóvil un niño de corta edad, quedando con una pierna fracturada y semivivo. El *chauffeur* salió en libertad. Se reconoció que no tenía culpa ni responsabilidad de ninguna clase.

Y, en efecto, tal sucede las nueve décimas partes de las veces que ocurren en Madrid atropellos de automóviles, y aun de coches, y hasta de carros.

Como los niños viven en el arroyo, dedicados a estorbar a los transeuntes y a ensayar una precoz afición taurina con cuantos vehículos encuentran, en vez de huir y resguardarse en la acera, se precipitan al paso de los automóviles especialmente, y éstos no pueden evitar hacer desgracias.

El arroyo, en otros países, es para los vehículos, y los transeuntes a pie no lo utilizan sino para cruzar de una acera a otra.

Y no cruzan, en las calles concurridas, sin que un guardia alce el bastón corto, y suspenda la circulación de toda clase de carruajes, ceremonia que se realiza cada cinco minutos.

Así, las contingencias de aplastamiento se reducen a lo mínimo.

En Madrid es delicioso el desorden y seductora la baraúnda.

A veces se pasa una persona un cuarto de hora, en la bocacalle de Alcalá, esperando uu huequecillo para poder atravesar sin ser convertido en tortilla.

En cambio, los peatones llenan el arroyo, y ni se toman el trabajo de desviarse cuando se les viene encima el tranvía o los «*po, po*», así lleguen campanilleando o bocineando con furia.

Por el arroyo transitan con la mayor calma, con más calma que por las aceras, metidas las manos en los bolsillos, mientras los chicos (¡oh dulces juegos de la infancia!) se entretienen en pasar de muleta y poner banderillas a todos los coches, o en echarles disimuladamente entre las ruedas una lata o un aro de fleje de hierro...

Y ¿qué diremos de cuando se agarran a la trasera, lo mismo que monos, y allí se mantienen en equilibrio, dando volteretas de vez en cuando?

¿Y qué, de la efusión religiosa con que pasan la diestra por el barniz de portezuelas y costados, tomando así posesión de lo que codician?

Porque conviene reconocerlo: para explicarse esta atracción misteriosa que los coches ejercen sobre los chiquillos hay que reconocer que es malsana; es el cebo del lujo, de una vida diferente de la de sus hogares, lo que lleva a las criaturas a manosear los automóviles, y a lanzarse bajo sus ruedas, como se lanza a la luz la mariposa...

***

Y el automóvil, el día en que acabe de inventarse (por ahora está a medio inventar, no cabe duda), dejará de ser articulo de lujo, y se pondrá al alcance, no diré que de los golfos callejeros, pero de las fortunitas modestas, como creo que ya sucede en los Estados Unidos.

Por aquí, gran parte del aparato de artículo de lujo que reviste el automóvil, es debida a desquiciamientos.

Yo no entiendo por qué un *chauffeur* ha de costar tres veces lo que un cochero.

Se llenan la boca con decir que son «mecánicos», pero ninguno de esos mecánicos sabe construir las piezas que se inutilizan en el artilugio, y su mecánica se reduce a saber montar y desmontar el vehículo que manejan.

Todo ello no está muy por encima de la habilidad común de los cocheros, que también, para poder llamarse tales, tenían que entender su coche.

¡No es suficiente lo que hacen los *chauffeurs* para justificar esos sueldos superiores a los de la inmensa mayoría de los funcionarios del Estado, de los militares, y no hay que decir si de los curas párrocos!

Así se comprende que el *chauffeur* de unos opulentos señores, en una capital de provincia, pasase por uno de los mejores partidos, y no pocas señoritas se comiesen los dedos tras él. Verían dichas señoritas que un abogado o un oficial del Ejército, después de largos estudios y esfuerzos para seguir costosa carrera, no tiene asegurado el pan, y echarían sus cuentas, como es natural y lógico.

Entra también el lujo en los accesorios del automóvil, que todos son caros, como es cara la bencina y la grasa. Además, la construcción de los automóviles no consiente poder saber exactamente lo que se gasta, y deja al dueño a merced del conductor.

Puede considerarse duplicado el coste del automóvil, que, lo repito, debería ser el más barato de los medios de transporte. Dicen, sin embargo, que es facilísimo guiar, y muchos señoritos, sin ir a Universidad alguna, lo hacen a la perfección.

Hay que alimentar la esperanza de ver substituidos por camiones automóviles, esos lentos carráganos de reata que impiden andar por las calles de Madrid, y parecen emblema vivo del atraso nacional.

Y otra forma de atraso funestísimo la constituyen los niños sueltos por la calle todo el santo día y acaso toda la noche, cuando debieran estar en la escuela o en la camita.

Se me dirá que acaso no tengan camita esos niños. Yo digo que sí, que la tienen, en su inmensa mayoría, más o menos humilde; pero cama en que pudieran dormir, sin vagar por las calles, que son escuela de hamponería; porque no es posible que tal enjambre de muchachos carezca de padres y casa donde recogerse.

Es un estado social deplorabilísimo, el que representan los millares de criaturas, abandonadas como animalitos, como si a nadie interesase su educación, su moralidad y su existencia...

¡Triste y terrible problema! Valdrá más no pensar en él ya que no está en nuestra mano solucionarlo. Pero algo cabría hacer, imponiendo multas a los padres que dejan a sus hijos por las vías públicas, expuestos a hacerse aplastar, y buscándolo.

***

Se han cerrado las Cortes.

No es mal dolor de cabeza el que se le quita al Gobierno.

En efecto, gobernar con las Cortes abiertas va haciéndose cada día más difícil. Es un arco de iglesia.

Hoy no existen aquellas disciplinadas mayorías de antaño. Con las divisiones innúmeras y los atomísticos fraccionamientos, cuando el Gobierno quiere apoyarse en la mayoría, se encuentra con que se le va de entre las manos, deshecha en polvo.

Así es que los Gobiernos temen cada vez más a las Cortes...

Y doblemente las temen, en las críticas circunstancias actuales, cuando el porvenir de Europa, en vez de aclararse, se muestra cada día más sombrío y amenazador.

Ha llegado la hora de que nuestra pobre pesetilla gane en el cambio, mientras pierde la moneda de los otros países...

Esto pudiera parecer un símbolo, pues nosotros debiéramos en efecto, salir ganando con esta guerra, ya que podemos mantenernos neutrales.

La ganancia más efectiva sería, aprender y aplicar las lecciones que de ella se desprenden, y que no es fácil concretar en breves párrafos.

Y dudo, además, que tal aprendizaje quepa en nuestro temperamento imprevisor, enemigo de la atención y la concentración de pensamiento.

Probablemente de la guerra nada material ni moral sacaremos en limpio. Gracias que nada perdamos, que ningún disgusto tengamos que lamentar.

***

Las noticias acerca de la pierna de Sara Bernhardt han sido tan contradictorias, que no faltó quien supusiese que la famosísima trágica, viendo cómo la guerra lo absorbe todo y lo hace olvidar todo, se buscaba un gigantesco reclamo suponiendo una amputación que no existía.

Todavía no falta quien sostenga esta tesis, que me parece folletinesca.

Lo que no comprendo es por qué Sara ha preferido la mutilación a la inmovilidad de unos meses, sobre una *chaise longue*. Toda contingencia es preferible a la mutilación, y más tratándose de una mujer que, a pesar de sus muchos años, todavía arrancaba aplausos con su arte, y encarnaba personajes jóvenes, sin chocante impropiedad.

¡Las piernas de Sara! Eran muy bonitas, por lo largas y derechas, cualidades que no suelen tener las de la mayor parte de las mujeres. Así, su andar poseía un ritmo, una gracia propia.

Recuerdo lo juvenil de las piernas de Sara en *El Aiglón*. Hace falta una arquitectura especial de formas, para que una mujer de bastante más de sesenta pueda caracterizar el personaje del Duque de Reichstadt, casi un adolescente, de gentil y melancólica figura.

Difícilto que ni otra actriz ni otro actor vuelva a darnos un duque de Reichstadt tan interesante. Y evoco el balanceo de las finas piernas calzadas de seda y enfundadas en el blanco calzón de casimir, sobre el brazo del sillón donde el abuelo, «el viejo Emperador» deja un momento desbordarse el cariño hacia el nieto, hijo del soldado de fortuna...

Todo ello me aumenta la pena de saber que han cortado una de esas piernas nerviosas y bien modeladas, y al suponer que Sara no volverá a pisar la escena con su único pie. *Son* capaces de escribirle papeles que pueda desempeñar sentada... Porque los franceses, hay que reconocerlo, cultivan asiduamente el huerto de su gloria. No sólo lo cultivan, sino que imponen sus productos al mundo entero.

Yo no era incondicional admirador de Sara; la encontraba algo enfática, algo afectada declamando, y la afectación es el peor defecto; pero me hubiese guardado de decirlo en París, como no fuese en gran confianza.

Habían hecho de Sara un dogma... Y claro es que, tal cual era, debemos lamentar la desdicha que la inutiliza, si no en lo mejor de su carrera, en su todavía refulgente ocaso.

***

La personalidad de Sara fué original, saliente, curiosa. Fuese que su naturaleza la indujese a ello, fuese que conociese profundamente el modo de ser de sus contemporáneos, Sara supo tener siempre fija la curiosidad de París, y por ende la del universo, en sus excentricidades y caprichos de todo linaje. Cuanto la rodeaba se teñía del mismo cambiante color, sucediendo una rareza a otra, y siendo todo ello extraño y comentable.

Hay muchas personas que son raras para sí mismas, o para un pequeño círculo; Sara lo era para ambos continentes, y quién sabe si, en el fondo, no era más que una práctica burguesa, que, repito, entendió bien a la generación en que le tocó vivir.

Desde el famoso ataúd acolchado en que dormía (?) hasta el león que traía suelto (aunque ambas cosas se acepten sólo como leyendas), todo fué en Sara la encarnación misma de eso que se llama la *pose*, y que acaso es la quinta esencia de un aspecto de la mentalidad francesa, como el traje encarnado de Juan Richepin, y las pretensiones de mago del Sar Peladán. Cosas que por aquí no sólo se ignoran, sino que nos matan de risa cuando las averiguamos.

España será lo que ustedes quieran, pero no *poseuse;* ni consiente que nadie lo sea.

En suma, Sara logró alborotar el cotarro, y tener más nombre del que tendría, si se limitase a representar lo mejor que pudiese, y luego se recogiese a su casa, no a dormir en un féretro, o hacerlo creer, sino a rebujarse entre unas mantas y entre unas hondadas sabanitas de lienzo. La extravagancia fué para Sara un instrumento del trabajo, como otro cualquiera.

Una vez que vi cómo se vestía, para *Teodora*, noté que la doncella le presentaba, en una bandeja, no las sortijas con las cuales había de enjoyarse las manos, sino más de trescientas o cuatrocientas sortijas diferentes, todas magníficas. Era evidente que la actriz quería enseñar su sortijero, pues para el papel, bastaba que le trajesen la que habitualmente lucía en la escena de recepción de los Embajadores.

Y así fué siempre Sara, lo cual no quita para que deploremos la desgracia que sufre, y que debe llorar el Arte.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este año son tales y de tal magnitud las catástrofes y fieros males que dondequiera acaecen, que ya no se les da importancia ninguna.

¿Sesenta mil hombres hechos cisco? Bueno. ¿Veinte ciudades asoladas por un terremoto? Caramba, vaya por Dios. ¿Quince enormes barcos a pique? ¡Qué le haremos!

Así es que si un tren es aplastado por un derrumbamiento de tierras, y bajo sus astillados vagones perecen veinte o treinta seres humanos y salen mechados otros veinte, casi no nos parece cosa digna de parar en ella la consideración.

¿Qué significa semejante calamidad, al lado de las legiones de hambrientos, las zonas de incendios, la sangre enrojeciendo literalmente los ríos, y el frío dejando sin manos ni pies a miles de hombres jóvenes y fuertes?

¡Y sin embargo, cuánto horror en el trágico descarrilamiento de Frieira y Filgueira!

La tierra, empapada de agua por las tercas lluvias, al estremecerla el paso del tren, oscila y se viene abajo, como un alud, y la máquina, arrastrada por su propia velocidad, gatea por el montón de piedra y terrones, llevándose al convoy entero, y montando como furiosos dragones, los coches, unos sobre otros.

Informe hacinamiento de madera, hierro y acero, encierra en su entrada a unos cuantos infelices, los menos desdichados, muertos del primer golpe, y otros, vivos o semivivos, asaeteados por largas astillas que penetran en sus carnes, sin poder valerse, en la suprema angustia de la impotencia, ignorando lo que ha sido de los suyos...

Todos los que me han hablado de catástrofes ferroviarias expresaron igual terror, un sentimiento como de espanto frío, ante la brutalidad de la materia, esa ley de gravedad que es la mayor de las fatalidades físicas.

Nunca advierte el hombre su pequeñez como en casos tales.

Débil, inerme, «caña que piensa», como dijo el filósofo, al contacto de lo inerte cae hecho añicos... ¡Pobre humanidad!

¡Y, tan débil como es, sólo piensa en destrozarse!

***

En ese tren pulverizado o poco menos, viajaba una compañía de zarzuela, que iba a actuar en un pueblo no muy grande.

En la localidad, es una racha alegre la llegada de la compañía. Las señoritas preparan sus trapos de cristianar; los hombres limpian los gemelos para mejor detallar los encantos de las actrices.

Se discute el elenco, se discute el repertorio, se discute el género, se preocupan los ánimos, por un instante, con algo que no es el alza de los trigos ni las candidaturas de diputados provinciales.

Hay su poco de afán artístico, y si la compañía, como esta vez, es lírica, hay aficionados que se preparan a oír *Las golondrinas* o *Maruxa*, las novedades, en fin.

Por su parte, el empresario calcula. ¿Cuántos llenos, cuántos? Tal vez hablan de eso en el mismo vagón, entre el humo del cigarro de los varones y las risas de las señoras, que comentan el olvido de un sastre en la última fonda, lo caro de la cuenta, un abuso...

Y de súbito, el crujido, el estallar bárbaro de maderas y metales, los gritos, los ayes, el fragor de la caída...

La suerte se ensañó más con la mísera compañía, que con los restantes viajeros. El carro de la farándula, el auto de las Cortes de la Muerte, confirman su sentido macabro...

***

Esto y el barco fantasma de Alicante (y mejor se dijera barco infierno), han sido las notas terroríficas de esta quincena.

La civilización es cosa óptima, quién lo duda, pero todos sus medios de acción llevan envueltos peligros sin número, y las guerras, por el mismo adelanto de las civilizaciones, son mil veces más horribles en su estrago.

Hay sin embargo que hacerle justicia a la ciencia, en el terreno importantísimo de la higiene. Con toda la sangre vertida; con todas las condiciones funestas de los campamentos, y todos los heridos y mal curados, aun, que sepamos, no se ha desarrollado la peste. El equilibrio sanitario persiste.

Se habla mucho de subsistencias, se teme que falte pan...; pero, a pesar de los contingentes indios, del lado oriental, ni la bubónica o *malalandre*, que tales destrozos hizo en Barcelona en el primer tercio del pasado siglo, ni el cólera morbo, ni siquiera la insidiosa disentería militar han asomado, que sepamos (por ahora, y en buen hora se diga, pues era lo que faltaba, y para esto no valen neutralidades).

Algo es algo. Malo será que falte trigo o centeno: la peste es sin duda lo peor.

Y sólo la desinfección y la asepsia, esos dos mágicos procedimientos, gloriosa conquista de nuestra edad, han podido realizar el milagro.

***

En Francia se ha adoptado una medida que es muy contraria al espíritu de aquella nación, de lo cual deduzco que urgentes necesidades la habrán dictado.

Ese país, que ha tenido siempre el mayor empeño en atraer a los extranjeros, a los turistas, a la población flotante, vuelve a poner en vigor los arcaicos pasaportes...

Esto de pasaportes evoca recuerdos de novelas románticas y sillas de posta, con muchos cascabeles. Sólo que, como en algo ha de conocerse el progreso, hoy los pasaportes tienen que ir acompañados de una fotografía del titular, timbrada por el comisario de policía.

El pasaporte es una cosa que ahora se llama «*permis de séjour*» y el que no lo tenga, será desde luego sospechoso de espionaje.

Claro es que las tranquilas desalientan a los viajeros.

Yo, verbigracia, deseaba irme a París unos días, para combatir el abatimiento que llevan en pos los sucesos tristes, no con las diversiones, que ni busco ni hay en el momento presente, sino con el estudio de la fisonomía de la gran capital en estos momentos, habiendo podido apreciarla en otros muy interesantes, poco después del «desastre». Pero tanta precaución dice a las claras que siempre le pueden tomar a uno por lo que no es, y darle un rato negro...

***

En cambio, insisto en ello, la salud no corre riesgo en los países beligerantes.

En Francia, por lo menos, no sólo no hay incremento de enfermedades, sino que en los hospitales de París ha disminuido el número de enfermos con relación a otros años. Ello parecerá extraño, pues hasta de pena cabría enfermar, a estas alturas; y sin embargo, es cierto, según el relato del profesor Chantemesse, de la Academia de Medicina.

Dice este doctor que ha menguado la mortalidad de las madres jóvenes, de los niños de pecho, y que se registraron menos casos de criaturas que nacen muertas y hasta de criaturas abandonadas. Y yo me acuerdo de Tolstoy, que achacaba muchos males de Francia a la importancia excesiva concedida a la cuestión amorosa. ¿No será que este año se piensa menos, preocupa menos el goce y la emoción amorosa, y hay otra preocupación dominante, más sana, más fuerte?

Otro doctor, director de la Higiene y la Asistencia públicas, afirma a su vez que las enfermedades contagiosas están disminuyendo. La viruela, que en 1870 hizo en el ejército tantas víctimas, casi ha desaparecido. Otro tanto pasa con la difteria, gracias al suero del Instituto Pasteur. La neumonía ha sido muy benigna. Y la meningitis cerebro-espinal, propia del ejército, se ha combatido con éxito feliz, sin que se haya propagado a la población civil.

El Instituto Pasteur está preparando la defensa contra el cólera, que supone emboscado en el teatro oriental de la guerra, en acecho para salir extendiendo su garra amarilla cuando llegue el calor. Se hace gran provisión de vacuna anticolérica, y se extreman las vigilancias para el aislamiento. En cuanto al tifus, o fiebre tifoidea, también parece más benigna desde la guerra acá.

La vacuna antitífica que hoy se emplea puede haber contribuído a este resultado. La guerra actual ha sido la piedra de toque del valor de este descubrimiento. Los franceses se enorgullecen de él y aseguran que los alemanes se lo han fusilado. ¡Hasta a los descubrimientos fusilan!, diría mi amigo el francófilo Alvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicar un folleto muy curioso acerca de la cuestión palpitante...

Y el doctor francés se apresura a añadir que Inglaterra ha comprendido mejor que Francia esta cuestión de la vacuna antitífica; que sólo un soldado inglés vacunado ha muerto de tifus en toda la campaña, y que la vacuna empleada por los ingleses, y que se llama *vacuna calentada*, es mejor que el procedimiento análogo francés.

Apuntémosle pues a la ciencia un buen tanto, y hasta otro a la guerra, porque desarrolló en el espíritu público una fe creciente en el empleo de preservativos e inoculaciones, así como sus exhortaciones y enseñanzas ayudaron a desterrar en grandes proporciones el alcoholismo, origen de tantas enfermedades, y destrucción segura de la patria, dice el ilustre médico.

Más confianza que las vacunas, y la ciencia me lo perdone, tengo en esa supresión. El alcohol es el enemigo malo. La mayoría de los crímenes se cometen bajo el influjo del alcohol. Esto será una moral vulgar, rutinaria, trillada; pero tan cierta, que no conviene cesar de inculcarla.

No sólo el alcoholismo como vicio, sino el alcohol como entretenimiento, hay que proscribir. Sin ser borracho, se puede incidir en abuso de alcohol, por afición a esos licorcitos gratos, crema de café, anisados diferentes, chartreuse, coñac, que acompañan al café y hacen ruidosas las sobremesas, agrias las disputas. Porque el alcohol, cuya acción sobre el sistema nervioso nadie podrá poner en duda, alborota, y lo que parece animación, es en realidad excitación malsana.

Pero ¿quién censura este gustejo, este goce bonachón de la copa, de las copas mejor dicho, pues rara vez hay límite? Y no sobreviene nada que se parezca a la vulgar pítima; no por cierto. Ningún trastorno visible acarrea el licor; todo se reduce a un poco de charla más o menos vibrante, entre comensales, o en las mesas de los clubs y cafés. Pero, en las venas y en las arterias, la sangre comienza a irregularizar su curso, la red se pone cristalina, perdiendo su elasticidad. Una vena de la sien se hincha. Un día, la arterioesclorosis se declara...

¡No bebamos más que agua, y en el verano, limonada, grosella!...

***

La naranja, la poma de oro de las Hespérides, este año anda por los suelos.

En el Mercado de la Cebada, he visto montones de seras, de las cuales rebosaba el fruto, ofrecido a precios increíbles.

No hay exportación y agoniza esta bella industria, tan poética. El pueblo bajo de Madrid, en vista de las circunstancias, se dió a comer naranjas, y las calles se alfombraron de cáscaras, que los barrenderos no se dieron prisa alguna a recoger.

Y cuenta que no hay nada tan peligroso como una cáscara de naranja en plena vía pública. Resbalón, y pierna rota.

¡Y vean ustedes cómo la guerra influye en todo! Va a desterrarse, por la guerra, una de las modas más dañinas, la de los cuellos almidonados, causa de congestiones a la cabeza y de furúnculos.

No quieren los alemanes que se gaste una forma del trigo, el almidón, en una frusleria como ésa, y hacen bien, pues era un suplicio el tal cuello tieso y duro.

Además, ¡qué antiestético!

¿Por qué no tendrían los hombres un rasgo de elegancia, y sustituirían el almidón con el encaje, tan bonito, fino y aristocrático?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia – nunca para el bien fué tarde –, prohibe severamente el Gobierno el uso del absintio, el «hada de los ojos verdes», droga literaria si las hay, que ha inspirado muchos versos y no poca prosa, en la hora decadente, cuando desfallecen tantas ideas nobles, tantas convicciones necesarias.

La guerra moraliza suprimiendo el alcohol, en todas sus insidiosas formas, supongo que sin excluir siquiera las *prunes a l'eau de vie*, golosina predilecta de los *mastroquets* y *beuglants*.

El absintio se disfrazaba de aperitivo, para mejor insinuarse. Los *vermouths* parece que son preparaciones del ajenjo.

Y digo «parece» porque no he llegado, en buen hora lo diga, ni a probar este veneno.

En calidad de veneno intelectual, sólo he admitido el lentísimo veneno del café. No conozco sino de oídas el opio, el ajenjo, la morfina y otros preparados igualmente creadores de paraísos artificiales. Y confieso que les tengo miedo, aun cuando dependa sólo de la voluntad el usarlos o no.

En las actuales circunstancias, en que se exige a la máquina humana la mayor suma de esfuerzo, se ha visto la necesidad de suprimir cuanto pueda debilitar a esta máquina, o paralizar sus resortes. Y la proscripción del alcohol es universal, hasta en Rusia, el país de las furiosas embriagueces.

Algo de bueno hay siempre hasta en lo más malo, y si la guerra europea fuese lo peor de todo, tendría por lo menos esta innegable ventaja: haber dado la voz de alarma a los Gobiernos contra el alcoholismo.

***

Un folleto que acaba de caer sobre mi mesa de escritorio me recuerda, una vez más, cuál es la situación y estado del mundo – mientras los soplos fecundantes de la primavera empiezan a hacer re verdecer el campo, y quisiéramos olvidar la pesadilla de una lucha que no lleva trazas de acabarse.

Cuando digo un folleto, debí decir varios; pero los que me interesan, por proceder de plumas amigas, son los de Alvaro Alcalá Galiano, *La verdad sobre la guerra*, y de Alfredo Morel Fatio, *L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle*.

Empecemos por el extranjero, que es un ardiente hispanófilo, y lo ha demostrado bien por la orientación de sus estudios y la labor de su vida.

Con el conocimiento que tiene de nuestra historia pasada y presente, Morel Fatio analiza los elementos germanófilos que aquí existen, y su razón de ser.

No es fácil averiguar por qué España aparece, vista desde afuera, tan germanófila; sin embargo, yo juraría que el espejismo es reflejo de nuestras disensiones políticas.

En general, aquí los radicales y liberales avanzados son francófilos, y germanófilos los elementos de la derecha. Es decir que, no un concepto histórico ni filosófico, sino político, y de política presente, es el que ha formado la opinión relativa a este inaudito conflicto internacional.

En el folleto de Morel Fatio, lo mismo que en el de Alvaro Alcalá Galiano, hay cosas que me dejan perpleja. Hay argumentos de valía, y no todos los que pudieran alegarse, porque no digo un folleto, un libro en folio no bastaría para contenerlos.

En favor o en contra de las varias naciones beligerantes y de su causa, se puede hablar durante un curso entero. Si se evocan sucesos pasados, existen entre todos los pueblos motivos de rencor; si se toman en cuenta auxilios, antiguos también, los habrá de afecto. Y cabe el elogio más entusiasta, porque los pueblos empeñados en esta cruentísima guerra son al fin los más grandes de cuantos, en la moderna edad, han constituído nacionalidades.

Agravios tiene España de muchas de esas naciones; pero no creo que con el memorial de agravios, puestos la mayor parte en olvido, deban consolidarse los juicios de actualidad.

Además, no es fácil conciliar los datos. Francia e Inglaterra fueron, en el pasado siglo, y ya desde antes, encarnizadas enemigas; hoy, aliadas, combaten juntas. Rusia e Inglaterra tienen los intereses más contrapuestos, y se oye decir corrientemente que el leopardo y el oso, ahora abrazados, han de liarse a zarpazos y devorarse, dentro de poco, acabada esta lucha.

Si se mira la cuestión superficialmente, lo esencial es la enemistad de Francia y Alemania, desde 1871; no obstante, los mejor informados aseguran que ninguna mala voluntad tiene Alemania contra Francia, y sólo en Inglaterra ve la *possente rival* cuyo comercio hay que destruir. Las mismas contradicciones singulares en el aspecto religioso del problema.

A pesar de la política eclesiástica de Francia, los católicos belgas por Francia están; y a pesar de los católicos belgas, muchísimos católicos españoles son partidarios de Alemania con vehemencia suma. El Káiser, sin duda, es hereje; pero es el sostén de la idea de autoridad en el mundo, y ha derrocado el monumento a Ferrer. Y va formándose un remolino o marasmo, en que nadie se entiende.

El país católico erigió el monumento, el monarca luterano lo mandó arrasar. Salen a relucir interioridades políticas: no, Bélgica no quería tal monumento; fueron los radicales, el municipio... Y desfila la historia y sus alegatos y la política y sus charadas, y Morel Fatio recuerda las quejas que puede tener España de Francia, y añade, con escrupulosidad de erudito: «Creo que no me he dejado en el tintero ninguna.» Luego, cuerdamente, pregunta: «¿Hay en todo ello motivo para alterar nuestras buenas relaciones?» Y entiende que no; y yo creo lo mismo.

Las naciones, si conocen su interés, procuran siempre mantener las relaciones más cordiales y sólo en las casas de Técame Roque riñen a cada momento las vecinas. Claro que la cordialidad debe ser avisada, vigilante, prudente.

Pero, en las naciones, hay los individuos, y, en los individuos, la simpatía personal. Por más neutral que se mantenga una nación, sus súbditos pueden sentir, pueden querer.

Yo, por mi parte, tengo mis aficiones, absolutamente personales, puestas en Francia. Ha sido Francia una segunda patria para mí. No me mezclo en disquisiciones latinas, no invoco la afinidad de raza; acaso no exista más que por el lado celta, aunque la civilización haya venido a las Galias y a Iberia con la misma romanización.

Me limito a decir sencillamente que me eduqué en un colegio francés; que leí francés desde los siete años; que viajé mucho por Francia, y permanecí allí inviernos enteros; que tuve amigos entre sus grandes escritores; que pude apreciar las cualidades que perseveran en tan «dulce tierra» en medio de las vicisitudes ingratas de su política y de su historia.

Siempre esperé en su buen sentido, en su patriotismo, y he aquí que la guerra me ha dado la razón, porque ni de cobardes ni de tardíos ni de desunidos se les puede motejar, en ocasión tan crítica.

He debido además a Francia halagos inmerecidos, y, ahora me disponía a dar en París, en la Sorbona, el día 23 de abril, una Conferencia... Si alguien es sincero amigo de Francia, no lo será más que yo. Sin embargo, no por eso me he creído en el caso de poner como un renegrido trapo a los alemanes. Y en cuanto a vaticinios *¡dósit!* ¡Quién leerá en el pavoroso libro del porvenir!

Si fuese posible llevar a mi ánimo el convencimiento en pro de determinada causa, lo conseguiría tal vez Alvaro Alcalá Galiano, cuyo folleto, escrito con arranque juvenil y no escaso aparato de datos y consideraciones derivadas de ellos, en nada desmerece de obras similares que en el extranjero se publican, como verbigracia, la de Daniel Bellet, *Origines de la guerre*.

Alvaro Alcalá Galiano es partidario de los aliados, y los defiende con suma energía. No es extraño que su libro haya tenido tal resonancia y éxito, no sólo en España, sino fuera de ella; que se multipliquen las ediciones, que se esté traduciendo al inglés y al francés, y que al autor le haya felicitado Poincaré en persona.

Yo, lo repito, siento a veces el influjo de tan bien escrita argumentación; pero hay puntos en que difiero mos, y esos puntos son capitales. No voy a extenderme en dilucidarlos. Sólo diré que no considero bárbaro un conflicto como el actual, porque obedezca a razones económicas. Tampoco veo que la fuerza bruta la representen sólo los germanos. O mucho me engaño, o todos hacen la fuerza que pueden. ¡Vaya si se aprieta!

En cuanto a que el fondo del hombre sea hoy el mismo que siempre, nunca cabrá dudarlo, y menos sorprenderse de ello. Ni la historia ni la ciencia nos dirán otra cosa. No es sin embargo una mentira el progreso. Note mi joven amigo cómo, debido a la civilización, en esta guerra no hay peste, no hay contagios. Note además la inmensa suma de idealidad que supone en ambos bandos (porque sería faltar a toda justicia hacer excepciones), esa resolución de morir sin pestañear, por la prosperidad de la patria, por sus destinos futuros. Mayor intensidad de heroísmo no se ha desplegado desde que el mundo es mundo y se escriben sus anales. Europa no estaba decadente, dijesen lo que quisiesen los termómetros.

Tampoco admito que la consigna de ninguno de los dos pueblos fortísimos en esta campaña, el alemán y el inglés, sea la *nietscheana* de «Pereza el débil». El débil, en estos casos, sufre mucho; pero sufre porque no puede ser de otro modo, no por una máxima ni por un propósito reflexivo. Quien ofrece la vida, quien arrostra espantosos sufrimientos, es en realidad el fuerte, el que va impávido a combatir. Y el sacrificio se consuma, ¡quién lo dijera! por el débil.

Me explicaré. Es por el débil *que a cada nación le importa*; es por *sus débiles*, por sus niños, por sus mujeres, por sus ancianos. Es por las generaciones venideras, para asegurar la subsistencia, los mercados, la expansión. Es para que se viva, para que se coma, para que haya trigo, amparo. Con tal fin, se espera serenamente el obús, en la trinchera encharcada de sangre.

Y habiendo sido el asegurar la subsistencia aspiración ingénita en el hombre, no hay que admirarse de que siga siéndolo, ni sorprenderse si igual aspiración movía a los habitantes de las cavernas que al hombre del siglo XX. La necesidad natural ¡ay! no ha cambiado. Se ha complicado, se ha revestido de todos los matices de las civilizaciones sucesivas. Nada más.

Yo tampoco puedo convenir con el autor del folleto en que Inglaterra colonizase (desde el punto de vista moral), mejor que nosotros. Prácticamente, es otra cosa. Para sí, hicieron mejor los ingleses al exterminar a las razas rojas de América, que nosotros al conservarlas, y al mezclar nuestra sangre con la suya. Pero esto de exterminar razas sí que es fuerza bruta, esto sí que es, moralmente hablando, barbarie.

Noto que me voy extendiendo demasiado, porque el folleto de Alcalá Galiano es sugestivo. Quisiera resumir, en pocas palabras, mi criterio. De lo que está pasando en Europa, Francia no tiene, seguramente, la culpa, y Bélgica tampoco, pues su movimiento de resistencia fué natural. Pero no basta para suponer que en este horrible drama hay un papel de traidor, y que lo desempeña el Káiser. Más acertado sería atribuírselo a Inglaterra, alarmada ante los progresos de Alemania en tantos ramos, aspectos y empresas de toda índole. Inglaterra tiene maquiavelismo bíblico muy demostrado. No creo que nadie dude de su astucia, de su arte para sacar las castañas del fuego, con mano ajena si puede, y con las tenazas propias, después. Ha sido un profesor, no alemán, sino británico, el que ha dicho terminantemente: «Nada perdemos con reconocer que hay mucha justificación en las ambiciones alemanas. Una nación tan henchida de vigor necesita ejercitarlo, o morirá de congestión. Ahora bien, si su salvación no se puede lograr sino a costa nuestra y sin perdernos, elijamos: o protegernos contra ella, o convertirnos en su satélite.» Y más adelante, añade: «Nos hemos empeñado en una guerra en que se litiga, no tanto nuestra supremacía, como nuestra existencia nacional.»

Y salgamos de este canto, que se acaba la crónica... No quiero dejar de notar cómo, en la serie de viceversas y anomalías que presenciamos, Pío Baroja, el intelectual anarquista, es germanófilo, y otro intelectual de sangre azul y conservador abolengo, el autor del folleto a que he venido refiriéndome, aliado. Por su sangre azul, poco menos que le niegan el derecho a pensar, siendo así que la sangre de Alcalá Galiano es azul de tinta de escribir.

Los Alcalá Galiano intelectuales y escritores son dinastía.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pues señor, nada: no puedo demostrar que soy neutral. No me lo permiten los de uno y otro bando.

Recibo, por término medio, dos o tres cartas diarias, que me piden estrecha cuenta de mi modo de ver, y sobre todo, de mi neutralidad. Quieren, exigen que me decida. Al vado o a la puente. Por Alemania o por los aliados. ¡Ni que yo fuese Italia!

Yo sencillamente ejercía de cronista, y de cronista español, que no quiere meterse en enredos internacionales. Un día, un comentario; otro, otro; siempre sin apasionamiento. Hoy me obligan a que vuelva sobre mí, a que me defina. Y mi definición, sincera y leal, hela aquí.

¿En qué consiste la neutralidad? A mi ver, en no ayudar a unos ni a otros; pero nunca podrá consistir en no compadecerlos a todos. Y yo compadezco a cuantos pueblos están cogidos en el formidable engranaje de la guerra, a cuantos sufren su yugo de hierro. Hombres y mujeres son, y su dolor tal vez más hondo de lo que podemos imaginarnos.

La neutralidad ¿también consiste en no desear que triunfen éstos ni aquéllos? No. Yo, desde luego, deseo que triunfe quien más convenga a España. Sólo que no sé quién será. El tiempo rasgará la cortina.

La neutralidad ¿impide que experimentemos una simpatía mayor hacia éstos o aquéllos? Tampoco me lo figuro. Esto de la simpatía es algo personalísimo, algo misterioso. Dimana de un sin fin de cosas. Yo, por quien experimento simpatía, es por Francia. Toda mi vida leí y hasta escribí muy fácilmente en francés; siempre que pude, residí en París. He defendido a Francia de acusaciones rigurosas, no siempre en armonía con la realidad. Afirmé que en Francia había honradez, y cariños familiares, y hogares unidos, y moralidad privada, y mucho arte, y laboriosidad extrema, y economía, y mil virtudes. No hay más que leer mi novela *La Quimera*, y mi libro *Cuarenta días en la Exposición*, y mi cuento *En Babilonia*, y muchas páginas más de mis escritos.

Esta simpatía constante no va en detrimento de mi neutralidad, en el presente grave caso.

Lo gracioso del asunto es que muchos de mis corresponsales no admiten que yo sepa lo que soy. Lo saben mejor ellos. Suponen que oculto mi germanofilia bajo un velo o careta francófila.

Pregunto: ¿por qué he de ocultar nada? La suerte me ha hecho independiente. Mi pluma no se halla adscrita a partidos, bandos ni empresas. Es libre, y lo ha demostrado bravamente en cien ocasiones. Tal vez, si de algo he adolecido, es de no velar mis ideas ni mis juicios, lo cual no dejó de acarrearme algunas desazones. Cuando volví de París, en 1899, después de mi conferencia en la Salle Charras, no faltaba quien quisiese lincharme. Ningún interés me sujeta. Las mujeres no podemos sentarnos en el Congreso, ni ser «de los de don Fulano o don Mengano.» Por eso no faltó quien me llamase, en otros días, «la Capitana Verdades».

Claro es que aquí, en España, nadie duda de esto. Nadie me toma por espía de los germanos, ni por agente de los ingleses. Aquí nos conocemos y estamos en el secreto todos. Pero en América, y a larga distancia, cualquier invención puede prosperar. Una de las más originales es la que hace pocos días llegó a mi conocimiento. Según ella, yo defiendo a los alemanes de un modo disimulado (¡disimuladísimo!) porque ha sido herida mi vanidad al excluirme de Palacio S. M. la Reina Victoria debido a que yo era del bando de la Reina Cristina, la cual urde intrigas en favor de Austria. Y yo era del bando de la Reina Cristina porque esta señora me dió el título que llevo.

Ya lo saben ustedes. No hay más que un pequeño error en esta fábula. La Reina Cristina no me dió título alguno; el que uso me lo concedió el Rey Alfonso XIII; y la Reina Victoria me distinguió, poco ha, con la Banda de María Luisa.

De suerte que, por aquí, flaqueó la inventiva de los novelistas de Ultramar. El que lea allá la novela, no concibiendo que la verdad se falsee tanto, pensará que yo soy o fuí algún duende de la camarilla. No he sido excluída de Palacio, ni incluída tampoco; mi relación con las Reales personas se ha limitado a respetuosas peticiones de audiencia, una o dos veces al año. Por lo mismo que no tengo nada de palatina, puedo decir más alto que hay otra suposición calumniosa en toda esta patraña mal urdida. Y es el atribuir a las dos Reinas disensiones y manejos que no existen. Por el hecho de que D.ª Cristina naciese en Austria, y en Inglaterra D.ª Victoria, aunque ambas son españolas hoy, y tienen en España sus hondos afectos, y hasta (mirado de un modo más burdo), sus legítimos intereses, es natural que piensen en los hermanos y sobrinos que están peleando, expuestos a la muerte, que ya arrebató al joven príncipe Mauricio de Battenberg. No por eso dejan de vivir en la mejor armonía las dos damas. Lo que harán será llorar abrazadas alguna vez. Lo que harán será pedir a Dios, como pedimos todos, que la guerra se acabe presto. Habría que no conocer a la dulce Reina joven, a la prudente Reina madre, para suponer que existiesen esas rencillas y esas violentas predilecciones hacia un país u otro. Novela, y novela tosca, a lo Fernández y González.

A pesar de venir de América las misivas que me piden estrecha cuenta de mi criterio, yo supongo que, en países tan cultos como la Argentina, las opiniones serán respetadas. ¿Y quién puede formularlas concretamente? Yo estoy leyendo a Hanotaux, y este escritor famoso, en el prólogo de su *Historia de la guerra de 1914*, reconoce que no es el momento de escribir imparcialmente, pues no se sabe lo que pasa, no hay horizontes, y nada se distingue en la lejanía. Y si un hombre que por tantos estilos puede estar bien informado reconoce esta verdad, mal pudiéramos nosotros meter nuestra cucharada.

A veces, las necesidades de la crónica obligan a hacer consideraciones acerca de éste o aquél aspecto del conflicto; pero yo no me lanzo nunca sin reservas múltiples, sin vacilaciones involuntarias. De esta moderación no me saca nadie. Así como lord Kitchener entiende que la guerra empezará en Abril, yo supongo que su conocimiento exacto principiará dentro de dos lustros.

En estos últimos tiempos me he aficionado mucho a la historia, a una historia superior a las pasiones del momento. ¿Existe, se me preguntará, esa historia? Sí, existe; pero hay que entresacarla de los libros, porque tal vez en ninguno se la pueda encontrar entera. La comparación de los hechos, la reflexión sobre sus causas, dictan, al que quiere acercarse a la verdad, un juicio claro. Nunca, sin embargo, se leerá una página histórica que lleve al ánimo un convencimiento absoluto. Hanotaux tal vez se funde en esto, cuando asegura que hay que escribir de las cosas mientras suceden, porque luego se borran sus contornos. No lo dice con las mismas frases, pero me parece que es lo que quiere expresar.

En efecto, lo habréis notado. A veces es difícil saber qué pasó la víspera en vuestra casa, en vuestra calle: cada cual lo refiere de diverso modo. El misterio, que rodea nuestra vida por todas partes, se extiende hasta a los hechos. Y no hablemos de la interpretación de esos hechos mismos. Tantas versiones como personas.

Por mi parte, voy teniendo cada día más cuidado con las afirmaciones, cuando no poseo datos que no dejen lugar a duda. ¡En aquello que me toca de cerca he visto y leído tantos errores! Y el caso es que he practicado el criterio de no rectificarlos, en lo cual no sé si hice mal o bien. Porque la gente no está obligada a ponerse a estudiar para saber de mí, y naturalmente acepta lo que le dicen.

Va pareciéndome ahora que ciertas cosas, de las que tienen rectificación facilísima, se deben rectificar. Hace pocos años, en un periódico de gran circulación de España, dijo un escritor que mi *San Francisco de Asís* era un mero plagio de la obra del mismo título publicada por el profesor Sabatier. Bien sencillo me fué contestar que había un inconveniente para el caso, y es que mi libro vió la luz más de diez años antes. La cronología es un testigo irrecusable...

En fin, salgamos de estas menudencias, y pasemos a otras...

En Madrid, estos días, se han echado a la calle señoritas de mantilla blanca, de blancos zapatitos, que se pasean arriba y abajo por las aceras, a pretexto de que a Cristo le crucificaron y, en memoria de tal suceso, las iglesias están encendidas y abiertas toda la tarde.

Qué tengan que ver el zapatito blanco, la mantilla y los claveles, con las sagradas reminiscencias de la Semana Santa, no lo acierto: sé que en Madrid así fué siempre. Antaño, la tarde del Jueves Santo se consideraba de gala, y las mujeres, mejor dicho las señoras, tocadas con la gran toalla de encaje catalán, o con la de casco, o la de madroños, salían a lucirse por la carrera de San Jerónimo, oyendo piropos y agudezas. Calzaban de raso, y entre las cabelleras rubias u negras jugaba un lazo del color del traje. Como no se permitía que anduviesen coches, los piececitos sufrían. Pero nadie faltaba a la Carrera, y el Viernes Santo repetíase el paseo, sólo que con trajes de riguroso luto.

Hoy no se ve una cara conocida entre las que ostentan la mantilla blanca el Jueves. Muchas graciosas chulas salen con el mantón de Manila todo recamado de colorines. Las damas copetudas reniegan del antiguo hábito.

Lo elegante es irse, en Semana Santa, de la villa y corte. A Sevilla, a Murcia, a Granada, a Toledo, hasta a San Sebastián... Y mucho también al campo. El que posee una finca en los alrededores de Madrid, en ella se agazapa. Vacaciones de primavera.

De todas las Semanas Santas, acaso sea la de Madrid la menos suntuosa y pintoresca. Alguna procesión, alguna efigie notable, y las solemnidades de Palacio, son lo que al viajero pudiera atraer. Pero lo de Palacio es siempre difícil; hay apreturas, hay que ir muy temprano, para coger buen sitio. Este año, hasta se suprimió la ceremonia del Lavatorio. Era en extremo atractiva: los Reyes, por su mano, lavaban y secaban los pies a veinticuatro mendigos, y después les servían la comida, ayudados por damas y gentileshombres. Los pobrecillos invitados no comían, es cierto, pero se llevaban, para revenderla, la magnífica cesta colmada de empanadas de salmón, trozos de mero, lenguados, besugos, y qué sé yo cuántas golosinas y frutas. Además, se les regalaba un traje nuevo, una capa, ropa blanca, pañuelos, chisteras. Este año, lo repito, los regalos fueron iguales, pero no se verificó la ceremonia. Y no se verificó porque no se podía reunir a los representantes de los diversos países en guerra. Ni cabía prescindir de invitar al cuerpo diplomático ni juntarle...

¡Inesperado efecto de la interminable «conflagración!»

Las ventanas se han guarnecido de palmas. No sé si esta costumbre existe más que en tierra española. No recuerdo haber visto en otros países la palma en el balcón. En Madrid, el Domingo de Ramos es día muy alegre, muy pintoresco, entre las palmas y el tomillico. Hasta los caballos de los simones llevan su retazo de palma entre las orejas.

Quizás toda esta alegría no sea sino la primavera, que viene, algo retrasada, algo agria; pero, al fin, remozadora. No en balde los frutales se han cubierto de nieve de pétalos, prometedores del sazonado fruto. No en balde los jardines comienzan a esmaltarse, a revivir.

Son los tulipanes, vestidos de púrpura y oro, como reyes; son las anémonas, las lilas frioleras, las primulas semejantes a borlas y rosetas de seda recortada. Los rosales se limitan a brotar, pero reservan para mayo sus tesoros. Las camelias aun mantienen sus cálices de cera: las azaleas están cubiertas, por completo, de flor, rosa, carne, amarilla, granate obscuro, blanca, como de batista... Los rododendros principian a erguir sus capullos. Los pensamientos alzan sus caritas curiosas.

Y recordamos lo que ha sucedido con la afición a las flores. Hubo épocas en que una camelia costaba cuatro duros, por la rareza. Hoy Madrid está lleno de casas de floristas y de depósitos de semillas. Y las cestas de flores, y los jarros con claveles, y las plantas verdes – araucarias, palmeras, aspidistrias, helechos –, son el regalo más corriente en los días de «fiesta onomástica», como se dice, o de santo, como se debe decir, a mi parecer.

En el extranjero, se ha puesto muy de moda el adornar los balcones con flores y plantas. Conste que, en eso, les habíamos precedido. Siempre estuvieron enramadas las rejas y florecidos los balcones en España. Claveles, jazmines, mosquetas, capuchinas, hortensias, albahacas, han desplegado su linda decoración en nuestras fachadas, antes que pensase Paquin en adornar la suya, en la archisúper elegante calle de la Paz, en París...

Y ahora los alemanes van a convertir sus balcones en huertos, a cultivar verduras, en vez de flores... ¡A que, por haber recogido este rasgo de aprovechamiento más bien triste, voy a recibir alguna misiva tratándome de *aliadófoba*!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Varias veces me han solicitado – desde que se descendenó la guerra –, para que una mi voz a la de otras damas (o la alce aisladamente), a fin de conseguir que la guerra termine...

No es posible negarse a tan humanitaria petición. Por mí, que no quede. Tanto más, cuanto que el deseo que me piden que exprese, es el mismo que siento a todas horas.

¿Quién no deseará el término de esta espantosa lucha, cuyas consecuencias ulteriores se temen sin definirlas, y no se definen porque sobrepujan a la imaginación? Pero una cosa es esto, y otra creer que conduzcan a nada (como no sea a una afirmación colectiva de buenos sentimientos, lo cual nunca está de sobra), estas preces por la paz y concordia entre los príncipes cristianos... y mahometanos también, digalo Turquía.

Me represento a un barbudo general, de los aliados o de los germanos, en su campamento, dando vueltas a la cuestión ardua de cómo empeñará el «movimiento» del día siguiente, o de aquella misma noche. Si le dicen – no se lo dirán – que las damas españolas desean la paz, fácil que ponga por comentario:

– ¡Más la deseo yo!

Y en cuanto a los príncipes cristianos o de la Media Luna... ni aun comentarán. A lo sumo, un repulgo desdeñoso:

– ¡Visto!

Porque – y esto es claro como la luz –, los intereses, mercantiles o patrióticos, no lo discutamos, que han determinado esta guerra, son tan fuertes, que pretender influir en el desarrollo de los sucesos con un sentimiento tierno y dulce, es como impedir con un papelillo extendido el paso de un torrente...

La guerra terminará, es también indudable. Terminará, y acaso más pronto de lo que se piensa, porque no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista. Y yo ya no comprendo cómo el cuerpo de bastantes naciones beligerantes puede aguantar tal desangre de las venas y de la bolsa.

Otra cosa hay que tampoco me explico: por qué andan diciendo que al terminarse la guerra es cuando España notará las consecuencias del conflicto mundial.

Esto sí que será injusto. España en nada se ha metido, y ¿ha de sufrir consecuencias tan atroces? No nos faltaba más que eso.

Pero a todo hay que disponerse. Por lo tanto, preparémonos, y si viene la miseria que vaticinan, recojámonos a un rincón del mundo, a poder decir, como Siéyes, a quien le preguntaban qué había hecho durante el Terror:

– ¡He vivido!

Con la primavera (aunque agria y destemplada), se ha exaltado la pasión amorosa, llamémosla así, y multitud de novios y amantes han tenido la comodidad de acabar con sus amadas y novias, por aquello de «muerto el perro se acabó la rabia».

Se pierde la cuenta de los crímenes de este género cometidos últimamente. Crímenes rifeños con los cuales el Jurado suele desplegar benignidad suma.

También me ha parecido demasiado suave el acuerdo del tribunal que absolvió a un capitán francés – en Francia ocurre el caso – que mató a su mujer a tiros, porque, sobrado enamorada de él, no le dejaba a sol ni a sombra, y no le permitía cumplir sus deberes militares...

¿De suerte que es lícito al hombre despachar a la mujer al otro barrio, ora séase porque ya no le quiere, ora porque le quiere de más, con golosina y con fatigas?

Uno de los crímenes o por lo menos delitos que se cometieron estos días contra la mujer, ha tenido por móvil, no tiquis miquis afectivos, sino el vicio nacional: la afición, así, *tout court*, porque nadie ignora de qué afición se trata.

Bien mirado, estaba en lo justo el buen hombre. ¿Habrá exigencia como la de preferir conservar los colchones, en vez de dedicar su importe a adquirir un tendidito para admirar al fenómeno?

Debía de ser la tal esposa una grandísima comodona y holgazana, amiga de dormir en blando. Por tan perniciosa aspiración, se opuso a que empeñase los colchones su marido. Y éste, para darle una lecciencita, fué y la descargó unos cuantos estacazos, amén de intentar estrangularla, o cortarle el cuello, o tirarle un viaje, o cosa parecida.

¡Y aun hay quien encuentre recargado el cuadro que pintó Federico Oliver en *Los semidioses!*

Para los que entienden que la fe se ha acabado en el mundo, va la noticia. Trátase de la gran custodia que, en la noche del 16 al 17 de mayo, inaugurará la Adoración nocturna en la Catedral de Madrid.

Es realmente un detalle, nada más, del culto tan intenso y a cada paso más extenso también de la Vigilia del Santísimo Sacramento; y, en poco tiempo, se han recaudado para la custodia, en metálico, cerca de cincuenta mil pesetas, gran parte en oro, y miles de piedras preciosas que enriquecerán la joya. El oro obtenido fundiendo monedas y alhajas, pasa de once kilos y medio, y la plata, de veinticinco kilos, pues una familia envió su servicio de mesa, sin faltar pieza de él.

Digan luego que nuestra época es de frialdad religiosa: pocas veces se habrá dado tanto para el culto y para la beneficencia, que es una derivación de la fe. Aumentan las restituciones por medio de los confesores, y las personas que legan sus bienes para fines de caridad, son muy numerosas y pudientes.

Entre ellas, por cierto, figura mi antigua amiga la duquesa de Nájera – ya duquesa viuda al morir –. Esta señora, con la más noble intención, dejó su magnífico palacio de la calle de Alcalá para un Asilo, creo que de niñas. Pero es el caso que de la idea a la práctica va mucho trecho, y parece que el sitio que ocupa el palacio y su distribución le hacen poco a propósito para tal fin. Así es que será difícil cumplir al pie de la letra la voluntad de la testadora. Tampoco, según dicen, se cumplirá su encargo de que las pieles que poseía se arreglen para uso de las niñas de dicho Asilo. No hay manera de poner una estola de chinchilla al cuello de una niña pobre. Este capricho, que tiene mucho de poético, no pasará del papel de oficio. Las pieles supongo que habrá que venderlas, y con su producto, se podrá abrigar bien a las asiladas, el día que el Asilo sea un hecho.

Va acercándose la fecha del Centenario de Cervantes, y el cervantismo dicta una multitud de iniciativas, y origina infinidad de discusiones, que nos interesan a todos.

Yo, menor de los o de las que cultivan el habla castellana, declaro que Cervantes es patrimonio de todos, y que cuantos escribimos tenemos un derecho más especial a opinar en tal asunto. Y por lo mismo, el monumento a Cervantes, que se proyecta y al cual se le está buscando emplazamiento, no debe ser a Cervantes tan sólo, aislando su gloria. El monumento debe ser al habla castellana, lo cual engrandece a Cervantes, haciéndole símbolo de algo tan majestuoso, y tan extendido, y tan imperecedero en ambos mundos. De tal suerte, se comprenderá que Cervantes representa justamente *eso*, el idioma, en su momento de expansión, en el viejo solar y al través de los mares.

Y como quiera que, aun habiendo culminado en Cervantes el idioma, otros muchos contribuyeron a completar el tesoro, y en cada uno pudiera encontrarse una excelencia y virtud especial, y acaso una nimia perfección que en la espontaneidad de Cervantes no cabría, tengo por injusto que vaya Cervantes no más, y que, conservando el lugar preeminente, entre los grandes clásicos, maestros del lenguaje no le rodee la hueste. El monumento debe ser de tal traza, que acompañen a la de Cervantes varias figuras, por el arte del escultor dispuestas, de manera que indiquen el sucesivo desenvolvimiento de la magnífica lengua castellana.

Allí deben agruparse, en apoteosis, desde Alfonso el Sabio, el Arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo, pasando por los siglos de oro, con Lope de Vega, Tirso de Molina y Santa Teresa de Jesús, sin olvidar a Quevedo, Gracián, Herrera, Villegas, y sin prescindir de San Juan de la Cruz, y de los cronistas e historiadores, todos los que dejaron alta memoria en el cultivo de nuestra habla nacional, hasta Torres Villarroel, los clásicos del siglo XVIII, y los románticos del XIX. El monumento, así comprendido, tendría dos cualidades: sería grandioso y respondería a un concepto de equidad. Sería injusto que, por glorificar a Cervantes, que merece toda gloria, sacrificásemos a los demás, que la merecen también.

Como en todo caben pareceres encontrados, no falta quien entienda que Santa Teresa es un maestro de la altura de Cervantes, y más puro de lenguaje, ya que el autor del Quijote incurrió en numerosos italianismos. Por mi parte, declaro que siempre colocaría a Cervantes a la cabeza; lo cual no implica que se otorgue a los otros grandes escritores y grandes poetas, pensadores, satíricos, místicos, historiadores, etc., un lugar a su lado... y ¡felices, en medio de todo, las naciones que pueden presentar tal cohorte de talentos y de genios!

Emoción sincera y efusiva ha causado en Madrid, y a todas las clases sociales – tan resobada frase cae bien aquí – la operación quirúrgica que ha sufrido Mariano de Cavia. Un entendimiento y cultura prestigiosos, demostrados en larga y asidua colaboración en *El Imparcial*, habían familiarizado con su nombre al público, y le proporcionaban notoriedad envidiable. Su pluma tenía arranques simpáticos, y un españolismo de aragonés de cepa vieja le inspiró mil veces campañas resonantes y briosas. Por eso, al ser conocido el peligro de su vida, no quedó quien no se interesase por él, ni quien no fuese a preguntar por su salud, en el Sanatorio.

La operación, cuyos detalles no conozco, ha debido ser cruenta y rigurosa. Sin duda estuvo afortunada la ciencia, pues el enfermo empieza a poder recibir a las personas que desean verle y felicitarle.

Importa que hombres como Cavia conserven su cerebro sano y firme, y puedan dedicarse a sus tareas (así lo esperamos), muchos años todavía.

Se preparan grandes fiestas en la villa y corte. El tiempo no parece el más propio para zambras, pero reconozcamos que conviene ponerse en la razón de todo el mundo; que el comercio sufre una crisis profunda; que los hoteles y fondas ganan poco o pierden bastante, y que es preciso vivir.

La iniciativa de las fiestas de mayo pertenece al Centro de Hijos de Madrid, que ha desplegado los recursos de una imaginación fértil para desarrollar el programa. Entre otras mil solemnidades, veo que en la Plaza de Toros se verificará un homenaje a Chueca, sin duda el compositor que mejor interpretó el alma del pueblo de Madrid y de la chulería. A este homenaje cooperarán todas las bandas civiles y militares, y los coros de todos los teatros madrileños. Habrá fiesta de la Maya, con cantos y coros a la Primavera, y batalla de flores en el paseo de coches. Además, en plazas y calles se exteriorizará la animación por medio de balcones engalanados.

No dejo de tenerle un poco de miedo (miedo enteramente aliruista, pues ya se comprende que no había de asistir a festejo alguno) a la llamada fiesta del Progreso, que tendrá base de aerostación y automovilismo. Es un poco expuesto a desgracias. Aquí, donde el *sport* de moda en los chicos es torear a los automóviles, y su plato de más gusto, meterse bajo sus ruedas; aquí, donde nadie se aparta cuando toca la bocina; aquí, donde es milagroso que diariamente no haya quince o veinte despachurrados, ¿qué sucedería en la aglomeración de un festival?

Pero en fin, lo que algo vale, algo cuesta. El programa es nutrido, original y brillante, y con que se realice la mitad, podrán darse por contentos el comercio y las varias industrias que realmente languidecen, llevando a la ruina y al hambre a innumerables familias.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"Madrid.– Sesión inaugural del Instituto Francés, presidida por el representante del gobierno francés y exministro Sr. Steeg. (De fotografía de Vidal" 1913, n.º 1.632, p. 247.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La nota de actualidad es un incendio: el que ha destruido por completo el teatro de la Comedia.

Andan muy apurados preguntando las causas del siniestro, lo cual parece cándido. El incendio habrá prendido, según suele suceder, por una chispa; pero se hubiese extinguido, y no ardería el edificio entero ni lo que contuviese, si no fuese invariable costumbre que la gente abandonase lo que se le encarga cuidar.

El caso se presta a algunas consideraciones sobre la psicología nacional, que ahora está en moda estudiar despacio.

No hay periódico que no extreme, en esta circunstancia, la alabanza a los bomberos, por su comportamiento heroico. Lo ha sido realmente, con arrogante desprecio de la vida. Y no sólo ellos, sino otras personas, no obligadas por su profesión, dieron muestras de bizarría, contribuyendo al salvamento y a la extinción del fuego. La conducta de todos tuvo gran relieve. Suele acontecer así en los casos de apuro, en los trances críticos, viéndose abnegaciones sublimes y rasgos de valor y desprendimiento dignos de los mayores elogios.

Lo que falta, por lo general, a nuestro carácter, es la perseverancia en una línea de conducta; es el sentimiento del deber cuotidiano, persistentemente cumplido. Pasado el momento en que las cosas son graves e inesperadas, cuando llega la humilde realidad de cada momento, entra el abandono, la indiferencia, el *tanto da*, fatal y disolvente. Y por eso comprendo muy bien que el empresario de la Comedia, con amargura, declare que el descuido fué la causa. Los que debían cuidar del teatro, roncaban. Habría que desconocer cómo pasan siempre las cosas, para creer que vigilaban cuidadosos.

El hijo del conserje, encargado de velar por la conservación del edificio, por lo visto, en lugar de velar, dormía. Dormía sobre un diván – lo cual no es muy refinado para un teatro tan elegante – pero quizás se creyó que, no durmiendo entre sábanas, sería más fácil que se despabilase. El sereno, que debía entrar cada media hora, tampoco entró, aunque afirma que sí, como afirma el hijo del conserje que hizo requisa a las tres; pero el empresario no lo cree. Y tampoco lo creo ni lo creerá nadie. A las cuatro, el teatro era un infierno. Si a las tres se hubiese requisado, se atajaría el incendio una hora antes, quizás se salvaría el teatro, al menos en parte.

Los teatros requieren especial atención, desde el punto de visto del fuego. En efecto, no sé por qué, arden con más frecuencia que los demás edificios... Aquí, en pocos años, han ardido, como yesca, dos de los teatros mejores. Recuerdo la emoción que produjo el siniestro de la Zarzuela, unido a muchas y muy singulares leyendas y fantasías. Ahora, es la Comedia la que desaparece.

A decir verdad, si el pasado de la Comedia era glorioso, en estos últimos tiempos más bien pertenecía al *vaudeville*. Y supongo que los ámbitos de aquel escenario se sentirían achicados al substituir *El Orgullo de Albacete* a *Los Galeotes*, *La Dolores*, *Juan José*, y al arte de Lidia Borelli, de Tina di Lorenzo y de Zacconi...

En el primer momento, temí por algo precioso que encerraba el edificio, y eran unos magníficos cuadros, propiedad del Sr. Navas. Entre ellos figura el retrato del Empecinado, obra de Goya. Por fortuna, se han salvado, pues el incendio tuvo su foco en el escenario y patio de butacas, y llegó tarde al vestíbulo. Los cuadros se hallaban colgados en la contaduría, al lado del *foyer*.

Es sin duda una gran pérdida la de tan hermoso edificio, y un gran desastre para los artistas y el empresario, éste arruinado, según dolientemente manifiesta, y aquéllos privados de sus ropas. El empresario no tenía nada asegurado, así es que ha sido para él mayor el desastre. El inmueble si lo estaba, de suerte que por este concepto será el daño fácil de reparar.

El gesto gallardo – como ahora se dice en galiparla – lo ha tenido Fernando Díaz de Mendoza, o mejor dicho, porque no conviene separar lo que el Arte unió, los Mendoza Guerrero. Con la generosidad que los caracteriza, ofrecieron por telégrafo cuanto pudiese necesitar Tirso Escudero: decorado, *attrezzo*, vestuario, para salvar el compromiso de la anunciada *tournée* por los países americanos. Ardió lo que, empaquetado ya, sólo aguardaba a ser expedido, y Díaz de Mendoza lo substituye, a lo gran señor que es.

Mariano de Cavia parece fuera de todo peligro. Cada día que pasa aleja los temores de complicaciones y retrocesos. Empieza a hacer su vida de convaleciente normal, y la señal mejor es que ha vuelto a coger los puntos al idioma.

No ha muchos días, se escandalizó de la palabra *roseraie*, que verdaderamente es francesa, y la substituyó con otra, *rosaleda*, que significa vivero o campo de rosales.

Hace mucho tiempo que yo tenía una *rosaleda*; pero le llamaba *rosalera*, por analogía con esparraguera, fresera. No defiendo mi error, y estoy dispuesta a reemplazarla con la d, si ocurre; pero conste que tengo mi palabreja, y no suena mal.

Mi rosalera (sigo diciendo así provisionalmente) es un vasto campo todo plantado de rosales distintos, rojos, amarillos, color de carne, blancos como el armpo de la nieve, y hasta color de rosa – que es el que menos se lleva –. Y al principio la llamé *alejandría*, porque es en Alejandría donde los campos de rosas son habituales y cubren vastas extensiones. De esas rosas se extrae la famosa esencia oriental, que se vende en los bazares de Esmirna y el Cairo, en tarritos de vidrio, muy angostos, adornados de dibujos de oro, que parecen los recamos de un tapiz.

Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres. En esta semana hemos tenido nuestro correspondiente marido calderoniano. Mató a su cónyuge, con certeros tiros; pero, llegado el momento de «hacerse justicia», le falló... Pícara casualidad – que se da muy frecuentemente –.

Y después, el toque teatral: el beso al cadáver, en la frente, con gran efusión...

Hacen bien estos médicos de su honra (la cual, la mayor parte de las veces, no ha sufrido deterioro, y ésta me parece una de ellas) en realizar todas las alharacas del sentimiento. Son la probable absolución del jurado, y hasta los aplausos a la salida, y los apretones de manos, y el convite de los camaradas y los amigos...

Y cuatro huérfanos, y un hogar deshecho en un arrebato, y un ser humano sacrificado sin misericordia...

Con razón decía un célebre jurisconsulto que la vida no está protegida; pero debió añadir «en especial, la de la mujer». Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan los más atroces atentados, las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tienen un carácter colectivo y de interés general) disculpan esas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por la mano.

He visitado, en el Salón Iturrioz, la Exposición de Maximino Peña. Este pintor lleva años de trabajar y de formarse la mano, y ha llegado a adquirir una factura extraordinaria. Algunas cabezas de las que exhibe, están a la altura del hacer de los viejos maestros de la escuela española.

Una, de un aldeano, que ha sido adquirida por la Infanta Isabel, es de energía y fuerzas sorprendentes. Parece vivir.

Este Salón Iturrioz, en poco tiempo, se ha hecho un centro de vida artística. Dentro de lo industrial, no cabe cosa más linda que las acuarelas y litografías que reproducen cuadros célebres. Y como nunca faltan expositores, se puede revisar, en el Salón Iturrioz, lo más reciente y digno de interés que producen la pintura y el dibujo en la temporada de invierno.

Otro foco de arte, pero individual y aislado, es la tienda de Zuloaga, en la calle del Arenal. Quien la ve por fuera, cree que allí no se vende sino hierro nielado e incrustado, en el conocido estilo de Eibar. Pero dentro está lo importante: los barros vidriados, los azulejos, los platos de reflejo hispano árabe. Todo ello original, es decir, sin carácter de fabricación, sin reproducir dos veces el mismo modelo.

Diseño, pintura, esmalte, todo es obra del anciano artista, tío del célebre pintor Zuloaga. Y como yo insinuase que la cerámica que estoy viendo tiene un sello muy semejante a los cuadros de Zuloaga que reproducen tipos de los pueblos de la provincia de Segovia, me contesta el ceramista, con natural orgullo artístico:

– Yo empecé antes que él a trabajar en ese sentido...

Es muy frecuente, en las familias en que el arte puso su sello, que la aptitud venga de padres y de abuelos y sabe Dios desde cuándo. Suelen estas familias formar dinastía, y en mayor o menor grado, revelarse en ellas las mismas condiciones, y hasta ideas semejantes.

Este ceramista genial tiene su taller, que me prometo visitar en cuanto me sea posible, en una iglesia románica de Segovia, donde, como si le alentara el soplo del pasado, ha vuelto a encontrar los misteriosos reflejos de los platos y jarras antiguas. La materia de que se sirve, es el barro rojo, lo más humilde, con lo que se fabrica el ladrillo y la teja. En ese barro he adquirido un almirez, reproducción de los antiguos, los de latón. Este es de barro vidriado, con preciosa armonía de colores, rojo y azul verdoso, y no son menos lindos los platos de colgar, con tipos populares segovianos.

Cada señal de vitalidad artística me alegra, porque es uno de los aspectos por los cuales España pudiera crear riqueza.

Aunque no suelo hablar ni de política ni de nada que con ella se relacione, a título de actualidad debo decir que es sorprendente la expectación que ha despertado el discurso de D. Antonio Maura en el Real. En el momento en que esto escribo, tal expectación ha llegado a su colmo. Por las localidades hay puñaladas. Un entredós así quisiera el empresario para las noches de gran cartel. Quieren ir treinta mil personas, y no caben en el teatro, según parece, sino tres mil, a lo sumo cuatro.

Y el caso es que todo el mundo se pregunta: ¿tiene tanta importancia este discurso como parece desprenderse de la ansiedad que suscita? ¿Va a constituir un acto de resonancia suprema, transcendental en el partido y en la nación?

La mayoría de las gentes creen que no. La situación del orador es difícil. No puede decir ni la mitad de lo que piensa o siente...

La danza es un arte que, en estos últimos tiempos, renace de sus cenizas – y cuidado que sus cenizas eran seculares varias veces –. Hablo de la danza popular, no de la de los cuerpos de baile. Todas estas bailarinas que van disputándose el aplauso y la admiración del público, retornan más o menos a los antiguos ritos, en las altas edades históricas. Y es un espectáculo bello y artístico el de tales danzas. Aun cuando no he asistido a las últimas fiestas de este género, vi el entusiasmo que despertaron, y la *Argentina*, y la bailarina belga, recogieron tributo de admiración y ovaciones sin cuento, en el Ateneo y dondequiera.

Hay un porvenir para la danza. Cada nación, además, enlazará la tradición de las suyas peculiares, y no dejará que se pierda en la bruma del olvido esa belleza de su alma, revelada en el ritmo del movimiento y en la plástica de las posturas.

Aunque no estemos para muchas danzas, hay que saludar a las gentiles descendientes de las danzarinas de Gades, que electrizaron a Roma.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va dejando de ser actualidad el famoso discurso de D. Antonio; pero todavía se presta a un parrafillo de crónica. Aun publican los gráficos retratos del insigne orador, y fotografías de la *garden party* de Parisiana.

Lo primero que ocurre al pensar en este suceso, es que ya el Parlamento ha quedado relegado a segunda fila. Los acontecimientos más resonantes de la política, no se desarrollan en su recinto. Es en los teatros, en los locales públicos, donde se reúne la multitud para manifestar sus deseos, sus opiniones, sus simpatías calurosas.

Por efecto de la venida de los Comités, Juntas y partidarios sueltos, y acérrimos, la concurrencia el día de la solemnidad fué tal, que había, como suele decirse, puñaladas por las localidades. El Teatro Real no es de goma elástica, y la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física que casi se desmintió esa tarde del 21 de abril. En ninguna función de gala he visto veinte señoras en un palco.

Y después de tal apretujamiento, que engendra una disposición a la irritabilidad, otro caso sorprendente fué que nadie rechistase, que no hubiese una cuestión por el acomodo y asiento, ni una discusión ni una voz ni un murmurio. Y además, el gentío, prensado, molestado, nervioso, se mantuvo, después de las explosiones del entusiasmo, en la religiosidad del silencio, por el espacio de dos horas que duró la perorata: tiempo capaz de dar al traste con la atención de cualquier público.

***

Todo esto me lo han contado. Yo no asistí, por mi luto, a pesar de que la fortuna me había deparado un sitio cómodo, de toda holgura.

Si el Congreso – aquel Congreso tan lóbrego, tan sofocado, tan polvoriento, cuyas tribunas parecen hechas de propósito para que nadie asista a las sesiones – fuese el Teatro Real, ¡qué llenos tendría! Verdad que los llenos es lo que quiso evitarse, no cabe duda.

Cuesta tal pérdida de tiempo la contingencia de tener un lugar en primera fila en el Congreso para escuchar a algún orador de nota, que mucha gente renuncia. No estando en primera fila, ni se ve ni se oye; hace un calor asfixiante, y se está muy mal sentado, con rodillas y pies ajenos rozándole a uno el espinazo, y sin poder salir ni moverse, pues se pierde el sitio.

Todas las indicaciones y súplicas, respecto a lo razonable que sería que los asientos de las tribunas se numerasen como los de los teatros, se han estrellado contra esa monótona indiferencia española, conservadora del error, y que para nada tiene en cuenta los derechos legítimos del público.

Por esta mala disposición del Congreso, la gente ha acogido como maná la traslación de la oratoria política y social a lugares menos incómodos. Los salones de los grandes hoteles, los teatros, la plaza de toros, si se tercia..., todo es preferible al palacio de la Asamblea Legislativa.

Y las muchedumbres, en el despertar colectivo a que estamos asistiendo, en el ansia de oír palabra que se acentúa, aspiran a acomodarse bien, a ver la cara del orador.

Por eso las Conferencias van poniéndose cada vez más de moda. Se acabó el vacío triste de los locales, el sonar de la voz en hueco. Hay auditorio para todos, aunque, naturalmente, no en la cantidad que lo hubo para D. Antonio.

España, además, es el país de la palabra. Si se nos juzga por la calidad de nuestros oradores, no existirá raza en el mundo que con nosotros se compare.

Los que hemos alcanzado a Castelar, en sus últimos años, pero asombroso todavía; a Romero Robledo, tan diestro esgrimidor; a Cánovas del Castillo, que era prolijo en el Ateneo, pero en las Cortes un atleta; a Salmerón, con sus tonos bíblicos; a Silvela el florentino, con sus astutas reticencias y sus pases, envidiables por el mejor lidiador; a Nocedal, con su aire de actor, sus ardides y donaires cómicos; a Mella, que está ahora en la plenitud de sus facultades; y al más grande tal vez (aunque sea muy difícil otorgar la palma en este género), Canalejas, desigual, pero magnífico cuando le asistía su peculiar inspiración...; quienes los escuchamos, repito, bien podemos gloriarnos de que no oiríamos cosa mejor aunque fuésemos coetáneos de Cicerón o de Demóstenes.

En España se crían los oradores sin igual y, correspondiendo a este privilegio, el público más sensible a la magia y prestigios del verbalismo.

¡De cuántas desdichas no ha consolado a España, a veces, un discurso de éstos de empuje, como el de D. Antonio!

Porque los discursos engendran esperanza; y de la esperanza nace alegría. Hay una cierta expansión que por un instante suscita la idea de mejor porvenir. Los males de la patria, si no se han remediado, van a remediarse en plazo breve. Se han agitado las aguas de la piscina, y el que entre en ella no quedará ni tullido ni manco, sino sano y vigoroso...

Aun los que estamos más abrumados de pesimismo – de ese pesimismo amargo, pero no letal, que no nos impide trabajar como si confiásemos en el porvenir – sentimos a veces la oleada de ilusión, el aura halagadora que nos acaricia la frente... Pero, al otro día, todo está igual. No vemos el surco abierto... Tal vez, para verlo, haya que tener los ojos vendados de la fe robusta.

***

Los discursos, al pasar de los labios al papel, pierden más de la mitad de su fuerza.

Y además, ¿quién relee un discurso? ¿Dónde están aquellas oraciones magnas, tan celebradas a su hora, formidables como acorazados, de Canalejas? ¿Qué quedó de su efecto momentáneo? Nadie, de fijo, ha pensado en desempolvarlas, desde que quedaron oficialmente archivadas en las mustias hojas del *Diario de Sesiones*.

Como las plantas y flores que se recogen llenas de vida y de color y de perfume, y se prensan entre los cartones de un herbario, y al cabo de poco tiempo están pálidas y marchitas y descoloridas, – los discursos más grandilocuentes son polvo y ceniza cuando sobre ellos pasan unos años.

Y ¡qué de sorpresas guardan estos Diarios oficiales antiguos!

A pesar de la labor de lima y expurgo que sufre todo lo que en las Cortes se dice, antes de que pase a la publicación oficial, en ella se encuentran cosas asombrosas. Pero nadie tiene espacio ni paciencia para registrar minuciosamente el *Diario de Sesiones*, a no ser los diputados que quieren argüir de inconsecuencia a sus adversarios, y refregarles, perdónese el vulgarismo, por las narices sus propias palabras y sus antiguas opiniones, cogiéndolos en flagrante delito de contradicción.

¡Claro es que algo queda de los discursos! Lo que hay, es que ese efecto no guarda proporción con el que al pronto se creería que hubiesen de causar.

***

Tampoco esto va con el discurso del Sr. Maura, en especial, por más que estará sujeto a la ley que sufren todos los monumentos oratorios, desde los del «divino» Argüelles y D. Joaquín María López, hasta los más flamantes. Es el desquite de la literatura escrita, tan inferior en estruendo, en los primeros momentos, a la verbal.

Y esto me trae de la mano al Instituto francés. Son conferencias literarias las que en él escuchamos.

Se deslizan calladamente, ante un recogido auditorio, de gente que se conoce toda – lo que en Francia se llama *habitués*. Apenas si la prensa, de vez en cuando, las menciona, en distraído suelto. Yo, sin embargo, creo que abre surco esta labor.

Se fundó el Instituto francés hace pocos años, y redimió a los perseverantes profesores franceses, de la cárcel que sufrían en las incómodas y obscuras aulas de nuestra Universidad Central.

Al objeto de estrechar las relaciones culturales entre Francia y España, venían estos Profesores aceptando el local que encontraban, y los concurrentes deseábamos también que se organizasen mejor unas enseñanzas tan atractivas. Porque, en este particular, y sin mengua de la neutralidad ante Belona, éramos y somos francófilos buen golpe de españoles. Francia es una segunda patria de nuestro espíritu, es nuestra maestra, y los artistas más castizos, quieran que no, algo deben a la «hermana latina».

Surgió al fin el Instituto, y unido a él, un Colegio; todo sencillo, pero higiénico, confortable, y no desprovisto de cierta elegancia. Todos los años, en primavera, dan cursillos algunos Profesores, que proceden de Universidades francesas.

Este año vino también un belga, el Sr. Vilmotte, procedente de Lieja. Su explicación abarcó aspectos históricos: el estado de Bélgica a fines del siglo XV; el Renacimiento en los Países Bajos; el movimiento y evolución de las letras; el arte, la escultura, la pintura; y así, en breve conjunto, nos presentó, clara y bien definida, la civilización característica de su patria, hasta el trágico momento presente.

Otro conferencista, el Sr. Arnould, profesor en la Universidad de Poitiers, adoptó un tema muy sugestivo, la evolución del Teatro cristiano, desde los Misterios, hasta nuestros días, iniciando la serie de obras relativamente modernas por el *Poliuto*, de Corneille, en su opinión el mejor drama cristiano, siguiendo por las familiarísimas *Ester* y *Atalía*, de Racine, y terminando con el movimiento místico del último período del siglo XIX, Mauricio Bouchor y la *Marche à l'Etoile*, la *Samaritana*, de Edmundo Rostand, y las celebradas *Pasiones* de Nancy y Oberammergau. Yo hubiese añadido la *Salomé*, de Oscar Wilde. Nada más cristiano que la figura del Bautista.

***

Pero el asunto más oportuno y simpático, lo ha tratado, sin duda, el Director del Instituto y Rector de la Universidad de Tolosa, Ernesto Mérimée. Es asunto que tiene dominado, pues toda su vida, puede decirse, ha cultivado los estudios hispánicos, afición que le viene de casta; nadie desconoce lo hispanizante que fué el autor de *Colomba* y de *Carmen*, verdadero cautivo de España, adorador de nuestro elemento pintoresco, de la belleza de nuestros paisajes y edificios, y amigo muy íntimo de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Este Merimée de ahora, sobrino del antiguo, ha publicado importantes estudios sobre Quevedo y otros clásicos españoles.

Así, le tenemos por familiar y amigo de casa, y hemos estado pendientes de sus labios cuando nos explicaba las relaciones estrechísimas entre las letras españolas y las francesas, a partir del siglo XVII, época de nuestro glorioso esplendor literario. Y la concurrencia no sentía la frialdad, compañera frecuente de las lecciones de cátedra, sino una emoción honda y misteriosa, que comunicaba con el conferenciante al tocar, con tan delicado acierto, las cuerdas del patriotismo.

Al través de la erudición, del ingenio y hasta del buen humor del conferenciante, se percibía el latido de su corazón de viejo patriota, herido y lastimado, y que busca la simpatía y el interés de los oyentes y de los amigos, para consuelo y calor.

A este terreno nos llevaba su conferencia amenísima, al poner de manifiesto los lazos de unión que crean las semejanzas y las influencias en el arte, en la literatura, hasta en las costumbres.

Merimée demostró, en esta labor fina, su tacto y conocimiento del alma española, y su pleno dominio de nuestras letras, en sus mejores períodos.

Nuestros aplausos debieron convencerle de que había logrado su fin.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Siempre sorprende y viene a mala hora la Intuisa; pero, al tratarse de la marquesa de Squilache, sobreva y asombra, porque la marquesa murió como había vivido, de pie, por decirlo así; en la plenitud de sus empresas, de sus obras benéficas, de su actividad social, y sin que a su muerte hubiese precedido ese período de retiro y penumbra, ese declinar de las existencias más brillantes, que acompaña a la vejez.

Vieja era la marquesa, sin duda, sólo que no se le conocía, pues dijérase que poseía un secreto maravilloso, una fuente de Juvencio, de la cual bebía un sorbo todas las mañanas, y que repartía por sus venas fuerza, frescura, vivacidad y energía.

Yo lo pensaba: era esta mujer una Ninón de Lenclos, y en los setenta se hubiese explicado que inspirase pasiones, o (si la palabra es muy recargada de color para lo gris de la vida moderna) ilusiones y devaneos...

En efecto, se dió el caso peregrino de que cuantos conocieron a la marquesa en sus juventudes, declaraban que ahora estaba más guapa que a los veinte y a los treinta; y con ese género de hermosura fulgidora que, escribiría Flaubert, es «resultado de la armonía entre el temperamento y las circunstancias»

Los periódicos de Madrid han contado al detalle la biografía de la Squilache, como familiarmente la llamaban todos, altos y bajos, pues era popularísima; sabemos las etapas que recorrió, desde su primer matrimonio, en la Habana, con un marino, a su instalación en la suntuosa residencia de la plaza de las Cortes, donde acudía solícito cuanto de escogido encerraba Madrid; pero esta parte externa de la historia de la marquesa no tentaría a un novelista, a un Balzac, que se impusiese la tarea de historiar las costumbres de un período, de la Restauración acá, como pudiera tentarle lo interno de una existencia y de una carrera – debe llamarse así – tan fecunda y tan bien graduada y desarrollada.

Nadie ignora tampoco que la marquesa de Squilache fué el eje de la beneficencia social española, por largos años.

Para los resultados que ella obtuvo, era necesario tener a la sociedad madrileña conquistada, halagada, rendida, en la mejor acepción de la palabra; y era indispensable también entender la palabra *sociedad*, no en el restrictivo y mezquino sentido de *coterie* o cotarro que últimamente se le ha querido dar, sino en el amplio y comprensivo que le dieron las mujeres llamadas a ser focos y centros de sociabilidad verdadera: las Montijo, las Campo de Alange.

Invariablemente, siempre que la marquesa proyectaba algo que la obligaba a hacer un llamamiento a la generosidad del público, se vaticinaba que el resultado sería plenamente satisfactorio, porque los amigos de aquella señora obsequiosísima tenían mucho que agradecerle, y no podían cerrar la bolsa ni la voluntad ante su deseo.

Es de advertir que la marquesa había hecho escuela, y no pocas damas querían seguir sus pasos; ello era más fácil de pretender que de conseguir, porque, frase clásica, «cuando no le dan a uno en su casa ni un vaso de agua, y apenas le saludan, nadie tiene ganas de aflojar la mosca...»

Tal era el criterio general, y no puede menos de sugerirme algunas reflexiones.

Es un tópico el repetir que la caridad debe hacerse en secreto, que no ha de ser bailada ni divertida... Sí; esto lo oímos a cada instante, y a eso se debe aspirar, si se aspira a la santidad también. Pero entonces hay que hacer el género de vida y practicar las virtudes de los santos, y, mendigando, tendida la mano, como Ernestina Villena (el tipo que retrató de mano maestra Galdós), pedir aquí un clavo, allá un ladrillo, de limosna, para la construcción de los Asilos soñados.

El sistema de la marquesa era otro. Primero creaba la obligación de gratitud, y los invitados a fiestas, bailes y comidas, no sólo habían de dar, sino ejercitar totalmente su influencia a fin de que los demás diesen.

Las sociedades, como el Casino y la Peña; el comercio de Madrid; el Banco y la banca; la prensa, los artistas..., contribuían a las obras siempre útiles, a las iniciativas siempre felices de «Pilar». Y esto hay que decirlo ahora, que la muerte ha cerrado aquellos salones, ha cortado aquella cadena de trabajo duro y continuo, oculto bajo las rosas y los claveles, las frívolas apariencias: porque la malignidad y la envidia no duermen, y se ensañaron, no poco (aunque sin fruto), con la Squilache.

Uno de los temas favoritos de los críticones era suponer que todas las obras benéficas por la marquesa emprendidas no tenían más objeto que el de obtener ciertos honores, que podían serle otorgados por el Rey.

Distinguida, en los tiempos de Sagasta, con el título de Squilache, aspiró a la grandeza de España, y en ello puso empeño constante.

Y la gente, siempre algo burda y simplista en su modo de entender los caracteres, dió en considerar a la marquesa algo como el Sixto V anecdótico que, conseguido su objeto, tiraría las muletas. Así que la hiciesen grande y dama, ¿quién lo duda?, los pobres no verían un céntimo más, se habrían acabado las remesas al Africa, para nuestros soldados heridos, y «Pilar» descansaría sobre sus laureles...

Con gran contentamiento de los que la mirábamos de un modo más justo, hasta más conforme con la realidad, pues no se desmiente en un día una vida entera, la marquesa de Squilache, habiendo llegado a la cima de sus aspiraciones de elevación social, continuó prodigándose en las tareas de beneficencia y patriotismo, quizá con mayor ardor que nunca; y los hombres políticos que concurrían a su casa no fueron rechazados por ella como se rechaza el escabel, que ya no sirve, sino que continuaron agrupados a su alrededor, entendiendo la marquesa que la amistad es cosa tan bonita, planta tan ornamental para una residencia, como puede serlo una de esas palmeras espléndidas que gustaba de colocar en los ángulos de sus estancias, lindamente engalanadas con lazos de finos colores.

Era un espectáculo bello, para los que amamos la vida en todas sus manifestaciones, y el valor como quiera que se muestre, el de esta *mondaine* (digámoslo en francés, pues en castellano tiene un sentido menos grato la palabra), desdeñosa de los años que se empeñaban en doblegarla y rendirla, de los achaques que vencía no haciéndoles caso, y dedicada heroicamente a ejercitar la beneficencia, sin escatimar dinero ni tiempo.

Hay que saber lo que representa de esfuerzo de voluntad, en una mujer que concurre a todas las fiestas y presta su servicio en la Corte, sufriendo las molestias del adorno y emperejilamiento, acostándose tarde, el estar a las once en punto en un asilo, todos los días, repartiendo por su propia mano la comida a los pobres, a ochenta y cinco diarios. Persona que ha asistido a este reparto estaba asombrada de la gentileza, de la gracia, de la vivacidad con que la marquesa atendía a sus protegidos.

El general Silvestre, el general Marina, no ensalzaban menos la oportunidad y buena traza de los envíos para los soldados. En cuanto ponía la mano la marquesa, se veía su inteligencia despejada, su hábito de dirigir y organizar.

No he olvidado su gestión en el asunto del monumento al Cabo Noval. A una indicación pesimista de Mariano de Cavia en *El Imparcial*, dudando de que aquí se pudiese encontrar ambiente para conmemorar el hecho glorioso de un hijo del pueblo, contesté yo – un poco a la ligera, en un brote de sentimiento – que la conmemoración se haría. Cuando logré que la marquesa hiciese suya la idea, me consideré salvada.

La marquesa comprendió, desde las primeras palabras, el sentido del proyecto. «Con el nombre de Noval, haremos un monumento a la gloria del soldado español», exclamó efusivamente.

Y lo hicimos, es decir, lo hizo ella, organizando como sabía las fiestas y suscripciones que permitieron recaudar los fondos; y faltando, aun así, algo para completar lo que el monumento costaba, lo sacó tal vez de su inagotable bolsa, tal vez de un remanente de América, y el monumento, con rapidez suma, surgió ante el palacio de los Reyes, como para decir a las grandes Instituciones de la patria que el pueblo es un feraz vivero de héroes anónimos, prontos a verter su roja sangre, lo mismo que en los días de nuestro esplendor...

Por estos y por tantos otros merecimientos, fuí yo siempre del número, que me complazco en no creer escaso, de los que se alegraron muy de veras cuando el Rey distinguió a «Pilar» con la grandeza de España, y la Reina con el lazo.

Es muy fácil y obvio calificar de vanidad aquello que Dante llamó *il gran disio de l'eccellenza*; pero ¿acaso no dijo otro poeta, el mayor de la antigüedad, que vanidad es todo, vanidad de vanidades?

A ceniza y a polvo se reducen, harto lo sabemos, no sólo la substancia de nuestro cuerpo mortal, sino la de nuestros deseos, fallidos o colmados; y el tiempo, borrando, en plazo más o menos breve, las huellas de los sucesos, de la labor y lucha, las convertirá en esa niebla de olvido, en que, fatalmente, todo esfuerzo hace sonreír.

Allí, vanidades son las más vehementes aspiraciones; ceniza, el amor; la gloria, humo (recuérdese la bella dolora de otro poeta asturiano).

Así, bien cabe llamar humo a grandezas, títulos y cargos.

La marquesa deseó ese humo, y lo confesaba sencillamente.

Mujer de acción, entendía, como los hombres de acción suelen entender, que las recompensas y las distinciones de los Reyes deben recaer en aquellos que aportan a su época relieve y brillo. Infatigable trabajadora, tenía conciencia de la importancia de su labor, y de sus méritos propios, que no consistían, como dijo algún malévolo, en tener dinero y en gastarlo.

Tenerlo, nada vale; saberlo gastar, ya es algo; saber sumarlo al dinero de la colectividad y cubrir urgentes necesidades sociales, ya es más, bastante más, y cuando llegue la hora de las iniciativas y de sumar voluntades para una empresa común, se verá lo que valía la marquesa, y cómo difícilmente cabe que se la substituya.

Por eso fué un acierto y una justicia la gracia del Soberano, al enviar a esta mujer singularísima la merced, y la carta halagüeña que la acompañaba.

Madrid ha perdido mucho con perderla.

Difícilmente se reemplazará su hospitalaria casa, difícilmente su persona, que desafiaba el ultraje de los años, siempre vestida con suntuoso buen gusto, coronada la cabeza de diamantes, cubierto el busto con sartas de perlas, siguiendo la moda sin la exageración de las elegantes profesionales, y dando a la *toilette* el carácter especial de realzar la dignidad de la posición.

La Squilache llenaba un salón, como suele decirse, con su figura de gran señora. Cuando asistía a las ceremonias palatinas, la gente se precipitaba por verla pasar. Era un adorno inmarchitable en la corte.

Su instinto de decoro social la guió hasta el último momento.

Un día me enseñó el panteón que hizo construir para descansar en él al lado de su tercer marido, D. Martín Larios, de quien procedía la fortuna (tan bien empleada y gastada) de la marquesa. Y, al mostrarme la cripta, me hacía notar cómo había procurado rehuir los aspectos lúgubres del más allá, la fealdad triste de los enterramientos severos y escurialenses.

Mármoles blancos, un templo primorosamente decorado, con una riqueza grave, en la cual, sin embargo, noté semejanza con los salones de la residencia misma de la marquesa; obra de arte, todo claro, limpio como un cristal...

Una última morada en que reposará a gusto esta mujer, que alrededor suyo creaba una alegría decente, señorial...

Y como una existencia tan completa y una muerte tan relacionada con la vida que de ella se originó, es verdaderamente una obra de arte, dedico a la memoria de la marquesa el tributo de simpatía, de respeto y de cariño que afirmo que merece.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un viaje en automóvil al través de España, por caminos imposibles y puertos con nieve perpetua no deja de encerrar elementos pintorescos, además de abrir amplio campo a la observación respecto al estado de España, su verdadero estado, fuera del ambiente de Madrid, siempre un poco artificial y distante de la realidad humilde y diaria.

La España por donde he cruzado, no es la España que consiguió adelantos, cierta prosperidad, población densa, vida industrial y fabril. No: es una España medio desierta, en que desfilan kilómetros y kilómetros sin encontrar una casa, un caserío, un hombre cavando, una yunta de bueyes o de mulas, un rebaño, una gallina, un perro. El despoblado, el siniestro despoblado español: he aquí nuestro viejo mal, nuestra antigua caquexia...

No todo el camino es así; parece que huelga decirlo, pero temo que me achaquen un pesimismo que no siento. Me limito a pensar que no es posible, donde falta gente, brazos, hogares, que sea halagüeña la situación. La soledad, el desierto: he aquí la impresión dominante de buena parte del camino.

Se extiende la mirada por el horizonte, y no se divisa nada que corte la monotonía de la estepa gris. Ni un campanario, ni una choza. Y, por toda Castilla, y por toda la provincia de León, a los dos lados de la mala carretera – mala digo, y debí decir detestable, en no pocos trechos –, no he visto una quinta, una casa de recreo, un jardincillo. Esto, que tan a menudo se encuentra en Galicia, hasta en aldehuelas sin importancia alguna, no se ve en Castilla ni en León para un remedio. Así como Juan Jacobo Rousseau hubo de exclamar: «¡Pervinca!» transportado de gozo, al ver azulear la florecilla primaveral sobre el verdor de los matorrales, exclamé yo «¡La primer rosa!» cuando la vi emerger de una tapia, ya en país gallego.

Cuando se sale de Madrid hacia el Guadarrama, y se continúa hasta Adanero, agrada y parece que hace compañía ir viendo al borde de la ruta los postes-avisos del Real Automóvil Club, que advierten el peligro de los zig zags, de los badenes. Por cierto que esto de los badenes es una de las varias cosas que nunca alcanzo a comprender. Un badén, traduzcamos al vulgar, es un hache. Natural considero que pueda haberlo un año: ya no es tan natural que lo haya dos, tres, cuatro, cinco, y que figure en las Guías, como una institución veneranda. Porque un badén se llena, se compone, y ya no existe.

Las revueltas ya es otra cosa. Como no se pueden quitar, hay que contar con su existencia. Este camino del Guadarrama encierra muchas tristes conmemoraciones de automovilistas muertos, casi siempre por culpa de los zig zags, o mejor, de las velocidades insensatas.

Apenas salimos de las regiones frecuentadas por elegantes deportistas, y nos internamos en la estepa, el Real Automóvil Club deja de mirar por nosotros. Desaparecen sus postecitos indicadores. El viajero queda entregado a la pericia del mecánico y a la protección de San Cristóbal gigante.

Yo venía dando vueltas a la duda de si puede ser esta ruta que seguimos el antiguo camino real, que de niña me pareció tan ancho. Esto es, a lo sumo, una carretera vecinal de mi país.

Otra grave dificultad de los viajes en automóvil por España, es que no hay etapas que establecer. Un recorrido en automóvil, al menos para mi criterio y gusto, es una expedición de estudio y recreo, deteniéndose en pueblos interesantes por sus recuerdos y por su aspecto típico; no comprendo viajar sólo en el sentido de trasladarse, y menos el anhelo de la velocidad por la velocidad. Así es que, en mi concepto, la etapa de automóvil comprende de cien a ciento cincuenta kilómetros por día. Pero no hay manera de arreglarlo. Los trayectos algo importantes son mayores. El cálculo lógico del automovilista es hacer su recorrido por la mañana; llegar a los pueblos con el tiempo necesario para visitar lo que encierren de curioso, dormir, y continuar con el mismo método a la mañana siguiente. Sólo que no se puede. No hay, lo repito, poblaciones escalonadas a distancias proporcionales; no hay fondas aceptables sino en las de importancia; y el mal estado de la ruta hace que a veces se tarde más en franquear diez kilómetros, que se tardaría en devorar cien de camino expedito y cómodo.

Las fondas aceptables son una deleitosa novedad que encontré. A veces, temía yo seguir mi inclinación, pararme a ver piedras viejas, por no sufrir las seguras molestias de un hospedaje género Alejandro Dumas, con todos los detalles descritos por Luis Taboada, el amenísimo escritor. He sentido una impresión muy grata al cerciorarme de que en Valladolid, León y Astorga existen ya hoteles confortables. Creo que el de Valladolid se llama Hotel de París, y el de León, Hotel de Francia. El de Astorga es nuevo, y he almorzado en él muy bien y a gusto. Son estos hoteles como oasis, donde se descansa y se procede a las abluciones, donde se recobra la fuerza y se repara el cuerpo fatigado. Os tranquiliza la cama limpia, la cocina sabrosa, la manteca fresca... Si: esto merece una mención honorífica: a esto hay que saludarlo como hemos saludado a la primer rosa. En mi viaje, pude comprobar que ya existen hoteles donde se come manteca fresca, manteca del día... Mil veces he deplorado que España sea el país de la manteca rancia, la cual empieza en Irún para terminar en Finisterre. Cosa tanto más triste cuanto que mucha parte de nuestra nación, toda la zona cantábrica, debiera ser un emporio de ganadería. Aquí, en Galicia por ejemplo, cualquier terreno puede convertirse en prado. Aquí debiéramos, en ese respecto, ser una Suiza; y lo mismo digo de la provincia de León, en la región del Bierzo. Debiera formar parte de nuestras grandes industrias la leche y sus derivados. Manteca, queso, pudieran constituir aquí florecientes industrias agrícolas. No sucede por falta de conocimientos, de iniciativa, por tosquedad de procedimientos. Hay, verbigracia, un queso, llamado por antonomasia *gallego*, que debe de tener un antiquísimo origen: sería probablemente ofrenda votiva a alguna divinidad fenicia o griega, del amor o de la maternidad, pues reviste la típica forma de un seno de mujer. Este queso, de leche de vaca, es exquisito: es decir, es exquisito cuando sale bueno, lo cual no ocurre siempre. Ninguno de estos quesos es igual a otro. Es decir, que estos quesos no se fabrican con arreglo a una fórmula siempre la misma: los hace cada cual como le place. En unas casas de montañeses los harán bien y en otras muy descuidadamente, pues a veces el cuchillo, al hundirse en la blancura, descubre el punto negro de la mosca sepultada... El mismo capricho que reina en la fabricación, reina en la venta. No se despachan al peso, sino por pieza, unas veces baratos y otras carísimos. Unos son grandes, otros chiquitines, y para apreciar su calidad hay que meterles los dedos. En suma, no constituyen industria agrícola, sino una curiosidad gastronómica y casera.

Volviendo a la manteca, diré que fresquita en ninguna parte se encontraba. Hoy, con gusto lo consigno, en bastantes hoteles me han presentado las lindas conchitas nadando en agua, que tan bien acompañan al café con leche...

Al recorrer esta gran extensión de terreno patrio, no pude menos de lamentar, como siempre, que nuestro turismo no esté organizado, que no se pueda atraer aquí a los viajeros, dando ventajas y comodidades, estimulando la curiosidad. Lo primero que se necesitaría es arreglar un poco los caminos; lo segundo, y esto ya me parece asaz difícil, que estuviese España más poblada; después, que el buen ejemplo de los nuevos hoteles que he alabado cundiese y se propagase. Un buen hotel no requiere lujo. Sólo unas mizas de aseo, y si en pueblos modestos no puede haber cocineros franceses, que presenten, en limpia mesa, el caldo regional, la castiza sopa de fideos, el nacional cocido. Todas estas vulgaridades las acepta el viajero con encanto, si parecen limpias. Además, las fondas debieran surtirse de aceite en los buenos cosecheros andaluces. Traído por junto, lo mismo cuesta el aceite bueno que el de candil; y no habría ese olor que Dumas y Barrès calificaron de español por excelencia; ese olor a aceite rancio, que encalabrina los estómagos y atufa la nariz y hace carrasposa la garganta.

Otra cosa que convendría cuidar en España, son los niños. Creo que *El Imparcial* dedica una sección, de vez en cuando, a este epígrafe: «¡Cuidad de los niños!» Cuidar de los niños, no es tan sólo darles la sopa e impedir que los despachurre un carro o cualquier vehículo. Ya esto último sería cosa buena; porque la inmensa mayoría de los atropellos y desgracias que ocurren con niños, son culpa de la vagancia en que sus padres los dejan, de las ternezidades que no les reprenden, de ese afán suicida de echarse al paso de los automóviles, desafiándolos y poniéndoles banderillas, sin ver que estos toros con ruedas en vez de pezuñar cornean también... Pero hay que cuidar a los niños enseñándoles, siquiera sea rudimentariamente, la disciplina social. Hay que enseñarles a no importunar, a no destruir. Hay que llegar a que no se vea necesariamente, en un niño, un enemigo. He aquí lo que sucede con la Catedral de León, esa perla de belleza, esa joya entre las joyas, superior a la de Reims, cuya destrucción llora el mundo. La maravilla de la Catedral de León son sus vidrieras, entre las cuales hay muchas auténticas antiguas y otras hechas de nuevo al restaurarse la Catela Basílica, de la cual pienso hablar más despacio en otra crónica, pues vengo impresionada de su hermosura. A esas vidrieras, rubíes y esmeraldas de un estuche de siglos, es a las que la chiquillería de León dispara piedras un día tras otro, habiendo roto ya varias. Esto ha de tener una sanción. Y la sanción, incruenta, pero eficacísima si se practica, es sencillamente echar multa a los padres. Padre les falta a muchos golfos, os objetan a veces. Pero si un niño no tiene quien mire por él, el Estado debe mirar. Hay Asilos, hay beneficencia. Y la inmensa mayoría de los chiquillos que girovagan por calles y plazuelas, echándose encima de los transeuntes, escuchando sus conversaciones con impertinente terquedad de moscas, pidiendo o pegándose, no son huérfanos, y sus padres debieran enviarlos a la escuela; y si tuviesen que satisfacer aunque no fuese sino una peseta de multa por un vidrio roto en la Catedral, es fácil que los angelitos no rompiesen el segundo.

Yo sostengo que a los chiquillos, en países civilizados, no les permiten andar por la calle. Parecerá una paradoja, un dislate; es una gran verdad. Los niños pueden transitar por la calle, pero no residir en ella, como sucede aquí. No me parece ningún derroche superior a las fuerzas de los Municipios hacerles campos de juego, para las horas o circunstancias especiales en que no tengan la escuela.

Según es la planta nueva, así es el fruto... Niños tan abandonados, no serán más adelante gente muy culta, con k o sin ella. Y los niños de todos los pueblecillos por donde pasamos en automóvil, bailaron al rededor de éste danzas de salvajes ante el poste de la guerra, riendo a carcajadas por que el barniz de las porterzuelas reflejaba sus gestas color de barro...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Llega a mi conocimiento que una de mis crónicas de La Ilustración Artística ha dado motivo de extrañeza y aun de queja al Sr. D. Dionisio Quintana, que ha visto en esa crónica algo molesto para su patria, el Paraguay.

Nada más ajeno a mi intención que herir, ni por semejas, los sentimientos patrióticos de nadie. Al contrario.

Soy partidario de que todas las naciones profesen un acendrado patriotismo, porque el ejemplo es contagioso, y aquí estamos necesitados de fuertes reactivos para ese sentimiento cardinal.

El patriotismo es la substancia de los pueblos: si les falta, dejan de ser.

Este convencimiento racional debe substituir, o cuando menos, reforzar poderosamente aquel antiguo patriotismo instintivo, que no conviene desdeñar, pero que, unido a la convicción, hija del entendimiento, formará la raíz de las nacionalidades.

Yo, que así lo entiendo, no puedo sentir ni escribir nada mortificante del patriotismo de los paraguayos, ni ignoro que demostraron un valor y una constancia a toda prueba en horas críticas.

Hablaba, sí, de escenas cómicas, por la falta de hombres, en el Paraguay, cuando su guerra de la Independencia despobló el país.

Me refirió tales escenas, que había presenciado, un escritor satírico español, a su hora muy conocido, Eloy Perillán Buxó, esposo de la ilustre escritora que firma con el pseudónimo de Eva Canel.

El recuerdo de la festiva descripción guió mi pluma, cuando la evoqué, a propósito de la infinidad de hombres que sucumben con motivo de la presente y espantable pugna europea.

Sin duda, estas cosas son más trágicas que humorísticas; pero aquella antigua teoría de lo trágico y lo cómico aislados, que produjo el teatro griego, ha sido substituída hoy por lo meramente dramático, en que se mezclan ambos elementos de la realidad, mezclados y confundidos, como en la vida humana.

Con todo el horror que envuelve la presente lucha, la prensa, sin cesar, publica caricaturas y sátiras, que se fundan en las matanzas y desolaciones, y que del mismo dolor extraen la risa.

Habría que increpar a la prensa y a todo el mundo, pues nadie deja de hacer chistes acerca de situación tan desconsoladora, sin que ello impida que cinco minutos más tarde se vuelva al tono elegíaco.

Creo que con ofrecer a la consideración del señor Quintana estas razones, será lo suficiente para que me disculpe.

La historia, por otra parte, también se presta a la sátira y hasta a lo bufonesco.

En chanza se toma a los héroes más insignes.

Las operetas bufas ponen en escena a Agamenón, Aquiles, y hasta a los Dioses.

Ello no envuelve, a mi ver, irreverencia alguna.

Es sencillamente que el espíritu humano ha menester esa distensión; ha menester la ironía, la broma, a ratos.

No puede estar flechado el arco siempre.

Y si no poseyésemos facultad tan preciosa; si no se divirtiese un poco la gente, hasta a expensas de sí propia, ¿pudieran sobrellevarse las tribulaciones, las calamidades que están lloviendo sobre media humanidad?

⁂

Así como hay que aprovechar la menor coyuntura para desarrugar el ceño, hay también que saborear los pequeños bienes que Dios nos otorga, y agradecerlos al destino; porque estamos en horas en que todo el que no es absolutamente infeliz, puede considerarse dichoso.

Los países donde, como en la España del momento presente, no son las cruentas luchas y las profundas convulsiones más que un recuerdo, glorioso y levantador del ánimo, bien pueden estimar el inmenso beneficio.

Yo pienso en Europa, ayer tan bella, tan grata de recorrer, tan fértil en perspectivas encantadoras, hoy destrozada, encharcada de sangre, tiznada por el incendio... y, ansío que el reposo de España no se altere, porque no está la Magdalena para tafetanes, porque no cabe que nos lancemos a aventuras más graves que la de Marruecos.

Pensaba en ello, como pienso tan a menudo, durante mi excursión en automóvil, según los pueblecillos, a larga distancia unos de otros, se escalonaban sobre la ruta.

La guerra, por donde pasa, va incendiando, talando mieses, sembrando, en vez de trigo, cadáveres.

Y yo contemplaba estos pueblecillos españoles, pacíficos, rodeados de sus eras, de sus predios, de sus pastos, con la frescura de la hierba nueva, primaveral, y bendecía esta calma, compañera de su aislamiento, de su pobreza humilde.

Más feliz cien veces la paleta leonesa que veo hilar a la puerta de su cabaña, girando lentamente la rueca pulida por el uso entre los dedos color de ocre, que el millonario Vanderbilt, muerto a bordo del *Lusitania*, en catástrofe tremenda...

Es el eterno problema de la vida humana.

Quizás la dicha sea hilar en el umbral de una choza, sin ambición, sin codicia, sin ensueños sin aspiraciones.

Pero también aspirar es vivir. .

⁂

Ante la Catedral leonesa, diré que ahora, restaurada, confirma mi impresión: es la más hermosa, y sobre todo, la más armónica y pura de cuantas atesora España.

Acabo también de visitar la de Santiago de Compostela, con motivo de una de las primeras peregrinaciones del Año Santo, y esta Basílica, por tantos estilos venerable, encierra un prodigio, el pórtico de la Gloria, en que trabajó de imaginero el Fidias del arte cristiano y del estilo románico.

La postada de Platerías, también es una joya; los admirables descubrimientos realizados en la llamada Catedral vieja y las riquezas del Tesoro, la hacen digna de los himnos que en su alabanza se han entonado.

Pero las construcciones que la forman son muy diversas, perteneciendo sus portadas y fachadas a épocas distintas.

En el interior observaríamos lo mismo.

Al lado de características esculturas románicas, hay retablos barrocos de talla enorme, fastuosos, pertenecientes al tiempo en que gongorizábamos en todo.

La Catedral de León sorprende por su unidad, a pesar de algunos remiendos, que sería milagroso si faltasen.

Debe observarse, sin embargo, y es caso curioso, que Juan de Badajoz, autor de los pegotes en el siglo XVI, trató de imitar a su estilo las cresterías góticas; y en efecto, consiguió, cuando menos, no desentonar del carácter del edificio.

Éste es idealmente hermoso.

Comprendese perfectamente que el Arcipreste de la Catedral, en novela arquitectónica *Pulchra Leonina*, demuestre hallarse tan sugestionado por la belleza del templo, que no quiera admitir la hipótesis de que puede ser de origen francés, y, al contrario, entienda que de León partió el movimiento de arte que se comunicó a Francia y Alemania, y atribuya a un arquitecto leonés la construcción de las Catedrales de Zamora y Santiago, y hasta el Pórtico de la Gloria, afirmando que, por datos cronológicos, los leoneses pueden provocar tercería en el pleito sobre los orígenes del arte gótico, o mejor, ojival.

Lo innegable, es que en León se formó y consolidó la nacionalidad española, iniciada en la ruda región astúrica.

Aquí, a la sombra de lo que fué palacio de los conquistadores de León, después basílica de Ordoño II, y por último espléndida Catedral, adquirió consistencia y vigor una gran España viril, que había de llenar y dominar el mundo con sus hazañas y su ardor de conquista.

Por eso es sagrada esta tierra, sagrado este templo.

⁂

El anonimato que suele acompañar al arte de la Edad Media, rodea al arquitecto que trazó el plano de la Catedral de León.

La mofa de la suerte ha querido que, en cambio, quede memoria de sus continuadores, y el más conocido de cuantos siguieron al autor, al través del tiempo, sea aquel Juan de Badajoz o Badajaz, que aplicó lindos realces y platerescos a la fábrica divina del siglo XIII.

¿No indicará este anonimato absoluto que los planos vinieron de afuera, de Francia?

Lo digo con recelo de disgustar al Arcipreste, cuya devoción estética por la Catedral es tan grande como su patriótico anhelo de consideraria puramente española y de la región.

Y a fe que que sería muy interesante y de sumo gusto para los que nos quedamos extáticos ante tal portento de hermosura, poder escribir con respeto el nombre del genio que lo creó.

Mucho habríamos de agradecer al Arcipreste que, en el Archivo, revolviendo papeles amarillentos, encontrase alguna fehaciente noticia al caso, y nos la comunicase.

En los pocos autores que consulto, nada encuentro que dé luz acerca de este punto concreto.

Llaguno y Amírola, anotado por Ceán Bermúdez, es de los más acreditados, y dice de un modo categórico: «Si no hay en esta iglesia noticia segura de cuándo empezó su fábrica, menos la habrá del artífice que la ideó.»

Queda pues abierto el campo a todas las hipótesis, pero si se ignora el nombre y patria del artista, es patente la supremacía de su obra, atrevido reto a las leyes de la solidez y resistencia materiales.

⁂

Hasta los más enemigos del arte gótico, a fines del siglo XVI, cuando se preparan los infaustos días en que los edificios de este estilo serán derruídos para substituirlos con otros neoclásicos, ante la Catedral de León se inclinan estos nuevos vándalos, y la comparan al ave fénix en ser única, y la saludan embebecidos y se asombran de que no se la lleve el viento, por lo delicada, sutil y aérea.

Tanto fué el asombro, que se hicieron prolijas investigaciones para comprender cómo la Catedral se sostenía en pie, cómo sus filigranas exquisitas resistían al peso del tiempo sin venirse a tierra.

Y la explicación se encontró en uno de esos secretos de arquitectos medioevales, que hoy, después de tantos adelantos y conocimientos, se han perdido, o no hay quien los ingenie y discurra.

El secreto es que el solar donde habís de fundarse la Catedral, se revistió con una capa gruesa y honda de piedra y hormigón, que formó un cimiento de consistencia de roca.

Y así pudo luego alzarse el místico rumillete, el jardín de alegría y de ensueño celestial, la Basílica, toda calada, toda iluminada por el esplendor de sus vidrierías, toda sonriente...

En ese suelo artificial que le formaron, dícese que yacen sepultos preciosos fragmentos, no sólo de las antiguas termas romanas, sino del palacio de los Reyes de León y de la Basílica de Ordoño II.

El pasado sirve de cimiento al presente... Mejor dicho: a otro pasado, que deberá estar vivo, y que no sabemos comprender en su interna poesía.

Y las generaciones que vienen no experimentan ni aun el respeto, la veneración misteriosa que el pasado exige.

Los chiquillos de León apedrean, en sus juegos y y retozos bárbaros, las vidrieras antiguas y las restauradas, indistintamente.

Los ingenieros demuelen la prisión de Quevedo, en San Marcos, para construir una especie de aljibe...

Mejor están en Bombay.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al terminarse esta guerra, si quiere Dios que se termine alguna vez, vamos a quedar lo que se dice gastados para toda emoción.

Lo vamos estando ya. Leemos las noticias terroríficas y espeluznantes, como leeríamos un suceso ocurrido hace años y que no despierta sino un interés relativo.

Diariamente se van a pique buques torpedeados, y ni aun se pregunta qué fué de sus tripulaciones. Tanto gemido, tanto dolor, se extinguen sin eco. Caen racimos humanos en el inmenso lagar de la Muerte, y no se escucha una queja, un suspiro.

El mismo lenguaje de la prensa es como apagado, incoloro. Se diría que lo que está sucediendo no tiene realidad; es uno de esos enormes frescos de batallas que decoran las paredes escurialenses, y ante los cuales pasamos indiferentes, concediéndoles apenas una distraída mirada. ¿Qué gente es esa que hormiguea allá en el fondo gris? ¿Son turcos, son bohandeses? De sus heridas ¿brotaba en efecto sangre?

Y así vamos dejando correr los días, esperando siempre que nos alivien del peso de esta sorda angustia; que resuene la palabra «paz» y podamos ver, disipada la nube de humo de los cañones y bombas, qué queda de la Europa que conocíamos, qué nueva forma ha tomado, cómo vamos, en lo sucesivo, a vivir, y quiénes van a ejercer la hegemonía, si los alemanes o los ingleses.

Porque no hay otra disyuntiva: Europa será inglesa o alemana; y no sólo Europa, el mundo entero.

***

Y si son los alemanes los que llevan el gato al agua, parecerá como un prodigio histórico. Porque ya no queda nadie que contra ellos no esté. Asistimos a la lucha de tres naciones contra ocho o diez. ¡Alemania, con sus aliadas Austria-Hungría y Turquía, ve enfrente a tantos pueblos! ¡Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, el Japón, Servia, Bélgica, Portugal, y ya está enseñando los dientes, aunque no acabe de morder, un formidable can de presa, los Estados Unidos!

Me he dejado en el tintero a otro Estado que envía gallardamente su cartel de desafío... ¡La República de San Marino también está en guerra con Alemania! Hasta los gatos quieren zapatos, señores...

La República de San Marino es formidable. Sus ciudadanos no bajan de ocho mil. Su ejército se compone de novecientos valientes. Y lo serán, como el que más, no hay que dudarlo.

Pero pasó el tiempo en que con novecientos hombres se trazaban la páginas de una epopeya. ¡Novecientos hombres!

Los generales de hoy en día son como aquel reverendo Padre Visitador, que en una visita a un Convento de su orden se quejaba de la escasez de la comida, y habiendo alegado el Superior que le habían servido un orondo pavo, exclamó:

–¡Valiente cosa!¡Un pajarito!

Para los generales, jefes y caudillos de esta guerra, harto menos que un pajarito son los novecientos de la minúscula República, la cual, si conserva aun los cuatro cañones que le regaló Napoleón Bonaparte, no tendrá, probablemente, otra artillería... Los de San Marino (que estaba enclavado en los Estados pontificios), han encontrado buena ocasión de quitarse el no muy lucido mote militar de «soldados del Papa».

¿Quién sabe qué hazañas obscuras, sin nombre, ésta es otra característica de la lucha actual, realizarán los san-marinenses, que por más señas, según leo, deben a los alemanes su independencia, y trataban de «hermanas» a la serenísima de Venecia, que la ha perdido antes?

Sea de esto lo que quiera, ya hay un Estado más en danza contra las tres naciones unidas y a favor de los aliados...

***

Pero Alemania erre que erre.

Ya ha desaparecido el «pan de guerra» y lo substituye el blanco trigo. A estas alturas, Alemania no ha sido invadida.

Resiste.

Ignoro si el verbo es exacto, si resistir es cuanto puede decirse, o hay que considerar que gana terreno, en el mar especialmente, como afirman los germanófilos *á outrance*.

Confieso que no lo sé ver claro.

Lo único que sé es que se prolonga ya demasiado la lucha.

Y además, cunde.

El *Heraldo* presenta un mapa de Europa aterrador. Es negro en él cuanto comprende los Estados que pelean, y blanco lo neutral, y lo blanco ¡es ya tan poco!

***

He formado parte de la peregrinación de la Coruña a Santiago de Compostela.

No he de escribir que me sentía transportada a la Edad Media, porque los procedimientos de locomoción han variado hasta el punto que sabemos; pero siempre hay un aroma tradicional en estas cosas, y si muchos peregrinos van en automóviles particulares o de línea, no pocos hacen la excursión a pie, como en los primitivos tiempos.

Santiago de Compostela se presta admirablemente a estas manifestaciones de la piedad religiosa.

Ofrece un fondo y una decoración artística incomparable, un escenario grandioso, en que todo adquiere un realce especial.

Compostela está consagrada por el tiempo y la historia; pero, a veces, la devoción improvisa. A muy corta distancia de mi aldea, hay una parroquia donde la gente campesina ha declarado Santo por aclamación popular a un fraile, al cual la Iglesia no concedió tan alta categoría.

El fraile es autor de una obra titulada nada menos que «Arco Iris de paz, cuya cuerda es la consideración y meditación para rezar el Santísimo Rosario de Nuestra Señora: su aljaba ocupa quinientas y sesenta consideraciones, que tira el Amor divino a todas las almas, y especialmente a las dormidas en la culpa, para que dispierten y le sigan en los Sagrados misterios Gozosos, Dolorosos y Gloriosos, en que se contienen la vida de Cristo nuestro Bien, y las mejores y mayores alabanzas de María Santísima.»

Por este libro de gongorino título sabemos que el Santo, llamémosle así provisionalmente, Fray Pedro de Santa María y Ulloa, era dominico, hijo del Convento de San Esteban de Salamanca, y probijado en el Real Convento de San Pablo de Sevilla.

Y sabemos también que nació fray Pedro en el Arzobispado de Compostela, en la aldea de Castrillón, feligresía de Santa María de Oys, a mediados del siglo XVII; y que su madre soñó, antes de que naciese el niño, que le veía decir misa; y que en los días de ayuno, el pequeñuelo no quería mamar; y que su madre fué maleficiada por una vieja labriega (recuérdese que aquél es el siglo del embrujamiento) y vió secarse sus pechos, hasta que a fuerza de oraciones se rompió el hechizo, y murió en el fuego de una hoguera, voluntariamente, la hechicera; y que el niño, en la escuela, profetizó que de ella saldrían siete clérigos, y la profecía se cumplió; y que rezaba ante una cruz hecha de troncos de berzas, cosa bien galaica y mariñana; y que estudió gramática en Betanzos; y que fué criado de D. Pedro Andrade, señor de San Saturnino; y que, después de muchas austeridades, entró en los Dominicos, porque no pudo entrar en la Cartuja; que, al fin español legítimo, sintió deseos de pasar a las Indias, si no a repartir tajos y mandobles, a convertir almas, y se dirigió a Nueva España, luego al Perú, Angola y Cabo Verde, llevando por todo viático un Breviario y una túnica de lana; y convirtió piratas, y trajo a la fe a reyezuelos negros, y en Guatemala estuvo a punto de muerte por grave enfermedad, y en el Potosí dejó descubierta para otros una mina de plata, y en Canarias, y en la Ciudad de la Laguna, se le apareció el demonio; y en suma, fué su vida la de infatigable aventurero religioso, asceta y viajero – la vida de tantos frailes de aquellos días – .

¡Vida privada de todo refinamiento, pero llena de emoción y de interés, activa, fecunda, grata en resumen!

Y cuando entregó a Dios su alma ardorosa, quedó Fray Pedro, que era moreno, seco y curtido, muy rosado y blanco, y sus manos, como la misma nieve, cuenta su biógrafo.

Ahora bien, la gente de Oys y de las parroquias circunvecinas por Santo dió en tenerle, y en acudir a rendirle sus ofrendas, y al párroco misas, algunas de «a onza».

Repetidamente el Arzobispo de Santiago advirtió que no estaba canonizado, ni mucho menos, el que el pueblo sigue llamando San Pedro Manzano, y que no podía autorizar un culto no santificado por el Papa.

Continúa la gente acudiendo a venerar la memoria del siervo de Dios, y contribuyendo con cuanto puede, en especie o en metálico, para impetrar su intercesión eficaz.

Es la devoción libre, ardiente, espontánea, del pueblo, tal cual en el siglo XIII existiría.

***

En ella pienso cuando encontramos, al acercarnos a Compostela los grupos de labriegos que vinieron a pie a incorporarse a la peregrinación.

Van despacio, y llevan, en un hatillo hecho con un pañuelo de cuadros azules, el pan que han de comer.

Muchos están todavía en ayunas: esperan comulgar al llegar a Santiago. Otros, dentro ya de la ciudad, han cumplido este deber religioso, y tienen, cuando se suman a los demás peregrinos para hacer su entrada en la sacra ciudad, ganado el Jubileo y cruzada la misteriosa puerta...

Cantando el himno al Apóstol, los peregrinos, formados en filas, precedidos por su estandarte, pasan, luciendo en el pecho la insignia, que es, por cierto, felísima, cuando tan fácil fuera haber acuñado algo artístico dentro de lo barato y sencillo que el caso exige...

Sublevada desde el primer momento ante la fealdad de la medalla, vi en la Catedral, delante de nosotros, cerca de la reja del presbiterio, a una mujeruca vieja, encorvada, que vestía una esclavina de hule, un sombrero de la misma forma que el de la románica efigie del Apóstol, y empuñaba una tosca cruz de palo.

La esclavina, salpicada de conchas veneras o *vieiras*, que también guarnecían el sombrero, daba una impresión análoga a la del templo, arcaica y familiar, en extremo pintoresca.

Y entonces se me ocurrió que el distintivo de los peregrinos debiera ser únicamente una concha, la clásica del Señor Santiago!

Ya que hoy parezca excepcional la esclavina y el sombrero y el bordón de los tiempos del caballero Tanhaüser, quede, como lazo de unión entre lo pasado y lo presente, la conchita, de metal o plata.

A mí me regalaron, en cuanto manifesté mi protesta contra la medalla industrial que ostentábamos, una bonita venera de plata, blasonada con la cruz de Santiago.

Y me propuse hacer propaganda a la concha, como distintivo de las peregrinaciones compostelanas.

Ya estamos en la gran nave del templo, y, cual enorme y pesado pájaro de plata, el *Botafumeiro* empieza a lanzarse al espacio, primero pausadamente, dulcemente, después raudo, poseído de una especie de furia de adoración.

El gigantesco turíbulo va por encima de nuestras cabezas, y causa miedo la hipótesis de que pudiese romperse su cuerda y caer el Volador sobre nosotros.

Y me asalta el recuerdo de los versos atribuídos a Victor Hugo:

«Tiene un santo Compostela,
y el rey de los incensarios,
que de nave a nave vuela...»

Realmente, Víctor Hugo sólo escribió: «*Compostelle a son saint...*»

Pero, si llega a enterarse del Botafumeiro, algo muy grandioso le inspiraría.

Porque la idea de este incensario es de las más ingeniosamente bellas, y realza el conjunto, ya tan poético, de la peregrinación a este lugar, que es una de las entrañas de la nacionalidad española.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El muerto ilustre de estos últimos días ha sido el Padre Luis Coloma, un tiempo celebérrimo autor de *Pequeñeces*. Nadie habrá olvidado el revuelo que esta novela produjo, cuando vió la luz, primero en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, luego en dos volúmenes, cuyas ediciones desaparecieron, bebidas, absorbidas por la avidez de un público que no se hartaba de comentar los lances de la novela, la clave que en ella suponían y, más que nada, el extraño caso de que un jesuita escribiese con tal desenfado y hasta crudeza, y siguiendo los cánones de aquel realismo naturalista que había sido, en otras plumas, duramente anatematizado y punto menos que excomulgado por graves varones eclesiásticos y religiosos.

Para tal fenómeno, que la gente no comprendía, yo encontré una explicación, a mi ver sencilla y fundada en textos del mismo autor de la discutida obra. Busqué el origen de *Pequeñeces* en un hecho que a su hora dió mucho que hablar. Cierto jesuita, conocidísimo en la corte, subió al púlpito del templo donde predicaba, con motivo de unos ejercicios espirituales concurridos por la crema de las señoras de Madrid, y con voz de trueno y frase enérgica y bíblica, reprendió las costumbres, y tales cosas dijo, que una Infanta que formaba parte del concurso no pudo, aunque tan serenísima señora, conservar la serenidad, y sufrió una congoja que la hizo abandonar el recinto.

A las pocas horas, el Rey, el Nuncio, los ministros de la Corona y todos los mentideros, sabían lo acaecido, y antes que transcurriesen veinticuatro horas el indignado profeta era despedido hacia otras comarcas de Israel.

Ahora bien: lo que no pudo decirse en la cátedra del Espíritu Santo, pudiera decirse, con mayor libertad, en la novela. Y por esta circunstancia se lanzó como novelista y como satírico social el Padre Coloma.

Esto lo confiesa él mismo en el substancioso prólogo de *Pequeñeces*.

«Has de tener en cuenta – dice al lector – que aunque novelista parezco, soy sólo misionero; y así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquier plaza pública y predicaba desde allí rudas verdades a los distraídos que no iban al templo, hablándoles, para que bien le entendiesen, en su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico a los que, de otro modo, no habían de escucharme, y les digo en su propia lengua verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo...»

Y en otro prólogo añadía:

«Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde debe y puede bajar la enseñanza de Jesucristo. Lejos, pues, de anatematizar a los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea de que atañe al hábil confeccionador de *entremeses*...»

Antes que el Padre Coloma, y al mismo tiempo que él, los novelistas católicos produjeron obras con fin moral y de predicación a su manera. Fernán Caballero, la ilustre novelista andaluza (por mejor decir, suiza, pues en tierra helvética había nacido), tuvo sus pujos de catequista, y en su escuela se educó el Padre Coloma, cuando no era religioso, sino un muchacho distinguido de Sevilla, aficionado a las letras, muy despabilado y gracioso, con ingenio y dotes de observador.

Pero estos novelistas católicos, preciso es decirlo, no tenían veta de satíricos, y desde luego mal pudieran (no siendo Fernán) por este concepto, satirizar a la sociedad elegante, puesto que no la conocían. Casi todos, por otra parte, lo intentaron; pero a decir verdad con escaso acierto. *La Montálvez*, de Pereda, verbigracia, fué una equivocación.

Lo curioso es que, habiéndose iniciado este movimiento satírico contra el gran mundo a tiempo que imperaba en las letras el sentido naturalista y realista, que produjo no pocas novelas magistrales, se hacía para la gente aristocrática una excepción: mientras con los paletos, jándalos, marineros, indianos, mozas de cántaro, pescadoras, gañanes, lonjistas, en suma, el pueblo, y también la clase media, se practicaban los métodos de observación y fiel transmisión de lo observado, y se cultivaba el *documento*, para las clases altas se creía posible prescindir de esta base necesaria, y se llenaba de *arquitrabes* el comercio de libros.

Se objetaba, no sin cierto desdén, que al cabo una duquesa es una mujer lo mismo que las demás, y tiene pies, cabeza y cuerpo, y obedece a iguales estímulos que una aldeana o una modistuela. Hasta aquí la tesis podía sostenerse, pero flaqueaba al no tomar en cuenta el inmenso influjo del ambiente, de la educación, hasta de los prejuicios y nimiedades, en la manera de ser y de vivir.

Eran tales novelistas como aquel pintor que, por ser su modelo una dama de alto copete, quisiese retratarla de memoria, ya que, al cabo, tendría cara y pelo y ojos y nariz, igual que los modelos anteriores.

De aquí, en gran parte, la superioridad del Padre Coloma en este terreno, pues salió al campo bien provisto de noticias, con un caudal de documentos menudos y picantes, fondo de la novela *Pequeñeces*, que tanto renombre le dió, y de la cual tantas ediciones se agotaron.

No era, sin embargo, y aun cuando lo pareciese, el principal objetivo del Padre satirizar al gran mundo. Más que a ese núcleo frívolo, inconsciente, que gira en el torbellino de las vanidades, quería fustigar en conjunto a la Restauración.

Era el Padre Coloma un carlista involuntario, y lo hubiese sido doblemente si viese en D. Carlos a un hombre según su ideal, de un ejemplarismo riguroso.

La Restauración, inspirada en el criterio amplio de Cánovas del Castillo, indignaba al Padre, y le parecía una transacción con los malos principios y los desmanes revolucionarios. Hubiese soñado el Padre una Restauración que trajese las cosas a donde estaban antes de 1868, y sospecho que tampoco las cosas, antes de 1868, serían enteramente del gusto del novelista, de suerte que sería preciso retroceder en la serie de los tiempos y no parar hasta el siglo XV, con los Reyes Católicos, o el XVI, con el César amigo y señor de San Francisco de Borja, duque de Gandía.

Lo cierto es que la política de la Restauración, que el Padre calificaba de *barrido para dentro*, le sublevaba, y contra ella se enderezaron los tiros de su sátira, reprobando en la aristocracia la adhesión a tal sistema, y aplicándole el cauterio de la censura más acre, envuelta en risa.

En cuanto a lo demás, a lo que ya no depende de la política ni con ella se relaciona, el Padre Coloma hizo lo que todos los novelistas, desde Balzac: estudió la corrupción de las costumbres al través del elemento femenino. No es que los hombres salgan mejor librados que las mujeres en aquella célebre obra, pues apenas asoma un varón que no haya que cogerle con tenazas, menos el jesuita consejero de la virtuosa y desgraciada Villasis; pero contra las mujeres, y no contra los hombres, preconizaba el autor la práctica de una especie de bloqueo, que excluyese de la sociedad y del trato a las damas que diesen pábulo a la maledicencia.

Eso pretendía el Padre Coloma, y sobre tal tema se cruzó entre él y quien esto escribe una curiosa correspondencia.

Yo le argüía, y mi argumento no fué rebatido, diciéndole que, según eso, lo que se castigaba no era la falta o pecado, sino su publicidad, y la que acertase a esconder sus diabluras, y fuese lo bastante calculadora para no dejar de ellas ni un rastro, sería respetabilísima; de suerte que, en su aspecto espiritual, para Dios que todo lo ve, el sistema del Padre envolvería una injusticia profunda.

No cabe negar que la sociedad ejercita siempre una cierta *selección defensiva*, y no está mal que la ejercite (aun cuando a veces se diría que la entiende al revés, y festeja más a las menos dignas de ser le); y, realmente, no hay equidad en el modo de practicar esa misma selección.

El Padre recomendaba algo que se parecía a las antiguas *reprensiones públicas;* y calcúlese la que se hubiese armado si, volviendo radicalmente a los primitivos tiempos del Cristianismo, empezasen las señoras que dan fiestas a zapear y expulsar de ellas no sólo a las pecadoras y mundanas, sino a los libertinos profesionales, a los concusionarios, a los malos amigos y peores caballeros, porque, dentro del criterio religioso, no cabía distinguir de sexos, fuera basta herejía... En las Catacumbas no se daban *soirées*, y cada tiempo quiere lo suyo.

Por estas razones, tal vez, no alcanzó transcendencia el intento del Padre Coloma, a pesar del mucho talento y gracia derrochados en prepararlo. No ignoro si por el convencimiento del escaso fruto de la obra en este terreno, en medio del gran alboroto producido, y del escándalo de los timoratos y apocados que se espantaban de ciertos detalles y episodios fuertes, como guindillas, diseminados en *Pequeñeces*, el Padre Coloma, con gran sentimiento mío, y de muchos aficionados a las novelas interesantes, amenas y con miga, abandonó el camino emprendido tan brillante y ruidosamente, y aun cuando escribió después mucho, y muy atractivo, no dió a *Pequeñeces* una segunda parte.

Sus novelas posteriores, tardías, por decirlo así, tenían sordina y pedal. De suerte que el público (fuera de un público especial, aun más numeroso y fiel que literario) fué, si no dando al olvido, relegando a la penumbra al que tanto le preocupó, en ocasión señalada.

Ultimamente, el Padre Coloma cultivó un género que en España era nuevo: la historia, relatada como si se tratase de una novela. Se me dirá que lo mismo hicieron Alejandro Dumas y otros novelistas de la generación romántica; y contestaré que existe una notable diferencia.

Estos tomaban la historia (la frase es de Dumas), como un clavo donde colgar las invenciones de su fantasía. El Padre Coloma no procede así. Busca la verdad histórica, y aun cuando la aplique a sus propósitos, no la altera. Sólo es novelista por el donaire y amenidad con que narra, por el feliz empleo de los detalles interesantes, por el cuidado de evitar cansancio al lector.

Yo alabo esta parte de la labor del Padre Coloma; y la considero muy bella y muy útil a la vez. Es lectura que, conviniendo a muchachos, no les cae mal a las personas mayores que se precian de instruídas.

Jeromín es delicioso. *Fray Francisco* (tengo entendido que ha quedado sin concluir), me agrada mucho. Y el libro crítico biográfico y de recuerdos sobre Fernán Caballero, lo juzgo un modelito.

Por desgracia, la salud del Padre andaba quebrantadísima, y desde hace años. La primera vez que hablé con él (y han pasado lo menos veinticinco desde la fecha), ya se me quejó de sus achaques, de los tercos dolores de cabeza que sufría. La insidiosa arterio-esclerosis iniciaba su estrago.

Con buena salud y libre pluma, este insigne literato hubiese producido cosas notabilísimas, y hubiese poseído ese don de la fecundidad, que yo le deseaba en el artículo que acerca de *Pequeñeces* publiqué en el *Nuevo Teatro Crítico*.

La Condesa de [illegible].

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mil veces se tiene ocasión de recordar, por los incidentes de la vida moderna, cierta graciosa y profunda novela de Eça de Queiroz, titulada *A cidade e as serras*. Es una nueva parafrasis del conocidísimo tema que resumen dos comedias de Bretón de los Herreros, si no me engaño: *De Madrid me voy* y *A Madrid me vuelvo*. Sólo que, en la narración del autor de *El Primo Basilio*, el enamorado de la civilización que sale de su aldea para recrearse en el espectáculo y la frecuentación del mundo culto, de la Europa que refina, acaba por aburrirse y cansarse de refinamientos y fililies, y gozar extraordinariamente con la tranquila y sencilla vida del campo portugués.

En efecto, tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón, tantas ingeniosidades y maquinillas hasta para facilitar el estornudo, lejos de facilitar complican hasta un grado indescriptible, y acarrean una serie de preocupaciones y molestias peores que el mal que remedian.

Y las invenciones, por contera, son muy caras; (acaso sea su defecto menor).

***

Repasemos algunos de los inventos maravillosos, que ya a nadie maravillan, y veamos cómo influyen en nuestra existencia.

He aquí, por ejemplo, el teléfono.

Conste que hablo del teléfono en Madrid. Es posible que en Barcelona esté mejor organizado y atendido.

En Madrid hay que tenerlo colocado lo menos un semestre: los semestres hacia adelante son intangibles; es decir que un señor que llegue a la corte el 1.º de noviembre, tiene que pagar ocho meses, dos sueltos y seis fijos, y si se va, por ejemplo, el 1.º de mayo, resulta que le sobran dos que no le es posible aprovechar.

Cuando se hace observar esta anomalía, tan perjudicial para los abonados, alegan las Compañías detalles de su mecanismo interior, que al público poco ni mucho le importan.

Que tienen establecida la recaudación por semestres... Pues que la establezcan por meses.

Lo mismo que pueden cobrar sueltos los meses que faltan para empezar un trimestre, ¿por qué no han de cobrar un semestre, ya que semestre ha de ser, que empiece el mismo día que empieza el abono?

Ahora bien: el teléfono se inutiliza con frecuencia; quedáis privados de él por tormentas, descomposiciones, averías múltiples.

Este riesgo debiera correrlo la Compañía. Quien lo corre es el abonado.

Nada se le descuenta por lo que pierde. No se le conceden días de gracia, o mejor dicho, de compensación...

Y en cuanto al servicio propiamente dicho...

No quiero repetir, por milésima vez, lo que tantas se ha dicho en la prensa y se oye a cada momento en las conversaciones particulares.

Confusiones de nombres y números; afirmaciones de no conocer a personas conocidísimas, abonadas al teléfono desde que se estableció; lentitudes desesperantes en responder a las llamadas... ¿Quién no se ha lamentado de esto?

Se disculpan las faltas con que el personal es escaso y el trabajo mucho.

Pues pongan el personal que haga falta.

Así como así, nada tiene de barato el teléfono, y cuantas gestiones se hacen para lograr su abaratamiento, han logrado, hasta ahora, resultado negativo.

En cuanto a los teléfonos caseros, que se colocan para hablar de piso a piso, han sido para mi un desencanto, en el género de la novela de Eça de Queiroz...

Grande y vasta como es la residencia en que veraneo, el teléfono casero me resolvía un problema de comunicación.

Sólo que los aparatos son sensitivos para la humedad. Los dejáis en voz y los encontráis mudos. Y ¡lanzaos a buscar quien componga los aparatitos roncos, mudos y enfermos de los bronquios!

Traer un obrero al campo no es grano de anís.

Ha pasado aquel tiempo en que un obrero no recelaba andar a pie una legua. Ahora hay que acarrearles en coche.

Y ni en coche vienen. Hoy, porque tienen otra labor; mañana porque se ha aumentado la familia; pasado mañana, porque hay en el pueblo toros o cañas, se retrasan mes y medio, hasta que un día, inopidamente, se presentan, con las manos libres y el semblante interrogador.

¿De qué se trata? Ya se han olvidado. Saben que algo querías, pero no saben qué.

Por lo pronto, no harán más que examinar la obra, y otro día volverán, con el material y los chismes necesarios...

Pero, ¡ah! Es el caso que vuestro teléfono ya no sirve: hay que renovarlo del todo, substituirlo con otro mejor, porque, además de la caducidad, siempre fué detestable...

Os engañaron, ¡bah! En vano recordáis que lo habéis utilizado sólo seis meses, que os costó cien pesetas.

A reemplazarlo, con uno que cueste doscientas...

***

Lo propio sucede con los timbres eléctricos.

Al regresar, ni uno solo encontráis funcionando. Obrero al margen, Y no se presenta, echáis diez memoriales a otros tantos *artistas*, y como si llamaseis a Cachano con dos tejas...

Entonces empezáis a pensar en algo bárbaro y primitivo, que substituya a estos adelantos imposibles de plantear con buen éxito.

Os acordáis de los buques, de los cuarteles, de las torres feudales, de los enormes ámbitos, de las distancias a que no llega la voz, y compráis una bocina, cuyos toques se escuchan en dos leguas a la redonda.

Ello no es muy culto, y hasta hace ladrar desesperadamente a los perros; pero en cambio tiene de elemental lo que el timbre de arduo y espinoso; y optáis por la bocina, que jamás está muda, ni se le rompe ningún hilo.

No es solamente lo arduo, sino cierta humillación que sufrís, cuando llegáis a convenceros de que, para estar a la altura de vuestra época, os es indispensable aprenderos química, física, mecánica y otras ciencias. Si no, viviréis rodeado de misteriosos peligros, y privado de cuanto reclama la comodidad.

El agua que antes brotaba débil del grifo, de súbito se retira y os obliga a llamar precipitadamente al fontanero; el gas se fuga sin que sepáis por dónde; la electricidad os amaga con sus amenazadores contactos y sus circuitos siempre dispuestos a daros la sorpresa del incendio fulminante; tantos y tantos accidentes que surgen cuando menos se piensa, y cuyas causas no supierais definir...

¿Verdad que se suspira por la edad de oro, aquella en que con rojos pimientos, ajos crudos, una cabaña y un candil, todos tenían que contentarse, porque no conocían nada mejor, y cuando se ignoran los refinamientos, carecer de ellos no es privación?

Mil y mil veces lo he pensado: hoy la vida humana se ha enriquecido, ampliado, intensificado en el bienestar; pero también se ha enmarañado de tal suerte, que no osaría yo creer que somos más dichosos que antaño.

Desde luego, el bienestar esclaviza.

Se vive pendiente de la apariencia, de lo bonito, de lo elegante, y lo mismo en la mesa, que en la ropa, que en cada pormenor y menudencias, hay que atenerse a reglas y leyes que nos sujetan doble porque las hemos dictado nosotros mismos, y las acatamos instintivamente, como si las hubiese promulgado alguna divinidad.

Llegamos al extremo de ser desgraciados si las baratijas de nuestro tocador no están en fila, alineadas correctamente, reluciendo mucho el acero y más aún la plata...

Y no son tales preocupaciones signo de una gran fortuna, de una alta posición: esta fiebre del confort y la distinción y la corrección y la perfección la padecen ya personas modestas, cuyo estado económico debiera eximirlas de tales tiranías.

Como dijo algún sabio eminente, ya no hay clases. Pero el bolsillo es terriblemente jerárquico, y desear mil monerías sin dinero, es una fuente de pena...

Y si no se quiere que sea pena será al menos una ocupación, contrariedad, que, a la larga, se traduce en depresión del ánimo.

Nuestra grandeza, en lo pasado, se apoyó en nuestro estoicismo, en el desdén de las apariencias y de los goces.

Hemos perdido, con otras varias, esa preciosa calidad, y nos sirve de tortura el que un extranjero nos dé fáciles lecciones de cómo se vive, si se ha de vivir bien.

A semejanza del héroe de Eça de Queiroz, buscamos fuera de nuestra patria el modelo de la vida.

***

Por mi parte, todo aquello que es adelanto me gusta naturalmente, y soy a ello inclinada; pero veo los adelantos en su aspecto de cultura íntima, no en el de exageración de un confort que no hace feliz, porque causa una ansiedad continua y una tensión violenta.

Así, en España, el confort importe que sea un confort españolísimo.

Lo que el país produce sin esfuerzo, eso debemos comer, eso debe adornar nuestras casas, eso aplicarse a los infinitos usos de la vida doméstica.

Nada iremos perdiendo, porque casi siempre en España las primeras materias son superiores y se adaptan a cuanto podamos necesitar.

Ya producimos Champagne excelente.

Nuestro mobiliario típico es el más bello del mundo.

Nuestros guisos son muy sabrosos.

Nuestras razas de aves, nuestras frutas, gran parte de nuestras hortalizas, ponen la ceniza en la frente a no pocas del extranjero.

En todo aquello que podamos, vivamos sobre nosotros mismos, sin que por eso rechacemos nada de lo bueno de fuera; pero huyendo de jerigonzas y tiquis miquis enredosos.

Hoy existen máquinas para todo; bien pocas sirven de nada.

La mejor máquina es la mano del hombre. Debemos conciliar la ciudad y las sierras, y simplificar.

Y no nos descorazonemos, aunque veamos que—como acaba de suceder—un pueblo español se amotina al grito de «¡No queremos escuela!» y apedrea al maestro, y le administra una paliza soberana...

Al parecer, ese pobre maestro había pagado, de los *dieciocho duros* anuales de su menguado sueldo, los libros y cartones que la escuela exige, ¡y su recompensa fué un semilinchamiento!

Al lado de este hecho propio de una tribu salvaje, pongamos otro más atroz, el degüello de un niño para que un tísico se cure bebiendo su sangre caliente!

Esto, que ya ocurrió hace años, y en Gádor, leo ahora que ha vuelto a pasar en otro pueblecillo... Tragedia propia de las cuevas donde el hombre primitivo quizás se alimentaba con la neñanda comida de Atreo...

Pues a pesar de tales cosas, no hay, lo repito, que descorazonarse.

Me lo digo a mi propia, que frecuentemente siento impulsos de entregarme al pesimismo. Después, reacciono; mi carácter activo y animoso recobra su tensión...

No es, por otro lado, el momento presente aquel en que España debe sentirse más reñida con el destino.

La guerra no devasta sus campos ni ensangrienta su territorio.

Lo único que tiene un matiz siniestro, es el temor a la epidemia.

El cólera, en Austria, asoma su amarilla faz, y ya en los puertos parece que se han adoptado precauciones.

Esto es lo peor, lo más alarmante...

Esperemos que el llamado en otros tiempos «huésped del Ganges» se alejará, vencido por las medidas higiénicas.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os gustan las golondrinas?

Para olvidar tantos horrores como diariamente leemos, hay que fijar la atención en asuntos, si es posible, idílicos.

Hay que practicar el consejo y lección de los pocos sabios que en el mundo han sido; hay que prestar el oído atento a los rumores concertados y dulces del huerto y las frondas con manso ruido menadas.

Hay que poner, más que nunca, mundos de poesía y de encanto en una rosa acabada de coger, con un diamante de rocío en cada hoja, con esa frescura incomparable de los pétalos, que, mejor que seda, parecen una carne virginal y satinada, de doncella o de niño.

Hay que apartarse con el espíritu del estrago de la luctuosa pugna, y crearse un microcosmos gentil, armónico, de paz y de belleza, ¡mientras los hados, siempre enigmáticos y terribles, nos lo permitan!

Y por eso las golondrinas, este año más que nunca, tienen en su canto repicado y gorjeador un atractivo de reconciliación con la vida, de misterioso y humilde goce...

***

Por la circunstancia de que mi residencia de verano encierra muchas salas cuyo techo lo forman, a la antigua, las mismas vigas a descubierto, apeadas en canecillos, las golondrinas le han cobrado una afición desmedida, pues encuentran hecho el sitio para sus nidos.

Una invasión de las lindas aves nos obligó a pensar en defendernos de ellas, sin hacerles el menor daño.

Las ventanas cerradas un par de días, bastaron para desorientarlas. Al menor descuido, sin embargo, volvían, con una confianza conmovedora.

Bien hubiera querido admitirlas, darles hospitalidad para sus pequeñuelos.

Sin creer, como dice el pueblo, que las golondrinas traen la dicha a las casas donde anidan, creo que son tan simpáticas, mansas y alegres, que bien puede sacrificarse algo por ellas.

Mas no tanto como el sueño... Porque se venían a mi dormitorio a nidar, y al primer rayo de la luz de estos tempranos amaneceres de mayo y junio, armaban una algarabía de pitidos, que a un mismo tiempo obligaba a bendecirlas y a renegar de ellas...

***

Eran unas tiranas muy monas, con su azulado pechito y sus negriblancas alas, sus vuelos surcados y sus gorjeos en que parecen referirse anécdotas.

No hubo más remedio que cerrar la gran ventana de capiteles esculpidos, que sin duda las atraía, como el resto de la casa, por su semejanza con las viejas abadías y torres y las románicas iglesias...

Para tranquilidad de mi conciencia, diré que estoy segura de que hallaron refugio en otras construcciones, en las cocheras, en la panera, sabe Dios... Sólo que ellas prefieren la casa de los techos a la antigua, donde hay rincones tan deliciosos, tan tranquilos, y donde se reúne gente, pues la golondrina es sociable, amiga de habitar entre los hijos de los hombres.

La golondrina tiene otro mérito: se come a todas las larvas, a todos los insectos inmundos que ve. Mosca que cae bajo su inspección, que se cuente por difunta.

Esa liga que está formándose contra las moscas, o se halla formada ya, debiera contar entre sus socios de honor a las golondrinas emigradoras.

***

Se me dirá que éste no es año de golondrinas, sino de cuervos y grajos...

Para que nos consolemos, nos anuncian que se están haciendo, en Inglaterra, preparativos para tres inviernos más.

Sin embargo, voces como susurros repiten: «No lo crean. No es posible, no hay resistencia que tanto dure. La paz se iniciará en otoño...»

Más vale atenerse a esto último. Más vale ilusionarse.

¿Quién nos quita este fulgor de esperanza?

¡Si fuese verdad – pero de canard tiene trazas más bien – que el Káiser ha anunciado para octubre el último acto de la tragedia!

El Káiser estará muy bien informado; pero, ni el Káiser, ni nadie, en el estado actual de la lucha, puede prever su término con exactitud.

Un solo dato parece indicar que no tarde mucho en inclinarse la balanza: y es que ya apenas queda potencia que no se haya mezclado en el conflicto, a excepción de las escandinavas y de Suiza, Holanda y España, por hoy neutrales.

Y declarada la guerra a Alemania por el mundo entero, será extraño que no la acorralen y rindan en algunos meses, aun cuando diríase que va a suceder lo contrario.

***

Según las últimas referencias de la prensa (que modestamente confieso ser mis únicas fuentes de información, pues ninguna cancillería europea me pasa ninguna nota, ni hay en las cercanías, que yo sepa, ningún aparato oculto de telegrafía sin hilos), los rusos van replegándose, combatiendo a retaguardia, y los alemanes yéndoles a los alcances tenazmente.

Przemysl y Lemberg han sido reconquistados.

Los turcos, al principio no tan bien organizados, pero siempre llenos de espíritu militar, según corresponde a su historia, ahora presentan una resistencia vigorosa que hace a Constantinopla casi inexpugnable.

Los Dardanelos no han sido forzados.

Las escuadras aliadas pagan triste y copioso tributo a la destrucción por medio de submarinos alemanes.

En Francia, no hay manera de romper esas líneas de hierro y fuego, antemural de los germanos.

Italia, hasta la fecha, hace una guerra sin empuje, sin arranque; diríase que cumple la consigna de combatir «pulgada a pulgada».

Los Estados Unidos, que hicieron finta de descabezar, lo han pensado mejor.

Y ya el Imperio come pan blanco, y no parece sino que cada día que transcurre, cada incidente que se desarrolla, cada parcial y episódico acontecimiento, aumenta la cohesión formidable de ese pueblo resuelto a tragarse a los demás, a establecer la supremacía teutónica en el globo!

***

En la Edad Media ocurrió algo parecido.

Los bárbaros, que vivían pobres y frugales en sus selvas, soñaban el sueño guerrero de los Dioses de su mitología.

Las hijas de Votán, cabalgando en sus corceles que relinchan al olfatear la sangre, lanzando salvajes gritos de alegría al ver los cadáveres extendidos sobre el campo de batalla, eran las inspiradoras de las tribus belicosas, castas y feroces.

Mientras el mundo latino sonreía patrocinado por las Musas, el mundo germano veía cruzar por entre las nubes a las vírgenes guerreras, que incitan a pelear y morir.

Y los latinos sentían la amenaza; Roma combatió para rechazar a sus bosques a aquellos enemigos envueltos en pieles de fiera, y Germánico pudo imponerles, si no el yugo, al menos una valla.

Decadente el Imperio, los germanos empezaron a salir de sus guaridas.

Al principio ofrecían su brazo, su sangre joven y vigorosa, a pueblos que ya no acertaban a sostener el peso de la espada y del escudo.

Empezaron así, como mercenarios, y acabaron como dueños.

Veían mil cosas apetecibles, que en su tierra natal eran ignoradas por completo; los refinamientos de la civilización los sorprendían tanto como el dulce clima de Italia y las encantadas orillas del Mediterráneo, cubiertas de vides y rosas; y, merced al marasmo en que habían caído los que fueron un tiempo victoriosos en los seculares bosques jamás antes explorados, los bárbaros afianzaron su conquista, llevaron a todas partes su sangre y su raza.

***

España, que parece tener más afinidad con los semitas, encierra no pocos descendientes (no se tome a mala parte) de los vándalos, suevos y visigodos.

Y los bárbaros del Norte (tampoco se entienda esta designación en sentido injurioso para Alemania), han cambiado menos de lo que a primera vista se creyera, durante el transcurso de los siglos.

La portentosa civilización que adquirieron tantos hombres insignes por el pensamiento, por el arte, por la poesía, por la ciencia, por los profundos estudios filosóficos, por la intensidad y altura del sentimiento religioso: Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Lessing, Winkelmann, Schiller, Goete, Beethoven, Schumann, Mendelsohn, Bach, Wágner, y la infinidad de nombres que se atropellan en la pluma, no impiden que ese pueblo esté hoy establecido sobre las mismas bases que lo estaban las tribus fieras, inocentes y desgreñadas que se precipitaron sobre países más bellos que el suyo, en busca de botín de guerra, fundando reinos.

De aquel germano primitivo, queda mucho, queda lo esencial en el germano de hoy, mientras que en el latino se diría que los caracteres que ostentó la raza en el momento de su esplendor han ido borrándose, siendo substituídos por otros menos útiles para la lucha por el engrandecimiento colectivo.

***

La sangre germana sigue siendo joven, fuerte, impetuosa, y sobre tan rico fondo, la disciplina social ha puesto su coraza, su revestimiento de fortaleza y paciencia.

No ha mucho, al escasear el cuero, se presentaron en las Escuelas alemanas niños descalzos.

Denunciado el hecho por los maestros, la autoridad contestó que el cuero era necesario para la guerra, que el calzado, costaba mucho, y que los niños, en estas circunstancias, podían ir con los pies desnudos sin escandalizar a nadie.

Y lo mismo que van descalzos los chicos, irán los grandes, si se tercia; porque igual que han comido pan negro y mezclado con paja picada y avena dura, aceptarán esta otra privación, esperando el día en que la patria pueda darles permiso para usar zapatos...

Por esto que voy diciendo, no se entienda que soy germanófila.

Estudiar, comprender, es mejor que apasionarse. Yo concedo que los alemanes han hecho la guerra del modo más violento y destructor.

La cosa viene de atrás. En el siglo XVII, los que en una batalla tenían que rendirse no querían hacerlo a tropas alemanas, por temor a tratamientos feroces. Preferían rendirse a los españoles, los que mejor trataban a los prisioneros de guerra.

En Alemania, dado el conjunto de cualidades, tenían que existir estos defectos.

La teoría de la fuerza sobre el derecho tenía que nacer allí, y allí también el teórico de las ideas primitivas, contra la compasión, la caridad y la debilidad: ese Nietzsche, que tan profundamente influyó en la evolución de la conciencia de nuestro siglo...

***

Y no quiero terminar esta crónica sin consagrar un recuerdo a Porfirio Díaz, que acaba de morir.

Con él, México llegó a ocupar puesto muy principal entre las naciones americanas que se despertaron a la cultura y al progreso.

Al irse él, arrollado por los instintos anárquicos a que tanto tiempo sirvió de freno su mano hábil, México cayó en el actual estado, que se califica con decir que se hallan interrumpidos los ferrocarriles, incultas las tierras, en peligro inminente y continuo las vidas, saqueado todo, muerto el comercio, en fuga los extranjeros, temblando los naturales, y los yankis a punto de poner orden donde no existe.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en período en que una sociedad desaparece y habrá de formarse otra nueva.

La sociedad sufre incesante renovación, y bien puede asegurarse que cada veinte años, los nombres traídos y llevados por los periódicos cambian.

Semejantes en lo exterior, las sociedades son distintas, porque lo son las costumbres.

Yo he conocido varias sociedades.

Cuando dejé por primera vez mi provincia, encontré una sociedad perturbada y agitada por los trastornos políticos: la mayor parte de la gente distinguida estaba fuera de Madrid, en el extranjero, huyendo de la Revolución triunfante y empezando a incubar la Restauración.

***

Este mundo especial lo describió el Padre Coloma en *Pequeñeces*.

Quedaban en el corte – que ya ni era corte –, muy pocos aristócratas adinerados, y las reuniones y bailes escaseaban.

En las Embajadas, y especialmente en la francesa, se recibía: la tertulia de Pepa Calderón, carlista acérrima, lo mismo que su hijo Carlos Calderón, era un centro de muy buen tono.

El Salón de la Montijo estaba próximo a cerrarse para siempre.

En los salones de Superunda se hacía alfonsismo a todo trapo.

Pero no había lo que se dice animación sostenida.

Las turbas, una noche, rompieron a pedradas la iluminación de la casa de Superunda, encendida con motivo del vigesimoquinto aniversario de Pío IX.

Se vivía alerta, en perpetua fronda, en protesta continua, en burlona indignación.

El día que hizo su entrada en Madrid el Rey Amadeo, al siguiente de haber sido asesinado el general Prim, vi pasar al «italiano» desde los balcones, o mejor dicho, las cerradas ventanas del palacio de Berberana, entre gentes que maldecían de la casa de Saboya y deseaban y profetizaban al recién llegado todo género de calamidades.

En el baile del Veloz Club, que era entonces el círculo *smart*, había el mismo rumoreo de oposición cerrada, y Joaquina Osma, en la aurora de su belleza juvenil, era la más apasionada, la más anhelosa de traer pronto a España la destronada dinastía.

Recordando sus palabras, sus gestos, no sorprende el cariño, el enamoramiento que, años después, sintió por Cánovas.

El que hizo en gran parte la Restauración, tenía que ser idealizado por Joaquina.

***

Antes de la sociedad contemporánea de «la gloriosa», hubo otra muy brillante, de la cual apenas va quedando recuerdo.

Duró tres o cuatro lustros, de 1850 a 1869.

Fenecido el movimiento romántico, el segundo Imperio francés, época de transición, inauguraba sus calenturientas disipaciones.

En España, reflejábase este modo de ser con doble intensidad, por ser española la Emperatriz Eugenia.

Las relaciones con Francia eran cordiales y estrechas entonces; la Reina Isabel no podía desplegar mayor amabilidad con la nieta de los Guzmanes, que ceñía una corona tan esplendente y peligrosa, la que pesó en las cabezas de María Antonieta y Josefina Beauharnais.

Debía de tener Eugenia de Guzmán no pocas envidiosas, pero al éxito todo le sonríe, y las damas españolas más encopetadas se enorgullecían de su emparentamiento o su amistad con la flamante Emperatriz.

La habían tuteado, cuando era no más una muchacha de la sociedad elegante, y quién sabe si ahora, diademada, a solas, les apearía el tratamiento, les diría: «Déjate de eso, ¿no soy tu amiga de siempre?»

Y las modas, que venían de París selladas con la marca de Eugenia, parecían más graciosas, más atrevidas, más picantes.

***

En las modas también se advertía el cambio profundo de las costumbres.

La languidez romántica cedía el puesto a una especie de libertad febril, a una extravagancia caprichosa.

El miriñaque «hacía furor». Las faldas median incommensurable vuelo. Las botas eran altas, a la polaca; llegaban más arriba de la pantorrilla, y las abrochaban larga fila de botones.

Sobre un tropel de tizos, en racimo, el sombrero, diminuto, se encasquetaba cayendo hasta la nariz.

Las costuras de las mangas empezaban en el codo. Se llevaban las «garibaldinas» en inexplicable homenaje a Garibaldi y su camisa roja.

Inmensos pendientes de gruesas bolas negras recibían el nombre político sentimental de «lágrimas de Polonia».

Cadenas de similor, de anchos eslabones, se llamaban, por el nombre de un drama famoso, «cadenas Benoiton».

Al cuello se ponían cintas de dos dedos de ancho, de terciopelo negro o seda de color, que colgaban hasta los pies, y aquí eran conocidas por «sígueme, pollo».

Las sombrillas afectaban forma chinesca.

¿Para qué reseñar más antojos de la moda, en un momento de locura?

***

En Madrid, durante tal período, la sociedad se mostraba alegre, disipada, indiferente a los graves problemas que fermentaban y estallaban a veces en explosiones parciales.

El rey de la banca madrileña era D. José Salamanca, hombre amigo de lucir, de gastar con prodigalidad regia; la tertulia en que se pasaba el rato con confianza y a donde concurría lo mejor del elemento masculino, era la de María Buschental, la que una noche, viendo entrar a una señora, exclamó: «¡Qué última! ¡Estábamos hombres solos!»

La dama que ponía el mingo, que daba la norma de lo elegante, era la duquesa de Alba, hermana de la Emperatriz.

Como hermosura, la eclipsaba la Medinaceli, de quien Castelar, presentándosela a Víctor Hugo, dijo «*! voild la beauté espagnole.!*»

En los paseos, llamaba la atención, por su elegancia como amazona, la condesa de Vilches.

Las reuniones más brillantes, demasiado numerosas tal vez y calificadas por Isabel II, donosamente, de «Prado con techo» se verificaban en el palacio de la condesa de Montijo, o en su quinta de Carabanchel, donde tenía un teatro. En él se representaba una loa de Rodríguez Rubí, alusiva al encumbramiento de Eugenia, y titulada *La perla del Genil*. Era el momento radiante de aquel destino de mujer, tan trágico al final.

¿Dónde va ya aquella sociedad, dispersa por los vientos de las revoluciones y las guerras?

¿Dónde las bellezas profesionales, la marquesa de Malpica, la de Alcañices, hoy ceniza fría en sus olvidados panteones?

¿Qué se hicieron los Infantes de Aragón? ¡Verdura de las eras!

***

Bajo el bullicio, bajo la animación vertiginosa de Madrid y París, podía un observador notar el estremecimiento del suelo y la fermentación revolucionarias.

En España, los terribles acontecimientos del motín contra la que había sido Reina Gobernadora, Cristina de Borbón, casada en segundas nupcias con el duque de Riánsares, acontecimientos que llevaron consigo orgías semejantes a las de la moderna «semana trágica», saqueos, incendios y asesinatos, fueron, sin género de duda, precursores de la revolución de Septiembre, con su séquito de desórdenes y luchas internas, desangradoras.

Y la «gloriosa» con sus problemas institucionales, preludió a la caída del Imperio envuelto en el lodo de Sedán.

Por una de esas ironías crueles, el año de la Exposición (1867, si no me engaño), se puso en favor el «color Bismarck» y fué París el que consagró su boga.

Todo «Bismarck»; sombrillas, trajes, adornos de los sombreros.

El color Bismarck era como de tabaco de hoja, poco maduro.

Fué una peste.

Francia brindó esta moneria al hombre más indiferente a ella y a todas.

Estaría entonces ya cuajando, en el cerebro del gran Canciller, el plan desarrollado poco más tarde, como nadie ignora.

***

Después de esta sociedad del segundo Imperio y de la Revolución, vino la de la Restauración y la Regencia, en que el salón brillante fué el de D. Antonio Cánovas, cuando contrajo matrimonio con Joaquina Osma.

Ya la mayor parte de los componentes de aquellas reuniones – que tenían por escenario el magnífico palacio de la Huerta –, ha desaparecido.

Desde tal fecha, ¡cuántos vacíos, empezando por el mismo gran estadista, a quien la bala de Angiolillo deshizo la potente cabeza!

Otra sociedad surgió con el reinado nuevo. El salón hospitalario, amplio, con influencia social, de tal momento, fué sin duda el de la marquesa de Squilache.

No consiguió tan alta como la señora de Cánovas del Castillo reunir a todos sin excepción, y hasta tuvo que sufrir el ataque sordo, insidioso, de roedores, que algo contrastó su influjo, en suma muy útil y conveniente, pues se traducía en grandes obras de beneficencia y patriotismo.

Pero poco a poco, la situación de la marquesa fué haciéndose más clara y sólida en Palacio y en el gran mundo, y su figura destacándose más rodeada de respeto.

La marquesa no se había encontrado las cosas hechas, como pudiera una duquesa de Medinaceli, y en cierto sentido se la podía calificar de luchadora.

Si desde sus primeros años tuviese la posición altísima de otras reinas sociales, nadie la hubiese igualado en prestigio.

Su muerte señala una transformación y una reorganización.

***

Este año la guadaña vendimió mucho.

Bastantes personalidades salientes, obligado pie de las tertulias, cayeron a sus golpes.

Aunque parezca que en esto no caben innovaciones, que no hay transición brusca, ello es que se oye repetir: «La sociedad que conocíamos se va.»

La guerra imponía ya este paréntesis en la actividad mundana.

Y, por otra parte, los bailes en los hoteles, con su inevitable promiscuidad, habían iniciado en Madrid eso que en París se llama «americanismo» en las costumbres.

Va pues a sufrir una evolución honda la sociedad, cuando el ángel de la paz (en cuyos buenos oficios apenas nos atrevemos a creer), tienda sus altas hoy desplumadas por el aire ardiente que levantan los proyectiles.

Signo de lo fugaz de las glorias sociales, es observar a las mujeres que reinaron en los salones, cesan do han optado por el retiro y renunciado a toda vanidad; verlas pasar, encogidas, vestidas de negro, peinadas sin aliño, hacia la iglesia donde hacen sus devociones, sentadillas en un ángulo, baja la cabeza sobre el libro de las «visitas» eucarísticas, únicas que pagan ya...

¡Pero un espectáculo más penoso aún es mirar a esas mismas ex reinas, empeñadas en prolongar la belleza y la juventud por medio de artificios que a nadie engañan!

La excepción, son mujeres como la marquesa de Squilache, que conservan, hasta su último día, atractivos y gentileza, y mueren dejando de sí una memoria amable, casi diré artística, casi diré florida – a despecho del implacable Kronos –.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es en extremo interesante observar cómo en Francia, en los decisivos momentos actuales, elementos escogidos de las letras y de la intelectualidad, se apresuran a reconocer los yerros pasados y a formular la aspiración de una patria nueva.

Si aquel gran patriota y superintelectual que se llamó Fernando Brunetière viviese ahora, ¡cómo uniría su voz a las voces que se alzan para aconsejar, para avisar a una generación!

Yo soy decidida partidaria de Francia y de su cultura.

Sus errores, que se deploran actualmente, no los he considerado irremediables nunca.

Hay en ese pueblo encantador tantas energías vitales, que seguramente saldrá del conflicto presente como salió del pasado, pero con mayor experiencia, con doble sentido de defensa y precaución, y con predominante unidad de miras, que en 1871, por desgracia, no tuvo.

***

¿No os dice algo, no os dice mucho en favor de Francia, el hecho significativo de que, en estos momentos anormales, en París no se registre un crimen ni un robo?

Creyó todo el mundo, al principio, que sucedería lo contrario.

Se imaginaron a las hordas de apaches cayendo sobre la bella ciudad como ejército de voraces ratas, y entrando a saco en los hogares abandonados por sus dueños que están en los campos de batalla.

Se creyó que los refinados malhechores aprovecharían las circunstancias para hacer su agosto.

Se supuso que, preocupado el Gobierno por otras necesidades, desatendería la seguridad pública.

Y fué lo contrario.

Desplegando una actividad vertiginosa, ejerciendo una vigilancia infatigable, surcadas las calles por mesnadas de agentes en bicicleta, la policía redimió a París de la mengua del apachismo.

¿Cómo no aplaudir?

***

Sobre la transformación de las costumbres por las circunstancias presentes, ha dado Mauricio Donnay, el conocidísimo autor dramático, una Conferencia en la Sociedad de Geografía.

Se titula «La parisiense de ayer y la de hoy».

Empieza refiriéndose a una función de gala en el Teatro de la Ópera, a beneficio del conocido actor y empresario, Antoine, y declara haber sentido inquietudes, estremecimientos, al fijarse en los trajes y tocados de las señoras.

Corrían parejas en ellos la excentricidad y el impudor.

Veíanse pelucas azules, cabellos empolvados de oro, corpiños que no existían y faldas completamente hendidas, de alto a bajo.

Donnay conocía a muchas.

Alguna de ellas acostumbraba bailar el tango, la muchicha, el two step, la furlana y el lulu-fado en Magic City, y con cualquiera, en presencia de su marido, a quien, sin embargo, amaba; pero la ociosidad, de la cual era, dice Donnay, trepidante víctima, no le dejaba un minuto de reposo.

Giraba en el torbellino de inmorales apariencias.

Donnay no quiere decir que esta clase de mujer sea la parisiense por antonomasia.

De parisienses, por un cálculo aproximado, hay un millón doscientas mil.

Y de éstas, acaso las dos terceras partes son laboriosas, económicas, llenas de cordura.

Otro tanto he solido yo decir, sin obedecer, en este caso, a ningún dictado patriótico...

Pero se trata de la parisiense según los libros y las novelas y las comedias, y desde luego, aun constituyendo una minoría, tal parisiense existe en la realidad, y es lo primero que en París salta a los ojos; es la de la azul peluca, la machicha y la falda rajada.

Y esta mujer, Donnay lo afirma, es en demasía esclava de la moda.

El vértigo de la variedad la trae jadeando.

El culto de la figura y de la belleza llega al grado de idolatría.

La mujer vive pendiente de sus cejas, sus uñas, su cuerpo.

Y por eso hay institutos de belleza, academias de tinte y escuelas normales de manicura.

***

He ahí, a juicio de Donnay, el mal que se padecía en Francia, y del cual Francia se moría antes de la guerra.

El lujo loco, desenfrenado, extravagante, exasperado, criminal.

Y el moralista – hay que darle tal nombre – se pregunta, ¿por qué tal lujo? Y contesta: «porque lo excepcional en las sociedades constituidas en formas aristocráticas, se vulgariza en las democracias.

»Cuando el pueblo es el soberano, la corte está en todas partes.

»El segundo Imperio tenía algunos diamantes, pero la tercera República tiene perlas con exceso. Esas perlas fueron al principio pequeñas como granos de mijo; ahora son gordas como avellanas.

»Tal mujer, cuyo marido tiene principios, y, sobre todo, palabras democráticas, y que habla sin cesar del bienestar que es preciso ofrecer al pueblo, de la igualdad que debería existir en el reparto de bienes, y clama contra el derroche de los armamentos, tal mujer, digo, posee perlas, que cada una representa el coste de varias casas de obreros o de un cañón de 75.»

Quisiera citar entera la disertación de Donnay, porque está la llaga señalada con dedo severísimo, analizada la enfermedad con clínica precisión.

Fermentaba, bajo ese mal social, una crisis enorme. ¿Revolución o guerra?

Fué lo segundo.

Y entonces, como al conjuro de un mago, he aquí que la parisiense se transforma.

Puede transformarse, nos asegura Donnay, con rapidez y sin transición, porque la mujer, en los cuarenta y tantos años corridos desde la guerra franco-prusiana a la actual, se ha educado, ha aprendido, ha ensanchado su cultura.

En 1870-71, poco hizo la mujer, en sentido patriótico y en sentido humanitario; hoy lo está haciendo todo, con una abnegación sublime, con una inteligencia valerosa.

Es un buen argumento feminista.

***

Si creemos – y debemos creerlas –, las buenas noticias de Donnay, las mujeres francesas están realizando una labor digna de toda alabanza.

Muchas de ellas, antes de la guerra, vivían mano sobre mano; ningún quehacer ocupaba sus ociosas horas.

Y lo dice un axioma, demasiado vulgar: – la ociosidad es la madre de todos los vicios – ...

Hoy, en cada distrito y barrio, funcionan talleres donde se confecciona ropa de abrigo, ropa blanca, que se distribuye entre las tropas y los hospitales.

Las mujeres, pertenezcan a la clase social que pertenezcan, ejercen todo cargo: son obreras, costureras, compran, venden, reparten limosna, predican, persuaden...

Hay una que se ha consagrado a atender a los cojos, mutilados e inválidos de la campaña.

Surtirles de muletas, enseñarles a andar, a vivir con su mutilación... Quedarán cien mil cojos, por lo menos, y es preciso pensar en su suerte.

Otras se ocupan de los refugiados belgas, socorren su miseria, mitigan su dolor.

Todas, o la mayor parte, prodigan tiempo y trabajo; dinero, las que pueden.

Y, con esta nueva vida, se desarrolla el modo de ser propio de ella: nacen las virtudes de las existencias fundadas en el altruísmo patriótico, el único posible y fecundo.

Las mujeres de París han renunciado a sus extravagancias, a sus lujos absurdos, a su continuo jadear tras la última moda, con la lengua fuera.

Y se visten con extrema sencillez, de medio color; y comen dos platos, eso las que son ricas; y parece que está resuelto fundar, al terminarse la guerra, la *Liga de los dos platos:* la liga, a la vez moral e higiénica, de la templanza en comer.

Tememos, ¡ay! que esto no dure, cuando la paz restablezca las cosas cual eran antes...

***

Sin embargo, ha de quedar, de este momento de espiritualidad profunda, un surco no menos hondo.

Ha de quedar confirmado poderosamente, y en el alma de la mujer, que es donde más convenía, el sentimiento, la convicción, el amor indesarraigable, patriótico.

Aquella famosa crisis del sentimiento de la patria, que señaló el peor momento de la decadencia, no en Francia tan sólo, pero quizás en Francia con mayor aparato de sofismas, ha pasado, ojalá que para siempre.

Porque Francia influye tanto en la mentalidad española, que cuanto bueno le ocurre se refleja en nosotros, y cuanto más inventa, lo mismo.

¡Y aquí también era de moda sonreír desdeñosamente cuando se hablaba de patria!

En esta singular aberración habían caído entendimientos por otra parte claros y privilegiadas imaginaciones...

***

Otro conferenciante francés, Andrés Beaunier, que disertó sobre *La guerra Francia*, no se forja ilusiones baldías: la victoria, la misma victoria, no resolverá todos los problemas; las discordias continuarán.

Pero el desorden de las ideas se habrá corregido bastante: la gente de buena intención sabrá a qué atenerse.

En Francia – sigo exponiendo la tesis de Beaunier – toda extravagancia ha tenido sus apóstoles; se ha armado un rebullicio de pensares.

Las monedas francesas ostentan la efigie de la Sembradora, y el conferenciante lamenta que la Sembradora, desgreñada, precipitada, haya lanzado indistintamente toda semilla, sin examinarla ni escogerla.

Lo mismo da trigo que cizaña: el caso era sembrar, sembrar.

Y – prosigue – entre esas ideas sembradas sin examen, una fué el pacifismo.

Alrededor del pacifismo se acumularon mentiras a granel.

La mentira más funesta a Francia fué la de considerar que la guerra era cosa de antaño, algo que pertenecía a las edades bárbaras, y que, por lo tanto, no importaba no estar preparado para una contingencia que, racionalmente, no había de presentarse.

Otra idea engañosa, la de la evolución, según la cual el mundo caminaba hacia una era de armonía. Así vivía Francia en plena utopía «declarando la paz al mundo»; fuera de la realidad, fuera de la vida.

Y el intelectual cuyas apreciaciones estoy reseñando, declara que quiere que su patria sea pacífica...; pero nunca pacifista.

¡Son cosas muy diferentes!

La guerra ha multiplicado hechos que desmienten a los que forjaban falsos porvenires, edades de oro quiméricas.

***

He recogido estos decires de hombres de valía franceses, porque tienen ejemplaridad.

Las naciones son sanables, y Francia, en breve plazo, puede ostentar sobre su lindo semblante los colores de la salud, si quiere...

Para que sane, lo mismo da que venza o que sea vencida.

La victoria, en esta lid, me figuro que no será tan decisiva que acabe con ninguna gran nación.

Y, además, creo que no dirige Alemania sus tiros contra Francia especialmente ni preferentemente.

Al buen entendedor...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Veraneo, balneación, excursiones: he aquí la vida contemporánea, en nuestra patria, al menos...

En otros países y tierras, ¡cuán diferente!

Mientras estos grandes balnearios gallegos, Mondariz y la Toja, se llenan de gente ávida de recreo y descanso, ¡cómo estarán los balnearios extranjeros, Carlsbad, Baden, las estaciones de placer de la Costa azul, todo el mapa alegre y frívolo de la Europa veraniega y otoñal!

Por aquí, en Mondariz, nada ha variado con la guerra.

Las mismas figuras obligadas de todos los años: familias numerosas que acuden a buscar la salud, mamás y niñas casaderas que buscan otra cosa, señores ancianos, que renquean al sol, llegando a los labios con trémula mano el vaso desbordante de agua que burbujea...

Pero los automóviles dan una nota de animación, antaño desconocida.

A cada momento entran, ruidosos y empolvados, de regreso de una excursión divertida: han ido a algunos de los infinitos puntos en que se lanzan exclamaciones ante la belleza del paisaje...

Porque aquí, en esta coquetona y riente provincia de Pontevedra, todo es digno de la fotografía, de la postal, del cuadro; todo *compone*.

Los viajeros de tierra adentro se quedan bobos.

No habían imaginado cosa por el estilo, allá en sus ciudades tristonas y sus campos grises de Castilla y de la Mancha.

⁂

Una parte de la clientela de Mondariz, sin embargo, ha desaparecido casi por completo.

Es el elemento portugués.

Los estados de lucha y de agitación política no son favorables a las excursiones veraniegas, gustosas y caras, que exigen libertad de espíritu para poderlas saborear.

En otro tiempo, Mondariz era semilusitano.

Llenábase de graves *Pares del reino*, de vizcondesitas almizcladas y con mucho *chic* británico, de escritores y poetas más o menos melenudos, de *brazileiros* con diamantes en el meñique, y hasta de Infantes y Duques que habían intervenido y jugado en la historia de su nación.

Hoy, apenas asoman por aquí los restos del naufragio.

Y vienen tristes, pesimistas.

Ya se desvanecieron las ilusiones de los primeros emigrantes, aquellos que conspiraron en Vigo y tal vez aquí mismo, durante el melancólico invierno en que se refugiaron, en uso de un derecho indiscutible, en los vastos ámbitos del desierto Hotel...

Actualmente, ignoro si se sigue conspirando en pro de la derrocada monarquía; pero de cierto no es en Mondariz ni en sus alrededores donde se desarrolla la conspiración.

Y un desaliento profundo invade a estos monárquicos de D. Manuel, desperdigados y pocos.

Nunca lograrán dar un paso decisivo hacia la anhelada restauración de los Braganzas...

¡A conformarse y a beber el agua y a sacar partido de los espectáculos que el establecimiento ofrece!

⁂

No son aun los que se preparan para muy pronto: se está construyendo y terminando un *cine*, y esta perspectiva hace latir el corazón de los niños, y alegrar el ojo a los grandes.

Porque en todo Balneario sobran horas, y esas horas vacías de la tarde, las llenará el *cine*, de la más grata manera.

El *cine* no pesa sobre el pensamiento, aun cuando se afirma que hace daño a los ojos, y produce un mareo peculiar.

Acaso me desacredite con lo que voy a decir; pasaré por poco refinada; pero, a un teatro mediocre, prefiero un *cine*.

El concierto diario de que aquí se disfruta es indudablemente un recurso para entretener la tarde; un excelente cuarteto interpreta las mejores creaciones de la música clásica y de la música regocijada y de la música regional, que no es la menos bella y poética de las tres.

Con muy buen gusto, la nota regional se cultiva en Mondariz preferentemente.

Las embotelladoras del agua, que son muchachas del país, y tienen voces frescas y acento mimoso, forman como una especie de orfeón, y al caer la tarde dejan caer los lánguidos *alalas*, las cantigas aldeanas, o las que compuso, con verdadera intuición del espíritu galaico, Marcial del Adalid.

⁂

Cada tierra debe abundar en su propio sentido, y desarrollar sus propios elementos de agrado y hermosura.

En Galicia, hasta para impedir que se pierdan y borren las huellas profundas y poéticas del pasado, es conveniente cultivar y reanudar estas tradiciones.

Mondariz no las deja perder.

Con cuidado piadoso y filial se recogen, en el museo formado en la granja de Sanmil, los pedruscos que pueden interesar a la epigrafía, los viejos capiteles románicos, los cruceros olvidados en timones, los instrumentos de música, la cerámica, hasta los antiguos trajes y los característicos zuecos...

Y este año, con motivo de la solemne procesión de la Virgen del Carmen, hemos presenciado un concurso de gaitas, cantos y bailes de la región, que nos demostró cuán necesario es mirar porque no se pierdan los rastros del ayer...

Los premios en dinero los ofreció el dueño del balneario, el infatigable Enrique Peinador.

Esto debiera alentar a los gaiteros para que se presentasen vestidos con alguna propiedad.

Lo hicieron, al contrario, con libérrima fantasía.

Algunos venían con su traje de diario, de artesanos ciudadanos, americana y pantalón.

Otros, más caprichosos, lucían vestimenta gallega, y gorrilla de cuadros.

Los que usaban *montéira*, la habían encargado al guardarropa de algún teatro donde se representan obras como *Marusa*, con gallegos fantásticos.

Los bailes tampoco brillaban por la exactitud.

Más que MUIÑEIRA, la recatadita y humilde y labriega danza en que la mujer baja los ojos mientras el hombre la festeja y ronda, parecían algún degenerado fandango.

Lo cual indica que es preciso velar por la pureza de los bailes, trajes, cantos y demás manifestaciones de la antigua vida regional, y reconstituir todo esto, siquiera como señal de respeto a nosotros mismos.

⁂

La procesión, en cambio, fué un espectáculo inolvidable, no superado por los de igual género, en muchas ciudades populosas.

Se celebra esta procesión una vez al año, el 16 de julio.

Acude a presenciarla inmenso gentío; vienen en tropel de bastantes leguas a la redonda.

Sale de la capilla del Establecimiento y recorre un corto trayecto, el de las sendas del parque.

Pero este trayecto está de tal manera iluminado, enflorecido y engalanado, que el cuadro es de una alegría italiana, meridional, propia de esta provincia de Pontevedra, tan riente y gozosa.

Alumbran en la procesión las señoras que están tomando aguas, provistas de sus cirios, tocadas con mantillas blancas y negras, sobre grupos de grandes hortensias azules, y niños de blanco ropaje siembran pétalos de flor ante la efigie de la Virgen.

La vasta fachada del hotel está acribillada de iluminación, claveteada de lucería eléctrica, y de los árboles del parque (que parecen seculares y no lo son, porque en este suelo fertilísimo el arbolado adquiere imponentes proporciones en corto tiempo) cuelgan guirnaldas de farolillos multicolores.

El efecto, al recogerse la procesión, al anochecer es mágico.

Y yo prefiero esta solemnidad, a un tiro de pichón o un campeonato de *Tennis*.

No lo miro por el lado de la devoción, sino por el de la fidelidad al modo de ser español, que se afirma en las costumbres y en los espectáculos.

Mirémoslo sencillamente así: de un espectáculo se trata.

¿No es más estético el de la procesión del Carmen, que el que consiste en ver caer, aleteando en la agonía, a unas inofensivas aves?

⁂

En Mondariz está planteada la lucha entre lo antiguo y lo moderno – en cuanto a diversiones, naturalmente, pues desde otro punto de vista, un balneario tiene que modernizarse diariamente, sin cesar –

Lo moderno, aquí, sería el Casino que muchos sueñan.

Un Casino del corte de los de Biarritz y otros puntos de moda, con *caballitos*, salas del crimen, cotillones y mucha farándula.

Así se revolucionaría la existencia apacible del Vichy gallego.

Así tendríamos emociones a pasto, lujo de sitiapas, y ¿quién sabe si algún suicidio elegante, en una umbría del parque, a la madrugada cuando se cierrase el antro del azar?

Nada semejante veo por ahora.

Trabajo cuesta hasta organizar el honrado, nacional, fino y clásico tresillo.

Ni la soñolienta *lotería*, ni el *reloj*, ni ninguno de esos juegos caseros y bobalicones se arma en las estancias del Balneario.

El tiro de pichón está reservado para la Toja, más deportiva que Mondariz.

⁂

Cada sitio tiene su fisonomía.

Mondariz la posee bien marcada, y es ante todo una fisonomía higiénica; el lema de Mondariz podiera ser «¡guerra al artritismo y sus derivaciones!»

¡Ah, el artritismo! Será preciso hablar de él algún día.

Es un duende que se mete en todas partes, un Proteo que reviste todas las formas, un espíritu que se infiltra dondequiera, un orín que corroe despacio nuestro organismo, oxidando cada resorte y rueda cilla de la máquina...

Es lo mismo que la tuberculosis, sólo que enteramente lo contrario.

Y el que escapa de Escila, cae en Caribdis...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El lugar en que me hallo, próximo a la frontera portuguesa, atrae invenciblemente mi atención hacia los asuntos de un país que nunca ha dejado de ser para mí predilecto y que he procurado conocer lo mejor posible, visitándolo repetidas veces y logrando tener allí excelentes e inolvidables amigos.

Me refiero a Portugal.

Mondariz está tan próximo a la tierra portuguesa, que, en lo porvenir, cuando se organice mejor todo lo referente a comunicaciones – ¡esperémoslo siempre! – nadie vendrá al gran balneario gallego que no eche su excursioncilla a Oporto, o siquiera al *Bom Jesus* de Braga.

Y Portugal, por la belleza de su suelo y lo característico de sus monumentos y lo ideal de su clima en invierno y otoño, puede y debe ser un foco de turismo.

Cuando haya terminado de constituirse sólidamente, en una forma de gobierno ya estable, no cabe duda que atraerá a miles de viajeros, y por tal concepto ingresará mucho oro en aquellas comarcas privilegiadas y rientes.

La constitución sólida del país no será – o mucho me engaño – la monarquía.

Las formas de gobierno tienen menos importancia que los estados de cultura, ha dicho, si no yerro en la cita, el sociólogo Gumplowiczk.

Y saco a relucir este texto, para que nadie suponga que hablo desde un punto de vista estrecho y parcial.

Cualquier forma de gobierno debidamente consolidada, es buena.

Hasta la tiranía – ¡y recuérdese a Atenas! – da resultados excelentes.

El caso es que dure y que la ley establezca su imperio.

***

Cabe fundar lisonjeras esperanzas en la elección de Bernardino Machado para presidente de la vecina República.

Tengo de Bernardino Machado la idea mas favorable.

Le conocí aquí mismo, en el Balneario, cuando era este manantial más portugués que español.

Aquí bebían agua los Infantes, los pares del reino, lo más brillante de Portugal, y como los Braganzas son por naturaleza artríticos, aquí hubiesen venido todos unos tras otros, incluso el monarca que fué muerto a tiros, – a no estorbárselo las complicaciones y agitaciones de su política interior.

Machado se contaba en el número de los expedicionarios a iglesias viejas y castillos ruinosos, y yo gustaba mucho del trato del ilustradísimo y amable portugués.

No puedo menos de prometerme que su presidencia señale un período de paz y prosperidad.

Condiciones le sobran para dejar huella profunda en la historia de su patria.

***

Sin aspirar a hacer competencia a Mariano de Cavia, diré que me sublevan algunos términos muy impropios que oigo usar a personas obligadas a saber cómo se habla el castellano.

No ha mucho, un académico de la Lengua y un literato de fama exclamaron delante de mí que sentían *pánico*.

Pánico es el terror general, el terror de muchos. *Pánico* no cabe decirlo de una persona sola. Para exagerar la expresión del terror, se diría *miedo cerval*.

Un disparate insidioso es el de escribir *parisién* por parisiense.

Otro, decir *bajo la base*, queriendo significar todo lo contrario.

No conviene, seguramente, que se hable tan perfilado y recortado, que las personas den en redichas y almidonadas; a este extremo, casi prefiero el otro, el hablar con descuido y sin la menor sujeción a los preceptos de la gramática.

Lo mejor, sin embargo, es hablar bien y con suma naturalidad.

Y hablar no basta: se necesita pronunciar correctamente.

Una multitud de señores que debieran superar al borrico del gitano, y *prenunciar* como Dios manda, dicen *rediculo, redículas, arizmética, Madriz, Curuña*, y otras lindezas.

Aquí, invariablemente, los que no son gallegos pronuncian *Mondáriz* y *Puentedreas*, olvidándose de aquella conocida tríada:

Cuando la perdiz sea *pérdiz*:
y la nariz sea *nariz*,
Mondariz será *Mondáriz*.

***

Mucho se prestan los balnearios a estas y otras observaciones no filológicas, sino de peliaguda psicología.

Nada más fácil que estudiar las costumbres y la vida social, los caracteres y las condiciones y hasta las manías de la humanidad, en el corto trecho de la vida balnearia.

Uno de estos establecimientos, cuando se halla en el apogeo de la *season*, es un microcosmos donde no falta elemento alguno de los que integran la sociedad.

Aristócratas, plutócratas, intelectuales, políticos, religiosos, clérigos, militares, médicos, industriales, gente llana y del pueblo, mendigos, labriegos, mujeres hermosas y elegantes, ancianas consumidas por los años, enfermos que no lo parecen, sanos que se creen enfermos, niños encantadores, gentes de libreas, obreros, – aquí no falta de ninguna casta de pájaros – ...

Hasta se nos apareció un indio, un indio auténtico, libre del enganche inglés, dedicado a la muy pacífica profesión de vender labores de encajes y calados, que se fabrican en las islas Canarias, por labranderas que ganan dos reales al día, y se quedan ciegas a veces...

Y las labores corren que es una bendición, porque, tan baratas en su origen, lo son aún después de traídas del África a Europa...

***

Hay sobre todo aquí plétora de automóviles.

Se ha generalizado el automóvil de tal modo, que ya los coches de caballos son una visión del ayer, algo arcaico y rancio, que no tiene cabida dentro de la vida actual.

Su andar parece el andar a trancos lentos de un semi-paralítico que conserva todavía intenciones de traslación.

Tan cierto es que el hombre se habitúa a lo bueno como a lo malo, y que si conoce una ventaja, un refinamiento de comodidad, ya no sufre el antiguo estado, que por tantos siglos aceptó sin la menor protesta.

Y dentro de algún tiempo, Dios sabe cuánto, el automóvil, tal cual es ahora, parecerá un armatoste. Se habrán inventado otros mecanismos, de materias más ligeras y resistentes, de nutrición más regularizada y fácil, y en que el pavoroso problema de los pinchazos no exista.

Al terminarse la guerra, el espíritu humano y su don de dominar la materia habrá adquirido tal vuelo, que hemos de ver cosas asombrosas – sin hablar de la navegación aérea, de la cual se anuncian tantas maravillas para facilitar el transporte no sólo por tierra, sino al través de los mares, de continente a continente.

Todavía no es tarde para consagrar un recuerdo a Ramos Carrión.

Su colaborador constante, Vital Aza, le ha precedido en el último viaje.

Eran ambos algo castizo y netamente español, sin el carácter acentuado, chispero y manolo, de don Ramón de la Cruz, sino con una nota burguesa, bonachona y francamente cómica.

Ramos Carrión, solo o acompañado, nos ha repartido mil veces el sabroso pan de la risa.

Ha regocijado a dos generaciones.

Y sin embargo, le está reservado el olvido, triste porvenir de los autores festivos a secas, sin alardes de literatura.

Ultimamente, parecía anticuado Vital Aza.

Para mí y para otros muchos, las obras del gigante asturiano conservaban su frescura y su amenidad, con ribetes satíricos, de una sátira benigna.

El público, en su mayoría, declaraba que a Vital Aza ya «le había pasado el sol por la puerta».

No sé si algo análogo le ocurría a Ramos Carrión.

Es difícil hacer reír a los hijos y nietos cuando se ha hecho reír a los padres.

Envejece más lo humorístico que lo serio.

Lo trágico es eterno.

Nadie ríe hoy con Aristófanes, pero se puede tentir el escalofrío hondo de Sófocles y Esquilo.

***

Ramos Carrión cultivó el sainete, la comedia sainetada, y la zarzuela, el libreto bien hecho, interesante, ingenioso, sin astracanadas ni sensiblerías melosas.

La Marsellesa es un modelo en el género; *La Bruja* y *El Rey que rabió*, dos joyas, dentro del género también.

Sin duda ayudó a estos libretos la graciosa y animada música, que, en *La Bruja*, por ejemplo, es una creación, y tiene un sabor especial; pero si no corresponde el libreto, la música nunca logra apoderarse del público.

Hay una relación estrechísima, en esas obras de Ramos Carrión, entre la música y las palabras.

La Marsellesa, además, encerró una fácil sátira política, y hasta hubo sus conatos, en algunas localidades, de silbarla, por tal motivo.

Era imposible no encontrar divertido y cómico a aquel *ciudadano Nerón*, al cual no le faltaba su filosofía.

La Marsellesa fué un triunfo; en cuanto a *La Bruja*, al *Rey que rabió*, a *La Tempestad*, a *Los sobrinos del capitán Grant*, se contaron por cientos sus representaciones.

Todavía *Los sobrinos* dan llenos.

Los niños... (y sabe Dios cuántas personas grandes) en las representaciones por la tarde, se abren de tanto reír con las distracciones del simple geógrafo.

Y ¿quién no ha pagado tributo de alegría al *Patrón municipal*, al *Oso muerto*, a *La almoneda del tercero*, a *Un cuarto desalquilado*, al *Señor Gobernador*?

***

Aquella fecunda vena de chistes no se agotaba.

Y no eran chistes de sacacorchos, no eran algo forzado y retorcido, ni algo inefablemente absurdo y sin pies ni cabeza, como lo que hoy impera, y que se basa en dislocaciones o aproximaciones de palabras, sin atender a su sentido, o desquiciándolo violentamente.

La gente que iba al teatro a celebrar con carcajadas la obra de Vital Aza y Ramos Carrión era sin duda superior, en su mentalidad, a la que aplaude engendros como los que han llenado el teatro en estos últimos inviernos, y producido miles de duros.

Consagro este recuerdo a autores que han disipado tantas sombras de melancolía, y han sabido unir a la jovialidad sana y honrada un realismo nacional mitigado y optimista.

No han hecho daño a nadie y han aligerado el peso de la vida a no pocos...

Acaso su teatro desaparezca totalmente de la escena, como desaparecieron del mundo sus mejores intérpretes, la deliciosa Balbina Valverde, la perfecta e igual compañía de Lara; pero no será substituido por otro ni más espontáneo, ni de mejor sentido, ni más ameno.

Al contrario, si no mienten las señales.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace muchos años ya, fuí a visitar los antiguos alfares de Talavera de la Reina.

No ha pasado, sin embargo, tanto tiempo, que esté borrada la impresión de desencanto que sufrí.

– ¿Dónde están – pregunté – los célebres alfares?

El dueño de la fonda hizo un gesto indefinible, que significaba probablemente:

«¡Bah!, ¡valiente cosa!», y me dió, para guiarme, a un chico de cara atontada, ese chico que dan, en casos análogos, en los hospedajes todos.

Me acompañó el tal por calles angostas, y al fin paramos ante un alfar, y luego ante otro alfar.

– ¿Pero qué es lo que aquí se fabrica, como loza de Talavera?

Me enseñaron unos platos ordinarios y lisos, tazones análogos, y, único resto de los antiguos modelos, que se había conservado por el hecho de ser un juguete, adquirí la burladera, jarrilla original, que invariablemente mojaba al que por ella quería beber.

Yo conocí la loza de Talavera, por la rica colección que poseía mi amigo el conde de Superunda, y hoy pertenece, por herencia de este señor, a la Infanta Isabel.

Al no encontrar en Talavera nada que a esto se asemejase, comprendí que me encontraba en presencia de una de tantas encantadoras industrias perdidas, como la de los cueros repujados en Córdoba, y en Santiago de Compostela la del azabache tallado.

Pasó tiempo.

Un día, en 1908, llegó a Talavera un artista decorador sevillano, cuyo apellido es Guijo. Tentado por el recuerdo del ayer, pintó algunos cacharros al estilo antiguo, y los hizo cocer en los alfares. Dos señores de Talavera, Luna y Páramo, este último notable coleccionista, vieron la obra de Guijo, y sintieron el impulso de restaurar la olvidada industria y de hacer reproducir los arcaicos modelos. De aquí nació la fundación de una fábrica y una razón social: Guijo, Luna y Compañía.

La fábrica funciona, y sus productos se expenden en Madrid.

Comprende la cacharrería y la azulejería.

La rica colección de Páramo ha suministrado tipos y ejemplares para las infinitas formas de tan variada cerámica.

En efecto, durante los varios períodos de su esplendor, se ha fabricado cuanto cabe imaginar.

Tinteros, cuencos, benditeras, burladeras, fuentes, platos, barreños, tazas, jarros, ensaladeras, saleros, orzas, jarras vinarias, botijas, cántaros, bacías de escotadura y de concha, urnas, alcarrazas, tibores, sin hablar de los graciosos perritos y leones semejantes a los de la Alhambra, de hirsuta melena inmóvil...

Y luego, el arte encantador de la azulejería: frontales, frisos, decoraciones, asuntos enteros, en que el ceramista compite con los efectos de lienzos y tapices. Todo esto pertenecía al pasado.

El resucitarlo es obra, no sólo de artistas, sino de buenos patriotas.

Aquí, en el propio Mondariz, bebiendo su agua, me he encontrado a uno de estos emprendedores españoles, el coleccionista Sr. Páramo.

Con amabilidad hidalga puso a mi disposición sus apuntes sobre la historia de la cerámica talaverana, desde sus orígenes.

Así pues, la erudición que voy a desplegar no me pertenece sino en aquella mínima parte que a la cultura general corresponde.

La industria artística de la cerámica en Talavera es relativamente reciente. No asciende de los últimos años del siglo XV.

Hasta entonces, en Talavera no se había fabricado sino la cerámica común y puramente útil, para usos caseros.

Al iniciarse el procedimiento del baño estanífero, que resulta de la trituración de la arena fina con estaño, barrilla, y alcación de plomo calcinado, empieza el arte de la «talavera».

En el siglo XVI, ya se ha puesto en moda, y tiene imitadores y plagiarios.

Una fábrica de Sevilla trata de cocer la misma loza, pero no lo consigue.

Y, al través del tiempo transcurrido, hasta hoy, la inferioridad persiste: nadie que tenga ojos confunde a un Triana con un Talavera, aunque sean, al pronto, semejantes.

Logró competir con Talavera, sin igualarse en algún detalle que distingue el aficionado, la fabricación de Puente del Arzobispo. Ambas lozas han seguido iguales trámites en su apogeo y decadencia.

Para jalonear las etapas recorridas por este arte, el Sr. Páramo tuvo una idea ingeniosa. Estudió y reconoció las casqueras o montones de desperdicios de los antiguos hornos, y en sus estratos halló claramente escalonadas las épocas distintas. Estas mismas casqueras le permitieron afirmar que nunca se coció en los hornos talaveranos barro de metálicos reflejos, a pesar de hallarse la provincia inundada de esos bellos platos de calientes entonaciones, tan estimados de los coleccionistas.

Los arqueólogos romanos hicieron análogas investigaciones en el famoso monte Testaccio, en el cual se hacinaron a gran altura los despojos de vajillas y vidrios rotos de la Ciudad Eterna, y los naturalistas y paleontólogos encontraron también preciosas revelaciones en los montículos de conchas de ostras de California donde descubrieron restos y utensilios del hombre americano, al lado de gigantescos fósiles de animales monstruosos, del período terciario probablemente.

Un montón de despojos, es un archivo.

A la cerámica de Talavera, han confluído numerosas corrientes y en ella se han revelado influencias diversas; la mudéjar, la de la mayólica italiana, la vecina e inevitable de Portugal.

Y entre los azulejeros famosos encontramos a numerosos italianos, como aquel que, huído de su país por cuentas con la justicia, cuchilladas o estocadas, se vino a Talavera y pintó el friso de cerámica del Salón de sesiones del Ayuntamiento, con escenas de las victorias de nuestros tercios en Flandes; encontramos flamencos, como aquel Juan Flórez, azulejero de Felipe II: pero ninguna influencia pudo hacer perder a la talavera su sello esencialmente castizo, su carácter profundamente español.

Merece consignarse que esta cerámica que salvo las ingenuas desnudeces de algunas mitologías, no presenta nada que alarme al más timorato, abunda en asuntos escatológicos.

De estas chocarrerías se hallan hasta en los cacharros destinados a conventos de monjas.

Fueron los conventos, así de hombres como de mujeres, parroquianos fieles de la talavera, y de esta cerámica hicieron los platos, fuentes, tazones con rótulos picarescos o devotos, usados en los refectorios de las diversas y numerosas Comunidades.

En estos rótulos pueden estudiarse hasta las transformaciones de la opinión pública en materias políticas.

Los hay que dicen «¡Viva Fernando VII!» mientras otros claman: «¡Constitución o muerte!» Los más, sin embargo, se limitan a una afirmación de propiedad: «Soy de Fulano, soy de mengano»; algunos, con innegable buen sentido, afirman: «Soy de quien me compre y me pague»; y no pocos exhalan la galante protesta: «Viva mi dama» «Viva mi dueño...»

También daban juego a la talavera las boticas y las barberías.

Estas, con las bacías primorosas de forma, de que tan abundante colección formó mi amigo el Príncipe de Gortchakoff, Embajador de Rusia en Madrid; pues los diplomáticos, extranjeros, siempre algo más cultos que el nivel general, han llevado de España muy copioso botín, comprando a precios en otros países desconocidos.

Y aquéllas, las boticas quiero decir, con los graciosos botes de decoración generalmente azul polo, con letreros infantilmente pedantescos, en latín del que prodiga Moliére en *El médico a palos*.

Las tabernas, por su parte, contribuían a la división de la loza talaverana, encargando las jarras ventrudas del vino que, según el rótulo más usual en ellas, «alegra el corazón del hombre».

No veréis, en la pintura, una escena que pase en el XVII o en el XVIII, que no tenga como accesorio algún tazón o jarra, algún vasar con loza polícroma de Talavera.

La decadencia de tan bella industria vino insensiblemente.

Al fundar Fernando VI en Talavera la fábrica de seda, con seiscientos operarios holandeses, descargó sin querer un golpe de muerte a la loza.

Los mejores operarios se fueron a la sedería, donde se encontraban mejor pagados.

Otro quebranto fué la fundación de la magnífica fábrica de cerámica del Retiro.

Con la invasión francesa, la ciudad de Talavera sufrió no poco; en sus inmediaciones se libraron acciones empeñadas; pero no fueron los franceses, sino nuestros aliados, los ingleses, que nos sostenían como la cuerda al ahorcado, quienes quemaron más por uno los alfares, todo el barrio de la alfarería, y otro tanto hicieron en Puente del Arzobispo, igualmente.

Una prolongación del arte de Talavera se halla en Puebla de los Angeles, en México.

Con los extremeños fueron a la conquista y aventura no pocos talaveranos, y entre ellos se encontraría más de un alfarero, maestro en el baño estanífero.

Aquí, la talavera renace de sus cenizas, y espero que tomará vuelo sobre todo para lo ornamental y caprichoso, puesto que para lo usual está casi en desuso, amén de que, decorada, tal vez su precio no se adaptase a las necesidades caseras de suma baratura.

El azulejo tiene un porvenir ilimitado, como adorno y como elemento de limpieza e higiene.

Y con todas las aplicaciones que en ella caben, la talavera debe vivir, y se lo deseamos ardientemente los que quisiéramos ver a nuestra nación «abundando en su propio sentido.»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El famoso comediógrafo Jacinto Benavente, por tantos conceptos actual, lo es doblemente ahora, a causa de la acalorada polémica que sostiene con varios periódicos, a causa de su germanofilia, profesada en diversos escritos.

Tal vez la palabra *germanofilia* parezca un poco burda, y, desde luego, es muy trillada, gastada y revieja; un año entero de baqueteo la ha marchitado de tal suerte, que aburre hasta pronunciarla. No obstante, acaso por su misma vulgaridad, no hay mejor modo de que se entienda lo que reprochan a Benavente no pocos de sus antiguos admiradores, y lo que le gana las simpatías de bastantes que acaso no lo fresen sin restricciones numerosas.

La política militante se ha mezclado en el asunto. Y la política, amalgamada con la literatura, es peor que la sal unida a los calomelanos.

De la amalgama consabida no puede salir cosa de provecho.

Las letras no ligan con la política (hablando en general,) y claro que cuando la posteridad se ocupe de Benavente, estudiará su obra y sus tendencias, pero no otorgará gran valor al hecho de que, en esta conflagración (otra palabra lacia y manida), sus simpatías hayan estado de parte de los aliados o los teutones.

Sin embargo, como todo tiene su porqué y su trasfondo honda, el cambio de aspecto de la personalidad literaria de Benavente, muchos lo han visto anunciado en su última (creo que en efecto es la última) producción, *El Collar de Estrellas*. El *dannuzio* – perdónese el vocablo – se ha convertido en un espiritualista cristiano.

⁂

Yo ya sé que, en el momento presente, lo mismo se puede abogar por el pro que por el contra de infinitas cosas.

¿Qué concepto de la vida y del mundo y de lo natural y de lo sobrenatural envuelve el hecho de ser partidario de Alemania, hoy en día? Unos afirman que para inclinarse a Alemania hay que sostener, con Carlos Octavio Bunge, que el derecho es la fuerza, que no hay más ética, y que por ahí se va a la grandeza y poderío de las naciones y de las razas; mientras otros declaran que el triunfo de Alemania es el triunfo del criterio cristiano, de la causa del orden basado en principios morales, y la destrucción o cuando menos el vencimiento de los materialismos que minaron las sociedades, y llegaron a amagar su ruina, la caducidad de los ideales que la tradición había consagrado.

¿A cuál de estas soluciones se inclina Benavente? Si juzgo por su discurso en los Juegos Florales del Escorial, a la segunda.

⁂

Los Juegos Florales del Escorial – y va de digresión – me han interesado: entre los Certámenes anáuguos que cada día anuncia la Prensa, por el vivo contraste que forman, no sólo con el Monasterio y su fábrica severa, herreriana, sino con la figura que todavía parece habitar, como un duende, los sombríos muros: la de Felipe II *el Prudente*, así le llaman sus apologistas.

El aparato clásico de estos festejos, que tiene tanto de brillador y teatral; la corte de amor, la Reina de la belleza, los pajes, el poeta laureado, con su flor natural – entre los dedos pulgar e índice –, todo lo que intenta hacer revivir una hora el ambiente de las justas trovadorescas provenzales, se despega, naturalmente, del recinto de la gran cratícula o parrilla laurentina, donde aquél que era señor del mundo se encerró para morir, meditando en la inania de las grandezas terrenales.

No: por más que hago, no acabo de concertar la significación del grave Escorial, con la institución poética de Clemencia Isaura.

Y estoy por decir que la bulliciosa fiesta me echa a perder ese melancólico y majestuoso asilo del que pronunció palabras dignas de un asceta indiano o de un solitario de la Tebaida, que ve, bajo el oropel, la ceniza, y que ha descendido al fondo abismal de la contemplación.

⁂

En ningún monumento mejor que en el Escorial se ha sellado y marcado indeleblemente el espíritu de España.

Por varios conceptos, el Escorial es doblemente representativo que ninguna Catedral gótica.

En este concepto, razón tuvieron Quintana y Núñez de Arce cuando hicieron del Escorial algo simbólico, la esencia misma de lo que constituyó nuestro poderío y nuestra decadencia.

En otros países, no concibo el Escorial; lo hacen nuestro, expresivo de nuestro ser, tantas circunstancias, que el historiador y el pensador se detienen atónitos ante la mole de la cual dice Benavente que es a la vez palacio, templo y tumba, y, pudiera añadir, también cenobio.

La arquitectura del Escorial parece greco romana, y no lo es sino en cierto respecto, en el de la sencillez robusta; pero el estilo pagano está vestido a la española, lleva un sayal, y tiñe y caracteriza su conjunto aquel peculiar ascetismo del fundador.

La robustez se la dió el Renacimiento; el fervor, que trasmana de las enormes masas graníticas, irradió del alma española del siglo XVI, capaz de levantar en peso al planeta.

⁂

Y yo, por un momento, y sin tratar de hacer competencia a los dos poetas del *Panteón del Escorial* y de *Misrere* me sugestiono que las estatuas, obra sublime de Pompeyo Leoni, que se alzan en el presbiterio de la basílica, se animan y se mueven y el calor de la vida discurre por sus bultos de bronce dorado...

Felipe II se pone en pie, arrastrando su manto magnífico, que luce bordadas las armas españolas; y tras él, mudas, nostálgicas, caminan sus tres esposas, las arrodilladas a su lado, por la eternidad; y una de ellas aparece, si no en la historia documental, en la leyenda, como protagonista de un terrible drama propio de los tiempos fabulosos, en que la historia de Fedra inspiraba a los trágicos; y avanza también, macilento y huraño, el otro supuesto héroe del drama, el Príncipe D. Carlos, convertido por dramaturgos y libretistas de ópera en enamorado romántico y en reformador de la humanidad, y peor tratado por la naturaleza, que hizo de él un degenerado y un epiléptico...

Y estas figuras de metal, animadas, como la del Comendador, por el soplo de la fantasía, miran atónitas desarrollarse la comitiva suntuosa de los Juegos: las damas de la Corte de amor, los pajecillos, los músicos, los timbaleros, los estandartes, la guardia amarilla, ruidos, colores, formas, y no comprenden.

¿Qué sucede para tanta bulla? ¿Que un poeta ha rimado unas estrofas?

¡Brava cosa, en verdad!

Si fuese el cortejo una victoria, como las de San Quintín y Lepanto, o siquiera el anuncio de una derrota, ¡la pérdida de la Invencible!..

¡Pero unos juglares!

¡A fe que valía la pena de turbar el eterno sueño de los Emperadores y Reyes!

Y, desdeñosos, vuelven a arrodillarse sobre el mármol de sus tumbas, reanudando la perpetua plegaria de su actitud, que no brota de sus labios de metal...

⁂

Todo esto no quiere decir que yo repruebe la celebración de Juegos Florales en el magno patio del Monasterio.

Mis susceptibilidades de artista que siente la armonía de las piedras con su destino, no son sin duda nada ante la necesidad de adaptarse a los tiempos y a las exigencias de lo real y tangible.

El Escorial, que a mí me gustaría más cuanto más solitario y triste, rodeado sólo de algunas chozas de adobes, y teniendo en vez de cómodo Hotel una humilde hospedería monástica, hace bien en querer adelantar, atraer viajeros y veraneantes, convertirse en estación de estío, como lo permite su clima fresco, sus tónicos y vigorizadores aires, su sierra salubre, las condiciones que atesora.

La cosa no será muy felipeña, pero es sensata. Hay que ponerse en razón.

Y en cuanto al Certamen, es verdad que ya no despiertan interés por sí solos esta clase de festejos, que se han prodigado excesivamente; con todo eso, les prestan atractivo y les permiten arraigar en las costumbres, los Discursos de los mantenedores, o por mejor decir, los mantenedores mismos, que pronuncian o leen su oración en persona, lo cual satisface el ansia, natural, legítima y loable, de ver de cerca, en localidades donde nunca suelen poner los pies, a las eminencias políticas y literarias.

Tal es la talla del mantenedor, tal el vuelo del Certamen; y en el Escorial, al elegir a Benavente, han andado muy acertados, porque, según queda dicho, la misma discusión que hoy mantiene hace más moderno si cabe, al autor de *Los intereses creados*.

⁂

Yo, que soy partidaria de Francia en esta contienda, y lo fuí siempre, por afecto vivaz a esa nación, debo proclamar que Benavente se cuenta en el número de los que tienen derecho a opinar como les plazca y decir lo que les acomode, sin que nadie por tal motivo les denigre.

Hay en cada país una docena, o docena y media, o pongan ustedes si quieren dos docenas, aunque me parece extenderse mucho, de personas con plenísimo derecho a emitir su parecer.

Lo más modesto a que puede aspirar un hombre eminente, es a la libertad de su criterio.

Se me dirá que todo el mundo está investido de un derecho igual.

Materialmente, sí; moralmente, tal vez no.

El que ni entiende, ni siente, ni sabe, ¿por qué ha de opinar?

Y sin embargo, es lo contrario lo que ocurre: los sobresalientes no pueden abrir la boca sin que se les echen encima.

Los del montón, digan lo que digan, es como si cantase el carro; nadie los impugna.

Por esto picaban la curiosidad las «declaraciones» de Benavente en el Escorial.

¿Afirmaría la evolución de sus ideas? ¿Sería un nuevo paso en el camino que *El collar de estrellas* inició?

Lo ha sido en efecto.

El discurso, por mejor decir su sentido, no difiere mucho de lo que un Vázquez Mella pudiese afirmar.

Benavente canta un himno a la religión, hace la profesión de fe más espiritualista, entona una cantata a la patria, y, en suma, se ratifica en cuanto parecían indicar sus últimas manifestaciones.

⁂

¿Qué consecuencias traerá tal cambio, para la dramaturgia del célebre escritor?

¿Va a seguir, en las tablas, la ruta de *El collar de estrellas*?

Por mi parte, y mirando sólo a lo artístico, confieso que preferiría que su Musa, con independencia de las cuestiones históricas y políticas presentes, se moviese con libertad hacia uno y otro lado, y ya recogiese, en el fondo popular, los vigorosos brotes de la tragedia antigua, como en *La malquerida*, ya cultivase la sátira amarga y pesimista, bajo apariencias de alegría italiana, de *Los intereses*, ya excursionase al través de las costumbres y los vicios contemporáneos, y diese hermanos numerosos a tantas comedias encantadoras, ya navegase en los mares de fondo de la psicología, como en *La noche del sábado*, ya ahondase en la convención social como en *La Princesa Bebé*...

Y yo espero que así será.

Lo más digno de atención, en los escritores de altura, son ellos mismos, su labor, su esfuerzo por añadir una página a los anales de la belleza y del conocimiento de ese eterno desconocido que se llama el corazón humano.

Y respetando mucho todos los dictámenes de Benavente en el horrible pleito europeo, no les concedo sino valor secundario, al lado de lo que nos reservan este año, como fruto de su fecunda pluma, los escenarios de Madrid.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«Alegraros nos manda el gran preboste,
hoy a las doce en punto...»

El verso, ya proverbial para expresar la tiranía reglamentadora, acude a mi pensamiento cuando leo las órdenes y los consejos que los Gobiernos de las naciones en guerra promulgan y dan al país.

No mandan que la gente se alegre, pero sí otra cosa igualmente peliaguda: que no se entristezca.

En Alemania parece que se ha prohibido llevar luto arriba de tres meses, sea por quien sea, padre, marido, hermano.

El luto tiende una sombra, deprime, resta energía y valor a la población, que ha menester de todo su ánimo para afrontar tribulaciones como las presentes.

Y algo hay de cierto en estos efectos morales de luto universal.

Yo vi a París poco después de la *débâcle* de Metz y Sedán y el horror de la Commune.

Eran contadísimas las mujeres sin luto; tan contadas, que llamábanos la atención en la calle las vestidas de color, aún cuando, como me sucedía a mí, el color fuese obscuro, y la hechura corriente, según conviene a una viajera.

El Káiser por lo visto no quiere que Alemania se encoja de espíritu ante los negrores.

Y, como otro gran Preboste, veda los paños funerarios.

***

Tal vez de esta guerra, de la cual van a salir tantas novedades, salga una más: la reducción del tiempo reglamentario del luto.

Todo el mundo conviene en que se llevan los lutos demasiado largos; que hay tendencia a la exageración en esta costumbre.

Además, la moda se ha mezclado en ello, y ha impuesto una multitud de detalles, no sólo caros, sino complicados y arduos.

El calzado, los guantes, han de ser de antílope, o al menos de lo que así se llama.

Ya no vale la antigua cabritilla lustrosa.

Nada que relUzca es compatible con el luto.

Todo mate, todo apagado, todo carbón.

Las joyas, cadenas, dijes y brincos, de pasta o de madera comprimida; las telas, sordas y lisas; un cocón de crespón inglés; todo lo cual cuesta mucho bajo apariencias de modestia, y es frágil, y se aja en seguida.

Nada del vestuario anterior es aprovechable: los abrigos han de ser de paño deslustrado; las pieles, de astracán, pues ninguna otra es admitida en la rúbrica del luto riguroso.

He aquí por qué muchos creen que el luto, racionalmente, debiera reducirse a un lazo en un hombro, a una gasa, a un signo convencional, que expresase la misma idea: «He sufrido una desgracia, y rindo un tributo de respeto a la memoria de una persona querida.»

***

No se limita el Káiser a perseguir el exceso del luto.

Acaba su Gobierno – si hemos de creer lo que la prensa repite – de aconsejar (claro es que no mandarán a la cárcel a las contraventoras), que las mujeres no sigan la moda de las faldas de vuelo, que ahora vuelven, después de largo período de funda de paraguas.

La cuenta es fácil de echar: en una falda ancha entra un 25 por 100 más de género que en una estrecha.

Y acaso fuera más exacto un 35 por 100.

En los momentos actuales, no hay economías pequeñas.

Esa tela malgastada representa días de pan.

En Alemania, por lo visto, nada se desperdicia.

Aprovechan hasta los balcones y terrazas para cultivar hortalizas.

En vez de geranios, perejil.

No mondan las patatas sino después de cocidas, porque al mondar, el 5 ó el 10 por 100 de pulpa comestible se queda en el cuchillo.

Aquel «tanto por ciento» que satirizó y condenó uno de nuestros dramaturgos, de los del tiempo rancio en que el dinero semejaba cosa desdeñable (lo cual, dicho sea entre paréntesis, no ha sido verdad ni entonces ni nunca); aquel tanto por ciento, digo, constituye la preocupación heroica de la hora presente, tan grave y decisiva.

Se ayuda a los que combaten, por medio del ahorro.

Se ahorra para vencer.

***

Y claro es que no son sólo los alemanes los que echan sus cuentecitas y tiran de la cuerda.

Los ingleses hacen exactamente lo mismo.

Según noticias, acaban de publicar unos folletos con instrucciones al menudeo, para que los ciudadanos aprendan sus deberes en el trance crítico.

Lo primero que recomienda el Gobierno inglés, es que nadie construya ahora casas.

En efecto, la preocupación de construir es demasiado imperiosa para que deje lugar a otras, y en estos momentos hay que pensar, ante todo, en lo que está pasando, en cómo salir del atolladero.

Además, no habrá muchos obreros disponibles para la construcción, porque estarán alistados, en su mayoría, y los que no lo hayan hecho, con las sufragistas se las entenderán.

Capaces son de ponerles enaguas, anchas o estrechas.

También encarga el Gobierno británico que el que se mude, lo haga a un piso de igual o menor precio que el que deje; nunca a uno más caro.

No deja de tener su filosofía el encargo.

Raro es que, al mudarse, no se aumente el renglón del alquiler.

Las nueve décimas partes de los que se mudan, lo hacen por encontrarse estrechos en el domicilio, y querer mayor holgura y comodidad.

Insensiblemente, los gastos antes crecen que disminuyen.

Y ésto es lo que el «gran Preboste» inglés quiere evitar.

Sus instrucciones son realmente dignas de la mejor ama de casa, y llenas de buen sentido.

Persiguen esos dispendios enteramente caprichosos, canalillos por los cuales se sume y pierde el capital sin que ni aun quepa decir que se nota la mengua.

***

Hoy parecen necesidades muchas que no lo son, y de las cuales, sin embargo, no se prescinde.

Si se pudiese calcular lo que representan al año, al quinquenio, al decenio, ciertos caprichillos satisfechos con frecuencia, se quedaría asustado de la cifra que arrojaría el conjunto.

Se me dirá que así se fomenta la industria, y que nadie se arruina por gastar en bombones y en guindas al ron un par de pesetas diarias o poco menos. Un par de pesetas diarias, son treinta libras esterlinas al año.

Lo formulo en libras, para que resulte más británica la cosa.

¡Con harto motivo aconseja el Gobierno de Londres que no se consuman tantas golosinas, tantos bomboncitos!

Esta es la era triunfante de las humildes amas de casa, de las que, con vigilancia incesante y desdeñando burlas, vienen consagrándose a «defender la peseta» en el gasto diario.

A ellas no les cogerá de susto el que una peseta malgastada cada veinticuatro horas suponga quince libras anuales, suma que trabajosamente se reúne. ¡Váyales usted con esto a la mayoría de nuestros compatriotas!

La importancia de ahorrar una peseta, la reconocen pocos.

Es gallardo, es caballeresco, es consuetudinario decir que «no va a ninguna parte» una peseta.

Va a quince libras anuales.

El Gobierno inglés, en la ración donde la vida es más cara, donde el lujo tiene verdaderamente su solar, disfrazado con el hipócrita nombre de «confort», se dedica ahora a combatir la tendencia a ese «confort» que existe en el inglés de todas las esferas, y a recomendar la sobriedad esparciata.

Entre otras cosas, suprímanse las flores...

¡Cuánto se gasta en flores!

Hoy, hasta en los países atrasados, en los pueblos escondidos, la flor es un artículo de consumo.

Los que venimos siendo aficionados a la flor desde mucho atrás, nos admiramos de lo que tal afición ha cundido.

En España, Andalucía y Valencia cultivaron siempre claveles y rosas, mosquetas, malvas y balsaminas; pero hoy es otra flor la que prevalece; la flor fina y cara, las plantas de salón, los raros follajes; y veis a personas de clase social humilde, a obreros, a costureras (hasta a un mendigo llegué a ver), con rosas en la mano, recreándose en ellas.

Signo cierto de civilización, porque la flor, si no purifica el alma, la alegra y reconcilia con la natura-za, y la predispone a la bondad.

Pero no está la Magdalena para ramilletes...

Tampoco está para viajes inútiles.

El excursionismo, invención inglesa si las hay, tiene que comprimirse.

Pocos viajes en automóvil, que se derrocha gasolina.

Y, dentro de casa, ¡también cuidado!

En vez de criados varones, hagan el servicio las *maids*, las mozas limpias, vestidas de percal claro, que sonríen agradablemente al presentar las *rôties* del te...

Y ahora que me acuerdo, ¡también en el te ha puesto el Gobierno la veda!

Se bebe demasiado te en el reino Unido.

Otra superfluidad, que conviene recortar.

Y cuanto menos luz y menos carbón se gaste, mejor.

Respecto a la ropa sucia, como dijo no recuerdo si Taylleraud, debe lavarse en casa, no por recato, sino por economía, y asimismo plancharse a domicilio.

El caso es ahorrar los chelines de la lavandera y de la planchadora, que son un pico regular.

***

Vamos a la *toilette*...

Todos los Gobiernos conformes.

Lo mismo ingleses que alemanes y franceses, encargan muy encarecidamente que se reduzca a su mínima expresión, a lo que piden el decoro y hasta el agrado, pero quitando toda superfluidad extravagante e inútil.

Es cierto que con la *toilette* logró Francia, no sólo ingresos de muchos millones, sino su parte de influencia en el mundo, pudiendo corresponder la otra parte a la literatura, al teatro, y también, ¿quién habrá de negarlo? a la ciencia.

Y sin embargo, hoy Francia da la señal de suprimir perifollos y trapetes.

La reflexión que me sugiere este caso, es, naturalmente, referente a nosotros mismos.

El español es muy capaz de privarse de cualquier cosa, a cualquier hora, si se le pone en el moño.

Por lo mismo que el *confort* es aquí palabra nueva, y la idea que expresa más nueva aún, y que el español no es un refinado, un gozador de sensaciones delicadas y exquisitas, sino un estoico, un sufridor, como se ha podido observar en las luchas y fatigas de todo género que ha soportado la raza, sin esfuerzo renuncia a mil comodidades de la vida, a gustos y deleites.

Pero, ¡ah! Está el intringulis en que los españoles son muy bien mandados...

¡Vaya!

Basta que se les ordene que hagan una cosa de un modo para que la hagan al revés, o no la hagan en absoluto.

Habría que oirlos, si les mandasen fumar menos, no copear, no bailar chotis.

– ¡Andá con el Gobierno! ¡Que vaya a fastidiar a su padre! ¡A mí, ni el Gobierno, ni Gobierno, ni el mismísimo...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un libro acaba de traerme el correo.

Se titula *Contra los bárbaros*, y es su autor el novelista Pablo Margueritte, hijo del general del mismo nombre, que fué un héroe de la guerra de 1870, y dió una carga de caballería, página brillante entre tantas que Francia anotó como sombrías y tristes.

Los dos Margueritte (me refiero a los novelistas que escribieron la epopeya de aquella época luctuosa), se cuentan en el número de mis buenos amigos franceses.

A medida que va transcurriendo el tiempo, la lucha prolongándose, y siendo más reiterados los augurios del triunfo alemán, y más numerosos los gráficos en que la línea teutona se acorta porque se hace recta, mi simpatía hacia Francia se define mejor, y es mayor mi anhelo de que, al finalizar esta situación insostenible (nos anuncian que ha de sostenerse aún años enteros), quede Francia en disposición de rehacer, de mantener su altísimo puesto, de conservar la hegemonía entre las naciones latinas, y de marchar al frente de la civilización en Europa.

Sea cual fuere el resultado de la guerra, y aunque no triunfen los aliados, creo – ésta es una opinión que he oído expresar a muchos de los que piensan en tales cosas – que Francia, lejos de sufrir el aniquilamiento que le vaticinan, saldrá de la lucha mejorada en tercio y quinto.

La razón de esta predicción consoladora, la encuentran los que la emiten, en la idea de que Francia se encontraba minada y dañada por causas diversas, y, según Margueritte, entre estas causas predominaban dos, la despoblación y el alcoholismo.

Tal juicio lo emitió el autor del libro *Contra los bárbaros* diez días antes de que se declarase la guerra, en un periódico, *La Dépêche de Toulouse*, y en aquella página, con las cuales encabeza su obra, llegaba a decir que en 1934, fecha en que su hijo Pablo, hoy de edad de dos años, podrá leer el escrito de su padre, comprendiéndolo – tal vez no exista Francia.

Descontada la exageración, todavía el cuadro que pinta Margueritte es aterrador y lleva la huella de un pesimismo violento.

Se apoya en el famoso artículo de Bertillón, estadístico y sociólogo, que señalaba el peligro inminente.

Si se ha de creer a ambos, Francia se va, fenece, desangrada, despoblada.

Faltan brazos para el arado y la industria; ya, por todas partes, colonias de trabajadores extranjeros suplen a los franceses.

¡Y, al lado de la disminución de la natalidad, aterra el ogro del alcoholismo, el alcohol convertido en arma electoral, agente de corrupción!

Si las mujeres votasen, votarían contra el alcohol; pero la Revolución, que proclamó los derechos del hombre, se guardó de proclamar los de la mujer, y por eso fué infecunda.

Todo esto o cosa muy semejante lo había dicho Emilio Zola, en sus novelas *Fecondité* y *L'Assommoir*.

Coinciden los dos novelistas, aun cuando seguramente su filiación es muy diversa.

Habían coincidido ya en retratar con pincel severo las faltas, errores y abandonos culpables que trajeron la catástrofe de 1870.

La diferencia es que Zola no alcanzó esta segunda y más que ninguna terrible, y no pudo presenciar cómo su patria, a pesar de todo, a pesar del *Assommoir* y de los equívocos gabinetes consultorios de comadronas y médicos, a pesar del ajenjo y del *Joli Boulite*, por encima de las decadencias y las perversiones, los escepticismos y las ironías infecundas, logró recoger su ideal, su antiguo ideal patriótico, y unirse como un solo hombre, como una sola conciencia, al pisar el invasor su suelo y ver amenazada su vida nacional.

Y este espectáculo es el que produce en Margueritte transportes, en contraste con sus anteriores juicios.

Francia vivirá, será eterna.

Su porvenir diferirá de su pasado.

Se habrán acabado las luchas, las miserias políticas y no quedarán sino patriotas sinceros.

La verdad es que, si se le hubiese preguntado a muchos qué actitud sería la de Francia en la hora del conflicto, supondrían que los alemanes iban a entrar en ella como en el pellón de manteca el cuchillo.

Lo del Marne sorprendió.

Nótese que no le llamo victoria, si bien por tal la tengo.

Y es que igual los aliadófilos que los germanófilos españoles, son asaz intransigentes, y cuando sale a relucir esto del Marne, cada uno aplica el escua a su sardina con furor.

– ¿Qué victoria ni qué alcachofa? – dicen los partidarios de Alemania –. Maniobra estratégica, en que los alemanes aseguraron las posiciones que les convenían para pasar el invierno a gusto...

Y es inútil que repliquéis, tímidamente:

– A mí se me figura, sin embargo, que mejor lo pasarían dentro de París...

No hay más remedio que decir amén.

Sí señor: los alemanes, que venían como un torrente sobre París, no traían, al parecer, más objeto que plantificarse donde hoy se encuentran.

Y si no avanzaron, fué sencillamente porque no se les antojó.

Por mucho que lo afirmen, me cuesta trabajo creerlo.

Que las posiciones en que se mantienen los alemanes sean aquellas que mejor pueden convenirles dado el estado de la guerra, es otra cosa.

Han necesitado distraer fuerzas importantísimas para hacer frente a Rusia, y habiéndolo logrado, acaso avancen por Francia, de la cual poseen diez departamentos.

Hay quien supone que esta situación se eternizará.

No lo quiera el cielo.

Si al cabo han de triunfar los alemanes, triunfen de una vez.

No será tan absoluto su triunfo, porque también notarán el horrible desgaste de la sangría suelta de dinero y hombres.

Y Francia no perecerá como suponen sus encarnizados enemigos.

Ni ése es tampoco el fin que se ha propuesto Alemania.

Vaticinar es muy fácil y nada cuesta.

A nadie le exigirán responsabilidad por las profecías.

Tal es la cuenta que se habrá echado el escritor chileno que me remite un folleto titulado *Futuro próximo del mundo*.

Yo confieso que me entretuvo su lectura.

Siempre interesa este juego de la imaginación, que consiste en adelantarse a los hechos y fantasearlos a nuestro arbitrio.

El autor del folleto, D. Arturo Benavides Santos, parece un católico ferviente y un optimista absoluto.

Sus profecías, aun las más siniestras, llevan un sello muy consolador.

Todo este gran lío europeo acabará bien, aunque por lo pronto tenga tanto de horrible, y aunque al estrago de la guerra siga el no menos atroz de una revolución vengadora.

Esta revolución será obra de las masas de hombres arrastrados a los campos de batalla contra su gusto, y que, terminada la carnicería bélica, querrán desquitarse, gozar, y para conseguirlo cometerán todo género de tropelías, destruyendo, incendiando y violentando mucho más que antes (que es cuanto hay que decir).

Pero, pasados unos pocos años, diez o quince a lo sumo, cátate que los hombres se arrepentirán, y les pesará de sus demasías; y entonces el Señor se apiadará de los humanos, y empezará la era de las prosperidades y venturas.

Escocia e Irlanda se desgarrarán de Inglaterra, declarándose independientes, y elegirán cada una su Rey y su Parlamento.

Por supuesto que tampoco las colonias inglesas seguirán sujetas a la metrópoli, sino que cada una se irá por su lado, formando diversas repúblicas.

Alemania, naturalmente, se hará tiestos.

Primero, desfilará Baviera, y en pos, los restantes Estados confederados.

El Káiser se quedará como el gallo de Morón; solamente con Prusia.

En cuanto a Austria-Hungría, descosimiento general.

Del Imperio se formarán nueve reinos.

Se ve que el Sr. Benavides concibe la salvación del mundo por desmenuzamiento, pulverización y disgregación atomística.

Los Estados Balcánicos, según él, vivirán contentos y felices, entregados a sus faenas pastoriles y agrícolas; en cambio, Rusia sufrirá nunca vista, espantable revolución.

Morirán en ella el Zar, los grandes duques y los generales y nobles. Cubrirán el territorio bandas y hordas feroces, que restaurarán la primitiva organización tribal.

En cambio, Polonia y Finlandia recobrarán su autonomía.

Francia sufrirá una suerte muy análoga a la de Rusia, y tal vez peor.

Los anarquistas harán allí el diablo a cuatro. París y las principales ciudades francesas estarán en poder de las turbas, las cuales escarnecerán y atropellarán por todos estilos a sacerdotes, seglares, doncellas y damas.

Una orgía semejante a la de la «semana trágica» se prolongará meses y años. No habrá ejército alguno.

Los apaches y tenebrosos serán dueños de la nación entera.

A diario habrá matanzas.

Por fin, «un buen día» (como se oye decir a veces) se atufarán los *Camelots du Roy*, se organizarán militarmente en un lejano departamento, y marchando sobre París, vencerán a la chusma, y proclamarán Rey de Francia al descendiente primogénito de Luis XVI, el Delfín o Duque de Normandía, que no murió en el Temple, sino que se salvó por medios muy dramáticos.

Esta suposición para lo venidero me indica que el Sr. Benavides es lo que en Francia llaman *survivantiste*, o sea partidario de la evasión y supervivencia del pobre niño.

Sobre tal asunto escribí yo una novela, titulada *Misterio*, que no cesa de aparecer en folletines interesando y conmoviendo extraordinariamente a los lectores; y no lo digo por vanidad literaria, sino como observación curiosa.

Yo escribía otro género de novelas, muy distinto, y el haber faltado a mis hábitos se debió a una especie de apuesta o porfía con un editor que me supuso incapaz de producir algo que compitiese con las narraciones de Alejandro Dumas.

Debo advertir que, habiendo encontrado el asunto de tal novela en libros de carácter histórico, que narran los lances de la vida del relojero Naundorff, supuesto Luis XVII (supuesto, o quizás verdadero) lo difícil me fué suprimir mucha parte folletinesca, o que lo parecía, y hacer más sencilla y verosímil la acción y la existencia del héroe.

En fin, el Sr. Benavides, en sus profecías, restaura en el trono de Francia a los descendientes de desdichado relojero, que viven obscuros y desconocidos, y saldrán a luz para encumbrarse a tan alto solio.

En el resto del mundo, Italia lo pasará muy mal: el rey y los nobles, los generales y el clero, como en Rusia, caerán bajo la cuchilla de los asesinos; Su Santidad, prófugo, morirá mártir; pero, en desquite, al sufrir Italia el consabido desmigue, los antiguos Estados Pontificios, bajo el nombre de Roma, se darán al nuevo Pontífice, que verá convertida y catolizada a la humanidad entera...

Lo más corriente de toda esta profecía, es el anuncio de que España también se dividirá en varios reinecillos.

Ya parece más sorprendente que el de Castilla tenga a Valencia por capital.

Sin embargo, hemos de estar preparados a casos extrañísimos, después de esta guerra descomunal y jamás imaginada.

Y si me dicen que Galicia, verbigracia, al constituirse en reino, tendrá por capital a Cuenca, dispuesta estoy a no mover un músculo de la faz.

¡El diablo sabe lo que nos espera!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho, y aquí mismo, con motivo de mi paso por León y la novela *Pulchra Leonina*, hablé de la Catedral, rival victoriosa de la de Reims, hoy lacerada y hecha escombros, y proclamé una vez más mi entusiasmo por tal monumento, el más armónico y luminoso de cuantos enriquecen a España.

Hoy tengo ocasión de dedicar otro recuerdo a la mágica linterna de Castilla, porque ofrece una innovación, reclamada en ella y en casi todas las Catedrales españolas, por la ley del buen gusto.

Consiste la innovación en una cancela, y la cancela ha sido donada por un prócer, el conde de Cerragería, y colocada en el trascoro, a fin de dejar libre la vista de la nave central y ábside, a los devotos y al turista enamorado de la belleza.

El conde de Cerragería es uno de los mejores españoles que conozco.

No se es buen español solamente por arriesgar la vida en los combates, y sacrificarla en aras de la patria.

En la actualidad, existen muchos señores, pertenecientes a la misma elevada clase social que el conde de Cerragería, y que viven pendientes de si ha salido una nueva marca de automóviles, cuando no de cosas menos inocentes, y en vez de rendir culto al pasado en forma de respeto a sus restos, venerando el arte, las viejas piedras que hablan y sugestionan, tiran por la ventana cuanto pudiera testimoniarlo, y venden por un plato de lentejas la primogenitura, si no la regalan, como hizo cierta dama con un histórico castillo, lleno de memorias, y de interesantísima arquitectura.

Yo he oído, con escandalizados oídos, decir a un magnate que cambiaría otro castillo, también enlazado con nuestros anales históricos, por cualquier *chalet* moderno; y, hasta en mi región gallega, he visto por todas partes la desidia y la incuria de los que, dada su alta categoría, estaban obligados al ejemplo de restaurar o al menos conservar lo que fué, y que cada vez debemos tratar con mayor cariño, puesto que un año que pasa acrecienta su valor.

Hay más.

Ha llegado a ser poco elegante (¡por vida de la elegancia!) ocuparse de «estas cosas».

El que cuida de no perder ciertos timbres, de ahondar en su estirpe, en su casa, en su ayer, pasa por un señor anticuado, especie de marqués de Caravaca.

Un falso liberalismo, una mala interpretación del espíritu moderno, contaminan a los hombres de deporte y de club, que cada día se divorcian más de la tradición, obligando a que repitamos con asombro, como el poeta en su famosa sátira:

«¿Pues ése,
ése es un nono nieto del Rey Chico?»

La ignorancia por un lado y la frivolidad por otro; y encima de todo, esa fría sequedad con la patria, ese tener la existencia vuelta a Europa, convenido, pero no para extraer de Europa cultura que aplicar aquí, sino para lamentarse de que nos faltan grifos y tuberías y detalles de comodidad, y ni siquiera cazamos zorras con jaurías *de fox terriers*, ni elefantes de la India, hacen que muchos que por su nacimiento y situación están obligados a ser un elemento directivo, sean un peso muerto, y coadyuven a acabar de borrar y deshacer la imagen de España, como borra torpe restaurador con el alcohol una antigua pintura.

El indiferentismo que ha alejado a la nobleza del servicio de las armas, la hace olvidadiza e ingrata con la tradición.

Necesitamos aquí buenos españoles, y no lo es quien malversa el propio tesoro, que no por ser de un individuos deja de importar a los demás.

Y cierto que igual indiferentismo he podido observar, con pena, en parte del clero.

***

Recientemente, con ocasión de las peregrinaciones a una Catedral esencialmente española, he notado que la mayoría de los Capitulares tal vez prefiriesen que los dejasen tranquilos en el coro o durmiendo la siesta, a ocuparse de los peregrinos, a ser con ellos atentos y hospitalarios.

Tampoco éstos comprenden que, si no tuviesen razón de ser las peregrinaciones, menos la tendrían los Canónigos.

Si podemos señalar honrosas excepciones, lo hacemos complacidos.

Seguramente el conde de Cerragería es persona muy excepcional.

Enemigo del ruido y del reclamo, sencillo y hasta modesto en sus costumbres, católico verdadero, caritativo y rumboso como el que más, no pertenece al número de los que dan porque sí y a ciegas.

Casi siempre que averiguamos el destino y distribución de inmensas fortunas y el reparto de herencias pingües, oímos alzarse mil voces para censurarlo, con razones de justicia y de sentido común.

No pasa esto con las dádivas del conde de Cerragería.

Tiene el dar oportuno, y la iniciativa que acaba de ejercitar en León es de las que debieran servir de modelo y encontrar imitadores.

Yo no he visto la cancela, y me prometo verla en cuanto me sea posible; porque la catedral de León es como damisela pintada en miniatura en las páginas de un misal antiguo, de largo corselete, de brial recamado de oro, y sosteniendo en la mano el lirio divino de una Virgen blanca, y me atrae insensiblemente, y he seguido las vicisitudes de su restauración, y visto chispear de nuevo el collar de pedrería de sus vidrieras, y esto lo hice cuando había malos hospedajes, con más razón ahora que los hay buenos, y se puede pasar allí un día y varios sin detrimento de esto que llaman el *confort*, y que demasiadamente nos tiraniza.

Pero si no he disfrutado aún de la cancela, conozco las fotografías, suficientes para poder afirmar que es una hermosa obra de arte, de puro estilo renaciente, lo más elegante que cabe soñar.

Claro es que un inteligente como el conde de Cerragería no iba a regalar objeto que no perteneciese a alguno de los más bellos y ricos estilos españoles, ateniéndose a él con esa fidelidad que es una genuflexión ante el altar de nuestro pasado.

¡Oh tradición, tradición sagrada, has de volver a ser numen protector de las generaciones!

***

Entre las tendencias fatales a Francia contaban sus impugnadores el desdén hacia la tradición, y hay que leer ahora las invocaciones, los himnos que a la tradición entona la prensa francesa, con motivo de la pérdida de la catedral de Reims.

Es más: hasta pretenden que la saña de los alemanes contra la encantadora Basílica, tuvo su origen en la idea de aniquilar la tradición de Francia, al mutilar aquellos pórticos y aquellas arquerías que hablan de cómo se formó la nacionalidad de los francos, cómo se sostuvo cuando la invasión inglesa con Juana de Arco, y se consolidó por la consagración de los Reyes, que creó la unidad de la patria.

La tradición es el escudo más recio contra el enemigo; la tradición hay que conservarla como la sangre de las venas.

Las heridas hondas descubren lo profundo de los tejidos, y en lo espiritual se llega al fondo de las convicciones y de los sentimientos.

Francia hoy se reconoce a sí misma, se ve con su verdadero semblante.

Los obispos (y hacen bien), plantan con sus manos en las tumbas de los soldados muertos banderas tricolores; y los radicales lloran por la catedral de Reims, la catedral de la Santa Ampolla...

Esto tiene de bueno, al menos, la espantable Jid, que amenaza dejar a mucha parte de Europa sin hombres válidos, sin gente moza y en edad viril, para el incremento de la raza.

No quiero insistir en este tema, en lo que nos amenaza si continúa el estado de guerra dos o tres años, como muchos temen.

España se despoblará, suponen, porque faltarán en naciones contiguas brazos para la labor del campo y para la industria, y pagarán a alto precio a los trabajadores españoles.

Nuestra emigración, que estaba orientada a América, se orientará hacia la nación vecina.

Quedará baldío nuestro suelo.

Así lo anuncian los augures.

Lo cierto es que no se sabe lo que puede ocurrir cuando la tragedia llegue al quinto acto.

Ni aquí, ni en parte alguna.

***

Volviendo a más consoladores aspectos de la vida, diré que la verja o cancela que va a adornar la catedral de León tendrá detrás tres grandes lunas, una fija en el medio punto del arco, que antes cerraba esa puerta de madera, y otras dos corrediza a cada lado del coro en su interior, con lo cual, los fieles, en ocasiones solemnes como por ejemplo, ahora, que se celebran las solemnes fiestas de Nuestra Señora del Camino, declarada patrona de la región leonesa, pueden esparcirse por toda la longitud de la nave central; y a diario, cerradas verja y lunas, siempre se sigue viendo y gozando la contemplación y perspectiva de la nave y el ábside.

El donante ha puesto en su dádiva el amor y el cuidado que algunos ponen en la casa propia, donde se estudia la manera de crearse un interior lleno de belleza y combinado artísticamente.

La verja ostenta una leyenda expresiva, tomada del Salmo 23:

«*Attollite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales; et ingredietur Rex gloriae.*»

El versículo, en castellano, significa:

«Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, oh puertas eternas; y entrará el Rey de la gloria...»

Y si el donante hiciese hoy, como se hacía antaño, pintar un retrato suyo de rodillas, ofreciendo a «la Blanca» la magnífica verja, pudiera llevar el exvoto esta divisa:

«*Domine, dilexi decorem domus tuae, et locum habitationis gloriae tuae.*»

***

Ya que tuve palabras severas para el hecho de que haya niños en León que se ejerciten en apedrear las vidrieras, las tendré de alabanza y entusiasmo para quien contribuye espléndidamente al engrandecimiento de nuestro tesoro de arte.

Por desgracia, más frecuentes son las ocasiones de lo primero que de lo segundo.

Es triste, pero bien cierto, y en ello insisto sin descanso: un viaje por España equivale a recorrer las estaciones del Calvario de la belleza arquitectónica y artística en general.

Todos, todos pusieron las manos en la destrucción de nuestra gloria.

Nobles sin conciencia de su deber como tales; eclesiásticos desenfrenados; Gobiernos cínicos e indiferentes; extranjeros rapaces; anticuarios ávidos, de largas uñas; por todas partes la ignorancia, la barbarie atilesca; cuadros del Greco vendidos para comprar un órgano; tapices que desaparecen, o que son remiendos que denotan sacrílegas mutilaciones; retablos antiguos reemplazados por otros de purpurina, con santos de cara tonta y ropaje de colores blandos; la prisión de Quevedo demolida y convertida en no sé qué aljibe...: eso es lo que salta a los ojos al pronto, sin tiempo a que examen más detenido descubra otras enormidades.

Y por eso, cuando oigo decir que Francia está muy mal, me acuerdo de la solicitud con que allí se recogen y conservan las reliquias del ayer, guardándolo y clasificándolo todo, hasta con exageración pueril, y concediendo los honores del Museo hasta a los botones de las chupas y a los viejos mitones y guantes, y porfío en que siempre, siempre estamos peor nosotros, porque, como los compañeros de Ulises, dijéranse que hemos comido los frutos del loto o nepentes, y a quien los come, la maga maléfica convierte en irracionales..

El día en que tuviésemos conciencia del ayer, tendríamos seguro el mañana.

¡Pero cuánto, cuánto hay que aprender para recordar!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿No os agrada el otoño?

A mí, mucho, a pesar de los días cortos y de las largas noches en que el viento os arrulla y la lluvia provoca al sueño, con la dulce sensación de la seguridad de un techo que os cobija.

El otoño da al paisaje tonos rojizos, tostados, ráfagas de oro viejo y oxidado metal, y salpica el celaje de nubes extrañas, dragones replegados sobre sí mismos, desmelenadas quimeras, sierpes escamosas, pájaros antediluvianos, pterodáctilos de monstruosa silueta.

A veces, se diría que ejércitos en pugna se amenazan con armas de los antiguos tiempos: la lanza blandida, la espada que vibra con furor en el apretado puño.

Y un minuto después, en vez de combatientes desfila una teoría de pálidos fantasmas que van evaporándose y se difunden sin dejar rastro.

Con el otoño, llegan los frutos sabrosos, las cosechas regaladas y conservables.

El melón azucarado y la sandía de vivo rubí; la azofaifa rosada y la acerola de oro; la castaña de sayo pardo, que tanto divierte asar en las grandes chimeneas góticas, a la llama viva, en la hoguera crepitante; la avellana tostadera; las peras tardías, ebrorteando agua; las manzanas, con su sano agridulce; hasta los acedos nísperos, con su rara cata Jura y su sabroso catar, cuando están bien maduros, es decir, bien descompuestos y manidos.

El otoño viene con su cesto colmado, y da a manos llenas, riendo al recoger el sazonado racimo, en el cesto rústico.

Las vendimias son otra alegría otoñal.

Desde los tiempos primitivos, la alegría no ha variado.

Estas costumbres que no cambian, que fueron tales desde el principio del mundo, tienen un ahincado sello de poesía.

Se han inventado máquinas para sulfatar, abonos químicos; pero no se ha inventado nada que substituya al antiguo sistema de coger el racimo con la mano...

Las fiestas de Baco son eternas.

Y no espero que, después de esta guerra que tantas cosas variará, aparezca ninguna que cambie totalmente el aspecto de la vendimia.

Tienen algo de rítmico y de fatal las labores del campo.

Se diría que no es el hombre, sino la naturaleza, quien las impone.

Por eso se modifican tan poco.

***

Sin embargo, el hombre sabe influir en la naturaleza.

Ha transformado las especies vegetales y también las animales por medio del cultivo y cruce, y les ha comunicado cualidades que no tenían.

Del diminuto piruétano silvestre, que nadie puede tragar, ha hecho la pera fundente y las mantecosas, que pesan kilos.

De las ramplonas hortalizas, ha hecho plantas de adorno, de las muy preciadas.

Las berzas ornamentales son más hermosas que cualquier flor o follaje de los que se ostentan en jardineras y jarrones.

El cardo es también un lindo adorno, y no digamos la remolacha, con sus amplias hojas de un púrpura broncesado.

Una revolución en la horticultura y jardinería, es la introducción de las variedades que del Japón se traen.

Ya teníamos buen recuerdo de las «naranjas de la China» que han llegado a constituir una frase proverbial; ahora son los melocotones, melones, peras y ciruelas japonesas, los que van inundando nuestros vergeles.

Y no se limitan a frutas de original figura y sabor, sino que también nos ofrecen forrajes desconocidos.

Por ejemplo, ahí están los famosos *Daikones*.

En los gráficos que acompañan a los prospectos de esta raíz, aparece el daikón como un gigante: una mujer va cargada con un solo fruto de la enorme crucífera, y no puede con él.

Naturalmente, los que son como yo, un poco labradores, abren el ojo.

Les vendría muy bien el daikón como forraje, para las vacas, en el invierno.

Lo siembran con ilusión, ateniéndose estrictamente a las instrucciones del prospecto susodicho, después de haber pagado bastante cara la semilla. Y recogen una raíz de mediano tamaño, podrida ya, y que parece una mandrágora por lo fea.

Conviene pues atenerse a las enseñanzas de un tío mío sumamente inteligente en agricultura y en otras cosas, y que, harto de experiencias hueras, solía repetir:

– No comas fruta hasta que la coman los soldados, y no hagas lo que no haya hecho antes que tú mucha gente.

En efecto: por virtud de aquella misteriosa estabilidad que he notado en las cosas campestres, rara vez las novedades dan buen resultado en agricultura.

***

Yo soy del número de los inquietos, que sienten un estímulo que les obliga a estar siempre experimentando; pero confieso que, en materia agrícola, hago mallísimamente.

El famoso *grass* inglés sale aquí muy semejante al pelo del rabo de un gato cuando lo erizan.

Todo el mundo se queja del *grass*, pero nadie tiene la franqueza de decir:

«Sí señor, hay un césped británico que será muy distinguido, muy honorable; pero nace lo propio que un cepillo viejo. Yo prefiero sembrar la yerba de nuestros prados, y a vivir.»

Más vale atenerse a lo conocido, aunque nos fastidie a los curiosos.

He resuelto dejar los *daikones* para los *samurais* (estos guerreros japoneses, debido al soneto de Heredia, están muy de moda) y cultivar buenamente calabazos.

¿Y qué, si hiciésemos unos prospectos de esas magníficas cucurbitáceas y los repartiésemos en el Japón (suponiendo que allí no existan calabazos, no lo sé) y los acompañásemos con fotografías impresionantes, no harían gran efecto?

No hay daikón, por gigante que sea, que emule a un soberbio «cabeza de turco» de los que aquí, sin dificultades de cultivo, se producen...

Hay pues que respetar, también en esto, la tradición, y acaso en esto sobre todo, como queda dicho...

Porque, desde Columela acá, ha llovido: pero las abejas siguen haciendo miel y las vides dando racimos...

***

Y entretanto, mientras la Naturaleza, plácida, no altera el giro de sus estaciones, he aquí que se preparan para otro invierno de guerra, más extensa y encarnizada, los hombres de tantos pueblos. Es la danza general de la muerte.

Hay una porción de señoras que no se cansan de remitirme impresos, a fin de que me asocie a sus tareas en pro de la paz.

En el Comité Internacional de estas señoras tienen representación Austria, Bélgica, Dinamarca, Alemania, la Gran Bretaña e Irlanda, Hungría, Italia, los Países Bajos, Noruega, Suecia, los Estados Unidos.

El proyecto de un Congreso Internacional de mujeres adquirió consistencia en una pequeña Conferencia femenina, de damas pertenecientes a los países neutrales y beligerantes (o sea a todos los países), que se verificó en Amsterdam en los primeros días de febrero de 1915.

El Congreso no se convocó sin exigir a las Congresistas que estuviesen conformes con ciertas bases. Una de ellas es que las cuestiones entre naciones deben ser resueltas por medios pacíficos; otra, que las mujeres deben gozar del derecho del sufragio.

Además, el Congreso se sujetó a no discutir las responsabilidades nacionales relativas a la guerra presente, ni las reglas a que han de someterse las guerras en lo futuro...

En las sesiones del Congreso, las mujeres protestaron contra la locura y los horrores de la guerra, contra los abusos odiosos que más especialmente afectan a la mujer, contra la violencia de que es víctima, y apremiaron a los poderes del mundo entero para que entablen las negociaciones de paz.

Piden además que ninguna cesión de territorio se verifique sin el consentimiento de los habitantes de ambos sexos; que no se niegue a ningún pueblo la autonomía y un parlamento democrático; que, en lo sucesivo, toda discusión internacional se resuelva por el arbitraje; que la política exterior sea sometida a una previa censura democrática, y que las mujeres disfruten de iguales derechos políticos que los hombres.

Además, piden a los países neutrales que sin dilación se reúnan en Conferencia para mediar, y que la guerra termine, sometiendo a los beligerantes proposiciones razonables como base de la paz.

Y todo ello, o casi todo, lo suscribiría yo con ambas manos, si tuviese la menor esperanza de un resultado beneficioso cualquiera...

Es decir: distingamos.

En los *claims* o peticiones del Congreso noto tres cosas, a mi ver, muy distintas, y cuyo enlace no entiendo.

Hay la reclamación de la paz perpetua, la supresión de las guerras entre naciones.

Hay la reclamación de los derechos políticos (y supongo que civiles, aunque no se exprese), de la mujer.

Y hay el espíritu democrático para las instituciones.

Sin género de duda, no están enlazadas estas tres aspiraciones del Congreso.

El que las instituciones de un país sean o dejen de ser democráticas, no ha sido nunca obstáculo para que ese país guerree y hasta tenga un carácter esencialmente belicoso.

No es en los países de carácter democrático, en las Repúblicas, sino en ciertas Monarquías, donde la mujer goza de los derechos políticos como el hombre.

Desde luego convengo con las Congresistas en que no puede llamarse democracia aquella en que la mujer carece de derechos y el hombre los disfruta.

Lo que no me agradaría sería que, bajo un aspecto feminista y social, se rebozase una mera parcialidad política.

***

En cuanto a la protesta contra la guerra, desde el punto de vista humano, ¿quién no se adhiere a ella?

Sobre todo contra esta guerra tan descomunal, tan prolongada, tan agotadora, tan cruel, menos por las violencias que la acompañan, que por su misma esencia.

Pero... ¿no tiene algo de pueril suponer que nuestras súplicas y nuestras protestas femeniles vayan a influir en un fenómeno que tiene raíces hondísimas en la realidad económica, histórica y política?

Yo no lo puedo remediar: este aspecto del Congreso me recuerda la campanilla de los truenos, que usan algunas señoras y en la cual creen...

Y la mujer, para llegar a la plenitud de su derecho, lo primero que tiene que hacer es evitar parecerse al niño.

Yo sostengo que esta guerra ha de traer resultados beneficiosos para la mujer, a pesar de los horribles sufrimientos que a tantas inflige.

Ha servido para que la mujer ejerza infinitos oficios que antes monopolizaba el hombre; ha aproximado a los dos sexos, en el terreno común y puede decirse que militar del servicio hospitalario.

Ha roto mil trabas, en ventaja de las más nobles virtudes y sanas energías.

Y es que la guerra es, ante todo, dinámica, y para la mujer, lo peor es la estática.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de mis últimas crónicas se ha deslizado una errata. Nadie me ha llamado la atención acerca de ella, pero yo quisiera corregirla.

Al referirme a los desafueros artísticos que se cometen y en los cuales tienen su tanto de culpa los eclesiásticos, no sé qué palabra mía se convirtió en otra, y leo con sorpresa «eclesiásticos desenfrenados». No corresponde el vocablo ni a mi criterio ni tampoco al asunto. El desenfreno es distinto del vandalismo artístico, y cabe ser hasta un excelente sacerdote, y cometer profanaciones con los objetos de arte, los edificios y los restos del ayer.

Esta es la rectificación que deseaba hacer, pues siempre conviene poner las cosas en su punto y dar lo suyo a cada cual.

***

De los monumentos a Cervantes no puedo decir nada, porque no los he visto.

Estoy apurando los últimos encantos del otoño, en el campo, y cuando llegue a Madrid ya se habrá cerrado la Exposición. Lo que digo es que ninguno de los proyectos realiza la idea que yo me formaba respecto a la importancia y el desarrollo de tal homenaje.

Yo veía el monumento a Cervantes como algo que resumiese la gloria, no sólo del autor del *Quijote*, sino de la Lengua y Literatura Castellanas. Así, alrededor de Cervantes, en la forma que el artista concibiese, o a sus pies, ocupando él la cima, debieran figurar desde los que sacaron de mantillas al habla espléndida que más tarde se difundió por el mundo y es verbo de tantas naciones, empezando por el viejo poeta del «román paladino», hasta los modernos, como Larra y Zorrilla, Valera y Alarcón, por no llegar a la generación que aun vive. Ni aun la figura de Cervantes sería necesario que apareciese en el monumento. Bastaría que, allá en la cúspide, se alzase el hidalgo manchego, caballero en su Rocinante.

Ya comprendo que esta concepción ofrecería dificultades. Tratándose de Cervantes, habría que afrontarlas todas. Lo más «mundial», como ahora se dice, que tenemos es Cervantes (probablemente no gustaría de la palabreja).

Ello es que los anteproyectos han puesto sobre el tapete el nombre de Cervantes. ¡Cide Hamete Benengeli es de actualidad!

Entre las graves preocupaciones que sufre España, y que bien pudieran quitarla el sueño, en esta hora crítica, queda lugar para que vuelva a acordarse del Manco, encontrando en él y en su creación portentosa un símbolo de nuestro destino y una prenda de nuestra grandeza que fué...

Lo singular de Cervantes, en el cual pienso ahora como si se tratase de un hombre de nuestros días (y lo era, en el sentido de ser un hombre de siempre, que se sale de su época) lo singular, digo, de ese regocijo de las Musas, es que de literato tiene poco. Es el prototipo del ingenio lego, con una cultura en la cual entran por cinco o seis los conocimientos que da el estudio, y por noventa la práctica y experiencia de la vida. Vida bien azarosa, de lucha, sin posición, sin dinero, sin consideración social, en la servidumbre y el apuro constante. Vida de español de entonces, al cual sólo le faltó, para estar de lleno en la epopeya de la raza desde el siglo XVI, haber pasado a las Indias.

Pero, sellando el españolismo de su historia, se bañó en Lepanto, y fué cautivo de los argelinos crueles.

Por milagro de algún santo, del señor Santiago matamoros, verbigracia, no fué clavado en estaca aguda, o de una paliza en las plantas de los pies. Consideremos en qué estriba la existencia de las obras maestras del ingenio humano. Sólo Dios sabe lo que estará perdiéndose ahora, en las fatales trincheras, donde tanta vida se siega en flor...

Cervantes no fué, como queda dicho, ningún sabio, sino un cerebro fresco, espontáneo, latino, meridional, que, en los últimos años de su funcionamiento, por efecto quizás de la diabetes, padecía distracciones, olvidos, confusiones, de las cuales en el *Quijote* han quedado muestras.

No, la sabiduría no tiene nada que ver con el *Quijote*.

Cualquiera de los escritores que pudiéramos agrupar en torno de su figura, en aquella hora de esplendor para las patrias letras, era más docto, más informado que Cervantes.

El academicismo, nota tan fácil de descubrir en no pocos de nuestros ingenios, en Cervantes no existe, aun entre sus obras más estudiadas (entre las cuales no se cuenta por cierto el *Quijote*).

Tenía lo que hoy llamaríamos una tintura.

Era su siglo un siglo de fuertes estudios, y los que cursaban las aulas empapándose de filosofía y de humanidades, podían mirarle por encima del hombro.

Existe, sin embargo, otra filosofía recóndita y misteriosa, que no se aprende ni se ejercita en las escuelas, y esa fué la que, como rica savia, vivificó la obra del Manco.

La filosofía del *Quijote* es la más alta que produjeron nuestros siglos de oro. Error no entenderlo así, por el hecho de que el *Quijote* es una novela, y una novela con elementos populares, picarescos, humorísticos.

Obra singular entre las que brotaron de plumas, obra llena de imperfecciones y acaso por lo mismo más humana, yo no encuentro a qué compararla, como no sea a la dramaturgia de Shakespeare.

***

Son mis dos semidioses, Shakespeare y Cervantes, y, mirando atrás, el padre Homero, que en bastantes respectos se le asemeja; y que, como Shakespeare, no se sabe exactamente quién fué...

De nuestro pobre Manco sí sabemos casi todo cuanto es posible saber. Testimonios de su biografía abundan.

Hay sin embargo puntos dudosos: Alcázar de San Juan disputa a Alcalá de Henares la prez de haberle dado cuna.

Lo mismo el aedo griego que el comediógrafo inglés (aceptemos provisionalmente su filiación, tal cual comúnmente se cree que haya sido) poseyeron mucho mayor dosis de cultura que Cervantes.

La divina inconsciencia del genio no se dejó ver en ellos tan desnuda y virgen como en el Manco.

La desigualdad que a veces caracteriza también al genio, en Cervantes se exageró, y en infinitos casos fué inferior a otros hombres de su época, que no le llegan a la suela del zapato.

Cervantes es la representación misma de la fuerza y riqueza de nuestro idioma, y sin embargo, yo siempre concedería mayor perfección de casticismo a Santa Teresa, a Fray Luis de Granada, y superior dominio de los recursos filológicos a Quevedo.

Hay que ver pues en Cervantes, por encima de todo, un no sé qué, ignorado por él mismo: algo que es como el fuego y el rayo; una fuerza que emana de lo profundo de un individuo singular y, en cierto modo, único.

***

Acaso Shakespeare, en el conocimiento de los tipos humanos, en el análisis de las pasiones, en la ciencia del alma, llegó más adentro aún.

Shakespeare es un abismo.

Hay en él inmenso vigor de instinto: los personajes de Cervantes, incluso sus locos, son más *sociales*, más sanos, más equilibrados, que los de Shakespeare.

Hámlet – por ejemplo –, habla y procede de tal suerte, que o es un criminal, o está al margen del crimen a cada paso.

A cuantos le rodean, Hámlet es funesto.

Lo sobrenatural ha envenenado su espíritu, como envenenó el de Macbeth.

Los dos han visto apariciones y sombras, y han sentido el poder del infierno, y están bajo el influjo de las supersticiones y terrores de ultratumba.

Nada semejante ocurre a D. Quijote.

Cree, sí, en malignos encantadores, pero es todo ello tan dulcemente humorístico, que ni un momento nos estremece.

Ved cómo la risa retoza hasta en la espantable y romántica aventura de la cueva de Montesinos.

Un tipo como el de Ricardo III, no cabe en la manera de ser de Cervantes: es otra, muy distinta su galería de personajes, y ni el sombrío ambicioso, ni la trágica viuda de York, ni los asesinos con puñales destilando sangre, ni lady Macbeth lavándose las manos para que desaparezca la mancha delatora, y vagando, suelto el cabello, por los corredores de su castillo, a las altas horas de la noche, presa de un sonambulismo espantable, se parecen en nada a las figuras que hace desfilar Cervantes por su obra maestra, ni por sus novelas cortas.

***

Tampoco la psicología de D. Quijote es la de los héroes de Homero, aunque pudiera asemejarse mis descontadas las diferencias de tiempo y lugar, y cuanto separa a un guerrero de las edades heroicas de Grecia de un hidalgo manchego del siglo XVII.

El ideal de Aquiles, mirándolo bien, se identifica con el de D. Quijote.

Aquiles, reiteradamente, elige morir joven dejando tras sí una estela gloriosa, antes que cargarse de años en el palacio de su padre.

D. Quijote es un hombre maduro ya, y un iluso; pero ha hecho igual selección.

Deja la modesta holgura de su casa, el allego de su hogar, su mesa sencilla pero abastada, su distracción de correr liebres, y se lanza a una vida de privaciones, estrecheces, hambre y frío, palos y pedradas, escarnios y burlas, guiado por su ensueño de gloria.

D. Quijote es un loco; no cabe duda; pero no veo en qué se distingue del heroísmo, este aspecto de su locura.

En lo que se parecen los tres genios, el aedo, el comediógrafo y el Manco, es en la hondísima percepción de la realidad, y en su transcripción exacta, intensa, como si a un tiempo pintasen, esculpiesen y describiesen con la pluma.

Cuanto refieren, lo veis de bulto.

Homero es de una fidelidad inconcebible, que los arqueólogos modernos han comprobado en sus excavaciones y estudios del lugar donde fué Troya.

Shakespeare, menos atento a los objetos exteriores que a las almas, produce la sensación de un vidente.

Cervantes describe a rasgos, como si trajese las cosas a nuestra presencia.

Toda la energía genial de los tres hombres portentosos está cifrada en la impregnación de la verdad, de la verdad sangrante, palpitante como un corazón.

En la concepción de Cervantes, sin embargo, hay un simbolismo que abarca todo lo real y lo transforma y eleva a la abstracción idealista más alta y hermosa.

Y esto le pertenece; esto no lo descubrimos ni en Homero ni en Shakespeare.

Así sucede que se hable y discurra tanto respecto al sentido oculto del *Quijote*, y no hay nadie que cavile en lo que quiso decir Homero en la *Ilíada* ni Shakespeare en *Otelo*.

No poco, sin embargo, hay de simbolismo en *Hámlet* y alguna comedia sesperiana.

Comparad ambos locos y habréis comparado a dos razas, a dos pueblos.

Harto se hablará del Manco todavía, después de tanto como se ha hablado ya.

El Centenario tiene la ventaja de refrescar la nunca olvidada memoria.

En gracia a esta condición le perdonaremos todo el derroche de aparato y percalina que traerá consigo, las veladas, discursos, cabalgatas, funciones y demás festejos; y podremos decir del Manco lo que Iriarte de un elefante, el primero que se vió en Madrid:

> «¡Oh, elefante singular:
> ¡Cuántos tienes has contado!
> Té llenas de gente el Prado;
> tú nos das que conversar;
> tú diviertes el lugar;
> tú le pasees con tren;
> pero es verdad que también
> con tu fama nos sujetas
> a una plaga de poetas
> de que Dios nos libre, amén.»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han hecho estos días los periódicos una campaña en pro del casticismo, no sólo en el lenguaje, sino en la indumentaria.

Se ha tronado contra los rótulos extranjeros, en tiendas de Madrid, y se ha preconizado la capa nacional, vulgo pañosa.

Por lo que hace a la capa, los pareceres están divididos. Hay quien encuentra que no preserva del frío, y sólo abriga la punta de la nariz, cuando va subido el embozo.

En cambio, bien puede asegurarse que hay en la capa algo de romanticismo español, y no en balde el actualmente homenajeado (fea palabra, para mi gusto) señor de Cervantes, encarnó el buen sentido y el equilibrio en un caballero que vestía gabán.

La capa es la compañera de las aventuras; la que ayuda a esconder el rostro y el cuerpo de los furtivos galanes, en las nocturnas escapatorias y andanzas; la que con gracia y donaire se ciñe al tronco de los buenos mozos, y la que mejor hace resaltar la elegancia de un frac y de una fina, blanca pechera, si la adoptan los muchachos de la buena sociedad, como *salida de baile*.

Habría, pues, que dar un voto favorable a la capa, desde el punto de vista artístico, y decretar hasta de real orden su uso, si estuviésemos en los tiempos en que oficialmente se disponía cómo era preciso vestirse. Hoy, ¡qué diantre!, cada cual estornuda cuando y como quiere...

Unicamente las influencias de la moda, tal vez, lograrán entronizar la capa, como se entronizó en París, en tiempos de Balzac, el *manteau a la Quiroga*. Prueba que la capa es prenda de carácter pintoresco, lo mucho que agrada a los extranjeros cuando vienen a Madrid.

No olvidaré nunca el efecto de risa que nos hizo, a mi pobre amiga Julia Osuna y a mí, encontrarnos en la calle al escritor portugués Ramalho Ortigao, rebozado en la pañosa más típica que he visto nunca, una pañosa de los barrios bajos, toda atrencillada, más torera que Belmonte.

Venía Ramalho a Madrid con una misión de su gobierno, y en cuanto avistó la capital de las Españas, le faltó tiempo para comprarse la prenda. Verdad que un portugués apenas es un extranjero; un forastero, a lo sumo...

En cuanto al pleito del lenguaje, la introducción de voces extranjeras en nuestra habla, los rótulos en gringo, y otros abusos, desde luego estoy contra ellos, aunque los considero malos de desterrar.

Así como nosotros, cuando éramos vencedores, dejamos sembrados por todas partes los vocablos ibéricos, Europa, que hoy nos vence en adelanto y en pujanza, nos inocula sus locuciones y denominaciones. No podemos eximirnos de decir, por figón, *bar*: por fonda, *hotel*; por pastelillo, *petit chou*; por minuta, *menu*, y por bocadillo, *ordubre*...

Y si esto nos pasa con nombres de cosas que ya eran sobradamente conocidas entre nosotros, ¿qué será cuando se trate de las enteramente nuevas, para las cuales no existe vocablo castizo?

Claro es que, si no existe, hay que inventarlo... Sólo que no vale rectificar.

La gente se acostumbra en dos días a la palabreja de fuera, más o menos estropeada.

Ved, por ejemplo, lo que ocurre con la palabra *chauffeur*... Seguro que nadie dirá *mecánico*, lo cual es a todas luces castizo. De cien personas, noventa y nueve dirán *chófer*, así como lo escribo.

Reconozco que no son mecánicos, propiamente hablando, todos los *chauffeurs*.

Muchos pueden guiar, y no entienden la máquina, ni saben componer lo que en ella se descompone. Para casos tales propongo la palabra *conductor*. Conductor es el que conduce.

Apuesto a que *chófer* seguirán diciendo las nueve y media décimas partes de los españoles.

Desde luego que si Cervantes resucitara, se quedaría en ayunas de muchísimo de lo que escuchase.

Las palabras que en su tiempo no se conocían y hoy se usan, le sorprenderían, a pesar de que en el siglo XVII se empleaban italianismos, y hasta galicismos empleó él nada menos que en el propio *Quijote*.

No dejaría de tener que preguntar la significacion de microbio, bicarbonato, radioactividad, toxinas, microscopio, anemia, neurosis, vesania, fobia, filia, aeronave, automóvil, bencina, carburo, diabetes, albuminuria, edema, tuberculosis, masage, vegetarismo, astenia, y bastantes más, a pesar de que tales vocablos se derivan del griego y del latín, y por consecuencia nadie tiene que decirles nada en cuanto a su alcurnia; y le sonarían peor otros también usualísimos, y directamente extranjeros, como *varietés*, *cordon bleu*, *paté foie gras*, *puré*, *tournedós*, *rally paper*, *golf*, *fox terrier*, *antiderapante*, *kiosco*, *corsé*, *fané*, *five o'clock*, *sandwichs*, *recital*, *suite*, *tennis*, *play*, *polo* (en el sentido de juego y de gorrillo que usan las señoras), *glasa*, *salsifís*, *haricós*, *encas*, *chotis*, y cien mil que omito.

Y es que a las cosas designadas meramente con su nombre extranjero, más o menos desfigurado, parece como si se les encontrase un sabor particular, un retoque de distinción y (otro extranjerismo usual) de *alta vida*.

Un señor, habituado a pedir, a los postres, una copa de aguardiente blanco de su cosecha, fué un día amonestado por lo vulgar de tal costumbre, y entonces exclamó, en tono imperativo:

–¡Que me traigan mi copa de *gin*!

Gin suena mejor que aguardiente; *porte claret*, es más chic que sangría; *paté de venaison*, se burla de sus congéneres, aquellos pasteles de los cuales decía Quevedo:

Pastel hubo que arañó
al que lo estaba amasando,
y carne que oyendo: ¡zape!
saltó cubierta de caldo.

No cabe duda. No es lo mismo, no, señor, bata que *deshabillé*: zapatillas que *mules*; dije que *porte bonheur*; callos que *tripes*: Rivero que *Macon*; Rueda que *Sauterne*, y capón de Galicia que *pularda del Mans*...

El tufillo exótico de la palabreja mejora en tercio y quinto el artículo.

En los *restoranes* –¡otra que tal baila! – que son de los mayores corruptores del idioma, por cierto, se ha dado en llamar *mil hojas* (del francés, *mille-feuilles*) a la hojaldre; *bar*, a la merluza; *rosbif*, a la buena carne asada; y hasta en una fonda de las de más *tronío*, me sirvieron, por *abatis de dindon*, el humilde conejo que en remotas edades daba nombre a España (*cunicularia*, como habréis visto en las Geografías).

A fuer de cocinera de afición que soy, he combatido todas esas adulteraciones innecesarias del idioma; rezar y comer, en castellano.

Lo peor es que ni aun es francés o inglés lo que substituye al habla de Cervantes (y de muchos maestros que con él la formaron y engrandecieron). No saben la mayor parte de los cocineros de fonda, y aun de casa grande, palabra de la lengua de Racine, y menudean desatinos que es un primor.

He asistido al reparto de premios a los alumnos y alumnas de taquigrafía, en la Sociedad Económica de amigos del país, benemérita y veterana institución que procede de los tiempos en que se inició en España un movimiento regenerador y progresivo con los primeros monarcas de la Casa de Borbón. Queda de aquel origen, en la Sociedad, un entusiasmo por la cultura y un deseo de hacer el bien que no en todas partes se observan, y una caballerosidad que les impulsa a interesarse por la mujer, a querer mejorar su suerte.

Así, en el reparto de premios, la atención se concentraba en las alumnas, y se les deseaba un porvenir, modesto, pero honrado y positivo, logrando, con su trabajo, combatir esa negra miseria que acecha a la mujer de la clase media española, tan resignada, tan laboriosa, como falta de maneras de ganarse el pan.

Era un plantel de muchachas entre doce y diecisiete años, bonitas casi todas, bien arregladas, con encanto natural, peinadas no sin cierta inocente coquetería, sonrientes, que recibían el diploma con gratitud.

Aquel diploma podía, tal vez, ser el primer paso de una carrera digna, acaso el medio de dar a la madre enferma cuidados y medicamentos, a los hermanitos chiquitines una protección...

Mundos de sentimiento se esconden detrás de estos repartos de premios, en apariencia formulistas y sin trascendencia.

El director de Primera Enseñanza, elocuente, les habló de un modo eficaz, suscitando esperanzas. Mañana podrían hacer oposición a plazas de taquígrafas y mecanógrafas...

Yo, mientras tanto, pensaba en una idea que hace tiempo me acosa. La aspiración de la mujer a conquistarse un modo de vivir, a luchar por la subsistencia, tropieza, en la clase media, con un obstáculo: el modo de vivir tiene que ser, por lo menos, decoroso...

¡Ah! ¡El decoro! ¡Grillo a los pies, esposa a las manos! ¡Soga que se lleva al cuello, sin acertar a desatarla!

Una señora, una señorita, no pueden ponerse a hacer esto, aquello ni lo otro; el decoro se lo impide. Sería inútil protestar de que el decoro sólo debiera impedir las acciones vergonzosas, malas en sí.

Cada vez que veo una familia sin grandes recursos y muy numerosa, se me ocurre que las muchachas, dotadas de inteligencia y con voluntad, podrían (a pesar de las restricciones que las leyes imponen a la actividad de la mujer, vedándole tantos puestos injustamente) obtener colocaciones útiles y fructuosas, a no existir la cortapisa del decoro. El decoro es como aquella cadenilla que obligaba a las vírgenes fenicias a caminar lentamente, a no avanzar el paso...

¡Si no fuese por el decoro!

Ved los anuncios del *A B C*: «Una señora desea dirigir una casa como ama de llaves.» «Una señora o señorita se ofrece a acompañar... a viajar con otras señoritas.» El caso es que en la petición de trabajo se salve el decoro. Pues bien, yo quisiera leer este anuncio: «Una señorita se ofrece para cocinera; sabe muy bien su obligación.» El sueldo de una buena cocinera es elevado; donde les ponen pinche, hasta la labor no resulta excesiva. ¿Por qué ha de ser más decoroso sacar de la despensa los garbanzos, que arrimarlos a la lumbre?

Otro oficio remunerador, es el de jardineras y hortelanas. Si no me equivoco, en Inglaterra, en los jardines de la Reina Victoria, el trabajo lo hacían mujeres. No diré que destripen terrones, aunque, en mi país, las mujeres lo hacen con sumo garbo; pero la cultura de jardín y huerta es generalmente delicada, entre las manuales. El cuidado de los invernaderos hasta puede calificarse de filigrana. Reproducir las plantas escogidas, desgajando esquejes, o sembrando semillas menudas; preparar el terreno, haciéndolo blando y jugoso; regar las flores; colocarlas en platabandas y arriates; arrancar y escardar las malas yerbas; disponer las plantas al trasplantarlas, situándolas con simetría e inteligencia, para que no se dañen las unas a las otras; podar los árboles y arbustos, sujetar las enredaderas, tutorar las hortalizas, suprimirles follaje para que maduren, recoger simiente – todo ello no es superior al poder de un brazo femenino – . Lo mismo que hacen bordaditos que les estropean los ojos, podrían hacer el lindo trabajo de la mosaicultura, combinando flores con follajes, y dibujando en el suelo las grecas de púrpura del *achirantes verschafeltia brillantisima*, o los realces azules de la lobelia...

¡Y cuánta salud, en esta profesión, que llena los pulmones de aire puro, que fortifica los músculos, que tonifica todo el organismo de la mujer!

Por eso lamento que el decoro de las señoritas sin fortuna les vede esta ocupación y otras, si no tan bellas no menos útiles. Respeto, naturalmente, todas las preocupaciones que no comparto; pero me gustaría que así como Bernardino Machado, el ilustre presidente de la República portuguesa, al preguntarle a qué iba a dedicar a un hijo suyo, me contestó que a agricultor; los padres de muchachas, honestas y sin probabilidades de colocación, por el concilio de Trento, respondan algo por este estilo:

–¿Juanita? A cocinera. ¿Soledad? A confitera. ¿Paquita? A hortelana. ¿Conchita? A peinadora. ¿Ursula? A primera doncella, para lo cual está aprendiendo a planchar y limpiar encajes y joyas, a peinar muy bien, a saber cómo se cuelgan los trajes, y se preservan las pieles, a reformar algún sombrero, y a todo lo que concierne al tocador y vestimenta de una gran señora...

No espero nunca oir tales frases, porque el decoro... ¿Se hace usted cargo?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue Cervantes (y seguirá hasta el 23 de abril, y algo después, probablemente), siendo la actualidad. No hay, pues, que admirarse si cuanto a este tema se refiere despierta interés hasta el límite en que aquí las cosas lo despiertan, cuando son ajenas a la política. Se están publicando numerosas obras y opúsculos referentes al Manco, y entre los dignos de atención debo señalar *Las meditaciones del Quijote*, de Ortega Gasset, el nutrido libro de Aurelio Baig Baños, sobre el *Falso Quijote*, y el notable folleto de Julio Puyol, *El supuesto retrato de Cervantes*.

Sin renunciar a decir algo de los otros, concedo a este último la primacía.

Su asunto es picante y curioso, y además ha venido a confirmar una sospecha que ha tiempo me asaltó, puramente por instinto, sin base alguna. ¿No os ha sucedido, a vosotros que me leéis, nada semejante? ¿No habéis sentido el roce de una duda que no podéis fundar, contra la cual os rebeláis y protestáis interiormente, y que, sin embargo, vuelve, insidiosa, capciosa, y no os deja vivir hasta que la apuráis por completo y os convencéis de su vanidad o de su realidad?

Esto me ocurrió con el retrato atribuído a D. Juan de Jáuregui, que dicen representa a Miguel de Cervantes Saavedra, y figura en el puesto de honor en el salón de sesiones de la Academia Española, presidiendo en nombre de la Lengua y la Literatura en ambos mundos.

Sabía yo que tal retrato, muy diferente de como acostumbrábamos a figurarnos el rostro de Cervantes, había sido encontrado recientemente, y, bajo el patrocinio de D. Alejandro Pidal, adoptado y saludado como portentoso descubrimiento. Siendo el entonces presidente de la Academia persona aficionadísima a antigüedades, comprador incesante de ellas, amigo de personas inteligentes en el mismo ramo, al parecer no cabía engaño en asunto que él tomaba de su cuenta. Y siendo yo meramente una aficionada sin autoridad, no me asistía ningún derecho para formular la imprecisa inquietud que sentía ante el retrato y su aparición maravillosa, según la frase que corría entre académicos.

Un día tras otro, no obstante, fué dando cuerpo a mis recelos el rumor que cundía contra la autenticidad del retrato.

Se oían cosas increíbles, fuertes, y que, por lo tanto, no he de consignar. Ni aun me hubiese atrevido a llevar la cuestión de propósito a la letra de molde, si el folleto de Puyol no me diese el resumen de todo lo que venía germinando en mi espíritu. Lo que yo no tengo calidad para proclamar, puesto que no hice un detenido estudio del caso, lo expresa Puyol con copia de documentos y observaciones. Y lo anuncia ya en la cubierta del folleto, donde figura como subtítulo *«Sospechas de falsedad que sugiere el (retrato) atribuído a Jáuregui, propiedad de la Real Academia Española.»*

Al analizar el hallazgo de la Academia, Puyol sigue el método de catalogar datos y hechos ciñéndose, con prudente reserva, a pedir luz, a rogar que se haga lo que no se hizo: un examen técnico detenido, suficiente para disipar las sombras que rodean cuanto se refiere a la misteriosa pintura.

El retrato en cuestión fué denunciado al Sr. Sentenach, académico, en la Exposición de Bellas Artes, por un señor para él desconocido, D. José Albiol.

Era este señor Profesor de la Escuela de Artes y Oficios, en Oviedo, y antes se había dedicado a restaurar cuadros antiguos en Madrid: detalle que merece mencionarse. Entre sus cuadros poseía uno, muy sucio, que limpió, y en el cual, sigue hablando el Sr. Albiol, aparecieron dos letreros: uno que dice *D. Miguel de Cervantes Saavedra*, y otro que reza *Juan de Jauregui pinxit, año* 1600.

Debe advertirse que, por un pasaje del Prólogo de las *Novelas ejemplares* se creía que hubiese existido un retrato de Cervantes, obra de D. Juan de Jáuregui, y venían dándolo por seguro varios eruditos y cervantistas. Observa Puyol que el pasaje, sin embargo, no afirma la existencia del retrato, sino solamente que D. Juan de Jáuregui pudiera hacerlo, y que con ello colmaría Cervantes su ambición. De suerte que, desde el primer paso en tan enredada historia, tropezamos con la inexactitud y vaguedad de las noticias en que descansa el tinglado del hallazgo.

Ello es que el Sr. Sentenach participó al Sr. Rodríguez Marín la nueva, y éste al Sr. Pidal y otros notables de la corporación. Acordóse inmediatamente que el retrato pasase a ser propiedad absoluta de la Academia, «dejando para después el estudio de su histórica identidad». En el relato de las gestiones y preliminares para lograr este objeto, ha descubierto el Sr. Puyol numerosas contradicciones y faltas de coordinación en las fechas. En resumen, el señor Albiol, al principio, andaba, dícese, reacio en desprenderse de la joya, desdeñoso de las ofertas en dinero, y, por último, haciendo la proposición, que el Sr. Puyol califica graciosamente de «casi mítica» de negarse a aceptar ninguna clase de precio ni compensación pecuniaria, y regalando la pintura, a condición de que acabase de salir a oposición una cátedra cuyo expediente estaba enredado en los tradicionales balduques del expediente oficial».

Continúa la serie. No había tal expediente dormido, ni aun tal cátedra, pues no estaba ni creada ni dotada; pero lo cierto fué que a fines de 1910, se aumentó la plantilla del personal docente, y se creó una plaza más de profesor de término, sin determinar la aplicación que a la misma había de darse, no acordándose esto hasta medio año después. Fué nombrado entonces interino D. José Albiol; sacóse rápidamente a oposición, y la ganó el mismo. Puyol no duda de que la ganó en justicia, pero ello fué que no se trató, como dijera Pidal, de despertar un expediente, sino de crear una cátedra.

A las contradictorias alegaciones de los que propugnaron la autenticidad de la tabla, siguen las dificultades graves que se encuentran para suponer que Jáuregui hizo en efecto un retrato del autor del *Quijote*. Concordando fechas, tendría Jáuregui, en 1600, quince años de edad. Precocidad inverosímil.

Además, en la tabla de la Academia, Cervantes aparece con tratamiento de *don*, que no tenía, y sin él Jáuregui, que lo tenía de seguro; rodea el semblante del Manco una lechuguilla escarolada, que no usaría probablemente, porque no se avenía con su condición social, y se observan repintes y retoques.

Las incertidumbres crecen al notar tantas contingencias de error como se reúnen en torno de esta pintura enigmática. Las inscripciones pueden ser del XVII, pero también pueden haber sido agregadas, o en el XVIII, época de diestras falsificaciones, o en nuestros días. Todo cabe en la suposición, ya que no ha llegado a ser examinada debidamente la pintura. El joven D. Aureliano de Beruete y Moret, digno hijo de tal padre, aunque no pudo ver como es debido el cuadro, cree que las inscripciones están, por lo menos, muy retocadas. Respecto a la faz de Cervantes en este retrato, diré que la impresión de antipatía que produce, es singular, por facciones que con razón califica el Sr. Barcia de monstruosas. Si el retrato poseyese indiscutible autenticidad, tendríamos que resignarnos a que fuese así el gran novelador; pero pudiendo abrigar la esperanza de que resulte falso, después de bien revisado el pleito, hay que decir que el Cervantes de Oviedo tiene una muy repulsiva fisonomía; es un Cervantes asaz distinto de como nos lo imaginamos, hasta por el autorretrato escrito que nos legó, y que es el único no tildado de apócrifo.

Esta mala gracia del retrato que se entroniza en la Academia, fué quizás el primer origen de mi recelo. ¿Habría sido así Cervantes? No puedo negar que ha influído en mí tal impresión de desagrado. Pero, lo repito: si se demuestra que el retrato es legítimo, de legítimo matrimonio del Arte con la Verdad, habría que tener paciencia, y sufrir al vestigio. Y por eso, para saber si al cabo Cervantes tuvo o no tal geta, estoy deseando que los expertos den su opinión. Puyol observa que, por ahora, no se sabe el nombre de ningún experto que haya reconocido el cuadro. Cita la opinión del hispanista Fouché Delbosc, que asegura haber sido repintada la región frontal, para aumentar las dimensiones de la frente, de la cual nos dejó dicho el propio Cervantes que era «lisa y desembarazada». Y añado yo que se le fué la mano al repintador, porque la frente es ura verdadera anormalidad.

Todo es misterio, todo es problema en este retrato. D. Ramón León Mainez, cervantista respetabilísimo, pidió al Sr. Albiol datos precisos acerca de cómo había adquirido la tabla (datos que no pedía la Academia, aun cuando parecía tan natural); y la respuesta fué poco satisfactoria, pues se limitó el señor Albiol a decir que la había adquirido hacía unos años, que su anterior propietario la poseía haciendo de cuarenta y cinco, y que él la había limpiado hacía uno, apareciendo entonces las inscripciones. Y no más noticias, ni el nombre del antiguo dueño, ni el punto donde fué comprada.

Otra circunstancia extraña se suma a las restantes. Siendo Presidente del Consejo de Ministros don José Canalejas, en octubre de 1911, encargó al académico y erudito Pérez de Guzmán la redacción de una Memoria ilustrada, acerca de los retratos de Cervantes. Puso manos a la obra este señor, acopió datos, juntó fotografías, autógrafos, medallas; en fin, se pertrechó como correspondía a su condición de investigador concienzudo, y, ya preparado, escribió un libro en toda regla. La conclusión del libro fué, terminantemente, «que no existe ningún retrato auténtico de Cervantes, y que, por tanto, el atribuído a Jáuregui es tan apócrifo y fabuloso como lo son todos los demás». Y empezó a imprimir su informe; y al llegar a la página 119, he aquí que suspendió la impresión y suspendida sigue. Puyol añade que, al preguntarle a Pérez de Guzmán la razón, contestóle éste: «Interrumpí la publicación, por los tremendos disgustos que me dieron.»

Sin poderlo remediar, recordamos una novela de Alfonso Daudet, *L' Immortel*, basada en cierta supercheria que logra engañar a la Academia francesa en pleno, empezando por el Secretario perpetuo, haciendo aceptar por verdaderas y con entusiasmo, cartas históricas completamente forjadas por un moderno falsificador. Y como hay que ser imparcial, diré que casos semejantes en la realidad no faltan. Ahí está la tiara de Saitafarnés, falsificada en Odessa, sin mucho recato, y que se coló en el Louvre, y allí pasó por verdadera bastante tiempo. La cosa es tanto más rara, cuanto que algunos profanos que entonces concurríamos al Museo, rumoreábamos la falsificación. Yo exclamé un día, ante la cristalera: «No entiendo, no sé decir la razón; pero la tiara me parece moderna, aunque admirablemente circelada y trabajada.» Y en efecto, de allí a poco fué oficial la noticia del chasco. Otro parecido dieron, habilísimamente, al British Museum, si no recuerdo mal. Propusiéronle unas tiras de cuero, calificadas de antiquísimas, en las cuales, en viejos caracteres hebraicos, se contenía el manuscrito del *Deuteronomio*. Para mejor imitar la antigüedad, el cuero había sido macerado en diversas substancias, sometido a la acción de la humedad, etc. Con el afán que en Inglaterra se tiene por lo bíblico, el Museo soltó una porrada de dinero por los rollos; considerable número de libras, que entonces no estaban a la par. Y por dónde, sometido a más prolijo examen el rollo, pudo verse en él, al microscopio, la huella de la tosca del curtidor moderno, casi borrada, pero todavía delatora...

No tendría nada de pasmoso que la Academia española hubiese sido víctima de un engaño. *Errare humanum est*, que dijo el otro. Tiene además esto del cervantismo y de las cosas cervantescas el don de causar una especie de fiebre que nubla la razón por momentos. Siendo Cervantes un entendimiento tan privilegiado, y su libro tan extraordinaria escuela de cordura iluminada por el genio, no acierto a descifrar en qué consiste que la admiración hacia Cervantes no ponga más sal en la mollera, sino que parezca originar desvarío. He conocido muchísimos maniáticos cervantistas, algunos graciosos e ingenuos; pero, en general, cerrados al resto de la cultura humana, por la frecuentación del trato de D. Quijote, visto sólo por una esquina.

Puede haber un momento en que esta fiebre del cervantismo obre como un contagio, y trastorne a muchas personas a la vez. Por eso convendría que todos nos hiciésemos solidarios de la carta que don Julio Puyol dirige a D. Antonio Maura, actual Presidente de la Academia. En ella no le pide golletas. Tan sólo que el supuesto retrato de Cervantes sea reconocido y estudiado debidamente, por interés y decoro de la misma corporación y de España.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido hablar de otras obras cervantinas, además de la dedicada por Puyol al *Supuesto retrato de Cervantes*, y así lo hago.

Nadie ignora que uno de los enigmas de nuestra historia literaria es el falso *Quijote* del no menos falso Avellaneda. ¿Quién se ocultaba tras ese seudónimo? Se han emitido infinitas conjeturas, y probablemente seguirán emitiéndose otras muchas, hasta que, si Dios lo permite, se descubra la verdad.

Yo empiezo por declarar que el punto no es sino de mera curiosidad, y en nada afecta a la crítica propiamente dicha del inmortal libro. Pero los eruditos han sido siempre golosos de estas charadas.

El *Quijote* espíreo fué —en esto están de acuerdo todos los comentaristas—, obra de odio y mala voluntad; obra de un enemigo del autor del *Quijote* legítimo. Esto indica que la obra maestra de Cervantes logró, desde el primer momento, nombradía y popularidad, pues sólo se parodian e imitan los libros o dramas que despiertan profundamente el interés del público. Todos los datos concurren a establecer el hecho: sus contemporáneos reconocieron, si no al modo romántico de hoy, a su estilo y según su mentalidad, el mérito del *Quijote*, pudiendo afirmarse que no sólo fué leído y admirado, sino popularísimo.

La envidia no había de perdonarle. Al través de las edades sucesivas, la figura del pretendido Avellaneda, imitador e insultador de Cervantes, es representativa de la amarilla pasión que se muerde los puños de impotente rabia. Cosas turbias hay en la biografía de Cervantes; no obstante, el atractivo de su figura es irresistible, mientras que Avellaneda permanece bajo el peso de una reprobación moral casi unánime.

A refrescar el problema viene el libro, nutrido de datos, de D. Aurelio Baig Baños, conocido cervantista. He dicho nutrido, y nutridísimo debí decir, pues la frondosa cosecha de noticias que atesora le perjudica, haciendo difícil la lectura y la orientación del que sólo aspirase a conocer la historia del falso *Quijote*.

Convencidos de que Avellaneda era un seudónimo, y pasado el tiempo borrando la huella de los hechos que pudieran ilustrar, empezó la búsqueda del verdadero nombre de Avellaneda. Él se declaró licenciado y nacido en Tordesillas. Esto último se pudo comprobar ser imposible, por no haberse bautizado, en todo el siglo XVI y en la villa de Tordesillas, hombre alguno que se llamase Alonso Fernández de Avellaneda.

En otra apreciación estuvieron conformes la mayoría de los investigadores avellaneditas: el que se escondía tras del seudónimo debía de ser o cura o fraile. En suma, un eclesiástico y, cosa extraña: en el siglo XVIII, Cervantes tiene mal ambiente en la crítica: no faltan apologistas de Avellaneda. D. Isidro Perales hasta supone que Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, plagia el de Avellaneda; don Agustín de Montiano y Luyando considera a Avellaneda muy superior a Cervantes; D. Diego de Torres Villarroel le ensalza; D. Juan Martínez Salafranca pinta a Cervantes como un envidioso de Avellaneda. Producese, sin embargo, la natural reacción, y salen a la palestra, en duros juicios contra el *Quijote* apócrifo y su autor, D. Gregorio Mayans y Siscar, D. Vicente de los Ríos, Pellicer, Fernández de Navarrete, y por último, Clemencin. Desde principios del siglo XIX, no hubo ya una voz que se alzase en favor del falso *Quijote*, pero el enigma siguió irritando la curiosidad, y las investigaciones se activaron.

Es hacia fines del XVIII cuando las conjeturas toman cuerpo. D. Vicente de los Ríos dice que Avellaneda era «compositor de comedias, e implacable enemigo de Cervantes.» Pellicer supone que Avellaneda pudiese ser uno de los dos poetas aragoneses que en un certamen de Zaragoza adoptaron el mote de *Sancho Panza*. Apunta además Pellicer que Avellaneda sería dominico, supuesto muy general.

Cean Bermúdez entendía que el autor del *Quijote* apócrifo era fray Juan Blanco de Paz, también dominico, y que ha llegado hasta nosotros con renombre de mala persona. D. Adolfo de Castro lleva más allá la suposición, atribuyendo el *Quijote* contrahecho a fray Luis de Aliaga, confesor del Rey, dominico igualmente, aragonés y zaragozano. Conste, ahora y siempre, que yo no tengo candidato alguno de mi cosecha para atribuirle el *Quijote* parodia; líbreme Dios de terciar en este pleito intrincado y enmarañado. Sólo me atrevo a decir que, con los Avellanedas dominicos, se complicaría el recelo que sintió Cervantes de declarar el nombre, de rasgar el velo que cubría a su detractor e imitador. Un confesor del Rey, por ejemplo, en aquellos tiempos, haría exclamar «Guarda, que es poderoso», y aun añadir: «Tate, Sancho, con la iglesia hemos topado.»

Así es que la conjetura de Aliaga fué patrocinada por varios eruditos: Gallardo, D. Cayetano Rossell, D. Justo Sancha, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, docto indagador de nuestro Teatro. Posteriormente, D. Adolfo de Castro soltó una nueva hipótesis. Supuso que el fingido Avellaneda fuese fray Alonso Fernández, sin perjuicio de volver, adelante, al *aliagusmo*, afirmando que, por las pruebas indiciarias conocidas, el indudable autor del imitado *Quijote* sería fray Luis de Aliaga.

Impugnó esta opinión Tubino, cervantista de altos vuelos. El ataque de Tubino a la hipótesis aliagusta venía muy cernido de erudición, muy corroborado con pruebas negativas, y logró convertir nuevamente a D. Adolfo Castro el inquieto y el genial, que últimamente lanzó la especie de si el falso *Quijote* sería obra de D. Juan Ruiz de Alarcón, el comediógrafo mejicano, apoyándola con los recursos de su ingenio. Para Benjumea, otro cervantista con ideas propias, Avellaneda fué primero fray Juan Blanco de Paz, y luego fray Andrés Pérez, autor de *La pícara Justina*. Para D. Ramón León Mainez, la categoría sube muchísimo, llega a la cima, y Avellaneda es ni más ni menos que el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega. Lo mismo creen gentes de nombradía, Fitzmaurice Kelly, D. Manuel de la Revilla, Pinheiro Chagas. Tal conjetura no dejó de abrirse camino, aunque de estar probada diste lo mismo que las restantes. Hasta a un alemán que residió corto tiempo en España se atribuyó el falso *Quijote*, y a fray Luis de Granada hubo quien se lo colgase.

Y como los grandes sabios también se engañan, no ha mucho, en 1897, dió a conocer Menéndez y Pelayo su conjetura, que ha parecido de las menos fundadas.

Ni aun convencen los argumentos negativos, en esta ocasión, de Menéndez y Pelayo. D. Aurelio Baig Baños los analiza y los malpara bastante. Menéndez y Pelayo, por ejemplo, afirma que no pudo Aliaga conocer ni aun de vista a los mayores ingenios de su tiempo. Un fraile tan encumbrado y tan conocedor de la vida social, ¿cómo había de ignorar la existencia de hombres tan célebres como Cervantes y Lope? Aliaga no era un recluso en el claustro. ¿Y por qué el *Quijote* falso no podría ser obra de un grave moralista? Lo era, y dominico, Mateo Bandello, autor de nada edificantes escritos. Añado yo: también en Quevedo existe la misma dualidad.

Al impugnar la afirmativa, queda aún más maltrecha la hipótesis de Menéndez y Pelayo. Era ésta, como acaso recuerde algún lector aficionado, atribuir la paternidad del *Quijote* de Avellaneda a un poeta llamado Alfonso Lamberto, por completo desconocido. Los indicios eran tan tenues, que sólo la robusta autoridad que los coordinó pudiera hacer que ilusionasen un poco. Obscurísimo empieza por llamar a su apadrinado el propio D. Marcelino. Sábese de él, por todo saber, que concurrió a los famosos Certámenes de Zaragoza por los años de 1624. Lo demás se pierde en la niebla de escasísimas noticias, hasta desmentidas por posteriores descubrimientos. Es mucho más positivo que existió un Martín Lamberto Iñiguez, amigo de los Argensolas. Que fuese pariente del Alfonso Lamberto, no se sabe. Ni esto ni cosa alguna, a decir verdad...

Puso la imaginación en prensa el autor de *La Ciencia Española*, y llegó a apoyar su conjetura en un anagrama también imaginario que encuentra en el *Quijote* apócrifo. Todo ello tan forzado y arbitrario, que ni nombrarse merecería a no proceder de quien procede. Como antes dije, los hombres insignes yerran igual que los demás.

Impugnó a Menéndez y Pelayo el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac, adelantando de paso su hipótesis, según la cual el autor del *Quijote* de Avellaneda es Micer Juan José Martí, el mismo que, bajo el nombre supuesto de Mateo Lujan Sayavedra, publicó una continuación al *Guzmán de Alfarache*. Molestado por la impugnación de Groussac, que tenía mucho de desdeñosa, Menéndez y Pelayo revolvió papelotes y logró averiguar que Martí había fallecido en 1604, en que no estaba aún impresa la primera parte del *Quijote*... ¡Otra conjetura al agua! Una más, la de D. Adolfo Bonilla San Martín, que atribuye el falso *Quijote* a un D. Pedro Liñán, secretario del marqués de Camarasa. Mi amiga doña Blanca de los Ríos, por su parte, lo atribuye a Tirso de Molina, lo cual (sin que yo me meta en camisa de once varas) me parece demasiado honor para el Avellaneda que fuese...

A su vez, el autor del libro que me da ocasión y tela para estas páginas, D. Aurelio Baig Baños, tiene su hipótesis. Y no la cree hipótesis, sino verdad. Cierto que lo mismo habrán pensado los demás que supusieron roto el velo del enigma.

Para el Sr. Baig Baños, el pretendido Avellaneda no es otro que fray Alonso Fernández, autor de varias obras de devoción. Era dominico, y el Sr. Baig entiende que por esta circunstancia fué benigna con su novela, asaz libre y desvergonzada, la Inquisición; que era hombre de influjo y valía, y no obscuro como el Alfonso Lamberto de Menéndez y Pelayo; apoyando este supuesto en pasajes del mismo falso *Quijote*; y yo reconozco que estos pasajes delatan al fraile atiborrado de teología y conspicuo..., y que la novela *Los felices amantes*, que tiene el mismo argumento de *Margarita la Tornera*, es una leyenda conventual, que acaso no utilizase seglar alguno en el siglo XVII. Esto yo no lo puedo demostrar con datos: lo percibe mi sensibilidad crítica.

Hay en el *Quijote* de Avellaneda, al lado de obscenidades, groserías y escatologías, lo cual no es inverosímil en aquel tiempo en un fraile, mucho que delata el ambiente del convento; mucha teología, no poco sermonario. Insisto en que no hablo como apoyando la tesis del Sr. Baig. No tengo autoridad alguna, aunque benévolamente me la conceda el señor Baig al citar unas palabras mías.

La conjetura del Sr. Baig no es irrefragable, como tampoco las que la han precedido; pero los indicios son en ella algo más vehementes. La conjetura del blogue contra Cervantes no carece de fundamento histórico. Las suposiciones basadas en fechas no son quiméricas. El estilo de las obras confesadas de fray Alonso Fernández, no es incompatible (a pesar de la diferencia de asunto) con el del falso *Quijote*. Más disparidad existe entre el de las obras ascéticas y las de gorja de Quevedo. Es decir que nada veo de absurdo en la hipótesis del Sr. Baig.

Tampoco me parece que desdice de la personalidad de este fraile, autor de obras históricas, teológicas y hagiográficas, General de su Orden, el hecho del misterio que viene rodeando al autor del *Quijote* apócrifo. Si hubiese sido un laico, no pondría el cuidado que indudablemente debió poner, para que no fuese posible rasgar el velo. Nada tiene de sorprendente el hecho de que un fraile de aquellos días escribiese tal novela; pero naturalmente, por ser fraile, había de mantener con cierto rigor el incógnito. Y el incógnito se ha mantenido. Como dice acertadamente el Sr. Rodríguez Marín, en el prólogo a la obra del Sr. Baig, «la debatidísima cuestión seguirá entregada, como el mundo, a las disputas de los hombres, hasta que una dichosa casualidad, o el perseverante trabajo de algún investigador, saquen de las tinieblas de algún polvoriento archivo a la clara luz del día un documento fehaciente, que declare, con sencillez y laconismo, cómo se llamaba el autor de ese libro malhadado, que desveló a Cervantes, y trae sin sueño, tres siglos después de dado a la estampa, a los cervantistas de ambos mundos.»

Baste al Sr. Baig haber emitido una conjetura que no ofende al sentido común, y descansa, a falta de documentos, en bien coordinadas deducciones. La certidumbre, por hoy, no existe. No hay que desesperar, sin embargo. Este rompecabezas llegará a encajarse, y veremos su conjunto, cuando menos se piense. Es cuestión de revolver archivos, desempolvar legajos, y estudiar bien el epistolario de la época, donde es imposible que no haya referencias a un escándalo literario tan ruidoso.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un curso de tres conferencias del Ateneo está llamando la atención estos días, y las conferencias demuestran (entre otras cosas) que, después de publicado un libro, puede leerse más o menos extractado ante un auditorio muy selecto y exigente, sin que el hecho de la anterior publicación perjudique en lo más mínimo a la lectura ni disminuya el gusto y el aplauso con que el público la acoge. Todo pende del modo de hacerlo, del arte del conferenciante y lector.

El conferenciante ha sido Aureliano Beruete y Moret, hijo de aquel admirable paisajista que se llamó también Aureliano Beruete, y que unía, a sus aptitudes artísticas, un profundo conocimiento teórico de cuanto al arte se refería: historia, crítica, escuelas, maestros. El hijo, en la estrecha unión de una familia ejemplar, se nutrió en las enseñanzas paternales, siguió la corriente de los numerosos libros y estudios publicados por el ilustre pintor, y adquirió iguales aficiones y heredó la misma competencia, sancionada en el padre por largos años de ejercitarla, y ahora revelada en el hijo con brillantez en el libro capital que se titula *Los retratos de Goya*, y en las tres conferencias sobre el mismo sugestivo asunto.

No son sus primeras armas, toda vez que anteriormente ha consagrado estudios, unos publicados en diversos idiomas y otros todavía inéditos, a la pintura española en el siglo XIX», «los pintores de Felipe II y Carlos II», «los primitivos españoles», y a cuadros de Goya y Velázquez, desconocidos o recientemente descubiertos. Pero no cabe duda que el esfuerzo actual ha sido un paso de gigante, y ha puesto de relieve la personalidad de un crítico que marcará huella en el conocimiento histórico y estético de nuestros mejores artistas.

Hoy nos pone en contacto con el más original tal vez (aun teniendo en cuenta al Greco, que si no nació en España, nos debió lo mejor de su inspiración singular), y de cierto, con el más espontáneo, siendo la espontaneidad, y aun la rebeldía, condición eminentemente española.

Juzgo que, en gran parte, la espontaneidad de Goya se debió a su incultura. Los artistas educados han de luchar mucho para soltar los andadores de la educación. Goya era – nadie se asuste – un bárbaro. Quién sabe si a Cervantes le hubiese convenido serlo también. La cultura nunca llega adonde el instinto, y, cuando el instinto es tan magnífico como fué en Goya y Cervantes, hace maravillas.

Hay quien defiende, ya lo sé, la tesis contraria, sosteniendo que si Cervantes no fuese «ingenio lego» y Goya se hubiese perfeccionado en el dibujo, valdrían doble. No entiendo cómo pudiera duplicarse el valor de ambos. Tal cual son, inclinémonos hasta el suelo.

Aureliano Beruete nos lo enseña en su libro: Goya, con toda su plenitud de originalidad, sufrió diversas influencias, y algunas extranjeras, aunque predominaron las tradicionales de España. Por eso en su obra está comprendida toda su época, y por eso lo bo un Goya del siglo XVIII y otro del siglo XIX; y acaso por eso, al agrandarse su época con el trágico engrandecimiento que le prestó la epopeya napoleónica, el arte de Goya, a medida de los acontecimientos, se hizo colosal. Nota Beruete que el hecho de no aparecer Goya en un momento de esplendor de la pintura, sino como un genio aislado, hace difícil situar su figura en la historia del arte. Hay que concederle el carácter independiente que Araujo le reconoce; en efecto, ni defendió teorías ni fundó escuela. Esto no impide que la tradición española y el tiempo en que vivió, actuasen sobre Goya poderosamente.

Beruete tiene razón al ver en Goya un español hasta la médula, y hombre de su tiempo, tanto como de su raza. Por eso sufrió, ante todo, la sugestión de Velázquez, y más adelante, la del Greco. Su enjundia española salta a la vista, por el mismo contraste con los pintores que en España lograban fama en su tiempo, y que eran clasicistas, empezando por el famosísimo Menga. Es de notar su falta de precocidad, la tardía granazón de su mies, pues las obras mejores son las de su vejez, y hasta los treinta no produce cosa digna de notarse, ni llama por ningún concepto la atención del público. Le saca de la obscuridad un encargo de Menga, de cartones para tapices, y, cualesquiera que hayan sido sus posteriores triunfos, todo Goya está ya en estos cartones, en su sentido popularista y realista, en la gracia y la fuerza de las escenas que reproduce. Señala Beruete como fecha importante en el desarrollo artístico de Goya el momento en que pudo ver las colecciones de pinturas reunidas entonces por primera vez en el palacio de Madrid. Y entre tantas obras primas, Goya se fija únicamente en los Velázquez, y los copia, muy libremente, en una serie de grabados. Es el españolismo de Velázquez, casi desdeñado en aquel entonces, lo que le fascina.

En 1783 empieza a pintar retratos, aspecto desde el cual le considera su biógrafo y crítico. Desde entonces la producción de retratos no se interrumpe, y en ella sigue Beruete las diversas etapas y maneras del artista. Empieza a retratar a los Reyes, a Carlos III de cazador, con reminiscencias velazqueñas; a los Príncipes de Asturias, que fueron después Carlos IV y María Luisa, y a quienes había de volver a retratar varias veces con magistral pincel; al conde de Floridablanca, que era por dentro un enciclopedista francés, y lo parece por fuera; al conde de Cabarrús; a la familia del Infante D. Luis, que renunció el capelo para casarse con la mujer a quien amaba, una particular, la Vallabriga.

Sería muy prolijo referir en una crónica todos los retratos que Goya produjo. No creo que ni aun la diligencia y cariño con que ha tratado este asunto Beruete, consigan catalogarlos todos o casi todos. Bastantes irán apareciendo, y algunos serán excluídos del catálogo, es probable. La fecundidad de Goya complica la tarea del que quiera recontarle.

Los que llama Beruete «retratos griseos» confieso que se cuentan en el número de los que más me agradan y satisfacen a mi sensibilidad artística. En ellos desciuella una cualidad que no parece propia de Goya – la exquisita elegancia –. Nada más distinguido que la imagen de la marquesa de Pontejos, con su encantador atavío de la época de María Antonieta, y su perrillo chato, y su clavel en la mano, sostenido con el amaneramiento gentil de una pintura modernista. Yo lo había admirado en el palacio de Martorell, encontrando que en este retrato, Goya, sin perder su peculiar carácter, rivalizaba con los retratistas extranjeros de la época. Tiene razón Beruete al reconocer que da la sensación de una marquesita francesa que se dirige a una fiesta de Versalles. En él inicia Goya la sugestión psicológica que en tantas obras suyas va a imponerse. Al través de la carne, el alma frívola o sentimental, perturbada o melancólica, se transparece como por un velo. Lo mismo puede decirse de la cabeza de la duquesa de Osuna, que es la de una mujer neurótica, espiritada, desdeñosamente aristocrática, hastiada, con retoques de romanticismo.

De estas mujeres que, usando un neologismo nada castizo, pero admisible, llamaré inquietantes, son doña Tadea Arias de Enríquez, y también la marquesa de la Solana. En las retratadas de Goya aparece uno de los sortilegios de España, el pie, el pie admirablemente cautivo en raso, con el primoroso tacón curvo, y la graciosa inserción del tobillo redondo. Los retratos de mujer, de cuerpo entero, pintados por Goya, deben a la magia del pie un carácter especial, que no tienen los de busto.

Hay sin embargo un retrato de mujer, muy inquietante y extraño, al cual no se le ven los pies, tapados por la amplia falda. Es el de D.ª Cayetana de Silva, duquesa de Alba, a quien llama Beruete «una modernista de su tiempo». De las relaciones de esta dama con Goya se han contado mil disparates, pero, a la verdad, el gran artista de galán tenía poco, para explicar una debilidad de la rica hembra. Hace años que me inscribí, en una conferencia dada en el Ateneo sobre *Goya y la espontaneidad española*, en contra de la hipótesis amorosa de este episodio de la vida del pintor de las Majas. Pudo él gustar del modelo, pero el modelo se limitaría a llevarle atado a su carro. Lo que nota Beruete con acierto, es que la esbeltísima figura de la duquesa fué reproducida mil veces, en sus atrayentes líneas, en los *Caprichos* y en una infinidad de siluetas femeninas, constituyendo como una obsesión del pincel y lápiz goyesco.

Cree Beruete que el apogeo de Goya como maestro del pincel, se sitúa en los años últimos del siglo XVIII y los primeros del XIX, en que pinta sus retratos de Corte. A él pertenece el soberbio grupo de la Familia Real, y los retratos de María Luisa a caballo, con uniforme de la Guardia, el de mantilla y traje de encaje negro, el de Godoy, los de la condesa de Chinchón, uno de los cuales es un prodigio, el lindísimo de Mariano Goya, y el sorprendente del conde de Fernán Núñez. En esta obra reconoce Beruete la influencia de los retratistas ingleses contemporáneos, sin mengua del carácter castizo del pintor. Y a este momento culminante pertenece también el lindísimo retrato de la marquesa de Santa Cruz, que he contemplado en casa del conde de Pie de Concha. Obra poco conocida le llama Beruete, y con razón, pues, por el atrevimiento de la postura y del traje, estuvo oculto este mágico lienzo muchos años, y gracias si no fué destruído, como lo ha sido más de una obra maestra. Hoy se respetan los fueros del arte, y no se esconde el retrato de la marquesa, sino que figura en honroso sitio, en el palacio de su dueño.

La invasión francesa puso fin a este período, glorioso y próspero, de la vida del pintor. Ante el nuevo rey José, Goya no adopta una actitud patriótica, mientras los imitadores de David, los afrancesados en pintura, eran ardientes españoles y hasta se morían de hambre por serlo, Goya, el de la médula nacional, permanece indiferente, y, llegado el caso, se arrima al sol que más calienta. No fué pintor de Cámara del Intruso, pero no hubiese repugnado serlo. Beruete nos ha contado la salada historia de un lienzo pintado por Goya para el Ayuntamiento de Madrid, y donde, en un medallón, figuraba la efigie de Botellas, que fué borrada, sustituída con diferentes letreros, vuelta a pintar por Goya mismo, vuelta a borrar, no cesando el vaivén hasta que en el medallón se inscribió una fecha que no suscitaba contradicciones, la del 2 de mayo. Ello es que, restaurado Fernando VII, Goya acaba por expatriarse y vivir y morir en Burdeos, entre ilustres afrancesados.

Mas si hubo algún cambio en su modo de ver, su pincel apareció indiferente, atento sólo a reproducir, con bravura que los años no amortiguaron sino muy a última hora, lo que impresionaba sus sentidos de artista. He ahí, para muestra, el retrato de Juan Martín, *el Empecinado*, en el cual está sostenida toda la resistencia heroica de España, todo el furor de la Independencia, toda la entraña de nuestra nacionalidad. Nadie puede ver al afrancesado en quien tan intensa expresión supo dar al guerrillero.

En este último período de la producción de Goya, encuentra en él Beruete una visible influencia del Greco, y hasta cierto misticismo, revelado en la famosa *Comunión de San José de Calasanz*. Y no dejan de verse también algunas señales de que las fuerzas iban abandonando al octogenario artista. Soñaba para él la hora del reposo, que al fin obtuvo el año de 1828 y el día 16 de abril.

Yo quisiera resumir en pocas palabras un juicio de Goya, y no puedo hacerlo mejor que recogiendo una opinión unánime del público que asistía a las Conferencias. Cuando fué proyectado, después de los últimos retratos obra de Goya, el del mismo Goya, que figura en el Museo del Prado, un rumor de admiración se alzó de la concurrencia. A ninguna proyección habían saludado así. Fué algo hondo, salido del pecho. El aplauso mudo, bastantes creían tributarlo a Goya, hasta que el conferenciante declaró que la obra maestra era fruto del pincel del retratista más equilibrado y fiel observador del natural que ha poseído España: D. Vicente López. Y entonces pensé ¿qué hubiese sido Goya, con equilibrio?..

¡Sólo Dios lo sabe!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay muchas cosas discutibles en este pícaro mundo, y una de ellas es lo de la *cola* de los golfos, con motivo del sorteo de la lotería. ¿Debe tolerarse en la calle esa manifestación de miserables? ¿Por qué, entonces, se prohibe la mendicidad callejera y se recoge a los mendicantes?

Al principio, la cola del sorteo era no más un medio de ganarse un par de pesetas, vendiendo, en su día, el puesto a los curiosos. Hoy, es un sistema para excitar la piedad de los corazones sensibles, que envían limosnas, café caliente, paellas, guisotes y braseros a los que se pasan quince o veinte noches a la intemperie, en el grato mes de diciembre y en el dulce clima guadarrameño de Madrid.

He oído diversísimas opiniones. Los *coleros* tienen simpatías, inspiran lástima y son, ¡quién lo dijera!, uno de los raros ejemplos de voluntad en tensión que se dan aquí. Fuerza de voluntad se necesita, en efecto, para mantenerse en un mismo sitio tantos días con sus noches correspondientes, aguantando la helada, los chubascos, la humedad, el cansancio, y, si no hubiese almas caritativas, el hambre; todo por una ganancia tan aleatoria y mezquina.

Se me dirá que los coleros, al hacer su interminable centinela, no renuncian a ningún blando lecho bien recubierto de edredón, ni a ningún festín sabroso, con sopa de almendras, pavo y besugo, ni a ningún capote ruso forrado de piel. Es cierto; pero esos golfos transidos, famélicos, sin techo bajo el cual cobijarse, renuncian al único bien de su ascendereada vida: la libertad, la vagancia, el merodeo, y se resignan a una quietud estacionaria que no está en sus costumbres. Allí esperan, como pájaros presos por una pata, al cliente que venga a adquirir el puesto, y claro es que mil veces se les habrá ocurrido, como medida salvadora, la deserción. Por eso entiendo que los golfos de la cola, en premio a su ejercicio de voluntad, merecen que les dejen tranquilos explotar la papanatería madrileña. Esto de la papanatería lo digo por los que tanto afán demuestran de asistir al sorteo, para oír cantar unas cuantas cifras, que ninguna será la de su décimo, supongo.

No censuro la lotería. No hemos de criticar, por máquina, cuanto en España se hace. Esta contribución indirecta de la lotería es la única que da, a muchos la fortuna, y a todos el inestimable bien de la ilusión. Sólo digo que es tomarlo con demasiado calor eso de proponerse oír cantar los premios. ¿Para qué? Bien pronto se sabrá quién ha sido el afortunado.

De esta vez, la fortuna no fué ciega. Concedió sus favores a un barco de guerra, a gente honrada y simpática, que estaba cumpliendo su deber. Distribuyó equitativamente el contenido de su cuerno de abundancia. Todos aplaudieron. La lotería, en vez de provocar sentimientos malos, desarrolla una especie de generosidad. A nadie que ha jugado le pesa que otros, más felices, se encuentren, de la noche a la mañana, poseedores de una modesta holgura. Barrios enteros celebran con júbilo el enriquecimiento de dos o tres personas. Ciudades enteras consideran festivo el día en que varios vecinos suyos han obtenido tajada de dorado turrón. Hay mucho de altruismo en la lotería.

Lejos de votar porque se suprima esta contribución voluntaria y gustosa, yo la aumentaría; es decir, haría dos gordos al año, uno en diciembre, para el pavo, y otro en junio, para el veraneo. Se me figura que así aun serían más optimistas los españoles, y subiría el ingreso que el Gobierno obtiene de ese ramo. Y todo ello sin perjuicio de que se trabajase mucho. Porque es evidente que sólo un necio fía en la lotería para vivir. Se vive trabajando; la lotería es un azar, un entretenimiento. Si yo tuviese una tienda y me tocase un premio de los rollizos, la tienda no la quito jamás.

Otro punto muy debatido, a la hora en que rasgueo estas cuartillas, es el Teatro Real. Hasta el momento en que se anunció que se abría el abono, no hubo seguridad de que, en efecto, llegase a abrirse. Hay que confesar que la gente no estaba lo que se dice impaciente por que se abriese tal teatro. Hubo un tiempo en que «el Real» por antonomasia era el primer espectáculo de Madrid. Han venido a mermar su prestigio varias circunstancias. El abandono del local; el ascendiente aristocrático de la Princesa, donde los días de moda se reúne mejor sociedad acaso que en el Real mismo; la afición, tan desarrollada, a las funciones de «aperitivo» (no me resuelvo a escribir *vermouth*); los malos tiempos, que obligan a recortar los gastos que no son necesarios para la vida... No: lo que se dice entusiasmada y reclamando a gritos el Real, no estaba la gente.

Pero, llegado el caso, no faltará quien se abone... La fuerza de la costumbre, la *querencia*, como dicen los taurófilos...

El viejo problema de los *despoblados* españoles, de vez en cuando, preocupa a ocho o diez personas. Esta vez se ha contado el Rey entre ellas.

El Rey ha publicado, es decir, editado por su cuenta, un libro del catedrático de la Universidad de Madrid, D. Eduardo Reyes Prósper, que se titula *Las estepas de España y su vegetación*.

La impresión más triste que España causa a los que la recorren es la de sus estepas. Esa cantidad de país muerto, desierto, árido y estéril, es un pregón de nuestra inferioridad económica. No cabe riqueza en un país inculto.

Cuando se recorre en automóvil la tierra castellana, y en parte también la leonesa, tanta soledad encoge el corazón. Campos grises o de un verde infecundo se extienden hasta donde alcanza la vista, y no los pueblan ni siquiera rebaños, de esos que se crían «en estado cimarrón»; ni una cabaña ni una persona divisáis... Doquiera el yermo, o devorado por el sol, o endurecido por la helada, o alfombrado de nieve. Ni un árbol ni una mata ni un palmo de tierra que rinda fruto.

El autor del libro dice con razón que, no produciendo las estepas ni riqueza ni hombres, nuestra nación posee, en realidad, por esa causa, varias provincias menos de las que figuran en el mapa. Gran parte de la superioridad de Francia consiste en que está cultivada toda; que, siendo bastante llana, careciendo de aquella cadena de montañas de que hablaba Stendhal echándola de menos para el romanticismo, no tiene estepas; está cultivada toda. Si no fuese así no podría resistir, como está haciéndolo, esta guerra agotadora, aplastante. Es la media de lana del aldeano, es la intensidad de la vida agrícola la que salvó a Francia en 1871, y ha de salvarla hoy.

No parece fácil calcular lo que sería España si se poblasen y pusiesen en cultivo, especialmente ganadero, sus estepas. La ganadería, en España, es o debe ser la madre Cibeles, la más ubérrima de las diosas. Y sin embargo, estamos todavía bajo el régimen de la manteca rancia.

En toda España hay pequeños o grandes despoblados y estepas también; pero la meseta central se lleva en esto la palma. Nunca me acostumbro a ese cuadro de desolación. Ojalá que los poderes, que el Rey, después de tan loable rasgo, despliegue la mayor constancia para que se remedie el daño secular. No es cosa de un día ni de dos; pero principio quieren las cosas.

Se han estrenado esta temporada varias obras teatrales, algunas conocidas ya del público de provincias, otras nuevas del todo. Y en las Pascuas no han faltado astracanadas, *pavos* cómicos, inocentadas, y demás fruta del tiempo. Pero también hubo su parte seria y artística.

Una tentativa que no debe desdeñarse fué el *Aníbal* de Federico Oliver. La figura histórica del caudillo africano tienta al dramaturgo y al novelista. Si aquel hombre, uno de los caudillos más insignes, no se emboba en Capua (admitiendo que fuesen las famosas *delicias* las que allí le fijaron, y no alguna otra causa, enfermedad, cansancio y escasez de sus huestes, o tal vez órdenes secretas del Senado de Cartago, como quieren algunos historiadores), el mundo, es decir, la Europa de entonces, Roma inclusive, hubiese sido africana, en su cultura, en sus dioses, en sus costumbres. El porvenir estuvo encerrado en la diestra de Aníbal. Su derrota definitiva fué la salvación del espíritu romano.

Oliver siguió la versión más corriente, y fué haciendo desfilar las empresas y hazañas del héroe, desde Sagunto, donde encuentra a una heroína española, ibérica mejor dicho, Ébora, que atraída hacia él por misteriosa fascinación de odio y amor juntos, sigue su destino y sucumbe a su lado. Para poner en escena esta creación, la empresa del Español hizo sacrificios, y la presentación fué bastante lujosa. Pero el público cada día gusta menos de las obras de carácter histórico. La historia, que debiéramos tener siempre presente, es la gran olvidada. Ya lo observé cuando se representó *Alcestis*: aquí nadie sabe quién fué nadie, ni en la historia, ni en la mitología, ni en la fábula. Y cuando no se tiene en la mente ninguna idea acerca de un asunto, es difícil interesarse por él.

Esto pasó con *Aníbal*. El público no llegó a penetrarse de la figura del protagonista. Yo pensaba que hubiese valido más llevar tal argumento a la película o a la ópera. *Aníbal* sería un soberbio libreto. Está hecho, por decirlo así. Y en la ópera, aunque los espectadores no sepan quién fué el personaje, se encarga de decírselo, sabe Dios cómo, el cuadernito que reparte la empresa. Había música en el *Aníbal* de Oliver, y pudiera hasta aprovecharse para la ópera que sueño. De todos modos, sentí que el drama, que no puede decirse que no gustase, no fuese uno de esos triunfos que llenan el teatro cien noches. Mil veces he deseado un poder muy grande, para fundar el *Teatro histórico español*.

Y entiendo por teatro histórico, no sólo obras como *Guzmán el Bueno* y *Locura de amor*, sino otras como *Traidor, inconfeso y mártir* y, para buscar un ejemplo más reciente, *Sor Simona*, del autor de *Los Episodios Nacionales*. No se trata de enseñar la historia como en una cátedra, sino de familiarizar con los personajes y el sentido íntimo de la historia patria al pueblo, y a los que, sin ser pueblo, ni aun la sospechan. Si yo fuese uno de esos archimillonarios que pueden permitirse caprichos ruinosos, me gustaría sostener este teatro, y empezando por la época romana, seguir todas las etapas de nuestra vida nacional, desde Sagunto y Numancia, hasta lo recientísimo, África y sus heroísmos, que parecen legendarios. Y convidaría a los niños, y a los estudiantes, y me gastaría un dineral en reconstruir cada época y cada ambiente. ¡Hermoso sueño! No sé cómo no hay quien, pudiendo, lo realice.

Sor Simona es otro *episodio nacional*. Revive en este drama (en que está admirable Tallaví), la guerra civil, la tercera, con su colorido bravo y poético. Galdós, de seguro, preferirá el personaje de la Sor entre iluminada y mística, que se parece a las heroínas de las novelas rusas y no pienso sino en la humanidad, en la abnegación y el sacrificio; yo confieso que me agrada doblemente aquel guerrillero rudo y sencillo, tan plantado en el terreno de la realidad y la naturaleza, y con arranques de hidalgo español. La obra, hacia el final, se precipita un poco; pero tiene un primer acto tan bello, que sólo por él se pudiera aplaudir. Y cuanto en la obra existe es español, español neto, lleno de ese sentimiento patrio que late en Galdós, lo mismo en sus novelas madrileñas, que en sus estudios de tierra montañesa y arcaica. El amor a España es el privilegio de su venerable y fértil Musa.

Sin embargo, los espectadores se quejaban, en *Sor Simona*, de todo: del asunto antiguo, de que era inverosímil, de que aquellos personajes ¡bah! —. Lo único que provoca indulgencia en los espectadores son las obras regocijadas (?) y chistosas (?) sin pies ni cabeza ni cuerpo. Para mí, algunas escenas de *Sor Simona* tienen más *chiste* (sin retruécanos ni virutas ni rompecabezas) que esos absurdos con que se obtienen llenos hasta los topes. Esto, en fin, va con los gustos y las épocas, y es menester dejarlo, esperando a que la gente se haga comprensiva, y tenga puertas y ventanas en el cerebro, por donde entre el interés del vivir, pasado y presente, cómico y trágico...

El año ha empezado... Pidamos a Dios (y lo hemos pedido al gustar las ya acreditadas uvas), que no se parezca a su papá ni al abuelo, aquel 1914, que nos trajo la dulce sorpresa de la guerra universal... Ahora ya parece difícil que vengan más guerras ni mayores calamidades; pero siempre cabe empeorar, y figúrense ustedes que mientras Europa se desfonda a cañonazos, allá en la China se les ocurre, a la chita callando, armar cierto conflicto, que no sabemos positivamente en qué consiste ni qué proporciones alcanzará; pero algo debe de ser, cuando el telégrafo *con su terrible laconismo*, nos dice: «La situación es muy grave...»

¡Vaya, vaya, con los chinitos!... ¡Pero qué monos! Se cortan la trenza y se van europeizando...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Real está medio vacío... Esta es la verdad desconsoladora. Luchar contra la realidad económica es inútil. Este año, no cabía temporada brillante del Real. Mejor fuera haber dedicado el invierno a arreglarlo, que falta le hace.

Esto oís decir a unos. Otros os contestan que, con crisis económica y todo, los demás teatros están atestados de gente, y faltan casi siempre localidades, sobre todo los días festivos. Hay, pues, que explicarse de otro modo el desvío del público, y son tantas las explicaciones, que hasta sobran.

Opera italiana ha podido oírse, casi con los mismos cuadros de compañía, poco ha, en la Zarzuela. – Afirman que pronto vendrá al mismo escenario Titta Ruffo –. Se oye en verano, mil veces, en los Jardines. Se cantan operetas de tanto éxito como *Las Golondrinas*, con llenos hasta los topes. Se oye música en conciertos, recitales, etc. Esto, que parece que debiera fomentar la afición, la difunde, sí, pero la descentra del Real. Además, el Real es demasiado caro.

Yo no diré que pueda ser más barato; acaso las pretensiones de divos y divas exijan estos precios exorbitantes. Pero, al poder oír buena música en muchos sitios, rehuye más el público esa excesiva y recargada contribución. Este año se dijo que se abarataría el Real. En efecto, cuesta más. Y las butacas están desocupadas, filas enteras.

Ha perjudicado también al Real el auge de la Princesa, el esplendor de sus miércoles, que reúnen lo más distinguido, la crema. Existe una notable diferencia entre los concurrentes a la Princesa y los del Real. En el Real se abonan, es cierto, grandes y elevadas familias; pero, salvo excepciones que cada día son más contadas, conservan el talón con el derecho, y reparten el palco entre amigos que solicitan abonos parciales. Esto hace menos selecta la concurrencia. Los precios altos obligan a distribución, en diferentes noches de la semana, y de ahí la mezcla, pues las personas muy conocidas, la sociedad *bien* (latroz galicismo!), no es nunca tan numerosa que, pulverizada, no la deslucza otra sociedad menos refulgente.

Y esto me impulsa a preguntarme: ¿qué diferencia existe entre una sociedad refulgente y otra que ya no lo es tanto? Ello se nota a primera vista, y sin embargo, parece difícil de definir de un modo concreto. En ambos casos hay mujeres bellas y bien ataviadas, hombres de frac o smocking, el aspecto hasta vulgar de los sitios que prefiere la clase acomodada para divertirse... Las diferencias, si se mira bien, no son muy apreciables... Y sin embargo... Las mujeres, igualmente ataviadas, engalanadas, lo están con más arte, con más atrevimiento, con más novedad, y con cierta sobriedad de buen gusto, en el primer caso. Se sientan con gracia; accionan con libertad y viveza, pero con ritmo; y suelen no ver la función entera, porque o vienen de alguna comida, o van a acabar noche en algún bailecillo íntimo, en alguna tertulia tardía. Los hombres visten el frac con especial desembarazo, y muestran esos semblantes mitad fatigados, mitad desdeñosos, de los *dandys*. Los jóvenes parecen haber vivido mucho; los viejos tienen aire juvenil y llevan flores blancas más grandes y perfumadas en el ojal. En las mujeres pudiera observarse igual fenómeno: las solteras parecen casadas, hasta por las joyas que lucen, y las casadas ostentan a veces hechuras virginales.

Sin duda que no se pueden aplicar estas observaciones a todo el concurso. Es el fenómeno de la anilina. Una gota tiñe un vaso de agua. Si hay cierto número de espectadores *de la crema*, se acrema el conjunto.

Comparad un miércoles de la Princesa, donde encontráis a lo que se llama el «todo Madrid», con otros teatros, llenos también. La diferencia salta a la vista.

En el Real, como causa de decadencia, hay que considerar también el increíble abandono en que se ha dejado cuanto pudiera lisonjear al público. Pasillos fríos, aspecto polvoriento, igual en la sala que en el escenario. De las decoraciones y la *mise en scène* he dicho aquí mismo, repetidamente, lo que pensaba, y no lo repetiré por ahora. No ya en la Princesa ni en el Español: en cualquier parte presentan mejor, de manera propia y decorosa, las obras.

Yo quiero que cada una de estas causas sólo reste una centésima parte de la animación que el Real necesita. Sumadlas y veréis cómo, juntas, arrojan un total no despreciable.

Todavía olvidaba la descentración de las diversiones de invierno, que más bien se dirigen hacia el campo que hacia el centro de la ciudad. Las caserías y almuerzos fuera de Madrid de los Reyes y de mucha gente de alta categoría, las excursiones automovilistas, los *sports* de varias clases, han determinado un fenómeno antes desconocido: la gente madruga más y trasnocha mucho menos. El Real se acaba tarde, y esperar el coche en el *foyer*, antes cosa muy bien vista, ha ido, poco a poco, pareciendo, no sólo incómodo, sino un tanto cursi. Por eso mucha parte de los espectadores sale por Contaduría, y no pocos palcos se vacían antes de terminar el último acto, escurriéndose los que los ocupan para coger el coche anticipadamente.

Los *sports*, mejor dicho, los deportes tienen esta ventaja: llevan la vida hacia la naturaleza y la conforman a la higiene. Y la higiene manda dedicar la noche al sueño.

Indicase una evolución en los espectáculos. Los de la tarde, antes sólo frecuentados por chiquillos y niñeras, lo son hoy por las personas grandes, que los prefieren. Las secciones aperitivas (*vermouth*), que por algo tienen nombre extranjero, nos trajeron este ambiente de países donde se trabaja, donde no es posible no madrugar un poco, so pena de estropear la jornada. Y yo creo que caminamos hacia el sistema alemán, hacia el teatro que empieza a las seis de la tarde y acaba a las diez de la noche.

Calles que en Madrid eran concurridas a la una de la madrugada, se ven hoy silenciosas y desiertas a la misma hora. Es indudable, el trasnoche ha caducado. Si persiste, es como señal de vida alegre, como capricho de mozos de buen humor. La mayoría lo ha desechado, se ha convencido de sus infinitos inconvenientes, de lo que perjudica al trabajo, a la salud, de lo que trastorna el bolsillo y el orden en las casas. El trasnoche es – ahora lo advertimos – un problema de moralidad.

Mientras prosigue la guerra interminable, de los países más heridos por ella sube un clamor doloroso, la queja de las patrias sangrantes, destrozadas, hasta quizás suprimidas, cuando llegue la hora del reparto y la rectificación del mapa universal, no sólo de Europa... Yo recibo muchas de estas quejas, y me mueven a la compasión más profunda. Me pongo en el caso, como se dice. Me represento a la patria propia invadida, perdida su independencia, destruídas sus ciudades, taladas sus cosechas, desgarrado su suelo, arrasados los monumentos que fueron su gloria... Y esto, que sólo imaginarlo eriza el cabello y escalofría las venas, esto está pasando, en otras desdichadas naciones.

No es mucho que se lamenten, que soliciten compasión. Nos dicen, como el condenado de Dante:

E te non piangi, di che pianger suoli?

Cosa horrible: tantas calamidades agotan hasta el llanto, secan hasta los manantiales de la piedad. Están conformes con esto los cronistas de la guerra: viene un estado tan desastroso, que engendra, en vez de dolor, indiferencia estúpida, embotamiento de las fibras... Y es que todo sentimiento humano tiene sus límites; no es infinito; y en este género de afectos compasivos igual. He oído decir que las Hermanas de la Caridad, y en general las enfermeras, sólo pueden ejercer su sublime oficio, porque, familiarizadas ya con los aflictivos espectáculos, no les causan esa depresión que causarían a quien no estuviese avezado a ver tantas lástimas. Lo cual en nada disminuye su merecimiento, porque más allá de las fuerzas humanas no es dable ir. Los sepultureros tampoco se emocionan a la vista de los cadáveres. Si se emocionasen no habría quien ejerciese tan triste oficio.

Ahora bien, con la guerra europea sucede algo semejante. No guarda proporción la lástima con sus motivos. Si tal proporción existiese, toda Europa debiera gastar luto y deshacerse en lágrimas. Y es el caso que Europa, sin excluir las naciones beligerantes, hace su vida de costumbre y hasta concurre a fiestas y holgorios. Hay que hacer de tripas corazón...

Bélgica ha sido objeto de mi simpatía especial. Cuando la visité, escribí, acerca de mi visita, un libro que titulé *Por la Europa católica*. Recordando este hecho, me escribe el traductor de *San Francisco de Asís*, que es un militar belga retirado y emigrado hoy a Francia, el mayor Vignol, para lamentar la situación de su país y la germanofilia del mismo, que este señor no se explica, dado que España es un país católico y Bélgica otro, católico también.

He contestado a este señor, cuyo estado de ánimo comprendo muy bien, que, ante todo, estoy segura de que en España se compadece a Bélgica y se miran con profundo respeto sus infortunios inmerecidos. Y esto cabe afirmarlo, no sólo de los que, como yo, se interesan especialmente por Francia y también por Bélgica, sino de otros muchos que prefieren que triunfe Alemania, por razones de orden político principalmente; pero no pueden menos de reconocer que Bélgica es digna de toda conmiseración y se ha portado valerosamente y sufrido grandes torturas.

Pero lo que también han de tener en cuenta los belgas y los franceses, es la imposibilidad, para España, de exteriorizar, en forma que no despierte recelos, su opinión favorable a ninguna de las naciones beligerantes. Debemos conservar nuestra neutralidad estricta, a toda costa. Es una obligación que nos impone el patriotismo, pensemos como pensemos. Por eso yo he rehuído firmar manifiestos, de los que han salido a luz. Poco añadiría mi firma a la significación de lo manifestado; mas valga lo que valere es lo único con que, en tal ocasión, absteniéndome de estamparla, pude contribuir a que mi patria no se vea envuelta mal de su grado en este gigantesco torbellino o vorágine de la guerra inextinguible.

Sigo en ello la opinión general, tan marcada y visible, que el conde de Romanones, inclinado hacia Francia, no hace, desde que ha subido al poder, sino afirmar el propósito de dejar atrás, en neutralismo, a Dato y su gobierno. Sería imposible otra cosa. España en ese punto, está de acuerdo, con excepciones raras y que acaso no merecen ni ser tenidas en cuenta.

Es pues necesario que sepamos conciliar el tacto, (para no dar ocasión de sospecha de que estamos con unos ni con otros, en cuanto a prestar auxilio), con la humanidad para apiadarnos de desastres y fatalidades, en pueblos que han marchado siempre a la vanguardia de la civilización, que nos son afines, que frecuentamos cuando la paz tiende su blanco velo sobre Europa. Y la humanidad nos obliga a saludar a Bélgica en su desventura, con mayor respeto que cuando era próspera y libre. Y la humanidad nos obliga a desear, para Francia, no el exterminio que reclaman algunos fanáticos, sino el renacimiento de su gloria y de su bienestar.

¡El fanatismo! Aquí se diría que vivimos siempre fanatizados contra alguien... Y todo ello es verbal, es poco sincero; a menos, a mí no me suenan a verdad esos improperios que a veces escucho, y van unidos, en quien los pronuncia, a un deseo irresistible de pasearse por los bulevares, o de pasarse las horas en el Casino de Biarritz, o de ir tras cualquiera otra cosa que sólo en Francia se encuentre...

El fanatismo es una *pose*: siempre ha solido contrastar con la conducta de los que más alardean de él. Esa seca rigidez, esa falta de penumbra en el pensamiento, esos juicios cortantes como navajas, no suelen corresponder a una estructura interna de gran rectitud. Por otra parte, me parece que madrugan demasiado los que aplican a su sardina el acecho del triunfo de éste u otro beligerante. ¿Sabemos acaso quién reirá al freír? ¿Sabemos qué política, qué rumbo seguirán los vencedores? ¿Sabemos si quiera quiénes serán? ¿Sabemos siquiera si los habrá, en la verdadera acepción de la palabra? Lo decisivo, en este trance, se diría que a cada paso se aleja. No se adivina por dónde puede llegar la victoria.

Es necesario aguardar, para fallar; y aguardando, asociarse al dolor de los que más sufren, compadecer a los pequeños, sobre todo, a las mujeres, a las criaturas inocentes y a los que se ven sin hogar y sin esperanza...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me cuento en el número de los que aprueban el rasgo del viejo rey de Montenegro. Esto no quiere decir que me sean antipáticos los aliados, ni que les desee nada malo, al revés. Pero ¿cómo no aplaudir cuando se pide una paz?

Y ¿cómo no reconocer el mero buen sentido de pedirla, cuando no se tiene fuerza ni resistencia para sostener la lucha?

Bello es el heroísmo, bella la pelea desesperada por la independencia, bello tal vez sobre todo el morir sin fruto; no obstante... cuando no son agravios del honor colectivo, ni ofensas imperdonables lo que se quiere vengar, la ley de la vida se impone a los pueblos, y los reyes tienen el deber de salvar a sus reinos, a expensas de su orgullo, de su tesón, hasta de sus compromisos anteriores.

Por otra parte, si nadie pidiese la paz, la guerra no se acabaría nunca... De no acabarse lleva trazas, dado lo inexpugnable de las posiciones, más reciás cada día, y ya la guerra convirtiéndose en algo normal, a lo cual se habituda la conciencia. Han conseguido imposibilitar los respectivos avances, no sólo en los frentes occidentales, sino en los orientales, según las últimas noticias, y no hay razón para que esto no continúe indefinidamente. Las ciudades se transformarán en trincheras. Volveremos a la vida troglodítica.

Aquí, en Madrid, ríñese otra batalla que han perdido cuantos generales la trabaron. Me refiero a la pelea contra la mendicidad callejera y los golfos *cachetones*, como les llamó el conde de Cerrajería.

Por más que se persiga y se recoja, salen y salen, no se sabe de dónde, si de entre las piedras o cayendo de las nubes, los mendigos. Los encontrarás hasta en los barrios más apartados, en los sitios donde menos contáis con su aparición pedigüeña. La mendicidad es un modo de vivir, una industria como otra cualquiera (sin que hayamos de negar que existen excepciones). Una cieguecita ha confesado que sacaba de limosna más de veinte pesetas diarias, y que sus padres, que la enviaban a pordiosear, no le daban de comer. Y yo insisto en algo ya de antiguo profesado: la culpa de la mendicidad la tienen, no los pedigüeños, sino los que dan limosna en la calle. Heriberto Spencer entendía que dar así constituía un delito, y el acto caía bajo la acción del código.

Sin embargo – suele objetarse – ello es que en la calle se muere gente de hambre y de frío. El caso es frecuente en todas las grandes ciudades. No lo remedia la limosna callejera, aunque fuese doble de la muy considerable que reparte Madrid. Sólo por casualidad pudiera la limosna impedir tan trágico suceso como la muerte por inanición. Los comedores de caridad y ranchos públicos, sí se organizan bien podrían evitarlo. Una severísima represión del alcoholismo, tampoco dejaría de ser útil. Muchos gastan en aguardiente antes que en pan.

Hasta cabe decir que la limosna, en algún respecto, contribuye al tristísimo fenómeno de las muertes por hambre y frío. Explicaré la paradoja. Los que mueren así, son, en su mayor parte, mendigos. Y son mendigos, porque la limosna alienta la mendicidad, la presta caracteres de profesión, o al menos, de recurso para vivir. Cuando el recurso falla, vienen las terribles crujías, los días sin pan, sin asilo, sin clavo ardiendo a que asirse.

En cuanto a los golfos autóctonos, que abren la puerta de los coches y automóviles, que recadean, avisan y prestan otros servicios discutibles, es más urgente aún hacerlos desaparecer de la epidermis social, limpiar de ese parasitismo el cutis de la villa del oso. Porque esos golfos, sean o no desamparados, tengan o no hogar en que cobijarse, son niños, y no conocen más escuela, ni más enseñanza que el pordiosero aventurero, la vida a lo Lazarillo, a que se adaptan, y que prefieren a cualquier otra. Viven sin concebir que el trabajo es ley; son lacayos de todo el mundo, criados y no sé si diga algo peor de cada cual... Ello es intolerable; va contra la dignidad humana, contra la moral, esta niñez suelta en las calles, a las altas horas de la noche, buscándose la peseta, avezándose a equívocas profesiones, semillero de vagos y de pícaros. Y la indiferente bondad que se profesa aquí hace que los golfos encuentren gran simpatía en el público, a quien divierten con sus timos y chistes de pedigüeñería.

Por eso (y por otras muchas cosas), la empresa del conde de Sagasta merece plácemes, pero... Este «pero» significa que antes de ensalzar una iniciativa, deben constar sus resultados. Es más español emprender que concluir. Y organizar es siempre difícil, y menos en pocos días. Esperemos a ver si el gobernador de Madrid consigue que arraigue su sistema de limpiar de golfos y pobres las calles y las puertas de los teatros y hoteles. Por ahora surgen a cada paso, a pesar de las recogidas diarias que anuncia la prensa.

Dícese que los guardias están dedicados a tal recogida. Ojalá. Porque a otra porción de cosas que les competían, no se dedican, ni señales. Ejemplo. Se pincha la rueda de un automóvil. Naturalmente, el mecánico salta del pescante y se apresta a inflarla. Inmediatamente se forma un grupo de golfillos y zangolotinos mozallones, sin faltar tal cual chiquela y algún viejo marrullero, aguardentoso, que se paran a contemplar tan inaudito espectáculo. El grupo crece, crece; cada uno que pasa, se incorpora. El mecánico no puede mover los brazos para su faena. Entonces los zangolotinos se ponen a ayudarle (a estorbarle se diría mejor). El instinto que los guía es tocar el coche, manosearlo, manejar las ruedas; en suma, meterse donde no los llaman. Miráis alrededor, por si un guardia puede defenderos. No hay un guardia, ni pasa por allí en media hora. La escena ocurre en la calle Mayor, a dos pasos de la Puerta del Sol.

Y la escena es digna de cualquier lugarejo; de Cañamonera de Arriba o de Pisaladva de Pelgar. Sólo en los poblachos se explica esta curiosidad bobalicona por cosas que nada tienen de particular y suceden a cada momento; que no justifican una congestión de gente en la vía pública.

Peor es aún el estribillo que han tomado los transeuntes de todos sexos y edades de ir por en medio del arroyo, en vez de seguir la acera. A esta detestable costumbre, que la autoridad no reprime, se deben la mayor parte de los atropellos de automóvil y coche y bicicleta y carro. Los vehículos van refrenados, cortando olas de una muchedumbre que no cuida de separarse. Los chiquillos, de lo que cuidan es de acercarse. Materialmente se meten entre las ruedas. Se cuelgan de los topes de los tranvías. Se agarran a los automóviles. Es maravilla que no haya más aplastados.

Repito que todo esto lo ven los guardias con la mayor frescura. Cuando lo ven; porque, generalmente, lo que pasa es que a ellos no se los ve. Si a cada transeunte que va por mitad del arroyo pudiendo ir por la acera se le impusiese nada más que diez céntimos de multa, podía el señor gobernador sumar un ingreso considerable para su campaña contra la mendicidad. Y se acabarían los atropellos.

Los niños son una calamidad pública. Debía el Ayuntamiento hacer para ellos unos parques rodeados de alambrada, donde jugasen a su sabor, toda vez que no van a la escuela, y así respirarían aire libre sin molestar a nadie y no se expondrían a que el tranvía o el auto los convirtiese en papilla, sin culpa alguna de los conductores.

Confieso que los padres, cuando salen a ganarse la vida, no pueden dejar a sus chicos con una Fraulein, ni con una Miss. Sí, conformes. Los chicos salen a pilletear. Les viene bien el aire, y hasta el juego. Ambas cosas pudieran obtener sin peligro con el sistema de alambradas. Y para que no se hiciesen daño unos a otros ni estropeasen el jardín, o parque, donde fuera bueno enchiquerarlos, bastaría un guardia: ese guardia que debiera vigilarlos en la calle y que no los vigila.

Sólo esta medida saludable bastaría para dejar las calles de Madrid transitables y un poco menos inseguras...

Una situación delicada y hasta comprometida, es, a mi entender, la del Padre Santo, ante los conflictos que le crea la guerra. La carta de los obispos belgas a los alemanes ha venido a complicar la cuestión, que ya habían planteado las lamentaciones de los armenios, ante el degüello y el incendio en masa que sufren esos cristianos míseros... El Papa no tiene, para defender a los católicos sacrificados, sino su voz augusta y su mano que bendice. No puede tampoco, como en la Edad Media, fulminar, excomulgar, llamar sobre las cabezas de los culpables el rayo de la celeste cólera. Acaso hoy se le obedezca más que en aquellos tiempos terribles; pero la misma docilidad de los católicos es, en casos como el presente, un conflicto. ¿Qué decir a los obispos alemanes? ¿Qué responder a los belgas? ¿Qué paliativo ofrecer a la queja de monseñor Mercier, el gran arzobispo de Malinas, carácter de acero, inteligencia de oro?

Y la incertidumbre que no puede menos de sentir el Papa en circunstancias tan graves, se refleja en los católicos de los países neutros, por ejemplo, España. Hay muchos, nos dice la prensa católica misma, que no estarían conformes con la carta del Episcopado belga, porque son germanófilos, porque creen que al catolicismo le conviene el triunfo de los Imperios centrales. He aquí una escisión. En efecto, en España unos católicos se inclinan de un lado, otros de otro. Esto basta para hacer incierta la situación de las altas personalidades eclesiásticas, y para que el Papa no acierte a cortar el nudo gordiano.

Mi voto no vale; pero creo que esta cuestión es de aquellas de las cuales se dijo *in dubiis libertas*. Inclínese cada cual hacia donde le plazca, y respete el criterio de los demás. No es un dogma ni la superioridad de los germanos ni la victoria de los aliados. Todo ello aparece como enigma del porvenir. Lo que resulte de esta enorme confusión, de esta serie de hechos única en la historia, sólo Dios puede saberlo. Y probablemente resultarán cosas muy inesperadas.

Por lo pronto, ha resultado ya, para España, una rehabilitación histórica. Nadie ignora que se hizo contra nuestra patria un arma ofensiva, durante largo tiempo, de acusarla de crueldades, barbaries y ferocidades horripiladoras. Aunque fuesen todas hechos probados, que no lo son, ni mucho menos, ahora han venido a parar en borregos cándidos y mansos y en santos varones nuestros conquistadores, guerreros y guerrilleros históricos. Al lado de lo que se lee y sabe respecto a episodios de la guerra actual, tortas y pan pintado son nuestras, más supuestas que probadas, atrocidades. Con la diferencia de que estamos en el siglo XX, si no falla la cronología. Y si empezase a decir algo de lo que en Méjico ha pasado y pasa... mal año para Guatimozín, Qualpopoca y otras víctimas cuyas sombras no cesan de ser evocadas en contra nuestra.

«¡Que toquen, que toquen, que viene el Arzobispo!.. ¡Que destoquen, que destoquen, que ya no viene!» El cuentecillo acude a mi memoria, al leer que ya no pide Montenegro la paz, sino que continúa la guerra hasta la última gota... ¡Ya me parecía a mí que un acto de cordura en medio de esta furiosa vesanía universal era cosa rarísima!

Y claro que debemos inclinarnos con respeto ante la actitud de esa pequeña nación... Parece estético que no admitan condiciones humillantes. El único modo de que se iguale al grande el pequeño, es que en su ánimo sea tan grande como el que le supera en fuerza y poder. Y si tal es el caso de Montenegro, rindámosle un tributo de admiración, aunque supongamos que de nada le servirá su bizarría.

Sobre todo ¡no nos apresuremos nunca a fiarnos de telegramas, que con apariencias de realidad llegan hasta nosotros! En cosas que conocemos mucho más de cerca, en cosas hasta propias, vemos diariamente lamentables equivocaciones, confusiones increíbles, falsedades involuntarias, ignorancias que no se explican.

Esperemos pues, pacientemente, a que se desenrede la formidable madeja. Dejemos que cese (si cesa algún día) la tempestad, que no sople el huracán, que el cielo se serene... Entonces los informes serán exactos... siempre hasta cierto punto, porque mil sucesos quedarán en el misterio, y quizás sea obra del siglo XXI restablecer la verdad histórica de lo que presenciamos. Y lo que el siglo XXI rectifique... ¡otros lo leerán, nosotros no!

Entretanto, ¿qué será de los montenegrinos? ¿Quedará alguno para contarlo? ¿A dónde irán a parar los huesos de Nikita, el rey pastor, que era tan poético?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta temporada, es decir, todo lo que va de invierno, está Madrid invadido por traficantes belgas y franceses, turcos y griegos, suizos y creo que hasta chinos, que van de casa en casa ofreciendo su mercancía. Vienen provistos de tarjetas, de referencias, de recomendaciones, y, muchas veces, no se puede evitar recibirlos y escucharlos.

El que está entregado al sueño, o haciendo en una butaca la digestión del almuerzo, leyendo un periódico o mirando la lista grande para convencerse de que nada le ha tocado en el último sorteo, se halla ciertamente a mil leguas de pensar en comprar una alfombra turca o una sortija de ensaladilla. Estas dos ocasiones de aumentar su tesoro artístico se las ofrecen a cada momento dichos *mercantis*, que, haciendo mil zalemas, empiezan a desenvolver un rollo, o abren cuidadosamente un saco de mano, para que admiremos un legítimo Esmirna o una perla que hace palidecer a la Peregrina, y ofrecemos luego tales preciosidades por una suma de francos muy módica.

La alfombra no es sino de los Almacenes del *Bon Marché*; la perla es un nacarón jorobado y lleno de grietas; pero a pesar de todo no falta quien se deje engatusar.

Estos mercaderes, que yo creo sencillamente pobres diablos que tratan de realizar un negocio lícito, tienen mala fama en Madrid. Pasan por *apaches*. La palabra suena siniestramente, y cierra muchas puertas a los errantes vendedores.

En efecto, un apache debe de ser (cree la gente) algo sombrío y terrible, algo en relación con las tragedias feroces del Gran Guignol, con los relatos espeluznantes de *Fantomas*, con los sucesos macabros de las trágicas gavillas parisienses. Bueno: un apache, en mi opinión, genéricamente hablando, no se diferencia de nuestros tomadores nacionales.

Ved, por ejemplo, si pudiera ningún apache parisiense mojarles la oreja a los dos apaches madrileños que hará dos días actuaron en la calle de Felipe IV, a las ocho de la noche. Como se ve, ni la calle ni la hora son de las que justifican precauciones y recelos. Una señora regresaba a su casa, que tiene el número 11 de dicha calle. Al llegar al número 9, dos hombres se arrojaron a ella, y de un modo instantáneo, mientras el susto no la dejaba ni pedir auxilio (ni había a quién pedirlo, porque ningún guardia andaba por allí), le arrebataron una cadena de oro y una medalla de brillantes, y huyeron como un relámpago.

Pues tocante a habilidad y maestría ¿qué decir del ingenioso industrial que se había creado una lucrativa profesión, *sutilizando* gabanes, impermeables y demás prendas de abrigo? Por fin le echaron el guante; pero se pierde la cuenta del número de gabanes que desaparecieron últimamente, sin explicación, como si les brotasen alas. Del Casino militar; del Centro de Hijos de Madrid; de varias Academias; de distintos casas, había volado ropa que, como no la descuelguen, no se menea de los percheros. El que cargaba con las prendas de lujo es un Angel Martínez, a quien deben graduar de apache, con todas las ceremonias que se requieren para ingresar en esta orden de andante caballería.

Ningún alumno de Monipodio fué más mañoso y ligero de manos que este cesante, ne sé si madrileño o de alguna provincia guipnica. Ahora que le tiene en su poder, la policía ha averiguado oportunamente que en Barcelona dejó memoria amarga de sí. Parece ser que en varios hoteles mostró su destreza. No había medio de sospechar quién fuese el atrevido descuidero que, apostado en las salas de viajeros de las fondas, atisbaba la llegada de los coches y, en un abrir y cerrar de ojos, hacía desaparecer los maletines de mano, o los saquitos, en el brevísimo instante en que los viajeros anotaban su nombre en la taquilla.

Debo decir que estos sucesos son culpa de la organización defectuosa de los hoteles. Y lo afirmo, porque si no me han quitado nada en mis viajes de lo que llevaba a la mano, ha sido porque ejercí una vigilancia especial en el momento de pasar del coche a la habitación que me dieron. Y esta vigilancia, enojosa y hasta humillante para los mozos y dependencia, era indispensable, pues ese momento de entrar en las fondas es el único peligroso, a mi entender, y en él, aprovechando la confusión, la fatiga del que viene cansado, la aglomeración de viajeros, mil circunstancias, pueden los ladrones apoderarse de algo que no tiene sólo el valor de lo que cuesta, sino a veces el mucho mayor de la falta que os hace y las molestias sin cuento que su desaparición os causaría.

Ello pudiera remediarse fácilmente. En las fondas debe haber un empleado especial que recoja los bultos de mano, cuando el coche se para, sin permitir que nadie los toque, y contándolos. Este empleado o dependiente debe usar una gorra con galón o insignia. Y, al ir recogiendo los bultos, debe meterlos en un recinto que esté en el mismo portal de la fonda, donde nadie entre sino él; y debe echar la llave, apenas estén desalojados los coches que de la estación vienen. Y, cuando cada viajero se halle ya en su cuarto, es cuando debe preguntársele qué bultos traía, y subirlos en buen orden.

En efecto, si descartamos la probabilidad de un robo, debemos tomar en cuenta la de las confusiones y extravíos a que se presta la precipitada subida de los bultos. Raro será que os den los vuestros, y no los del vecino de al lado. Raro será que el lío de paraguas o el de mantas no vaya a parar cualquiera sabe dónde. Milagro que el maletín del prójimo no substituya al vuestro. Y, cuando viajan reunidas personas de la misma familia, siempre lo de unos se baraja con lo de otros. Los mozos que suben los fardos, en su apresuramiento, no piensan sino en librarse de la carga y os pasáis media hora rectificando errores, reclamando un lío...

Si algo pudiese sorprender ya, sorprendería que en Madrid vaya a representarse la traducción de la comedia de Abel Hermant, *Trenes de lujo*. Los que la hemos visto en París y la hemos leído después, nos asombramos del caso. *Trenes de lujo* es un libelo escénico, en que salen pintadas al carbón personalidades españolas, y además se hace mofa de América, de sus Estados más florecientes, de un modo exagerado, que, rebasando de la sátira, da en la caricatura grotesca. No me explico que aquí suba a escena tal engendro, lo repito, a menos que haya cambiado totalmente la obra al ser traducida.

Las fiestas para celebrar el Centenario de Cervantes, parecen, a medida que la fecha se acerca, más lejanas, más imposibles. Ninguna animación puede observarse; ninguna noticia sensacional corre ni en la prensa, ni en las conversaciones y runrunes. Estoy por decir que han fracasado, antes de cuajar. Se ha pensado en ellas demasiado tarde; y (de esto nadie tiene la culpa) han coincidido con sucesos demasiado graves y de alcance demasiado universal, para que no sea así. En circunstancias normales, el Centenario de Cervantes tendría una resonancia mundial, y atraería quizás a España a muchos sabios, literatos y artistas extranjeros, amén del elemento oficial, que acaso tampoco dejase de concurrir. Los Gobiernos delegarían representantes, y lo mismo las Academias, Sociedades, etc. Acudirían los hispanistas, a bandadas.

En los momentos crueles porque atraviesa Europa, embargan la atención y el pensamiento cosas muy poco relacionadas con la gloria de las letras y del pensamiento. Estoy segura – triste seguridad – de que nadie se acuerda de Cervantes, actualmente, en Europa. Para cervanterías estarán las naciones beligerantes.

Por lo cual se me figura que cada vez se enfrían más los ánimos, y que será difícil romper esta muralla de hielo.

Entre los especialistas de la literatura, la erudición, la historia, la ciencia, sin duda revestirá interés sumo el aspecto de indagación cervantina que consigo trae la conmemoración de la fecha. Con tal motivo y ocasión son muy numerosos los que estudian a Cervantes y a su libro inmortal y se preparan numerosas Conferencias en diversos puntos de España. Por ejemplo, Salamanca. Disertarán D. Luis Maldonado, sobre «Don Quijote en los estudios de Salamanca»; D. Juan Domínguez Berrueta, sobre «El alma de Don Quijote»; D. Fernando de la Quadra Salcedo, sobre «Jáuregui, pintor de Cervantes»; don Cándido Rodríguez, sobre «Cervantismo y no quijotismo»; D. Francisco Maldonado, sobre «Saúl López y las nuevas orientaciones de la crítica cervantina»; D. José Sánchez Rojas, sobre «Cervantes en Italia»; D. Miguel de los Santos Oliver, sobre «Cervantes y Cataluña»; y D. Antonio García Boiza, sobre «Cervantes y Salamanca».

Ya es un programa nutrido; pero tampoco es flojo el del Ateneo de Madrid, donde hablarán, en la sección de Literatura, y tomando por tema a Cervantes, gentes de alto renombre, que han elegido sugestivos temas.

Cuando esto escribo, se hace público ya en la prensa lo que de antemano sabíamos: que el Centenario de Cervantes, o mejor dicho, la celebración oficial de esa fecha, queda aplazada indefinidamente; hasta que la guerra se termine y puedan los festejos de esta conmemoración revestir el carácter de una solemne fiesta de la paz. Tal es, al menos, el propósito declarado del Gobierno, en vista de las circunstancias; de la crisis económica, cada vez más acentuada, y de la imposibilidad de que las naciones cultas, que han dado al traste con la cultura y se rompen la crisma concienzudamente (esto no lo dice el Gobierno, claro), concurran al Centenario de un hombre por el cual somos universales en el terreno del espíritu...

Los tiempos no están para mieles literarias. Cuando se le pregunte a España qué hizo durante la espantosa sarracina, contestará como Siéyes a los que le decían en qué empleó su tiempo bajo el Terror: «¡He vivido!» No será poco si vive España. El carbón sube, y aun subiendo no estamos seguros de que no falte; el alcohol (no lo comprendo) ha pegado un salto de un 50 por 100; el queso de bola corre a 5 pesetas el kilo; los periódicos diarios van a costar a 10 céntimos uno; y éstos son, según fama, los primeros chispazos del incendio, algo para hacer boca... Dentro de poco tiempo, la vida no será posible. Y como si el cielo también quisiese ejercitar sus rigores con nosotros, no ha llovido, no ha hecho frío, no ha nevado. La cosecha, en Castilla, se resentirá de esta aparente benignidad, que es un castigo. Si Castilla no cosecha, calculad qué año se prepara. En aquellos campos, cada gota de agua es una espiga de trigo...

Son igualmente pesimistas los pronósticos de todos, tirios y troyanos. Nadie supone que no vaya en aumento la miseria, este apuro y ahogo que sordamente late en la entraña nacional. El comercio pone su queja en las nubes. Obligado a adquirir a precio más subido las primeras materias, el industrial se ve forzado a vender más caro, y los parroquianos se retraen. El que pensaba comprarse un par de zapatos nuevos, unas botas relucientes, echa medias suelas al par gastado, y va resistiendo. Artículos de lujo, son contados los que se venden. Hablan de crisis los comerciantes de novedades y los joyeros, las modistas y las que hacen sombreros, los confiteros y los sastres; hablan de crisis los teatros, que sólo a costa de esfuerzos fatigosos y galope de estrenos desenfrenado, pueden atraer un tanto al público; hablan de crisis los editores por el alza del papel, y de crisis los fabricantes, y de crisis, en suma, todo el que fía su existencia al trabajo o al negocio...

¡Inmensa incógnita! Nadie colige lo que aquí sucederá cuando la paz se trate, y tal vez no me equivoco ni exagero si digo que se teme, más aun que a la guerra, a la paz. Es decir, a lo que la paz traiga consigo...

Otro nublado que se ha deshecho es el del estreno de *Trenes de lujo*. Verdaderamente, era demasiado.

La sátira tiene sus límites, y la tolerancia de los países también debe tenerlos. Nadie consiente plácido que le harten de bofetones. Y, menos que nunca, ahora, que las más pequeñas cuestiones internacionales despiertan vidriosa susceptibilidad, podo ser admitido que un país, mejor dicho, varios, sean puestos en ridículo en los escenarios de uno de ellos.

Se me objetará que tiene sus fueros el arte. Pero yo responderé que el arte lo que tiene es buenas espaldas para que le carguen responsabilidades que no le corresponden. La obra de Abel Hermant no es ni el *Prometeo* de Esquilo, ni siquiera el *Avaro*, de Molière. Es sólo una chismografía envenenada.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Más que nunca, la vida se ha refugiado en los grandes hoteles, porque la guerra cerró, no sólo las casas particulares, sino las residencias de embajadores y ministros de las diversas potencias aquí representadas.

Solamente, lo repito, los hoteles están de fiesta. Y más que de fiesta están de enhorabuena. No les hace la competencia nadie.

Han llegado a reconocerse sus ventajas. Una de ellas es que fomentan la sociabilidad, sin peligro de *bajas*. ¿Existe en otras tierras este aspecto de la vida social? ¿*Se pica* la gente en Europa y América? Lo que es aquí, lo del *pique* ha llegado a constituir un estado morboso. El hecho de dar un baile, una reunión, un te, en lugar de servir para que se conozcamos y estrechen amistades, y se anuden lazos de gratitud, es causa de ganar enemigos e incubar rencores. Nada semejante ocurre en las fiestas de los hoteles. Se entra por dinero, no por invitación, y cada cual se forma allí su círculo, su peña, sin necesidad de violentar sus aficiones y hábitos, ni de mezclarse con nadie que no le acomode.

Reina libertad absoluta en los hoteles. Van aclimatándose. No falta quien encuentra *shocking* eso de que bailen las señoras y señoritas más distinguidas donde pueden bailar a su lado y rozándoles los codos otras que no lo son tanto ni mucho menos, y hasta Dios sabe quién; pero estas susceptibilidades desaparecen ante el natural impulso que incita a la juventud, sea o no *distinguida*, a divertirse, pasarlo bien y alegrar un poco las sombrías perspectivas de este periodo acongojador...

Es la ley que no puede desacatarse. Unos caen como las hojas y otros se precipitan con ansia para beber su sorbo de la copa de la vida. Cuando se discute, sin acertar a definirlo, cuál será la fuerza que haga renacer a los pueblos moribundos después del cataclismo, yo entiendo que el amor. Y por el amor existe la sociedad, la culta alegría de los festejos, la elegancia de las costumbres, la hermosura de la mujer. Que sea para girar en la euritmia de los valses nacidos al margen del Danubio azul, o para estrecharse en el balanceo sugestivo de los tangos y *pases y trotes* de alimañas fieras, creed que el maestro de todo baile es el amor, y él reparará las pérdidas que la humanidad acaba de sufrir y seguirá, por las trazas, sufriendo, sea por el habitual procedimiento conyugal, monogámico, sea por el que hoy preconizan, y que es posible, tantas sorpresas se nos reservan, que llegue a arraigar, al menos en el país de la Biblia, de donde procede ahora: la poligamia, único remedio a la escasez de varones, que amenaza superar a la de carbón, cobre y otras mercancías.

Día llegará en que se otorguen premios a los varones que unan su suerte a la de diez hembras lo menos, y rijan en paz su serrallo, y puedan ofrecer a la patria despoblada un contingente como diz que le ofreció el famoso D. Lope de Salazar, que llevó a reñida batalla, en torno suyo, a noventa hijos, «todos habidos en doncellas muy honradas», dice la crónica.

Va arraigando el convencimiento de que, para que el Centenario saliese deslucido, mejor fué aplazarlo indefinidamente. Deslucido tenía que salir. No estaba madurado por el tiempo, ni fortalecido por la preparación, ni incubado en los senos profundos de la conciencia nacional. No nos amamos a nosotros mismos lo bastante para amar a nuestra gran literatura, que por cierto no se reduce al *Quijote*. La cadena de oro tiene muchísimos más eslabones. No saltemos ninguno.

Con motivo del aplazamiento indefinido, que es como decir «ad Kalendas graecas», muchos periódicos compadecen a Cervantes, y le dan el pésame y hablan de que la desdicha le persigue más allá de los siglos. Yo creo que, a pesar de todo, a Cervantes, actualmente, no debe compadecérsele, en este ideal terreno de la fama póstuma. Me inclino fervorosa ante el *Quijote*; lo guardaría en el mismo cofre de oro, o de lo que fuese, en que diz que Alejandro guardaba los poemas de Homero; y sin embargo, no encuentro enteramente justo que por Cervantes se olvide a los demás culminantes escritores y poetas que enriquecieron el habla castellana. Puede en Inglaterra descollar exclusivamente Shakespeare, porque, como sabemos, Taine escogió la literatura inglesa para historiarla, después de haberse asustado ante el número de figuras sobresalientes que presentaba la española, y que dificultaban la tarea de reducirlas solamente a las más significativas, prescindiendo de las restantes.

Y en efecto: cuando en otras naciones apenas balbuceaba la literatura, rudimentariamente (hago excepción con Italia, donde apenas existió Edad Media propiamente dicha), tuvimos nosotros nuestra rica cosecha de cantares de gesta (lo colectivo, en nosotros, valió entonces tanto como lo individual) y nuestro Berceo, con su temprana intuición de la naturaleza y del paisaje, y nuestro Alfonso *el Sabio*, poeta del alma y de la fe, y nuestro Arcipreste de Hita que fué un tesoro de sales y de moralejas sabrosas, y nuestro Jorge Manrique, recogiendo en una sola e intensa elegía todo el sentido de la vida, todo lo pasajero de las glorias y luchas y aspiraciones del hombre, encerrando en breve copa la amargura del destino. Y tuvimos el *Amadís*, que según las más fundadas probabilidades es obra de autor español (¿tal ser autora?), un ideal que ha inspirado a la Edad Media y siguió inspirando aisladamente bajo el Renacimiento a muchos corazones; el Amadís, sin el cual ¿quién sabe si el *Quijote* se hubiera escrito? Y luego, el rico y centelleante tesoro del Romancero, comparado por Schlegel con la *Ilada*, y la Celestina, por la cual nos hombreamos con el Romeo y Julieta de Shakespeare. Y desfilan en nuestras letras las curiosas y genuinas fisonomías de los pícaros, que inspiraran a Cervantes también: Lazarillo, Guzmán de Alfarache, Justina, parientes tan cercanos de Rinconete y Cortadillo, Monipodio y la señora Pipota... No hay diques para el río caudaloso que viene en pos, el Teatro, ni cauces para el desbordamiento del torrente de fuego de la mística. Si ponemos en parangón a Cervantes con Santa Teresa, sería muy difícil establecer la superioridad del Manco, cual lo es definir en qué consiste su hechizo especial. En cuanto a la pureza del habla, se me figura que le aventaja la monja avilesa. No hey lenguaje más castizo y al mismo tiempo más natural y sencillo que el de la Santa Madre. Y dejo para quien la haya estudiado a fondo los primores de su doctrina y las honduras de su psicología iluminada.

Así, no puedo menos de insistir en que Cervantes no es el único ni quizás el mayor de los escritores españoles, aunque la asercción escandalice. Será sí acaso un sol, al cual otros soles acompañan.

La luz de Cervantes no puede eclipsar a la de Santa Teresa ni a la de Lope, Calderón y Tirso. Y es que España, en cada período y aspecto de su vida interna, ardiente, produjo los modelos que estaban en armonía con las ocasiones. El Romancero, también diversísimo, responde a corrientes nacionales, y otras no menos entrañadas se reflejan en la mística. Lo pintoresco, español es; español el escatológico y amoral *Buscón*, de Quevedo, y español, aunque venga del Norte, el *Amadís*, y español Alonso Quijano el Bueno, el Ingenioso Hidalgo. Acaso el acierto principal de Cervantes, que tantos tuvo en el *Quijote*, fué reunir en un solo libro a los buscones, mozos de muchos amos, hampones, pícaros y galeotes, y a los andantes caballeros, esforzados y virtuosos, amparadores del débil y enderezadores de entuertos. Y todos cupieron, cada cual en su sitio y punto, dentro del libro inmortal.

Si renace el Centenario de sus cenizas, cuando se haya sosegado la descomunal pendencia de las naciones, bien pudiéramos englobar en el homenaje a los más gloriosos de nuestros literatos y poetas, realizando así un acto de justicia. Y me dirán: ¿sobre que no podemos con Cervantes solo, y vamos a poder con tal pléyade sagrada? El caso es que aquí no se puede alzar en peso la libra, y se alza la arroba. Cómo sucede, no lo sé. España es algo al modo que decía Turguenef que era la santa Rusia: no se la podía comprender, y había que amarla.

Suprimido el Centenario, la primavera se deslizará sin más emociones que las que nos preparan, en lo interior, el periodo electoral, y en lo exterior, la eterna e intolerable guerra. Algo fluirá en lo interior también, porque la carestía de las subsistencias y la falta de artículos indispensables para el consumo nos recuerdan a cada momento que hay algo que nos amenaza y cohibe también a nosotros.

Pedís en un comercio cualquier frusleria, de las que jamás se os ha ocurrido pensar de dónde se traen, y responden que no existe: venía de Alemania, venía de Inglaterra, venía de Bélgica... Los accesorios de automóvil son un mito. Visto está que aquí se fabricaba bien poco, y éramos más tributarios de lo que suponíamos los que no entendemos de estas cosas.

Al mismo tiempo conviene decir que en España, en medio de tanta modorra, algunos síntomas se aprecian de actividad y resurgimiento. Desarróllanse industrias, en especial del género artístico, que podrán constituir fuentes de riqueza. De algunas he hablado ya; de otras habaré pronto, cuando gire una visita a talleres que en Madrid debieran constituir una atracción para los turistas, que acabarán por convencerse de que vale más adquirir un mueble, una pieza de plata o un hierro forjado moderno, pero fiel y bella reproducción de los modelos antiguos, sabiendo lo que se compra, que pagar las señenas por el mismo mueble o hierro, creyendo cándidamente que es antiguo auténtico, y fiándose en el oro, la polilla y otras tretas y supercherías que sirven de engañabobos.

La moda de los trajes militares en las señoras está siendo tema muy explotado por los cronistas. Si vale decir verdad, mi asombro no es que sean de moda las hechuras militares, sino que exista moda aún. Increíble parece que haya humor para poner de moda algo; pero la humanidad es vivaz y ha menester ilusión, y la mujer no renuncia a realzar su belleza con caprichosas formas y adornos, desde muchos años ha, por los sucesos contemporáneos.

Así, bajo María Antonieta, se llevaron los peinados «a la belle poule» y a «la mongolfiera»; en los tiempos más crudos de la Revolución, el peinado y tocado a *la Diosa de la Libertad*; bajo el romanticismo, los cabellos en lánguidos tirabuzones. Bajo la Emperatriz Eugenia se propagaron las cadenas Bebollon y los lazos canal de Suez; y, más tarde, poco antes de la guerra que dió al traste con el Imperio y ensombreció por tanto tiempo el horizonte de Francia, se llevó con furor el «color Bismarck» que era como un tabaco claro, encendido... Y fué la propia Francia la que rindió este homenaje de simpatía al terrible enemigo que meditaba su pérdida; y llegó la moda a todos los países civilizados, y España la acató, y las que entonces éramos casi niñas nos adornamos con bieses de glasé color Bismarck, en trajes de *gro* negro...

Y no es mucho que ahora, en el desate de la fuerza y de la vida belicosa, la moda tenaz imponga a la mujer colores, telas y guarniciones que recuerdan los uniformes de los beligerantes. *Más* extraño es que todavía se sigan llevando los innobles sombreros calados hasta la nariz que de tal modo afean a la mujer, sobre todo si tiene la cara redonda y algo abultada. Entre otros, tienen estas coberteras el inconveniente de dar calor a la cabeza, tapando la frente; y la expresión de atontamiento y fatiga que se nota en muchas damas acaso no reconozca otro origen.

El sombrero es campo abierto a la extravagancia y al mal gusto, desde hará unos diez años. Hubo un momento en que fué bonito y racional. Descubría la cara, aureolaba la cabeza; daba airosa línea, con sus plumas colocadas alrededor, no despegadas ni volanderas como el plumaje de asustada gallina o gallo colérico... Las flores que adornaban los sombreros de entonces eran flores bonitas de graciosa forma; pero hoy se ven rosas de badana, lilas de brich, claveles de paño y apretados grupos de limones, guarneciendo esta especie de cacerolas y empanadillas que se ponen en la cabeza las elegantes... Y abundan las toquitas flanqueadas de orejas de jumento... o cosa que parece tal.

Para llegar al límite de lo estrambótico, diré que he visto también, en un figurín de sombreros exclusivamente, una toca guarnecida con ranas verdes, que ignoro de qué materia estarán hechas, y otra en que campea una lagartija artísticamente enroscada alrededor de la copa...

Y pidamos a Dios que no se les ocurra a los dictadores del ornato sombreril llegar hasta el erizo, el caimán, la tortuga y la langosta...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He aquí un poeta cubano, que me envía un tomo de versos. Cada tomo de versos que recibo me trae al pensamiento las mismas ideas: la comparación entre el período romántico y el actual, tan indiferente a los lirismos, tan positivo, tan dispuesto al desacato y a la risa burlesca.

Si el libro que tengo delante, y que (impropiamente a mi ver) se titula *Anforas*, se hubiese publicado allá por los años de 1830 ó 1835, en los tiempos de Larra y Zorrilla, cuando las damas bebían vinagre para palidecer y se peinaban en luengos tirabuzones, una aureola rodearía la cabeza del mozo, y soñarían con él las jóvenes beldades de estrecho corpiño. Hoy, la poesía del sentimiento, que muchos juzgaron eterna, está gastada. Se ha dicho ya basta la saciedad lo que tenía que decir el lirismo. Y aunque se diga bien, como lo hace el Sr. Max Henríquez Ureña, nadie escucha.

Verdad es que el poeta nos informa de que el libro debió ver la luz hace ya varios años. No serán nunca tantos que nos retrotraigan al momento en que este libro pareciese actual. Y sin embargo, ello es que el poeta tuvo su hermosa hora de despertar sueños y comunicar la vibración de su Musa a las almas. Por él mismo sabemos que un tiempo, cuando apenas salía de la adolescencia, se envanecía con el título de «poeta del Credo de amor», y que ese Credo de amor, algunas niñas románticas – no se habían acabado, por lo visto – lo copiaron en los cuadernos de sus poesías favoritas. Entonces, en jardines y salones, recitaba el joven vate su «Credo» ante un auditorio que seguramente le escucharía con recogimiento extático. Y como el romanticismo siempre ha tenido dos faces, la de adoración y la de desesperación (y si no, reléase a Espronceda), también había escrito el poeta un cierto brindis bohemio, y lo recitaba antes de apurar la copa de absintio. Ahora, en el volumen que recoge sus versos, suprime el Sr. Henríquez Ureña esas *juvenilia*. ¿Ha hecho bien? En todo caso, la supresión apoya mi tesis. El romanticismo yace como el paladín de la cueva de Montesinos – muerto, y con el corazón arrancado –.

Ese corazón, no ignoraba, de seguro, la significación de su latir; pero, cuando los primeros poetas se la descifraron, se conmovió profundamente y alzó un altar a esos reveladores. Otros vinieron después, y ya no podían arrancarle con la magia dolorosa de ninguna revelación... Y, lo diré con versos del mismo Sr. Henríquez Ureña:

> Cuanto haya que gozar, ya lo he gozado;
> cuanto haya que sufrir, ya lo he sufrido...
> ¿Alguna vibración, algún latido
> habrá que el corazón no haya expresado?

Nótase, así y todo, en los poetas líricos, florezcan en el año que sea, una levadura vivaz de romanticismo, que si cambia en su forma, permanece idéntica en su fondo. Por eso el cantor de quien hablo tima un lindo soneto que lleva por epígrafe: «¡Paso al soñador!» Y es, en efecto, una nueva forma romántica la que se manifiesta en él.

> Cual Don Quijote, mi glorioso hermano,
> voy en caballeresca romería:
> con loco empeño mi ambición me guía
> hacia un jardín misterioso y lejano.
> Contra todo lo ruin y lo villano,
> en mis labios florece la poesía:
> y llevo, cual blasón de mi hidalguía,
> un manojo de lirios en la mano.
> Cada estrella, en la calma vespertina,
> al surgir melancólica, ilumina
> en mi espíritu nuevos ideales;
> y es mi novia una pálida princesa
> que con tierna emoción mi frente besa,
> prometiéndome dichas inmortales...

Entre los versos del tomito hay una composición que atrae mis ojos, y más aún, despierta mi sentimiento profundo, que es el de mi raza. Me refiero a la titulada *La catedral sin torre*. Esa catedral que no llegó a tener remate, se alza, dice Henríquez, en la isla llamada por Colón *Hispaniola*. Allí, los españoles descubridores alzaron un templo, y sin torre lo dejaron,

> dejando también trunca, en la joven América,
> su labor imperfecta de civilización.

No puedo menos de objetar dos cosas: que ya a América nadie la llama joven, y que no quedó trunca nuestra labor en ella. América no es joven, porque, según los sabios, acaso sea más antigua que el Viejo Continente. El nuevo fué nuevo para nosotros, cuando lo descubrimos; pero parece que el hombre rojo americano era anterior, o por lo menos coetáneo, del otro hombre blanco o amarillo que aparece en el período cuaternario, sin que falte quien crea que el más viejo de todos los hombres fué el negro africano – todo lo cual es, naturalmente, muy opinable y discutible –. En resumen, América era vieja ya, en sus razas autóctonas, al tiempo que nuestras carabelas pusieron la proa hacia «las playas antípodas distantes». Y estas razas americanas tenían su peculiar civilización, la que eran capaces de tener; pero, justamente porque siendo tan antiguas como Grecia, Roma y la India, no pasaron de lo que encontramos al descubrir, pudiera suponerse que, a no abordar nuestros descubridores a las playas americanas, aun hoy en día se ofrendasen corazones sangrientos a Huitzilopotzli, el gran Dios feroz...

Nosotros fuimos los civilizadores, al estilo europeo más adelantado que entonces se conocía, de ese país y de muchos más. La raza que allí existe de nosotros procede casi toda. El habla es la nuestra. Nuestra la religión. La catedral tiene torre. Y esa torre es de arquitectura hispánica.

Perdone el poeta que yo lo afirme. No le puedo obligar a que lo confiese. Cuento sin embargo con la voz de su conciencia. Y, como dijo otro poeta, que era un clasicón: «gracias a quien nos trajo las gallinas.»

¿No es verdad que la muerte del heredero de Turquía es un drama sombrío que recuerda todo lo que hemos solido leer acerca de serrallos, conjuras de genízaros, conspiraciones alentadas por potencias extranjeras, obscuros casos cuya clave sólo tiene algún iniciado, que, para mayor seguridad del secreto es enviado a dormir sueño sin despertar, cosido en un saco, bajo las azules aguas del Bósforo?

Lo mismo que si Turquía fuese un país de los más *edernier cris* se ha explicado el suicidio del príncipe apelando a la resobada, pseudo científica y socorrida neurastenia. La neurastenia tiene unas espaldas como una carretera, y puede con todo. Si se juntasen las fechorías achacadas a la neurastenia, no cabrían en aquella llanura en que un buen clérigo de aldea de mi país, rectificando al Dante, situaba el Purgatorio, afirmando que media «kilómetros y kilómetros, y aun así se quedaban fuera muchas almas».

Lo que dicen los mejor informados o que se la dan de tales, es que el príncipe estorbaba... Jusuff Eddin estorbaba a los Jóvenes Turcos... Era amigo de Francia, y por lo tanto, enemigo de los Imperios centrales. Y, por este modo de ser, estaba el príncipe vigilado y rodeado de una cohorte de espías. Por otro lado, la hipótesis del asesinato cede ante la del suicidio, cuando se recuerda que el padre del que acaba de morir, también puso fin a sus días, cuatro después de haber perdido el trono.

Y el triste evento hace que el aspecto político de la cuestión sea más dramático... En Constantinopla, han ido siempre del brazo el poder omnímodo, la sombra de Alá representada por los Sultanes, y la sangre que, al correr, demuestra la igualdad humana ante la muerte...

Cuando leo que el papel se pone por las nubes, y que va a ser difícil la tarea de impresores y editores, me quedo indecisa entre llorar o reír. Mil veces se me ocurre que el papel había llegado a ser primera materia de un vicio mundial: el de escribir y publicar, que nos tiene fritos.

Bien puede afirmarse que la inmensa mayoría de los libros que se publican: estuvieran mejor guardados en un cajón de llave muy segura, o en un baúl hondo, de los que en los desvanes se arrinconan. ¿Y adónde van a parar, oh Dios, tantos libros como seguramente no se venden? Es otro problema como el de los cuadros en las Exposiciones. Cada Exposición os presenta enormes lienzos de muralla, cubiertos de otros lienzos a su vez cubiertos de color. Os pasáis por las salas, mirando curiosamente tanto cuadro: unos malos, medianos otros, alguno tal vez francamente detestable, y os preguntáis ¿quién los compra? ¿Cómo se reparte y canaliza esta riqueza pictórica? ¿Acaso los cuadros de las Exposiciones pasadas han ido a parar a donde van las lunas viejas?

Jamás he recibido respuesta que satisfaga. Se compran, tal vez, diez o doce de las obras más sobresalientes; solemos encontrarlas en palacios y residencias de aficionados, o en alguna dependencia oficial; el resto... El resto (mucho quisiera equivocarme) lo cuelgan los autores en su propia casa, si es que no lo regalan a algún político, para que éste, en nombre de alguna Diputación provincial o Ayuntamiento, le encargue el retrato del Rey, o del grande hombre local...

Con los cuadros que no encontraron salida, los libros duermen, amarilleando, en los rincones donde sus autores – o sus editores – los colocan. En Francia, a estos libros así, muertos al nacer, los llaman *rossignols*.

Cuanto más barato esté el papel, naturalmente más libros se publicarán, y como son justamente los malos libros los que se propagan, es decir, los que por no hallar compradores buscan lectores gratuítos, son los que más fácilmente vienen a caer sobre nuestra mesa, con atenta dedicatoria, y a veces, con cartita emboscada... En cambio, si los relatos de la prensa os han hecho despertar la curiosidad o el interés por un libro, es verosímil que el autor no se acuerde de enviároslo, calculando que lo compraréis...

He ahí por qué no nos aflige tanto la noticia de la subida de la «pasta». Dios mejorará sus hosas, y nos pondrá el papel mucho más baratillo, a fin de que no se interrumpa la parturición de volúmenes, lenta, segura, incesante...

Las últimas hazañas de los *zeppelines* sobre París confieso que no me han gustado ni pizca. ¿Qué objeto puede tener matar gente, cuya muerte no quita ni pone para la guerra y sus resultados?

Yo no he solido protestar de los horrores que la guerra trae consigo. Son aflictivos, pero tienen una causa. Sin duda pudieran ser menores, si el hombre, en momentos críticos, no perdiese la razón y no se convirtiese en fiera. Pero ¿qué estímulo violento, qué necesidad apremiante es la que mueve a la turbulación de un zeppelín a dejar caer la muerte y el estrago sobre quien en nada va a contribuir a que los sucesos tomen éste o aquel giro?

La casualidad, a veces, en las guerras, hace pagar a inocentes por culpables. Y pase, porque el hado es nuestra vida. Pero observad que, en lo de los zeppelines, no hay hado, sino predeterminado propósito. El zeppelín navega por el aire, encubierto como Fantomas, sigiloso, resuelto. Sabe quien lo envía y quien lo rige que no es fácil lograr, por ejemplo, arrojar sus proyectiles ni sobre el Ministerio de la Guerra ni sobre los cuarteles ni aun (estremece sólo la hipótesis) sobre los Museos o sobre Nuestra Señora de París. En estos casos atroces, los zeppelines harían fuerte daño, y, puesto que tal es su fin, lo habrían llenado plenamente. Al reducirse a matar a gentes pacíficas, que ni quitan ni ponen, y a estropear edificios cuya existencia tampoco pone ni quita, añade el *raid* de esos zeppelines, a la mezquindad de lo frustrado, lo repulsivo de la crueldad sin objeto...

Si esta guerra no hubiese puesto en crisis los valores éticos de la humanidad; si todavía existiesen la indignación, la piedad, la equidad más elemental; la protesta contra los inútiles y fieros *raids* de zeppelines hubiese sido unánime. Ya nada de esto ha quedado en pie. Nadie se conmueve ya por nada. Ha pasado todo eso de la conmiseración a la historia – a la historia, que tantas ferocidades registra en sus anales, pero que se dedica a explicar las causas y móviles que existen en los actos más inhumanos, la ley positiva que los rige –. Y en estos *raids* de zeppelines, que no hacen adelantar un paso a la cuestión, no se encontrará fácilmente nada que cohoneste el ataque. Si es por inspirar terror, se ha visto que justamente no lo inspiran; porque reviste el caso un carácter tan fortuito, tan eventual, que entre las mil contingencias ésta es de las menos pavorosas. En cambio, parece duro y bárbaro sacrificar por mero deporte al primero que cae. Como crueldad, es muy grande; como utilidad, invisible.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días he pensado mucho sobre el *Quijote*. Y se me ha ocurrido que ese libro, escrito contra los de caballerías (por lo menos tal era el propósito que Cervantes declara, y los demás se los atribuyen gratuitamente, es preciso reconocerlo) ese libro, digo, es otra novela de caballerías, la más divertida de todas, y distinta de ellas en ser profundamente realistas, en lo cual está el secreto de su superioridad, probablemente.

El tipo de las novelas de caballerías es el Amadís de Gaula. Pero el *Amadís* no es el primer libro de caballerías que se escribió en España, a no ser que lo fuese en sus remotos orígenes. El primero fué *El caballero Cifar* (primera mitad del siglo XIV). Y el *Amadís* imprimió su sello, no sólo en el dominio de la fantasía, sino en el de los hábitos sociales. Yo debo decir que, a pesar de lo mucho que se ha discutido acerca de quién puede ser el verdadero autor de esta novela, y si es originariamente francesa, lusitana o española, creo que la cuestión no está resuelta claramente. No se han encontrado redacciones primitivas, y complica el caso que el *Amadís* no es obra nacional, sino *humana*, dice Menéndez y Pelayo en su *Estudio sobre los Orígenes de la Novela*.

Aunque los libros de caballerías sean en gran parte españoles, son hijos de una influencia exótica. En el Amadís, en el Tirante, en los dos Palmerines, el género se nacionalizó. El origen de los libros de caballerías es la prolongación o degeneración de la poesía épica, transformación de poemas existentes o ya perdidos en la sombra del pasado. Por eso el ideal del honor es el que siempre remanece en estas tradiciones y leyendas heroicas. Lo curioso es que no fueron los romances castellanos, por lo mismo que eran puro realismo histórico, los que engendraron la novela de caballerías. En el Quijote, en cambio, a cada momento hallamos la tradición del romance.

Los cuentos de la materia de Bretaña, dice Menéndez y Pelayo, a quien hay que atenerse, trajeron un nuevo ideal de la vida: el que se expresa con el nombre de caballería andante. Los héroes de la epopeya germánica, francesa o castellana, se guiaban por motivos que eran racionales, dadas las ideas, costumbres y creencias de su tiempo; motivos perfectamente lógicos, dentro del estado social de su época. Al asomar el ideal caballeresco, se desquician los móviles: los determina un lirismo especial. Ya no es el Cid, que «por necesidad batalla», sino Suero de Quiñones, que intenta la hazaña más inaudita, por la honra.

El ideal del honor no es tan nuevo que no lo encontremos en los poemas griegos; pero ¿en qué había consistir este honor, por ejemplo, los caudillos de la *Ilíada*? En no sufrir agravios, como el que se ofrió a Aquiles quitándole su cautiva, y en el deuedo en los combates. Aquiles no pone punto de honra de la fidelidad y amor de su Briseida: lo que le saca de quicio, es que Agamenón se la exija imperiosamente. Menelao, a quien París ha robado su esposa, no se juzga deshonrado por tal incidente, y se creería descalificado si conociese el miedo. Todo el ejo de la *Ilíada* está en que un héroe no debe conocer el miedo, ni por el forro, y en esto coinciden los rudos cantores del Norte que refirieron las andanzas de las crueles Valkirias, con el ciego Homero, o quienquiera que sea, que cantó la pugna de griegos y troyanos. En las tradiciones germánicas y escandinavas, tan hábilmente aprovechadas por Ricardo Wágner, el magnífico mito de Sigfrido estriba en eso: en ignorar el miedo. Por ignorarlo, puede forjar la espada Nothung, que se resiste al martillo del cobarde gnomo; por ignorarlo, puede herir en el corazón al dragón Fáfner, que custodia el anillo de los Niebelungos.

Aquiles no sueña, no piensa sino en el honor. Agraviado por Agamenón se lamenta a su madre Tetis:

> «Madre – decía – pues el ser me diste,
> ya que mi vida larga ser no pueda,
> honra al menos debía concederme
> el Olímpico Júpiter tonante...
> y ves cuán poco de mi honor te cura.»

Y la diosa marina, subiendo al Empíreo para encontrar a Júpiter, le dirige esta súplica angustiosa:

> «Otórgame este don: del hijo mío,
> que morir debe en juveniles años,
> ¡vuelve por el honor!»

Este honor, imán de los caudillos combatientes, ya sabemos cuál es. Aquiles prefiere este honor a la vida, a una vida feliz y ociosa, en el palacio de su padre, el viejo Peleo. Pero la idea del honor ha sufrido una evolución: no basta combatir: hay que reunir una serie de cualidades morales, que integran al perfecto caballero.

***

Cuanto puede halagar o impresionar la imaginación converge en los libros de caballerías. Los paladines y los enamorados; los barbudos magos y los caballeros puros, sin tacha, empeñados en la demanda del Santo Grial; los de la Tabla Redonda, los Arzobispos convertidores de infieles y derribadores de ídolos, y las bellas Infantinas prendadas de los caballeros errantes; los gigantazos que discuten de Teología y los malignos encantadores que se llevan una casa por los aires en un santiamén; los personajes de los ciclos bretón, carolingio y greco-asiático, pléyade que lidia, ama, odia, llora, realiza fantásticos viajes, por comarcas de misterio: las Trapisondas y las Insutas Firmes, los Monsalvatges y las Cornuallas.

Amadís es el espejo de los leales amadores. Por conservar su fidelidad a Oriana, resiste a los requerimientos de la Infanta Briolanja. Ante todo hay que notar en Amadís lo prolífico, lo dilatado de su linaje. Empieza por Esplandián, y sigue por Lisuarte de Grecia, su nieto, hijo de Esplandián; don Florisando, su sobrino; don Flores de Grecia, Caballero de los Cisnes; don Amadís de Grecia, Caballero de la Ardiente Espada; sus hijos, don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes; el bueno de don Rogel de Grecia, como le llama don Quijote, al hacer de él un juicio crítico, afirmando que la señora Luscinda gustaría mucho de las discreciones del pastor Darcisel, y de los versos de sus bucólicas; y, remate del linaje, el hipotético don Esferamundo.

***

Sobre el confuso hervidero de personajes fabulosos que han de aparecer en los libros de caballerías, se destaca el del sabio Merlín, profeta al par que nigromante, cuya leyenda es de lo más poético. Merlín era hijo del demonio, que, para oponerse a los progresos del cristianismo, engendró en una virgen cristiana una especie de Anticristo. Desde los pañales, Merlín descubre la inteligencia despierta que siempre se le atribuye, salvando por medio de un ardid a su madre, a quien iban a ajusticiar por deshonesta, y que era, en realidad, inocente, pues sin consentimiento de su voluntad concibió a Merlín.

Más tarde, Merlín se ve en graves peligros. El Rey de Bretaña ha construído una torre, pero al verla terminada, se viene al suelo con estrépito: reconstruída tres veces, otras tantas se repite el prodigio. Los astrólogos declaran que si la torre no se cimenta con sangre de un niño nacido aquel mismo año, no sólo nunca se tendrá de pie, sino que el Rey morirá. Buscan a Merlín, y éste, siempre precor, se presenta espontáneamente, y da su agüero: declara que en la base de la torre combaten dos dragones, uno rojo y otro blanco, motivo de que venga al suelo la fábrica. Y, al hustar a los dos monstruos, y hallarlos efectivamente en lucha, Merlín explica el símbolo: son los dos hermanos del Rey, que, desterrados, fraguan el asesinato; que volverán para matar al usurpador entonces reinante. En efecto, desembarcan y lo queman vivo en la misma torre. Y Merlín es consejero y ministro del nuevo Rey, y construye la famosísima Tabla o Mesa redonda, cuyos Caballeros tantas proezas realizaron. Y cuando más tarde sucede a este Rey su hijo Artús, la privanza de Merlín continúa: Artús tiene en él un servidor celoso, un favorito sin igual. Pero, por su desgracia, Merlín, ya viejo, ama a una mujer, a una fada gentil. Y esta hechicera, que se llama Bibiana, aturdidamente encierra a Merlín en el tronco de un espino blanco. Entonces es cuando Merlín lanza aquel espantoso *Bualdro*, queja suprema que exhala al morir el hijo de Satanás. Y por cierto que, para haber sido engendrado con tan malos propósitos, no hace Merlín mucho daño, ni se le puede acusar de maldades muy negras. Es un buen demonio, por decirlo así.

***

El libro de caballerías que más habla al sentimiento es la historia de Tristán de Leonís, que ha dado a Wágner tan sublime tema para una de sus mejores creaciones. Tristán de Leonís es uno de los Caballeros de la Tabla Redonda. A su nacimiento y primeros años se refieren muchas y muy extrañas aventuras, que le han indispuesto con su tío Marcos de Cornualla; pero, por su mal, llega Tristán al cabo a reconciliarse con el Rey, y éste le envía a Irlanda a pedir para Marcos la mano de la rubia Princesa Iseo. Peligrosos hasta un grado sumo eran tales envíos de mensajeros a pedir princesas, y por nuestra historia cruza la trágica sombra de don Fadrique de Castilla, que pidió para don Pedro la mano de la desventurada doña Blanca. No había tal vez necesidad de que Brangian o Brangania, doncella de Iseo, les diese a beber el filtro del amor, que no es mal filtro la juventud y los azares de una larga travesía.

Pero ello es que beben el simbólico filtro, y su amor se desencadena. Iseo, en la antigua novela, no reconoce escrúpulos, y hasta dispone crímenes para lograr sus propósitos. Y aquí surge el enredo de las dos Iseos, que complica lo que Wágner, con muy buen acuerdo, simplificó. Herido Tristán por una saeta envenenada, sabe que hay cierta Iseo, llamada de las blancas manos, que se da maña especial para curar las heridas. Dirígese pues a Bretaña, y se confía a los cuidados de esta segunda Iseo. La Infanta se prenda de él, y Tristán se casa con ella, por gratitud. Pero por su sangre circula el filtro que le ata a la Iseo primera, y corre tras ella; y vuelto a herir por otra arma que inficionó la ponzoña, moribundo, Tristán quiere ver a su amada, y envía a Bretaña un mensajero que la ha de traer. Quiere exhalar el último aliento en sus brazos. Esta es la escena en que derrochó Wágner inspiración. Tristán aguarda a Iseo, con febril ansiedad. Ha apostado gente en el puerto, y, casi exánime, espera ver asomar en el horizonte la nave que trae a su adorada. Si viene Iseo, la nave ostentará bandera blanca, y si no, negro pabellón. Y en la novela sucede algo que Wágner omite. La otra Iseo, la legítima esposa de Tristán, averigua el motivo de la ansiedad de su esposo, y, en un rapto de celos, corre a decirle que llega de Cornualla una nave empavesada de negro. Cuando la nave de las blancas banderas echa el ancla, y desembarca la Iseo única a quien Tristán adora, el amador ya ha muerto de pena. Iseo fallece también traspasada, ante el cuerpo de su amigo.

Hay fortuna hasta en morir y padecer. Nuestros Amantes de Teruel, que existieron, y cuya leyenda castiza nada tiene de fabuloso ni aun de extraño, están casi olvidados, a pesar del hermoso drama y de la ópera; y Tristán e Iseo, que probablemente no han existido, al menos en la forma en que aparecen en la poesía, el drama y la música, han llegado a ser encarnación del amor, símbolo de su fuerza y violencia, de su identificación con lo infinito.

Así es la vida. Más vale tener suerte que desearla, dice no sé qué proverbio.

Y además, Tristán e Iseo han inspirado innumerables ficciones caballerescas, y, en los tiempos modernos, preciosas novelas, como una de Rod cuyo título no recuerdo, pero que es de las mejores de su autor. En ella, dos enamorados, culpables, claro está, porque si no no habría conflicto, logran reunirse para siempre, sin que nadie los persiga ni les ponga obstáculos. Se refugian en un rincón olvidado del mundo, y libremente pueden saborear su felicidad; pero son dos almas románticas, finas y profundas, y se dan cuenta de que en un amor tan grande hay un elemento de infinito, incompatible con las miserias y las realidades de la tierra. Y entonces, y recordando la letra del dúo de *Tristán e Iseo*, deciden suicidarse, y así lo hacen, en lírico transporte. Tiene la cosa su filosofía: un amor muy grande no acaba y al acabarse, disminuye, rebaja a los que se amaron así, con ansias de infinito. Y por eso el héroe y la heroína del novelista francés prefieren morir.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por unos días, han sido actualidad los exploradores zaragozanos, que venían a traer a Mariano de Cavia el mensaje de felicitación y cariño de su ciudad natal. Madrid los ha festejado y en *El Imparcial* se les hizo un recibimiento espléndido.

Satisfecho puede estar Mariano de Cavia. Con él han echado el resto todos: en primer término, la prensa; luego, tantos admiradores que deseaban sin duda ocasión de exteriorizar sus simpatías; el Rey; Aragón; y, por nuestra parte, y muy sinceramente, los Consejeros de Instrucción Pública. Es difícil, en un país frío para las letras, suscitar tantas y tan entusiastas manifestaciones en honor de un publicista, de un periodista.

Analicemos esta página de la vida del ilustre «chico del Instituto». Cuando, terminada la entrega del mensaje, bajábamos para mojar con un sorbo de Champagne la alegría de la hora, mi pensamiento estaba fijo en un problema. ¿Y después de esta demostración vibrante? Los artículos de Mariano de Cavia, con motivo de ella, dejaban transparentar un fondo de amargura. Sin duda, agradecía mucho Cavia tanto extremo; pero, en primer lugar, su poca salud le hacía hasta penoso el homenaje. Un enfermo no puede saborear estas mieles como un sano. Y luego, la imposición de la vida real. Tanta carta, tanta felicitación no le dejaban ni tiempo para el trabajo. Hasta existía una obscura relación entre la índole de su mal y las molestias que le causaba el acrecentado prestigio de su nombre. Padecía del oído y tanto estrépito en torno...

Así, cavilaba yo en lo que hay tras de las apoteosis. Triste es el destino del escritor (del que no sea más que escritor, y no vaya por la senda de la pluma hacia la política). Lo que la pluma produce es, en el caso más favorable, suficiente para vivir en pie modesto: nunca para hacer economías y guardar, como la hormiguita de la fábula, para cuando sople el cierzo y arrecie el frío. No hay retiros ni pensiones en la profesión. Debiera haberlos, sea por el sistema de montepíos o como sea.

Estos pensamientos me obligaron a calcular el fruto de la popularidad de Mariano de Cavia, si pertenece ese al orden de las popularidades políticas, y no al mucho más espiritual e idealista de las que se ganan a fuerza de emborronar papel. Por la política, Mariano de Cavia tendría en Zaragoza un feudo, y en Madrid Dios sabe qué prebendas, y sería ministro y todo un personaje. Esto, lo repito, si guardase proporción con su actual nombradía literaria la que le fantaseo en otro terreno más positivo.

Otra ventaja de la política. Cuando un político se ve en el caso de renunciar a la vida activa, sea por cansancio o por cualquiera otra razón, malo será que no halle descansado abrigo en algún puesto compatible con la dignidad y el relativo ocio. El escritor, en cambio, si se rinde a la fatiga o si el tantas veces veleidoso público le vuelve la espalda, no tiene más recurso que la cama del hospital. Y para que no se crea que esto es fraseo romántico, ahí están dos ejemplos bien recientes: el de Martínez Barrionuevo y el de José Lomas. El primero, en el hospital se halla; para el segundo, muerto en plena producción, ha tenido la prensa que organizar una fiesta productiva, a fin de que su familia no quedase en la miseria.

Cavia se encuentra en plena producción también: nunca su pluma ha sido más vigilante y ágil que en estos últimos tiempos. Es de suponer – ojalá –, que disfruten todavía por largos años sus lectores de las vivaces páginas cuotidianas de su prosa. Cabe sin embargo en lo humano y en lo posible que la salud de Cavia se quebrante, que los médicos le prohiban el trabajo – cualquier contingencia natural, que siempre debiera ser prevista –. Y ahí tenéis a un gran escritor, que, al cabo de larga vida de trabajo incesante, dispondría del día y la noche, por fruto de sus desvelos.

Ya sé que Cavia no sería nunca olvidado por sus compañeros. Buena prueba de ello es la proposición de *La Correspondencia de España*, que trata de dar a Cavia, en todo caso, el retiro, con honrosos y decorosos emolumentos y con el haber que por clasificación como talento le corresponde. Este caso particular no desmentiría la regla general. Los escritores o sufren en vida la estrechez o la legan, al morir, a los suyos. Y es que lo literario, en realidad, está fundado en el aire, aun para los elegidos, de quienes se puede decir, con el Apóstol, «muchos corren en la estacada, pero uno solo gana la carrera». Todo lo literario está cimentado en el gusto versátil, no corregido por la crítica; en algo circunstancial, más que esencial... Y por eso lamento que, en pos de las apoteosis, no quede asegurado el porvenir, en forma todo lo prosaica que se quiera, pero ahorrando recelos y angustias.

He oído discutir y hasta censurar algo que se acostumbra en Inglaterra. Siendo el heroísmo lo más ideal que se concibe, Inglaterra lo recompensa con buenas libras esterlinas. Regala el Estado fuertes sumas al general victorioso. Y es una precaución contra el mañana, porque todo se olvida en este mundo, ¡hasta la victoria!

Suele quedar en el ambiente un zumbido, y nada más, de las famas; aun de aquellas que, unidas al interés de personas o colectividades, tienen quien las fomente y despierte el seso de las multitudes. Hace tiempo, se dirigió a mí la viuda de un poeta, del más indiscutido y glorioso que conocieron nuestras generaciones, para que yo recabase del Estado una pensión; porque, anciana y ciega, no podía vivir. Y gracias a la cooperación de una dama cuya muerte lamentamos a cada momento, la marquesa de Squilache, tuvo la viuda de Zorrilla su pensión votada en Cortes. Otra viuda de poeta, que no era Zorrilla, pero al cual se hicieron reiteradas demostraciones de admiración en su país, también sufre miseria, afirmando que nada le ofrecen los editores por las obras de su marido. Es increíble lo poco que lee la gente. El periódico sí que se lee: pero ¿dónde habrá nada tan efímero? Si no se recoge en libros algo de lo que la prensa difunde, será muy difícil a las generaciones venideras juzgar la labor de los más brillantes periodistas, de la cual no podrían tener noticia sino consultando las colecciones que archivan las bibliotecas; y dejo a la consideración del lector lo laborioso de tal indagatoria...

En medio de su merecido triunfo, Mariano de Cavia no olvida su tarea de «limpiar y fijar». Protesta de las palabras «escautismo» y «escultismo» aplicadas a la institución de los muchachos exploradores, y tiene razón, a fe, porque ambas suenan como ladrido de can. Propone reemplazarlas con la palabra «esculquismo» aceptando la idea de D. Arturo Cuyás, y el vocablo «esculcas», sin duda mucho más castizo, aunque no excesivamente eufónico.

El sustantivo «esculca» es claramente castizo. En mi región no ha caído en desuso. He oído mil veces, en el campo, decir, verbigracia: «Tengo puestas *esculcas* para averiguar tal o cual cosa.» El sustantivo no suena muy mal, pero no así el verbo. Yo esculizo, tú escultizas... No me parece fácil aclimatarlo. Y, por otra parte, no encuentro tampoco que la palabra «esculcas» que tuvo en su origen sentido militar, exprese bien la idea que los exploradores realizan. *Exploradores* acaso la encarne mejor, pero no del todo bien. Porque realmente los muchachos que acaban de hacer tan bonita jornada desde Sansueña aquí, no *exploraron;* únicamente *recorrieron.* Y hay varias doctrinas de esta institución, que no se explican ni con decir *esculcas* ni *escuchas* ni *exploradores.* La palabreja adecuada es la que yo desearía encontrar.

¿Por qué no llamarles los *andantes*, y a su labor, el *andantismo*? Exploren o no, los muchachos andan, y bien ligeros, y el movimiento y el ejercicio activo parece ser su lema. Lo de *andantes* sugiere cierta idea de caballerosidad, que armoniza con los dictados de su instituto. Los *activos* también me gusta. Encierra el sentido de la viveza en la acción, y del ánimo siempre dispuesto al bien. Activos o andantes les llamaría. Pero llámenles como quieran.

Y les quitaría de una vez ese «¡hurra!» que no puede ser más antiespañol. *Hurra*, dice el Diccionario que tengo más a mano, el del Sr. Rodríguez Navas, es «voz o grito de alegría con que los marinos ingleses honran o aclaman a sus jefes o personas notables de a bordo, e interjección de alarma de los cosacos al entrar en batalla». Esta última acepción sospecho que no tiene más origen que el *Canto del Cosaco*, de Espronceda, donde leemos:

> «¡Hurra, cosacos del desierto, hurra!
> La Europa os brinda espléndido botín.
> Lagos de sangre sus campiñas sean;
> de los grajos su ejército festín.»

De aquí habrá sacado el autor de este Diccionario, tomándolo acaso de otro cualquiera, el que los cosacos usan como voz de alarma el británico ¡hurra! Pero, no siendo nuestros exploradores ingleses ni cosacos, el hurra les sienta como al chocolate el perejil. Casi, o sin casi, preferiría que gritasen ¡olé!; pero me decido por el castizo «¡vítor!» tan empleado en las Universidades, en otros días más venturosos para la patria.

Seguimos enzarzados en la competencia de divos, entre la Zarzuela y el Real. Titta Ruffo, ídolo de Madrid, atrae a la Zarzuela a mucha gente. Anselmi, a la hora en que esto escribo, va tal vez a exhalar en el Real su canto del cisne. Y digo su canto del cisne, porque, según noticias, padece una enfermedad que afecta a sus facultades prodigiosas, y el esfuerzo que tiene que realizar para emitir las mágicas notas que electrizaban al público, es visible, y perjudicial para la enfermedad misma. Si esta mala nueva (no tan nueva ya) se confirma, no sin razón digo que la despedida de Anselmi, en el Real, pudiera considerarse una despedida verdadera. No lo quiera Dios. Anselmi nos ha dado, en *Manon* y *Tosca*, muy gratas impresiones sentimentales. Y es joven, ¡y le quedarían tantos años de triunfo!

En cambio, Battistini, avanzado en su otoño, está, de facultades, en plena juventud. Todavía no le he oído en *Thaïs;* parece que hace una creación.

Momentos de zozobra para Portugal son éstos, y España está demasiado próxima para no temer las salpicaduras. Lo indudable me parece que, si asiste la fortuna en este empeño a la vecina República, es decir, si los aliados vencen, el porvenir será risueño y lisonjero para esa hermosa región peninsular.

Puede ser también la guerra su ruina... ¿Quién lo duda? Las posibilidades no se discuten. Alemania ha borrado ya del mapa a varias naciones sin suficiente poderío militar, aunque con sobrado valor y ánimos para verter su sangre. Hay una contingencia favorable a Portugal: está en comunicación directa con Inglaterra, y puede ésta auxiliarla eficazmente, y será lo más probable que lo haga, hasta por egoísmo. No le convendría a Inglaterra consentir que Portugal fuese aniquilado.

No sé por qué, tal vez sin razón suficiente y esponiéndome a la burla de los que tienen «descontado» el triunfo de Germania, se me ha ocurrido que esta fecha, la declaración definitiva de guerra de Portugal, señala el momento en que el esfuerzo de los alemanes se paraliza, y el de los aliados crece y se afianza. No es el poder material de los portugueses, holgaría decirlo, el que puede pesar tanto en la balanza: es el hecho de que una nación, escasa de contingentes para medirse con el gigante, le lance sin temor la piedra. El gigante empieza a respirar mal. El resuello se le acorta. Verdín, al parecer, le ha salido hueco. Y si no se ve por dónde va a venirles la derrota, aun es menos claro por dónde les vendrá el triunfo. Portugal es una nación pequeña; pero es una nación, otra más, que se les pone enfrente. No hay enemigo pequeño, dice el adagio. Y menos si es un enemigo valeroso, y que juega a una carta su papel en el mundo.

Lo indudable es que tenemos que armarnos de paciencia los que tanto deseamos que la guerra se concluya. Esto se prolonga de un modo desesperante. Y no se gana, por una parte ni por otra, una extensión razonable de terreno. Acertadamente llama un diario a la actual contienda «la guerra intermirable».

El que no se termine forma parte del plan de campaña de los aliados. Quebrantar para vencer; cansar, rendir al enemigo; una vez cansado, ya pedirá paces, en condiciones ventajosas o por lo menos honrosas. ¿Cansar a Alemania? ¿Acorralar a Alemania? ¿Es esto posible, factible? Sin duda lo es. «El vino que ella bebe está hecho de uvas» diría Yago. Alemania se compone de hombres y mujeres, y el género humano se cansa, se agota; no está forjado en hierro. Alemania puede cansarse. Sobre todo, puede perder, aunque sea tan sólo en lo íntimo de su corazón, sin que salga al exterior, la confianza en sí misma. Y la confianza propia es el resorte que nos sostiene en toda ardua empresa. Y también ese resorte se rompe. Esperemos el desenlace, aunque el drama sea de tantas jornadas como ea.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

"La Reina Isabel de Rumanía, en el mundo literario Carmen Sylva, fallecida el 3 de los corrientes en Bucarest. (De fotografía)"
1916, n.º 1.785, p. 182.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso de los dos estudiantes que aparecieron muertos de un balazo en la sien, en el parque del Oeste, pareció misterioso antes de que fueran identificados los cadáveres, y luego pareció claro, cuando ya se supieron los nombres y posición social de ambos muchachos, y se dió por averiguado que se habían suicidado por hallarse cansados de la vida.

Yo quisiera rectificar esto del misterio. ¿En qué consiste? ¿Viene el misterio de los sucesos, o del alma? Es indudable que el misterio es siempre psicológico. Morir no tiene nada de misterioso; morimos porque nacimos; y hasta diré que puede no haber misterio alguno en un asesinato, aunque se ignore el nombre de su autor y cómo realizó el hecho – si el crimen obedeció a móviles vulgares –. Ejemplo: en casa de una vieja que ha reunido economías, entran unos ladrones, sin más fin que despojarla de ellas; y, sea para que no los delate, sea por mera brutalidad, la matan. Luego huyen y consiguen no ser cogidos, ni aun conocidos sus nombres. En tal crimen, no existe misterio alguno. No pasa de uno de tantos sucesos comunes y corrientes, dentro de la anormalidad, y ningún punto de vista nuevo descubre en lo íntimo de la espiritualidad humana.

Lo de los estudiantes del parque del Oeste es muy otra cosa. Después de saberse cómo se llamaban, qué edad tenían, cuál era su familia, cuáles sus hábitos, sigue igualmente impenetrable el enigma de las causas oscuras que los condujeron a morir a un tiempo, de igual suerte, en un rincón silencioso de un parque madrileño.

Hay una carta que tal vez arrojase clara luz sobre el extraño sucedido. Esta carta está en poder de la familia de uno de los muertos. Debemos respetar el secreto amargo de esa carta de ultratumba. El juez no quiso leerla, y nosotros no podemos ni intentar adivinar su contenido ni echarnos a fantasear acerca de él. Hay muchas cosas que pertenecen al orden de lo privado, y en su penumbra deben permanecer eternamente, o al menos hasta que el paso del tiempo las haya ido borrando y desliendo, quitándoles su aguijón de dolor. ¿Cómo no apiadarse del de unos padres, de unos hermanos? Pero no ha de negarse que el misterio de tan triste sucedido es igual o mayor que cuando se descubrieron los cadáveres, en pozas de sangre, sobre la hierba. Y es misterio de psicología, el más atractivo para el novelista y para el que no se cansa de contemplar lo que hay detrás de cada fenómeno, sus facetas tan diferentes.

Los teatros no cesan de estrenar obritas alegres. Hacen bien, porque el público no quiere nada trágico ni serio. Pide risa y más risa, y es admirable que la vena de los autores cómicos no esté agotada.

Ultimamente ya, el prurito de excitar la hilaridad había llegado a tal extremo, que se abusaba de los retruécanos, juegos y pulverizaciones de palabras, chisporroteos de frases, coincidencias de nombres y otros recursos parecidos, que (¡vaya por Dios!) son muy del gusto del público. Hasta en las conversaciones estalla un fuego graneado de dichetes que pretenden tener ingenio, y no son sino cachos de calabaza, espolvoreada de sal gordinegra. Os abrasan a colmos, os crucifican a paralelos festivos. ¿En qué se se parece La Cierva a un tambor? No lo comprendéis; os lo revelan. En que La Cierva ha *cerrau* las tabernas, y el tambor *hace rrau cataplau!* Y como os quedáis con la boca abierta, pasáis por gente poco avispada y sin vuelo imaginativo... Por el estilo de tal paralelo eran los chistes que se aplaudían... Parece haberse iniciado una reacción favorable al mero buen sentido. No hemos exterminado al chiste de retorcidillo y escarola, pero empieza a concebirse que sin él puede existir risa. Y ya es un síntoma bueno.

La decadencia del chiste de sacacorchos se inició, o mucho me engaño, con un obra extranjera, *El amigo Teddy*, representada en el Teatro Infanta Isabel. Verdad que esta obra, representada por otro actor que no fuese Vilches, no hubiese ejercido el ascendiente que ejerció. Cuanto se diga respecto a la interpretación que este actor hace del personaje del *yankee* franco, astuto y sentimental, sería poco. Es lo que se llama una creación.

Es imposible matizar mejor, decir con mayor gracia, accionar con más propiedad y brío. Desde el punto de vista artístico, en la carrera de este actor, todavía bien joven, la obra señala una fecha memorable. Algo pudiera presentirse cuando le vimos hacer en *La Malquerida* un papel secundario, al cual supo dar intensidad extraordinaria: el del Rubio, el cómplice del protagonista.

De ese pequeño teatrito, situado en el corazón de Madrid, salen tentativas muy plausibles, adaptaciones de obras extranjeras como *Frans Hallers*, que he oído calificar de absurda, y que pudiera serlo en algunos conceptos, pero que se nos figura más real, después del suceso de los dos estudiantes, si es cierto lo que ha publicado la prensa respecto al influjo ejercido en sus espíritus por las truculencias y lances folletinescos de los cines, y a la afición a parodiar tales escenas por medio de disfraces, gafas, pelucas y otros accesorios del mismo jaez. *Franz Hallers* es, quién lo duda, un melodrama, hasta repulsivo, a pesar de la genial interpretación de Vilches; pero estaríamos equivocados si pensásemos haberlo resuelto todo al escribir la palabra *melodrama*. El concepto a que responde no deja de tener su equivalencia en la vida. No hay género teatral a que la vida no se adapte. Está la vida llena de tragedias, dramas, melodramas, comedias, altas y bajas, sainetes, pasillos, entremeses, y hasta disparates cómico lírico-bailables.

Frans Hallers se basa en un fenómeno muy poco común, es cierto; pero seguramente el autor alemán no ha dejado de consultar con algún médico, y éste le habrá dicho que en tal o cuál clínica pudo observarse tal o cuál caso de doble conciencia, con pérdida de memoria del estado anterior. Y este dictámen alegará para excusar el asunto de su melodrama, en que un respetable magistrado, hombre de honor a carta cabal, sufre una perturbación que le impulsa a abandonar, por las noches, su domicilio, armado de cuchillo y pistola, vestido de vagabundo, y a juntarse en una taberna con una partida de asesinos y ladrones, haciéndose su jefe y cometiendo, a su cabeza, toda especie de delitos y crímenes. A la mañana siguiente, ni el menor recuerdo de los nocturnos episodios.

No será frecuente tal enfermedad, pero la ciencia la admite.

Hubo en Galicia un caso curioso, más curioso tal vez que el de *Franz Hallers*, y fué el del conocido por *Hombre lobo*, cuyos nombres de pila y apellidos eran, si la memoria no me es infiel, Manuel Blanco Romasanta. Este extraño criminal esperaba en la carretera o en las sendas fragosas de las montañas a las muchachas que iban a servir fuera de sus casas, en alguna ciudad no muy distante; las daba muerte, las despedazaba, y las enterraba en algún paraje solitario. Como estas muchachas en su mayor parte no sabrían escribir, sus familias no se alarmaban por falta de noticias de ellas. Si alguna vez sentían un poco de inquietud, la hipótesis era de que las mocitas habrían encontrado un modo de vivir agradable y no se acordaban de los suyos, o que habrían muerto de muerte natural, o emigrado a América. Al cabo, un día, no recuerdo por qué incidencia, fué capturado y procesado Romasanta. No negó: confesó que cometía tales atrocidades, porque a ello le llevaba un impulso irresistible. Como que él no era hombre, sino lobo, desde la fecha en que su padre le había maldecido, y, bajo el peso de la maldición, vagaba errante en los bosques, con instintos de carnicero. Hasta aullaba y corría a cuatro patas.

La Audiencia de la Coruña, a pesar de la transformación, le condenó a muerte. Pero apareció no sé qué sabio francés, precursor de Lombroso, y se interpuso, dirigiéndose a la Reina Isabel II, e interesando su bondadoso corazón para el indulto y conmutación de la pena, en vista de la irresponsabilidad del reo. Y el Hombre-lobo, manso como un corderito, taciturno y metido en sí, se pasó lo que le restaba de vida haciendo calceta en un rincón de un patio del presidio. ¿Era un simulador? ¿Era un loco? Dada la naturaleza de sus crímenes, la perturbación mental no sorprende...

Y, volviendo a la transformación de la risa, diré que una obrita reciente, *Los Gabrieles*, parece también señalar rumbos más naturales a lo cómico. Algunos chistes del sistema de bala forzada hay en *Los Gabrieles*; pero, en conjunto, observo en esta obrita cierta sensatez, sencillez y verosimilitud. No diré que sea frecuente que un fraile se haga torero y un torero fraile; pero justamente de este trueque singular nace la gracia del enredo. El ambiente de la obra es ya francamente cómico por el contraste. Y el contraste existe; pero toreros y frailes son igualmente cosa muy española, y no tenemos que preguntar ni un instante, como en otras piececillas: ¿de dónde sale esta gente? ¿De qué planeta se han caído?

Así, el ambiente es simpático, y hay una corriente de bondad en todos los personajes, que atrae y reposa. Claro que se trata de un juguete, de algo que no aspira más que a entretener un momento. Sólo que lo consigue, sin forzar los resortes, sin recursos demasiado efectistas. Hay mucho de buena ley en la obra, y los frailes, ligeramente caricaturizados, se rodean sin embargo de una aureola de bondad cristiana y de humanidad, más próxima a lo que realmente sucede, que las pinturas a lo Ortego, ya pasadas de moda.

La temporada del Real toca a su término. Artísticamente hablando, no ha sido tan mala como se temía. Nos ha revelado a Battistini, al cual teníamos en olvido y que ha brillado como astro de primera magnitud, y a algunos secundarios, dignos de estimación. Nos ha descubierto (sin *calembour*) a la Vix, que ha hecho una *Thais* deliciosa. Nos ha devuelto a Anselmi, algo mermado de facultades, pero siempre insuperable en *Tosca* y *Manón*. En conjunto, no puede decirse que fuese esta temporada la peor del Real, como algunos han propalado.

Tuvo que luchar la Empresa con la rivalidad de la Zarzuela, que escrituró a Titta Ruffo, nombre sugestivo y fascinador para el público madrileño. Esto aumentó sus angustias. Madrid, sin embargo, puede con todo. Pudo con el regio Coliseo y con su enemiga la Zarzuela. Que vengan diversiones: las bolsas responderán.

En vano se habla de tiempos difíciles. Lo difícil sería que un espectáculo más o menos atractivo no diese resultado.

Una señal de cierto bienestar, hasta en las clases más pobres, es el timo de las participaciones. No cabe que la gente humilde ignore que de un timo se trata, o puede tratarse, al menos. Sin embargo, se dejan estafar tranquilos. En vez de reunirse los de un taller, las de un obrador, los de una tienda, las de un mercado, para jugar mancomunadamente y tener seguro que, si les tocase, cobrarían, se confían en los profesionales de la tal estafa, que han hecho de ella un lucrativo modo de vivir. El oficio no tiene más quiebras que la que acaba de sufrir recientemente uno de los profesionales: que el número imaginario salga con premio, y entonces haya de descubrirse la farsa.

Más raro es, en cierto modo, el que vender en la calle décimos de lotería sea en Madrid una industria, si no muy productiva, por lo menos remuneradora. Véndense los tales papelitos a la misma puerta de las expendedurías oficiales, y, con dar un paso, se evitarían los compradores el sobreprecio. Además, las garantías serían mayores. Sin embargo, numerosa es la clientela de los ciegos, mujeres escuálidas, chiquillos esmirriados, que despachan décimos con aceptación. Y cuenta que yo no digo que no esté bien (aunque hoy se discute mucho la tesis) socorrer en la calle a tanto desdichado. Lo que quiero significar es que bien se puede socorrer a toda la humanidad y comprar los décimos en la expendeduría.

Pero mucha gente no piensa como yo. Tal vez, con superstición que no repruebo, piensa que el pequeño acto benéfico realizado al adquirir el número, puede contribuir, por misterioso modo, a que salga premiado. No hay por qué combatir tan inocente y hasta simpática idea. Mil modos existen de perseguir la ilusión. Y en esto de la lotería, es ilusión casi todo. Y por ser ilusión (lo más necesario), hay que perdonar a ese juego que tan severamente califican muchos, y que yo miro con suma indulgencia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Este tiempo pascual que se aproxima me hace pensar en el viejo Fausto. Unión de símbolo, lirismo y sátira, con algo de cadtico es *Fausto* la última obra de alto significado poemático, semejante al de la *Divina Comedia*.

A Goethe, por *Fausto*, obra de su madurez, se le ha considerado como un semidiós. Yo rebajaría algo esta talla, sobre todo si pienso con cuánto menos aparato, sin pedantería ninguna, ha mostrado Cervantes el cuadro completo del destino humano y de la lucha del hombre con ese destino.

Hay en Goethe una fuerza de cálculo, una aplicación y concentración de todas las energías de su ser a una idea, de propio engrandecimiento y de trabajo ardiente, que recuerdan, en estos momentos críticos para la humanidad, la raza a que pertenece, la mentalidad alemana. *Goethe über alles*, parece clamar Fausto a cada renglón. Nada le distrae de su tarea. Pasa una mujer que le interesa, y se desvía. ¡Esta mujer me costaría dos años de mi tiempo! Su impasibilidad de bronce era la coraza de su genio. No se sabe si bajo tal coraza latía un corazón. Acaso sí, pero comprimido y ahogado. Por eso exclamaba *Stund ich, Natur! Vor dir ein Mann allein!* ¡¡Oh naturaleza, naturaleza! ¡Ante ti, ser solo un hombre y nada más que un hombre! ¡Eso valdría la pena de ser hombre!» El pobre alcabalero, el preso de Sevilla, el cautivo de Argel, era, ante la naturaleza y ante el vasto mundo, un hombre, y nunca pretendió ser semidiós. Tal vez lo haya sido, por la misma causa.

En Goethe, la razón domina a la inspiración. Es tan superior la inspiración a la razón, en la poesía, que siendo defensible la superioridad de la segunda parte de *Fausto*, lo único que ha llegado a la humanidad es la primera, en la cual hay algo de sentimiento y de realidad. La segunda parte de *Fausto* es una ambiciosa concepción, ejecutada con arte soberano...; pero siempre marcada con un sello de voluntad, más que de inspiración.

Y ahora, compáreso el personaje de Fausto con el del hidalgo manchego. Don Quijote es infinitamente más simpático, aunque Fausto, con sus incesantes agitaciones, sea también un tipo profundamente humano. No en balde *Fausto* es obra del romántico autor de *Werther*. Es un alma insaciable, que busca lo que la humilde y secilla Margarita encontró desde el primer momento: la salvación, el bien.

No cabe duda que Fausto es la imagen de la humanidad: tal fué la vasta concepción de Goethe. No se puede negar su grandiosidad. Aparece esta epopeya en un país donde, según Goethe, no hay obras maestras; pero todo el mundo ha leído demasiado. Estas y otras preocupaciones intelectuales del autor se trasluc en las páginas del libro. Es Goethe, ante todo, el soberano literario que ha sido venerado por una generación, y que ve surgir otras nuevas, jóvenes, prontas a discutir, a olvidar su soberanía. He aquí la parte personal que existe en el *Fausto*, y acaso no es la única. Fausto, como veremos, en muchos respectos es el mismo espíritu de Goethe. No desmiente así su filiación romántica. No así el *Quijote*. Nunca Sancho ni el Ingenioso Hidalgo son realmente su autor. Pura y libre de subjetivismos nació la concepción poética en la mente del Manco.

Según el consejo del bufón, en el prólogo de *Fausto*, el *Quijote* está cortado en pleno paño de la vida humana; la vida que todos viven y que pocos conocen; y, acertando con la vida, el interés no faltará, opina el bufón. Mefistófeles, en el prólogo, nos lo dice: el diosecillo del mundo, el hombre, viviría algo mejor si Dios no le hubiese dado, con la razón, un reflejo de la luz celeste, del cual se sirve para ser más bestial que los irracionales. Por eso Fausto, símbolo de la humanidad, en su angustia, desdeña lo terrestre, boga en el espacio, y semiconsciente de su locura, pide al cielo las estrellas más hermosas, a la tierra goces sublimes, pues no hay nada que calme la insaciable aspiración de su pecho. Conociéndole, Mefistófeles solicita tentarle, extraviarle. El Señor se lo concede con confianza. No duda del fracaso del espíritu maligno.

Por su parte, Fausto, en su vida de sabio encerrado en un laboratorio, ha visto la inania de la ciencia ante los grandes problemas, y se entrega a la magia para conocer el misterio del mundo. Notad qué diferencia con el loco de Cervantes: éste es un afanoso de acción: no quiere rasgar el velo de misterio alguno, sino realizar proezas superiores a las fuerzas humanas. La magia, que también juega en su asunto, toma el aspecto de los malignos encantadores, que impiden o malogran sus magníficas hazañas. Y el ansia de Fausto es libertarse de la inquietud científica, y bañarse, a la luz de la luna, en el rocío.

Por último, Fausto, cansado, piensa en el suicidio. La copa envenenada que acerca a sus labios ese de ellos al oir los cánticos que celebran la Pascua y la resurrección de Cristo, la alegría de la nueva Primavera. Y Fausto define la esencia de la vida. Al principio era el Verbo... No, al principio era el espíritu... No, al principio era la fuerza... ¡Tampoco! Al principio era la acción... Entonces aparece Mefistófeles, «la fuerza que quiere el mal y hace el bien», el espíritu que niega, que desea la ruina de todo y cuyo elemento es el pecado y la destrucción. Vanos deseos: el mundo resiste; hay algo que se opone a la nada; siempre circula sangre joven. Fausto se entrega al brujo. Si logra un momento de reposo en el seno del goce, que sea de Mefistófeles su alma. Y Fausto peregrina desde la blanca alcobita de Gretchen al complaciente domicilio de la Celestina Marta, y al jardín donde la inocente pregunta al sabio si cree en Dios, origen de tan admirable respuesta, y por último a las montañas del Harz, en la noche de Valpurgis, entre brujas y chivos y hermosas hechiceras a quienes, bailando con Fausto, les salen ratones encarnados de la boca, viendo el espectro de Gretchen, que hiela la sangre. A estas escenas suceden los esplendores de la corte del emperador, el bullicio de las mascaradas; y desfilan las Gracias y las Parcas, convertido Fausto en Pluto, en plena magia, porque la magia es el alma del poema, es su substancia misma, ajena a la realidad; y ya esto sólo lo diferencia profundamente de la concepción de Cervantes, donde ni una superstición encuentra acogida.

Mágico es también el imitado incendio del palacio del Emperador, el cual, con buen sentido, evoca el recuerdo de *Las Mil y una Noches*. Pero la noble esencia de Fausto, del héroe, pasa por cima de esta mascarada y va más allá, al fondo del pensamiento. Es él quien arrastra a Mefistófeles y se lanzan, con ardor, a conocer a las Madres, las misteriosas Madres, principio de cuanto es y ha de ser, que habitan en el reino de lo increado. «La teoría es gris, y el dorado árbol de la vida es verde», dice Mefistófeles. Fausto, sin embargo, no retrocede y al través de los espacios, de las soledades, sin camino ni orientes, en el vacío, va a buscar a las extrañas diosas. Por el misterioso trípode y la llave mágica hace reaparecer la belleza en Helena y París. Luego viene la noche clásica: también, según el dicho de Mefistófeles, los espectros pueden ser clásicos y no románticos. Y sobre este conjunto se destaca la frase de Manto: «Me gusta el que sueña lo imposible.»

Y el sábado clásico no es menos fecundo que el aquelarre romántico en vestigios, fantasmas, endriagos y pigmeos, dáctilos, grifos, hormigazos, grullas, larvas, marmidones, espectros de viejos filósofos que discuten sobre las teorías plutónica y húmeda, forquiadas, dríadas, hasta que al fin asoman los mitos graciosos: nereidas, tritones, sirenas, bajo la luz amorosa de la luna. Y luego, los telquinos, fundidores y forjadores, hermanos menores de Vulcano; los pueblos fabulosos, Galates en triunfo. Son innumerables y confusas las apariciones de la noche clásica; pero vienen a parar en la unidad y el amor.

Un trozo hermosísimo encierra el poema: es en el tercer acto, el episodio encantador, superior al de Gretchen, de Helena en Esparta, en el palacio de Menelao, que le prepara el sacrificio, y donde la rescata Fausto, haciendo del amor de la Edad antigua y la Edad media romántica aquel Euforión, símbolo de toda poesía. Los que buscan símbolismos en el *Quijote* deben buscarlos en el *Fausto*, que los encierra a millares. Y, al final, vendrá la reminiscencia de otro gran poema que abarca todo el panorama del humano destino: encontrarán un reflejo de la *Divina Comedia*, un final de mística ascensión al cielo. Como la ciencia no puede satisfacer al alma humana, es «lo insuficiente», *das unzulängliche*, lo que conduce a la unión con Dios; lo inenarrable, lo indescriptible, *das unbeschreibliche*; y lo que no alcanza la inteligencia se resume en *das ewigweibliche*, lo supremo y eterno femenino, que muchos creen alusión licenciosa y no es sino lo sumo de la pureza y santidad, la Virgen madre, la Mujer bienaventurada, a quien el doctor Mariano, el franciscano Dunsio Escoto, implora paz contra tierra, y a quien por las oraciones de la penitente que antes se llamó Gretchen concede Dios la salvación final del Doctor Fausto. Este sentido místico del poema resume toda la Edad Media, toda la concepción teológica y caballeresca de la Mujer; es el edificio gótico en que trabajaron reunidos los bárbaros del Norte y los latinos decadentes. Como en el *Quijote*, todo para en una Dulcinea, en una mujer ideal; pero lo que la imaginación del hidalgo manchego concibe tan fácilmente, Goethe ha tenido que prepararlo con titánico esfuerzo mental, por medio de una serie de trincheras de erudición, filosofía, historia, mitología, fábula, evocando todo el pasado, todos los títulos de gloria y de lucha de la vieja humanidad al través de los mundos. Y esto bastaría para dar al *Quijote* su diploma de espontaneidad soberana, que le hace español por esencia, presencia y potencia.

Así la obra de Goethe es bien nacional para Alemania, y el autor de *Fausto* encarna la concepción de la raza, plenamente. Intuición, esfuerzo, intensidad, todo el vigor corporal y espiritual condensado para producir un monumento – o para producir una guerra, una conquista –. Y no seré yo quien niegue el valor de la voluntad, su mérito, su inmensa trascendencia en el destino humano. Y en don Quijote hay, sobre todo, un héroe de la voluntad, porque la alucinación es una cosa y la voluntad otra, y aunque Don Quijote tome por gigantes a los molinos de viento, no por eso deja su voluntad de ser diamantina, en cuanto al propósito de ejercitarla para realizar el ideal caballeresco. Cervantes, sin embargo, no es una voluntad regularizada e intensificada para el mayor rendimiento y fruto, como vemos que es la de Goethe. Hay en Cervantes el descuido artístico, la llama encendida por casualidad (o punto menos).

Y he aquí cómo los pueblos, en sus evoluciones, marchan en el sentido que sus grandes hombres les señalan; y he aquí cómo, a su vez, los grandes hombres representan a los pueblos y, antes de que la conciencia nacional llegue a su plenitud, la encontramos bien afirmada en los grandes hombres. Goethe expresa a Alemania en todas sus fases, y el *Fausto* es el poema germánico, lo mismo que el *Quijote* es el poema latino, más aún que la *Divina Comedia*.

No por eso he de convenir con los intelectuales parisienses a quienes *El Imparcial* consultó, en que Don Quijote era un caballero francés. Bueno estaría que preguntásemos la opinión de un cocinero sobre los chorizos de Candelario, y contestase, alabándolos, que eran unas verdaderas salchichas provenzales. Cepos quedos, me han dado ganas de exclamar muchas veces al leer esa información: no nos quiten hasta el *Quijote*, aunque sea para decirnos cosas de miel. No; el *Quijote*, tate, tate, que no lo dejen, pues no somos tan ricos que podamos perder nuestra mejor prenda. Y tengan en cuenta que soy bastante imparcial, y hasta declaré paladinamente que andaban manos de arquitectos franceses en algunas espléndidas catedrales españolas.

Con que nos arrebaten el *Quijote*, y el centenario de Cervantes se quede en proyecto, hemos hecho buena feria, pardiez, en este año de gracia de 1916, en que la guerra ni se acaba ni se acabará, es indudable.

Cualquiera que sea el resultado, venza Fausto o venza Quijano el bueno (no negaremos que, por extensión, Don Quijote puede representar el ideal latino, llamémosle así impropiamente), el mundo va a girar sobre su eje, va a sufrir un cambio radical y serán revisados y tal vez despreciados los valores que obtuvieron alza en el curso del siglo XIX. Pero el papel de Cervantes se mantendrá firme. El tiempo acrecienta su valía. La polilla no lo roe.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya estamos libres de la pesadilla de las elecciones. Porque las elecciones son una pesadilla, de esas en que hay visiones agitadas de películas cinematográficas, y visiones enfadosas de eterna monotonía. Estas elecciones fueron, en general, más tranquilas que otras. No se sabe de palos, bofetadas y tiros sino en contadas localidades. En cuanto a las borracheras, no pasaron de las que pudieran esperarse, dada la generosidad de los candidatos.

Lo demás, como una balsa de aceite. Tenemos Cortes, y la nación las ha parido casi sin dolor. Es decir: dolor hubo en los bolsillos de algunos candidatos elegidos y desairados. Con ley y sin ley, se ha gastado un pico en votos. En Madrid, especialmente, parece que ha corrido el oro o, dígase más exactamente, la plata, a ríos. Y no conciba crítica más acerba del sistema que esta venalidad. Es la cumplida demostración de que no interesa a nadie lo que sucede en los comicios.

Como nadie ignora, *El Imparcial* ha realizado lo que se llama una encuesta o interrogatorio a escritores e intelectuales franceses, respecto al *Quijote*. Lo primero que debe notarse es que, según los que responden, don Quijote es un caballero francés. Confieso que no se me había ocurrido tal idea jamás. ¿Por qué un caballero francés? Discurramos acerca de la afirmación, a ver si puede tener alguna base.

He aquí la única que se le pudiera encontrar. Don Quijote, como sabemos, es un caballero andante, o un loco que cree serlo. Su delirio tiene por origen la lectura de libros de ficciones caballerescas. Estas ficciones, según conjeturas muy verosímiles, proceden de Francia, de Carlomagno, los Doce Pares, el Rey Artús de Bretaña, Reynaldos, y otros personajes más o menos míticos y fabulosos.

Por este concepto, cabría que en Francia se llamasen a la parte de don Quijote; pero es lo cierto que el primer libro de caballerías, según dice el mismo Cervantes, es el *Amadís de Gaula*, y su primitivo autor se cree que fué peninsular, y la primer redacción de él que conocemos es seguramente la de Garci Ordóñez de Montalvo, de manera que el origen de los libros de caballerías, en este sentido, es español es y muy español. En la librería de don Quijote encontramos este libro y asimismo las *Sargas de Esplandian*, del propio novelista; y español también es el autor de *Don Olivante de Laura*, obra de Antonio de Torquemada; y del español Melchor Ortega es *Don Florismarte de Hircania*, y probablemente *El caballero Platir*; y de autor español, aunque anónimo, *El caballero de la Cruz*; y lo mismo el arreglador de *Espejo de Caballerías* y las *Hazañas y hechos de Bernardo del Carpio*, y *La famosa batalla de Roncesvalles*; y de regio autor portugués el *Palmerín de Inglaterra*, y seguramente español el autor de *D. Belianís de Grecia*, y no hay que decir si el de *Tirante el Blanco*; y todos estos libros figuraban en la biblioteca del Ingenioso Hidalgo, y fueron objeto del donoso escrutinio realizado por el Cura y el Barbero; y entre la lista nada descubro de francés, por lo cual se quebraría de sutil la conjetura de un don Quijote empapado de lecturas francesas, y del cual pueda decirse rotundamente que es «un caballero francés».

Hay que reconocer que no todos los interrogados por *El Imparcial* calificaron de «caballero francés» al Hidalgo. Guillermo Apollinaire, por ejemplo, declara que el héroe es humano y pertenece a todas las naciones, y en esto lleva perfecta razón; y, además, confiesa que en la literatura francesa no tiene similar. Lo malo es que añade una restricción y un *aperçu*, diciendo «salvo quizás el Bouvard y Pécuchet, de Flaubert».

No se puede comentar este paralelo sino con una sonrisa... Los que hayan leído el *Bouvard y Pécuchet*, me comprenderán.

Hay una señora que se llama o se pseudonombra Aurel, y afirma no haber cosa que más se le parezca, a ella, que el Caballero de la Triste Figura. Así será, y no he de discutir tal punto, porque no tengo el gusto de conocer a la Sra. Aurel. Pero también asegura que don Quijote es «un caballero francés», «como todo artista latino». Lo vago y extenso de la afirmación la hace también indiscutible. ¿Todo artista latino es un caballero francés? Bueno. Lo que tanto prueba, no prueba absolutamente nada.

En cuanto a Mauricio Barrés, no hay cosa más cómoda que su opinar. Don Quijote es, quién lo duda, un caballero francés; pero ¿no sería quizás también un caballero alemán? Y, pongo yo de mi cosecha: ¿por qué no ha de ser un caballero japonés, de aquellos leales Ronines, y un caballero persa, de aquellos del Zend-avesta, y un caballero de cualquier caballería de las que han sido en el mundo? ¿Eh? ¿Por qué no?

Menos mal que, por último, Barrés declara que don Quijote «no es alemán». Ya tiene una patria menos el Hidalgo.

No quiero seguir extractando opiniones, ni aun hacerme cargo de la del muy estrafalario León Bloy, que declara que *Don Quijote* no le gusta. Las opiniones son libres, y por lo mismo que la obra de Cervantes, con ser tan profundamente humana, es tan española, puede no agradarle a un extranjero. Si llamo estrafalario a León Bloy, es porque tal se muestra en sus escritos, no por su juicio sobre el *Quijote*. Y además, no quisiera que nadie interpretase mis observaciones como quejas contra Francia y sus intelectuales, muchos de los cuales están a estas horas en las trincheras. Y el estar allí es una acción caballeresca, y lo es toda la resistencia de Francia, tan valerosa y firme. Por otra parte, varios escritores, que yerran en un juicio crítico, no son una nación entera, ni aun partida.

El libro más impregnado de simpatía hacia Francia que se ha publicado recientemente es el de Álvaro Alcalá Galiano, que acaba de publicarse: *España ante el conflicto europeo*.

Las opiniones de este joven escritor, que ha realizado progresos sorprendentes en pocos años, llegando al dominio de un estilo claro y fogoso, y soltando los andadores con garbo sumo, son, nadie lo ignora, favorables a la causa de los aliados. Cuando la mayoría de los aristócratas hacían alarde de germanofilismo, este muchacho se encontraba entre los aliadófilos resueltos. Empezó su campaña publicando un folleto, *La verdad sobre la guerra*, del cual se agotaron varias ediciones y se publicaron traducciones francesas e inglesas. Ahora, es un libro de como de trescientas páginas, que, sucesivamente, abarcan la cuestión y tratan los puntos más debatidos por la opinión en las angustiosas horas presentes.

Desde luego, Alvaro Alcalá Galiano es enemigo de la guerra. He aquí la idea primera de su obra. Y ¿quién no será, en teoría, enemigo de la guerra? Su solo nombre estremece las fibras de nuestro corazón. Vemos, de una ojeada, los males que caen sobre las naciones en estado de guerra: el estrago, la muerte, el incendio, el hambre. En otros tiempos veíase también la peste: hoy, la ciencia ha suprimido este lívido espantajo: no hay peste en los campos de batalla. Con lo que resta de plagas, no obstante, es más que suficiente para que la imagen de la guerra nos haga temblar. Sin embargo, yo que soy partidaria de Francia en primer término, de Bélgica después, es decir, que no soy germanófila, tengo que reconocer que la guerra no es un invento germánico ni de pueblo alguno. Estoy conforme en que la guerra más noble es aquella que hace un país invadido, por sostener su independencia; en esto no hay discrepancia posible. Lo único tal vez en que diferiremos Alcalá Galiano y yo, es en que él supone que la civilización y el progreso moral pueden llegar algún día a suprimir la guerra, como se suprime una costumbre que cae en desuso o un rito de alguna religión abolida.

La guerra, se me figura a mí, es cosa que no ha de acabarse nunca, mientras existan intereses encontrados en las naciones. Siempre el derecho positivo se basó en los resultados de las guerras. Cambiará (no tanto como parece) el modo de desarrollarse los episodios de la lucha; y claro es que la guerra actual, con aviones y torpederos, se diferenciará notablemente de la guerra antigua, con arietes y catapultas. Lo que no varía es el hecho terriblemente expresivo, terriblemente hondo, de que el último recurso humano sea, efectivamente, la fuerza.

El derecho, no obstante, tampoco es una palabra vacía de sentido. Podíamos creer que en este particular se había adelantado mucho y realizado vastas conquistas, y que, siendo la guerra cosa inevitable, la obra colectiva de razón y de piedad había dado sus frutos, y se recogerían aún en medio del horror inevitable. Porque no es cierto que para vencer se necesite tanta ferocidad. Dentro de la guerra misma, siempre tremenda, hay detalles que aumentan la odiosidad, hasta provocar la indignación y arrancar la protesta legítima.

Y, a medida que avanza la interminable lid, vemos claramente que los alemanes han cometido el error profundo de mirar como cantidad despreciable esas adquisiciones graduales de la civilización universal, esos progresos que ya la humanidad había apuntado en su activo, y cuya pérdida le causa amarga desilusión.

Cree el autor del libro que me inspira estas reflexiones, que el fracaso de la civilización es la guerra. Yo no lo digo de la guerra en sí, sino de este modo de guerrear. Y, aunque me lo prediquen frailes descalzos, no me avengo a que no haya sino un modo de hacer la guerra. Hay modos más regresivos, más bárbaros y atroces.

Sí: lo malo es que los tratados sean palabras nada más, y lo propio el derecho de gentes. Yo no hago la apología de la guerra; pero la considero necesidad natural y no la condeno. Tenemos que aceptar la vida. Y si los centenares de siglos que han transcurrido desde que hay memoria de hechos humanos no bastaron para convencernos de ello por los datos de la experiencia (un suceso constante tiene mucho adelantado para que lo creamos necesario y fatal), lo que está sucediendo lo demostraría. Ha prendido la guerra como reguero de pólvora; ha sido aceptada con heroica alegría por los pueblos, hasta por los más pacíficos aparentemente. Hablando hace pocos días con el prelado belga, monseñor Deploige, que está de paso en Madrid y que rige hoy la Universidad católica de Lovaina, fundada por monseñor Mercier, no pude menos de decirle que tal vez su patria no necesitaba intervenir en la espantosa contienda, con lo cual se hubiese evitado tanta ruina, estrago y sangre. De su respuesta deduje que, habiendo sido la guerra para Bélgica tan espantoso azote, era sin embargo una fuente de orgullo y gloria, que por nada del mundo se dejarían arrebatar. También los belgas, martirizados, amordazados, sujetos al yugo, quieren *su guerra*, no renuncian a *su guerra*, no la darían por cuanto hay. Y es el caso de no pocos países, castigados, abrumados, sufriendo males sin tasa, y no queriendo ni oír el nombre de paz; y es el de otros, que trepidan de ansia de arrojarse a la movilización, de correr el sangriento albur. Es decir que, en la guerra, hay algo que parece connatural al hombre, el cual, en efecto, la guerreaba desde el punto mismo en que apareció en la superficie del planeta.

No puede tan reiterado fenómeno histórico ocultarse a la ilustración del Sr. Alcalá Galiano, y no puede ignorar que, en efecto, las guerras han sido enormes factores de la civilización, y que por ellas, y al luchar, la humanidad se ha aproximado, compenetrado, roto su aislamiento, estrechado sus lazos formado sus ideales. Mejor sería, sin duda, que la humanidad se entendiese por medios más suaves y cariñosos; pero no lo consintió la realidad, dueña y señora de todos, de los individuos y de los pueblos.

Insisto en que, considerando que la guerra no tiene, que sepamos, substitución, entiendo que en algo ha de conocerse en las guerras el estado cultural de los pueblos que las hacen. No puede una guerra entre gentes cultas antes de guerrear, convertirse en una lucha de fieras. La guerra actual no debió igualarse a la que riñeron los mercenarios con Cartago, o a la de los xuldes con las tribus vecinas, no menos rudas y salvajes. Así como la higiene y los conocimientos científicos hacen menos mortíferos los resultados de la guerra, creyérase que lo adelantado en materia de depuración de sentimientos y respeto a la personalidad humana quitaría parte de su horror a los incidentes de la lucha, a sus consecuencias, y armonizaría los sufrimientos de los que en ella no intervienen, pero pagan su escote. No ha sido así, sin embargo... Y aquí es donde Alvaro Alcalá Galiano y los que como él piensan tienen más razón.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los mayores pecados es el de la pereza de organizar. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Todo se hace a última hora, con prisa y precipitadamente. Y, por lo tanto, la mitad de las cosas se quedan sin hacer, o se hacen de un modo pésimo.

Yo quisiera, ante todo, declarar que soy una persona de buena educación, y de condiciones excelentes. Me causa un pesar íntimo no poder proceder según los dictados de esta educación, y de estas intenciones, no desatendiendo ni desoyendo a nadie, y, a poder ser, complaciendo a cada quisque, hasta el límite de mis fuerzas. Pero ya se entiende que límite han de tener, y que a lo imposible nadie está obligado. Por lo tanto, y muy a mi pesar, las apariencias me graduarán de descortés, y de mí se dirán pestes.

En efecto, no teniendo el día más que veinticuatro horas, no hay arbitrio para que se conviertan en cuarenta. De esas veinticuatro, reclama algunas el sueño, algunas el aseo, algunas el sustento necesario, algunas el trabajo literario, algunas el despacho de asuntos personalísimos e inaplazables, algunas el tomar un poco de reposo o de esparcimiento, y no pocas la lectura y estudio, porque si no se estudiase ni se leyese, se quedaría uno fosilizado. Descuéntese del día este programa, y a ver si queda tiempo, además, para gestionar incumbencias ajenas, de señores que nos encargan con franqueza y sencillez adorables, y para cumplir el gusto y deseo momentáneos de otros señores, que, por contera, señalan un plazo perentorio y angustioso, en atención a circunstancias apremiantísimas, etcétera...

El desmigajamiento del tiempo de un escritor se realiza por procedimientos análogos al que emplean las hormigas royendo y recortando las hojas de un arbusto. ¡Es tan poco lo que roe cada hormiguita! Nada; ni se ve. Pero como son cien, mil, un centenar de miles de hormigas, el arbusto se queda pelado en menos que canta un pollo. Dos renglonciros que os piden por la mañana; una cuartillita o dos que solicitan por la tarde; una larga carta consulta que sería preciso contestar; una cruz que habéis de pedir para un individuo; una historia que os cuentan para implorar socorro; una idea que se empeñan en que hagáis vuestra y propaléis; un agravio del cual os habéis de erigir en vengadores; un drama en cinco actos que tenéis que leer, y dar «vuestro fallo»; un pleito que habéis de recomendar; todo ello con la mayor velocidad y rapidez...

Un poeta amigo mío, no tan célebre como Zorrilla, pero lo bastante para que no le dejasen en paz, aseguraba que, si una carta traía en el sobre «urgente» había que echarla al cesto, y si señalaba plazo, había que dejarla sin abrir, hasta dentro de dos o tres años, lo más pronto. No carece de fundamento la teoría. Urgente suele ser para el que escribe, no para el que recibe el escrito.

Y esa *urgencia* agobiadora nace de la falta de orden y prevención. Al menos, lo entiendo así. Quizás yo misma incurra en ese yerro, tan español, de hacer las cosas a última hora. Sin poderlo evitar, el modo de ser social nos arrastra; todos pisamos la misma senda.

Y claro es que luchar con la lentitud general, acarrea el retraso propio. A la inercia no se resiste. Creeríais que esa prisa que os dan es reflejo de una actividad sobreexcitada. No es sino lo contrario: expresión de un descuido que sólo a última hora se convierte en celo. Os señalan una fecha inaplazable, el tantos del mes, sencillamente porque han dejado correr días, y ahora se acuerdan, al oír tronar, de Santa Bárbara.

Habéis de ser activísimos vosotros, porque fueron desidiosos los que os piden el favor. Habéis de acezar, porque otros durmieron la siesta. Habéis de jadear, porque ellos se entregaron al farniente. Y habéis de cambiar el curso de vuestra labor y la dirección de vuestro pensamiento, porque H o B, el primero que salta, lo han decidido así... En compensación de vuestra molestia, no esperéis ni que os den las gracias.

Hay la idea de que un escritor pertenece al público. Cuanto le sugieran está obligado a practicarlo. Además, ha de recibir a todo el que llame a su puerta. Recuerdo que en cierta ocasión, una señora, que no conozco ni de vista, vino a mi casa, empeñada en verme al instante. Mi doncella salió a abrir, y dijo respetuosamente a la visitante que yo no disponía de horas. Y la dama, indignada, exclamó:

–¿De modo que su señora de usted es escritora, y no recibe?

Y la sirviente, que no era tartamuda, contestó con viveza:

–Pues si recibiese a todo el que viene, ¿a qué hora escribiría?

Un año tuve la curiosidad de apuntar el número de personas que solicitaron una entrevista. En seis meses de residencia en Madrid, fueron cuatrocientas noventa y ocho. Suponiendo que consagrase a cada una sólo una hora, y a evacuar el asunto objeto de su visita otra, que es cuenta muy galana, dejo a la consideración del lector lo que me suponía este tramo.

Claro es que no estoy obligada a condescender a tales propósitos. Libre soy de recogerme y cerrar mi cancilla. No por eso deja de ser agradable. Parece más humano y cordial no negarse a cosa que soliciten. Hay que apelar a la razón. Y me resigno a pasar por soberbia, arisca y dura, bien convencida de que no lo soy, sino muy afable, aunque no reciba, por falta de tiempo. Si al lado de estas pequeñas pero continuas contrariedades el público, en general, mostrase al escritor verdadero cariño... No hablo por mí: no me quejo de desvío en mis lectores. Lo que lamento es que tantos y tantos sólo vean en el escritor «una influencia», un señor utilizable, para un sin fin de aspectos de la vida práctica. Verbigracia, las recomendaciones. Ya creo haber hablado aquí alguna vez de esta plaga. Ved algo curioso: los que recomiendan sin decir a quién debéis dirigiros; sin especificar el nombre de aquéllos que han de serviros para lograr el objeto ansiado. Así, tampoco tienen que preocuparse de si con semejantes personas llevdis la menor relación de amistad. Allá vosotros haréis la indagatoria y os informaréis de los Fulanos y Menganos que debéis poner en juego. ¡Ilah! No pongáis en juego a nadie. Si el que pretende utilizaros no es un amigo verdadero, un pariente cercano, alguien que por algún concepto os interese de verdad, tened el valor de hacer trizas la carta. Acordaos del poético «*Je dichire...*» del *Aiglon*, recibiendo epístolas amatorias...

Alguna defensa habéis de practicar contra tantas exigencias sin base. En algo se han de diferenciar los que pueden por algún estilo importaros, del que os tiene sin cuidado, como vosotros a él.

Otra cosa que no carece de gracia son los títulos que invocan algunos a que los atendáis. Uno alega que es gallego... Galicia tiene cuatro millones de habitantes, *plus minusve*. El de más allá, que os vió entrar un día en una tienda, y oyó que pedíais media vara de raso negro. Aquel fué mozo de recados en una fonda donde parasteis un día. ¡Y varias señoras me han escrito que habían andado conmigo en la escuela, a la cual no fuí jamás!

Debieran adjudicársele, a cada hombre que nace teniendo lo suficiente para vivir, un número de necesitados protegidos. No lo digo en broma: sería racional esta adopción, que, naturalmente, guardaría relación con la fortuna del adoptante. Y, después de tomarse interés por sus adoptados, nadie le podría tachar de poco humano si no se preocupase del resto de la humanidad. Y de hecho, estos adoptados los tenemos, por lo general, en cantidad suficiente.

Bien sé yo que hubo santos, y que hay individuos de alma muy caritativa, que extienden el círculo de sus beneficios hasta lo extremo de sus medios, y aun más allá. Hay quien hace milagros, quien consagra la vida entera al altruísmo; pero nótese: es la vida entera lo que se necesita dedicar a las buenas obras, a fin de que den fruto. Si existen otras ocupaciones, otras vocaciones, ya no hay manera de hacerle competencia a San Vicente de Paúl.

Esta es mi situación. Mis aficiones, júzguelas cada cual como le plazca, me absorben, y, al lado de ellas, tengo quehaceres que no puedo abandonar. Ya comprendo que los que a mí se dirigen, suponen que reviste mayor interés lo que les interesa a ellos. Todo es natural, lo mío y lo de los otros.

Prescindiendo de mí misma, debo añadir que me inspiran lástima los que ocupan elevados puestos, los que realmente disponen de cierta cantidad de bienes y favores que repartir. Si yo me hallo tan asediada, no siendo personaje político ni cosa que se le parezca, ¿qué sucederá con los ministros, subsecretarios y directores? Así tienen que adoptar medidas defensivas, precauciones de enemigo que avanza por país invadido, donde tras de cada mata le acechan. El teléfono de estos altos funcionarios es un misterio. A veces se pregunta uno para qué lo habrán instalado. En el mismo instante en que llamáis a casa de alguno, la primera providencia es deciros que acaba de salir. Lo mismo da esta hora que aquélla; acaba de salir a todas, justamente. En cuanto a si regresará, os afirman que en todo el día no regresa, o, por lo menos, no se sabe nada de cuándo se reintegrará a sus lares. Dos minutos después, daís vuestro nombre, os piden que esperéis, y sale de su despacho para oíros el señor, que no se había movido de su residencia. La repentina facilidad obedece a que vuestro nombre es una garantía de que no habrá acoso.

Un millar de pretendientes a algo está siempre en espera de la aparición del personaje. Los medios de aproximarse a él son objeto del más detenido estudio. El pretendiente se aposta al paso del árbitro de su suerte, y se desliza y repta hasta aproximarse, hasta enviarle la sugestión y el fidido de su anhelo, para que, aun cuando sólo sea por «quitárselo de encima», acabe por acceder a su pretensión. No hay medio a que no se apele, no hay influjo que no se busque, no hay recurso que se desdeñe, aun el más pueril. He visto acudir a la influencia ¿de quién dirán ustedes? de un mendigo, sí señor; del ciego favorito de un personaje al cual da limosna siempre que sale de su casa a pie... Y por conducto de este ciego se ha solicitado y obtenido «una colocación».

El barbero, la lavandera, el mecánico, el ayuda de cámara, el mozo del café, son influencias, y no flojas. De esto sabía mucho el malogrado Luis Taboada, el cual sacó partido, en sus regocijadas prosas, de tantas prosas aburridas de la vida oficinesca, burocrática y política...

No sería fácil modificar, en un día, ni acaso en un siglo, este estado de cosas, que refluye en todos y cada uno de nosotros. Vivimos asediados, pero acaso sea porque el asedio da fruto, porque ese sendero conduce a alguna parte. Muchos amenes llegan al cielo. Y aquí, el aire que respiramos está lleno de amenes.

No protesto contra este modo de ser, sino porque roba infecundamente el tesoro del tiempo y de la tranquilidad de espíritu. La sugestión incesante de que pudierais hacer algo en pro de alguien y no lo hacéis os envuelve en inquietudes de responsabilidad. ¿Y si intentase?.. ¿Y si, dando de mano a lo demás, me consagrase a esto, con todas mis fuerzas? A veces, bajo tal estímulo, os consagráis; sacrificáis un día, una semana, que no han de volver; arrinconáis vuestros manuscritos, no recogéis vuestras notas... No escribís a un apoderado que os pide instrucciones, ni respondéis a una proposición ventajosa, ni vais al teatro, ni tomáis el sol: ponéis vuestra actividad entera al servicio de tan buena causa... Y nada conseguís, porque el terreno estaba minado, las salidas guardadas, la posición defendida por artillería gruesa. Os convencéis, una vez más, de que, en el fondo, es baldía la influencia ejercida por tercera persona en beneficio de segunda. ¿Tercera he dicho? Mil veces ocurre que os piden por alguien que ha pedido a su vez por otro; y, con tantos canales, no llega al verdadero cauce ni gota...

Aun sucede con las recomendaciones algo más singular. Es frecuente que os recomienden, a fin de que recomendéis, para situaciones que exigen garantías, a gentes que no conocéis, de las cuales nada sabéis. Y no es esto lo mejor, sino que el que os dirige la recomendación también es para vosotros un incógnito, y empieza por confesarlo (y gracias que no con la socorrida fórmula: «Aunque no tiene usted el honor de conocerme...»). Y ese incógnito, que se dirige a vosotros, es el que sale fiador del otro incógnito y os ofrece la fianza de su fantástica personalidad...

Vamos, reconózcase que «esto no es serio», como ahora se dice. Y reconózcase también que, sin menoscabo de la buena crianza, bien podemos echar el clásico cesto la misiva. ¡Hasta otra!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A mi regreso de Albacete, donde actué de mantenedora de los Juegos florales y fuí a colocar la primera piedra del monumento a Miguel de Cervantes, me pregunta todo el mundo: «Y... ¿cómo es Albacete?» Nadie tiene, visto está, la menor idea de tal pueblo. Es un misterio. Se encuentra a seis horas de tren de Madrid, y tiene fama su cuchillería. Nadie sabe una palabra más.

Albacete forma parte de esa Mancha extensa y desconocida, que con tanto donaire como exactitud retrató el autor del *Quijote*. No hay localista más gráfico que Cervantes, y sin pesadez, sin babosos entusiasmos, supo comunicarnos la profunda simpatía por la Mancha, el atractivo peculiar de su ambiente.

En cuanto al Albacete, del cual no sospechan ni la existencia en Madrid, es una capital de provincia, en pleno progreso, donde se trabaja mucho y se vive bien, y que siendo el sitio donde se fabrican los célebres cuchillos, navajas y puñales, no registra en sus fastos ningún crimen cometido con arma blanca. Venden navajas y no las usan. Va eso merece notarse. Otra particularidad de Albacete es que en ningún punto de España se toma tan buen café. Es el café excelente en todas partes: en los cafés lo mismo que en las fondas, y en las fondas igual que en las casas.

No hay, o por lo menos no debe haber, mendigos. Existe una tienda Asilo, y para una ciudad de veinticinco mil almas, se reparten diariamente dos mil raciones de comida. Bien digo que la miseria es cosa desconocida en Albacete; hablo de la miseria negra, la que causa las muertes por inanición y frío, que registramos en Madrid.

Los salarios son crecidos. No hay pues descontento en la clase obrera. No hay gente falta de trabajo. Al contrario, se nota escasez de brazos para las faenas agrícolas, y les podíamos enviar algunos de los desempleados de aquí.

La población está en un período de crecimiento y prosperidad, que se revela en todo. Han abierto una calle muy amplia, a la cual llaman la «Gran Vía», y doble fila de bellos edificios, dotados de todos los modernos requisitos del *confort*, la guarnece. Hállase muy adelantado el Hotel, algo más pequeño, pero igual en su construcción, al *Palace* de Madrid. Recientemente se han edificado los palacios de la Diputación, el Ayuntamiento y el Casino primitivo, el grupo escolar, y se ha roturado y poblado y embellecido el vasto Parque, demostración positiva de que, si en el suelo de la Mancha no crecen árboles, es sencillamente porque nadie se cuida de plantarlos. El Parque será en breve un oasis de verdor, el pulmón fresco y oxigenado de Albacete.

En este camino de progreso, Albacete no se para. Ha suscrito, hace pocos días, un empréstito de millón y medio de pesetas para obras convenientes, y el empréstito se vió cubierto en pocas horas. Se desea un hospital, un cuartel, un campo de aviación, otros edificios... ¿quién sabe si la Catedral?.

Albacete desarrolla sus industrias. Contiene fábricas de harinas, chocolates y bombones, pastas alimenticias, cuchillería, mosaicos, carburo de cal. En la provincia funcionan fábricas de energía eléctrica, llamadas los Pontones, los Frailes, Moranchel, y enclava el célebre salto de la Hidro eléctrica española, que da fuerza a Madrid, Valencia y Alcoy. Su vida agrícola no es menos intensa. Sus campos están bien cultivados, y el trigo y las cepas de vid empezaban a verdear cuando los crucé. Produce el azafrán, la cosecha más rica de todas. Cuando la rosa es abundante, el bienestar se difunde. Las aspiraciones y proyectos, en los hogares humildes, tienen por base la fertilidad del azafrán. También se coge en la provincia buena cantidad de esparto. En Hellín son ricas e importantes las minas de azufre.

Lo cual no impide que, si uno va a Albacete y se encuentra muy bien, en Madrid le miren como a una persona original.

Todos los españoles debiéramos conocer a toda España. Y cuando una provincia española está llena del recuerdo de don Quijote, debiéramos interesarnos más por ella. Allende Villarrobledo están las lagunas de Ruidera, la cueva de Montesinos, el misterioso Guadiana. Nadie ignora lo que significan, en la geografía quijotesca, estos lugares. Son románticos y sugestivos como pueden serlo las gargantas de Roncesvalles o el Puente del Órbigo. Muchos extranjeros los conocen; en España ya no son tantos los que tuvieron esta curiosidad.

Cuando refiero en Madrid todos estos pormenores, me dicen que hablo bajo la impresión del extraordinario recibimiento que en Albacete se me ha tributado. Habría que probarme que los datos aducidos son inexactos. Si no lo son, no hay por qué ver ningún apasionamiento en lo que digo.

No es menos exacto el hecho de que Albacete es la única ciudad española que con motivo del Centenario erige un monumento a Cervantes. Al hacerlo, no sólo demuestra cultura literaria, sino españolismo. Cervantes ha venido a ser como un símbolo de la unidad de la patria, fundada en el idioma, y donde Cervantes tiene monumento, no se rompe la tela de nuestro común existir nacional.

Es singular la maestría con que se forjan, en Albacete, las hojas de los cuchillos. Hoy ya no se fabrican puñales como antaño, y aquella típica figura del hombre que saltaba dentro del tren, ofreciendo a los viajeros «¡puñales, navajas, cuchillos!» pertenece al pasado. En cambio, Francia ha encargado a Albacete muchos millares de navajas «cachiceuernas», supongo que no como arma de guerra, sino para partir el zoquete de pan o cortar la rama de árbol.

Ver forjar una de esas hojas, sorprende, por la precisión de los golpes que descarga el obrero sobre la barra candente al rojo. Tienen que ser tantos golpes, dados de tal manera, y sin duda uno más o menos estropearía la labor. Parece cosa sencilla, y no lo es. No hay nada que no requiera habilidad.

En otra fábrica que visité, *La Pajarita*, me entretuvo infinito ver hacer caramelos de los Alpes. Nada se puede adivinar, y esta fabricación tampoco. Cuando desenvolvéis un caramelo del papel fino y aceitoso que lo encamisa, os parece que será muy complicado darle sus caprichosos colorines, esas vetas o ráfagas que le asimilan al cristal de Venecia, a ciertas bolitas que en la manufactura de Salviati hilan en vuestra presencia, al lado de los hornos. Y en efecto, los caramelos de los Alpes recuerdan la caprichosa fabricación del vidrio. Tienen esas hebrillas delicadas y quebradizas que se ven en ciertos postres, en que guarnece la fuente una maraña de fibras sutiles que, en la boca, se deshacen gustosamente.

Una caja de plomo, recibiendo la masa ya estirada, la devolvía convertida en el caramelo rosado y fragante que tanto entretiene a las asiduas concurrentes a las tribunas del Congreso. Saltan en sartas, y se desgranaban sobre el tablero, con ruido ligerísimo de habas rebotando al ser extraídas de su funda.

Y creedlo, todo es bonito en la realidad; apenas habrá cosa que no atraiga y no recree la mirada, en la creación y en las obras del hombre. ¿Os parecerá que no interesa ver fabricar fideos, chocolate; ver confitar peladillas? Yo os digo que es un lindo espectáculo, sobre todo si se hace con limpieza, con máquinas relucientes y que despachan su labor como buenas operarias de hierro, acero y cobre. Gusto da ver los inmensos peroles donde la almendra, poco a poco, toma su baño y sale revestida de esa capa tan igual, lisa como una guija pulida en el lecho de un río. Lentamente, la almendra se reviste de la capa de azúcar, y la seis, ya bañada, en la rueda sera de esparto, recordando una vez más las habas grandes que se venden en las tiendas, y asoman su blancura por la entreabierta boca del saco.

Y los fideos, los honrados y familiares fideos, primero los amasa la máquina, y luego los suelta a chorros, en madejas amarillas, que enormes tijeras cortan, para que, apenas secos, los tejan en *cabas* las operarias. Cada vez que el tijerón siega la larga madeja, se me figura que está trasquilando una cabeza de mujer rubia. ¡Todo lo puede la imaginación!

Ya sé, señores exquisitos, que la sopa de fideos no os convence. La encontráis demasiado vulgarcilla, demasiado cursi. ¿En qué mesa elegante se presentará la sopa de fideos, sean finos, sean gordos? Pero hay algo más allá de los tiquis miquis de la elegancia. Hay que los fideos, bien cocidos, no estando añejos, nadando en el caldo substancioso del sano puchero español, y con una pulgaradita de azafrán, son un plato a la vez nutritivo, sabroso y abundante. Por mi parte, me gusta más que esas sopas que hacen ahora desmenuzando gallina, zanahoria, y otros ingredientes, y que rascan la garganta, por la cual se escurre con tan grata suavidad el fideo.

Y claro es, el fideo subsiste y se despacha que es un primor. Creo que miles de kilos diarios salen solamente de esta fábrica de *La Pajarita*.

He sentido venirme de la Mancha sin hacer la excursión a Ruidera y a la cueva donde don Quijote soñó tales cosas que nos harán soñar perpetuamente a los venideros. Siempre que visitáis un país, algo queda en él que no veis, y que sirve de gancho y estímulo para llamaros otra vez al mismo viaje.

Y si me fuese posible elegir profesión, o mejor dicho, quehacer perpetuo, he aquí lo que yo sería: viajera incesante por España. No iría ni tras las pagodas de la India, ni recorrería las estepas rusas, ni me pasearía por Constantinopla y el Bósforo. España me interesa más que el resto del mundo, y cada rincón de España un mundo es.

Ahí está Albacete, que no pasa por ser uno de los lugares más recomendados al capricho del turista. No competirá con Toledo y Salamanca en cuanto a edificios antiguos y maravillas arquitectónicas; pero tiene elementos pintorescos sobrados. En sus tradicionales ferias, que se celebran en el recinto tan gráficamente llamado *la sartén*, pues afecta la forma de este utensilio, con su rabo y su cazo, se ve un cuadro en extremo típico: las casetas en que la gente venida para comprar o vender ganados y productos, acampa, vive, duerme, come, se viste y se peina. De noche, en el círculo que forman los carros, se rasguea la guitarra, se baila la manchega seguidilla.

Hay un trozo del aro de la sartén donde se venden, especialmente, guitarras. Yo, que voy sintiendo repulsión hacia los toros, experimento en cambio la atracción de la española guitarra. He oído decir a un jefe que hizo la campaña de Cuba bastantes años, que, lo primero, cuidó de regalar a sus soldados unas guitarras, y, con sólo rasguearlas, recobraron la alegría, y las calenturas se les aliviaron. Pudiendo tocar su guitarra, cantar sus coplas, el soldado español, como por magia, se reanima. Estos soldados que recibieron el regalo de las guitarras, eran manchegos y extremeños, el mejor contingente, bravos y sencillos, llenos de ánimo, y de alegría, desde que entonaron sus cantares regionales.

Por eso no me causó extrañeza el que en la feria de Albacete, la guitarra sea uno de los artículos de mayor consumo. Gentil artículo, al cual acompañan, de cierto, las morunas castañuelas.

Me decía un extranjero ilustre, Mauricio Spronck, que él había estado en Albacete años ha, y le había sorprendido el aire de limpieza de la población en general, añadiendo que esta observación podía aplicarse a muchos pueblos españoles, y no de los más importantes. En efecto, hasta en casas de aldeanos he podido notar a veces el más refinado aseo. En Andalucía hay cortijos que parecen una taza de plata, y la cueva de la alcaldesa de Yeles no la he podido olvidar nunca, por lo primorosa. Os parecerá raro que una alcaldesa viva en una cueva, y que la tenga como un espejo. Al menos, tal pensará el que no haya entrado en las cuevas de Yeles, que son una curiosidad. Son viviendas completas, donde, asegurar, no se siente jamás el frío ni el calor, y el humo del hogar sale por agujeros practicados en el techo. De lejos, ver estas columnitas de humo, que brotan de la tierra, produce un efecto singular.

Acaso en las cuevas de Yeles haya que ver un rezago de la vida troglodítica, o tal vez un ingenioso recurso para disfrutar de una habitación cómoda, sin necesitar recurrir a albañiles, carpinteros, estufistas y plomistas.

Sea como fuere, nos conviene mucho que los extranjeros vean en España casas mansiones, subterráneas o no, pero tan bien dispuestas, tan surtidas de relucientes cazos y fregada loza, y tan cuidadosamente barridas y aljofifadas.

Váyase por otras, que... Pero guardemos un silencio patriótico. Y además, de estas habas se cuecen por doquiera. No olvido lo que cierta amiga mía, española y muy ilustrada, por cierto, me contó de los olores de Edimburgo... Y, por otra parte, España va progresando, en esto y en mil cosas. No se ganó Zamora en una hora, decimos los que, al lado de la impetuosidad, hemos cultivado la paciencia...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una misión de académicos franceses ha venido a Madrid y se ha puesto en contacto con la intelectualidad española, de diversos modos y en varios sitios. Han sido recibidos con simpatía, agasajados con cortesía entusiasta, y escuchados con profundo interés. Se ha visto claramente que existe aquí una corriente poderosa de aproximación a Francia. Yo recojo hechos, sin comentarlos, porque su significación, el lector la deducirá.

Entre los visitantes, se destaca el filósofo Bergson, que viene precedido de una fama mundial, reuniéndose a escucharle, en el Ateneo, un público que no cabía allí ni de pie, y que rebosaba por los pasillos, en los cuales, singular fenómeno, ni se discutía ni se quebrantaba el más religioso silencio.

Cuando vi a Bergson, quedé sorprendida de lo exiguo de su figura, que casi puede llamarse inmaterial. Me contaba Vidor que por el camino de París a Madrid, Bergson no probó alimento alguno. Y sus compañeros, en broma, le decían que era tanto lo que iba consumiéndose, que llegaría un instante en que quedaría como los querubines, con solo una cabeza y dos alas, no pudiendo sentarse, por no tener con qué.

Vienen en la misión, además de Bergson, el historiador Imbert de Latour, el doctor Edmundo Perier, Presidente de la Academia de Ciencias de París, y el Sr. Vidor, artista eminente, que ha dado en el Ateneo una interesantísima conferencia sobre Massenet.

De Bergson habíamos oído hablar mucho aquí, siempre que salían a relucir las nuevas direcciones espiritualistas de la filosofía. Debo advertirse que no por ser espiritualista, es ortodoxa la filosofía de Bergson. Acaso hay en ella algo de panteísmo, y por eso habrán sido puestos en el Índice sus libros.

He dicho que «acaso» haya en la filosofía de Bergson una dirección panteística, porque, lo confieso con rubor, no he leído sus obras. La literatura propiamente dicha me atrae más que la filosofía, y no queda mucho tiempo disponible para otras cosas. Pero la misión francesa ha venido a descubrirme este vacío en mi cultura, y me dispongo a leer los libros de Bergson. Tengo de tiempo inmemorial permiso para los prohibidos (no se asusten los timoratos). He oído en el Ateneo la primera conferencia de Bergson; no es fácil, por una conferencia, enterarse del sistema de un filósofo.

Hora y cuarto duró la conferencia de Bergson, sobre el *Alma humana*, y nadie se distrajo un punto. La gente contenía la respiración. Estaban como en misa, a pesar de lo incómodo de escuchar de pie.

Bergson sentó la doctrina de que la filosofía no es una abstracción; tiene, al contrario, afinidad con el arte, y el filósofo debe hablar tan claro, que el menos entendedor lo entienda. Cuando terminó su plática, quedó en efecto demostrado que posee el don de hacerse entender. Sin embargo, yo debí entenderle medianamente, y conmigo algunos periódicos que le extractaron, porque me figuré que decía ser imposible demostrar la inmortalidad del alma por medio de la ciencia, y he aquí que, en la Embajada francesa, donde se celebró un sarao, el mismo Bergson me dijo que había afirmado lo contrario. Según el ilustre profesor, cabe sostener la inmortalidad del alma por el raciocinio, pero otro raciocinio puede probar lo contrario, y destruir el primero. La prueba científica, en cambio, sería irrecusable. Bergson ha estudiado, por espacio de siete años, las enfermedades mentales, y de este estudio ha deducido la independencia del alma con respecto al cerebro, y su persistencia después de la muerte. En la conferencia citó, es cierto, algunos casos curiosos de pérdida de la memoria; pero yo no sé si bastan para demostrar tan importante tesis.

Entiende Bergson que si la ciencia propiamente dicha estudia lo externo, la materia, la filosofía se consagra a escudriñar lo interno, es decir, el alma del hombre. Y como en el mismo momento en que esto escribo me llegan dos libros de Bergson, abro uno de ellos, *Materia y memoria*, y en él encuentro algo de lo que puede llamarse su impugnación del materialismo. Intenta establecer la independencia de nuestro espíritu, con relación al cerebro. No admite que se presenten la substancia gris y sus modificaciones como cosas que se bastan a sí mismas y pueden aislarse del resto del universo. Bergson reclama para nuestro sistema nervioso el organismo que lo nutre, la atmósfera en que ese organismo respira, la tierra envuelta por esa atmósfera, y el sol alrededor del cual gravita la tierra.

Desde luego, Bergson resuelve el problema, tantas veces planteado, de la transición del sujeto al objeto, declarando que es absurdo preguntarse si el universo existe solamente en nuestro pensamiento, o también fuera de él.

El problema, entiende que debe plantearse en función de imágenes, y las mismas imágenes pueden entrar en dos sistemas distintos, uno que pertenece a la ciencia, otro a la conciencia. Del primero se deriva el realismo materialista; del segundo, el idealismo subjetivo. El primer sistema parte de la experiencia presente; con el segundo se afirman el pasado, el presente y el porvenir. El realismo hace de la percepción un accidente, y por consiguiente, un misterio.

La función esencial de la conciencia es la percepción, y no hay percepción que no esté impregnada de recuerdos. Yo diría, por cuenta propia, que los recuerdos modifican la percepción de un modo eficacísimo. Para Bergson, es la memoria lo que impide la percepción ideal. Yo diría también (decir algo, en estas por mí infrecuentadas materias, es un atrevimiento, y lo reconozco), que no sabemos cómo sería una percepción ideal; pero nos consta que la memoria educa nuestras percepciones, guiándolas por la adquisición anterior de experiencia.

Memoria tienen también las especies animales, y más tenaz que la humana. Jamás olvida el animal el sitio donde ha sufrido, el castigo que se le ha impuesto, la ventaja que encontró en acercarse a determinado lugar o persona. Entre otros tristes privilegios, posee el hombre el de olvidar a veces los datos que debieran ponerle en guardia. Por eso hubo un gran filósofo que estampó esta frase triste: «Acuérdate de desconfiar». El animal no necesita que se lo avisen: se acuerda de desconfiar, si una vez fué escaldado, hasta del agua fría.

No es posible analizar aquí la teoría de Bergson. Está erizada de dificultades y escollos, y él mismo se da cuenta de ello, y se pregunta, por ejemplo, por qué la percepción presente atrae un recuerdo, en lugar de otro. Todo lo que se refiere a la función cerebral es difícil de explicar, aunque se posea un don de coordinación de los hechos y de lucidez para interpretarlos como el que Bergson posee. En su libro encuentro, a veces, detalles que me sorprenden por lo bien vistos. He aquí uno, que se limita a consignar un hecho por todos observado. «La disminución aparente de la memoria – dice – a medida que se desenvuelve la inteligencia, estriba en la organización creciente de los recuerdos con los actos.» Todo el mundo ha notado que los niños superan en memoria a los grandes; y hay otro caso, de que Bergson no hace mérito: se recuerda mejor lo que se ha visto o aprendido en la infancia, que lo que se aprende después. También los hombres de escaso desenvolvimiento intelectual poseen esta exageración de la memoria espontánea. Bergson cita el caso de un salvaje de África, que habiendo oído un largo sermón a un misionero, lo repitió textualmente y con los mismos ademanes, desde el principio hasta el fin.

Quizás por eso se diga que la memoria es el talento de los tontos. No es, sin embargo, lo mismo ser tonto, que ser niño o salvaje. Y han existido hombres de muy notable inteligencia, cuya facultad superior y predominante es la memoria. Entre ellos, Marcelino Menéndez y Pelayo. Su memorión fué su defensa y su arma en las batallas de la erudición, en las polémicas, en la enseñanza, en todo.

Si bien se mira, los desmemoriados, o los que poseen una memoria infiel e insegura, necesitan trabajar doble para conseguir un resultado inferior. Están expuestos, además, constantemente, a la cogida, al *lapsus* y al gazapo. Nada se atreven a afirmar, por temor a confusiones, y necesitan, antes de hablar, consultar datos, documentos y libros. Aun poseyendo entendimiento superior, el error de una fecha, de una cita, de una noticia, les puede desconceptuar y hacerles blanco de la sátira. Yo sigo creyendo que el entendimiento es una cosa y la memoria es otra; no obstante, el lucimiento de la sabiduría se funda principalmente en la memoria.

Nadie creerá que yo me incline al materialismo. Sin embargo, la idea de la independencia del espíritu con relación al cerebro, no puedo admitirla tan para después de la muerte. Mientras vivimos, y el cerebro se encuentra sano, conservamos el albedrío, pero, y esto no pasa de reconocer un hecho comprobado, toda alteración del cerebro altera el espíritu, o digase, si se prefiere, la conciencia. No hablemos de las alteraciones por la locura, cuyo estudio está realmente en embrión. Fijémonos sólo en lo que turba una dosis de alcohol, una gotita de sangre, la rotura de un vaso.

No confundo, libreme Dios, al cerebro con el espíritu: pero su independencia, durante esta vida mortal, es difícil de sostener. Y en cuanto a las afirmaciones e indagaciones filosóficas sobre tan arduas materias, son muy honrosas, y es blasón humano buscar la certidumbre por todos los caminos; pero no creo que nunca tal certidumbre se adquiera. Sólo la fe puede dar ese reposo íntimo, que la filosofía no proporciona.

Viniendo a la personalidad de Bergson, diré que es muy curiosa e interesante. En su cara resplandece la más viva inteligencia, y en su manera de hablar, la viveza más extraordinaria. No pertenece al número de los filósofos que parecen dormidos, absortos en su interna contemplación. Al contrario: es despabilado como un pollo recién nacido, y está lleno de penetración, de esa percepción a que tanto alude. Su manera de expresarse es categórica e insistente, y no abandona una idea hasta que la incrusta, por decirlo así, en la mentalidad del auditorio. No por eso es difuso. Al contrario: su cuidado especial se ve que lo pone en reducir al menor número posible de palabras la expresión de los conceptos, y hacer que éstos se transparenten, por decirlo así, a través del verbo.

Bergson nos habló, muy brevemente, de la filosofía española. Lo hizo para expresar el para nosotros halagüeño convencimiento de que tenemos filosofía española, de que no nos ha faltado esa disciplina del espíritu. Sospecho, sin embargo, que el eminente pensador no estaba de ello enteramente convencido. Y me fundo en que no alegó más prueba de su tesis que nuestro misticismo, o por mejor decir, nuestros místicos. Ciertamente que los místicos (y las místicas, como Santa Teresa y la Venerable de Agreda) constituyen un aspecto magnífico de nuestra mentalidad; pero va unido, en la historia de nuestra filosofía, a otros muchos, también gloriosos. Hemos tenido grandes pensadores desde Séneca hasta nuestros días. Figuran en la lista hebreos españoles, árabes españoles, especuladores del renacimiento, como Vives; de la Edad Media, como el todavía no sabido explotar, Raimundo Lulio; y aun en nuestros días bien podemos ufanarnos de Balmes y del marqués de Valdegamas, y terminar la serie con el nombre del sonriente filósofo D. Ramón de Campoamor. ¡Oh, si Campoamor hubiese nacido en Francia!

No hemos sido estériles tampoco en eso. Se ha apurado la materia, en famosas y aun olvidadas discusiones, en que actuaron de vindicadores nuestros Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Gumersindo Laverde. España tuvo su filosofía; y con caracteres muy nacionales, lo cual es un mérito más.

He hablado de la primer conferencia de Bergson; quehaceres que no pude aplazar me impidieron asistir a la segunda. Insisto en que es imposible hablar con mayor diafanidad, ni pronunciar y construir el francés de un modo más perfecto. Oyendo a este eminente profesor, se comprende su fama.

Y considero muy conveniente su venida a Madrid. En los momentos que atravesamos, Francia quiere acercarse a España. Y no es sólo en los momentos que atravesamos: esta tendencia, como la del renacimiento patriótico, viene de atrás. A ella obedeció la fundación del Instituto francés, en la calle del Marqués de la Ensenada, y el establecimiento del intercambio de cultura, que ya ha dado muy sazonados frutos. Los que queremos a Francia, frecuentamos el Instituto, asistimos a sus lecciones y conferencias, no lo hemos perdido de vista. Al frente del Instituto está ahora Pierre Paris, que ha perdido dos hijos en la guerra, y que me presentó a tercero, enjo de una herida reciente, en el frente también. Y yo recordaba la consigna: «No quejarse, no aparecer tristes...»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ignoraba que (generalmente) acogían bien el público y la prensa la idea de que yo explicase en la Universidad la cátedra de las Literaturas neolatinas contemporáneas; pero veo que no es sólo mucha aquiescencia: hay calor de simpatía. Loado sea Dios, y no lo digo por egoísmo ni por vanidad.

Contra opiniones arraigadas, creo que, en España, no existe, cosa más fácil que desterrar los prejuicios contra la mujer. Acaso no sea enteramente ilusorio y legendario ese fondo de generosidad caballeresca que se nos ha atribuído como cualidad de la raza; y acaso la vivacidad meridional de nuestro espíritu le permite girar en el sentido de lo nuevo, si logra impresionarle. Esta marcada benevolencia del público, que no contento con manifestármela, la exterioriza ante el Ministro que me hizo objeto de tan señalada distinción, claro es que me anima y halaga. La oposición que encontré hace resaltar más tales manifestaciones. Acaso, en parte, las haya provocado. Este fenómeno es natural.

Y no quiero insistir más en tal punto, pero sí he de dedicar unos renglones a otro en que deseaba empezar a disipar lo que juzgo nieblas de error común, de aquellos que combatía la valiente pluma de Feijóo. Lo único que me falta para la empresa es la pluma del gran benedictino... En fin, vaya la mía, o mejor dicho, vayan unos renglonsillos de máquina Yost.

Los consagro a defender mi propia causa, pero sin meterme con nadie. Libres son las opiniones literarias y científicas, y las respeto todas. Libre soy también para exponer las mías, y lo haré con la mayor sencillez. Se trata de las «Literaturas contemporáneas», que me parecen tan dignas de estudio como las otras, las que ya pertenecen, si no a lo arcaico, por lo menos a lo antiguo.

Hay tópicos que convendría rectificar. Afirmar que el estudio hondo de lo contemporáneo es inferior en mérito al de lo antiguo, forma parte de estos tópicos. De lo contemporáneo poco se sabe (aunque parezca extraño) y lo que se sabe, suele ser confuso y hasta contradictorio. Un ejemplo: la figura de Renán. Renán publicó su *Vida de Jesús*. Se habló mucho de la obra, con reprobación y pasión, y en medio de la zambra, la significación literaria y científica de Renán quedó oculta, envuelta en nieblas. En este caso, siquiera por las herejías de su libro se supo que existía Renán; pero de otros escritores, bien dignos de ser conocidos, apenas se tuvo concreta noticia. Y si esto puede afirmarse de literatos franceses, ¿qué diré de los italianos y portugueses? Y dentro de España misma ¿conocen muchos, que no sean catalanes, la literatura catalana? ¿Quién ha leído en Madrid libros catalanes?

Oigo pues con extrañeza las afirmaciones de que no hace falta profundizar lo contemporáneo, de que lo contemporáneo no tiene importancia – cuando realmente pudiera tenerla mayor y para mayor número de personas – Si nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho ¿será la literatura contemporánea, que lleva todavía viva y fresca la huella del espíritu que la produjo, lo único indigno de ser dado a conocer con los métodos, nuevos también, de la crítica?

Otro error análogo me había llamado siempre la atención. ¿Por qué era cosa baladí y desdeñable traducir del francés, y cosa altamente científica y crudita traducir del latín?

Me atrevía a discutir este concepto con Menéndez y Pelayo. Me figuro – le dije – que el mérito de una traducción no estribará en el idioma del cual se traduce (a menos que fuese rarísimo y desconocidísimo, lo cual no es el caso del latín ni del griego, ni aun del sánscrito) sino en lo exacto y elegante de la versión. Además, traducir del latín, en la mayoría de los casos, puede ser... traducir del francés, o del español, buenamente. En efecto, supongamos una traducción de Horacio: como las hay a millares, nada más fácil que dejar a un lado el texto latino, y coger diez o doce, y con ellas hacer la número trece...

Y Menéndez y Pelayo no podía rebatir argumentos tan palmarios. Sin embargo, mantenía su criterio: traducir del francés, aun cuando se trate de una obra de carácter eminentemente literario y que no se haya traducido jamás, es muy deslucido; traducir del latín, labor de sabios...

Otro tópico, éste de los sabios. Cuando salen diez o doce astrónomos a observar un eclipse dícese pomposamente: «Ha llegado una comisión de sabios a observar, etc...» Se trata de desenterrar un esqueleto monstruoso, fosilizado: «Los sabios practicaron excavaciones...» Se llama sabios a los paleontólogos, a los arqueólogos, a los numismáticos, a los geólogos, a los filólogos, a los bacteriólogos... y nadie llamará sabio a un crítico, a un historiador de las letras. ¿Por qué? Sabio es el que sabe, sepa de lo que sepa.

Dentro del actual movimiento de aproximación que la guerra (aunque parezca otra cosa), no hace sino fomentar; en el deseo de conocerse que impulsa a los pueblos de un mismo continente, a las regiones de una misma patria, las literaturas contemporáneas no pueden menos de ganar en interés. Nada expresa a las razas, a las naciones, a las regiones, a los estados sociales, como la literatura, y si la tradición habla por boca de los viejos romanceros, las transformaciones que el tiempo trae consigo, los ideales en formación, los contiene y alberga la literatura contemporánea.

Y sería inexacto creer que las literaturas contemporáneas son las más conocidas. Generalmente, de lo contemporáneo no se escriben libros, al menos en España. Menéndez y Pelayo, en su *Historia de las Ideas Estéticas*, aunque mostró al principio intención de llegar hasta «nuestros días» no llegó: se paró en lo mejor, y nos dejó a media miel. En España no conozco otra *Historia de la Literatura contemporánea* (por ahora) sino la del Padre Blanco García, que, no careciendo de mérito ni de interés, puede parecer incompleta y acaso recargada de nombres que no habría inconveniente en omitir.

No vacilo en añadir que es más fácil conocer los orígenes de la Novela por el copioso estudio de Menéndez y Pelayo, que el desarrollo del mismo género, desde el romanticismo acá, verbigracia. De lo contemporáneo se tienen, más bien que noticias coordinadas, *ruidos*. Raras veces se tropieza con personas que posean referencias muy fundadas y documentadas. Entra además en lo contemporáneo el elemento de la pasión, de los torcimientos del juicio por las impresiones personales. Nadie siente animosidad, verbigracia, contra Gonzalo de Berceo o el Arcipreste de Hita; pero, según van acercándose a nosotros los personajes literarios, se define mejor el interés extraliterario que despiertan, y si son enteramente contemporáneos, ése es el que despiertan principalmente – triste es decirlo – en las muchedumbres.

Ejemplos recientes podemos aducir, con Galdós en *Electra*, con Benavente en *La ciudad alegre y confiada*.

Yo quisiera, al explicar el movimiento contemporáneo de las Letras, situarme en una región de serenidad crítica, a la cual no lleguen esos oleajes ni esas preocupaciones, ajenas a lo que es propia y verdaderamente literario y estético. Y esto, naturalmente, es más fácil y más comprensible, en la cátedra que en el periódico. El libro de crítica suele ser recopilación de artículos de prensa.

Y – antes que se me escape la ocasión – quiero protestar de otro error; al menos, lo tengo por tal. En las colecciones de *Clásicos* sólo figuran escritores antiguos, proscribiendo a los modernos. Bueno que no admitan a los vivos; comprendo la razón de esta exclusión; pero, entre los muertos, ¿no existen muchísimos que, figuren o no en las colecciones de clásicos, son clásicos legítimamente, pues no creo que a estas alturas, nadie mantenga el criterio de que sólo es clásico lo ajustado a reglas (así reza el Diccionario), y un romántico, en este sentido, no podrá ser admitido en la lista de los clásicos castellanos?

Un clásico es, en mi entender, un escritor que ha manejado con maestría el idioma, y cuyos escritos pueden servir de modelo y lección a las generaciones venideras. Y, en este sentido, Zorrilla, el de la melena en trova, el de la capa luenga, tan clásico es como San Juan de la Cruz, el frailecito del inflamado corazón. Y un clásico es D. José María de Pereda, igual que Hurtado de Mendoza. No estableczo una comparación, no trazo un paralelo: lo que digo es que cada generación tiene sus escritores consagrados, y que los clásicos no se acaban en el punto crítico en que termina el siglo XVIII.

Así, con muy buen acuerdo, la *Biblioteca de Clásicos castellanos* que publica la *Lectura*, incluye en su catálogo al duque de Rivas. El duque de Rivas es el fundador del romanticismo en España; pero es un clásico, en muchos aspectos. Y es un clásico (no hay que confundir ser *un clásico* con *ser clásico*) porque la tradición nacional y la historia literaria sufrirían una mutilación, si faltase en ellas el nombre del autor de *Don Alvaro o la fuerza del sino*.

Me extendería más en consideraciones sobre el caso de mi cátedra... si no fuese mía. Naturalmente, esto me cohíbe. Me reduzco, pues, a dar gracias a cuantos han tenido la bondad de enviarme calurosas felicitaciones. Las he dado también por correo y telégrafo, pero alguna podrá perderse, traspapelarse u olvidarse. Aprovecho una ocasión más de expresar mi gratitud.

Y quiero decir (para consuelo de los que otra cosa repiten) que no debe de ser exacto eso de que falte dinero en Madrid. Yo más bien creería que sobra. Ahí van las razones en que me fundo.

En otro tiempo, escandalizaba el derroche de dinero en los toros. ¡Qué localidades más caras! ¡Qué repercusión en las familias jornaleras y humildes, y qué empeñar el colchón para comprar el asiento de tendido! ¡Qué sueldos a los matadores, y qué multitud de vehículos corriendo por la calle de Alcalá la tarde del domingo, que no quedaba una triste manuela para alquilar en las seis horas de semejante tarde! Bueno. Pues eso que sucedía el domingo nada más... cátate que sucede este año todos los días de la semana. ¿Lo oyen ustedes? Ahora hay toros diariamente; el espectáculo hebdomadario se ha convertido en cuotidiano. Y las plazas, llenas. Y los matadores, pagados como Reyes. Y las manuelas, disputadas; no se encuentra una, jamás, sea martes, jueves, sábado, miércoles o lunes. ¿Las subsistencias suben? No lo dudo; pero ello es que Madrid se ha puesto en el pie de corrida diaria.

El gasto que esto representa, calcúlelo mi amigo Navarro Reverter, que dicen es un gerifalte en hacer números.

Y acaso inferirán ustedes que con tal desarrollo hipernatural de la tauromanía los demás espectáculos, solaces y regodeos perderán concurrencia... Pues no hay tal cosa. ¡Al revés! Nunca se han visto más llenos los cines, los teatros, las «variétés» de todo género; nunca rebosaron así los cafés, las cervecerías, los tupís, los bodegones, los merenderos, las tabernas. De dónde sale la «luz», es cosa que no sabré definir. Acaso el desarrollo del lujo, del bienestar y del reñamiento traigan prosperidad a las clases pobres; pero los ricos, que en todo gastan, ¿de dónde sacan, digo yo, tanto *parné*?

Y sin embargo, os alarman siniestros presentimientos, os murmuran al oído frases trémulas de pavor. ¿Que va a suceder, Dios mío? ¿Qué significan los preparativos de los portugueses? ¿Por dónde pasarán las divisiones lusitanas, si van a Francia? ¿Qué consecuencias?.., etcétera.

Claro; esta amenaza pesa sobre nosotros desde que estalló el conflicto. Sin embargo, cada día parece que nos mostramos menos amigos de ahorrar, (cada cual en la medida de sus fuerzas) para contingencias posibles. Bajo la espada de Damocles, nos damos nuestra corridita diaria. Y vengan penas.

Podrá decirse de nosotros, con el tiempo, lo que del pueblo bizantino dijo García Gutiérrez en *Venganza catalana:*

> «Y tan cerca tuvo un día
> del toreo el temido acero,
> que, desde su lecho, el trote
> de los caballos oía...»

En suma, ellos es que el dinero, redondo para que ruede, rueda en Madrid que es una bendición. Este año, terrible por tantos estilos, habrá sido, para la capital de España, el de la corrida de toros todos los días, y el de los dos teatros de ópera cara – ¡y tan cara! – funcionando a la vez. Y ¿negará ya nadie que somos el país de los viceversas, como antaño se decía? La penuria por ninguna parte se ve. El lujo crece, lo mismo en las clases acomodadas que en las que no lo son. Se da mucho para beneficencia, no poco para el culto y los fines religiosos, y cada día surge una nueva sociedad, que fomenta o protege algo. Esto último me parece bonísima señal. Hay actividad, por lo menos.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Después de tantos espectáculos como se suceden en Madrid, tanto teatro, tanto cine; de los bailes nacionales con las danzarinas más sugestivas y graciosas, he aquí que aparece un nuevo brote de coreografía, desde el primer instante ensalzado y puesto en los cuernos de la luna como resumen, cifra y quintaesencia de lo bello artístico.

Me refiero a los bailes rusos que se aplauden en el Teatro Real.

La prensa ha agotado sus calificativos más encomiásticos, y la gente elegante y distinguida se ha abonado, sin reparar en el altísimo precio de las localidades, manifestando un entusiasmo que no suele demostrar por lo que al arte puro se refiere. Ha sido una emoción violenta, un sacudimiento de la médula, una electrización repentina. La expresión del éxtasis se ha leído en los semblantes.

Cuando ocurre una novedad por este estilo, un acontecimiento tan sensacional, yo tengo por costumbre fiarme de mis ojos y de mi propio juicio, y sentarme tranquilamente, sin prevención en pro ni en contra, a ver de qué se trata.

Así hice con los bailes rusos. La primera noche que asistí, figuraban en el programa *Cleopatra*, *El Espectro de la Rosa*, *El Príncipe Igor* y *Las Silfides*.

Empezando por el principio, diré que no son rusos los bailes. Es decir: no son rusos en el sentido nacional de la palabra. Serán rusos los danzarines: el carácter de lo que dan es muy cosmopolita; no pertenece a ningún pueblo o raza en especial. No sucede con estos bailes lo que ocurrió con la interesante y no muy alabada «capilla rusa» que oímos hace años, creo que en el Teatro de la Zarzuela. Aquella música y aquellos cantos tenían el fuerte y hondo sabor popular que parece impregnar el alma de las muchedumbres, y brotar de ella lo mismo que la fuente de sus escondidos manantiales. En esto que ahora presenciamos nada semejante encuentro. Se ha rebuscado la música aquí y allí, tomando, naturalmente, lo más bello y lo más poético de todas partes. Sólo hay una cosa imposible de conseguir con tal rebusco: la unidad, la fuerza del sentimiento que anima y caracteriza a una obra maestra.

No son, pues, rusos estos bailes. ¿En qué estriba el entusiasmo que despiertan? ¿En el aparato escénico, el decorado, la reconstrucción del ambiente antiguo o exótico? De todo hay un poco en este espectáculo.

⁂

Ante todo, debo decir que cuanto se ha escrito estos días acerca de la lección de *mise en scène* que han venido a darnos estos bailes rusos es injusto e infundado. El Real, en sus temporadas de ópera, pone en escena, es cierto, con impropiedad ridícula y mezquindad y descuido incalificables, rayanos en falta de respeto al espectador; pero otros teatros de Madrid, y señaladamente la Princesa, con la compañía Guerrero Mendoza, nada tienen que aprender y a veces podrían dar alguna lección a la escenografía tan ponderada de los bailes rusos.

Nótese que estos bailes carecen de maquinaria y transformaciones. En este sentido, el mismo Teatro Real, anticuado y polvoriento, montó un *ballet volant*, el de las Rosas, en la *Damnation de Faust*, de efecto más sorprendente, por la maquinaria, que ninguno baile ruso.

El llamado *El Espectro de la Rosa*, por ejemplo, está presentado sin recursos de tramoya. El asunto es que una señorita, después de un baile, se retira a su casa y se deja caer en un sillón, quedándose dormida, al respirar el perfume de una rosa. Durante su sueño, entra un silfo o genio o espectro, como se le quiera llamar (aunque es en efectivo un rollizo bailarín de carne y hueso), y danza alrededor de la durmiente, sugiriéndole, no cabe duda, un ensueño de amor. Ella, hipnotizada, baila inconscientemente, al compás voluptuoso de la *Invitación al vals*, de Weber. Pero cuando amanece, el genio, después de depositar en la boca de la niña un ósculo, desaparece. ¿Cómo diréis? ¿Esfumándose, desvaneciéndose? No, señor: saltando por la ventana.

¿Es esto montar un bailable con la ilusión que el arte requiere? El tal genio, espectro, silfo o diablillo debiera surgir de una suave niebla y perderse entre otra, con la vaguedad de lo soñado. Así, más parece que entra y sale un ladrón que un genio llamado a impresionar el corazón de una virgen.

Hago estos reparos porque se ha repetido en todos los tonos que la presentación de los bailes rusos era perfecta e insuperable. Si no, dejaría pasar ésta, como tantas otras cosas, a que no puedo asentir.

De tales bailables y poemas, puramente románticos, se han visto docenas desde el año 1830 acá. Los periódicos ilustrados han conservado la imagen de *Las Willis*, *Giselo o El Baile Nocturno*, y espectáculos análogos, sin hablar de los bailables de las óperas, como *Roberto el Diablo*, *El Profeta* y otras que ya no brillan por la actualidad y rara vez se cantan. Así, pues, en los bailes rusos, *Las Silfides* (hasta lo de *silfide* está un poco anticuado) no son realmente una novedad que justifique tal expectación ni tal entusiasmo, pocas veces visto.

⁂

Mayor originalidad encuentro en dos números: *Cleopatra* y *El Príncipe Igor*. Examinemos el valor de esta originalidad.

El Príncipe Igor es o quiere ser un cuadro de costumbres tártaras. Parece desarrollarse el escenario en un campamento tribal, y surge la tribu acampada, vestida no sé si con propiedad, pero de un modo pintoresco y caracterizada lo mismo. El decorado, del cual tantas alabanzas se han hecho, es infantil y parece, en vez de una serie de tiendas, una hilada de pimientos morrones gigantes.

En cuanto al baile, es curioso, desatado. Realmente, lo nuevo del espectáculo consiste en ese desarrollo de energía muscular, esos prodigiosos saltos, esos zapateados rápidos, esos movimientos rabiosos, que tampoco sé si serán verdad en el sentido de que bailen así las tribus mogolas, pero que producen un efecto curioso y extraño, si bien este baile reviste cierto carácter de número de circo.

Y vamos a *Cleopatra*, lo más fuerte del espectáculo.

Hay en *Cleopatra* una reconstrucción bastante estudiada e intensa de una época, de una civilización y de una figura histórica, aunque la Reina de Egipto no debió de asemejarse a esa figura sugestiva que nos presentan, envuelta en velos, vendada como para el sepulcro, y, aun en medio del extravío amoroso, hierática y rígida, como las esfinges de rosado pórfido, cuyas líneas no se alteran. La actriz que encarna a Cleopatra, es de la más pura raza caucásica, y Cleopatra sería una gitana, de obscura tez. Pero, explanadas estas dudas, que no revistirían importancia si no nos hubiesen afirmado que son irreprochables de propiedad los bailes rusos, diré que la serie de cuadros de *Cleopatra* es muy hermosa, y concebida con plasticidad extraordinaria. Salvo el detalle (ignoro en qué jeroglífico se fundará) del juego de ojos del gran Sacerdote, semejante al de las muñecas dormilonas, hay allí color, forma y vida para transportarnos a un Egipto (relativamente moderno; del reinado de Octavio o de César).

Yo pensaba (mientras se desarrollaban las escenas del dramita romántico que forma el asunto de *Cleopatra*) en la transformación de las costumbres, y en las inconsecuencias y contradicciones que en esas mismas costumbres pueden observarse. No aseguraré que el recato haya desaparecido completamente; lo único que diré es que hay en él intermitencias. Cuando Fernando Díaz de Mendoza tuvo que retirar del cartel *El castigo sin venganza*, nuestra *Fedra*, porque el recato se alarmaba, confieso que me indigné, y me pareció el hecho cosa de beocios. Y me pregunto a mí misma: ¿cómo cabe alarmarse ante la admirable tragedia, y no pestañear ante *Cleopatra*?

Siempre me inclino hacia el lado del arte, y lo perdono todo, si el arte sale vencedor. Lo que no tengo son dos medidas, una para lo que viene de fuera, y otra para lo de casa, para lo que aquí ha nacido y aquí se desarrolla.

En el bailable dramático que acabo de presenciar, los actores salen... ¿cómo insinuarlo? más ligeros de ropa que si fueran a bañarse. Su vestimenta – de algún modo se la ha de llamar – es copia exacta de las que llevan las figuras de los frisos y decoraciones sepulcrales de las Pirámides y templos. A descubierto se muestra la musculosa anatomía, sin *maillot* que la vele.

Y a este carácter sucinto y veraniego de los ropajes, corresponde la viveza de las actitudes. La escena de amor entre la Reina y el arquero, realmente se sale de lo que he visto nunca en la ficción teatral. Yo me acordaba del revuelo que se produjo en el Teatro Real, en cierta ocasión, por un poco de expresión en otra escena análoga, la de Fausto y Helena en *Mefistófeles*. Ahora no se rechista, aun cuando la pantomima sea verdaderamente, más que atrevida, temeraria.

Ante la bacanal de *Cleopatra*, recordé aquella tan inocente de *Sansón y Dalila*, en la cual no se hace sino alzar la copa y cantar «Gloria a Dagón». Los figurantes de *Cleopatra* son muy plásticos, y la bacanal tiene sus ribetes de saturnal. Los «silenos» se desmandan. En fin, no quiero insistir; el arte tiene sus derechos, aunque también los tenga el pudor colectivo.

⁂

Y es cuanto puedo deciros de los bailes rusos, sin duda un espectáculo notable, ya que no tan artístico como un drama de Shakespeare o una ópera de Wágner; y si hago esta aclaración, es porque aquí todo se exagera, y llegaron a afirmar que no se conoce cima tan elevada, y que el mismo Wágner no hizo más que señalar la ruta de este espectáculo. A mí ver, ni la poesía ni la música, ni ambas cosas reunidas como en *Parsifal* o *Sigfrido*, pueden soportar que se las ponga en parangón, o por debajo, de estos bailables, que dejan una impresión mixta de cinematógrafo y acrobatismo, y por momentos, de interesante reconstrucción arqueológica.

Ya sé que, en este momento, la gente está embelesada con los bailes rusos. Así como pasábamos por afectados y pedantes los que desde un principio ensalzamos las óperas de Wágner, pasaríamos ahora por acéfalos insipientes si insistiésemos en que el decorado de los bailes rusos es menos que mediano, la escenografía incompleta, los bailarines del sexo fuerte algo empalagosos y *vieux jeu* en muchos aspectos, y las obras, no todas admisibles en el Teatro Real, de público tan distinguido y en que tanto abundan las damas. Todos estos defectillos no impiden que haya habido momentos en que parecía una evocación de la historia, tal vez de la imaginada, pero que ya a fuerza de imaginada ha venido a ser semirreal, esa Cleopatra traída a lomos de esclavos, en cerrada litera, envuelta en los elegantes velos de la Diosa Isis, y cuyas posturas y ademanes están también impregnados de misterio cruel y sensual.

⁂

Todo esto, en el fondo, no es más que literatura. Literatura novelesca, francesa. Todo esto nos llega a través de *La novela de una momia*, de *Salambó* especialmente. El rastro de *Salambó* es bien profundo, bien imborrable. De él salieron infinitas obras en la pintura, en la escultura, en el drama, en la música. *Salomé* también procede de *Salambó*. Los antiguos cultos tenían un carácter de crueldad y maleficio que se agudizaba en la mujer, sacerdotisa, reina, princesa. Así, Salambó, después de sus horribles nupcias con el Pitón, llevará a la muerte más espantosa al desdichado que la ama; y Cleopatra, la vencedora, será causa del trágico fin de Marco Antonio, el que vió en la desatada fuga de las galeras, tras la rota, por el inmenso mar: y la del bailable hará morir de veneno al que un instante logró su caricia; y Salomé hará degollar al justo que no ha querido ceder a su capricho violento y rápido como el rayo; y siempre la misma tesis: la mujer perdiendo al hombre que la adoró; mientras en nuestro culto religioso, la mujer redime, protege, consuela, sonríe y bendice...

No en balde se ha dicho que era el demonio quien inspiraba a esas viejas religiones, aun la egipcia, que no fué de las más sanguinarias; como que hay historiadores que opinan que ignoró los sacrificios humanos; y, en efecto, ni en sus pinturas ni en sus monumentos se ha encontrado rastro del atroz rito, en otros puntos del orbe tan extendido y practicado.

En esto pensaba yo, mientras desfilaban con sus sistros y arpas los músicos de la Reina de Egipto, y ella se extendía, enigmática, yerta, sobre el tapiz y tálamo de sus momentáneos amores con el formidable arquero...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Nótese lo que es la actualidad. Alcanza hasta a Cervantes. Se creería que Cervantes o había de ser actual siempre, o no había de serlo nunca. No ha sucedido así. Por tres meses fueron actualísimos el buen hidalgo y el honrado escudero; y hasta Rocinante y el Rucio. Ahora, ya nadie se acuerda de ellos. Los han desterrado los apaches, que desde París vinieron a imponer la moda de cómo se puede robar según los últimos figurines y modelos.

Y bien, yo os digo que esos apaches, al parecer tan impuestos en las artes del robo, se han mostrado más bien torpes y lerdos, y que no faltará por ahí español neto y clásico que les pueda dar quince y raya.

Desde luego, el procedimiento de la puñalada o siquiera del estilete, creía yo que en estas disciplinas estaba mandado retirar. No hay cosa más delatora que la sangre. Un bramantillo, una soga ligera y bien engrasada, se me figuraban que fuesen menos comprometidos y más pulcros sistemas. Y, si los apaches proceden así, a estas horas no lo cuenta el infeliz y mal aconsejado dependiente de la casa de empeños (gusto de llamar a las cosas por su nombre).

Mal aconsejado he escrito, y quiero insistir. He leído en un periódico que el amo felicitó al dependiente. Claro es que, cuando se ve a una persona malferida en la cama de un hospital, no se le pueden decir sino cosas cariñosas y confortadoras. No es el momento de increpar ni de reconvenir. Por lo demás, el dueño estaría en su derecho si exclamase: «Toda la culpa de este desavío la tienes tú. Te había ordenado que no abrieses a nadie la puerta. Los hechos demostraron lo discreto de mi orden.»

Una de las virtudes que habría que cultivar en el pueblo español, es la obediencia, la que los frailes llaman «santa». Y santa es, en efecto. Donde se obedece hay orden y seguridad social. El desobedecer implica desquiciamiento. Nótese bien: no existe obra humana colectiva que no sea fruto de obediencia. Las mismas muchedumbres anárquicas, revolucionarias, obedecen a su consigna. Estoy por decir que obedecen más que nadie, con mayor rigor y fe. Y cuanto se hace en tal sentido, no es sino cumplimiento de órdenes, obediencia.

La organización militar es, en este punto, un modelo, y cuanto más se aproximan a él los organismos civiles, más fuerte es su acción. Quitad esta suma virtud de obedecer, y veréis que la sociedad y hasta la antisociedad se desarticulan, como esqueletos a los cuales les suprimen alambres y goznes.

No debe ser privativa de lo militar la obediencia. Debe extenderse a todos los rincones y capas de la sociedad. También los apaches obedecen a un jefe. ¿Los apaches? De seguro, obedecen como cadáveres, según la fórmula de la Compañía de Jesús.

Ahí tenéis un ejemplo de lo que puede la «santa» obediencia. A no ser por ella, los jesuítas ya no existirían. Su defensa contra los infinitos enemigos que los atacaron y combatieron, fué ésa: la obediencia absoluta. Por eso se ha dicho que San Ignacio no fundó una Orden, sino una milicia. Y milicia, bien mirado, o como milicia al menos, debiera ser toda organización, grande o chica.

Cuantos se han fijado en lo que en España sucede, reconocen que aquí nadie hace sino lo que le place; que no se cumple jamás lo mandado. Las leyes se redactan, aprueban y promulgan, para que sean letra muerta o para que tenga la gente el gusto de infringirlas. No hay proverbio más español que aquel de «hecha la ley, hecha la trampa». Encontramos mucho de poético y de grato en reirnos de lo que nos ordenan. ¡Valiente tontería! ¿Por qué vamos a respetarla? ¡Pues hombre! ¡No faltaba más! Está mandado así, pero «para conmigo» eso no rige. Y lo presenciamos a cada paso. Y lo puede observar cualquiera. Yo he oído a un señorito, no a un hombre inculto, afirmar que era para él un goce, en el tranvía, bajarse por la plataforma contraria a la que está dispuesto. Para impedir que se fumase dentro de los tranvías hubo que sostener una lucha. Les sabía mejor el cigarro, por lo mismo que no les era lícito.

Estos son los *dilettantes* de la contravención; los enamorados del fruto prohibido. La mayoría no contraviene por el gusto de contravenir, sino porque no se ha dado cuenta de la necesidad de obedecer. Tal fué el caso del dependiente de la tienda saqueada por los apaches, en la calle del Clavel, en Madrid.

El chico, por lo que se deduce de los relatos periodísticos, tenía la consigna de no abrir la puerta ni al lucero del alba. Era lógico, porque un establecimiento donde se guardan joyas por valor de cientos de miles de pesetas, y el género está a la vista, y por decirlo así, al alcance de la mano, exige terrible vigilancia. Como en el cuento de *Caperucita roja*, no hay que abrir al lobo, por más que se disfrace. Se ha dicho que la puerta no se franquea. Pues a no franquearla.

No se cuenta con los hábitos de la raza, con la costumbre de interpretar las órdenes y al interpretarlas, corromperlas. Los ardides del que quiere quebrantar la consigna pueden más que la obediencia del encargado. Los apaches, desde fuera, insisten, alegan conocimiento, presentan una tarjeta, ¡qué sé yo! Y entra la incertidumbre, las vacilaciones de una voluntad no educada en obedecer. Y la puerta se abre, y entran por ella el crimen, el puñal, el saco...

El pobre chico es la primera víctima. Estamos conformes. Eso, sin embargo, no le excusa. La fábula urdida por los apaches era, además, burda, y se tenía de pie. Querían que les abriesen para telefonear; pero se telefonea desde cualquier parte. Lo que querían era entrar. Y no sería para rezar el rosario.

El yerro del dependiente no fué, por otra parte, nada extraño ni insólito. Al contrario. Como dejo dicho, es el caso más común. Lo raro, lo que siempre sorprende agradablemente, es que lo dispuesto se cumpla al pie de la letra. Las transgresiones son la regla general.

Tiene mucho de significativo el que los apaches se vengan de París a Madrid, buscando a su alrededor empresas grandes. Quiere decir que, en París, ya les falta campo, o se lo han reducido de tal suerte, que nada pueden intentar. Nótese que en París no hay criminalidad, a la hora presente. No se lee de un atentado. Y es la guerra, la guerra cruel, la que ha sanead o las costumbres.

Eran los apaches un fruto podrido, como el níspero, o por mejor decir, un fruto cuya madurez es la podredumbre. Nacieron como protesta y reacción contra el lujo excesivo y las costumbres sibaríticas y babilónicas. Ladrones y asesinos, los hay en todas partes; apaches, sólo los había en París. Cuando París sintió el serretazo del deber moral, los apaches se encontraron, por decirlo así, *dépaysés*. Aquélla no era su urbe, tan propicia a la aventura y al merodeo. Una severidad, una gravedad de matrona, cambiaban la fisonomía cosmopolita y riente de Lutecia. La edad de oro del apachismo había pasado.

Y como el buhonero que cruza la frontera con su bagaje de bujerías, los apaches cargaron con el frasco de cloroformo y los estiletes, y, sin olvidarse de las correspondientes madamas y madamiselas del honor agujereado, como decía mi difunto y gracioso amigo Narciso Campillo, se vinieron a un país neutral. Es siempre el patio de Monipodio, con rufianes y coimas, sino que siendo menor la *bonhomie*, es más trágico el sentido de estas asociaciones criminales. Trágico, y hasta con sus ribetes de moralizador. Ved lo que hace el hombre que no vive sino satisfaciendo sus apetitos, y no los fisiológicos solamente, que eso es su derecho, sino los de lujo y placer refinado. Y aun hay otra moraleja: ved en qué se convierte el desertor de la bandera de su patria. Uno de estos apaches desertó: acaso no temió el peligro: no quiso la vida de trinchera, las privaciones, el frío, los insectos sucios: prefirió clavarse una bala en la sien, al caer en manos de la policía.

La cual, justo es decirlo, esta vez ha cumplido bien su obligación. Al escándalo del asalto de la tienda, ha seguido sin tardanza el ejemplo de la captura de los delincuentes. Mejor hubiese sido vigilar; pero es indudable que los apaches acabarían por dar el golpe, si no en ese establecimiento, en otro.

La lucha característica del período que atravesamos, es la de los malhechores y la policía. Cada vez parece más evidente que de esta batalla entre el mal y el bien, ha de salir una transformación de las costumbres. Los atentados a mano armada, que con tal feroz intrepidez iniciaron los llamados «bandidos trágicos» en plena capital de Francia, vendrán a ser casi imposibles. Y la sociedad se clasificará de un modo categórico: el ejército del crimen será conocido, y al ser conocido perfectamente, será dominado con eficacia, para que no pueda insistir en estos carteles de reto que lanza a la sociedad. Así como ha pasado el tiempo de los bandidos pintorescos y románticos, pasará el de los apaches. Se convencerán de que la profesión da poco de sí y envuelve muchos riesgos.

El caso de la calle del Clavel debe servir para poner en guardia a los que miran por nuestra tranquilidad. El veraneo va a dejar solas no pocas casas donde se guardan riquezas. Verdad que son riquezas artísticas, y aunque el arte sea siempre un valor, el mercado principal del arte está hoy destruido por la guerra. El famoso «inglés» que invariablemente venía a comprar todo cuadro bituminoso y todo mueble picado de polilla, está ahora ocupado en otras cosas, entre ellas ahorcar irlandeses. Sólo los yankis quedan aún en pie, para adquirir arte.

Y, además, los cuadros, tallas y tapices no se esconden en un calcetín ni en un saquillo, como las joyas de oro, plata, pedrería y perlas. Los apaches retroceden ante tal empresa, que les obliga a gastos de transporte y de difícil ocultación.

Ello es que el Sr. La Barrera habrá de andar barba sobre el hombro, y no descuidarse un punto con esos nuevos artistas que se nos han metido por las puertas. La gente de mal vivir madrileña aun tiene algo que aprender, y eso que le falte se lo enseñarán los compañeros franceses y yankis, pues de todo parece que hay en la gavilla de Renaud.

Así como así, las costumbres preparan ya, en Madrid, el advenimiento del apache. En el aire flota el apachismo. Carácter de apachismo tienen los tangos y *trots* de moda, las desnudeces de la elegancia, y hay su dosis de apachismo en la literatura, y lo gustado de la civilización se revela en estos pormenores, más tal vez que en los grandes hechos sociales y políticos. Fuera error suponer que el apachismo es un fenómeno aislado, algo como una verruga o su perfetación, meramente epidérmico. No; el apachismo responde a corrientes profundas, a degeneraciones íntimas, a fermentaciones morbosas, que afectan a todo el cuerpo. La literatura – como siempre – ha sufrido la presión de estas corrientes y las ha reflejado, y no sé si las ha exagerado o se ha quedado muy corta en expresarlas. Yo acabo de recibir, hará unos meses, cierta novelita que vió la luz en una de esas publicaciones hoy tan en boga, que se venden muy baratas por la calle, y el asunto era una hazaña de apaches, un apache y una apachesa, que pasaban la frontera para ejercer su oficio. Por cierto que hubo quien se escandalizó de tal novela, como si lo que en ella se refería fuese alguna invención de mi magín. Verdad que mucha gente tiene por oficio escandalizarse.

Mi novelita era una gota de agua en el océano de la literatura que el apachismo inspira. Sin embargo, donde triunfa el apachismo con más brío, es en la película cinematográfica. Hay una estrecha unión entre el fenómeno social y su representación más o menos artística, en el cine. Ya sabemos los efectos que ha causado en jóvenes fantasías. Niños y adolescentes se han sentido apaches, y se han dado a suponer asociaciones terroríficas y manos que aprietan, y, a diferencia de Dios, al apretar, ahogan. Me apresuro a decir que mi novelilla no se parece a una película, ni hay en ella combinaciones espantosas, de esas que estiran el pelo. Si bien se mira, mi novelita, titulada *La aventura de Isidro*, es sencillamente la eterna historia del incauto, atraído por una daifa a las redes de un ladrón. El apachismo puede haber variado los procedimientos; el fondo es el mismo.

La última consecuencia de la historia de los apaches de Madrid se puede resumir en esta frase: si Dios y la policía no lo remedian, y la guerra se prolonga, vamos a ver toros y cañas con estos visitantes.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La ópera barata le está haciendo peligrosa competencia al Teatro Real. Claro es que el Teatro Real no se encuentra abierto ahora. Pero le van espumando el puchero, para cuando dé principio la nueva temporada.

La ópera era un espectáculo selecto, que parecía inaccesible fuera del Regio Coliseo, que no se concebía sino en invierno, con escotes, diamantes, muchas pieles a la salida, y coros de hombres para tomar el coche, con la pasarela aristocrática agolpada en el foyer. Y he aquí que, sin estos perendengues, la afición se encuentra gratamente sorprendida con óperas al alcance de todos. La iniciativa merece alentarse. Se democratiza la lírica, y vuelve el Gran Teatro a su primer destino, sólo que con óperas italianas, pues la española no ha sido una de esas aspiraciones que no pasan de entusiasmos y acaso lo sea siempre, dígase lo que se haga.

Veremos si con el sinapismo y castigo de la ópera barata, el Real se despierta de su modorra, y realiza las tantas veces anunciadas reformas, que ya, más que necesarias, han llegado a ser indispensables. Veremos si mudan las alfombras, que no son alfombras, sino pingajos. Veremos si se adecentan aquellas butacas, que, al poner en ellas la mano, sueltan nubes de polvo. Veremos si se hace algo para justificar los altos precios y para volver por el buen nombre de este espectáculo. Estoy por apostar que llegará el día de la inauguración, y veremos la misma alfombra, contaminada por las borracheras de los bailes de Carnaval, y hecha jirones por el largo servicio, y el mismo polvo en las butacas, y la misma suciedad y descuido en todo...

***

¿Sois aficionados a los toros? De seguro que, por cien lectores, noventa responden afirmativamente. Si no, ¿qué explicación tendría el hecho de que las plazas aumentan, se construyen hasta en los pueblos y villorrios, y en Madrid, en lugar de la corrida de los domingos, hay corrida diaria, o la hubo, por lo menos, durante todo el mes de mayo, en que no se encontraba una *entrada* para un remedio?

La afición, sin duda, aumenta, se hace epidémica, llega a las últimas [illegible], adquiere caracteres de delirio, y es lo único vivo y ardoroso que perdura, entre el indiferentismo escéptico de la hora presente.

Un escritor de brío y empuje, Wenceslao Fernández Flórez, escribe, con tal motivo, algo que yo firmaría. Es una indignada protesta contra la ferocidad de las multitudes, contra el público que, al ver caer herido de terrible cornada en el pecho a uno de sus lidiadores favoritos, el diestro Pacomio Peribáñez, que casi en las ansias de la agonía era retirado de la plaza, no estuvo conforme con suspender la corrida, y siguió viendo la lidia de los cinco toros restantes, con las vociferaciones de costumbre, y los chistes y meriendas habituales.

He aquí el enigma del atroz espectáculo. ¿Quién negará que endurece los corazones, que cría callo en las almas?

Mientras expiraba – o si no expiraba, estaba en el trance de expirar – el infortunado muchacho, la plaza aullaba, silbaba y reía. Quien diga que esto es defendible, dentro de las nociones más elementales de humanidad, que levante el dedo.

Y lo peor es que ese público de alma de cántaro, no es especial, no es eventual, no es el de un día. Es el de siempre, es el público, sin adjetivo. Reunid a millones de hombres, llevadlos a la guerra, y milagro será que, en conjunto, no resulten héroes. Reunid un millar de hombres, llevadlos a los toros, y será asombroso que no tengan más de fieras que de racionales.

Luego el mal está en el espectáculo mismo. Su esencia lleva concentración de grosería, de barbarie, de una sensualidad sangrienta que, pareciendo propia del atraso colectivo, es en realidad también una forma de decadencia y enervamiento. No juzguéis escuela de valor la corrida. El valor reviste otras formas, y entre ellas, la de la abnegación resignada. Ved cuán serenamente se muere por esas Europas. A fe que ni se blasfema, ni se profieren interjecciones, ni se arma gresca y juerga, ni se riñe puerilmente con el vecino de al lado. La única analogía, es que, caiga quien caiga, la función no se interrumpe...

***

Ha caído, en todo su vigor, como árbol que la tormenta desarraiga, Lord Kitchener, y aparte de las naturales manifestaciones de sentimiento ¿en qué notáis su falta? La guerra sigue como si tal cosa. Por lo visto, ni ese jefe ilustre ni su brillante Estado Mayor, hundidos silenciosamente en los abismos, hacían falta en Inglaterra; se luchaba con ellos, se luchará sin ellos; se los reemplazará, y *all right!*

Por cierto que, no perdiendo sus derechos el novelista jamás, hallándose la imaginación siempre despierta, la tragedia de Lord Kitchener me pareció doblemente interesante, porque, a diferencia de otros sucesos de esta guerra nada romántica, tuvo su parte de leyenda, dió lugar a versiones curiosas. Se dijo que un espía, un irlandés, para vengar a sus paisanos ahorcados o fusilados, dió la noticia de la salida del *Hampshire*, y fué causa de que en su ruta se colocase la mina fatal. Ello no será verdad; pero a mí me gustaría, románticamente hablando, que lo fuese. Era trágico, era tremendamente hermoso. Si al cabo la embarcación se había de perder y el valiente Lord de hundirse en las aguas amargas y revueltas que rodean a las Orcadas, añadía una nota emocional el hecho de que un patriota vengador hubiese preparado la catástrofe.

Yo veía, en mi imaginación exaltada, no al espía vivo, sino a alguna de las tristes víctimas de la rebelión de Irlanda, a un alma en pena, que, desde aquel país de superstición y conjuros, brujas y fadas, venía, entre las tinieblas de la noche, a dirigir, por misterioso modo, la marcha del navío inglés hacia la mina oculta. Si nuestra época se ríe de estas concepciones, en el fondo de los espíritus no falta quien las admita, trémulamente y en secreto. Y no tan en secreto. ¿No habéis leído que, no ha mucho, un anuncio, unas culebrinas de fuego, fueron causa de que nadie aportase por un establecimiento de Madrid? Era la superstición rediviva, era ese temor a lo desconocido, que nos oprime ante la sombra, ante el destino ignorado y todopoderoso...

Por mí, ya lo he dicho, siento que la leyenda se extinga. Respeto muchísimo los fueros de la ciencia, todos los privilegios de los documentos históricos – aunque dudo de su eficacia para descubrir el trasfondo de la verdad, que a veces ni en figuras contemporáneas puede apreciarse debidamente – pero téngalo entendido mi docto amigo el académico de la Historia, marqués de Laurencín; me gustaba doble la Lucrecia Borgia de antaño, que esta ahora descubierta en documentos, y que no rompía un plato, según los nuevos informes.

Cuando leí a Gregorovius, hace años, me pareció que le prestaba a Madona Lucrecia un flaco servicio al rehabilitarla. La Lucrecia de los poetas y dramaturgos era una creación muy en armonía con los tiempos agitados, crueles y sombríos, bajo fastuosas apariencias, en que le tocó vivir a la hija de Alejandro VI. El veneno empezaba entonces a hacer de las suyas, y no se descuidaba el puñal. La nefanda leyenda que rodeaba, como diabólico nimbo, la frente de tan puro diseño de Lucrecia, deja, al borrarse, una figura insignificante, mísera, sin carácter y sin relieve. Probablemente – iba a escribir por fortuna – se hará más luz todavía, y nos devolverán a Lucrecia perversa, que en su perversión tiene su poesía profunda.

No me convencen mucho a mí, para formar juicio de una figura histórica, los elogios de quienes, como Fernández de Oviedo, ejercen cargos palatinos, y como tales palatinos hablan y escriben. Cansados estamos de ver falseada la verdad a cada momento, no tan sólo por los palatinos, sino por la prensa, que, andando el tiempo, será invocada como elemento de juicio, tal vez. Por lo menos, ya que no haga fe, inducirá a contradicción, y se verán en calzas prietas, en más de un caso, los historiadores futuros. Los mismos documentos oficiales no nos dan sino la corteza, lo externo de los hechos; y cada año que transcurre aumenta dificultades para su recta interpretación. No me deslumbra demasiado a mí la palabra «documento». Los documentos antiguos no representarán más valor que los modernos, y todos sabemos cuánto cabe en ellos de engaño y error. Acabo de tener en mis manos uno, que me concierne, y en el cual mi nombre aparece escrito de cuatro maneras distintas. Esto, en un papel viejo, daría lugar a muy extrañas conjeturas y disquisiciones.

Lo más exacto del estudio de Laurencín es la observación del odio que en Italia despertaron los Borgias o Borjas españoles. A este odio podrá achacarse buena parte de las imputaciones, acusaciones y patrañas que tan bien se adaptan a la poesía romántica de Victor Hugo. Yo creo, releyendo los curiosos extractos de causas criminales italianas, del XV y XVI, que glosó Stendhal, y recordando, sin gran esfuerzo de erudición histórica, las costumbres de aquellos tiempos, que no sería privativo de los Borjas mucho de lo que se les atribuye. Pero ¿cómo perdonar que se hubiesen adueñado de Roma unos extranjeros de origen humilde – díjose que, en su origen, labradores valencianos – y que uno de ellos, César, el cardenal de Valencia, a quien tan duramente trata Laurencín, y que, si tenía todos los vicios, los engrandecía con lo amplio y enérgico de su ambición, soñase en ser el gonfaloniero de la Chiesa, y se adelantase varios siglos a las aspiraciones nacionales de Italia?

Estropeen si quieren a Lucrecia Borgia, dejándola convertida en figurilla de porcelana, en hembra dulce, tímida, recatada y de aire piadoso; pero respeten algo a César Borgia, el español aventurero que también descubrió un mundo político, y sucumbió obscuramente en tierra ibérica, espada al puño. César Borgia ha sido siempre para mí algo sugestivo, y quisiera no morirme sin haber visitado su sepultura. A estos hombres, capaces de cambiar el mapa, por poco que las circunstancias les ayuden, yo les perdono, de muy buen grado, pues no soy su confesor, los extravíos y hasta los crímenes. Además, en los tiempos de César Borgia, la palabra *crimen* acaso no tenía igual sentido que hoy. Y díganme si no está el crimen latente en las magnas empresas. Venza quien venza en la lid fenomenal que presenciamos, ¡sobre cuántos crímenes se habrá fundado su victoria!

***

A la tétrica luz de la guerra interminable, va viéndose una triste verdad. En España no se fabricaba, no se producía ni la mitad de lo que nos hace falta para vivir y no interrumpir nuestras ocupaciones habituales.

No hay agujas apenas. No hay colores en tubo para la pintura. Faltan numerosos medicamentos modernos. Asimismo instrumentos quirúrgicos. Fíjate, ¡qué asombro! hasta semilla de remolacha forrajera, que venía de Alemania...

Es decir que no sabemos remediarnos, ponernos al abrigo de toda contingencia. Estamos a merced de los demás países.

Y el desequilibrio económico nace, forzosamente, de este estado de cosas. Lo que no falta, sube en tales proporciones, que viene a ser como si faltase. El papel se ha puesto por las nubes. Un solo producto, la naftalina, de costar a peseta el kilo, cuesta hoy a tres cincuenta. Lo extraño es que los productos del país, cuya exportación se ha dificultado o impedido, lejos de abaratar, también encarecen. Nunca han alcanzado más altos precios los limones y las naranjas.

Y, ya hice notar esta singularidad: al parecer, en España, o cuando menos en Madrid, se diría que hay más dinero que nunca.

No pierde diversión, no ya la gente ociosa y acomodada, sino la trabajadora y humilde.

Todo espectáculo cuenta sus entradas por llenos. Se construyen teatros incesantemente. Y, en la plaza, cada día corre la sangre, la humana, y la muchedumbre grita de placer, mientras un hombre sufre colapsos en la enfermería...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se hacen cálculos y se emiten conjeturas acerca de lo que puede durar todavía lo que ya nadie llama «confiagración», porque el vocablo se ha gastado a fuerza de uso, obsérvase la impresión general de que, como dijo el cura tartamudo al ver que su acólito era tartamudo también, «tenemos misa para un año».

¡Y para más de un año!, afirman los mejor enterados de estas cosas. Por lo que aparece al exterior, para los que ni estamos en los altos secretos, ni conocemos sino para servirles a los jefes de los Estados que se dedican a romperse la crisma concienzudamente, este es un problema de tiempo, de agotamiento, de cansancio. Y el cansancio no se deja ver por ninguna parte. Se acaparon aquellos antiguos fenómenos de desaliento y descontento en las tropas. Mueren como moscas si es preciso – y es preciso muy a menudo – pero conservan el aliento, el ánimo, el sosiego ante las más horribles hecatombes. De modo que hay que descartar del cálculo de probabilidades la idea de un desfallecimiento de la voluntad en los ejércitos. Dijérase que hacen esta guerra hombres de cemento armado, que no pueden sentir las debilidades y flaquezas que a veces sintieron los más heroicos.

Se solía decir que nuestra época había descendido en temple de alma; que los héroes eran productos de otros tiempos y días. Y yo creo, y la historia lo consignará también, que nunca se ha desplegado tanta fuerza psíquica, tanto empuje moral, además del material, como en esta lucha. La humanidad, es mi humile opinión, saldrá de ella engrandecida y fortificada, y todo aquello de la molicie, del bizantinismo, del «fin de siglo», de las «menguadas edades», quedará desmentido del modo más brillante, y también, ¡ay! más doloroso.

A costa de qué sufrimientos y sacrificios se han erigido en «profesores de energía» los varones, y hasta las hembras, de este momento cruel, eso no lo sabemos todavía; pero ya llegará la hora de que se sepa y se recuente y sea asombro de las venideras generaciones. Y parecerán increíbles tantos dolores, tanta ruina y estrago, y más increíble aun tanto aguante, o que, por lo menos, la queja haya sido como algo aislado y sordo – excepto tal vez por lo que a Bélgica se refiere –.

Y aun Bélgica no ha exagerado sus males; pero, en medio de la deshumanización general, de la férrea impasibilidad de otros pueblos, ha parecido la única plañidera. Ha hecho Bélgica algo que encuentro natural: ha querido siquiera ser compadecida: ha pregonado cuál fué su delito, para castigo tan duro. Y como los demás no preguntan y se encierran en una flema estoica, por eso he dicho que Bélgica se diferencia del resto de los que danzan en la lucha.

Bien puede afirmarse que la doctrina del estoicismo, antigua como el mundo en la práctica, aun cuando no lo sea en las anales filosóficos, es la que hoy anima y sostiene a las masas de hombres que no han oído ni nombrar a los estoicos griegos. El resorte interior que, según algunos moralistas, ha sostenido al mundo, y le ha hecho caminar, el estoicismo, ha revelado, en estos años verdaderamente trágicos, su vigor.

El estoico, es decir, el que aplicaba la doctrina además de profesarla, era sin duda superior a los acontecimientos, a las miserias, a las limitaciones de la humana vida. Sin sospecha de tal sistema filosófico, el indio amarrado al poste de la tortura y soportando silencioso y arrogante los martirios más refinados, fué sin duda un estoico práctico, y no solamente lo fué, sino que lo fué con orgullo, porque el estoicismo se enseñaba como una virtud y excelencia del guerrero, y era acaso más hermoso sufrir despreciando el dolor, que combatir y vencer.

Por eso hubo quien confundió a los primeros cristianos con los estoicos, y los creyó afiliados a esa secta. Aquella increíble resistencia para sufrir, aquella paciencia inagotable, se la atribuían a las enseñanzas de Zenón de Chipre, sin ver las grandes diferencias que existen entre ambas doctrinas. Mientras Jesús, en medio de un sudor de sangre, acepta la muerte ignominiosa y fiera por redimir a los humanos, Zenón, fundador del estoicismo, llegado a la vejez, se suicida por considerarse inútil a sí mismo y a los demás.

A falta, sin embargo, de la superior concepción del cristianismo, el estoicismo, y bien lo vemos ahora en la práctica, puede dar a la humanidad un temple de acero. Con el cristianismo llevado a sus últimas consecuencias, no hubiese habido guerras tan atroces; con el estoicismo, que se ha erigido en dogma, sépanlo o no los combatientes, la guerra, por lo menos, está revestida de una gran dignidad.

Sería curioso consultar acerca de este conflicto sin ejemplo ni precedentes a un estoico pensador, como el emperador Marco Aurelio. ¿Qué diría? No podría aconsejar la calma, la serenidad absoluta frente a los acontecimientos, porque vería, tal vez con asombro, aplicada ya esta doctrina, por doquier, donde los ejércitos han sentado, no sus reales, sino sus trincheras. Vería una calma tan profunda, que casi llega a ser incomprendible. Calma ante las privaciones; ante el frío; ante la miseria; ante la vida sin hogar, sin dulzura, sin amor; calma ante las heridas espantosas, las mutilaciones bárbaras, las enfermedades que debilitan el cuerpo, los proyectiles que explotan, los gases que asfixian, las aeronaves que siembran destrucción, la falta absoluta de libertad, la sujeción estricta a la disciplina, la incomodidad; calma ante el incendio, ante la pérdida de la casa que amábamos y que atesoraba los recuerdos de los antepasados y los propios; calma ante la iglesia donde se rezaba y que es pasto del fuego; calma ante la ciudad arruinada, devastada, convertida en montón de cenizas; calma ante la desaparición inexplicable «sin huellas» de seres queridos, de los cuales no se vuelve a tener noticia; calma ante las lágrimas de las madres, ante la idea de los hijos abandonados...; calma, en fin, ante la hipótesis de una derrota final, una de las contingencias del porvenir. Y cuanto se hace y cuanto sucede, lleva el grave sello de esa misma calma: en calma se hunden los navíos, en calma se amontonan ingentes moles de cadáveres. No se escucha ese furioso y hondo griterío de las muchedumbres enloquecidas de terror; no por cierto. Lo que se oye y ve, es la frialdad, tesón, resolución, voluntaria y recia, no desesperada. Lo que se ve, es la tensión estoica.

Y no lo digo sólo por una o dos de las naciones en lucha. Todas, con las diferencias más externas que hondas de su temperamento nacional, muestran esta misma firme determinación de agotar el esfuerzo sin decaer un minuto. Y eso es lo que no permite, ni aun como conjetura adelantar nada acerca del resultado de la guerra europea... ¡Nada!

Y nosotros, que por bondad divina no estamos enzarzados hasta hoy con nadie, sino con los moritos, a quienes de vez en cuando hay que machacar las liendres (y que no son, por cierto, enemigos despreciables, aunque no se presenten con aparato bélico todos los días, o acaso por lo mismo, por lo crónico y traicionero de su resistencia) nosotros, digo, que miramos los toros de Europa desde la barrera, quizás seamos los únicos que ante la tragedia interminable sentimos impaciencias y terrores y diéramos más de un doblón, no por *describirla*, sino por verla terminada.

Sus consecuencias no cejan de afectarnos. La herida económica, también nosotros la sentimos. Verdad que hay quien se enriquece por la guerra; pero más serán los que se arruinen. La teoría de aquel emperador de quien hablé hace un momento, Marco Aurelio el estoico, que afirmaba que toda acción humana tenía transcendencia para todos los hombres, se demuestra con el hecho de que ciudades españolas enteras vean aniquilado su comercio, enfermas sus modestas industrias, porque las grandes naciones anden a la greña.

Oís repetir, a cada paso: «El pueblo de tal está muerto... La ciudad de cual está sin vida... No hay quien monte una industria... Se ha paralizado todo...» ¿A qué atribuirlo? A la guerra, por lo menos en gran parte, tiene que ser.

Carestía en los artículos, algunos de primera necesidad; amén de carestía, escasez, y hasta falta absoluta; retraimiento en los compradores – y no el que pudiera suponer – dadas las circunstancias, pues se sigue gastando alegremente en muchos conceptos, y no se ha exagerado esa economía que es como medida preventiva en las horas críticas... Tal es la situación poco halagüeña a que la guerra, con su prolongación, nos ha conducido.

Y no quiero ni mentar las alarmas que, periódicamente, nos obligan a enderezar la oreja...

He tenido ocasión de notarlo varias veces: no por eso disminuye el buen humor; sí, el buen humor. En un gráfico acabo de ver cómo los soldados franceses, en la región de Verdún, fusil al hombro, de pie, asisten a una representación teatral, al aire libre, organizada por ellos mismos. Y a fe que hacen bien los jefes en permitirles estos solaces. En la guerra de Cuba, los hombres que formaban una columna necesitaban, si eran de ciertas regiones españolas, llevar guitarras. Al rasguearlas, en los improvisados campamentos, recobraban el buen humor, la canción subía a sus labios, y ni se acordaban de las fatigas ni de las escaseces ni mucho menos de los peligros. El tedio es una enfermedad del espíritu, y al espíritu hay que conservarlo sano y animoso, a toda costa, en estos casos extremos.

Tan necesaria como la ambulancia y el botiquín, y tratándose de españoles, raza muy impresionable, es la guitarra. A otros pueblos les hace falta su gaita guerrera, e Inglaterra no se la ha negado jamás a sus tropas de Escocia, que la miran como a un numen.

Hay que respetar el alma de los pueblos; no hay que oprimirla demasiado, ¡porque estallará! Ved, por ejemplo a Irlanda. Yo he escuchado decir (¡qué será lo que no se diga en este mundo!) al emitirse la hipótesis de que un pueblo fuerte se apoderase, por violencia o engaño, de algunas regiones hermosas que son adorno de España, que no debiera temerse la contingencia, ya que entonces esas regiones estarían mejor gobernadas, atendidas, y ganarían infinito con su servidumbre anexional. Irlanda pudo pensar lo mismo, pero es evidente que sólo aspira a su independencia, que no ha aceptado ni un instante la adhesión. Su lucha por la libertad patriótica y religiosa es bien antigua, y no hay que decir si encarnizada: sus padecimientos, horribles; la *Isla verde* ha sido siempre un pueblo mártir. Desde las proscripciones del siglo XVIII, Irlanda sostiene una pelea incesante; un ansia de independencia la tortura. En vano Inglaterra ahoga en sangre los conatos de rebelión, que muchas veces han pasado de conatos y llegado a las proporciones formidables de un alzamiento general, como en la memorable ocasión de los «corazones de roble»; en vano Inglaterra emplea tan pronto el soborno como la horca, para someter a los «niños blancos» que no acaban de aceptar el yugo. Después de las recientes e implacables ejecuciones, siguen alzándose los irlandeses en armas, acudiendo en ayuda de sus hermanos presos, amenazando a los trenes, y manteniendo en Inglaterra la inquietud que causa todo desorden interior cuando existe guerra al exterior.

Yo no sé si les pasará a los demás lo que me pasa a mí. En esta contienda, que no es de dos naciones, sino de muchas, hay, en ambos bandos, pueblos que me interesan, y a los cuales desearía todo bien. Tal me sucede, desde luego, con Francia de la cual soy grande amiga, y tal con Bélgica; y hasta aquí no hay cuestión; pero cátate aquí que lo mismo me ocurre con Irlanda y Polonia, y aquí empezamos a no saber a qué carta quedarnos. Si triunfa Inglaterra, ¡ay de la mísera Hibernia! ¡Dios sabe lo que la amenaza, en caso de que el formidable poder inglés se afirme ya indestructiblemente en el planeta, por la victoria de los aliados!

Lo extraño sería que, luchando tantas naciones, nos inspirasen todas las de un bando igual simpatía. Doy el caso por imposible. El novelista que, bajo el seudónimo, o que seudónimo parece, de Capitán Danrit, escribió *La Guerra fatal*, la supuso estallando entre Inglaterra y Francia. Y no sería imposible ni raro que tal hubiese sido la marcha de los acontecimientos. Tomaron otro giro, e Inglaterra (con su cuenta y razón, por supuesto) se alió a Francia.

Ello es que los irlandeses me inspiran una simpatía que puede explicarse por la identidad de creencias y hasta las afinidades raciales. Erin se parece a Galicia, y sus primitivos pobladores, según la afirmación de sus bardos, de España vinieron.

Y pienso en esa *Isla verde*, condenada al llanto y a la opresión, desde siglos...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La huelga de los ferroviarios ha venido a marchitar las esperanzas del turismo, que asoma en estas regiones del Noroeste. Justo es añadir que mayores golpes le asestan diariamente las Compañías de ferrocarriles, con el pésimo servicio y el detestable material y la oposición sistemática a que se creen nuevas vías de comunicación. Lo de los huelguistas, por un orden natural, ha de durar poco; pero el abuso diario, las incorregibles deficiencias, poco a poco, mantienen lo que llamé hace años el concepto penal del viaje, la idea de que viajar, en vez de recreo y deporte, es un castigo del cielo.

En el viaje a Galicia, por ejemplo, no hay molestia que no se sufra. Los trenes no llevan restaurante, y hay que cargar con la clásica cesta de la merienda, con sus papelitos engrasados, sus servilletas ajadas al primer uso que se hace de ellas, a menos que sean de papel y vayamos arrojándolas por la ventanilla, sus botellas penosas de descorchar y que vierten o rezuman, y el olorcillo a frío y a encerrado que exhalan los trufados y las patas de pollo, y que os encalabrina el sentido. Os dirán que podéis comer en las estaciones: pero consultad los itinerarios, y veréis que tal probabilidad no existe, y que durante largos trayectos sufriréis hambre, si prescindís de la cestita odiosa.

Y después, los retrasos, los ya consuetudinarios retrasos. No hará tres días, unos viajeros vinieron de Madrid en el rápido (¡oh ironía de los nombres!) creyendo que ganaban tiempo sobre el correo, que oficialmente tarda dos horas más. Debían llegar a las once. Llegaron a las cinco de la tarde. No habían tomado sino un bocado en Monforte, y el tren no paró en parte alguna donde pudiesen comer.

Considerad el incidente. ¿Seis horas de retraso! Pase si se trata de una casualidad; pero la Compañía del Norte, en materia de retrasos, es como el célebre estudiante: tiene llena de casualidades la capa. Los jefes de estación sonríen cuando alguien, que espera, desespera. «Todos los días hay retraso, sí, señor... Con eso se cuenta ya...» ¿Para cuándo son las multas? ¡Bah! ¡Multas! ¡Leoncitos a mí!

No hace muchos días, ocurrió un triste suceso. Una muchacha de quince años se cayó a la vía estando el tren en marcha, y quedó muerta en el acto. Una portezuela estaba mal cerrada; el cuerpo salió despedido y chocó la cabeza con un talud. De esto no se le sigue responsabilidad a la Compañía, aunque, apurando la materia, cabría exigirla por el descuido en cerrar la portezuela. Pero los que acompañaban a la muchacha, miembros de su familia, al verla caer, en el natural deseo de socorrerla, quisieron tocar el timbre de alarma, para que detuviese su marcha el tren. ¡Busca timbre de alarma! En este caso, no existía timbre de alarma sino en el reglamento...

Y con la angustia más horrible en el corazón, los que habían visto el suceso, tuvieron que esperar a que parase el tren de suyo, o por llegar a una estación en que no tenía más remedio, o por que los desesperados gritos llegaron a oídos del maquinista. Siempre se había perdido mucho tiempo, y los socorros se retrasaron otro tanto, aumentando este retraso la ya trágica impresión.

Es cosa averiguada que en los trenes de esta línea – y puede que nuestro único consuelo, de tontos, sea que lo mismo pase en todas – no hay jamás agua caliente en los lavabos, y muchas veces ni fría, hallándose tales dependencias en un estado de lastimoso y sordidez, que causa repugnancia. En la mayor parte de los túneles que se pasan de día, no se enciende la luz. Y los vidrios, ignoro si se lavan: sé que los vemos embazados, rafagueados por la lluvia.

Yo voy desconfiando del porvenir del *turismo*. Y voy haciendo mías las palabras tristes que una cepetable persona dijo a Balsa de la Vega *in illo tempore*, y que no han perdido actualidad: voy creyendo, en efecto, «que el turismo jamás nos daría un céntimo porque nos faltaba todo: vías y medios de comunicación fáciles y rápidos; hoteles, pues no existen ni buenos ni malos; «Guías» bien hechas; urbanidad en los hosteleros y demás gente menuda; en fin, cuanto significa adelanto y conocimiento de las necesidades modernas. Y al hablar así me recordaba los famosos hoteles suizos, aquellos de Ginebra, que, extendidos a lo largo de los jardines que circundan una parte del lago, ofrecen toda clase de comodidades; los de la Engandine, los de Saint Moritz, los de la Riviera, en Niza, Mentón, Montecarlo; los italianos de Turín, Milán, Florencia, Venecia, etc., y no quería mentar los de balnearios y playas como Trouville, Ostende, Carlsbad, etc., donde toda indicación del viajero se ve atendida en el acto y donde toda comodidad tiene asiento.»

Y añadía el buen Balsa, de quien nos acordamos todavía algunos paisanos suyos:

«Mi respetable amigo tiene razón, pero a medias. Cierto que carecemos de vías secundarias de comunicación; cierto que no llegan a tres docenas los «hoteles» que en España pueden ofrecerse como buenos entre los buenos, no entre los mejores; cierto que el viajero se encuentra huérfano de toda protección por parte de las autoridades frente al abuso, al saqueo escandaloso de que le hacen víctima hosteleros, alquiladores de carruajes, empresas de vehículos de línea... Cierto que no existe una «Guía» bien hecha; cierto que se desconocen incluso los lugares dignos de ser visitados; todo esto es cierto; pero no lo es menos que hace veinticinco años en poblaciones de importancia de Italia no había hoteles ni buenos ni medianos, sino muy malos, sucios, con ciertos lugares muy necesarios en galerías abiertas, malolientes; Nápoles no me dejará mentir; Venecia, tampoco; Siena y la misma Florencia, tampoco; y no hablemos de Roma. Todavía queda memoria de entonces.

»En la famosísima «Riviera», no hace cuatro lustros, los hoteles que ofrecían algún «confort» eran escasísimos. No cuentan ocho o diez años y algunos menos los magníficos palacios que ahora se yerguen en Cimiez (Niza), en Montecarlo, en Mentón..., en Saint Moritz (Suiza), en Berna, en Ostende. La Compañía internacional de «grandes hoteles» hoy dueña de los más importantes de Constantinopla, del Cairo, de Ismailía, de Niza, Montecarlo, Brindis, Ostende y otras varias capitales que ahora no recuerdo, apenas alcanza al cuarto de siglo de existencia.

»No es menos exacto que los medios de locomoción rápidos no abundan en España; pero ya no es tanto el que carezcamos de buenas carreteras, especialmente en Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra y parte del centro de la Península; y si tenemos que deplorar el que una porción del territorio español carezca de vías fáciles de tránsito, y si el mal de otros es consuelo a las veces, yo invito a más de un automovilista a que haga ciertos recorridos por el Piamonte, por Sicilia, por la Calabria; por Hannóver, Desde y parte de Baviera: por algunos condados, no de Escocia, sino de la misma Gran Bretaña; y, para que el diablo no se ría de la mentira, véanse los caminos que de la costa llevan a Cántorbery, por no citar más. ¡Una delicia en cuanto llueve!. Y allí llueve continuamente.

»Claro está que desconocemos nuestros paisajes, nuestros monumentos, incluso nuestros establecimientos termales, alguno sin segundo en Europa: indudable, asimismo, que en nuestras playas, en nuestras ciudades de cualquier orden que sean, no hallaremos grandes Casinos, ni siquiera hoteles con «hall» a la inglesa y sala de fiestas con «tziganes»; pero, además de que tal acontece en la inmensa mayoría de las capitales de provincia de Europa, debemos tener en cuenta que ir a dar una vueltecita por Saint Moritz, la Selva Negra, Niza, el Cairo o Nápoles, o a pasar una temporada en París o en Viena, no es «turismo», tal y como debe entenderse palabratan bárbaramente introducida en nuestro idioma.»

Larga es la cita, y no acostumbro hacer gran consumo de prosa ajena en mis crónicas; lo que me ha movido a extenderme algo, ha sido, por una parte, recordar a un escritor que, según suele suceder a los periodistas, ha sido olvidado al otro día de su muerte; y por otra, que cuanto dice es exactísimo, y yo no podría decirlo mejor, y que, en sus palabras hay una luz de esperanza.

Balsa sostiene, en el mismo artículo, la tesis de que el verdadero turista es el que desdeña el regalo y prescinde de fruslerías, y que el turismo no es andar en ferrocarril o en automóvil solamente, ni parar en hoteles comodísimos, donde nos ofrecen todos los goces y delicias del hogar más bien montado. Y en eso estoy igualmente conforme con el malogrado redactor de *El Liberal*. Es más: he practicado su doctrina. Aficionadísima a ver rincones y poblachos en que existen recuerdos y se pueden recoger impresiones de arte, muchas veces he arrostrado todos los inconvenientes de la falta de un hospedaje siquiera mediano, y sufrido no pocas molestias, a trueque de enriquecer mi memoria con la fisonomía de los sitios y monumentos que tienen más atractivo, por lo mismo que están, digámoslo así, inéditos y olvidados. Muchas necesidades que ha creado la civilización, son en verdad artificiales, y esto lo percibimos cuando nos consagramos al turismo artístico, en pueblos donde la vida es, más que sencilla y frugal, tosca y miserrima. Sólo hay un requisito del cual conviene trabajo prescindir: cierto aseo personal. No cabe en esto prescindir tanto, y muchos que se sienten españolanos en lo restante, en tal cuestión serán alemanes, y no podrán habituarse a la porquería.

La limpieza es resultado de muchos elementos que concurren a un fin esencialísimo; y por más sangre turista que tenga la gente, siempre preguntará antes de emprender una excursión, si va a encontrar cama limpia, en que extenderse sin escrúpulo, y comida que no levante el estómago. España es más hermosa, quién lo duda, que otras muchas comarcas visitadas incesantemente por viajeros ricos, donde pasan temporadas largas y dejan raudales de oro. Estas provincias del Noroeste encierran bellezas de paisaje, monumentos y costumbres, incomparables, y desconocidos aún. ¿Qué les falta para atraer a los turistas? El problema es de comunicaciones y hospedajes.

No por esto se entienda que no hay algún adelanto ni que faltan del todo buenos hoteles. Quien haya leído mis artículos con constancia, tal vez recuerde que me apresuro siempre a registrar y tomar nota de estas mejoras. Lo que pasa es que los buenos hoteles, en los países generalmente atrasados, son como islotes en un archipiélago. Es necesaria la unificación de cultura, que no consiste solamente en que, por todas partes, hasta en las pequeñas localidades, existan hospedajes buenos, sino en que por doquiera se viva bien, higiénicamente, sin lujo, y que no sólo en las fondas, sino en los hogares, existan limpieza y comodidad. Y esto es, lo comprendo, un ideal; pero si algunas naciones lo han realizado, ¿por qué no lo realizaríamos nosotros?

Tenemos poco de industriales. Menos aun de hosteleros. Va unida a nuestra indiferencia a la ganancia, una avidez desconsiderada cuando emperamos a ver el color del dinero, a tomar gusto a la ganancia. No obstante, hay todavía en España hospedajes baratos, y no malos, que merecen elogios, y demuestren la anterior afirmación. Siempre que se afirma algo pudiéramos citar casos en contra.

¿Y cómo quisiéramos, por otra parte, hallar hospedajes que respiren *confort* en un país que es al *confort* casi indiferente por cuenta propia? Hablo, claro es, en general; hay las excepciones de rigor. No se conocen grandes refinamientos en España, que se precia de sobria. No es el detalle lo que al español le interesa. Es asombroso lo poco que se le da al español de la comodidad y la elegancia.

De la indiferencia en cuestiones de bienestar he visto un caso simpático. Sucedió en un coche de línea, de los que antaño hacían el trayecto entre Pontevedra y la Toja; ahora hay otros medios de transporte más modernos. Era el cochángano angosto, desvencijado y fementido, con duros y apelotados almohadones y vidrios reteamblantes. Al momento de subir los viajeros se vió que no sólo estaban ocupados los asientos todos, sino vendido uno más. Siendo imposible averiguar quién sobraba y más imposible acomodarse en los asientos con el exceden-te, una señora quiso quedarse en tierra. Y un hombre de pobres trazas, algún obrero, labriego o trabajador manual, pero dueño de su plaza como el más pintado, no lo consintió. «Yo iré como pueda... En tren todos y luego me acomodaré, que no les he de estorbar...» Lleno ya el vehículo, el hombre se agachó en el suelo, en la más violenta postura, y aguantó las leguas del camino, cuyo número no recuerdo. Y cuando salimos de la prisión exclamó humildemente: «Perdonen la molestia que les he dado.»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La huelga de ferroviarios nos ha tenido en jaque algunos días; ahora que, al parecer, se ha terminado, no sé si a gusto de todos, pero en santa paz, vuelve a ser universal preocupación la guerra, cuyo término próximo vaticinan algunos optimistas a todo trance.

Cada tres meses corre la nueva de que la paz es inminente. La paz va a hacerse, la paz se hace. Sería componedores y árbitros muy altos señores: el Papa, el Rey de España, el Presidente de la República de los Estados Unidos. Merced a esta ingerencia noble y llena de recta intención, se igualarán en lo posible, se compensarán equitativamente los perjuicios y daños, se repartirán, como bizcocho a niños buenos, territorios europeos y colonias, indemnizaciones y rectificaciones de fronteras. El mapa, arreglado de nuevo, tendrá un aspecto simpático: las nacionalidades antes perseguidas reaparecerán en él, con los ojos fijos en el porvenir. Habrán conseguido realizar sus ensueños Irlanda y Polonia; Bélgica restañará sus heridas; Servia recobrará su personalidad, su libertad. Francia extenderá los brazos y estrechará en ellos a sus hijas, Lorena y Alsacia. Alemania será agraciada con vastas extensiones en los países más fértiles y ricos del África y del Asia. Y quedará todo el mundo tan satisfecho, que en un siglo no se volverá a pensar en romperse la crisma. Un siglo octaviano sucederá a este siglo de hierro y de fuego, que ha desolado la tierra...

Tales fueron los anuncios de pocos días ha. Se daba por cosa segura que Francia pedía la paz, y la pedía separadamente, cansada de la irrisoria ayuda que le prestaba Inglaterra. La cosa era cierta, ya lo veríamos dentro de corto plazo... Y muchos nos encogimos de hombros; pero no faltó quien se regocijase.

¿Por qué no creerlo? – me dicen. Esta guerra se ha de acabar alguna vez; todo se acaba. No estaremos eternamente sometidos a tan angustiosa pesadilla...

¡Pardiez! La guerra se ha de acabar. Pero cada día parece más demostrado que sólo puede acabarse por agotamiento, por consunción. En un problema de resistencia. Y no hay medio de prever cuál de los contendientes tendrá mayor aguante. Se trata de una defensiva, y una defensiva paciente, tenaz, más que de bruscas ofensivas y empujes terribles.

De suerte que considero verosímil lo que piensan bastantes: la guerra no terminará (yendo todo por sus cauces) hasta 1918.

Dispongámonos pues a seguir pagando todo o casi todo el doble que antes, y a carecer de muchas cosas que de Alemania y de Bélgica y de Inglaterra y de Francia nos venían.

Una de ellas es el cemento, vulgarmente conocido por *portland*. Contra el cemento tengo muchísimo que decir, a pesar de reconocer su utilidad en infinitos casos. No sé si tal utilidad compensa los daños que, desde el punto de vista de la estética, nos ha irrogado el cemento.

Desde que está en uso ese material, ha venido el abuso, y en lugar de dejarlo relegado a lo industrial, se le ha concedido beligerancia como material de ornato, y se hacen con cemento ¡hasta reproducciones de cuadros al óleo!

Si alguien creyese que exagero, puede escribirme preguntándome dónde he visto cosa tan singular y se lo diré. No lo pongo en letras de molde, porque no es mi ánimo causar a nadie la menor molestia. Y sin embargo, mi instinto artístico grita, y quisiera que llegase al cielo su clamor.

Posee una casa cuya fachada es de piedra. Pertenece a un estilo que, sin ser de primera línea en arte, no carece de elegancia: el de la época de Carlos IV. Pues me han mandado, oficialmente, que reemponga esa fachada con *portland*. Es muy difícil resistir a la invasión de estas tendencias. Acabo de ver, en una ciudad de interesante traza, de caserío que pertenece en gran parte a tiempos más respetuosos con la belleza que el actual, una preciosa portada de iglesia, románico gótica, picada de nuevo, y que, por lo tanto, parece nuevecita flamante... Porque el medio pico de los imagineros y tallistas en piedra de la Edad Media, no es el pico sin carácter de los canteros de hoy.

De estas herejías vemos a cada instante por ahí. En cuanto al cemento, ha venido a ser algo como el ungüento amarillo. A todo se aplica. Por dondequiera nos aburre su nota gris, fría, apagada, su odiosa lisura.

Sería bueno que los «poderes públicos» se fijasen en esto: que no es lícito, en naciones que, un día u otro, pueden prometerse algo de su riqueza artística y monumental, consentir que el gusto se estragüe hasta el punto que es fácil advertir con sólo abrir los ojos. Hay cosas intolerables; no debe consentirse que se construya *contra* el arte. *Sin* arte, bueno, porque la construcción no puede a veces recargarse con exigencias de lujo; pero *contra* el arte, jamás. La mayor sencillez, modestia, hasta humildad en las edificaciones, admitido; pero afuera barandillas de cemento, balcones historiados de cemento, mascarones y ninfas y floripones de cemento, y demás atrocidades que infestan el nuevo caserío de lujo, de pretensiones modernas.

Siempre llamaré buen ciudadano al que realizó aquel atentado de Salamanca. Es el caso que un vecino tuvo la idea fatal de construir una casa, en cuya fachada unas cariátides modernistas, destacándose sobre un fondo rosa salmón, lucían lo que en la antigua literatura francesa se llamaba *appas*, y demostraban su aptitud para amas de cría. Y hubo un hombre sensato que, no sé si por tributo a la moral, (que nada tiene que ver con el asunto), o si por respeto a la belleza, indignado del contraste que formaban aquellas buenas señoras sin pies con el fondo tan magnífico de la que Unamuno llama «su Salamanca dorada» les escaló una botella de tinta en la geta, y algo más abajo de la geta...

Y diz que los ediles, con admirable acierto, no consintieron que la tinta desapareciese. Allí quedó (al menos, quedaba hace años) el borrón enorme; símbolo de otro borrón arrojado sobre la artística ciudad y su esplendor arquitectónico...

¡Ah, y cuántas veces echo de menos la botella de tinta! ¡Si uno pudiese hacer cuanto se le pasa por la cabeza! ¡Menudos borrones echaríamos!

Uno de los fenómenos que la guerra trae consigo, es que nadie habla ni se ocupa de lo que en otra ocasión hubiera suscitado interés. Han muerto en Francia algunos escritores de verdadero mérito, cuya fama había traspuesto el Pirineo, y su desaparición no ha despertado eco alguno. Apenas una mención distraída en la prensa.

Julio Lemaitre era, sin duda alguna, el más notable. Porque, para distinguirse, entre la multitud de los escritores que como en una batuda saltan ante el público, no basta la afectación de la originalidad: se necesita llevar dentro algo propio; una sensibilidad particular, un conjunto de cualidades que formen un alma nuestra; y por eso, si Remy de Gourmont, que también acaba de morir, alardeó de mayor rareza en sus juicios y opiniones, como crítico, no por eso dejó Lemaitre de poseer un espíritu más fino, más capaz de percibir la belleza y sus cambiantes matices, y, también, más francés, más galo, con profunda impronta de la tradición nacional.

Julio Lemaitre era un renanista. Tomó de Renán el subjetivismo: nada de cánones, nada de principios: la impresión, traducida en un estilo ágil, suelto, sin almidón ni afeite, pero a mil leguas del abandono y de la extravagancia; con un lenguaje natural, más bien castizo, rebosante de espontaneidad.

Las *impresiones* de Lemaitre son sinceras, cálidas, jamás candorosas; tiene una dosis de malicia que le salva de la ñoñería y de los arranques de entusiasmo. Es comprensivo, sin dar en indulgente. No fué severo sino en nombre de su gusto, del goce que una obra le proporcionaba. Y es claro que esta manera de entender la crítica parece que se halla al alcance de cualquier pelgar; pero hay que tener en cuenta que no todos pueden ir a Corinto. Una persona de alta educación literaria y delicado sentido, está en su derecho si mide las obras de arte con su paraguas... La turbamulta también lo hace, pero no tienen valor sus juicios.

Y no de otra manera que Lemaitre, si bien se mira, han juzgado muchos que parecían montados en una doctrina y provistos de instrumentos de precisión. La diferencia está en que Lemaitre confiesa este modo de ser suyo, no se las echa de justo juez; mientras muchos que hablan en nombre de doctrinas y de principios, lo que hacen es dislocar esos principios y esas doctrinas, hasta que encajen en la medida de su antojo, de sus simpatías y sus antipatías, aun cuando sean del todo infundadas.

¡Cuántos ejemplos de esto pudiéramos recordar! Sí, recordar – por cuenta propia –. Críticos de fama hemos visto pasar del mayor entusiasmo y encomio a la detracción más feroz, con la misma persona y con obras muy análogas, y no muy diversas en mérito. ¿Qué había ocurrido entre un libro y otro? Sólo podía ser una de dos cosas: o una molestia cualquiera en el crítico, por razones ignoradas, o un cambio en su capricho personal. En cualquiera de los dos casos, no son los principios, no son las teorías estéticas lo que ha variado en el crítico...

Así es que debe estimarse la franqueza con que un Lemaitre reconoce que sólo sus impresiones le guían. Y sus impresiones son lo que comunica al público, lo que exterioriza, lo que, por decirlo así, impone a sus lectores. No aspira a solucionar problemas: se contenta con sugerirlos. Y esto basta, a mi entender, para prestar alto valor a esos estudios que tienen apariencias de elegante juego intelectual.

He escrito la palabra, y debo insistir en ella: Lemaitre es, por esencia, presencia y potencia, lo que se llama un *intelectual*; vocablo bastante prodigado, mal aplicado las más de las veces, por confundir la naturaleza de las ocupaciones de un individuo con la naturaleza de su alma y de su mente. No basta, para llamarse intelectual, concurrir a círculos de carácter más o menos docto, ni hojear revistas, ni tragar libros, ni derramar penosamente o descuidadamente, en artículos de periódico, los frutos de su lo que no me atrevo a llamar ingenio; el intelectual necesita, sobre todo, inteligencia, una inteligencia fecundizada por el estudio, y no recargada de lo que en ella no cabe; una inteligencia que domine a la sensibilidad pero no la suprima, una inteligencia que perciba lo bello y lo sepa expresar cumplidamente. Todas estas condiciones reunía Lemaitre, y además poseía las dotes del escritor, en grado sumo. Era atrayente, amable, gracioso, risueño e irónico alternativamente. Y su crítica se leía como hubiera podido leerse la más entretenida novela.

La teoría literaria de Julio Lemaitre era sencillamente que la crítica es un medio de gozar con los libros. Hay quien entiende lo contrario, a saber, que cuanto más aburre una lectura, tanto más fruto se saca de ella. He oído sostener esta agradable teoría. No la he practicado jamás. Claro que no todos los libros que leemos nos causan igual placer. Pero el placer de leer un libro también sale de dentro: responde al mayor o menor interés que aportamos a la lectura, y a la relación que guarda con nuestra cultura especial.

Lemaitre fué, ante todo, un escritor y un pensador lleno de moderación y de equilibrio. Y hay fuentes de poesía que no se surten sino de los desequilibrados y los excesivos; y una literatura toda ella muy tensata quizás fuese también fatalmente mediocre. Así Lemaitre, sin darse cuenta de ello, o dándosela, estuvo a mil leguas de los neoromanticismos de su tiempo. Nada de exageraciones, nada de misticismo. Y por este lado ha ido a emparentar con Voltaire.

Por lo demás, si buscamos una condición del talento de Lemaitre que lo defina, diré que era un curioso. No desdeñemos la curiosidad. Es la madre de todo saber. Desde la curiosidad de nuestra madre Eva, que enseñó a la humanidad la ciencia del dolor y del trabajo, hasta la curiosidad que hace marchitarse sobre retortas y alambiques a químicos y biólogos, cuanto sabemos, cuanto somos, nace de la curiosidad. He oído defender, en nombre de la curiosidad, a algo que se censura, general y unánimemente, hasta por los mismos que lo practican: la murmuración.

Son lugares comunes – me decía el paradojista – los que resuenan a cada instante en nuestros oídos, cuando de murmuración se trata. La murmuración, en altas esferas y sobre altas personas, no es más que la historia, encerrada en un cuchicheo. ¿Me quiere usted decir que hicieron Tácito y Suetonio sino dar forma elocuente y decisiva a las murmuraciones de su edad?

Y confieso que me quedé pensativa. ¿Quién sabe si tenía razón?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un escritor que acaba de desaparecer sin ruido, como desaparecen todos ahora, en su patria, y merece que nos formemos idea de su personalidad. No encuentro un estudio especial de él entre mis libros, porque es mucho más difícil recoger juicios y datos acerca de lo reciente, y esto no se creerá, aunque, como todo fenómeno, tenga su natural y plausible explicación.

No sé pues de Remy de Gourmont sino lo que de sus numerosas obras he leído, y algo que de palabra me dijeron algunos compatriotas suyos. Me refirieron que era un espíritu ulcerado y lleno de amargura, y este estado de su alma se debía a la extraña fealdad y deformidad de su cuerpo, que le impulsaba a ocultarse y a huir del trato humano. No obstante, se creía que el amor, en forma muy ideal y platónica, le dominaba, y que una bella, elegante y fastuosa dama americana era para él (dentro de los límites de la mayor honestidad), lo que fué para Leconte de Lisle la que él llamaba «rosa viviente, flor de Louveciennes». Hay que reconocer que es un lindo dato biográfico y que sugiere hasta poesía sentimental. ¡Esmeralda y Cuasimodo!

Las huellas de estos sentimientos, quisiera descubrirlas en los escritos del crítico del *Mercurio de Francia*; pero me temo que el mismo pudor que le llevaba a exhibir lo menos posible un semblante calificado de monstruoso, le llevaría también a aislar su vida de sus obras.

Sin embargo, él mismo lo dice: la crítica es el más subjetivo de todos los géneros literarios: es una confesión perpetua; creyendo analizar las obras ajenas, nos descubrimos a nosotros mismos, nos exponemos al público. Fundo en esto mi esperanza de ver, al través de las páginas del crítico, el alma enferma del hombre.

Y la entrevco en un estudio sobre *Nietzsche y el amor*, inserto en los *Paseos literarios*. Nietzsche (a quien Gourmont niega conocimiento del asunto), asegura que, en las mujeres, el pudor está en razón directa de la belleza. Y Gourmont entiende, al contrario, que lo que puede aumentar el pudor es el convencimiento de una imperfección física. Tiene de fijo razón. Además, esta punzante idea de la imperfección física se explica en él; respira por la herida, involuntariamente.

Probablemente del mismo origen, de la ulceración moral, dimanan ciertos acerbos desahogos, como el artículo titulado *Los amores de Chopin y Jorge Sand*. Jamás hubiese escrito cosa semejante el sagaz Lemaitre; se lo hubiese vedado su buen gusto. Diatribas de ese jaez están fuera de la crítica estética, literaria y hasta psicológica, y entran en los dominios del libelo. Cuando se desborda así la vejiga de la hiel, es síntoma de la profunda úlcera de que he hablado. Y aquí la úlcera puede tener dos causas: el amor propio sexual, y el amor propio literario.

El amor propio sexual lastimado se descubre generalmente en el tono con el cual habla Gourmont de la mujer, de los libros escritos por mujeres, de cuanto con la mujer se relaciona. En vez de prestar atención a lo que pueden significar, literaria y artísticamente, esos libros, todo se le vuelve interpretar, con insistente malevolencia, el dato del sexo. La mujer debe ser así; la mujer no puede ser así; la mujer, ante todo, debe mostrarse mujer... Y en efecto, cabe que la mujer atestigue su sexo en una obra maestra, y recordemos las *Moradas* de Santa Teresa y los Cantos de Safo. Es decir, que el amor y el misticismo inspiran a la mujer, en cuanto mujer. Mas no por eso creo yo que deja de ser mujer si elige otros temas para su labor literaria. Ni entiendo tampoco que, para juzgar la labor literaria de una mujer, haya que estar pensando, con insistencia de idea fija, en que se viste por la cabeza. Si San Juan de la Cruz hubiese sido mujer, se diría que era la rival de Santa Teresa; y he ahí dos grandes escritores de distinto sexo, que han seguido la misma corriente, sin asombro de nadie.

Dado su modo de ser, Gourmont es antifeminista. Lo es con el antifeminismo quizás más peligroso: el que afecta reconocer a la mujer inmensa importancia – pero, ¡cuidado, dentro de su papel de mujer, eh!, no olvidarse –. «La sociedad – dice – está construída para la mujer; la mujer es la piedra angular. Por lo mismo, desde cada vez que abandona su oficio de mujer, para imitar a los hombres.»

No siendo Gourmont ni sociólogo ni jurista, no se le ocurre demostrar con razón alguna la afirmación de que la sociedad está construída para la mujer, la cual es su piedra angular. Si eso fuese cierto, las leyes y las costumbres serían favorables a la mujer, – y de eso andamos a cien leguas –. No sólo las leyes y las costumbres no son favorables a la mujer, sino que le son muy adversas y nocivas, justamente en aquello mismo que se relaciona con las funciones de su sexo. La severidad, la reprobación, la infamia caen sobre la mujer, al menor desliz. El hombre tiene en cambio la libertad más absoluta. A eso llama Gourmont «sociedad construída para la mujer».

También le sería difícil probar otro aforismo que sienta: que el hombre puede vivir en la abstracción, y la mujer no. A pesar del apoyo que trata de encontrar en Nietzsche, me gustaría que Gourmont mostrase cómo y por qué puede el hombre vivir en la abstracción y a la mujer le es imposible. Ante todo, ¿qué se entiende aquí por abstracción? Si es la posibilidad de abrazar ideales, defenderlos, morir por ellos, la mujer lo ha hecho bastantes veces.

Es tan burdo en esta cuestión el pensar de Gourmont, que cree que una mujer a quien agradase o convenciese la filosofía de Nietzsche, dejaría muy pronto los libros para ir hacia el filósofo. Verdad es que inmediatamente reconoce que los hombres hacen lo mismo; cuando leen algo que les interesa, quieren conocer al autor. ¿Estamos? Este asunto de la mujer tiene el don de inspirar lugares comunes y alambicamientos. Y sería mucho más sencillo partir de la base de que no hay mujer, sino mujeres, tan diversas entre sí como lo son los hombres, y que por esta diversidad inmensa, aumentada con las diversidades de clima, nacionalidad, etc., todo cuanto de la mujer se afirmo genéricamente, será de fijo una bobería inefable.

Los que no aceptan que mujeres y hombres son la humanidad, y que la humanidad tiene derechos que son comunes a sus dos géneros, no acertarán nunca. Y probablemente Gourmont sabía que no acertaba; pero su úlcera le impulsaba al libelismo, al desdén, a los sentimientos poco generosos que transpiran en sus artículos acerca de mujeres, por ejemplo, el ya citado de Jorge Sand, y el dedicado a Luisa Colet, que no habiendo tenido, y él lo dice, gran importancia como escritora, no debiera sufrir como mujer un examen tan despiadado. Es la anécdota galante, disfrazada de literatura.

Sin duda lo que acabo de escribir acerca de Rémy de Gourmont, es sólo sin duda un aspecto de su obra. Y aun es un aspecto incompleto, pues se ve que le ha preocupado bastante esta cuestión del amor y de las mujeres, y le ha dedicado libros que no tengo a mano, y que necesito seguramente conocer. Tales son los titulados *Dante, Beatriz y la poesía amorosa*, y los tres volúmenes de los *Epílogos*, y la *Física del amor*. Rémy de Gourmont ha escrito bastante: hay que reconocerlo el don de interesar a sus lectores, trate la materia que trate; su labor no es para despreciada. En la novela, sin embargo, puede decirse que fracasó, no consiguiendo destacarse entre sus contemporáneos. Ni *Los caballos de Diomedes* ni *Una noche en el Luxemburgo* ni otras narraciones le abrirán las puertas de la inmortalidad.

Hay pues que incluir a Rémy de Gourmont en la clasificación de los críticos con tendencia filosófica. Esta tendencia, la labor de la crítica retrospectiva, no es, conviene decirlo, lo mejor en él. Lo más educador, es la parte observada de la realidad, los estudios y observaciones sobre gente de su tiempo. Tales son los muy interesantes sobre Huysmanns, uno de los escritores acerca de los cuales se han hecho menos revelaciones íntimas, porque él era de suyo misterioso, y se diría que la sombra de su *Catedral* le envuelve el alma.

Yo comí en París con Huysmanns, en casa de un amigo común. Era el año de 1886 ó 7 – de esto no estoy muy segura –. Huysmanns, entonces, no era sino el novelista naturalista, pero no cabía en la escuela, y alrededor de esa fecha anda la famosa novela titulada *Al revés*. Recuerdo que hablaba poco, comía dengosamente, y tomó, antes de la sopa, de dos frasquitos de medicina. Le clasifiqué entre los de mal estómago. El estómago ejerce casi mayor acción que el cerebro sobre la producción literaria.

Desde luego, la enfermedad del estómago es engendradora de melancolía. Huysmanns no era un melancólico a la manera de los románticos, y tampoco era un desesperado como ciertos poetas que han andado al borde del abismo del suicidio. Pero la desesperación de Huysmanns es de otro género, y no por eso menos amarga. Es la del réprobo, que está convencido de la existencia de Dios. Porque, el mismo Gourmont lo afirma, Huysmanns conservó siempre un resto de fe, y al final de su vida la recobró por completo. No se trataba de una farsa, ni de un reclamo literario: la llamada conversión del autor de *La Catedral* fué sincera.

Al leer lo que cuenta de Huysmanns su antiguo inseparable, Remy de Gourmont, pienso que acaso no existe en el mundo cosa más evitable que las amistades literarias. No es Huysmanns sólo; es frecuentísimo el caso de que los amigos, los que dicen admirar a un escritor, sean los que le ponen de vuelta y media, y más si pueden suponer que el escritor les hace un poco de sombra. La envidia se convierte en detracción, y la detracción en calumnia. ¡Triste espectáculo! Gourmont refiere que Huysmanns escribía hoy un billete de caluroso entusiasmo a una literata de renombre, y la víspera había estado calificándola de «camarera de cervecería», sin el menor motivo, pues es una señora formal. Y todo, como por juego, como arañan los gatos.

Gourmont, que refiere estos desahogos de sobremesa de Huysmanns, ha practicado mucho un sistema que encierra también alta dosis de injusticia. Para combatir las reputaciones hechas ya, se empeña en descubrir otras que están naciendo, y que habrán de ser flores de un día. Y hacen desfilar a los Quillard, los Renard, los Dumur, los Corbière, los Kahn, los Dujardin, los Mazel, nombres obscuros, que no dejarán de serlo. El uno ha contribuído a fundar el *Mercurio de Francia*; el otro ha escrito un soneto a la calavera de su antigua querida; el de más allá, unos estudios sobre el misticismo moderno; y cátalos codeándose con Mauricio Barrés, Pablo Verlaine y Mauricio Maetterlinck.

Es lo más característico de la literatura, que sean muchos los llamados y pocos, muy pocos, los escogidos. Y en el arte de escoger está la profunda diferencia entre el crítico y el mero cronista literario. Gourmont, muchas veces, no pasa de la segunda categoría.

Se me dirá que un hombre de la altura de Sainte Beuve hizo lo mismo, y pagó tributo a los secundarios. Y hasta que a veces hubo en ello sus miajas de perfidia, porque Sainte Beuve tuvo poco de bonachón. Mientras viven los grandes escritores, se les puede molestar con el elogio y comparación con los secundarios, y sólo la posteridad ejerce el alta justicia. Pero Sainte Beuve no sé cómo se las componía, que tenía arte para escoger los secundarios a quienes consagraba una mención excesiva probablemente; y en esos secundarios, el interés de que carecía se la figura, lo adquiría por las circunstancias especiales que se reunían en ella. Así, por ejemplo, en el *Diario de Oliverio Lefevre de Ormesson*, no hay méritos literarios, no hay atractivo, pero hay, el mismo Sainte Beuve nos lo dice, «utilidad para los que se ocupan de una rama de la historia, en un período dado del siglo XVIII».

Y no son tampoco tantos los secundarios a quienes Sainte Beuve ha otorgado el honor de un artículo especial, aunque sean muchos los que ha nombrado como de paso, lo cual no tiene nada de sorprendente. En literatura, la clasificación es necesaria para la crítica, y no hay cosa más funesta a la educación del gusto, que la confusión de los nombres realmente dignos de persistir en la memoria de las generaciones con los que inevitablemente tienen que olvidar.

Es tanto lo que se ha escrito; y lo que se ha impreso, que no habrá medio de evitar la selección que se impone. El hartido para fuera de los tiempos venideros será formidable. Y, ya entre los más contemporáneos, ¿no veis como se esfuman tantos y tantos nombres que un momento parecían destinados a la gloria?

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea de pedir para el Rey la gran cruz de Beneficencia, me parece, por todos estilos, conveniente, oportuna y justa. No es una adulación, no es un homenaje palaciego. Y voy a exponer las razones en que me fundo.

En primer término, aumenta infinito el prestigio de esa condecoración el que se suponga que es para el Rey honroso de poseerla. Por una ficción o un convencionalismo que también tiene su causa suficiente, se considera que el Rey está en posesión de todos los honores y preeminencias, o en situación de obtenerlas, cuando menos, a su voluntad. Y he aquí que se va a pedir para él la cruz, como si fuese un sobdito. Claro es que de otra forma no podía lisonjear al Rey tal condecoración. La honra está, en este caso, en merecerla. El Rey la ha merecido sobradamente.

La guerra vino a darle ocasión de ejercer una tarea altamente beneficiosa para la humanidad, y que además refleja sobre España luces de piedad, de conmiseración y de misericordia. Bienaventurados los misericordiosos, dijo quien lo entendía. El Rey ha practicado, de un modo inteligente y eficaz, esta bella virtud.

Como no podemos pretender que la mentalidad de todo el mundo sea igual, y como no todos llevan intenciones rectas y desapasionadas, no faltan gentes que afecten encontrar que la obra del Rey no tiene mérito, pues la realiza auxiliado por oficinistas y subalternos. Quisieran sin duda que el Rey, en persona, escribiese el millar o los millares de cartas contestando a otros millares, que también debería leer de cabo a rabo. Según eso, el que funda un hospital no tendría mérito alguno si no lo barriese y no hiciese las camas.

Hasta Santa Isabel de Hungría, encarnación de la caridad, tuvo quien la auxiliase en la piadosa faena de lavar y curar a los leprosos. El Rey gasta dinero, tiempo, energías, en mitigar los dolores de tantos seres que ignoran el paradero de otros seres, mitad de su vida, sangre de su corazón. El Rey gasta su influencia, su valimiento con los otros Reyes, para obtener un rasgo de clemencia, para salvar del suplicio a mujeres, a hombres que acaso la posteridad ensalzará, si la historia demuestra que cuanto hicieseu, por su patria fué. Si esto supiésemos que era labor de un particular, la cruz de Beneficencia nos parecería poco. Tratándose del Rey, no entiendo por qué no hemos de aplaudir, con entusiasmo, la propuesta. Me alegraría de firmarla, si para hacerlo tuviese alguna autoridad.

Y lamento que no haya podido el Rey de España (supongo que no dejaría de intentarlo) salvar al desgraciado sir Roger Casement. Nunca Inglaterra, que torturó con rígida frialdad protestante a un gran poeta, el autor de *Salomé*, se ha mostrado más dura, más petrificada y ritualista, que al ahorcar al jefe de la rebelión irlandesa.

Todo cuanto se diga del derecho a la defensa, que sin duda poseen las nacionalidades constituídas, no disminuye el horror de tal ejecución, que nos retrotrae a la Edad Media. Siquiera, tratándose de un caballero, de un hombre que, mírete como se mire, no cometió acción deshonrosa, se le pudo fusilar, y no colgarle por el cuello, como a los vulgares malhechores.

Hay que fijarse en los antecedentes históricos. La Irlanda, después del inevitable período de las invasiones y del dominio de los régulos (como en España) vino la unión de toda Erin bajo un cetro, el reinado de Fingal, padre del poeta Osián (del verdadero, no del apócrifo), y el hecho decisivo de la evangelización de Irlanda por las predicaciones de San Patricio. Decisivo le llamo, porque Irlanda fundó su independencia y su conciencia nacional en el catolicismo, como en el protestantismo había de fundirla Inglaterra. La fatalidad quiso que más adelante, un rey de Irlanda tuviese que solicitar el apoyo del de Inglaterra, para recuperar su trono. Inglaterra, desde tiempo atrás, tenía sus miras, y ya sabemos cómo son las miras de este pueblo dotado de feroz adquisividad. Enrique II no paró hasta que el Papa Adriano IV, mediante una Bula, le regaló el reino de Irlanda. No lo hiciera tal vez, si sospechase lo que iba a pasar, cuando Inglaterra abrazó la Reforma. En fin, ello es que los ingleses, ya provistos de su correspondiente Bula (son legalistas), invadieron a Irlanda, y hallándola débil, fácilmente se adueñaron de ella. No tardaron sin embargo en rehacerse, y se inició la lucha de la nación sorprendida, contra los conquistadores sin lucha. Empezaba aquella serie de sufrimientos que han hecho de Irlanda uno de los pueblos más desventurados (aunque no sea de los más compadecidos). Primero, desde Enrique II a Enrique VI, Irlanda combate solamente por su libertad; desde Enrique VIII, por su libertad y su religión. Sin duelo, los ingleses impusieron sus nuevas ideas a los irlandeses, queriendo que, de grado o por fuerza, fuesen protestantes. Para lograrlo, no se pararon en medios: confiscaciones, deportaciones en masa, castigos sangrientos. Cuando leo yo, en libros ingleses, diatribas acerca de nuestra intolerancia y nuestro fanatismo religiosos, suelo escribir con lápiz, al margen de la página: «¿Y los irlandeses?»

Naturalmente, los irlandeses aprovecharon la primera ocasión favorable para intentar sacudir tan odiosa tiranía. Bajo Carlos I, consiguieron atemorizar a los protestantes. Entonces Crómwell decidió exterminar a todos los habitantes de Erin. Degolló cuanto pudo, y luego ahorcó por racimos. No logró su fin. No se puede exterminar a todos, y, como las espigas pisadas un momento, los irlandeses se irguieron otra vez. Resurgió el hormiguero católico». Los reconcentraron por fuerza en una sola provincia, y repartieron las demás entre soldados y negociantes ingleses. Inglaterra pagaba sus deudas con trozos del territorio de Irlanda. Después hablarán de nuestras depredaciones en América los historiadores moralistas británicos.

Los procedimientos contra Irlanda, que no se dejaba someter, fueron por último algo modificados: disminuyeron las ejecuciones: ¿para qué? ¡Bastaba con matar a Irlanda de hambre! Y el régimen del hambre se inició, con prohibir que en Irlanda se fabricasen tejidos de lana, lo cual tenía dos ventajas: arruinar a la Isla, y evitar a Inglaterra competencias temibles. Y desde entonces, las insurrecciones de Irlanda fueron en gran parte insurrecciones de miseria. A estas protestas, a las asociaciones juramentadas, se debieron las ligeras mejoras del régimen bajo el cual agonizaba Irlanda. Fueron sin embargo ilusorias, porque Inglaterra supo arreglarse de modo que quedase Irlanda más sometida aún; y, ahogando en sangre y con el verdugo siempre en ejercicio un levantamiento general y más vigoroso, asimiló a Irlanda a provincia conquistada, por medio del *bill* de unión, fatal a la libertad de los irlandeses.

No han cesado éstos, sin embargo, de luchar. Nadie ignora el papel que desempeñó O'Cónnor, y ahora, día por día, hemos presenciado sus esfuerzos, y aquel verdugo, aquellos verdugos, por mejor decir, que fueron argumento decisivo tantas veces, vuelven a serlo, siendo la última víctima el que acaba de balancearse en Londres pendiente de una soga...

Se oye decir que la sangre de los mártires de una causa es fecunda. Lo es sin duda, si sus efectos vigorizadores se manifiestan por el convencimiento y la fe de los que presencian el martirio y profesan las mismas ideas. En cuanto a que esos efectos se traduzcan en un período de triunfo y reivindicación, ya es distinto. Aplastada desde hace tantos siglos, Irlanda no ha podido alzarse y recobrar su personalidad de nación. Oprimida vive: oprimida, mísera, perseguida, desangrada, la cuerda al cuello (y no es una figura retórica). Sus mártires, que han podido dignificarla, honrarla, no han podido redimirla.

Esta es la triste verdad.

Según sea el resultado de la guerra, que ya parece plaga crónica del género humano, tal será, probablemente, la suerte de Irlanda. Si Inglaterra es vencida, se alzará en Dublín el monumento a tantos como por Irlanda perdieron la vida.

Y si Inglaterra vence, ¡ay de las últimas esperanzas de la mísera nación!

¿Han visto ustedes cómo todo vuelve, y las antiguas fábulas se convierten en modernas y científicas realidades?

Lo que soñaron los viejos alquimistas, la transmutación de los cuerpos, ha sido perseguido con pasión y tenacidad por ilustres sabios modernos, y de las indagaciones sobre el «helio» a la clásica «piedra filosofal» no va tanta distancia como a primera vista parece.

Los alquimistas han sido de los hombres más ilustres de su tiempo. Baste recordar a Paracelso, a Rogerio Bacon, el franciscano que inventó la pólvora, y a Raimundo Lulio. A los alquimistas debe la ciencia el descubrimiento de bastantes cuerpos antes ignorados. El principio de que partían los alquimistas, es incontestable: la materia es una, y sus estados son los que originaron todas las modificaciones que conocemos. Consiguiendo reproducir por los procedimientos científicos de que dispone el hombre estas modificaciones, la transmutación se obtendrá, y el oro podrá fabricarse...

Desde luego hay gran distancia entre la aspiración y lo que se consigue. Erizado de dificultades está el camino, y además, no parece muy lisonjero lo que el sabio inglés William Ramsay nos anuncia: que de la plata puede nacer el plomo, y de éste, el carbono. Sería mejor lo contrario...

De todos modos, estimemos en su valor los trabajos y descubrimienros de Ramsay, que es a quien se debe el «helio», discutido, hasta negado por otros sabios, porque, ¡ay! ni la ciencia escapa al análisis destructor, que todo lo aquilata y todo lo pasa por su tamiz...

¿No han oído ustedes decir que el romanticismo se ha concluído, que estamos en una época positiva, que ya nadie experimenta aquellas volcánicas pasiones de los años 1820 a 1830, y que lo de «los de Teruel» es una leyenda propia solamente para inspirar a la poesía escenas de un drama inmortal?

Pues estos días leo en los periódicos un doble suicidio por amor, y el suicidio, por amor igualmente, de un chico de catorce años de edad...

En cuanto a los dobles suicidios, son muy frecuentes. Casi siempre los suicidas son gentes del pueblo, de humilde posición. Cuando ocurrió – ya hace tiempo – el sensacional caso Chambige, aquel suicidio doble, de un joven muy culto y una señora elegante tenida por intachable hasta entonces, se habló mucho de la nefasta influencia de las lecturas sentimentales. (pues resultó que aquellos enamorados, como los del poema de Dante, leían juntos poesías y novelas...) Pero los suicidas que salen de servir en un café, de despachar en una lonja, de otros menesteres humildes, no se habrán dedicado a repasar juntos

amores de Lanzarote
y de la Reina Ginebra.

¡Oh! ¡La literatura tiene buenas espaldas! Cuando acusaban a Jorge Sand de inducir al socialismo a los adeptos con su novela *Le péché de monsieur Antoine* la autora y algunos amigos suyos, un día que salieron de campo, gastaron la broma de ir por las heredades y las chozas de los labriegos, gritando: «¡Eh, señores!, ¿cuál de ustedes ha leído *Le péché de monsieur Antoine*?» Y, naturalmente, nadie les contestaba, sino abriendo una cuarta de boca.

El suicida de catorce años, que es un caso más raro, puede que algún verso hubiese leído. No pudiera hacer más de lo que hizo, aun cuando tuviese muy manejado al candente Arolas, poeta el más incitativo que conoce la lengua castellana, y que por cierto había nacido en Valencia, como el niño suicida de quien estoy hablando.

Seguramente que lecturas no andan en ello: es que la pubertad es un momento tan peligroso, que la más estricta vigilancia, una vigilancia tierna, sin violencias ni rigores, es necesaria para impedir que los instintos se tuerzan de modo funesto para el porvenir del adolescente. La inocencia no se ha perdido aún, al menos en lo espiritual, y ya puede corromperse tempranamente el alma, desarrollarse en ella el gusano de todos los malos impulsos.

No es casi nunca amor propiamente dicho lo que determina el suicidio de los adolescentes, sino la convicción dolorosa, sin fundamento casi siempre, de ser objeto de risa, de suponerse burlado, en ridículo.

¡Hay tanta timidez en esas jóvenes almas! Más adelante la vida curte, y reduce todo, penas y placeres, a sus verdaderas proporciones...; Qué sabemos a qué pudo obedecer una desesperación tan precoz, tan absoluta!

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la vida literaria, unas figuras se esfuman entre las nieblas del pasado lentamente, y otras persisten como si las estuviésemos viendo, sin que en esta operación de nuestra mente influya para nada nuestra voluntad... Todavía voy a añadir: ni tampoco, en grado sumo, el talento del escritor recordado u olvidado.

Si un escritor ha grabado honda huella, por circunstancias a veces ajenas a la cuantía de su mérito, en sus contemporáneos, éstos no le olvidan tan fácilmente. Es decir que no siempre son los olvidados los que merecen serlo, ni guarda proporción la suma de olvido con la del valer del prosista o del poeta.

Al recibir el estudio biográfico sobre Manuel Reina, publicado por Eduardo de Ory, he pensado en que el vate de Puente Genil es uno de estos olvidados ya, que merecían alguna mayor consideración de la posteridad ingrata.

Tal vez la explicación del olvido que rápidamente ha envuelto la figura de Manuel Reina, tenga explicación por la misma abundancia de nombres ilustres que fueron sus contemporáneos.

Yo no tuve lo que se dice amistad con Reina, ni ninguna de mis viejas plumas creo que figurará en la colección que formaba. Llevé con él relación cordial, eso sí.

Esto, que no parece nada, tiene su valor.

Cuando se recorre una larga carrera literaria, tratando y hallándose en comunicación con todas las personas algo notables de su tiempo, hay ocasión de apreciar la persistencia de la cordialidad, de la cortesía.

He tenido yo amigos entusiastas, o que lo parecían (y entre ellos se contaban altas figuras de las letras), que según fué acentuándose en favor mío el interés del público y de la crítica, se colocaron en una actitud sombría, reticente, cuando no francamente hostil, como si declarasen que no querían acompañarme por el camino de lograr un poco de *gloria*... o como se diga eso.

Mi amabilidad, mi constante buen proceder, mis francos elogios, no bastaron para hacerme recobrar la benevolencia de aquellos que, en épocas anteriores, me la dispensaban. Y si no podía increparles, como a Dante Beatriz, exclamando:

Quando di carne a spirto era sa'lita,
e bellezza e virtú cresciuta m'era,
fu'io a lei men cara e men gradita

porque ni yo era Beatriz ni eran Dantes ellos, al menos debí preguntar asombrada:

«¿Pero no soy la misma a quien ensalzabais, a veces hasta provocar rubor? ¿No tengo de ello testimonios? ¿En qué he desmerecido?»

¡Bah! La explicación no tenía por qué calentar mucho la cabeza... Lo que ocurría es que la explicación era triste, poco halagüeña para la naturaleza humana. Así es que mi amistad con aquellos que no estaban en tal caso, creció, gané en quilates. Estimé más la simpatía de los Galdós, de los Cánovas y los Castelar, de los Campoamor y los Valera, de los Coloma y los Verdaguer, de tantos como fueron amigos constantes y cuya lista no es corta.

Hay compensaciones, hay gente buena por el mundo.

Como dejo dicho, con Manuel Reina no tuve intimidad. Cuanto diré de él, no estará influído por parcialidad, siquiera involuntaria. Ante todo, reconozco que en efecto este poeta tuvo el corazón

siempre a la envidia cerrado
a la bondad siempre abierto.

***

Tomo pues el libro del Sr. Ory, y en él me fundo. Manuel Reina, sin ser de esos amados de los Dioses que mueren jóvenes, murió en edad que todavía permitía esperar sazonados frutos de su ingenio. Tenía, al dejar el mundo, cuarenta y ocho años, y había nacido en el de 1856.

Fué poeta, y nada más. Lo fué desde muy temprano, y a los veinte años vió la luz su primer libro, *Andantes y Alegros*. Manuel de la Revilla, que bajo su áspera corteza de crítico implacable era un espíritu muy generoso y encontraba placer en descubrir tierras hasta entonces ignoradas, dió el espaldarazo a Manuel Reina, diciendo de él que era «un adorador de la luz, en que se baña con voluptuosidad; que encuentra bello el mundo, y que, en sus rimas, para el que sabe atender a ellas, palpitan las tristezas de la vida, sentidas finísimamente, y se percibe, como un perfume, la gran melancolía de las cosas.» Tal melancolía, a pesar del humorismo, también se ha percibido en Campoamor.

La segunda colección de poesías de Reina se titulaba *Cromos y acuarelas*, y vió la luz con un prólogo, muy encomiástico, de Fernández Bremón, que encerraba como la esencia de aquella poesía en un aforismo: «Idear bellezas, es la ocupación más noble del espíritu.»

No cabe duda que en la poesía de Reina hay un prurito de ideación de hermosura, de una hermosura especial, en que irradia un concepto optimista, sano y acompasado, del vivir.

Porque todo poeta, si se mira bien, idea belleza, pero belleza peculiar suya, y cuanto más peculiar, mejor.

Así, por ejemplo (y es el primero que se me ocurre), el lírico francés Mauricio Rollinat también idea belleza; pero ¡cuán distinta de la de Reina, cuán distinta!

Es la belleza de lo horrible, a veces, y otras, la de las visiones de un cerebro enfermo y un alma en pena visitada por el diablo o, al menos, por la sensación continua de la muerte.

Baste un ejemplo, su poemita *Las mariposas*. Es uno de los menos tristes de la colección titulada *Los refugios*, y las describe saliendo radiantes y dulces de los limbos de la crisálida, bebiendo perfumes en la brisa, viajando por el aire, temblando en el cáliz de la flor, perdiendo un poco del polvillo de sus alas al roce del cardo azul, semejantes a florecillas que vuelan, y alegrando los ojos con el reflejo de la pedrería que parece sembrada sobre sus alas.

Pero ¡ay!, he aquí que de pronto la mariposa llamada *Esfinge Atropos* aparece... En su coselete se ve, claramente, la figura de una calavera... Y el poeta supone que repite la mariposa: «Tú serás cadáver, tú lo serás...»

Compárese este final pesimista con el bello final de un soneto de Manuel Reina, que no resisto al deseo de transcribir:

Llenó el vergel Apolo de harmonía,
y recostado en suelo floreciente,
a la margen durmióse de una fuente
que entre lirios y céspedes corría.
Sale entonces, callada, de la umbría
desenroscando el cuerpo, una serpiente,
y hunde su corvo, emponzoñado diente
en el pecho del Dios de la poesía.
Las aves que poblaban la espesura
a la queja de Apolo dolorosa
respondieron con gritos de pavura;
y en la tierra, que ungió la generosa
sangre de la traidora mordedura,
vió la primera luz el laurel rosa.

He aquí cómo la riente fantasía del poeta meridional canta el mito antiguo y le comunica el sentido moderno, delicado, lírico, sentimental.

En 1894 publicó Reina, y me envió, el tomo de *La vida inquieta*. No recuerdo si le dije o no le dije en carta particular el agrado con que lo leí; pero es lo cierto que, por aquel entonces, ya no publicaba yo en la prensa un solo renglón dedicado a escritores vivos.

Era una abstención que me había impuesto desde que, por elogiar a algunos escritores en el *Teatro Crítico*, me había hecho de esos escritores enemigos *figadales*, como dicen en Portugal.

Por eso tampoco habré hablado de *La vida inquieta* en letras de molde, a pesar de que en aquel volumen está concentrado lo mejor de la inspiración de Reina, más tal vez que en obras posteriores, como *La canción de las estrellas* y *Los poemas paganos*.

La razón sería, sin duda, que la musa de Reina era esencialmente lírica, traductora de sentimientos e impresiones propios, y al desarrollar temas objetivos, cambiaba de rumbo, sin ventaja.

En todas las ocasiones, sin embargo, Reina demostraba profundo respeto a los derechos del Arte. Siendo generalmente estos líricos del Mediodía fáciles y copiosos, suelen propender a la descuidada espontaneidad.

Reina, nos lo dice su biógrafo, pulía y acicalaba cuidadosamente todas sus composiciones, y tal vez no fué por eso lo que se dice un poeta demasiado fecundo. Había en él el espíritu de un parnasiano, de un cincelador de la rima (si no había el estatuario vigor, digno de Fidias, de un Leconte de Lisle).

Estas cualidades de perfección, se demostraron también en su último volumen, *El jardín de los poetas*, obra de madurez, pensada y trabajada, en que el conocimiento del Arte se ha intensificado por el estudio.

Le llamo último volumen, pero veo que hay otro póstumo, titulado *Robles de la selva sagrada*, y el señor Ory incluye en su estudio biográfico algunas composiciones que habían quedado inéditas y que bien merecen no perderse, porque son muy bellas.

Al recorrer la serie de sus obras, se ve más clara la influencia que en Reina ejercieron los «robles de la selva sagrada», los grandes poetas de todas las edades.

Hay composiciones de este cantor de Puente Genil que recuerdan a Heine, a Lenau, a otros líricos alemanes.

Sirva de ejemplo la canción en que el poeta, después de decirle a su amada a qué usos tiernos y galantes piensa dedicar su faja de brillante seda, y cómo le va a servir para hacerla un columpio, una espléndida escala para hablar con ella a solas en su alto balconaje, una alfombra para que bailen sus pies primorosos, cintas de escarlata y azul para ornar su garganta nívea..., exclama que también hará una soga para ahorcarse, si la hermosa algún día le engaña.

Y quizás mayores reminiscencias pudieran descubrirse en el *Canto de Mayo*, que recuerda aquel famoso *lied:*

Im wunderschönen Monat Mai,
als alle Knospen sprangen...

Son estas reminiscencias inevitables entre poetas modernos, y no es poco saber beberle el alma, en algunas estrofas, a un poeta como Enrique Heine, para mí el mayor acaso de los líricos después del otro hebreo como él, Salomón. Entre los poemas hasta ahora no publicados de Reina, hallo uno que por de Heine tomaríamos, si no supiésemos que no lo es. Dice así:

Hoy he vuelto al jardín, amada mía,
al jardín del amor,
donde bebí a raudales la ambrosía
de tus labios en flor.
Hoy, como ayer, el surtidor de plata
fulgura y canta en él,
y la opulenta rosa de escarlata
acaricia al laurel.
Como en tiempos mejores, su frescura
y sombra da el parral,
y refleja del cielo la hermosura
el lago de cristal.
Mas ¡ay! aquella estatua de alabastro
que eregí a nuestro amor;
la que el jardín llenaba como un astro
de níveo resplandor;
la que al céfiro daba sus guedejas,
la ninfa virginal,
entre cuyos dos senos las abejas
labraron su panal,
hoy yace sobre el césped aromado
rota y sin esplendor,
y en su divino seno se ha posado
y llora un ruiseñor...

Heine lo hubiese dicho en dos o tres estrofas menos: ya se sabe que los meridionales hablan siempre más que los del Norte. Pero mejor, no lo hubiera dicho.

En suma, yo alabo y estimo la obra del Sr. Eduardo de Ory, que refresca la memoria de un poeta tan simpático, en estos tiempos en que los muertos literarios van demasiado aprisa, como en la célebre Balada. Deseo que no se marchiten los lauros del cantor de Puente Genil, y se rectifique el juicio, excesivamente severo, que de él formó el Padre Blanco García, en su *Literatura española en el siglo XIX*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lector, si haces caso de lo que lees y oyes respecto a salud, higiene, medicamentos, sistemas para engordar y adelgazar, etc., estás fresco, lector, estás fresco, y más de una vez has de cogerte la cabeza con las manos, exclamando: «Ya tenemos aquí la tan acreditada jaqueca».

Fíjate sólo en un pequeño detalle: la cuestión del agua, fresca y clara, de la fuente. Unos te dicen que no se debe beber con la comida, que es una rémora para la digestión, que diluye el bolo alimenticio, etcétera. Además, engorda, cría grasas, y prepara así los estragos del arteriosclerosismo y de no sé cuántas cosas más. Sólo es conveniente eso de beber agua, dos o tres horas después de la comida.

Cuando ya estáis medio convencidos, he aquí que otro os previene, asustadísimo, contra tan mal sistema. ¡No beber agua! ¿Sabéis a lo que os exponéis? Bagatela. A una afección incurable de los riñones, y, además, a la locura. El abstenerse de agua durante la comida produce ataques de frenesí.

¡Menos mal!, pensamos involuntariamente. Y sin embargo, el pronóstico nos produce intranquilidad. seguiremos bebiendo nuestra copa de agua, entre el cocido y el frito, como hicieron nuestros abuelos. Y a vivir.

Salta un nuevo dogmatizante: no bebáis agua; bebed de un vino ligero, blanco, o de la Rioja... Medio cuartillo diario, vaya; y hasta un cuartillo..., si os empeñáis. No tenemos empeño alguno, pero si se trata de la salud... Y, a la vuelta de la esquina, otro teórico: No, nada de vino, ¡por todos los santos! ¿Usted sabe lo que opinan del vino los más ilustres médicos de aquí, y de acullá, y de todas las naciones civilizadas? Que una leve sospecha de alcohol puede engendrar toda clase de desórdenes. ¡Alcohol! Ni nombrarlo.

Así, os quedáis en el aire y acabáis por resolver que lo mejor será hacer lo que os pida el cuerpo. ¿Tengo sed? Bebo. ¿No la tengo? Me declaro abstemio de agua y vino. Yo observo que el mismo tiempo viven, próximamente, los que acatan los mandatos de la higiene con escrúpulo y los que los desacatan con el mayor descaro. Ningún mortal llega a ciento veinte años, y bien pocos, a cien. Para cuatro días que se pasan en este bajo mundo, no vale la pena de imponerse privaciones y de realizar esfuerzos tan penosos. Creedlo, y bebed cuando os viniere en gana, sobre todo de la hermana agua, casta y humilde. Notad cómo San Francisco le llamó al agua «hermana agua» y no dijo nada del «hermano vino».

Comed también, moderadamente, pero a vuestro talante, y sin aprensión a los manjares; que pocas veces nos harán ni el daño que suponemos ni el bien que pensamos.

El terror de la apendicitis es otra característica de la edad presente. Ya casi nadie come fresas porque sus granitos causan apendicitis. Los higos inspiran desconfianza: granitos tienen. Los tienen igualmente las frambuesas. Y el espectro de lo que antes se llamó *cólico miserere* se cierne sobre los espíritus apocados...

¡Cuántas veces acude a mi memoria la figura donosísima, achicadora de las de los Docteres de Molière, del gran Pedro Recio de Tirteafuera, el que le tasaba los bocados a Sancho Panza! Hoy todos somos Pedro Recio de nosotros mismos. Esto no, que da irritaciones. Esto tampoco, que relaja. Esto jamás: produce toxinas. Pues esto menos, porque contiene ácido oxálico, en cantidad. Esto destempla. Esto aprieta y corrobora en demasía. Esto raica el riñón, como si fuese un rallo. Esto descompone. Lo otro excita. En fin, no hay manjar, licor ni infusión que no traiga unas consecuencias fatales...

Dan ganas de exclamar como el recluta, que se dormía mientras le leían la Ordenanza:

– ¿Y qué sirve atender, mi primero? Ya sabemos que el *sordao* vive de milagro...

De milagro vivimos todos, y el gran asombro es vivir. Tantas cosas como nos dañan y amenazan, y aun vamos garrapateando artículos. Buena señal. No serán tan terribles los riesgos, o serán iguales por mucho que se haga, y muchos sacrificios que nos impongamos!

La verdad es que tiene bastante de terrible eso de perderse un hombre como una aguja en un pajar. Tal es el caso del Sr. Ferrero, a quien parece haberse tragado la tierra. Todas las investigaciones practicadas al objeto de encontrar a este señor, no han dado, por ahora, resultado alguno. Desde el día 6 de junio no se ha vuelto a saber de él, y hay momentos en que parece que no volverá a saberse hasta el día del valle de Josafat, en el cual forzosamente apareceremos todos, al toque de la estridente trompeta del ángel. Yo reconozco los servicios prestados por la Policía, y comprendo lo arduo de la misión de este Cuerpo en casos como el de la desaparición del viejo a quien se busca... Pero no me explico que, en una sociedad civilizada, pueda desaparecer nadie, sin dejar huella ni rastro.

¿No es bueno que no se pueden dar dos pasos por la calle sin que se entere el mozo del café de al lado, la frutera de la esquina, el cacharrero de enfrente y el zapatero de más allá, y un señor zambullirse así, y ni visto ni oído?

Lo que tiene de extraño esta desaparición, es que no se ve por parte alguna la causa del crimen, y, si no hay crimen, es cien veces menos explicable el hecho.

Cuando no hay crimen, el cuerpo aparece. Aparece también, generalmente, habiendo crimen. Nada más difícil de esconder que el «cuerpo del delito». Cuando el cuerpo del delito es un hombre..., cualquiera lo escamotea.

Para formarse idea de si pudo haber crimen, tendríamos que conocer muy bien los antecedentes, relaciones y amistades de ese viejo que no parece por parte alguna.

Y de nada de eso tenemos la menor idea. Si pudiésemos hacer una visita a Pozuelo de Tavara, ¿qué sé yo? ¡Es imposible que algo no se rastrease! De ñjo que el hilo de la misteriosa desaparición allí podría sacarse, y no en Madrid. Cuando un hombre va por pocos días a una gran capital, a no llevar consigo gruesas sumas, no es fácil que a nadie se le ocurra hacerle desaparecer; no habría móvil. Los móviles se conciben allí donde radican los intereses, los negocios, el tejido de la vida de una persona.

Para buscar quiénes pueden ser los interesados en un orimen, hay que estudiar a las gentes que están en contacto con la víctima; a sus amistades y relaciones. En este caso, todos convienen en que el viejo no debió de ser atraído a una emboscada de esas en que juegan mujeres de mala conducta. Este buen señor, que contaba más de setenta años, no se ocupaba, por lo visto, de niñerías. Venía a Madrid para conseguir, si era posible, en cuatrocientas pesetar, un molino que valía cuatro o cinco mil. Era moro de paz. En su muerte, si es que se la dieron, no puede haber sino una cuestión de interés, o una venganza.

Ambas cosas pueden averiguarse, pues en los pueblos se sabe hasta el número de pulsaciones que da por minuto cada vecino.

Aun espero en la grata sorpresa de la indagación completa de este curiosísimo hecho. No es tranquilizador que suspiman así a la gente.

Y sin embargo... Reciente está el caso de Jalón. A no ser por una ficha de círculo, por un botones despabilado, a estas horas el asunto permanecería en sombra, y el cuerpo de la víctima, entre dos paredes, como un *sándwich* horrible...

Escrito lo que precede, gran revuelo en los periódicos: se ha descubierto el crimen, completamente, ¡sin dejar lugar a duda! Un triunfo para *El Imparcial*, que venía diciendo constantemente que se indagase lo referente a la desaparición del viejo, porque tras de ella tenía que haber un crimen, y un recurso para dar interés a estos últimos días del verano, en que la monotonía de la guerra (monótona, sí, aunque tan espantable) ha llegado a engendrar un aburrimiento plúmbeo.

Todos sabrán que el viejo ha perecido, enterrado en un hotel de la calle de Lanuza, atadas las piernas con una cuerda, partidos la nuca y el rostro por dos hachazos furibundos, y despojado de lo poco que consigo llevaba: unas mil y pico de pesetas.

El crimen no lo ha realizado ningún apache, ningún presidiario cumplido, ningún harapiento. De algún tiempo acá, los crímenes con entierro secreto y previa encerrona, son obra de burgueses, de gente que ya alterna en ciertas esferas sociales no humildes. Así el del capitán Sánchez, y así el de estos agentes de negocios, padre e hijo, que prepararon con frialdad, pero sin habilidad alguna, el asesinato de Ferrero.

Yo me engañaba cuando decía que en Pozuelo de Tavara había que buscar los antecedentes del crimen. Acertaba, en cambio, cuando suponía que, a quien no lleva consigo o no se cree que lleva, gruesas sumas, no es fácil que en Madrid le asesinen para robarle, y que en las amistades y relaciones del muerto estaría la clave del enigma.

Ferrero no era portador de gruesas sumas; pero los asesinos creyeron que sí. Le habían inducido a que no viniese a Madrid sin diez o doce mil pesetas en cartera, para realizar un excelente negocio de abonos químicos. La carta, por una de esas casualidades que echan a pique las combinaciones de los malvados, no llegó a tiempo a su destino, y el viejo, cuando salió para la corte, no llevaba consigo sino la suma, relativamente insignificante, de que fué despojado por sus verdugos.

Y el caso se presta a reflexiones morales (de las más baratas, lo reconozco). Rara vez una acción inicua reporta provecho en relación con las responsabilidades que crea. A veces, como en este caso, no reporta casi ningún provecho. Esos Sáiz – suponiendo que son dos, como parece evidente –, el padre y el hijo, los que han tomado parte en el atentado gastaron, en prepararlo, parte de la cantidad que habían de recoger. Otra parte, no pequeña, la habrán dedicado a esos viajes que parecen tener por objeto huir de Madrid, no sólo por el ruido que empezaba a causar la desaparición, y que les haría sudar frío muchas veces, sino también por escapar de acreedores, pues éstos eran agentes de negocios picados del gusano, llenos de trampas, y ésa fué la causa determinante de su atroz resolución.

Hay algo en tal crimen que hace doblemente antipáticos a sus autores. Al lado de la premeditación, ese hotel alquilado de antemano para teatro del crimen, esa trama urdida detenidamente, hay una especie de pretensión de superioridad de inteligencia, con que quisieron situarse por encima de los vulgares asesinos. El capitán Sánchez, en su opinión, era un torpe; había preparado mal su ratonera humana. ¡Ellos, sin duda, lo harían mucho mejor!

Y lo hicieron, en efecto, mucho peor. No es quitar mérito a los que han descubierto el crimen; pero ahora, que se conocen los detalles, los que estamos de la parte de afuera nos damos cuenta de lo burdo de la combinación del hecho. El autor de la paradoja *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, no daría patente de *artistas* a estos asesinos que amontonaron error sobre error, para que su culpabilidad no pudiese quedar incierta, y para que se tuviese que encontrar, sin gran retraso, el cuerpo de su víctima.

Teniendo, como tuvieron, cerca de tres meses de plazo para hacer desaparecer las huellas, no se les ocurrió nada mejor que dejarse, en el mismo hotel, a la vista, el hacha instrumento del crimen, con sangre y cabellos pegados. Y, para echarse mejor a la garganta el aro de hierro, en persona arrancaron el *parquet* y lo substituyeron con azulejos que, por escrupuro de mentir sin necesidad que acomete a los criminales, dijeron que les venían de fuera de Madrid, y que compraron, si no me engaño, en un almacén de la Concepción Jerónima...

En todo este trágico suceso, hay seres bien dignos de compasión: las familias de Ferrero y Sáiz, y, sobre todo, al menos así lo creo, la última... Cae sobre ella un sambenito que seguramente no merece, y que, sin embargo, tiene que rodear sus frentes mientras vivan y dure la memoria del suceso. El mundo es *ansí*, que diría Pío Baroja. Y será *ansí* hasta la consumación de los siglos.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora que se va dejando de hablar del crimen de la calle de Lanuza, y se ha extinguido la emoción causada por su descubrimiento, voy a decir que, sin negar la actividad y celo desarrollados para conseguirlo, se me figura, no en este caso especial, sino en otros muchos semejantes, que no es tan difícil como a primera vista parece encontrar rastros de los probables asesinos.

A mi juicio, he aquí lo que debió hacerse, al plantearse el problema de quiénes podían ser autores de la desaparición de Ferrero. Ante todo, la labor de eliminación, dejando a un lado a las personas de quienes no cabía sospechar, y aislando las pocas, siempre pocas, de quienes pudiese existir algún recelo.

Cuando hay indicios tan vehementes de que un crimen ha sido cometido, y señal del crimen es una desaparición misteriosa, se me figura, y doy mi teoría por lo poco que valga, que ante todo se impone una información respecto a las personas que más en contacto estuvieron con el desaparecido, en los últimos tiempos y días que se le vió.

Averiguado esto, se sigue otra averiguación interesantísima: la de los antecedentes de esas personas, que con él estuvieron en frecuente relación, en tal época.

¿No es cierto que, si en tal indagatoria, apareciese un individuo con graves antecedentes penales, en él se fijaría vuestra atención preferente? Sabiendo que D. Nilo estaba en contacto con el Sr. Ferrero, que lo veía, que le escribía, y conocidos los antecedentes de D. Nilo, ¿no era cosa de desconfiar, en primer término, de él?

La policía tiene que estar muy informada de los que rednen antecedentes como los que D. Nilo reunía. Rara vez, en el camino de la delincuencia, se detiene o se vuelve atrás nadie. El que ha cometido numerosas estafas, y ha estado bajo la acusación de desembarazarse de un sujeto cuyo seguro sobre la vida cobra, debe ser, para la policía, como caza señalada por los perros, que apenas levante el vuelo, caiga a los pies del tirador.

Encontrando un sujeto así mezclado poco o mucho en un enigma como el de Ferrero, hay que seguirle con ardor la pista, y saber sus menores pasos y movimientos en la fecha que se supone sea la del crimen. Si tal se hubiese hecho con D. Nilo, partiendo del conocimiento de sus antecedentes, que la policía debiera poseer resumidos en ficha completa, estaba esclarecido el macabro misterio del hotelito.

Se me dirá, y con razón, que no es la policía española, en este respecto, inferior a las de otros países. También por ahí, por esas Europas, se ven casos en que la policía no aplique las reglas de la lógica y del raciocinio, ni los datos que deben servir de guía a sus investigaciones. Yo soy aficionada a leer causas célebres, por mis gustos de novelista, y he visto que no siempre ha evitado la policía extranjera las mayores desorientaciones. Tal vez, mirando estas cosas desde afuera, parezcan más fáciles que desde adentro, que esto pasa con todo. Tal vez no hay prenda más rara que el fino olfato del sabueso de policía. Tal vez esa masa de error, de engaño en los juicios que apreciamos con motivo de otras cosas, exista y pese en estas materias con peso doble. Y, al fin y al cabo, me dirán, el crimen ha sido descubierto. Pero, según la prensa, lo ha sido por casualidad, por unas palabras en un tranvía, y yo quisiera que lo hubiese sido por deducción de hechos, por algo que se asemeja, en su línea, a la labor del erudito y del historiógrafo, participando también de la del novelista. En el descubrimiento de los crímenes, la imaginación representa papel muy principal. Hay que imaginar dos o tres hipótesis novelescas, y, con arreglo a los datos, examinarlas, desecharlas o admitirlas.

Este D. Nilo, autor del crimen (creo que es lícito llamarle así aunque los tribunales no hayan emitido su fallo) es un verdadero tipo de novela de Balzac. Bajo la capa del negociante, escondía la figura del hombre en constante guerra con la sociedad, para explotarla y pasar por entre las redes de la ley, burlándolas y deslizándose como una anguila.

Caso bien común, sus necesidades eran mayores que sus medios, y apelaba a todos los recursos para proporcionarse dinero, resuelto a no escoger entre esos recursos los que fuesen permitidos, sino los más prácticos para el fin. Esta clase de hombres miran el dolor ajeno y la vida ajena como cantidades despreciables; van a su objeto, y no vuelven la cabeza atrás. Arbitrios como el de vender tierra por abono, son de los más sencillos de este hombre, resuelto a sacar de la buena fe de los demás un fuerte rédito; y si no hubiese hecho otra cosa, no sería sino un vulgar trapisondista, de tantos como en el tráfico dan gato por liebre. Pero es tal la fuerza de la realidad, que el que empieza por ahí, puede, a cada instante, ser arrastrado mucho más lejos. Estas que en Francia se llaman *indélicatesses*, en Francia y aquí deben estimarse como indicio de disposiciones para empresas más altas.

Por lo visto, y si es exacto lo que se ha dicho acerca del posible envenenamiento de un muchacho a quien había asegurado primero (forma de crimen bastante frecuente), D. Nilo no se estrenó con el asesinato del anciano de Pozuelo de Távara. No quisiera, sin embargo, mientras está el asunto en tela de juicio, decir nada que pudiera parecer que recargaba la culpa de quien tiene harta carga ya sobre sus hombros. No: líbreme Dios de ello.

Ponga en claro estas cosas quien deba por razón de su cargo, y los demás no insinuemos siquiera lo que pueda interpretarse como aumento de odiosidad contra quien ya tiene que responder de un crimen tan repugnante y horrible como el de la alevosa muerte dada a Ferrero...

Y hay que convenir en que el crimen es horrible, pero mal tramado y peor ejecutado. Ningún disimulo ejercitaron sus autores (pues parece que el hijo ayudó al padre), y éste es el aspecto más triste del drama. Era imposible que, a su hora, no fuese cargo irrebatible el cambio del piso, la adquisición extraña del ácido sulfúrico, tantos y tantos cabos como dejaron sueltos, para que por ellos se los pudiese coger.

Parece evidente que este criminal, hoy descubierto, venía estafando, por lo menos, sistemáticamente, para sostener a los suyos, para proporcionarles una vida y una posición superiores a lo que sus recursos le permitían; y, si esto fuese una excusa, habría que tenerla en cuenta. El cariño de la familia, que unas veces redime y dignifica el vivir, otras origina el ansia insensata de lucrarse a toda costa, a fin de que no carezcan de nada los seres queridos. Verdaderos dramas que no tienen otro origen, vemos a cada paso desarrollarse ante nuestros ojos. Desde el que roba por llevar pan a sus pequeñuelos, humilde obrero o vagabundo mendicante, hasta el burgués que comete toda clase de transgresiones para que a sus hijas no les falte un abrigo de terciopelo y a su mujer un boa de pieles, hay, en todas las esferas sociales, quien no repara en barras, quien hasta se cree ni culpable al seguir su impulso. Cuando las necesidades de la familia no son del orden fisiológico, el sustento, la vivienda, la ropa que cubre la desnudez, sino que ya pertenecen al número de las que impone la vanidad social, tenemos que ser más severos, exigir una cuenta más estrecha. El remedio de estos males estaría en la aceptación de una vida modestísima, de un ingreso en las clases populares. Y nadie tiene tal arranque, aunque debiera tenerlo todo el mundo.

He aquí un hombre honrado, que acaba de poner fin a sus días porque no le era posible ofrecer a los suyos la posición que anhelaba, y por la cual trabajaba desde años atrás. El novelista Felipe Trigo se ha pegado un tiro en la sien, al ver que su salud, deteriorada, no le permitía llevar adelante los vastos planes que meditaba, para la empresa editorial que había de hacerle rico e independiente, y a su familia, dichosa.

He llamado a Felipe Trigo un hombre de bien, y puede que protesten contra mi afirmación los que se escandalizaron de sus novelas. Yo no las defiendo, en el terreno en que han sido acusadas; reconozco que van más allá de lo que permite el decoro de la forma literaria, y el pudor social. Referir historias de amor, comentarlas, no me parece ningún desmán, y el amor, estudiado en la complejidad de sus manifestaciones sentimentales, es y ha sido y probablemente será el asunto predilecto y universal de la fábula literaria, pareciéndome excusado aducir ejemplos. Trátase aquí, con Felipe Trigo y sus novelas, de una mera cuestión de límites. Casi todo lo que ha escrito, lo pudo escribir con más reserva, sin quitarle verdad ni intensidad. Para mí, en *Las ingenuas*, aunque haya escenas muy vivas, y la novela no sea de biblioteca blanca ni azul, ni mucho menos, ha debido contenerse Felipe Trigo donde el mismo arte exige que el escritor se contenga.

Ha sido después del éxito, a mi ver merecido, de *Las ingenuas*, cuando el novelista fué recargando sus cuadros, y a la vez, complicando y desquiciando su estilo. Con estos defectos, todavía su talento se revelaba en bastantes páginas, y por otra parte, el público se le mostraba tan propicio, que no hubo escritor español que así vendiese copiosas ediciones, que así ganase cantidades que nos parecen fabulosas. Un día, en la Biblioteca Nacional, me preguntó un funcionario, si presumía yo cuál autor, entre los contemporáneos, era más leído, y ante mi incertidumbre en designar, me dijo que Felipe Trigo, con gran superioridad sobre todos los restantes.

Fueron pues algunos años de felicidad los que conoció Trigo, y de esta felicidad debieron de ser participes los suyos, pues parece que los quería tiernamente, y no tenía egoísmos ni vicios, de esos en que derrochan los jefes de familia lo que debieran llevar a su casa. Yo he oído, en otro tiempo, hablar de poetas que guardaban cuidadosamente, en un cajón de su escritorio, jamón en dulce y emparedados, mientras sus hijos comían un puchero pobrísimo, y andaban poco menos que sin calcetas. Y lo curioso es que, en los versos de estos malos padres, se desbordaba la ternura, la intimidad familiar, y otras zarandajas. No hay que juzgar del interior por la letra impresa. Muchos escriben con recato, con efusión del alma, con una castidad etéreas... y son unas detestables personas. Felipe Trigo, el de *La bruta*, era un excelente sujeto, un padre cariñoso.

Era también, y esto es más raro, un amigo leal, y un literato sin envidias ni perfidias profesionales. Si tenía su vanidad, era una vanidad candorosa, infantil, y bien explicable, dado el aplauso que el público le tributaba, y el halago de los editores. Pero jamás he visto en su consumida cara esa sombra siniestra que tiene el pesar del bien ajeno sobre los semblantes de los que no nacieron generosos.

La prensa dice que la crisis de la librería, en estos momentos, fué la causa de que Trigo se diese a soñar una empresa magna, la de fundar una Casa editorial y una Revista que eclipsase a todas, y por medio de la cual el trabajo literario se viese dignamente retribuído, libertándonos de tiranías y explotaciones. Y me parece (al recibir la triste noticia del suicidio), que veo al novelista sentado en mi despacho de Madrid, explicándome con entusiasmo su vastísimo plan, y aconsejándome que, en lo sucesivo, no me dejase arrancar una página de prosa que no me fuese pagada poco menos que a peso de oro, pues gracias a su iniciativa, la faz del trabajo literario iba a cambiar... Y yo le sentía sincero, y hasta en algunos puntos encontraba sensatas sus ideas, pero pensaba en la cantidad de miles de duros indispensables para fundar la Revista, y la Casa editorial, y todo...

Y, además, pensaba en que aquel hombre, gastado ya por una labor superior a sus fuerzas, y que nunca debió de ser robusto, desde que sufrió tan crueles heridas y perdió tanta sangre defendiendo a su patria en Filipinas, carecía de ese factor esencial, la salud, el equilibrio, la recia complexión de los luchadores.

Y en efecto, por lo que se ha dicho, su salud estaba minada, y necesitaba morfina, y la neurastenia le envolvía en su tejido de molestias de cada instante. Cuando la fatal resolución germinó en la mente del desdichado novelista, hacía varios días que la pluma no obedecía a la voluntad. Esta es la hora más trágica en la existencia de un escritor; aquella en que, sentado ante su mesa, quiera expandir, como de costumbre, su pensamiento o su fantasía en el papel, y hay algo que se lo impide, una parálisis mental, una imposibilidad tan natural, como era natural antes la inspiración. Yo comprendo el inmenso desencanto, la pena infinita del que se ve morir en vida, del que asiste al propio entierro de lo que tenía de más precioso, de lo que formaba su orgullo, su razón de ser...

Y he aquí que siento una compasión muy grande por ese escritor que, al morir, se despide patéticamente de sus hijos, y les pide perdón de no haber sabido labrarles una posición bella y segura, de haber caído vencido antes de acabarse la batalla. Y alabo la sinceridad con que confiesa que trabajaba para los suyos, sin alarde alguno de otras finalidades más altruístas. Las entrañas son lo primero, y en la naturaleza cada ser mira por su prole, desde el insecto al pájaro y a la fiera.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al morir fisiológicamente Echegaray, nos damos cuenta de que, tiempo ha, murió para las letras, sin dejar rastro, como desaparece un cometa de flamígera cola.

El nombre de Echegaray, hace treinta y cinco o cuarenta años, llenaba los ámbitos de la escena, retumbaba en todas las discusiones, y aturdía en las columnas de la prensa, a fuerza de repetido. Una agitación incesante se alzaba de ese nombre. Con motivo de él, se ponían en tela de juicio los problemas de la estética, las eternas reglas del gusto, y hasta de la moral. De la moral particularmente. Porque, si todo español no es un crítico, todo español es un moralista de tomo y lomo.

Y lo primero que se pregunta, en España, a un autor, es cómo anda de moral. En opinión de la mayoría, en el período militante de Echegaray, andaba muy mal de eso el autor de *El gran galeoto*. Era un corruptor de las costumbres, un envenenador público, y sus obras, un escándalo, un atentado al pudor. Al lado de esta opinión severa, sostenida por la mayoría, como dejo dicho, había otra, que colocaba a Echegaray en las alturas a que sólo llega el genio en sus vuelos de águila, y le consideraba heredero y sucesor legítimo de Lope, Calderón, Tirso y otros dramaturgos españoles del mismo fuste (pero muy diferentes entre sí), y no sé si al mismo del Esquilo, Sófocles, Shakespeare y demás colosos.

En vano D. Manuel de la Revilla, con la lucidez que siempre le acompañaba, hizo una definición exactade Echegaray, escribiendo lo siguiente: «Aquella deidad misteriosa que encerrada en el templo de Sais ofrecía eterno e inescrutable problema a la curiosidad de los egipcios, no era, sin duda, más impenetrable y obscura que lo es esa inteligencia singularísima que vive entre nosotros bajo el nombre de D. José Echegaray. Conjunto extraño de facultades y aptitudes al parecer contradictorias, enigma viviente que a los unos semeja desbordado genio, a los otros helado calculador, a muchos reflexivo y laborioso talento, a no pocos ingenio luminoso y profundo, a todos personalidad excepcional y peregrina; especie de síntesis hegeliana en que se unen todas las contradicciones y se suman todas las antinomias; ecuación de inconexos términos, cuya incógnita, después de despejada, se llama *genio*, cuando lógicamente debiera apellidarse *monstruo*, el Sr. Echegaray es una de las figuras más originales y notables que registra nuestra historia literaria en el presente siglo.»

Se ve claramente que Revilla, con todas las reservas, distingos, consideraciones y respetos que impone la contemporaneidad, no podía avenirse a que Echegaray fuese un *genio*. Los fundamentos del severo, pero atinado juicio, están expuestos en el tomo de críticas del maestro, que publicó el Ateneo de Madrid y están expuestos de una manera tan razonada, que el interesante artículo sobre Echegaray debió de ser uno de los piquetazos más demoledores, asestado a los cimientos mismos de aquel alcázar de materiales heterogéneos que se llamó el teatro de Echegaray.

Por impresionante y prestigioso que fuese aquel teatro, en que revivían y palpitaban tantos géneros de nuestro romanticismo dramático, una minoría ilustrada se dió a rumiar el corto y substancioso juicio de Revilla, y las frases en que dice de Echegaray que «rara vez acierta con la expresión del sentimiento humano, casi siempre substituído en sus obras por la frenética convulsión de la locura»; que «no idealiza lo real sino falseándolo, no vacila en confundir a cada paso lo trágico con lo horrible, lo estético con lo monstruoso» y que «no ha logrado crear una sola figura ni una sola concepción dramática que tenga vida propia, ni verdad alguna, porque las primeras son casi siempre convencionales fantasmas, y las segundas, artificiosas combinaciones de datos falsos.»

Y en todo esto hay un acierto singular, como lo hay en atribuir a la fantasía, desligada del sentimiento, el principal papel entre las facultades de Echegaray, y en reconocer cómo se imprime en el teatro echegarayesco la marca de la abstracción matemática, que lleva al idealismo absoluto y hace de tales dramas teoremas representados. En una cosa sólo yerra el autor de tan penetrante estudio, y es cuando afirma que Echegaray ha de dejar profunda huella en nuestra historia literaria. Si por huella profunda se entiende suscitar un movimiento, iniciar tendencias, verlas reflejadas en una serie de discípulos, no deja huella Echegaray.

Permanece como algo aislado, siempre difícil de clasificar, una originalidad personal, proyectada violentamente fuera de su tiempo, de su época, y, por supuesto, de la realidad y de la vida. A su lado, el gran idealista Calderón es un portento de verdad. Los tipos del teatro romántico español (en el cual colocamos a Echegaray, no obstante) no llegan nunca al absurdo. Dejo al lector, hoy sereno ya, la decisión de si los de Echegaray llegaron o no llegaron.

Recuerdo, en el calor de las disputas suscitadas por *En el seno de la muerte*, *O locura o santidad*, *El gran galeoto*, y otros dramas de análoga resonancia, que personas más bien imparciales, indignadas, querían «romper por todo» y organizar ruidosa manifestación, en contra de semejante dramaturgia. La desaprobación a Echegaray, un momento reprimida por el estreno de algo de mayor relieve, de más brillante efectismo, que probaba original talento, surgía cuando flojeaban las obras y se les veían más los hilos de la trama; entonces venían las «caídas» al foso, que, para otro autor, hubiesen sido definitivas, irreparables. Echegaray, con aquella fría calma escrita en los rasgos de su fisonomía, no se arredraba poco ni mucho: allí estaba otro drama, en que tal vez, domada la fiera del público, los aplausos desmentían lo que acababan de afirmar los silbidos y los taconeos...

No puedo especificar ahora cuál de estos fracasos fué el que vinieron a comentar conmigo, radiantes de júbilo, Tamayo y Alarcón. El caso sucedió en la Biblioteca Nacional, la antigua, siendo su director Tamayo. Yo trabajaba allí, para mis *Conferencias* en el Ateneo sobre la novela rusa. Tamayo, amabilísimo, me había puesto una mesa junto a una ventana, y en la mesa, si no capones y perdices, papel, plumas, cartapacio. A veces tenía hasta la bondad de venir a preguntar si me encontraba a gusto. Y al día siguiente de la aludida «caída» de Echegaray, Tamayo y Alarcón, sabiendo que yo había asistido al estreno, me abrumaron a preguntas. ¿Qué pensaba yo del teatro de Echegaray, en conjunto? Era difícil la respuesta, para dada en presencia de Tamayo, cuyo teatro se veía punto menos que enterrado, en aquel período, por el de un rival tan fecundo, tan sorprendente, tan capaz de imponerse hasta a públicos hostiles. Opté por decir la sencilla verdad. La estética de Echegaray no era la que yo hubiese deseado ver reinar en la escena española: su sistema no era el que me parecía a propósito para hacer resurgir nuestra dramaturgia, en ninguna de sus grandes direcciones. Con todo eso, no me era posible negar una originalidad y una fuerza sobradamente atestiguadas por obras que ningún mediocre, ningún Comella, hubiese podido crear. Y recuerdo que salió a relucir, en mis labios, la estrofa de Manzoni, dedicada a un hombre también muy discutido, Napoleón. Yo no sabía si Echegaray era *«vera gloria»*: pero juraría que el Sumo Hacedor había impreso en él «un vasto surco».

Mi opinión no sé si contentó a los preguntantes. Lo cierto es que no se puede hacer lo que Echegaray hizo, y ser el primero que pasa, ni un bárbaro ni un necio. Y hoy, que se ha extinguido el ruido de su obra, y casi el de su nombre, resalta más su papel: papel arcaico: no existe nada menos moderno que el sentido de tal dramaturgia, que resucitó, desquiciándolo, el romanticismo de nuestros siglos de oro. Esto lo vió también Revilla, y lo dijo, desde el estreno, en 1874, de *La esposa del vengador*. Lo cual no fué óbice – ¡la crítica se lee tan poco! – para que, cuando se empezó a hablar, después de *La cuestión palpitante*, de naturalismo y realismo, los que no estaban conformes con el teatro de Echegaray le tildasen de realista furibundo. He referido, en el *Nuevo Teatro Crítico*, mi diálogo con un respetable sacerdote, el Padre Mortara, que se empeñaba en que Echegaray, en sus dramas, predicaba «el amor libre». Es de advertir que mi interlocutor se figuraba que el naturalismo era eso, el amor libre, y Dios sabe cuántas cosas peores. Y como yo le recordase que, al contrario, en el teatro de Echegaray (y es uno de sus puntos de contacto con el de Calderón), el menor desliz, la mera sospecha de la mujer, se castiga con la muerte (véase, v. gr., *Mar sin orillas*), me respondió que él no había tenido tiempo de leer a Echegaray. Así se juzgaba; y todo ello contribuía a mantener el equívoco sobre el verdadero carácter de un teatro que llenó nuestra escena, casi por espacio de un cuarto de siglo.

Si en las tablas fué varia la suerte que corrió la Musa de Echegaray; si en la crítica más seria nunca halló una aprobación explícita, un respeto absoluto, – como a su hora pudo hallarlo Tamayo –, en cambio, en lo que llamaré posición literaria, unida a la social, fué un caso único de fortuna y de triunfo no visto en España. No pudieran las letras tan sólo conseguir tal resultado, y sin duda hubo en él dos elementos muy ajenos a la literatura: la política y la ciencia. Pero tampoco aisladamente hubiesen bastado estos elementos para producir tan venturoso fin de carrera, un ocaso tan diferente de otros ocasos, tristes y llenos de abandono y soledad. Echegaray, prudente, ni aun en lo más ardoroso de la lucha quiso enojarse ni indisponerse con nadie: resbalaban sobre la leve capa de hielo en que sabía envolver su espíritu, y de la cual me hablaba Rafael Calvo con sorpresa misteriosa, lo mismo los elogios que las censuras y los servicios que las trastadas literarias. Al declinar, mejor dicho, al apagarse su numen, he aquí que vinieron a él las apoteosis, los honores, condecoraciones como el Toisón, su faz en los billetes de Banco, los cargos a la vez lucrativos y que dan respetabilidad. Me decía atónito uno de los viejos enemigos de Echegaray, cuando se le hizo manifestación solemne, inaudita: «¡Por no saber ya qué darle, le han dado la cruz del Mérito militar y del Mérito naval.»

Cuando la nueva generación, al asomar en el cielo el astro de Benavente, empezó a arrojar sobre Echegaray todo el peso de la animosidad de los que llegan contra los que ya llegaron, y a mezclar justicias con injusticias en su campaña contra el dramaturgo, fué justamente cuando éste entraba en la esfera de una gloria ya consagrada, más que por el aplauso, por el olvido y la lejanía. Cuando se agotaban las distinciones y las muestras de entusiasmo, cuando, en el extranjero, al leer nuestra prensa, se creyera que hablamos descubierto al sucesor de Calderón de la Barca y del Duque de Rivas, era cuando, en ningún escenario, se podía ni pensar en representar ninguna obra de Echegaray, ni aun de aquellas que en su día fueron maestras, y que habían alzado tempestades de ovaciones y delirantes homenajes dentro y fuera de los coliseos.

La misma María Guerrero, la que quería filialmente al autor de tantas creaciones, la insustituible intérprete de *Mancha que limpia*, la que convirtió el teatro de Echegaray, que había sido de galán con Rafael Calvo, en repertorio de dama, no se atrevía a refrescar ninguno de esos papeles, antaño victoriosos, y en los cuales puso la pasión y la vehemencia de su temperamento de trágica. Ni Fernando Díaz de Mendoza, el admirable *Loco Dios*, se decidía a reaparecer en ese tipo extraño y muy genial, de lo mejor que Echegaray produjo. ¿Por qué?, he solido preguntarles. La respuesta era sencilla: «¡El público no quiere!» Y el público que no quería, era acaso el mismo que desfilaba clamoreo, alrando las manos y descubriéndose, ante el viejo autor, que pudiera decir, como Voltaire en esto señalado día: «¡Me queréis matar de felicidad!»

Más resistente que Voltaire, con la extraña vitalidad que conservó hasta la senectud, Echegaray resistió tal prueba, y siguió por varios años yendo, muy envuelto en su gabán de pieles, al Ateneo, donde diligentemente explicaba, dicen que de un modo sorprendente, matemáticas sublimes. Mi profunda incompetencia en la materia me obliga a creerlo mediante la fe. El papel científico de Echegaray no sé apreciarlo. Lo seguro es que, hasta el fin, cultivó ese aspecto de su inteligencia, al cual se ha atribuído tanta parte en su sistema dramático.

Y resumiendo, tengo que volver a concordar con Revilla: la inteligencia de Echegaray, si no fué única como a veces dijeron, es muy cierto que no se fundió en el hormillo en que se funde la del común de los mortales, sino en aquel en que se elabora lo excepcional, los hombres que, aun en sus yerros, son gloria y orgullo (y yo más bien diría asombro), de la humanidad. Para estudiarle de un modo detenido, hoy que poseemos completa la documentación, se necesita tiempo, y poder situarse en el momento en que aparece, y señalar su procedencia, y pesar su valer y su influjo momentáneo. Y esta es tarea más adecuada a una cátedra, una cátedra como la que emprenderé a desempeñar dentro de pocos días.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En un periódico acabo de leer (como dice con gracia el pueblo gallego, los periódicos aguantan lo que les ponen) que Jorge Sand, con sus atrevidas opiniones sobre el matrimonio, tuvo la culpa de las derrotas de su patria.

Me quedé un tanto pensativa. No veía tan claro el hilo, sutil o fuerte, que podía enlazar estos hechos. Y, como hacía tiempo que no leía a Jorge Sand, releí aquellas de sus novelas que tratan del matrimonio.

Ante todo, y después de cuanto pueda decirse de Jorge Sand, es innegable que fué un admirable escritor; que poseía, como confiesan muchos críticos, la amplitud, el número, la laetea abundancia, la fluidez, una mágica facilidad, un caudal de río ancho que arrastra arenas de oro, y sobre todo, la poesía inmanente, en el mismo grado en que pudo tenerla Lamartine. Y, rendido este tributo de justicia, también es preciso convenir en que, según el dicho de su biógrafo Caro, hoy nadie lee a Jorge Sand. ¿Por ser olvidadiza o distraída la posteridad? Declaro, por cuenta propia, que tal lectura es muy difícil. Al hacer esta afirmación, no me refiero a toda la obra de Jorge Sand, como se refiere Caro. Me limito a sus primeras novelas, en las cuales el lirismo está más de manifiesto, o por mejor decir, es el espíritu informante, la doctrina predicada, el alma de cada página, que quiso ser fuego y bien pronto fué ceniza.

El fenómeno no pudiera explicarse por el tiempo transcurrido, por la distancia y los mundos de pensamiento que nos separan de Jorge Sand. Libros mucho más antiguos que los suyos se leen; algunos parecen más frescos y vivos que cuando se escribieron. Para ciertas obras, el tiempo es el aroma que embalsama y conserva; para otras, el velo de telarañas de lo olvidado. Claro que las primeras están en minoría.

Y las primeras son siempre – no se me citará en contra de esta regla ni un ejemplo – las de realidad y verdad humana. Las de afectación, aun sincera, como fué la de Jorge Sand, que siempre anduvo de buena fe, las que se basan en lo falso, no perduran. Y los que hoy las leemos, nos asombraríamos de que pudiesen agitar a la humanidad problemas que el más corto instante ldcido, un relámpago de razón, bastaría para esclarecer.

Cuando una obra produce en el público los efectos que produjeron las de Jorge Sand, del primer período, y arrancan tal explosión de entusiasmo, unida a tal desate de indignaciones, sátiras, actes censuras y acusaciones manando saña, es que ese libro pertenece a su época de lleno, y, con arte mayor o menor, pero con acierto seguro, ha puesto el dedo en la herida, ha hecho vibrar la sensible cuerda. Y este mérito hemos de reconocerlo en Jorge Sand, para no liquidar desdeñosamente su cuenta, y no considerar algunos pasajes de sus novelas fruto de la alucinación y el subdelirio. El subdelirio estaba en el aire.

A pesar de los años que han corrido, el individualismo lírico, del cual fué tan cumplido modelo durante su primer etapa Jorge Sand, ha continuado desarrollándose en varias formas, especialmente en las sociales, o, para decirlo mejor, en las antisociales; y acaso, para atajar su marcha por mucho tiempo, se necesite una convulsión tan espantosa como la que estamos presenciando, el mayor acontecimiento épico y colectivo que registra la historia. O se equivocan los que discurren acerca de la guerra actual y sus probables consecuencias, o natural será que la dura y sangrienta enseñanza redunde en pro de la fuerte organización social y nacional, no del individuo aislado y su altiva independencia. Y esto, venza quien venciere.

Verosímil parece también que el individualismo, que por lo menos ha de retoñar, pues la semilla cundió mucho, y el individuo tiene ya no sé si diga sobrada conciencia de sus derechos, no apoya sus doctrinas en Jorge Sand, a no ser como se recoge la estrofa de un poeta para alzar un canto de libertad y rebelión.

Son pues los historiadores literarios y los críticos los que buscan en Jorge Sand un elocuente testimonio acerca del pensar y del sentir de sus contemporáneos, durante los breves años de la plenitud romántica, y hallan, en sus páginas exaltadas, con exaltación tan característica, la sucesión de las ideas nuevas entonces, la última palabra de la moda intelectual, el reflejo claro de la evolución que sufrían las letras, y a la vez el caso más típico de romanticismo agudo, por decirlo así, espontáneo – o al menos indeterminado en sus orígenes – . Porque los antecedentes de Jorge Sand, y aun ciertos aspectos de su alma, darían en otro ambiente, muy distinto resultado. Pudo sin duda ser una gran mística, cuando experimentó la crisis del sentimiento religioso en el convento.

Y cabría decir de ella lo que dice el pirata de su cautiva:

> Lo debe a mis compañeros:
> ayer monja, y hoy saltana.

Sin el compañerismo literario, sin las influencias, Jorge Sand, probablemente, hubiese escrito de muy diverso modo.

Una de las razones – ¿debe llamarse razón? – por las cuales nuestra época ha olvidado leer a Jorge Sand, es algo que la honra, y a la vez responde a los caracteres peculiares de la evolución literaria francesa, que es como decir europea. Con todos los defectos y errores que hay que anotar en su literatura, y no sólo en su literatura, Jorge Sand es mujer de excelentes entrañas, optimista, bondadosa, sin hiel ni bilis.

Y la evolución, hablo en general, ha ido determinándose en sentido opuesto a la bondad, con un sabor de pesimismo amargo, no siempre alto ni estoico, a la manera de Vigny, sino con derivaciones hacia el reconocimiento de los derechos del instinto, en sus más bajas manifestaciones. ¡A Jorge Sand la hubiesen sorprendido y repugnado tantas cosas de nuestra edad! No hubiese aceptado la compasión morbosa, a la rusa, que lleva en una mano el bálsamo y en otra la bomba o el revólver; y las decadencias y corrupciones del neoidealismo la hubiesen sublevado más aún que la grosería de algunas obras naturalistas.

La perversidad encontraría en Jorge Sand un natural enemigo, y lo mismo las depravaciones de los sentidos, pues Jorge Sand era normal en todo, bajo las apariencias extravagantes de su heroína Lelia. Hoy parece que hay quien prefiere a la salpimentada Claudina, o a la alambicada Rachilde, con sus casos dignos de algún Museo secreto, pero que estimulan a los paladares gastados por tanta especia.

Pero vamos a la inmoralidad de Jorge Sand, a sus novelas de combate por la soberanía del *yo*.

Después de un ensayo en colaboración con el mediano escritor Sandeau, publicó Jorge Sand *Indiana*, en la cual, lo mismo que en las siguientes, creyeron encontrar revelaciones autobiográficas los curiosos indiscretos.

No era verdad, en lo que a los hechos se refiere; pudo serlo en parte, si se considera de más importancia que los hechos la vida interior sentimental. Las páginas de *Indiana* están embebidas de las meditaciones de la solitaria de Nohant, de las neblinas de su aburrimiento, de sus ansias de expansión, de eso que después se ha llamado el anhelo de *vivir su vida*; las ilusiones, en fin, de que el romanticismo era cómplice.

Hay, es cierto, en *Indiana*, un alegato contra el matrimonio, en contra del amor, que, según Jorge Sand, había de ser muy noble, apasionado y puro. La heroína de la novela es una criolla, unida en plena juventud a un coronel viejo y desagradable, y prendada de un muchacho elegante y corrido que se llama Raimundo de Ramiérez, y que sólo ve en Indiana una distracción grata y apetecible, lo cual bien puede afirmarse que es lo más común, y sucederá, de cien casos, en noventa y nueve. Pero Indiana no lo entiende así; quiere abandonar su casa, para vivir libremente y eternamente con Raimundo; y es Raimundo quien la sosiega, es decir, quien la da el golpe más cruel, destruyendo sus ilusiones, reprendiendo su imprudencia y devolviéndola a su hogar. Por fortuna hay un inglés llamado Ralph que entiende la pasión lo mismo que Indiana, que ama a Indiana callando, que la salva de los peligros en que la puso su candidez, y que, cuando descubre su oculto fuego, propone a Indiana un doble suicidio. La proposición, como era de esperar, es muy del gusto de la romántica, y si no realizan el plan, es porque en éstas el coronel tiene la oportunidad de morirse, y Ralph e Indiana pueden ser dichosos, sin arrojarse en ningún precipicio, como tenían combinado.

No es culpa mía, si el argumento de *Indiana*, referido tan sucintamente, parece hasta cómico. Envuelto en el bello estilo, en la prosa encantada de la autora, resiste algo más el examen. De todas suertes, no me parece que en tal ficción se encierre ningún ataque peligroso para una institución determinada, aunque la ponga en tela de juicio, mejor se dijera en tela de locura. Lo que sucede es que hay obras cuyo efecto no depende ni de la solidez de su trama intelectual ni aun de la intensidad de su problema sentimental, sino de la posición de las estrellas. Y hay instituciones que con sólo discutirlas, reciben daño.

Si razonamos la tesis de *Indiana*, sacaremos en limpio que no es cosa buena el matrimonio, pero tampoco el amor es el cénit o el nadir. La autora lo habrá querido o no lo habrá querido, pero su heroína encuentra mayores desencantos en su ciega pasión, que en la unión conyugal, y, a no intervenir el inglés, que es una abstracción, un muñeco de cartón piedra, mal lo pasaría la pobre criolla. Por este lado, no me parece excesivamente subversivo el tema de Jorge Sand, aun cuando su época, por frecuente espejismo, creyese otra cosa.

Veamos si tiene más intención *Valentina*. Pasa esta novela por ser de las mejores de su autora, al menos en su primera manera, y yo también lo creo así. Lo que no veo en ella es nada que mine y eche a tierra las bases del matrimonio. Sin duda la desacertada unión de Valentina con el conde de Lansac es el origen de las desdichas de una mujer tan leal, delicada y generosa; pero volvemos a lo de antes: la fatalidad, para Valentina, no es tanto su matrimonio, como su amor, puesto en Benedicto, al cual mata por celos, no el conde de Lansac, que bien pudiera hacerlo después de la confesión de su mujer, sino el marido de la propia hermana de Valentina. Para las heroínas de Jorge Sand, la fatalidad, más que el matrimonio, es la pasión. Almas violentamente líricas, aspirando a un infinito de felicidad que jamás se habrá realizado, nacen predestinadas al dolor y a la pérdida del ideal. Son además escasas las almas de tal temple, y para unos cuantos individuos excepcionales, no suele estar hecha la ley ni la sociedad tampoco, aun cuando yo reconozco que los derechos del individuo merecen también atención y respeto, de parte del legislador, y que no puede extremarse, bien vamos camino de ello, el sacrificio del individuo al sentido general.

Conviene recordar también que Jorge Sand ha protestado siempre de que se le atribuya el propósito de disolver el matrimonio. Tuviéralo o no, el verdadero ataque contra él fué la afirmación individualista de los privilegios de la pasión, de su carácter sagrado, divino, bajado del cielo. Esto lo dice en varios pasajes de las novelas que he reseñado. Y lo que ella afirmó por lo sublime, con su entusiasmo de soñadora, lo soltó en su lenguaje seco y algo cínico de húsar que ha seguido las campañas de Napoleón, el anatómico Stendhal. «Cuando un hombre y una mujer se aman, se pertenecen de derecho.»

Tratándose de Jorge Sand, sería error querer reducir a términos lógicos las ideaciones. A Jorge Sand hay que verla como a poeta, y poeta alado, de los que buscan la elevación y no la exactitud. También un poco del donjuanismo que existe en la historia de su corazón, se descubre en la de sus ideas; sólo que don Juan persigue lo infinito de la sensación, y Jorge Sand lo infinito de la idealidad sentimental y sublime. Además, Jorge Sand recoge los elementos del aire, como la planta. No hay cosa más mudable ni más impresionable que la mente de Jorge Sand, ni persona más convencible, siempre que la idea sugerida no subleve su bondad, no sea cruel, ni dura. Por eso tan fácilmente la persuadieron los humanitarismos de Michel de Bourges. Leyendo despacio la novela *Valentina*, anterior a la pretendida conversión de Jorge Sand al socialismo, se ve cuán preparado estaba el terreno, cuán fácil debió de ser al apóstol reducir a la neófita.

Vista de lejos, parecerá Jorge Sand una demoledora, una revolucionaria consciente. De cerca, lo más visible es su inocencia intelectual, unida a verdadero genio, a facultades poderosísimas. Son sorpresas que no tienen nada de dolorosas. Un amigo mío que ya ha muerto, Guillermo Lía, me refería cómo, habiendo viajado una noche en el tren, en compañía de una señora de edad que después supo ser Jorge Sand, le admiró la dulzura, la paz de su aspecto. «Yo suponía – añadió – que sería una mujer varonil...»

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las vendimias. Mientras la muerte vendimia en los campos de batalla, el hombre, en los países donde todavía reina la paz – y en algunos de los que sufren la guerra – recoge el racimo, lo arroja a la prensa, y lo estruja para hacer brotar su roja sangre.

¿Os gusta el vino? Yo no lo bebo jamás. Me criaron nazarena y abstemia, y sigo profesando el culto del agua, de la hermana agua clara, casta y preciosa. No por eso dejo de comprender que se beba el zumo de las vides; acaso haya personas para las cuales el vino, en vez de ser un veneno, sea un confortativo necesario, un sostén vigorizador. En esto como en todo, puede defenderse, con argumentos de un valor muy análogo, el pro y el contra. Y cuanto menos se sistematice el vivir, más grata será la vida.

El estremecimiento de placer que otros experimentan ante una botella cubierta de telarañas, ante una copa donde resplandece el granate del caldo rancio, lo tengo yo cuando veo desprenderse, por una ladera tapizada de flores silvestres y recortados helechos, un hilo de agua, que endiamanta las hojas con goteo fino.

La civilización nos ha hecho sibaritas del agua, que necesitamos por dentro, y, aun más, por fuera. Cuando se viaja en ferrocarril, llega a ser un suplicio la privación de agua en la piel. Ya sé que existen, en los trenes, unos chiribitiles llamados lavabos, en los cuales, oficialmente, debe haber agua caliente y fría, suficiente para que os lavéis las manos y la cara, por lo menos. Pero ese *confort* está, como otras muchas cosas, pintado en la pared. Cuando entráis en el *lavabo*, lo que encontráis en él es un grifo o dos que no funcionan, es decir, que funcionan, pero que no dan gota de líquido, y una repugnante suciedad, de la cual huís. Cuando se reclama, la respuesta es clásica, elocuente en su laconismo. ¿¡Qué quiere usted?»

¡Qué he de querer! Cualquiera lo adivina. Es la verdadera molestia del viaje, no poder refrescarse el rostro con una esponja húmeda, para barrer la carbonilla que se ha pegado a él... Y no hay sino resignarse.

También sería grato, en el mismo tren, encontrar agua fresca para beber, y no habría refinamiento más fácil, pues no faltan corrientes de aire para enfriarla. Comprendo perfectamente a los del botijo, y además, encuentro que el botijo es una institución simpática y respetable. El agua sólo se conserva un poco agradable en los ingeniosos botijos. Ahora que tantas cosas se estudian, ¿por qué no se estudiará el origen del botijo, que debe de remontarse a las edades prehistóricas?

Volviendo a las vendimias, diré que sería lástima que los médicos, o por mejor decir, parte de los médicos, triunfasen en su campaña contra el vino. No sólo matarían una riqueza incalculable, sino que restarían a la pobre humanidad un placer; y no está tan sobrada de ellos, que no deba respetarse su derecho a aprovechar los que encuentre.

Hay quien paladea el vino añejo, el vino selecto, con una fruición que, si no para en borrachera, sí no rebasa el límite del deleite gastronómico es un elemento de dicha transitoria... ¿Acaso hay alguna eterna? Ni aun muy duradera... Dejemos pues al aficionado a embalsamarse la boca y el paladar, y sentir nacer, al fomento del generoso espíritu, pensamientos que reaniman el alma...

Hay horas en que los agudos sentimos no poder disfrutar de ese inocente goce; tal me sucedió cuando fuí invitada a una jira en el Médoc. ¡Buena ocasión perdida, para un aficionado legítimo!

Yo había ido a Burdeos, a dar una conferencia en la Exposición, e invitada por la Sociedad Filarmónica al Congreso de las lenguas romances. Esta asamblea filológica fué obsequiada con una jira báquica. *Báquica* no me parece muy cortés, pues conviene advertir que, excepto el ministro, el famoso Ives Guyot, nadie llegó a lo que se llama «medios pelos». Guyot tampoco se embriagó, ni mucho menos, pero era el único de nosotros que podía exclamar:

Alegre estoy, ¡vive Dios!
Mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Y sin embargo, motivos habría para que a todos se nos acrecentasen los candiles, pues el beber era negro, y maravilloso que la jira no se terminase bajo las mesas, sobre todo en los invitados que no adoptaron, como yo, la precaución de estar echando siempre terroncillos de hielo en la copa...

Los más acreditados cosecheros de la comarca bordelesa habían tenido a gala brindarnos las pruebas de sus mejores marcas y de sus más añejas botellas. Hubo alguna que había ido y vuelto a la India, que es el sello de perfección del vino, y que costaba, en su cueva, ciento veinticinco o ciento cincuenta francos. Yo deploraba que me sirviesen tal néctar. Tocino en casa del judío... No diré que no distinguiese este licor de un Médoc vulgar, de a tres francos, pero, distinguiéndolo – tal vez más en el olor que en el sabor – no lo apreciaba lo suficiente para que no fuese un pecado malgastarlo conmigo.

Cuarenta, o cosa así, fueron los cosecheros que nos obsequiaron con los productos de su bodega, en el almuerzo que nos sirvieron, y todos hubiesen mirado como un desaire que no probásemos lo que nos ofrecían tan amablemente. Y todavía, por la tarde, nos llevaron a visitar las bodegas de Chateau Lafite y Chateau Margaux, cuyos tesoros fué preciso gustar, por el catavinos de antigua forma. Todos los que han leído novelas saben que, para salvarse del veneno, hay un recurso clásico: verter con disimulo en el suelo la copa, fingiendo haberla apurado. Así tuve que hacer en Chateau Margaux, para evitar mayores males.

No debe de reinar animación ahora en ese país de los *vignobles*, donde se crían, si no los mejores vinos de Francia, pues no hay que olvidar el Borgoña, siquiera los más agradables, los más conocidos en el mundo entero, gala de las mesas y triunfo del buen gusto, pues el Burdeos es un vino elegante, delicado, sin brutalidad, muy en armonía con el estilo francés. La guerra habrá hecho del Burdeos un vino de convalecientes. Todo es tristeza, cuando la guerra se prolonga de esta manera aplastante. Yo sé de una familia francesa que ha perdido ya tres hijos. Son, como dijo el poeta, cosas de lágrimas...

A veces, personas que no conozco me escriben desde las trincheras o desde los hospitales. El estruendo de la lucha no ha conseguido extinguir la afición a la lectura, a la literatura. Hay quien lee, entre dos visitas del médico, que renueva apósitos y examina heridas recientes. Es una impresión singular, la de estas postales que firma un oficial, a quien acaso han amputado una pierna, e intenta distraerse, engañar el sufrimiento, con un cuento publicado en algún semanario español. El hombre posee tal elasticidad de alma, que se ase a todo para olvidar la desventura.

Y también hay quien me escribe para preguntarme – como si Dios me hubiese otorgado el don de profecía – cuándo y cómo esta guerra feroz acabará... No me disgustaría saberlo, y en mi caso estarán todos. No faltará quien piense que, por ejemplo, el Káiser pudiera hallarse enterado del secreto del porvenir, o que el Zar tiene del asunto ideas concretas. Y a mí se me figura que ni siquiera estos señores están al tanto de lo que puede suceder. A nadie sorprenden tanto las vicisitudes del destino, como a los mismos que en ellas más directamente intervienen. A pesar de los alardes de presciencia de Napoleón, creo que antes de Waterlóo ni sospechaba cómo cesarían las penas. Y entonces las guerras no eran como ahora: había en ellas más probabilidades para calcular. En esta lucha, no es posible aventurar una suposición que otras suposiciones no destruyan.

Estos días han corrido voces de hallarse gravemente enfermas muchas personas a las cuales no les duele nada. Jacinto Benavente y Fernando Díaz de Mendoza fueron del número. Naturalmente, nos alarmamos, y escribimos preguntando. Cuando la carta había salido, los periódicos ya desmentían la noticia.

No sé de dónde salen estas falsas nuevas, que vienen a añadir un recelo a tantos recelos europeos. Mientras la gente disfruta del inestimable beneficio de la salud, ¡déjenla tranquila! Por desgracia, día vendrá en que tales noticias sean exactas, pues el tiempo todo lo destruye, y a la larga o a la corta... No nos adelantemos a la obra inexorable del tiempo, y celebremos que las personas a las cuales debemos horas de solaz y de distracción cultísima, continúen en perfecto estado, y dispuestas a renovar para nosotros y para el público aquellos goces delicados y espirituales.

Contamos con aplaudir este año a los dos, al autor y al actor, y no concebimos a Madrid sin Teatro de la Princesa, y al Teatro de la Princesa sin Fernando Díaz de Mendoza, que ha llegado a ser, entre nosotros, una institución. Hay cosas que no se discuten ni se analizan, y una de ellas es esta influencia poderosa, sobre nuestra escena, de la pareja Mendoza Guerrero. Por medio de ella hemos recibido, en los quince o veinte años últimos, todo el jugo artístico; diversas etapas de nuestra Musa dramática y cómica les pertenecen, y les pertenece también la iniciación del teatro extranjero, al menos en gran parte. Si ha habido en nuestra dramaturgia renovaciones, han sido igualmente la renovación de la pareja que, proteizando, siguió con ductilidad no vista los cambios del gusto. No sólo los siguió, sino que supo adelantarse a ellos. Este año, por ejemplo, nos ofrecieron Fernando y María un espectáculo original o, por lo menos, desconocido aquí: el teatro chino. Francamente debo decir que no ha sido esa que me conveniese; creo que China mantiene su superioridad en las porcelanas y en las telas bordadas; pero yo me di cuenta de lo que tuvo de civilizador el intento de los esposos. Nuestro teatro ha sido cosa muy encerrada en sí misma, por largos años, y siguió siéndolo en la larga época de D. José Echegaray, en que pareció aprisionarnos un molde rígido, invariable, el que forjó aquel dictador de la escena, que le daba leyes. Al eclipsarse el astro del autor de *O locura o santidad*, María y Fernando se echaron a buscar y descubrir caminos.

Fué para el caso muy ventajoso que Fernando y María no tuviesen, realmente, preferencia hacia una escuela, un estilo, un autor, una tendencia dada. Cuando los románticos invadieron el teatro, en Francia, capitaneados por Víctor Hugo y Alejandro Dumas padre, en la brega de implantar su innovación dramática, encontraron una oposición cerrada en las actrices y actores, que estaban por la tragedia clásica y no se avenían a los nuevos tipos que se les quería hacer representar. A no haberse muerto oportunamente Talma, sería más difícil aclimatar el romanticismo. De esta parcialidad de los actores y actrices se cuentan anécdotas muy divertidas. Nada semejante cabe achacar a María y a Fernando. Llegado el momento en que el reloj implacable marcó la hora de la desaparición de Echegaray (digo desaparición en el sentido teatral), los actores que habían encarnado tantas de sus creaciones, la *Mariana*, el *Loco Dios*, no se obstinaron en una estéril lucha: reconocieron que el público era amo y señor, y que tiene razón siempre. Y pasaron a Benavente, y al teatro poético, y al teatro legendario, y al teatro de procedencia francesa, y a todos los teatros que vienen presentando sucesivamente, con tenacidad y valor, buscando la veta de lo que puede atraer más o menos al público, y llegando, animosos, hasta las chinerías filosóficas de Businguin el Grande, hasta ascender al cielo por los peldaños de una escalera de mano, y navegar sobre las tablas del escenario, imaginariamente...

No contentos con las tentativas reiteradas por cuenta propia, han dado hospitalidad, bizarramente, a otros artistas, a otras formas de arte, sin miedo a competencias, sin encogimiento pueril. En la Princesa es donde se exhiben, en otoño y primavera, las compañías venidas del extranjero o en que descuella algún famoso actor nacional. Ahora trabaja en la Princesa la Xirgu, que es genial, y que hace un teatro de arte puro, donde figuran las obras de más fama del repertorio d'annunziano y de otros dramaturgos bondos. No sé qué suerte correrá la Xirgu, y merece correrla muy feliz; pero el público madrileño, por ahora, no se ha mostrado tan amplio de criterio como Fernando y María: la Princesa sólo se llena hasta los topes, de un elegante concurso, cuando la pareja vuelve de sus *tournées*, y empieza la temporada brillante de costumbre. El público está habituado a Fernando y María, y si supusiésemos, no lo permita Dios en muchos años, que ambos artistas hubiesen perdido sus facultades, los oiría igual, los aplaudiría igual. Han de estar en el panteón, y nosotros lo mismo, y nos levantaremos a la hora pavorosa de la media noche, a llenar el teatro y aplaudir con manos de sombra a las sombras de los ilustres actores, que cruzarán una vez más la escena...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Andan preocupados los estadistas y los moralistas con el problema de la natalidad. Para que las naciones adquieran ese grado de fuerza que les permite reclamar un puesto preeminente en el mundo, es necesario que en ellas nazcan hombres; es indispensable que los vacíos producidos por la muerte se llenen por la vida. Cuando sucede lo contrario; cuando es la muerte la que gana la batalla, están derrotadas las naciones.

España sufrió la despoblación, y muchos creen que de ahí se originó su decadencia. Sin embargo, España no había descendido en natalidad, propiamente hablando; los niños nacían; lo que pasaba era que no se los sabía cuidar bien, y morían como moscas. Siempre me ha llamado la atención, cuando leo la historia, el número de Reinas de España que murieron de sobreparto. De sobreparto ya apenas se muere, desde que las reglas de la higiene son algo conocidas. Otra observación análoga pudiera demostrar que crecida cantidad de Infantes fallecieron de chiquitos. Carlos II sobrevivió milagrosamente a varios hermanillos. Si esto sucedía en el palacio de los Reyes, ¿qué pasaría en los chozos de los pastores?

Tal vez no pudiese suceder nada peor, ya que los pastores, por lo menos, absorben aire libre a todas horas, y el aire libre es el gran medicamento. Sin embargo, con y sin aire libre, la niñez abandonada a sí misma, tiene que arrostrar peligros. Lo cierto es que en España, la población descendía. Descendía tanto, que en los días peores no pasó de siete millones de habitantes.

Faltaban subsistencias entonces... y ahora. La falta de subsistencias es más mortífera que las enfermedades, porque resta fuerzas para resistirlas. Hoy, que todo ha subido hasta las nubes – es la frase que se oye repetir –, tenemos probablemente en perspectiva la despoblación otra vez, porque la natalidad baja también en los pueblos mal alimentados y desnutridos. Hay que estar de acuerdo, en este particular, con Pantagruel: ¡todo sale del estómago, del poderoso Gaster!

No pretendo sostener que deba la gente dedicarse a la glotonería. La glotonería es otro mal, y no pequeño. Lo es también la intemperancia. Esas razas del Norte, que tanto oímos alabar por su robustez y su vigor, abusan de las bebidas fermentadas, y por ahí tiene que venir su degeneración, infalible. Su cerebro, a la larga o a la corta, habrá de resentirse de tal abuso. Su prestigio se ha resentido ya. No es posible querer ser humanidad tan superior, cuando se pasa la vida empinando el codo. En esto convendrá el más germanófilo de mis lectores.

Y es lo peor que esos dipsómanos incurables, esos sedientos que no se ven saciados jamás, engendran hijos, muchos hijos... ¿Qué traerán en la masa de la sangre esos hijos, cuando vean la luz? Sin duda cualidades y virtudes de raza, convenido; pero también la sed. ¡La sed inagotable, el ansia de la espita del tonel cercana a la resecada boca! – Y las predisposiciones morbosas que esto determine, por supuesto. – Los niños serán, al fin, semilla de dipsómano. Llevarán dentro *la madre*, como dicen en un país que produce muy buen vino, entendiendo por *la madre* lo que queda en el fondo de las cubas, y que sirve de base, de sólera, al vino nuevo...

Me dirán que los ingleses están en el mismo caso que los alemanes; que la embriaguez no es en ellos cosa extraordinaria, ni mucho menos, y que, sin embargo, han sabido colocarse a la cabeza, y aspiran a más, y tal vez lo logren, y ostentan toda clase de adelantos, y todo género de confortes y regalías, y sortean con admirable destreza los escollos de la política y de la sociología, y son muy capaces de tragarse al mundo, imperializando... No puedo negar un hecho ni otro. Los ingleses son en efecto todo eso, pero su sed pertenece, no sólo a la historia, sino a la leyenda universal.

Acaso, desde la altura de su superioridad anglosajona, nos miren con desdén a los sobrios mediterráneos, que no hemos sacado, de nuestra sobriedad, sino coscorrones en la cabeza.

Y vendrá a resultar que Mahoma era un porro, cuando creía hacer cosa muy sabia prohibiendo a sus creyentes el zumo de la vid. En efecto, sus creyentes no han conseguido salir a flote en el mar de la civilización, y ahí están, petrificados, anticuados, sin otro mérito sino el de lo pintoresco, aprovechable en zarzuelas y obras de espectáculo como *El asombro de Damasco*, que hace las delicias de la villa y corte en el momento en que esto escribo.

Yo ya sé que no pocos moros y bastantes turcos han desoído a Mahoma en el punto de la bebida; pero, de todas suertes, la inmensa mayoría de los hijos de Alá no lo prueba, y con su abstención, han ido yéndose a pique. Son, eso sí, gente fuerte y valiente, sobria y tenaz; no les falta la prole; y sin embargo, las razas norteñas los mirarán por encima del hombro, más aún que a nosotros nos miran.

De suerte que la virtud de la templanza, una de las cardinales, no significa gran cosa para este pugilato formidable, para este desafío entre pueblos y naciones. El porvenir será del Norte o del Sur, no porque los unos sean aguados y los otros consuman la cerveza por toneles, sino por multitud de factores que pueden tomarse en cuenta y que ya van estimándose en su valor.

Y ha venido a resultar, al cabo de los años dos mil, o bastante más todavía, que le sobraba razón al solitario Moisés, cuando prescribía al pueblo elegido que engendrase sin tregua, y presentaba, como tipo ideal, el del patriarca, rodeado de su numerosa progenie.

La civilización moderna, entre otras dificultades inherentes a su esencia misma, tiene la de haber hecho al hombre exigente, epicúreo, ávido de goces. No son sólo las clases altas y poderosas las que no ven más allá del bienestar y refinamiento material, y a él sacrifican cualquiera otra consideración. Son también los modestos, los laboriosos, los humildes... o que fueron todo esto, y repugnan serlo ya. No hay rincón del mundo donde no haya penetrado esta aspiración funesta, incompatible con la paz, con la naturaleza de las cosas. En una familia numerosa, sea rica o pobre, el goce y la comodidad disminuyen, y cada recién venido es una boquita pequeña, destinada con el tiempo a aumentar, a tragar igual que las restantes. Cada recién venido pide habitación, luz, ropa, instrucción, hasta parte de solaz, parte de superfluo. ¡Y se teme la venida, y se adoptan precauciones para evitarla! La casa es holgada si alberga a cuatro; será estrecha para seis. La mesa es capaz de cuatro sitios; para seis, será angosta, insuficiente. Dos raciones, tres raciones más... ¿De dónde van a salir? Hay que castigar la tripa... Y, en los ricos, igual cálculo, en distintas proporciones. El aumento de la familia desmiembra la fortuna, recorta el lujo, impone privaciones, y lleva a situarse un peldaño más abajo, cuando se aspiraba al peldaño más arriba. Hasta el cariño a los primeros que nacieron impulsa al rigor con los que no han nacido aún. Todo el mundo, al casarse, piensa en limitarse a la «parejita». Y la parejita es la desaparición, a fecha próxima, de la raza. Un hombre y una mujer que no producen sino otro hombre y otra mujer, son como espiga que rinde dos granos tan sólo.

La tierra, en esto, da lecciones al hombre. Generosamente, la buena tierra paga ciento por uno. En cada flor encontráis millares de semillas, y al sembrarlas centenares de plantitas nuevas, lozanas, que sólo piden vivir. Por desgracia, el hombre exige más que la planta nueva. Es mucho lo que va necesitando el hombre para sostener su vida, aunque acate la ley del trabajo.

Constantemente se leen noticias de dramas de la miseria, incidentes que demuestran cómo el hombre ha menester lo que no siempre encuentra, para sostenerse. No es milagro que los pobres no vean con buen gesto la venida de un hijo más, aunque ignoren el verso de Leopardi:

Ache veggera in vita
chi poi di quella consolar convenga!

Hablo del medio artificial de las ciudades. En el campo, una de las cosas más hermosas es que los hijos, en el hogar aldeano, no sólo no estorban, sino que son elemento de resistencia a la miseria. Mientras son pequeñitos, sólo necesitan el seno de su madre; y, cuando crecen, se hacen útiles, apañan yerba, lindan la vaca, recogen leña menuda, desgranan el maíz. La desgracia del aldeano es justamente no tener sucesión. Algunos, en este caso, adoptan a un sobrino, sacan del hospicio a una criatura.

Y es mi sorpresa, cuando me hablan del problema de la Francia que va despoblándose. En un país agrícola, no me explico tan fácilmente el fenómeno. El aldeano vive con poco, pero ha menester quien le auxilie en la faena. Su interés está en rodearse de descendencia: el hombre y la mujer son un capital, para el que no tiene otro.

Sólo se explica el caso, pensando en que también, a su manera, los aldeanos franceses ansíen un bienestar superior a su condición, y tengan planteado el mismo problema que los burgueses y los pequeños rentistas...

No hay cosa que no presente inconvenientes, y también el bienestar los encierra. Una vida en extremo sencilla, hasta pobre, es acaso lo mejor para el cuerpo y para el alma. Las privaciones son cosa muy relativa. Lo que aquí constituye privación, allí es la vida habitual, deslizándose tranquila, en medio de ocupaciones iguales, y de satisfacciones debidas a insignificantes bienes, que parecen grandes por comparación, relativamente – la mejor medida.

No creo que uno de estos aldeanos, con quienes estoy en contacto incesante varios meses del año, sufra tanto como un señor obligado a cubrir, con escasos emolumentos, la apariencia de una posición social. Éstos respiran todo el día un aire purísimo, y comen un pote muy frugal, pero sazonado por el trabajo, que abre el apetito. No se conocen aquí gotas amargas, y muchísimo menos *vermut*. Sí, no es mal *vermut* la azada, manejada todo el día. Cuando llegan las fiestas, a su estilo se divierten más que nosotros. Hacen zambra, bailan que se las pelan, y aun se permiten despilfarros económicos. Una mujer de mi aldea, que vive de tierras arrendadas, dió este año – por haberle tocado llevar el ramo en la fiesta patronal –, un convite de sesenta personas, matando un ternero, con vino corchado y pan trigo, sin hablar del arroz con leche y del jamón sin tasa. Es cierto que en tal banquete cifró su único lujo, y que en veinte o treinta años no volverá a caerle encima compromiso igual. Pero, en esos gaudeamus extraordinarios, ¿creéis que no gozan más estos humildes cultivadores, que puede gozar un hombre gastado y muy civilizado, en un restaurant de primera o en elegante festín de Embajada?

Lejos de parecerme que son desgraciados estos labradores, y reconociendo que el fisco, a ellos como a nosotros, nos tiene muy agobiados, veo en su condición algo de venturoso, que no puede existir en el obrero de la ciudad. No porque hoy los jornales no hayan alcanzado precios muy remuneradores, sino porque los deseos y las aspiraciones van más allá, y el que no está satisfecho, o poco menos, de su suerte, tiene que rabiar sin tasa. Francia, despoblada, o siquiera paralizada en su incremento de población, ha demostrado sin embargo que sabe resistir y defender el suelo de la patria. Tal vez en este particular, como en otros muchos, la guerra sea la señal de una regeneración.

Ese anhelo de incremento de la población, lo sintió Bonaparte, que con su perspicaz mirada sondeaba el porvenir y comprendía lo que una nación ha menester para subir y hacerse inexpugnable. Cuando le acusaban de derramar sangre sin duelo en las guerras, respondía que contaba con las noches de París.

Zola había tocado ya, con su mano inconsiderada y violenta como la de un cirujado endurecido en el oficio, a esta llaga. Hay que concederle el mérito de haberse adelantado a señalar el peligro que corre un Estado donde muere más gente de la que nace. El cuadro era tosco y recargado como una litografía de Epinal, pero encerraba un fondo de verdad innegable. Entre los deberes de la ciudadanía, está el de ofrecer servidores a la patria. Así lo entendieron griegos y romanos, y cuando los romanos empezaron a echar el precepto en olvido, y a dejar que se despoblasen las campiñas, fué cuando los bárbaros, con sus mujeres fecundas y buenas nodrizas, los invadieron y los subyugaron.

La lucha de las plantas por el terreno, da idea de la lucha de las naciones. En el libro de la naturaleza están escritas las leyes fundamentales de la vida.

Cuando queréis que desaparezcan las malas yerbas que han invadido un trozo de tierra no basta arrancarlas, ni aun quemar su simiente. Es indispensable sembrar otras especies útiles, que ahoguen a las intrusas. Según va prosperando, la planta buena destierra a la otra. Exige para sí el espacio, el abono, los jugos, el sol, y las antiguas invasoras se baten en retirada.

Las naciones no remedian nada con matar muchos enemigos. Lo mejor que pueden hacer es sembrar y plantar valerosamente.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tendría algún derecho a suponer que soy de actualidad, y a hablaros de mí misma; pero también tengo derecho a callarme, y lo hago, dejando consignado tan sólo

«que no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.»

Y tratemos de algo que está a la última moda: de robos... Yo no sé si son las novelas policíacas, si las películas, si la falta, que cada día se nota más, de moneda corriente; pero cada día se descubre, inventa y perfecciona algún modo distinto de tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Y son ardides dignos de Roberto Macario, estratagemas de pieles rojas sueltos en la sociedad, tretas de apachismo refinado. Y vemos cuán inferiores, primitivos, pueriles, eran nuestros celebrados bandidos y salteadores, generosos o no, de los buenos tiempos.

Aquéllos ¿qué hacían? Lo más elemental: salir a la carretera armados de trabuco. Al que pasase, ¡alto! y ¡la bolsa o la vida! Esto se le ocurre a los chicos de la escuela. Los ladrones de ahora no se emboscan en el camino real. Desde que hay cuentas corrientes en los Bancos y giros postales, nadie lleva consigo valor de tres pesetas. Y ha sido preciso afinar la puntería, y apostarse, no entre unas hayas ni unas carrascas, sino en los complicados pasillos de los establecimientos de crédito y las casas de Correos. Allí donde el dinero circula, es donde se le puede cazar.

Lo sorprendente es que los salteadores urbanos, sin señales de trabuco ni de carabina, inspiren una confianza que no inspiramos, ciertamente, las personas inofensivas que acudimos a taquillas y a oficinas públicas, a recoger alguna cantidad. Siempre que tal me ha sucedido, me han exigido una cantidad de firmas que asusta, y las han mirado y remirado, a ver si eran falsas. Y parece que, al ladrón de la Casa de Correos, en Madrid, se le dejó en libertad, y escribió cualquier garrapato.

Este robo, en apariencia mera travesura de apaches hábiles, abre una ventana por donde pueden verse varios aspectos de nuestra vida administrativa. Este es uno de ellos. Base de confianza, entre sí; y, con el público, recelo infinito. Una gorra de galones abre las puertas de las oficinas cerradas probablemente para un sombrero de copa o para una capota elegante.

Otro aspecto es el de la defraudación continua, motivada, en gran parte, no lo neguemos, por las exigencias y carestías del menor servicio. Todo se cobra tan alto, que defraudar es una ley. Sólo a esto puedo atribuir que haya quien, enviando quinientas mil pesetas por valores declarados, declare tan sólo ciento cincuenta mil. El temor de un accidente como el ocurrido, debiera bastar para imponer la sinceridad; el indudable que los imponentes y remitentes han sido robados, y no les queda ni el derecho de queja, cuanto más el de ser resarcidos.

Visto desde afuera el robo, no se concibe que no haya precauciones exquisitas para la entrega de pliegos que contienen tan crecidas sumas. La de la firma es ilusoria. Puede firmar cualquiera por cualquiera, y el que entrega, ignorar si es en efecto la letra del que debe hacerse cargo del pliego. Y, aun sin el descuido de no mirar si se había firmado, pudo el ladrón firmar, y sería exactamente lo mismo, o menos que firmase con su verdadero nombre, de lo cual se guardaría.

Supongo que a cada episodio de este género, reconocerán las precauciones, pues todas son pocas; y hay de los que vayamos allí de buena fe! Ni en tres horas nos despachan.

El asesinato del primer ministro austriaco, desde un punto de vista, inspira pena: el del momento en que se le participaron al viejísimo Emperador... Yo no sé si el augusto anciano conserva o no íntegras sus facultades mentales, pues a su edad, no sería mucho que se hubiesen debilitado, ayudando a los años las penas; pero, si su cabeza está tan firme como antes, ¡qué triste impresión le habrá producido ese crimen, cometido contra uno de sus más leales servidores!

Cuando le digan que el hecho no guarda relación alguna con la guerra, que es lo que repiten los periódicos, acaso, lejos de servirle de consuelo, le producirá mayor aflicción. Si la guerra hubiese sido la causa, se comprendería; pero ¡sin objeto! Lo inútil de un crimen, aumenta su tétrico efecto en el alma.

Lo peor de todo, para el Emperador, es que fuera, como dentro, son malas las noticias. Los aliados tienen cada día un motivo más para esperar el triunfo. Al menos, ésta es mi impresión, en la cual no entran por nada mis simpatías especiales, que son hacia Francia. Es imposible que no acaben por triunfar, los que han empezado por detener y resistir. El tiempo lo dirá, pero ya se presiente, y el alma desea, si ha de ser, que sea cuanto antes, a fin de poner término a tanta crueldad y destrucción. Acabo de leer un párrafo de Valle Inclán, que eriza el cabello. No sé si andará en ello una viva fantasía, pero ande o no, la sola posibilidad es crispadora. Me refiero a la atroz operación de convertir en *faluchos* a los cadáveres. Flotan sobre el mar, y cada ola los trae, hinchados y descompuestos, a la orilla; son restos de una tragedia naval. Y para evitarse enterrarlos, para que el viento se los lleve suavemente, se les pone una vela clavada en cualquier parte; y los siniestros «faluchos» bogan, impulsados por el viento, hacia alta mar, en silenciosa escuadrilla... La leyenda del *Barco Fantasma* no es más aterradora.

Los trigueros de Castilla protestan de que se quiera limitar el precio del grano, mientras no se limita el del abono, de los piensos y forrajes, cáñamos, hierro, ganado y otros artículos de consumo agrícola. Y en efecto, yo he notado que, cuando todo sube, el trigo es lo único que no se consiente que suba, sin que se grite en todos los tonos, y se apele al Gobierno para que imponga, en una o en otra forma, la rebaja.

Las subidas, en bastantes artículos, son de una exageración increíble. Ha llegado a ser artículo de lujo lo que antes de consumo modesto. Y yo no diré que el Gobierno no tenga el derecho indirecto de abaratar: lo que me parece es que no debe ejercerlo con un artículo solo.

El papel que representa el Estado no consiente parcialidades ni preferencias. Todos los intereses deben ser igualmente sagrados para él.

Desde hace dos o tres años, a principio de temporada, ofrece graves dificultades la cuestión del Teatro Real. Quizás lo mejor sería prescindir, mientras Europa no se sosiega. No veo que fuese un grave inconveniente privarse de esa diversión, que sólo presentada con un alto nivel estético puede ser grata.

Y el nivel es, hay que confesarlo, más bien bajo, y desde luego, en todo lo externo y de escenario afuera, desastroso. No me explico cómo se puede continuar así, en un espectáculo tan caro y de tantas pretensiones, cuando todos los demás, hasta los muy modestos, se friegan y lavan la cara, se adecentan, se ponen en armonía con las exigencias de los tiempos, y aparecen limpios y coquetones.

El Real, lo he dicho muchas veces, está hasta repugnante, a fuerza de descuido y falta de policía. Como se alquila para bailes de máscaras, las más innobles huellas de la cuchipanda y de la orgía se quedan estampadas en el pingajo que llaman alfombra de los palcos y en el papel *démodé* de las paredes.

Por las butacas dícese que pasean muy a su sabor ciertos bichejos, de los que tocan a menos cuando la gente se casa en verano... Parece imposible; yo no lo afirmo, pero el estado de abandono de los palcos sí es cierto, y asombra, puesto que hoy ya no se ven tales cosas por ahí.

Leo en los periódicos que se están haciendo en el Real algunas obras... No son algunas, son muchísimas las que urgen, pero por algo se empieza, y bueno es que siquiera den al regio y roñoso coliseo un fregado, barrido y aljofifado, o, como decía una criada andaluza que conocí y que era digna de la musa de los Quintero, «una *estropajá*».

Veremos qué obras son éstas, qué arreglo se hace para remediar lo más aparente de tanta incuria, de tanta bohemia, allí donde se supone que ha de ostentarse brillante suntuosidad, porque presiden los Reyes y concurre la flor y nata de la gente *chic*. ¡No está malo el *chic* de aquellas alfombritas!

La muerte de Luis Medrano, actor de la compañía Guerrero Mendoza, ha causado una impresión de sentimiento simpático. Nadie estaba en contra de Medrano, ni como artista ni como persona. Como artista, su exquisita discreción y el tacto de sus empresarios le mantuvieron siempre en el justo límite de sus facultades, sin llevarle a empeños ajenos a su órbita y a sus medios; como persona, afectuoso y amable hasta lo sumo, distinguido y cortés como pocos, nadie tuvo con él sino relación grata. No creo que deje en el mundo un enemigo.

Y esto que voy diciendo no significa que el hecho de tener enemigos implique nada desfavorable para quien los tiene. ¿Cómo había yo de decir esto, cuando desde mis primeros pasos en el mundo de las letras disfruté de muchos y muy encarnizados? Sólo quiero dar a entender que lo siento, y que preferiría haber gozado ese privilegio de que Medrano gozó, no encontrando sino benevolencia y bonanza.

Conviene decir que Medrano, el día en que encontró la protección de Fernando y María, pudo decir que poseía un amuleto contra la mala suerte; porque estuvo, no sólo atendido en lo material, sino rodeado de cariño, de cuidados, como si fuese un padre. Lo hemos visto todos los que conocemos aquel salonchito, siempre igual, y siempre amparador de los que lo han menester, con la regia esplendidez que Fernando acostumbra. Además, la dirección artística acompañaba a la amistosa protección, y Medrano iba siendo ya un actor con carácter propio, que lograba agradar al público en su terreno y que, además, tenía, para ciertos papeles, la ventaja de su excelente educación y perfectos modales. Segura estoy del sentimiento que habrá causado a los empresarios la pérdida de este aristocrático actor, y de este amigo que parecía ya formar parte integrante de su ambiente. (1)

Han hecho muy bien los hermanos Quintero en adaptar *Marianela*. Sólo la injusticia de los hados y el frecuente error de los públicos pudo haber sido causa de que Galdós no tenga, como autor dramático, una fama semejante a la que logró como novelista. Tal vez le han perjudicado, para adueñarse del público en ese terreno, algunas cualidades (no defectos) que no caben en las tablas.

Yo creo que, en cada novela de Galdós, o al menos en la mayoría, hay un drama o una comedia primorosa. Teniendo práctica, como la que los Quintero tienen, nada sería más fácil que extraerla, y acaso lo harán con alguna otra, después del éxito de *Marianela*. Este idilio encantador, estaba pidiendo a gritos que le hiciesen materia teatral, ante un público acaso sorprendido, porque aquí se arrinconan pronto las obras novelescas, y la linda resucitada yacía probablemente dormida desde hace años.

¿No hay elementos dramáticos en *La desheredada*, por ejemplo? ¿No los hay, y bien emocionantes, en *El doctor Centeno*? ¿No hay una comedia trágica en *Miau*? En los *Episodios*, ¿no existen cuadros y tipos para llevar a la escena un aspecto de nuestra historia, jamás explotado, o punto menos, por nuestros dramaturgos?

Y esto me ha sorprendido siempre: que nuestra historia, tan fecunda en elementos dramáticos, no haya sido utilizada. Recorred todo el ciclo de los dramas de Echegaray, y no encontraréis nada que se enlace con la historia. Antes, Zorrilla, épico por naturaleza, aprovechó episodios tan interesantes como la leyenda de Sancho García y la Condesa de Castilla, las mocedades de D. Pedro, en *El zapatero y el Rey*, y la trágica noche de Montiel, en la segunda parte de la misma obra; pues a contribución la suerte desdichada del Pastelero de Madrigal, impostor o mártir, y recogió el mito del Burlador y Convidado de piedra, dándole vida castiza y de intensidad sublime. Tamayo, por su parte, creó la figura de la Reina loca, a competencia con la Eduarda de Schiller. Pero ninguno de estos grandes dramaturgos tocó a la historia semicontemporánea, a ese Montiel colectivo de la guerra civil, en que palpita tanta verdad nacional, ni a la guerra de la Independencia, en que está, por decirlo así, hecho el efecto teatral, elaborados los temas. Galdós lo intentó, en *Gerona;* y el público, que otras veces se pasa de bonachón, se pasó en ésta de severo... Séale mal contado, porque ciertas severidades no son, frecuentemente, sino casos de desmemoriamiento histórico, una de nuestras enfermedades.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) Estando ya en máquina el presente número, se ha recibido la noticia de que el embajador de España en la República Argentina ha desmentido el rumor de la muerte del señor Medrano, quien, por fortuna, se halla en Chile gozando de perfecta salud.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Después de haber sido actualidad las castañeras, con las fiestas de Santos y Difuntos vinieron a serlo las castañas.

Siempre quisiera yo saber por qué, a propósito de Difuntos, son las castañas un tema favorito, y por qué, también en la misma fecha luctuosa, ciertos dulces llamados *huesos de Santos* se ostentan en todas las confiterías y se consumen en desproporcionadas cantidades.

Hay que confesar que, por lo menos, es lúgubre eso de dar a un artículo de confitería, forma de canilla humana, y pensar que nos comemos un hueso, aunque sea de Santo, no deja de causar repeluzno.

Tampoco será fácil discernir por qué, en las Navidades, que ya se acercan, ha de ser obligado el turrón, con sus incrustaciones de almendra, o su compacta masa de avellana tostada o yema de huevo alternando con coco. ¿Por qué, en esos días en que vino al mundo el Salvador, y no en otros, ha de ser cuando se emborrache con caña a los pavos inofensivos, y después se les retuerza el rojo pescuezo, y se les quiten los sabrosos menudos y se les atasque la cavidad con pasas, pan rallado, huevo y piñones, y se les ase, y vayan a honrar las mesas de familia? ¿Por qué también ha de existir relación estrecha entre los fastos del Portal y del Pesebre, y la estrella y los Magos, y el besugo del Cantábrico y los dátiles herbiriscos y el toledano mazapán?

Continuando la serie de las preguntas, será curioso indagar la causa de que, en Carnavales, la sartén crie rosas, que así se llama la linda pieza de fritería que en Carnavales he visto comer y he comido, unida a las famosísimas «orejas de fraile», y, semanas después, a la monumental *mona de Pascua*?

El origen de estas costumbres debe de perderse en la consabida noche de los tiempos, que tantas cosas esconde en su negro tul. Yo declaro que muchas de las golosinas que en Navidad se comen, lo mismo las comería en cualquier época del año, y no veo razón para que se limite su uso a determinadas festividades.

Lo que cada día aumenta, es el adorno de los cementerios. Es indudable que se trata de una costumbre muy reciente. Antaño, no se les ponía a los muertos más que cirios y alguna que otra lápida conmemorativa. Poco a poco, nació esta nueva devoción, este sentido recuerdo que se manifiesta en flores; sobre todo, en flores.

Las flores han llegado a ser una industria – no diré floreciente, parecería redundancia –, pero sí importantísima. Hay quien gasta pródigamente en florecer una tumba, y en su casa no tiene ni una maceta. Las tumbas son ya pequeños jardines, y el día de Difuntos, los cementerios están como salas de baile, a fuerza de luces y flores.

La muerte procura sonreír, procura no ser el clásico espantajo de la Edad Media... Sus terrores se guardan en el fondo de la conciencia: por fuera, parece hasta amable a fuerza de crisantemos y de rosas, de coronas y ramilletes.

Nunca había sido tan cariñoto el testimonio de los que quedan aquí, para los de allá. Es preciso convenir en que se rezaba más, pero se adornaba menos. Cada tiempo tiene sus costumbres. En el campo se conservan las antiguas, y en vez de ramos fragantes y coronas entretejidas de abalorio y pluma rizos, lo que consagran a los muertos son preces de la Iglesia, y esos cirios que en su amarillez llevan como un emblema del momento. Y el culto de los antepasados es lo único que no pierden ni un día los labradores. Podrá en otros terrenos vacilar su sencilla fe: nunca en éste, que es como la quinta esencia de las tradiciones y de los lazos familiares. «Por el alma de nuestros padres» dicen con acento de verdadero sentir, de verdadero recuerdo grave y respetuoso...

Y, cuando se han acercado estos días de conmemoración, la memoria devuelve la imagen de los que hemos querido y duermen el sueño eterno. Al bajar la cuesta de la vida, ya se tienen más amigos allá que acá! Parece que se han ido, pero no lo creáis; lo mismo que durante la vida terrenal, no los veis todos los días ni a todas horas, pero, de vez en cuando, dijérase que se acercan, y se desarrolla toda su historia, y los reconstruís como fueron física y moralmente, con sus hábitos, su modo de pensar, su peculiar donaire, que en otro tiempo os sazonó la vida: y vais rehaciendo su historia, y los anales de su amistad, y hasta, dígase todo, la de aquello en que creísteis que debieron proceder de otra suerte, y que, a su hora, os causó disgusto o desencanto. Si: tal es, mil veces, la manera de ser humana, y nadie, o casi nadie, si lo examináis bien, será perfecto; y vosotros tampoco lo sois. No hicisteis siempre lo que hacer debíais, y ese tejido de la amistad, tan sutil y tan dorado, vosotros pudisteis desgarrarlo, hasta sin saberlo.

Tendéis sobre las deficiencias el velo de lo que fué, y recontáis sólo las cualidades y las gratitudes que no podéis olvidar. Sobre todo, se os presentan como visibles las condiciones especiales que determinan la individualidad, y la diferencian. Estas diferencias, que caracterizan, es lo que más nos atrae, porque un mundo compuesto de personas iguales o muy parecidas, sería la concreción del fastidio y del tedio.

En nada se parecían entre sí algunos de vuestros amigos, pero cada cual tuvo su nota peculiar, particularmente significativa. Y quien, como yo, cultiva aficiones múltiples, gustos de arte, de literatura, de sociedad; quien tiene hasta curiosidades intelectuales y psicológicas, puede encontrar en cada amigo una conversación distinta, que responda a tan diversas inclinaciones. Un amigo conocí, y ya no existe, con el cual siempre hablaba yo de porcelana y lozas, de platas repujadas y muebles laqueados, y el tema no se agotaba nunca, porque yo aprendía con él, y, sin necesidad de leer libros, me enteraba a fondo de tan encantadora ciencia. ¡Pobre conde de Superunda! Estaba, últimamente, ciego, y la desgracia no había conseguido alterar el excelente temple de su genio afable y vivo, casi diré infantil. Al contrario: desde la ceguera, deseaba más la compañía, y el trato, y se enteraba de cuanto en sociedad ocurría, describiéndolo después como si lo hubiese visto. Un día, a propósito de una boda, se discutió si el novio había vestido uniforme de Maestrante, o de oficial de caballería: y el conde, sin luz en las pupilas, intervino y decidió: «Llevaba uniforme militar, porque, al abrazarle, toqué los galones.»

Otro ciego aficionadísimo a la charla, fué, en los últimos años de su vida, el insigne escritor D. Juan Valera. No he visto hombre más resignado, que con mayor serenidad soportase privación tan cruel. Parecía su propio busto, con esa ceguera misteriosa y olímpica de los mármoles.

Hablaba de todo, y especialmente, de literatura, sin hacer nunca alusión, como no fuese muy de lejos y por modo humorístico, a su desgracia. Decía algún donaire, ático y fino, en que se ponía a sí propio en solfa, la solfa inteligente de los que conocen muy a fondo la vida y su vanidad. Su carácter no se agrió nunca, como se había agriado un tanto el de Menéndez y Pelayo, bajo el influjo de la enfermedad hepática que le mató, en edad todavía temprana para las letras. Valera parecía, con los años, adquirir más sana y riente filosofía. A veces, sin embargo, se sulfuraba, por cosas intelectuales o artísticas, sin egoísmo, Conmigo disputaba, por mejor decir, discutía mucho don Juan, pues teníamos criterios distintos, y yo era de otra generación, lo cual siempre abre zanja: mas no por eso, o tal vez a causa de eso, dejaba de desear mucho mi presencia en su tertulia, por las noches, y hasta bastante tarde, pues el antiguo tertuliano de la duquesa de Rivas había conservado la afición a trasnochar de los románticos, aun cuando no fuese él romántico ni por semejas. Algunas veces he oído discutir a qué escuela perteneciese don Juan, y siempre he dicho que se le podía definir por una negación: no era ni miaja romántico.

Lo era en cambio, honda y definitivamente, aquel otro amigo, casi hermano, que se llamó Emilio Castelar. Lo era como los escritores y oradores que indudablemente influyeron en su espiritual formación: Lamartine, Lammenais, Armando Carrel, y como el ídolo de su mente, Víctor Hugo. Y en vano intentaba hacerme compartir sus incondicionales admiraciones. Yo le admiraba a él, no tanto por sus vuelos de romanticismo, que venían cuando el romanticismo no sólo había muerto, sino resucitado en otra forma, que es morir dos veces, sino por otras cualidades extraordinarias de su gran espíritu, y por su chispeante ingenio, y por su gracia castiza, pues aparte de la escuela literaria, no he conocido nadie que así conservase el culto y el amor de la tradición y de las bellezas de nuestra literatura. Recuerdo la campaña que hizo para llevarme con frecuencia al Teatro Español, donde Vico representaba entonces *Traidor, inconfeso y mártir*, *El Alcalde de Zalamea*, y otras obras del mismo repertorio. Yo no solía ir, no porque no me encantasen estas joyas, que leía con frecuencia, sino por otras mil razones que hoy han desaparecido, naturalmente. A media luz el teatro; destartaladas las decoraciones; sucio el escenario; pésimamente vestidos los actores, y, a excepción de Vico, recitando su papel con un marmoreo insípido, sin calor ni alma, la ilusión desaparecía. Castelar suplía todas las faltas, por medio de un esfuerzo imaginativo; pero yo, o tenía menos imaginación o más exigencia, y salía de allí descorazonado. Vico mismo como todos saben, era un actor desigual, que a veces daba el escalofrío de lo sublime, y otras veces ni llegaba a lo concienzudo, porque representaba según sus nervios, según la concurrencia, según el éxito de las obras. Eso sí: cuando quería, era estremecedor. Y algunas veces, sin duda porque veía en su palco a Castelar, quiso, y nos subyugó por completo. El papel, tan sorprendente, del rey D. Sebastián, no creo que ya pueda volver a encarnarse así.

Cuando vivía Castelar, vivía también, llenándolo todo con su nombre, D. Antonio Cánovas del Castillo; y era de mis amigos mejores, más afectuosos. Le veía todo lo que cabe ver a un político de tal altura, que siempre anda ocupado, mareado, acosado por solicitantes y pedigüeños de todas las marcas. Yo nada le pedía, sino su amistad, por aquello de: *que l' amitié d' un grand homme est un bienfait des dieux*.

Y este beneficio lo logré plenamente, disfrutando de una de las conversaciones más sazonadas, bondadas, educadoras, que cabe gozar en el mundo. Aquella conversación era oro en panal, era como un vino generoso y rancio, y hacía desfilar la historia ante mis ojos. Jamás tuvo aquel grande hombre el menor presentimiento de su fatal destino, a pesar del aviso siniestro que recibió, por cierto un día en que yo me sentaba a su mesa. Creo que nada presentía, fiado en su estrella y en las energías de su temple; pero los que le queríamos, sentíamos a veces ese ruido de alas gigantescas que escucha Herodes en *Salomé*.

Aquella preciosa vida estaba jugada al azar de las pasiones furiosas, de los complots sombríos... Un día fatídico caería en la fosa abierta, insidiosa, bajo sus pasos... Y entre sus frecuentes donaires, recuerdo uno:

«Al día siguiente de mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa...»

Lo que pasó, más vale no recordarlo.

Todo este período, al pensar en los que ya no están con nosotros, se desarrolla triste, azaroso, con las decepciones y las humillaciones del desastre... La gran sombra de Cánovas parece alzarse, profetizándolo. Los mejores poetas son siempre los pesimistas. Los que esperan no aciertan tan a menudo. He aquí otro amigo que se ha ido, Francisco Giner, que confiaba en la imposibilidad de las guerras. Como el santo Obispo de Hipona, ha debido ensombrecer sus últimos días el espectáculo de la conflagración mundial. Para San Agustín, eran los bárbaros; para Giner, los ejércitos en lucha gigante. Creía Giner en un período, si no de paz y amor, por lo menos, de cordura y relativa concordia, en que el derecho se afirmase. Ya sabemos lo que ha sucedido; y tememos lo que aun puede suceder, y el porvenir se nos muestra encapotado y lóbrego. Con Giner no solía yo hablar de estas cosas, sino de la marcha de las letras y de algo de pedagogía, en que tanto tenía él que enseñarme.

En otros terrenos, no pensábamos lo mismo; pero se puede pensar diferente y sentir semejante. Giner fué, señaladamente, un educador del sentimiento.

Y otras amistades menos famosas, fueron también, a su hora, preciosas para mí. Y cuando llega esta melancólica estación del año, he aquí que las recuerdo, que me harían falta, que se renueva el dolor amortiguado de su pérdida. El mejor amigo, el que me trajo a este mundo, el que me vistió de huesos y de carne, el padre con el cual viví en tan completa cordialidad... Y no se piense que esto sucede siempre, pues no faltan de todo ejemplos... Serie eterna de despedidas, la vida, aunque sólo fuese por esto, tendría un sello de añoranza de otra que será mejor.

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ante la perspectiva de que vendan por hierro viejo la *Numancia*, *«enloricata navis qui primum terra circumdederit»* se ha estremecido la fibra patriótica de Mariano de Cavia, que hace un llamamiento a todos los españoles, y, en especial, a los navieros y negociantes bilbaínos. También *El Nervión*, periódico meritísimo, se asocia a esta campaña. Y, al parecer, la excitación no ha caído en saco roto. El barco, gracias al cual España ha sido en algo primera, no será desguazado y entregado al trapero o ferrachinero de ocasión. Su armadura, su casco venerable, será guardado con el respeto que merece. ¡Oh, si España se guardase a sí misma con ese mismo respeto!

Anteayer, en una excursión a Alcalá de Henares, visité el Gobierno militar, que se halla instalado en un antiguo convento. No es de los de mayor interés artístico, pero es, sin embargo, un edificio bello y noble. En la fachada, sobre los altos lienzos de ladrillo rojo, se perciben las señales del lugar que ocupaban dos grandes medallones y dos escudos, que decorarían el frente. Nadie recuerda desde qué tiempo está desguarnecida de sus adornos y blasones la fachada. Dentro, la iglesia, vasta y grandiosa, se encuentra despojada de sus altares, de sus retablos, de cuanto la guarnecía. Hoy, por lo menos, ya no sirve de depósito de material ni de cuadra de caballos, como habrá servido en otros días, seguramente, a raíz de la desamortización.

Y esta iglesia y este convento no son, repito, un tesoro de arte; pero todo vale, en el conjunto de la riqueza de una nación, y ojalá que al menos estuviesen los demás edificios nacionales en pie y no en ruinas, pues algo es que se conserven, aun en mal estado y desmantelados y con las huellas del saqueo popular.

Estos mismos pensamientos, sólo que más tristes aún, me asaltan, al recorrer casas de anticuarios. En ninguna parte se ve como en ellas la liquidación de nuestro patrimonio artístico, el despojo de que han sido víctimas nuestros conventos, iglesias, casonas y palacios. Las tallas pintadas y estofadas; los arcones, con sus labores curiosas y prolijas; las telas de oro, seda y realces, que cubrieron algún palio o formaron el frontal de un altar; las doradas consolas que amueblaron salones, y los espejos en que se reflejaron aristocráticas figuras de beldades muertas, y que parecen conservar, en su verdoso reflejo, algo de esos rostros para siempre olvidados; las piedras de armas y los capiteles del Renacimiento, con sus bichas y sus volutas caprichosas; los retratos de cuerpo entero, de fastuosos ropajes, que tan bien encajan en las antesalas; y vestíbulos; los cálices de plata, de diseño maravilloso; los muebles riquísimos, de concha, marfil y plata; los cofres de cuero, que traen a la memoria el del Cid; los velos de sagrario; las prodigiosas custodias arfeñas; tanto y tanto tesoro... ¿qué significa? Que un sinnúmero de ciudades y pueblos españoles han sido entrados a saco, que en ellos ya no existe lo que en otro tiempo pudo llevar allí al viajero, al turista... Es verdad que no el viajero ni el turista, que yo sepa, siendo españoles, se han dado gran prisa a visitar esas ciudades y esos pueblos.

He aquí que el Teatro Real no encuentra licitador. Aparte del perjuicio que se les sigue a las familias que vivían del Teatro Real, coristas, comparsas, maquinistas (y no me resuelvo a decir encargados de la limpieza, porque no veo que se limpiase el Teatro nunca), no me parece lamentable que, en el estado en que se halla, permanezca desierta la licitación para el arriendo, ni que no haya este año temporada teatral.

El profundo malestar económico que se deja sentir, explicaría suficientemente, y hasta añadiré que justificaría, la falta de ese espectáculo tan caro y que no compensa el precio, sino raras veces y si asoman divos famosos.

Además, hay ahora en Madrid, funcionando, una cantidad de teatros que tal vez excede de lo que pudieran explicar las circunstancias. Y la verdad es que todos se sostienen, y que nunca se ha ido tanto al teatro, llegando a veces el caso de no haber localidades en taquilla. En una función de la prensa, a diez duros los palcos, había puñaladas para obtenerlos.

La Xirgu, de esta vez, ha conquistado su público en Madrid. No había sucedido así las primeras temporadas en que aquí trabajó esta actriz digna de todo elogio. Ni Borrás ni la Xirgu se han aclimatado en Madrid desde luego. El público de Madrid necesita tiempo para acostumbrarse a un actor, sobre todo si le han dicho que es un actor de altura. Al principio, se muestra frío y receloso.

Poco a poco, sin embargo, va habituándose, y aun cuando con Borrás y la Xirgu no llegue a tener la confianza e intimidad que con Loreto Prado o con Mesejo, ya se siente capaz de apreciar su arte y hasta admite su repertorio.

La Xirgu, este año, en este terreno de la familiaridad con el público, ha avanzado bastante, al interpretar el personaje de *Marianela*, arreglo escénico hecho por los Quintero de la conmovedora novela de Galdós; un acierto, entre tantos errores como se cometen a veces. Un doble acierto, porque no se supiera imaginar cosa más adecuada a la personalidad artística de la Xirgu que ese papel lleno de matices de ingenuidad sentimental.

La Nela es una figura que puede ponerse al lado de la Mignon de Goethe y la Graziella de Lamartine y de tantas cuyo único papel en el mundo es sentir, amar, morir. El casto idilio que se desarrolla en las minas de Socartes, basta por sí solo para que reconozcamos en Galdós esa facultad poética, no inconciliable con el realismo más sincero y castizamente español.

¡Cómo se ve siempre, en todo lo que de tal maestro procede, la mano creadora! No hay figura en *Marianela* que no lleve ese sello, en que la verdad se hermana con la poesía. Marianela es un tipo natural y un tipo soñado, sin que ninguna de las dos condiciones lo falte. Su amor es natural, naturales sus celos, natural su ilusión, natural su replegarse, como herecilla herida, y ocultarse en la cueva, y querer refugiarse por fin en la muerte. La Xirgu encarna la figura, que apenas puede llamarse romántica, pues está dentro de lo normal, con una perfección sorprendente. Sus movimientos son prodigiosos. Sus gestos, una creación y el baile inquieto de sus pies descalzos y ágiles, una maravilla.

No hay que regatear elogios a la labor de los hermanos Quintero, los adaptadores. Han recortado el drama con una tijera, lo han cosido con respeto, sin alterar nada fundamental. Yo espero que no abandonen el camino donde en tan buen hora entraron. Hay mucha tela en Galdós, para dramas, comedias y hasta tragedias. El elemento dramático y el cómico abundan en la obra galdosiana. Es materia prima muy fácil – relativamente, claro es; estoy hablando de los Quintero – y el darle corte escénico depende sólo de la probadísima destreza de los dos insignes autores.

He asistido al estreno del drama de Federico Oliver *El crimen de todos*, que ha sido aplaudidísimo, gracias a Dios. Y digo gracias a Dios, porque, dada la tendencia y orientación del drama, sería triste síntoma que lo hubiesen recibido con frialdad o con disgusto.

Federico Oliver es de nuestros mejores autores dramáticos. Es, además, en las obras de época moderna, muy castizo. No parece ejercer sobre él ningún influjo el teatro extranjero, y en este particular pertenece a la falange de nuestros costumbristas teatrales, destacándose entre ellos por el propósito y tendencia de reforma que descubiertamente manifiesta y realiza.

No ha dejado Oliver de cultivar otras direcciones, y yo recuerdo un drama suyo, *La esclava*, digno de un éxito que no tuvo, tal vez por lo mismo que era pura obra de arte, y el público de arte no se cura. Fué también una revelación de sus facultades el drama regional *La Neña*, en el cual hay cuadros y escenas encantadoras. Hoy, las tendencias de Oliver son de regeneración nacional. Estas tendencias nos han valido ya dos obras muy dignas de consideración, y que contienen una sátira aguda e intencionada contra dos de los más graves defectos y extravíos nacionales: la divinización de la torería, y el flamenquismo, chulismo y matonismo.

No cabe duda que sería extraño si tales lunares, o por mejor decir tales diceras, no encontrasen un cirujano dispuesto a aplicarles el cauterio. Costa lo hizo, a su manera, y entre otros temas, también trató éstos; Oliver ahora los lleva a las tablas, donde pueda la multitud hacerlos suyos, y acaso reflexionar sobre lo que significan y los peligros que entrañan.

La divinización de la torería pareció a Oliver, y con razón, algo ignominioso y bizantino. Una cosa es ir a los toros, y hasta aplaudir a un diestro, otra esa apoteosis, ese ridículo fanatismo por los toreros subidos al grado de «fenómenos» y de «colosos» cuando burlan el cuerno o hunden el estoque. Y, peor que todo, el desquiciamiento que supone el hablar incesantemente, y no sólo hablar, sino escribir, sin tasa, a chorro, de la fiesta taurina, como si no hubiese ni nada más grato, ni nada más urgente en qué pensar y de qué ocuparse.

Lo que debiera ser, a lo sumo, una diversión más, algo cruel y muy pintoresca, se ha convertido en una religión, y eso no puede sufrirse, y contra eso va la sátira de Federico Oliver; contra ese culto que nos marca con sello de decadentismo, como marcó a la Roma degradada y al Bizancio afeminado el culto del gladiador, porque ciertos síntomas sociales, a distancia, los reproduce la historia. Claro es que Oliver no se proponía desterrar las corridas de toros, sino sencillamente reducirlas a su límite, contener ese detestable entusiasmo.

Y hoy, al atacar a los matones y chulos de oficio, tampoco pretende que en alguna ocasión no puedan los celos ofuscar la mente y mover el brazo. El resorte que impulsó al chulo asesino, en *El crimen de todos*, no es cosa privativa de España; pero sí lo es quizás – aun cuando en Francia no hayan dejado de verse, sin chulería, casos análogos – la simpatía y hasta el aplauso que recoge, y ese dictado de «valiente» que se tributa a la mayor cobardía, al abuso de la fuerza contra una mujer, violentando sus sentimientos, queriendo apoderarse de su corazón, o, si no se logra, atravesándolo con bala o cuchillo...

Es de las más detestables invenciones de nuestra edad debilitada el «crimen pasional». Con este nombre especioso, se colonestan las acciones más inicuas. Entre veinte crímenes pasionales, habrá uno, quizás, que pueda, humanamente, ser disculpado. Los restantes son tan reprobables como los que no enarbolan el pensacho de la pasión.

Y por esta simpatía, y esta excusa prevenida siempre para el llamado «delincuente pasional» tiene razón Oliver cuando titula su drama *El crimen de todos*. La sociedad, al prevenir al individuo la impunidad y hasta la aprobación cuando mata, es tan criminal como él; es, en efecto, cómplice, y caso diré que más culpada que el mismo autor de la fechoría; porque al fin éste procede obedeciendo a un impulso propio, bastardo y censurable, pero que se determina por móviles internos, y la sociedad no obedece sino a las sugestiones de su debilidad y degeneración, sin interés ni provecho, al contrario, con daño general.

Por eso el drama de Oliver pone el dedo en la llaga. A mi alrededor oía yo repetir: «Esto es una verdad como un templo.» «Así sucede.» «¿Se acuerda usted del caso H, del caso B?» «¡Si lo mismo, una cosa parecidísima, traía ayer el periódico!»

Y creeréis lo que queráis, pero no me parece flojo mérito éste, y no se trata de actualidad efímera, sino de lo que va siendo constante, del vicio social consolidado, de la dicera, como antes le llamé, escondida en el organismo y tal vez incurable... Las nociones de lo que es el valor, de lo que es la dignidad, palabras que al pueblo bajo de Madrid no se le caen de la boca, conceptos que tal vez en efecto le interesan, están por rectificar, y no sé si se rectificarán nunca. Supondría el conseguirlo una reeducación entera del sentir popular.

La Cobeña estuvo admirable en el papel de la madre del chulo. El carácter del personaje es un singular hallazgo psicológico. Es la madre *natural*, la que prefiere al hijo perdido y criminal, al hijo honrado y de elevado criterio, sin que por eso deje ella de ser una mujer virtuosa, buena... También ella es cómplice, cómplice involuntaria, y a la vez, víctima del «crimen de todos».

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido nota triste, la muerte trágica del joven marqués de Vallecerrato, aplastado bajo su monoplano, cuando estaba realizando la prueba exigida para obtener el diploma de piloto aviador.

Este arrojado muchacho había corrido, en su corta vida de treinta y un años, no pocos riesgos, y hasta los había buscado, por ese impulso que siente el hombre de afirmar a toda costa su energía. Cazador en climas remotos, motorista intrépido, fué del número de los aristócratas que se alistaron como voluntarios, para la guerra de África, en la crítica hora del Barranco del Lobo. Bien cumplido el deber patriótico, ahora quería emprender la aventura del aire.

Para mí, no existe otra tan pavorosa. Me siento animal terrestre, pegado a la corteza del planeta como una planta. La sola idea de verme entre el Empíreo y el suelo, me escalofría. Entra por mucho en ello el pensar que, dentro de una aeronave, no hay medio de andar, de adoptar posturas cómodas, de hacer lo que sea necesario sino estar sujeto y como formando parte de toda aquella maquinaria. No soy de las personas más cobardes, pero el deporte aéreo me pone carne de gallina.

En fin, no pensaba así el desventurado marqués. Al contrario: su propósito de volar era firme y decidido. Bien lo probó su mal suceso.

Eligió para su empresa el aerodromo civil de Getafe, y una mañana clara, dorada y magnífica de este noviembre, que ahora comienza a torcer el gesto, pero que ha sonreído gentilmente durante la primera mitad de su curso. Y acudieron infinitos espectadores, muchos con carácter de invitados; y entre el concurso figuraban, doloroso detalle, cuatro hermanos de la víctima, y también parientes muy próximos, que presenciaron su horrible caída, de veinte metros de altura, y ayudaron a desenredar sus restos magullados y deshechos de entre la maraña del aparato inutilizado y roto.

Acerca de los motivos que determinaron la catástrofe, se ha hablado mucho, y no sólo se ha hablado, sino que se ha escrito, categóricamente, en periódicos de gran circulación. El aparato, por lo que se ha visto, no estaba en condiciones. Las pruebas exigidas, eran difíciles, más arduas de lo necesario. La llamada de los «cochos» se pedía con *record* de tiempo, lo cual no era, por lo visto, habitual. Y, particularidad todavía más censurable: entre los espectadores, hubo ciertos movimientos de impaciencia, entre bromas y veras, ante las dificiones que imponía el hecho de las deficiencias del aparato, a fin de remediarlas y evitar que envolviesen tan grave peligro de la vida del neófito.

¡La gente! No es que sea maligna, no es que sea delincuente de intención... Pero ¡cuántas veces su ligereza, su aturdimiento, su egoísmo, lanzan al pundonoroso a desdeñar toda prudencia!

Así debió de suceder en el caso del marqués de Vallecerrato, que indudablemente pensó lo que en casos análogos se piensa: «¡Es, a terminar, y suceda lo que suceda! No crean que tengo miedo y que estoy retardando el lance.»

Había que retardarlo; había que arreglar, que probar el segundo motor, visiblemente casi inútil, o que no funcionaba como era debido; pero ¿a qué hora se acabaría entonces la prueba? ¿A qué hora se almorzaría? ¿Qué gruñirían los que pensaban presenciar un espectáculo de gallardía, y presenciaban un pesado ensayo sin lucimiento?

Todos estos estímulos impulsaron al infeliz deportista. Subiría, sin esperar a que un Profesor ya experto probase el motor que no rendía trabajo. Subiría... ¡y que fuese lo que Dios quisiera!

Es doblemente lastimoso que haya perecido un hombre tan resuelto, con inclinaciones tan nobles hacia todo lo que puede redundar en gloria y heroísmo. Y que haya perecido víctima de esa complicidad inconsciente de la multitud, que, cuando está descompuesta de gente del pueblo, grita al torero «¡cobarde, éntrale! ¿Lo matas tú o lo mato yo?» Y cuando está formada por individuos de clases superiores, sonríe humorísticamente, y deja ver la ironía, el recelo ofensivo...

Aun por eso me parece discretísima, si bien tardía, la resolución del Real Aero-Club de no prestar su concurso oficial a ninguna prueba que se verifique en público y con aspecto de solemnidad mundana. Cuando se juega la vida, todas las precauciones son pocas. Las muchedumbres son siempre culpables en su egoísmo, aunque cada uno de los individuos que las componen esté animado de los mejores sentimientos y sea capaz hasta del sacrificio.

Madrid sigue engalanado con colgaduras blancas – compuestas de una variedad de prendas en que, cuando menos, domina este color, propio de ropas interiores.

Cuelgan de los balcones andrajos, camisas, calzoncillos, almillas, sábanas, entremezcladas con algún calcetín de vivo tono, o alguna camisola policromada. Está prohibido, es cierto, por las ordenanzas municipales tal abuso; pero las ordenanzas municipales deben haber sido hechas para eso; para infringirlas, porque ahí está el fino toque del gusto, en este país desobediente por rachas.

Habréis oído hablar de que, en otras épocas, existían clases privilegiadas, que eran las de mayor altura social. Yo no sé si eso sucedió antaño; pero aseguro que, hogaño, es todo lo contrario lo que sucede.

A los ricos y poderosos, o que lo parecen, es a quienes se les obliga a sujetarse a una multitud de prescripciones que serán acertadas, no digo lo contrario, por más de que algunos lo duden; pero que dificultan la vida en la villa coronada. No hay medio de ir en coche por parte alguna; está siempre enfrente un guardia, para hacer retroceder al vehículo, y que quien lo ocupa pierda una hora en dar la vuelta por calles inverosímiles. Esto se cumple con un celo extraordinario, sin tolerar la menor infracción. Un coche, un automóvil, no pueden aguardar a su dueño en el lugar dónde éste se baja: así llueva, así haga un frío glacial, el coche es mandado retirar mucho más lejos, y es el dueño el que, a pie y mojándose, ha de ir a buscar el coche, que no puede «arrimar» porque se lo prohibe el agente...

Los coches y automóviles son altamente impopulares; se les acusa de mil tropelías. Pero la autoridad nada hace para impedir que tales tropelías se produzcan fatalmente, porque el público de a pie las provoca, con temeridad. La *gente*, en vez de ir por la acera, va muy oronda por el arroyo, en los sitios más céntricos, más concurridos; la *gente*, en lugar de apartarse cuando oye la bocina de un automóvil, se queda impávida y riéndose del chiste de que el artilugio se le venga encima; la *gente* torea al artilugio, en especial los chiquillos, y se le planta delante, abriéndose de brazos, ya que no de capa; y los guardias lo ven, y permanecen como postes; y ven la aglomeración de coches, y no hacen parar un instante a todos, para que pase a la otra acera la *gente* de a pie... Verdad es que la *gente* de a pie no quiere ir por la acera, así la maten.

Y ven los guardias, con la misma beatífica tranquilidad, colgar racimos de chicos de la trasera de los tranvías, y los dejan, expuestos a que uno se caiga y, sin la menor culpa, lo arrolle el automóvil que viene detrás... De esto no se ocupan, como no se ocupan de las variadas cortinas de ropa blanca que guarnecen persianas y balcones. El único cuidado que parece apremiarles, es el de que un coche se vaya lo más lejos posible de su dueño, cuando éste se baja en una tienda. Y por eso digo yo que las clases privilegiadas, en el día, no son precisamente las que gastan coche.

Apruebo lo que redunde en pro del orden, lo que tienda a garantizar el derecho de todos; pero desapruebo las diferencias. Si la ley, las disposiciones de buen gobierno, las ordenanzas, deben cumplirse, no haya excepciones. Y desaparezcan contravenciones tan feas y de efecto tan malo como estas colgaduras, que hacen de Madrid una especie de aduar.

Cuando leemos doquiera que Polonia ha resucitado, que ya es libre, que la mártir ha dejado de sufrir – (y no todos están conformes en que así sea) – leemos en la prensa que Enrique Sienckiewicz ha muerto, a consecuencia de un ataque cardíaco.

Sienckiewicz tenía ahora sctenta años. Vino al mundo en el de 1846. Y el libro que divulgó su nombre y su fama, fué la novela del tiempo de Nerón, titulada *Quo vadis?* Infinidad de traducciones, cientos de ediciones, consagraron la gloria de esta ficción, que valió a su autor el premio Nóbel.

En tal novela, los aficionados vimos un reflejo de algunas otras obras de asunto análogo, verbigracia, la tan conocida *Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas*, de Wiseman y ciertas reminiscencias de la *Actea*, de Dumas. No por eso nos pareció menos atinyente la fábula del autor polaco. Hasta encontramos que el tiempo transcurrido entre la publicación de sus probables modelos y la de *Quo vadis?*, reducía en beneficio de esta obra, pues la documentación, la escenografía y el color local eran más esmerados, completos e intensos. Un arte mayor se observaba en *Quo vadis?*, y también había que alabar en la novela más desenfado y realismo, al describir las costumbres de la Roma imperial, veladas en *Fabiola*, atenuadas en *Actea*, y en *Quo vadis?* presentadas con todo realce.

Y esto se lo agradecimos muy de veras a Sienckiewicz los que creemos que la novela católica debe escribirse con todo el nervio y enjundia de verdad que requiere el Arte; los que odiamos la novela blanca, la novela azul y la novela rosa. Sienckiewicz bizo sentir la dramática belleza de aquellos primeros tiempos de la difusión apostólica del Cristianismo, sin ñoñeces y sin mojar la pluma en agua bendita. Nuestro Señor, a quien sirvió, se lo premie.

Otras novelas produjo Sienckiewicz, que, sin alcanzar la roidosa fama de *Quo vadis?*, merecen ser leídas con admiración. La titulada *A sangre y fuego* (título que aquí se traduce torpemente *Por el hierro y por el fuego*, pero debe traducirse como queda dicho), es un poema trágico, en que hay episodios y personajes cómicos, interesantísimos, y escenas de una fuerza horrible, que causan escalofrío. Quizás está más adobada, mejor preparada, la materia de *Quo vadis?*; pero hay mayor espontaneidad en la epopeya de raza *A sangre y fuego*.

Y la humilde realidad, la vida de las clases pobres y necesitadas de emigrar para vivir, está admirablemente retratada en la novela *Por el pan*, que no es de las más conocidas de su autor. Yo admiré esta novela, porque encontré que los polacos emigrantes de Sienckiewicz presentaban marcados rasgos de semejanza con los gallegos emigrantes también. No pudiendo esta similitud ser caprichosa, ni conociendo el autor a los emigrantes de la costa gallega, las analogías sorprendentes tienen que ser fruto de la fidelidad de observación y fina sensibilidad del novelista.

A pesar de que Sienckiewicz escribió una obra – que no conozco – titulada *Nadie es profeta en su tierra*, si nos atenemos a lo que la prensa ha publicado varias veces, él fué profeta en la suya. Polonia cifraba en Sienckiewicz sus anhelos de libertad, de independencia, de nacionalidad. Por suscripción le regaló una morada lujosa donde acabase sus días rodeado de dignidad. No murió en ella el novelista, si es cierto, como en los primeros momentos se dice, que falleció en Austria, donde estaba refugiado.

La cara de Sienckiewicz, entre militar y romántica, responde perfectamente a la idea que de una Polonia heroica nos formamos. Y el escritor responde también, cumplidamente, a las aspiraciones de la raza a sus temas fundamentales, el catolicismo y la energía de resistencia. Una novelista notable, la señora Réval, en su obra *La bachillera en Polonia*, ha pintado a lo vivo esta manera de ser, al cantar cómo, en la insurrección de los Cadetes, que entran espada en mano en el castillo donde reside el gran duque Pablo, su tirano del momento, no logran cogerle porque se oculta tras de las faldas de las damas de la Corte, a las cuales los insurrectos no sólo no hacen el menor daño, sino que saludan con galantería caballeresca.

Y en sus poetas, en sus escritores, encontró Polonia a los que sostuvieron sus ideas de libertad y redención. Los cantos fogosos del romántico Mickiewicz alentaron a sus combatientes, y el pueblo repitió las baladas labriegas de Brodzinsky:

«Devuélveme, hijo mío, mi arado y mi azada: ¡aun tendré ánimos para trabajar! Soy solo ahora para la labranza, pero ya que no hay remedio, trataré de cuidar de mi choza. Mira allá abajo: en un solitario valle, yace una armadura cubierta de orín. La enterré en fatal momento, para desenterrarla en días mejores. Que pueda yo ver cómo la vistes, y mis trémulas manos se alzarán al cielo; olvidaré que hemos perdido nuestra libertad, y diré «¡La Patria nos será devuelta!»

Sienckiewicz, al menos – ¿será verdad? – ha visto, antes de morir, que le devolvían la patria...

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Congreso está estos días animadísimo, y sería un regalo asistir a las sesiones. Hablan los primeros oradores y de cuestiones interesantísimas, de capital transcendencia. Pero... ¿quién va al Congreso? Sólo una persona completamente desocupada, que tenga por suyas las veinticuatro horas del día natural.

Las tribunas del Congreso son completamente absurdas, y parecen construídas para estorbar que se vea y que se oiga. Su enorme reborde, su forma anticuada, restan todos los elementos de facilidad y comodidad para darse cuenta de lo que pasa en los escaños y en el banco azul. Sólo en la primera fila se puede estar medianamente. Y el que no se adelanta cuatro horas no consigue esa primera fila.

Lamento que los asientos de las tribunas no se puedan comprar como las localidades de los teatros. En este caso, sería una concurrente asidua. De otro modo, hay que renunciar. Confieso que me sería grato oír discutir los proyectos del ministro de Hacienda, que tan graves escollos ofrecen, a mi humilde entender. No soy ninguna autoridad en estas materias, pero hay cosas para las cuales basta un poco de buen sentido.

Y hay algo más: y es que no pueden entusiasmar los proyectos en que la acción fiscal es tan dura que llega a ofrecer los caracteres de despojo, cuando el empleo de la recaudación a que se aspira sábese de antemano que ha de ser en gran parte para aumentar plantillas y ensanchar caminos para que viva del Estado mayor número de gentes. Estas son las grietas a que aludieron Maura y Urzáiz, al hablar de la inutilidad de querer llenar un estanque, dejando de macizar las fisuras por donde se va el agua.

¡Y ojalá se creasen millares de destinos, si al menos recayesen en gente laboriosa y que los desempeñase a conciencia! Digo esto, porque, al crearse esos millares de destinos, tal vez consiguiese yo poder dar alguno a los centenares de personas que acuden a mí en demanda de que les «coloque», de que les haga «entrar» en alguna parte.

Y tanto sirvo yo para eso, como para dirigir un submarino: y no logro que se persuadan de tan sencilla verdad. Los destinos los dan los políticos, no los literatos a secas. A pesar de repetir esto en todos los tonos, no consigo que lo entiendan los innumerables solicitantes que a mí se dirigen.

Y aun hay otra verdad de que quisiera convencer a los que me escriben cartas exponiéndome lo precario de su situación: y es que aun cuando, por milagro, yo dispusiese de un destino, el encontrarme con él en la mano sería como buscar mendrugo en cama de galgos. Todo el mundo tiene a su alrededor, entre sus familiares, alguien que se ve en necesidad; y si puede, por ley natural, ayuda a ése, antes que a otro. No es fácil, en cambio, que para el que desde lejos y siendo totalmente desconocido reclama la consabida «colocación» se halle ésta preparada, espolvoreada de harina y pronta a caer en la sartén... Es indudable que tan sencillos datos no los tienen presentes los que desde diversos puntos de la Península demandan que les solucione su conflicto y les resuelva su situación, «colocándoles».

Hay además en esto un error de óptica semejante al que padecen innumerables ciudadanos españoles, que me piden algo más directo y personal, el auxilio en metálico. Porque mi nombre es conocido, se dirigen a mí, sin comprender que por lo mismo, por ser conocido mi nombre, he llegado ya al grado máximo de peticiones, y hace largo tiempo que está agotada mi potencialidad. Aun cuando yo fuese, por influencia política, el Presidente del Consejo de Ministros, y por dinero, Rothschild, ya toda mi influencia y todo mi dinero estarían distribuídos como bizcocho, sin que cupiese añadir una sola partida al presupuesto. Algún día, no siéndome grato dejar sin respuesta a nadie, imprimiré en un papel todo esto que acabo de escribir, y sencillamente contestaré con mi impreso a todos los peticionarios. Y verán ustedes que ni aun así...

***

He escrito el nombre de Rothschild, y, al hacerlo, pienso en mi amigo D. Gustavo Bauer, que acaba de morir en su magnífica finca de la Alameda, antes propiedad de los duques de Osuna, esa casa *principe* cuyos despojos hemos visto dispersos al azar de las hipotecas y de las ventas. Ha sido una suerte que la Alameda de Osuna, donde tantas veces galopé cuando saliamos a caballo por las tardes, en los comienzos de la juventud, cayese en manos de los Bauer, porque de otro modo era fácil que alguna empresa industrial, o algún aburrido establecimiento benéfico o Sanatorio médico desnaturalizasen esa bella finca señorial, donde los duques de Osuna de antaño eclipsaron a Fernando VII y le dejaron deslumbrado y no sé si envidioso de su lujo y su esplendor.

Los Bauer, respetuosamente, conservaron el carácter de la posesión, y se guardaron de modificar en ella lo que le presta ese aire indefinible de grandeza y de época, que encanta. Lo único que hicieron fué mejorar la parte de jardín y arboleda, convirtiendo en un oasis aquel trozo de tierra que, abandonada, pronto sería erial. Y el cogollo de la buena sociedad de Madrid ha ido por las tardes a la Alameda, a tomar el té con la señora de Bauer, que es una de las damas más distinguidas, inteligentes y buenas que he conocido en Madrid.

Eran además los Bauer sumamente caritativos. No es un lugar común de crónica: es que, en efecto, esta familia tenía las manos abiertas a la limosna. Su gran fortuna se lo permitía; pero no todos los que disponen de una gran fortuna están prontos a la caridad. Son más los que derrochan en necios placeres o atesoran sin objeto, para que lo goce algún sobrino juerguista. En esto, como en todo, hay mil rarezas, mil anomalías. Además, los señores de Bauer eran verdaderos e inteligentes protectores del arte. Su casa de Madrid constituía un museo, lleno de obras maestras, antiguas y modernas también.

En esto se parecían a los multimillonarios banqueros a quienes representaba D. Gustavo Bauer: porque también los Rothschild han ejercido la beneficencia y hecho donativos cuantiosos a los museos de París, llegando a amueblar, decorar y llenar salas enteras en el Louvre.

Así, los señores de Bauer habían llegado a ser en Madrid un elemento social de los mejor vistos y respetados, y gozaban de universales simpatías. La muerte de D. Gustavo produjo triste impresión. No era viejo, pero una enfermedad tan extendida como destructora minaba su organismo. Hace dos años fué a Mondariz buscando alivio a la diabetes que le consumía y gastaba sus energías físicas. Al pronto, las maravillosas aguas le devolvieron peso, alegría y vigor. Pero, más tarde, el mal siguió haciendo estragos, y ha venido a tener ahora fatal desenlace.

***

También cayó en la eternidad el Emperador Francisco José de Austria.

En los actuales momentos produce doble impresión un hecho por otra parte tan natural como el fallecimiento de un anciano cargado de años y que, si bien robusto y de excelente fibra, no podía menos de resentirse del desgaste inherente a la avanzada edad y a las impresiones morales tristísimas que debió de sufrir en diversas ocasiones. Porque hubo (en la vida de un Soberano que era para tantos de sus súbditos como un ídolo y una figura visible de Dios), grandes desventuras y tragedias crueles.

Yo pude ver, y bien despacio, a Francisco José y a su consorte, la «divina» Isabel, en el año de 1873, cuando asistí a la Exposición de Viena. Por entonces supongo que eran felices, y el Emperador estaba en la fuerza de la edad; tendría sobre cuarenta y tres años.

Con gran trabajo habíamos conseguido unas localidades algo decentes y cómodas para asistir al *Imperial Theater*, si no recuerdo mal el nombre del Coliseo: lo equivalente a nuestro Teatro Real. Se cantaba *El barco fantasma*, de Wágner, y yo jamás había oído música del maestro. La noche me dejó inolvidable impresión, no sólo porque (desmintiendo esa leyenda de que para entender a Wágner hay que ir a Salamanca, y no sé si a otras Universidades), yo entendí perfectamente y desde el primer momento que aquello era sublime, sino porque vi, en el largo espacio de tres entreactos, a la pareja imperial.

Ella era realmente un milagro de hermosura y de elegancia, y creo que superaba a la Emperatriz Eugenia en gallardía, mostrando un escote perfecto, de diosa, lo cual no le sucedía a la consorte de Napoleón III. Llevaba suelta, tendida completamente por las espaldas, la mata de su magnífico cabello castaño, ondulado y con ricos reflejos; y una diadema de estrellas de brillantes fulgía en su frente. Vestía de moaré azul, de un azul verdoso, intenso, como de agua de mar, y un gran collar de brillantes caía sobre el raso de su pecho. Sus guantes eran, según la moda de entonces, cortos, y sólo hasta un poco más arriba de la muñeca cubrían el mórbido brazo.

El Emperador lucía su blanco uniforme, pero no sabré decir de qué cuerpo, pues este recuerdo se me ha borrado. Toda la atención era para la Emperatriz, aparición radiante en que se unían los prestigios y las grandezas terrestres...

¡Pobre Soberana! También ella, como *Senta*, la heroína del libreto wagneriano, llevaba en el alma una leyenda, una balada nostálgica, llena de misterio y de romanticismo. También en ella, como en el protector y amigo de Wágner, el Rey virgen de Baviera, existía el germen del delirio estético, del sueño poético, casto, pero sin fundamento dentro de la realidad. – No sé si será anécdota sin fundamento la que quiere que la Emperatriz, al saber la catástrofe en que perdió su hijo la vida, se arrojase a los pies del Emperador, exclamando deshecha en lágrimas: «Señor, perdonadme haber traído la locura a vuestra familia.» Sea o no invención pintoresca de dramatizantes de la historia, parece que cabe en lo verosímil, y es sin duda por Baviera por donde vino a la casa Imperial de Austria ese fermento terrible, lírico y romántico.

Los estetas y decadentistas hicieron de Isabel de Baviera una divinidad. Y, cuando la elevaban a tal altura, era cuando la misera Soberana buscaba en sus sueños de arte y belleza un consuelo para la soledad profunda de su corazón. Sería, creo, contrario a la verdad decir que Isabel de Baviera no se disoció, en el último tercio de su vida, del hogar y hasta del trono; que no contrajo ese miedo a la realeza que sufrieron algunos individuos de familias reinantes, en la activa disolución de todos los principios que ha marcado el proceso ideológico del siglo XIX. Nada hizo de malo la desdichada Emperatriz; y hay profunda simpatía en su manera de vivir, en una isla encantada, entre lecturas de Homero. Sólo que no es éste el papel de las testas coronadas, – y menos ahora.

Como quiera que sea, su muerte fué el degüello de una paloma, la inmolación de una oveja inofensiva. A nadie hacía daño, y el puñal no la perdonó. Puñal doblemente alevoso, puesto que el asesino no ignoraba que en Suiza no existe la pena de muerte...

No creo que, en la marcha de la guerra, influya mucho la falta del histórico Emperador. Tiene heredero, y es de presumir que se trate de un hombre que, por hallarse en edad más vigorosa, podrá hacer frente, igual o mejor, a la situación en que se encuentran los Imperios centrales. Acerca de cuál sea esta situación, ya saben ustedes que hay tantos pareceres como personas. Unos entienden que nos amagan todavía cuatro años de guerra; otros, que, hecha la paz separada con Rusia, la guerra será asunto de cuatro meses. Éstos afirman que Alemania será laminada; aquéllos, que le pertenece la victoria. Yo sólo ansío que el desenlace sea lo más rápido posible. Claro es que tengo mis simpatías; pero ¿qué importan mis simpatías al caso de la guerra?

Sólo sé, en concreto, que van muertos más de cuatro millones de hombres; que están mutilados ocho millones, y heridos once o más. La suma de dolor que cabe en estas cifras, calcúlela cualquiera. No se ha visto tal carnicería.

Decíame ayer Ricardo León, que había visto las mujeres polacas, a las cuales los rusos acuchillaron y que milagrosamente escaparon con vida. Parece que su cuerpo era un pentagrama, todo rayado de cicatrices. Pero, a renglón seguido, añadía que, en el otro bando, se podían registrar iguales hechos. La barbarie humana, en casos de guerra, es la misma en todas partes. No hay civilización que valga para evitar este desbordamiento de ferocidad y de sangre vertida, sin más objeto, afirman los entendidos, que *terrorizar*. Dios verá si se ha colmado la medida, si es hora de apiadarse un poco del *«mal seme d' Adamo»* como dijo el Alighieri.

Porque, desde que la historia es historia, no hubo tal desmoche, ¡y lo que todavía nos rondarán! *¡Miserere!*

La Condesa de Pardo Bazán.

Ayuntamiento de Madrid

La vida contemporánea

Vivimos en plena película, y un robo escandaloso, cometido en circunstancias que revelan en los culpables gran serenidad y maña, es el asunto de todas las conversaciones, y el tema de cien artículos, porque parece que se ha echado mano a los... iba a escribir *ladrones*, pero son tantos los eufemismos que ahora se estilan, que diré *sustractores* de Correos.

Desde luego, la calificación del delito es benigna: se reduce a *estafa*, a robo con engaño. Si la estafa es esto, estafa llamaremos al lindo escamoteo de una fuerte cantidad, contenida en varios pliegos de valores declarados.

Parecía al pronto que no danzaba en ello más que un ladrón, pero luego resulta, como en las películas, que se trata de una cuadrilla numerosa, y que la Policía, al ponerse sobre la pista, ha tenido que registrar diferentes domicilios, y prender del primer arranque a nueve individuos, uno de ellos del sexo femenino, complicados en el asunto.

Véase una demostración de la superioridad de lo individual sobre lo colectivo. Si el *golpe* lo da uno solo, sale de pobre, y acaso no necesita volver a robar. Repartido el lucro entre nueve, y quién sabe si entre doce o quince, ¿qué le toca a cada uno? ¡Bah! Una futesa.

Y por más que discurro, no veo que hiciese falta tanta gente para la hazaña. La mucha gente tiene además el inconveniente grave de que entre quince será milagro que no haya un indiscreto, o dos, o más. Secreto entre tres, axiomáticamente, ya no es secreto ni cosa que lo valga.

Segura estoy de que no bajan de veinte o veintitantos los que aparecerán complicados en el robo consabido. Entre veintitantos, chica tajada se puede repartir.

La prensa nos dice que con el producto del robo pensaba la cuadrilla desarrollar gran actividad industrial, comerciando en telas, prendas confeccionadas y otros artículos. Vea usted qué buenos propósitos eran los de estos galanes. No les ganara ni el mismo Ginesillo de Pasamonte, de cervantesca memoria.

Con todo esto ha dado al traste la brigada de Policía, y a fe que hay una razón por la cual me alegro especialmente: porque así queda limpia hasta de la menor sospecha la personalidad de los empleados que entregaron los pliegos, y que a poco más pagan con su carrera y honra la indudable ligereza, única falta de que se les puede acusar.

Y según van pasando días, se va poniendo más en claro lo que se refiere a la atrevida estafa, puesto que así hay que llamarle. Y va resultando la verdad de mi suposición: estos hechos en que interviene tanta gente, se descubren por delación o, como se dice en el *argot* profesional, por soplo.

Entre tantos cómplices, siempre hay uno que queda descontento de lo que en el reparto le ha correspondido, y éste denuncia, por venganza. Historia muy antigua, que nunca sirve de lección ni de ejemplo.

Tampoco saben jamás los culpables, cuya psicología es por demás infantil, aunque parezcan muy astutos, contenerse en hacer gastos extraordinarios y derroches innecesarios a raíz de su delito. Los autores y cómplices del robo de Correos, no desmintieron la regla. No se privaron del gustazo de deslumbrar a su barrio, de llenar de géneros su tienda, de armar juergas redondas, guateques y bateos lujosos, de tirar, en suma, aquel dinero tan mal adquirido y que podía costarles tan caro. La mitad de los delitos y aun de los crímenes cuyo móvil es el robo, se descubren por tales imprudencias y ostentaciones pueriles. Creo que fué el célebre asesino Pranzini el que, a los tres días de degollada su víctima, repartió sin recato sus joyas a algunas mujeres de mal vivir; y le costó cabeza.

No hay día en que no se anuncie una nueva exposición de arte. En casi todas, puede quitarse el casi, hay cosas bellas, interesantes y dignas de aplauso. Y dominan el paisaje y el género chico, cabezas, escenillas en lienzos de cortas dimensiones. Diríase que el arte quiere adaptarse a lo reducido de las moradas actuales. Tal se observa en el salón de las casas Vilches, y tal en la Exposición permanente del Palace: las obras responden a ese criterio: decorar una habitación chiquita.

Por la misma razón, supongo, han desaparecido por completo varios géneros: el histórico, que demanda espacio para la composición, el truculento, que tanto hemos visto en las grandes Exposiciones, y el religioso, que ya no tiene aficionados. Todo se vuelve cabezas, paisajes y flores. En resumen, cuadros de esos que hacen decir a la gente «Me lo llevaría con gusto para mi casa.»

Y si no se los llevan más personas, es debido a que los artistas se resisten a poner un precio al pie de sus obras. Las venden, sí; pero vergonzantemente, como recelosos; y esta indeterminación retrae a los compradores. Si cada cuadro tuviese debajo la cantidad que vale, o en que lo tasa su autor, más resultado práctico darían estas Exposiciones.

Dijérase que, aquí (¿y no sé si *allí* ocurrirá lo mismo), existe una especie de pudor artístico, equivocado, en mi opinión, que quiere apartar de la vista la idea de que un objeto de arte tenga un valor en mercado. Y ¿por qué no ha de tenerlo? De esta idea singular se origina la frecuente miseria en que algunos artistas caen, y la irregularidad de los recursos que alguna vez allegan. El día en que los pintores pusiesen un precio determinado, público, y no exagerado, a sus creaciones, se compraría un cuadro para mil incidencias en que hoy se compra un objeto industrial. En vez de enormes canastillas de flores, que se marchitan al día siguiente, se regalaría, los días de los santos, un *jouneau*, por ejemplo, de los que se exponen en el salón Vilches, y que son haces de rosas fresquísimas. En vez de objetos de bisutería y de relumbrón, ¿no se preferiría, para las bodas, un gentil cuadro de paisaje?

Pero entre el comprador y el artista está la valla de ese misterio impenetrable, de ese secreto que envuelve la posible transacción comercial. Se teme el compromiso de tener que dar mucho, y el ridículo de ofrecer poco. Y allí se quedan los cuadros. Apenas, de ciento, hay uno o dos que ostenten la consoladora tarjeta: «*Adquirido.*»

Cada cual hace de su capa un sayo; pero yo aconsejaría a los artistas que facilitasen al público la formación de la costumbre de comprar cuadros, casi abolida ya. En otros tiempos, aunque parezca extraño, se compraban muchos más cuadros que ahora. Había por lo menos unos que se vendían seguramente: los religiosos. Vírgenes y Santos al óleo se expendían, porque no habían entrado aún en escena las horribles oleografías, ni otros procedimientos industriales, que hoy infestan las casas y las iglesias también. Se compraba un cuadro (mejor o peor, no todos habían de ser Murillos), pero siempre ese cuadro era una nota de arte en el hogar.

***

Quisiera señalar algún acontecimiento teatral digno de referirse, pero estamos en uno de esos períodos de estancamiento en que nada sobresale, nada se destaca con relieve y vigor.

Son las que se representan obras que el público ha recibido sin desagrado, y nada más. Obras en que un actor o una actriz de valía salvan el conjunto por la perfección con que desempeñan su papel, obras en que el aparato escénico y lo vistoso de trajes y decoraciones cubren lo insignificante de la trama. Y el auditorio no pide más, y hasta se divierte francamente. Tal es el estado actual del arte dramático y cómico. Sobre todo cómico, pues hemos convenido en que se trata de hacer gracia, de enristrar chistes; de que se ría el espectador, porque espectador que ríe está vencido.

Y yo, para darme una satisfacción íntima, independiente de ciertas exigencias que ahora predominan, fuí a un teatro popular, al de Price, donde trabaja Borrás, poniendo en escena obras del antiguo repertorio (Dios se lo pague). Daban *El zapatero y el Rey*. La sala estaba literalmente atestada, y además se extendía por ella una niebla de humo de tabaco. La concurrencia distaba mucho de ser escogida. Había hasta niños de pecho en brazos de sus madres, lo cual es el signo de que es muy democrático el ambiente, porque ya la clase media puede dejar a sus crías en casa, al cuidado de la chachita. Con todo esto, y con parecerme deficiente la *mise en scène*, y no sólo la *mise en scène*, yo pasé uno de los mejores ratos, viendo a Borrás encarnar la figura de D. Pedro de Castilla en el inmortal drama zorrillesco. Y a mi satisfacción se unía la de ver que el público entraba en el drama, aplaudía sus hermosos versos, seguía la creación del poeta, con una atención casi increíble, y digo casi increíble, porque se me figura que, dada la forma y disposición del recinto, pocos oirían y verían, a no haber tenido, como yo, la precaución de solicitar una localidad muy próxima al escenario...

***

He aquí lo que me gustaría, si estuviese en mis medios, subvencionar. Un teatro donde por turno se representasen las obras más escogidas del repertorio, lo mismo antiguo que moderno. Un teatro de arte, de belleza, de poesía, de tradición, de altura. Tengo sed de él. Si en mi Teatro se representase *El zapatero y el Rey*, verbigracia, no habría de faltar en él detalle. Se vería la lucha desesperada de los dos hermanos, dentro de la tienda de Beltrán Claquín, y la muerte dada a Inés, en lo alto de la montaña. Y comparsas y figurantes, y por supuesto los actores, vestirían y se caracterizarían con propiedad escrupulosa, para causar la máxima ilusión. Y la sombra de D. Enrique no sería el actor mismo detrás de una tela transparente, sino la aparición espectral, de misteriosas líneas que puede surgir del delirio de un epiléptico, como fué el Rey D. Pedro, y como genialmente adivinó Zorrilla, que también padecía epilepsia.

Yo ya sé que, por desgracia, no da el teatro de Price para tanto. Por eso digo que yo haría semejantes primores en un teatro especial, digno del decoro de nuestra tradición dramática. Lástima grande que los que así sentimos, no podamos realizar. ¡Y tanto dinero como por ahí se malgasta en tonterías y en cosas peores que tonterías!

El teatro que yo imagino, naturalmente no intentaría ser una empresa lucrativa; costaría dinero al Estado o al particular o particulares que lo fundasen; pero pondría muy alto nuestro nombre y nuestra cultura ante el extranjero, ante esa América que habla nuestro idioma y apenas conoce nuestro teatro (a pesar de que Zorrilla, en sus viajes, vió en una toldería o ranchería de indios representar el *Don Juan Tenorio*). Y, a la larga, hasta reproductiva, o al menos, compensadora, pudiera ser la empresa.

Pero ¿quién sueña en tales iniciativas? Vamos degenerando entre chistes de sacacorchos y sensiblerías de antiguo folletín. Como arca cerrada y material perdido yacen en las Bibliotecas los tesoros de nuestra Musa, las sales de Tirso y Alarcón, la fuerte emoción dramática y filosófica de Calderón y Lope. Y Zorrilla, el romántico de la perilla y la capa, y Rivas, el semibeleno, y Tamayo, el sespiriato, se van arrumbando, apenas recordados por las generaciones, o refugiados en un teatro que no lo es, que tiene los defectos de un Circo, y que sólo frecuenta el pueblo, dotado de más sentimiento artístico, espontáneo, que las altas clases... Y las obras dramáticas, aun las más bellas, se han hecho para representarse, para arrostrar las candilejas, para dar todo su efecto en ese terreno propio.

Mi teatro ideal no llegará nunca a la realidad. Comprendo muy bien a Luis de Baviera, que se hizo para sí su sala de ópera.

***

Al través del tiempo transcurrido, *El zapatero y el Rey* conserva su energía y frescura, y el alma atormentada de D. Pedro se nos muestra en el monólogo terrible, en que con tanto acierto ha hecho intervenir el poeta la negra magia y los conjuros y horóscopos fatales. Don Pedro de Castilla, llamado por unos *El cruel*, por otros *El justiciero*, es de las figuras históricas más interesantes, más sugestivas. Su vida combatida y azarosa le permitió manifestar plenamente su carácter, en el cual se reúnen ciertos rasgos típicos de D. Juan Tenorio, otros de Domicio Enobarbo Nerón, algunos de Juliano el Apóstata, y no pocos de los reyes campeadores y valientes hasta la locura que, por esta cualidad, se conquistaron el amor de su pueblo. Todavía en Sevilla, don Pedro es popular. En Galicia fué adorado. Pero tenía malos enemigos que supieron explotar sus yerros, y tuvo un historiador que fué partidario del Bastardo. Y ningún personaje conozco que así se preste a la creación del mito romántico, como este Rey de Castilla, en el siglo XIV.

La Condesa de Pardo Bazán.

"La eximia escritora señora condesa de Pardo Bazán al salir de dar su conferencia en 'La Escuela Hogar'. "
1916, n.º 1. 823, p. 786.

Ayuntamiento de Madrid

NOTAS[1]

1. ***San Sebastián mártir*** / V. Aza. **Rey de Servia:** Milos Obrenovitch.
4. **Pepe Tamames:** J. I. Osorio y Silva-Bazán, Duque de Sesto y Marqués de Alcañices. ***Matilde di Sabrán*** / G. Rossini. **pescador de perlas:** *Los pescadores de perlas* / G. Bizet.
8. ***muertes, asolamientos, fieros males...***: *Profecía del Tajo* / L. de León. **bastardo de Argelez:** *En el seno de la muerte* / J. de Echegaray.
9. ***La cruz del matrimonio*** / L. de Eguílaz. ***La payesa de Sarriá*** / T. Barrera. ***El patriarca del Turia*** / L. Eguílaz. ***Sancho Ortiz de las Roelas*** / L. de Vega. ***Penitenciario:*** *Doña Perfecta* / B. Pérez Galdós. ***Luis XI*** / C.-J.-F. Delavigne. ***La carcajada*** / J. Arago y A. Martín, traducida por I. Gil. ***La aldea de San Lorenzo*** / M. Tamayo y Baus.
10. ***Antony*** / A. Dumas, padre. ***Diogene*** / E. Novelli. ***El rapto de las sabinas*** / F. García Gutiérrez, F. A. Barbieri. ***La familia Barilotti*** / G. Fantini?, arreglo de P. D. y Mario (hijo). ***La tía de Carlos*** / B. Thomas. ***Las sorpresas del divorcio*** / C. Palencia. ***Papa Lebonnard*** / J. Aicard. ***Los aparecidos*** / C. Arniches. ***Magda*** / T. Sudermann. ***El pasajero*** / I. S. Turguenev.
20. **Doctor Lozano:** Cristóbal Lozano.
23. **Duques de Torrelaguna** por Marqueses?***ni cet excés d'honneur, ni cette indignité...*** : *Britannicus* / Racine.
27. **Raquel:** Rachel. ***Poliuto*** / P. Corneille. **Roxana:** *Cyrano de Bergerac* / E. Rostand. ***Ils privent de la sepulture...*** *Ode sur la mort de Mlle Lecouvreur* / Voltaire.
33. ***Gioconda*** / A. Ponchielli. ***Miss Helyett*** / E. Audran.
38. **Adriano Sixto:** *El Discípulo* / P. Bourget.
41. **duque de Mora:** Conde de Mora?
42. **el que abrasó el monumento...** : Eróstrato.
44. **Oliveiro Martins:** Oliveira Martins.
49. **El doctor Moreau:** E. Díaz Moreau.
51. ***Bororquia*** / L. Gutiérrez. ***La Inquisición sin máscara*** / A. Puig Blanch. ***El Judío errante*** / E. Sue. ***Rocambole:*** / P. A. Ponson du Terrail. ***Menosprecio de la corte...*** / A. de Guevara. ***Los fantasmas de Madrid*** / I. de la Erbada.
52. **Salomón:** considerado por algún tiempo autor de *Cantar de los Cantares* y de *Eclesiastés*.
53. ***Los viajes del joven Anacarsis:*** obra de J. J. Berthélemy. ***Princesse Georges*** /A. Dumas, hijo.
56. ***La Mosquea*** / L. de Vega.
57. **presidente del Senado:** E. Montero Ríos.
59. **Dulcamara:** *L'Elisir d'Amore* / G. Donizzetti. ***nous sommes vieux, soyons tranquilles...*** : *Orientales* / V. Hugo.
60. **Álvarez:** L. Álvarez Catalá.
63. ***Antes caerán apagadas en el mar las estrellas...*** : *Canti* / G. Leopardi.
64. ***un predicador puritano...*** : J. Knox y María Estuardo, Reina de Escocia.
71. ***hombre injusto...*** : *El asno y su amo* (*Fábulas Literarias*) / T. de Iriarte.
72. **Gretchen:** *Fausto* / J. W. von Goethe.
75. ***Los misterios de París*** / E. Sue. ***Los misterios de Londres*** / P. Feval.
76. **Amfortas:** *Parsifal* / R. Wagner.
78. **Rivadeneyra:** P. de Ribadeneyra?
79. ***Gonzalo de Córdoba*** / E. Serrano.***La Sonnanbula*** / V. Bellini. ***Dinorah*** / G. Meyerbeer. ***Roberto el Diablo*** / G. Meyerbeer.
82. ***Guillermo Tell*** / G. Rossini.
83. ***La soirée de Cachupin*** / R. de Navarrete.
84. ***La dame de chez Maxim's*** / G. Feydeau.
85. **Tú dormirás...** : *A la muerte de Don Antonio Ríos Rosas* / G. Núñez de Arce.
86. **el pintor de la *Obra***: *L'Oeuvre* / E. Zola.
88. **las zapatillas de Abdul Mejid:** *Las Mil y una noches*. **Gabriel de Espinosa:** *Traidor, inconfeso y mártir* / J. Zorrilla.
90. **Barnalho Ortigao:** Ramalho Ortigão.
92. **Pangloss:** *Cándido* / Voltaire.
95. **Heine...** ***Tanto y tanto los muertos he invocado...*** : *Cuitas Juveniles*.
97. **príncipes alemanes que visitan Madrid:** Albert y Friedrich de Prusia.
99. **Tomó un esposo la golondrina:** Variante "... en Túnez. "= *La Flor de los recuerdos. Correspondencia.*
100. **avive el seso y despierte...** : *Coplas* / J. Mantrique
101. ***Los amantes de Teruel*** / J. E. Hartzenbush, T. Bretón. ***Garín*** / F. L. Obiols, T. Bretón.
104. **Villaverde:** R. Fernández Villaverde.
105. ***ni envidioso ni envidiado...*** : *Odas* / L. de León. **ex emperador del Brasil:** Pedro II. **princesa de Asturias:** M[a] de la Mercedes de Borbón y Austria, desposada con Carlos de Borbón Dos Sicilias.
106. ***Nazarín*** / B. Pérez Galdós.
107. **príncipe de Gales:** Albert Edouard, futuro Eduardo VII de Gran Bretaña. ***honorate l'altissimo poeta:*** *Divina Comedia* / Dante Alighieri.
110. ***Lucrecia Borgia*** / G. Donizzetti.
112. **Camurón:** Camarón.
113. **Taxfin:** Yusuf ibn Taxfín.
115. **Ruydard Kipling:** Rudyard Kipling.

[1] El formato de la presente edición desaconseja la inclusión de muchas notas. Las consignadas son principalmente aclaraciones sobre nombres de persona y títulos de obras, complementando, así, el índice onomástico.

Ayuntamiento de Madrid

116. **Reynholds**: Reynolds.

118. **autor de *El calvario***: O. Mirbeau.

120. **crimen de la calle de Fuencarral**... **una señora**... : Luciana Barcino.

121. **Rugiero**: Cosme Ruggieri.

125. ***La Vicaría*** / M. Fortuny.

126. ***como en sombrío matorral los bougos***... : *Sátira segunda a Arnesto* / G. M. de Jovellanos.

127. **Sanko**: Janko el Músico / H. Sienkiewicz

128. **Séneca**: *Sobre el beneficio.*

129. ***broté sobre la tumba de un maltado***: *A la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra* / J. Zorrilla. **Fígaro**... **señora de C.** : Dolores Armijo, esposa de José Cambronero.

134. **Raimundo Villaverde**: R. Fernández Villaverde.

135. **el autor de *Fecundidad***: E. Zola.

136. ***gente zotica, vil, cui spesso***... / G. Leopardi: *Le Ricordanze.*

137. ***Hugonotes*** / V. Hugo, G. Meyerbeer.

141. ***Antony*** / A. Dumas, padre.

143. **Luciana Borcino**: Luciana Barcino. **Fantine, Cosette**: *Los Miserables* / V. Hugo. ***Fromont jeune et Risler ainée*** / A. Daudet.

145. **la monja portuguesa**: Mariana Alcoforado. **Levigné**: Sevigné.

147. ***La Marsellesa*** / C. J. Rouget de Lisle. ***Ça ira*** / Ladré, Bécourt. **Emperatriz de Austria**: Isabel, consorte de Francisco José I.

150. **heredera del trono**: M[a] de las Mercedes de Borbón, Princesa de Asturias. **un ministro español**... **maestros de escuela** : Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de Romanones.

151. **Los soldaditos**... : *Los soldados de plomo* / L. Eguílaz. **O'Donell**: O'-DonnellSelika: *La Africana* / G. Meyerbeer.

153. ***Barba Azul*** / J. Offenbach. **Madama Blaboatzky**: H. P. Blabatsky.

156. **la divina Emilia de Voltaire**: G. -É. Le Tonnelier de Breteuil, Marquise du Châtelet. **versos a los infantes de Aragón**: *Coplas* / J. Manrique. **a Itálica**: *A las ruinas de Itálica* / R. Caro.

158. **rey abuelo**: Francisco de Asís, consorte de Isabel II. **interrupciones del pulso**: "España sin pulso": artículo de F. Silvela, *El Tiempo*, 16 de agosto de 1898.

161. **doña Baldomera**: B. Larra.

163. **Stendhal**... **Luciano (?) Sorel**: Julien Sorel: *Le Rouge et le Noir.* **Fabricio del Dongo** : *La Chartreuse de Parma.*

165. **Harpagón**: *El avaro* / Moliere.

167. **Cha de Persia**: Mozaffar ad-Din-Qajar. **Nazaredino**: Nacer ad-Din Quajar. **Villasandino**: A. Alvarez de Villasandino.

169. ***Antony*** / A. Dumas, padre.

170. ***Fra Diavolo*** / D. F. E. Auber.

172. ***El barbero de Sevilla*** / G. Rossini. ***desde la princesa altiva***... : *Don Juan Tenorio* / J. Zorrilla.

173. **monarca portugués**: Carlos I.

Fra Diavolo / D. F. E. Auber.

175. **Ribero**: N. M[a] Rivero?

177. **Higinia**: H. Balaguer. **archiduquesa**: Isabel de Austria, madre de la reina M[a] Cristina, consorte de Alfonso XII.

178. ***Cartas persas*** / Baron de Montesquieu.

179. ***Don Alvaro o la fuerza del sino*** / Duque de Rivas. **Gicinta Pisano**: Giunta Pisano.

181. ***Entre bobos anda el juego*** / F. De Rojas Zorrilla. **monja mejicana**: Juana Inés de la Cruz.

184. ***Manón Delorme***: *Marion Delorme* / V. Hugo.

185. **Esforcias**: Sforza.

186. ***con un trajín de fiera encadenada***... : *El tren expreso* / R. de Campoamor. ***Los Payasos*** / R. Leoncavallo. ***el popular tumulto***... : *Al sueño* / L. Leonardo de Argensola.

187. ***vivir quiero conmigo***... : *Odas* / L. de León.

188. ***rojos pimientos y ajos duros***... : *Epístola satírica y censoria* / F. De Quevedo.

190. **doña Baldomera**: B. Larra. **El asesino pasional de la calle de Ferraz**... : Saturnino GómezBesada: A. González Besada.

191. ***esta España moral que se derrumba***: *Estrofas* / Núñez de Arce.

192. **la gran Musme**: Shoken, Emperatriz consorte de Meijí, Emperador de Japón.

193. **Elisa y TeodoroKaiser**: Guillermo II, Emperador de Alemania. **Princesa de Sajonia**: Luisa de Habsburgo Lorena, desposada con E. Toselli.

194. ***Filoctetes*** / Sófocles. ***Medea*** / Eurípides. ***Electra*** / Sófocles. *Electra* / Eurípides. ***Orestes*** / Eurípides. ***Antígona*** / Sófocles.

196. ***aquí de Elio Adriano***... : *A las ruinas de Itálica* / R. Caro.

200. ***Resurrección*** / L. N. Tolstoï. **El gracioso pedantón**... : *La comedia nueva o el café* / L. Fernández de Moratín.

201. **Villegas**: F. Fernández Villegas. **Kaiser**: Guillermo II, Emperador de Alemania.

203. **gracioso personaje de Moratín**: *La comedia nueva o el café* / L. Fernández de Moratín.

204. **Dulcamara**: *L'Elisir d'Amore* / G. Donizzetti. ***Tu peux tuer cet homme***... : *Les Châtiments* / V. Hugo.

205. ***El puñao de rosas*** / C. Arniches, R. Chapí.

206. **presidente de México**: Porfirio Díaz Mory.

208. **Alberto Bacon**: Roger Bacón.

210. **Javert**: *Los Miserables* / V. Hugo.

212. **Tasso**... ***Cosí allegro***... : *Gerusalemme Liberata.*

213. **Muñoz Pavón**: J. F. Muñoz y Pabón.

215. ***El vulgo es necio***... : *Arte nuevo de hacer comedias* / L. de Vega. **Urrabieta Vierge**: D. Vierge. **Urrabieta**: V. Urrabieta.

216. **Yepes**: Diego de Yepes.

217. **arzobispo de Sevilla**: M. Spínola y Maestre. ***que es patrimonio del alma***: *El alcalde de Zalamea* / P. Calderón de la Barca. **princesa de Asturias**: M[a] de las Mercedes de Borbón y Austria. **rey de Sajonia**: Alberto Federico Augusto I.

218. ***vicio feo, del que debes huir***: *Epístola a Timoteo* / San Pablo.

219. ***Safo*** / Octave Mirbeau.

219. **Salaberry**: J. López de Salaberry.

220. **Fausto**: *Fausto* / Ch. Gounod; *La condenación de Fausto* / H. Berlioz.

Ayuntamiento de Madrid

221. **Orchanski**: I. G. Orshanskii.

222. **Ankarströem**: J. J. Anckarstrom.

224. **hermosura de cierta dama**: Á. Pérez de Barradas, Duquesa de Denia. **obispo de Vitoria**: J. Cadena y Eleta.

225. **Zeda**: F. Fernández Villegas. ***Hernani*** / V. Hugo, G. Verdi. ***Lucia di Lamermoor*** / G. Donizzeti. ***Rigoletto*** / G. Verdi. ***Dinorah*** / G. Meyerbeer. ***La Africana*** / G. Meyerbeer. ***Aida*** / G. Verdi. ***La Gioconda*** / A. Ponciellí. ***Orfeo*** / C. W. Glück. ***Tannhauser*** / R. Wagner. ***Lohengrin*** / R. Wagner. ***Mefistófeles*** / A. Boito. ***Fausto*** / J. W. von Goethe, Ch. Gounod. ***Los Hugonotes*** / V. Hugo, G. Meyerbeer. ***Otelo*** / W. Shakespeare, G. Verdi.

228. **feroces ataques y rabiosas mordeduras**... : ¿L. Alas "Clarín"?

229. **Posada de la Sangre**: *La ilustre fregona* / M. de Cervantes.

232. *orlada en torno de punzante espina*... : *Cadena* / José Zorrilla. **Maestre de Calatrava**: R. Téllez Girón: *Coplas*... / J. Manrique. **Pérez de Hita**... *lágrimas que no pudieron*... : *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes.*

233. ***la Venerable***: María de Jesús de Ágreda.

234. **Florinda**: Florinda, la Cava. ***Ciencias exactas*** / V. Aza.

235. **Gobernador de Madrid**: J. Contreras Carmona. **Alcalde de Madrid**: G. de Figueroa y Torres, Conde de de Mejorada del Campo. **Claudio Frollo**: *Nuestra Señora de París* / V. Hugo.

236. **Nicolás Romanof**: Nicolás II, Emperador de Rusia. **Alejo**: A. Petrovich Romanov.

238. **rey escandinavo**... **Oscar**: Oscar II, Rey de Suecia.

239. ***En este mundo traidor***... : *Humoradas* / R. de Campoamor.

240. **Pangloss**: *Cándido* / Voltaire. **alcalde de Madrid**: G. de Figueroa y Torres, Conde de Mejorada del Campo. **Grippenberg**: Bertel Gripenberg?

242. **rubio hijo de Tetis**: Orfeo. **Rejano**: José Bejarano Espejo

245. **marquesa de Brinvillori**: M. Madeleine d'Aubray, Marquise de Brinvilliers.

246. **libro de cocina**... **de Nola**: *Libro de guisados, manjares y potajes intitulado Libro de cocina* / Ruberto de Nola.

247. **drama de Eguílaz**... : *Los soldados de plomo.* **retablo de Maese Pedro**: *Don Quijote* / M. de Cervantes.

248. ***Orfeo*** / C. W. Glück.

249. **young lady de Mouriscot**: Victoria Eugenia, Reina consorte de Alfonso XIII.

250. **secreta venganza**: *A secreto agravio, secreta venganza* / F. de Rojas Zorrilla. **Horacios**: *Hamlet* / W. Shakespeare. **Zeda**: F. Fernández Villegas.

252. **rey de Portugal**: Carlos I.

254. **Alhamar el Nazarita**: Mohamed I, Rey de Granada. **El Vivillo**: Joaquín Camargo López.

255. **patio de Monipodio**: *Rinconete y Cortadillo* / M. de Cervantes. ***Los misterios de París*** / E. Sue. ***Los Misterios de Londres*** / P. Feval.

256. **Cardenal infante de Borbón**: L. M[a] de Borbón y Vallabriga.

258. **penúltimo rey de Italia**: Humberto I. **tsar libertador**: Alejandro II, Emperador de Rusia.

259. ***Lucia di Lamermoor*** / G. Donizetti.

261. **general Mercier**: A. Mercier.

265. **La pata de cabra** / J. de Grimaldi. **ministro de Fomento**: M. García Prieto.

267. **Diego de Marsilla**: *Los Amantes de Teruel* / J. E. Hartzenbush. **Gualterio de Wogelveide**: Walter II zu Baden der Wolgelveich. **Shah de Persia**: Nasir ad-Din?. **Bayardo**: Pierre du Terrail, Chevalier Bayard.

268. **Cardenal Infante**: L. M[a] de Borbón y Vallabriga. **he escrito una novela**... : *Misterio.*

271. **quel andare e venire**: *Lucia di Lamermoor* / G. Donizetti.

272. **inventor del telekino**: L. Torres Quevedo.

276. **Suleyman**: Solimán, Sultán de Turquía.

278. **Elsa de Brabante**: Lohengrin / R. Wagner. **Guevara**: I. Vélez de Guevara y Tassis, Conde de Oñate? **Merlo**: J. de Merlo. **Carlos de Sicilia**: Carlos I, Rey de Sicilia. **rey de Portugal**: Alfonso V.

279. **crispante drama de Ibsen** : *Espectros.*

280. **Espronceda**... ***Le persigo***... : *El mendigo.* **marqués de Santa Cruz**: Álvaro de Bazán.

283. **El puñao de rosas** / C. Arniches, R. Chapí. **La verbena de la Paloma** / T. Bretón. **Las estrellas** / C. Arniches.

284. **padre Cámara**: T. Cámara y Castro. **padre Cueto**: J. Cueto y Diez de la Maza.

285. **Pedros Recios de Tirteafuera**: *Don Quijote* / M. de Cervantes.

286. **una ingeniosa condesa**: M[a] Manuel de Negrete y Cepeda, Condesa de Campo Alange.

288. **Gargantúa** / F. Rabelais.

291. **príncipe de Coburgo**: Franz Friedrich Anton, Duque de Saxe-Coburg-Saalfeld. **Princesa del Brasil**: Carlota Joaquina, consorte de Juan VI, Rey de Portugal. **Rubio de Celis**: F. Rubín de Celis. **Duque de Abrantes**: Angel María de Carvajal. **duque de la Alcudia**: M. de Godoy, Príncipe de la Paz, Duque de la Alcudia.

292. ***verde e bien sencido***... : *Milagros de Nuestra Señora* / Gonzalo de Berceo. **como dijo el poeta**: G. Leopardi. **Víctor Hugo**... **descripción del pulpo**: *Les travailleurs de la mer.* **Martín de Roa**... **tratado**: *El purgatorio.*

293. **reina María Luisa**: Luisa María, Reina consorte de Leopoldo I, Rey de Bélgica?**maese Arcalao**: *D. Quijote* / M. de Cervantes; *Amadís de Gaula*. ***La Soirée de Cachupin*** / R. de Navarrete. ***Guía***: *Guía Oficial de España.* **Diego de Marsilla e Isabel de Segura**: *Los Amantes de Teruel* / J. E. Hartzenbush.

294. **Manolito Gázquez**: *Escenas andaluzas* / S. Estébanez Calderón. **un barón húngaro**: W. Kempelen. **sañuda persecución perpetrada por un escritor**: L. Alas "Clarín".

Ayuntamiento de Madrid

296. **D. Frutos Calamocha**: El pelo de la dehesa / M. Bretón de los Herreros.

297. **el gran poeta muerto**... *la niña es la mujer*: *Humoradas* / R. de Campoamor. **Torres Villarreal**: Torres Villarroel.

298. *La famosa Teodora* / R. de Reparaz.

299. **la mujer de**... **Ramón Cabrera**: Marian Catherine Richards. ***Rigoletto*** / G. Verdi. ***Hamlet*** / W. Shakespeare, **T. Ambroise. Mario Cavaradossi**: Tosca / G. Puccini. ***Werther*** / J. W von Goethe, **J. Massenet. Des Grieux**: ***Manon Lescaut*** / J. Massenet. **Duque de Mantua**: ***Rigoletto*** / G. Verdi. ***Lucrecia Borgia*** / G. Donizzeti. ***Sansón y Dalila*** / C. Saint-Saëns. **Caballero del Cisne**: Lohengrin / R. Wagner.

300. *Medea* / Eurípides. **duque de Oporto**: Afonso Henriques, Infante de Portugal, Duque do Porto. **secretario florentino**: N. Maquiavelo.

301. **Margarita Gautier**: *La dama de las camelias* / A. Dumas. ***Chérie*** / E. de Goncourt.

303. **Revillón**: Frères Revillon.

304. **algo podrido en Dinamarca**... : *Hamlet* / W. Shakespeare.

305. **Batilo**: J. Meléndez Valdés. **Jovino**: M. G. de Jovellanos

306. **duendes del P. Fuentelapeña**... : *El ente dilucidado* / Antonio de Fuentelapeña.

307. **Alcalde de Móstoles**: A. Torrejón.

308. **Nelusco**: *La Africana* / G. Meyerbeer. **Santi Boniti**: *Santi, boniti, barati* / R. de Valladares y Saavedra.

310. ***Manon Lescaut*** / J. Massenet. **Margarita Gautier**: *La dama de las camelias* / A. Dumas. ***Nana*** / E. Zola. ***El tizón de la nobleza*** / F. Mendoza y Bobadilla.

314. ***Macbeth*** / W. Shakespeare. ***pero dime, Inés***... : *La cena jocosa* / B. de Alcázar.

315. **el Chato del Escorial**: Julián García. **Evangelios**... **Zola**: *Los Cuatro Evangelios* (*Fecundidad*, *Trabajo*, *Verdad*, *Justicia*)

316. **Ribeira Martin**: Oliveira Martins?

319. ***Campanas***: *Las campanas de Carrión?* / L. M. de Larra.

320. **El Cojo**: Juan Martín. **el Conejero**: Laureano Conejero. **José María**: José María Hinojosa, El Tempranillo.

321. ***Pepa la frescachona*** / R. de la Vega.

324. ***La redoma encantada*** / A. García Gutiérrez. ***Los polvos de la madre Celestina*** / A. García Gutiérrez.

325. ***La Diva*** / J. Offenbach.

326. **Esplandián**: *Las Sergas de Esplandián* / G. Rodríguez de Montalvo.

327. ***Rocambole*** / P. A. de Ponson du Terrail. ***Manon Lescaut*** / J. Massenet. ***Hesperia*** / J. Lamote de Grignon. **Cátulo Méndez**... ***Mefistofela***: *Méphistophéla* / Catulle Mènd̀es.

328. **viuda**... **de Zorrilla**: J. Pacheco y Salido.

329. **Leonelo**: *Fuenteovejuna* / L. de Vega.

330. **"don Lolo"**: *Pepita Reyes* / J. y Serafín Álvarez Quintero.

331. **Breughel**: P. Brueghel. **Coello**: A. Sánchez Coello?, C. Coello?**caballero Durandarte**: *Don Quijote* / M. de Cervantes.

332. ***La viuda alegre*** / R. Strauss. **Rey de Roma**: Napoleón II, Emperador de Francia. **condesito Alejandro**: Alexandre Joseph Colonna, Conde Walewski.

333. **Duval**: *La dama de las camelias* / A. Dumas, hijo.

335. ***El pollo Tejada*** / C. Arniches. ***La vuelta al mundo*** / L. M. de Larra. ***Zaza*** / P. Berton. ***El estudio de desnudo*** (***La donna nuda***) / H. Bataille. ***Medea*** / Eurípides. ***Fedra*** / Racine. ***El escándalo*** / P. Muñoz Seca. **S. M. Jerifiana**: Muley Hafid, Sultán de Marruecos.

337. **cuento de la pastora Torralba**: *D. Quijote* / Cervantes.

338. **sdegno doloroso del florentino**: *Divina Comedia* / Dante Alighieri.

339. **José Villamil y Castro**: J. Villa-Amil y Castro.

340. **Vorth**: Ch. F. Worth.

341. **Vapereau**: *Dictionnaire universel des contemporains*.

342. ***a las playas antípodas distantes***... / B. Fernández de Velasco, Duque de Frías. **D. Hermeguncio**: *A Claudio, El filosofastro* / L. Fernández de Moratín.

343. ***Áyax*** / Sófocles. **Piccinini**: Antonio? **Baldini**: Baccio? **Cagnoli**: Antonio? **Fusinieri**: Ambrosio? **Lombroso**... ***Pelagra***: *Trattato profilattico e clinico della Pellagra*. **Suñer**: F. Sunyer y Capdevila?

344. ***Antony*** / A. Dumas, padre. **Corsario**...: *El Corsario* / G. G. Byron; *La Canción del pirata* / J. de Espronceda... ***Agamenón*** / Esquilo. ***Orestes*** / Eurípides. ***Fedra*** / Racine. **Orosman**: Zaira / V. Bellini. **Rojana**: *Bayaceto* / Racine. ***Otelo*** / W. Shakespeare, G. Verdi.

345. ***La viuda alegre*** / R. Strauss.

346. **Perseval**: Perceval. **piadoso rey D. Martín**: Martín I, Rey de Aragón. **César**: Valeriano, Emperador de Roma. **Felipe el Hermoso**: Felipe IV, el Hermoso, de Francia. **el gran maestre del Temple**: J. de Molay.

348. **Volfrango de Eschenbach**: Wolfram von Eschenbach.

349. **María y Fernando**: M. Guerrero, F. Díaz de Mendoza. ***Gigantes y cabezudos*** / M. Fernández Caballero. ***Dinorah*** / G. Meyerbeer***Sonámbula***: *La Sonnanbula* / V. Bellini.

352. ***Salomé*** / O. Wilde, R. Strauss. **Un filósofo de la sociología**: H. Spencer?

353. **Musset**... ***on dit que quand ce grand fantôme***... : *Poésies nouvelles*.

354. **esposo de la infanta Paz**: Luis Fernando de Baviera, Infante de España. **jubón de un gran artista**: D. Velázquez.

355. ***La Gran Vía*** / F. Chueca.

356. **Soutuola**: M. Sanz de Sautuola.

357. **conocida elegía**: *Coplas*... / J. Mantique. **Mónaco**: Alberto I. **pedir rey colmo las antiguas hermanas del charco**: *Fábulas* /Esopo. (También: *Fábulas morales* / Samaniego; *Libro del Buen Amor* / Arcipreste de Hita; *Fables* / Lafontaine...)

Ayuntamiento de Madrid

359. **Pedro Recio de Tirteafuera:** *Don Quijote* / M. de Cervantes. ***El Jardín de los suplicios*** / O. Mirbeau. **Cachupín:** *La Soirée de Cachupin* / R. de Navarrete.

360. **un gran diario de América:** *La Nación* (Buenos Aires)?, *El Correo Español* (Buenos Aires)?

362. ***El Alcalde de Zalamea*** / P. Calderón de la Barca.

363. ***Don Juan Tenorio*** / J. Zorrilla. **D. Quijote**... : *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* / R. Darío. ***Nace el ave***... : *La vida es sueño* / P. Calderón de la Barca.

365. **La viuda del rey Leopoldo**... B. J. Delacroix, Baronne de Vaughan. **Princesa de Orleáns, casada con Rodolfo, heredero de Austria:** Stephanie, consorte de Rodolfo, Kronprinz de Austria. **la esposa de El Moruno:** Antonia López. **El Moruno:** Francisco Ortega.

366. **viuda del rey Leopoldo**... B. J. Delacroix, Baronne de Vaughan.

369. **Éste que os cantaba un himno**... : ¿L. Alas "Clarín"?

370. ***Martín el expósito*** / E. Sue.

372. ***Ifigenia***... ***Agamenón***... : *Ifigenie en Aulis* / J. Racine.

375. **La pluma del Padre Coloma ha evocado**... : *Recuerdos de Fernán Caballero.*

378. **Salomón llamaba estultos:** *Eclesiastés*. ***Humo las glorias***... : *Doloras* / Campoamor.

379. ***Margarita la Tornera*** / J. Zorrilla. R. Chapí. **Fausto**... **Mefistófeles:** *Mefistófeles* / A. Boito; *Fausto* / J. W. von Goethe; *Fausto* / Ch. Gounod; *La condenación de Fausto* / H. Berlioz...

382. **Academia de Monipodio:** *Rinconete y Cortadillo* / M. de Cervantes.

384. **madre de la reina:** Beatriz, Princesa de Gran Bretaña.

385. **Capitán del Siglo:** Napoleón I, Emperador de Francia.

386. ***Papa Eccelenza*** / G. Rovetta. ***Capitán Fracassa*** / T. Gautier. ***Beethoven*** / R. Fauchois. ***Tristán e Iseo*** / Béroul. ***Kean*** / A. Dumas, hijo.

387. **D. Lope de Figueroa:** *El Alcalde de Zalamea* / P. Calderón de la Barca.

389. **el canónigo compostelano:** P. A. Sánchez Vaamonde?**Rocroy**... **general en jefe:** F. de Melo. **duque de Braganza:** Juan de Braganza.

391. ***El conde de Luxemburgo*** / Richard Strauss. **otro anarquista:** M. Angiolillo.

392. **matrimonio Thuillier:** Emilio Thuillier y Hortensia Gelabert.

393. ***demeurent, plus forts que la airains***... : *L'Art* / T. Gautier. ***Cuadros del sitio de París:*** *Bajo las bombas prusianas (París sitiado)* / T. Gautier.

395. **Coloma**... **Santa Duquesa:** *Historia de las sagradas reliquias de San Francisco de Borja*?***Hamlet*** / W. Shakespeare.

396. **Madama Sans-Gêne:** Catherine Lefèvre. **emperador del Brasil:** Pedro II. **príncipes de Braganza:** Miguel de Portugal y M[a] Teresa de Lowenstein-Wertbein-Rosenberg, Duques de Braganza. **célebre pirata Kidd:** W. Kidd. **Testa Roja:** H. Morgan. **fábula**... **del lobo y el cordero**... : *Fábulas* / Esopo; también en Fedro, Fénelon, Samaniego...

398. **Trimalción:** *Satiricón* / Petronio. ***El conde de Luxemburgo*** / Richard Strauss.

399. **rey de Portugal:** Manuel II. **reina de Rumanía:** Carmen Sylva (María, Reina consorte de Carlos I, Rey de Rumania)**infanta Eulalia**... **libro:** *Au fil de la vie.*

400. ***Manon*** / J. Massenet. ***Resurrección*** / F. Alfano. ***Los Hugonotes*** / V. Hugo, G. Meyerbeer. ***Linda de Chamounix*** / G. Donizetti. ***La condenación de Fausto*** / H. Berlioz.

401. **príncipe de Mónaco:** Alberto I. **gigante Briareo:** *D. Quijote* / M. de Cervantes. **Bournouf:** *Método para estudiar la lengua latina* / **J.-L. Bournouf**

404. **Padre Santo:** Pío X.

405. **retrato del Golilla:** Diego del Corral y Arellano.

407. ***Raffles*** / E. W. Hornung. ***El misterio del cuarto amarillo*** / G. Leroux. ***Galería fúnebre de espectros*** / A. Pérez Zaragoza Godínez. ***Belianís de Grecia*** / J. Fernández. ***Felismarte de Hircania*** / M. Ortega. ***Hernani*** / V. Hugo. ***Los misterios de París*** / E. Sue. ***Fantomas*** / P. Souvestre.

409. **las dos princesas:** M[a] de las Mercedes de Borbón y Austria, Princesa de Asturias, y M[a] Teresa de Borbón y Austria, Infanta de España. **el hierofante de la escuela naturalista:** E. Zola.

410. ***Zazá*** / P. Betton. ***Cyrano de Bergerac*** / E. Rostand. ***El Capitan Fracassa*** / T. Gautier.

412. **Murillo**... **paneles de Munich:** *Chicos comiendo fruta, Vendedores de fruta, Anciana despiojando a un chico, Santo Tomás de Villanueva.* **Galofre:** F. Galofre Oller.

415. ***Cocina vegetariana moderna*** / I. Doménech? **Gleizós:** J.-A. Gleizes**Sakia Muni:** Buda. ***El asno de oro*** / L. Apuleyo. **el gran poeta de Recanati:** G. Leopardi: *Canti.*

416. **Fo:** Fo-t'u-teng.

417. **Dulcamara:** *L'Elisir d'Amore* / G. Donizzetti.

418. **gran Condé:** L. de Bourbon, Prince de Condé.

420. **alcalde [de Vigo]:** J. Martínez López.

422. ***Hernani*** / V. Hugo. ***Los mártires*** / R.-F. de Chateaubriand.

423. **Radamés:** *Aida* / G. Verdi.

424. **Esteban el Fuerte:** Esteban Dusán, Emperador de Servia. **Milano:** Milan IV, Rey de Servia.

428. ***España y yo somos así***... : *En Flandes se ha puesto el sol* / E. Marquina. ***El misterio el cuarto amarillo*** / G. Leroux. ***Doña Desdenes*** / M. Linares Rivas. ***La vida es sueño, El Alcalde de Zalamea*** / P. Calderón de la Barca.

429. ***Los pescadores de perlas*** / G. Bizet. **el rey de Prusia**... : Guillermo I. ***Rigoletto*** / G. Verdi. ***Los payasos*** / R. Leoncavallo. ***Arsenio Lupin*** / M. Leblanc.

Ayuntamiento de Madrid

431. **Madama Catulo Méndez**... **hija de Teófilo Gautier**: Judith Gautier. **el hermano y la esposa de Alfonso Daudet**: Ernest Daudet, Julie Daudet, née Allard. ... **mi luto**: por fallecimiento del esposo, José Quiroga, el 12 de noviembre de 1912. ***El Trovador*** / A. García Gutiérrez, G. Verdi. ***Don Juan*** / W. A. Mozart. **el alcalde**: J. Ruiz Jiménez.

432. **famoso cuadro de Monforte**: *La Adoración de los Reyes* / H. van der Goes. **Lupin**: *Arsenio Lupin* / M. Leblanc.

434. ***Adolfo*** / B. Constant. ***Obermann*** / É. de Senancourt. ***René*** / R.-F. Chateaubriand. ***La Nueva Eloísa*** / J.-J. Rousseau. ***La Transición***: *La Literatura Francesa moderna. II.* ***La Comedia Humana*** / H. de Balzac.

436. **madre cristiana**: Santa Elena. **general Hugo**: J.-L. -S. Hugo.

438. ***El Diablo Cojuelo*** / F. de Quevedo.

441. **Valbuena**: A. de Valbuena y Gutiérrez.

443. **mi hijo**: Jaime Quiroga y Pardo Bazán. **Raisuli**: Ahmed El Raisuni. **Presidente de la República francesa**: R. Poincaré. ***Hojas del árbol caídas***... : *El estudiante de Salamanca* / J. de Espronceda.

444. ***Sac au dos a travers l'Espagne*** / H. France. **mi hijo**: Jaime Quiroga y Pardo Bazán.

445. **Mefistófeles**... **Fausto**: *Mefistófeles* / A. Boito; *Fausto* / J. W. von Goethe; *Fausto* / Ch. Gounod; *La condenación de Fausto* / H. Berlioz... **Musset**... ***C'est d'imiter quelqu'un*** ... : Cit. en F. Mayol : *Mémoires*.

447. **Laura**: *Cancionero*. **Chénnier**... ***¡Fanny. L'heureux mortel***... : *Élegies*.

448. ***Lobengrin*** / R. Wagner.

449. ***Juventud, divino tesoro*** / R. Darío. **Zar Fernando**: Fernando I, Rey de Bulgaria.

450. **reos del crimen de Gádor**: Francisco Leona, Julio Hernández.

451. **doña Baldomera**: B. Larra.

452. **Duquesa de Múnter**: Condesa?

453. ***La Sonnanbula*** / V. Bellini. ***Lucia di Lamermoor*** / G. Donizzeti. ***Los puritanos*** / V. Bellini. ***Tristán e Iseo*** / Béroul.

454. **Olivier**: E. O. Ollivier. ***Gente conocida*** / J. Benavente. **Vorth**: Ch. F. Worth.

455. ***Las golondrinas*** / J. Mª Usandizaga. ***El orgullo de Albacete*** / J. Abati.

456. ***Las golondrinas*** / J. Mª Usandizaga.

457. ***Divorciémonos*** / V. Sardou. ***Mamá Colibrí*** / H. Bataille. ***La corte de Napoleón*** / V. Sardou. ***El tercer aniversario*** / R. de la Vega. ***L'Aiglon*** / E. Rostand.

460. **comandante Hugo**: J. -L. -S. Hugo.

462. ***Electra*** / Sófocles, H Hoffmanstahl. ***Zazá*** / P. Berton. ***El corazón manda*** / F. Croisset. ***L'Aigrette*** / D. Niccodemi. ***Magda*** / H. Sudermann. ***Locura de amor*** / M. Tamayo y Baus.

466. **pareja de príncipes**: Francisco Fernando y Sofía, Archiduques de Austria y Hohenberg. ***Maruxa*** / A. Vives. **Gran Tamerlán**: Timur-Lenk.

468. ***Manfredo*** / G. G. Byron. **Archiduques herederos de Austria**: Francisco Fernando y Sofía, Archiduques de Austria y Hohenberg. **los tres Franciscos**: F. Carvajal, F. Lagos Cházaro, F. I. Madero.

469. **Los Archiduques**: Francisco Fernando y Sofía, Archiduques de Austria y Hohenberg. **Patroclo, Aquiles**: *Ilíada* / Homero. **Matáronme un cocinero**... : *Las quejas de Doña Lambra*. (*Romancero Viejo*). **Kaiser**: Guillermo II, Emperador de Alemania. ***La Verbena de la Paloma*** / R. De la Vega, T. Bretón.

471. **Leopardi en versos sublimes**... : *Canti*.

472. **poeta florentino**... ***Se fosse amico***... : *La Divina Comedia* / Dante Alighieri. **oficial de la Marina francesa**: A. Fortin?**Príncipe Enrique de Prusia**: Albert Wilhelm Heinrich, Príncipe de Prusia.

474. **Reims**... **sepulcro del Cónsul**... : Clodoveo.

475. **Mimí**: ***La Bohème*** / G. Puccini.

476. ***ebeu ! Póstume!***: *Odas* / Horacio. **Tasso**... ***Deb, mira-egli***... *Gerusalemme Liberata* / T. Tasso.

478. ***Nous l'avons eu***... : *Poésies nouvelles* / A. de Musset. **emperatriz de los tristes destinos**: Isabel, consorte de Francisco José I, Emperador de Austria-Hungría**hijo de Napoleón III**: L. N. E. Bonaparte, Príncipe Imperial de Francia. **Pedro Antonio de Alarcón**... **campaña de África**: *Diario de un testigo de la guerra de África*.

479. **Kronprinz**: Friedrich Wilhelm, Kronprinz Hohenzollern. ***Sigfrido*** / R. Wagner. **rey de Inglaterra**: Jorge V.

481. ***Gente conocida*** / J. Benavente.

482. **Emperador**: Francisco José I, Emperador de Austria-Hungría. **Emperatriz de los franceses**: Eugenia, consorte de Napoleón III. ***Dinorah*** / G. Meyerbeer. ***Poliuto*** / G. Donizzetti. **rey de Baviera**: Luis II. ***Tristán e Iseo*** / Béroul; R. Wagner.

483. **káiser**: Guillermo II, Emperador de Alemania.

485. ***La Malquerida*** / J. Benavente. ***El castigo sin venganza*** / L. de Vega. ***La venganza de Tamar*** / T. de Molina. ***Rigoletto*** / G. Verdi. ***Hamlet*** / W. Shakespeare, T. Ambroise.

486. **Consagración del Grial**: *Parsifal* / R. Wagner. ***Tristán e Iseo*** / Béroul; R. Wagner.

487. **Apenas acababa la Intrusa de salir de mi casa**... : fallecimiento de la madre, Amalia de la Rúa-Figueroa, el 8 de febrero de 1915. ***El hombre que asesinó*** / P. Frondaie.

488. ***Contrato Social*** / **J.-J. Rousseau. grandes dolores**... : fallecimiento de Amalia de la Rúa Figueroa, Condesa Viuda de Pardo Bazán.

489. ***L'Aiglon*** / J. Rostand. **Sar Péladán**: J. Peladan. ***Theodora*** / V. Sardou.

490. **Alcalá Galiano**... **un folleto**: *La verdad sobre la guerra*.

494. ***El orgullo de Albacete*** / J. Abati. ***Los Galeotes*** / J. y S. Álvarez Quintero. ***La Dolores*** / J. Feliu y Codina. ***Juan José*** / J. Dicenta.

Ayuntamiento de Madrid

496. Ernestina Villena: *Fortunata y Jacinta* / B. Pérez Galdós. Dante... *el gran disio*... : *Divina Comedia*. Otro poeta: *Eclesiastés*.

498. *Pulchra leonina* / J. González Fernández. Llaguno... : *Noticias de Arquitectos y Arquitecturas de España*.

499. Victor Hugo... *Tiene un santo Compostela*... : *Orientales*.

500. D. Carlos de Borbón, Duque de Madrid.

501. tantas invenciones como trujeron los Infantes de Aragón: *Coplas* / J. Manrique.

502. Votán: *El anillo de los Nibelungos* / R. Wagner.

503. Benoîton: *La familleBenoîton* / V. Sardou. Marquesa de Alcañices: Sofía Trubetzkoï, Duquesa de Sesto. ¿Qué se hicieron los Infantes de Aragón?: *Coplas* / J. Manrique.

506. monarca que fue muerto a tiros: Carlos I.

507. Juan Flórez: Jan Floris.

508. Comendador: *D. Juan Tenorio* / J. Zorrilla.

509. Káiser: Guillermo II. *El tanto por ciento* / A. López de Ayala. Taylle-rand: Talleyrand.

510. *Pulchra leonina* / J. González Fernández. poeta en su famosa sátira: *Sátira segunda a Arnesto* / G. M. de Jovellanos.

511. *¡Pues ése, ése es un nono nieto*... : *Sátira Segunda a Arnesto* / G. M. de Jovellanos.

513. viejo poeta del román paladino: G. de Berceo.

514. Quevedo... *Pastel hubo que arañó*... : *Consultación de los gatos*.

515. libro de Aurelio Baig Baños: *¿Quién fue el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda?*

518. *Guzmán el Bueno* / A. Gil y Zárate. *Locura de amor* / M. Tamayo y Baus. *Traidor, inconfeso y mártir* / J. Zorrilla.

519. *Las golondrinas* / J. Mª Usandizaga.

520. viejo rey de Montenegro: Nicolás I. Padre Santo: Benedicto XV. Nikita I, Rey de Montenegro.

521. *Fantomas* / M. Allain. Monipodio: *Rinconete y Cortadillo* / M. de Cervantes.

522. *Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache* / M. Alemán. *La pícara Justina* / A. Pérez.

523. padre del... heredero de Turquía: Mehmed V, Sultán de Turquía. *Fantomas* / M. Allain.

524. Anaxartes: *Amadís de Gaula*. *Tirante el Blanco* / J. Martorell. *Los amantes de Teruel* / J. E. Hartzenbusch, T. Bretón. *Las Sergas de Esplandián* / G. Rodríguez de Montalvo. *Lisuarte de Grecia*, *Rogel de Grecia* / F. de Silva? *Florisando* / R. Páez de Ribera. una [novela] de Rod cuyo título no recuerdo: *El último refugio*.

525. *Manon Lescaut* / J. Massenet. *Tosca* / G. Puccini. *Thaïs* / J. Massenet.

526. *El amigo Teddy* / R. Rivoire. *La Malquerida* / J. Benavente. *Franz Hallers* / P. Lindau. *Los Gabrieles* / R. López Montenegro, R. Peña. *Thaïs* / J. Massenet. *Tosca* / G. Puccini. *Manon Lescaut* / J. Massenet.

528. *Las Sergas de Esplandián* / G. Rodríguez de Montalvo. *Historia del magnánimo*... *D. Belianís de Grecia* / J. Fernández. *Tirante el Blanco* / J. Martorell.

529. *L'Aiglon* / E. Rostand.

533. *El Príncipe Igor* / A. P. Borodin. *Damnation de Faust* / H. Berlioz. *Giselle* / A. Adam. *Roberto el Diablo* / G. Meyerbeer. *El Profeta* / G. Meyerbeer. *El castigo sin venganza* / L. de Vega. *Fedra* / J. Racine. *Mefistófeles* / A. Boito. *Sansón y Dalila* / C. Saint-Saens. *Salambó* / G. Flaubert. *La novela de una momia* / T. Gautier.

534. Monipodio: *Rinconete y Cortadillo* / M. de Cervantes. publicaciones hoy tan en boga... : *La Novela Corta*.

538. el Papa: Benedicto XV. presidente... de los Estados Unidos: W. Wilson. críticos de fama hemos visto... : ¿L. Alas "Clarín"?

539. Esmeralda, Cuasimodo... : *Nuestra Señora de París* / V. Hugo.

540. *Salomé* / O. Wilde. rey de Irlanda: Brian.

541. *In u ünderschönen Monat Mai* ... Heine: *Intermezzo lírico*.

542. Jalón: R. García Jalón. *El asesinato considerado como una de las Bellas Artes* / T. De Quincey.

545. Claudina: / Colette?

546. *Alegre estoy* ... : *La cena jocosa* / B. de Alcázar. Kaiser: Guillermo II. Zar: Nicolás II.

547. *Pantagruel* / F. Rabelais. *El asombro de Damasco* / P. Luna. Leopardi... *Ache reggere in vita*... : *Canti*.

548. *que no cabe lo que siento*... : *Ni callarlo ni decirlo* / A. Hurtado de Mendoza. primer ministro austriaco: K. Stuergkh. Roberto Macario: *L'Auberge des Adrets*; *Robert Macaire* / F. Lemaître.

549. *Traidor, inconfeso y mártir* / J. Zorrilla. *El Alcalde de Zalamea* / P. Calderón de la Barca. *l'amitié d'un grand homme*... : *Edipo* / Voltaire.

550. Mignon de Goethe: *Wilhelm Meister Lehrjahre*.

552. Rey virgen: Luis II, Rey de Baviera. Emperatriz... su hijo... : Rodolfo, Kronprinz de Austria.

553. el Bastardo: Enrique II, Rey de Castilla.

Ayuntamiento de Madrid

Buena gestora –inteligente siempre–, de su producción literaria, en su aspiración a hacer de ésta, pese a contar con holgado patrimonio, su principal recurso material de subsistencia, doña Emilia, como sus colegas, ponderó y cuidó la importante fuente de ingresos que podía suponer el periodismo.

En alguna ocasión, pocas, envió un mismo artículo. Probablemente, acuciada por el tiempo, que para ella *había quebrado*, y el deseo, que sintió siempre, de cumplir compromisos.

Con más frecuencia recurrió a la reelaboración de un mismo tema, o *artículo raíz*, para otra publicación periódica o para editar una recopilación. Así aparecieron *De mi tierra* (La Coruña, 1888, artículos de *La Ilustración Gallega y Asturiana*, *El Imparcial*, *Revista Contemporánea*, *La Época*, *El Liberal*, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*...), *Mi romería* (Madrid, 1888, artículos de *El Imparcial* y *Las Provincias*, 1887-1888), *Al pie de la Torre Eiffel* (Madrid, 1889, artículos de *El Correo Español* de Buenos Aires? y de *La Lectura*), *Por Francia y por Alemania* (Madrid, id.), *Por la España pintoresca* (Barcelona, ca. 1896, artículos de *El Imparcial*, *Nuevo Teatro Crítico* y *La Época*), *Vida contemporánea* (Barcelona, ca.1896, artículos de *El Imparcial*, *La Época*, *Las Provincias* etc.), *Cuarenta días en la Exposición* (Madrid, 1900, artículos de *El Imparcial*), *Por la Europa Católica* (Madrid, 1902, artículos de *El Imparcial*, 1901). *De siglo a siglo. 1896-1901* (Madrid, ¿1902?), de los cuarenta y nueve artículos que contiene, cuarenta y cinco proceden de "La Vida Contemporánea" en *La Ilustración Artística*, en grado diverso de reelaboración. Ofrece mucho interés hacer un cotejo entre unos y otro. Brevemente pueden ser observadas estas variantes (entre paréntesis, la correspondencia en la revista; en negrita, el número que hace el artículo en la presente edición):

"Clausura", 1896, enero. (Con pequeñas alteraciones del de igual título de 20 de enero), (4).

"Ex Momo", 1896, febrero. (Reescritura, con nuevos párrafos, del de igual título de 17 de febrero), (6).

¿Existe la Cuaresma?", 1896, marzo. (Con alteraciones y supresión de dos párrafos del de igual título de 2 de marzo), (7).

"Talía trashumante", 1896, abril. (Con alteraciones y supresión de párrafos del de igual título de 19 abril), (9).

"Fiestas caritativas", 1896, junio. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Columnas de humo", 1896, julio. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Sportman, Sportmen y *Sportmen*", 1896, septiembre. (Reescritura del de igual título de 3 de febrero), (5).

"A la rusa", 1896, noviembre. (Alteraciones y supresión de un párrafo del de 9 de noviembre), (21).

"El país de las castañuelas", 1896, diciembre. (No procede de "La Vida Contemporánea).

"Días nublados", 1896, diciembre. (Reescritura, alterando párrafos, del de igual título de 23 de noviembre), (22).

"Las subastas", 1897, febrero. (Ligeras modificaciones del de igual título de 22 de marzo), (30).

"Resurrección", 1897, marzo. (Alteraciones y modificación de párrafos del de igual título de 7 de marzo de 1898), (54).

"Influencias", 1897, junio. (Ligera reescritura del de igual título de 28 de junio de 1897), (37).

"Un arbitrio", 1897, agosto. (Algunas alteraciones sobre el titulado "Coches y ciencia", de 14 de junio), (36).

"Otoñal", 1897, septiembre. (Ligeras variantes con el de igual nombre de 20 septiembre), (43).

"Recuerdos de un destripador", 1897, noviembre. (Sólo difiere en algún vocablo del de mismo título de 29 de noviembre), (48).

"Niños actores", 1897, diciembre. (Reescritura destacada del titulado "Niños y fieras", de 13 de diciembre), (49).

"El Rastro matritense", 1898, enero. (Ligeras variantes con el publicado sin título el 21 de marzo), (55).

"Apertura", 1898, abril. (Reescritura a fondo del titulado "Las Cortes" de 2 de mayo), (57).

"Elegía", 1898, mayo. (Reescritura del de mismo título de 16 de mayo), (58).

"La Queja", 1898, junio. (Reescritura del titulado "Del Parlamento", de 30 de mayo), (59).

"Siempre la guerra", 2898, junio. (Reescritura del titulado "¡Siempre la guerra!", de 27 de junio), (61).

"Esperando". 1898, julio. (Pocas variantes, pero significativas, del titulado "Actualidades", de 11 de julio), (62).

"Las víctimas", 1898, agosto. (Ligeras variantes del titulado "Las víctimas. Desde casa", de 1 de agosto), (63).

"Los obispos", 1898, septiembre. (Ligeras variantes del de mismo título de 5 de septiembre), (66).

"Con mordaza", 1898, noviembre. (Pocas variantes, pero significativas, del titulado "Menestra" de 14 de noviembre), (71).

"Margaritas", 1898, diciembre. (Ligeras variantes del de mismo título de 28 de noviembre), (72).

"Artículo... excolonial", 1899, enero. (Ligeras variantes del de mismo título de 5 de enero), (74).

"Estado social", 1899, febrero. (Reescritura del publicado sin título el 23 de enero), (75).

"Asfixia", 1899, abril. (Reescritura destacada del de mismo título de 17 de abril), (81).

"Desde el extranjero", 1899, mayo. (Ligeras variantes del de mismo título de 1 de mayo), (82).

"Algo de feminismo". 1899, agosto. (Algún párrafo muy alterado y adiciones al publicado con igual título el 29 de mayo), (84).

"Viuda de marino", 1899, septiembre. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Gotas de agua", 1899, octubre. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Teuf... teuf, 1899, diciembre. (Ligeras variantes del publicado sin título el 11 de diciembre), (98).

"En los días santos", 1900, abril. (Muy pocas variantes del publicado con igual título el 9 de abril), (106).

"Temis, 1900, mayo. (Muy pocas variantes del publicado con igual título el 7 de mayo), (108).

Ayuntamiento de Madrid

"Porvenir" [El título, del índice de la obra]. 1900, junio. (Supresión de algún párrafo y ligeras variantes del publicado con título *Progreso. – Cuestión de razas* el 18 de junio), (111).

"Un crimen", 1900, octubre. (Casi idéntico, con una nota de actualización, al publicado con igual título el 29 de octubre), (120).

"En el Congreso", 1900, diciembre. (Ligeras variantes del de mismo título de 17 de diciembre), (123).

"El mundo marcha", 1901, junio. (Ligeras variantes y supresión del párrafo final del publicado sin título el 10 de junio), (136).

"Sobre ascuas", 1901, julio. (Ligeras variaciones del publicado sin título el 8 de julio), (138).

"Más clínica", 1901, 1 agosto. (Reescritura del publicado sin título el 19 de agosto, 141, incorporando un fragmento del publicado con el título *Crímenes. – Fecundidad singular. – Los dramas del océano* el 21 de enero del mismo año), (126).

"La pierna del gobernador", 1901, septiembre. (Ligeras variantes del de mismo título de 30 de septiembre), (144).

"Vistas", 1901, octubre. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Un voto de calidad", 1901, diciembre. (No procede de "La Vida Contemporánea").

"Higiene", 1901, diciembre. (Elaborado sobre el texto del publicado con el mismo título el 18 de abril de 1898), (56).

"Retratos", 1901, diciembre. (Reescritura del publicado sin título el 22 de julio de 1901), (139).

"Novelas amarillas y leyendas negras", 1901, diciembre. (Reescritura del publicado con el título "La novela amarilla", el 8 de agosto de 1898), (64).

* * *

De siglo a siglo reapareció en 2002 en espléndida edición facsimilar publicada por la Dirección de Estudios y Documentación de la Secretaría General del Senado, a cargo de Mª Rosa Ripollés Serrano. (Nuestro agradecimiento hacia ella y hacia Angela Pérez, Archivera del Senado, por facilitarnos el estudio de esta publicación).

* * *

En *La Nación* de Buenos Aires aparece reproducido íntegramente el 30 de mayo de 1903, con el mismo título, precedido de "La Vida Contemporánea", "Un poco de derecho", publicado en la serie el 20 de abril (180).

También en *La Nación* aparece el 11 de febrero de 1916 reescritura, bajo epígrafe de "La Vida Contemporánea", del artículo, sin título, de 27 de diciembre de 1915 (517) sobre una conferencia de A. de Beruete Moret, y en 21 de julio de 1916 del, también sin título, de fecha 14 de junio (533) sobre los ballets rusos. (Textos reeditados por J. Sinovas Maté en *Emilia Pardo Bazán. La obra periodística completa en* La Nación *de Buenos Aires (1879-1921)*, La Coruña, 1999).

* * *

C. Bravo Villasante publicó en 1972 con el título de *La Vida Contemporánea (1896-1915)* una selección de cuarenta y cuatro artículos extraídos de *La Ilustración Artística*. De ellos, cambiando los epígrafes o aportándolo cuando carecían de él, cuarenta y uno corresponden a la serie propiamente dicha (numerados en esta edición como 6, 14, 17, 78, 81, 89, 100, 116, 125, 129, 131, 136, 138, 140, 143, 175, 176, 187, 191, 193, 197, 200, 218, 229, 235, 238, 272, 277, 302, 308, 331, 379, 390, 413, 417, 422, 440, 455, 474, 488 y 503). El de 22 de junio de 1896 y el de 17 de julio de 1899 proceden de la misma revista pero no de la serie *La Vida Contemporánea*.

El artículo "Crónica de teatros", de 17 de abril de 1905, no es de Emilia Pardo Bazán, sino de "Zeda", seudónimo de Francisco Fernández Villegas.

* * *

H. L. Kirby en el tomo III de la edición de *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1973), incluye titulándolo "Homenaje a Enrique Larreta", el artículo que apareció sin título el 1 de febrero de 1909. (325).

* * *

La mujer contemporánea y otros escritos, edición de Guadalupe Gómez-Ferrer (Madrid, 1999), recoge íntegramente los artículos 84 y, con epígrafe añadido, 143, 221 y 319. También fragmentos de 136, 139, 140, 197, 204, 308, 335, 390, 457 y 514.

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE ONOMÁSTICO

(Personas y Títulos)[1]

Abad de la Colegiata de La Coruña 164
Abati, Joaquín
El orgullo de Albacete 455, 494
ABC 380, 514
Abd-al-Qadir, Amir 443
Abdul-Hamid II, Sultán de Turquía 209
Abrantes, Angel María de Carvajal, Duque de 291
Abruzzi, Duquesa degli 319
Acebal, Francisco 341
Acuña, Agustín 245
Acuña, Dolores 245
Acuña, Rosario 16
Adalid, Marcial del 505
Adam, Adolphe
Giselle 533
Adam, Juliette 130
Adán 21, 39, 183, 193, 284, 313, 315, 357, 365, 404, 441
Adonis 344
Adriano, Emperador de Roma 79, 331
Adriano IV, Papa 540
Aecio, Flavio 11
Afonso Henriques, Infante de Portugal, Duque do Porto 105, 300
Afrodita 52
Agamenón, Rey de Argos y Micenas 344, 383, 461, 498
Agatónica, Santa 329
Aglaya 128
Agripa, Marco Vipsiano 56
Agripina, la Menor 331
Águeda, Santa 44, 336, 391
Aguglia, Mimí 335
Aguilar, Domingo 284
Aguilera y Velasco, Alberto 454
Aguinaldo, Emilio 53, 89, 163
Aguirre, Aurelio 129Agustí Latorre, José Vicente 143
Agustín, Santo 39, 42, 93, 211, 343, 483, 549
Alcard, Jean
Papá Lebonnard 10
Ainé, Mlle. (Louise Henriette Volland, dite Sophie?) 145
Alarcón, Pedro Antonio de 9, 38, 77, 213, 296, 328, 478, 513, 544
Diario de un testigo de la guerra de África 478
El clavo 35
Alas, Leopolddldo 228?, 294, 369?, 538?, 541?
Alba, Leocadia?, Irene? 402
Alba, Fadrique Álvarez de Toledo, Duque de 178, 201
Alba, Jacobo Mª del Pilar Carlos Manuel Fitzjames-Stuart, Duque de 226, 452
Alba, Duques de 23, 98, 228, 254
Alba, Mª del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, Duquesa de 109, 116, 517
Alba, Mª del Rosario Falcó, Duquesa de 201
Alba, Mª Francisca de Sales Portocarrero, Duquesa de 503
Alberto I, Príncipe de Mónaco 402
Alberto Federico Augusto I, Rey de Sajonia 217
Alberto Magno, Santo 23, 294, 301
Albi, Plácido de Montoliú, Barón de 278
Albiol, José 515
Alcalá-Galiano, Álvaro 490, 491, 528
España ante el conflicto europeo 528
La verdad sobre la guerra 490, 491, 528
Alcázar, Baltasar de 215, 302
La cena jocosa 239, 314, 546
Alcoforado, Mariana 145
Aldife, Juan Andrés 222, 269
Aleixandre, Concepción 180, 197
Alejandro I, Emperador de Rusia 366
Alejandro II, Emperador de Rusia 258
Alejandro VI, Papa 535
Alejandro I, Rey de Servia 184, 185
Alejandro de Battemberg, Príncipe de Bulgaria 424
Alejandro Magno 21, 42, 85, 173, 184, 194, 199, 469, 471, 522
Alejos, Don 46
Alemán, Mateo 342
Aventuras y Vida de Guzmán de Alfarache 342, 522
Alembert, Jean Le Rond d' 61, 136
Alfano, Franco
Resurrección 400
Alfieri, Vittorio 323
Alfonso I, Rey de Aragón 435
Alfonso V, Rey de Aragón 346
Alfonso VI, Rey de Castilla 18, 113
Alfonso VII, Rey de Castilla 11
Alfonso VIII, Rey de Castilla 11
Alfonso X, Rey de Castilla 435, 493, 522
Cantigas 205
Alfonso XII, Reyy de España 33, 45, 86, 107, 112, 117, 1191, 142, 156, 175, 217, 348
Alfonso XIII, Rey de España 60, 159, 160, 172, 175, 185, 187, 202, 203, 204, 256,258, 268, 282, 308, 310, 331, 338, 346, 349, 361, 409, 428, 429, 435, 437, 457,460, 461, 463, 492, 496, 503, 518, 519, 525, 540, 548
Alfonso, Infante de Castilla 168
Alhamar el Nazarita: Mohamed I, Rey de Granada
Aliaga, Luis de 516
Alimenón, Rey de Toledo 18
Allain, Marcel
Fantômas 407, 521, 523
Allende, Tomás 224
Almagro, Diego de 644
Almanzor 95
Almeida, Fialho de 316
Alonso Santo Domingo, Antonio 420
Alonso, Agustín 245
Alonso, Nuño 466
Alpuente, Marqués de 17
Al-Razi, Muhamad b. Zakariya' 20
Altamira (Familia) 405
Altamira, Rafael 176
Altotas 404
Alvarado, Pedro de 463
Álvarez, Melquiades 322, 464
Álvarez, Teresa 245
Álvarez Catalá, Luis 60
Álvarez de Castro, Mariano 74, 99
Álvarez de Cienfuegos, Nicasio 227
Álvarez de Sotomayor, Fernando 279, 412
Paisajes gallegos 412
Rapto de Europa 279
Álvarez de Villassandino, Alfonso 167
Álvarez Insúa, Alberto: Insúa, Alberto
Álvarez Quintero, Joaquín y
Álvarez Quintero, Serafín 324, 330, 392, 455, 548
Los chorros del oro 392
Los Galeotes 494
Los Leales 455
Marianela 548, 550
Pepita Reyes 330
Álvarez Sala, Ventura 412
Mariscadoras 412

[1] Se ha procurado dar la forma desarrollada, considerando la aceptada como autoridad en las bibliotecas nacionales. Han sido corregidas erratas y aun errores de atribución cuando no hay duda al respecto. También se ha procurado concretar las alusiones indirectas (p.e.: *alcalde* u *obispo de...*, *inventor de...*). Con los títulos nobiliarios consta también, cuando ha sido posible localizarlo, el nombre de sus propietarios. En los nombre de personajes o citas textuales la remisión es al título de la obra de donde proceden.

Ayuntamiento de Madrid

Álvarez Villamil, Félix 72
Cuestión dinástica 72
Alvear, Gerardo de 334
Amadeo I, Rey de España 112, 175, 503
Amadís de Gaula 139, 174, 287, 293, 346, 348, 355, 407, 409, 487, 522, 524, 528
Amadís de Grecia 524
Amado, José Benito 448
Amantes de Teruel: Martínez de Marcilla, Juan e Segura, Isabel de
Amar de Oira, Santo 119
Amarillas, Agustín de Ahumada y Villalón, Marqués de las 342
Amboage, Ramón P. E. Pla y Monge, Marqués de 217
Ameal, Conde de 300
Amelia, Reina consorte de Carlos I, Rey de Portugal 252
Amenofis III, Rey de Egipto 166
Amílcar Barca 422
Amurates (Sultanes de Turquía) 209, 424
Ana, Reina consorte de Luis XIII, Rey de Francia 21
Ana, Santa 398
Ana Bolena, Reina consorte de Enrique VIII, Rey de Inglaterra 272
Anacreonte 53, 227
Anckarstrom, Jakob Johan 222
Andrade (Familia) 448
Andrade, Fernando de, Conde de 310
Andrade, Pedro, Señor de San Saturnino 499
Andrés, Santo 11, 168
Anfitrite 15
Angélico, Fra 32, 86
Anglolillo, Michele 291, 258, 336, 391, 423, 503
Angulema, María Teresa de Borbón, Duquesa de 268
Aníbal 113, 469, 518Anselmi, Giuseppe 299, 327, 429, 430, 525, 526
Ansorena 156
Antoine, André 504
Antolínez, José 226
Antonio, Santo 18, 30, 54, 292
Antonio, Nicolás 342
Antonio de Padua, Santo 313, 324
Antonio de Fuentelapeña 306
Antonio María Claret, Santo 437
Anuario Genealógico de las Casas Soberanas de Europa [Gotha] 366
Anubis 52, 317
Añover de Tormes, Condesa de 348
Aparicio (Chantre de Salamanca) 113
Aparicio, Sebastián de 342
Apeles 382
Apicio 21, 406
Apollinaire, Guillaume 528
Apolo 166, 167, 194, 287, 471
Apuleyo, Lucio
El asno de oro 415
Aquiles 5, 22, 334, 478, 498, 524
Aracne 454
Arago, J. 9
Arana, José I
Arana, Lucrecia 350
Aranda, Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de 240
Aranzadi, Telesforo de 444
Araujo Costa, Luis 517
Araujo Sánchez, Ceferino 109
Arcicollar, José de Silva y Boorchgrave d'Altena, Marqués de 79
Arcipreste de Hita: Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita
Arderíus, Francisco 178, 486
Arenal, Concepción 64, 136, 290, 343, 444
Ensayo sobre el derecho de gentes 290
Estudios penitenciarios 290
El visitador del pobre 290
El visitador del preso 290
Arfe, Enrique de 234
Argentina, La (Antonia Mercé) 494
Arguelles, Agustín 423, 495
Arias de Enríquez, Tadea 517
Arimán 407
Arión, Mª Teresa Alfonso Pimentel y Borja, Duquesa de 291
Arión, Joaquín Fernando Fernández de Córdoba y de Osma, Duque de 358
Aristarco de Samos 34, 237
Aristófanes 506
Aristóteles 203, 236, 343, 381
Armida 452
Armijo, Dolores 129
Arminio, Jefe de los queruscos 469
Arniches, Carlos
Los aparecidos 10?
Las estrellas 283
El pollo Tejada 335
El puñao de rosas 205, 283
Arnault, Antoine 397
Arnould d'Andilly, Robert 495
Arolas, Juan de 540
Arreguine, Víctor 111
Arria 298
Arrio 404
Arriola, Pepito 127, 456
L'Art 151
Artemisa 142
Arsinoe (hermana de Cleopatra, Reina de Egipto) 52
Artús, Rey de Bretaña 72, 528
Arzadún Zabala, Juan de 403
Fin de condena 403
Assas, Manuel de 349
Astarloa, Pablo Pedro de 441
Ateneo de Naúcratis 476
Atila, Rey de los Hunos 284, 469
Atreo, Rey de Micenas 194, 314, 450, 501
Auber, Daniel François Esprit 170, 330
Fra Diavolo 170, 173, 174
Audran, Edmond
Miss Helyett 33
Augier, Émile 70
Augustí, Francisco 62
Augusto, Emperador de Roma 46, 121, 302, 533, 538
Augusto, Príncipe de Württemberg 366
Aulnoy, Marie Catherine, Baronne d' 45
Aurel 528
Aurora 476
La Aurora 442
Aurioles, Pedro Nolasco 209
Austria, Baltasar Carlos de, Príncipe de Asturias 418
Austria, Carlos de, Príncipe de Asturias 508
Austria, Casa de 246, 268, 331, 413, 418
Austria, Juan de 39, 280, 375, 394, 454
Austria, Juan José de 418
Automedonte 5
Avebury, John Lubbock, Baron 199
Avesta 528
Aza, Vital 322, 427, 506
La almoneda del tercero 506
La Bruja 506
Ciencias Exactas 234
Un cuarto desalquilado 506
La Marsellesa 506
Oso muerto 506
El padrón municipal 506
El Rey que rabió 506
El Señor Gobernador 506
Los sobrinos del capitán Grant 506
La Tempestad 506
Azcárate, Gumersindo de 172, 176
Azcárraga y Palmero, Marcelo 45
Azlor (Familia) 226
Aznar, Cecilia 162, 163, 174, 177, 192, 222
Azorín 320

Bach, Johann Sebastian 502
Baco 19, 70, 125, 308, 379, 390, 512
Bacon, Francis 111, 388
Novum organum 388
Bacon, Roger 208, 294, 540
Badajoz, Juan de 498
Baedeker, Karl
Manuel du voyageur... 232, 234
Baig Baños, Aurelio 515, 516
El Falso Quijote 515, 516
El Baile Nocturno (Ballet ruso) 533
Bailén, Mª de la Encarnación Fernández de Córdoba, Duquesa de 204, 349
Balaam 335
Balaca, José 112
Balaguer, Juan 9
Balaguer, Higinia 177
Balart, Federico 228, 229
Baldini, Baccio? 343
Balmes, Jaime 531
Balsa de la Vega, Rafael 419, 439, 537
Balzac, Honoré de 40, 70, 116, 153, 169, 261, 296, 315, 341, 422, 434, 475, 496, 514, 543
La Comedia Humana 434
Balzac, Jean-Louis Guez de 70
Bandello, Matteo 516

Ayuntamiento de Madrid

Banville, Theodore de 327, 431
Barbada, Santa 168
Bárbara, Santa 18, 144, 145, 454, 529
Barbarroja 443
Barbarroja, Federico: Federico I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico
Barbey d'Aurevilly, Jules Amédée 221
Les bas bleus 221
Barbier, Auguste 341
Barbieri, Francisco A.
El rapto de las sabinas 10
Barcia y Pavón, Angel María 515
Barcino, Luciana 120, 143, 162, 293
Barine, Arvède 442
Baroja, Pío 491, 542
El mundo es así 542
Barrabás 138
Barrantes, Vicente 306
Barratin, A. 83
Barrera, Tomás
La payesa de Sarrià 9
Barreras, José 420
Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la 516
Barrés, Maurice 46, 201, 497, 528, 539
Barrientos (Familia) 310
Barrientos, María 299
Barry, Jeanne Bécu, Comtesse du 447
Barthélemy, Saint 92
Barthélemy, Juan Jacobo
Los viajes del joven Anacarsis 53
Bartholomé, Paul-Albert 414
Bartrina, Joaquín 73, 313
Barzellotti, Giacomo 199
Bashkirtseff, Marie 301, 370, 447
Bataille, Albert 108, 135
Bataille, Henri
El estudio de desnudo (La donna nuda) 335
Mamá Colibrí 457
Battenberg, Mauricio, Príncipe de 478, 479, 492
Battistini, Mattia 525, 526
Baudelaire, Charles 70, 327, 354, 390, 431, 437, 439, 453
Las postrimerías 439
Bauer, Carolina Feller 366, 456
Bauer, Gustavo 456, 552
Baun, Roger 140
Baviera, Luis Fernando de, Infante de España 354, 463
Bayaceto I, Sultán de Turquía 424
Bayard, Pierre du Terrail, Chevalier 267
Bazán, Álvaro de, Marqués de Santa Cruz de Marcenado 280, 454, 486
Beatriz, Princesa de Gran Bretaña, madre de la Reina Victoria Eugenia 384
Beaumarchais, Pierre Augustin Caron de 434
Beauguer 130
Beaunier, André 504
Bebel, Auguste 442
La mujer ante el Socialismo 442
Becerra, Gaspar 86
Bechameil, Louis, Marquis de 406
Becon, Jean de 477
Becourt
Ça ira 147
Bécquer, Gustavo Adolfo 18, 54, 323, 445
Beethoven, Ludwig van 90, 248, 253, 266, 293, 330, 482, 502
Beira, Mª Teresa de Braganza, Princesa de 72
Béjar, Pablo 439
Béjar, Francisco Diego López de Zúñiga, Duque de 226
Bejarano Espejo, Miguel 242
Belascoain, Diego León, Conde de 269
Belisario 424
Bellet, Daniel 491
Origines de la guerre 491
Bellincioni, Gemma 410, 432, 462
Bellini, Vincenzo 86, 118
Norma 4
Los Puritanos 453
La Sonámbula 79, 349, 453
Zaira 344
Bello, Andrés 231, 401
Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano 401
Gramática de la lengua castellana... 401
Bello, Severino 176
Bellver, Francisco 112
Bellver, Ricardo 112
Belmonte, Rafael 467, 514
Belona 495
Benavente (Familia) 256
Benavente, Mª Josefa Pimentel, Condesa de 256
Benavente, Jacinto 80, 374, 403, 457, 458, 508, 532, 544, 546
La ciudad alegre y confiada 532
El collar de estrellas 508
Cuento de amor 80
Gente conocida 454, 481
Los intereses creados 374, 508
La malquerida 455, 485, 508, 526
La noche del sábado 508
La princesa Bebé 293, 508
Benavides Santos, Arturo 510
Futuro próximo del mundo 510
Benedicto XV, Papa 520, 538
Benedito Vives, Manuel 412
Benito, Lorenzo 176
Benlliure, Blas 112
Benlliure, José 112
El cardenal Adriano recibiendo a los jefes de las Germanías 112
Benlliure, Juan Antonio 112
Benlliure, Mariano 60, 112, 131, 203, 206, 287, 412, 433, 434
El Coleo 433
Novia 412
Benomar, María del Carmen Merry López de la Torre, Condesa de 334
Autorretrato 334
Benot, Eduardo 287
Berenice 125
Bergerac, Cyrano de 110
Bergeret, Gaston 26
Bergson, Henri 531
Materia y memoria 531
Berlioz, Hector 248, 266
Benvenuto Cellini 248
La Condenación de Fausto 248, 266, 400, 533
Sardanápalo 248
Sinfonía fantástica 248
Bermejo y Sobera, José 412
Bernaldo de Quirós, Constancio 141
La mala vida en Madrid 141
Bernhardt, Sarah 27, 53, 87, 97, 117, 219, 451, 457, 489
Bernini, Gian Lorenzo 112
Santa Teresa en éxtasis 112Bernstein, Henry 304, 410, 461
Après moi 410
El ladrón 410, 462
La ráfaga 304, 410, 462
Beroul
Tristán e Iseo 386, 486
Berruguete, Alonso 234, 370
Berry, Mª Carolina de Borbón-Sicilia, Duquesa de 366
Bertillon, Alphonse 510
Bertoldo, Santo 329
Berton, Pierre
Zaza 335, 410, 462
Beruete, Aureliano de 19, 132, 134, 204, 334, 408, 409, 439, 517
La ribera de Vigo 408
Beruete y Moret, Aureliano de 204, 515, 517
Los retratos de Goya 517
Beruete, María Teresa 133
Beruete, Moret y Remisa, María Teresa, Señora de 10
Bestucheff, Alexis P. Bestuchev, Comte de 138
Betsabé 224
Biblia 31, 56, 109, 110, 172, 177, 197, 224, 226, 234, 276, 315, 384, 391, 477, 486, 522
Biblia A. T. Cantar de los Cantares 323
Biblia A. T. Deuteronomio 515
Biblia A. T. Eclesiastés 378, 445, 496
Biblia A. T. Génesis 5, 172, 292, 402
Biblia A. T. Salmos 511
Biblia N. T. Apocalipsis 209, 396
Biblia N. T. Evangelios 32, 315, 353, 392, 447
Biblioteca de Autores Españoles 441
Biblioteca de Clásicos Castellanos 532
Biblioteca Gallega 129
Biblioteca Universal 38
Bismarck, Friedrich, Fürst von 366
Bismarck, Otto, Fürst von 140, 188, 192, 209, 390, 440, 472, 503, 522
Bizet, Georges 2, 286
Carmen 2, 161, 431
Los pescadores de perlas 4, 429
Bjornson, Bjornstjerne 87
La Quiebra 87
Blanc, Louis 343
Blanca, Reina consorte de Pedro I, Rey de Castilla 524

Ayuntamiento de Madrid

Blanca de Castilla, Reina consorte de Luis VIII, Rey de Francia 121
Blanchard, Ramón 225
Blanco (periodista) 369
Blanco, Pedro Pablo 136
Blanco Cicerón, Ricardo 339
Blanco de Paz, Juan 516
Blanco García, Francisco 532, 541
Historia de la Literatura Española 532, 541
Blanco Romasanta, Manuel 48, 526
Blanco y Negro 54, 151, 390, 420
Blasco, Eusebio 173, 178
Cuento baturros 178
Blasco Ibáñez, Vicente 433
Soledades 178
Blavatski, H. P. 153
Blay, Miguel 206, 287
Blesa Prats, Luis 334
Blomberg, Bárbara 418
Bloy, Leon 528
Boabdil, Rey de Granada 298, 511
Bohl de Faber, Juan Nicolás 421
Boileau Despréaux, Nicolás 417
Boito, Arrigo 248
Mefistófeles 194, 225, 248, 533
Bojidar Karageorgevitch, Príncipe de Servia 184, 186
Bolaños, Margarita Cosli Nieulant, Marquesa de 461
Bomba, El (Emilio Torres Reina) 368
Bombita (Emilio Torres) 34, 209, 248, 249, 334, 417
Bonald, Louis-Gabriel-Ambroise, Vicomte de 109
Bonaparte, Louis Napoleón Eugène, Príncipe Imperial de Francia 478
Bonaparte, Roland, Prince 368
Bonaparte, Mathilde, Princesse 422
Bonarillo (Francisco Bonar y Casado) 88
Bonheur, Rosa 169, 333
Labourage nivernais 169
Bonilla San Martín, Adolfo 176, 516
Bonifaz, Ramón 448
Bonnat, León 133, 156
Borbón, Casa de 79, 159, 160, 268, 331, 365, 411, 413, 514
Borbón, Carlos de, Duque de Madrid 72, 81, 89, 105, 187, 500
Borbón, Carlos María Isidro, Infante de España 72, 105
Borbón, Enrique María Fernando de, Infante de España 217
Borbón, Eulalia de, Infanta de España 159, 256, 268, 399
Au fil de la vie 399
Borbón, Isabel Francisca de, Infanta de España 4, 10, 12, 137, 153, 159, 198, 247, 361, 405, 452, 453, 494, 507
Borbón, Jaime de, 2º Duque de Madrid 72, 105
Borbón, Margarita de 72
Borbón, María de las Mercedes de, Princesa de Asturias 23, 105, 150, 159, 198, 217, 409
Borbón, María Teresa de, Infanta de España 23, 159, 198, 409, 439
Borbón, Nieves de 72
Borbón, Paz de, Infanta de España 354, 399
Borbón Dos Sicilias, Carlos de, Infante de España 105, 150
Borbón y Vallabriga, Luis María de, Infante de España 256, 268, 517
Borelli, Lidia 410, 462, 494
Borge 334
Borgia, Cesare 535
Borgia, Lucrezia 456, 535
Borgoña, Juan de 86
Borgoña, Raimundo de 113
Borja (Familia) 93, 535
Bornos, Mª de la Asunción Ramírez de Haro, Condesa de 23
Borodin, Aleksander Porfirievich
El Príncipe Igor 533
Borrás y Oriol, Enrique 403, 550, 553
Bosch, Hieronymus 86, 381
Bosco, El: Bosch, Hieronymus
Bossuet, Jacques Bénigne 70, 389, 398, 418
Discurso sobre la Historia Universal 217
Oraison funèbre... 217
Botín 390
Botticelli, Sandro 103, 112, 193
Boucher, François 256
Bouchour, Maurice 495
Marche à l'Etoile 495
Bouillet, Louis 118
Moelenis 118
Bouillon, Louise-Henriette-Françoise de Lorraine, Duchessse de 27
Boule, André-Charles 14
Bourdon, Mathilde 118
Marcia 118
Bourges, Michel de 545
Bourget, Paul 38, 65, 73, 152, 189, 325
Andrés Cornelis 326
El Discípulo 38
Tratado de las pasiones 26
Bouzas, Rosa 141
Boyd, León (Enrique Casal) 481
Fiestas aristocráticas 481
Braga, Theophilo 348
Braganza, Casa de 310, 389, 396, 505, 506
Braganza, Mª Teresa de Lowenstein-Werthein-Rosenberg, Duquesa de 396
Braganza, Miguel de Portugal, Duque de 396
Brandon, Thomas
La tía de Carlos (*La Zia di Carlo*) 10
Bravo Murillo, Juan 187
Cuadriga humana de Temístocles 334
Bretón, Tomás 431
Los Amantes de Teruel 524
Garín 101
Tabaré 431
La verbena de la Paloma 137, 283, 461, 469
Bretón de los Herreros, Manuel 25, 29, 35, 37, 38, 178, 501
A Madrid me vuelvo 501
De Madrid me voy 501
El joven Telémaco 178
El pelo de la debesa 25, 296
Marcela o cuál de las tres 25, 35, 38
Muérete y verás 29, 178, 276
Raquel 101
Brian, Rey de Irlanda 540
Brierre 135
Brieva Salvatierra, Fernando Segundo 216
Brillat-Savarin, Jean Anthélme 246, 402
Brinvilliers, Marie Madeleine d'Aubray, Marquise de 245, 344
Brodzinsky 551
Broel Platter, Ladislao, Conde de 366
Brown-Sequard, Charles Edouard 47
Browning, Elizabeth Barret 290
Bru, Señorita 204
Bruant, Aristide 382
Brueghel, Pieter 331, 334, 379
Bruneau, Jean-Baptiste 135
Brunilda, Reina de Austrasia 474
Brunetière, Ferdinand 38, 201, 397, 434, 458, 504
Brunswick, Carolina de 366
Bruto, Marco Junio 52, 258
Bruto (Gens) 300
Buda 14, 46, 114, 415, 416, 451
Buenaventura, Santo 117
Buffon, Georges-Louis Leclerc, Comte de 292, 295, 227
Bufos (compañía teatral) 16
Bulgaria, Príncipe de 476
Bunge, Carlos Octavio 221, 243, 318, 508
El derecho 318
Educación de la mujer 221
Bunsen, Maurice de, Sir 305
Burnouf, Jean Louis 401
Método para estudiar la lengua latina 401
Bushental, María 97, 503l
Burgos de Paz, Marcos 72
Burns, Robert 22
Businguin el Grande 546
Bussy-Rabutin, Roger de 397
Buylla y González Alegre, Adolfo A. 176
Byron, George G. Byron, Baron 129, 183, 305, 323, 335, 386, 390, 392
El Corsario 344
Manfredo 468
El Caballero Cifar 524

Caballero, Fernán 44, 213, 241, 252, 375, 395, 500
Clemencia 375
Elia 375
La Gaviota 375
Lágrimas 375
Un verano en Bornos 375
El Caballero de la Cruz 528
Cabarrús, Francisco, Conde de 517Cabeza León, Salvador 339
Cabiria 485
Cabrera i Griñó, Ramón 299

Ayuntamiento de Madrid

Cabrera Pinto, Adolfo 284
Calderón, Alfredo 176
Cabrera, Ramón 72
Cachano 501
Cadalso, José 63, 227
Cadena y Eleta, José, Obispo de Vitoria 224
Cagliostro, Alessandro, Conte di 26
Cagnoli, Antonio? 343
Caín 78, 278
Calas, Jean 261
Calderón, Alfredo 295
Calderón, Carlos 503
Calderón, Laureano 295, 315, 402
Calderón, María 418
Calderón, Pepa 503
Calderón, Rodrigo, Marqués de Siete Iglesias 226
Calderón de la Barca, Pedro 4, 9, 16, 86, 178, 195, 207, 293, 301, 323, 363, 461, 522, 544, 553
El Alcalde de Zalamea 104, 168, 217, 325, 362, 387, 428, 549
Autos Sacramentales 178
La Dama duende 51
La vida es sueño 9, 363, 428
Calígula, Emperador de Roma 502
Calipso 97
Calixto II, Papa 338
Calomarde, Francisco Tadeo 197, 352
Calpurnia 41
Calvin, Jean 384
Calvo, Laín 405
Calvo, Rafael 9, 88, 131, 386, 544
Calvo Asensio, Pedro 175
Cam 63
Camacho 128
Cámara, Tomás Genaro 39
Cámara, Sixto 175
Cámara y Castro, Tomás 284
Camarasa, Diego Sarmiento de los Cobos, Marqués de 516
Camarasa, Encarnación, Marquesa de San Miguel das Penas 299
Camarón Boronat, José 112
Camarón Melia, José 112
Cambronero, José 129
Camões, Luís de 69
Camp, Máxime du 422
Campillo y Correa, Narciso 359, 377, 464, 534
Campión, Arturo 164, 252, 441
Gramática de los cuatro dialectos 441
Campo de Alange (Familia) 496
Campo Alange, María Manuel de Negrete y Cepeda, Condesa de 71, 97, 355
Campo Ameno, Manuel de Castilla Velázquez. Marqués de 295
Campo de Orellana, Condesa de 171
Campoamor, Ramón de 44, 77, 128, 131, 152, 162, 165, 167, 186, 206, 222, 227, 228, 309, 324, 328, 347, 445, 447, 456, 457, 488, 496, 531, 541
Cantares 445
Doloras 77, 128, 131, 162, 222, 378, 445, 496
Humoradas 239, 297, 445
Pequeños poemas 445
El tren expreso 77, 186
Canalejas, José 67, 152, 170, 175, 352, 353, 379, 423, 495, 515
Canalejas, María Fernández, Duquesa de 10
Canals, Salvador 176
Canario (torero) 334
Canción de la camisa 22
Cancionero gallego 382
Candelas, Luis 163, 170, 182, 320
Canel, Eva 81, 498
Cano, Alonso 112, 370
Cano, Leopoldo 16
Cánovas del Castillo, Antonio 4, 41, 42, 44, 45, 58, 60, 64, 67, 73, 99, 107, 128, 131, 142, 156, 177, 233, 239, 245, 258, 275, 284, 300, 311, 336, 339, 352, 391, 411, 423, 431, 495, 500, 503, 541, 549
Cánovas y Vallejo, José 182
Cantinero, El 191, 192
Cantú, Cesar 127
Cañete, Manuel 16
Cappa, Ricardo 44
Caracalla, Emperador de Roma 56
Caraman Chimay, Princesa 152
Caran d'Ache 282
Caravaca, Marqués de 511
Carbonell, Inspector 141
La carcajada 9
Carducci, Giosuè 238, 257
Carducho, Bartolomé 291
Carême, Antonin 246
Carlomagno, Emperador 11, 302, 474, 528
Carlos I, Rey de España 107, 132, 157, 167, 232, 246, 254, 278, 280, 294, 306, 369, 406, 418, 420, 425, 437, 443, 466, 500
Carlos II, Rey de España 107, 137, 226, 268, 342, 412, 517, 547
Carlos III, Rey de España 159, 160, 517
Carlos IV, Rey de España 72, 74, 159, 189, 256, 517, 538
Carlos VI, Rey de Francia 474
Carlos VII, Rey de Francia 474
Carlos I, Rey de Gran Bretaña 540
Carlos II, Rey de Gran Bretaña 396
Carlos I, Rey de Portugal 173, 252, 506
Carlos I, Rey de Sicilia 278
Carlos Borromeo, Santo 11
Carlos Martel 474
Carlota, Princesa heredera de Gran Bretaña 366
Carlota Joaquina, Reina consorte de Juan VI, Rey de Portugal 291
Carlyle, Thomas 240, 422
La Carmañola 16
Carmena y Millán, Luis 88
Carneggie, Andrew 450
Carnot, Francisco Mª Sadi 41, 258
Caro, Elme-Marie 545
Caro, Inspector 174
Caro, Miguel Antonio 401
Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano
Caro, Rodrigo
A las ruinas de Itálica 156, 196
Carolus-Duran: Durand, Charles Émile Auguste
Carouy, Edouard 407
Carpeaux, Jean-Baptiste 112, 150
La Danza 112
Carreño de Miranda, Juan
La Adoración de la Santa Forma o Comunión de Carlos II 107
Carreras, Emilio 87
Carrel, Armand 549
Carsi, Felipe 305
Cartailhac, Edouard Philippe Émile 355, 356, 373
Carter, Teodora 357
Carvajal, Francisco 468
Casa Riera, Alejandro Mora y Riera, Marqués de 213, 216
Casa Segovia, Gonzalo Segovia García, Conde 228
Casa Torres, José Mª de Lizana y Hormaza, Marqués de 197, 198, 202, 210
Casa Torres, Mª Dolores Chávarri, Marquesa de 197, 198, 202, 210
Casa Valencia, Condesa de 116
Casal, Manuel Escrivá de Romaní Quintana, Conde de 204
Casandra 16, 82, 344, 443
Casanova, Giacomo 343
Casanova, Mamed 170, 173, 174, 182
Casaña, Antonio 176
Case, Jules 13
Casement, Roger David 540
Casilda, Santa 18
Casio 343
Castaños, Francisco Javier 349
Castelar, Concha 311
Castelar, Emilio 4, 14, 26, 36, 38, 65, 67, 85, 96, 109, 119, 131, 142, 156, 165, 173, 175, 200, 206, 216, 233, 239, 257, 311, 336, 341, 352, 381, 415, 423, 435, 460, 495, 503, 541, 549
Castellano y Villarroya, Tomás 142
Castellanos, Antonio 242, 466
Castelo Branco, Camilo 116, 316, 334
Castillejo, José Luis: El Licenciado Vidriera
Castillo, Juan del 398
Castillo de Chirel, Carlos Frígola y Palavicino, Barón del 481
Castillo de Chirel, Mª del Patrocinio de Muguiro y Chirat, Baronesa del 481
Cástor 23, 471
Castrillo, José Juan Fernández de Villavicencio, Marqués de 18, 133Castro, Adolfo de 441, 516
Historia de los protestantes españoles 441
Castro, Felipe de 339, 437

Ayuntamiento de Madrid

Catalina, Santa 230, 260, 436, 437
Catalina, Severo 445
La Mujer 445
Catalina de Médicis 121
Cavestany, Guillén de 205
Cavia, Mariano de 25, 113, 140, 149, 173, 196, 210, 229, 318, 319, 349, 406, 485, 493, 494, 496, 506, 525, 550
Caylus, Anne-Claude-Philippe de Pestels de Levis de Tubières-Grimaud, Comte de 27
Ceán Bermúdez, Juan Agustín 498, 516
Cecilia, Santa 125, 461
Cejador y Frauca, Julio 231
La Lengua de Cervantes 231
Cellini, Benvenuto 24, 156
Ceres 308, 379
Cerragería, José Manuel de Cerragería y Gallo, Conde de 511, 520
Cerralbo, Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de 142, 164, 187, 294, 356
Cervantes, Santo = Servando 466
Cervantes, Capitán 466
Cervantes, Miguel de 5, 6, 8 19, 21, 26, 64, 86, 92, 95, 109, 117, 189, 195, 196, 201, 223, 229, 240, 242, 246, 255, 306, 316, 321, 341, 342, 343 348, 353, 357, 374, 382, 388, 404, 425, 427, 434, 436, 441, 444, 463, 466, 484, 512, 513, 515, 517, 521, 522, 524, 527, 528, 530, 534, 553
Don Quijote de la Mancha 6, 7, 19, 42, 57, 66, 75, 98, 109, 117, 144, 153, 196, 201, 205, 208, 215, 223, 226, 229, 231, 234, 235, 240, 242, 251, 271, 278, 279, 287, 293, 294, 298, 302, 314, 323, 331, 337, 341, 346, 348, 353, 359, 363, 371, 382, 384, 385, 388, 398, 402, 404, 407, 411, 417, 434, 441, 442, 466, 487, 493, 512, 513, 514, 516, 521, 522, 524, 524, 527, 530, 542, 553
La Galatea 223
Novelas Ejemplares 75, 223, 229, 234, 255, 342, 382, 384, 444, 514, 521, 534
Los trabajos de Persiles y Segismunda 195, 223
Cervantes, Roque 466
César, Cayo Julio 11, 41, 52, 121, 169, 173, 184, 239, 360, 469, 474, 533
Cesarión, Ptolomeo XV 52
Céspedes, Pablo de 86
Chambige (caso) 540
Chambord, Comte de 142
Chamfleury 434
Chamfort, Sébastien-Roch-Nicolas de 41
Chanteclair 358, 393
Chantemesse, André 490
Chapí, Ruperto 104, 330, 461, 468
Los Ángeles 461
La bruja 330
Fantasía morisca 330
Margarita la tornera 330
El puñao de rosas 205, 283
El rey que rabió 330
La tempestad 330
Charcot, Jean-Martin 48, 215, 422
Chartran, Théobald 133
Chasseriau, Théodore 393
Chastenet 130
Chateaubriand, René-François, Vicomte de 23, 26, 77, 109, 422
Atala 26
Los Mártires 422
René 434
Chatfield-Taylor, H. C. 64, 257
Chato del Escorial, El (Julián García) 141, 315
Chatterton, Edouard K. 343
Chávarri, Dolores 197
Chávez, Jorge 368
Chénier, André 116, 447
Elégies 447
Chevreuil, Eugéne 14
Chianlo 360
Chic Parisien 151
Chicharro Agüera, Eduardo 334, 412
El cofrade mayor 334
El Jorobado de Burgobondo 412
Chinchón, Teresa de Borbón y Vallabriga, Condesa de 517
Chindasvinto, Rey de los Visigodos 20
Chiquito (Rufino San Vicente?) 417
Chopin, Frédéric 95, 266, 293
Chopin, Jean Marie 236
Chrétien de Troyes 346
Perceval o el Cuento del Grial 346
Chueca, Federico
La Gran Vía 84, 101, 355
Chulalong, Rey de Siam, 46
Churriguera, José de 113, 228, 339, 448
Churruca de Elorza, Cosme Damián 74, 88, 486
Cibeles 437, 518
Cicerón, Marco Tulio 67, 112, 353, 396, 495
Cid, El 11, 182, 187, 236, 240, 249, 307, 320, 389, 487, 524, 550
Cierva, Juan de la 451
Cilla, Ramón 39
Cimera, Valentín Menéndez San Juan, Conde de la 464
Cino da Pistoia 211
Ciro, Rey de Persia 11
Civili, Carolina 9
Clair, Charles 3
Claretie, Jules 211
El Príncipe Zilah 211
Clarín: Alas, Leopoldo
Claudiano, Claudio 106
Clemencia Isaura 205, 508
Clemencín, Diego 195, 516
Clemente VI, Papa 343
Cleopatra, Reina de Egipto 52, 166, 422, 533
Cleopatra (Ballet ruso) 533
Clesinger, Auguste 156
Clitemnestra 344
Clive, Robert 111
Clodoveo, Rey de los francos 474
Clotilde, Santa 121
Cobeña, Carmen 29, 80, 550
Cobian, Eduardo 190
Coburgo, Casa de 366
Cochin, Denis 199
Coello, Claudio 107, 437
Cojo, El (Juan Martín) 320
Colet, Louise 539
Colette? 545
Coloma, Luis 27, 163, 164, 253, 280, 328, 333, 375, 395, 454, 500, 503, 541
Boy 395
Fray Francisco 395, 500
Jeromín 280, 375, 395, 500
Pequeñeces 375, 395, 500, 503
Recuerdos de Fernán Caballero 395
La Reina Mártir 395
Colón, Cristóbal 23, 44, 54, 58, 99, 125, 131, 145, 195, 231, 239, 405, 448, 466, 523
Colón, Fernando 448
Columela, Lucio Junio Moderato 512
Comella, Luciano Francisco 74, 291, 318, 321, 544
El fénix de los criados o María Teresa de Austria 291
Condé, Bourbon, Luis de, Prince 418
Conejero, El 320
Connaught, Arturo de Inglaterra, Duque de 229
Constant, Benjamín
Adolfo 434
Constant, Eugène 133
Constantino I, Emperador de Roma 436, 437
Conti, Luis Francisco de Borbón, Príncipe de 138
Contreras Carmona, José 235
Cook, Thomas 232
Coppée, Francois 156, 308
Coquelin, Compañía 181
Corán 18, 69, 384, 400, 424
Corbiére, Tristán 539
Corday, Carlota 332
Corneille, Pierre 27, 70, 167, 434, 495
Polituto 27, 482, 495
Cornide, José 114
Corominas (aviadora) 335, 363
Coronado, Carolina 375
Corradi Gómez, Fernando 361
Corral y Arellano, Diego del 226, 405
Correa 277
Corredoira, José 412, 417
La Correspondencia de España 260, 525
Corrientes, Diego 387
Cortés Moreno, Rafael 412
Exvoto 412
Cortes, Pascual Frígola, Barón de 485
Cortés, Hernán 59, 64, 74, 346, 369, 379, 384, 425, 469, 479
Costa, Joaquín 150, 175, 176, 240, 300, 375, 381, 443, 456, 487, 550
Oligarquía y caciquismo 176
Cotarelo y Mori, Emilio 293

Ayuntamiento de Madrid

Couzy, Robert de 474
Coulon, Henry 130
Courier, Paul-Louis 170
Covarrubias y Leiva, Diego de 72
Covarsí 412
Crawford, Robert Henry 161
Cremani 343
Creso 30
Le Cri de Paris 393
Crispi, Francesco 187
Cristian IX, Rey de Dinamarca 249
Cristina, Reina de Suecia 203
Cristóbal, Santo 497
Croisset, Francis
El corazón manda 462
Cromwell, Oliver 253, 540
Cronos 503
Crookes, William 184
Cruz, Ramón de la 54, 320, 382, 506
Las castañeras 320
Cubí y Soler, Mariano 369
Cúchares (Francisco Arjona Herrera) 368
Cuenca, Carlos Luis 369
Cuervo, Ángel 401
Cuervo, Rufino José 401, 441
Diccionario de Construcción y régimen de la Lengua castellana 401
Diccionario de regímenes, filológico y etimológico 441
Gramática latina 401
Cueto y Díez de la Maza, José 284
Cueva, Beltrán de la 278
Cunninghame Graham, Gabriela 168
Santa Teresa 168
Curel, François de 327, 383
L'envers d'une sainte 383
Curiacios 278
Curie, Marie 344
Cuthush, W. 476
Cuyás, Arturo 525
Czerny George, George Petrovitch 133

Daciano, Publio 95
Dagón 62
Damocles 353, 391, 430, 532
Danae 53
Daniel 13D'Annunzio, Gabriele 201, 272, 281, 315, 335, 485, 508, 546
Cabiria 485
La ciudad muerta 335
La Giocoda 335
Francesca de Rimini 272
Danrit, Capitan (Émile-Augustin-Cyprien Driant) 536
La Guerra fatal 536
Dante Alighieri 18, 19, 38, 39, 86, 113, 159, 169, 206, 223, 239, 242, 252, 298, 323, 338, 365, 384, 386, 395, 430, 439, 441, 445, 447, 449, 472, 486, 496, 519, 523, 540, 541, 552
La Divina Comedia 39, 86, 92, 107, 169, 211, 223, 226, 239, 386, 430, 444, 472, 486, 519, 527, 541, 552
Daoiz, Luis 95
Darío, Rey de Persia 471
Darío, Rubén 131, 238
Azul 238
Cantos de vida y esperanza 238
Juventud, divino tesoro 450
Letanía de Nuestro Señor Don Quijote 363
Darwin, Charles 156, 281, 335, 343
Dati 343
Dato e Iradier, Eduardo 352, 519
Daudet, Alphonse 41, 133, 156, 279, 327, 348, 421, 431, 515
L'Evangeliste 327
Fromont jeune et Risler aîné 143
L'Immortel 515
El Nabab 41, 348
Tartarín de Tarascón 421
Daudet, Ernest 431
Daudet, Julie, née Allard 431
David 8, 89, 224, 278, 329, 366, 399, 448, 454, 471
David, Jacques Louis 517
De Amicis, Edmondo 93, 392
De Coucy, Robert 474
De Dion 199
De profundis 412
De Quincey, Thomas 38
El asesinato considerado como una de las Bellas Artes 542
Los Debates 103
Decref y Ruiz, Joaquín 200
Dédalo 363
El Defensor de Granada 442
Defoe, Daniel 277
Robinson Crusoe 119
Delacroix, Eugène 393
Justiniano 393
Delavigne, Casimir-Jean-François 10
Luis XI 9, 10, 97
Della Robbia, Andrea 112
Della Robbia, Lucca 112
Delorme, Marion 121, 184
Delpech, Auguste 130
Demócrito 22
Demolins, Edmond 2, 111
A quoi tient la superiorité des Anglo-Saxons 111
Demóstenes 67, 495
Denia, Luis León y Cataumber, Duque de 216
Denia, Angela Pérez de Barradas, Duquesa de 189, 216, 224
La Dépêche 510
Deploige, Simon 528
Deroulede, Paul 199
Desbordes-Valmore, Marceline 431
Descartes, René 70, 289, 397
Descaves, Lucien 130
Diana 42, 437
Diario de Sesiones de las Cortes 381, 495
Díaz, Frollán 418
Díaz, Jerónima 208
Díaz Bravo, José Vicente 404
Díaz de Benjumea, Nicolás 516
Díaz de Mendoza, Fernando 167, 349, 392, 410, 428, 431, 458, 487, 494, 544, 546, 548
Díaz del Castillo, Bernal 206, 463
Díaz Enríquez, Dionisio 180
El derecho positivo de la mujer 180
Díaz Iglesias, Manuel 244
Díaz Moreau, Emilio 49
Díaz Mory, Porfirio 206, 396, 468, 502
Díaz Ordóñez y Escandón, Salvador 395
Díaz Vicario, General 349
Diccionario de la Real Academia Española 441, 442
Dicenta, Joaquín 12, 22, 104, 390
La cortijera 104
Juan José 9, 22, 390, 494
Dickens, Charles 341
Diderot, Denis 61, 101, 151, 434Diego de Yepes 216
Dies irae dies illa 161
Dieulafoy, Jane 333
Díez, Matilde 9
Diocleciano, Emperador de Roma 56
Dión Casio 52
Diomedes 35, 62
Dionisos 19
Doctor Thebussem (Agustín Pardo de Figueroa) 73
Doménech y Ferrer, Bartolomé 75
Doménech, Ignacio?
La cocina vegetariana moderna 415
Domingo de Guzmán, Santo 11, 106, 343, 389
Domingo y Marqués, Francisco 60
Domínguez Bécquer, Valeriano? 412
Domínguez, Maestro 215
Domínguez Berrueta, Juan 521
Dominguín (Domingo del Campo) 334
Don Esferamundo, caballero andante 524
Don Hermógenes: Dicenta, Joaquín
Donatello 18, 39, 370, 399
Gattamelata 370
Donizzeti, Gaetano 86, 118
L'Elisir d'Amore 204, 417
Linda de Chamounix 400
Lucia di Lamermoor 4, 225, 259, 271?, 453
Lucrecia Borgia 87, 110, 299
Poliuto 482
Donnay, Maurice 504
Donoso Cortés, Juan 109, 206, 531
Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo 109
Dorado Montero, Pedro 176
Doria, Andrea 443
Dornis, Juan (Elena Goldsmith) 447
Leconte de Lisle íntimo 447
Dostoevskiĭ, Fiodor Mijaĭlovich 119, 403
Doucet, Jacques 2, 274
Doyle, Arthur Conan, Sir 299, 326, 327, 342, 388, 407
Draga, Reina consorte de Alejandro I, Rey de Servia 133, 185, 424
Drake, Francis 63

Ayuntamiento de Madrid

Dreyfus, Alfred 82, 84, 163, 169, 190, 261, 300
Du Châtelet, Gabrielle-Émilie Le Tonnelier de Breteuil, Marquise 156
Du Guesclin, Bertran 343
Ducray-Duminil, François Guillaume 434
Duende de la Colegiata, El (Adelardo Fernández Arias) 439
Dufour, Léon 198
Dujardin 539
Dukas, Paul 430
Ariana y Barba Azul 430
Dumas, Alexandre (1802-1880) 26, 35, 40, 51, 66, 68, 105, 110, 118, 136, 156, 173, 236, 320, 326, 434, 465, 497, 500, 510, 546, 551
Actea 118, 551
Antony 10, 141, 169, 344
El Conde de Montecristo 326
Kean 386
Viajes 105
Dumas, Alexandre (1834-1905) 70, 181, 320, 325, 327, 383, 462
La dama de las camelias 9, 87, 97, 300, 310, 462
La Extranjera 66
La mujer de Claudio 51, 66
Dumouriez, Charles-François 291
Dumur, Louis? 539
Dupanloup, Félix Antoine Philibert 343
Duquesne, Abraham 443
Durán, Agustín 441
Durán y Bas, Manuel 89
Durand, Charles Émile Auguste 133, 156
Retrato del guante 156
Durand, Marguerite 84
Durand Tardel 65
Durbán, Doctor 141
Durrieu, General 477
Dusse, Eleonora 87, 335, 462

Éboli, Ana Mendoza de la Cerda, Princesa de 204, 351
Eça de Queiros, José Maria 116, 316, 501
A cidade e as serras 501
Os Maias 116
O primo Bazilio 116, 501
A Reliquia 116
Echegaray, Eduardo 171Echegaray, José 16, 26, 35, 87, 88, 104, 114, 154, 162, 171, 227, 269, 313, 457, 487, 544, 546
En el seno de la muerte 8, 26, 544
La esposa del vengador 544
El Gran Galeoto 26, 114, 247, 286, 544
El loco Dios 114, 544, 546
Mancha que limpia 26, 544
Mar sin orillas 544
Mariana 9, 313, 546
La muerte en los labios 88
O locura o santidad 544, 546
Edison, Tomás A. 288, 363
Eduardo VII, Rey de Gran Bretaña 107, 131, 162, 359
Egas, Antón 113
Egas Moniz 69
Egica, Rey de Hispania 20
Egidius 474
Egilona 20
Egisto 344
Eguilaz, Leopoldo 232
Eguílaz, Luis de 151, 197, 247, 457
La cruz del matrimonio 9, 197
El patriarca del Turia 9
Los soldados de plomo 151, 247
El-Raisuni, Ahmed 443
Elduayen, José 420
Elena, dama de la Reina de Rumania 440
Elena, Santa 106, 436, 437
Elguero, Francisco? 206
Elías 404
Elizagaray, Bernardo Renaud 443
Ellis, Havelock 346
El Embustero Universal ? 294
Empecinado, El 78, 182, 436, 460, 494, 516
Encina, Juan del 227, 287, 370
Enrique II, Rey de Castilla 553
Enrique III, Rey de Castilla 17
Enrique II, Rey de Francia 121
Enrique III, Rey de Francia 121, 184
Enrique IV, Rey de Francia 121
Enrique II, Rey de Inglaterra 540
Enrique IV, Rey de Inglaterra 540
Enrique VIII, Rey de Inglaterra 272, 540
Enríquez (Familia) 310
Enríquez, Aurelio 202
Enríquez de Guzmán, Feliciana 138
Ensenada, Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la 521, 531
Eon de Beaumont, Carlos de 138
Epialtes 471
Epicteto 201
Epicuro 26, 92, 470
Epifanio, Santo 106
Épinal, Pellerin 547
La Época 82, 182, 191, 210, 219, 222, 233, 375
Erauso, Catalina de 138
Erinas, Las 383
Ermesinda, Reina de Cantabria 72
Eros 19, 452
Eróstrato 21, 42, 173
Ervigio, Rey de Hispania 20
Escalante, Juan Antonio de Frias y 398
Parsifal 348
Escipion (Familia) 11, 436
Escobedo, Juan de 280
Escosura, Patricio de la 16
Escoto, John Duns 255, 398, 527
Escudero, Tirso 494
Esculapio 23, 56, 128, 268, 301, 471
España 209
España contemporánea 131
España Nueva 260, 438
El Español 82
Espartero (Manuel García Cuesta) 334
El espectro de la rosa 533
Espejo de Caballerías 528
Espinosa, Juan de 404
Espoz y Mina, Francisco 343
Espoz y Mina, Juana María de la Vega Martínez, Condesa de 7
Espronceda, José de 25, 77, 121, 129, 265, 280, 287, 305, 329, 375, 394, 404, 423, 434, 445, 483, 523, 525
La canción del pirata? 344
Canto a Teresa 121, 445, 483
Canto del Cosaco 525
El estudiante de Salamanca 305, 443
El mendigo 280
Poesías líricas 280
Esquerdo Zaragoza, José María 87
Esquilache, Leopoldo de Gregorio, Marqués de 225
Esquilo 293, 480, 506, 521, 544
Agamenón 194, 344, 372
Prometeo 480, 521
Essex, Robert Devereux, Earl of 388
Estauné, Eduard 130
Esteban, Santo 177
Esteban Dusán, Emperador de Servia 424
Esteban Collantes, Saturnino Esteban Miquel y Collantes, Conde de 142
Estébanez Calderón, Serafín
Escenas andaluzas 294
Estefanía de Bélgica, consorte de Rodolfo, Archiduque de Austria 365
Estella, Marqués de 334
Estrabón 441
Estrada Palma, Tomás 396
Estrées, Gabriela de 121
Estrées, François-Hannibal, Duc d' 443
Eucologio 32
Eudoxia, Emperatriz consorte de Pedro I, Emperador de Rusia 236
Eufrosina 128
Eugenia, Emperatriz consorte de Napoleón III 2, 97, 121, 133, 422, 478, 482, 495, 503, 522, 552
Eulalia de Barcelona, Santa 95
Eulalia de Mérida, Santa 95
Euripides
Medea 23, 194, 272, 300, 335, 471
Orestes 344
Eva 21, 39, 197, 284, 340, 441, 448, 538
Évreux y Trastámara, Carlos d', Príncipe de Viana 237
Exaltación, Santa 329
Expedito, Santo 256
Exuperio, Santo 329
Eza, Luis Marichalar Monreal, Vizconde de 454, 455

Fabo, Pedro 441
Fadrique, Infante de Castilla 524
Fair, Matrimonio 167
Falconi, Armando 335
Faliero, Marino, Dogo de Venecia 60
Fama, La 472
La famosa batalla de Roncesvalles 528

Ayuntamiento de Madrid

Fandila, Santa 329
Farman, Enrique 320
El Faro de Vigo 420
Fastenrath, Johann 309
Fauchois, René
Beethoven 386
Faustina, Emperatriz consorte de Marco Aurelio, Emperador de Roma 331
Favila, Rey de Asturias 20
Favre, Jules 268
Fe, Fernando 309
Febo 115, 125, 128, 285, 450
Federico I, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico 72
Federico Augusto, Rey de Polonia 27
Federico II, Rey de Prusia 366
Federico Guillermo III, Rey de Prusia 366
Federico Ozanam, Beato 109
Fedra 27, 52, 102, 344, 508, 533
Feijoo, Benito Jerónimo 39, 103, 136, 155, 202, 305, 364, 401, 433, 532
Cartas eruditas 74
Feijoo, Perfecto 421, 456
Felipe, Rey consorte de Juana I, Reina de Castilla 237
Felipe II, Rey de España 32, 107, 117, 137, 168, 189, 204, 234, 237, 268, 278, 280, 310, 325, 418, 437, 453, 454, 507, 508, 517
Felipe III, Rey de España 268, 418, 453, 516
Felipe IV, Rey de España 256, 268, 384, 389, 418, 453, 521
Felipe V, Rey de España 161, 187, 278, 342
Felipe III, Rey de Francia 99
Felipe IV, el Hermoso, de Francia 346
Feliu y Codina, José 9, 35
La Dolores 9, 35, 494
María del Carmen 9, 35
Miel de la Alcarria 9, 35
Un libro viejo 35
Félix (modisto) 121
Félix, Santo 99
La femme contemporaine 197
Fernán Núñez, Carlos Gutiérrez de los Ríos y Sotomayor, Duque de 517
Fernán Núñez, Mª Pilar Osorio y Gutiérrez de los Ríos, Duquesa de 452Fernández, Alonso 516
Los felices amantes 516
Fernández, Jerónimo
Historia del magnánimo... D. Belianís de Grecia 174, 287, 407, 528
Fernández, Mariano 9
Fernández, José 541
Fernández Caballero, Manuel 251
Los aparecidos 107
El dúo de la Africana 251
Gigantes y cabezudos 251, 349
La Marsellesa 251
Fernández de Avellaneda, Alonso 516
Don Quijote de la Mancha 516
Fernández de Bethencourt, Francisco 161, 187
Historia genealógica y heráldica de la casa real... 187
Para cuatro amigos 187
Fernández de Moratín, Leandro 25, 109, 200, 203, 365, 411
A Claudio. El filosofastro 342
La comedia nueva o el café 200, 203
Sátiras 129
Fernández de Navarrete, Martín 516
Fernández de Oviedo, Gonzalo 535
Fernández Duro, Cesáreo 44, 253, 263
Fernández Flórez, Wenceslao 535
Fernández Guerra, Aureliano 516
Fernández Latorre, Juan 374
Fernández Prida, Joaquín 176
Fernández Shaw, Carlos 429
Fernández Silvestre y Pantoja, Manuel 496
Fernández Villaverde, Raimundo 104, 133, 236, 275, 352
Fernández Villegas, Francisco 201, 225
Fernández y González, Manuel 492
Fernando I, Rey de Bulgaria 424, 450
Fernando III, el Santo, Rey de Castilla 11, 435
Fernando V, Rey de España 58, 96, 142, 230, 232, 246, 280, 432, 440, 456, 500
Fernando VI, Rey de España 200, 507
Fernando VII, Rey de España 71, 72, 94, 133, 203, 385, 433, 436, 467, 507, 517, 552
Ferrant y Fischermans, Alejandro 112
Ferrari, Emilio 294, 296
Ferrati Aguglia 295
Ferreiro Suárez, José 339
Ferrer i Guardia, Francesc 381, 491
Ferrero, Manuel 542, 543
Ferrero, Guglielmo 360
Ferri, Enrico 199, 269, 290
Ferry, Eugenie Louis Gabriel de Bellemare 434
Feuillet, Octave 462
La novela de un joven pobre 462
Feval, Paul
Los Misterios de Londres 255
Feydeau, Georges
La dame de chez Maxim 84
Fichte, Johann Gottlieb 193, 502
Fidias 53, 399, 498, 541
Fígaro 103
Filipo, Rey de Macedonia 42
Fingal, Rey de Morven 540
Finot, Jean 137, 140, 237, 341
Filosofía de la longevidad 137, 140, 237, 341
Fitzmaurice Kelly, James 195, 516
Flammarion, Camille 110, 156, 271
La Atmósfera 271
Lumen 110, 271
Pluralidad de mundos 110
Flaubert, Gustave 51, 70, 116, 118, 139, 196, 219, 224, 317, 325, 327, 341, 412, 422, 439, 485, 496, 528
Bouvard y Pécuchet 528
La educación sentimental 412
Madame Bovary 116, 327, 375, 422
Salambó 118, 196, 318, 325, 327, 422, 439, 485, 533
La tentación de San Antonio 341, 422
Flavio Josefo 52
Flora 408
Floridablanca, José Moñino, Conde de 207, 517
Florinda, La Cava 18, 234
Floris, Jan 507
Florisel de Niquea 524
Flotow, Federico de 330
Fo-t'u-teng 416
Fonseca (Familia) 456
Forner, Juan B. Pablo 411
Foronda, Manuel de 242Fortin, A.
Traducción de *Los Pazos de Ulloa* 472
Fortuny, Mariano 86, 125, 133
La Vicaría 125
Fouché-Delbosc, Raymond 515
Fragonard, Jean-Honoré 256
France, Anatole 80, 341, 346
La asaduría de la reina Pedauca 341
La azucena roja 341
El crimen de Silvestre Bonnard 341
La isla de los Pingüinos 341, 346
Jocasta 341
Taís 341
La vida literaria 341
France, Hector
Sac au dos a travers l'Espagne 444
Francés, Fernanda 134
Francisco I, Rey de Francia 278, 332
Francisco II, Rey de Francia 237
Francisco de Asís, Rey consorte de Isabel II, Reina de España 158
Francisco de Asís, Santo 19, 36, 73, 106, 161, 179, 216, 233, 341, 364, 389, 424, 448, 542
Francisco de Borja, Santo 418, 458, 500
Francisco de Sales, Santo 3
Vida de la Virgen María 3
Francisco Esteban (contrabandista) 253
Francisco Fernando, Archiduque de Austria y Hohenberg 466, 468, 469
Francisco José I, Emperador de Austria-Hungría 482, 548, 552
Franco López, Barón de Mora, Luis 194
Franco Barreto, João 300
Franklin, Benjamin 256
Franquelo, Ramón 219
Franzen, Christian 139, 204
Frascuelo (Salvador Sánchez) 318, 444
Fredegunda, Reina consorte de Chilperico, Rey de los francos 474
Frégoli 10
Freijo, Cura de 174
Frémont, Georges 197
French, John Denton 476

Ayuntamiento de Madrid

Fréron, Jean 38
Fricot, Curé 135
Friedrich, Principe de Prusia 97
Friné 21
Froilán, Santo 364
Frondaie, Pierre
El hombre que asesinó 487
La Fronde 84, 103
Fuentes y Zurita, Antonio 318
Fulvia (esposa de Marco Antonio) 112
Fusinieri, Ambrosio? 343

G. de Alcaraz, Basilio 176
Gaboriau, Émile 162
Gabriel Ruiz de Apodaca, Fernando de 395
Gabriel y Galán, José María 227, 228, 287, 227, 328, 390, 445
Gaceta de Madrid 74, 177
Gaddi, Taddeo 179
Galatea 330, 527
Galba, Emperador de Roma 343
Galeote Castillo, Cayetano 122
Gales, Albert Edouard, Príncipe de 107
Galindo, Beatriz 378
Gallardo, Bartolomé José 516
Gallego, Juan Nicasio 129, 227, 394
Gallo, El (Rafael Gómez Ortega) 368, 464
Galofre Oller, Francisco 412
Gamazo, Gabriel 47, 175
Gambetta, León 140
Gamboa, Federico 379
Gándara, Felipe de la 466
Ganivet, Angel 70, 73, 215
Cartas finlandesas 70, 73
El escultor de su alma 215
Granada la bella 73
Idearium 73
Gaona y Jiménez, Rodolfo 417
Garavaglia, Ferruccio 386
Garay, Blasco de 205
Garbín, Eduardo 104
Garcés, Gregorio 441
Fundamentos del vigor y elegancia de la lengua castellana 441
García, Calixto 53García, Jenaro 342
Documentos para la Historia de México 342
García Barbón, José 420
García Bolza, Antonio 521
García de la Riega, Celso 348, 448, 466
García de Polavieja y del Castillo, Camilo 89
García Gutiérrez, Antonio 96, 265, 457, 532
Alfonso el Casto 265
El bachiller Mendarias 265
Doña Mencía 265
Honoria 265
La jura en Santa Gadea 265
La ley de raza 265
La muerte de Pelayo 265
Los polvos de la madre Celestina 265, 324
Primero yo 265
El rapto de las sabinas 10
La redoma encantada 265, 324
El trovador 79, 88, 96, 265, 431
Venganza Catalana 532
Vida por honra 265
García Jalón, Rodrigo 438, 444, 542
García Prieto, Manuel 265, 440
García Ramón, Leopoldo 215
García Tassara, Gabriel 287
Garcilaso de la Vega 227
Garibaldi, Giuseppe 503
Garnelo 412
Santuario greco ibérico 412
Garofalo, Rafaele 135, 138, 344
Garrington 140
Gart, Camille du 183
Gasset, Rafael 119
Gaufrido 418
Gautier, Judith 431
Gautier, Teophile 34, 70, 107, 110, 263, 279, 285, 320, 327, 333, 336, 390, 393, 397, 413, 422, 431, 460
L'Art 393
El capitán Fracassa 386, 410
Bajo las bombas prusianas (París sitiado) 393
España 460
Mademoiselle de Maupin 327
La novela de una momia 533
Spirita 393
Tras los montes 460
Viaje a España 34
Gavarny, Paul 375
Gay, Delfina 103
Gayarre, Julián 4, 60, 85, 112, 225, 299, 429, 430, 456
Gelabert, Hortensia 392
Gendron, Auguste Ernest 393
Gener, Pompeyo 154, 176
Gengis Kan 192, 219
Genover, Ignacio 38
George, Lloyd 400
Gérando, Joseph Marie, Baron de 290
El visitador del pobre 290
Germánico, Emperador de Roma 502
Geronte 365
Gerville-Réache, Leo 130
Gesores, Duchese de 27
Giaccometti, Paolo
La muerte civil 10
Gil, Ricardo 296
La caja de música 296
De los quince a los treinta 296
Gil Blas 103, 215
Gil y Zárate, Antonio
Guzmán el Bueno 518
Gil y Robles, Enrique 164, 176
Giner de los Ríos, Francisco 488, 549
Ginisty, Paul 35
Gisbert, Antonio 412
Los Comuneros 412
Gisela (Ballet ruso) 533
Giulio Romano 329
Gladstone, William Ewart 85, 271
Glauco 35
Gleizes, Jean-Antoine 415
Glück, Christoph Willibald, Ritter von 4, 53
Orfeo 4, 53, 248
Godoy, Manuel de, Príncipe de la Paz, Duque de la Alcudia 291, 517
Goethe, Johann Wolfgang von 16, 94, 183, 196, 240, 248, 323, 502, 527, 550
Fausto 23, 78, 111, 128, 196, 223, 225, 379, 445, 527
Werther 137, 190, 267, 291, 299, 527
Wilhelm Meister Lehrjahre 550
Gogol', Nicolai Vasilévich 94, 317
Gohier, Urbain 199
Goliat 8, 223, 238, 278, 471
Gómez, Saturnino 190
Gómez Báez, Máximo 53
Gómez Carrillo, Enrique 318
Gómez Chirino, Payo 448
Gómez de Avellaneda, Gertrudis 41, 287
Gómez de Baquero, Eduardo 169
Gómez de Sotomayor, Payo 448
Goncourt, Edmund de 14, 65, 161, 169, 215
Chérie 301
Germinia Lacerteux 65
Goncourt, Jules 14, 169
Góngora y Argote, Luis de 311, 419
Gonzaga, Ferrante 443
González, Casa de 355
González, Diego 227
González, Fernán, Conde de Castilla 40, 389
González Fernández, José 498
Pulchra Leonina 498, 511
González Llana, Félix
Kean 386
González Maestre 204
González Besada, Augusto 190
González Díaz, Francisco 284
Árboles 284
González Garbín, Antonio 73
González Obregón, Luis 342
México viejo y anecdótico 342
Gonzalo de Berceo 168, 287, 441, 493, 513, 522, 532
Milagros de Nuestra Señora 292
Goodwin, Arthur 476
Gor'kiĭ, Maksim 241, 255, 403
Los bajos fondos 255
Görres, Joseph von 125
Mística divina, natural y diabólica 125
Gortchakoff, Alexander Mikhailovich, Príncipe 507
Gotha: Anuario Genealógico de las Casas Soberanas deEuropa
Gounod, Charles 248
Fausto 220, 248
Gourmont, Remy de 538, 539
Los amores de Chopin y George Sand 539
Beatriz y la poesía amorosa 539
Los caballos de Diomedes 539
Dante 539
Epílogos 539
Física del amor 539
Nietzsche y al amor 539
Una noche en el Luxemburgo 539
Paseos literarios 539

Ayuntamiento de Madrid

Goya, Francisco de 6, 18, 54, 86, 99, 109, 121, 133, 134, 215, 256, 268, 279, 292, 307, 331, 342, 405, 408, 409, 412, 431, 437, 439, 459, 460, 494, 517
Caprichos 517
La familia de Carlos IV 405, 516
La familia del Infante don Luis de Borbón 268, 516
La pradera de San Isidro 256
Retrato de Carlos III 516
Retrato de Carlos IV 256, 516
Retrato de doña Tadea Arias Enríquez 516
Retrato de Godoy 516
Retrato de la Condesa de Chinchón 516
Retrato de la Duquesa de Alba 516
Retrato de la Duquesa de Osuna 516
Retrato de la Marquesa de Pontejos 516
Retrato de la Marquesa de la Solana 516
Retrato de la Marquesa de Santa Cruz 516
Retrato de la Reina María Luisa 256, 516
Retrato de Mariano Goya 516
Retrato del Conde de Cabarrús 516
Retrato del Conde de Fernán Núñez 516
Retrato del Conde de Floridablanca 516
Retrato del Empecinado 494, 517
Retrato del general Urrutia 256
Retrato del Rey José 516
La Última Comunión de San José de Calasanz 517
Goya y Goicoechea, Mariano 517
Goyau, Georges 199
Goyri, María 349
Gracián, Baltasar 493
Gracias, Las 527
El Gráfico 214
Graillot, Henry 383
Gran Cristiano, El 245, 345
Gran Tamerlán: Timur-LenkGranada de Ega, Francisco Javier Azlor de Aragón e Idiáquez, Duque de 253
Grand Larousse Universel 343, 346
Grandier, Urbain 418
The Graphic 215
Grave, Jean 365
Gravereux, Jules 476
Gravina, Federico Carlos 486
Greco, El 18, 86, 93, 103, 107, 131, 157, 216, 234, 256, 307, 310, 331, 334, 405, 408, 409, 412, 417, 460, 511, 517
El entierro del conde de Orgaz 86, 93
El Expolio 18
Greenaway, Kate 12, 54
Gregorovius, Ferdinand 535
Grignan, Françoise Marguerite de Sevigné, Contesse de 397
Grimaldi, Juan de 265
La pata de cabra 265
Gripenberg, Bertel? 240
Grisi, Giulia 299
Grounet, Pascal 130
Groussac, Paul 516
Guas, Juan 234
Guatimozín, Emperador de México 206, 520
Güemes y Horcasitas, Juan Francisco de, Conde de Revillagigedo 342
Guerra, García 342
Guerra, Rafael 12
Guerrerito, Enriqueta 328
Guerrero, María 26, 80, 167, 277, 349, 364, 392, 428, 431, 455, 458, 462, 487, 494, 533, 544, 546, 548
Guerrero, María (Modista) 194
Guerrita 34
Guevara, Antonio de 51
Menosprecio de corte y alabanza de aldea 51
Guía Oficial de España 293
Guía Oficial de los Caminos de hierro 95
Guide Chaix 95
Guido de Lusignan, Rey de Jerusalén 407
Guijo, Enrique 507
Guillermo I, rey de Prusia 429Guillermo II, Emperador de Alemania 184, 193, 201, 202, 209, 469, 472, 476, 483, 491, 502, 509, 510, 546
Guillot, J. B. 476
Guillotin, Joseph-Ignace 135
Guimerá, Angel 87, 154
Guinart, Roque 320
Guisa el Balafré 140
Gumplowicke, Ludwig 506
Guridi, Jesús 127
Gustavo III, Rey de Suecia 222
Gutiérrez, Luis
Boronquia 51
Gutiérrez Abascal, José 25, 279
Guy, Henri 383
Guyau, Jean-Marie 217
Guyot, Ives 546

Habacuc, Santo 329
Habsburg, Rudolf von, Kronprinz 365, 552
Hading, Jane 219
Haeckel, Ernest 199, 335
Haes, Carlos de 408
Hals, Franz 315
Hannover, Casa de 127
Hanotaux 492
Historia de la guerra de 1914 492
Harden, Maximilian 297
Hardy, Thomas 70
Harrach, Augusta, Condesa 366
Hartzenbusch, Juan Eugenio
Los Amantes de Teruel 79, 101, 265, 267, 293, 524, 540
Sancho Ortiz de la Roelas 9
Hartzenbusch, Eugenio 441, 516
Hathor 317
Hauptmann, Gerhart
Los tejedores 16
Hazañas y hechos de Bernardo del Carpio 253, 528
Hefestos 57
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 502, 544
Heine, Henrik 78, 95, 248, 267, 319, 323, 327, 394, 431, 541
Cuitas juveniles 95, 323
En las montañas del Hartz 323
Intermezzo lírico 323
El libro de los Cantares 323
Mar del Norte 323
Nueva primavera 323
Regreso 323
Heliogábalo, Emperador de Roma 336, 404
Henríquez Ureña, Max 523
Ánforas 523
Heráclito 22, 277
Heraldo de Madrid 82, 108, 112, 141, 173, 263, 279, 328, 499
Herculano, Alexandre 116, 316
Hércules 17, 23, 85, 199, 295, 471, 485
Heredia, Antonio de 216
Heredia, José María de 23, 211, 223, 308, 327, 512
Sonetos 223
Hermano Juan 179
Hermant, Abel 130, 521
Trenes de lujo 521
Hermenegildo, Santo 389
Hermes 317
Hermoso, Eugenio 334, 412
En el berrocal 412
Manolita 334
El Zagal 334
Hernández, Gregorio 339, 354, 370, 437
Hernández, Julio 450
Hernández Catá, Alfonso 455
En familia 455
Hero 169, 370
Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea 20, 37, 46, 410, 425, 461, 462, 549
Herodías 112, 410, 462
Heródoto 476
Heros, Martín de los 20
Herrera, Fernando de 493
Herrera, Francisco de 382
Herschel, John F. W., Sir 55
Hervás y Panduro, Lorenzo 453
Hervieu, Paul 383, 457, 458, 481
La course au flambeau 383
El Dédalo 383
El Demi Monde 383
El destino manda 458, 481
La mujer de Claudio 383
Higia 56, 308
Hinojosa y Naveros, Eduardo 164
Hipócrates 194, 246Hipólito 344
Historia de Bernardo del Carpio 342
Hoffmansthal, Hugo 461
Electra 462, 461
Hohenzollern (Familia) 202
Hohenzollern, Albert, Prinz von 97
Hohenzollern, Henrik, Prinz von 472
Hohenzollern, Louis-Ferdinand, Kronprinz 472, 479

Ayuntamiento de Madrid

Hojalata, El 295
Hombres y dioses 11
Homero 35, 160, 209, 223, 226, 288, 302, 323, 466, 478, 479, 513, 524, 552
Iliada 5, 35, 62, 137, 209, 226, 236, 291, 321, 426, 469, 471, 522, 524
Odisea 236, 294, 511
Homobono, Santo 329
Homolle, Jean-Théophile 393
Hood, Tomás 22
Horacio 128, 153, 165, 445, 468, 470, 476, 532
Odas 11, 476
Horacios 278
Homung, E. W.
Raffles 407
Hoyos, Isabel Vinent, Marquesa de 458
Hoyos y Vinent, Antonio 187
Cuestión de ambiente 187
Hugo, Joseph-Léopold-Sigisbert, Général Comte 436, 460
Hugo, Victor 10, 14, 27, 54, 59, 70, 76, 77, 78, 85, 127, 131, 141, 143, 152, 167, 175 181, 204, 216, 236, 261, 287, 288, 289, 292, 296, 314, 323, 327, 341, 397, 414, 422, 431, 434, 436, 445, 460, 499, 503, 535, 546, 549
Los Burgraves 422
Les Châtiments 204
Chansons des rues et des bois 131
Hernani 4, 16, 76, 167, 225, 394, 407, 422, 460
Los Hugonotes 78, 225, 400, 482
Marion Delorme 167, 278
Los Miserables 14, 143, 210
Nuestra Señora de París 235, 539
Les Orientales 59, 499
El rey se divierte 10
Ruy Blas 54, 76, 167, 460
Les travailleurs de la mer 292
Hugonencq (Médico de Lyon) 450
Huldobro Zaplana, Luis 412
Hultzilopotzli 437, 523
Humbert, Therese, née Daurignac 161, 167, 174, 175, 178, 190, 393
Humbert, Aubry de 474
Humberto I, Rey de Italia 59, 75, 258
Humbolt, Alexander von 441
Hurtado de Mendoza, Diego 26, 342, 532
Hurtado de Mendoza, Antonio
Ni callarlo ni decirlo 548
Hurtado de Mendoza (pintor) 412
Huxley, Thomas Henry 441
Huysmans, Joris-Karl 14, 153, 539
Al revés 539
La Catedral 539

Ibáñez Marín, José 338, 349
Iborra, José Casimiro 412
Ibos, Guilaume 79
Ibsen, Henrik 9, 10, 16, 183, 257, 261, 272, 279, 375, 383
Casa de muñecas 272
Espectros 16, 279, 375, 386
Un enemigo del pueblo 257
Icaro 253, 363
Ifigenia 344, 372
Iglesias, Bernabea 207
Iglesias, Ignacio 154
Iglesias de la Casa, José 227, 291
Ignacio de Loyola, Santo 49, 85, 389, 412, 534
Ildefonso, Santo 389
La Ilustración Artística 35, 44, 65, 69, 73, 81, 85, 137, 186, 191, 192, 225, 230, 250, 308, 311, 328, 444, 464, 498
La Ilustración Española y Americana 138
La Ilustración Manchega 466
El Imparcial 16, 82, 117, 134, 143, 157, 169, 173, 184, 185, 191, 196, 209, 214, 229, 231, 251, 260, 263, 319, 371, 374, 388, 406, 413, 465, 493, 496, 497, 525, 527, 528, 542
Imperio, Pastora (Pastora Rojas Monje) 461, 463, 467
Inconvenientes de los viajes en ferrocarril 186
Infantado, Andrés Avelino Arteaga, Duque del 456
Ingomarus (Hincmar) 474
Ingres, Jean-Auguste-Dominique 393
Insúa, Alberto 455
En familia 455
Iriarte, Charles 109
Iriarte, Tomás 71, 513
Fábulas literarias 71, 83, 513
Irueste, Vizconde de 137, 392
Irving, Henry, Sir 97
Irving, Washington 232, 325
Isabel, Archiduquesa de Austria (Madre de la reina María Cristina) 177
Isabel, Emperatriz consorte de Francisco José I, Emperador de Austria-Hungría 478, 482, 552
Isabel, Reina consorte de Juan II, Rey de Castilla 418
Isabel I, Reina de España 58, 96, 105, 168, 202, 216, 217, 230, 232, 246, 280, 325, 378, 415, 418, 432, 442, 456, 500
Isabel II, Reina de España 48, 72, 127, 156, 175, 189, 203, 217, 230, 280, 374, 405, 503, 526
Isabel I, Reina de Inglaterra 165, 216, 272, 384, 396, 437
Isabel I, Emperatriz de Rusia 138
Isabel, Santa 112, 451
Isabel de Hungría, Santa 360, 453, 482, 540
Isem, Tomás 55
Isidoro, Santo 101
Isidro, Santo 11, 157, 247, 390
Isis 317, 422, 533
Iturbe, Señores de 132

Jack el Destripador (James Maybrick) 174
Jacopone da Todi 179
Jano 4, 64
Jaqueta (José Giráldez y Díaz) 334
Jasón 23, 471
Jáuregui, Juan de 515, 521
Jaurés, Jean 213
Javert 210
Jeremías 87
Jerjes 471
Jerónimo, Santo 30, 136, 476, 492
Vida de Santa Paula 7Jesucristo 3, 7, 19, 24, 31, 32, 42, 49, 50, 72, 82, 93, 106, 112, 124, 150, 162, 168, 179, 230, 259, 260, 273, 279, 309, 314, 347, 354, 398, 404, 410, 425, 433, 436, 437, 450, 451, 464, 481, 483, 527, 536, 540, 549
Jiménez, Abelardo 213
Jiménez Aranda, José 112
Jiménez de Cisneros, Francisco 58, 113, 240, 244, 375, 395, 425, 427, 436
Joaquín, Santo 398
Job 400
Joffre, Joseph-Jacques-Césaire 476
Jordán, Lucas 18, 107
Jorge, Santo 11, 125, 292
Jorge V, Rey de Gran Bretaña 479
Josafat 40, 542
José, Santo 50, 125, 260, 329
José Bonaparte, Rey de España 6, 412, 436, 517
José de Arimatea, Santo 179
José de Calasanz, Santo 516
Josefina, Emperatriz consorte de Napoleón I 121, 127, 332, 333, 476, 503
Josué 164, 189
Jovellanos, Gaspar Melchor de
Sátira segunda a Arnesto 511
Juan, Príncipe de España (1479-1498) 137, 280, 448
Juan ante portam latinam, Santo 329
Juan Bautista, Santo 112, 359, 410, 439
Juan Clímaco, Santo 112
Juan Crisóstomo, Santo 31, 106, 112
Juan Damasceno, Santo 112
Juan de Dios, Santo 49, 103, 112, 267
Juan de la Cruz, Santo 106, 179, 216, 493, 532, 539
Juan de Mata, Santo 112
Juan de Regis, Santo 112
Juan de Ribera, Santo 112
Juan de Sahagún, Santo 112
Juan Evangelista, Santo 18, 112, 209, 230
Juan Limosnero, Santo 112
Juan Nepomuceno, Santo 112
Juan Silenciario, Santo 112
Juan Taumaturgo, Santo 112
Juana I, Reina de España 142, 280, 378, 418
Juana de Arco, Santa 201, 333, 474, 511
Juana Inés de la Cruz 181
Juanes, Juan de 86, 398, 460
Judá 224
Judas Iscariote 17, 162, 286, 437
Juliano, Emperador de Roma 121, 553
Julio César 52

Ayuntamiento de Madrid

Juni, Juan de 354
Juno 75
Júpiter 5, 23, 54, 75, 447
Justiniano I, Emperador de Oriente 424
Justo, Santo 427
Juvenal, Decio Junio 311, 344
Juvencio 496

Kahn 539
Kant, Emmanuele 78, 240, 390, 502
Kara, Georges, Príncipe de Servia 424
Karageorgevitch, Dinastía 133, 185, 186, 424
Kart, Alphonse 35, 103, 459
Kasabal (José Gutiérrez Abascal) 25, 279
Keller, Capitán von (aviador) 320
Kellermann, Bernhard 479
El Túnel 479
Kempelen, Wolfgang, Baron von 294
Kempis: Thomas à Kempis
Kindelán y Duany, Alfredo 287, 358
Kipling, Rudyard 115, 326, 422
Kitchener, Horatio Herbert, Earl of 492, 535
Knox, John 64
Koch, Paul de 251
Koch, Robert 116, 387
Komarowsky, Conde de 288
Kossuth, Lajos 199
Krapotkine, Príncipe 343
Kruger, Paul 140
Kuropatkine, Alexei Nicolaevitch 214

La Barre, Le Chevalier de 333
La Barrera (policía) 534
La Bastida, Luciano de 48
La Cierva, Juan de 195, 526
La Fontaine, Jean de 70, 83, 102, 160
La Martinière, Pierre Martin de la 35, 38
La Rochefoucauld, François, Duc de 41, 70, 353
La Valliére, Françoise Louise 53
Lía, Guillermo 545
Ladré
Ça ira 147
Lafernière 2, 340
Lagartijo (Rafael Molina Sánchez) 212, 444
Lagartijo minor 212
Lagos Cházaro, Francisco 468
Lamarck, Jean-Baptiste 295, 343
Lamartine, Alphonse de 35, 38, 44, 183, 261, 311, 397, 414, 417, 434, 545, 549
Graziella 311, 549, 550
Lamballe, Marie Therese Louise di Savoie Carignano, Princesse de 14, 53, 314, 332
Lambea, Casa 355, 452
Lamberto, Alfonso 516
Lamberto Íñiguez, Martín 516
Lamennais, Felicité Robert de 549
Lamoricière, Christophe-Louis-Leon Juchault de 443
Lamote de Grignon, Joan
Hesperia 327
Lampérez, Vicente 385, 448, 456
Lancret, Nicolas 21
Lansón, Gustave 383
Larios y Larios, Martín 496
Lao-Tse 416
Lhardy, Emilio 309
Laroche, Baronesa (aviadora) 363
Larousse, Pierre
Grand Dicionnaire Universel du XIXe. Siècle... 343, 346
Larra, Baldomera 161, 190, 451
Larra y Wetoret, Luis Mariano de 129
Las campanas de Carrión 319?
La vuelta al mundo 335
Larra, Mariano José de 25, 129, 328, 348, 371, 394, 434, 445, 478, 513, 523
Macías 348
Larreta, Enrique 325
La gloria de Don Ramiro 325
Las Casas, Bartolomé de 111
Laschi, Rodolfo 343
Latour, Maurice Quentin de 14, 409, 439
Latini, Brunetto 343
Latour, Imbert de 531
Latude, Jean Henry de 182
Launay, Vizconde de 103
Laura de Noves 211
Laurencín, Francisco Rafael de Uhagón y Guardamino, Marqués de 437, 535
Lavallière, Louise-Françoise de La Baume Le Blanc de 397
Laverlan, Henri 327
Laverde Ruiz, Gumersindo 411, 531
Lavoisier, Antoine-Laurent de 402
Lazaga y Garay, Juan Bautista 63, 486
Lazarillo de Tormes 234, 342, 484, 520, 522
Le Bargy, Charles 410
Le Breton, André 434
Le Brun, Charles 291
Le Brun, Ponce Denis Écouchard 53
Le Grand 27
Leahr, Franz
El conde de Luxemburgo 391, 398
Leandro 169, 370
Leblanc, Georgette 201
Leblanc, Maurice
Arsenio Lupin 429, 432
Leclerc, Sébastien 102
Lecomte, Georges 130
Leconte de Lisle, Charles Marie 70, 238, 327, 431, 447, 539, 541
El Manchy 447
Lecouvreur, Adrienne 26
La Lectura 261, 328, 401, 532
Ledo, Antonio 210
Leduc, Lucien 130
Lefèvre, Catherine 396
Lefèvre d'Ormesson, Olivier 539
Journal 539
Legouvé, Ernest 27
Adriana Lecouvreur 27
Leguina, Enrique de 278
Lehnbach, Franz von 133, 150
Leiter 59
Lemaître (asesino) 344
Lemaître, Frédérick
L'Auberge des Adrets 548
Robert Macaire 548
Lemaître, Jules 78, 80, 328, 341, 470, 538, 539
Los Contemporáneos 470
Serenus, historia de un mártir 470
Lemonier, Hippolyte 193
Lemos, Fernando Ruiz de Castro, Conde de 226
Lenau, Nikolaus 541
Lenormand, Marie 190
Leocadia, Santa 389
León XIII, Papa 39, 197
León, Luis de 158, 195, 227, 444, 449, 512
Odas 8, 105, 158, 187
León, Ricardo 552
Leon Magno, Papa y Santo 125
León Maínez, Ramón 515, 516
Leona, Francisco 450
Leonardo da Vinci 393, 399
Gioconda 236, 393, 432
Leonardo de Argensola, Bartolomé 516
Leonardo de Argensola, Lupercio 516
Al sueño 186
Leoncavallo, Ruggiero 127
Los Payasos 429, 430
Leoni, Pompeyo 508
Leónidas 349, 471
Leopardi, Giacomo 41, 63, 77, 136, 185, 238, 305, 402, 471, 547
Canti 63 415, 547
Leopoldo I, Emperador de Austria 278
Leopoldo I, Rey de Bélgica 366
Leopoldo II, Rey de Bélgica 365, 366
Lepelletier, Edmond 199
Leroux, Gaston
El misterio del cuarto amarillo 407, 428
Leroux, Pierre 75
Lerroux, Alejandro 322, 464, 471
Lespinane, Mlle. 145
Lessing, Gotthold Ephraim 502
Letamendi, José de 237
Lewis, Matthew Gregory 434
Monje 434Lezón, Señoritas de 421
El Liberal 38, 82, 101, 103, 113, 115, 190, 191, 260, 336, 537
Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís... 524
Licenciado Vidriera, El (José Luis Castillejo) 108
El año en las Salesas 108
Linares, Augusto 295, 402
Linares, José María de Murga Reolid, Marqués de 54, 156, 224

Ayuntamiento de Madrid

Linares, Raimunda Osorio Ortega, Marquesa de 54, 156, 224

Linares Rivas, Manuel 67
Doña Desdenes 428

Lindau, Paul
Franz Hallers 526

Linné, Carl von 74, 265, 314, 390

Liñán, Pedro 516

Liszt, Franz 293

Littré, Edmond?, Émile? 343

Littré, Émile
Dictionnaire de la Langue Française 441

Lizana, José María de 197

Lizcano y Alaminos, Fr. 466

Llaguno Amirola, Eugenio 498
Noticias de Arquitectos y Arquitecturas de España 498

Llanas Aguilaniedo, José María 141, 174
La mala vida en Madrid 141

Llanos, Luis 331

Llorens 334

Llorente, Sra. de 10

Llorente, Teodoro 287, 294, 323, 346, 390
Mi testamento 390
Valencia 346

Lobeira (cacique) 300

Lobeira, Juan 348

Lockroy, Edouard 199

Locusta 245, 388, 418

Loma, José 525

Lombroso, Cesare 23, 42, 126, 138, 185, 193, 199, 210, 215, 269, 286, 290, 343, 344, 346, 360, 407, 526
El crimen político y las revoluciones 23, 42, 343, 360
Los genios 343
Trattato profilattico e clinico della Pellagra 343
L'Uomo delinquente 193, 343
El veneno del maíz 343

Longino, Cayo Casio 52

Lonyay, Melchor, Conde de Nagy Lonya 365

López, Antonia 396

López, Joaquín María 495

López, Matías 94

López de Ayala, Adelardo 29, 41, 217, 311, 377, 457, 509
Consuelo 29
El hombre de mundo 377
El tanto por ciento 29, 509

López de Ayala, Manuel 334

López de Gómara, Francisco 342

López de Legazpi, Miguel 61

López de Salaberry, José 219

López Montenegro, Ramón
Los Gabrieles 526

López Peláez, Antolín 155, 210, 364
Anales y recuerdos de la catedral *de Lugo…?* 364
Los Benedictinos de Monforte 210
La Cruzada de la buena Prensa 364
Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijoo 155, 210
El gran gallego 210
Historia del Seminario de Lugo 210
Importancia de la Prensa 364
Las poesías de Fejióo 210
San Capitán 210
El señorío temporal de los obispos de Lugo 210

López Pinillos, José 433

López Portaña, Vicente 112, 127, 203, 331, 517

López Silva, José 51, 382, 390
Chulaperías 382
Gente de tufos 382
Los Madriles 382, 390
Yo y el rey 382

Lorena, Casa de 331

Lorenzo del Santísimo Sacramento 404
[Obra sobre el ayuno] 404

Lorenzo, Santo 107, 115, 291, 346, 450

Lorenzo, Tina di 281, 298, 307, 335, 462, 494

Lorrain, Jean 393, 444Loti, Pierre 70, 247, 365, 434, 450
Fantasma de Oriente 70
Madame Chrisantheme 247

Loubat, Joseph Florimond, Duc de 356

Loubet, Émile 235, 240, 243

Loygorri, Federico de 328

Lozano, Conde 187

Lozano, Cristóbal 20

Lucas, Eugenio 431

Lucas, Hipólito 35

Lucía, Santa 168

Lucrecia (asesinato de la calle de Postas) 126, 130

Lucrecio Caro, Tito 170, 271, 342

Lúculo, Lucio Licinio 302, 311, 406

Luis II, Rey de Baviera 482, 552, 553

Luis IX, Rey de Francia, Santo 121

Luis XIII, Rey de Francia 121, 184, 278, 452

Luis XIV, Rey de Francia 102, 121, 268, 278, 365, 389, 396, 397, 443, 447, 452

Luis XV, Rey de Francia 14, 39, 55, 79, 116, 121, 138, 178, 230, 270, 275, 306, 355, 379, 397, 409, 421, 447, 448, 452

Luis XVI, Rey de Francia 14, 53, 268, 460, 474, 510

Luis XVII, Louis-Charles, Duc de Normandie, Dauphin, llamado 23, 268, 510

Luis XVIII, Rey de Francia 268

Luis de Granada 195, 209, 513

Luis de Tolosa, Santo 346

Luis Felipe I, Rey de Francia 405

Luisa de Habsburgo Lorena, ex Princesa de Sajonia 193, 293

Luisa María, Reina consorte de Leopoldo I, Rey de Bélgica 293, 366

Luján de Saavedra, Mateo 516
Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache 516

Lulio, Raimundo 83, 239, 531, 540

Luna, Inspector 191

Luna, Alvaro de 17, 60, 278

Luna, Pablo
El asombro de Damasco 547

Lutero, Martín 400

Luz, Doña (Hija de Chindasvinto, Rey de los visigodos) 20

Lynch, Charles 135, 143, 189

Mac Crain 140

Mac Kinley, William 59, 89, 258, 270

Macario el Egipcio, Santo 7

Macaulay, Thomas Babington Macaulay, Baron 300

Macé, Gustave 75, 210, 258

Maceo, Antonio 6, 23, 53, 349

Machaco (Rafael González) 368

Machado Guimaraês, Bernardino Luís 300, 506, 514

Machiavelli, Niccolò 224, 233, 259, 281, 300, 381, 396, 440

Macías Picabea, Ricardo 81

Macías, o Namorado 205, 267, 348

Macriano, Tito Fulvio Junio, Emperador de Roma 115

Madame Sans-Gêne: Lefèvre, Catherine

Madan, Ramón 284

Madero, Francisco I. 468

Madrazo, José 112

Madrazo, Pedro de 256

Madrazo y Kuntz, Federico de 60, 127, 203

Madruga de Sotomayor, Pedro 310

Maella, Mariano Salvador 398

Maeterlinck, Maurice 10, 196, 201, 539
Ariana y Barba Azul 430
La intrusa 201
Joyzelle 201
Monna Vanna 201
La sabiduría y el destino 201

Magallanes, Fernando de 61

Magariños Cervantes, Alejandro 35

Magdegisildo, Santo 329

Magnaud, Paul 130

Mahoma 49, 209, 232, 346, 404, 424, 547

Maine, Anne Louise Benedict de Bourbon, Duchesse du 27

Maintenon, Françoise d'Aubigné, Marquise de 53, 203, 452

Máiquez, Isidoro 256

Malstre, Joseph de 35, 193, 197

Malato, Charles 396

Maldonado y Fraile, Segundo 334

Maldonado, Francisco 521

Maldonado, Luis 521

Malherbe, François de 70, 343

Malpica, Marquesa de 503

Mamed, Santo 119, 157

Manesmann 470

Manrique, Jorge 522
Coplas 100, 156, 232, 357, 501, 503

Manrique de Lara, Manuel 461

Manso de Zúñiga, Salvador 152

Ayuntamiento de Madrid

Manú 56
Manuel II, Rey de Portugal 300, 388, 396, 399, 505
Manuel du voyageur: Baedeker, Karl
Manzanares, Juan de 210
Manzoni, Alessandro 544
Mañara, Juan de 49, 93
Mañé, Salvador José 74
Antiteatro 74
Mañé y Flaquer, Juan 176
Maragall, Joan 154
Marcial, Marco Valerio 476
Marco Antonio 52, 533
Marco Aurelio, Emperador de Roma 22, 536
Marcos Arregui 412
Mardonio 471
Margarita, Reina consorte de Luis IX, Rey de Francia 121
Marguerite, Jean-Auguste 510
Marguerite, Paul 510
Contra los bárbaros 510
María, Princesa de Rumania 440
María I, Reina de Escocia 165, 437
María Antonieta, Reina consorte de Luis XVI, Rey de Francia 14, 21, 53, 88, 115, 121, 138, 268, 332, 452, 503, 517, 522
María Cristina, Reina consorte de Alfonso XII, Rey de España 1, 57, 60, 160, 198, 204, 272, 284, 375, 409, 437, 492
María Cristina, Reina consorte de Fernando VII, Rey de España 109, 127, 128, 156, 394, 405, 452, 503
María de Jesús de Ágreda 233, 531
María de la Cabeza, Santa 11
María de la Mercedes, Reina consorte de Alfonso XII, Rey de España 217
María de Médicis, Reina consorte de Enrique IV, Rey de Francia 121María Estuardo, Reina de Escocia 64, 395
María Leckzinska, Reina consorte de Luis XV, Rey de Francia 121
María Luisa, Emperatriz consorte de Napoleón I, Emperador de Francia 117, 332
María Luisa, Reina consorte de Carlos II, Rey de España 418
María Luisa, Reina consorte de Carlos IV, Rey de Eapaña 256, 492, 517
María Magdalena, Santa 84, 437
Mariana, Reina consorte de Carlos II, Rey de España 339, 418
Mariani, Teresa 87, 462
Maricastaña 177, 466
Marina Vega, Josep, General 496
Marina, Hija del General 350
Marina, Esposa del General 349
Marinas, Aniceto 60
Marinetti, Filippo Thomasso 417
Mario, Cayo 11
Mario, Emilio 9, 26, 29, 111
Maristany, Eduardo 188
Marivaux, Pierre Carlet de Chamblain de 434
Marmi, J. 130
Marquina, Eduardo 325, 428, 485
En Flandes se ha puesto el sol 428
Las hijas del Cid 325
Una mujer 485
Marte 8, 379
Martí, Enriqueta 407
Martí, Juan José 516
Martín, Santo 55
Martin, Alexander (Catherine Bernard) 9
Martín I, Rey de Aragón 346
Martínez, Ángel 521
Martínez Abades, Juan 60
Martínez Barrionuevo, Manuel 525
Martínez Berberana, Miguel? 503
Martínez Campos, Arsenio 152, 175, 438
Martínez Campos, Mercedes 40
Martínez de la Rosa, Francisco 395
Martínez de Marcilla, Juan 93, 524, 540
Martínez López, Joaquín 420
Martínez Montañés, Juan 354, 437
Martínez Salafranca, Juan 516
Martorell, Joanot
Tirante el Blanco 524, 528
Mascagni, Pietro 127
Cavalleria rusticana 87
Máscara de Hierro, La 182
Maspero, Gaston 166
Masriera, José 112
Masriera y Camping (Fundición) 203
Massenet, Jules 531
Manon Lescaut 299, 310, 327, 400, 430, 525, 526
Thais 525, 526
Werther 299
Massini, Angelo 4
Mateo, Maestro 39, 498
Matheu, Francisco 154
Matinées Espagnoles 116, 156
Matusalén 140, 319, 320, 404, 415
Maupassant, Guy de 169, 422
Maura, Antonio 152, 164, 176, 199, 236, 240, 275, 338, 352, 464, 494 495, 515, 552
Maura, Gabriel 418, 442
Carlos II y su Corte 418
Maura y Montaner, Bartolomé 287
Mauregato, Rey de Asturias 338
Mauricio, Santo 107
Mayáns y Siscar, Gregorio 516
Maximiliano Hercúleo, Emperador de Roma 97, 252
Maximino, Emperador de Roma 436, 437
Mazarin, Jules 418
Mazel, Henri? 539
Mazzantini, Luis 34, 212
Mazzini, Giuseppe 343
Mecachis (Eduardo Sáenz Hermúa) 39
Medici (Familia) 185, 405, 418, 452
Medinaceli, Casilda Salabert Arteaga, Duquesa de 503
Medrano, Luis 548
Mehmed V, Sultán de Turquía 523
Meissonnier 401
Mejorada del Campo, Gonzalo de Figueroa y Torres, Conde de 235, 240
Meléndez Valdés, Juan 109, 193, 227, 305, 327, 242, 411
Mellas Pons, Miguel 75, 143
Mélida y Alinari, José Ramón 204, 256
Melo, Francisco de 89, 389
Melpómene 480
Ménage, Giles 343
Mendelssohn, Félix 248, 366, 502
Mendès, Catulle 78, 321, 327, 332, 431
Mefistofela 327
El rey Vírgen 321, 327
La Vierge d'Avila 327, 431
Zo'Har 327
Mendès, Catulle, Madame: Judith Gautier
Mendoza Tenorio, Elisa 9
Mendoza y Bobadilla, Francisco
El tizón de la nobleza 310
Menéndez Pelayo, Marcelino 44, 164, 348, 401, 402, 411, 441, 466, 488, 516, 524, 531, 532, 549
La Ciencia Española 411, 488, 516, 524
Estudio sobre los Orígenes de la novela española 348, 411, 524
Historia de los heterodoxos españoles 411
Historia de las ideas estéticas en España 411, 532
Edición de obras de Lope 401
Menéndez Pidal, Luis 6, 437
El Cristo de la Vega 437
Menéndez Pidal, Ramón 411
Mengs, Anthon Raphael 226, 517
El Mensajero del Corazón de Jesús 500
Mentzikoff, Princesa 319
Mercier, Auguste 261
Mercier, Désiré-Joseph, Cardinal 472, 520, 528
Mercure de France 539
Mercurio Noticioso 74
Merezhkousk, Dmitry Sergeyevich 372
Merimée, Ernest 383, 495
Mérimée, Prosper 320, 383, 467, 495
Carmen 383, 467, 495
Colomba 383, 495
Merino y Gómez, Martín 122
Merlo, Juan de 278
Merode, Cleo de 152, 249
Mesejo, José 87, 550
Mestres, Apel.les 154
Metenier, Oscar 210
Metternich, Clemens Wenzel Lothar, Fürst von 296, 341
Meyerbeer, Giacomo 79, 248, 366, 453, 482
La Africana 78, 79, 151, 225, 308
Dinorah 79, 225, 349, 482
Los Hugonotes 225, 400, 482
El Profeta 533
Roberto el Diablo 79, 533
Michelet, Jules 70, 389, 418, 434
Historia de Francia 418
Mielvaque, Sr. 40
Mieris, Franz van 21

Ayuntamiento de Madrid

Miguel Angel 56, 71, 204, 370, 439
Moisés 370
Mihura 27
Las Mil y una Noches 88, 206, 527
Milá y Fontanals, Manuel 411
Milan IV, Rey de Servia 133, 184, 424
Milciades 349, 471
Mill, John Stuart 136, 288, 442
La Esclavitud Femenina 442
Millán, Santo 389
Millares Cubas, Agustín y Luis 284
La herencia de Araus 284
Millet, Jean-François 269
Miloch Obrenovitch, Rey de Servia I, 133
Milton, John 137, 343
Minerva 23, 56, 194, 409, 471
Minia [Herminia] de Briones, Santa 119
Minos 363
Minotauro 102
Minuto: Luis Carmena y Millán 88
Mir, Miguel 441
Miramamolín, Mohamad (Abú-Yusuf-Jacub) 11
Miranda, Marqués de 17
Mirbeau, Octave 116, 118, 207, 289
El Calvario 116, 118
El jardín de los suplicios 207, 359
Memorias de una doncella de labor 118, 289
Safo 219
Miréis, Franz van 21
Mirza Riza, Príncipe de Persia 160
Mizzian, Mustafá 443
Moctezuma II, Emperador de México 23, 74, 206, 238Mogrobejo, Nemesio 370
Busto de Guinea 370
Hero y Leandro 370
Orfeo destrozado por las bacantes 370
Mohamed I, Rey de Granada 254
Mohernando, Marquesa de 461
Moisés 20, 56, 114, 404, 415, 547
Molay, Jacques de 346
Molière 4, 10, 25, 70, 167, 181, 192, 199, 353, 434, 507, 521, 542
El Avaro 10, 25, 161, 181, 521
El burgés gentilhombre 181
El médico a palos 507
Tartufo 25, 89, 181, 192
Molina, Luis de 72
Molina, Tirso de 9, 182, 195, 493, 516, 522, 544, 553
La venganza de Tamar 485
Moloch 135, 196, 439, 485
Moltke, Helmuth Karl Bernhard, Graf von 8, 78, 83
Momo 6, 379
Mommsen, Theodor 478
Le Monde 215
Monescillo, Antolín, Cardenal Arzobispo de Toledo 3
Mónica Pía, Princesa de Sajonia 293
Montaigne, Michel de 353, 381
Montalembert, Charles-René Forbes, Comte de 109
Montalvo, José 231
Montecristo (Eugenio Rodríguez de la Escalera) 219, 481
Los salones de Madrid 481
Monteleón, Ducado de 187
Montellano, Silvia Álvarez de Toledo, Duquesa de 464
Montepin, Xavier de 108, 162
Montero, Ignacio 213
Montero Ríos, Eugenio 48, 57, 236, 379, 421
Montespan, Françoise Athénais de Pardaillan, Marquise de 53, 397
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, Baron de 441, 453
Cartas Persas 178
Montfort, Simón de 229
Montiano y Luyando, Agustín de 516
Montijo, Condesa de, María Manuela Kirkpatrick y Glosburn 97, 503Montijo (Familia Portocarrero-Guzmán) 496
Montmorency, Louise de Budos, Duchesse de 418
Montpensier, Antonio Mª F. L. de Orleáns, Duque de 217
Moore, John, Sir 305
Mora, Conde de? 41
Moreau, Abbé 135
Morel-Fatio, Alfred 76, 401, 491
L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle 491
Estudios sobre España 76
Morelli (pintor) 334
Retrato del Marqués de Estella 334
Morelli, Victor 134
Moreno Carbonero, José 132, 134
Moret, Segismundo 8, 67, 236, 352, 423, 429
Moreto, Agustín 9
Morgan, Henri 396
Morinaud 130
Morisset 344
Morny, Duque de 348
Moro, Antonio 86, 121, 331
Morote, Luis 269
Morral, Mateo 258, 260, 272, 291, 422, 435
Mortara, Edgardo 544
Moruno (Francisco Ortega), El 365
Moruno, Antonia López, esposa de El 365
El Motín 11
Mounet Sully, Jean 97
Moure, Francisco de 437
Moya Calvo, Víctor 412
Moya, Miguel 175
Mozaffar ad-Din Qajar, Shah de Irán 167
Mozart, Wolfgang Amadeus 49, 160, 266, 330, 453, 482
Don Juan 160
Mudana, Prudencio 295
Muelas Castillo, Francisco 143
Muley Mohamed 425, 443
Múnter, Condesa? de 452
Muñoz Lopera, José 222, 269
Muñoz Seca, Pedro
El escándalo 335?
Muñoz y Pabón, Juan Francisco 213
Murad (Sultanes de Turquía) 209
Muley Hafid, Sultán de Marruecos 335
Muñoz Ruiz de Pasanis, Antonio 237
Murger, Henri 104, 475
Muriel y López, Luis 349
Murillo, Bartolomé Esteban 18, 32, 86, 103, 109, 112, 127, 216, 232, 234, 256, 291, 307, 324, 329, 382, 398, 405, 412, 437, 460, 553
Anciana despiojando a un chico 412
Chicos comiendo fruta 412
Granujas 86
San Francisco abrazando a Cristo 437
Santa Isabel de Hungría 86,405
Santo Tomás de Villanueva 412
Vendedores de fruta 412
La vieja y el muchacho 86
Muro, Ángel 401
Diccionario general de cocina 401
Murri, Teodolinda 360
Museo de las Familias 35
Museo Español de Antigüedades 339
Musset, Alfred de 29, 77, 116, 129, 294, 323, 353, 390, 414, 445, 447, 478
Poésies Nouvelles 353, 478
Mutsu-Hito, Emperador de Japón 416

Nacer ad-Din Qajar, Shah de Irán 167
La Nación 131, 360, 469
El Nacional 112, 178
Nadar, Félix (Gaspar Félix Tournadon) 139
Nájera, Duques de 481
Nájera, Mª del Carmen Martínez de las Rivas, Duquesa de 329, 454, 493
Nakens, José 258
Nansen, Fridthof 161, 169, 347
Napoleón, Príncipe 476
Napoleón I, Emperador de Francia 8, 21, 60, 88, 89, 117, 165, 166, 173, 190, 222, 223, 316, 331, 332, 385, 394, 395, 396, 398, 405, 436, 457, 474, 478, 487, 499, 544, 545, 546, 547
Napoleón II, Emperador de Francia (Rey de Roma) 332
Napoleón III, Emperador de Francia 117, 156, 258, 552
Naquet, Alfred 130, 351
Narváez, Ramón María, Duque de Valencia 230, 374
Nasir ad-Din, Rey de Persia? 267
Natalia, Reina consorte de Milano, Rey de Servia 133, 424
Nattier, Jean-Marc 409
Naundorff, Amelia 268
Naundorff, Karl-Wilhelm 268, 510
Navarra, Margarita de 101
Navarrete, Ramón de 128, 164
La Soirée de Cachupin 83, 293, 359
Navarro, Sr. 383
Navarro Reverter, Juan 532
Navas, Sr. 494

Ayuntamiento de Madrid

Nebrija, Antonio de 231, 401
Gramática latina 401
Neera (Anna Radio Zuccari) 442
Nekrassov, Nikolas Alexejewitsch 22
Nelson, Horatio, Viscount of 88
Nemesio Mogrobejo. Su vida y su obra 370
Nemrod 418
Nepomuceno, Santo? 170
Nerón, Emperador de Roma 114, 118, 131, 138, 302, 315, 551, 553
Nerunco 21
Nerval, Gérard de 294
El Nervión 550
Nervu, María Luisa 84
Newton, Isaac, Sir 156, 314
Niccodemi, Dario
L'Aigrette 462
Nicolás II, Emperador de Rusia 21, 236, 424, 510, 546
Nicolás I, Rey de Montenegro 520
Nicolás Florentino 113
Nietzsche, Friedrich 15, 57, 201, 221, 349, 422, 491, 502, 539
Así hablaba Zaratustra 201
Nikita I, Rey de Montenegro 520
Nin y Tudó, José 157
Ninfodora, Santa 329
Ninon de Lenclos, Anne 496
Niño de La Guardia 389
Niños de Ecija, Los [Siete] 182
Nisard, Charles 397
Nithard 418
Nocedal, Ramón 16, 164, 313, 495
La Carmañola 313
Noé 184, 390
Noel, Eugenio 461
Nogués, Romualdo 79
Noherleson 11
Nola, Ruberto de 246
Libro de guisados, manjares y potajes intitulado Libro de cocina 246
Nordau, Max 45, 138, 173, 199, 240, 300, 315, 343, 368, 372
Degeneración 315
Mentira política 240
Mentiras convencionales de nuestra civilización 45, 138, 300, 368
El tolstoismo 372
Noriac, Jules 343
Normand 183
Norris, John 63
El Norte de Castilla 48, 328
Nostradamus 290
Nouvelle Revue Internationale 116, 156
Noval, Luis 349, 350, 496
La Novela Corta 534
Novelli, Ermete 9, 10, 83, 97
Diogene 10?
Novikov, Iacov Aleksandrovich 199, 442
Núñez de Arce, Gaspar 17, 57, 131, 191, 238, 328, 338, 418, 508
Estrofas 191
Gritos del combate 131
El idilio 77, 131
Miserere 508
¡Sursumconda! 131, 238
El vértigo 131
Núñez de Prado, Angustias 481
Núñez Rasura, Nuño 82, 405

Obiols, F. Luis
Garín 101
Obrenovitch, Dinastía 133, 184, 185, 424
Ocantos, Carlos María 205, 369
Don Perfecto 369
Nubulosa 205
O'Connor, Francis Barlett 540
Octavio, Andrés 219
O'Donnell y Abréu, Carlos, Duque de Tetuán 177, 249
O'Donnell y Joris, Leopoldo 151, 443
Offenbach, Jacques 430
Barba Azul 430
La Diva 326
O'Gorman, Guillermina 128
Ohnet, Georges 223
Olimpias, Reina consorte de Filipos, Rey de Macedonia 42
Olivares, Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de 142
Oliveira Martins, Joaquim Pedro de 44, 116, 316?
Historia de la civilización ibérica 69
Oliver, Federico 483, 493, 518, 550
Aníbal 518
El crimen de todos 550
La esclava 550
La Neña 550
Los semidioses 483, 493
Olivier, Ricardo 40
Oller, Narcís 154, 252
Ollivier, Emil Olivier 454
Olmos, Manuel 212
Olózaga, Salustiano 162, 394
Omar, II Califa 114
Onofroff 39
Oñate, Sres. de 94
Oporto, Duque de: Afonso Henriques, Infante de Portugal, Duque do Porto
Orata, Sergio 406
Orbaneja 30, 405
Orbilio, Lucio Pupillo 128
Ordóñez, Salvador, General: Díaz Ordóñez y Escandón, Salvador
Ordóñez de Montalvo, Garci: Rodríguez de Montalvo, Garci
Ordoño II, Rey de León 498
Orestes 344
Orfeo 23, 114, 200, 242, 287, 334, 393, 423, 471
Orgaz, Gonzalo Ruiz de Toledo, Señor de 86, 93
Orleans, Casa de 365
Orleans, Henriette Anne d'Angleterre, Duchesse d' 217
Orleans, Louis Philippe Joseph, Duc d' 291
Ormuz 407
Oroncio, Santo 329
Orshanskii, Isaak Grigor'evich 221
Orsini, Felice 258, 407
Ortega, Francisco 395
Ortega, Melchor 528
El Caballero Platir 528
Don Florismarte de Hircania 407, 528
Ortega y Gasset, José 515
Meditaciones del Quijote 515
Ortego y Vereda, Francisco Javier 526
Orti y Lara, Juan Manuel 176
Ortigão, José Duarte Ramalho 69, 90, 103, 300, 388, 514
As Farpas 103, 388
Ortiz Fallón, José 106
Ortueta, Duques de 23
Ortúñez de Calahorra, Diego 342
Espejo de caballerías 342
Ory, Eduardo de 541
Manuel Reina 541
Oscar II, Rey de Suecia 238
Osiris 317
Osma de Cánovas del Castillo, Joaquina 142, 233, 503
Ossián 540
Osuna, Duques de 331, 552
Osuna, Julia de 514
Osuna y de Uceda, Pedro Téllez Girón, Duque de 330, 418
Osuna, María de la Soledad Alonso Pimentel, Duquesa de 516
Osuna, Ángela Fernández de Córdova y Pérez de Barradas, Duquesa de 10
Otero, Carolina 61, 117
Ovidio Nasón, Publio 342
Oviedo, Eladio 339
Ozanam, Fréderic: Federico Ozanam, Beato

Pablo, Santo 31, 100, 133, 216, 392, 525
Epístolas a Timoteo 218
Pablo de Tebas, Santo 7, 315
Pacheco, Francisco 398
Pacheco, Joaquín Francisco 394
Pacheco y Salido, Juana, viuda de Zorrilla 328, 525
Pachines 334
Pacini, Regina 299
Pacomio, Santo 315
Padilla, Juan de 47
El Padre Juan 16
Páez de Ribera, Ruy
Florisando 524
Paganini, Niccolò 248, 366
Pagano, José León 154
Al través de la España Literaria 154
Le pain 84
El País 438
Palacio y Freire Duarte, Manuel de 334
Árbol amarillo 334
Paladín, Ettore 87
Paladino, Eusapia 271
Palafox y Melci, José de, Duque de Zaragoza 349

Ayuntamiento de Madrid

Palau y Coll, Juan
La campana de la Almudaina 95
Palencia, Ceferino 53
Las sorpresas del divorcio 10
Palestrina, Giovanni Pierluigi da 266
Palma, Ricardo 369
Palmerín de Inglaterra 528
Palmerín de Oliva 524
Palomino y Velasco, Antonio 398
Pandora 224
Pankhurst, Emmeline 457
Pantoja de la Cruz, Juan 86, 131, 460
Paoli, Antonio 225
Paquin, Jeanne 281, 319, 340, 475, 492
Paracelsus 422, 540
Paraíso, Basilio 96
Páramo, Platón 507
Páramo, Salvador 437
Parcas, Las 527
Pardo Bazán, Emilia, Condesa de [Sólo referencia a menciones de sus obras:]
La aventura de Isidro 534
Biblioteca de la Mujer 442
La cocina española antigua 442
Colón y los franciscanos 44
Cuarenta días en la Exposición 395, 465, 492
La cuestión palpitante 544
"De San Sebastián a Biarritz" 465
Un destripador de antaño 48
En Babilonia 492
El fondo del alma 263
Goya y la espontaneidad española 517
La hierba venenosa 38
La literatura francesa moderna. La transición 434
La mina 296
Misterio 268, 510
Nieto del Cid 174
Nuevo Teatro Crítico 35, 152, 328, 358, 500, 541, 544
Los Pazos de Ulloa 43
Polémicas y Estudios literarios 252
Por la Europa católica 519
La Quimera 242, 370, 409, 492
Retratos y Apuntes literarios 328
San Francisco de Asís 73, 519
Verdad 250
Viernes Santo 300
Pardo Bazán y Mosquera, José 401, 448, 549
Pardo de Figueroa, Agustín: Doctor Thebussen
París, Pierre 531
Parmentier, Antoine-Auguste 157, 460
Parny, Évarist Désiré de Forges, vicomte de 447
Parois, Conde de 53
Pascal, Blaise 5, 32, 35, 49, 70
Pasifae 102, 363
Pasión (Nancy) 495
Pasión (Oberammergau) 495
Paso Cano, Antonio 104
Paso, Antonio
El orgullo de Albacete 455, 494
Paso, Manuel
La cortijera 104
Passavante 291
Pasteur, Louis 119, 234
Pastor, Santo 427
Pastor, Manual 162
Pastor, Vicente 368
Pastor Díaz, Nicomedes 323, 394, 409, 445
La mariposa negra 394
Mi inspiración 394
La Sirena del Norte 394
Paterno, Sr. 61
Patinir, Joachim 86
Patricio, Santo 540
Patrocinio, Sor 2
Patti, Adelina 4, 299, 429
Patxot y Ferrer, Fernando 317
Las ruinas de mi convento 317
Pavía, Manuel 175
Payá y Rico, Miguel 232
Pedre 112
Pedro, Santo 112, 123, 313, 456
Pedro II, Emperador de Brasil 105, 396
Pedro I, Emperador de Rusia 46, 236
Pedro III, Rey de Aragón 278
Pedro I, Rey de Castilla 278, 435, 524, 553
Pedro I, Rey de Servia 184, 186, 424
Pedro Jiménez 19
Pedro Manzano, vulgo Santo 499
Pedro Nolasco, Santo 389
Peinador, Enrique 65, 90, 419, 505
Peladan, Josefino 341, 489
Pelayo, Obispo de Oviedo 339
Pelayo, Rey de Asturias 20
Peleo 524
Pella y Forgas, José 176
Pellicer, Joseph Lluis 516
Pellico, Silvio 290
Penco, Rosina 299
Penélope 352
Pentesilea 363
Penthiévre, Louis-Jean Marie de Bourbon, Duc de 447
Peña, Maximino 334, 494
El pudor 334
Sancho 334
Peña, Ramón
Los Gabrieles 526
Peñafuerte, Diego del Alcázar y Guzmán, Marqués de 481
Peñafuerte, Mª del Carmen Alcázar y Roca de Togores, hija de los Marqueses de 481
Peñafuerte, Mª del Carmen Roca de Togores y Aguirre, Marquesa de 481
Peñalver, Nicolás de Peñalver y Zamora, Conde de 330, 355
Peñalver, Condesa de 349
Peral y Caballero, Isaac 245
Perales, Isidro 516
Peralta, Manuel María de 122, 161
Pereda, José María de 37, 161, 164, 252, 294, 454, 456, 467, 500, 532
Escenas montañesas 467
La Montálvez 500
Pedro Sánchez 252
Sotileza 252Pérez, Andrés 516
La pícara Justina 516, 522
Pérez, Antonio 280
Pérez, Bernardino 245
Pérez Costales, Ramón 65, 375
Pérez de Guzmán, Juan 388, 515
Pérez de Guzmán el Bueno 62
Pérez de Hita, Ginés 232
Historia de los bandos de los zegríes y abencerrajes 232
Pérez Escrich, Enrique 69
Pérez Galdós, Benito 4,16, 62, 82, 93, 94, 99, 110, 140, 154, 161, 240, 310, 317, 350, 352, 382, 411, 442, 456, 460, 463, 467, 496, 518, 532, 541, 548
Alceste 518
Angel Guerra 93
La desheredada 548
El doctor Centeno 94, 548
Doña Perfecta 9
Electra 532
Episodios Nacionales 99, 382, 548
Un faccioso más y algunos frailes menos 317
Fortunata y Jacinta 496
Gerona 99, 548
La incógnita 256
La de San Quintín 310
Marianela 548, 550
Mariucha 187
Miau 548
Nazarín 106
Realidad 16, 110, 256
Sor Simona 518
Zumalacárregui 62
Pérez Pastor, Cristóbal 466
Documentos cervantinos 466
Pérez Zaragoza Godínez, Agustín
Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas 407
Peribáñez, Paconio 535
Pericles 199
Perier, Edmund 531
Perillán Buxó, Eloy 61, 498
Perelló de Segurala, Andrés 225
[Periódico de Tomelloso, 1904] 196
Pernales, Francisco Ríos González, El 284
Perowskaia, Sofía 291
Perrault, Charles 54, 321
Barba Azul 16, 153
El Gato con Botas 54, 321
Perrone, General 184
Petit de Julleville, L. 434
Petrarca, Francesco 211, 447
Cancionero 447
Petronio 118, 291, 398, 470
Satiricón 398
Petruccio 10
Peytel, Adrien 261
Phillips, M. 48
Pi y Margall, Francisco 67, 175, 176
Piave, Francesco María
La Traviata 4
Piccinini, Giulio 343
Picón, Jacinto Octavio 176
Pidal, Alejandro 67, 77, 88, 176, 515

Ayuntamiento de Madrid

Pie de Concha, Luis de Silva y Fernández de Córdova, Conde de 517
Piernas y Hurtado, José 176
Pierres de Peralta 161
Pigault Lebrun 434
Pignatelli (Familia) 226
Pilatos, Poncio 37, 72, 75, 171, 409, 464
Pinazo Camarlench, Ignacio 412
Los enredos del diablo 412
Píndaro 227
Pinheiro Chagas, Manuel 516
Pinohermoso, Enriqueta Mª Roca de Togores y Corradini, Condesa de 2, 116
Pintos, General 349
Pinzón, Martín Alonso 44, 131
Pinzón, Vicente Yáñez 44, 131
Piñeiro, Santiago 71
Pío IX, Papa 398, 456, 503
Pío X, Papa, Santo 277, 404
Pío de Saboya, Princesa (Pilar Osorio y Gutiérrez de los Ríos?) 452
Pisano, Giunta 179
Pitarra, Serafí 95
Batalla de Reinas 95
Pitillas, Jorge (José Gerardo Hervás) 382
Pitt, William 271
Pixérecourt 434
Pizarro, Francisco 59, 64, 131, 479
Plasencia, Casto 439
Platón 107, 211, 343
Plinio Cecilio Segundo, Cayo 406, 476
Plotino 211
Plutarco 52, 58,113, 175
Plutón 527
Poe, Edgar Allan 396
El escarabajo de oro 396
Poincaré, Henri 130, 199, 491
Polignac, Yolande-Martine-Gabrielle de Polastron, Duchese de 14
Polo, Marco 416
Pólux 23, 471
Pombal, Sebastião José de Carvalho e Melo, Marqués de 388
Pompadour, Jeanne Antoinette Poisson, Marquise de 14, 21, 53, 127, 159, 355
Ponchielli, Amilcare
La Gioconda 4, 33, 225
Pondal, Eduardo 394
Pondal, Isidro 65
Pongy, Liana de 152
Pons 39
Ponson du Terrail, Pierre Alexis de 40, 64, 388, 422
Rocambole 51, 64, 327
Pontejos, María Ana de Pontejos y Sandoval, Marquesa de 517
Popalio 140
Porra, Partida de la 16
Portago, Angela de Carvajal y Jiménez de Molina, Marquesa de 461
Portago, Vicente Cabeza de Vaca y Fernández de Córdova, Marqués de 461
Portocarrero (Familia) 310
Porto-Riche, Georges de 130, 383
Posada, Adolfo 119, 176
Póstumo, Agripa 11, 476
Potamia, Santa 329
Potter, Paulus 393, 439
Toro 393, 439
Poussin, Nicolas 53, 291, 474
Poy Dalmau, Emilio 412
Familia 412
Pradilla, Francisco 19, 30, 134
Juana la loca 412
La rendición de Granada 412
Pradilla, Sobrina de 134
Prado, Loreto 232, 550
Pranzini, Henri 553
La Prensa 103
Prévost, Antoine François 327
Manon Lescaut 327, 525, 526
Prim, Juan 175, 176, 245, 249, 443, 503
El Príncipe Igor (Ballet ruso) 533
El Problema Nacional 80
Prometeo 57, 295, 363, 446, 449
Proteo 298, 325, 387, 505
Prudencio Clemente, Aurelio 95
Psiquis 102, 430
Puccini, Giacomo 104
La Bohème 104, 475
Tosca 174, 299, 430, 525, 526
Puchol (pintor) 412
El cariño 412
Puente, Marqueses de la 142
Puga, Ricardo 403, 461
Pugliesi, Benedetto 261
Pulgblanch, Antoni
La Inquisición sin máscara 51
Puvis de Chavannes, Pierre 112
Puyol, Julio 515, 516
El supuesto retrato de Cervantes 515, 516

Quadra Salcedo, Fernando de la 521
Quadrado, José María 168
Qualpopoca 520
Quevedo, Francisco de 86, 87, 93, 158, 191, 193, 214, 381, 384, 389, 390, 427, 431, 445, 493, 495, 498, 511, 513, 514, 516, 522
El Buscón 186, 522
Consultación de los gatos 514
El Diablo Cojuelo 438
Epístola satírica y censoria... 188
La bora de todos y la fortuna con seso 87
Jácaras y Letrillas 445
Memorial por el patronato de Santiago 389
Política de Dios y Gobierno de Cristo 445
Sueños 389
Quijada, Luis 280
Quillard, Pierre 539
Quintana, Dionisio 498
Quintana, Manuel José 41, 129, 227, 323, 394, 508
El Panteón del Escorial 508
Quintín, Santo 508
Quiñones, Suero de 524
Quiroga, Antonio 475, 514
Quiroga, Juan de 395
Quiroga y Pardo Pazán, Jaime 338, 339, 353, 440, 443, 444
Quiroga y Pérez de Deza, José 431

Ra 52
Rabelais, François 302
Gargantúa 288, 302, 547
Rachel (Elisa Rachel Félix) 27, 59
Rachilde 325, 545
Racine, Jean 27, 167, 178, 296, 383, 453, 495, 514
Andrómaca 27
Atalía 453, 495
Bayaceto 344, 383
Britannicus 23
Ester 453, 495
Fedra 27, 335, 508, 533
Ifigenie en Taulis 372
Radcliffe, Ann Ward 407, 434
El Italiano, o el Confesionario de los Penitentes negros 434
Los misterios del castillo de Udolfo 407
Los penitentes negros 407
Radica 72
Rafael 32, 187, 239, 405
Rafael, Arcángel 321
Pasmo de Sicilia 405
Raffet, Gaston 183
Rafles II (ladrón) 388
Raimundo Lulio 131
Raisuli: Ahmed El-Raisuni
Rameau, Jean-Philippe 49
Ramiro I, Rey de Aragón 338
Ramiro II, Rey de Aragón 11
Ramón Berenguer II, Conde de Barcelona 99
Ramón y Cajal, Santiago 119, 176, 240, 259, 269, 272, 429
Ramos Carrión, Miguel 506
La Bruja 506
La Marsellesa 506
El Rey que rabió 506
Los sobrinos del capitán Grant 506
La Tempestad 506
Ramsés II, Rey de Egipto 166
Ramsay, William 540
Rattazzi, Marie Leticie (Bonaparte-Wyse), viuda de Rute, Princesa 116, 156
Portugal a vista de pájaro 156Razel 390
Las razas humanas 390
Reamur, René-Antoine Ferchault 286
Reavis, James Addison 161
Récamier, Jeanne-Françoise-Julie 53, 115, 333, 366
Reflejos 213
Regnard, Jean François 167
Regnault 434
Régnier, Henri de 130
Reille, Genevève Soult de Dalmatie, Baronne 168

Ayuntamiento de Madrid

Reina, Manuel 541
Andantes y Alegres 541
La canción de las estrellas 541
Cromos y acuarelas 541
El jardín de los poetas 541
Los poemas paganos 541
Los refugios 541
Robles de la selva sagrada 541
La vida inquieta 541

Reina, María 191

Reinaxensa 154

Reis, Alvaro 161

Réjane, Gabrielle Reju 87, 152, 332

Rembrandt Harmenszoon van Rijn 60, 256, 315, 392

Remigio, Santo 474

Remo 437

Renan, Ernest 70, 155, 156, 470, 532, 538
Vida de Jesús 470, 532

Renard, Georges 130

Renard, Jules 539

Renaud 534

Renaud, Jean Josef 130

Renault, Marcel 183

Reparada, Santa 329

Reparaz, Federico
La famosa Teodora (La moglie d'Arturo) 298

Répide, Pedro de 330
Los majos de Plante 330

Repine, Elia 315

Restif de la Bretonne 343

Retana, Wenceslao Emilio 187
La tristeza errante 187

Retz, Gil de 430

Reval, Gabrielle 551
La bachillera en Polonia 551

Reverte (Manuel García) 34

Revilla, Manuel de la 16, 445, 516, 541, 544
El tren eterno 445

Revillagigedo, Álvaro José de Armada y Valdés, Conde de 445

Revillagigedo, Francisco de Güemes y Horcasitas, Conde de 342

Revillon, Frères 303
La Revista Azul 470
Revista Religiosa 466
Revue de Revues 64, 69, 140
Revue philosophique 456

Reyes Magos 24, 125, 270, 451

Reyes, Arturo 213

Reyes Prósper, Eduardo 518
Las estepas de España y su vegetación 518

Reynolds, Joshua 116, 402

Reynot, Sr 349

Riánsares, Agustín Fernando Muñoz Sánchez, Duque de 503

Riaño, Juan Facundo 38, 166

Ribalta, Francisco 86, 398

Ribera, José 102, 103, 109, 398, 437, 460

Ribera Blázquez, José 412

Ribot, Juan 241

Richard 183

Richards, Marian Catherine 299

Richardson, Samuel
Clarisa 325
Pamela 325

Richebourg, Émile 108

Richelieu, Armand Jean Du Plessis, Duc de 184, 236, 278

Richelieu, Louis François Armand de Vignerot du Plessis, Duc de 27

Richemont, Henri Ethelbert 268

Richepin, Jean 422, 489

Richet, Charles 127

Rico (Librero) 353

Riego, Rafael del 197, 475

Río, Luis del 210

Ríos, Blanca de los 516

Ríos, Vicente de los 516

Ríos Rosas, Antonio de los 423

Ripoll, General 349

Riquer, Alejandro 154
La Risa 375

Ristori, Adelaida 87, 272

Riva, María Luisa de la 134

Rivadeneira, Pedro de 58, 78, 463

Rivadeneyra, Manuel 342, 401

Rivarol, Antoine 434

Rivas, Angel de Saavedra, Duque de 79, 305, 323, 458, 532, 544, 553
Don Alvaro o la fuerza del sino 9, 79, 179, 403, 458, 532

Rivas, Duquesa de 549

Rivero, Nicolás María 175?, 423

Rivet, Gustave 130

Rivoire, André
El amigo Teddy 526

Roa, Martín de 292
El purgatorio 292

Rochefort, Henri 64

Robespierre, Maximilien 181

Rod, Edouard 195, 242, 524
El Indócil 242
El último refugio 524

Rodenbach, Georges 164
Brujas la muerta 164

Rodin, Auguste 112

Rodrigo, Rey de los visigodos 20, 234

Rodríguez, Cándido 521

Rodríguez de Montalvo, Garci 348, 528
Las Sergas de Esplandián 524, 528

Rodríguez del Padrón, Juan 267, 348
Siervo libre de amor 348

Rodríguez Marín, Francisco 515, 516

Rodríguez-Navas, Manuel 463, 525
Diccionario completo de la Lengua Española 525

Rodríguez Rubí, Tomás 503
La perla del Genil 503

Rodríguez San Pedro, Faustino 213

Rogel 86

Roger de Flor 407

Roguí, El: Muley Mohamed

Rohan, Berta de, consorte de Carlos de Borbón, Duque de Madrid 72, 187

Rohan, Casa de 187

Rojas, Fernando de
La Celestina 86, 141, 204, 522

Rojas, Guillermina 286

Rojas, Juan de 72

Rojas, Ricardo 308

Rojas Zorrilla, Francisco de 9, 181
A secreto agravio, secreta venganza 250
Entre bobos anda el juego 181

Roland de la Platière, Jeanne Marie 209, 360

Roldán 11, 253

Rollinat, Maurice 541
Romancero 227, 232, 234, 442, 522
Romancero Morisco 232

Romani, Felice
Norma 4

Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de 6, 150, 152, 352, 361, 423, 429, 440, 481, 519

Romanov, Alexis Petrovich 236

Romea, Julián 16

Romero de Torres, Julio 412, 439
Retrato de Adela Carbone 412
Retrato de Pastora Imperio 412
La sibila 439

Romero Ortiz, Antonio

Romero Robledo, Francisco 1, 67, 77, 128, 142, 170, 175, 194, 275, 423, 445, 495

Rómulo 437

Roque, Santo 398

Rosales, Eduardo 448
El Testamento de Isabel la Católica 448

Rosano, Pietro 193

Rosas, Juan Manuel de 300

Rosell, Cayetano 516

Rosell, Ramón 273, 364

Roselly de Lorgues, Antoine F. E., Comte de 44

Rosny, Joseph-Henri-Honoré Boex 130

Rossi , Ernesto 10

Rossini, Gioacchino 186
El barbero de Sevilla 4, 76 172, 186, 467
Guillermo Tell 82, 186
Matilde di Sabrán 4
Stabat Mater 461

Rostand, Edmond 117, 327, 332, 392, 434, 495
L'Aiglon 117, 219, 272, 358, 457, 489, 529
Cyrano de Bergerac 27, 79, 117, 131, 172, 223, 386, 410
La Samaritana 495

Rothschild, Lionel Nathan? 37, 312

Rothschild (Familia) 166, 210, 552

Rouget de Lisle, Claude Joseph
La Marsellesa 147Rousseau, Jean-Jacques 38, 60, 130, 172, 288, 315, 328, 365, 398, 414, 497
El Contrato Social 414, 488
Nueva Heloisa 414, 434

Rovetta, Girolamo
Papá Eccelenza 386

Royer, Clemence Auguste 156

Rúa-Figueroa y Somoza, Amalia 488

Rubens, Peter Paul 21, 121, 226, 343, 405, 409

Rubín de Celis, Fernando 291

Rubio, Federico 176

Rubio Contreras, Luis 141

Ayuntamiento de Madrid

Ruffo, Titta 299, 400, 429, 430, 485, 519, 525, 526
Rugiero 121
Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita 86, 441, 493, 522, 532
Ruiz Aguilera, Ventura 207
Ruiz de Alarcón, Juan 9, 516, 553
Ruiz de Grijalba, Alfonso 210
Ruiz de Luna, Juan 507
Ruiz Jiménez, Joaquín 431
Ruiz Zorrilla, Manuel 131, 175
Rusiñol, Santiago 154, 157, 232, 334, 461, 462
El patio azul 461, 462

Saballs 72
Sabatier, Paul 492
San Francisco de Asís 492
Saboya, Casa de 127, 187, 503
Sacamantecas 48
Sachét, George 161
Sada Yacco 207
Sade, Hugo de 211
Sade, Marquis de 193, 204, 315
Sáenz Hermúa, Eduardo: Mecachis
Sáenz Peña, Luis 361
Safo 52, 226, 323, 343, 539
Cantos 539
Safo (cortesana) 343
Sagasta, Práxedes Mateo 45, 67, 144, 175, 210, 270, 275, 440, 496, 520
Said Armesto, Víctor 468
La flor del agua 468
La leyenda de Don Juan 468
Saint Simon, Claudio An, Marqués de 45
Saint Victor, Paul de 11
Saint-Aubin y Bonnefont, Alejandro 112, 263, 334
Sainte-Beuve, Charles A. 70, 103, 154, 328, 397, 539
Diario de Oliverio 539
Saint-Pierre, Bernardin de 60
Saint-Saëns, Camille 53, 253, 266
Sansón y Dalila 299, 533
Saintine, X.-B. 403
Picciola 403
Sáiz, Federico 542
Sáiz, Nilo 542
Salonia, Mauricio, Conde de 27
Salonia-Coburgo, Francisco, Duque de 366
Saklamuni: Buda
Salamanca, Salamanca y Mayol, José de, Marqués de 503
Salaverría, Elías 412
La Procesión del Corpus en Lezo 412
Salas, Francisco Gregorio de 314
Observatorio rústico 314
Salazar (Familia) 198
Salazar, Lope de 522.
Salazar de Mendoza, Pedro 72
Salcedo, Francisco de 216
Salillas, Rafael 75, 76, 174, 176, 290, 343
Sallandrouze de Lamornaix, Amiral 88
Salmerón, Nicolás 67, 495
Salomé 359, 410, 451, 461
Salomón 52, 224, 309, 323, 357, 370, 378, 399, 414, 445, 463, 541
Salvy, Manuel 214
Salzillo, Francisco 354
Samaniego, Félix María de 83
Fábulas morales 357
San Gregorio, Tomás del Corral y Oña, Marqués de 128
San Luis, Conde de 16
San Luis, Condesa de 481
San Luis, Luis José Sartorius, Conde de 128
San Martín Satrústegui, Alejandro 259
San Román, Conde de 170
Sancha, Ciriaco-María 164
Sancha, Justo 516
Sánchez, Manuel 438, 439, 528, 542
Sánchez, María Luisa 438
Sánchez Vaamonde, Pedro Antonio? 389
Sánchez, Miguel 72
Sánchez Bregua, José 75
Sánchez Coello, Alonso 86, 91, 132, 331
Sánchez de Toledo (gobernador de Barcelona) 202
Sánchez Loriga, Elisa 138
Sánchez Moguel, Antonio 138
Sánchez Moya (anarquista asesino) 391
Sánchez Pérez, Antonio 112, 464
Sánchez Rojas, José 521
Sancho García, Conde de Castilla 246, 348
Sand, George 58, 70, 136, 196, 378, 397, 414, 422, 431, 434, 442, 540, 545
Indiana 545
Lelia 378, 545
Le pécbé de monsieur Antoine 540
Valentina 545
Sandeau, Jules 545
Sanjurjo Badía, Antonio (Fundición) 420
Sansón 82
Santa Cruz de Marcenado, Álvaro Navia-Osorio y Vigil, Marqués de 44
Santa Cruz, Joaquina Téllez-Girón y Pimentel, Marquesa de 517
Santa Cruz Loidi, Manuel 53
Santa María de Paredes, Vicente 176
Santa María y Ulloa, Pedro de 499
Arco Iris de la paz 499
Santamarina, Joaquín 202, 392
Santiago, el Mayor, Santo 11, 39, 124, 164, 338, 389, 513
Santos-Dumont, Alberto 192, 358
Santos Oliver, Miguel de los 521
Sanz, Eulogio Florentino 323
Sanz de Sautuola, Marcelino 356
Sanz del Río, Julián 37, 488
Sanz y Escartín, Eduardo 95
Sapor, Rey de Persia 115
Saralegui, Leandro de 129, 463
Sarasate, Pablo 60, 116, 456
Sarcey, Francisque 470
Sardanápalo 404
Sardou, Victorien 52, 53, 321, 327, 332
El asunto de los venenos 321
El bodegón de los estudiantes 321
El cocodrilo 321
Divorciémonos 457
La famille Benoîton 503
Fedora 321
Madame Sans-Gêne (La corte de Napoleón) 53, 79, 321, 457
Teodora 489
Termidor 321
La Tosca 321, 526
Sarmiento, Martín 155, 364
Memorias para la historia de la poesía 155
Sarmiento de Valladares, Diego 367
Sarraut, Maurice 261
Sartorius y Chacón, Fernando, Conde de San Luis 195
Satafamés 166, 515
Satanás 22, 36, 278, 426
Saturno 61, 315, 480
Sauj López 521
Saúl 224
Saxe-Coburg-Saalfeld, Franz Friedrich Anton, Duque de 291
Scarron, Paul 343, 434
Schack, Adolf Friedrich von 150
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph 502
Schiller, Friedrich 95, 142, 502, 548
María Estuardo 95, 272, 437, 548
Schlegel, August Wilhelm von 474, 522
Schopenhauer, Arthur 36,78, 99, 209, 221, 269, 343, 369, 397
Aforismos acerca de la sabiduría en la vida 36
El mundo como voluntad y representación 209
Parerga y Paralipómena 36
Schumann, Robert 266, 502
Scopas 399
Scott, Walter 40, 325, 422
Scribe, Eugène 27, 321
Adriana Lecouvreur 27
Schropp 247
Scudéry, Madeleine de 70
Sebastián I, El Deseado, Rey de Portugal 72, 549
Sebastián, Santo 1, 17
Secchi, Angelo 353
La unidad de las fuerzas físicas 353
Segundo, Santo 168
Segura, Isabel de 93, 524, 540
Sela y Sampil, Aniceto 176
Selim (Sultanes de Turquía) 209
Selim III, Sultán de Turquía 290
Sellés, Eugenio, Marqués de Gerona 16, 52, 80, 87, 104, 388, 457
Campanas y cornetas 104
Cleopatra 80

Ayuntamiento de Madrid

Semíramis, Reina consorte de Shamshi-Adad V, Rey de Asiria 203
Senancourt, Étienne de
Obermann 434
Senaquerib, Rey de Asiria 317
Séneca, Lucio Anneo 128, 384, 531
Sentenach, Narciso 515
Serapis 317
El Serio (torero) 334
Serra, Casa de 355, 452
Serra, José 128
Serra, Junípero 101
Serra, Narciso 25, 329?
Don Tomás 329
Serrano, Emilio
Gonzalo de Córdoba 79
Servet, Miguel 384
Sesostris, Rey de Egipto 11
Sessa, Duques de 405
Séverine 103, 156, 261, 431
Severo, Augusto 161
Sevigné, Madame de 145, 397
Sesto, José Isidro Osorio y Silva-Bazán, Marqués de Alcañices, Duque de 160, 348
Sesto, Sofía Trubetzkoï, Marquesa de Alcañices, Duquesa de 348, 503
Sforza (Familia) 185
Sforza, Catalina 62
Shakespeare, William 6, 10, 52, 80, 111, 141, 153, 178, 223, 226, 293, 315, 321, 384, 388, 418, 513, 522, 533, 544
Las alegres comadres de Windsor 10, 80
Antonio y Cleopatra 52, 80
Comedia de las equivocaciones 80
Como gustéis 52
Coriolano 52
La doma de la Tarasca 10?, 52, 80, 332
Hamlet 10, 97, 106, 153, 190, 250, 251, 299, 304, 388, 395, 461, 478, 485, 513
Julio César 10, 141, 388
La ley del Talión 10
Macbeth 72, 76, 87, 201, 298, 314, 513
El mercader de Venecia 10, 80
Mucho ruido para nada 10
Otelo 10, 14, 52, 83, 137, 141 207, 225, 344, 383, 388, 513, 525
El Rey Lear 386, 388
Ricardo III 10, 388, 513
Romeo y Julieta 10, 38, 388, 522
La Tempestad 80
Troilo y Cresida 80
Twelfth night o What you will (*Cuento de amor*) 80
Sheridan's Men and Women 264
Shoken, Emperatriz consorte de Meiji, Emperador de Japón 192
Sienkiewicz, Henryk 116, 118, 127, 201, 223, 485, 551
A sangre y fuego 551
Nadie es profeta en su tierra 551
Por el pan 551
Quo vadis? 118, 485, 551
Los Siete Infantes de Lara 469
Siéyes, Emmanuel Joseph 493, 521
Sighele, Scipio 23
Silva, Feliciano de?
Lisuarte de Grecia 524
Rogel de Grecia 524
Silvela, Eugenio 394, 425
Silvela, Francisco 67, 82, 158, 175, 233, 236, 275, 352, 495
Cartas de la Venerable Sor María Jesús de Ágreda 233
España sin pulso 158
La filocalia 369
Silverio 107
Silvestre, General: Fernández Silvestre y Pantoja, Manuel
Silvestre, Santo 162
Simancas, Diego 72
Simarro, Luis 26, 87
Simón de Girene 210
Simon, Julio 140
Simónides 349
Simple Revue 84
Sipido, Jean-Baptiste 478, 482
Siraudin, Paul 302
Sísifo 189, 443
Sixto I, Papa, Santo 115
Sixto V, Papa 496
Skoda 343
Sobejano, Carmen 249
El Socialista 438
Sofía, Archiduquesa consorte de Francisco Fernando, Archiduque de Austria 466, 468, 469
Sófocles 506, 544
Antígona 194
Áyax 343
Electra 140, 194, 461
Filoctetes 194
Sol y Ortega, Juan 78
Solana, Rita Barrenechea y Morante, Marquesa de la 517
Solé (bandido) 170
Soleilland, Albert-Louis-Jules 343, 344, 360
Solimán, Sultán de Turquía 276, 323
Solís, Antonio 206, 463
Solís y Cuetos, Miguel 129
Solms, Everardo Solms-Sonnenwalde, Fürst von 156
Sombreuil, Marie de 314
Sorel, Cécile 386
Soriano, Rodrigo 76, 432
Sorolla, Joaquín 30, 60, 103, 116, 132, 133, 134, 136, 150, 204, 256, 272, 402, 408, 409, 412
Triste herencia 103, 133, 136
Sotomayor (Familia) 448
Souto, Alfredo 334
Rincón de aldea 334
Souvestre, Pierre
Fantomas 407, 521, 523
Spencer (jinete) 364
Spencer, Herbert 66, 198, 280, 290, 352?, 391, 400, 520
De las instituciones benéficas 198
Spínola y Maestre, Marcelo, Arzobispo de Sevilla 217
Spronck, Maurice 530
Squilache, María del Pilar de León y de Gregorio, Marquesa de 349, 352, 386, 406, 496, 503, 525
Staël, Madame de 53, 209
Stamina, Gherardo 86
Stehle, Adelina 104
Steinheil, Marguerite 326, 344, 360
Stendhal 46, 163, 185, 327, 518, 535, 545
La Chartreuse de Parma 163
Le Rouge et le Noir 163
Stimer, Max 133
Stock, Barón: Rattazzi (Bonaparte-Wyse), viuda de Rute, Marie Letitie, Princesa
Stockmar, Christian Friedrich, Barón von 366
Stockmar, Señorita (Madre de Carolina Bauer y hermana del Barón) 366
Storchio, Rosina 327, 400
Stössel, Anatoli Mijallovich 223
Stradella, Alessandro 266
Strauss, Richard
Salomé 432, 453, 462, 549
La viuda alegre 332, 333, 345
Stuart, Casa de 127
Stuart, Charles Edward 162
Stuergkh, Karl 548
Suárez Argüelles, Armando 218
Suárez Inclán, Señoritas de 481
Los Sucesos 256
Sudermann, Hermann 9, 10, 70, 386, 426
El deseo 70, 426
La fine di Sodoma 386
Magda 10, 386, 462
La Moglie Onesta 386
Sue, Eugène 35, 109, 317
El judío errante 51, 317
Martín el expósito 371
Los misterios de París 109, 255, 407
Suetonio Tranquilo, Cayo 41, 538
Sumyer i Capdevila, Francesc 169, 343
Suñer 343
Superunda, José María Manso de Velasco y Chaves, Conde de 507, 549
Superunda, Condes de 503
Susillo Fernández, Antonio 26, 112
Sutayef 179
Suttner, Bertha Kinsky, Baronesa von 247
Swift, Jonathan
Gulliver 28Sylva, Carmen (María, Reina consorte de Carlos I, Rey de Rumania) 399, 440, 467, 483

Taboada, Abelardo 210
Taboada, Luis 39, 90, 120, 157, 210, 251, 320, 322, 362, 368, 390, 497, 529
Tácito 538
Taine, Hippolyte 46, 70, 86, 300, 328, 394, 397, 414, 439, 441, 442, 522
Orígenes de la Francia contemporánea 414

Ayuntamiento de Madrid

Talía 9, 29, 128
Tallaví, José 518
Talleyrand-Périgord, Charles Maurice de, prince de Bénèvent 224, 509
Talma, François Joseph 546
Tamames, José Mesía del Barco, Duque de 354, 458
Tamames, José Mesía y Pando, Duque de 4
Tamayo y Baus, Manuel 104, 142, 325, 457, 544, 548, 553
La aldea de San Lorenzo 9
Un drama nuevo 88
Locura de amor 325, 462, 518, 548
Virginia 457
Tamberlick, Enrico 453
Tanit 474
Tardieu, Ambroise 138
Tarnowska, Maria, Condesa 360
Tarrida del Marmol, Fernando 64
Tasso, Torcuato 107, 212, 415, 476
Gerusalemme Liberata 212, 476
Tato, El (Antonio Sánchez) 368
Tcheng-Ki-Tong 113
Tejado, Gabino 109
Téllez Girón, Rodrigo 232
Tello, César? 334
Temis 108, 128
Temístocles 471
Tempranillo, José María Hinojosa, El 163, 170, 182, 320, 387
Teniers, David 331, 334, 379, 398, 409
Tennyson, Alfred Tennyson, Baron 254
Teodora, Emperatriz de Bizancio 121, 437
Teodorico, Rey de los Ostrogodos 302
Teodosio, Emperador de Bizancio 106, 466
Teofrasto 476
Teopompo di Quíos 42
Ter Borg, Gerard 21
Teresa de Jesús, Santa 55, 106, 135, 168, 179, 195, 216, 327, 389, 397, 454, 493, 512, 522, 531, 539
Las Moradas 539
Terpsícore 455
Terranova, Duques de 187
Teseo 23, 471
Testa Roja, Henri Morgan 396
Tetis 242, 334, 524
Tetuan, Duque de, C. M. O'Donnell 142, 177, 275
Teucris 82
Thaw, Harry Kendal 276
Thebes, Madame de 153, 468
Thierry, Augustin 474, 478
Thomas à Kempis 384, 444
Imitación de Cristo 384, 445, 447
Thomas, Ambroise
Hamlet 299, 430, 485
Thuillier, Emilio 29, 80, 377
Tibaldi, Pellegrino 86
Tiberio, Emperador de Roma 71, 141, 343
El Tiempo 103
The Times 84
Timur-Lenk 466
Tintoretto 107, 40
Sagrada Cena 107
Tissot, Ernest 447
Princesas literarias 447
Titán 480
Tito, Emperador de Roma 56
Tiziano 307, 405, 474
Tolomeo XIII, Rey de Egipto 52
Tolomeo Auletes, Rey de Egipto 52
Tolosa Latour, Manuel 484
Tolstoï, Sofía Andreievna Bers, Condesa 372
Tolstoï, Lev Nicolaevich 10, 44, 71, 106, 150, 188, 193, 201, 210, 211, 223, 261, 288, 293, 297, 314, 315, 327, 372, 378, 387, 392, 398, 400, 475, 490
Anna Karenine 315, 327, 372 387
En el Cáucaso 315
La guerra y la paz 315. 372
La muerte de Ivan Ilitch 315
El poder de las tinieblas 315
El príncipe Neklindof 315
¿Qué hacer? 372
Resurrección 200, 315, 321, 372, 400
La sonata a Kreutzer 315, 372
Los tres solitarios 315
Tomás de Aquino, Santo 236, 336, 343
Topete y Carballo, Juan Bautista 128
Toreno, José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, Conde de 58
Torquemada, Antonio de 528
Don Olivante de Laura 528
Torquemada, Tomás de 168, 352
Torrejón, Andrés 307
Torrelaguna, Duques de 23
Torres, Eugenia 210
Torres Quevedo, Leonardo 245, 272
Torres Villarroel, Diego de 297, 493, 516
Toselli, Enrico 293
Tosti, Francesco Paolo 299
Toudouze, Gustave 130
Tovar, Alonso Migel de 398
Trajano, Emperador de Roma 11, 17, 121, 466
Trastamara, Casa de 216, 246, 418
Traupmann (coleccionista de arte) 418
Trigo, Felipe 543
La bruta 543
Las ingenuas 543
Triptolemo 404
Troppmann, Jean-Baptiste 438
Trueba, Antonio de 252
Trueno (torero) 334
Tsin-chi-hoang-ti 114
Tubau, María 9, 53, 457
Tubino, Francisco María 516
Tucídides 92
Tulio, Servio 466
Turguenev, Ivan Sergueevich 10, 54, 372, 392, 522
El pan ajeno 10
Turnes, Condes de 392
Turpin, Dick 474
Turriano, Juanelo 93, 269
Tynayre, Marcelle 130

Ubao, Adelaida 180
Ugarte, Manuel 223Ulecia y Cardona, Rafael 197, 198, 202, 210
Ulloa, Magdalena de 280
La Última Cena 107
Die Umschau 444
Unamuno, Miguel de 76, 150, 165, 176, 185, 196, 228, 287, 425, 538
El Universo 463
Urbano VIII, Papa 389
Urías 224
Urrabieta, Vicente 215, 279
Urraca, Reina de Castilla 11, 113
Urrea (Familia) 226
Urrutia y Las Casas, José 256
Uruñuela Hidalgo, Eustasio 429
Urzáiz y Cuesta, Angel 552
Usandizaga, José María 490
Las golondrinas 455, 456 490, 519
Uzanne, Octave 130

Vaamonde, Joaquín 60, 116, 242, 370, 409, 439
La recolección de la patata en Galicia 409
Retratos 409
Vacaresco, Elena 83
Vacher, Jacques 48
Valbuena y Gutiérrez, Antonio 441
Valdés, Juan de 231
Diálogo de la Lengua 231
Valdés Leal, Juan 46, 398, 437, 439, 460
Valdeterrazo, Isabel de Ibarreta, Marquesa de 103
Valdeterrazo, Ulpiano González de Olaneta, Marqués de 103
Valencia, José María Narváez y del Águila, Duque de 224, 444
Valencia, Luisa Pérez de Guzmán el Bueno, Duquesa de 224
Valencia, Tórtola 428
Valenzuela, Fernando de 418
Valenzuela Velázquez, Juan Bautista 72
Valera, Juan 16, 38, 44, 118, 131, 153, 195, 213, 229, 233, 252, 292, 293, 325, 328, 356, 365, 411, 434, 442, 445, 464, 513, 541, 549
El Comendador Mendoza 325, 365
Pepita Jiménez 44, 195, 329, 434
Terapéutica social 229
Valeriano, Emperador de Roma 115, 346
Valero, José 9, 97
Valewska, Condesa 332
Vallabriga, Teresa 517
Valladares y Saavedra
Santi, boniti, barati 308
Valle Inclán, Ramón del 431, 463, 548
El Embrujado 431
Vallecerrato, Manuel J. Fernández de Villavicencio, Marqués de 291, 551
Valois, Casa de 266, 452

Ayuntamiento de Madrid

Valverde, Balbina 506
Van der Goes, Hugo 432
La Adoración de los Reyes 432
Van Dyck, Antoon 331, 405, 462
Retrato del Duque de Oxford 462
Van Eyck, Jan 32, 437
Adoración del Cordero Místico 437
Vanderbilt, Alfred G. 498
Vandervelde, Émile 211, 214
Vapereau, Gustave 341
Dictionnaire universel des contemporains 341
Varela, Josefa 137
Vargas (Familia) 11
Vaucanson, Jacques de 294
Vaugelas, Claude Favre de 70
Vaughan, Blanche Josephine Delacroix, Baronne de, viuda de Leopoldo II, Rey de los Belgas 365, 366
Vázquez (pintor) 412
Novios 412
Vázquez de Mella y Fanjul, Juan 67, 164, 464, 495, 508
Vedas 95, 400
Vedrines, Jules 385
Vega, Lope de 9, 16, 86, 104, 158, 178, 195, 293, 301, 343, 353, 401, 461, 493, 516, 522, 544, 553
Arte nuevo de hacer comedias 215
El castigo sin venganza 485, 533
La Mosquea 56
La niña boba 9
Sancho Ortiz de la Roelas 9
Vega, Pedro de la 441
Salmos penitenciales 441
Vega, Ricardo de la
Pepa la frescachona 321
El tercer aniversario 457
La verbena de la Paloma 137, 283, 461, 469
Vega, Ventura de la 25, 35, 37, 38, 129, 386
La muerte de César 35
Vega de Armijo, Luis Mesía de la Cerda, Marqués de la 310
Vega Inclán, Benigno de la Vega Inclán y Flaquer, Marqués de 405
Velarde, Pedro 395
Velasco, Carlos 219
Velázquez, Agustín 72
Velázquez, Diego 18, 30, 86, 102, 103, 107, 112, 132, 134, 187, 215, 226, 245, 256, 268, 325, 331, 354, 384, 405, 412, 427, 431, 457, 460, 462, 517
Los borrachos 86
Las Lanzas 86
Las Meninas 86, 133, 204, 226, 256, 329
Retrato de Antonia de Ipeñarrieta 256
Retrato de Diego del Corral 245, 256, 405
La túnica de José 107
La Venus del espejo 457
Vélez de Guevara y Tassis, Iñigo, Conde de Oñate 278
Venegas, Patricio 35, 38
Venus 19, 52, 102, 115, 379, 453
Venus de Milo 393, 439, 443
Veragua, Cristóbal Colón de la Cerda, Duque de 145
Veraguas 34
Verdaguer, Jacint 154, 161, 228, 541
San Francisco 161
Verdi, Giuseppe 128, 131
Aida 4, 127, 225, 423
Falstaff 127
Hernani 225
Macbeth 225
Nabuco 4
Otelo 225
Rigoletto 225, 299, 429, 430, 485
La Traviata 4
El Trovador 431
Verdier, Vicenta 344, 326
Verga, Giovanni 199
Verlaine, Paul 539
Verne, Jules 110, 287, 326, 479
Viaje a la luna 110
Veronese, El 121Vespasiano, Tito Flavio, Emperador de Roma 318
Veuillot, Louis 22, 109
Viall 70
Viana, Antonio de 284
Viana, Marqués de, José de Saavedra y Salamanca 391
Vicente de Paúl, Santo 529
Vico, Giambattista 72, 474, 487
Vico, Antonio 4, 9, 80, 88, 99, 335, 386, 549
Victor Manuel I, Rey de Italia 156
Victoria I, Reina de Gran Bretaña 33, 127
Victoria Eugenia, Reina consorte de Alfonso XIII, Rey de España 160, 249, 258, 259, 282, 374, 381, 400, 402, 409, 435, 461, 492, 496, 514, 519, 548
Vidal, Pilar 402
Vidart, Josefa Mª deVargas Machuca, Sra. de 44
Vidart, Luis 44, 58, 214, 369, 384, 395, 464
Letras y armas 44
Vidocq, Eugène François 75
Vidor 531
Vierge, Daniel 215
Vigno, V. 519
Vigny, Alfred de 70, 327, 434, 545
Vigée-Lebrun, Elisabeth Louise 53
Vilana, Fernando Casani y Díaz de Mendoza, Conde de 142
Vilanova, Viuda de 156
Vilches, Ernesto 526
Vilches, Casa (Salón) 553
Vilches, Condesa de 503
Villa-Amil y Castro, José 339
Villabrille y Ron, Juan Alonso 370
Villahermosa, Carmen Aragón-Azlor, Duquesa de 133, 226, 245, 256, 405
Villahermosa, José Manuel Goyeneche Gamio, Duque de 226
Villalón, Cristóbal de 463
Villamejor, Ignacio de Figueroa Mendiata, Marqués de 23
Villamil, Fernando 486Villegas, Baldomero 384
Estudio tropológico del Quijote 384
Psicología de las novelas ejemplares del sin par Cervantes 384
Villegas, Esteban Manuel de 493
Villegas Cordero, José 60, 242, 251
Villena, Luis de Aragón, Marqués de 100, 269, 402
Villena, Ernestina 496
Villena, Juan Pacheco, Marqués de 17
Villena, María Portocarrero, Marquesa de 17
Villiers de L'Isle-Adam, Auguste, Comte de 431
Vilmorin Andrieux, Casa 470
Vilmotte, Sr. 495
Vindel, Pedro 353
Vinyals, Sra. de 351
Viñas, Francisco 225
Viollet-Le-Duc, Eugene 474
Virchow, Rudolf 148
Virgen María 15, 17, 18, 22, 32, 96, 112, 125, 126, 155, 197, 230, 260, 269, 276, 398, 428, 448, 499, 511, 523, 527
Virgilio Marón, Publio 128, 476
Eneida 223, 272
Viriato 53, 307, 436
Vitelio, Emperador de Roma 302, 406
Vitório Terranova, Conde 170
Vives, Amadeo 468
Maruxa 466, 468, 490, 505
Vives, Luis 38, 142, 531
Institución de la mujer cristiana 38
Vivillo, El (Joaquín Camargo López) 254, 407
Vix, Geneviève 526
Voguié, Melchor de 154
Voiture, Vincent 70
Voltaire 26, 27, 38, 101, 110, 156, 165, 261, 309, 315, 325, 389, 391, 414, 415, 434, 470, 538, 544
Cándido 92, 240
Edipo 27, 549
Micromegas 110
Ode sur la mort de Mlle Lecouvreur 27
La Voz de Galicia 244
Vulcano 57, 144, 294, 311, 527

Wagner, Richard 76, 78, 79, 93, 99, 101, 150, 161, 225, 248, 266, 272, 277, 293, 314, 315, 327, 346, 400, 430, 453, 482, 502, 524, 533, 552
El anillo de los Nibelungos 502, 524
El Barco fantasma 78, 101, 453, 482, 548, 552
Lobengrin 76, 79, 101, 220, 225, 292, 299, 325, 326, 346, 391, 448, 453, 482
El ocaso de los dioses 453
El oro del Rhin 453
Parsifal 72, 76, 346, 453, 482, 486, 533
Rienzi 453, 482
Sigfrido 453, 479, 533
Tannhauser 76, 267, 453, 499
Tristán e Iseo 453, 482, 486, 524

Ayuntamiento de Madrid

La Walkyria 76, 78, 79, 94, 101, 103, 151, 218, 277, 453
La Walkyria en Bayreuth 76
Waldetrudis, Santa 329
Waleswski, Alexandre Joseph Colonna, Conde 332
Wallace, Srta. 219
Walter II zu Baden, Prinz 267
Wamba, Rey de Hispania 20
Washington, George 291
Watson, Comodoro 63
Watteau, Jean Antoine 14, 43, 74, 256, 355
Weber, Carl Maria von 266, 533
Invitación al vals (*El espectro de la rosa*) 533
Wellington, Arthur Wellesley, Duke of 22, 366
Weyler, Valeriano 58, 81, 142, 420
White, Stanford 276
Wifredo I, Conde de Barcelona 99
Wifredo II, Conde de Barcelona 95
Wilde, Oscar 410, 439, 462, 495, 540
Salomé 410, 439, 453, 462, 495, 540, 549
Las Willis (Ballet ruso) 533
Wilson, Thomas Woodrow 538
Winkelmann, Johann Joachim 502
Wiseman, Nicholas Patrick 118, 551
Fabiola 118, 551
Wolfram von Eschenbach 346, 348
Woodford, Stewart Lyndon 57Worth, Charles Frederick 2, 116, 340, 454
Wrede, Adolf, Prinz von 257
Wright, Orville 320
Wright, Wilbur 320
Würtemberg, August von, Prinz 366
Würtemberg, Louis von, Margrave 366

Xirgu, Margarita 461, 462, 546, 550

Yocasta 27
Yorick 10
Young, James Carleton 264
Yusuf Eddin 523
Yusuf ibn Taxfin 113
Yxart, José 16, 80
El arte escénico en España 16

Zaballa (cochero) 172
Zacarías 112
Zacconi, Ermete 181, 494
Zaragoza, Duquesa de 349
Zaratustra 286
Zayas, Antonio 240?
Zayas, María de 136, 444
El prevenido engañado 444
Zayas, Señora de 452
Zeda (Francisco Fernández Villegas) 201, 225, 250
Zenete, Rodrigo de Mendoza, Marqués del 456
Zenón de Citio 536
Zola, Émile 23, 44, 70, 130, 135, 139, 169, 201, 219, 245, 253, 260, 309, 315, 321, 372, 392, 400, 407, 409, 431, 434, 510, 547
L'Assommoir 70, 169, 261, 375, 392, 510
La bête humaine 210, 407
Los Cuatro Evangelios (*Fecundidad, Trabajo, Verdad, Justicia*) 315, 400
La Débâcle 315
El doctor Pascal 365
Fecundidad 135, 169, 510
Germinal 169, 219, 261, 327, 375, 422
J'accuse 261
Nana 261, 310
La Obra 86?
Paris 169
Pot Bouille 261
Le Rêve 261
Roma 169
Les Rougon Macquart 384
Teresa Raquin 321
La Terre 245, 261
Vérité 169
Zorrilla (carabinero fusilado en 1908) 320
Zorrilla (apodo) 371
Zorrilla, José 35, 41, 77, 88, 97, 99, 109, 129, 131, 189, 205, 228, 232, 287, 305, 323, 328, 345, 390, 394, 437, 445, 457, 461, 513, 523, 529, 532, 548, 553
Don Juan Tenorio 32, 38, 70, 71, 77, 79, 88, 97, 104, 109, 122, 126, 129, 141, 153, 172, 305, 323, 328, 348, 363, 403, 431, 445, 461, 470, 508, 545, 548, 553
Drama del alba 328
Leyendas 205, 437
Margarita la Tornera 328, 379, 516
Poesías 109
Poesías escogidas 328
Recuerdos del tiempo viejo 328
Sofronia 9
Traidor, inconfeso y mártir 79, 88, 518, 549
El zapatero y el Rey 548, 553
Zorrilla, Juana Pacheco y Salido, viuda de 328, 525
Zubiaurre, Valentín de 412
Caciques y mendigos 412
Zuloaga, Daniel 494
Zurbarán, Francisco de 234, 354, 437, 460

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- "Emilia Pardo Bazán", p. 6
- Publicidad de *La Ilustración Artística*, p. 6
- Portada de *La Ilustración Artística*, 30 de septiembre de1895, p. 6
- "La vendedora de paraguas", p. 49
- *Caridad*, estatua de José Alcovero, p. 50
- "El famoso pintor inglés Federico Leighton", p. 51
- *Marte*, estatua de José Alcovero, p. 64
- "El cartero. Correo de la guerra", p. 69
- "Madrid. La Nochebuena en las calles", p. 70
- [El teléfono], p. 75
- "Lámpara de incandescencia *Maxim*", 76
- [Grabado sin título], p. 78
- "*Ensueño*, cuadro de Pedro Sáenz", p. 79
- [Sordomudo y auditivo telefónico], p. 85
- "La aplicación de los rayos X a los registros aduaneros", p. 86
- "Guerra de Filipinas", p. 108-109
- "Barcelona. Concurso de carteles [del chocolate] *Ameller*", p. 122
- "Alejandro Volta", p. 129
- "Mme. Rejane", p. 145
- "París. La Exposición Universal", p. 156
- "El Dr. Ferrán", p. 167-168
- [Publicidad], p. 173
- "Vendedor de caretas", p. 177
- Aparato telefotográfico, p. 188
- "Bicicleta de familia", p. 188
- "El 'Ping-pong'", p. 189
- "La musicoterapia aplicada a la anestesia", p. 194
- [Publicidad], p. 195
- "Máquina para utilizar la energía solar", p. 196
- "Cámara fotográfica monstruo", p. 196
- "La máquina aérea de Mr. Wilbur Wright", p. 210
- Fiestas de la jura de S.M.D. Alfonso XIII, p. 212
- "El globo dirigible *Zeppelin*", p. 213
- "D. Vicente Blasco Ibáñez", p. 218
- "La tiara de Saitapharnés", p. 219
- "El Carnaval de Madrid", p. 228
- "Carrera de automóviles París-Madrid", p. 236
- "La Coruña", p. 238
- "La estudiante...", p. 247
- "D. Juan Valera", p. 284
- "D. Federico Balart", p. 284
- "Madrid. Recuerdo del Centenario del Quijote", p. 286
- "Reyes", 303
- "Barcelona. Funerales por Bartolomé Mitre", p. 307
- "Manuel Fernández Caballero", p. 308
- "El niño violoncelista Antonio Sala", p. 310
- "El eminente pianista Ignacio Juan Paderewski", p. 311
- "Tapa del album de trabajos artísticos regalado al Rey", p. 314
- "Vendedor de periódicos", p. 317
- "Colegio de niñas en la procesión del Corpus...", p. 318
- "Enrique Farman", p. 356
- "Nuevo sistema de carro para recoger la basura", p. 375
- "Hipódromo de Longchamp. Últimas creaciones de la moda", p. 377
- "Recuerdo del día de Reyes", p. 383
- "La aviadora señora Frank", p. 394
- "París. El proceso Steinheil", p. 403
- "Trineo automóvil utilizado por el Dr. Charcot", p. 406
- "París. El hidroplano Santos Dumont",
- "París. Una 'chauffeur'", p. 417
- "La última palabra de la moda. La falda-pantalón", p. 438
- "Madrid. Reunión de distinguidas personalidades para tratar del ingreso de la eximia escritora la condesa de Pardo Bazán en la Real Academia Española", p. 465
- "Sufragistas", p. 499
- "La eminente actriz Margarita Xirgu", p. 521
- "Margarita Xirgu en *Electra*", p. 522
- "Margarita Xirgu con D. Jacinto Benavente", p. 522
- "Un viajero molesto", p. 526
- "Londres.– Grandiosa manifestación femenina". "Barcelona – Repatriados españoles", p. 530
- "Medallón retrato del profesor Alejandro Graham Bell", p. 539
- "Madrid. Sesión inaugural del Instituto Francés", p. 555
- "La Reina Isabel de Rumania", p. 587
- "La eximia escritora señora condesa de Pardo Bazán", 615

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

La composición de esta obra concluyó
el día 16 de septiembre de 2004
CLIII aniversario del nacimiento en La Coruña
de Emilia Pardo Bazán y de la Rúa Figueroa
Condesa de Pardo Bazán

SAPERE AUDE

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid